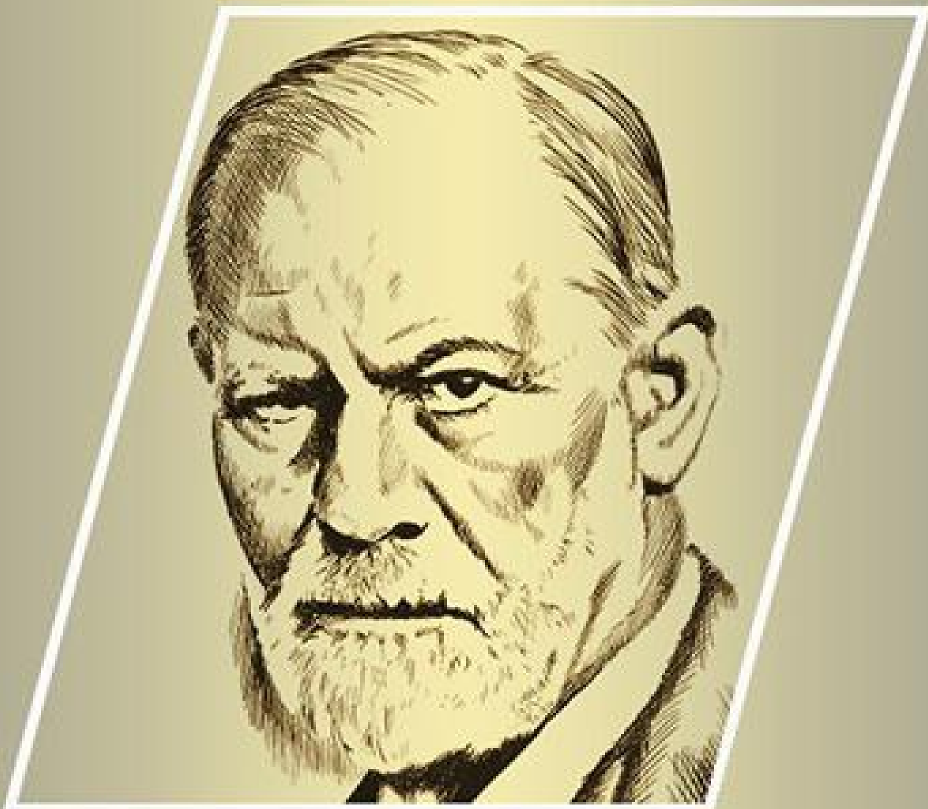
SIGMUND FREUD

OBRAS COMPLETAS



TRAD. LUIS LÓPEZ BALLESTEROS Y DE TORRES

Esta edición de las *Obras Completas* de Sigmund Freud pone a disposición de los lectores y estudiosos hispanohablantes la traducción de una obra fundacional. Entre los rasgos destacados de esta edición ya clásica se cuenta la traducción directa del alemán de Luis López-Ballesteros, que mereció el elogio del propio Freud. A este exhaustivo trabajo se suma la revisión de los textos de Jacobo Numhauser y su ordenamiento cronológico según el criterio de la edición de James Strachey y Ana Freud y el aparato crítico, que contribuye a esclarecer conceptos y referencias.

Sigmund Freud

Obras completas

ePub r1.0
Titivillus 15.04.2018

Sigmund Freud, 2001
Traducción: Luis López Ballesteros y de Torres

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

PRÓLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN

Al cumplirse el cincuentenario de nuestra primera edición de las Obras Completas de Sigmund Freud, y con motivo de haberse publicado, a título póstumo, muchos trabajos del profesor vienés todavía inéditos, Biblioteca Nueva inicia con este primer volumen una nueva edición definitiva de la magna labor científica desarrollada por el creador del psicoanálisis.

Esta nueva edición se ha orientado a ordenar cronológicamente toda la obra de Freud, de acuerdo con el criterio sustentado por la edición inglesa a cargo del doctor James Strachey y de la doctora Ana Freud, hija y continuadora de su padre en la investigación psicoanalítica. Esta tarea ha sido encomendada al médico psicoanalista chileno Jacobo Numhauser Tognola, que ha efectuado las correcciones, modificaciones y agregados que las nuevas investigaciones sobre la obra freudiana aconsejan.

Al propio tiempo, el doctor Numhauser ha redactado, junto a los centenares de notas, de diverso género, contenidas en nuestras precedentes ediciones, para la presente, otras no menos expresivas, que figuran en el texto señaladas con asteriscos.

En esta edición, inexcusablemente figura el prólogo que a la primera de 1922 suscribió el filósofo español José Ortega y Gasset, quien fue, precisamente, el que propuso a Biblioteca Nueva la magna empresa de enriquecer la bibliografía en lengua española con la magistral versión del traductor Luis López Ballesteros y de Torres, y que tan elogiosos comentarios críticos motivó por parte de Sigmund Freud en la carta que insertamos en el presente volumen.

También hemos de expresar, una vez más, nuestro reconocimiento a los doctores José Germain y Ramón Rey Ardid por su respectiva aportación a las

anteriores ediciones de las Obras de Freud.

Para un mejor estudio y valoración del acervo científico freudiano, el ilustre doctor Juan Rof Carballo aporta un estudio de orientación general y particular para este volumen primero, que será complementado en volúmenes sucesivos.

En este tomo primero hemos incluido todos los escritos psicológicos de Freud hasta la aparición, en 1905, de *El Chiste y su relación con lo inconsciente*.

Además, en la presente edición figura una selección iconográfica del autor y varias ilustraciones más, directas o marginales, relacionadas con su obra y procedentes de la historia del arte universal.

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

1922

La BIBLIOTECA NUEVA se propone publicar, vertidas al castellano, las obras completas del gran psiquiatra vienés Sigmund Freud. La empresa me parece sobre manera acertada y contribuirá enérgicamente a atraer la atención de un público amplio sobre los asuntos psicológicos. Han sido, en efecto, las ideas de Freud la creación más original y sugestiva que en los últimos veinte años ha cruzado el horizonte de la Psiquiatría. Su aparición motivó ardientes y dilatadas polémicas. En torno a Freud se fue formando un tropel cuantioso de discípulos y fieles, que propagaron por todo el mundo la nueva fe, fundaron revistas, anuarios y bibliotecas. La claridad, no exenta de elegancia con que Freud expone su pensamiento, proporciona a su obra un círculo de expansión indefinido. Todo el mundo —no sólo el médico o el psicólogo— puede entender a Freud y, cuando no convencerse, recibir de sus libros fecundas sugestiones.

Como en el orden de la funcionalidad corporal o fisiológica casi todos los grandes progresos durante el siglo XIX han sido debidos a los médicos, esto es, a la necesidad inaplazable de curar al enfermo, así estas teorías psicológicas se han originado en la urgencia clínica del psiquiatra. Los laboratorios aportaban escasísimos recursos al médico para actuar sobre las enfermedades propiamente mentales, a las que no se ha logrado descubrir una base de perturbación somática. Muy cuidadosa la investigación de la exactitud en los métodos que empleaba, prefería ser fiel a ellos, que ensayar audazmente procedimientos empíricamente eficaces. Así quedaba demorado

todo avance clínico hasta las calendas griegas.

Freud tuvo la osadía de querer curar, cualquiera que fuese la castidad lógica de los procedimientos. Para ello se resolvió a tomar en serio el carácter de «mentales» y no somáticos, que se atribuye a ciertos trastornos. Pensó que, en verdad, la psique, como tal, podía hallarse valetudinaria, sufrir heridas psíquicas, padecer como hernias espirituales, a que sólo podía aplicarse una cirugía psicológica. De aquí nació la PSICOANÁLISIS, terapéutica de sesgo extraño y dramático, que en tomos sucesivos hallará expuesta el lector.

De tal propósito surgió para Freud la necesidad de elaborar todo un sistema psicológico, construido con observaciones auténticas y arriesgadas hipótesis. No hay duda de que algunas de estas invenciones —como la «represión»— quedarán afincadas en la ciencia. Otras parecen un poco excesivas y, sobre todo, un bastante caprichosas. Pero todas son de sin par agudeza y originalidad.

Lo más problemático en la obra de Freud es, a la vez, lo más provechoso. Me refiero a la atención central que dedica a los fenómenos de la sexualidad. Para Freud, neurosis y psicosis son perturbaciones engendradas por conflictos sexuales de la infancia. Freud amplía notablemente el concepto de la sexualidad que suele llamar «libido», pero aun así, ¿no deja su obra siempre la inquietud de que se nos invita a aceptar una hipótesis desmesurada? Sin embargo, cualquiera que sea la medida dentro de la cual este sexualismo psiquiátrico de Freud puede considerarse verídico, ha servido para que, al cabo, entre la ciencia a ocuparse seriamente del erotismo, tradicionalmente cerrado a la investigación. Lo que hasta ahora podría decirse de la LIBIDO era tan poco, que contrastaba absurdamente con la innegable importancia de esta función biológica dentro de la vida psíquica.

La necesidad de descubrir los escondrijos del «alma» donde vienen a ocultarse esos tumores afectivos, generadores, según Freud, de las enfermedades mentales, le llevó a penetrar en el territorio de los sueños. Su libro sobre la vida de los sueños es una de las producciones más interesantes del pensamiento contemporáneo. En él desarrolla Freud la idea de que nuestra conciencia fabrica constantemente símbolos de la sexualidad, a veces de una pureza sublime y de una inmaterialidad platónica inefable.

El descubrimiento de este símbolo permitió al médico de hoy extender su

clínica a los tiempos pasados y aplicar la psicoanálisis a los genios del pretérito, a las mitologías, religiones y formas sociológicas.

El libro presente es el más adecuado para introducir en el pensamiento freudiano a las gentes curiosas que hasta ahora lo desconocían. Poco a poco se va viendo en él aparecer el ingenioso edificio de observaciones y supuestos con que Freud pone cerco al secreto palpitante de nuestra intimidad psíquica.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

1922

PRÓLOGO A LAS EDICIONES PRECEDENTES

La finalidad de una edición de obras completas puede ser considerada desde diversos puntos de vista. No sólo han de incluirse en estas colecciones los clásicos, sino también autores modernos cuya producción, aún en plena madurez y desarrollo, ha alcanzado tal amplitud y dispersión que exige una reunión en volumen para ser mejor conocida y estudiada. De este tipo son muchas de las obras completas últimamente publicadas. Por primera vez dan posibilidad al lector para recorrer cuanto ha escrito un autor y leer muchos trozos inéditos y obras agotadas, imposibles de encontrar.

Entre aquellas obras completas de clásicos —que constituyen un homenaje a su memoria— y éstas de autores modernos, que son, en gran parte, un instrumento más vivo, una ayuda que se presta al estudioso, cabe situar otro tipo de edición: la que se refiere a la producción total de un autor recientemente fallecido, con objeto de reunir en ella su aportación original y de presentar así, en forma cómoda y práctica, el legado histórico de su pensamiento.

A esta categoría pertenece la serie de volúmenes que iniciamos hoy para presentar en castellano las obras completas del profesor Sigmund Freud, fallecido en Londres a los ochenta y dos años, aún en plena actividad intelectual.

Este empeño se justifica primeramente por la importancia histórica que tiene el pensamiento de Freud y por la necesidad de seguirlo en su desenvolvimiento a través de sus publicaciones sucesivas. En este caso, una edición de conjunto constituye una necesidad y representa verdaderamente una aportación de ineludible valor. Como documentos científicos, donde se expone y desarrolla esta teoría tan discutida, presentamos unidos los diversos

tomos de la obra de Freud, dándoles de esta suerte el rango y categoría que científica e históricamente le pertenecen.

Por otro lado, juzgamos oportuno presentar esta obra al público español y de habla castellana, por considerar que ha llegado ya el tiempo en que, después de los entusiasmos y de las críticas del primer momento, se hace posible y necesaria una posición más serena y objetiva ante la extensa producción del profesor Freud.

Ha transcurrido tiempo suficiente para que sea lógica esa postura; pero, además, son tantas las escuelas y disidencias que han ido surgiendo del primitivo tronco psicoanalítico, y tan variadas las críticas que se han hecho a la doctrina, que bien vale la pena presentar todos los documentos originales reunidos para estudiarlos con serenidad en cada caso. De este modo podremos saber cuándo debemos dar la razón a la crítica, cuándo a la propia teoría primitiva, cuándo, en fin, a alguna de las escuelas disidentes.

No intentamos sentar posición; únicamente aspiramos a que la pulcritud de nuestro trabajo y la buena intención de nuestro esfuerzo sean reconocidas y apreciadas por todos.

Conviene hacer resaltar que el término «psicoanálisis» se aplica, en realidad, a tres cosas diferentes:

1.ª A un *método* de investigación mediante el cual las regiones más íntimas y ocultas del espíritu pueden ser puestas en evidencia y estudiadas. Esto puede considerarse —según Moodie— como la disección de la mente y el estudio de su *anatomía*.

2.ª Una *teoría* que se elabora con los resultados de este análisis, llevado a cabo en muchos casos semejantes que se estudian comparativamente para poner en evidencia rasgos y reacciones características en cada uno. De esta suerte se elabora una verdadera *fisiología* de la mente y se señalan las normas de su funcionamiento. Es la teoría psicodinámica del desarrollo de la personalidad.

3.ª Una *técnica* de aplicación que tiene por finalidad adoptar el método analítico —conocida la estructura de la mente y su funcionamiento— al tratamiento de los desequilibrios del espíritu. Esta acción *terapéutica* a través del inconsciente es la que verdaderamente ha de llevar el nombre de técnica analítica o de psicoanálisis.

En un principio, como es natural, la investigación y la teoría estaban forzosamente entremezcladas con la aplicación; esto es, con la actividad práctica curativa que de la teoría se desprendía. Cada enfermo era entonces sujeto en tratamiento y objeto de estudio.

Con el tiempo, sin embargo, la separación se ha establecido, y hoy día estamos en el momento histórico en que ambos caminos, al deslindarse, permiten ser recorridos con cierta independencia.

Por ello es conveniente que la posición primitiva de Freud sea exactamente conocida y estudiada, y por eso juzgamos conveniente esta contribución que hacemos a la información bibliográfica nacional.

Tanto si se es ortodoxo en estas cuestiones como si se sigue un camino opuesto o diferente, dentro del cauce de alguna de las escuelas disidentes, el poseer reunida en un volumen la obra completa de Freud resultará, más que una ventaja, una verdadera necesidad.

El ortodoxo precisará de esta fuente para no apartarse de la línea trazada por el maestro; el disidente, para fundamentar mejor las razones de su disidencia, y el que no acepta la doctrina, para estudiar en ella la causa de su posición.

Este mejor conocimiento de unos y de otros servirá para separar aún más claramente la teoría psicoanalítica —que para evitar confusiones debemos denominar teoría psicodinámica del espíritu— de las aplicaciones prácticas; esto es, del análisis o psicoanálisis propiamente dicho.

Ello contribuirá grandemente a hacer desaparecer muchos prejuicios que alrededor de estas cuestiones se han ido elaborando al correr de los años.

Estos prejuicios son de dos órdenes. De un lado existe la repulsa que el contenido mismo del psicoanálisis ha suscitado en el mundo en general, y que se explica como reacción subconsciente del individuo ante la penetración de su vida íntima, que le molesta y le desconcierta. De otro, la no aceptación desde un plano más elevado y por razones fundamentalmente morales de una teoría y de una técnica que no encajan exactamente dentro de la trayectoria cristiana de nuestro pensamiento.

Respecto al primer punto, podemos contestar con los mismos psicoanalistas, sean o no ortodoxos, diciendo que se trata de un mecanismo de defensa primitiva que es precisamente necesario analizar para aclararlo y

hacerlo desaparecer. Hasta qué punto esto es cierto, es asunto que no intentamos puntualizar, ya que nuestra postura hoy es fundamentalmente expositiva.

Para contestar al segundo punto recurrimos a la autoridad del padre Gemeli, rector y profesor de la Universidad Católica de Milán y presidente de la Academia Scientiorum del Vaticano. Este ilustre profesor y hombre de ciencia considera que el psicoanálisis debe ser estudiado con espíritu claro y ecuánime por el psicólogo e interpretado con un sentido cristiano. Lo mismo que los escolásticos hicieron de Aristóteles un filósofo cristiano, así, hoy día, podemos hacer que cuanto hay de útil en la doctrina de Freud sea aplicado con equilibrada mesura al mejor conocimiento de la mente humana. Con ello habremos ayudado al progreso de la ciencia y beneficiado al enfermo.

En estos momentos existe una razón más que explique y justifique esta publicación, y es la boga que están adquiriendo en los laboratorios de psicología y en las clínicas psiquiátricas las llamadas técnicas o *test* proyectivos. Estos *test* se basan en la interpretación psicodinámica de la mente humana. Manejarlos sin haber estudiado previamente la teoría psicoanalítica es, indudablemente, cometer un grave error. Muchos de estos *test* han llegado a nuestros laboratorios y clínicas. Entre ellos podemos citar el Rorschach, el «Thematic Apperception Test», el «Picture Frustration Test», el «Minnesota Multiphasic Personality Inventory» y tantos otros. Creemos rendir un serio y señalado servicio a los psicólogos y psiquiatras españoles dándoles ocasión para documentarse debidamente antes de abordar este tipo de exploración psicodinámica de la personalidad.

Esto por sí solo justifica la necesidad práctica de esta edición.

En cuanto al aspecto más general de la doctrina —el que se refiere al contenido del pensamiento freudiano—, no cabe duda de que el poseer reunidos en tres volúmenes y ordenados cronológicamente todos los trabajos de Freud facilitará grandemente su estudio y permitirá abarcar debidamente el alcance de esa doctrina, sus limitaciones y también sus errores. Pues si «en gran parte debemos a Freud y a sus discípulos —como ha escrito el padre T. Moore— el que la psiquiatría comience a reconocer la importancia que tiene, desde un punto de vista psicológico, el *comprender* al paciente», también hemos de reconocer que, «desgraciadamente, Freud y su escuela no han

intentado desarrollar una psicología empírica sana».

Al clínico le corresponderá resolver con tacto y habilidad el problema en cada caso, ya que, como ha dicho también el padre Moore, siempre es posible infundir una moral cristiana dentro de cualquier sistema psicoterápico, puesto que —volvemos a insistir— una cosa es la teoría y otra la aplicación práctica.

Finalmente, podemos decir que también ha llegado el momento de separar la doctrina del hombre. Muerto éste, puede ya trazarse su trayectoria como hombre, como científico, sin que los juicios que merezca —apasionados en uno y otro sentido, como han sido hasta ahora— influyan en modo alguno sobre la doctrina por él elaborada. Depurada de prejuicios y aislada de la aplicación práctica o psicoanálisis, debe ser estudiada con serenidad y objetividad por psicólogos y psiquiatras.

«La importancia de Freud no está en haber creado y enseñado el psicoanálisis con su completa y discutible técnica y, sobre todo, con esa fanática superestructura teórica —dice el padre Gemeli—, sino en ser el primero que ha dicho que para conseguir una psicología verdadera se precisa comprender las acciones humanas en su génesis y en su desenvolvimiento».

Freud ha estado durante cuarenta años trabajando ocho y diez horas diarias, analizando caso tras caso y elaborando al mismo tiempo sus teorías. Antes de criticar debemos considerar cuál es la propia experiencia de los expertos y pensar si la postura honesta no es la de acercarse sin prejuicios a la obra y considerarla con claro espíritu científico. Después, libre está cada cual de fijar su posición.

Aún es pronto para decir cuántos elementos de su doctrina se incorporarán a la psicología del futuro; pero lo que no podemos menos de admitir es que Freud ha abierto un nuevo camino a la investigación psicológica y elaborado una interpretación dinámica del psiquismo que es de un alto valor práctico en la clínica. «Las interesantes especulaciones y observaciones de Freud y de sus discípulos —ha dicho Th. V. Moore— constituyen la escuela de psicopatología más importante de nuestra época».

EL EDITOR.

INTRODUCCIÓN A ESTE TOMO PRIMERO

Una nueva edición de las *Obras completas* de Freud, emprendida casi al transcurrir el medio siglo de la primera traducción de las mismas al castellano requiere, ante todo, un breve comentario histórico. No en cuanto a la situación de la obra de Freud dentro de la evolución de la Medicina contemporánea, empresa que, desde diversos puntos de vista y siempre con admirable penetración ha sido acometida múltiples veces entre nosotros por Laín Entralgo, sino alrededor de la circunstancia, hoy también importante, de que la traducción de Freud al castellano que ahora se reedita, con las modificaciones y aditamentos que el editor explica, ha adquirido por sí sola singular y sobresaliente significación dentro no ya de la historia de la Medicina sino de la historia de nuestra cultura.

Hasta cierto punto habría que darle la razón a Víctor von Weizsäcker, adivinador de tantas cosas que iban a venir, cuando en sus recuerdos sobre Sigmund Freud tras declarar que sería «empresa remuneradora» analizar la «crisis de la Medicina» dentro del gran marco histórico en el que se ha desenvuelto, agrega: «Creo, no obstante, que la época del historismo está conclusa y que se está desarrollando en catarata una nueva época que no va a tener para la historia ni tiempo, ni energías, ni suficiente interés». Como tantas cosas esta afirmación era a la vez cierta y errónea, y lo demuestra la coexistencia, en estos días, de una absoluta indiferencia y, a la vez, de un interés vivísimo por el proceso histórico de nuestra civilización.

Gracias a la Editorial Biblioteca Nueva y al meritorio Luis López-Ballesteros y de Torres, estimulado por don José Ortega y Gasset, disponíamos los estudiantes españoles hace ya casi medio siglo, de una traducción de los escritos de Freud que el propio autor elogia, en una curiosa

carta que dice entre líneas mucho más de lo que parece. Ya que en ella confiesa que «aprendió, sin maestros, la bella lengua castellana», por el deseo de leer *Don Quijote* en el original. Alguna vez he señalado la omisión por los biógrafos de Freud de este hecho revelador. Freud, adolescente, funda con su amigo Fluss, nacido como él en Friberg, una especie de sociedad secreta, la «Academia española». Como lenguaje críptico, para que los demás no les entiendan, utilizan el castellano. Una de las pocas cosas que nadie le ha discutido a Freud es su excelente estilo. Freud es, por de pronto, uno de los grandes escritores de nuestro tiempo. También en sus recuerdos sobre Freud dice Víctor von Weizsäcker:

«Dentro del terreno de la expresión personal entra también el estilo de los escritos de Freud. No sé si se estará de acuerdo conmigo en que el alemán, desde el viejo Goethe, desde Ranke y desde Humboldt, no ha hecho más que entrar en decadencia. Todavía Helmholtz, y Hering escriben de manera impecable. Pero el lenguaje de los investigadores y de los sabios se vuelve cada vez más descuidado. A pesar de su maestría en obtener efectos espectaculares el propio Nietzsche es cuestionable. Observemos que hasta pensadores importantes como Scheler o médicos tan ejemplares como Krehl, escriben en un estilo deplorable. El buen lenguaje ya no preocupa y el arte clásico ha llegado a su fin. Freud es en esto una excepción. Su lenguaje ya no es clásico, pero va guiado por principios artísticos. Tales son: limitación rigurosa a las palabras esenciales; una cierta levedad etérea, una gracia que desdeña el énfasis y los superlativos; la conservación de la lógica inherente a nuestra cultura; la huida de las metáforas y adornos; el equilibrio entre la objetividad científica y la humana subjetividad; el yo del autor se transparenta siempre a través de la honestidad de la exposición…»

Concluye el fundador de la Antropología médica con estas palabras: «Es imposible no ensalzar superlativamente este estilo de Freud…» Estilo que ha sido sometido en época reciente a un análisis cuidadoso tratando de explicar su gracia singular y atribuyéndola a que Freud introduce a su lector, sin que éste se percate, en un «diálogo ficticio», en el que le hace «pensar con él», haciéndole creer que del lector nacen sus propias refutaciones y objeciones. Me he permitido sugerir que el gran maestro de este «diálogo ficticio» y por tanto el maestro secreto del estilo de Freud, fue Cervantes que también tiene,

en su estilo, de manera imperceptible, esta cortesía extremada hacia el lector. No es un azar que en sus juegos literarios primeros Freud hubiese adoptado como seudónimo el nombre de uno de los canes del «Diálogo de los perros» de las «Novelas ejemplares». Contemplada desde esta perspectiva la carta de Freud a su traductor español, en la que le dice el vivo agrado que le produce la lectura de su pensamiento en nuestro propio idioma «por la correctísima interpretación de mi pensamiento y la elegancia del estilo», tiene para nosotros resonancias emocionales que, a mi juicio, no han sido suficientemente subrayadas. Freud debió encontrarse, otra vez adolescente, con lo más íntimo de su ser, al repasar, vertidas al castellano sus ideas. *Don Quijote* había sido una de sus lecturas más decisivas. He destacado esta circunstancia que confiere a la traducción española de las obras de Freud un valor excepcional diciendo: «Estaba lejos de pensar don José Ortega y Gasset, cuando aconsejó la traducción al castellano de la obra de Freud, que sin saberlo, cerraba con ello uno de esos círculos misteriosos que a veces traza la historia del espíritu humano».

También estaba lejos de pensar don José Ortega y Gasset que llegaría un día en que la obra de Freud, pasando del lector curioso y de manos de psicólogos y médicos a la de los filósofos iba a constituir uno de los temas más fundamentales y críticos del pensamiento del último tercio del siglo XX. Ya Max Scheler en su gran obra *Esencia y formas de la simpatía*, publicada en 1926, había dedicado minuciosa atención a la obra de Freud. Tras un período de menosprecio y de rechazo la situación cambia, de manera radical, hacia 1960. Aparece entonces el libro de A. Hesnard: *L'Oeuvre de Freud el son importance pour le monde moderne*, al cual pone un prólogo Maurice Merleau-Ponty. Este prólogo puede considerarse como histórico y como tal ha sido traducido en la revista *The human context* (Vol. II, diciembre 1970). En él se sostiene, comentando las relaciones del psicoanálisis con la fenomenología: «A su turno, el pensamiento freudiano confirma a la fenomenología en su descripción de una conciencia, la cual no es tanto conocimiento o representación como investimento; le aporta un material que añade peso a lo que ya había sido capaz de decir, en general, de las relaciones con el mundo y con el vínculo interhumano». Agrega más adelante que, aunque Freud no tiene el genio filosófico, no obstante, es «soberano

escuchador de los confusos ruidos de la vida». A la aproximación —más o menos cuestionable— entre la moderna fenomenología y el psicoanálisis, consagran varios trabajos De Wahlens en sus *Reflexions sur les rapports de la Phénomenologie el de la Psychanalyse* e Hippolyte, en su *Phénomenologie de Hegel el Psychanalyse*. El filósofo francés Paul Ricoeur va a escribir sobre el psicoanálisis dos grandes libros, uno de más de 500 páginas titulado *De Pinterpreiaiion* y otro, cuatro años más tarde, *Le conflict des inierpretations*. He comentado alguna vez el asombro que tendría Ludwig Binswanger que en su conferencia famosa *Mi camino hacia Freud* explica cómo decidió seguir, en Psiquiatría, el camino fenomenológico y no el psicoanalítico, si hubiese podido asistir, en las postrimerías de su vida, a este acercamiento inesperado y rotundo entre psicoanálisis y fenomenología.

Me lleva esto a recordar otra de las grandes afirmaciones que Víctor von Weizsäcker hizo sobre la obra de Freud y en la que se demuestra pronosticador sagacísimo de nuestra cultura. Dice hablando de Freud: «Constituye un fenómeno de tal magnitud que, tranquilamente, puedo parangonarlo con la filosofía de Hegel». Estas graves palabras vienen, en sus recuerdos sobre Freud, al término de unas consideraciones que, en estos días, adquieren inusitada actualidad. Acaba de lamentarse el ilustre internista de que, ante sus esfuerzos por fundar una Medicina antropológica, la juventud de aquellos días le vuelva las espaldas o sólo le siga *halbherzig*, con medio corazón. Lo atribuye —estamos todavía en 1926 a la «indecisión» de aquella juventud que «quería sobre todo participar en la lucha política y que creía que sólo en este terreno puede conseguirse la reforma de la Medicina. No tenían paciencia y ya no esperaban nada del investigador como tal…» Aunque, a primera vista, las cosas parecen haber cambiado y hoy todo se espera de un cierto estilo de la investigación, el problema de la tergiversación del psicoanálisis con las reformas políticas y sociales se nos presenta de nuevo en la actualidad, con gran virulencia y en forma distinta. Pero confirmando otra de las increíbles adivinaciones de Víctor von Weizsäcker: «El psicoanálisis ha sido rechazado por los políticos que guían a las masas; se muestra vehículo del individualismo y con frecuencia de una actitud aristocrática, o bien se le valora como componente fundamental de la era de la burguesía, por lo menos de su etapa postrera…» Asombra ver que estas líneas han sido

escritas en 1954, anunciando una crisis, la que más estupefacción hubiera producido a Sigmund Freud si hubiera sobrevivido para asistir a ella.

Ya que los ataques que el psicoanálisis recibió de todas partes, ante todo de la psiquiatría oficial, pero también de muchos otros sectores, acusándole de pensamiento sectario, de fantasías intelectuales sin base teórica, anunciando, año tras año, durante tres cuartos de siglo, su inminente desaparición, son ahora reemplazados por la actitud contraria. El psicoanálisis representa —se dice— el último baluarte del pensamiento burgués, los postreros reductos del mundo capitalista. De ser repudiado como novedad intolerable pasa ahora a ser combatido como actitud reaccionaria y retrógrada.

Lo que más asombro produce cuando recorremos retrospectivamente el camino de las ideas de Freud a lo largo de los tres primeros cuartos de siglo, es su inmensa, su innegable, su inextinguible fecundidad. Las gentes de las más varia condición: psiquiatras, médicos, psicólogos, filósofos, sociólogos, lingüistas, antropólogos, críticos literarios, escritores de toda índole adoptan ante él las posiciones más variadas. Son unas veces seducidos, otras se indignan; sienten fascinación o repulsa, reaccionan con crítica, con admiración, con enmiendas, con rechazo. Se habla de la agonía del psicoanálisis, de su muerte casi inmediata, de su acción nefasta sobre la cultura, de su falsedad. Pero, no obstante, no es posible en la actualidad hacer seriamente filosofía, antropología cultural, psicología, de cualquier índole que sea, antropología médica, neurología, psiquiatría sin un enfrentamiento dialéctico con el pensamiento de Freud. Como un gigante, desde sus páginas escritas en lengua diáfana y bella, que como acabamos de ver restablece los fueros del idioma germano, preside nuestro siglo. Su obra forma parte inexcusable de la biblioteca de todo hombre culto. Quiéralo o no, acéptelo o no; cualquiera que sea la actitud que frente a Freud se adopte.

Dos filósofos franceses bien dispares, Paul Ricoeur y Michel Foucault, coinciden en la tesis de que los tres pensadores que determinan la peculiar toma de conciencia del hombre moderno que caracteriza a nuestro tiempo son Marx, Nietzsche y Freud. Ricoeur, filósofo cristiano, afirma: «No cabe la menor duda de que la obra de Freud es tan importante para la toma de conciencia del hombre moderno como la de Marx y la de Nietzsche; el

parentesco entre estas tres críticas de la conciencia “falsa” es evidentísimo… la significación para nuestro tiempo de estos tres exegetas del hombre moderno no podrá ser realzada más que conjuntamente para todos ellos… Ante todo concentran su ataque sobre la misma ilusión, ilusión aureolada de un hombre prestigioso: la ilusión de la conciencia de sí… La filosofía formada en la escuela de Descartes sabe que las cosas son dudosas, que no son tales como aparecen; pero en cambio de lo que no duda es de que la conciencia sea tal como se aparece a ella misma; en ella coinciden sentido y conciencia del sentido. Ahora bien, a partir de Marx, de Nietzsche y de Freud esto es lo que ponemos en duda. Tras la duda sobre la cosa, hemos entrado en la duda sobre la conciencia…» Similar, aunque desde un punto de vista filosófico radicalmente opuesto es la opinión de Foucault. Si para Ricoeur Nietzsche, Marx y Freud son los tres grandes *maestros de la sospecha*, para Foucault es el lenguaje el que en nuestro tiempo debe ser motivo de sospecha. La cual tiene dos modalidades: la primera es la de que el lenguaje *no dice exactamente lo que dice*. Detrás o por debajo de lo que aparenta decir, el lenguaje *dice otra cosa*, más importante que la primera. La segunda sospecha es todavía más grave. Hay, además del lenguaje verbal, *otros lenguajes*. Hay tres obras capitales para el mundo moderno; el *Capital*, de Marx, el *Nacimiento de la tragedia*, de Nietzsche, la *Interpretación de los sueños*, de Freud. En todas ellas se lleva a cabo lo que ya Ricoeur denominaba *demistificación de la razón*. Obligándonos a interpretarnos a nosotros mismos nos llevan a una posición de autorreflexión, de crítica. Este aspecto, hasta ahora inédito del psicoanálisis, el de ser la única ciencia que ejerce a fondo la *autorreflexión*, esto es la reflexión a fondo sobre aquellas motivaciones de orden subconsciente, personal, emotivo que van, de manera insensible condicionando el conocimiento ha sido puesto admirablemente en evidencia por el sociólogo alemán Jürgen Habermas, en su libro *Erkenntnis und Interesse* que muchas veces he comentado.

Sostiene Jürgen Habermas que Freud, en realidad, lo que hace es fundar una nueva *ciencia humana*, pero una ciencia humana que no deja nunca de ser *ciencia natural*. Ya Víctor von Weizsäcker replicaba en 1954 a los que sostenían que el psicoanálisis nada tenía que ver con la ciencia y, sobre todo, con las ciencias naturales que, por el contrario: «Una cosa es, desde luego,

segura, a saber que el psicoanálisis también lo primero que hace, antes de intentar explicar, es percibir, observar, describir. Comienza como una ciencia empírica. Y lo curioso es que esto es precisamente lo que ha pasado inadvertido a sus adversarios» (*Natur und Geist*, pág. 176). Para Jürgen Habermas, en 1969, la cosa ya no tiene ninguna duda. «El psicoanálisis es, en realidad, lo único que ha convertido a la psicología en una ciencia» (*Erkenntnis und Interesse*. pág. 301). En su libro Habermas pone en evidencia, de manera sistemática y convincente el substrato de intereses que subyace siempre tras el conocimiento y que, por tanto, afecta a la posibilidad del conocimiento como tal. La autorreflexión sería a la vez un darse cuenta y un emanciparse, un percibir estos intereses y al mismo tiempo una liberación o intento de liberación de esta dependencia dogmática y, por lo general, inconsciente, pues está anclada en el substrato histórico de la ciencia.

Al hablar de *la autorreflexión como una nueva ciencia* pone Habermas como ejemplo a Freud. Dice: «A fines del siglo XIX surge una disciplina, primero como obra de un solo hombre, que se mueve ya desde el principio en el elemento de la autorreflexión y, al propio tiempo, pretende ser legitimada de manera rigurosa como científica… El psicoanálisis es, para nosotros, el único ejemplo hasta ahora tangible y relevante de una ciencia que toma como exigencia metódica la autorreflexión…»

Ya sé que estas consideraciones mías suscitarán no pocas indignaciones. Refiriéndome a la ciencia que durante años he cultivado y que es impensable sin el psicoanálisis dije, hace bastantes años, sin ser entendido: Basta con proseguir con rigor el camino de la Medicina científico-natural hasta sus últimas consecuencias y en forma suficientemente crítica, para encontrarse con la Medicina psicosomática. El gran físico y filósofo Cari Friedrich v. Weizsäcker, sobrino del fundador de la Antropología médica, ha sostenido recientemente una tesis parecida. Según él esa Medicina que no ve a la persona humana ni al espíritu y que reprochaba al psicoanálisis no ser una ciencia natural, de lo que peca, a su juicio, es de *no ser todavía suficientemente científico-natural*, esto es, de no ser todo lo autocrítica que debiera.

* * *

Es evidente que hay algo de enigmático en esta poderosa vitalidad del pensamiento de Freud, en su fecundidad que ha llegado a penetrar por todos los resquicios de nuestra civilización y que se expresa en la novela, en la crítica literaria, en el cine, en la mentalidad de la gente, en la ciencia. Cada uno hemos tratado de explicarlo a nuestra manera. Merleau-Ponty habla de «una civilización en la cual el psicoanálisis es *tolerado demasiado bien* y en la que sus conceptos, diluidos y trivializados han perdido sus enigmas…» Pero lo cierto es que la oposición al psicoanálisis en la enseñanza oficial continúa con la misma tenacidad que en la época en que Víctor von Weizsäcker al referirnos su vida, a partir de la famosa reunión en Baden-Baden, en 1926, en la que pudo nacer una Medicina nueva, pues en ella se reunieron por primera vez con psicoanalistas, internistas, ginecólogos, pediatras y psiquiatras nos dice, a continuación, con melancolía: A partir de este momento comenzó también la segregación de los psicoterapeutas de la Medicina oficial. Y añade «Ninguno de los hombres que con todas sus fuerzas se consagraron a la empresa psicoterápica, llegó a conseguir una cátedra universitaria, lo mismo si procedía de la psiquiatría o de la Medicina interna. Ya Freud, en la Introducción a sus lecciones sobre psicoanálisis previno de ello y anunció este destino a sus partidarios. Tenía razón… Soy una de las poquísimas excepciones… aunque no la única».

He aquí, por un lado, unas ideas, de enorme fecundidad que empapan todo el pensamiento contemporáneo, con las que ha de enfrentarse todo investigador de «ciencias humanas» y, por el otro, el «tabú» mantenido, de manera pertinaz. Los frutos del psicoanálisis, su importancia, han sido examinados en multitud de libros y de trabajos por filósofos, sociólogos, psicólogos y psiquiatras. Solamente la lista de los estudios que de esto se ocupan llenaría mucho espacio. Me referiré tan sólo al libro de David Riesman, *Freud und die Psychoanalyse*, traducción alemana del original *Individitalism Reconsidered*, a la obra colectiva, dirigida por Theodor Adorno y Walter Dirks: *Freud en la actualidad*; al libro de John Wisdom, *Philosophy and Psychoanalysis*; a los ya mencionados de Paul Ricoeur, A. Hesnard y Michel Foucault; a los estudios de Jürgen Habermas, a que antes he aludido y a las consideraciones sobre este problema que hago en mi libro *Biología y*

psicoanálisis.

Pienso que la obra de Freud se inserta en dos grandes movimientos que subyacen tras la historia contemporánea. El primero, la ampliación de la realidad del hombre. La cual está definida por lo que denomino *la supresión del menosprecio*. El menosprecio al subconsciente marchaba paralelamente con el menosprecio al menesteroso, al trabajador, al hombre desposeído de medios de fortuna. Y también con el menosprecio a pueblos que despectivamente llamábamos primitivos o bárbaros. Y con el menosprecio a otras religiones y culturas. El segundo movimiento es el desarrollo de la autocrítica, de la autorreflexión al que antes me he referido y que descansa sobre la *ruptura de unos tabús* que, sin que nos diéramos cuenta de ello marcaban nuestra cultura. Desconocíamos que toda clasificación, que toda dicotomía, en cuerpo y alma, en cerebro de la vida de relación y en sistema visceral, en arte y ciencia, en cultura humanística y cultura científica responde a una sección quirúrgica que, inevitablemente, pasa por el sector más importante de la realidad, destruyéndolo y haciéndolo desaparecer ante nuestros ojos. Sólo tras la autorreflexión sobre las condiciones psicológicas y sobre los intereses, emocionales o de clase, económicos o colectivos, históricos, etc., que condicionan esta eliminación de lo más rico de la realidad al pretender ordenarla, clasificarla, somos capaces de *recuperar lo perdido*, de darnos cuenta de la grave amputación de que, inconscientemente, llevamos a cabo en una parte esencial de lo real.

Quizá sea éste el momento de explicar por qué razón se ha encomendado este prólogo a quien no es más que médico, internista, como lo fue Víctor von Weizsäcker antes de que las circunstancias oficiales le llevasen a ser Profesor ordinario de Neurología. En uno de los certeros prefacios que Strachey escribió para la edición completa de las obras de Freud, *The Standard Edition*, se recuerda una vez más la famosísima frase de Charcot, frase que le obsesionaba ya desde su regreso de París. Cuando Freud le argüía que ciertas hipótesis no se armonizaban con los hechos, Charcot replicó: «Esto no les impide existir». Ciertamente los hechos existen, están ahí; lo que ocurre es que muchas veces no los vemos. En el presente tomo se incluyen los «Estudios sobre la histeria». La experiencia sobre la histeria que hizo Freud en la Salpêtrière fue lo que llevó directamente a la génesis sexual de

los trastornos. Recientemente mi amigo León Chertok ha puesto de manifiesto la importancia que tuvieron las emociones que Freud experimenta en París para sus concepciones y como, pese a que su memoria le hizo la conocida traición de ocultar el recuerdo, la idea de que siempre en la histeria existe, como base, un trauma sexual procedía en realidad de Charcot. En su interesante apéndice a una de las mejores exposiciones críticas del psicoanálisis que conozco, la de mi maestro Gustavo Bally, apéndice que se refiere a la «Sociología del psicoanálisis» se señala que en el mundo de Charcot empezaba a perderse la fe religiosa. La secularización del mundo iniciaba ya la disgregación del grupo humano. Las fantasías eróticas que Freud descubría eran, en realidad, la búsqueda, en la fantasía, de un regazo afectivo, de un vínculo emocional con profundas raíces biológicas. Pero, además, existía la injusticia social. Las lecciones de Charcot ante un público de damas elegantes oscurecía la evidente realidad de que aquellas pobres mujeres que se contorsionaban y mostraban parálisis o cegueras a voluntad del investigador, encontraban con su enfermedad un asilo, una cierta protección. Con frase definitiva lo expresa Bally diciendo que en tales circunstancias a las pacientes no les quedaba otra alternativa que la neurosis o la barricada. Es bueno recordarlo ahora, en el momento en que un importante grupo psicoanalítico de habla española comienzan a poner en cuestión sus métodos de tratamiento, de base burguesa y se preguntan si, para curar a sus pacientes, no es menester antes cambiar la estructura de la sociedad. Los aspectos sociólogos del psicoanálisis inquietan cada vez en todo el mundo. Freud y Marx son aproximados, a veces en forma confusa y, en virtud de ello, puestos los actuales psicoanalistas al igual que las histéricas de Charcot, ante el dilema de la psicoterapia analítica clásica con honorarios elevados e incorporación tácita a la sociedad burguesa y las barricadas, o sea, la revolución no ha de extrañar que, en ocasiones, se inclinen resueltamente por esta última. Véase a este respecto dos libros representativos: *Cuestionamos, Documentos de crítica a la ubicación actual del psicoanálisis*, escritos por Marie Langer, José Bleger y un grupo numeroso de psicoanalistas y el del filósofo y crítico francés Gilíes Deleuze, en colaboración con Félix Guattari, *Capitalisme et schizophrénie*, del cual hasta ahora solamente ha aparecido el primer tomo: *L’anti-Oedipe*.

Pero junto a estos hechos sociales, a los cuales las teorías más o menos encubridoras *no les impiden existir* tenemos también los hechos biológicos. Otro de los importantes trabajos de Freud que se incluyen en este primer tomo es el del llamado «Entwurf» o *Proyecto de una psicología para neurólogos*, como se titula en la traducción castellana. Digo en mi libro *Biología y psicoanálisis*: «… El manuscrito de Freud no llevaba título alguno. Procede de 1895. Los ingleses lo han traducido por *Project for a scientific psychology* y representa el intento de Freud para dar expresión a sus hallazgos en términos de neurofisiología». Considero en mi libro que es hora ya de terminar con la idea de que prescindir de la expresión neurofisiológica de los descubrimientos de la clínica es un principio fecundo y con la convicción arraigada de que es nefasto para el progreso del psicoanálisis pensar los problemas psicoanalíticos en términos de neurofisiología. Persistir en este camino alejaría al psicoanálisis de su raíz médica, de sus orígenes en la clínica, en la observación de los enfermos, realizada por un hombre de genio que pasó muchos años de su vida estudiando las estructuras cerebrales. Sí; es cierto, las teorías no han de imponerse a los hechos. Jamás impiden que éstos existan —como decía Charcot— que *estén ahí*. Y los hechos que están ahí son, por un lado, circunstancias sociológicas, estructuras sociales más o menos injustas, juegos de intereses históricos y de fuerzas colectivas opresoras. Pero también están ahí el cerebro límbico, las complejas estructuras de la amígdala y del hipocampo y un enorme caudal de datos que vienen a confirmar y rubricar muchos de los descubrimientos del psicoanálisis. *También éstos son hechos*, a los cuales poco les importan las teorías. Las cuales no son capaces de impedir que el rinencéfalo o cerebro interno *existan*. Como existe también la inmadurez cerebral y el progresivo proliferar de las ramificaciones de las neuronas bajo la tutela afectiva. Y los sistemas enzimáticos que perfilan sus características en la primera relación constitutiva. Y los nuevos descubrimientos sobre la herencia. El psicoanálisis corre hoy el peligro de ser arrastrado por el camino de los progresos de la moderna sociología y, a la vez, el riesgo no menor de prescindir de ella, de no tener en cuenta que el ser individual es, como tantas veces he dicho, una abstracción, si no se le estudia inmerso en la realidad social. Ya hemos visto que Víctor von Weizsäcker, en tiempos que ahora ya nos parecen remotos se

dio cuenta de ello, del riesgo de esta posición aristocrática e individualista de la práctica psicoanalítica, tal como viene llevándose a cabo dentro de la sociedad burguesa. Y recordemos también la frase del filósofo Ricoeur «… la significación para nuestro tiempo de estos tres exegetas del hombre moderno (Marx, Nietzsche y Freud) no podrá ser realizada más que conjuntamente para todos ellos…» Pero por eso mismo es imprescindible, al menos a mi parecer, que el psicoanálisis nunca pierda el suelo firme de la clínica y que debe retornar, en la medida en que los avances de nuestros conocimientos lo permiten, a sus bases biológicas, genéticas, neurofisiológicas y bioquímicas. Ésta ha sido la motivación de mi libro *Biología y Psicoanálisis*.

Éste es también el motivo por el que pienso, al igual que Víctor von Weizsäcker al que tantas veces he citado en este prólogo, que la Antropología médica o, si se quiere la Medicina psicosomática no es únicamente una aplicación del psicoanálisis a la Medicina, sino algo sustancialmente importante para la misma esencia del psicoanálisis. El cual, jamás debemos olvidarlo, *nace de la clínica*, esto es de la observación de los enfermos. Y es creado, vuelvo a repetirlo, por un hombre que ha pasado largas horas de su vida examinando las células nerviosas al microscopio.

En este primer tomo que ahora se publica se incluyen las primeras obras clínicas de Freud, de las que nace toda su obra posterior, sus «observaciones» sobre pacientes, sus notas a la sugestión como método terapéutico, el estudio comparativo entre las parálisis motrices orgánicas y las histéricas. Los médicos actuales ya no tienen presente la importancia que alcanzaba todavía en la época en que comencé mis estudios este diagnóstico diferencial. Recuerdo que en sus oposiciones a la cátedra de Madrid, Nóvoa Santos, en el llamado «ejercicio clínico», dio una brillantísima lección sobre el paciente en este problema del diagnóstico que era, en aquella época, no sólo frecuente sino uno de los que más acreditaban a un maestro.

Probablemente hoy los casos incluidos por Freud en sus «estudios sobre la histeria» serían juzgados de otra manera. Investigaríamos la estructura familiar de donde procedían, y pondríamos el acento no sólo en los mecanismos dinámicos de la conversión, sino en la penuria interior del núcleo de la persona nacida de su desamparo afectivo. Recordaré, una vez más, a mi maestro el gran Gustavo Bally que, en su *Introducción al*

psicoanálisis de Sigmundo Freud, dice: «Si el psicoanálisis parte, históricamente, del problema de la histeria, esto no sucede por casualidad, sino porque las enfermas… se servían de la neurosis para escapar *gracias a ella*, *gracias a su neurosis*, al desamparo social y económico en que les deja la cruel estructura de la sociedad burguesa de la época…» La clientela con la que Freud se encuentra a su vuelta a Viena no era el proletariado desamparado de París, sino la burguesía judía, racialmente desarraigada. Pero en ella, en la familia, se iniciaba ya el desamparo afectivo que deja al núcleo de la persona, como va a decir Guntrip, vacío y menesteroso.

Hoy no nos sería difícil ver en algunos de los casos descritos en este volumen como «histeria» lo que ahora denominamos «neurosis liminares» o «esquizoidias», con un núcleo paupérrimo en el centro del «sí mismo», nacido de un deficiente mundo relacional, en esas emociones básicas que tejen la raíz de la persona.

La importancia del «Proyecto», comprendido en este tomo, ha sido subrayada por el gran neurofisiólogo Karl Pribram en su trabajo «Freud's Project. An Open, Biological Based Model for Psychoanalysis», publicado en el libro *Psychoanalysis and Cúrrente Biological Thought*. Pribram sostiene que el «modelo psicoanalítico» del cual deriva actualmente una gran parte de la psicología y psiquiatría moderna, en realidad, bien examinado, es un modelo neurofisiológico enmascarado. Pese al aparente abandono del pensamiento neurológico expresado en el «Proyecto», en realidad este subsiste, de manera subterránea, por debajo del pensamiento psicoanalítico. Lo curioso es que los enormes avances hechos por la neurofisiología desde que Freud escribió su proyecto y que ahora permiten «someterlo a prueba» demuestran —como hace Pribram— que tal «proyecto» está colmado de certerísimas intuiciones de lo que luego iba a descubrir la investigación experimental. Algo similar ha puesto de manifiesto Paul Kline al señalar cómo la psicología conductista de nuestros días viene también a confirmar los principales postulados del psicoanálisis (*Fact and Fantasy in Freudian Theory*, Methuen 1972). Ocuparía demasiado espacio —y no es de este lugar — seguir a Pribram en su demostración de la no incompatibilidad entre el «modelo» del funcionamiento cerebral al que el mismo llega ahora tras ingeniosos y pacientes estudios experimentales y el modelo psicoanalítico.

Este intento es precisamente el que me ha llevado a escribir *Biología y psicoanálisis*. Que la aparente ruptura de Freud con su primitiva neurofisiología del «Proyecto», por muy vestida que esté de motivaciones personales su separación de la neurología oficial, su autoanálisis, etc., no es tal ruptura, sino que más bien habría que aplicar a esta *negación* de su historia personal neurofisiológica la misma Sospecha que él aplica a toda «negación», ha sido puesto de relieve, a la vez por Robert R. Holt, en el mismo libro que acabo de mencionar (en el capítulo titulado: «A review of Some of Freud's Biological Assumptions and Their Influence on His Theories»), por Joseph Nuttin (Cañad. J. Psychol. 10, 167, 1956) y por el propio James Strachey en sus valiosos comentarios a la edición de sus obras completas de Freud en lengua inglesa. Holt se refiere a una tesis de M. Peter Amacher titulada «La influencia de la neuroanatomía, neurofisiología y psiquiatría de los maestros de Freud en sus teorías psicoanalíticas».

«Seríamos muy malos psicólogos —dice Holt— si aceptásemos que no hay una cierta continuidad en el cambio de Freud. No se desprende uno a la ligera, de cualquier modo, de veinte años de consagración apasionada al estudio del sistema nervioso, por la decisión de Freud de convertirse en un psicólogo en lugar de trabajar con un modelo abstracto e hipotético…» Hoy ha desaparecido la razón primordial que se oponía a que este modelo funcionase y que residía en el error de la neurofisiología de la época de Freud de pensar al sistema nervioso como un aparato pasivo, sometido únicamente a acciones reflejas. Pero vuelvo a repetir que el apasionante análisis de lo que subsiste en el psicoanálisis de su primitivo «Proyecto» y la conciliación de estos puntos de vista de su viejo texto con los datos de la actual neurofisiología nos llevaría muy lejos del intento inicial de este Prólogo. El cual trata de mostrar que los textos incluidos en este primer volumen tienen mucha más trascendencia que las de ser un preludio histórico al gran edificio del psicoanálisis freudiano. Ya en ellos está, bien visible desde el primer momento, la garra del genio. Y, en germen, quizá lo que hoy es más importante de toda la teoría psicoanalítica, esa esperanza que, en el fondo, nunca abandonó a Freud de que, un día su teoría llegase a integrarse con una neurología cuyo desarrollo, seriedad y hondura tuviesen verdadero valor biológico. Pienso que los progresos fascinantes que esta ciencia viene

realizando en los últimos años van confirmando, poco a poco, esta secreta esperanza que, en lo más recóndito de su subconsciente albergaba el fundador del método psicoanalítico.

Dice Miguel Foucault que *La interpretación de los sueños* es, con el *Nacimiento de la tragedia*, de Nietzsche, y con *El capital*, de Marx, una de las tres obras fundamentales del mundo moderno. No lo pareció así cuando fue publicada. Su autor, sin embargo, se dio perfecta cuenta de que se trataba de una obra de gran trascendencia. En una carta escrita a su amigo, Wilhelm Fliess, el 12 de junio de 1900, le dice: «Crees tú, en realidad, que en el futuro se podrá leer en esta casa una lápida de mármol en la que diga:

EN ESTE LUGAR, EL 24 DE JULIO DE 1895, DESVELÓ
EL DR. SIGM. FREUD EL SECRETO DE LOS SUEÑOS».

Esto no obstante, la obra, que apareció el 4 de noviembre de 1899 (aunque fechada en la portada 1900), tardó en venderse y recibió, por lo general, críticas despectivas. Según datos de Ernesto Jones, se tiraron solamente 600 ejemplares. En las primeras seis semanas solamente se vendieron 123. En los dos años siguientes fueron despachados 228. A Freud, el editor le abonó como honorarios 522,40 florines. El propio Freud lamentábase (en la *Historia del movimiento psicoanalítico*) de que su libro no fue «ni siquiera comentado en la literatura especializada y en los pocos casos en que esto ocurrió fue criticado con superioridad compasiva o con sarcasmo». En el tomo primero de su *Biografía de Freud*, Ernesto Jones cuenta que el periódico vienés *Zeit* publicó, a las seis semanas de haber aparecido *La interpretación de los sueños*, una crítica despreciativa y sin el menor ingenio de Burckhard, antiguo director del famoso *Burgtheater*, y que, a partir de ese momento, en Viena todo el mundo dejó de interesarse por este libro. El 3 de marzo de 1900 se publicó una breve nota en el *Umschau*, y el 10 de marzo, otra, en el *Wiener Fremdenblatt*. Y añade: «Ni siquiera la influencia de Fliess logró que se hiciese una buena crítica del libro en Berlín».

En su *Autobiografía* refiere Freud que un asistente de la clínica psiquiátrica, que más tarde fue hecho profesor, Raimann, escribió un libro,

Die hysterische Geistesstórtung, tan sólo con la finalidad de refutar la tesis de Freud de la interpretación de los sueños. Pero él mismo confesaba que no había leído el libro de Freud, añadiendo para justificarse, «que no valía la pena». Poco después Raimann dio, ante 400 estudiantes, probablemente en la misma aula donde escuché muchas lecciones de Neurología a Pötzl, a Hoff y a otros discípulos de Wagner-Jauregg, una lección sobre la histeria, que terminó con estas palabras: «Como ustedes ven, estos enfermos tienen la tendencia a aliviarse de su síntomas hablando. Un colega de esta ciudad ha utilizado esta circunstancia para construir sobre este simple hecho toda una teoría con la que se está llenando los bolsillos».

De las críticas en las revistas de Psicología y de Psiquiatría afirma Jones fueron tan aniquiladoras como hubiera podido serlo un silencio mortal. El psicólogo Wilhelm Stern señala en el libro un grave peligro, el de que «gentes poco críticas se pongan con complacencia a jugar con estas ideas perdiéndose en un total misticismo y en una arbitrariedad caótica» (*Zeitschrift fiir Psychologie und Physiologie der Sinnesorgane*, XXVI, 133, 1901). Más severo fue aún el Profesor Liepmann, de Berlín, afirmando que «las ideas fantásticas de un artista habían triunfado sobre el investigador científico» (*Monatschrift für Psychiatrie und Neurologie*, 1901, pág. 237).

Recientemente, Trudy Schmidt, de Basilea, tras recordar esta historia, por otra parte bien conocida, de la desastrosa acogida que tuvo entre sus conterráneos y colegas este libro, que va a ser considerado, sin disputa, como uno de los más trascendentales del siglo XX, y por filósofos que están hoy al frente del pensamiento contemporáneo, ha desenterrado la única crítica favorable que se publicó sobre *La interpretación de los sueños*. La firmaba Carlos Metzentin y apareció en el extraordinario dominical de un periódico que veía la luz en Nueva York, probablemente destinado a la colonia de lengua alemana, puesto que está redactado en alemán: el *New Yorker Staats-Zeitung*, el 7 de enero de 1900.

En una conferencia que di hace años sobre «La Escuela médica de Viena», hablaba de una carta muy importante que el fundador de la moderna medicina norteamericana, el que va a ser Sir William Osler, escribe desde la capital austríaca comentando, a la vez que la evidente decadencia de la medicina vienesa, las condiciones que ha de reunir una ciudad y un país para

que hacia ellos vuele esa Minerva que floreció en un tiempo en Padua; después, en París; más tarde, en Viena y en Berlín[1]. Todavía la que hoy conocemos como poderosa y eficaz medicina norteamericana no había apenas iniciado su gigantesco vuelo de águila. ¿Conoció Osler *La interpretación de los sueños*? Pienso que sí, porque era un gran curioso de libros y no dejaría de hojearlos por las librerías del barrio médico.

¡Reflexionemos, por un instante, en este escalofriante detalle histórico! En el momento en que uno de los mejores diagnosticadores médicos, Osler, promulga para la medicina vienesa un pronóstico fatal; cuando los colegas de Freud, ciegos y sordos para la obra del genio, continúan haciendo su pequeño trabajo, en la gran mayoría de los casos hoy olvidado, únicamente un pequeño periódico norteamericano, redactado en alemán, hace justicia a la evidente importancia histórica del presente libro. ¡Muy lejos estaban de pensar, tanto los editores del diario como el Sr. Metzentin, que iban a pasar a la posteridad por esta crítica[2]!

De la cual, por su aguda perspicacia y por enseñarnos que ya en el año en que comienza nuestro siglo hubo alguien que interpretó a Freud mejor que muchos de sus posteriores comentaristas, citaré tan sólo el párrafo final: «El mismo (Freud) está muy lejos de pensar, al final de esta obra, que abre toda una nueva época, que no debe sólo valorarse la importancia que el sueño pueda tener para el conocimiento del futuro. Más bien sirve para el conocimiento del pasado…» Y, termina con unas frases del propio Freud, tan acertadamente escogidas, que tres cuartos de siglo más tarde tienen para nuestra época, apasionadamente embarcada en toda suerte de utopías, significación singular: «Ya que, en todos sus aspectos, el sueño nace del pasado. Aun cuando la vieja creencia de que el sueño sirve para indicarnos el futuro también tiene su parte de verdad. Puesto que si el sueño nos muestra como satisfecho un deseo, de esta suerte nos lleva hacia el futuro; ahora bien, este futuro que el que sueña toma como actual está modelado, por la indestructibilidad de nuestro deseo, a imagen y semejanza del pasado». Si el gran pensador alemán Ernesto Bloch, el autor de *Principio Esperanza*, hubiese meditado este párrafo de Freud, quizá modificase sus conclusiones de que el fundador del psicoanálisis no supo ver esa constitutiva apertura hacia el futuro que es radical condición del ser humano.

Strachey nos dice que el primer dato que pone de manifiesto el interés de Freud por los sueños es una nota al pie de página en el primero de sus casos clínicos, en los *Estudios sobre la histeria* (1895), de Breuer y Freud. Dice allí que habiéndose visto obligado durante varias semanas a cambiar de lecho, tuvo sueños frecuentes que recordaba en el primer cuarto de hora del despertar. Entonces fue cuando se molestó en describirlos y en tratar de interpretarlos. Strachey subraya la importancia del *Proyecto*, recogido en el volumen anterior, y de la correspondencia con Fliess, que con motivo de esta obra se cruza entre los dos amigos, como la base de la concepción freudiana sobre los sueños. Agrega Strachey: «No es exagerado decir que una gran parte del séptimo capítulo de *La interpretación de los sueños* y, en realidad, los ulteriores estudios 'metapsicológicos' de Freud sólo se han vuelto completamente inteligibles después de la publicación del *Proyecto*. Sostiene Strachey que pese a que Freud abandonó, tras muchas enmiendas y rectificaciones, su primitivo *Proyecto*, éste es de gran interés para los lectores de *La interpretación de los sueños*, porque dentro de esta obra subsiste no sólo el esquema general del *Proyecto*, sino muchos de sus elementos fundamentales. Así el 'sistema de neuronas' del *Proyecto* es sustituido por sistemas *psíquicos* o agentes; se comienza a hablar de una 'catexis' hipotética de la energía psíquica, en lugar de las 'cantidades' físicas que tanto papel juegan en el *Proyecto*, sobre todo, el 'principio de inercia' pasa a servir de base al 'principio de placer'» Tampoco hay que olvidar la atención de Freud a los 'sistemas mnémicos' o engramas, cuestión que, como vamos a ver, tras muchos años de olvido, la moderna investigación neurofisiológica actual pone en el centro de problemas que hoy estimamos guardan estrecha relación: los sueños, la memoria y el aprendizaje.

La parte fundamental de *La interpretación de los sueños* estaba, según nos dice el propio Freud, concluida en sus elementos esenciales ya a comienzos de 1896. Pero la similitud entre la estructura de los síntomas neuróticos y los sueños fue ya vista por él en 1895 (en el *Proyecto*). La idea de escribir el libro sobre la interpretación de los sueños es mencionada en la correspondencia con Fliess en mayo de 1897, pero el auto-análisis le hace dejarla de lado. En el verano de este año descubre Freud la importancia del complejo de Edipo y es sólo al final del mismo cuando comienza a escribir

La interpretación de los sueños. En la forma definitiva del libro parece que Fliess ha tenido no poca parte, siendo el responsable de la omisión de un sueño del propio Freud, al parecer bastante importante.

Pese a la ingrata acogida que tuvo el libro en un principio, acabó suscitando una bibliografía inmensa sobre los sueños. Una gran parte de ella ha sido recogida en el importante libro de W. v. Siebenthal, *Die Wissenschaft vom Traum. Ergebnisse und Probleme*, aparecido en Springer, en 1953, y que, probablemente por no ser su autor uno de los freudianos ortodoxos y por ello mostrarse a veces muy riguroso en sus críticas, no ha encontrado el eco que, a mi juicio, merecía por su ponderación y por su información casi exhaustiva. ¡En él se analizan 1300 citas bibliográficas! Sin embargo, podemos encontrar en este libro datos interesantes sobre algo que fue uno de los motivos más poderosos para rechazar en un principio la teoría freudiana de los sueños: que en ella se ponía de manifiesto un rico simbolismo sexual. Un trabajo de Kurth descubre en el famoso libro de Artemidoro de Dalcis, el primer libro sobre los sueños que llega intacto hasta nosotros, una simbólica sexual todavía más osada y atrevida que en Freud. Señala W. Kurth cómo los complejos de castración, el narcisismo y el complejo de Edipo ya se encuentran observados por Artemidoro. En un libro publicado en Praga, en 1938, Th. Hopfner, investigador que nada tiene que ver con el psicoanálisis, descubre el simbolismo sexual en el mundo griego y romano en la misma profusión y riqueza que encontramos en la obra de Freud[3]. Comenta Siebenthal: «Queda uno asombrado de la multitud de nombres y de imágenes que aparecen en lugar de los genitales…» A continuación añade que habiendo aparecido el libro de Hopfner en 1938, de ninguna manera puede pensarse que Freud pudo inspirarse en el mismo para su obra.

En realidad, sólo hasta nuestra época no ha empezado a comprenderse toda la trascendencia no sólo para el psicoanálisis, sino también para el pensamiento contemporáneo de *La interpretación de los sueños*. Fijémonos en las dos palabras que componen el título de este libro: *interpretación* y *sueños*. Por primera vez se plantea el problema de que un fenómeno ha de ser «interpretado», es decir «descifrado», ya que se presenta en forma encubierta y escondida. El problema de los sueños tiene que ver, por consiguiente, con temas que había puesto Jaspers sobre la mesa: la distinción entre explicar,

entender y comprender. Y sobre todo con el «deuten» o sea *la interpretación*. Ya al comienzo de su libro Siebenthal nos habla del «círculo hermenéutico». Explicar supone poner en claro la conexión causal entre dos fenómenos. Las habituales —hoy más que nunca— tesis neuro-fisiológicas del sueño, en realidad, nos dicen que éste ocurre en relación con unos centros nerviosos, pero en cuanto a *explicarlo*, son tan insuficientes como puede serlo la afirmación de que el papel *nos explica* el contenido de las Sagradas Escrituras. Una relación de dependencia no es una relación causal (v. Siebenthal). Entender supone un conocimiento de la red de conexiones en que se produce un fenómeno. Es preciso situar lo conocido dentro de un esquema ordenador. Entender es, a la vez, conocimiento de las relaciones entre las cosas y también conocimiento de ésta dentro de las conexiones que le ligan a un orden superior. Lo primero que hay que hacer es, como Freud, reunir datos aislados. Después hay que referirlos a la totalidad de la psique dentro de la que se producen. Tanto más numerosos los hechos que se coleccionan, tanto más amplio se vuelve el círculo dentro del que han de insertarse. El círculo hermenéutico, constantemente ampliado, exige cada vez un mayor esfuerzo para darle sentido.

En nuestro tiempo, la hermenéutica filosófica ha alcanzado un extraordinario desarrollo, ante todo en manos de Hans George Gadamer, partiendo de la metafísica de Heidegger. Gadamer en su obra *Wahrheit und Methode*, no menciona ni a Freud ni el intento, muy estimable de Siebenthal, de situar la «ciencia de los sueños» dentro de la hermenéutica. En cambio, como ya indiqué anteriormente en esta «Introducción» a las Obras Completas de Freud, tanto el filósofo francés Paul Ricceur como el alemán Jürgen Habermas dan una gran importancia dentro del problema genérico, filosófico, de la «interpretación» a la obra de Freud, ante todo a *La interpretación de los sueños*. Paul Ricceur dedica uno de los capítulos centrales de su obra *De l'interpretación* a poner de manifiesto lo que llama el «privilegio del sueño», es decir, la posición privilegiada que ocupa el sueño en la explicación de una serie de fenómenos culturales importantes, tales como la obra de arte. En este sentido puede decirse que el presente volumen es una obra en la que se inicia ya el desarrollo adoptado en nuestro tiempo por un amplio sector de la crítica literaria y, en general, de la crítica de la obra de arte y de la teoría del

fenómeno estético. Desarrollo más o menos declaradamente psicoanalítico.

Los libros sobre los sueños aparecidos después de Freud son tan numerosos, que sería vana empresa tratar ni siquiera de mencionarlos. Desde el de Leonhard hasta el de Kemper, pasando por el muy importante y meritorio de Ángel Garma[4], quizás una de las mejores y más originales exposiciones psicoanalíticas sobre este tema. Ya hice referencia a la obra de Siebenthal donde se formula una crítica de la tesis de Freud, que no excluye la admiración. Del reproche de Jaspers de que Freud ha «aguado» los hondos conocimientos que debemos a Nietzsche y a Bachofen, trivializándolos, le defiende Siebenthal arguyendo que nadie como Freud ha vuelto accesible los sueños a la investigación científica, con el intento grandioso y logrado de traducir sus contenidos en lenguaje concreto y manipulable, poniéndolo además, así, al servicio de la psicoterapia.

A la objeción que tantas veces se le ha hecho a Freud —yo mismo alguna vez lo he señalado— de que no se ha ocupado de los aspectos «prospectivos» del sueño, es decir, del sueño estudiado «en serie» y en su proyección hacia el futuro, puede replicarse que Freud conoció desde el primer momento el valor del «sueño inicial», es decir, la importancia de ese primer sueño que se comunica al psicoanalista y en el que está, en cierto modo, encerrado todo el problema del paciente que, ulteriormente, va a irse desarrollando y ampliando en el análisis ulterior. Por otra parte, las tesis que en un principio pudieron parecer heterodoxas de Bjerre, Stekel, Maeder, Schultz-Hencke, etc., por no citar más que algunas sobre el sueño, acaban confluyendo con la doctrina ortodoxa cuando el análisis seriado de los sueños es llevado a cabo, con paciencia interpretativa, como hizo Th. French, en su libro en varios tomos *The Integration of Behaviour*. Sobre las modernas tesis de las escuelas post-kleinianas y sobre la crítica de mi maestro Gustavo Bally a *La interpretación de los sueños*, de Freud, crítica desde luego admirativa, he hablado en algunos de mis libros.

Suele por los adversarios de Freud cometerse la confusión de confundir al sueño como fenómeno fisiológico, que estudia la neurología y la neurobioquímica y *los sueños*; esto es, el *contenido* simbólico que el sueño, fenómeno fisiológico, sometido a ritmos importantísimos, sirve para expresar. Decir que Freud no hubiera llegado nunca a descubrir lo que hoy

sabemos sobre el sueño, sus ritmos rem (movimientos rápidos de los ojos) o períodos de sueño paradójico, con imágenes vivaces y períodos de sueño profundo, con menos colorido onírico, así como también las perturbaciones de estos ritmos en ciertas afecciones, principalmente en las depresiones, es incurrir en una confusión, sólo explicable por el apasionamiento que siempre se pone cuando se trata de enjuiciar la obra del gran médico vienés. Hay que separar netamente la investigación del *sueño* de la del soñar. No obstante, puede decirse que estas investigaciones modernas, al poner en evidencia que el hombre al que se priva del «sueño paradójico», es decir, de los períodos del sueño en que la mente se carga de «imágenes», forzosamente enferma, dan plenamente la razón a Freud cuando presenta a los sueños como un fenómeno importantísimo de la vida psíquica que es indispensable para la salud mental.

Creo que estamos en nuestros días en el umbral de una nueva época en la investigación de los fenómenos oníricos, en la que se aliará lo que el psicoanálisis de los sueños nos enseña con lo aprendido por los neurofisiólogos en sus experiencias sobre el fenómeno biológico del sueño. Las investigaciones actuales remiten constantemente a un amplio orbe de cuestiones, tales como la neurofisiología de la memoria y del aprendizaje. Probablemente, como he indicado en *Biología y psicoanálisis*, el soñar tiene secreta relación con los fenómenos del aprendizaje y de la memoria permanente. Su importancia en el proceso creador está documentada desde el famoso sueño de Kekulé, que ha dado origen a la fórmula capital de la química orgánica, hasta millares de ejemplos similares. En los múltiples caminos que el presente libro, publicado en los primeros días del siglo XX, ha abierto en los más diversos campos, en la Psicoterapia, en la Fisiología, en la Filosofía, en la Estética, se pone de manifiesto, casi mejor que en ninguno otro de su vasta obra, la genialidad de Sigmund Freud.

* * *

Finaliza este primer tomo de las *Obras Completas*, de Freud, con la *Psicopatología de la vida cotidiana*, junto al famoso análisis del «caso Dora», *Sobre psicoterapia y El chiste y su relación con lo inconsciente*. La

Psicopatología de la vida cotidiana es obra que refleja, bien patente, la marca del genio. Sobre un tema en apariencia trivial, los errores y faltas de la lengua hablada, Freud ahonda en los mecanismos subconscientes de la vida de todos los días y, con su habitual sencillez, exenta de dogmatismo, entra en el misterio del lenguaje en forma que todavía, a mi juicio, no ha sido lo debidamente valorada. El «caso Dora» ha dado posteriormente lugar a multitud de comentarios. Tanto *La psicopatología de la vida cotidiana* como *El chiste y su relación con lo inconsciente* representan, para el traductor, obras de una considerable dificultad, pues su tema fundamental se refiere al lenguaje y se ilustra con ejemplos concretos, de muy dificilísima versión a otra lengua que no sea su original el alemán. James Strachey insiste en sus prefacios a ambas obras en este aspecto y nos expone las dificultades que tuvo que vencer Brill para su primera versión en lengua inglesa de un libro que, no obstante, como el de *El chiste*, figura entre los que han alcanzado mayor número de ediciones de las obras de Freud.

Nadie, que yo sepa, ha elogiado la extraordinaria habilidad con que López-Ballesteros ha solventado este enorme obstáculo en sus versiones. Recuerdo, casi como una remembranza infantil, haberme deleitado en mis años mozos en la lectura de estas dos grandes obras de Freud, la *Psicopatología de la vida cotidiana* y *El chiste*. He de confesar que ni por un momento me percataba de que la argumentación del autor, para no perder su fuerza, tenía que ser constantemente modificada o anotada en castellano. Creo que ésta es la mejor alabanza que puede hacerse de un traductor que rara vez se encuentra ante empresa tan difícil como la que tuvo que afrontar López-Ballesteros en su versión. Naturalmente, los críticos exigentes pueden hacer las observaciones que quieran. Pero convertir el texto de Freud en unas páginas que se leen casi de un tirón y que, en su versión castellana, no pierden ni un ápice de su amenidad original, es mérito que ahora, al cabo de muchos años, creo es justo que debamos realzar.

Strachey emplea el término de «parapraxis» para designar las «Fehlleistung» del original alemán. La primera mención que hace Freud de sus observaciones se encuentra en una carta que escribe a Fliess el 26 de agosto de 1898. A la obra, publicada en 1904, no dejó de hacer incesantes adiciones, que han sido integradas en la versión completa de la «Edición

standard». Los capítulos III y XI fueron agregados en 1907. En la biblioteca de Freud se descubrió una copia de la edición de 1904, a la que Freud había hecho de su mano una multitud de acotaciones.

En *La psicopatología de la vida cotidiana*, Freud expresa con nitidez evidente la existencia de un doble funcionar en la vida psíquica y por ello los ejemplos aducidos vuelven a ser empleados por él con frecuencia cuando trata de introducir a sus oyentes en sus ideas, tal como ocurre en sus Conferencias preliminares en 1916-17 y en su contribución a la enciclopedia de Marcuse.

EL origen de *El chiste y su relación con lo inconsciente*, obra que iba a crear una de las primeras fundamentaciones científicas del enigmático fenómeno del *humor* y del humorismo, proviene, según Strachey, de una observación que hizo Fliess al leer las pruebas de *La interpretación de los sueños*, en el otoño de 1899. Fliess señala que muchos sueños están construidos como si fuesen un chiste. En una carta que Freud escribe a Fliess desde Berchtesgaden, el 11 de septiembre de 1899, anuncia a su amigo que va a ocuparse de esclarecer este hecho singular.

Piensa Strachey que, de todas maneras, Freud ya tenía en su mente este problema, antes de que Fliess recabase la atención sobre él. Fúndase para ello en la rapidez con que contesta a la sugestión de su amigo, lo que a mi modo de ver no es una prueba suficiente. Ciertamente, *La interpretación de los sueños* está llena de ejemplos, por decirlo así, «chistosos», mostrando cómo la estructura del soñar muchas veces adopta las pautas enigmáticas del humorismo. El hombre, en su apariencia normal más circunspecto y solemne en sus sueños puede ser un formidable y burlón humorista. No hay que olvidar de todo modos que Freud es judío y el interés por los chistes y cuentos humorísticos es quizás mayor en este medio racial que en otros.

Strachey destaca la influencia que pudo tener sobre *El chiste y su relación con lo inconsciente* la obra de Teodoro Lipps. El cual vivió entre 1851 y 1914 y era en Munich profesor de psicología y estética. A él se debe el término «Einfühlung» o sea *empatía*, que tanta significación e importancia iba a alcanzar no sólo en las sucesivas teorías estéticas, principalmente Dilthey, sino sobre todo en la psicoterapia, incluso en la psicoterapia psicoanalítica. Sabemos por una carta de Fliess, que entre agosto y septiembre de 1898

Freud leía un libro de Lipps sobre *Los hechos básicos de la vida mental*, pero que en 1898 apareció una famosa obra de Lipps titulada *Komik und Humor*. Esta obra fue la que le animó a emprender el estudio de los chistes y del humorismo.

En 1905, uno de los años decisivos en la historia del psicoanálisis, Freud publicó tres obras fundamentales: los *Tres ensayos para una teoría sexual*, *El caso Dora*, que había sido escrito en los cuatro años anteriores, pero que vio la luz en el otoño de 1905, y *El chiste y su relación con lo inconsciente*. Ernesto Jones cuenta que Freud tenía los manuscritos de los *Tres ensayos* y de su obra sobre el humor en dos mesas separadas y que trabajaba indistintamente en ambos a la vez.

El chiste y su relación con lo inconsciente dista mucho de ser una obra trivial, de tener en cuenta tan sólo en la historia del psicoanálisis o un argumento en pro de la importancia del subconsciente en la vida humana. Inicia, a mi juicio, uno de los campos en los que la investigación psicoanalítica va a ser más revolucionaria y fecunda: el de la estética: el análisis profundo de la estructura de la obra de arte. El chiste o el humor tienen que ver profundamente con *el juego*, pero también con los hondos mecanismos de la percepción sensorial, como va a demostrar, en 1953, un psicoanalista. Eherenzweig, en su libro *El psicoanálisis de la visión y de audición artística*, en el cual el capítulo central estudia la «estructura inarticulada del chiste», partiendo de la obra de Freud.

El chiste es un puente de enlace entre el mundo onírico y el de la obra de arte. Los libros de Marta Wolfenstein, *Children’s Humour*, y Edmund Bergler, *Laughter and the Sense of Humor*, preludian el de Ernesto Kris, *Psychoanalytic Explorations in Art*, una pieza capital en el gran tema de la visión del arte, desde el punto de vista psicoanalítico. Otro libro psicoanalítico digno de mención es el de Martín Grotjahn, *Beyond Laughter*, en el que se desarrollan los puntos de vista del fundador del psicoanálisis.

A partir de este momento, todo autor que se ha ocupado del enigmático fenómeno del humor y del humorismo ha tenido que tomar *El chiste y su relación con lo inconsciente* como ineludible punto de partida. Pensemos que el humorismo es tema habitualmente eludido, por razones misteriosas, no sólo por su complejidad, de la mayoría de las Estéticas, en las que todo lo

más se le despacha con consideraciones habitualmente superficiales. Pero su profunda relación con otra de las realidades más misteriosas no sólo del ser humano, sino de la biología, con el juego, ya debería indicarnos que no hay teoría estética estimable si no resuelve, en primerísimo término, esta ardua cuestión del humor, elusiva, sutil, que se escapa en su enigmática entraña a toda consideración racional. Debemos reflexionar en ello para darnos cuenta de la trascendencia que tiene, en la historia del pensamiento humano, *El chiste y su relación con lo inconsciente*, obra pionera que abre un camino, hasta entonces inédito, que concierne a uno de los misterios mejor guardados de la condición humana. Remito al lector que quiera hacerse con rapidez una idea de estos problemas al libro de William F. Fry, *Sweet Madness. A Study of Humor*, y al de Celestino F. de la Vega, *El sentido del humor*.

ORDENACIÓN CRONOLÓGICA DE LAS OBRAS DE FREUD

Por

JACOBO NUMHAUSER TOGNOLA

ORDENACIÓN CRONOLÓGICA DE LAS OBRAS DE FREUD[5]

1)	1873	Carta sobre el bachillerato (a Emil Fluss), [1941]
2)	1887-1902	Cartas a Wilhelm Fliess. Manuscritos y notas [1950]
3)	1888-9	Prólogo y notas al libro de Bernheim *De la suggestion et des ses applications a la thérapeutique* [1899]
4)	1888-93	Estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas [1893]
5)	1892	Carta a Josef Breuer [1941]
6)	1892	Sobre la teoría del acceso histérico [1940]
7)	1892	Nota [1941]
8)	1892-3	Un caso de curación hipnótica y algunas observaciones sobre la génesis de síntomas histéricos por voluntad contraria
9)	1893	El mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos (Comunicación preliminar (Freud y Breuer)
10)	1893	Charcot
11)	1894	Las neuropsicosis de defensa
12)	1894	Obsesiones y fobias [1895]
13)	1894	Sobre la justificación de separar de la neurastenia un cierto complejo de síntomas a título de neurosis de angustia [1895]
14)	1895	Prólogo a la primera edición de *Estudios sobre la histeria* (Breuer y Freud)
15)	1895	Historiales clínicos de *Estudios sobre la histeria*: La señora Emy de N. Miss Lucy R. Catalina Señorita Isabel de R.
16)	1895	Psicoterapia de la histeria

17)	1895	Crítica de la neurosis de angustia
18)	1895	Proyecto de una psicología para neurólogos [1950]
19)	1896	La herencia y la etiología de las neurosis
20)	1896	Nuevas observaciones sobre las neuropsicosis de defensa
21)	1896	La etiología de la histeria
22)	1898	La sexualidad en la etiología de las neurosis
23)	1898-9	La interpretación de los sueños [1900]
24)	1900-1901	Los sueños [1900-1]
25)	1899	Los recuerdos encubridores
26)	1899	Una premonición onírica cumplida [1941]
27)	1900	Prefacio a *La interpretación de los sueños*
28)	1900-1929	Agregados y modificaciones a *La interpretación de los sueños*
29)	1900-1	Psicopatología de la vida cotidiana [1901-4]
30)	1901	Análisis fragmentario de una histeria (caso Dora) [1905]
31)	1903	El método psicoanalítico de Freud [1904]
32)	1904	Sobre psicoterapia [1905]
33)	1905	Psicoterapia, tratamiento por el espíritu
34)	1905	El chiste y su relación con el inconsciente
35)	1905	Una teoría sexual y otros ensayos
36)	1905	La sexualidad en la etiología de las neurosis [1906]
37)	1905-6?	Personajes psicopáticos en el teatro
38)	1906	El diagnóstico de los hechos y el psicoanálisis
39)	1906	Prólogo para la primera edición de la Recopilación de ensayos sobre la teoría de las neurosis
40)	1906	El delirio y los sueños en la Gradiva, de W. Jensen [1907]
41)	1907	Los actos obsesivos y las prácticas religiosas
42)	1907	La ilustración sexual del niño (carta abierta al doctor M. Fürst)

43)	1907	El poeta y la fantasía [1908]
44)	1908	Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad
45)	1908	El carácter y el erotismo anal
46)	1908	La moral sexual cultural y la nervosidad moderna
47)	1908	Teorías sexuales infantiles
48)	1908	Prólogo para un libro de Wilhelm Stekel (Nervöose Angstzusicinde)
49)	1908	Prólogo a la segunda edición de La interpretación de los sueños
50)	1908	Prólogo a la segunda edición de Estudios sobre la histeria (Breuer y Freud)
51)	1908	Generalidades sobre el ataque histérico [1909]
52)	1908	La novela familiar del neurótico [1909]
53)	1909	Apéndice a La interpretación de los sueños
54)	1909	Análisis de la fobia de un niño de cinco años (Juanito)
55)	1909	Análisis de un caso de neurosis obsesiva (El hombre de las ratas)
56)	1909	Psicoanálisis (cinco conferencias pronunciadas en la Clark University de U. S. A.) [1910]
57)	1909	Prólogo para un libro de Sandor Ferenczi (Lélekelomzés, értekezések a pszichoanalisis köréböl [1910]
58)	1910	Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci
59)	1910	El porvenir de la terapia psicoanalítica
60)	1910	El doble sentido antitético de las palabras primitivas
61)	1910	Sobre un tipo especial de la elección de objeto en el hombre
62)	1910	Concepto psicoanalítico de las perturbaciones psicógenas de la visión
63)	1910	El psicoanálisis silvestre
64)	1910	Contribuciones al simposio sobre el suicidio
65)	1910	Carta al doctor Friedrich S. Krauss sobre la Antropophyteia
66)	1910	Ejemplos de cómo los neuróticos revelan sus fantasías patógenas

67) 1910 Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia autobiográficamente descrito (Schreber)

68) 1910-1 Los dos principios del funcionamiento mental [1911]

69) 1911 El empleo de la interpretación de los sueños en el psicoanálisis

70) 1911 Grande es Diana efesia

71) 1911 El significado de la aliteración de las vocales

72) 1911 Prólogo a la tercera edición de La interpretación de los sueños

73) 1911 Apéndice al caso Schreber [1912]

74) 1911-3 Tótem y tabú [1912-3]

75) 1912 La dinámica de la transferencia

76) 1912 Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico

77) 1912 Sobre una degradación general de la vida erótica

78) 1912 Sobre los tipos de adquisición de la neurosis

79) 1912 Algunas observaciones sobre el concepto de lo inconsciente en el psicoanálisis

80) 1912 Contribuciones al simposio sobre la masturbación

81) 1913 La iniciación del tratamiento

82) 1913 Un sueño como testimonio

83) 1913 Sueños con temas de cuentos infantiles

84) 1913 Dos mentiras infantiles

85) 1913 La disposición a la neurosis obsesiva

86) 1913 Múltiple interés del psicoanálisis

87) 1913 El tema de la elección del cofrecillo

88) 1913 Experiencias y ejemplos de la práctica analítica

89) 1913 Prefacio para un libro de Oscar Pfister (*Diepsychoanalylische Methode*)

90) 1913 Prólogo para un libro de Maxim Steiner (*Die psychischen Störungen dey männlichen Polenz*)

1913 Prólogo para un libro de John Gregory Bourke *(The*

91)		*Excretory Functions in Psychoanalysis and Folklore*
92)	1913	El *Moisés*, de Miguel Ángel [1914]
93)	1914	La «fausse reconnaissance» (*Déjà raconté*) durante el análisis
94)	1914	Sobre la psicología del colegial
95)	1914	Recuerdo, repetición y elaboración
96)	1914	Historia del movimiento psicoanalítico
97)	1914	Introducción al narcisismo
98)	1914	Prólogo a la cuarta edición de *La interpretación de los sueños*
99)	1914	Representación de la *gran hazaña* en el sueño
100)	1914	Apéndice a *La interpretación de los sueños*
101)	1914	Observaciones sobre el amor de transferencia [1915]
102)	1914	Prólogo a la tercera edición de *Tres ensayos para la teoría sexual* [1915]
103)	1914	Historia de una neurosis infantil (caso del *Hombre de los lobos*) [1918]
104)	1915	Comunicación de un caso de paranoia contrario a la teoría psicoanalítica
105)	1915	Los instintos y sus destinos
106)	1915	La represión
107)	1915	Lo inconsciente
108)	1915	Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte
109)	1915	Lo perecedero [1916]
110)	1915	El duelo y la melancolía [1917]
111)	1915	Adición metapsicológica a la teoría de los sueños [1917]
112)	1915?	Sobre las transmutaciones de los instintos y especialmente del erotismo anal [1917]
113)	1915	Carta a la doctora Hermine von Hug-Hellmuth [1919]
114)	1915-7	Lecciones introductorias al psicoanálisis [1916-7] Introducción (lección I) Los actos fallidos (lecciones II-IV)

		Los sueños (lecciones V-XV)
		Teoría sexual (lecciones XVI-XXVIII)
115)	1916	Varios tipos de carácter descubiertos en la labor analítica
116)	1916	Un paralelo mitológico a una representación obsesiva plástica
117)	1916	Una relación entre un símbolo y un síntoma
118)	1916	Una dificultad de psicoanálisis [1917]
119)	1917	Un recuerdo infantil de Goethe en *Poesía y verdad*
120)	1917	El tabú de la virginidad [1918]
121)	1918	Prólogo a la quinta edición de *La interpretación de los sueños*
122)	1918	Los caminos de la terapia psicoanalítica [1919]
123)	1918	Sobre la enseñanza del psicoanálisis en la universidad [1919]
124)	1919	Lo siniestro.
124)	1919	Pegan a un niño
125)	1919	Introducción al simposio sobre las neurosis de guerra
126)	1919	Prólogo para un libro de Theodor Reik (*Problème der Religionspsychologie*)
127)	1919	En memoria de James J. Putnam
128)	1919	En memoria de Víctor Tausk
129)	1919	La Editorial Psicoanalítica Internacional y los premios para trabajos psicoanalíticos
130)	1919-20	Más allá del principio del placer [1920]
131)	1920	Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina (muchacha de dieciocho años)
132)	1920	Para la prehistoria de la técnica psicoanalítica
133)	1920	Asociación de ideas de una niña de cuatro años
134)	1920	Complementos a la teoría onírica
135)	1920	En memoria de Anton von Freund
136)	1920	Prólogo para la cuarta edición de Tres ensayos para la teoría sexual

137)	1920-1	Psicología de las masas (y análisis del YO) [1921]
138)	1921	Prólogo para un libro de J. Varendonck (Ueber vorbewusste phantasierende Denken)
139)	1921	Prólogo para un libro de J. J. Putnam (Addresses on Psycho-Analysis)
140)	1921	Prólogo a la sexta edición de La interpretación de los sueños
141)	1921	Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad [1922]
142)	1921	Psicoanálisis y telepatía [1941]
143)	1922	El sueño y la telepatía
144)	1922	Observaciones sobre el inconsciente
145)	1922	Apéndice al análisis de Juanito
146)	1922	Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación onírica [1923]
147)	1922	Una neurosis demoníaca en el siglo XVII [1923]
148)	1922	Psicoanálisis y la libido [1923]
149)	1922	Teoría de la libido (artículo de Enciclopedia) [1923]
150)	1922	La cabeza de medusa [1940]
151)	1923	El YO y el ELLO
152)	1923	La organización genital infantil
153)	1923	J. Popper-Lynkeus y la teoría onírica
154)	1923	Prólogo para un libro de Max Eitingon (Bericht über die Berliner psychoanalytische Poliklinik)
155)	1923	A Sandor Ferenczi (nota onomástica)
156)	1923	Carta al señor Luis López-Ballesteros
157)	1923	Adición al caso del Hombre de los lobos
158)	1923	Neurosis y psicosis [1924]
159)	1923	Esquema del psicoanálisis [1924]
160)	1923-5	Introducción y adición a Historiales clínicos [1925]
161)	1924	El problema económico del masoquismo

162)	1924	El final del complejo de Edipo
163)	1924	La pérdida de la realidad en la neurosis y en la psicosis
164)	1924	Comunicación del Director de Internationale Zeitschirft fúr Psychoanalyse
165)	1924	Carta a la revista Le Disque Vert
166)	1924	Apéndice al caso de Emmy
167.)	1924	Apéndice al caso de Catalina
168)	1924	Las resistencias contra el psicoanálisis [1925]
169)	1924	Autobiografía [1925]
170)	1924	El block maravilloso [1925]
171)	1925	La negación
172)	1925	La significación ocultista del sueño
173)	1925	Los límites de interpretabilidad de los sueños
174)	1925	La responsabilidad moral por el contenido de los sueños
175)	1925	Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica
176)	1925	Mensaje para la inauguración de la Universidad Hebrea
177)	1925	Prefacio para un libro de August Aichhorn (Verwahrloste Jugend. Die Psychoanalyse in der Fürsorgeerziehung
178)	1925	En memoria de José Breuer
179)	1925	Carta al editor de la Jüdische Presszentrale Zurich
180)	1925	Inhibición, síntoma y angustia [1926]
181)	1925	Psicoanálisis, escuela freudiana (artículo en la Enciclopedia Británica) [1926]
182)	1926	Nota para un trabajo de E. Pickworth Farrow (Eine Kindheiteserinnerung aus dem 6. Lebensmonal)
183)	1926	A Romain Rolland (en su sesenta onomástico)
184)	1926	En memoria de Karl Abraham
185)	1926	Psicoanálisis y Medicina (Psicoanálisis profano)
186)	1926	Discurso a los miembros de B’Nai B’rith [1941]
187)	1926	Carta a David Eder [1945]
188)	1927	El porvenir de una ilusión

189)	1927	Fetichismo
190)	1927	El humor
191)	1927	Apéndice al Moisés, de Miguel Ángel
192)	1927	Apéndice al Análisis profano
193)	1927	Una experiencia religiosa [1928]
194)	1927	Dostoiewsky y el parricidio [1928]
195)	1929	Carta a Maxim Leroy sobre un sueño de Descartes
196)	1929	A Ernest Jones en su 50 aniversario
197)	1929	Prólogo a la octava edición de La interpretación de los sueños
198)	1929	El malestar en la cultura [1930]
199)	1930	Prólogo del folleto Décimo aniversario del Instituto Psicoanalítico de Berlín
200)	1930	Mensaje para la Medical Review of Reviews
201)	1930	Carta al doctor Alfons Paquet (premio Goethe)
202)	1930	Discurso en la casa de Goethe
203)	1930	La peritación forense en el proceso Halsmann [1931]
204)	1930	Prólogo para un libro de Edoardo Weiss (Elementi di Psicoanalisi [1931]
205)	1930	Prólogo para la edición hebrea de Tótem y tabú [1934]
206)	1930	Prólogo para la edición hebrea de Introducción al psicoanálisis [1934]
207)	1931	Prólogo para la tercera edición inglesa de La interpretación de los sueños
208)	1931	Carta al burgomaestre de la ciudad de Príbor
209)	1931	Carta a Paul Fedem
210)	1931	Sobre los tipos libidinales
211)	1931	Sobre la sexualidad femenina
212)	1931	Sobre la conquista del fuego [1932]
213)	1931	Prefacio para un libro de Hermann Nunberg (Allgemeine Neurosenlehre auf psychoanalytischer Grundlage
214)	1932	Mi relación con Josef Popper-Lynkeus

215)	1932	Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis [1933] Revisión de la teoría de los sueños (lección XXIX) Sueño y ocultismo (lección XXX) La división de la personalidad psíquica (lección XXXI) La angustia y la vida instintiva (lección XXXII) La feminidad (lección XXXIII) Aclaraciones, aplicaciones y observaciones (lección XXXIV) Una concepción del universo (Weltanschauung) (lección XXXV)
216)	1933	Prólogo para un libro de Marie Bonaparte
217)	1933	En memoria de Sandor Ferenczi
218)	1933	El porqué de la guerra (carta a Albert Einstein)
219)	1933	Thomas Woodrow Wilson, un estudio psicológico [1967]
220)	1934-8	Moisés y la religión monoteísta [1937-9]
221)	1935	Apéndice al estudio biográfico
222)	1935	La sutileza de un acto fallido
223)	1935	A Thomas Mann (en su sesenta onomástico)
224)	1936	Un trastorno de la memoria en la Acrópolis (carta abierta a Romain Rolland en ocasión de su septuagésimo aniversario)
225)	1936	Borrador de una carta a Thomas Mann [1941]
226)	1936	Carta a Bárbara Low [1945]
227)	1937	Lou Andreas-Salomé (nota necrológica)
228)	1937	Análisis terminable e interminable
229)	1937	Construcciones en psicoanálisis
230)	1938	Un comentario sobre el antisemitismo
231)	1938	Carta al editor de Time and Tide sobre el antisemitismo en Inglaterra
232)	1938	Escisión del Yo en el proceso de defensa [1940]
233)	1938	Compendio del psicoanálisis (versión inglesa) [1940]
234)	1938	Algunas lecciones elementales de psicoanálisis [1940]

235)	1938	Conclusiones, ideas, problemas [1941]
236)	1938	Tres cartas a Theodor Reik [1952]
237)	1938-9	Dos cartas a David Abrahamson (sobre Weiniser) [1946]
238)	1939	Carta a Charles Berg sobre su libro War in the mind [1941]

UNAS PALABRAS DEL PROFESOR FREUD SOBRE LA VERSIÓN CASTELLANA DE SUS OBRAS COMPLETAS

Sr. D. Luis López-Ballesteros y de Torres.

Siendo yo un joven estudiante, el deseo de leer el inmortal «Don Quijote» en el original cervantino me llevó a aprender, sin maestros, la bella lengua castellana. Gracias a esta afición juvenil puedo ahora —ya en edad avanzada— comprobar el acierto de su versión española de mis obras, cuya lectura me produce siempre un vivo agrado por la correctísima interpretación de mi pensamiento y la elegancia del estilo. Me admira, sobre todo, cómo no siendo usted médico ni psiquiatra de profesión ha podido alcanzar tan absoluto y preciso dominio de una materia harto intrincada y a veces oscura.

FREUD.

Viena, 7 de mayo de 1923

NOTA AUTOBIOGRÁFICA[6]:

FREUD, SIGMUND, Viena. Nacido el 6 de mayo de 1856 en Freiberg, Moravia. Estudió en Viena. Alumno del fisiólogo Brücke. Promoción (título de médico) en 1881. Alumno de Charcot en París de 1885-1886. Habilitado en 1885 (designado *Privendozent*). Ha trabajado como médico y docente en la Universidad de Viena, desde 1886. Propuesto como Profesor Extraordinario, en 1897. Inicialmente los trabajos de Freud versaron sobre la histología y anatomía del cerebro y posteriormente sobre temas clínicos de neuropatología; ha traducido los escritos de Charcot y de Bernheim. *Über Coca*, de 1884, es un trabajo introductor de la cocaína en la Medicina. De 1891 es *Zur Auffassung der Aphasien*. De 1891 y 1893 son las monografías sobre las parálisis infantiles, que culminaron, en 1897, en el volumen sobre el tema *Handbuch*, de Nothnagel. *Studien über Hysterie*, de 1895 (con el Dr. J. Breuer). Desde entonces Freud se ha dedicado al estudio de las psiconeurosis y especialmente la histeria, y en una serie de cortos ensayos ha puesto énfasis en el significado etiológico de la vida sexual en las neurosis. También ha desarrollado una nueva psicoterapia de la histeria, de lo que muy poco ha sido publicado. Un libro está en prensa: *Die Traumdeulung* («La interpretación de los sueños»).

NOTA PRELIMINAR

Al cumplirse cincuenta años de la primera edición en español de las «Obras Completas» de Sigmund Freud, desearíamos examinar brevemente la influencia que ésta haya tenido en el público lector. En una mirada panorámica a los países de habla hispánica y refiriéndonos a ese sector de lectores y estudiosos, si bien pequeño en número amplio en irradiación por referirse a los discípulos de Freud, llegamos a la conclusión de que el desarrollo de tal influencia científica se ha demorado con respecto al occidente europeo y presenta distintas características en el continente iberoamericano. Y no nos extraña, puesto que hacia 1923, año de esta publicación, el Movimiento Psicoanalítico Internacional ya había alcanzado considerable difusión en Europa e incluso en Estados Unidos de Norteamérica. A partir de entonces, con treinta o más años de retraso, llega Freud al público lector en castellano. Ello fue posible gracias fundamentalmente al filósofo Ortega y Gasset que promovió y prologó la versión española. También en la América Latina hubo algunos visionarios aislados que anticiparon la importancia de la obra de Freud, y a los que éste cita en algunos de sus trabajos:

En su *Historia del Movimiento Psicoanalítico* (1914) escribe: «Un médico de Chile defendió en el Congreso Médico Internacional de Buenos Aires, en 1910, la explicación de la sexualidad infantil y encomió los resultados de la terapia psicoanalítica en los síntomas obsesivos». Se trataba del Dr. Gustavo Greve y su trabajo se titulaba *Sobre psicología en ciertos estados angustiosos*.

Posteriormente y a partir de 1923 (¡!) las referencias de Freud a vanguardistas del psicoanálisis son más numerosas. En *Esquema del*

psicoanálisis dice: «… entre las revistas de lengua románica que dedican especial atención al psicoanálisis, debemos mencionar la ‘Revista de Psiquiatría’, dirigida por Honorio Delgado, de Lima, Perú». En su *Esquema autobiográfico* comenta: «De la viva participación de los países de habla española (profesor Honorio Delgado, de Lima), testimonia la edición de mis “Obras Completas”, actualmente en curso de publicación en Madrid (traducción de López-Ballesteros)». La carta de 1923 dirigida al citado traductor está incluida en el texto y es, además, comentada por otro de los prologuistas de esta edición. En otra destinada a Ferenczi, fechada en 1928, Freud manifiesta su complacencia por la noticia de que en Sao Paulo, Brasil, se acababa de constituir un grupo de psicoanalistas. Un poco antes, en 1926, recuerda la visita de un psiquiatra de Río de Janeiro, el profesor Porto-Carrero. Las citas y las cartas se multiplican y son numerosos los científicos e intelectuales de Iberoamérica que exhiben con legítimo orgullo tal correspondencia autógrafa de Freud. En mi país, Chile, cabe mencionar al sabio Alejandro Lipschütz y a los psicoanalistas Alliende Navarro e Ignacio Matte Blanco, también merece aludirse al trabajo del antropólogo Ricardo Latcham titulado *La psicoanálisis de Freud y el totemismo* (1926). Finalmente, culmina estas notas el relevante hecho de que un grupo de escritores argentinos, con Xavier Bóveda a la cabeza, invita a Freud a establecerse en Argentina dado el clima antisemita austríaco que le tocaba padecer a Freud en dichos momentos. Estábamos en 1933, cuando el nazismo incrementaba su persecución Freud, emocionado, declina esta ponderable oferta diciendo lo siguiente: «… leo y entiendo el hermoso idioma en que usted escribe sus versos, pero no me tengo confianza para escribir en él…»

A más de treinta años de haber fallecido Freud son muchas las asociaciones de psicoanalistas de habla castellana y portuguesa que han dejado de ser ilusionados proyectos. Vemos como algunas de ellas se han desarrollado hasta alcanzar magnífica estatura, especialmente el grupo de Buenos Aires, al que con justicia se le considera constituye una de las grandes corrientes del pensamiento psicoanalítico contemporáneo, las seis asociaciones fecundas de Brasil (Río de Janeiro, Sao Paulo y Porto Alegre), Colombia (Bogotá), Chile (Santiago), México (México), Uruguay (Montevideo) y recientemente Venezuela (Caracas), a las que se hallan

adscritos importantes institutos didácticos. En la propia península ibérica Barcelona, Madrid, Lisboa contemplan el desarrollo de sus respectivos centros analíticos.

Recientemente al XXVII Congreso Internacional de Psicoanálisis (Viena, 1971) concurrió casi un centenar de delegados iberoamericanos de España y de Portugal, en atención a los cuales el español fue declarado uno de los cuatro idiomas oficiales del Congreso.

Al término de esta nota preliminar quisiéramos testimoniar nuestra consideración y agradecimiento por las dos grandes obras que tanto nos han ayudado para esta nueva edición: la traducción inglesa de James Strachey y la biografía de su maestro escrita por Ernest Jones. Ambas publicaciones aportan no sólo el conocimiento y la precisión de toda investigación sino que, fundamentalmente, nos enseñaron una norma de trabajo llena de cuidado y afecto hacia Freud y su obra. No podía ser diferente tratándose de Freud maestro en esta técnica.

Santiago, Junio de 1972.

JACOBO NUMHAUSER T.

SIGMUND FREUD

OBRAS COMPLETAS

I

CARTA SOBRE EL BACHILLERATO[7]

1873 [1941]

Por la noche.

Viena, 16 de junio de 1873.

QUERIDO amigo:

Si no temiese escribir la majadería más abyecta de nuestro siglo majadero, con toda razón podría exclamar: «¡El bachillerato ha muerto; viva el bachillerato!» Pero este chiste me gusta tan poco que preferiría haber pasado ya también por el segundo bachillerato[8]. Después del examen escrito, desperdicié toda una semana preso de secretos remordimientos y de angustias, y sólo desde ayer estoy en camino de recuperar el tiempo perdido y de rellenar mil y una lagunas harto antiguas. Usted, por supuesto, nunca quiso escucharme cuando yo me acusaba de pereza, pero creo que hay algo de cierto en ello y, a fin de cuentas, soy yo quien mejor debe saberlo.

Su curiosidad por tener noticias de mis exámenes habrá de darse por satisfecha con unas pocas sobras frías, pues llega demasiado tarde, concluida ya la

comida y levantada la mesa. Desgraciadamente, ya no puedo ofrecerle una patética descripción de todas las esperanzas y vacilaciones, del desconcierto y del júbilo, de las luces que repentinamente se le encienden a uno y de los inexplicables golpes de la suerte que se comentan «entre

colegas»: para todo eso, el examen escrito ha perdido ya demasiado del interés que tenía para mí. Quisiera escatimarle los resultados: se entiende que tuve ya suerte, ya desgracia; en ocasiones tan importantes, la benévola providencia y el maligno azar siempre meten baza. Ocasiones como éstas no se ajustan al común suceder de las cosas. En suma, ya que no quiero, después de todo, dejarlo pendiente de algo tan trivial, le diré que en las cinco pruebas obtuve las calificaciones de *sobresaliente, bueno, bueno, bueno, suficiente*[9]. En cuanto a fastidioso, bien que lo fue. En latín nos dieron un pasaje de Virgilio que casualmente había leído, cierto tiempo atrás, por mi cuenta; eso me indujo a hacer el trabajo precipitadamente, en la mitad del tiempo prescrito, malográndome de tal modo el «distinguido». Así, otro sacó esta nota, y mi trabajo fue el segundo, con «bueno». La traducción del alemán al latín parecía muy fácil, pero en esa facilidad residía su dificultad; empleamos sólo la tercera parte del tiempo para hacerla, con la consecuencia de que fue un vergonzoso fracaso, o sea «suficiente». Otros dos examinandos alcanzaron sólo a «bueno». La prueba de griego, para la que dieron un pasaje de 33[10] versos del *Edipo rey*, salió algo mejor: «bueno»; el único «bueno» que hubo. También este pasaje lo había leído por mi cuenta, sin ocultar tal circunstancia. El examen de matemáticas, que habíamos enfrentado temblando de pánico, fue un éxito completo: anoté «bueno» porque todavía no conozco la calificación definitiva. Por fin, asignaron un «sobresaliente» a mi prueba de alemán. Tratábase de un tema eminentemente moral —«Sobre las consideraciones en la elección de una profesión»—, y yo escribí más o menos lo mismo que dos semanas antes le había escrito a usted, sin que por ello me asignara un «sobresaliente». Mi profesor me dijo, al mismo tiempo —y es la primera persona que ha osado decirme tal cosa—, que yo tendría eso que Herder tan elegantemente ha llamado «un estilo idiótico[11]»; es decir, un estilo que es al mismo tiempo correcto y característico. Quedé maravillado como corresponde por ese hecho increíble, y me apresuro a difundir a los cuatro vientos un suceso tan feliz, el primero que me ocurre en su especie. Se lo comunico a usted, por ejemplo, que seguramente no se sospechaba que ha estado carteándose con un estilista de la lengua alemana. Ahora, empero, se lo aconsejo como amigo —no como parte interesada—: ¡consérvelas, átelas, guárdelas bien, que nunca se sabe!…

He aquí, mi querido amigo, las pruebas escritas de mi bachillerato. Deséeme usted metas más vastas, y éxitos más puros, y rivales más fuertes, y afanes más serios: ¡cuánto podría deseárseme, sin que el resultado mejorara ni en un ápice! Si el bachillerato fue fácil o difícil: no atino a decirlo en términos generales; admita usted que fue cómodo.

Estuve ya dos veces en la exposición. Hermoso; pero no me subyuga ni me maravilla. Mucho de lo que a otros debe gustarles, ante mis ojos no sale bien parado, pues no soy ni esto ni lo otro, ni soy, en realidad, nada muy a fondo. Así, sólo me cautivaron los objetos de arte y los efectos generales. No pude encontrar allí una vasta imagen coherente de la humana actividad, como esas láminas pretenden representarla, tal como en un herbario tampoco alcanzaría a distinguir los rasgos de un paisaje. En suma, nada más que una exhibición de ese mundo espiritual, incauto e irreflexivo, que por otra parte también es el que acude a verla. Después de mi «martirierato» (así deformamos entre nosotros el «bachillerato») pienso ir allí día tras día. Es divertido y distrae. ¡Además, puede uno estarse allí tan maravillosamente solo, en medio del gentío!

Naturalmente, le escribo todo esto con pura intención aviesa, para recordarle cuán problemático es que usted llegue a ver estas maravillas y cuán dolorosa le resultará la partida, si llega a venir pronto, pues puedo identificarme perfectamente con su estado de ánimo. Dejar la hermosa comarca natal, los seres queridos, los bellos alrededores, esas ruinas en la más próxima cercanía: me detengo; si no, me pondría tan triste como usted. ¡Es usted quien mejor ha de saber lo que dejará tras sí! Apuesto a que no pondría ningún reparo si a su futuro jefe se le ocurriera arrancarle dentro de un mes a las felicidades de su tierra. ¡Ay Emil!: ¿por qué será usted un judío tan prosaico? En situaciones semejantes a la suya, más de un joven artesano de fervor cristiano-germánico se echaría a componer las más hermosas de las canciones.

En cuanto a mis «preocupaciones por el futuro», las toma usted demasiado a la ligera. Con sólo temer a la mediocridad, ya se está a salvo: he aquí el consuelo que usted me ofrece. Mas yo le pregunto: ¿A salvo de qué? ¿No se estará a salvo en la certeza de no ser un mediocre? ¿Qué importa lo que uno teme o deja de temer? ¿Acaso lo más importante no es que las cosas

sean efectivamente como tememos que sean? Es evidente que también espíritus mucho más fuertes se han sentido presos de dudas acerca de sí mismos; pero ¿será por eso un espíritu fuerte todo aquel que ponga en duda sus propios méritos? Bien podría ser un pobre de espíritu, aunque al mismo tiempo fuese, por educación, por costumbre o quizá por el mero afán de atormentarse, un hombre sincero. No pretendo pedirle que desmenuce implacablemente sus sentimientos cada vez que se encuentre en alguna situación dudosa; pero si llegara a hacerlo, vería cuán poca certeza encuentra en usted mismo. Lo maravilloso del mundo reposa precisamente en esta multiplicidad de las posibilidades: lástima que sea un terreno tan poco sólido para conocernos a nosotros mismos.

Si usted no alcanza a comprenderme —pues estoy reflexionando con una filosofía un tanto somnolienta—, no haga caso alguno de mis pensamientos. Desgraciadamente, no pude escribirle de día; dentro de veintitrés días llegará por fin ese día, el más largo de los días, ese día en el cual…, etcétera. Dado que en este breve tiempo debo meterme dentro la sabiduría a paladas, no me queda la menor esperanza de poder escribir cartas inteligibles. Me consuelo pensando que, a fin de cuentas, no se las escribo a un entendimiento común, y me despido de usted con toda clase de esperanzas.

Suyo,
Sigmund Freud.

II

PROLOGO Y NOTAS AL LIBRO DE BERNHEIM

«De la Suggestion et de ses applications á la thérapeutique[12]»

(1888-1889)

EL presente libro ya ha sido calurosamente recomendado por el profesor Forel, de Zurich, y cabe esperar que sus lectores sepan hallar en él todas las virtudes que indujeron al traductor a presentarlo en lengua alemana. Comprobarán, en efecto, que la obra del doctor Bernheim, de Nancy, ofrece una admirable introducción al estudio del hipnotismo, un tema que ya no puede ser soslayado por el médico; que en muchos sentidos es estimulante y hasta reveladora; que es perfectamente apta para destruir la creencia de que el hipnotismo sigue rodeado de una «aureola de absurdidad», como Meynert lo sostiene.

El éxito de Bernheim y de sus colegas de Nancy que siguen la misma orientación consiste precisamente en haber librado de su carácter extraño a las manifestaciones del hipnotismo, vinculándolas con los fenómenos ya familiares de la vida psíquica normal y del dormir. Según mi opinión, el principal valor de este libro radica en las pruebas que ofrece sobre las relaciones entre los fenómenos hipnóticos y los procesos habituales de la vigilia y del sueño, revelando al mismo tiempo las leyes psicológicas que rigen en ambos sectores. De tal manera, el problema de la hipnosis es

trasladado íntegramente a la esfera de la psicología, y la «sugestión» queda establecida como núcleo del hipnotismo y como clave para su comprensión. Además, en los últimos capítulos se reseña la importancia de la sugestión en sectores ajenos al de la hipnosis. En la segunda parte de este libro se demuestra que el uso de la sugestión hipnótica dota al médico con un poderoso método terapéutico, que parece ser, en efecto, el más adecuado para combatir ciertos trastornos nerviosos y el más adaptado a su mecanismo. Con ello, el presente volumen adquiere una extraordinaria importancia práctica. Su insistencia en el hecho de que tanto la hipnosis como la sugestión hipnótica pueden ser aplicadas, no sólo en casos de histeria y en los neurópatas graves, sino también en la mayoría de las personas sanas, está destinada a extender el interés del médico por este método terapéutico mucho más allá del restringido círculo de los neuropatólogos.

El tema del hipnotismo ha tenido la recepción más desfavorable que se pueda imaginar entre las luminarias de la profesión médica alemana, salvo escasas excepciones, como Krafft-Ebing y Forel, entre otros. No obstante, es lícito aventurarse a expresar que el anhelo de que los médicos alemanes dediquen su atención a este problema y a esta técnica terapéutica, recordando que en el campo de las ciencias naturales sólo la experiencia, y nunca la autoridad sin experiencia, puede pronunciar el veredicto final, sea éste en favor o en contra. Así, las objeciones que hasta ahora se han hecho oír en Alemania contra el estudio y la aplicación de la hipnosis, sólo son atendibles en virtud del renombre de sus autores, de modo que al profesor Forel le ha resultado fácil refutar en su breve trabajo una multitud de tales objeciones.

Hace unos diez años, la opinión dominante en Alemania todavía era de duda en cuanto a la realidad de los fenómenos hipnóticos, explicando los hechos respectivos por una combinación de credulidad por parte del observador, con simulación por parte de los sujetos sometidos a las experiencias. Tal posición ya no es defendible actualmente, gracias a los trabajos de Heidenhain y Charcot, para nombrar sólo a los más famosos entre quienes profesan su creencia en la realidad del hipnotismo. Aun los más violentos de sus opositores se han percatado de ello, y en consecuencia suelen incluir en sus publicaciones intentos de explicar la hipnosis, reconociendo así, de hecho, la existencia de los respectivos fenómenos, a pesar de que

traducen todavía su evidente propensión a negar la realidad de aquélla.

Otro punto de vista hostil a la hipnosis la condena como peligrosa para la salud mental del sujeto, endilgándole el epíteto de «una psicosis experimentalmente provocada». La demostración de que la hipnosis puede llevar a consecuencias nocivas en casos aislados no contradice, empero, su utilidad general, como, por ejemplo, la ocurrencia de casos aislados de muerte en la narcosis por cloroformo no excluye su aplicación en la anestesia quirúrgica en general. Es muy notable, sin embargo, que esta analogía no sea susceptible de extensión, pues el mayor número de accidentes en la narcosis por cloroformo afecta a aquellos cirujanos que realizan el mayor número de operaciones, mientras que la mayoría de los informes sobre las consecuencias nocivas de la hipnosis proceden de aquellos observadores que menos práctica han tenido con ella, mientras que todos los investigadores que disponen de una larga experiencia son unánimes en cuanto a la innocuidad de este procedimiento. Por tanto, para evitar los efectos deletéreos de la hipnosis probablemente sólo sea preciso aplicarla en forma cautelosa, con suficiente aplomo y seguridad, y en casos adecuadamente seleccionados. Cabe agregar que nada se gana con llamar a las sugestiones «ideas compulsivas», y a la hipnosis, «una psicosis experimental». Es más probable que las ideas compulsivas puedan ser aclaradas por su comparación con las sugestiones que recíprocamente, y quien se asuste ante el epíteto de «psicosis» bien puede preguntarse si nuestro natural fenómeno del dormir no posee por lo menos los mismos títulos para tal calificación, si es que algo se gana siquiera con la aplicación de términos técnicos fuera de su propia esfera. No; de este sector no le amenaza a la causa del hipnotismo peligro alguno, y en cuanto un número suficiente de médicos estén en condiciones de comunicar observaciones tales como las contenidas en la segunda parte de este libro de Bernheim, podrá darse por establecido el hecho de que la hipnosis es una condición innocua, y su inducción, un procedimiento «digno» de todo médico.

EN este libro se plantea también otra cuestión que actualmente divide a los partidarios del hipnotismo en dos campos opuestos. Los unos, cuyas opiniones son propugnadas aquí por el doctor Bernheim, sostienen que todos

los fenómenos del hipnotismo reconocen el mismo origen; es decir, que proceden de una sugestión, de una representación consciente infundida en el cerebro de la persona hipnotizada por una influencia exterior y aceptada por aquélla como si hubiese surgido espontáneamente. De acuerdo con esta concepción, todas las manifestaciones hipnóticas serían, pues, fenómenos psíquicos, electos de la sugestión. El otro partido, por el contrario, insiste en que por lo menos una parte de las manifestaciones hipnóticas se fundan en alteraciones fisiológicas; es decir, en desplazamientos de la excitabilidad en el sistema nervioso, sin participación alguna de aquellos sectores del encéfalo cuya actividad entraña la consciencia, de modo que prefieren hablar de «fenómenos físicos o fisiológicos de la hipnosis».

El tema principal de esta controversia es el *grande hypnotisme*[13], o sea el conjunto de fenómenos descrito por Charcot en sujetos histéricos hipnotizados (véanse págs. 81 y sig.). A diferencia de las personas normales hipnotizadas, dichos casos histéricos exhibirían tres niveles de hipnosis, cada uno de los cuales se distingue por determinados signos físicos muy particulares, como la enorme hiperexcitabilidad neuromuscular, las contracturas sonambúlicas, etc. Se comprenderá fácilmente cuánta importancia tiene la citada controversia conceptual para este conjunto de hechos. Si los partidarios de la teoría de la sugestión están en lo cierto, todas las observaciones efectuadas en la Salpêtrière son inválidas y aun se convierten en errores de observación. La hipnosis de las histéricas no tendría entonces ninguna característica propia, y cualquier médico podría producir a su gusto una sintomatología cualquiera en sus pacientes hipnotizados. El estudio del *grande hypnotisme* no nos enseñaría qué alteraciones de la excitabilidad se suceden en el sistema nervioso de los casos histéricos como consecuencia de determinados estímulos aplicados; sólo averiguaríamos qué intenciones sugirió Charcot a sus sujetos de experiencia, en una forma inconsciente para él mismo, y esto sería absolutamente indiferente para nuestra comprensión de la hipnosis tanto como de la histeria.

Es fácil advertir adonde conducen las implicaciones de esta concepción y cuán conveniente explicación nos ofrece para la sintomatología de la histeria en general. Si la sugestión por el médico falsea los fenómenos de la hipnosis histérica, es muy posible que también interfiera en la observación de la

restante sintomatología histérica; es decir, que establezca para los ataques, las parálisis, las contracturas histéricas, etc., ciertas leyes cuyo único y exclusivo vínculo con la neurosis radica en dicha sugestión y que, por tanto, carecerán de todo valor en cuanto otro médico observe casos histéricos en otro lugar. Esta conclusión debe ser deducida con todo rigor y, en efecto, ya ha sido sustentada. Hückel[14] ha expresado su convicción de que el primer *transfert*[15] 9 (transferencia de la sensibilidad de una parte del cuerpo a la parte homologa del lado opuesto) manifestado por una histérica le había sido sugerido en cierta ocasión histórica, y que desde entonces los médicos han seguido reproduciendo constantemente, por medio de la sugestión, este síntoma pretendidamente fisiológico.

Estoy convencido de que esta concepción será muy bien venida para todos aquellos que tienden a negar que los fenómenos histéricos están gobernados por leyes, opinión que aún hoy predomina en Alemania. He aquí un flagrante ejemplo de cómo el descuido del factor psíquico de la sugestión indujo a un gran observador al error de crear un tipo clínico falso y artificial, gracias al carácter caprichoso y fácilmente maleable de una neurosis.

Sin embargo, no es difícil demostrar en detalle la objetividad de la sintomatología histérica. Las críticas de Bernheim bien pueden estar plenamente justificadas frente a investigaciones como las de Binet y Féré; en todo caso, harán sentir su importancia por el hecho de que en toda investigación futura de la histeria y del hipnotismo se tendrá más en cuenta la necesidad de excluir el factor de la sugestión. Los elementos principales de la sintomatología histérica, empero, se hallan a salvo de toda sospecha de haber sido originados por la sugestión del médico. En efecto, informes procedentes de tiempos pasados y de países remotos, que Charcot y sus discípulos han recopilado, ya no dejan lugar a duda de que las particularidades de los ataques histéricos, de las zonas histerógenas, de las anestesias, las parálisis y las contracturas, se han manifestado en todas partes y en todas las épocas tal como se presentaron en la Salpêtrière, cuando Charcot realizó allí sus memorables investigaciones sobre esa magna neurosis. Precisamente el *transfert*, que parece prestarse tan fácilmente para demostrar el origen sugestivo de los síntomas histéricos, es sin lugar a dudas un proceso genuino. Es dable observarlo en casos de histeria que no han sido influidos en modo

alguno, pues a menudo se observan pacientes cuya hemianestesia, típica en todo sentido, deja idemne un órgano o una extremidad que en el lado insensible del cuerpo conserva su sensibilidad, mientras que la zona correspondiente del lado indemne se ha tornado anestética. Además, el *transferí* es un fenómeno fisiológicamente explicable, pues, como lo han demostrado las investigaciones realizadas en Alemania y en Francia, constituye meramente la exageración de una relación que existe normalmente entre las partes simétricas del cuerpo, o sea que en forma rudimentaria puede ser producido también en personas normales. Otros muchos trastornos histéricos de la sensibilidad arraigan asimismo en relaciones fisiológicas normales, como tan elegantemente lo han demostrado las investigaciones de Urbantschitsch. No es ésta la oportunidad adecuada para justificar detalladamente toda la sintomatología de la histeria, pero podemos dar por establecido que en lo esencial es de índole real y objetiva y que no es falseada por la sugestión emanada del observador. Esto no implica negar en modo alguno que el mecanismo de las manifestaciones histéricas sea psíquico, pero dicho mecanismo no es el de la sugestión por parte del médico.

Con la demostración de que en la histeria intervienen fenómenos fisiológicos objetivos, ya no es necesario renunciar a la posibilidad de que el «gran» hipnotismo histérico presente manifestaciones que no obedecen a la sugestión por parte del observador. La demostración de su ocurrencia real ha de quedar librada a una futura investigación especialmente destinada a este fin. Por consiguiente, la escuela de la Salpêtrière deberá probar que las tres fases de la hipnosis histérica pueden ser inequívocamente demostradas, aun en un sujeto recién ingresado y manteniendo el investigador la mayor escrupulosidad en su conducta frente al mismo. No cabe duda de que tal demostración será accesible a corto plazo, pues ya ahora la descripción del *grande hypnotisme* contiene síntomas decididamente reacios a una concepción psicológica. Me refiero al aumento de la excitabilidad neuromuscular durante la fase letárgica. Quien haya tenido oportunidad de observar cómo durante la letargia una suave presión sobre un músculo —aunque sólo se trate de un músculo facial o de uno de los tres músculos externos del pabellón auricular, que nunca son contraídos en vida— precipita en contracción tónica todo el fascículo afectado por la compresión, o cómo la

presión sobre un nervio superficial revela su distribución terminal: todo el que haya visto esto se verá forzado a admitir que dicho efecto debe ser atribuido a razones fisiológicas o a un entrenamiento deliberado, y no vacilará en excluir como causa posible toda sugestión no intencionada. La sugestión, en efecto, no puede producir nada que no se halle ya entre los contenidos de la consciencia o que no haya sido introducido en ella. Nuestra consciencia, empero, sólo conoce el resultado final de un movimiento, y nada sabe de la acción o la disposición de cada músculo interviniente, ni de la distribución anatómica de los nervios relacionados con aquéllos. En un trabajo que ha de aparecer en breve[16] demostraré que la caracterización de las parálisis histéricas depende de este hecho y que ése es el motivo por el cual la histeria no presenta parálisis de músculos aislados, ni parálisis periféricas, ni parálisis faciales centrales. El doctor Bernheim no debía haber dejado de producir el fenómeno de la *hyperexcitabilíté neuromusculaire*[17], omisión que constituye una sensible brecha de su argumentación en contra de las tres fases.

Existen, pues, fenómenos fisiológicos, por lo menos en el gran hipnotismo histérico; pero en el pequeño hipnotismo normal, que, como Bernheim insiste con razón, es más importante para nuestra comprensión del problema, todas las manifestaciones obedecerían a la sugestión, se producirían por medios psíquicos. Aun el mismo sueño hipnótico sería una consecuencia de la sugestión, apareciendo merced a la sugestibilidad normal del ser humano, cuando Bernheim suscita la expectación del dormir. En otras ocasiones, sin embargo, el mecanismo del sueño hipnótico parecería ser distinto. Todo el que haya hipnotizado asiduamente se habrá encontrado con sujetos que sólo difícilmente pueden ser dormidos por medio de la palabra, mientras que responden con facilidad si se les hace fijar la vista durante cierto tiempo. Más aún: ¿quién no ha tenido la experiencia del paciente que cae en sueño hipnótico sin que se lo quiera hipnotizar y sin que poseyera, evidentemente, la menor concepción previa de la hipnosis? Así, una enferma toma asiento para someterse a un examen oftalmológico o a una laringoscopia, no teniendo el médico ni la paciente la menor expectación del sueño hipnótico; no obstante, apenas cae sobre sus ojos el reflejo de la lámpara, aquélla se duerme y, quizá por vez primera en su vida, se encuentra

hipnotizada. Es evidente que en tal caso cabe excluir la intervención de todo nexo psíquico consciente. Nuestro sueño natural, que Bernheim ha comparado tan acertadamente con la hipnosis, muestra análogas reacciones. Por lo general, nos provocamos el sueño por medio de la sugestión, mediante una preparación y expectación psíquica del mismo, pero en ocasiones nos domina sin el menor esfuerzo por nuestra parte, como consecuencia del estado fisiológico de la fatiga. Cuando se mece a un niño para dormirlo o se hipnotiza a un animal manteniéndolo inmovilizado, tampoco sería lícito invocar una causación mental. Llegamos así al punto de vista que Preyer y Binswanger han adoptado en la *Realencyklopädie* de Eulenburg: hay en el hipnotismo fenómenos psíquicos tanto como fisiológicos, y la hipnosis misma puede ser provocada de una o de otra manera. Hasta en la propia descripción que Bernheim ha dado de su hipnosis es inconfundible la intervención de un factor objetivo independiente de la sugestión. Si no fuera así, la hipnosis sería distinta, de acuerdo con la individualidad de cada experimentador, como lógicamente lo ha señalado Jendrássik[18]; sería imposible comprender por qué el aumento de la sugestibilidad sigue siempre una secuencia regular, por qué la musculatura únicamente puede ser influida en el sentido de la catalepsia, y así sucesivamente.

Debemos dar la razón a Bernheim, empero, en cuanto a que la división de los fenómenos hipnóticos en fisiológicos y psíquicos despierta en nosotros una impresión harto insatisfactoria y exige urgentemente un lazo de conexión entre ambas series. La hipnosis, sea producida de una o de otra manera, es siempre una y la misma y presenta idénticas manifestaciones. La sintomatología de la histeria[19] insinúa en múltiples sentidos un mecanismo psicológico, aunque no es preciso que éste sea el de la sugestión. Finalmente, el problema de la sugestión es mucho menos dificultoso que el de las correlaciones fisiológicas, ya que su modo de acción es indudable y relativamente claro, mientras que nada sabemos acerca de las influencias mutuas de la excitabilidad nerviosa a las cuales deben reducirse los fenómenos fisiológicos. En las siguientes consideraciones espero poder exponer someramente el tan buscado nexo entre los fenómenos psíquicos y los fisiológicos del hipnotismo.

En mi opinión, el empleo inconstante y ambiguo del término «sugestión»

confiere a dicha antítesis una agudeza que no posee en realidad. Merece la pena analizar qué puede considerarse, legítimamente, como «sugestión». Es evidente que dicho término entraña alguna especie de influjo psíquico, y me inclino a opinar que la sugestión se distingue de las demás formas de influencia psíquica, como la orden, la comunicación o la instrucción, entre otras, porque en su caso se despierta en un cerebro ajeno una representación que no es examinada en cuanto a su origen, sino que es aceptada como si hubiese surgido espontáneamente en dicho cerebro. Un ejemplo clásico de tal sugestión lo tendríamos cuando el médico dice a un sujeto hipnotizado: «Su brazo debe quedar en la posición en que yo lo coloco», apareciendo a continuación el fenómeno de la catalepsia; o bien cuando el médico vuelve a levantar el brazo del sujeto cada vez que éste lo deja caer, hasta que aquél adivina que quiere verle levantado. En otras ocasiones, empero, hablamos de sugestión cuando el mecanismo de origen es evidentemente distinto. Así, por ejemplo, en muchos sujetos hipnotizados aparece la catalepsia sin la menor orden previa: el brazo levantado permanece así espontáneamente, o el sujeto hipnotizado conserva la posición en la cual fue dormido, a menos que se intervenga en sentido contrario. Bernheim también llama «sugestión» a este fenómeno, declarando que la posición se sugeriría a si misma su propio mantenimiento; pero en este caso la parte desempeñada por el estímulo exterior es evidentemente menor, y la del estado fisiológico del sujeto mismo, que coarta todo impulso al cambio de posición, indudablemente mayor que en los casos anteriores. La diferencia entre una sugestión directa (psíquica) y una indirecta (fisiológica) quizá se advierta más claramente en el siguiente ejemplo. Si le digo a un sujeto hipnotizado: «Su brazo derecho está paralizado; no puede moverlo», estoy impartiendo una sugestión psíquica directa. En lugar de ello, Charcot aplica un leve golpe sobre el brazo del hipnotizado [y el sujeto queda incapacitado para moverlo][20], o le dice: «¡Mire esa cara tan horrible; golpéela!», y el sujeto la golpea, dejando caer luego el brazo, paralizado. (*Leçons du Mardi a la Salêtrière*, tomo I, 188-1888.) En estos dos casos, el estímulo exterior ha comenzado por producir en el brazo una sensación de agotamiento doloroso, la cual sugiere a su vez la parálisis, espontánea e independientemente de toda intervención del médico, si es que en estas condiciones puede hablarse aún de «sugestión». En otras

palabras, no se trata, en estos casos, de sugestión, sino más bien de una estimulación a *autosugestiones*, las cuales, como fácilmente se advierte, entrañan un factor objetivo, independiente de la voluntad del médico, y revelan una conexión entre diversos estados de inervación o de excitación en el sistema nervioso. Es a causa de tales autosugestiones que se originan las parálisis histéricas espontáneas, y la tendencia a las mismas es mucho más característica de la histeria que la sugestibilidad por el médico, con la cual aquélla no parece guardar paralelo alguno.

No es necesario destacar que también Bernheim recurre con la mayor asiduidad a tales sugestiones indirectas; es decir, a estimulaciones de la autosugestión. Su método para inducir el sueño, tal como lo describe en las primeras páginas de este libro, es esencialmente un método mixto; es decir, la sugestión abre de golpe las puertas que para la autosugestión se abrirían lentamente por sí mismas.

Las sugestiones indirectas, en las cuales una serie de eslabones intermedios surgidos de la propia actividad del sujeto se insertan entre el estímulo exterior y el resultado, siguen siendo, a pesar de todo, procesos psíquicos, pero ya no se hallan expuestas a la plena luz de la consciencia, que ilumina, en cambio, las sugestiones directas. En efecto, estamos mucho más acostumbrados a concentrar nuestra atención en las percepciones exteriores que en los procesos internos. Por tanto, las sugestiones o autosugestiones indirectas pueden ser calificadas como fenómenos fisiológicos no menos que psíquicos, y el término «sugestión» adquiere el mismo significado que la provocación recíproca de estados psíquicos, de acuerdo con las leyes de la asociación. La oclusión de los ojos lleva al sueño porque está vinculada a la representación del sueño, como una de sus más constantes manifestaciones acompañantes: una de las partes de los fenómenos del sueño sugiere los demás fenómenos que integran la manifestación total del sueño. Este proceso de vinculación radica en la disposición misma del sistema nervioso, y no en el arbitrio del médico; no puede ocurrir, a menos que se funde en alteraciones de la excitabilidad de las partes respectivas del cerebro, en la inervación de los centros vasomotores, etc., y presenta así una faz psicológica a la vez que una fisiológica. Como es el caso con cualquier otra conexión entre estados del sistema nervioso, también ésta puede desarrollarse en ambas direcciones.

La representación de dormir puede llevar a sensaciones de fatiga en los ojos y en los músculos, y a un estado correspondiente de los centros vasomotores; en otras ocasiones, el estado de la musculatura o un estímulo que actúe sobre los nervios vasomotores pueden, de por sí, despertar al durmiente, y así sucesivamente. Sólo cabe decir que sería tan unilateral considerar únicamente la faz psicológica del proceso como atribuir a la inervación vascular toda la responsabilidad de los fenómenos de la hipnosis.

¿Cómo afecta todo esto la antítesis entre los fenómenos psíquicos y los fisiológicos de la hipnosis? Aquélla podía ser significativa mientras se concibiese la sugestión como una influencia psíquica directa ejercida por el médico, que a su gusto podía imponer cualquier sintomatología al sujeto hipnotizado; pero dicha antítesis pierde su significado en cuanto se reconoce que aun la sugestión sólo puede desencadenar series de manifestaciones que están basadas en las particularidades funcionales del sistema nervioso del sujeto, y que en la hipnosis se hacen sentir también otras características del sistema nervioso, además de la sugestibilidad. Aún cabría preguntar si todos los fenómenos de la hipnosis deben pasar *en algún punto* a través de la esfera psíquica, o sea si los cambios de excitabilidad que ocurren en la hipnosis siempre afectan únicamente la corteza cerebral, pues éste es el único sentido que dicha pregunta admite. Al verterla así en otros términos parecería que ya hubiésemos decidido su respuesta. En efecto, no hay justificación alguna para establecer tal contraste entre la corteza cerebral y el resto del sistema nervioso: es improbable que una modificación funcional tan profunda de la corteza cerebral no sea acompañada por importantes alteraciones de la excitabilidad en las demás partes del encéfalo. No poseemos ningún criterio que nos permita discernir exactamente un proceso psíquico de otro fisiológico, un acto que ocurre en la corteza cerebral de otro que tiene lugar en los centros subcorticales, pues la «consciencia», sea ésta lo que fuere, no forma parte de todas las actividades de la corteza cerebral ni corresponde a cualquiera de ellas siempre en igual medida; no es una cosa vinculada a ninguna localización particular en el sistema nervioso[21]. Creo, por consiguiente, que la cuestión de si la hipnosis exhibe fenómenos psíquicos o fenómenos fisiológicos debe ser rechazada en estos términos generales, subordinando la decisión a una investigación particular para cada fenómeno

individual.

En este sentido me considero con derecho a afirmar que la obra de Bernheim, aunque, por un lado, trasciende el campo de la hipnosis, deja, por el otro, una parte del tema fuera de consideración. Cabe esperar, sin embargo, que también los lectores alemanes de la obra de Bernheim tengan ahora la oportunidad de reconocer cuán instructiva y valiosa es la contribución de dicho autor al describir el hipnotismo desde el punto de vista de la sugestión.

Viena, agosto de 1888.

NOTAS DEL TRADUCTOR

> En el capítulo II de la obra citada (pág. 34 de la traducción alemana), Bernheim describe la hipnosis de un sujeto «de temperamento nervioso», señalando dos párrafos más adelante que «se trata de un hombre inteligente, que no es histérico ni nervioso en absoluto». Freud agrega la siguiente nota:

Me veo obligado a señalar esta contradicción del autor, que acaba de calificar al mismo enfermo de *naturellement nerveux*.

> En el capítulo IV («Manifestaciones orgánicas de la hipnosis»), al referir el autor las observaciones de «estigmas» por extravasación sanguínea efectuadas en sujetos sugestionados por Mabille, citando el caso famoso de la «estigmatizada» Louise Lateau, agrega Freud (pág. 72):

Véanse las experiencias similares realizadas por Jendrássik (*Neurol. Centralblait*. núm. 11, 1888) y por Krafft-Ebing.

> En el capítulo VIII («Teoría del autor para explicar los fenómenos de la sugestión»), Bernheim establece que «las manifestaciones hipnóticas… obedecen exclusivamente a la sugestión, es decir, a la influencia ejercida por una idea sugerida y aceptada por el cerebro. Pero lo más notable en el sujeto hipnotizado es su automatismo… Éste parece ser, a primera vista, un estado no natural y antifisiológico…» Para

restablecer la conexión entre los fenómenos hipnóticos y los de la vida normal destaca la intervención de múltiples mecanismos automáticos en la conducta vigil, atribuyéndolos a la abolición parcial del control cerebral y a la liberación de los mecanismos medulares. Freud discrepa de tal interpretación en la siguiente nota (pág. 116):

Me parece injustificado e innecesario admitir que un acto de ejecución cambie de localización en el sistema nervioso, si ha comenzado con consciencia, para continuar luego inconscientemente. Es mucho más probable que la zona respectiva del cerebro pueda operar con una magnitud variable de atención (o de consciencia).

Bernheim continúa su argumentación (pág. 117) invocando el desarrollo del encéfalo, en particular su mielinización progresiva en el recién nacido, y concluyendo que el cerebro no mielinizado sería inerte, sin citar en tal texto a Flechsig. Freud agrega:

Este pasaje contiene algunas afirmaciones que ya no concuerdan con nuestros actuales conocimientos, sin que tal rectificación afecte la demostración perseguida por el autor. Así, numerosas experiencias, las últimas de las cuales han sido efectuadas por Exner y por Paneth, demuestran que la corteza cerebral también es excitable en el animal recién nacido. Además, quien se inclinara a suponer que la corteza del recién nacido *contient a peine quelques tubes nerveux ébauchés*, menospreciaría en grado sumo la estructura real de dicho órgano. Finalmente, es mucho más justo atribuir a Flechsig [que a Parrot] el mérito de haber señalado la inmadurez del cerebro infantil y su paulatino desarrollo.

Dos notas de las págs. 122 y 162 son simplemente aclaratorias de locuciones francesas intraducibles. En la pág. 198 Bernheim cita bibliografía alemana y Freud señala que no la ha verificado. En la pág. 244 agrega al título «Afecciones histéricas» la observación de que «el traductor no ha querido modificar la clasificación a que el autor somete sus casos, aunque la considera decididamente objetable». Finalmente, al título de la pág. 295: «Neuropatías diversas», agrega: «principalmente neurasténicas».

EPILOGO DEL TRADUCTOR

La publicación de esta segunda parte se ha retrasado algunos meses con respecto a la fecha anunciada, debido a circunstancias personales del traductor. Con toda probabilidad, ni aun así habría llegado a concluir mi labor si el doctor Otto von Springer no hubiese tenido la inapreciable gentileza de encargarse de la traducción de todas las historias clínicas que integran esta segunda parte, por lo cual le expreso mi más caluroso agradecimiento.

Viena, enero de 1889.

III

ESTUDIO COMPARATIVO DE LAS PARÁLISIS MOTRICES ORGÁNICAS E HISTÉRICAS

«Quelques considérations pour une étude comparative des paralysies motrices organiques et hystériques», en francés el original. *[Anch. Neurol.*, 26 (77), 29-43.]

1888-93 [1893]

CHARCOT, cuyo alumno fui en 1885 y 1886, me confió en esta época la labor de realizar un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas, basado en las observaciones efectuadas en la Salpêtrière y encaminado a descubrir algunos caracteres generales de la neurosis y a conducirnos a una concepción de la naturaleza de tal enfermedad. Causas accidentales y personales me han impedido durante mucho tiempo obedecer a su inspiración. De este modo no quiero aportar ahora sino algunos resultados de mis investigaciones, dejando a un lado los detalles necesarios para una demostración completa de mis opiniones.

I HABREMOS de comenzar por algunas observaciones generalmente admitidas sobre las parálisis motrices orgánicas. La clínica nerviosa reconoce dos clases de parálisis motrices: la parálisis periférico-espinal (o bulbar) y la parálisis cerebral. Esta distinción armoniza perfectamente con los datos de la anatomía del sistema nervioso, los cuales nos demuestran que no

hay en el recorrido de las fibras conductoras motrices sino dos segmentos: uno, que va desde la periferia hasta las células de los cuernos anteriores de la medula, y otro, que va desde ellos hasta la corteza cerebral.

La nueva histología del sistema nervioso, fundada en los trabajos de Golgi, Ramón y Cajal, Koelliker, etc., traduce estos hechos, diciendo que «el trayecto de las fibras de conducción motrices se halla constituido por dos neuronas (unidades nerviosas célulofibrilares), que se encuentran para entrar en relación al nivel de las células llamadas motrices de los cuernos anteriores». Clínicamente, la diferencia esencial de estas dos clases de parálisis está en que *la parálisis periféricoespinal es una parálisis detallada y la parálisis cerebral es una parálisis conjunta*. El tipo de la primera es la parálisis facial en la enfermedad de Bell, la parálisis en la poliomielitis aguda de la infancia, etc. Ahora bien: en estas afecciones cada músculo, e incluso podríamos decir cada fibra muscular, puede quedar paralizado individual y aisladamente. Ello no depende sino de la situación y la extensión de la lesión nerviosa, no existiendo regla fija alguna para que uno de los elementos periféricos escape a la parálisis, mientras otro la padece de un modo constante.

Por el contrario, la parálisis cerebral es siempre una afección que ataca a una gran parte de la periferia, una extremidad, un segmento de ésta o un complicado aparato motor. Jamás se limita a afectar individualmente a un músculo, por ejemplo, el bíceps del brazo o el tibial, aisladamente, y si existen aparentes excepciones a esta regla (la dosis cortical, por ejemplo), se ve muy bien que se trata de músculos que realizan por sí solos una función de la cual son el único instrumento.

En las parálisis cerebrales de las extremidades podemos observar que los segmentos periféricos sufren siempre más que los próximos al centro. Así, la mano se muestra más paralizada que el hombro. No hay, que yo sepa, una parálisis cerebral aislada del hombro, conservando la mano su movilidad, mientras que lo contrario es regla general en las parálisis que no son completas.

En un estudio sobre las afasias (Viena, 1891) he intentado demostrar que la causa de esta importante diferencia entre la parálisis periférico-espinal y la parálisis cerebral debe ser buscada en la estructura del sistema nervioso. Cada

elemento de la periferia corresponde a un elemento en el eje gris, que es, según las palabras de Charcot, su *aboutissement* nervioso. La periferia es, por decirlo así, proyectada punto por punto y elemento por elemento sobre la sustancia gris de la medula. Así, proponemos denominar a la parálisis periférico-espinal detallada *parálisis de proyección*. No sucede, en cambio, lo mismo por lo que respecta a las relaciones entre los elementos de la medula y los de la corteza. El número de fibras conductoras no bastaría para establecer una segunda proyección de la periferia sobre la corteza. Hemos de suponer que las fibras que van de la medula a la corteza no representan ya cada una a un solo elemento periférico, sino más bien a un grupo de ellos, y que, por otra parte, un elemento periférico puede corresponder a varias fibras conductoras espinocorticales. Existe, en efecto, un cambio de ordenación que ha tenido efecto en el punto de conexión entre los dos segmentos del sistema motor.

Así, pues, la reproducción de la periferia en la corteza no es ya una reproducción exacta punto por punto ni una verdadera proyección, sino una relación por medio de fibras, a las que podemos calificar de representativas. En consecuencia proponemos para la parálisis cerebral el nombre de *parálisis de representación*.

Naturalmente, cuando la parálisis de proyección es total y de una gran extensión, es también una parálisis de conjunto, quedando así desvanecido su gran carácter distintivo. Por otra parte, la parálisis cortical, que se distingue entre las parálisis cerebrales por su mayor aptitud de disociación, presenta, sin embargo, siempre el carácter de una parálisis de representación.

Las demás diferencias entre las parálisis de proyección y de representación son harto conocidas. De ellas citaremos la integridad de la nutrición y de la reacción eléctrica en la última de dichas dos enfermedades. Aunque muy importantes clínicamente, no tienen estos signos el alcance teórico que hemos de adscribir al primer carácter diferencial por nosotros recogido, o sea la distinción entre parálisis *detallada* y parálisis *conjunta*.

Se ha atribuido con gran frecuencia a la histeria la facultad de *simular* las afecciones nerviosas orgánicas más diversas. Se trata de saber si de un modo más preciso simula los caracteres de las dos clases de parálisis orgánicas; esto es, si hay parálisis histéricas de proyección y parálisis histéricas de representación, como en la sintomatología orgánica. Resalta aquí un primer

hecho importante: la histeria no simula jamás las parálisis periférico-espinales y de proyección; las parálisis histéricas comparten tan sólo los caracteres de las parálisis orgánicas de representación. Es éste un hecho muy interesante, puesto que la parálisis de Bell, la parálisis radial, etc., se cuentan entre las afecciones más comunes del sistema nervioso.

Creo conveniente hacer constar, para evitar toda confusión, que trato aquí exclusivamente de la parálisis histérica fláccida y no de la contractura histérica. Me parece imposible someter la parálisis y la contractura histérica a las mismas reglas. Sólo refiriéndonos a las parálisis histéricas fláccidas podemos sostener que no afectan jamás a un único músculo, excepto en el caso en que este músculo es el instrumento único de una función que son siempre parálisis totales y que corresponden en este sentido a la parálisis de representación o cerebral orgánica. Además, en lo que concierne a la nutrición de las partes paralizadas y a sus reacciones eléctricas, la parálisis histérica presenta los mismos caracteres que la parálisis cerebral orgánica.

Si la parálisis histérica se enlaza así a la parálisis cerebral, y particularmente a la parálisis cortical, que presenta una mayor facilidad de disociación, no deja tampoco de distinguirse de ellas por caracteres importantes. En primer lugar, no aparece sometida a la regla constante en las parálisis cerebrales orgánicas de que el segmento periférico resulta siempre más afectado que el segmento central, En la histeria, el hombro o muslo pueden aparecer más paralizados que la mano o el pie. No es nada difícil producir artificialmente una parálisis aislada del muslo, de la pierna, etc., y la clínica nos presenta con bastante frecuencia estas parálisis aisladas contrariamente a las reglas de la parálisis orgánica cerebral.

En este importante sentido la parálisis histérica es, por decirlo así, intermedia entre la parálisis de proyección y la parálisis de representación orgánica. Si no posee todos los caracteres de disociación y de aislamiento propios de la primera, tampoco se halla sujeta a las estrictas leyes que rigen la parálisis cerebral.

Con estas restricciones podemos sostener que la parálisis histérica es también una parálisis de representación, pero de una representación especial cuya característica falta aún por hallar[22].

II PARA avanzar en la dirección antes indicada me propongo estudiar los demás rasgos distintivos entre la parálisis histérica y la parálisis cortical, tipo el más perfecto de la parálisis cerebral orgánica. Hemos mencionado ya el primero de tales caracteres distintivos, o sea el de que la parálisis histérica puede aparecer más disociada y sistematizada que la parálisis cerebral. Los síntomas de la parálisis orgánica se nos muestran en la histeria como fragmentados. De la hemiplejía común orgánica (parálisis de los miembros superior e inferior y del facial inferior), la histeria no reproduce sino la parálisis de los miembros, e incluso disocia con gran frecuencia y con la mayor facilidad la parálisis del brazo, de la pierna, presentándolas separadas en forma de monoplejías. Del síndrome de la afasia orgánica reproduce la afasia motriz en estado de aislamiento, y, cosa inaudita en la afasia orgánica, puede crear una afasia total (motriz y sensitiva) para un idioma determinado, sin atacar en absoluto la facultad de comprender y articular otro distinto, fenómeno observado por mí en varios casos aún inéditos. Este mismo poder de disociación se manifiesta en las parálisis aisladas de un segmento de miembro, con integridad completa de todas las partes restantes del mismo, o también en la abolición completa de una función (abasia, astasia), con integridad de otra función ejecutada por los mismos órganos. Esta disociación es aún más sorprendente cuando la función respetada es la más compleja, pues en la sintomatología orgánica, cuando existe una debilitación desigual de varias funciones, es siempre la función más compleja y posteriormente adquirida la más atacada a consecuencia de la parálisis.

La parálisis histérica presenta, además, otro carácter, que es como la rúbrica de la neurosis, y que viene a agregarse al anteriormente indicado. En efecto, como varias veces lo he oído al propio Charcot, la histeria es una enfermedad de manifestaciones excesivas, que entraña una tendencia a producir sus síntomas con la mayor intensidad posible. Es éste un carácter que no sé muestra únicamente en las parálisis, sino también en las contracturas y anestesias. Sabido es hasta qué grado de contorsión pueden llegar las contracturas histéricas, casi sin igual en la sintomatología orgánica. Conocemos también cuán frecuentes son en la histeria las anestesias absolutas y profundas, de las cuales no pueden reproducir las lesiones orgánicas sino un débil esquema. Lo mismo sucede con las parálisis. Con

frecuencia son absolutas en un grado insuperable: el afásico no prefiere una sola palabra, mientras que el afásico orgánico conserva casi siempre algunas sílabas, el «sí» y el «no», una interjección, etc.; el brazo paralizado cuelga absolutamente inerte, etc. Este carácter es demasiado conocido para que insistamos en él. Por el contrario, sabemos que en la parálisis orgánica la paresia es siempre más frecuente que la parálisis absoluta.

La parálisis histérica es, pues, de una *limitación exacta* y de una *intensidad excesiva*. Posee estas dos cualidades a la vez, y contrasta así máximamente con la parálisis cerebral orgánica, en la cual *no se asocian nunca estos dos caracteres*. También en la sintomatología orgánica existen *monoplejías*, pero son siempre monoplejías *a potiori* y no delimitadas exactamente. Si el brazo se halla paralizado a consecuencia de una lesión cortical orgánica, hay casi siempre ataque concomitante menor del facial y de la pierna, y si esta complicación no se ve ya en un momento dado, ha existido siempre al principio de la enfermedad. La monoplejía cortical es siempre, a decir verdad, una hemiplejía, alguna de cuyas partes aparece más o menos borrosa, pero siempre reconocible. Para ir más allá, supongamos que la parálisis no haya afectado más que al brazo, esto es, que se trate de una monoplejía cortical pura. Veremos entonces que la parálisis es de una intensidad moderada. En cuanto esta monoplejía aumente en intensidad convirtiéndose en parálisis absoluta, perderá su carácter de monoplejía pura y aparecerá acompañada de perturbaciones motoras de la pierna o el rostro. *No puede hacerse absoluta y permanecer a la vez limitada*.

En cambio, nos muestra de continuo la clínica que tal simultaneidad puede darse muy bien en la parálisis histérica. Esta parálisis afecta, por ejemplo, al brazo de un modo exclusivo, sin que encontremos el menor indicio de ella en la pierna ni en la cara. Además, al nivel del brazo es tan fuerte como lo pueda ser otra parálisis cualquiera. Esto constituye una sorprendente diferencia con la parálisis orgánica; diferencia que da mucho que pensar.

Naturalmente, hay casos de parálisis histérica en los cuales la intensidad no es excesiva, ni ofrece la disociación nada singular. Éstos los reconocemos por otros caracteres, pero son casos que no presentan el sello típico de la neurosis y que, no pudiendo darnos ningún dato sobre la naturaleza de la

misma, no poseen interés ninguno desde el punto de vista aquí adoptado.

Añadiremos algunas observaciones de importancia secundaria y que incluso van más allá de los límites de nuestro tema.

En primer lugar, haremos constar que las parálisis histéricas aparecen acompañadas de perturbaciones de la sensibilidad con mucha más frecuencia que las parálisis orgánicas. En general, tales perturbaciones son más profundas y frecuentes en la neurosis que en la sintomatología orgánica. Nada más común que la anestesia o la analgesia histérica. Recuérdese, en cambio, con qué tenacidad persiste la sensibilidad en los casos de lesión nerviosa. Si seccionamos un nervio periférico, la anestesia será menos en extensión e intensidad de lo que podía esperarse. Si una lesión inflamatoria ataca los nervios espinales o los centros de la medula, hallaremos siempre que la motilidad sufre en primer lugar y que la sensibilidad permanece indemne o queda tan sólo algo debilitada, pues persisten siempre en alguna parte elementos nerviosos que no se hallan totalmente destruidos. En los casos de lesión cerebral, conocemos la frecuencia y la duración de la hemiplejía motriz, mientras que la hemianestesia concomitante es indistinta, fugaz, y no aparece en todos los enfermos. Sólo algunas localizaciones completamente especiales pueden producir una afección de la sensibilidad, intensa y duradera, e incluso este hecho no está exento de dudas.

Esta manera de ser de la sensibilidad, diferente en las lesiones orgánicas y en la histeria, no es aún explicable hoy en día. Parece existir aquí un problema, cuya solución nos revelaría quizá la naturaleza íntima de las cosas.

Otro punto que me parece digno de mención es la existencia de algunas formas de parálisis cerebral que no aparecen realizadas en la histeria, como tampoco las parálisis periférico-espinales de proyección. Débese citar, en primer término, la parálisis del facial inferior, manifestación la más frecuente de una afección orgánica del cerebro, y permitiéndonos pasar por un momento a las parálisis sensoriales, la hemianopsia lateral homónima. Sabemos que es una temeridad querer afirmar que un determinado síntoma no se encuentra en la histeria, cuando las investigaciones de Charcot y de sus alumnos descubren en ella, casi cotidianamente, síntomas nuevos insospechados antes. Pero no es preciso tomar las cosas tal y como actualmente se hallan. La parálisis facial histérica es muy discutida por

Charcot, y si hemos de creer a los partidarios de este hombre de ciencia, se trata de un fenómeno extraordinariamente raro. La hemianopsia no ha sido aún vista en la histeria, y, a nuestro juicio, no lo será jamás.

Pero ahora, ¿de dónde viene que las parálisis histéricas, no obstante simular muy precisamente las parálisis corticales, difieren de ellas en los rasgos distintivos que hemos intentado enumerar? ¿Y cuál es el carácter genérico de la representación general al que habremos de enlazarlas? La respuesta a estas interrogaciones contendría una parte muy considerable e importante de la teoría de la neurosis.

III NO cabe ya la menor duda sobre las condiciones que dominan la sintomatología de la parálisis cerebral. Tales condiciones están constituidas por los hechos de la anatomía, la construcción del sistema nervioso, la distribución de sus vasos y la relación entre estas dos series de hechos y las circunstancias de la lesión. Hemos dicho que el menor número de fibras que van desde la medula a la corteza, en comparación con el número de fibras que van desde la periferia a la medula, es la base de la diferencia entre la parálisis de proyección y la de representación. Igualmente todo detalle clínico de la parálisis de representación puede hallar su explicación en un detalle de la estructura cerebral, e inversamente, podemos deducir la construcción del cerebro de los caracteres clínicos de las parálisis. Creemos, pues, en la existencia de un perfecto paralelismo entre estas dos series.

De este modo, si para la parálisis cerebral común no hay una gran facilidad de disociación, es porque las fibras de conducción motrices se hallan, en un largo trecho de su trayecto intracerebral, demasiado próximas para ser lesionadas separadamente. Si la parálisis cortical muestra una mayor tendencia a las monoplejías, es porque el diámetro del haz conductor braquial, crural, etc., va creciendo hasta la corteza. Si de todas las parálisis corticales es la de la mano la más completa, ello proviene, a nuestro juicio, de que la relación crucial entre el hemisferio y la periferia es para la mano más exclusiva que para cualquier otra parte del cuerpo. Si el segmento periférico de una extremidad sufre más de la parálisis que el segmento central, supondremos que las fibras representativas del segmento periférico son mucho más numerosas que las del segmento central, de manera que la

influencia cortical se hace más importante para el primero que para el segundo. Si las lesiones algo extensas de la corteza no llegan a producir monoplejías puras, concluimos que los centros motores existentes sobre la corteza no se hallan precisamente separados entre si por campos neutrales, o que existen acciones a distancia que anularían el efecto de una separación exacta de los centros.

Igualmente, si en la afasia orgánica hay siempre una mezcla de perturbaciones de distintas funciones, ello se explica por el hecho de que todos los centros del lenguaje se hallan alimentados por ramas de la misma arteria, o, si se acepta la opinión enunciada en mi estudio crítico sobre la afasia, por la circunstancia de no tratarse de centros separados, sino de un territorio continuo de asociación.

Las singulares asociaciones que tan frecuentemente se observan en la clínica de las parálisis corticales —afasia motriz y hemiplejía derecha, alexia y hemianopsia derecha— se explican por la vecindad de los centros lesionados. La hemianopsia misma, síntoma muy curioso y extraño para el espíritu no científico, no se comprende sino por el entrecruzamiento de las fibras del nervio óptico en el quiasma, constituyendo la expresión clínica del mismo, como todos los detalles de las parálisis cerebrales constituyen la expresión clínica de un hecho anatómico.

Dado que no puede haber sino una sola anatomía cerebral verdadera, y ésta ha de hallar su expresión en los caracteres clínicos de las parálisis cerebrales, es evidentemente imposible que tal anatomía pueda explicar los rasgos distintivos de la parálisis histérica. Por esta razón no es admisible deducir para la anatomía cerebral conclusiones basadas en la sintomatología de estas parálisis.

Seguramente es necesario tener en cuenta la naturaleza de la lesión para obtener esta espinosa explicación. En las parálisis orgánicas, la naturaleza de la lesión desempeña un papel secundario, siendo más bien la extensión y la localización de la lesión las que en las condiciones estructurales dadas del sistema nervioso producen los caracteres antes indicados de la parálisis orgánica. ¿Cuál podrá ser en la parálisis histérica la naturaleza de la lesión que por si sola domina la situación, independientemente de la localización de la extensión de la lesión y de la anatomía del sistema nervioso?

Charcot afirma repetidamente que se trata de una lesión cortical, pero puramente dinámica o funcional.

Es ésta una tesis de la que se comprende bien el lado negativo. Equivale a afirmar que en la autopsia no se hallará modificación alguna apreciable en los tejidos. Pero desde un punto de vista más positivo, su interpretación está muy lejos de hallarse exenta de equívocos. ¿Qué es, en efecto, una lesión dinámica? Estoy seguro que muchos lectores de Charcot creen que la lesión dinámica es desde luego una lesión, pero una lesión de la cual no se encuentra en el cadáver huella alguna, como un edema, una anemia o una hiperemia activa. Pero tales lesiones existen y son verdaderas lesiones orgánicas, aunque no persistan después de la muerte y sean ligeras y fugaces. Es necesario que las parálisis producidas por lesiones de este orden compartan en todo los caracteres de la parálisis orgánica. El edema y la anemia no podrían, mejor que la hemorragia y el reblandecimiento, producir la disociación y la intensidad de las parálisis histéricas. La única diferencia sería que la parálisis por el edema, por la constricción vascular, etc., debe ser menos duradera que la parálisis por destrucción del tejido nervioso. Todas las demás condiciones les son comunes, y la anatomía del sistema nervioso determinará las propiedades de la parálisis, lo mismo en los casos de anemia fugaz que en los de anemia permanente y definitiva.

No creo que estas observaciones sean del todo gratuitas. Si leemos que «debe de existir una lesión histérica» en tal o cual centro, el mismo cuya lesión orgánica produciría el síndrome orgánico correspondiente, y recordamos que se ha tomado la costumbre de localizar la lesión histérica dinámica del mismo modo que la lesión orgánica, nos inclinaremos a creer que bajo el término de «lesión orgánica» se esconde la idea de una lesión como el edema o la anemia, que son realmente afecciones orgánicas pasajeras. Por el contrario, afirmo yo que la lesión de las parálisis histéricas debe ser completamente independiente de la anatomía del sistema nervioso, puesto que la histeria se comporta en sus parálisis y demás manifestaciones como si la anatomía no existiese o como si no tuviese ningún conocimiento de ella.

Muchos de los caracteres de las parálisis histéricas justifican en verdad esta afirmación. La histeria ignora la distribución de los nervios, y de este

modo no simula las parálisis periférico-espinales o de proyección. No conoce el quiasma de los nervios ópticos, y, por tanto, no produce la hemianopsia. Toma los órganos en el sentido vulgar, popular, del nombre que llevan: la pierna es la pierna hasta la inserción de la cadera, y el brazo es la extremidad superior, tal y como se dibuja bajo los vestidos. No hay razón para unir a la parálisis del brazo la parálisis del rostro. El histérico que no sabe hablar carece de motivo para olvidar la inteligencia del lenguaje, puesto que la afasia motriz y la sordera verbal no poseen afinidad ninguna para la noción popular, etc. No puedo sino asociarme plenamente en este punto a la opinión que Janet ha expuesto en los últimos números de los *Archivos de Neurología*. Las parálisis histéricas la demuestran tan bien como las anestesias y los síntomas psíquicos.

IV INTENTARÉ, por último, exponer *cómo podría* ser la lesión causa de las parálisis histéricas. No quiere esto decir que vaya a mostrar cómo de hecho es tal lesión. Trátase tan sólo de indicar la trayectoria mental, susceptible de conducir a una concepción que no contraiga las propiedades de la parálisis histérica, en cuanto difiere de la parálisis orgánica cerebral.

Tomaremos los términos «lesión funcional o dinámica» en su sentido propio de «alteración de una función o de un dinamismo», o alteración de una propiedad funcional. Una tal alteración sería, por ejemplo, la disminución de la excitabilidad o de una cualidad fisiológica, que en estado normal permanecen constantes o varían dentro de límites determinados.

Se nos dirá quizá que nada nos impide considerar la alteración funcional como uno de los aspectos de la alteración orgánica. Así, una anemia pasajera del tejido nervioso disminuirá su excitabilidad.

Mas, por nuestra parte, intentaremos demostrar que puede haber alteración funcional sin lesión orgánica concomitante, o, por lo menos, sin lesión reconocible, aun por medio del más sutil análisis. O dicho de otro modo: intentaremos dar un ejemplo apropiado de una alteración funcional primitiva. No pedimos para hacerlo más que el permiso de pasar al terreno de la Psicología, imposible de eludir cuando de la histeria se trata.

Con Janet, afirmamos que en las parálisis histéricas, como en las anestesias, es la concepción vulgar, popular, de los órganos y del cuerpo en

general la que entra en juego. Ésta concepción no se funda en un conocimiento profundo de la anatomía nerviosa, sino en nuestras percepciones táctiles y, sobre todo, visuales. Si tal concepción es la que determina los caracteres de la parálisis histérica, esta última deberá mostrarse ignorante de toda noción de la anatomía del sistema nervioso e independiente de ella. La lesión de la parálisis histérica será, pues, una alteración, por ejemplo, de la concepción o idea del brazo. Pero ¿de qué clase es esta alteración para producir la parálisis?

Considerada psicológicamente, la parálisis del brazo consiste en que la concepción del brazo queda imposibilitada de entrar en asociación con las demás ideas que constituyen el *yo*, del cual el cuerpo del individuo forma una parte importante. La lesión sería, pues, la *abolición de la accesibilidad asociativa de la concepción del brazo*. El brazo se comporta como si no existiese para el juego de las asociaciones. Seguramente, si las condiciones materiales que corresponden a la concepción del brazo se encuentran profundamente alteradas, tal concepción se perderá también, pero habremos de demostrar que puede ser inaccesible sin hallarse destruida y sin que su substrato material (el tejido nervioso de la región correspondiente de la corteza) se halle lesionado.

Comenzaremos por algunos ejemplos tomados de la vida social. Conocida es la historia cómica del súbdito entusiasta que juró no volver a lavarse la mano que su rey se había dignado estrechar. La relación de su mano con la idea del rey parece tan importante a la vista psíquica del individuo, que él mismo rehúsa hacerla entrar en otras relaciones. Al mismo impulso obedecemos nosotros cuando rompemos la copa en la que hemos bebido a la salud de unos recién casados. Asimismo, las antiguas tribus salvajes, que con el cadáver de su jefe quemaban su caballo, sus armas e incluso sus mujeres, obedecían a esta idea de que nadie debía tocarlos después de él. El motivo de todos estos actos es bien transparente. El valor afectivo que atribuimos a la primera asociación de un objeto nos impide hacerlo entrar en una nueva asociación con otros, y de este modo hace inaccesible a la asociación la idea de tal objeto.

En los dominios de la psicología de las concepciones sucede algo idéntico. Si la concepción del brazo ha entrado en una asociación de un gran

valor afectivo, será inaccesible al libre juego de las demás asociaciones. El *brazo quedará paralizado en proporción a la persistencia de dicho valor afectivo o de su disminución por medios psíquicos apropiados*. Tal es la solución del problema que antes planteamos, pues en todos los casos de parálisis histérica se comprueba que el órgano paralizado o la función abolida se hallan en una asociación subconsciente, provista de un gran valor afectivo, y se puede demostrar que el brazo queda libre en cuanto dicho valor afectivo es hecho desaparecer. En este purito, la concepción del brazo existe en el substrato material, pero no es accesible a los impulsos y asociaciones conscientes, porque toda su afinidad asociativa se halla integrada en una asociación subconsciente con el recuerdo del suceso traumático que ha producido la parálisis.

Charcot ha sido el primero en enseñarnos que para la explicación de la neurosis histérica es preciso recurrir a la Psicología. En nuestra Memoria preliminar sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos[23] hemos seguido Breuer y yo su ejemplo. En esta Memoria demostramos que los síntomas permanentes de la histeria llamada no traumática se explican (excepción hecha de los estigmas) por el mismo mecanismo que Charcot ha reconocido en las parálisis traumáticas. Pero exponemos también la razón por la cual estos síntomas persisten y pueden ser curados por medio de un procedimiento especial de psicoterapia hipnótica. Todo suceso, toda impresión psíquica, se hallan provistos de un cierto valor afectivo, del cual se libertó el *yo*, bien por medio de una reacción motriz, bien mediante una labor psíquica asociativa. Si el individuo no puede o no quiere poner en práctica estos medios, el recuerdo de la impresión de que se trate adquirirá la importancia de un trauma y se constituirá en causa de síntomas permanentes de histeria. La imposibilidad de la eliminación se impone cuando la impresión permanece en lo subconsciente. Ésta es la teoría a la que hemos dado el nombre de «derivación por reacción de los incrementos de estímulo».

En resumen: de acuerdo con la opinión general que sobre la histeria hemos formado, según las enseñanzas de Charcot, hemos de aceptar que la lesión existente en las parálisis histéricas no consiste sino en la inaccesibilidad de la concepción del órgano o de la función para las asociaciones del *yo* consciente; que esta alteración, puramente funcional (con

integridad de la concepción misma), es causada por la permanencia de esta concepción en una asociación subconsciente con el recuerdo del trauma, y que esta concepción no se liberta y hace accesible en tanto que el valor afectivo del trauma psíquico no ha sido eliminado por medio de la reacción motriz adecuada o del trabajo psíquico consciente. De todos modos, aunque este mecanismo no tenga afecto y sea siempre necesaria para la parálisis histérica una idea autosugestiva directa, como en los casos traumáticos de Charcot, habremos conseguido mostrar de qué naturaleza *debería ser* en la parálisis histérica la lesión, o más bien la alteración, para explicar sus diferencias con la parálisis orgánica cerebral.

IV

UN CASO DE CURACIÓN HIPNÓTICA[24]

Y ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE LA GENESIS DE SÍNTOMAS HISTÉRICOS POR «VOLUNTAD CONTRARIA»

1892-1893

ME decido a publicar aquí la historia de una curación obtenida mediante la sugestión hipnótica por tratarse de un caso al que una serie de circunstancias accesorias de mayor transparencia y fuerza probatoria de las que suelen entrañar la mayoría de nuestros resultados terapéuticos de este orden.

La mujer a la cual me fue dado auxiliar así, en un momento muy importante de su existencia, me era conocida desde muchos años atrás, y permaneció luego varios otros sometida de mi observación. La perturbación de la cual le libertó la sugestión hipnótica había ya surgido una vez con anterioridad, siendo ineficazmente combatida e imponiendo a la sujeto una penosa renuncia, que la segunda vez logré evitarle con mis auxilios. Todavía, un año después, volvió a presentarse, por vez tercera, la dicha perturbación, para ser de nuevo suprimida con iguales medios, pero ahora ya de un modo definitivo, no volviendo a atormentar a la sujeto en todo el tiempo que hubo de ejercer la función sobre la cual recaía. Además, creo haber conseguido en este caso descubrir el sencillo mecanismo de la perturbación y relacionarlo con procesos análogos del campo de la neuropatología.

Trátase, para no continuar hablando en adivinanzas, de un caso en el que una madre se vio imposibilitada de amamantar a su hijo recién nacido hasta la intervención de la sugestión hipnótica, y en el cual lo sucedido después de un parto anterior y otro posterior permitió una comprobación, sólo raras veces posible, del resultado terapéutico.

El sujeto del historial clínico que sigue es una mujer joven, entre los veinte y los treinta años, a la que casualmente trataba yo desde sus años infantiles, y que por sus excelentes cualidades, su serena reflexión y su naturalidad, no había dado jamás, ni tampoco a su médico de cabecera, una impresión de nerviosismo. Teniendo en cuenta los sucesos que a continuación me propongo relatar, hemos de considerarla, siguiendo la feliz expresión de Charcot, como una *hystérique d'occasion*, categoría perfectamente compatible con las mejores cualidades y una intacta salud nerviosa en todo otro punto. De su familia conozco a su madre, mujer nada nerviosa, y a una hermana menor, muy semejante a ella y perfectamente sana. En cambio, un hermano suyo padeció una neurastenia juvenil, que echó por tierra todos sus planes para lo futuro. La etiología y el curso de esta enfermedad, cuyo desarrollo, muy parecido siempre, tengo todos los años repetidas ocasiones de observar, me son bien conocidos. La buena constitución primitiva del sujeto pereció asaltada por las corrientes dificultades sexuales puberales, el trabajo excesivo de los años de estudios y su intensificación al llegar el examen final, una gonorrea y, enlazada a ella, la súbita explosión de una dispepsia, acompañada de un tenaz estreñimiento, de intensidad casi increíble, que meses después desapareció, siendo sustituido por pesadez de cabeza, mal humor e incapacidad para el trabajo. A partir de este momento se desarrolló una alteración del carácter del sujeto, que le convirtió en constante tormento de su familia. No me es posible decir, de momento, si esta forma de la neurastenia puede o no adquirirse en su totalidad. Así, pues, y teniendo, además, en cuenta que no conozco a los restantes parientes de mi enferma, dejaré indecisa la cuestión de si hemos de suponer en su familia una disposición hereditaria a las neurosis.

Al nacimiento de su primer hijo había tenido la paciente intención de criarlo sin auxilio ninguno ajeno. El parto no fue más difícil de lo habitual en las primerizas, terminando con una leve aplicación de *fórceps*. Pero la madre

no consiguió, a pesar de su excelente constitución física, su ilusión de ser una buena nodriza. Tenía poca leche, sentía intensos dolores al dar el pecho al niño. Perdió el apetito, tomó repugnancia a la comida y pasaba las noches insomne y excitada. De este modo, y para no poner en grave peligro la salud del niño y la suya propia, hubo necesidad de declarar fracasada la tentativa, a los catorce días, y buscar un ama, desapareciendo enseguida todas las molestias de la madre. Haré constar que de esta primera tentativa de lactancia no puedo informar como médico ni como testigo.

Tres años después tuvo la sujeto su segundo hijo, y también por circunstancias exteriores resultaba deseable evitar la lactancia mercenaria. Pero los esfuerzos de la madre en este sentido parecieron tener aún menos éxito y provocar fenómenos más penosos que la vez primera. La joven madre vomitaba todo alimento, no dormía y se manifestaba tan deprimida por su incapacidad, que los dos médicos de la familia, los acreditados doctores Breuer y Lott, se opusieron a toda continuación de la tentativa, aconsejando como último medio experimentable la sugestión hipnótica. De este modo, el cuarto día, por la tarde, fui llamado a la cabecera de la enferma.

A mi llegada, la encontré en la cama, con las mejillas muy arrebatadas y furiosa por su incapacidad para criar al niño, incapacidad que crecía a cada nueva tentativa, no obstante poner ella todo su esfuerzo en dominarla. Para evitar los vómitos no había tomado alimento en todo aquel día. El epigastrio aparecía abultado, y colocando la mano sobre el estómago, se advertían continuas contracciones. La enferma se quejaba, además, de un constante mal sabor de boca. Ni ella ni sus familiares me recibieron como a persona de quien se espera auxilio, sino sólo en obediencia a lo indicado por los otros médicos. No podía, pues, contar con gran confianza de su parte.

En el acto intenté producir la hipnosis, haciendo fijar a la paciente sus ojos en los míos y sugiriéndole los síntomas del sueño. A los tres minutos yacía la enferma en su lecho, con la tranquila expresión de un profundo reposo, sirviéndome entonces de la sugestión para contradecir todos sus temores y todas las sensaciones en las que dichos temores se fundaban: «No tenga usted miedo; será usted una excelente nodriza y el niño se criará divinamente. Su estómago marcha muy bien; tiene usted un gran apetito y está deseando comer», etc. La enferma continuó durmiendo cuando la

abandoné por breves instantes, y al despertarla mostró una total amnesia con respecto a lo sucedido durante la hipnosis. Antes de marcharme hube aún de rechazar una observación del marido sobre el peligro de que la hipnosis perturbarse para siempre los nervios de su mujer.

Los hechos que al día siguiente me comunicaron los familiares de la enferma, a los cuales no parecían haber causado impresión ninguna, constituyeron para mí una garantía de éxito. La sujeto había cenado sin la menor molestia, había dormido bien y se había desayunado, a la mañana, con gran apetito. En todo este tiempo había amamantado a su hijo sin la menor dificultad. Pero a la vista del almuerzo, demasiado copioso, despertó de nuevo su repugnancia, y antes de haber probado nada reaparecieron los vómitos. Desde este momento le fue imposible volver a dar el pecho al niño, y a mi llegada mostraba los mismos síntomas que el día anterior. Mi argumento de que no tenía por qué preocuparse, una vez comprobado que su malestar podía desaparecer y había, en realidad, desaparecido por casi medio día, no le hizo efecto ninguno.

Recurriendo, pues, de nuevo a la hipnosis, desarrollé una mayor energía que el día anterior, sugiriéndole que cinco minutos después de mi partida había de encontrarse, un tanto violentamente, con los suyos y preguntarles cómo es que no le daban de cenar, si es que se habían propuesto matarla de hambre, si creían que de este modo iba a poder criar a su hijo, etc. A mi tercera visita no precisaba ya la sujeto de tratamiento alguno. Nada le faltaba ya; gozaba de buen apetito, tenía leche bastante para el niño, no le causaba dolor ninguno darle el pecho, etc. A su marido le había inquietado que después de mi partida hubiera dirigido a su madre ásperos reproches, contra su general costumbre. Pero desde entonces todo iba bien.

Mi intervención terminó aquí por esta época. La sujeto amamantó a su hijo durante ocho meses, teniendo yo ocasión de comprobar varias veces en este período el buen estado de salud de ambos. Únicamente hube de encontrar incomprensible e irritante que nadie de la familia volviera a hablarme del buen resultado obtenido con mi intervención.

Pero un año después obtuve mi desquite. Un tercer hijo planteó de nuevo el problema, presentándose otra vez la imposibilidad de criarlo. Encontré a la sujeto en el mismo estado que la vez anterior, indignada contra sí misma al

ver que toda su fuerza de voluntad no llegaba a vencer la repugnancia a alimentarse y los demás síntomas. La primera sesión de hipnosis no produjo otro resultado que el de desesperanzar más a la enferma. Pero después de la segunda quedó de nuevo tan completamente anulado el complejo de síntomas, que no hubo necesidad de más. La sujeto crió también a este niño, que hoy tiene ya año y medio, sin molestia alguna, y goza de buena salud.

Ante esta repetición del éxito terapéutico, modificó el matrimonio su actitud para conmigo, y me confesaron el motivo a que obedecía. «Me daba vergüenza —dijo la mujer— reconocer que el hipnotismo conseguía lo que toda mi fuerza de voluntad no era suficiente a lograr». De todos modos, no creo que ni ella ni su marido hayan dominado la aversión que les inspiraba la hipnosis.

PASAMOS ahora a explicar cuál fue el mecanismo psíquico de la perturbación de nuestra paciente, suprimida por sugestión. No tuve como en otros casos, de los que más adelante trataré, noticia directa de dicho mecanismo, sino que hube de adivinarlo.

Existen representaciones con las cuales se halla enlazado un afecto expectante, y son de dos órdenes: representaciones de que haremos esto o aquello, o sea propósitos, y representaciones de que nos sucederá algo determinado, o sea *expectaciones*. El afecto a ellas enlazado depende de dos factores: en primer lugar, de la importancia que el suceso pueda tener para nosotros, y en segundo, del grado de inseguridad que entraña la expectación del mismo. La inseguridad subjetiva, la «contraexpectación», aparece representada por una serie de representaciones a las que damos el nombre de *representaciones contrastantes penosas*. Cuando se trata de un propósito, dichas representaciones contrastantes son las de que no conseguiremos llevarlo a cabo por oponerse a ello tales o cuales dificultades, faltarnos las cualidades necesarias para alcanzar el éxito y saber que otras personas determinadas han fracasado en análogas circunstancias. El otro caso, o sea el de la expectación, no precisa de esclarecimiento alguno. La contra-expectación reposa en la reflexión de todas las posibilidades con que podemos tropezar en lugar de la deseada. Continuando la discusión de este caso, llegaríamos a las *fobias*, que tan amplio papel desempeñan en la

sintomatología de las neurosis. Por ahora permaneceremos en la primera categoría, o sea en los propósitos. Habremos de preguntarnos, en primer lugar, cuál es el destino de las representaciones contrastantes en la vida mental normal. A nuestro juicio quedan inhibidas, coartadas y excluidas de la asociación, a veces hasta tal extremo, que su existencia no se hace evidente, casi nunca, frente al propósito, siendo únicamente el estudio de las neurosis el que nos las descubre. En cambio, en las neurosis —y no me refiero solamente a la histeria, sino al *status nervosas* en general— *existe, primariamente*, una tendencia a la depresión anímica y a la disminución de la conciencia del propio *yo*, tal y como la encontramos, a título de síntoma aislado y altamente desarrollado, en la melancolía. En la neurosis presentan, asimismo, gran importancia las representaciones contrastantes con el propósito, por adaptarse muy bien su contenido al estado de ánimo propio de esta afección o quizá porque la neurosis hace surgir representaciones de este orden, que sin ella no se hubieran constituido.

Esta intensificación de las representaciones contrastantes se nos muestra, en el simple *status nervosus* y referida a la expectación, como una general tendencia pesimista, y en la neurastenia de ocasión, por asociación con las sensaciones más causales, a las múltiples fobias de los neurasténicos. Transferido a los propósitos, crea este factor aquellas perturbaciones que pueden ser reunidas bajo el nombre de *folie de doute*, y cuyo contenido es la desconfianza del sujeto con respecto al propio rendimiento. Precisamente en este punto se conducen las dos grandes neurosis —la neurastenia y la histeria — de un modo por completo distinto y característico para cada una. En la neurastenia, la representación contrastante patológicamente intensificada se une a la representación de la voluntad positiva para formar un solo acto de conciencia, y sustrayéndose de ella da origen a aquella falta de voluntad de los neurasténicos, de la cual se dan perfecta cuenta estos enfermos. En la histeria, el proceso se diferencia de éste en dos puntos, o quizá en uno sólo. Como corresponde a la tendencia de la histeria *a la disociación de la conciencia*, la representación contrastante penosa, aparentemente coartada, es disociada del propósito y perdura, inconsciente para el enfermo, en calidad de representación aislada. Es característico de la histeria el hecho de que esta representación coartada se objetiviza luego, por inervación somática, cuando

llega el momento de realizar el propósito, con igual facilidad y en la misma forma que en estado normal la representación de la abolición positiva. La representación contrastante se constituye, por decir así, en una «voluntad contraria», y el enfermo se percata con asombro de que toda su voluntad positiva permanece impotente. Tales dos factores se funden, quizá, en uno sólo, como ya antes indicamos, sucediendo muy probablemente que si la representación contrastante encuentra un medio de objetivizarse es porque no se halla coartada por su enlace con el propósito en la misma forma que ella lo coarta[25].

En nuestro caso, de una madre a la cual una perturbación nerviosa impide amamantar a su hijo, una neurasténica se hubiera conducido en la forma siguiente: hubiera sentido graves temores ante la labor maternal que se le planteaba y dado infinitas vueltas en su pensamiento a todos los accidentes y peligros posibles, acabando, sin embargo, por criar a su hijo perfectamente, aunque atormentada por constantes dudas y temores, a menos que la representación contrastante resultara victoriosa, en cuyo caso habría abandonado la sujeto su propósito, considerándose incapaz de llevarlo a cabo. La histérica se conduce en forma muy distinta. No tiene, quizá, conciencia de sus temores, abriga la firme intención de llevar a cabo su propósito y emprende, sin vacilación alguna, el camino para lograrlo. Pero a partir de este momento se comporta como si abrigase la firne voluntad de no amamantar al niño, y esta voluntad provoca en ella todos aquellos síntomas subjetivos que una simuladora pretendería experimentar para eludir el cumplimiento de sus obligaciones maternas, o sea la falta de apetito, la repugnancia a todo alimento y la imposibilidad de dar el pecho al niño a causa de los terribles dolores que ello le originaba. Pero, además, como la voluntad contraria es superior a la simulación consciente, en lo que respecta al dominio del cuerpo, presentará la histérica toda una serie de síntomas objetivos que la simulación no consigue hacer surgir. En contraposición a la *falta de voluntad* de la neurastenia, existe aquí una *perversión de la voluntad*, y en vez de la resignada indecisión de la neurasténica, muestra la histérica asombro e indignación ante la dualidad para ella incomprensible.

Creo, pues, justificado considerar a mi paciente como una *hystérique d’occasion*, dado que bajo la influencia de un motivo ocasional le fue posible

producir un complejo de síntomas, de mecanismo tan exquisitamente histérico. Como causa ocasional podemos considerar aquí la excitación anterior al primer parto o el agotamiento consecutivo, puesto que el primer parto constituye la mayor conmoción que el organismo femenino puede experimentar; conmoción después de la cual suele producir la mujer todos aquellos síntomas neuróticos a los que se halla predispuesta.

El caso de mi enferma es, probablemente, típico para una amplia serie de otros en los que la lactancia u otra análoga función quedan perturbadas por influencias nerviosas y nos aclara su naturaleza. Pero como en él no se me reveló directamente el correspondiente mecanismo psíquico, sino que llegué a él por inducción especulativa, me apresuré a asegurar que la investigación de los enfermos en la hipnosis me ha revelado muchas veces la existencia de un mecanismo psíquico semejante de los fenómenos histéricos[26].

Expondré aquí uno de los más singulares ejemplos de este orden. Hace años tenía sometida a tratamiento a una señora histérica, de voluntad muy enérgica para todo lo que no se relacionara con su enfermedad, pero gravemente afectada, por otro lado, de numerosas y tiránicas incapacidades y prohibiciones histéricas. Entre otros síntomas presentaba el de producir de cuando en cuando, a manera de un tic, un sonido inarticulado, un singular chasquido o castañeteo, que se abría paso entre sus labios contraídos. Al cabo de varias semanas le pregunté en qué ocasión había surgido por vez primera aquel síntoma. La respuesta fue: «No lo sé. Hace ya mucho tiempo». De este modo me inclinaba ya a considerarlo como un tic auténtico, cuando un día se me ocurrió interrogar de nuevo a la paciente, hallándose ésta en un profundo sueño hipnótico. En la hipnosis disponía esta enferma —sin necesidad de sugestión ninguna— de todo su acervo de recuerdos o, como estoy muy inclinado a afirmar, de toda la amplitud de su conciencia, restringida durante el estado de vigilia. A mi pregunta de cuándo se había producido por vez primera aquel síntoma, respondió en el acto: «Lo tengo desde que una vez me hallaba velando a mi hija menor, enferma de gravedad, y me propuse guardar el más absoluto silencio para no perturbar el sueño que por fin había conciliado, después de un día de continuas convulsiones. Luego desapareció y no volvió a molestarme hasta muchos años después, consecutivamente al suceso que voy a relatarle. Yendo en coche con mis hijas a través de un

bosque, nos sorprendió una tormenta, y los caballos se espantaron al caer un rayo en un árbol cercano. Entonces pensé que debía evitar todo ruido para no asustar más a los caballos; pero contra toda mi voluntad, produje el chasquido que desde entonces me es imposible reprimir». Una vez referido en esta forma el singular chasquido a su fuente de origen, desapareció por completo y para muchos años, convenciéndome así que no se trataba de un «tic» auténtico. Fue ésta la primera ocasión que se me ofreció de comprobar la génesis de un síntoma histérico por objetivación de la representación contrastante penosa, o sea por «voluntad contraria». La madre, agotada por el temor y los desvelos que le ocasiona la enfermedad de su hija, se propone guardar el más absoluto silencio para no perturbar el anhelado reposo de la enferma. Pero hallándose en un estado de gran agotamiento, la representación contrastante de que acabaría por producir algún ruido demuestra ser la más fuerte, consigue dar origen a una inervación de la lengua, inervación que el propósito de permanecer en silencio había, quizá, olvidado de impedir; rompe la contracción de los labios y produce un ruido, el cual adquiere un carácter fijo a partir de este momento, especialmente después de la repetición del mismo suceso.

Para llegar a una completa comprensión de este proceso hemos de atender aún a una determinada objeción. Podrá, en efecto, preguntársenos cómo, dado un agotamiento general —que establece, desde luego, la disposición a tal proceso—, vence, precisamente, la representación contrastante. Nuestra respuesta sería que dicho agotamiento no es tan sólo parcial. Se hallan agotados aquellos elementos del sistema nervioso que constituyen los fundamentos materiales de las representaciones asociadas a la conciencia primaria. En cambio, las representaciones excluidas de esta cadena de asociaciones —del *yo* normal— no se hallan agotadas, y predominan así en el momento de la disposición histérica.

Ahora bien: todo conocedor de la histeria observará que el mecanismo psíquico aquí descrito aclara no sólo algunos accidentes histéricos aislados, sino amplios sectores del cuadro sintomático de la histeria y uno de sus rasgos característicos más singulares. Nuestra afirmación de que las representaciones contrastantes penosas, coartadas y rechazadas por la conciencia normal fueron las que pasaron a primer término y hallaron el

camino de la inervación somática en el momento de la disposición histérica, nos da también la clave de la peculiaridad de los delirios que acompañan a los ataques histéricos. No es un hecho casual el que los delirios histéricos de las monjas, en las epidemias de la Edad Media, consistieran en graves blasfemias y un desenfrenado erotismo, ni tampoco que precisamente los niños mejor educados y más formales sean los que en sus ataques histéricos se muestren más groseros, insolentes y «mañosos». Las series de representaciones trabajosamente reprimidas son las que quedan en estos casos convertidas en actos, a consecuencia de una especie de voluntad contraria, cuando la persona sucumbe al agotamiento histérico. Esta relación es aquí más estrecha que nunca, pues precisamente es dicha laboriosa represión la que provoca el referido estado histérico, en cuya descripción psicológica no hemos entrado, por limitarnos en el presente trabajo a la explicación de por qué —dado previamente tal estado de disposición histérica— aparecen los síntomas en la forma que los observamos.

La histeria debe a esta emergencia de la voluntad contraria aquel carácter demoniaco que tantas veces presenta y que se manifiesta en que los enfermos se ven imposibilitados, en ciertas ocasiones, de realizar aquello que más ardientemente desean, hacen precisamente lo contrario de lo que se les ha pedido y calumnian aquello que les es más querido o desconfían de ello.

La perversión del carácter, propia del histérico; el impulso a hacer el mal o a enfermar cuando más desea la salud, constituye una coerción a la que sucumben los más intachables caracteres cuando quedan abandonados por algún tiempo a la acción de las representaciones contrastantes.

La interrogación referente al destino de los propósitos inhibidos parece carecer de sentido por lo que se refiere a la vida intelectual normal. Podría contestarse diciendo que no llegan a existir. Pero el estudio de la histeria muestra que, por el contrario, toman vida; esto es, que la modificación material a ellas correspondiente queda conservada, sobreviviendo tales propósitos, como fantasmas de un tenebroso reino, hasta el momento en que logran emerger y apoderarse del cuerpo que hasta entonces habría servido fielmente a la conciencia del *yo*.

He dicho antes que este mecanismo es típico de la histeria, y he de añadir ahora que no es exclusivo de esta afección. Volvemos a encontrarlo en el

«tic» convulsivo, neurosis de tan grande analogía sintomática con la histeria, que todo su cuadro sintomático puede aparecer como fenómeno parcial de la misma, resultando así que Charcot, después de un detenido estudio, sólo pudo establecer, como diferencia, la de que el «tic» histérico llega a desaparecer, perdurando, en cambio, el «tic» auténtico. El cuadro de un grave «tic» convulsivo se compone de movimientos involuntarios que presentan con frecuencia (siempre, según Charcot y Guinon) el carácter de gestos o movimientos adecuados en alguna ocasión anterior, coprolalia, ecolalia y representaciones obsesivas, de las correspondientes a la *folie de doute*. Ahora bien: sorprende leer en Guinon, autor que no penetró en el mecanismo psíquico de estos síntomas, la afirmación de que algunos de sus enfermos habían llegado a sus gestos y contracciones por medio de la objetivación de la representación contrastante. Tales enfermos indican haber visto en determinada ocasión un análogo «tic», o a un cómico, que contraía intencionadamente su rostro en dicha forma, habiendo sentido entonces el temor de verse forzosamente impulsados a imitar tan feas y ridículas contracciones.

Y, en efecto, a partir de aquel momento habían comenzado a imitarlas. Realmente, sólo una pequeñísima parte de los movimientos involuntarios surge de ese modo en los *liqueurs*. En cambio, nos inclinamos a adscribir este mecanismo a la coprolalia, nombre que damos al incoercible impulso que obliga a los *liqueurs*, contra toda su voluntad, a pronunciar las palabras más groseras. La raíz de la coprolalia sería la percepción del enfermo de que le es imposible dejar de emitir ciertos sonidos. A esta percepción se enlazaría luego el temor a perder el dominio sobre otros sonidos, especialmente sobre aquellas palabras que los hombres bien educados evitan pronunciar, y este temor los llevaría a la realización de lo temido. No encuentro en Guinon ninguna anamnesis que confirme esta hipótesis, y, por mi parte, no he tenido ocasión de interrogar a ningún enfermo de coprolalia. En cambio, encuentro en el mismo autor la exposición de otro caso de «tic», en el que las palabras involuntariamente pronunciadas no pertenecían a la terminología de la coprolalia. Era el sujeto de este caso un hombre adulto, que se veía obligado a pronunciar constantemente el nombre de «María». Siendo estudiante, se había enamorado de una muchacha que llevaba este nombre, enamoramiento

que le absorbió durante mucho tiempo y le predispuso a la neurosis. Por entonces comenzó ya a pronunciar en voz alta durante las horas de clase el nombre de su adorada, y este nombre se constituyó en un «tic» que perduraba aún más de veinte años, después de cesar el enamoramiento del sujeto. A mi juicio, lo que sucedió en este caso fue que el firme deseo del sujeto de mantener oculto el nombre de su amada se transformó, al llegar un momento de especial excitación, en la voluntad contraria, perdurando desde entonces el «tic», como en el caso de mi segunda enferma.

Si la explicación de este ejemplo es exacta, habremos de atribuir igual mecanismo al «tic» propiamente coprolálico, pues las palabras groseras son secretos que todos conocemos y cuyo conocimiento procuramos siempre ocultarnos unos a otros[27].

V

CHARCOT

1893

EL fallecimiento de J. M. Charcot, que el 16 de agosto del presente año (1893) sucumbía a una muerte rápida y sin sufrimientos, después de una vida feliz y gloriosa, ha privado prematuramente a la joven ciencia neurológica de su máximo impulsor; a los neurólogos, de su maestro, y a Francia, de una de sus más preeminentes figuras. Recién cumplidos los sesenta y ocho años, sus energías físicas y su juventud espiritual parecían asegurarle, en armonía con su deseo, francamente manifestado, aquella longevidad de la que han gozado no pocos de los grandes intelectuales de este siglo. Los nueve nutridos volúmenes de sus «Obras completas» —en los cuales han reunido sus discípulos sus aportaciones a la Medicina y la Neuropatología—, las *Leçons du mardi*, las Memorias anuales de su clínica de la Salpêtrière, etc.; todas estas publicaciones, que continuarán siendo caras a la Ciencia y a sus discípulos, no pueden compensarnos la pérdida del hombre que aún hubiera podido ofrecernos tantas enseñanzas, y a cuya persona o cuyos libros nadie se acercó que no aprendiera.

Manifestaba Charcot una naturalísima satisfacción por sus éxitos, y gustaba de hablar sobre sus comienzos y sobre el camino recorrido. Su curiosidad científica quedó tempranamente orientada hacia el rico material que ofrecían los fenómenos neuropatológicos, inexplorados por entonces. Cuando en calidad de interno del Hospital, y muy joven aún, visitaba con el

médico propietario alguna de las salas de la Salpêtrière, observando los intrincados cuadros sintomáticos —parálisis, contracturas, convulsiones, etc. —, para los cuales no se halló por más de cuarenta años nombre ni comprensión algunos, solía decir: «Faudrait y retourner et y rester», y supo cumplir su palabra. Nombrado *médecin des hopitaux*, gestionó enseguida ser destinado a una de aquellas salas de la Salpêtrière dedicadas a las enfermedades nerviosas, y conseguido su deseo, permaneció en dicho puesto, sin hacer jamás uso del derecho concedido a los médicos de su clase de cambiar por riguroso turno, de hospital y de sala, y con ello de especialidad.

Así, pues, sus primeras impresiones profesionales, y el propósito que las mismas hicieron surgir, fueron decisivas para su desarrollo científico ulterior. El hecho de tener a su alcance en la Salpêtrière un amplio material de enfermas nerviosas crónicas le permitió emplear a fondo sus particulares dotes. No era Charcot un pensador, sino una naturaleza de dotes artísticas, o, como él mismo decía, un «visual». Sobre su método de trabajo nos comunicó un día lo que sigue: Acostumbraba considerar detenidamente una y otra vez aquello que no le era conocido y robustecer así, día por día, su impresión sobre ello hasta un momento en el cual llegaba de súbito a su comprensión. Ante su visión espiritual se ordenaba entonces el caos, fingido por el constante retorno de los mismos síntomas, surgiendo los nuevos cuadros patológicos, caracterizados por el continuo enlace de ciertos grupos de síndromes. Haciendo resaltar, por medio de cierta esquematización, los casos complejos y extremos, o sea los «tipos», pasaba luego de éstos a la larga serie de los casos mitigados; esto es, de las *formes frustrées*, que, teniendo su punto inicial en uno cualquiera de los signos característicos del tipo, se extendían hasta lo indeterminado. Charcot decía de esta labor mental, en la que no había quien le igualase, que era «hacer nosografía», y se mostraba orgulloso de ella. Muchas veces le hemos oído afirmar que la mayor satisfacción de que un hombre podía gozar era ver algo nuevo; esto es, reconocerlo como tal, y en observaciones constantemente repetidas, volvía sobre la dificultad y el merecimiento de una tal «visión», preguntándose a qué podía obedecer que los médicos no vieran nunca sino aquello que habían aprendido a ver, y haciendo resaltar la singularidad de que fuera posible ver de repente cosas nuevas —estados patológicos nuevos— que, sin embargo,

eran probablemente tan antiguas como la Humanidad misma. Así, él mismo se sentía obligado a confesar que veía ahora en sus enfermas cosas que le habían pasado inadvertidas durante treinta años. Todos los médicos tienen perfecta consciencia de la riqueza de formas que la Neuropatología debe a Charcot y de la precisión y seguridad que el diagnóstico ha adquirido merced a sus observaciones. A los discípulos que pasaban con él la visita a través de las salas de la Salpêtrière, museo de hechos clínicos cuyos nombres y peculiaridades habían sido hallados por él en su mayor parte, les recordaba a Cuvier, el gran conocedor y descriptor del mundo zoológico, al cual nos muestra su estatua del *Jardín des Plantes* rodeado de multitud de figuras animales, o los hacía pensar en el mito de Adán, que debió de gozar con máxima intensidad de aquel placer intelectual, tan ensalzado por Charcot, cuando Dios le confió la labor de diferenciar y dar un nombre a todos los seres del Paraíso.

Charcot no se fatigaba nunca de defender los derechos de la labor puramente clínica, consistente en ver y ordenar, contra la intervención de la medicina teórica. En una ocasión nos reunimos en su visita unos cuantos médicos y estudiantes extranjeros, penetrados de respeto a la fisiología «oficial» alemana, que acabamos por irritarle levemente, discutiendo sus novedades clínicas. «Eso no puede ser —observó uno de nosotros—, pues contradice la teoría de Young-Helmholtz». Charcot no respondió como hubiera sido de esperar: «Tanto peor para la teoría. Los hechos clínicos tienen primacía». Pero pronunció una frase que nos impresionó intensamente: «La théorie c’est bon, mais ça n’empêche pas d’exister».

Durante largos años desempeñó Charcot en París la cátedra de Anatomía patológica; pero lo que le dio rápida fama, incluso en el extranjero, fueron sus conferencias y trabajos sobre Neuropatología; labor espontánea, que llevaba a cabo al margen de sus ocupaciones oficiales. Sin embargo, para la Neuropatología fue una fortuna esta dualidad, por la cual el mismo hombre de ciencia creaba, mediante la observación clínica, los cuadros patológicos, y demostraba luego en el tipo y en la *forme frustrée* la existencia de igual modificación anatómica como base de la enfermedad. Los resultados positivos, fruto de este método anatómico-clínico de Charcot, en el campo de las enfermedades nerviosas orgánicas, de las tabes, la esclerosis múltiple, la

esclerosis lateral amiotrófica, etcétera, son generalmente conocidos. Con frecuencia se precisaban largos años de paciente espera hasta descubrir en estas afecciones crónicas la modificación orgánica, y sólo en un hospital de las condiciones y características de la Salpêtrière podía observarse y conservar a las enfermas a través de tanto tiempo. Sin embargo, y por una singular casualidad, Charcot realizó la primera demostración de este género antes de su entrada en la Salpêtrière. El azar llevó a su casa, en sus tiempos de estudiante, a una criada que padecía de singular temblor, y cuya consiguiente falta de seguridad en el manejo de los utensilios domésticos le dificultaba encontrar colocación. Charcot reconoció en su estado la *paralysie choreiforme*, descrita ya por Duchenne, pero de la que no se sabía el origen, y conservó a su servicio a la interesante criada, no obstante representar una pequeña fortuna los platos, tazas y copas que rompía, hasta que la muerte le permitió comprobar que la *paralysie choreiforme* era la expresión clínica de la esclerosis cerebro-espinal múltiple.

La Anatomía patológica presta a la Neurología un doble auxilio. A más de descubrir las alteraciones patológicas, fija su localización, y todos sabemos que en los dos últimos decenios ha sido este último tema uno de los que más interés han suscitado, realizándose en él grandes progresos. Charcot colaboró grandemente a esta labor, aunque no se deban a él los descubrimientos más importantes. Al principio siguió las huellas de nuestro compatriota Tuerck, cuyas investigaciones no hallaron ambiente muy favorable entre nosotros, y que luego, al surgir las dos grandes novedades, iniciadoras de una nueva época para nuestro conocimiento, de la «localización de las enfermedades nerviosas» —los experimentos de Hitzig-Frisch y los descubrimientos de Flechsig—, realizó con sus conferencias una meritísima labor, encaminada a conciliar con la clínica las nuevas teorías. Por lo que especialmente respecta a la realización del sistema muscular con la zona motora cerebral, recuerdo cuán largo tiempo permanecieron indecisas la naturaleza y la tópica de esta relación (representación común de ambas extremidades de los mismos lugares, representación de la extremidad superior en la circunvolución central anterior y de la inferior en la posterior, o sea ordenación vertical), hasta que continuadas observaciones clínicas y experimentos de estímulo y extirpación, realizados en sujetos vivos con

ocasión de intervenciones quirúrgicas, decidieron la cuestión a favor de Charcot y Pitres, según los cuales el tercio medio de las circunvoluciones centrales integraba el centro correspondiente a las extremidades superiores, y el tercio superior, el de las inferiores, existiendo, por tanto, una ordenación horizontal de la región motora.

No sería posible demostrar por medio de una enumeración detallada la importancia de Charcot para la Neuropatología, pues en los dos últimos decenios no ha habido muchos temas de alguna significación en cuyo planteamiento y discusión no haya participado ampliamente la «escuela de la Salpêtrière», la cual era, claro está, Charcot mismo, que con su amplia experiencia, la luminosa claridad de su exposición y la plástica de: sus descripciones, se transparentaba siempre en las obras de sus discípulos. Entre los médicos y estudiantes que Charcot atrajo a sí e hizo partícipes de sus investigaciones, hubo varios que se elevaron hasta la consciencia de su individualidad y adquirieron renombre personal, llegando algunos de ellos a emitir juicios que el maestro consideró más ingeniosos que exactos y combatió, no sin cierto sarcasmo, en sus conversaciones y conferencias, pero sin que jamás se alterasen por ello sus afectuosas relaciones con los criticados. Deja, en efecto, Charcot tras de sí una legión de discípulos cuya calidad intelectual, de la que muchos han dado ya afortunadas pruebas, garantiza que la Neuropatología no descenderá tan pronto en París del nivel al que Charcot la ha hecho elevarse.

En Viena hemos tenido ya repetidas ocasiones de comprobar que la importancia intelectual de un profesor académico nos trae consigo necesariamente aquel influjo sobre las jóvenes generaciones que se exterioriza en la creación de una escuela importante y numerosa. Si Charcot fue mucho más feliz a este respecto, hemos de atribuirlo a sus cualidades personales, al intenso atractivo de su figura y de su palabra, a la amable franqueza que caracterizaba su conducta para con todos en cuanto el trato había traspasado su primer estadio de desconocimiento mutuo, a la afabilidad con que ponía a disposición de sus discípulos todo cuanto éstos precisaban y a la fiel amistad que supo conservarles toda su vida. Las horas que pasaba en su clínica, dedicado a la observación de los enfermos, eran horas de cordial intercambio de ideas con todo su estado mayor médico. Jamás se aisló en

estas ocasiones. El más joven y menos significado de los internos encontraba siempre ocasión de verle trabajar, y de esta misma libertad gozaban también los extranjeros, que en épocas ulteriores no faltaban nunca en su visita. Por último, cuando la señora de Charcot, secundada por su hija, muchacha inteligentísima y de gran semejanza física y espiritual con su padre, abría las puertas de su hospitalario hogar a una escogida sociedad los invitados hallaban siempre en torno del maestro, y como formando parte de su familia, a sus discípulos y auxiliares.

Los años 1882 y 1883 trajeron consigo la estructuración definitiva de la vida de Charcot y de su labor científica. Francia reconoció en él una gloria nacional, y el Gobierno, a la cabeza del cual se hallaba Gambetta, antiguo amigo de Charcot, creó para éste una cátedra de Neuropatología en la Facultad de Medicina, a la cual se transfirió Charcot, dejando la de Anatomía patológica y una clínica, auxiliada por diversos institutos científicos, en la Salpêtrière. «Le service de monsieur Charcot» comprendió entonces, a más de las antiguas salas para enfermas crónicas, varias salas clínicas, en las que fueron admitidos también hombres; una gigantesca ambulancia, la *consultation externe*, un laboratorio histológico, un museo, una sala de electroterapia, otra para enfermos de los ojos y de los oídos y un estudio fotográfico propio; instituciones que permitían ligar duraderamente y en puestos fijos en la clínica a los auxiliares y discípulos de Charcot. El vetusto edificio, de dos pisos, con sus patios circundantes, nos recordaba singularmente nuestro Hospital General de Viena; pero aquí cesaban las analogías. «Nuestro local no es ciertamente muy bonito —decía Charcot a los visitantes—, pero encontramos en él sitio para todo».

Charcot se hallaba en el cenit de su vida cuando el Gobierno francés puso a su disposición todos estos medios de enseñanza e investigación. Era un trabajador infatigable; a mi juicio, el más aplicado siempre de toda la escuela. Su consulta privada, a la que acudían enfermos de todos los países no le hizo descuidar ni un momento sus actividades pedagógicas e investigadoras. El extraordinario número de enfermos que a él afluía no se dirigía tan sólo al famoso investigador, sino igualmente al gran médico y filántropo, que siempre sabía hallar algo beneficioso para el enfermo, adivinando cuando el estado de la Ciencia no le permitía saber. Se le ha reprochado repetidamente

su terapia, que, por su riqueza de prescripciones, tenía que repugnar a una consciencia racionalista. Pero ha de tenerse en cuenta que no hacía sino seguir los métodos usados en su tiempo y esfera de acción, aunque sin abrigar grandes ilusiones sobre su eficacia. Por lo demás, su actitud con respecto a la terapia no era nada pesimista, y nunca se negó a ensayar en su clínica nuevos métodos curativos. Como pedagogo, Charcot era extraordinario; cada una de sus conferencias constituía una pequeña obra de arte de tan acabada forma y exposición tan penetrante, que era imposible olvidarlas. Rara vez presentaba en sus lecciones un solo enfermo. Por lo general, hacía concurrir a toda una serie de ellos, comparándolos entre sí. El aula en que desarrollaba sus conferencias se hallaba ornamentada con un cuadro que representaba al «ciudadano» Pinel en el momento de quitar las ligaduras a los infelices dementes de la Salpêtrière. Este establecimiento, que tantos horrores presenció durante la Revolución, fue también el lugar donde se llevó a cabo la humanitaria rectificación médica en el cuadro representada. Charcot mismo causaba en sus conferencias una singular impresión. Su rostro, rebosante siempre de alegre animación, adquiría en estas ocasiones un severo y solemne continente bajo el gorro de terciopelo con que cubría su cabeza, y su voz bajaba de tono y sonoridad. Esta circunstancia ha movido a algunos espíritus malignos a hallar en sus conferencias cierta teatralidad. Pero los que así han hablado estaban habituados a la sencillez de las conferencias clínicas alemanas u olvidaban que Charcot sólo daba una por semana, pudiendo así prepararla con todo esmero.

Si con estas solemnes conferencias, en las que todo estaba preparado y había de desarrollarse conforme a un estudiado plan, seguía Charcot, muy probablemente, una arraigada tradición, no dejaba también de sentir la necesidad de presentar a sus oyentes un cuadro menos artificial de su actividad. Para ello se servía de la ambulancia de la clínica, cuyo servicio desempeñaba personalmente en las llamadas *Leçons du mardi*. En estas lecciones examinaba casos que hasta aquel momento no había sometido a observación; se exponía a todas las contingencias del examen y a todos los errores de un primer reconocimiento; se despojaba de su autoridad para confesar, cuando a ello había lugar, que no encontraba el diagnóstico correspondiente a un caso, o que se había dejado inducir a error por las

apariencias, y nunca pareció más grande a sus oyentes que al esforzarse, así en disminuir, con la más franca y sincera exposición de sus procesos deductivos y de sus dudas y vacilaciones, la distancia entre el maestro y sus discípulos. La publicación de estas conferencias improvisadas ha ampliado infinitamente el círculo de sus admiradores, y nunca ha conseguido una obra de Neuropatología un tan clamoroso éxito entre el público médico.

Simultáneamente a la fundación de la clínica y al trueque de la cátedra de Anatomía patológica por la de Neuropatología, experimentaron las inclinaciones científicas de Charcot un cambio de orientación, al que debemos uno de sus más bellos trabajos. Declaró, en efecto, cerrada la teoría de las enfermedades nerviosas orgánicas y comenzó a dedicarse casi exclusivamente a la histeria, la cual quedó así constituida, de una sola vez, en foco de la atención general. Esta enfermedad, la más enigmática de todas las de los nervios, y para cuyo enjuiciamiento no habían hallado aún los médicos ningún punto de vista válido, se encontraba precisamente bajo los efectos de un descrédito que se extendía a los médicos dedicados a su estudio. Era opinión general que en la histeria todo resultaba posible y se negaba crédito a las afirmaciones de tales enfermas. El trabajo de Charcot devolvió primeramente a este tema su dignidad y dio fin a las irónicas sonrisas con las que se acogían las lamentaciones de las pacientes. Puesto que Charcot, con su gran autoridad, se había pronunciado en favor de la autenticidad y la objetividad de los fenómenos histéricos, no podía tratarse, como se creía antes, de una simulación. Así, pues, repitió Charcot, en pequeño, el acto liberador de Pinel, perpetuado en el cuadro que exornaba el aula de la Salpêtrière. Una vez rechazado el ciego temor a ser burlados por las infelices enfermas, temor que se había opuesto hasta el momento a un detenido estudio de dicha neurosis podía pensarse en cuál sería el modo más directo de llegar a la solución del problema. Un observador ingenuo y poco perito en la materia hubiera establecido el siguiente proceso deductivo: Si encontramos a un sujeto en un estado que presenta todos los signos propios de un afecto doloroso, habremos de sospechar la existencia en dicho sujeto de un proceso psíquico, del cual serían manifestaciones perfectamente justificadas dichos fenómenos somáticos. El individuo sano podría en este caso manifestar qué impresión le atormenta. En cambio, el histérico alegaría ignorarlo, y de este

modo surgiría en el acto el problema de por qué el histérico aparece dominado por un afecto cuya causa afirma ignorar. Si mantenemos entonces nuestra conclusión de que ha de existir un proceso psíquico correspondiente al efecto, dando, sin embargo, crédito a las manifestaciones del enfermo, que niega su existencia, y reunimos los múltiples indicios de los que resulta que la enferma se conduce como obediente a un motivo, investigamos la historia y circunstancias personales del paciente y hallamos en esta labor un motivo o trauma susceptible de crear los fenómenos observados, nos sentiremos inclinados a suponer que el enfermo se halla en un especial estado psíquico, en el que la coherencia lógica no enlaza ya todas las impresiones y reminiscencias, pudiendo un recuerdo exteriorizar su afecto mediante fenómenos somáticos, sin que el grupo de los demás procesos anímicos, o sea el *yo* sepa nada ni pueda oponerse. El recuerdo de la conocida diferencia psicológica del sueño y la vigilia mitigaría la singularidad de esta hipótesis, no pudiendo objetarse tampoco que un observador ingenuo y no especializado jamás llegaría a la hipótesis de una disociación de la consciencia como solución del enigma de la histeria. En realidad la Edad Media escogió ya esta solución al admitir como causa de los fenómenos histéricos la posesión por el demonio. Todo se reduce, pues, a sustituir la terminología religiosa de aquella oscura y supersticiosa época por la científica de los tiempos presentes.

Charcot no siguió este camino para llegar a una explicación de la histeria, aunque sí acudió al rico material de datos contenidos en los procesos por hechicería y posesión satánica, para demostrar que los fenómenos de las neurosis habían sido los mismos en todos los tiempos. Considerando la histeria como uno de los temas de la Neuropatología, dio la descripción completa de sus fenómenos, demostró que los mismos seguían determinadas leyes y normas y enseñó a conocer los síntomas que permitían diagnosticar la histeria. A él y a sus discípulos debemos concienzudas investigaciones sobre las perturbaciones histéricas de la sensibilidad de la piel y de las regiones más profundas, y sobre las alteraciones de los órganos sensoriales, las peculiaridades de las contracturas y parálisis histéricas, las perturbaciones tróficas y los trastornos de la nutrición. Después de describir las diversas formas del ataque histérico, se estableció un esquema que presentaba dividida

en cuatro estadios, la estructura típica del «gran» ataque histérico, y permitía referir al «tipo» el «pequeño» ataque corrientemente observado. Asimismo se hizo objeto de estudio la situación y frecuencia de las llamadas zonas histerógenas y su relación con los ataques, etc. Todos estos conocimientos sobre el fenómeno de la histeria condujeron a una serie de sorprendentes descubrimientos. Así se comprobó la histeria en sujetos masculinos, especialmente en individuos de la clase obrera, con insospechada frecuencia, y se llegó a la convicción de que determinados accidentes, atribuidos antes a la intoxicación por el alcohol o por el plomo, eran de naturaleza histérica, aprendiéndose, además, a incluir en este concepto afecciones hasta entonces aisladas e incomprendidas y a circunscribir la participación de la histeria en aquellos casos, en los que la neurosis se había aliado a otras enfermedades, formando complejos cuadros patológicos. La investigación recayó también con máxima amplitud sobre las enfermedades nerviosas consecutivas a graves traumas; esto es, sobre las «neurosis traumáticas», cuya naturaleza se discute todavía hoy, y con respecto a las cuales defendió Charcot, con éxito, los derechos de la histeria.

Una vez que esta extensión del concepto de la histeria condujo a rechazar con gran frecuencia diagnósticos etiológicos, se hizo sentir la necesidad de penetrar en la etiología de la histeria misma. Charcot condensó esta etiología en una fórmula muy sencilla: la única causa de la histeria sería la herencia. Por tanto, no constituiría esta neurosis sino una forma de degeneración, un miembro de la famille néurotique. Todos los demás factores etiológicos no desempeñarían sino el papel de *agents provocateurs*.

La construcción de este gran edificio científico no se llevó a cabo sin enérgica oposición; pero era ésta la oposición estéril de la vieja generación, que no quería ver modificadas sus opiniones. En cambio, los neurólogos jóvenes, incluso los alemanes, aceptaron las teorías de Charcot, en mayor o menor medida. El mismo Charcot se hallaba totalmente seguro del triunfo de sus teorías sobre la histeria. Cuando se le objetaba que en ningún país fuera de Francia se habían observado, hasta el momento, los cuatro estadios del ataque ni la histeria masculina, etc., alegaba que también a él le habían pasado inadvertidos tales fenómenos, y repetía que la histeria era la misma en todos los tiempos y lugares. Le irritaba sobre manera oír decir que los

franceses eran una nación más nerviosa que ninguna otra, siendo la histeria un vicio nacional, y tuvo una gran alegría cuando una publicación sobre «un caso de epilepsia» en un granadero alemán le permitió establecer, a distancia, el diagnóstico de histeria.

En un punto de su labor sobrepasó Charcot el nivel de su general tratamiento de la histeria y dio un pasó que le asegura para siempre el renombre del primer esclarecedor de tal enfermedad. Ocupado en el estudio de las parálisis histéricas surgidas después de traumas, se le ocurrió reproducir artificialmente estas parálisis, que antes había diferenciado minuciosamente de las orgánicas, y se sirvió para ello de pacientes histéricos, a los que transfería por medio de la hipnosis al estado de sonambulismo. De este modo consiguió demostrar, por medio de un riguroso encadenamiento deductivo, que tales parálisis eran consecuencia de representaciones dominantes en el cerebro del enfermo, en momentos de especial disposición, quedando así explicado por vez primera el mecanismo de un fenómeno histérico. A este incomparable resultado de la investigación clínica enlazaron sus estudios Janet, discípulo de Charcot; Breuer y otros, desarrollando una teoría de la neurosis coincidente con el concepto medieval de esta afección, con la única diferencia de sustituir el «demonio» por una fórmula psicológica.

El estudio llevado a cabo por Charcot de los fenómenos hipnóticos en sujetos histéricos situó en primer término este importantísimo sector de hechos hasta entonces descuidados y despreciados, dando fin, de una vez para siempre, a las dudas sobre la realidad de los fenómenos histéricos. Pero esta materia, puramente psicológica, no se adaptaba al tratamiento exclusivamente nosográfico que encontró en la escuela de la Salpêtrière. La limitación del estudio de la hipnosis a los histéricos, la diferenciación de grande y pequeña hipnosis, el establecimiento de tres estadios de la «gran hipnosis» y su caracterización por fenómenos somáticos, todo esto perdió la estimación de los contemporáneos cuando Bernheim, discípulo de Liébault, emprendió la labor de construir la teoría del hipnotismo sobre una más amplia base psicológica y hacer de la sugestión el nódulo de la hipnosis. Sólo aquellos adversarios del hipnotismo que encubren su propia falta de experiencia en esta materia remitiéndose a las opiniones de cualquier autoridad continúan

fieles a la teoría de Charcot y gustan de alegar una afirmación de sus últimos años, que niega toda significación a la hipnosis como medio terapéutico.

También habrán de experimentar en breve importantes modificaciones y correcciones las hipótesis etiológicas expuestas por Charcot en su teoría de la *famille néuropathique*, de las cuales hizo el maestro la base de su concepción total de las enfermedades nerviosas. Charcot exageraba tanto la herencia como causa, que no dejó espacio alguno para la adquisición de las neuropatías. No concedía a la sífilis sino un modestísimo puesto entre los *agents provocateurs*, ni diferenciaba suficientemente, tanto con respecto a la etiología como a los demás conceptos las afecciones nerviosas orgánicas de las neurosis. Es indudable que el progreso de nuestra ciencia, aumentando nuestros conocimientos desvalorizará parte de las enseñanzas de Charcot; pero ningún cambio de los tiempos ni de las opiniones disminuirá la fama del hombre cuya pérdida se llora hoy en Francia y fuera de ella.

Viena, agosto 1893.

VI

ESTUDIOS SOBRE LA HISTERIA[28]

1895

Los «Estudios sobre la histeria», *escritos en colaboración por los doctores José Breuer y S. Freud, aparecieron por vez primera en 1895, publicada por Deuticke, Leipzig-Viena.*

Siguiendo la pauta que nos traza la edición alemana de las obras completas del profesor Freud, no recogemos en esta edición castellana sino la parte que de dichos «Estudios» *corresponde privativamente a Freud, excepción hecha de los capítulos A, B y C, que corresponden a ambos colaboradores.*

A) PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN (Breuer y Freud)

NUESTRAS experiencias recogidas con un nuevo método de exploración y tratamiento de los fenómenos histéricos las publicamos en 1893 en forma de una «Comunicación preliminar[29]», agregándoles de la manera más concisa todas las concepciones teóricas que a la sazón habíamos alcanzado. Dicha «Comunicación» vuelve a ser impresa aquí a manera de tesis, que habrá de ser ilustrada y ampliada.

Ahora continuamos esa exposición con una serie de observaciones clínicas en cuya selección no pudimos, por desgracia, dejarnos gobernar exclusivamente por razones científicas. En efecto, nuestras experiencias han

sido recogidas en la práctica profesional privada, en el seno de una clase social culta e ilustrada, y su contenido roza en múltiples sentidos la vida y los destinos más íntimos de nuestros pacientes. Significaría cometer un grave abuso de confianza publicar tales revelaciones, a riesgo de que los pacientes sean identificados y de que en sus círculos se difundan hechos que sólo pudieron ser confiados al médico. De ahí que hayamos tenido que renunciar a las observaciones más instructivas y demostrativas, que en primer lugar conciernen, naturalmente, a aquellos casos en los cuales las condiciones sexuales y matrimoniales tuvieron importancia etiológica. Tal es el motivo de que sólo hayamos podido demostrar muy fragmentariamente nuestro concepto de que la sexualidad, en tanto que fuente de traumas psíquicos y motivo de la «defensa», de la represión de ideas fuera de la consciencia, desempeña un papel cardinal en la patogenia de la histeria. Simplemente hemos tenido que excluir de esta publicación las observaciones más crudamente sexuales.

A las historias clínicas les sigue una serie de consideraciones teóricas[30], y en un capítulo final de índole terapéutica exponemos la técnica del «método catártico» tal como se ha desarrollado en manos del neurólogo.

Si en algunos pasajes aparecen opiniones dispares y aun contradictorias, ello no debe interpretarse como indicio de una concepción vacilante, sino que corresponde a las legítimas diferencias de opinión entre dos observadores que, si bien concuerdan fundamentalmente en cuanto a los hechos y los principios básicos, no coinciden siempre en sus interpretaciones y en sus presunciones.

Abril de 1895.
J. BREUER & S.FREUD

B) PRÓLOGOS DE LA SEGUNDA EDICIÓN (de Breuer y de Freud)

1908

EL creciente interés que se le viene dedicando al psicoanálisis parece orientarse ahora también a los *Estudios sobre la histeria*[31]. El editor desea publicar una nueva edición de este volumen, actualmente agotado. Helo aquí reimpreso sin modificaciones, a pesar de que las concepciones y los métodos expuestos en la primera edición han experimentado en el ínterin amplias y profundas modificaciones. En lo que a mí respecta, desde entonces no he vuelto a ocuparme activamente con el tema, no he tenido parte alguna en su importante desarrollo y nada podría agregar a lo dicho en 1895. Así, sólo me cabe desear que mis dos trabajos incluidos en dicha obra[32] vuelvan a aparecer en su forma original al reeditarse la misma.

J. BREUER

La reproducción inalterada del texto de la primera edición es también la única posibilidad que veo para la parte que me corresponde en el presente libro. La evolución y las modificaciones que mis conceptos han experimentado en el curso de trece años de labor son demasiado vastas como para incorporarlas a la exposición que de ellas hice entonces, sin desvirtuar totalmente el carácter que ésta posee. Por otra parte, carezco de todo motivo que pudiera inducirme a suprimir este testimonio de mis opiniones iniciales. Aún hoy no puedo considerarlas erróneas, sino merecedoras de aprecio como primeras aproximaciones a conocimientos que sólo un esfuerzo continuado durante largo tiempo permitió captar con mayor integridad. De cuanto posteriormente se agregó a la teoría de la catarsis —el papel de los factores psicosexuales, el del infantilismo, la importancia de los sueños y del simbolismo inconsciente, entre otras cosas—, el lector atento sabrá encontrar los gérmenes ya en este libro. Finalmente, a quien se interese por la evolución que condujo de la catarsis al psicoanálisis, no podría darle mejor consejo que el de comenzar con los *Estudios sobre la histeria*, recorriendo así el mismo camino que yo hube de seguir.

Vierta, en julio de 1908.
FREUD

C) EL MECANISMO PSIQUICO DE LOS FENOMENOS HISTERICOS[33]

(COMUNICACIÓN PRELIMINAR) (Breuer y Freud)
1893

I Estimulados por una observación casual, venimos dedicándonos hace ya tiempo a investigar la motivación de los diversos síntomas y formas de la histeria, o sea aquel proceso que hizo surgir por vez primera, con frecuencia muchos años atrás, el fenómeno de que se trate. En la mayoría de los casos, el simple examen del enfermo no basta, por penetrante que sea, para descubrirnos tal punto de partida; resultado negativo, debido en parte a tratarse muchas veces de sucesos que al enfermo desagrada rememorar; pero, sobre todo, a que el sujeto no recuerda realmente lo buscado, e incluso ni sospecha siquiera la conexión causal del proceso motivador con el fenómeno patológico. Casi siempre es necesario hipnotizar al paciente y despertar en él durante la hipnosis los recuerdos de la época en la que el síntoma apareció por vez primera; procedimiento que nos permite ya establecer del modo más preciso y convincente la conexión buscada.

Con este método de investigación hemos obtenido en un gran número de casos resultados valiosísimos, tanto desde el punto de vista teórico como desde el práctico.

Por lo que respecta a la teoría, nos han demostrado, en efecto, dichos resultados que el factor accidental posee en la patología de la histeria un valor determinante, mucho más elevado de lo que generalmente se acepta y reconoce. En la histeria «traumática» está fuera de duda que es el accidente lo que ha provocado el síndrome, y cuando de las manifestaciones de los enfermos de ataques histéricos nos es posible deducir que en todos y cada uno de sus ataques vive de nuevo por alucinación aquel mismo proceso que provocó el primero que padecieron, también se nos muestra de una manera evidente la conexión causal. No así en otros distintos fenómenos.

Pero nuestros experimentos nos han demostrado que síntomas muy diversos, considerados como productos espontáneos - «idiopáticos», podríamos decir— de la histeria, poseen con el trauma causal una conexión

tan estrecha como la de los fenómenos antes mencionados, transparentes en este sentido. Hemos podido referir a tales factores causales neuralgias y anestesias de formas muy distintas, que en algunos casos venían persistiendo a través de años anteros; contracturas y parálisis; ataques histéricos y convulsiones epileptoides, diagnosticadas de epilepsia por todos los observadores; *petit mal* y afecciones de la naturaleza de los «tics»; vómitos persistentes y anorexia, llevada hasta la repulsa de todo alimento, perturbaciones de la visión, alucinaciones visuales continuas, etc., etcétera. La desproporción entre el síntoma histérico, persistente a través de años enteros, y su motivación, aislada y momentánea, es la misma que estamos habituados a observar en la neurosis traumática. Con frecuencia, la causa de los fenómenos patológicos, más o menos graves, que el paciente presenta, está en sucesos de su infancia.

En muchas ocasiones es tan perceptible la conexión, que vemos con toda evidencia cómo el suceso causal ha dado origen precisamente al fenómeno de que se trata y no a otro distinto. Dicho fenómeno aparece entonces transparentemente determinado por su motivación. Así sucede —para elegir un ejemplo vulgarísimo— cuando un afecto doloroso, surgido en ocasión de hallarse comiendo el sujeto, y retenido por el mismo, produce después malestar y vómitos, que luego perduran a través de meses enteros en calidad de vómitos histéricos. Una muchacha, que llevaba varias noches velando angustiada a su padre, enfermo, cayó una de ellas en un estado de obnubilación, durante el cual se le durmió el brazo derecho, que tenía colgando por encima del respaldo de la silla, y sufrió una terrible alucinación. Todo ello originó una «pereza» de dicho brazo, con anestesia y contractura. Además, habiendo querido rezar, no encontró palabras, hasta que, por fin, consiguió pronunciar una pequeña oración infantil en inglés; y cuando algún tiempo después se vio aquejada por una grave y complicada histeria, olvidó por completo durante año y medio su idioma natal, no pudiendo hablar, escribir ni comprender sino el inglés[34]. Una señora, cuya hija se hallaba gravemente enferma, puso toda su voluntad, al verla conciliar el sueño, en evitar cualquier ruido que pudiera despertarla; pero precisamente a causa de tal propósito («voluntad contraria histérica») acabó produciendo un singular chasquido con la lengua. Posteriormente, en otra ocasión, en la que deseaba

también guardar un absoluto silencio, volvió a dejar escapar dicho ruido, el cual pasó ya a constituirse en un «tic», que durante años enteros acompañó toda excitación[35]. Un sujeto de gran inteligencia hubo de asistir a un hermano suyo en una operación quirúrgica, encaminada a corregir una anquilosis de la articulación de cadera. En el momento en que la articulación cedió, crujiendo a los esfuerzos del operador, sintió en igual lugar de su cuerpo un agudo dolor, que persistió luego cerca de un año.

En otros casos no es tan sencilla la conexión; entre la motivación y el fenómeno patológico no existe sino una relación simbólica, semejante a la que el hombre sano constituye en el sueño cuando, por ejemplo, viene a unirse una neuralgia a un dolor anímico, o náuseas al efecto de repugnancia moral. Hemos observado enfermos que acostumbran hacer amplio uso de un tal simbolismo[36]. En una tercera serie de casos no logramos descubrir al principio una semejante determinación. A esta serie pertenecen precisamente los síntomas histéricos típicos, tales como la hemianestesia, la disminución del campo visual, las convulsiones epileptiformes, etc. Más adelante, al entrar ya de lleno en la discusión de la materia, expondremos nuestra opinión sobre este grupo de fenómenos.

Estas observaciones no parecen demostrar la analogía patógena de la histeria común con la neurosis traumática y justificar una extensión del concepto de «histeria traumática». En la neurosis traumática, la verdadera causa de la enfermedad no es la leve lesión corporal, sino el sobresalto, o sea el *trauma psíquico*. También con relación a muchos síntomas histéricos nos han revelado análogamente nuestras investigaciones causas que hemos de calificar de traumas psíquicos. Cualquier afecto que provoque los afectos penosos del miedo, la angustia, la vergüenza o el dolor psíquico puede actuar como tal trauma. De la sensibilidad del sujeto (y de otra condición, que más adelante indicaremos) depende que el suceso adquiera o no importancia traumática. En la histeria común hallamos muchas veces, sustituyendo el intenso trauma único, varios traumas parciales, o sea un grupo de motivaciones, que sólo por su acumulación podían llegar a exteriorizar un efecto traumático, y cuya única conexión está en constituir fragmentos de un mismo historial patológico. En otros casos son circunstancias aparentemente indiferentes las que por su coincidencia con el suceso, realmente eficaz, o con

un instante de gran excitabilidad, adquieren la categoría de traumas, que nadie sospechaba poseyeran, pero que conservan ya a partir de ese momento.

Pero la conexión causal del trauma psíquico con el fenómeno histérico no consiste en que el trauma actúe de «agente provocador», haciendo surgir el síntoma, el cual continuaría subsistiendo independientemente. Hemos de afirmar más bien que el trauma psíquico, o su recuerdo, actúa a modo de un cuerpo extraño; que continúa ejerciendo sobre el organismo una acción eficaz y presente, por mucho tiempo que haya transcurrido desde su penetración en él. Esta actuación del trauma psíquico queda demostrada por un singularísimo fenómeno, que confiere además a nuestros descubrimientos un alto interés práctico.

Hemos hallado, en efecto, y para sorpresa nuestra, al principio, que *los distintos síntomas histéricos desaparecían inmediata y definitivamente en cuanto se conseguía despertar con toda claridad el recuerdo del proceso provocador*, y *con él el afecto concomitante, y describía el paciente con el mayor detalle posible dicho proceso, dando expresión verbal al afecto*. El recuerdo desprovisto de afecto carece casi siempre de eficacia. El proceso psíquico primitivo ha de ser repetido lo más vivamente posible, retrotraído al *status nascendi*, y «expresado» después. En esta reproducción del proceso primitivo, y tratándose de fenómenos de excitación, aparecen éstos —convulsiones, neuralgias, alucinaciones, etc.— nuevamente con toda intensidad, para luego desaparecer de un modo definitivo. Las parálisis y anestesias desaparecen también, aunque, naturalmente, no resulte perceptible su momentánea intensificación[37].

No parece muy aventurado sospechar que de lo que en estos casos se trata es de una sugestión inintencionada. El enfermo esperaría verse libertado de su dolencia por el procedimiento descrito, y esta esperanza, y no el hecho mismo de dar expresión verbal al recuerdo del proceso provocador y a su efecto concomitante, sería el verdadero factor terapéutico. Pero no es así. La primera observación de este género en la cual fue analizado[38] en la forma indicada un complicadísimo caso de histeria, siendo suprimidos por separado los síntomas separadamente originados, procede del año 1881, o sea de la época «presugestiva»; fue facilitada por autohipnosis espontánea del enfermo y causó al observador la mayor sorpresa.

Invirtiendo el principio de *cessante causa, cessat effectus*, podemos muy bien deducir de estas observaciones que el proceso causal actúa aún de algún modo después de largos años y no indirectamente, por mediación de una cadena de elementos causales intermedios, sino inmediatamente como causa inicial, del mismo modo que un antiguo dolor psíquico, recordado en estado de vigilia, provoca todavía las lágrimas. Así, pues, *el histérico padecería principalmente de reminiscencias*[39].

II En un principio parece extraño que sucesos tan pretéritos puedan actuar con tal intensidad; esto es, que su recuerdo no sucumba al desgaste, al que vemos sucumbir todos nuestros demás recuerdos. Las consideraciones siguientes nos facilitarán quizá la comprensión de estos hechos.

La debilitación o pérdida de afecto de un recuerdo depende de varios factores y, sobre todo, de *que el sujeto reaccione o no enérgicamente al suceso estimulante*. Entendemos aquí por reacción toda la serie de reflejos, voluntarios e involuntarios —desde el llanto hasta el acto de venganza—, en los que, según sabemos por experiencia, se descargan los afectos. Cuando esta reacción sobreviene con intensidad suficiente, desaparece con ella gran parte del afecto. En cambio, si se reprime la reacción, queda el afecto ligado al recuerdo. El recuerdo de una ofensa castigada, aunque sólo fuese con palabras, es muy distinto del de otra que hubo de ser tolerada sin protesta.

La reacción del sujeto al trauma sólo alcanza un efecto «catártico» cuando es adecuado; por ejemplo, la venganza. Pero el hombre encuentra en la palabra un subrogado del hecho, con cuyo auxilio puede el afecto ser también casi igualmente *descargado por reacción (Abreagiert).* En otros casos es la palabra misma el reflejo adecuado a título de lamentación o de alivio del peso de un secreto (la confesión). Cuando no llega a producirse tal reacción por medio de actos o palabras, y en los casos más leves, por medio de llanto, el recuerdo del suceso conserva al principio la acentuación afectiva.

La «descarga por reacción» no es, sin embargo, el único medio de que dispone el mecanismo psíquico normal del individuo sano para anular los efectos de un trauma psíquico. El recuerdo del trauma entra, aunque no haya sido descargado por reacción, en el gran complejo de la asociación, yuxtaponiéndose a otros sucesos, opuestos, quizá, a él, y siendo corregido por

otras representaciones. Así, después de un accidente, se unen al recuerdo del peligro y a la reproducción (atenuada) del sobresalto el recuerdo del curso ulterior del suceso, o sea el de la salvación, y la conciencia de la seguridad presente. El recuerdo de una ofensa no castigada es corregido por la rectificación de los hechos, por reflexiones sobre la propia dignidad, etc., y de este modo logra el hombre normal la desaparición del afecto, concomitante al trauma, por medio de funciones de la asociación.

A esto se añaden luego aquella debilitación general de las impresiones y aquel empalidecer de los recuerdos, que constituyen lo que llamamos «olvidos», el cual desgasta, ante todo, las representaciones, carentes ya de eficacia afectiva.

Ahora bien: de nuestras observaciones resulta que aquellos recuerdos que han llegado a constituirse en causas de fenómenos histéricos se han conservado con maravillosa nitidez y con toda su acentuación afectiva a través de largos espacios de tiempo. Hemos de advertir, sin embargo, que los enfermos no disponen de estos recuerdos como de otros de su vida; hecho singularísimo que más adelante utilizaremos para nuevas deducciones. Por el contrario, *¡ales sucesos faltan totalmente en la memoria de los enfermos, hallándose éstos en su estado psíquico ordinario, o sólo aparecen contenidos en ella de un modo muy sumario.* Ahora bien; sumido el sujeto en la hipnosis, y sometido durante ella a un interrogatorio, emergen de nuevo dichos recuerdos con toda la intacta vitalidad de sucesos recientes.

Una de nuestras pacientes reprodujo así en una serie de sesiones de hipnotismo, que duró medio año, todo aquello que en iguales días del año anterior (durante una histeria aguda) había constituido para ella motivo de excitación. Un «Diario», que su madre llevaba, ignorado por ella, confirmó la absoluta exactitud de la reproducción. Otra enferma vivió de nuevo con alucinante precisión, parte en el sueño hipnótico y parte por medio de ocurrencias espontáneas, todos los sucesos de una psicosis histérica padecida diez años antes, sucesos con respecto a los cuales presentaba una total amnesia hasta el momento mismo de su nueva emergencia. También algunos recuerdos etiológicamente importantes, de quince a veinte años de fecha, demostraron haberse conservado asombrosamente intactos y precisos, actuando a su retorno con toda la fuerza afectiva de sucesos nuevos.

La razón de esta singularidad no puede estar sino en que tales recuerdos constituyen una excepción de la regla general de desgaste, a la que antes nos referimos. *Se demuestra, en efecto, que tales recuerdos corresponden a traumas que no han sido suficientemente «descargados por reacción»*, y examinando con detención las razones que lo han impedido, llegamos a descubrir, por lo menos, dos series de condiciones en las cuales no ha existido reacción alguna al trauma.

En el primer grupo de estas condiciones incluimos aquellos casos en los que los enfermos no han reaccionado a traumas psíquicos porque la naturaleza misma del trauma excluía una reacción, como sucede en la pérdida irreparable de una persona amada; porque las circunstancias sociales hacían imposible la reacción o porque, tratándose de cosas que el enfermo quería olvidar, las reprimía del pensamiento consciente y las inhibía y suprimía. Tales sucesos penosos se encuentran luego en la hipnosis como fundamento de fenómenos histéricos (delirios histéricos de los santos y las monjas, de las mujeres continentes y de los niños severamente educados).

La segunda serie de condiciones no aparece determinada por el contenido de los recuerdos, sino por los estados psíquicos con los cuales han coincidido en el enfermo los sucesos correspondientes. En la hipnosis hallamos también, efectivamente, como causa de síntomas histéricos, representaciones carentes en sí de importancia, que deben su conservación a la circunstancia de haber surgido en graves afectos paralizantes (por ejemplo, el sobresalto) o directamente en estados psíquicos anormales, como el estado semihipnótico del ensueño diurno, la autohipnosis, etc. En estos casos es la naturaleza de estos estados la que impidió toda reacción al suceso.

Ambas condiciones pueden también coincidir, y de hecho coinciden muchas veces. Tal sucede cuando un trauma eficaz en sí sobreviene en un estado de afecto grave y paralizante o en un estado de alteración de la conciencia. Pero también parece suceder que el trauma psíquico provoca en muchas personas algunos de los estados anormales antes mencionados, el cual impide entonces, a su vez, toda reacción.

Por otra parte, es común a ambos grupos de condiciones el hecho de que en los traumas no descargados por reacción se ve también negada la descarga por elaboración asociativa. En el primer grupo el propósito del enfermo de

olvidar los sucesos penosos excluye a éstos, en la mayor medida posible, de la asociación; en el segundo, la elaboración asociativa fracasa porque entre el estado normal de la conciencia y el estado patológico en el que surgieron tales representaciones no existe una amplia conexión asociativa. En páginas inmediatas tendremos ocasión de volver más detenidamente sobre estas circunstancias.

Podemos, pues, decir que las representaciones devenidas patógenas se conservan tan frescas y plenas de afecto porque les está negado el desgaste normal mediante la descarga por reacción o la reproducción en estados de asociación no cohibida.

III Al indicar las condiciones de la cuales depende, según nuestras observaciones, que los traumas psíquicos originen fenómenos histéricos, hubimos de hablar ya de estados anormales de conciencia, en los que surgen tales representaciones patógenas, y tuvimos que hacer resaltar el hecho de que el recuerdo del trauma psíquico eficaz no aparece contenido en la memoria del enfermo, hallándose éste en su estado normal, y sólo surge en ella cuando se le hipnotiza. Cuando más detenidamente fuimos estudiando estos fenómenos, más firme se hizo nuestra convicción de que *aquella disociación de la conciencia, que tan singular se nos muestra como «double consciencie» en los conocidos casos clásicos, exista de un modo rudimentario en toda histeria, siendo la tendencia a esta disociación, y con ella a la aparición de estados anormales de conciencia, que reuniremos bajo el calificativo de «hipnoides», el fenómeno fundamenta! de esta neurosis*. En esta opinión coincidimos con Binet y con los dos Janet, sobre cuyas singularísimas observaciones en sujetos anestésicos carecemos, por lo demás, de experiencia.

A la conocida afirmación de que «la hipnosis es una histeria artificial», agregaremos, pues, nosotros la de que la existencia de estados hipnoides es base y condición de la histeria. Tales estados hipnoides, muy diversos, coinciden, sin embargo, entre sí y con la hipnosis en la circunstancia de que las representaciones en ellos emergentes son muy intensas, pero se hallan excluidas del comercio asociativo con el restante contenido de la conciencia. Pero entre sí pueden dichos estados asociarse, y su contenido de

representaciones puede alcanzar por este camino grados diferentemente elevados de organización psíquica. Por lo demás, la naturaleza de estos estados y el grado de su exclusión de los demás procesos de la conciencia podría variar, análogamente a como varía la hipnosis, la cual se extiende desde la más ligera somnolencia hasta el somnambulismo, y desde el recuerdo total hasta la amnesia absoluta.

Cuando tales estados hipnoides existen ya antes de la aparición manifiesta de la enfermedad, constituyen el terreno en el que el afecto instala el recuerdo patógeno, con sus fenómenos somáticos consecutivos. Esta circunstancia corresponde a la predisposición a la histeria. Ahora bien: resulta de nuestras observaciones que un trauma grave (como el de la neurosis traumática) o una penosa represión (por ejemplo, la del afecto sexual) pueden también producir en el hombre no predispuesto una disociación de grupos de representaciones. Éste sería el mecanismo de la histeria psíquicamente adquirida. Entre los extremos de estas dos formas hemos de suponer existente una serie, dentro de la cual varían en sentido contrario la facilidad de disociación en el sujeto y la magnitud afectiva del trauma.

Nada nuevo podemos decir sobre el fundamento de los estados hipnoides de predisposición. Únicamente indicaremos que con frecuencia se desarrollarían partiendo de los «sueños diurnos», tan frecuentes incluso en los individuos sanos, y a los que, por ejemplo, ofrecen tan amplia ocasión las labores manuales femeninas. La cuestión de por qué las «asociaciones patológicas» que en tales estados se forman son tan firmes, y ejercen sobre los procesos somáticos una influencia mucho más enérgica que la que en general ejercen las representaciones, coincide con el problema del afecto de las sugestiones hipnóticas. Nuestras observaciones no nos han proporcionado ningún dato nuevo sobre este punto; en cambio, nos han descubierto la existencia de una contradicción entre el principio de que «la histeria es una psicosis» y el hecho de que entre los histéricos nos es dado hallar individuos de clarísima inteligencia, gran fuerza de voluntad, enérgico carácter y sutil juicio crítico. En estos casos, tales caracteres corresponden al pensamiento despierto del individuo, el cual sólo en sus estados hipnoides aparece enajenado, como todos lo somos en el fenómeno onírico. Pero mientras que nuestras psicosis oníricas no ejercen influencia alguna sobre nuestro estado

de vigilia, los productos de los estados hipnoides se extienden a la vida despierta en calidad de fenómenos histéricos.

IV Con respecto a los ataques histéricos, podemos repetir casi las mismas observaciones que dedicamos a los síntomas histéricos duraderos. Conocida es la descripción esquemática, hecha por Charcot, del «gran» ataque histérico, según la cual el ataque completo mostraría cuatro fases: primera, la epileptoide; segunda, la de los grandes movimientos; tercera, la de las actitudes pasionales (la fase alucinatoria), y cuarta, la del delirio final. Las diversas formas del ataque histérico, más frecuentes que el gran ataque completo, se caracterizarían por la falta de alguna de estas fases, su aparición aislada o su mayor o menor duración.

Nuestra tentativa de aclaración viene a enlazarse a la tercera fase, o sea a la de las actitudes pasionales. En los casos en que está fase aparece con suficiente intensidad entraña la reproducción alucinatoria de un recuerdo importante para la explosión de la histeria; esto es, del recuerdo del único gran trauma de la llamada histeria traumática o de una serie de traumas parciales conexos, tales como los que constituyen el fundamento de la histeria común. O, por último, hace el ataque retornar aquellos sucesos que por su coincidencia con un momento de especial disposición quedaron elevados a la categoría de traumas.

Pero hay también ataques que aparentemente sólo consisten en fenómenos motores, faltando en ellos la fase pasional. Cuando durante uno de estos ataques, compuesto de contracciones generales o rigidez cataléptica, o en *un attaque de sommeil* conseguimos ponernos en *rapport* con el enfermo, o, mejor aún, cuando logramos provocar el ataque durante la hipnosis, hallamos que también estos casos entrañan, en su base, el recuerdo del trauma psíquico o de una serie de traumas, recuerdo que en otras ocasiones se hacía visible en la fase alucinatoria. Una niña venía sufriendo desde varios años atrás ataques de convulsiones generales, que se suponían epilépticas. Hipnotizada con el fin de establecer un diagnóstico diferencial, sufrió en el acto uno de tales ataques, e interrogada sobre lo que en aquel momento veía, contestó: «El perro. ¡Que viene el perro!», resultando luego, efectivamente, que el primero de sus ataques lo padeció a raíz de haber sido perseguida por

un perro rabioso. El éxito de la terapia confirmó después nuestro diagnóstico.

Un empleado que había enfermado de histeria a consecuencia de haber sido maltratado por su jefe, padecía ataques en los que caía redondo al suelo, presa de furiosas convulsiones, pero sin hablar palabra ni delatar alucinación alguna. Provocado el ataque durante la hipnosis, se reveló que volvía a vivir en su curso la escena en que el jefe se le acercó en la calle, insultándole y golpeándole con un bastón. Pocos días después acudió de nuevo a la consulta, quejándose de haber sufrido otro ataque, y esta vez se comprobó, en la hipnosis, que había reproducido la escena a la cual se enlazaba realmente el principio de su enfermedad; esto es, la que se desarrolló ante el tribunal de justicia, que le negó satisfacciones por los malos tratos recibidos.

Los resultados que surgen en los ataques histéricos o pueden ser despertados durante éstos corresponden también, en todos sus demás componentes, a los sucesos que se nos han revelado como fundamentos de síntomas histéricos duraderos. Como ellos se refieren a traumas psíquicos que han eludido la anulación mediante la descarga de reacción o la labor intelectual asociativa, faltan por completo, o en sus componentes esenciales, en el acervo mnémico de la conciencia normal y se muestran pertenecientes al contenido de representaciones de los estados hipnoides de conciencia con asociación restringida. Además, admiten la prueba terapéutica. Nuestras observaciones nos han mostrado muchas veces que un tal recuerdo que venía provocando ataques queda incapacitado para ello cuando se le lleva en la hipnosis a la reacción y a la rectificación asociativa.

Los fenómenos motores del ataque histérico pueden ser interpretados, unos, como normas generales de reacción del afecto concomitante al recuerdo (análogamente al pataleo del niño de pecho), y en parte, como movimientos expresivos, directos de dicho recuerdo. Una tercera parte elude, como los estigmas histéricos entre los síntomas permanentes, esta explicación.

Atendiendo ahora a la teoría antes indicada de que en la histeria existen grupos de representaciones nacidos en estados hipnoides y excluidos del comercio asociativo con los demás, pero asociables entre sí, que representan un rudimento más o menos organizado de una segunda conciencia o de una *condition seconde*, llegamos a una especial concepción del ataque histérico. El síntoma histérico permanente corresponderá entonces a una extensión de

este segundo estado a la inervación somática, regida en cualquier otro momento por la conciencia normal, y el ataque histérico testimoniará de una superior organización de este segundo estado y significará, siendo aislado, un momento en el que dicha conciencia hipnoide se ha apoderado de toda existencia, o sea una histeria aguda. Cuando se trate de un ataque repetido, que contiene un recuerdo, significará el retorno de tal momento. Charcot ha expresado ya el pensamiento de que el ataque histérico sería el rudimento de una *condition seconde*. Durante el ataque, el dominio sobre la inervación somática aparece transferido a la conciencia hipnoide. Sin embargo, la conciencia normal no queda anulada totalmente mientras tanto, y puede incluso percibir los fenómenos motores del ataque, al paso que los procesos psíquicos del mismo escapan a su percatación.

El curso típico de una grave histeria es el de formarse primero, en estados hipnoides, un contenido de representaciones, que luego, suficientemente crecido, se apodera de la inervación somática y de la existencia del enfermo; durante un período de «histeria aguda» crea síntomas duraderos y ataques, y desaparece luego, dejando algunos restos. Si el sujeto logra recobrar el dominio de sí mismo, tales restos supervivientes del contenido hipnoide de representaciones retornan en ataques histéricos y le hacen volver temporalmente a estados análogos, susceptibles nuevamente de influencia y capaces de acoger nuevos traumas. En esta situación se establece con frecuencia una especie de equilibrio entre los grupos psíquicos reunidos en el mismo individuo. El ataque y la vida normal caminan paralelamente, sin influirse entre sí. El ataque surge entonces espontáneamente, como suelen también surgir en nosotros los recuerdos; pero puede también ser provocado del mismo modo que, según las leyes de la asociación, nos es dado despertar cualquier recuerdo. La provocación del ataque puede resultar de la excitación de una zona histerógena o de un nuevo suceso análogo al patógeno. Esperamos poder demostrar que entre ambas condiciones, aparentemente tan diversas, no existe diferencia alguna esencial, y que en ambos casos es herido un recuerdo hiperestético. En otras ocasiones, el equilibrio indicado es muy estable, y el ataque aparece, como manifestación del resto de conciencia hipnoide, en cuanto el sujeto sufre, por fatiga u otra causa cualquiera, una disminución de su capacidad funcional. El ataque puede también surgir en

estos casos, despojado de significación primitiva, como una simple reacción motora.

Como tema de subsiguientes investigaciones queda aún el referente a las condiciones de las cuales pueda depender el que una individualidad histérica se manifieste en ataques, en síntomas permanentes o en una mezcla de ambos fenómenos.

V Resulta ya comprensible cómo el método psicoterápico que aquí exponemos actúa curativamente. *Anula la eficacia de la representación no descargada por reacción en un principio, dando salida, por medio de la expresión verbal, al afecto concomitante, que había quedado estancado, y llevándola a la corrección asociativa por medio de su atracción a la conciencia normal (en una ligera hipnosis) o de su supresión por sugestión médica, como sucede en los casos de somnambulismo con amnesia.*

La aplicación de este procedimiento nos parece constituir un importante progreso terapéutico. Naturalmente no curamos la histeria, en tanto es disposición, ni conseguimos nada contra el retorno de estados hipnoides. Tampoco, durante el estado productivo de una histeria aguda, puede evitar nuestro procedimiento que los fenómenos trabajosamente suprimidos queden sustituidos enseguida por otros. Pero cuando, pasado este estado, sólo quedan algunos restos del mismo, en calidad de síntomas permanentes y ataques histéricos, nuestro método, actuando radicalmente, logra suprimirlos con frecuencia para siempre y nos parece superar en mucho la eficacia de la supresión sugestiva directa, tal y como hoy es empleada por los psicoterapeutas.

Si bien tenemos conciencia de haber avanzado algunos pasos hacia el descubrimiento del mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos por el camino que Charcot fue el primero en iniciar con la explicación e imitación experimental de las parálisis histerotraumáticas, no se nos oculta, sin embargo, que nuestros trabajos no nos han acercado sino al conocimiento del mecanismo de los síntomas histéricos y no al de las causas internas de la histeria. No hemos hecho sino rozar la etiología de la histeria y sólo hemos podido aclarar, en realidad, las causas de las formas adquiridas, o sea la importancia del factor accidental en la neurosis.

D) APORTACIONES A LA *COMUNICACION PRELIMINAR* DE LOS «ESTUDIOS SOBRE LA HISTERIA[40]»

1) CARTA A JOSEF BREUER
1892 [1941]

29-6-1892

MI estimado Breuer:

La inocente satisfacción con que le entregué esas pocas páginas más ha cedido el lugar a la inquietud que tan a menudo acompaña los incesantes dolores de la reflexión. Me atormenta, en efecto, el problema de cómo será posible dar una imagen bidimensional de algo tan corpóreo como nuestra teoría de la histeria. Sin duda alguna, la cuestión decisiva es si habremos de darle una exposición histórica, comenzando con todas las historias clínicas, o con las dos mejores entre ellas, o si no convendría más bien empezar con una enunciación dogmática de las teorías que hemos elaborado a modo de explicación. Por mi parte, me inclino más a esto último, y optaría por distribuir el material de la siguiente manera[41]:

1) Nuestras teorías:
   a) El teorema de la constancia de las sumas de excitación.
   b) La teoría de la memoria.
   c) El teorema según el cual los contenidos de diferentes estados de consciencia pueden ser asociados entre sí.

2) La génesis de los síntomas histéricos crónicos: sueños, autohipnosis, afecto y acción del trauma absoluto. Los tres primeros factores se relacionan con la disposición; el último, con la etiología. Los síntomas crónicos corresponderían al mecanismo normal; representan [intentos de reacción, en parte por vías anormales; su carácter histérico reside en su persistencia. La razón de su persistencia radica en el teorema *c)]* desplazamientos, en parte por vías anormales (modificación interna), de sumas de excitación [tema

subsidiario] que no han sido liberadas. Motivo del desplazamiento: intento de reacción; motivo de la persistencia: teorema *c)* del aislamiento asociativo. — Comparación con hipnosis — *Tema subsidiario*: Sobre la índole del desplazamiento: Localización de los síntomas histéricos crónicos.

3) *El ataque histérico*: también es un intento de reacción por la via del recuerdo, etc.

4) *La génesis ele los estigmas histéricos*: sumamente oscura, sólo insinuaciones.

5) *La fórmula patológica de la histeria*: histeria disposicional e histeria accidental. La serie [complementaria[42]] que yo he establecido. La magnitud de las sumas de excitación, concepto del trauma, el estado segundo de consciencia.

2) SOBRE LA TEORÍA DEL ACCESO HISTÉRICO

(En colaboración con Josef Breuer)

1892 [1940]

Hasta donde alcanza nuestra información no se ha propuesto hasta ahora ninguna teoría del ataque histérico, sino sólo una descripción del mismo, hecha por Charcot, que se refiere al *grande attaque hystérique*, más bien raro en su manifestación completa. Tal ataque «típico» consta, según Charcot, de cuatro fases:

1) la fase epileptoidea: 2) los grandes movimientos; 3) la fase de las *altitudes passionelles*: 4) el *delire terminal*[43]. En la medida en que una o varias de estas fases se independizan, se prolongan, se modifican o desaparecen, surgen, de acuerdo con Charcot, todas las múltiples formas de

ataques histéricos que el médico tiene ocasión de observar mucho más frecuentemente que el típico *grande attaque*.

Esta descripción nada nos dice sobre una posible conexión entre las distintas fases sobre el significado que el ataque tiene en el cuadro general de la histeria ni sobre las modificaciones de los ataques en los casos individuales. Quizá no estemos errados al suponer que la mayoría de los médicos tienden a concebir el ataque histérico como una «descarga periódica de los centros motores y psíquicos de la corteza cerebral».

Hemos logrado nuestras concepciones sobre el ataque histérico tratando casos de esta enfermedad por medio de la sugestión hipnótica e investigando sus procesos psíquicos, durante el ataque mismo, por medio del interrogatorio en plena hipnosis. Así dejamos establecidos los siguientes postulados para el ataque histérico, pero debemos anticipar que para la explicación de los fenómenos histéricos consideramos imprescindible aceptar una disociación, una escisión del contenido de la consciencia.

1) El contenido invariable y esencial de un ataque histérico (recurrente) es el retorno de un estado psíquico que el paciente ya ha vivenciado alguna vez, o sea, en otros términos, es el *retorno de un recuerdo*.

   Consideramos, pues, que el elemento esencial del ataque histérico radica en la fase de las *altitudes passionelles* de Charcot. En muchos casos es bien evidente que esta fase implica un recuerdo de la propia vida del paciente, recuerdo que es, a menudo, siempre uno y el mismo. En otros casos, sin embargo, parece faltar semejante fase, y el ataque se manifiesta como si consistiera únicamente de fenómenos motores —sacudidas epileptoideas, estados de inquietud cataléptica o hipnoidea—, pero aun en tales casos *el examen durante la hipnosis evidencia sin lugar a dudas la intervención de un proceso mnemónico psíquico,* igual al que en otros casos se manifiesta abiertamente en la *phase passioneile*.

   Los fenómenos motores del ataque nunca se presentan inconexos de su contenido psíquico; ya constituyen la expresión general de la emoción concomitante, ya corresponden exactamente a las acciones

implícitas en el proceso mnemónico alucinatorio.

2) *El recuerdo que forma el contenido del ataque histérico no es un recuerdo cualquiera, sino que es el retorno de aquella vivencia que causó el desencadenamiento de la histeria, o sea el trauma psíquico*.

Una vez más, esta circunstancia es bien evidente en aquellos casos clásicos de histeria traumática que Charcot demostró en pacientes del sexo masculino, y en los cuales un individuo no histérico anteriormente cae de pronto en la neurosis después de un susto único e intenso, como un accidente de ferrocarril, una caída, etc. En tales casos, el contenido del ataque consiste en la reproducción alucinatoria de aquel suceso que puso en peligro la vida del sujeto, acompañada quizá por el tren de ideas y por las impresiones sensoriales que se originaron en esa ocasión. La conducta de dichos pacientes, empero, no discrepa en modo alguno de la histeria femenina común, sino que constituye un ejemplo por excelencia de la misma. Si se examina con el método arriba indicado el contenido de los ataques de una de estas mujeres histéricas, aparecen vivencias que por su naturaleza son igualmente aptas para actuar como traumas (sustos, mortificaciones, defraudaciones). Aquí, sin embargo, el gran trauma único es reemplazado a menudo por una serie de traumas menores, vinculados por sus similitudes o por representar partes de una misma historia de infortunios. Por consiguiente, tales enfermas también sufren con frecuencia ataques de distinta especie, cada uno con su contenido mnemónico particular. Esta circunstancia nos induce a extender considerablemente el concepto de la histeria traumática.

En un tercer grupo de casos, el contenido de los ataques consta de recuerdos a los cuales de por sí no se conferiría carácter traumático, pero que evidentemente lo adquieren por el hecho de haber coincidido con un momento en el cual la disposición histérica del sujeto se hallaba patológicamente exaltada, promoviéndolos así

a la categoría de traumas.

3) *El recuerdo que forma el contenido del ataque histérico es un recuerdo inconsciente o, expresado con mayor propiedad, pertenece al estado segundo de consciencia que toda histeria presenta en forma más o menos altamente organizada*. Por tanto, dicho recuerdo falta totalmente en la memoria del paciente cuando éste se halla en su estado normal, o bien sólo aparece de manera sumaria. Si logramos atraer tal recuerdo totalmente a la consciencia normal, cesa su capacidad de producir ataques. En el curso del ataque mismo el paciente se encuentra total o parcialmente sumido en el estado segundo de consciencia. En el primer caso, todo el ataque queda cubierto por la amnesia durante la vida normal; en el segundo caso, el paciente se percata del cambio de su estado y de sus manifestaciones motrices, pero el proceso psíquico operado durante el ataque le queda oculto. Con todo, éste siempre puede ser evocado por la hipnosis.

4) El problema del origen del contenido mnemónico de un ataque histérico coincide con el de las condiciones que determinan si una vivencia particular (una representación, una intención, etc.) ha de ser incorporada a la segunda consciencia, en lugar de ingresar a la consciencia normal. De estas condiciones determinantes hemos hallado dos con certeza en los casos de histeria.

Si el histérico quiere olvidar intencionalmente una vivencia o si trata de repudiar, inhibir y suprimir violentamente una intención, una representación, estos actos psíquicos ingresan consiguientemente en el estado segundo de consciencia; desde éste producen sus efectos permanentes y el recuerdo de los mismos retornan como ataque histérico. (Histeria de las monjas, de las mujeres abstinentes, de los niños bien educados, de las personas con inclinación al arte, al teatro, etc.)

Ingresan asimismo al estado segundo de consciencia todas aquellas impresiones que han sido recibidas en el curso de estados

psíquicos extraordinarios (conmociones afectivas, estados de éxtasis, autohipnosis).

Cabe agregar que estas dos condiciones determinantes a menudo se combinan entre sí por vínculos internos y que, además de ellas, pueden existir aún otras.

5) *El sistema nervioso tiene la tendencia de mantener constante, en sus condiciones funcionales, algo que cabe denominar «suma de excitación». Procura mantener esta precondición de la salud, resolviendo asociativamente todo incremento sensorial de la excitación o descargándolo por medio de una reacción motriz apropiada*. Si partimos de este teorema —que, por otro lado, es de mucho más amplio alcance— se comprueba que las experiencias psíquicas que forman el contenido de los ataques histéricos poseen una característica en común. Todas ellas son, en efecto, *impresiones que han quedado privadas de una descarga adecuada,* ya sea porque los pacientes rehusaron resolverlos por miedo a conflictos psíquicos dolorosos, ya sea porque (como en el caso de las impresiones sexuales) se lo impidieron el pudor o las circunstancias sociales, o, finalmente, porque sufrieron esas impresiones en el curso de estados en los cuales el sistema nervioso era incapaz de enfrentar su resolución.

Alcánzase por este camino, además, una definición del trauma psíquico que ha de ser provechosa para la teoría de la histeria: *toda impresión que el sistema nervioso tiene dificultad en resolver por medio del pensamiento asociativo o de la reacción motriz se convierte en un trauma psíquico*.

3) NOTA «III»

1892 [1941]

En lo que antecede hubimos de aceptar, como un hecho de observación, que los recuerdos subyacentes a los fenómenos histéricos no se encuentran en la memoria accesible al paciente, mientras que pueden ser evocados con alucinatoria vivacidad en el estado de hipnosis. También hemos señalado que una serie de tales recuerdos se refieren a sucesos ocurridos en condiciones particulares, como la cataplexia provocada por sustos, estados crepusculares, la autohipnosis y otros semejantes, cuyos contenidos se sustraen a la vinculación asociativa con la consciencia normal. Por tanto, hasta ahora nos fue imposible considerar las condiciones patógenas de los fenómenos histéricos sin apoyarnos en cierta hipótesis, tendente a caracterizar la disposición histérica, una hipótesis según la cual la histeria implica una propensión a la disociación temporaria del contenido de la consciencia y a la separación de complejos ideacionales particulares, que no se hallan asociativamente conectados. Así, buscamos la esencia de la disposición histérica en la circunstancia de que tales estados surgen en ella espontáneamente (por causas internas), o bien son fácilmente provocados por influencias exteriores, siendo complementariamente variable la participación relativa de cada factor.

A dichos estados los hemos calificado de *hipnoideos* y señalamos como su característica esencial que sus contenidos se hallan más o menos aislados del restante contenido de la consciencia, quedando así privados de la posibilidad de su resolución asociativa, tal como en el sueño y en la vigilia —*modelos de dos estados psíquicos distintos— no tendemos a asociar, sino sólo a* […] *entre sí*[44]. En las personas con disposición histérica, un afecto cualquiera podría llevar a tal separación, y una impresión recibida en el curso del afecto convertiríase así en un trauma, aunque por sí misma no fuese susceptible de ejercer tal acción. Además, la impresión misma también podría producir dicho efecto. En su forma plenamente desarrollada, estos estados hipnoideos, asociables entre sí, representan la *condition séconde*, etc., que tan bien conocemos a través de los casos clínicos. Siempre existirían, empero, rudimentos de tal disposición, que podrían ser desarrollados por traumas apropiados, aun en personas no predispuestas. La vida sexual se presta particularmente para *formar el contenido* [de tales traumas[45]], debido al

profundo contraste en que se encuentra con el resto de la personalidad y a la imposibilidad de abreaccionar sus contenidos ideacionales.

Se comprenderá que nuestra terapia consista en anular los efectos de las representaciones no abreaccionadas, ya sea haciendo revivir el trauma en el estado somnambúlico, para luego abreaccionarlo y corregirlo, ya sea llevándolo a la consciencia normal en el estado de hipnosis ligera.

E) HISTORIALES CLINICOS[46]

1895

1) LA SEÑORA EMMY DE N. (cuarenta años) de Livonia

EL día 1 de mayo de 1889 comencé a prestar asistencia médica a una señora de aproximadamente cuarenta años, cuyo padecimiento y personalidad llegaron a inspirarme tan vivo interés, que hube de dedicarle gran parte de mi tiempo, poniendo un tenaz empeño en lograr su curación. Tratábase de una histérica a la que no presentaba dificultad alguna sumir en estado de somnambulismo, y habiendo advertido esta circunstancia, decidí emplear con ella el método iniciado por Breuer de la investigación en la hipnosis, método que me era conocido por los datos que mi colega hubo de proporcionarme sobre el historial clínico de su primera paciente. Era éste mi primer ensayo de dicho método terapéutico; estaba aún muy lejos de dominarlo y, en realidad, no llegué a profundizar suficientemente en el análisis de los síntomas patológicos, ni tampoco lo ajusté a un plan suficientemente regular. Para dar una idea precisa del estado del enfermo y de mi propia conducta médica, creo ha de ser lo mejor transcribir aquí las notas diarias tomadas por mí durante las tres primeras semanas del tratamiento. En llamadas e intercalaciones iré dando cabida al mejor conocimiento que sobre algunos puntos me ha proporcionado mi experiencia ulterior.

1 de mayo de 1889. - Encuentro a la paciente, mujer de aspecto aún juvenil y rasgos fisonómicos muy finos y característicos, tendida en un diván,

con un almohadón bajo la nuca. Su rostro presenta una expresión contraída y doliente. Tiene los ojos entornados, la mirada baja, fruncido el entrecejo e intensamente señalados los surcos nasolabiales. Habla trabajosamente y en voz muy baja. A veces tartamudea, presa de una afasia espasmódica. Sus dedos, entrelazados, muestran una constante agitación. Frecuentes contracciones, a manera de «tics», recorren los músculos de su cara y cuello, algunos de los cuales, especialmente el esternoeleidomastoideo, resaltan plásticamente. Con frecuencia se interrumpe al hablar para producir un singular sonido inarticulado[47].

Su conversación es perfectamente coherente y testimonio de una cultura y una inteligencia nada comunes. De este modo me resulta tanto más extraño ver que cada dos minutos se interrumpe de repente, contrae su rostro en una expresión de horror y repugnancia, extiende una mano hacia mí con los dedos abiertos y crispados y exclama con voz cambiada y llena de espanto; «¡Estese quieto! ¡No me hable! ¡No me toque!» Se halla, probablemente, bajo la impresión de una terrorífica alucinación periódica y rechaza con tales exclamaciones la intervención de toda persona extraña[48]. Este fenómeno cesa luego tan repentinamente como surgió, y la enferma continúa la interrumpida conversación sin aludir para nada a aquél, ni tampoco excusar o aclarar su conducta, por lo cual es de sospechar que no se ha dado cuenta de la interrupción[49].

Sobre sus circunstancias personales me es conocido lo siguiente: Su familia, originaria de la Alemania Central, reside, hace ya dos generaciones, en las provincias rusas del mar Báltico, en las cuales se halla ricamente afincada. De catorce hermanos que fueron —ella hacía el número trece—, sólo cuatro quedan con vida. Su madre, mujer enérgica y severa, la había educado cuidadosamente, aunque con excesivo rigor. A los veintitrés años casó con un rico industrial, muy inteligente y laborioso, pero mucho mayor que ella, el cual murió repentinamente de un ataque al corazón, después de corta vida matrimonial. Este doloroso acontecimiento y las preocupaciones y disgustos que le ha originado la educación de sus dos hijas, las cuales cuentan hoy dieciséis y catorce años, respectivamente, y han sido siempre muy enfermizas, hallándose afectadas de diversas perturbaciones nerviosas, constituyen, según ella, las causas de su padecimiento. Desde la muerte de su

marido, hace catorce años, ha estado siempre enferma, con mayor o menor intensidad. Hace cuatro años, un tratamiento combinado de masaje y baños eléctricos le procuró un pasajero alivio. Fuera de esto, todos sus esfuerzos para recobrar la salud han sido totalmente infructuosos. Ha viajado mucho y da muestras de vivo interés intelectual. Actualmente reside en una finca que posee a orillas del Báltico, próxima a una importante ciudad. Pero hace cuatro meses hubo de sentirse peor, y se trasladó a Abazia, buscando en vano un alivio a sus males, y luego, de aquí a Viena, donde lleva seis semanas sometida a tratamiento por una de nuestras primeras autoridades médicas.

Al acudir a mi acepta sin objeción alguna mi propuesta de separarse de sus hijas, dejándolas al cuidado de la institutriz, y entrar en un sanatorio, en el que yo pueda verla diariamente.

El día 2 de mayo acudo por la tarde al sanatorio, y observo que la enferma acusa un violento sobresalto cada vez que la puerta de su habitación se abre inesperadamente. En consecuencia, recomiendo al personal del establecimiento que no entre sino después de llamar y oír la contestación de «¡Adelante!». A pesar de esto, la paciente se estremece cada vez que alguien entra.

En este día se queja principalmente de frío y dolores en la pierna derecha. Le prescribo baños templados y masaje en todo el cuerpo dos veces al día.

Es extraordinariamente asequible a la hipnosis. Poniendo un dedo ante sus ojos y ordenándole: «¡Duerma usted!», cae en el acto hacia atrás, con una exclamación de confusión y estupor. Le sugiero un sueño tranquilo, mejoría de todos sus síntomas, etc., y me escucha con los ojos cerrados, pero dando muestras de intensa atención, mientras que su fisonomía va serenándose poco a poco, hasta adquirir una expresión completa de paz. Después de la primera sesión de hipnosis conserva un oscuro recuerdo de mis palabras durante aquélla, pero a partir de la segunda se presenta un somnambulismo total (amnesia). Antes de comenzar el tratamiento le había anunciado que iba a hipnotizarla, a lo cual no puso objeción alguna. No ha sido hipnotizada nunca, pero sospecho que ha leído algo sobre la hipnosis, aunque no sé cuál puede ser la idea que del estado hipnótico se forma[50].

El tratamiento de baños templados, masaje y sugestión hipnótica fue continuado en los siguientes días. La enferma dormía bien, se reponía a ojos

vistas y pasaba la mayor parte del día tranquila y reposada. Le estaba permitido ver a sus hijas, leer y despachar su correspondencia.

El día 8 de mayo, en mi visita matinal, me relata terroríficas historias de animales, hallándose aparentemente en estado normal. Así, me señala un ejemplar del *Frankfurter Zeitung* y me dice haber leído en él que un muchacho, aprendiz, ha maniatado a un niño y le ha introducido en la boca un ratón blanco, muriendo el niño del susto. Luego me cuenta que el doctor K. ha remitido a Tiflis un cajón, lleno de ratas blancas. Una profunda expresión de espanto acompaña sus palabras. Extendiendo hacia mí su mano crispada, exclama repetidamente: «¡Estese quieto! ¡No me hable! ¡No me toque! ¡Mire que si en mi cama hubiera escondido alguno de esos bichos!… (*Espanto*.) ¡Figúrese lo que pasará al abrir el cajón! ¡Entre las ratas hay una muerta, to-da ro-í-da!»

Durante la hipnosis me esforcé en disipar tales alucinaciones zoológicas. Mientras la enferma dormía, cogí el periódico y encontré la noticia de que un muchacho, aprendiz, había sido objeto de malos tratos, pero sin que se tratara en ella para nada de ratas ni ratones. Esto último constituía, pues, un delirio de la enferma, agregado por ella a su lectura.

Por la tarde le hablé de nuestra conversación matinal sobre las ratas blancas. No recuerda nada de ella, se asombra de haber dicho tales cosas y acaba riendo alegremente[51].

Antes de mi visita ha tenido algo de jaqueca, pero «muy corta; sólo le ha durado dos horas».

Durante la hipnosis la invito a hablar, consiguiéndolo después de leve esfuerzo. Habla en voz baja y reflexiona un momento antes de cada respuesta. Su expresión cambia correlativamente al contenido de su relato, serenándose en cuanto pongo fin, por sugestión, a la impresión que el mismo le causa. Le pregunto por qué se asusta con tanta facilidad, y me responde: «Son recuerdos de mi primera infancia». ¿De qué época? «Primeramente, de cuando tenía cinco años y mis hermanos me asustaban arrojándome bichos muertos. Por entonces tuve el primer ataque desvanecimiento y convulsiones —; pero mi tía me dijo que debía hacer todo lo posible por dominar tales ataques, y no volví a tener ninguno. Luego, de cuando a los siete años vi a una hermana mía muerta y metida en el ataúd; después, de cuando mi

hermano, teniendo yo ocho años, me asustaba disfrazándose de fantasma con una sábana blanca, y por último, de cuando, a los nueve años, entré a ver el cadáver de mi tía y, hallándome ante él, se le abrió de repente la boca».

Esta serie de motivos traumáticos, que la paciente me comunica en respuesta a mi pregunta de por qué era tan asustadiza, debía de hallarse ya constituida y organizada en su memoria, pues en caso contrario no le hubiera sido posible buscar y reunir, en un espacio tan breve como el que medió entre mi pregunta y su contestación, los recuerdos de sucesos pertenecientes a épocas tan diversas de su infancia. Al finalizar cada uno de los fragmentos de su relato experimenta contracciones generales y muestra una expresión de espanto. Después del último abre con violencia la boca y respira como angustiada. Las palabras correspondientes a la parte temerosa de su relato surgen trabajosa y anhelantemente de sus labios. Por fin vuelve a serenarse su fisonomía.

Preguntada, confirma que durante su narración veía plásticamente ante sí, con sus colores correspondientes, las escenas que iba refiriendo. En general, piensa con gran frecuencia en dichas escenas, y durante los últimos días las ha rememorado especialmente. Cada vez que piensa en ellas las ve surgir ante sí con todo el vivo relieve de la realidad. Ahora comprendo por qué me habla con tanta frecuencia de escenas en las que intervienen animales y cadáveres. Mi terapia consiste en desvanecer tales imágenes de manera que no puedan volver a surgir ante sus ojos. Para robustecer la sugestión paso varias veces mis manos sobre sus párpados.

9 de mayo, por la tarde. — Ha dormido bien, sin que haya sido necesario renovar la sugestión; pero por la mañana ha tenido dolores de estómago, que ya se le iniciaron ayer en el jardín, donde permaneció demasiado tiempo con sus hijas. Accede, sin dificultad, a limitar a dos horas y media la permanencia de aquéllas a su lado. Pocos días antes se había reprochado tenerlas muy abandonadas. Hoy la encuentro algo excitada; muestra la frente contraída, produce el singular chasquido antes descrito y se interrumpe, con frecuencia, al hablar. Durante el masaje me cuenta que la institutriz de sus hijas ha traído consigo un atlas de historia de la civilización, en el que había estampas —unos indios disfrazados de animales— que la han asustado mucho.

«¡Imagínese que de repente adquieran vida!…» (*Espanto*.)

En la hipnosis le pregunto por qué la han asustado tanto aquellas estampas, siendo así que ya no le dan miedo los animales, y me contesta que la han recordado visiones que tuvo cuando la muerte de su hermano (teniendo ella diecinueve años). Sobre este recuerdo volveré más adelante. Luego le pregunto si ha hablado siempre interrumpiéndose y tartamudeando de cuando en cuando, y desde qué tiempo padece aquel «tic» (el singular chasquido)[52]. Responde que el tartamudeo es un fenómeno de su enfermedad, y que el «tic» lo tiene desde una vez que, hace cinco años, se hallaba velando a su hija menor, enferma de gravedad, y se propuso guardar el más absoluto silencio. Intento debilitar la importancia de este recuerdo diciéndole que, después de todo, a su hija no le ha pasado nada, etcétera. Ella: «Pero el "tic" me vuelve cada vez que me asusto o me sobresalto». Le mando no asustarse más de las estampas de los indios. Lo que deben causarle es risa, y ella misma habrá de llamarme la atención sobre aquéllas. Así sucede, en efecto, al despertar. Busca el libro; me pregunta si lo he visto ya; lo abre por la página en que se halla la estampa tan temida, y se ríe a carcajadas de las grotescas figuras; todo ello sin la menor señal de miedo y con rostro sereno. En esto entra inesperadamente el doctor Breuer, acompañado por el médico del sanatorio. La paciente se asusta y da muestras repetidas de gran excitación, de manera que los dos visitantes abandonan enseguida la estancia. Entonces explica su excitación diciendo que la habitual aparición del médico del sanatorio con los otros visitantes la impresiona desagradablemente.

Durante esta sesión de hipnotismo hago, además, desaparecer, por medio de pases, el dolor de estómago, y digo a la paciente que después de la comida esperará que se le vuelva a iniciar, pero que no será así.

Al anochecer. — Por vez primera la encuentro alegre y decidora. Da muestras de un gracejo que yo no sospechaba en mujer de continente tan severo, y, revelando una plena conciencia de su mejoría, se burla del tratamiento prescrito por mi antecesor. Hacía ya tiempo que tenía intención de sustraerse a él, pero no encontraba una fórmula cortés para llevarlo a cabo, hasta que una observación del doctor Breuer, al que consultó una vez, le proporcionó una salida. Viendo que parezco extrañar su relato, se asusta y me

reprocha vivamente haber cometido una indiscreción, pero se deja luego tranquilizar, aparentemente, por mí. No ha tenido dolores de estómago, a pesar de haberlos esperado.

En la hipnosis le digo que me comunique otros sucesos más que la hayan atemorizado duraderamente, y con igual prontitud que la vez primera me relata otra serie de ellos, procedentes de años posteriores, afirmando de nuevo que ve con frecuencia ante sí dichas escenas, con todos sus detalles. Teniendo quince años vio cómo se llevaban al manicomio a una prima suya; quiso pedir auxilio, pero no pudo, y perdió la voz hasta la noche de aquel día. Como durante el estado de vigilia suele hablarme muchas veces de manicomios y sanatorios para enfermos mentales, la interrumpo y la invito a comunicarme otras ocasiones de su vida en las que se haya tratado de locos. Me cuenta entonces que su madre estuvo también algún tiempo en un manicomio. Además, tuvieron una criada que había servido a una señora, internada después en uno de tales establecimientos, y que solía referirle historias terroríficas a ellos referentes, tales como la de que los enfermos eran atados a la silla y cruelmente golpeados, etc. Durante este relato, la enferma crispa sus manos, dando muestras de espanto y denotando que ve plásticamente todo aquello de que habla. Por mi parte, me esfuerzo en rectificar su idea de los manicomios, y le aseguro que en adelante podrá oír hablar de estos establecimientos sin que ello suponga relación alguna con su propia persona. Estas palabras devuelven a su rostro la serenidad.

Luego continúa su relación de recuerdos atemorizantes. Teniendo quince años encontró un día a su madre tendida en el suelo, conmocionada por los efectos de un rayo caído en las proximidades, y cuatro años después, al volver un día a su casa, la halló muerta, con el rostro todo contraído. Naturalmente, me es mucho más difícil debilitar estos recuerdos. Después de largas explicaciones le aseguro que en adelante tampoco verá ante sí tales imágenes sino de un modo muy borroso y pálido. Por último me cuenta que, teniendo diecinueve años, alzó una piedra, y al ver un sapo bajo ella perdió el habla durante algunas horas[53].

En esta hipnosis me convenzo de que sabe todo lo que en la sesión anterior sucedió, mientras que en estado de vigilia no recuerda nada de ello.

10 de mayo, por la mañana. — Hoy ha tomado, por vez primera, un baño de salvado, en lugar del baño caliente habitual. La encuentro con expresión malhumorada y contraída, envueltas las manos en un chal y quejándose de frío y dolores. A mis preguntas, responde que los dolores se los ha producido la incomodidad del baño en el que se ha bañado, demasiado corto. Durante el masaje comienza de nuevo a reprocharse su indiscreción del día anterior con respecto al doctor Breuer; la tranquilizo con la piadosa mentira de que sabía todo lo sucedido antes de contármelo ella, y de este modo desaparece su excitación (chasquidos, contracción del rostro). Mi influencia sobre la enfermedad se manifiesta ya siempre desde el comienzo de la sesión de masaje. Recobra la tranquilidad y la claridad intelectual, y encuentra, sin necesidad de interrogarla en la hipnosis, los motivos de su malestar anterior. La conversación que mantiene conmigo durante el masaje no es tampoco tan falta de significación como parece, sino que contiene la reproducción casi completa de los recuerdos y nuevas impresiones que han influido sobre ella desde nuestra última entrevista, y recae con frecuencia, inesperadamente, sobre reminiscencias patógenas, que la misma enferma se prohíbe sin necesidad ya de invitación por mi parte. Sucede como si se hubiera apropiado mi procedimiento y utilizara la conversación aparentemente sin objeto y guiada tan sólo por la casualidad para completar la hipnosis. De este modo llega hoy a hablar de su familia, y mediante toda clase de rodeos, a la historia de un primo suyo —hombre raro y de inteligencia limitada—, al que sus padres hicieron extraer en una sesión toda la dentadura. Este relato se desarrolla acompañado de gestos de espanto y repetida exclamación de la fórmula protectora: «¡Estese quieto! ¡No me hable! ¡No me toque!» Después vuelve a serenarse su fisonomía y se muestra alegre y contenta. Compruebo, pues, que su conducta en el estado de vigilia es determinada por la experiencia adquirida en el estado de somnambulismo, de la cual, despierta, creía no saber nada.

En la hipnosis vuelvo a preguntarle qué es lo que le ha disgustado, y recibo las mismas respuestas, pero en orden inverso: 1.ª Su indiscreción del día anterior. 2.ª Los dolores causados por la incomodidad del baño. Hoy le pido me explique la significación de las frases «¡Estese quieto!», etc., y me

dice que cuando tiene ideas angustiosas teme ver interrumpido su curso, pues entonces se embrolla aún más su pensamiento y crece su malestar. La frase «¡Estese quieto!» se explica por el hecho de que las figuras de animales que se le aparecen en estados de malestar adquirían movimiento y se arrojaban sobre ella en cuanto alguien hacía un movimiento ante su vista. Por último, la advertencia «¡No me toque usted!» se enlaza a los siguientes sucesos: 1.º Su hermano, enfermo por el abuso de la morfina, padecía terribles ataques, y en uno de ellos (teniendo la paciente diecinueve años) la había asido fuertemente entre sus brazos. 2.º Un conocido suyo había sufrido un súbito ataque de locura hallándose de visita en sa casa, y la había agarrado de un brazo. 3.º Un caso análogo que no recuerda con precisión. 4.º Su hija menor, en el curso de una enfermedad, se le había abrazado, delirando, al cuello con tanta fuerza, que casi la ahoga. Cuando este último suceso, tenía la paciente veintiocho años. No obstante pertenecer estos sucesos a tan diversas épocas, la paciente me los refiere en rápida sucesión y dentro de una sola frase, como si constituyeran un único acontecimiento en cuatro actos. Advirtiendo que la función de la fórmula protectora es guardarla de la repetición de sucesos semejantes, hago desaparecer por sugestión tal temor y consigo así que no vuelva a pronunciarla.

Al volver por la tarde la encuentro muy contenta. Riendo, me cuenta haberse asustado de un perrito que le ha ladrado en el jardín. Sin embargo, observo en ella cierta excitación interna, que sólo desaparece después de preguntarme si me ha desagradado una observación que me hizo el día anterior durante el masaje y negarlo yo. Hoy, después de un intervalo de sólo catorce días, ha vuelto a presentársele el período. Le prometo conseguir su regularización por medio de la sugestión hipnótica, y fijo en la hipnosis un intervalo de veintiocho días[54].

Además le pregunto si recuerda lo último que hubo de relatarme y si no tiene idea de que ayer nos quedara algún punto por aclarar. Pero, como era lo correcto, comienza por referirse a la frase «¡No me toque!», de la que tratamos en la sesión matinal de hipnosis. Tengo, pues, que retrotraerla al tema del día anterior, en el cual la había interrogado sobre el origen de su tartamudeo periódico, recibiendo por toda contestación un rotundo «No lo sé[55]». Por esta razón le había encargado que recordase dicho extremo hasta

la hipnosis de hoy, en la cual me da, sin reflexión previa ninguna, pero muy excitada y con interrupciones espasmódicas del habla, la respuesta siguiente: «Cuando una vez se desbocaron los caballos del coche en que iban mis hijas, y cuando otra vez iba yo en coche con ellas por el bosque, y cayó un rayo en un árbol delante de los caballos, y los caballos se espantaron, y yo pensé: Ahora tienes que procurar no hacer ruido ninguno, pues si gritas, los caballos se asustarán más y el cochero no podrá retenerlos. Entonces empezó el tartamudeo». Este deshilvanado relato la ha excitado extraordinariamente. Luego me dice que el tartamudeo se inició a raíz del primero de los sucesos referidos, pero desapareció a poco, retornando después del segundo, análogo, para hacerse ya crónico. Borro el recuerdo plástico de tales escenas y la invito luego a representárselas de nuevo. La paciente da muestras de intentarlo, pero ya sin alterarse. A partir de aquí habla durante la hipnosis corrientemente, sin interrupción ninguna espasmódica[56].

Como la encuentro bien dispuesta a proporcionarme aclaraciones, le pregunto también que otros acontecimientos de su vida la han asustado igualmente, hasta el punto de conservar su recuerdo plástico. En su respuesta incluye una serie de tales sucesos: 1.º Un año después de la muerte de su madre se hallaba en casa de una señora francesa, amiga suya. Ésta la envió, en unión de otra muchacha, a buscar un diccionario en una habitación contigua, y al penetrar en ella vio levantarse de una cama a una persona idéntica a la que había dejado en la habitación de la que venía. Ante tan extraña aparición quedó como clavada en el suelo. Luego le dijeron que se trataba de un muñeco preparado para embromarla. Por mi parte, le explico que aquello tuvo que ser una alucinación, y apelo a su buen juicio actual, consiguiendo que desaparezca de su fisonomía toda señal de alteración. 2.º Su hermano, enfermo por el abuso de la morfina, sufría terribles ataques, en los cuales la asía fuertemente, asustándola. De este mismo suceso me había hablado ya esta mañana, y como prueba le pregunto en qué otras ocasiones la había asido alguien con violencia. Para mi mayor satisfacción y sorpresa reflexiona esta vez largo rato y pregunta luego, insegura: «¿Mi hija pequeña?», siéndole ya imposible recordar los otros dos sucesos análogos que por la mañana me había referido. Así, pues, mi prohibición y el sugerido desvanecimiento de tales recuerdos han obrado eficazmente. 3.º Hallándose

junto al lecho de su hermano una tía suya, que había acudido con el empeño de convertirle al catolicismo, asomó de repente su pálido rostro por encima de un biombo. Observando haber llegado aquí a la raíz de su constante temor a las sorpresas, le pregunto cuáles otras ha experimentado, obteniendo la siguiente serie: 1.ª Un amigo, que pasaba temporadas en su casa, solía entrar furtivamente en las habitaciones y asustar a los que en ellas estaban. 2.ª Después de la muerte de su madre enfermó de algún cuidado, y le fue prescrita una cura de aguas en determinado balneario. Hallándose en éste, una loca, hospedada en su mismo hotel, se equivocó varias noches de habitación y entró en la suya, llegando hasta la misma cama. 3.ª En su viaje desde Abazia a Viena, un desconocido abrió cuatro veces la portezuela de su coche, quedándose mirándola fijamente cada una de ellas durante un gran rato. La singular conducta de aquel individuo acabó por asustarla tanto, que llamó al revisor.

Como final, borro todos aquellos recuerdos, despierto a la paciente y le aseguro que aquella noche dormirá bien, suprimiendo por hoy la sugestión correspondiente en la hipnosis. De la mejoría de su estado general testimonia su observación de que hoy no ha dedicado un solo momento a la lectura. Ella, que, llevada antes por su interior tranquilidad, tenía siempre que estar haciendo algo, vive ahora en un feliz ensueño.

11 de mayo, por la mañana. — Hoy es el día señalado por el doctor N. para reconocer a la hija mayor de la paciente, que se ha quejado de trastornos de la menstruación. Encuentro a mi enferma algo intranquila; pero su excitación se manifiesta ahora por signos somáticos más débiles que antes. De vez en vez exclama: «Tengo miedo; tanto miedo, que me parece que voy a morirme». Le pregunto si es acaso el doctor N. quien le inspira temor, y me responde que tiene miedo, pero no sabe a qué ni a quién. Hipnotizada luego, antes de la visita del doctor N., me confiesa que tiene miedo de haberme ofendido con una observación que me hizo ayer durante el masaje, observación que ahora le parece descortés. También le tiene miedo a todo lo nuevo, y, por tanto, al nuevo médico. Logro tranquilizarla, y luego, despierta ya, se conduce muy bien en la visita del doctor N. Tan sólo dos veces da alguna muestra de sobresalto, pero no tartamudea ni chasca la lengua.

Terminada la visita, vuelvo a hipnotizarla para hacer desaparecer un posible resto de excitación. Está muy satisfecha de su conducta y pone grandes esperanzas en su curación. Por mi parte, aprovecho estas manifestaciones para demostrarle que no hay por qué asustarse de lo nuevo, que también puede ser bueno[57].

Por la tarde la encuentro muy tranquila, y en la conversación que mantenemos antes de la hipnosis, se descarga de muchos reparos y escrúpulos. En la hipnosis le pregunto cuál es el suceso de su vida que ha dejado en ella un efecto más duradero y surge con mayor frecuencia en su memoria. Respuesta: «La muerte de mi marido». La invito a relatarme este suceso con todo detalle y así lo hace, dando muestras de profunda emoción, pero sin tartamudear ni chascar la lengua.

Hallándose ambos en un lugar de la Riviera que les gustaba mucho, iban un día de paseo, y al atravesar un puente, su marido sufrió un ataque cardiaco y cayó al suelo, donde permaneció como muerto algunos minutos; pero se repuso pronto y pudo volver a casa por su pie. Poco tiempo después, estando ella en la cama, convaleciente de un parto, su marido, que almorzaba a su lado en una mesita, se levantó de repente, la miró con expresión extraña y cayó muerto al suelo. Ella se tiró de la cama y mandó llamar al médico, pero todo fue inútil. La paciente hace aquí una pausa y continúa luego: «La niña que por entonces había yo dado a luz, y que sólo contaba unas semanas, estuvo enferma durante más de seis meses, y yo misma tuve también que guardar cama con pertinaces fiebres».

A continuación, adoptando una expresión de enfado, como cuando nos referimos a una persona de la que estamos hartos, expone, cronológicamente ordenadas, todas las molestias y preocupaciones que su hija menor le ha causado; «Durante mucho tiempo se había mostrado extraña y anormal; gritaba y lloraba de continuo; no dormía, y sufría una parálisis de la pierna izquierda, de cuya curación llegaron a desesperar los médicos. A los cuatro años tenía visiones, y no andaba ni hablaba, de manera que llegaron a creerla idiota. Los médicos declararon que padecía meningitis, mielitis y otras diversas afecciones graves».

Al llegar aquí la interrumpo, indicándole que aquella niña goza hoy de una floreciente salud normal, y la despojo de la posibilidad de ver

nuevamente aquellos tristes sucesos, no sólo desvaneciendo el recuerdo plástico, sino expulsando de su memoria toda la reminiscencia, como si jamás hubiese existido en ella. Asimismo, le prometo que de este modo cesará la temerosa espera de sucesos desgraciados que de continuo la atormentan y desaparecerán los dolores generales, de los que precisamente ha vuelto a quejarse durante su relato, después de no haber hablado de ellos en varios días[58].

Para mi sorpresa, inmediatamente después de mi última sugestión, comienza a hablar del príncipe L., cuya fuga de un manicomio constituía por entonces el suceso del día, y manifiesta nuevas representaciones terroríficas referentes a los establecimientos de este género, tales como la de que para calmar a los enfermos se los somete a duchas heladas o se los sujeta a un aparato giratorio que los hace dar vueltas rápidas. Tres días antes, cuando me expresó por vez primera su miedo a los manicomios, había yo interrumpido sus manifestaciones al terminar de contarme una primera historia —la de que los enfermos eran amarrados a sillas—, y observo ahora que talcs interrupciones son contraproducentes, y que lo mejor es escuchar hasta el final las manifestaciones de la enferma sobre cada punto concreto. La dejo, pues, agotar ahora el tema y borro las nuevas imágenes terroríficas, apelando a su buen juicio actual, y argumentando que debe prestar a mis palabras mayor crédito que a las temerosas historias relatadas por una estúpida criada.

Observando que tartamudea un poco, le pregunto nuevamente de qué procede aquel defecto. Silencio. «¿No lo sabe usted?» «No». «¿Por qué?» (*Con violencia y enfado*.) «¿Por qué? Porque no bebo». En esta manifestación creo ver un resultado de mis sugestiones; pero a seguida expresa el deseo de ser despertada, y yo accedo a ello[59].

12de mayo. — Contra mi esperanza, ha dormido poco y mal. La encuentro muy angustiada, pero sin que su angustia se revele con los habituales signos somáticos. No quiere decir lo que le pasa, y manifiesta únicamente haber tenido malos sueños y continuar viendo las mismas cosas. «¡Qué espanto si de repente adquiriesen vida!» Durante el masaje me hace varias preguntas que la apaciguan, y luego me relata la vida que hace en sus posesiones, a orillas del Báltico, nombrándome a las personas importantes

que residen en ciudades vecinas y van a pasar temporadas a su casa, etc.

Hipnosis. — Ha tenido sueños horribles. Las patas y los respaldos de las sillas se convertían en serpientes; un monstruo con pico de buitre se arrojaba sobre ella y la devoraba; otras fieras la perseguían, etc. Luego pasa a relatar otros delirios zoológicos, distinguiéndolos de los anteriores con la advertencia: «Esto es verdad» (y no un sueño). Así, cuenta que una vez (hace ya tiempo) fue a coger del suelo un vellón de lana, y cuando llegaba casi a tocarlo vio que echaba a correr, pues era una rata blanca; otra vez, yendo de paseo, vio acercarse a ella, saltando, un repugnante sapo… Observo, pues, que mi prohibición general ha sido totalmente inútil y que habré de desvanecer por separado cada una de estas impresiones temerosas[60]. En el curso del diálogo llego a preguntarle por qué ha tenido también dolores de estómago, y cuál es el origen de los mismos. Por lo que había observado, estos dolores se le presentaban siempre que tenía un ataque de zoopsia. De mala gana me responde que no sabe nada de lo que le pregunto, y le doy de plazo hasta mañana para recordarlo. Entonces, francamente malhumorada ya, me dice que no debo estar siempre preguntándole de dónde procede esto o V. aquello, sino dejarla relatarme lo que desee.

Accedo a ello, y sin otros preliminares, me dice: «Cuando se lo llevaron fuera, aún no podía yo creer que estuviera muerto». (Me habla, pues, nuevamente, de su marido, y de este modo reconozco la causa de su mal humor en el hecho de haber sufrido bajo los efectos de los restos retenidos en esta historia.) Después odió durante tres años a su hija menor, pues se decía que si el embarazo y el parto no se lo hubiesen impedido, hubiera podido cuidar mejor a su esposo y quizá salvarle. Al quedarse viuda no tuvo, además, sino disgustos y contrariedades. La familia de su marido, que se había opuesto al casamiento, y a la que luego irritaba la felicidad de que gozaban, pretendió que le había envenenado; hasta tal extremo, que ella estuvo a punto de pedir se iniciase una investigación judicial para dejar patente su inocencia. Por medio de un odioso testaferro, le plantearon luego toda clase de litigios. Este abyecto individuo disponía de agentes, que actuaban contra ella, y publicaba en los periódicos locales artículos difamantes, enviándole luego los recortes. De esta época procede su

misantropía y su odio a las personas nuevas para ella. Después de las palabras apaciguantes que enlazo a su relato, se manifiesta más tranquila.

13de mayo. — También ha dormido poco a causa de los dolores de estómago. Anoche no ha cenado. Además, se queja de dolores en el brazo izquierdo. Sin embargo, la encuentro tranquila y de buen humor. Desde ayer me trata con especial atención. Me pregunta mi opinión sobre cosas muy diversas que cree importantes, y se preocupa y excita sobre manera cuando, por ejemplo, no hallo en el sitio de costumbre los paños necesarios para el masaje, y tengo que buscarlos. El chasquido y el «tic» facial se presentan hoy con frecuencia.

Hipnosis. — Anoche ha descubierto de repente por qué los animales pequeños crecen ante su vista hasta adquirir proporciones gigantescas. La primera vez que vio algo semejante fue en una obra teatral, en la que salía un inmenso lagarto. Este recuerdo la había atormentado durante todo el día anterior[61].

El retorno del chasquido procede de que ayer tuvo dolores de vientre, y se esforzó en no revelarlos, sollozando; del verdadero origen del mismo, tal y como me lo relató en una sesión anterior, no sabe ya nada. Recuerda que ayer le encargué que averiguase el origen de sus dolores de estómago, pero no le ha sido posible, y solicita mi ayuda. Le pregunto si alguna vez se ha forzado a comer después de haber experimentado una impresión intensa.

Mi suposición resulta exacta. Al morir su marido perdió durante mucho tiempo el apetito, y sólo el deber de vivir para sus hijas la hacía sustentarse. Por entonces comenzó a padecer dolores de estómago. Con algunos pases sobre el epigastrio los hago desaparecer, y la paciente me habla luego espontáneamente de aquello que la ha excitado. «Le he dicho a usted que durante algún tiempo no quise a mi hija menor; debo añadirle ahora que nadie pudo advertir en mi conducta una tal falta de cariño. He hecho por ella todo lo necesario. Todavía hoy me reprocho querer más a la mayor».

14de mayo. — Está bien y contenta. Ha dormido hasta las siete y media, y sólo se queja de leves dolores en la mano, la cabeza y la cara. La conversación, en la que la enferma se desahoga, dando libre curso a sus

preocupaciones, va adquiriendo cada día más importancia. Hoy no tiene casi nada terrorífico que contarme. Se queja de dolor e insensibilidad en la pierna derecha, y cuenta que en 1871, convaleciente apenas de una enfermedad *intestinal*, tuvo que cuidar a su hermano, enfermo, presentándose entonces los dolores de vientre que aún la aquejan a veces, y provocan, alguna, una parálisis de la pierna derecha.

En la hipnosis le pregunto si le será posible volver ya a entrar en contacto con las gentes o si predomina todavía en ella el miedo a las personas extrañas. Me responde que aún le es muy desagradable sentir a alguien cerca de ella, y con este motivo me relata nuevos casos en los que la brusca aparición de una persona le ha producido desagradable sorpresa. Yendo de paseo con sus hijas por las cercanías de Ruegen surgieron repentinamente de detrás de unos arbustos dos individuos de aspecto sospechoso, y las insultaron. Otra tarde, en Abazia, le salió de pronto al paso un mendigo y se arrodilló ante ella. Luego resultó ser un loco inofensivo. Por último, me relata una nocturna tentativa de robo, de la que fue objeto en su finca aislada en medio del campo; suceso que la asustó sobre manera.

Sin embargo, se observa fácilmente que su miedo a la gente procede, sobre todo, de las persecuciones de que fue víctima después de la muerte de su marido[62].

Por la tarde. - La encuentro muy serena en apariencia, pero me recibe exclamando: «Me muero de miedo. No puede usted figurarse el miedo que tengo. Me odio a mí misma». Luego me entero de que el doctor Breuer ha estado a visitarla, sobresaltándose ella al verle entrar. Como el doctor advirtiese el efecto que su aparición causaba, le ha dicho la paciente: «Ésta es la última vez que me asusto», pues la apenaba, por mí, no haber podido reprimir aquel resto de su anterior pusilanimidad. En general, he tenido ocasión de observar durante estos últimos días cuán dura es para consigo misma y cuán dispuesta se halla siempre a reprocharse como graves faltas los más nimios descuidos, tales como el de que no estén en su sitio habitual los paños necesarios para el masaje o el periódico que leo mientras duerme. Una vez derivada la capa primera y más superficial de reminiscencias atormentadoras, aparece su personalidad moralmente hipersensible y afectada

de una tendencia a disminuirse. Tanto en la vigilia como en la hipnosis le repito, parafraseando el antiguo principio de *minima non curat praetor*, que entre lo bueno y lo malo existe todo un amplio grupo de cosas pequeñas e indiferentes, de las que nadie debe hacerse un reproche. Pero me parece observar que no hace de estas enseñanzas caso mayor del que haría un asceta de la Edad Media, que vería la mano de Dios y la tentación del demonio en los menores sucesos, y sería incapaz de imaginarse por un solo momento el mundo, o siquiera una mínima parte de él, exento de relación con su propia persona.

En la hipnosis añade algunas imágenes terroríficas a las relatadas en sesiones anteriores. Así, cuenta que en Abazia veía cabezas sangrientas bailando en la cresta de las olas. Luego hago repetir los consejos que le he dado en estado de vigilia.

15de mayo. — Ha dormido hasta las ocho y media, pero por la mañana se ha sentido intranquila. «Tic», castañeteo y dificultad para hablar. «Me muero de miedo». Interrogada, me cuenta que la pensión en la que se hospedan sus hijas se halla en un cuarto piso y que ayer solicitó que las dejaran también utilizar el ascensor para bajar; petición de la que ahora se arrepiente, pues el ascensor no es de confianza, según le ha manifestado el mismo dueño de la pensión. En un accidente de ascensor murió en Roma la condesa de Sch… Pero yo conozco la pensión de que se trata, y me parece inverosímil que el mismo dueño, que menciona en sus anuncios el ascensor como una de las comodidades de su casa, prevenga después a sus huéspedes contra él. Opino, pues, que se trata de una confusión de la memoria, producida por la angustia. Se lo comunico así, y logro sin dificultad que ella misma se ría de la inverosimilitud de sus temores. Esto mismo me confirma en mi sospecha de que la causa de su angustia era muy otra, y me propongo interrogar luego sobre la materia a su conciencia hipnótica. Durante el masaje, que emprendo hoy de nuevo, después de varios días de interrupción, me relata sucesivamente varias historias sin conexión alguna entre sí, pero que pueden ser verdad, hablándome así de un sapo que encontró en una bodega; de una mujer excéntrica, que cuidaba a un hijo idiota con un singular procedimiento, y de otra mujer, que padecía de melancolía y fue encerrada en un manicomio.

De este modo revela las reminiscencias que atraviesan su pensamiento cuando se apodera de ella el malestar. Después de haberse desahogado con estos relatos se serena y me habla de la vida que hace en su finca y de las relaciones que mantiene con personas notables de Alemania y Rusia, resultándome difícil conciliar este aspecto social de su personalidad con la idea de una mujer tan intensamente nerviosa.

En la hipnosis le pregunto por qué estaba esta mañana tan intranquila, y en lugar de repetirme sus temores con respecto al ascensor, me dice haber temido que se le presentara de nuevo el período, obligándola a una nueva interrupción del masaje[63].

A continuación hago que me relate la historia de sus dolores de piernas. Comenzando como ayer, narra después una larga serie de sucesos penosos y debilitantes, al tiempo de los cuales padeció dichos dolores, y cuyos efectos hubieron de intensificarlos, hasta producirle una parálisis y anestesia de ambas piernas. Análogamente sucede con los dolores en los brazos, que comenzaron simultáneamente a los que dice sentir en la nuca una vez que se hallaba asistiendo a un enfermo. Sobre los dolores en la nuca me dice que sucedieron a singulares estados de intranquilidad y mal humor, y consisten en una sensación de «presión helada» en la nuca, rigidez y frío doloroso en las extremidades, incapacidad de hablar y postración. Suelen durarle de seis a doce horas. Mis tentativas de reducir este complejo de síntomas a una reminiscencia fallan por completo, siendo contestadas negativamente las preguntas, a dicho fin encaminadas, sobre si su hermano, al que asistió en ocasión de hallarse delirando, la cogió alguna vez por la nuca. En definitiva, no sabe de dónde provienen tales ataques[64].

Por la tarde la encuentro muy contenta y dando muestras de un excelente humor. Lo del ascensor —me dice— no era como antes me lo había contado. Luego me dirige una serie de preguntas, en las que no hay nada patológico. Ha tenido fuertes dolores en la cara, en la mano, por la parte del pulgar y en la pierna. Cuando había estado sentada mucho tiempo o mirando fijamente algún punto sentía rigidez y dolor en los ojos. El intento de levantar algún objeto pesado le producía dolores en los brazos. El reconocimiento de la pierna derecha revela sensibilidad relativamente buena del muslo, intensa anestesia de la rodilla para abajo y menor en la región de los riñones.

En la hipnosis me dice que de cuando en cuando tiene aún representaciones angustiosas, tales como las de que sus hijas pueden enfermar y morir prematuramente, o que a su hermano, ahora en viaje de novios, puede ocurrirle algún accidente o morírsele su mujer, pues todos los hermanos han tenido la desgracia de enviudar pronto. Se ve que abriga aún otros temores, pero no logro hacérselos revelar. Le reprocho aquella necesidad que siente de angustiarse, aunque no exista motivo alguno para ello, y me promete no hacerlo más «porque yo se lo pido». Siguen otras sugestiones relativas a los dolores que sufre, etc.

16 de mayo. — Ha dormido bien. Se queja aún de dolores en la cara, brazos y piernas; pero está contenta y de buen humor. Faradización de la pierna anestésica.

Por la tarde. — La encuentro muy sobresaltada. «Me alegro mucho de que venga usted. Estoy muy asustada». Muestra todas las señales de espanto, «tic» y tartamudez. Antes de la hipnosis, le hago relatarme lo que le ha sucedido, y extendiendo hacia mí sus manos crispadas, en una magnífica personificación del terror, me dice: «Estando en el jardín, una rata monstruosa ha saltado de repente por encima de mi mano, desapareciendo luego. Por todas partes surgían y desaparecían ratas y ratones. (*Ilusión producida quizá por los juegos de sombras*.) En los árboles había también muchos ratones. ¿No oye usted piafar a los caballos en el circo? Ahí al lado se queja un señor. Debe de tener dolores, de resultas de la operación. ¿Estoy quizá en Ruegen? Allí tenía una estufa parecida». Perdida en la multitud de pensamientos que por su imaginación cruzaban, se esforzaba en fijar, en medio de su confusión, el presente. No sabe contestar a mis preguntas sobre cosas actuales; por ejemplo, a la de si sus hijas habían estado con ella.

En la hipnosis intento deshacer la confusión de este estado.

Hipnosis. — «¿De qué se ha asustado usted?» Me repite la historia de los ratones, dando nuevas muestras de espanto, y agrega que luego, al subir la escalera había en ella un animal repugnante, que desapareció, al acercarse, ante su paso. Le declaro que todo aquello son alucinaciones y le reprocho su miedo a los ratones, indicándole que es propio de los alcohólicos (que le

inspira gran repugnancia). Luego le cuento la leyenda del obispo Hatto[65], que ella conoce ya, a pesar de lo cual la oye dando muestras de espanto. «¿Cómo se le ha ocurrido a usted hablarme del circo?» Dice que oye perfectamente cómo piafan los caballos en el establo, enredándose las patas en los ramales, cosa que puede hacerlos caer y herirse gravemente. Cuando esto pasaba, solía Juan ir al establo a desatarlos. Le discuto la proximidad del establo y niego que haya podido oír quejarse al vecino. Luego le pregunto si sabe dónde está. Ahora lo sabe; pero antes creía estar en Ruegen. ¿Cómo ha podido creer tal cosa? Antes han hablado de que en el jardín había un sitio muy oscuro, y esto le ha hecho recordar la terraza de Ruegen, desprovista en absoluto de sombra. «¿Qué recuerdos penosos tiene usted de su estancia en Ruegen?» Padeció allí terribles dolores en brazos y piernas; se perdió entre la niebla en varias excursiones; fue dos veces perseguida por un toro, etc. «¿Cómo ha tenido usted hoy este ataque?» Ha escrito muchas cartas. Se ha pasado tres horas escribiendo, y esto le ha cargado la cabeza. Puedo, por tanto, suponer que la fatiga ha provocado el ataque de delirio, cuyo contenido ha quedado determinado por reminiscencias surgidas al estímulo de ciertas analogías de lugar, tales como la parte soleada del jardín, etc. Repito los consejos de costumbre y la dejo adormecida.

17 de mayo. — Ha dormido muy bien. En el baño de salvado prescrito para hoy ha gritado varias veces, pues las partículas de salvado se le antojaban gusanos. Esto lo sé por la enfermera, pues ella rehúye contármelo. Se muestra satisfecha y alegre, pero se interrumpe frecuentemente con gritos inarticulados y gestos de espanto, tartamudeando más que en los últimos días. Ha soñado que andaba sobre un suelo plagado de sanguijuelas. Durante la noche anterior había tenido también horribles sueños, en los que se veía obligada a amortajar varios cadáveres y a colocarlos en sus ataúdes. Pero no podía decidirse nunca a cerrar la tapa de los mismos. (Seguramente, una reminiscencia de la muerte de su marido.) Cuenta luego que en su vida le han sucedido numerosas aventuras con animales; la más terrible, una vez que encontró un murciélago en su tocador, y tuvo que salir del cuarto a medio vestir. Su hermano le regaló por aquella ocasión un imperdible que figuraba un murciélago para curarla de su miedo, pero no pudo ponérselo jamás.

Hipnosis. - Su miedo a los gusanos procede de una vez que le regalaron una almohadilla para clavar alfileres, y al ir a utilizarla vio salir de ella multitud de pequeños gusanos, nacidos de la humedad del salvado que la rellenaba. (¿Alucinación? Quizá realidad.) Le pido me cuente más historias de animales. Una vez que iba de paseo con su marido por un parque vieron que el camino que conducía al estanque se hallaba cubierto de sapos, y tuvieron que dar la vuelta. Ha tenido épocas en las que no se atrevía a dar la mano a nadie, de miedo a que al hacerlo se convirtiese en un animal repugnante, caso que ya había sucedido muchas veces. Intento libertarla de su miedo a los animales, nombrándole gran cantidad de ellos uno por uno, y preguntándole cada vez si aquél le daba miedo. Unas veces me contesta negativamente, y otras, «No debo asustarme[66]». Le pregunto por qué ha tartamudeado y mostrado tanto sobresalto ayer y hoy. «Eso lo hago siempre que tengo miedo[67]» [52]. «¿Y por qué tenía usted ayer tanto miedo?» Estando en el jardín ha pensado en muchas cosas que la preocupan. Entre ellas, en cómo podría evitar una posible recaída cuando yo diera por terminado el tratamiento. Le repito las tres razones que tiene para hallarse más esperanzada y que ya le he indicado en la vigilia: 1.ª Que está ya mejor y tiene una mayor resistencia. 2.ª Que se acostumbrará a hablar tranquilamente a una persona que se halle a su lado. 3.ª Que una porción de cosas que ahora la preocupan le serán luego indiferentes. Además, la ha preocupado no haberme dado ayer las gracias por mi última visita y el pensamiento de que, habiendo empeorado en estos días, acabará por hacerme perder la paciencia. Asimismo le ha impresionado mucho oír cómo uno de los médicos de la casa preguntaba a un señor en el jardín si se encontraba ya con valor para operarse. La mujer del interrogado se hallaba presente, y debió de pensar, como ella, que aquella tarde podía ser la última del pobre enfermo. Después de este relato parece desvanecerse su malestar[68].

Por la tarde se muestra muy serena y satisfecha. La hipnosis no revela nada importante. Me dedico al tratamiento de los dolores musculares y a restablecer la sensibilidad de la pierna derecha, cosa que logro fácilmente en la hipnosis. Pero al despertar vuelve la anestesia, aunque algo menor. Antes de dar por terminada mi visita me expresa su asombro por no haber tenido

desde hace muchos días los dolores de la nuca, que surgían antes siempre que el tiempo amenazaba tormenta.

18 de mayo. — Esta noche ha dormido como hacía muchos años que no lo conseguía; pero desde la hora del baño se queja de frío en la nuca, tirantez y dolores en la cara, manos y pies. Su rostro aparece contraído y crispadas sus manos. La hipnosis no revela ningún contenido psíquico de este estado, que consigo luego aliviar, despierta ya la paciente, por medio del masaje[69].

Espero que el precedente extracto de la crónica de las tres primeras semanas de tratamiento bastará para ofrecer al lector un cuadro evidente del estado de la enferma, de la naturaleza de mi labor terapéutica y de sus resultados. Completaré ahora el historial clínico.

El delirio histérico, últimamente descrito, fue también la última perturbación importante del estado de la señora Emmy de N. Como yo no me dedicaba a buscar síntomas patológicos, sino que esperaba a que se presentasen o a que la enferma me comunicase un pensamiento temeroso, las hipnosis resultaron pronto ineficaces, y las utilicé en su mayor parte para imbuirle enseñanzas que habían de perdurar siempre presentes en su pensamiento y evitar que al reintegrarse a su hogar cayera de nuevo en semejantes estados. Por entonces me hallaba por completo bajo el dominio de la obra de Charcot sobre la sugestión, y esperaba de tal influencia instructiva más de lo que hoy esperaría. El estado de mi paciente mejoró tanto en poco tiempo, que ella misma aseguraba no haberse encontrado nunca mejor desde la muerte de su marido. A las siete semanas de tratamiento la autoricé a volver a su residencia, en las orillas del Báltico.

Siete meses después recibió noticias suyas el doctor Breuer. Su mejoría se había mantenido a través de varios meses, pero había acabado por sucumbir a una nueva conmoción psíquica. Su hija mayor, que ya durante su primera estancia en Viena había imitado a la madre, presentando calambres en la nuca y leves estados histéricos, padecía principalmente de dolores al andar, provocados por una *retroflexio-uteri*, y por indicación mía había ido a consultar al doctor N., uno de nuestros más reputados ginecólogos, el cual corrigió, por medio del masaje, la retroflexión indicada, librando a la enferma de sus molestias por algunos meses. Pero hallándose ya la familia en su

residencia, volvieron aquéllas a presentarse, y la madre se dirigió a un ginecólogo de la cercana ciudad universitaria, el cual prescribió a la muchacha una terapia combinada, local y general, que le provocó una grave enfermedad nerviosa. Probablemente no fue esto sino la primera manifestación de la disposición patológica de la muchacha, la cual tenía entonces diecisiete años; disposición que se evidenció un año después en una modificación de su carácter. La madre, que había puesto a su hija en manos de los médicos con su habitual mezcla de obediencia y desconfianza, se hizo objeto de los más duros reproches al comprobar el mal resultado del tratamiento, y por un camino mental que yo no había sospechado llegó a la conclusión de que el doctor N. y yo éramos responsables de la enfermedad de la muchacha por haber calificado como leve su grave dolencia. En esta creencia anuló, por medio de una enérgica volición, los efectos de mi tratamiento y cayó enseguida en los mismos estados de los que yo la había libertado. Un excelente médico de su región y el doctor Breuer, con el que comunicaba por escrito, consiguieron convencerla de nuestra inocencia; pero la animosidad surgida en esta época contra mí perduró en ella, a pesar de todo, en calidad de resto histérico, y declaró que leerá imposible volver a ponerse en mis manos. Siguiendo el consejo del médico al que antes aludimos, ingresó en un sanatorio de Alemania del Norte, y por indicación de Breuer comuniqué yo al director de dicho establecimiento qué modificación de la terapia hipnótica se había demostrado eficaz en aquel caso.

Esta tentativa de transferencia fracasó por completo. La enferma pareció no entenderse desde un principio con el médico, se agotó en una tenaz resistencia contra todo lo que con ella se emprendía, perdió el apetito y el sueño y no se repuso hasta que una amiga suya, que iba a visitarla al sanatorio, la sacó de él casi subrepticiamente y se la llevó a su casa, donde le prodigó sus cuidados. Poco tiempo después, precisamente el año de su primera visita a mi consulta, volvió a Viena y se puso de nuevo en mis manos.

La encontré mucho mejor de lo que por sus cartas me había imaginado. Animada y exenta de angustiosos temores, mostraba conservar, a pesar de todo, gran parte de mi obra terapéutica. Se quejaba principalmente de frecuente confusión mental o, para decirlo con sus propias palabras, de tener

«una tempestad en el cerebro». Además, padecía insomnios, se pasaba a veces llorando horas enteras y se entristecía al llegar determinada hora de la tarde (las cinco); esto es, la hora en que solía visitar a su hija enferma mientras ésta permaneció en un sanatorio. Tartamudeaba y castañeteaba la lengua con gran frecuencia, se retorcía las manos como si estuviese encolerizada, y cuando le pregunté si veía muchos animales, me respondió tan sólo: «¡Oh, calle usted!»

En la primera tentativa de hipnotizarla cerró enérgicamente los puños y gritó: «No quiero inyecciones de antipirina. Prefiero que no se me quite el dolor. No quiero ver al doctor R.; me es muy antipático». Se hallaba, pues, dominada por la reminiscencia de una hipnosis en el sanatorio en que últimamente había residido, y se tranquilizó en cuanto la transferí a su situación presente.

Al principio mismo del tratamiento realicé un descubrimiento muy instructivo. Preguntada la paciente desde cuándo había vuelto a tartamudear, me respondió que desde un susto que había recibido aquel invierno, hallándose en D. Un camarero de la fonda en que habitaba se había escondido en su cuarto. En la oscuridad, creyó ella que se trataba de un gabán caído de una percha, y al ir a cogerlo se alzó de repente ante ella el intruso. Una vez borrada por sugestión esta imagen mnémica, no volvió a tartamudear sino imperceptiblemente, ni en la hipnosis ni en la vigilia; pero, movido yo por no sé qué impulso, me propuse someter el buen resultado obtenido a una prueba definitiva, y al volver aquella tarde le pregunté, aparentando la mayor inocencia, como había de hacer, al irme dejándola dormida, para cerrar la puerta de manera que nadie pudiese penetrar en la habitación. Con gran sorpresa mía se sobresaltó extraordinariamente al oír lo que antecede, comenzó a castañetear los dientes y retorcerse las manos, e indicó que en D. había recibido un susto de este género, pero no pude conseguir que me lo relatara. Sin embargo, pude observar que se trataba del mismo suceso que me había narrado por la mañana en la hipnosis y que yo creía haber borrado de su pensamiento. En la hipnosis siguiente me hizo ya un relato más detallado y fiel del mismo. Una tarde que paseaba presa de gran excitación por los pasillos de la fonda, halló abierta la habitación de la camarera que le servía y quiso entrar para sentarse allí un momento. La camarera intentó evitarlo, pero

ella no hizo caso, y al entrar vio junto a la pared un bulto oscuro, que luego resultó ser un hombre. Lo que movió a la enferma a hacerme un relato inexacto de esta pequeña aventura fue, sin duda, un matiz erótico. Pero de este modo me reveló que los relatos hechos por los enfermos en la hipnosis carecían, cuando eran incompletos, de todo efecto curativo, y a partir de este día me fui habituando a ver en el rostro de los pacientes cuándo me silenciaban una parte esencial de su confesión.

La labor que ahora había de llevar a cabo con esta enferma era la de anular, por medio de la sugestión hipnótica, las impresiones desagradables que había recibido durante el tratamiento de su hija y durante su propia estancia en el sanatorio alemán. Se hallaba colmada de ira contra el médico de dicho establecimiento que la había obligado, en la hipnosis, a deletrear la palabra «sapo», y me hizo prometerle que jamás le haría pronunciar tal palabra. En este punto me permití utilizar la sugestión un poco en broma, único abuso de la hipnosis, bien inocente por cierto, de que he de acusarme con esta paciente, asegurándole que su estancia en X quedaría en adelante tan alejada de su memoria, que ni siquiera recordaría bien el nombre de dicha localidad, dudando, cada vez que quisiera pronunciarlo, entre Valle…, Monte…, Bosque…, y otros comienzos análogos. Así sucedió, en efecto, y pronto fue su vacilación al pronunciar tal nombre la única perturbación que se podía observar en el habla de la paciente hasta que, obedeciendo a una observación del doctor Breuer, la liberté de esta forzada paramnesia.

Mayor tiempo que con los restos de estos sucesos tuve que luchar con los estados que la enferma describía diciendo sentir una «tempestad en el cerebro». La primera vez que la vi en tal estado yacía sobre un diván con el rostro contraído, el cuerpo en constante inquietud, apretándose la frente entre las manos y repitiendo perdidamente el nombre de «Emmy», que era el suyo y el de su hija mayor. En la hipnosis explicó que aquel estado constituía la repetición de los muchos ataques de desesperación que solían acometerla durante la enfermedad de su hija, después de largas horas de meditar en vano cómo sería posible remediar el fracaso del tratamiento. Cuando entonces comenzaba a sentir que sus ideas se embrollaban, se habituó a repetir en alta voz el nombre de su hija, sirviéndose de él como un punto de apoyo para recobrar la lucidez, pues por aquellos días, en los que el estado de su hija le

imponía nuevos deberes y sentía que la nerviosidad volvía a dominarla, se había propuesto que lo que se refiriera a aquella hija debía ser respetado con su confusión mental, aunque todo lo demás sucumbiese a ella.

Al cabo de algunas semanas quedaron también dominadas estas reminiscencias y la paciente recobró la salud; pero, a instancias mías, permaneció aún algún tiempo en observación. Próximo ya el día señalado para su partida de Viena, sucedió algo que relataré detalladamente, por arrojar viva luz sobre el carácter de la enferma y sobre la génesis de sus estados.

Un día que fui a visitarla a la hora del almuerzo la sorprendí en el momento en que arrojaba al jardín —donde lo recogieron los hijos del portero— un objeto envuelto en papeles. Interrogada, confesó que era el postre lo que así tiraba todos los días. Este descubrimiento me llevó a inspeccionar los demás restos de su almuerzo, comprobando que se lo había dejado casi todo. Preguntada por qué comía tan poco, me respondió que no acostumbraba a comer más y que le haría daño, pues era lo mismo que su difunto padre, el cual se mantuvo siempre extremadamente sobrio. Al enterarme luego de lo que bebía, me contestó que sólo toleraba líquidos de cierta consistencia, tales como la leche, el café, el cacao, etcétera, y que siempre que bebía agua natural o mineral se le estropeaba el estómago. Todo esto presentaba el sello inconfundible de una elección nerviosa. Efectué un análisis de orina y la encontré muy concentrada.

Consideré, pues, conveniente aconsejarle que bebiese más agua y me propuse aumentar también su alimentación. No se hallaba excesivamente delgada, pero de todos modos me pareció deseable algo de sobrealimentación. Pero cuando en mi visita siguiente le prescribí un agua mineral alcalina y le prohibí que arrojase al jardín el postre, se excitó visiblemente y me dijo: «Lo haré porque usted me lo manda, pero desde ahora le aseguro que me sentará mal, pues es contrario a mi naturaleza, y ya a mi padre le pasaba lo mismo». En la hipnosis le pregunté luego por qué no podía comer más ni beber agua, contestándome ella, de muy mal humor, que lo ignoraba. Al día siguiente me comunicó la enfermera que la paciente había comido bien, sin dejarse nada, y bebido un vaso entero de agua alcalina. Pero, al entrar a verla, la encontré tendida en el diván, profundamente

malhumorada y quejándose de dolor de estómago: «¿No se lo dije a usted? Ya hemos perdido todo lo que tanto trabajo nos ha costado conseguir. Me he estropeado el estómago, como siempre que bebo agua o tomo más alimento que de costumbre. Ahora tendré que estar a dieta seis u ocho días, hasta poder volver a tolerar la comida». Le aseguré que no tendría que ponerse a dieta, pues era imposible que un poco más de alimentación y un vaso de agua alcalina le estropeasen el estómago. Los dolores eran una consecuencia del miedo con el que había comido y bebido. Pero esta explicación mía no debió de causarle impresión alguna, pues cuando, después, quise dormirla, fracasó la hipnosis por primera vez, y en la colérica mirada que me dirigió reconocí que se hallaba en rebelión completa contra mí y que la situación era harto grave. Renunciando a la hipnosis, le anuncié que le daba veinticuatro horas para reflexionar y convencerse de que sus dolores de estómago no provenían sino de su miedo. Transcurrido dicho plazo, le preguntaría si continuaba opinando que un vaso de agua mineral y una modesta comida podían estropearle el estómago para ocho días, y si me contestaba afirmativamente, daría por terminada mi misión facultativa cerca de ella y le rogaría se encomendase a otro médico. Esta pequeña escena contrastó intensamente con el tono general de nuestras relaciones, fuera de ella muy amistosas.

Veinticuatro horas después la encontré humilde y dócil. A mi pregunta de cuál era su opinión sobre el origen de sus dolores de estómago, me respondió, incapaz de fingimiento: «Creo que son consecuencia de mi miedo, pero sólo porque usted me lo asegura así». Inmediatamente la hipnosis y le pregunto de nuevo: «¿Por qué no puede usted comer más?».

La respuesta siguió en el acto, y consistió en una serie cronológicamente ordenada de motivos dados en su memoria: «Siendo niña, me negaba a veces, por puro capricho, a comer la carne que me servían. Mi madre se mostraba siempre muy severa en tales ocasiones, y como castigo me hacía comer dos horas después lo que me había dejado, sin calentarlo ni cambiarlo de plato. La carne estaba entonces fría y la grasa se había solidificado en derredor… (*Repugnancia*.) Aún veo ante mí el tenedor que mi madre me hacía coger… Una de sus púas estaba algo doblada. Cuando ahora me siento a la mesa veo siempre delante el plato con la carne fría y la grasa solidificada. Muchos años después viví con un hermano mío, oficial del Ejército, que padecía una

terrible enfermedad. Yo sabía que era contagiosa y tenía un miedo horrible de equivocarme y usar sus cubiertos (*Terror*); pero, sin embargo, comía con él para que nadie advirtiera que estaba enfermo. Poco después hube de asistir a otro hermano mío, tuberculoso. Durante su enfermedad comíamos junto a su lecho, y a su lado, encima de la mesa, tenía siempre una escupidera (*Terror*), en la cual escupía por encima de los platos. Todo esto me causaba terrible repugnancia, a la que no podía dar expresión por temor a ofender a mi hermano. Ahora, cuando me siento a comer, veo ante mí la escupidera de entonces y me da asco». Después de borrar todas estas reminiscencias motivo de asco, le pregunté por qué no podía beber agua. Su respuesta fue que, teniendo diecisiete años, pasó por Munich algunos meses con su familia, padeciendo casi todos ellos catarros intestinales, debidos a las malas condiciones de potabilidad del agua natural. Todos curaron pronto, menos ella, que permaneció enferma bastante tiempo, no obstante haber sustituido el agua natural por agua mineral. Al encomendarle el médico tal sustitución, pensó que ya no iba a servirle de nada. Desde esta época volvió a padecer innumerables veces tal intolerancia en relación al agua natural y mineral.

El efecto terapéutico de esta investigación hipnótica fue inmediato y duradero. La enferma cesó en su propósito de guardar dieta durante ocho días, y ya al siguiente comió y bebió sin preocupación ni trastorno ulterior alguno. Dos meses después me escribía: «Como muy bien y he engordado mucho. Del agua mineral que usted me prescribió, he bebido ya cuarenta botellas. Dígame si debo seguir bebiéndola».

Un año después vi a la paciente en su finca de X. Su hija mayor, aquélla cuyo nombre solía repetir en sus estados de «tempestad de cerebro», entró, por esta época, en una fase de desarrollo anormal, mostrando un desmesurado amor propio, desproporcionado a sus escasas dotes, y tornándose rebelde e incluso agresiva para con su madre. Yo poseía aún la confianza de esta última y fui llamado por ella para dar mi opinión sobre el estado de su hija. La transformación psíquica de la muchacha me produjo mala impresión; tanto más, cuanto que para establecer mi pronóstico había de tener en cuenta que todas las hermanastras de la muchacha (hijas de un primer matrimonio de su padre) habían sucumbido a la demencia paranoica. En la familia de su madre tampoco faltaban individuos neurópatas, aunque ninguno de los miembros

más cercanos a ella sufriera una psicosis declarada. La madre, a la que manifesté claramente mi opinión, la acogió serena y comprensivamente. Había recobrado sus fuerzas, presentaba un aspecto floreciente, y durante los nueve meses transcurridos desde la terminación del tratamiento había gozado de buena salud, sólo perturbada por algunos dolores en la nuca y otros pequeños trastornos. Durante los días que, en esta ocasión, pasé en su casa fue cuando pude darme buena cuenta de la extensión de sus ocupaciones, deberes e interés intelectuales. Una conversación con el médico que allí solía asistirla me demostró también que había acabado por reconciliarse con nuestra profesión.

La enferma había mejorado extraordinariamente, pero los rasgos fundamentales de su carácter habían variado poco, a pesar de todas mis sugestiones instructivas. No parecía haber aceptado mi proposición de establecer una amplia categoría de «cosas indiferentes», y su tendencia a atormentarse por nimiedades era apenas menor que durante el tratamiento. Su disposición histérica no había reposado tampoco durante este tiempo. Así, se quejaba de que durante los últimos meses se le había manifestado una incapacidad de resistir largos viajes en ferrocarril, y una rápida y forzada tentativa de disipar tal incapacidad no reveló sino diversas impresiones desagradables, exentas de importancia, experimentadas por la sujeto en sus últimos viajes a X y sus alrededores. Pude observar también que en la hipnosis no se mostraba tan dócil como antes, y ya por este tiempo surgió en mí la sospecha de que estaba en vías de sustraerse nuevamente a mi influencia y de que la secreta intención de su incapacidad de viajar era la de impedirle acudir otra vez a mi consulta de Viena.

En estos días fue también cuando se lamentó de haber observado en su memoria lagunas que se referían «precisamente a los sucesos más importantes de su vida», afirmación de la cual deduje que mi labor terapéutica de hacía dos años había ejercido sobre la paciente una profunda y duradera influencia. Paseando un día por un camino que llevaba desde la casa a una pequeña ensenada, me atreví a preguntarle si por allí solía haber muchos sapos. La respuesta fue una dura mirada de reproche, no acompañada, sin embargo, de signo alguno de terror, y luego: «Pues sí que los hay». Durante la hipnosis, en la que me dediqué a desvanecer su

repugnancia a los viajes en ferrocarril, se mostró ella misma insatisfecha de sus respuestas y expresó el temor de no obedecer ahora a mis sugestiones tan dócilmente como antes. Decidí, pues, convencerla de lo contrario. Escribí algunas líneas en un papel y se lo entregué, diciéndole: «En el almuerzo de hoy me servirá usted un vaso de vino, como ayer lo hizo. Luego, cuando me vea llevarme el vaso a los labios, me dirá usted: "Hágame el favor de servirme también vino", y al extender yo la mano hacia la botella, exclamará, deteniéndome: "¡Déjelo! Prefiero no beber". En seguida se echará usted mano al bolsillo y sacará y leerá el papel que ahora le entrego, el cual contiene estas mismas palabras». Esto era por la mañana, y pocas horas después se desarrolló, en el almuerzo, la escena descrita, sin que ninguno de los comensales advirtiera nada singular. La sujeto pareció luchar consigo misma al pedirme que le sirviera vino —jamás lo bebía—, y después de volver de su acuerdo, con visible satisfacción, echó mano al bolsillo, sacó el papel en el que constaban las palabras antes transcritas y, moviendo perpleja la cabeza, me miró asombrada.

Desde esta visita a la señora N., en mayo de 1890, fueron haciéndose cada vez menos frecuentes sus noticias. Indirectamente supe que el mal estado de su hija, fuente inagotable de penosas excitaciones para ella, acabó por dar al traste con su mejoría. Por último (1893), recibí una breve carta suya, en la que me rogaba diese mi autorización para que la hipnotizase otro médico, pues se hallaba enferma de nuevo y no podía venir a Viena. Al principio no comprendí por qué precisaba de tal autorización, hasta que recordé que en 1890 le había sugerido, a su demanda, la prohibición correspondiente, para evitarle el peligro de sufrir el penoso dominio de un médico que no le inspirara confianza ni simpatía, como sucedió con el del sanatorio del Monte… (Valle…, Bosque…). Así, pues, renuncié inmediatamente por escrito a mi exclusivo derecho anterior.

EPICRISIS

Sin una previa y detallada fijación del valor y el significado de la palabra «histeria», no es fácil decidir si un caso patológico puede situarse bajo dicho concepto o incluirse entre las demás neurosis (no puramente neurasténicas).

Por otra parte, tampoco en el sector de las neurosis mixtas corrientes se ha llevado aún a cabo una labor ordenadora de diferenciación y delimitación. De este modo, si para diagnosticar la histeria propiamente dicha acostumbramos, hasta ahora, guiarnos por la analogía del caso de que se trate con los casos típicos conocidos de tal enfermedad, es indudable que el de Emmy de N. debe ser diagnosticado de histeria. La frecuencia de los delirios y de las alucinaciones, en medio de una absoluta normalidad de la función anímica; la transformación de su personalidad y de la memoria durante el somnambulismo artificial; la anestesia de la extremidad dolorosa, ciertos datos de la anamnesia, etc., no dejan lugar a dudas sobre la naturaleza histérica de la enfermedad o, por lo menos, de la enferma. Si, a pesar de todo esto, puede ofrecernos alguna duda tal diagnóstico, ello depende de determinado carácter de este caso, que nos da pretexto para desarrollar una observación de orden general. Según ya hemos expuesto en el primer capítulo del presente trabajo, consideramos los síntomas histéricos como efectos y restos de excitaciones que han actuado en calidad de traumas sobre el sistema nervioso. Cuando la excitación primitiva queda derivada por reacción o mediante una elaboración intelectual, no subsisten tales restos. Así, pues, habremos ya de tener en cuenta cantidades, aunque no mensurables, y describiremos el proceso diciendo que una magnitud de excitación afluyente al sistema nervioso queda transformada en síntomas permanentes, en aquella medida, proporcional a su montaje, en la que no ha sido utilizada para la acción exterior. Ahora bien: en la histeria estamos acostumbrados a comprobar que una parte importante de la «magnitud de la excitación» del trauma se transforma en síntomas puramente somáticos. Esta peculiaridad de la histeria es lo que ha constituido durante mucho tiempo un obstáculo para considerarla como una afección psíquica.

Si en gracia a la brevedad denominamos «conversión» a la transformación de la excitación psíquica en síntomas somáticos permanentes, característica de la histeria, podemos decir que el caso de Emmy de N. muestra un escaso montante de conversión; la primitiva excitación psíquica permanece circunscrita en él, casi por completo, al sector psíquico, haciéndole así presentar una gran analogía con los de neurosis no histéricas. Existen casos de histeria en los que la conversión afecta a todo el incremento

de excitación, de manera que los síntomas somáticos de la histeria emergen en una conciencia aparentemente normal. Sin embargo, es más corriente la conversión incompleta, de suerte que por lo menos una parte del afecto concomitante al trauma perdura en la conciencia como componente del estado de ánimo.

Los síntomas psíquicos de nuestro caso de histeria con escaso montante de conversión pueden agruparse bajo los conceptos de transformación de estado de ánimo (angustia, depresión, melancolía), fobias y abulias. Estas dos últimas clases de perturbación psíquica, consideradas por los psiquiatras de la escuela francesa como estigmas de la degeneración nerviosa, se muestran en nuestro caso suficientemente determinadas por sucesos traumáticos, constituyendo, en su mayor parte, como luego demostraremos, fobias y abulias traumáticas.

Algunas de las fobias podían contarse, sin embargo, entre las primarias, comunes a todos los hombres y especialmente a los neurópatas. Así, ante todo, la zoofobia (miedo a las serpientes, a los sapos y a todas aquellas sabandijas que reconocen por soberano a Mefistófeles), el miedo a las tormentas, etc. Pero también estas fobias fueron intensificadas por sucesos traumáticos. Así, el miedo a los sapos, por la impresión de la sujeto, siendo niña, el día que su hermano le arrojó un sapo muerto, lo que le produjo un ataque de contracciones histéricas; el miedo a las tormentas, por el sobresalto ya descrito, que dio lugar al vicio de castañetear la lengua, y el miedo a la niebla, por sus paseos en Ruegen. De todos modos, el miedo primario y, por decirlo así, instintivo desempeña, considerado como estigma psíquico, el papel principal en este grupo.

Las demás fobias, más especiales, aparecen también determinadas por sucesos particulares. El miedo a un sobresalto súbito e inesperado es consecuencia de la tremenda impresión recibida al ver morir repentinamente a su marido, fulminado por un ataque al corazón. El miedo a las personas extrañas, y en general a todo el mundo, demuestra ser un residuo de la época en la que se vio perseguida por la familia de su marido y creía descubrir en cada desconocido un agente de sus perseguidores o pensaba que todo el que a ella se aproximaba conocía las infamias que verbalmente o por escrito se difundían sobre ella. El miedo a los manicomios y a sus infortunados

huéspedes se relaciona con toda una serie de tristes sucesos acaecidos en su círculo familiar y con los relatos que, siendo niña, escuchó de labios de una estúpida criada. Esta última fobia se apoya, además, por un lado, en el horror instintivo primario del hombre sano al demente y, por otro, en su preocupación, común a todo nervioso, de sucumbir a la locura. El miedo, particularmente especializado, a tener a alguien detrás de ella aparece motivado por varias temerosas impresiones de su infancia y épocas posteriores. Después del suceso del hotel, particularmente penoso para el sujeto por integrar un elemento erótico se acentuó más que nunca su miedo a la entrada subrepticia de una persona extraña en su cuarto. Por último, el miedo a ser enterrada viva, tan frecuente en los neurópatas, encuentra una completa explicación en su creencia de que su marido no estaba muerto cuando sacaron de la casa el cadáver, creencia en la que se manifiesta conmovedoramente la incapacidad de aceptar la brusca interrupción de la vida de la persona amada. Por lo demás, todos estos factores *psíquicos* sólo pueden explicar, a mi juicio, la elección de las fobias, pero no su duración. Por lo que a esta respecta, hemos de tener en cuenta un factor *neurótico*, o sea, la circunstancia de que la paciente observaba desde años atrás una completa abstinencia sexual, motivo frecuentísimo de *tendencia a la angustia*.

Menos aún que las fobias, pueden ser consideradas las abulias de nuestros enfermos como estigmas psíquicos consiguientes a una disminución general de la capacidad funcional. El análisis hipnótico del caso demuestra más bien que las abulias se hallan condicionadas por un doble mecanismo físico, simple en el fondo. La abulia puede ser de dos clases. Puede ser, sencillamente, una consecuencia de la fobia, y así sucede cuando la fobia se enlaza a un acto propio (salir de casa, buscar la sociedad de los demás, etc.) en lugar de a una expectación (que alguien pueda introducirse subrepticiamente en el cuarto, etc.), siendo entonces la angustia enlazada con el resultado del acto la causa de la coerción de la voluntad. Sería equivocado presentar esta clase de abulias al lado de sus fobias correspondientes como síntomas especiales; pero ha de tenerse en cuenta, sin embargo, que tales fobias pueden existir, cuando no son demasiado intensas, sin conducir a la abulia. La otra clase de abulias se halla basada en la existencia de

asociaciones no desenlazadas y saturadas de afecto, que se oponen a la constitución de otras nuevas, sobre todo a las de carácter penoso. La anorexia de nuestra enferma nos ofrece el mejor ejemplo de una tal abulia. Si come tan poco, es porque no halla gusto ninguno en la comida, y esto último depende, a su vez, de que el acto de comer se halla enlazado en ella, desde mucho tiempo atrás, con recuerdos repugnantes, cuyo montante de afecto no ha experimentado disminución alguna. Naturalmente, es imposible comer con repugnancia y placer al mismo tiempo. La repugnancia concomitante a la comida desde muy antiguo no ha disminuido porque la sujeto tenía que reprimirla todas las veces, en lugar de libertarse de ella por medio de la reacción. Cuando niña, el miedo al castigo la forzaba a comer con repugnancia la comida fría, y en años posteriores, el temor a disgustar a sus hermanos le impidió exteriorizar los afectos que la dominaban mientras comía con ellos.

He de referirme aquí a un pequeño trabajo en el que intenté dar una explicación psicológica de las parálisis histéricas, llegando a la conclusión de que la causa de tales parálisis era la inaccesibilidad de un círculo de representaciones —por ejemplo, del correspondiente a una extremidad— a nuevas asociaciones. Esta inaccesibilidad asociativa procedería, a su vez, de que la representación del miembro paralizado se hallaba incluida en el recuerdo del trauma, cargado de afecto no derivado. Con ejemplos tomados de la vida ordinaria mostraba que tal catexis de una representación por afecto no derivado trae siempre consigo cierta medida de inaccesibilidad asociativa, o sea, de incompatibilidad con nuevas catexis[70].

No me ha sido posible todavía demostrar tales hipótesis en un caso de parálisis motora por medio del análisis hipnótico, pero puedo aducir la anorexia de Emmy de N. como prueba de que el mecanismo descrito es, efectivamente, el de algunas abulias, y las abulias no son sino parálisis psíquicas muy especializadas o —según la expresión francesa— «sistematizadas».

El estado psíquico de Emmy de N. puede caracterizarse haciendo resaltar dos extremos: 1.º Perduran en ella, sin haber experimentado derivación alguna, los efectos penosos de diversos sucesos traumáticos; así, la tristeza, el dolor (desde la muerte de su marido), la cólera (desde las persecuciones de

que fue objeto por parte de la familia del muerto), la repugnancia (desde las comidas que se vio forzada a ingerir), el miedo (desde los múltiples acontecimientos terroríficos de que fue protagonista o testigo), etc. 2.° Existe en ella una intensa actividad mnémica, que tan pronto espontáneamente como a consecuencia de estímulos del presente (por ejemplo, en el caso de la noticia de haber estallado la revolución de Santo Domingo) atrae a la conciencia actual, trozo por trozo, los traumas, con todos sus efectos concomitantes. Mi terapia se enlazó a la marcha de dicha actividad mnémica e intentó solucionar y derivar, día por día, lo que en cada uno de ellos surgía a la superficie hasta que la provisión asequible de recuerdos patógenos pareció quedar agotada.

A estos dos caracteres psíquicos, propios, a mi juicio, de todos los paroxismos histéricos, podríamos enlazar varias observaciones, que aplazaremos hasta haber dedicado alguna atención al mecanismo de los síntomas somáticos.

No es posible aceptar para todos los síntomas somáticos la misma génesis. Por el contrario, incluso en el caso de Emmy de N., poco instructivo desde este punto de vista, nos muestra que los síntomas somáticos de una histeria surgen de muy diversos modos. A mi juicio, una parte de los dolores de la sujeto se hallaba orgánicamente determinada por aquellos leves trastornos (reumáticos) musculares, a los que ya nos referimos antes; trastornos más dolorosos para los nerviosos que para los normales. En cambio, otra parte de sus dolores era, muy probablemente, un símbolo mnémico de las épocas de excitación en las que hubo de asistir a enfermos de su familia, épocas que tanto lugar habían ocupado en la vida de la paciente. Estos últimos dolores pudieron tener también alguna vez, primitivamente, una justificación orgánica, pero después fueron objeto de una elaboración que los adaptó a los fines de la neurosis. Estas afirmaciones sobre los dolores de Emmy de N. se apoyan en observaciones realizadas en otros casos, que más adelante expondré, pues su propio caso no llegó a proporcionarme aclaración suficiente con respecto a este punto concreto.

Parte de los singulares fenómenos motores de la sujeto eran simplemente una manifestación, nada difícil de reconocer como tal, de sus estados de ánimo. Así, al extender las manos crispando los dedos (manifestación del

terror), la contracción del rostro, etc. De todos modos, esta expresión de los estados de ánimo era más viva y menos retenida de lo que la mímica habitual de la sujeto, su educación y su raza hacían esperar. En efecto, fuera de los estados histéricos, la paciente era muy mesurada y sobria en la expresión de sus emociones. Otra parte de sus síntomas motores se hallaba, según ella, en conexión directa con sus dolores. Si agitaba incesantemente sus dedos (1888) o se retorcía las manos (1889), era para retenerse de gritar, motivación que recuerda uno de los principios establecidos por Darwin para el esclarecimiento de los movimientos expresivos; esto es, el principio de la «derivación de las excitaciones», por medio del cual explica, por ejemplo, el agitar la cola de los perros. La sustitución de los gritos por otras inervaciones motoras en los casos de estímulos dolorosos es algo que todos conocemos. Aquel que se propone mantener inmóvil la boca y la cabeza durante la intervención del dentista y evita también separar las manos de los brazos del sillón, acaba siempre por mover los pies.

Los movimientos análogos a «tics» observables en la sujeto —el castañetear la lengua, la tartamudez, la repetición del nombre «Emmy» en sus accesos de confusión mental y la fórmula compuesta: «Estese quieto. No hable usted. No me toque», muestran una complicada forma de conversión. Dos de estas manifestaciones motoras, la tartamudez y el castañeteo, encuentran su explicación en un mecanismo calificado por mí de «objetivación de la representación contrastante» en un ensayo publicado por la *Revista de Hipnotismo* (tomo primero, 1893). Este proceso sería, en el caso que nos ocupa, el siguiente: «La histérica, agotada por la fatiga y la preocupación que le ocasiona la enfermedad de su hija, se halla sentada a la cabecera del lecho en el que la misma yace, y comprueba que, ¡por fin!, ha logrado conciliar el sueño. En su vista, formula el firme propósito de evitar lodo el ruido que pudiera despertar a la enfermita. Este propósito hace surgir, probablemente, una representación contrastante, el temor de que, a pesar de todo, haría algún ruido que despertase a la pequeña del tan deseado reposo. Tales representaciones contrastantes, opuestas al propósito, se constituyen en nosotros, singularmente, cuando no nos sentimos seguros de la ejecución de un propósito importante».

El neurótico, en cuya conciencia de sí mismo falta muy pocas veces un

rasgo de depresión y expectación angustiosa, forma gran cantidad de tales representaciones contrastantes o las percibe con mayor facilidad, dándoles, además, mayor importancia. En el estado de agotamiento de nuestra paciente, la representación contrastante, que en otras circunstancias hubiera sido rechazada, demuestra ser la más fuerte y es la que se objetiva, originando, con espanto de la sujeto, el tan temido ruido. Para la explicación total del proceso, habremos de suponer que el agotamiento de la paciente no es sino parcial, recayendo únicamente, para expresarnos en los términos de Janet y sus discípulos, sobre el *yo* primario de la sujeto, y no teniendo por consecuencia una igual debilitación de la representación contrastante.

Suponemos, además, que el factor que da al suceso un carácter traumático y fija el ruido producido por la sujeto, en calidad de síntoma somático evocador de toda la escena, es el espanto que le causó comprobar que, contra toda su voluntad, acababa por producirlo. Llego incluso a creer que el carácter mismo de este «tic», consistente en varios sonidos espasmódicamente emitidos y separados por ligeras pausas, revela huella del proceso al que debe su origen. Parece haberse desarrollado una lucha entre el propósito y la representación contrastante —la «voluntad contraria»—, lucha que ha dado al «tic» su carácter peculiar y limitado la representación contrastante a desusados caminos de inervación de los músculos vocales.

Un suceso de análoga naturaleza dejó tras de sí la inhibición espasmódica del habla, la singular tartamudez, con la diferencia de que el recuerdo no eligió aquí, para símbolo del suceso, el resultado de la inervación final, o sea, el grito sino el proceso mismo de inervación, esto es, el intento de una inhibición convulsiva de los órganos vocales.

Ambos síntomas, el castañeteo y la tartamudez, afines por su génesis, entraron, además, en mutua asociación, y su repetición en una ocasión análoga a las de su origen los convirtió en síntomas permanentes. Una vez llegados a esta categoría, encontraron distinto empleo. Nacidos en un intento estado de sobresalto, se unieron desde este punto (conforme al mecanismo de la histeria mono-sintomática, del que más adelante trataremos) a todos los estados de este género, incluso a aquellos que no podían dar ocasión a la objetivación de una representación contrastante.

Acabaron, pues, por hallarse enlazados a tantos traumas y por tener tan

amplia razón de reproducirse en la memoria, que llegaron a interrumpir constantemente el habla, sin estímulo ninguno que a ello los llevase, a manera de un «tic» falto de todo sentido. Pero el análisis hipnótico pudo demostrar que aquel aparente «tic» poseía un preciso significado, y si el método de Breuer no consiguió, en este caso, hacer desaparecer de una vez y por completo ambos síntomas, ello fue debido a que la catarsis sólo recayó sobre los tres traumas principales, sin extenderse a los secundariamente asociados[71].

La repetición del nombre «Emmy» en los accesos de confusión mental que, según las normas de los ataques histéricos, reproducen los frecuentes estados de perplejidad de la paciente durante el tratamiento al que su hija estuvo sometida, se hallaba enlazada, por medio de un complicado encadenamiento de ideas, al contenido del acceso y correspondía quizá a una fórmula protectora usada por la enferma contra el mismo. Esta exclamación hubiera sido también, probablemente, susceptible, dado un más amplio aprovechamiento de su significación, de convertirse en un «tic», como ya lo había llegado a ser la complicada fórmula protectora: «No me toque usted», etc.; pero la terapia hipnótica detuvo, en ambos casos, el ulterior desarrollo de estos síntomas. La exclamación «¡Emmy!», recientemente surgida cuando me llamó la atención, se hallaba aún limitada a su lugar de origen; esto es, al acceso de confusión mental.

Cualquiera que sea la génesis de estos síntomas motores —el castañeteo, por objetivación de una representación contrastante; la tartamudez, por simple conversión de la excitación psíquica en un fenómeno motor, y la exclamación «¡Emmy!» y la otra fórmula más extensa, como dispositivos protectores, por un acto voluntario de la enferma, en el paroxismo histérico —; cualquiera que sea su génesis, repetimos, poseen el carácter común de hallarse en una visible conexión —primitiva o permanente— con traumas, de los cuales constituyen símbolos en la actividad mnémica.

Otros de los síntomas somáticos de la enferma no eran de naturaleza histérica; por ejemplo, los calambres en la nuca, que hemos de considerar como una jaqueca modificada, debiendo incluirse, por tanto, entre las afecciones orgánicas y no entre las neurosis. Pero a ellos suelen enlazarse casi siempre síntomas histéricos. Así, Emmy de N. los aprovechaba como

contenido de sus ataques histéricos, no mostrando, en cambio, los fenómenos típicos de esta clase de accesos.

Para completar la característica del estado psíquico de esta paciente, examinaremos ahora las modificaciones patológicas de la conciencia en ella observables. Del mismo modo que los calambres en la nuca, también las impresiones penosas (cf. el último delirio en el jardín) o las alusiones a cualquiera de sus traumas provocaban en la enferma un estado delirante en el cual —según las escasas observaciones que sobre este extremo puedo realizar — dominaban una disminución de la conciencia y una forzosa asociación, análogas a las que comprobamos en el fenómeno onírico, quedando sumamente facilitadas las alucinaciones y las ilusiones, y siendo deducidas conclusiones falsas o hasta insensatas. Este estado, comparable con el de enajenación mental, sustituye verosímilmente al ataque, siendo quizá una psicosis aguda surgida como equivalente del ataque histérico, psicosis que podríamos calificar de «demencia alucinatoria». El hecho de que a veces se revelase un fragmento de los antiguos recuerdos traumáticos, como fundamento del delirio, nos muestra otra analogía de estos estados con el ataque histérico típico. El paso desde el estado normal a este delirio tiene lugar, a veces, de un modo imperceptible. Al principio del tratamiento se extendía el delirio a través de todo el día, haciéndose así difícil decir, con respecto a cada uno de los síntomas, si correspondían únicamente —como los gestos— al estado psíquico, en calidad de síntomas del acceso, o habían llegado a ser, como el castañeteo y la tartamudez, verdaderos síntomas crónicos. Muchas veces, sólo *a posteriori* se lograba diferenciar qué pertenecía al delirio y qué al estado normal. Estos dos estados se hallaban separados por la memoria, asombrándose la paciente cuando se la hacía ver lo que el delirio había introducido en una conversación sostenida en estado normal. Mi primera conversación con ella constituyó un singularísimo ejemplo de cómo se mezclaban ambos estados sin tener la menor noticia de otro. Una sola vez me fue dado comprobar, durante este desequilibrio psíquico, un influjo de conciencia normal, que perseguía el presente. Ello fue cuando me dio la respuesta, procedente del delirio, de que era una mujer del siglo pasado.

El análisis de este delirio de Emmy de N. no pudo llevarse a su último

término, porque el estado de la paciente mejoró en seguida, hasta tal punto, que los delirios se diferenciaron con toda precisión de la vida normal, limitándose a los accesos de calambres en la nuca. En cambio, logré una amplia experiencia sobre la conducta de la paciente en un tercer estado psíquico; esto es, en el somnambulismo artificial. Mientras que en su propio estado normal ignoraba lo que había experimentado psíquicamente en sus delirios o en el somnambulismo, disponía en este último de los recuerdos correspondientes a dichos tres estados, siendo realmente el somnambulismo su estado más normal. Haciendo abstracción, en primer lugar, de que en el somnambulismo se mostraba menos reservada para conmigo que en sus mejores momentos de la vida corriente, hablándome de sus circunstancias familiares, etc., mientras que fuera de dicho estado me trataba como a un extraño, y prescindiendo también de su completa sugestibilidad como sujeto hipnótico, puedo afirmar que durante el somnambulismo se hallaba en un perfecto estado normal. Era muy interesante observar que este somnambulismo no mostraba, por otra parte, ningún carácter supranormal, entrañando todos los defectos psíquicos que atribuimos al estado normal de conciencia. Los siguientes ejemplos aclararán los caracteres de la memoria de la paciente en el estado de somnambulismo. En una de nuestras conversaciones me habló de lo bonita que era una planta que adornaba el *hall* del sanatorio, preguntándome luego: «¿Puede usted decirme cómo se llama? Yo sabía antes su nombre alemán y su nombre latino, pero he olvidado ambos». La paciente era una excelente botánica, mientras que yo hube de confesar mi ignorancia en estas materias. Pocos minutos después le pregunté en la hipnosis: «¿Sabe usted ahora el nombre de la planta que hay en el *hall*?». Y, sin pararse a reflexionar un solo instante, me contestó: «Su nombre vulgar es hortensia; el nombre latino lo he olvidado de verdad». Otra vez, sintiéndose bien y muy animada, me hablaba de una visita a las catacumbas romanas, y al hacerme su descripción le fue imposible hallar los nombres correspondientes a dos lugares de las mismas, sin que luego, en la hipnosis, lograse tampoco recordarlos. Entonces le mandé que no pensase más en ellos, pues al día siguiente, cuando se hallara en el jardín y fueran ya cerca de las seis, surgirían de repente en su memoria.

Al siguiente día hablamos de un tema sin relación alguna con las

catacumbas, cuando de súbito se interrumpió, exclamando: «¡La cripta y el *columbarium*, doctor!» «¡Ah! Ésas son las palabras que ayer no podía usted encontrar. ¿Cuándo las ha recordado usted?» «Esta tarde, en el jardín, poco antes de subir». Con estas últimas palabras me indicaba que se había atenido estrictamente al momento marcado, pues solía permanecer en el jardín hasta las seis. Así, pues, tampoco en el somnambulismo disponía de todo su conocimiento, existiendo aún para ella una conciencia actual y otra potencial. Con frecuencia sucedía también que al preguntarle yo, en el somnambulismo, de dónde procedía determinado fenómeno arrugaba el entrecejo y contestaba tímidamente: «No lo sé». En estos casos acostumbraba yo decirle: «Reflexione usted un poco y en seguida lo sabrá», como así sucedía, en efecto, pues al cabo de algunos instantes de reflexión me proporcionaba casi siempre la respuesta pedida.

Cuando esta inmediata reflexión no tenía resultado, daba a la paciente el plazo de un día para recordar lo buscado, obteniendo siempre la información deseada. La sujeto, que en la vida corriente evitaba con todo escrúpulo faltar a la verdad, no mentía tampoco nunca en la hipnosis: únicamente le sucedía a veces dar informaciones incompletas, silenciando una parte de las mismas, hasta que yo la forzaba a completarlas en una segunda sesión. En general, era la repugnancia que el tema le inspiraba lo que sellaba sus labios en estas ocasiones. No obstante estas restricciones, su conducta en el somnambulismo daba la impresión de un libre desarrollo de su energía mental y de un completo dominio de su acervo de recuerdos.

Su gran sugestibilidad en el somnambulismo se hallaba, sin embargo, muy lejos de constituir una falta patológica de resistencia. En general, mis sugestiones no le producían más impresión que la que era de esperar, dada una semejante penetración en el mecanismo psíquico en toda persona que me hubiese escuchado con gran confianza y completa claridad mental, con la sola diferencia de que esta paciente no podía en su estado normal observar con respecto a mí una disposición favorable. Cuando no me era posible aducirle argumentos convincentes, como sucedió con respecto a la zoofobia, y quería actuar por medio de la sugestión autoritaria, se pintaba siempre una expresión tirante y desconocida en el rostro de la sujeto, y cuando al final le preguntaba: «Vamos a ver: ¿seguirá usted teniendo miedo a ese animal?», su respuesta

era: «No… Porque usted me lo manda». Estas promesas, que sólo se apoyaban en su docilidad a mis mandatos, no dieron nunca el resultado apetecido, análogamente a las instrucciones generales que le prodigué, en lugar de las cuales hubiera podido repetir, con igual resultado, la sugestión: «Ya está usted completamente sana».

La sujeto, que conservaba tan tenazmente sus síntomas contra toda sugestión, y sólo los abandonaba ante el análisis psíquico o la convicción, se mostraba, en cambio, docilísima cuando la sugestión versaba sobre temas carentes de relación con su enfermedad. En páginas anteriores hemos consignado ya varios ejemplos de tal obediencia posthipnótica. A mi juicio, no existe aquí contradicción alguna. En este terreno había también de vencer, como siempre, la representación más enérgica. Examinando el mecanismo de la «idea fija» patológica, la hallamos basada y apoyada en tantos y tan intensos sucesos, que no puede asombrarnos comprobar su propiedad de oponer victoriosa resistencia a una representación contraria no provista sino de cierta energía. Un cerebro del que fuese posible hacer desaparecer por medio de la sugestión consecuencias tan justificadas de intensos procesos psíquicos sería verdaderamente patológico[72].

Al estudiar el estado de somnambulismo de Emmy de N. surgieron en mí importantes dudas sobre la exactitud del principio de Bernheim: «Tout est dans la sugestión», y de la deducción de Delboeuf, su ingenioso amigo: «Comme qu’il n’y a pas d’hypnotisme». Todavía hoy me es imposible comprender que mi dedo extendido ante los ojos del paciente y el mandato «¡Duerma usted!» hayan podido crear por sí solos aquel especial estado anímico, en el cual la memoria de los enfermos abarca todas sus experiencias psíquicas. Todo lo más, podía haber provocado dicho estado, pero nunca haberlo creado por medio de mi sugestión, dado que los caracteres que presentaba, comunes en general a los estados de este orden, me sorprendieron extraordinariamente.

El historial clínico de esta enferma antes transcrito muestra con suficiente claridad en qué forma desarrollaba yo mi acción terapéutica durante el somnambulismo. Combatía, en primer lugar, como es uso de la psicoterapia hipnótica, las representaciones patológicas dadas por medio de razonamientos, mandatos e introducción de representaciones contrarias de

todo género; pero no me limitaba a ello, sino que investigaba la génesis de cada uno de los síntomas para poder combatir también las premisas sobre las cuales habían sido construidas las ideas patológicas. Durante estos análisis sucedía regularmente que la enferma rompía a hablar, dando muestras de violenta excitación, sobre temas cuyo afecto no había hallado hasta entonces exutorio distinto de la expresión de las emociones. No me es posible indicar cuánta parte del resultado terapéutico siempre obtenido correspondía a esta supresión por sugestión *in statu nascendi* y cuánta a la supresión del afecto por medio de la reacción, pues dejé actuar conjuntamente ambos factores. Así, pues, no podemos aducir este caso como prueba de la eficacia terapéutica del método catártico. Sin embargo, hemos de manifestar que sólo conseguimos hacer desaparecer duraderamente aquellos síntomas con respecto a los cuales llevamos a cabo el análisis psicológico.

El resultado terapéutico fue, en general, muy considerable, pero poco duradero, pues dejó intacta la capacidad de la paciente para volver a enfermar bajo la acción de nuevos traumas. Aquel que quiera emprender la curación definitiva de una tal histeria habrá de penetrar en la conexión de los fenómenos entre sí más de lo que yo intenté. Emmy de N. entrañaba, desde luego, una tara neurótica hereditaria, pues sin una tal disposición es imposible, probablemente, enfermar de histeria. Ahora bien: tampoco tal disposición basta por sí sola para engendrar la histeria; son igualmente necesarios otros factores que, además, han de ser adecuados. Así, pues, con la disposición habrá de concurrir determinada etiología. Dijimos antes que en el caso de Emmy de N. aparecían subsistentes los efectos de numerosos sucesos traumáticos, y que una viva actividad mnémica hacía emerger tan pronto uno como otro de dichos traumas en la superficie psíquica. Ahora creemos poder ya indicar el motivo de la conservación de dichos efectos en este caso, conservación relacionada, ciertamente, con la disposición hereditaria de la enferma. Poseía ésta, en primer lugar, una naturaleza harto violenta, capaz de grandes apasionamientos, y sus sensaciones eran muy intensas. Pero, además, desde la muerte de su marido vivía en un total aislamiento espiritual, y las persecuciones de que había sido objeto la habían tornado desconfiada y celosa de que nadie llegara a adquirir influencia sobre sus actos. Siendo muchos y muy espinosos sus deberes como madre de familia, desarrollaba la

labor psíquica por los mismos exigida sin el auxilio de un solo consejero, amigo ni pariente, viendo, además, dificultada su tarea por su concienzuda escrupulosidad, por su tendencia a preocuparse y atormentarse, y en ocasiones por su natural indecisión femenina. La *retención de grandes magnitudes de excitación* es, por tanto, indiscutible en este caso, y se apoya tanto en las circunstancias particulares de la vida de la sujeto como en su natural disposición. Así, era tan grande su repugnancia a comunicar a los demás sus asuntos propios, que cuando me invitó a pasar unos días con ella, en 1891, observé con asombro que ninguna de las personas que la visitaban casi a diario sabía nada de su enfermedad ni de que yo la hubiese asistido en ella.

Las consecuencias que preceden no agotan el tema de la etiología de este caso de histeria. Pienso ahora que debió de existir algún factor más, que habría provocado la explosión de la enfermedad en un momento dado, puesto que las circunstancias etiológicamente eficaces venían existiendo desde mucho tiempo antes sin haber tenido tal consecuencia. Me parece asimismo singular que en todas las confesiones íntimas que la paciente hubo de hacerme faltara por completo el elemento sexual, más propio, sin embargo, que ningún otro para dar ocasión a traumas. Como las excitaciones de este género no podían haberse desvanecido así sin dejar residuo ninguno, he de suponer que los relatos que oí de labios de la sujeto constituían una *editio ad usum delphini* de la historia de su vida. La paciente era, en actos y palabras, de una absoluta castidad, sin fingimiento alguno al parecer, pero también sin gazmoñería. Pero sí pienso en la reserva con que me relató en la hipnosis la pequeña aventura de la camarera del hotel, llego a sospechar que la sujeto, mujer de intensas sensaciones, no había logrado vencer sus necesidades sexuales sin duros combates, agotándose psíquicamente en su tentativa de represión del instinto sexual, el más poderoso de todos. Una vez me confesó que no se había vuelto a casar, porque, dada su gran fortuna, no creía en el desinterés de sus pretendientes, aparte de que se hubiera reprochado perjudicar los intereses de sus dos hijas con un nuevo matrimonio.

Antes de dar por terminado el historial clínico de Emmy de N. añadiré una nueva observación. El doctor Breuer y yo, que conocimos y tratamos a la sujeto durante mucho tiempo, sonreíamos siempre que se nos ocurría

comparar su personalidad con la descripción de la psiquis histérica, integrada desde tiempos muy pretéritos en los libros sobre la materia y defendida por los médicos. Si el caso de Cecilia M. nos había demostrado la compatibilidad de la histeria más grave con amplias y originalísimas dotes intelectuales —hecho que se nos muestra, además, evidente en las biografías de las mujeres famosas en la Historia o la literatura—, el de Emmy de N. nos proporcionó un ejemplo de que la histeria no excluye un intachable desarrollo del carácter y una plena conciencia en el gobierno y orientación de la propia vida. Nuestra paciente era una mujer de extraordinaria valía, en la que Breuer y yo hubimos de admirar una gran rectitud moral con respecto a la concepción de sus deberes, una inteligencia y una energía nada vulgares en su sexo, una extensa cultura y un elevado amor a la verdad, unido todo ello a una sincera modestia interior y a un distinguido trato señorial. Aplicar a una mujer así el calificativo de «degenerada» supondría deformar hasta lo irreconocible la significación de tal palabra. Habremos pues, de diferenciar con todo cuidado entre sí los conceptos «disposición» y «degeneración», si no queremos vernos obligados a reconocer que la Humanidad debe gran parte de sus conquistas a los esfuerzos de individuos «degenerados».

Confieso también que me es imposible hallar en el historial de esta paciente el menor rasgo de «disminución funcional psíquica», de la que P. Janet hace depender la génesis de la histeria. La disposición histérica consistiría, según este autor, en una angostura anormal del campo de la conciencia (resultante de la degeneración hereditaria), que da ocasión a la negligencia de series enteras de percepciones y, ulteriormente, a la disposición del *yo* y a la organización de personalidades secundarias. De este modo, lo que queda del *yo*, después de la sustracción de los grupos psíquicos histéricamente organizados, habría de poseer una menor capacidad funcional que el *yo* normal, y en realidad, según Janet, este *yo* de los histéricos presenta estigmas psíquicos, se halla condenado al monoideísmo y es incapaz de las más corrientes voliciones de la vida. A mi juicio, ha elevado aquí Janet, erróneamente, estados resultantes de la modificación histérica de la conciencia a la categoría de condiciones primarias de la histeria.

Este tema merece ser objeto de una más amplia discusión, que desarrollaremos en otro lugar. Por lo pronto, haremos constar que en Emmy

de N. no pudimos observar el menor indicio de una disminución de la capacidad funcional. Durante el período de mayor gravedad conservó capacidad suficiente para atender a su participación en la dirección de una gran empresa industrial, no perder de vista ni un solo instante la educación de sus hijas y continuar su correspondencia con personas de cultivado espíritu; esto es, para cumplir todos sus deberes, hasta el punto de que nadie sospechaba su enfermedad. Podría preverse que todo esto constituía un considerable *surmenage* psíquico, insostenible a la larga, que había de llevar al agotamiento y a la *misere psychologique* secundaria. Realmente, en la época en que la vi por vez primera comenzaban ya a hacerse sentir tales perturbaciones de su capacidad funcional; pero, de todos modos, la histeria venía subsistiendo con carácter grave desde muchos años antes de la aparición de estos síntomas de agotamiento.

2) MISS LUCY R.

(treinta años)

A fines de 1892, un colega y amigo mío envió a mi consulta a una joven paciente, a la cual tenía en tratamiento a consecuencia de una rinitis supurada crónica. La causa de la tenacidad de su padecimiento era, como más tarde se demostró, una caries del etmoides. En los últimos días se había quejado la enferma de nuevos síntomas, que mi colega, muy perito en la materia, no podía atribuir ya a la afección local. Habiendo perdido por completo el olfato se veía perseguida la paciente, casi de continuo, por una o dos sensaciones olfativas totalmente subjetivas, que se le hacían en extremo penosas. Además de esto, se sentía deprimida y fatigada, sufría pesadez de cabeza, había perdido el apetito y no se encontraba capaz de desarrollar actividad ninguna.

Era esta enferma de nacionalidad inglesa y ejercía las funciones de institutriz en el domicilio del director de una fábrica enclavada en un arrabal

de Viena. De constitución delicada y pigmentación muy pobre, gozaba de salud normal, fuera de la indicada afección a la nariz. Padecía depresión y fatiga, se veía atormentada por sensaciones olfativas de carácter subjetivo, y presentaba, como síntoma histérico, una clara analgesia general, conservando, sin embargo, una plena sensibilidad al tacto. Tampoco presentaba disminución ninguna del campo visual. El interior de la nariz se demostró totalmente analgésico y sin reflejos, aunque sensible al tacto. La capacidad de percibir sensaciones olfativas aparecía por completo anulada, tanto con respecto a los estímulos específicos como a los de cualquier otro género (amoniaco, ácido acético). El catarro nasal supurado se encontraba ya, al acudir la enferma a mi consulta, en un período de mejoría.

En la primera tentativa de llegar a la comprensión de este caso hubimos de interpretar las sensaciones olfativas de carácter subjetivo como síntomas histéricos, permanentes, dada su calidad de alucinaciones periódicas. Siendo quizá la depresión el afecto concomitante al trauma, debía de ser posible hallar un suceso en el que tales olores, que ahora se habían hecho subjetivos, fueron objetivos, y este suceso había de ser el trauma del cual constituirían dichas sensaciones olfativas un símbolo que retornaba de continuo a la memoria. O quizá fuera más acertado considerar las alucinaciones olfativas, en unión de la depresión concomitante, como un equivalente del ataque histérico, pues por su naturaleza de alucinaciones periódicas no podían constituir síntomas histéricos permanentes. De todos modos, esta cuestión carecía de importancia en el caso de que se trataba, sólo rudimentariamente desarrollado. Lo esencial era que las sensaciones olfativas de carácter subjetivo mostrasen una especialización que pudiera corresponder a su origen de un objeto real perfectamente determinado.

Esta hipótesis quedó en seguida confirmada. A mi pregunta de cuál era el olor que la perseguía con más frecuencia, contestó que «como a harina quemada». Hube, pues, de suponer que este olor a harina quemada había sido realmente el que había reinado en la ocasión del suceso traumáticamente eficaz. La elección de sensaciones olfativas para símbolos mnémicos de traumas es, ciertamente, muy desusada, pero en este caso podía explicarse por la circunstancia de que la afección nasal de la sujeto la llevaba a conceder especial atención a todo lo relacionado con la nariz y sus percepciones. Sobre

la vida particular de la paciente sólo sabía que las niñas cuyo cuidado le estaba encomendado habían perdido, hacía varios años, a su madre, después de breve y aguda enfermedad.

Así, pues, decidí tomar el olor a «harina quemada» como punto de partida del análisis. Relataré la historia de este análisis tal y como hubiera debido desarrollarse en circunstancias favorables. En realidad, aquello que debió resultar de una sola sesión nos ocupó varias, dado que la paciente no podía acudir a mi casa más que a la hora de consulta, durante la cual no podía dedicarle sino poco tiempo De este modo, y no pudiendo abandonar la sujeto todos los días sus obligaciones, para recorrer el largo camino que la separaba de mi domicilio, resultó que uno sólo de nuestros diálogos analíticos sobre un extremo concreto necesitado de esclarecimiento, se extendía, a veces, a través de más de una semana, quedando interrumpido en el punto al que había llegado al final de una sesión, para ser reanudado en la siguiente.

Miss Lucy R. no caía en estado de somnambulismo al intentar con ella la hipnosis. Así, pues, renuncié al somnambulismo y llevé a cabo todo el análisis hallándose la paciente en un estado que, en general, se diferenciaba quizá muy poco del normal.

Llegado a este punto, creo deber explicarme más detalladamente que hasta aquí sobre la técnica de mi procedimiento. Cuando, en 1889, visité las clínicas de Nancy, oí decir al doctor Liébault, gran maestro en la hipnosis: «Si dispusiésemos del medio de sumir en el estado de somnambulismo a todos los sujetos, la terapia hipnótica sería la más poderosa de todas». En la clínica de Bernheim parecía casi existir tal arte y ser posible aprenderlo en su director. Pero en cuanto quise ejercerlo con mis propios enfermos, observé que, por lo menos para mis fuerzas, existían en este campo estrechos límites, y que cuando a las dos o tres tentativas de hipnotizar a un paciente no llegaba a conseguirlo, podía ya renunciar en absoluto a utilizar con él dicho método terapéutico. Asimismo, el tanto por ciento de sujetos hipnotizables permaneció en mi práctica médica muy por bajo del nivel indicado por Bernheim.

De este modo se me planteó el dilema de prescindir del método catártico en la mayoría de los casos en que podía encontrar aplicación, o atreverme a emplearlo fuera del somnambulismo en los casos de influencia hipnótica muy

ligera o incluso dudosa. El grado de hipnosis al que correspondía —según una de las escalas existentes al efecto— el estado de somnámbulo me era por completo indiferente, puesto que cada una de las armas de la sugestibilidad es, de todos modos, independiente de las demás, y así, la provocación de estados de catalepsia o de movimientos automáticos, etc., no supone una mayor facilidad en la reanimación de recuerdos olvidados, tal y como yo la precisaba. De este modo me habitué pronto a prescindir de las tentativas encaminadas a determinar el grado de hipnosis, pues tales tentativas despertaban en toda una serie de casos la resistencia del enfermo, disminuyendo aquélla su confianza en mí, que tan precisa me era para mi labor psíquica, mucho más importante. Por otro lado, me fatigaba ya oír, en los casos de hipnosis poco profunda, que a mi mandato «Va usted a dormir. Duerma usted», contestaba el sujeto: «No me duermo, doctor», y tener entonces que entrar en un distingo demasiado sutil, replicando: «No me refiero al sueño corriente, sino a la hipnosis. Fíjese bien. Está usted hipnotizado. No puede usted abrir los ojos, etcétera. Además, no necesito que duerma», etc. De todos modos, estoy convencido de que muchos de mis colegas en la psicoterapia saben eludir con mayor habilidad que yo estas dificultades, y podrán, por tanto, emplear otros procedimientos. Mas, por mi parte, opino que si tenemos la seguridad de que el empleo de una palabra nos ha de poner en un aprieto, haremos bien en eludir dicha palabra y sus consecuencias. Así, pues, en aquellos casos en los que de la primera tentativa no resultaba el estado de somnambulismo o un grado de hipnosis con modificaciones somáticas manifiestas, abandonaba aparentemente el hipnotismo, exigía tan sólo la «concentración», y como medio para conseguirla, ordenaba al paciente que se tendiese en un diván y cerrase los ojos. Con este procedimiento creo haber conseguido alcanzar el más profundo grado de hipnosis posible en tales casos.

Pero al renunciar al somnambulismo, renuncié quizá también a una condición previa, sin la cual parecía inutilizable el procedimiento catártico, fundado en la circunstancia de que en el estado de ampliación de la conciencia disponían los enfermos de ciertos recuerdos y reconocían ciertas conexiones, inexistentes, al parecer, en su estado normal de conciencia. Así, pues, faltando la ampliación de la memoria, dependiente del estado de

somnambulismo, tenía que faltar también la posibilidad de establecer una determinación causal, que el enfermo no podía comunicar al médico por serle desconocida, pues los recuerdos patógenos son precisamente «los que faltan en la memoria del paciente en su estado psíquico habitual, o sólo se hallan contenidos en ella muy sumariamente».

De esta nueva dificultad me salvó mi recuerdo de haber visto llevar a cabo al mismo Bernheim la demostración de que las reminiscencias del somnambulismo sólo aparentemente se hallaban olvidadas en el estado de vigilia, y podían ser despertadas en éste mediante una ligera intervención del hipnotizador. Así, un día sugirió a una sonámbula la alucinación negativa de que él, Bernheim, no se hallaba presente, y luego trató de hacerse advertir por la sujeto, utilizando para ello toda clase de medios, incluso la agresión, sin que le fuera posible conseguirlo. Acto seguido la despertó y le preguntó qué era lo que le había hecho mientras ella le creía ausente, respondiendo la enferma, con expresión de asombro, que no recordaba absolutamente nada. Pero Bernheim no se satisfizo con esta declaración negativa; aseguró a la sujeto que iba a recordarlo todo en seguida, y colocando una mano sobre su frente, como para ayudarla a concentrar sus pensamientos, consiguió que relatase todo aquello que en el estado de somnambulismo parecía no haber advertido ni saber en el de vigilia.

Así, pues, tomé por modelo este singular e instructivo experimento y decidí adoptar como punto de partida la hipótesis de que mi paciente sabía todo lo que había podido poseer una importancia patógena, tratándose tan sólo de obligarla a comunicarlo. De este modo, cuando llegábamos a un punto en el que a mis preguntas: «¿Desde cuándo padece usted este síntoma?», o «¿De dónde procede?», contestaba la sujeto: «No lo sé», adopté el procedimiento de colocar una mano sobre la frente de la enferma, o tomar su cabeza entre mis dos manos, y decirle: «La presión de mi mano despertará en usted el recuerdo buscado. En el momento en que las aparte de su cabeza verá usted algo o surgirá en usted una idea. Reténgalo usted bien, porque será lo que buscamos. Bien; ahora dígame lo que ha visto o se le ha ocurrido».

Las primeras veces que empleé este procedimiento (no fue con miss Lucy R.) quedé yo mismo sorprendido de comprobar que me proporcionaba, realmente, lo buscado, y debo hacer constar que desde entonces no me ha

fallado casi nunca, mostrándome siempre el camino que debía seguir mi investigación y haciéndome posible llevar a término todo análisis de este género sin necesidad de recurrir al somnambulismo. Poco a poco llegué a adquirir una tal seguridad, que cuando un paciente me manifestaba no haber visto nada ni habérsele ocurrido cosa alguna, le afirmaba rotundamente que no era posible. Seguramente habían tenido conocimiento de lo buscado, pero lo habían rechazado, no reconociéndolo como tal. Repetiríamos el procedimiento cuantas veces quisiesen y verían cómo siempre se les ocurriría la misma cosa. Los hechos me dieron siempre la razón. Lo que sucedía en estos casos es que los enfermos no habían aprendido aún a dejar en reposo su facultad crítica y habían rechazado el recuerdo emergente a la ocurrencia, considerándolos inaprovechables y creyendo se trataba de elementos extraños al tema tratado; pero en cuanto llegaban a comunicarlos, revelaban ser lo que se buscaba. Algunas veces, cuando la comunicación tenía efecto a la tercera o cuarta tentativa, manifestaba el sujeto que aquello se le había ya ocurrido la primera vez, pero que no había querido decirlo.

Este procedimiento de ampliar la conciencia supuestamente restringida resultaba harto penoso y, desde luego, mucho más que la investigación en el estado de somnambulismo, pero me hacía independiente de dicho estado y me permitía penetrar un tanto en los motivos de los que depende muchas veces el «olvido» de recuerdos. Puedo afirmar que este «olvido» es, con frecuencia, voluntario, pero que nunca se consigue sino *aparentemente*.

Más singular aún que este hecho me ha parecido el de que cifras y fechas aparentemente olvidadas hace mucho tiempo pueden también ser despertadas de nuevo por medio de un procedimiento análogo, demostrándose así una insospechada fidelidad de la memoria.

La limitación del campo en el que ha de llevarse a cabo la elección, tratándose de cifras y fechas, nos permite apoyarnos en el conocido principio de la teoría de la afasia, de que el conocimiento es, como función de la memoria, menos importante que el recordar espontáneamente.

Así, pues, al paciente que no puede recordar en qué año, mes y día se desarrolló determinado suceso, le vamos diciendo sucesivamente los años de que puede tratarse, los nombres de los doce meses del año y las treinta y una cifras de los días del mes, asegurándole que al llegar la cifra verdadera se

abrirán sus ojos automáticamente o sentirán que se trata dé lo buscado. En la mayoría de los casos se deciden realmente los pacientes por una fecha determinada, y con gran frecuencia se ha podido comprobar, por notas tomadas en la época correspondiente, que la fecha de referencia había sido acertadamente reconocida. Otras veces, y con otros enfermos, la conexión de los hechos recordados demostró que la fecha hallada por el procedimiento descrito era, indiscutiblemente, la buscada. El paciente recordaba, por ejemplo, que la tal fecha correspondía al cumpleaños de su padre, y agregaba luego: «Claro, y precisamente porque ese día era el cumpleaños de mi padre esperaba yo que sucediese tal y tal cosa (el suceso sobre el que recaía en aquellos momentos el análisis)».

No puedo aquí sino rozar este tema. La conclusión que de todo esto deduje fue que los sucesos importantes, desde el punto de vista patógeno, con todas sus circunstancias accesorias, son fielmente conservados por la memoria, aun en aquellos casos en los que parecen olvidados y carece el enfermo de la facultad de recordarlos[73].

Después de esta larga pero indispensable digresión, volvemos al historial de miss Lucy R. Las tentativas de hipnotizarla no llegaban a provocar en ella el estado de somnambulismo, sino un simple estado de influjo más o menos ligero, en el que permanecía tranquilamente echada sobre un diván, con los ojos cerrados, expresión algo rígida e inmovilidad casi completa. Preguntada si sabía en qué ocasión advirtió por vez primera el olor a harina quemada, respondió: «¡Ya lo creo! Fue, aproximadamente, hace dos meses, dos días antes de mi cumpleaños. Me hallaba con las dos niñas de las que soy institutriz en su cuarto de estudio y jugábamos a hacer una comidita en un hornillo preparado al efecto, cuando me entregaron una carta que el cartero acababa de traer. Por el sello y la letra del sobre reconocí que la carta era de mi madre, residente en Glasgow, y me dispuse a abrirla y leerla. Pero las niñas me la arrebataron, gritando que seguramente era una felicitación por mi cumpleaños y que me la reservarían para ese día. Mientras jugaban así, dando vueltas en derredor mío, se difundió por la habitación un fuerte olor a harina quemada. Las niñas habían abandonado su cocinita, y una pasta de harina, que estaba al fuego, había comenzado a achicharrarse. Desde entonces me persigue este olor sin dejarme un solo instante y haciéndose más intenso

cuando estoy excitada». «¿Ve usted ahora claramente ante si esa escena que me acaba de contar?» «Con toda claridad, tal y como se desarrolló» «¿Y cómo explica usted que la impresionase tanto?» «Me impresionó el cariño que las niñas me demostraban en aquella ocasión». «¿No se mostraban siempre así con usted?» «Si; pero precisamente en aquel momento en que recibía carta de mi madre…» «No comprendo por qué la carta de su madre y el cariño de las niñas habían de formar un contraste, como parece usted indicar con sus palabras». «Es que tenía intención de volverme a Inglaterra con mi madre, y me costaba trabajo abandonar a las niñas, a las que quiero mucho». «¿Por qué pensaba usted irse con su madre? ¿Es que vive sola y la había llamado a su lado? ¿O estaba enferma por entonces y esperaba usted noticias suyas?» «No; está delicada, pero no precisamente enferma, vive con otra señora». «Entonces, ¿por qué pensaba usted dejar a las niñas?» «Porque mi posición en la casa era un tanto difícil. El ama de llaves, la cocinera y la institutriz francesa, suponiendo que yo trataba de salirme de mi puesto, tramaron en contra mía una pequeña conjura, yendo a contar al abuelo de las niñas toda clase de chismes en perjuicio mío. y cuando, por mi parte, acudí a él y al padre de mis educandas en queja contra tales maquinaciones, no encontré en ellos el apoyo que esperaba. Viendo esto, presenté mi dimisión al padre, el cual me rogó afectuosamente que reflexionara sobre tal extremo un par de semanas y le comunicara entonces mi resolución definitiva. En estas vacilaciones, pero casi decidida a abandonar la casa, me hallaba cuando sucedió la escena relatada. Después he resuelto quedarme». «Y aparte de su cariño a las niñas, ¿no había algo más que la retuviese a su lado?» «Sí; su madre era pariente lejana de la mía, y en su lecho de muerte me hizo prometerle que velaría por sus hijas, no separándome jamás de su lado y sustituyéndola cerca de ellas. Al despedirme de la casa habría, pues, faltado a mi promesa».

Con esto parecía quedar terminado el análisis de la sensación olfativa de carácter subjetivo. Esta sensación había sido, pues, en un principio, objetiva, como yo había supuesto, hallándose íntimamente enlazada con un suceso, una pequeña escena en la cual habían entrado en conflicto afectos contrarios, el sentimiento de abandonar a las niñas y los disgustos que a ello la impulsaban. La carta de su madre hubo de recordarle los motivos de tal

resolución, puesto que al dejar la casa pensaba irse con ella. El conflicto de los afectos había elevado el momento a la categoría de trauma, y la sensación olfativa con él enlazada había perdurado como símbolo de dicho trauma. Quedaba aún por aclarar por qué razón había elegido la enferma para símbolo de trauma, y entre todas las percepciones sensoriales, aquella escena, precisamente el olor de harina quemada, inclinándome yo a explicar esta elección por la afección nasal de la sujeto. A mis preguntas directas sobre este extremo contestó que precisamente por dicha época padecía un fuerte catarro que la privaba casi por completo de toda sensación olfativa. En su excitación durante la escena descrita percibió, sin embargo, el olor a harina quemada, el cual venció su anosmia, orgánicamente motivada.

Con todo, no me di por satisfecho con la explicación así alcanzada. No obstante ser harto plausible, echaba de menos en ella una razón admisible de que la serie de excitaciones experimentadas por la sujeto y el conflicto de los afectos hubiesen conducido precisamente a la histeria. Así, pues, me preguntaba por qué todo ello no se había desarrollado dentro de los límites de la vida psíquica normal o, dicho de otro modo, qué era lo que justificaba la conversión dada en este caso y cuál la razón de que, en lugar de recordar constantemente la escena misma de referencia, prefiriese la paciente rememorar, como símbolo de su recuerdo, la sensación de dicha escena enlazada. Estas preguntas hubieran sido impertinentes y superfluas si se hubiese tratado de una histérica antigua, en la que tal mecanismo de conversión fuese habitual; pero nuestra paciente no había adquirido la histeria sino con ocasión de este trauma o, por lo menos, de este pequeño historial patológico.

Ahora bien: por el análisis de casos análogos sabíamos ya que en los casos de adquisición de la histeria es indispensable la existencia de una previa condición: la de que una *representación sea expulsada voluntariamente de la conciencia* (reprimida) y excluida de la elaboración asociativa.

En esta representación voluntaria veo también el fundamento de la conversión de la magnitud de excitación, sea parcial o total dicha conversión. La magnitud de excitación que no puede entrar en asociación psíquica encuentra, con tanto mayor facilidad, el camino equivocado, que conduce a

una inervación somática. El motivo de la represión misma no podía ser sino una sensación displaciente, la incompatibilidad de una idea destinada a la represión con el acervo de representaciones dominantes en el *yo*. Pero la representación reprimida se venga haciéndose patógena.

Del hecho de que miss Lucy R. sucumbiese en el momento de referencia a la conversión histérica deduje, pues, la conclusión de que entre las premisas del trauma debía de existir una que la sujeto silenciaba o dejaba en la oscuridad voluntariamente, esforzándose por olvidarla. Enlazando su cariño a las niñas con su susceptibilidad con respecto a las demás personas de la casa, no cabía sino una sola interpretación, que tuve el valor de comunicar a la enferma: «No creo —le dije— que todas esas razones que me ha dado sean suficientes para justificar su cariño a las niñas. Sospecho más bien que está usted enamorada del padre, quizá sin darse cuenta exacta de ello, y que alimenta usted la esperanza de ocupar de hecho el puesto de la madre fallecida. De esto dependería también el haberse usted vuelto de repente tan susceptible con respecto a las demás personas de la casa, después de haber convivido pacíficamente con ellas varios años. Teme usted que descubran sus esperanzas y se burlen de ellas».

A estas palabras mías respondió la sujeto con su habitual concisión: «Sí; creo que tiene usted razón». «Y si sabía usted que amaba al padre de las niñas, ¿por qué no me lo ha dicho hasta ahora?» «No lo sabía hasta ahora, o, mejor dicho, no quería saberlo; quería quitármelo de la imaginación; no volver a pensar en ello, y creo que en estos últimos tiempos había llegado a conseguirlo[74]».

«¿Por qué no quería usted confesar su inclinación amorosa? ¿Es que se avergonzaba usted de querer a un hombre?» «No; no soy tan ñoña como para eso, y sé muy bien que no somos responsables de nuestros sentimientos. Si algo me resulta penoso, era que se tratase de la persona que me tiene a su servicio, en cuya casa vivo y con respecto a la cual no me siento con tan plena independencia como ante cualquier otra. Y siendo yo una muchacha pobre y él un hombre rico y de familia distinguida, todo el mundo se reiría de mí si sospechase algo».

Sin ninguna resistencia, me relata después el nacimiento de aquella inclinación. Durante el primer año de su estancia en la casa había vivido

tranquilamente en ella, dedicada al cumplimiento de sus deberes y exenta de todo deseo irrealizable. Pero una vez, el padre de sus educandas, hombre muy serio, constantemente ocupado en sus funciones de director de fábrica y que siempre había observado una gran reserva, inició con ella una conversación sobre las exigencias de la educación infantil, durante la cual se mostró más abierto y cordial que de costumbre, diciéndole cuánto contaba con ella para mitigar la orfandad de sus hijas, mientras que en sus ojos se reflejaba un singular enternecimiento…

En este momento comenzó a amarle y a acariciar la esperanza que tal conversación había despertado en ella. Sólo al ver que aquel diálogo no tenía consecuencia alguna y que, contra sus esperanzas, no llegaba otro momento de igual carácter íntimo y cordial, decidió expulsar de su pensamiento sus amorosas imaginaciones. En la actualidad coincide conmigo en la hipótesis de que la ternura que observó en la mirada de su interlocutor durante la conversación mencionada era provocada por el recuerdo de su esposa muerta. Asimismo se da perfecta cuenta de que sus deseos amorosos son totalmente irrealizables.

Este mi diálogo analítico con la paciente no produjo en el estado de la misma la inmediata modificación fundamental de su estado que yo esperaba. Miss Lucy continuó quejándose de mal humor y depresión continuos. Sólo por las mañanas se sentía algo tonificada por una cura hidroterápica que hube de prescribirle. El olor a harina quemada, si bien no había desaparecido por completo, era ya más débil y menos frecuente, presentándose únicamente cuando la enferma se excitaba.

La persistencia de este símbolo mnémico me hizo suponer que integraba no sólo la representación de la escena principal relatada, sino la de otros pequeños traumas secundarios, y, por tanto, me dediqué a investigar todo aquello que pudiera hallarse en relación con la escena de la harina quemada, revisando los temas referentes a los disgustos domésticos de la sujeto, la conducta del abuelo de las niñas, etc.; investigación durante la cual fue haciéndose cada vez más rara la sensación olfativa de carácter subjetivo. Por esta época sufrió el tratamiento una larga interrupción, motivada por un recrudecimiento de la afección nasal de miss Lucy, siendo entonces cuando se descubrió que padecía una carie del etmoides.

Al volver a mi consulta me contó que, con ocasión de las fiestas de Navidad, había recibido numerosos regalos, y no sólo por parte del abuelo y el padre de las niñas, sino también del personal doméstico de la casa, como si todos quisieran reconciliarse con ella y borrar de su memoria los conflictos de los pasados meses. Pero esta pública muestra de afecto no le había causado impresión ninguna.

Habiéndole preguntado por el olor a harina quemada, me comunicó que había desaparecido por completo, pero sólo para ser sustituido por un olor a humo de tabaco, olor que ya antes percibía; pero que, mientras existió el de harina quemada, estaba dominado y casi oculto por él. Ahora surgía sin mezcla alguna y muy intenso.

No podía, pues, satisfacerme mucho el resultado de mi terapia. Tropezaba con aquel inconveniente que siempre se atribuye a toda terapia puramente sintomática, o sea el de no hacer desaparecer un síntoma sino para que otro ocupe su lugar. Sin embargo, emprendí con empeño la labor analítica encaminada a conseguir la supresión de este nuevo símbolo mnémico.

Pero esta vez no sabía la paciente de dónde podía provenir su sensación olfativa de carácter subjetivo, ni en qué ocasión importante había sido antes objetiva. «Todos los días fuman los señores en casa —me dijo—, y no puedo recordar ahora si en alguna ocasión importante para mí reinaba verdaderamente este olor que ahora me persigue». No obstante, persistí en mi propósito e invité a la enferma a hacer un esfuerzo de memoria, auxiliándola yo por medio de la presión de mis manos sobre su frente. Ya indiqué antes que la sujeto pertenecía al tipo «visual», presentando así sus recuerdos una gran plasticidad. Bajo la presión de mi mano surgió, efectivamente, en la sujeto una imagen mnémica, vacilante y fragmentaria al principio. Tratábase del comedor de su casa, en el que esperaba, con las niñas, que los señores vinieran a almorzar. «Ahora estamos sentados todos en derredor de la mesa; los señores, la institutriz francesa, la *gouvernante*, las niñas y yo Pero esto pasa todos los días». «Siga usted mirando la imagen y la verá usted desarrollarse y detallarse». «Es cierto; hay, además, un convidado: el jefe de contabilidad, un señor ya viejo, que quiere a las niñas como si fueran de su familia. Pero este señor viene muchas veces a almorzar y su presencia no significa ahora, por tanto, nada especial». «Tenga usted paciencia y siga

considerando lo que ve. Seguramente encontrará algo». «No pasa nada. Nos levantamos de la mesa, las niñas se despiden y suben luego conmigo al segundo piso, como todos los días». «¿Y nada más?» «Espere usted. Realmente pasa algo particular. Ahora veo bien la escena. Al despedirse las niñas, el jefe de contabilidad quiere besarlas. Pero el padre le grita con violencia: '¡No bese usted a las niñas!' Tan inesperada salida de tono me impresionó profundamente, y como los señores estaban fumando, se me quedó fijado el olor a humo de tabaco que en la habitación reinaba».

Ésta había sido, pues, la segunda escena más profundamente situada, que había actuado en calidad de trauma y dejado tras de sí un símbolo mnémico. Mas ¿de dónde procedía la eficacia traumática de esta escena? Para dilucidar esta cuestión pregunté a la paciente; «¿Cuál de las dos escenas se desarrolló antes: la que me acaba de relatar o aquella otra del olor a harina quemada?» «La que ahora le he contado precedió a la otra cerca de dos meses». «Pero si las violentas palabras del padre no se dirigían a usted, ¿por qué la impresionaron tanto?» «De todos modos, no estaba bien que tratase así a un anciano, que además era un buen amigo y un invitado. Todo esto se puede decir cortésmente». «Así, pues, le hirió a usted la grosera forma en que procedió el padre de sus educandas y se avergonzó usted por él, o pensó, quizá, que si por una tal minucia atropellaba de tal modo a un antiguo amigo e invitado, ¿qué no haría con ella si fuese su mujer?» «No; eso no». «Pero, de todos modos, ¿lo que la impresionó a usted fue la violencia del padre?» «Sí; siempre le molestaba que besasen a sus hijas». Llegados a este punto, surge en la paciente, bajo la presión de mi mano, el recuerdo de una escena más anterior aún, que constituyó el trauma verdaderamente eficaz y prestó a la desarrollada con el jefe de contabilidad su eficacia traumática.

Meses antes había sucedido, en efecto, que una señora, amiga de la casa, había besado a ambas niñas en la boca, al dar por terminada su visita. El padre, que se hallaba presente, dominó su disgusto y no dijo nada a la señora; pero cuando ésta se marchó hizo víctima de su cólera a la desdichada institutriz, advirtiéndole que si alguien volvía a besar a las niñas en la boca, la consideraría responsable de una grave infracción de sus deberes, pues a ella correspondía evitarlo, alegando tener orden suya de proceder en tal forma. Si aquello volvía a suceder, encomendaría a otra persona la educación de sus

hijas. Esta violenta escena se desarrolló en la época en que miss Lucy se creía amada y esperaba la repetición de aquel primer diálogo íntimo, y agostó en flor todas sus esperanzas, haciéndola pensar que si con tan pequeño motivo y siendo ella, además, totalmente inocente de lo ocurrido, le dirigía tales amenazas, se había equivocado de medio a medio al suponer que abrigaba algún sentimiento cariñoso hacia ella. El recuerdo de esta penosa escena la asaltó luego, cuando el padre impidió violentamente al jefe de contabilidad que besara a sus hijas.

Cuando dos días después de este último análisis volvió miss Lucy a visitarme, tuve que preguntarle si le había sucedido algo muy satisfactorio, pues la encontré por completo transformada. Su cabeza, antes melancólicamente inclinada, se erguía ahora con toda firmeza, y una alegre sonrisa iluminaba su rostro. Por un momento pensé haberme equivocado en mis juicios, y supuse que el amor de miss Lucy había hallado, por fin, correspondencia. Pero la interesada misma disipó en seguida mis sospechas. «No ha sucedido nada extraordinario. Es que usted no me ha visto sino enferma y deprimida, y desconoce mi verdadero carácter, que siempre fue alegre y animado. Ayer, al despertar, comprobé, que había desaparecido la opresión que en estos últimos tiempos me atormentaba, y desde entonces me encuentro muy bien». «¿Y qué piensa usted ahora de su situación en la casa donde ejerce sus funciones educadoras?» «Me doy clara cuenta de que seguirá siendo siempre la que ahora ocupo, pero esta idea no me hace ya desdichada». «Entonces, ¿podrá usted vivir ya en paz con el restante personal de la casa?» «Creo que todo lo que por este lado me atormentó fue debido únicamente a una exagerada susceptibilidad mía». «Pero ¿sigue usted amando al padre de las niñas?» «Desde luego. Sigo queriéndole, pero sin atormentarme. En su fuero interno puede uno pensar y sentir lo que quiera».

Un reconocimiento de la nariz demostró que la sensibilidad y los reflejos habían retornado casi por completo. La paciente distinguía ya los diversos olores, aunque con cierta inseguridad y sólo cuando eran intensos. De todos modos, esta anosmia había de atribuirse, en gran parte, a la afección nasal de la sujeto.

El tratamiento de esta enferma se había extendido a través de nueve meses. Cuatro después la volví a encontrar, casualmente, en una estación

veraniega. Se sentía muy bien y no había vuelto a experimentar trastorno alguno.

EPICRISIS

El caso patológico que precede no carece de interés, a pesar de tratarse de una historia leve, con muy pocos síntomas. Por el contrario, me parece muy instructivo que también una neurosis tan simple necesite tantas premisas psíquicas, y un examen más detenido de su historial clínico me inclina incluso a considerarlo como modelo de un tipo de la histeria; esto es, de aquella forma de histeria que una persona sin tara hereditaria alguna de este género puede adquirir por la acción de sucesos *apropiados* para ello. Entiéndase bien que no hablo de una histeria independiente de toda disposición, pues lo más probable es que no exista tal histeria; pero de este género de disposición sólo hablamos cuando el sujeto muestra ya hallarse histérico, sin que antes se haya revelado en él indicio ninguno de disposición. La disposición neurópata, tal y como generalmente se entiende, es algo distinto y aparece determinada antes de la explosión de la enfermedad por la medida de las taras hereditarias del sujeto o por la suma de sus anormalidades psíquicas individuales. De ninguno de estos dos factores presentaba miss Luccy R. el menor indicio, y de este modo podemos considerar su histeria como adquirida, sin que esto suponga más que la capacidad —probablemente muy extendida— de adquirir la histeria, capacidad cuyas características ignoramos aún casi por completo. En tales casos, lo esencial es la naturaleza del trauma y, desde luego, también la reacción del sujeto contra el mismo. Condición indispensable para la adquisición de la histeria es que entre el *yo* y una representación a él afluyente surja una relación de incompatibilidad. En otro lugar espero demostrar cuán diversas perturbaciones neuróticas surgen de los distintos medios que el *yo* pone en práctica para librarse de tal incompatibilidad. La forma histérica de defensa —para la cual es necesaria una especial capacidad— consiste en la *conversión* de la excitación en una inervación somática, consiguiéndose así que la representación insoportable quede expulsada de la conciencia del *yo*, la cual acoge, en su lugar, la reminiscencia somática nacida por conversión —en nuestro caso, las

sensaciones olfativas de carácter subjetivo— y padece bajo el dominio del afecto, enlazado con mayor o menor claridad a tales reminiscencias. La situación así creada no puede experimentar ya modificación alguna, dado que la contradicción que hubiera exigido la derivación del afecto ha sido suprimida por medio de la represión y la conversión. De este modo, el mecanismo que crea la histeria constituye, por un lado, un acto de vacilación moral y, por otro, un dispositivo protector puesto al alcance del *yo*. Hay muchos casos en los que hemos de reconocer que la defensa contra el incremento de excitación por medio de la producción de una histeria fue, en su momento, la más apropiada; pero, naturalmente, llegamos con mayor frecuencia a la conclusión de que una mayor medida de valor moral hubiera sido ventajosa para el individuo.

Así, pues, el verdadero momento traumático es aquél en el cual llega la contradicción al *yo* y decide éste el extrañamiento de la representación contradictoria, que no es, por este hecho, destruida, sino tan sólo impulsada a lo inconsciente. Una vez desarrollado este proceso, queda constituido un nódulo o núcleo de cristalización para la formación de un grupo psíquico del *yo*, núcleo en derredor del cual se reúne después todo aquello que habría de tener como premisa la aceptación de la representación incompatible. La disociación de la conciencia en estos casos de histeria adquirida es, por tanto, voluntaria e intencionada o, por lo menos, iniciada, con frecuencia, por un acto de la voluntad. En realidad sucede algo distinto de lo que intenta el sujeto. Éste quisiera suprimir una representación, como si jamás hubiese existido, pero no consigue sino aislarla psíquicamente.

En el historial de nuestra paciente, el momento traumático corresponde a aquella escena en que el padre de sus educandas la reprendió duramente por haber dejado que las besaran. Pero esta escena no acarrea, al principio, consecuencia alguna, a menos que la depresión y la susceptibilidad de la sujeto comenzaran por entonces, cosa que ignoro. Los síntomas histéricos no surgieron sino más tarde, en momentos que podemos calificar de «auxiliares» y caracterizar por el hecho de que en ellos confluyen temporalmente los dos grupos psíquicos separados, como sucede en la conciencia ampliada del estado de somnambulismo. El primero de estos momentos, en los cuales tuvo efecto la conversión, fue, para miss Luccy R., la escena que se desarrolló

cuando el jefe de contabilidad quiso besar a las niñas. En este punto entró en juego el recuerdo traumático, y la sujeto se condujo como si no hubiese rechazado de sí todo lo que se refería a su inclinación hacia el padre de las niñas. En otros historiales clínicos coinciden estos distintos momentos, y la conversión tiene efecto inmediatamente al trauma y bajo sus efectos.

El segundo momento auxiliar repite el mecanismo del primero. Una intensa impresión restablece pasajeramente la unidad de la conciencia, y la conversión sigue el mismo camino que se abrió ante ella la primera vez. Es muy interesante comprobar que el síntoma surgido en segundo lugar encubre al primero, de manera que éste no es sentido claramente hasta después de suprimido aquél. También me parece digna de atención la inversión del orden cronológico, a la cual nos vemos obligados a adaptar el análisis. En toda una serie de casos me ha sucedido así: que los síntomas posteriormente surgidos encubrían a los primeros y sólo el último hasta el cual penetró el análisis es el que contenía la clave de la totalidad.

La terapia consistió aquí en la coerción que logró la unión del grupo psíquico disociado con la conciencia del *yo*. El resultado terapéutico no siguió, por circunstancia singular, una marcha paralela y proporcional a la labor del tratamiento; sólo cuando ésta llegó a solucionar la última de las cuestiones planteadas, surgió, de repente, la curación total.

3) CATALINA

EN las vacaciones de 189… emprendí una excursión por la montaña, con el propósito de olvidar durante algún tiempo la Medicina, y especialmente las neurosis, propósito que casi había conseguido un día que dejé el camino real para subir a una cima, famosa tanto por el panorama que dominaba como por la hostería en ella enclavada. Repuesto de la penosa ascensión por un apetitoso refrigerio, me hallaba sumido en la contemplación de la encantadora lejanía, cuando a mi espalda resonó la pregunta; «El señor es médico, ¿verdad?», que al principio no creí fuera dirigida a mí: tan

olvidado de mí mismo estaba. Mi interlocutora era una muchacha de diecisiete o dieciocho años, la misma que antes me había servido el almuerzo, por cierto con un marcado gesto de mal humor, y a la que la hostelera había interpelado varias veces con el nombre de Catalina. Por su aspecto y su traje no debía de ser una criada, sino una hija o una pariente de la hostelera.

Arrancado así de mi contemplación, contesté:

—Sí, soy médico. ¿Cómo lo sabe usted?

—Lo he visto al inscribirse en el registro de visitantes y he pensado que podría dedicarme unos momentos. Estoy enferma de los nervios. El médico de L., al que fui a consultar hace algún tiempo, me recetó varias cosas, pero no me han servido de nada.

De este modo me veía obligado a penetrar de nuevo en los dominios de la neurosis, pues apenas cabía suponer otro padecimiento en aquella robusta muchacha de rostro malhumorado. Interesándome el hecho de que las neurosis florecieran también a dos mil metros de altura, comencé a interrogarla, desarrollándose entre nosotros el siguiente diálogo, que transcribo sin modificar la peculiar manera de expresarse de mi interlocutora:

—Bien. Dígame usted: ¿qué es lo que siente?

—Me cuesta trabajo respirar. No siempre. Pero a veces parece que me voy a ahogar.

No presenta esto, a primera vista, un definido carácter nervioso; pero se me ocurrió en seguida que podría constituir muy bien una descripción de un ataque de angustia, en la cual hacía resaltar la sujeto, de entre el complejo de sensaciones angustiosas, la de ahogo.

—Siéntese aquí y cuénteme lo que le pasa cuando le dan esos ahogos.

—Me dan de repente. Primero siento un peso en los ojos y en la frente. Me zumba la cabeza y me dan unos mareos que parece que me voy a caer. Luego se me aprieta el pecho de manera que casi no puedo respirar.

—¿Y no siente usted nada en la garganta?

—Se me aprieta como si me fuera a ahogar.

Y en la cabeza, ¿nota usted algo más de lo que me ha dicho?

—Sí, me late como si fuera a saltárseme.

—Bien. ¿Y no siente usted miedo al mismo tiempo?

—Creo siempre que voy a morir. Y eso que de ordinario soy valiente. No

me gusta bajar a la cueva de la casa, que está muy oscura, ni andar sola por la montaña. Pero cuando me da eso no me encuentro a gusto en ningún lado y se me figura que detrás de mí hay alguien que me va a agarrar de repente.

Así, pues, lo que la sujeto padecía eran, en efecto, ataques de angustia, que se iniciaban con los signos del aura histérica, o, mejor dicho, ataques de histeria con la angustia como contenido. Pero ¿no contendrían también algo más?

—¿Piensa usted algo (lo mismo siempre), o ve algo cuando le dan esos ataques?

—Sí; veo siempre una cara muy horrorosa que me mira con ojos terribles. Esto es lo que más miedo me da.

Esté detalle ofrecía, quizá, el camino para llegar rápidamente al nódulo de la

cuestión.

—¿Y reconoce usted esa cara? Quiero decir que si es una cara que ha visto usted realmente alguna vez.

—No.

—¿Sabe usted por qué le dan esos ataques?

—No.

—¿Cuándo le dio el primero?

—Hace dos años, cuando estaba aún con mi tía en la otra montaña. Hace año y medio nos trasladamos aquí, pero me siguen dando los ahogos.

Era, pues, necesario emprender un análisis en toda regla. No atreviéndome a trasplantar la hipnosis a aquellas alturas, pensé que quizá fuera posible llevar a cabo el análisis en un diálogo corriente. Se trataba de adivinar con acierto. La angustia se me había revelado muchas veces, tratándose de sujetos femeninos jóvenes, como una consecuencia de horror que acomete a un espíritu virginal cuando surge por vez primera ante sus ojos el mundo de la sexualidad[75].

Con esta idea dije a la muchacha:

—Puesto que usted no lo sabe, voy a decirle de dónde creo yo que provienen sus ataques. Hace dos años, poco antes de comenzar a padecerlos, debió usted de ver u oír algo que la avergonzó mucho, algo que prefería usted no haber visto.

—¡Sí, por cierto! Sorprendí a mi tío con una muchacha: con mi prima Francisca.

—¿Qué es lo que pasó? ¿Quiere usted contármelo?

—A un médico se le puede decir todo. Mi tío, el marido de esta tía mía a quien acaba usted de ver, tenía entonces con ella una posada en X. Ahora están separados, y por culpa mía, pues por mí se descubrieron sus relaciones con Francisca.

—¿Cómo las descubrió usted?

—Voy a decírselo. Hace dos años llegaron un día a la posada dos excursionistas y pidieron de comer. La tía no estaba en casa, y ni mi tío ni Francisca, que era la que cocinaba, aparecían por ninguna parte. Después de recorrer en su busca toda la casa con mi primo Luisito, un niño aún, éste exclamó: «A lo mejor está la Francisca con papá», y ambos nos echamos a reír, sin pensar nada malo. Pero al llegar ante el cuarto del tío vimos que tenía echada la llave, cosa que ya me pareció singular. Entonces mi primo me dijo: «En el pasillo hay una ventana por la que se puede ver lo que pasa en el cuarto». Fuimos al pasillo, pero el pequeño no quiso asomarse, diciendo que le daba miedo. Yo le dije entonces: «Eres un tonto. A mí no me da miedo», y miré por la ventana, sin figurarme aún nada malo. La habitación estaba muy oscura; pero, sin embargo, pude ver a Francisca tumbada en la cama y a mi tío sobre ella.

—¿Y luego?

—En seguida me aparté de la ventana y tuve que apoyarme en la pared, que me dio un ahogo como los que desde entonces vengo padeciendo, se me cerraron los ojos y empezó a zumbarme y latirme la cabeza como si fuera a rompérseme.

—¿Le dijo usted algo a su tía aquel día mismo?

—No; no le dije nada.

—¿Por qué se asustó usted tanto al ver a su tío con Francisca? ¿Comprendió usted lo que estaba pasando, o se formó alguna idea de ello?

—¡Oh, no! Por entonces no comprendí nada. No tenía más que dieciséis años, y ni me imaginaba siquiera tales cosas. No sé, realmente, de qué me asusté.

—Si usted pudiera ahora recordar todo lo que en aquellos momentos

sucedió en usted, cómo le dio el primer ataque y qué pensó durante él, quedaría curada de sus ahogos.

—¡Ojalá pudiera! Pero me asusté tanto, que lo he olvidado todo.

(Traduciendo esto al lenguaje de nuestra «comunicación preliminar», diremos que el afecto crea por sí mismo el «estado hipnoide», cuyos productos quedan excluidos del comercio asociativo con la conciencia del *yo*.)

—Dígame usted: la cara que ve cuando le da el ahogo, ¿es quizá la de Francisca, tal y como la vio al sorprenderla?

—No; la cara que veo es la de un hombre.

¿Quizá la del tío?

No. Al tío no pude verle bien la cara por entonces, pues la habitación estaba muy oscura. Además, me figuro que no tendría en aquel momento una expresión tan horrorosa.

Tiene usted razón.

(Aquí parecía cerrarse de repente el camino por el que habíamos orientado el análisis. Pero, pensando que una continuación del relato iniciado podía ofrecerme alguna nueva salida, continué mi interrogatorio.)

—¿Qué pasó después?

—Mi tío y Francisca debieron de oír algún ruido en el corredor, pues salieron en seguida. Yo seguí sintiéndome mal y no podía dejar de pensar en lo que había visto. Dos días después fue domingo y hubo mucho que hacer. Trabajé sin descanso mañana y tarde, y el lunes volvió a darme el ahogo, vomité y tuve que meterme en la cama. Tres días estuve así, vomitando a cada momento.

La sintomatología histérica puede compararse a una escritura jeroglífica que hubiéramos llegado a comprender después del descubrimiento de algunos documentos bilingües. En este alfabeto, los vómitos significan repugnancia. Así, pues, dije a Catalina:

—El que tres días después tuviera usted vómitos repetidos me hace suponer que, al ver lo que pasaba en la habitación de su tía, sintió usted asco.

—Sí, debí de sentir asco —me responde con expresión meditativa—. Pero ¿de qué?

—Quizá viera usted desnuda alguna parte del cuerpo de los que estaban

en el cuarto.

—No. Había poca luz para poder ver algo. Además estaban vestidos. Por más que hago no puedo recordar qué es lo que me dio asco.

Tampoco yo podía saberlo. Pero la invité a continuar relatándome lo que se le ocurriese, con la seguridad de que se le ocurriría precisamente lo que me era preciso para el esclarecimiento del caso.

Me relata, pues, que como su tía notase en ella algo extraño y sospechase algún misterio, la interrogó tan repetidamente, que hubo de comunicarle su descubrimiento. A consecuencia de ello se desarrollaron entre los cónyuges violentas escenas, en las cuales oyeron los niños cosas que más les hubiera valido continuar ignorando, hasta que la tía decidió trasladarse, con sus hijos y Catalina, a la casa que ahora ocupaban, dejando a su marido con Francisca, la cual comenzaba a presentar señales de hallarse embarazada. Al llegar aquí, abandona la muchacha, con gran sorpresa mía, el hilo de su relato y pasa a contarme dos series de historias que se extienden hasta dos y tres años antes del suceso traumático. La primera serie contiene escenas en las que el tío persiguió con fines sexuales a mi interlocutora, cuando ésta tenía apenas catorce años. Así, un día de invierno bajaron juntos al valle y pernoctaron en una posada. El tío permaneció en el comedor hasta muy tarde, bebiendo y jugando a las cartas. En cambio, ella se retiró temprano a la habitación destinada a ambos en el primer piso. Cuando su tío subió a la alcoba no había ella conciliado aún por completo el sueño y le sintió entrar. Luego se quedó dormida, pero de repente se despertó y «sintió su cuerpo junto a ella». Asustada se levantó y le reprochó aquella extraña conducta: «¿Qué hace usted, tío? ¿Por qué no se queda usted en su cama?» El tío intentó convencerla: «¡Calla, tonta! No sabes tú lo bueno que es eso». «No quiero nada de usted, ni bueno ni malo. No siquiera puede una dormir tranquila». En esta actitud se mantuvo cerca de la puerta, dispuesta a huir de la habitación, hasta que, cansado el tío, dejó de solicitarla y se quedó dormido. Entonces se echó ella en la cama vacía y durmió, sin más sobresaltos, hasta la mañana. De la forma en la que rechazó los ataques de su tío parecía deducirse que no había reconocido claramente el carácter sexual de los mismos. Interrogada sobre este extremo, manifestó, en efecto, que hasta mucho después no había comprendido las verdaderas intenciones de su tío. De momento, se había

resistido únicamente porque le resultaba desagradable ver interrumpido su sueño y «porque le parecía que aquello no estaba bien».

Transcribo minuciosamente estos detalles porque poseen considerable importancia para la comprensión del caso. A continuación me contó Catalina otros sucesos de épocas posteriores, entre ellos una nueva agresión sexual de que la hizo objeto su tío un día que se hallaba borracho. A mi pregunta de si en estas ocasiones notó algo semejante a los ahogos que ahora la aquejan, responde con gran seguridad que siempre sintió el peso en los ojos y la opresión que acompañan a sus ataques actuales, pero nunca tan intensamente como cuando sorprendió a su tío con Francisca.

Terminada esta serie de recuerdos, comienza en seguida a relatarme otra en la que trata de aquellas ocasiones en las cuales advirtió algo entre Francisca y su tío. Una vez que toda la familia durmió en un pajar se despertó ella al sentir un ruido y vio cómo su tío se separaba bruscamente de Francisca. Otra vez, en la posada de N., dormía ella con su tío en una alcoba y Francisca en otra inmediata. A medianoche se despertó y vio junto a la puerta de comunicación entre ambas una figura blanca que se disponía a descorrer el pestillo. «¿Es usted, tío? ¿Qué hace usted ahí, en la puerta?» «Cállate, estoy buscando una cosa». «La puerta que da al pasillo es la otra». «Tienes razón, me he equivocado», etcétera.

Al llegar aquí le pregunto si todo esto no despertó en ella alguna sospecha. «No; por entonces no sospeché nada. Me chocaban aquellas cosas, pero no pasaba de ahí». «¿Sintió usted también miedo en estas ocasiones?» Cree que sí, pero no puede afirmarlo con tanta seguridad como antes.

Agotadas estas dos series de reminiscencias, guarda silencio la muchacha. Durante su relato ha ido experimentando una curiosa transformación. En su rostro, antes entristecido y doliente, se pinta ahora una expresión llena de vida. Sus ojos han recobrado el brillo juvenil y se muestra animada y alegre. Entre tanto he llegado yo a la comprensión de su caso. Los sucesos que últimamente me ha relatado, con un desorden aparente, aclaran por completo su conducta en la escena del descubrimiento. Cuando ésta tuvo efecto llevaba la sujeto en sí dos series de impresiones, que se habían grabado en su memoria, sin que hubiera llegado a comprenderlas ni pudiera utilizarlas para deducir conclusión alguna. A la vista de la pareja sorprendida en la

realización del coito, se estableció en el acto el enlace de la nueva impresión con tales dos series de reminiscencias, comenzando en seguida a comprenderlas y simultáneamente a defenderse contra ellas. A esto siguió un corto periodo de incubación, apareciendo luego los síntomas de la conversión, o sea, los vómitos sustitutivos de la repugnancia moral y física. Quedaba, pues, solucionado el enigma. Lo que había repugnado a la sujeto no había sido la vista de la pareja, sino un recuerdo que la misma despertó en ella, recuerdo que no podía ser sino el de aquella escena nocturna en la que «sintió el cuerpo de su tío junto al suyo».

De este modo, una vez que la sujeto terminó su confesión, le dije:

—Ya sé lo que pensó usted cuando advirtió lo que sucedía en la habitación de su tío. Seguramente se dijo usted: «Ahora hace con Francisca lo que quiso hacer conmigo aquella noche y luego las otras veces». Esto fue lo que le dio a usted asco, haciéndole recordar la sensación que advirtió al despertar por la noche y notar el cuerpo de su tío junto al suyo.

—Sí; debió de darme asco aquello y lo debí de recordar luego.

—Bien. Entonces, dígame usted exactamente… Ahora es usted ya una mujer y lo sabe todo.

—Sí, ahora ya sí.

—Dígame entonces exactamente qué parte del cuerpo de su tío fue la que sintió usted junto al suyo.

La sujeto no da a esa pregunta una respuesta precisa. Sonríe confusa y como convicta; esto es, como quien se ve obligada a reconocer que se ha llegado al nódulo real de la cuestión y no hay ya que volver a hablar de ella. Puede, sin dificultad, suponerse cuál fue la sensación de contacto que advirtió en la escena nocturna con su tío, sensación que muy luego aprendió a interpretar. Su expresión parece decirme también que se da cuenta de que yo he adivinado exactamente, pero evita ya continuar profundizando en aquel tema. De todos modos, he de agradecer a la sujeto la facilidad con que se dejó interrogar sobre cosas tan escabrosas, conducta opuesta a la observada por las honestas damas de mi consulta ciudadana, para las cuales *omnia naturalia turpia sunt*.

Con esto quedaría aclarado el caso. Resta únicamente explicar el origen de la alucinación que retornaba en todos los ataques de la sujeto, haciéndola

ver una horrible cabeza, que le inspiraba miedo. Así, pues, la interrogué sobre este extremo, y como si nuestro diálogo hubiese ampliado su comprensión, me contestó en seguida.

—Ahora ya lo sé. La cabeza que veo es la de mi tío, pero no tal y como la vi cuando los sucesos que le he contado. Cuando, después de sorprenderle con Francisca, comenzaron en casa los disgustos, mi tío me tomó un odio terrible. Decía que todo lo que pasaba era por culpa mía y que si no hubiera sido yo tan charlatana no hubiera pedido su mujer el divorcio. Cuando me veía se pintaba en su rostro una feroz expresión de cólera y echaba tras de mí, dispuesto a maltratarme. Yo huía a todo correr y procuraba no encontrarme con él, pero siempre tenía miedo de que me cogiese por sorpresa. La cara que ahora veo, siempre que me da el ahogo, es la de mi tío en aquellos días, contraída por la cólera.

Estas palabras me recordaron que el primer síntoma de la histeria, o sea, los vómitos, desapareció a poco, subsistiendo el ataque de angustia con un nuevo contenido. Tratábase, pues, de una histeria derivada por reacción (*Abreagiert*) en gran parte, circunstancia debida al hecho de haber comunicado poco después la sujeto a su tía el suceso traumático.

—¿Le contó usted también a su tía las demás escenas con su marido?

—Por entonces, no, pero sí después, cuando ya se había planteado la separación. Mi tía dijo entonces: «Todo eso hay que tenerlo en cuenta, pues si en el pleito de divorcio pone alguna dificultad lo contaremos ante los tribunales».

No puede tampoco extrañarnos que el símbolo mnémico procediese, precisamente de esta época ulterior, durante la cual se sucedieron de continuo en la casa las escenas violentas, retrayéndose del estado de Catalina el interés de la tía, absorbido totalmente por sus querellas domésticas, pues por tales circunstancias fue ésta una época de acumulación y retención para la paciente.

Aunque nada he vuelto a saber de Catalina, espero que su conversación conmigo, en la que desahogó su espíritu, tan tempranamente herido en su sensibilidad sexual, hubo de hacerle algún bien.

EPICRISIS

No tendría nada que objetar a aquellos que en este historial patológico viesen, más que el análisis de un caso de histeria, la solución del mismo por una afortunada adivinación. La enferma aceptó como verosímil todo lo que yo interpolé en su relato, pero no se hallaba en estado de reconocer haberlo vivido realmente. Para ello hubiera sido necesaria, a mi juicio, la hipnosis. Si aceptamos la exactitud de mi interpretación e intentamos reducir este caso al esquema de una histeria adquirida tal y como se nos ha presentado en el de miss Lucy R., podremos considerar las dos series de sucesos eróticos como factores traumáticos, y la escena del descubrimiento de la pareja, como un factor auxiliar. Base de esta equiparación serían las circunstancias de que en dichas series quedó creado un contenido de conciencia, el cual, hallándose excluido de la actividad mental del *yo*, permaneció conservado sin modificación alguna, mientras que en la escena del descubrimiento hubo una nueva impresión, que impuso la conexión asociativa de dicho grupo aislado con el *yo*. Al lado de esta analogía existen variantes que han de tenerse asimismo en cuenta. La causa del aislamiento no es, como en el caso de miss Lucy, la voluntad del *yo*, sino su ignorancia, que le impide toda elaboración de las experiencias sexuales. Desde este punto de vista puede considerarse típico el caso de Catalina. En el análisis de toda histeria basada en traumas histéricos comprobamos que impresiones de la época presexual, cuyo efecto sobre la niña ha sido nulo, adquieren más tarde, como recuerdos, poder traumático, cuando la sujeto, adolescente o ya mujer, llega a la comprensión de la vida sexual. La disociación de grupos psíquicos es, por decirlo así, un proceso normal en el desarrollo de los adolescentes, y no puede parecer extraño que su ulterior incorporación al *yo* constituya una ocasión, frecuentemente aprovechada, de perturbaciones psíquicas. Quiero, además, expresar aquí mis dudas de que la disociación de la conciencia, por ignorancia, sea realmente distinta de la producida por repulsa consciente, pues es muy probable que los adolescentes posean conocimientos sexuales muchos más precisos de lo que en general se cree, e incluso de lo que ellos mismos suponen.

Otras de las variantes que presenta el mecanismo psíquico de este caso consiste en que la escena del descubrimiento, que hemos calificado de «auxiliar», puede serlo también de «traumática», pues actúa por su propio

contenido y no tan sólo por despertar el recuerdo de sucesos traumáticos anteriores. Reúne, de este modo, los caracteres del factor «auxiliar» y los del «traumático». Pero en esta coincidencia no veo motivo ninguno para abandonar una diferenciación de concepto, a la que en otros casos corresponde también una separación temporal. Otra peculiaridad del caso de Catalina, peculiaridad que, por otra parte, ya nos era conocida, es que la conversión, o sea, la creación de los fenómenos histéricos, no se desarrolla inmediatamente después del trauma, sino después de un intervalo de incubación. Charcot daba a este intervalo el nombre de «época de elaboración-psíquica». La angustia que Catalina padecía en sus ataques era de orden histérico; esto es, constituía una reproducción de aquella que la oprimía con ocasión de cada uno de los traumas sexuales. Omito explicar también aquí el proceso, regularmente comprobado por mí en un gran número de casos, de que la sospecha de relaciones sexuales hace surgir en sujetos virginales un afecto angustioso.

4) SEÑORITA ISABEL DE R.

EN el otoño de 1892, un colega y amigo mío me pidió reconociese a una señorita que desde hacía más de dos años venía padeciendo dolores en las piernas y dificultad para andar. A su demanda añadía que, en su opinión, se trataba de un caso de histeria, aunque no presentaba ninguno de los signos habituales de la neurosis. Conocía algo a la familia de la enferma y sabía que los últimos años habían traído para ella más desdichas que felicidades. Primero, había fallecido el padre de la enferma; luego, tuvo su madre que someterse a una grave operación de la vista, y, poco después, una hermana suya, casada, que acababa de tener un hijo, sucumbía a una antigua enfermedad del corazón. En todas estas enfermedades y desgracias había tomado la sujeto parte activísima, no sólo afectivamente, sino prestando a sus familiares la más abnegada asistencia.

Mi primera confrontación con la señorita de R., que tendría por entonces unos veinticuatro años, no me hizo penetrar mucho más allá en la comprensión de su caso. Parecía inteligente y psíquicamente normal, y llevaba su enfermedad, que la apartaba del trato social y de los placeres propios de su edad, con extraordinaria conformidad, haciéndome pensar en la *belle indifférence* de los histéricos. Andaba inclinada hacia adelante, aunque sin precisar apoyo ninguno ni presentar tampoco su paso carácter patológico u otra cualquiera singularidad visible. Sin embargo, se quejaba de grandes dolores al andar y de que, tanto este movimiento como simplemente el permanecer en pie, le producían pronta e intensa fatiga, viéndose así obligada a guardar reposo, durante el cual, si bien perduraba el dolor, era bastante mitigado. Este dolor era de naturaleza muy indeterminada, mereciendo más bien el nombre de cansancio doloroso. Como foco de sus dolores indicaba una zona bastante extensa y mal delimitada, situada en la cara anterior del muslo derecho. De esta zona era de donde partía con más frecuencia el dolor y donde se hacía más intenso, advirtiéndose en ella una mayor sensibilidad de la piel y de los músculos a la presión y al pellizco, mientras que los pinchazos con una aguja eran recibidos más bien con indiferencia. Esta hiperalgesia de

la piel y de los músculos no se limitaba a la zona indicada, sino que se extendía a toda la superficie de las piernas. Los músculos aparecían quizá más dolorosos que la piel, pero tanto los primeros como la segunda alcanzaban en los muslos su mayor grado de hiperalgesia. Siendo suficientemente elevada la energía motora de las piernas, presentando los reflejos una intensidad media, y no existiendo síntoma ninguno de otro género, no podía diagnosticarse afección alguna orgánica de carácter grave. La sujeto venía padeciendo las molestias referidas desde hacía un par de años, durante los cuales se habían ido desarrollando las mismas poco a poco, siendo muy variable su intensidad.

No era fácil establecer en este caso un diagnóstico determinado; pero, no obstante, decidí adherirme al de mi colega por dos diferentes razones: en primer término, me parecía singular la impresión general de los datos que la sujeto, muy inteligente, sin embargo, me suministraba sobre el carácter de sus dolores. Un enfermo que padece dolores orgánicos los describirá, si no es, además, nervioso, con toda precisión y claridad, detallando si son o no lancinantes, con qué intervalos se presentan, a qué zona de su cuerpo afectan y cuáles son, a su juicio, las influencias que los provocan. El neurasténico[76] que describe sus dolores nos da, en cambio, la impresión de hallarse entregado a una difícil labor intelectual, superior a sus fuerzas. Su rostro se contrae como bajo el dominio de un afecto penoso; su voz se hace aguda, busca trabajosamente las expresiones y rechaza todos los calificativos que el médico le propone para sus dolores, aunque luego se demuestren rigurosamente exactos. Se ve claramente que, en su opinión, es el lenguaje demasiado pobre para dar expresión a sus sensaciones, las cuales son algo único, jamás experimentado por nadie, siendo imposible agotar su descripción. De este modo, el neurasténico no se fatiga jamás de añadir nuevos detalles, y cuando se ve obligado a terminar su relato, lo hace con la impresión de que no ha logrado hacerse comprender del médico. Todo esto proviene de que sus dolores han acaparado por completo su atención. Isabel de R. observaba, en lo que a esto se refiere, la conducta opuesta, y dado que, sin embargo, concedía a sus dolores importancia bastante, habíamos de deducir que su atención se hallaba retenida por algo distinto, de lo cual no eran los dolores sino un fenómeno concomitante; esto es, probablemente por

pensamientos y sensaciones con dichos dolores enlazados.

Pero existía un segundo factor mucho más importante para la determinación de los dolores de la sujeto. Cuando estimulamos en un enfermo orgánico o en un neurasténico una zona dolorosa, vemos pintarse una expresión de desagrado o dolor físico en la fisonomía del paciente, el cual se contrae bruscamente, elude el contacto o se defiende contra él. En cambio, cuando se oprimía o se pellizcaba la piel o la musculatura hiperalgésica de las piernas de Isabel de R., mostraba la paciente una singular expresión, más bien de placer que de dolor, gritaba como quien experimenta un voluptuoso cosquilleo, se ruborizaba intensamente, cerraba los ojos y doblaba su torso hacia atrás, todo ello sin exageración, pero suficientemente marcado para hacerse pensar que la enfermedad de la sujeto era una histeria y que el estímulo había tocado una zona histérica. Esta expresión de la paciente no podía corresponder en modo alguno al dolor que, según ella, le producía la presión ejercida sobre los músculos o la piel, sino más probablemente al contenido de los pensamientos que se ocultaban detrás de tales dolores, pensamientos que eran despertados en la enferma por el estímulo de las zonas de su cuerpo en ellos asociados. En casos indiscutibles de histeria habíamos observado ya repetidas veces expresiones análogamente significativas, concomitantes al estímulo de zonas hiperalgésicas. Los demás gestos de la sujeto constituían claramente leves signos de un ataque histérico.

En un principio nos fue imposible hallar los motivos de la desacostumbrada localización de la zona histerógena. El hecho de que la hiperalgesia se presentara principalmente en los músculos nos daba también que pensar. El padecimiento que más frecuentemente produce una sensibilidad difusa y local de los músculos a la presión es la infiltración reumática de los mismos, o sea, el corriente reumatismo muscular crónico, sobre cuya propiedad de fingir afecciones nerviosas hemos hablado ya anteriormente. La consistencia de los músculos dolorosos no contradecía esta hipótesis en el caso de Isabel de R., pues el reconocimiento de las masas musculares reveló la existencia de numerosas fibras endurecidas, que se demostraban, además, especialmente sensibles. Así, pues, era muy verosímil la existencia de una modificación orgánica muscular del carácter indicado, en la cual se apoyaría la neurosis y cuya importancia era extraordinariamente

exagerada por esta última dolencia.

Para nuestra terapia tomamos como punto de partida esta hipótesis de la naturaleza mixta de los sufrimientos de la sujeto, y prescribimos masaje y faradización sistemáticos de los músculos dolorosos, sin preocuparnos de los dolores que con ello haríamos surgir. Por mi parte, y con sólo el objeto de permanecer en contacto con la enferma, me reservé el tratamiento eléctrico de las piernas. A su pregunta de si debía esforzarse en andar, contestamos afirmativamente.

Conseguimos así una ligera mejoría, y entre tanto fue preparando mi colega el terreno para iniciar el tratamiento psíquico, de manera que cuando, al cabo de un mes, me decidí a proponérselo a la paciente, dándole algunos datos sobre su método y eficacia, encontré rápida comprensión y sólo muy leve resistencia.

Pero la labor que a partir de este momento emprendí resultó una de las más penosas que se me han planteado, y la dificultad de dar cuenta exacta y sintética de ella no desmerece en nada de las que por entonces hube de vencer. Durante mucho tiempo me fue imposible hallar la conexión entre el historial patológico y la enfermedad, la cual tenía que haber sido provocada y determinada, sin embargo, por la serie de sucesos integrados en el mismo.

La primera pregunta que nos dirigimos al emprender un tal tratamiento catártico es la de si el sujeto conoce el origen y el motivo de su enfermedad. En caso afirmativo no es precisa una técnica especial para conseguir de él la reproducción de su historial patológico. El interés que le demostramos, la compresión que le hacemos suponer y las esperanzas de curación que le damos, deciden al enfermo a entregarnos su secreto. En el caso de Isabel de R. me pareció desde un principio que la sujeto sabía las razones de su enfermedad y que de este modo lo que encerraba en su conciencia era un secreto y no un cuerpo extraño.

Así, pues, podía renunciar al principio a la hipnosis, reservándome de todos modos el derecho de recurrir a ella cuando en el curso de la confesión surgieran conexiones para cuyo esclarecimiento no bastase su memoria despierta. De este modo, en este mi primer análisis completo de una histeria, llegué ya a un procedimiento que más tarde hube de elevar a la categoría de método, o sea, al del descubrimiento y supresión, por capas sucesivas, del

material psíquico patógeno; procedimiento comparable a la técnica empleada para excavar una antigua ciudad sepultada. Primeramente me hice relatar lo que la enferma conocía, teniendo cuidadosamente en cuenta los puntos en los cuales permanecía enigmática alguna conexión o parecía faltar algún miembro de la concatenación causal, y penetraba después en estratos más profundos del recuerdo recurriendo para el esclarecimiento de dichos puntos a la investigación hipnótica o a otra técnica análoga. Premisa de toda esta labor era, naturalmente, mi esperanza de que había de ser posible descubrir una determinación completamente suficiente. En páginas inmediatas hablaremos de los medios empleados para la investigación de los estratos psíquicos más profundos.

El historial patológico que Isabel de R. me relató era muy extenso y se componía de sucesos dolorosos muy diversos. Durante su relato no se hallaba la paciente en estado hipnótico, sino simplemente tendida en un diván y con los ojos cerrados, pero sin que yo me opusiera a que en el curso de su narración abriese de cuando en cuando los ojos, cambiara de postura se levantase, etc. Cuando una parte de su narración la emocionaba más profundamente, parecía entrar de un modo espontáneo en un estado análogo a la hipnosis, permaneciendo entonces inmóvil sobre el diván con los párpados apretados.

El estrato más superficial de sus recuerdos resultó contener los siguientes: Era la menor de tres hermanas, tiernamente unidas entre sí y a sus padres, y había pasado su juventud en una finca que la familia poseía en Hungría. Su madre padecía desde mucho tiempo atrás una afección a la vista y diversos estados nerviosos. Esta circunstancia hizo que Isabel de R. se enlazase más íntimamente a su padre, hombre de carácter alegre y sereno, el cual solía decir que aquella hija era para él más bien un hijo y un amigo con el que podía sostener un intercambio de ideas, No se le ocultaba, sin embargo, que si bien su hija ganaba así en estímulo intelectual, se alejaba, en cambio, del ideal que nos complace ver realizado en una muchacha. Bromeando, la calificaba de «atrevida y discutidora», la prevenía contra su decidida seguridad en sus juicios y contra su inclinación a decirle a todo el mundo las verdades, sin consideración alguna, y le predecía que había de serle difícil encontrar marido. En realidad, se hallaba la muchacha muy poco conforme

con su sexo, abrigaba ambiciosos proyectos, quería estudiar una disciplina científica o llegar a dominar el arte musical, y se rebelaba contra la idea de tener que sacrificar en el matrimonio sus inclinaciones y su libertad de juicio. Entre tanto, vivía orgullosa de su padre y de la posición social de su familia y cuidaba celosamente de todo lo que con estas circunstancias se relacionase. Pero el cariñoso desinterés con el que se posponía a su madre o a sus hermanas cuando llegaba la ocasión, compensaba para los padres las otras facetas, más duras, de su carácter.

Al llegar las hermanas a la adolescencia se trasladó la familia a la ciudad, donde Isabel gozó durante algún tiempo de una vida serena y sin preocupaciones. Pero luego vino la desgracia, que destruyó la felicidad de aquel hogar. El padre les había ocultado, o había ignorado hasta entonces, una afección cardiaca que padecía, y una tarde le trajeron a casa desvanecido a consecuencia de un ataque. A partir de este día, y durante año y medio de enfermedad, no se apartó Isabel de la cabecera del lecho paterno, durmiendo en la misma habitación que el enfermo, levantándose de noche para atenderle, asistiéndole con inmenso cariño y esforzándose en aparecer serena y alegre ante él, que, por su parte, llevó su padecimiento con tranquila resignación. En esta época debió de iniciar su propia enfermedad, pues recordaba que en los últimos meses de su padre ya tuvo ella que guardar cama un par de días a causa de dolores en la pierna derecha. Pero la paciente afirmaba que dichos dolores habían pasado pronto y no habían llegado a preocuparle, ni siquiera a atraer su atención. En realidad, fue dos años después de la muerte de su padre cuando comenzó a sentirse enferma y a no poder andar sin experimentar grandes dolores.

El vacío que la muerte del padre dejó en aquella familia, compuesta de cuatro mujeres; el aislamiento social en que quedaron al cesar con la desgracia multitud de relaciones prometedoras de serenas alegrías y la agravación del enfermizo estado de la madre, todas estas circunstancias entristecieron el ánimo de nuestra paciente, pero al mismo tiempo despertaron en ella el deseo de que los suyos hallaran pronto una sustitución de la felicidad perdida y la hicieron concentrar en su madre todo su cariño y todos sus cuidados.

Al terminar el año de luto se casó la hermana mayor con un hombre muy

inteligente y activo, que ocupaba ya una elevada posición y parecía destinado, por sus grandes dotes intelectuales, a un brillante porvenir, pero que ya en sus primeros contactos con la familia mostró una susceptibilidad patológica y una tenacidad egoísta en la defensa de sus menores caprichos, siendo el primero que en aquel círculo familiar se atrevió a prescindir de las consideraciones de que se rodeaba a la madre. Esto era ya más de lo que Isabel podía resistir y se sintió llamada a combatir con su cuñado siempre que éste le ofrecía ocasión para ello, mientras que las demás hermanas y la madre no daban importancia a los arrebatos de su irritable temperamento. Para la sujeto constituyó un amargo desengaño ver que la reconstrucción de la antigua felicidad de la familia recibía aquel golpe, y no podía perdonar a su hermana casada la neutralidad absoluta que se esforzaba en conservar. De este modo se había fijado en la memoria de Isabel toda una serie de escenas a las que se enlazaban reproches no expresados en parte contra su cuñado. El más grave de ellos era el de haberse trasladado, por conveniencias personales, con su mujer e hijas, a una lejana ciudad de Austria, contribuyendo así a aumentar la soledad de la madre. En esta ocasión vio claramente Isabel su impotencia para procurar a la madre una sustitución de su antigua felicidad familiar y la imposibilidad de realizar el plan que había formado al morir su padre.

El casamiento de la segunda hermana pareció más prometedor para el porvenir de la familia, pues este segundo cuñado, aunque menos dotado intelectualmente que el primero, era de espíritu más delicado y semejante al de aquellas mujeres educadas en la observación de todas las consideraciones. Su conducta reconcilió a Isabel con la institución del matrimonio y con la idea del sacrificio a ella enlazado. El nuevo matrimonio permaneció al lado de la madre, y cuando tuvo un hijo, lo hizo Isabel su favorito. Desgraciadamente, el año del nacimiento de este niño trajo consigo una grave perturbación. La enfermedad que la madre padecía en la vista la obligó a permanecer durante varias semanas en una absoluta oscuridad, e Isabel no se separó de ella un solo momento. Por último, se hizo necesaria una delicada intervención quirúrgica, y la agitación que en la familia produjo este acontecimiento coincidió con los preparativos de marcha del primer cuñado. Realizada la operación con éxito felicísimo, las tres familias se reunieron en

una estación veraniega, e Isabel, agotada por las preocupaciones de los últimos meses, hubiera debido reponerse en esta temporada de tranquilidad, primera que pasaba la familia sin penas ni temores desde la muerte del padre.

Pero precisamente en este tiempo fue cuando sintió la sujeto por vez primera dolores en las piernas y dificultad para andar. Los dolores, que habían ido inclinándose débilmente, presentaron por vez primera gran intensidad después de un baño caliente que tomó en la casa de baños de la pequeña estación termal donde se hallaba veraneando. Habiendo hecho días antes una excursión algo fatigosa, la familia atribuyó a esta circunstancia los dolores de Isabel, opinando que ésta se había cansado con exceso, primero, y enfriado, después.

A partir de este momento fue Isabel la enferma de la familia. Los médicos le aconsejaron que aprovechara el resto del verano para una cura de aguas en el balneario de Gastein, y se trasladó a él acompañada por su madre. Pero ya en estos días había surgido un nuevo motivo de preocupación. La segunda hermana se hallaba encinta y su estado no era nada satisfactorio: tanto, que Isabel vaciló mucho antes de decidirse a emprender el viaje a Gastein. Cuando apenas llevaban dos semanas en este balneario, fueron reclamadas con urgencia al lado de la enferma, que había empeorado de repente.

Fue éste un terrible viaje, en el que a los dolores de Isabel se mezclaron los más tristes temores, desgraciadamente confirmados luego, pues al llegar af punto de destino hallaron que la muerte se les había adelantado. La hermana había sucumbido a una enfermedad del corazón, agravada por el embarazo.

El triste suceso hizo surgir en la familia la idea de que la enfermedad cardíaca constituía una herencia legada por el padre, y recordó a todos que la muerta había padecido de niña un ataque de corea con ligeros trastornos del corazón, llevándolos esto a reprocharse y a reprochar al médico haber consentido el matrimonio, y al infortunado viudo, haber puesto en peligro la salud de la enferma con dos embarazos consecutivos, sin intervalo casi. A partir de esta época no pudo Isabel apartar de su pensamiento la triste impresión de que una vez que, por raro azar, reunía un matrimonio todas las condiciones necesarias para ser feliz, hubiera tenido su felicidad un tal fin. Además veía nuevamente destruido todo lo que para su madre había ansiado.

El viudo, al que nada lograba consolar, se retrajo de la familia de su mujer, cuyo contacto avivaba su dolor, circunstancia que aprovechó su propia familia, de la cual se había alejado durante su feliz matrimonio, para atraerle de nuevo. De todos modos hubiera sido imposible mantener la anterior cohesión familiar, pues el viudo no podía continuar viviendo con la madre, a causa de la presencia de Isabel, soltera todavía. Pero sí hubiera podido confiarles su hijo, y al negarse a ello les dio por vez primera ocasión para acusarle de dureza. Por último —y no fue esto lo menos doloroso—, tuvo Isabel oscura noticia de un disgusto entre sus dos cuñados, disgusto cuyos motivos no podía sino sospechar. Parecía que el viudo había planteado exigencias de carácter económico, que el otro cuñado juzgaba inadmisibles e incluso calificaba duramente.

Ésta era, pues, la historia de los padecimientos de nuestro sujeto, muchacha ambiciosa y necesitada de cariño. Descontenta de su destino, amargada por el fracaso de todos sus pequeños planes para reconstruir el brillo de su hogar, separada por la muerte, la distancia o la indiferencia de las personas queridas y sin inclinación a buscar un refugio en el amor de un hombre, hacía ya año y medio que vivía alejada de todo trato social y dedicada al cuidado de su madre y de sus propios sufrimientos cuando yo la conocí.

Si olvidamos otros dolores humanos más considerables y nos transferimos a la vida anímica de nuestra juvenil paciente, no podremos menos de compadecerla. Ahora bien: desde el punto de vista científico hemos de preguntarnos cuál era el interés médico del historial antes transcrito, cuáles las relaciones del mismo con la dolorosa dificultad de andar de la paciente y qué probabilidades de llegar al esclarecimiento y curación del caso nos ofrecía el conocimiento de los traumas psíquicos referidos.

La confesión de la paciente fue en un principio para el médico un desengaño. Nos encontramos, en efecto, ante un historial integrado por vulgares conmociones anímicas, que no explicaban por qué la sujeto había de haber enfermado de histeria, ni por qué ésta había tomado precisamente la forma de abasia dolorosa. Dejaba, pues, en completa oscuridad, tanto la motivación como la determinación del caso de histeria correspondiente. Podía únicamente admitirse que la enferma había establecido una asociación entre

sus dolorosas impresiones anímicas y los dolores físicos que casualmente había sufrido en la misma época, y empleaba a partir de este momento en su vida mnémica la sensación somática como símbolo de la psíquica. Pero de todos modos quedaban en la oscuridad el motivo que la paciente había podido tener para tal sustitución y el momento en que la misma tuvo efecto. Claro es que se trataba de problemas que los médicos no se habían planteado nunca, antes, pues lo habitual era considerar como explicación suficiente la de que la enferma era una histérica por constitución, y podía desarrollar síntomas histéricos bajo la influencia de excitaciones de *un orden cualquiera*.

Si la confesión de la paciente nos aportaba escasa utilidad para el esclarecimiento del caso, menos aún podía auxiliarnos en su curación. No veíamos qué beneficio podía resultar para la enferma de relatar también a un extraño, que sólo había de consagrarle un mediano interés, la historia de sus penas durante los últimos años, historia bien conocida por todos sus familiares, y, en efecto, su confesión no produjo ningún resultado curativo visible. Durante este primer período del tratamiento no dejó la enferma de repetirme con marcada complacencia: «Sigo mal. Tengo los mismos dolores que antes»; acompañando estas palabras con una mirada de burla y recordándome así los juicios de su padre sobre su carácter atrevido y a veces malicioso. Pero había de reconocer que en esta ocasión no eran del todo injustificadas sus burlas.

Si en este punto hubiese abandonado el tratamiento psíquico de la enferma, el caso de Isabel de R. hubiera carecido de toda significación para la teoría de la histeria. Pero lejos de esto, continué mi análisis, animado por la firme convicción de que en capas más profundas de la conciencia habíamos de hallar las circunstancias que habían presidido la motivación y la determinación del síntoma histérico.

Por tanto, decidí plantear directamente a la conciencia ampliada de la enferma la cuestión de cuál era la impresión psíquica a la que se hallaba enlazada la primera aparición de los dolores de las piernas.

Para llevar a cabo este propósito había de sumir a la sujeto en un profundo estado hipnótico. Desgraciadamente, todos mis esfuerzos no consiguieron provocar sino aquel mismo estado de conciencia en el que se hallaba al desarrollar su confesión, y aun hube de darme por satisfecho de

que esta vez se abstuviera de recalcarme con expresión de triunfo el mal resultado de mi labor. En tal apuro se me ocurrió recurrir al procedimiento de aplicar mis manos sobre la frente de la sujeto, procedimiento cuya génesis relatamos ya en el historial de miss Lucy, y lo puse en práctica con esta nueva enferma, invitándola a comunicarme sin restricción alguna aquello que surgiera ante su visión interior o cruzara por su memoria en el momento de hacer yo presión sobre su cabeza. Después de una larga pausa silenciosa y frente a mi insistencia confesó la paciente que en dicho momento había rememorado una tarde en la que un joven conocido suyo la había acompañado hasta su casa, desde una reunión donde ambos se encontraban, recordando asimismo el diálogo que sostuvieron durante el trayecto y los sentimientos que la dominaban al llegar a su casa y reintegrarse a su puesto junto al lecho de su padre enfermo.

Esta primera alusión de la sujeto a una persona extraña a su familia me facilitaba el acceso a un nuevo compartimiento de su vida anímica, cuyo contenido fui sacando a luz poco a poco. Tratábase ya de algo más secreto, pues, fuera de una amiga común, nadie conocía de sus labios sus relaciones con el referido joven, hijo de una familia a la que trataban desde muy antiguo por residir en un lugar muy cercano a la finca que habitaron antes de trasladarse a Viena, ni tampoco las esperanzas que en tales relaciones había fundado. Este joven, tempranamente huérfano, había tomado gran afecto al padre de Isabel, erigiéndole en guía y consejero suyo, afecto que después fue extendiéndose a la parte femenina de la familia. Numerosos recuerdos de lecturas comunes, de conversaciones íntimas y de ciertas manifestaciones del joven, que le habían sido luego repetidas, fueron llevándola a la convicción de que la comprendía y la amaba y de que el matrimonio con él no le impondría aquellos sacrificios que de una tal decisión temía. Desgraciadamente, era el joven muy poco mayor que ella y se hallaba aún por aquella época muy lejos de poseer la independencia necesaria para tomar estado, pero Isabel había decidido esperarle.

La grave enfermedad de su padre y su constante permanencia junto a él hicieron que cesaran casi de verse. La noche cuyo recuerdo acudió primero a su memoria constituía el momento en que sus sentimientos con respecto al joven alcanzaron su máxima intensidad. Sin embargo, tampoco aquella tarde

hubo explicación alguna entre ellos. Ante las repetidas instancias de toda su familia, e incluso de su mismo padre, había accedido Isabel a abandonar en aquella ocasión su puesto de enfermera para asistir a una reunión en la que esperaba encontrar al joven. Luego quiso retirarse temprano, pero le rogaron que permaneciese algún tiempo, y ella se dejó convencer al prometerle el joven que la acompañaría después hasta su casa. Durante este trayecto sintió con mayor intensidad que nunca su amorosa inclinación; pero al llegar a su casa, radiante de felicidad, encontró peor a su padre, y se dirigió los más duros reproches por haber dedicado tan largo rato a su propio placer. Fue ésta la última vez que abandonó a su padre toda una tarde, y sólo muy raras veces vio ya a su enamorado. Después de la muerte del padre, pareció aquél mantenerse alejado, por respeto al dolor de Isabel. Luego, la vida le condujo por otros caminos, y nuestra heroína hubo de ir acostumbrándose poco a poco a la idea de que el interés que por ella sentía había sido borrado por otros sentimientos. Este fracaso de su primer amor le dolía aún siempre que acudía a su pensamiento.

En estas circunstancia y en la escena antes relatada habíamos, pues, de buscar la motivación de los primeros dolores histéricos. El contraste entre la felicidad que la embargaba al llegar a su casa y el estado en que encontró a su padre dieron origen a un conflicto, o sea, a un caso de incompatibilidad. El resultado de este conflicto fue que la representación erótica quedó expulsada de la asociación, y al afecto concomitante, utilizado para intensificar o renovar un dolor psíquico dado simultáneamente (o con escasa anterioridad). Tratábase, pues, del mecanismo de *una conversión encaminada a la defensa*.

Surgen aquí numerosas observaciones. He de hacer resaltar el hecho de que no me fue posible demostrar, acudiendo a la memoria de la sujeto, que la conversión tuviera efecto en el momento de regresar a su casa. En consecuencia, busqué otros sucesos análogos acaecidos durante la enfermedad del padre, e hice emerger una serie de escenas entre las cuales sobresalía, por su frecuencia, la de haber andado con los pies desnudos sobre el frío suelo al acudir precipitadamente por la noche a una llamada de su padre. Como la enferma no se quejaba tan sólo de dolores en las piernas, sino también de una desagradable sensación de frío, hube de inclinarme a atribuir a estos sucesos cierta significación. Pero no siéndome tampoco posible

descubrir entre ellos una escena que pudiera integrar la conversión, pensaba ya en admitir la existencia de una laguna en el esclarecimiento del caso, cuando reflexioné que los dolores histéricos en las piernas no habían surgido aún en la época en que la sujeto asistía a su padre. Su memoria no atestiguaba con relación a dicha época más que de un único ataque de dolores, que sólo duró pocos días, y del que nadie, ni la misma enferma, hizo gran caso. Mi labor investigadora recayó entonces sobre esta primera aparición de los dolores y consiguió intensificar el recuerdo correspondiente, manifestando la sujeto que por aquellos días fue a visitarlas un lejano pariente, al que no pudo recibir por hallarse en cama, circunstancia que se repitió cuando dos años después les hizo el mismo individuo una nueva visita. Pero la busca de un motivo psíquico de tales primeros dolores fracasó por completo cuantas veces la emprendimos. De este modo creí poder admitir que dichos primeros dolores habían aparecido realmente sin causa psíquica ninguna, constituyendo tan sólo una leve afección reumática, y pude aún comprobar que este padecimiento orgánico, modelo de la ulterior imitación histérica, había de situarse en una época anterior al día en que su enamorado la acompañó hasta casa. Por la naturaleza del caso no era imposible que dichos dolores, dado su carácter orgánico, hubieran perdurado con intensidad muy mitigada y sin que la sujeto les prestase atención durante algún tiempo. La oscuridad resultante de indicarnos el análisis la existencia de la conversión de una magnitud de excitación psíquica en dolor psíquico en una época en la que tal dolor no era seguramente advertido ni recordado, plantea un problema que esperamos resolver mediante ulteriores reflexiones y otros distintos ejemplos[77].

Con el descubrimiento del motivo de la primera conversión comenzó un segundo más fructífero período de tratamiento. Primeramente, me sorprendió la enferma, poco después, con la noticia de que ya sabía por qué los dolores partían siempre de determinada zona del muslo derecho y se hacían sentir en ella con máxima intensidad. Era ésta la zona sobre la cual descansaba el padre, todas las mañanas, sus hinchadas piernas, mientras ella renovaba los vendajes. Aunque tal escena se había repetido más de cien veces, hasta entonces no había caído la paciente en la relación indicada. De este modo, me proporcionó, por fin, la sujeto, el tan deseado esclarecimiento de la génesis de

una zona histerógena *típica*. Pero, además, comenzaron a «intervenir» en nuestros análisis las dolorosas sensaciones de la enferma. Me refiero con esto al siguiente hecho singular: la enferma no sentía generalmente dolor alguno cuando iniciábamos la labor analítica; pero en el momento en que, por medio de una pregunta o ejerciendo presión sobre su frente, despertaba yo en ella un recuerdo, surgía una sensación dolorosa, casi siempre tan intensa, que la sujeto se contraía y llevaba sus manos al lugar correspondiente. Este dolor, así despertado, perduraba mientras la enferma se hallaba dominada por el recuerdo de referencia, alcanzaba su intensidad máxima al disponerse a expresar la parte esencial y decisiva de su confesión y desaparecía en las últimas palabras de la misma. Poco a poco aprendí servirme del dolor en esta forma provocado como de una brújula. Cuando la paciente enmudecía, pero manifestaba seguir sintiendo dolores, podía tener la seguridad de que no me lo había dicho todo, y la instaba a continuar su confesión hasta que el dolor desaparecía. Sólo entonces despertaba un nuevo recuerdo.

La mejoría, tanto psíquica como somática, acusada por la paciente durante este período de «derivación por reacción» fue tan considerable, que, según hube de decirle, y no completamente en broma, cada una de nuestras sesiones hacia desaparecer una cantidad de motivos de dolor, y cuando los hubiéramos recorrido todos, quedaría totalmente curada. Pronto llegó, en efecto, a pasar libre de dolores la mayor parte del tiempo y se dejó decidir a andar mucho y a hacer cesar el aislamiento en el que hasta entonces vivía. En el curso ulterior de análisis hube de guiarme tan pronto por las alternativas espontáneas de su estado como de mi propio juicio, cuando suponía insuficientemente agotado aún un fragmento de su historial. Esta labor me procuró algunas interesantes observaciones, cuyas enseñanzas me fueron más tarde confirmadas por otros casos.

En primer lugar, comprobé que todas las alternativas del estado de la sujeto se demostraban provocadas asociativamente por un suceso del mismo día. Una vez había oído hablar de una enfermedad que le había recordado la de su padre; otra, había recibido la visita del hijo de su difunta hermana, y el parecido del niño con su madre había despertado en ella el dolor de su pérdida; otra, por fin, había recibido de su hermana casada una carta que transparentaba la influencia del cuñado, tan escaso en consideraciones para

con el resto de la familia, y despertaba un nuevo dolor, que hacía precisa la comunicación de una escena de familia aún no relatada en el análisis.

Dado que nunca comunicaba dos veces el mismo motivo de dolor, no parecía injustificada nuestra esperanza de agotarlos y con este fin no puse obstáculo ninguno a que la sujeto realizase actos apropiados para despertar nuevos recuerdos aún no llegados a la superficie. Así, le permití visitar la tumba de su hermana y asistir a una reunión a la que también iba a ir su antiguo enamorado.

En el curso de este periodo se me fue revelando la génesis de una histeria que podía calificarse de *monosintomática*. Hallé, en efecto, que durante la hipnosis se presentaba el dolor en la pierna derecha cuando se trataba de recuerdos de la asistencia prestada al padre en su enfermedad, de sus relaciones con el joven o de otra cualquier circunstancia perteneciente al primer período de la época patógena, y en la izquierda, en cuanto surgía un recuerdo referente a la hermana muerta, a los cuñados o, en general, a una impresión correspondiente a la segunda mitad de la historia de sus padecimientos. Sorprendido por esta constante particularidad de la localización de los dolores, le hice objeto de una detenida investigación y pude observar que cada nuevo motivo psíquico de sensaciones dolorosas se había ido a enlazar con un lugar distinto de la zona dolorosa de la pierna. El lugar primitivamente doloroso del muslo derecho se refería a la asistencia prestada al padre, y a partir de él había ido creciendo, por oposición y a consecuencia de nuevos traumas, el área atacada por el dolor. Así, pues, no podía hablarse, en rigor, de un *único síntoma* somático enlazado con múltiples complejos mnémicos de orden psíquico, sino de una multiplicidad de síntomas análogos, que, superficialmente considerados, parecían fundidos en uno solo. A lo que no llegué fue a delimitar la zona dolorosa correspondiente a cada uno de los motivos psíquicos, pues la atención de la paciente aparecía apartada de tales relaciones.

En cambio, dediqué especial interés a la forma en que todo el complejo de síntomas de la abasia podía haberse edificado sobre estas zonas dolorosas, y para el esclarecimiento de este extremo interrogué a la paciente, por separado, sobre los dolores que sentía al andar, estando sentada o hallándose acostada, preguntas a las que contestó en parte espontáneamente y, en parte,

bajo la presión de mis manos sobre su cabeza. Esta investigación nos proporcionó un doble resultado. En primer lugar, reunió la enferma en grupos diferentes todas las escenas enlazadas con impresiones dolorosas, según se había hallado, durante las mismas, en pie, sentada o acostada. Así, cuando trajeron a su padre a casa, bajo los efectos del primer ataque cardíaco, se hallaba Isabel *en pie* junto a una puerta, donde permaneció, como clavada en el suelo, al darse cuenta de la desgracia. A este primer «susto hallándose *en pie*» enlazó luego otros recuerdos, que se extendían hasta el momento en que se encontró *en pie* ante el lecho de su hermana muerta. Toda esta cadena de reminiscencias tendía a justificar el enlace de los dolores con la posición indicada y podía constituir también una prueba de la asociación entre ambos elementos, pero no debía olvidarse que en todas estas circunstancias había de existir aún otro factor que había dirigido la atención de la sujeto —y por consecuencia, la conversión—, precisamente al hecho de hallarse en pie (o sentada o echada). Esta orientación particular de la atención no puede explicarse sino por el hecho de que el andar o el estar en pie, sentado o acostado, son actos y situaciones enlazados a funciones y estados de aquellas partes del cuerpo a las cuales correspondían, en este caso, las zonas dolorosas, o sea, de las piernas. Así, pues, la relación entre la astasia-abasia y el primer caso de conversión resultaba fácilmente comprensible en este historial patológico.

Entre las escenas que hicieron dolorosa la deambulación resaltaba la de un largo paseo que la sujeto había dado con varias otras personas durante su estancia en la pequeña estación veraniega ya mencionada, escena cuyos detalles fue recordando con gran vacilación y dejando gran parte sin aclarar. Su estado de ánimo era aquel día particularmente sentimental, y cuando la invitaron a pasear, se agregó muy gustosa a quienes la invitaban, personas todas de su amistad y agrado. Hacía un día hermosísimo, pero no demasiado caluroso. La madre permaneció en casa; la hermana mayor había partido ya para su residencia habitual, y la menor se sentía algo enferma; pero su marido, que al principio se resistía a salir, por no dejarla sola, acabó por acompañar a Isabel. Esta escena parecía hallarse en íntima relación con la primera aparición de los dolores, pues la sujeto recordaba que regresó muy fatigada y con fuertes dolores. Lo que no podía precisar era si ya antes de

emprender el paseo sentía algún dolor, aunque, según le advertí yo, lo más probable era que, en caso afirmativo, no se hubiese decidido a darse tan larga caminata. A mi pregunta sobre cuál podía ser, a su juicio, la causa que había provocado los dolores en aquella ocasión, obtuve la respuesta, no del todo transparente, de que el contraste entre su aislamiento y la felicidad conyugal de su segunda hermana, evidenciada constantemente ante sus ojos por la conducta de su cuñado, le había sido extraordinariamente doloroso.

Otra escena muy próxima a la anterior desempeñó un papel importante en la conexión de los dolores con la posición sedente. Era algunos días después de la primera. La hermana y el cuñado habían abandonado ya el balneario. Isabel, excitada y plena de vagos deseos, se levantó muy de mañana; subió, como otras veces lo había hecho en compañía de los ausentes, a una colina desde la cual se divisaba un espléndido panorama, y se sentó en un banco de piedra dispuesto en la cima, abstrayéndose en sus pensamientos. Se referían éstos de nuevo a su aislamiento y al destino de su familia, y en esta ocasión se confesó, por vez primera, su ardiente deseo de llegar a ser tan feliz como su hermana lo era. De esta meditación matinal regresó con fuertes dolores, y en la tarde de aquel día fue cuando tomó el baño después del cual aparecieron definitiva y permanentemente los dolores.

Los dolores que la sujeto sufría al andar o estando sentada se aliviaban, al principio, cuando se acostaba. Sólo cuando al recibir la noticia de haber enfermado la hermana hubo de salir por la tarde de Gastein y pasó la noche tumbada en los asientos del vagón, atormentada simultáneamente por los más oscuros temores y por intensos dolores físicos, fue cuando se estableció el enlace del dolor con la posición yacente, hasta el punto de que durante algún tiempo sentía más dolores estando acostada que sentada o andando.

De este modo había crecido primeramente, por oposición, el área dolorosa, ocupando cada nuevo trauma de eficacia patógena una nueva región de las piernas, y en segundo lugar, cada una de las escenas impresionantes había dejado tras de sí una huella, estableciendo una «carga» permanente y cada vez mayor de las diversas funciones de las piernas, o sea, una conexión de estas funciones con las sensaciones dolorosas. Mas, aparte de esto, era innegable que en el desarrollo de la astasia-abasia había intervenido aún un tercer mecanismo. Observando que la enferma cerraba el relato de toda una

serie de sucesos con el lamento de haber sentido dolorosamente durante ella «lo sola que *estaba*» *(stehen* significa en alemán tanto «estar» como «estar en pie»), y que no se cansaba de repetir, al comunicar otra serie, referente a sus fracasadas tentativas de reconstruir la antigua felicidad familiar, que lo más doloroso para ella había sido el sentimiento de su «impotencia» y la sensación de que «no lograba avanzar un solo paso» en sus propósitos, no podíamos menos de conceder a sus reflexiones una intervención en el desarrollo de la abasia y suponer que había buscado directamente una expresión *simbólica* de sus pensamientos dolorosos, hallándola en la intensificación de sus padecimientos. Ya en nuestra «comunicación preliminar» hemos afirmado que un tal simbolismo puede dar origen a síntomas somáticos de la histeria, y en la epicrisis de este caso expondremos algunos ejemplos que así lo demuestran, sin dejar lugar ninguno a dudas. En el caso de Isabel de R. no aparecía en primer término el mecanismo psíquico del simbolismo; pero aunque no podía decirse que hubiera creado la abasia, sí habíamos de afirmar que dicha perturbación preexistente había experimentado por tal camino una importantísima intensificación. De este modo, en el estado en que yo la encontré, no constituía tan sólo dicha abasia una parálisis asociativa psíquica de las funciones, sino también una parálisis funcional simbólica.

Antes de continuar la historia de mi paciente quiero decir aún algunas palabras sobre su conducta durante este segundo período de tratamiento. En todo este análisis me serví del procedimiento de evocar en la enferma imágenes y ocurrencias, imponiendo mis manos sobre su frente; o sea, de un método imposible de utilizar si no se cuenta con la completa colaboración y la atención voluntaria del sujeto. La paciente se condujo a maravilla en este sentido durante algunos períodos, en los cuales resultaba sorprendente la prontitud con que surgían, cronológicamente ordenadas, las escenas correspondientes a un tema determinado. Parecía como si leyese en un libro de estampas cuyas páginas fueran pasando ante sus ojos. Otras veces parecían existir obstáculos cuya naturaleza no sospechaba yo siquiera por entonces. Al ejercer presión sobre su frente, afirmaba en estos casos que no se le ocurriría nada, sin que la repetición de la maniobra produjese mejores resultados. Las primeras veces que tropecé con esta dificultad me dejé llevar por ella a

interrumpir mi labor, pensando que el día era desfavorable. Pero ciertas observaciones me hicieron variar de conducta. Primeramente comprobé que tales fracasos del método no tenían efecto sino cuando había encontrado a Isabel alegre y exenta de dolores, nunca cuando se hallaba en un mal día, y en segundo lugar, que muchas veces, cuando declaraba no ver ni recordar nada, lo hacía después de una larga pausa, durante la cual su expresión meditativa me revelaba que en su interior se estaba desarrollando un proceso psíquico. Así, pues, me decidí a admitir que el método no fallaba nunca, y que Isabel evocaba siempre, bajo la presión de mis manos, un recuerdo o una imagen, pero que en no todas las ocasiones se hallaba dispuesta a comunicármelos, tratando, por el contrario, de reprimir nuevamente lo evocado. Esta conducta negativa podía atribuirse a dos motivos; esto es, a que la sujeto ejercía sobre la ocurrencia una crítica indebida, encontrándola carente de toda significación e importancia o sin relación alguna con la pregunta correspondiente, o a que se trataba de algo que le era desagradable comunicar. De este modo, procedí como si me hallara totalmente convencido de la seguridad de mi técnica, y cuando la paciente afirmaba que nada se le ocurriría, le aseguraba que ello no era posible. La ocurrencia no podía haber faltado; ahora bien: o ella no había concentrado suficientemente su atención, y entonces tendríamos que repetir el experimento, o había juzgado que la ocurrencia no tenía relación con el tema tratado. En este último caso debía tener en cuenta que estaba obligada a conservar una absoluta objetividad y a comunicarme todo aquello que surgiera en su imaginación, tuviese o no relación, a su juicio, con el tema planteado. Además, yo sabía perfectamente que se le había ocurrido algo, pero que me lo ocultaba, debiendo tener presente que mientras que ocultase algo no se vería nunca libre de sus dolores. Por este medio conseguí que el método no fallase realmente nunca, viendo así confirmada mi hipótesis y extrayendo de este análisis una absoluta confianza en mi técnica. Muchas veces sucedía que no habiéndome comunicado la paciente ocurrencia ninguna hasta después de imponer por tercera vez mis manos sobre su frente, añadía: «Esto mismo se lo hubiera podido decir ya la primera vez». «¿Y por qué no me lo dijo usted?» «Porque creía que no tenía nada que ver con lo que me preguntaba», «Porque me figuré que podía callarlo, pero luego ha vuelto a ocurrírseme las otras dos veces». Durante esta penosa labor comencé a

atribuir a la resistencia que la enferma mostraba en la reproducción de sus recuerdos una más profunda significación y anotar cuidadosamente todas las ocasiones en las que dicha resistencia se presentaba.

En este punto comenzó el tercer período de nuestro tratamiento. La enferma se sentía mejor, más aliviada psíquicamente y más capaz de rendimiento, pero los dolores reaparecían de cuando en cuando con toda su antigua intensidad. Este imperfecto resultado terapéutico correspondía a la imperfección del análisis. No habíamos logrado aún averiguar, en efecto, en qué momento y forma habían nacido los dolores. Durante la reproducción de diversas escenas en el segundo período del tratamiento, y ante la observación de la resistencia opuesta en ciertas ocasiones por la enferma, había surgido en mí determinada sospecha, pero quizá no me hubiese atrevido a orientar en su sentido la marcha ulterior del análisis si una circunstancia puramente casual no me hubiera decidido a ello. Estando un día en plena sesión de tratamiento con la paciente, se oyeron pasos en la habitación contigua y una voz de agradable timbre que parecía preguntar algo; levantóse en el acto Isabel, rogándome que pusiésemos fin a nuestra labor, pues oía a su cuñado que venía a buscarla. Simultáneamente advertí en su expresión que sus dolores, hasta aquel momento dormidos, volvían de súbito a atormentarla. Esta escena acrecentó mis sospechas y me impulsó a no demorar por más tiempo la explicación que suponía decisiva.

Con este propósito interrogué a Isabel sobre las circunstancias y las causas de la primera aparición de sus dolores. Como respuesta, se orientaron sus pensamientos hacia su estancia en el balneario, del que partió luego para Gastein, y surgieron de nuevo algunas escenas de las que ya antes habíamos tratado, aunque no con tanta minuciosidad. Así, volvió a describirme su estado de ánimo en aquella época, su agotamiento después de la delicada operación quirúrgica practicada a su madre y sus dudas sobre la posibilidad de llegar a ser feliz y a realizar algo útil en la vida permaneciendo soltera y sin apoyo ninguno. Hasta estos momentos se había creído suficientemente fuerte para poder prescindir del auxilio de un hombre, pero de repente se sintió dominada por la conciencia de su femenina debilidad y por un anhelo de cariño en el que, según sus propias palabras, comenzó a fundirse su rígida naturaleza. En tal estado de ánimo, el feliz matrimonio de su segunda

hermana hizo en Isabel profunda impresión al ver la ternura con que el marido cuidaba de su mujer, cómo una rápida mirada les bastaba para entenderse y cuán grande era su recíproca confianza. Resultaba, desde luego, sensible que él segundo embarazo hubiera seguido con tan poco intervalo al primero, y la hermana sabía que a ello se debía su enfermedad, pero la aceptaba gustosa por venir de su marido. Cuando Isabel invitó a su cuñado a acompañarla al paseo con el cual hubieron de relacionarse tan íntimamente sus dolores, no quería aquél acceder al principio a ello, prefiriendo quedarse acompañando a su mujer; pero ésta le hizo cambiar de propósito para complacer a su hermana. Isabel paseó, pues, durante toda la tarde con su cuñado, y tan de acuerdo se sintió con él en los diversos temas de su diálogo, que experimentó con mayor intensidad que nunca el deseo de hallar para sí un hombre que se le pareciese. Días después fue cuando subió a la colina que había constituido el paseo favorito del feliz matrimonio, y sentada en un banco de piedra se perdió en el ensueño de haber hallado una felicidad conyugal semejante a la de su hermana y ser amada por un hombre tan grato a su corazón como su cuñado. Al levantarse sintió dolores en las piernas, que desaparecieron a poco; pero aquella misma tarde, después del baño, surgieron de nuevo, y ya definitivamente. Habiendo tratado de investigar qué pensamientos ocuparon su imaginación mientras se bañaba, no pude obtener sino que la proximidad de la casa de baños al departamento ocupado por sus hermanas durante su estancia en el balneario le había llevado a recordarlas.

El problema se iba resolviendo claramente ante mis ojos. La enferma, sumida en gratos y al par dolorosos recuerdos, continuaba la reproducción de sus reminiscencias, sin parecer darse cuenta de la conclusión que las mismas iban imponiendo. Sucesivamente fueron emergiendo de nuevo los días pasados en Gastein, las preocupaciones que fueron despertando las cartas de su hermana, la noticia de que su enfermedad llegaba a inspirar serios temores, la angustiosa espera hasta la salida del tren, el viaje, la temerosa incertidumbre y la noche de insomnio, momentos todos acompañados de un acrecentamiento de sus dolores. Preguntada si durante el viaje había imaginado la triste posibilidad que luego halló confirmada, me respondió que se había esforzado en eludir tal idea, pero que su madre temió desde un principio lo peor. A continuación rememoró su llegada a Viena, la impresión

que les causó la actitud de los parientes que acudieron a recibirlas, el corto viaje desde Viena a la pequeña localidad donde se hallaba por entonces el matrimonio, la llegada ya atardecido, la rápida y angustiada marcha a través del jardín hasta la puerta de la casa y la tétrica oscuridad que en ella reinaba. Llegadas, por fin, a la habitación de la hermana y ante su lecho, comprobaron la triste realidad, y en este momento, que imponía a Isabel la terrible certidumbre de que su hermana había muerto sin tener el consuelo de su compañía ni recibir sus últimos cuidados; en este mismo momento cruzó por su imaginación, como un rayo a través de la tempestuosa oscuridad, un pensamiento de distinta naturaleza: «Ahora ya está él libre y puede hacerme su mujer».

Todo quedaba así aclarado y ricamente recompensada la penosa tarea del analítico. Ante mis ojos tomaban ahora cuerpo con toda precisión las ideas de la «defensa» contra una representación intolerable de la génesis de síntomas histéricos por conversión de la excitación psíquica en fenómenos somáticos y de la formación de un grupo psíquico separado por aquella misma volición que impone la defensa. Tal era, exactamente, lo que en este caso había sucedido. La muchacha había hecho merced a su cuñado de una tierna inclinación, contra cuyo acceso a la conciencia se rebelaba todo su ser moral. Para lograr ahorrarse la dolorosa certidumbre de amar al marido de su hermana creó en su lugar un sufrimiento físico, naciendo sus dolores como resultado de una conversión de lo psíquico en somático, en aquellos momentos en los que dicha certidumbre amenazaba imponérsele (en el paseo con su cuñado, en la ensoñación sobre la colina, en el baño y ante el lecho mortuorio de su hermana). Al acudir a mi consulta había llevado ya a cabo totalmente la separación del grupo de representaciones correspondientes a dicho amor, de su psiquismo consciente, pues en caso contrario no hubiese aceptado someterse al tratamiento analítico. La resistencia que opuso repetidas veces a la reproducción de escenas de eficacia traumática correspondía realmente a la energía con la cual había sido expulsada de la asociación la representación intolerable.

Mas, para el terapeuta se inició aquí un difícil periodo. El efecto de la nueva acogida de la representación reprimida fue terrible para la pobre joven. Al resumir yo la situación diciendo secamente: «Resulta, pues, que desde

mucho tiempo atrás se hallaba usted enamorada de su cuñado», protestó indignada, sintiendo en el mismo instante violentísimos dolores y haciendo un último y desesperado esfuerzo para rechazar tal explicación de su caso. Aquello no podía ser verdad; si en algún momento hubiera abrigado tan perversos sentimientos, no se lo perdonaría jamás. No era difícil demostrarle que sus propias palabras no permitían interpretación ninguna distinta, pero aún pasaron muchos días antes que llegaran a hacer impresión en su ánimo mis consoladoras alegaciones de que nadie es responsable de sus sentimientos y que su conducta y la enfermedad contraída bajo el peso de tales circunstancias constituían un alto testimonio de su moralidad.

En este punto del tratamiento había de buscar ya el alivio definitivo de la enferma por diversos caminos. Ante todo, tenía que procurarle ocasiones de «derivar por reacción» la excitación durante tanto tiempo acumulada. Con este propósito investigamos las primeras impresiones de su trato con el marido de su hermana, o sea, los comienzos de la amorosa inclinación relegada a lo inconsciente, descubriendo un considerable acervo de aquellos signos previos y presentimientos que tanta significación adquieren al ser revisados cuando la pasión que anunciaban se encuentra ya en pleno desarrollo. En su primera visita a la casa creyó el futuro cuñado que era Isabel la prometida que le destinaban y la saludó antes que a su hermana, mayor que ella, pero de menos apariencia. Una tarde mantenían tan animado diálogo y parecían comprenderse tan a maravilla, que la hermana los interrumpió con la siguiente sincera observación: «En realidad, tampoco vosotros dos os hubierais entendido mal». Otra vez, hallándose ambas hermanas en una reunión en la que se ignoraba el noviazgo, recayó la conversación sobre el futuro cuñado de Isabel, y una de las señoras presentes manifestó haber advertido en la figura del joven cierto defecto, revelador de que siendo niño había padecido una enfermedad en los huesos. La novia oyó a la señora sin protesta alguna, y en cambio Isabel salió a defender, con un celo que luego le pareció inexplicable, la esbeltez del prometido de su hermana. Estas y otras reminiscencias análogas demostraron a Isabel que su tierna inclinación dormitaba en ella desde mucho tiempo atrás, quizá desde sus primeras conversaciones con el joven, habiéndose disimulado todo aquel tiempo bajo la máscara de un sentimiento puramente familiar.

Esta «derivación por reacción» hizo gran bien a la paciente. Pero aún cabía favorecerla más, ocupándose de sus circunstancias actuales. Con este propósito tuve una entrevista con su madre, mujer comprensiva y de fina sensibilidad, si bien un tanto deprimida por sus desgracias familiares. Por ella supe que la acusación de indelicadeza en asuntos económicos, de la cual había hecho objeto al viudo su otro yerno, y que tan dolorosa había sido para Isabel, carecía de todo fundamento, y a ruego mío quedó en dar a su hija las explicaciones que sobre este punto habían de serle gratas y provechosas, facilitándole en lo sucesivo ocasiones en las que desahogar lo que sobre su ánimo pesaba, tal y como yo la había acostumbrado a hacerlo.

Pasé luego a averiguar qué posibilidades de realización podían ofrecerse al deseo, ya consciente, de Isabel. Pero aquí tropezamos con circunstancias menos favorables. La madre dijo que desde mucho tiempo atrás había sospechado la inclinación de Isabel hacia su cuñado, aunque no imaginaba que dicha inclinación había surgido ya en vida de su otra hija. Todo aquel que los viera juntos —cosa que ahora sólo raras veces sucedía— tenía que observar en Isabel el deseo de agradar al viudo. Pero ni la madre ni los demás consejeros de la familia se sentían muy inclinados a concertar tal matrimonio. La salud del viudo, nunca muy robusta, había quedado aún más quebrantada por sus desgracias, y tampoco era seguro que se hubiese ya repuesto psíquicamente de la misma tanto como para aceptar sin repugnancia la idea de un nuevo matrimonio. Quizá fuera esta misma la razón que le mantenía retraído de ellas. Dada esta conducta por ambas partes, tenía que fracasar necesariamente la solución deseada por Isabel.

Al día siguiente comuniqué a mi enferma todo lo que su madre me había dicho, y tuve la satisfacción de ver que el esclarecimiento de la conducta de su cuñado en la cuestión ya detallada le hacía mucho bien, suponiéndola además con energías suficientes para conllevar sin trastornos la incertidumbre de su porvenir. El verano, ya muy adelantado, nos imponía dar fin al tratamiento. Isabel se sentía de nuevo mejor y no había vuelto a quejarse de dolores desde que habíamos erigido en tema del análisis las causas que lo habían provocado. Ambos teníamos la sensación de haber llegado al término de nuestra labor, sin más reserva, por mi parte, que la de no parecerme aún muy completa la «derivación por reacción» de la ternura retenida. De todos

modos consideraba curada a Isabel y le indiqué, sin protesta ya por su parte, que, una vez iniciada la solución de su caso, ella sola se iría abriendo camino y afirmándose. Poco después salió de Viena, con su madre, hacia una estación veraniega, en la cual las esperaba ya la hermana mayor.

Poco queda ya por decir sobre el curso de la enfermedad de Isabel de R. Algunas semanas después de nuestra despedida recibí una desesperada carta de la madre. Al primer intento de tratar con su hija sobre sus íntimos asuntos se había rebelado Isabel violentamente, experimentando de nuevo intensos dolores en las piernas, ardiendo de indignación contra mí por haber publicado su secreto y negándose a toda explicación. Así, pues, la cura había fracasado por completo. ¿Qué debían hacer? La enferma no quería ni siquiera oír mi nombre. Nada de esto me sorprendió, pues era de esperar que al dejar de pesar sobre ella mi influencia, intentaría la sujeto rechazar la intervención de su madre y retornar a su impenetrabilidad. Por tanto, dejé incontestada la carta, con cierta seguridad de que todo se arreglaría, dando mi labor analítica el fruto deseado. Dos meses después, de retorno ya a Viena, el mismo colega que dirigió a la paciente a mi consulta me trajo la noticia de que se halla muy bien, observaba una conducta totalmente normal y sólo muy de tarde en tarde sentía aún ciertos dolores. Repetidamente me ha enviado Isabel desde entonces análogas noticias suyas, agregando siempre a ellas la promesa de acudir un día a visitarme y no cumpliendo nunca su promesa, circunstancia esta última característica de la reacción personal que después de un tratamiento de esta naturaleza queda entre el médico y el enfermo. Mi colega, que continuó viéndola como médico de cabecera, me aseguró que su curación era total y bien afirmada. Las relaciones del cuñado con la familia no experimentaron modificación alguna.

En la primavera de 1894 supe que Isabel iba a asistir a una reunión en casa de personas de mi amistad y no quise dejar pasar la ocasión de ver a mi ex paciente entregada a los placeres del baile. Posteriormente ha contraído matrimonio, por libre inclinación, con un extranjero.

EPICRISIS

No siempre he sido exclusivamente psicoterapeuta. Por el contrario, he

practicado al principio, como otros neurólogos, el diagnóstico local y las reacciones eléctricas, y a mí mismo me causa singular impresión el comprobar que mis historiales clínicos carecen, por decirlo así, del severo sello científico, y presentan más bien un aspecto literario. Pero me consuelo pensando que este resultado depende por completo de la naturaleza del objeto y no de mis preferencias personales. El diagnóstico local y las reacciones eléctricas carecen de toda eficacia en la histeria, mientras que una detallada exposición de los procesos psíquicos, tal y como estamos habituados a hallarlas en la literatura, me permite llegar, por medio de contadas fórmulas psicológicas, a cierto conocimiento del origen de una histeria. Tales historiales clínicos deben ser juzgados como los de la Psiquiatría, pero presentan con respecto a éstos la ventaja de descubrirnos la íntima relación dada entre la historia de la enferma y los síntomas en los cuales se exterioriza, relación que buscamos inútilmente en las biografías de otras psicosis.

He procurado entretejer en el historial de la curación de Isabel de R. todas las aclaraciones que podía dar sobre su caso; pero quizá no sea del todo superfluo repetir aquí, enlazándolas, las más esenciales. En la descripción del carácter de la sujeto hicimos ya resaltar ciertos rasgos, que retornan en muchos histéricos, sin que en modo alguno podamos atribuirlos a una degeneración.

Así, sus amplias dotes intelectuales, su ambición, su fina sensibilidad moral, su extraordinaria necesidad de cariño, que encuentra al principio satisfacción en el seno de la familia, y su independencia, más intensa de lo que correspondía a su naturaleza femenina y manifestada en su tenacidad, su combatividad y su repugnancia a comunicar a nadie sus asuntos íntimos. Según me comunicó mi colega, no había que pensar en tara hereditaria ninguna, pues tanto la familia paterna como la materna carecían de antecedentes patológicos. Únicamente la madre había padecido durante largos años una depresión neurótica, cuya investigación no se llevó a cabo; pero tanto el padre como las demás hermanas y los restantes individuos de la familia eran personas equilibradas, nada nerviosas. Tampoco había habido entre los más próximos parientes caso ninguno de neuropsicosis.

Sobre esta naturaleza actuaron luego dolorosas conmociones anímicas, y

antes de nada la influencia debilitante de una prolongada asistencia al padre enfermo.

El hecho comprobado de que la asistencia a un enfermo desempeña un importantísimo papel en la prehistoria de las afecciones histéricas no tiene nada de singular. Gran parte de los factores que pueden actuar en tal sentido salta en seguida a la vista. Así, la perturbación del equilibrio físico por la interrupción del reposo, la negligencia de los habituales cuidados personales y los efectos de una constante preocupación sobre las funciones vegetativas. Pero el factor esencial es, a mi juicio, muy otro. La persona cuyo pensamiento se halla absorbido durante meses enteros por los mil y un cuidados que impone la asistencia a un enfermo se habitúa, en primer lugar, a reprimir todas las manifestaciones de su propia emoción, y en segundo, aparta su atención de todas sus impresiones personales, pues le faltan tiempo y energías para atender a ellas. De este modo almacena el enfermero una multitud de impresiones susceptibles de afecto apenas claramente percibidas y, desde luego, no debilitadas mediante la «derivación por reacción» creándose así el material de una histeria de retención. Si el enfermo sana, queda todo este material desvalorizado; pero si muere, sobreviene un período de tristeza y luto, durante el cual sólo aquello que se relaciona con el desaparecido posee un valor para el superviviente. Entonces llega la hora de las impresiones retenidas, que esperan una derivación, y después de un intervalo de agotamiento surge la histeria, cuya semilla quedó sembrada durante la época de asistencia al enfermo.

Este mismo hecho de la derivación ulterior de los traumas acumulados durante la permanencia a la cabecera del enfermo se nos presenta también en aquellos casos que no nos dan una total impresión patológica, pero en los que se transparenta, sin embargo, el mecanismo de la histeria. Así, conozco a una señora muy inteligente afecta de ligeros trastornos nerviosos, cuya personalidad presenta todos los caracteres de la histeria, aunque jamás haya tenido que recurrir a los médicos ni interrumpir sus tareas. Esta mujer ha asistido ya en su última enfermedad a tres o cuatro personas queridas, llegando con cada una de ellas al más completo agotamiento, pero sin enfermar después. Ahora bien: al poco tiempo de la muerte del enfermo comienza en ella la labor de reproducción, que desarrolla nuevamente ante

sus ojos todas las escenas de la enfermedad y el fallecimiento. Cada día vive de nuevo una de tales impresiones, la llora y se consuela —podríamos decir— en sus ocios. Esta derivación se desarrolla paralelamente a sus labores del día, sin que ambas actividades se confundan o perturben entre sí. De este modo va viviendo de nuevo y derivando por orden cronológico todas sus impresiones retenidas. Lo que no sé es si la labor mnémica de un día coincide exactamente con un día completo del pasado. Supongo que esto dependerá de los momentos de ocio que le dejan sus tareas de ama de casa.

Además de estas «lágrimas tardías», que se enlazan después de un corto intervalo a la muerte de la persona querida, guarda esta señora todos los aniversarios de sus diversas desgracias familiares, aniversarios en los cuales su viva reproducción visual y sus manifestaciones afectivas coinciden exactamente con la fecha de la desgracia. De este modo, un día que la encontré llorando amargamente, le pregunté qué le ocurría y obtuve la siguiente respuesta: «A mí, nada. Pero en tal día como hoy fue cuando el médico nos dio a entender que no había ya esperanza ninguna. Por entonces no tuve tiempo de llorar». Se refería a la última enfermedad de su marido, muerto hacía tres años. Hubiera sido interesante averiguar si en estos aniversarios repetía siempre las mismas escenas o si, como yo sospecho en interés de mi teoría, se le ofrecían cada vez para ser derivados por reacción distintos detalles. Pero no fue posible obtener dato alguno seguro sobre este extremo, pues la sujeto, tan prudente como fuerte, se avergonzaba de la violencia con la que actuaban sobre ella los recuerdos[78].

Pero como ya indicamos antes, no es éste un caso de enfermedad. La ulterior derivación por reacción que en él se desarrolla no constituye, a pesar de todo, un proceso histérico. Se nos plantea aquí el problema de por qué, después de una penosa época de asistencia a un enfermo, surge la histeria en unos individuos y en otros no. De la disposición personal no puede ciertamente depender esta diferencia, pues en esta paciente era muy amplia tal disposición.

Pero volvamos a Isabel de R. Su primer síntoma histérico, constituido por un intenso dolor en una zona determinada del muslo derecho, surgió durante la enfermedad de su padre. El análisis nos reveló claramente el mecanismo de este síntoma. Era un momento en el que el círculo de representaciones

correspondientes a sus deberes filiales entró en conflicto con el contenido de sus deseos eróticos. La sujeto se decidió por los primeros, reprochándose duramente haberlos abandonado por algunas horas, y se creó, al obrar así, el dolor histérico. Conforme a la teoría de la conversión de la histeria, describiríamos el proceso diciendo que la sujeto expulsó de su conciencia la representación erótica y transformó su magnitud de afecto en sensaciones somáticas dolorosas. Lo que no sabemos a punto fijo es si este primer conflicto surgió en el ánimo de la paciente una sola vez o. como eremos más probable, en ocasiones repetidas. Años después volvió a encontrarse ante un conflicto análogo —aunque de mayor importancia moral y más claramente revelado por el análisis—, conflicto que produjo la intensificación de los mismos dolores y su extensión más allá de la zona primitiva. Tratábase otra vez de un círculo de representaciones de carácter erótico, que había entrado en conflicto con todas sus representaciones morales, pues la inclinación amorosa recaía sobre su cuñado, y tanto en vida de su hermana como después de su muerte, no podía serle grato el pensamiento de desear precisamente el amor de aquel hombre. De este conflicto, que constituye el nódulo del caso, nos da el análisis amplia noticia. La inclinación de la sujeto hacia su cuñado, latente desde sus primeras entrevistas, se desarrolló luego favorecida por el agotamiento físico resultante de la asistencia que hubo Isabel de prestar a su madre en su enfermedad a la vista y por el agotamiento moral consiguiente a sus repetidos desengaños. Por esta época comenzó también a fundirse la interior dureza de Isabel hasta llevarla a confesarse que necesitaba el amor de un hombre. Durante su estancia en el balneario, donde la familia pasó reunida parte del verano y se halló la sujeto en trato constante con su cuñado, llegaron sus amorosos deseos, y simultáneamente sus dolores, a su máximo desarrollo. Con referencia a este mismo período, testimonia el análisis de un particular estado psíquico de la enferma, que, agregado a la inclinación amorosa y a los dolores, nos parece facilitar una explicación del proceso conforme a los principios de la teoría de la conversión.

He de sentar, en efecto, la afirmación de que, no obstante la intensidad de su amorosa inclinación hacia su cuñado, no tenía Isabel en esta época clara *conciencia* de ella, salvo en muy contadas ocasiones, y entonces por brevísimos instantes. De otro modo se hubiera percatado de la contradicción

existente entre tal sentimiento y sus ideas morales y hubiera experimentado tormentos espirituales análogos a los que pasó después de nuestro análisis. Como su memoria no integraba huella mnémica alguna de tales sufrimientos anímicos, hemos de deducir que tampoco llegó a darse clara cuenta de su inclinación. Tanto en esta época como todavía en la del análisis, el amor de su cuñado se hallaba enquistado en su conciencia de manera de un cuerpo extraño, sin haber entrado en relación alguna con el resto de su vida mental. Así, pues, el estado de la sujeto con respecto a dicho amor era el de conocerlo e ignorarlo al mismo tiempo, estado característico siempre que se trata de un grupo psíquico separado. A él nos referimos exclusivamente al decir que Isabel no tenía «clara conciencia» de sus sentimientos amorosos; esto es, no queremos indicar en tales términos una cualidad inferior a un grado menor de conciencia, sino una exclusión del libre comercio mental asociativo con el restante acervo de representaciones.

Pero ¿cómo podía suceder que un grupo de representaciones tan intensamente acentuado se mantuviera en un tal aislamiento, cuando en general el papel que una representación desempeña en la asociación crece paralelamente a su magnitud afectiva?

Podremos dar respuesta a esta interrogación teniendo en cuenta dos hechos perfectamente comprobados en el análisis: 1.º Que los dolores histéricos surgieron simultáneamente a la constitución del grupo psíquico separado. 2.º Que la enferma opuso extraordinaria resistencia a la tentativa de establecer la asociación entre el grupo psíquico separado y el contenido restante de la conciencia y experimentó un intensísimo dolor psíquico cuando tal asociación quedó llevada a efecto. Nuestra concepción de la histeria enlaza estos dos momentos al hecho de la disociación de la conciencia, afirmando que el primero integra su *motivo*, y el segundo, su *mecanismo*. El motivo fue la *defensa* del *yo* contra dicho grupo de representaciones, incompatible con él, y el mecanismo de la *conversión*, por el cual, en lugar de los sufrimientos anímicos que la sujeto se había ahorrado, aparecieron dolores físicos, iniciándose así una transformación cuyo resultado positivo fue que la paciente eludió un insoportable estado psíquico, si bien a costa de una anomalía psíquica, la disociación de la conciencia, y de un padecimiento físico, los dolores que constituyeron el punto de partida de una astasia-abasia.

No me es posible indicar ciertamente cómo el sujeto establece en sí mismo tal conversión. Desde luego no se trata de un acto voluntario intencionadamente realizado, sino más bien de un proceso que se desarrolla en el individuo bajo el impulso del motivo de la defensa cuando su organización es susceptible de ello o experimenta en dichos momentos una modificación en tal sentido.

Podrá preguntársenos ahora qué es lo que se convierte aquí en dolor físico, a lo cual responderemos prudentemente: algo que hubiera podido y debido llegar a ser dolor psíquico. Y si queremos arriesgarnos más e intentar una especie de exposición algebraica de la mecánica de las representaciones, adscribiremos al complejo de representaciones de la inclinación relegada a lo inconsciente cierto montante de afecto, y consideraremos esta magnitud como el objeto de la conversión. Consecuencia directa de esta concepción seria que el «amor inconsciente» habría perdido con dicha conversión gran parte de su intensidad, quedando reducido a una representación harto débil, debilitación que habría hecho posible su existencia como grupo psíquico separado. De todos modos, no es este caso de los más apropiados para esclarecer tan espinosa y complicada materia, pues corresponde muy probablemente a una conversión incompleta. Hay, en efecto, otros casos en los que resulta más fácil hacer ver que existen conversiones totales y que en ellas ha sido expulsada o «reprimida» la representación intolerable, como sólo puede serlo una representación poco intensa, asegurando los enfermos, después de establecido el enlace asociativo, que desde la aparición del síntoma histérico no volvió su pensamiento a ocuparse de la representación intolerable.

—He afirmado antes que Isabel de R. tenía conciencia en algunas ocasiones, aunque sólo muy fugitivamente, de su amor hacia su cuñado. Uno de tales momentos fue, por ejemplo, cuando ante el lecho mortuorio de su hermana atravesó por su imaginación la idea de que su cuñado podía ya hacerla su mujer. Estos momentos presentan considerable importancia para la concepción de toda la neurosis de la sujeto. Creo, en efecto, que para diagnosticar un caso de «histeria de defensa» (*Abwehrysterie*) es necesario que haya existido, por lo menos, uno. La conciencia no sabe con anticipación cuándo surgirá una representación intolerable, y esta representación, que luego es reprimida con todas sus ramificaciones y forma así un grupo

psíquico separado, tiene que haber existido antes en el pensamiento consciente, pues si no, no hubiese surgido el conflicto que trajo consigo su exclusión. Así, pues, son precisamente tales momentos los que hemos de considerar como «traumáticos») En ellos tiene efecto la conversión, de la cual resulta la disociación de la conciencia y el síntoma histérico. En el caso de Isabel de R. fueron varios los momentos de esta índole (el paseo, la meditación matinal, el baño, la llegada ante el lecho mortuorio de la hermana), e incluso durante el mismo tratamiento debieron de surgir otros más. La multiplicidad de tales momentos traumáticos depende de la repetición de sucesos análogos al que introdujo por vez primera la representación intolerable, sucesos que llevan al grupo psíquico separado nueva excitación y anulan así pasajeramente el resultado de la conversión. El *yo* se ve obligado a ocuparse de esta representación repentinamente surgida y a restablecer por medio de una nueva conversión el estado anterior. Isabel, en constante trato con su cuñado, se hallaba especialmente expuesta a nuevos traumas. Un caso cuya historia traumática hubiese quedado ya cerrada en el pasado, me hubiera sido más conveniente para esta exposición.

Pasamos ahora a tratar de un extremo que ya apuntamos antes como una las dificultades opuestas a la comprensión de este estado patológico. Fundándose en el análisis supuse que había tenido efecto una primera conversión cuando, al hallarse la sujeto dedicada a asistir a su padre, entraron en conflicto sus deberes filiales con sus deberes eróticos, y admití que este proceso había constituido el modelo de aquel otro que se desarrolló en el pequeño balneario alpino y produjo la explosión de la enfermedad. Pero de los relatos de la enferma resultó que durante la enfermedad de su padre y en la época inmediatamente posterior, o sea durante aquel espacio de tiempo que calificamos de «primer periodo», *no había padecido dolores en las piernas ni experimentado dificultad alguna de la deambulación*. Sólo poco antes de la muerte del padre se había visto obligada a guardar cama algunos días, a causa de fuertes dolores en los pies, pero es muy dudoso que este ataque correspondiera ya a la histeria. El análisis no nos descubrió relación causal alguna entre estos primeros dolores y una impresión psíquica cualquiera. Lo más probable es que se tratara de simples dolores musculares de naturaleza reumática. Pero, aun queriendo admitir que este primer ataque de dolores

fuera el resultado de una conversión histérica consiguiente a la repulsa de sus pensamientos eróticos de entonces, siempre quedaría el hecho de que los dolores desaparecieron a los pocos días, de manera que la enferma se habría conducido en la realidad muy diferentemente a como parecía mostrar en el análisis. Durante la reproducción de las reminiscencias correspondientes al primer periodo, acompañaba sus relatos sobre la enfermedad del padre, las impresiones de su trato con su primer cuñado, etc., con manifestaciones de dolor, siendo así que la época en que vivió tajes sucesos no padeció dolores ningunos. ¿No constituye, acaso, esta circunstancia una contradicción muy apropiada para disminuir nuestra confianza en el valor aclaratorio de tal análisis?

Por mi parte, creo posible desvanecer dicha contradicción aceptando que los dolores —el producto de la conversión— no surgieron cuando la enferma vivía las impresiones del primer período, sino ulteriormente; esto es, en el segundo período, cuando la sujeto reproducía en su pensamiento dichas impresiones. La conversión no habría tenido, pues, efecto con ocasión de las impresiones mismas, sino de su recuerdo. Llego incluso a creer que tal proceso no es nada raro en la histeria y participa regularmente en la génesis de síntomas histéricos. En apoyo de estas afirmaciones, expondré algunos resultados de mi experiencia analítica.

En una ocasión me sucedió que durante el tratamiento analítico de una paciente histérica presentó ésta un nuevo síntoma, circunstancia que me ofreció la oportunidad de emprender la supresión de un síntoma ya desde el día siguiente a su aparición. Incluiré aquí la historia de esta enferma en sus rasgos esenciales; historia bastante sencilla, pero no por eso menos interesante;

La señorita Rosalía H., de veintitrés años, que desde algunos atrás venía estudiando canto con el fin de dedicarse a este arte, se quejaba de que su voz, muy bella, por cierto, no le obedecía en determinados tonos, sintiendo entonces una especie de opresión en la garganta. Por este motivo, no le había permitido aún su maestro salir a escena. Dado que sólo los tonos medios presentaban tal imperfección, no podía ésta atribuirse a un defecto del órgano vocal. Unas veces todo iba bien y el maestro se mostraba satisfecho y esperanzado; pero en seguida, a la menor excitación de la sujeto, e incluso sin

causa ninguna aparente, surgía la opresión, impidiendo la libre emisión de la voz. No era difícil reconocer en esta perturbadora sensación una conversión histérica. Lo que no pude comprobar es si realmente se producía una contractura de las cuerdas vocales[79]. En el análisis hipnótico me reveló las circunstancias personales que siguen, y con ellas, las causas de sus padecimientos: Huérfana desde muy niña, fue recogida por una tía suya, cargada de hijos, y entró de este modo a formar parte de un hogar nada dichoso. El marido de su tía, hombre de personalidad claramente patológica, trataba con rudeza y grosería a su mujer y a sus hijos, y perseguía con fines sexuales a todas las criadas que en la casa entraban, intemperancia que se iba haciendo cada vez más repugnante conforme los niños eran mayores. Al morir la tía, se constituyó Rosalía en protectora de los infelices niños, tomó con todo empeño su defensa contra el padre y afrontó valerosamente todos los conflictos que esta actitud suya hizo surgir, teniendo que reprimir de continuo y con gran esfuerzo sus impulsos de manifestar a su tío todo el odio y el desprecio que le inspiraba. Por esta época comenzó ya a sentir opresión en la garganta. Todas las veces que se veía obligada a reprimirse para no dar a su tío una merecida respuesta o para permanecer serena ante una indigna acusación, experimentaba un fuerte cosquilleo en la garganta, opresión y afonía; esto es, todas aquellas sensaciones localizadas en la glotis y la laringe, que luego la perturbaban al cantar. En esta situación, no es extraño que buscase una posibilidad de hacerse independiente para salir de aquella casa. Un honrado profesor de canto se encargó desinteresadamente de ella, después de asegurarle que poseía condiciones para este arte; pero la circunstancia de haber acudido repetidas veces a dar clase sintiendo aún la opresión de garganta provocada por una reciente escena con el tío, estableció un enlace entre el canto y la parestesia histérica, enlace iniciado ya por la sensación orgánica propia del cantar. El aparato del cual debía disponer libremente la sujeto al cantar aparecía perturbado por restos de inervaciones, después de las penosas escenas domésticas en las que Rosalía se había visto obligada a reprimir su excitación. Posteriormente había abandonado el hogar de su tío, trasladándose a una ciudad extranjera, con el fin de permanecer lejos de su familia; pero esta decisión no le había procurado alivio ninguno. Fuera del reseñado síntoma histérico, no presentaba la bella y comprensiva muchacha

otro ninguno.

Durante el tratamiento me esforcé en resolver esta «histeria de retención» por medio de la reproducción de todas las impresiones excitantes y de la derivación ulterior por reacción. Así, dejé que la paciente exteriorizara toda su indignación contra su tío, relatando sus enormidades, insultándole, etc. Este tratamiento le hizo mucho bien; pero, por desgracia, las circunstancias en que vivía por entonces tampoco eran muy favorables. Rosalía no tenía suerte con sus parientes. Al venir a Viena se había alojado en casa de otro tío suyo, que la acogió gustoso, pero provocando con ello el desagrado de su mujer, la cual, suponiendo excesivamente interesado a su marido por Rosalía, se encargó de amargar a ésta su estancia en nuestra capital. En su juventud había tenido que renunciar a sus inclinaciones artísticas y envidiaba ahora a su sobrina, no obstante constarle que si ésta trataba de dedicarse al arte no era tan sólo por vocación, sino por la necesidad de hacerse independiente. De este modo se encontraba Rosalía tan cohibida en la casa, que no se atrevía a cantar ni a tocar el piano cuando su tía podía oírla, y evitaba cuidadosamente lucir sus habilidades ante su tío, hermano de su madre, y en los linderos ya de la vejez, si no era en ausencia de la celosa mujer.

Resultó, por tanto, que mientras yo me esforzaba en anular las huellas de antiguas impresiones, esta violenta situación de la sujeto con sus huéspedes hacía surgir otras, que acabaron por perturbar mi tratamiento e interrumpieron prematuramente la cura.

Un día acudió la paciente a mi consulta presentando un nuevo síntoma surgido apenas veinticuatro horas antes. Se quejaba de un desagradable cosquilleo en las puntas de los dedos, que la atacaba, desde el día anterior, cada dos horas, obligándola a hacer rápidos movimientos con las manos. No había yo presenciado ninguno de esos ataques, pues si no, hubiera adivinado su causa sólo con ver dichos movimientos; pero emprendí en el acto el análisis hipnótico encaminado a descubrir los fundamentos del nuevo síntoma (o, en realidad, del pequeño ataque histérico). Dado que su existencia era aún tan corta, esperaba conseguir rápidamente su aclaración y solución. Para mi sorpresa, reprodujo la paciente —sin vacilación ninguna y en orden cronológico— toda una serie de escenas, procedentes las primeras de su infancia, que tenían como elemento común el de haber sufrido sin protestar ni

defenderse una injusticia, habiendo podido sentir en ellas, por tanto, el hormigueo en los dedos, como traducción física del impulso de defensa. Por ejemplo, una vez que en el colegio tuvo que extender la mano ante el profesor para recibir un palmetazo. Pero, en general, se trataba de sucesos nimios a los que podía negarse categoría para intervenir en la etiología de un síntoma histérico. No así, en cambio, a una escena que añadió después, procedente de sus primeros años de adolescencia. Su perverso tío, que padecía de reuma, le había mandado darle unas friegas en la espalda, sin que ella se atreviese a negarse; pero de repente se revolvió en la cama, arrojando la colcha, e intentó atraerla a sí. Rosalía echó a correr y se encerró en su cuarto. Se veía que no recordaba con gusto tal suceso, y no quiso tampoco manifestar si al arrojar su tío, de repente, la colcha le había mostrado alguna desnudez. El hormigueo que ahora sentía en los dedos podía explicarse por el impulso experimentado y reprimido en aquella ocasión de castigar de obra a su tío, o simplemente por el hecho de haber estado dándole friegas cuando la agredió. Sólo después de relatarme esta escena comenzó a hablarme de la que hubo de desarrollarse el día anterior y a continuación de la cual había aparecido el hormigueo en los dedos, como símbolo mnémico. Su otro tío, aquél con el cual vivía ahora, le había pedido que le cantase algo. Rosalía se sentó al piano, creyendo ausente a su tía; pero, de repente, la sintió venir, y con rápido movimiento cerró la tapa del instrumento y alejó de sí el libro de música. No es difícil adivinar qué recuerdo surgió en ella y cuál fue el pensamiento que en aquel instante reprimió; seguramente la indignada protesta contra la injusta sospecha que la hubiera impulsado a abandonar aquella casa, si el tratamiento no le obligase a permanecer en Viena, donde no tenía otro sitio en el cual hospedarse. Durante la reproducción de esta escena en el análisis, repitió el movimiento de los dedos, y pude observar que era como el de quien rechaza de sí —real o figuradamente— un objeto o una imputación.

La sujeto afirmaba con toda seguridad que aquel síntoma no se le había presentado jamás antes, ni siquiera con ocasión de la escena primeramente relatada. Habíamos, pues, de admitir que el suceso del día anterior había despertado el recuerdo de otros análogos, constituyéndose luego un símbolo mnémico, valedero para todo este grupo de recuerdos. La conversión había recaído, pues, tanto sobre el afecto reciente como sobre el recordado.

Reflexionando detenidamente sobre este proceso, nos vemos obligados a reconocer que no constituye una excepción, sino la regla general en la génesis de los síntomas histéricos. Al investigar la determinación de tales estados, he encontrado, casi siempre, un grupo de motivos traumáticos análogos y no un solo motivo aislado (cf. el historial de Emmy de N.), siéndome posible comprobar, en algunos de estos casos, que el síntoma correspondiente había surgido después del primer trauma, desapareciendo a poco, hasta que otro trauma ulterior lo hizo emerger de nuevo, estabilizándolo. Entre esta aparición temporal y la conservación latente después de los primeros motivos, no existe, en realidad, ninguna diferencia esencial, y en una gran mayoría de casos resultó que los primeros traumas no dejaron tras de sí ningún síntoma, mientras que un trauma ulterior del mismo género hubo de provocar un síntoma, para cuya génesis era, sin embargo, imprescindible la colaboración de los motivos anteriores, y cuya solución exigía tener en cuenta todos los existentes. Traduciendo el lenguaje de la teoría de la conversión este hecho innegable de la suma de los traumas y de la latencia inicial de los síntomas, diremos que la conversión puede recaer tanto sobre el afecto reciente como sobre el recordado, y esta hipótesis resuelve la contradicción aparentemente dada en el caso de Isabel de R. entre el historial patológico y el análisis.

Es un hecho probado que los individuos sanos soportan en gran medida la perduración de su conciencia de representaciones cargadas de afecto no derivado. La afirmación que antes he defendido se limita a aproximar la conducta de los histéricos a la de los sanos. Todo depende de un factor cuantitativo: esto es, del grado de tensión afectiva que una organización puede soportar. También el histérico puede mantener sin derivar cierto montante de afecto; pero si este montante crece en ocasiones análogas a las que lo hicieron surgir, hasta superar la medida que el individuo es capaz de soportar, queda dado el impulso para la conversión. No es, por tanto, ninguna arriesgada hipótesis, sino casi un postulado el que la formación de síntomas histéricos puede tener también afecto sobre la base de afectos recordados.

Me he ocupado, hasta aquí, del *motivo* y del *mecanismo* de este caso de histeria. Quédame por aclarar la *determinación* del síntoma histérico. En efecto, ¿por qué fueron los dolores en las piernas los que precisamente se

arrogaron la representación del dolor psíquico? Las circunstancias del caso indican que este dolor somático no fue creado por la neurosis, sino simplemente utilizado, intensificado y conservado por ella. He de hacer constar que en la inmensa mayoría de los casos de dolores histéricos por mi examinados sucedía algo análogo, habiendo existido siempre, al principio, un dolor real de naturaleza orgánica. Los dolores más comunes y extendidos son precisamente los que con mayor frecuencia aparecen llamados a desempeñar un papel en la histeria, sobre lodo los periostales y neurálgicos correspondientes a las enfermedades de la boca, los de cabeza y los reumáticos. El primer ataque de dolores en las piernas padecido por Isabel de R., aun durante la enfermedad de su padre, fue, así, a mi juicio, de carácter orgánico, pues al buscarle una causa psíquica no obtuvo resultado ninguno, y confieso sinceramente que me inclino mucho a dar a mi método de provocar la emergencia de recuerdos ocultos un valor de diagnóstico diferencial, siempre, claro está, que se practique con acierto. Este dolor, originalmente reumático (o espinal neurasténico), se convirtió, para la enferma, en símbolo mnémico de sus dolorosas excitaciones psíquicas, a mi ver, por más de una razón. En primer lugar y principalmente, porque existía con simultaneidad a la excitación de la conciencia, y después, porque se hallaba o podía hallarse enlazado en muy diversas formas al contenido de representaciones dado en aquella época. Por otro lado, también podía ser simplemente una lejana consecuencia de la falta de ejercicio y la irregularidad en la alimentación durante la asistencia de la sujeto a su padre. La enferma no veía claro en esta cuestión, y a mi juicio, lo más probable es que sintiera el dolor en momentos importantes de su asistencia al enfermo; por ejemplo, al saltar de la cama en una fría noche de invierno y acudir presurosa junto a su padre. Pero la orientación que la conversión hubo de tomar quedó decidida por otra distinta forma de conexión asociativa; esto es, por la circunstancia de que durante un largo período de tiempo entró cotidianamente en contacto una de las doloridas piernas de la sujeto con las hinchadas piernas de su padre, mientras le cambiaba los vendajes. La zona de la pierna derecha sobre la que recaía este contacto constituyó, a partir de tal momento, el foco y el punto de partida de los dolores; esto es, una zona histerógena artificial, cuya génesis se nos revela claramente en este caso.

No hay motivo ninguno para extrañar o considerar artificial esta múltiple conexión asociativa entre el dolor físico y el afecto psíquico. En aquellos casos en los que no existe una tan múltiple conexión, tampoco se forma síntoma histérico ninguno ni encuentra la conversión camino por el que desarrollarse, y puedo asegurar que el caso de Isabel de R. era muy sencillo por lo que respecta a la determinación.

En páginas anteriores hemos descrito ya cómo se desarrolló la astasia-abasia de nuestra enferma, tomando como base estos dolores y después que la conversión encontró abierto ante ella determinado camino. Pero afirmamos también que la enferma había creado o intensificado, por simbolismo, su perturbación funcional, que había hallado en la abasia-astasia una expresión somática de su impotencia para modificar las circunstancias y que sus manifestaciones de «no lograr avanzar un paso en sus propósitos» o «carecer de todo apoyo» constituían el puente que conducía a este nuevo acto de la conversión, y queremos apoyar ahora estas afirmaciones con otros ejemplos.

La conversión basada en la simultaneidad, dada, además, una conexión asociativa, es la que exige una menor medida de disposición histérica. En cambio, la conversión por simbolización precisa de un más alto grado de modificación histérica, tal y como lo comprobamos en el último estadio de la histeria de Isabel de R. El caso de Cecilia M., al que considero como el más difícil e instructivo de los que se me han presentado, me ofreció interesantísimos ejemplos de simbolización. Desgraciadamente, no me es posible reproducir al detalle, por razones que creo haber indicado ya, este historial clínico.

Cecilia M. padecía, entre otros dolores, una violentísima neuralgia facial, que surgía de repente dos o tres veces al año y duraba, cada una de ellas, de cinco a diez días. Los antecedentes patológicos de la sujeto, entre los cuales se contaba un reumatismo agudo, hacían pensar que esta neuralgia, limitada a las ramas segunda y tercera del trigémino, era de carácter gotoso. Éste era también el diagnóstico del médico de cabecera que la había asistido en tales accesos.

Atacada la neuralgia por los medios corrientes —electricidad, aguas alcalinas, purgantes, etc.—, todo resultaba, sin embargo, inútil hasta que un buen día desaparecía, dejando su lugar a otro síntoma diferente. En tiempos

anteriores —la neuralgia venía presentándose desde quince años atrás— se atribuyó el dolor a una enfermedad dentaria, y la sujeto sufrió en un solo día siete extracciones, algunas de las cuales fueron harto imperfectas, pues dejaron subsistente parte de las raíces. Tampoco esta cruenta operación dio el menor resultado. La neuralgia duraba en esta época meses enteros. También durante el tiempo de mi tratamiento llamaba la sujeto, cada vez que sentía la neuralgia, al dentista, el cual hallaba siempre alguna raíz enferma y comenzaba su trabajo, sin llegar, en general, a terminarlo, pues en cuanto cesaba la neuralgia, cesaba la enferma de acudir a él. En los intervalos no sentía más dolor de muelas. Un día, en pleno y violento ataque de neuralgia, hipnoticé a la sujeto y le prohibí volver a tener tales dolores, desapareciendo éstos en el acto. Por entonces comencé yo a dudar de la autenticidad de tal neuralgia.

Aproximadamente un año después de este resultado terapéutico, conseguido por medio de la hipnosis, presentó el estado patológico de Cecilia M. una nueva y sorprende faceta. De pronto surgieron estados distintos de los habituales durante los últimos años; pero la enferma declaró, después de corta reflexión, que todos ellos se le habían ya presentado antes, alguna vez, en el largo tiempo que llevaba enferma (treinta años). Efectivamente, fue desarrollándose una multitud de accidentes histéricos que la sujeto pudo localizar en una fecha exacta del pasado, y pronto se revelaron las conexiones mentales, a veces muy complicadas, que determinaban el orden de sucesión de estos accidentes. Era algo como una serie de imágenes con su texto explicativo, y Pitres debió de referirse a un proceso semejante al establecer su *delire amnésique*. La forma en que eran reproducidos tales estados histéricos, pertenecientes al pasado, resultaba harto singular. Primeramente, y hallándose la sujeto libre de todo trastorno, surgía un peculiar estado de ánimo patológico, en cuya apreciación se equivocaba siempre la paciente, atribuyéndolo a un suceso sin importancia inmediatamente anterior. Luego, y acompañados de una creciente perturbación de la conciencia, seguían diversos síntomas histéricos —alucinaciones, dolores, convulsiones y largos soliloquios declamatorios—, agregándose, por último, a estos síntomas la emergencia alucinatoria de un suceso pretérito, susceptible de explicar el estado de ánimo inicial y de determinar los síntomas aparecidos. Después de

este último período del ataque volvía la claridad mental, desaparecían como por encanto todas las molestias y reinaba de nuevo el bienestar… hasta el ataque siguiente, doce horas después. Generalmente, se me enviaba a buscar cuando el acceso llegaba a su grado máximo, y entonces hipnotizaba a la sujeto, provocaba la reproducción del suceso traumático y adelantaba así el final del ataque. Asistiendo a esta enferma en cientos de estos ciclos, se me revelaron interesantísimos datos sobre la determinación de los síntomas histéricos. La observación de este caso, realizada por mí en unión de Breuer, fue la que nos impulsó a la publicación de nuestra «comunicación preliminar».

En esta serie de reproducciones le tocó el turno a la neuralgia facial, abrigando yo gran curiosidad por ver si surgía, con respecto a ella, algún motivo psíquico. Cuando intenté hacer emerger la escena traumática, se vio transferida la sujeto a una época de gran excitación anímica contra su marido, y me habló de un diálogo con él y de una observación suya, que ella había considerado gravemente ofensiva. Luego, de repente, se llevó la mano a la mejilla, gritando de dolor, y exclamó: «Fue como si me hubiera dado una bofetada». Con esto terminaron el dolor y el ataque.

No cabe duda de que se trataba aquí de un símbolo. La sujeto había sentido como si realmente la abofeteasen. Ahora bien: hemos de preguntarnos cómo la sensación de recibir una bofetada puede llegar a exteriorizarse en una neuralgia limitada a las ramas segunda y tercera del trigémino y que se intensificaba al abrir la boca y al mascar (en cambio, al hablar, no).

Al día siguiente volvió la neuralgia, para desaparecer esta vez después de la reproducción de otra escena, cuyo contenido era una nueva ofensa recibida por la sujeto. Esto se repitió durante nueve días, pareciendo resultar así que, a través de años enteros, ofensas verbales recibidas por la sujeto habían provocado, por simbolismo, nuevos ataques de esta neuralgia facial.

Por fin conseguimos penetrar hasta el primer ataque de neuralgia (quince años atrás). Aquí no encontramos ya un simbolismo, sino una conversión por simultaneidad. Se trataba de un espectáculo doloroso, a cuya vista surgió en la sujeto un reproche que la impulsó a reprimir otra serie de pensamientos. Era, pues, un caso de conflicto y defensa. La génesis de la neuralgia en este momento no resultaba explicable sino admitiendo que por entonces padecía

nuestra enferma un ligero dolor de muelas o de la cara, cosa nada inverosímil, pues se hallaba en los meses iniciales de su primer embarazo.

Resultó así, que la neuralgia se había constituido, por el ordinario camino de la conversión, en signo de determinada excitación psíquica, pero que ulteriormente podía ser despertada de nuevo por ecos asociativos de la vida mental y mediante una conversión simbolizante. En realidad, lo mismo que descubrimos al estudiar el caso de Isabel de R.

Añadiremos todavía un segundo ejemplo, que evidencia la eficacia del simbolismo en otras condiciones distintas. Durante cierto período atormentó a Cecilia M. un violento dolor en el talón derecho, que le impedía andar. El análisis nos condujo a una época en que la sujeto se hallaba en un sanatorio extranjero. Desde su llegada, y durante una semana, había tenido que guardar cama. El día que se levantó acudió el médico a la hora de almorzar para conducirla al comedor, y al tomar su brazo sintió por vez primera aquel dolor, que en la reproducción de la escena desapareció al decir la sujeto: «Por entonces me dominaba el miedo a *no entrar con buen pie* entre los demás huéspedes del sanatorio».

Este ejemplo de génesis de un síntoma histérico por simbolización, mediante la expresión verbal, parece inverosímil y hasta cómico. Pero examinando más detenidamente las circunstancias dadas en aquellos momentos se nos hace en seguida más admisible. La enferma sufría por entonces dolores en los pies, que la habían obligado a guardar cama y podemos suponer que el miedo que la acometió al dar los primeros pasos había elegido uno de los dolores simultáneamente dados el del talón, muy apropiado como símbolo —para desarrollarlo especialmente y darle una particular duración.

Si en estos ejemplos se nos muestra relegado a segundo término como es lo regular el mecanismo de la simbolización, sé también de otros que parecen constituir una prueba de la génesis de síntomas histéricos por simple simbolización. Uno de los más acabados es el que sigue, referente también a Cecilia M.: Teniendo quince años, estaba una vez en la cama bajo la vigilancia de su abuela, mujer enérgica y severa. De repente empezó a quejarse diciendo sentir penetrantes dolores en la frente, entre ambos ojos, dolores que luego la atormentaron durante varias semanas. En el análisis de

este dolor, que se produjo al cabo de casi treinta años, me refirió que su abuela la había mirado tan «penetrantemente» que sintió su mirada en el cerebro. Resultaba que por entonces tenía miedo de ver reflejarse en los ojos de la abuela cierta sospecha. Al comunicarme esta idea se echó a reír la sujeto y desaparecieron sus dolores. No encontramos aquí sino el mecanismo de la simbolización, el cual constituye en cierto modo el punto medio entre los de la *autosugestión* y la *conversión*.

El caso de Cecilia M. me ha permitido reunir una colección de estas simbolizaciones. Toda una serie de sensaciones físicas, consideradas generalmente como de origen orgánico, tenían en esta paciente un origen psíquico o, por lo menos, admitían una interpretación psíquica. Cierta serie de sucesos aparecía acompañada en ella de la sensación de una herida en el corazón («Aquello me hirió en el corazón»). El clásico dolor de cabeza de la histeria («dolor de clavo») había de interpretarse en ella como procedente de un problema mental («No sé qué tengo en la cabeza»), y desaparecía en cuanto llegaba a la solución. Paralelamente a la sensación del aura histérica en la garganta, se desarrollaba el pensamiento de «Eso tengo que tragármelo», cuando tal sensación surgía al recibir la sujeto la ofensa. Existía, pues, toda una serie de sensaciones y representaciones paralelas, en las cuales unas veces la sensación había despenado, como interpretación suya, la representación, y otras era la representación la que había creado, por simbolización, la sensación. Por último, había ocasiones en las que no podía decidirse cuál de los dos elementos había sido el primario.

No he vuelto a hallar en ninguna otra paciente un tan amplio uso de la simbolización. Cierto es que Cecilia M. era una persona de dotes nada comunes, principalmente artísticas, cuyo alto sentido de la forma se revelaba en bellas poesías. Pero, a mi juicio, el acto mediante el cual crea un histérico, por simbolización, una expresión somática, para una representación saturada de afecto, tiene muy poco de personal y voluntario. Tomando al pie de la letra las expresiones metafóricas de uso corriente y sintiendo como un suceso real, al ser ofendida, la «herida en el corazón» o la «bofetada», no hacía uso la paciente de un abusivo retruécano, sino que daba nueva vida a la sensación a la cual debió su génesis la expresión verbal correspondiente. En electo, si al recibir una ofensa no experimentáramos cierta sensación precordial, no se nos

hubiera ocurrido jamás crear tal expresión Del mismo modo, la frase «tener que tragarse algo», que aplicamos a las ofensas recibidas sin posibilidad de protesta, procede realmente de las sensaciones de inervación que experimentamos en la garganta en tales casos. Todas estas sensaciones e inervaciones pertenecen a la «expresión de las emociones», que, según nos ha mostrado Darwin, consiste en funciones originariamente adecuadas y plenas de sentido. Estas funciones se hallan ahora tan debilitadas, que su expresión verbal nos parece ya metafórica, pero es muy verosímil que primitivamente poseyera un sentido literal, y la histeria obra con plena justificación al restablecer para sus inervaciones más intensas el sentido verbal primitivo, Llego incluso a creer que es equivocado afirmar que la histeria crea por simbolización tales sensaciones, pues quizá no tome como modelo los usos del lenguaje, sino que extraiga con él sus materiales de una misma fuente[80].

F). OMISIONES A LOS HISTORIALES CLÍNICOS

1924

a) A la nota 25 de la pág. 43 hay que agregar:

Algunos años más tarde, su neurosis se transformó en una demencia precoz. (Caso de P. Janet.)

b) La historia clínica de Emmy continúa con el siguiente apéndice de 1924:

Bien sé que ningún analista leerá hoy esta historia clínica sin cierta sonrisa

conmiserativa. Recuérdese, empero, que éste fue el primer caso en el cual apliqué sin restricciones el método catártico. De ahí que me incline por dejar a la exposición su forma original, por no adelantar ninguna de las críticas que hoy sería tan fácil hacerle, por renunciar a todo intento de colmar *a posteriori* las abundantes lagunas. Sólo dos cosas quiero agregarle: mi reconocimiento, ulteriormente adquirido, de la etiología actual de la enfermedad y algunas noticias sobre su curso posterior.

Cuando pasé, como ya he narrado, algunos días como invitado en su casa de campo, tuvimos por comensal a un hombre que yo no conocía y que a todas luces se esforzaba por caerle bien a la dueña de la casa. Después de su partida, ésta me preguntó si dicha persona me había gustado, agregando como al descuido: «Imagínese que ese hombre se quiere casar conmigo». En conexión con otras manifestaciones que no había sabido valorar en su momento, hube de convencerme de que ella anhelaba entonces contraer un segundo matrimonio, pero que la existencia de sus dos hijas, herederas de la fortuna paterna, le representaba un obstáculo para la realización de sus propósitos.

Varios años después me encontré en un congreso científico con un renombrado médico oriundo de la misma región que la señora Emmy. Al preguntarle yo si la conocía y si sabía algo de su vida me respondió que sí: y que él mismo había sometido a un tratamiento hipnótico. Con él, así como con muchos otros médicos, había llegado a la misma situación que conmigo. Había acudido a él en sus estados más lastimosos, había respondido con extraordinario éxito al tratamiento hipnótico, pero sólo para enemistarse entonces con el médico, abandonándolo y reactivando la enfermedad en toda su magnitud. Tratábase de un inconfundible «impulso de repetición».

Sólo al cabo de cinco lustros volví a tener noticias de la señora Emmy. Su hija mayor, la misma a la cual yo había formulado otrora un pronóstico tan desfavorable, se dirigió a mí solicitándome un certificado sobre el estado mental de su madre, con motivo de haber sido paciente mía. Proponíase actuar judicialmente contra ella, describiéndola como una tirana cruel y poco escrupulosa. La madre había repudiado a ambas hijas y se negaba a asistirlas en su estrechez material. En cuanto a la firmante de la carta, se había doctorado y estaba casada.

c) La historia clínica de Catalina concluye con el siguiente apéndice de 1924:

Después de tantos años me atrevo a abandonar la discreción observada entonces, dejando establecido que Catalina no era la sobrina, sino la hija de la huéspeda, o sea, que había caído enferma bajo la influencia de seducciones sexuales por el propio padre. No cabe duda que, tratándose de una historia

clínica, no es lícito introducir una deformación como la que en este caso he realizado, pues la misma no es tan diferente para la comprensión como, por ejemplo, el hecho de haber trasladado de una montaña a otra el lugar del sucedido.

G). PSICOTERAPIA DE LA HISTERIA

1895

EN nuestra «comunicación preliminar» expusimos haber descubierto, al investigar la etiología de los síntomas histéricos, un método terapéutico al que adscribimos considerable significación práctica. *Hemos hallado, en efecto, y para sorpresa nuestra, al principio, que los distintos síntomas histéricos desaparecían inmediata y definitivamente en cuanto se conseguía despertar con toda claridad el recuerdo del proceso provocador, y con él el afecto concomitante, y describía el paciente, con el mayor detalle posible, dicho proceso, dando expresión verbal al afecto*.

Procuramos luego hacer comprensible la forma en que actúa nuestro método psicoterápico: *Anula la eficacia de la representación no descargada por reacción en un principio, dando salida, por medio de la expresión verbal, al afecto concomitante, que había quedado estancado, y llevándola a la reacción asociativa por medio de su atracción a la conciencia normal (en una ligera hipnosis) o de su supresión por sugestión médica, como sucede en los casos de somnambulismo con amnesia.*

Cúmplenos hoy desarrollar una completa exposición de los alcances de este método, de sus ventajas sobre otros, de su técnica y de las dificultades con las que tropieza, aunque lo más esencial de estos extremos se encuentre ya contenido en los historiales clínicos que anteceden y hayamos de incurrir en repeticiones.

I POR mi parte puedo decir que mantengo en sus extremos esenciales las afirmaciones de nuestra «comunicación preliminar». He de hacer constar, sin embargo, que en los años transcurridos desde aquella fecha —

años de constante labor sobre los problemas allí tratados— se me han impuesto nuevos punto de vista, los cuales han traído consigo una distinta agrupación del material de hechos que por entonces nos era conocido. Sería injusto echar sobre Breuer parte de la responsabilidad correspondiente a este último desarrollo de las ideas que, en colaboración, expusimos en el indicado trabajo. Así, pues, cúmpleme hablar ahora en mi sólo nombre.

Al intentar aplicar a una amplia serie de pacientes el método iniciado por Breuer de curación de síntomas histéricos por investigación psíquica y derivación por reacción en la hipnosis, tropecé con dos dificultades, y mis esfuerzos para vencerlas me llevaron a una modificación de la técnica y de mi primitiva concepción de la materia. En primer lugar, no todas las personas que mostraban indudables síntomas histéricos, y en las que regía muy verosímilmente el mismo mecanismo psíquico, resultaban hipnotizables. En segundo, tenía que adoptar una actitud definida con respecto a la cuestión de qué es lo que caracteriza esencialmente la histeria y en qué se diferencia ésta de otras neurosis.

Más adelante detallaré cómo llegué a dominar la primera dificultad y qué es lo que aprendí en esta labor. Por el momento quiero exponer cuál fue mi conducta en la práctica profesional con respecto al segundo problema. Es muy difícil ver acertadamente un caso de neurosis antes de haberlo sometido a un minucioso análisis; a un análisis tal y como sólo puede conseguirse empleando el método de Breuer. Pero la decisión del diagnóstico y de la terapia adecuada al caso tiene que ser anterior a tal conocimiento. No quedaba, pues, otro remedio que elegir para el método catártico aquellos casos que podíamos diagnosticar provisionalmente de histeria, por presentar uno o varios de los estigmas o síntomas característicos de esta enfermedad. Sucedía así algunas veces que los resultados terapéuticos eran pobrísimos, no obstante haber diagnosticado la histeria, y que ni siquiera el análisis extraía a la luz nada importante. Otras, en cambio, intenté tratar con el método de Breuer neurosis que nadie hubiera sospechado fueran casos de histeria, y hallé, para mi sorpresa, que el método lograba actuar sobre ellas y hasta curarlas. Así me pasó, por ejemplo, con las representaciones obsesivas en casos que no presentaban carácter alguno de histeria. Por tanto, el mecanismo psíquico que nuestra «comunicación preliminar» había revelado no podía ser

exclusivo de la histeria. Mas tampoco podía decidirme a acumular a la histeria, en méritos de tal mecanismo, una serie indefinida de neurosis. De todas estas dudas me sacó, por fin, el propósito de tratar todas las neurosis que se me presentaran como si de histerias se tratase, investigando en todas la etiología y la naturaleza del mecanismo psíquico, y hacer depender del resultado de esta investigación la confirmación del diagnóstico de histeria previamente sentado.

De este modo, y partiendo del método de Breuer, llegué a ocuparme de la etiología y del mecanismo de las neurosis en general. Por fortuna obtuve, en un plazo relativamente breve, resultados utilizables. En primer lugar hube de reconocer que dentro de la medida en que podía hablarse de una motivación mediante la cual se *adquirieran* las neurosis, habíamos de buscar la etiología en factores *sexuales*, y a esto se agregó luego el descubrimiento de que factores sexuales diferentes daban origen a diferentes enfermedades neuróticas. Por tanto, dentro de lo que esta relación permitía, podíamos atrevernos a utilizar la etiología para diferenciar las neurosis, estableciendo una precisa distinción de los cuadros patológicos de estas enfermedades. Si las características etiológicas coincidían constantemente con las clínicas, quedaría plenamente justificada nuestra conducta. Por este procedimiento hallé que a la *neurastenia* correspondía, en realidad, un cuadro patológico muy monótono, en el cual, como mostraban los análisis, no intervenía «mecanismo psíquico» alguno. De la neurastenia se diferenciaba en gran manera la *neurosis obsesiva*, con respecto a la cual se descubría un complicado mecanismo, una etiología análoga a la histérica y una amplia posibilidad de curación por medio de la psicoterapia. Por otro lado, me parecía necesario separar de la neurastenia un complejo de síntomas neuróticos, que dependía de una etiología muy diferente, e incluso, en el fondo, contraria, mientras que los síntomas de este complejo aparecían estrechamente unidos por un carácter común, ya reconocido por E. Hecker[81]. Son, en efecto, síntomas o equivalentes y rudimentos de *manifestaciones de angustia*, razón por la cual he dado a este complejo, separable de la neurastenia, el nombre de *neurosis de angustia*, afirmando que nace por acumulación de estados de tensión Tísica de origen sexual. Esta neurosis no tiene tampoco todavía un mecanismo psíquico, pero actúa

regularmente sobre la vida psíquica, siendo sus manifestaciones peculiares la «expectación angustiosa», las fobias y las hiperestesias, con respecto a los dolores. Tal y como yo la defino, la neurosis de angustia coincide ciertamente en parte con aquella neurosis que algunos autores agregan a la histeria y a la neurastenia, dándole el nombre de *hipocondría*; pero ninguno de ellos delimita exactamente, a mi ver, esta neurosis. Además, el empleo del nombre «hipocondría» queda siempre limitado por su estricta relación con el síntoma del «miedo a la enfermedad».

Después de haber fijado así los sencillos cuadros patológicos de la neurastenia, la neurosis de angustia y la neurosis obsesiva, me dediqué a concretar la concepción de aquellos corrientes casos de neurosis que comprendemos bajo el diagnóstico general de la histeria. Me parecía equivocado aplicar, como era uso habitual, el nombre de histeria a toda neurosis que presentara en su complejo de síntomas algún rasgo histérico, y aunque no extrañaba esta costumbre, por ser la histeria la más antigua y mejor conocida de las neurosis, me era preciso reconocer que había llegado a ser abusiva, habiendo acumulado injustificadamente a la histeria multitud de rasgos de perversión y degeneración. Siempre que en un complicado caso de degeneración psíquica se descubría un rasgo histérico, se daba a la totalidad el nombre de «histeria», pudiendo así resultar reunido bajo esta etiqueta lo más heterogéneo y contradictorio. Para huir de la inexactitud que este diagnóstico suponía, habíamos de separar lo que correspondiera al sector neurótico, y conociendo ya, aisladas, la neurastenia, la neurosis de angustia, etc., no debíamos prescindir de ellas cuando las encontrásemos como elementos de alguna combinación.

Así, pues, la concepción más justa parecía ser la siguiente: las neurosis más frecuentes son, en su gran mayoría, «mixtas». No son tampoco raras las formas puras de neurastenia y neurosis de angustia, sobre todo en personas jóvenes. En cambio, es difícil hallar formas puras de histeria y de neurosis obsesiva, pues estas dos neurosis aparecen combinadas, por lo general, con la de angustia. Esta frecuencia de las neurosis mixtas se debe a que sus factores etiológicos se mezclan con gran facilidad, casualmente unas veces, y otras a consecuencia de relaciones causales entre los procesos, de los que nacen los factores etiológicos de las neurosis. De estas circunstancias, fácilmente

demostrables en cada caso, resulta, con respecto a la histeria, lo que sigue: 1.º No es posible considerarla aisladamente, separándola del conjunto de las neurosis sexuales. 2.º En realidad, no representa sino un solo aspecto del complicado caso neurótico. 3.º Sólo en los casos límites llega a presentarse como una neurosis aislada, y puede ser tratada como tal. En toda una serie de casos podemos, pues, decir: A POTIORI FIT DENOMINATIO.

Examinaremos ahora, desde este punto de vista, los historiales clínicos antes detallados, con el fin de comprobar si confirman o no nuestra concepción de la falta de independencia clínica de la histeria. Ana O., la paciente de Breuer, parece contradecir nuestro juicio y padecer una histeria pura. Pero este caso, que tan importante ha sido para el conocimiento de la histeria, no fue examinado por su observador desde el punto de vista de la neurosis sexual, y, por tanto, no puede sernos de ninguna utilidad para nuestros fines actuales. Al comenzar el análisis de Emmy de N. no abrigaba yo la menor sospecha de que la base de la histeria pudiera ser una neurosis sexual. Acababa de regresar de la clínica de Charcot y consideraba el enlace de la histeria con el tema de la sexualidad como una especie de insulto personal, conducta análoga a la observada, en general, por las pacientes. Pero cuando ahora reviso mis notas de entonces sobre esta enferma me veo obligado a reconocer que se trataba de un grave caso de neurosis de angustia, con expectación angustiosa y fobias, originado por la abstinencia sexual y combinado con una histeria.

El caso de miss Lucy R. es, quizá, el que con mayor justificación podemos considerar como un caso límite de histeria pura. Constituye una histeria breve, de curso episódico y etiología innegablemente sexual, tal y como correspondería a una neurosis de angustia. Trátase, en efecto de una mujer ya en los linderos de la madurez y soltera aún, cuya inclinación amorosa despierta con rapidez excesiva, impulsada por una mala interpretación. Por defecto del análisis o por otras causas no encontré aquí indicio ninguno de neurosis de angustia. El caso de Catalina puede considerarse como el prototipo de aquello que hemos denominado «angustia virginal», consistente en una combinación de neurosis de angustia e histeria. La primera crea los síntomas, y la segunda los repite y labora con ellos. Por otra parte, se trata de un caso típico de las frecuentes neurosis juveniles,

calificadas de «histeria». El caso de Isabel de R. tampoco fue investigado desde el punto de vista de las neurosis sexuales. Mi sospecha de que se hallaba basado en una neurastenia espinal no llegó a tener confirmación. Pero he de añadir que desde esta fecha aún se me han presentado menos casos de histeria pura, y que si pude reunir como tales los cuatro que anteceden y prescindir en su solución de toda referencia a las neurosis sexuales, ello se debió tan sólo a tratarse de casos anteriores a la época en la que comencé a investigar intencionada y penetrantemente la subestructura neurótica sexual. Y si en lugar de cuatro casos no he comunicado doce o más, cuyo análisis confirma en todos sus puntos nuestra teoría del mecanismo de los fenómenos histéricos, ha sido por forzarme a silenciarlos la circunstancia de que el análisis los revela como neurosis sexuales, aunque ningún médico les hubiera negado el «nombre» de histeria. Pero la explicación de estas neurosis sexuales sobrepasa los límites que nos hemos impuesto en el presente trabajo.

Todo esto no quiere decir que yo niegue la histeria como afección neurótica independiente, considerándola tan sólo como manifestación psíquica de la neurosis de angustia, adscribiéndole únicamente síntomas «ideógenos», y transcribiendo los síntomas somáticos (puntos histerógenos, anestesias) a las neurosis de angustia. Nada de eso. A mi juicio, puede tratarse aisladamente de la histeria, libre de toda mezcla desde todos los puntos de vista, salvo desde el terapéutico, pues en la terapia se persigue un fin práctico: la supresión del estado patológico en su totalidad, y si la histeria aparece casi siempre como componente de una neurosis mixta, nos encontraremos en situación parecida a la que nos plantea una infección mixta, en la cual la salvación del enfermo no puede conseguirse combatiendo uno sólo de los agentes de la enfermedad.

Por tanto, es de gran importancia para mí separar la parte de la histeria en los cuadros patológicos de las neurosis mixtas de la correspondiente a la neurastenia, la neurosis de angustia, etc., pues una vez realizada esta separación, me resulta ya posible dar expresión concreta y precisa al valor terapéutico del método catártico. Puedo, en efecto, arriesgar la afirmación de que en principio es susceptible de suprimir cualquier síntoma histérico, siendo, en cambio, impotente contra los fenómenos de la neurastenia, y no actuando sino muy raras veces y por largos rodeos sobre las consecuencias

psíquicas de la neurosis de angustia. De este modo su eficacia terapéutica dependerá en cada caso de que el componente histérico del cuadro patológico ocupe en él o no un lugar más importante, desde el punto de vista práctico, que los otros componentes neuróticos.

No es ésta la única limitación de la eficacia del método catártico. Existe aún otra, de la que ya tratamos en nuestra «comunicación preliminar». El método catártico no actúa, en efecto, sobre las condiciones causales de la histeria, y, por tanto, no puede evitar que surjan nuevos síntomas en el lugar de los suprimidos. En consecuencia, podemos atribuir a nuestro método terapéutico un lugar sobresaliente dentro del cuadro de la terapia de las neurosis, pero limitando estrictamente su alcance a este sector. No siéndome posible desarrollar aquí la exposición de una «terapia de las neurosis» tal y como sería necesaria para la práctica médica, agregaré únicamente a lo ya dicho algunas observaciones aclaratorias:

1.ª No puedo afirmar haber logrado, en todos y cada uno de los casos tratados por el método catártico, la supresión de los síntomas histéricos correspondientes. Pero sí creo que tales resultados negativos han obedecido siempre a circunstancias personales del paciente y no deficiencias del método. A mi juicio, puede prescindirse de estos casos en la valoración del mismo, análogamente a como el cirujano que inicia una nueva técnica prescinde para enjuiciarla de los casos de muerte durante la narcosis o por hemorragia interna, infección casual, etc. Cuando más adelante nos ocupemos de las dificultades e inconvenientes de nuestro procedimiento, volveremos a tratar de los resultados negativos de este orden.

2.ª El método catártico no pierde su valor por el hecho de ser un método sintomático y no causal, pues una terapia causal no es, en realidad, más que profiláctica: suspende los efectos del mal, pero no suprime necesariamente los productos ya existentes del mismo, haciéndose precisa una segunda acción que lleve a cabo esta última labor. Esta segunda acción es ejercida insuperablemente en la histeria por el método catártico.

3.ª Cuando se ha llegado a vencer un período de producción histérica o un paroxismo histérico agudo, y sólo quedan ya como fenómenos residuales los síntomas histéricos, se demuestra siempre eficaz y suficiente el método catártico, consiguiendo resultados completos y duraderos. Precisamente en el

terreno de la vida sexual se nos ofrece con gran frecuencia una tal constelación, favorable a la terapia, a consecuencia de las grandes oscilaciones de la intensidad del apetito sexual y de la complicación de las condiciones del trauma sexual. En estos casos resuelve el método catártico todos los problemas que se planteen, pues el médico no puede proponerse modificar una constitución como la histeria, y ha de satisfacerse con suprimir la enfermedad que tal constitución puede hacer surgir con el auxilio de circunstancias exteriores. De este modo se dará por contento si logra devolver al enfermo su capacidad funcional. Por otro lado, puede considerar con cierta tranquilidad el futuro por lo que respecta a la posibilidad de una recaída. Sabe, en efecto, que el carácter principal de la etiología de las neurosis es la *sobredeterminación* de su génesis; o sea, que para dar nacimiento a una de estas afecciones es necesario que concurran varios factores, y, por tanto, puede abrigar la esperanza de que tal coincidencia tarde mucho en producirse, aunque algunos de los factores etiológicos hayan conservado toda su eficacia.

Podría objetarse que en tales casos, ya resueltos, de histeria van desapareciendo de todos modos por sí solos los síntomas residuales. Pero lo cierto es que tal curación espontánea no es casi nunca rápida ni completa; caracteres que puede darle la intervención terapéutica. La interrogación de si la terapia catártica cura tan sólo aquello que hubiera desaparecido por curación espontánea o también algo más que nunca se hubiese resuelto espontáneamente, habremos de dejarla por ahora sin respuesta.

4.ª En los casos de histeria aguda, esto es, en el período de más intensa producción de síntomas histéricos y de dominio consecutivo del *yo* por los productos patológicos (psicosis histérica), el método catártico no consigue modificar visiblemente el estado del sujeto. El neurólogo se encuentra entonces en una situación análoga a la del internista ante una infección aguda. Los factores etiológicos han actuado con máxima intensidad en una época pretérita, cerrada ya a toda acción terapéutica, y se hacen ahora manifiestos, después del período de incubación. No hay ya posibilidad de interrumpir la dolencia, y el médico tiene que limitarse a esperar que la misma termine su curso, creando mientras tanto las circunstancias más favorables al paciente. Si durante tal período agudo suprimimos los productos patológicos, esto es, los síntomas histéricos recién surgidos, veremos aparecer en seguida otros en

sustitución suya. La desalentadora impresión de realizar una labor tan vana como la de las Danaides, el constante y penoso esfuerzo de todos los momentos y el descontento de los familiares del enfermo hacen dificilísima al médico, en estos casos agudos, la aplicación del método catártico. Pero contra estas dificultades ha de tenerse en cuenta que también en tales casos puede ejercer una benéfica influencia la continuada supresión de los productos patológicos, auxiliando al *yo* del enfermo en su defensa y preservándole, quizá, de caer en la psicosis o en la demencia definitiva.

Esta actuación del método catártico en los casos de histeria agua, e incluso su capacidad de restringir visiblemente la producción de nuevos síntomas patológicos, se nos muestran con claridad suficiente en el historial clínico de Ana O., la paciente en la que Breuer aprendió a ejercer por vez primera tal procedimiento psicoterápico.

5.ª En los casos de histeria crónica con producción mesurada, pero continua, de síntomas histéricos, se nos hace sentir más que nunca la falta de una terapia de eficacia causal; pero también aprendemos a estimar más que nunca el valor del método catártico como terapia sintomática. Nos hallamos en estos casos ante una perturbación dependiente de una etiología de actuación crónica y continua. Todo depende de robustecer la capacidad de resistencia del sistema nervioso del enfermo, teniendo en cuenta que la existencia de un síntoma histérico significa para este sistema nervioso una debilitación de su resistencia, y representa un factor favorable a la histeria. Como por el mecanismo de la histeria monosintomática podemos deducir, los nuevos síntomas histéricos se forman con máxima facilidad, apoyándose en los ya existentes y tomándolos por modelo. El camino seguido por un síntoma en su emergencia permanece abierto para otros y el grupo psíquico separado se convierte en núcleo de cristalización, sin cuya existencia nada hubiera cristalizado. Suprimir los síntomas existentes y las modificaciones psíquicas, dadas en su base, equivale a devolver por completo al enfermo toda su capacidad de resistencia, con la cual podrá vencer la acción de su padecimiento. Una larga y constante vigilancia y un periódico *chimney sweeping* puede hacer mucho bien a estos enfermos.

6.ª Hemos afirmado que no todos los síntomas histéricos son psicógenos, y luego, que todos pueden ser suprimidos por un procedimiento

psicoterápico. Esto parece contradecirse. La solución está en que una parte de estos síntomas no psicógenos constituye un signo de enfermedad, pero no puede considerarse como un padecimiento por sí misma (por ejemplo, los estigmas), resultando así carente de toda importancia práctica su subsistencia ulterior a la solución terapéutica del caso. Otros de estos síntomas parecen ser arrastrados por los psicógenos en una forma indirecta, siendo así de suponer que dependen también indirectamente de una causa psíquica.

Pasamos ahora a tratar de las dificultades e inconvenientes de nuestro procedimiento terapéutico, tema del cual ya hemos expuesto mucho en los historiales clínicos detallados y en las observaciones sobre la técnica del método. Nos limitaremos, pues, aquí a una simple enumeración. El procedimiento es muy penoso para el médico y le exige gran cantidad de su tiempo, aparte de una intensa afición a las cuestiones psicológicas y cierto interés personal hacia el enfermo. No creo que me fuera posible adentrarme en la investigación del mecanismo de la histeria de un sujeto que me pareciera vulgar o repulsivo, y cuyo trato no consiguiera despertar en mí alguna simpatía; en cambio, para el tratamiento de un tabético o un reumático no son necesarios tales requisitos personales. Por parte del enfermo son precisas también determinadas condiciones. El método resulta inaplicable a sujetos cuyo nivel intelectual no alcanza cierto grado, y toda inferioridad mental lo dificulta grandemente. Es, además, necesario un pleno consentimiento del enfermo y toda su atención; pero, sobre todo, su confianza en el médico, pues el análisis conduce siempre a los procesos psíquicos más íntimos y secretos. Gran parte de los enfermos a los que se podría aplicar tal tratamiento se sustraen al médico en cuanto sospechan el sentido en el que va a orientarse la investigación. Estos enfermos no han cesado de ver en el médico a un extraño. En aquellos otros que se deciden a poner en el médico toda su confianza, con plena voluntad y sin exigencia ninguna por parte del mismo, no puede evitarse que su relación personal con él ocupe debidamente por algún tiempo un primer término, pareciendo incluso que una tal influencia del médico es condición indispensable para la solución del problema.

Esta circunstancia no tiene relación alguna con el hecho de que el sujeto sea o no hipnotizable. Ahora bien: la imparcialidad nos exige hacer constar

que estos inconvenientes, aunque inseparables de nuestro procedimiento, no pueden serle atribuidos, pues resulta evidente que tiene su base en las condiciones previas de las neurosis que se trata de curar, y habrán de presentarse en toda actividad médica que exija una estrecha relación con el enfermo y tienda a una modificación de su estado psíquico. No obstante haber hecho en algunos casos muy amplio uso de la hipnosis, nunca he tenido que atribuir a este medio terapéutico daño ni peligro alguno. Si alguna vez no ha sido provechosa mi intervención médica, ello se ha debido a causas distintas y más hondas. Revisando mi labor terapéutica de estos últimos años, a partir del momento en que la confianza de mi maestro y amigo el doctor Breuer me permitió aplicar el método catártico, encuentro muchos más resultados positivos que negativos, habiendo conseguido en numerosas ocasiones más de lo que con ningún otro medio terapéutico hubiera alcanzado. He de confirmar, pues, lo que ya dijimos en nuestra «comunicación preliminar»: el método catártico constituye un importantísimo progreso.

He de añadir aún otra ventaja del empleo de este procedimiento. El mejor medio de llegar a la inteligencia de un caso grave de neurosis complicada con más o menos mezcla de histeria, es también, para mí, su análisis por el método de Breuer. En primer lugar, conseguimos así hacer desaparecer todo aquello que muestra un mecanismo histérico, y en segundo, logramos interpretar los demás fenómenos y descubrir su etiología, adquiriendo con ello puntos de apoyo para la aplicación de la terapia correspondiente. Cuando pienso en la diferencia existente entre los juicios que sobre un caso de neurosis formo antes y después del análisis me inclino a considerar indispensable tal análisis para el conocimiento de todo caso de neurosis. Además, me he acostumbrado a enlazar la aplicación de la psicoterapia catártica con una cura de reposo, que en caso necesario puede intensificarse hasta el extremo de la cura de Weir-Mitchell. Este procedimiento combinado tiene la doble ventaja de evitar, por una parte, la intervención perturbadora de nuevas impresiones durante el tratamiento psicoterapéutico, excluyendo, por otra, el hastío de la cura de reposo, que da ocasión a los enfermos para ensoñaciones nada favorables. Podría suponerse que la labor psíquica, a veces muy considerable, impuesta al enfermo durante una cura catártica, y la

excitación consiguiente a la reproducción de sucesos traumáticos, han de actuar en sentido contrario al de la cura de reposo de Weir-Mitchell e impedir su éxito. Pero en realidad sucede todo lo contrario, pues por medio de la combinación de la terapia de Breuer con la de Weir-Mitchell se consigue toda la mejora física que esperamos de esta última y un resultado psíquico más amplio del que jamás se obtiene por medio de la sola cura de reposo sin tratamiento psicoterápico simultáneo.

II DIJIMOS antes que en nuestras tentativas de aplicar en amplia escala el método de Breuer tropezamos con la dificultad de que gran número de enfermos no resultaban hipnotizables, a pesar de haber sido diagnosticada de histeria su dolencia y ser favorables todos los indicios a la existencia del mecanismo psíquico por nosotros descrito. Siéndonos precisa la hipnosis para lograr la ampliación de la memoria, con objeto de hallar los recuerdos patógenos no existentes en la conciencia ordinaria, teníamos, pues, que renunciar a estos enfermos o intentar conseguir tal ampliación por otros caminos.

La razón de que unos sujetos fueran hipnotizables y otros no me era tan desconocida, como, en general, a todo el mundo, y de este modo no me era factible emprender un camino causal para salvar esta dificultad. Observé únicamente que en algunos enfermos era aún más considerable el obstáculo, pues se negaban incluso a la sola tentativa de hipnotizarlos. Se me ocurrió entonces que ambos casos podían ser idénticos, significando ambos una voluntad contraria a la hipnosis. Así, no serán hipnotizables aquellos sujetos que abrigaran recelos contra la hipnosis, se negasen o no abiertamente a toda tentativa de este orden. Pero en la hora presente no sé aún si debo o no sostener esta hipótesis.

Tratábase, pues, de eludir la hipnosis y descubrir, sin embargo, los recuerdos patógenos. He aquí cómo llegué a este resultado:

Cuando, al acudir a mí por vez primera los pacientes, les preguntaba si recordaban el motivo inicial del síntoma correspondiente, alegaban unos ignorarlo por completo, y comunicaban otros algo que les parecía un oscuro recuerdo, imposible de precisar y desarrollar. Si, ciñéndonos entonces a la conducta de Bernheim en la evocación de recuerdos correspondientes al

somnambulismo y aparentemente olvidados, los apremiaba yo, asegurándoles que no podían menos de saberlo y recordarlo, emergía en unos alguna ocurrencia y ampliaban otros el recuerdo primeramente evocado. Llegado a este punto, extremaba yo mi insistencia, hacia tenderse a los enfermos sobre un diván y les aconsejaba que cerrasen los ojos para lograr mayor «concentración»; circunstancias que daban al procedimiento cierta analogía con el hipnotismo, obteniendo realmente el resultado de que, sin recurrir para nada a la hipnosis, producían los pacientes nuevos y más lejanos recuerdos, enlazados con el tema de que tratábamos. Estas observaciones me hicieron suponer que había de ser posible conseguir por el simple apremio la emergencia de las series de representaciones patógenas seguramente dadas, y como este apremio constituía por mi parte un esfuerzo, hube de pensar que se trataba de vencer una resistencia del sujeto. De este modo concreté mis descubrimientos en la teoría de que *por medio de mi labor psíquica había de vencer una fuerza psíquica opuesta en el paciente a la percolación consciente (recuerdo) de las representaciones patógenas.* Esta energía psíquica debía de ser la misma que había contribuido a la génesis de los síntomas histéricos, impidiendo por entonces la percatación consciente de la representación patógena. Surgía aquí la interrogación de cuál podría ser esta fuerza y a qué motivos obedecía. Varios análisis, en los que se me ofrecieron ejemplos de representaciones patógenas olvidadas y rechazadas de la conciencia, me facilitaron la respuesta, descubriéndome un carácter común a este orden de representaciones. Todas ellas eran de naturaleza penosa, muy apropiadas para despertar afectos displacientes, tales como la vergüenza, el remordimiento, el dolor psíquico o el sentimiento de la propia indignidad; representaciones, en fin, que todos preferimos eludir y olvidar lo antes posible. De todo esto nacía como espontáneamente el pensamiento de la *defensa*. Sostienen, en general, los psicólogos que la acogida de una representación nueva (acogida en el sentido de creencia o de reconocimiento de su realidad) depende de la naturaleza y orientación de las representaciones ya reunidas en el *yo*, y han creado diferentes denominaciones técnicas para la censura[82], a la que es sometida la nueva representación afluyente. En nuestros casos ha afluido al *yo* del enfermo una representación que se demostró intolerable, despertando en él una energía de repulsión, encaminada

a su defensa contra dicha representación. Esta defensa consiguió su propósito, y la representación quedó expulsada de la conciencia y de la memoria sin que pareciera posible hallar su huella psíquica. Pero no podía menos de existir tal huella. Al esforzarme yo en orientar hacia ella la atención del paciente, percibía, a título de *resistencia*, la misma energía que antes de la génesis del síntoma se había manifestado como *repulsa*. Si me era posible demostrar que la representación había llegado a ser patógena, precisamente por la repulsa y la represión de que había sido objeto habría quedado cerrado el razonamiento. En varias de las epicrisis de los historiales clínicos que preceden, y en un breve trabajo sobre las neurosis de defensa[83], he intentado exponer las hipótesis psicológicas, con cuyo auxilio podemos explicar estos extremos, o sea, el hecho de la *conversión*.

Así, pues, una fuerza psíquica —la repugnancia del *yo*— excluyó primitivamente de la asociación a la representación patógena y se opuso a su retorno a la memoria. La ignorancia del histérico depende, por tanto, de una volición más o menos consciente, y el cometido del terapeuta consiste en vencer, por medio de una labor psíquica, esta *resistencia a la asociación*. Este fin se consigue, en primer lugar, por el «apremio», o sea, por el empleo de una coerción psíquica que oriente la atención del enfermo hacia las huellas de las representaciones buscadas. Pero no basta con esto; la labor del terapeuta toma en el análisis, como luego demostraré, otras distintas formas, y llama en su auxilio a otras fuerzas psíquicas.

Veamos primero el apremio. Con la simple afirmación «No tiene usted más remedio que saberlo. Reflexione un poco y se le ocurrirá», se adelanta muy poco. A las pocas frases, y por intensa que sea su «concentración», pierde el hilo el paciente. Pero no debemos olvidar que se trata aquí siempre de una comparación cuantitativa de la lucha entre motivos diferentemente enérgicos e intensos. El apremio ejercido por el médico no integra energía suficiente para vencer la «resistencia a la asociación» en una histeria grave. Hemos tenido, pues, que buscar otros medios más eficaces.

En primer lugar nos servimos de un pequeño artificio técnico. Comunicamos al enfermo que vamos a ejercer una ligera presión sobre su frente; le aseguramos que durante ella surgirá ante su visión interior una imagen, o en su pensamiento una ocurrencia, y le comprometemos a darnos

cuenta de ellas, cualesquiera que sean. No deberá detenerlas, pensando que no tienen relación con lo buscado, o, por serles desagradable, comunicarlas. Si nos obedece y prescinde de toda crítica y toda retención, hallaremos infaliblemente lo buscado. Dicho esto, aplicamos la mano a la frente del enfermo durante un par de segundos y, retirándola luego, le preguntamos con entonación serena, como si estuviéramos seguros del resultado: «¿Qué ha visto usted o qué se le ha ocurrido?»

Este procedimiento me ha descubierto muchas cosas, conduciéndome siempre al fin deseado. Sé, naturalmente, que podía sustituir la presión sobre la frente del enfermo por otra señal cualquiera, pero la he elegido por ser la que resulta más cómoda y sugestiva. Para explicar la eficacia de este artificio podría decir que equivalía a una «hipnosis momentáneamente intensificada», pero el mecanismo de la hipnosis tiene tanto de enigmático, que prefiero no referirme a él en una tentativa de aclaración. Diré, pues, más bien, que la ventaja de este procedimiento consiste en disociar la atención del enfermo de sus asuntos y reflexiones conscientes, análogamente a como sucede fijando la vista en una bola de vidrio, etcétera. Pero la teoría que deducimos del hecho de surgir siempre bajo la presión de nuestra mano los elementos buscados es la que sigue: la representación patógena, supuestamente olvidada, se halla siempre preparada «en lugar cercano», y puede ser encontrada por medio de una asociación asequible; trátase tan sólo de superar cierto obstáculo. Este obstáculo parece ser la voluntad misma del sujeto, y muchos de éstos aprenden a prescindir de tal voluntad y a mantenerse en una observación totalmente objetiva ante los procesos psíquicos que en ellos se desarrollan.

No es siempre un recuerdo «olvidado» lo que surge bajo la presión de la mano. Los recuerdos realmente patógenos rara vez se encuentran tan próximos a la superficie. Lo que generalmente emerge es una representación, que constituye un elemento intermedio entre aquella que tomamos como punto de partida y la patógena buscada, o es, a su vez, el punto inicial de una nueva serie de pensamientos y recuerdos, en cuyo otro extremo se encuentra la representación patógena. La presión no ha descubierto, entonces, la representación patógena —la cual, sin preparación previa y arrancada de su contexto, nos resultaría, además, incomprensible, pero nos ha mostrado el camino que a ella conduce, indicándonos el sentido en el que debemos

continuar nuestra investigación. La representación primeramente despertada por la presión puede corresponder también a un recuerdo perfectamente conocido y nunca reprimido. Cuando en el camino hacia la representación patógena pierde de nuevo el hilo la paciente, se hace necesario repetir el procedimiento para reconstituir el enlace y la orientación.

En otros casos despertamos con la presión un recuerdo que, no obstante ser familiar al paciente le sorprende con su emergencia, pues había olvidado su relación con la representación elegida como punto de partida. En el curso ulterior del análisis se hace luego evidente esta relación. Todos estos resultados de nuestro procedimiento nos dan la falsa impresión de que existe una inteligencia superior, exterior a la conciencia del enfermo, que mantiene en orden, para determinados fines, un considerable material psíquico, y ha hallado un ingenioso arreglo para su retorno a la conciencia. Pero, a mi juicio, esta segunda inteligencia no es sino aparente.

En todo análisis algo complicado laboramos repetidamente, o mejor aún, de continuo, con ayuda de este procedimiento (de la presión sobre la frente), el cual nos muestra, unas veces, el camino por el que hemos de continuar, a través de recuerdos conocidos desde el punto en el que se interrumpen las referencias despiertas del enfermo; nos llama, otras, la atención sobre conexiones olvidadas; provoca y ordena recuerdos que se hallaban sustraídos a la asociación desde muchos años atrás, pero que aún pueden ser reconocidos como tales, y hace emerger, en fin, como supremo rendimiento de la reproducción, pensamientos que el enfermo no quiere reconocer jamás como suyos, no *recordándolos* en absoluto, aunque confiesa que el contexto los exige indispensablemente, convenciéndole luego por completo al ver que precisamente tales representaciones traen consigo el término del análisis y la cesación de los síntomas.

Expondré aquí algunos ejemplos de los excelentes resultados de este procedimiento técnico. En una ocasión hube de someter a tratamiento a una muchacha, afecta desde seis años atrás de una insoportable tos nerviosa, que tomaba nuevas fuerzas con ocasión de cada catarro vulgar, pero que integraba, desde luego, fuertes motivos psíquicos. Habiendo fracasado todos los remedios puestos en práctica con anterioridad, intenté la supresión del síntoma por medio del análisis psíquico. La sujeto no sabía sino que su tos

nerviosa comenzó cuando tenía catorce años y se hallaba viviendo con una tía suya. No recordaba haber experimentado por aquella época excitación psíquica ninguna, ni creía que su enfermedad tuviera un motivo de este orden. Bajo la presión de mi mano, se acordó, en primer lugar, de un gran perro. Luego reconoció esta imagen mnémica: era el perro de su tía, que le tomó mucho afecto y la acompañaba a todas partes. Inmediatamente, y sin auxilio alguno, recordó que este perro enfermó y murió; que entre ella y otros niños le hicieron un entierro solemne, y que al volver de este entierro fue cuando surgió por vez primera su tos. Preguntada por qué y auxiliándola de nuevo por medio de la presión sobre la frente, surgió la idea que sigue: «Ahora estoy ya sola en el mundo. Nadie me quiere. Este animal era mi único amigo y lo he perdido». Luego prosiguió su relato: «La tos desapareció al dejar yo de vivir con mi tía, pero me volvió año y medio después». «¿Por qué causa?» «No lo sé». Volví a poner mi mano sobre su frente y la sujeto recordó la noticia de la muerte de su tía, al recibir la cual tuvo un nuevo ataque de tos. Luego emergieron pensamientos análogos a los anteriores. Su tía había sido la única persona de su familia que le había demostrado algún cariño. Así, pues, la representación patógena era la de que nadie la quería, prefiriendo todos siempre a los demás y siendo ella, en realidad, indigna de cariño, etc. Pero, además, la idea de «cariño» se adhería algo contra cuya comunicación surgió una tenaz resistencia. El análisis quedó interrumpido antes de llegar a un completo esclarecimiento.

Hace algún tiempo me fue confiada la labor de libertar de sus ataques de angustia a una señora ya entrada en años, cuyo carácter no era apropiado para el tratamiento psíquico. Desde la menopausia, había caído en una exagerada devoción y me recibía siempre, como si fuese el demonio, armada de un pequeño crucifijo de marfil que ocultaba en su mano derecha. Sus ataques de angustia, de naturaleza histérica, venían atormentándola desde su juventud, y provenían, a su juicio, del uso de un preparado de yodo que le recetaron contra una ligera inflamación del tiroides. Naturalmente, rechacé yo este supuesto origen e intenté sustituirlo por otro, más de acuerdo con mis opiniones sobre la etiología de los síntomas neuróticos. A mi primera pregunta en busca de una impresión de su juventud, que se hallase en relación

causal con los ataques de angustia, surgió, bajo la presión de mi mano, el recuerdo de la lectura de uno de aquellos libros llamados de devoción, en el cual se integraba una mención de los procesos sexuales. Este pasaje hizo a la sujeto un efecto contrario al que el autor se proponía. Rompió a llorar y arrojó el libro lejos de sí. Esto sucedió antes del primer ataque de angustia. Una nueva presión sobre la frente de la enferma hizo surgir otra reminiscencia: el recuerdo de un preceptor de su hermano, que le demostraba una respetuosa inclinación y le había inspirado también amorosos sentimientos. Este recuerdo culminaba en la reproducción de una tarde que pasó con sus hermanos y el joven profesor en amena y gratísima conversación. Aquella misma noche la despertó el primer ataque de angustia, enlazado más bien con una rebelión de la sujeto contra un sentimiento sexual que con el medicamento que entonces tomaba. Sólo nuestra técnica analítica podía permitir el descubrimiento de tal conexión, tratándose de una paciente como ésta, tan obstinada y tan prevenida contra mí y contra toda terapia mundana.

Otra vez se trataba de una señora joven, muy feliz en su matrimonio, que ya en sus primeros años juveniles aparecía todas las mañanas tendida sin movimiento en su lecho, presa de un estado de estupor, rígida, con la boca abierta y la lengua fuera, ataques que habían comenzado a repetirle, aunque no con tanta intensidad, cuando acudió a mí. No siéndome posible hipnotizarla con la profundidad deseable, emprendí el análisis en estado de concentración, y al ejercer por vez primera la presión sobre su frente, le aseguré que iba a ver algo directamente relacionado con las causas de aquellos estados de su infancia. La sujeto se condujo tranquila y obedientemente, viendo de nuevo la casa en que había transcurrido su niñez, su alcoba, la situación de su cama, la figura de su abuela, que por entonces vivía con ellos, y la de una de sus institutrices a la que había querido mucho. Luego se sucedieron varias pequeñas escenas sin importancia, que se desarrollaron en aquellos lugares y entre aquellas personas, terminando la evocación con la despedida de la institutriz, que abandonó la casa para contraer matrimonio. Ninguna de estas reminiscencias parecía poderme ser de alguna utilidad, pues no me era posible relacionarlas con la etiología de los

ataques. Sin embargo, integraban diversas circunstancias, por las que revelaban pertenecer a la época en que dichos ataques comenzaron.

Pero antes de poder reanudar el análisis en busca de más amplios datos, tuve ocasión de hablar con un colega, que había sido el médico de cabecera de los padres de la sujeto, asistiéndola cuando comenzó a padecer los ataques referidos. Era entonces nuestra paciente todavía una niña, pero de robusto y adelantado desarrollo. Al visitarla, hubo de observar mi colega el exagerado cariño que demostraba a su institutriz, y concibiendo una determinada sospecha, aconsejó a la abuela que vigilara las relaciones entre ambas. Al poco tiempo le dio cuenta la señora de que la institutriz acudía muchas noches al lecho de su educanda, la cual, siempre que esto ocurría, aparecía a la mañana con el ataque. No dudaron, pues, en alejar, sin ruido, a la corruptora. A. los niños, e incluso a la madre, se les hizo creer que la institutriz abandonaba la casa para contraer matrimonio.

La terapia consistió en comunicar a la paciente esta aclaración, cesando, por lo pronto, los ataques.

En ocasiones, los datos que obtenemos por el procedimiento de la presión sobre la frente del sujeto surgen en forma y circunstancias tan singulares, que nos inclinamos nuevamente a la hipótesis de una inteligencia inconsciente. Así, recuerdo de una señora, atormentada desde muchos años atrás por representaciones obsesivas y fobias, que, al interrogarla yo sobre el origen de sus padecimientos, me señaló como época del mismo sus años infantiles, pero sin que supiera precisar las causas que en ellos produjeron tales resultados patológicos. Era esta señora muy sincera e inteligente, y no oponía al análisis sino muy ligera resistencia. (Añadiré aquí que el mecanismo psíquico de las representaciones obsesivas presenta *gran* afinidad con el de los síntomas histéricos, empleándose para ambos en el análisis la misma técnica.)

Al preguntar a esta señora si, bajo la presión de mi mano, había visto algo o evocado algún recuerdo, me respondió que ninguna de las dos cosas, pero que, en cambio, se le había ocurrido una palabra. «¿Una sola palabra?» «Si, y, además, me parece una tontería». «Dígala, de todos modos». «Porteros». «¿Nada más?» «Nada más». Volviendo a ejercer presión sobre la frente de la enferma, obtuve otra palabra aislada: «Camisa». Me encontraba, pues, ante

una nueva forma de responder al interrogatorio analítico, y repitiendo varias veces la presión sobre la frente, reuní una serie de palabras sin coherencia aparente: «Portero-camisa-cama-ciudad-carro». Luego pregunté qué significaba todo aquello y la paciente, después de un momento de reflexión, me contestó como sigue: «Todas esas palabras tienen que referirse a un suceso que ahora recuerdo. Teniendo yo diez años y doce mi hermana mayor, sufrió ésta, por la noche, un ataque de locura furiosa, y hubo que atarla y llevarla en un carro a la ciudad. Me acuerdo que fue el portero quien la sujetó y la acompañó luego al manicomio».

Prosiguiendo en esta forma la investigación, obtuvimos otras series de palabras, y aunque no todas nos revelaron su sentido, sí fueron suficientes para continuar la historia iniciada y enlazarla con un segundo suceso. Pronto se nos descubrió también la significación de esta reminiscencia. La enfermedad de su hermana la había impresionado tanto porque tenía con ella un secreto común. Ambas dormían en el mismo cuarto y cierta noche habían ambas tolerado contactos sexuales por parte de la misma persona masculina. La mención de este trauma sexual sufrido en la niñez nos descubrió no sólo el origen de las primeras representaciones obsesivas, sino también el trauma patógeno ulterior. La singularidad de este caso consistía tan sólo en la emergencia de palabras aisladas que habíamos de transformar en frases, pues la aparente falta de relación y de coherencia es un carácter común a todas las ideas y escenas que surgen al ejercer presión sobre la frente de los sujetos. Luego, en el curso ulterior del análisis, resulta siempre que las reminiscencias aparentemente incoherentes se hallan enlazadas, en forma muy estrecha, por conexiones mentales, conduciendo directamente al factor patógeno buscado.

Así, recuerdo con agrado un análisis en el que mi confianza en los resultados de mi técnica fue duramente puesta a prueba, al principio, para quedar luego espléndidamente justificada: una señora joven, muy inteligente y aparentemente feliz, me consultó sobre un tenaz dolor que sentía en el bajo vientre y que ninguna terapia había logrado mitigar. Diagnostiqué una leve afección orgánica y ordené un tratamiento local.

Al cabo de varios meses volvió la sujeto a mi consulta, manifestándome que el dolor había desaparecido bajo los efectos del tratamiento prescrito, sin atormentarla de nuevo durante mucho tiempo, pero que ahora había surgido

otra vez, y ésta con carácter nervioso. Reconocía este carácter en el hecho de no sentirlo como antes, al realizar algún movimiento, sino sólo a ciertas horas —por ejemplo, al despertar— y bajo los efectos de determinadas excitaciones. Este diagnóstico, establecido por la propia enferma, era rigurosamente exacto. Tratábase, pues, de encontrar la causa de tal dolor, para lo cual se imponía el análisis psíquico. Hallándose en estado de concentración y bajo la presión de mi mano, al preguntarle yo si se le ocurría algo o veía alguna cosa, se decidió por esto último y comenzó a describirme sus imágenes visuales. Veía algo como el sol con sus rayos, imagen que, naturalmente, supuse fuese un fosfeno producido por la presión de mi mano sobre sus ojos. Esperé, pues, que a continuación vendría algo más aprovechable para nuestros fines analíticos, pero la enferma prosiguió: «Veo estrellas de una singular luz azulada, como de luna; puntos luminosos, resplandores, etcétera». Me disponía, por tanto, a contar este experimento entre los fracasados y a salir del paso en forma que la sujeto no advirtiese el fracaso, cuando una de las imágenes que iba describiendo me hizo rectificar. Veía ahora una gran cruz negra, inclinada hacia un lado, circunscrita por un halo de la misma luz lunar que había iluminado las imágenes anteriores y coronada por una llama. Esto no podía ser ya un fosfeno. Luego, y siempre acompañadas del mismo resplandor, fueron surgiendo otras muchas imágenes: signos extraños, semejantes a los dé la escritura del sánscrito; figuras triangulares y un gran triángulo bajo ellas; otra vez la cruz… Sospechando que esta última imagen pudiera tener una significación alegórica, pregunté sobre ello a la sujeto. «Probablemente es una alusión a mis dolores». A esto objeté yo que la cruz era, más corrientemente, un símbolo de una pesadumbre moral, e inquirí si en este caso se escondía algo semejante detrás de sus padecimientos físicos; pero la enferma no supo darme respuesta alguna y continuó atendiendo a sus imágenes visuales: un sol de dorados rayos, que interpretó como símbolo de Dios; la fuerza original, un monstruoso lagarto, un montón de serpientes; otra vez el sol, pero menos brillante y con rayos de plata, e interpuesta entre él y su propia persona, una reja que le oculta su centro.

Seguro de que todas estas imágenes eran alegorías, pregunté a la sujeto cuál era la significación de la última imagen, obteniendo sin vacilación ni

reflexión algunas la siguiente respuesta: «El sol es la perfección, el ideal, y la reja son mis defectos y debilidades, que se interponen entre el ideal y yo». «Pero ¿es que está usted descontenta consigo misma y se reprocha algo?» «¡Ya lo creo!» «¿Desde cuándo?» «Desde que formo parte de una sociedad teosófica y leo los escritos que publica. De todos modos, nunca he tenido gran opinión de mí». «¿Qué es lo que le ha impresionado más en estos últimos tiempos?» «Una traducción del sánscrito, que la sociedad está publicando ahora por entregas». Momentos después me hallaba al corriente de sus luchas espirituales y oía el relato de un pequeño suceso que le dio motivo para hacerse objeto de un reproche y con ocasión del cual aparecieron por vez primera, como consecuencia de una conversión de excitación, sus dolores, antes orgánicos. Las imágenes que al principio supuse fosfenos eran símbolos de pensamientos ocultistas y quizá emblemas de las cubiertas de los libros ocultistas leídos por la sujeto.

He alabado tan calurosamente los resultados del procedimiento auxiliar de ejercer presión sobre la frente del sujeto y he descuidado tan por completo, mientras tanto, la cuestión de la defensa o la resistencia, que seguramente habré dado al lector la impresión de que por medio de aquel pequeño artificio no es posible vencer todos los obstáculos psíquicos que se oponen a una cura catártica. Pero tal creencia constituiría un grave error. En la terapia no existe jamás tan gran facilidad, y toda modificación de importancia en cualquier terreno, exige una considerable labor. La presión sobre la frente del enfermo no es sino una habilidad para sorprender al *yo*, eludiendo así, por breve tiempo, su defensa. Pero en todos los casos algo importantes reflexiona en seguida el *yo* y desarrolla de nuevo toda su resistencia.

Indicaremos las diversas formas en las que esta resistencia se exterioriza. En primer lugar, la presión fracasa a la primera o segunda tentativa, y el sujeto exclama, decepcionado: «Creía que se me iba a ocurrir algo, pero nada se ha presentado». El paciente toma ya, así, una actitud determinada, pero esta circunstancia no debe contarse aún entre los obstáculos. Nos limitamos a decirle: «No importa; la segunda vez surgirá algo». Y así sucede, en efecto. Es singular cuán en absoluto olvidan, con frecuencia, los enfermos —incluso los más dóciles e inteligentes— el compromiso solemnemente contraído al

comenzar el tratamiento. Han prometido decir todo lo que se les ocurriera al poner nuestra mano sobre su frente, aunque les pareciera inoportuno o les fuera desagradable comunicarlo; esto es, sin ejercer sobre ello selección ni crítica alguna. Pero jamás cumplen esta promesa, que parece superior a sus fuerzas. La labor analítica queda constantemente interrumpida por sus afirmaciones de que otra vez vuelve a no ocurrírseles nada, afirmaciones a las que el médico no debe dar crédito ninguno, suponiendo siempre que el paciente silencia algo, por parecerle nimio o serle desagradable comunicarlo. Manifestándolo así al enfermo, renovará entonces la presión hasta obtener un resultado. En tales casos, suele el sujeto añadir: «Esto se lo hubiera podido decir ya la primera vez». «¿Y por qué no me lo dijo?» «Porque suponía que no tenía relación alguna con el tema que tratábamos. Sólo al ver que volvía a surgir una y otra vez es cuando me he decidido a decírselo» o «Porque creí que no era lo que buscábamos y esperaba poder evitarme el desagrado que me produce hablar de ello. Pero cuando me di cuenta de que no había medio de alejarlo de mi pensamiento, resolví decírselo». De este modo delata el enfermo, *a posteriori*, los motivos de una resistencia que al principio no quería reconocer, pero que no puede por menos de oponer a la investigación psíquica.

Es singular detrás de qué evasivas se oculta muchas veces esta resistencia: «Hoy estoy distraído. Me perturba el tictac del reloj o el piano que suena en la habitación de al lado». A estas aseveraciones he aprendido ya a contestar: «Nada de eso. Ha tropezado usted ahora con algo que no le es grato decir y quiere eludirlo». Cuanto más larga es la pausa entre la presión de mi mano y las manifestaciones del enfermo, mayor es mi desconfianza y más las probabilidades de que el sujeto esté dedicado a arreglar a su gusto la ocurrencia emergida, mutilándola al comunicarla. Las manifestaciones más importantes aparecen a veces —como princesas disfrazadas de mendigas— acompañadas de la siguiente superflua observación: «Ahora se me ha ocurrido algo, pero no tiene nada que ver con lo que tratamos. Se lo diré a usted, sólo porque lo quiere saber todo». Después de esta introducción surge casi siempre la solución que veníamos buscando desde mucho tiempo atrás. De este modo, extremo mi atención siempre que un enfermo comienza a hablarme despreciativamente de alguna ocurrencia. El hecho de que las

representaciones patógenas parezcan, al resurgir, tan exentas de importancia, es signo de que han sido antes victoriosamente rechazadas. De él podemos deducir en qué consistió el proceso de la repulsa: consistió en hacer de la representación enérgica una representación débil, despojándola de su afecto.

Así, pues, reconocemos el recuerdo patógeno, entre otras cosas, por el hecho de que el enfermo lo considera nimio, y, sin embargo, da muestras de resistencia al reproducirlo. Hay también casos en los que el enfermo intenta todavía negar su autenticidad: «Ahora se me ha ocurrido algo, pero seguramente me lo ha sugerido usted». Una forma especialmente hábil de esta negación consiste en decir: «Ahora se me ha ocurrido algo, pero me parece que no se trata de un recuerdo, sino de una pura invención mía en este momento». En todos estos casos me muestro inquebrantable, rechazo tales distingos y explico al enfermo que no son sino formas y pretextos de la resistencia contra la reproducción de un recuerdo que hemos de acabar por reconocer como auténtico.

En el retorno de imágenes se hace más fácil nuestra labor que cuando se trata de representaciones. Los histéricos, sujetos visuales en su mayor parte, oponen menos dificultades que los pacientes afectos de representaciones obsesivas a la labor del analítico. Una vez emergida la imagen, declara el enfermo mismo verla fragmentarse y desvanecerse conforme avanza en su descripción. *El paciente la va gastando y extinguiendo al ir traduciéndola en palabras*. Así, pues, la misma imagen mnémica nos marca el sentido en el que hemos de proseguir nuestra investigación. «Considere usted de nuevo la imagen. ¿Ha desaparecido ya?» «En conjunto, sí; pero aún veo tal o cual detalle». «Entonces es que aún conserva algún significado. Surgirá todavía algo nuevo o se le ocurrirá algo relacionado con ese detalle subsistente». Terminada la labor, queda libre el campo visual y podemos provocar otra imagen. Sin embargo, hay veces que una tal imagen permanece tenazmente presente a la visión interior del sujeto, y entonces he de suponer que aún le queda por decir algo muy importante sobre el tema correspondiente. En cuanto así lo hace, desaparece la imagen.

Para el progreso del análisis es, naturalmente, de extrema importancia que el médico conserve su autoridad sobre el enfermo, pues si no, dependerá de lo que éste quiera o no comunicarle. Es, por tanto, consolador oír que el

procedimiento de la presión no falla, en realidad, nunca, salvo en un único caso, del que luego trataré, adelantando, por ahora, que depende de un motivo especial de resistencia. También sucede, a veces, que empleamos el procedimiento en circunstancias en las que no puede extraer nada a la luz (por ejemplo, continuando la investigación de la etiología de un síntoma cuando ya ha quedado agotada, o investigando la genealogía psíquica de un síndrome somático). En estos casos afirma también el enfermo que nada se le ocurre, y esta vez con razón. Por tanto, es imprescindible no perder de vista ni un momento, durante el análisis, el rostro del paciente, y de este modo aprendemos, sin grandes dificultades, a distinguir la serenidad espiritual propia de la verdadera falta de reminiscencias, de la tensión y el afecto que invaden al sujeto cuando trata de negar, impulsado por la resistencia, el recuerdo emergente. En estas experiencias reposa la aplicación de nuestro procedimiento como diagnóstico diferencial

Así, pues, tampoco la labor con el procedimiento auxiliar de la presión deja de ser trabajosa. Se obtiene únicamente la ventaja de que, por los resultados de este procedimiento, averiguamos en qué dirección hemos de investigar. En muchos casos basta con esto; lo esencial es adivinar el secreto y confrontar con él al sujeto, el cual tiene entonces que hacer cesar su resistencia. En otros casos es preciso algo más; la resistencia del sujeto se exterioriza en la incoherencia de los elementos mnémicos emergentes, que no surgen sino incompletos y borrosos. Cuando en un período ya avanzado del análisis volvemos la vista a los anteriores, nos asombra comprobar cuán fragmentarias fueron las ocurrencias y las imágenes que arrancamos al sujeto por medio de la presión. Faltaba en ellas, precisamente, lo esencial, la relación con la persona o con el tema, y esta falta hacia incomprensible la imagen. He aquí un par de ejemplos de la acción de una tal censura, ejercida sobre el recuerdo patógeno en su primera emergencia. El enfermo ve un torso femenino, cuyas vestiduras se entreabren como por un descuido; pero sólo en un momento muy posterior del análisis llega a completar este torso con una cabeza, que delata ya a una persona y una relación determinadas. O relata una reminiscencia de su infancia, referente a dos niños —cuyas figuras se le muestran borrosas e irreconocibles— que fueron acusados de cierto vicio, y precisa luego de un largo espacio de tiempo y de grandes progresos del

análisis para volver a ver esta reminiscencia y reconocerse a sí mismo en uno de los niños.

¿De qué medios disponemos para vencer esta resistencia continuada? De muy pocos; esto es, de aquellos que, en general, puede emplear un hombre para ejercer una influencia psíquica sobre otro. Ante todo, hemos de decirnos que la resistencia psíquica, y más cuando se halla constituida desde mucho tiempo atrás, no puede ser suprimida sino muy lenta y paulatinamente. Es preciso esperar con paciencia. Después ha de contarse con el interés intelectual que, una vez iniciada la labor, despierta su curso en el enfermo. Instruyéndole y comunicándole detalles del maravilloso mundo de los procesos psíquicos, en el cual hemos logrado penetrar precisamente por medio de tales análisis, logramos convertirle en colaborador nuestro y le llevamos a observarse a sí mismo con el interés objetivo del investigador, rechazando así la resistencia basada en fundamentos afectivos. Por último —y ésta es nuestra más poderosa palanca—, después de haber acertado los motivos de su resistencia, tenemos que intentar desvalorizar tales motivos o, a veces, sustituirlos por otros más importantes. En este punto cesa la posibilidad de concretar en fórmulas la actividad psicoterápica. Actuamos lo mejor que nos es posible: como aclaradores, cuando una ignorancia ha engendrado un temor; como maestros, como representantes de una concepción universal más libre o más reflexiva, y como confesores, que, con la perduración de su interés y de su respeto después de la confesión, ofrecen al enfermo algo equivalente a una absolución. Intentamos, en fin, hacer al paciente todo el bien que permite la influencia de nuestra propia personalidad y la medida de la simpatía que el caso correspondiente es susceptible de inspirarnos. Para tal actividad psíquica es condición previa indispensable que hayamos acertado aproximadamente la naturaleza del caso y los motivos de la resistencia que manifiesta. Por fortuna, el procedimiento del apremio y la presión nos conducen, justamente, hasta este punto del análisis. Cuantos más enigmas de este orden hayamos resuelto, más fácil nos será resolver otros nuevos y antes podremos emprender la labor psíquica verdaderamente curativa. Es muy conveniente tener siempre en cuenta lo que sigue: como el enfermo se liberta de los síntomas histéricos en cuanto reproduce las impresiones patógenas causales, dándoles expresión verbal y exteriorizando

el afecto concomitante, la labor terapéutica *consistirá tan sólo en moverle a ello*, y una vez conseguido esto, no queda ya para el médico nada que corregir o suprimir. Todas las sugestiones contrarias que pudieran ser de aplicación las ha utilizado ya durante la lucha contra la resistencia.

Junto a los motivos intelectuales en que nos apoyamos para dominar la resistencia actúa un factor afectivo —la autoridad personal del médico—, del cual sólo muy raras veces podemos prescindir, siendo, en cambio, en un gran número de casos, el único que puede acabar con la resistencia. Pero esto sucede en todas las ramas de la Medicina y ningún método terapéutico renuncia por completo a la colaboración de éste, factor.

III EN el capítulo que precede hemos expuesto con toda claridad las dificultades de nuestra técnica. Ahora bien: habiendo agrupado en él todas las que nos han suscitado los casos más complicados, debemos también hacer constar que en muchos otros no es tan penosa nuestra labor. De todos modos, se habrá preguntado el lector si en lugar de emprender la penosa y larga labor que representa la lucha contra la resistencia, no sería mejor poner más empeño en conseguir la hipnosis o limitar la aplicación del método catártico a aquellos enfermos susceptibles de un profundo sueño hipnótico. A esta última proposición habría que contestar que entonces quedaría para mí muy limitado el número de enfermos, pues mis condiciones de hipnotizador no son nada brillantes. A la primera opondría mi sospecha de que el logro de la hipnosis no ahorra considerablemente la resistencia. Mi experiencia sobre este extremo es singularmente limitada, razón por la cual no puedo convertir tal sospecha en una afirmación; pero sí puedo decir que cuando he llevado a cabo una cura catártica, utilizando la hipnosis en lugar de la concentración, no he comprobado simplificación alguna de mi labor. Hace poco he dado fin a tal tratamiento, en cuyo curso logré la curación de una parálisis histérica de las piernas. La paciente entraba durante el análisis en un estado psíquico muy diferente del de vigilia, y caracterizado desde el punto de vista somático, por el hecho de serle imposible abrir los ojos o levantarse antes que yo le ordenase despertar. Y, sin embargo, en ningún caso he tenido que luchar contra una mayor resistencia. Por mi parte, no di valor alguno a aquellas manifestaciones somáticas, que al final de los diez meses, a través de los

cuales se prolongó el tratamiento, resultaban ya casi imperceptibles. El estado en que entraba esta paciente durante nuestra labor no influyó para nada en la facultad de recordar lo inconsciente ni en la peculiarísima relación personal del enfermo con el médico, propia de toda cura catártica. En el historial de Emmy de N. hemos descrito un ejemplo de una cura catártica realizada en un profundo estado de somnambulismo, en el cual apenas si existió alguna resistencia. Pero ha de tenerse en cuenta que esta sujeto no me comunicó nada que le fuera penoso confesar; nada que no hubiera podido decirme, igualmente, en estado de vigilia, en cuanto el trato conmigo le hubiera inspirado alguna confianza y estimación. Además, era éste mi primer ensayo de la terapia catártica y no penetré hasta las causas efectivas de la enfermedad, idénticas seguramente a las que determinaron las recaídas posteriores al tratamiento; pero la única vez que por casualidad la invité a reproducir una reminiscencia en la que intervenía un elemento erótico, mostró una resistencia y una insinceridad equivalentes a las de cualquiera de mis enfermas posteriores, tratadas sin recurrir al estado de somnambulismo. En el historial clínico de esta sujeto he hablado ya de su resistencia durante el estado hipnótico a otras sugestiones y mandatos. El valor de la hipnosis para la simplificación del tratamiento catártico se me ha hecho, sobre todo, dudoso, desde un caso en el que la más absoluta indocilidad terapéutica aparecía al lado de una completa obediencia en todo otro orden de cosas, hallándose la sujeto en un profundo estado de somnambulismo. Otro caso de este género es el de la muchacha que rompió su paraguas contra las losas de la calle, comunicado en el primer tercio del presente trabajo. Por lo demás, confieso que me satisfizo comprobar esta circunstancia, pues era necesaria a mi teoría la existencia de una relación cuantitativa, también en lo psíquico, entre la causa y el efecto.

En la exposición que antecede hemos hecho resaltar en primer término la idea de la *resistencia*. Hemos mostrado cómo en el curso de la labor terapéutica llegamos a la concepción de que la histeria nace por la represión de una representación intolerable, realizada a impulso de los motivos de la defensa, perdurando la representación como huella mnémica poco intensa y siendo utilizado el afecto que se le ha arrebatado para una inervación somática. Así, pues, la representación adquiriría carácter patógeno,

convirtiéndose en causa de síntomas patológicos, a consecuencia, precisamente, de su represión. Aquellas histerias que muestran este mecanismo pueden, pues, calificarse de *histerias de defensa*. Ahora bien: Breuer y yo hemos hablado repetidas veces de otras dos clases de histeria a las cuales aplicamos los nombres de «histeria hipnoide» e «histeria de retención». La histeria hipnoide fue la primera que surgió en nuestro campo visual. Su mejor ejemplo es el caso de Ana O., investigado por Breuer, el cual ha adscrito a esta histeria un mecanismo esencialmente distinto del de la defensa por medio de la conversión. En ella se haría patógena la representación por el hecho de haber surgido en ocasión de un especial estado psíquico, circunstancia que la hace permanecer, desde un principio, exterior al yo. No ha sido, por tanto, precisa fuerza psíquica alguna que mantenga fuera del *yo* a la representación, la cual no debería despertar resistencia ninguna al ser introducida en el *yo*. con ayuda de la actividad del estado de somnambulismo. Así, el historial clínico de Ana O. no registra el menor indicio de resistencia.

Me parece tan importante esta distinción, que ella me decide a mantener la existencia de la histeria hipnoide, a pesar de no haber encontrado en mi práctica médica un solo caso puro de esta clase. Cuantos casos he investigado han resultado ser de histeria de defensa. No quiere esto decir que no haya tropezado nunca con síntomas nacidos, evidentemente, en estados aislados de conciencia y que por tal razón habían de quedar excluidos del *yo*. Esta circunstancia se ha dado también en algunos de los casos por mí examinados; pero siempre que se me ha presentado he podido comprobar que el estado denominado hipnoide debía su aislamiento al hecho de basarse en un grupo psíquico previamente disociado por la defensa. No puedo, en fin, reprimir la sospecha de que la histeria hipnoide y la defensa coinciden en alguna raíz, siendo la defensa el elemento primario. Pero nada puedo afirmar con seguridad sobre este extremo.

Igualmente inseguro es, por el momento, mi juicio sobre la «histeria de retención», en el cual tampoco tropezaría la labor terapéutica con resistencia alguna. Una vez se me presentó un caso[84] que me pareció típico de la histeria de retención, haciéndome esperar un éxito terapéutico pronto y sencillo. La labor catártica se desarrolló, en efecto, sin dificultad ninguna,

pero también sin el menor resultado positivo. Así, pues, sospecho nuevamente, aunque con todas las reservas impuestas por mi imperfecto conocimiento de la cuestión, que también en el fondo de la histeria de retención hay algo de defensa, que ha dado carácter histérico a todo el proceso. Observaciones ulteriores decidirán si con esta tendencia a la extensión del concepto de la defensa a toda la histeria corremos peligro de caer en error.

He tratado hasta aquí de la técnica y las dificultades del método catártico, y quisiera agregar ahora algunas indicaciones de cómo con esta técnica se lleva a cabo un análisis. Es éste un tema para mi muy interesante; pero claro es que no puedo esperar que despierte igual interés en los que no han realizado ninguno de tales análisis. Nuevamente hablaré de la técnica, pero esta vez trataré de aquellas dificultades intrínsecas de las que no puede hacerse responsable al enfermo, dificultades que en parte habrán de ser las mismas en los casos de histeria hipnoide o de retención que en los de histeria de defensa, tomados aquí por modelo. Al iniciar esta última parte de mi exposición lo hago con la esperanza de que las singularidades psíquicas que aquí vamos a revelar puedan tener algún día cierto valor como materia prima para una dinámica de las representaciones.

La primera y más intensa impresión que tal análisis nos causa es, sin duda alguna, la de comprobar que el material psíquico patógeno que aparentemente ha sido olvidado, no hallándose a disposición del *yo* ni desempeñando papel alguno en la memoria ni en la asociación, se encuentra, sin embargo, dispuesto y en perfecto orden. No se trata sino de suprimir las resistencias que cierran el camino hasta él. Logrado esto, se hace consciente, como cualquier otro complejo de representaciones. Cada una de las representaciones patógenas tiene con las demás y con otras no patógenas, con frecuencia recordadas, enlaces diversos, que se establecieron a su tiempo y que quedaron conservados en la memoria. El material psíquico patógeno parece pertenecer a una inteligencia equivalente a la del vu normal. A veces, esta apariencia de una segunda personalidad llega casi a imponérsenos como una realidad innegable.

No queremos entrar a examinar por el momento si esta impresión responde efectivamente a un hecho real o si lo que hacemos es transferir a la

época de la enfermedad la ordenación que nos muestra el material psíquico después de lograda la solución del caso. De todos modos, como mejor podemos describir la experiencia lograda en estos análisis es colocándonos en el punto de vista que, una vez llegados al fin de nuestra labor, adoptamos para revisarla.

La cuestión no es casi nunca tan sencilla como se ha representado para determinados casos; por ejemplo, para el de un síntoma histérico nacido en un único gran trauma. En la inmensa mayoría de los casos no nos encontramos ante un único síntoma, sino ante cierto número de ellos, en parte independientes unos de otros y en parte enlazados entre sí. No esperaremos, pues, hallar un único recuerdo traumático, y como nódulo del mismo una sola representación patógena, sino, por el contrario, series enteras de traumas parciales y concatenaciones de procesos mentales patógenos. La histeria traumática monosintomática representa un organismo elemental, un ser monocelular, comparada con la complicada estructura de las graves neurosis histéricas corrientes.

El material psíquico de estas últimas histerias se nos presenta como un producto de varias dimensiones y, por lo menos de una *triple estratificación*. Espero poder demostrar en seguida estas afirmaciones. Existe, primero, un *nódulo*, compuesto por los recuerdos (de sucesos o de procesos mentales) en los que ha culminado el factor traumático o hallado la idea patógena su más puro desarrollo. En derredor de este nódulo se acumula un distinto material mnémico, con frecuencia extraordinariamente amplio, a través del cual hemos de penetrar en el análisis, siguiendo, como indicamos antes, tres órdenes diferentes. Primeramente se nos impone la existencia de una ordenación *cronológica lineal* dentro de cada tema. Como ejemplo, citaré la correspondiente al análisis de Ana O., llevado a cabo por Breuer. El tema era aquí el de «quedarse sorda» o «no oír», diferenciado conforme a siete distintas condiciones, cada una de las cuales encabezaba un grupo de diez a cien recuerdos cronológicamente ordenados. Parecía estar revisando un archivo, mantenido en el más minucioso orden. También en el análisis de mi paciente Emmy de N., y, en general, en todo análisis de este orden, aparecen tales «inventarios de recuerdos», que surgen siempre en un orden cronológico tan infaliblemente seguro como la serie de los días de la semana o de los

nombres de los meses en el pensamiento del hombre psíquicamente normal y dificultan la labor analítica por su particularidad de invertir en la reproducción el orden de su nacimiento; el suceso más próximo y reciente del inventario emerge primero como «cubierta» del mismo, y el final queda formado por aquella impresión con la cual comenzó realmente la serie.

A esta agrupación de recuerdos de la misma naturaleza en una multiplicidad linealmente estratificada, análoga a la constituida por un paquete de legajos, le he dado el nombre de formación de un *tema*. Ahora bien: estos temas muestran una segunda ordenación; se hallan *concéntricamente estratificados en derredor del nódulo patógeno*. No es difícil precisar qué es lo que constituye esta estratificación y conforme al aumento o la disminución de qué magnitud queda establecida la ordenación. Son *estratos* de la misma *resistencia*, creciente en dirección al nódulo, y con ello, *zonas de la misma modificación de la conciencia*, a las cuales se extienden los demás temas dados. Los estratos periféricos contienen de los diversos temas aquellos recuerdos (o inventarios de recuerdos) que el sujeto evoca con facilidad, habiendo sido siempre conscientes. Luego, cuanto más profundizamos, más difícil se hace al sujeto reconocer los recuerdos emergentes, hasta tropezar, ya cerca del nódulo, con recuerdos que el enfermo niega aun al reproducirlos.

Esta estratificación concéntrica del material psíquico-patógeno es, como más tarde veremos, la que presta al curso de nuestros análisis rasgos característicos. Hemos de mencionar todavía una tercera clase de ordenación, que es la esencial y aquélla sobre la cual resulta más difícil hablar en términos generales. Es ésta la ordenación conforme al contenido ideológico, el enlace por medio de los hilos lógicos que llegan hasta el nódulo; enlace al que en cada caso puede corresponder un camino especial, irregular y con múltiples cambios de dirección. Esta ordenación posee un carácter dinámico, en contraposición del morfológico de las otras dos estratificaciones antes mencionadas. En un esquema espacial habrían de representarse estas últimas por líneas rectas o curvas, y, en cambio, la representación del enlace lógico formaría una línea quebrada de complicadísimo trazado, que yendo y viniendo desde la periferia a las capas más profundas y desde éstas a la periferia, fuera, sin embargo, aproximándose cada vez más al nódulo,

tocando antes en todas las estaciones. Sería, pues, una línea en zigzag, análoga a la que trazamos sobre el tablero de ajedrez en la solución de los problemas denominados «saltos de caballo». O más exactamente aún: el enlace lógico constituiría un sistema de líneas convergentes y presentaría focos en los que irían a reunirse dos o más hilos, que a partir de ellos continuarían unidos, desembocando en el nódulo varios hilos independientes unos de otros o unidos por caminos laterales. Resulta así el hecho singular de que cada síntoma aparece con gran *frecuencia múltiplemente determinado o sobredeterminado*.

Esta tentativa de esquematizar la organización del material psíquico-patógeno quedará completada introduciendo en ella una nueva complicación. Puede, en efecto, suceder que el material patógeno presente más de un nódulo; por ejemplo, cuando nos vemos en el caso de analizar un segundo acceso histérico, que poseyendo su etiología propia se halla, sin embargo, enlazado a un primer ataque de histeria aguda dominado años atrás. No es difícil imaginar qué estratos y procesos mentales han de agregarse en estos casos para establecer un enlace entre los dos nódulos patógenos.

A este cuadro de la organización del material patógeno añadiremos aún otra observación. Hemos dicho que este material se comporta como un cuerpo extraño y que la terapia equivaldría a la extracción de un tal cuerpo extraño de los tejidos vivos. Ahora podemos ya ver cuál es el defecto de esta comparación. Un cuerpo extraño no entra en conexión ninguna con las capas de tejidos que lo rodean, aunque los modifica y les impone una inflamación reactiva. En cambio, nuestro grupo psíquico-patógeno no se deja extraer limpiamente del *yo*. Sus capas exteriores pasan a constituir partes del *yo* normal, y en realidad, pertenecen a este último tanto como a la organización patógena. El límite entre ambos se sitúa en el análisis convencionalmente, tan pronto en un lugar como en otro, habiendo puntos en los que resulta imposible de precisar. Las capas interiores se separarán del *yo* cada vez más, sin que se haga visible el límite de Jo patógeno. La organización patógena no se conduce, pues, realmente como un cuerpo extraño, sino más bien como un infiltrado. El agente infiltrante sería en esta comparación la resistencia. La terapia no consiste tampoco en extirpar algo —operación que aún no puede realizar la psicoterapia—, sino en fundir la resistencia y abrir así a la

circulación el camino hacia un sector que hasta entonces le estaba vedado.

(Me sirvo aquí de una serie de comparaciones incompatibles entre sí y que no presentan sino una limitada analogía con el tema tratado. Pero dándome perfecta cuenta de ello, estoy muy lejos de engañarme sobre su valor. Ahora bien: mi intención es más que la de presentar claramente, desde diversos puntos de vista, una cuestión nueva, nunca expuesta hasta ahora, y por este motivo me habré de permitir la libertad de continuar en páginas posteriores tales comparaciones, a pesar de su reconocida imperfección.)

Si una vez resuelto el caso pudiéramos mostrar el material patógeno en su descubierta organización complicadísima y de varias dimensiones a un tercero, nos plantearía éste, seguramente, la interrogación de cómo un tan amplio producto ha podido hallar cabida en la conciencia de cuya «angostura» se habla tan justificadamente. Este término de la «angostura de la conciencia» adquiere sentido y nueva vida a los ojos del médico que practica tal análisis. Nunca penetra en la conciencia del *yo* sino un solo recuerdo. El enfermo que se halla ocupado en la elaboración del mismo no ve nada de lo que detrás de él se agolpa y olvida lo que ya ha penetrado con anterioridad. Cuando el vencimiento de este recuerdo patógeno tropieza con dificultades (por ejemplo, cuando el enfermo mantiene su resistencia contra él y quiere reprimirlo y mutilarlo), queda interceptado el paso e interrumpida la labor. Nada nuevo puede emerger mientras dura esta situación, y el recuerdo en vías de penetración permanece ante el enfermo hasta que el mismo lo acoge en el área de su *yo*. Toda la amplia masa que forma el material patógeno tiene así que ir filtrándose a través de este desfiladero, llegando, por tanto, en fragmentos a la conciencia. De este modo, el terapeuta se ve obligado a reconstituir luego con estos fragmentos la organización sospechada, labor comparable a la de formar un *puzzle*.

Al comenzar un análisis en el que esperamos hallar tal organización del material patógeno, deberemos tener en cuenta que es *totalmente inútil penetrar directamente en el nódulo de la organización patógena*. Aunque llegáramos a adivinarla, no sabría el enfermo qué hacer con la explicación que le proporcionásemos, ni produciría en él tal explicación modificación psíquica alguna.

No hay, pues, más remedio que limitarse en un principio a la periferia del

producto psíquico-patógeno. Comenzamos, pues, por dejar relatar al enfermo todo lo que sabe y recuerda, orientando su atención y venciendo, por medio del procedimiento de la presión, las ligeras resistencias que puedan presentarse. Siempre que este procedimiento abre un nuevo camino, podemos esperar que el enfermo avance por él algún trecho sin nueva resistencia.

Una vez que hemos laborado en esta forma durante algún tiempo, surge por lo general en el paciente una fuerza colaboradora. Evoca, en efecto, multitud de reminiscencias, sin necesidad de interrogatorio por nuestra parte. Esto quiere decir que nos hemos abierto camino hasta una capa interior, dentro de la cual dispone ahora espontáneamente el sujeto de todo el material de igual resistencia. Durante algún tiempo deberemos entonces dejarle evocar sus recuerdos sin influir sobre él. No podrá, ciertamente, descubrir así enlaces importantes, y los elementos que vaya reproduciendo parecerán muchas veces incoherentes, pero nos proporcionarán el material al que más tarde dará coherencia el descubrimiento de la conexión lógica.

Hemos de guardarnos, en general, de dos cosas. Si coartamos al enfermo en la reproducción, de las ocurrencias emergentes, puede quedar «enterrado» algo que luego ha de costamos trabajo extraer a luz. Por otro lado, tampoco hemos de confiar demasiado en su «inteligencia» inconsciente, abandonándole la dirección del análisis. Esquematizando nuestra forma de laborar, podríamos, quizá, decir que tomamos a nuestro cargo la penetración en los estratos interiores, la penetración en dirección radial, y dejamos al enfermo la labor periférica.

La penetración se lleva a cabo venciendo la resistencia en la forma antes indicada. Sin embargo, hemos de realizar aún previamente una labor distinta. Tenemos, en efecto, que hacernos con una parte del hilo lógico, sin cuya guía no podemos abrigar esperanza alguna de penetrar en el interior. No debemos tampoco confiar en que las libres manifestaciones del enfermo, o sea, el material correspondiente a los estratos más superficiales, revelen al analítico el lugar del que parte el camino hacia el interior; esto es, cuál es el punto al que vienen a enlazarse los procesos mentales buscados. Por el contrario, queda este extremo cuidadosamente encubierto. La exposición del enfermo parece completa y segura sin conexiones ni apoyos de ningún género. Al principio nos encontramos ante ella como ante un muro que tapa por

completo la vista y no deja sospechar lo que al otro lado pueda haber.

Pero cuando consideramos críticamente la exposición que sin gran trabajo ni considerable resistencia hemos obtenido del enfermo, descubrimos siempre en ella lagunas y defectos. En unos puntos aparece visiblemente interrumpido el curso lógico y disimulada la solución de continuidad con un remiendo cualquiera; en otros, tropezamos con un motivo que no hubiera sido tal para un hombre normal. El enfermo no quiere reconocer estas lagunas cuando le llamamos la atención sobre ellas. Pero el médico obrará con acierto buscando detrás de estos puntos débiles el acceso a los estratos más profundos y esperando hallar aquí precisamente los hilos del enlace lógico. Así, pues, decimos al enfermo: «Se equivoca usted; eso no puede tener relación ninguna con lo demás de su relato. Tenemos que tropezar con algo distinto que va a ocurrírsele a usted ahora bajo la presión de mi mano».

Podemos, en efecto, exigir a los procesos mentales de un histérico, aunque se extienda hasta lo inconsciente, iguales concatenación lógica y motivación suficiente que a los de un hombre normal. La neurosis carece de poder bastante para debilitar estas relaciones. Si las concatenaciones de ideas del neurótico, y especialmente del histérico, nos dan una impresión diferente, y si en estos casos parece imposible explicar, por condiciones únicamente psicológicas, la relación de las intensidades de las diversas representaciones, ello no es sino una apariencia, debida, como ya indicamos, a la *existencia de motivos inconscientes ocultos*. Así, pues, siempre que tropezamos con una solución de continuidad en la coherencia o una motivación insuficiente, habremos de suponer existentes tales motivos.

Naturalmente, hemos de mantenernos libres, durante esta labor, del prejuicio teórico de que nos las habernos con cerebros anormales de degenerados y desequilibrados, a los que fuese propia, como estigma, la libertad de infringir las leyes psicológicas generales de la asociación de ideas, pudiendo crecer en ellas extraordinariamente y sin motivo de intensidad de una representación cualquiera y permanecer otra inextinguible sin razón psicológica que lo justifique. La experiencia muestra que en la histeria sucede todo lo contrario: una vez descubiertos y tomados en cuenta los motivos —que muchas veces han permanecido inconscientes—, no presenta la asociación de ideas histéricas nada enigmático ni contrario a las reglas.

De este modo, o sea, descubriendo las lagunas de la primera exposición del enfermo, disimuladas a veces por «falsos enlaces», nos apoderamos de una parte del hilo lógico en la periferia, y desde ella nos vamos abriendo luego camino hacia el interior.

Sin embargo, sólo muy raras veces conseguimos penetrar hasta los estratos más profundos guiados por el mismo hilo lógico. La mayor parte de las veces queda interrumpido en el camino, no proporcionándonos ya el procedimiento de la presión resultado ninguno, o proporcionándonos resultados que rehúyen toda aclaración y continuación. En estos casos aprendemos pronto a no incurrir en error y a descubrir en la fisonomía del enfermo si realmente hemos llegado a agotar el tema, si nos hallamos ante un caso que no precisa de aclaración psíquica, o si se trata de una extraordinaria resistencia que nos impone un alto en nuestra labor. Tratándose de esto último, y cuando no logramos vencer en breve plazo tal resistencia, podemos pensar que hemos perseguido el hilo hasta un estrato por ahora impenetrable. Deberemos, pues, abandonarlo y seguir otro, que podrá igualmente no llevarnos sino hasta el mismo estrato, y una vez que hemos perseguido todos los hilos conducentes a él, hallando así el punto de convergencia, del que no pudimos pasar siguiendo un hilo aislado, podemos disponernos a atacar de nuevo la resistencia.

No es difícil darse cuenta de lo complicada que puede llegar a ser tal labor. Penetramos, venciendo constantes resistencias, en los estratos interiores; adquirimos conocimiento de los temas acumulados en estos estratos y de los hilos que los atraviesan; probamos hasta dónde podemos penetrar con los medios de los que por el momento disponemos y los datos adquiridos; nos procuramos, por medio del procedimiento de la presión, las primeras noticias del contenido de las capas inmediatas; abandonamos y recogemos los hilos lógicos, los perseguimos hasta los puntos de convergencia, volvemos constantemente atrás y entramos, persiguiendo los «inventarios de recuerdos», en caminos laterales, que afluyen luego a los directos. Por último, avanzamos así hasta un punto en el que podemos abandonar la labor por capas sucesivas y penetrar por un camino principal directo hasta el nódulo de la organización patógena. Con esto queda ganada la batalla, pero no terminada. Tenemos aún que perseguir los hilos restantes y

agotar el material. Mas el enfermo nos auxilia ya enérgicamente, habiendo quedado ya rota, por lo general, su resistencia.

En estos estados avanzados de la labor analítica es conveniente adivinar la conexión buscada y comunicársela al enfermo antes que el mismo análisis la descubra. Si acertamos, apresuraremos el curso del análisis, y si nuestra hipótesis es errónea, nos auxiliará de todos modos, obligando al enfermo a tomar partido y arrancándole energías negativas, que delatarán un mejor conocimiento.

De este modo observamos con asombro *que no nos es dado imponer nada al enfermo con respecto a las cosas que aparentemente ignora ni influir sobre los resultados del análisis orientando su expectación*. No hemos comprobado jamás que nuestra anticipación modificara o falsease la reproducción de los recuerdos ni la conexión de los sucesos, circunstancia que se habría manifestado en alguna contradicción. Cuando algo de lo anticipado surge, efectivamente, luego queda siempre testimoniada su exactitud por múltiples reminiscencias insospechables. Así, pues, no hay temor alguno de que las manifestaciones que hagamos al enfermo puedan perturbar los resultados del análisis.

Otra observación que siempre podemos comprobar se refiere a las reproducciones espontáneas del enfermo. Podemos afirmar que durante el análisis no surge una sola reminiscencia carente de significación. En ningún caso vienen a mezclarse imágenes mnémicas impertinentes, asociadas en una forma cualquiera a las importantes. No debe, pues, admitirse una excepción de esta regla para aquellos recuerdos que, siendo nimios en sí, constituyen, sin embargo, elementos intermedios indispensables, pues forman el puente por el que pasa la asociación entre los recuerdos importantes. El tiempo que un recuerdo permanece en el desfiladero de acceso a la conciencia del enfermo es, como ya dijimos, directamente proporcional a su importancia. Una imagen que se resiste a desaparecer es que necesita ser considerada por más tiempo; un pensamiento que permanece fijo es que demanda ser continuado. Pero una vez agotada una reminiscencia o traducida una imagen en palabras, jamás emergen por segunda vez. Cuando esto sucede, habremos de esperar; con toda seguridad, que la segunda vez se enlazarán a la imagen nuevas ideas —o a la ocurrencia nuevas deducciones—; esto es, que no ha

tenido efecto un agotamiento completo. En cambio, observamos con gran frecuencia, sin que ello contradiga las afirmaciones que preceden, un retorno de la misma reminiscencia o imagen con intensidades diferentes, emergiendo, primero, como simple indicación, y luego, con toda claridad.

Cuando entre los fines del análisis figura el de suprimir un síntoma susceptible de intensificación o retorno (dolores, vómitos, contracturas, etc.), observamos durante la labor analítica el interesantísimo fenómeno de la *intervención* de dicho síntoma. Éste aparece de nuevo o se intensifica cada vez que entramos en aquella región de la organización patógena que contiene su etiología y acompaña así la labor analítica con oscilaciones características muy instructivas para el médico. La intensidad del síntoma (por ejemplo, de las náuseas) va creciendo conforme vamos penetrando más profundamente en los recuerdos patógenos correspondientes, alcanza su grado máximo inmediatamente antes de dar el enfermo expresión verbal a dichos recuerdos y disminuye luego de repente o desaparece por algún tiempo. Cuando el enfermo dilata mucho la expresión verbal de los recuerdos patógenos, oponiendo una enérgica resistencia, se hace intolerable la tensión de la sensación —en nuestro caso de las náuseas—, y si no logramos forzarle por fin a la reproducción verbal deseada, aparecerán incoerciblemente los vómitos. Recibimos así una impresión plástica de que el «vómito» sustituye a una acción psíquica, como lo afirma la teoría de la conversión.

Esta oscilación de la intensidad del síntoma histérico se repite cada vez que tocamos en la labor analítica una nueva reminiscencia patógena por lo que al mismo respecta. Si, por el contrario, nos vemos obligados a abandonar por algún tiempo el hilo al que dicho síntoma se enlaza, retorna éste a la oscuridad para volver a emerger en un ulterior período del análisis. Estas alternativas duran hasta que el síntoma queda totalmente derivado por el descubrimiento de todo el material patógeno correspondiente.

En un sentido estricto se conduce aquí el síntoma histérico exactamente como la imagen mnémica o la idea reproducida que hacemos emerger con la presión de nuestra mano sobre la frente del sujeto. En ambos casos la derivación es exigida por el mismo retorno obsesivo en la memoria del enfermo. La diferencia está tan sólo en la emergencia aparentemente espontánea de los síntomas histéricos, mientras que, en cambio, recordamos

haber provocado las escenas y ocurrencias. Pero la serie ininterrumpida de *restos mnémicos* no modificados de sucesos y actos mentales saturados de efectos, siempre nos lleva hasta los síntomas histéricos, sus *símbolos mnémicos*.

El fenómeno de la intervención del síntoma histérico en el análisis trae consigo un inconveniente práctico, con el cual quisiéramos reconciliar al enfermo. Es imposible llevar a cabo el análisis de una sola vez o distribuir las pausas de la labor de manera que coincidan en momentos de reposo en la derivación. Lo más corriente es que las interrupciones impuestas por las circunstancias accesorias del tratamiento recaigan en momentos nada oportunos, precisamente cuando íbamos acercándonos a un desenlace o cuando se iniciaba un nuevo tema. Es éste el mismo inconveniente que presenta la lectura de los folletines, en los cuales tropezamos con el «Se continuará» cuando más interesados estamos. En nuestro caso el tema iniciado, pero no agotado, o el síntoma intensificado y pendiente aún de aclaración, perdurarán en la vida anímica del enfermo, originando mayores perturbaciones que nunca. Pero es éste un mal irremediable. Hay enfermos que, una vez iniciado un tema en el análisis, no pueden ya abandonarlo, lo mantienen presente como una obsesión, incluso durante el intervalo entre dos sesiones del tratamiento, y como no les es posible conseguir por sí solos su derivación, sufren al principio más que antes de ponerse en cura. Pero también estos enfermos acaban por aprender a esperar al médico y a transferir a las horas del tratamiento todo el interés que les inspira la derivación del material patógeno, comenzando así a sentirse más libres en los intervalos.

También el estado general del enfermo durante tal análisis merece especial atención. Al principio pasa por un período en el cual no ejerce sobre él influencia alguna el tratamiento, dominando aún los factores primitivamente eficaces; pero después llega un momento en que el análisis absorbe el interés del enfermo, y desde entonces su estado general va dependiendo cada vez más del estado de la labor. Siempre que conseguimos un nuevo esclarecimiento y damos un paso importante en el análisis, siente el enfermo alivio, algo como un anticipo de la próxima liberación. Inversamente, cada detención del trabajo o cada amenaza de perturbación del

mismo acrecienta la carga psíquica que le oprime y eleva su sensación de infortunio y su incapacidad funcional. Felizmente dura poco esta agravación, pues el análisis sigue su curso, sin vanagloriarse de los momentos de bienestar ni preocuparse de los períodos de agravación, satisfaciéndonos en general haber logrado sustituir las oscilaciones espontáneas del estado del enfermo por aquellas otras que provocamos y comprendemos, del mismo modo que nos satisface ver surgir, en lugar de la desaparición espontánea de los síntomas, aquel orden del día que corresponde al estado del análisis.

Por lo general, se hace la labor al principio tanto más oscura y difícil cuanto más hondamente penetramos en el producto psíquico estratificado antes descrito. Pero una vez llegados al nódulo, se hace la luz, y no es ya de temer ninguna agravación en el estado general del enfermo. Sin embargo, no hemos de esperar el premio de nuestros esfuerzos, o sea, la cesación de los síntomas patológicos, hasta haber llevado a cabo el análisis completo de todos los síntomas. Es más: cuando cada uno de éstos se halla enlazado a los restantes por múltiples conexiones, ni siquiera obtenemos resultados positivos parciales que nos animen en nuestra labor. A causa de las múltiples conexiones causales existentes, cada una de las presentaciones patógenas aún no derivadas actúa como motivo de todas las creaciones de la neurosis, y sólo con las últimas palabras del análisis desaparece todo el cuadro patológico, siguiendo una conducta análoga a la de cada una de las reminiscencias aisladamente reproducidas.

Una vez descubierto por la labor analítica e introducido en el *yo* un recuerdo o un enlace patógeno, sustraídos antes a la conciencia del *yo*, observamos que la personalidad psíquica así ampliada manifiesta su enriquecimiento en diversas formas. Con especial frecuencia sucede que el enfermo, después de haberle impuesto nosotros, a fuerza de penoso trabajo, cierto conocimiento, alega haber sabido siempre aquello, habiéndonoslo podido comunicar desde un principio. Los más penetrantes reconocen luego que se trata de una ilusión y se acusan de ingratitud. Aparte de esto, la actitud del *yo* con respecto a la nueva adquisición depende del estrato del análisis del que la misma proceda. Aquello que pertenece a los estratos más exteriores es reconocido sin dificultad, pues continuaba siendo propiedad, del *yo*, y sólo su enlace con los estratos más profundos del material patógeno constituían para

aquél una novedad. Lo perteneciente a estos estratos más profundos acaba también siendo reconocido por el enfermo, pero sólo después de largas reflexiones y vacilaciones. Naturalmente, le es más difícil negar las imágenes mnémicas visuales que las huellas mnémicas de simples procesos mentales. Muchas veces dice al principio: «Es posible que haya pensado eso, pero no puedo recordar cuándo», y sólo después de haberse familiarizado con nuestra hipótesis llega a reconocerla como cierta, recordando y demostrando, por medio de múltiples conexiones secundarias, haber tenido, realmente, tales pensamientos. Por mi parte, sigo en el análisis el principio de hacer indispensable la valoración de una reminiscencia emergida de su reconocimiento o repulsa por parte del enfermo. No me cansaré de repetir que estamos forzados a aceptar todo aquello que extraemos a luz con nuestros medios. Si entre ello hubiera algo ilegítimo o inexacto, la coherencia posterior nos enseñaría a separarlo. Dicho sea de paso, apenas si he tenido alguna vez que rechazar una reminiscencia provisionalmente admitida. Todo lo emergido se ha demostrado luego exacto, a pesar de la engañosa apariencia de una contradicción.

Las representaciones procedentes de una mayor profundidad, que constituyen el nódulo de la organización patógena, son las que más trabajo cuesta al enfermo reconocer como recuerdos. Incluso cuando el enfermo se encuentra ya dominado por la coerción lógica y convencido del efecto curativo que acompaña precisamente a la emergencia de tales representaciones y acepta haber pensado tal o cual cosa, suele aún añadir: «De todos modos, no puedo *recordar* haber pensado así». En estos casos nos ponemos fácilmente de acuerdo con él manifestándole que se trataba de pensamientos *inconscientes*. Pero se nos plantea aquí la cuestión de cómo conciliar esta circunstancia con nuestras propias opiniones psicológicas. ¿Deberemos prescindir de esta negativa de reconocimiento por parte del enfermo, negativa que, una vez terminada la labor, carece de motivo, o habremos de suponer que se trata realmente de ideas que no han llegado a existir; esto es, de ideas para las cuales sólo había una posibilidad de existencia, aceptando así que la terapia consistiría en la realización de un acto físico no cumplido? Es imposible decir nada sobre esta cuestión, o sea, sobre el estado del material patógeno *antes* del análisis, sin una previa aclaración de

nuestras opiniones fundamentales sobre la naturaleza de la conciencia. Habremos de reflexionar sobre el hecho de que en tales análisis podemos perseguir un proceso mental desde lo consciente a lo inconsciente (esto es, a lo no reconocido como recuerdo), viéndole atravesar luego de nuevo lo consciente y terminar otra vez en lo inconsciente, sin que este cambio de la «iluminación psíquica» produzca en modificación alguna ni alteración de su estructura lógica ni de la coherencia de sus elementos. Si este proceso mental se nos presentase en su totalidad de una vez, no podríamos adivinar cuál parte de él era reconocida por el enfermo como un recuerdo y cuál otra no. Veríamos tan sólo penetrar en lo inconsciente los extremos del proceso mental, inversamente a como se ha afirmado de nuestros procesos psíquicos normales.

Voy a tratar, por último, de una circunstancia que en la realización de tal análisis catártico desempeña un papel indeseadamente importante. He indicado ya la posibilidad de un fracaso del procedimiento de la presión, caso en el cual no obtenemos, a pesar de todo nuestro apremio, reminiscencia alguna. Indiqué también que cuando así pasa, puede suceder que estemos investigando realmente un punto sobre el cual nada queda ya por decir al enfermo —circunstancia que reconocemos en su expresión serena— o que hayamos tropezado con una resistencia Sólo más tarde dominable; esto es, que nos hallamos ante un nuevo estrato en el que aún no podemos penetrar. Esto último lo reconoceremos en la expresión contraída del enfermo, que testimonia de su intenso esfuerzo mental. Pero es posible aún un tercer caso, que también supone un obstáculo ya no intrínseco, sino tan sólo exterior. Este caso se presenta cuando queda perturbada la relación del enfermo con el médico, y constituye el obstáculo más grave que puede oponerse a nuestra labor. Desgraciadamente, hemos de contar con él en todo análisis algo serio.

He indicado ya qué importante papel corresponde a la persona del médico en la creación de motivos encaminados al vencimiento de la resistencia. En no pocos casos, especialmente tratándose de sujetos femeninos y de la aclaración de procesos mentales eróticos, la colaboración del paciente se convierte en un sacrificio personal, que ha de ser compensado con un subrogado cualquiera de carácter sentimental.

El interés terapéutico y la paciente amabilidad del médico bastan como tal

subrogado. Cuando esta relación entre el enfermo y el médico sufre alguna perturbación, desaparecen también las buenas disposiciones del enfermo, y al intentar el médico investigar la idea patógena de turno, se interpone en el enfermo la conciencia de sus diferencias con el médico. Por lo que sé, aparece este obstáculo en tres casos principales:

1.º Cuando la enferma se cree descuidada, menospreciada u ofendida por el médico o ha oído algo contrario a éste o al tratamiento. Es éste el caso menos grave. El obstáculo queda fácilmente vencido con algunas explicaciones y aclaraciones mutuas, aunque la susceptibilidad y el rencor de los histéricos pueden manifestarse a veces con insospechada intensidad.

2.º Cuando la enferma es presa del temor de quedar ligada con exceso a la persona del médico, perder su independencia con respecto a él o incluso llegar a depender de él sexualmente. Este caso es más grave, por hallarse menos individualmente condicionado. El motivo de este obstáculo se encuentra contenido en la naturaleza de la labor terapéutica. La enferma tiene entonces un nuevo motivo de resistencia, la cual se manifiesta ya, no sólo con ocasión de un determinado recuerdo, sino en toda tentativa de tratamiento. Por lo general, se queja la enferma de dolor de cabeza cuando queremos emplear el procedimiento de la presión. Su nuevo motivo de resistencia permanece para ella inconsciente casi siempre, y se exterioriza por medio de un nuevo síntoma histérico. El dolor de cabeza significa su repugnancia a dejarse influir.

3.° Cuando la enferma se atemoriza al ver que transfiere[85] a la persona del médico representaciones displacientes emergidas durante el análisis, caso muy frecuente e incluso regular en ciertos análisis. La transferencia al médico se lleva a cabo por medio de una *falsa conexión*. Expondré aquí un ejemplo de este género: En una de mis pacientes, el origen de cierto síntoma había sido el deseo, abrigado muchos años atrás y relegado en el acto a lo inconsciente, de que un hombre, con el cual sostenía en una ocasión un íntimo diálogo, la abrazase y le diera un beso. Al terminar una de las sesiones de tratamiento, surgió en la paciente este mismo deseo referido a mi propia persona. Horrorizada, pasó la enferma una noche de insomnio, y a la sesión siguiente, aunque no se negó al tratamiento, su estado hizo inútil toda labor. Una vez averiguada la naturaleza del obstáculo y vencido éste, continuamos

el análisis, surgiendo entonces el deseo que tanto había asustado a la enferma, como el recuerdo patógeno más próximo y exigido por el enlace lógico. Así, pues, había sucedido lo siguiente: Primeramente, había surgido en la conciencia de la enferma el contenido del deseo, sin el recuerdo de los detalles accesorios que podían situarlo en el pasado, y el deseo así surgido fue enlazado, por la asociación forzosa, dominante en la conciencia, con mi persona, de la cual se ocupaba el pensamiento de la enferma en otro sentido totalmente distinto. Esta falsa conexión despertó el mismo afecto que en su día hizo rechazar a la enferma el deseo ilícito. Una vez conocido este proceso, puede ya el médico atribuir toda referencia a su persona a tal transferencia por falsa conexión. Pero los enfermos sucumben siempre al engaño.

Sólo sabiendo vencer las resistencias emergentes en estos tres casos nos es posible llevar a término un análisis. Conseguimos tal victoria tratando este síntoma, recientemente producido, en la misma forma que los antiguos.

Primeramente se nos plantea la labor de hacer consciente en la enferma el «obstáculo». Con una de mis pacientes, en la que de pronto comenzó a no obtener resultado alguno el procedimiento de la presión, teniendo ya motivos para sospechar la existencia de una idea inconsciente de las indicadas en el caso 2.º, procedí la primera vez por sorpresa. Le dije que, indudablemente, había surgido un obstáculo contrario a la continuación del tratamiento, pero que el procedimiento de la presión poseía, al menos, el poder de hacerla ver cuál era dicho obstáculo. A seguidas, puse en práctica tal procedimiento y la enferma exclamó: «¡Qué disparate! Le veo a usted sentado en esta butaca». Esta frase me bastó para encontrar la explicación deseada.

En otra enferma no solía revelarse así el «obstáculo», respondiendo directamente a la presión de mi mano sobre su frente, pero se me descubría en cuanto lograba situar a la paciente en el momento en que dicho obstáculo había surgido, cosa que jamás nos niega el procedimiento de la presión. Con el hallazgo del obstáculo quedaba salvada la primera dificultad, pero aún subsistía otra más considerable: la de hacer comunicar a la sujeto, cuando aparentemente se trataba de relaciones personales, en qué ocasión la tercera persona coincidía con la del médico.

Al principio no me satisfacía nada este incremento de mi labor psíquica,

hasta que comprobé que se trataba de un fenómeno regular y constante, y entonces observé también que tal transferencia no imponía, en realidad, un mayor trabajo. La labor de la paciente era la misma; esto es, la de vencer el afecto displaciente de haber abrigado por un momento un tal deseo, y con respecto al resultado, parecía indiferente que instituyésemos en tema de nuestras tareas analíticas la repulsa psíquica de dicho deseo, en el caso primitivo o en el reciente. Las enfermas aprendían también poco a poco a darse cuenta de que en tales transferencias sobre la persona del médico no se trata sino de una engañosa imaginación, que se desvanece al terminar el análisis. Pero creo que si prescindiéramos de explicarles la naturaleza del «obstáculo», no haríamos sino sustituir un nuevo síntoma histérico, aunque menos grave, a otro espontáneamente desarrollado.

Creo suficientes las indicaciones que preceden sobre la práctica de tales análisis y lo que en ellos descubrimos. Algunas cosas parecen en ellas más complicadas de lo que realmente son, pues muchas de ellas aparecen claras en el curso de una tal labor. No he enumerado las dificultades de la tarea analítica para despertar la impresión de que sólo en muy pocos casos vale la pena de emprender un análisis catártico. Por mi parte, opino todo lo contrario. No puedo detallar aquí las indicaciones precisas del método terapéutico cuya descripción antecede. Para ello habría de entrar en el tema, más amplio e importante, de la terapia de las neurosis en general. Muchas veces he comparado la psicoterapia catártica con una intervención quirúrgica y calificado mis curas de *operaciones psicoterápicas* persiguiendo sus analogías con la apertura de una cavidad llena de pus, el raspado de un hueso cariado, etc. Tal analogía encuentra su justificación no tanto en la separación de lo enfermo como en el establecimiento de mejores condiciones de curación para el curso del proceso.

Repetidamente he oído expresar a mis enfermos, cuando les prometía ayuda o alivio por medio de la cura catártica, la objeción siguiente: «Usted mismo me ha dicho que mi padecimiento depende probablemente de mi destino y circunstancias personales. ¿Cómo, no pudiendo usted cambiar nada de ello, va a curarme?» A esta objeción he podido contestar: «No dudo que para el Destino sería más fácil que para mí curarla, pero ya se convencerá

usted de que adelantamos mucho si conseguimos transformar su miseria histérica en un infortunio corriente. Contra este último podrá usted defenderse mejor con un sistema nervioso nuevamente sano».

VII

LAS NEUROPSICOSIS DE DEFENSA[86]

1894

ENSAYO DE UNA TEORÍA PSICOLÓGICA DE LA HISTERIA ADQUIRIDA, DE MUCHAS FOBIAS Y REPRESENTACIONES OBSESIVAS Y DE CIERTAS PSICOSIS ALUCINATORIAS

EL detenido estudio de varios enfermos nerviosos aquejados de fobias y representaciones obsesivas nos sugirió un intento de explicación de esos síntomas, que ulteriormente nos ha permitido descubrir el origen de tales representaciones patológicas en otros nuevos casos, razón por la cual lo creemos digno de publicación y examen. Simultáneamente a esta *teoría psicológica de las fobias y las representaciones obsesivas*, resultó de nuestra observación de los enfermos una aportación a la teoría de la histeria, o más bien una modificación de tal teoría, modificación que responde a un importante carácter común a la histeria y a la neurosis mencionada. Hemos tenido, además ocasión de penetrar en el mecanismo psicológico de una forma patológica de innegable carácter psíquico, y al hacerlo hallamos que la orientación de nuestro nuevo punto de vista permitía establecer un visible enlace entre tales psicosis y las dos neurosis a que nos venimos refiriendo. Al final del presente ensayo expondremos la hipótesis auxiliar, de la que en los tres casos indicados nos hemos servido.

COMENZAREMOS por presentar la modificación que nos parece

I indispensable introducir en la teoría de la neurosis histérica.

Desde los excelentes trabajos de P. Janet, J. Breuer y otros, parece indiscutible que el complejo sintomático de la histeria justifica las hipótesis de una disociación de la conciencia, con formación de grupos psíquicos separados. En cambio, por lo que respecta a las opiniones sobre el origen de esta disociación de la conciencia y sobre el papel que este carácter desempeña en la neurosis histérica, no reina tanta claridad.

Según la teoría de Janet[87], la disociación de la conciencia es un rasgo primario de la modificación histérica, y depende de una debilidad congénita de la capacidad de síntesis psíquica, o sea de una angostura del «campo de conciencia», que testimonia en calidad de estigma psíquico, de la degeneración de los individuos histéricos.

A la teoría de Janet, contra la cual pueden elevarse, a nuestro juicio, numerosas objeciones, se opone la desarrollada por J. Breuer en nuestra comunicación sobre la histeria[88]. Según Breuer, es «base y condición» de la histeria la existencia de singulares estados de conciencia oniriformes, con disminución de la facultad asociativa, para los cuales propone el nombre de «estados *hipnoides*». La disociación de la conciencia es entonces una disociación secundaria adquirida, motivada por el hecho de que las representaciones surgidas en los estados hipnoides se hallan excluidas del comercio asociativo con los restantes contenidos de la conciencia.

Como prueba de nuestras anteriores afirmaciones, podemos presentar ahora dos o tres formas extremas de la histeria, en las cuales no puede considerarse primaria, en el sentido de Janet, la disociación de la conciencia. En la primera de dichas formas nos ha sido posible demostrar repetidas veces que la disociación del contenido de la conciencia es consecuencia de una volición del enfermo, siendo iniciada por un esfuerzo de la voluntad, cuyo motivo puede ser determinado. Naturalmente, no afirmamos con esto que el enfermo se proponga provocar una disociación de la conciencia. La intención del enfermo es muy otra, y no llega a cumplirse, acarreando, en cambio, una disociación de la conciencia.

En una tercera forma de la histeria, que se no ha descubierto en el análisis psíquico[89] de enfermos inteligentes, desempeña la disociación de la conciencia un papel insignificante o quizá nulo. Son éstos los casos en los

que sólo perdura la reacción a estímulos traumáticos, y que pueden ser curados por derivación del trauma, o sea, las puras *histerias de retención*.

A los fines de nuestro estudio de las fobias y las representaciones obsesivas sólo nos interesa la segunda forma de la histeria, a la cual damos, por motivos fácilmente visibles, el nombre de histeria de *defensa*, distinguiéndola así de las histerias hipnoides y de las de retención.

Igualmente podríamos presentar por lo pronto estos casos de histeria como «adquiridos», pues en ellos no podrá hablarse para nada de una grave tara hereditaria ni de una propia disminución degenerativa.

Los dos pacientes por mí analizados habían gozado, en efecto, de salud psíquica hasta el momento en que surgió en su vida de representación un caso de incompatibilidad; esto es, hasta que llegó a su *yo* una experiencia, una representación o una sensación, que al despertar un afecto penosísimo movieron al sujeto a decidir olvidarlos, no juzgándose con fuerzas suficientes para resolver por medio de una labor mental la contradicción entre su *yo* y la representación intolerable.

Tales representaciones intolerables florecen casi siempre, tratándose de sujetos femeninos, en el terreno de la experiencia o la sensibilidad sexuales, y las enfermas recuerdan con toda la precisión deseable sus esfuerzos para rechazarlas y su propósito de dominarlas y no pensar en ellas. Nuestra actividad clínica nos ha dado a conocer multitud de casos de este género, entre los que citaremos el de una muchacha que, hallándose asistiendo a su padre enfermo, se reprochaba duramente pensar en un joven que la había hecho experimentar una ligera impresión erótica[90] el de una institutriz, enamorada del señor de la casa, que decidió ahogar su amorosa inclinación por un sentimiento de orgullo[91].

No puedo afirmar que tal esfuerzo de la voluntad por expulsar del pensamiento algo determinado sea un acto patológico, ni tampoco que aquellas personas que bajo iguales influencias psíquicas permanecen sanas, consigan realmente el deseado olvido. Sólo sé que en los pacientes por mí analizados no había sido nunca alcanzado, llevándolos, en cambio, a diversas reacciones patológicas, que produjeron, bien una histeria, bien una representación obsesiva o una psicosis alucinatoria. En la capacidad de provocar con el indicado esfuerzo de la voluntad uno de dichos estados,

enlazados todos con una disociación de la conciencia, hemos de ver la expresión de una disposición patológica, que, sin embargo, no ha de identificarse necesariamente con una «degeneración» personal o hereditaria.

Sobre el camino que conduce desde el esfuerzo de voluntad del paciente hasta la emergencia del síntoma histérico me he formado una opinión, que en el lenguaje abstracto-psicológico usual puede formularse aproximadamente como sigue: la labor que el *yo* se plantea de considerar como *non arrivée* la representación intolerable es directamente insoluble para él; ni la huella mnémica ni el afecto a ella inherente pueden ser hechos desaparecer una vez surgidos. Pero hay algo que puede considerarse equivalente a la solución deseada, y es lograr *debilitar* la representación de que se trate, despojándola del afecto a ella inherente; esto es, de la magnitud de estímulo que consigo trae. La representación así debilitada no aspirará ya a la asociación. *Mas la magnitud de estímulo de ella separada habrá de encontrar un distinto empleo*.

Hasta aquí muestran la histeria y las fobias y representaciones obsesivas iguales procesos. No así en adelante. En la histeria, la representación intolerable queda hecha inofensiva por la *transformación de su magnitud de estímulo en excitaciones somáticas,* proceso para el cual proponemos el nombre de *conversión*[92].

La conversión puede ser total o parcial, y sucede a aquella inervación motora o sensorial más o menos íntimamente enlazada con el suceso traumático. El *yo* consigue con ello verse libre de contradicción; pero, en cambio, carga con un símbolo mnémico que en calidad de inervación motora insoluble o de sensación alucinatoria de continuo retorno habita como un parásito en la conciencia y perdura hasta que tiene lugar una conversión opuesta. La huella mnémica no desaparece por ello, sino que forma a partir de aquí el nódulo de un segundo grupo psíquico.

En pocas palabras expondré nuestra anunciada opinión de los procesos psicofísicos en la histeria; constituido tal nódulo de una disociación histérica en un «momento traumático», crece luego en otros momentos, a los que podemos llamar «momentos traumáticos auxiliares», en cuanto una nueva impresión de igual género consigue traspasar las barreras alzadas por la voluntad, aportar nuevo afecto a la representación debilitada e imponer por

algún tiempo el enlace asociativo de ambos grupos psíquicos hasta que una nueva conversión restablece la defensa. La distribución del estímulo que así se establece en la histeria resulta casi siempre harto inestable. La excitación, impulsada por un falso camino (por el de la inervación somática), retrocede entre tanto hasta la representación, de la que fue separada, y fuerza entonces al sujeto a su elaboración asociativa o a su descarga en ataques histéricos, como lo prueba la conocida antítesis, formada por los ataques y los síntomas permanentes. El efecto del método catártico de Breuer consiste en crear un retroceso de la excitación desde lo físico a lo psíquico y conseguir luego solucionar la contradicción por medio del trabajo mental del sujeto y descargar la excitación por medio de la comunicación oral.

Si la disociación de la conciencia en la histeria adquirida reposa sobre un acto de la voluntad, se explica ya fácilmente el hecho singular de que la hipnosis amplíe siempre la restringida conciencia de los histéricos y haga accesible el grupo psíquico disociado. Sabemos, en efecto, que todos los estados análogos al sueño suprimen aquella distribución de la energía, sobre la que reposa la «voluntad» de la personalidad consciente.

Consideramos, pues, como el factor característico de la histeria no la disociación de la conciencia, sino la *facultad de conversión*, y vemos una parte muy importante de la disposición a la histeria, por lo demás aún desconocida, en la transferencia a la inervación somática, de tan grandes magnitudes de inervación.

Esta propiedad no excluye por si sola la salud psíquica, y no conduce a la histeria más que en el caso de una incompatibilidad psíquica o de un almacenamiento de la excitación. Con esta orientación nos acercamos Breuer y yo a las conocidas definiciones dadas por Oppenheim[93] y Struempell[94], separándonos, en cambio, de Janet, que atribuye un papel demasiado amplio en la característica de la histeria a la disociación de la conciencia. Con la exposición que antecede esperamos, por nuestra parte, haber hecho comprensible el enlace de la conversión con la disociación histérica de la conciencia.

II CUANDO en una persona de disposición nerviosa no existe la aptitud a la conversión, y es, no obstante, emprendida para rechazar una representación

intolerable la separación de la misma de su afecto concomitante, *este afecto tiene que permanecer existiendo en lo psíquico*. La representación así debilitada queda apartada de toda asociación en la conciencia, *pero su afecto devenido libre se adhiere a otras representaciones no intolerables en sí, a las que este «falso enlace» convierte en representaciones obsesivas*. Ésta es, en pocas palabras, la teoría psicológica de las representaciones obsesivas y las fobias, a la que aludimos al iniciar el presente estudio.

Indicaremos ahora cuáles de los eslabones de esta teoría son directamente comprobables y cuáles otros han sido añadidos por nosotros a modo de complemento. Directamente comprobable es, en primer lugar, a más del término del proceso, o sea la representación obsesiva, la fuente de la que nace el afecto falsamente enlazado. En todos los casos por mí analizados era la *vida sexual* la que había suministrado un afecto penoso de la misma calidad exactamente que el enlazado a la representación obsesiva. Teóricamente no es imposible que este afecto nazca alguna vez en otros sectores; mas nuestra experiencia clínica no nos ha presentado hasta ahora caso ninguno de este género. Por otro lado, es comprensible que la vida sexual sea la que más ocasiones dé para la emergencia de representaciones intolerables.

Directamente comprobable es también, por las inequívocas manifestaciones de los enfermos, el esfuerzo de voluntad, la tentativa de defensa, a la que nuestra teoría da singular importancia, y en toda una serie de casos afirman los enfermos mismos que la fobia o la representación obsesiva surgió cuando el esfuerzo de voluntad parecía haber alcanzado su intención. «Una vez me sucedió algo muy desagradable, y me propuse con todas mis fuerzas apartarlo de mi imaginación y no pensar en ello. Por fin lo conseguí; pero entonces surgió esto que ahora me pasa y de lo que no he conseguido librarme». Con estas palabras me confirmó una paciente los puntos principales de la teoría aquí desarrollada.

No todos los enfermos de representaciones obsesivas ven tan claramente el origen de las mismas. Por lo general, cuando llamamos la atención del enfermo sobre la representación primitiva, de naturaleza sexual, obtenemos la respuesta siguiente: «No; eso no tiene nada que ver con mi estado actual. Nunca pensé mucho en ello. Al principio sí me asustó un poco; pero luego dejó de preocuparme, y no me ha vuelto a intranquilizar». Esta objeción tan

frecuente integra una prueba de que la representación obsesiva constituye un sustitutivo o un subrogado de la representación sexual intolerable y la ha sustituido en la conciencia.

Entre el esfuerzo de voluntad del paciente, que consigue reprimir la representación sexual inaceptable, y la emergencia de la representación obsesiva, que, poco intensa en sí, aparece aquí provista de un afecto incomprensiblemente intenso, se abre la laguna que nuestra teoría intenta llenar. La separación de la representación sexual de su afecto, y el enlace del mismo con otra representación adecuada, pero no intolerable, son procesos que se desarrollan sin que la conciencia tenga noticia de ellos, y que, por tanto, sólo podemos suponer, sin que nos sea dable demostrarlos por medio de un análisis clinocopsicológico. Quizá fuera más exacto decir que no se trata de procesos de naturaleza psíquica, sino de procesos físicos, cuya consecuencia psíquica se manifiesta como si lo expresado con los términos de «separación de la representación de su afecto y falso enlace de este último» hubiera sucedido realmente.

Junto a los casos que demuestran una sucesión de la representación sexual intolerable y la representación obsesiva hallamos otros, en los que se nos muestra una coexistencia de representaciones obsesivas y representaciones sexuales de carácter penoso.

Estas últimas no pueden calificarse apropiadamente de «representaciones obsesivas sexuales», pues carecen de un carácter esencial de las representaciones obsesivas, toda vez que se muestran perfectamente justificadas, mientras que el carácter penoso de las representaciones obsesivas comunes constituye un problema para el médico y para el enfermo. En cuanto me ha sido dado penetrar en casos de este género, he podido comprobar que se trata de una defensa continuada contra representaciones sexuales distintas, incesantemente emergentes, o sea, de una labor que no había llegado a término.

Los enfermos suelen ocultar sus representaciones obsesivas en tanto tienen conciencia de su procedencia sexual. Cuando se lamentan de ellas manifiestan generalmente su asombro de sucumbir al efecto correspondiente, angustiarse, experimentar determinados impulsos, etc. En cambio, el médico, perito en la materia, encuentra justificado y comprensible el afecto, hallando

tan sólo singular su enlace con una representación que no lo justifica. O dicho de otro modo: el afecto de la representación obsesiva le parece *dislocado* o *transpuesto*, y si ha adoptado la teoría aquí descrita, intentará en toda una serie de casos de representaciones obsesivas sus transposición regresiva a lo sexual.

Para el enlace secundario del afecto devenido libre puede ser utilizada cualquier representación que por su naturaleza sea susceptible de conexión con un afecto de la *cualidad* dada o tenga con la intolerable ciertas relaciones, a consecuencia de las cuales aparezca utilizable como subrogado suyo. Así, la angustia devenida libre, y cuyo origen sexual no debe ser recordado, se enlaza a las comunes fobias primarias de los hombres, a los animales, a las tormentas, a la oscuridad, etcétera, o a cosas de innegable relación asociativa con lo sexual, tales como los actos de orinar y defecar, y, en general, a la impureza y al contagio.

La ventaja que obtiene el *yo*, eligiendo para la defensa el camino de la *transposición* del afecto, es menor que la que ofrece la conversión histérica de excitación psíquica en inervación somática. El afecto bajo el cual ha padecido el *yo* permanece intacto, con la sola diferencia de que la representación intolerable queda excluida del recuerdo. Las representaciones así reprimidas constituyen por su parte el nódulo de un segundo grupo psíquico, accesible, a nuestro parecer, también sin la ayuda de la hipnosis. El que en las fobias y las representaciones obsesivas y las representaciones obsesivas falten aquellos visibles síntomas concomitantes a la formación de un grupo psíquico independiente, obedece probablemente a que en el primer caso toda la modificación permanece circunscrita a lo psíquico, no experimentando cambio alguno la relación entre la excitación psíquica y la inervación somática.

Con algunos ejemplos de naturaleza probablemente típica-aclarararemos lo dicho hasta aquí sobre las representaciones obsesivas:

1) Una muchacha padece de reproches obsesivos. Cuando en el periódico lee haberse descubierto, una falsificación de moneda o un crimen, cuyo autor se ignora, piensa en seguida estar complicada en la falsificación, o se pregunta con angustia si no habrá sido ella la homicida, dándose, sin embargo, clara cuenta de lo absurdo de tales imaginaciones. Durante algún

tiempo tal conciencia de su culpabilidad adquirió tan gran dominio sobre ella, que llegó a ahogar su juicio crítico, llevándola a acusarse ante sus familiares y su médico de haber cometido realmente semejantes delitos. Un penetrante interrogatorio descubrió el origen de su conciencia de culpabilidad. Excitada por una sensación voluptuosa, casualmente experimentada, y arrastrada por los consejos de una amiga suya, había comenzado a masturbarse, y venía practicándola desde varios años atrás, con plena conciencia de su falta, que se reprochaba duramente, pero, como de costumbre en estos casos, sin conseguir enmienda. Un exceso cometido al retorno de un baile provocó la emergencia de la psicosis. La paciente curó después de algunos meses de tratamiento y de severa vigilancia.

2) Otra muchacha padecía el temor de verse atacada de incontinencia de orina desde que un vehemente deseo de orinar la había obligado a abandonar en una ocasión un teatro durante un concierto. Esta fobia la había incapacitado poco a poco para toda vida social. Sólo se sentía tranquila cuando sabía tener próximo un *w. c.* al que poder llegar disimuladamente. No existía en ella vestigio alguno de enfermedad orgánica que pudiese justificar sus temores. Hallándose en su casa, entre sus familiares, no experimentaba jamás el temido incoercible deseo, ni tampoco durante la noche. Un detenido examen descubrió que dicho deseo la había acometido por vez primera en las siguientes circunstancias: en la sala de conciertos se hallaba sentado cerca de ella un caballero, que no le era indiferente. Al verle comenzó a pensar en él y a imaginarse ser su mujer y estar sentada a su lado. Durante esta ensoñación experimentó aquella sensación que en las mujeres hemos de comparar a la erección masculina, y que en su caso —ignoramos si en todos— terminó con un ligero deseo de orinar. La referida sensación sexual, habitual en ella, la asustó en esta ocasión, porque había formado el firme propósito de combatir su inclinación amorosa, e inmediatamente el afecto inherente a la misma se transfirió al deseo de orinar que la acompañaba, viéndose obligada la sujeto, después de una penosa lucha, a abandonar la sala. Esta joven, a quien toda realidad sexual horrorizaba, no concibiendo siquiera que pudiera casarse algún día, era, por otro lado, de una tal hiperestesia sexual, que en las ensoñaciones eróticas a que se abandonaba gustosa experimentaba regularmente la referida sensación voluptuosa. El deseo de orinar había

acompañado siempre a la erección, sin haberla impresionado hasta el día del concierto. El tratamiento alcanzó la curación casi completa de la fobia.

3) Una joven, casada, que en cinco años de matrimonio sólo había tenido un hijo, se me quejaba de sentir un impulso obsesivo de arrojarse por el balcón, y de que a la vista de un cuchillo se apoderaba de ella el miedo a verse impulsada a cogerlo y matar con él a su hijo. A mis preguntas confesó que sólo muy raras veces practicaba ya el comercio matrimonial, y siempre con precauciones para evitar la concepción, añadiendo que ello no le disgustaba nada, pues era de naturaleza poco sensual. Por mi parte hube de manifestarle que lo cierto era que a la vista de los hombres surgían en ella representaciones eróticas, y que este hecho la había llevado a perder su confianza en sí misma, apareciéndose como una persona degradada y capaz de todo. Esta retraducción de la representación obsesiva a lo sexual alcanzó pleno éxito. La paciente confesó llorando su miseria conyugal, por tanto tiempo ocultada, y me comunicó más tarde varias representaciones penosas de carácter sexual no modificado, tales como la sensación frecuentísima de que se le entraba algo por debajo de las faldas.

Terapéuticamente he aprovechado estas repetidas experiencias para orientarme, a pesar de las protestas del enfermo, en los casos de fobias y representaciones obsesivas hacia las representaciones sexuales reprimidas, y cegar, cuando ello es posible, las fuentes de que provienen. Naturalmente, no puedo afirmar que todas las fobias y todas las representaciones obsesivas nazcan en la forma aquí descrita, pues, en primer lugar, mi experiencia no comprende sino un número de formas muy limitado en comparación con las muchas que toman estas neurosis, y en segundo, sé muy bien que estos síntomas «psicasténicos» (según la calificación de Janet) no son todos equivalentes[95]. Hay, por ejemplo, fobias puramente histéricas. Pero, a mi juicio, el mecanismo de la *transposición* del afecto es propio de la gran mayoría de las fobias y representaciones obsesivas, y creo que estas neurosis, que tan pronto hallamos aisladas como combinadas con la histeria o la neurastenia, no deben ser confundidas con la neurastenia, en la que no se puede suponer un mecanismo *psíquico* como síntoma fundamental.

III

EN los dos casos hasta ahora examinados, la defensa contra la

representación intolerable tenía efecto por medio de la disociación de su afecto concomitante. La representación permanecía en la conciencia, si bien aislada y debilitada. Pero hay aún otra forma de la defensa mucho más enérgica y eficaz, consistente en que el *yo* rechaza la representación intolerable conjuntamente con su afecto y se conduce como si la representación no hubiese jamás llegado a él. *En el momento en que esto queda conseguido sucumbe el sujeto a una psicosis que hemos de calificar de «locura alucinatoria»*. Un único ejemplo aclarará ésta nuestra afirmación.

Una muchacha ha ofrendado a un hombre su primera inclinación amorosa, y cree firmemente ser correspondida, en lo cual se equivoca, pues si el joven frecuenta su casa es por distinto motivo. Pronto comienza a sufrir desilusiones. Al principio se defiende de ellas convirtiendo histéricamente la experiencia dolorosa, y conserva así su fe en que el amado volverá un día y pedirá su mano. Pero a consecuencia de una conversión imperfecta y de constantes impresiones penosas se siente desgraciada y enferma. Su esperanza se concentra, por último, en determinado día, en el que se celebra en su casa una fiesta familiar. Mas el día transcurre sin que el joven acuda. Pasados todos los trenes en los que podía llegar, cae la sujeto en una locura alucinatoria: su amor ha llegado; oye su voz en el jardín y baja a recibirle. A partir de este momento vive por espacio de dos meses en un dichoso sueño: el joven está siempre a su lado; no la abandona un instante, y todo ha vuelto a ser como antes (como en época anterior a las desilusiones, tan trabajosamente rechazadas). La histeria y la depresión de ánimo han quedado vencidas. Durante toda la enfermedad no habla la sujeto para nada de la última época de dudas y sufrimientos Es feliz mientras se la deja tranquila, y sólo se exalta cuando alguna medida de sus familiares le impide realizar alguna lógica consecuencia de su dichoso ensueño. Esta psicosis, incomprensible en su tiempo, queda explicada diez años más tarde en un análisis hipnótico.

El hecho sobre el que yo quiero llamar la atención es el de que el contenido de una tal psicosis alucinatoria consiste precisamente en la acentuación de la representación, amenazada por el motivo de la enfermedad. Puede, por tanto, decirse que el *yo* ha rechazado la representación intolerable por medio de la huida a la psicosis. El proceso que lleva a este resultado escapa tanto a la auto-percepción del sujeto como el análisis

psicologicoclínico. Debe ser considerado como la expresión de una elevada disposición patológica y puede, quizá, describirse como sigue: el *yo* se separa de la representación intolerable, pero ésta se halla inseparablemente unida a un trozo de la realidad, y al desligarse de ella, el *yo* se desliga también, total o parcialmente, de la realidad. Esto último es, a mi juicio, la condición para reconocer a las propias representaciones vida alucinatoria, y con ello cae el sujeto, una vez alcanzada la repulsa de la representación intolerable, en la locura alucinatoria.

No dispongo sino de muy pocos análisis de psicosis de este género; pero creo ha de tratarse de un tipo muy frecuentemente utilizado de enfermedad psíquica, pues en ningún manicomio faltan los casos, análogamente interpretables, de la madre que, enajenada por la muerte de su hijo, mece incansablemente en sus brazos un trozo de madera, o de la novia despreciada, que todos los días espera, durante años y años, la llegada de su novio, y se compone para recibirle.

No es, quizá, superfluo acentuar que las tres formas de la defensa aquí descritas, y con ellas las tres formas de enfermedad, a las que la defensa lleva, pueden presentarse reunidas en una misma persona. La aparición simultánea de fobias y síntomas histéricos, tan frecuentemente observada en la práctica, es uno de los factores que dificultan la separación de la histeria de las demás neurosis, y obligan a establecer las «neurosis mixtas». La locura alucinatoria no es con frecuencia compatible con la perduración de la histeria, ni por lo regular con la de las representaciones obsesivas. En cambio, no es nada raro que una psicosis de defensa irrumpa episódicamente en el curso de una neurosis histérica o mixta.

Recordaré, por último, con pocas palabras, la idea auxiliar, de la cual me he servido en esta descripción, de las neurosis de defensa. Tal idea es la de que en las funciones psíquicas debe distinguirse algo (montante del afecto, magnitud de la excitación), que tiene todas las propiedades de una cantidad —aunque no poseamos medio alguno de medirlo—; algo susceptible de aumento, disminución, desplazamiento y descarga, que se extiende por las huellas mnémicas de las representaciones como una carga eléctrica por las superficies de los cuerpos.

Esta hipótesis, en lo que se basa ya nuestra teoría de la «derivación por

reacción», puede utilizarse en el mismo sentido que los físicos utilizan la de la corriente de fluido eléctrico. De todos modos, queda por lo pronto justificada por su utilidad para la síntesis y la explicación de muy diversos estados psíquicos.

VIII

OBSESIONES Y FOBIAS[96] 1894 [1895]

SU MECANISMO PSÍQUICO Y SU ETIOLOGÍA

COMENZAREMOS por negar dos aserciones muy frecuentemente repetidas con relación a los síntomas objeto de este estudio, o sea a las obsesiones y las fobias. Es preciso afirmar: 1.º Que no forman parte de la neurastenia propiamente dicha, puesto que los enfermos atacados de estos síntomas son unas veces neurasténicos y otras no. 2.º Que no es exacto hacerlos depender de la degeneración mental, pues los hallamos en personas no más degeneradas que la mayoría de los neuróticos, y, además, suelen corregirse, e incluso en algunas ocasiones curarse.

Las obsesiones y las fobias son neurosis aparte, de un mecanismo especial y de una etiología que en un cierto número de casos me ha sido posible descubrir; mecanismo y etiología que espero volver a hallar en un gran número de casos nuevos.

Para mejor delimitar nuestro tema dejaremos a un lado una cierta clase de obsesiones intensas, que no son sino recuerdos, imágenes no alteradas de sucesos importantes. Citaré como ejemplo la obsesión de Pascal, que creía ver abrirse un abismo a su izquierda «desde el día en que la carroza en que iba estuvo a punto de volcar y precipitarse en el Sena». Estas obsesiones y estas fobias, que podríamos calificar de traumáticas, se enlazan a los síntomas de la histeria.

Una vez separado este grupo, es necesario distinguir otros dos: *a)* Las

obsesiones propias; y *b)* las fobias. Su diferencia esencial es la siguiente:

En toda obsesión hay dos elementos: 1.º Una idea que se impone al enfermo. 2.º Un estado emotivo asociado. Ahora bien: en las fobias, este estado emotivo es siempre la angustia, mientras que en las obsesiones propias puede ser igualmente cualquier otro, tal como la duda, el remordimiento o la cólera. Ante todo, trataré de explicar el mecanismo psicológico, verdaderamente singular, de las obsesiones propias, muy diferente del de las fobias.

I EN muchas obsesiones verdaderas es evidente que el estado emotivo es lo principal, puesto que persiste inalterado, variando, en cambio, la idea a él asociada. Así, la sujeto de nuestra observación número 1 tenía remordimientos muy varios: de haber robado, de haber maltratado a sus hermanas, de haber fabricado moneda falsa, etc. Igualmente, las personas que dudan, dudan de muchas cosas a la vez sucesivamente. El estado emotivo permanece en estos casos invariable, mutándose, en cambio, la idea. En otros es ésta también fija, como en la muchacha de nuestra observación número 4, que profesaba un odio incomprensible a todas las criadas de la casa, cambiando, no obstante, de persona.

Pues bien: un escrupuloso análisis psicológico de estos casos muestra que el estado *emotivo como tal está siempre justificado*. La muchacha número 1, que siente remordimientos, tiene suficientes motivos para ello; las mujeres de la observación número 3, que dudaban de su resistencia contra las tentaciones, sabían muy bien por qué, y la muchacha número 4, que detestaba a las criadas, tenía perfecta razón para quejarse de ellas. El sello patológico de estos casos consiste, pues, únicamente en los dos singulares caracteres siguientes: 1.º Que el estado emotivo se ha eternizado. 2.º Que la idea asociada no es ya la idea justa, la idea original, relacionada con la etiología de la obsesión, sino una idea sustitutiva de la misma.

Prueba de ello es que en los antecedentes del enfermo, y en la época inicial de la obsesión, puede hallarse siempre la idea original, después sustituida. Tales ideas sustituidas tienen caracteres comunes, correspondiendo a impresiones verdaderamente penosas de la vida sexual del individuo, que éste se ha forzado en olvidar, sin conseguir más que reemplazar la idea

inconciliable por otra, poco apropiada para asociarse al estado emotivo, el cual, por su parte, ha permanecido sin alteración. A esta forzosa conexión del estado emotivo y la idea asociada es a la que se debe el carácter absurdo de las obsesiones. Expondré aquí mis observaciones y daré luego como conclusión una tentativa de explicación teórica.

Observación número 1. — Una muchacha, que se hacía reproches de haber robado, fabricado moneda falsa, etc., según sus lecturas cotidianas, dándose, sin embargo, cuenta de lo absurdo de tales reproches.

Rectificación de la sustitución. — Se reprochaba el onanismo, que practicaba en secreto, sin poder renunciar a él.

Quedó curada por medio de una escrupulosa observación, que la impidió masturbarse.

Observación número 2. — Un joven estudiante de Medicina, que padecía una obsesión análoga. Se reprochaba múltiples actos inmorales: haber matado a su prima, desflorado a su hermana, incendiado una casa, etc. Llegó a sentir la necesidad de volverse continuamente en la calle para convencerse de que no había matado al transeúnte con quien acababa de cruzarse.

Rectificación. — Había leído en un libro de divulgación médica que el onanismo, al cual se entregaba, desmoralizaba al individuo, habiéndole impresionado mucho la noticia.

Observación número 3. — Varias mujeres que se quejaban de la obsesión de arrojarse por la ventana, herir a sus hijos con cuchillos, tijeras, etc.

Rectificación. Tentaciones obsesivas típicas. — Tratábase de mujeres insatisfechas en su matrimonio, que se debatían contra los deseos y las ideas voluptuosas que surgían en ellas a la vista de otros hombres.

Observación número 4. — Una joven perfectamente sana de espíritu y muy inteligente, que mostraba un odio infinito contra las criadas de la casa. Este odio se había despertado en ella ante los descaros de una criada y se había ido transmitiendo luego de criada en criada, haciendo imposible el servicio de la casa. Como motivo de este sentimiento —mezcla de odio y de repugnancia— alegaba la sujeto que las suciedades de aquellas criaturas le estropeaban su idea del amor.

Rectificación. —La joven había sido testigo involuntario de una escena amorosa de su madre. Al sorprenderla se cubrió el rostro y se tapó los oídos,

haciendo luego todo lo posible por olvidar la escena, que la repugnaba, y cuyo recuerdo la hubiera obligado a separarse de su madre, a la que amaba tiernamente.

Consiguió, en efecto, el deseado olvido; pero la cólera que despertó en ella ver ensuciada su idea del amor persistió en su ánimo, asociándose a ella poco después la idea de una persona que pudiese reemplazar a su madre.

Observación número 5. — Una joven se había aislado casi completamente a consecuencia de un miedo obsesivo a la incontinencia de orina. No podía salir de su cuarto ni recibir una visita sin haber orinado múltiples veces.

Hallándose en su casa y en reposo no sentía miedo alguno.

Rectificación. — Se trataba de una tentación o una desconfianza obsesiva. De lo que desconfiaba no era de su vejiga, sino de su resistencia contra un impulso amoroso. Así lo demostraba el origen de la obsesión. Una vez, en el teatro, había sentido, a la vista de un hombre que le gustaba, un deseo amoroso, acompañado (como siempre en la polución espontánea de las mujeres) de ganas de orinar. Habiéndose visto obligada a abandonar el teatro, fue presa desde aquel momento del miedo a volver a sentir la misma sensación; pero el deseo de orinar se sustituyó al deseo amoroso.

Curó completamente.

Las observaciones precedentes, si bien muestran diversos grados de complejidad, tienen de común que la idea original (inconciliable) ha sido sustituida por otra.

En las que a continuación pasamos a exponer, la idea original ha sido también sustituida, pero ya no por otra idea, sino por actos o impulsos que sirvieron originariamente de alivio o de procedimientos protectores, y que ahora se hallan en una grotesca asociación con un estado emotivo, con el que no armonizan, pero que es el original, y continúa estando tan justificado como en un principio.

Observación número 6. Aritmomania obsesiva.— Una mujer había contraído la obsesión de contar las losas de la acera, los escalones, etc., y lo realizaba de continuo, presa de un ridículo estado de angustia.

Rectificación. — Había comenzado a contar para distraerse de sus ideas obsesivas (tentaciones), y lo había conseguido, pero quedando sustituida la

obsesión primitiva por el impulso a contar.

Observación número 7. *Especulación obsesiva (Gruebelsucht).* — Una mujer padecía ataques de esta obsesión, que no cesaban sino durante los períodos, siendo entonces reemplazados por miedos hipocondriacos. El tema del ataque era una parte del cuerpo o una función; por ejemplo, la respiración. ¿Por qué es necesario respirar? ¿Y si yo no quisiera respirar? Etcétera.

Rectificación. — Al principio había tenido miedo de volverse loca; fobia hipocondriaca, muy frecuente en las mujeres no satisfechas por su marido, caso que era el suyo. Para convencerse de que no iba a volverse loca y de que aún gozaba de su inteligencia, había comenzado a plantearse cuestiones y a ocuparse de problemas de importancia. Con esto consiguió al pronto tranquilizarse, pero la especulación mental llegó a sustituirse a la fobia. Desde hacía quince años padecía alternativamente períodos de miedo (patofobia) y de especulación obsesiva.

Observación número 8. Duda obsesiva. — Varios casos que mostraban los síntomas típicos de esta obsesión, pero que se explicaban sencillamente. Estas personas habían padecido o padecían aún obsesiones diversas, y la conciencia de que la obsesión había perturbado sus actos e interrumpido el curso de sus pensamientos, les hacía dudar legítimamente de la fidelidad de su memoria. Todo el mundo siente vacilar su seguridad en sus propios actos, y se ve obligado a releer una carta o a rehacer una cuenta cuando su atención ha sido repetidamente distraída varias veces durante la ejecución del acto. La duda es una consecuencia lógica de la presencia de las obsesiones.

Observación número 9. Duda obsesiva (vacilación). — La sujeto de la observación número 4 se había vuelto excesivamente lenta en todos los actos de la vida ordinaria, particularmente en los de su tocado. Le eran necesarias horas enteras para anudar los cordones de sus zapatos o para arreglarse las uñas. Por su parte, lo explicaba diciendo que no podía atender a su tocado mientras la preocupaban las ideas obsesivas ni inmediatamente después de cada retorno de las mismas.

Observación número 10. Duda obsesiva. Temor a los papeles escritos. — Una joven, que había sentido escrúpulos después de haber escrito una carta, y que a partir de tal momento recogía todos los papeles que veía, dando como explicación el temor de haber confesado un amor secreto.

A fuerza de repetirse sin cesar el nombre de su amado, había surgido en ella el miedo de que dicho nombre se hubiese escapado de su pluma, habiéndolo trazado sobre un papel cualquiera en un momento de ensimismamiento.

Observación número 11. Misofobia. — Una mujer, que se lavaba las manos cien veces al día, y por no tocarlos con ellas abría los pestillos de las puertas empujándolos con el codo.

Rectificación. — Era el caso de lady Macbeth. Las abluciones tenían un carácter simbólico y se hallaban destinadas a sustituir por la pureza física la pureza moral, que la sujeto lamentaba haber perdido. Se atormentaba con el remordimiento de una infidelidad conyugal, cuyo recuerdo había decidido ahogar.

Por lo que respecta a la teoría de esta sustitución, me limitaré a dar respuesta a tres cuestiones que aquí se plantean:

1.ª ¿Cómo puede llevarse a cabo tal sustitución?

Parece constituir la expresión de una disposición psíquica especial. Por lo menos, hallamos muy frecuentemente en las obsesiones la herencia similar, como en la histeria. Así, el enfermo de la observación número 2 me comunicó que su padre había padecido síntomas semejantes, y un día me presentó a un primo hermano con obsesiones y «tic» convulsivo, y a la hija de su hermana, niña de once años, que mostraba ya obsesiones (probablemente remordimientos).

2.ª ¿Cuál es el motivo de tal sustitución?

A mi juicio, podemos considerarla como un acto de defensa del *yo* contra la idea inconciliable. Entre mis enfermos hay algunos que recuerdan el esfuerzo de voluntad realizado para expulsar la idea o el recuerdo penoso del campo de la conciencia (observaciones números 3, 4 y 11). En otros casos, esta expulsión de la idea inconciliable se produjo de un modo inconsciente, que no ha dejado huella alguna en la memoria de los enfermos.

3.ª ¿Por qué el estado emotivo asociado a la idea obsesiva se ha perpetuado, en lugar de desvanecerse como los demás estados de nuestro *yo*?

La respuesta a esta interrogación consta en la teoría sobre los síntomas histéricos, fruto de mi colaboración con Breuer. Aquí sólo haré observar que el hecho mismo de la sustitución hace imposible la desaparición del estado

emotivo.

II A estos dos grupos de obsesiones propias se añade el de las fobias. Éstas se diferencian de las obsesiones —según antes hubimos de indicar— en que el estado emotivo a ellas concomitante es siempre la angustia. Añadiremos ahora que las obsesiones son múltiples y más especializadas, y, en cambio, las fobias, más bien monótonas y típicas.

También en las fobias podemos distinguir dos grupos, caracterizados por el objeto de la angustia: primero, fobias comunes: miedo exagerado a aquellas cosas que todo el mundo teme algo, tales como la noche, la soledad, la muerte, las enfermedades, las serpientes, los peligros en general, etc.; y segundo, fobias ocasionales: angustia emergente en circunstancias especiales que no inspiran temor al hombre sano. Así, la agorafobia y las demás fobias de la locomoción. Es interesante observar que estas últimas fobias no son obsesivas, como las obsesiones propias y las fobias comunes. El estado emotivo no surge en estos casos, sino en circunstancias especiales, que el enfermo evita cuidadosamente.

El mecanismo de las fobias es totalmente diferente del de las obsesiones. No se trata ya de una sustitución, ni resultaba posible descubrir, por medio del análisis psíquico, una idea inconciliable sustituida. Sólo se encuentra un estado emotivo de angustia, que por una especie de elección ha hecho resaltar todas las ideas susceptibles de llegar a ser objeto de una fobia. En los casos de agorafobia, etc., se encuentra con frecuencia el recuerdo de un ataque de angustia, y en realidad lo que el enfermo teme es la emergencia de tal ataque en aquellas circunstancias especiales en las que cree no podrá escapar a él.

La angustia de este estado emotivo existente en el fondo de las fobias no se deriva de ningún recuerdo. Habremos, pues, de preguntarnos cuál puede ser el origen de esta potente condición del sistema nervioso.

En respuesta a esta interrogación espero poder demostrar otra vez que está justificado establecer una neurosis especial, la neurosis de angustia[97], de la cual es el síntoma principal dicho estado emotivo[98]. Enumeraremos sus diversos síntomas e insistiremos en la necesidad de distinguir esta neurosis de la neurastenia, con la cual se halla ahora confundida. Así, las fobias forman parte de la neurosis de angustia y aparecen acompañadas casi

siempre de otros síntomas de la misma serie.

La neurosis de angustia es también de origen sexual, pero no se enlaza a ideas tomadas de la vida sexual, ni en realidad posee un mecanismo psíquico. Su etiología específica es la acumulación de la tensión genésica, provocada por la abstinencia o la irritación genésica frustrada (por el efecto del coito reservado, de la impotencia relativa del marido, de las excitaciones sin satisfacción ulterior de los novios, de la abstinencia forzada, etc.).

En estas condiciones, extraordinariamente frecuentes, sobre todo para la mujer, en la sociedad actual, es en las que se desarrolla la neurosis de angustia, de la cual las fobias son una manifestación psíquica.

Para concluir, indicaremos que las fobias y las obsesiones propiamente dichas pueden combinarse y se combinan, efectivamente, con gran frecuencia. Así, podemos hallar que en los comienzos de la enfermedad existía una fobia, desarrollada como síntoma de la neurosis de angustia. La idea que constituye la fobia y a la cual se encuentra asociado el miedo puede ser sustituida por otra idea o más bien por el procedimiento protector que parece aliviar al miedo. La observación número 6 (especulación obsesiva) constituye un acabado ejemplo de esta clase, o sea de una fobia doblada de una obsesión propiamente dicha, por sustitución.

IX

LA NEURASTENIA Y LA NEUROSIS DE ANGUSTIA[99]

SOBRE LA JUSTIFICACIÓN DE SEPARAR DE LA NEURASTENIA CIERTO COMPLEJO DE SÍNTOMAS A TÍTULO DE «NEUROSIS DE ANGUSTIA»

1894 [1895]

MIENTRAS se continúe dando a la palabra «neurastenia» todos los significados en los que Beard hubo de emplearla, será difícil decir nada generalmente válido sobre la enfermedad a la que califica. A mi juicio, ha de ser muy ventajoso para la Neuropatología intentar separar de la neurastenia propiamente dicha todas aquellas perturbaciones neuróticas, cuyos síntomas se hallan más firmemente enlazados entre sí que con los síntomas neurasténicos típico[100] que por otra parte en su etiología y en su mecanismo difieren esencialmente de la neurosis neurasténica típica.

Esta labor clasificadora nos proporcionará pronto una imagen relativamente uniforme de la neurastenia, y habrá de permitirnos distinguir de la neurastenia auténtica, con mayor precisión que hasta ahora, diversas seudoneurastenias, tales como el cuadro clínico de la neurosis refleja nasal, orgánicamente provocada; las perturbaciones nerviosas de las caquexias y de la arteriosclerosis y de los estadios iniciales de la parálisis progresiva y de algunas psicosis. Además, se hará posible separar —siguiendo la propuesta

de Moebius— algunos estados nerviosos de los degenerados hereditarios, y se encontrarán razones para adscribir más bien a la melancolía algunas neurosis de naturaleza intermitente o periódica, a las que hoy se da el nombre de neurastenia. Pero el paso decisivo consiste en separar de la neurastenia cierto complejo de síntomas que a continuación describiremos y que llena muy cumplidamente las condiciones antes detalladas. Los síntomas de este complejo se muestran clínicamente mucho más próximos unos a otros que a los neurasténicos (esto es, aparecen con frecuencia juntos, y se representan unos a otros en el curso de la enfermedad), y tanto la etiología como el mecanismo de la neurosis a la que corresponden son fundamentalmente distintos de los propios de la neurastenia auténtica, tal y como ésta queda después de efectuar la iniciada separación.

Damos a este complejo de síntomas el nombre de «neurosis de angustia» por la circunstancia de que todos sus componentes pueden ser agrupados en torno a uno principal, que es la angustia. En un principio creímos original esta interpretación nuestra de los síntomas de la neurosis de angustia; pero un día cayó en nuestras manos una interesante conferencia de Hecker, en la que hallamos desarrollada clara y cumplidamente igual teoría[101]. Sin embargo, Hecker no separa de la neurosis, como yo me propongo hacerlo, los síntomas, en los que reconoce equivalentes o rudimentos del ataque de angustia, sin duda por no haberse dado cuenta de la diferencia etiológica existente. El conocimiento de esta diferencia nos deja en libertad para dar a los síntomas de la neurosis de angustia un calificativo distinto del de neurasténicos, haciéndosenos así más fácil establecer afirmaciones generales.

A) SlNTOMATOLOGÍA CLÍNICA DE LA NEUROSIS DE ANGUSTIA

LA perturbación a la que damos el nombre de «neurosis de angustia» surge completa o sólo rudimentariamente desarrollada, aislada o en combinación con otras neurosis. Los casos en cierto modo completos, y al mismo tiempo aislados, son, claro está, los que más especialmente dan la

impresión de que la neurosis de angustia posee plena independencia clínica. En otros casos se nos plantea la labor de separar de un complejo de síntomas correspondientes a una «neurosis mixta» aquellos que no pertenecen a la neurastenia, la histeria, etc., sino a la neurosis de angustia.

El cuadro clínico de la neurosis de angustia comprende los siguientes síntomas:

1) *La excitabilidad general* — Es éste un síntoma nervioso muy frecuente, propio como tal de muchos estados nerviosos. Lo incluimos aquí porque surge siempre en la neurosis de angustia, y es teóricamente muy importante. Una elevada excitabilidad indica siempre acumulación de excitación o incapacidad de resistirla; esto es, acumulación absoluta o relativa de excitación. Dentro de esta elevada excitabilidad, me parece digna de especial mención su manifestación en una *hiperestesia auditiva*, una hipersensibilidad con respecto a los ruidos; síntomas explicables seguramente por la íntima relación innata entre las impresiones auditivas y el sobresalto. La hiperestesia auditiva aparece muchas veces como causa de *insomnio*, del cual más de una forma pertenece a la neurosis de angustia.

2) *La espera angustiosa*. — No nos es posible explicar el estado a que así nos referimos más que por el nombre mismo a él asignado y la exposición de algunos ejemplos. Así, el de una mujer que cada vez que oye toser a su marido, propenso a los catarros, piensa en la posibilidad de que contraiga una pulmonía mortal, y ve en su imaginación pasar el entierro. Cuando al volver a casa ve dos o tres personas ante su puerta no puede por menos de pensar que alguno de sus hijos se ha caído desde un balcón, y si oye doblar las campanas se figura en el acto que es por algún ser querido, siendo así que ninguno de estos casos entraña nada que pueda significar una mera posibilidad.

La espera angustiosa se da también mitigada en lo normal, comprendiendo todo aquello que designamos con los nombres de «ansiedad, tendencia a la visión pesimista de las cosas», etc., pero sobrepasa siempre que ello es posible el nivel natural, y muchas veces es reconocida por los mismos enfermos como una especie de obsesión. Para una de las formas de la espera angustiosa, esto es, para la que se refiere a la propia salud, puede reservarse el viejo término médico de *hipocondría*. La hipocondría no sigue siempre una trayectoria paralela a la de la espera angustiosa general, pues demanda como

condición previa la existencia de parestesias y sensaciones físicas penosas, y de este modo resulta ser la forma que los neurasténicos prefieren en cuanto sucumben a la neurosis de angustia, cosa muy frecuente.

Otra manifestación de la espera angustiosa es la tendencia, tan frecuente en personas de sensibilidad moral, al miedo a la propia conciencia, a los escrúpulos exagerados; tendencia que puede también ir desde lo normal hasta lo patológico.

La espera angustiosa es el síntoma nodular de la neurosis. En él se nos hace patente la exactitud de toda una parte de nuestra teoría sobre tal perturbación. Puede, quizá, concluirse que nos hallamos ante un *quantum* de angustia, libremente flotante, que durante la espera domina la elección de las representaciones, y se halla dispuesto en todo momento a enlazarse a cualquier idea apropiada.

3) No es ésta la única forma en que puede manifestarse la espera angustiosa, latente casi siempre para la conciencia, pero constantemente en acecho. Puede, en efecto, irrumpir de repente en la conciencia sin ser despertado por el curso de la imaginación y provoca así un ataque de angustia. Tal ataque puede consistir tan sólo en la sensación de angustia, no asociada a ninguna representación, o unida a la de la muerte o la locura, o también en dicha misma sensación, acompañada de una parestesia cualquiera (análoga al aura histérica), o enlazada a la perturbación de una o más funciones físicas, tales como la respiración, la circulación, la inervación vasomotora o la actividad glandular. De esta combinación hace el paciente resaltar tan pronto unos factores como otros, quejándose de «palpitaciones, disnea, sudores, bulimia», etc., y en sus lamentos deja con frecuencia sin mencionar la sensación de angustia o alude ligeramente a ella, calificándola de «malestar», etc.

4) Para el diagnóstico presenta gran importancia el hecho de que la proporción de los indicados elementos en el ataque de angustia es infinitamente variable, pudiendo además cada uno de los síntomas concomitantes constituir por sí solos el ataque, lo mismo que la angustia. Hay, en consecuencia, *ataques de angustia rudimentarios* y *equivalentes del ataque de angustia*, todos ellos, probablemente, de igual significación, que muestran una gran riqueza de formas, hasta ahora poco estudiadas. El

detenido estudio de estos estados larvados de angustia (Hecker) y su diferenciación de otros ataques constituye una labor que reclama urgentemente la atención de los neurólogos.

He aquí una relación de las formas del ataque de angustia que hasta ahora me son conocidas:

a) Con perturbaciones de la actividad cardiaca: palpitaciones, arritmias breves, taquicardia duradera y hasta graves estados de debilidad del corazón, difíciles de diferenciar de una afección orgánica.

b) Con perturbaciones de la respiración: formas diversas de disnea nerviosa, ataques análogos a los de asma, etc. He de advertir que estos ataques no aparecen siempre acompañados de angustia perceptible.

c) Ataques de sudor, a veces nocturno.

d) Ataques de temblores y convulsiones, fáciles de confundir con los histéricos.

e) Ataques de bulimia, acompañados a veces de vértigos.

f) Diarreas emergentes en forma de ataques.

g) Ataques de vértigo locomotor.

h) Ataques de las llamadas congestiones; esto es, de aquello a lo que se ha dado el nombre de neurastenia vasomotora.

i) Ataques de parestesia (raras veces sin angustia o un malestar análogo).

5) El *pavor nocturnus* de los adultos, acompañado generalmente de angustia, disnea, sudores, etc., no es, muchas veces, sino una forma del ataque de angustia. Esta perturbación condiciona una segunda forma del insomnio, dentro del cuadro de la neurosis de angustia. Se me he hecho, además, indudable que también el «pavor nocturno» de los niños muestra una forma perteneciente a la neurosis de angustia. El matiz histérico y el enlace de la angustia con la reproducción de un suceso o un sueño adecuados dan al *pavor nocturnus* de los niños la apariencia de un caso especial. Pero este pavor surge también aislado, sin sueño ni alucinación ningunos.

6) En el grupo de síntomas de la neurosis de angustia ocupa un lugar sobresaliente el «vértigo», que en su forma más leve es un simple «mareo», y en la más grave, la del «ataque de vértigo», con angustia o sin ella, constituye uno de los más temibles síntomas de la neurosis.

El vértigo de la neurosis de angustia no es un vértigo giratorio, ni permite

tampoco hacer resaltar, como el vértigo de Menière, varios planos y direcciones. Pertenece a la forma locomotora o coordinatoria, como el producido por la parálisis de los músculos del ojo, y consiste en un malestar específico, acompañado de la sensación de que el suelo oscila, se hunden en él las piernas y resulta imposible continuar en pie. Las piernas del sujeto tiemblan y se doblan, pesándole como si fuesen de plomo. Sin embargo, éste vértigo no provoca la caída del enfermo. En cambio, hemos de afirmar que tal ataque de vértigo puede quedar representado por un ataque de profundo desvanecimiento. Otros estados de desvanecimiento de la neurosis de angustia parecen depender de un colapso cardiaco.

El ataque de vértigo se presenta muchas veces acompañado de angustia de la peor clase y combinado con perturbaciones respiratorias y del corazón. En la neurosis de angustia aparece también, según mis observaciones, el vértigo de las alturas, pero no sé si estará justificado suponer igualmente en estos casos la existencia adjunta de un «vértigo *a stomacho laeso*».

7) Sobre la base de la espera angustiosa, por un lado, y por otro de la tendencia a los ataques de angustia y de vértigo, se desarrollan dos grupos de fobias típicas, referente uno a las amenazas fisiológicas generales y otro a la locomoción. Al primer grupo pertenece el miedo a las serpientes, a las tormentas, a la oscuridad, a los insectos, etc.; la exagerada escrupulosidad típica y varias formas de la *folie de doute*. En estas perturbaciones, la angustia disponible es simplemente utilizada para intensificar repugnancias instintivas, comunes a todos los hombres. Mas, por lo general, la fobia de carácter análogo al obsesivo no emerge hasta el momento en que aparece una reminiscencia de un suceso en que el miedo pudo exteriorizarse; por ejemplo, después de haber sido sorprendido el enfermo por una tormenta en campo raso. No es acertado querer explicar estos casos como mera perduración de una impresión violenta. Lo que da importancia a estos sucesos y hace perdurar su recuerdo es tan sólo la angustia que en ellos surgió y que puede volver a emerger en cualquier momento. O, dicho de otro modo, tales impresiones sólo conservan su fuerza en personas enfermas de «espera angustiosa».

El grupo contiene la *agorafobia* con sus especies secundarias, caracterizadas todas por su referencia a la locomoción. Con frecuencia

hallamos aquí, como base de la fobia, un anterior ataque de vértigo, pero no creo deba darse a tales ataques la significación de una premisa indispensable. Hallamos, en efecto, muchas veces que después de un primer ataque de vértigo sin angustia, y no obstante quedar ya la locomoción constantemente afecta de la sensación de vértigo, no experimenta tal función restricción alguna, fallando, en cambio, por completo en determinadas condiciones, tales como la falta de un acompañante o el paso por calles estrechas, etc., cuando el ataque de vértigo fue acompañado de angustia.

La relación de estas fobias con las de la neurosis obsesiva, cuyo mecanismo hemos descrito en nuestro estudio titulado *Las neuropsicosis de defensa*[102], es la siguiente: coinciden ambas perturbaciones en el hecho de hacerse obsesiva una representación por su enlace con un afecto disponible, pudiendo así adscribirse a ambas clases de fobias el mecanismo de la transposición del afecto. Pero en las fobias de la neurosis de angustia es este afecto siempre el mismo, la angustia, y no procede de una representación reprimida, demostrándose tan irreducible por medio del análisis psicológico como rebelde a toda acción psicoterápica. Así, pues, el mecanismo de la sustitución no es aplicable a las fobias de la neurosis de angustia.

Ambas clases de fobias (o representaciones obsesivas) se presentan con frecuencia juntas, aunque las fobias atípicas, fundadas en representaciones obsesivas, no tienen que arraigar necesariamente en el terreno de la neurosis de angustia. Con frecuencia tropezamos con otro mecanismo, aparentemente más complicado, cuando en una fobia originariamente sencilla de la neurosis de angustia es sustituido el contenido de la fobia por otra representación; esto es, cuando la sustitución viene a agregarse, *a posteriori*, a la fobia. Para tal sustitución se emplean con máxima frecuencia aquellas «medidas preventivas» que primitivamente se ensayaron para combatir la fobia. Así, la obsesión especulativa surge de la aspiración a darse el sujeto a sí mismo una prueba de que no está loco, como la fobia hipocondriaca le afirma. Las vacilaciones y dudas, o más bien repeticiones de la *folie de doute*, nacen de la duda justificada en la seguridad del propio pensamiento, dado que el sujeto tiene conciencia de la tenacísima perturbación de sus procesos mentales, por la representación obsesiva. Puede, por tanto, afirmarse que también muchos síndromes, tanto de la neurosis obsesiva como de la *folie de doute* y otras

perturbaciones análogas, deben ser adscritos clínicamente, ya que no conceptualmente, a la neurosis de angustia.

8) La actividad digestiva no experimenta en la neurosis de angustia sino muy pocas perturbaciones, pero muy características. No son nada raras sensaciones de náuseas y malestar, y el síntoma de la bulimia puede constituir por sí solo o con otros (congestiones) un ataque de angustia rudimentario. En calidad de perturbación crónica, análoga a la espera angustiosa, hallamos la tendencia a la diarrea, que ha dado ocasión a los más originales errores de diagnóstico. Si no me equivoco, es esta diarrea la que Moebius[103] ha señalado a la atención médica en un reciente estudio.

Sospecho además que la diarrea refleja de Peyer, dependiente, según éste autor, de enfermedades de la próstata[104], no es sino tal diarrea de la neurosis de angustia. La relación refleja es una mera apariencia, desmentida por el hecho de intervenir en la génesis de tales afecciones prostáticas los mismos factores que en la etiología de la neurosis de angustia.

La neurosis de angustia ejerce sobre el estómago y el intestino una influencia contraria a la de la neurastenia.

Los casos mixtos muestran con frecuencia la conocida «alternativa de diarrea y estreñimiento». La poliuria de la neurosis obsesiva es análoga a la diarrea.

9) Las parestesias que pueden acompañar al ataque de vértigo o angustia resultan interesantes, por asociarse entre sí, como las sensaciones del aura histérica, formando una serie. Pero, al contrario de las histéricas, estas sensaciones asociadas nos parecen atípicas y variables. Otra analogía con la histeria es producida por el hecho de tener también lugar, en la neurosis de angustia, una especie de *conversión* en sensaciones físicas. Así, un gran número de reumáticos leves, de lo que padecen realmente es de neurosis de angustia. Al lado de este incremento de la sensibilidad al dolor hemos observado en muchos casos de neurosis de angustia una tendencia a las alucinaciones que no puede ser considerada como histérica.

10) Varios de los síntomas citados que acompañan o representan al ataque de angustia se representan también en forma crónica, siendo entonces más difícil descubrirlos, toda vez que la sensación de angustia concomitante es menos precisa que en el ataque de angustia. Así sucede especialmente con la

diarrea, el vértigo y las parestesias.

Como el ataque de vértigo por el desvanecimiento, puede el vértigo crónico quedar representado por una tendencia duradera de cansancio, depresión, etc.

B) Aparición y etiología de la neurosis de angustia

EN algunos casos de neurosis de angustia nos resulta imposible descubrir un proceso etiológico, siendo precisamente en estos casos en los que se nos hace más fácil comprobar la existencia de una grave tara hereditaria.

Pero cuando poseemos algún fundamento para creer que se trata de una neurosis adquirida, hallamos siempre, después de un cuidadoso examen, como factores etiológicos, una serie de perturbaciones e influencias nocivas provenientes de la vida sexual. Tales factores parecen, al principio, de naturaleza diferente, pero dejan pronto transparentar el carácter común que explica su idéntico efecto sobre el sistema nervioso, y se muestran bien aislados, bien unidos a otras perturbaciones «banales» a las que ha de adscribirse un efecto corroborativo. Esta etiología sexual de la neurosis de angustia es tan predominante, que creo poder permitirme, a los fines de este breve estudio, dejar a un lado los casos de etiología distinta o dudosa.

Para la más precisa exposición de las condiciones etiológicas, bajo las cuales surge la neurosis de angustia, será conveniente separar los casos según el sexo del sujeto. Así, pues, diremos que la neurosis se presenta en las mujeres —abstracción hecha de su disposición— en los casos siguientes:

a) Como angustia virginal o angustia de los adolescentes. Un gran número de observaciones personales me han demostrado que el primer contacto con el problema sexual, en forma de una súbita revelación de lo hasta entonces encubierto, bien por la visión de un acto sexual, bien por una lectura o en una conversación, puede provocar en las adolescentes la emergencia de una neurosis de angustia, combinada casi típicamente con una histeria.

b) Como angustia de las recién casadas. Aquellas recién casadas que en

las primeras cohabitaciones han permanecido anestésicas contraen con frecuencia una neurosis de angustia, que desaparece luego cuando la anestesia es sustituida por la sensibilidad normal. Dado que la mayoría de las recién casadas inicialmente anestésicas no contraen, sin embargo, tal neurosis, hemos de considerar necesaria para su aparición la concurrencia de otras condiciones, que más adelante indicaremos.

c) Como angustia de las mujeres cuyos maridos se hallan aquejados de *ejaculatio praecox* o de grave disminución de la potencia.

d) De aquellas otras cuyos maridos practican el *coitus interruptus* o *reservatus*. Estos casos forman uno solo, pues el análisis de numerosos ejemplos nos ha impuesto la convicción de que el factor decisivo es exclusivamente, que la mujer llegue o no a alcanzar en el coito la satisfacción sexual. El caso negativo entraña la condición de la emergencia de la neurosis de angustia. En cambio, aquellas mujeres cuyos maridos padecen de *ejaculatio praecox*, pero pueden repetir inmediatamente el coito, con mejores resultados, permanecen protegidas contra la neurosis. El *congressus reservatus* por medio del preservativo no perjudica a la mujer cuando el marido es muy potente y ella rápidamente excitable; pero, en caso contrario, es esta forma del comercio preventivo tan nociva como las demás. El *coitus interruptus* es casi siempre perjudicial para quienes lo practican, con la circunstancia de que para la mujer sólo es cuando el marido lo realiza sin consideración hacia ella; esto es, interrumpiendo el coito en cuanto siente próxima la eyaculación, sin cuidarse del curso de la excitación en la mujer. Cuando, por el contrario, espera el hombre hasta la satisfacción de la mujer, el coito tendrá para ésta el valor normal; pero, en cambio, será el hombre el que contraerá la neurosis de angustia. Estas afirmaciones me han sido impuestas por los resultados de múltiples observaciones y análisis.

e) Como angustia de las viudas y de las mujeres voluntariamente abstinentes, combinada muchas veces de un modo típico con representaciones obsesivas.

f) Como angustia en el período climatérico, durante la última gran elevación de la necesidad sexual.

Los casos *c), d)* y *e)* contienen las condiciones en las cuales la neurosis de angustia ataca más frecuentemente y con mayor independencia de la

propensión hereditaria a los sujetos femeninos. Con respecto a estos casos —adquiridos y curables— de neurosis de angustia intentaremos demostrar que la práctica sexual descubierta constituye realmente el factor etiológico de las neurosis. Pero antes expondremos las condiciones sexuales de la neurosis de angustia en los hombres, estableciendo los grupos siguientes, todos los cuales tienen en los anteriores, femeninos, sus analogías.

a) Angustia de los abstinentes voluntarios, combinada muchas veces con síntomas de *defensa* (representaciones obsesivas, histeria). Los motivos en que se funda la abstinencia voluntaria hacen que esta categoría incluya gran cantidad de sujetos hereditariamente predispuestos, originales, etc.

b) Angustia de los hombres que sufren de excitación frustrada (durante el noviazgo) y de aquellas personas que por miedo a las consecuencias del comercio sexual se contentan con tocar o contemplar a la mujer. Este grupo de condiciones, que puede ser transferido sin modificación alguna al otro sexo, proporciona los casos más puros de neurosis.

c) Angustia de los hombres que practican el *coitus interruptus*. Como ya hemos dicho, el *coitus interruptus* perjudica a la mujer cuando es practicado sin cuidado alguno por su satisfacción, y, en cambio, al hombre, cuando éste, para conseguir la satisfacción de la mujer, dirige voluntariamente el coito, aplazando la eyaculación. De este modo se hace comprensible que en los matrimonios que practican el *coitus interruptos* sólo enferme, por lo general, uno de los cónyuges. Por lo demás, el coito interrumpido no produce sino muy pocas veces, en el hombre, una neurosis de angustia pura, siendo, por lo general, su consecuencia una neurosis mixta de neurosis de angustia y neurastenia.

d) Angustia de los hombres en la edad crítica. Hay hombres que pasan, como las mujeres, por un período climatérico, contrayendo una neurosis de angustia al tiempo que declina su potencia y aumenta su libido[105].

Por último, añadiremos dos casos válidos para ambos sexos:

a) Los neurasténicos que han contraído su enfermedad a consecuencia de la masturbación[106] caen en la neurosis de angustia en cuanto abandonan tal forma de satisfacción sexual, pues estos sujetos llegan a ser especialmente incapaces de soportar la abstinencia.

Como dato muy importante para la comprensión de la neurosis de

angustia haremos constar que sólo en hombres aún potentes y en mujeres no anestésicas adquiere esta perturbación un desarrollo considerable. En los neurasténicos cuya potencia ha quedado gravemente dañada por la masturbación, la neurosis de angustia emergente en caso de abstinencia no adquiere sino muy escaso desarrollo, limitándose casi siempre a la hipocondría y a un ligero vértigo crónico. A las mujeres ha de suponérselas siempre «potentes», pero es también indudable que una mujer verdaderamente impotente, esto es, realmente anestésica, será siempre menos accesible a la neurosis de angustia y resistirá singularmente bien los efectos nocivos indicados.

Por ahora no queremos entrar en la cuestión de hasta qué punto seria exacto suponer entre algunos factores etiológicos y algunos síntomas del complejo de la neurosis de angustia relaciones constantes.

b) La última de las condiciones etiológicas que nos proponemos mencionar no parece, al principio, ser de naturaleza sexual. La neurosis de angustia surge también, en efecto, en los dos sexos, como consecuencia de un *surmenage* o un esfuerzo agotador; por ejemplo, después de largas vigilias nocturnas, de una continuada asistencia a un enfermo o incluso de una grave dolencia del propio sujeto.

La objeción principal contra mi teoría de una etiología sexual de la neurosis de angustia será, quizá, la de que tales anormalidades de la vida sexual son tan frecuentes que siempre las encontramos a mano, por poco que nos molestemos en buscarlas. Así, pues, su aparición en los casos de neurosis de angustia antes descritos no probarían su cualidad de factores etiológicos de la neurosis. Además, el número de personas que practican el coito interrumpido, etc., es incomparablemente mayor que el de las que padecen neurosis de angustia, habiendo, por tanto, una inmensa mayoría que resiste sin la menor perturbación las indicadas prácticas nocivas.

A esta objeción hemos de responder, en primer lugar, que, dada la extraordinaria frecuencia reconocida de las neurosis, y especialmente de la neurosis de angustia, no era de esperar el descubrimiento de un factor etiológico que sólo raras veces se diese; en segundo, que el hecho de descubrirse en una investigación etiológica el factor etiológico con mayor frecuencia que su efecto, constituye precisamente el cumplimiento de un

postulado de patología, ya que para que dicho efecto se produzca pueden ser precisas otras condiciones (propensión, agregación de la etiología específica, apoyo de otras influencias innocuas de por sí), y, por último, que la detallada clasificación antes expuesta de los casos apropiados a la emergencia de la neurosis de angustia demuestra inequívocamente la significación del factor sexual. Pero de momento nos limitaremos al factor etiológico constituido por el *coitus interruptus* y a la exposición de algunas experiencias probatorias.

1) Mientras la neurosis de angustia de una mujer joven no se halla aún plenamente constituida, sino que surge en ramificaciones que desaparecen luego espontáneamente, puede demostrarse que cada uno de tales impulsos de la neurosis depende de un coito en el que la satisfacción fue incompleta. Dos días después del mismo, o al día siguiente, en personas menos resistentes, aparece regularmente el ataque de angustia o de vértigo, al que se unen otros síntomas neuróticos, desapareciendo luego todo junto, cuando el comercio matrimonial es poco frecuente. Un viaje casual del marido o una estancia de la mujer en alguna estación de altura, unidos a la interrupción del comercio matrimonial, mejoran generalmente a la enferma. Lo mismo sucede con el tratamiento ginecológico, al que casi siempre se recurre al principio, en estos casos, en cuanto trae consigo la interrupción del trato carnal. Pero tanto la cura de altura como el tratamiento local resultan singularmente ineficaces en cuanto los esposos vuelven a cohabitar. En cambio, si el médico, conocedor de esta etiología, hace sustituir a los cónyuges del *coitus interruptus* por el normal, obtendrá siempre, en los casos de neurosis aún no constituida, la prueba terapéutica de nuestras afirmaciones, pues la angustia cesará para no volver a presentarse sin un nuevo motivo análogo.

2) En las anamnesis de muchos casos de neurosis de angustia comprobamos, tanto en los hombres como en las mujeres, una singular oscilación de la intensidad de los fenómenos y de las alternativas de todo el estado patológico. Un año es casi bueno, y el siguiente, horrible; unas veces la mejoría pareció obedecer a una cura determinada, pero esta misma cura fracasa luego por completo en otro ataque, etc. Si investigamos entonces el número de hijos del matrimonio y su orden de sucesión y confrontamos esta crónica conyugal con el extraño curso de la neurosis, hallaremos que los períodos de mejoría o bienestar coinciden con los embarazos de la mujer,

durante los cuales no había, naturalmente, motivo para practicar el comercio preventivo, confirmándose igualmente que el marido obtuvo mejoría en todas aquellas curas[107], cualquiera que haya sido su clase, cuyo término coincidió con un principio de embarazo en su mujer.

3) De la anamnesis de los enfermos resulta muchas veces que los síntomas de la neurosis de angustia han venido a sustituir, en una época determinada, a los de otra neurosis; por ejemplo, a los de la neurastenia. Es estos casos se demuestra siempre que poco tiempo antes de tal mudanza del cuadro clínico ha tenido efecto un cambio correlativo de la práctica sexual nociva.

Estas experiencias, multiplicables a voluntad, imponen al médico, para toda una categoría de casos, la etiología sexual, existiendo otros casos que, por lo menos, se nos hacen comprensibles por medio de la clave que supone tal etiología, sin la cual no nos sería posible tampoco clasificarlos. Tales casos, muy numerosos, son aquéllos en los cuales hallamos, desde luego, todo lo que en la otra categoría hemos descubierto, o sea, por un lado, los fenómenos de la neurosis de angustia, y por otro, el factor específico representado por el *coitus interruptus*, pero en los que además viene a interpolarse algo nuevo, un largo intervalo entre la etiología sospechada y su efecto, y quizá también factores etiológicos de naturaleza no sexual. Veamos un ejemplo: un sujeto sufre, al recibir la noticia de la muerte de su padre, un ataque al corazón, y a partir de este momento enferma de neurosis de angustia. El caso resulta así incomprensible, pues el sujeto no había mostrado hasta entonces ningún indicio de disposición nerviosa y la muerte de su padre, muy anciano ya, ocurrió en circunstancias totalmente normales, no pudiendo contarse el fallecimiento normal y esperado de un padre anciano entre los sucesos que suelen hacer enfermar a personas sanas. Pero, en cambio, sabemos que el sujeto practica hace ya once años el coito interrumpido, cuidando de que su mujer obtenga en él plena satisfacción, y esta circunstancia arroja ya viva luz sobre la etiología del caso, pues el sujeto presenta exactamente los mismos fenómenos comprobados en otras personas después de una corta práctica del indicado manejo sexual y sin la intervención de otro trauma. Análogamente hemos de juzgar el caso de una mujer que enferma de neurosis de angustia al perder un hijo, y el de un

estudiante el que la neurosis de angustia estorba la preparación de unas oposiciones. En ninguno de estos dos casos encuentro explicado el efecto por las causas etiológicas indicadas. Se puede estudiar sin llegar al agotamiento; y la reacción de una madre sana a la pérdida de un hijo no suele ser sino la tristeza normal. Pero ante todo yo esperaría que el trabajo agotador hubiera producido al estudiante una debilidad cerebral, y que al morir su hijo hubiera la madre adquirido una histeria. La circunstancia de enfermar ambos de neurosis de angustia me hace dar valor etiológico a los hechos de llevar la madre ocho años practicando con su marido el *coitus interruptus* y mantener el estudiante, desde hacía tres años, unas íntimas relaciones amorosas con una joven «honrada», a la que no debe dejar embarazada.

Todo esto nos lleva a afirmar que la nocividad específica sexual del coito interrumpido, cuando no llega a provocar por sí sola la neurosis de angustia, predispone, por lo menos, a su adquisición. La neurosis de angustia surge entonces en cuanto al efecto latente del factor específico viene a agregarse el de otro factor innocuo. Este último puede representar cuantitativamente el factor específico, pero no sustituirlo cualitativamente. El factor específico permanece siendo siempre el que determina la forma de la neurosis. Espero demostrar también este principio en lo que se refiere a la etiología de otras neurosis.

Estas últimas reflexiones contienen además la hipótesis, nada inverosímil en sí, de que las prácticas sexuales nocivas, como el coito interrumpido, llegan a adquirir significación etiológica por la acumulación de otros factores. Según la disposición de cada individuo y las demás taras de su sistema nervioso, tardará más o menos tiempo en hacerse visible el efecto de tal acumulación. Los individuos que resisten sin aparente perjuicio el coito interrumpido, quedan, en realidad, predispuestos, por su práctica, a las perturbaciones de la neurosis obsesiva, que en una ocasión cualquiera espontáneamente, o después de un trauma sin importancia, pueden emerger con toda intensidad, del mismo modo que el alcohólico crónico acaba adquiriendo, por acumulación, una cirrosis u otra enfermedad o cayendo en el delirio bajo la influencia de un estado febril.

C) Primeras aportaciones a una teoría de la neurosis de angustia

LAS consideraciones que siguen no aspiran a otro valor que al de una primera tentativa, cuyo enjuiciamiento no deberá influir en la admisión de los hechos descritos en los apartados anteriores. Por otra parte, la admisión de la «teoría de la neurosis de angustia», que vamos a intentar desarrollar, se hace aún más difícil, por el hecho de no constituir sino un fragmento de una más amplia exposición de las neurosis.

Lo que hasta aquí llevamos dicho sobre la neurosis de angustia abarca ya algunos extremos que nos permiten penetrar un tanto en el mecanismo de esta neurosis. Así, en primer término, la sospecha de que puede tratarse de una acumulación de excitación y además el hecho importantísimo de que la *angustia* en la que se basan los fenómenos de la neurosis *no es susceptible de una descarga psíquica*. Una descarga sería, por ejemplo, posible si la base de la neurosis de angustia fuera un sobresalto —único o repetido— justificado, que constituyera, desde su ocurrencia, la disposición a la angustia. Pero no es éste el caso.

A causa de un sobresalto único puede adquirirse una histeria o una neurosis traumática, nunca una neurosis de angustia. Al principio, viendo resaltar en primer término, entre las causas de la neurosis de angustia, el *coitus interruptus*, creíamos que la fuente de la angustia continua podía hallarse en el miedo repetidamente experimentado en cada acto camal de que la técnica preventiva fracasase y se originara un embarazo. Pero más tarde descubrimos que este estado de ánimo del hombre o de la mujer durante el coito interrumpido carece de toda relación con la génesis de la neurosis de angustia, y que las mujeres a las que no asusta la posibilidad del embarazo se hallan tan expuestas a la neurosis como aquellas otras a las que tal posibilidad espanta. El factor decisivo es, única y exclusivamente, la falta de satisfacción que uno de los cónyuges ha de experimentar en la práctica del coito interrumpido.

Nuestro descubrimiento del mecanismo de la neurosis de angustia encuentra apoyo en la observación, aún no mencionada, de que en series enteras de casos se inicia la neurosis de angustia con una patente disminución

de la libido sexual, del *placer psíquico*, haciendo que al comunicar a los enfermos que su dolencia proviene de una «satisfacción incompleta», nos respondan todos negando la posibilidad de un tal origen, toda vez que precisamente en los últimos tiempos viven sin experimentar la menor necesidad sexual. Todos estos indicios, o sea, el hecho de tratarse de una acumulación de excitación; el de que la angustia, que probablemente corresponda a dicha excitación acumulada, sea de origen somático, siendo, por tanto, acumulada excitación somática; el de que esta excitación somática sea de naturaleza sexual, existiendo paralelamente una disminución en la participación psíquica en los procesos sexuales; todos estos indicios, repetimos, favorecen la sospecha de que el *mecanismo de la neurosis de angustia ha de ser buscado en la desviación de la excitación sexual somática, de lo psíquico, y en un consiguiente aprovechamiento anormal de dicha excitación*.

Podemos aclarar algo más esta representación del mecanismo de la neurosis de angustia exponiendo las siguientes consideraciones sobre el proceso sexual, referentes, en primer lugar, al hombre. El organismo masculino, llegado ya a la madurez sexual, produce —probablemente de un modo continuo— excitación sexual somática, que, periódicamente, llega a constituir un estímulo psíquico. Para fijar mejor nuestras ideas intercalaremos aquí que esta excitación sexual somática se manifiesta bajo la forma de una presión sobre las paredes, provistas de nervios, de las vesículas seminales, de manera que al crecer de continuo la excitación visceral llegará un momento en el que vencerá las resistencias opuestas a su llegada a la corteza cerebral y se exteriorizará como estímulo psíquico. En este momento queda cargado de energía el grupo de representaciones sexuales dado en la psique y nace el estado psíquico de tensión libidinosa, estado que trae consigo el impulso a hacer cesar dicha tensión. Pero una tal descarga psíquica no es posible sino por un solo medio, al que daremos el nombre de acto *específico* o *adecuado*. Este acto adecuado consiste, para el instinto sexual masculino, en un complicado acto reflejo espinal, que tiene por consecuencia la descarga de los nervios antes indicados, y en todos los preparativos psíquicos necesarios para la producción de tal reflejo. Nada que no sea el acto adecuado puede lograr aquí eficacia, pues la excitación sexual somática se transforma

continuamente, una vez alcanzado cierto nivel, en excitación psíquica. Tiene que sobrevenir necesariamente aquello que liberta a las fibras nerviosas de la presión que sobre ellas gravita, suprimiendo con ello toda la excitación somática de momento existente, y permitiendo a la conducción subcortical restablecer su resistencia.

No queremos seguir representando de este modo casos complicados del proceso sexual. Nos limitaremos a afirmar que el esquema precedente puede aplicarse también en lo esencial a la mujer, no obstante el problema que plantean las confusas y artificiales oscilaciones del instinto sexual femenino. También en la mujer hemos de admitir una excitación sexual somática y un estado en el que esta excitación se convierte en estímulo psíquico, en libido, y provoca el impulso hacia el acto específico, al cual se enlaza la sensación de voluptuosidad. Lo que no podemos indicar en la mujer es el proceso correspondiente a la distensión de las vesículas seminales.

Dentro de los límites de esta descripción del proceso sexual podemos integrar la etiología, tanto de la neurastenia auténtica como de la neurosis de angustia. La neurastenia surge siempre que la descarga adecuada —el acto adecuado— es sustituida por otra menos adecuada, esto es, siempre que el coito normal en condiciones favorables queda sustituido por la masturbación o la polución espontánea. A la neurosis de angustia llevan todos aquellos factores que impiden la elaboración psíquica de la excitación sexual somática. Los fenómenos de la neurosis de angustia surgen por el hecho de que la excitación sexual somática desviada de la psique se gasta subcorticalmente en reacciones nada adecuadas.

Intentaremos comprobar ahora si las condiciones etiológicas antes expuestas de la neurosis de angustia dejan reconocer el carácter común que hubimos de atribuirles. Para el hombre hemos fijado como primer factor etiológico, la abstinencia. Consiste ésta en la renuncia al acto específico que en todo otro caso sigue a la libido. Una tal renuncia tendrá dos consecuencias: la acumulación de excitación somática y la desviación de la misma por caminos distintos por los cuales espera hallar una descarga antes que por el que pasa por la psique. Resultará así que la libido disminuirá y se exteriorizará la excitación subcorticalmente en forma de angustia. Cuando la libido no disminuye o es gastada la excitación somática en poluciones

espontáneas o cesa de producirse al ser rechazada, puede surgir todo menos una neurosis de angustia. La abstinencia es igualmente el factor eficiente en el segundo grupo etiológico, o sea, en el de la excitación frustrada. El tercer caso, el del coito interrumpido realizado cuidando de que la mujer llegue a la satisfacción; actúa perturbando la disposición psíquica al curso sexual por introducir junto a la labor de dominar el efecto sexual una distinta labor psíquica, produciendo así una desviación de la psique. También esta desviación psíquica hace desaparecer paulatinamente la libido, siguiendo entonces el proceso, a partir de este punto, el mismo curso que en el caso de la abstinencia. La angustia que surge en la edad crítica del hombre precisa distinta explicación. En este caso no hay disminución de la libido, pero, en cambio, tiene lugar, como durante el período climatérico de la mujer, un incremento de la producción de excitación somática tan considerable que la psique resulta relativamente insuficiente para dominarla.

La subordinación de las condiciones etiológicas en la mujer al punto de vista indicado no opone tampoco grandes dificultades. El caso de la angustia virginal es especialmente claro. En él no se hallan aún suficientemente desarrollados los grupos de representaciones a los que ha de enlazarse la excitación sexual somática. En las recién casadas anestésicas la angustia no surge sino cuando las primeras cohabitaciones despiertan una magnitud suficiente de excitación somática. Allí donde faltan los signos locales de una tal excitabilidad, falta también la angustia. El caso de la *ejaculatio praecox* y el *coitus interruptus* se explica análogamente a como en el hombre, por el hecho de ir desapareciendo paulatinamente la libido correspondiente al acto psíquicamente insatisfactorio, mientras que la excitación correlativa es gastada subcorticalmente. En la mujer es más rápida y más difícil de suprimir que en el hombre la emergencia de un extrañamiento entre lo somático y lo psíquico durante el curso de la excitación sexual. El caso de la viudez o la abstinencia voluntaria y el de la edad critica se resuelven en la mujer lo mismo que en el hombre, si bien en el de la abstinencia viene a agregarse la represión intencionada del círculo de representaciones sexuales; represión a la que con frecuencia se ve obligada la mujer abstinente, que lucha contra la tentación. Análogamente, en la época de la menopausia ha de intervenir también la repugnancia que la mujer ya envejecida siente contra el exagerado

incremento de su libido.

También las dos condiciones etiológicas expuestas en último lugar parecen subordinarse sin dificultad a nuestro nuevo punto de vista.

La tendencia a la angustia de los masturbadores que han llegado a enfermar de neurastenia, se explica por la facilidad con que estos sujetos pasan al estado de «abstinencia» después de hallarse habituados durante mucho tiempo a proporcionar a toda excitación somática, por pequeña que fuese su magnitud, una descarga, si bien defectuosa. Por último, el caso final, o sea, la génesis de la neurosis de angustia a consecuencia de una grave enfermedad, de un esfuerzo agotador, de una larga asistencia a un enfermo, etc., resulta explicable por el hecho de que la desviación de la psique la hace insuficiente para dominar la excitación somática; labor que se le plantea de continuo. Sabemos ya cuán extraordinariamente puede disminuir la libido en estas condiciones, siendo estos casos un acabado ejemplo de neurosis, que si bien no presentan una etiología sexual, muestran, en cambio, un mecanismo de este orden.

La teoría aquí expuesta presenta en cierto modo los síntomas de la neurosis de angustia como subrogados de la acción específica omitida sobre la excitación sexual. En su apoyo recordemos ahora que también en el coito normal se gasta secundariamente la excitación en diversos fenómenos físicos, tales como palpitaciones, aceleración del ritmo respiratorio, sudores, congestión, etc. En el correspondiente ataque de angustia de nuestra neurosis nos hallamos ante tales mismos fenómenos separados del coito e intensificados.

Podría preguntársenos aún por qué la falta de capacidad psíquica para dominar la excitación sexual conduce al sistema nervioso al singular estado afectivo, constituido por la angustia. A esta pregunta contestaremos que la psique es invadida por el afecto de angustia cuando se siente incapaz de suprimir por medio de una reacción adecuada un peligro procedente del exterior, y cae en la neurosis de angustia cuando se siente incapaz de hacer cesar la excitación (sexual), endógenamente nacida. Se conduce, pues, como si proyectase dicha excitación al exterior. El afecto y la neurosis a él correspondiente se hallan en íntima relación, siendo el primero la reacción a una excitación exógena, y la segunda, la reacción a la excitación endógena

análoga. El afecto es un estado rápidamente pasajero, y la neurosis, un estado crónico, pues la excitación exógena actúa como un impulso único, y la endógena como una fuerza constante. El sistema nervioso reacciona en las neurosis contra una fuente de excitación interior, del mismo modo que en el afecto correspondiente contra una excitación análoga exterior.

D) Relaciones con otras neurosis

EXPONDREMOS aún algunas observaciones sobre las relaciones de la neurosis de angustia con las otras neurosis.

Los casos más puros de neurosis de angustia son también casi siempre los más marcados. Estos casos se dan en sujetos jóvenes y potentes, cuya enfermedad data de fecha próxima, y presentan una etiología unitaria.

De todos modos, es más frecuente la aparición conjunta y simultánea de síntomas de neurosis de angustia y otros de neurastenia, histeria, melancolía o neurosis obsesiva. Si ante esta mezcla clínica nos retrajésemos de reconocer a la neurosis obsesiva el carácter de una unidad independiente, tendríamos también que renunciar, obrando consecuentemente, a la separación, tan trabajosamente lograda, de la histeria y la neurastenia.

Con respecto al análisis de la «neurosis mixta», podemos sentar el siguiente importante principio: en todo caso de neurosis mixta puede descubrirse la existencia de una mezcla de varias etiologías específicas.

Esta multiplicidad de factores etiológicos, condición de la neurosis mixta, puede establecerse de un modo casual; por ejemplo, cuando una nueva acción nociva viene a sumar sus afectos a los de otra ya existente. Tal será el caso de una mujer histérica, que al cierto tiempo de su matrimonio comienza a practicar el coito interrumpido, y añade entonces a su histeria una neurosis de angustia. O el de un masturbador, que su práctica lo ha llevado a la neurastenia, y al que las excitaciones frustradas de un noviazgo ulterior hacen contraer como nueva enfermedad una neurosis de angustia.

En otros casos, la multiplicidad de factores etiológicos no obedece a la casualidad, siendo uno de tales factores el que ha hecho entrar en acción al

otro. Así, una mujer con la que su marido realiza el coito interrumpido sin preocuparse de su satisfacción, y que se ve obligada a masturbarse después del coito insatisfactorio para acallar la penosa excitación residual. Esta sujeto, a más de los síntomas de la neurosis de angustia, fruto de la práctica del coito interrumpido, mostrará otros neurasténicos, producto de la masturbación. O también la excitación residual del coito interrumpido provocará en la sujeto ideas voluptuosas, contra las cuales querrá defenderse, y contraerá así, a más de la neurosis de angustia, representaciones obsesivas. O, por último, la práctica del coito interrumpido le hará perder el amor a su marido y experimentar una nueva inclinación, que mantendrá cuidadosamente secreta, mostrando entonces una mezcla de neurosis de angustia e histeria.

En una tercera categoría de neurosis mixtas es aún más íntima la conexión de los síntomas, siendo una misma condición etiológica la que inicia regular y simultáneamente las dos neurosis. Así, la súbita revelación sexual, causa de la angustia virginal, engendra siempre también histeria, y la inmensa mayoría de los casos de abstinencia voluntaria se enlazan desde un principio con representaciones obsesivas. Igualmente, el coito interrumpido sin satisfacción para el hombre no puede engendrar nunca, a nuestro parecer, una neurosis de angustia pura, sino siempre una mezcla de neurosis de angustia y neurastenia.

De estas reflexiones resulta que es necesario diferenciar también de las condiciones etiológicas de la aparición de las neurosis sus factores etiológicos específicos. Las primeras (por ejemplo, el coito interrumpido, la masturbación y la abstinencia) presentan aún múltiples facetas, y cada una de ellas puede producir distintas neurosis. Sólo los factores etiológicos de ellas abstraídos, tales como la descarga inadecuada, la insuficiencia psíquica y la defensa con sustitución, poseen una relación específica e inequívoca con la etiología de cada una de las diversas grandes neurosis.

Por lo que respecta a su esencia, muestra la neurosis de angustia interesantísimas coincidencias y disparidades con las otras grandes neurosis, especialmente con la neurastenia y la histeria. Con la neurastenia comparte un principalísimo carácter el de radicar la fuente de la excitación, o sea el motivo de la perturbación, en el terreno somático y no en el psíquico, como sucede en la histeria y en la neurosis obsesiva. Por lo demás, se advierte más bien

una especie de oposición entre los síntomas de la neurastenia y los de la neurosis de angustia; oposición que puede expresarse sintéticamente con la antítesis «acumulación-disminución de la excitación». Esta antítesis no impide que las dos neurosis se mezclen entre sí; pero se muestran en el hecho de que en ambas los casos extremos son también los más puros.

Con la histeria muestra la neurosis de angustia una serie de coincidencias sintomatológicas aún poco estudiada. La aparición de los fenómenos, bien como síntomas duraderos, bien en ataques; las parestesias, agrupadas a modo de aura; las hiperestesias y puntos sensibles, que se muestran en ciertos subrogados del ataque de angustia en la disnea y en el ataque cardíaco; la intensificación de los dolores, quizá orgánicamente justificados (por medio de la conversión); estos y otros caracteres comunes hacen incluso suponer que mucho de lo que atribuimos a la histeria debería serlo a la neurosis de angustia. Pasando al mecanismo de ambas neurosis, en cuanto hasta ahora nos ha sido posible descubrirlo, hallamos ciertos caracteres que nos permiten considerar la neurosis de angustia como la contrapartida somática de la histeria. Tanto en una como en otra se trata de una acumulación de la excitación, paridad en la que se basa quizá la analogía antes descrita de los síntomas. En ambas se da también una insuficiencia psíquica, a consecuencia de la cual surgen procesos somáticos anormales. Por último, también en las dos surge, en lugar de una elaboración psíquica, una desviación de la excitación hacia lo somático, con la única diferencia de que la excitación en cuya desviación se manifiesta la neurosis es en la neurosis de angustia puramente somática (la excitación sexual somática) y en la histeria psíquica (provocada por un conflicto). No podemos, pues, extrañar que la histeria y la neurosis de angustia se combinen regularmente entre sí, como sucede en la «angustia virginal» o en la «histeria sexual», ni que la histeria tome de la neurosis de angustia toda una serie de síntomas. Estas íntimas relaciones de la neurosis de angustia con la histeria proporcionan un nuevo argumento para la necesidad de separar la neurosis de angustia de la neurastenia, pues rechazando esta separación no podemos tampoco mantener la diferenciación que tan imprescindible nos es entre la neurastenia y la histeria.

X

CRÍTICA DE LA NEUROSIS DE ANGUSTIA[108]
1895

EN el número 2 de la *Neurologisches Zentralblatt*, de Mendel, correspondiente al año 1895, publiqué un breve estudio en el que intenté separar de la neurastenia toda una serie de estados nerviosos, reuniéndolos en un grupo independiente bajo el nombre de «neurosis de angustia[109]». Me movió a ello una constante coincidencia de caracteres clínicos y etiológicos suficiente para justificar una diferenciación. Había descubierto, en efecto, que los síntomas de referencia pertenecían todos a la expresión de la angustia, descubrimiento en el cual vi luego que me había precedido Hecker, y mis investigaciones sobre la etiología de las neurosis me permitieron agregar que tales elementos del complejo «neurosis de angustia» poseían condiciones etiológicas particulares casi opuestas a la etiología de la neurastenia. Mis experiencias me habían enseñado que en la etiología de las neurosis (por lo menos en los casos *adquiridos* y en las formas susceptibles de *adquisición*) desempeñan un importante papel, poco o nada estudiado hasta ahora, factores sexuales, de manera que la afirmación de que «la etiología denlas neurosis reposa en la sexualidad» se hallaba, pese a toda su inevitable inexactitud *per excessum et defectum*, más cerca de la verdad que las demás teorías actualmente aceptadas. Otra aserción a la que me obligaban también mis observaciones fue la de que las diferentes prácticas sexuales viciosas no actuaban indistintamente en la etiología de todas las neurosis, sino que existían relaciones especiales entre sus diferentes órdenes y

determinadas neurosis. Hube así de suponer que había descubierto las causas especiales de las distintas neurosis. A continuación intenté encerrar en una breve fórmula la característica de las faltas sexuales que constituyen la etiología de las neurosis de angustia, y apoyándome en mi concepción del proceso sexual (véase el estudio citado), obtuve la conclusión de que la neurosis de angustia tenía por causa todo aquello que desviaba de lo psíquico la tensión sexual somática, perturbando su elaboración psíquica. Pasando a las circunstancias concretas en las cuales se realiza este principio, resultó entonces que los factores etiológicos específicos de los estados denominados por mí «neurosis de angustia» eran la abstinencia voluntaria o involuntaria, el comercio sexual sin satisfacción completa, el coito interrumpido, la desviación del interés psíquico de la sexualidad, etc.

Al publicar el estudio al que vengo refiriéndome no me hacía ilusión alguna sobre su poder de convencimiento. En primer lugar, sabía no haber realizado en él sino una exposición sintética incompleta y a trozos difícilmente comprensible de la materia suficiente sólo, quizá, para preparar la atención del lector. Además, apenas si citaba algunos ejemplos; no daba cifra alguna; no describía la técnica de la anamnesia; no tomaba en consideración, para evitar errores de juicio, más que las objeciones más próximas, y sólo acentuaba de la teoría el principio fundamental sin hacer resaltar de igual manera sus restricciones. Quedaba así el lector en libertad completa para enjuiciar adversamente la coherencia de toda la construcción teórica que se le ofrecía. Pero no era éste el único de los factores que me hacían contar con una mala acogida de mi teoría. Sé muy bien que con la «etiología sexual» de las neurosis no he descubierto nada nuevo, sino algo conocido incluso por la Medicina oficial escolástica. Pero esta última ha hecho como si lo ignorase, evitando deducir de ello conclusión alguna. Esta conducta ha de tener algún profundo fundamento, consistente quizá en una especie de horror a lo sexual o en una reacción contra antiguas tentativas de aclaración, que se consideran ya superadas. De todos modos, al emprender la tentativa de hacer verosímil a otros algo que ellos hubieran podido descubrir por si mismos sin gran trabajo, era de esperar tropezase con una vigorosa resistencia.

En tal situación hubiera sido quizá más adecuado no responder a objeción

critica ninguna hasta después de haber expuesto con todo detalle el complicado tema y haberlo hecho claramente comprensible. Pero no me es dado resistir a los motivos que me mueven a contestar sin más dilación a una crítica de mi teoría de la neurosis de angustia publicada en estos últimos días. Lo hago así, en primer lugar, por la persona del crítico L. Loewenfeld, de Munich, autor de la *Patología y terapia de la neurastenia* y hombre cuya opinión ha de pesar mucho en el público médico; en segundo, por la necesidad de rechazar una errónea concepción que se me atribuye en dicha crítica, y en tercero, porque quiero combatir desde un principio la impresión de que mi teoría puede rebatirse sin trabajo alguno con las primeras objeciones halladas a mano.

Con segura intuición ve Loewenfeld lo esencial de mi trabajo en mi afirmación de que los síntomas de la angustia tienen una etiología unitaria y específica de naturaleza sexual. No siendo esto un hecho, desaparecerá la razón principal para separar de la neurastenia una neurosis de angustia independiente. Ahora bien: como los síntomas de la angustia representan también innegables relaciones con la histeria, resultará que, aceptando la opinión de Loewenfeld, queda igualmente dificultada la diferenciación de la histeria y la neurastenia. Para Loewenfeld desaparece esta dificultad acudiendo a la herencia como causa común de todas estas neurosis.

Veamos los argumentos con que Loewenfeld apoya su crítica de mi teoría:

1)Hemos considerado esencial para la comprensión de la neurosis de angustia el hecho de que la angustia de las mismas no es susceptible de una derivación psíquica, no pudiendo ser adquirida la disposición a la angustia que constituye el nódulo de la neurosis por un sobresalto único o repetido psíquicamente justificado. El sobresalto provocaría una histeria o una neurosis traumática, pero nunca una neurosis de angustia. Esta negación no es sino la contrapartida de mi afirmación de contenido positivo de que la angustia en mi neurosis correspondía a una tensión sexual somática desviada de lo psíquico, que de otro modo hubiera actuado como el libido.

Contra esto afirma Loewenfeld que en un gran número de casos «surgen estados de angustia inmediatamente o al poco tiempo de un *shock* psíquico (simple sobresalto o accidente unido a él), dándose circunstancias que hacen

muy improbable la colaboración de faltas sexuales de la especie indicada». Como ejemplo convincente, cita brevemente una observación clínica (una sola). Trátase en ella de una mujer de treinta años, casada hacia cuatro y con taras hereditarias, que un año antes de acudir a él había tenido un parto difícil. Pocas semanas después de su alumbramiento se asustó al ver a su marido presa de un repentino ataque, y levantándose en camisa anduvo por la habitación largo rato. A partir de este día enfermó, presentándose primero estados nocturnos de angustia con taquicardia, y más tarde ataques de temblor convulsivo, fobias, etcétera, hasta quedar constituido el cuadro clínico completo en una neurosis de angustia plenamente desarrollada. «En este caso —concluye Loewenfeld— los estados de angustia tienen un indudable origen psíquico, habiendo sido provocados por el sobresalto experimentado».

No dudo que mi distinguido contradictor disponga de muchos ejemplos análogos. Yo mismo puedo ofrecerle toda una serie de ellos. Quien no haya visto tales casos de explosión de la neurosis de angustia después de un *shock* psíquico, no puede siquiera permitirse intervenir en una discusión sobre tal neurosis. Pero he de advertir que la etiología de tales casos no ha de integrar siempre necesariamente un sobresalto o una espera angustiada; cualquiera otra emoción produce el mismo efecto. Repasando rápidamente mis recuerdos de este orden, encuentro en seguida los siguientes ejemplos: un hombre de cuarenta y cinco años, que sufrió el primer ataque de angustia (con colapso cardiaco) al recibir la noticia de la muerte de su anciano padre, desarrollando luego una plena y típica neurosis de angustia con agorafobia; un joven que cayó en la misma neurosis por la excitación que le producían las querellas domésticas entre su mujer y su madre, sufriendo en cada una de estas ocasiones un nuevo ataque de agorafobia; un estudiante desaplicado, que comenzó a sufrir los primeros ataques de angustia en una época de trabajo intenso al que le obligaban la proximidad de un importante examen y la severidad con que su padre castigaba su anterior desaplicación; una mujer que no tenía hijos y enfermó a causa de la preocupación que le ocasionaba la salud de una sobrinita. Y así muchos casos. El hecho mismo que Loewenfeld opone a mis teorías es indiscutible.

No así su interpretación. No creemos lícito aplicar en esta ocasión el

sencillo principio de *post hoc ergo propter hoc*, prescindiendo de toda colaboración crítica de la materia prima. Conocemos, por el contrario, muchos casos en los que la última causa provocadora no pudo mantenerse ante el análisis crítico como causa eficiente. Recuérdese, por ejemplo, la relación entre el trauma y la gota. El papel desempeñado por el trauma en la provocación de un ataque de gota en el miembro al que ha afectado no es distinto del que podría desempeñar en la etiología de la tabes y de la parálisis. Ahora bien: en este ejemplo de la gota nadie se atreverá a sostener el absurdo de que el trauma había «causado», y no meramente provocado, el ataque. El hecho de encontrar factores etiológicos de este orden —a los que podemos dar el calificativo de «vulgares»— en la etiología de los más diferentes estados patológicos debe movernos a reflexión. El sobresalto es también uno de estos factores vulgares, y del mismo modo que la neurosis de angustia puede producir la corea, la apoplejía, la *paralysis agitons* e infinidad de enfermedades más. No me sería lícito seguir argumentando que a causa de tal ubicuidad no podían satisfacernos las causas corrientes, debiendo haber, además, causas específicas, pues argumentar así supondría anticipar el principio que queremos demostrar. Pero si tengo derecho a sentar la conclusión de que si en la etiología de todos los casos de neurosis de angustia, o de su inmensa mayoría, descubrimos la misma causa específica, no tenemos por qué preocuparnos de que la explosión de la enfermedad tenga efecto después de la acción de cualquier factor general, como lo es la emoción.

Así sucedió en mis casos de neurosis de angustia. El hombre que al recibir la noticia de la muerte de su padre enfermó tan inexplicablemente (y hago esta observación porque la muerte del padre no fue inesperada ni sucedió en circunstancias extraordinarias); este hombre, repito, venía practicando, desde hacia once años, el coito interrumpido, cuidando de que su mujer obtuviese en él satisfacción[110]; el joven que no pudo soportar las querellas domésticas entre su mujer y su madre practicaba también el coito reservado desde el primer día de su matrimonio, para evitar la procreación; el estudiante que con un exceso de trabajo contrajo la neurosis de angustia, en lugar de la debilidad cerebral que era de esperar, mantenía, desde très años atrás, relaciones amorosas íntimas con una muchacha a la que no debía

embarazar[111]; la mujer sin descendencia propia, que contrajo la neurosis de angustia con ocasión de una enfermedad de su sobrina, estaba casada con un impotente y no había obtenido jamás una plena satisfacción sexual. Y así sucesivamente. No todos estos casos son igualmente claros ni demuestran con igual fuerza mi tesis. Pero si los agregamos a otros muchos en los que la etiología nos muestra tan sólo el factor específico, se adaptarán plenamente a nuestra teoría y nos permitirán ampliar nuestra comprensión etiológica más allá de los límites actuales.

Si alguien quisiera demostrarme que en las consideraciones precedentes he disminuido indebidamente la importancia de los factores etiológicos vulgares, tendría que oponerme observaciones en las cuales faltase por completo mi factor específico, o sea casos de emergencia de la neurosis de angustia después de un *shock* psíquico en sujetos que observan una vida sexual totalmente normal. El lector juzgará si el caso presentado por Loewenfeld llena esta condición. Mi distinguido crítico no se ha dado cuenta, sin duda, de tal necesidad, pues de lo contrario no hubiera dejado en la oscuridad la vida sexual de su paciente. Por mi parte, quiero prescindir del hecho de que el caso aducido se halla claramente complicado con una histeria, enfermedad de cuyo origen psíquico soy el último en dudar, y concedo, naturalmente, sin discusión, que al lado de esta histeria se haya desarrollado una neurosis de angustia. Pero antes de utilizar un caso en favor o en contra de la teoría de la etiología sexual de las neurosis, es preciso haber estudiado más detenidamente de lo que Loewenfeld lo hace en esta ocasión la conducta sexual de la paciente. No es posible contentarse con la conclusión de que habiendo sufrido la señora el *shock* al poco tiempo de un parto no podía haber desempeñado papel alguno durante el último año el coito interrumpido, faltando, por tanto, toda influencia procedente de prácticas sexuales viciosas. Conozco casos de neurosis de angustia, a pesar de sucesivos embarazos anuales, pues a partir del coito fecundante cesaba todo comercio carnal entre los esposos, resultando así que la mujer, teniendo cada año un hijo, sufría, no obstante, de privación sexual. Ningún médico desconoce la existencia de mujeres que conciben de maridos muy poco potentes, incapaces de proporcionarles una plena satisfacción sexual. Por último, y es éste un hecho con el que debían contar los defensores de la

etiología hereditaria, existen mujeres afectas de una neurosis de angustia congénita; esto es, mujeres que traen consigo o desarrollan, sin perturbación exterior visible, una vida sexual análoga a la que se adquiere con la práctica del coito interrumpido u otras faltas sexuales. En un cierto número de estas mujeres descubrimos que padecieron durante su juventud una enfermedad histérica, a partir de la cual quedó perturbada su vida sexual y desviada de lo psíquico la tensión sexual. Las mujeres de esta clase de sexualidad son incapaces de satisfacción, incluso en el coito normal, y desarrollan la neurosis de angustia, bien espontáneamente, bien después de la emergencia de otros factores eficaces. ¿Qué es, de todo esto, lo sucedido en el caso de Loewenfeld? No lo sé, pero repito que este caso sólo probará en contra mía si la sujeto que a un sobresalto único respondió con una neurosis de angustia gozaba antes de una vida sexual normal.

Si al interrogar al enfermo nos limitamos a acentuar todo lo que nos vaya diciendo, contentándonos con lo que quiera comunicarnos, no nos será posible utilizar la anamnesis para investigaciones etiológicas. Si los especialistas de la sífilis hicieran depender de la confesión de los enfermos la referencia de las manifestaciones luéticas primarias al comercio sexual, habrían de achacar a un simple enfriamiento numerosos casos de chancros en individuos sedicientemente vírgenes. Tampoco los ginecólogos tropezarían con dificultades para comprobar en sus clientes solteras el milagro de la partenogénesis. Nada puede obligarnos a los neurólogos a partir, en las anamnesis de las grandes neurosis, de análogos perjuicios etiológicos.

2)Alega en segundo lugar Loewenfeld haber visto emerger y desaparecer muchos estados de angustia en casos en los que no existía, seguramente, modificación alguna de la vida sexual, interviniendo, en cambio, otros factores. También nosotros hemos tenido múltiples ocasiones de comprobar este mismo hecho, pero sin que haya logrado inducirnos a error, y también hemos hecho desaparecer, por medio del tratamiento psíquico o de una acción terapéutica general, etc., los estados de angustia. Pero, naturalmente, no hemos deducido de ello que la falta de tratamiento fuese la causa de los accesos de angustia. No está tampoco en mi ánimo atribuir a Loewenfeld una tal conclusión. Con la observación precedente pretendo sólo indicar que la cuestión es lo bastante complicada para quitar todo valor a la objeción de

Loewenfeld. No me ha sido difícil enlazar el hecho de que aquí se trata con mi afirmación de la etiología específica de la neurosis de angustia. Se me concederá fácilmente que existen factores etiológicamente eficaces que, para producir su efecto, tienen que actuar con una determinada intensidad (o cantidad) y durante un cierto espacio de tiempo, siendo, por tanto, factores que actúan por acumulación. El efecto del alcohol es un ejemplo de una tal causación por acumulación. En consecuencia, habrá de existir un período de tiempo en el que la etiología específica se halla absorbida en su trabajo, sin que su efecto se haga común, manifiesto. Durante este tiempo el sujeto no está aún enfermo, pero sí propenso a una determinada enfermedad; en nuestro caso, la neurosis de angustia, y el sobrevenir cualquier factor corriente, hará emerger la neurosis del mismo modo que la hubiera hecho surgir una intensificación de la acción del factor específico. Esto mismo puede expresarse también en la forma siguiente: no basta la existencia del factor específico etiológico; es necesario que exista en cierta cuantía, y para alcanzar este nivel puede ser sustituida una cantidad de factor específico por una cantidad de factor vulgar. Si este último desaparece luego, el nivel vuelve a descender, y los fenómenos patológicos desaparecerán también. Toda la terapia de las neurosis reposa en la posibilidad de hacer descender por bajo del límite el nivel de la carga que gravita sobre el sistema nervioso por medio de diversas influencias ejercidas sobre la mezcla etiológica. Pero de esta circunstancia no puede deducirse conclusión alguna sobre la existencia o la falta de una etiología específica.

Creemos que estas reflexiones son inatacables y evidentes. Sin embargo, para aquéllos a quienes no basten, expondremos un nuevo argumento. Según la opinión de Loewenfeld y de otros muchos, la etiología de los estados de angustia ha de buscarse en la herencia. Ahora bien: la herencia escapada a toda modificación. Pero si la neurosis de angustia puede ser curada por medio de un tratamiento, el mismo Loewenfeld habrá de concluir que la herencia no puede contener la etiología.

Por lo demás, me hubiera podido evitar el trabajo de rebatir las dos indicadas objeciones de Loewenfeld sólo con que mi estimado contradictor se hubiera tomado la molestia de dedicar alguna mayor atención a mi estudio. Ambas están ya previstas y contestadas en él. No tenía, pues, más que repetir

mis argumentos, y así lo he hecho, analizando de nuevo aquí los mismos casos clínicos. También las fórmulas etiológicas que antes hice valer se hallaban contenidas en nuestro primer escrito. Las consignaremos de nuevo: existe, para la neurosis de angustia, un factor etiológico específico cuya acción puede ser reemplazada cuantitativamente por influencias nocivas vulgares, pero nunca sustituida cualitativamente. Este factor específico determina, sobre todo, la forma de la neurosis, mientras que la emergencia o la falta de la enfermedad neurótica dependen de la carga total que pesa sobre el sistema nervioso (en proporción con su capacidad para soportarla). Por lo regular, las neurosis se muestran *sobre de ter mina das*, actuando en sus etiologías variados factores.

3)Menos trabajo aún ha de costarme rebatir las restantes observaciones de Loewenfeld, en parte porque atacan menos directamente a mi teoría, y en parte por limitarse a hacer resaltar dificultades que yo mismo reconozco. Dice Loewenfeld: «La teoría freudiana es insuficiente en absoluto para explicar al detalle la emergencia y la desaparición de los ataques de angustia. Si los estados de angustia, esto es, los fenómenos de la neurosis de angustia, fueron simplemente motivados por la acumulación subcortical de la excitación sexual somática y el aprovechamiento anormal de la misma, los enfermos de ataques de angustia tendrían que sufrir de tiempo en tiempo, en tanto su vida sexual no cambiase, uno de tales ataques, del mismo modo que los epilépticos sus ataques de *grand mal* y de *petit mal*. Pero la experiencia cotidiana testimonia en contrario. Los ataques de angustia surgen, en su gran mayoría, sólo en determinadas circunstancias, y el paciente que logra evitarlas o paralizar su influjo permanece al abrigo de todo ataque, lo mismo si practica el coito interrumpido que sí goza de una vida sexual normal».

Sobre esto habría mucho que decir. Ante todo, es de advertir que Loewenfeld impone a mi teoría una deducción que la misma no tiene por qué aceptar. Que la acumulación de la excitación sexual somática haya de motivar procesos de curso análogo a los dependientes de la acumulación del estímulo provocador de las convulsiones epilépticas, es una hipótesis para la cual no hemos dado ocasión alguna, no siendo tampoco la única posible. Para destruir la conclusión de Loewenfeld nos bastará admitir que el sistema nervioso puede dominar cierta medida de excitación sexual somática, aunque ésta se

halle desviada de su fin, y que las perturbaciones no surgen sino cuando la cuantía de tal excitación experimenta un súbito incremento. Pero no hemos querido desarrollar nuestra teoría en esta dirección, porque no esperábamos hallar en ella sólidos puntos de apoyo. Me limitaré, pues, a indicar que no debemos representarnos la producción de tensión sexual como independiente de su gasto y que en la vida sexual normal se conforma esta producción de un modo muy distinto, según sea estimulada por el objeto sexual o suceda en estado de reposo psíquico, etc.

A la otra afirmación de Loewenfeld de que los estados de angustia sólo emergen en determinadas circunstancias, evitando las cuales no se presentan nunca, cualquiera que sea la vida sexual del sujeto, hemos de oponer que nuestro contradictor no debe de haber tenido en cuenta, seguramente, al hablar así, más que la angustia de las fobias, como lo prueban los ejemplos que aduce. De los ataques de angustia espontáneos, constituidos por vértigos, taquicardia, disnea, temblores, sudores, etc., no dice absolutamente nada. Y, sin embargo, no nos parece nuestra teoría incapaz de explicar la emergencia y la falta de tales ataques. En toda una serie de estos casos de neurosis de angustia se da realmente la apariencia de una periodicidad de los ataques de angustia análoga a la observada en la epilepsia, con la diferencia de que el mecanismo de tal periodicidad se muestra aquí mucho más transparente. Una detenida investigación nos descubre con gran regularidad un proceso sexual excitante (esto es, capaz de producir tensión sexual), al cual se enlaza, después de un determinado intervalo, a veces constante, el ataque de angustia. Tales procesos son en las mujeres abstinentes la excitación menstrual, las poluciones nocturnas, también de retorno periódico, y, sobre todo, el comercio sexual nocivo por su imperfección, que transmite a sus consecuencias, o sea los ataques de angustia, su propia periodicidad. Cuando se presentan ataques de angustia que interrumpen la acostumbrada periodicidad, se consigue casi siempre referirlos a causas ocasionales, de aparición más rara e irregular, tales como una experiencia sexual aislada, una lectura, una representación, etc. El intervalo antes indicado oscila entre algunas horas y dos días, siendo el mismo con el que en otras personas se presenta, a consecuencia de iguales causas, la conocida jaqueca sexual, relacionada seguramente con el complejo dé síntomas de la neurosis de

angustia.

Al lado de estos hay otros muchos casos en los que el estado de angustia es provocado por la acumulación de un factor vulgar o por una cualquier excitación. Así, pues, en la etiología del estado de angustia aislado pueden tener los factores vulgares la misma intervención cuantitativa que en la causación de la neurosis total. El hecho de que la angustia de las fobias obedezca a otras condiciones no tiene nada de extraño. Las fobias poseen una contextura más complicada que los ataques de angustia meramente somáticos. La angustia se encuentra enlazada en ellas al contenido de una representación o una percepción determinadas, y la emergencia de este contenido psíquico es la condición principal para la de la angustia. La angustia es desarrollada entonces análogamente a como lo es la tensión sexual por el despertar de representaciones libidinosas. Pero, de todos modos, la conexión de este proceso con la teoría de la neurosis de angustia no ha quedado aún aclarada.

No veo por qué habría de procurar ocultar las lagunas ni los puntos débiles de mi teoría. Para mí, el rasgo principal del problema de las fobias está en el hecho de que tales perturbaciones no surgen jamás dada una vida sexual normal del sujeto, o sea cuando no aparece cumplida la condición, consistente en la existencia de una perturbación de la vida sexual en el sentido de un extrañamiento entre lo somático y lo psíquico. Por muy densa que sea aún la oscuridad en que permanece el mecanismo de las fobias, sólo podrá rebatirse nuestra teoría sobre ellas demostrando su aparición en sujetos de vida sexual normal o la falta de una perturbación específicamente determinada de la misma.

4)Nuestro distinguido crítico hace aún otra observación que no queremos dejar sin respuesta.

En nuestro estudio sobre la neurosis de angustia decimos así:

«En algunos casos de neurosis de angustia nos resulta imposible descubrir un proceso etiológico, siendo precisamente estos casos en los que se nos hace más fácil comprobar la existencia de una grave tara hereditaria.

»Pero cuando poseemos algún fundamento para creer que se trata de una neurosis adquirida, hallamos siempre, después de un cuidadoso examen, como factores etiológicos, una serie de perturbaciones e influencias nocivas

provenientes de la vida sexual». Loewenfeld reproduce este pasaje y lo glosa en la forma siguiente: «Así, pues, Freud considera ‘adquirida’ la neurosis siempre que le es dado hallar causas ocasionales en la misma».

Si es éste el sentido que se deduce de mis palabras, habré de confesar que no he acertado a expresar con ellas mi verdadero pensamiento. Ya habrá visto el lector que mi valoración de las causas ocasionales es bastante más severa que la de Loewenfeld. Si hubiese de aclarar el pasaje antes copiado, lo haría ampliándolo en la siguiente forma: «Pero cuando poseemos algún fundamento para creer que se trata de una neurosis adquirida…», *puesto que no nos resulta posible comprobar la existencia de una tara hereditaria…* En concreto, mi verdadero pensamiento es éste: creo que se trata de una neurosis adquirida cuando no hallo en el caso huella alguna de herencia. Obrando así me conduzco como todos, quizá con la pequeña diferencia de que algunos ven también una etiología hereditaria en aquellos casos en los que nada la hace suponer, prescindiendo así, en absoluto, de la categoría de las neurosis adquiridas. Ahora bien: esta diferencia no puede serme sino favorable. De todos modos, confieso haber dado fácil ocasión al error de interpretación de Loewenfeld al hablar de «casos de neurosis de angustia» en los que «nos resulta imposible descubrir un proceso etiológico». No extrañaré tampoco oír que mi investigación de las causas específicas de las neurosis es totalmente superflua, toda vez que la verdadera etiología de la neurosis de angustia, como de las demás neurosis, no es otra que la herencia, no pudiendo coexistir en ningún caso dos causas primeras. Y no habiendo yo negado el papel etiológico de la herencia, todas las demás etiologías no serían sino causas ocasionales de un igual valor muy secundario.

No comparto ciertamente esta opinión sobre la significación de la herencia, y siendo éste el tema al que menos espacio concedí en mi breve comunicación sobre la neurosis de angustia, intentaré ahora compensar tal omisión, para que no se me acuse de no haber atendido en mi estudio a todos los problemas que la cuestión tratada planteaba.

Para formarnos una idea lo más precisa posible de las circunstancias etiológicas, realmente muy complicadas, de las neurosis, creo conveniente fijar los siguientes conceptos etiológicos:

a) Condición, *b)* Causa específica, *c)* Causa concurrente y como término

de valor inferior a los anteriores, *d)* Motivación inmediata o causa provocadora.

Para hacer frente a todas las posibilidades, supondremos que se trata de factores etiológicos susceptibles de transformación cuantitativa, o sea de aumento y disminución.

Aceptando la representación de una ecuación etiológica de varios términos, que habrá de cumplirse para que el efecto se produzca, la motivación o causa provocadora será aquella que se incorpore en último lugar a la ecuación, precediendo así inmediatamente a la emergencia del efecto. Este factor temporal es lo que constituye exclusivamente la esencia de la motivación. Cualquiera de las demás causas puede así desempeñar en su caso este papel.

Llamamos *condiciones* a aquellos factores faltando los cuales no surgiría nunca el efecto, pero que son incapaces de producirlo por sí solos, cualquiera que sea su magnitud. Es necesario que se agregue a ellos la causa específica.

Esta *causa específica* es aquella que no dejamos jamás de hallar en los casos de emergencia del efecto, bastándole para producirlo alcanzar una cierta intensidad o cantidad, siempre que las condiciones se encuentren cumplidas.

Causas concurrentes son aquellos factores que no siendo indispensables ni pudiendo producir por sí solos el efecto, cualquiera que sea su intensidad, colaboran con las condiciones y la causa específica en el cumplimiento de la ecuación etiológica.

La peculiaridad de las causas concurrentes o auxiliares no presentan oscuridad alguna. Pero ¿cómo distinguir entre sí las condiciones y las causas específicas, indispensables ambas, pero insuficiente cada una para producir, por sí solas, el efecto?

Las siguientes circunstancias parecen permitirnos su diferenciación. Entre las «causas necesarias» encontramos varias que retornan en las ecuaciones etiológicas de muchos otros efectos, revelando así no hallarse especialmente enlazadas a la producción de uno determinado. En cambio, una de tales causas se opone, desde este punto de vista, a todas las demás, por el hecho de no aparecer casi en ninguna otra fórmula etiológica, pudiendo así aspirar a la categoría de causa específica del efecto correspondiente. Además, las

condiciones y las causas específicas se diferencian con especial precisión en aquellos casos en los que las condiciones tienen el carácter de estados duraderos, correspondiendo, en cambio, la causa específica a un factor de acción reciente.

Intentaremos dar un ejemplo de este esquema etiológico completo:

Efecto: Phtisis pulmonum.

Condición: Disposición. Hereditaria casi siempre, por constitución orgánica.

Causa específica: El bacilo de Koch.

Causas auxiliares: Todo lo que trae consigo una despotenciación. Tanto una emoción como una infección o un enfriamiento.

El esquema de la etiología de la neurosis de angustia es análogamente:

Condición: Herencia.

Causa específica: Un factor sexual que actúa en el sentido de desviar de lo psíquico la tensión sexual.

Causas auxiliares: Todas las influencias nocivas vulgares: la emoción, el sobresalto o el agotamiento por enfermedad o por exceso de trabajo.

Examinando detalladamente esta fórmula etiológica de la neurosis de angustia, podemos agregar aún a ella las siguientes observaciones. No es posible decidir aún con seguridad si para la emergencia de la neurosis es precisa una especial constitución personal (que no necesitaría hallarse confirmada hereditariamente), o si cualquier hombre normal puede contraer tal enfermedad a causa de un incremento eventual del factor específico. Sin embargo, me inclino mucho a suponer esto último. La disposición hereditaria es la condición más importante de la neurosis de angustia, pero no es indispensable, pues falta en toda una serie de casos límites. El factor específico sexual se nos evidencia en la inmensa mayoría de los casos. En otros (congénitos) no se distingue de la herencia, sino que queda cumplido con ella misma, o sea que los enfermos llevan en sí como un estigma aquella particularidad de la vida sexual (la insuficiencia psíquica para dominar la tensión sexual somática), que en las demás ocasiones conduce a la adquisición de la neurosis. Por último, en otra serie de casos límites, la causa específica se halla contenida en una concurrente. Así, sucede, por ejemplo, cuando la indicada insuficiencia psíquica es debida al agotamiento, etc.

Todos estos casos forman series continuas y no categorías aisladas, siendo en todos ellos uno mismo el destino de la tensión sexual, y pudiéndose aplicar a su gran mayoría la distinción entre condición, causa específica y causa auxiliar, conforme a la estructura de la ecuación etiológica antes indicada.

Mi experiencia clínica no integra aún caso alguno de neurosis de angustia en el que la disposición hereditaria y el factor específico sexual siguieran una conducta opuesta. Por el contrario, estos dos factores etiológicos se apoyan y complementan mutuamente. El factor sexual no actúa casi siempre, sino sobre personas con taras hereditarias. Por su parte, la herencia no puede, por sí sola, producir una neurosis de angustia, sino que espera la aparición de una magnitud suficiente de la influencia sexual específica nociva. De este modo, el descubrimiento de la tara hereditaria no evita la investigación de un factor específico, cuyo descubrimiento es, además, lo interesante desde el punto de vista terapéutico. ¿De qué puede, en efecto, servirnos terapéuticamente el descubrimiento de la herencia como etiología? La herencia viene pesando sobre el enfermo desde su nacimiento, y lo acompañará hasta su muerte. Por sí sola no puede explicarnos la emergencia episódica de una neurosis ni tampoco su desaparición bajo los efectos de un tratamiento. No es más que una *condición* de la neurosis, muy importante, desde luego, pero exageradamente valorada en perjuicio de la terapia y de la comprensión teórica. Recuérdese, para llegar por medio del contraste de los hechos a un mayor convencimiento, aquellos casos de enfermedades nerviosas familiares (corea crónico, enfermedad de Thomsen, etc.) en los cuales reúne en sí la herencia todas las condiciones etiológicas.

Para concluir, repetiré aquellas frases sintéticas en las que he integrado las relaciones mutuas de los diversos factores etiológicos:

1)La génesis de una enfermedad neurótica depende de un factor cuantitativo, de la carga total del sistema nervioso en proporción a su capacidad de resistencia. Todo lo susceptible de mantener a este factor por debajo de un determinado nivel o reducirlo a él tiene eficacia terapéutica, evitando el cumplimiento de la ecuación etiológica. Sobre la base de ciertas hipótesis referentes a la función nerviosa resultaría fácil explicar más detalladamente lo que hemos de entender por «carga total» y «capacidad de resistencia» del sistema nervioso.

2)La extensión de la neurosis depende, en primer lugar, de la medida de la tara hereditaria. La herencia actúa como un multiplicador interpolado en un circuito eléctrico, que hace aumentar en cierto número de veces la desviación de la aguja.

3)La forma de la neurosis depende exclusivamente del factor etiológico específico procedente de la vida sexual.

Espero que, en conjunto, y no obstante las muchas dificultades aún no solucionadas que la cuestión plantea, ha de ser mi estudio de la neurosis de angustia mucho más fructífero para la comprensión de las neurosis que la tentativa de Loewenfeld de solucionar el mismo problema con el descubrimiento de *una reunión de síntomas neurasténicos e histéricos en forma de ataque*.

XI

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS[112]

1895 [1950]

A) ADVERTENCIA DE LA EDICIÓN ALEMANA

EL siguiente manuscrito data del otoño de 1895. Su primera y su segunda parte fueron comenzadas ya en el tren, mientras Freud regresaba de un encuentro con Fliess (carta del 23-9-1895), y una parte de estas páginas está escrita con lápiz; fueron concluidas el 25 de septiembre (véase la fecha que encabeza la parte II). La tercera parte fue comenzada el 5 de octubre de 1895, y el día 8 del mismo mes Freud remitió a Fliess las tres partes juntas.

Una cuarta parte, que debía referirse a la psicología de la represión, considerada por Freud como «la clave de todo el enigma», no fue, a todas luces, concluida nunca. En el curso de la elaboración de este problema se intensificaron en Freud las reservas contra la utilidad del enfoque intentado en el *Proyecto*, dudas que comenzaron a surgir poco después de terminar esta labor, iniciada con tan febril interés. Ya el 29 de noviembre de 1895 (carta núm. 36), Freud se muestra escéptico: «Ya no acierto a comprender mi propio estado de ánimo cuando me hallaba dedicado a incubar la psicología». En la carta número 39, del 1.º de enero de 1896, intenta una revisión de sus

hipótesis sobre las interrelaciones de los tres tipos de neuronas, aclarando en particular la posición de las «neuronas perceptivas». Más de un año después de haber escrito el *Proyecto*, su concepción había evolucionado a punto tal que pudo esbozar un modelo del aparato psíquico, más o menos en el mismo sentido en que se halla representado en el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (carta núm. 52, del 6 de diciembre de 1896). A partir de esa fecha se extinguió su interés por el intento de representar el aparato psíquico en términos neurofisiológicos. Años después aludió al fracaso de sus esfuerzos en este sentido con las siguientes palabras: «La investigación científica ha demostrado irrebatiblemente que la actividad psíquica está vinculada a la función del cerebro más que a la de ningún otro órgano. La comprobación de la desigual importancia que tienen las distintas partes del cerebro y de sus relaciones particulares con determinadas partes del cuerpo y con determinadas actividades psíquicas nos lleva un paso más adelante, aunque no podríamos decir si este paso es grande. Pero todos los intentos realizados para deducir de estos hechos una localización de los procesos psíquicos, es decir, todos los intentos de concebir las ideas como almacenadas en las células nerviosas y las excitaciones como siguiendo el curso de las fibras nerviosas, han fracasado por completo». Las más recientes investigaciones neurofisiológicas ratifican, en términos generales, esta concepción; véase, al respecto, el brillante trabajo de E. D. Adrian sobre *Los orígenes mentales y físicos de la conducta*. [Adrian, 1946].

Bajo el manto de la terminología neurofisiológica, empero, el *Proyecto* revela un cúmulo de hipótesis psicológicas concretas, de presunciones teóricas generales y de sugerencias diversas. Después de la reestructuración impuesta por la renuncia al enfoque fisiológico, muchas de estas ideas ingresaron en las obras posteriores de Freud y algunas de ellas forman parte del fondo seguro y establecido de hipótesis psicoanalíticas. Otras partes del *Proyecto*, en cambio —como el desarrollo de la psicología cogitativa, en la tercera parte—, no hallaron consideración similar en los escritos de Freud. a pesar de que ciertas nociones aquí expuestas bien podrían adaptarse al sistema de las hipótesis psicoanalíticas.

La continuación inmediata del *Proyecto* en los trabajos publicados de Freud debe buscarse en *La interpretación de los sueños*. Sin embargo, la

nueva formulación de la naturaleza del aparato psíquico, que se intenta en el capítulo VII de dicha obra, que, por lo menos en un punto, muy por detrás de las hipótesis adelantadas en el *Proyecto*: en efecto, la posición de la función perceptiva no pudo ser totalmente explicada en la obra ulterior. (Véase, al respecto, *Adición metapsicológica a la teoría de los sueños*. 1915). Este problema sólo fue resuelto por las hipótesis de Freud sobre la estructura psíquica, desarrolladas en *El «yo» y el «ello»* [1923] y ulteriormente. Pero es precisamente este desarrollo el que se halla prefigurado en el *Proyecto*, en la hipótesis exhaustivamente fundamentada de una «organización yoica» permanentemente caracterizada, hipótesis que fructificó en la mente de Freud después de un intervalo de treinta años.

En la época en que redactó su *Proyecto*, el interés de Freud estaba concentrado principalmente en los aspectos neurofisiológicos del problema. Al fracasar las hipótesis que había adoptado al respecto, también abandonó por un tiempo otras reflexiones pertinentes al mismo problema. Esto bien podría ser particularmente cierto en cuanto a las hipótesis sobre el *yo*, que en el *Proyecto* se vinculan a un grupo específicamente determinado de neuronas.

Inmediatamente después de haber redactado el *Proyecto*, el interés de Freud se orientó hacia cuestiones muy distintas. Con su retorno a la labor clínica, durante el otoño de 1895, la teoría de las neurosis ocupa el primer plano en sus inquietudes, y su principal descubrimiento de ese período concierne a la distinción entre las condiciones genéticas de la neurosis obsesiva y de la histeria. (Cartas número 34 y sig.)

A fin de facilitar al lector la comprensión de los pensamientos expuestos aquí en máxima condensación, hemos antepuesto a la reimpresión del manuscrito un índice temático, y cuando en el texto se interrumpe la exposición de un tema determinado, hemos indicado en notas al pie el punto en que la misma se reasume.

[El traductor inglés ha insertado algunas aclaraciones más en el texto mismo y ha agregado algunas notas al pie. Estos agregados se hallan debidamente caracterizados[113] se comprende que todas las demás notas al pie son de los recopiladores de la edición alemana. En la traducción inglesa los capítulos están numerados para facilitar la referencia a los mismos. *I*.]

B) PRIMERA PARTE

ESQUEMA GENERAL

INTRODUCCIÓN

LA finalidad de este proyecto es la de estructurar una psicología que sea una ciencia natural; es decir, representar los procesos psíquicos como estados cuantitativamente determinados de partículas materiales especificables, dando así a esos procesos un carácter concreto e inequívoco. El proyecto entraña dos ideas cardinales:

1. lo que distingue la actividad del reposo debe concebirse como una cantidad (*Q*) sometida a las leyes generales del movimiento;
2. como partículas materiales en cuestión deben admitirse las neuronas. *N* y *Qὴ* [neuronas y cantidad][114]. Actualmente se emprenden muchos intentos de esta especie[115].

[1] PRIMERA TESIS BÁSICA

LA CONCEPCIÓN CUANTITATIVA

ESTA concepción, se deriva directamente de observaciones clínicopatológicas, en particular de las relativas a las representaciones hiperintensas, tal como ocurren en la histeria y en la neurosis obsesiva, donde, como veremos más adelante, el carácter cuantitativo se destaca con mayor claridad que en condiciones normales. [Véase la segunda parte.] Procesos tales como los de estimulación, sustitución, conversión y descarga, que son observados y descritos en relación con dichos trastornos, inducen directamente a concebir la excitación neuronal como cantidades fluentes[116]. Parecía lícito, pues, intentar una generalización de lo que en estos casos se había comprobado. Partiendo de esta concepción, se pudo establecer un principio básico de la actividad neuronal con referencia a la cantidad (*Q*), un principio que prometía ser muy ilustrativo, ya que parecía comprender la

función [neuronal] en su totalidad. Me refiero al *principio de la inercia neuronal*, según el que las neuronas tienden a descargarse de cantidad (*Q*). La estructura y el desarrollo de las neuronas, así como su función, deben ser concebidos sobre esta base.

El *principio de inercia* explica, en primer lugar, la división estructural de las neuronas en dos clases —motrices y sensitivas—, como un *dispositivo destinado a contrarrestar la recepción de cantidad* (*Q*) por medio de su descarga. El movimiento reflejo se comprende ahora como una forma establecida de efectuar tal descarga. El principio de inercia nos da el motivo del movimiento reflejo. Si desde este punto retrocedemos en nuestro examen, podemos vincular, en primer término, el sistema neuronal (como heredero de la irritabilidad general del protoplasma) con la superficie exterior irritable de la célula, segmentada por vastos sectores [de sustancia[117]] no irritable. Un sistema neuronal primarlo emplea esa cantidad (*Qὴ*), así adquirida, [únicamente] para descargarla hacia los mecanismos musculares a través de las vías correspondientes, manteniéndose así libre de estímulos. Este proceso de descarga constituye la función primaria de los sistema neuronales.

Es éste el punto en que puede desarrollarse una *función secundaria*, pues entre los diversos métodos de descarga son preferidos y conservados aquellos que entrañan un cese de la estimulación: *fuga del estímulo*. En general, se mantiene aquí una proporción entre la cantidad de excitación y el esfuerzo requerido para la fuga del estímulo, de modo que el *principio de inercia* no sea violado por ello.

Desde un comienzo, sin embargo, el principio de inercia es trasgredido por otra condición. A medida que aumenta la complejidad interna [del organismo], el sistema neuronal recibe estímulos de los propios elementos somáticos —estímulos endógenos—, que también necesitan ser descargados. Se originan en las células del organismo y dan lugar a las grandes necesidades [fisiológicas]: hambre, respiración, sexualidad. El organismo no puede sustraérseles, como lo hace frente a los estímulos exteriores, o sea que no puede emplear la cantidad (*Q*) que poseen para aplicarla a la fuga del estímulo. Aquellos estímulos cesan únicamente bajo determinadas condiciones que deben ser realizadas en el mundo exterior. (Piénsese, por ejemplo, en las necesidades nutricias). Para llevar a cabo tal acción [creadora

de dichas condiciones]-una acción que bien merece ser calificada de «específica»— se requiere un esfuerzo que es independiente de las cantidades endógenas (*Qὴ*) y que, por lo general, es mayor [que ellas], ya que el individuo se encuentra sometido a condiciones que cabe designar como *apremio de la vida*[118]. Con ello, el sistema neuronal se ve obligado a abandonar su primitiva tendencia a la inercia; es decir, al nivel [de tensión] = 0. Debe aprender a tolerar la acumulación de cierta cantidad [*Qὴ*] suficiente para cumplir las demandas de la acción específica. En la forma en que lo hace se traduce, sin embargo, la persistencia de la misma tendencia, modificada en el sentido de mantener, por lo menos, la cantidad (*Qὴ*) en el menor nivel posible y de defenderse contra todo aumento de la misma; es decir, de mantener constante [su nivel de tensión]. Todas las funciones del sistema neuronal deben ser sometidas al concepto de la función primaria o al de la función secundaria, impuesta por el apremio de la vida[119].

[2] SEGUNDA TESIS BÁSICA

LA TEORÍA DE LA NEURONA

LA idea de combinar esta «teoría de la cantidad» (*Qὴ*) con la noción de la neurona, establecida por la histología moderna, constituye el segundo pilar de nuestra teoría. La esencia de esta nueva noción es la de que el sistema neuronal está formado por neuronas discretas, homólogas en su estructura, que contactan entre sí a través de una sustancia intermedia extraña, que terminan las unas en las otras como si lo hicieran sobre trozos de tejido extraño y en las cuales se hallan preestablecidas determinadas direcciones de conducción, ya que reciben estímulos a través de las prolongaciones celulares [dendritas] y los emiten por un cilindroeje [axón]. A ello se agregan sus exuberantes ramificaciones de diverso calibre.

Si se combina esta representación de las neuronas con la concepción de la teoría de la cantidad (*Qὴ*), se llega a la noción de una neurona (*N*) catectizada, llena de determinada cantidad (Qὴ), aunque en otras ocasiones puede estar vacía. El principio de inercia halla expresión en la hipótesis de

una *corriente* dirigida desde las prolongaciones celulares [dendritas] hacia el cilindroeje [axón]. Cada neurona aislada es así un modelo del sistema neuronal en su totalidad, con su división en dos partes, siendo entonces el cilindroeje su órgano de descarga. En cuanto a la función secundaria, que requiere una acumulación de cantidad ($Q\grave{\eta}$) se concibe admitiendo que existen resistencias opuestas a la descarga; la estructura misma de la neurona induce a localizar todas esas resistencias en los *contactos* [entre las neuronas], que de tal modo funcionarían como *barreras*. La admisión de estas *barreras de contacto* es fructífera en múltiples sentidos.

[3] Las Barreras de Contacto[120]

LA primera justificación de esta hipótesis radica en la consideración de que la conducción pasa en este punto por un protoplasma indiferenciado, en lugar de transcurrir por protoplasma diferenciado, como lo hace en el restante recorrido por el interior de la neurona, siendo probable que este último sea un protoplasma más apto para la conducción. Esta circunstancia sugiere que la capacidad de conducción estaría ligada a la diferenciación, siendo de suponer pues, que el propio proceso de conducción crea una diferenciación en el protoplasma y, con ello, una mejor capacidad para la conducción ulterior.

Además, la teoría de las barreras de contacto tiene las siguientes ventajas. Una de las características principales del tejido nervioso es la memoria, es decir, en términos muy generales, la capacidad de ser permanentemente modificado por procesos únicos, característica que contrasta tan notablemente con la conducta de una materia que deja pasar un movimiento ondulatorio, para retornar luego a su estado previo. Toda teoría psicológica digna de alguna consideración habrá de ofrecer una explicación de la «memoria». Ahora bien: cualquier explicación de esta clase tropieza con la dificultad de admitir, por un lado, que una vez transcurrida la excitación, las neuronas queden permanentemente modificadas con respecto a su estado anterior, mientras que, por otra parte, no es posible negar que las nuevas excitaciones inciden, en términos generales, sobre las mismas condiciones de recepción

que hallaron las excitaciones anteriores. Así, las neuronas habrían de estar al mismo tiempo modificadas e inalteradas o, dicho de otro modo, «indiferentes». No es dable imaginar de primera intención un aparato capaz de tan complejo funcionamiento. La salida radica, pues, en adjudicar a *una* clase de neuronas la capacidad de ser permanentemente influidas por la excitación, mientras que la inmutabilidad, o sea, la característica de estar vírgenes ante toda nueva excitación, correspondería a *otra* clase de neuronas. Así surgió la distinción corriente entre «células perceptivas» y «células mnemónicas», una distinción que no concuerda, empero, con ningún contexto y que nada puede invocar en su favor.

La *teoría de las barreras de contacto*[121] adopta esta salida formulándola en los siguientes términos. Existen dos clases de neuronas: primero, aquellas que dejan pasar cantidad ($Q\grave{\eta}$) como si no poseyeran barreras de contacto, o sea, que después de cada pasaje de una excitación quedan en el mismo estado que antes; segundo, aquéllas en las cuales se hacen sentir las barreras de contacto; de modo que sólo difícil o parcialmente dejan pasar cantidad ($Q\grave{\eta}$) a través de ellas. Las neuronas de esta segunda clase pueden quedar, después de cada excitación, en un estado distinto al anterior, o sea, que ofrecen *una posibilidad de representar la memoria*[122].

Así, pues, existen neuronas *permeables* (que no ofrecen resistencia y que nada retienen), destinadas a la percepción, y neuronas *impermeables* (dotadas de resistencia y tentativas de cantidad [$Q\grave{\eta}$]), que son portadoras de la memoria, y con ello, probablemente, también de los procesos psíquicos en general. Por consiguiente, desde ahora llamaré al primer sistema de neuronas «ρ», y al segundo, «φ[123]».

A esta altura conviene aclarar qué presunciones acerca de las neuronas y son imprescindibles si pretendemos abarcar con ellas las características más generales de la memoria. La argumentación es la siguiente: Dichas neuronas son permanentemente modificadas por el pasaje de una excitación (o bien, aplicando la teoría de las barreras de contacto: sus barreras de contacto quedan en un estado permanentemente alterado). Ahora bien: como la experiencia psicológica nos enseña que existe algo así como un «sobreaprendizaje», basado en la memoria, esa alteración debe consistir en que las barreras de contacto se tornen más aptas para la conducción —menos

impermeables—, o sea, más semejantes a las del sistema ρ. Designaremos este estado de las barreras de contacto como «grado de *facilitación*» [*Bahnung*][124]. En tal caso, podremos afirmar que *la memoria está representada por las facilitaciones existentes entre las neuronas φ*.

Supongamos que todas las barreras de contacto *φ* estén igualmente facilitadas [*gebahnt*] —o lo que es lo mismo, que ofrezcan la misma resistencia—: en tal caso, evidentemente, no se podrá deducir de ellas las características de la memoria. Ésta es, en efecto, una de las fuerzas determinantes y orientadoras en relación con la vía que adoptan las excitaciones, y si la facilitación fuese igual por doquier, no se explicaría por qué una vía habría de ser preferida a otra. De ahí que sea más correcto afirmar que *la memoria está representada por las diferencias de facilitación entre las neuronas φ*.

Ahora bien: ¿de qué depende la facilitación en las neuronas *φ*? De acuerdo con la experiencia psicológica, la memoria (es decir, la fuerza persistente de una vivencia) depende de un factor que es dable describir como «magnitud» de la impresión, así como de la frecuencia con que una misma impresión se repite. O bien, en los términos de nuestra teoría: la facilitación depende de la cantidad (*Qἢ*) que pasa a través de una neurona en el proceso excitativo y del número de veces que este proceso se repite. Adviértese así que la cantidad (Qἢ) es el factor efectivo, que *cantidad* y *facilitación* son el resultado de la cantidad (*Qἢ*) y, al mismo tiempo, lo que puede sustituir la cantidad[125].

Estas consideraciones nos llevan a recordar, casi involuntariamente, que la tendencia primaria de los sistemas neuronales, una tendencia sostenida a través de todas las modificaciones, es la de evitar ser cargados con cantidad (*Qἢ*) o la de disminuir en lo posible esta carga. Bajo la presión del apremio de la vida, empero, el sistema neuronal se ha visto obligado a conservar una reserva de cantidad (*Qἢ*). Con este fin ha tenido que aumentar el número de sus neuronas, y los elementos agregados han debido ser impermeables. Pero ahora evita, por lo menos en parte, la repleción con *cantidad* (*Qἢ*) —es decir, evita la catexia—, por medio del establecimiento de *facilitaciones*. Adviértase, pues, que las *facilitaciones sirven a la función primaria*.

La necesidad de localizar la memoria en la teoría de las barreras de

contacto exige aún algo más: es preciso que a cada neurona *φ* le correspondan, en general, varias vías de conexión con otras neuronas; es decir, varias barreras de contacto. De ello depende, en efecto, la posibilidad de la selección [de vías por la excitación. *I.*], que a su vez es determinada por la facilitación. Siendo esto así, es evidente que el estado de facilitación de cada barrera de contacto debe ser independiente del de todas las demás barreras de una misma neurona *φ*, pues de otro modo no subsistiría, una vez más, ninguna preferencia [entre las vías]; es decir, ninguna motivación. De esto puede derivarse una inferencia negativa acerca de la índole del estado *facilitado*. Si se imagina una neurona llena de cantidad (*Qὴ*) —es decir, catectizada—, sólo cabe concebir que esta cantidad (*Qὴ*) esté uniformemente distribuida por todas las regiones de la neurona, o sea, también por todas sus barreras de contacto. En cambio, nada obsta para que nos imaginemos que en el caso de una cantidad (*Qὴ*) fluente ésta siga sólo una vía particular a través de la neurona, de modo que sólo una de sus barreras de contacto quede sometida a la acción de la cantidad (*Qὴ*) fluente y conserve luego la facilitación que ésta le proporciona. Por tanto, la facilitación no puede fundarse en una catexia retenida, pues ello no daría lugar a diferencias de facilitación en las barreras de contacto de una misma neurona.

Queda por ver en qué consiste, aparte de esto, la facilitación. De primera intención podría pensarse que consiste en la absorción de cantidad (*Qὴ*) por las barreras de contacto. Este punto quizá sea aclarado más adelante. La cantidad (*Qὴ*), que ha dejado tras sí una Facilitación, es descargada, sin duda alguna, precisamente merced a dicha facilitación, pues ésta aumenta la permeabilidad. A propósito de esto, sea dicho que no es necesario que la facilitación persistente después de un pasaje de cantidad (*Qὴ*) sea tan grande como fue durante el pasaje mismo de aquélla. Es posible que sólo subsista una fracción de ella, en forma de *facilitación permanente*. De la misma manera, aún no es posible establecer si un solo pasaje de una cantidad 3 *Qὴ* es equivalente a tres pasajes de una cantidad *Qὴ*[126]. Todos estos puntos habrán de ser considerados una vez que la teoría haya experimentado nuevas adaptaciones a los hechos psíquicos.

[4] EL PUNTO DE VISTA BIOLÓGICO

LA admisión de dos sistemas neuronales ρ y φ, el primero de los cuales está formado por elementos permeables y el segundo por elementos impermeables, permite explicar, pues, una de las particularidades de todo sistema neuronal: su capacidad de retener y de permanecer, no obstante, receptivo. Toda adquisición psíquica consistiría entonces en la articulación del sistema φ por suspensiones parciales y topográficamente determinadas de la resistencia a nivel de las barreras de contacto, resistencia que distingue ρ de φ. Con el progreso de esa articulación la libre receptividad del sistema neuronal llegaría efectivamente a un límite.

Con todo, quien se dedique a la construcción de hipótesis científicas sólo podrá tomarlas en serio una vez que se adapten desde más de una dirección a los conocimientos ya establecidos y siempre que de tal modo sea posible restarles su carácter arbitrario de construcciones *ad hoc*. Contra nuestra hipótesis de las barreras de contacto podríase objetar que presupone la existencia de dos clases de neuronas, fundamentalmente distintas en sus condiciones funcionales, a pesar de que a primera vista parece faltar toda base para tal distinción. Morfológicamente al menos —es decir, desde el punto de vista histológico—, no se conoce ninguna prueba en apoyo de la misma.

¿Dónde más podríase buscar un fundamento para esta división en dos clases? De ser posible en el desarrollo biológico del sistema neuronal, que, como todo lo demás, es para el científico natural algo que se ha formado sólo paulatinamente. Quisiéramos saber si las dos clases de neuronas pueden haber tenido distinta significación biológica y, en caso afirmativo, merced a qué mecanismo se habrían desarrollado hasta alcanzar dos características tan dispares como la permeabilidad y la impermeabilidad. Naturalmente, la solución más satisfactoria sería la de que el mecanismo que perseguimos se desprendiera directamente de sus [respectivas] funciones biológicas primitivas, pues en tal caso habríamos hallado una sola respuesta para ambas preguntas.

Recordemos ahora que el sistema neuronal tuvo, desde un principio, dos

funciones: recibir estímulos del exterior y descargar las excitaciones de origen endógeno. Se recordará también que fue precisamente de esta última función de donde surgió la necesidad de un mayor desarrollo biológico, bajo la presión del apremio vital. Podríase suponer ahora que nuestros dos sistemas ρ y φ, habrían sido los que asumieron respectivamente cada una de esas funciones primarias. El sistema ρ sería entonces aquel grupo de neuronas que recibe los estímulos exteriores, mientras que el sistema φ contendría las neuronas que reciben las excitaciones endógenas. En tal caso no habríamos *inventado* ρ y φ, sino que simplemente los habríamos *descubierto*, restando sólo el problema de identificarlos con los elementos ya conocidos. Efectivamente, la anatomía nos enseña que existe un sistema de neuronas (la sustancia gris medular) que se encuentra exclusivamente en contacto con el mundo exterior y otro sistema superpuesto (la sustancia gris del cerebro) que no posee contactos periféricos directos, pero que es el substrato del desarrollo del sistema neuronal φ de las funciones psíquicas. El cerebro primitivo concuerda bastante bien con nuestra caracterización del sistema φ, siempre que podamos admitir que el cerebro tiene vías de conexión directa e independientes de ρ con el interior del cuerpo. Ahora bien: los anatómicos desconocen el origen y el significado biológico original del cerebro primitivo; de acuerdo con nuestra teoría, tendría que haber sido nada menos que un *ganglio simpático*. He aquí la primera posibilidad de ensayar nuestra teoría, cotejándola con un material fáctico[127].

Por el momento identificaremos, pues, el sistema φ con la sustancia gris del cerebro. Ahora se comprende fácilmente, partiendo de nuestras consideraciones biológicas iniciales, que es precisamente [el sistema] φ el que más debe estar sujeto a un desarrollo progresivo por multiplicación de sus neuronas y por acumulación de cantidad; también se advierte cuán adecuado es que φ esté constituido por neuronas impermeables, dado que de otra manera no podría cumplir los requerimientos de la acción específica. Mas ¿de qué manera adquirió φ la característica de la impermeabilidad? Después de todo, también ρ posee barreras de contacto, y si éstas no cumplen función alguna, ¿por qué habrían de cumplirla las de φ? Suponer que existe una diferencia primordial en el valor de las barreras de contacto de ρ y de φ tendría, una vez más, el cariz dudoso de lo arbitrario, aunque bien podríamos

pretender, siguiendo la línea del pensamiento darwiniano, que las neuronas impermeables son imprescindibles y que, por tanto, deben subsistir.

Otra salida de esta dificultad, empero, parece más fructífera y menos ambiciosa. Recordemos que aun las barreras de contacto de φ quedan sometidas, en última instancia, a la facilitación, y que es precisamente la cantidad (*Qὴ*) la que las facilita. Cuanto mayor sea la cantidad (*Qὴ*) que interviene en el curso de la excitación, tanto mayor será la facilitación, pero ésta entraña una aproximación a las características de las neuronas ρ. Así, pues, atribuyamos la diferencia no a las neuronas, sino a las cantidades con que ellas se ven enfrentadas, y entonces tendremos buenas razones para presumir que por las neuronas ρ transcurren cantidades frente a las cuales la resistencia de las barreras de contacto es insignificante, mientras que a las neuronas φ sólo llegan cantidades del mismo orden de magnitud que esa resistencia. De ser así, una neurona ρ se tornaría impermeable y una neurona φ permeable, siempre que pudiésemos intercambiar su localización y sus conexiones; pero retienen sus características distintivas simplemente porque las neuronas ρ sólo están conectadas con la periferia y las neuronas φ sólo con el interior del cuerpo. De tal modo, una distinción de esencia queda reemplazada por una distinción del *medio* al que [las neuronas] están destinadas.

Ahora, empero, tendremos que examinar nuestra presunción de que las cantidades de estimulación que llegan a las neuronas desde la periferia exterior serían de un orden superior a las que les llegan desde la periferia interior del cuerpo.

Existen, en efecto, muchos datos en favor de tal presunción. En primer lugar no cabe duda alguna de que el mundo exterior es la fuente de todas las grandes cantidades de energías, pues la física nos enseña que aquél consiste en poderosas masas en violento movimiento y que este movimiento es transmitido por dichas masas. El sistema ρ, que está orientado hacia ese mundo exterior, tendrá la misión de descargar con la mayor rapidez posible las cantidades (*Qὴ*) que incidan sobre las neuronas, pero en cualquier caso estará siempre sometido a la influencia de cantidades considerables (Q).

Según todos nuestros conocimientos, el sistema φ está fuera de contacto con el mundo exterior; únicamente recibe cantidades (Q), por un lado, de las

propias neuronas ρ, y por el otro, de los elementos celulares del interior del cuerpo, quedando ahora por establecer tan sólo si es probable que estas cantidades de estimulación sean de una magnitud relativamente baja. A primera vista quizá parezca contradictorio que a las neuronas φ deban atribuírsele dos fuentes de estimulación tan dispares como ρ y las células somáticas, pero es precisamente en este punto donde recibimos un decidido apoyo de la más reciente histología de los sistemas neuronales. Ella nos enseña, en efecto, que las *terminaciones* de las neuronas y las *conexiones* entre las neuronas se ajustan a un mismo patrón estructural, y que las neuronas terminan. las unas sobre las otras, de la misma manera que terminan en los elementos somáticos; probablemente también sea homólogo el carácter funcional de ambos procesos. De tal manera es admisible que en las terminaciones nerviosas actúen cantidades similares que en las conexiones intercelulares. También es verosímil suponer que los estímulos *endógenos* sean del mismo orden de magnitud *intercelular*. A propósito, es aquí donde se nos abre una segunda oportunidad para examinar la validez de nuestra teoría.

[5] EL PROBLEMA DE LA CANTIDAD

NADA sé acerca de la magnitud absoluta de los estímulos intercelulares, pero me aventuro a suponer que es de una magnitud relativamente inferior [a la magnitud de los estímulos teleneuronales, (*Nota del T.*)] y del mismo orden de resistencia de las barreras de contacto, cosa que, de confirmarse, sería fácilmente comprensible. Esta hipótesis dejaría a salvo la similitud esencial de las neuronas ρ y φ y al mismo tiempo explicaría biológica y mecánicamente su diferencia en cuanto a la permeabilidad.

A falta de pruebas al respecto, son tanto más interesantes ciertas perspectivas y concepciones que arrancan de dicha hipótesis. Ante todo, si realmente nos hemos formado una impresión correcta de la magnitud de las cantidades (Q) en el mundo exterior, podemos preguntarnos si la tendencia fundamental del sistema neuronal, o sea, la de mantener su cantidad (Q)

reducida a cero, es suficientemente realizada mediante la rapidez de descarga, o si no actúa ya en el proceso de la recepción misma de estímulos. Comprobamos, en efecto, que las neuronas ρ no terminan libremente en la periferia, sino a través de formaciones celulares, siendo éstas y no dichas neuronas las que reciben los estímulos exógenos. Estos «aparatos teleneuronales[128]» —en el sentido más amplio del término— bien podrían tener la finalidad de impedir que las cantidades exógenas (Q) incidan con toda su intensidad sobre ρ, sino que sean previamente atenuadas. En tal caso cumplirían la función de «pantallas de cantidad» (Q), que sólo dejarían pasar *fracciones* de las cantidades exógenas (Q).

Con ello concordaría el hecho de que el otro tipo de terminaciones nerviosas —el de las terminaciones libres, sin órgano teleneuronal— sea, con mucho, el más común en la periferia *interna* del cuerpo. Allí parecen ser innecesarias las pantallas de cantidad (Q), probablemente porque las cantidades (*Qὴ*) que allí son recibidas no necesitan ser reducidas al nivel intercelular, dado que de por sí ya se hallan en ese nivel.

Siendo posible calcular las cantidades (Q) recibidas por las terminaciones de las neuronas ρ, ello quizá ofrezca un recurso para formarse una noción de las magnitudes que pasan entre las neuronas φ y que, como vimos, son del mismo orden que las resistencias de las barreras de contacto.

Además, aquí asoma una tendencia que bien podría determinar el hecho de que el sistema neuronal esté formado por *varios* sistemas: una tendencia cada vez más amplia a mantener la cantidad (*Qὴ*) apartada de las neuronas. Así, la *estructura* del sistema neuronal serviría al propósito de *apartar* la cantidad (*Qὴ*) de las neuronas, mientras que su *función* serviría al propósito de *descargar* dicha cantidad.

[6] El Dolor[129]

TODOS los dispositivos de índole biológica tienen un límite de eficiencia, más allá del cual fracasan. Esta falla se traduce por fenómenos rayanos en lo patológico y que, en cierto modo, constituyen los prototipos normales de

las manifestaciones patológicas. Hemos visto que el sistema neuronal está instalado de tal manera que las grandes cantidades exteriores (Q) quedan apartada de ρ y aún más de φ. Esta finalidad es cumplida por las pantallas teleneuronales y por por el hecho de que φ se halla sólo indirectamente conectado con el mundo exterior. ¿Existe algún fenómeno que pueda ser interpretado como el equivalente del fracaso de estos dispositivos? Tal fenómeno es, según creo, *el dolor*.

Cuanto sabemos del dolor concuerda con este concepto. El sistema neuronal tiene la más decidida tendencia a la *fuga del dolor*. Vemos en ella una manifestación de su tendencia primaria a evitar todo aumento de su tensión cuantitativa (*Qὴ*) y podemos concluir que el dolor consiste en *la irrupción de grandes cantidades (Q) hacia φ*. De esta manera ambas tendencias quedan reducidas a una y la misma.

El dolor pone en función el sistema ρ tanto como el sistema φ; ningún obstáculo puede oponerse a su conducción; es el más imperativo de todos los procesos. Las neuronas φ parecen ser, pues, permeables al mismo, de modo que el dolor debe consistir en la acción de cantidades (Q) de un orden relativamente elevado.

La causa desencadenante del dolor puede consistir, por un lado, en un aumento de cantidad: toda excitación sensible (aun las de los órganos sensoriales más elevados) tiende a convertirse en dolor a medida que aumenta el estímulo, cosa que cabe interpretar sin lugar a dudas como una falla [del mecanismo, (*Nota del T.*)]. Por otra parte, puede ocurrir dolor en presencia de *pequeñas* cantidades exteriores, caso en el cual aparece siempre vinculado con una solución de continuidad; es decir, una cantidad exterior (Q) que actúa directamente sobre las terminaciones de las neuronas ρ sin mediación de los «aparatos teleneuronales», origina dolor. Con ello el dolor queda caracterizado como la irrupción de cantidades (Q) excesivas hacia ρ y φ; es decir, de cantidades (Q) que son de un orden de magnitud aún mayor que el de los estímulos ρ.

Es fácil comprender el hecho de que el dolor recorra todas las vías de descarga. Según nuestra teoría de que cantidad (Q) produce facilitación, es evidente que el dolor deja tras sí facilitaciones permanentes en φ, como si la descarga de un rayo hubiera pasado por ella. Es posible que estas

facilitaciones barran por completo la resistencia de las barreras de contacto y establezcan [en φ] vías de conducción como las que existen en ρ.

[7] EL PROBLEMA DE LA CUALIDAD

HASTA ahora ni siquiera hemos mencionado el hecho de que toda teoría psicológica, además de cumplir los requisitos planteados por el enfoque científico natural, debe satisfacer aún otra demanda fundamental. En efecto, habrá de explicarnos todo lo que conocemos de la más enigmática manera, a través de nuestra «consciencia», y dado que esta consciencia nada sabe de lo que hasta ahora hemos estado presuponiendo —de cantidades y de neuronas —, dicha teoría habrá de explicarnos también esta falta de conocimiento.

Al punto se nos torna explícita una premisa que hasta ahora nos ha guiado sin que nos apercibiéramos de ella. En efecto, hemos venido tratando los procesos psíquicos como algo que bien podría prescribir de ser conocido por la consciencia, de algo que existe independientemente de ella. Estamos preparados para comprobar que algunas de nuestras presunciones no sean confirmadas por la consciencia, y si rehusamos dejarnos confundir por esta discrepancia, lo hacemos como consecuencia lógica de nuestra presunción de que la consciencia no nos daría una información completa ni fidedigna de los procesos neuronales, pues la totalidad de éstos debería ser considerada de primera intención como inconsciente y a ser inferida igual que todos los demás fenómenos naturales.

En tal caso, sin embargo, el contenido de la consciencia habrá de ser situado en la serie de nuestros procesos φ cuantitativos. La consciencia nos suministra ese algo que se ha dado en llamar *cualidades*, o sea, sensaciones que en una amplia gama de variedades son *distintas* y cuya *alteridad* es discernida en función de las relaciones con el mundo exterior[130]. En esta alteridad aparecen series, similitudes, etc., pero en realidad no hay en ella nada cuantitativo. Cabría preguntarse *cómo* se originan las cualidades y *dónde* se originan; pero son éstas cuestiones que requieren la más detenida investigación y que sólo podremos abordar aquí con carácter aproximado.

¿Dónde se originan las cualidades? No, por cierto, en el mundo exterior, pues de acuerdo con nuestra concepción científico-natural, a la que aquí pretendemos someter también la psicología, en el mundo exterior sólo existen masas en movimiento y nada más. ¿Acaso se originan en el sistema ρ? Esto estaría de acuerdo con el hecho de que las cualidades aparezcan vinculadas a la percepción, pero lo contradicen todos los datos que, con justa razón, hablan en favor de la localización de la consciencia en los niveles más altos del sistema neuronas. ¿Se originan entonces en el sistema φ? Contra ello cabe aducir una importante objeción. Los sistemas ρ y φ actúan conjuntamente en la percepción; pero existe un proceso psíquico que evidentemente tiene lugar tan sólo en φ; me refiero a la reproducción, al recuerdo; mas precisamente este proceso se halla, en términos generales, *desprovisto de cualidad*. Normalmente el recuerdo no produce nada que posea el carácter peculiar de la cualidad perceptiva. De tal modo cobramos ánimo suficiente para admitir que podría existir un *tercer sistema* de neuronas —«neuronas perceptivas» podría llamárselas—, que serían excitadas juntamente con las otras en el curso de la percepción, pero no en el de la reproducción, y cuyos estados de excitación darían lugar a las distintas cualidades, o sea, que serían las *sensaciones conscientes*[131].

Si adherimos firmemente a la noción de que nuestra consciencia sólo suministra cualidades, mientras que las ciencias naturales únicamente reconocen *cantidades*, se desprende, como si fuera por regla de tres, una característica de las neuronas perceptivas. En efecto, mientras la ciencia se ha impuesto como objeto el reducir todas nuestras *cualidades* perceptivas a *cantidad exterior*, cabe presumir que la estructura del sistema neuronal consiste en dispositivos destinados convertir la *cantidad exterior* en *cualidad*, con lo que se impondría una vez más la tendencia primaria al apartamiento de toda cantidad. Vimos que los aparatos teleneuronales constituyen una pantalla destinada a permitir que sólo fracciones de la cantidad exterior lleguen a actuar sobre ρ, mientras que, al mismo tiempo, ρ efectúa la descarga gruesa de cantidad. De tal modo, el sistema φ ya quedaría protegido de las cantidades de orden mayor y sólo se vería enfrentado con las de magnitud intercelular. Prosiguiendo este razonamiento cabe presumir que el sistema W[132] sea movido solamente por cantidades aún más reducidas. Podría ser

que el carácter cualitativo (es decir, la sensación consciente) sólo aparezca cuando las cantidades han quedado excluidas en la medida de lo posible. Claro está que no es posible eliminarlas por completo, pues también esas neuronas perceptivas deben ser concebidas como catectizadas con cantidad (*Qὴ*) y tendientes a lograr su descarga.

Con esto no encontramos, empero, frente a una dificultad que parecería insuperable. Hemos visto que la permeabilidad depende del efecto producido por la cantidad (*Qὴ*) y que las neuronas φ ya son de por sí impermeables. Pero como las cantidades (*Qὴ*) intervinientes son aún más pequeñas, las neuronas perceptivas habrán de ser todavía más impermeables. Es inadmisible, sin embargo, atribuir tal característica a las neuronas portadoras de la consciencia, pues la rápida mutabilidad de su contenido, el carácter fugaz de la consciencia, la fácil y rápida combinación de cualidades simultáneamente percibidas, todo esto sólo es compatible con una permeabilidad total de las neuronas perceptivas y con su completa *restitutio in integrum*[133]. Las neuronas perceptivas se conducen como verdaderos órganos de percepción y en ellas no encontramos ningún dato para localizar la memoria. Henos aquí, pues, ante una permeabilidad, una completa facilitación, que no proceden de cantidades. ¿De dónde proceden entonces?

Sólo ve una salida: revisar nuestra hipótesis básica sobre el decurso de cantidad (*Qὴ*). Hasta ahora sólo pude concebirlo como una transferencia de cantidad (*Qὴ*) de una neurona a otra, pero debe poseer otra característica más —una característica de índole *temporal*—, pues también la mecánica de los físicos le concede este atributo temporal aun a los movimientos de masas en el mundo exterior. Designaré esta característica simplemente como «el *período*» y admitiré entonces que la resistencia de las barreras de contacto rige sólo para la transferencia de *cantidad* (Q), pero que el *período* del movimiento neuronal se propaga a todas partes sin inhibición alguna, como si fuera por un proceso de inducción.

Mucho queda por hacer aquí en cuanto a la aclaración de los aspectos físicos pues las leyes generales del movimiento también deben regir aquí sin contradicciones. Mi hipótesis, empero, va aún más allá, admitiendo que las neuronas perceptivas serían incapaces de recibir cantidades (*Qὴ*), pero que en cambio asumen el *período* de la excitación, y que esta condición suya de ser

afectada por un período, mientras admiten sólo una mínima carga de cantidad (*Qἠ*), constituye el fundamento de la consciencia. También las neuronas φ tienen, naturalmente, su período, mas éste se halla desprovisto de cualidad o, mejor dicho, es monótono[134]. Las desviaciones de este período psíquico específico llegan a la consciencia en forma de cualidades.

¿Dónde se originan estas diferencias del *período*? Todo parecería indicar los órganos de los sentidos, cuyas cualidades pretendemos representar por diferencias de período del movimiento neuronal. Los órganos de los sentidos no sólo actúan como pantallas de cantidad (Q) —como todos los demás aparatos teleneuronales—, sino también como cribas, pues sólo dejan pasar estímulos procedentes de ciertos procesos con períodos determinados. Es probable que transfieran luego estas diferencias a ρ, comunicando al movimiento neuronal cualquier período cuya diferencia [cuya característica diferencial (Nota del T.)] sea en algún modo análoga [a la de los procesos del mundo exterior. (Nota del T.)] o sea, energía específica, y son estas modificaciones las que pasan de ρ a través de φ hacia *W*, para engendrar allí, donde están casi desprovistas de cantidad, sensaciones conscientes de cualidad[135]. Esta transmisión de cualidad no es durable, no deja tras de sí rastro alguno y no puede ser reproducida.

[8] La Consciencia

SOLO mediante hipótesis tan complicadas y poco evidentes he podido hasta ahora incluir los fenómenos de la consciencia en el conjunto de la psicología cuantitativa.

Naturalmente, es imposible tratar de explicar por qué los procesos excitativos de las neuronas perceptivas (ωN) traen aparejada la consciencia. Para nosotros sólo se trata de hallar en las neuronas perceptivas (ωN) procesos que coincidan con las características de la consciencia conocidas por nosotros y cuyas variaciones sean paralelas a las de ellas. Ya veremos que no es difícil lograrlo, aun en sus detalles.

Antes, sin embargo, digamos algunas palabras sobre la relación de esta

teoría de la consciencia con otras teorías. De acuerdo con una teoría mecanicista moderna, la consciencia no sería más que un mero apéndice agregado a los procesos fisiológicos-psíquicos, un apéndice cuya ausencia nada modificaría en el curso del suceder psíquico. De acuerdo con otra teoría, la consciencia sería la faz subjetiva de todo suceder psíquico, o sea, que sería inseparable de los procesos fisiológico-anímicos. La teoría que aquí desarrollo se encuentra entre estas dos. La consciencia es aquí la faz subjetiva de *una parte* de los procesos físicos [que se desarrollan] en el sistema neuronal —a saber, de los procesos perceptivos (procesos ω)—, y su ausencia *no dejaría* inalterado el suceder psíquico, sino que entrañaría la ausencia de toda contribución del sistema *W* (ω)[136].

Si representamos la consciencia por neuronas perceptivas (ωN) surgen varias consecuencias. Estas neuronas deben tener una descarga por más pequeña que ella sea, y debe existir alguna manera de llenar las neuronas perceptivas con cantidades ($Q\dot{\eta}$), en la escasa medida que les es imprescindible. La descarga se realiza, como toda otra descarga, en la dirección de la motilidad, debiéndose recordar aquí que la conversión motriz entraña, evidentemente, la pérdida de toda característica cualitativa, de toda peculiaridad periódica. La repleción de las neuronas perceptivas con cantidad sólo puede hacerse desde φ, puesto que no estamos dispuestos a admitir ninguna conexión directa de este tercer sistema con ρ. No atinamos a indicar cuál puede haber sido el primitivo valor biológico de las neuronas perceptivas.

Hasta ahora, empero, sólo pudimos describir muy parcialmente el contenido de la consciencia, pues además de las series de cualidades sensoriales encontramos en ella otra serie muy distinta: la de las sensaciones de *placer* y *displacer*, que ahora habremos de interpretar. Dado que hemos establecido con certeza una tendencia de la vida psíquica hacia la *evitación del displacer*, estaríamos tentados de identificarla con la tendencia primaria de la inercia. En tal caso el *displacer* coincidiría con un aumento del nivel cuantitativo ($Q\dot{\eta}$) o con un aumento cuantitativo de la presión: equivaldría a la percepción sensación[137] cuando se produce un aumento de cantidad ($Q\dot{\eta}$) en φ. El *placer* sería la [correspondiente] sensación de descarga. Dado que se supone que el sistema W debe ser llenado desde φ, se desprende que la

catexia aumentaría en *W* al elevarse el nivel en φ y disminuiría al caer éste. Placer y displacer serían entonces las sensaciones correpondientes a la propia catexia de *W*, a su propio nivel, funcionando *W* y φ, en cierto modo, como vasos comunicantes. De idéntica manera también llegarían a la consciencia los procesos cuantitativos en φ, o sea, una vez más, como cualidades [véase el parágrafo 7].

Las sensaciones de placer y de displacer entrañan la pérdida de la capacidad de percibir las cualidades sensoriales, que están localizadas, por así decirlo, en la zona indiferente entre placer y displacer[138]. Esto podría traducirse así: las neuronas perceptivas (ωN) exhiben una capacidad óptima para admitir el *período* del movimiento neuronal cuando tienen una catexia determinada, mientras que al elevarse ésta surge el displacer, y al debilitarse, el placer, hasta que la capacidad receptiva se extingue por completo cuando falta toda catexia. Sería preciso concebir la forma de movimiento [en cuestión] que corresponda a estos datos.

[9] Funcionamiento del aparato

PODEMOS formarnos ahora la siguiente concepción sobre el funcionamiento del aparato constituido por ρ φ ω.

Desde el exterior inciden magnitudes de excitación sobre las terminaciones del sistema ρ, topándose primero con los aparatos teleneuronales, que los fragmentan en fracciones cuyo orden de magnitud probablemente sea superior al de los estímulos intercelulares (¿o quizá aun del mismo orden?). Aquí nos encontramos con un primer umbral: por debajo de determinada cantidad no puede constituirse ninguna fracción eficaz, de modo que la efectividad de los *estímulos* está limitada en cierto modo a las cantidades de magnitud *mediana*. Al mismo tiempo, la naturaleza de las envolturas nerviosas actúa como una criba, de manera que en las distintas terminaciones nerviosas no todos los tipos de estímulos pueden ser efectivos. Los estímulos que realmente llegan a las neuronas ρ poseen una cantidad y una característica cualitativa[139]; en el mundo exterior forman una serie de la

misma cualidad [que los estímulos] y de creciente [magnitud de] cantidad, desde el umbral hasta el límite del dolor.

Mientras los *procesos* forman en el mundo exterior un continuo bidireccional —[ordenado de acuerdo] con la cantidad y con el período (cualidad)—, los *estímulos* que les corresponden se hallan, de acuerdo con la cantidad, *reducidos* primero y luego *limitados* por selección, y en cuanto a su cualidad son *discontinuos*, de modo que ciertos períodos ni siquiera pueden actuar como estímulos [Véase la Fig. 12.].

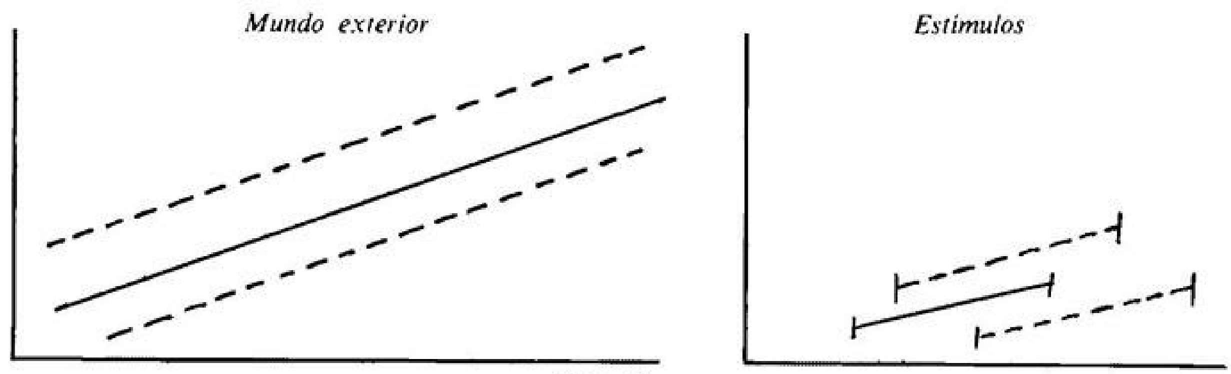


FIG. 12

La característica cualitativa de los estímulos se propaga ahora sin impedimentos por ρ, a través de φ, hacia ω, donde genera la sensación; está representada por un período particular del movimiento neuronal, que no es, por cierto, el mismo que el del estímulo, pero que guarda con él determinada relación, de acuerdo con una fórmula de reducción desconocida por nosotros. Este período no se mantiene durante largo tiempo y se extingue hacia el lado de la motilidad; además, como puede pasar sin impedimento, tampoco deja tras de sí ninguna memoria.

La *cantidad* del estímulo ρ excita la tendencia a la descarga en el sistema nervioso al convertirse en una excitación motriz proporcional. El aparato de la motilidad está directamente acoplado a ρ; las cantidades así convertidas producen un efecto que les es cuantitativamente muy superior, pues ingresan en los músculos, las glándulas, etc., actuando en ellos por *liberación* [de cantidad], mientras que entre las neuronas sólo tiene lugar una *transferencia* [de cantidad].

A nivel de las neuronas ρ terminan también las neuronas φ, a las que es

transferida una parte de la cantidad (*Qὴ*), pero sólo una parte; quizá una fracción correspondiente a la magnitud de los estímulos intercelulares. Llegados aquí podríamos preguntarnos si la cantidad [*Qὴ*] transferida a φ no sería por ventura proporcional a la cantidad [Q] que corre por ρ, de modo tal que un estímulo más considerable produzca también un efecto psíquico más considerable. Aquí parece actuar un dispositivo especial que, una vez más, mantiene cantidad (Q) apartada de φ. Las vías sensitivas de conducción en ρ poseen, en efecto, una estructura peculiar, ramificándose continuamente y presentando vías de variable grosor que concluyen en numerosos puntos terminales, lo que quizá tenga el siguiente significado: un estímulo más poderoso sigue una vía distinta que otro más débil. Así, por ejemplo, *Qὴ*1 recorrerá únicamente la vía I y en el punto terminal α transmitirá una fracción a φ. *Qὴ*2 [es decir, una cantidad dos veces mayor que *Qὴ*1] no transmitirá en α una fracción dos veces mayor, sino que podrá pasar también por la vía II, que es más delgada, y abrirá un segundo punto terminal hacia φ [en β]; *Qὴ*3 abrirá la más delgada de las vías y transferirá asimismo por el punto terminal ἴ [véase la figura]. De tal manera, la vía ρ única quedará aliviada de su carga y la mayor *cantidad* en ρ se traducirá por el hecho de catectizar *varias* neuronas en φ, en lugar de una sola. Cada una de las catexias de las distintas neuronas φ puede, en tal caso, ser de magnitud aproximadamente igual. Si *Qὴ* en y produce una catexia en φ, entonces *Qὴ*3 se expresa por catexia en φ1 + φ2 + φ3. Así, *cantidad* en ρ se expresa por *complejidad* en φ. De tal manera la cantidad (*Q*) queda apartada de φ, por lo menos dentro de ciertos límites. Esto nos recuerda mucho las condiciones postuladas por la ley de Fechner[140], que de tal modo admitiría una localización [determinada].

De esta manera, φ es catectizada desde ρ con cantidades (*Q*) que normalmente son pequeñas. Mientras la *cantidad* de la excitación ρ se expresa en φ por la *complejidad*, su *cualidad* se expresa por la *topografía*, dado que, de acuerdo con las relaciones anatómicas, los distintos órganos sensoriales sólo se comunican a través de ρ con determinadas neuronas φ. Pero φ también recibe catexia del interior del cuerpo, de modo que sería admisible dividir las neuronas φ en dos grupos: las neuronas del *pallium*, que son catectizadas desde ρ, y las neuronas *nucleares*, que son catectizadas desde las vías endógenas de conducción[141].

[10] LAS VÍAS DE CONDUCCIÓN φ

LA porción nuclear de φ está conectada con aquellas vías por las cuales ascienden las cantidades endógenas [Q] de excitación. Sin excluir la posibilidad de que estas vías estén conectadas con ρ, debemos seguir sustentando nuestra presunción original de que hay una vía directa que lleva del interior del cuerpo a las neuronas φ. Esto implica, empero, que φ se halla expuesto sin protección alguna a las cantidades (Q) procedentes de esa dirección, y en este hecho [como veremos en la página siguiente] radica precisamente el *impulso motor* del mecanismo psíquico.

Cuanto sabemos acerca de los estímulos *endógenos* puede expresarse en la hipótesis de que son de índole intercelular, que se generan en forma continua y que sólo periódicamente se convierten en estímulos psíquicos. La idea de su acumulación es inevitable y la intermitencia de su efecto psíquico conmina a admitir que en el curso de su conducción tropiezan con resistencias superables únicamente al aumentar la cantidad [de excitación]. Las vías de conducción se encuentran, pues, articuladas en serie, con varias barreras de contacto intercaladas hasta llegar al núcleo φ. Por encima de determinada cantidad [Q], empero, los estímulos endógenos actúan en forma continua, y todo aumento de la cantidad (Q) es percibido como un aumento del estímulo φ. Esto implica entonces un estado en el cual la [vía de] conducción se ha tornado permeable. La experiencia demuestra, además, que una vez descargado el estímulo φ, la [vía de] conducción vuelve a recuperar su resistencia.

Un proceso de esta especie se denomina *sumación*. Las vías de conducción φ se llenan por sumación hasta que se tornan permeables. Evidentemente, lo que permite que ocurra la sumación es la pequeñez del estímulo individual. También se ha comprobado la sumación en las vías de conducción ρ —por ejemplo, en la conducción del dolor—, pero en este caso sólo interviene en presencia de pequeñas cantidades. El reducido papel que desempeña la sumación en el sector ρ hablaría en favor de que allí actúan, efectivamente, cantidades de magnitud más considerable. Las cantidades muy pequeñas parecen ser retenidas por la acción liminal de los aparatos

teleneuronales, mientras que, no existiendo éstos en el sector φ, sólo actúan pequeñas cantidades [*Qὴ*][142].

Es digno de mención que las neuronas de conducción φ puedan allí mantenerse alternando entre las características de la permeabilidad y de la impermeabilidad, gracias a que recuperan casi por completo su resistencia a pesar del pasaje de cantidad (*Qὴ*). Esta propiedad es absolutamente contradictoria con aquella otra que hemos atribuido a las neuronas y, o sea, la de quedar permanentemente facilitadas por el pasaje de cantidad (*Qὴ*) [parágrafo 3]. ¿Cómo explicar esta contradicción? Admitiendo que el restablecimiento de la resistencia al cesar el pasaje de una corriente es un atributo general de las barreras de contacto. No existe entonces dificultad alguna en conciliar esto con el hecho de que las neuronas y son influidas [por el pasaje de cantidad] en el sentido de la facilitación. Para ello sólo necesitamos suponer que la facilitación restante después del pasaje de cantidad [Q] no consiste en la abolición de *toda* resistencia, sino en su reducción a un imprescindible mínimo permanente. Durante el pasaje de cantidad (Q) la resistencia está suspendida, pero luego se restablece, aunque sólo hasta un nivel particular, dependiente de la cantidad (Q) transcurrida, de modo que la vez siguiente podrá pasar una cantidad menor (Q), y así sucesivamente. Una vez establecida la facilitación más completa, subsistirá todavía cierta resistencia, igual para todas las barreras de contacto, que también exigirá, pues el acrecentamiento de las cantidades (Q) hasta un umbral determinado, a fin de que éstas puedan pasar. Tal resistencia sería una constante. Por consiguiente, el hecho de que las cantidades endógenas (*Qὴ*) actúen por sumación no significa otra cosa sino que estas cantidades están compuestas por magnitudes de excitación muy pequeñas y menores que la constante. De ahí, pues, que las vías endógenas de conducción se hallen totalmente facilitadas.

De esto se desprende, sin embargo, que las barreras de contacto φ son, en general, más altas que las barreras de las vías [endógenas] de conducción, de modo que en las neuronas nucleares puede producirse una nueva acumulación de cantidad (*Qὴ*). Desde el momento en que la vía de conducción alcanza su nivel de saturación, dicha acumulación no tiene límite alguno. Aquí, φ se encuentra a merced de la cantidad (Q), y de tal modo

surge en el interior del sistema el impulso que sustenta toda actividad psíquica. Conocemos esta fuerza en la forma de la *voluntad*, el derivado de los *instintos*[143] [véase el final del parágrafo 18].

[11] LA VIVENCIA DE SATISFACCIÓN

LA repleción de las neuronas nucleares en φ tendrá por resultado una tendencia a la descarga, una *urgencia* que se libera hacia la vertiente de la motilidad. De acuerdo con la experiencia, la primera vía que es recorrida en tal proceso es la que conduce a la *alteración interna* (expresión de las emociones, grito, inervación vascular). Pero como demostramos inicialmente [parágrafo 1], ninguna descarga de esta especie puede agotar la tensión, pues a pesar de aquélla persiste la recepción de estímulos endógenos, que restablece la tensión φ. En este caso la estimulación sólo puede ser abolida por medio de una intervención que suspenda transitoriamente el desprendimiento de cantidad (*Qὴ*) en el interior del cuerpo, y una intervención de esta índole requiere una alteración en el mundo exterior (aporte de alimento, aproximación del objeto sexual), que, siendo una *acción específica*, sólo puede ser alcanzada a través de determinadas vías. El organismo humano es, en un principio, incapaz de llevar a cabo esta acción específica, realizándola por medio de la *asistencia ajena* al llamar la atención de una persona experimentada sobre el estado en que se encuentra el niño, mediante la conducción de la descarga por la vía de la alteración interna [por ejemplo, mediante el llanto del niño *1*.]. Esta vía de descarga adquiere así la importantísima función secundaria de la *comprensión* [*comunicación* con el prójimo. (*Nota del T.*)], y la indefensión original del ser humano conviértese así en la fuente *primordial de todas las motivaciones morales* [véase la tercera parte][144].

Una vez que el individuo asistente ha realizado para el inerme el trabajo de la acción específica en el mundo exterior, el segundo se encuentra en situación de cumplir sin dilación, por medio de dispositivos reflejos, la función que en el interior de su cuerpo es necesaria para eliminar el estímulo

endógeno. La totalidad de este proceso representa entonces una *vivencia de satisfacción*, que tiene las más decisivas consecuencias para el desarrollo funcional del individuo. En efecto, tres cosas se producen en su sistema φ: 1) Se efectúa una descarga permanente, poniendo fin con ello a la urgencia que generó displacer en W. 2) Se produce la catectización de una o de varias neuronas del *pallium*[145], que corresponde a la percepción de un objeto. 3) A otros puntos del *pallium* llegan las noticias de la descarga lograda mediante el desencadenamiento del movimiento reflejo que siguió a la acción específica. Entre estas catexia [2) y 3)] y las neuronas nucleares [que fueron catectizadas a partir de fuentes endógenas durante el estado de urgencia. *I*.] establécese entonces una facilitación.

(Las noticias de la descarga refleja surgen gracias a que todo movimiento, en virtud de sus consecuencias accesorias, da lugar a nuevas excitaciones sensitivas —de piel y músculos—, que producen en φ una *imagen motriz* [o *quinestética*]).

En cuanto a la facilitación, se origina de una manera que nos ofrece una visión más profunda del desarrollo de φ. Hasta ahora hemos visto que las neuronas φ son influidas por las neuronas ρ y por las vías de conducción endógena, mientras que las distintas neuronas φ están aisladas las unas de las otras por barreras de contacto con poderosas resistencias. Existe, sin embargo, una ley fundamental de *asociación por simultaneidad*, que actúa durante la actividad y pura (durante el recuerdo reproductivo) y que constituye la base de todas las conexiones entre las neuronas φ. Comprobamos que la consciencia (es decir, la catexia cuantitativa) pasa de una neurona φ (α) a otra (β), siempre que la (α) y (β) hayan sido, en algún momento, catectizadas simultáneamente desde ρ o desde alguna otra parte. En otros términos, la catectización simultánea α-β ha llevado a la facilitación de una barrera de contacto. De ello se desprende, expresándolo en los términos de nuestra teoría, que una cantidad [*Qὴ*] pasa más fácilmente de una neurona a otra catectizada, que a una no catectizada.

Así, la catexia de la segunda neurona actúa de la misma manera que un aumento de catexia en la primera. En este caso, una vez más, *la catexia se revela como algo que, con respecto al pasaje de cantidad* [Qὴ], es equivalente a la facilitación. [Véase el parágrafo 3.]

Aquí nos encontramos, pues, con un segundo factor de importancia para la determinación del curso que sigue una cantidad [*Qὴ*]. Una cantidad en la neurona a no sólo se dirigirá en dirección de la barrera más facilitada, sino también hacia la que esté catectizada en su vertiente opuesta. Estos dos factores pueden reforzarse mutuamente o aun antagonizarse en determinados casos.

Así, la vivencia de satisfacción conduce a una facilitación entre las dos imágenes mnemónicas [la del objeto deseado y la del movimiento reflejo. I.] y las neuronas nucleares que han sido catectizadas durante el estado de urgencia. (Es de suponer que en [el curso de] la descarga producida por la satisfacción, también las imágenes mnemónicas quedan vacías de cantidad [*Qὴ*].) Con el restablecimiento del *estado de urgencia* o *de deseo*, la catexia pasa también a los dos recuerdos, reactivándolos. Es probable que el primero en experimentar esta *activación desiderativa* sea la imagen mnemónica del objeto.

No tengo duda alguna acerca de que la activación desiderativa produce en primer término algo similar a una percepción, o sea, una *alucinación*. Si ésta lleva a la realización del acto reflejo, su consecuencia ineludible será la defraudación.

[12] La Vivencia del Dolor

En condiciones normales, φ está expuesto a cantidad (*Qὴ*) desde las vías endógenas de conducción, y en condiciones anormales (aunque todavía no patológicas, lo está en aquellos casos en que cantidades excesivas (Q) irrumpen a través de los dispositivos de pantalla en ρ, o sea, en el caso del *dolor*. El dolor produce en φ: 1) un gran aumento del nivel [de cantidad], que es sentido como displacer por *W*: 2) una tendencia a la descarga, que puede estar modificada en determinados sentidos; 3) una facilitación entre esta tendencia a la descarga y una imagen mnemónica del objeto algógeno. Además, es indudable que el dolor posee una cualidad especial que se manifiesta paralelamente al displacer.

Si la imagen mnemónica del objeto (hostil) [es decir, algógeno] es recatectizada por un motivo cualquiera (por ejemplo, por nuevas percepciones), surge un estado que no es el del dolor, pero que guarda con él cierta semejanza. Este estado incluye el *displacer* y la tendencia a la descarga que corresponde a la vivencia de dolor. Dado que el displacer significa un aumento del nivel [de cantidad], surge la cuestión de origen de esta cantidad (*Qὴ*). En la vivencia del dolor propiamente dicha, era la cantidad exterior (Q) irrumpiente la que elevaba el nivel en φ. En su reproducción —en el *afecto*— la única cantidad (*Qὴ*) que se le agrega es la cantidad [Q] que catectiza el recuerdo, siendo evidente que ésta es de la misma índole que cualquier otra percepción y que no puede resultar, pues, en un aumento general de cantidad (*Qὴ*).

Nos vemos obligados a admitir así que la catectización de los recuerdos *desencadena* displacer en el interior del cuerpo, o sea, que hace surgir nuevas cantidades de displacer. El mecanismo de este desencadenamiento sólo cabe imaginarlo de la siguiente manera. Tal como existen neuronas motrices que en presencia de cierto grado de repleción conducen cantidades (*Qὴ*) hacia los músculos, descargándolas, deben existir también neuronas «secretoras» que al ser excitadas causan en el interior del cuerpo la generación de algo que actúa como estímulo sobre las vías endógenas de conducción hacia φ, o sea, que influyen sobre la producción de cantidades endógenas (*Qὴ*) y, en consecuencia, no *descargan* cantidad (*Qὴ*), sino que la *aportan* por vías indirectas. A estas neuronas secretoras[146] las llamaremos «neuronas llave[147]». Es evidente que sólo son excitadas a partir de cierto nivel en φ. Merced a la vivencia dolorosa se establece una excelente facilitación entre la imagen mnemónica del objeto hostil y estas neuronas llave, en virtud de la cual se libera entonces displacer en el afecto.

Esta hipótesis tan desconcertantes pero indispensable, es confirmada en cierta manera por lo que ocurre en la liberación de impulsos sexuales. Al mismo tiempo se nos impone la presunción de que los estímulos endógenos estarían constituidos en ambos casos por *productos químicos* cuyo número y variedad bien puede ser considerable. Dado que la liberación de displacer puede ser extraordinariamente grande, aun frente a una minúscula catexia del recuerdo hostil, es dable concluir que el dolor deja tras de sí facilitaciones

particularmente abundantes y extensas. Es en este conexo cómo llegamos a presumir que la facilitación depende totalmente de la [magnitud de la] cantidad [*Qὴ*] alcanzada, de modo que el efecto facilitante de 3*Qὴ* puede ser mucho mayor que el de 3 x *Qὴ* [*Qὴ* repetida tres veces].

[13] AFECTOS Y ESTADOS DESIDERATIVOS

LOS residuos de los dos tipos de vivencias [de satisfacción y de dolor] que acabamos de considerar son los afectos y los estados desiderativos, que tienen en común el hecho de entrañar un aumento de la tensión cuantitativa en φ, producido en el *afecto* por un desprendimiento repentino, y en el *deseo*, por sumación. Ambos estados tienen la mayor importancia para el pasaje de cantidad en φ, dado que dejan tras de sí motivaciones de tipo convulsivo en favor de dicho pasaje. El estado desiderativo produce algo así como una *atracción* positiva hacia el objeto deseado, o, más bien, hacia su imagen mnemónica, mientras que de la vivencia dolorosa resulta una *repulsión*, una aversión a mantener catectizada la imagen mnemónica hostil. He aquí, pues, la *atracción desiderativa* primaria y la *defensa* [rechazo] primaria[148].

La atracción desiderativa se explica fácilmente admitiendo que la catexia del recuerdo amable en el estado de deseo supera ampliamente en cantidad (*Qὴ*) a la catexia en el caso de la simple percepción, de modo que en el primer caso existe una facilitación particularmente buena entre el núcleo φ y la correspondiente neurona del *pallium*.

Más difícil de explicar es la *defensa* [rechazo] primaria o *represión*, es decir, el hecho de que una imagen mnemónica hostil sea abandonada lo más rápidamente posible por la catexia[149]. Sin embargo, su explicación bien podría residir en el hecho de que las vivencias dolorosas primarias fueron resueltas y terminadas por una defensa refleja. La emergencia de otro objeto, en lugar del hostil, actuó entonces como señal de que la vivencia dolorosa había terminado; ahora el sistema φ, aprendiendo por su experiencia biológica, trata de reproducir el estado en φ que indicó otrora el cese del dolor. Con la expresión *aprender por la experiencia biológica* acabamos de

introducir una nueva base de explicación que habrá de gravitar por sí sola, aunque al mismo tiempo no excluye. sino que requiere, la reducción a principios mecánicos. es decir. a factores cuantitativos[150]. En el caso que estamos considerando, bien podría ser el aumento de cantidad (*Qὴ*), producido invariablemente cada vez que se catectizan recuerdos hostiles, el que impulsa forzosamente a una intensificación de la actividad de descarga y con ello al drenaje [de cantidad] también de los recuerdos.

[14] INTRODUCCIÓN [DEL CONCEPTO] DEL «YO[151]»

CON nuestra hipótesis de la *atracción desiderativa* y de la tendencia a la represión ya nos hemos referido de hecho a un estado de φ no considerado todavía, pues estos dos procesos indican que en φ se ha establecido una organización cuya presencia dificulta pasajes [de cantidad] que al ocurrir por primera vez se realizaron de una manera determinada [es decir, que fueron acompañados por satisfacción o por dolor. I.]. Esta organización se denomina el *yo*. Resulta fácil imaginarla si consideramos que la recepción regularmente repetida de cantidades endógenas [*Qὴ*] por determinadas neuronas (del núcleo) y la consiguiente acción facilitante emanada de esa recepción repetida, darán por resultado un grupo de neuronas que retiene una catexia constante [véase parágrafo 10], o sea, que corresponde al portador de la reserva [de cantidad] que, según vimos, se deduce perentoriamente de la función secundaria[152]. El *yo* debe ser definido, pues, como la totalidad de las catexias φ existentes en un momento dado, siendo necesario distinguir en ellas una porción permanente y otra variable. Resulta fácil comprender que las facilitaciones entre neuronas φ también forman parte del dominio del *yo*, ya que representan otras tantas posibilidades de determinar la extensión que de momento en momento habrá de tener el *yo* cambiante.

Aunque este *yo* debe tender por fuerza a librarse de sus catexia por la vía de la satisfacción, no consigue hacerlo de otra manera, sino determinando la repetición de vivencias de dolor y de afectos, proceso que debe cumplir por la

siguiente vía, que en términos generales se califica como la de la *inhibición*.

Una cantidad (*Qὴ*) que irrumpa desde cualquier parte en una neurona se propagará a través de la barrera de contacto que esté más facilitada y dará lugar a una corriente dirigida en dicho sentido. Expresándolo más claramente: la corriente de cantidad (*Qὴ*) se distribuirá hacia las distintas barreras de contacto en proporción inversa a sus respectivas resistencias, y cuando una fracción [de cantidad] incida sobre una barrera de contacto cuya resistencia sea superior a aquélla, no pasará prácticamente nada a través de ésta. Es fácil que tal distribución sea distinta para cada magnitud de cantidad (*Qὴ*) que se halle en la neurona, ya que en tal caso podrán formarse fracciones que excedan los umbrales de otras barreras de contacto. Así, el curso adoptado dependerá de las cantidades (*Qὴ*) y de las intensidades relativas de las facilitaciones. Hemos llegado a conocer, empero, un tercer factor poderoso. Si una neurona adyacente está catectizada simultáneamente, ello actúa como una facilitación transitoria de las barreras de contacto entre ambas neuronas, modificando así el curso [de la corriente], que de otro modo habría seguido la dirección de la única barrera de contacto facilitada. Así, pues, una *catexia colateral* actúa como *inhibición para el pasaje de cantidad* (*Qὴ*). Imaginemos el yo como una red de neuronas catectizadas y bien facilitadas entre sí: aproximadamente así: En tal caso, una cantidad (*Qὴ*) que, habiendo penetrado desde el exterior (ρ) en [la neurona] α, hubiese seguido la neurona *b* en caso de no ser influida, es ahora influida de tal modo por la catexia colateral α, en [la neurona] *a*, que sólo cederá una fracción [de cantidad] a *b*, o quizá ni siquiera llegue a ésta [neurona] *b*. En otros términos, cuando existe un *yo*, por fuerza debe *inhibir* los procesos psíquicos primarios.

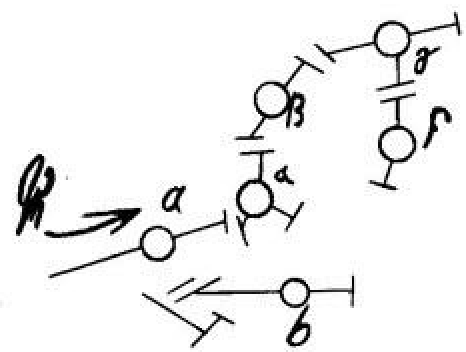


FIG. 14

Tal inhibición, empero, representa una decidida ventaja para φ. Supongamos que *a* sea un recuerdo hostil y *b* una neurona-llave para el displacer: en tal caso la evocación de *a* tendrá por efecto primario una liberación de displacer, que quizá sea superflua y que en todo caso lo es cuando se despliega en plena magnitud. Pero existiendo la acción inhibidora

de α, el desencadenamiento de displacer quedará muy reducido, y al sistema neuronal se le habrá evitado, sin sufrir ningún otro daño, el desarrollo y la descarga de cantidad. Ahora podemos imaginarnos fácilmente que el *yo*, con la ayuda de un mecanismo que llama su *atención*[153] sobre la inminente recatectización de la imagen mnemónica hostil, sea capaz de llegar a inhibir el pasaje [de cantidad] desde la imagen mnemónica hacia el desencadenamiento del displacer, por medio de una copiosa catexia colateral que pueda ser reforzada de acuerdo con las necesidades. Más aún: si admitimos que el desencadenamiento displacentero inicial [de cantidad *Qῂ*] sea recibido por el propio *yo*, tendremos en este mismo [desencadenamiento] la fuente de la cantidad que la catexia colateral inhibidora exige del *yo*.

La defensa [rechazo] primaria será entonces tanto más poderosa cuanto más intenso sea el displacer.

[15] El Proceso Primario y el Proceso Secundario en φ

DE lo que hasta aquí hemos expuesto se desprende que existen dos situaciones en las cuales el *yo* en ρ (que en cuanto a sus tendencias podemos considerar como la totalidad del sistema nervioso) está expuesto a caer, ante procesos no influidos en φ, en un estado inerme y a sufrir el daño consiguiente.

La primera de estas situaciones se da cuando el *yo*, encontrándose en *estado de deseo*, recatectiza de nuevo el recuerdo del objeto y pone luego en función el proceso de descarga, no pudiéndose alcanzar entonces la satisfacción, porque el objeto no existe en la *realidad*, sino sólo como un pensamiento imaginario. En un principio, φ es incapaz de establecer esta distinción, pues sólo puede operar sobre la base de la secuencia de estados análogos entre sus neuronas [es decir, sobre la base de su experiencia previa de que la catectización del objeto fue seguida por satisfacción. I.]. Así, necesita disponer de un criterio venido de otra parte para distinguir entre la *percepción* y la *representación* [idea][154].

En segundo lugar, φ necesita un signo que dirija su atención a la

recatectización de la imagen mnemónica hostil y que le permita prevenir, por medio de catexia colaterales, el consiguiente desencadenamiento de displacer. Si φ es capaz de efectuar esta inhibición a tiempo tanto el desprendimiento de displacer como la defensa consiguiente serán leves, mientras que en caso contrario se producirá un displacer enorme y una excesiva defensa primaria.

Tanto la catexia desiderativa como el desprendimiento de displacer, cuando se produce la recatectización del recuerdo respectivo, pueden ser biológicamente perjudiciales. La catexia desiderativa siempre lo es cuando sobrepasa determinada medida y favorece con ello la descarga, mientras que el desencadenamiento de displacer, siempre lo es, por lo menos cuando la catexia de la imagen mnemónica hostil emana (por asociación) de φ mismo y no del mundo exterior. También en este caso se necesita, pues, un signo que permita distinguir la percepción del recuerdo (representación).

Ahora bien: probablemente sean las neuronas perceptivas las que suministran este signo, el *signo de realidad*. Ante cada percepción exterior se produce en W una excitación cualitativa que en un principio carece, empero, de toda importancia para φ. Es preciso agregar, pues, que la *excitación* perceptual conduce a una descarga perceptual y que de ésta (como de todo otro tipo de descarga) llega una noticia a φ. *Es esta noticia de una descarga procedente de W (ω) la que constituye el signo de cualidad o de realidad para φ*.

Si el objeto deseado es catectizado copiosamente, al punto de ser alucinatoriamente activado, también dará lugar al mismo signo de descarga o de realidad que comúnmente sigue a la percepción exterior. En este caso fracasará, pues, el criterio [de diferenciación]. Pero si la catexia desiderativa se realiza bajo *inhibición*, como podrá ocurrir si el *yo* está patentizado, cabe concebir el caso cuantitativo de que la catexia desiderativa no sea la suficientemente intensa como para producir un *signo de cualidad*, mientras que la [correspondiente] percepción exterior lo habría producido. En este caso, pues, el criterio conserva su valor. La diferencia entre estos dos casos radica en el hecho de que, mientras el signo de cualidad derivado del exterior aparece siempre, cualquiera que sea la intensidad de la catexia, el derivado de φ sólo se da en presencia de intensidades elevadas. Por consiguiente, *es la inhibición por el «yo» la que facilita un criterio para la diferenciación entre*

la percepción y el recuerdo. La experiencia biológica enseñará entonces a no iniciar la descarga mientras no haya llegado el signo de realidad y a no impulsar con tal fin, por encima de una determinada medida, la catexia de los recuerdos deseados.

Por otro lado, la excitación de las neuronas perceptivas también puede servir para proteger el sistema φ en el segundo de los casos previstos, es decir, al dirigir la atención de φ hacia la presencia o la ausencia de una percepción. Con tal fin debemos aceptar que las neuronas perceptivas (*ωN*) poseían originalmente una conexión anatómica con las vías procedentes de los distintos órganos sensoriales y que su descarga volvió a ser dirigida hacia los aparatos motores pertenecientes a esos mismos órganos sensoriales. En tal caso la noticia de esta última descarga (o sea la noticia de la *atención refleja*) actuará para y como una señal biológica de que debe enviar una cantidad de catexia hacia las mismas direcciones.

Resumiendo: en presencia de inhibición por un *yo* catectizado, los signos de descarga ω sirven, en términos muy generales, como *signos de realidad* que φ aprende a aprovechar por experiencia biológica. Si el *yo* se encuentra en estado de tensión desiderativa en el momento en que surge tal signo de realidad, hará que la descarga se dirija en el sentido de la acción especifica. Si el signo de realidad coincide con un aumento del displacer, φ producirá una defensa de magnitud normal, merced a una catexia colateral adecuadamente grande y situada en el lugar indicado. Si no ocurre ninguna de estas dos circunstancias les decir, si no existe un estado desiderativo ni un aumento del displacer en el momento en que se recibe un signo de realidad. I.], la catexia podrá desarrollarse sin impedimento alguno y de acuerdo con las condiciones en que se encuentren las facilitaciones. La catexia desiderativa, llevada hasta el punto de la alucinación, y el desencadenamiento total de displacer, que implica un despliegue completo de la defensa, los consideramos como *procesos psíquicos primarios*. En cambio, aquellos procesos que sólo son posibilitados por una buena catexia del *yo* y que representan versiones atenuadas de dichos procesos primarios, los denominamos *procesos psíquicos secundarios*. Se advertirá que la precondición ineludible de estos últimos es una correcta utilización de los *signos de realidad*, que a su vez sólo es posible si existe una inhibición por parte del *yo*[155].

[16] EL PENSAMIENTO COGNOSCITIVO Y EL PENSAMIENTO REPRODUCTIVO[156]

HEMOS adelantado, pues, la hipótesis de que, en el curso del proceso desiderativo, la inhibición por parte del *yo* lleva a una moderación de la catexia del objeto deseado, que permite reconocer a ese objeto como no real. Continuemos ahora nuestro análisis de este proceso, y advertiremos que puede darse más de una posibilidad.

Supongamos, como primer caso, que la catectización desiderativa de la imagen mnemónica sea acompañada por la percepción simultánea de la misma [es decir, por la percepción del propio objeto al que se refiere el recuerdo. *I*.]. En tal caso las dos catexia se superpondrán (situación que no es biológicamente aprovechable); pero al mismo tiempo surge de *W* un signo de realidad que, como la experiencia lo demuestra, lleva a una descarga eficaz[157]. Así, este caso queda resuelto fácilmente.

En el segundo caso existe una catexia desiderativa y, concomitantemente, una percepción; pero ésta no concuerda por completo con aquélla sino sólo en parte. Es oportuno recordar, en efecto, que las catexias perceptivas nunca son catexia de neuronas únicas, sino siempre de complejos [de neuronas]. Hasta ahora hemos podido pasar por alto esta característica; pero ha llegado el momento de tomarla en cuenta. Supongamos que la catexia *desiderativa* afecte, para expresarlo en términos muy generales, neurona *a* + neurona *b*, mientras que las catexias *perceptivas* estén fijadas a neurona *a* + neurona *c*. Siendo éste el caso más común —más común, por lo menos, que el de la identidad—, merece una consideración particular. También aquí la experiencia biológica enseña que es arriesgado iniciar la descarga mientras los signos de realidad no hayan confirmado la totalidad del complejo, sino sólo una parte del mismo. Ahora, empero, se encuentra un método para perfeccionar la similitud, convirtiéndola en identidad. Comparando este complejo *W* [perceptivo] con otros complejos *W*, se puede descomponerlos en dos porciones: el primero, que por lo general permanece constante, es precisamente esa neurona *a*, y el segundo es la neurona *b*, habitualmente variable. El lenguaje establecerá más tarde, para denominar este proceso de

análisis, el término *juicio*, descubriendo al mismo tiempo la semejanza que realmente existe, por un lado, entre el núcleo del *yo* y la porción constante del complejo perceptual, y por el otro, entre las catexias cambiantes del *pallium* y la porción inconstante del complejo perceptual; además, el lenguaje calificará la neurona *a* como «la *cosa*», y la neurona *b*, como su actividad o atributo; en suma, como su *predicado*.

Así, la *judicación* es un proceso φ que sólo se torna posible merced a la inhibición ejercida por el *yo* y que es provocarlo por la desemejanza entre la *catexia desiderativa* de un recuerdo y una *catexia perceptiva* que le sea similar. De esto se desprende que la coincidencia de estas dos catexia habrá de convertirse en una señal biológica para poner fin a la actividad del pensamiento [al acto cogitativo. (*Nota del T.*)] e iniciar la descarga[158]. Al *no* coincidir las dos catexia surge el impulso a la actividad del pensamiento, que volverá a interrumpirse cuando coincidan.

Es posible proseguir el análisis de este proceso. Si la neurona *a* coincide [interviene tanto en la catexia desiderativa como en la perceptiva.*I.*], pero en lugar de la neurona *b* es percibida la neurona *c*, entonces la actividad del *yo* seguirá las conexiones de esta neurona *c* y hará surgir nuevas catexia a lo largo de estas conexiones mediante el flujo de cantidad, hasta que finalmente se abra un acceso a la neurona *b* faltante. Por regla general, aparece una imagen motriz intercalada entre las neuronas *c* y *b*, y al ser reactivada esta imagen por la realización efectiva de un movimiento, quedará establecida la percepción de la neurona *b* y, con ello, la identidad perseguida. Supongamos, por ejemplo [para tomar el caso del lactante. *I.*], que la imagen mnemónica deseada sea la del pecho materno con el pezón, visto de frente, pero que la primera percepción real obtenida de dicho objeto haya sido una visión lateral, sin el pezón. La memoria del niño contendrá entonces una experiencia adquirida casualmente al mamar, según la cual la imagen frontal se convierte en una imagen lateral cuando se realiza un determinado movimiento cefálico. La imagen lateral percibida ahora lo conduce al movimiento de la cabeza, y una prueba le demostrará que éste debe efectuarse en sentido inverso, a fin de obtener la percepción de la imagen frontal.

En este ejemplo aún no interviene en gran manera el juicio, pero representa una de las posibilidades de llegar, mediante la reproducción de las

catexias, a una acción que ya pertenece al sector accidental de la acción específica.

No cabe duda de que el elemento subyacente a esta migración a lo largo de las neuronas facilitadas es cantidad ($Q\grave{\eta}$) procedente del *yo* catectizado y que dicha migración no es reñida por las facilitaciones, sino por un fin. ¿Cuál es entonces este fin y cómo puede ser alcanzado?

El fin es retornar a la neurona *b*, faltante, y suscitar la sensación de identidad, es decir, el momento en el cual sólo se encuentra catectizada la neurona *b* y la catexia migratoria está a punto de desembocar en ella. Dicho fin se alcanza desplazando experimentalmente la cantidad ($Q\grave{\eta}$) por todas las vías [posibles], y es claro que para tal propósito será necesario emplear una cantidad, ora mayor, ora menor, de catexia colateral, según que se pueda aprovechar las facilitaciones preexistentes o que sea necesario contrarrestarlas. La lucha entre las facilitaciones fijas y las catexias fluctuantes caracteriza el proceso secundario del pensamiento reproductivo, en contraste con la serie primaria de asociaciones.

¿Qué es lo que dirige el curso de esta migración? El hecho de que el recuerdo de la representación desiderativa se mantiene catectizado durante todo el tiempo en que la cadena asociativa es perseguida desde la neurona *c*. Como ya sabemos, gracias a esta catectización de la neurona *b* todas sus eventuales conexiones se tornarán, a su vez, más facilitadas y accesibles.

En el curso de esta migración puede suceder que una cantidad ($Q\grave{\eta}$)[159] tropiece con un recuerdo relacionado con una vivencia dolorosa, provocando así un desencadenamiento de displacer. Dado que esto significa un signo seguro de que la neurona *b* no puede ser alcanzada por dicho camino, la corriente se apartará inmediatamente de la catexia en cuestión. No obstante, las vías displacenteras conservan todo su valor como orientadoras de la corriente de reproducción.

[17] MEMORIA Y JUICIO

EL pensamiento reproductivo tiene, pues, un propósito práctico y un fin

biológicamente establecido, a saber: volver a dirigir hacia la catexia neuronal faltante una cantidad (*Qὴ*) que se halla emigrando desde la percepción sobrante. En tales condiciones se alcanza la identidad y, al mismo tiempo, el derecho a la descarga, siempre que aparezca además el signo de realidad desde la neurona b. Pero el proceso también puede independizarse de este último fin [o sea, de la descarga], tendiendo únicamente a la identidad. En tal caso nos encontraremos ante un puro acto cogitativo [de pensamiento], pero que, en todo caso, más tarde podrá ser prácticamente aprovechado. Además, en estas condiciones el *yo* catectizado se conduce de manera exactamente igual.

Abordemos ahora una tercera posibilidad que puede darse en el estado desiderativo [para las dos primeras, véase antes parágrafo 16]: la de que en presencia de una catexia desiderativa pueda surgir una percepción que no coincida en *ninguna* forma con la imagen mnemónica deseada (que llamaremos *Mem* +). En tal caso surgirá un interés por *(re)conocer*[160] esta imagen perceptiva, de modo que quizá se logre encontrar, a pesar de todo, un camino que conduzca desde aquélla hacia *Mem* +. Es de suponer que con este fin [toda] la percepción sea hipercatectizada asimismo desde el *yo*, como en el caso anterior lo fue únicamente el elemento neuronal *c*. Si la percepción no es absolutamente nueva, hará *recordar* y *evocará* ahora el recuerdo de alguna percepción con la cual coincida por lo menos en parte. El proceso cogitativo que ya hemos descrito será repetido entonces frente a esta imagen mnemónica, aunque ahora lo será, en cierto modo, sin el *fin* que antes le ofreció la representación desiderativa catectizada.

En las medidas en que las catexias coinciden, no dan motivo a la actividad cogitativa. Pero las porciones discrepantes, en cambio, «despiertan el interés» y pueden dar lugar a dos clases de actividad cogitativa. O bien la corriente se dirigirá a los recuerdos *evocados* y pondrá en función una actividad mnemónica errátil (que será dirigida, pues, por las diferencias y no por las semejanzas), o bien permanecerá concentrada en las porciones recién surgidas [de la percepción], poniendo entonces en función una *actividad judicativa* igualmente errátil.

Supongamos que el objeto presentado por la percepción sea similar al propio sujeto [percipiente]: que sea, en efecto, un *semejante*. En tal caso, el

interés teórico que se le dedica queda explicado también por el hecho de que un objeto *semejante* fue, al mismo tiempo, su primer objeto satisfaciente, su primer objeto hostil y también su única fuerza auxiliar. De ahí que sea en sus semejantes donde el ser humano aprende por primera vez a (re)conocer. Los complejos perceptivos emanados de estos sus semejantes serán entonces en parte nuevos e incomparables, como, por ejemplo, sus *rasgos*, en la esfera visual: pero otras percepciones visuales (los movimientos de sus manos, por ejemplo) coincidirán en el sujeto con su propio recuerdo de impresiones visuales muy similares emanadas del propio cuerpo, recuerdos con los cuales se hallarán asociados otros recuerdos de movimientos experimentados por él mismo. Igualmente ocurrirá con otras percepciones del objeto; así, por ejemplo, cuando éste emita un grito, evocará el recuerdo del propio grito del sujeto, y con ello el de sus propias vivencias dolorosas. De tal manera, el complejo del semejante se divide en dos porciones, una de las cuales da la impresión de ser una estructura constante que persiste coherente como una *cosa*, mientras que la otra puede ser *comprendida* por medio de la actividad de la memoria, es decir, reducida a una información sobre el propio cuerpo del sujeto[161]. Este proceso de analizar un complejo perceptivo se llama *(re)conocerlo*; implica un *juicio* y llega a su término una vez alcanzado este último fin. Como se advierte, el juicio no es una función primaria, sino que presupone la catexia de la porción dispar [no coincidente] del complejo a partir del *yo*. En un principio el juicio no tiene ninguna finalidad práctica, y parecería que en el curso del enjuiciamiento fuese descargada la catexia de los elementos dispares [del complejo], pues ello explicaría por qué las actividades, los «predicados», tienen sólo una frágil vía de conexión con el elemento «sujeto» del complejo. [Véase la tercera parte de este *Proyecto*].

Estas consideraciones podrían inducirnos a profundizar el análisis del acto judicativo; pero con ello nos apartaríamos de nuestro tema actual.

Conformémosnos, pues, con dejar bien establecido que es el primitivo interés en establecer la situación de satisfacción el que lleva en un caso a la *reflexión reproductiva* y en el otro a la *judicación*, como medios para llegar, desde la situación perceptual dada en la realidad, a la situación que es deseada. En todo esto sigue siendo una condición ineludible que los procesos φ no transcurran libres de toda inhibición, sino sometidos a la actividad del

yo. Con ello quedaría demostrado el sentido eminentemente práctico de toda actividad cogitativa.

[18] PENSAMIENTO Y REALIDAD

ASÍ, el fin y el término de todos los procesos cogitativos es el establecimiento de un *estado de identidad*, el traspaso de una cantidad de catexia (*Qὴ*) emanada del exterior a una neurona catectizada desde el *yo*. El pensamiento *cognoscitivo* o *judicativo* persigue una identidad con una catexia corporal, mientras que el pensamiento *reproductivo* persigue una identidad con una catexia psíquica (con una vivencia propia del sujeto). El pensamiento judicativo opera con anticipación al reproductivo, ofreciéndole facilitaciones ya listas para el ulterior tránsito asociativo. Si una vez concluido el acto cogitativo se le agrega a la percepción el signo de realidad, entonces se habrá alcanzado un *juicio de realidad*, una *creencia*, llegándose con ello al objetivo de toda esa actividad.

En lo que se refiere al juicio, cabe agregar todavía que su condición es, evidentemente, la presencia de experiencias somáticas, sensaciones e imágenes motrices en el propio sujeto. Mientras falten estos elementos, la porción variable[162] del complejo perceptivo no podrá llegar a ser comprendida, es decir, podrá ser reproducida, pero no establecerá orientación alguna para nuevas vías de pensamiento. Así, por ejemplo —hecho que tendrá importancia más adelante [en la segunda parte]—, ninguna experiencia sexual podrá producir efecto alguno mientras el sujeto no haya tenido sensaciones sexuales, es decir, en términos generales, antes del comienzo de la pubertad.

El *juicio primario* parece presuponer un menor grado de influencia por el *yo* catectizado que los actos reproductivos de pensamiento. Aunque [por lo general] se trata entonces de una asociación que es perseguida a través de una coincidencia parcial [entre la catexia desiderativa y la catexia perceptiva.*I*.], sin ser modificada en absoluto, también existen casos en los cuales el proceso asociativo del juicio se lleva a cabo con plena corriente de cantidad. La

percepción equivaldría aproximadamente a un objeto nuclear *más* una imagen motriz. Mientras se percibe *W*, se imita los movimientos mismos, es decir, se inerva la propia imagen motriz (que ha sido suscitada por la coincidencia con la percepción), en grado tal que realmente se llega a efectuar el movimiento. Puede hablarse así de que una percepción tiene un *valor imitativo*. O bien la percepción evoca la imagen mnemónica de una propia sensación dolorosa, de modo que se siente entonces el displacer correspondiente y se repiten los movimientos defensivos adecuados. He aquí el *valor conmiserativo*[163] de una percepción.

No hay duda de que estos dos casos nos presentan el *proceso primario* actuando en el juicio; podemos admitir que toda judicación secundaria surgió por atenuación de esos procesos puramente asociativos. Así, el juicio, que más tarde se convertirá en un medio de *(re)conocimiento* de un objeto que quizá tenga importancia práctica, es en su origen un proceso de asociación entre catexia que llegan desde el exterior y catexia derivadas del propio cuerpo: una identificación entre noticias o catexia procedentes de ρ y del interior. Quizá no sea errado suponer que el enjuiciamiento también indica la manera en que cantidades (*Q*) procedentes de ρ pueden ser transmitidas y descargadas. Lo que llamamos *las cosas* son residuos que se han sustraído al juicio.

El ejemplo del juicio nos ofrece un primer indicio de las discrepancias cuantitativas que es preciso estatuir entre el pensamiento y el proceso primario. Es lícito suponer que en el acto del *pensamiento* parte de φ una tenue corriente de inervación motriz, pero, naturalmente, sólo si en el curso de dicho acto se ha inervado una neurona motriz o una neurona-llave [es decir, secretora]. Con todo, sería equivocado considerar esta descarga como el propio proceso cogitativo, del cual no es más que un efecto accesorio y no intencionado. El *proceso cogitativo* consiste en la catectización de neurona φ, con alteración de las facilitaciones obligadas [previas] por una catectización colateral desde el *yo*. Desde un punto de vista mecánico es comprensible que en dicho proceso sólo una parte de la cantidad ($Q\dot{\eta}$) pueda seguir las facilitaciones y que la magnitud de esta parte sea constantemente regulada por las catexias. Pero no es menos evidente que con ello se economiza, al mismo tiempo, cantidad ($Q\dot{\eta}$) suficiente para hacer que la reproducción sea

provechosa. De otro modo, *toda* la cantidad ($Q\dot{\eta}$) que se necesitará para la descarga final sería gastada durante su pasaje en los puntos de salida motriz. Así, *el proceso secundario es una repetición del primitivo curso [de excitación] en y, pero en un nivel atenuado y con cantidades menores*.

¡Con cantidades ($Q\dot{\eta}$) menores aún —se podrá objetar aquí— que las que normalmente corren por las neuronas! ¿Cómo es posible abrir a cantidades tan pequeñas ($Q\dot{\eta}$) las vías que sólo son transitabas para cantidades mayores que las que y recibe habitualmente? La única respuesta posible es que esto debe ser una consecuencia mecánica de las catexias colaterales. Tendremos que encontrar condiciones tales que en presencia de una catexia colateral puedan pasar cantidades pequeñas ($Q\dot{\eta}$) por facilitaciones que de otro modo únicamente habrían sido viables para cantidades grandes. La catexia colateral *liga*[164], por así decirlo cierta magnitud de la cantidad ($Q\dot{\eta}$) que corre por la neurona.

El pensamiento debe satisfacer también otra condición: no habrá de alterar sustancialmente las facilitaciones establecidas por los procesos primarios, pues si lo hiciera falsearía las trazas de la realidad. Respecto a esta condición, baste observar que la facilitación probablemente sea el resultado de un pasaje único de una cantidad considerable y que la catexia, por más poderosa que sea en el momento, no deja tras de sí un efecto de comparable duración. Las pequeñas cantidades (Q) que pasan en el curso del pensamiento no pueden, en general, superar las facilitaciones.

Sin embargo, no cabe duda de que el proceso cogitativo deja tras de sí trazas permanentes, dado que el siguiente repensar demanda un esfuerzo mucho menor que el primer pensar. Por tanto, a fin de que la realidad no sea falseada, deben existir trazas especiales —verdaderos signos de los procesos cogitativo— que constituyen una «memoria cogitativa»: algo que hasta ahora no es posible formular. Más adelante veremos de qué manera las trazas de los procesos cogitativos se diferencian de las que deja la realidad[165].

[19] PROCESOS PRIMARIOS: EL DORMIR Y EL SUEÑO

PLANTÉASE ahora el problema de cuáles son los medios cuantitativos que sostienen el *proceso primario* φ. En el caso de la vivencia de *dolor*, trátase evidentemente de la cantidad (Q) que irrumpe desde el exterior; en el caso del *afecto*, es la cantidad liberada por facilitación; en el proceso secundario del *pensamiento reproductivo*, es evidente que una cantidad mayor o menor (*Qὴ*) puede ser transferida desde el *yo* a la neurona *c*[166]; dicha cantidad puede ser calificada de *interés cogitativo*, siendo proporcional al *interés afectivo*, cuando éste es susceptible de desarrollarse. La cuestión es si existen procesos y de índole primaria para los cuales sea suficiente la cantidad (*Qὴ*) traída desde ρ, o si a la catexia ρ de una percepción se le agrega automáticamente un aporte de φ (la atención), siendo sólo éste el que torna posible un proceso φ. Esta alternativa habrá de quedar abierta a la posibilidad de ser resuelta por referencia a algunos hechos psicológicos particulares.

Uno de estos hechos importantes es el de que los *procesos primarios* φ, similares a los que han sido gradualmente suprimidos por la presión biológica en el curso de la evolución de φ, vuelven a presentársenos diariamente durante el estado de dormir. Un segundo hecho de idéntica importancia es el de que los mecanismos patológicos, revelados por el más detenido análisis en las psiconeurosis, guardan la más estrecha analogía con los procesos oníricos. De esta comparación, que desarrollaremos más adelante, se desprenden las más decisivas conclusiones. [Véase también al final del parágrafo 20][167].

Antes, empero, es preciso adaptar el hecho del dormir al conjunto de nuestra teoría. La precondición esencial del sueño es fácilmente reconocible en el niño. El niño duerme mientras no lo atormenta ninguna necesidad física o ningún estímulo exterior (por ejemplo, el hambre o las sensaciones de frío y humedad). Se duerme una vez que ha obtenido su satisfacción (en el pecho). Así, también el adulto se duerme con facilidad *post coenam et coitum* [después de la comida y del coito]. Por consiguiente, la condición previa del dormir es la *caída de la carga endógena en el núcleo de φ*, que torna innecesaria la función secundaria. En el sueño, el individuo se encuentra en el estado ideal de inercia, libre de la acumulación de cantidad (*Qὴ*).

En el estado de vigilia esta reserva se encuentra acumulada en el *yo*, y

podemos admitir que es la descarga del *yo* la que condiciona y caracteriza el sueño. Con ello está dada, como se advierte al punto, *la condición previa de los procesos psíquicos primarios*.

En el adulto no es seguro si el *yo* queda, al dormir, *completamente* libre de su carga. En todo caso, si embargo, retrae un sinnúmero de sus catexia, aunque al despertar éstas pueden ser restablecidas inmediatamente y sin esfuerzo alguno. Esto no contradice ninguna de nuestras presuposiciones, pero señala a nuestra atención el hecho de que debemos admitir que entre las neuronas bien intercomunicadas es preciso aceptar la existencia de corrientes que afectan el nivel total [de la catexia], como ocurre en los vasos comunicantes, aunque el nivel alcanzado en cada neurona en particular sólo debe ser proporcional y no necesariamente uniforme.

Las características del sueño revelan más de un hecho insospechado. El sueño se caracteriza por una *parálisis motriz*, una parálisis *de la voluntad* [véase abajo]. La voluntad es la descarga de toda la cantidad φ (*Qὴ*). Al dormir, el tono espinal queda parcialmente relajado (es probable que la descarga motriz de ρ se manifieste en el tono); otras inervaciones persisten, junto con las fuentes de su excitación.

Es sumamente interesante que el estado del dormir comience y sea provocado por la oclusión de aquellos órganos sensoriales que pueden ser cerrados. Al dormir no han de producirse percepciones; nada perturba más el sueño que la aparición de impresiones sensoriales, que la catectización de φ desde ρ. Esto parecería indicar que durante la vigilia se dirige una catexia constante, aunque desplazable (es decir, una *atención*), hacia las neuronas del *pallium* que reciben percepciones desde ρ, siendo, pues, muy posible que los procesos primarios φ se lleven a cabo con este aporte de φ. (Queda por ver si las propias neuronas del *pallium* o las neuronas nucleares adyacentes ya se encuentran precatectizadas.) Si φ retira estas catexia del *pallium*, las percepciones inciden sobre neuronas no catectizadas, no pasan de ser leves y quizá hasta sean incapaces de emitir desde las percepciones un signo de cualidad[168]. Como ya hemos presumido, al vaciarse las neuronas perceptivas (ω*N*), cesa asimismo una inervación de descarga que eleva la atención. También la explicación del enigma del hipnotismo podría arrancar de este punto. La aparente inexcitabilidad de los órganos sensoriales en dicha

condición bien podría obedecer a tal retirada de la catexia de atención.

Así, por medio de un mecanismo automático, que vendría a ser el símil opuesto del mecanismo de atención φ, puede, mientras se encuentre incatectizado, excluir las impresiones de ρ.

Lo más extraño empero, es que durante el dormir ocurran efectivamente procesos φ: me refiero a los sueños, con sus múltiples características aún incomprendidas.

[20] Análisis de los Sueños[169]

Los sueños exhiben todos los grados de transición hacia la vigilia y de combinación con los procesos φ normales; no obstante, es fácil discernir lo que constituye su carácter onírico propiamente dicho.

1. Los sueños *carecen de descarga motriz* y, por lo general, también de elementos motores. En el sueño se está paralizado.

La explicación más fácil de esta característica es la falta de precatexia espinal por cese de la descarga ρ. Dado que las neuronas no están catectizadas, la excitación motriz no puede superar las barreras. En otros estados oniroideos, el movimiento no está necesariamente excluido: no es ésta la característica esencial del sueño.

2. En los sueños, las conexiones son, en parte, contradictorias y, en parte, idióticas o aun absurdas, o extrañamente demenciales.

Este último atributo se explica por el hecho de que en el sueño impera la compulsión asociativa que, sin duda, rige también primariamente en la vida psíquica en general. Parecería que dos catexia coexistentes necesariamente deben ponerse en mutua conexión[170]. He podido reunir algunos ejemplos cómicos del predominio de esta compulsión en la vida vigil. (Por ejemplo, unos espectadores provincianos que se encontraban en el Parlamento francés durante un atentado llegaron a la conclusión de que cada vez que un diputado pronunciaba un buen discurso se le aplaudía…a tiros)[171].

Los otros dos atributos, que en realidad son idénticos, demuestran que una parte de las experiencias psíquicas del soñante han sido olvidadas. En

efecto, todas aquellas experiencias biológicas que normalmente inhiben el proceso primario están olvidadas, y ello se debe a la insuficiente catexia del *yo*. El carácter insensato e ilógico de los sueños probablemente obedezca a este mismo hecho. Parecería que las catexias φ que no han sido retiradas se nivelaran, en parte, de acuerdo con las facilitaciones más próximas y, en parte, según las catexias vecinas. Si la descarga del *yo* fuese completa, el dormir tendría que estar necesariamente libre de sueños.

3. Las ideas oníricas son de carácter alucinatorio, despiertan consciencia y hallan crédito.

Ésta es la característica más importante del dormir[172], una característica que se manifiesta al punto en las alternativas del duermevela: cerrados los ojos, se alucina, y apenas abiertos, se piensa en palabras[173]. Existen varias explicaciones del carácter alucinatorio de las catexias oníricas. En primer lugar, podríase admitir que la *corriente* de ρ a la motilidad [en la vida vigil] habría impedido toda catectización retroactiva de las neuronas ρ desde φ, y que al cesar dicha corriente ρ sería retroactivamente catectizada, dándose con ello las condiciones para la producción de cualidad[174]. El único argumento contrario es el de que las neuronas ρ deberían encontrarse protegidas contra la catectización desde φ por el hecho de estar descatectizadas, igual que ocurre con la motilidad. Es característico del dormir el que toda la situación se encuentre invertida: el dormir suspende la descarga motriz desde φ y facilita la descarga retroactiva hacia ρ. Sería tentador atribuir aquí el papel determinante a la gran corriente de descarga que en la vigilia va de ρ a la motilidad. En segundo lugar, podríamos invocar la naturaleza del proceso primario, señalando que el recuerdo primario de una percepción es siempre una alucinación [véase abajo] y que sólo la inhibición por parte del *yo* nos ha enseñado a no catectizar nunca *W* de manera tal que pueda transferir [catexia] retroactivamente a ρ. Para hacer más admisible esta hipótesis podríase aducir que la conducción de ρ a φ, es, en todo caso, más fácil que la de φ a ρ, de modo que una catexia φ de una neurona, aun cuando sea mucho más intensa que la catexia perceptiva de la misma neurona, no debe entrañar necesariamente una conducción retroactiva. Esta explicación es apoyada aun por el hecho de que, en el sueño, la vivacidad de la alucinación es directamente proporcional a la importancia (es decir, a la catexia cuantitativa)

de la idea respectiva. Esto indicaría que es la cantidad (Q) la que condiciona la alucinación. Si en la vigilia llega una percepción desde ρ, la catexia de φ (el interés) la torna más nítida, pero no más vivida, o sea, que no altera su carácter cuantitativo.

4. La finalidad y el sentido de los sueños (por lo menos de los normales) pueden ser establecidos con certeza. Los sueños son *realizaciones de deseos*[175], es decir, procesos primarios que siguen a experiencias de satisfacción; no son reconocidos como tales, simplemente por que la liberación de placer (la reproducción de las descargas placenteras) es escasa en ellos, pues en general se desarrollan casi sin afecto alguno (o sea, sin desencadenamiento motor). Es muy fácil demostrar, empero, que ésta es su verdadera índole. Justamente por esta razón me inclino a deducir que las *catexias desiderativas primarias también deben haber sido de carácter alucinatorio*.

5. Es notable cuán mala es la memoria de los sueños y cuán poco daño hacen los sueños, en comparación con otros procesos primarios. Sin embargo, esto se explica fácilmente por el hecho de que los sueños siguen en su mayor parte las viejas facilitaciones y no motivan por ello cambio alguno. Además, porque las vivencias φ se mantienen apartadas de los sueños y porque, debido a la parálisis de la motilidad, no dejan tras de sí rastro alguno de descarga.

6. Por fin, también es interesante que, en el sueño, la *consciencia* suministre cualidad con la misma facilidad que en la vigilia. Esto demuestra que la consciencia no está restringida al yo, sino que puede agregarse a cualquier proceso φ. Esto nos advierte contra una posible identificación de los procesos primarios con los procesos inconscientes. *¡He aquí dos consejos inapreciables para lo que ha de seguir!*

Si al recordar un sueño interrogamos a la consciencia en cuanto a su contenido, comprobaremos que el significado de los sueños como realizaciones de deseos se halla encubierto por una serie de procesos φ, todos los cuales volveremos a encontrar en las neurosis, siendo allí característico de la índole patológica de dichos trastornos.

[21] La Consciencia del Sueño

NUESTRA consciencia de las ideas oníricas es, sobre todo, discontinua: no conscienciamos toda una cadena de asociaciones, sino sólo algunos de sus puntos, entre los cuales se encuentran eslabones intermedios inconscientes que podemos descubrir con facilidad una vez despiertos. Si nos detenemos a investigar las razones de estos «saltos», he aquí lo que encontramos. Supongamos que *A* sea una idea onírica conscienciada que lleva a *B*; en lugar de *B*, empero, aparece *C* en la consciencia, simplemente porque se encuentra en la vía que conduce de *B* a otra catexia *D*, simultáneamente presente. Así, se produce una desviación debida a una catexia simultánea de otra especie, que, además, no es consciente. De tal modo, *C* ha tomado el lugar de *B*, aunque *B* concuerda mejor con la concatenación de ideas: es decir con la realización del deseo.

Por ejemplo, [sueño que] O. le ha hecho a Irma una inyección de propil [*A*]. Luego, veo muy vívidamente ante mí «trimetilamina» y alucino su fórmula [*C*]. El pensamiento simultáneamente presente es el de que la enfermedad de Irma es de índole sexual [*D*]. Entre este pensamiento y el del propil hay una asociación [*B*] acerca de una conversación sobre el quimismo sexual con W. Fl. [Wilhelm Fliess], en cuyo curso me llamó especialmente la atención hacia la trimetilamina. Esta última idea se consciencia, entonces, merced al impulso desde ambas direcciones[176]. Es muy curioso que no se consciencie también el eslabón intermedio (quimismo sexual [*B*]), ni la idea desviadora índole sexual de la enfermedad [*D*]), cosa que necesita ser explicada. Podríase suponer que las catexias de *B* o de *D* no son, por sí solas, suficientemente intensas para imponer la alucinación retroactiva, mientras que *C*, estando catectizada desde aquellas dos [ideas] podría conseguirlo. Sin embargo, en el ejemplo que acabo de dar, *D* (la índole sexual de la enfermedad) era, por cierto, tan intensa como *A* (la inyección de propil), y el derivado de estas dos (la fórmula química [*C*]) era enormemente vívido.

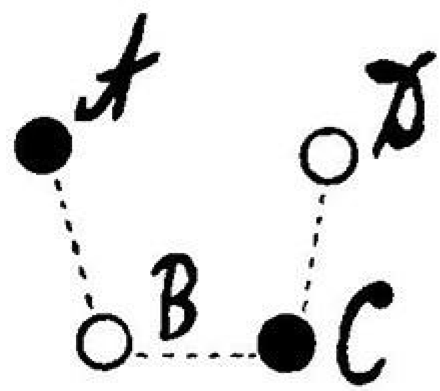


FIG. 15

El problema de los eslabones intermedios inconsciente rige también para el pensamiento vigil, en el que hechos similares aparecen a diario. Lo que sigue siendo característico del sueño, empero, es *la facilidad del desplazamiento de cantidad* (*Qὴ*), y con ello, *la manera en que B es sustituida por una [idea] C, cuantitativamente superior*.

Algo semejante ocurre, en general, con la realización de deseos en el sueño. No sucede, por ejemplo, que un deseo se torne consciente y que luego se alucine su realización, sólo esta última será consciente, mientras que el eslabón intermedio [el deseo] deberá ser inferido. No cabe duda de que ha sido saltado, sin tener oportunidad de elaborarse cualitativamente. Se comprende, sin embargo, que la catexia de la idea desiderativa nunca podrá ser más poderosa que el motivo que impele hacia ella. Así, el decurso psíquico en el sueño se lleva a cabo de acuerdo con la cantidad (*Q*); pero no es la cantidad (*Q*) la que decide qué habrá de ser conscienciado.

De los procesos oníricos quizá podamos deducir todavía que la consciencia se origina en el curso de un pasaje de cantidad (*Qὴ*); es decir, que no es despertada por una catexia constante. Además, bien podemos suponer que una intensa corriente de cantidad [*Qὴ*] no es favorable a la génesis de la consciencia, dado que la conscienciación aparece vinculada más bien con el *resultado* del movimiento [neuronas o sea en cierto modo, con una persistencia más bien estática de la catexia. Es difícil hallar el camino a las verdaderas condiciones determinantes de la consciencia entre estas determinaciones mutuamente contradictorias. Además. para lograrlo también tendremos que tener en cuenta las condiciones en las cuales emerge la consciencia en el proceso secundario.

La peculiaridad de la consciencia onírica. que acabamos de indicar. quizá se explique suponiendo que una corriente retroactiva de cantidad (*Qὴ*) hacia ρ es incompatible con una corriente más bien enérgica hacia las vías de asociación φ. Los procesos conscientes de ρ, en cambio. parecen ser regidor por otras condiciones.

C) SEGUNDA PARTE

PSICOPATOLOGÍA

25-9-1895.

INTENTO primera parte de este *Proyecto* contiene todo lo que pude deducir, en cierto modo *a priori*, de su hipótesis básica. remodelándolo y corrigiéndolo de acuerdo con unas pocas experiencias objetivas. En esta segunda parte procuro determinar con mayor precisión este sistema erigido sobre dicha hipótesis básica, recurriendo para ello al análisis de ciertos procesos patológicos. En una tercera parte intentaré estructurar, fundándome en las dos anteriores, las características del suceder psíquico normal.

PSICOPATOLOGÍA DE LA HISTERIA

[1] *La compulsión histérica*

COMENZARÉ por ocuparme de algunos fenómenos que se encuentran en la histeria, sin ser necesariamente privativos de la misma.

A quienquiera que haya observado esta enfermedad le habrá llamado ante todo la atención el hecho de que los casos de histeria se encuentran sometidos a una *compulsión* ejercida por ideas *hiperintensas*[177]. Así, por ejemplo, una idea puede surgir en la consciencia con una frecuencia particular, sin que lo justifique el curso de los hechos, o bien puede ocurrir que la activación de esta neurona sea acompañada por consecuencias psíquicas incomprensibles. La emergencia de la idea hiperintensa tiene resultados que, por una parte, no pueden ser suprimidos y, por la otra, no pueden ser comprendidos: desencadenamientos de afectos, inervaciones motrices, inhibiciones. El individuo no carece, en modo alguno, de endospección [*insight*] en cuanto al extraño carácter de la situación en que se encuentra preso.

Las ideas hiperintensas también ocurren normalmente, siendo ellas las que confieren al *yo* su carácter peculiar. No nos sorprenden cuando conocemos su desarrollo genético (educación, experiencia) y sus

motivaciones. Estamos acostumbrados a ver en ellas el resultado de poderosos y razonables motivos. Las *ideas hiperintensas histéricas*, por el contrario, nos llaman la atención por su extravagancia: son representaciones que no producirían efecto alguno en otras personas y cuya importancia no atinamos a comprender. Nos parecen intrusas, usurpadoras y, en consecuencia, ridículas.

Por consiguientes, la *compulsión histérica* es: 1) incomprensible; 2) refractaria a toda elaboración intelectual; 3) incongruente en su estructura.

Existe una *compulsión neurótica simple* que puede ser confrontada con la histérica. Así, por ejemplo, supóngase que un hombre haya corrido peligro de muerte al caer de un coche y que desde entonces se sienta impedido de viajar en coche. Semejante compulsión es: 1) comprensible, pues conocemos su origen: 2) congruente, pues la asociación con el peligro justifica la vinculación del viajar en coche con el miedo. Tampoco esta compulsión es, sin embargo, susceptible de ser resuelta por elaboración intelectual 2). Mas dicha característica no puede ser considerada como absolutamente patológica, pues también nuestras ideas hiperintensas normales suelen ser insolubles por la reflexión. Estaríamos tentados de negar a la compulsión histérica todo carácter patológico, si la experiencia no nos demostrara que tal compulsión sólo persiste en una persona normal durante un breve espacio a partir de su causación, desintegrándose luego gradualmente. La persistencia de una compulsión es, pues, patológica y traduce una *neurosis simple*.

Ahora bien: nuestros análisis demuestran que una compulsión histérica queda resuelta en cuanto es explicada; es decir, en cuanto se la torna comprensible. Así, estas dos características serían esencialmente una y la misma. En el curso del análisis también llegamos a conocer el proceso por el cual ha surgido la apariencia de absurdidad e *incongruencia*. El resultado del análisis es, en términos generales, el siguiente.

Antes del análisis, *A* es una idea hiperintensa que irrumpe demasiado frecuentemente a la consciencia y que, cada vez que lo hace, provoca el llanto. El sujeto no sabe por qué *A* le hace llorar; considera que es absurdo, pero no puede impedirlo.

Después del análisis, se ha descubierto que existe una idea *B*, que con toda razón es motivo de llanto y que con toda razón se repite a menudo,

mientras el sujeto no haya realizado contra ella cierta labor psíquica harto complicada. El efecto de *B* no es absurdo, le resulta comprensible al sujeto y aún puede ser combatido por él.

B guarda cierta relación particular con *A*, pues alguna vez hubo una vivencia que consistía en *B* + *A*. En ella, *A* era sólo una circunstancia accesoria, mientras que *B* era perfectamente apta para causar dicho efecto permanente. La reproducción de este suceso en el recuerdo se lleva a cabo ahora como si *A* hubiese ocupado el lugar de *B*. *A* se ha convertido en un sustituto, en un *símbolo* de *B*[178]. De ahí la incongruencia: *A* es acompañada de consecuencias que no parece merecer, que no se le adecuan.

También normalmente tiene lugar la *formación de símbolos*. El soldado se sacrifica por un trapo de colores izado en una pértiga, porque éste ha llegado a ser para él el símbolo de la patria, y a nadie se le ocurriría considerarlo por eso neurótico. Pero el *símbolo histérico* funciona de distinta manera. El caballero que se bate por el guante de su dama *sabe*, en primer lugar, que el guante debe toda su importancia a la dama, y en segundo lugar, su veneración del guante no le impide en modo alguno, pensar también en la dama y rendirle servicio de otras maneras. El *histérico* que es presa del llanto a causa de *A*, en cambio, no se percata de que ello se debe a la asociación *A*-*B*, y *B* misma no desempeña el menor papel en su vida psíquica. Aquí, la *cosa* ha sido totalmente sustituida por el símbolo.

Esta afirmación es cierta en el más estricto sentido. Cada vez que desde el exterior o desde las asociaciones actúa un estímulo que debería, en propiedad, catectizar *B*, es evidente que en su lugar aparece *A* en la consciencia, al punto de que la naturaleza de *B* puede inferirse fácilmente de las motivaciones que tan extrañamente suscitan la emergencia de *A*. Cabe formular estas condiciones expresando que *A* es *compulsiva* y que *B* está *reprimida* (por lo menos de la consciencia). El análisis ha llevado al sorprendente resultado de que a cada *compulsión* le corresponde una *represión*, que para cada irrupción excesiva a la consciencia existe una amnesia correspondiente.

El término «hiperintenso» traduce características *cuantitativas* y es lógico suponer que la *represión* tenga el sentido cuantitativo de una sustracción de cantidad (*Q*); así, la suma de *ambos* [es decir, de la compulsión *más* la represión] equivaldría a lo normal. En tal caso, sólo la *distribución* [de

cantidad] estaría alterada. Algo se le ha agregado a *A*, que le ha sustraído a *B*. El proceso patológico es un proceso de *desplazamiento*, tal como hemos llegado a conocerlo en los sueños, o sea un proceso *primario*.

[2] *Génesis de la compulsión histérica*.

Plantéanse ahora varias preguntas muy significativas. ¿En qué condiciones ocurre semejante formación patológica de un símbolo o (por otro lado) semejante represión? ¿Cuál es la fuerza impulsora que interviene? ¿En qué estado se encuentran las neuronas respectivas de la idea hiperintensa y de la idea reprimida?

Nada habría que revelar en todo esto y nada se podría deducir de ello, si no fuese porque la experiencia clínica nos enseña dos hechos. Primero, que la represión afecta exclusivamente ideas que despiertan en el *yo* un afecto penoso (displacer); segundo, que dichas ideas pertenecen al dominio de la vida sexual.

Podemos presumir sin vacilaciones que es ese afecto displacentero el que impone la represión, pues ya hemos admitido la existencia de una *defensa* primaria, que consistiría en la inversión de la corriente cogitativa apenas tropieza con una neurona cuya catexia desencadene displacer.

Dicha presunción quedó justificada por dos observaciones: 1) una catexia neuronal de esta última especie no es, por cierto, la que puede convenir a la finalidad original del proceso cogitativo, o sea a establecer una situación φ de satisfacción; 2) cuando una experiencia de dolor es terminada de manera refleja la percepción hostil queda reemplazada por otra. [Véase el final del parágrafo 13].

Sin embargo, podemos adquirir una convicción más directa acerca del papel desempeñado por los efectos defensivos. Si investigamos el estado en que se encuentra la [idea] *B* reprimida, comprobamos que es fácil hallarla y llevarla a la consciencia. Esto resulta sorprendente, pues bien podíamos haber supuesto que *B* realmente estaría olvidada y que no habría quedado en φ el menor rastro mnemónico de la misma. Nada de eso: *B* es una imagen mnemónica como otra cualquiera; no está extinguida; pero si, como sucede

habitualmente, *B* es un complejo de catexia, entonces se eleva una *resistencia* extraordinariamente poderosa y difícil de eliminar contra toda elaboración cogitativa de *B*. Es perfectamente lícito interpretar esta resistencia contra *B* como la medida de la *compulsión* ejercida por *A*, y también es dable concluir que la fuerza que antes reprimió *B* vuelve a actuar ahora en la resistencia. Al mismo tiempo, empero, averiguamos algo más. Hasta ahora, sólo sabíamos que *B* no podía tornarse *consciente*, pero nada sabíamos sobre la conducta de *B* frente a la catexia cogitativa. Pero ahora comprobamos que la resistencia se dirige contra toda elaboración cogitativa de *B*, aun cuando ésta haya llegado a ser parcialmente consciente. Así, en lugar de «excluida de la consciencia», podemos decir *excluida del proceso cogitativo* [de la elaboración intelectual. (*Nota del T.*)].

Por tanto, es un proceso defensivo emanado del *«yo» catectizado* el que conduce a la represión histérica, y con ello, a la compulsión histérica. En tal medida, el proceso parece diferenciarse de los procesos φ primarios.

[3] *La defensa patológica.*

Con todo, estamos lejos de haber hallado una solución. Como sabemos, el resultado de la *represión histérica* discrepa muy profundamente del que arroja la defensa normal, acerca de la que contamos con precisos conocimientos. Es un hecho de observación general el de que evitamos pensar en cosas que despiertan únicamente displacer y que lo conseguimos dirigiendo nuestros pensamientos a otras cosas. Sin embargo, aun cuando logremos que la idea *B*, intolerable, surja raramente en nuestra consciencia, merced a que la hemos mantenido lo más aislada posible, nunca logramos olvidarla en medida tal que alguna nueva percepción no nos la vuelva a recordar. Tampoco en la histeria es posible evitar semejante reactivación; la única diferencia radica en que [en la histeria] lo que se torna consciente —es decir, lo que es catectizado— es siempre *A*, en lugar de *B*. Por consiguiente, es esta inconmovible *simbolización* la que constituye aquella función que excede de la defensa normal.

La explicación más obvia de esta «función en exceso» consistiría en

atribuirla a la mayor intensidad del afecto defensivo. La experiencia demuestra, sin embargo, que los recuerdos más penosos, que necesariamente deberían despertar el mayor displacer (recuerdos de remordimiento por malas acciones), no pueden ser reprimidos y reemplazados por símbolos. La existencia de una segunda precondición necesaria para la defensa patológica —la sexualidad— también sugiere que la explicación habría de ser buscada por otra parte.

Es absolutamente imposible admitir que los afectos sexuales penosos superen tan ampliamente en intensidad a todos los demás afectos displacenteros. Debe existir algún otro atributo de las ideas sexuales para explicar por qué sólo ellas están expuestas a la represión.

Cabe agregar aquí aún otra observación. Es evidente que la represión histérica tiene lugar con ayuda de la *simbolización*, del *desplazamiento* a otras neuronas. Podríase suponer ahora que el enigma radicase exclusivamente en el mecanismo de este desplazamiento y que la represión misma no estuviera necesitada de explicación alguna. Sin embargo, cuando lleguemos al análisis de la neurosis obsesiva, por ejemplo, ya veremos que en ella existe una *represión sin simbolización*; más aún: que la represión y la sustitución se encuentran allí separadas en el tiempo. Por consiguiente, el proceso de la *represión* sigue siendo la clave del enigma.

[4] *La πρῶτον φεὐδοζ*[179] *[Proton Pseudos] histérica*.

Como hemos visto, la compulsión histérica se origina por un tipo particular de movimiento cuantitativo (simbolización) que probablemente sea un *proceso primario*, dado que es fácil demostrar su intervención en el sueño[180]. Vimos, además, que la fuerza impulsora de este proceso es la *defensa* por parte del *yo*, la cual, sin embargo, nada realiza en este caso que exceda de la función normal. Lo que necesitamos explicar es el hecho de que un *proceso yoico* pueda llevar a consecuencias que estamos habituados a encontrar únicamente en los procesos primarios. Tendremos que atenernos, pues a comprobar la intervención de condiciones psíquicas muy particulares. La observación clínica nos enseña que todo esto sólo ocurre en la esfera de la

sexualidad, de modo que dichas condiciones psíquicas especiales quizá puedan ser explicadas derivándolas de las características naturales de la sexualidad.

Ahora bien: realmente existe en la esfera sexual una constelación psíquica particular que bien podría ser aplicable para nuestros fines y que, conocida por nosotros empíricamente, será ilustrada ahora por medio de un ejemplo[181].

Emma se encuentra dominada por la compulsión de no poder entrar *sola* en una tienda. La explica con un recuerdo que data de los doce años (poco antes de su pubertad), cuando entró en una tienda para comprar algo y vio a los dos dependientes (a uno de los cuales recuerda) riéndose entre ellos, ante lo cual echó a correr presa de una especie de *susto*. En tal conexo se pudo evocar ciertos pensamientos en el sentido de que los dos sujetos se habrían reído de sus vestidos y de que uno de ellos le había agradado sexualmente.

Tanto la relación de estos fragmentos entre sí como el efecto de la experiencia resultan incomprensibles. En caso de que hubiese sentido algún displacer porque se reían de sus vestidos, hace mucho que dicho afecto debería haberse corregido, por lo menos desde que viste como una dama. Además, nada cambia en sus vestidos el que entre en una tienda sola o acompañada. El hecho de que no necesita protección se desprende de que, como sucede en la agorafobia, ya la compañía de un niño pequeño basta para hacerla sentirse segura. Luego está el hecho, totalmente incongruente, de que uno de los hombres le gustó, tampoco esto sería modificado en lo mínimo por entrar en la tienda acompañada. Por consiguiente, los recuerdos evocados no explican ni el carácter compulsivo ni la determinación del síntoma.

Prosiguiendo la investigación se descubre un segundo recuerdo que, sin embargo, niega haber tenido presente en el momento de la escena I y cuya intervención tampoco es posible demostrar. Cuando contaba ocho años fue dos veces a una pastelería para comprarse unos confites, y en la primera de esas ocasiones el pastelero la pellizcó los genitales a través de los vestidos. A pesar de esa primera experiencia, volvió una segunda y última vez. Más tarde se reprochó haber retornado a la pastelería, como si con ello hubiese querido provocar el atentado. En efecto, su torturante «mala conciencia» pudo ser atribuida a dicha vivencia.

Ahora atinamos a comprender la escena I (con los dependientes), combinándola con la escena II (con el pastelero). Sólo necesitamos establecer el eslabón asociativo entre ambas. La propia paciente indica que dicho eslabón estaría dado por *la risa*. La risa de los dependientes le habría recordado la mueca sardónica con que el pastelero acompañó su atentado. Ahora podemos reconstruir todo este proceso de la siguiente manera. Los dos dependientes se *ríen* en la tienda, y esa risa le evoca (inconscientemente) el recuerdo del pastelero. La segunda situación tiene otro punto de similitud con la primera, pues una vez más se encuentra sola en una tienda. Junto con el pastelero, recuerda el pellizco a través de los vestidos; pero entre tanto ella se ha vuelto púber y el recuerdo despierta —cosa que sin duda no pudo hacer cuando ocurrió— un *desencadenamiento sexual* que se convierte en angustia. Esta angustia le hace temer que los dependientes puedan repetir el atentado, y se escapa corriendo.

Es evidente que aquí nos hallamos ante dos clases de procesos y que se intrican mutuamente y que el recuerdo de la escena II (con el pastelero) se produjo en un estado distinto al de la primera. El curso de los hechos podría representarse de la siguiente manera:

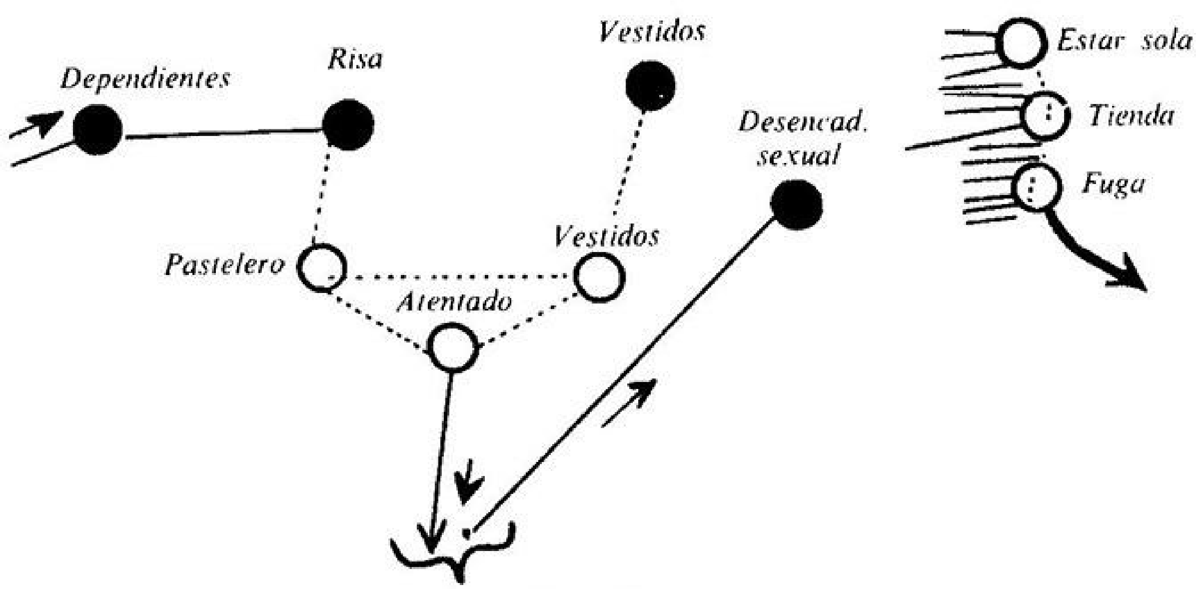


FIG. 16

En esta figura, las ideas representadas por puntos negros corresponden a

percepciones que además fueron recordadas. El hecho de que el desencadenamiento sexual había ingresado en la consciencia es demostrado por la idea, incomprensible de otro modo, de que se sintió atraída por el dependiente que se reía. Su decisión de no permanecer en la tienda por miedo a un atentado era perfectamente lógica, teniendo en cuenta todos los elementos del proceso asociativo. Pero del proceso aquí representado nada entró en la consciencia salvo el elemento «vestidos», y el pensamiento *conscientemente* operante estableció dos conexiones falsas en el material respectivo (dependientes, risa, vestidos, atracción sexual); primero, que se reían de ella por sus vestidos, y segundo, que se había sentido sexualmente excitada por uno de los dependientes.

El complejo en su totalidad (indicado por la línea de puntos) estaba representado en la consciencia por la sola idea de «vestidos»: a todas luces la más inocente. En este punto se había producido una represión acompañada de simbolización. El hecho de que la conclusión final —el síntoma— quedase construido con entera lógica, de modo que el símbolo no desempeña ningún papel en él, es en realidad una característica privativa de este caso.

Se podría considerar perfectamente natural que una asociación pase por un número de eslabones intermedios inconscientes antes de llegar a uno consciente, como ocurre en este caso. Entonces, el elemento que ingresa a la consciencia sería aquel que despierta especial interés. Pero lo notable de nuestro ejemplo es, precisamente, el hecho de que no ingresa a la consciencia aquel elemento que despierta interés (el atentado), sino otro, en calidad de símbolo (los vestidos). Si nos preguntamos cuál puede haber sido la causa de este proceso patológico interpolado, sólo podemos indicar una: el *desencadenamiento sexual*, del que también hay pruebas en la consciencia. Éste aparece vinculado al recuerdo del atentado, pero es muy notable que no se vinculase al atentado cuando el mismo ocurrió en la realidad. Nos encontramos aquí ante el caso de que un recuerdo despierte un afecto que no pudo suscitar cuando ocurrió en calidad de vivencia, porque en el ínterin las modificaciones de la pubertad tomaron posible una nueva comprensión de lo recordado.

Ahora bien: este caso es típico de la represión que se produce en la histeria. Siempre comprobamos que se reprime un recuerdo, el cual *sólo*

posteriormente llega a convertirse en un trauma. El motivo de este estado de cosas radica en el retardo de la pubertad con respecto al restante desarrollo del individuo[182].

[5] *Condiciones determinantes de la πρῶτον φεὐδοζ ὐυτ [Proton Pseudos histérica].*

Aunque no es habitual en la vida psíquica que un recuerdo despierte un afecto que no lo acompañó cuando era una vivencia, tal es, sin embargo, lo más común en el caso de las ideas sexuales, precisamente porque el retardo de la pubertad constituye una característica general de la organización. Toda persona adolescente lleva en sí rastros mnemónicos que sólo pueden ser comprendidos una vez despertadas sus propias sensaciones sexuales; toda persona adolescente, pues, lleva en sí el germen de la histeria. Claro está que habrán de intervenir también otros factores concurrentes, ya que esta tendencia tan general queda limitada al escaso número de personas que realmente se tornan histéricas.

Ahora bien: el análisis nos demuestra que lo perturbador en un trauma sexual es, sin duda, el desencadenamiento afectivo, y la experiencia nos enseña que los histéricos son personas de las que sabemos que, en unos casos, se han tornado *prematuramente* excitables en su sexualidad, por estimulación mecánica y emocional (masturbación), y de las que, en otros casos, podemos admitir que poseen una predisposición al desencadenamiento sexual precoz. El *comienzo* prematuro del desencadenamiento sexual y la *intensidad* prematura del mismo son, a todas luces, equivalentes, de modo que esta condición queda reducida a un factor cuantitativo.

¿Cuál es, pues, el significado de esta *precocidad* del desencadenamiento sexual? Todo el acento debe caer aquí sobre la maduración precoz, pues no es posible sostener que el desencadenamiento sexual origine, de por sí, la represión, dado que ello convertiría, una vez más, la represión en un proceso de frecuencia normal.

[6] *Perturbación del pensamiento por el afecto*

Nos vimos obligados a admitir que la perturbación del proceso psíquico normal depende de dos condiciones: 1) de que el desencadenamiento sexual arranque de un recuerdo, en lugar de una vivencia; 2) de que el desencadenamiento sexual ocurra *prematuramente*. En presencia de estas dos condiciones se producirá una perturbación que excede lo normal, pero que puede hallarse ya preformada en la normalidad.

La más cotidiana experiencia nos enseña que el despliegue afectivo inhibe el curso normal del pensamiento y que lo hace de distintas maneras. En primer lugar, pueden ser olvidadas muchas vías de pensamiento que de otro modo habrían sido tomadas en cuenta, como también ocurre, por otra parte, en los sueños. Así, por ejemplo, en la agitación causada por una intensa preocupación me ha sucedido que olvidara recurrir al teléfono, que acababa de ser instalado en mi casa. La vía recientemente establecida sucumbía aquí en el estado afectivo; la *facilitación*, es decir, la *antigüedad*, ganaba el predominio. Con semejante olvido se pierde la capacidad de selección, la adecuación y la lógica del proceso, tal como ocurre también en el sueño. En segundo lugar, también sin que haya olvido alguno pueden adoptarse vías que de otro modo habrían sido evitadas: en particular, vías que conducen a la descarga, como, por ejemplo, acciones realizadas bajo la influencia del afecto. En suma, pues, el proceso afectivo se aproxima al proceso primario no inhibido.

De esto se desprenden varias consecuencias. Primero, que en el desencadenamiento afectivo se intensifica la propia idea desencadenante; segundo, que la función principal del yo catectizado consiste en evitar nuevos procesos afectivos y en reducir las viejas facilitaciones afectivas. Estas condiciones sólo podemos representárnoslas de la siguiente manera. Originalmente, una catexia perceptiva en su calidad de heredera de una vivencia dolorosa, desencadenó displacer, siendo reforzada por la cantidad [*Qὴ*] así desencadenada y avanzando luego hacia la descarga por vías de derivación que ya se encontraban en parte prefacilitadas. Una vez establecido un *yo* catectizado, la función de la «atención» para nuevas catexia perceptivas se desarrolló de la manera que ya conocemos [véase el final del parágrafo

13], y esta atención sigue ahora, con catexia colaterales, el curso adoptado por la cantidad que emana de *W*[183]. De tal manera, el desencadenamiento de displacer queda cuantitativamente restringido y su comienzo actúa, para el *yo*, como una señal de poner en juego la defensa normal. Así se evita la fácil y excesiva generación de nuevas experiencias de dolor, con todas sus facilitaciones. Cuanto más intenso sea, empero, el desprendimiento de displacer tanto más difícil será la tarea a cumplir por el yo, pues éste, con sus catexia colaterales, sólo es capaz de proveer hasta cierto límite un contrapeso a las cantidades [*Qὴ*] intervinientes, de modo que no puede impedir por completo la ocurrencia de un *proceso primario*.

Además, cuanto mayor sea la cantidad que tiende a derivarse, tanto más difícil será para el *yo* la labor cogitativa que, según todo parece indicarlo, constituiría en el desplazamiento experimental de pequeñas cantidades (*Qὴ*). La «reflexión» en una actividad del *yo* que demanda tiempo y que se torna imposible cuando el nivel afectivo entraña grandes cantidades (*Qὴ*). De ahí que el afecto se caracterice por la precipitación y por una selección de métodos similar a la que se adopta en el proceso primario.

Por consiguiente, el *yo* procura no permitir ningún desencadenamiento de afecto, ya que con ello admitiría también un proceso primario. Su instrumento para este fin es el mecanismo de la atención. Si una catexia desencadenante de displacer escapase a la atención, el *yo* llegaría demasiado tarde para contrarrestara. Tal es, precisamente, lo que ocurre en la *proton pseudos* histérica. La atención está enfocada sobre las percepciones, que son los factores desencadenantes normales del displacer. Aquí, en cambio, no es una percepción, sino una traza mnemónica, la que inesperadamente desencadena el displacer, y el *yo* se entera de ello demasiado tarde, ha permitido que se llevara a cabo un proceso primario, simplemente porque no esperaba que ocurriera.

Existen, sin embargo, también otras ocasiones en las que un recuerdo desencadena displacer, cosa que es plenamente normal en el caso de los recuerdos recientes. Ante todo, si un trama (una vivencia de dolor) ocurre por primera vez cuando ya existe un *yo* —los primeros de todos los traumas escapan totalmente al *yo*—, prodúcese un desencadenamiento de displacer, pero simultáneamente actúa también el *yo*, creando catexia colaterales. Si

más tarde se repite la catectización de la traza mnemónica, también se repite el displacer, pero entonces se encuentran ya presentes las facilitaciones yoicas, y la experiencia demuestra que el segundo desencadenamiento de displacer es de menor intensidad, hasta que, después de suficientes repeticiones, queda reducida a la intensidad de una mera señal, tan conveniente para el *yo*[184]. Así, pues, lo esencial es que en ocasión del *primer* desencadenamiento de displacer no falte la inhibición por el *yo*, de modo que el proceso no tenga el carácter de una vivencia afectiva primaria «póstuma». Tal es precisamente lo que ocurre empero, cuando el *recuerdo* es el primero en motivar el desencadenamiento de displacer, como es el caso en la *proton pseudos* histérica.

Con todo esto quedaría confirmada la importancia de una de las ya citadas precondiciones que nos ofrece la experiencia clínica: *el retardo de la pubertad posibilita la ocurrencia de procesos primarios póstumos*.

D) TERCERA PARTE

INTENTO DE REPRESENTAR LOS PROCESOS y NORMALES

5-10-1895

[1]

Debe ser posible explicar mecánicamente los denominados «procesos secundarios», atribuyéndolos al efecto que una masa de neuronas con una catexia *constante* (el *yo*) ejerce sobre otras neuronas con catexia *variables*. Comenzaré por intentar una descripción psicológica de tales procesos.

Si por un lado tenemos el *yo* y por el otro *W* (percepciones) —es decir, catexia en φ venidas de ρ; (del mundo exterior)—, entonces tendremos que encontrar un mecanismo que induzca al *yo* a seguir las percepciones y a influir sobre ellas. Ese mecanismo radica, según creo, en el hecho de que, de

acuerdo con mis hipótesis, toda percepción excita ω[185]; es decir, emite un signo de cualidad[186]. Dicho más correctamente, excita consciencia (consciencia de una cualidad) en *W*, y la descarga de la excitación perceptiva provee a φ con una noticia que constituye precisamente, dicho signo de cualidad. Por consiguiente, propongo la sugerencia de que serían estos signos de cualidad los que *interesan* a φ en la percepción [véase parágrafo 19 de la primera parte].

Tal sería, pues, el mecanismo de la atención psíquica[187]. Me resulta difícil dar una explicación mecánica (automática) de su origen. Creo, por tanto, que está *biológicamente* determinada, es decir, que se ha conservado en el curso de la evolución psíquica, debido a que toda otra conducta por parte de φ ha quedado excluida en virtud de ser generadora de displacer. El efecto de la *atención psíquica* es el de catectizar las mismas neuronas que son las portadoras de la catexia perceptiva. Este estado de atención tiene un prototipo en la *vivencia de satisfacción* [parágrafo 11 de la primera parte], que es tan importante para todo el curso del desarrollo, y en las repeticiones de dicha experiencia: los estados de *anhelo* desarrollados hasta convertirse en estados de *deseo* y estado de *expectación*. Ya demostré [primera parte, parágrafo 16-18] que dichos estados contienen la *justificación* biológica de todo pensar. La situación psíquica es, en dichos estados, la siguiente: el anhelo implica un estado de tensión en el *yo* y, a consecuencia de éste, es catectizada la representación del objeto amado (la idea *desiderativa*). La experiencia biológica nos enseña que esta representación no debe ser catectizada tan intensamente que pueda ser confundida con una percepción, y que su descarga debe ser diferida hasta que de ella partan signos de cualidad que demuestren que la representación es ahora real; es decir, que su catexia es perceptiva. Si surgiera una percepción que fuese idéntica o similar a la idea desiderativa, se encontraría con sus neuronas ya *precatectizadas* por el deseo; es decir, algunas de ellas, o todas, estarán ya catectizadas, de acuerdo con la medida en que coincidan la representación [idea desiderativa] y la percepción. La diferencia entre dicha representación y la percepción recién llegada da dirigen, entonces, al proceso cogitativo [del pensamiento], que tocará a su fin cuando se haya encontrado una vía por la cual las catexias perceptivas sobrantes [discrepantes] puedan ser convertidas en catexia

ideativas: en tal caso se habrá alcanzado la *identidad*[188].

La *atención* consistirá entonces en establecer la situación psíquica del estado de expectación también para aquellas percepciones que no coinciden, ni siquiera en parte, con las catexias desiderativas. Sucede, simplemente, que ha llegado a ser importante emitir catexia al encuentro de *todas* las percepciones. En efecto, la *atención* está *biológicamente* justificada, sólo se trata de guiar al *yo* en cuanto a *cuál* catexia expectante debe establecer, y a tal objeto sirven los signos de cualidad.

Aun es posible examinar más de cerca el proceso de [establecer una] *actitud psíquica* [de atención]. Supongamos, para comenzar, que el yo no esté prevenido y que entonces surja una catexia perceptiva, seguida por sus signos de cualidad. La estrecha facilitación entre estas dos noticias intensificará todavía más la catexia perceptiva, produciéndose entonces la catectización atentiva de las neuronas perceptivas. La siguiente percepción del mismo objeto resultará (de acuerdo con la segunda ley de asociación) en una catexia más copiosa de la misma percepción, y sólo esta última será la percepción psíquicamente utilizable.

(Ya de esta primera parte de nuestra descripción se desprende una regla de suma importancia: la catexia perceptiva, cuando ocurre por primera vez, tiene escasa intensidad y posee sólo reducida cantidad (Q), mientras que la segunda vez, existiendo ya una precatexia de φ, la cantidad afectada es mayor. Ahora bien: la atención no implica, en principio, ninguna alteración intrínseca en el juicio acerca de los atributos cuantitativos del objeto, de modo que la cantidad externa (Q) de los objetos no puede expresarse en φ por cantidad psíquica ($Q\dot{\eta}$). La cantidad psíquica ($Q\dot{\eta}$) significa algo muy distinto, que no está representado en la realidad, y, efectivamente, la cantidad externa (Q) está expresada en φ por algo distinto, a saber, por la complejidad de las catexias. Pero es por este medio que la cantidad externa (Q) es mantenida apartada de φ [parágrafo 9 de la primera parte]).

He aquí una descripción todavía más satisfactoria [del proceso expuesto en el penúltimo párrafo]. Como resultado de la experiencia biológica, la atención de φ está constantemente dirigida a los signos de cualidad. Estos signos ocurren, pues, en neuronas que ya están precatectizadas, alcanzando así una cantidad suficiente magnitud. Los índices de cualidad así

intensificados intensifican a su vez, merced a su facilitación, las catexias perceptivas, y el *yo* ha aprendido a disponer las cosas de modo tal que sus catexia atentivas sigan el curso de ese movimiento asociativo al pasar de los signos de cualidad hacia la percepción. De tal manera [el *yo*] es guiado para que pueda catectizar precisamente las percepciones correctas o su vecindad. En efecto, si admitimos que es la misma cantidad (*Qὴ*) procedente del *yo* la que corre a lo largo de la facilitación entre el signo de cualidad y la percepción, hasta habremos encontrado una explicación mecánica (automática de la catexia de atención. Así, pues, la atención abandona los signos de cualidad para dirigirse a las neuronas perceptivas, ahora hipercatectizadas.

Supongamos que, por uno u otro motivo, fracase el mecanismo de la atención. En tal caso no se producirá la catectización desde φ de las neuronas perceptivas y la cantidad (*Q*) que a ellas haya llegado se transmitirá a lo largo de las mejores facilitaciones, o sea, en forma puramente asociativa, en la medida en que lo permitan las relaciones entre las resistencias y la cantidad de la catexia perceptiva. Probablemente este pasaje de cantidad no tardaría en llegar a su fin, puesto que la cantidad (*Q*) se divide y no tarda en reducirse, en alguna de las neuronas siguientes, a un nivel demasiado bajo para el curso ulterior. El decurso de las cantidades vinculadas a la percepción (*Wq*) puede, bajo ciertas circunstancias, suscitar ulteriormente la atención o no; en este último caso terminará silenciosamente en la catectización de cualquier neurona vecina, sin que lleguemos a conocer el destino ulterior de dicha catexia. Tal es el curso de una percepción no acompañada por atención, como ha de ocurrir incontables veces en cada día[189]. Como lo demostrará el análisis del proceso de la atención, dicho curso no puede llegar muy lejos, circunstancia de la cual cabe inferir la reducida magnitud de las cantidades vinculadas a la percepción (*Wq*).

En cambio, si el sistema *W* ha recibido su catexia de atención, puede ocurrir toda una serie de cosas, entre las cuales cabe destacar dos situaciones: la del *pensar común* y la de sólo *pensar observando*. Este último caso parecería ser el más simple; corresponde aproximadamente al estado del investigador que, habiendo hecho una percepción, se pregunta: «¿Qué significa esto? ¿Adónde conduce?» Lo que sucede entonces es lo siguiente

(pero en aras de la simplicidad tendré que sustituir ahora la compleja catectización perceptiva por la de una única neurona). La neurona perceptiva está hipercatectizada, la cantidad, compuesta de cantidad externa y de cantidad psíquica (*Q* y *Qἠ*) fluye a lo largo de las mejores facilitaciones y supera cierto número de barreras, de acuerdo con las resistencia y la cantidad intervinientes. Llegará a catectizar algunas neuronas asociadas, pero no podrá superar otras barreras, porque la fracción [de cantidad] que llega a incidir sobre ellas es inferior a su umbral[190]. Seguramente serán catectizadas neuronas más numerosas y más alejadas que en el caso de un mero proceso asociativo que se desarrolle sin atención. Finalmente, empero, la corriente desembocará, también en este caso, en determinadas catexia terminales o en una sola. El resultado de la atención será que en lugar de la percepción aparecerán una o varias catexia *mnemónicas*, conectadas por asociación con la neurona inicial.

En aras de la simplicidad, supongamos también que se trate de una imagen mnemónica *única*. Si ésta pudiese volver a ser catectizada (con atención) desde y, el juego se repetiría: la cantidad (*Q*) volvería a fluir una vez más y catectizaría (evocaría) una nueva *imagen mnemónica*, recorriendo para ello la vía de la mejor facilitación. Ahora bien: el propósito del *pensamiento observador* es a todas luces el de llegar a conocer en la mayor extensión posible las vías que arrancan del sistema *W*, pues de tal modo podrá agotar el conocimiento del objeto perceptivo. (Se advertirá que la forma de pensamiento aquí descrita lleva el *(re)conocimiento*). De ahí que se requiera una vez más una catexia φ para las imágenes mnemónicas ya alcanzadas; pero también se requiere un mecanismo que dirija dicha catexia a los lugares correctos. ¿Cómo, sino así, podrían saber las neuronas y en el yo adónde debe dirigirse la catexia? Un mecanismo de atención como el que anteriormente hemos descrito vuelve a presuponer, sin embargo, la presencia de signos de cualidad. ¿Acaso aparecen éstos en el decurso asociativo? De acuerdo con nuestras presuposiciones, normalmente no; pero bien podrían ser obtenidos por medio del siguiente nuevo dispositivo. En condiciones normales, los signos de cualidad sólo emanan de la percepción, de modo que todo se reduce a extraer una percepción del decurso de cantidad (*Qἠ*). si el decurso de cantidad (*Qἠ*) entrañara una *descarga* además del mero pasaje, esa

descarga daría, como cualquier otro movimiento, un signo de movimiento. Después de todo, los mismos signos de cualidad son noticias de descarga. (Más adelante podremos considerar *de qué tipo* de descarga son noticias). Ahora puede ocurrir que durante un decurso cuantitativo (*Qἢ*) también sea catectizada una neurona motriz, que a continuación descargará la cantidad (*Qἢ*) y dará origen a un signo de cualidad. Mas se trata de que obtengamos tales descargas de *todas* las catexias. Pero no todas [las descargas] son motrices, de modo que con este propósito deberán ser colocadas en una firme facilitación con neuronas motrices.

Esta finalidad es cumplida por las *asociaciones verbales*[191], que consisten en la conexión de neuronas y con neuronas empleadas por las representaciones vocales[192] y que, a su vez, se encuentran íntimamente asociadas con imágenes verbales motrices. Estas asociaciones [verbales] tienen sobre las demás la ventaja de poseer otras dos características: son circunscritas (es decir, escasas en número) y son exclusivas. La excitación progresa, en todo caso, de la imagen vocal a la imagen verbal y de ésta a la descarga. Por consiguiente, si las imágenes mnemónicas son de tal naturaleza que una corriente parcial pueda pasar de ellas a las imágenes vocales y a las imágenes verbales motrices, entonces la catexia de las imágenes mnemónicas estará acompañada por noticias de una descarga, y éstas son signos de cualidad, o sea, al mismo tiempo signos de que el recuerdo es consciente. Ahora bien: si el *yo* precatectiza estas imágenes verbales, como antes precatectizó las imágenes de la descarga de percepciones, se habrá creado con ello el mecanismo que le permitirá dirigir la catexia φ a los recuerdos que surjan durante el pasaje de cantidad [*Qἢ*][193]. He aquí el *pensamiento observador consciente*.

Además de posibilitar el (re)conocimiento, las asociaciones verbales efectúan aún otra cosa de suma importancia. Las facilitaciones entre las neuronas y constituyen, como sabemos, la *memoria*, o sea, la representación de todas las influencias que φ ha experimentado desde el mundo exterior. Ahora advertimos que el propio yo también catectiza las neuronas φ y suscita corrientes que seguramente deben dejar trazas en la forma de facilitaciones. Pero φ no dispone de ningún medio para discernir entre estos resultados de los procesos cogitativos y los resultados de los procesos perceptivos. Los

procesos perceptivos, por ejemplo, pueden ser (reconocidos) y reproducidos merced a su asociación con descargas de percepción; pero de las facilitaciones establecidas por el *pensamiento* sólo queda su *resultado*, y no un *recuerdo*. Una misma facilitación cogitativa puede haberse generado por un solo proceso intenso o por diez procesos menos susceptibles de dejar una impronta. Los *signos de descarga verbal* son los que vienen ahora a subsanar este defecto, pues equiparan los procesos cogitativos a procesos perceptivos, confiriéndoles realidad y *posibilitando su recuerdo*. [Véase más adelante el parágrafo 3.]

También merece ser considerado el desarrollo *biológico* de estas asociaciones verbales, tan importantes. La inervación verbal es primitivamente una descarga que actúa como válvula de seguridad para φ, sirviendo para regular en ella las oscilaciones de cantidad (*Qὴ*) y funcionando como una parte de la vía que conduce a la *alteración interna* y que representa el único medio de descarga mientras todavía no se ha descubierto la *acción específica*. Esta vía adquiere una función secundaria al atraer la atención de alguna persona auxiliar (que por lo común es el mismo objeto desiderativo) hacia el estado de necesidad y de apremio en que se encuentra el niño; desde ese momento servirá al propósito de la *comunicación* quedando incluida así en la acción específica.

Como ya hemos visto [parágrafos 16-17], cuando se inicia la función judicativa las percepciones despiertan interés en virtud de su posible conexión con el objeto deseado y sus complejos son descompuestos en una porción no asimilable (la «cosa»)[194] y una porción que es conocida por el *yo* a través de su propia experiencia (los atributos, las actividades [de la cosa]. Este proceso, que denominamos *comprender*, ofrece dos puntos de contacto con la expresión verbal [por el lenguaje]. En primer lugar, existen objetos (percepciones) que nos hacen *gritar*, porque provocan dolor; esta asociación de un sonido —que también suscita imágenes motrices de movimientos del propio sujeto— con una percepción que ya es de por sí compleja destaca el carácter *hostil* del objeto y sirve para dirigir la atención a la percepción; he aquí un hecho que demostrará tener extraordinaria importancia. En una situación en que el dolor nos impediría obtener buenos signos de cualidad del objeto, la *noticia del propio grito* nos sirve para caracterizarlo. Esta

asociación conviértese así en un recurso para conscienciar los recuerdos que provocan *displacer* y para convertirlos en objetos de la atención: la primera clase de *recuerdos conscientes* ha quedado así creada[195]. Desde aquí sólo basta un corto paso para llegar a la invención del lenguaje. Existen objetos de un segundo tipo que por sí mismos emiten constantemente ciertos sonidos, o sea, objetos en cuyo complejo perceptivo interviene también un sonido. En virtud de la *tendencia imitativa* que surge en el curso del proceso del juicio [parágrafo 18 de la primera parte] es posible hallar una noticia de movimiento [de uno mismo] que corresponda a esa imagen sonora. También esta clase de recuerdos puede tornarse ahora consciente. Sólo hace falta agregar asociativamente a las percepciones sonidos *deliberadamente producidos*, para que los recuerdos despertados al atender a los signos de descarga tonal se tornen conscientes, igual que las percepciones, y puedan ser catectizados desde φ.

Así hemos comprobado que lo característico del proceso del *pensamiento cognoscitivo* es el hecho de que la atención se encuentre desde un principio dirigida a los signos de la descarga cogitativa, o sea, a los signos verbales [del lenguaje]. Como sabemos, también el denominado pensamiento «consciente» se lleva a cabo acompañado por una ligera descarga motriz[196].

El proceso de seguir el decurso de la cantidad (Q) a través de una asociación puede ser proseguido, pues, durante un lapso indefinido de tiempo, continuando por lo general hasta llegar a elementos asociativos terminales, que son «plenamente conocidos». La fijación de esta vía y de los puntos terminales constituye el «(re)conocimiento» de lo que fue quizá una nueva percepción.

Bien quisiéramos tener ahora alguna información *cuantitativa* sobre este proceso del pensamiento cognoscitivo. Ya sabemos que en este caso la percepción está hipercatectizada, en comparación con el proceso asociativo simple, y que el proceso mismo [del pensamiento] consiste en un desplazamiento de cantidades (*Qὴ*) que es regulado por la asociación con signos de cualidad. En cada punto de detención se renueva la catexia φ, y finalmente tiene lugar una descarga a partir de las neuronas motrices de la vía del lenguaje. Cabe preguntarse ahora si este proceso significa para el *yo* una considerable pérdida de cantidad (*Qὴ*), o si el gasto consumido por el

pensamiento es relativamente leve. La respuesta a esta cuestión nos es sugerida por el hecho de que las inervaciones del lenguaje derivadas en el curso del pensamiento son evidentemente muy pequeñas. No hablamos *realmente* [al pensar], como tampoco nos movemos *realmente* cuando nos representamos una imagen de movimiento. Pero la diferencia entre imaginación y movimiento es sólo cuantitativa, como nos lo han enseñado las experiencias de «lectura del pensamiento». Cuando pensamos con intensidad realmente podemos llegar a hablar en voz alta. Pero ¿cómo es posible efectuar descargas tan pequeñas si, como sabemos, las cantidades pequeñas (*Qή*) no pueden cursar y las grandes se nivelan en masa a través de las neuronas motrices?

Es probable que las cantidades afectadas por el desplazamiento en el proceso cogitativo no sean de considerable magnitud. En primer lugar, el gasto de grandes cantidades (*Qή*) significaría para el *yo* una pérdida que debe ser limitada en la medida de lo posible, dado que la cantidad (*Qή*) es requerida para la acción específica, tan exigente. En segundo lugar, una cantidad considerable (*Qή*) recorrería simultáneamente varias vías asociativas, con lo cual no dejaría tiempo suficiente para la catectización del pensamiento y causaría además un gasto considerable. Por consiguiente, las cantidades (*Qή*) que cursan durante el proceso del pensamiento deben ser forzosamente reducidas. No obstante[197], de acuerdo con nuestra hipótesis, la percepción y el recuerdo deben estar hipercatectizados en el proceso del pensamiento, y deben estarlo en medida más intensa que en la percepción simple. Además, existen diversos grados de intensidad de la atención, lo que sólo podemos interpretar en el sentido de que existen diversos grados de intensificación de las cantidades catectizantes (*Qή*). En tal caso el proceso de la vigilancia observadora [de las asociaciones] sería precisamente tanto más difícil cuanto más intensa fuese la atención, lo que sería tan inadecuado que ni siquiera podemos admitirlo.

Así nos encontramos frente a dos requerimientos aparentemente contradictorios: fuerte catexia y débil desplazamiento. Si quisiéramos armonizarlos nos veríamos obligados a admitir algo que podría calificarse como *un estado de «ligadura*[198]*» en las neuronas, que aun en presencia de una catexia elevada permite sólo una escasa corriente*. Esta hipótesis se

torna más verosímil considerando que la corriente en una neurona es evidentemente afectada por las catexias que la rodean. Ahora bien: el propio *yo* es una masa de neuronas de esta especie que mantienen fijadas sus catexia; es decir, que se encuentran en estado de ligadura, cosa que evidentemente sólo puede ser el resultado de su influencia mutua. Por tanto, bien podemos imaginarnos que una neurona perceptiva, catectizada con atención, sea por ello en cierto modo transitoriamente absorbida por el *yo*, y que desde ese momento se encuentre sujeta a la misma ligadura de su cantidad (*Qὴ*) que afecta a todas las demás neuronas yoicas. Si es catectizada más intensamente la cantidad (Q) de su corriente puede quedar *disminuida* en consecuencia, y no necesariamente aumentada (?). Podemos imaginarnos, verbigracia, que en virtud de esta ligadura sea librada a la corriente precisamente la cantidad externa (Q), mientras que la catexia de la atención quede ligada; un estado de cosas que no necesita ser, por cierto, permanente.

Así, el proceso del pensamiento quedaría mecánicamente caracterizado por esta condición de «ligadura» que combina una elevada catexia con una reducida corriente [de cantidad]. Cabe imaginar otros procesos en los cuales la corriente sea *proporcional* a la catexia, o sea, procesos con descarga no inhibida.

Espero que la hipótesis de semejante estado de «ligadura» demuestre ser mecánicamente sostenible. Quisiera ilustrar las consecuencias psicológicas a que conduce dicha hipótesis. Ante todo, parecería adolecer de una contradición interna, pues si el estado de «ligadura» significa que en presencia de una catexia de esta especie sólo restan pequeñas cantidades (Q) para efectuar desplazamientos, ¿cómo puede dicho estado llegar a incluir nuevas neuronas; es decir, a hacer pasar grandes cantidades (Q) hacia nuevas neuronas? Planteando la misma dificultad en términos más simples: ¿cómo fue posible que se desarrollara siquiera un *yo* así constituido?

De esta manera nos encontramos inesperadamente ante el más oscuro de todos los problemas: el origen del *yo*; es decir, de un complejo de neuronas que mantienen fijada su catexia, o sea, que constituyen por breves períodos un complejo con nivel constante [de cantidad][199]. La consideración genética de este problema será la más promisora. Originalmente el *yo* consiste en las neuronas nucleares, que reciben cantidad endógena (*Qὴ*) por las vías de

conducción y que la descargan por medio de la alteración interna. La «vivencia de satisfacción» procura a este núcleo una asociación con una percepción (la imagen desiderativa) y con una noticia de movimiento (la porción refleja de la acción específica). La educación y el desarrollo de este *yo* primitivo tienen lugar en el estado repetitivo del deseo, o sea, en los estados de *expectación*. El *yo* comienza por aprender que no debe catectizar las imágenes motrices (con la descarga consiguiente), mientras no se hayan cumplido determinadas condiciones por parte de la percepción. Aprende además que no debe catectizar la idea desiderativa por encima de cierta medida, pues si así lo hiciera se engañaría a sí mismo de manera alucinatoria. Si respeta, empero, estas dos restricciones y si dirige su atención hacia las nuevas percepciones, tendrá una perspectiva de alcanzar la satisfacción perseguida. Es claro entonces que las restricciones que impiden al *yo* catectizar la imagen desiderativa y la imagen motriz por encima de cierta medida son la causa de una acumulación de cantidad (*Qὴ*) en el *yo* y parecerían obligarlo a transferir su cantidad (*Qὴ*), dentro de ciertos límites, a las neuronas que se encuentren a su alcance.

Las neuronas nucleares hipercatectizadas inciden, en última instancia; sobre las vías de conducción desde el interior del cuerpo, que se han tornado permeables en virtud de su continua repleción con cantidad (*Qὴ*); debido a que son prolongaciones de estas vías de conducción, las neuronas nucleares también deben quedar llenas de cantidad (*Qὴ*). La cantidad que en ellas exista se derivará en proporción a las resistencias que se opongan a su curso, hasta que las resistencias más próximas sean mayores que la fracción de cantidad [*Qὴ*] disponible para la corriente. Pero una vez alcanzado este punto, la totalidad de la masa catéctica se encontrará en un estado de equilibrio, sostenida, de una parte, por las dos barreras contra la motilidad y el deseo; de la otra parte, por las resistencias de las neuronas más lejanas, y hacia el interior, por la presión constante de las vías de conducción. En el interior de esta estructura que constituye el *yo* la catexia no será, en modo alguno, igual por doquier; sólo necesita ser *proporcionalmente* igual; es decir, en relación con las facilitaciones. [Véase el parágrafo 19].

Si el nivel de catectización asciende en el núcleo del *yo*, la amplitud de éste podrá dilatarse, mientras que si desciende, el *yo* se constreñirá

concéntricamente. En un nivel determinado y en una amplitud determinada del *yo* no habrá obstáculo alguno contra el desplazamiento [de catexia] dentro del territorio catectizado.

Sólo queda por averiguar ahora cómo se originan las dos barreras que garantizan el nivel constante del *yo*, en particular el de las barreras contra las imágenes de movimiento que impiden la descarga. Aquí nos encontramos ante un punto decisivo para nuestra concepción de toda la organización. Sólo podemos decir que cuando aún no existía esta barrera y cuando, junto con el deseo, producíase también la descarga motriz, el placer esperado debió de faltar siempre y el desencadenamiento continuo de estímulos endógenos concluyó por causar displacer. Sólo esta amenaza de *displacer*, vinculada a la descarga prematura, puede corresponder a la barrera que aquí estamos considerando. En el curso del desarrollo ulterior la facilitación asume una parte de la tarea [de llevar a cabo las restricciones]. Sigue en pie, sin embargo, el hecho de que la cantidad (*Qὴ*) en el *yo* se abstiene de catectizar, sin más ni más, las imágenes motrices, pues si así lo hiciera *llevaría a un desencadenamiento de displacer*.

Todo lo que aquí describo como una *adquisición biológica* del sistema neuronal me lo imagino representado por semejante *amenaza de displacer*, cuyo efecto consistiría en que *no* sean catectizadas aquellas neuronas que conducen al desencadenamiento de displacer. Esto constituye la *defensa primaria*, lógica consecuencia de la tendencia básica del sistema neuronal [parágrafo 1 de la primera parte]. El displacer sigue siendo el único medio de educación. No atino a decidir, por supuesto, cómo podríamos explicar mecánicamente dicha *defensa primaria*, esa no-catectización por amenaza de displacer.

De aquí en adelante me atreveré a omitir toda representación mecánica de tales reglas biológicas basadas en la amenaza de displacer; me conformaré con poder dar, fundándome en ellas, una descripción admisible y consecuente del desarrollo.

Existe sin duda una segunda regla biológica derivada por abstracción del proceso de expectación: la de que es preciso dirigir la atención a los signos de cualidad (porque éstos pertenecen a percepciones que podrían conducir a la recién surgida). En suma, el mecanismo de la atención tendrá que deber su

origen a una regla biológica de esta naturaleza que regule el desplazamiento de las catexias del *yo*[200].

Podríase objetar que tal mecanismo, actuando con ayuda de los signos de cualidad, es superfluo. El *yo* —se argumentará— podría haber aprendido biológicamente a catectizar por sí solo la esfera perceptiva en el estado de expectación, en vez de esperar que los signos de cualidad lo conduzcan a tal catectización. No obstante, podemos señalar dos puntos en justificación del mecanismo de atención: 1) el sector de los signos de descarga emanados del sistema *W* (ω) es a todas luces menor y comprende menos neuronas que el sector de la percepción; es decir, de todo el *pallium* de φ que está conectado con los órganos sensoriales. Por consiguiente, el *yo* se ahorra un extraordinario gasto si mantiene catectizada la descarga en lugar de la percepción. 2) Los signos de descarga o los signos de cualidad también son originariamente signos de realidad, destinados a servir precisamente a la distinción entre las catexias de percepciones reales y las catexias de deseos. Vemos, pues, que no es posible prescindir del mecanismo de atención. Además, éste siempre consiste en que el *yo catectiza aquellas neuronas* en las que ya ha aparecido una catexia.

Mas la *regla biológica de la atención*, en la medida en que concierne al *yo*, es la siguiente: *cuando aparezca un signo de realidad, la catexia perceptiva que exista simultáneamente deberá ser hipercatectizada*. He aquí la segunda regla biológica; la primera era la de la *defensa primaria*.

[2]

De lo que antecede podemos derivar asimismo algunas insinuaciones generales para la explicación mecánica, como, por ejemplo, aquella que ya mencionamos, en el sentido de que la cantidad externa no puede ser representada por *Qὴ*, o sea, por cantidad psíquica. En efecto, de la descripción del *yo* y de sus oscilaciones se desprende que tampoco el nivel [de catexia] tiene relación alguna con el mundo exterior, o sea, que su reducción o elevación generales nada modifican, normalmente, en la imagen del mundo exterior. Dado que esta imagen se basa en facilitaciones, ello

significa que las oscilaciones generales del nivel [de cantidad] nada modifican tampoco en dichas facilitaciones. Ya hemos mencionado también un segundo principio: el de que cantidades pequeñas pueden ser desplazadas con mayor facilidad cuando el nivel es alto que cuando es bajo. He aquí unos pocos puntos a los cuales habrá de ajustarse la caracterización del movimiento neuronal, absolutamente desconocido todavía para nosotros.

Retornemos ahora a nuestra descripción del proceso del pensamiento observador o *cognoscitivo*. En él, al contrario de lo que ocurre en los procesos de *expectación*, las percepciones no inciden sobre catexia *desiderativas*, o sea, que son los primeros signos de realidad los que dirigen la atención del *yo* hacia la región perceptiva que habrá de ser catectizada. El decurso asociativo de la cantidad (*Q*) que [las percepciones] traen consigo tiene lugar por neuronas que ya están precatectizadas, y en cada pasaje vuelve a liberarse la *Qρ* (la cantidad perteneciente a las neuronas ρ), que es desplazada [a lo largo de esas neuronas precatectizadas]. Durante este decurso asociativo se generan los signos de cualidad (del lenguaje), a consecuencia de los cuales el decurso asociativo se consciencia y se torna reproducible.

Una vez más podríase cuestionar aquí la utilidad de los signos cualitativos argumentando que lo único que hacen es inducir al *yo* a enviar una catexia hacia un punto en el que la catexia surgiría de todos modos durante el decurso asociativo. Pero no son ellos mismos los que proveen estas cantidades catectizantes (*Qὴ*), sino que a lo sumo aportan a ellas, y siendo esto así, el propio *yo* podría sin su ayuda hacer que su catexia corriera a lo largo del curso adoptado por la cantidad (*Q*).

No cabe duda que esto es muy cierto, pero la consideración de los signos de cualidad no es, por ello, superflua. En efecto, cabe destacar que la regla biológica de la atención que acabamos de establecer es una abstracción derivada de la *percepción* y que en un principio sólo rige para los signos de *realidad*. También los signos de descarga por medio del lenguaje son, en cierto sentido, signos de realidad —aunque sólo signos de la realidad *cogitativa y no de la exterior*[201]—; pero en modo alguno ha podido imponerse para estos signos de realidad cogitativa una regla biológica como la que estamos considerando, ya que su violación no entrañaría ninguna

amenaza constante de displacer. El displacer producido al pasar por alto el (re)conocimiento no es tan flagrante como el que se genera al ignorar el mundo exterior, aunque ambos casos son, en el fondo, uno y el mismo. Así, pues, existe realmente una especie de *proceso cogitativo observador*, en el que los signos de cualidad nunca son evocados, o únicamente lo son en forma esporádica, siendo posibilitado dicho proceso porque el *yo sigue automáticamente* con sus catexia el decurso asociativo. Ese proceso cogitativo hasta es, con mucho el más frecuente de todos, y en modo alguno puede considerárselo anormal es nuestro pensamiento de tipo común; inconsciente, pero con ocasionales *irrupciones*[202] a la consciencia; en suma, es el denominado «pensamiento consciente», con eslabones intermedios inconscientes que pueden, empero, ser conscienciados[203].

No obstante, el valor de los signos cualitativos para el pensamiento es incuestionable. En primer lugar, la suscitación de signos de cualidad intensifica las catexias en el decurso asociativo y asegura la atención automática, que, si bien no sabemos cómo, está evidentemente vinculada a la emergencia de catexia. Además —lo que parece ser más importante— la atención dirigida a los signos cualitativos asegura la imparcialidad del decurso de asociación. En efecto, al yo le resulta muy difícil colocarse en la situación del puro y simple «investigar» [explorar]. El *yo* casi siempre tiene catexias intencionales[204] o desiderativas, cuya presencia durante la actividad exploradora influye, como veremos más adelante sobre el curso de asociación, produciendo así un falso conocimiento de las percepciones. Ahora bien: no existe ninguna protección mejor contra esta falsificación por el pensamiento que la de una cantidad normalmente desplazable ($Q\grave{\eta}$) que sea dirigida por el *yo* hacia una región incapaz de manifestar (es decir, de provocar) ninguna desviación semejante del decurso asociativo. Sólo existe un expediente de esta clase: la orientación de la atención hacia los signos de cualidad, pues éstos no equivalen a ideas intencionales, sino que, por el contrario, su catectización acentúa todavía más el decurso asociativo, al contribuir con nuevos aportes de la cantidad catectizante.

Por tanto, *el pensamiento que es acompañado por la catectización de los signos de realidad cogitativa o de los signos de lenguaje representa la forma más alta y segura del proceso cogitativo cognoscitivo*.

Dado que la suscitación de signos cogitativos es evidentemente útil, podemos presumir la existencia de dispositivos especialmente destinados a asegurarla. En efecto, los signos de pensamiento no surgen espontáneamente y sin la colaboración de y, a diferencia de los signos de realidad. La observación nos demuestra al respecto que dichos dispositivos no tienen en todos los procesos cogitativos la misma efectividad que poseen en los exploradores. Una condición previa para la suscitación de signos cogitativos es, en principio, su catectización con atención en tales condiciones esos signos surgen en virtud de la ley según la cual la facilitación queda mejorada entre dos neuronas conectadas y simultáneamente catectizadas, No obstante, la *atracción* ofrecida por la precatectización de los signos cogitativos sólo tiene hasta cierto punto la fuerza suficiente para superar otras influencias. Así, por ejemplo, toda otra catexia vecina al decurso asociativo (como una catexia intencional o afectiva), competirá con aquélla [con la precatexia de atención] y tenderá a inconscienciar el decurso asociativo. Como lo confirma la experiencia, será producido un efecto similar si las cantidades que intervienen en el decurso asociativo son más considerables, pues elevarán el caudal de la corriente y acelerará con ello todo el decurso. La expresión cotidiana de que «algo ocurrió en uno con tal rapidez que uno ni siquiera se dio cuenta» es, sin duda, absolutamente correcta, y también es un hecho sabido que los afectos pueden interferir la suscitación de los signos cogitativos.

De todo esto se desprende una nueva regla para nuestra descripción mecánica de los procesos psíquicos: la de que el decurso asociativo, que no puede ser alterado por el nivel [de catexia], puede serlo, en cambio, por la propia magnitud de la *cantidad (Q) fluente*. En términos generales, *una cantidad (Q) de gran magnitud adopta, a través de la red de facilitaciones, una vía distinta que la seguida por una cantidad menor*. Creo que no será difícil ilustrar esta circunstancia.

Para cada barrera hay un valor umbral por debajo del cual ninguna cantidad (*Q*) puede pasar, ni mucho menos una fracción de la misma. Dichas cantidades demasiado pequeñas [subliminales] (*Q*) se distribuirán por otras dos vías cuyas facilitaciones alcancen a superar. Pero si la cantidad (*Q*) aumenta, también la primera vía podrá entrar en función, facilitando el pasaje

de las fracciones que le correspondan; además, las catexias que excedan de la barrera ahora superable también podrán llegar a hacerse sentir. Aún existe otro factor susceptible de adquirir importancia. Cabe admitir que no todas las vías de una neurona sean receptivas para una cantidad (*Q*) [en un momento dado. (*Nota del T.*)], y esta diferencia puede considerarse como la *anchura de vía*. La anchura de vía es en sí misma independiente de la resistencia, pues esta última puede ser alterada por la cantidad en decurso (*Abq*)[205], mientras que la anchura de vía permanece constante. Supongamos ahora que al aumentar la cantidad (*Q*) se abra una vía que pueda hacer sentir su anchura, caso en el cual advertiremos la posibilidad de que el decurso de la cantidad (*Q*) sea fundamentalmente alterado por un aumento en la magnitud de la cantidad (*Q*) fluente. La experiencia cotidiana parece corroborar expresamente esta conclusión.

Así, la suscitación de los signos cogitativos parece estar subordinada al pasaje de *pequeñas* cantidades (*Q*). Con esto no pretendo afirmar que todo otro tipo de pasaje deba quedar *inconsciente*, pues la suscitación de los signos de lenguaje[206] no es el único camino para la conscienciación.

¿Cómo podemos representarnos gráficamente, empero, aquel tipo de pensamiento que se consciencia *esporádicamente*, es decir, las ocurrencias repentinas? Recordemos que nuestro común pensamiento errátil [no intencional], aunque es acompañado por precatectización y por atención automática, no da mayor importancia a los signos cogitativos, ni se ha demostrado biológicamente que éstos sean imprescindibles para el proceso. No obstante, suelen aparecer: 1) cuando el curso liso y llano [de asociación] llega a un término o tropieza con un obstáculo; 2) cuando suscita una idea que, en virtud de otras razones, evoca signos cualitativos, es decir, consciencia. Llegado aquí, empero, he de abandonar la presente exposición.

[3]

Existen, evidentemente, otras formas del proceso cogitativo que no persiguen el desinteresado fin del (re)conocimiento, sino algún otro fin de índole práctica. Así, el estado de expectación, a partir del cual se desarrolló el

pensamiento en general, es un ejemplo de este segundo tipo de pensamiento. En él se retiene firmemente una catexia desiderativa, mientras que una segunda catexia, perceptiva, emerge y es perseguida con atención. Pero el propósito de este proceso no es descubrir adónde conducirá *en general* [dicha catexia perceptiva], sino averiguar por qué vías conducirá a la activación de la catexia desiderativa que en el ínterin ha sido retenida. Este tipo de proceso cogitativo —biológicamente más primitivo— puede ser fácilmente representado basándonos en nuestras hipótesis. Sea + *V* la idea desiderativa que se mantiene especialmente catectizada, y *W*[207]) la percepción que habrá de ser perseguida: en tal caso el primer resultado de la catectización atentiva de *W* consistirá en que la *Qρ* [la cantidad perteneciente a las neuronas ρ] fluya hacia la neurona a, la mejor facilitada; de ésta pasaría una vez más a la mejor vía, si no fuese interferida por la existencia de catexia colaterales. Si de a partiesen tres vías —*b, c* y *d*, en el orden de su [grado de] facilitación— y si d estuviera situada en la vecindad de la catexia desiderativa + *V*, el resultado bien podría ser que la *Qρ*, a pesar de las facilitaciones, no fluyera hacia *c* y *b*, sino hacia *d*, y de allí hacia + *V*, revelándose así que la vía buscada era *W* - *a* - *d* - + *V*. Vemos actuar aquí el principio, que ya hemos admitido hace tiempo [parágrafo 11 de la primera parte], de que la catexia puede no seguir la facilitación, o sea, que también puede actuar contra ella y que, en consecuencia, la catexia colateral puede modificar el decurso de cantidad [*Qὴ*]. Dado que las catexias son modificables, está dentro del arbitrio del yo cambiar el curso adoptado desde W en el sentido de cualquier catexia intencional.

Bajo «catexia intencional» cabe entender aquí, no una catexia uniforme, como la que afecta todo un sector en el caso de la atención, sino una catexia en cierto modo «enfatizante», que sobresale por encima del nivel yoico. Probablemente sea preciso admitir que en este tipo de pensamiento con catexia intencionales simultáneamente fluye también cantidad [*Qὴ*] desde + *V*, de modo que el decurso [asociativo] desde *W* puede ser influido, no sólo por + *V*, sino también por los puntos sucesivos que recorre. La única diferencia es, en tal caso, que la vía desde + *V*… es conocida y está fijada, mientras que la vía que parte de *W*… a… es desconocida y aún debe ser descubierta. Dado que en realidad nuestro *yo* siempre alimenta catexia

intencionales —a menudo hasta muchas al mismo tiempo—, podemos comprender ahora la dificultad de llevar a cabo un pensamiento puramente cognoscitivo, así como la posibilidad de alcanzar en el curso del pensamiento práctico las vías más dispares, en distintos momentos, bajo distintas circunstancias y por distintas personas.

El pensamiento práctico también nos permite apreciar en su justo valor las *dificultades del pensamiento* en general, que ya conocemos por propia experiencia. Retomemos nuestro ejemplo anterior, en el que la corriente *Qρ* fluiría naturalmente [siguiendo las facilitaciones] hacia *b* y *c*, mientras que *d* sobresale por su estrecha conexión con la catexia intencional o con la idea derivada de ella. Puede ocurrir entonces que la influencia de la facilitación a favor de *b…c* sea tan considerable, que supere ampliamente la atracción hacia *d*… + *V*. A fin de que, no obstante, el decurso [de asociación] se dirija hacia + *V*, sería necesario que la catexia de + *V* y de sus ideas derivadas fuese intensificada aún más; quizá sería necesario también que la atención hacia *W* fuese modificada en el sentido de alcanzar un mayor o menor grado de «ligadura» y un nivel de corriente que sea más favorable a la vía *d*… + *V*. Tal gasto requerido para superar buenas facilitaciones con el objeto de atraer la cantidad (*Q*) hacia vías menos facilitadas, pero más próximas a la catexia intencional, corresponde plenamente a la dificultad del pensamiento.

El papel desempeñado por los signos de cualidad en el pensamiento práctico apenas difiere del que tienen en el pensamiento cognoscitivo. Los signos cualitativos aseguran y fijan el decurso [asociativo]; pero no son absolutamente indispensables para el mismo. Si reemplazamos las neuronas y las ideas individuales, respectivamente, por complejos de neuronas y de ideas, nos topamos con una complejidad del pensamiento práctico que se sustrae a toda posibilidad de descripción, aunque comprendemos que precisamente en estos casos sería conveniente llegar a conclusiones rápidas [véase parágrafo 4 de esta tercera parte]. En el curso del pensamiento práctico, empero, los signos cualitativos no suelen ser plenamente suscitados, y es precisamente su completo desarrollo el que sirve para amortiguar y complicar el decurso asociativo. Cuando dicho curso desde una percepción particular a determinadas y particulares catexia intencionales haya sido seguido repetidamente y se encuentre estereotipado por facilitaciones

mnemónicas, generalmente no existiría ya motivo alguno para la suscitación de los signos de cualidad.

El fin del pensamiento práctico es [el establecimiento de] la *identidad*, es decir, el desemboque de la catexia *Qρ*, desplazada, en la catexia desiderativa, que en el ínterin habrá sido firmemente retenida. Como consecuencia puramente biológica, cesa con ello toda necesidad de pensar y se posibilita, en cambio, la plena y total inervación de las *imágenes motrices* que hayan sido tocadas durante el pasaje [de cantidad], imágenes que en tales circunstancias constituyen un elemento accesorio permisible de la *acción específica*. Dado que durante el pasaje [de cantidad] la catexia de estas imágenes motrices sólo era de carácter «ligado», y dado que el proceso cogitativo partió de una percepción (*W*) que únicamente fue perseguida en calidad de imagen mnemónica, todo el proceso cogitativo puede independizarse tanto del proceso expectacional como de la realidad, progresando hacia la identidad sin experimentar modificación alguna. Así [el proceso cogitativo] parte de una mera *representación* [idea], y ni siquiera lleva a la acción una vez que ha concluido, pero [en el ínterin] habrá producido un *conocimiento práctico* que, dada una oportunidad real, podrá ser utilizado. La experiencia demuestra, en efecto, que conviene tener preparado el proceso cogitativo práctico cuando se lo necesite en virtud de las condiciones de la realidad, y no tener que improvisarlo en tal ocasión.

Ha llegado el momento de restringir una afirmación establecida anteriormente: la de que la memoria de los procesos cogitativos sólo es posible gracias a los signos de cualidad, ya que en otro caso no se podrían diferenciar sus trazas de las que dejan las facilitaciones perceptivas. Podemos atenernos a que un *recuerdo real* no debería modificarse, normalmente, al reflexionar sobre el mismo; pero, por otra parte, es innegable que el pensar sobre un tema deja trazas extraordinariamente importantes para una próxima reflexión al respecto[208], y es muy dudoso si tal resultado surge exclusivamente de un pensar acompañado de signos cualitativos y de consciencia. Deben existir, pues, facilitaciones cogitativas [facilitaciones del pensamiento], pero sin que obliteren las vías asociativas originales. Como únicamente puede haber, empero, facilitaciones de una sola clase, se podría pensar que estas dos conclusiones serían incompatibles. No obstante, debe ser

posible encontrar una manera de conciliarlas y de explicarlas en el hecho de que todas las facilitaciones cogitativas sólo se originaron una vez alcanzado un alto nivel [de catexia], y que probablemente también se hagan sentir sólo en presencia de un alto nivel, mientras que las facilitaciones asociativas, originadas en pasajes [de cantidad] totales o primarios, vuelven a exteriorizarse cuando se dan las condiciones de un decurso libre[209] [de cantidad]. Con todo esto no se pretende negar, sin embargo, todo posible efecto de las facilitaciones cogitativas sobre las asociativas.

Hemos logrado así la siguiente caracterización adicional del movimiento neuronal, todavía desconocido. La memoria consiste en facilitaciones. Las facilitaciones no son modificadas por un aumento del nivel [de catexia]; pero existen facilitaciones que sólo funcionan en un nivel particular. La dirección adoptada por el pasaje [de cantidad] no es alterada, en un principio, por el cambio de nivel; pero sí lo es por la cantidad de la corriente y por las catexias colaterales. Cuando el nivel es alto, las cantidades pequeñas (*Q*) son las más fácilmente desplazables.

Junto al pensamiento *cognoscitivo* y al pensamiento práctico, debemos diferenciar un pensamiento reproductivo o *recordante*, que en parte coincide con el práctico, pero que no lo cubre totalmente. Este *recordar* es la condición previa de todo examen realizado por el pensamiento crítico; persigue un determinado proceso cogitativo en sentido retrógrado, retrocediendo posiblemente hasta una percepción, y al hacerlo procede, una vez más, sin un fin dado (en contraste con el pensamiento práctico) y recurriendo copiosamente a los signos de cualidad. En este curso retrógrado el proceso se encuentra con eslabones intermedios que hasta entonces permanecieron inconscientes y que no dejaron tras de si ningún signo de cualidad, pero cuyos signos cualitativos emergerán posteriormente [*ex post facto. I.*]. De esto se desprende que el decurso cogitativo puede dejar trazas por si mismos, sin necesidad de signos cualitativos. Claro está que en algunos casos parecería que ciertos trechos [de un tren de ideas] sólo pueden ser conjeturados porque sus puntos inicial y terminal están dados por signos de cualidad.

La reproductibilidad de los procesos cogitativos sobrepasa ampliamente, en todo caso, la de sus signos de cualidad; pueden ser conscienciados *a*

posteriori, aunque el resultado de un decurso cogitativo quizá deje trazas con mayor frecuencia que sus estadios intermedios.

En el decurso del pensamiento, sea éste *cognoscitivo, crítico* o *práctico*, pueden ocurrir múltiples y variados sucesos que merecen una descripción. El pensamiento puede conducir al *displacer* o puede llevar a la *contradicción*.

Examinemos el caso de que el pensamiento práctico, acompañado por catexia intencionales, lleve a un desencadenamiento de displacer. La experiencia cotidiana nos enseña que semejante suceso actúa como obstáculo para el proceso cogitativo. ¿Cómo es posible entonces que ocurra siquiera? Si un recuerdo genera displacer al ser catectizado, ello se debe, en términos muy generales, al hecho de que en su oportunidad, cuando acaeció, la percepción correspondiente generó displacer, o sea, que formó parte de una vivencia de dolor. La experiencia demuestra también que las percepciones de esta clase atraen un alto grado de atención, pero que no suscitan tanto sus propios signos de cualidad, sino más bien los de la reacción que dichas percepciones desencadenan; por tanto, están asociadas con sus propias manifestaciones de afecto y de defensa. Si perseguimos las vicisitudes de tales percepciones una vez que se han convertido en *imágenes mnemónicas*, comprobamos que sus *primeras* repeticiones todavía despiertan afecto, tanto como displacer, pero que con el correr del tiempo pierden esta capacidad. Simultáneamente experimentan otra transformación. Al principio conservan el carácter de las cualidades sensoriales; pero cuando dejan de ser capaces de suscitar afectos pierden también dichas cualidades sensoriales y se asemejan progresivamente a otras imágenes mnemónicas. Si un tren de ideas se topa con aquel tipo de *imagen mnemónica aún «indómita»*, se generan los signos cualitativos que le corresponden —a menudo de carácter sensorial—, además de sensaciones displacenteras y de tendencias a la descarga, cuya combinación caracteriza un afecto determinado, y con esto queda interrumpido el curso del pensamiento.

¿Qué podría ocurrir con los *recuerdos* susceptibles de generar afecto, para que concluyan por quedar *dominados*? No cabe suponer que el «tiempo» debilite su capacidad de repetir la generación de afecto, dado que normalmente dicho factor contribuye más bien a *intensificar* una asociación. Es evidente que a esas repeticiones debe ocurrirles, en el «tiempo», algo que lleve al sometimiento de los recuerdos, y ese algo sólo puede consistir en que

[los recuerdos] lleguen a ser dominados por alguna relación con el *yo* o con las catexias del *yo*. Si dicho proceso tarda en estos casos más de lo que tarda normalmente, es preciso encontrarle un motivo particular; en efecto, tal motivo radica en el origen de esos recuerdos capaces de generar afecto. Siendo trazas de vivencias de dolor, han estado catectizados (de acuerdo con nuestra hipótesis del dolor) con excesiva *Qρ* [cantidad perteneciente a las neuronas ρ] y han adquirido una excesiva facilitación hacia el desencadenamiento de displacer y de afecto. Por consiguiente, deberán recibir del *yo* una «ligadura» especialmente considerable y reiterada, a fin de poder compensar esa facilitación hacia el displacer.

El hecho de que los recuerdos sigan teniendo carácter alucinatorio durante tan largo tiempo, también requiere una explicación, que sería de importancia precisamente para nuestro concepto de la alucinación misma. Es lógico suponer que la capacidad de un recuerdo para generar alucinaciones, como su capacidad de generar afectos, son signos de que la catexia del *yo* todavía no ha adquirido ninguna influencia sobre el recuerdo y de que en éste predominan los métodos primarios de descarga y el proceso total o primario.

Estamos obligados a suponer que en los estados de alucinamiento la cantidad (*Q*) fluye retrógradamente hacia ρ, y con ello hacia *W* (ω); por tanto, una neurona ligada no permite tal reflujo. Cabe preguntarse también si lo que posibilita dicho reflujo es la excesiva magnitud de la cantidad que catectiza el recuerdo, pero aquí debemos recordar que tal cantidad considerable (*Q*) únicamente se encuentra en la primera ocasión, en la vivencia misma del dolor. Al producirse sus repeticiones sólo nos encontramos ante catexia mnemónicas de magnitud habitual, que, no obstante, genera alucinación y displacer. Sólo podemos presumir que lo logran en virtud de una facilitación extraordinariamente intensa. De ello se desprende que una cantidad ρ de magnitud común basta perfectamente para asegurar el reflujo y para excitar la descarga, con lo cual gana importancia el efecto inhibidor de la ligadura por el *yo*.

Finalmente se logrará catectizar el recuerdo del dolor en forma tal que ya no pueda exhibir reflujo alguno y que sólo pueda desencadenar un mínimo displacer. Estará entonces dominado, y lo estará por una facilitación cogitativa suficientemente poderosa para sostener un efecto permanente y

para volver a ejercer una inhibición cada vez que se repita posteriormente dicho recuerdo. La vía que conduce al desencadenamiento de displacer aumentará gradualmente su resistencia en virtud del desuso, pues las facilitaciones están sujetas a una gradual decadencia (es decir, al olvido). Sólo una vez que esto haya ocurrido, el recuerdo habrá llegado a ser un recuerdo dominado, como otro cualquiera.

Parece, empero, que este proceso de sometimiento del recuerdo deja tras de sí rastros permanentes en el proceso cogitativo. Dado que antes quedaba interrumpido el curso del pensamiento cada vez que se activaba la memoria, y se suscitaba displacer, surge ahora una tendencia a inhibir el curso del pensamiento en cuanto al recuerdo sometido genere su traza de displacer. Esta tendencia es muy conveniente para el pensamiento práctico, pues un eslabón intermedio que lleve al displacer, de ningún modo puede hallarse en la vía perseguida hacia la identidad con la catexia desiderativa. Así surge una *defensa cogitativa primaria*, que en el pensamiento práctico toma el desencadenamiento de displacer como señal de que una vía determinada habrá de ser abandonada, es decir, de que la catexia de la atención deberá dirigirse *en otro sentido*[210]. Aquí, una vez más, es el displacer el que dirige la corriente de cantidad (*Qὴ*), tal como lo hizo de acuerdo con la primera regla biológica. Se podría preguntar por qué esta defensa cogitativa no se dirigió contra el recuerdo cuando aún era capaz de generar afecto. Cabe presumir, sin embargo, que en esa oportunidad se le opuso la *segunda* regla biológica, la regla que postula la atención frente a todo signo de realidad y la memoria aún indómita era perfectamente susceptible de imponer la producción de signos reales de cualidad. Como vemos, ambas reglas se concilian perfectamente en un mismo propósito práctico.

Es interesante observar cómo el pensamiento *práctico* se deja guiar por la regla biológica de *defensa*. En el pensamiento *teorético* (cognoscitivo y crítico) ya no se comprueba la intervención de dicha regla. Esto es comprensible, pues en el pensamiento intencional se trata de encontrar un camino *cualquiera*, pudiéndose descartar todos los que estén afectados de displacer, mientras que en el pensamiento teorético habrán de ser explorados *todos* los caminos.

[4]

Cabe preguntarse todavía cómo es posible que ocurra el *error* en el curso del pensamiento. ¿Qué es el error?

Tendremos que examinar aún más detenidamente el proceso del pensamiento. El pensamiento práctico, del que procede todo pensamiento, sigue siendo también la meta final de todo proceso cogitativo. Todas las demás formas son derivados de aquél. Es una evidente ventaja si la conversión cogitativa que tiene lugar en el pensamiento práctico ha podido ser cumplida de antemano y no necesita ser realizada una vez surgido el estado de expectación, pues: 1) se gana un tiempo que podrá ser dedicado a la elaboración de la acción específica; 2) el estado de expectación está lejos de ser particularmente favorable al decurso cogitativo. El valor de la prontitud durante el breve intervalo que media entre la percepción y la acción se evidencia considerando la celeridad con que cambian las percepciones. Si el proceso del pensamiento ha persistido demasiado, su resultado se habrá invalidado en el ínterin. Por tal razón, *premeditamos*.

El primero de los procesos cogitativos derivados [del pensamiento práctico] es el de la *judicación*, a la cual el *yo* llega gracias a algo que descubre en su propia organización: gracias a la ya mencionada coincidencia parcial entre las catexias perceptivas y las noticias del propio cuerpo. En virtud de ella, los complejos perceptivos se dividen en una parte constante e incomprendida —la *cosa*— y una parte cambiante y comprensible: los atributos o movimientos de la cosa. Dado que el «complejo-cosa» sigue reapareciendo en combinación con múltiples «complejos-atributo», y éstos, a su vez, en combinación con múltiples «complejos-cosa», se da la posibilidad de elaborar vías de pensamiento que lleven de estos dos tipos de complejos hacia el «estado de cosa» deseado, de una manera que tenga, en cierto modo, validez general y que sea independiente de la circunstancial y momentánea percepción real[211]. La actividad cogitativa realizada con juicios, en lugar de complejos perceptivos desordenados, significa, pues, una considerable economía. Pasamos por alto aquí la cuestión de si la unidad psicológica así alcanzada también está representada en el decurso del pensamiento por una unidad neuronal correspondiente y si ésta es otra que la unidad de la imagen

verbal.

El error puede inmiscuirse ya en el establecimiento del juicio. En efecto, los complejos-cosa a los complejos-movimiento no son nunca totalmente idénticos, y entre sus elementos discrepantes puede haber algunos cuya omisión vicie el resultado en la realidad. Este defecto del pensamiento tiene su origen en la tendencia (que efectivamente estamos imitando aquí) a sustituir el complejo por una neurona única, tendencia a la que nos impele la inmensa complejidad [del material]. He aquí las *equivocaciones del juicio por defectos de las premisas*.

Otra fuente de error puede radicar en la circunstancia de que los objetos perceptivos de la realidad no sean percibidos completamente por hallarse fuera del campo de los sentidos. He aquí los *errores por ignorancia*, ineludibles para para todo ser humano. Cuando no es éste el caso, puede haber sido defectuosa la precatectización psíquica (por haber sido distraído el *yo* de las percepciones) llevando a percepciones imprecisas y a decursos cogitativos incompletos: he aquí los *errores por atención insuficiente*.

Si ahora adoptamos, como material de los procesos cogitativos, los complejos ya juzgados y ordenados, en vez de los complejos vírgenes, se nos ofrecerá la oportunidad de abreviar el propio proceso cogitativo práctico. En efecto, si se ha demostrado que el camino que lleva de la percepción a la identidad con la catexia desiderativa pasa por una imagen motriz *M*, será biológicamente seguro que, una vez alcanzada dicha identidad, esta *M* quedará totalmente inervada. La simultaneidad de la percepción con *M* creará una intensa facilitación entre ambas, y toda próxima percepción evocará *M* sin necesidad de ningún decurso asociativo. (Esto presupone, naturalmente, que sea posible establecer en cualquier momento una conexión entre dos catexia.) Lo que originalmente fue una conexión cogitativa laboriosamente establecida, conviértese ahora, merced a una catectización total simultánea, en una poderosa facilitación. Sólo cabe preguntarse acerca de ésta si sigue siempre la vía originalmente descubierta, o si puede recorrer una línea de conexión más directa. Esto último parecería ser lo más probable y al mismo tiempo lo más conveniente, pues evitaría la necesidad de fijar vías de pensamiento que deben quedar disponibles para otras conexiones de la más diversa especie. Además, si la vía cogitativa no está sujeta a la repetición,

tampoco podrá esperarse en ella facilitación alguna, y el resultado se fijará mucho mejor por medio de una conexión *directa*. Quedaría por establecer, empero, de dónde procede la nueva vía, problema que seria simplificado si ambas catexia, *W* y *M*, tuviesen una asociación común con una tercera.

La porción del proceso cogitativo que pasa de la percepción a la identidad, a través de una imagen motriz, también podrá ser resaltada y suministrará un resultado similar si la atención fija la imagen motriz y la pone en asociación con las percepciones, que asimismo habrán vuelto a ser fijadas. También esta facilitación cogitativa se restablecerá cuando ocurra un caso real.

En este tipo de actividad cogitativa, la posibilidad de errores no es obvia a primera vista; pero no cabe duda de que se podrá adoptar una vía cogitativa inadecuada o que se podrá resaltar un movimiento antieconómico, dado que, después de todo, en el pensamiento práctico la selección depende exclusivamente de las experiencias reproducibles.

Con el creciente número de recuerdos surgen cada vez nuevas vías de desplazamiento. De ahí que se considere conveniente seguir todas las percepciones hasta el final para hallar, entre todas las vías, las más favorables. Ésta es la función del pensamiento *cognoscitivo*, que así aparece como una preparación para el pensamiento práctico, aunque en realidad sólo se haya desarrollado tardíamente de este último. Sus resultados tienen valor para más de una especie de catexia desiderativa.

Los errores que pueden ocurrir en el pensamiento cognoscitivo son evidentes: la parcialidad, cuando no se evitan las catexias intencionales, y la falta de integridad, cuando no se han recorrido todos los caminos posibles. Claro está que en este caso es de incalculable utilidad que los signos de cualidad sean evocados simultáneamente. Cuando estos procesos cogitativos seleccionados son introducidos en el estado de expectación, es posible que todo el decurso asociativo, desde su eslabón inicial hasta el terminal, pase por los signos cualitativos, en vez de pasar por toda la extensión del pensamiento, y ni siquiera es necesario que la serie cualitativa coincida entonces totalmente con la serie cogitativa.

El displacer no desempeña ningún papel en el pensamiento teorético, de ahí que éste también sea posible en presencia de recuerdos «dominados».

Quédanos por considerar otra forma de pensamiento: el *crítico* o *examinador*. Este tipo de pensamiento es motivado cuando, a pesar de haberse obedecido todas las reglas, el estado de expectación, con su acción especifica consiguiente, no lleva a la satisfacción, sino al displacer. El pensamiento crítico, procediendo tranquilamente, sin ninguna finalidad práctica y recurriendo a todos los signos de cualidad, trata de repetir todo el decurso de cantidad (*Qῂ*)[212], con el fin de comprobar algún *error de pensamiento* o algún *defecto psicológico*. El pensamiento crítico es un pensamiento cognoscitivo que actúa sobre un objeto particular: precisamente sobre una serie de pensamientos [cogitativa], ya hemos visto en qué pueden consistir estos últimos [¿los defectos psicológicos? *I*.]; pero ¿en qué consisten los *errores lógicos*?

Brevemente dicho, en la inconsideración de las *reglas biológicas* que gobiernan el decurso cogitativo [las series de pensamientos]. Estas reglas establecen hacia dónde debe dirigirse en cada ocasión la catexia de la atención y cuándo debe detenerse el proceso del pensamiento. Están protegidas por amenazas de displacer, han sido ganadas por la experiencia y pueden ser traducidas sin dificultad a las reglas de la lógica, lo que habrá de ser demostrado en detalle. Por consiguiente, el displacer intelectual de la contradicción, ante el que se detiene el pensamiento examinador [crítico], no es otra cosa sino el displacer acumulado para proteger las reglas biológicas, que ahora es activado por el proceso cogitativo incorrecto.

La existencia de estas reglas biológicas queda demostrada precisamente por la sensación de displacer provocada por los errores lógicos[213].

En cuanto a la acción, sólo podremos imaginárnosla ahora como la catectización total de aquellas imágenes motrices que hayan sido destacadas durante el proceso cogitativo, y también quizá de aquellas que hayan formado parte de la porción arbitraria [¿intencional? *I*.] de la acción especifica (siempre que haya existido un estado de expectación). Aquí se renuncia al estado de ligadura y se retraen las catexias atentivas. En cuanto a lo primero [el abandono del estado de ligadura], obedece sin duda a que el nivel del *yo* ha caído inconteniblemente ante el primer pasaje [de cantidad] desde las neuronas motrices. No se debe pensar, naturalmente, que el *yo* quede completamente descargado a consecuencia de actos aislados, pues ello sólo

podrá suceder en los actos de satisfacción más exhaustivos. Es muy instructivo comprobar que la acción no tiene lugar por inversión de la vía recorrida por las imágenes motrices, sino a lo largo de vías motrices especiales. De ahí también que el afecto agregado al movimiento no sea necesariamente el deseado, como debería serlo si se hubiese producido una simple inversión de la vía original. Por eso es que en el curso de la acción debe efectuarse una nueva comparación entre las noticias de movimiento entrantes y los movimiento ya precatectizados, y debe producirse una excitación de las inervaciones correctoras, hasta alcanzar la identidad. Aquí nos encontramos con la misma situación que ya comprobamos en el caso de las percepciones, con la única diferencia de que aquí es menor la multiplicidad, mayor la velocidad y existe una descarga constante y *total*, que allí faltaba por completo. Pero la analogía es notable entre el pensamiento práctico y la acción eficiente. Esto nos demuestra que las imágenes motrices son *sensibles* [sensoriales. *I*.]. Sin embargo, el hecho peculiar de que en el caso de la acción sean adoptadas nuevas vías, en lugar de recurrir a la inversión mucho más simple de la vía original, parece demostrar que el sentido de conducción de los elementos neuronales está perfectamente fijado, al punto que el movimiento neuronal quizá tenga distinto carácter en uno y en otro caso.

Las imágenes motrices son percepciones, y en calidad de tales poseen, naturalmente, cualidad y despiertan consciencia. También es evidente que en ocasiones pueden atraer la más considerable atención. Pero sus cualidades no son muy llamativas y quizá no sean tan multiformes como las del mundo exterior; no están asociadas con imágenes verbales, sino que en parte sirven más bien a esta asociación. Es preciso recordar, sin embargo, que no proceden de órganos sensoriales altamente organizados y que su cualidad es evidentemente monótona [véase el parágrafo 9 de la primera parte].

XII

LA HERENCIA Y LA ETIOLOGÍA DE LAS NEUROSIS[214]

1896

ME dirijo especialmente a los alumnos de J. M. Charcot, para presentarles algunas objeciones contra la teoría etiológica de las neurosis, que nuestro común maestro nos ha transmitido.

Conocido es el papel atribuido a la herencia nerviosa en esta teoría. Trataríase de la única causa verdadera e indispensable de las afecciones neuróticas, no pudiendo aspirar las demás influencias etiológicas sino a la categoría de agentes provocadores.

Así lo han afirmado, a más del mismo maestro, sus discípulos Guinon, Guilles de la Tourette y Janet, por lo que respecta a la histeria, sosteniéndose también en Francia, y un poco en todas partes, esta misma opinión con relación a las demás neurosis, aunque por lo que se refiere a estos estados, análogos a la histeria, no haya sido enunciada de un modo tan solemne y decidido.

Hace ya mucho tiempo que vengo sospechando de la exactitud de esta teoría, pero me ha sido necesario esperar hasta encontrar en la práctica cotidiana del médico hechos en que apoyarme. Ahora mis objeciones son ya de dos órdenes: argumentos de hecho y otros productos de la especulación.

Comenzaré por los primeros, ordenándolos según la importancia que les concedo.

I a) A veces se han creído nerviosas, y demostrativas de una tendencia neuropática hereditaria, afecciones extrañas al dominio de la Neuropatología, y que no dependen necesariamente de una enfermedad del sistema nervioso. Así, las neuralgias faciales y muchas cefalalgias, que se creían nerviosas, siendo más bien consecuencias de alteraciones patológicas postinfecciosas y de supuraciones en el sistema cavitario faringonasal. Por mi parte, estoy persuadido de que sería ventajoso para los enfermos el que nosotros, los neurólogos, abandonásemos más frecuentemente el tratamiento de tales afecciones a los rinólogos.

b) Se ha aceptado como razón suficiente para suponer en un enfermo taras nerviosas hereditarias todas las afecciones nerviosas halladas en su familia, sin tener en cuenta su frecuencia ni su gravedad. Esta manera de ver las cosas parece contener una precisa separación entre las familias indemnes de toda predisposición nerviosa y las familias sujetas a ella sin límite ni restricción, siendo así que los hechos abogan más bien en favor de la opinión contraria, según la cual existen transiciones y grados de disposición nerviosa, sin que ninguna familia se halle en absoluto indemne de ella.

c) Nuestra opinión sobre el papel etiológico de la herencia en las enfermedades nerviosas habrá de ser, desde luego, el resultado de un examen estadístico imparcial y no de una *petitio principii*. En tanto este examen no haya sido realizado, deberá suponerse tan posible la existencia de neuropatías adquiridas como la de neuropatías hereditarias. Ahora bien: si puede haber neuropatías adquiridas por hombres no predispuestos, no se podrá negar que las afecciones nerviosas halladas en la familia del paciente tengan en parte este origen, y entonces no será tampoco posible invocarlas como pruebas concluyentes de la disposición hereditaria, impuesta al enfermo por razón de su historia familiar, puesto que el diagnóstico retrospectivo de las enfermedades de los ascendientes o de los familiares ausentes sólo raras veces tiene éxito.

d) Aquellos que siguen a Fournier y a Erb en lo que respecta al papel etiológico de la sífilis en la tabes dorsal y en la parálisis progresiva han visto que es preciso reconocer en la patogenia de ciertas enfermedades la colaboración de poderosas influencias etiológicas distintas de la herencia, importante para producirlas por sí solas. Sin embargo, Charcot fue hasta su

última época —según lo demuestra una carta privada que de él poseo— absolutamente opuesto a la teoría de Fournier, la cual va ganando cada día más terreno.

e) Es indudable que ciertas neuropatías pueden desarrollarse en individuos perfectamente sanos y de familia irreprochable. Así se observa cotidianamente con respecto a la neurastenia de Beard. Si la neurastenia se limitase a los individuos predispuestos, no habría adquirido jamás la importancia y la extensión que le conocemos.

f) En la patología nerviosa hay la herencia similar y la herencia llamada disimilar. Por lo que respecta a la primera, no hay nada que objetar, siendo incluso muy singular que en las afecciones dependientes de la herencia similar (enfermedad de Thomsen, de Friedreich, miopatías, corea de Huntington, etcétera) no se encuentra jamás la huella de otra influencia etiológica accesoria. Pero la herencia disimilar, mucho más importante que la otra, deja lagunas, que sería necesario llenar para llegar a una solución satisfactoria de los problemas etiológicos. Nos referimos al hecho de que los miembros de la misma familia se muestran visitados por las neuropatías más diversas, funcionales y orgánicas, sin que pueda descubrirse una ley que dirija la sustitución de una enfermedad por otra o el orden de su sucesión a través de las generaciones. Al lado de los individuos enfermos hay en estas familias personas que permanecen sanas, y la teoría de la herencia disimilar no nos dice por qué estas últimas soportan la misma carga hereditaria sin sucumbir a ella, ni por qué los individuos enfermos han escogido entre las afecciones que constituyen la gran familia neuropática una determinada enfermedad en lugar de otra; la histeria en lugar de la epilepsia, la locura, etc. Como en la patogenia nerviosa no puede concederse lugar alguno al azar, habremos de reconocer que no es la herencia la que preside la elección de la neuropatía que se desarrollará en el miembro de una familia afecto de predisposición, suponiendo, en cambio, la existencia de otras influencias etiológicas de una naturaleza menos incomprensible[215]; influencias que merecerán entonces el nombre de *etiología específica* de tal o cual afección nerviosa. Sin la existencia de este factor etiológico especial, la herencia no hubiera podido hacer nada, y si dicha etiología específica hubiera sido sustituida por otra influencia, se hubiera prestado a la producción de otra

distinta neuropatía.

II TALES causas específicas y determinantes de las neuropatías han sido poco investigadas, por tener cautivada la atención de los médicos la grandiosa perspectiva de la condición etiológica hereditaria.

Sin embargo, merecen ciertamente que se les haga objeto de un asiduo estudio. Aunque su potencia patógena no sea, en general, sino accesoria a la de la herencia, ha de ser interesantísimo el conocimiento de esta etiología específica, que proporcionará a nuestra labor terapéutica un punto de ataque, mientras que la disposición hereditaria, fijada de antemano para el enfermo desde su nacimiento, detiene nuestros esfuerzos, mostrándose como un poder inabordable.

Por mi parte, vengo entregándome desde hace años a la investigación de la etiología de las grandes neurosis (estados nerviosos funcionales análogos a la histeria), y las líneas que siguen contienen el resultado de estos estudios. Para evitar todo posible error de interpretaciones, expondré en primer lugar dos observaciones sobre la nosografía de las neurosis y sobre la etiología de las neurosis en general.

Me ha sido necesario comenzar mi trabajo por una innovación nosográfica. He hallado razones suficientes para situar al lado de la histeria la neurosis obsesiva como afección autónoma e independiente, aunque la mayoría de los autores coloquen las obsesiones entre los síndromes de la degeneración mental o las confundan con la neurastenia. Por mi parte, he descubierto, examinando su mecanismo psíquico, que las obsesiones se hallan enlazadas a la histeria más íntimamente dé lo que se cree.

La histeria y la neurosis obsesiva forman el primer grupo de las grandes neurosis por mí estudiadas. El segundo contiene la neurastenia de Beard, que yo he descompuesto en dos estados funcionales diferentes, tanto por su etiología como por su aspecto sintomático: la *neurastenia* propiamente dicha y la *neurosis de angustia*, denominación esta última que, dicho sea de paso, no acaba de satisfacerme. En un estudio, publicado en 1895, he expuesto las razones de esta separación, que creo necesaria[216].

En cuanto a la etiología de las neurosis, pienso que se debe reconocer en teoría que las influencias etiológicas, diferentes entre sí por su categoría y por

el orden de su relación con el efecto que producen, pueden agruparse en tres clases: *condiciones*, *causas concurrentes y causas específicas*. Las condiciones son indispensables para la producción de la afección de que se trate, pero su naturaleza es universal, y se encuentran igualmente en la etiología de muchas otras enfermedades. Las causas concurrentes colaboran también en la causación de otras afecciones, pero no son, como las condiciones, indispensables para la producción de una determinada.

Por último, las causas específicas son tan indispensables como las condiciones, pero no aparecen más que en la etiología de la afección, de la cual son específicas.

Pues bien; en la patogenia de las grandes neurosis, la herencia representa el papel de una *condición*, poderosa en todos los casos, y hasta indispensable en la mayor parte de los mismos. No podría ciertamente prescindir de la colaboración de las causas específicas, pero su importancia queda demostrada por el hecho de que las mismas causas, actuando sobre un individuo sano, no producirían ningún efecto patológico manifiesto, mientras que su acción sobre una persona predispuesta hará surgir la neurosis, cuya intensidad y extensión dependerán del grado de tal condición hereditaria.

La acción de la herencia es, pues, comparable a la del hilo multiplicador en el círculo eléctrico, que exagera la desviación visible de la aguja, pero no puede jamás determinar su dirección.

En las relaciones existentes entre la condición hereditaria y las causas específicas de la neurosis hay aún algo que anotar. La experiencia nos muestra algo que de antemano podíamos haber supuesto, o sea, que no deben despreciarse en estas cuestiones de etiología las cantidades relativas, por decirlo así, de las influencias etiológicas. Lo que no se hubiera adivinado en el hecho siguiente, que parece resultar de mis observaciones: la herencia y las causas específicas pueden reemplazarse en lo que respecta a su lado cuantitativo, y así, la concurrencia de una seria etiología específica con una disposición mediocre, y la de una herencia nerviosa muy intensa con una influencia especifica ligera, producirán el mismo efecto patológico. De este modo, aquellas neurosis, en las que en vano buscamos un grado apreciable de disposición hereditaria, no serán sino un extremo de la serie así constituida, siempre que dicha falta se halle compensada por una poderosa influencia

específica.

Como causas concurrentes o accesorias de las neurosis podemos enumerar todos los agentes vulgares encontrados en otras ocasiones: las emociones morales, el agotamiento somático, las enfermedades agudas, las intoxicaciones, los accidentes traumáticos, el *surmenage* intelectual, etc. A mi juicio, ninguno de ellos, ni aun el último, entra regular o necesariamente en la etiología de la neurosis, y sé muy bien que enunciar esta opinión es situarse enfrente de una teoría considerada universal o irreprochable. Desde que Beard declaró que la neurastenia era el fruto de nuestra civilización moderna, sólo creyentes ha encontrado. Mas por mi parte me es imposible agregarme a esta opinión. Un laborioso estudio de las neurosis me ha enseñado que la etiología específica de las mismas se sustrajo al conocimiento de Beard.

No está en mi ánimo despreciar la importancia etiológica de tales agentes vulgares. Son muy varios y frecuentes, y siendo acusados casi siempre por los enfermos mismos, se hacen más evidentes que las causas específicas de las neurosis: etiología oculta e ignorada. Con gran frecuencia desempeñan la función de agentes provocadores, que hacen manifiesta la neurosis, hasta entonces latente, enlazándose a ellos un interés práctico, puesto que la consideración de estas causas vulgares puede prestar puntos de apoyo a una terapia que no se proponga una curación radical y se contente con retrotraer la afección a su anterior estado de latencia.

Ahora bien: jamás se consigue comprobar una relación constante y estricta entre una de estas causas vulgares y una determinada afección nerviosa. Así, la emoción moral se encuentra tanto en la etiología de la histeria, las obsesiones y la neurastenia como en la de la epilepsia, la enfermedad de Parkinson, la diabetes y otras muchas.

Las causas concurrentes vulgares pueden también reemplazar a la etiología específica en cuanto a la cantidad, pero jamás sustituirla completamente. Hay muchos casos en los que todas las influencias etiológicas están representadas por la condición hereditaria y la causa específica, faltando las causas vulgares. En los otros casos, los factores etiológicos indispensables no bastan por su cantidad para provocar la neurosis, resultando así que durante mucho tiempo puede ser mantenido un

estado de salud aparente, que no es en realidad sino un estado de predisposición neurótica. Basta entonces que una causa vulgar añada su acción para que la neurosis se haga manifiesta. Pero en tales condiciones es preciso tener en cuenta que la naturaleza del agente vulgar sobrevenido es indiferente. Cualquiera que sea dicho agente —emoción, traumatismo, enfermedad infecciosa, etc.—, el efecto patológico será el mismo, pues la naturaleza de la neurosis dependerá siempre de la causa específica preexistente.

¿Cuáles son, pues, estas causas específicas de la neurosis? ¿Es acaso una sola o son varias? ¿Puede quizá comprobarse una relación etiológica constante entre tal causa y tal efecto neurótico, de modo que a cada una de las grandes neurosis podamos adscribir una etiología particular?

Apoyado en un examen laborioso de los hechos, he de afirmar que esta última suposición corresponde exactamente a la realidad; que cada una de las grandes neurosis enumeradas tiene por causa inmediata una perturbación particular de la economía nerviosa, y que estas modificaciones patológicas funcionales reconocen como origen común la vida sexual del individuo, sea un desorden de la vida sexual actual, sean sucesos importantes de la vida pretérita.

No es ésta en verdad una afirmación nueva e inaudita. Entre las causas de la nerviosidad se han admitido siempre los desórdenes sexuales, pero subordinándolos a la herencia, coordinándolos con los demás agentes provocadores y restringiendo su influencia etiológica a un número limitado de casos observados. Los médicos han llegado incluso a adquirir la costumbre de no buscarlos si el enfermo no se refiere a ellos espontáneamente. En cambio, fundándome yo en los resultados de mis investigaciones, elevo tales influencias sexuales a la categoría de causas específicas; reconozco su acción en todos los casos de neurosis, y encuentro, en fin, un paralelismo regular; prueba de una relación etiológica particular entre la naturaleza de la influencia sexual y la especie morbosa de la neurosis.

Estoy seguro de que esta teoría provocará una tempestad de contradicciones por parte de los médicos contemporáneos. Pero no es éste el lugar de presentar los documentos y las experiencias que me han impuesto mi convicción ni de explicar el verdadero sentido de la expresión, un tanto vaga,

«desórdenes de la economía nerviosa». Todo ello será realizado con la mayor amplitud en una obra que preparo sobre la materia[217]. En el presente estudio me limitaré a enunciar mis resultados.

La neurastenia propiamente dicha, de un aspecto clínico muy monótono en cuanto se separa de ella la neurosis de angustia (fatiga, sensación de asco, dispepsia flatulenta, estreñimiento, parestesias espinales, debilidad sexual, etc.), no reconoce como etiología específica más que el onanismo (inmoderado) o las puluciones espontáneas.

La acción prolongada e intensa de esta perniciosa satisfacción sexual se basta para provocar la neurosis neurasténica o para imponer al sujeto el sello neurasténico especial, que se manifiesta más tarde bajo la influencia de una causa ocasional accesoria. He hallado también personas que presentaban los signos de constitución neurasténica, y en las cuales no he conseguido evidencia la etiología citada, pero por lo menos he logrado comprobar que la función sexual no se había desarrollado nunca en ellas hasta el nivel normal, pareciendo dotadas por herencia de una constitución sexual análoga a la que en el neurasténico se produce a consecuencia del onanismo.

La neurosis de angustia, cuyo cuadro clínico es mucho más rico (irritabilidad, estado de espera angustiosa, fobias, ataques de angustia completos o rudimentarios, de miedo, de vértigo, temblores, sudores, congestión, disnea, taquicardia, etcétera; diarrea crónica, vértigo crónico de locomoción, hiperestesia, insomnios, etc.), se revela fácilmente como el efecto especifico de diversos desórdenes de la vida sexual, que no carecen de un carácter común a todos. La abstinencia forzada, la excitación genital frustrada (no satisfecha por el acto sexual), el coito imperfecto o interrumpido, los esfuerzos sexuales que sobrepasan la capacidad psíquica del sujeto, etc., todos estos agentes, frecuentísimos en la vida moderna, coinciden en perturbar el equilibrio de las funciones psíquicas y somáticas en los actos sexuales, impidiendo la participación psíquica necesaria para libertar a la economía nerviosa de la tensión genésica.

Estas observaciones, que contienen quizá el germen de una explicación teórica del mecanismo funcional de la neurosis de angustia, muestran al mismo tiempo que no es aún posible hoy en día desarrollar una exposición completa y verdaderamente científica de la materia, siendo previamente

necesario abordar el problema fisiológico de la vida sexual desde un punto de vista nuevo.

Diré, por último, que la patogénesis de la neurastenia y de la neurosis de angustia puede prescindir de la concurrencia de una disposición hereditaria. Así lo comprueban, en efecto, mis observaciones cotidianas. Pero si la herencia concurre, ejercerá una formidable influencia sobre el desarrollo de la neurosis.

Para la segunda clase de las grandes neurosis, la histeria y la neurosis obsesiva, la solución del problema etiológico es sorprendentemente sencilla y uniforme. Debo mis resultados al empleo de un nuevo método de psicoanálisis[218], al procedimiento explorador de J. Breuer, un tanto sutil, pero insustituible por su eficacia para iluminar los oscuros caminos de la ideación inconsciente. Por medio de este procedimiento —cuya descripción no hemos de emprender aquí[219]— se persiguen los síntomas histéricos hasta su origen, constituido siempre por un suceso de la vida sexual del individuo, muy apropiado para producir una emoción penosa. Explorando paso a paso el pretérito del enfermo, dirigidos siempre por el encadenamiento orgánico de los síntomas, los recuerdos y los pensamientos en estado de vigilia, hemos conseguido llegar al punto de partida del proceso patológico y hemos comprobado que en el fondo de todos los casos sometidos al análisis existía lo mismo la acción de un agente que había de ser aceptada como causa específica de la histeria.

Trátase, desde luego, de un recuerdo relativo a la vida sexual, pero que ofrece dos caracteres de máxima importancia. El suceso del cual ha conservado el sujeto un recuerdo inconsciente es una experiencia sexual precoz con excitación real de las partes genitales, seguida de un abuso sexual practicado por otra persona y el período de la vida en el que acaeció este suceso funesto es la infancia hasta la edad de ocho o diez años, antes de haber llegado el niño a la madurez sexual.

Así, pues, la etiología específica de la histeria está constituida por una *experiencia de pasividad sexual anterior a la pubertad*.

Añadiremos sin dilación algunos hechos detallados y algunos comentarios al resultado enunciado para evitar la desconfianza que sabemos han de despertar nuestras afirmaciones. Hemos podido practicar el

psicoanálisis completo de trece casos de histeria, tres de los cuales eran verdaderas combinaciones de la histeria con la neurosis obsesiva (y no histeria con obsesiones). En ninguno de ellos faltaba el suceso antes descrito, hallándose representado por un atentado brutal cometido por una persona adulta o por una seducción menos rápida y menos repulsiva, pero conducente al mismo fin. De los trece casos, se trataba en siete de relaciones entre sujetos infantiles; esto es, de relaciones sexuales entre una niña y un niño algo mayor que ella, casi siempre su hermano, víctima a su vez de una seducción anterior. Estas relaciones habían continuado algunas veces durante años enteros, hasta la pubertad de los pequeños culpables, repitiendo siempre el niño con su pareja, sin innovación alguna, las mismas prácticas de que antes había él sido objeto por parte de una criada o una institutriz, y que a causa de este origen eran muchas veces de naturaleza repugnante. En algunos casos concurrían las relaciones infantiles y el atentado o el abuso brutal reiterado.

La fecha de la experiencia precoz era variable. En dos casos comenzaba la serie a los dos años (?) del infantil sujeto. Pero la edad más frecuente era entre los cuatro y los cinco años. Será quizá un azar, pero mis observaciones me han dado la impresión de que una experiencia de pasividad sexual posterior a la edad de ocho a diez años no puede ya servir de base a la constitución de una neurosis.

¿Cómo llegar a convencerse de la realidad de estas confesiones obtenidas en el análisis que pretenden ser recuerdos conservados desde la primera infancia y cómo precaverse contra la inclinación de mentir y la facilidad de invención atribuidas a los histéricos? Yo mismo me acusaría de credulidad censurable si no dispusiese de otras pruebas más concluyentes. Pero es que los enfermos no cuentan jamás estas historias espontáneamente ni van nunca a ofrecer al médico en el curso del tratamiento el recuerdo completo de una tal escena. No se consigue despertar la huella física del suceso sexual precoz sino por medio de la más enérgica presión del procedimiento analítico y en lucha contra una enorme resistencia. Es necesario arrancar el recuerdo trozo a trozo, y mientras el mismo despierta en su conciencia, se muestran los pacientes invadidos por una emoción difícil de fingir.

El suceso sexual precoz deja una huella imperecedera en la historia del caso, apareciendo representado en ella por una multitud de síntomas y dé

rasgos particulares que no admiten otra explicación, siendo exigido de un modo perentorio por el encadenamiento sutil, pero sólido, de la estructura intrínseca de la neurosis. Por último, cuando no se penetra hasta dicho suceso, falla el efecto terapéutico del análisis, y de este modo no hay más remedio que aceptarlo o refutarlo todo en conjunto.

¿Pueden comprenderse que una tal experiencia sexual precoz sufrida por un individuo cuyo sexo apenas se ha diferenciado todavía llegue a constituirse en origen de una anormalidad psíquica persistente, como la histeria? ¿Y cómo armonizar una tal hipótesis con nuestras ideas actuales sobre el mecanismo psíquico de esta neurosis? A la primera de estas interrogaciones podemos dar una respuesta satisfactoria: precisamente por tratarse de un sujeto infantil no produce en su fecha la excitación efecto alguno, pero su huella psíquica perdura. Más tarde, cuando con la pubertad queda desarrollada la reactividad de los órganos sexuales hasta un nivel inconmensurable con relación al estado infantil, es reanimada esta huella psíquica inconsciente, y a causa de la transformación debida a la pubertad, despliega el recuerdo una potencia de la que careció totalmente el suceso mismo. El recuerdo actúa entonces como si fuese un suceso presente. Trátase, pues, por decirlo así, de una acción póstuma de un trauma sexual.

Por lo que sabemos, este despertar del recuerdo sexual después de la pubertad, habiendo acaecido el suceso mismo en una época muy anterior a tal período, constituye la única posibilidad psicológica de que la acción inmediata de un recuerdo sobrepase la del suceso actual. Pero ha de tenerse en cuenta que se trata de una constelación anormal, que ataca un lado débil del mecanismo psíquico y produce necesariamente un efecto psíquico patológico.

A mi juicio, esta relación inversa entre el efecto psíquico del recuerdo y el del suceso entraña la razón por la cual el recuerdo permanece inconsciente.

Llegamos así a un problema psíquico muy complejo, pero que debidamente apreciado promete arrojar algún día una viva claridad sobre las cuestiones más delicadas de la vida psíquica.

Las ideas aquí expuestas, teniendo como punto de partida el hecho de que el psicoanálisis nos revela siempre, como causa específica de la histeria, el recuerdo de una experiencia sexual precoz, no se hallan de acuerdo con la

teoría psicológica de la neurosis sostenida por Janet ni con ninguna otra, pero si armonizan perfectamente con mis propias especulaciones sobre las neurosis de defensa.

Todos los sucesos posteriores a la pubertad, a los cuales es preciso atribuir una influencia sobre el desarrollo de la neurosis histérica y sobre la formación de sus síntomas, no son en realidad sino causas concurrentes, *agentes provocadores*, como decía Charcot, para el cual ocupaba la herencia nerviosa el puesto que yo reclamo para la experiencia sexual precoz. Estos agentes accesorios no están sujetos a las condiciones estrictas que pesan sobre las causas específicas. El análisis demuestra de un modo irrefutable que sólo por su facultad de despertar la huella psíquica inconsciente del suceso infantil gozan de una influencia patógena en relación con la histeria. Su conexión con la huella patógena primaria es lo que lleva su recuerdo a lo inconsciente, facultándolos así para contribuir al desarrollo de una actividad psíquica sustraída al poder de las funciones conscientes.

La neurosis obsesiva proviene de una causa específica muy análoga a la de la histeria. Encontramos también en ella un suceso sexual precoz acaecido antes de la pubertad, cuyo recuerdo es activado en esta época o después de ella, y los mismos razonamientos y observaciones expuestos con ocasión de la histeria pueden aplicarse a los casos observados de esta neurosis (seis, tres de ellos muy puros). No hay más que una diferencia importante. En el fondo de la etiología histérica hemos hallado un suceso de pasividad sexual, una experiencia tolerada con indiferencia o con enfado o temor. En la neurosis obsesiva se trata, por el contrario, de un suceso que ha causado placer, de una agresión sexual inspirada por el deseo (sujeto infantil masculino) o de una gozosa participación en las relaciones sexuales (sujeto infantil femenino).

Las ideas obsesivas, reconocidas por el análisis en su sentido íntimo, reducidas, por decir así, a su más simple expresión, no son sino reproches que el sujeto se dirige por el goce sexual anticipado, si bien reproches desfigurados por una labor psíquica inconsciente de transformación y de sustitución.

El hecho mismo de que tales agresiones sexuales tengan lugar a una edad tan tierna parece denunciar la influencia de una seducción anterior, de la cual es consecuencia la precocidad del deseo sexual. En los casos por mí

analizados ha quedado siempre confirmada esta sospecha. De este modo queda explicado un hecho constante en estos casos de neurosis obsesiva; esto es, la complicación regular del cuadro sintomático por un cierto número de síntomas simplemente histéricos.

La importancia del elemento activo de la vida sexual en la etiología de las obsesiones y la de la pasividad en la patogenia de la histeria parecen incluso revelar la razón de la conexión más íntima de la histeria con el sexo femenino y de la preferencia del masculino por la neurosis obsesiva. A veces hallamos dos neuróticos que en su infancia formaron una pareja de infantiles amantes, y en estos casos el hombre padece una neurosis obsesiva y la mujer una histeria. Cuando se trata de hermano y hermana, no es difícil incurrir en el error de atribuir a la herencia nerviosa lo que no es sino un efecto de experiencias sexuales precoces.

Existen, desde luego, casos aislados y puros de histeria o de neurosis obsesiva independientes de la neurastenia o de la neurosis de angustia; pero no es esto lo general. Por lo regular, la psiconeurosis se presenta como accesoria o la neurosis neurasténica, como evocada por ella, o siguiendo su declinación. Ello obedece a que las causas específicas de estas neurosis, o sea, los desórdenes actuales de la vida sexual, actúan al mismo tiempo como causas accesorias de las psiconeurosis, cuya causa específica —el recuerdo de la experiencia sexual precoz— despiertan y reaniman.

Por lo que respecta a la herencia nerviosa, estoy aún muy lejos de saber evaluar justamente su influencia en la etiología de las psiconeurosis. Concedo que su presencia es indispensable en los casos graves, y dudo que lo sea en los leves; pero estoy convencido de que por sí sola no puede producir la psiconeurosis cuando su etiología específica —la excitación sexual precoz— falta. Llego incluso a opinar que la cuestión de determinar cuál de las neurosis —la histeria o la neurosis obsesiva— se desarrolla en un caso dado no depende de la herencia, sino de un carácter especial de dicho suceso sexual precoz.

XIII

NUEVAS OBSERVACIONES SOBRE LAS NEUROPSICOSIS DE DEFENSA[220] 1896

EN un breve estudio[221], publicado en 1894, hube de reunir bajo el nombre de «neuropsicosis de defensa» la histeria, las representaciones obsesivas y algunos casos de locura alucinatoria, fundándome en que los síntomas de todas estas afecciones son un producto del mecanismo psíquico de la defensa (inconsciente), surgiendo, por tanto, a consecuencia de la tentativa de reprimir una representación intolerable, penosamente opuesta al *yo* del enfermo. En el libro que sobre la histeria[222] he publicado después en colaboración con el doctor Breuer he expuesto, con ayuda de varias observaciones clínicas, el sentido en que ha de interpretarse este proceso psíquico de la «defensa» o la «represión» describiendo también el método psicoanalítico, penoso pero seguro, de que me sirvo en estas investigaciones, las cuales constituyen, simultáneamente, una terapia.

Los resultados obtenidos en estos dos últimos años de trabajo han robustecido mi inclinación a considerar la defensa como el nódulo del mecanismo psíquico de las mencionadas neurosis y me han permitido, además, proporcionar a la teoría psicológica una base clínica. Para mi propia sorpresa he tropezado con algunas soluciones sencillas, pero precisamente determinadas, de los problemas de las neurosis; soluciones que me propongo exponer en el presente estudio. No pudiendo integrar en él, por su forzosa brevedad, las pruebas de mis afirmaciones, espero darles cabida en una próxima publicación, más amplia.

A) La etiología «específica» de la histeria

Ya en otras ocasiones anteriores hemos expuesto Breuer y yo la teoría de que los síntomas de la histeria sólo se nos hacen comprensibles cuando nos referimos a experiencias de efectos «traumáticos» o traumas psíquicos de carácter sexual. Lo que hoy me propongo agregar a lo ya expuesto, como resultado uniforme del análisis de trece casos de histeria, se refiere, por un lado, a la naturaleza de estos traumas sexuales, y por otro, al período de la vida individual en el que acaecen. Para la causación de la histeria no basta que en una época cualquiera de la vida surja un suceso, relacionado en algún modo con la vida sexual y que llegue a hacerse patógeno por el desarrollo y la represión de un afecto penoso.

Es preciso que tales traumas sexuales sobrevengan en la temprana infancia del sujeto (la época anterior a la pubertad) y su contenido ha de consistir en una excitación real de los genitales en procesos análogos al coito.

En todos los casos de histeria por mí analizados (entre ellos dos de histeria masculina) he hallado cumplida esta condición específica de la histeria —la pasividad sexual en tiempos presexuales—, condición que, a más de disminuir considerablemente la significación etiológica de la disposición hereditaria, explica la frecuencia infinitamente mayor de la histeria en el sexo femenino, el cual ofrece durante la infancia mayores atractivos a la agresión sexual.

Contra este resultado se objetará, seguramente, que los atentados sexuales cometidos en sujetos infantiles aún impúberes son demasiado frecuentes para poder concederles un serio valor etiológico. O también que, por tratarse de sujetos cuya sexualidad no está aún desarrollada, no pueden tener tales sucesos efecto alguno. Por último, se alegará la posibilidad de ser nosotros mismos los que sugerimos al paciente tales recuerdos durante el tratamiento y se nos prevendrá contra una aceptación demasiado crédula de las manifestaciones de estos enfermos, tan dados a fantasear. Y a estas dos últimas objeciones he de contestar que para poder emitir algún juicio sobre este oscuro sector es necesario haberse servido alguna vez del único método susceptible de arrojar alguna luz sobre él; esto es, del psicoanálisis, por

medio del cual logramos hacer consciente lo inconsciente[223]. Las dos primeras quedarán contestadas en lo esencial con la observación de que no son los sucesos mismos los que actúan traumáticamente, sino su *recuerdo,* emergente cuando el individuo ha llegado ya a la madurez sexual.

Mis trece casos de histeria eran todos graves y databan ya de muchos años, algunos de ellos a pesar de un largo tratamiento médico ineficaz. Los traumas infantiles que en ellos descubrió el análisis eran todos de orden sexual y en ocasiones de un carácter extraordinariamente repugnante. Entre los culpables de estos abusos de tan graves consecuencias figuraban, en primer lugar, niñeras, *nurses* y otras personas del servicio, a las cuales se abandona imprudentemente el cuidado de los niños, y luego, con lamentable frecuencia, personas dedicadas a la enseñanza infantil. En siete de los trece casos indicados se trataba, en cambio, de inocentes agresores infantiles, casi siempre hermanos, que habían mantenido durante años enteros relaciones sexuales con sus hermanas, poco menores que ellos. Por lo común, el origen de estas relaciones era uno mismo: el hermano había sido objeto de un abuso sexual por parte de una persona perteneciente al sexo femenino, y despertaba así, prematuramente, su libido, había repetido años después, con su hermana, exactamente las mismas prácticas a las que antes le habían sometido.

La masturbación activa debe ser excluida de la lista de las influencias sexuales patógenas productoras de la histeria. El hecho de aparecer tan frecuentemente asociada a esta enfermedad depende de ser, con mayor frecuencia de lo que se cree, una secuela del abuso o la seducción. No es raro que los dos miembros de la pareja infantil enfermen ulteriormente de neurosis de defensa, mostrando el hermano representaciones obsesivas y la hermana una histeria, lo cual da al caso una apariencia de disposición neurótica familiar. Pero esta seudoherencia revela en seguida su inexactitud. En uno de mis casos se hallaban enfermos el hermano, la hermana y un primo algo mayor. El análisis del hermano me descubrió que se reprochaba obsesivamente ser la causa de la enfermedad de su hermana. Por su parte, él había sido pervertido por su primo, y éste, a su vez, según me comunicó la familia, había sido víctima de la sexualidad de su niñera.

No me es posible indicar con seguridad el límite de edad hasta el cual una influencia sexual puede constituirse en factor etiológico de la histeria, pero

dudo mucho de que la pasividad sexual pueda ya suscitar una represión después de los ocho o los diez años, a menos que la capaciten para ello sucesos anteriores. El límite inferior alcanza tanto como la facultad de recordar, o sea, hasta la tierna edad de año y medio o dos años (dos casos). En un cierto número de los casos analizados el trauma sexual (o serie de traumas) había sobrevivido entre los tres y los cuatro años. Yo mismo me resistía a creer estos extraños descubrimientos, si el desarrollo de la neurosis ulterior no impusiera su aceptación. En todos los casos hallamos una serie de costumbres patológicas, síntomas y fobias que sólo por medio de su referencia a tales experiencias infantiles resultan explicables, y el enlace lógico de las manifestaciones neuróticas hace imposible rechazar dichos recuerdos de la niñez, fielmente conservados. Claro está que sería inútil querer interrogar a un histérico sobre estos traumas infantiles fuera del psicoanálisis, pues su huella no se encuentra jamás en la memoria consciente y sí sólo en los síntomas patológicos.

Las experiencias y las excitaciones que preparan o motivan, en el período posterior a la pubertad, la explosión de la histeria no hacen sino despertar la huella mnémica de aquellos traumas infantiles, huella que tampoco se hace entonces consciente, pero provoca el desarrollo de afectos y la represión. Con este papel de los traumas ulteriores, armoniza el hecho de que no aparecen sometidos a la estricta condicionalidad de los traumas infantiles, sino que pueden variar en intensidad y constitución, desde la verdadera violación sexual hasta la simple aproximación de igual orden, la percepción de actos sexuales realizados por otras personas o la audición de relatos de procesos sexuales[224].

En mi primera comunicación sobre las neurosis de defensa quedó inexplicado cómo la tendencia del sujeto hasta entonces sano a olvidar una tal experiencia traumática podía producir realmente la represión propuesta y abrir con ellos las puertas a la neurosis. Este resultado no podía depender de la naturaleza de la experiencia, puesto que otras personas permanecían sanas, no obstante haber sufrido idéntico trauma. Así, pues, la histeria no quedaba totalmente explicada por la acción del trauma, debiéndose aceptar que ya antes del mismo existía en el sujeto una capacidad para la reacción histérica.

En el lugar de esta indeterminada disposición histérica podemos situar

ahora, total o fragmentariamente, el efecto póstumo del trauma sexual infantil. La «represión» del recuerdo de una experiencia sexual penosa de los años de madurez sólo es alcanzada por personas en las que tal experiencia pueda activar la acción de un trauma infantil[225].

Las representaciones obsesivas tienen también como premisa una experiencia infantil de un orden distinto al de las descubiertas en los histéricos. La etiología de ambas neurosis de defensa ofrece la siguiente relación con la etiología de las dos neurosis simples: la neurastenia y la neurosis de angustia. Estas dos últimas afecciones son efectos inmediatos de las prácticas sexuales nocivas (caso que ya explicamos en un estudio sobre la neurosis de angustia, publicado en 1895[226]). En cambio, las dos neurosis de defensa son consecuencias mediatas de influencias sexuales nocivas, que han actuado antes de la madurez sexual; esto es, consecuencias de las huellas mnémicas psíquicas de tales influencias. Las causas actuales que producen la neurastenia y la neurosis de angustia desempeñan muchas veces al mismo tiempo el papel de causas despertadoras de las neurosis de defensa. Por otro lado, las causas específicas de las neurosis de defensa pueden constituir la base de una neurastenia ulterior, no siendo tampoco raro que una neurastenia o una neurosis de angustia sean mantenidas, en lugar de por prácticas sexuales nocivas actuales, sólo por el recuerdo perdurable de traumas infantiles[227].

B) ESENCIA Y MECANISMO DE LA NEUROSIS OBSESIVA

EN la etiología de la neurosis obsesiva tienen las experiencias sexuales de la temprana infancia la misma significación que en la histeria; pero no se trata ya de la pasividad sexual, sino de agresiones de este orden, llevadas a cabo con placer o de una gozosa participación en actos sexuales; esto es, de actividad sexual. De esta diferencia en las circunstancia etiológicas depende la mayor frecuencia de la neurosis obsesiva en el sexo masculino.

Por otra parte, en el fondo de todos mis casos de neurosis obsesiva he

hallado síntomas histéricos, que el análisis demostraba dependientes de una escena de pasividad sexual anterior a la intervención sexual activa. A mi juicio, esta coincidencia es regular, y la agresión sexual prematura supone siempre una experiencia pasiva anterior. No me es posible presentar aún una exposición definitiva de la etiología de la neurosis obsesiva. Pero tengo la impresión de que el factor que decide si de los traumas infantiles ha de surgir una histeria o una neurosis obsesiva se halla relacionado con las circunstancias temporales de la libido.

La esencia de la neurosis obsesiva puede encerrarse en una breve fórmula: las representaciones obsesivas son reproches transformados, retornados de la represión; y referentes siempre a un acto sexual de la niñez ejecutado con placer. Para explicar esta fórmula será necesario describir el curso típico de una neurosis obsesiva.

Los sucesos que contienen el germen de la neurosis se desarrollan en un primer período, al que podemos dar el nombre de «la inmoralidad infantil». Primero, en la más temprana infancia, tienen efecto las experiencias pasivas, que más tarde hacen posible la represión, sobreviniendo luego los actos de agresión sexual contra el sexo contrario, los cuales motivan ulteriormente los reproches.

A este período pone fin la iniciación —a veces también adelantada— de la «maduración» sexual. Al recuerdo de aquellos actos placenteros se enlaza entonces un reproche, y la conexión en que se hallan con las experiencias iniciales de pasividad hace posible —con frecuencia después de un esfuerzo consciente—, recordando luego su represión y sustitución por un síntoma primario de defensa. Los escrúpulos, la vergüenza, la desconfianza en sí mismo son síntomas de este orden, con los cuales comienza el tercer período: el de la salud aparente y, en realidad, de la defensa conseguida.

El período siguiente —el de la enfermedad— se caracteriza por el retorno de los recuerdos reprimidos, o sea, por el fracaso de la defensa, siendo aún indeciso si el despertar de dichos recuerdos es con mayor frecuencia casual y espontaneo, o consecuencia y efecto secundario de perturbaciones sexuales actuales. Los recuerdos reanimados y los reproches de ellos surgidos no pasan nunca a la conciencia sin sufrir grandes alteraciones, y así, aquello que se hace consciente como representaciones y afectos obsesivos, sustituyendo

para la vida consciente el recuerdo patógeno, son transacciones entre las representaciones reprimidas y las represoras.

Para describir precisa y exactamente los procesos de la represión y de la formación de representaciones transaccionales habríamos de decidirnos a admitir hipótesis muy definidas sobre el substrato del suceder psíquico y de la conciencia. Mientras queramos evitar tales hipótesis habremos de contentarnos con las siguientes observaciones: existen dos formas de neurosis obsesiva, según que el paso a la conciencia sea forzado tan sólo por el contenido mnémico de la acción, base del reproche, o también por el afecto concomitante. El primer caso es el de las representaciones obsesivas típicas, en las cuales el contenido atrae toda la atención del enfermo, no sintiendo éste como afecto sino un vago displacer en lugar del correspondiente al reproche, único que armonizaría con el contenido de la representación. Este contenido de la representación obsesiva aparece doblemente deformado con relación al acto infantil motivador, mostrándose sustituido lo pasado por algo actual, y reemplazado lo sexual por algo análogo no sexual. Estas dos transformaciones son obra de la tendencia a la represión, aún perdurante; tendencia que hemos de atribuir al *yo*. La influencia del recuerdo patógeno reanimado se muestra en el hecho de que el contenido de la representación obsesiva es todavía fragmentariamente idéntico al reprimido, o se deduce de él de un modo lógico. Si con ayuda del método psicoanalítico reconstruimos la génesis de una representación obsesiva, hallamos que de una impresión actual parten dos procesos mentales, uno de los cuales, el que integra el recuerdo reprimido, se demuestra tan correctamente lógico como el otro, a pesar de no ser capaz de conciencia ni susceptible de rectificación. Cuando los resultados de estas dos operaciones psíquicas no coinciden, no tiene lugar la supresión lógica de la contradicción existente entre ambas, sino que al lado del resultado mental normal entra en la conciencia, a título de transacción entre la resistencia y el resultado mental patológico, una representación obsesiva aparentemente absurda. Cuando ambos procesos mentales dan el mismo resultado, se robustecen mutuamente, resultando así que un resultado mental normal se conduce como una representación obsesiva. Toda obsesión neurótica, emergente en lo psíquico, tiene su origen en la represión. Las representaciones obsesivas tienen, digámoslo así, curso psíquico forzoso, no

por su propio valor, sino por la fuente de la que emanan o que las ha intensificado.

La neurosis obsesiva toma una segunda forma cuando lo que alcanza una representación en la vida psíquica consciente no es el contenido mnémico reprimido, sino el reproche, reprimido también. El afecto correspondiente al reproche puede transformarse por medio de un incremento psíquico en cualquier otro afecto displaciente.

Sucedido esto, nada hay ya que se oponga a que el afecto sustitutivo se haga consciente. De este modo el reproche (de haber realizado en la niñez el acto sexual de que se trate) se transforma fácilmente en vergüenza (de que otra persona lo sepa), en miedo hipocondríaco (de las consecuencias físicas de aquel acto), en miedo social (a la condenación social del delito cometido), en miedo a la tentación (desconfianza justificada en la propia fuerza moral de resistencia), en miedo religioso, etc. En todos estos casos, el contenido mnémico del acto motivo del reproche puede también hallarse representado en la conciencia o quedar completamente desvanecido; circunstancia esta última que dificulta extraordinariamente el diagnóstico. Muchos casos que después de una investigación superficial se consideran como de hipocondría vulgar (neurasténica) pertenecen a este grupo de los afectos obsesivos. Así, la llamada «neurastenia periódica» o «melancolía periódica» resulta ser, con insospechada frecuencia, una neurosis obsesiva de esta segunda forma; descubrimiento de no escasa importancia terapéutica.

Al lado de estos síntomas transaccionales, que significan el retorno de lo reprimido, y con ello el fracaso de la defensa primitivamente conseguida, forma la neurosis obsesiva otros, de un origen totalmente distinto. El *yo* intenta, en efecto, defenderse de las ramificaciones del recuerdo, inicialmente reprimido, y crea en esta lucha defensiva síntomas que podríamos reunir bajo el nombre de «defensa secundaria». Son estos síntomas, en su totalidad, «medidas preventivas», que prestan buenos servicios en la lucha contra las representaciones y los afectos obsesivos. Si estos elementos auxiliares consiguen efectivamente en la lucha defensiva reprimir de nuevo los síntomas del retorno, impuestos al *yo*, la obsesión se transferirá a las medidas preventivas mismas, y creará una tercera forma de la «neurosis obsesiva»: los actos obsesivos. Estos actos no son nunca primarios ni contienen otra cosa

que una defensa, y jamás una agresión. El análisis psíquico demuestra que, no obstante su singularidad, resultan siempre explicables refiriéndolos al recuerdo obsesivo, contra el cual combaten[228].

La defensa secundaria contra las representaciones obsesivas puede consistir en una violenta desviación del pensamiento hacia otras ideas, lo más opuestas posible. Así, en el caso de la especulación obsesiva recae ésta sobre temas abstractos, contrapuestos al carácter, siempre concreto, de las representaciones reprimidas. En otras ocasiones intenta el enfermo dominar cada una de sus ideas obsesivas por medio de un proceso mental lógico, y acogiéndose a sus recuerdos conscientes; conducta que le lleva al examen y a la duda obsesivos. La preferencia que en este examen obsesivo da el enfermo a la percepción sobre el recuerdo le impulsa primero y le fuerza después a coleccionar y conservar todos los objetos con los que entra en contacto. La defensa secundaria contra los afectos obsesivos da origen a una gran serie de medidas preventivas, susceptibles de transformarse en actos obsesivos. Tales medidas preventivas pueden clasificarse, según su tendencia, en los siguientes grupos: medidas de penitencia (ceremoniales molestos, observaciones de los números); de preservación (fobias de todas clases, superstición, minuciosidad, incremento del síntoma primario de los escrúpulos); del miedo a delatarse (colección cuidadosa de todo papel escrito[229], misantropía); de aturdimiento (dipsomanía). Entre todos estos actos e impulsos obsesivos, corresponde a las fobias el lugar más importante.

Hay casos en los que se puede observar cómo la obsesión se transfiere desde la representación o el afecto a la medida preventiva; en otros oscila periódicamente la obsesión entre el síntoma del retorno y el de la defensa secundaria. Por último, hay también casos en los que no se forma ninguna representación obsesiva, quedando inmediatamente representado el recuerdo reprimido por la medida de defensa, aparentemente primaria. En estos casos es alcanzado de un salto el estadio final de la neurosis, ulterior a la lucha defensiva. Los casos graves de esta afección culminan en la fijación de los actos ceremoniales y la emergencia de la locura de duda, o en una existencia extravagante del enfermo, condicionada por las fobias.

El hecho de no encontrar crédito la representación obsesiva ni ninguno de sus derivados procede quizá de que en la primera represión quedó ya

constituido el síntoma de la escrupulosidad, que ha adquirido también un carácter obsesivo. La seguridad de haber vivido moralmente durante todo el período de la defensa conseguida hace imposible dar crédito al reproche que la representación obsesiva envuelve. Sólo esporádicamente, al emerger una nueva representación obsesiva, o en estados melancólicos de agotamiento del *yo*, logran crédito los síntomas patológicos del retorno. El carácter «obsesivo» de los productos psíquicos aquí descritos no tiene, en general, nada que ver con su aceptación como verdaderos, ni debe tampoco confundirse con aquel factor, al que damos el nombre de «fuerza» o «intensidad» de una representación. Su carácter esencial es más bien la imposibilidad de hacerlos desaparecer por medio de la actividad psíquica, capaz de conciencia: carácter que no varía por el hecho de que la representación obsesiva aparezca más o menos clara e intensa.

La causa de esta condición inatacable de la representación obsesiva o de sus derivados es su conexión con el recuerdo infantil reprimido, pues una vez que conseguimos hacer consciente tal recuerdo, para lo cual parecen bastar los métodos psicoterápicos, se desvanece la obsesión.

C) ANÁLISIS DE UN CASO DE PARANOIA CRÓNICA[230]

DESDE hace mucho tiempo vengo sospechando que también la paranoia —o algún grupo de casos pertenecientes a la paranoia— es una neurosis de defensa, surgiendo, como la histeria y las representaciones obsesivas, de la represión de recuerdos penosos, y siendo determinada la forma de sus síntomas por el contenido de lo reprimido. Peculiar a la paranoia sería un mecanismo especial de la represión, como lo es la represión en la histeria por el proceso de la conversión en inervación somática, y en la neurosis obsesiva la sustitución (el desplazamiento a lo largo de ciertas categorías asociativas). Varios casos por mí observados se mostraban favorables a esta observación, pero no había encontrado ninguna que la demostrara totalmente, hasta que hace unos meses la bondad del doctor Breuer me permitió someter al psicoanálisis, con un fin terapéutico, el caso

de una mujer de treinta y dos años, muy inteligente, cuya enfermedad había de diagnosticarse de paranoia crónica. Me apresuro a exponer en este trabajo los datos adquiridos en tal análisis por no tener probabilidades de estudiar la paranoia sino en casos aislados, y esperar que estas observaciones aisladas muevan a algún psiquiatra a incorporar la teoría de la «defensa» a la viva discusión actual sobre la naturaleza y el mecanismo de la paranoia. Por mi parte, con la observación única aquí expuesta no pretendo sino demostrar que se trata de un caso de psicosis de defensa, e indicar la posibilidad de que en el grupo de la «paranoia» existan otros de igual naturaleza.

La sujeto de este caso es una señora de treinta y dos años, casada hace tres, y madre de un niño de dos. Sus padres no padecieron enfermedad alguna nerviosa; en cambio, sus dos hermanas son neuróticas. Parece ser que hacia los veinte años padeció una depresión pasajera, con obnubilación del juicio; pero posteriormente gozó de salud y capacidad normales, hasta que seis meses después del nacimiento de su hijo se iniciaron en ella los primeros signos de su enfermedad actual. Comenzó por hacerse reservada y desconfiada, rehuyendo el trato con las hermanas de su marido, y lamentándose de que los habitantes de la pequeña población de su residencia habían variado de conducta para con ella, mostrándose descorteses y negándole toda consideración. Poco a poco fueron ganando estas quejas en intensidad, aunque no en precisión. Se tenía contra ella algo que no podía adivinar. Pero no le cabía la menor duda de que todos —parientes y amigos — la desconsideraban y hacían lo posible por irritarla. Por más que se rompía la cabeza para averiguar el porqué de aquella mudanza, no lo conseguía. Algún tiempo después empezó a quejarse de ser observada de continuo por los vecinos, que adivinaban sus pensamientos y sabían todo lo que en su casa pasaba. Una tarde se le ocurrió de repente que la espiaban por la noche, mientras se desnudaba, y desde entonces este momento inició al acostarse toda una serie de complicadas medidas preventivas, no desnudándose sino a oscuras y después de meterse en la cama. Viendo que rehuía todo trato, aparecía constantemente deprimida y casi no se alimentaba, decidió la familia llevarla a un balneario durante el verano de 1895; pero el efecto de la cura de aguas fue desastroso, pues se intensificaron los síntomas ya existentes y aparecieron otros nuevos. Ya en la primavera anterior, hallándose un día la

sujeto sola con su doncella, había experimentado una singular sensación en el regazo, pensando al sentirla que la muchacha que la acompañaba tenía en aquel momento un pensamiento indecoroso. Esta sensación se hizo durante el verano casi continua. «Sentía sus genitales como si sobre ellos gravitase el peso de una mano». Después comenzó a ver imágenes que la espantaban: alucinaciones de desnudos femeninos, especialmente el regazo femenino de una mujer adulta, y a veces también genitales masculinos. La imagen del regazo femenino y la sensación de peso sobre sus propios genitales aparecían casi siempre unidas. Estas alucinaciones le eran especialmente penosas, pues surgían siempre que se hallaba con otra mujer, y las interpretaba suponiendo que las desnudeces que veía pertenecían a la persona con quien se hallaba, la cual, a su vez, la veía a ella en igual forma. Simultáneamente a estas alucinaciones visuales —que después de surgir durante la estancia en el balneario desaparecieron por espacio de varios meses— comenzó a oír voces desconocidas, cuya procedencia no podía explicarse. Cuando iba por la calle oía: «Ésa es Fulana. Ahí va. ¿Dónde iría?». Se comentaban todos sus actos y ademanes, y a veces oía amenazas y reproches. Todos estos síntomas se intensificaban cuando se hallaba en sociedad o salía a la calle: todo lo cual la hizo encerrarse en su casa. Poco después comenzó a negarse a comer, alegando repugnancia y náuseas, desmejorándose así rápidamente.

Todo esto lo supe cuando en el invierno de 1895 me fue confiada la enferma para su tratamiento. Lo he expuesto al detalle para hacer presente que se trata de una forma muy frecuente de paranoia crónica; diagnóstico con el cual armonizan otros detalles sintomáticos, que más adelante expondré. Al principio no pude comprobar la existencia de delirios, interpretadores de las alucinaciones, bien porque la enferma me los ocultase, bien porque no hubiesen surgido todavía. La sujeto conservaba intacta su inteligencia, siéndome únicamente referida, como detalle singular, la circunstancia de haber hecho venir a su casa repetidas veces a su hermano, alegando tener que confiarle algo, pero sin llegar nunca a la anunciada confidencia. No hablaba nunca de sus alucinaciones, y en la última época tampoco se refería sino muy raras veces a las persecuciones de que era objeto.

Lo que sobre esta enferma me propongo exponer se refiere principalmente a la etiología del caso y al mecanismo de las alucinaciones.

La etiología se me reveló al aplicar a la enferma, como si se tratase de una histérica, el método de Breuer para la investigación y supresión de las alucinaciones. Al obrar así partí del supuesto de que en esta paranoia debían existir, como en las otras dos neurosis de defensa por mí estudiadas, pensamientos inconscientes y recuerdos reprimidos, susceptibles de ser atraídos a la conciencia venciendo una determinada resistencia. La enferma confirmó en seguida esta hipótesis, comportándose en el análisis exactamente como, por ejemplo, una histérica, y produciendo bajo la presión de mis manos (véanse mis estudios sobre la histeria) ideas que no recordaba haber tenido, que no comprendía en un principio y que contradecían sus esperanzas. Quedaba, pues, demostrado que también en un caso de paranoia existían importantes ideas inconscientes, dándose así la posibilidad de referir también a la represión la obsesión de la paranoia. Únicamente resultaba singular el hecho de que la enferma oía interiormente, a modo de alucinación, los datos procedentes de su inconsciente.

Con respecto al origen de las alucinaciones visuales descubrí que la imagen del regazo femenino coincidía casi siempre con la sensación de peso sobre sus propios genitales; pero que esta última vez era casi constante, y se presentaba muy frecuentemente sola.

Las primeras imágenes de desnudos femeninos habían surgido en el balneario pocas horas después de haber visto efectivamente la sujeto a otras bañistas desnudas en la piscina general. Eran, pues, simples reproducciones de una impresión real, habiendo de suponerse que si tales impresiones se reproducían era porque la paciente había enlazado a ellas un intenso interés. Como explicación manifestó la sujeto que había sentido vergüenza por aquellas mujeres que se mostraban en tal forma, y que desde entonces se avergonzaba de desnudarse ante cualquier persona. Habiendo de considerar este pudor como algo obsesivo, deduje, conforme al mecanismo de la defensa, que la paciente debía de mantener reprimido el recuerdo de un suceso en el que no se había avergonzado, y la invité a dejar de emerger todas aquellas reminiscencias relacionadas con el tema del pudor. Rápidamente reprodujo entonces una serie de escenas cronológicamente descendentes desde los diecisiete a los ocho años, en las que se había avergonzado de hallarse desnuda ante su madre, su hermano o el médico. Por último, esta

serie de recuerdos culminó con el de haberse desnudado una noche, teniendo seis años, ante su hermano, sin haber sentido vergüenza ninguna. A mis preguntas confesó que tal escena se había repetido muchas veces, pues durante varios años habían tenido ella y su hermano la costumbre de mostrarse mutuamente sus desnudeces al ir a acostarse. Esta confesión me explicó su repentina idea obsesiva de que la espiaban mientras se desnudaba para acostarse. Tratábase de un fragmento inmodificado del antiguo recuerdo reprochable, y la sujeto sentía ahora la vergüenza que antes no había experimentado.

La sospecha de que también en este caso se trataba de relaciones sexuales infantiles, tan frecuentes en la etiología de la histeria, quedó confirmada por los progresos del análisis, los cuales proporcionaron al mismo tiempo la solución de ciertos detalles, muy frecuentes en el cuadro de la paranoia. El principio de la enfermedad coincidió con un disgusto entre su marido y su hermano, el cual se vio obligado a no volver a casa. La sujeto, que había querido siempre mucho a su hermano, le echó extraordinariamente de menos durante este tiempo. Además hablaba de un momento de su enfermedad en que «se lo explicó todo»; esto es, en el que llegó al convencimiento de que sus sospechas de que todos la despreciaban y la herían intencionadamente eran una realidad. Esta convicción se le impuso un día en que, hablando con su cuñada, oyó decir a ésta: «Si a mí me pasara algo semejante, no me preocuparía en modo alguno». Al principio no paró mientes la sujeto en estas palabras; pero después de irse su cuñada le pareció que contenía un reproche, como si la hubiera querido tachar de despreocupada, y a partir de este momento tuvo por seguro que todo el mundo la criticaba. Interrogada por mí sobre el motivo que había tenido para suponer que su cuñada se refería a ella con aquellas palabras, me respondió que el tono con que las había pronunciado le había convencido de ello, si bien este convencimiento no surgió en el momento de oírlas, sino algún tiempo después, detalle característico de la paranoia. En el curso del análisis la obligué a recordar la conversación que había precedido a aquellas manifestaciones de su cuñada, resultando que esta última se había referido a los disgustos que sus hermanos habían originado en la familia, añadiendo la observación siguiente: «En toda familia pasan cosas que deben ocultarse. Pero si a mí me sucediera algo

semejante, me tendría sin cuidado». La sujeto hubo de confesarse entonces que la causa verdadera de sus ideas de persecución había sido la primera frase. «En toda familia pasan cosas que deben ocultarse». Ahora bien, habiendo reprimido esta frase, que podía despertar en ella el recuerdo de sus relaciones infantiles con su hermano, y recordando tan sólo la segunda, carente de significación, tenía que enlazar a esta última la impresión de que su cuñada la hacía objeto de un reproche, y como el contenido mismo de la frase no ofrecía punto alguno de apoyo que justificase tal idea, hubo de fundamentarla en el tono con que había sido pronunciada. Hallamos aquí una prueba probablemente típica de qué los errores de interpretación de la paranoia reposan sobre una represión.

En el curso ulterior del análisis quedó también explicada la siguiente conducta de la sujeto al hacer venir repetidamente a su hermano, alegando la necesidad de comunicarle algo para luego no cumplir tal anuncio. Según la propia enferma, obró así porque creía que sólo con verle comprendería su hermano sus padecimientos. Siendo su hermano realmente la única persona que podía saber la etiología de su enfermedad, resultaba que la sujeto había obrado a impulsos de un motivo que no comprendía desde luego conscientemente, pero que se demostraba plenamente justificada en cuanto se la adscribía un sentido inconsciente.

Conseguí después llevar a la sujeto a la reproducción de las diversas escenas en las que habían culminado sus relaciones sexuales con su hermano (desde los seis a los diez años). Durante esta labor de reproducción se presentó la sensación de peso en el regazo, como sucede regularmente en el análisis de restos mnémicos histéricos. La visión de un regazo femenino desnudo (pero reducido ahora a proporciones infantiles y sin los caracteres propios de la madurez sexual) acompañaba o no a la sensación de peso, según que la escena correspondiente se había desarrollado con luz o en la oscuridad. También la aversión a los alimentos halló su explicación en un detalle repugnante de estos sucesos. Después de la reproducción de toda esta serie de escenas desaparecieron la sensación de peso y las alucinaciones visuales, para no volver a surgir por lo menos hasta el día.

Todo esto me descubrió que las alucinaciones descritas no eran sino fragmentos del contenido de los sucesos infantiles reprimidos, o sea,

síntomas del retorno de lo reprimido.

Pasé entonces al análisis de las voces. Tratábase ante todo de aclarar por qué frases tan inocentes como las de «Ahí va Fulana», «Está buscando casa», etc., podían causar a la sujeto una impresión tan penosa, hallando luego la razón de que estas frases indiferentes hubiesen llegado a recibir una intensificación alucinatoria. Desde luego, aparecía claro que tales «voces» no podían ser recuerdos alucinatoriamente reproducidos, como las imágenes y las sensaciones, sino más bien pensamientos que se habían hecho audibles.

La primera vez que oyó voces fue en las siguientes circunstancias: había leído con gran interés la bella narración de O. Ludwig titulada *Die Heiterethei*, lectura que la había sugerido infinidad de pensamientos. Inmediatamente había salido a pasear por la carretera, y al pasar ante la casita de unos labradores había oído unas voces que le decían: «Así era la casita de la Heiterethei. Mira la fuente y el matorral. ¡Qué feliz era en su pobreza!» Luego le repitieron las voces pasajes enteros de su reciente lectura, pero sin que pudiera explicar por qué la casa, el matorral y la fuente de la Heiterethei y los trozos menos importantes de toda la obra eran lo que precisamente se imponía a su atención con energía patológica. Sin embargo, no era difícil la solución del enigma. El análisis mostró que durante la lectura habían surgido en ella otros distintos pensamientos, siendo también otros pasajes de la obra los que más le habían interesado. Pero contra todo este material —analogías entre la pareja de la narración y la que ella formaba con su marido, recuerdos de intimidades de su vida conyugal y de secretos de familia—; contra todo este material, repito, se había trazado una resistencia represora, pues él mismo se enlazaba por una serie de asociaciones fácilmente evidenciables a su repugnancia sexual, y así, en último término, al despertar de los antiguos sucesos infantiles. A consecuencia de esta censura ejercida por la represión recibieron los preferidos pasajes inocentes e idílicos, enlazados también con los rechazados por el contraste y la vecindad, la intensificación que les permitió hacerse audibles. La primera de las circunstancias reprimidas se refería, por ejemplo, a las críticas que la vida solitaria de la heroína de la narración inspiraba a sus vecinos. No era difícil para la paciente establecer aquí una analogía entre el personaje novelesco y su propia persona. También ella vivía en un pueblo sin tratarse casi con nadie y también se creía criticada

por sus vecinos. Esta desconfianza hacia sus vecinos tenía un fundamento real. Al casarse había ido a vivir con su marido a una casa de varios pisos, instalando su alcoba en un cuarto colindante al de otros inquilinos. En los primeros días de su matrimonio sin duda por el despertar inconsciente del recuerdo de sus relaciones infantiles en las que había jugado con su hermano a ser marido y mujer surgió en ella un gran pudor sexual que la hacía preocuparse constantemente de que los vecinos pudieran oír alguna palabra o algún ruido a través del tabique, preocupación que acabó transformándose en desconfianza hacia los vecinos.

Así, pues, las voces debían su génesis a la represión de pensamientos, que en el fondo constituían reproches con ocasión de un suceso análogo al trauma infantil, siendo, por tanto, síntomas del retorno de lo reprimido y al mismo tiempo consecuencia de una transacción entre la resistencia del *yo* y el poder de dicho retorno, transacción que en este caso había producido una deformación absoluta de los elementos correspondientes, resultando éstos irreconocibles. En otras ocasiones en que pude analizar las voces oídas por esta enferma resultaba menor la deformación, pero las palabras percibidas presentaban siempre una imprecisión muy diplomática, apareciendo profundamente escondida la alusión penosa y disfrazada la coherencia de las distintas frases por la elección de giros desacostumbrados, etc., caracteres todos comunes a las alucinaciones auditivas de los paranoicos, y en los que veo la huella de la deformación causada por la transacción. La frase «Ahí va Fulana. Está buscando casa», integraba la amenaza de que no curaría nunca, pues para someterse al tratamiento se había instalado provisionalmente en Viena, y yo le había prometido que al terminar aquél podría volver al pueblo en que residía con su marido.

En algunos casos percibía también la sujeto amenazas más precisas. Por lo que en general sé de los paranoicos, me inclino a suponer una paralización paulatina de la resistencia que debilita los reproches, resultando así que la defensa acaba por fracasar totalmente y que el reproche primitivo que el paciente quería ahorrarse retorna sin modificación alguna. De todos modos, no sé si se trata de un proceso constante, ni si la censura contra los reproches puede faltar desde un principio o perseverar hasta el fin.

Sólo me queda utilizar los datos adquiridos en el análisis de este caso de

paranoia para una comparación entre tal enfermedad y la neurosis obsesiva. Tanto en una como en otra se nos muestra la represión como el nódulo del mecanismo psíquico, siendo en ambos casos lo reprimido un suceso sexual infantil. Todas las obsesiones proceden también en esta paranoia de la represión. Los síntomas de la paranoia son susceptibles de una clasificación análoga a la que llevamos a cabo con los de la neurosis obsesiva. Una parte de los síntomas —las ideas delirantes de desconfianza y persecución— procede de nuevo de la defensa primaria. En la neurosis obsesiva, el reproche inicial ha sido reprimido por la formación del síntoma primario de la defensa, o sea, por la desconfianza en sí mismo. Con ello queda reconocida la justicia del reproche. En la paranoia, el reproche es reprimido por un procedimiento al que podemos dar el nombre de *proyección*[231], transfiriéndose la desconfianza sobre otras personas.

Otros síntomas del caso de paranoia descrito deben ser considerados como síntomas de retorno de lo reprimido, y muestran también, como los de la neurosis obsesiva, las huellas de la transacción que les ha permitido llegar a la conciencia. Así sucede con la idea de ser espiada al desnudarse y con las alucinaciones visuales, táctiles y auditivas. La idea citada entraña un contenido mnémico casi inmodificado que sólo adolece de imprecisión. El retorno de lo reprimido en imágenes visuales se acerca más bien al carácter de la histeria que al de la neurosis obsesiva, si bien la histeria acostumbra repetir sin modificación alguna sus símbolos mnémicos, mientras que la alucinación mnémica paranoica experimenta una deformación análoga a la que tiene efecto en la neurosis obsesiva. Así, en lugar de la imagen reprimida surge una análoga actual (en nuestro caso, el regazo de una mujer adulta en lugar del de una niña). En cambio, es absolutamente peculiar a la paranoia el retorno de los reproches reprimidos en forma de alucinación auditiva, para lo cual tienen tales reproches que pasar por una doble deformación.

El tercer grupo de los síntomas hallados en la neurosis obsesiva, o sea, el de los síntomas de la defensa secundaria, no puede existir como tal en la paranoia, puesto que los síntomas del retorno encuentran crédito sin que se alce contra ello defensa ninguna. Pero, en cambio, presenta la paranoia una tercera fuente de la formación de síntomas. Las ideas delirantes que la transacción lleva a la conciencia plantean a la labor mental del *yo* la tarea de

hacerlas admisibles sin objeción alguna. Ahora bien: siendo por sí mismas inmodificables, tiene el *yo* que adaptarse a ellas, y de este modo corresponde aquí a los síntomas de la defensa secundaria propia de la neurosis obsesiva la manía de interpretación que termina en una modificación del *yo*. Nuestro caso era incompleto en este punto, pues en la época de su tratamiento no mostró ninguna de estas tentativas de interpretación, las cuales surgieron más tarde. Pero de todos modos, creo indudable que la aplicación del psicoanálisis a este estadio de la paranoia ha de darnos un importante resultado. Hallaremos, en efecto, que la debilidad de la memoria de los paranoicos es de carácter tendencioso, siendo motivada por la represión a cuyos fines coadyuva. Son, en efecto, reprimidos y sustituidos *a posteriori* aquellos recuerdos en sí no patógenos pero que se hallan en contradicción con la modificación del yo, imperiosamente exigida por los síntomas del retorno.

XIV

LA ETIOLOGÍA DE LA HISTERIA 1896[232]

I CUANDO queremos formarnos una idea de la causación de un estado patológico como la histeria, emprendemos primero una investigación anamnésica, preguntando al enfermo o a sus familiares a qué influencias patógenas atribuyen la emergencia de los síntomas neuróticos. Lo que así averiguamos surge, naturalmente, falseado por todos aquellos factores que suelen encubrir a un enfermo el conocimiento de su estado, o sea, por su falta de comprensión científica de las influencias etiológicas, por falsa conclusión de *post hoc ergo propter hoc*, y por el displacer de recordar determinados traumas y sucesos sexuales o de comunicarlos. Observamos, por tanto, en esta investigación anamnésica la conducta de no aceptar las opiniones del enfermo sin antes someterlas a un penetrante examen crítico, no consintiendo que los pacientes desvíen nuestra opinión científica sobre la etiología de la neurosis. Reconocemos, desde luego, la verdad de ciertos datos que retornan constantemente en las manifestaciones de los enfermos, tales como el de que su estado histérico es una prolongada consecuencia de una emoción pretérita; pero, por otro lado, hemos introducido en la etiología de la histeria un factor que el enfermo no menciona nunca y sólo a disgusto acepta: la disposición hereditaria. La escuela de Charcot, tan influyente en estas cuestiones, ve en la herencia la única causa verdadera de la histeria, y considera como meras causas ocasionales o «agentes provocadores» todos los demás factores dañosos, de tan diversa naturaleza e intensidad.

No se me negará que sería harto deseable la existencia de un segundo

medio de llegar a la etiología de la histeria con mayor independencia de los datos del enfermo. Así, el dermatólogo puede reconocer la naturaleza luética de una lesión por sus características visibles y sin que le haga vacilar la oposición del paciente, que niega la existencia de una fuente de infección. Igualmente, el médico forense posee medios de precisar la causación de una herida sin tener que recurrir a la declaración del lesionado. Pues bien: en la histeria existe asimismo tal posibilidad de llegar al conocimiento de las causas etiológicas partiendo de los síntomas. Para esclarecer lo que este nuevo método es con respecto a la investigación anemnésica habitual, nos serviremos de una comparación basada en un progreso real alcanzado en un distinto sector científico.

Supongamos que un explorador llega a una comarca poco conocida, en la que despiertan su interés unas ruinas consistentes en restos de muros y fragmentos de columnas y de lápidas con inscripciones borrosas e ilegibles. Puede contentarse con examinar la parte visible, interrogar a los habitantes, quizá semisalvajes, de las cercanías sobre las tradiciones referentes a la historia y la significación de aquellos restos monumentales, tomar nota de sus respuestas… y proseguir su viaje. Pero también puede hacer otra cosa: puede haber traído consigo útiles de trabajo, decidir a los indígenas a auxiliarle en su labor investigadora, atacar con ellos el campo en ruinas, practicar excavaciones y descubrir, partiendo de los restos visibles, la parte sepultada. Si el éxito corona sus esfuerzos, los descubrimientos se explicarán por sí mismos: los restos de muros se demostrarán pertenecientes al recinto de un palacio; por los fragmentos de columnas podrá reconstituirse un templo y las numerosas inscripciones halladas, bilingües en el caso más afortunado, descubrirán un alfabeto y un idioma, proporcionando su traducción insospechados datos sobre los sucesos pretéritos, en conmemoración de los cuales fueron erigidos tales monumentos. *Saxa loquuntur*[233].

Si queremos que los síntomas de una histeria nos revelen de un modo aproximadamente análogo la génesis de la enfermedad, habremos de tomar como punto de partida el importante descubrimiento de Breuer de que los *síntomas de la histeria* (con excepción de los *estigmas) derivan su determinación de ciertos sucesos de efecto traumático vividos por el enfermo y reproducidos como símbolos mnémicos en la vida anímica del mismo*. Ha

de emplearse su método —u otro de naturaleza análoga— para dirigir retroactivamente la atención del sujeto desde el síntoma a la escena en la cual y por la cual surgió, y una vez establecida una relación entre ambos elementos, se consigue hacer desaparecer el síntoma, llevando a cabo en la reproducción de la escena traumática una rectificación póstuma del proceso psíquico en ella desarrollado.

No me propongo exponer aquí la complicada técnica de este método terapéutico ni los esclarecimientos psicológicos que su aplicación nos procura. Había de enlazar al descubrimiento de Breuer mi punto de partida, porque los análisis de este investigador parecen facilitarnos simultáneamente el acceso a las causas de la histeria. Sometiendo a este análisis series enteras de síntomas en numerosos sujetos, llegamos al conocimiento de una serie correlativa de escenas traumáticas en las cuales han entrado en acción las causas de la histeria. Habremos, pues, de esperar que el estudio de las escenas traumáticas nos descubra cuáles son las influencias que generan síntomas histéricos y en qué forma.

Esta esperanza ha de cumplirse necesariamente, puesto que los principios de Breuer se han demostrado exactos en un gran número de casos. Pero el camino que va desde los síntomas de la histeria a su etiología es más largo y menos directo de lo que podíamos figuramos.

Ha de saberse, en efecto, que la referencia de un síntoma histérico a una escena traumática sólo trae consigo un progreso de nuestra comprensión etiológica cuando tal escena cumple dos condiciones esenciales. Ha de poseer *adecuación determinante y fuerza traumática* suficientes. Un ejemplo nos aclarará mejor que toda explicación estos conceptos. En un caso de vómitos histéricos creemos haber descubierto la causación del síntoma (excepto para un cierto residuo) cuando el análisis lo refiere a un suceso que hubo de provocar *justificadamente* en el paciente *una intensa repugnancia*; por ejemplo, la vista de un cadáver en descomposición. Si en lugar de esto resulta del análisis que los vómitos proceden de un fuerte sobresalto experimentado, por ejemplo, en un accidente ferroviario, habremos de preguntarnos, insatisfechos, cómo un sobresalto puede producir precisamente vómitos. Falta aquí toda *adecuación determinante*. Otro caso de explicación insatisfactoria será, por ejemplo, la referencia de los vómitos al hecho de

haber mordido el sujeto una fruta podrida. Los vómitos aparecen entonces determinados desde luego, por la repugnancia, pero no comprendemos que ésta haya podido ser tan poderosa como para eternizarse en un síntoma histérico. Falta en este caso la *fuerza traumática*.

Veamos ahora en qué proporción cumplen las escenas traumáticas descubiertas por el análisis de numerosos síntomas y casos histéricos las dos condiciones señaladas. Nos espera aquí un primer desengaño. Sucede, desde luego, algunas veces que la escena traumática en la que por vez primera surgió el síntoma posee, efectivamente, las dos cualidades de que precisamos para la comprensión del mismo: adecuación determinante y fuerza traumática. Pero lo más frecuente es tropezar con alguna de las tres posibilidades restantes, tan desfavorables para la comprensión del síntoma. La escena a la cual nos conduce el análisis, y en la que el síntoma apareció por primera vez, se nos muestra inadecuada para la determinación del síntoma, no ofreciendo su contenido relación alguna con la naturaleza del mismo. O bien el suceso, supuestamente traumático, ofrece dicha relación con el síntoma, pero se nos presenta como una impresión normalmente inofensiva y generalmente incapaz de tal efecto. O, por último, se trata de una «escena traumática» tan inocente como ajena al carácter del síntoma histérico analizado.

(Hacemos observar, accesoriamente, que la teoría de Breuer sobre la génesis de los síntomas histéricos no queda rebatida por el hallazgo de escenas traumáticas de contenido nimio. Supone Breuer, en efecto, siguiendo aquí a Charcot, que también un suceso insignificante puede constituir un trauma y desplegar fuerza determinante suficiente cuando el sujeto se encuentra en un estado psíquico especial, el llamado *estado hipnoide*. Por mi parte, opino que en muchas ocasiones carecemos de todo punto de apoyo para suponer la existencia de tal estado. Además, la teoría de los estados hipnoides no nos presta auxilio ninguno para resolver las dificultades que plantea la frecuencia con que las escenas traumáticas carecen de adecuación determinante).

Añádase ahora que a este primer desengaño que nos proporciona la práctica del método de Breuer viene a agregarse en seguida otro, especialmente doloroso para el médico. Cuando el análisis de un síntoma lo

refiere a una escena traumática, carente de las condiciones antes señaladas, el efecto terapéutico es nulo. Fácilmente se comprenderá cuán grande se hace entonces para el médico la tentación de renunciar a proseguir una labor tan penosa.

Pero quizá una nueva idea pueda sacarnos de este atolladero y aportarnos valiosos resultados. Héla aquí: sabemos por Breuer que existe la posibilidad de resolver los síntomas histéricos cuando nos es dado hallar, partiendo de ellos, el camino que conduce al recuerdo de un sucedo traumático. Ahora bien: si el recuerdo descubierto no responde a nuestras esperanzas, deberemos, quizá, continuar avanzando por el mismo camino, pues quién sabe si detrás de la primera escena traumática no se esconderá el recuerdo de otra que satisfaga mejor nuestras aspiraciones, y cuya reproducción aporte un mayor efecto terapéutico, no habiendo sido la primeramente hallada sino un anillo de la concatenación asociativa. Y es también posible que esta interpolación de escenas innocuas, como transiciones necesarias, se repita varias veces en la reproducción, hasta que consigamos llegar, por fin, desde el síntoma histérico a la auténtica escena traumática, satisfactoria ya por todos conceptos, y tanto desde el punto de vista terapéutico como desde el analítico. Pues bien: estas hipótesis quedan totalmente confirmadas. Cuando la primera escena descubierta es insatisfactoria decimos al enfermo que tal suceso no explica nada, pero que detrás de él tiene que esconderse otro anterior más importante, y siguiendo la misma técnica le hacemos concentrar su atención sobre la cadena de asociaciones que enlaza ambos recuerdos: el hallado y el buscado[234]. La continuación del análisis conduce entonces siempre a la reproducción de nuevas escenas, que muestran ya los caracteres esperados. Así, tomando de nuevo como ejemplo el caso antes elegido de vómitos histéricos, que el análisis refirió primero al sobresalto sufrido por el enfermo en un accidente ferroviario, suceso desprovisto de toda adecuación determinante, y continuando la investigación analítica, descubriremos que dicho accidente despertó en el sujeto el recuerdo de otro anterior, del que fue mero espectador, pero en el que la vista de los cadáveres destrozados de las víctimas le inspiró horror y repugnancia. Resulta aquí como si la acción conjunta de ambas escenas hiciera posible el cumplimiento de nuestros postulados, aportando la primera, con el sobresalto, la fuerza traumática, y la

segunda, por su contenido, el efecto determinante. El otro caso antes citado, en el que los vómitos fueron referidos por el análisis al hecho de haber mordido el sujeto una manzana podrida, quedará quizá completado por la ulterior labor analítica en el sentido de que la fruta podrida recordó al enfermo una ocasión en la que se hallaba recogiendo las manzanas caídas del árbol y tropezó con una carroña pestilente.

No he de volver ya más sobre estos ejemplos, pues he de confesar que no corresponden a mi experiencia real, sino que han sido inventados por mí, y probablemente mal inventados, pues yo mismo tengo por imposibles las soluciones de síntomas histéricos en ellos expuestas. Pero me veo obligado a fingir ejemplos por varias causas, una de las cuales puedo exponerla inmediatamente.

Los ejemplos verdaderos son todos muchísimo más complicados, y la exposición detallada de uno sólo agotaría todo el espacio disponible. La cadena de asociaciones posee siempre más de dos elementos, y las escenas traumáticas no forman series simples, como las perlas de un collar, sino conjuntos ramificados, de estructura arbórea, pues en cada nuevo suceso actúan como recuerdos dos o más anteriores. En resumen: comunicar la solución de un único síntoma equivale a exponer un historial clínico completo.

En cambio, queremos hacer resaltar un principio que la labor analítica nos ha descubierto inesperadamente. Hemos comprobado *que ningún síntoma histérico puede surgir de un solo suceso real, pues siempre coadyuva a la causación del síntoma el recuerdo de sucesos anteriores. asociativamente despertado*. Si este principio se confirma, como yo creo, en todo caso y sin excepción alguna, tendremos en él la base de una teoría psicológica de la histeria.

Pudiera creerse que aquellos raros casos en los que el análisis refiere en seguida el síntoma a una escena traumática de adecuación determinante y fuerza traumática suficientes, y con tal referencia lo suprime, como se nos relata en el historial clínico de Anna O., expuesto por Breuer, contradicen la validez general del principio antes desarrollado. Así parece, en efecto; mas por mi parte tengo poderosas razones para suponer que también en estos casos actúa una concatenación de recuerdos que va mucho más allá de la

primera escena traumática, aunque la reproducción de esta última pueda producir por sí sola la supresión del síntoma.

A mi juicio, es algo muy sorprendente que sólo mediante la colaboración de recuerdos puedan surgir síntomas histéricos, sobre todo cuando se reflexiona que, según las manifestaciones de los enfermos, en el momento en que el síntoma hizo su primera aparición no tenían la menor conciencia de tales recuerdos. Hay aquí materia para muchas reflexiones, pero estos problemas no han de inducirnos por ahora a desviar nuestro punto de mira, orientado hacia la etiología de la histeria. Lo que habremos de preguntarnos será, más bien, adonde llegaremos siguiendo las concatenaciones de recuerdos asociados que el análisis nos descubre, hasta dónde alcanzan tales concatenaciones y si tienen en algún punto su fin natural, y habrán, quizá, de conducirnos a sucesos de cierta uniformidad, bien por su contenido, bien por su fecha en la vida del sujeto, de suerte que podamos ver en estos factores siempre uniformes la buscada etiología de la histeria.

Mi experiencia clínica me permite contestar ya a estas interrogaciones. Cuando partimos de un caso que ofrece varios síntomas, llegamos por medio del análisis, desde cada uno de ellos, a una serie de sucesos cuyos recuerdos se hallan asociativamente enlazados. Las diversas concatenaciones asociativas siguen, al principio, cursos retrógrados independientes; pero, como ya antes indicamos, presentan múltiples ramificaciones. Partiendo de una escena, alcanzamos simultáneamente dos o tres recuerdos, de los cuales surgen, a su vez, concatenaciones laterales, cuyos distintos elementos pueden también hallarse enlazados asociativamente con elementos de la cadena principal. Fórmase, de este modo, un esquema comparable al árbol genealógico de una familia cuyos miembros hubiesen contraído también enlaces entre sí.

Otras distintas complicaciones de la concatenación resultan de que una sola escena puede ser despertada varias veces en la misma cadena, presentando así múltiples relaciones con otra escena posterior y mostrando con ella un enlace directo y otro por elementos intermedios. En resumen: la conexión no es, en modo alguno simple, y el descubrimiento de las escenas en una sucesión cronológica inversa (circunstancia que justifica nuestra comparación con la excavación de un campo de ruinas) no coadyuva

ciertamente a la rápida impresión del proceso.

La continuación del análisis nos aporta nuevas complicaciones. Las cadenas asociativas de los distintos síntomas comienzan a enlazarse entre sí. En determinado suceso de la cadena de recuerdos correspondiente, por ejemplo, a los vómitos, es despertado, a más de los elementos regresivos de estas escenas, un recuerdo perteneciente a otra distinta, que fundamenta otro síntoma diferente; por ejemplo, el dolor de cabeza. Tal suceso pertenece, así, a ambas series y constituye, por tanto, uno de los varios *nudos*[235] existentes en todo análisis. Esta circunstancia tiene su correlación clínica en el hecho de que a partir de cierto momento surgen juntos los dos síntomas, en simbiosis, pero sin dependencia interior entre sí. Todavía más hacia atrás hallamos *nudos de naturaleza diferente*. Convergen en ellos las distintas cadenas asociativas y hallamos escenas de las cuales han partido dos o más síntomas. A uno de los detalles de la escena se ha enlazado la primera cadena, a otro la segunda, y así sucesivamente.

El resultado principal de esta consecuente prosecución del análisis consiste en descubrirnos que en todo caso, y cualquiera que sea el síntoma que tenemos como punto de partida, *llegamos indefectiblemente al terreno de la vida sexual*. Quedaría así descubierta una de las condiciones etiológicas de los síntomas histéricos. La experiencia hasta hoy adquirida me hace prever que precisamente esta afirmación, o por lo menos su validez general, ha de despertar vivas contradicciones. O, mejor dicho, la tendencia a la contradicción, pues nadie puede aún apoyar su oposición en investigaciones llevadas a cabo por igual procedimiento y que hayan proporcionado resultados distintos. Por mi parte, sólo he de observar que la acentuación del factor sexual en la etiología de la histeria no corresponde, desde luego, en mí, a una opinión preconcebida. Los dos investigadores que me iniciaron en el estudio de la histeria, Charcot y Breuer, se hallaban muy lejos de tal hipótesis e incluso sentían hacia ella cierta repulsión personal, de la que yo participé en un principio. Sólo laboriosas investigaciones, llevadas a cabo con la más extremada minuciosidad, han podido convertirme —y muy lentamente, por cierto— a la opinión que hoy sustento. Mi afirmación de que la etiología de la histeria ha de buscarse en la vida sexual se basa en la comprobación de tal hecho en dieciocho casos de histeria y con respecto a cada uno de los

síntomas: comprobación robustecida, allí donde las circunstancias lo han permitido, por el éxito terapéutico alcanzado. Se me puede objetar, desde luego, que los análisis diecinueve y veinte demostrarán, quizá, la existencia de fuentes distintas para los síntomas histéricos, limitando a un 80 por 100 la amplitud de la etiología sexual. Ya lo veremos. Mas, por lo pronto, como los dieciocho casos citados son también todos los que hasta ahora he podido someter al análisis, y como nadie hubo de molestarse en elegirlos para favorecerme, no extrañará que no comparta aquella esperanza y esté, en cambio, dispuesto a ir más allá de la fuerza probatoria de mi actual experiencia. A ello me mueve, además, otro motivo de carácter meramente subjetivo hasta ahora. Al tratar de sintetizar mis observaciones en una tentativa de explicación de los mecanismos fisiológico y psicológico de la histeria se me ha impuesto la intervención de fuerzas sexuales motivacionales como una hipótesis indispensable.

Así, pues, una vez alcanzada la convergencia de las cadenas mnémicas llegamos al terreno sexual y a algunos pocos sucesos acaecidos, casi siempre, en un mismo período de la vida; esto es, en la pubertad. De estos sucesos hemos de extraer la etiología de la histeria y la comprensión de la génesis de los síntomas histéricos. Mas aquí nos espera un nuevo y más grave desengaño. Tales sucesos traumáticos aparentemente últimos, con tanto trabajo descubiertos y extraídos de la totalidad del material mnémico, son, desde luego, de carácter sexual y acaecieron en la pubertad del sujeto; pero fuera de estos caracteres comunes, presentan *gran disparidad y valores muy diferentes*. En algunos casos se trata, efectivamente, de sucesos que hemos de reconocer como intensos traumas; una tentativa de violación, que revela, de un golpe, a una muchacha aún inmadura toda la brutalidad del placer sexual; sorprender involuntariamente actos sexuales realizados por los padres, que descubren al sujeto algo insospechado y hiere sus sentimientos filiales y morales, etc. Otras veces se trata, en cambio, de sucesos nimios.

Una de mis pacientes mostraba como base de su neurosis el hecho de que un muchachito, amigo suyo, le había acariciado una vez tiernamente la mano y había apretado en otra, una de sus piernas contra las suyas, hallándose sentado junto a ella, mientras se revelaba en su expresión que estaba haciendo algo prohibido. En otra joven señora, la audición de una pregunta de doble

sentido, que dejaba sospechar una contestación obscena, había bastado para provocar un primer ataque de angustia e iniciar con él la enfermedad. Tales resultados no son ciertamente favorables a una comprensión de la causación de los síntomas histéricos. Si lo que descubrimos como últimos traumas de la histeria son tanto sucesos graves como insignificantes y tanto sensaciones de contacto como impresiones visuales o auditivas, nos inclinaremos, quizá, a suponer que los histéricos son —por disposición hereditaria o por degeneración— seres especiales en los que el horror a la sexualidad, que en la pubertad desempeña normalmente cierto papel, aparece intensificado hasta lo patológico y subsiste duramente, o sea, en cierto modo personas que no pueden satisfacer psíquicamente las exigencias de la sexualidad. Pero esta interpretación deja inexplicable la histeria masculina, y aunque no pudiésemos oponerle una objeción tan grave, no habría de ser muy grande la tentación de satisfacernos con ella, pues da una franca impresión de incomprensividad, oscuridad e insuficiencia.

Por fortuna para nuestro esclarecimiento, algunos de los sucesos sexuales de la pubertad muestran una nueva insuficiencia que nos impulsa a seguir la labor analítica. Resulta, en efecto, que también tales sucesos carecen de adecuación determinante, aunque con mucha menor frecuencia que las escenas traumáticas de épocas posteriores. Así, las dos pacientes citadas antes como casos de sucesos de pubertad realmente nimios comenzaron a padecer, consiguientemente a tales, singulares sensaciones dolorosas en los genitales, que se constituyeron en síntoma principal de la neurosis, y cuya determinación no pudo derivarse de las escenas de la pubertad ni de otras posteriores, pero que no admitían ser incluidas entre las sensaciones orgánicas normales ni entre los signos de excitación sexual. Habíamos, pues, de decidirnos a buscar la determinación de estos síntomas en otras escenas anteriores, siguiendo de nuevo aquella idea salvadora que antes nos había conducido desde las primeras escenas traumáticas a las concatenaciones asociativas existentes detrás de ellas.

Ahora bien: obrando así, se llegaba a la primera infancia; esto es, a una edad anterior al desarrollo de la vida sexual, circunstancia a la cual parecía enlazarse una renuncia a la etiología sexual. Pero ¿no hay, acaso, derecho a suponer que tampoco a la infancia le faltan leves excitaciones sexuales y que

quizá el ulterior desarrollo sexual es influido de un modo decisivo por sucesos infantiles? Aquellos daños que recaen sobre un órgano aún imperfecto y una función en vías de desarrollo suelen causar efectos más graves y duraderos que los sobrevenidos en edad más madura. Y quizá aquellas reacciones anormales a impresiones de orden sexual con las que nos sorprenden los histéricos en su pubertad tengan, en general, como base tales sucesos sexuales de la infancia, que habrían de ser, entonces, de naturaleza uniforme e importante. Llegaríamos así a la posibilidad de explicar como tempranamente adquirido aquello que hasta ahora achacamos a una predisposición, inexplicable, sin embargo, por la herencia. Y dado que los sucesos infantiles de contenido sexual sólo por medio de sus *huellas mnémicas* pueden manifestar una acción psíquica, tendríamos aquí un complemento de aquel resultado del análisis, según el cual sólo mediante la cooperación de los recuerdos pueden surgir síntomas histéricos.

II NO es difícil adivinar que si he expuesto tan detalladamente el proceso mental que antecede es por ser el que después de tantas dilaciones ha de llevarnos, por fin, a la meta. Llegamos, en efecto, al término de nuestra penosa labor analítica y hallamos ya cumplidas todas las aspiraciones y esperanzas mantenidas en nuestro largo camino. Al penetrar con el análisis hasta la más temprana infancia, esto es, hasta el límite de la capacidad mnémica del hombre, damos ocasión al enfermo en todos los casos para la reproducción de sucesos que por sus peculiaridades y por sus relaciones con los síntomas patológicos ulteriores han de ser considerados como la buscada etiología de la neurosis. Estos sucesos *infantiles* son, nuevamente, de contenido *sexual*, pero de naturaleza mucho más uniforme que las escenas de la pubertad últimamente halladas. No se trata ya en ellos de la evocación del tema sexual por una impresión sensorial cualquiera, sino de experiencias sexuales en el propio cuerpo de relaciones sexuales (en un amplio sentido). Se me confesará que la *importancia* de tales escenas no precisa de más amplia fundamentación. Nos limitaremos a añadir que sus detalles nos revelan siempre aquellos factores determinantes que en las otras, posteriormente acaecidas y reproducidas con anterioridad, habíamos echado aún de menos.

Sentamos, pues, la afirmación de que en el fondo de todo caso de histeria se ocultan —pudiendo ser reproducidos por el análisis, no obstante el tiempo transcurrido, que supone, a veces, decenios enteros— *uno o varios sucesos de precoz experiencia sexual*, pertenecientes a la más temprana infancia[236]. Tengo este resultado por un importante hallazgo: por el descubrimiento de una *caput Nili*[237] de la Neuropatología; pero al emprender su discusión vacilo entre iniciarla con la exposición del material de hechos reunido en mis análisis o con el examen de la multitud de objeciones y de dudas que, estoy seguro, comenzarán a posesionarse de vuestra atención. Escogeré eso último, con lo cual podremos, quizá, examinar luego más tranquilamente los hechos.

a) Aquellos que se muestran hostiles a una concepción psicológica de la histeria y no quisieran renunciar a la esperanza de ver referidos un día los síntomas de esta enfermedad a «sutiles modificaciones anatómicas», habiendo rechazado la hipótesis de que las bases materiales de las modificaciones histéricas han de ser de igual naturaleza que las de nuestros procesos anímicos normales; éstos, repetimos, no podrán abrigar, naturalmente, confianza alguna en los resultados de nuestros análisis. La diferencia fundamental entre sus premisas y las nuestras nos desliga de la obligación de convencerlos en una cuestión aislada.

Pero también otros, menos enemigos de las teorías psicológicas de la histeria, se inclinarán a preguntar, ante nuestros resultados analíticos, qué seguridades ofrece el empleo del psicoanálisis y si no es muy posible que tales escenas, expuestas por el paciente como recuerdos, no sean sino sugestiones del médico o puras invenciones y fantasías del enfermo. A esta objeción habré de replicar que los reparos de orden general, opuestos a la seguridad del método psicoanalítico, podrán ser examinados y desvanecidos una vez que realicemos una exposición completa de su técnica y de sus resultados. En cambio, los relativos a la autenticidad de las escenas sexuales infantiles pueden ya ser rebatidos hoy con más de un argumento. En primer lugar, la conducta de los enfermos mientras reproducen estos sucesos infantiles resulta inconciliable con la suposición de que dichas escenas no sean una realidad penosamente sentida y sólo muy a disgusto recordada. Antes del empleo del análisis no saben los pacientes nada de tales escenas y suelen rebelarse cuando se les anuncia su emergencia. Sólo la intensa

coerción del tratamiento llega a moverlos a su reproducción; mientras atraen a su conciencia tales sucesos infantiles, sufren bajo las más violentas sensaciones, avergonzándose de ellas y tratando de ocultarlas, y aun después de haberlos vivido de nuevo, de modo tan convincente, intentan negarles crédito, haciendo constar que en su reproducción no han experimentado, como en la de otros elementos olvidados, la sensación de recordar[238].

Este último detalle me parece decisivo, pues no es aceptable que los enfermos aseguren tan resueltamente su incredulidad si por un motivo cualquiera hubiesen inventado ellos mismos aquello a lo que así quieren despojar de todo valor.

La sospecha de que el médico impone al enfermo tales reminiscencias, sugiriéndole su representación y su relato, es más difícil de rebatir, pero me parece igualmente insostenible. No he conseguido jamás imponer a un enfermo una escena por mí esperada, de manera que pareciese revivirla con todas sus sensaciones correspondientes. Quizá a otros les sea posible.

Existe, en cambio, toda una serie de garantías de la realidad en las escenas sexuales infantiles. En primer lugar, su uniformidad en ciertos detalles, consecuencia necesaria de las premisas uniformemente repetidas de estos sucesos, si no hemos de atribuirla a un previo acuerdo secreto entre los distintos enfermos, y, además, el hecho de describir a veces los pacientes, como cosa inocente, sucesos cuya significación se ve que no comprenden, pues si no, quedarían espantados, o tocar, sin concederles valor, detalles que sólo un hombre experimentado conoce y sabe estimar como sutiles rasgos característicos de la realidad.

Tales circunstancias robustecen, desde luego, la impresión de que los enfermos han tenido que vivir realmente aquellas escenas infantiles que reproducen bajo la coerción del análisis. Pero la prueba más poderosa de la realidad de dichos sucesos nos es ofrecida por su relación con el contenido total del historial del enfermo. Del mismo modo que en los rompecabezas de los niños se obtiene, después de algunas tentativas la absoluta seguridad de qué trozo corresponde a determinado hueco, pues sólo él completa la imagen y puede simultáneamente adaptar sus entrantes y salientes a los de los trozos ya colocados, cubriendo por completo el espacio libre; de este mismo modo demuestran las escenas infantiles ser, por su contenido, complementos

forzosos del conjunto asociativo y lógico de la neurosis, cuya génesis nos resulta comprensible —y a veces, añadiríamos, natural— una vez adaptados estos complementos.

Aunque sin intención de situar este hecho en primer término, he de añadir que toda una serie de casos resulta posible también una demostración terapéutica de la autenticidad de las escenas infantiles. Hay casos en los que se obtiene una curación total o parcial sin tener que descender a los sucesos infantiles, y otros, en los que no se consigue resultado alguno terapéutico hasta alcanzar el análisis su fin natural con el descubrimiento de los traumas más tempranos. A mi juicio, los primeros ofrecen el peligro de una recaída. Espero, en cambio, que un análisis completo signifique la curación radical de una histeria. Pero no nos adelantemos a las enseñanzas de la experiencia.

Constituiría también una prueba inatacable de la autenticidad de los sucesos infantiles sexuales en que los datos suministrados en el análisis por una persona fueran confirmados por otra, sometida también al tratamiento o ajena a él. Tales dos personas habrían tomado parte, por ejemplo, en el mismo suceso infantil, habiendo mantenido, quizá, de niños relaciones sexuales. Semejantes relaciones infantiles no son, como en seguida veremos, nada raras, y es también bastante frecuente que ambos protagonistas enfermen luego de neurosis; pero, no obstante, considero como una casualidad, singularmente afortunada, el que de los dieciocho casos me haya sido posible encontrar en dos una tal confirmación objetiva. En uno de ellos fue el hermano mismo de la paciente, exento de todo trastorno neurótico, quien, sin yo perdírselo, me refirió escenas sexuales desarrolladas entre él y su hermana, no perteneciendo, desde luego, a su más temprana infancia, pero sí a una época posterior de su niñez, y robusteció mi sospecha de que tales relaciones podían haberse iniciado en períodos anteriores. Otra vez resultó que dos de las enfermas sometidas a tratamiento habían tenido en su infancia relaciones sexuales con una misma tercera persona masculina, habiéndose desarrollado algunas escenas *à trois*. En ambas pacientes había surgido luego un mismo síntoma, que se derivaba de aquellos sucesos infantiles y testimoniaba de la indicada comunidad.

b) Las experiencias sexuales infantiles, consistentes en la estimulación de los genitales, actos análogos al coito, etc., han de ser, pues, consideradas en

un último análisis, como aquellos traumas de los cuales parten la reacción histérica contra los sucesos de la pubertad y el desarrollo de síntomas histéricos. Contra esta afirmación se alzarán, seguramente, desde distintos sectores, dos objeciones contrarias entre sí. Dirán unos que tales abusos sexuales, realizados por adultos con niños o por niños entre sí, son muy raros para poder cubrir con ellos la condicionalidad de una neurosis tan frecuente como la histeria. Observarán, en cambio, otros, que estos sucesos son, por el contrario, muy frecuentes, demasiado frecuentes para poder adscribirles una significación etiológica. Objetarán, además, que no resultaría difícil hallar multitud de personas que recuerdan haber sido objeto en su niñez de abusos sexuales y no han enfermado jamás de histeria. Por último, se nos opondrá como más poderoso argumento el de que en las capas sociales inferiores no surge, ciertamente, la histeria con mayor frecuencia que en las superiores, mientras que todo hace suponer que el precepto de la interdicción sexual de la infancia es transgredido con mucha mayor frecuencia entre los proletarios.

Comenzaremos nuestra defensa por su parte más fácil. Me parece indudable que nuestros hijos se hallan más expuestos a ataques sexuales de lo que la escasa previsión de los padres hace suponer. Al tratar de documentarme sobre este tema se me indicó, por aquellos colegas a los que acudí en busca de datos, la existencia de varias publicaciones de pediatría en las que se denunciaban la frecuencia con que las nodrizas y niñeras hacían objeto de prácticas sexuales a los niños a ellas confiados, y recientemente ha llegado a mi poder un estudio del doctor Stekel, de Viena, en el que se trata del «coito infantil» (*Wiener Medizinische Blaetter*, 18 de abril de 1896). No he tenido tiempo de reunir otros testimonios literarios: pero aunque su número ha sido hasta aquí muy limitado, sería de esperar que una mayor atención literaria respecto al tema confirmase muy pronto la gran frecuencia de experiencias y actividades sexuales infantiles.

Por último, los resultados de mis análisis pueden también hablar ya por sí mismos. En cada uno de los dieciocho casos por mí tratados (histeria pura e histeria combinada con representaciones obsesivas, seis hombres y doce mujeres) he llegado, sin excepción alguna, al descubrimiento de tales sucesos sexuales infantiles. Según el origen del estímulo sexual, pueden dividirse estos casos en tres grupos. En el primer grupo se trata de atentados cometidos

una sola vez o veces aisladas en sujetos infantiles, femeninos en su mayor parte, por individuos adultos ajenos a ellos, que obraron disimuladamente y sin violencia, pero sin que pudiera hablarse de un consentimiento por parte del infantil sujeto, y siendo para éste un intenso sobresalto la primera y principal consecuencia del suceso. El segundo grupo aparece formado por aquellos casos, mucho más numerosos, en los que una persona adulta dedicada al cuidado del niño —niñera, institutriz preceptor o pariente cercano — hubo de iniciarle en el comercio sexual y mantuvo con él, a veces durante años enteros, verdaderas relaciones amorosas, desarrolladas también en dirección anímica. Por último, reunimos en el tercer grupo las relaciones infantiles propiamente dichas, o sea, las relaciones sexuales entre dos niños de sexo distinto, por lo general hermanos, continuadas muchas veces más allá de la pubertad, y origen de las más graves y persistentes consecuencias para la pareja amorosa. En la mayor parte de mis casos se descubrió la acción combinada de dos o más de estas etiologías, resultando en algunos verdaderamente asombrosa la acumulación de sucesos sexuales de distintos órdenes. Esta singularidad resulta fácilmente comprensible si se tiene en cuenta que todos los casos por mí analizados constituían neurosis muy graves, que amenazaban incapacitar totalmente al sujeto.

Cuando se trata de relaciones sexuales entre dos niños, conseguimos alcanzar algunas veces la prueba de que el niño que desempeña también aquí el papel agresivo— había sido antes seducido por una persona adulta de sexo femenino, e intentaba repetir luego con su pareja infantil, bajo la presión de su libido, prematuramente despertada, y a consecuencia de la obsesión mnémica, aquellas mismas prácticas que le habían sido enseñadas, sin introducir por su parte modificación alguna personal en las mismas.

Me inclino, por tanto, a creer que sin una previa seducción no es posible para el niño emprender el camino de la agresión sexual. De este modo, las bases de las neurosis serían constituidas siempre por personas adultas, durante la infancia del sujeto, transmitiéndose luego los niños entre sí la disposición a enfermar más tarde de histeria. Si tenemos en cuenta que las relaciones sexuales infantiles, favorecidas por la vida en común, son especialmente frecuentes-entre hermanos o primos, y suponemos que doce o quince años más tarde surgen entre los jóvenes miembros de la familia varios

casos de enfermedad, habremos de reconocer que esta emergencia familiar de la neurosis resulta muy apropiada para inducirnos a error, haciéndonos ver una disposición hereditaria donde no existe más que una *seudo-herencia* y, en realidad, una infección transmitida en la infancia.

Examinemos ahora la otra objeción, basada precisamente en el reconocimiento de la frecuencia de los sucesos sexuales infantiles y en la existencia de muchas personas que recuerdan tales escenas y no han enfermado de histeria. A esta objeción habremos de replicar, en primer lugar, que la extraordinaria frecuencia de un factor etiológico no puede ser empleada como argumento contra su importancia etiológica. El bacilo de la tuberculosis flota en todas partes y es aspirado por muchos más hombres de los que luego enferman, sin que su importancia etiológica quede disminuida por el hecho de precisar de la cooperación de otros factores para provocar su efecto específico. Para concederle la categoría de etiología específica basta con que la tuberculosis no sea posible sin su colaboración. Lo mismo sucede en nuestro problema. Nada importa la existencia de muchos hombres que han vivido en su infancia escenas sexuales y no han enfermado luego de histeria; sí, en cambio, todos aquellos que padecen esta enfermedad han vivido tales escenas. El círculo de difusión de un factor etiológico puede muy bien ser más extenso que el de su efecto; lo que no puede es ser más restringido. No todos los que entran en contacto con un enfermo de viruela o se aproximan a él contraen su enfermedad, y, sin embargo, la única etiología conocida de la viruela es el contacto.

Si la actividad sexual infantil fuese un suceso casi general, no podría concederse valor alguno a su descubrimiento en todos los casos examinados. Pero, en primer lugar, semejante afirmación habría de ser muy exagerada; y, en segundo, la aspiración etiológica de las escenas infantiles no se basa tan sólo en la regularidad de su aparición en la anamnesis de los histéricos, sino principalmente en el descubrimiento de enlaces asociativos y lógicos entre ellas y los síntomas histéricos, enlaces que la exposición de un historial clínico completo evidencia con meridiana claridad.

¿Cuáles pueden ser, entonces, los factores que la «etiología específica» de la histeria necesita para producir realmente la neurosis? Es éste un tema que deberá ser tratado aparte y por sí solo. De momento me limitaré a señalar el

punto de contacto en el que engranan los dos elementos de la cuestión: la etiología específica y la auxiliar. Habrá de tenerse en cuenta cierto número de factores: la constitución hereditaria y personal, la importancia interna de los sucesos sexuales infantiles y, sobre todo, su acumulación. Unas breves relaciones sexuales con un niño cualquiera, luego indiferente, serán mucho menos eficaces que las sostenidas durante varios años con un hermano. En la etiología de las neurosis, las condiciones cuantitativas alcanzan igual importancia que las cualitativas, constituyendo valores liminares, que han de ser traspasados para que la enfermedad llegue a hacerse manifiesta. De todos modos, no tengo por completa la anterior serie etiológica, ni creo resuelto con ella el problema de cómo no es más frecuente la histeria entre las clases inferiores. (Recuérdese, además, la extraordinaria difusión de la histeria masculina en la clase obrera, afirmada por Charcot.) Pero debo también advertir que yo mismo señalé hace pocos años un factor, hasta entonces poco atendido, al que atribuyo el papel principal en la provocación de la histeria después de la pubertad. Expuse en tal ocasión que la explosión de la histeria puede ser atribuida casi siempre a un *conflicto psíquico*, en el que una representación intolerable provoca la *defensa* del *yo* e induce a la represión. Por entonces no pude indicar en qué circunstancias logra esta tendencia defensiva del *yo* el efecto patológico de rechazar a lo inconsciente el recuerdo penoso para el *yo* y crear en su lugar un síntoma histérico. Hoy puedo yo completar mis afirmaciones añadiendo que *la defensa consigue su intención de expulsar de la conciencia la representación intolerable cuando la persona de que se trata, sana hasta entonces, integra, en calidad de recuerdos inconscientes, escenas sexuales infantiles, y cuando la representación que ha de ser expulsada puede ser enlazada, lógica o asociativamente, a tal suceso infantil*.

Teniendo en cuenta que la tendencia defensiva del *yo* depende del desarrolló moral e intelectual de la persona, comprendemos ya perfectamente que en las clases populares sea la histeria mucho menos frecuente de lo que habría de permitir su etiología específica.

Volvamos ahora a aquel último grupo de objeciones, cuya réplica nos ha llevado tan lejos. Hemos oído y reconocido que existen muchas personas que recuerdan claramente sucesos sexuales infantiles y, sin embargo, no han

enfermado de histeria. Este argumento es de por sí muy poco consistente, pero nos da pretexto para una importante observación. Las personas de este orden no pueden, según nuestra comprensión de la neurosis, enfermar de histeria, o, por lo menos, enfermar a consecuencia de las escenas conscientemente recordadas. En nuestros enfermos, dichos recuerdos no son nunca consistentes y los curamos precisamente de su histeria haciendo conscientes sus recuerdos inconscientes de las escenas infantiles. En el hecho mismo de haber vivido tales sucesos no podíamos ni precisábamos modificar nada. Vemos, pues, que no se trata tan sólo de la existencia de los sucesos sexuales infantiles, sino también de determinada condición psicológica. Tales escenas han de existir en calidad de *recuerdos inconscientes*, y sólo en cuanto y mientras lo son pueden crear y mantener síntomas histéricos. De qué depende el que estos sucesos dejan tras de sí recuerdos conscientes o inconscientes, si de su contenido, de la época de su acaecimiento o de influencias posteriores, son interrogaciones que plantean un nuevo problema, en el cual nos guardaremos muy bien de entrar por ahora. Haremos constar únicamente que el análisis nos ha aportado, como primer resultado, el principio de que *los síntomas histéricos son derivados de recuerdos inconscientemente activos*.

c) Para mantener nuestras afirmaciones de que los sucesos sexuales infantiles constituyen la condición fundamental, o, por decirlo así, la disposición de la histeria, si bien no crean inmediatamente los síntomas histéricos, sino que permanecen en un principio inactivos, y sólo actúan de un modo patógeno ulteriormente, al ser despertados como recuerdos inconscientes en la época posterior a la pubertad; para mantener estas afirmaciones, repetimos, hemos de contrastarlas con las numerosas observaciones que señalan ya la aparición de la histeria en la infancia anterior a la pubertad. Las dificultades que aquí pudieran surgir quedan resueltas al examinar con algún detenimiento los datos conseguidos en el análisis sobre las circunstancias temporales de los sucesos sexuales infantiles. Vemos entonces que la eclosión de síntomas histéricos comienza, no por excepción, sino regularmente, en los graves casos por nosotros analizados, hacia los ocho años, y que los sucesos sexuales que no muestran un efecto inmediato se extienden cada vez más atrás, hasta los cuatro, los tres e incluso los dos

años de la vida del sujeto. Dado que la cadena formada por los sucesos patógenos no aparece interrumpida, en ninguno de los casos examinados, al cumplir ocho años el sujeto, hemos de suponer que esta edad, en la que tiene efecto la segunda dentición, forma para la histeria un límite, a partir del cual se hace imposible su causación. Aquellos que no han vivido anteriormente sucesos sexuales no pueden ya adquirir disposición alguna a la histeria. En cambio, quienes los han vivido pueden ya comenzar a desarrollar síntomas histéricos. La aparición aislada de la histeria anterior a este límite de edad (anterior a los ocho años) habría de interpretarse como un signo de madurez precoz. La existencia de dicho límite se halla probablemente enlazada a los procesos evolutivos del sistema sexual. El adelantamiento del desarrollo sexual somático es un fenómeno frecuente, y puede incluso pensarse en su impulsión por prematuros estímulos sexuales.

Observamos así la necesidad de cierto infantilismo, tanto en las funciones psíquicas como del sistema sexual, para que una experiencia sexual acaecida en este período desarrolle luego, como recuerdo, un efecto patógeno. Sin embargo, no me atrevo a sentar afirmaciones más precisas sobre la naturaleza de este infantilismo psíquico ni sobre su limitación cronológica.

d) Pudiera también preguntársenos cómo es posible que el recuerdo de los sucesos sexuales infantiles desarrolle tan magnos efectos patógenos cuando el hecho mismo de vivirlos no provocó trastorno alguno. Realmente, no estamos habituados a observar que de una imagen mnémica emanen fuerzas de las que careció la impresión real. Se advertirá, además, con cuánta consistencia se mantiene en la histeria el principio de que sólo los recuerdos pueden producir síntomas. Todas las escenas posteriores, en las cuales nacen los síntomas, no son verdaderamente eficaces, y los sucesos a los que corresponde eficacia auténtica no producen en un principio efecto alguno. Pero nos hallamos aquí ante una cuestión que podemos muy bien desglosar de nuestro tema. Sentimos, ciertamente, la necesidad de llevar a cabo una síntesis de toda la serie de singulares condiciones a cuyo conocimiento hemos llegado. Para la producción de un síntoma histérico es necesario que exista una tendencia defensiva contra una representación penosa; esta representación ha de hallarse enlazada lógica y asociativamente con un recuerdo inconsciente, por conducto de elementos intermedios más o menos numerosos, que por el

momento permanecen también inconscientes; el contenido de dicho recuerdo inconsciente ha de ser necesariamente sexual y consistir en un suceso acaecido en determinado período infantil, y no podemos menos de preguntarnos cómo es posible que este recuerdo de un suceso innocuo en su día tenga *a posteriori* el efecto anormal de llevar a un resultado patológico un proceso psíquico como el de la defensa, permaneciendo por sí mismo inconsciente en todo ello.

No obstante, habremos de decirnos que se trata de un problema puramente psicológico, cuya solución hace necesarias ciertas hipótesis sobre los procesos psíquicos normales y sobre el papel que en ellos desempeña la conciencia, pero que de momento puede quedar insolucionado, sin que ello disminuya el valor de nuestros descubrimientos sobre la etiología de los fenómenos histéricos.

III EL problema antes planteado se refiere al *mecanismo* de la producción de síntomas histéricos. Pero nos vemos obligados a exponer la causación de estos síntomas sin atender a aquel mecanismo, circunstancia que ha de disminuir la claridad de nuestra exposición. Volvamos al papel desempeñado por las escenas sexuales infantiles. Temo haber hecho formar un concepto exagerado de su fuerza productora de síntomas. Haré, pues, resaltar de nuevo que todo caso de histeria presenta síntomas cuya determinación no procede de sucesos infantiles, sino de otros ulteriores y a veces recientes, si bien otra parte de los síntomas depende, desde luego, de sucesos de las épocas más tempranas. A ella pertenecen principalmente las tan numerosas y diversas sensaciones y parestesias genitales y de otras partes del cuerpo, síndromes que corresponden simplemente al contenido sensorial de las escenas infantiles, alucinatoriamente reproducido y muchas veces dolorosamente intensificado.

Otra serie de fenómenos histéricos mucho más corrientes —deseo doloroso de orinar, dolor al defecar, trastornos de la actividad intestinal, espasmos laríngeos y vómitos, perturbaciones digestivas y repugnancia a los alimentos —demostró ser también en el análisis, y con sorprendente regularidad, derivación de los mismos sucesos infantiles, quedando fácilmente explicada por peculiaridades constantes de los mismos. Las

escenas sexuales infantiles son difícilmente imaginables para un hombre de sensibilidad sexual normal, pues contienen todas aquellas transgresiones conocidas por los libertinos o los impotentes, alcanzando en ellas un impropio empleo sexual la cavidad bucal y la terminación del intestino. El asombro que este descubrimiento produce queda pronto reemplazado en el médico por una comprensión total. De personas que no reparan en satisfacer en sujetos infantiles sus necesidades sexuales no puede esperarse que se detengan ante ciertas formas de tal satisfacción; pero, además, la impotencia sexual de la infancia impone irremisiblemente aquellos actos subrogados a los que el adulto se rebaja en los casos de impotencia adquirida. Todas las extrañas condiciones en que la desigual pareja prosigue sus relaciones amorosas: el adulto que no puede sustraerse a la mutua dependencia concomitante a toda relación sexual, pero que al mismo tiempo se halla investido de máxima autoridad y del derecho de castigo, y cambia constantemente de papel para conseguir la satisfacción de sus caprichos; el niño indefenso y abandonado a tal arbitrio, precozmente despertada su sensibilidad y expuesto a todos los desengaños, interrumpido con frecuencia en el ejercicio de las funciones sexuales que le son encomendadas por su incompleto dominio de las necesidades naturales, todas estas incongruencias, tan grotescas como trágicas, quedan impresas en el desarrollo ulterior del individuo y en su neurosis, provocando un infinito número de afectos duraderos, que merecería la pena examinar minuciosamente. En aquellos casos en los cuales la reacción erótica se ha desarrollado entre dos sujetos infantiles, el carácter de las escenas sexuales continúa siendo repulsivo, puesto que toda relación infantil de este orden supone la previa iniciación de uno de los protagonistas por un adulto. Las consecuencias psíquicas de tales relaciones infantiles son extraordinariamente hondas. Los dos protagonistas quedan unidos para toda su vida por un lazo invisible.

En ocasiones son detalles accesorios de estas escenas sexuales infantiles los que en años posteriores alcanzan un poder determinante con respecto a los síntomas de la neurosis. Así, en uno de los casos por mí examinados, la circunstancia de haberse enseñado al niño a excitar con sus pies los genitales de una persona adulta bastó para fijar a través de años enteros la atención neurótica del sujeto en sus extremidades inferiores y su función, provocando

finalmente una paraplejía. En otro caso se trataba de una enferma cuyos ataques de angustia, que solían presentarse a determinadas horas del día, sólo se calmaban con la presencia de una de sus hermanas, careciendo de tal eficacia el auxilio de las demás. La razón de esta preferencia hubiera permanecido en el misterio si el análisis no hubiese descubierto que la persona que en su infancia le había hecho objeto de atentados sexuales preguntaba siempre si se hallaba en casa dicha hermana, por la que temía, sin duda, ser sorprendida.

La fuerza determinante de las escenas infantiles se oculta a veces tanto, que un análisis superficial no logra descubrirla. Creemos entonces haber hallado la explicación de cierto síntoma en el contenido de alguna de las escenas posteriores; pero al tropezar luego, en el curso de nuestra labor, con una escena infantil de idéntico contenido, reconocemos que la escena ulterior debe exclusivamente su capacidad de determinar síntomas a su coincidencia con la anterior. No queremos, por tanto, negar toda importancia a las escenas posteriores. Si se me planteara la labor de exponer aquí las reglas de la producción de síntomas histéricos, habría de reconocer como una de ellas la de ser elegida para síntoma aquella representación que es hecha resaltar por la acción conjunta de varios factores y despertada simultáneamente desde diversos lados, regla que en otro lugar he tratado de expresar con el aserto de que los *síntomas histéricos se hallan super-determinados*.

Hemos dejado antes aparte, como tema especial, la relación entre la etiología reciente y la infantil. Pero no queremos abandonar la cuestión sin transgredir, por lo menos, con una observación nuestro anterior propósito. Ha de reconocerse la existencia de un hecho que desorienta nuestra comprensión psicológica de los fenómenos histéricos y parece advertirnos que nos guardemos de aplicar una misma medida ajos actos psíquicos de los histéricos y de los normales. Nos referimos a la desproporción comprobada en el histérico entre el estímulo psíquicamente excitante y la reacción psíquica, desproporción que tratamos de explicar con la hipótesis de una excitabilidad general anormal o, en un sentido fisiológico, suponiendo que los órganos cerebrales dedicados a la transmisión presentan en el enfermo un especial estado psíquico o se han sustraído a la influencia coercitiva de otros centros superiores. No quiero negar que ambas teorías pueden

proporcionarnos en algunos casos una explicación exacta de los fenómenos histéricos. Pero la parte principal del fenómeno, la reacción histérica anormal y exagerada a los estímulos psíquicos, permite una distinta explicación, en cuyo apoyo pueden aducirse infinitos ejemplos extraídos del análisis. Esta explicación es como sigue: *La reacción de los histéricos sólo aparentemente es exagerada; tiene que parecérnoslo porque no conocemos sino una pequeña parte de los motivos a que obedece*.

En realidad, esta reacción es proporcional al estímulo excitante y, por tanto, normal y psicológicamente comprensible. Así lo descubrimos en cuando el análisis agrega a los motivos manifiestos, conscientes en el enfermo, aquellos otros motivos que han actuado sin que el enfermo los conociese ni pudiera, por tanto, comunicarlos.

Podría llenar página tras página con la demostración del importante principio antes enunciado en todos y cada uno de los elementos de la actividad psíquica total de los histéricos, pero habré de limitarme a exponer algunos ejemplos. Recuérdese la frecuente *susceptibilidad* psíquica de los histéricos, que ante la menor desatención reaccionan como si de una mortal ofensa se tratase. ¿Qué pensaríamos si observásemos una tan elevada susceptibilidad ante motivos insignificantes entre dos personas normales; por ejemplo, en un matrimonio? Deduciríamos que la escena conyugal presenciada no era únicamente el resultado del último motivo insignificante y que en el ánimo de los protagonistas habían ido acumulándose poco a poco materias detonantes que el último pretexto había hecho estallar en su totalidad.

En la histeria sucede lo mismo. No es la última insignificante molestia la que produce el llanto convulsivo, el ataque de desesperación y el intento de suicidio, contradiciendo el principio de la proporcionalidad entre el efecto y la causa. Lo que pasa es que dicha mínima mortificación actual ha despertado los recuerdos de múltiples e intensas ofensas anteriores, detrás de las cuales se esconde aún el recuerdo de una grave ofensa jamás cicatrizada, recibida en la infancia. Igualmente cuando una joven se dirige los más espantosos reproches por haber permitido que un muchacho acariciase secretamente su mano y contrae a partir de aquel momento una neurosis, puede pensarse en un principio que se trata de una persona anormal, excéntrica e hipersensitiva,

pero no tardaremos en cambiar de idea al mostrarnos el análisis que aquel contacto recordó a la sujeto otro análogo experimentado en su niñez y enlazado con circunstancias menos inocentes, de manera que sus reproches se refieren en realidad a aquella antigua historia. Por último, el enigma de los puntos histerógenos encuentra también aquí su explicación. Al tocar uno de tales puntos realizamos algo que no nos proponíamos. Despertamos un recuerdo que puede provocar un ataque de convulsiones, y cuando se ignora la existencia de tal elemento psíquico intermedio se ve en el ataque un efecto directo del contacto. Los enfermos comparten tal ignorancia y caen, por tanto, en errores análogos, estableciendo constantemente falsos *enlaces* entre el último motivo consciente y el efecto dependiente de tantos elementos intermedios. Pero cuando se ha hecho posible al médico reunir para la explicación de una reacción histérica los motivos conscientes y los inconscientes, se ve obligado a reconocer que la reacción del enfermo, aparentemente exagerada, es casi siempre proporcionada y sólo anormal en su forma.

Contra esta justificación de la reacción histérica a estímulos psíquicos se objetará con razón que de todos modos no se trata de una reacción normal, pues los hombres sanos se conducen de muy distinto modo, sin que actúen en ellos todas las excitaciones pasadas cada vez que se presenta un nuevo estímulo. Se experimenta así la impresión de que en los histéricos conservan su eficacia todos los sucesos pretéritos a los que ya han reaccionado con tanta frecuencia y tan violentamente, pareciendo estos enfermos incapaces de llevar a cabo una descarga de los estímulos psíquicos. Hay en esto algo de verdad. Pero no debe olvidarse que los antiguos sucesos vividos por los enfermos actúan al ser estimulados por un motivo actual como *recuerdos inconscientes*. Parece así como si la dificultad de descarga y la imposibilidad de transformar una impresión actual en un recuerdo inofensivo dependieran precisamente de los caracteres peculiares de lo psíquico inconsciente. Como se ve, el resto del problema es nuevamente psicología, y psicología de un orden muy distinto al estudiado hasta ahora por los filósofos.

A esta psicología que hemos de crear para nuestras necesidades —a la futura *psicología de las neurosis* he de remitirme también al exponer como final algo en lo que se verá, quizá, al principio, un obstáculo a nuestra

iniciada comprensión de la etiología de la histeria. He de afirmar, en efecto, que la importancia etiológica de los sucesos sexuales infantiles no aparece limitada al terreno de la histeria, extendiéndose también a la singular neurosis obsesiva e incluso, quizá, a la paranoia crónica y a otras psicosis funcionales. No puedo hablar aquí con la precisión deseable, porque el número de mis análisis de neurosis obsesivas es aún muy inferior al de histeria. Con respecto a la paranoia, sólo dispongo de un único análisis suficiente[239] y algunos otros fragmentarios. Pero lo que en estos casos he hallado me ofrece garantías de exactitud y me promete resultados positivos en futuros análisis. Se recordará, quizá, que en ocasiones anteriores he sostenido ya la síntesis de la histeria y la neurosis obsesiva bajo el título de *neurosis de defensa*, aunque no había llegado aún al descubrimiento de su común etiología infantil. Añadiré ahora que todos mis casos de representaciones obsesivas me han revelado un fondo de síntomas histéricos, en su mayoría sensaciones y dolores, que podían ser referidos precisamente a los más antiguos sucesos infantiles. ¿Qué es lo que determina que de las escenas sexuales infantiles haya de surgir luego, al sobrevenir los demás factores patógenos, bien la histeria, bien la neurosis obsesiva o incluso la paranoia? Esta extensión de nuestros conocimientos parece disminuir el valor etiológico de dichas escenas, despojando de su especialidad a la relación etiológica.

No me es posible dar todavía una respuesta precisa a esta interrogación, pues no cuento aún con datos suficientes. He observado, hasta ahora, que las representaciones obsesivas se revelan siempre en el análisis como *reproches*, disfrazados y deformados, correspondientes a agresiones sexuales infantiles, siendo, por tanto, más frecuentes en los hombres que en las mujeres, y desarrollándose en aquéllos con mayor frecuencia que la histeria. De este hecho puede deducirse que el carácter activo o pasivo del papel desempeñado por el sujeto en las escenas sexuales infantiles ejerce una influencia determinante sobre la elección de la neurosis ulterior.

De todos modos, no quisiera disminuir con esto la influencia correspondiente a la edad en que el sujeto vive dichas escenas infantiles y a otros distintos factores. Sobre este punto habrán de decidir nuestros futuros análisis. Pero una vez descubiertos los factores que rigen la elección entre las diversas formas posibles de las neuropsicosis de defensa, se nos planteará de

nuevo un problema, puramente psicológico: el relativo al mecanismo que estructura la forma elegida.

Llego aquí al final de mi trabajo. Preparado a la contradicción, quisiera dar aún a mis afirmaciones un nuevo apoyo antes de abandonarlas a su camino. Cualquiera que sea el valor que se conceda a mis resultados, he de rogar no se vea en ellos el fruto de una cómoda especulación. Reposan en una laboriosa investigación individual de cada enfermo, que en la mayoría de los casos ha exigido cien o más horas de penosa labor. Más importante aún que la aceptación de mis resultados es para mí la del método del que me he servido, totalmente nuevo, difícil de desarrollar, y, sin embargo, insustituible para nuestros fines científicos y terapéuticos. No es posible contradecir los resultados de esta modificación mía del método de Breuer, dejando a un lado este método y sirviéndose tan sólo de los hasta aquí habituales. Ello equivaldría a querer rebatir los descubrimientos de la técnica histológica por medio de los datos logrados en la investigación macroscópica. Al abrirnos este nuevo método de investigación, el acceso a un nuevo elemento del suceder psíquico, a los procesos mentales inconscientes, o, según la expresión de Breuer, *incapaces de conciencia*, nos ofrece la esperanza de una nueva y mejor compresión de todas las perturbaciones psíquicas funcionales. No puedo creer que la psiquiatría dilate por más tiempo el servirse de él.

XV

LA SEXUALIDAD EN LA ETIOLOGÍA DE LAS NEUROSIS[240]

1898

MINUCIOSAS investigaciones realizadas estos últimos años me han llevado al convencimiento de que las causas más inmediatas y prácticamente importantes de todo caso de enfermedad neurótica han de ser buscadas en factores de la vida sexual. Esta teoría no es totalmente nueva. Desde siempre, y por todos los autores, se ha concedido a los factores sexuales cierta importancia en la etiología de las neurosis, y algunas corrientes inferiores de la Medicina han reunido también siempre la curación de los «trastornos sexuales» y de la «debilidad nerviosa» en una sola promesa. No será, pues, difícil discutir a esta teoría la originalidad, si alguna vez se renuncia a negar su exactitud.

En algunos breves trabajos publicados durante estos últimos años en las revistas *Neurologisches Zentralblatt*, *Revue Neurologique y Wiener Klinischer Rundschau*, he tratado de indicar el material y los puntos de vista que ofrecen un apoyo científico a la teoría de la «etiología sexual de las neurosis». Lo que no he llevado aún a cabo es una exposición detallada de tal teoría, porque al tratar de explicar el conjunto de datos efectivamente comprobados se nos plantean de continuo nuevos problemas, cuya solución exige una labor preparatoria aún no realizada.

No me parece, en cambio, prematura una tentativa de orientar hacia los

resultados de mis investigaciones el interés del médico práctico, para convencerle, a un mismo tiempo, de la exactitud de mis afirmaciones y de las ventajas que su conocimiento puede aportarle en el ejercicio de su actividad.

Sé muy bien que se intentará apartar al médico de este camino empleando argumentos moralistas. Para adquirir la convicción de que las neurosis de sus enfermos tienen realmente una relación con la vida sexual de los mismos, habrá de interrogarlos insistentemente sobre su vida sexual hasta lograr un completo y sincero esclarecimiento, y en esta investigación se ve un peligro, tanto para el individuo como para la sociedad. El médico —se dice— no tiene derecho a penetrar en los secretos sexuales de sus pacientes, lastimando su pudor, sobre todo cuando se trata de personas de sexo femenino. Su torpe intervención no puede sino destruir la felicidad familiar, ofenderla inocencia de los pacientes jóvenes y suplantar la autoridad de sus padres; dar, en fin, a su propia relación con los enfermos adultos un carácter embarazoso y forzado. Constituye, pues, para él un deber de carácter ético permanecer ajeno a toda cuestión sexual.

Todo esto no es sino la expresión de una mojigatería indigna del médico, mal encubierta con deleznables argumentos. Si realmente se reconoce a los factores de la vida sexual la categoría de causas patógenas, su estudio y discusión constituirán para el médico un deber ineludible. Al obrar así, no se hace reo de un mayor atentado contra el pudor que al reconocer, por ejemplo, los órganos genitales de una paciente para curar una afección local. De mujeres ya maduras, residentes en lugares alejados de la capital, se oye contar aún, alguna vez, que han preferido irse agotando en repetidas hemorragias genitales, a consentir un reconocimiento médico. La influencia educativa ejercida por los médicos ha logrado, en el curso de una generación, que entre las mujeres de hoy sean ya muy raros tales casos de resistencia, y si aún surge alguno, es considerado como una ridícula gazmoñería. ¿Vivimos acaso en Turquía —preguntaría el médico—, donde las mujeres enfermas sólo pueden mostrar al médico el brazo pasándolo a través de un agujero de la pared?

No es exacto que el examen y la revelación de las circunstancias sexuales den al médico un peligroso poder sobre la paciente. La misma objeción hubiera podido oponerse a las narcosis, que despoja al enfermo de su conciencia y de su voluntad y le entrega en manos del médico sin que sepa

cuándo las recobrará, ni si las recobrará siquiera. Y, sin embargo, se ha hecho indispensable, por los servicios insustituibles que presta a la terapia, habiendo agregado el médico a sus ya graves deberes la responsabilidad de su empleo.

El médico puede siempre causar daños cuando carece de habilidad o de conciencia, pero lo mismo en cualquiera de sus intervenciones profesionales que en la investigación de la vida sexual. Naturalmente, aquellos que después de un severo examen de su personalidad no se concedan el tacto, la severidad y la discreción necesarios para el examen de los neuróticos, y sepan que los descubrimientos de orden sexual han de despertar en ellos un voluptuoso cosquilleo en lugar de un riguroso interés científico, harán muy bien en permanecer alejados del tema de la etiología de las neurosis. Por nuestra parte, sólo les pedimos, además, que no se dediquen al tratamiento de enfermos nerviosos.

Tampoco es exacto que los enfermos opongan obstáculos insuperables a una investigación de la vida sexual. Los adultos suelen poner término en seguida a sus vacilaciones, reflexionando que el médico puede saberlo todo. Para muchas mujeres, forzadas a ocultar en la vida de relación sus impulsos sexuales, constituye un alivio advertir que el médico antepone a todo su curación, estándoles permitido adoptar, por fin, alguna vez una franca actitud, puramente humana, ante las cosas sexuales. En la conciencia vulgar parece haber existido siempre un oscuro conocimiento de la importancia de los factores sexuales para la génesis de la nerviosidad. En mi consulta he presenciado numerosas escenas del tenor siguiente: Se nos presenta un matrimonio. Uno de los cónyuges padece de neurosis. Al cabo de muchos rodeos y de reflexiones, tales como la de que si el médico quiere alcanzar algún éxito en estos casos ha de prescindir de ciertas convenciones, etc., les comunicamos nuestra sospecha de que el motivo de la enfermedad reposa en ciertas prácticas sexuales, antinaturales y dañosas, adoptadas por ellos después del último parto de la mujer: Ante estas palabras, uno de los cónyuges se dirige al otro y le dice: «¿Lo ves? Ya te dije que eso me haría enfermar». Y el interpelado responde: «También yo lo pensaba, pero ¿qué íbamos a hacer?»

En otras distintas circunstancias (por ejemplo, cuando se trata de muchachas jóvenes, a las que se educa generalmente en un encubrimiento

sistemático de su vida sexual) ha de contentarse el médico con una menor sinceridad. Cuidará entonces de no afrontar la cuestión sexual sin una minuciosa preparación, de manera que no haya de demandar de la enferma esclarecimiento alguno previo, sino tan sólo la confirmación de sus hipótesis. Aquellos que consientan ceñirse a mis indicaciones sobre la forma de traducir al lenguaje etiológico la morfología de la neurosis, no precisarán acudir, en gran medida, a las confesiones de los pacientes. Con la descripción de sus síntomas patológicos —revelada siempre de buen grado— les informarán los enfermos, por lo general, los factores sexuales que detrás de tales síntomas se esconden.

Sería muy ventajoso que los enfermos se dieran mejor cuenta de la seguridad con la que el médico puede ya interpretar los trastornos nerviosos que los aquejan y deducir su etiología sexual. Ello los llevaría a prescindir de toda ocultación desde el momento en que se decidieron a pedir el auxilio de la Ciencia. A todos interesa que también en las cuestiones sexuales se llegue a observar entre los hombres, como un deber, una mayor sinceridad. Con ello ganaría mucho la moral sexual. Actualmente, todos, enfermos y sanos, nos hacemos reos de hipocresía en este orden de cosas. La general sinceridad habría de traer consigo una mayor tolerancia a todos conveniente.

Algunos de los problemas debatidos por los neurólogos no han logrado atraer aún el interés de los médicos. Así, la estricta diferenciación de la histeria y la neurastenia, la distinción de una histeroneurastenia, la adscripción de las representaciones obsesivas a la neurastenia o su reconocimiento como una neurosis especial, etc., etc., En realidad, tales diferenciaciones pueden serles indiferentes en tanto no enlacen a ellas un conocimiento más profundo de la enfermedad y una norma terapéutica y se limiten a aconsejar al paciente, en todos los casos, una cura hidroterápica, o a decirle que su dolencia es puramente imaginaria. No así, en cambio, si aceptan nuestros puntos de vista sobre las relaciones causales de la sexualidad con la neurosis. Despierta entonces un nuevo interés hacia la sintomatología de los diversos casos neuróticos, y adquiere gran importancia práctica saber disociar con exactitud los componentes del complicado cuadro patológico y dar a cada uno su nombre exacto. Resulta, en efecto, fácil traducir en etiología la morfología de las neurosis, y de este conocimiento

etiológico se derivan por sí mismas nuevas indicaciones terapéuticas.

El examen minucioso de los síntomas nos permite siempre establecer un importante diagnóstico diferencial, mostrándonos si el caso de que se trate presenta los caracteres de la neurastenia o los de una psiconeurosis (histeria, representaciones obsesivas). (Surgen también con extraordinaria frecuencia casos mixtos, en los cuales los signos de la neurastenia aparecen unidos a los de una psiconeurosis; pero de ellos trataremos más adelante.) El examen del enfermo sólo en las neurastenias nos descubre ya los factores etiológicos sexuales, que en estos casos son conocidos por el paciente y pertenecen a la actualidad o, mejor dicho, al período que se extiende a partir de la época de su madurez sexual (aunque de todos modos no pueda aplicarse a todos los casos esta limitación). En las psiconeurosis tal examen nos proporciona escaso rendimiento. Sólo nos facilita, eventualmente, el conocimiento de factores a los que hemos de reconocer la categoría de motivos patógenos ocasionales, y que pueden tener o no una relación con la vida sexual del sujeto. En el primer caso resultan iguales a los factores etiológicos de la neurastenia, no presentando, por tanto, un carácter específico en lo que se refiere a la causación de la neurosis. Y, sin embargo, también la etiología de las psiconeurosis reposa siempre nuevamente en la sexualidad. Dando un singular rodeo, del que más tarde hablaremos, logramos llegar al conocimiento de esta etiología y a comprender que el enfermo no supiera decirnos nada de ella. Los sucesos y las influencias en el fondo de toda psiconeurosis no pertenecen a la actualidad, sino a una época muy pretérita de la vida del sujeto, a su primera infancia, habiendo sido olvidados luego, aunque sólo en cierto sentido, por el enfermo.

Todos los casos de neurosis poseen, pues una etiología sexual; pero tal etiología se halla constituida por sucesos actuales en las neurastenias, e infantiles en las psiconeurosis, siendo ésta la primera antítesis importante en la etiología de las neurosis. Una segunda antítesis se deriva de la diferencia que presenta el cuadro sintomático de la neurastenia. En esta enfermedad hallamos, por un lado, casos que presentan en primer término ciertos trastornos característicos de la neurastenia (pesadez de cabeza, fatiga, dispepsia, estreñimiento, irritación espinal, etc.,) existiendo, en cambio, otros en los que el cuadro sintomático aparece formado por síndromes distintos,

relacionados todos con la «angustia» como perturbación central (sobresalto, inquietud, temores, ataque de angustia rudimentarios y suplementarios, vértigo locomotor, agorafobia, insomnios, hiperestesia, etc.). Dejando al primero de estos tipos de neurastenia el nombre de tal, hemos dado al segundo el de «neurosis de angustia»; diferenciación que hubimos de justificar ya en un trabajo anterior[241], en el que intentamos también explicar la general aparición conjunta de ambas neurosis. Para nuestros fines actuales nos bastará hacer resaltar que a la diferencia sintomática de estas dos formas de neurosis corresponde una diferente etiología. La neurastenia es imputable siempre a cierto estado del sistema nervioso, surgido a consecuencia de la masturbación excesiva o de continuadas poluciones espontáneas. En la génesis de la neurosis de angustia hallamos con regularidad influjos sexuales que presentan como carácter común la continencia o la satisfacción incompleta; así, el coito interrumpido, la abstinencia en individuos de libido muy intensa, las llamadas excitaciones frustradas, etc. En el breve ensayo[242], en el que intentamos introducir en la morfología de las neurosis la neurosis de angustia, formulamos ya el principio de que la angustia es, en general, libido desviada de sus fines.

En los casos mixtos en los cuales surgen conjuntamente síntomas de neurastenia y de neurosis de angustia, nos atenemos al principio, empíricamente descubierto, de que una mezcla de neurosis corresponde a una acción conjunta de varios factores etiológicos. Este principio resulta siempre confirmado en la práctica, y sería interesante examinar con cuánta frecuencia quedan enlazados orgánicamente entre sí estos factores etiológicos por la conexión de los procesos sexuales (por ejemplo, el coito interrumpido o la potencia insuficiente del hombre) con la masturbación.

Una vez seguramente diagnosticado un caso de neurosis neurasténica, y exactamente agrupados sus síntomas, podemos ya traducir la sintomatología en etiología, y pedir luego al enfermo la confirmación de nuestras hipótesis. Sin dejarnos desorientar por su negativa inicial, insistiremos en nuestras deducciones, y nuestra firme convicción acabará con vencer toda resistencia. En esta labor aprendemos lo suficiente como para componer un tratado altamente instructivo sobre la vida sexual del hombre, imponiéndosenos cada vez más la necesidad de libertar a la ciencia sexual de la interdicción que

sobre ella pesa. Teniendo en cuenta que las pequeñas desviaciones de la normalidad sexual son demasiado frecuentes para conceder un valor a su descubrimiento, sólo aceptaremos del enfermo neurótico, como explicación de su dolencia, una grave y duradera anormalidad de su vida sexual, sin que esta insistencia nuestra en la rebusca de una etiología sexual pueda nunca decidir a un enfermo psíquicamente normal a atribuirse, como alguna vez se ha sospechado, pecados sexuales imaginarios.

Siguiendo con nuestro paciente este procedimiento, adquirimos además la convicción de que la teoría de la etiología sexual de la neurastenia carece de excepciones. Esta convicción ha llegado a ser en mí tan absoluta, que el resultado negativo del examen toma a mis ojos un valor diagnóstico, haciéndome suponer que tales casos no pueden ser de neurastenia. De este modo he llegado a diagnosticar varias veces una parálisis progresiva en lugar de una neurastenia por no haberme sido posible comprobar que el enfermo se entregase a una masturbación excesiva, premisa necesaria de mi teoría, y el curso ulterior de estos casos me ha dado siempre la razón. En otro enfermo, que sin presentar claras modificaciones orgánicas se quejaba de dolores de cabeza y dispepsia, y oponía a mis sospechas sexuales una firme y constante negativa, de cuya sinceridad no podía dudarse, se me ocurrió diagnosticar una supuración latente en una de las cavidades nasales, y un rinólogo confirmó totalmente este diagnóstico, deducido del examen sexual negativo, curando totalmente al enfermo por medio de una operación, en la que hubo de provocar la salida de una gran cantidad de pus fétido, contenido en la cavidad de Highmor.

La existencia de «casos negativos» puede quedar también fingida por otras circunstancias. Hallamos, en efecto, casos en los que el examen revela una vida sexual normal, tratándose, no obstante, de enfermos cuya neurosis presenta a primera vista todos los caracteres de una neurastenia o una neurosis de angustia. Pero una más penetrante investigación acaba siempre por descubrirnos la verdad. Detrás de tales casos, en los que al principio creímos ver una neurastenia, se esconde como psiconeurosis una histeria o una neurosis obsesiva. Especialmente la histeria, que tantas afecciones orgánicas imita, puede fácilmente fingir una de las formas de las neurosis actuales[243], elevando sus síndromes a la categoría de síntomas histéricos.

Tales histerias de forma neurasténica no son nada raras. Sin embargo, no debe creerse que el arbitrio de acogerse a las psiconeurosis en los casos de neurastenia con examen sexual negativo no se halla exento de dificultad. Para establecer el nuevo diagnóstico hemos de recurrir al único método que puede llevarnos sin error al descubrimiento de una histeria; esto es, el psicoanálisis, del que más adelante hablaremos.

Aunque aquellos que se hallen dispuestos a tener en cuenta en sus enfermos neurasténicos la etiología sexual se inclinarán, quizá, a juzgarnos unilaterales al ver que no invitamos al médico a atender también a los demás factores citados por los tratadistas como causas de la neurastenia. Así, pues, hemos de hacer constar que está muy lejos de nuestro ánimo sustituir totalmente dichos factores por la etiología sexual y negarles de este modo toda influencia. Nos limitamos a afirmar que a todos los factores etiológicos reconocidos por los tratadistas en la génesis de la neurastenia deben agregarse los sexuales, desatendidos hasta hoy. Ahora bien: estos factores sexuales ocupan, a nuestro juicio, en la serie etiológica, una situación preeminente, por ser los únicos que se presentan en todo caso de neurastenia, sin excepción alguna, y los únicos capaces de producir la neurosis por si solos, quedando así rebajados los demás factores a la categoría de una etiología auxiliar y suplementaria. Sólo estos factores sexuales permiten al médico descubrir relaciones indudables entre su diversidad y la variedad de los cuadros patológicos. En cambio, aquellos casos en los que el sujeto ha enfermado de neurastenia, supuestamente a consecuencia del exceso de trabajo, de emociones intensas, de una fiebre tifoidea, etc., no muestran en sus síntomas nada común, ni me permiten deducir de la etiología el probable cuadro sintomático, o inversamente, de los síndromes, la causa etiológica.

Las causas sexuales son también las que antes ofrecen al médico un punto de apoyo para su acción terapéutica. La herencia es indudablemente un factor importante cuando realmente existe, pues permite la emergencia de graves defectos patológicos en casos que sin ella hubieran sido leves. Pero la herencia resulta inaccesible al influjo del médico. Cada individuo trae consigo al mundo determinadas predisposiciones, contra las que nada podemos. Sin embargo, tampoco debemos olvidar que precisamente en la etiología de las neurastenias ha de negarse a la herencia el primer puesto. La

neurastenia (en sus dos formas pertenece a aquellas afecciones que todo individuo exento de taras hereditarias puede adquirir sin dificultad. Si así no fuera, sería increíble su extraordinario incremento actual, tan lamentado por todos los tratadistas. Por lo que respecta a la civilización, a la cual se suele atribuir la causación de la neurastenia, quizá tengan también razón los autores (aunque en distinto sentido del que afirman); pero el estado de nuestra civilización es igualmente inmodificable por la acción individual, siendo además un factor cuya influencia general sobre los miembros de una misma sociedad no explica nunca la elección de la forma patológica. El médico no neurasténico se halla bajo la misma influencia, supuestamente nefasta, de la civilización que el enfermo neurasténico al que ha de tratar. La importancia de las influencias agotadoras queda subsistente con la restricción antes indicada. En cambio, se abusa extraordinariamente del *surmenage* como factor etiológico de la neurosis. Es exacto que el individuo predispuesto a la neurastenia por sus dañosas prácticas sexuales soporta mal el trabajo intelectual y los esfuerzos psíquicos de la vida; pero el trabajo y la excitación por sí solos no conducen a nadie a la neurosis. Por el contrario, el trabajo intelectual es una excelente protección contra las enfermedades neuróticas. Precisamente los trabajadores intelectuales más resistentes son respetados por la neurastenia, y el *surmenage*, a que los neurasténicos achacan su enfermedad, no merece casi nunca, ni por su cantidad ni por su calidad, el nombre de «trabajo intelectual». Los médicos habrán de acostumbrarse a explicar al empleado que dice haberse matado a trabajar en su oficina, o a la mujer a quien se hace excesivamente pesado el gobierno de su casa, que no han enfermado por haber intentado realizar sus deberes, fáciles en realidad para un cerebro civilizado, sino por haber descuidado y estropeado groseramente mientras tanto su vida sexual.

Sólo la etiología sexual nos facilita además la compresión de todos los detalles de los historiales clínicos de los neurasténicos, descubriéndonos las causas de sus enigmáticas mejorías en pleno curso de la enfermedad y de sus agravaciones, no menos incomprensibles, relacionadas habitualmente por los enfermos y los médicos con la terapia emprendida. En mi colección, que abarca más de doscientos casos, encuentro el de un individuo que, después de una cura en el establecimiento de Woerishofen[244], pasó un año entero

extraordinariamente mejorado. Al cabo de este tiempo recayó y acudió de nuevo afeitado balneario, con la esperanza de nueva mejoría, sin obtener esta vez alivio alguno. Una ojeada a la crónica familiar de este enfermo nos resolvió el doble enigma. Seis meses y medio después de su primer retorno de Woerishofen tuvo su mujer un niño. Resulta, pues, que al separarse de su mujer para emprender la cura se encontraba aquélla al principio de un embarazo aún ignorado, y a su retorno pudo el sujeto practicar con ella un comercio sexual normal. Pero cuando después del parto volvió a realizar el coito interrumpido, surgió de nuevo la neurosis, y la nueva cura no dio resultado alguno, toda vez que al volver a su casa hubo de continuar la práctica patógena.

Otro caso análogo, en el que también se hizo posible aclarar un inesperado efecto de la terapia, resultó aún más instructivo por presentar una enigmática transformación de los síntomas de la neurosis. Un joven nervioso había sido enviado por su médico a un establecimiento hidroterápico excelentemente dirigido en busca de alivio de una neurastenia típica. El estado del enfermo comenzó en seguida a mejorar visiblemente, haciendo esperar que nuestro sujeto abandonaría el balneario convertido en partidario entusiasta de la hidroterapia. Pero en la sexta semana sobrevino un cambio. El enfermo «no toleraba ya el agua»; se hallaba cada vez más nervioso, y al cabo de dos semanas más abandonó el establecimiento. Cuando luego acudió a mí, quejándose de tal engaño de la terapia, hice que me enterase de los síntomas que le habían atacado en medio de la cura, comprobando en ellos un cambio singular. Al llegar al balneario sufría pesadez de cabeza, dispepsia y cansancio, y los síntomas que interrumpieron la cura habían sido excitación, ataques de opresión, vértigos al andar e insomnios. Pude entonces decirle lo siguiente; «Es usted injusto con la hidroterapia. Como usted sabe muy bien, su enfermedad se debe a una continuada masturbación. En el balneario ha cesado usted de practicar este género de satisfacción sexual, y ha obtenido con ello una rápida mejoría. Pero cuando ya empezaba a sentirse bien ha cometido usted la imprudencia de entablar, quizá con una señora del mismo balneario, unas relaciones que sólo podían conducir a excitaciones sexuales sin satisfacción ulterior. Tales relaciones, y no una repentina intolerancia de la hidroterapia, le han hecho recaer en su enfermedad. De su actual estado

deduzco además que todavía continúa usted viendo aquí, en la capital, a dicha señora». El enfermo confirmó punto por punto mis palabras.

La terapia actual de la neurastenia, tal y como es practicada en los mejores balnearios, tiende a conseguir el alivio de los estados nerviosos, tonificando y tranquilizando al paciente. A mi juicio, sólo puede reprochársele el desatender las condiciones sexuales del caso, mi experiencia me inclina a desear que los médicos directores de tales establecimientos se den clara cuenta de que sus enfermos no son víctimas de la civilización o de la herencia, sino —*sit venia verbo*— inválidos de la sexualidad. De este modo se explicarían mejor tanto sus éxitos como sus fracasos, y tenderán además a alcanzar nuevos resultados positivos, encomendados hoy al azar o a la conducta espontánea del enfermo. Cuando se saca de su casa a una mujer aquejada de angustia y neurastenia y se la envía a un balneario, en el cual, libre de todo cuidado, se la somete a un régimen de baños, ejercicios gimnásticos y alimentación adecuada, se tenderá a ver en la brillante mejoría, conseguida en algunas semanas o meses, un resultado del reposo gozado por la enferma y de la tonificación, obra de la hidroterapia. Puede ser; pero pensando así se olvida que al alejar a la paciente de su casa se ha producido también una interrupción del coito conyugal, y que esta exclusión de la causa patógena es la que hace posible conseguir una mejoría, con el auxilio de una terapia adecuada. El olvido de este punto de vista etiológico queda luego vengado por la efímera duración de la mejoría obtenida. Al poco tiempo de reanudar la paciente su vida habitual vuelven a surgir los síntomas patógenos, obligándola periódicamente a pasar una temporada en tales establecimientos o a orientar hacia otros medios sus esperanzas de curación. Resulta, pues, indudable que en los casos de neurastenia la acción terapéutica debe atacar directamente las circunstancias en que el paciente vive y no aquéllas a las que es transferido en el balneario.

En otros casos nuestra teoría etiológica puede dar al médico de balneario la clave de los fracasos sufridos por la hidroterapia y proporcionarle el medio de evitarlos. La masturbación es en las muchachas púberes y en los hombres maduros mucho más frecuente de lo que se cree, y resulta dañosa, no sólo por dar origen a síntomas neurasténicos, sino por mantener a los enfermos bajo el peso de un secreto vergonzoso. El médico no acostumbrado a traducir en

masturbación la neurastenia atribuye el estado patológico a la anemia, a una alimentación insuficiente o al *surmenage*, y encomienda la curación del enfermo a una terapia adecuada a tales causas. Mas para su sorpresa, alternan en el paciente períodos de mejoría con otros de profundo ensombrecimiento e intensificación de todos los síntomas. El resultado de tal tratamiento es siempre dudoso. Si el médico supiera que el enfermo lucha todo el tiempo con su hábito sexual, cayendo en una lúgubre desesperación cuando se ha visto obligado a ceder a él una vez más, y si poseyera el medio de arrancarle su secreto, disminuiría su gravedad a los ojos del paciente, y al apoyarle en su lucha contra la costumbre patógena, el éxito terapéutico quedaría asegurado.

La deshabituación del onanismo es una de las nuevas labores que el reconocimiento de la etiología sexual plantea al médico, y sólo puede llevarse a cabo, como todas las demás curas de este género, en un establecimiento médico y bajo la continua vigilancia del terapeuta. Abandonado a sí mismo, el masturbador recurre a la cómoda satisfacción habitual siempre que experimenta alguna contrariedad. El tratamiento médico no puede proponerse aquí otro fin que conducir de nuevo al neurasténico, tonificando por una adecuada terapia auxiliar, a la actividad sexual normal, pues la necesidad sexual, despertada una vez y satisfecha durante un largo periodo, no se deja ya acallar, y si únicamente derivar por otro camino. Esta observación puede aplicarse también a las demás curas de abstinencia, cuyos resultados positivos seguirán siendo aparentes y efímeros mientras el médico se limite a quitar al enfermo el medio narcótico, sin preocuparse de la fuente de la que surge la necesidad imperativa del mismo. El «hábito» no es sino una mera locución, sin valor aclaratorio alguno. No todos los individuos que han tenido ocasión de tomar durante algún tiempo morfina, cocaína, etc., contraen la toxicomanía correspondiente. Una minuciosa investigación nos revela generalmente que estos narcóticos se hallan destinados a compensar —directa o indirectamente— la falta de goces sexuales, y en aquellos casos en los que no es ya posible restablecer una vida sexual normal puede esperarse con seguridad una recaída.

La etiología de la neurosis de angustia plantea al médico otra nueva labor, consistente en mover al enfermo a abandonar todas las formas perjudiciales del comercio sexual y a iniciar relaciones sexuales normales. Este deber

incumbe, naturalmente, al médico de cabecera, el cual hará graves perjuicios a sus clientes si se considera demasiado distinguido para ocuparse de tales asuntos.

Tratándose aquí generalmente de parejas matrimoniales, los esfuerzos del médico no tardan en tropezar con la tendencia malthusiana a limitar el número de embarazos. Es indudable que en nuestra clase media van adquiriendo estas tendencias cada vez mayor difusión. He encontrado matrimonios que comenzaron a ponerlas en práctica después del nacimiento de su primer hijo, y otros que las observaron ya la noche de bodas. El problema del malthusianismo es muy amplio y harto complicado para que podamos discutirlo aquí con el detenimiento que requería la terapia de las neurosis. Habremos, pues, de limitarnos a indicar cuál es la mejor actividad que pueden adoptar ante él aquellos médicos que reconozcan la etiología sexual de la neurosis:

Lo más equivocado sería, desde luego, no tenerlo en cuenta, cualquiera que fuera la razón alegada. Lo que es necesario no puede estar por bajo de mi dignidad médica, e indudablemente es necesario auxiliar con el consejo médico a un matrimonio que se propone limitar el número de hijos, si no se quiere exponer a uno de los cónyuges o a ambos a la neurosis. Es indiscutible que las prevenciones malthusianas puedan llegar a ser alguna vez de absoluta necesidad en un matrimonio, y teóricamente constituiría uno de los mayores triunfos de la Humanidad y una de las más importantes liberaciones de la coerción natural, a la que nuestra especie se halla sometida, conseguir elevar el acto de la concepción, que tanta responsabilidad entraña, a la categoría de acto voluntario e intencionado, desligándolo de su amalgama con la precisa satisfacción de una necesidad natural.

El médico prudente tomará, pues, a su cargo decidir en qué circunstancias está justificado el empleo de medios preventivos de la concepción, y habrá de explicar cuáles de estos medios son perjudiciales y cuáles inofensivos. Perjudicial es todo lo que se oponga al logro de la satisfacción sexual. Mas, por ahora, no poseemos medio alguno preventivo de la concepción que satisfaga todas las condiciones justificadamente exigidas; esto es, que siendo cómodo y seguro, no disminuya la sensación de placer del coito ni ofenda la sensibilidad de la mujer. Se plantea aquí a los médicos una labor práctica,

cuya solución compensaría sus esfuerzos. Aquel que llenase esta laguna de nuestra técnica médica habría logrado conservar a infinitos seres humanos la salud y el goce de la vida, si bien iniciando al mismo tiempo una decisiva transformación de nuestras circunstancias sociales.

No terminan aquí las sugestiones emanadas del reconocimiento de la etiología sexual de las neurosis. El resultado principal que se nos hace posible alcanzar en favor de los neurasténicos tiene un carácter profiláctico. Si la masturbación es la causa de la neurastenia en la juventud, y adquiere luego también, por la consiguiente disminución de la potencia, una importancia etiológica con respecto a la neurosis de angustia, su evitación habrá de constituir una labor a la que deberá prestarse mayor atención que hasta hoy. Teniendo en cuenta los perjuicios generales, más o menos visibles, causados por la neurastenia, cada vez más difundida, según los tratadistas, habremos de reconocer un interés social en que los *hombres conserven intacta su potencia al iniciar las relaciones sexuales*. Pero en las cuestiones profilácticas es casi impotente el esfuerzo individual. La colectividad ha de tomar interés en ellas y dar su aquiescencia a la adopción de medidas generales. Por ahora nos hallamos muy lejos de toda posibilidad de tal auxilio, y en este sentido sí puede hacerse responsable a nuestra civilización de la difusión de la neurastenia. Antes de lograr el apoyo de la colectividad para esta labor profiláctica tendrán que variar mucho las cosas. Habrá de romperse la resistencia de toda una generación de médicos, que no quieren recordar su propia juventud; habrá de vencerse el orgullo de los padres, que no quieren descender ante sus hijos al nivel de la Humanidad, y habrá de combatirse el incomprensivo pudor de las madres, que consideran hoy como una fatalidad inescrutable, pero inmerecida, el que «precisamente sus hijos hayan enfermado de los nervios». Pero ante todo ha de hacerse lugar en la opinión pública a la discusión de los problemas de la vida sexual; ha de poderse hablar de ellos sin ser acusados de perturbar la tranquilidad pública o de especular con los más bajos instintos. Todo esto plantea ya trabajo para un siglo entero, durante el cual aprendería nuestra civilización a tolerar las aspiraciones de nuestra sexualidad.

El valor de una exacta diferenciación diagnóstica de las psiconeurosis y la neurastenia reposa también en el hecho de que las primeras reclaman una

distinta orientación práctica y medidas terapéuticas especiales. Las psiconeurosis surgen en dos diferentes condiciones: bien independientemente, bien acompañando a las neurosis actuales (neurastenia y neurosis de angustia). En este último caso nos hallamos ante un nuevo tipo, muy frecuente, de neurosis mixtas. La etiología de la neurosis se convierte en etiología auxiliar de la psiconeurosis, resultando un cuadro patológico en el que predomina quizá la neurosis de angustia, pero que contiene además rasgos de neurastenia propiamente dicha, histeria y neurosis obsesiva. Ante tal mezcla no es conveniente renunciar a una separación de los distintos cuadros patológicos neuróticos, siendo fácil explicarse el caso en la forma siguiente: El desarrollo predominante de la neurosis de angustia demuestra que la enfermedad ha surgido bajo la influencia etiológica de un daño sexual actual. Ahora bien: el sujeto se hallaba además predispuesto a una o varias psiconeurosis por una etiología especial, y hubiera enfermado alguna vez de psiconeurosis, bien espontáneamente, bien al sobrevenir algún factor debilitante. Así, pues, la etiología auxiliar que aún faltaba para la emergencia de la psiconeurosis ha sido agregada por la etiología actual de la neurosis de angustia.

Para tales casos se ha impuesto justificadamente como práctica terapéutica la de prescindir de los componentes psiconeuróticos del cuadro patológico y tratar tan sólo la neurosis actual. En muchos de ellos se consigue dominar también la neurosis adjunta combatiendo adecuadamente la neurastenia. En cambio, aquellos otros casos de psiconeurosis que surgen espontáneamente o permanecen como restos independientes después del curso de una enfermedad mixta de neurastenia y psiconeurosis, han de ser enjuiciados de un modo muy distinto. Al hablar de una emergencia «espontánea» de una psiconeurosis, no quiero decir que en la investigación anamnésica correspondiente echemos de menos todo factor etiológico. Así puede, en efecto, suceder; pero puede también señalársele un factor indiferente; por ejemplo, una emoción, la debilidad consiguiente a una enfermedad orgánica, etc. Pero ha de tenerse en cuenta en todos los casos que la verdadera etiología de las psiconeurosis no reside en estos meros agentes provocadores, siendo inaprehensible por el procedimiento anamnésico habitual.

A esta brecha que se ha intentado cerrar con la hipótesis de una disposición neuropática especial, se debe que la terapia de tales estados patológicos no presentara hasta ahora grandes probabilidades de éxito. La disposición neuropática misma era interpretada como un signo de degeneración general, esgrimiéndose así de continuo esta última palabra contra los pobres enfermos, a quienes el médico no sabía ayudar. La disposición neuropática existe, desde luego, pero hemos de negar terminantemente que baste para generar la psiconeurosis. Tampoco es cierto que la coincidencia de la disposición neuropática con causas provocadoras, sobrevenidas en la vida ulterior, constituye una etiología suficiente de las psiconeurosis. Se ha ido demasiado lejos en la atribución de los destinos patológicos del individuo a la vida de sus ascendientes, olvidando en ello que entre la concepción y la madurez del sujeto se extiende un largo e importante período: la niñez, en el cual pueden ser adquiridos los gérmenes de la enfermedad ulterior. Así sucede, efectivamente, en la psiconeurosis. Su verdadera etiología se halla en sucesos acaecidos en la infancia del individuo, y precisa y exclusivamente en impresiones relativas a la vida sexual. Es un error desatender por completo, como se viene haciendo, la vida sexual de los niños, capaces, según mi repetida y constante experiencia, de todas las funciones sexuales psíquicas y de muchas somáticas. Así como los genitales exteriores y las dos glándulas seminales no constituyen todo el aparato sexual del hombre, tampoco su vida sexual comienza sólo con la pubertad, como una observación superficial pudiera fingirnos. Es, en cambio, exacto que la organización y el desarrollo de la especie humana tienden a evitar una amplia actividad sexual durante la infancia. Parece como si las fuerzas instintivas sexuales del hombre hubieran de ir almacenándose para actuar luego, al desencadenarse en la pubertad, al servicio de grandes fines culturales (Wilh, Fliess). Esta circunstancia nos explica, quizá, por qué las experiencias sexuales de la infancia han de tener un efecto patógeno. Pero la acción que tales experiencias desarrollan en la época de su acaecimiento es insignificante, siendo mucho más intensa su *acción ulterior*, que puede iniciarse en épocas más tardías de la vida individual. Esta acción ulterior parte luego de las huellas psíquicas dejadas por los sucesos sexuales infantiles. En el intervalo entre tales impresiones y su reproducción (o más

bien la intensificación de los impulsos libidinosos de ellas emanados), tanto del aparato sexual somático como el aparato psíquico han experimentado un importante desarrollo, y de este modo la acción de aquellas tempranas experiencias sexuales provoca una reacción psíquica anormal, surgiendo productos psicopatológicos.

Podemos ya indicar los factores principales en los que se apoya la teoría de las psiconeurosis: la acción ulterior y el infantilismo del aparato sexual y del instrumento psíquico. Para facilitar una verdadera comprensión del mecanismo de la génesis de las psiconeurosis se haría precisa una más amplia exposición. Ante todo sería inevitable presentar determinadas hipótesis, que creo totalmente nuevas, sobre la composición y el funcionamiento del aparato psíquico. En un libro que ahora preparo sobre la «interpretación de los sueños[245]» tendré ocasión de plantear tales fundamentos de una psicología de las neurosis. El sueño pertenece, en efecto, a aquella misma serie de productos psicopatológicos en la que incluimos las ideas histéricas fijas, las representaciones obsesivas y las ideas delirantes.

Los fenómenos de la psiconeurosis, emanados de huellas psíquicas inconscientes bajo el influjo de la acción ulterior de las impresiones sexuales infantiles, resultan a consecuencia de este mismo origen accesibles a la psicoterapia, si bien por caminos distintos del único hasta ahora conocido, o sea, la sugestión con hipnosis o sin ella.

Partiendo del procedimiento «catártico», iniciado por Breuer, hemos dado forma en los últimos años a un nuevo método terapéutico, el método «psicoanalítico», al que debemos numerosos éxitos, y cuya eficacia esperamos aumentar aún considerablemente. En la obra titulada *Estudios sobre la histeria*[246], publicada en colaboración con J. Breuer en 1895, incluimos ya una primera comunicación de la técnica y el alcance de este método. Pero desde entonces he introducido en él diversas modificaciones, que lo han perfeccionado mucho. Por aquella época nos limitábamos a afirmar modestamente que sólo podíamos tender a la supresión de los síntomas histéricos y no a la curación de la histeria misma. Hoy puedo ya asegurar que el método por mí establecido encierra la posibilidad de curar tanto la histeria como las representaciones obsesivas. Me ha interesado, pues, vivamente leer en las publicaciones de mis colegas que el ingenioso método

descubierto por Breuer y Freud había fracasado en tal o cual caso, o que no cumplía lo que parecía prometer. Estas frases me hacían una impresión semejante a la del hombre que lee en un periódico la noticia de su muerte, pero al que su mejor conocimiento conserva la tranquilidad. El método psicoanalítico es tan difícil que ha de ser previamente aprendido su desarrollo y no puedo recordar que ninguno de mis críticos haya acudido a mí en demanda de explicaciones ni creo tampoco que se haya ocupado de él, como yo, con intensidad suficiente para descubrirlo por sí mismo. Las indicaciones contenidas en los *Estudios sobre la histeria* son totalmente insuficientes para facilitar al lector el dominio de esta técnica y no tienden tampoco en modo alguno a semejante fin.

La terapia psicoanalítica no es, por ahora, generalmente aplicable, presentando, que yo sepa, las siguientes limitaciones: exige una determinada madurez intelectual en los enfermos, siendo, por tanto, inútil en los niños y en los adultos mentalmente débiles o incultos. Cuando se trata de personas de mucha edad, la duración del tratamiento, correlativa a la cantidad de material acumulado, resultaría excesiva, coincidiendo acaso su fin con el comienzo de un período de la vida en el que no se concede ya gran valor a la salud nerviosa. Por último, sólo es posible cuando el enfermo conserva un estado psíquico normal, partiendo del cual puede dominarse el material patológico. Durante una confusión histérica o una manía o melancolía interpolada, los medios psicoanalíticos no logran resultado alguno. Tales casos sólo pueden ser sometidos a nuestro método después de haber conseguido apaciguar con los medios acostumbrados los fenómenos tormentosos. Prácticamente se obtienen mejores resultados en los casos crónicos de psiconeurosis que en los de crisis aguda, en los cuales lo principal es obtener una rápida derivación. De este modo el terreno más favorable para la nueva terapia está constituido por las fobias histéricas y las distintas formas de la neurosis obsesiva.

Esta limitación de nuestro método se explica en gran parte por las condiciones en que hemos tenido que desarrollarlo. El material clínico de que disponemos está formado por nerviosos crónicos, pertenecientes a la clase cultivada. Creo muy posible la constitución de procedimientos suplementarios para sujetos infantiles y para el público de los hospitales. He de indicar también que hasta ahora sólo he probado mi terapia en graves

casos de histeria y de neurosis obsesiva. No sé, por tanto, cuál sería su eficacia en aquellos casos leves que parecen curar al cabo de algunos meses de un tratamiento cualquiera. Como es natural, una terapia nueva, que exige múltiples sacrificios, no podía contar sino con enfermos que habían ensayado ya sin resultado los procedimientos oficialmente reconocidos o cuyo estado justificaba el temor de que tales métodos, más cómodos y breves, resultarían ineficaces. De este modo me he visto obligado a afrontar desde un principio, con un instrumento aún imperfecto, las más difíciles tareas. En compensación, los resultados obtenidos presentan así una mayor fuerza probatoria.

Las dificultades principales que aún se oponen a la terapia psicoanalitica no se debe ya a sus propias características, sino a la incomprensión de la esencia de las psiconeurosis, tanto por parte de los médicos como del público en general. Esta absoluta ignorancia justifica que los médicos se crean con derecho a consolar a los enfermos con vanas seguridades o a hacerles aceptar inútiles medidas terapéuticas. «Venga usted a pasar seis semanas a mi sanatorio y desaparecerán sus síntomas» (miedo a los viajes, representaciones obsesivas, etc.). En realidad, tales establecimientos son indispensables para el apaciguamiento de los ataques agudos emergentes en el curso de una psiconeurosis, mas para la curación de los estados crónicos resultan totalmente ineficaces, y tanto los sanatorios más distinguidos, supuestamente dotados de una dirección científica, como los balnearios más vulgares.

Sería más digno y más tolerable para el enfermo que el médico dijese la verdad, tal y como todos los días se le impone: las psiconeurosis no son nunca enfermedades leves. Una vez iniciada una histeria, nadie puede predecir cuándo terminará. Por lo general, se consuela al enfermo con la vana profecía de que su dolencia desaparecerá un día de repente. La curación no es, con frecuencia, sino un acuerdo de tolerancia recíproca, establecido entre el hombre sano y el enfermo que en sí lleva el paciente, o resulta de la transformación de un síntoma en una fobia. La histeria, trabajosamente ocultada, de una muchacha reaparece, después de una breve interrupción, durante los primeros tiempos felices del matrimonio, siendo ahora el marido, como antes la madre, quien se encarga de silenciar, por interés propio, la enfermedad. Cuando la enfermedad no trae consigo una incapacidad

manifiesta, produce siempre, por lo menos, una imposibilidad de desplegar libremente las energías psíquicas. Las representaciones obsesivas retornan una y otra vez a través de toda la vida, y la terapia se ha demostrado hasta ahora impotente contra las fobias y otras limitaciones de la voluntad. Todo esto es ocultado a los profanos, y de este modo el padre de una muchacha histérica se espanta cuando ha de prestar, por ejemplo, su aquiescencia a un tratamiento de un año de duración para una enfermedad cuyos primeros signos han parecido desvanecerse al cabo de unos meses. El profano se halla íntimamente convencido de la superfluidad de todas estas psiconeurosis, y no soporta con paciencia el curso de la enfermedad ni se muestra dispuesto a los sacrificios exigidos por la terapia. Si ante un tifus de tres semanas de duración, o la fractura de una pierna, cuya curación exige seis meses, se conduce más comprensivamente, y si al advertir en sus hijos las primeras huellas de una desviación de la columna vertebral acepta en el acto un tratamiento ortopédico que ha de durar años enteros, esta diferente actitud se debe a una mejor comprensión de los médicos, que transfieren honradamente su labor al profano. La sinceridad de los médicos y la docilidad de los profanos se extenderán también a las psiconeurosis, una vez que el conocimiento de la esencia de estas afecciones llegue a ser del dominio médico común.

De todos modos, el tratamiento radical psicoterápico de las mismas necesitará siempre una preparación especial y será incompatible con el ejercicio de otra actividad médica. En cambio, tales especialistas médicos, numerosos seguramente en lo futuro, hallarán ocasión de brillantes éxitos y llegarán a un profundo conocimiento de la vida anímica de los hombres.

XVI

LOS RECUERDOS ENCUBRIDORES[247]

1899

EN mis tratamientos psicoanalíticos (de histerias, neurosis obsesivas, etc.), he tenido repetidas ocasiones de ocuparme de los recuerdos fragmentarios de los primeros años infantiles, conservados en la memoria individual. Tales recuerdos poseen, como ya en otro lugar hemos indicado, una gran importancia patógena. Pero, aparte de esto, el tema de los recuerdos infantiles ofrece siempre interés psicológico por hacerse en ellos visible una diferencia fundamental entre la conducta psíquica del niño y la del adulto. Es indudable que los sucesos de nuestros primeros años infantiles dejan en nuestra alma huellas indelebles; pero cuando preguntamos a nuestra *memoria* cuáles son las impresiones cuyos efectos han de perdurar en nosotros hasta el término de nuestra vida, permanece muda o nos ofrece tan sólo un número relativamente pequeño de recuerdos aislados, de valor muy dudoso con frecuencia y a veces problemático. La reproducción mnémica de la vida, en una concatenación coherente de recuerdos, no comienza sino a partir de los seis o los siete años, y en algunos casos hasta después de los diez. Mas de aquí en adelante se establece también una relación constante entre la importancia psíquica de un suceso y su adherencia a la memoria. Conservamos en ella todo lo que parece importante por sus efectos inmediatos o cercanos. Olvidamos, en cambio, lo que suponemos nimio. Si nos es posible recordar a través de mucho tiempo determinado suceso, vemos

en esta adherencia a nuestra memoria una prueba de que dicho suceso nos causó, en su época, profunda impresión. El haber olvidado algo importante nos asombra aún más que recordar algo aparentemente nimio[248].

Esta relación, existente para el hombre normal, entre la importancia psíquica y la adherencia a la memoria, desaparece en ciertos estados anímicos patológicos. Así, el histérico presenta una singular amnesia, total o parcial, en lo que respecta a aquellos sucesos que han provocado su enfermedad, los cuales, por esta misma causación, e independientemente de su propio contenido, han adquirido, sin embargo, para él máxima importancia. En la analogía de esta amnesia patológica con la amnesia normal, que recae sobre nuestros años infantiles^ quisiéramos ver un significativo indicio de las íntimas relaciones existentes entre el contenido psíquico de la neurosis y nuestra vida infantil.

Estamos tan acostumbrados a este olvido de nuestras impresiones infantiles, que no solemos advertir el problema que detrás de él se esconde, y nos inclinamos a atribuirlo al estado rudimentario de la actividad psíquica del niño. En realidad, un niño normalmente desarrollado nos muestra ya a los tres o cuatro años una respetable cantidad de rendimientos psíquicos muy complicados, tanto en sus comparaciones y deducciones como en la expresión de sus sentimientos, no existiendo razón visible alguna para que estos actos psíquicos, plenamente equivalentes a los posteriores, hayan de sucumbir a la amnesia.

El estudio de los problemas psicológicos enlazados a los primeros recuerdos infantiles exige como premisa indispensable la reunión de material suficiente, determinándose por medio de una amplia información qué recuerdos de esta edad puede comunicar un número considerable de adultos normales. C. y V. Henri iniciaron esta labor en 1895, difundiendo un interrogatorio por ellos formulado. Los interesantísimos resultados de esta información, a la que respondieron ciento veintitrés personas, fueron publicados luego (1897) por sus iniciadores en *L'Anné psychologique* (tomo III, «Enquête sur les premiers souvenirs de l'enfance»), Por nuestra parte, no proponiéndonos tratar aquí este tema en su totalidad, nos limitaremos a hace^{r} resaltar aquellos puntos a los que hemos de enlazar nuestro estudio de los recuerdos calificados por nosotros de «encubridores».

La época en la que se sitúa el contenido de los recuerdos infantiles más tempranos es, por lo general, la que se extiende entre los dos y los cuatro años (así sucede en ochenta y ocho casos de los reunidos por C. y V. Henri). Hay, sin embargo, individuos cuya memoria alcanza más atrás, incluso hasta poco tiempo después de cumplir su primer año, y otros, en cambio, que no poseen recuerdo alguno anterior a los seis, los siete o los ocho años. No se sabe aún de qué dependen tales diferencias. Únicamente se observa —dicen los Henri— que una persona cuyo recuerdo más temprano corresponde a una edad mínima (por ejemplo, al primer año de su vida) dispone también de otros diversos recuerdos inconexos de los años siguientes, y que la reproducción de su vida en una cadena mnémica continua se inicia en ella antes que en otras personas cuyo primer recuerdo pertenece a épocas posteriores. Así, pues, lo que se adelanta o retrasa en los distintos individuos no es tan sólo el momento del primer recuerdo, sino toda la función mnémica.

La cuestión de cuál puede ser el *contenido* de estos primeros recuerdos infantiles presenta especialísimo interés. La psicología de los adultos nos haría esperar que del material de sucesos vividos serían seleccionadas aquellas impresiones que provocaron un intenso afecto o cuya importancia quedó impuesta a poco por sus consecuencias. Algunas de las observaciones de los Henri parecen confirmar esta hipótesis, pues presentan como contenidos más frecuentes de los recuerdos infantiles, bien ocasiones de miedo, vergüenza o dolor físico, bien acontecimientos importantes: enfermedades, muertes, incendios, el nacimiento de un hermano, etcétera. Nos inclinaríamos así a suponer que las normas de la selección mnémica son idénticas en el alma del niño y en la del adulto. Por su parte, los recuerdos infantiles conservados habrán de indicarnos las impresiones que cautivaron el interés del niño, a diferencia del de un adulto, y de este modo nos explicaremos, por ejemplo, que una persona recuerde la rotura de unas muñecas con las que jugaba a los dos años y haya olvidado totalmente, en cambio, graves y tristes sucesos, de los que pudo darse cuenta en aquella misma época.

Habrá, pues, de extrañarnos, por contradecir la hipótesis antes formulada, oír que los recuerdos infantiles más tempranos de algunas personas tienen por contenido impresiones cotidianas e indiferentes que no pudieron provocar

afecto ninguno en el niño, no obstante lo cual quedaron impresas en su memoria con todo detalle, no habiendo sido retenidos, en cambio, otros sucesos importantes de la misma época, ni siquiera aquellos que, según testimonio de los padres, causaron gran impresión al niño. Cuentan así los Henri de un profesor de Filología, cuyo primer recuerdo, situado entre los tres y los cuatro años, le presentaba la imagen de una mesa dispuesta para la comida, y en ella, un plato con hielo. Por aquel mismo tiempo ocurrió la muerte de su abuela, que, según manifiestan los padres del sujeto, conmovió mucho al niño. Pero el profesor de Filología no sabe ya nada de esta desgracia, y sólo recuerda de aquella época un plato con hielo, puesto encima de una mesa.

Otro individuo refiere como primer recuerdo infantil el de haber tronchado una ramita de un árbol durante un paseo. Cree poder indicar todavía el lugar en que esto sucedió. Iba con varias personas, y una de ellas le ayudó a cortar la ramita.

Los Henri suponen muy raros tales casos. Por mi parte, he tenido ocasión de hallarlos con bastante frecuencia, si bien, por lo general, en enfermos neuróticos. Uno de los informadores de los Henri arriesga una explicación, que nos parece acertadísima, de estas imágenes mnémicas, incomprensibles por su nimiedad. Supone que en estos casos la escena de referencia no se ha conservado sino incompletamente en el recuerdo, pareciendo así indiferente, pero que en los elementos olvidados se hallaría, quizá, contenido todo aquello que la hizo digna de ser recordada. Mi experiencia está de completo acuerdo con esta explicación. Únicamente nos parecería más exacto decir que los elementos no aparentes en el recuerdo han sido «omitidos» en lugar de «olvidados». En el tratamiento psicoanalítico me ha sido posible descubrir muchas veces los fragmentos restantes del suceso infantil, demostrándose así que la impresión, de la cual subsistía tan sólo un torso en la memoria[249], confirmaba, una vez completada, la hipótesis de la conservación mnémica de lo importante. De todos modos, no nos explicamos aún de la singular selección llevada a cabo por la memoria entre los elementos de un suceso, pues hemos de preguntarnos todavía por qué es rechazado precisamente lo importante y conservado, en cambio, lo indiferente. Para alcanzar tal explicación hemos de penetrar más profundamente en el mecanismo de estos

procesos. Se nos impone entonces la idea de que en la constitución de los recuerdos de este orden particular hay dos fuerzas psíquicas, una de las cuales se basa en la importancia del suceso para querer recordarlo, mientras que la otra —una resistencia— se opone a tal propósito. Estas dos fuerzas opuestas no se destruyen, ni llega tampoco a suceder que uno de los motivos venza al otro —con pérdidas por su parte o sin ellas—, sino que se origina un efecto de transacción, análogamente a la producción de una resultante en el paralelógramo de las fuerzas. La transacción consiste aquí en que la imagen mnémica no es suministrada por el suceso de referencia —en este punto vence la resistencia—, pero sí, en cambio, por un elemento psíquico íntimamente enlazado a él por asociación, circunstancia en la que se muestra de nuevo el poderío del primer principio, que tiende a fijar las impresiones importantes por medio de la producción de imágenes mnémicas reproducibles. Así, pues, el conflicto se resuelve constituyéndose en lugar de la imagen mnémica, originalmente justificada, una distinta, producto de un *desplazamiento asociativo*. Pero como los elementos importantes de la impresión son precisamente los que han despertado la resistencia, no pueden entrar a formar parte del recuerdo sustitutivo, el cual presentará así un aspecto nimio, resultándonos incomprensible, porque quisiéramos atribuir su conservación en la memoria a su propio contenido, debiendo atribuirla realmente a la relación de dicho contenido con otro distinto, rechazado.

Entre los muchos casos posibles de sustitución de un contenido psíquico por otro, comprobables en diversas constelaciones psicológicas, este que se desarrolla en los recuerdos infantiles, y que consiste en la sustitución de los elementos importantes de un suceso por los más insignificantes del mismo, es uno de los más sencillos. Constituye un desplazamiento por contigüidad asociativa, o, atendiendo a la totalidad del proceso, en una represión, seguida de una sustitución por algo contiguo (local y temporalmente). Ya en otro lugar tuvimos ocasión de exponer un caso muy análogo de sustitución, descubierto en el análisis de una paranoia[250]. Tratábase entonces de una paciente que oía en sus alucinaciones voces que le recitaban pasajes enteros dé la *Heiterethei*, de O. Ludwing, elegidos precisamente entre los más diferentes y menos susceptibles de una relación con sus propias circunstancia. El análisis demostró haber sido otros distintos pasajes de la misma obra los

que habían despertado en la paciente sentimientos muy penosos. El afecto penoso motivaba la repulsa de tales pasajes, mas por otro lado no era posible reprimir los motivos que imponían la continuación de estos pensamientos, y de este modo surgió la transacción, consistente en emerger en la memoria con intensidad y claridad patológicas los pasajes indiferentes. El proceso aquí descubierto *conflicto, represión y sustitución transaccional*— retorna en todos los síntomas psiconeuróticos, dándonos la clave de la formación de los mismos. No carece, pues, de importancia su descubrimiento también en la vida psíquica de los individuos normales. El hecho de recaer para el hombre normal precisamente sobre los recuerdos infantiles constituye una prueba más de la íntima relación entre la vida anímica del niño y el material psíquico de la neurosis; relación tan repetidamente acentuada por nosotros.

Los importantísimos procesos de la defensa normal y patológica y los desplazamientos a los cuales conducen no han sido todavía estudiados, que yo sepa, por los psicólogos, no habiéndose determinado aún los estratos de la actividad psíquica en los que se desarrollan ni las condiciones bajo las cuales se desenvuelven. La causa de esta omisión es, quizá, que nuestra vida psíquica, en cuanto es objeto de nuestra percepción interna *consciente*, no deja transparentar indicio algunos de estos procesos, sea en aquellos casos que calificamos de «errores mentales», sea en ciertas operaciones tendentes a un efecto cómico. La afirmación de que una intensidad psíquica puede desplazarse desde una representación, la cual queda despojada de ella, a otra distinta, que toma entonces a su cargo el papel psicológico que venía desempeñando la primera, nos resulta tan extraña como ciertos rasgos de la mitología griega; por ejemplo, cuando los dioses conceden a un hombre el don de la belleza, transfigurándole y como revistiéndole con una nueva envoltura corporal.

Mis investigaciones sobre los recuerdos infantiles indiferentes me han enseñado también que su génesis puede seguir aún otros caminos, y que su aparente inocencia suele encubrir sentidos insospechados. No quiero limitarme en este punto a una mera afirmación, sino que he de exponer ampliamente el más instructivo de los ejemplos por mí reunidos, que inspirará además una mayor confianza por corresponder a un sujeto nada o muy poco neurótico.

Trátase de un hombre de treinta y ocho años[251], y de formación universitaria, que, a pesar de ejercer una profesión completamente ajena a nuestra disciplina, se interesa por las cuestiones psicológicas desde que conseguimos curarle de una pequeña fobia, con ayuda del psicoanálisis. Habiendo leído la investigación de C. y V. Henri, me comunicó la siguiente exposición de sus recuerdos infantiles, que ya habían desempeñado cierto papel en el análisis:

«Conservo numerosos recuerdos infantiles muy tempranos, cuyas fechas puedo indicar con gran seguridad, pues al cumplir los tres años abandonamos el lugar de mi nacimiento para establecernos en una ciudad. Los recuerdos a que me refiero se desarrollan todos en mi lugar natal, y corresponden, por tanto, al segundo y tercer año de mi vida. Son en su mayoría escenas muy breves, pero claramente retenidas con todos los detalles de la percepción sensorial, contrastando así con los recuerdos de épocas posteriores, carentes en mí de todo elemento visual. A partir de mis tres años se hacen mis recuerdos más raros e imprecisos, mostrando lagunas que comprenden a veces más de un año. Sólo desde los seis o los siete años comienzan a adquirir continuidad. Los recuerdos correspondientes a la época anterior a nuestro cambio de residencia pueden dividirse en tres grupos. Incluyo en el primero aquellas escenas que mis padres me han referido posteriormente, y de cuya imagen mnémica no puedo decir si existía en mí desde un principio o se constituyó luego de tales relatos. Observaré, de todos modos, que existen también otros sucesos, cuyo relato me ha sido hecho repetidas veces por mis padres, y a los cuales no corresponde, sin embargo, en mí imagen mnémica ninguna. El segundo grupo tiene, a mi juicio, más valor. Las escenas que lo constituyen no me han sido —que yo sepa— relatadas, y para muchas de ellas no cabe tal posibilidad, puesto que no he vuelto a ver a las personas que en ellas actuaron. Del tercer grupo me ocuparé más tarde. Por lo que respecta al contenido de estas escenas, y consiguientemente al motivo de su conservación en la memoria, no carezco de cierta orientación. No puedo de todos modos afirmar que los recuerdos conservados correspondan a los acontecimientos más importantes de aquella época o a los que hoy juzgaría tales. Del nacimiento de una hermana mía, dos años y medio menor que yo, no tengo la menor idea: nuestra partida de mi ciudad natal, mi primer

conocimiento del ferrocarril y el largo viaje en coche hasta la estación no han dejado huella alguna en mi memoria. En cambio, retuve dos detalles nimios del viaje en ferrocarril, de los cuales ya tuvimos ocasión de hablar en el análisis de mi fobia. Una herida en la cara, que provocó una abundante hemorragia e hizo precisos varios puntos de sutura, hubiera debido causarme máxima impresión. Todavía hoy puede advertirse en mi rostro la cicatriz correspondiente, pero no conservo recuerdo alguno que se refiera directa o indirectamente a este suceso. Quizá acaeciese antes de cumplir yo lo dos años.

»Las imágenes y escenas de estos dos grupos no me causan extrañeza. Son ciertamente recuerdos aplazados, en la mayoría de los cuales ha quedado excluido lo esencial. Pero en algunos, tales elementos importantes se hallan por lo menos indicados, y otros me resultan fáciles de completar con el auxilio de ciertos indicios, logrando así enlazar los distintos fragmentos mnémicos, y mostrándoseme claramente el interés infantil que recomendó a la memoria tales escenas. Muy otra cosa sucede con el contenido del tercer grupo. Trátase aquí de un material —una escena de alguna extensión y varias pequeñas imágenes del que yo no sé qué pensar. La escena me parece indiferente e incomprensible su fijación. Permítame usted que se la describa: Veo una pradera cuadrangular, algo pendiente, verde y muy densa. Entre la hierba resaltan muchas flores amarillas, de la especie llamada vulgarmente “diente de león”. En lo alto de la pradera, una casa campestre, a la puerta de la cual conversan apaciblemente dos mujeres: una campesina, con su pañuelo a la cabeza, y una niñera. En la pradera juegan tres niños: yo mismo, representando dos o tres años; un primo mío, un año mayor que yo, y su hermana, casi de mi misma edad. Cogemos las flores amarillas, y tenemos ya un ramito cada uno. El más bonito es el de la niña; pero mi primo y yo nos arrojamos sobre ellas y se lo arrebatamos. La chiquilla echa a correr, llorando, pradera arriba, y al llegar a la casita, la campesina le da para consolarla un gran pedazo de pan de centeno. Al advertirlo mi primo y yo tiramos las flores y corremos hacia la casa, pidiendo también pan. La campesina nos lo da, cortando las rebanadas con un largo cuchillo. El resabor de este pan en mi recuerdo es verdaderamente delicioso, y con ello termina la escena.

»¿Qué es lo que en este suceso justifica el esfuerzo de retención que me ha obligado a realizar? No acierto a explicármelo, siéndome imposible precisar a qué circunstancia debe su intensa acentuación psíquica: a nuestro mal comportamiento con la niña, a haberme gustado mucho el color amarillo del diente de león, que hoy no encuentro nada bello, o a que después de corretear por la pradera me supo el pan mejor que de costumbre, hasta el punto de llegar a constituir una impresión indeleble. No encuentro tampoco relación alguna de esta escena con el interés infantil, fácilmente visible, que enlaza entre sí las demás escenas infantiles. Tengo, en general, la impresión de que hay en ella algo falso. El amarillo de las flores resalta demasiado del conjunto, y el buen sabor del pan me parece también exagerado, como en una alucinación. Al pensar en estos detalles recuerdo unos cuadros de una exposición humorística, en los cuales aparecían plásticamente sobrepuestos ciertos elementos, y, como es natural, siempre los más inconvenientes; por ejemplo, el trasero de las figuras femeninas. ¿Puede usted mostrarme un camino que conduzca a la explicación o interpretación de este superfluo recuerdo infantil?»

Me pareció juicioso preguntar a mi comunicante desde cuándo le ocupaba tal recuerdo; esto es, si retornaba periódicamente a su memoria desde la infancia o se había emergido en ella posteriormente, provocado por algún motivo que recordase. Esta pregunta constituyó toda mi aportación a la solución del problema planteado, pues lo demás lo halló por sí mismo el interesado, que no era ningún principiante en este orden de trabajos.

He aquí su respuesta: «No había pensado aún en lo que me dice. Pero después de su pregunta se me impone la certeza de que este recuerdo infantil no me ocupó para nada en mi niñez. Me figuro también la ocasión que provocó su despertar con el de otros muchos recuerdos de mis primeros años. Cumplidos ya los diecisiete, volví durante unas vacaciones por vez primera a mi lugar natal, alojándome en casa de una familia con la cual manteníamos relaciones de amistad desde aquellos primeros tiempos. Sé muy bien qué plenitud de emociones me invadieron en esta temporada. Mas para contestar a su pregunta debo relatarle toda una parte de mi vida. En la época de mi nacimiento gozaban mis padres de una regular posición económica. Pero al cumplir yo los tres años el ramo industrial al que mi padre se dedicaba

experimentó una tremenda crisis, que dio al traste con nuestra fortuna familiar, obligándonos a trasladarnos a la ciudad. Vinieron luego largos años difíciles, en los que nada hubo digno de ser retenido. En la ciudad no me sentía yo a gusto. La añoranza de los hermosos bosques de mi lugar, a los cuales me escapaba en cuanto aprendí a andar, según testimonia uno de mis recuerdos de entonces, no me ha abandonado nunca. Como ya dije antes, la primera vez que volví a ellos fue a los diecisiete años, invitado a pasar mis vacaciones en casa de una familia amiga, que después de nuestra partida había hecho fortuna. Tuve, pues, ocasión de comparar el bienestar que en ella reinaba con la estrechez de nuestra vida en la ciudad. Pero además he de confesarle otra circunstancia que me produjo vivas emociones. Mis huéspedes tenían una hija de quince años, de la que me enamoré en el acto. Fue éste mi primer amor, bastante intenso, pero mantenido en el más absoluto secreto. La muchacha marchó a los pocos días a un establecimiento de enseñanza, cuyas vacaciones terminaban antes que las mías, y esta separación, después de tan breve conocimiento, contribuyó a avivar mi pasión. Durante largos paseos solitarios por los bellos bosques de mi infancia, vueltos ahora a encontrar, me complacía en imaginar dichosas fantasías, que rectificaban mi pasado. Si los negocios de mi padre no hubieran declinado, hubiéramos seguido viviendo en aquel lugar, yo me habría criado tan sano y robusto como los hermanos de la muchacha, habría continuado las actividades industriales de mi padre y hubiera podido, por fin, casarme con mi adorada. Naturalmente, no dudaba ni un instante que en las circunstancias creadas por mi fantasía la hubiera amado también con el mismo apasionamiento. Lo singular es que al verla ahora alguna vez, pues ha contraído matrimonio aquí, me es absolutamente indiferente, y, sin embargo, recuerdo muy bien que durante mucho tiempo después no podía ver nada de un color amarillo, parecido al del traje que llevaba en nuestra primera entrevista, sin emocionarme profundamente».

Esta última observación me parece análoga a la que antes hizo usted sobre el diente de león, afirmando que ya no le gustaba esta flor. ¿No sospecha usted la existencia de una relación entre el color amarillo del vestido de la muchacha y la exagerada intensidad con que resalta este color en las flores de su recuerdo infantil?

«Quizá; pero no es un mismo color. El vestido de la muchacha era de un amarillo más oscuro. Sin embargo, puedo suministrarle una representación intermedia que acaso sea útil. He visto después en los Alpes que algunas flores, de colores claros en los valles, toman en las alturas matices más oscuros. Si no me engaño mucho, se encuentra con gran frecuencia en la montaña una flor muy parecida al diente de león, pero de un color más oscuro, que corresponde exactamente el del traje de mi amada de entonces. Pero déjeme continuar. Debo relatarle aún otro suceso, próximo al anterior, que despertó también mis recuerdos infantiles. Tres años después de mi primer retorno a los lugares de mi infancia fui a pasar las vacaciones a casa de mi tía, en la que encontré de nuevo a mis primeros camaradas infantiles; esto es, a aquellos primos míos que aparecen en la escena cuyo recuerdo nos ocupa. Esta familia había abandonado al mismo tiempo que nosotros nuestra primera residencia, y había logrado rehacer su fortuna en una lejana ciudad».

¿Y se volvió usted a enamorar esta vez de su prima, forjando nuevas fantasías?

«No. Había ingresado ya en la Universidad, y me hallaba entregado por completo a mis estudios, sin que me quedara tiempo para pensar en mi prima. Así, pues, que yo sepa, mi imaginación permaneció quieta. Pero creo que mi padre y mi tío habían formado el proyecto de hacerme sustituir mis estudios abstractos por otros más prácticos; establecerme después en la ciudad donde mi tío residía y casarme con mi prima; proyecto al que renunciaron, quizá, al verme tan absorbido por mi propios planes. Sin embargo, yo debía adivinar algo de él, y cuando al terminar mi carrera universitaria pasé por un período difícil, teniendo que luchar mucho tiempo para conseguir un puesto que me permitiera hacer frente a las necesidades de la vida, debí de pensar muchas veces que mi padre hubiera querido compensarme con aquel proyecto matrimonial del trastorno originado en mi vida por sus pérdidas económicas».

Si con esta época de lucha por el pan cotidiano coincidió su primer contacto con las cimas alpinas, tendremos ya un punto de apoyo para situar en ella la reviviscencia del recuerdo infantil que nos ocupa.

«Exacto. Las excursiones por la montaña fueron entonces el único placer que podía permitirme. Pero no comprendo bien la relación que usted persigue».

Va usted a verlo. El elemento más intenso de su escena infantil es el buen sabor del pan. ¿No observa usted que esta representación, de la que emana una sensación casi alucinante, corresponde a la idea, fantaseada por usted, de que si hubiera permanecido en su lugar natal se hubiese casado con aquella muchacha y hubiera llevado una vida serena? Esta vida queda simbólicamente representada por el buen sabor del pan, no amargado por la dura lucha para conseguirlo. El color amarillo de las flores es también una alusión a la misma muchacha. Pero además tenemos en la escena infantil elementos que no pueden referirse sino a la segunda fantasía, o sea, al matrimonio con su prima. Arrojar las flores para cambiarlas por un pedazo de pan me parece una clara alusión al proyecto paterno de hacerle renunciar a sus estudios abstractos para sustituirlos por una actividad más práctica que le permitiera ganarse el pan.

«Resulta así que las dos series de fantasía de cómo hubiera podido lograr una vida menos trabajosa se habrían fundido en un solo producto, suministrado una el color "amarillo" y el pan "de mi lugar", y la otra, el acto de arrojar las flores y los personajes».

Así es; las dos fantasías han sido proyectadas una sobre otra, formándose con ellas un recuerdo infantil. Las flores alpinas constituyen un indicio de la época en que fue fabricado este recuerdo. Puedo asegurarle, que la invención inconsciente de tales productos no es nada rara.

«Pero entonces no se trata de un recuerdo infantil, sino de una fantasía retrotraída a la infancia. Sin embargo, tengo la sensación de que la escena recordada es perfectamente auténtica. ¿Cómo compaginar ambas cosas?»

Para los datos de nuestra memoria no existe garantía alguna. No obstante, quiero aceptar la autenticidad de la escena. Resultará entonces que entre infinitas escenas análogas o distintas de su vida, la ha elegido usted por prestarse su contenido —indiferente en sí— a la representación de las dos fantasías importantes. A tales recuerdos, que adquieren un valor por representar en la memoria impresiones y pensamientos de épocas posteriores, cuyo contenido se halla enlazado al suyo por relaciones simbólicas, les damos el nombre de *recuerdos encubridores*. Su extrañeza ante el frecuente retorno de esta escena a su memoria se desvanecerá ya al comprobar que está destinada a ilustrar los azares más importantes de su vida y a la influencia de

los dos impulsos instintivos más poderosos; el hambre y el amor.

«El hambre queda, en efecto, bien representada; pero ¿y el amor?»

A mi juicio, por el color amarillo de las flores. De todos modos, he de confesarle que la simbolización del amor en esta escena infantil resulta mucho más vaga que en los demás casos por mí observados.

«Nada de eso. Caigo ahora en que precisamente la parte principal de la escena no es sino tal simbolización. Piense usted que el acto de quitar las flores a una muchacha es, en definitiva, desflorarla. ¡Qué contraste entre el atrevimiento de esta fantasía y mi timidez en la primera ocasión amorosa, y mi indiferencia en la segunda!»

Puedo asegurarle que tales osadas fantasías constituyen un complemento regular de la timidez juvenil.

«Pero entonces lo que ha venido a transformarse en un recuerdo infantil no ha sido una fantasía consciente, sino una fantasía inconsciente».

Pensamientos inconscientes que continúan los conscientes. Piensa usted: Si me hubiera casado con ésta o con aquélla, y de estos pensamientos surge el impulso a representarse este casamiento.

«Ahora ya puedo continuar por mí mismo. Para el joven irreflexivo, lo más atractivo de todo el tema es la noche de bodas. ¡Qué sabe él de lo que viene detrás! Pero esta representación no se arriesga a emerger a plena luz. La modestia dominante en el ánimo del sujeto y el respeto hacia la muchacha la mantienen reprimida. De este modo permanece inconsciente…»

Y encuentra una derivación, tomando el aspecto de un recuerdo infantil. Tiene usted razón al afirmar que precisamente el carácter groseramente sensual de la fantasía es lo que impide llegar a constituirse en una fantasía consciente, obligándola a satisfacerse con ser acogida bajo la forma de una *florida* alusión en una escena infantil.

«Pero ¿por qué precisamente en una escena infantil?»

Quizá para parecer más inocente. ¿Puede usted acaso imaginar algo más contrario que los juegos infantiles a tales y tan maliciosos propósitos de agresión sexual? Además, el refugio de pensamientos y deseos reprimidos en recuerdos infantiles se apoya también en razones más generales, pudiendo observarse regularmente en las personas histéricas. Parece ser asimismo que el recuerdo de cosas muy pretéritas es propulsado por un motivo de placer.

Forsan et haec olim meminisse juvabit[252].

«Siendo así, pierdo toda confianza en la autenticidad de la escena, y me explico ahora su génesis en la siguiente forma: En las dos ocasiones citadas, y apoyada por motivos muy comprensibles, surgió en mi la idea de que si me hubiera casado con una u otra muchacha sería mi vida mucho más agradable. La tendencia sensual en mi existente habría repetido la protasis[253] en imágenes apropiadas para ofrecerle satisfacción. Esta segunda conformación de la misma idea habría permanecido inconsciente, dada su incompatibilidad con la disposición sexual dominante, pero su mismo carácter inconsciente la capacitó para seguir perdurando en la vida psíquica en tiempos en que su forma consciente había quedado ya desvanecida por las modificaciones de la realidad. Esta cláusula inconsciente tendería, obedeciendo, como usted afirma, a una ley regular, a transformarse en una escena infantil, a la que su inocencia permitía devenir consciente. A este fin habría tenido que sufrir una transformación o, mejor dicho, dos transformaciones: una, que despoja a la protasis de todo su carácter arriesgado, expresándola metafóricamente, y otra, que obliga a la apódosis a una forma susceptible de exposición visual, utilizando para ello como representación intermedia la del "pan". Veo ahora que al forjar tal fantasía realicé algo semejante a una satisfacción de los dos deseos reprimidos: la desfloración y el bienestar material. Pero después de darme así cuenta completa de los motivos que me indujeron a imaginar esta fantasía, he de suponer que se trata de algo que jamás sucedió, habiéndose introducido subrepticiamente entre mis recuerdos infantiles».

Ahora soy yo quien tiene que constituirse en defensor de la autenticidad de la escena. Va usted demasiado lejos. Me ha oído decir que todas estas fantasías tienen una tendencia a constituirse en recuerdos infantiles. Pero he de añadir que no lo consiguen sino cuando ya existe una huella mnémica, cuyo contenido presenta con el de la fantasía puntos diversos de contacto. Ahora bien: una vez hallado uno de estos puntos —en nuestro caso, el de la desfloración y el acto de arrancar las flores a la muchacha—, el contenido restante de la fantasía es modificado por todo género de representaciones intermedias (piense usted en el pan), hasta que surgen nuevos puntos de contacto con el contenido de la escena infantil. Es, desde luego, posible que en este proceso sufra también algunas transformaciones la misma escena

infantil, quedando así falseados los recuerdos. En su caso, la escena infantil parece haber sido tan sólo cincelada; piense usted en el excesivo resalte del amarillo y en el exagerado buen sabor del pan. Pero la materia prima era perfectamente utilizable. De no ser así no hubiera podido este recuerdo hacerse consciente con preferencia a tantos otros. No hubiera usted recordado tal escena como un suceso infantil o hubiera recordado quizá otra, pues ya sabe usted que para nuestro ingenio es muy fácil establecer relaciones entre las cosas más dispares. Pero, además de la sensación de autenticidad —muy de tener en cuenta— que le produce a usted su recuerdo, hay aún otra cosa que testimonia a favor de la realidad de la escena. Contiene ésta, en efecto, rasgos que no encuentran explicación en los hechos con el sentido de las fantasías. Así, cuando su primo le ayuda a arrebatar las flores a la niña. ¿Podría usted hallar un sentido a un tal auxilio en la desfloración? ¿O al grupo formado por la campesina y la niñera ante la casa?

«No lo creo».

Vemos, pues, que la fantasía no cubre por completo la escena infantil, limitándose a apoyarse en algunos de sus puntos. Esta circunstancia habla en favor de la autenticidad del recuerdo infantil.

«¿Cree usted muy frecuente la posibilidad de interpretar así, con exactitud, recuerdos infantiles aparentemente inocentes?»

Según mi experiencia, frecuentísima. ¿Quiere usted que intentemos en chanza ver si los dos ejemplos comunicados por los Henri permiten ser interpretados como recuerdos encubridores de sucesos e impresiones posteriores? Me refiero al recuerdo de un plato con hielo, colocado encima de la mesa dispuesta para comer, y al de haber tronchado durante un paseo, con ayuda de otra persona, una rama de un árbol.

Mi interlocutor reflexionó un momento: «Con respecto al primero, no se me ocurre nada. Probablemente ha tenido efecto en él un desplazamiento, pero me es imposible adivinar los elementos intermedios. En cuanto al segundo, arriesgaría una interpretación si el sujeto fuera un alemán y no un francés».

Ahora soy yo quien no entiende. ¿Qué puede cambiar?

«Mucho, puesto que la expresión verbal facilita probablemente el enlace entre el recuerdo encubridor y el encubierto. En alemán, la expresión

“arrancarse una” (*sich einen ausreissen*) constituye una alusión vulgar, muy conocida, al onanismo. La escena retrotraería a la primera infancia el recuerdo de una ulterior iniciación en el onanismo, toda vez que en el acto de arrancar la rama es ayudado el sujeto por alguien. Pero lo que no armoniza con esta interpretación es la presencia, en la escena recordada, de otras varias personas».

Mientras que la iniciación en el onanismo tenía que haberse desarrollado en secreto, ¿no es eso? Precisamente, esta antítesis favorece su interpretación. Es utilizado de nuevo para dar a la escena un aspecto inocente. ¿Sabe usted lo que significa en nuestros sueños ver en derredor nuestro «mucha gente desconocida», como sucede con gran frecuencia en aquéllos en los que nos vemos desnudos, sintiéndonos terriblemente embarazados bajo las miradas de los circunstantes? Pues la idea que encierra esta visión es la de «secreto», plásticamente expresada por su antítesis. De todos modos, nuestra interpretación de estos casos de los Henri carece de toda base, pues ni siquiera sabemos si un francés reconocería en la frase *casser une branche d’un arbre*, o en otra semejante, una alusión al onanismo.

Con el anterior análisis, fielmente reproducido, creemos haber aclarado suficientemente nuestro concepto del *recuerdo encubridor* como un recuerdo que no debe su valor mnémico al propio contenido, sino a la relación del mismo con otro contenido reprimido. Según el orden a que tal relación pertenezca, podemos distinguir diversas clases de recuerdos encubridores. De dos de estas clases hemos encontrado ejemplos entre aquellos productos psíquicos que consideramos como nuestros más tempranos recuerdos infantiles, siempre que se incluyan también bajo el concepto de recuerdo encubridor aquellas escenas infantiles incompletas que deben precisamente a este carácter su apariencia inocente. Ha de suponerse que los restos mnémicos de épocas ulteriores de la vida suministran también material para la formación de recuerdos encubridores. No perdiendo de vista los caracteres principales de estos recuerdos —gran adherencia a la memoria, no obstante un contenido indiferente— resulta fácil encontrar en nuestra memoria numerosos ejemplos de este género. Una parte de estos recuerdos

encubridores, de contenido ulteriormente vivido, debe su importancia a una relación con sucesos reprimidos de la primera juventud, inversamente a como sucedía en el caso antes analizado, en el cual un recuerdo infantil queda justificado por algo ulteriormente vivido. Según que sea una u otra la relación temporal entre lo encubierto, podemos hablar de recuerdos encubridores *regresivos* o *progresivos*. Conforme a otra relación, distinguimos recuerdos encubridores positivos y negativos, cuyo contenido se halla en una relación antitética con el contenido reprimido. El tema merecería ser tratado con mayor amplitud. Por lo pronto, me conformaré con hacer observar cuán complicados procesos —totalmente análogos, por lo demás, a la producción de síntomas histéricos— intervienen en la formación de nuestro tesoro mnémico.

Nuestros más tempranos recuerdos infantiles serán siempre objeto de un especial interés, porque el problema planteado por el hecho de que las impresiones más decisivas para el porvenir del sujeto puedan no dejar tras de sí una huella mnémica, induce a reflexionar sobre la génesis de los recuerdos conscientes. Al principio nos inclinaremos seguramente a excluir de los restos mnémicos infantiles, como elementos heterogéneos, los recuerdos encubridores y a suponer, simplemente, que las demás imágenes surgen simultáneamente al suceso vivido, como consecuencia inmediata del mismo, retornando periódicamente, a partir de este momento, conforme a las conocidas leyes de la reproducción.

Pero una observación más sutil nos descubre rasgos que no armonizan con esta hipótesis. Así, ante todo, lo siguiente: en la mayoría de las escenas infantiles importantes, el sujeto se ve a sí mismo en edad infantil y sabe que aquel niño que ve es él mismo; pero lo ve como lo vería un observador ajeno a la escena. Los Henri no omiten hacer notar que muchos de sus informadores insisten en esta peculiaridad de las escenas infantiles. Ahora bien: es indudable que esta imagen mnémica no puede ser una fiel reproducción de la impresión recibida en aquella época. El sujeto se hallaba entonces en el centro de la situación y no atendía a su propia persona, sino al mundo exterior.

Siempre que en un recuerdo aparece así la propia persona, como un objeto entre otros objetos, puede considerarse esta oposición del sujeto actor

y el sujeto evocador como una prueba de que la impresión primitiva ha experimentado una elaboración secundaria. Parece como si una huella mnémica de la infancia hubiera sido retraducida luego en una época posterior (en la correspondiente al despertar del recuerdo) al lenguaje plástico y visual. En cambio, no surge jamás en nuestra conciencia nada semejante a una reproducción de la impresión original.

Hay todavía un segundo hecho que prueba, aún con mayor fuerza, la exactitud de esta segunda concepción de las escenas infantiles. Entre los diversos recuerdos infantiles de sucesos importantes, que surgen todos con igual claridad y precisión, hay cierto número de escenas que al ser contrastadas —por ejemplo, con los recuerdos de otras personas— se muestran falsas. No es que hayan sido totalmente inventadas; son falsas en cuanto transfieren la situación a un lugar en el que no se ha desarrollado (como sucede en uno de los casos reunidos por los Henri), funden varias personas en una sola o las sustituyen entre sí, o resultan ser una amalgama de dos sucesos distintos. La simple infidelidad de la memoria no desempeña precisamente aquí, dada la gran intensidad sensorial de las imágenes y la amplia capacidad funcional de la memoria, ningún papel considerable. Una minuciosa investigación nos muestra más bien que tales falsedades del recuerdo tienen un carácter tendencioso, hallándose destinadas a la represión y sustitución de impresiones repulsivas o desagradables. Así, pues, también estos recuerdos falseados tienen que haber nacido en una época en la que ya podían influir en la vida anímica tales conflictos e impulsos a la represión, o sea en una época muy posterior a aquella que recuerdan en su contenido. Pero también aquí es el recuerdo falseado el primero del que tenemos noticia. El material de huellas mnémicas del que fue forjado nos es desconocido en su forma primitiva.

Este descubrimiento acorta a nuestros ojos la distancia que suponíamos entre los recuerdos encubridores y los demás recuerdos de la infancia. Llegamos a sospechar que todos nuestros recuerdos infantiles conscientes nos muestran los primeros años de nuestra existencia, no como fueron, sino como nos parecieron al evocarlos luego, en épocas posteriores. Tales recuerdos no han *emergido*, como se dice habitualmente, en estas épocas, sino que han sido *formados* en ellas, interviniendo en esta formación y en la selección de los

recuerdos toda una serie de motivos muy ajenos a un propósito de fidelidad histórica.

XVII

LA INTERPRETACIÓN DE LOS SUEÑOS[254]

Flectere si nequeo superos, acheronta movebo

1898-9 [1900]

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN

(1900)

AL proponerme exponer la interpretación de los sueños no creo haber trascendido los ámbitos del interés neuropatológico, pues, el examen psicológico nos presenta el sueño como primer eslabón de una serie de fenómenos psíquicos anormales, entre cuyos elementos subsiguientes, las fobias histéricas y las formaciones obsesivas y delirantes, conciernen al médico por motivos prácticos. Desde luego, como ya lo demostraremos, el sueño no puede pretender análoga importancia práctica; pero tanto mayor es su valor teórico como paradigma, al punto que quien no logre explicarse la génesis de las imágenes oníricas, se esforzará en vano por comprender las fobias, las ideas obsesivas, los delirios, y por ejercer sobre estos fenómenos un posible influjo terapéutico.

Mas precisamente esta vinculación, a la que nuestro tema debe toda su importancia, es también el motivo de los defectos de que adolece el presente trabajo, pues el frecuente carácter fragmentario de su exposición corresponde

a otros tantos puntos de contacto, a cuyo nivel los problemas de la formación onírica toman injerencia en los problemas más amplios de la psicopatología, que no pudieron ser considerados en esta ocasión y que serán motivo de trabajos futuros, siempre que para ello alcancen el tiempo, la energía y el nuevo material de observación.

Además, esta publicación me ha sido dificultada por particularidades del material que empleo para ilustrar la interpretación de los sueños. La lectura misma del trabajo permitirá advertir por qué no podían servir para mis fines los sueños narrados en la literatura o recogidos por personas desconocidas; debía elegir, pues, entre mis propios sueños y los de mis pacientes en tratamiento psicoanalítico. La utilización de este último material me fue vedada por la circunstancia de que estos procesos oníricos sufren una complicación inconveniente debida a la intervención de características neuróticas. Por otra parte, la comunicación de mis propios sueños implicaba inevitablemente someter las intimidades de mi propia vida psíquica a miradas extrañas, en medida mayor de la que podía serme grata y de la que, en general, concierne a un autor que no es poeta, sino hombre de ciencia. Esta circunstancia era penosa pero inevitable, de modo que me sometí a ella para no tener que renunciar, en principio, a la demostración de mis resultados psicológicos. Sin embargo, no pude resistir, naturalmente, a la tentación de truncar muchas indiscreciones, omitiendo y suplantando algunas cosas; cada vez que procedí de tal manera no puede menos de perjudicar sensiblemente el valor de los ejemplos utilizados. Sólo me queda expresar la esperanza de que los lectores de este trabajo comprenderán mi difícil situación, aceptándola benévolamente, y espero, además, que todas las personas que se sientan afectadas por los sueños comunicados no pretenderán negar la libertad del pensamiento también a la vida onírica.

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

(1908)

EL hecho de que aun antes de completarse el primer decenio haya sido necesario editar por segunda vez este libro de tan difícil lectura, no se lo debo al interés de los círculos profesionales, a quienes me había dirigido con las presentes páginas. Mis colegas de la psiquiatría no parecen haberse esforzado por superar la extrañeza inicial que despertó mi nueva concepción del sueño; los filósofos de profesión, por su parte, acostumbrados a dar cuenta de la vida onírica cual si fuera un apéndice de los estados conscientes, concediéndole tan sólo unas pocas palabras —casi siempre las mismas que usan los psiquiatras—, no advirtieron, a todas luces, que precisamente este hilo conduce a muchas cosas que han de provocar un profundo trastrueque de nuestras doctrinas psicológicas. La actitud de la bibliocrítica científica sólo prometía para esta obra mía la condena del silencio; la primera edición de este libro tampoco habría sido agotada por el pequeño grupo de animosos prosélitos que siguen mi guía en la aplicación médica del psicoanálisis y que interpretan sueños de acuerdo con mi ejemplo, para utilizar estas interpretaciones en el tratamiento de los neuróticos. En consecuencia, estoy en deuda con ese vasto circulo de personas ilustradas y ávidas de saber cuyo apoyo es para mi una invitación a emprender otra vez, al cabo de nueve años, esta tarea difícil y de tan múltiples aspectos fundamentales.

Me complace poder decir que hallé poco motivos para introducir modificaciones. Aquí y allá inserté nuevo material, agregué algunos conocimientos surgidos de mi experiencia más extensa, intenté revisiones en unos pocos puntos; mas todo lo esencial sobre el sueño y sobre su interpretación, así como las doctrinas psicológicas derivadas del mismo, no sufrieron cambio alguno; por lo menos subjetivamente, han resistido la prueba del tiempo. Quien conozca mis restantes trabajos (sobre la etiología y el mecanismo de las psiconeurosis) sabrá que jamás hice pasar lo fragmentario por algo acabado y que siempre me esforcé por modificar mis formulaciones de acuerdo con el progreso de mis conocimientos; en el terreno de la vida onírica, en cambio, pude atenerme a mis palabras originales. En los largos años de mi labor con los problemas de las neurosis, muchas veces llegué a vacilar y en múltiples ocasiones me encontré confundido, pero siempre recuperé mi seguridad acudiendo a *La interpretación de los sueños*. Por consiguiente, mis adversarios científicos

dan muestras de instintiva prudencia al no querer seguirme justamente en el terreno de la investigación onírica.

También el material de este libro —estos sueños propios, desvalorizados o superados en gran parte por sucesos ulteriores, estos sueños que me sirvieron para ilustrar las reglas de la interpretación onírica— demostró poseer, al revisarlo, una tenacidad que se oponía a toda modificación contundente. Para mí, este libro tiene, en efecto, una segunda importancia subjetiva que sólo alcancé a comprender cuando lo hube concluido, al comprobar que era una parte de mi propio análisis, que representaba mi reacción frente a la muerte de mi padre, es decir, frente al más significativo suceso, a la más tajante pérdida en la vida de un hombre. Al reconocerlo me sentí incapaz de borrar las huellas de tal influjo. Mas para el lector será indiferente en qué material aprende a considerar y a interpretar los sueños.

Cuando no me fue posible incluir en el contexto original una observación ineludible, indiqué mediante corchetes su pertenencia a la segunda edición[255].

Berchtesgaden, verano de 1908.

PRÓLOGO A LA TERCERA EDICIÓN

1911

MIENTRAS entre las dos primeras ediciones de este libro transcurrió un lapso de nueve años, la necesidad de una tercera edición ya se hizo notar a poco más del primer año. Bien puedo alegrarme por este cambio; pero tal como antes no acepté el desdén de mi obra por parte de los lectores como prueba de su escaso valor, tampoco puedo interpretar el interés ahora manifestado como demostración de su excelencia.

El progreso de los conocimientos científicos tampoco dejó de afectar a *La interpretación de los sueños*. Cuando redacté este libro en 1899, aún no había escrito *Una teoría sexual* y el análisis de las formas complejas de las psiconeurosis todavía estaba en sus comienzos. La interpretación onírica

había de ser un recurso auxiliar que permitiera analizar psicológicamente las neurosis; desde entonces la comprensión profundizada de éstas repercutió a su vez sobre la concepción del sueño. La teoría misma de la interpretación onírica ha seguido desarrollándose en un sentido que no fue destacado suficientemente en la primera edición de este libro, pues gracias a la propia experiencia, como a los trabajos de W. Stekel y de otros, pude prestar una consideración más justa a la amplitud e importancia del simbolismo en el sueño, o más bien en el pensamiento inconsciente. De tal manera, en el curso de estos años se han acumulado muchas cosas que exigían ser consideradas. He tratado de tener en cuenta estas novedades mediante múltiples agregados al texto e inclusión de notas al pie. Si estas adiciones amenazan romper algunas veces el marco de la exposición, o si en ciertas partes no fue posible llevar el texto primitivo al nivel de nuestros actuales conocimientos, ruego se considere benévolamente tales faltas del libro, ya que sólo son consecuencias e índices del acelerado desarrollo que actualmente sigue nuestra ciencia.

También me atrevo a predecir en qué sentidos se apartarán de éstas las futuras ediciones de *La interpretación de los sueños* —siempre que resulten necesarias—. Por un lado habrán de perseguir una vinculación más estrecha con el rico material de la poesía, del mito, los usos del lenguaje y el folklore; por otro, tratarán las relaciones del sueño con las neurosis y los trastornos mentales, aún más detenidamente de lo que aquí fue posible.

El señor Otto Rank me ha prestado grandes servicios en la selección de los agregados y ha tomado a su exclusivo cargo la corrección de las pruebas de imprenta. Tanto él como muchos otros que contribuyeron con colaboraciones y rectificaciones comprometen mi gratitud.

Viena, primavera de 1911.

PRÓLOGO A LA CUARTA EDICIÓN

1914

EL año pasado (1913) el doctor A. A. Brill, de Nueva York, concluyó la traducción inglesa de este libro (*The interpretation of dreams*, G. Allen & Co., Londres).

En esta ocasión el doctor Otto Rank no sólo se encargó de las correcciones, sino que también aportó al texto dos contribuciones propias (apéndice del capítulo VI).

Viena, junio de 1914.

PRÓLOGO A LA QUINTA EDICIÓN

1918

EL interés por *La interpretación de los sueños* tampoco ha decrecido durante la guerra mundial, planteando la necesidad de una nueva edición aun antes de que terminara aquélla. Sin embargo, en esta edición no se pudo considerar plenamente la nueva literatura ulterior a 1914, pues, en lo que a la extranjera se refiere, ni siquiera llegó a conocimiento mío o del doctor Rank.

Una traducción húngara por los doctores Hollós y Ferenczi está próxima a su publicación. En mi *Introducción al psicoanálisis*, editada en 1916-17 por H. Heller, de Viena, la segunda parte, que comprende once conferencias, está dedicada a exponer el sueño de manera más elemental y en conexión más íntima con la teoría de las neurosis. En su conjunto estas conferencias constituyen un resumen de *La interpretación de los sueños*, aunque en determinados puntos presenten una exposición aún más minuciosa.

No pude decidirme a efectuar una reelaboración concienzuda de este libro, que si bien lo elevaría al nivel de nuestras concepciones psicoanalíticas actuales, destruiría, en cambio, su peculiaridad histórica. Creo que en su existencia de casi dos decenios ha quedado cumplida su misión.

Budapest-Steinbruch, julio de 1918.

PRÓLOGO A LA SEXTA EDICIÓN

1921

LAS dificultades que actualmente aquejan a las empresas editoriales tuvieron por consecuencia que esta nueva edición se retardara mucho más de lo que habría correspondido a la demanda y que por vez primera sea publicada como reimpresión fiel de la precedente. Tan sólo el índice bibliográfico, al final del volumen, ha sido completado y ampliado por el doctor O. Rank.

Mi presunción de que este libro habría cumplido su misión en casi dos decenios de existencia, no ha sido, pues, confirmada. Podría decir más bien que tiene una nueva misión que cumplir. Así como antes se trataba de ofrecer algunas nociones sobre la esencia del sueño, ahora no es menos importante contrarrestar los tenaces errores de interpretación a que están expuestas dichas nociones.

Viena, abril de 1921.

PRÓLOGO A LA OCTAVA EDICIÓN

1929

EN el lapso que media entre la última, séptima edición de este libro (1922), y la presente revisión, fueron editadas mis *Obras completas* por el Internationaler Psychoanalytischer Verlag, de Viena. En éstas el segundo tomo contiene el texto restablecido de la primera edición, mientras que todas las adiciones ulteriores están reunidas en el tercer tomo. En cambio, las traducciones aparecidas mientras tanto se ajustan a las publicaciones independientes de este libro, cabiendo mencionar la francesa, de 1. Meyerson, publicada en 1926 con el título *La Science des Rêves*, por la Bibliothèque de Philosophie Contemporaine; la sueca (*Drömtydning*), efectuada en 1927 por John Landquist, y la castellana, de Luis López-

Ballesteros y de Torres, que constituye los tomos VI y VII de las *Obras completas*. La traducción húngara, cuya inminente publicación anuncié ya en 1918, aún no ha aparecido.

También en la presente revisión de *La interpretación de los sueños* he tratado la obra esencialmente como documento histórico, introduciendo tan sólo aquellas modificaciones que me parecían imprescindibles para el aclaramiento y la profundizaron de mis propias opiniones. De acuerdo con esta posición, he abandonado definitivamente el propósito de incluir en este libro la bibliografía aparecida desde su primera edición, excluyendo, pues, las secciones correspondientes que contenían las ediciones anteriores. Además, faltan aquí los dos trabajos «Sueño y poesía» y «Sueño y mito» que el doctor Otto Rank aportó a las ediciones precedentes.

Viena, diciembre de 1929.

PROLOGO PARA LA TERCERA EDICIÓN INGLESA DE «LA INTERPRETACIÓN DE LOS SUEÑOS[256]»

1931

EN el año 1909 G. Stanley Hall me invitó a la Universidad de Clark, en Worcester, para que pronunciara allí mis primeras conferencias sobre psicoanálisis. El mismo año el doctor Brill publicó la primera de sus traducciones de obras mías[257], que al poco tiempo había de ser seguida por otras. Si el psicoanálisis desempeña hoy un papel en la vida intelectual de Estados Unidos o si está destinado a desempeñarlo en el futuro, gran parte del mérito deberá atribuirse a ésta y a las demás actividades del doctor Brill.

Su primera traducción de *La interpretación de los sueños* apareció en 1913. Mucho ha ocurrido desde entonces en el mundo y mucho han cambiado nuestros conceptos acerca de las neurosis. Este libro, empero, con su nueva contribución a la psicología, que tanto sorprendió al mundo cuando fue publicado (1900), sigue subsistiendo sin modificaciones esenciales. Aún insisto en afirmar que contiene el más valioso de los descubrimientos que he

tenido la fortuna de realizar. Una intuición como ésta el destino puede depararla sólo una vez en la vida de un hombre.

FREUD.

Viena, 15 de marzo de 1931.

CAPÍTULO I

LA LITERATURA CIENTÍFICA SOBRE LOS PROBLEMAS ONÍRICOS[258]

EN las páginas que siguen aportaré la demostración de la existencia de una técnica psicológica que permite interpretar los sueños, y merced a la cual se revela cada uno de ellos como un producto psíquico pleno de sentido, al que puede asignarse un lugar perfectamente determinado en la actividad anímica de la vida despierta. Además, intentaré esclarecer los procesos de los que depende la singular e impenetrable apariencia de los sueños y deducir de dichos procesos una conclusión sobre la naturaleza de aquellas fuerzas psíquicas de cuya acción conjunta u opuesta surge el fenómeno onírico. Conseguido esto, daré por terminada mi exposición, pues habré llegado en ella al punto en el que el problema de los sueños desemboca en otros más amplios, cuya solución ha de buscarse por el examen de un distinto material.

Si comienzo por exponer aquí una visión de conjunto de la literatura existente hasta el momento sobre los sueños y del estado científico actual de los problemas oníricos, ello obedece a que en el curso de mi estudio no se me han de presentar muchas ocasiones de volver sobre tales materias. La comprensión científica de los sueños no ha realizado en más de diez siglos sino escasísimos progresos; circunstancia tan generalmente reconocida por todos los que de este tema se han ocupado, que me parece inútil citar aquí al detalle opiniones aisladas. En la literatura onírica hallamos gran cantidad de sugestivas observaciones y un rico e interesantísimo material relativo al

objeto de nuestro estudio; pero, en cambio, nada o muy poco que se refiera a la esencia de los sueños o resuelva definitivamente el enigma que los mismos nos plantean. Como es lógico, el conocimiento que de esas cuestiones ha pasado al núcleo general de hombres cultos, pero no dedicados a la investigación científica, resulta aún más incompleto.

Cuál fue la concepción que en los primeros tiempos de la Humanidad se formaron de los sueños los pueblos primitivos, y qué influencia ejerció el fenómeno onírico en su comprensión del mundo y del alma, son cuestiones de tan alto interés, que sólo obligadamente y a disgusto me he decidido a excluir su estudio del conjunto del presente trabajo y a limitarme a remitir al lector a las conocidas obras de sir J. Lubbock, H. Spencer, E. B. Taylor y otros, añadiendo únicamente por mi cuenta que el alcance de estos problemas y especulaciones no podrá ofrecérsenos comprensible hasta después de haber llevado a buen término la labor que aquí nos hemos marcado, o sea, la de «interpretación de los sueños».

Un eco de la primitiva concepción de los sueños se nos muestra indudablemente como base en la idea que de ellos se formaban los pueblos de la antigüedad clásica[259]. Admitían éstos que los sueños, se hallaban en relación con el mundo de seres sobrehumanos de su mitología y traían consigo revelaciones divinas o demoníacas, poseyendo, además, una determinada intención muy importante con respecto al sujeto; generalmente, la de anunciarle el porvenir. De todos modos, la extraordinaria variedad de su contenido y de la impresión por ellos producida hacía muy difícil llegar a establecer una concepción unitaria, y obligó a constituir múltiples diferenciaciones y agrupaciones de los sueños, conforme a su valor y autenticidad. Naturalmente, la opinión de los filósofos antiguos sobre el fenómeno onírico hubo de depender de la importancia que cada uno de ellos concedía a la adivinación.

En los dos estudios que Aristóteles consagra a esta materia pasan ya los sueños a constituir objeto de la Psicología. No son de naturaleza divina, sino demoníaca, pues la Naturaleza es demoníaca y no divina; o dicho de otro modo: no corresponden a una revelación sobrenatural, sino que obedecen a leyes de nuestro espíritu humano, aunque desde luego éste se relaciona a la divinidad. Los sueños quedan así definidos como la actividad anímica del

durmiente durante el estado de reposo[260].

Aristóteles muestra conocer algunos de los caracteres de la vida onírica. Así, el de que los sueños amplían los pequeños estímulos percibidos durante el estado de reposo («una insignificante elevación de temperatura en uno de nuestros miembros nos hace creer en el sueño que andamos a través de las llamas y sufrimos un ardiente calor»), y deduce de esta circunstancia la conclusión de que los sueños pueden muy bien revelar al médico los primeros indicios de una reciente alteración física, no advertida durante el día[261].

Los autores antiguos anteriores a Aristóteles no consideraban el sueño como un producto del alma soñadora, sino como una inspiración de los dioses, y señalaban ya en ellos las dos corrientes contrarias que habremos de hallar siempre en la estimación de la vida onírica. Se distinguían dos especies de sueños: los verdaderos y valiosos, enviados al durmiente a título de advertencia o revelación del porvenir, y los vanos, engañosos y fútiles, cuyo propósito era desorientar al sujeto o causar su perdición.

Gruppe (*Griechische Mithologie und Religionsgeschichte*, pág. 390) reproduce una tal visión de los sueños, tomándola de Macrobio y Artemidoro: «Dividíanse los sueños en dos clases. A la primera, influida tan sólo por el presente (o el pasado), y falta, en cambio, de significación con respecto al porvenir, pertenecían los ἐνόπνια, *insomnia*, que reproducen inmediatamente la representación dada o su contraria; por ejemplo, el hambre o su satisfacción, y los φαναaματα, que amplían fantásticamente la representación dada; por ejemplo, la pesadilla, *ephialtes*. La segunda era considerada como determinante del porvenir, y en ella se incluían: 1.º, el oráculo directo, recibido en el sueño (χοηματιμó, *oraculum)*; 2.º la predicción de un suceso futuro (ὅραμα, *visio)*, y 3.º, el sueño simbólico, necesidad de interpretación (ὄνειροὀ, *somnium)*. Esta teoría se ha mantenido en vigor durante muchos siglos».

De esta diversa estimación de los sueños surgió la necesidad de una «interpretación onírica». Considerándolos en general como fuentes de importantísimas revelaciones, pero no siendo posible lograr una inmediata comprensión de todos y cada uno de ellos, ni tampoco saber si un determinado sueño incomprensible entrañaba o no algo importante, tenía que nacer el impulso o hallar un medio de sustituir su contenido incomprensible

por otro inteligible y pleno de sentido. Durante toda la antigüedad se consideró como máxima autoridad en la interpretación de los sueños a Artemidoro de Dalcis, cuya extensa obra, conservada hasta nuestros días, nos compensa de las muchas otras del mismo contenido que se han perdido[262].

La concepción precientífica de los antiguos sobre los sueños se hallaba seguramente de completo acuerdo con su total concepción del Universo, en la que acostumbraban proyectar como realidad en el mundo exterior aquello que sólo dentro de la vida anímica la poseía. Esta concepción del fenómeno onírico tomaba, además, en cuenta la impresión que la vida despierta recibe del recuerdo que del sueño perdura por la mañana, pues en este recuerdo aparece el sueño en oposición al contenido psíquico restante, como algo ajeno a nosotros y procedente de un mundo distinto. Sería, sin embargo, equivocado suponer que esta teoría del origen sobrenatural de los sueños carece ya de partidarios en nuestros días. Haciendo abstracción de los escritores místicos y piadosos que obran consecuentemente, defendiendo los últimos reductos de lo sobrenatural hasta que los procesos científicos consigan desalojarlos de ellos—, hallamos todavía hombres de sutil ingenio, e inclinados a todo lo extraordinario, que intentan apoyar precisamente en la insolubilidad del enigma de los sueños su fe religiosa en la existencia y la intervención de fuerzas espirituales sobrehumanas (Haffner). La valoración dada a la vida onírica por algunas escuelas filosóficas —así, la de Schelling — es un claro eco del origen divino que en la antigüedad se reconocía a los sueños. Tampoco la discusión sobre el poder adivinatorio y revelador del porvenir atribuido a los sueños puede considerarse terminada, pues, no obstante la inequívoca inclinación del pensamiento científico a rechazarla hipótesis afirmativa. las tentativas de hallar una explicación psicológica valedera para todo el considerable material reunido no han permitido establecer aún una conclusión definitiva.

La dificultad de escribir una historia de nuestro conocimiento científico de los problemas oníricos estriba en que, por valioso que el mismo haya llegado a ser con respecto a algunos extremos, no ha realizado progreso alguno en determinadas direcciones. Por otro lado, tampoco se ha conseguido establecer una firme base de resultados indiscutibles sobre la que otros investigadores pudieran seguir construyendo, sino que cada autor ha

comenzado de nuevo y desde el origen el estudio de los mismos problemas. De este modo, si quisiera atenerme al orden cronológico de los autores y exponer sintéticamente las opiniones de cada uno de ellos, tendría que renunciar a ofrecer al lector un claro cuadro de conjunto del estado actual del conocimiento de los sueños, y, por tanto, he preferido adaptar mi exposición a los temas y no a los autores, indicando en el estudio de cada uno de los problemas oníricos el material que para la solución del mismo podemos hallar en obras anteriores. Sin embargo, y dado que no me ha sido posible dominar toda literatura existente sobre esta materia —literatura en extremo dispersa, y que se extiende muchas veces a objetos muy distintos—, he de rogar al lector se dé por satisfecho, con la seguridad de que ningún hecho fundamental ni ningún punto de vista importante dejarán de ser consignados en mi exposición.

Hasta hace poco se han visto impulsados casi todos los autores a tratar conjuntamente el estado de reposo y de los sueños, así como a agregar al estudio de estos últimos el de estados y fenómenos análogos, pertenecientes ya a los dominios de la Psicopatología (alucinaciones, visiones, etc.). En cambio, en los trabajos más modernos aparece una tendencia a seleccionar un tema restringido, y no tomar como objeto sino uno sólo de los muchos problemas de la vida onírica; transformación en la que quisiéramos ver una expresión del convencimiento de que en problemas tan oscuros sólo por medio de una serie de investigaciones de detalle puede llegarse a un esclarecimiento y a un acuerdo definitivos. Una de tales investigaciones parciales y de naturaleza especialmente psicológica es lo que aquí me propongo ofreceros. No habiendo tenido gran ocasión de ocuparme del problema del estado de reposo —problema esencialmente fisiológico, aunque en la característica de dicho estado tenga que hallarse contenida la transformación de las condiciones de funcionamiento del aparato anímico—, quedará desde luego descartada de mi exposición la literatura existente sobre tal problema.

El interés científico por los problemas oníricos en sí conduce a las interrogaciones que siguen, interdependientes en parte:

a) Relación del sueño con la vida despierta.

El ingenuo juicio del individuo despierto acepta que el sueño, aunque ya

no de origen extraterreno, sí ha raptado al durmiente a otro mundo distinto. El viejo fisiólogo Burdach, al que debemos una concienzuda y sutil descripción de los problemas oníricos, ha expresado esta convicción en una frase, muy citada y conocida (pág. 474): «… nunca se repite la vida diurna, con sus trabajos y placeres, sus alegrías y dolores; por lo contrario, tiende el sueño a libertarnos de ella. Aun en aquellos momentos en que toda nuestra alma se halla saturada por un objeto, en que un profundo dolor desgarra nuestra vida interior, o una labor acapara todas nuestras fuerzas espirituales, nos da el sueño algo totalmente ajeno a nuestra situación; no toma para sus combinaciones sino significantes fragmentos de la realidad, o se limita a adquirir el tono de nuestro estado de ánimo y simboliza las circunstancias reales». J. H. Fichte (1-541) habla en el mismo sentido de *sueños de complementos (Ergaenzugtraüme)* y los considera como uno de los secretos beneficiosos de la Naturaleza, autocurativa del espíritu. Análogamente se expresa también L. Strümpell en su estudio sobre la naturaleza y génesis de los sueños (pág. 16), obra que goza justamente de un general renombre: «El sujeto que sueña vuelve la espalda al mundo de la conciencia despierta…» Página 17: «En el sueño perdemos por completo la memoria con respecto al ordenado contenido de la conciencia despierta y de su funcionamiento normal…» Página 19: «La separación, casi desprovista de recuerdo, que en los sueños se establece entre el alma y el contenido y el curso regulares de la vida despierta…»

La inmensa mayoría de los autores concibe, sin embargo, la relación de sueños con la vida despierta en una forma totalmente opuesta. Asi, Haffner (pág. 19): «Al principio continúa el sueño de la vida despierta. Nuestros sueños se agregan siempre a las representaciones que poco antes han residido en la conciencia, y una cuidadosa observación encontrará casi siempre el hilo que los enlaza a los sucesos del día anterior». Weygandt (pág. 6) contradice directamente la afirmación de Burdach antes citada, pues observa que «la mayoría de los sueños nos conducen de nuevo a la vida ordinaria en vez de libertarnos de ella». Maury (pág. 56) dice en una sintética fórmula: *Nous rêvons de ce que nous a avons vu dit, désiré ou fait*, y Jessen, en su *Psicología* (1855, pág. 530), manifiesta, algo más ampliamente: «En mayor o menor grado, el contenido de los sueños queda siempre determinado por la

personalidad individual, por la edad, el sexo, la posición, el grado de cultura y el género de vida habitual del sujeto, y por los sucesos y enseñanzas de su pasado individual».

El filósofo J. G. E. Maas (*Sobre las pasiones*, 1805) es quien adopta con respecto a esta cuestión una actitud más inequívoca: «La experiencia confirma nuestra afirmación de que el contenido más frecuente de nuestros sueños se halla constituido por aquellos objetos sobre los que recaen nuestras más ardientes pasiones. Esto nos demuestra que nuestras pasiones tienen que poseer una influencia sobre la génesis de nuestros sueños. El ambicioso sueña con los laureles alcanzados (quizá tan sólo en su imaginación) o por alcanzar, y el enamorado, con el objeto de sus tiernas esperanzas… Todas las ansias o repulsas sexuales que dormitan en nuestro corazón pueden motivar, cuando son estimuladas por una razón cualquiera, la génesis de un sueño compuesto por las representaciones a ellas asociadas, o la intercalación de dichas representaciones en un sueño ya formado…» (Comunicado por Winterstein en la *Zhl.für Psychoanalyse*.)

Idénticamente opinaban los antiguos sobre la relación de dependencia existente entre el contenido del sueño y la vida. Radestock (pág. 139) nos cita el siguiente hecho: «Cuando Jerjes, antes de su campaña contra Grecia, se veía disuadido de sus propósitos bélicos por sus consejeros, y, en cambio, impulsado a realizar por continuos sueños alentadores, Artabanos, el racional onirocrítico persa, le advirtió ya acertadamente que las visiones de los sueños contenían casi siempre lo que el sujeto pensaba en la vida despierta».

En el poema didáctico de Lucrecio titulado *De rerum natura* hallamos los siguientes versos (IV, v. 959):

> *Et quo quisque fere studio devinctus adhaeret,*
> *aut quibus in rebus multum summus ante moratti*
> *atque in ea ratione fut contenta megis mens,*
> *in somnis eadem plerumque videmur obire;*
> *causidice causas agere et componere leges,*
> *induperatores pugnare ac proelia obire,* etc[263].

Y Cicerón *(De Divinatione*, II, anticipándose en muchos siglos a Maury, escribe: *Maximeque reliquiae earum rerum moventur in animis et agitantur,*

de quibus vigilantes aut cogitavimus aut egirnus[264].

La manifiesta contradicción en que se hallan estas dos opiniones sobre la relación de la vida onírica con la vida despierta parece realmente inconciliable. Será, pues, oportuno recordar aquí las teorías de F. W. Hildebrandt (1875), según el cual las peculiaridades del sueño no pueden ser descritas sino por medio de «una serie de antítesis que llegan aparentemente hasta la contradicción» (pág. 8). «La primera de estas antítesis queda constituida por la separación rigurosísima y la indiscutible íntima dependencia que simultáneamente observamos entre los sueños y la vida despierta. El sueño es algo totalmente ajeno a la realidad vivida en estado de vigilancia. Podríamos decir que constituye una existencia aparte, herméticamente encerrada en sí misma y separada de la vida real por un infranqueable abismo. Nos aparta de la realidad; extingue en nosotros el normal recuerdo de la misma, y nos sitúa en un mundo distinto y una historia vital por completo diferente exenta en el fondo de todo punto de contacto con lo real…» A continuación expone Hildebrandt cómo al dormirnos desaparece todo nuestro ser con todas sus formas de existencia. Entonces hacemos, por ejemplo, en sueños, un viaje a Santa Elena para ofrecer al cautivo emperador Napoleón una excelente marca de vinos del Mosela. Somos recibidos amabilísimamente por el desterrado, y casi sentimos que el despertar venga a interrumpir aquellas interesantes ilusiones. Una vez despiertos comparamos la situación onírica con la realidad. No hemos sido nunca comerciantes en vinos, ni siquiera hemos pensado en dedicarnos a tal actividad. Tampoco hemos realizado jamás una travesía, y si hubiéramos de emprenderla no elegiríamos seguramente Santa Elena como fin de la misma. Napoleón no nos inspira simpatía alguna, sino, al contrario, una patriótica aversión. Por último, cuando Bonaparte murió en el destierro no habíamos nacido aún, y, por tanto, no existe posibilidad alguna de suponer una relación personal. De este modo, nuestras aventuras oníricas se nos muestran como algo ajeno a nosotros intercalando entre dos fragmentos homogéneos y subsiguientes de nuestra vida.

«Y, sin embargo —prosigue Hildebrandt—, lo aparentemente contrario es igualmente cierto y verdadero. Quiero decir que simultáneamente a esta separación existe una íntima relación. Podemos incluso afirmar que, por

extraño que sea lo que el sueño nos ofrezca, ha tomado él mismo sus materiales de la realidad y de la vida espiritual que en torno a esta realidad se desarrolla… Por singulares que sean sus formaciones no puede hacerse independiente del mundo real, y todas sus creaciones, tanto las más sublimes como las más ridículas, tienen siempre que tomar su tema fundamental de aquello que en el mundo sensorial ha aparecido ante nuestros ojos o ha encontrado en una forma cualquiera un lugar de nuestro pensamiento despierto; esto es, de aquello que ya hemos vivido antes exterior o interiormente».

b) El material onírico. La memoria en el sueño.

Que todo el material que compone el contenido del sueño procede, en igual forma, de lo vivido y es, por tanto, reproducido —*recordado*— en el sueño, es cosa generalmente reconocida y aceptada. Sin embargo, sería un error suponer que basta una mera comparación del sueño con la vida despierta para evidenciar la relación existente entre ambos. Por lo contrario, sólo después de una penosa y atenta labor logramos descubrirla, y en toda una serie de casos consigue permanecer oculta durante mucho tiempo. Motivo de ello es un gran número de peculiaridades que la capacidad de recordar muestra en el sueño, y que, aunque generalmente observadas, han escapado hasta ahora a todo esclarecimiento. Creo interesante estudiar detenidamente tales caracteres.

Observamos, ante todo, que en el contenido del sueño aparece un material que después, en la vida despierta, no reconoce como perteneciente a nuestros conocimientos o a nuestra experiencia. Recordamos, desde luego, que hemos soñado aquello, pero no recordamos haberlo vivido jamás. Así, pues, no nos explicamos de qué fuente ha tomado el sueño sus componentes y nos inclinamos a atribuirle una independiente capacidad productiva, hasta que con frecuencia, al cabo de largo tiempo, vuelve un nuevo suceso a atraer a la conciencia el perdido recuerdo de un suceso anterior, y nos descubre con ello la fuente del sueño. Entonces tenemos que confesarnos que hemos sabido y recordado en él algo que durante la vida despierta había sido robado a nuestra facultad de recordar[265].

Delboeuf relata un interesantísimo ejemplo de este género, constituido por uno de sus propios sueños. En él vio el patio de su casa cubierto de nieve,

y bajo ésta halló enterradas y medio heladas dos lagartijas. Queriendo salvarles la vida, las recogió, las calentó y las cobijó después en una rendija de la pared, donde tenían su madriguera, introduciendo además en esta última algunas hojas de cierto helecho que crecía sobre el muro y que él sabía ser muy gustado por los lacértidos. En su sueño conocía incluso el nombre de dicha planta: *asplénium ruta muralis*. Llegado a este punto, tomó el sueño un camino diferente, pero después de una corta digresión tornó a las lagartijas y mostró a Delboeuf dos nuevos animalitos de este género que habían acudido a los restos del helecho por él cortado. Luego, mirando en torno suyo, descubrió otro par de lagartijas que se encaminaban hacia la hendidura de la pared, y, por último, quedó cubierta la calle entera por una procesión de lagartijas, que avanzaban todas en la misma dirección.

El pensamiento despierto de Delboeuf no conocía sino muy pocos nombres latinos de plantas y entre ellos se hallaba el de *asplénium*. Mas, con gran asombro, comprobó que existía un helecho así llamado —el *asplénium ruta muraría*— nombre que el sueño había deformado algo. No siendo posible pensar en la coincidencia casual, resultaba para Delboeuf un misterio el origen del conocimiento que el nombre *asplénium* había poseído en su sueño.

Sucedía esto en 1862. Dieciséis años después, halló Delboeuf, en casa de un amigo suyo, un pequeño álbum con flores secas, semejantes a aquellos que en algunas regiones de Suiza se venden como recuerdo a los extranjeros. Al verlo sintió surgir en su memoria un lejano recuerdo; abrió el herbario y halló en él el *asplénium* de su sueño, reconociendo, además, su propia letra, manuscrita en el nombre latino escrito al pie de la página. En efecto, una hermana del amigo en cuya casa se hallaba había visitado a Delboeuf en el curso de su viaje de bodas, dos años antes del sueño de las lagartijas, o sea, en 1860, y le había mostrado aquel álbum, que pensaba regalar, como recuerdo, a su hermano. Amablemente, se prestó entonces Delboeuf a consignar en el herbario el nombre correspondiente a cada planta, pequeño trabajo que llevó a cabo bajo la dirección de un botánico que le fue dictando dichos nombres.

Otra de las felices casualidades que tanto interés dan a este ejemplo permitió a Delboeuf referir un nuevo fragmento de su sueño a su

correspondiente origen olvidado. En 1877 cayó un día en sus manos una antigua colección de una revista ilustrada, y al hojearla tropezó con un dibujo que representaba aquella procesión de lagartijas que había visto en su sueño del año 1862. El número de la revista era de 1861, y Delboeuf pudo recordar que en esta f echa se hallaba suscrito a ella.

Esta libre disposición del sueño sobre recuerdos inaccesibles a la vida despierta constituye un hecho tan singular y de tan gran importancia teórica, que quiero atraer aún más sobre él la atención de mis lectores, por la comunicación de otros sueños «hipermnésticos». Maury relata que durante algún tiempo se le venía a las mientes varias veces al día la palabra *Mussidan*, de la que no sabía sino que era el nombre de una ciudad francesa. Pero una noche soñó hallarse dialogando con cierta persona que le dijo acababa de llegar de Mussidan, y habiéndole preguntado dónde se hallaba tal ciudad, recibió la respuesta de que Mussidan era una capital de distrito del departamento de la Dordoña. Al despertar no dio Maury crédito alguno a la información recibida obtenida en su sueño, pero el Diccionario geográfico le demostró la total exactitud de la misma. En este caso se comprobó el mayor conocimiento del sueño, pero no fue encontrada la olvidada fuente de dicho conocimiento.

Jessen relata (pág. 55) un análogo suceso onírico de la época más antigua: «A estos sueños pertenece, entre otros, el de Escalígero el Viejo (Hennings I, c., pág. 300), al que, cuando se hallaba terminando un poema dedicado a los hombres célebres de Verona, se le apareció en sueños un individuo que dijo llamarse Brugnolo y se lamentó de haber sido olvidado en la composición. Aunque Escalígero no recordaba haber oído jamás hablar de él, incluyó unos versos en su honor, y tiempo después averiguó en Verona, por un hijo suyo, que el tal Brugnolo había gozado largos años atrás en dicha ciudad un cierto renombre como crítico».

Un sueño hipermnéstico, que se distingue por la peculiaridad de que otro sueño posterior trajo consigo la admisión del recuerdo no reconocido al principio, nos es relatado por el marqués D’Hervey de St. Denis (según Vaschide, pág. 232): «Soñé una vez con una joven de cabellos dorados a la que veía conversando con mi hermana mientras le enseñaba un bordado. En el sueño me parecía conocerla y creía incluso haberla visto repetidas veces.

Al despertar siguió apareciéndoseme con toda precisión aquel bello rostro, pero me fue imposible reconocerlo. Luego, al volver a conciliar el reposo, se repitió la misma imagen onírica. En este nuevo sueño hablé ya con la rubia señora y le pregunté si había tenido el placer de verla anteriormente en algún lado. “Ciertamente —me respondió—; acuérdese de la playa de ‘Pornic’. Inmediatamente desperté y recordé con toda claridad las circunstancias reales relacionadas con aquella amable imagen onírica”».

El mismo autor (según Vaschide, pág. 233) nos relata lo siguiente:

«Un músico conocido suyo oyó una vez en sueños una melodía que le pareció completamente nueva. Varios años después la encontró en una vieja colección de piezas musicales, pero no pudo recordar haber tenido nunca dicha colección entre sus manos».

En revista que, desgraciadamente, no me es accesible (*Proceedings of the Society for psychical research*) ha publicado Myers una amplia serie de tales sueños hipermnésticos. A mi juicio, todo aquel que haya dedicado alguna atención a estas materias tiene que reconocer como un fenómeno muy corriente éste de que el sueño testimonie poseer conocimientos y recuerdos de los que el sujeto no tiene la menor sospecha en su vida despierta. En los trabajos psicoanalíticos realizados con sujetos nerviosos, trabajos de los que más adelante daré cuenta, se me presenta varias veces por semana ocasión de demostrar a los pacientes, apoyándome en sus sueños, que conocen citas, palabras obscenas, etc., y que se sirven de ellas en su vida onírica, aunque luego, en estado de vigilia, las hayan olvidado. A continuación citaré un inocente caso de hipermnesia onírica, en el que fue posible hallar con gran facilidad la fuente de que procedía el conocimiento accesible únicamente al sueño.

Un paciente soñó, entre otras muchas cosas, que penetraba en un café y pedía un *kontuszowka*. Al relatarme su sueño me preguntó qué podía ser aquello, respondiéndole yo que *kontuszowka* era el nombre de un aguardiente polaco y que era imposible lo hubiese inventado en su sueño, pues yo lo conocía por haberlo leído en los carteles en que profusamente era anunciado. El paciente no quiso, en un principio, dar crédito a mi explicación, pero algunos días más tarde, después de haber comprobado realmente en un café la existencia del licor de su sueño, vio el nombre soñado en un anuncio fijado

en una calle por la que hacía varios meses había tenido que pasar por lo menos dos veces al día.

En mis propios sueños he podido comprobar lo mucho que el descubrimiento de la procedencia de elementos oníricos aislados depende de la casualidad. Así, mucho antes de pensar en escribir la presente obra, me persiguió durante varios años la imagen de una torre de iglesia, de muy sencilla arquitectura, que no podía recordar haber visto nunca y que después reconocí bruscamente en una pequeña localidad situada entre Salzburgo y Reichenhall. Sucedió esto entre 1895 y 1900, y mi primer viaje por aquella línea databa de 1886. Años más tarde, hallándome ya consagrado intensamente al estudio de los sueños, llegó a hacérseme molesta la constante aparición de la imagen onírica de un singular local. En una precisa relación de lugar con mi propia persona, a mi izquierda, veía una habitación oscura en la que resaltaban varias esculturas grotescas. Un vago y lejanísimo recuerdo al que no me decidía a dar crédito, me decía que tal habitación constituía el acceso a una cervecería, pero no me era posible esclarecer lo que aquella imagen onírica significaba ni tampoco de dónde procedía. En 1907 hice un viaje a Padua, ciudad que contra mi deseo no me había sido posible volver a visitar desde 1895. En mi primera visita había quedado insatisfecho, pues cuando me dirigía a la iglesia de la Madonna dell’ Arena con objeto de admirar los frescos de Giotto que en ella se conservan, hube de volver sobre mis pasos al enterarme de que por aquellos días se hallaba cerrada. Doce años después, llegado de nuevo a Padua, pensé, ante todo, desquitarme de aquella contrariedad y emprendí el camino que conduce a dicha iglesia. Próximo ya a ella, a mi izquierda, y probablemente en el punto mismo en que la vez pasada hube de dar la vuelta, descubrí el local que tantas veces se me había aparecido en sueños, con sus grotescas esculturas. Era realmente la entrada al jardín de un restaurante.

Una de las fuentes de las que el sueño extrae el material que reproduce, y en parte aquel que en la actividad despierta del pensamiento no es recordado ni utilizado, es la *vida infantil*. Citaré tan sólo algunos de los autores que han observado y acentuado esta circunstancia.

Hildebrandt (pág. 23): «Ya ha sido manifestado expresamente que el sueño vuelve a presentar ante el alma, con toda fidelidad y asombroso poder

de reproducción, procesos lejanos y hasta olvidados por el sueño, pertenecientes a las más tempranas épocas de su vida».

Strümpell (pág. 40): «La cuestión se hace aún más interesante cuando observamos cómo el sueño extrae de la profundidad a que las sucesivas capas de acontecimientos posteriores han ido enterrando los recuerdos de juventud, intactas y con toda su frescura original, las imágenes de localidades, cosas y personas. Y esto no se limita a aquellas impresiones que adquirieron en su nacimiento una viva conciencia o se han enlazado con intensos acontecimientos psíquicos y retornan luego en el sueño como verdaderos recuerdos en los que la conciencia despierta se complace. Por lo contrario, las profundidades de la memoria onírica encierran en sí preferentemente aquellas imágenes de personas, objetos y localidades de las épocas más tempranas, que no llegaron a adquirir sino una escasa conciencia o ningún valor psíquico, o perdieron ambas cosas hace ya largo tiempo, y se nos muestran, por tanto, así en el sueño como al despertar, totalmente ajenas a nosotros, hasta que descubrimos su primitivo origen».

Volket (pág. 119): «Muy notable es la predilección con que los sueños acogen los recuerdos de infancia y juventud, presentándonos así, incansablemente, cosas en las que ya no pensamos y ha largo tiempo que han perdido para nosotros toda su importancia».

El dominio del sueño sobre el material infantil, que, como sabemos, cae en su mayor parte en las lagunas de la capacidad consciente de recordar, da ocasión al nacimiento de interesantes sueños hipermnésicos, de los que quiero citar nuevamente algunos ejemplos:

Maury relata (pág. 92) que, siendo niño, fue repetidas veces desde Meaux, su ciudad natal, a la próxima de Trilport, en la que su padre dirigía la construcción de un puente. Muchos años después se ve en sueños jugando en las calles de Trilport. Un hombre, vestido con una especie de uniforme, se le acerca, y Maury le pregunta cómo se llama. El desconocido contesta que es C…, el guarda del puente. Al despertar, dudando de la realidad de su recuerdo, interroga Maury a una antigua criada de su casa sobre si conoció a alguna persona del indicado nombre. «Ya lo creo —responde la criada—; así se llamaba el guarda del puente que su padre de usted construyó en Trilport».

Un ejemplo igualmente comprobado de la precisión de los recuerdos

infantiles que aparecen en el sueño nos es relatado también por Maury, el que fue comunicado por fin señor F., cuya infancia había transcurrido en Montbrison. Veinticinco años después de haber abandonado dicha localidad, decidió este individuo visitarla y saludar en ella a antiguos amigos de su familia, a los que no había vuelto a ver. En la noche anterior a su partida soñó que había llegado al fin de su viaje y encontraba en las inmediaciones de Montbrison a un desconocido que le decía ser el señor T., antiguo amigo de su padre. Nuestro sujeto sabía que de niño había conocido a una persona de dicho nombre, pero una vez despierto no le fue posible recordar su fisonomía. Algunos días después, llegado realmente a Montbrison, halló de nuevo el lugar en que la escena de su sueño se había desarrollado, y que le había parecido totalmente desconocido, y encontró a un individuo al que reconoció en el acto como el señor T. de su sueño. La persona real se hallaba únicamente más envejecida de lo que su imagen onírica la había mostrado.

Por mi parte, puedo relatar aquí un sueño propio, en el que la impresión que de recordar se trataba quedó sustituida por una relación. En este sueño vi una persona de la que durante el mismo sueño sabía que era el médico de mi lugar natal. Su rostro no se me aparecía claramente, sino mezclado con el de uno de mis profesores de segunda enseñanza, al que en la actualidad encuentro aún de cuando en cuando. Al despertar me fue imposible hallar la relación que podía enlazar a ambas personas. Habiendo preguntado a mi madre por aquel médico de mis años infantiles, averigüe que era tuerto, y tuerto también el profesor cuya persona se había superpuesto en mi sueño a la del médico. Treinta y ocho años hacia que no había vuelto a ver a este último, y, que yo sepa, no he pensado jamás en él en mi vida despierta, aunque una cicatriz que llevo en la barbilla hubiera podido recordarme su actuación facultativa.

La afirmación de algunos autores de que en la mayoría de los sueños pueden descubrirse elementos procedentes de los días inmediatamente anteriores, parece querer constituir un contrapeso a la excesiva importancia del papel que en la vida onírica desempeñan las impresiones infantiles. Robert (página 46) llega incluso a observar que, «en general, el sueño normal no se ocupa sino de las impresiones de los días inmediatos», y aunque comprobamos que la teoría de los sueños edificada por este autor exige

imprescindiblemente una tal repulsa de las impresiones más antiguas y un paso al primer término de las más recientes, no podemos dejar de reconocer que el hecho consignado por Robert es cierto, y yo mismo lo he comprobado en mis investigaciones. Un autor americano, Nelson, opina que en el sueño hallamos casi siempre utilizadas impresiones del día anterior a aquél en cuya noche tuvo lugar, o de tres días antes, como si las del día inmediato al sueño no se hallaran aún lo suficientemente debilitadas o lejanas.

Varios investigadores, que no querían poner en duda la íntima conexión del contenido onírico con la vida despierta, han opinado que aquellas impresiones que ocupan intensamente el pensamiento despierto, sólo pasan al sueño cuando han sido echadas a un lado por la actividad diurna. Así sucede que en la época inmediata al fallecimiento de una persona querida y mientras la tristeza embarga el ánimo de los supervivientes, no suelen éstos soñar con ella (Delage). Sin embargo, uno de los más recientes observadores, miss Hallarn, ha reunido una serie de ejemplos contrarios, y representa en este punto los derechos de la individualidad psicológica.

La tercera peculiaridad, y la más singular y menos comprensible de la memoria en el sueño, se nos muestra en la selección del material reproducido, pues se considera digno de recuerdo no lo más importante, como sucede en la vida despierta, sino, por lo contrario, también lo más indiferente y nimio. Dejo aquí la palabra a los autores que con mayor energía han expresado el asombro que este hecho les causaba.

Hildebrandt (pág. 11): «Lo más singular es que el sueño no toma sus elementos de los grandes e importantes sucesos, ni de los intereses más poderosos y estimulantes del día anterior, sino de los detalles secundarios o, por decirlo así, de los residuos sin valor del pretérito inmediato o lejano. La muerte de una persona querida, que nos ha sumido en el más profundo desconsuelo, y bajo cuya triste impresión conciliamos el reposo, se extingue en nuestra memoria durante tal estado, hasta el momento mismo de despertar vuelve a ella con dolorosa intensidad. En cambio, la verruga que ostentaba en la frente un desconocido con quien tropezamos, y en el que no hemos pensado ni un solo instante, desempeña un papel en nuestro sueño…»

Strümpell (pág. 39): «… casos en los que la disección de un sueño halla elementos del mismo que proceden, efectivamente, de los sucesos vividos

durante el último o el penúltimo día, pero que poseían tan escasa importancia para el pensamiento despierto, que cayeron en seguida en el olvido. Estos sucesos suelen ser manifestaciones casualmente oídas o actos superficialmente observados de otras personas, percepciones rápidamente olvidadas de cosas o personas, pequeños trozos aislados de una lectura, etc».

Havelock Ellis (1889, pág. 727). «The profound emotions of waking life, the questions and problems on which we spread our chief voluntary mental energy, are not those which usually present themselves at once to dreamconsciousness. It is so far as the immediate past is concerned, mostly the trifling, the incidental, the *forgotten* impressions of daily life wich reappear in our dreams. The psychic activities that are awake most intensely are those that sleep most profoundly».

Binz (pág. 45) toma estas peculiaridades de la memoria en el sueño como ocasión de mostrar su insatisfacción ante las explicaciones del sueño, a las que él mismo se adhiere: «El sueño natural nos plantea análogos problemas. ¿Por qué no soñamos siempre con las impresiones mnémicas del día inmediatamente anterior, sino que sin ningún motivo visible nos sumimos en un lejanísimo pretérito, ya casi extinguido? ¿Por qué recibe tan frecuentemente la conciencia en el sueño la impresión de imágenes mnémicas *indiferentes*, mientras que las células cerebrales, allí donde las mismas llevan en sí las más excitables inscripciones de lo vivido, yacen casi siempre mudas e inmóviles, aunque poco tiempo antes las haya excitado en la vida despierta de un agudo estímulo?»

Comprendemos sin esfuerzo cómo la singular predilección de la memoria onírica por lo indiferente, y en consecuencia poco atendido de los sucesos diurnos, había de llevar casi siempre a la negación de la dependencia del sueño de la vida diurna, y después, a dificultar, por lo menos en cada caso, la demostración de la existencia de la misma. De este modo ha resultado posible que en la estadística de sus sueños (y de los de su colaborador), formada por miss Whiton Calkins, aparezca fijado en un 11 por 100 el número de sueños en los que no resultaba visible una relación con la vida diurna. Hildebrandt está seguramente en los cierto cuando afirma que si dedicásemos a cada caso tiempo y atención suficientes, lograríamos siempre esclarecer el origen de todas las imágenes oníricas. Claro es que a continuación califica esta labor de

«tarea penosa e ingrata, pues se trataría principalmente de rebuscar en los más recónditos ángulos de la memoria toda clase de cosas, desprovistas del más mínimo valor psíquico, y extraer nuevamente a la luz, sacándolas del profundo olvido en que cayeron, quizá inmediatamente después de su aparición, toda clase de momentos indiferentes de un lejano pretérito». Por mi parte, debo, sin embargo, lamentar que el sutil ingenio de este autor no se decidiese a seguir el camino que aquí se iniciaba ante él, pues le hubiera conducido en el acto al punto central de la explicación de los sueños.

La conducta de la memoria onírica es seguramente de altísima importancia para toda teoría general de la memoria. Nos enseña, en efecto, que «nada de aquello que hemos poseído una vez espiritualmente puede ya perderse por completo» (Scholz, pág. 34). O como manifiesta Delboeuf, que «toute impression même la plus insignifiante, laisse une trace inaltérable, indéfiniment susceptible de “reparaître au jour”»; conclusión que nos imponen asimismo otros muchos fenómenos patológicos de la vida anímica. Esta extraordinaria capacidad de rendimiento de la memoria en el sueño es cosa que deberemos tener siempre presente para darnos perfecta cuenta de la contradicción en que incurren ciertas teorías, de las que más adelante trataremos, cuando intentan explicar el absurdo y la incoherencia de los sueños por el olvido parcial de lo que durante el día nos es conocido.

Podía quizá ocurrírsenos reducir el fenómeno onírico en general al del recordar, y ver en el sueño la manifestación de una actividad de reproducción no interrumpida durante la noche y que tuviese su fin en sí misma. A esta hipótesis se adaptarían comunicaciones como la de von Pilez, de las cuales deduce este autor la existencia de estrechas relaciones entre el contenido del sueño y el momento en que se desarrolla. Así, en aquel período de la noche en que nuestro reposo es más profundo reproduciría el sueño las impresiones más lejanas o pretéritas, y en cambio, hacia la mañana, las más recientes. Pero esta hipótesis resulta inverosímil desde un principio, dada la forma en que el sueño actúa con el material que de recordar se trata. Strümpell llama justificadamente la atención sobre el hecho de que el sueño no nos muestra nunca la repetición de un suceso vivido. Toma como punto de partida un detalle de alguno de estos sucesos, pero representa luego una laguna, modifica la continuación o la sustituye por algo totalmente ajeno. De este

modo resulta que nunca trae consigo sino fragmentos de reproducciones; hecho tan general y comprobado, que podemos utilizarlo como base de una construcción teórica. Sin embargo, también aquí hallamos excepciones en las que el sueño reproduce un suceso tan completamente como pudiera hacerlo nuestra memoria en la vida despierta. Delboeuf relata que uno de sus colegas de Universidad pasó en un sueño por la exacta repetición de un accidente, del que milagrosamente había salido ileso. Calkins cita dos sueños, cuyo contenido fue exacta reproducción de un suceso del día anterior, y por mi parte, también hallaré oportunidad más adelante de exponer un ejemplo de retorno onírico no modificado de un suceso de la infancia[266].

c) Estímulos y fuentes de los sueños.— Aquello que estos conceptos significan podemos explicarlo por analogía con la idea popular de que «los sueños vienen del estómago». En efecto, detrás de dichos conceptos se esconde una teoría que considera a los sueños como consecuencia de una perturbación del reposo. No hubiéramos soñado si nuestro reposo no hubiese sido perturbado por una causa cualquiera, y el sueño es la reacción a dicha perturbación.

La discusión de las causas provocadoras de los sueños ocupa en la literatura onírica un lugar preferente, aunque claro es que este problema no ha podido surgir sino después de haber llegado el sueño a constituirse en objeto de la investigación biológica. En efecto, los antiguos, que consideraban el sueño como un mensaje divino, no necesitaban buscar para el estímulo ninguno, pues veían su origen en la voluntad de los poderes divinos o demoniacos, y atribuían su contenido a la intención o el conocimiento de los mismos. En cambio, para la Ciencia se planteó en seguida la interrogación de si el estímulo provocador de los sueños era siempre el mismo o podía variar, y paralelamente la de si la explicación causal del fenómeno onírico corresponde a la Psicología o a la Fisiología. La mayor parte de los autores parece aceptar que las causas de perturbación del reposo, esto es, las fuentes de los sueños, pueden ser de muy distinta naturaleza, y que tanto las excitaciones físicas como los sentimientos anímicos son susceptibles de constituirse en estímulos oníricos. En la referencia dada a una y otras de estas fuentes y en la clasificación de las mismas por orden de su importancia como generatrices de sueño es en lo que ya difieren más las opiniones.

La totalidad de las fuentes oníricas puede dividirse en cuatro especies; división que ha servido también de base para clasificar los sueños:

1. *Estímulo sensorial externo (objetivo).*
2. *Estímulo sensorial interno (subjetivo).*
3. *Estimulo somático interno (orgánico).*
4. *Fuentes de estímulo puramente psíquicas*.

1. Los estímulos sensoriales externos.— Strümpell el Joven, hijo del filósofo del mismo nombre y autor de una obra sobre los sueños, que nos ha servido muchas veces de guía en nuestra investigación de los problemas oníricos, refiere las observaciones realizadas en un enfermo, que padecía una anestesia general del tegumento externo y una parálisis de varios de los más importantes órganos sensoriales. Este individuo se quedaba profundamente dormido en cuanto se le aislaba por completo del mundo exterior, privándole de los escasos medios de comunicación que aún poseía con el mismo. A una situación semejante a la del sujeto de este experimento de Strümpell tendemos todos cuando deseamos conciliar el reposo. Cerramos las más importantes puertas sensoriales —los ojos— y procuramos resguardar los demás sentidos de todo nuevo estímulo o toda modificación de los que ya actúan sobre ellos.

En esta forma es como llegamos a conciliar el reposo, aunque nunca nos sea dado conseguir totalmente el propósito antes indicado, pues ni podemos mantener nuestros órganos sensoriales lejos de todo estímulo ni tampoco suprimir en absoluto su excitabilidad. El hecho de que cuando un estímulo alcanza una cierta intensidad logra siempre hacernos despertar demuestra «que también durante el reposo ha permanecido el alma en continua conexión con el mundo exterior». Así, pues, los estímulos sensoriales que llegan a nosotros durante el reposo pueden muy bien constituirse en fuentes de sueños.

De tales estímulos existe toda una amplia serie; desde los inevitables, que el mismo estado de reposo trae consigo, o a los que tienen ocasionalmente que permitir el acceso, hasta el casual estímulo despertador, susceptible de poner fin al reposo o destinado a ello. Una intensa luz puede llegar a nuestros

ojos; un ruido a nuestros oídos o un olor a nuestro olfato. Asimismo podemos llevar a cabo durante el reposo movimientos involuntarios que, dejando al descubierto una parte de nuestro cuerpo, la expongan a una sensación de enfriamiento, o adoptar posturas que generen sensaciones de presión o de contacto. Por último, puede picarnos un insecto o surgir una circunstancia cualquiera que excite simultáneamente varios de nuestros sentidos. La atenta observación de los investigadores ha coleccionado toda una serie de sueños en los que el estímulo comprobado al despertar coincidía con un fragmento del contenido onírico hasta el punto de hacernos posible reconocer en dicho estímulo la fuente del sueño.

Tomándola de Jessen (pág. 527), reproduciré aquí una colección de estos sueños imputables a estímulos sensoriales objetivos más o menos accidentales. Todo ruido vagamente advertido provoca imágenes oníricas correspondientes; el trueno nos sitúa en medio de una batalla, el canto de un gallo puede convertirse en un grito de angustia y el chirriar de una puerta hacernos soñar que han entrado ladrones en nuestra casa. Cuando nos destapamos soñamos quizá que andamos desnudos o hemos caído al agua. Cuando nos atravesamos en la cama y sobresalen nuestros pies de los bordes de la misma, soñamos a lo mejor que nos hallamos al borde de un temeroso precipicio o que caemos rodando desde una altura. Si en el transcurso de la noche llegamos a colocar casualmente nuestra cabeza debajo de la almohada, soñaremos que sobre nosotros pende una enorme roca, amenazando con aplastarnos. La acumulación del semen engendra sueños voluptuosos; y los dolores locales, la idea de sufrir malos tratamientos, ser objeto de ataques hostiles o de recibir heridas…

«Meier (*Versuch einer Erklaerung des Nachtwandels*, Halle, 1858, pág. 33) soñó una vez ser atacado por varias personas que le tendían de espaldas, le introducían por el pie, por entre el dedo gordo y el siguiente, un palo, y clavaban luego éste en el suelo. Al despertar sintió, en efecto, que tenía una paja clavada entre dichos dedos. Este mismo sujeto soñó, según Hennigs, 1784 (pág. 258), que le ahorcaban una noche en que la camisa de dormir le oprimía un poco el cuello. Hoffbauer soñó en su juventud que caía desde lo alto de un elevado muro, y al despertar observó que, por haberse roto la cama, había caído él realmente con el colchón al suelo… Gregory relata que

una vez que al acostarse colocó a los pies una botella con agua caliente soñó que subía al Etna y se le hacía casi insoportable el calor que el suelo despedía. Otro individuo que se acostó teniendo una cataplasma aplicada a la cabeza soñó ser atacado por los indios y despojado del cuero cabelludo. Otro que se acostó teniendo puesta una camisa húmeda creyó ser arrastrado por la impetuosa corriente de un río. Un sujeto en el que durante la noche se inició un ataque de podagra soñó que la Inquisición le sometía al tormento del potro (Macnish)».

La hipótesis explicativa basada en la analogía entre el estímulo y el contenido del sujeto queda reforzada por la posibilidad de engendrar en el durmiente, sometiéndole a determinados estímulos sensoriales, sueños correspondientes a los mismos. Macnish y después Girón de Buzareingues han llevado a cabo experimentos de este género. Girón «dejó una vez destapadas sus rodillas y soñó que viajaba por la noche en una diligencia». Al relatar este sueño añade la observación de que todos aquellos que tienen la costumbre de viajar saben muy bien el frío que se siente en las rodillas cuando se va de noche en un carruaje. Otra vez se acostó dejando al descubierto la parte posterior de su cabeza y soñó que asistía a una ceremonia religiosa al aire libre. En el país en que vivía era, en efecto, costumbre conservar siempre el sombrero puesto, salvo en ocasiones como la de su sueño.

Maury comunica nuevas observaciones de sueños propios experimentalmente provocados. (Una serie de otros experimentos no tuvo resultado alguno.)

1. Le hacen cosquillas con una pluma en los labios y en la punta de la nariz.—Sueña que es sometido a una horrible tortura, consistente en colocarle una careta de pez y arrancársela luego violentamente con toda la piel del rostro.

2. Frotan unas tijeras contra unas tenazas de chimenea.—Oye sonar las campanas, luego tocar a rebato y se encuentra trasladado a los días revolucionarios de junio de 1848.

3. Le dan a oler agua de Colonia.—Se halla en El Cairo, en la tienda de Juan María Farina. Luego siguen locas aventuras que no puede reproducir.

4. Le pellizcan ligeramente en la nuca.—Sueña que le ponen una

cataplasma y piensa en un médico que le asistió en su niñez.

5. Le acercan a la cara un hierro caliente.—Sueña que los *chauffeurs*[267] han entrado en la casa y obligan a sus habitantes a revelarles dónde guardan el dinero, acercando sus pies a las brasas de la chimenea. Luego aparece la duquesa de Abrantes, cuyo secretario es él en su sueño.

6. Le vierten una gota de agua sobre la frente.—Está en Italia, suda copiosamente y bebe vino blanco de Orvieto.

7. Se hace caer sobre él repetidas veces, a través de un papel rojo, la luz de una vela.—Sueña con el tiempo, con el calor y se encuentra de nuevo en medio de una tempestad de la que realmente fue testigo en una travesía.

D'Hervey, Weygandt y otros han realizado también experimentos de este género.

Muchos autores han observado «la singular facilidad con que el sueño logra entretejer en su contenido súbitas impresiones sensoriales, convirtiéndolas en el desenlace, ya paulatinamente preparado de dicho contenido» (Hildebrandt).

«En mis años de juventud —escribe este mismo autor— acostumbraba tener en mi alcoba un reloj despertador cuyo repique me avisase a la hora de levantarme. Pues bien: más de cien veces sucedió que el agudo sonido del timbre venía a adaptarse de tal manera al contenido de un sueño largo y coherente en apariencia, que la totalidad del mismo parecía no ser sino su necesario antecedente y hallar en él su apropiada e indispensable culminación lógica y su fin natural».

Con un distinto propósito citaré tres de estos sueños provocados por un estímulo que pone fin al reposo.

Volkelt (pág. 68): «Un compositor soñó que se hallaba dando clase y que al acabar una explicación se dirigía a un alumno preguntándole: '¿Me has comprendido?' El alumno responde a voz en grito: '¡Oh, sí! ¡Orja!' Incomodado por aquella manera de gritar, le manda que baje la voz. Pero la clase entera grita ya a coro: '¡Orja!' Después: '¡Eurjo!' Y, por último, '¡Feuerjo! (¡Fuego!)' En este momento despierta por fin el sujeto, oyendo realmente en la calle el grito de '¡Fuego!'»

Garnier (*Traité des facultés de l'âme*, 1865) relata que cuando se intentó asesinar a Napoleón, haciendo estallar una máquina infernal al paso de su

carruaje, iba el emperador durmiendo y la explosión interrumpió un sueño en el que revivía el paso del Tagliamento y oía el fragor del cañoneo austríaco. Al despertar sobresaltado, lo hizo con la exclamación: «¡Estamos exterminados!»

Uno de los sueños de Maury ha llegado a hacerse célebre (pág. 161). Hallándose enfermo en cama soñó con la época del terror durante la Revolución francesa, asistió a escenas terribles y se vio conducido ante el tribunal revolucionario, del que formaban parte Robespierre, Marat, Fourquier-Tinville y demás tristes héroes de aquel sangriento período. Después de un largo interrogatorio y de una serie de incidentes que no se fijaron en su memoria, fue condenado a muerte y conducido al cadalso en medio de una inmensa multitud. Sube al tablado, el verdugo le ata a la plancha de la guillotina, bascula ésta, cae la cuchilla y Maury siente cómo su cabeza queda separada del tronco. En este momento despierta presa de horrible angustia y encuentra que una de las varillas de las cortinas de la cama ha caído sobre su garganta análogamente a la cuchilla ejecutora.

Este sueño provocó una interesante discusión que en la *Revue Philosophique* sostuvieron Le Lorrain y Egger sobre cómo y en qué forma era posible al durmiente acumular en el corto espacio de tiempo transcurrido entre la percepción del estímulo despertador y el despertar una cantidad aparentemente tan considerable de contenido onírico.

En los ejemplos de este género se nos muestran los estímulos sensoriales objetivos advertidos durante el reposo como la más comprensible y evidente de las fuentes oníricas, circunstancia a la que se debe que sea ésta la única que ha pasado al conocimiento vulgar. En efecto, si a un hombre culto, pero desconocedor de la literatura científica sobre estas materias, le preguntamos cómo nacen los sueños, nos contestará seguramente citando alguno de aquellos casos en los que el sueño queda explicado por un estímulo sensorial objetivo comprobado al despertar. Pero la observación científica no puede detenerse aquí y halla motivo de nuevas interrogaciones en el hecho de que el estímulo que durante el reposo actúa sobre los sentidos no aparece en el sueño en su forma real, sino que es sustituido por una representación cualquiera distinta relacionada con él en alguna forma. Pero esta relación que une el estímulo y el resultado onírico es, según palabra de Maury, «une

affinité quelconque, mais qui n'est pas unique et exclusive» (pág. 72). Después de leer los tres sueños interruptores del reposo que a continuación tomamos de Hildebrandt, no podemos por menos de preguntarnos por qué el mismo estímulo provocó tres resultados oníricos tan distintos y por qué precisamente tales tres:

(Pág. 37): «En una mañana de primavera paseo a través de los verdes campos en dirección a un pueblo vecino, a cuyos habitantes veo dirigirse, vestidos de fiesta y formando numerosos grupos, hacia la iglesia, con el libro de misa en la mano. Es, en efecto, domingo, y la primera misa debe comenzar dentro de pocos minutos. Decido asistir a ella; pero como hace mucho calor, entro, para reposar, en el cementerio que rodea la iglesia. Mientras me dedico a leer las diversas inscripciones funerarias oigo al campanero subir a la torre y veo en lo alto de la misma la campanita pueblerina que habrá de anunciar dentro de poco el comienzo del servicio divino. Durante algunos instantes la campana permanece inmóvil, pero luego comienza a agitarse y de repente sus sones llegan a hacerse tan agudos y claros que ponen fin a mi sueño. Al despertar oigo a mi lado el timbre del despertador».

Otra comunicación: «Es un claro día de invierno y las calles se hallan cubiertas por una espesa capa de nieve. Tengo que tomar parte en una excursión en trineo, pero me veo obligado a esperar largo tiempo antes que se me anuncie que el trineo ha llegado a mi puerta. Antes de subir a él hago mis preparativos, poniéndome el gabán de pieles e instalando en el fondo del coche un calentador. Por fin subo al trineo, pero el cochero no se decide a dar la señal de partida a los caballos. Sin embargo, éstos acaban por emprender la marcha, y los cascabeles de sus colleras, violentamente sacudidos, comienzan a sonar, pero con tal intensidad que el cascabeleo rompe inmediatamente la tela de araña de mi sueño. También esta vez se trataba simplemente del agudo timbre de mi despertador».

Tercer ejemplo: «Veo a mi criada avanzar por un pasillo hacia el comedor llevando en una pila varias docenas de platos. La columna de porcelana me parece a punto de perder el equilibrio. Ten cuidado —le advierto a la criada—, vas a tirar todos los platos'. La criada me responde, como de costumbre, que no me preocupe, pues ya sabe ella lo que se hace; pero su respuesta no me quita de seguirla con una mirada inquieta. En efecto, al llegar a la puerta

del comedor tropieza, y la frágil vajilla cae, rompiéndose en mil pedazos sobre el suelo y produciendo un gran estrépito, que se sostiene hasta hacerme advertir que se trata de un ruido persistente, distinto del que la porcelana ocasiona al romperse y parecido más bien al de un timbre. Al despertar compruebo que es el repique del despertador».

El problema que plantea este error en que con respecto a la verdadera naturaleza del estímulo sensorial objetivo incurre el alma en el sueño ha sido resuelto por Strümpell —y casi idénticamente por Wundt— en el sentido de que el alma se encuentra con respecto a tales estímulos, surgidos durante el estado de reposo, en condiciones idénticas a las que presiden la formación de ilusiones. Para que una impresión sensorial quede *reconocida* o *exactamente interpretada* por nosotros, esto es, incluida en el grupo de recuerdos al que, según toda nuestra experiencia anterior, pertenece, es necesario que sea suficientemente fuerte, precisa y duradera y que, por nuestra parte, dispongamos de tiempo para realizar la necesaria reflexión. No cumpliéndose estas condiciones, nos resulta imposible llegar al conocimiento del objeto del que la impresión procede, y lo que sobre esta última construimos no pasa de ser una ilusión. «Cuando alguien va de paseo por el campo y distingue imprecisamente un objeto lejano, puede suceder que al principio lo suponga un caballo». Visto luego el objeto desdé más cerca, le parecerá ser una vaca echada sobre la tierra, y, por último, esta representación se convertirá en otra distinta y ya definitiva, consistente en la de un grupo de hombres sentados. De igual naturaleza indeterminada son las impresiones que el alma recibe durante el estado de reposo por la actuación de estímulos externos, y fundada en ellas, construirá ilusiones, valiéndose de la circunstancia de que cada impresión hace surgir en mayor o menor cantidad imágenes mnémicas, las cuales dan a la misma su valor psíquico. De cuál de los muchos círculos mnémicos posibles son extraídas las imágenes correspondientes y cuáles de las posibles relaciones asociativas entran aquí en juego, son cuestiones que permanecen aun después de Strümpell, indeterminables y como abandonadas al arbitrio de la vida anímica.

Nos hallamos aquí ante un dilema. Podemos admitir que no es factible perseguir más allá la normatividad de la formación onírica y renunciar por tanto a preguntar si la interpretación de la ilusión provocada por la impresión

sensorial no se encuentra sometida a otras condiciones. Pero también podemos establecer la hipótesis de que la excitación sensorial objetiva surgida durante el reposo no desempeña, como fuente onírica, más que un modestísimo papel y que la selección de las imágenes mnémicas que se trata de despertar queda determinada por otros factores. En realidad, si examinamos los sueños experimentalmente generados de Maury, sueños que con esta intención he comunicado tan al detalle, nos inclinamos a concluir que el experimento realizado no nos descubre propiamente sino el origen de uno sólo de los elementos oníricos, mientras que el contenido restante del sueño se nos muestra más bien demasiado independiente y demasiado determinado en sus detalles para poder ser esclarecido por la única explicación de su obligado ajuste al elemento experimentalmente introducido.

Por último, cuando averiguamos que la misma impresión objetiva encuentra a veces en el sueño una singularísima interpretación, ajena por completo a su naturaleza real, llegamos incluso a dudar de la teoría de la ilusión y del poder de las impresiones objetivas para conformar los sueños.

M. Simon refiere un sueño en el que vio varias personas gigantescas sentadas a comer en derredor de una mesa y oyó claramente el tremendo ruido que sus mandíbulas producían al masticar. Al despertar oyó las pisadas de un caballo que pasaba al galope ante su ventana. Si las pisadas de un caballo despertaron en este sueño representaciones que parecen pertenecer al círculo de recuerdos de los viajes de Gulliver —la estancia de éste entre los gigantes de Probdingnan—, y del virtuoso Houyhnhnms, si me arriesgo a interpretar sin la ayuda del soñador, ¿no habrá sido facilitada además la elección de este círculo de recuerdos, tan ajenos al estímulo, por otros motivos[268]?.

2. ESTÍMULOS SENSORIALES INTERNOS (SUBJETIVOS).— A despecho de todas las objeciones, nos vemos obligados a admitir como indiscutible la intervención durante el reposo, y a título de estímulos oníricos, de las excitaciones sensoriales objetivas. Mas cuando estos estímulos se nos muestran de naturaleza y frecuencia insuficientes para explicar todas las imágenes oníricas, nos inclinaremos a buscar fuentes distintas, aunque de análoga actuación. Ignoro qué autor inició la idea de agregar como fuentes de

sueños, a los estímulos externos, las excitaciones internas (subjetivas); pero el hecho es que en todas las exposiciones modernas de la etiología de los sueños se sigue esta norma. «A mi juicio —dice Wundt (página 363)—, desempeñan también un papel esencial en las ilusiones oníricas aquellas sensaciones subjetivas, visuales o auditivas, que en el estado de vigilia nos son conocidas como caos luminoso del campo visual oscuro, zumbido de oídos, etc., entre ellas especialmente las excitaciones subjetivas de la retina, con lo que quedaría explicada la singular tendencia del sueño a presentarnos considerables cantidades de objetos análogos e idénticos —pájaros, mariposas, peces, cuentas de colores, flores, etc.—; en estos casos, el polvillo luminoso del campo visual oscuro toma una forma fantástica, y los puntos luminosos de que se compone quedan encarnados por el sueño en otras tantas imágenes independientes que a causa de la movilidad del caos luminoso son considerados como dotadas de movimiento. Aquí radica quizá también la gran preferencia del sueño por las más diversas figuras zoológicas, cuya riqueza de formas se adapta fácilmente a la especial de las imágenes luminosas y subjetivas».

Las excitaciones sensoriales subjetivas poseen, desde luego, en calidad de fuentes de las imágenes oníricas, la ventaja de no depender, como las objetivas, de causalidades exteriores. Se hallan, por decirlo así, a la disposición del esclarecimiento del sueño siempre que para ello las necesitamos. Pero, en cambio, presentan, con respecto a las excitaciones sensoriales objetivas, el inconveniente de que su actuación como estímulos oníricos nos resulta susceptible —o sólo con grandes dificultades— de aquella comprobación que la observación y el experimento nos proporcionan en las primeras.

El poder provocador de sueños de las excitaciones sensoriales subjetivas nos es demostrado principalmente por. las llamadas alucinaciones hipnagógicas, que han sido descritas por J. Müller como «fenómenos visuales fantásticos», y consisten en imágenes, con frecuencia muy animadas y cambiantes, que muchos individuos suelen percibir en el período de duermevela anterior al dormir y pueden perdurar durante un corto espacio de tiempo después que el sujeto ha abierto los ojos. Maury, en quien eran frecuentísimas tales alucionaciones, las estudió cuidadosamente, y afirma su

conexión y hasta su identidad con las imágenes oníricas, teoría que sostiene también J. Müller.

Para su génesis —dice Maury— es necesaria cierta pasividad anímica, un relajamiento de la atención (págs. 59 y sigs.). Pero basta que caigamos por un segundo en un tal letargo para percibir, cualquiera que sea nuestra disposición de momento, una alucinación hipnagógica, después de la cual podemos despertar, volver a aletargarnos, percibir nuevas alucinaciones hignagógicas, y así sucesivamente, hasta que acabamos por conciliar, ya profundamente, el reposo. Si en estas circunstancias despertamos de nuevo al cabo de un intervalo no muy largo, podremos comprobar, según Maury, que en nuestros sueños durante dicho intervalo han tomado parte aquellas mismas imágenes percibidas antes como alucinaciones hipnagógicas. Así sucedió una vez a Maury con una serie de figuras grotescas, de rostro desencajado y extraños peinados, que, después de importunarle antes de conciliar el reposo, se incluyeron en uno de sus sueños. Otra vez en que, hallándose sometido a una rigurosa dieta, experimentaba una sensación de hambre, vio hipnagógicamente un plato y una mano, armada de tenedor, que tomaba comida con él. Luego, dormido, soñó hallarse ante una mesa ricamente servida y oyó el ruido que los invitados producían con los tenedores. En otra ocasión, padeciendo de una dolorosa irritación de la vista, tuvo antes de dormirse una alucinación hipnagógica, consistente en la visión de una serie de signos microscópicos que le era preciso ir descifrando uno tras otro con gran esfuerzo. Una hora después, al despertar, recordó un sueño en el que había tenido que leer trabajosamente un libro impreso en pequeñísimos caracteres.

Análogamente a estas imágenes pueden surgir hipnagógicamente alucinaciones objetivas de palabras, nombres, etc., que luego se repiten en el sueño subsiguiente, constituyendo así la alucinación una especie de abertura en la que se inician los temas principales que luego habrán de ser desarrollados.

Igual orientación que J. Müller y Maury sigue en la actualidad un moderno observador de las alucinaciones hipnagógicas, G. Trumbull Ladd. A fuerza de ejercitarse, llegó a poder interrumpir voluntariamente su reposo de dos a cinco minutos después de haberlo conciliado, y sin abrir los ojos

hallaba ocasión de comparar las sensaciones de la retina, que en aquel momento desaparecían, con las imágenes oníricas que perduraban en su recuerdo. De este modo asegura haber logrado comprobar, en todo caso, la existencia entre aquellas sensaciones y estas imágenes de una íntima relación, consistente en que los puntos y líneas luminosos de la luz propia de la retina constituían como el esquema o silueteado de las imágenes oníricas psíquicamente percibidas.

Así, un sueño en el que se vio leyendo y estudiando varias líneas de un texto impreso en claros caracteres correspondía a una ordenación en líneas paralelas de los puntos luminosos de la retina. O para decirlo con sus propias palabras: la página claramente impresa que leyó en su sueño se transformó luego en un objeto que su percepción despierta interpretó como un fragmento de una hoja realmente impresa que para verla más precisamente desde una larga distancia la contemplaba a través de un pequeño agujero practicado en una hoja de papel. Ladd opina —sin disminuir la importancia de la parte central del fenómeno— que apenas si se desarrolla en nosotros un solo sueño visual que no tenga su base en los estados internos de excitación de la retina. Esto sucede especialmente en aquellos sueños que surgen en nosotros al poco tiempo de conciliar el reposo en una habitación oscura, mientras que en los sueños matutinos queda constituida la fuente de estímulos por la luz que penetra ya en el cuarto y hasta los ojos del durmiente.

El carácter cambiante y capaz de infinitas variaciones de la excitación de la luz propia corresponde exactamente a la inquieta huida de imágenes que nuestros sueños nos presentan. Si admitimos la exactitud de estas observaciones de Ladd, no podemos por menos de considerar muy elevado el rendimiento onírico de esta fuente de estímulo subjetiva, pues las imágenes visuales constituyen el principal elemento de nuestros sueños. La aportación de los restantes dominios sensoriales, incluso el auditivo, es menor y más inconstante.

3. ESTÍMULO SOMÁTICO INTERNO (ORGÁNICO).— Habiendo emprendido la labor de buscar las fuentes oníricas dentro del organismo y no fuera de él, habremos de recordar que casi todos nuestros órganos internos, que en estado de salud apenas nos dan noticia de su existencia, llegan a constituir para

nosotros, durante los estados de excitación o las enfermedades, una fuente de sensaciones, dolorosas en su mayoría, equivalentes a los estímulos de las excitaciones dolorosas y sensitivas procedentes del exterior. Son muy antiguos conocimientos los que, por ejemplo, inspiran a Strümpell las manifestaciones siguientes (pág. 107):

«El alma llega en el estado de reposo a una conciencia sensitiva mucho más amplia y profunda de su encarnación que en la vida despierta, y se ve obligada a recibir y a dejar actuar sobre ella determinadas impresiones excitantes, procedentes de partes y alteraciones de su cuerpo de las que nada sabía en la vida despierta».

Ya Aristóteles creía en la posibilidad de hallar en los sueños la indicación del comienzo de una enfermedad de la que en el estado de vigilia no experimentábamos aún el menor indicio (merced a la ampliación que el sueño deja experimentar a las impresiones), y autores médicos de cuyas opiniones se hallaba muy lejos el conceder a los sueños un valor profético, han aceptado esta significación de los mismos como anunciadores de la enfermedad (cf. M. Simon, pág. 31, y otros muchos autores más antiguos) [269].

Tampoco en la época moderna faltan ejemplos comprobados de una tal función diagnóstica del sueño. Así, refiere Tissié, tomándolo de Artigues (*Essai sur la valeur séméiologique des rêves*), el caso de una mujer de cuarenta y tres años que durante un largo período de tiempo, en el que aparentemente gozaba de buena salud, sufría de horribles pesadillas, y sometida a examen médico, reveló padecer una enfermedad del corazón, a la que poco después sucumbió.

En un gran número de sujetos actúan como estímulos oníricos determinadas perturbaciones importantes de los órganos internos. La frecuencia de los sueños de angustia en los enfermos de corazón y pulmón ha sido generalmente observada, y son tantos los autores que reconocen la existencia de esta relación, que creo poder limitarme a citar aquí los nombres de algunos de ellos (Radestock, Spitta, Maury, M. Simon, Tissié). Este último llega incluso a opinar que los órganos enfermos imprimen al contenido del sueño un sello característico. Los sueños de los cardíacos son, por lo general, muy cortos, terminan en un aterrorizado despertar y su nódulo central se halla

casi siempre constituido por la muerte del sujeto en terribles circunstancias. Los enfermos de pulmón sueñan que se asfixian, huyen angustiados de un peligro o se encuentran en medio de una muchedumbre que los aplasta, y aparecen sujetos, en proporción considerable, al conocido sueño de opresión, el cual ha podido también ser provocado experimentalmente por Borner colocando al durmiente boca abajo o cubriéndole boca y nariz. Dado un trastorno cualquiera de la digestión, el sueño contendrá representaciones relacionadas con el sentido del gusto. Por último, la influencia de la excitación sexual sobre el contenido de los sueños es generalmente conocida y presta a la teoría de la génesis de los sueños por estímulos orgánicos su más sólido apoyo.

Asimismo es indiscutible que algunos de los investigadores (Maury, Weygandt) fueron inducidos al estudio de los problemas oníricos por la observación de la influencia que sus propios estados patológicos ejercían sobre el contenido de sus sueños.

De todos modos, el aumento de fuentes oníricas que de estos hechos comprobados resulta no es tan considerable como al principio pudiéramos creer. El sueño es un fenómeno al que están sujetos los hombres sanos —quizá sin excepción y quizá todas las noches—, y no cuenta entre sus necesarias condiciones la enfermedad de algún órgano. Además, lo que se trata de averiguar no es la procedencia de determinados sueños, sino la fuente de estímulos de los sueños corrientes de los hombres normales.

Sin embargo, a poco que avancemos por este camino, tropezamos con una fuente que fluye con más abundancia que las anteriores y promete no agotarse para ningún caso. Si se ha comprobado que el interior del cuerpo deviene, en estados patológicos, una fuente de estímulos oníricos, y si aceptamos que el alma, apartada del mundo exterior durante el reposo, puede consagrar al interior del cuerpo una mayor atención que en el estado de vigilia, fácil nos será ya admitir que los órganos no necesitan enfermar previamente para hacer llegar al alma dormida excitaciones que en una forma aún ignorada pasan a constituir imágenes oníricas. Aquello que en la vida despierta sólo por su calidad, percibimos oscuramente como sensación general vegetativa, y a lo que, según la opinión de los médicos, colaboran todos los sistemas orgánicos, devendría por la noche, llegado a su máxima

intensidad y actuando con todos sus componentes, la fuente más poderosa y al mismo tiempo más común de la evocación de imágenes oníricas. Admitido esto, sólo nos quedarían por investigar las reglas conforme a las cuales se transforman los estímulos orgánicos en representaciones oníricas.

Esta teoría de la génesis de los sueños ha sido siempre la preferida por los autores médicos. La oscuridad en la que para nuestro conocimiento se encuentra envuelto en nódulo de nuestro ser, el *moi splanchnique*, como lo denomina Tissié, y aquélla en que queda sumida la génesis de los sueños, se corresponden demasiado bien para que se haya dejado de relacionarlas. La hipótesis que hace de la sensación orgánica vegetativa la instancia formadora de los sueños presenta, además, para los médicos, el atractivo de permitirles unir etiológicamente los sueños y las perturbaciones mentales, fenómenos entre los que pueden señalarse múltiples coincidencias, pues también se atribuye a alteraciones de dicha sensación y a estímulos emanados de los órganos internos una amplia importancia en la génesis de la psicosis. No es, pues, de extrañar que la paternidad de la teoría de los estímulos somáticos pueda adjudicarse con igual justicia a varios autores.

Para muchos investigadores han servido de normas las ideas desarrolladas en 1851 por el filósofo Schopenhauer. Nuestra imagen del mundo nace de un proceso en el que nuestro intelecto vierte el metal de las impresiones que del exterior recibe en los moldes del tiempo, el espacio y la causalidad. Los estímulos procedentes del interior del organismo, del sistema nervioso simpático, exteriorizan a lo más, durante el día, una influencia inconsciente sobre nuestro estado de ánimo. En cambio, por la noche, cuando cesa el ensordecedor efecto de las impresiones diurnas, pueden ya conseguir atención aquellas impresiones que llegan del interior análogamente a como de noche oímos el fluir de una fuente, imperceptible entre los ruidos del día. A estos estímulos reaccionará el intelecto realizando su peculiar función; esto es, transformándolos en figuras situadas dentro del tiempo y el espacio y obedientes a las normas de la causalidad. Tal sería, pues, la génesis del fenómeno onírico. Schemer y luego Volkelt han intentado después penetrar en la más íntima relación de los estímulos somáticos y las imágenes oníricas, relación cuyo estudio dejaremos para el capítulo que hemos de dedicar a las teorías de los sueños.

Después de una consecuente investigación ha derivado el psiquiatra Krauss la génesis de los sueños, así como la de los delirios e ideas delirantes, de un mismo elemento: de la *sensación orgánicamente condicionada*. Según este autor apenas podemos pensar en una parte del organismo que no sea susceptible de constituir el punto de partida de una imagen onírica o delirante. La sensación orgánicamente condicionada «puede dividirse en dos series: 1.ª, las de los estados de ánimo (sensaciones generales); 2.ª, la de las sensaciones específicas inmanentes a los sistemas capitales del organismo vegetativo, sensaciones de las que hemos distinguido cinco grupos: *a),* las sensaciones musculares; *b),* las respiratorias; *c),* las gástricas; *d),* las sexuales; *e),* las periféricas» (pág. 33 del segundo artículo).

El proceso de la génesis de las imágenes oníricas sobre la base de los estímulos somáticos es explicado por Krauss en la forma siguiente: la sensación provocada despierta, conforme a una ley asociativa cualquiera, una representación afín a ella, con la que se enlaza para constituir un producto orgánico. Mas con respecto a este producto se conduce la conciencia de una manera distinta a la normal, pues no concede atención alguna a la sensación misma, sino que la dedica por entero a las representaciones concomitantes, circunstancia que, desorientando a los investigadores, les había impedido llegar al conocimiento del verdadero estado de cosas (págs. 11 y sigs.). Krauss designa este proceso con el nombre especial de *transustanciación* de las sensaciones en imágenes oníricas (pág. 24).

La influencia de los estímulos somáticos orgánicos sobre la formación de los sueños es casi generalmente aceptada en la actualidad. En cambio, sobre la naturaleza de la relación existente entre ambos factores se han establecido hipótesis muy diversas y con frecuencia harto oscuras. De la teoría de los estímulos somáticos surge la especial labor de la interpretación onírica; esto es, la de reducir el contenido de un sueño a los estímulos orgánicos causales, y si no aceptamos las reglas de interpretación fijadas por Schemer, nos hallamos con frecuencia ante el hecho embarazoso de que fuera del contenido mismo del sueño no encontramos indicio alguno de una fuente orgánica de estímulos.

Lo que sí se ha observado es una cierta coincidencia en la interpretación de varios sueños a los que, por retornar con casi idéntico contenido en un

gran número de personas, se ha calificado de «típicos». Son éstos los tan conocidos sueños en que caemos desde una altura, se nos desprenden los dientes, volamos o nos sentimos avergonzados de ir desnudos o mal vestidos. Este último sueño procedería sencillamente de la percepción, hecha durante el reposo, de que hemos rechazado las sábanas y yacemos desnudos sobre el lecho. El sueño de perder los dientes es atribuido a una excitación bucal no necesariamente patológica; y aquel otro en que volamos constituye, según Strümpell —de acuerdo en este punto con Schemer—, la adecuada imagen elegida por el alma para interpretar el *quantum* de excitación emanado de los lóbulos pulmonares en el movimiento respiratorio cuando la sensibilidad epidérmica del tórax ha descendido ya simultáneamente hasta la inconsciencia. Esta última circunstancia generaría la sensación enlazada a la representación del flotar. El sueño de caer desde una altura es ocasionado por el hecho de que, existiendo una inconsciencia de la sensación de presión epidérmica, separamos un brazo del cuerpo o estiramos una pierna, movimiento con el que se hace de nuevo consciente dicha sensación, siendo este paso de la misma a la conciencia lo que toma cuerpo psíquicamente como sueño de caída Strümpell, pág. 118). La debilidad de estos plausibles intentos de explicación reside claramente en que, sin mayor fundamento, arrebatan a la percepción psíquica o acumulan a ella grupos enteros de sensaciones orgánicas, hasta lograr constituir la constelación favorable al esclarecimiento buscado. Más adelante tendremos ocasión de volver sobre los sueños típicos y su génesis.

M. Simon ha intentado derivar de la comparación de una serie de sueños análogos algunas reglas relativas al influjo de las excitaciones orgánicas sobre la determinación de sus consecuencias oníricas. Así, dice (pág. 34): «Cuando cualquier aparato orgánico, que normalmente toma parte en la expresión de un afecto, se encuentra durante el reposo y por una distinta causa cualquiera en aquel estado de excitación en el que es de costumbre colocado por dicho afecto, el sueño que en estas condiciones nace obtendrá representaciones adaptadas al efecto de referencia».

Otra de estas reglas dice así (pág. 35): «Cuando un aparato orgánico se halla durante el reposo en estado de actividad, excitación o perturbación, el sueño contendrá representaciones relacionadas con el ejercicio de la función

orgánica encomendada a dicho aparato».

Mourly Void (1896) emprendió la labor de demostrar experimentalmente, con relación a un solo punto concreto, la influencia de que la teoría de los estímulos somáticos atribuye a éstos sobre la producción de los sueños. Con este propósito realizó experimentos en los que, variando las posiciones de los miembros del durmiente, comparaba luego entre sí los sueños consecutivos. Como resultado de esta labor nos comunica las siguientes conclusiones:

1. La posición de un miembro en el sueño corresponde aproximadamente a la que el mismo presenta en la realidad. Soñamos, pues, con un estado estático del miembro que corresponde al real.

2. Cuando soñamos con que el movimiento de un miembro es siempre igual a dicho movimiento, es que una de las posiciones por las que el miembro pasa al ejecutarlo corresponde a aquélla en que realmente se halla.

3. En nuestros sueños podemos transferir a una tercera persona la posición de uno de nuestros miembros.

4. Podemos asimismo soñar que una circunstancia cualquiera nos impide realizar el movimiento de que se trata.

5. Uno de nuestros miembros puede tomar en el sueño la forma de un animal o un monstruo. En este caso existirá siempre una analogía entre la forma y la posición verdaderas y las oníricas correspondientes.

6. La posición de uno de nuestros miembros puede sugerir en el sueño pensamientos que poseen con el mismo una relación cualquiera. Así, cuando se trata de los dedos, soñamos con números o cálculos.

De esos resultados deduciría yo que tampoco la teoría de los estímulos somáticos consigue suprimir por completo la contingencia de que nos parece gozar la determinación de las imágenes oníricas.

4. Fuentes psíquicas de estímulos.— Al tratar de las relaciones del sueño con la vida despierta, y del origen del material onírico vimos que tanto los investigadores más antiguos como los más modernos han opinado que los hombres sueñan con aquello de que se ocupan durante el día y les interesa en su vida despierta. Este interés, que de la vida despierta pasa al estado de reposo, constituye, a más de un enlace psíquico entre el sueño y la vigilia, una fuente onírica nada despreciable, que unida a lo devenido interesante

durante el reposo —los estímulos actuales durante el mismo—, habría de bastar para explicar el origen de todas las imágenes oníricas. Pero también hemos hallado una opinión contraria: la de que el sueño aparta al hombre de los intereses del día y que, por lo general, sólo soñamos con nuestras más intensas impresiones diurnas cuando las mismas han perdido ya para la vida despierta el atractivo de la actualidad. Resulta, pues, que conforme vamos penetrando en el análisis de la vida onírica, se nos va imponiendo la idea de que sería equivocado establecer reglas de carácter general.

Si la etiología de los sueños quedase totalmente esclarecida por la actuación del interés despierto y la de los estímulos externos e internos sobrevenidos durante el reposo, nos hallaríamos en situación de dar cuenta satisfactoria de la procedencia de todos los elementos de un sueño, habríamos conseguido resolver el enigma de las fuentes oníricas y no nos quedaría ya más labor que la de delimitar en cada caso la participación de los estímulos oníricos psíquicos y somáticos. Mas esta total solución de un sueño no ha sido nunca conseguida, y todos aquellos que han intentado interpretar alguno han podido comprobar cómo en todo análisis les quedaban elementos del sueño —casi siempre en número considerable— sobre cuyo origen les era imposible dar ninguna indicación. Los intereses diurnos no presentan, pues, como fuente onírica psíquica, todo el alcance que nos hacía esperar la afirmación de que cada uno de nosotros continúa en el sueño aquello que le ocupa en la vigilia.

Siendo éstas todas las fuentes oníricas conocidas, advertimos en todas las explicaciones de los sueños contenidas en la literatura científica —exceptuando quizá la de Schemer, que más adelante citaremos— se observa una extensa laguna en lo referente a la derivación del material de imágenes de representación más característico para el sueño. En esta perplejidad muestran casi todos los autores una tendencia a reducir cuanto les es posible la participación psíquica en la génesis de los sueños. Como clasificación principal distinguen ciertamente, entre sueños de *estímulo nervioso* y *sueños de asociación*, fijando la reproducción como fuente exclusiva de estos últimos (Wundt, pág. 365), pero no logran libertarse de la duda «de si pueden o no surgir sin un estímulo físico impulsor» (Volkelt, pág. 127). Tampoco resulta posible establecer una característica fija del sueño de asociación: «En

los sueños de asociación propiamente dichos no puede ya hablarse de un tal nódulo firme, pues su centro se halla también constituido por una agrupación inconexa. La vida de representación, libertada ya, fuera de esto, de toda razón e inteligencia, no es contenida aquí tampoco por aquellas excitaciones somáticas y psíquicas llenas de peso, y queda de este modo abandonada a su propia arbitraria actividad y a su caprichosa confusión» (Volkelt, página 118). Wundt intenta después minorar la participación psíquica de la génesis de los sueños al manifestar «que los fantasmas oníricos son considerados, quizá erróneamente, como puras alucinaciones. Probablemente, la mayoría de las representaciones oníricas son, en realidad, ilusiones emanadas de las leves impresiones sensoriales que no se extinguen nunca durante el reposo» (págs. 359 y siguientes). Weygandt hace suya esta opinión y la generaliza, afirmando, con respecto a todas las representaciones oníricas, que la causa inmediata de las mismas se halla constituida «por estímulos sensoriales a los que sólo después se enlazan asociaciones reproductoras» (pág. 17). Tissié va aún más allá en la reducción de las fuentes psíquicas de estímulos (pág. 183): *Les rêves d’origine absolument psychique n’existent pas*. Y en otro lugar (pág. 6): *Les pensées denos rêves nous viennent du dehors*.

Aquellos autores que, como Wundt, adoptan una posición intermedia no olvidan advertir que en la mayoría de los sueños actúan conjuntamente estímulos somáticos y estímulos psíquicos desconocidos o conocidos como intereses diurnos.

Más adelante veremos cómo el enigma de la formación de los sueños puede ser resuelto por el descubrimiento de una insospechada fuente psíquica de estímulos. Mas por lo pronto no hemos de extrañar el exagerado valor que para la formación de los sueños se concede a los estímulos no procedentes de la vida anímica, pues, aparte de que son los más fáciles de descubrir y pueden ser experimentalmente comprobados, la concepción somática de la interpretación de los sueños corresponde en un todo a la orientación intelectual dominante hoy en la psiquiatría. En esta ciencia constituye regla general acentuar intensamente el dominio del cerebro sobre el organismo, pero todo lo que pudiera suponer una independencia de la vida anímica de las alteraciones orgánicas comprobables o una espontaneidad en sus manifestaciones asusta hoy al psiquiatra, como si su reconocimiento hubiera

de traer consigo nuevamente los tiempos del naturalismo y de la esencia metafísica del alma. La desconfianza del psiquiatra ha colocado al alma como bajo tutela y exige que ninguno de sus sentimientos revele la posesión de un patrimonio propio. Pero esta conducta no demuestra sino una escasa confianza en la solidez de la concatenación causal que se extiende entre lo somático y lo psíquico. Incluso donde lo psíquico se revela en la investigación como la causa primera de un fenómeno, conseguirá alguna vez un más penetrante estudio hallar la continuación del camino que conduce hasta el fundamento orgánico de lo anímico. Mas cuando lo psíquico haya de significar la estación límite de nuestro conocimiento actual, no veo por qué no reconocerlo así.

d) ¿Por qué olvidamos al despertar nuestros sueños? —Es proverbial que el sueño se desvanece a la mañana. Ciertamente es susceptible de recuerdo, pues lo conocemos únicamente por el que de él conservamos al despertar, pero con gran frecuencia creemos no recordarlo sino muy incompletamente y haber olvidado la mayor parte de su contenido. Asimismo podemos observar cómo nuestro recuerdo de un sueño, preciso y vivo a la mañana, va perdiéndose conforme avanza el día, hasta quedar reducido a pequeños fragmentos inconexos. Otras muchas veces tenemos conciencia de haber soñado, pero nos es imposible precisar el qué, y en general nos hallamos tan habituados a la experiencia de que los sueños sucumben al olvido, que no rechazamos como absurda la posibilidad de haber soñado, aunque al despertar no poseamos el menor recuerdo de ello. Sin embargo, existen también sueños que muestran una extraordinaria adherencia a la memoria del sujeto. Por mi parte, he analizado sueños de mis pacientes que databan de veinticinco años atrás, y recuerdo con todo detalle un sueño propio que tuve hace ya más de treinta y siete años. Todo esto es muy singular y parece al principio incomprensible.

Strümpell es el autor que con mayor amplitud trata del olvido de los sueños, fenómeno de indudable complejidad, pues no lo refiere a una sola causa, sino a toda una serie de ellas.

En la motivación de este olvido intervienen, ante todo, aquellos factores que provocan un idéntico afecto en la vida despierta. En ella solemos olvidar rápidamente un gran número de sensaciones y percepciones a causa de la

debilidad de las mismas o por no alcanzar sino una mínima intensidad la excitación anímica a ellas enlazada. Análogamente sucede con respecto a muchas imágenes oníricas; olvidamos las débiles y, en cambio, recordamos otras más enérgicas próximas a ellas. De todos modos, el factor intensidad no es seguramente el decisivo para la conservación de las imágenes oníricas. Strümpell y otros autores (Calkins) reconocen que a veces olvidamos rápidamente imágenes oníricas de las que recordamos fueron muy precisas, mientras que entre las que conservamos en nuestra memoria se encuentran otras muchas harto vagas y desdibujadas. Por otra parte, solemos también olvidar con facilidad, en la vida despierta, aquello que sólo una vez tenemos ocasión de advertir, y retenemos mejor lo que nos es dado percibir repetidamente, circunstancia que habrá de contribuir asimismo al olvido de las imágenes oníricas, las cuales no surgen, por lo general, sino una sola vez[270].

Mayor importancia que las señaladas posee aún una tercera causa del olvido que nos ocupa. Para que las sensaciones, representaciones, ideas, etc., alcancen una cierta magnitud mnémica es necesario que, lejos de permanecer aisladas, entren en conexiones y asociaciones de naturaleza adecuada. Si colocamos en un orden arbitrario las palabras de un verso, nos será muy difícil retenerlo así en nuestra memoria. «Bien ordenadas y en sucesión lógica, se ayudan unas palabras a otras, y la totalidad plena de sentido es fácilmente recordada durante largo tiempo. Lo desprovisto de sentido nos es tan difícil de retener como lo confuso o desordenado». Ahora bien: los sueños carecen, en su mayoría, de orden y comprensibilidad. No nos ofrecen el menor auxilio mnémico, y la rápida dispersión de sus elementos contribuye a su inmediato olvido. Con estas deducciones no concuerda, sin embargo, la observación de Radestock (pág. 168) de que precisamente los sueños más extraños son los que mejor retenemos.

Todavía concede Strümpell una mayor influencia en el olvido de los sueños a otros factores derivados de la relación de los mismos con la vida diurna. La facilidad con que nuestra conciencia despierta los olvidos corresponde, evidentemente, al hecho antes citado de que el fenómeno onírico no toma (casi) nunca de la vida diurna una ordenada serie de recuerdos, sino sólo detalles aislados, a los que separa de aquellas sus

acostumbradas conexiones psíquicas, dentro de las cuales los recordamos durante la vigilia. Falto de todo auxilio mnémico, carece el sueño de lugar en el conjunto de series psíquicas que llenan el alma. «El producto onírico se desprende del suelo de nuestra vida anímica y flota en el espacio psíquico como una nube que el hálito de la vida despierta desvanece» (pág. 87). En igual sentido actúa al despertar el total acaparamiento de la atención por el mundo sensorial, que con su poder destruye casi la totalidad de las imágenes oníricas, las cuales huyen ante las impresiones del nuevo día como ante la luz del sol el resplandor de las estrellas.

Por último, hemos de atribuir el olvido de los sueños al escaso interés que en general les concede el sujeto. Así, aquellas personas que a título de investigadores dedican por algún tiempo su atención al fenómeno onírico sueñan durante dicho período más que antes: esto es, recuerdan con mayor facilidad y frecuencia sus sueños.

En esta causa del olvido se hallan contenidas las dos que Bonatelli[271] añade a las citadas por Strümpell, o sea, que la transformación experimentada por la sensación vegetativa general al pasar el sujeto del estado de reposo al de vigilia, e inversamente, es desfavorable a la reproducción recíproca, y que la distinta ordenación adoptada por el material de representaciones en el sueño hace a éste intraducible para la conciencia despierta.

Dados todos estos motivos de olvido resulta singular —como ya lo indica Strümpell— que en nuestro recuerdo se conserve, e pesar de todo, tanta parte de nuestros sueños. El continuado empeño de los investigadores en sujetar a reglas nuestro recuerdo de los mismos, equivale a una confesión de que también en esta materia queda aún algo enigmático e inexplicable. Con todo acierto se han hecho resaltar recientemente algunas peculiaridades del recuerdo de los sueños; por ejemplo, la de que un sueño que al despertar creemos olvidado puede ser recordado en el transcurso del día con ocasión de una percepción que roce casualmente el contenido onírico olvidado (Radestock, Tissié). Sin embargo, la posibilidad de conservar un recuerdo exacto y total del sueño sucumbe a una objeción, que disminuye considerablemente su valor a los ojos de la crítica. Nuestra memoria, que tanta parte del sueño deja perderse, ¿no falseará también aquello que conserva?

Strümpell manifiesta asimismo esta duda sobre la exactitud de la reproducción del sueño: «Puede entonces suceder con facilidad que la conciencia despierta intercale involuntariamente en nuestro recuerdo algo ajeno al sueño, y de este modo imaginaremos haber soñado una multitud de cosas que nuestro sueño no contenía».

Jessen declara categóricamente (pág. 547):

«Debe, además, tenerse muy en cuenta en la investigación de sueños coherentes y lógicos la circunstancia, poco apreciada hasta el momento, de que nuestro recuerdo de los mismos no es casi nunca exacto, pues cuando los evocamos en nuestra memoria los completamos involuntaria e inadvertidamente, llenando las lagunas de las imágenes oníricas. Un sueño coherente sólo raras veces o quizá ninguna lo es tanto como nuestra memoria nos lo muestra. Aun para el más verídico de los hombres resulta imposible relatar un sueño singular sin agregarle algún complemento o adorno de su cosecha. La tendencia del espíritu humano a ver totalidades coherentes es tan considerable, que al recordar un sueño hasta cierto punto incoherente corrige esta incoherencia de un modo involuntario».

Las observaciones de V. Egger sobre este punto concreto parecen una traducción de las anteriores palabras de Jessen, no obstante ser seguramente de concepción original: … *l'observation des rêves a ses difficultés spéciales et le seul moyen d'éviter toute erreur en pareille matière est de confier au papier sans le moinde retard ce que l'on vient d'éprouver et de remarquer, sinon l'oubli vient vite ou total ou partiel; l'oubli total est sans gravité: mais l'oubli partiel est perfide; car si l'on se met ensuite à raconter ce que l'on n'a pas oublié, on est exposé à completer par l'imagination les fragments incohérents et disjoints fournis par la mémoire…; on devient artiste à son insu, et le récit périodiquement répété s'impose a la créance de son auteur, qui, de bonne foi, le présente comme un fait authentique dûment établi selon les bonnes méthodes…*

Idénticamente opina Spitta (pág. 338), el cual parece admitir queen la tentativa de reproducir el sueño es cuando introducimos un orden en los elementos oníricos laxamente asociados unos con otros, «convirtiendo la *yuxtaposición* en una *sucesión causal*; esto es, agregando el proceso de la conexión lógica, de que el sueño carece».

Dado que para comprobar la fidelidad de nuestra memoria no poseemos otro control que el objeto, y éste nos falta por completo en el sueño, fenómeno que constituye una experiencia personal y para el cual no conocemos fuente distinta de nuestra memoria, ¿qué valor podremos dar aún a su recuerdo?

e) Las peculiaridades psicológicas del sueño.—En la discusión científica del fenómeno onírico partimos de la hipótesis de que el mismo constituye un resultado de nuestra propia actividad anímica; mas, sin embargo, el sueño completo se nos muestra como algo ajeno a nosotros y cuya paternidad no sentimos ningún deseo de reclamar. ¿De dónde procede esta impresión de que el sueño es ajeno a nuestra alma? Después de nuestro examen de las fuentes oníricas habremos de inclinarnos a negar se halle condicionada por el material que pasa al contenido del sueño, pues este material es común, en su mayor parte, a la vida onírica y a la despierta. Por tanto, podemos preguntarnos si tal impresión no constituye una resultante de modificaciones experimentadas por los procesos psíquicos en el sueño e intentar establecer de este modo una característica del mismo.

Nadie ha acentuado con tanta energía la diferencia esencial entre la vida onírica y la despierta, ni tampoco ha deducido de esta diferencia conclusiones de tanto alcance como G. Th. Fechner en algunas observaciones de sus *Elementos de Psicofísica* (pág. 520, tomo II). Opina este autor que «ni el descenso de la vida anímica consciente por bajo del umbral principal», ni el apartamiento de la atención de las influencias del mundo exterior son suficientes para explicar las peculiaridades que la vida onírica presenta con relación a la despierta. Sospecha más bien que la *escena de los sueños es otra que la de la vida de representaciones despierta*. «Si la escena de la actividad psicofísica fuera la misma durante el reposo y la vigilancia, el sueño no podría ser, a mi juicio, sino una continuación, mantenida en un bajo grado de intensidad de la vida despierta, y compartiría además con ella su contenido y su forma. Pero, por lo contrario, se conduce de muy distinto modo».

No ha sido aún totalmente esclarecido lo que Fechner significaba con este cambio de residencia de la actividad anímica, ni tampoco sé de investigador alguno que haya seguido el camino indicado en las observaciones apuntadas. A mi juicio, sería totalmente erróneo dar a las mismas una interpretación

anatómica en el sentido de la localización fisiológica del cerebro, o incluso con relación a la estratificación histológica de la corteza cerebral. En cambio, revelarán un profundo y fructífero sentido si las referimos a un aparato anímico compuesto de varias instancias, sucesivamente intercaladas.

Otros autores se han contentado con acentuar una cualquiera de las comprensibles peculiaridades psicológicas del sueño y convertirlas en punto de partida de más amplias tentativas de explicación.

Se ha hecho observar acertadamente que una de las principales peculiaridades de la vida onírica surge ya en el estado de adormecimiento anterior al del reposo, y debe considerarse como el fenómeno inicial de este último. Lo característico del estado de vigilia es, según Schleiermacher (pág. 351), que la actividad mental procede por *conceptos* y no por *imágenes*. En cambio, el sueño piensa principalmente en imágenes, y puede observarse que al aproximarnos al estado de reposo, y en la misma medida en que las actividades voluntarias se muestran cohibidas, surgen *representaciones involuntarias*, constituidas en su totalidad por imágenes. La incapacidad para aquella labor de representación que sentimos como intencionadamente voluntaria y la aparición de imágenes, enlazada siempre a esta *dispersión*, son dos caracteres que el sueño presenta en todo caso y que habremos de reconocer en su análisis psicológico como caracteres esenciales de la vida onírica. De las imágenes —las alucinaciones hipnagógicas— hemos averiguado ya que son de contenido idéntico al de las imágenes oníricas[272].

Así, pues, el sueño piensa predominantemente en imágenes visuales, aunque no deje de laborar también con imágenes auditivas, y en menor escala con las impresiones de los demás sentidos. Gran parte de los sueños es también simplemente pensada o ideada (representada probablemente en consecuencia por restos de representaciones verbales), igual a como sucede en la vida despierta. En cambio, aquellos elementos de contenido que se conducen como imágenes, o sea, aquéllos más semejantes a percepciones que a representaciones mnémicas, constituyen algo característico y peculiarísimo del fenómeno onírico. Prescindiendo de las discusiones, conocidas por todos los psiquiatras, sobre la esencia de la alucinación, podemos decir, con la totalidad de los autores versados en esta materia, que el sueño *alucina*; esto es, sustituye pensamientos por alucinaciones. En este sentido no existe

diferencia alguna entre representaciones visuales o acústicas. Se ha observado que el recuerdo de una serie de sonidos, que evocamos al comenzar el reposo, se transforma al comenzar a quedarnos dormidos en la alucinación de la misma melodía, para dejar de nuevo paso a la representación mnémica, más discreta y de distinta constitución cualitativa, siempre que salimos de nuestro aletargamiento, cosa que puede repetirse varias veces antes de conciliar definitivamente el reposo.

La transformación de las representaciones en alucinaciones no es la única forma en que el sueño se desvía del pensamiento de la vida despierta al que quizá corresponde. Con estas imágenes forma el sueño una situación, nos muestra algo como presente, o, según expresión de Spitta (pág. 145), *dramatiza* una idea. Mas para completar la característica de esta faceta de la vida onírica habremos de añadir que al soñar —generalmente, pues las excepciones precisan de una distinta explicación— no creemos pensar, sino experimentar, y, por tanto, damos completo crédito a la alucinación. La crítica de que no hemos vivido o experimentado nada, sino que lo hemos pensado en una forma especial —soñando—, no surge hasta el despertar. Este carácter separa al sueño propiamente dicho, sobrevenido durante el reposo, de la ensoñación diurna, jamás confundida con la realidad.

Burdach ha concretado los caracteres hasta aquí indicados de la vida onírica en las siguientes observaciones (pág. 476): «Entre las más esenciales características del sueño debemos contar las siguientes: *a)* la actividad subjetiva de nuestra alma aparece como objetiva, dado que la capacidad de percepción acoge los productos de la fantasía como si de productos sensoriales se tratase…; *b)* el reposo es una supresión del poder del ser, razón por la cual hallamos entre las condiciones del mismo una cierta pasividad. Las imágenes del letargo son condicionadas por el relajamiento del poder del ser».

Llegamos ahora a la tentativa de explicar la credulidad del alma con respecto a las alucinaciones oníricas, las cuales sólo pueden surgir después de la supresión de una cierta actividad del ser. Strümpell expone que el alma continúa conduciéndose aquí normalmente y conforme a su mecanismo peculiar. Los elementos oníricos no son en ningún modo meras representaciones, sino *verídicas y verdaderas experiencias del alma,* iguales

a las que en la vida despierta surgen por mediación de los sentidos (página 34). Mientras que durante la vigilia piensa y representa el alma en imágenes verbales y por medio del lenguaje, en el sueño piensa y representa en verdaderas imágenes sensoriales (pág. 35). Además, hallamos en el sueño una conciencia del espacio, pues, análogamente a como sucede en la vigilia, quedan las imágenes y sensaciones proyectadas en un espacio exterior (pág. 36). Habremos, pues, de confesar que el alma se halla en el sueño, y con respecto a sus imágenes y percepciones, en idéntica situación que durante la vida despierta (pág. 43). Si a pesar de todo incurre en error, ello obedece a que en el estado de reposo carece del criterio que establece una diferenciación entre las percepciones sensoriales procedentes del exterior y las procedentes del interior.

No puede someter a sus imágenes a aquellas pruebas susceptibles de demostrar su realidad objetiva y *además* desprecia la diferencia entre las imágenes intercambiables a *voluntad* y aquellas otras en las que no existe tal arbitrio. Yerra porque no puede aplicar al contenido de su sueño la ley de la causalidad (pág. 58). En concreto, su apartamiento del mundo exterior es también la causa de la fe que presta al mundo onírico subjetivo.

Tras de desarrollos psicológicos, en parte diferentes, llega Delboeuf a idénticas conclusiones. Damos a los sueños crédito de realidad porque en el estado de reposo carecemos de otras impresiones a las que compararlos, y nos hallamos desligados del mundo exterior. Mas si creemos en la verdad de nuestras alucinaciones, no es porque nos falte durante el reposo la posibilidad de contrastarlas. El sueño puede mentirnos toda clase de pruebas, haciéndonos, por ejemplo, tocar la rosa que en él vemos; mas no por esto dejamos de estar soñando. Para Delboeuf no existe criterio alguno, fuera del hecho mismo del despertar —y esto sólo como generalidad práctica—, que nos permita afirmar que algo es un sueño o una realidad despierta. Al despertar y comprobar que nos hallamos desnudos en nuestro lecho es, en efecto, cuando declaramos falso todo lo que desde el instante en que conciliamos el reposo hemos visto (pág. 84). Mientras dormíamos hemos creído verdaderas las imágenes oníricas a consecuencia del hábito intelectual, siempre vigilante, de suponer un mundo exterior, al que oponemos nuestro *yo*[273].

Elevado así el apartamiento del mundo exterior a la categoría de factor determinante de los más singulares caracteres de la vida onírica, creemos conveniente consignar unas sutiles observaciones del viejo Burdach, que arrojan cierta luz sobre la relación del alma durmiente con el mundo exterior y son muy apropiadas para evitarnos conceder a las anteriores deducciones más valor del que realmente poseen: «El estado de reposo —dice Burdach— tiene por condición el que el alma no sea excitada por estímulos sensoriales…; pero la ausencia de tales estímulos no es tan indispensable para la conciliación del reposo como la falta de interés por los mismos[274]. En efecto, a veces se hace necesaria la existencia de alguna impresión sensorial, en tanto en cuanto la misma sirve para tranquilizar el alma. Así, el molinero no duerme si no oye el ruido producido por el funcionamiento de su molino, y aquellas personas que como medida de precaución acostumbran dormir con luz no pueden conciliar el reposo en una habitación oscura» (página 457).

«El alma se retira de la periferia y se aísla del mundo exterior, aunque sin quedar falta de toda conexión con el mismo. Si no oyéramos ni sintiéramos más que durante el estado de vigilia, y no, en cambio, durante el reposo, nada habría que pudiera despertarlos. La permanencia de la sensación queda aún más indiscutiblemente demostrada por el hecho de que no siempre es la energía meramente sensorial de una impresión, sino su relación psíquica, lo que nos despierta. Una palabra indiferente no hace despertar al durmiente, y, en cambio, sí su nombre, murmurado en voz baja. Resulta, pues, que el alma distingue las sensaciones durante el reposo. De este modo podemos ser despertados por la falta de un estímulo sensorial cuando el mismo se refiere a algo importante para la representación. Las personas que acostumbran dormir con luz despiertan al extinguirse ésta, y el molinero, al dejar de funcionar su molino; o sea, en ambos casos, al cesar la actividad sensorial. Esto supone que dicha actividad es percibida, pero que no ha perturbado al alma, la cual la ha considerado como indiferente o más bien como tranquilizadora» (págs. 460 y sigs.).

Si por nuestra parte no queremos dejar de reconocer el valor nada despreciable de estas objeciones, habremos, sin embargo, de confesar que las cualidades de la vida onírica examinadas hasta ahora y derivadas del apartamiento del mundo exterior no explican por completo la singularidad de

la misma, pues en este caso habría de ser posible resolver el problema de la interpretación onírica, transformando de nuevo las alucinaciones del sueño en representaciones y sus situaciones en pensamientos. Ahora bien: este proceso es el que llevamos a cabo al reproducir de memoria nuestro sueño después de despertar, y, sin embargo, aunque consigamos efectuar totalmente o sólo en parte tal retraducción, el sueño continúa conservando todo su misterio.

La totalidad de los autores admite sin vacilación alguna que el material de representaciones de la vida despierta sufre en el sueño otras más profundas modificaciones. Strümpell intenta determinar una de éstas en las siguientes deducciones (pág. 17): «El alma pierde también con el cese de la percepción sensorial activa y de la conciencia normal de la vida el terreno en que arraigan sus sentimientos, deseos, intereses y actos. También aquellos estados, sentimientos, intereses y valoraciones espirituales, enlazados en la vida despierta a las imágenes mnémicas, sucumben a una presión obnubilante, a consecuencia de la cual queda suprimida su conexión con las mismas; las imágenes de percepciones de objetos, personas, localidades, sucesos y actos de la vida despierta son reproducidos en gran número aisladamente, pero ninguna de ellas trae consigo su valor psíquico, y privadas de él, quedan flotando en el alma, abandonadas a sus propios medios…»

Este despojo que de su valor psíquico sufren las imágenes es atribuido nuevamente al apartamiento del mundo exterior, y, según Strümpell, posee una participación principal en la impresión de singularidad, con la que el sueño se opone a la vida despierta en nuestro recuerdo.

Hemos visto antes que ya el acto de conciliar el reposo trae consigo el renunciamiento a una de las actividades anímicas: a la guía voluntaria del curso de las representaciones. De este modo se nos impone la hipótesis de que el estado de reposo se extiende a las funciones anímicas, alguna de las cuales queda quizá totalmente interrumpida. Nos hallamos, pues, ante el problema de si las restantes siguen también este ejemplo o continúan trabajando sin perturbación, y en este último caso, si pueden o no rendir en tales circunstancias una labor normal. Surge aquí la teoría que explica las peculiaridades del sueño por la degradación del rendimiento psíquico durante el reposo; hipótesis que encuentra un apoyo en la impresión que el fenómeno onírico produce a nuestro juicio despierto. El sueño es incoherente; une sin

esfuerzo las más grandes contradicciones; afirma cosas imposibles; prescinde de todo nuestro acervo de conocimientos, tan importante para nuestra vida despierta, y nos muestra exentos de toda sensibilidad, ética y moral. El individuo que en la vida despierta se condujese como el sueño le muestra en sus situaciones sería tenido por loco, y aquel que manifestara o comunicase cosas semejantes a las que forman el contenido onírico nos produciría una impresión de demencia o imbecilidad. Así, pues, creemos reflejar exactamente la realidad cuando afirmamos que la actividad psíquica queda en el sueño reducida al mínimo, y que especialmente las más elevadas funciones intelectuales se hallan interrumpidas o muy perturbadas durante el mismo.

Con inhabitual unanimidad —de las excepciones ya hablaremos en otro lugar— han preferido los autores aquellos juicios que conducían inmediatamente a una determinada teoría o explicación de la vida onírica. Creo llegado el momento de sustituir el resumen que hasta aquí vengo efectuando por una transcripción de las manifestaciones de diversos autores —filósofos y médicos— sobre los caracteres psicológicos del sueño:

Según Lemoine, la *incoherencia* de las imágenes oníricas es el único carácter esencial del sueño.

Maury se adhiere a esta opinión diciendo (pág. 163):… *il n’y a pas des rêves absolument raisonnables et qui ne contiennent quelque incohérence, quelque anachronisme, quelque absurdité*.

Según Hegel (citado por Spitta), el sueño carece de toda coherencia objetiva comprensible.

Dugas dice: *Le rêve, c’est l’anarchie psychique affective et mentale, c’est le jeu des fonctions livrées à ellesmêmes et s’exerçant sans contrôle et sans but: dans le rêve l’esprit est un automate spirituel*

Volket mismo, en cuya teoría sobre el fenómeno onírico se reconoce un fin a la actividad psíquica durante el estado de reposo, señala, sin embargo, en los sueños (pág. 14) «la dispersión, incoherencia y desorden de la vida de representación, mantenida en cohesión durante la vigilia por el poder lógico del *yo* central».

El absurdo de los enlaces que en el sueño se establecen entre las representaciones fue ya acentuado por Cicerón en una forma insuperable (*De Divin*., II): *Nihil tarn praespostere, tarn incondite, tarn monstruose cogitari*

potes, quod non possimus somniare[275].

Fechner dice (pág. 542): «Parece como si la actividad psicológica emigrase del cerebro de un hombre de sana razón al de un loco».

Radestock (pág. 145): «En realidad, parece imposible reconocer leyes fijas en esta loca agitación. Eludiendo la severa política de la voluntad racional, que guía el curso de las representaciones en la vida despierta, y escapando a la atención, logra el sueño confundirlo todo, en un desatinado juego de calidoscopio».

Hildebrandt (pág. 45): «¡Qué maravillosas libertades se permite el sujeto de un sueño; por ejemplo, en sus conclusiones intelectuales! ¡Con qué facilidad subvierte los más conocidos principios de la experiencia! ¡Qué risibles contradicciones puede soportar en el orden natural y social, hasta que la misma exagerada tensión del disparate trae consigo el despertar! Nos parece muy natural que el producto de tres por tres sea veinte; no nos admira en modo alguno que un perro nos declame una composición poética; que un muerto se dirija por su propio pie a la tumba o que una roca sobrenade en el agua, y hacemos con toda seriedad, y penetrados de la importancia de nuestra misión, un viaje al ducado de Bernburg o al principado de Lichtenstein para inspeccionar la Marina de guerra de estos países, o nos enrolamos como voluntarios en los ejércitos de Carlos XII, poco antes de la batalla de Pultava».

Binz (pág. 33), refiriéndose a la teoría onírica que de estas observaciones se deduce, escribe: «De diez sueños, nueve por lo menos presentan un contenido absurdo. Enlazamos en ellos objetos y personas que carecen de toda relación. Mas al cabo de un instante, la agrupación establecida se transforma por completo, como en un calidoscopio, haciéndose quizá aún más disparatada, y este cambiante juego es continuado por el cerebro, incompletamente dormido, hasta que despertamos, nos pasamos la mano por la frente y nos preguntamos si realmente poseemos todavía la capacidad de representación e intelección racionales».

Maury (pág. 50) refleja la relación de las imágenes oníricas con los pensamientos de la vida despierta en una comparación muy impresionante para los médicos: *La production de ces images que chez l'homme éveillé fait le plus souvent naître la volonté, correspond, pour l'intelligence, à ce que*

sont pour la motilité certains mouvements que nous offrent la chorée et les affections paralytiques. Por lo demás, se da en el sueño *toute una série de dégradations de la faculté pensante et raisonnante* (pág. 27).

No creemos necesario consignar las manifestaciones de aquellos autores que reproducen con respecto a las más elevadas funciones anímicas el principio de Maury.

Según Strümpell, quedan suprimidas en el sueño —naturalmente también allí donde el desatino no resulta evidente— todas aquellas operaciones lógicas del alma que se basan en relaciones y conexiones (pág. 26). Según Spitta (pág. 148), las representaciones parecen quedar emancipadas por completo de la ley de causalidad. Radestock y otros acentúan la debilidad de la capacidad de juicio y deducción. Según Jodl (pág. 123), no existe en el sueño crítica ninguna, ni quedan corregidas las series de percepciones por el contenido de la conciencia completa. Este mismo autor manifiesta: «En el sueño aparecen todas las actividades de la conciencia, pero incompletas, cohibidas y aisladas unas de otras». Las contradicciones en que el sueño se sitúa con respecto a nuestro conocimiento despierto son explicadas por Stricker y otros muchos autores por el olvido de hechos, la ausencia de relaciones lógicas entre las representaciones, etc.

Los autores que, en general, juzgan tan desfavorablemente la labor de las funciones psíquicas en el sueño, conceden, sin embargo, que en el mismo perdura un resto de actividad anímica. Wundt, cuyas teorías han servido de norma a tantos otros investigadores de los problemas oníricos, confiesa abiertamente este hecho. Surge, pues, el problema de determinar la naturaleza y composición de este resto de actividad anímica normal que en el sueño se manifiesta. Casi generalmente se concede que la capacidad de reproducción —la memoria— es lo que menos parece haber sufrido, pudiendo incluso producir rendimientos superiores a los habituales en la vigilia, aunque una parte de los absurdos del sueño haya de quedar explicada por la capacidad de olvido de la vida onírica. Según Spitta, es la vida *espiritual* del alma lo que no queda suprimido por el sueño y dirige el curso del mismo. *Espíritu* es, para este autor, «aquella constante reunión de los sentimientos que constituye la esencia subjetiva más íntima del hombre» (página 84).

Scholz (pág. 37) ve una de las actividades anímicas que se manifiestan en

el sueño en la *transformación alegorizante de sentido* a la que es sometido el material onírico. Siebeck comprueba también en el sueño la «actividad interpretadora complementaria» del alma (pág. 11), aplicada por ésta a toda percepción. La conducta de nuestra más elevada función anímica —la conciencia— en el fenómeno onírico resulta especialmente difícil de fijar. Dado que sólo por ella sabemos algo de nuestros sueños, no podemos dudar de su permanencia; pero Spitta opina que en el sueño sólo se conserva la conciencia y no la *autoconciencia*. Delboeuf confiesa no alcanzar a comprender esta diferenciación.

Las imágenes oníricas se enlazan incluso a revelársenos en el sueño más conforme a las mismas leyes asociativas que las representaciones, llegando claro y precisamente el origen de dichas leyes. Strümpell (pág. 10): «El sueño se desarrolla, ora exclusivamente, como parece conforme a las leyes de las representaciones puras, ora conforme a las de estímulos orgánicos, con tales representaciones; esto es, sin que la reflexión, la inteligencia, el gusto estético y el juicio ético intervengan para nada». Los autores cuyas opiniones reproducimos aquí se representan la formación de los sueños aproximadamente en la forma que sigue: la suma de los estímulos sensoriales, procedentes de las diversas fuentes antes estudiadas, y actuantes durante el reposo, despierta ante todo en el alma un acervo de representaciones, que se presentan en calidad de alucinaciones (o, según Wundt, como verdaderas ilusiones, dada su procedencia de los estímulos, externos e internos.) Estas representaciones se enlazan entre sí según las leyes de asociación que nos son conocidas, y evocan a su vez, conforme a las mismas reglas, una nueva serie de representaciones (imágenes). El material total es elaborado en lo posible por el resto, aún en actividad, de las capacidades anímicas ordenadoras y pensadoras (cf. Wundt y Weygandt). Lo que no se ha conseguido descubrir todavía son los motivos que deciden que la evocación de las imágenes no procedentes del exterior se realice conforme a estas o aquellas leyes asociativas.

Se ha observado, sin embargo, repetidamente, que las asociaciones que enlazan a las representaciones oníricas entre sí son de una peculiarísima naturaleza y diferentes por completo de las que actúan en el pensamiento despierto. Así, dice Volkelt (pág. 15): «Las representaciones se persiguen y

se enlazan en el sueño conforme a analogías casuales y a conexiones apenas perceptibles. Todos los sueños se hallan entrelazados por tales asociaciones, negligentes y lejanas». Maury concede máxima importancia a este carácter del enlace de las representaciones, que le permite establecer una más íntima analogía entre la vida onírica y ciertas perturbaciones mentales. Reconoce dos caracteres principales del *délire*: 1.º *Une action spontanée et comme automatique de l'esprit*. 2.º *Une asociation vicieuse et irrégulière d'idées* (pág. 126). Este mismo autor nos refiere dos excelentes ejemplos de sueños, en los que el enlace de las representaciones oníricas fue determinado exclusivamente por la similicadencia de las palabras. En uno de estos sueños comenzó por emprender una peregrinación (*pélèrinage*) a Jerusalén o a la Meca, y después de un sinnúmero de aventuras llegó a casa del químico *Pelletier*, el cual, al cabo de una larga conversación, le entregó una pala (*pelle*) de cinc, que en el fragmento onírico siguiente se convirtió en una gran espada de combate (pág. 137). Otra vez soñó que paseaba por una carretera, leía en los guardacantones las cifras indicadoras de los *kilómetros* y se detenía después en una droguería, en la que un individuo colocaba pesas de *kilo* en una gran balanza con objeto de pesarle; luego el droguero se dirigía a él y le decía: «No está usted en París, sino en la isla de *Gilolo*». En el resto de este sueño vio la flor llamada *lobelia* y al general *López*, cuya muerte había leído recientemente en los periódicos. Por último, despertó cuando comenzaba a jugar con otras personas en una partida de *lotería*[276].

Como era de esperar, esta desestimación de los rendimientos psíquicos del sueño ha hallado también sus contradictores. Sin embargo, no parece fácil sostener la afirmación contraria. No posee, en efecto, gran importancia que uno de los autores que rebajan el valor de la vida onírica (Spitta, pág. 118) asegure que los sueños son regidos por las mismas leyes psicológicas que reinan en la vida despierta, ni tampoco que otro investigador (Dugas) manifieste que le *rêve n'est pas déraison, ni même irraison pure*, mientras que ninguno de ellos se tome el trabajo de armonizar estas opiniones con la anarquía y desorganización psíquicas que en el sueño atribuyen a todas las funciones. En cambio, otros autores parecen haber entrevisto que la demencia de los sueños podía no carecer de método, no siendo quizá sino fingimiento, como la del Hamlet shakesperiano. Estos autores tienen que haber huido de

juzgar a los sueños por su apariencia, o, de lo contrario, la que los mismos les han ofrecido ha sido muy diferente de la que ofrecieron a los demás.

Así, Havelock Ellis (1899), sin querer detenerse en el aparente absurdo del sueño, lo considera como *an archaic world of vast emotions and imperfect thougths*, cuyo estudio podría enseñarnos a conocer fases primitivas de la vida psíquica. J. Sully (pág. 362) representa esta misma concepción de los sueños, pero de un modo aún más comprensivo y profundo. Sus manifestaciones son tanto más interesantes y dignas de consideración cuanto que se trata de un psicólogo del que sabemos se hallaba convencido, quizá como ningún otro, del sentido oculto de los sueños. *Now our dreams are a means of conserving these succesive personalities. When asleep we go back to the old ways of looking at things and of feeling about then, to impulses and activities which long ago dominated us*. Un pensador como Delboeuf afirma —aunque cierto es que sin presentar prueba alguna contra las aducidas en contrario— que *dans le sommeil, hormis la perception, toutes les facultés on de l'esprit, intelligence, imagination mémoire, volonté, moralité, restent intactes dans leur essence; seulement elles s'appliquent à des objets imaginaires et mobiles. Le songeur est un acteur qui joue à volonté les fous et les sages, les bourreaux et les victimes, les nains et les géants, les démons et las anges* (pág. 222). El marqués D'Hervey, que sostuvo vivas polémicas con Maury, y cuya obra no me he podido procurar, no obstante haberla buscado con empeño, parece haber sido quien con mayor energía ha negado la degradación del rendimiento psíquico en el sueño. Refiriéndose a él, dice Maury (pág. 19): *M. le marquis d'Hervey, prête à l'intelligence durante le sommeil toute sa liberté d'action et d'attention et il ne semble faire consister le sommeil que dans l'occlusion des sens, dans leur fermenture a un monde extérieur; en sorte que l'homme qui dort no se distingue guère, selon sa manière de voir, de l'homme qui laisse vaguer sa pensée en se bouchant les sens; toute la différence qui sépare alors la pensée ordinaire de celle du dormeur c'est que, chez celui-ci, l'idée prend une forme visible, objetive et ressemble, à s'y méprendre, à la sensation déterminée par les objets extérieurs; le souvenir revêt l'apparence du fait présent*.

Pero a continuación añade *qu'il y a une différence de plus et capitale, à savoir, que les facultés intellectuelles de l'homme endormi n'ofrent pas*

l'equilibre qu'elles gardent chez l'homme eveillé.

En Vaschide, que nos facilita un más completo conocimiento del libro de D'Hervey, encontramos que este último se pronuncia sobre la aparente incoherencia de los sueños en la forma siguiente: *L'image du rêve est la copie de l'idée. Le principal est l'idée; la vision n'est qu'accesoire. Ceci établi, il faut savoir suivre la marches des idées, il faut savoir analyser le tissu des rêves; l'incohérence devient alors compréhensible, les conceptions les plus fantastiques deviennent des faist simples et parfaitement logiques* (pág. 146). Y (pág. 147): *Les rêves les plus bizarres trouvent même une explication des plus logiques quand on sait les analyser*.

J. Stärcke cita una análoga explicación, dada a la incoherencia onírica por un antiguo autor. Wolf Davidson (1799), desconocido para mí (pág. 136): «Los singulares saltos de nuestras representaciones oníricas tienen todos su fundamento en la ley de la asociación; lo que sucede es que este enlace se realiza a veces en el alma de un modo harto oscuro, resultando así que con frecuencia creemos observar un salto de la asociación en casos en que dicho salto no existe».

La escala de la apreciación del sueño como producto psíquico alcanza en la literatura científica una gran amplitud. Partiendo del más profundo menosprecio, cuya expresión ya nos es conocida, y pasando luego por la sospecha de un valor aún no descubierto, llega hasta la exagerada estimación, que coloca al sueño muy por encima de los rendimientos de la vida despierta. Hildebrandt, que, como sabemos, encierra en tres antinomias las características psicológicas de la vida onírica, reúne en la tercera de ellas los extremos de esta serie (pág. 19). Esta tercera antinomia es la existente «entre *una elevación* o *potenciación* de la vida anímica, que llega muchas veces hasta el *virtuosismo*, y una *minoración* y *debilitación* de la misma, llevada con frecuencia por bajo del *nivel* de lo humano».

«Por lo que a lo primero se refiere, ¿quién no puede confirmar, por propia experiencia, que en las creaciones del genio del sueño se exteriorizan a veces una profundidad y una cordialidad, una claridad de concepción, una sutileza de observación y una prontitud de ingenio que modestamente negaríamos poseer si nos fueran atribuidas como cualidades constantes de nuestra vida despierta? El sueño posee una maravillosa poesía, una exacta facultad

alegórica, un humorismo incomparable y una deliciosa ironía. Contempla el mundo a una peculiarísima luz idealizadora e intensifica el efecto de sus fenómenos con la más profunda comprensión de la esencia fundamental de los mismos. Nos presenta lo bello terrenal en un resplandor verdaderamente celeste; lo elevado, en su más alta majestad; lo que, según nuestra experiencia, es temeroso, en la forma más aterrorizante, y lo ridículo, con indescriptible comicidad; a veces nos hallamos, aun después de despertar, tan dominados por una de estas impresiones, que creemos no haber hallado nunca en el mundo real nada semejante».

Surge aquí la interrogación de cómo pueden referirse a un mismo objeto las despreciativas observaciones anteriores y estas entusiásticas alabanzas. ¿No habrán pasado inadvertidos para unos autores los sueños desatinados, y para otros los profundos e ingeniosos? Y si existen sueños de ambas clases, que justifican, respectivamente, ambos juicios, ¿no será ocioso buscar una característica psicológica del sueño, y deberemos limitarnos a decir que en él es todo posible, desde la más baja degradación de la vida anímica hasta una elevación de la misma, desacostumbrada en la vida despierta? Mas, por cómoda que fuera esta solución, tropieza con el inconveniente de que los esfuerzos de todos los investigadores parecen hallarse guiados por la hipótesis de que existe una característica de los sueños, de validez general en sus rasgos esenciales, susceptible de resolver las contradicciones apuntadas.

Es indiscutible que los rendimientos psíquicos del sueño han hallado un más voluntario y caluroso reconocimiento en aquel período, ya pasado, en el que los espíritus se hallan dominados por la Filosofía y no por las ciencias exactas. Manifestaciones, como la de Schubert, de que el sueño constituye una emancipación del espíritu del poder de la naturaleza exterior, un desligamiento del alma de las ligaduras de la sensualidad, y análogos juicios de Fichte, el joven[277], y de otros autores, en los que se considera el sueño como una elevación de la vida anímica a un más alto nivel, nos parecen hoy apenas comprensibles. En la actualidad sólo son repetidos por los autores místicos o piadosos[278]. La disciplina mental científica ha producido una reacción en la apreciación del sueño. Precisamente los autores médicos son los que antes se han inclinado a considerar muy escasa y falta de todo valor la actividad psíquica en el sueño, mientras que los filósofos y los observadores

no profesionales —psicólogos de afición—, cuyas aportaciones a estos estudios no deben despreciarse, han continuado sosteniendo, más en armonía con las hipótesis populares, el valor psíquico del sueño. Aquellos que tienden a menospreciar el rendimiento psíquico en el sueño conceden, naturalmente, la máxima importancia etiológica a las fuentes de estímulos somáticos. En cambio, para aquellos otros que atribuyen al alma soñadora la mayor parte de las facultades que la misma posee en la vida despierta, desaparece toda razón de no atribuirle también estímulos oníricos independientes.

Entre los rendimientos extraordinarios que aun después de la más escrupulosa comparación pudiéramos inclinarnos a atribuir a la vida onírica, es el de la memoria el más patente. En páginas anteriores detallamos ya todos los hechos, nada raros, que así lo demuestran. En cambio, otra de las prerrogativas de la vida onírica que con mayor frecuencia ensalzan los autores antiguos —su facultad de franquear libremente las distancias temporales y espaciales— es, como ya observa Hildebrant, por completo ilusoria. El sueño lo hace en forma idéntica a como lo realiza el pensamiento despierto, y precisamente por no ser sino una forma del pensamiento. Con respecto al tiempo, gozaría, en cambio, el sueño de otra distinta prerrogativa, siendo independiente de su curso en un diferente sentido. Sueños como aquél en que Maury se vio guillotinar, parecen demostrar que el fenómeno onírico puede acumular en brevísimos instantes un contenido de percepciones mucho mayor que el contenido de pensamientos que nuestra actividad psíquica puede abarcar en la vida despierta. Esta deducción ha sido, sin embargo, combatida con los más diversos argumentos. Desde los artículos de Le Lorrain y Egger «sobre la aparente duración de los sueños» se ha desarrollado en derredor de este problema —tan intrincado como el profundo alcance— una interesantísima discusión, que no ha llevado aún a esclarecimiento alguno definitivo[279].

Después de numerosas investigaciones y de la colección de sueños publicada por Chabaneix, parece ya indiscutible que el sueño puede acoger la labor intelectual del día y conducirla a una conclusión no alcanzada en la vida despierta, resolviendo así problemas y dudas que preocupan al sujeto y constituyendo una fuente de inspiración para los poetas y compositores. Pero aunque este hecho es innegable en sí, la hipótesis construida sobre él

sucumbe a importantes objeciones[280].

Por último, el afirmado poder adivinatorio del sueño constituye otro objeto de discusión, en la que a dudas difíciles de dominar se oponen tenaces afirmaciones. Sin embargo, se evita negar rotundamente —y con razón— lo que de efectivo ha sido observado en este punto, pues para toda una serie de casos existe quizá la cercana posibilidad de una natural explicación psicológica.

0 Los sentimientos éticos en el sueño.

Por motivos que sólo después del conocimiento de mis propias investigaciones sobre el sueño pueden resultar comprensibles, he separado del tema de la psicología del sueño el problema parcial de si las disposiciones y sentimientos morales de la vigilia se extienden —y hasta qué punto— a la vida onírica. La misma contradicción que con respecto a las restantes funciones anímicas hubimos de hallar con extrañeza en las exposiciones de los investigadores, vuelve aquí a surgir a nuestros ojos. En efecto, con la misma seguridad que unos muestran al afirmar que el sueño ignora en absoluto toda aspiración moral, sostienen los otros que la naturaleza moral del hombre perdura también en la vida onírica.

La experiencia onírica parece colocar la exactitud de la primera afirmación por encima de toda duda: Así escribe Jessen (pág. 553): «Tampoco nos hacemos mejores ni más virtuosos en el sueño. Más bien parece que en él calla nuestra conciencia, pues sin compadecernos por nada ni de nadie realizamos con la mayor indiferencia y sin remordimiento alguno los mayores crímenes».

Radestock (pág. 146): «Debe tenerse en cuenta que en el sueño emergen las asociaciones y se enlazan las representaciones, sin que la reflexión, la inteligencia, el gusto estético y el juicio moral puedan intervenir para nada. El juicio es debilísimo, y predomina la *indiferencia* ética». Volkelt (pág. 23): «Nadie ignora el desenfreno que la vida onírica muestra, especialmente en lo que a la sexualidad se refiere. Del mismo modo que el sujeto se contempla en sus sueños f alto de todo pudor y todo sentimiento ético, ve a otras personas —incluso a las que más respeta —entregadas a actos que en su vida despierta se espantaría de asociar a ellas».

En abierta oposición con estas manifestaciones se hallan otras, como la de

Schopenhauer, de que todos obramos y hablamos en sueños *conforme* a nuestro carácter. K. Ph. Fischer[281] afirma asimismo que en los sueños se revelan los sentimientos y aspiraciones, o afectos y pasiones subjetivos y las peculiaridades morales del durmiente.

Haffner (pág. 25): «Salvo raras excepciones, el hombre virtuoso lo será también en sueños. Rechazará las tentaciones y resistirá al odio, a la envidia, a la cólera y a los demás vicios. En cambio, el hombre pecador hallará generalmente en sus sueños aquellas imágenes que tenía ante sí en la vigilia».

Scholz (pág. 36): «Nuestros sueños entrañan algo verdadero. En ellos reconocemos nuestro propio *yo*, a pesar del disfraz de elevación o rebajamiento con el que se nos aparece. El hombre honrado no puede tampoco cometer en sueños un delito que le deshonre, y, si lo comete, quedará espantado, como ante algo totalmente ajeno a su naturaleza. El emperador romano que hizo ejecutar a uno de sus súbditos, confeso de haber atentado contra él en sueños, no dejaba de tener razón cuando se justificaba diciendo que el individuo que así soñaba tenía que abrigar en su vida despierta análogos pensamientos. De algo que no puede hallar lugar alguno en nuestro ánimo decimos así, muy significativamente: 'Esto no puede ocurrírseme ni en sueños'.»

Por el contrario, afirma Platón que los hombres mejores son aquéllos a los que sólo en sueños se les ocurre lo que los demás hacen despiertos.

Pfaff, glosando un conocido proverbio, dice: «Cuéntame durante algún tiempo lo que sueñas, y te diré lo que dentro de ti hay».

El pequeño escrito de Hildebrandt, del que ya se ha extraído tantas interesantes citas, y que constituye la más perfecta y rica contribución que a la investigación de los problemas oníricos me ha sido dado hallar en la literatura científica, da a este tema de la moralidad de los sueños una importancia esencial. También para Hildebrandt constituye una regla fija la de que cuanto más pura es la vida del sujeto, más puros serán sus sueños, y cuanto más impura, más impuros.

La naturaleza moral del hombre perdura, desde luego, en el sueño: «Pero mientras que ningún error de cálculo, ninguna herejía científica ni ningún anacronismo nos hiere, ni se nos hacen siquiera sospechosos, por palpables, románticos o ridículos que respectivamente sean, distinguimos siempre lo

malo; la justicia, de la injusticia; la facultad de distinguir lo bueno de la virtud, del vicio. Por mucho que sea lo que de nuestra personalidad despierta perdamos durante el reposo, el "imperativo categórico" de Kant se ha constituido de tal manera en nuestro inseparable acompañante, que ni aun en sueños llega a abandonarnos… Este hecho no puede explicarse sino por la circunstancia de que lo fundamental de la naturaleza humana, el ser moral, se halla demasiado firmemente unido al hombre para participar en el juego calidoscópico, al que la fantasía, la inteligencia, la memoria y demás facultades de igual rango sucumben en el sueño» (págs. 45 y sigs.)

En la discusión de esta materia incurren ambos grupos de autores en singulares desplazamientos e inconsecuencias. Lógicamente, la hipótesis de que la personalidad moral del hombre desaparece en el sueño debiera despojar a sus partidarios de todo interés por los sueños inmorales, permitiéndoles además rechazarla posibilidad de exigir por ellos una responsabilidad al sujeto o atribuirle perversos sentimientos, con la misma tranquilidad que la equivalente de deducir, por el absurdo de los sueños, la carencia de valor de los rendimientos intelectuales del sujeto en la vida despierta. En cambio, aquellos otros autores para los cuales se extiende al fenómeno onírico el dominio del imperativo categórico, deberían aceptar sin limitación alguna la responsabilidad del sujeto con respecto a sus sueños. Habríamos, únicamente, de desearles que sueños propios reprobables no les hicieran errar en la estimación de su propia moralidad, tan segura con respecto a otros dominios distintos del onírico.

Mas, por lo visto, nadie sabe a punto fijo en qué medida es bueno o malo, ni puede tampoco negar haber tenido alguna vez sueños inmorales, pues por encima de su opuesto juicio sobre la moral onírica coinciden ambos grupos de autores en un esfuerzo por esclarecer el origen de los sueños inmorales, surgiendo nuevamente opiniones contradictorias, según se vea dicho origen en las funciones de la vida psíquica o en influencias somáticamente condicionadas, ejercidas sobre la misma. El poder coactivo de la evidencia hace, sin embargo, coincidir a muchos defensores de la responsabilidad y de la irresponsabilidad en el reconocimiento de una fuente psíquica especial para la inmoralidad de los sueños.

De todos modos, aquellos investigadores que extienden a los sueños la

moral subjetiva, se guardan muy bien en aceptar la completa responsabilidad de los sueños propios. Haffner dice (pág. 24): «No somos responsables de nuestros sueños, porque nuestro pensamiento y nuestra voluntad quedan despojados en ellos de la base sobre la cual posee únicamente nuestra vida verdad y realidad. Siendo así, nada de lo que en sueños queremos o hacemos puede tenerse por virtud o pecado». Pero el hombre es responsable de sus sueños pecadores en tanto en cuanto los origina indirectamente, y antes de conciliar el reposo tiene, del mismo modo que en el resto de la vigilia, el deber de purificar moralmente su alma.

Hildebrandt ahonda mucho más en el análisis de esta mezcla de negación y afirmación de nuestra responsabilidad con respecto al contenido moral de los sueños. Después de indicar que la forma dramática de exposición adoptada por el fenómeno onírico, la acumulación de los más complicados procesos reflexivos en un brevísimo espacio de tiempo y la desvalorización y confusión —que también reconoce— de los elementos de representación, deben tenerse en cuenta, como circunstancias atenuantes, al juzgar el aspecto inmoral de los sueños, confiesa que tampoco nos es posible negar en absoluto toda responsabilidad por los pecados y faltas que en ellos cometemos.

Página 49: «Cuando queremos rechazar de un modo decidido una acusación injusta referente a nuestros propósitos o sentimientos, solemos servirnos de la expresión: “Eso no se me ha ocurrido ni aun en sueños.” Con esto manifestamos, por un lado, que el dominio de los sueños es para nosotros el último por cuyo contenido pudiera exigírselos responsabilidad, puesto que nuestros pensamientos no poseen en él sino tan escasa y lejana conexión con nuestro verdadero ser, que apenas pueden ya atribuírsenos; pero al sentirnos inducidos a negar también la existencia de tales pensamientos en este dominio, confesamos al mismo tiempo indirectamente que nuestra justificación sería incompleta ni no alcanzase también hasta él. A mi juicio, hablamos aquí, siquiera sea inconscientemente, el lenguaje de la verdad».

Página 52: «No podemos suponer ningún hecho onírico cuyo primer motivo no haya cruzado antes en alguna forma a título de deseo, aspiración o sentimiento por el alma del individuo despierto». Este primer sentimiento no lo ha inventado el sueño; se ha limitado a copiarlo y desarrollarlo, elaborando en forma dramática un adarme de materia histórica que halló previamente en

nosotros. Así, pues, el fenómeno onírico no hace sino poner en escena las palabras del Apóstol: «Aquel que odia a su hermano es un homicida». Y mientras que conscientes de nuestra energía moral podemos sonreír, al despertar, ante el amplio cuadro perverso que nuestro sueño pecador nos ha presentado, el nódulo originario causal no presenta faceta alguna que nos mueva a risa. Nos sentimos, por tanto, responsables de nuestros extravíos oníricos; no en su totalidad, pero sí en cierto tanto por ciento. «Comprendemos, en este indiscutible sentido, la palabra de Cristo: 'Del corazón vienen malos pensamientos', y no podemos casi defendernos de la convicción de que cada pecado cometido en el sueño trae consigo para nosotros, por lo menos, un oscuro mínimo de culpa».

En los gérmenes de sentimientos reprobables que a título de tentaciones cruzan por nuestra alma en la vigilia encuentra, pues, Hildebrandt la fuente de inmoralidad de los sueños y no vacila en tener en cuenta estos elementos inmorales en la estimación moral de la personalidad. Estos mismos pensamientos y su idéntica valoración es lo que ha hecho acusarse a los santos y a los hombres piadosos de toda época de ser los más grandes pecadores[282].

No cabe duda alguna sobre la general aparición de estas representaciones *contrastantes* en la mayoría de los hombres y también con relación a dominios distintos del ético. Pero algunas veces se les ha juzgado con menos severidad. Así, Spitta transcribe las siguientes manifestaciones de A. Zeller (pág. 144): «Raras veces se halla tan felizmente organizado un espíritu que posea en todo momento un poder absoluto y no quede estorbada la continua y clara marcha de sus pensamientos por representaciones no sólo insignificantes, sino hasta ridículas y desatinadas. Incluso los más grandes pensadores se han lamentado de esta inoportuna turba de representaciones, semejantes a las de los sueños, que perturba sus más profundas reflexiones y su más seria y sagrada labor mental».

Una observación de Hildebrandt, la de que el sueño nos permite a veces contemplar los repliegues y profundidades de nuestro ser, que durante la vigilia quedan casi siempre ocultos a nuestros ojos, arroja más clara luz sobre la situación psicológica de estos pensamientos de contraste.

Análoga idea expone Kant en un pasaje de su *Antropología* al afirmar que

el sueño tiene por función la de descubrirnos nuestras disposiciones ocultas y revelarnos no lo que somos, sino lo que hubiéramos podido llegar a ser si hubiéramos recibido una educación diferente. Radestock (pág. 84) reproduce este juicio cuando dice que el sueño nos revela aquello que no queremos confesarnos a nosotros mismos, siendo esto lo que nos impulsa a calificarlo injustamente de mentiroso y engañador. J. E. Erdmann manifiesta: «Nunca me ha revelado un sueño lo que de un hombre debo opinar; pero lo que de él opino y cuáles son mis verdaderos sentimientos con respecto a él, eso sí me lo ha mostrado más de una vez, con gran asombro mío».

En forma semejante opina J. H. Fichte: «El carácter de nuestros sueños nos revela mucho más fielmente nuestro estado de ánimo total que el autoanálisis durante la vigilia». Observaciones como las de Benini y Volkelt, que a continuación transcribimos, nos hacen advertir que la emergencia de estos impulsos, ajenos a nuestra conciencia moral, sólo es comparable a la ya conocida disposición del sueño sobre otro material de representaciones que falta a la vida despierta o desempeña en ella un insignificante papel. Benini: *Certe nostre inclinazioni che ci credevano soffocate e spente da un pezzo, si ridestano; passioni vecchie e sepolte rivivono; cosa e persona a cui non pensiamo mai, ci vengono dinazi* (pág. 149). Y Volkelt: «También representaciones que se han introducido casi inadvertidamente en la conciencia despierta y quizá no hubieran sido sacados nunca por ella del olvido, suelen revelar al sueño su presencia en el alma» (pág. 105). Por último, es éste el lugar de recordar que, según Schleiermacher, ya el acto de conciliar el reposo se halla acompañado de representaciones (imágenes) *involuntarias*.

En este concepto de «representaciones involuntarias» debemos incluir todo aquel acervo de representaciones cuya emergencia —tanto en los sueños inmorales como en los absurdos— despierta nuestra extrañeza. La única diferencia importante que podemos señalar entre las representaciones involuntarias referentes a la moralidad y las relativas a otros dominios es que las primeras se revelan en oposición con nuestra restante manera de sentir, mientras que las segundas se limitan a despertar nuestra extrañeza. Pero hasta el momento no hemos realizado progreso ninguno que nos permita ampliar esta diferenciación por un conocimiento más completo y profundo de sus

términos.

¿Qué significación tiene la emergencia de representaciones involuntarias en el sueño? ¿Y qué conclusiones pueden deducirse para la psicología del alma despierta o soñadora de esta emergencia nocturna de sentimientos éticos contrastantes? Habremos de señalar aquí una nueva diferencia de opinión y una nueva agrupación distinta de los autores. El proceso mental de Hildebrandt y de otros representantes de su opinión fundamental no puede ser continuado sino en el sentido de que los sentimientos inmorales entrañan también en la vigilia un cierto poder —cohibido, desde luego— de llegar a convertirse en actos, y que en el estado de reposo desaparece algo que, actuando como una retención, nos había impedido advertir este sentimiento. El sueño mostraría así, aunque no en su totalidad, la verdadera esencia del hombre, y pertenecería a los medios de hacer accesible a nuestro conocimiento el oculto interior del alma. Sólo partiendo de tales hipótesis puede Hildebrandt adjudicar al sueño el papel de un consejero que atrae nuestra atención sobre escondidas debilidades morales de nuestra alma, del mismo modo que, según confesión de los médicos, puede anunciar a la conciencia enfermedades físicas que hasta entonces ignorábamos nos aquejaran.

Tampoco Spitta puede guiarse por otra idea cuando señala las fuentes de excitación que, por ejemplo, en la pubertad actúan sobre el alma, y consuela al sujeto diciéndole que ha hecho todo lo que en su mano se hallaba cuando ha sido virtuoso en su vida despierta y se ha esforzado en ahogar siempre los malos pensamientos, no dejándolos madurar y convertir en actos. Conforme a esta concepción, podríamos designar las representaciones *involuntarias* como aquellas que han sido *ahogadas* durante el día, y habríamos de ver en emergencia un fenómeno puramente psíquico.

Mas, según otros autores, esta última conclusión es totalmente errónea. Así, para Jessen, las representaciones involuntarias exteriorizan, por medio de movimientos internos, y tanto en el sueño como en la vigilia y el delirio febril o de otro género, «el carácter de una actividad de la voluntad en reposo y de un proceso *hasta cierto punto mecánico* de imágenes y representaciones» (pág. 360). Un sueño inmoral no significa, con respecto a la vida anímica del soñador, sino que el mismo se había percatado alguna vez

del contenido de representaciones correspondiente, pero desde luego no un sentimiento anímico propio. Determinadas manifestaciones de Maury nos inclinan a creer que atribuye al estado onírico la facultad de fragmentar en sus componentes la actividad anímica, en lugar de destruirla, sin sujeción a plan ninguno. Así, de los sueños en los que traspasamos los límites de la moralidad dice: *Ce sont nos penchants qui parient et qui nous font agir, sans que la conscience nous retienne, bien que parfois aile nous avertisse. J'ai mes défauts et mes penchants vicieux à l'état de veille, je tâche de lutter contre eux, et il m'arrive assez souvent de n'y pas succomber. Mais dans mes songes j'y succombe toujours ou, pour mieux dire, j'agis par leur impulsion, sans crainte et sans remords… Evidemment, les visions qui se déroulent devant ma pensée et qui constituent le rêve, me sont suggérées par les incitations que je ressens et que ma volonté absente ne cherche pas à refouler* (pág. 113).

La creencia en la capacidad del sueño para revelar una disposición inmoral del sujeto, realmente existente, pero ahogada o escondida, no puede hallar expresión más exacta que en las siguientes palabras de Maury (pág. 115): *En rêve l'homme se révèle donc tout entier à soi même dans sa nudité et sa misère natives. Dès qu'il suspend l'exercise de sa volonte, il devient le jouet de toutes les passions contre lesquelles à l'état de veille la conscience, le sentiment et honneur, la crainte nous défendent*. En otro lugar halla también la frase exacta (pág. 462): *Dans le rêve, c'est surtout l'homme instinctif qui se revête… L'homme revient, pour ainsi dire, à Fêtât de nature quand il rêve; mais moins tes idées acquises ont pénétré dans son esprit, plus* les penchants en dessaccord *avec elles conservent encore ser lui et influence dans le rêve*. Como ejemplo aduce que sus sueños le muestran con frecuencia víctima de aquella misma superstición que con más energía ha combatido en sus escritos.

Pero el valor de todas estas ingeniosas observaciones para un conocimiento psicológico de la vida onírica queda disminuido en Maury por su resistencia a no ver en los fenómenos tan acertadamente observados por él sino pruebas del *automatisme psychologique*, que, a su juicio, domina la vida onírica. Este automatismo lo considera como la completa antítesis de la actividad psíquica.

En sus estudios sobre la conciencia dice Stricker: «El sueño no se compone exclusivamente de engaños; cuando en él sentimos miedo de los ladrones, éstos son imaginarios, pero el miedo es real». De este modo se nos advierte que el desarrollo de afectos en el sueño no puede ser juzgado en la misma forma que el resto del contenido onírico, y se nos plantea de nuevo el problema de qué es lo que en los procesos psíquicos del sueño puede considerarse como real; esto es, puede aspirar a ser incluido entre los procesos psíquicos de la vigilia.

g) Teorías oníricas y función del sueño.—Un conjunto de juicios sobre el sueño que intente explicar, desde un determinado punto de vista, la mayor suma posible de los caracteres observados en su investigación y fije al mismo tiempo su situación con respecto a un más amplio campo de fenómenos, merecerá ser calificado de teoría onírica. Las distintas teorías que de este modo puedan establecerse se diferenciarán en el carácter que de los sueños consideren como esencial, enlazando a él las explicaciones y relaciones constitutivas de su contenido. No habrá de ser condición indispensable que de todas y cada una de ellas pueda deducirse una función o utilidad del fenómeno onírico; pero obedeciendo a nuestra acostumbrada orientación teleológica, habremos de preferir aquellas que entrañen el conocimiento de una tal función.

Conocemos ya varias concepciones de los sueños merecedoras, en este sentido, del nombre de teorías oníricas. Así, la antigua creencia de que los sueños eran enviados por los dioses para dirigir los actos de los hombres constituía una teoría completa que explicaba todo lo que en el fenómeno onírico presenta interés. Desde que el sueño ha llegado a ser objeto de la investigación biológica, ha surgido un número más considerable que nunca de teorías oníricas; pero entre ellas existen algunas harto incompletas.

Renunciando a incluirlas en su absoluta totalidad, puede intentarse la siguiente clasificación —no extremadamente rigurosa— de las teorías oníricas, conforme a la hipótesis que sobre la magnitud y la naturaleza de la actividad psíquica en el sueño les sirva de base.

1.º Aquellas teorías que, como la de Delboeuf, hacen perdurar en el sueño la total actividad psíquica de la vigilia. Según ellas, el alma no duerme; su aparato permanece intacto, pero sometida a las condiciones del estado de

reposo, distintas de las correspondientes a la vigilia, tiene que producir, aun funcionando normalmente, rendimientos distintos. Surge aquí la duda de si estas teorías consiguen derivar, en su totalidad de las condiciones del estado de reposo, las diferencias que se nos muestran entre el sueño y la reflexión. Pero, además, falta en ellas toda posibilidad de deducir la existencia de una función onírica. No nos explican pura qué soñamos ni por qué el complicado mecanismo del aparato anímico sigue funcionando aun después de haber sido colocado en circunstancias para las que no se halla calculado. En esta situación, las únicas reacciones adecuadas serían dormir sin sueños o despertar cuando sobreviniera un estímulo perturbador; pero nunca soñar.

2.º Aquellas teorías que, por el contrario, aceptan en el sueño un descenso de la actividad psíquica y una debilitación de la coherencia. De estas teorías se deduce una característica psicológica del estado de reposo muy distinta de la establecida por Delboeuf. El reposo se extiende al alma y no se limita a aislarla por completo del mundo exterior, sino que penetra en su mecanismo, haciéndolo temporalmente inutilizable. Si me es permitida una comparación con material psiquiátrico, diré que las primeras teorías construyen el sueño como una paranoia y las segundas lo convierten en el prototipo de la imbecilidad o de una amencia.

La teoría de que en la vida onírica sólo se manifiesta una parte de la actividad anímica paralizada por el reposo es la preferida por los autores médicos y, en general, por el mundo científico. En tanto en cuanto ha de suponerse un profundo interés por el esclarecimiento de los sueños, puede considerársela como la teoría *dominante*. Su característica es la facilidad con que sortea uno de los mayores peligros que se alzan ante toda explicación de los sueños: el de estrellarse contra una de las antinomias a las que los mismos dan cuerpo.

Considerando el fenómeno onírico como el resultado de una vigilia parcial («una vigilia paulatina, parcial, y al mismo tiempo, muy anómala», dice Herbart, sobre el sueño, en su *Psicología*), puede explicar, por una serie de estados cada vez más cercanos al de vigilia, toda la serie de rendimientos imperfectos del sueño —exteriorizados en el absurdo del mismo— hasta el rendimiento mental perfecto y totalmente concretado.

Para aquéllos a quienes ha llegado a ser indispensable la forma de

exposición fisiológica o la encuentran más científica, transcribiré aquí la descripción que Binz hace de esta teoría (pág. 43):

«Este estado (de estupor) camina paulatinamente hacia su fin en las primeras horas de la mañana. Las toxinas que la fatiga acumuló en la albúmina cerebral van disminuyendo cada vez más, destruidas o arrastradas por la continua corriente de la sangre. Algunos grupos de células, despiertos ya, comienzan a funcionar en medio del general letargo, y ante nuestra obnubilada conciencia surge entonces la *actividad aislada* de estos grupos de células, falta del control de las demás partes del cerebro que rigen la asociación. En consecuencia, las imágenes creadas, correspondientes generalmente a las impresiones materiales de un próximo pasado, se agregan unas a otras sin orden ni concierto. Luego, conforme va haciéndose mayor el número de células cerebrales despiertas, va disminuyendo, en proporción, el destino del sueño».

Todos los fisiólogos y filósofos modernos se muestran conformes con esta concepción del sueño como una vigilia incompleta y parcial, o cuando menos, influidos por ella. Maury es quien más ampliamente la desarrolla, pareciendo ver en la vigilia o el resposo estados desplazables por regiones anatómicas, aunque de todos modos se le muestren siempre enlazadas una determinada región anatómica y una determinada función psíquica. Pero quisiera limitarme aquí a indicar que si la teoría de la vigilia parcial se confirmase, habría aún que realizar una importante labor para estructurarla.

Naturalmente, no puede deducirse de esta teoría de la vida onírica una función del sueño. Obra, pues, Binz con toda consecuencia cuando fija la situación e importancia del fenómeno onírico en los siguientes términos (pág. 357): «Todos los hechos tienden, como vemos, a caracterizar el sueño como un proceso *somático*, inútil en todo caso, y hasta patológico en muchos…»

El término «somático», referido al sueño y subrayado por el autor mismo, nos revela la posición de Binz con respecto a varios de los problemas oníricos, y en primer lugar a la etiología de los sueños, de la que Binz se ocupó especialmente al investigar la génesis experimental de sueños por absorción de materias tóxicas. Sobre este problema etiológico coinciden todas las teorías que integran el presente grupo en la tendencia a excluir en lo posible estímulos distintos de los somáticos, su forma más extrema sería

aproximadamente la que sigue:

Conseguido el reposo por la supresión de todo estímulo, no tendríamos necesidad ni ocasión de soñar hasta que en las primeras horas de la mañana pudiera reflejarse en un sueño el paulatino despertar provocado por la aparición de nuevos estímulos. Pero sucede que nunca conseguimos mantener nuestro reposo libre de todo estímulo, pues análogamente a los gérmenes de la vida, de cuya inagotable emergencia se lamentaba Mefistófeles, llegan sin interrupción hasta el sujeto estímulos de las más diversas procedencias, externos, internos y hasta de aquellas regiones de su cuerpo a las que nunca ha prestado la menor atención. De este estímulo queda el reposo perturbado, y el alma, sacada ora en un punto, ora en otro, de su letargo, funciona un momento con la parte despertada, para volver luego al reposo. Resulta, pues, que el sueño es la reacción —totalmente superflua— a la perturbación del reposo ocasionada por el estímulo.

Mas al designar el sueño —que de todas maneras continúa siendo un rendimiento del órgano anímico— como un proceso somático, posee aún otro sentido diferente. Se trata de despojarle de la dignidad de proceso psíquico. La comparación, muy antigua y empleada, del sueño con «los sonidos que los diez dedos de un individuo totalmente profano en música producirían en un piano, recorriendo al azar el teclado», constituye quizá la descripción más exacta de la apreciación que en la mayoría de los casos ha hallado el rendimiento onírico en los representantes de las ciencias exactas. En esta concepción se convierte el sueño en algo totalmente ininterpretable, pues no es posible que recorriendo al azar el teclado improvise el profano en música composición alguna.

Contra esta teoría de la vigilia parcial se han elevado desde un principio numerosas objeciones. Así, Burdach escribía en 1830: «Con la afirmación de que el sueño es una vigilia parcial no se explican, en primer lugar, ni el reposo ni la vigilia, y en segundo, no se dice sino que algunas fuerzas del alma actúan en el sueño mientras otras reposan. Pero esta desigualdad tiene efecto durante la vida…» (pág. 483).

En la teoría dominante, que ve en el sueño un proceso «somático», se apoya una muy interesante concepción de los sueños, desarrollada por Robert en 1866 y que posee el atractivo de atribuir al fenómeno onírico una función

y un resultado útil. Toma este autor como base de su teoría dos hechos comprobados, de los que ya tratamos al ocuparnos del material onírico: la frecuencia con que en nuestros sueños se incluyen las impresiones diurnas más secundarias y lo raramente que soñamos con lo que más nos ha interesado en nuestra vida diurna. Robert afirma categóricamente: «Aquellas cosas que hemos pensado con detenimiento y hasta asimilarlas, no se constituyen jamás en estímulos oníricos, sino tan sólo aquellas otras que permanecen inacabadas en nuestro espíritu o sólo lo han rozado fugitivamente» (pág. 10). «Por esta razón no podemos explicarnos la mayoría de nuestros sueños, pues las causas que los originan son precisamente aquellas *impresiones sensoriales diurnas de las que el sujeto no ha llegado a adquirir un suficiente conocimiento*». Para que una impresión pueda llegar a incluirse en un sueño es, por tanto, necesario que su elaboración haya quedado perturbada o que, por ser demasiado insignificante, no haya podido aspirar siquiera a una tal elaboración.

Robert se representa al sueño «como un proceso somático de segregación, que llega al conocimiento nuestro al reaccionar mentalmente a él. *Los sueños son segregaciones de pensamientos ahogados en germen*». «Un hombre al que se despojase de la facultad de soñar contraería en poco tiempo una perturbación mental, pues en su cerebro se acumularía una masa de pensamientos inacabados, no terminados de pensar, y de impresiones insignificantes, bajo cuyo peso quedaría ahogado aquello que a título de todo acabado hubiera de ser incorporado a la memoria». De este modo presta el sueño a la conciencia sobrecargada el servicio de una válvula de seguridad. *Los sueños poseen una fuerza curativa y derivativa*.

Sería equivocado preguntar a Robert cómo por medio del representar onírico puede producirse un desastre del alma, pues lo que de las dos peculiaridades del material onírico antes citadas deduce evidentemente este autor, es que durante el reposo se verifica en *algún modo*, y como proceso somático, una tal expulsión de las impresiones carentes de valor y que el soñar no es ningún proceso psíquico especial, sino únicamente la noticia que de dicha selección obtenemos. Pero no es una segregación lo único que durante la noche se realiza en el alma. El mismo Robert añade que, además, se lleva a efecto una elaboración de los estímulos del día, y que «aquello que

de la materia de pensamiento no asimilada resiste a la segregación es reunido por cadenas de pensamientos tomados de la fantasía, hasta formar una totalidad, e incorporado así a la memoria como una innocua pintura de la fantasía» (pág. 23).

En total contradicción con la teoría dominante se nos muestra, en cambio, la de Robert, por lo que respecta a las fuentes oníricas. Mientras que, según la primera, no soñaríamos en absoluto si los estímulos externos e internos no despertaran de continuo a nuestra alma, según la teoría de Robert, el impulso de soñar reside en el alma misma, esto es, en su sobrecarga, que demanda una derivación. Resulta, pues, por completo consecuente la conclusión establecida por este autor de que las causas condicionantes del sueño, dependientes del estado corporal del sujeto, no ocupan sino un lugar secundario, y no podrían inducir a soñar, en ningún caso, a un espíritu en el que no existiese previamente materia alguna para la formación de sueños, tomada de la conciencia despierta. Debe concederse únicamente que las imágenes fantásticas que, procedentes de lo más profundo del alma del sujeto, se desarrollan en sus sueños, pueden ser influidas por los estímulos nerviosos (pág. 41). De este modo resulta el sueño independiente, hasta cierto punto —según Robert—, de lo somático. No constituye, ciertamente, un proceso psíquico, ni ocupa lugar alguno entre los procesos de este género que se desarrollan en nuestra vida despierta; pero es un proceso somático que se desarrolla todas las noches en el aparato de la actividad anímica y tiene a su cargo una función: la de proteger a este aparato contra una excesiva tensión, o, si se nos permite cambiar de comparación, la de limpiar el alma.

Otro autor, Ives Delage, apoya su teoría en estos mismos caracteres del sueño, que se hacen patentes en la selección del material onírico, siendo muy instructivo observar cómo por una ligera diferencia en la comprensión de un mismo objeto se llega a un resultado final de muy distinto alcance.

Delage comenzó por observar en sí propio, con ocasión de la muerte de una persona querida, que no soñamos con aquello que durante el día ha ocupado nuestro pensamiento, o únicamente soñamos con ello cuando empieza a desvanecerse ante nuevos intereses. Sus investigaciones subsiguientes con otras personas le confirmaron la generalidad de este hecho. Una de las observaciones de este autor, que de confirmarse su general

exactitud sería muy interesante, se refiere a los sueños de los recién casados: *S'ils ont été fortement épris, presque jamais ils non rêvé l'un de l'autre avant le mariage ou pendant la lune de miel; et s'ils ont rêvé d'amour c'est pour être infidèles avec quelque personne indifférente ou odieuse*. Pero, entonces, ¿con qué soñamos? Delage reconoce el material que aparece en nuestros sueños como compuesto de fragmentos y restos de impresiones de los últimos días y de un pretérito más lejano. Todo lo que en nuestros sueños emerge y nos inclinamos a considerar al principio como creación de la vida onírica se nos demuestra, en un más detenido examen, como reproducción ignorada o *souvenir inconscient*. Pero este material de representaciones muestra un carácter común: el de proceder de impresiones que han herido más nuestros sentidos que nuestro espíritu, o de aquellas otras que sólo un brevísimo instante consiguieron retener nuestra atención.

En esencia, son éstas las dos mismas categorías de impresiones —las secundarias y las no terminadas— que Robert establece; pero Delage orienta diferentemente su ruta mental, opinando que tales impresiones no devienen susceptibles de crear un sueño por ser indiferentes, sino por no haber sido agotadas. También las impresiones secundarias se hallan hasta cierto punto inagotadas, y son también por su naturaleza de nuevas impresiones, *autant de ressorts tendus*, que se distenderán durante el sueño. Una impresión intensa, intencionadamente rechazada o cuya elaboración haya quedado detenida casualmente, tendrá mucho más derecho a desempeñar un papel en el sueño que otra más débil y casi inadvertida. La energía psíquica almacenada durante el día a consecuencia de la represión, deviene por la noche el resorte del sueño. En éste se exterioriza lo psíquico reprimido[283].

Desgraciadamente, las deducciones de Delage se interrumpen al llegar a este punto, y así no puede asignar en el sueño a una actividad psíquica independiente sino el más insignificante papel. Con esto queda agregada su concepción del fenómeno onírico a la teoría dominante del reposo parcial del cerebro: *En somme, le rêve est le produit de la pensée errante, sans but et sans direction, se fix ant succesivement sur les souvenirs, qui ont gardé assez d'intensité pour se placer sur sa route et l'arrêter au passage, établissant entre eux un lien tantôt faible et indécis tantôt plus fort et plus serré selon que l'activité actuelle du cerveau est plus on moins abolie par le sommeil*.

3.° En un tercer grupo podemos reunir aquellas teorías que adscriben al alma soñadora la facultad de realizar determinadas funciones psíquicas que la vigilia no puede llevar a cabo o sólo muy incompletamente. Del empleo de estas facultades es deducida, por lo general, una función útil del sueño. A este grupo de teorías pertenecen en su mayoría las desarrolladas por los viejos autores psicológicos, teorías que creo innecesario exponer aquí detalladamente. Me limitaré, pues, a mencionar la observación de Burdach de que el sueño «es aquella actividad natural del alma que no se halla limitada por el poder de la individualidad y no es perturbada por una conciencia de sí misma ni dirigida por autodeterminación. sino que constituye la vitalidad contingente del punto central sensible» (página 436).

Burdach y otros autores se representan indudablemente este libre uso de las fuerzas propias como un estado en el que el alma se repone y acumula nuevas energías para la labor diurna; esto es, como una especie de vacaciones psíquicas. No es, por tanto, de extrañar que el primero cite y adopte en su obra las amables palabras con que el poeta Novalis ensalza la labor del sueño: «Los sueños nos protegen contra la monotonía y la vulgaridad de la existencia. En ellos descansa y se recrea nuestra encadenada fantasía, mezclando sin orden ni concierto todas las imágenes de la vida e interrumpiendo, con su alegre juego infantil, la continua seriedad del hombre adulto. Sin nuestros sueños, envejeceríamos antes. Habremos, pues, de ver en ellos, ya que no un don directo de los cielos, una encantadora facultad y una amable compañía en nuestra peregrinación hacia el sepulcro».

Purkinje (pág. 456) acentúa aún más intensamente la actividad tónica y curativa del sueño: «Los sueños productivos facilitarían especialmente estas funciones… Son ligeros juegos de la imaginación, exentos de todo enlace con los sucesos del día. El alma no quiere mantener las tensiones de la vida despierta, sino, por el contrario, suprimirlas y reponerse de ellas. Con este objeto crea estados contrarios a los de la vigilia. Cura la tristeza con la alegría, los cuidados con esperanzas e imágenes serenas y entretenidas, el odio con el amor y la cordialidad, el temor con el valor y la confianza; suprime las dudas, sustituyéndolas por el convencimiento y la fe, y nos presenta cumplido aquello que nos parecía esperar o desear en vano. El reposo cura muchas heridas que la vigilia mantenía constantemente abiertas,

cerrándolas o preservándolas de nuevas excitaciones. En este hecho reposa en parte el efecto curativo que el tiempo ejerce sobre nuestros dolores. Todos sentimos que el reposo constituye un beneficio para la vida anímica, y la conciencia popular no se deja arrebatar el oscuro presentimiento de que los sueños son uno de los caminos por los que el reposo prodiga su acción bienhechora».

La tentativa más original y de mayor alcance realizada para explicar el sueño como una especial actividad del alma, que sólo en el estado de reposo puede desarrollarse libremente, ha sido la emprendida por Schemer en 1861. El libro de este autor, escrito en un estilo turbio y ampuloso y pleno de un tan cálido entusiasmo por la materia, que si no logra arrastrar consigo al lector tiene necesariamente que disgustarle, ofrece tan grandes dificultades a un análisis que preferimos limitarnos a transcribir aquí las claras y sintéticas palabras en que Volkelt condensa la teoría en él desarrollada: «Del oscuro conglomerado místico, ampuloso y magnífico, irradia una apariencia de sentido llena de presentimientos, pero que no nos aclara los caminos mentales del autor». Los mismos partidarios de Schemer comparten este juicio de su obra.

Schemer no pertenece a aquellos autores que hacen continuar al alma en el sueño el ejercicio intacto de todas sus facultades. Expone, en efecto, cómo en el fenómeno onírico queda enervada la centralidad, la energía espontánea del *yo*; cómo a consecuencia de esta descentralización quedan transformados el conocer, el sentir, el querer y el representar, y cómo el residuo de estas fuerzas anímicas no posee un verdadero carácter espiritual, sino únicamente el de un mecanismo. Pero, en compensación, aquella actividad del alma a la que hemos de dar el nombre de *fantasía* se eleva en el sueño, libre de todo dominio de la razón, y con ello de toda norma, a un ilimitado imperio. Toma ciertamente sus materiales de la memoria de la vida despierta, pero construye con ellos algo en absoluto diferente a las formaciones de la vigilia, y se muestra en el sueño no solamente *reproductiva*, sino *productiva*. Sus peculiaridades prestan a la vida onírica sus especiales caracteres. Muestra una predilección por lo *desmesurado, exagerado* y *monstruoso*; pero al mismo tiempo adquiere, por su emancipación de las categorías mentales contrarias, una mayor agilidad y flexibilidad y se revela finalmente sensible a los más

sutiles estímulos psíquicos que determinan nuestro estado de ánimo y a los efectos agitadores, transformando instantáneamente la vida interior en imágenes plásticas exteriores. La fantasía onírica carece de *lenguaje abstracto*; tiene que representar plásticamente aquello que quiere expresar, y dado que de este modo no pueden los conceptos ejercer una acción debilitante, crea imágenes de intensa y plena plasticidad. Resulta así que su lenguaje, por claro quesea, deviene ampuloso, pesado y torpe. La impresión de que además adolece depende especialmente de la peculiar repugnancia de la fantasía onírica a expresar un objeto por la imagen correspondiente, y de su preferencia a escoger otra imagen distinta, en tanto en cuanto le es factible expresar por medio de la misma aquella parte, estado o situación que del objeto le interesa exclusivamente representar. Ésta es la *actividad simbólica* de la fantasía. Muy importante también es el hecho de que la fantasía onírica no copia los objetos en su absoluta totalidad, sino tan sólo su contorno, aun éste con la mayor libertad. Sus creaciones plásticas muestran de este modo algo de inspiración genial. Pero, además, la fantasía onírica no se limita a esta mera reproducción del objeto, sino que se ve interiormente obligada a enlazar con él, más o menos estrechamente, el *yo* onírico, y crear en esta forma una acción. Así, el sueño provocado por un estímulo visual nos hace ver, tiradas por la calle, relucientes monedas de oro que vamos recogiendo alegremente.

El material al que la fantasía onírica aplica su actividad artística es, sobre todo, según Schemer, el de los estímulos orgánicos, tan oscuros durante el día. Resulta, pues, que la teoría, en exceso fantástica, de Schemer, y la quizá demasiado tímida de Wundt y otros fisiólogos —totalmente opuestas, en general—, vienen a coincidir por completo en lo referente a las fuentes y los estímulos del sueño. Pero según la teoría fisiológica, la reacción anímica a los estímulos somáticos internos se limita a la evocación de representaciones a ellos adecuadas, las cuales llaman luego a otras en su auxilio por medio de la asociación, pareciendo quedar terminada con esta fase la serie de los procesos psíquicos del sueño; y, en cambio, según Schemer, los estímulos somáticos no proporcionan al alma sino un material que la misma puede poner al servicio de sus propósitos fantásticos; la formación de los sueños no empieza para Schemer sino precisamente en el punto en que se agota a los ojos de los demás.

No puede, de todas maneras, considerarse congruente lo que la fantasía onírica realiza con los estímulos somáticos. Se permite en ellos un juego burlón, representándose, por medio de un símbolo plástico cualquiera, la fuente orgánica de la que proceden en cada caso los estímulos. Schemer llega incluso a opinar, sin que en ello le sigan Volkelt y otros, que la fantasía onírica posee una determinada representación favorita para la totalidad de nuestro organismo: la casa. Mas, para dicha de sus representaciones, no parece permanecer constante y obligadamente ligada a esta única imagen. Por el contrario, puede emplear series enteras de casas para designar un solo órgano. Así, largas calles para el estímulo intestinal. Otras veces quedan representadas partes del cuerpo por detalles aislados de una casa. Así, en el sueño provocado por el dolor de cabeza, queda ésta representada por el techo de una habitación que el sujeto ve cubierto de repugnantes arañas semejantes a sapos.

Fuera del simbolismo de la casa, son empleados otros objetos para representar la parte del cuerpo de la que emana el estímulo onírico. «El pulmón y su función anatómica encuentra su símbolo en la estufa encendida y la corriente de aire que en ella se establece; el corazón, en cajones o cestos vacíos, y la vejiga, en objetos redondos en forma de bolsa o sencillamente cóncavos.

»El sueño provocado por un estímulo emanado de los genitales masculinos hace encontrar al sujeto en la calle la boquilla de un clarinete o de una pipa, o también una piel. Los dos primeros objetos evocan aproximadamente la forma del sexo masculino, y el último el vello del pubis. En las mujeres queda representada oníricamente la región pubiana por un angosto patio, y la vagina, por un estrecho sendero, blando y resbaladizo, que los atraviesa y por el que tiene que pasar la sujeto del sueño para llevar, por ejemplo, una carta dirigida a un hombre». (Volkelt, pág. 39.) Muy importante es la circunstancia de que al final de un tal sueño de estímulo somático se desenmascara, por decirlo así, la fantasía onírica, presentando en su forma real el órgano estimulador o su función. Así, el sueño provocado por un estímulo dental termina casi siempre con la caída o extracción de una muela o un diente que el sujeto mismo saca de su boca.

Pero la fantasía onírica no dirige exclusivamente su atención a la forma

del órgano estimulador, sino que puede tomar asimismo la sustancia en él contenida como objeto de la simbolización. Así, el sueño de estímulo intestinal hace andar al sujeto por calles cubiertas de excrementos, y el de estímulo vesical le conduce junto a una rápida corriente de agua. El sueño puede representar simbólicamente el estímulo como tal, la naturaleza de la excitación producida y el objeto al que tiende, o bien hace entrar al *yo* onírico en una relación concreta con las simbolizaciones del estado mismo por el que atraviesa. Así sucede cuando, en los sueños provocados por un dolor, luchamos desesperadamente con perros o toros que nos acometen, o cuando en el sueño femenino de estímulo sexual, se ve perseguida la durmiente por un hombre desnudo. Aparte de la enorme variedad de la representación, hallamos en todo sueño, como fuerza central, una actividad simbolizante de la fantasía. Volkelt intentó después penetrar en el carácter de esta fantasía y señalar a la actividad psíquica así reconocida un puesto concreto en un sistema filosófico. Pero su obra, muy bella y escrita con cálido entusiasmo, resulta difícil de comprender para aquéllos a quienes una previa preparación no ha habituado a desentrañar lo que en realidad oscuramente presentida existe en los abstractos esquemas filosóficos.

La actividad de la fantasía simbolizante no es enlazada por Schemer a una función útil del sueño. El alma juega soñando con los estímulos que se le ofrecen. Pudiera incluso llegarse a suponer que juega caprichosamente con ellos. Mas también pudiera preguntársenos si nuestro detenido examen de la teoría onírica de Schemer, tan arbitraria como opuesta a todas las normas de la investigación, puede resultar de algún provecho. A esto responderíamos que nos parece injusto rechazarla sin formación de causa, pues se halla basada en las impresiones que los sueños dejaron a un concienzudo y minucioso observador, dotado de una gran capacidad para desentrañar oscuros problemas anímicos. Trata, además, de un objeto que durante muchos siglos ha sido considerado por los hombres como un enigma de amplio contenido y múltiples ramificaciones, enigma a cuyo esclarecimiento no ha contribuido la ciencia sino intentando negarle —en completa contradicción con el sentimiento popular— todo contenido e importancia. Por último, queremos declarar honradamente que no parece fácil huir de lo fantástico en la explicación de los sueños, y ya conocemos casos en los que se llega a

fantasear incluso sobre las células ganglionares. El pasaje antes citado, de un investigador tan exacto y concienzudo como Binz, en el que se describe cómo la aurora del despertar va extendiéndose paulatinamente por los dormidos grupos de células de la corteza cerebral, no es menos fantástico ni menos inverosímil que las tentativas de explicación de Schemer. Con respecto a éstas, espero poder demostrar que entrañan algo real, aunque sólo haya sido muy imprecisamente visto y no posea el carácter de generalidad al que debe aspirar una teoría de los sueños. Por lo pronto, la teoría de Schemer nos señala, mostrándose en total contraposición a la teoría médica, los extremos entre los que oscila aún hoy en día el esclarecimiento de la vida onírica.

h) Relaciones entre el sueño y las enfermedades mentales.

Aquellos que hablan de las relaciones del sueño con las perturbaciones mentales pueden referirse a tres cosas: 1.ª A relaciones etiológicas y clínicas, cuando un sueño representa o inicia un estado psicótico o queda como residuo del mismo; 2.ª A las transformaciones que la vida onírica sufre en los casos de enfermedad mental; y 3.ª A relaciones internas entre el sueño y la psicosis; esto es, a analogías reveladoras de una afinidad esencial. Estas diversas relaciones entre ambas series de fenómenos han constituido en épocas anteriores de la Medicina —y vuelven a constituirlo actualmente— un tema favorito de los autores médicos, como puede verse en la literatura reunida por Spitta, Radestock, Maury y Tissié[284]. Recientemente se ha ocupado de ellas Sante de Sanctis. Mas para los fines de nuestra exposición nos bastará con rozar esta importante materia.

Con respecto a las relaciones clínicas y etiológicas entre el sueño y la psicosis, quiero comunicar aquí, a título de paradigmas, las siguientes observaciones: Hohnbaum (citado por Krauss) manifiesta haber comprobado que la primera manifestación de la demencia había sido consecutiva en muchos casos a un sueño angustioso y terrible, con el que se mostraba relacionada la idea predominante de la perturbación. Sante de Sanctis publica análogas observaciones con respecto a los paranoicos y declara en alguna de ellas al sueño como la *vraie cause déterminât de la folie*. La psicosis puede surgir de una vez con el sueño causal que entraña la idea delirante o puede desarrollarse poco a poco por una serie de sueños a los que aún opone el sujeto un estado de duda. En uno de los casos citados por de Sanctis

subsiguieron al sueño inicial leves ataques histéricos y más tarde un estado melancólico-angustioso. Feré (citado por Tissié) comunica un sueño que tuvo por consecuencia una parálisis histérica. En estas observaciones se nos presenta al sueño como etiología de la perturbación mental, aunque con igual razón podría deducirse de ellas que la perturbación mental se exteriorizó por vez primera en la vida onírica, manifestándose en el sueño. En otros ejemplos contiene la vida onírica los síntomas patológicos o permanece limitada a ella la psicosis. Así, Thomayer llama la atención sobre determinados sueños de angustia, que deben ser considerados como equivalentes de ataques epilépticos. Allison ha descrito casos de locura nocturna (*nocturnal insanity*), en los que individuos aparentemente sanos durante el día padecen durante la noche alucinaciones, ataques furiosos, etc. Análogas observaciones hallamos en Sante de Sanctis (equivalente onírico paranoico en un alcohólico, voces que acusan a la mujer de infidelidad) y en Tissié. Este último comunica una serie de casos en los que de un sueño se derivaron actos de carácter patológico (presunciones delirantes, impulsos obsesivos). Guislain describe un caso en el que el reposo era sustituido por una locura intermitente.

No cabe duda de que ha de llegar un día en que, junto a la psicología de los sueños, ocupará a los médicos una psicopatología de los mismos.

En los casos de curación de una enfermedad mental se revela con especial claridad el hecho singular de que siendo completamente normal la función diurna, puede perdurar aún la psicosis en la vida onírica. Según Krauss, fue Gregory quien primero hizo notar esta circunstancia. Macario (citado por Tissié) cuenta de un maníaco que revivió en sueños, una semana después de su curación la fuga de ideas y los apasionados impulsos de su enfermedad.

Sobre las transformaciones que la vida onírica experimenta en las psicosis duraderas no se han emprendido hasta el momento sino muy escasas investigaciones. En cambio, la íntima afinidad entre el sueño y la perturbación mental que se revela en la amplia coincidencia de los fenómenos respectivos ha sido estudiada desde muy temprano. Después de Maury, trató de ella Cabanis en sus *Rapports du physique et du moral*, y tras él, Lélut, J. Moreau y muy especialmente el filósofo Maine de Biran. Pero la idea de establecer una comparación entre ambos estados es, seguramente, más antigua. En el capítulo que dedica a este paralelo incluye Radestock una serie

de citas, en las que se señalan las analogías entre el sueño y la locura. Kant dice que «el loco es un sujeto que sueña despierto», y Krauss define la locura como «un sueño dentro de la vigilia de los sentidos». Schopenhauer escribe que el sueño es una demencia corta, y la demencia, un sueño largo. Hagen define el delirio como una vida onírica no producida por el reposo, sino por la enfermedad, y Wundt escribe en la *Fisiología psicológica*: «En realidad podemos vivir en sueños todos aquellos fenómenos que en los manicomios nos es dado observar».

Spitta enumera las coincidencias en las que se basa esta comparación en la forma siguiente, muy análoga a la de Maury: «1.ª Supresión o retraso de la autoconciencia y, por tanto, desconocimiento del estado como tal; así, pues, imposibilidad de experimentar asombro y falta de conciencia moral; 2.ª Percepción modificada de los órganos sensoriales: disminuida en el sueño y muy elevada, en general, en la locura; 3.ª Enlace de las representaciones entre sí, exclusivamente conforme a las leyes de la asociación y la reproducción; así, pues, formación automática de series y, por tanto, desproporción de las relaciones entre las representaciones (exageraciones, fantasmas), y como resultado de todo esto: 4.ª Modificación e incluso subversión de la personalidad y a veces de las peculiaridades del carácter (perversiones)».

Radestock agrega aún algunas analogías con relación al material: «Las alucinaciones e ilusiones son en su mayoría visuales o acústicas. En cambio, los sentidos del olfato y del gusto son, como en los sueños, los que menos elementos proporcionan. En el enfermo febril surgen con el delirio, como en el sujeto de un sueño, recuerdos de un pretérito muy lejano. El durmiente y el enfermo recuerdan cosas que el despierto y el sano parecían haber olvidado». La analogía entre el sueño y la psicosis adquiere su valor total cuando observamos que, como el parecido de familia, se extiende a los gestos y hasta a determinadas singularidades de la expresión fisonómica.

«El sueño concede al sujeto atormentado por sufrimientos físicos y morales aquello que la realidad le negaba —bienestar y dicha—, y del mismo modo surgen en los enfermos mentales las más rientes imágenes de felicidad, poderío, riqueza y suntuosidad. El contenido principal del delirio se halla constituido muchas veces por la imaginada posesión de bienes o realización de deseos, cuya pérdida, ausencia o negación en la realidad nos dan la razón

psíquica de la locura, La madre que ha perdido un hijo querido vuelve a vivir, en su delirio, todas las alegrías maternales; el que ha experimentado pérdidas económicas se cree extraordinariamente rico, y la joven engañada se ve amada con infinita ternura».

Este pasaje de Radestock es la síntesis de una sutil exposición de Griesinger (pág. 111), que descubre con toda claridad la *realización de deseos* como un carácter de la representación, común al sueño y a la psicosis. Mis propias investigaciones me han mostrado que en esta hipótesis puede hallarse la clave de una teoría psicológica del sueño y de la psicosis.

«El sueño y la locura se caracterizan principalmente por el barroquismo de las asociaciones y la debilidad del juicio». En ambos fenómenos hallamos una *exagerada estimación* de rendimientos anímicos propios, que nuestro juicio normal considera insensatos; a la *rápida sucesión* de las representaciones oníricas corresponde la *fuga de ideas* de la psicosis. En ambas falta toda *medida de tiempo*. La *disociación que la personalidad* experimenta en la vida onírica, y que, por ejemplo, distribuye el conocimiento del sujeto entre su *yo* onírico y otra persona ajena, a la cual rectifica en el sueño al primero, es por completo equivalente a la conocida división de la personalidad en la paranoia alucinatoria; el sujeto del sueño oye también sus propios pensamientos, expresados por voces ajenas. Incluso para las ideas delirantes fijas se encuentra una analogía en los sueños patológicos de retorno periódico (*rêve obsédant*). Los enfermos curados de un delirio suelen manifestar que todo el período de su dolencia se les aparece como un sueño, a veces nada desagradable, e incluso que aun durante la enfermedad misma sospecharon, en ocasiones, hallarse soñando, como con gran frecuencia sucede al durmiente.

Después de todo esto no es de extrañar que Radestock concrete su opinión y la de otros muchos autores manifestando que «la locura, anormal fenómeno patológico, debe ser considerada como una intensificación periódica del estado onírico normal» (pág. 228).

En la etiología, o mejor aún, en las fuentes de excitación, ha intentado fundar Krauss, quizá más íntimamente de lo que la analogía de los fenómenos perceptibles al exterior lo permite, la afinidad entre el sueño y la locura. El elemento fundamental común es, según él, la *sensación orgánicamente*

condicionada, esto es, la sensación de los estímulos somáticos o sensación orgánica general, constituida por aportaciones de todos los órganos (cf. Peisse, citado por Maury, pág. 52).

La coincidencia entre el sueño y la perturbación mental, indiscutible y que se extiende hasta detalles característicos, es uno de los más firmes sostenes de la teoría médica en la vida onírica, según la cual el sueño no es sino un proceso inútil y perturbador y la manifestación de una actividad anímica deprimida. Sin embargo, no habremos de esperar que las perturbaciones mentales nos procuren la explicación definitiva de los sueños, pues nuestro conocimiento de dichas perturbaciones es aún muy poco satisfactorio. En cambio, es muy verosímil que una nueva concepción de la vida onírica influya en nuestras opiniones sobre el mecanismo interno de las perturbaciones mentales, y de este modo podemos afirmar que al esforzarnos en esclarecer el enigma de los sueños laboramos también en el esclarecimiento de las psicosis.

APÉNDICE DE 1909.

Creo necesario justificar por qué no he continuado mi exposición de la literatura existente sobre los sueños con la publicada en el período transcurrido desde la primera edición de la presente obra hasta el momento actual. Ignoro si las razones que para justificar tal omisión puedo aducir parecerán suficientes al lector; pero lo cierto es que fueron las que determinaron mi conducta. Con la introducción que precede quedaban plenamente cumplidos los propósitos que me llevaron a iniciar mi estudio con una exposición de la literatura onírica, y la prosecución de este trabajo hubiera exigido una larga y penosa labor, no compensada por utilidad ninguna real. En efecto: durante los nueve años transcurridos a partir de la primera edición de mi libro no ha surgido ningún punto de vista que haya traído consigo algo nuevo o valioso para la concepción de los sueños. Mi trabajo no ha sido siquiera citado en la mayoría de las publicaciones posteriores, y, naturalmente, donde menos interés ha despertado ha sido entre los investigadores especializados en estas materias, los cuales han dado un

brillante ejemplo de la repugnancia propia de los hombres de ciencia a aprender algo nuevo. *Les savants ne sont pas curieux*, ha dicho Anatole France, el fino ironista. Así, pues, si en la Ciencia hay un derecho a la venganza, estaría justificado que a mi vez despreciara la literatura aparecida después de mi libro. Por otro lado, los pocos críticos que en los periódicos científicos se han ocupado de mi obra han revelado tanta incomprensión, que no les puedo contestar sino invitándolos a leerla de nuevo; o, mejor, simplemente a leerla.

En los trabajos de aquellos médicos que se han decidido a emplear la terapéutica psicoanalítica, y en otros autores, han sido publicados e interpretados conforme a mi procedimiento muchos sueños. Al revisar la presente edición he incorporado a los capítulos correspondientes aquello que en tales trabajos iba más allá de una simple confirmación de mis observaciones. Por último, un índice bibliográfico, que al final incluyo, contiene las publicaciones más interesantes aparecidas con posterioridad a la edición primitiva. La extensa obra de Sante de Sanctis sobre los sueños, traducida al alemán poco después de su aparición, vio la luz casi al mismo tiempo que mi *Interpretación de los sueños*; de manera que ni yo pude tener noticia anterior de ella ni tampoco el autor italiano de la mía. Desgraciadamente, el aplicado trabajo de Sante de Sanctis es tan pobre en ideas, que no deja siquiera sospechar la posibilidad de los problemas por mí tratados.

No puedo mencionar sino dos obras, en las que el problema de los sueños aparece tratado en forma análoga a la mía. Un filósofo contemporáneo, H. Swoboda, que ha emprendido la labor de extender a lo psíquico la periodicidad biológica en series de veintitrés a veintiocho días), descubierta por W. Fliess, ha intentado resolver con esta clave, entre otros enigmas, el de los sueños, en un escrito de amplia fantasía[285]. Pero asigna al fenómeno onírico una importancia menor de la que posee, explicando su contenido por la reunión de todos aquellos recuerdos que en la noche correspondiente completan por primera o enésima vez uno de los períodos biológicos. Una comunicación personal del autor me hizo suponer al principio que él mismo no trataba de defender seriamente esta teoría. Pero parece que me he equivocado al deducir tal conclusión. Mucho más satisfactorio para mí fue el

hallazgo casual, en un lugar totalmente inesperado, de una concepción de los sueños cuyo nódulo coincidía en absoluto con el de mi teoría. Descartada por medio de una simple comparación de fecha toda posibilidad de una influencia ejercida por la lectura de mi obra, debo reconocer aquí el único caso de coincidencia de un pensador independiente con la esencia de mi teoría de los sueños. El libro en el que se halla esta concepción de la vida onírica se publicó en segunda edición en 1900 y ostenta el título de *Fantasías de un realista*, y lleva la firma de Lynkeus[286].

APÉNDICE DE 1914.

La justificación que antecede fue descrita en 1909. Desde esta fecha han variado mucho las cosas. Mi aportación a la interpretación de los sueños no es omitida ya en los nuevos trabajos sobre esta materia. Pero la nueva situación me hace imposible continuar la información precedente. La *Interpretación de los sueños* ha hecho surgir toda una serie de nuevos problemas y afirmaciones, que han sido muy diversamente discutidos, y, como es lógico, no puedo analizar los trabajos de esta índole hasta haber desarrollado aquéllas de mis opiniones a que los autores se refieren. De lo que en esta literatura me ha parecido más valioso trato en los capítulos de la presente edición.

CAPÍTULO II

EL MÉTODO DE LA INTERPRETACIÓN ONÍRICA

EJEMPLO DEL ANÁLISIS DE UN SUEÑO

EL título dado a la presente obra revela ya a qué concepción de la vida onírica intenta incorporarse. Me he propuesto demostrar que los sueños son susceptibles de interpretación, y mi estudio tenderá, con exclusión de todo otro propósito, hacia este fin, aunque claro está que en el curso de mi labor podrán surgir accesoriamente interesantes aportaciones al esclarecimiento de los problemas oníricos señalados en el capítulo anterior. La hipótesis de que los sueños son interpretables me sitúa ya enfrente de la teoría onírica dominante e incluso de todas las desarrolladas hasta el día, excepción hecha de la de Scherner, pues «interpretar un sueño» quiere decir indicar su «sentido», o sea, sustituirlo por algo que pueda incluirse en la concatenación de nuestros actos psíquicos como un factor de importancia y valor equivalentes a los demás que la integran. Pero, como ya hemos visto, las teorías científicas no dejan lugar alguno al planteamiento de este problema de la interpretación de los sueños, no viendo en ellos un acto anímico, sino un proceso puramente somático, cuyo desarrollo se exterioriza en el aparato psíquico por medio de determinados signos. En cambio, la opinión profana se ha manifestado siempre en un sentido opuesto. Haciendo uso de su perfecto derecho a la inconsecuencia, no puede resolverse a negar a los sueños toda significación, aunque reconoce que son incomprensibles y

absurdos, y, guiada por un oscuro presentimiento, se inclina a aceptar que poseen un sentido, si bien oculto, a título de sustitutivos de un diferente proceso mental. De este modo todo quedaría reducido a desentrañar acertadamente la sustitución y penetrar así hasta el significado oculto.

En consecuencia, la opinión profana se ha preocupado siempre de «interpretar» los sueños, intentándolo por dos procedimientos esencialmente distintos. El primero toma el contenido de cada sueño en su totalidad y procura sustituirlo por otro contenido, comprensible y análogo en ciertos aspectos. Es ésta la interpretación *simbólica* de los sueños, que, naturalmente, fracasa en todos aquellos que a más de incomprensibles se muestran embrollados y confusos. La historia bíblica nos da un ejemplo de este procedimiento en la interpretación dada por José al sueño del Faraón. Las siete vacas gordas, sucedidas por otras siete flacas, que devoraban a las primeras, constituye una sustitución simbólica de la predicción de siete años de hambre, que habrían de consumir la abundancia que otros siete de prósperas cosechas produjeran en Egipto. La mayoría de los sueños artificiales creados por los poetas se hallan destinados a una tal interpretación, pues reproducen el pensamiento concebido por el autor bajo un disfraz, correspondiente a los caracteres que de los sueños nos son conocidos por experiencia personal[287]. Un resto de la antigua creencia en la significación profética de los sueños perdura aún en la opinión popular de que se refieren principalmente al porvenir, anticipando su contenido, y de este modo el sentido descubierto por medio de la interpretación simbólica es generalmente transferido a un futuro más o menos lejano.

Naturalmente, no es posible indicar norma alguna para llevar a cabo una tal interpretación simbólica. Esta depende tan sólo del ingenio y de la inmediata intuición del interpretador; razón por la cual pudo elevarse la interpretación por medio de símbolos a la categoría de arte, para el que se precisaba una especial aptitud[288]: En cambio, el segundo de los métodos populares, a que antes aludimos, se mantiene muy lejos de semejantes aspiraciones. Pudiéramos calificarlo de *método descifrador*, pues considera el sueño como una especie de escritura secreta, en la que cada signo puede ser sustituido, mediante una clave prefijada, por otro de significación conocida. Si, por ejemplo, hemos soñado con una «carta» y luego con un «entierro», y

consultamos una de las popularísimas «claves de los sueños», hallaremos que debemos sustituir «carta» por «disgusto» y «entierro» por «esponsales». A nuestro arbitrio queda después construir con las réplicas halladas un todo coherente, que habremos también de transferir al futuro. En el libro de Artemidoro de Dalcis[289], sobre la interpretación de los sueños, hallamos una curiosa variante de este «método descifrador» que corrige en cierto modo su carácter de mera traducción mecánica. Consiste tal variante en atender no sólo el contenido del sueño, sino a la personalidad y circunstancias del sujeto; de manera que el mismo elemento onírico tendrá para el rico, el casado o el orador diferente significación que para el pobre, el soltero, o por ejemplo, el comerciante. Lo esencial de este procedimiento es que la labor de interpretación no recae sobre la totalidad del sueño, sino separadamente sobre cada uno de los componentes de su contenido, como si el sueño fuese un conglomerado, en el que cada fragmento exigiera una especial determinación. Los sueños incoherentes y confusos son con seguridad los que han incitado a la creación del método descifrador[290].

De la imposibilidad de utilizar cualquiera de los dos métodos populares reseñados en un estudio científico de la interpretación de los sueños, no cabe dudar un solo instante. El método simbólico es de aplicación limitada y nada susceptible de una exposición general. En el «descifrador» dependería todo de que pudiésemos dar crédito a la «clave» o «libro de los sueños», cosa para la que carecemos de toda garantía. Así, pues, parece que deberemos inclinarnos a dar la razón a los filósofos y psiquiatras y a prescindir con ellos del problema de la interpretación onírica, considerándolo como puramente imaginario y ficticio[291].

Mas por mi parte he llegado a un mejor conocimiento. Me he visto obligado a reconocer que se trata nuevamente de uno de aquellos casos, nada raros, en los que una antiquísima creencia popular, hondamente arraigada, parece hallarse más próxima a la verdad objetiva que los juicios de la ciencia moderna. Debo, pues, afirmar que los sueños poseen realmente un significado, y que existe un procedimiento científico de interpretación onírica, a cuyo descubrimiento me ha conducido el proceso que sigue:

Desde hace muchos años me vengo ocupando, guiado por intenciones terapéuticas, de la solución de ciertos productos psicopatológicos, tales como

las fobias histéricas, las representaciones obsesivas, etc. A esta labor hubo de incitarme la importante comunicación de J. Breuer de que la solución de estos productos, sentidos como síntomas patológicos, equivale a su supresión[292]. En el momento en que conseguimos referir una de las tales representaciones patológicas a los elementos que provocaron su emergencia en la vida anímica del enfermo logramos hacerla desaparecer, quedando el sujeto libre de ella. Dada là impotencia de nuestros restantes esfuerzos terapéuticos, y ante el enigma de estos estados, me pareció atractivo continuar el camino iniciado por Breuer hasta llegar a un completo esclarecimiento, no obstante, las grandes dificultades que a ello se oponían. En otro lugar expondré detalladamente cómo la técnica del procedimiento fue perfeccionándose hasta su forma actual, y cuáles han sido los resultados de mi labor. La interpretación de los sueños surgió en el curso de estos trabajos psicoanalíticos. Mis pacientes, a los que comprometía a referirme todo lo que con respecto a un tema dado se les ocurriera, me relataban también sus sueños, y hube de comprobar que un sueño puede hallarse incluido en la concatenación psíquica, que puede perseguirse retrocediendo en la memoria del sujeto a partir de la idea patológica. De aquí a considerar los sueños como síntomas patológicos y aplicarles el método de interpretación para ellos establecido no había más que un paso.

La realización de esta labor exige cierta preparación psíquica del enfermo. Dos cosas perseguimos en él: una intensificación de su atención sobre sus percepciones psíquicas y una exclusión de la crítica, con la que acostumbra seleccionar las ideas que en él emergen. Para facilitarle concentrar toda su atención en la labor de autoobservación es conveniente hacerle cerrar los ojos y adoptar una postura descansada. El renunciamiento a la crítica de los productos mentales percibidos habremos de imponérselo expresamente. Le diremos, por tanto, que el éxito del psicoanálisis depende de que respete y comunique todo lo que atraviese su pensamiento y no se deje llevar a retener unas ocurrencias por creerlas insignificantes o faltas de conexión con el tema dado, y otras, por parecerle absurdas o desatinadas. Habrá de mantenerse en una perfecta imparcialidad con respecto a sus ocurrencias, pues la crítica que sobre las mismas se halla habituado a ejercer es precisamente lo que le ha impedido hasta el momento hallar la buscada

solución del sueño, de la idea obsesiva, etc.

En mis trabajos psicoanalíticos he observado que la disposición de ánimo del hombre que reflexiona es totalmente distinta de la del que observa sus procesos psíquicos. En la reflexión entra más intensamente en juego una acción psíquica que en la más atenta autoobservación; diferencia que se revela en la tensión expresa la fisonomía del hombre que reflexiona, contrastando con la serenidad mímica del autoobservador. En muchos casos tiene que existir una concentración de la atención; pero el sujeto sumido en la reflexión ejercita, además, una crítica, a consecuencia de la cual rechaza una parte de las ocurrencias emergentes después de percibirlas, interrumpe otras en el acto, negándose a a seguir los caminos que abren a su pensamiento, y reprime otras antes que hayan llegado a la percepción, no dejándolas devenir conscientes. En cambio, el auto-observador no tiene que realizar más esfuerzo que el de reprimir la crítica, y si lo consigue acudirá a su conciencia una infinidad de ocurrencias, que de otro modo hubieran permanecido inaprehensibles. Con ayuda de estos nuevos materiales, conseguidos por su autopercepción, se nos hace posible llevar a cabo la interpretación de las ideas patológicas y de los productos oníricos. Como vemos, se trata de provocar un estado que tiene de común con el de adormecimiento anterior al reposo —y seguramente también con el hipnótico— una cierta analogía en la distribución de la energía psíquica (de la atención móvil). En el estado de adormecimiento surgen las «representaciones involuntarias» por el relajamiento de una cierta acción voluntaria —y seguramente también crítica — que dejamos actuar sobre el curso de nuestras representaciones; relajamiento que solemos atribuir a la «fatiga». Estas representaciones involuntarias emergentes se transforman en imágenes visuales y acústicas. (Cf. las observaciones de Schleiermacher y otros autores, incluidas en el capítulo anterior.)[293]. En el estado que provocamos para llevar a cabo el análisis de los sueños, y de las ideas patológicas renuncia el sujeto, intencionada y voluntariamente, a aquella actividad crítica y emplea la energía psíquica ahorrada o parte de ella en la atenta persecución de los pensamientos emergentes, los cuales conservan ahora su carácter de representaciones. *De este modo se convierte a las representaciones «involuntarias» en «voluntarias»*.

Para muchas personas no parece ser fácil adoptar esta disposición a las ocurrencias, «libremente emergentes» en apariencia, y renunciar a la crítica que sobre ellas ejercen en todo otro caso. Los «pensamientos involuntarios» acostumbran desencadenar una violentísima resistencia, que trata de impedirles emerger. Si hemos de dar crédito a F. Schiller, nuestro gran filósofo poeta, es también una tal disposición condición de la producción poética. En una de sus cartas a Körner, cuidadosamente estudiadas por Otto Rank, escribe Schiller, contestando a las quejas de su amigo sobre su falta de productividad: «El motivo de tus quejas reside, a mi juicio, en la coerción que tu razón ejerce sobre tus facultades imaginativas. Expresaré mi pensamiento por medio de una comparación plástica. No parece ser provechoso para la obra creadora del alma el que la razón examine demasiado penetrantemente, y en el mismo momento en que llegan ante la puerta las ideas que van acudiendo. Aisladamente considerada, puede una idea ser harto insignificante o aventurada, pero es posible que otra posterior le haga adquirir importancia, o que uniéndose a otras, tan insulsas como ella, forme un conjunto nada despreciable. = La razón no podrá juzgar nada de esto si no retiene las ideas hasta poder contemplarlas unidas a las posteriormente surgidas. En los cerebros creadores sospecho que la razón ha retirado su vigilancia de las puertas de entrada; deja que las ideas se precipiten *pêle-mêle* al interior, y entonces es cuando advierte y examina el considerable montón que han formado. = Vosotros, los señores críticos, o como queráis llamaros, os avergonzáis o asustáis del desvarío propio de todo creador original, cuya mayor o menor duración distingue al artista pensador del soñador. De aquí la esterilidad de que os quejáis. Rechazáis demasiado pronto las ideas y las seleccionáis con excesiva severidad». (Carta del 1 de diciembre de 1788.)

Sin embargo, una adopción del estado de autoobservación exenta de crítica o, como describe Schiller, la «supresión de la vigilancia a las puertas de la conciencia», no es nada difícil. La mayoría de los pacientes la consiguen a la primera indicación, y yo mismo la logro perfectamente cuando en el análisis de fenómenos propios voy redactando por escrito mis ocurrencias. El montante de energía, en el que de este modo se disminuye la actividad psíquica, y con el que se puede elevar la intensidad de la autoobservación, oscila considerablemente según el tema sobre el que la

atención debe recaer.

Los primeros ensayos de aplicación de este procedimiento nos enseñan que el objeto sobre el que hemos de concentrar nuestra atención no es el sueño en su totalidad, sino separadamente cada uno de los elementos de su contenido. Si a un paciente aún inexperimentado le preguntamos qué es le ocurre con respecto a un sueño, no sabrá aprehender nada en su campo de visión espiritual. Tendremos, pues, que presentarle el sueño fragmentariamente, y entonces producirá, con relación a cada elemento, una serie de ocurrencias que podremos calificar de «segundas intenciones» de aquella parte del sueño. En esta primera condición, importantísima, se aparta ya, como vemos, nuestro procedimiento de interpretación onírica del método popular, histórica y fabulosamente famoso, de la interpretación por medio del simbolismo, y se acerca, en cambio, al otro de los métodos populares, o sea, al de la «clave». Como este último constituye una interpretación *en détail* y no *en masse*, y ve en los sueños, desde un principio, algo complejo, un conglomerado de productos psíquicos.

En el curso de mis psicoanálisis de individuos neuróticos he llegado a interpretar muchos millares de sueños: pero es éste un material que no quisiera utilizar aquí para la introducción a la técnica y a la teoría de la interpretación onírica. Aparte de la probable objeción de que se trataba de sueños de neurópatas, que no autorizaban deducción alguna sobre los del hombre normal, existe otra razón que me aconseja prescindir de dicho material. El tema sobre el que tales sueños recae es siempre, naturalmente, la enfermedad del sujeto, y de este modo habríamos de anteponer a cada análisis una extensa información preliminar y un esclarecimiento de la esencia y condiciones etiológicas de las psiconeurosis, cuestiones tan nuevas y singulares que desviarían nuestra atención de los problemas oníricos. Mi propósito es, por lo contrario, crear, con la solución de los sueños, una labor preliminar para la de los más intrincados problemas de la psicología de la neurosis. Mas si renuncio a los sueños de los neuróticos, que constituyen la parte principal del material por mi reunido, no podré ya aplicar a la parte restante un severo criterio de selección. Sólo me quedan aquellos sueños que me han sido ocasionalmente relatados por personas de mi amistad, y los que a título de paradigmas aparecen incluidos en la literatura de la vida onírica.

Pero ninguno de tales sueños ha sido sometido al análisis, sin lo cual no me es posible hallar su sentido.

Mi procedimiento no es tan cómodo como el del popular método «descifrador», que traduce todo contenido onírico dado conforme a una clave fija. Por lo contrario, sé que un mismo sueño puede presentar diferentes sentidos, según quien lo sueñe o el estado individual al que se relacione. De este modo se me imponen mis propios sueños como el material de que mejor puedo hacer uso en esta exposición, pues reúne las condiciones de ser suficientemente amplio, proceder de una persona aproximadamente normal y referirse a las más diversas circunstancias de la vida diurna. Seguramente se me objetará que tales «autoanálisis» carecen de una firme garantía y que en ellos queda abierto el campo a la arbitrariedad. A mi juicio, carece esta objeción de fundamento pues se desarrolla la auto-observación en circunstancias más favorables que las que presiden a la observación de una persona ajena; pero aunque así no fuese, siempre sería lícito tratar de averiguar hasta qué punto podemos avanzar en la interpretación de los sueños por medio del autoanálisis. Muy otras son las dificultades que se oponen a tal empresa. Habréis, en efecto, de dominar enérgicas resistencias interiores: la comprensible aversión a comunicar intimidades de mi vida anímica y el temor a que los extraños las interpreten equivocadamente. Pero es preciso sobreponerse a todo esto. *Tout psychologiste* —escribe Delboeuf— *est obligé de faire l'aveu même de ses faiblesses s'il croit par là jeter le jour sur quelque problème obscur*. Asimismo debo esperar que el lector habrá de sustituir la curiosidad inicial que le inspiren las indiscreciones que me veo obligado a cometer por un interés exclusivamente orientado hacia la comprensión de los problemas psicológicos, que de este modo quedarán esclarecidos.

Escogeré, pues, uno de mis sueños y explicaré en él, prácticamente, mi procedimiento de interpretación. Cada uno de estos sueños precisa de una información preliminar. Habré de rogar al lector haga suyos, durante algún tiempo, mis intereses y penetre atentamente conmigo en los más pequeños detalles de mi vida, pues el descubrimiento del oculto sentido de los sueños exige imperiosamente una tal transferencia.

Información preliminar.— A principios del verano de 1895 sometí al tratamiento psicoanalítico a una señora joven, a la que tanto yo como todos los míos profesábamos una cariñosa amistad. La mezcla de esta relación amistosa con la profesional constituye siempre para el médico —y mucho más para el psicoterapeuta— un inagotable venero de inquietudes. Su interés personal aumenta y, en cambio, disminuye su autoridad. Un fracaso puede enfriar la antigua amistad que le une a los familiares del enfermo. En este caso terminó la cura con un éxito parcial: la paciente quedó libre de su angustia histérica, pero no de todos sus síntomas somáticos. No me hallaba yo por aquel entonces completamente seguro del criterio que debía seguirse para dar un fin definitivo al tratamiento de una histeria, y propuse a la paciente una solución que le pareció inaceptable. Llegaba la época del veraneo, hubimos de interrumpir el tratamiento en tal desacuerdo. Así las cosas, recibí la visita de un joven colega y buen amigo mío que había visto a Irma —mi paciente— y a su familia en su residencia veraniega. Al preguntarle yo cómo había encontrado a la enferma, me respondió: «Está mejor, pero no del todo». Sé que estas palabras de mi amigo Otto, o quizá el tono en que fueron pronunciadas, me irritaron. Creí ver en ellas el reproche de haber prometido demasiado a la paciente, y atribuí —con razón o sin ella — la supuesta actitud de Otto en contra mía a la influencia de los familiares de la enferma, de los que sospechaba no ver con buenos ojos el tratamiento. De todos modos, la penosa sensación que las palabras de Otto despertaron en mí no se me hizo muy clara ni precisa, y me abstuve de exteriorizarla. Aquella misma tarde redacté por escrito el historial clínico de Irma con el propósito de enviarlo —como para justificarme— al doctor M., entonces la personalidad que solía dar el tono en nuestro círculo. En la noche inmediata, más bien a la mañana, tuve el siguiente sueño, que senté por escrito al despertar y que es el primero que sometí a una minuciosa interpretación.

C) Sueño del 23-24 de julio de 1895.— En un amplio *hall*. Muchos invitados, a los que recibimos. Entre ellos, Irma, a la que me acerco en seguida para contestar, sin pérdida de momento, a su carta y reprocharle no haber aceptado aún la «solución». Le digo: «Si todavía tienes dolores es

exclusivamente por tu culpa». Ella me responde: «¡Si supieras qué dolores siento ahora en la garganta, el vientre y el estómago!… ¡Siento una opresión!…» Asustado, la contemplo atentamente. Está pálida y abotagada. Pienso que quizá me haya pasado inadvertido algo orgánico. La conduzco junto a una ventana y me dispongo a reconocerle la garganta. Al principio se resiste un poco, como acostumbran hacerlo en estos casos las mujeres que llevan dentadura postiza. Pienso que no la necesita. Por fin, abre bien la boca, y veo a la derecha una gran mancha blanca, y en otras partes, singulares escaras grisáceas, cuya forma recuerda al de los cornetes de la nariz. Apresuradamente llamo al doctor M., que repite y confirma el reconocimiento… El doctor M. presenta un aspecto muy diferente al acostumbrado: está pálido, cojea y se ha afeitado la barba… Mi amigo Otto se halla ahora a su lado, y mi amigo Leopoldo percute a Irma por encima de la blusa y dice: «Tiene una zona de macidez abajo, a la izquierda, y una parte de la piel, infiltrada, en el hombro izquierdo» (cosa que yo siento como él, a pesar del vestido). M. dice: «No cabe duda, es una infección. Pero no hay cuidado; sobrevendrá una disentería y se eliminará el veneno…» Sabemos también inmediatamente de qué procede la infección. Nuestro amigo Otto ha puesto recientemente a Irma, una vez que se sintió mal, una inyección con un preparado a base de propil, propilena…, ácido propiónico…, trimetilamina (cuya formula veo impresa en gruesos caracteres). No se ponen inyecciones de este género tan ligeramente… Probablemente estaría además sucia la jeringuilla.

Este sueño presenta, con respecto a otros muchos, una ventaja; revela en seguida claramente a qué sucesos del último día se halla enlazado y cuál es el tema de que se trata.

Las noticias que Otto me dio sobre el estado de Irma y el historial clínico, en cuya redacción trabajé hasta muy entrada la noche, han seguido ocupando mi actividad anímica durante el reposo. Sin embargo, por la información preliminar que antecede y por el contenido del sueño, nadie podría sospechar lo que el mismo significa. Yo mismo no lo sé todavía. Me asombran los síntomas patológicos de que Irma se queja en el sueño, pues no son los mismos por los que hube de someterla a tratamiento. La desatinada idea de administrar a un enfermo una inyección de ácido propiónico, y las palabras

consoladoras del doctor M. me mueven a risa. El sueño se muestra hacia su fin más oscuro y comprimido que en su principio. Para averiguar su significado habré de someterlo a un penetrante y minucioso análisis.

ANÁLISIS.— *Un amplio «hall»; muchos invitados, a los que recibimos*. Durante este verano vivíamos en una villa, denominada «Bellevue», y situada sobre una de las colinas próximas a Kahlenberg. Esta villa había sido destinada anteriormente a casino, y tenía, por tanto, habitaciones de amplitud superior a la corriente. Mi sueño se desarrolló hallándome en «Bellevue», y pocos días antes del cumpleaños de mi mujer. En la tarde que le precedió había expresado mi mujer la esperanza de que para su cumpleaños vinieran a comer con nosotros algunos amigos, Irma entre ellos. Así, pues, mi sueño anticipa esta situación. Es el día del cumpleaños de mi mujer, y recibimos en el gran *hall* de «Bellevue» a nuestros numerosos invitados, entre los cuales se halla Irma.

Reprocho a Irma no haber aceptado aun la «solución». Le *digo: «Si todavía tienes dolores, es exclusivamente por tu culpa»*. Esto mismo hubiera podido decírselo o se lo he dicho realmente en la vida despierta. Por aquel entonces tenía yo la opinión (que luego hube de reconocer equivocada) de que mi labor terapéutica quedaba terminada con la revelación al enfermo del oculto sentido de sus síntomas. Que el paciente aceptara luego o no esta solución —de lo cual depende el éxito o el fracaso del tratamiento— era cosa por la que no podía exigírseme responsabilidad alguna. A este error, felizmente rectificado después, le estoy, sin embargo, agradecido, pues me simplificó la existencia en una época en la que, a pesar de mi inevitable ignorancia, debía obtener resultados curativos. Pero en la frase que a Irma dirijo en mi sueño advierto que ante todo no quiero ser responsable de los dolores que aún la aquejan. Si Irma tiene exclusivamente la culpa de padecerlos todavía, no puede hacérseme responsable de ellos. ¿Habremos de buscar en esta dirección el propósito del sueño?

Irma se queja de dolores en la garganta, el vientre y el estómago, y de una gran opresión. Los dolores de estómago pertenecían al complejo de síntomas de mi paciente, pero no fueron nunca muy intensos. Más bien se quejaba de sensaciones de malestar y repugnancia. La opresión o el dolor de

garganta y los dolores de vientre apenas si desempeñaban papel alguno en su enfermedad. Me asombra, pues, la elección de síntomas realizada en mi sueño y no me es posible hallar por el momento razón alguna determinante.

Está pálida y abotagada. Mi paciente presenta siempre, por el contrario, una rosada coloración. Sospecho que se ha superpuesto aquí a ella una tercera persona.

Pienso, con temor, que quizá me haya pasado inadvertida una afección orgánica. Como fácilmente puede comprenderse, es éste un temor constante del especialista que apenas ve enfermos distintos de los neuróticos y se halla habituado a atribuir a la histeria un gran número de fenómenos que otros médicos tratan como de origen orgánico. Por otro lado, se me insinúan —no sé por qué— ciertas dudas sobre la sinceridad de mi alarma. Si los dolores de Irma son de origen orgánico, no me hallo obligado a curarlos. Mi tratamiento no suprime sino los dolores histéricos. Parece realmente como si desease hubiera existido un error en el diagnóstico, pues entonces no se me podría reprochar fracaso alguno.

La conduzco junto a una ventana y me dispongo a reconocerle la garganta. Al principio se resiste un poco, como acostumbran hacerlo en estos casos las mujeres que llevan dentadura postiza. Pienso que no lo necesita. No he tenido nunca ocasión de reconocer la cavidad bucal de Irma. El suceso del sueño me recuerda el reciente reconocimiento de una institutriz, que me había hecho al principio una impresión de juvenil belleza, y que luego, al abrir la boca, intentó ocultar que llevaba dentadura postiza. A este caso se enlazan otros recuerdos de reconocimientos profesionales y de pequeños secretos, descubiertos durante ellos para confusión de médico y enfermo. Mi pensamiento de que Irma no necesita dentadura postiza es, en primer lugar, una galantería para con nuestra amiga, pero sospecho que encierra aún otro significado distinto. En un atento análisis nos damos siempre cuenta de si hemos agotado o no los pensamientos ocultos buscados. La actitud de Irma junto a la ventana me recuerda de repente otro suceso. Irma tiene una íntima amiga, a la que estimo altamente. Una tarde que fui a visitarla, la encontré al lado de la ventana en la actitud que mi sueño reproduce, y su médico, el mismo doctor M., me comunicó que al reconocerle la garganta había descubierto una placa de carácter diftérico. La

persona del doctor M. y la placa diftérica retoman en la continuación del sueño. Recuerdo ahora que en los últimos meses he tenido razones suficientes para sospechar que también esta señora padece de histeria. Irma misma me lo ha revelado. Pero ¿qué es lo que de sus síntomas conozco? Precisamente que sufre de opresión histérica de la garganta, como la Irma de mi sueño. Así, pues, he sustituido en éste a mi paciente por su amiga. Ahora recuerdo que he acariciado varias veces la esperanza de que también esta señora se confiase a mis cuidados profesionales; pero siempre he acabado por considerarlo improbable, pues es persona de carácter muy retraído. *Se resiste* a la intervención médica, como Irma en mi sueño. Otra explicación sería la de que *no lo necesita*, pues hasta ahora se ha mostrado suficientemente enérgica para dominar sin auxilio ajeno sus trastornos. Quedan ya tan sólo algunos rasgos que no me es posible adjudicar a Irma ni a su amiga: la palidez, el abotagamiento y la dentadura postiza. Esta última despertó en mí el recuerdo de la institutriz antes citada. A continuación se me muestra otra persona, a la que los rasgos restantes podrían aludir. No la cuento tampoco entre mis pacientes, ni deseo que jamás lo sea, pues se avergüenza ante mí, y no la creo una enferma dócil. Generalmente, se halla pálida, y en temporada que gozó de excelente salud engordó hasta parecer abotagada[294]. Por tanto, he comparado a Irma con otras dos personas que se resistirán igualmente al tratamiento. ¿Qué sentido puede tener el haberla sustituido por su amiga en mi sueño? Quizá el de que deseo realmente una tal sustitución, por serme esta señora más simpática o porque tengo una más alta idea de su inteligencia. Resulta, en efecto, que Irma me parece ahora ininteligente por no haber aceptado mi solución. La otra, más lista, cedería antes. *Por fin abre bien la boca*; la amiga de Irma me relataría sus pensamientos con más sinceridad y menor resistencia que aquélla[295].

En la garganta veo una mancha blanca y escaras de forma semejante a los cornetes de la nariz. La mancha blanca me recuerda la difteria y, por tanto, a la amiga de Irma, y, además, la grave enfermedad de mi hija mayor, hace ya cerca de dos años, y todos los sobresaltos de aquella triste época. Las escaras que cubren las conchas nasales aluden a una preocupación mía sobre mi propia salud. En esta época solía tomar con frecuencia cocaína para aliviar una molesta rinitis, y había oído decir pocos días antes que una paciente, que

usaba este mismo medio, se había provocado una extensa necrosis de la mucosa nasal. La prescripción de la cocaína para estos casos, dada por mí en 1885, me ha atraído severos reproches. Un querido amigo mío, muerto ya en 1885, apresuró su fin por el abuso de este medio.

Apresuradamente llamo al doctor M., que repite el reconocimiento. Esto correspondería sencillamente a la posición que M. ocupaba entre nosotros. Pero «mi apresuramiento» es lo bastante singular para exigir una especial explicación. Evoca en mí el recuerdo de un triste suceso profesional. Por la continuada prescripción de una sustancia que por entonces se creía aún totalmente innocua (sulfonal) provoqué una vez una grave intoxicación en una paciente, teniendo que acudir en busca de auxilio a la mayor experiencia de mi colega el doctor M., más antiguo que yo en el ejercicio profesional. Otras circunstancias accesorias prueban que es éste realmente el suceso a que en mi sueño me refiero. La enferma, que sucumbió a la intoxicación, llevaba el mismo nombre que mi hija mayor. Hasta el momento no se me había ocurrido pensar en ello, pero ahora se me aparece este suceso como una represalia del Destino y como si la sustitución de personas hubiera de proseguir aquí en un distinto sentido: esta Matilde por aquella Matilde; ojo por ojo y diente por diente. Parece como si fuera buscando todas aquellas ocasiones por las que me puedo reprochar una insuficiente conciencia profesional.

El doctor M. está pálido, se ha quitado la barba y cojea. Lo que de verdad entraña esta parte del sueño se reduce a que el doctor M. presenta a veces tan mal aspecto, que llega a inquietar a sus amigos. Los dos caracteres restantes deben de pertenecer a otras personas. Recuerdo ahora a mi hermano mayor, residente en el extranjero, que llevaba el rostro afeitado y al que, si no me equivoco, se parecía extraordinariamente el doctor M. de mi sueño. Hace algunos días nos llegó la noticia de que un ataque de artritismo a la cadera le hacía cojear un poco. Tiene que existir una razón que me haya hecho confundir en mi sueño a ambas personas en una sola. Recuerdo, en efecto, que me hallo irritado contra ambas por algún motivo: el de haber rechazado una proposición que recientemente les hice.

Mi amigo Otto se halla ahora al lado de la enferma, y mi amigo Leopoldo la percute y descubre una zona de macidez abajo, a la izquierda. Leopoldo es

también médico y, además, pariente de Otto. El Destino los ha convertido en competidores, pues ejercen igual especialidad y se los compara constantemente entre sí. Ambos han trabajado conmigo durante varios años, mientras fui director de un consultorio público para niños neuróticos, y con gran frecuencia se desarrollan durante esta época escenas como la que mi sueño reproduce. Mientras yo discutía con Otto sobre el diagnóstico de un casó, había Leopoldo reconocido de nuevo al niño y nos aportaba un inesperado dato decisivo. Entre Otto y Leopoldo existe una fundamental diferencia de carácter[296]. El primero sobresalía por su rapidez de concepción, mientras que el segundo era más lento, pero también más cuidadoso y concienzudo. Si en mi sueño coloco frente a frente a Otto y al prudente Leopoldo, ello es claramente para hacer resaltar al segundo. Trátase de una comparación análoga a la que anteriormente efectué entre Irma, paciente nada dócil, y su amiga, a la que tengo por más inteligente. Advierto también ahora una de las vías sobre la que se desplaza la asociación de pensamientos en el sueño, y que va desde la niña enferma al consultorio para niños enfermos. La zona de macidez, abajo, a la izquierda, me hace la impresión de corresponder en todos sus detalles a un caso en el que me admiró la concienzuda seguridad de Leopoldo. Por otra parte, surge en mí vagamente la idea de algo como una afección metastásica; pero pudiera también ser una relación con la paciente que desearía sustituyera a Irma, Esta señora simula, en efecto, y por lo que he podido observar, una tuberculosis.

Una parte de la piel, infiltrada en el hombro izquierdo. Caigo inmediatamente en que se trata de mis propios dolores reumáticos en el hombro, dolores que se hacen sentir siempre que permanezco en vela hasta altas horas de la noche. La letra del sueño confirma esta interpretación, mostrándose aquí un tanto equívoca;… *cosa que ya siento como él*; esto es, que siento en mi propio cuerpo. Además, extraño los términos, nada habituales: «Una parte de la piel infiltrada». A la frase «una infiltración posterosuperior izquierda» estamos acostumbrados. Esta frase se referiría al pulmón, y con ello nuevamente a la tuberculosis.

A pesar del vestido. Esto no es, desde luego, sino una interpolación accesoria. En el consultorio acostumbrábamos, como es natural, hacer desnudar a los niños para reconocerlos; detalle que se opone aquí a la forma

en que hemos de reconocer a nuestras pacientes adultas. De un excelente clínico solía referirse que nunca reconoció a sus enfermas sino por encima de los vestidos; a partir de aquí se oscurecen mis ideas, o dicho francamente, no me siento inclinado a profundizar más en esta cuestión.

El doctor M. dice: «No cabe duda; es una infección. Pero no hay cuidado; sobrevendrá una disentería y se eliminará el veneno». Todo esto me parece al principio absolutamente ridículo; mas, sin embargo, habré de someterlo, como los demás elementos del sueño, a un cuidadoso análisis. Lo que en la paciente he hallado es una difteritis local. De la época en que mi hija estuvo enferma, recuerdo la discusión sobre difteritis y difteria. Esta última sería la infección general, subsiguiente a la difteritis local. Así, pues, es una tal infección general lo que Leopoldo diagnostica al descubrir la zona de macidez, la cual hace pensar en un foco metastásico. Pero creo que precisamente en la difteria no se presentan jamás tales metástasis. Más bien me recuerdan una piemia.

No hay cuidado. Es ésta una frase de aliento y consuelo, que, a mi juicio, se justifica en la forma siguiente: el fragmento onírico últimamente examinado pretende que los dolores de la paciente proceden de una grave afección orgánica. Sospecho que con esto no quiero sino alejar de mí toda culpa. El tratamiento psíquico no puede ser hecho responsable de la no curación de una difteritis. De todos modos, me avergüenza echar sobre Irma el peso de una tan grave enfermedad no más que para quedarme libre de todo reproche, y necesitando algo que me garantice un desenlace favorable, me parece de perlas poner las palabras de aliento en la boca del doctor M. Pero en este punto me coloco por encima del sueño, cosa que necesita explicación.

Mas ¿por qué es este consuelo tan desatinado?

Disenteria. Una cualquiera representación teórica lejana de que los gérmenes patógenos pueden ser eliminados por el intestino. ¿Me propondré acaso burlarme así de la inclinación del doctor M. a explicaciones un tanto traídas por los cabellos y a singulares conexiones patológicas? La disentería evoca en mí otras ideas distintas. Hace pocos meses reconocí a un joven que padecía singulares trastornos intestinales y al que otros colegas habían tratado como un caso de «anemia con nutrición insuficiente». Comprobé que se trataba de un histérico, pero no quise ensayar en él mi psicoterapia, y le

recomendé que hiciese un viaje por mar. Hace pocos días recibí desde Egipto una desesperada carta de este enfermo, en la que me comunicaba haber padecido un nuevo ataque, que el médico había diagnosticado de disentería. Sospecho, ciertamente, que este diagnóstico es un error de un ignorante colega, que se ha dejado engañar por una de las simulaciones de la histeria; pero de todos modos, no puedo por menos de reprocharme el haber expuesto a mi paciente a contraer, sobre su afección intestinal histérica, una afección orgánica. «Disentería» suena análogamente a «difteria», palabra que no aparece en el sueño.

Habré realmente de aceptar que con el pronóstico optimista que en mi sueño pongo en boca del doctor M. no persigo sino burlarme de él, pues ahora recuerdo que hace años me relató él mismo, con grandes risas, una análoga historia. Había sido llamado a consultar con otro colega sobre un enfermo grave, y ante el optimismo del médico de cabecera hubo de señalarle la presencia de albúmina en la orina del paciente. «*No hay cuidado* —respondió el optimista—; la albúmina se eliminará por sí sola». No cabe, pues, duda alguna de que esta parte de mi sueño entraña una burla hacia aquellos de mis colegas ignorantes de la histeria. Como para confirmarlo así, surge ahora en mi pensamiento la siguiente interrogación: ¿Sabe acaso el doctor M. que los fenómenos que su paciente —la amiga de Irma— presenta, y que hacen temer una tuberculosis, son de origen histérico? ¿Ha descubierto la histeria o se ha dejado burlar por ella?

Mas ¿qué motivo puedo tener para tratar tan mal a un amigo? Muy sencillo. El doctor M. está tan poco conforme como Irma misma con la «solución» por mí propuesta. De este modo me he vengado ya en mi sueño de dos personas: de Irma, diciéndole que si aún tenía dolores era exclusivamente por su culpa, y del doctor M., con el desatinado pronóstico que pongo en sus labios.

Sabemos inmediatamente de qué procede la infección. Este inmediato conocimiento en el sueño es algo muy singular. Un instante antes no sabíamos nada, pues la infección no fue descubierta hasta el reconocimiento efectuado por Leopoldo.

Nuestro amigo Otto ha puesto recientemente a Irma, una vez que se sintió mal, una inyección. Otto me había referido realmente que durante su corta

estancia en casa de la familia de Irma le llamaron del hotel próximo para poner una inyección a un individuo que se había sentido repentinamente enfermo. Las inyecciones me recuerdan de nuevo a aquel infeliz amigo mío que se envenenó con cocaína. Yo le había aconsejado el uso interno de esta sustancia únicamente durante una cura de desmorfinización, pero el desdichado comenzó a ponerse inyecciones de cocaína.

Con un preparado a base de propil…, propilena…, ácido propiónico. ¿Cómo puede incluirse esto en mi sueño? Aquella misma tarde, después de la cual redacté por cierto el historial clínico de Irma y tuve el sueño que ahora me ocupa, abrió mi mujer una botella de licor, en cuya etiqueta se leía la palabra *ananás* (piña)[297], y que nos había sido regalada por Otto. Tiene éste la costumbre de aprovechar toda ocasión que para hacer un regalo pueda presentársele; costumbre de la que es de esperar le cure algún día una mujer[298]. Destapada la botella, emanaba del licor un tal olor amílico, que me negué a probarlo. Mi mujer propuso regalárselo a los criados; pero yo, más prudente, me opuse, observando humanitariamente que tampoco ellos debían envenenarse. El olor a amílico despertó en mí, sin duda, el recuerdo de la serie química: amil, propil, metil, etc., y este recuerdo proporcionó al sueño el preparado a base de propil. De todos modos, he realizado aquí una sustitución. He soñado con el propil después de haber olido el amil, pero tales sustituciones se hallan quizá permitidas precisamente en la química orgánica.

Trimetilamina. En mi sueño veo la fórmula química de esta sustancia, cosa que testimonia de un gran esfuerzo de mi memoria, y la veo impresa en gruesos caracteres, como si quisiera hacer resaltar su especial importancia dentro del contexto en que se halla incluida. ¿Adónde puede llevarme la trimetilamina sobre la cual es atraída mi atención en esta forma? A una conversación con otro amigo[299] mío, que desde hace muchos años sabe de todos mis trabajos en preparación como yo de los suyos. Por aquella época me había comunicado ciertas ideas sobre una química sexual, y, entre otras, la de que la trimetilamina le parecía constituir uno de estos productos del metabolismo sexual. Este cuerpo me conduce, pues, a la sexualidad; esto es, a aquel factor al que adscribo la máxima importancia en la génesis de las afecciones nerviosas, cuya curación me propongo. Irma, mi paciente, es una joven viuda. Si me veo en la necesidad de disculpar el mal éxito de la cura en

su caso, habré seguramente de alegar este hecho, al que sus amigos pondrían gustosos el remedio. Pero ¡observemos cuán singularmente construido puede hallarse un sueño! La otra señora, a la que yo quisiera tener como paciente en lugar de Irma, es también una joven viuda.

Sospecho por qué la fórmula de la trimetilamina ha adquirido tanta importancia en el sueño. En esta palabra se acumula un gran número de cosas harto significativas. No sólo es una alusión al poderoso factor «sexualidad», sino también a una persona cuya aprobación recuerdo con agrado siempre que me siento aislado en medio de una opinión hostil o indiferente a mis teorías. Y este buen amigo mío, que tan importante papel desempeña en mi vida, ¿no habrá de intervenir aún más en el conjunto de ideas de mi sueño? Desde luego; posee especialísimos conocimientos sobre las afecciones que se inician en la nariz o en las cavidades vecinas, y ha aportado a la Ciencia el descubrimiento de singularísimas relaciones de los cornetes nasales con los órganos sexuales femeninos. (Las tres escaras grisáceas que advierto en la garganta de Irma.) He hecho que reconociera a esta paciente para comprobar si los dolores de estómago que padecía podían ser de origen nasal. Pero se da el caso de que él mismo padece una afección nasal que me inspira algún cuidado. A esta afección alude, sin duda, la piemia, cuya duda surge en mí, asociada a la metástasis de mi sueño.

No se ponen inyecciones de este género tan ligeramente. Acuso aquí, directamente, de ligereza a mi amigo Otto. Realmente creo haber pensado algo análogo la tarde anterior a mi sueño, cuando me pareció ver expresado en sus palabras o en su mirada un reproche contra mi actuación profesional con Irma. Mis pensamientos fueron, aproximadamente, como sigue: «¡Qué fácilmente se deja influir por otras personas, y cuán ligero es en sus juicios!» Esta parte del sueño alude, además, a aquel difunto amigo mío, que tan ligeramente se decidió a inyectarse cocaína. Como ya he indicado antes, al prescribirle el uso interno de esta sustancia no pensé jamás que pudiera administrársela en inyecciones. Al reprochar a Otto su ligereza en el empleo de ciertas sustancias químicas observo que rozo de nuevo la historia de aquella infeliz Matilde, de la que se deduce un análogo reproche para mí. Claramente se ve que reúno aquí ejemplos de mi conciencia profesional, pero también de todo lo contrario.

Probablemente estaría, además, sucia la jeringuilla. Un nuevo reproche contra Otto, pero de distinta procedencia. Ayer encontré casualmente al hijo de una señora de ochenta y dos años, a la que administro diariamente dos inyecciones de morfina. En la actualidad se halla veraneando, y ha llegado hasta mí la noticia de que padece una flebitis. Inmediatamente pensé que debía tratarse de una infección provocada por falta de limpieza de la jeringuilla. Puedo vanagloriarme de no haber causado un solo accidente de este género en dos años que llevo tratándola a diario. Bien es verdad que la total asepsia de la jeringuilla constituye mi constante preocupación. En estas cosas soy siempre muy concienzudo. La flebitis me recuerda de nuevo a mi mujer, que padeció de esta enfermedad durante un embarazo. Después surge en mí el recuerdo de tres situaciones análogas, de las que fueron, respectivamente, protagonistas mi mujer, Irma y la difunta Matilde; situaciones cuya entidad es, sin duda alguna, lo que me ha permitido sustituir entre sí a estas tres personas en mi sueño.

Aquí termina la interpretación emprendida[300]. Durante ella me ha costado trabajo defenderme de todas las ocurrencias a las que tenía que incitarme la comparación del sentido del sueño con las ideas que tras él se ocultaban. El «sentido» del sueño ha surgido a mis ojos. He advertido una intención que el sueño realiza, y que ha tenido que constituir su motivo. El sueño cumple algunos deseos que los sucesos del día inmediatamente anterior (las noticias de Otto y la redacción, del historial clínico) hubieron de despertar en mí. El resultado del sueño es, en efecto, que no soy yo, sino Otto, el responsable de los dolores de Irma. Otto me ha irritado con sus observaciones sobre la incompleta curación de Irma, y el sueño me venga de él, volviendo en contra suya sus reproches. Al mismo tiempo me absuelve de toda responsabilidad por el estado de Irma, atribuyéndolo a otros factores, que expone como una serie de razonamientos, y presenta las cosas tal y como yo desearía que fuesen en la realidad. *Su contenido es, por tanto, una realización de deseos, y su motivo, un deseo*.

Todo esto resulta evidente; pero también se nos hace comprensible, desde el punto de vista de la realización de deseos, una gran parte de los detalles del sueño. En éste me vengo de Otto no sólo por su parcialidad en el caso de

Irma —atribuyéndole una ligereza en el ejercicio de su profesión (la inyección)—, sino también por la mala calidad de su licor, que apestaba a amílico, y hallo una expresión que reúne ambos reproches: una inyección con un preparado a base de propilena. Pero aún no me doy por satisfecho, y continúo mi venganza situándole frente a su competidor. De este modo me parece que le digo: «Leopoldo me inspira más estimación que tú». Tampoco es Otto el único a quien hago sentir el peso de mi cólera. Me vengo también de mi indócil paciente, sustituyéndola por otra más inteligente y manejable. De igual modo no dejo pasar sin protesta la contradicción del doctor M., sino que, por medio de una transparente alusión, le expreso un juicio de que en este caso se ha conducido como un ignorante («sobrevendrá una disentería», etc.), y apelo contra él ante alguien en cuya ciencia fío más (ante aquel amigo mío que me habló de la trimetilamina), en la misma forma que apelo de Irma ante su amiga, y de Otto, ante Leopoldo. Anuladas las tres personas que me son contrarias, y sustituidas por otras tres de mi elección, quedo libre de los reproches que no quiero haber merecido. La falta de fundamento de estos reproches queda también amplia y minuciosamente demostrada en mi sueño. No me cabe responsabilidad alguna de los dolores de Irma, pues si continúa padeciéndolos es exclusivamente por su culpa al no querer aceptar mi solución. Tales dolores son de origen orgánico, no pueden ser curados por medio de un tratamiento psíquico, y, por tanto, nada tengo que ver en ellos. En tercer lugar, se explican satisfactoriamente por la viudez de Irma (¡trimetilamina!), cosa contra la cual nada me es posible hacer. Además, han sido provocados por una imprudente inyección que Otto le administró con una sustancia inadecuada, falta en la que jamás he incurrido. Por último, proceden de una inyección practicada con una jeringuilla sucia, como la flebitis de mi anciana paciente; complicación que nunca he acarreado a mis enfermos. Advierto, ciertamente, que estas explicaciones de los padecimientos de Irma no concuerdan entre sí, sino que se excluyen unas a otras. Toda mi defensa —que no otra cosa constituye este sueño— recuerda vivamente la de aquel individuo al que un vecino acusaba de haberle devuelto inservible un caldero que le había prestado, y que rechazaba tal acusación con las siguientes razones: «En primer lugar, le he devuelto el caldero completamente intacto; además, el caldero estaba ya agujereado cuando me

lo prestó. Por último, jamás le he pedido prestado ningún caldero». Las razones son contradictorias, pero bastará con que se aprecie una de ellas para declarar al individuo libre de toda culpa.

En el sueño aparecen otros temas, cuya relación con mis descargos respecto a la enfermedad de Irma no se muestra tan transparente: la enfermedad de mi hija y la de una paciente de igual nombre; la toxicidad de la cocaína; la afección de mi paciente, residente en Egipto; mis preocupaciones sobre la salud de mi mujer, de mi hermano y del doctor M., mis propias dolencias, y el cuidado que me inspira la afección nasal de mi amigo ausente. Pero todo ello puede reunirse en un solo círculo de ideas, que podría rotularse: preocupaciones sobre la salud tanto ajena como propia, y conciencia profesional. Recuerdo haber experimentado una vaga sensación penosa cuando Otto me trajo la noticia del estado de Irma. Del círculo de ideas que intervienen en el sueño quisiera extraer ahora, *a posteriori*, la expresión que en él halla dicha fugitiva sensación. Es como si Otto me hubiera dicho: «No tomas suficientemente en serio tus deberes profesionales; no eres lo bastante concienzudo, y no cumples lo que prometes». Ante este reproche se puso a mi disposición el círculo de ideas indicado para permitirme demostrar hasta qué punto soy un fiel cumplidor de mis deberes médicos y cuánto me intereso por la salud de mis familiares, amigos y pacientes. En este acervo de ideas aparecen singularmente algunos recuerdos penosos, pero todos ellos tienden más a apoyar las inculpaciones que sobre Otto acumulo que a mi propia defensa. El conjunto de pensamientos es impersonal, pero la conexión de este amplio material, sobre el que el sueño reposa, con el tema más restringido del mismo, que ha dado origen a mi deseo de no ser responsable del estado de Irma, no puede pasar inadvertida.

De todos modos, no quiero afirmar haber descubierto por completo el sentido de este sueño ni que en su interpretación no existan lagunas. Podría aún dedicarle más tiempo, extraer de él nuevas aclaraciones y analizar nuevos enigmas, a cuyo planteamiento incita. Sé incluso cuáles son los puntos a partir de los cuales podríamos perseguir nuevas series de ideas, pero consideraciones especiales, que surgen de todo análisis de un sueño propio, me obligan a limitar la labor de interpretación. Aquellos que se precipiten a criticar una tal reserva pueden intentar ser más sinceros que yo. Por el

momento me satisfaré con señalar un nuevo conocimiento que nuestro análisis nos ha revelado. Siguiendo el método de interpretación onírica aquí indicado, hallamos que el sueño tiene realmente un sentido, y no es en modo alguno, como pretenden los investigadores, la expresión de una actividad cerebral fragmentaria. *Una vez llevada a cabo la interpretación completa de un sueño*, *se nos revela éste como una realización de deseos*[301].

CAPÍTULO III

EL SUEÑO ES UNA REALIZACIÓN DE DESEOS

CUANDO por una angosta garganta desembocamos de repente en una altura de la que parten diversos caminos y desde la que se nos ofrece un variado panorama en distintas direcciones, habremos de detenernos un momento y meditar hacia dónde debemos volver primero nuestros ojos. Análogamente nos sucede ahora, después de llevar a término la primera interpretación onírica. Nos hallamos envueltos en la luminosidad de un súbito descubrimiento: el sueño no es comparable a los sonidos irregulares producidos por un instrumento musical bajo el ciego impulso de una fuerza exterior y no bajo la mano del músico. No es desatinado, ni absurdo, ni presupone que una parte de nuestro acervo de representaciones duerme, en tanto que otra comienza a despertar. Es un acabado fenómeno psíquico, y precisamente una realización de deseos; debe ser incluido en el conjunto de actos comprensibles demuestra vida despierta y constituye el resultado de una actividad intelectual altamente complicada. Pero en el mismo instante en que comenzamos a regocijarnos de nuestro descubrimiento nos vemos agobiados por un cúmulo de interrogaciones. Si, como la interpretación onírica lo demuestra, nos presenta el sueño un deseo cumplido, ¿de dónde procede la forma singular y desorientadora en la que tal realización de deseos queda expresada? ¿Qué transformación han sufrido las ideas oníricas hasta constituir el sueño manifiesto, tal y como al despertar lo recordamos? ¿En qué forma y por qué caminos se ha llevado a cabo esta transformación? ¿De dónde procede el material cuya elaboración ha dado cuerpo al sueño? ¿Cuál

es el origen de alguna de las peculiaridades que hemos podido observar en las ideas oníricas; por ejemplo, la de que pueden contradecirse unas a otras? (Véase la historia del caldero, a finales del capítulo anterior.) ¿Puede el sueño revelarnos algo sobre nuestros procesos psíquicos internos, y puede su contenido rectificar opiniones que durante el día mantenemos? Creo conveniente prescindir por el momento de todas estas interrogaciones y seguir un único camino. Nuestro primer análisis nos ha revelado que el sueño nos presenta el cumplimiento de un deseo, y ante todo habremos de investigar si es éste un carácter general del fenómeno onírico o, por el contrario, única y casualmente del contenido del sueño con el que hemos iniciado nuestra labor analítica (el de la inyección de Irma); pues aun sosteniendo que todo sueño posee un sentido y un valor psíquico, no podemos negar *a priori* la posibilidad de que tal sentido no sea el mismo en todos los sueños. El primero que analizamos era una realización de deseos; otro podrá, quizá, presentarse como la realización de un temor; el contenido de un tercero pudiera ser una reflexión, y otros, por último, limitarse sencillamente a reproducir un recuerdo. Nuestra labor se dirigirá, pues, en primer lugar, a averiguar si existen o no sueños distintos de los realizados de deseos.

Fácilmente puede demostrarse que los sueños evidencian frecuentemente, sin disfraz alguno, el carácter de realización de deseos, hasta el punto de que nos asombra cómo el lenguaje onírico no ha encontrado comprensión hace ya mucho tiempo. Hay, por ejemplo, un sueño, que puedo provocar siempre en mí, a voluntad y como experimentalmente. Cuando en la cena tomo algún plato muy salado, siento por la noche intensa sed, que llega a hacerme despertar. Pero antes que esto suceda tengo siempre un sueño de idéntico contenido: el de que bebo agua a grandes tragos y con todo el placer del sediento. Sin embargo, despierto después y me veo en la necesidad de beber realmente. El estímulo de este sencillo sueño ha sido la sed, que al despertar continúo sintiendo; sensación de la que emana el deseo de beber. El sueño me presenta realizado este deseo, cumpliendo, al hacerlo así, una función que se me revela en seguida. Mi reposo es, generalmente, profundo y tranquilo, y ninguna necesidad física suele interrumpirlo. Si soñando que bebo logro engañar mi sed, me habré evitado tener que despertar para satisfacerla. Se trata, por tanto, de un «sueño de comodidad» (*Bequemlichkeitstraum*). El

sueño se sustituye a la acción, como sucede también en la vida despierta. Desgraciadamente, mi necesidad de agua para calmar mi sed no puede ser satisfecha por medio de un sueño, como mi sed de venganza contra mi amigo Otto y contra el doctor M., pero en ambos casos existe una idéntica buena voluntad por arte del fenómeno onírico.

Este mismo sueño se presentó modificado en una reciente ocasión. Antes de conciliar el reposo, sentí ya sed y agoté el vaso de agua que había encima de mi mesa de noche. Horas después se renovó mi sed y con ella la excitación consiguiente. Para procurarme agua, hubiera tenido que levantarme y coger el vaso que quedaba lleno en la mesa de noche de mi mujer. Adecuadamente a esta circunstancia, soñé que mi mujer me dada a beber en un cacharro de forma poco corriente, que reconocí era un vaso cinerario etrusco, traído por mí de un viaje a Italia y que recientemente había regalado. Pero el agua sabía tan salada —seguramente a causa de la ceniza contenida en el vaso— que desperté en el acto.

Obsérvese con qué minucioso cuidado lo dispone todo el sueño para la mayor comodidad del sujeto. Siendo su exclusivo propósito el de realizar un deseo, puede mostrarse absolutamente egoísta. El amor a la comodidad propia es inconciliable con el respeto a la de otras personas. La intervención del vaso cinerario constituye también una realización de deseos. Me disgusta no poseerlo ya, del mismo modo que me disgusta tener que levantarme para coger el vaso de encima de la mesilla de noche. Por su especial destinación —la de contener cenizas— se adapta, además, al resabor salado que ha provocado en mí la sed que habrá de acabar por despertarme[302].

Estos sueños de comodidad eran en mí muy frecuentes durante mis años juveniles. Acostumbrado desde siempre a trabajar hasta altas horas de la noche, me era luego muy penoso tener que despertarme temprano, y solía soñar que me había levantado ya y estaba lavándome. Al cabo de un rato, no podía menos de reconocer que aún me hallaba en el lecho; pero, entre tanto, había logrado continuar durmiendo unos minutos más. Un análogo sueño de pereza, especialmente chistoso, me ha sido comunicado por uno de mis colegas que, por lo visto, comparte mi afición al reposo matinal.

La dueña de la pensión en que vivía tenía el encargo severísimo de despertarle con tiempo para llegar al hospital a la hora marcada, encargo cuyo

cumplimiento no dejaba de entrañar graves dificultades. Una mañana dormía mi colega con especial delectación, cuando la patrona le gritó desde la puerta: «¡Levántese usted, don José, que es ya la hora de ir al hospital!» A continuación soñó que ocupaba una de las salas del hospital, un lecho sobre el cual colgaba un tarjetón con las palabras: «José H., cand., méd., veintidós años». Viendo esto, se dijo en sueños: «Si estoy ya en el hospital, no tengo por qué levantarme para ir». Y dándose la vuelta continuó durmiendo. Con su razonamiento se había confesado sin disfraz alguno el motivo de su sueño.

He aquí otro sueño cuyo estímulo actúa también durante el reposo: una de mis pacientes, que había tenido que someterse a una operación en la mandíbula, operación cuyo resultado fue desgraciadamente negativo, debía llevar de continuo, sobre la mejilla operada, un determinado aparato. Mas por las noches, en cuanto se dormía, lo arrojaba lejos de sí. Se me pidió que le amonestara por aquella desobediencia al consejo de los médicos, pero ante mis reproches se disculpó la enferma, alegando que la última vez lo había hecho sin darse cuenta y en el transcurso de un sueño. «Soñé que estaba en un palco de la Opera y que la representación me interesaba extraordinariamente. En cambio, Carlos Meyer se hallaba en el sanatorio y padecía horribles dolores de cabeza. Entonces me dije que, como a mí no me dolía nada, no necesitaba ya el aparato, y lo tiré». Este sueño de la pobre enferma parece la representación plástica de una frase muy corriente que acude a nuestros labios en las situaciones desagradables: «¡Vaya una diversión! ¡Como no encuentre nunca otra más agradable…!» El sueño, solícito a los deseos de la durmiente, le proporcionaba la mejor diversión anhelada. El Carlos Meyer al que traslada sus dolores es aquel de sus amigos que menos simpatías le inspira.

Con igual facilidad descubrimos la realización de deseos en algunos otros de los sueños de personas sanas por mí reunidos. Un amigo mío, que conoce mi teoría onírica y se la ha explicado a su mujer, me dijo un día: «Mi mujer ha soñado ayer que tenía el período. ¿Qué puede esto significar?» La respuesta es sencilla: si la joven casada ha soñado que tenía el periodo es, indudablemente, porque aquel mes le ha faltado o se le retrasa, y hemos de suponer que le sería grato verse libre, aún, durante algún tiempo, de los cuidados y preocupaciones de la maternidad. Resulta, pues, que al comunicar

su sueño a su marido le anuncia sin saberlo, de una manera delicada, su primer embarazo.

Otro amigo me escribió que su mujer había soñado que advertía en su camisa manchas de leche; también esto es un anuncio de embarazo, pero no ya del primero, pues el sueño realiza el deseo de la durmiente de poder criar a su segundo hijo con más facilidad que al primero.

Una casada joven a la que una enfermedad infecciosa de un hijo suyo había apartado durante algunas semanas de toda relación social, soñó, días después del feliz término de la enfermedad, que se hallaba en una reunión de la que formaban parte A. Daudet, Bourget, Prévost y otros escritores conocidos, mostrándose todos muy amables para con ella. Daudet y Bourget aparecen en el sueño tal y como la durmiente los conoce por retratos; en cambio, Prévost, del que nunca ha visto ninguno, toma la figura del empleado que había venido el día anterior a desinfectar el cuarto del enfermo y que había sido la primera persona extraña a la casa que desde el comienzo de la enfermedad de su hijo había visto la sociable señora. Este sueño puede quizá interpretarse, sin dejar laguna ninguna, por el pensamiento siguiente de la sujeto: «Ya es hora de que pueda dedicarme a algo más divertido que esta labor de enfermera».

Bastará quizá esta selección para demostrar cómo con gran frecuencia y en las más diversas circunstancias hallamos sueños que se nos muestran comprensibles a título de realizaciones de deseos y evidencian sin disfraz alguno su contenido. Son éstos, en su mayor parte, sueños sencillos y cortos, que se apartan, para descanso del investigador, de las embrolladas y exuberantes composiciones oníricas, que han atraído casi exclusivamente la atención de los autores. A pesar de su sencillez, merecen ser examinados con detención, pues nos proporcionan inestimables datos sobre la vida onírica. Los sueños de forma más sencilla habrán de ser, indudablemente, los de los niños, cuyos rendimientos psíquicos son, con seguridad, menos complicados que los de personas adultas. A mi juicio, la psicología infantil está llamada a prestarnos, con respecto a la psicología del adulto, idénticos servicios que la investigación de la anatomía o el desarrollo de los animales inferiores ha prestado para la de la estructura de especies zoológicas superiores. Pero hasta el presente no han surgido sino muy escasas tentativas de utilizar para tal fin

la psicología infantil.

Los sueños de los niños pequeños son con frecuencia simples realizaciones de deseos, y al contrario de los de personas adultas, muy poco interesantes. No presentan enigma ninguno que resolver, pero poseen un valor inestimable para la demostración de que por su última esencia significa el sueño una realización de deseos. Los sueños de mis propios hijos me han proporcionado material suficiente de este género.

A una excursión desde Aussee a Hallstatt,realizada durante el verano de 1896, debo dos ejemplos de estos sueños: uno, de mi hija, que tenía por entonces ocho años y medio, y otro de uno de mis hijos, niño de cinco años y tres meses. Como información preliminar expondré que en aquel verano vivíamos en una casa situada sobre una colina cercana a Aussee, desde la cual se dominaba un espléndido panorama. En los días claros se veía en último término la Dachstein, y con ayuda de un anteojo de larga vista se divisaba la Simonyhuette, cabaña emplazada en la cumbre de dicha montaña. Los niños habían mirado varias veces con el anteojo, pero no sé si habían logrado ver algo. Antes de emprender la excursión, de la que se prometían maravillas, les había dicho yo que Hallstatt se hallaba al pie de la Dachstein. Desde Hallstatt nos dirigimos al valle de Escher, cuyos variados panoramas entusiasmaron a los chicos. Sólo uno de ellos —el de cinco años— parecía disgustado. Cada vez que aparecía a su vista una nueva montaña me preguntaba si era la Dachstein, y a medida que recibía respuestas negativas se fue desanimando, y terminó por enmudecer y rehusar tomar parte en una pequeña ascensión que los demás hicieron para ver una cascada. Le creí fatigado; pero a la mañana siguiente vino a contarme, rebosando alegría, que aquella noche había subido en sueños a la Simonyhuette, y entonces comprendí que al oírme hablar de la Dachstein, antes de la excursión, había creído que subiríamos a esta montaña y visitaríamos la cabaña de que tanto hablaban los que miraban por el anteojo. Luego, cuando se dio cuenta de que nuestro itinerario era distinto, quedó defraudado y se puso de mal humor. El sueño le compensó de su descanso. Los detalles que de él pudo darme eran, sin embargo, muy pobres: «Para llegar a la cabaña hay que subir escaleras durante seis horas», circunstancia de la que, sin duda, había oído hablar en alguna ocasión.

También en la niña de ocho años y medio despertó esta excursión un deseo, que no habiéndose realizado, tuvo que ser satisfecho por el sueño. Habíamos llevado con nosotros a un niño de doce años, hijo de unos vecinos nuestros, que supo conquistarse en poco tiempo todas las simpatías de la niña. A la mañana siguiente vino ésta a contarme un sueño que había tenido: «Figúrate que he soñado que Emilio era uno de nosotros; os llamaba "papá" y "mamá", y dormía con nosotros en la alcoba grande. Entonces venía mamá y echaba un puñado de bombones, envueltos en papeles verdes y azules, debajo de las camas». Los hermanos de la pequeña, a los que, indudablemente, no ha sido transmitido por herencia el conocimiento de la interpretación onírica, declararon, como cualquier investigador, que aquel sueño era un disparate. Pero la niña defendió parte del mismo, y es muy interesante para la teoría de las neurosis saber cuál: «Que Emilio vivía con nosotros puede ser un disparate; pero lo de los bombones, no». Para mí era precisamente esto lo que me parecía oscuro, pero mi mujer me proporcionó la explicación. En el camino desde la estación a casa se habían detenido los niños ante una máquina de la que, echando una moneda, salían bombones envueltos en brillantes papeles de colores. Mi mujer, pensando con razón que aquel día había traído ya consigo suficientes realizaciones de deseos, dejó la satisfacción de este último para el sueño, y ordenó a los niños que continuaran adelante. Toda esta escena había pasado inadvertida para mí. La parte de su sueño que mi hija aceptaba como desatinada me era, en cambio, comprensible sin necesidad de explicación alguna. Durante la excursión había oído cómo nuestro pequeño invitado aconsejaba, lleno de formalidad, a los niños que esperasen hasta que llegasen el papá o la mamá. Esta sumisión interina quedó convertida por el sueño en una adopción duradera. La ternura de mi hija no conocía aún otras formas de la vida común que aquellas fraternales que su sueño le mostraba: por qué los bombones eran arrojados por la mamá precisamente debajo de las camas constituía un detalle imposible de esclarecer sin interrogar a la niña analíticamente.

Un amigo mío me ha comunicado un sueño totalmente análogo al de mi hijo, soñado por una niña de ocho años. Su padre la había llevado de paseo con otros niños, y cuando se hallaban ya cerca del lugar que se habían propuesto como fin, lo avanzado de la hora los obligó a emprender el regreso,

consolándose los infantiles excursionistas con la promesa de volver otro día con más tiempo. Luego, en el camino, atrajo su atención un nombre, inscrito en un poste indicador, y expresaron su deseo de ir al lugar a que correspondía; pero por la misma razón de tiempo tuvieron que contentarse con una nueva promesa. A la mañana siguiente, lo primero que la niña dijo a su padre fue que había soñado que iba con él, tanto al lugar que no habían alcanzado la víspera como a aquel otro al que después había prometido llevarlos. Su impaciencia había anticipado, por tanto, la realización de las promesas de su padre[303].

Igualmente sincero es otro sueño que la belleza del paisaje de Aussee provocó en otra hija mía de tres años y tres meses. Había hecho por primera vez una travesía en bote sobre el lago, y el tiempo había pasado tan rápidamente para ella, que al volver a tierra se echó a llorar con amargura, resistiéndose a abandonar el bote. A la mañana siguiente me contó: «Esta noche he estado paseando por el lago». Esperemos que la duración de este paseo nocturno la satisficiera más.

Mi hijo mayor, que por esta época tenía ocho años, soñó ya una vez con la realización de una fantasía. En su sueño acompañó a Aquiles en el carro de guerra que Diomedes guiaba. La tarde anterior le había apasionado la lectura de un libro de leyendas mitológicas, regalado a su hermana mayor.

Admitiendo que las palabras que los niños suelen pronunciar dormidos pertenecen también al círculo de los sueños, comunicaré aquí uno de los primeros sueños de la colección por mí reunida. Teniendo mi hija menor diecinueve meses, hubo que someterla a dieta durante todo un día, pues había vomitado repetidamente por la mañana. A la noche se le oyó exclamar enérgicamente en sueños: «Ana F(r)eud, f(r)ésas, f(r)ambuesas, bollos, papilla». La pequeña utilizaba su nombre para expresar posesión, y el *menú* que a continuación detalla contiene todo lo que podía parecerle una comida deseable. El que la fruta aparezca en él repetida constituye una rebelión contra nuestra policía sanitaria casera, y tenía su motivo en la circunstancia, advertida seguramente por la niña, de que la niñera había achacado su indisposición a un excesivo consumo de fresas. Contra esta observación y sus naturales consecuencias toma ya en sueños su desquite[304].

Si consideramos dichosa a la infancia por no conocer aún al deseo sexual,

tenemos, en cambio, que reconocer cuán rica fuente de desencanto y renunciamiento, y con ello de génesis de sueños, constituye para ella el otro de los dos grandes instintos vitales[305].

Expondré aquí un segundo ejemplo de este género. Un sobrino mío, de veintidós meses, recibió el encargo de felicitarme el día de mi cumpleaños y entregarme como regalo un cestillo de cerezas, fruta rara aún en esta época. Su cometido le debió de parecer harto penoso de cumplir, pues, señalado el cestillo, se limitaba a repetir: «Dent(r)o hay cerezas», sin que por nada del mundo se decidiese a entregármelo. Obligado a ello, supo después hallar una compensación. Hasta aquel día solía contar todas las mañanas que había soñado con el «soldado blanco», un oficial de la Guardia imperial que le inspiró una gran admiración un día que le vio por la calle; pero al día siguiente a mi cumpleaños se despertó diciendo alegremente: «Ge(r)mán, comido todas las cerezas», afirmación que no podía hallarse fundada sino en un sueño[306].

Ignoro con qué soñarán los animales. Un proverbio parece, sin embargo, saberlo, pues pregunta: «¿Con qué sueña el ganso?», y responde: «Con el maíz[307]». Toda la teoría que atribuye al sueño el carácter de realización de deseos se halla contenida en estas dos frases[308].

Observamos ahora que hubiéramos llegado a nuestra teoría del sentido oculto de los sueños por el camino más corto con sólo consultar el uso vulgar del lenguaje. La sabiduría popular habla a veces con bastante desprecio de los sueños, parece querer dar la razón a la Ciencia cuando juzga en un proverbio que «los sueños son vana espuma»; mas para el lenguaje corriente es predominantemente el sueño el benéfico realizador de deseos. «Esto no me lo hubiera figurado ni en sueños», exclama encantado aquel que encuentra superada por la realidad sus esperanzas.

CAPÍTULO IV

LA DEFORMACIÓN ONÍRICA

SÉ desde luego que ante mi afirmación de que todo sueño es una realización de deseos y que no existen por tanto, sino sueños optativos, habrán de alzarse rotundas negativas. Se me objetará que la existencia de sueños interpretables como realizaciones de deseos no es cosa nueva y ha sido observada ya por un gran número de autores (cf. Radestock, págs. 137 y 138; Volkelt, págs. 110 y 111; Purkinje, pág. 456; Tissié, pág. 70; M. Simón, pág. 42 —sobre los sueños de hambre del barón de Trenck durante su encarcelamiento—; Griesinger, pág. 111)[309], pero que el negar en absoluto la posibilidad de otro género de sueños no es sino una injustificada generalización, fácilmente controvertible por fortuna. Existen, en efecto, muchos sueños de contenido penoso que no muestran el menor indicio de una realización de deseos. E. V. Hartman, el filósofo pesimista, es quien más se aleja de esta percepción de la vida onírica. En su *Filosofía de lo inconsciente* escribe (segunda parte, pág. 344):

«Con los sueños pasan al estado de reposo todos los cuidados de la vida despierta, y no, en cambio, aquello que puede reconciliar al hombre culto con la existencia: el goce científico y artístico…» Pero también observadores menos pesimistas han hecho resaltar la circunstancia de que en los sueños son más frecuentes el dolor y el displacer que el placer (cf. Scholz, pág. 33; Volkelt, página 80, y otros). Las «señoras Sarah Weed y Florence Hallam han formado una estadística de sus sueños, y deducido de ella una expresión numérica para el predominio del displacer en la vida onírica —un 58 por 100

de sueños penosos y un 28,6 por 100 de sueños agradables—. Por otra parte, además de estos sueños, que continúan durante el reposo los diversos sentimientos penosos de la vida despierta, existen sueños de angustia, en los que esta sensación, la más terrible de todas las displacientes, se apodera de nosotros hasta que su misma intensidad nos hace despertar, y se da el caso de que los niños, en cuyos sueños se nos ha mostrado la realización de deseos sin disfraz alguno, se hallan sujetos con gran frecuencia a tales pesadillas angustiosas» (cf. las observaciones de Debacker sobre el *pavor nocturnas*.)

Los sueños de angustia parecen realmente excluir la posibilidad de una generalización del principio que los análisis incluidos en el capítulo anterior nos llevaron a deducir, o sea, el de que los sueños son una realización de deseos, y hasta demostrar su total absurdo. Sin embargo, no es muy difícil sustraerse a estas objeciones, aparentemente incontrovertibles. Obsérvese tan sólo que nuestra teoría no reposa sobre los caracteres del contenido manifiesto, sino que se basa en el contenido ideológico que la labor de interpretación nos descubre detrás del sueño. Confrontemos, en efecto, el *contenido manifiesto con el latente*. Es cierto que existen sueños en los que el primero es penosísimo. Pero ¿se ha intentado nunca interpretar estos sueños y descubrir el contenido ideológico latente de los mismos? Desde luego, no; y por tanto, no pueden alcanzarnos ya las objeciones citadas, y cabe siempre la posibilidad de que también los sueños penosos y los de angustia se revelen después de la interpretación como realizaciones de deseos[310].

En la investigación científica resulta a veces ventajoso, cuando un problema presenta difícil solución, acumular a él otro nuevo; del mismo modo que nos es más fácil cascar dos nueces apretándolas una contra otra que separadamente. Así, a la interrogación planteada de cómo los sueños penosos y los de angustia pueden constituir realizaciones de deseos, podemos agregar, deduciéndola de las características de la vida onírica hasta ahora examinadas, la de por qué los sueños de contenido indiferente, que resultan ser realizaciones de deseos, no muestran abiertamente este significado. Tomemos el sueño examinado antes con todo detalle de la inyección de Irma; no es de carácter penoso, y la interpretación nos lo ha revelado como una amplia realización de deseos. Mas ¿por qué precisa de interpretación? ¿Por qué no expresa directamente su sentido? A primera vista no nos hace tampoco la

impresión de presentar realizado un deseo del durmiente, y sólo después del análisis es cuando nos convencemos de ello. Dando a este comportamiento del sueño, cuyos motivos ignoramos aún, el nombre de «deformación onírica» (*Traumentstellung*), surge en nosotros la segunda interrogación: ¿de dónde proviene esta deformación de los sueños?

Si para contestar a esta pregunta echamos mano a las primeras ocurrencias que por su estímulo surgen en nuestro pensamiento, podremos proponer varias soluciones verosímiles; por ejemplo, la de que durante el reposo no existe el poder de crear una expresión correspondiente a las ideas del sueño. Pero el análisis de determinados sueños nos obliga a aceptar una distinta explicación de la deformación onírica. Para demostrarlo expondré la interpretación de otro sueño propio; interpretación que, si bien me fuerza a cometer de nuevo multitud de indiscreciones, compensa este sacrificio personal con un acabado esclarecimiento del problema planteado.

Información preliminar. —En la primavera de 1897 supe que dos profesores de nuestra Universidad me habían propuesto para el cargo de profesor extraordinario; hecho que, a más de sorprenderme por inesperado, me causó una viva alegría, pues suponía una prueba de estimación, independiente de toda relación personal, por parte de dos hombres de altos merecimientos científicos. Pero en el acto me dije que no debía fundar esperanza alguna en la propuesta de que había sido objeto, pues durante los últimos años había hecho el Ministerio caso omiso de todas las que le habían sido dirigidas, y muchos de mis colegas, de más edad, y por lo menos de iguales merecimientos que yo, esperaban en vano su promoción. Careciendo de motivos para esperar mejor suerte, decidí resignarme a que mi nombramiento quedase sin efecto. «Después de todo —me dije—, no soy ambicioso, y ejerzo con éxito mi actividad profesional sin necesidad de título honorífico ninguno, aunque también es verdad que en este caso no se trata de que las uvas estén verdes o maduras, pues lo indudable es que se hallan fuera de mi alcance».

Así las cosas, recibí una tarde la visita de un colega, con el que me unían vínculos de amistad, y que se contaba precisamente entre aquéllos cuya suerte me había servido de advertencia. Candidato desde hacía mucho tiempo al nombramiento de profesor, que hace del médico en nuestra sociedad

moderna una especie de semidiós ante los ojos de los enfermos, y menos resignado que yo, solía visitar de cuando en cuando las oficinas del ministerio para activar la resolución de su empeño. De una de tales visitas venía la tarde a que me refiero, y me relató que esta vez había puesto en un aprieto al alto empleado que le recibió, preguntándole sin ambages si el retraso de su nombramiento dependía realmente de consideraciones confesionales. La respuesta fue que, en efecto, dadas las corrientes de opinión dominantes, no se hallaba S. E., por el momento, en situación, etc., etc. «Por lo menos sé ya a qué atenerme», dijo mi amigo al final de su relato, con el cual no me había revelado nada nuevo, aunque si me había afirmado en mi resignación, pues las consideraciones confesionales alegadas eran también aplicables a mi caso[311].

A la madrugada siguiente a esta visita tuve un sueño de contenido y formas singulares. Se componía de dos ideas y dos imágenes, en sucesión alternada; mas para el fin que aquí perseguimos nos bastará con comunicar su primera mitad, o sea, una idea y una imagen.

I.Mi amigo R. es mi tío. Siento un gran cariño por él.

II.Veo ante mí su rostro, pero algo cambiado y como alargado, resaltando con especial precisión la rubia barba que lo encuadra. A continuación sigue la segunda mitad del sueño, compuesta de otra idea y otra imagen, de las que prescindo, como antes indiqué.

La interpretación de este sueño se desarrolló en la forma siguiente:

Al recordarlo por la mañana me eché a reír, exclamando: «¡Qué disparate!» Pero no pude apartar de él mi pensamiento en todo el día, y acabé por dirigirme los siguientes reproches: «Si cualquiera de tus enfermos tratase de rehuir la interpretación de uno de sus sueños, tachándolo de disparatado, pensarías que detrás de dicho sueño se escondía alguna historia desagradable, cuya percatación intentaba evitarse. Por tanto, debes proceder contigo mismo como con un tal enfermo procederías. Tu opinión de que este sueño es un desatino no significa sino una resistencia interior contra la interpretación y no debes dejarte vencer por ella. Estos pensamientos me movieron a emprender el análisis.

»R. es mi tío». ¿Qué puede esto significar? No he tenido más que un tío, mi tío José[312], protagonista por cierto de una triste historia. Llevado por el

ansia de dinero, se dejó inducir a cometer un acto que las leyes castigan severamente y cayó bajo el peso de las mismas. Mi padre, que por entonces (de esto hace ya más de treinta años) encaneció del disgusto, solía decir que tío José no había sido nunca un hombre perverso, y sí únicamente un imbécil. De este modo, al pensar en mi sueño que mi amigo R. es mi tío José, no quiero decir otra cosa sino que R. es un imbécil. Esto, aparte de serme muy desagradable, me parece al principio inverosímil. Mas para confirmarlo acude el alargado rostro, encuadrado por una cuidada barba rubia, que a continuación veo en mi sueño. Mi tío tenía realmente cara alargada, y llevaba una hermosa barba rubia. En cambio, mi amigo R. ha sido muy moreno; pero, como todos los hombres morenos, paga ahora, que comienza a encanecer, el atractivo aspecto de sus años juveniles, pues su barba va experimentando, pelo a pelo, transformaciones de color nada estéticas, pasando primero al rojo sucio y luego al gris amarillento antes de blanquear definitivamente. En uno de estos cambios se halla ahora la barba de mi amigo R., y, según advierto con desagrado, también la mía. El rostro que en sueños he visto es al mismo tiempo el de R. y el de mi tío José, como si fuese una de aquellas fotografías en que Galton obtenía los rasgos característicos de una familia, superponiendo en una misma placa los rostros de varios de sus individuos. Así, pues, habré de aceptar que en mi sueño quiero, efectivamente, decir que mi amigo R. es un imbécil, como mi tío José.

Lo que no sospecho aún es para qué habré podido establecer una tal comparación, contra la que todo en mí se rebela, aunque he de reconocer que no pasa de ser harto superficial, pues mi tío José era un delincuente, y R. es un hombre de conducta intachable. Sin embargo, también él ha sufrido los rigores de la Ley por haber atropellado a un muchacho, yendo en bicicleta. ¿Me referiré acaso en mi sueño a este delito? Sería llevar la comparación hasta lo ridículo. Pero recuerdo ahora una conversación mantenida hace unos días con N., otro de mis colegas, y que versó sobre el mismo tema de la detallada en la información preliminar. N., al que encontré en la calle, se halla también propuesto para el cargo de profesor, y me felicitó por haber sido objeto de igual honor; felicitación que yo rechacé, diciendo: «No sé por qué me da usted la enhorabuena conociendo mejor que nadie, por experiencia propia, el valor de tales propuestas». A estas palabras mías, bromeando,

repuso N. : «¿Quién sabe? Yo tengo quizá algo especial en contra mía. ¿Ignora usted acaso que fui una vez objeto de una denuncia? Naturalmente, se trataba de una vulgar tentativa de chantaje, y todavía me costó Dios y ayuda librar a la denunciante del castigo merecido. Pero ¿quién me dice que en el Ministerio no toman este suceso como pretexto para negarme el título de profesor? En cambio, a usted no tienen “pero” que ponerle».

Con el recuerdo de esta conversación se me revela el delincuente de que precisaba para completar la comprensión del paralelo establecido en mi sueño, y al mismo tiempo todo el sentido y la tendencia de este último. Mi tío José —imbécil y delincuente— representa en mi sueño a mis dos colegas, que no han alcanzado aún el nombramiento de profesor, y por el hecho mismo de representarlos tacha al uno de imbécil, y de delincuente al otro. Asimismo, veo ahora con toda claridad para qué me es necesario todo esto. Si efectivamente es a razones «confesionales» a lo que obedece el indefinido retraso de la promoción de mis dos colegas, puedo estar seguro de que la propuesta hecha a mi favor habrá de correr la misma suerte. Por lo contrario, si consigo atribuir a motivos distintos, y que no pueda alcanzarme el veto opuesto a ambos por las altas esferas oficiales, no tendré por qué perder la esperanza de ser nombrado. En este sentido actúa, pues, mi sueño, haciendo de R. un imbécil, y de N., un delincuente. En cambio, yo, libre de ambos reproches, no tengo ya nada común con mis dos colegas, puedo esperar confiado mi nombramiento y me veo libre de la objeción revelada a mi amigo R. por el alto empleado del Ministerio; objeción que es perfectamente aplicable a mi caso.

A pesar de los esclarecimientos logrados, no puedo dar aquí por terminada la interpretación, pues siento que falta aún mucho que explicar y sobre todo no he conseguido todavía justificar ante mis propios ojos la ligereza con que me he decidido a denigrar a dos de mis colegas, a los que respeto y estimo, sólo por desembarazar de obstáculos mi camino hacia el Profesorado. Claro es que el disgusto que tal conducta me inspira queda atenuado por mi conocimiento del valor que debe concederse a los juicios que en nuestros sueños formamos. No creo realmente que R. sea un imbécil, ni dudo un solo instante de la explicación que N. me dio del enojoso asunto en que se vio envuelto, como tampoco podía creer en realidad que Irma se

hallaba gravemente enferma a causa de una inyección de un preparado a base de propilena que Otto le había administrado. Lo que tanto en un caso como en otro expresa mi sueño no es sino mi *deseo de que así fuese*. La afirmación por medio de la cual se realiza este deseo parece más absurda en el sueño de Irma que en el últimamente analizado, pues en éste quedan utilizados con gran habilidad varios puntos de apoyo efectivos, resultando así como una diestra calumnia, en la que «hay algo de verdad». En efecto, mi amigo R. fue propuesto con el voto en contra de uno de los profesores, y N. me proporcionó por sí mismo, inocentemente, en la conversación relatada, material más que suficiente para denigrarle. Repito, no obstante, que me parece necesario más amplio esclarecimiento.

Recuerdo ahora que el sueño contenía aún otro fragmento, del que hasta ahora no me he ocupado en la interpretación. Después de ocurrírseme que R. es mi tío, experimento en sueños un tierno cariño hacia él. ¿De dónde proviene este sentimiento? Mi tío José no me inspiró nunca, naturalmente, cariño alguno; R. es, desde hace años, un buen amigo mío, al que quiero y estimo, pero si me oyera expresarle mi afecto en términos aproximadamente correspondientes al grado que él mismo alcanza en mi sueño, quedaría con seguridad un tanto sorprendido. Tal afecto me parece, pues, tan falso y exagerado —aunque esto último en sentido inverso— como el juicio que sobre sus facultades intelectuales expreso en mi sueño al fundir su personalidad con la de mi tío. Pero esta misma circunstancia me hace entrever una posible explicación. El cariño que por R. siento en mi sueño no pertenece al contenido latente; esto es, a los pensamientos que se esconden detrás del sueño. Por el contrario, se halla en oposición a dicho contenido, y es muy apropiado para encubrirse su sentido. Probablemente no es otro su destino. Recuerdo qué enérgica resistencia se opuso en mí a la interpretación de este sueño, y cómo fui aplazándola una y otra vez hasta la noche siguiente, con el pretexto de que todo él no era sino un puro disparate.

Por mi experiencia psicoanalítica sé cómo han de interpretarse estos juicios condenatorios. Su valor no es el de un conocimiento, sino tan sólo el de una manifestación afectiva. Cuando mi hija pequeña no quiere comer una manzana que le ofrecen afirma que está agria sin siquiera haberla probado. En aquellos casos en que mis pacientes siguen esta conducta infantil

comprendo en seguida que se trata de una representación que quieren *reprimir*. Esto mismo sucede en mi sueño. Me resisto a interpretarlo, porque la interpretación contiene algo contra lo cual me rebelo, y que una vez efectuada aquélla, demuestra ser la afirmación de que R. es un imbécil. El cariño que por R. siento no puedo referirlo a las ideas latentes de mi sueño, pero sí, en cambio, a ésta, mi resistencia. Si mi sueño, comparado con su contenido latente, aparece deformado hasta la inversión, con respecto a este punto habré de deducir que el cariño en él manifiesto sirve precisamente a dicha deformación; o dicho de otro modo: que la deformación demuestra ser aquí intencionada, constituyendo un medio de *disimulación*. Mis ideas latentes contienen un insulto contra R., y para evitar que yo me dé cuenta de ello llega al contenido manifiesto todo lo contrario; esto es, un cariñoso sentimiento hacia él.

Podía ser éste un descubrimiento de carácter general. Como hemos visto por los ejemplos incluidos en el capítulo III, existen sueños que constituyen f raneas realizaciones de deseos. En aquellos casos en que tal realización aparece disfrazada e irreconocible habrá de existir una tendencia opuesta al deseo de que se trate, y a consecuencia de ella no podría el deseo manifestarse sino encubierto y disfrazado. La vida social nos ofrece un proceso paralelo a este que en la vida psíquica se desarrolla, mostrándonos una análoga deformación de un acto psíquico. En efecto, siempre que en la relación social entre dos personas se halle una de ellas investida de cualquier poder, que imponga a la otra determinadas precauciones en la expresión de sus pensamientos, se verá obligada esta última a deformar sus actos psíquicos, al exteriorizarlos; o dicho de otro modo: a disimular. La cortesía social que estamos habituados a observar cotidianamente no es en gran parte sino tal disimulo. Asimismo, al comunicar aquí a mis lectores las interpretaciones de mis sueños me veo forzado a llevar a cabo tales deformaciones. De esta necesidad de disfrazar nuestro pensamiento se lamentaba también el poeta: Lo mejor que saber puede/no te es dado decírselo a los niños[313].

En análoga situación se encuentra el escritor político que quiere decir unas cuantas verdades desagradables al Gobierno. Si las expresa sin disfraz alguno, la autoridad reprimirá su exteriorización, *a posteriori*, si se trata de

manifestaciones verbales, o preventivamente, si han de hacerse públicas por medio de la imprenta. De este modo el escritor, temeroso de la *censura*, atenuará y deformará la expresión de sus opiniones. Según la energía y la susceptibilidad de esta censura, se verá obligado a prescindir simplemente de algunas formas de ataque, a hablar por medio de alusiones y no directamente o a ocultar sus juicios bajo un disfraz, inocente en apariencia, refiriendo, por ejemplo, los actos de dos mandarines del Celeste Imperio cuando intente publicar los dos altos personajes de su patria. Cuanto más severa es la censura, más chistosos son con frecuencia los medios de que el escritor se sirve para poner a sus lectores sobre la pista de la significación verdadera de su artículo[314].

La absoluta y minuciosa coincidencia de los fenómenos de la censura con los de la deformación onírica nos autoriza a atribuir a ambos procesos condiciones análogas de la formación de los sueños, dos poderes psíquicos del individuo (corrientes, sistemas), uno de los cuales forma el deseo expresado por el sueño, mientras que el otro ejerce una censura sobre dicho deseo y le obliga de este modo a deformar su exteriorización. Sólo nos quedaría entonces por averiguar qué es lo que confiere a esta segunda instancia el poder mediante el cual le es dado ejercer la censura. Si recordamos que las ideas latentes del sueño no son conscientes antes del análisis, y, en cambio, el contenido manifiesto de ellas emanado si es recordado como consciente, podemos sentar la hipótesis de que el privilegio de que dicha segunda instancia goza es precisamente el del acceso a la conciencia. Nada del primer sistema puede llegar a la conciencia sin antes pasar por la segunda instancia, y ésta no deja pasar nada sin ejercer sobre ello sus derechos e imponer a los elementos que aspiran a llegar a la conciencia aquellas transformaciones que le parecen convenientes. Entrevemos aquí una especialísima concepción de la «esencia» de la conciencia; el devenir consciente es para nosotros un especial acto psíquico, distinto e independiente de los procesos de inteligir o representar, y la conciencia se nos muestra como un órgano sensorial, que percibe un contenido dado en otra parte. No es nada difícil demostrar que la psicopatología no puede prescindir en absoluto de estas hipótesis fundamentales, cuyo detenido estudio habremos de llevar a cabo más adelante.

Conservando esta representación de las dos instancias psíquicas y de sus relaciones con la conciencia, se nos muestra una analogía por completo congruente entre la singular ternura qué en mi sueño experimento hacia mi amigo R. —tan denigrado luego en la interpretación— y la vida política del hombre. Supongámonos, en efecto, trasladados a un Estado en el que un rey absoluto, muy celoso de sus prerrogativas, y una activa opinión pública luchan entre sí. El pueblo se rebela contra un ministro que no le es grato y pide su destitución. Entonces el monarca, con el fin de mostrar que no tiene por qué doblegarse a la voluntad popular, hará precisamente objeto a su ministro de una alta distinción, para la cual no existía antes el menor motivo. Del mismo modo, si mi segunda instancia, que domina el acceso a la conciencia, distingue a mi amigo R. con una exagerada efusión de ternura, es precisamente porque las tendencias optativas del primer sistema quisieran denigrarle, calificándole de imbécil, en persecución de un interés particular, del que dependen[315].

Sospechamos aquí que la interpretación onírica puede proporcionarnos, sobre la estructura de nuestro aparato anímico, datos que hasta ahora habíamos esperado en vano de la filosofía. Pero no queremos seguir ahora este camino, sino que, después de haber esclarecido la deformación onírica, volvemos a nuestro punto de partida. Nos preguntamos cómo los sueños de contenido penoso podían ser interpretados como realizaciones de deseos, y vemos ahora que ello es perfectamente posible cuando ha tenido efecto una deformación onírica; esto es, cuando el contenido penoso no sirve sino de disfraz de otro deseado. Refiriéndose a nuestras hipótesis sobre las dos instancias psíquicas, podremos, pues, decir que los sueños penosos contienen, efectivamente, algo que resulta penoso para la segunda instancia, pero que al mismo tiempo cumplen un deseo de la primera. Son sueños optativos, en tanto en cuanto todo sueño parte de la primera instancia, no actuando la segunda, con respecto al sueño, sino defensivamente, y no con carácter creador[316]. Si nos limitamos a tener en cuenta aquello que la segunda instancia aporta al sueño no llegaremos jamás a comprenderlo, y permanecerán en pie todos los enigmas que los autores han observado en el fenómeno onírico.

El análisis nos demuestra en todo caso que el sueño posee realmente un

sentido y que éste es el de una realización de deseos. Tomaré, pues, algunos sueños de contenido penoso e intentaré su análisis. En parte son sueños de sujetos histéricos, que exigen una larga información preliminar y nos obligan a adentrarnos a veces en los procesos psíquicos de la histeria. Pero no me es posible eludir estas complicaciones de mi exposición.

En el tratamiento analítico de un psiconeurótico constituyen siempre sus sueños, como ya hubimos de indicar, uno de los temas sobre los que han de versar las conferencias entre médico y enfermo. En ellas comunico al sujeto todos aquellos esclarecimientos psicológicos con ayuda de los cuales he llegado a la comprensión de los síntomas; pero estas explicaciones son siempre objeto, por parte del enfermo, de una implacable crítica, tan minuciosa y severa como la que de un colega pudiera yo esperar. Sin excepción alguna se niegan los pacientes a aceptar el principio de que todos los sueños son realizaciones de deseos, y suelen apoyar su negativa con el relato de sueños que, a su juicio, contradicen rotundamente tal teoría. Expondré aquí algunos de ellos:

«Dice usted que todo sueño es un deseo cumplido —me expone una ingeniosa paciente—. Pues bien: le voy a referir uno que es todo lo contrario. En él se me niega precisamente un deseo. ¿Cómo armoniza usted esto con su teoría?» El sueño a que la enferma alude es el siguiente:

«Quiero dar una comida, pero no dispongo sino de un poco de salmón ahumado. Pienso en salir para comprar lo necesario, pero recuerdo que es domingo y que las tiendas están cerradas. Intento luego telefonear a algunos proveedores, y resulta que el teléfono no funciona. De este modo, tengo que renunciar al deseo de dar una comida».

Como es natural, respondo a mi paciente que tan sólo el análisis puede decidir sobre el sentido de sus sueños, aunque concedo, desde luego, que a primera vista se muestra razonable y coherente, y parece constituir todo lo contrario de una realización de deseos. «Pero ¿de qué material ha surgido este sueño? Ya sabe usted que el estímulo de un sueño se halla siempre entre los sucesos del día inmediatamente anterior».

Análisis. Su marido, un honrado y laborioso carnicero, le había dicho el día anterior que estaba demasiado grueso e iba a comenzar una cura de adelgazamiento. Se levantaría temprano, haría gimnasia, observaría un severo

régimen en las comidas y, sobre todo, no aceptaría ya más invitaciones a comer fuera de su casa. A continuación relata la paciente, entre grandes risas, que un pintor, al que su marido había conocido en el café, hubo de empeñarse en retratarle, alegando no haber hallado nunca una cabeza tan expresiva. Pero el buen carnicero había rechazado la proposición, diciendo al pintor, con sus rudas maneras acostumbradas, que, sin dejar de agradecerle mucho su interés, estaba seguro de que el más pequeño trozo del trasero de una muchacha bonita habría de serle más agradable de pintar que toda su cabeza, por muy expresiva que fuese. La sujeto se halla muy enamorada de su marido y gusta de embromarle de cuando en cuando. Recientemente le ha pedido que no le traiga nunca caviar. ¿Qué significa esto?

Hace ya mucho tiempo que tiene el deseo, de tomar caviar como entremés en las comidas, pero no quiere permitirse el gasto que ello supondría. Naturalmente, tendría el caviar deseado en cuanto expresase su deseo a su marido. Pero, por el contrario, le ha pedido que no se lo traiga nunca para poder seguir embromándole con este motivo.

(Esta última razón me parece harto inconsciente. Detrás de tales explicaciones, poco satisfactorias, suelen esconderse motivos inconfesados. Recuérdese a los hipnotizados de Bernheim, que llevan a cabo un encargo post-hipnótico y, preguntados luego por los motivos de su acto, no manifiestan ignorar por qué han hecho aquello, sino que inventan un fundamento cualquiera insuficiente. Algo análogo debe de suceder aquí con la historia del caviar. Observo además que mi paciente se ve obligada a crearse en la vida un deseo insatisfecho. Su sueño le muestra también realizada la negación de un deseo. Mas ¿para qué puede precisar de un deseo insatisfecho?)

Las ocurrencias que hasta ahora han surgido en el análisis no bastan para lograr la interpretación del sueño. Habré, pues, de procurar que la sujeto produzca otras nuevas. Después de una corta pausa, como corresponde al vencimiento de la resistencia, declara que ayer fue a visitar a una amiga suya de la que se halla celosa, pues su marido la celebra siempre extraordinariamente.

Por fortuna, está muy seca y delgada y a su marido le gustan las mujeres de formas llenas. ¿De qué habló su amiga durante la visita? Naturalmente, de

su deseo de engordar. Además, le preguntó: «¿Cuándo vuelve usted a convidarnos a comer? En su casa se come siempre maravillosamente».

Llegado el análisis a este punto, se me muestra ya con toda claridad el sentido del sueño y puedo explicarlo a mi paciente. «Es como si ante la pregunta de su amiga hubiera usted pensado: "¡Cualquier día te convido yo, para que engordes hartándote de comer a costa mía y gustes luego más a mi marido!" De este modo, cuando a la poche siguiente sueña usted que no puede dar una comida, no hace su sueño sino realizar su deseo de no colaborar al redondeamiento de las formas de su amiga. La idea de que comer fuera de su casa engorda le ha sido sugerida por el propósito que su marido le comunicó de rehusar en adelante toda invitación de este género, como parte del régimen al que pensaba someterse para adelgazar». Fáltanos ahora tan sólo hallar una coincidencia cualquiera que confirme nuestra solución. Observando que el análisis no nos ha proporcionado aún dato alguno sobre el «salmón ahumado», mencionado en el contenido manifiesto, pregunto a mi paciente: «¿Por qué ha escogido usted en su sueño precisamente este pescado?» «Sin duda —me responde— porque es el plato preferido de mi amiga». Casualmente conozco también a esta señora y puedo confirmar que le sucede con este plato lo mismo que a mi paciente con el caviar; esto es, que, gustándole mucho, se priva de él por razones de economía.

Este mismo sueño es susceptible de otra interpretación más sutil, que incluso queda hecha necesaria para una circunstancia accesoria. Tales dos interpretaciones no se contradicen, sino que se superponen, constituyendo un ejemplo del doble sentido habitual de los sueños y, en general, de todos los demás productos psicopatológicos. Ya hemos visto que contemporáneamente a este sueño, que parecía negarle un deseo, se ocupaba la sujeto en crearse, en la realidad, un deseo no satisfecho (el caviar). También su amiga había exteriorizado un deseo, el de engordar, y no nos admiraría que nuestra paciente hubiera soñado que a su amiga le había sido negado un deseo. Su deseo propio es, efectivamente, que no se realiza un deseo de su amiga. Pero, en lugar de esto, sueña que no se le realiza a ella otro suyo. Obtendremos, pues, una nueva interpretación si aceptamos que la sujeto no se refiere en su sueño a sí misma, sino a su amiga, sustituyéndose a ella en el contenido manifiesto o, como también podríamos decir, *identificándose* con ella.

A mi juicio es esto, en efecto, lo que ha llevado a cabo, y como signo de tal identificación se ha creado, en la realidad, un deseo insatisfecho. Pero ¿qué sentido tiene la identificación histérica? Para esclarecer este punto se nos hace precisa una minuciosa exposición. La identificación es un factor importantísimo del mecanismo de los síntomas histéricos, y constituye el medio por el que los enfermos logran expresar en sus síntomas los estados de toda una amplia serie de personas y no únicamente los suyos propios. De este modo sufren por todo un conjunto de hombres y les es posible representar todos los papeles de una obra dramática con sólo sus medios personales. Se me objetará que esto no es sino la conocida imitación histérica, o sea, la facultad que los histéricos poseen de imitar todos los síntomas que en otros enfermos les impresionan, facultad equivalente a una compasión elevada hasta la reproducción. Pero con esto no se hace sino señalar el camino recorrido por el proceso psíquico en la imitación histérica, y no debemos olvidar que una cosa es el acto anímico y otra el camino que el mismo sigue. El primero es algo más complicado de lo que gustamos de representarnos la imitación de los histéricos y equivale a un proceso deductivo inconsciente, como veremos en el siguiente ejemplo: el médico que tiene en su clínica una enferma que presenta determinadas contracciones y advierte una mañana que este especial síntoma histérico ha encontrado numerosas imitadoras entre las demás ocupantes de la sala, no se admirará en modo alguno y se limitará a decir: «La han visto durante un ataque y ahora la imitan. Es la infección psíquica». Está bien; pero tal infección se desarrolla en la forma siguiente: las enfermas saben, por lo general, bastante más unas de otras que el médico sobre cada una de ellas, y se preocupan de sus asuntos respectivos, cambiando impresiones después de la visita. Si una de ellas tiene un día un ataque, las demás se enteran en seguida de que la causa del mismo ha sido una carta que ha recibido de su casa, una renovación de sus disgustos amorosos, etc. Estos hechos despiertan su compasión, y entonces se desarrolla en ellas, aunque sin llegar a su conciencia, el siguiente proceso deductivo: «Si tales causas provocan ataques como ése, también yo puedo tenerlos, pues tengo idénticos motivos». Si esta conclusión fuera capaz de conciencia, conduciría quizá al temor de padecer tales ataques; mas como tiene efecto en un distinto terreno psíquico, conduce a la realización del

síntoma temido. Así, pues, la identificación no es una simple imitación, sino una *apropiación* basada en la misma causa etiológica, expresa una equivalencia y se refiere a una comunidad que permanece en lo inconsciente.

La identificación es utilizada casi siempre en la histeria para la expresión de una comunidad sexual. La histérica se identifica ante todo —aunque no exclusivamente— en sus síntomas con aquellas personas con las que ha mantenido comercio sexual o con aquellas otras que lo mantienen con las mismas personas que ella. Tanto en la fantasía histérica como en el sueño basta para la identificación que el sujeto piense en relaciones sexuales, sin necesidad de que las mismas sean reales. Así, pues, mi paciente no hace más que seguir las reglas de los procesos intelectuales histéricos cuando expresa los celos que su amiga le inspira (celos que reconoce injustificados), sustituyéndose a ella en el sueño e identificándose con ella por medio de la creación de un síntoma (el deseo prohibido). Si tenemos en cuenta la forma expresiva idiomática, podríamos explicar el proceso en la forma que sigue: la sujeto ocupa en su sueño el lugar de su amiga porque ésta ocupa en el ánimo de su marido el lugar que a ella le corresponde y porque quisiera ocupar en la estimación del mismo el lugar que aquélla ocupa[317].

De un modo más sencillo, aunque siempre conforme al mismo principio de que la no realización de un deseo significa la realización de otro, quedó rebatida la contradicción opuesta a mi teoría onírica por otra de mis pacientes, la más ingeniosa de todas ellas cuyos sueños he analizado. Al día siguiente de haberle comunicado que los sueños eran realizaciones de deseos, me relató haber soñado aquella noche que salía de viaje con su suegra para el punto en que habían acordado pasar juntas el verano. Sabía yo que mi paciente se había resistido con toda energía a ir a veranear con su suegra y había logrado por fin eludir la temida compañía alquilando, hacía pocos días, una casa de campo en un lugar muy lejano a la residencia de aquélla. Y ahora el sueño deshacía esta solución tan deseada. ¿Cabía una más absoluta contradicción a mi teoría de la realización de deseos? Mas para hallar la interpretación de este sueño no había más que deducir su consecuencia. Según él, no tenía yo razón. *El deseo de la paciente era precisamente éste: el de que yo no tuviese razón —y el sueño se lo muestra realizado*—. Pero este deseo de que yo no tuviese razón, realizado con relación al tema de la

residencia veraniega, se refería en realidad a un tema distinto y mucho más importante. Por aquellos días había yo deducido del material que los análisis me proporcionaban el hecho de que en un determinado período de la vida le había sucedido algo muy importante para la adquisición de su enfermedad, deducción que ella había rechazado por no hallar en su memoria nada correspondiente. Al poco tiempo quedó, sin embargo, demostrado que tenía yo razón. Su deseo de que no la tuviese, transformado en el sueño que la muestra saliendo de veraneo en compañía de su suegra, correspondía, por tanto, al deseo justificado de que aquellos sucesos a que yo me había referido y que aún no habían obtenido confirmación no hubiesen sucedido jamás.

Sin análisis, solamente por una sospecha, me permití interpretar un sueño de un amigo mío que durante ocho años había sido condiscípulo mío en segunda enseñanza. Un día me oyó pronunciar una conferencia sobre mi nuevo descubrimiento de que el sueño constituía una realización de deseos. Aquella noche soñó que *perdía todos sus pleitos* —era abogado— y vino a relatarme su sueño como prueba de la inexactitud de mi teoría. Por mi parte, salí del paso con la evasiva de que no todos los pleitos se pueden ganar, pero en el fondo me dije: «Un hombre que ha sido condiscípulo mío durante ocho años, y que estaba siempre entre los medianos mientras yo era el primero de la clase, ¿no habrá conservado de estos años de colegio el deseo de verme alguna vez en ridículo?»

Una muchacha joven, a la que tenía sometida al tratamiento analítico, me relató —también como prueba de la inexactitud de mis afirmaciones— otro sueño más sombrío: «Recordará usted —me dijo— que mi hermana no tiene ya más que un hijo: Carlos. El mayor, Otto, se le murió cuando todavía vivía yo con ellos. Otto era mi preferido; podía decirse que era yo quien había cuidado de él y le había educado. Naturalmente, también quiero al pequeño, pero no tanto como quise a su hermano. Pues bien: esta noche he soñado que Carlos había muerto, y le veía ante mí, colocado ya en su pequeño ataúd, con las manos cruzadas y rodeado de velas, tal y como vi a Otto, cuya muerte me causó tan profundo dolor. ¿Qué puede significar este sueño? Usted me conoce y sabe que no soy tan perversa como para desear que mi hermana pierda el único hijo que le queda. ¿O querrá decir que hubiera preferido que muriera Carlos en lugar de Otto, mucho más querido por mí?»

Esta interpretación debía desecharse, desde luego, y así se lo comuniqué a la paciente. Una corta reflexión me reveló luego, sin necesidad de análisis, el verdadero sentido del sueño, sentido que la sujeto aceptó y confirmó al dárselo a conocer. Claro está que si pude prescindir del análisis fue tan sólo porque me hallaba previamente en posesión de todos los antecedentes necesarios.

Al quedar huérfana siendo aún muy joven, se fue a vivir con una hermana suya mucho mayor que ella, en cuya casa conoció a un hombre que impresionó profundamente su corazón. Durante algún tiempo pareció que aquellas relaciones, apenas manifestadas, iban a terminar en boda. Pero la hermana estorbó este feliz desenlace, sin que hayan llegado nunca a verse claramente los motivos que para ello pudo tener. Después de la ruptura dejó el pretendiente de visitar la casa, y la muchacha concentró toda su ternura en el pequeño Otto. Muerto éste, abandonó la casa de su hermana y se fue a vivir sola. Pero su amorosa inclinación hacia el amigo de su hermana continuó viva en ella. Su orgullo le ordenaba evitarle, pero le era imposible transferir su amor a otro de los pretendientes que luego la solicitaron. Cuando el hombre amado, que era un conocido literato, daba alguna conferencia, se la hallaba siempre entre los oyentes, y no dejaba pasar ocasión alguna que de verle de lejos se le ofreciera. El día inmediatamente anterior a su sueño me había relatado que pensaba asistir a un concierto en el que seguramente podría gozar de la vista de su amor. Este concierto estaba anunciado para el día mismo en que acudió a relatarme el sueño antes detallado. Con todos estos antecedentes no era difícil hallar la interpretación exacta del mismo. Para confirmarla pregunté a la paciente si recordaba algún suceso acaecido después de la muerte de Otto, obteniendo en el acto la respuesta siguiente: «Sí, el profesor (título que poseía su amado) fue a casa de mi hermana, después de una larga ausencia, y pude verle junto a la caja del pobre Otto». Esto era precisamente lo que yo esperaba, y mediante ello pude ya dar por terminada la interpretación, expresándola como sigue: «Si ahora muriese el otro niño se repetiría la misma escena. Pasaría usted el día en casa de su hermana, el profesor iría seguramente a dar el pésame y volvería usted a verle en situación idéntica a la de entonces. El sueño no significa sino éste su deseo de volver a ver al hombre amado, deseo contra el cual lucha usted

interiormente. Sé, además, que lleva usted en el bolsillo el billete para el concierto de hoy. Su sueño es, por tanto, un sueño de impaciencia, que anticipa algunas horas el encuentro que hoy debía realizarse».

Con objeto de encubrir su deseo había escogido la sujeto una triste situación, en la que el mismo había de quedar reprimido, pues es natural que el dolor que experimentamos ante la pérdida de una persona querida aleje nuestro pensamiento de nuestros amores. Sin embargo, es muy posible que tampoco en la situación real que luego el sueño copia, esto es, cuando la muerte de Otto, al que tanto quería, consiguiese la muchacha dominar por completo los tiernos sentimientos que la presencia del hombre amado había de inspirarle.

Otra paciente mía, que antes de enfermar se había distinguido por su vivo ingenio y buen humor, cualidades que aún emergían en sus ocurrencias durante las sesiones del tratamiento, tuvo un sueño muy semejante al anterior, pero de muy distinto sentido. En él vio, entre otras muchas cosas, a su única hija, una muchacha de quince años muerta y metida en una caja que no tenía forma de ataúd, sino la de aquellas que se usan para guardar objetos. Le hubiera gustado presentarme este sueño como prueba de la inexactitud de mis teorías, pero la detenía la sospecha de que el singular detalle de la «caja» había de indicar el camino de otra distinta interpretación del sueño[318]. Durante el análisis recordó que en una reunión de la que el día anterior había formado parte, recayó la conversación sobre la palabra inglesa *box* y lo vario de sus significados, pues puede traducirse por caja, palco, cajón, bofetada, etc. De otros elementos del mismo sueño se deducía que la sujeto se había dado cuenta de la afinidad de dicha palabra inglesa con la alemana *Büchse* (estuche) y había recordado que esta última era empleada vulgarmente para designar los genitales femeninos. Teniendo en cuenta la impresión de sus conocimientos de anatomía topográfica, podía, por tanto, suponerse que la niña en la «caja» significaba el feto en la matriz. Cuando le comuniqué esta explicación no negó ya que la imagen onírica correspondía realmente a un deseo suyo. Como tantas otras mujeres jóvenes, consideraba cada nuevo embarazo como una desgracia, y se confesaba más de una vez el deseo de que el feto muriese antes del nacimiento. En una ocasión que tuvo un grave disgusto con su marido, llegó a golpearse el vientre, poseída por la cólera,

para matar al hijo que en su seno llevaba. El niño muerto de su sueño era, pues, realmente, una realización de deseos, pero de un deseo rechazado hacía ya más de quince años. No debemos, pues, de extrañar que la realización de un deseo tan pretérito resultase irreconocible. En el intervalo tiene que haberse modificado mucho.

Al tratar de los sueños típicos volveremos a ocuparnos del grupo al que pertenecen los dos últimamente consignados, cuyo contenido es la muerte de personas queridas, y demostraremos con nuevos ejemplos que, a pesar de su contenido indeseado, han de ser interpretados, sin excepción alguna, como realizaciones de deseos. No un enfermo, sino un inteligentísimo jurisconsulto conocido mío, me relató el siguiente sueño, también con la intención de detenerme en una prematura generalización de la teoría del sueño, realizador de deseos: «Sueño —me relata— que llego a mi casa llevando del brazo a una señora. Un coche cerrado me espera ante la puerta. Se me acerca un señor y, después de justificar su personalidad de agente de Policía, me invita a seguirle. Le pido únicamente que me dé tiempo para ordenar mis asuntos. ¿Cree usted que puedo desear ser detenido?» «Claro que no —tengo que contestarle—. Pero ¿sabe usted por qué le detenían?» «Sí; creo que por infanticidio». «¿Infanticidio? Demasiado sabe usted que. no puede hablarse de este delito más que con respecto a la madre que mata a su hijo recién nacido». «Exacto[319]». «¿Cuáles son las circunstancias que rodearon su sueño? ¿Qué hizo usted la tarde antes?» «Perdóneme usted; pero preferiría no contarlo. Se trata de algo muy personal y delicado». «Siendo así, tendremos que renunciar a la interpretación de su sueño». «Óigame, entonces: no he pasado la noche en mi casa, sino en la de una señora que significa mucho para mí. Al despertar por la mañana hubo de nuevo algo entre nosotros, y después volví a dormirme soñando entonces lo que acabo de contarle». «¿Es una mujer casada?» «Sí». «Y, naturalmente, no querrá usted provocar un embarazo». «No; eso podría delatarnos». «Por tanto, no practica usted con ella el coito normal». «Tomo la precaución de retirarme antes de la eyaculación». «¿Debo suponer que aquella noche realizó usted esta habilidad varias veces y que, en cambio, no quedó usted por la mañana muy seguro de haberlo conseguido?» «Pudiera ser». «Entonces su sueño es una realización de deseos, pues le tranquiliza a usted mostrándose que no ha engendrado un

hijo, o lo que es aproximadamente lo mismo, que ha matado usted a un hijo. El proceso deductivo que me ha llevado a esta conclusión es fácilmente evidenciable. Recuerde usted que hace algunos días hablamos sobre la disminución de los nacimientos y sobre la inconsecuencia que supone el haberse permitido realizar el coito en forma que evite la fecundación, mientras que cuando la semilla y el óvulo se han encontrado y han formado un feto es castigada severamente toda intervención. En relación con esto recordamos también la discusión que en la Edad Media se desarrolló sobre el momento en que el alma entraba en el feto, pues sólo a partir de él podía hablarse de asesinato. Seguramente conoce usted también la escalofriante poesía de Lenáu, en la que se equiparan el infanticidio y la evitación de la fecundidad». «Precisamente he estado pensando en Lenáu, sin saber por qué, esta misma mañana». «Sin duda, un nuevo eco de su sueño. Por último, quiero hacerle ver a usted otra pequeña realización de deseo, accesoria, que su sueño presenta. En él llega usted a su casa, llevando a la señora del brazo; esto es, *la trae* usted a su casa en lugar de[320], como realmente ha sucedido, ir usted a pasar la noche en la de ella. El que la realización de deseos que constituye el nódulo del sueño se oculte bajo una apariencia tan desagradable, obedece quizá a más de una razón. En mi estudio sobre la etiología de la neurosis de angustia podrá usted ver que considero el *coitus interruptus* como uno de los factores causales de la génesis de la angustia neurótica. No me extrañaría, por tanto, que después de un repetido coito de este género permaneciera usted en desagradable estado de ánimo, que pasa a su sueño como elemento de la composición del mismo. De este malestar se sirve usted también para ocultarse la realización de deseos. Pero lo que aún no me parece suficientemente esclarecida es la acusación de infanticidio. ¿Cómo llega usted a la idea de este delito, esencialmente femenino?» «Le confesaré a usted que hace años me encontré envuelto en un asunto de este género. Tuve la culpa de que una muchacha intentase borrar por medio del aborto las consecuencias de sus relaciones conmigo. Desde luego, no intervine para nada en la realización de tal propósito, pero durante mucho tiempo tuve el natural temor de que aquello pudiera descubrirse». «Ahora queda ya todo aclarado, pues este recuerdo nos proporciona otro motivo de que la sospecha de no haber interrumpido el coito en el momento oportuno le fuera a usted

penosa».

Esta interpretación onírica debió de impresionar vivamente a un joven médico que la oyó relatar, pues tuvo en seguida un sueño de forma totalmente análoga, aunque sobre distinto tema. Días antes había presentado en las oficinas de Hacienda la declaración jurada de sus ingresos y siendo éstos aún muy pequeños, no había razón alguna que hubiera podido impulsarle a una ocultación. En su sueño vio a un amigo suyo que había asistido a la sesión de la Junta de impuestos, y venía a comunicarle que todas las declaraciones habían sido aceptadas sin reparo, pero que la suya había despertado general desconfianza, siendo casi seguro que se le impusiera una fuerte multa por tentativa de defraudación. Este sueño es la realización, descuidadamente encubierta, del deseo de pasar por un médico de grandes ingresos, y recuerda la conocida historia de aquella muchacha, a la que se aconsejaba rompiera con su novio, hombre colérico, que seguramente la maltrataría después de casada. A estos consejos respondió la muchacha: «¡Ojalá me pegase ya!» Su deseo de verse casada es tan vivo, que acepta ya e incluso desea los inconvenientes que el matrimonio habrá de traer consigo.

Reuniendo bajo el rótulo de *sueños negativos de deseos (Gegenwunschtraeume)* todos los de este género, muy frecuentes que parecen contradecir directamente mi teoría, puesto que su contenido manifiesto se halla constituido por la negación de un deseo o por algo evidentemente indeseado, advierto que es posible referirlos en general a dos principios, uno de los cuales no ha sido citado nunca antes de ahora, a pesar de desempeñar, tanto en la vida despierta del hombre como en su vida onírica, un importantísimo papel. Como ya hemos visto, el deseo de que me equivoque es una de las fuerzas determinantes de estos sueños que aparecen siempre en el curso del tratamiento, cuando el enfermo entra en estado de resistencia contra mí. Al ponerle por vez primera al corriente de mi teoría de la realización de deseos puedo también tener la seguridad de provocar en él sueños de este género[321], y lo mismo habrá de suceder, sin duda, con algunos de mis lectores, los cuales se negarán en sueños un deseo sólo para que pueda realizarse el de que yo me equivoque. El último sueño de este género que aquí voy a comunicar demuestra nuevamente lo mismo. Una muchacha joven, que, después de penosa lucha contra su familia y contra las

autoridades médicas consultadas, había conseguido que le permitieran continuar sometiéndose a mi tratamiento, soñó lo siguiente: «En su casa le habían prohibido que continuara acudiendo a mi consulta. Entonces ella me recordaba la promesa que le había hecho de seguir tratándola gratis si llegaba este caso». Pero yo le respondía: «En cuestiones de dinero no puedo guardar consideraciones a nadie».

No es ciertamente nada fácil descubrir aquí la realización de deseos, pero todos estos casos entrañan, además de éste, otro enigma distinto, cuya solución contribuye al primero. ¿De dónde proceden las palabras que el sueño pone en mis labios? Muy sencillo; por mi parte jamás había dicho a la enferma nada semejante, pero uno de sus hermanos tuvo una vez la amabilidad de hablar de mí en términos análogos. El sueño quiere, por tanto, dar la razón al hermano, y este deseo de dar la razón a su hermano no es cosa que la sujeto sienta sólo en sus sueños, sino que constituye el secreto de su vida y el motivo de su enfermedad.

He aquí otro sueño, soñado e interpretado por un médico (August Stärcke), y en el que a primera vista parece imposible hallar realización alguna de deseo: «En la última falange de mi dedo índice advierto una lesión sifilítica primaria».

La claridad y coherencia de este sueño, cuyo único interrogante es lo indeseado de su contenido, pudieran inducirnos a no someterlo a una interpretación aparentemente innecesaria. Pero si no tememos dedicar algún trabajo al análisis, hallaremos que «lesión primaria» (en alemán, *primäraffekt*) puede equipararse a *prima afectio* (primer amor) y que la repugnante úlcera vista en el sueño revela representar, según palabras del mismo Staercke, «realizaciones de deseos cargadas de intenso afecto».

El segundo de los factores a que antes aludimos como motivadores de estos sueños negativos de deseos es tan evidente, que, como sucede con las cosas que más a la vista se hallan, corre el peligro de que no lo advirtamos, y éste ha sido, en efecto, mi caso durante mucho tiempo. En la constitución sexual de muchos hombres existe un componente masoquista, surgido por la transformación en su contrario de los componentes agresivos sadistas. A estos hombres los denominamos masoquistas mentales cuando no buscan el placer en el dolor físico que se les causa, sino en las humillaciones y torturas

espirituales. Claramente se ve, sin necesidad de más amplias explicaciones, que estas personas pueden tener sueños negativos y displacientes, sin que los mismos sean en ellos otra cosa que realizaciones de deseos y la satisfacción de sus inclinaciones masoquistas. He aquí uno de estos sueños:

Un joven, que en años anteriores había atormentado mucho a su hermano, hacia el que sentía una secreta inclinación homosexual, tiene, después de pasar por una radical transformación de carácter, el sueño siguiente, compuesto de tres partes: I. Su hermano mayor le «hace rabiar». II. Dos adultos coquetean entre sí con propósitos homosexuales. III. Su hermano ha vendido la empresa, cuya dirección se reservaba él para su porvenir. Después de este último fragmento onírico despierta, presa de los más penosos sentimientos. Sin embargo, su sueño no es sino una realización de deseos de carácter masoquista, y podríamos interpretarlo por las ideas siguientes: «Me estaría muy bien empleado que mi hermano realizara ahora esa venta, en la que salgo perjudicado, para castigarme por lo mucho que antes le atormenté».

Espero que los ejemplos y reflexiones que anteceden bastarán para mostrar —hasta nuevas objeciones— la posibilidad de interpretar también los sueños penosos como realizaciones de deseos. De todos modos, habré de volver más adelante sobre este tema de los sueños displacientes. Creo asimismo que tampoco podrá ya nadie considerar como una casualidad el hecho de que en la interpretación de estos sueños lleguemos siempre a temas de los que no hablamos sino a disgusto o en los que nos es desagradable pensar. El penoso sentimiento que tales sueños despiertan es sencillamente idéntico a la repugnancia, que tiende a apartarnos —con éxito casi siempre— de la reflexión o discusión sobre tales temas, y que todos y cada uno de nosotros hemos de vencer cuando nos vemos obligados a emprender una tal labor. Este sentimiento de displacer, que retorna en el sueño, no excluye, sin embargo, la persistencia de un deseo. Todo hombre abriga deseos que no quisiera comunicar a los demás, y otros que ni aun quisiera confesarse a sí mismo. Por otra parte, creemos justificado enlazar el carácter displaciente de todos estos sueños al hecho de la deformación onírica y deducir que si se muestran deformados y aparece en ellos disfrazada la realización de deseos hasta resultar irreconocible, es precisamente porque existe una repugnancia o una intención represora orientadas contra el tema del sueño o o contra el

deseo que de él emana. Al agregar al conocimiento que ya poseemos de la vida onírica todo lo que el análisis de los sueños displacientes nos ha descubierto, habremos de transformar la fórmula en la que antes intentamos encerrar la esencia del sueño, dándole la siguiente forma: *El sueño es la realización (disfrazada) de un deseo reprimido*[322].

Sólo nos quedan ya por examinar desde este punto de vista los sueños de angustia, los cuales constituyen un orden especial de los sueños de contenido penoso, y cuya interpretación, como realizadores de deseos, habrá de tropezar con la máxima resistencia por parte de los no iniciados. Pero afortunadamente puedo dejar aquí esclarecida esta cuestión con escasas palabras. Tales sueños no corresponden, en efecto, a una nueva faceta del problema onírico, sino al problema general de la angustia neurótica. La angustia que en sueños sentimos sólo aparentemente queda explicada por el contenido de los mismos. Al someter el contenido onírico a la interpretación, advertimos que la angustia del sueño no queda más ni mejor justificada por el contenido del sueño que, por ejemplo, la angustia de una fobia por la representación de que esta última depende. Es, por ejemplo, cierto que podemos caernos al asomarnos a una ventana, y que, por tanto, debemos observar cierta prudencia al efectuarlo, pero no es comprensible por qué en la fobia correspondiente es tan grande la angustia y persigue a los enfermos mucho más allá de sus motivos. La misma explicación se demuestra después, aplicable tanto a la fobia como al sueño de angustia. La angustia no está en ambos casos sino soldada a la representación que la acompaña, y procede de una fuente distinta.

A causa de esta íntima conexión de la angustia onírica con la neurótica tengo que referirme aquí en la discusión de la primera a la segunda. En un cierto estudio sobre la neurosis de angustia (*Neurolog. Zentralblatt*, 1895)[323] afirmé yo que la angustia neurótica procede de la vida sexual, y corresponde a una libido desviada de su fin, y que no ha llegado a su empleo. Esta fórmula se ha demostrado cada día más verdadera. De ella puede deducirse el principio de que los sueños de angustia poseen un contenido sexual, cuya libido correspondiente ha experimentado una transformación en angustia. Más tarde tendremos ocasión de apoyar esta afirmación con el análisis de algunos sueños de sujetos neuróticos. Asimismo, en mis ulteriores

tentativas de aproximarme a una teoría del sueño, habré de tratar nuevamente de la condición de los sueños de angustia y de su compatibilidad con la teoría de la realización de deseos.

CAPÍTULO V

MATERIAL Y FUENTES DE LOS SUEÑOS

AL revelarme el análisis que el sueño de la inyección de Irma constituía una realización de deseos, se apoderó de nosotros un vivísimo interés por comprobar si con ello habíamos descubierto un carácter general del fenómeno onírico, y acallamos por el momento todas aquellas otras curiosidades científicas que en el curso de la labor de interpretación habían surgido en nuestro ánimo. Mas ahora, una vez llegados al final del camino que en aquella ocasión elegimos entre todos los que ante nosotros se abrían, podemos ya volver sobre nuestros pasos y escoger un nuevo punto de partida para proseguir en un distinto sentido nuestra exploración de los problemas del sueño, aunque de este modo perdamos de vista por algún tiempo el tema, no agotado aún, ni mucho menos, de la realización de deseos.

Desde que mediante la aplicación de nuestro procedimiento de interpretación onírica nos es posible descubrir un contenido *latente* de los sueños, muy superior en importancia a su contenido manifiesto, tenemos que sentirnos incitados a examinar de nuevo uno de los problemas que el fenómeno onírico plantea, para ver si este nuevo conocimiento puede acaso procurarnos la solución de aquellos enigmas y contradicciones que mientras no conocíamos sino el contenido manifiesto de los sueños nos parecían inasequibles.

En nuestro primer capítulo expusimos detalladamente los juicios de los autores sobre la conexión de los sueños con la vida despierta y sobre la

procedencia del material onírico. Recordemos ahora aquellas tres peculiaridades de la memoria onírica que, habiendo sido observadas por muchos, nadie había logrado aún esclarecer. Dichas peculiaridades eran:

1.ª Que el sueño prefiere evidentemente las impresiones de los días inmediatos anteriores (Robert, Strümpell, Hildebrandt, Weed-Hallam).

2.ª Que efectúa una selección conforme a principios diferentes de aquéllos a los que se adapta nuestra conciencia despierta, recordando no lo esencial e importante, sino lo accesorio y desatendido.

3.ª Que dispone de nuestras más tempranas impresiones infantiles, llegando hasta reproducir detalles de dicha edad que nos parecen nimios y que en nuestra vida despierta teníamos por olvidados hace ya mucho tiempo[324]. Claro es que donde los investigadores han observado estas peculiaridades de la selección del material onírico ha sido en el contenido manifiesto.

a) **Lo reciente y lo indiferente en el sueño**.

Ateniéndome a mi experiencia personal sobre la procedencia de los elementos emergentes en el contenido onírico, habré de sentar en primer término la afirmación de que en todo sueño puede hallarse un enlace con los acontecimientos del *día inmediatamente anterior*. Cualquiera que sea el sueño que escojamos, propio o ajeno, comprobaremos siempre la verdad de este principio que nos proporciona en la investigación del suceso del día anterior que ha podido constituir el estímulo de un sueño, el punto de partida del análisis del mismo. Con gran frecuencia resulta, efectivamente, este cambio el más corto y ventajoso para lograr la interpretación. En los dos sueños que hasta ahora hemos sometido a más minucioso análisis (el de la inyección de Irma y el de mi tío José) esta relación con los sucesos del día anterior aparece tan evidente que no necesita de esclarecimiento ninguno. Mas con el fin de demostrar su generalidad expondré una serie de ejemplos tomados de mi propia crónica onírica, aunque sin comunicar por ahora de cada sueño más que la parte necesaria para el descubrimiento de la fuente onírica buscada:

1. Voy de visita a una casa en la que sólo después de muchas dificultades se me deja entrar. Mientras tanto hago *esperar* a una mujer.

Fuente: Conversación de la tarde anterior con una parienta mía sobre la necesidad de *esperar* antes de realizar una compra que desea.

2. He escrito una *monografía* sobre cierta especie de plantas (indeterminada en el sueño).

Fuente: Por la mañana había visto en el escaparate de una librería una *monografía* sobre *los ciclámenes*.

3. Veo en la calle a dos mujeres, *madre e hija*. Esta última ha sido paciente mía.

Fuente: Una *paciente* a la que tengo en tratamiento me ha comunicado por la tarde las dificultades que su *madre* opone a la continuación del mismo.

4. Voy a la librería y me suscribo a una publicación periódica; el coste de la suscripción es de veinte florines al año.

Fuente: Mi mujer me ha recordado la tarde anterior que le debo veinte florines del dinero que le doy todas las semanas.

5. Recibo una *carta* del comité socialdemócrata, carta en la que se me considera como miembro del mismo.

Fuente: Durante el día he recibido *cartas* del comité electoral liberal y de la Unión humanitaria, de la cual soy socio.

6. Veo a un hombre sobre una *escarpada roca en medio del mar*. Todo ello a la manera pictórica de Böcklin.

Fuente: Dreyfus en la isla del Diablo y noticias de parientes míos residentes en Inglaterra, etc.

Podríamos preguntarnos si esta conexión del sueño con la vida diurna no va nunca más allá de los sucesos del día inmediatamente anterior, o si, por el contrario, puede extenderse a impresiones anteriores, dentro siempre de un próximo pretérito. No es ésta cuestión de esencial importancia; pero una vez planteada, me inclinaría a resolverla en el sentido del exclusivo privilegio del último día anterior al sueño, o como en adelante lo denominaremos, del *día del sueño (Traumtag)*. Todas cuantas veces he creído hallar que la fuente de un sueño había sido una impresión anterior al mismo en dos o tres días he podido comprobar después, mediante un más detenido examen, que dicha impresión había sido recordada de nuevo en el día del sueño y que, por tanto,

entre el momento del mismo y el día de la impresión se había intercalado —precisamente en el día del sueño— una reproducción de dicha impresión, siéndome dado hallar asimismo la ocasión reciente de la que podía haber partido el recuerdo de la impresión más pretérita. En cambio, no he podido nunca comprobar que entre la impresión diurna estimulante y su retomo en el sueño se hallase intercalado un intervalo regular de importancia biológica (como primer intervalo de este género indica H. Swoboda el de dieciocho horas)[325].

H. Ellis, que también ha dedicado suma atención a este problema, indica que no ha podido hallar en sus sueños, a pesar de haberla buscado «con especial cuidado», una tal periodicidad de la reproducción. A este propósito relata un sueño en el que, trasladado a España, sale de viaje en dirección a una localidad cuyo nombre era Daraus, Varaus o Zarauz. Al despertar le fue imposible recordar ningún lugar de nombre parecido y dejó de ocuparse de su sueño. Pero meses después cayó en la cuenta de que Zarauz era una estación situada entre San Sebastián y Bilbao, línea por la que había viajado doscientos cincuenta días antes del sueño.

Así, pues, habremos de opinar que todo sueño posee un estímulo entre los acontecimientos del día a cuya noche corresponde y que las impresiones del pretérito más próximo (con exclusión del día anterior a la noche del sueño) no muestran el contenido onírico una relación diferente a la de otras impresiones cualesquiera pertenecientes a tiempos indefinidamente más lejanos. El sueño puede elegir su material de cualquier época de nuestra vida, por lejana que sea, a la que, partiendo de los sucesos del día del sueño (las impresiones «recientes»), puedan alcanzar nuestros pensamientos.

Pero ¿a qué obedece esta predilección por las impresiones recientes? Sometiendo a más riguroso análisis uno de los sueños antes citados podremos establecer quizá alguna hipótesis sobre este punto. Elegiré para ello *el sueño de la monografía botánica*

Contenido onírico: He escrito una monografía sobre una cierta planta. Tengo el libro ante mí y vuelvo en este momento la página por la que se hallaba abierto y que contiene una lámina en colores. Cada ejemplar ostenta, a manera de herbario, un espécimen disecado de la planta.

Análisis: Por la mañana he visto en el escaparate de una librería un libro

nuevo, titulado *Los ciclámenes*, seguramente una monografía sobre este género de plantas.

Los ciclámenes son la *flor preferida* de mi mujer. Me reprocho no acordarme sino pocas veces de *traerle flores*, sabiendo lo mucho que le gustan. El tema *traer flores* me recuerda una historia que he relatado hace poco, en una reunión de amigos míos, utilizándola como prueba de que el olvido constituye con gran frecuencia la realización de un propósito de lo inconsciente y permite siempre deducir una conclusión sobre los secretos pensamientos del olvidadizo. Una señora joven, que se hallaba acostumbrada a recibir de su marido un hermoso ramo de flores el día de su cumpleaños, echa de menos esta muestra de cariño en uno de tales días y rompe a llorar amargamente. El marido no acierta a explicarse este llanto y cuando ella le revela la causa se excusa, alegando haber olvidado totalmente qué día era, y quiere salir en seguida a comprar las *flores*. Pero la mujer continúa desconsolada, viendo en el olvido de su esposo una prueba de que ya no ocupa ella en sus pensamientos igual lugar que antes. Mi mujer ha encontrado hace dos días a esta señora de L., la cual le dijo que se sentía mejor de salud y le preguntó por mí. En años anteriores había acudido a mi consulta para someterse a tratamiento.

A estas asociaciones libres se agregan luego las que siguen: realmente he escrito en una ocasión algo análogo a una monografía sobre una planta —un estudio sobre la *coca*— que orientó la atención de K. Koller sobre la propiedad anestésica de la cocaína. En mi trabajo se indicaba ya como posible este empleo del citado alcaloide, pero no se estudiaba a fondo la cuestión. Con relación a este tema se me ocurre ahora que en la mañana del día siguiente a este sueño (cuya interpretación no tuve tiempo de emprender hasta las últimas horas de la tarde) ocupó durante algún tiempo mi pensamiento la idea de la cocaína dentro de una especie de fantasía diurna que mi imaginación se entretuvo en construir. Pensé, en efecto, que si alguna vez tenía la desgracia de padecer una glaucoma, iría a Berlín y me haría operar, en casa de un amigo mío, por un médico conocido de él, pero al que no revelaría mi personalidad. No sabiendo quién era yo, me hablaría de la facilidad con que, merced a la introducción de la cocaína, podía ya llevarse a cabo tales operaciones. Por mi parte, me guardaría muy bien de revelar que

había tenido participación en dicho descubrimiento. A esta fantasía se enlazaron pensamientos sobre lo embarazoso que es para un médico solicitar para sí propio el auxilio profesional de otros colegas. No dándome a conocer al oculista berlinés, podría pagarle, como otro enfermo cualquiera, sus servicios. Después de surgir en mi memoria el recuerdo de esta ensoñación diurna, advierto que detrás de là misma se esconde el recuerdo de un determinado suceso. Poco tiempo después del descubrimiento de Koller padeció mi padre un glaucoma, siendo operado por el doctor Königstein, oculista y amigo mío. El mismo doctor Koller se encargó de efectuar la anestesia por medio de la cocaína, y al terminar la operación nos hizo observar que para ella nos habíamos reunido las tres personas que habíamos participado en la introducción de dicho alcaloide como anestésico.

Mis pensamientos van ahora, continuando su curso, hasta la última vez en que hube de recordar toda esta historia de la cocaína. Fue esto hace pocos días, cuando leí un escrito de felicitación en el que los alumnos y ex alumnos del laboratorio testimoniaban su agradecimiento al claustro de profesores del mismo. Entre los títulos de gloria de la institución, se citaba el descubrimiento en ella realizado por K. Koller de la propiedad anestésica de la cocaína. Advierto ahora, de repente, que mi sueño se halla enlazado a un suceso de la tarde anterior. Dialogando precisamente con el doctor Königstein sobre una cuestión que me apasiona siempre que me ocupo de ella, le había ido acompañando hasta su casa. En el portal tropezamos con el profesor *Gärtner* (jardinero) y su joven esposa, no pudiendo yo por menos de felicitarlos por su *floreciente* aspecto. El profesor *Gärtner* es uno de los autores del escrito a que antes me referí, y debió, sin duda, recordármelo. También la señora de L., cuyo desencanto en el día de su cumpleaños hube antes de relatar, fue citada, aunque con distinto motivo, en la conversación que sostuvimos el doctor Königstein y yo.

Intentaré interpretar también las restantes determinantes del contenido onírico. La monografía contiene un *espécimen* disecado de la planta, como *si de un herbario* se tratara. A la idea *herbario* enlaza un recuerdo de mis tiempos escolares. El director del establecimiento de enseñanza en que yo estudiaba reunió una vez a los alumnos de las clases superiores, y los encargó de revisar y limpiar el herbario de la casa, en el que se habían encontrado

pequeñas larvas de *polilla (Buecherwurm*; literalmente, *gusano de los libros)*. Desconfiando, sin duda, en la eficacia de mi ayuda, no se me entregaron sino muy pocas hojas, en las que recuerdo había algunos ejemplares de plantas crucíferas. Mis conocimientos de botánica no han sido nunca cosa mayor. Al examinarme de esta disciplina me fue presentada también una crucífera, sin que lograse reconocerla, y hubiera sido reprobado a no salvarme mis conocimientos teóricos. Desde las crucíferas pasa mi pensamiento a las compuestas. En realidad, la alcachofa es una flor de la familia de las compuestas y precisamente aquélla a la que podría denominar mi *flor preferida*. Más cariñosa que yo, suele mi mujer traerme con frecuencia esta flor del mercado.

Veo ante mí la monografía que he escrito. Tampoco esto carece de una relación. Aquel amigo mío residente en Berlín al que antes hube de referirme, y que posee en alto grado la facultad de imaginación plástica, me escribió ayer: «No dejo de pensar en tu libro sobre los sueños. *Lo veo terminado ante mí, y paso sus hojas lleno de interés*». Le envidio profundamente esta facultad de visión. ¡Ojalá pudiese ver también yo mi libro terminado ante mí[326]!

La lámina en colores. —Siendo estudiante de Medicina compliqué extraordinariamente mi trabajo por el afán de no estudiar sino en monografías. A pesar de mis limitados medios económicos, adquirí varias importantes publicaciones médicas, cuyas *láminas en colores me encantaban*. Este afán de buscar lo completo en cada cuestión me enorgullecía. Cuando luego comencé a publicar por mi cuenta, tuve que dibujar las láminas correspondientes a mis trabajos, y sé que una de ellas salió tan imperfectamente, que motivó las burlas de un benévolo colega. A esto se enlaza, no sé muy bien cómo, un muy temprano recuerdo infantil. Mi padre tuvo un día la humorada —apenas justificable desde el punto de vista-educativo— de entregarnos a mí y a la mayor de mis hermanas, para que lo estropeáramos y destruyéramos a nuestro antojo, un libro con *láminas en colores*. (Descripción de un viaje por Persia). Por entonces tenía yo cinco años y mi hermana no llegaba a tres. El cuadro que formábamos mi hermana y yo, destruyendo gozosamente el libro —al que fuimos arrancando las hojas una por una (*como a una alcachofa*)—, es casi el único perteneciente a

aquella edad, del que conservo aún un recuerdo plástico. Cuando después comencé mi vida de estudiante, se desarrolló en mí una gran afición a poseer libros (correspondiente a la inclinación a estudiar en monografías; una *afición* como las que aparecen en las ideas del sueño con respecto a los ciclámenes y a las alcachofas). Llegué a ser un *gusano de los libros*[327] (cf. *herbario*). Desde que hube de comenzar a reflexionar sobre mí mismo, he referido siempre esta primera pasión de mi vida a la impresión infantil antes indicada, o, mejor dicho, he reconocido que dicha escena infantil constituye un *recuerdo encubridor* de mi posterior bibliomanía. Naturalmente, no tardó en mostrárseme que las pasiones nos acarrean con facilidad amargos sinsabores. Teniendo diecisiete años se me acumuló en la librería una elevada cuenta, en ocasión en la que no disponía de medios para saldarla, y apenas me sirvió de excusa para con mi padre el buen motivo de mis gastos. El recuerdo de este suceso de juventud me lleva en seguida a la conversación que con mi amigo el doctor Königstein mantuve la tarde anterior al sueño; conversación en la que tratamos también del reproche que, como en el citado suceso juvenil, suele hacérseme ahora, de dejarme arrastrar demasiado por mis aficiones y preferencias.

Por razones que no hacen al caso, prescindiré de continuar aquí la interpretación de este sueño, y me limitaré a indicar el camino que a la misma conduce. Durante la labor de análisis me ha sido recordada repetidamente mi conversación con el doctor Königstein. Pasando revista a los temas en ella tratados, se me hace comprensible el sentido del sueño. Todas las rutas mentales iniciadas, o sea, las referentes a las aficiones de mi mujer y a las mías propias, a la cocaína a las dificultades de la asistencia médica entre colegas, a mi predilección por los estudios monográficos y mi descuido de determinadas disciplinas, como la botánica, todo esto es continuado en la interpretación, hasta desembocar en una cualquiera de las numerosas ramificaciones de mi diálogo con el oculista. Mi sueño presenta nuevamente el carácter de una justificación, de una defensa de mi derecho análogamente al de la inyección de Irma, antes analizado. Pudiera incluso decirse que continúa el tema que en dicho sueño se iniciaba y lo desarrolla en relación con un nuevo material surgido con posterioridad a él. La misma forma expresiva del sueño, en apariencia indiferente, muestra ahora un

particularísimo carácter. Así como en el sueño de Irma trato de justificarme alegando ser un médico concienzudo y aplicado, hago constar ahora, en mi sueño, que soy el autor de un valioso y utilísimo trabajo (sobre la cocaína), y tanto en uno como en otro caso me escudo en la alegación correspondiente para afirmar un derecho. Es como si de los méritos expuestos dedujese una conclusión en la forma siguiente: «… siendo así, creo que puedo permitirme…» Pero en el ejemplo presente puedo prescindir de exponer al detalle la interpretación, pues el propósito que me guiaba al comunicar este sueño era tan sólo el de investigar en un caso práctico la relación del contenido onírico con el suceso estimulador del día del sueño. Mientras no me era conocido sino el contenido manifiesto, no se me evidenciaba más que una sola relación del sueño con una impresión diurna; en cambio, una vez efectuado el análisis, se me revela, en otro suceso del mismo día, una segunda fuente del sueño. La primera de estas impresiones a las que el sueño se refiere es de carácter indiferente, constituyendo una circunstancia accesoria: el haber visto en el escaparate de una librería un libro cuyo título atrae fugitivamente mi atención y cuyo contenido apenas debía interesarme. La segunda impresión posee, en cambio, un alto valor psíquico: he dialogado con mi amigo el oculista durante cerca de una hora, haciéndole determinadas indicaciones de gran interés para ambos, y esta conversación ha provocado en mí la emergencia de recuerdos acompañados de los más diversos sentimientos. Además, nuestro diálogo quedó interrumpido, antes de terminar, por la llegada de unos amigos. ¿Qué relación tienen entre sí y con el sueño las dos impresiones diurnas señaladas?

En el contenido manifiesto no encuentro sino una alusión a la impresión indiferente, y de este modo queda confirmado que el sueño acoge con preferencia en dicho contenido aquello que en la vida diurna no posee sino un carácter secundario. Por el contrario, en la interpretación onírica nos conduce todo al suceso importante, justificadamente estimulador. Si, como constituye la única forma acertada, juzgo el sentido del sueño por el contenido latente que el análisis nos ha revelado, habré llegado inopinadamente a un nuevo e importante conocimiento. El enigma de la preferencia exclusiva del sueño por los fragmentos sin valor de la vida diurna desaparece por completo y queda probada la inexactitud de aquellas afirmaciones que pretende que la vida

anímica de la vigilia no continúa en el sueño, y que el mismo prodiga, en cambio, actividad psíquica en materia insignificante. La verdad es totalmente opuesta. Aquello que nos ha impresionado durante el día domina también las ideas del sueño, y sólo por aquellas materias que en la vigilia han estimulado nuestro pensamiento nos tomamos el trabajo de soñar.

La explicación más próxima de por qué sueño con la impresión diurna indiferente, siendo otra, justificadamente estimuladora, la que ha provocado mi sueño, es quizá la de que se trata nuevamente de un fenómeno de la deformación onírica, proceso que antes atribuimos a un poder psíquico que reina a título de censura. El recuerdo de la monografía sobre los ciclámenes es empleado como si constituyese una *alusión* a mi diálogo con Königstein, idénticamente a como en el sueño de la comida fracasada queda representada la amiga de la sujeto por la alusión *salmón ahumado*. Fáltanos averiguar por conducto de qué elementos intermedios puede entrar la impresión producida por la monografía en una relación alusiva con mi conversación con el oculista, pues a primera vista nos es imposible hallar conexión alguna de este género. En el ejemplo de la comida fracasada queda establecida una tal relación desde el primer momento, pues el *salmón ahumado* pertenece, a título de plato preferido de la amiga, al círculo de representaciones que la persona de la misma ha de despertar en la sujeto del sueño. Pero en nuestro nuevo ejemplo se trata de dos impresiones separadas, que al principio no tiene nada común, sino el haber surgido en un mismo día. La monografía me ha llamado la atención por la mañana, y la conversación se desarrolló a finales de la tarde. La respuesta que a estos hechos nos da el análisis es la siguiente: tales relaciones, inexistentes al principio entre las dos impresiones, quedan establecidas subsiguientemente entre los respectivos contenidos de representaciones. En la redacción del análisis he hecho ya resaltar los elementos intermedios correspondientes. A la representación de la monografía sobre los ciclámenes no habría yo enlazado, probablemente, si no hubieran sobrevenido influencias de distinto origen, más que una sola idea: la de que dicha flor es la preferida de mi mujer, o quizá también el recuerdo de la historia de la señora de L., ideas que no creo hubieran bastado para provocar un sueño.

There needs no ghost, my lord, come from the grave, To tell us this.

(Hamlet.)

Pero he aquí que el análisis me recuerda que la persona que interrumpió nuestra conversación se llamaba *Gärtner* (jardinero) y que hallé a su mujer floreciente. Además, recuerdo ahora, *a posteriori*, que en mi conversación con Königstein hablé también de una paciente mía que lleva el bello nombre de *Flora*. Por medio de estos elementos intermedios, pertenecientes al círculo de representaciones de la botánica, es como he debido de llevar a cabo el enlace de los dos sucesos diurnos, el indiferente y el interesante. A continuación fueron estableciéndose otras relaciones, siendo la primera la de la cocaína, la cual podía unir congruente y justificadamente la persona del doctor Königstein y una monografía botánica escrita por mí. Estas relaciones fortifican la fusión de los dos círculos de representaciones en uno sólo, permitiendo de este modo que un fragmento del primer suceso pudiera ser utilizado como alusión al segundo.

Sé que esta explicación será combatida y calificada de arbitraria o artificiosa. ¿Qué hubiera sucedido si no hubiéramos encontrado al profesor *Gärtner* (jardinero) y a su floreciente esposa y si la paciente de que hablamos se hubiese llamado *Ana* y no *Flora*? La respuesta es sencilla. Si estas relaciones de ideas no hubieran existido hubieran sido elegidas otras distintas. Nada más fácil, en efecto, que establecer relaciones de este género; los chistes, adivinanzas y acertijos que nos hacen reír o nos entretienen en la vida diurna lo demuestran constantemente. El dominio del chiste es limitado. Pero aún hay más; si no hubiera sido posible establecer entre las dos impresiones del día relaciones intermedias suficientemente eficaces, habría tomado el sueño una forma distinta; otra cualquiera de las infinitas impresiones indiferentes que durante el día experimentamos y olvidamos casi en el acto habría tomado para el sueño el lugar de la «monografía» y habría entrado en conexión con el contenido de la conversación y representado a éste en el sueño. El que ninguna otra impresión, sino precisamente la de la monografía, fuese llamada a tomar a su cargo este papel es señal de que era la más apropiada para el establecimiento de la conexión. No debe admirarnos nunca, como al Juanito Listo (*Hänschen Schlau*), de Lessing, «que sean sólo los ricos los que más dinero tienen».

En el proceso psicológico por medio del cual llega la impresión

indiferente a constituirse en representación de lo psíquicamente importante tiene que parecemos todavía harto arduo y singular. En otro capítulo nos plantearemos la labor de aproximar más a nuestra inteligencia las peculiaridades de esta operación aparentemente incorrecta, pues, por el momento, queremos limitamos al resultado de dicho proceso, resultado que los conocimientos deducidos de numerosísimos análisis oníricos nos fuerzan a aceptar. Lo que del proceso advertimos es como si mediante los indicados elementos intermedios se llevase a cabo un *desplazamiento* de lo que podríamos denominar el «acento psíquico», hasta conseguir que representaciones débilmente provistas de intensidad inicialmente adquieran, por apropiación de la intensidad de otras mejor provistas al principio, una energía que las capacite para forzar el acceso a la conciencia. Tales desplazamientos no nos admiran cuando se trata de la aplicación de magnitudes de afecto o en general de actos motores. Que la solterona sin familia transfiera su ternura a sus animales caseros, que el solterón se convierta en apasionado coleccionista, que el soldado defienda hasta la muerte algo que en realidad no es sino una seda de colores, que en las relaciones amorosas nos colme de felicidad un apretón de manos prolongado durante un segundo o que un pañuelo perdido produzca en Otelo un ataque de ira, son ejemplos de desplazamientos psíquicos que nos parecen incontrovertibles. En cambio, el que del mismo modo y conforme a los mismos principios se establezca una conclusión sobre lo que llega a nuestra conciencia y lo que es usurpado a la misma, esto es, sobre lo que pensamos, nos hace la impresión de algo morboso y lo calificamos de error mental cuando lo observamos en la vida despierta. Anticipando aquí el resultado de consideraciones que más adelante habremos de exponer, revelaremos que el proceso psíquico que hemos reconocido en el desplazamiento onírico se nos demostrará, ya que no patológicamente perturbado, sí distinto de lo normal; esto es, como un proceso de naturaleza más bien *primaria*.

De este modo interpretaremos la inclusión de restos de sucesos secundarios en el contenido del sueño como un fenómeno de la *deformación onírica* (por desplazamiento) y recordaremos que en este proceso deformador vimos una consecuencia de la censura que vigila a la comunicación entre dos instancias psíquicas. Esperamos, por tanto, que el análisis onírico nos

descubra siempre la fuente verdadera y psíquicamente importante situada en la vida diurna, cuyo recuerdo ha desplazado su acento sobre el recuerdo indiferente. Esta concepción nos sitúa en abierta contradicción con la teoría de Robert, inutilizable ya para nosotros. En efecto, resulta que el hecho que quería explicar Robert no existe, pues la hipótesis de su existencia se basa en el error que supone la no sustitución del contenido aparente del sueño por el verdadero sentido del mismo. Pero no es ésta la única objeción que puede oponerse a dicha teoría. Si el sueño tuviera realmente la función de libertar nuestra memoria, por medio de una labor psíquica especial, de las «escorias» del recuerdo diurno, el trabajo realizado mientras dormimos sería muy superior al que pudiera significar nuestra actividad anímica despierta. Las impresiones indiferentes del día de las que habíamos de proteger nuestra memoria son infinitamente numerosas, y la noche entera no bastaría para hacerlas desaparecer. Mucho más verosímil es que el olvido de las impresiones indiferentes se realice sin intervención activa de nuestros poderes anímicos.

No obstante, parece haber algo que nos advierte que no debemos todavía echar a un lado sin más detenido examen las teorías de Robert. Hemos dejado inexplicado el hecho de que una de las impresiones indiferentes del día —y precisamente del último— proporcione siempre al contenido onírico un elemento. Entre esta impresión y la verdadera fuente onírica en lo inconsciente no siempre existen relaciones desde un principio, sino que, como ya hemos visto antes, quedan establecidas después, durante la elaboración del sueño, y como para facilitar el desplazamiento que la misma ha de llevar a cabo. Tiene, pues, que existir una coerción que imponga el establecimiento de tales relaciones precisamente con el impresión reciente, aunque nimia, y esta última tiene que ser, por una cualidad particular cualquiera, apropiada para ello. En caso contrario sería igualmente fácil que las ideas latentes desplazasen su acento sobre un fragmento inesencial de su propio contenido de representaciones.

Los conocimientos que a continuación expongo, deducidos de mis análisis, pueden conducirnos a una explicación satisfactoria de esta cuestión. Cuando un día ha traído consigo dos o más sucesos capaces de provocar un sueño quedan ambos mencionados en el mismo por una única totalidad, como

si el fenómeno onírico obedeciese a una coerción que le obligase a *formar con ellos una unidad*. Ejemplo: Una tarde de verano subí a un coche del ferrocarril, en el que encontré a dos amigos míos que no se conocían entre sí. Uno de ellos era un colega mío de gran fama, y el otro, un miembro de una distinguida familia a la que presto mi asistencia profesional. Aunque presenté en seguida a ambos señores, no entablaron durante todo el largo viaje conversación seguida entre ellos, sino que se limitaron a tomar parte en las que por separado hube yo de iniciar con cada uno. En una de ellas rogué a mi colega que recomendase a sus amistades a un conocido común que comenzaba por entonces el ejercicio de la Medicina. Mi colega me observó que estaba convencido de los méritos del principiante, pero que su insignificante figura le había de hacer más difícil el acceso a las casas de personas distinguidas, replicándole yo que precisamente por eso se hallaba necesitado de recomendación. Al otro de mis compañeros de viaje le pregunté poco después por el estado de su tía —madre de una de mis pacientes—, de la que sabía se hallaba gravemente enferma. A la noche siguiente a este viaje soñé que aquel amigo mío para el cual había solicitado ayuda se hallaba en un elegante salón y pronunciaba con toda la serena corrección de un acabado hombre de mundo y ante una selecta concurrencia, en la que situé a todas las personas distinguidas y ricas que me eran conocidas, un discurso necrológico en memoria de la anciana tía de mi compañero de viaje, a la que mi sueño daba ya por muerta. (Confieso francamente que no me hallaba en muy buenas relaciones con esta señora.) Así, pues, mi sueño había hallado de nuevo conexiones entre las dos impresiones del día y había compuesto por medio de ellas una situación unitaria.

Sobre la base de conocimientos análogamente adquiridos por mi experiencia en la interpretación de los sueños sentaré aquí el principio de que para la elaboración onírica existe también una especie de fuerza mayor que la obliga a reunir en una unidad en el sueño todas las fuentes de estímulos dadas[328]. Esta coerción que actúa sobre la elaboración de los sueños se nos revelará en el capítulo que a esta última consagraremos como una parte de la *condensación*, otro proceso psíquico primario.

Entraremos ahora en el examen de la cuestión de si la fuente onírica a que

el análisis nos conduce tiene que ser siempre un acontecimiento externo —e importante—, o si un suceso interior, o sea, el recuerdo de un suceso psíquicamente importante, o un proceso mental, puede asimismo llegar a constituirse en estímulo onírico. Los numerosos análisis realizados nos permiten contestar a esta interrogación en sentido afirmativo. El estímulo de un sueño puede ser un proceso interior que nuestra actividad intelectual diurna ha actualizado. Creo es éste el momento de agrupar en un esquema las fuentes oníricas descubiertas:

La fuente de un sueño puede ser:

1) Un suceso reciente y psíquicamente importante, representado directamente en el sueño[329].

2) Varios sucesos recientes e importantes, que el sueño reúne en una unidad[330].

3) Uno o varios sucesos recientes e importantes, representados en el contenido manifiesto por la mención de un suceso contemporáneo, pero indiferente[331].

4) Un suceso interior importante (recuerdo, proceso mental) representado *siempre* en el sueño por la mención de una impresión reciente, pero indiferente[332]. Vemos, pues, que en el contenido manifiesto de todo sueño existe siempre un elemento que repite una expresión del día inmediatamente anterior. Este factor, destinado a ser representado en el contenido manifiesto, puede pertenecer al acervo de representaciones del verdadero estímulo del sueño —como parte esencial o nimia del mismo— o proceder del círculo de ideas de una impresión indiferente, enlazado con el del estímulo onírico por relaciones más o menos numerosas. La aparente multiplicidad de las condiciones depende aquí únicamente de una *alternativa*, esto es, de que *hayan tenido o no lugar un desplazamiento*; alternativa que nos permite explicar los contrastes del fenómeno onírico con igual facilidad que a la teoría médica el progresivo despertar de las células cerebrales.

Observamos, además, en el esquema antes consignado que el elemento psíquicamente importante, pero no reciente (el proceso mental o el recuerdo), puede ser sustituido en el sueño por un elemento reciente, pero psíquicamente indiferente, siempre que en la sustitución se acaten dos condiciones: 1.ª, que el contenido del sueño sea puesto en relación con los recientemente vividos

por el sujeto; y 2.ª, que el estímulo onírico sea siempre un proceso psíquicamente importante. En un solo caso, *I),* quedan cumplidas ambas condiciones por una misma impresión. Si reflexionamos, además, que aquellas impresiones indiferentes que son utilizadas por la elaboración del sueño mientras conservan la propiedad de ser recientes pierden esta aptitud en cuanto envejecen un solo día (o varios como máximo), habremos de decidirnos a suponer que la actualidad de una impresión le da de por sí determinado valor psíquico para la formación de sueños, valor que equivale en cierto modo al de los recuerdos o procesos mentales saturados de afecto. Posteriores reflexiones de orden psicológico nos permitirán adivinar en qué puede fundarse este valor de las impresiones *recientes* para la formación de los sueños[333].

Secundariamente es atraída aquí nuestra atención sobre el hecho de que durante la noche, y sin que nuestra conciencia lo advierta, pueden tener efecto importantes transformaciones de nuestro material de recuerdos y representaciones. El consejo de «consultar con la almohada», esto es, de dejar pasar una noche antes de tomar decisión ninguna importante, se halla plenamente justificado. Pero observamos que con estas consideraciones hemos pasado de la psicología del sueño a la del estado de reposo, acto para el que aún han de presentársenos numerosas ocasiones[334].

Existe, sin embargo, una objeción que amenaza echar por tierra estas últimas conclusiones. Si las impresiones indiferentes sólo mientras son recientes poseen acceso al contenido onírico, ¿cómo hallamos también en éste elementos de tempranas épocas de nuestra vida que cuando fueron recientes carecieron, según la expresión de Strümpell, de todo valor psíquico y debían, por tanto, hallarse olvidados nace ya mucho tiempo elementos que no son ni recientes ni psíquicamente importantes?

Pero apoyándonos en los resultados obtenidos en psicoanálisis de individuos neuróticos podemos salvar por completo esta objeción. La explicación es que el desplazamiento que sustituye el material psíquicamente importante por otro indiferente (tanto en el sueño como en el pensamiento despierto) ha tenido ya efecto, en estos casos, en dichas tempranas épocas, habiendo quedado fijo desde entonces en la memoria. Tales elementos, originalmente indiferentes, no lo son ya desde que han adquirido, por

desplazamiento, el valor del material psíquicamente importante. Aquello que en realidad ha permanecido indiferente no puede tampoco ser reproducido en el sueño.

De las consideraciones que preceden deducirá el lector justificadamente que no existe, a mi juicio, estímulo onírico alguno indiferente y, por tanto, tampoco sueños inocentes. Tal es, en efecto, mi opinión, rotunda y exclusiva, salvo con respecto a los sueños de los niños y quizá algunas breves reacciones oníricas a sensaciones nocturnas. Fuera de estos casos, todo lo que soñamos, o se demuestra psíquicamente importante de un modo manifiesto, o se halla deformado y sólo podemos juzgarlo después de realizar el análisis, el cual nos revelará siempre su importancia. El sueño no se ocupa nunca de cosas nimias, ni nosotros consentimos que nuestro reposo quede alterado por algo que no valga la pena[335]. Los sueños aparentemente inocentes demuestran no serlo en cuanto nos preocupamos de interpretarlos. Siendo ésta nuevamente una afirmación contra la que habrán de elevarse innúmeras objeciones, someteré aquí al análisis una serie de sueños «inocentes», aprovechando al mismo tiempo la ocasión para mostrar prácticamente la labor de la deformación onírica.

I. Una señora joven, inteligente y distinguida, pero muy reservada en su vida de relación y hasta un tanto «agua mansa», me refirió un día: «He soñado que llegaba tarde a la plaza y no encontraba ya nada en la carnicería ni en la verdulería». Este sueño muestra, desde luego, un contenido inocente; pero como el relato que de él me hace la sujeto no me parece reflejado con exactitud, le ruego que me lo exponga con más detalle. He aquí el nuevo relato. «Va al mercado con su cocinera, la cual lleva la cesta. El carnicero, al que piden algo, les contesta: ‘No queda ya’, y quiere despacharle otra cosa diferente, observando: ‘Esto también es bueno’. Ella rehúsa la oferta y se dirige al puesto de la verdulera, la cual quiere venderle una extraña verdura atada formando manojo y de color negro. Ella dice entonces: ‘No he visto nunca cosa semejante. No la compro’». La conexión de este sueño con la vida diurna es facilísima de hallar: La sujeto había llegado tarde aquella mañana al mercado y tuvo que volver a su casa sin haber podido comprar nada. Para describir este suceso podríamos usar la frase «la carnicería estaba cerrada». Pero, ¡calle!, ¿no es esta frase —o mejor dicho, la contraria afirmación— una

grosera locución con la que se alude a una determinada negligencia en el vestido masculino? Por lo demás, la sujeto no ha empleado la frase en su relato, sino que, por el contrario, ha evitado quizá pronunciarla. Intentemos interpretar los detalles del contenido manifiesto.

Todo lo que en el sueño presenta un carácter verbal, siendo dicho u oído y no solamente pensado —cosa que casi siempre podemos diferenciar con toda seguridad—, procede de aquello que en la vida despierta hemos oído o dicho, aunque la elaboración onírica, considerándolo como materia prima, lo modifique a veces y lo desglose siempre de su contexto (presentándolo aislado)[336]. Estos elementos verbales pueden ser tomados como punto de partida de la interpretación. ¿De dónde proceden, pues, las palabras del carnicero? Soy yo mismo quien las pronunció hace días, al explicar a la sujeto que en la memoria del adulto *no queda ya nada* de los antiguos sucesos infantiles, pues han sido sustituidos por «transferencias y por sueños». Soy yo, por tanto, el carnicero, y lo que la paciente rechaza es la posibilidad de tales transferencias al presente de ideas y sentimientos pretéritos. ¿De dónde proceden las palabras que ella pronuncia en el sueño: *No he visto nunca cosa semejante. ¡No lo compro!*? Analicemos por separado cada una de estas dos frases. *No he visto nunca cosa semejante* es una exclamación que la sujeto pronunció realmente el día del sueño riñendo a su cocinera Pero en esta ocasión había añadido: «¡Hágame el favor de conducirse más correctamente!» Se nos evidencia aquí un desplazamiento. De las dos frases que dirigió a su cocinera ha escogido en su sueño la que carece de importancia, reprimiendo, en cambio, la otra —*Hágame el favor de conducirse más correctamente*—, que es precisamente la que forma sentido con el contenido onírico restante. Esta frase es la que se dirigía a alguien que se atreviese a hacer proposiciones indecorosas y olvidase «cerrar la carnicería». La concordancia de estas hipótesis con las alusiones que luego hallamos en la escena con la verdulera nos demuestra que nos hallamos sobre la pista de la verdadera interpretación. Una verdura («alargada», añade luego la sujeto) que se vende por manojos, pero que, además, es negra, no puede ser sino una fusión, efectuada por el sueño, de los espárragos con los rábanos negros (*Rhaphanusniger*). La significación onírica del «espárrago» es ya conocida por todos aquellos que se han ocupado algo de estas materias. Pero

también de otra legumbre (*schwarzer*, *Rettig*) parece aludir, por la analogía de su mismo nombre, con una locución de sentido sexual (*Schawarzer, rett'dich!)*[337] a aquel mismo tema sexual que desde un principio adivinamos cuando incluimos, en el relato de la paciente, la frase «la carnicería estaba cerrada». No creo necesario revelar por completo el sentido de este sueño; lo expuesto hasta aquí basta para demostrar que es harto significativo y nada inocente[338] 249.

II. Otro sueño inocente de la misma persona y que constituye, en cierto sentido, la pareja del anterior: «Su marido le pregunta: ¿No hay que mandar afinar el piano? Ella contesta: No vale la pena. De todos modos, hay que forrar los macillos». Nuevamente una reproducción de un suceso real del día anterior. Su marido le hizo la pregunta consignada y ella contestó en forma análoga a como en el sueño lo hace. Pero ¿qué significa esto último? Hablando del piano, dice que es una *caja indecente y de malos* sonidos (mal tono), que su marido poseía ya antes de casarse[339], etc. ; pero la clave de la solución nos la da la frase: *No vale la pena*. Esta frase procede de una visita que la paciente hizo el día del sueño a una amiga suya. Invitada a quitarse la chaqueta, había rehusado diciendo: «No vale la pena. Me tengo que marchar en seguida». Al oír relatar esta escena a la sujeto, recuerdo que el día anterior, durante la sesión de análisis, se echó mano al pecho, al notar que se le había desabrochado un botón, como si quisiera decir: «No mire usted, *no vale la pena*». La caja queda así convertida en alusión a la *caja torácica*, y la interpretación del sueño nos conduce directamente a la época del desarrollo físico de la paciente, cuando la misma comenzó a sentirse descontenta de la delgadez de sus formas corporales. Las expresiones «indecente» y «mal tono» nos llevan también a esta temprana época, en cuanto recordamos la frecuencia con la que tanto en la alusión como en el sueño suelen sustituirse los pequeños hemisferios del cuerpo femenino a otros, más amplios, pertenecientes también al mismo.

III. Interrumpiré la serie de sueños de esta enferma para intercalar en ella un breve sueño inocente de un joven. Sueña que ha tenido que *ponerse de nuevo el gabán de invierno, cosa terrible*. El motivo de este sueño parece ser, a primera vista, el frío que de repente había vuelto a hacer. Pero un examen más detenido nos muestra que los dos breves fragmentos de que se compone

no concuerdan entre sí, pues el tenerse que poner un gabán de invierno, porque hace frío, no es nada *terrible*. Por desgracia para la inocencia de este sueño, la primera ocurrencia que surge en el análisis es la de que una señora había dicho en confianza a nuestro sujeto, el día anterior, que su último hijo debía su existencia a la rotura de un preservativo. El sujeto reconstruye ahora los pensamientos que le sugirió esta confidencia: los preservativos finos presentan el peligro de romperse, y los gruesos son muy molestos. Un preservativo es como un vestido o gabán. Si a él, soltero, le ocurriese algo como lo que la señora le ha relatado, sería «terrible». Volvamos ahora a nuestra paciente.

IV. «Mete una vela en el candelero. Pero la vela está rota y no se tiene derecha. Las muchachas del colegio dicen que es muy desmañada; pero la maestra la defiende diciendo que no es culpa suya».

También aquí hallamos un suceso real como motivo del sueño. El día anterior puso una vela en un candelero, pero no estaba rota. La vela es un objeto que excita los genitales femeninos. Rota, y no pudiéndose mantener derecha, significa la impotencia del hombre (*no es culpa suya*). Pero ¿cómo es posible que la paciente, cuidadosamente educada, pueda conocer tal empleo de la vela? Casualmente puede indicar el origen de este conocimiento. En una excursión en barca por el Rin, pasó junto a ellos un bote lleno de estudiantes, que con toda tranquilidad iban cantando, a voz en grito, una canción obscena: «Cuando la reina de S. cierra las ventanas y con una “vela de Apolo” (Apollokerze)…»[340]*

La sujeto no oyó bien o no comprendió esta última palabra, y su marido tuvo que explicarle lo que significaba. El texto de la canción queda luego sustituido en el contenido onírico por el inocente recuerdo de una comisión de que la encargaron en el colegio y que llevó a cabo muy *desmañadamente*. Esta sustitución queda realizada por medio de un elemento común: *las ventanas cerradas*. La conexión del tema del onanismo con el de la impotencia es suficientemente clara. El elemento «Apolo», del contenido latente, une este sueño con otro anterior, en el que se trataba de la virginal Palas. Todo ello, como vemos, nada inocente.

V. Para que no se crea demasiado fácil el deducir de los sueños conclusiones sobre las verdaderas circunstancias personales del sujeto,

expondré un nuevo sueño de esta enferma, inocente también en apariencia. «He soñado algo —me relata— lo que había hecho realmente durante el día; esto es, que metía los libros en un pequeño baúl, que luego me costaba trabajo cerrarlo, y lo he soñado tal y como había sucedido». En este caso, hace resaltar especialmente la sujeto la coincidencia entre el sueño y la realidad. Todos estos juicios y observaciones sobre el sueño pertenecen, aunque hayan creado un lugar en el pensamiento despierto, al contenido latente, circunstancia que ya demostraremos con otros ejemplos. La paciente nos dice, en este caso, que lo que el sueño le ha presentado había sucedido realmente el día anterior. Nos ocuparía demasiado lugar exponer por qué camino llegamos a la ocurrencia de recurrir al idioma inglés como medio auxiliar de la interpretación. Baste con decir que se trata nuevamente de una pequeña *box* (cf. el ejemplo de la niña en su caja, pág. 441) que ha sido llenada hasta el punto de que nada más cabía en ella. En todos estos sueños «inocentes» predomina singularmente el factor sexual como motivo de la censura. Pero es éste un tema de esencial importancia que debemos dejar a un lado por el momento.

b) **Lo infantil como fuente onírica**.

Como tercera de las peculiaridades del contenido onírico, hemos señalado, de acuerdo con todos los autores (incluso Robert), la de que en el sueño pueden emerger impresiones de tempranas épocas de nuestra vida, de las cuales no dispone nuestra memoria en la vigilia. Fácilmente se comprenderá que no es nada sencillo determinar la frecuencia con que esto sucede, pues al despertar no sabemos reconocer el origen de tales elementos de nuestros sueños. La demostración de que se trata de impresiones de la infancia tiene, por tanto, que realizarse de un modo objetivo, cosa también difícil, dado que sólo en muy raros casos disponemos de los datos necesarios. A. Maury refiere, como especialmente demostrativa, la historia de un individuo que se disponía a hacer un viaje para visitar su ciudad natal, de la que faltaba hacía veinte años, y la noche anterior a la partida soñó que se hallaba en un lugar desconocido y encontraba en la calle a un señor, también

desconocido, con el que entablaba conversación. Llegando luego al fin de su viaje, comprobó que el lugar de su sueño existía realmente en las cercanías de su ciudad natal y que el incógnito individuo era un anciano amigo de su difunto padre. Esta circunstancia prueba que en su niñez había visto tanto el lugar como al individuo de su sueño, el cual debe interpretarse, además, como un sueño de impaciencia, análogo al de aquella paciente mía que pensaba ver al hombre a quien amaba en un concierto para el que ya tenía tomados los billetes, y el del niño al que su padre había prometido llevar de excursión a un lugar determinado. No habiendo sometido este sueño al análisis, no nos es posible, naturalmente, indicar los motivos por los que reprodujo, precisamente, tales impresiones de la infancia del sujeto.

Uno de mis discípulos, que se vanagloriaba de que sólo raras veces sufrían sus sueños los efectos de la deformación onírica, me comunicó uno en el que había visto a su *antiguo preceptor acostado con una criada* que había servido en su casa hasta que él tuvo once años. Asimismo le parecía reconocer la habitación en que dicha escena se desarrollaba. Su hermano, al que relató este sueño, le confirmó, con grandes risas, su completa realidad. Recordaba muy bien —pues en la época a que el sueño se refería tenía ya seis años— que la amorosa pareja le emborrachaba con cerveza cuando hallaba ocasión favorable a su nocturno comercio. Nuestro sujeto, que por entonces sólo tenía tres años, no era considerado como obstáculo, aunque dormía en la misma alcoba.

Existe aún otro caso en el que, sin necesidad de interpretación, puede afirmarse que el sueño contiene elementos de la-infancia. Sucede esto cuando se trata de sueños de los denominados *perennes*, o sea de aquellos que habiendo sido soñados por vez primera en la infancia, retornan después, periódicamente, en la edad adulta. Aunque no he tenido nunca tales sueños perennes, puedo citar algunos ejemplos de este género que me ha sido dado observar. Un médico, cercano ya a los treinta años, me refirió que en su vida onírica solía aparecérsele, desde su más temprana infancia hasta el presente, un león amarillo, cuya figura podía describir con todo detalle. Un día descubrió que tal imagen onírica correspondía a un león de porcelana, perdido o roto hace muchos años, que había habido en su casa y constituyó, según le dijo su madre, el juguete predilecto de su más temprana niñez, cosa

que él no recordaba en absoluto.

Si desde el contenido manifiesto volvemos la vista a las ideas latentes que el análisis nos revela, comprobaremos, con asombro, que también en aquellos sueños en que nunca se nos hubiera ocurrido sospecharlo colaboran tales sucesos infantiles. Al mismo médico del «león amarillo» debo un ejemplo singularmente interesante e instructivo de tal sueño. Después de leer la descripción que Nansen escribió de su expedición polar, soñó que en medio del desierto de hielo prestaba sus servicios profesionales al valeroso explorador, aplicándole corrientes eléctricas para curarle unos dolores de vientre que le aquejaban. En el análisis de este sueño recordó una anécdota de su niñez, sin la cual no sería posible explicarlo. Teniendo tres o cuatro años, oyó una conversación sobre los *viajes de exploración (Entdeckungsreisen)* y preguntó a su padre si aquello era una enfermedad muy grave, confundiendo *los viajes (Reisen)* con los retortijones (*Reis sen*). Las burlas de sus hermanos grabaron para siempre en su memoria el recuerdo de este suceso.

En mi sueño de la monografía botánica se da un caso idéntico al que precede. Al analizarlo tropiezo, en efecto, con el recuerdo infantil, conservado, de que teniendo yo cinco años me dio mi padre un libro con láminas en colores, para que lo destruyera a mi antojo. Se me objetará quizá que es dudoso que este recuerdo participase realmente en la conformación del sueño, siendo más probable que la relación con él quedase posteriormente establecida en la labor analítica; pero la riqueza y el enlace de las asociaciones testimonian en contrario; ciclamen-flor preferida-plato preferido-alcachofas-arrancar, como a una alcachofa, hoja por hoja (expresión muy usada en aquel tiempo con referencia al proyectado reparto del Imperio chino) —herbario— «gusano de los libros» (cuyo plato preferido son los libros). Además, puedo asegurar que el último sentido de este sueño, que no hemos expuesto, se halla en íntima relación con el contenido de la escena infantil.

En otra serie de sueños nos enseña el análisis que el mismo deseo que ha provocado el sueño que lo realiza procede de la vida infantil, haciéndonos ver, con asombro, que *en el sueño continúa viviendo el niño con sus impulsos infantiles*.

Proseguiré aquí el análisis de un sueño al que ya debemos interesantes

esclarecimientos: el de que mi amigo R. es mi tío. Hemos llevado la interpretación hasta descubrir como motivo el deseo de ser nombrado profesor, y nos explicamos el cariño del sueño por mi amigo R. como una oposición contra el rebajamiento de mis otros dos colegas contenido en las ideas latentes. Tratándose de un sueño propio, puedo continuar su análisis, declarándome insatisfecho con la solución alcanzada. Sé perfectamente que en la vida despierta hubiera sido muy distinta mi opinión sobre mis dos colegas, tan maltratados en las ideas latentes. El poder del deseo de no compartir su suerte en lo que a la promoción a profesor se refiere, me pareció insuficiente para esclarecer por completo la antinomia que se patentiza entre mis juicios en la vida despierta y los del sueño. Si mi ansia de poseer el citado título fuera realmente tan grande, sería prueba de una ambición morbosa que no creo poseer. No sé cómo opinarían sobre este punto aquellos que creen conocerme bien. Quizá sea realmente ambicioso; pero, aunque así fuera, hace ya mucho tiempo que mi ambición hacia cosas muy distintas del título de profesor.

¿De dónde procede entonces la ambición que el sueño me atribuye? Se me ocurre ahora que una anciana campesina profetizó a mi madre que yo sería un grande hombre. Tales profecías deben ser harto frecuentes, pues nunca faltan madres a quienes halagar ni ancianas —campesinas o no— que, viendo pasado su reino en el mundo, vuelven los ojos al porvenir. Supongo que la buena profecía valdría algo a la vieja sibila. ¿Podrá acaso ser esto lo que me ha inspirado ansia de grandeza? Pero en este momento recuerdo otra impresión de posteriores años infantiles, más apropiada para iluminarnos sobre este punto concreto. Un día que nos hallábamos en una cervecería del Prater, a la que solían llevarme mis padres cuando ya tenía yo once o doce años, nos llamó la atención un individuo que iba de mesa en mesa y por una pequeña retribución improvisaba versos sobre el tema que se le indicara. Mis padres me enviaron a llamarle, y el poeta, agradecido al mensajero, improvisó, antes que se le señalara tema alguno, unos versos en los que indicó la posibilidad de que yo llegara a ser ministro. Recuerdo bien la impresión que me causó esta segunda profecía. Sucedió esto en la época del «Ministerio burgués», y mi padre había traído hacía pocos días a casa los retratos de los ministros doctores Herbst, Giskra, Unger, Berger, etc. Varios

de estos ministros eran judíos, de manera que todo buen muchacho de esta confesión podía ya decirse que llevaba la cartera de ministro en sus portalibros. Con las impresiones de aquella época debe hallarse también relacionado el que yo decidiese primero estudiar Derecho, no cambiando de idea sino poco antes de comenzar el plazo de inscripción en la Universidad. La carrera de Medicina es incompatible con la política y, por tanto, con la aspiración de llegar a ministro. Observo ahora, volviendo a mi sueño, que el mismo me traslada desde el insatisfecho presente a los tiempos, preñados de esperanzas, del Ministerio burgués, y realiza, en lo que le es posible, mi deseo de *entonces*. Maltratando a mis dos colegas, dignos de la mayor estimación, por el hecho de ser judíos, pero bajo el pretexto de que el uno es imbécil y el otro delincuente, me conduzco como si fuera el propio ministro; esto es, me pongo en el lugar que el mismo ocupa. ¡Magnífica venganza! El ministro me niega el nombramiento de profesor y yo le despojo de su puesto en mi sueño.

En otro caso me fue dado observar que, aunque el deseo provocador del sueño sea contemporáneo, queda robustecido por lejanos recuerdos infantiles. Trátase aquí de una serie de sueños cuya base común es el vivo deseo de hacer un viaje a Roma. Por la época en que tuve estos sueños pensaba que dicho deseo habría de quedar incumplido aún mucho tiempo, pues los días que yo podía disponer para un viaje pertenecían a la estación en la que precisamente no debe permanecer en Roma ningún hombre cuidadoso de su salud[341]. En estas circunstancias soñé una noche que veía a través de la ventanilla del tren el Tiber y el puente de Sant-Angelo; luego echaba a andar el tren en dirección contraria y pensaba yo que tampoco aquella vez se lograba mi deseo de visitar la Ciudad Eterna. El paisaje demi sueño correspondía a un dibujo que el día anterior había visto fugitivamente en casa de un enfermo. En otro sueño me conduce alguien a lo alto de una colina y me muestra Roma envuelta en niebla y tan lejana aún, que me asombro de verla con tanta precisión. El contenido de este sueño rebasa el espacio que aquí desearíamos concederle. En él puede reconocerse fácilmente, a título de motivo, el deseo de «ver desde lejos la tierra de promisión». Lübeck es la primera ciudad que he visto envuelta en niebla, y la colina de mi sueño tiene como antecedente el Gleichenberg. En un tercer sueño me encuentro ya en

Roma, según me dice el mismo. Mas, para desencanto mío, veo ante mí un paisaje que no tiene nada de ciudadano: *un pequeño río de oscuras aguas, con negras rocas a un lado, y al otro, extensas praderas matizadas de grandes flores blancas. Veo a un cierto señor Zucker (azúcar), al que conozco superficialmente, y decido preguntarle por el camino que lleva a la ciudad.* Descomponiendo el paisaje del sueño en sus elementos, las flores blancas me recuerdan a *Ravena*, ciudad que conozco y que sustituyó por algún tiempo a *Roma* como capital de Italia. En los pantanos de *Ravena* vimos bellísimos nenúfares en medio del agua negra. El sueño hace crecer estas flores en las praderas, como nuestros narcisos de Aussee, para evitarnos las molestias que en nuestra estancia en Ravena teníamos que afrontar para cogerlas en medio del pantano. Las negras rocas, tan próximas al río, recuerdan vivamente el valle del Tepl, junto a Karlsbad. Este último nombre me da la explicación del singular fragmento de mi sueño, en el que pregunto al señor Zucker el camino. Descubrimos aquí, en el material con el que el sueño se halla tejido, dos de aquellas divertidas anécdotas judías que suelen entrañar una profunda sabiduría, amarga a veces, y que con tanta frecuencia citamos en nuestras cartas y conversaciones. En una de ellas se nos cuenta de un judío que se introdujo sin billete en el rápido de Karlsbad. Descubierto y expulsado, volvió a subir y volvió a ser descubierto, pero continuó, tenazmente, su manejo, siendo objeto, a cada nueva revisión, de peores tratos. Un conocido que le vio en una de estas ocasiones le preguntó adónde iba y obtuvo la contestación siguiente: «*Si mi constitución* (física) lo resiste…, hasta *Karlsbad*». Próxima a ésta reposa en mi memoria otra historieta de un judío desconocedor del francés, al que le indujeron a preguntar en París por el camino de la rue Richelieu. También París ha sido durante mucho tiempo objeto de mis deseos, y la felicidad que me invadió al pisar por vez primera su suelo la interpreté como garantía de que también se me lograrían otros deseos. El preguntar el camino es una alusión directa a *Roma*, pues conocido es que «todos los caminos llevan a *Roma*». El nombre *Zucker* (azúcar) alude nuevamente a Karlsbad, balneario al que mandamos los médicos a nuestros enfermos de diabetes, que es una enfermedad *constitucional*. La ocasión de este sueño fue la proposición que mi amigo de Berlín[342], me había dirigido de reunimos en Praga, aprovechando las fiestas de Semana Santa. De los

temas que con él pensaba tratar surgen nuevas relaciones con el *azúcar* y la *diabetes*.

Un cuarto sueño, muy próximo al que antecede, me traslada de nuevo a *Roma*. Estoy ante una esquina y me admira el gran número de anuncios y carteles alemanes en ella fijados. El día antes había escrito —con profética visión— a mi amigo que Praga no debía ser una residencia muy agradable para dos viajeros alemanes. Así, pues, mi sueño expresaba al mismo tiempo el deseo de reunirme con mi amigo en *Roma* y no en una ciudad bohemia, y el de que en Praga se observase una mayor tolerancia con respecto al uso del alemán, deseo este último que procedía sin duda de mis tiempos de estudiante. Por otro lado, recuerdo que en los tres primeros años de vida debí de comprender el checo, pues he nacido en un pueblo de Moravia cuya población era eslava en su mayoría. Unos versos infantiles checos que oí teniendo diecisiete años se grabaron tan fácilmente en mi memoria, que todavía puedo repetirlos de corrido, a pesar de no tener la menor idea de su significación. Vemos, pues, que tampoco estos sueños carecen de múltiples relaciones con impresiones de mis primeros años infantiles.

Durante mi último viaje por Italia, en el que visité, entre otros lugares, el lago Trasimeno, se me reveló, después de haber llegado hasta el Tiber y haber tenido que emprender, contra mi deseo, el regreso, hallándome a ochenta kilómetros de Roma, el refuerzo que a mi anhelo de la Ciudad Eterna proporcionaban determinadas impresiones de mi infancia. Maduraba por aquellos días el plan de ir a *Nápoles* al siguiente año, sin detenerme en *Roma*, cuando recordé una frase que debía de haber leído en alguno de nuestros clásicos: «No puede decidirse quién hubo de pasear más febrilmente arriba y abajo por su cuarto después de haber hecho el plan de marchar hacia *Roma*, si Aníbal o el rector *Winckelmann*». En mi viaje había yo seguido las huellas de *Aníbal*; como a él, me había sido imposible llegar a *Roma* y había tenido que retroceder hasta *Campania*. *Aníbal*, con quien me hallaba ahora estas analogías, fue mi héroe favorito durante mis años de Instituto, y al estudiar las guerras púnicas, todas mis simpatías fueron para los cartagineses y no para los romanos. Más adelante, cuando en las clases superiores fui comprendiendo las consecuencias de pertenecer a una raza extraña al país en que se ha nacido, y me vi en la necesidad de adoptar una actitud ante las

tendencias antisemitas de mis compañeros, se hizo aún más grande ante mis ojos la figura del guerrero semita. *Aníbal* y *Roma* simbolizaron para mí, respectivamente, la tenacidad del pueblo judío y la organización de la Iglesia católica. La importancia que el movimiento antisemita ha adquirido desde entonces para nuestra vida espiritual contribuyó a la fijación de los pensamientos y sentimientos de aquella época. El deseo de ir a Roma llegó de este modo a convertirse, con respecto a mi vida onírica, en encubridor y símbolo de otros varios, para cuya realización debía laborar con toda la tenacidad y resistencia del gran *Aníbal*, y cuyo cumplimiento parece a veces tan poco favorecido por el Destino como el deseo de entrar en Roma que llenó toda la vida de aquel héroe.

Se me revela ahora el suceso de juventud que manifiesta aún su poder en todos estos sentimientos y sueños. Tendría yo diez o doce años cuando mi padre comenzó a llevarme consigo en sus paseos y a comunicarme en la conversación sus opiniones sobre las cosas de este mundo. Una de estas veces, y para demostrarme que yo había venido al mundo en mucho mejor época que él, me relató lo siguiente: «Cuando yo era joven salí a pasear un domingo por las calles del lugar en que tú naciste bien vestido y con una gorra nueva en la cabeza. Un cristiano con el que me crucé me tiró de un golpe la gorra al arroyo, exclamando: '¡Bájate de la acera, judío!' Y tú, ¿qué hiciste?', pregunté entonces a mi padre. 'Dejar la acera y recoger la gorra', me respondió tranquilamente. No pareciéndome muy heroica esta conducta de aquel hombre alto y robusto que me llevaba de la mano, situé frente a la escena relatada otra que respondía mejor a mis sentimientos: aquélla en la que Amílcar Barca[343], padre de Aníbal, hace jurar a su hijo que tomará venganza de los romanos. Desde entonces tuvo Aníbal un puesto en mis fantasías».

Todavía creo poder perseguir mi predilección por el general cartaginés hasta un periodo más temprano de mi infancia, resultando así que no se trataría nuevamente en este caso sino de la transferencia a un nuevo objeto de una relación afectiva ya constituida. Uno de los primeros libros que cuando aprendía a leer cayeron en mis manos fue la obra de Thiers titulada *El Consulado y el Imperio*, y recuerdo que pegué en la espalda de mis soldados de madera cartulinas con los nombres de los mariscales, siendo ya entonces

Massena (Manasés)[344] mi preferido. (Esta predilección puede explicarse también por la circunstancia de coincidir, con cien años de diferencia, la fecha de nuestro nacimiento.) El paso de los Alpes hace también coincidir a *Napoleón con Aníbal*. El desarrollo de este ideal guerrero podría quizá perseguirse, a través de años aún más tempranos de mi infancia, hasta los deseos de mis relaciones —tan pronto amistosas como hostiles— con un niño un año mayor que yo habían de despertar en el más débil de todos.

Cuando más ahondamos en el análisis de los sueños, más frecuentemente descubrimos las huellas de sucesos infantiles que desempeñan, en el contenido latente, el papel de fuentes oníricas.

Vimos ya que sólo muy raras veces llegan a constituir los recuerdos, reproducidos sin modificación ni corte alguno, todo el contenido manifiesto de un sueño. Sin embargo, existen varios ejemplos comprobados de este género de sueños, a los que añadiré algunos más, relacionados nuevamente con escenas infantiles. Uno de mis pacientes tuvo un sueño que constituía la completa reproducción, apenas deformada, de un incidente de carácter sexual, reproducción que fue reconocida en el acto como un fidelísimo recuerdo. La huella mnémica de dicho incidente no había desaparecido por completo de la memoria despierta del sujeto, pero si se mostraba ya un tanto borrosa y oscura, y su vivificación constituyó un resultado de la labor analítica anterior. Cuando tenía doce años había ido el sujeto a visitar a un compañero suyo que se hallaba en cama, y que al hacer un movimiento, seguramente casual, mostró sus desnudeces. Poseído por una especie de obsesión a la vista de los genitales de su amigo, descubrió el visitante los suyos y echó mano al miembro del otro; pero al ver que éste le miraba con disgusto y asombro se turbó extraordinariamente y retiró su mano. Veintitrés años más tarde repitió un sueño esta escena con todos sus detalles y hasta con los mismos matices de los sentimientos que en ella surgieron, aunque modificándola en el sentido de adjudicar al sujeto el papel pasivo en lugar del activo y sustituir la persona del compañero del colegio por otra, perteneciente al presente.

Regularmente, sin embargo, no es representada la escena infantil en el sueño sino por una alusión, y tiene que ser desarrollada y completada por medio del análisis. La comunicación de ejemplos de este género no puede poseer gran fuerza demostrativa, pues carecemos de toda garantía sobre la

exactitud de los sucesos infantiles correspondientes, los cuales no son reconocidos por la memoria cuando pertenecen a épocas muy tempranas. El derecho a deducir de sueños estos sucesos infantiles surge, durante la labor psicoanalítica, de toda una serie de factores, cuyo testimonio conjunto parece merecedor de crédito. Separadas de su contexto para los fines de la interpretación onírica, no harán quizá estas referencias de sueños a sucesos infantiles sino muy escasa impresión, sobre todo teniendo en cuenta que ni siquiera puedo comunicar todo el material sobre el que la interpretación se apoya. Sin embargo, no creo que estos motivos sean suficientes para prescindir de su exposición.

I. Todos los sueños de una de mis pacientes presentan como carácter común el apresuramiento. Se apura (*sie hetgtsich*) para llegar a tiempo a alguna parte, no perder un tren, etc. En uno de estos sueños se dispone a visitar a una amiga suya. Su madre le aconseja que tome un *coche, pero ella echa a correr y cae al suelo una y otra vez*. El análisis nos muestra en estos sueños reminiscencias de juegos infantiles de dicho carácter (*Kinderhetzereien*; sabido es también que los vieneses llaman *Hetz* a la confusión o el tumulto, provocados intencionadamente para la consecución de determinados fines), y con respecto especialmente al sueño antes detallado, el recuerdo del conocido trabalenguas infantil consistente en pronunciar con la mayor rapidez posible, como si de una palabra se tratara, la frase *La vaca corrió hasta que se cayó (Die Kuh rannte bis sie fiel).* Todos estos inocentes juegos entre infantiles amiguitos son recordados por constituir la sustitución de otros menos inocentes.

II. Otro sueño de una paciente distinta. «Está en una amplia habitación, llena de diversos aparatos, que le parece corresponder a la idea que ella se forma de un establecimiento ortopédico. Oye decir que yo no tengo tiempo y que en la sesión de tratamiento participaron hoy otros cinco. No queriendo aceptar esta comunidad, se niega a echarse en la cama —o lo que sea— para ella destinada y permanece en pie en un rincón, esperando que yo diga que no es verdad. Las otras se burlan de ella mientras tanto. Son tonterías suyas. Al mismo tiempo le parece como si estuviera haciendo pequeños cuadrados». La primera parte de este sueño constituye un enlace del mismo con el tratamiento psicoanalítico y la transferencia sobre mí, siendo su segunda

parte la que contiene la alusión a una escena infantil. Ambos fragmentos quedan soldados entre sí por la mención de la cama. El «establecimiento ortopédico» se refiere a palabras mías, en las que comparé el tratamiento, por su duración y naturaleza, con un tratamiento *ortopédico*. Asimismo le había dicho yo al principio de la cura que por el momento *no podía dedicarle mucho tiempo*, pero que más adelante le dedicaría una hora diaria. Esta circunstancia despertó en la paciente su antigua susceptibilidad, carácter principalísimo de los niños predestinados a la histeria, los cuales no se consideran nunca satisfechos, por mucho que sea el cariño que se les demuestre. Mi paciente era la menor de seis hermanas (de aquí, con *otras cinco*), y como tal, la preferida del padre; mas, sin embargo, le parecía que el mismo no le dedicaba aún tiempo y atención suficiente. *El esperar que yo diga que no es verdad* se deriva de los hechos siguientes: su sastre le había enviado un vestido, y ella había entregado su importe al pequeño aprendiz que fue a llevárselo, preguntado después a su marido si tendría que pagar nuevamente en el caso de que aquel chiquillo perdiese el dinero. El marido, para *embromarla*, contestó afirmativamente (las *burlas* del sueño), y ella repitió una y otra vez su pregunta, *esperando que acabase por decirle que no era verdad*. A esto corresponde, en el contenido latente, la idea de si me tendrá que pagar el doble cuando me dedique doble tiempo, idea de carácter «roñoso» o «sucio» (*schmutzig*). (La falta de limpieza en la época infantil es sustituida con gran frecuencia en los sueños por la avaricia, siendo el adjetivo *schmutzig*, con su doble significado de «roñoso» y «sucio», lo que constituye el puente entre ambas representaciones.) Si el fragmento onírico de «esperar que yo diga que no es verdad», etc., constituye una representación indirecta de la palabra *schmutzig*, concordarán con ello el *permanecer en pie en un rincón y el no querer echarse en la cama*, a título de elementos de una escena infantil en que la paciente fue castigada a *permanecer en pie en un rincón* por haber ensuciado la cama, amenazándosela, además, con que papá no la querría ya y sus hermanas se burlarían de ella, etc. Los pequeños cuadrados aluden a una sobrinita suya que le han enseñado la habilidad matemática de inscribir cifras, creo que en nueve cuadrados, de manera que sumadas en cualquier dirección den 15.

III. Un sueño masculino. «Ve a dos muchachos peleándose. Por los

utensilios que en derredor de ellos advierte, deduce que son aprendices de tonelero. Uno de ellos tiene derribado al otro. El caído lleva pendientes con piedras azules. Con el bastón en alto, se dirige hacia el vencedor para castigarle. Pero el muchacho se refugia al lado de una mujer que hay junto a una valla, como si de su madre se tratase. Es una mujer de aspecto humilde y está de espaldas al durmiente. Luego se vuelve y le dirige una mirada tan torva y feroz, que echa a correr, asustado. Antes advierte que los párpados inferiores de la mujer, laxos y caídos, dejan asomar la carne roja».

Este sueño ha aprovechado, con gran amplitud, triviales sucesos del día anterior. En él vio, efectivamente, dos muchachos que reñían en la calle, teniendo uno de ellos derribado al otro, y cuando se dirigió a ellos para separarlos, emprendieron ambos la fuga. El elemento «aprendices de tonelero» queda aclarado *a posteriori* por otro sueño en cuyo análisis empleó el sujeto la locución «desfondar el tonel». Sobre los «pendientes con piedras azules», observa que son un adorno muy llevado por las *prostitutas*. Con esta asociación concuerda la reminiscencia de una conocida canción en la que se trata de dos *muchachos*. «El otro muchacho se llamaba María» (esto es, era una muchacha). La mujer, en pie junto a la valla: después de la escena de la riña estuvo paseando por la orilla del Danubio y aprovechó lo solitario de aquellos lugares para orinar *contra una valla*. Continuando su paseo, encontró una mujer, ya entrada en años y decentemente vestida, que le sonrió amable y quiso hacerle aceptar su tarjeta.

La mujer de su sueño aparece junto a la valla en actitud idéntica a la suya cuando se puso a orinar; corresponde, pues, a la representación de una mujer orinando, y con esta representación concuerda perfectamente la repugnante visión de la carne roja asomando por el borde de los párpados inferiores, visión que no puede referirse sino a la de los genitales femeninos, abiertos cuando la mujer se pone en cuclillas para orinar. El sujeto debió de presenciar alguna vez, en su infancia este espectáculo, y el mismo resurge ahora, en su recuerdo, bajo la forma de «herida» o «carne viva». Su sueño reúne las dos ocasiones en que siendo niño le fue dado contemplar los genitales de sus infantiles compañeras: al *derribarlas* jugando y al *orinar*. En el análisis surge también el recuerdo de los castigos o amenazas de que su padre le hizo objeto al descubrir su temprana curiosidad sexual.

IV. Detrás del siguiente sueño de una señora mayor se esconde toda una serie de recuerdos infantiles reunidos en una fantasía.

«Sale apresuradamente a hacer varias comisiones. Al llegar al "Graben", se desploma en el suelo de rodillas, como "reventada". En derredor suyo se arremolina un grupo de gente en el que predominan los cocheros de punto, pero nadie la auxilia. Varias veces intenta en vano incorporarse. Por fin debe de haberlo conseguido, pues la meten en un coche que va a llevarla a su casa. A través de la ventanilla la arrojan una pesada cesta muy voluminosa (parecida a una cesta de la compra)».

La sujeto de este sueño es aquella paciente que en su vida onírica es siempre apurada, como de niña apuraba ella a las demás. La primera escena de su sueño procede, sin duda alguna, del recuerdo de haber visto caer a un caballo en la calle o en las carreras, accidente al que alude también la expresión «como reventada». En años anteriores había sido la sujeto una gran *amazona*, y es de suponer que en sus años infantiles sirviera también alguna vez de *caballo* a sus compañeros de juego. A este tema de la «caída» pertenece su primer recuerdo infantil, referente al hijo de su portero, muchacho de diecisiete años, que, habiendo sufrido en la calle un ataque epiléptico, fue traído a su casa en su coche. Ella no presenció esta escena, sino que solamente la oyó relatar; pero la representación del ataque epiléptico y del «caído» adquirió un gran poder sobre su fantasía e influyó después en la forma de sus ataques histéricos. Cuando una mujer sueña que «cae», suele esto tener, casi siempre, un sentido sexual. Con ello se convierte en una «mujer caída». En nuestro sueño resulta esta interpretación más indudable por el lugar en que la paciente cae: el «Graben», plaza de Viena, conocida como mercado de la prostitución; la «cesta de la compra» es susceptible de varias interpretaciones. En primer lugar, recuerda las muchas «cestas» que la sujeto ha dado a sus pretendientes (expresión alemana equivalente a la española «dar calabazas») y que luego, en una ocasión, cree haber recibido a su vez.

Con este tema se halla también relacionado el que *nadie la quiera ayudar a levantarse*, circunstancia que interpreta como un signo de desprecio. La cesta de la compra recuerda, además, determinadas fantasías, descubiertas en el análisis, en las que se imagina casada con persona de condición muy

inferior a la suya y tiene que ir personalmente a la compra. Por último, también puede interpretarse la «cesta» como alusión a una *sirviente*. A esta representación se añaden recuerdos infantiles referentes a una *cocinera* que, al ser despedida por ladrona, *cayó de rodillas*, suplicante. En la época de este suceso tenía la sujeto doce años. Recuerda también a una doncella que fue despedida por mantener relaciones sexuales con el *cochero* de la casa, el cual la tomó después en matrimonio, rehabilitándola. Este recuerdo nos da la fuente de los *cocheros* del sueño (en el que se niegan, al contrario de como sucedió en la historia real recordada, a «levantar a la mujer caída»). Queda aún por explicar el detalle de arrojar la cesta dentro del coche, y *precisamente a través de la ventanilla*. Este hecho le recuerda la *facturación* de los equipajes en las estaciones, el galanteo por la *ventana* en su residencia campestre y triviales impresiones de su estancia en dicha residencia, tales como la de haber visto a un caballero que desde el jardín iba arrojando ciruelas al interior de la casa, haciéndolas penetrar por una ventana a la que se hallaba asomada una señora, y la del miedo de su hermanita al ver asomarse a la ventana de su cuarto a un aldeano bobo. Por último, emerge detrás de estos recuerdos la oscura reminiscencia de una doncella que tenían en la finca y que solía «perderse» por el campo con un criado. La sujeto tenía por entonces diez años, y es muy posible que advirtiese alguna vez los manejos de aquellos enamorados, los cuales fueron despedidos («facturados», «echados fuera», circunstancia que el sueño representa antinómicamente por la cesta «echada dentro del coche»). A esta historia nos aproximan asimismo, en el análisis, otros caminos. Para designar el equipaje de un criado se usa en Viena la expresión despectiva «las siete ciruelas» (*Sieben Zwetschker*): «¡Coja usted sus siete ciruelas y márchese!»

En mi colección de sueños existe un gran número de éstos, cuyo análisis nos conduce a impresiones infantiles oscuramente recordables u olvidadas por completo, pertenecientes, con gran frecuencia, a los tres primeros años de la vida del sujeto. Sin embargo, sería aventurado deducir de ellos conclusiones sobre la vida onírica en general, pues se trata de sueños de sujetos neuróticos —histéricos especialmente—, y el papel que en ellos desempeñan las escenas infantiles pudiera muy bien depender de la naturaleza de la neurosis y no de la escena del fenómeno onírico. De todos

modos, resulta que también en el análisis de mis propios sueños, independiente de todo motivo terapéutico, tropiezo con igual frecuencia, en el contenido latente, con una escena de mi niñez, o descubro que toda una serie de sueños desemboca en los caminos que parten de un suceso infantil. Ya he detallado varios ejemplos de este género y aún habrán de presentárseme diversas ocasiones de comunicar algunos más. Por lo pronto, creo que la mejor manera de terminar el examen de la cuestión que venimos estudiando será exponer algunos sueños propios en los que aparecen conjuntamente, como fuentes oníricas, motivos recientes y sucesos infantiles olvidados hace ya mucho tiempo.

En una ocasión en que al regresar de un viaje hube de acostarme, fatigado y hambriento, actuaron durante mi reposo las grandes necesidades de la vida, y tuve el siguiente sueño: «Entro en una cocina en demanda de un plato de *Mehlspeise*, plato hecho con harina, leche y huevos; literalmente, ‘manjar de harina’. En la cocina encuentro tres mujeres. Una de ellas, que es la dueña de la casa, da vueltas a algo entre sus manos, como si estuviese haciendo albóndigas, y me responde que tengo que esperar hasta que acabe. Me impaciento y me marcho, ofendido. Me pongo un gabán, pero el primero que cojo me está demasiado largo. Al quitármelo, observo con sorpresa que está forrado de piel. Otro que cojo después tiene un largo bordado de dibujo turco. En esto viene un desconocido, de alargado rostro y perilla corta, y me impide ponerme el gabán, alegando que es el suyo. Le muestro entonces que está bordado a la turca. Pero él me pregunta: ‘¿Qué le importan a usted los (bordados, dibujos) turcos…?’ No obstante, permanecemos juntos en buena armonía».

En el análisis de este sueño recuerdo inesperadamente la primera novela que leí —tendría yo unos trece años—, empezándola por el final del primer tomo. Nunca he sabido cómo se titulaba ni quién era su autor, pero, en cambio, conservo un vivo recuerdo de su desenlace. El protagonista pierde la razón y repite incansablemente los nombres de las tres mujeres que han significado la mayor felicidad y la más amarga desgracia de su vida. *Pelagia* es uno de estos nombres. No sé aún para qué podrá serme útil en el análisis este recuerdo. A las tres mujeres de mi sueño se asocian ahora las tres Parcas que tejen los destinos de los hombres, y sé que una de las tres mujeres en el

sueño, la dueña de la casa— es la madre, que da la vida al hombre, y con ella, como a mí en este ejemplo, el primer alimento. En el seno femenino coinciden el hambre y el amor. Una anécdota cuenta que un joven, gran admirador de la belleza femenina, exclamó al oír ponderar la arrogancia de la nodriza que le había amamantado: «¡Lástima no haber podido aprovechar mejor la ocasión!» De esta anécdota me suelo servir para explicar el factor «posterioridad» en el mecanismo de las neurosis. Una de las Parcas mueve las manos una contra otra, como si estuviese haciendo albóndigas, ocupación singular para una Parca y que precisa de urgente esclarecimiento. Afortunadamente, nos lo proporciona en seguida otro recuerdo infantil aún más temprano. Teniendo yo seis años, mi madre, que procuraba ir dándome las primeras lecciones de cosas, me dijo que estábamos hechos de tierra y que, por ello, a la tierra habíamos de volver; cosa que me resistí a aceptar, manifestando mi incredulidad. Entonces, para convencerme, frotó mi madre las palmas de sus manos una contra otra, con movimiento idéntico al de quien hace albóndigas, y me mostró las negras escamas que de este modo quedan arrancadas de la epidermis como prueba de la tierra de que estamos hechos. Asombrado ante esta demostración *ad oculos*, me rendí a la enseñanza contenida en las palabras de mi madre, enseñanza que después había de hallar expresada en la frase de que «todos somos deudores de una muerte a la Naturaleza[345]». Así, pues, son verdaderamente las Parcas aquellas mujeres que encuentro al penetrar en la cocina en busca de alimento, como acostumbraba hacerlo de niño, cuando sentía apetito y me aconsejaba mi madre que esperase hasta que acabara ella de preparar la comida.

Albóndigas. De por lo menos uno de los profesores a cuya clase asistí en la Universidad, precisamente aquél al que debo mis conocimientos *histológicos (epidermis)*, tenía que recordar ante la palabra «albóndigas» (*Knoedl*) a una persona poco grata para él, como autora de un *plagio* de sus obras. Cometer un plagio, apropiarnos algo que hallamos a nuestro alcance, aunque no nos pertenezca, son temas que conducen a la segunda parte del sueño, en la que se me tomó por el *ladrón de gabanes* que durante una temporada realizó numerosísimos hurtos de este género en los sitios de reunión pública. En el curso del análisis se me ha venido a la pluma espontáneamente la palabra *plagio*, y observo ahora que debe pertenecer

también al contenido latente, pues puede servir de *puente (Bruecke)* entre los diversos fragmentos del contenido manifiesto.

La cadena de asociaciones. *Pelagia (plagio) plagiostomas* (tiburones)[346] —*vejiga de pescado*— enlaza la vieja novela con el asunto Knoedl y con los *gabanes*, que aluden indudablemente a un determinado utensilio de la técnica sexual. (Cf. el sueño de Maury «Kilolotería», pág. 384.) Ciertamente, es este enlace harto forzado e insensato, pero no me hubiese sido posible establecerlo ahora, en la vigilia, si la elaboración onírica no lo hubiese establecido ya con anterioridad. Y aún más: la palabra *Brücke (puente)*, surgida antes en el análisis y correspondiente, además, a un apellido que evoca en mi cariñosos sentimientos, sirve, como si para la tendencia a constituir relaciones no hubiese nada sagrado, para recordarme el Instituto del mismo nombre en el que pasé horas felicísimas, consagrado al estudio y libre de todo otro deseo («Cada día hallaréis un mayor placer en los pechos de la Sabiduría»)[347], al paso que ahora, mientras sueño, me hallo plagado por las más urgentes necesidades.

Por último emerge el recuerdo de otro querido profesor, cuyo nombre (*Fleischl*) evoca de nuevo algo comestible (*Fleisch-carne*), como antes *Knoedl (Knoedl-albóndigas)*, y además el de una triste escena en la que desempeñan un papel las *escamas epidérmicas* (la madre, dueña de la casa), la demencia (la novela) y un producto que quita el apetito: la cocaína.

De este modo podría proseguir por las laberínticas rutas mentales y esclarecer el fragmento de mi sueño, al que aún no hemos llegado en el análisis; pero los sacrificios personales que ello exigiría son tan grandes que me veo obligado a silenciar el resto de mi labor de interpretación. Recogeré, pues, tan sólo uno de los hilos susceptibles de conducirnos directamente a una de las ideas latentes sobre las que reposa toda la embrollada madeja de este sueño. El desconocido que me impide ponerme el gabán muestra rasgos fisonómicos muy semejantes a los de un comerciante de Spalato en cuya tienda compró mi mujer gran cantidad de telas *turcas*. Este comerciante se llamaba *Popovic*, nombre sospechoso (*Popo-trasero*), que ya inspiró al humorista Stettenheim una divertida observación. «Después de decirme su nombre, me estrechó la mano, ruborizándose». Este aprovechamiento de nombre propio para un chiste es idéntico a los que mi sueño se permite con

los de *Palagia*. *Knoedl*, *Brücke* y *Fleichl*. A este uso vicioso de los nombres propios son muy aficionados los niños y constituye una falta de educación; pero si yo incurro en ella en mi sueño, es a modo de venganza, pues mi propio nombre ha sido utilizado muchas veces para tales fines. La general susceptibilidad ante estos juegos con nuestro nombre, al que nos sentimos tan unidos como a nuestra *piel*, fue ya observada por Goethe cuando Herder hizo sobre el suyo los versos:

> Tú que desciendes de los dioses (Goetter), de los godos (Goten) o del fango (Kot).
> También sois *polvo, imágenes de los dioses*.

Advierto ahora que la digresión sobre el uso vicioso de los nombres propios no ha sido sino una preparación de esta queja. Pero dejemos ya esto.

Las compras efectuadas en Spalato me recuerdan otras realizadas en Cattaro, en las que me mostré demasiado económico y *perdí la ocasión* de adquirir algunos bellos objetos. (Véase la anécdota del ama[348].) Una de las ideas latentes que el hambre inspira al sueño es la siguiente: *No debemos dejar escapar nada, sino tomar aquello que a nuestro alcance hallemos, aunque al obrar así cometamos una pequeña falta. No debemos desperdiciar ocasión alguna, pues la vida es corta y la muerte inevitable*. Mas por entrañar un sentido sexual y no querer detenerse ante las barreras éticas, tropieza este *carpe diem* con la censura y tiene que ocultarse detrás de un sueño. A este resultado coadyuvan todas las ideas a él contrarias, el recuerdo de la época en que el *alimento espiritual* me era suficiente y, por último, todas las conveniencias opuestas y hasta la amenaza de los más variables castigos sexuales.

V. La comunicación de otro sueño precisa de una amplia información preliminar. El día inmediatamente anterior fui en coche a la estación del Oeste con objeto de tomar el tren que había de conducirme a Aussee, donde pensaba pasar las vacaciones, y penetré en el andén con los viajeros del tren de Ischl, que salía antes que el mío. Momentos después llegó el conde de Thun, que iba a reunirse en Ischl con el emperador. A pesar de la lluvia, venía en coche abierto. El portero del andén no le reconoció y quiso detenerle para pedirle el billete, pero el conde le rechazó con un ademán y pasó sin

darle explicación alguna. Después de la partida del tren de Ischl hubiera debido retornar a la sala de espera, pues no está permitida la permanencia en los andenes entre tren y tren, pero queriendo evitarme el calor que en dicha sala reinaba, decidí infringir tal disposición, y conseguí, no sin algún trabajo, que me dejaran donde estaba. Como pasatiempo, me dediqué a espiar si llegaba alguien hasta el tren para hacerse reservar el sitio, proponiéndome, si así sucedía, exigir que se me concediese igual derecho. Mientras tanto, estuve tarareando una musiquilla que reconocí —a otro le hubiese quizá sido imposible— como el aria de *Las bodas de Fígaro*:

«Si el señor conde quiere bailar…, quiere bailar…, dígnese indicármelo y yo tocaré».

Durante toda la tarde me había sentido de excelente humor, emprendedor y provocativo, y había hecho blanco de mis bromas al camarero y al cochero, supongo que sin llegar a ofenderlos. En armonía con las palabras de Fígaro y con mi recuerdo de la comedia de Beaumarchais, que había visto representar en la *Comédie Française*, barajaba los más atrevidos y revolucionarios pensamientos: la frase sobre los grandes señores que no se han tomado sino el trabajo de nacer, el derecho feudal que Almaviva quiere ejercitar sobre Susana, y los chistes que nuestros malignos periodistas de oposición se permitan hacer con el nombre del conde *Thun (Thun-hacer)*, llamándole el conde de *Nichts-thun* (de «no hacer nada»). Verdaderamente, no envidio ahora a este político. Junto al emperador le esperan arduos trabajos y preocupaciones, mientras que a mi podría dárseme con toda razón el nombre de conde de «no hacer nada», pues voy a gozar de mis vacaciones y saboreo por anticipado todos los placeres que han de proporcionarme.

En estos pensamientos me sorprendió la llegada de un individuo al que conozco como representante del Gobierno en los exámenes de Medicina y que por la cómoda manera que tiene de desempeñar este cargo —durmiéndose en un sillón de tribunal examinador— ha merecido el halagüeño sobrenombre de *Regierungsbeischlaefer, Regierungsvertreter* (representante del Gobierno); («Beischlaefer», el que duerme con alguien, el amante). «Regierung» (Gobierno) es, en alemán, femenino; el sobrenombre «Regierungsbeischlaefer» alude, pues, a la especial actividad desplegada por el citado funcionario en el ejercicio de su cargo, y al mismo tiempo significa,

literalmente, «el que duerme en el Gobierno». Por su carácter oficial no paga este individuo sino medio billete, y oí que un empleado decía a otro: «¿Dónde colocamos a este señor, que tiene un medio billete de primera?» Yo no gozo de tal prerrogativa, y tengo que pagar billete entero. Al señalarme luego mi sitio en el tren, lo hicieron en un vagón que, no teniendo pasillo, carecía de retrete. Todas mis protestas fueron vanas, y hube de consolarme proponiendo al empleado que, por lo menos, hiciera un agujero en el suelo del coche para prevenir posibles necesidades de los viajeros. A las dos y cuarto de la mañana desperté, en efecto, sintiendo necesidad de orinar y habiendo tenido el siguiente sueño:

«Una multitud —reunión de estudiantes—. Un conde (el de Thun o el de Taaffe) pronuncia un discurso. Invitado a decir algo sobre los alemanes, declara con gesto de burla que la flor preferida de los mismos es el diente de león (*Huflattich*) y se pone luego en el ojal algo como una hoja toda arrugada, o más bien como los nervios de una hoja enrollados unos con otros. Me levanto indignado; así, pues, me levanto indignado[349], pero al mismo tiempo me asombra sentir tal indignación». Luego, más vagamente, continúa el sueño: «Como si fuera un aula cuyas entradas estuviesen tomadas y hubiese que huir. Atravieso una serie de habitaciones muy bien alhajadas —seguramente habitaciones del Gobierno—, con muebles de color castaño y violeta, y llego por fin a un pasillo en el que veo sentada a una mujer ya entrada en años y muy gruesa, un ama de llaves. Intento pasar sin hablarle, pero ella debe de reconocer que tengo derecho a salir por allí, pues me pregunta si quiero que me acompañe con una luz. Le indico o le digo que permanezca en la escalera y me felicito de la habilidad con que he logrado escapar a toda vigilancia. Una vez abajo encuentro ante mí un angosto sendero de empinada cuesta, por el que echo a andar».

De nuevo vagamente: «… Como si ahora se tratase de escapar de la ciudad, de igual manera que antes de la casa. Tomo un coche de caballo y digo al cochero que me lleve a una estación. Luego, contestando a no sé qué objeción que el cochero me opone, como si hubiese ya retenido sus servicios mucho tiempo y se hallase fatigado, añado: ‘Por la vía no puedo ir con usted’. Al decir esto me parece como si hubiera recorrido ya con el coche una distancia que se acostumbra recorrer en ferrocarril. Las estaciones están

tomadas. Reflexiono si debo dirigirme a Krems o a Znaim, pero pienso que estará allí la Corte y me decido por Graz u otra ciudad de nombre semejante. Luego estoy ya en el vagón, muy parecido a un tranvía, y llevo en el ojal una cosa larga, singularmente tejida con violetas de un color entre violeta y castaño, hecha de una materia rígida. El singular adorno llama la atención de la gente». Aquí se interrumpe esta escena.

«De nuevo en la estación, pero acompañado esta vez por un individuo de avanzada edad. Discurro un plan para no ser reconocido y lo veo en el acto realizado. Pensamiento y acción son aquí simultáneos. Mi acompañante finge que no ve por lo menos de un ojo, y yo mantengo ante él un orinal de cristal (que hemos comprado o tenemos que comprar en la ciudad). Este orinal es de forma análoga a la de aquellos que se usan en los hospitales para los enfermos masculinos. Soy, pues, el enfermero de mi acompañante y tengo que darle el orinal, porque está ciego. Si el revisor nos ve así habrá de dejarnos escapar sin la menor sospecha. Veo plásticamente la actitud de mi acompañante y su miembro orinado. En este momento despierto con ganas de orinar».

Todo este sueño da, en conjunto, la impresión de una fantasía, que traslada al durmiente al año revolucionario de 1848, evocado en mi pensamiento por la reciente celebración de su cincuentenario (1898) y por una excursión a *Wachau* durante la cual estuve en *Emmersdorf*, localidad que creí erróneamente había constituido el retiro de Fischhof, el *leader* de los estudiantes al que aluden algunos detalles del contenido manifiesto. La asociación de pensamientos me conduce luego a Inglaterra, a casa de mi hermano, el cual solía embromar a su mujer llamándola *Fifty years ago,* título de una poesía de lord Tennyson, acostumbrando a sus hijos a rectificarle diciendo: *Fiftteen years ago*. Pero esta fantasía, enlazada a los pensamientos que mi encuentro con el conde de Thun me había sugerido, es como una de aquellas fachadas de ciertas iglesias italianas, que carecen de toda conexión orgánica con el edificio a que han sido antepuestas. En cambio, se diferencia de estas fachadas en que presenta diversas lagunas, es confusa y deja pasar a su través varios elementos del interior. La primera situación de mi sueño se halla formada por la acumulación de varias escenas, en las que podemos descomponerla. La provocativa actitud del conde está tomada de un suceso

real, del que fui testigo en el colegio cuando tenía *quince años*. Disgustados de la ignorancia y antipatía de uno de nuestros profesores, tramamos contra él una conspiración, a la cabeza de la cual se colocó uno de mis condiscípulos, que por cierto parece haber tomado desde entonces como modelo la figura de *Enrique VIII de Inglaterra*. Por mi parte, fui encargado de iniciar las hostilidades, y una discusión sobre la importancia del Danubio para Austria (*¡Wachau!*) nos proporcionó ocasión de declararnos en franca rebeldía. Entre los conjurados se hallaba el único demis condiscípulos que pertenecía a una familia aristocrática, muchacho al que por desmesurada estatura denominábamos la «jirafa», y su actitud al ser invitado a dar explicaciones por el profesor de *lengua alemana*, nuestro tirano, fue muy semejante al del conde en mi sueño. La declaración de la flor preferida y el ponerse en el ojal algo que tiene también que ser una flor (cosa que evoca en mí el recuerdo de unas orquídeas que el día del sueño llevé a una señora amiga mía, y, además, el de una rosa de *Jericó*) alude claramente a la escena en que Shakespeare nos muestra el punto de partida de la guerra civil de la rosa *roja* y la rosa *blanca*[350]. La mención de Enrique VIII en el análisis inicia el camino que conduce a esta reminiscencia. De ella no hay mucha distancia a la de los claveles blancos y rojos. (Entremedias se intercalaron en el desarrollo analítico dos versos, uno *alemán* y otro *español*: «Rosa, tulipanes y claveles, —todas las flores se marchitan—. Isabelita no llores, —que se marchitan las flores». Este último procede también de Fígaro.) Los claveles blancos son en Viena el distintivo de los *antisemitas*, y los rojos, el de los *socialdemócratas*. Detrás de esto surge el recuerdo de una provocación antisemita durante un viaje en ferrocarril por el bello país de Sajonia (*anglosajones*). La tercera escena que ha proporcionado elementos para la formación de la situación inicial de mi sueño pertenece a mis primeros años de estudiante. En una sociedad estudiantil *alemana* se mantenía un debate sobre la relación de la filosofía con las ciencias naturales. Muy joven aún y lleno de entusiasmo por las doctrinas materialistas, tercié en la discusión, defendiendo calurosamente un punto de vista en exceso unilateral. Un colega más reflexivo y maduro, cuyo apellido pertenece al reino zoológico y que ha revelado más tarde una gran capacidad para organizar y dirigir multitudes, pidió entonces la palabra y rebatió con gran energía mis argumentos. También él —dijo— había

guardado los cerdos en su juventud, pero después había retornado, lleno de remordimientos, al hogar paterno. Al acabar su discurso *me levanté indignado* (como en mi sueño), *y en forma grosera (saugrob,* «grosera como una cerda») le respondí que, sabiendo que había guardado *cerdos, no me asombraba* ya el tono de sus discursos. (En el sueño *me asombro* del entusiasmo con que tomo la defensa de los nacionalistas alemanes.) Mis palabras provocaron gran escándalo y se me exigió repetidamente que las retirase, pero yo me mantuve firme. El ofendido fue lo bastante sensato para rechazar la inspiración de *provocarme* en duelo, y las cosas no pasaron de aquí.

Los restantes elementos de la escena onírica proceden de estratos más profundos. ¿Qué puede significar la elección del «diente de león» por el conde como flor preferida de los alemanes? Veamos mis asociaciones: *Diente de león (Huflattich) — lettuce*[351] — *ensalada — perro de la ensalada (Salathund,* expresión de sentido equivalente a la castellana «perro del hortelano»; esto es, el que ni come ni deja comer). Se entrevé aquí una serie de palabras insultantes: *jirafa* (por la división de la palabra alemana *Giraffe* en *Gir-affe*, siendo *Affe* (mono) un insulto corriente), *cochino, cerda, perro*. El análisis me lleva también, a través de un nombre, a la palabra *burro*, y con ella a una burla sobre otro profesor académico. Además traduzco, no sé si acertadamente, *Huflattich* (diente de león) por el término francés *pisse-en-lit*. El conocimiento de esta palabra me ha sido proporcionado por la lectura de una obra de Zola —*Germinal*—, en la que son enviados unos niños a recoger esta planta para hacer una ensalada. El perro —*chien*— contiene en su nombre una alusión por similicadencia a una de las funciones excrementicias (*chier*), como *pisse-en-lit* a la otra (*pisser*). No tardamos en reunir lo indecoroso en todos sus tres estados, pues en el mismo *Germinal* —obra también revolucionaria— se describe una singularísima competencia entre dos individuos en la producción de excreciones gaseosas *(flato)*[352]. Tengo ahora que observar que el camino que a este flato o viento había de conducirme se hallaba trazado hace ya mucho tiempo y va desde las *flores*, a través del verso español de *Isabelita*, a *Isabel* y *Fernando*, y de aquí, pasando por Enrique VIII y la historia de Inglaterra, al episodio de la Armada Invencible, cuya destrucción por los vientos tempestuosos fue conmemorada

en Inglaterra con la acuñación de una medalla en la que se leía: *Fflavit et dissipati sunt*. Ahora bien: estas palabras son las que yo pensaba emplear como lema semihumorístico del capítulo «Terapia», si alguna vez llegaba el caso de exponer ampliamente mi concepción y tratamiento de la histeria. (’Sopló y se disiparon’)[353].

De la segunda escena de mi sueño no puedo dar aquí, por consideraciones relativas a la censura, una tan detallada solución. En ella ocupo el lugar de una elevada personalidad de aquella época revolucionaria que, según se dice, padecía de *incontinentia alvi*; tuvo también una aventura con un *Aguila (adler* apellido), etc., pero *no me creo con derecho a infringir (a pesar,* en el sueño) la censura, en lo que a estas historias se refiere, aunque haya sido un *consejero áulico (aula)* quien me las ha referido. La serie de habitaciones que en mi sueño atravieso debe su estímulo al coche salón de S. E. el conde de Thun, visto desde el andén, pero significa, como muy frecuentemente en la vida onírica, *mujeres* (habitación del Gobierno: mujeres sostenidas a costa del Erario)[354]. La figura del ama de llaves de mi sueño constituye una muestra de ingratitud hacia una anciana señora amiga mía, persona de vivo ingenio que me dispensa siempre una grata acogida en su casa y suele referirme interesantes anécdotas de tiempos pasados. El ofrecimiento que me hace de acompañarme con una luz es una reminiscencia de una encantadora aventura de Grillparzer, que este autor utilizó luego en su *Hero y Leandro* («Las *olas* del *mar* y del *amor*»; la *Armada Invencible* y la *tempestad)*[355].

No siéndome tampoco posible exponer en detalle el análisis de los dos fragmentos oníricos restantes, me limitaré a consignar dos escenas infantiles a las que el mismo nos conduce y son, realmente, lo que me ha movido a la comunicación de este sueño. Ya sospechará el lector que lo que me obliga a silenciar los resultados de la labor analítica es el carácter sexual del material mediante ella descubierto. Pero no he de exigirle que se dé por satisfecho con esta sola explicación, pues aunque no cabe discutir la necesidad de hacer ante los demás un secreto de cosas que para nosotros mismos no lo son, también es cierto que en el caso presente no se trata de las razones que me obligan a ocultar la solución, sino de los motivos de la censura interior que me oculta a mí mismo el contenido del sueño. Así, pues, añadiré que el análisis revela los tres fragmentos de mi sueño como impertinentes jactancias, derivación o

desahogo de una manía de grandezas ha largo tiempo reprimida en mi vida despierta, pero que se atreve a llegar con algunas ramificaciones hasta el contenido manifiesto de mi sueño (*me felicito de mi habilidad*) y explica perfectamente mi estado de ánimo, emprendedor y provocativo, de la tarde anterior al mismo. Mi jactancia se extiende a todos los terrenos. Así, la mención de la ciudad de *Graz* se refiere a la locución: *¿Cuánto cuesta Graz?*, que suele usarse cuando se tiene el bolsillo bien repleto. Aquellos de mis lectores que conozcan la insuperable descripción que hace Rabelais de la vida y los hechos de Gargantua y de su hijo Pantagruel descubrirán sin trabajo alguno la jactancia contenida en el primer fragmento de mi sueño. A las dos escenas infantiles que antes prometí exponer se refiere el material siguiente: Para mi viaje había comprado calzas nuevas de un color *castaño tirando a violeta*, color que aparece varias veces en mi sueño (las violetas, de un color entre *violeta* y *castaño* y hechas de una materia rígida: los muebles de las habitaciones oficiales). Los niños creen que cuando se ponen algo *nuevo llaman la atención de la gente*. Mis familias me relataron una vez la siguiente escena de mi infancia, cuyo recuerdo ha quedado sustituido por el de su relato. Teniendo yo dos años me oriné una vez en la *cama*, y al oírme reprochar la falta traté de *consolar* a mi padre prometiendo comprarle en N. (la ciudad más próxima) una bonita cama *nueva*. de color *rojo*. (De aquí, en el sueño, la interpolación de que *hemos comprado* o *tenemos que comprar el orinal en la ciudad*; hay que cumplir lo que se ha prometido.) (Obsérvese, además, la yuxtaposición del orinal para hombres [masculino] con las calzas (también 'baúl' en alemán) femeninas. En esta promesa se halla contenida toda la infantil manía de grandezas.

La importancia que para el sueño poseen las cuestiones de orden urinario del niño nos es ya conocida por otra de las interpretaciones oníricas realizadas. (Sueño de la pelea de los muchachos.) Los psicoanálisis de sujetos neuróticos nos han mostrado la íntima relación de la incontinencia nocturna con la ambición como rasgo de carácter[356].

De otro suceso infantil —perteneciente ya a mis seis o siete años— conservo un claro recuerdo. Una noche, antes de acostarme, infringí el precepto educativo de no realizar necesidad alguna en la alcoba de mis padres y en su presencia, y en la reprimenda que mi padre me dirigió con este

motivo afirmó que nunca llegaría yo a ser nada. Estas palabras debieron herir vivamente mi amor propio, pues en mis sueños aparecen de continuo alusiones a la escena correspondiente, enlazadas casi siempre con una enumeración de mis éxitos y merecimientos, como si quisiera decir: «¿Lo ves cómo he llegado a ser algo?» Este suceso infantil proporciona materiales para el último cuadro de mi sueño, en el que, como venganza, quedan invertidos los papeles. Mi anciano acompañante no es otro que mi padre. La falta de visión de un ojo alude al glaucoma de que padeció[357]. En mi sueño orina él ante mí como yo ante él en mi niñez. Con la alusión al glaucoma le recuerdo la cocaína, en cuya aplicación como anestésico —que tanto facilitó la operación a que hubo de someterse— tuve yo alguna parte. De este modo es como si yo hubiera cumplido mi promesa. Además me burlo de él; como está ciego tengo que alcanzarle los lentes (juego de palabras entre *Glass*, cristal, lente, y *Uriglas*, orinal). Por último, aparecen numerosas alusiones a mis conocimientos sobre la teoría de la histeria, de los cuales me enorgullezco[358].

Las dos escenas infantiles expuestas se hallan, aparte de esto, enlazadas al tema del ansia de grandeza; pero además contribuyó a evocarlas el hecho de verme obligado a viajar en un vagón sin retrete, circunstancia que había de prepararme a sufrir alguna molestia. Así sucedió, en efecto, pues desperté de madrugada con la sensación correspondiente a una necesidad física. El lector se inclinará quizá a atribuir a esta sensación el papel de estímulo del sueño, mas por mi parte he de dar la preferencia a otra explicación diferente: la de que fueron las ideas latentes las que provocaron en mi dicha necesidad. Mi reposo no suele ser interrumpido nunca —y menos en tales horas de la madrugada— por una necesidad física cualquiera, y en mis viajes no he sentido casi nunca, al despertar antes de la hora acostumbrada, la sensación vesical de que aquí se trata. De todos modos, es ésta una cuestión que no importa dejar indecisa.

Desde que mi experiencia en la interpretación onírica me ha demostrado que también de aquellos sueños cuya total interpretación creemos haber conseguido —por haber descubierto sin dificultad sus fuentes y estímulos— parten importantes cadenas de pensamientos que llegan hasta los primeros años infantiles del sujeto, he tenido que preguntarme si no habremos de ver

en este hecho una condición esencial del soñar. Si nos fuese permitido generalizar tal hipótesis, diríamos que todo sueño posee, a más de un enlace con lo crecientemente vivido, en su contenido manifiesto, una relación, en su contenido latente, con lo vivido en las más lejanas épocas de la existencia del sujeto. De estos sucesos primitivos puede demostrarse realmente en el análisis de la histeria que han permanecido recientes hasta la actualidad. Pero la hipótesis apuntada no parece fácilmente comprobable por ahora. Más adelante, al examinar esta cuestión (capítulo VIII), retornaré sobre la probable significación de estos sucesos de tempranas épocas infantiles con respecto a la formación de los sueños.

De las tres peculiaridades de la memoria onírica antes apuntadas hemos logrado esclarecer satisfactoriamente la referencia a la preferencia de lo secundario en el contenido del sueño, haciéndola depender de la *deformación onírica*. En cambio, no nos ha sido posible derivar de los motivos del sueño ninguna de las dos restantes —la selección de lo reciente y de lo infantil—, aunque así hayamos podido comprobar su efectividad. De ambas volveremos a ocuparnos al tratar de la psicología del estado de reposo o con ocasión de aquellas reflexiones que sobre la estructura del aparato anímico habremos de exponer cuando observemos que a través de la interpretación onírica podemos echar una ojeada, como a través de una ventana, sobre el interior de dicho aparato.

En cambio, quiero recoger aquí, sin aplazamiento alguno, otro resultado de los últimos análisis detallados. El sueño posee con frecuencia *varios sentidos*. No sólo pueden yuxtaponerse en él —como hemos visto en algunos ejemplos— varias realizaciones de deseos, sino que un sentido, una realización de deseos puede encubrir a otra, hasta que debajo de todas hallamos la de un deseo de nuestra primera infancia. También en este punto surge la interrogación de si no será éste un carácter general de todo sueño[359].

c) **Las fuentes oníricas somáticas**.

Cuando intentamos despertar el interés de un hombre culto, pero profano

en estas materias, por los problemas del fenómeno onírico y le preguntamos con tal propósito cuáles son a su juicio las fuentes de los sueños, observamos casi siempre que el interrogado cree poseer un exacto conocimiento de una parte por lo menos de esta cuestión. Pensará, en efecto, inmediatamente en la influencia que las digestiones perturbadas o difíciles, la posición del durmiente y los pequeños estímulos exteriores manifiestan ejercer la formación de los sueños, y no parecerá sospechar que después de tener en cuenta todos estos factores quede aún algo necesitado de esclarecimiento.

En nuestro capítulo de introducción examinamos con toda minuciosidad el papel que la literatura científica atribuye con respecto a la formación de los sueños a las fuentes somáticas de estímulos. Por tanto, no necesitamos ahora sino recordar los resultados de dicha investigación. Hemos visto que se distinguían tres clases de fuentes oníricas somáticas; los estímulos sensoriales emanados de objetos exteriores, los estados internos de excitación, de base exclusivamente subjetiva, y los estímulos somáticos procedentes del interior del organismo. Observamos asimismo la predilección de los autores por las fuentes somáticas y su tendencia a situar muy en último término las psíquicas o excluirlas totalmente. Al examinar las pruebas aducidas en favor de las primeras, advertimos: 1.º Que la importancia de las excitaciones objetivas de los órganos sensoriales —Originadas en parte por estímulos casuales sobrevenidos durante el reposo y en parte por aquellos otros que no pueden ser mantenidos a distancia de la vida anímica durmiente— queda comprobada por numerosas observaciones y confirmada experimentalmente. 2.º Que la función de las excitaciones sensoriales aparece demostrada por el retorno de las imágenes hipnagógicas en los sueños; y 3.º Que la amplia referencia efectuada de nuestras imágenes y representaciones oníricas a un estímulo somático interno no es comprobable en toda su extensión, pero encuentra un punto de apoyo en la influencia, generalmente reconocida, que el estado de excitación de los órganos digestivos, urinario y sexual ejerce sobre el contenido de nuestros sueños.

El *estímulo nervioso* y el *estímulo corporal* serían, pues, las fuentes somáticas de los sueños; esto es, las únicas fuentes oníricas, según algunos autores.

Pero, además de esto, hemos acogido en nuestra introducción toda una

serie de dudas referentes no tanto a la exactitud como a la suficiencia de la teoría de los estímulos somáticos.

Por muy seguros que hubieran de sentirse los representantes de esta teoría con respecto a los fundamentos afectivos de la misma —sobre todo en lo relativo a los estímulos nerviosos accidentales y externos, fácilmente comprobables en el sueño—, ninguno de ellos llegó a desconocer por completo la imposibilidad de derivar en su totalidad de estímulos nerviosos exteriores el rico contenido de representaciones del fenómeno onírico. Miss Mary Whiton Calkins ha examinado desde este punto de vista durante seis semanas sus propios sueños y los de otra persona. Sólo en un 13,2 por 100 y un 6,7 por 100, respectivamente, pudo descubrirse una percepción sensorial externa, y únicamente dos de los sueños investigados se demostraron derivables de sensaciones orgánicas. De este modo nos confirma aquí la estadística lo que ya una rápida revisión de nuestra propia experiencia nos había hecho sospechar.

Muchos investigadores se conformaron con hacer resaltar el «sueño de estímulo nervioso», entre las demás formas oníricas, como una especie de sueño mejor y más completamente investigada. Spitta dividía los sueños en «sueños de estímulo nervioso» y «sueños de asociaciones»; pero claro está que una tal solución no podía considerarse satisfactoria mientras no se hubiera conseguido descubrir el lazo de unión entre las fuentes oníricas somáticas y el contenido de representaciones del sueño.

Resulta, pues, que a la objeción antes señalada, relativa a la insuficiente frecuencia con que nos es posible referir los sueños a fuentes de estímulos exteriores, se agrega ahora la de que la admisión de dichas fuentes oníricas no nos proporciona sino un muy incompleto esclarecimiento de cada sueño. Los representantes de esta teoría nos son deudores de dos importantes explicaciones: por qué la verdadera naturaleza del estímulo exterior no es nunca reconocida, sino singularmente equivocada en el sueño (cf. los sueños del despertador, capítulo 2), y por qué el resultado de la reacción del alma a la percepción de este estímulo, cuya verdadera naturaleza no reconoce, puede ser tan indeterminablemente variable. En respuesta a esta interrogación, alega Strümpell, como ya vimos antes, que a consecuencia de su apartamiento del mundo exterior durante el estado de reposo, no se halla el alma en situación

de dar la exacta interpretación del estímulo sensorial objetivo, sino que se ve obligada a construir ilusiones sobre la base de la indeterminada excitación dada. He aquí las propias palabras de Strümpell:

«Cuando durante el reposo, y por efecto de un estímulo nervioso, externo o interno, surge en el alma y es percibido por ella un proceso psíquico cualquiera —sensación, complejo de sensaciones, sentimiento, etc.— despierta este proceso, tomándolas del círculo de impresiones de la vigilia que aún perduran en el alma, imágenes sensitivas, o sea, percepciones anteriores, que aparecen desnudas o revestidas de sus valores psíquicos correspondientes. De este modo reúne dicho proceso en derredor suyo un número más o menos considerable de tales imágenes, las cuales dan a la impresión procedente del estímulo nervioso su valor psíquico. Como lo hacemos al referirnos a nuestra actividad anímica en la vida despierta, decimos también aquí que el alma *interpreta*, durante el estado de reposo, las impresiones producidas por el estímulo nervioso. Resultado de esta interpretación es el *sueño de estímulo nervioso*; esto es, un sueño cuyos elementos se hallan condicionados por el hecho de que un estímulo de dicho género desarrolla su efecto psíquico en la vida anímica conforme a las leyes de la reproducción».

Idéntica en todo lo esencial a esta teoría es la afirmación de Wundt, de que las representaciones oníricas emanan, en su mayor parte, de estímulos sensoriales —incluso de aquellos pertenecientes a la sensación vegetativa general—, siendo, por tanto, casi siempre, ilusiones fantásticas y, sólo en su más pequeña parte, representaciones mnémicas puras elevadas a la categoría de alucinaciones. Para la correlación que de esta teoría resulta entre el contenido onírico y los estímulos del sueño, encuentra Strümpell el excelente paralelo (cap. 2) de «los sonidos que los diez dedos de un individuo profano en música producen al recorrer al azar el teclado de un piano». Conforme a este punto de vista, no aparecería el sueño como un fenómeno anímico originado por motivos psíquicos, sino como el resultado de un estímulo fisiológico que se manifiesta en una sintomatología psíquica por no ser capaz de otra distinta exteriorización del aparato sobre el que el estímulo actúa. En una análoga hipótesis se halla basada, por ejemplo, la explicación que Meynert intentó dar de las representaciones obsesivas por medio de la famosa

comparación de la esfera del reloj, en la que resaltan algunas cifras impresas en mayor relieve.

Por predilecta que haya llegado a ser esta teoría de los estímulos oníricos somáticos y por atractiva que parezca, es, sin embargo, fácil descubrir su punto débil. Todo estímulo onírico somático que durante el reposo incita al aparato anímico a su interpretación por medio de la formación de ilusiones, puede motivar un sinnúmero de tales tentativas de interpretación y, por tanto, alcanzar su representación en el contenido onírico por infinitos elementos diferentes[360]. Pero la teoría de Strümpell y Wundt no nos indica motivo alguno que regule la relación entre el estímulo externo y la representación onírica elegida para su interpretación, dejando así inexplicada la «singular selección» que los estímulos «llevan a cabo, con gran frecuencia, en su actividad reproductiva» (Lipps: *Hechos fundamentales de la vida onírica*, pág. 170). Contra la hipótesis fundamental de toda la teoría de la ilusión, o sea, la de que durante el reposo no se halla el alma en situación de reconocer la verdadera naturaleza del estímulo sensorial objetivo, se han elevado también diversas objeciones. Así, Burdach, el viejo fisiólogo sostiene la afirmación contraria de que también durante el estado de reposo es el alma capaz de interpretar acertadamente las impresiones sensoriales que hasta ella llegan y reaccionar conforme a tal interpretación exacta. En demostración de su aserto, aduce que determinadas impresiones sensoriales, importantes para el durmiente, quedan excluidas de la general indiferencia del mismo (la nodriza que despierta al más leve rumor del niño), y que nuestro nombre, pronunciado en voz baja, interrumpe nuestro reposo, mientras que otras impresiones auditivas más intensas, pero indiferentes, no obtienen igual resultado, lo cual supone que el alma dormida sabe también diferenciar las impresiones (cap. 2, apart, *e*). De estos hechos deduce Burdach que durante el reposo no existe una incapacidad para interpretar los estímulos sensoriales, sino una *falta de interés* con respecto a ellos. Los mismos argumentos alegados por Burdach en 1830 retornan luego, sin modificación alguna en la impugnación de la teoría de los estímulos somáticos escrita por Lipps en 1883. Según este punto de vista, se nos muestra el alma semejante a aquel durmiente que a la pregunta: «¿Duermes?», contesta: «No»; pero interpelado a seguidas con la petición: «Entonces préstame diez duros», se escuda con la

evasiva: «Estoy dormido».

La insuficiencia de la teoría de los estímulos oníricos somáticos puede todavía demostrarse por otro camino diferente. Puede, en efecto, observarse que los estímulos externos no provocan obligadamente sueños, aunque dado el caso de que soñemos aparezcan representados en el contenido onírico. Ante un estímulo epidérmico o de presión sobrevenido durante el reposo, disponemos de diversas reacciones. En primer lugar, podemos hacer caso omiso de él y ver luego, al despertar, que hemos dormido con una pierna fuera de las sábanas o un brazo en mala postura, sin que nada nos lo haya advertido durante la noche. La Patología nos muestra numerosísimos casos en los que diversos estímulos sensoriales y de movimiento intensamente excitantes, no han tenido efecto alguno durante el reposo. En segundo lugar, podemos advertir la sensación mientras dormimos a través de nuestro reposo, como sucede regularmente con los estímulos dolorosos, pero sin entretejer en un sueño el dolor percibido. Asimismo podemos despertar con objeto de poner fin al estímulo[361]. Por último, el que el estímulo nervioso nos induzca a la formación de un sueño no es sino una cuarta reacción posible de frecuencia igual a las otras tres. Esto último no sucedería si *el motivo de los sueños no residiese fuera de las fuentes oníricas somáticas*.

Dándose cuenta de la laguna que antes señalamos en la explicación de los sueños por la intervención de estímulos somáticos, han intentado otros autores —Schemer y luego Volkelt— determinar más estrictamente aquellas actividades anímicas que, tomando como base los estímulos somáticos, hacen surgir toda la variedad de imágenes oníricas. Situando así nuevamente la esencia de los sueños en lo anímico y en una actividad psíquica. Schemer no se limitó a dar una poética descripción, llena de vida, de las peculiaridades psíquicas que se desarrollan en la formación de los sueños, sino que creía firmemente haber descubierto el principio que rige la conducta del alma con respecto a los estímulos que a ella se ofrecen. Desarrollando con plena contingencia su fantasía, libre de sus trabas diurnas, tiende, según Schemer, la elaboración onírica a representar *simbólicamente* la naturaleza del órgano del que se emana el estímulo. Fórmase de este modo una especie de «clave de los sueños» que nos permitiría deducir de las imágenes oníricas las sensaciones somáticas y los estados orgánicos y de excitación que las han

provocado. Así, la imagen onírica de un gato es expresión de un malhumorado estado de ánimo, y el pan, con su blanca y lisa superficie, representa, en nuestros sueños, la desnudez. El cuerpo humano, en su totalidad, es representado por la fantasía onírica con la imagen de una casa, y un órgano aislado, por una parte de la misma. En los «sueños de estímulo dental» corresponden a la boca una alta galería abovedada, y al descenso hasta el tubo digestivo, una escalera. En el «sueño de dolor de cabeza» queda precisada la situación dominante de este órgano por la imagen de un techo cubierto de repugnantes arañas semejantes a «sapos» (pág. 274). Para designar un mismo órgano suele emplear el sueño diversos símbolos. El pulmón y su actividad repiratoria quedan simbolizados por una estufa encendida y la corriente de aire que aviva su fuego; el corazón, por cajas y cestos vacíos, y la vejiga, por objetos redondos, en forma de bolsa, o simplemente cóncavos. Muy importante es el hecho de que al final del sueño suele aparecer sin disfraz alguno y casi siempre adscrito al cuerpo mismo del sujeto el órgano del que parte el estímulo o la función a él correspondiente. Así, el «sueño de estímulo dental» termina, por lo general, con una escena en la que el sujeto extrae de su boca una larga «muela» (pág. 302). Esta teoría de la interpretación onírica no fue ciertamente muy bien acogida por los demás investigadores, que la tacharon de extravagante e incluso se negaron a reconocer lo que, a mi juicio, hay en ella de verdad. Como puede verse, conduce a la habilitación de la interpretación de los sueños por medio de símbolos, empleada por los antiguos, con la única diferencia de que el sector del que ha de extraerse la interpretación queda limitado al perímetro de la personalidad física humana. La carencia de una técnica científica de interpretación tiene que disminuir necesariamente la capacidad de aplicación de la teoría de Schemer. La interpretación onírica en ella basada no excluye tampoco la arbitrariedad, tanto menos cuanto que se admite la posibilidad de que un estímulo halle, en el contenido onírico, diversas representaciones. Así fue ya imposible a Volkelt, continuador de las hipótesis de Schemer, comprobar la simbolización del cuerpo humano en los sueños por medio de la imagen de la casa. También tenía que contribuir a la no aceptación de esta teoría el hecho de considerar la elaboración onírica como una actividad inútil y desprovista de todo fin, asignada al alma, la cual se limitaría a fantasear

sobre el estímulo dado, sin tender, ni lejanamente siquiera, a algo semejante a una derivación o supresión del mismo.

Existe, por último, otra objeción que conmueve gravemente la construcción teórica de Schemer de la simbolización de estímulos somáticos por los sueños. No faltando nunca estímulos de este género, y siendo el alma, según opinión general, más accesible a ellos durante el reposo que en la vida despierta, no se comprende cómo no sueña de continuo, a través de toda la noche y cada noche, con todos los órganos. Si queremos eludir esta objeción, alegando que para despertar la actividad onírica es necesario que de los distintos órganos —ojos, oídos, boca, intestinos, etc.— emanen estímulos especiales, tropezaremos con la dificultad de demostrar que tales incrementos de excitación son de carácter objetivo, cosa que sólo en un limitado número de sueños nos resulta posible. Si el sueño de volar constituye una simbolización del movimiento de ascenso y descenso de los lóbulos del pulmón al respirar, debería ser soñado con mucha mayor frecuencia, según observa ya Strümpell, o habría de advertirse durante él una intensificación de la actividad respiratoria. Una tercera posibilidad —quizá la más verosímil— es la de que, periódicamente, surjan motivos especiales para consagrar atención a las sensaciones viscerales regularmente existentes. Pero este caso nos lleva más allá de los límites de la teoría de Schemer.

El valor de las especulaciones de Schemer y Volkelt reside en precisar una serie de caracteres del sueño necesitados de explicación y cuyo examen promete conducirnos a nuevos conocimientos. Es perfectamente cierto que los sueños contienen simbolizaciones de órganos y funciones somáticos, y también que el agua indica en ellos, con frecuencia, un estímulo de origen vesical, y que los genitales masculinos pueden ser representados por una columna, una vara enhiesta, etc., etc. Aquellos sueños que, en oposición a la pálida policromía de otros, muestran un extenso campo visual y vivos colores, deberán interpretarse, con seguridad casi completa, como sueños de estímulo visual. Asimismo, tampoco puede negarse la colaboración de la formación de ilusiones en aquellos otros que contienen ruidos y murmullos de voces. Sueños como el de Schemer, en el que dos filas de bellos adolescentes rubio, situados frente a frente sobre un puente, se atacan, luchan y vuelven a sus posiciones primitivas repetidamente, hasta que el sujeto se

sienta sobre el puente y se extrae de la mandíbula una larguísima muela, o como el análogo de Volkelt que muestra al durmiente dos filas de cajones y termina también con la extracción de una muela, y, en general, todas las formaciones oníricas de esta clase, de las cuales comunican ambos autores numerosos ejemplos, no permiten condenar como ociosa invención la teoría de Schemer sin antes investigar el nódulo de verdad que indudablemente contiene. En caso contrario, habríamos de consagrarnos a procurar un distinto esclarecimiento para la supuesta simbolización del presunto estímulo dental.

Nuestros análisis de sueños nos han proporcionado un importante argumento del que aún no hemos hecho uso en la discusión de las fuentes oníricas. Si por medio de un procedimiento que los demás investigadores no han aplicado a los sueños por ellos examinados, conseguimos demostrar que el sueño posee un valor propio, a título de acto psíquico, que el motivo de su formación se halla constituido por un deseo y que el material inmediato para la constitución de su contenido es proporcionado por los sucesos del día anterior, quedará juzgada, sin necesidad de más amplio proceso, toda otra teoría onírica que no utilice un tan importante instrumento de investigación y considere en consecuencia al sueño como una reacción psíquica, inútil y enigmática a estímulos somáticos. Para no hacer objeto a estas teorías de un tal juicio adverso, habríamos de suponer que existían —cosa harto inverosímil— dos clases de sueños, perteneciendo exclusivamente a una de ellas todos los examinados por los investigadores que nos precedieron, y a la otra todos los analizados por nosotros. Descartada esta hipótesis, no nos quedará ya más que incorporar a nuestra teoría de los sueños los hechos en que se basa la de los estímulos oníricos somáticos.

Esta labor quedó ya iniciada cuando sentamos el principio de que la elaboración de los sueños se halla bajo el imperio de una fuerza que la obliga a constituir una unidad con todos los estímulos oníricos simultáneamente existentes. Vimos entonces que cuando, como resto del día anterior, perduran dos o más sucesos que trajeron consigo una impresión, quedan reunidos en un sueño los deseos de ellos emanados, y también que para constituir el material del sueño se reúnen la impresión psíquicamente valiosa y los sucesos indiferentes del día anterior, siempre que puedan establecerse entre ambos elementos representaciones comunicantes. El sueño se nos muestra así como

una reacción a todo lo actual simultáneamente dado en la psiquis durmiente, y la labor analítica a que hasta ahora hemos sometido el material onírico nos lo presenta como una colección de restos psíquicos —huellas mnémicas— a los que (por la predilección del material reciente e infantil) hemos tenido que atribuir un carácter psicológicamente indeterminable por el momento. No nos es nada difícil predecir lo que sucederá cuando a estas actualidades mnémicas se agregue durante el estado de reposo nuevo material de sensaciones. Tales estímulos resultan asimismo importantes para el sueño por el hecho de ser actuales, y son unidos a las demás actualidades psíquicas, proporcionando con ellas el material para la formación del sueño. O dicho de otro modo: los estímulos sobrevenidos durante el reposo son objeto de una elaboración que los convierte en una realización de deseos, cuyos restantes elementos se hallan constituidos por los restos diurnos psíquicos que ya conocemos. Esta unión no es, desde luego, *obligada*, pues ya hemos visto que podemos reaccionar de varios modos a los estímulos sobrevenidos durante el reposo; pero en aquellos casos en que se lleva a efecto conseguimos hallar un material que constituye en el contenido del sueño una representación de las dos clases de fuentes oníricas, las somáticas y las psíquicas.

La acumulación de material somático a las fuentes oníricas psíquicas no modifica en nada la esencia del sueño, el cual permanece siendo una realización de deseos, cualquiera que sea la forma en que la expresión de la misma quede determinada por el material actual.

La importancia y significación de los estímulos exteriores para el sueño varía conforme a una serie de circunstancias especiales. Imagino que una acción conjunta de los factores individuales fisiológicos y accidentales dados es lo que decide, en cada caso, la conducta que hemos de seguir con respecto a un intenso estímulo objetivo sobrevenido durante el reposo. Según la profundidad habitual y accidental del reposo y la intensidad del estímulo, quedará éste reprimido de manera a no interrumpir nuestro descanso; nos veremos obligados a despertar o intentaremos dominar el estímulo entretejiéndolo en un sueño. Correlativamente a la variedad de estas constelaciones se manifestarán los estímulos con mayor o menor frecuencia en los sueños de un individuo que en los de otro. Así, por lo que a mí respecta, gozo de tan profundo reposo y me defiendo con tal tenacidad contra

todo lo que pudiera perturbarlo, que sólo muy raras veces se mezclan en mis sueños causas externas de excitación, al paso que los motivos de orden psíquico me incitan fácilmente a soñar. De todos los sueños propios por mí anotados, sólo hay realmente uno que pueda ser referido a una fuente de estímulos objetivos (una sensación dolorosa), pero precisamente en él creemos muy instructivo comprobar el resultado onírico del estímulo exterior.

«Voy montado en un caballo gris. Al principio monto con inseguridad y torpeza o como si fuese en una difícil postura, distinta de la corriente. Encuentro a mi colega el doctor P., que viene también a caballo, pero con gran arrogancia, y viste un traje de grueso paño. Al llegar junto a mí, me hace no sé qué advertencia (probablemente la de que voy mal montado). Pero ya voy encontrándome cada vez mejor sobre el inteligentísimo corcel, descanso cómodamente sobre la silla y me siento tranquilo y confiado como si estuviera en mi casa. En lugar de silla lleva el caballo un largo almohadón que cubre por completo su lomo, desde el cuello hasta la grupa. Con gran serenidad paso por el estrecho espacio que dejan entre sí dos carros. Después de avanzar largo trecho por una calle, doy media vuelta y quiero desmontar ante una pequeña capilla abierta, pero luego desmonto realmente junto a otra que se alza poco más allá. El hotel está en la misma calle. Podría dejar que el caballo fuera sólo hasta él, pero prefiero llevarlo de la brida. Es como si me avergonzase de llegar allí montado. A la puerta del hotel hay un “botones” que me enseña una tarjeta que yo mismo he encontrado y se burla de mí. En la tarjeta hay escrito y doblemente subrayado: *No comer*, y después un segundo propósito (impreciso): algo como *No trabajar*. A ello se añade la vaga idea de que me hallo en una ciudad extranjera en la que no trabajo».

Nada indica, a primera vista, que este sueño haya surgido bajo la influencia, o mejor dicho, bajo la coerción de un estímulo doloroso. Durante el día anterior me habían hecho sufrir extraordinariamente, convirtiendo en tortura cada uno de mis movimientos, varios furúnculos de que venía padeciendo. Uno de ellos, situado en la raíz del escroto, había llegado a alcanzar el volumen de una manzana y me causaba, al andar, insoportables dolores. La fatiga, la alteración febril y la desgana consiguiente, unidas a la intensa labor que, a pesar de todo, hube de realizar durante el día, acabaron

de ensombrecer mi ánimo. En esta situación no me hallaba ciertamente muy facultado para consagrarme a mis ocupaciones profesionales, pero teniendo en cuenta el carácter de mi padecimiento y la región de mi cuerpo en la que se manifestaba, existía otra actividad para la que, sin duda alguna, me encontraba aún menos capacitado. Tal actividad es la de *montar a caballo*, y precisamente es la que el sueño me atribuye como la más enérgica negación imaginable de mi padecimiento. Ignoro en absoluto el arte de la equitación, no sueño nunca nada que con ella se relacione, y sólo una vez he montado en un caballo, por cierto en pelo y sin que ello me produjera placer alguno. Pero en mi sueño monto como si no tuviera furúnculo ninguno en el periné, o, mejor dicho, *precisamente porque no quiero tenerlo*. La silla, tal y como el sueño la describe, es la cataplasma que me apliqué al acostarme, y cuyo efecto calmante me ha permitido conciliar el reposo. Así protegido, no he advertido, durante algunas horas, indicio ninguno de mi padecimiento. Luego, cuando las sensaciones dolorosas comenzaron a hacerse más vivas y amenazaron con despertarme, vino el sueño a tranquilizarme, diciéndome: «Puedes seguir durmiendo. No tienes furúnculo ninguno, pues montas a caballo, cosa que no es posible con un divieso en el periné». El dolor quedó de este modo ensordecido y pude, en efecto, seguir durmiendo.

Pero aún hay más. El sueño no se ha limitado a sugerirme la inexistencia del furúnculo, sosteniendo tenazmente una representación incompatible con el mismo —conducta semejante a la que observamos en la demencia alucinatoria de la madre que ha perdido un hijo[362], o en la del comerciante arruinado—, sino que ha utilizado los caracteres de la misma sensación que niega y los de la representación empleada con objeto de reprimirla, para enlazar a la situación onírica los elementos actuales dados en el alma y proporcionarles un medio de expresión. El color *gris* del caballo en que monto corresponde al del traje que mi colega el doctor P. llevaba la última vez que le vi. (Un traje de color *sal y pimienta*.) Los alimentos *fuertemente especiados* me han sido indicados como causa de mi furunculosis más probablemente que el *azúcar*, en la que se piensa también al investigar la etiología de tal enfermedad. Mi amigo P. acostumbra mirarme con cierta *arrogancia* desde que me sustituyó en la confianza de una paciente en cuyo tratamiento creía yo haber realizado grandes *habilidades (Kunststuecke)* —al

principio de mi sueño voy montado en una difícil postura como un jinete que realizase *habilidades* ecuestres en el circo—, *Kunstreiter)*, pero que, en realidad, me llevó a donde quiso, como el caballo al inexperto jinete de la conocida anécdota[363]. De este modo llega el caballo a la categoría de símbolo de dicha paciente (en mi sueño lo encuentro *muy inteligente*). El encontrarme luego a caballo «tan seguro y confiado *como si estuviera en mi casa*», se refiere a la situación que yo ocupaba en casa de dicha enferma hasta que fui sustituido por P. «Yo creí que se mantenía usted más firmemente sobre la silla», me había dicho días antes, aludiendo a este suceso, uno de los pocos grandes médicos de Viena que me son favorables. Por otro lado, ha sido también una difícil habilidad continuar atendiendo a mi labor psicoterápica durante ocho o diez horas diarias, no obstante mis dolores. Sé, sin embargo, que en tal estado no me será posible seguir ejerciendo mi difícil actividad profesional, y el sueño aparece colmado de lúgubres alusiones a las consecuencias de tal interrupción de mi trabajo: *No trabajar y no comer*. Prosiguiendo la interpretación, veo que la elaboración onírica ha conseguido hallar el camino que va desde la situación optativa de montar a caballo hasta muy tempranas escenas de mi infancia (peleas con un sobrino mío, un año mayor que yo, residente hoy en Inglaterra). Mi sueño ha tomado, además, elementos de mis viajes a Italia, pues la calle que en él recorro responde a impresiones visuales recibidas en Verona y en Siena.

Una interpretación más profunda me lleva a ideas latentes de carácter sexual y me hace recordar lo que en una paciente mía, que jamás había estado en Italia, significaban las alusiones oníricas a este bello país (*gen-Italien* —*genitalien: vea Italia*—, *genitales*), recuerdo que no carece de relación con la casa en la que presté mi asistencia facultativa antes de ser sustituido por el doctor P., y con la región de mi cuerpo elegida por el furúnculo.

En otra ocasión me fue también posible defenderme análogamente de un estímulo sensorial que amenazaba interrumpir mi reposo, pero esta vez fue pura casualidad lo que me permitió descubrir la conexión del sueño con el estímulo onírico accidental y llegar así a su compresión. Hallándome durante el verano en un balneario del Tirol, desperté una mañana con la convicción de haber soñado que el *Papa había muerto*. Todos mis esfuerzos para interpretar este sueño no visual resultaron estériles. Como posible antecedente, no

recordaba sino el de haber leído días antes la noticia de que el Pontífice padecía ligera indisposición. Pero en el transcurso de la mañana me preguntó mi mujer: «¿No has oído de madrugada el formidable repique con que nos han obsequiado todas las iglesias y capillas de los alrededores?» No recordaba haber oído nada semejante; pero mi sueño quedaba ya explicado como reacción de mi necesidad de dormir ante el ruido con que los piadosos tiroleses querían despertarme. Después de vengarme de ellos con la deducción que constituye el contenido de mi sueño, proseguí durmiendo sin interesarme en absoluto por el campaneo.

Entre los sueños hasta aquí expuestos hay algunos que podemos citar como ejemplos de elaboración de estímulos nerviosos. Uno de ellos es aquel en que bebo agua a grandes sorbos. En él es, aparentemente, el estímulo somático la única fuente onírica y el deseo emanado de la sensación —la sed — el único motivo onírico. Análogamente sucede en otros sueños sencillos, cuando el estímulo somático basta por sí solo para formar un deseo. El sueño de la enferma que arroja lejos de sí, en el transcurso de la noche, el aparato refrigerante que le han mandado conservar aplicado a la mejilla, nos muestra una desacostumbrada forma de reaccionar a estímulos dolorosos con una realización de deseos. Parece, en efecto, como si la paciente hubiera conseguido hacerse insensible, pasajeramente, al dolor, el cual queda transferido en su sueño a una tercera persona[364].

Mi sueño de las tres Parcas[365] es, evidentemente, un sueño de hambre, pero sabe retrotraer la necesidad de alimento hasta el ansia del niño por el pecho materno y utilizar esta ansia para encubrir otra de muy distinto género, a la que no es lícito manifestarse con tanta franqueza. El sueño del conde de Thun[366] nos ha hecho ver por qué caminos queda enlazada una necesidad física accidentalmente dada con los sentimientos más enérgicos, pero también más enérgicamente reprimidos, de la vida anímica. En el caso comunicado por Garnier, cuando el primer cónsul entreteje en su sueño bélico el ruido producido por la máquina infernal al estallar, antes de despertar a consecuencia del mismo, se nos muestra abiertamente la tendencia en favor de la cual se ocupa la actividad anímica de las sensaciones surgidas durante el reposo. Un joven abogado que se acostó pensando en un asunto importante al que se había consagrado durante el día se condujo, oníricamente, de modo

análogo al del gran Napoleón. En su sueño ve primero a cierto señor G. Reich de Hussiatyn, que le es conocido por intervenir en el pleito que le preocupa. Pero el elemento *Hussiatin* va adquiriendo cada vez mayor importancia hasta que el sujeto despierta y oye *toser* fuertemente a su mujer, enferma de un catarro bronquial (*Hussiatyn* = *hustein* = *toser*.)

Comparamos ahora el citado sueño de Napoleón I, cuyo reposo solía ser muy profundo, con el del estudiante dormilón que ante la advertencia de que ha llegado la hora de ir al hospital sueña que ocupa una cama en una sala del mismo y sigue durmiendo a pierna suelta, tranquilizado por el razonamiento de que si está ya en el hospital no tiene por qué levantarse para acudir a él. Este último ejemplo es un franco sueño de comodidad. El durmiente se confiesa sin rebozo alguno el motivo del mismo y resuelve con ello uno de los enigmas del fenómeno onírico. Todos los sueños son, en cierto sentido, *sueños de comodidad*, pues tienden a facilitar la continuación del reposo, evitando que el durmiente despierte. *El sueño es el guardián del reposo, no su perturbador*. Más adelante justificaremos esta afirmación con respecto a los factores psíquicos que provocan el despertar y, desde luego, podemos ya hacerlo con relación al papel desempeñado por los estímulos exteriores objetivos. El alma puede no ocuparse en absoluto de los estímulos sobrevenidos durante el reposo cuando la intensidad y la significación de los mismos le permite observar esta conducta; puede utilizar el sueño para negar dichos estímulos o disminuir su importancia, y, por último, cuando no tiene más remedio que reconocerlos, puede buscar aquélla su interpretación que presente la sensación actual como parte de una situación deseada y compatible con el reposo. La sensación actual es entretejida en un sueño, con el fin de *despojarla de su realidad*. Napoleón puede seguir durmiendo: Lo que intenta perturbar su reposo no es más que un recuerdo onírico del cañoneo de la batalla de Arcole[367].

El deseo de dormir mantenido por el yo *consciente y que, con la censura onírica*[368]*, constituye la colaboración de dicho* yo *en el soñar, debe, por tanto, ser considerado en todo caso como motivo de la formación de sueños, y todos y cada uno de éstos son realización del mismo*. Más adelante analizaremos cuidadosamente cómo este general deseo de dormir, idéntico siempre a sí mismo y dado en todo caso, se comporta con respecto a los

demás deseos que quedan realizados en el contenido onírico. En el deseo de dormir hemos descubierto, además, el factor susceptible de llenar la laguna de que adolece la teoría de Strümpell-Wundt y explicar la insuficiencia y arbitrariedad que hallamos en la interpretación del estímulo exterior. La interpretación exacta de la que el alma dormida es perfectamente capaz, exigiría un interés activo y con él la interrupción del reposo. De todas las interpretaciones posibles no serán, pues, admitidas sino aquellas que resulten compatibles con la censura que el deseo de dormir ejerce en forma tiránica, y entre las admitidas será escogida aquella que mejor pueda ser enlazada con los deseos que espían, en el alma, la ocasión de realizarse. De este modo es determinado todo inequívocamente y nada queda abandonado a la arbitrariedad. La falsa interpretación no constituye una alusión, sino algo semejante a una evasiva. Habremos, pues, de ver en este proceso, como antes en la sustitución por desplazamiento efectuada a los fines de la censura onírica, una variante del proceso psíquico normal.

Cuando los estímulos nerviosos externos y los somáticos internos son lo bastante intensos para conquistar la consideración psíquica, proporcionan —siempre que su resultado sea un sueño y no la interrupción del reposo— una firme base de sustentación para la formación de sueños, pues pasan a constituir, en el contenido onírico, un nódulo para el que es buscada luego una realización de deseos correspondientes, en forma análoga a como lo son, según vimos antes, las representaciones intermedias entre dos estímulos oníricos psíquicos. Hasta este punto puede, pues, afirmarse que en cierto número de sueños depende el contenido onírico del elemento somático, e incluso resulta que en este caso extremo es despertado, a los fines de la formación del sueño, un deseo no actual. Pero el sueño no puede hacer otra cosa que representar un deseo como realizado en una situación y, por tanto, se halla en cada caso ante la labor de buscar qué deseo puede ser representado como realizado por la sensación del momento actual, aunque el material actual dado sea de carácter penoso o doloroso, no por ello deja de ser aprovechable para la formación de un sueño. La vida anímica dispone también de deseos cuya realización produce displacer, cosa que a primera vista parece contradicción, pero que se explica por la existencia de dos instancias psíquicas y de una censura situada entre ambas.

Como ya hemos visto, existen en la vida anímica deseos *reprimidos* que pertenecen al primer sistema y a cuya realización se resiste el segundo. No quiere esto decir que tales deseos existieran antes del proceso represivo y quedaran luego destruidos por el mismo, nada de eso; la teoría de la represión afirma que tales deseos reprimidos existen todavía, aunque al mismo tiempo exista también una coerción que pesa sobre ellos. La disposición psíquica para que tales deseos reprimidos lleguen a una realización permanece conservada e intacta. Mas cuando tal realización llega a cumplirse, el vencimiento de la resistencia que a ello oponía el segundo sistema (capaz de conciencia) se exterioriza como displacer. Para terminar estas consideraciones añadiremos que cuando durante el reposo surgen sensaciones de carácter displaciente, emanadas de fuentes somáticas, es utilizada esta constelación por la elaboración onírica para representar —con mayor o menor severidad de la censura— un deseo hasta entonces reprimido.

Esta circunstancia nos permite incluir en la teoría de la realización de deseos toda una serie de sueños de angustia. Con respecto a otra variedad de estas formaciones oníricas displacientes, aparentemente contrarias a dicha teoría, habremos de atenernos a una explicación distinta. La angustia que en sueños experimentamos puede ser, en efecto, de carácter psiconeurótico y proceder de excitaciones psicosexuales, correspondiendo entonces a una libido reprimida. En este caso, tanto la angustia como el sueño en que se manifiesta constituyen un síntoma neurótico y habremos llegado al límite ante el que la tendencia realizadora de deseos, del sueño, se ve obligada a detenerse. Existen también sueños en los que la sensación de angustia posee un origen somático (por ejemplo, la opresión respiratoria de los enfermos cardíacos o del pulmón), y en esta circunstancia es utilizada dicha sensación para proporcionar una realización onírica a aquellos deseos enérgicamente reprimidos que realizados en un sueño obediente a motivos psíquicos hubieran traído consigo igual desarrollo de angustia. No es difícil fundir en una unidad estos dos casos aparentemente distintos. Dados dos productos psíquicos —una inclinación efectiva y un contenido de representaciones— íntimamente ligados entre sí, puede uno de ellos, el actual, sustituir el otro en el sueño, y de este modo tan pronto es sustituido el contenido de representaciones reprimido por la angustia somáticamente dada como el

desarrollo de angustia por el contenido de representaciones libertado de la represión y saturado de excitación sexual. En el primer caso puede decirse que un afecto somáticamente dado es interpretado psíquicamente. En el segundo aparece dado todo psíquicamente, pero el contenido que se hallaba reprimido es sustituido fácilmente por una interpretación somática adaptada a la angustia. Las dificultades con que tropezamos para la inteligencia de esta cuestión tienen muy escasa relación con el sueño, pues proceden de que con estas especulaciones rozamos los problemas del desarrollo de angustia y de la represión.

Entre los estímulos oníricos procedentes del interior del soma que imponen su ley a la formación de los sueños debemos contar, desde luego, el estado físico general del sujeto. No quiere esto decir que pueda proporcionar por sí solo el contenido onírico, pero sí que impone a las ideas latentes una selección entre el material que ha de servir a la representación en dicho contenido, aproximando, como adaptación a su esencia, una parte de dicho material y manteniendo a distancia la parte restante. Además este estado general se halla enlazado desde el día con los restos psíquicos importantes para el sueño. Este estado puede conservarse en el sueño o ser dominado y transformado en su contrario cuando es de carácter displaciente.

Cuando las fuentes oníricas somáticas que actúan durante el reposo —o sea las sensaciones de dicho estado— no poseen desacostumbrada intensidad, desempeñan, a mi juicio, en la formación de los sueños un papel análogo al de las impresiones diurnas que han permanecido recientes, pero que son indiferentes. Quiero decir que son utilizadas en la formación del sueño cuando resultan apropiadas para ser unidas al contenido de representaciones de la fuente onírica psíquica, pero únicamente en este caso. Vemos, pues, que son consideradas como material de escaso valor, del que podemos disponer en todo momento y que utilizamos cuando nos es necesario, mientras que un material precioso prescribe ya por sí mismo las normas de su empleo. Sucede en esto como cuando una persona aficionada a las joyas artísticas lleva al lapidario una piedra rara —un ónice, por ejemplo— para que talle en él un camafeo. El tamaño de la piedra, su color y sus aguas coadyuvarán a determinar la figura o escena que en ella ha de ser tallada, mientras que, dado un material más amplio y uniforme —mármol o granito—, no tiene el artista

que ajustarse a normas distintas de su espontánea inspiración. Pensando así es como únicamente resulta comprensible que aquel contenido onírico que proporciona los estímulos orgánicos de intensidad no superior a la ordinaria no aparezca en todo sueño y en sueños todas las noches[369].

Para la mejor inteligencia de mi opinión sobre este punto concreto expondré un nuevo ejemplo de sueño, retornando así, además, al tema de la interpretación onírica. Durante todo un día me esforcé en investigar cuál podía ser el significado de la sensación de hallarnos paralizados, no poder movernos o terminar un acto que hemos comenzado, sensación muy próxima a la angustia y frecuentísima en la vida onírica. A la noche inmediata tuve el siguiente sueño: «Subo, a medio vestir, por la escalera de una casa, desde el piso bajo al principal. Voy saltando los escalones de tres en tres y me felicito de poder subir una escalera con tanta agilidad. De repente veo que baja a mi encuentro una criada. Avergonzado, quiero apresurarme, pero en este momento se apodera de mí la parálisis indicada y me resulta imposible avanzar un solo paso».

Análisis. —La situación de este sueño está tomada de la realidad cotidiana. En mi casa de Viena ocupo dos pisos enlazados por un cuerpo de escalera. En el inferior tengo mi consulta y mi despacho, y en el superior, mis habitaciones particulares. Cuando termino de trabajar por las noches en el despacho tengo que subir la escalera para llegar a mi alcoba. La misma noche de mi sueño había realizado este trayecto en una *toilette* realmente algo desordenada, pues me había quitado la corbata, el cuello y los puños. Mi sueño exagera este desorden de mis vestidos; pero, como acostumbra hacerlo en estos casos, no determina con precisión el grado a que el mismo se eleva. El saltar los escalones de tres en tres es, en realidad, la forma en que suelo subir las escaleras y constituye, por otra parte, una realización de deseos reconocida, además, como tal en el sueño, pues la facilidad con que llevo a cabo tal ejercicio me ha tranquilizado muchas veces sobre la marcha de mi corazón. Por último, es esta forma de subir escaleras flagrante contradicción de la parálisis que en la segunda mitad del sueño me acomete y me muestra —cosa que no precisaba de prueba alguna— que el fenómeno onírico no encuentra la menor dificultad para representarse, perfecta y totalmente realizados, actos motores. Recuérdense los sueños en que volamos.

La escalera de mi sueño no es, sin embargo, la de mi casa. Al principio no caigo en cuál puede ser, y sólo al reconocer en la persona que baja a mi encuentro a la criada de una anciana señora a la que visito dos veces al día para ponerle inyecciones, me doy cuenta de que la escalera de mi sueño corresponde a la del domicilio de dicha señora.

Mas ¿por qué razón sueño con la escalera del domicilio de mi paciente y con la criada que ésta tiene a su servicio? El avergonzarse de ir insuficientemente vestido es, indudablemente, un sentimiento de carácter sexual. Pero la criada con la que sueño es más vieja que yo, regañona y nada atractiva. Recuerdo ahora que al subir por las mañanas la escalera de su casa suele darme tos, y como no hay en ella escupidera ninguna, me veo obligado a escupir sobre el suelo, pues opino que la limpieza no es cuenta mía, sino de la dueña de la casa, que debe ordenar la colocación de una escupidera. El ama de llaves de mi paciente, persona también entrada en años y de áspero carácter, a la que no tengo por qué negar gran amor a la limpieza, sostiene, sin embargo, sobre este punto concreto la opinión contraria, pues espía mis actos siempre que subo la escalera, y cuando me permito la libertad antes indicada, gruñe y protesta en voz alta y me rehúsa luego, al encontrarse conmigo, toda muestra de cortesía y respeto. Esta actitud fue compartida, el mismo día del sueño, por la otra criada, la cual, al salir a abrirme la puerta, me interpeló ásperamente con la siguiente reprimenda: «El señor doctor podía limpiarse los pies antes de entrar. Hoy ha vuelto a poner perdida la alfombra». Es esto todo lo que puede haber motivado la inclusión de la escalera y de la criada en mi sueño.

Entre los hechos de subir saltando la escalera y escupir en el suelo existe una íntima relación, pues la faringitis y las perturbaciones cardíacas son el castigo del vicio de fumar. Este vicio motiva, asimismo, que tampoco en mi casa —que mi sueño funde en una unidad con la de mi paciente— goce yo de un renombre de exagerada limpieza.

Dejaremos aplazada la continuación del análisis hasta que podamos exponer el origen del sueño típico de semidesnudez, y nos limitaremos a consignar, por el momento, como resultado de la labor analítica a que hemos sometido el sueño últimamente expuesto, que la sensación de parálisis es despertada en nuestros sueños siempre que resulta precisa para un

determinado conjunto onírico. La causa de tal contenido onírico no puede ser un estado especial de mi motilidad durante el reposo, pues un momento antes acabo de subir en mi sueño las escaleras de tres en tres, saltando ágilmente los escalones.

d) **Sueños típicos**.

Para interpretar un sueño ajeno es condición indispensable —y ello limita considerablemente la aplicación práctica de nuestro método— que el sujeto acceda a comunicarnos las ideas inconscientes que se esconden detrás del contenido manifiesto del mismo[370]. Sin embargo, y en contraposición con la general libertad de que todos gozamos para conformar nuestra vida onírica según nuestras personalísimas peculiaridades, haciéndola así incomprensible a las demás, existe cierto número de sueños que casi todos soñamos en idéntica forma y de los que suponemos poseen en todo individuo igual significación. Estos sueños son, además, merecedores de un especial interés por el hecho de proceder probablemente en todos los hombres de fuentes idénticas, circunstancias que los hace muy adecuados para proporcionarnos un amplio esclarecimiento sobre las fuentes oníricas.

Dados estos interesantes caracteres de los sueños típicos, fundábamos grandes esperanzas en los resultados de su interpretación por medio de nuestra técnica analítica; pero, desgraciadamente, hemos comprobado que la labor interpretadora tropieza en ellos con particulares dificultades. Así, aquellas asociaciones del sujeto, que en todo otro caso nos llevan a la comprensión de su sueño, faltan aquí en absoluto o son tan oscuras e insuficientes, que no nos prestan ayuda ninguna.

Más adelante expondremos las causas de que tales dificultades dependen y los medios de que nuestra técnica se vale para orillarlas, y entonces comprenderá el lector por qué he de limitarme ahora a tratar de algunos de estos sueños típicos dejando el estudio de los restantes para tal ocasión.

e) **El sueño de avergonzamiento ante la propia desnudez**.

El sueño de hallarnos desnudos o mal vestidos ante personas extrañas suele surgir también sin que durante él experimentemos sentimiento alguno de vergüenza o embarazo. Pero cuando nos interesa es cuando trae consigo tales sentimientos y queremos huir o escondernos, siendo entonces atacados por aquella singular parálisis que nos impide realizar movimiento alguno, dejándonos impotentes para poner término a la penosa situación en que nos hallamos. Sólo en esta forma constituye este sueño un sueño típico, aunque dentro de ella puede el nódulo de su contenido quedar incluido en los más diversos contextos y adornado con toda clase de agregados individuales. Lo esencial en él es la penosa sensación —del carácter de la vergüenza— de que nos es imposible ocultar nuestra desnudez, o, como generalmente deseamos, emprender una precipitada fuga. No creo muy aventurado suponer que la inmensa mayoría de mis lectores conoce por su experiencia onírica esta desagradable situación.

En casi todos los sueños de este género queda impreciso el grado de nuestra desnudez. Alguna vez oiremos decir al sujeto que soñó hallarse en camisa, pero sólo en muy raros casos presenta la imagen onírica tal precisión. Por lo contrario, suele ser tan indeterminada, que para describirla es necesario emplear una alternativa: «Soñé que estaba en camisa o en enaguas». Asimismo, es lo más frecuente que la intensidad de la vergüenza experimentada sea muy superior a la que el grado de desnudez podría justificar. En los sueños de los militares queda muchas veces sustituida la desnudez por un traje antirreglamentario. Así, sueñan haber salido sin sable, o sin gorra, hallándose de servicio, o llevar con la guerrera unos pantalones de paisano y encontrar en la calle a otros oficiales, etc.

Las personas ante las que nos avergonzamos suelen ser desconocidas, cuya fisonomía permanece indeterminada. Otro carácter del sueño típico de este género es que jamás nos hace nadie reproche alguno, ni siquiera repara en nosotros, con motivo de aquello que tanto nos avergüenza. Por lo contrario, la expresión de las personas que en nuestro sueño encontramos es de una absoluta indiferencia, o, como me fue dado comprobar en un caso especialmente claro, estirado y solemne. Todo esto da que pensar.

El avergonzado embarazo del sujeto y la indiferencia de los demás constituyen una de aquellas contradicciones tan frecuentes en el fenómeno

onírico. A la sensación del sujeto correspondería, lógicamente, que los demás personajes le contemplasen con asombro, se burlaran de él o se indignasen a su vista. Esta desagradable actitud de los espectadores ha quedado, a mi juicio, suprimida por la realización de deseos, mientras que la no menos desagradable sensación de vergüenza ha logrado perdurar, mantenida por un poder cualquiera, resultando así la falta de armonía que observamos entre las dos partes de este sueño. La forma en que el mismo ha sido utilizado como base de una fábula nos proporciona un interesante testimonio de que no se ha llegado a interpretar acertadamente su significado, a través de su expresión deformada en parte por la censura. La fábula a que me refiero nos es a todos conocida por la versión de Andersen[371] y más recientemente ha sido poetizada por L. Fulda en su *Talismán*. En el cuento de Andersen se nos refiere que dos falsarios ofrecen al rey un traje cuya singularísima condición es la de ser visible únicamente para los hombres buenos y honrados. El rey sale a la calle vestido con este invisible traje —o sea desnudo—; pero no queriendo pasar nadie por hombre perverso y ruin fingen todos no advertir su desnudez.

Esta última es, punto por punto, la situación de nuestro sueño. No hace falta aventurarse mucho para suponer que del incomprensible contenido del sueño ha partido un impulso a inventar un disfraz mediante el cual adquiera un sentido la situación expuesta ante la memoria, quedando entonces despojada esta situación de su significación primitiva y haciéndose susceptible de ser utilizada para fines distintos. Ya veremos más adelante que esta equivocada interpretación del contenido onírico por la actividad intelectual consciente de un segundo sistema es algo muy frecuente y debe ser considerado como un factor de la conformación definitiva de los sueños. Asimismo, habremos de ver que en la formación de representaciones obsesivas y de fobias desempeñan principal papel análogas interpretaciones erróneas, dentro siempre de la misma personalidad psíquica. Con respecto a estos sueños de desnudez, podemos indicar también de dónde es tomado el material necesario para dicha transformación de su significado. El falsario es el sueño; el rey, el sujeto mismo, y la tendencia moralizadora revela un oscuro conocimiento de que en el contenido latente se trata de deseos ilícitos sacrificados a la represión. Los contextos en que tales sueños aparecen

incluidos en mis análisis de sujetos neuróticos demuestran, sin lugar a duda alguna, que se hallan basados en un recuerdo de nuestra más temprana infancia. Sólo en esta edad hubo una época en la que fuimos vistos desnudos, tanto por nuestros familiares como por personas extrañas —visitantes, criadas, etc.—, sin que ello nos causara vergüenza ninguna[372]. Asimismo, puede observarse que la propia desnudez actúa sobre muchos niños, aun en períodos ya algo avanzados de la infancia, como excitante. En lugar de avergonzarse, ríen a carcajadas, corren por la habitación y se dan palmadas sobre el cuerpo hasta que su madre o la persona a cuya guarda están encomendados les afea su proceder, tachándolos de desvergonzados. Los niños muestran con frecuencia veleidad exhibicionista. Rara es la aldea en que el viajero no encuentra a algún niño de dos o tres años que levanta a su paso —y como en honor suyo— los faldones de su camiseta. Uno de mis pacientes conservaba en su memoria consciente el recuerdo de una escena en que, teniendo ocho años, había intentado entrar en camisa, a la hora de acostarse, en la alcoba de su hermanita, capricho que le fue negado por la criada que de él cuidaba. En la historia infantil de los neuróticos desempeña la desnudez de niños de sexo opuesto al del sujeto un importantísimo papel. La manía de los paranoicos de creerse observados cuando se visten o se desnudan debe ser enlazada a estos sucesos infantiles. Entre los perversos existe un grupo —el de los *exhibicionistas*— en el que el indicado impulso infantil ha pasado a la categoría de obsesión.

Cuando, en la edad adulta, volvemos la vista atrás se nos aparece esta época infantil en la que nada nos avergonzaba como un Paraíso, y en realidad el Paraíso no es otra cosa que la fantasía colectiva de la niñez individual. Por esta razón se hace vivir en él, desnudos, a sus moradores, sin avergonzarse uno ante el otro, hasta que llega un momento en que despiertan la vergüenza y la angustia, sucede la expulsión y comienza la vida sexual y la labor de civilización. A este paraíso puede el sueño retrotraernos todas las noches. Ya indicamos antes nuestra sospecha de que las impresiones de la primera infancia (del período prehistórico, que alcanza hasta el final del cuarto año) demandan de por sí y quizá sin que en ello influya para nada su contenido, una reproducción, siendo, por tanto, su repetición una realización de deseos. Así, pues, los sueños de desnudez son *sueños exhibicionistas*[373].

El nódulo del sueño exhibicionista queda constituido por la propia figura del sujeto —no en su edad infantil, sino en la actual— y por el desorden o parvedad de su vestido, detalle este último que, a causa de la superposición de recuerdos posteriores o de imposiciones de la censura, queda siempre indeterminada. A este nódulo se agregan las personas ante las cuales nos avergonzamos. No conozco caso ninguno de que entre estas personas retornen las que realmente presenciaron las pretéritas exhibiciones infantiles del sujeto. El sueño no es, en efecto, casi nunca un simple recuerdo. En todas las reproducciones que el sueño, la histeria y la neurosis obsesiva nos presentan quedan siempre omitidas aquellas personas a las que hicimos objeto de nuestro interés sexual en nuestra infancia. Únicamente la paranoia hace retornar a los espectadores e impone al sujeto la más fanática convicción de su presencia, aunque los deja permanecer invisibles. Aquello con que el sueño los sustituye —«mucha gente desconocida» que no presta atención al espectáculo que se le ofrece— constituye la *transformación, en su contrario, del deseo* del sujeto, orientado hacia la persona, familiar y única, a la que siendo niño dedicó su desnudez, en sus exhibiciones infantiles. Esta «gente desconocida» aparece también en muchos otros sueños e intercala en los más diversos contextos, significando entonces «secreto», siempre como transformación, en su contrario, de un deseo[374]. El retorno de la situación primitiva, que, como antes indicamos, se verifica en la paranoia, queda adaptado asimismo a esta contradicción. El sujeto tiene en ella la convicción de ser observado, pero los que así le observan son «gente desconocida, singularmente indeterminada».

La represión actúa también en estos sueños exhibicionistas. La penosa sensación que durante ellos experimentamos no es sino la reacción del segundo sistema contra el hecho de haber logrado, a pesar de todo, una representación el contenido, por él rechazado, de la escena exhibicionista. Ésta no debía haber sido reproducida, para evitar la sensación desagradable.

Más adelante volveremos a ocupamos de la sensación de hallarnos paralizados, la cual sirve admirablemente en el sueño para expresar el *conflicto de la voluntad*, el no. La intención consciente demanda que la exhibición prosiga y la censura exige que se interrumpa.

Las relaciones de nuestros sueños típicos con las fábulas y otros temas de

creación poética no son ciertamente escasas ni casuales. La penetrante mirada de un escritor ha observado en una ocasión analíticamente el proceso de transformación de que el poeta es, en general, instrumento y ha sabido perseguir el desarrollo de dicho proceso remontando su curso, o sea referir a un sueño la obra poética. Aludo con esto a Gottfried Keller, en cuya obra *Enrique el Verde* me ha señalado un amigo mío el siguiente pasaje: «No le deseo a usted, mi querido Lee, que compruebe por propia experiencia cuál fue la sensación de Ulises al surgir desnudo y cubierto de barro ante Nausicaa y sus compañeras. ¿Que cómo es posible tal comprobación? Helo aquí. Cuando lejos de nuestra patria y de todo lo que nos es querido vagamos por tierras extrañas, vemos y vivimos todo género de cosas, sufrimos y meditamos o nos hallamos quizá miserables y abandonados, soñamos indefectiblemente alguna noche que nos acercamos a nuestros lejanos lares. Los anhelados paisajes patrios aparecen ante nosotros con esplendorosos colores, y suaves figuras amadas salen a nuestro encuentro. Pero entonces nos damos cuenta de que llegamos destrozados, desnudos y cubiertos de polvo. Vergüenza y angustia infinitas se apoderan de nosotros. Intentamos cubrir nuestras desnudeces u ocultarnos, y acabamos por despertar bañados en sudor. Mientras existan seres humanos será éste el sueño del desgraciado al que el Destino hace vagar lejos de su patria. Vemos, pues, que la situación de Ulises ante Nausicaa ha sido tomada por Homero de la más profunda y eterna esencia de la Humanidad».

Ahora bien: esta eterna y más profunda esencia del hombre que todo poeta tiende siempre a despertar en sus oyentes, se halla constituida por aquellos impulsos y sentimientos de la vida anímica, cuyas raíces penetran en el temprano período infantil considerado luego como prehistórico. Detrás de los deseos del expatriado, capaces de conciencia y libres de toda objeción, se abren paso en el sueño los deseos infantiles, reprimidos y devenidos ilícitos, razón por la cual termina siempre en sueño de angustia este sueño que la leyenda de Nausicaa objetiviza.

El sueño antes expuesto, en el que la agilidad de que doy pruebas al subir la escalera se transforma a poco en la imposibilidad de hacer movimiento alguno, es igualmente un sueño exhibicionista, pues presenta los componentes esenciales de los de este género. Por tanto, habremos de poder

referirlo a sucesos infantiles, y el conocimiento de estos sucesos habrá de permitimos deducir hasta qué punto la conducta de la criada con respecto a mí y el reproche que me dirige de haber ensuciado la alfombra contribuyen a hacerla ocupar un lugar en mi sueño. No resulta, en efecto, nada difícil llegar por este camino a un total esclarecimiento. La labor psicoanalítica nos enseña a interpretar la contigüidad temporal como relación objetiva. Dos ideas, faltas en apariencia de todo nexo, pero que se suceden inmediatamente, pertenecen a una unidad que habremos de adivinar del mismo modo que una *a* y una *b*, escritas una a continuación de otra en el orden marcado, forman la sílaba *ab* y han de ser pronunciadas conjuntamente. Esto mismo sucede con respecto a la relación de varios sueños entre sí. El citado sueño de la escalera forma parte de una serie cuyos restantes elementos me han revelado ya su sentido. Debe, pues, de referirse al mismo tema. Ahora bien: dichos otros sueños tienen todos como base común mi recuerdo de una niñera a la que estuve confiado desde el destete hasta los dos años, persona de la que también mi memoria consciente conserva una oscura huella. Por lo que mi madre me ha referido hace poco sobre ella, sé que era vieja y fea, pero muy trabajadora y lista, y por las conclusiones que de mis sueños puedo deducir, ha de admitir que no siempre se mostraba muy cariñosa conmigo, llegando a tratarme con rudeza cuando infringía las reglas de limpieza a las que quería acostumbrarme. La criada de mi anciana pariente, al tomar a su cargo en la escena real antes detallada la continuación de dicha labor educativa, me da derecho a tratarla en mi sueño como encarnación de aquella vieja niñera de mi época prehistórica. Habremos de admitir, además, que el niño, no obstante los malos tratos de que le hacía objeto, la distinguía con su amor[375].

f) **Sueño de la muerte de personas queridas**.

Otros sueños que también hemos de considerar como típicos son aquéllos cuyo contenido entraña la muerte de parientes queridos: padres, hermanos, hijos, etc. Ante todo observamos que estos sueños se dividen en dos clases: aquéllos durante los que no experimentamos dolor alguno, admirándonos al despertar nuestra insensibilidad, y poseídos por una profunda aflicción hasta

el punto de derramar durmiendo amargas lágrimas.

Los primeros no pueden ser considerados como típicos y, por tanto, no nos interesan de momento. Al analizarlos hallamos que significan algo muy distinto de lo que constituye su contenido y que su función es la de encubrir cualquier deseo diferente. Recordemos el de aquella joven que vio ante sí muerto y colocado en el ataúd a su sobrino, el único hijo que quedaba a su hermana de dos que había tenido. El análisis nos demostró que este sueño no significaba el deseo de la muerte del niño, sino que encubría el de volver a ver después de larga ausencia a una persona amada a la que en análoga situación, esto es, cuando la muerte de su otro sobrino, había podido contemplar de cerca la sujeto, también después de una prolongada separación. Este deseo, que constituye el verdadero contenido del sueño, no trae consigo motivo ninguno de duelo, razón por la cual no experimenta la sujeto durante el sentimiento alguno doloroso. Observamos aquí que la sensación concomitante al sueño no corresponde al contenido manifiesto, sino al latente, y que el contenido afectivo ha permanecido libre de la deformación de que ha sido objeto el contenido de representaciones.

Muy distintos de éstos son los sueños en que aparece representada la muerte de un pariente querido y sentimos dolorosos afectos. Su sentido es, en efecto, el que aparece manifiesto en su contenido, o sea el deseo de que muera la persona a que se refieren. Dado que los sentimientos de todos aquellos de mis lectores que hayan tenido alguno de estos sueños habrán de rebelarse contra esta afirmación mía, procuraré desarrollar su demostración con toda amplitud.

Uno de los análisis expuestos en páginas anteriores, nos reveló que los deseos que el sueño nos muestra realizados no son siempre deseos actuales. Pueden ser también deseos pasados, agotados, olvidados y reprimidos, a los que sólo por su resurgimiento en el sueño hemos de atribuir una especie de supervivencia. Tales deseos no han muerto, según nuestro concepto de la muerte, sino que son semejantes a aquellas sombras de la *Odisea*, que en cuanto bebían sangre despertaban a una cierta vida. En el sueño de la niña muerta y metida en una caja (pág. 441) se trata de un deseo que había sido actual quince años antes y que la sujeto confesaba ya francamente haber abrigado por entonces. No será quizá superfluo para la mejor inteligencia de

nuestra teoría de los sueños el hacer constar aquí incidentalmente que incluso este mismo deseo se basa en un recuerdo de la más temprana infancia. La sujeto oyó, siendo niña, aunque no le es posible precisar el año, que, hallándose su madre embarazada de ella, deseó a causa de serios disgustos que el ser que llevaba en su seno muriera antes de nacer. Llegada a la edad adulta y embarazada a su vez, siguió la sujeto el ejemplo de su madre.

Cuando alguien sueña sintiendo prof undo dolor en la muerte de su padre, su madre o de alguno de sus hermanos, no habremos de utilizar ciertamente este sueño como demostración de que el sujeto desea *en la actualidad* que dicha persona muera. La teoría del sueño no exige tanto. Se contenta con deducir que lo ha deseado alguna vez en su infancia. Temo, sin embargo, que esta limitación no logre devolver la tranquilidad a aquellos que han tenido sueños de este género y que negarán la posibilidad de haber abrigado alguna vez tales deseos con la misma energía que ponen en afirmar su seguridad de no abrigarlos tampoco actualmente. En consecuencia, habré de reconstituir aquí, conforme a los testimonios que el presente ofrece a nuestra observación, una parte de la perdida vida anímica infantil[376].

Observamos, en primer lugar, la relación de los niños con sus hermanos. No sé por qué suponemos *a priori* que ha de ser cariñosísima, no obstante los muchos ejemplos con que constantemente tropezamos de enemistad entre hermanos adultos, enemistad de la que por lo general averiguamos que comenzó en épocas infantiles. Pero también muchos adultos que en la actualidad muestran gran cariño hacia sus hermanos y los auxilian y protegen con todo desinterés vivieron con ellos durante su infancia en interrumpida hostilidad. El hermano mayor maltrataba al menor, le acusaba ante sus padres y le quitaba sus juguetes; el menor, por su parte, se consumía de impotente furor contra el mayor le envidiaba o temía y sus primeros sentimientos de libertad y de conciencia de sus derechos fueron para rebelarse contra el opresor. Los padres dicen que los niños no congenian, pero no saben hallar razón alguna que lo justifique. No es difícil comprobar que el carácter del niño —aun el más bueno— es muy distinto del que nos parece deseable en el adulto. El niño es absolutamente egoísta, siente con máxima intensidad sus necesidades y tiende a satisfacerlas sin consideración a nadie y menos aún a los demás niños, sus competidores, entre los cuales se hallan en primera línea

sus hermanos. Mas no por ello calificamos al niño de «criminal», sino simplemente de «malo», pues nos damos cuenta de que es tan irresponsable ante nuestro propio juicio como lo sería ante los tribunales de justicia. Al pensar así nos atenemos a un principio de completa equidad, pues debemos esperar que en épocas que incluimos aún en la infancia despertarán en el pequeño egoísta la moral y los sentimientos del altruismo, o sea, para decirlo con palabras de Meynert, que un *yo* secundario vendrá a superponerse al primario, coartándolo. Claro es que la moralidad no surge simultáneamente en toda línea y que la duración del período amoral infantil es individualmente distinta. Las investigaciones psicoanalíticas me han demostrado que una aparición demasiado temprana (antes del tercer año) de la formación de reacciones morales debe ser contada entre los factores constitutivos de la predisposición a una ulterior neurosis. Allí donde tropezamos con una ausencia de dicho desarrollo moral solemos hablar de «degeneración» y nos hallamos indudablemente ante una detención o retraso del proceso evolutivo. Pero también en aquellos casos en los que el carácter primario queda dominado por la evolución posterior puede dicho carácter recobrar su libertad, al menos parcialmente, por medio de la histeria. La coincidencia del llamado «carácter histérico» con el de un niño «malo» es harto singular. En cambio, la neurosis obsesiva corresponde a la emergencia de una supermoralidad que a título de refuerzo y sobrecarga gravitaba sobre el carácter primario, el cual no renuncia jamás a imponerse.

Así, pues, muchas personas que en la actualidad aman a sus hermanos y experimentarían un profundo dolor ante su muerte, llevan en su inconsciente deseos hostiles a ellos procedentes de épocas anteriores, y estos deseos pueden hallar en sueños su realización. Resulta especialmente interesante observar la conducta de los niños pequeños —de tres años o aún menores— con ocasión del nacimiento de un hermanito. El primogénito, que ha monopolizado hasta este momento todo el cariño y los cuidados de sus familiares, pone mala cara al oír que la cigüeña ha traído otro niño, y luego, al serle mostrado el intruso, lo examina con aire disgustado y exclama decididamente: «¡Yo quiero que la cigüeña vuelva a llevárselo!»[377].

A mi juicio, se da el niño perfecta cuenta de todos los inconvenientes que la presencia del hermanito le ha de traer consigo. De una señora a la que me

unen lazos de parentesco y que en la actualidad se lleva a maravilla con su hermana, cuatro años más joven que ella, sé que al recibir la noticia de la llegada de otra niña exclamó, previniéndose: «Pero ¿no tendré que darle mi gorrita encarnada?» Si por azar se cumple cualquiera de estas prevenciones que en el ánimo de los niños despierta el nacimiento de un hermanito, ella constituirá el punto de partida de una duradera hostilidad. Conozco el caso de una niña de menos de tres años que intentó ahogar en su cuna a un hermanito recién nacido, de cuya existencia no esperaba, por lo visto, nada bueno. Queda así demostrado por esta y otras muchas observaciones coincidentes, que los niños de esta edad pueden experimentar ya, y muy intensamente, la pasión de los celos. Y cuando el hermanito muere y recae de nuevo sobre el primogénito toda la ternura de, sus familiares, ¿no es lógico que si la cigüeña vuelve a traer otro competidor surja en el niño el deseo de que sufra igual destino para recobrar él la tranquila felicidad de que gozó antes del nacimiento y después de la muerte del primero[378]?. Naturalmente, esta conducta del niño con respecto a sus hermanos menores no es en circunstancias normales sino una simple función de la diferencia de edad. Al cabo de un cierto espacio de tiempo despiertan ya en la niña los instintos maternales con respecto al inocente recién nacido.

De todos modos, los sentimientos de hostilidad contra los hermanos tienen que ser durante la infancia mucho más frecuentes de lo que la poco penetrante observación de los adultos llega a comprobar[379].

En mis propios hijos, que se sucedieron rápidamente, he desperdiciado la ocasión de tales observaciones, falta que ahora intento reparar atendiendo con todo interés a la tierna vida de un sobrinito mío, cuya dichosa soledad se vio perturbada al cabo de quince meses por la aparición de una competidora. Sus familiares me dicen que el pequeño se porta muy caballerosamente con su hermanita, besándole la mano y acariciándola; pero he podido comprobar que antes de cumplir los dos años ha comenzado a utilizar su naciente facultad de expresión verbal para criticar a aquel nuevo ser, que le parece absolutamente superfluo. Siempre que se habla de la hermanita ante él interviene en la conversación, exclamando malhumorado: «¡Es muy pequeña!» Luego, cuando el espléndido desarrollo de la chiquilla desmiente ya tal crítica, ha sabido hallar el primogénito otro fundamento en que basar su juicio de que la

hermanita no merece tanta atención como se le dedica, y aprovecha toda ocasión para hacer notar que «no tiene dientes[380]». De otra sobrinita mía recordamos todos que, teniendo seis años, abrumó durante media hora a sus tías con la pregunta: «¿Verdad que Lucía no puede entender aún estas cosas?» Lucía era una hermanita suya, dos años y medio menor que ella.

En ninguna de mis enfermas he dejado de hallar sueños de este género, correspondientes a una intensa hostilidad contra sus hermanos. Un único caso, que pareció presentarse al principio como excepción, demostró al poco no ser sino confirmación de la regla. Habiendo interrogado a una paciente sobre estos extremos, recibí, para mi asombro, la respuesta de que jamás había tenido tal sueño. Pero momentos después recordó uno que aparentemente caréela de relación con los que nos ocupan y que había soñado por primera vez a los cuatro años, siendo la menor de las hermanas, y luego repetidas veces. «Una multitud de niños, entre los que se hallaban todos sus hermanos, hermanas, primos y primas, juegan en una pradera. De repente les nacen alas, echan a volar y desaparecen». La paciente no tenía la menor sospecha de la significación de este sueño, mas para nosotros no resulta nada difícil reconocer en él un sueño de muerte de todos los hermanos en la forma original escasamente influida por la censura. Así, creo poder construir el análisis siguiente: la sujeto vivía con sus hermanos y sus primos, con ocasión de la muerte de uno de ellos, acaecida cuando aún no había cumplido ella cuatro años, debió de preguntar a alguno de sus familiares qué era de los niños cuando morían. La respuesta debió de ser que les nacían alas y se convertían en ángeles, aclaración que el sueño aprovecha, transformando en ángeles a todos los hermanos, y lo que es más importante, haciéndolos desaparecer. Imaginemos lo que para la pequeña significaría ser la única superviviente de toda la familia caterva infantil. La imagen de los niños jugando en una pradera antes de desaparecer volando se refiere, sin duda, al revolotear de las mariposas, como si la niña hubiese seguido la misma concatenación de ideas que llevó a los antiguos a atribuir a Psiquis alas de mariposa.

Quizá opongan aquí algunos de mis lectores la objeción de que aun aceptando los impulsos hostiles de los niños contra sus hermanos, no es posible que el espíritu infantil alcance el grado de maldad que supone desear

la muerte a sus competidores, como si no hubiera más que esta máxima pena para todo delito. Pero los que así piensan no reflexionan que el concepto de «estar muerto» no tiene para el niño igual significación que para nosotros. El niño ignora por completo el horror de la putrefacción, el frío del sepulcro y el terror de la nada eterna, representaciones todas que resultan intolerables para el adulto, como nos lo demuestran todos los mitos «del más allá». Desconoce el miedo a la muerte, y de este modo juega con la terrible palabra amenazando a sus compañeros. «Si haces eso otra vez te morirás, como se murió Paquito», amenaza que la madre escucha con horror, sabiendo que más de la mitad de los nacidos no pasan de los años infantiles. De un niño de ocho años sabemos que al volver de una visita al Museo de Historia Natural dijo a su madre: «Te quiero tanto, que cuando mueras mandaré que te disequen y te tendré en mi cuarto para poder verte siempre». ¡Tan distinta es de la nuestra la infantil representación de la muerte[381]!.

«Haber muerto» significa para el niño, al que se evita el espectáculo de los sufrimientos, de la agonía, tanto como «haberse ido» y no estorbar ya a los supervivientes, sin que establezca diferencia alguna entre las causas —viaje o muerte— a que la ausencia pueda obedecer[382]. Cuando en los años prehistóricos de un niño es despedida su niñera y muere a poco su madre, quedan ambos sucesos superpuestos para su recuerdo dentro de una misma serie, circunstancia que el análisis nos descubre en gran número de casos. La poca intensidad con que los niños echan de menos a los ausentes ha sido comprobada, a sus expensas, con muchas madres, que al regresar de un viaje de algunas semanas oyen que sus hijos no han preguntado ni una sola vez por ellas. Y cuando el viaje es a «aquella tierra ignota de la que jamás retoma ningún viajero» los niños parecen, al principio, haber olvidado a su madre, y sólo posteriormente comienzan a recordarla.

Así, pues, cuando el niño tiene motivos para desear la ausencia de otro carece de toda retención que pudiese apartarla de dar a dicho deseo la forma de la muerte de su competidor, y la reacción psíquica al sueño de deseo de muerte prueba que, no obstante las diferencias de contenido, en el niño es tal deseo idéntico al que en igual sentido puede abrigar el adulto.

Pero si este infantil deseo de la muerte de los hermanos queda explicado por el egoísmo del niño, que no ve en ellos sino competidores, ¿cómo

explicar igual optación con respecto a los padres, que significan para él una inagotable fuente de amor y cuya conservación debiera desear, aun por motivos egoístas, siendo como son los que cuidan de satisfacer sus necesidades?

La solución de esta dificultad nos es proporcionada por la experiencia de que los sueños de este género se refieren casi siempre, en el hombre, al padre, y en la mujer, a la madre; esto es, al inmediato ascendiente de sexo igual al del sujeto. No constituye esto una regla absoluta, pero sí predomina suficientemente para impulsarnos a buscar su explicación en un factor de alcance universal[383]. En términos generales, diríamos, pues, que sucede como si desde edad muy temprana surgiese una preferencia sexual; esto es, como si el niño viviese en el padre y la niña en la madre, rivales de su amor, cuya desaparición no pudiese serles sino ventajosa.

Antes de rechazar esta idea, tachándola de monstruosa, deberán examinarse atentamente las relaciones afectivas entre padres e hijas, comprobando la indudable diferencia existente entre lo que la evolución civilizadora exige que sean tales relaciones y lo que la observación cotidiana nos demuestra que en realidad son. Aparte de entrañar más de un motivo de hostilidad, constituye terreno abonado para la formación de deseos rechazables por la censura. Examinaremos, en primer lugar, las relaciones entre padre e hijo. A mi juicio, el carácter sagrado que hemos reconocido a los preceptos del Decálogo vela nuestra facultad de percepción de la realidad, y de este modo no nos atrevemos casi a damos cuenta de que la mayor parte de la Humanidad infringe el cuarto mandamiento. Tanto en las capas más altas de la sociedad humana, como en las más bajas, suele posponerse el amor filial a otros intereses. Los oscuros datos que en la mitología y la leyenda podemos hallar sobre la época primitiva de la sociedad humana nos dan una idea poco agradable de la plenitud de poder del padre de la tiranía con que el mismo hacía uso de ella. Cronos devora a sus hijos y Júpiter castra a su padre[384] y le arrebata el trono. Cuanto más ilimitado era el poder del padre en la antigua familia, tanto más había de considerar a su hijo y sucesor como un enemigo, y mayor había de ser la impaciencia del hijo por alcanzar el poder de la muerte de su progenitor. Todavía en nuestra familia burguesa suele el padre contribuir al desarrollo de los gérmenes de hostilidad que las

relaciones paterno-filiales entrañan, negando al hijo el derecho de escoger su camino en la vida o los medios necesarios para emprenderlo. El médico tiene frecuentísimas ocasiones de comprobar cómo el dolor causado por la muerte del padre no basta para reprimir la satisfacción de la libertad por fin alcanzada. Sin embargo, los restos de la *potestas patris familias*, muy anticuada ya en nuestra sociedad, son celosamente guardados todavía por todos los padres, y el poeta que coloca en primer término de su fábula la antiquísima lucha entre padre e hijo puede estar seguro de su efecto sobre el público. Las ocasiones de conflicto entre madre e hija surgen cuando esta última, hecha ya mujer, encuentra en aquélla un obstáculo a su deseada libertad sexual y le recuerda, a su vez, que para ella ha llegado ya el tiempo de renunciar a toda satisfacción de dicho género.

Todas estas circunstancias se presentan a nuestros ojos con perfecta evidencia. Pero como no bastan para explicarnos el hecho de que estos sueños sean también soñados por personas sobre cuyo amor filial en la actualidad no cabe discusión, habremos de suponer que el deseo de la muerte de los padres se deriva también de la más temprana infancia.

Esta hipótesis queda confirmada por el análisis y sin lugar a duda alguna, con respecto a los psiconeuróticos. Al someter a estos enfermos a la labor analítica, descubrimos que los deseos sexuales infantiles —hasta el punto de que hallándose en estado de germen merecen este nombre— despiertan muy tempranamente y que la primera inclinación de la niña tiene como objeto al padre, y la del niño, a la madre. De este modo, el inmediato ascendiente del sexo igual al del hijo se convierte para éste en importuno rival, y ya hemos visto, al examinar las relaciones paternas, cuán poco se necesita para que este sentimiento conduzca al deseo de muerte. La atracción sexual actúa también, generalmente, sobre los mismos padres, haciendo que por un rasgo natural prefiera y proteja la madre a los varones, mientras que el padre dedica mayor ternura a las hijas, conduciéndose en cambio ambos con igual severidad en la educación de sus descendientes cuando el mágico poder del sexo no perturba su juicio. Los niños se dan perfecta cuenta de tales preferencias y se rebelan contra aquel de sus inmediatos ascendientes que los trata con mayor rigor. Para ellos, el amor de los adultos no es sólo la satisfacción de una especial necesidad, sino también una garantía de que su voluntad será respetada en

otros órdenes diferentes. De este modo siguen su propio instinto sexual y renuevan al mismo tiempo con ello el estímulo que parte de los padres cuando su elección coincide con la de ellos.

La mayor parte de los signos en que se exteriorizan estas inclinaciones infantiles suele pasar inadvertida. Algunos de tales indicios pueden observarse aún en los niños después de los primeros años de su vida. Una niña de ocho años, hija de un amigo mío, aprovechó una ocasión en que su madre se ausentó de la mesa para proclamarse su sucesora, diciendo a su padre: «Ahora soy yo la mamá. ¿No quieres más verdura, Carlos? Anda, toma un poco más». Con especial claridad se nos muestra este fragmento de la psicología infantil en las siguientes manifestaciones de una niña de menos de cuatro años, muy viva e inteligente: «Mamá puede irse ya. Papá se casará conmigo. Yo quiero ser su mujer». En la vida infantil no excluye este deseo un tierno y verdadero cariño de la niña por su madre. Cuando el niño es acogido durante la ausencia del padre en el lecho matrimonial y duerme al lado de su madre hasta que al regreso de su progenitor vuelve a su alcoba, al lado de otra persona que le gusta menos, surge en él fácilmente el deseo de que el padre se halle siempre ausente para poder conservar sin interrupción su puesto junto a su querida mamá bonita, y el medio de conseguir tal deseo es, naturalmente, que el padre muera, pues sabe por experiencia que los «muertos», esto es, personas, como, por ejemplo, el abuelo, se hallan siempre ausentes y no vuelven jamás.

Si tales observaciones de la vida infantil se adaptan sin esfuerzo a la interpretación propuesta, no nos proporcionan, sin embargo, la total convicción que los psicoanálisis de adultos neuróticos imponen al médico. La comunicación de los sueños de este género es acompañada por ellos de tales preliminares y comentarios, que su interpretación como sueños optativos se hace ineludible. Una señora llega a mi consulta toda conturbada y llorosa. «No quiero ver más a mi familia —me dice—. Tengo que causarles horror». A seguidas y casi sin transición me relata un sueño cuyo significado desconoce. Lo soñó teniendo cuatro años y su contenido es el siguiente: «Ve andar a un lince o una zorra por encima de un tejado. Después cae algo o se cae ella del tejado abajo. Luego sacan de casa a su madre muerta y rompe ella a llorar amargamente». Apenas expliqué a la sujeto que su sueño tenía que

significar el deseo infantil de ver morir a su madre y que el recuerdo del mismo es lo que la inspira ahora la idea de que tiene que causar horror a su familia, me suministró espontáneamente material bastante para un total esclarecimiento. Siendo niña, un golfillo que había encontrado en la calle se había burlado de ella aplicándole algunas calificaciones zoológicas, entre las que se hallaba la de «lince», y, posteriormente, teniendo ya tres años, había sido herida su madre por una teja que le cayó sobre la cabeza, originándole intensa hemorragia

Durante algún tiempo he tenido ocasión de estudiar con todo detalle a una niña que pasó por diversos estados psíquicos. En la demencia frenética con que comenzó su enfermedad mostró una especial repulsión hacia su madre, insultándola y golpeándola en cuanto intentaba acercarse a su lecho. En cambio, se mostraba muy cariñosa y dócil para con su hermana, bastante mayor que ella. A este período de excitación surgió otro más despejado, aunque algo apático y con grandes perturbaciones del reposo, fase en la que comencé a someterla a tratamiento y a analizar sus sueños. Gran cantidad de los mismos trataba, más o menos encubiertamente, de la muerte de la madre. Así, asistía la sujeto al entierro de una anciana o se reía sentada en la mesa con su hermana, ambas vestidas de luto. El sentido de estos sueños no ofrecía la menor duda. Conseguida luego una más firme mejoría, aparecieron diversas fobias, entre las cuales la que más le atormentaba era la de que a su madre le había sucedido algo, viéndose incoerciblemente impulsada a retornar a su casa, cualquiera que fuese el lugar en que estuviese, para convencerse de que aún se hallaba con vida. Este caso, confrontado con mi experiencia anterior en la materia, me fue altamente instructivo, mostrándome, como traducción de un tema a varios idiomas, diversas reacciones del aparato psíquico a la misma representación estimuladora. En la demencia inicial, dependiente, a mi juicio, del *vencimiento* de la segunda instancia psíquica por la primera, hasta entonces reprimida, adquirió poder motor la hostilidad inconsciente contra la madre. Luego, al comienzo de la fase pacífica, reprimida la rebelión y restablecida la censura, no quedó accesible a dicha hostilidad para la realización del deseo de muerte en que se concretaba, dominio distinto del de los sueños, y, por último, robustecida la normalidad, creo, como reacción contraria histérica y fenómeno de defensa,

la excesiva preocupación con respecto a la madre. Relacionándolo con este proceso, no nos resulta ya inexplicable el hecho de que las muchachas histéricas manifiesten con tanta frecuencia un tan exagerado cariño a sus madres.

En otra ocasión me fue dado penetrar profundamente en la vida anímica inconsciente de un joven al que la neurosis obsesiva hacía casi imposible la vida, pues la preocupación de que mataba a todos los que con él se cruzaban le impedía salir a la calle. Encerrado así en su casa, pasaba el día ordenando los medios con que le sería posible probar la coartada en caso de ser acusado de algún asesinato cometido en la ciudad. Excuso decir que se trataba de un hombre de elevado sentido moral y gran cultura. El análisis —mediante el cual conseguí una completa curación— reveló, como fundamento de esta penosa representación obsesiva, el impulso de matar a su padre —persona de extremada severidad—, sentido conscientemente con horror por nuestro sujeto a la edad de siete años; pero que, naturalmente, procedía de épocas mucho más tempranas de su infancia. Después de la dolorosa enfermedad que llevó a su padre al sepulcro, teniendo ya el sujeto treinta y un años, surgió en él el reproche obsesivo que adoptó la forma de la fobia antes indicada. De una persona capaz de precipitar a su padre a un abismo, desde la cima de una montaña, ha de esperarse que no estimará en mucho la vida de aquéllos a los que ningún lazo le une. Así, pues, lo mejor que puede hacer es permanecer encerrado en su cuarto.

Según mi experiencia, ya muy repetida sobre estas cuestiones, desempeñan los padres el papel principal en la vida anímica infantil de todos aquellos individuos que más tarde enferman de psiconeurosis, y el enamoramiento del niño por su madre y el odio hacia el padre —o viceversa, en las niñas— forman la firme base del material de sentimientos psíquicos constituido en dicha época y tan importante para la sintomática de la neurosis ulterior. Sin embargo, no creo que los psiconeuróticos se diferencien en esto grandemente de los demás humanos que han permanecido dentro de la normalidad, pues no presentan nada que les sea exclusivo y peculiar. Lo más probable sea que sus sentimientos amorosos y hostiles con respecto a sus padres no hagan sino presentarnos amplificado aquello que con menor intensidad y evidencia sucede en el alma de la mayoría de los niños, hipótesis

que hemos tenido ocasión de comprobar repetidas veces en la observación de niños normales. En apoyo de este descubrimiento nos proporciona la antigüedad una leyenda cuya general impresión sobre el ánimo de los hombres sólo por una análoga generalidad de la hipótesis aquí discutida nos parece comprensible.

Aludimos con esto a la leyenda del rey Edipo y al drama de Sófocles en ella basado. Edipo, hijo de Layo, rey de Tebas, y de Yocasta, fue abandonado al nacer sobre el monte Citerón, pues un oráculo había predicho a su padre que el hijo que Yocasta llevaba en su seno sería un asesino. Recogido por unos pastores, fue llevado Edipo al rey de Corinto, que lo educó como un príncipe. Deseoso de conocer su verdadero origen, consultó un oráculo, que le aconsejó no volviese nunca a su patria, porque estaba destinado a dar muerte a su padre y a casarse con su madre. No creyendo tener más patria que Corinto, se alejó de aquella ciudad, pero en su camino encontró al rey Layo y lo mató en una disputa. Llegado a las inmediaciones de Tebas adivinó el enigma de la Esfinge que cerraba el camino hasta la ciudad, y los tebanos, en agradecimiento, le coronaron rey, concediéndole la mano de Yocasta. Durante largo tiempo reinó digna y pacíficamente, engendrando con su madre y esposa dos hijos y dos hijas, hasta que asolada Tebas por la peste, decidieron los tebanos consultar al oráculo en demanda del remedio. En este momento comienza la tragedia de Sófocles. Los mensajeros traen la respuesta en que el oráculo declara que la peste cesará en el momento en que sea expulsado del territorio nacional el matador de Layo. Mas ¿dónde hallarlo?

> *Pero él, ¿dónde está él?*
> *¿Dónde hallar*
> *la oscura huella de la antigua culpa?*

La acción de la tragedia se halla constituida exclusivamente por el descubrimiento paulatino y retardado con supremo arte —proceso comparable al de un psicoanálisis— de que Edipo es el asesino de Layo y al mismo tiempo su hijo y el de Yocasta. Horrorizado ante los crímenes que sin saberlo ha cometido, Edipo se arranca los ojos y huye de su patria. La predicción del oráculo se ha cumplido.

Edipo rey es una tragedia en la que el factor principal es el Destino. Su

efecto trágico reposa en la oposición entre la poderosa voluntad de los dioses y la vana resistencia del hombre amenazado por la desgracia. Las enseñanzas que el espectador, hondamente conmovido, ha de extraer de la obra con la resignación ante los dictados de la divinidad y el reconocimiento de la propia impotencia. Fiados en la impresión que jamás deja de producir la tragedia griega, han intentado otros poetas de la época moderna lograr un análogo efecto dramático, entretejiendo igual oposición en una fábula distinta. Pero los espectadores han presenciado indiferentes cómo, a pesar de todos los esfuerzos de un protagonista inocente, se cumplían en él una maldición o un oráculo. Todas las tragedias posteriores, basadas en la fatalidad, han carecido de efecto sobre el público.

En cambio, el *Edipo rey* continúa conmoviendo al hombre moderno tan profunda e intensamente como a los griegos contemporáneos de Sófocles, hecho singular cuya única explicación es quizá la de que el efecto trágico de la obra griega no reside en la oposición misma entre el destino y la voluntad humana, sino en el peculiar carácter de la fábula en que tal oposición queda objetivizada. Hay, sin duda, una voz interior que nos impulsa a reconocer el poder coactivo del destino en Edipo, mientras que otras tragedias construidas sobre la misma base nos parecen inaceptablemente arbitrarias. Y es que la leyenda del rey tebano entraña algo que hiere en todo hombre una íntima esencia natural. Si el destino de Edipo nos conmueve es porque habría podido ser el nuestro y porque el oráculo ha suspendido igual maldición sobre nuestras cabezas antes que naciéramos. Quizá nos estaba reservado a todos dirigir hacia nuestra madre nuestro primer impulso sexual y hacia nuestro padre el primer sentimiento de odio y el primer deseo destructor. Nuestros sueños testimonian de ello. El rey Edipo, que ha matado a su padre y tomado a su madre en matrimonio, no es sino la realización de nuestros deseos infantiles. Pero, más dichosos que él, nos ha sido posible, en épocas posteriores a la infancia, y en tanto en cuanto no hemos contraído una psiconeurosis, desviar de nuestra madre nuestros impulsos sexuales y olvidar los celos que el padre nos inspiró. Ante aquellas personas que han llegado a una realización de tales deseos infantiles, retrocedemos horrorizados con toda la energía del elevado montante de represión que sobre los mismos se ha acumulado en nosotros desde nuestra infancia. Mientras que el poeta extrae a

la luz, en el proceso de investigación que constituye el desarrollo de su obra, la culpa de Edipo, nos obliga a una introspección en la que descubrimos que aquellos impulsos infantiles existen todavía en nosotros, aunque reprimidos. Y las palabras con que el coro pone fin a la obra: «… miradle; es Edipo; — el que resolvió los intrincados enigmas y ejerció el más alto poder; — aquél cuya felicidad ensalzaban y envidiaban todos los ciudadanos. — ¡Vedle sumirse en las crueles olas del destino fatal!», estas palabras hieren nuestro orgullo de adultos, que nos hace creernos lejos ya de nuestra niñez y muy avanzados por los caminos de la sabiduría y del dominio espiritual. Como Edipo, vivimos en la ignorancia de aquellos deseos inmorales que la Naturaleza nos ha impuesto, y al descubrirlos quisiéramos apartar la vista de las escenas de nuestra infancia[385].

En el texto mismo de la tragedia de Sófocles hallamos una inequívoca indicación de que la leyenda de Edipo procede de un antiquísimo tema onírico, en cuyo contenido se refleja esta dolorosa perturbación, a que nos venimos refiriendo, de las relaciones filiales por los primeros impulsos de la sexualidad. Para consolar a Edipo, ignorante aún de la verdad, pero preocupado por el recuerdo de la predicción del oráculo, le observa Yocasta que el sueño del incesto es soñado por muchos hombres y carece, a su juicio, de toda significación: «*Son muchos los hombres que se han visto en sueños cohabitando con su madre*. Pero aquel que no ve en ellos sino vanas fantasías soporta sin pesadumbre la carga de la vida».

Este sueño es soñado aún, como entonces, por muchos hombres, que al despertar lo relatan llenos de asombro e indignación. En él habremos, pues, de ver la clave de la tragedia y el complemento al de la muerte del padre. La fábula de Edipo es la reacción de la fantasía a estos dos sueños típicos, y así como ellos despiertan en el adulto sentimiento de repulsa, tiene la leyenda que acoger en su contenido el horror al delito y el castigo del delincuente, que éste se impone por su propia mano. La ulterior conformación de dicho contenido procede nuevamente de una equivocada elaboración secundaria, que intenta ponerlo al servicio de un propósito teologizante (cf. el tema onírico de la exhibición, expuesto en páginas anteriores). Pero la tentativa de armonizar la omnipotencia divina con la responsabilidad humana tiene que fracasar aquí, como en cualquier otro material que quiera llevarse a cabo.

Sobre base idéntica a la de *Edipo rey* se halla construida otra de las grandes creaciones trágicas: el *Hamlet* shakesperiano. Pero la distinta forma de tratar una misma materia nos muestra la diferencia espiritual de ambos períodos de civilización, tan distantes uno de otro, y el progreso que a través de los siglos va efectuando la represión en la vida espiritual de la Humanidad. En *Edipo rey* queda exteriorizada y realizada, como en el sueño, la infantil fantasía optativa, base de la tragedia. Por lo contrario, en *Hamlet* permanece dicha fantasía reprimida, y sólo por los efectos coactivos que de ella emanan nos enteramos de su existencia, situación análoga a la de la neurosis. La creación shakespeariana nos demuestra, de este modo, la singular posibilidad de obtener un arrollador efecto trágico, dejando en plena oscuridad el carácter del protagonista. Vemos, desde luego, que la obra se halla basada en la vacilación de Hamlet en cumplir la venganza que le ha sido encomendada, pero el texto no nos revela los motivos o razones de tal indecisión, y las más diversas tentativas de interpretación no han conseguido aún indicárnoslas. Según la opinión hoy dominante, iniciada por Goethe, representa Hamlet aquel tipo de hombre cuya viva fuerza de acción queda paralizada por el exuberante desarrollo de la actividad intelectual. Según otros, ha intentado describir el poeta un carácter enfermizo, indeciso y marcado con el sello de la neurastenia. Pero la trama de la obra demuestra que Hamlet no debe ser considerado, en modo alguno, como una persona incapaz de toda acción. Dos veces le vemos obrar decididamente: una de ellas, con apasionado arrebato, cuando da la muerte al espía oculto detrás del tapiz, y otra conforme a un plan reflexivo y hasta lleno de astucia, cuando con toda la indiferencia de los príncipes del Renacimiento envía a la muerte a los dos cortesanos que tenían la misión de conducirle a ella. Qué es, por tanto, lo que paraliza en la ejecución de la empresa que el espectro de su padre le ha encomendado. Precisamente el especial carácter de dicha misión. Hamlet puede llevarlo todo a cabo, salvo la venganza contra el hombre que ha usurpado, en el trono y en el lecho conyugal, el puesto de su padre, o sea contra aquel que le muestra la realización de sus deseos infantiles. El odio que había de impulsarle a la venganza queda sustituido en él por reproches contra sí mismo y escrúpulos de conciencia que le muestran incurso en los mismos delitos que está llamado a castigar en el rey Claudio. De estas consideraciones, con las que no hemos

hecho sino traducir a lo consciente lo que en el alma del protagonista tiene que permanecer inconsciente, deduciremos que lo que en Hamlet hemos de ver es un histérico, deducción que queda confirmada por su repulsión sexual, exteriorizada en su diálogo con Ofelia. Esta repulsión sexual es la misma que a partir del *Hamlet* va apoderándose, cada vez más por entero, del alma del poeta, hasta culminar en *Timón de Atenas*. La vida anímica de Hamlet no es otra que la del propio Shakespeare. De la obra de Jorge Brandès sobre este autor (1896) tomo el dato de que *Hamlet* fue escrito a raíz de la muerte del padre del poeta (1601); esto es, en medio del dolor que tal pérdida había de causar al hijo y, por tanto, de la reviviscencia de los sentimientos infantiles del mismo con respecto a su padre. Conocido es también que el hijo de Shakespeare, muerto en edad temprana, llevaba el nombre de *Hamnet* (idéntico al de Hamlet). Así como *Hamlet* trata de la relación del hijo con sus padres, *Macbeth*, escrito poco después, desarrolla el tema de la esterilidad. Del mismo modo que el sueño y en general todo síntoma neurótico es susceptible de una superinterpretación e incluso precisa de ella para su completa inteligencia, así también toda verdadera creación poética debe de haber surgido de más de un motivo y un impulso en el alma del poeta y permitir, por tanto, más de una interpretación. Lo que aquí hemos intentado es, únicamente, la interpretación del más profundo estrato de sentimientos del alma del poeta creador[386].

No puedo abandonar el tema de los sueños típicos de la muerte de parientes queridos sin aclarar aún más, con algunas indicaciones, su importancia para la teoría de los sueños. Se da en ellos el caso, nada común, de que la idea onírica formada por el deseo reprimido escapa a toda censura y aparece inmodificada en el contenido manifiesto. Este hecho tiene que ser facilitado por circunstancias especiales. Hay, en efecto, dos factores que lo favorecen: en primer lugar, no existe deseo alguno del que nos creamos más lejanos. Opinamos que «ni siquiera en sueños podría ocurrírsenos» desear cosa semejante, y de este modo resulta que la censura no se halla preparada a tal monstruosidad, análogamente a como las leyes de Solón no sabían encontrar un castigo proporcionado al delito del parricidio. Pero, además, el deseo reprimido e insospechado recibe con gran frecuencia en estos casos el apoyo de un resto diurno relativo a las *preocupaciones* que durante la vigilia

hemos abrigado con respecto a la vida de personas que nos son queridas. Esta preocupación no puede llegar a incluirse en un sueño sirviéndose del deseo de igual sentido, el cual puede, a su vez, disfrazarse bajo la apariencia de la preocupación que nos ha embargado durante el día. Aquellos que opinan que el proceso es mucho más sencillo y que no hacemos sino continuar, durante la noche y en sueños, lo que nos ha preocupado durante el día, habrán de dejar los sueños de muerte de personas queridas fuera de toda relación con el esclarecimiento del fenómeno onírico y conservar sin resolver, superfluamente, un enigma fácil de desentrañar.

Resulta también muy instructivo perseguir la relación de estos sueños con los de angustia. En los de la muerte de personas queridas ha hallado el deseo reprimido un camino por el que poder eludir la censura y la deformación por ella impuesta. Siempre que esto se verifica en un sueño experimentamos durante el mismo, como fenómeno concomitante, sensaciones dolorosas. Correlativamente, sólo se produce el sueño de angustia cuando la censura es vencida total o parcialmente y, por otro lado, la preexistencia de angustia como sensación actual emanada de fuentes somáticas facilita el vencimiento de la censura. De este modo vemos ya claramente la tendencia en favor de la cual labora la censura imponiendo la deformación, tendencia que no es sino la de *impedir el desarrollo de angustia o de otra forma cualquiera de afecto penoso*.

En páginas que anteceden traté del egoísmo del alma infantil, y quiero reanudar aquí el examen de este tema para demostrar que los sueños han conservado también este carácter. Todos, sin excepción, son egoístas y en todos aparece el amado *yo*, aunque oculto bajo el disfraz. Los deseos que en ellos quedan realizados son siempre deseos de dicho *yo*, y cuando el sueño nos parece obedecer a un interés por otra persona, ello no es sino una engañosa apariencia. Someteré aquí al análisis algunos sueños que parecen contradecir esta afirmación.

I. Un niño de menos de cuatro años relata el siguiente sueño: «Ha visto una gran fuente que contenía un gran pedazo de carne asada. De repente se lo comía alguien, de una sola vez y sin cortar. Pero él no veía quién era la persona que se lo había comido[387]».

¿Quién podrá ser el individuo con cuyo copioso almuerzo sueña el niño?

Los sucesos del día del sueño nos proporcionarán, sin duda, el esclarecimiento deseado. El sujeto se halla hace algunos días, por prescripción facultativa, a dieta láctea. Pero la tarde anterior había sido malo y le fue impuesto el castigo de acostarse sin siquiera tomar la leche. Ya en otra ocasión había sido sometido a una análoga cura de ayuno, resistiéndola muy valientemente, sin intentar siquiera que le levantasen el castigo confesando su hambre. La educación comienza ya a actuar sobre él, revelándose en el principio de deformación que su sueño presenta. No cabe duda que la persona que en su sueño almuerza tan a satisfacción, y precisamente carne asada, es él mismo. Pero como sabe que le está prohibido, no se atreve a hacer lo que los niños hambrientos hacen en sueños (cf. el sueño de mi hija Ana); esto es, darse un espléndido banquete, y el invitado permanece anónimo.

II. Sueño ver en el escaparate de una librería un tomo nuevo de una colección cuyas publicaciones suelo adquirir siempre (monografías artísticas o históricas). *Este tomo inicia una nueva serie titulada: «Oradores (o discursos) famosos» y ostenta en la portada el nombre del doctor Lecher*.

El análisis me demuestra desde el primer momento lo inverosímil de que pueda ocuparme, efectivamente, en sueños, la personalidad del doctor Lecher, famoso por la resistencia que demostró hablando hora tras hora en el Parlamento alemán, durante una campaña obstruccionista. La verdad es que hace algunos días se ha aumentado el número de pacientes que tengo sometidos al tratamiento psíquico y me veo obligado a hablar durante nueve o diez horas diarias. Soy yo, por tanto, el resistente orador.

III. En otra ocasión sueño que un profesor de nuestra Universidad, conocido mío, me dice: *Mi hijo, el miope*. A estas palabras se enlaza un diálogo compuesto de breves frases. Pero luego sigue un tercer fragmento onírico, en el que aparezco yo con mis hijos. En el contenido latente, el profesor M. y su hijo no son sino maniquíes que encubren mi propia persona y la de mi hijo mayor. Sobre este sueño habremos de volver más adelante, con motivo de otra de sus peculiaridades.

IV. El siguiente sueño nos da un ejemplo de sentimientos ruines y egoístas, ocultos bajo la apariencia de una tierna solicitud.

«Mi amigo Otto tiene mala cara. Su tez ha tomado un tinte oscuro, y los

ojos parecen querer salírsele de las órbitas».

Otto es nuestro médico de cabecera. No tengo la menor esperanza de saldar jamás mi deuda de gratitud para con él, pues vela hace ya muchos años por la salud de mis hijos, los ha asistido siempre con éxito y aprovecha además cualquier ocasión que se presenta para colmarlos de regalos. La tarde anterior al sueño que nos ocupa había venido a visitarnos, observando mi mujer que parecía hallarse fatigado y deprimido. Aquella misma noche le atribuye mi sueño dos de los síntomas característicos de la enfermedad de Basedow. Aquellos que se niegan a aceptar mis reglas de interpretación no verán en este sueño sino una continuación de los cuidados que el mal aspecto de mi amigo me había inspirado en la vigilia. Pero una tal interpretación *contradiría* los principios de que el sueño es una realización de deseos y accesible tan sólo a sentimientos egoístas. Además, habríamos de invitar a sus partidarios a explicarnos por qué la enfermedad que temo aqueje a mi amigo es precisamente el bocio exolftálmico, diagnóstico para el que no ofrece su aspecto real el más pequeño punto de apoyo. En cambio, mi análisis me proporciona el material siguiente, derivado de un suceso acaecido seis años antes. Varios amigos, entre ellos el profesor R., atravesábamos en carruaje el bosque de N., distante algunas horas de nuestra residencia veraniega. Era ya noche cerrada, y el cochero, que había abusado de la bebida, nos hizo volcar en una pendiente, sin grave daño para nuestras personas, pero obligándonos a pernoctar en una vecina hostería, donde la noticia del accidente nos atrajo el interés de los demás viajeros. Un caballero, que mostraba algunos de los signos característicos del *morbus Basedowi* —tez oscura y ojos saltones, como Otto en mi sueño—, se puso por completo a nuestra disposición, preguntándonos en qué podía sernos útil. El profesor R., con su acostumbrada sequedad, le respondió: «Por mí, lo único que puede usted hacer es prestarme una camisa de dormir». Pero la generosidad del amable auxiliador no debía de llegar a tanto, pues alegando que no le era posible acceder a la petición del profesor, se alejó de nuestro lado.

En la continuación del análisis se me ocurre (aunque sin grandes seguridades sobre la exactitud de tal conocimiento) que Basedow no es sólo el nombre de un médico, sino también el de un famoso pedagogo. Mi amigo Otto es la persona a quien he rogado que, en caso de sucederme alguna

desgracia, vele por la educación física de mis hijos, especialmente durante la pubertad (de aquí la camisa de dormir). Atribuyéndole luego, en el sueño, los síntomas patológicos de nuestro generoso auxiliador, es como si quisiera decir: «Si me sucede algo, le tendrán tan sin cuidado mis hijos como nosotros en aquella ocasión al barón de L., no obstante sus amables ofrecimientos». Pero el nódulo egoísta de este sueño tenía que quedar encubierto de alguna manera[388].

Mas ¿dónde se halla aquí la realización de deseos? Desde luego no en la venganza contra mi amigo Otto, cuyo destino es, por lo visto, que yo le maltrate en mis sueños, sino en la siguiente relación: representando a Otto en mi sueño por la persona del barón de L., he identificado mi propia persona con la de otro; esto es, con la del profesor R., pues demando algo de Otto, como el profesor del barón, en aquella circunstancia. El profesor R. ha seguido, como yo, independientemente su camino, y sólo después de largos años ha alcanzado un título que merecía desde mucho antes. Así, pues, deseo nuevamente, en este sueño, el título de profesor. Incluso este «después de largos años» es una realización de deseos, pues indica que vivo lo suficiente para guiar a mis hijos a través de los escollos de la pubertad.

g) **Otros sueños típicos**[389].

No tengo experiencia personal de otros sueños típicos en los que el soñante se encuentra volando en el aire con el acompañamiento de un sentimiento de agrado o de angustia, por lo que todo lo que diga sobre el particular se deriva de los psicoanálisis. Por la información así obtenida debo concluir que también estos sueños reproducen impresiones infantiles; relatan aquellos juegos de movimiento de tanto atractivo para los niños. No existe un tío que no le haya mostrado a un niño volar alrededor de la pieza cogiéndolo entre sus brazos, o que no haya jugado dejándolo caer súbitamente al estar cabalgando en su rodilla y extender de improviso la pierna, o levantándolo en vilo y repentinamente simular dejarlo caer. Los niños gozan con tales experiencias y no se cansan de pedir su repetición, particularmente si ellas les producen un cierto susto o vértigo. Años después se repiten tales escenas en

los sueños; pero dejando aparte las manos que los sujetaban, por lo que flotan o caen sin tener apoyo. El placer derivado por los niños en juegos por el estilo (columpio y balancín) es por todos conocido, y cuando ven acrobacias en un circo se reactiva la memoria de dichos juegos[390]. Ataques histéricos en niños (varones) a veces no son sino meras reproducciones de tales acrobacias, llevadas a cabo con suma destreza. No es infrecuente que suceda en estos juegos de movimiento, aunque inocentes en sí, que den lugar a sensaciones sexuales (ver nota 339 de la pág. 585 en este volumen). El retozar de los niños ('hetzen'), usando un término que corrientemente describe tales actividades, es lo que se repite en los sueños de volar, caer, vértigo, etc., en tanto que el sentimiento placentero a ellas enlazado se transforma en angustia. Muy a menudo, como toda madre lo sabe, el retozar de los niños lleva a terminar en riñas y lágrimas.

Por tanto, tengo bases como para rechazar la teoría que los sueños de volar y caer son producidos por el estado de nuestras sensaciones táctiles o de movimiento pulmonar o algo por el estilo. Por mi parte, pienso que tales sensaciones son en sí reproducidas como una parte del recuerdo al que el sueño retrocede, es decir, son una parte del contenido del sueño pero no su fuente. Sin embargo, no puedo dejar de reconocer mi incapacidad de ofrecer una explicación completa de este tipo de sueños. Mis conocimientos me han abandonado al llegar a este punto. Debo, sin embargo, insistir en la afirmación general que todas las sensaciones motoras y táctiles en acción en estos sueños típicos, emergen de inmediato cada vez que haya una razón psíquica para hacer uso de ellas y que puedan ser descartadas al no ser necesitadas. Soy también de la opinión que la relación entre tales sueños y las experiencias infantiles se han establecido con seguridad por los hechos obtenidos en los análisis de psiconeuróticos. Sin embargo, no soy capaz de decir que otros significados pueden relacionarse con dichas sensaciones a lo largo de la vida —diferentes significados, tal vez para cada caso individual a pesar de la apariencia típica de estos sueños, y tendría sumo agrado en poder llenar el vacío con un análisis cuidadoso de claros ejemplos. Si alguien se sorprende que pese a la frecuencia de sueños de volar, caer o sacarse un diente, me esté quejando de la falta de material, debo decir que yo mismo no he tenido sueños así desde que empezó mi interés por la interpretación

onírica. Los sueños de neuróticos, de los que me he aprovechado, no siempre se pueden interpretar, al menos en muchos casos, como para revelar el total significado oculto. Una fuerza particular, que tuvo que ver con el origen y construcción de la neurosis, llega a actuar una vez más al tratar de resolverla, lo que nos impide interpretar estos sueños hasta su último secreto.

h) **El sueño de examen**.

Todo aquel que ha terminado con el examen de grado sus estudios de bachillerato puede testimoniar de la tenacidad con que le persigue el sueño de angustia de que va a ser suspendido y tendrá que repetir el curso, etc. Para el poseedor de un título académico se sustituye este sueño típico por el de que tiene que presentarse al examen de doctorado, sueño durante el cual se objeta en vano que hace ya muchos años que obtuvo el deseado título y se halla ejerciendo la profesión correspondiente. En estos sueños es el recuerdo de los castigos que en nuestra infancia merecieron nuestras faltas lo que revive en nosotros y viene a enlazarse a los dos puntos culminantes de nuestros estudios, al *dies irae, dies illa* de los rigurosos exámenes. El «miedo de examen» de los neuróticos halla también un incremento en la citada angustia infantil. Terminados nuestros estudios, no es ya de nuestros padres, preceptores o maestros, de quienes hemos de esperar el castigo a nuestras faltas, sino de la inexorable concatenación causal de la vida, la cual toma a su cargo continuar nuestra educación, y entonces es cuando soñamos con los exámenes —¿y quién no ha dudado de su éxito?— siempre que tememos que algo nos salga mal en castigo a no haber obrado bien o no haber puesto los medios suficientes para la consecución de un fin deseado; esto es, siempre que sentimos pesar sobre nosotros una responsabilidad.

A una interesante observación de un colega, conocedor de estas cuestiones, debo un más amplio esclarecimiento de tales sueños, pues me llamó la atención sobre el hecho, por él comprobado, de que el sueño de tener que doctorarse nuevamente era siempre soñado por personas que habían salido triunfantes de dicho examen y nunca por aquellas otras que en él habían sido suspensas. Estos sueños de angustia, que suelen presentarse

cuando al día siguiente ha de resolverse algo importante para nosotros, habrían, pues, buscado en el pretérito una ocasión en que la angustia se demostró injustificada y quedó contradicha por el éxito. Tendríamos aquí un singular ejemplo de interpretación errónea del contenido onírico por la instancia despierta. La objeción interpretada como rebelión contra el sueño: «Pero ¡si ya tengo el título!», etc., sería, en realidad, un aliento proporcionado por el mismo: «No temas; recuerda el miedo que sentiste antes del examen de doctorado y recuerda que nada malo te pasó. Hoy tienes ya tu título», etc. Resulta, pues, que la angustia que atribuíamos al sueño procedía de los restos diurnos. Esta explicación se ha demostrado cierta en todos los sueños de este género, propios y ajenos, que he podido investigar. La medicina legal, asignatura en la que fui suspenso, no me ha ocupado jamás en sueños, mientras que muchas veces he soñado examinarme de Botánica, Zoología y Química, disciplinas en las que mi miedo al examen estaba muy justificado, pero que aprobé por especial favor del Destino o del examinador. Entre las asignaturas de segunda enseñanza escogen siempre mis sueños la Historia, disciplina en la que rayé a gran altura, pero sólo porque mi amable profesor —el tuerto de otro sueño (pág. 358)— se dio cuenta de que al devolverle el programa había hecho con la uña una señal, junto a la segunda pregunta, para advertirle que no insistiera mucho sobre ella. Uno de mis pacientes, que aprobó el examen de doctorado y fue luego suspendido en la Audiencia Militar, me ha confirmado que sueña muchas veces con el primer examen y jamás con el último (se trataba de W. Stekel).

Los sueños de examen presentan, para la interpretación, aquella dificultad que antes señalamos como característica de los sueños típicos. El material de asociaciones que el sujeto pone a nuestra disposición rara vez resulta suficiente, y de este modo, sólo por la reunión y comparación de numerosos ejemplos nos es posible llegar a la inteligencia de estos sueños. Recientemente experimenté en un análisis la segura impresión de que la frase: «Pero ¡si ya eres doctor!», etc., no se limita a encubrir una intención alentadora, sino que entraña también un reproche: «Tienes ya muchos años y has avanzado mucho en la vida; mas, a pesar de ello, sigues haciendo *bobadas y niñerías*». El contenido latente de esos sueños correspondería, pues, a una mezcla de autocrítica y aliento, y siendo así, no podremos

extrañar que el reproche de seguir cometiendo «bobadas» y «niñerías» se refiera, en los ejemplos últimamente analizados, a la repetición de actos sexuales, contra los que hay algo que se opone en nosotros. W. Stekel, que adelantó la primera interpretación de un sueño de examen (‘Matura’), era de la opinión que habitualmente se relacionaban con tests sexuales y con madurez sexual. Mi experiencia ha confirmado a menudo este punto de vista.

CAPÍTULO VI

LA ELABORACIÓN ONÍRICA

TODAS las tentativas realizadas hasta el día para solucionar los problemas oníricos se enlazaban directamente al contenido manifiesto, esforzándose por extraer de él la interpretación o fundamentar en él, cuando renunciaban a hallar sentido alguno interpretable, su juicio sobre el fenómeno objeto de nuestro estudio. Somos, pues, los primeros en partir de un diferente punto inicial. Para nosotros se interpola, en efecto, entre el contenido onírico y los resultados de nuestra observación un nuevo material psíquico: el contenido *latente* o ideas *latentes* del sueño que nuestro procedimiento analítico nos lleva a descubrir. De este contenido latente y no del manifiesto es del que desarrollamos la solución del sueño. Así, pues, se nos presenta también una nueva labor que no se planteaba a los autores anteriores: la de investigar las relaciones del contenido manifiesto con las ideas latentes y averiguar por qué proceso ha surgido de estas últimas aquel primero.

Las ideas latentes y el contenido manifiesto se nos muestran como dos versiones del mismo contenido, en dos idiomas distintos, o, mejor dicho, el contenido manifiesto se nos aparece como una versión de las ideas latentes a una distinta forma expresiva, cuyos signos y reglas de construcción hemos de aprender por la comparación del original con la traducción. Las ideas latentes nos resultan perfectamente comprensibles en cuanto las descubrimos. En cambio, el contenido manifiesto nos es dado como un jeroglífico, para cuya solución habremos de traducir cada uno de sus signos al lenguaje de las ideas

latentes. Incurriríamos, desde luego, en error si quisiéramos leer tales signos dándoles el valor de imágenes pictóricas y no de caracteres de una escritura jeroglífica. Supongamos que tenemos ante nosotros un jeroglífico cualquiera de los muchos que se publican como pasatiempo. En él vemos una casa sobre cuyo tejado descansa una barca, y luego, a continuación, una letra y una figura humana, sin cabeza, corriendo desesperadamente, etc. Ante estas imágenes podríamos expresar la crítica de que tanto su yuxtaposición como su presencia aislada son absurdas e insensatas, pues las barcas no anclan nunca sobre los tejados y un hombre decapitado es incapaz de correr. Asimismo, esta última figura resulta más grande que la casa, y si el conjunto ha de representar un paisaje, sobran las letras, que jamás hemos visto surgir espontáneamente en la Naturaleza. Pero estas objeciones dependen de que formamos sobre el jeroglífico un juicio equivocado. Así, pues, habremos de prescindir de ellas y adaptarnos al verdadero carácter de aquél, esforzándose en sustituir cada imagen por una silaba o una palabra susceptibles de ser representadas por ella. La yuxtaposición de las palabras que así reuniremos no carecerá ya de sentido, sino que podrá constituir incluso una bellísima sentencia. Pues bien: el sueño es exactamente uno de estos jeroglíficos, y nuestros predecesores en la interpretación onírica han incurrido en la falta de considerar el jeroglífico como una composición pictórica. De este modo no tenía más remedio que parecerles insensato y sin valor alguno.

A) **La labor de condensación**.

Lo primero que la comparación del contenido manifiesto con las ideas latentes evidencia al investigador es que ha tenido efecto una magna *labor de condensación*. El sueño es conciso, pobre y lacónico en comparación con la amplitud y la riqueza de las ideas latentes. Su relación escrita ocupa apenas media página. En cambio, la del análisis en el cual se hallan contenidas las ideas latentes ocupa seis, ocho o doce veces más espacio. Esta proporción es muy variable, y por lo que hasta el momento hemos podido comprobar, no influye para nada en el sentido de los sueños correspondientes. Generalmente se estima muy por debajo el montante de la comprensión que ha tenido

efecto, pues se consideran las ideas latentes descubiertas como la totalidad del material dado, siendo así que no constituyen sino una parte del mismo y que, prosiguiendo el análisis, podemos hallar todavía nuevas series de ideas que se ocultaban detrás del sueño. Ya indicamos antes que jamás podemos estar seguros de haber agotado la interpretación de un sueño. Aunque la solución obtenida nos parezca completa y satisfactoria, queda siempre la posibilidad de que el mismo sueño haya servido también de exteriorización a otro sentido más. Así, pues, el *montante de condensación* es —en términos rigurosos— indeterminable. Contra el aserto de que la desproporción entre contenido manifiesto e ideas latentes nos fuerza a deducir que en la elaboración onírica ha tenido efecto una amplia condensación del material psíquico, podría elevarse una objeción, a primera vista muy plausible. Pudiera, en efecto, alegarse la impresión que con tanta frecuencia experimentamos de haber soñado muchas cosas a través de toda la noche y haber olvidado después la mayor parte. De este modo el sueño que al despertar recordamos no sería sino un resto de la total elaboración onírica, la cual, recordada por entero, presentaría una amplitud igual a la de las ideas latentes. Hay aquí una parte de verdad, pues la observación de que cuando más fielmente nos es dado reproducir un sueño es cuando intentamos recordarlo inmediatamente después de despertar, mientras que conforme avanza el día va haciéndose su recuerdo cada vez más vago e incompleto, es rigurosamente cierta. Pero, por otro lado, podemos comprobar que el sentimiento de haber soñado mucho más de lo que podemos reproducir reposa muchas veces en una ilusión, cuyo origen aclararemos más adelante. Además, la hipótesis de una condensación en la elaboración onírica no queda contradicha en modo alguno por la posibilidad del olvido de los sueños, pues resulta demostrada por las masas de representaciones pertenecientes a cada uno de los fragmentos oníricos conservados. Lo que sucede cuando realmente ha sido olvidada una gran parte del sueño es que tal olvido nos cierra el acceso a una nueva serie de ideas latentes, pues nada justifica la suposición de que los fragmentos oníricos olvidados no se habrían referido sino a aquellas ideas que ya conocemos por el análisis de los conservados[391].

Ante la extraordinaria cantidad de ocurrencias que el análisis aporta con respecto a cada elemento del contenido onírico surgirá en nuestros lectores la

duda de si podemos considerar como perteneciente a las ideas latentes todo aquello que *a posteriori* se nos ocurre durante la labor analítica; esto es, si debemos suponer que todas estas ideas se hallaban ya en actividad durante el reposo y contribuyeron a la elaboración del sueño, o si no es mucho más verosímil que durante dicha labor surjan nuevas asociaciones de ideas que no tomaron parte alguna en la constitución del mismo. Sólo condicionalmente podemos agregarnos a esta duda. Es, desde luego, cierto que durante el análisis surgen por primera vez algunas asociaciones, pero siempre nos es dado comprobar que tales nuevas conexiones sólo se establecen entre ideas que se hallaban ya enlazadas de otra manera en el contenido latente. Las nuevas conexiones no son sino contactos o corto circuitos facilitados por la existencia de otros caminos de enlace más profundos. Con respecto a la mayor parte de las masas de ideas descubiertas en el análisis, nos vemos obligados a reconocer que han actuado ya en la elaboración del sueño; pues cuando hemos seguido una cadena de tales pensamientos, que parecen exentos de todo nexo con dicha elaboración, tropezamos bruscamente con una idea que se halla representada en el sueño, es indispensable para la elaboración del mismo y no resulta accesible sino por la persecución de dicha serie de pensamientos, ajena en apariencia a la formación del producto onírico. Recuérdese a este respecto el sueño de la monografía botánica, que se nos muestra como el resultado de una asombrosa condensación, aunque no hemos comunicado su análisis sino fragmentariamente.

Pero entonces, ¿cómo hemos de representarnos el estado psíquico que durante el reposo precede al soñar? Las ideas latentes, ¿aparecen dadas en conjunto o son recorridas de un modo sucesivo? ¿No podrá ser también que, partiendo de diversos centros, se constituyan varias cadenas de ideas simultáneas, que luego se unan en un punto dado? A mi juicio, no tenemos necesidad ninguna de crearnos una representación plástica del estado psíquico en la elaboración onírica. Bastará con no olvidar que se trata del pensamiento inconsciente y que el proceso puede ser muy distinto del que percibíamos en nosotros en la reflexión voluntaria acompañada de conciencia.

De todos modos, el hecho es que la elaboración onírica reposa sobre una condensación permanente inquebrantable. Ahora bien: ¿cómo se lleva a cabo

tal condensación?

Si reflexionamos que de las ideas latentes halladas sólo una minoría queda representada en el sueño por uno de sus elementos de representación, habríamos de concluir que la condensación se verifica por *exclusión*, no siendo así el sueño una fiel traducción o una proyección, punto por punto, de las ideas latentes, sino una reproducción harto incompleta y llena de lagunas de las mismas. Este juicio es, sin embargo, como pronto veremos, harto equivocado. Pero tomémoslo al principio como base y continuemos preguntándonos: si al contenido manifiesto no llegan sino pocos elementos de las ideas latentes, ¿qué condiciones determinan la selección de las mismas?

Para contestar a esta interrogación examinaremos aquellos elementos del contenido manifiesto que tienen que haber cumplido tales condiciones. El material mejor para esta investigación será, sin duda, un sueño en cuya elaboración haya tenido efecto una condensación particularmente enérgica. Elegiremos el de la monografía botánica, expuesto antes del capítulo V (pág. 448 del presente volumen).

Sueño de la monografía botánica. Contenido manifiesto: «He escrito una monografía sobre una especie (indeterminada) de plantas. Tengo el libro ante mí y vuelvo en este momento la página por la que se hallaba abierto y que contiene una lámina en colores. Cada ejemplar ostenta, a manera de herbario, un espécimen disecado de la planta».

El elemento más evidente de este sueño es la *monografía botánica*. Como ya indicamos, procede de las impresiones del día del sueño, pues la tarde anterior al mismo había visto realmente en el escaparate de un librero una *monografía sobre los ciclámenes*. El contenido manifiesto omite mencionar esta especie y conservar tan sólo la monografía y su relación con la Botánica. La «monografía botánica» demuestra en seguida su relación con mi *estudio sobre la cocaína*, y de esta última se dirige la asociación de ideas, por un lado, al escrito redactado con motivo del aniversario de un laboratorio y a determinados hechos relacionados con tal institución, y por otro, a mi amigo el oculista doctor Koenigstein, que participó en la aplicación de la cocaína como anestésico. A la persona del doctor Koenigstein se enlazan, además, el recuerdo del interrumpido diálogo que sostuve con él la tarde anterior y los diversos pensamientos sobre el pago de los servicios médicos entre colegas.

Esta conversación es el verdadero estímulo onírico actual. La monografía sobre los ciclámenes es también una actualidad, pero de naturaleza indiferente. Resulta, pues, que la «monografía botánica» del sueño se demuestra como un *elemento común intermedio* entre ambos sucesos diurnos, tomado sin modificación alguna de la impresión indiferente y enlazado con el suceso psíquicamente importante por amplísimos enlaces de asociaciones.

Pero no sólo la representación compuesta *monografía botánica*, sino también aisladamente cada uno de sus elementos, *botánica* y *monografía,* van profundizando más y más, por medio de múltiples asociaciones, en la madeja de ideas latentes. Al elemento *botánica* pertenecen los recuerdos relativos a la persona del profesor *Gaertner (jardinero),* a su *floreciente* mujer, a aquella paciente mía cuyo nombre era *Flora* y la señora de la que relaté la historia de las *flores* olvidadas. El elemento *Gaertner* me conduce nuevamente al laboratorio y a la conversación con Koenigstein, a la que pertenece asimismo la mención de mis dos pacientes. De la señora de las *flores* parte un camino mental hasta las *flores* preferidas de mi mujer, punto en el que converge también otro camino cuyo punto de partida es el título de la monografía vista en la vigilia. El elemento «botánica» recuerda, además, el episodio del herbario y un examen de mi época universitaria, y un nuevo tema tratado en mi conversación con el oculista —el de mis aficiones— se enlaza por mediación de la alcachofa, a la que humorísticamente llamo mi *flor preferida,* a la concatenación de ideas por parte de las flores olvidadas. Detrás del elemento «alcachofa» se esconde, en primer lugar, el recuerdo de Italia, y en segundo, el de una escena infantil que inició mis relaciones, tan íntimas luego, con los libros. Así, pues, *botánica* es un verdadero foco de convergencia, en el que se reúnen para el sueño numerosas series de ideas, cuyo enlace quedó efectuado en mi conversación con Koenigstein. Nos hallamos aquí en medio de una fábrica de pensamientos en la que, como en una obra maestra de hilandería y según los famosos versos, se «entrecruzan mil y mil hilos, / van y vienen las lanzaderas, / manan invisiblemente las hebras / y un único movimiento establece mil enlaces». (Goethe: ‘Faust’.)

El elemento «monografía» del sueño procede a su vez de dos temas: lo unilateral de mis estudios y lo costoso de mis aficiones.

De este primer examen sacamos la impresión de que los elementos

«monografía» y «botánica» han sido acogidos en el contenido manifiesto por ser los que presentan más considerable número de contactos con la mayoría de las ideas latentes, constituyendo así *puntos de convergencia* en los que van a reunirse muchas de tales ideas; esto es, por entrañar con respecto a la interpretación una *multiplicidad de significaciones*. Expresando en forma distinta el hecho en que basamos esta explicación, podemos decir que cada uno de los elementos del contenido manifiesto demuestra hallarse *superdeterminado* y múltiplemente representado en las ideas latentes.

Investigando la emergencia de los demás elementos del sueño en las ideas latentes realizamos aún nuevos descubrimientos. La lámina en colores contenida en la página por la que abro el libro se refiere (véase el análisis) a un nuevo tema, la crítica de mis obras por mis colegas; a otro ya representado en el sueño, mis aficiones, y al recuerdo infantil de la destrucción de un libro que tenía láminas de colores. El espécimen disecado de la planta se refiere al suceso del herbario escolar y hace resaltar este recuerdo con especial energía. Veo, pues, de qué género es la relación entre el contenido manifiesto y las ideas latentes: no sólo se hallan múltiplemente determinados los elementos del sueño por las ideas latentes, sino que cada una de éstas se halla asimismo representada en el sueño por varios elementos. De un elemento del sueño conduce el camino de asociación a varias ideas latentes y de una idea latente, a varios elementos del sueño. Así, pues, la elaboración no se verifica suministrando cada una de las ideas latentes o cada grupo por ellas formando una abreviatura destinada al contenido del sueño —como los habitantes de una nación eligen diputados que los representen en Cortes—, sino que la completa totalidad de las ideas latentes es sometida a cierta elaboración conforme a la cual los elementos más firmes y eficazmente sustentados quedan situados en primer término para su acceso al contenido manifiesto, procedimiento análogo al de elección por listas electorales. Cualquiera que sea el sueño que sometamos a esta disección, confirmaremos los mismos principios; esto es, que los elementos del contenido manifiesto quedan constituidos a expensas de la totalidad de las ideas latentes y cada uno de ellos se muestra múltiplemente determinado con relación a dichas ideas.

No es seguramente ocioso demostrar prácticamente esta relación entre contenido manifiesto e ideas latentes con un nuevo ejemplo, caracterizado

por la complicada trama de las relaciones recíprocas. Este sueño procede de un enfermo de claustrofobia (miedo a los espacios cerrados) al que tuve sometido a tratamiento. El título que doy a su ingeniosísima construcción onírica se halla plenamente justificado, como el lector verá más adelante.

I. *Un bello sueño*. —«Acompañado por un nutrido grupo de gente, entra en la calle de X, en la cual hay una modesta posada (dato inexacto en la realidad). En las habitaciones de esta posada se está verificando una representación teatral, y él es tan pronto espectador como actor. Al final tienen todos que cambiarse de traje para volver a la ciudad. A este fin se designa a parte del personal las habitaciones del piso bajo y a la otra las del primero. Los de arriba se incomodan porque los de abajo no han acabado todavía y no pueden ellos bajar. Su hermano está arriba; él, abajo, y se incomoda con aquél porque le da tanta prisa (toda esta parte, oscura en el sueño). Además, ya al llegar estaban distribuidas las habitaciones y determinado quién había de estar arriba y quién abajo. Luego camina solitario por la cuesta arriba que la calle X forma en dirección a la ciudad y anda tan difícil y trabajosamente, que apenas avanza. Un caballero anciano se une a él e insulta al rey de Italia. Próximo ya al final de la pendiente comienza a andar con mayor facilidad».

La fatiga al andar fue tan clara en el sueño, que todavía, al despertar, dudó el sujeto por algunos momentos si se trataba de un sueño o de una realidad.

Si nos atenemos al contenido manifiesto, no presenta este sueño nada que merezca nuestro interés. Contra lo regular, comenzaré la interpretación por el fragmento que el sujeto manifiesta ha sido el más claro y preciso.

La fatiga soñada y probablemente sentida en el sueño, esto es, la disnea al subir la cuesta, es uno de los síntomas que el sujeto mostró realmente hace algunos años y fue atribuido por entonces, con otros fenómenos, a una tuberculosis (simulada probablemente por la histeria). Conocemos ya, por nuestro estudio de los sueños exhibicionistas, esta sensación de parálisis, peculiar al fenómeno onírico, y volvemos a comprobar aquí que es utilizada como un material disponible en todo momento para los fines de otra cualquier representación. El fragmento onírico que describe cómo la subida se hacía muy trabajosa al principio y fácil, en cambio, al final de la pendiente

me recordó, al escuchar el relato de este sueño, la conocida y magistral introducción de la *Safo*, de Alfonso Daudet. Un joven sube una escalera llevando en brazos a su amada. Al principio no siente apenas el peso del adorado cuerpo, pero conforme va subiendo va haciéndose más pesada la carga, hasta resultarle intolerable. Esta escena resume la narración de Daudet, en la cual se propone el poeta advertir a la juventud de los peligros de prodigar seria inclinación a mujeres de baja extracción y dudoso pasado[392]. Aunque sabía que mi paciente había mantenido, y roto poco tiempo antes, relaciones amorosas con una actriz, no esperaba yo que mi espontánea interpretación se demostrase acertada. Además, la escena de *Safo* se desarrollaba en sentido *inverso* a la del sueño, pues en éste es la subida penosa al principio y luego fácil, mientras que para el símbolo de la novela es necesario que aquello que al principio parece ligero resulte luego una pesada carga. Para mi sorpresa, observó el paciente que tal interpretación se adaptaba muy bien al contenido de la obra que la noche anterior había visto representar en el teatro. Dicha obra se titulaba *En derredor de Viena* y desarrollaba la vida de una muchacha de origen humilde que, lanzada a la vida galante, *subía* a capas más altas de la sociedad por sus relaciones con hombres aristócratas, pero acababa *descendiendo* cada vez más bajo. El argumento de esta obra le había recordado otra, titulada *De escalón en escalón*, en cuyos carteles anunciadores se ostentaba una *escalera* de varios escalones.

La interpretación de este sueño continuó luego en la forma siguiente: En la calle X había vivido la actriz con la que últimamente había mantenido relaciones. En dicha calle no hay posada ninguna. Pero una vez que el sujeto había pasado parte del verano en Viena se alojó (*descendió* ‘abgestregen’) en un hotel cercano. Al abandonarlo, dijo al cochero: «Después de todo, no está mal este hotel. Por lo menos no hay en él pulgas ni chinches» (ésta era, además, una de sus fobias). A lo cual respondió el cochero: «No sé cómo se le ha ocurrido a usted venir a parar aquí. Más que un hotel es una *posada*».

Al elemento «posada» se enlaza en seguida el recuerdo de unos versos de Uhland: «Hace poco fui invitado —por un amable *posadero*». El posadero de estos versos es un *manzano*.

Otra cita continúa luego la concatenación de ideas: «Fausto, bailando con la joven: Tuve una vez un *bello sueño*; / veía un *manzano*, / en el que relucían

dos bellas manzanas; / me atrajeron y *subí a cogerlas*. / La bella: mucho os gustan las manzanas / desde los tiempos del Paraíso; / y siento una gran alegría / de que también las haya en mi jardín». (Goethe: 'Faust'.)

No puede abrigarme la menor duda sobre aquello a que se alude con el manzano y las manzanas. Un bello busto era uno de los encantos con los que la actriz había encadenado al sujeto.

El conjunto de este análisis justificaba plenamente la sospecha de que el sueño se retrotraía a una impresión infantil y que, siendo así, tenía que referirse a la nodriza del sujeto, el cual se halla próximo a los treinta años. Para el niño es, efectivamente, el seno de su nodriza la posada donde se alimenta. Tanto la nodriza como *Safo* constituyen en el sueño alusiones a la mujer amada y recientemente abandonada.

En el contenido manifiesto aparece también el hermano (mayor) del paciente. Éste se halla *abajo* y aquél *arriba*, circunstancia que constituye, de nuevo, una *inversión* de las circunstancias reales, pues me es conocido que el hermano ha perdido su posición social, conservándola, en cambio, mi paciente. En la reproducción del contenido manifiesto eludió el sujeto una expresión muy corriente —«Mi hermano estaba arriba y yo *par terre*»—, que hubiera transparentado en demasía, aunque inversamente, la situación real, pues decimos que una persona está *par terre* cuando ha perdido fortuna y posición; esto es, cuando podemos decir también de ella que ha *descendido*. El hecho de que en esta parte del sueño quede algo representado en forma invertida tiene que poseer un sentido, y tal inversión ha de mostrarse extensiva a otra distinta relación entre las ideas latentes y el contenido manifiesto. El examen de la última parte del sueño en la que la «subida» muestra el carácter *inverso* al de la escena de *Safo*, nos indica claramente cuál es dicha inversión: en *Safo* lleva el hombre en sus brazos a la mujer ligada a él por relaciones sexuales. Así, pues, en las ideas latentes se trata, a la *inversa*, de una mujer que lleva al hombre, y dado que esto no puede suceder sino en la infancia, se referirán dichas ideas a la nodriza que lleva en brazos a la criatura y para la cual constituye la crianza del pequeño ser una pesada carga. De este modo representa el sueño a *Safo* y a la nodriza por medio de un mismo elemento.

Así como el nombre de *Safo* no fue escogido por el poeta sin un propósito

alusivo a una costumbre lesbiana, también los fragmentos del sueño que muestran personas ocupadas *arriba* y *abajo* se refieren a fantasías de contenido sexual que ocupan la imaginación del sujeto y que a título de impulsos sexuales reprimidos no carecen de relación con su neurosis. La interpretación misma no nos revela que tales elementos latentes así representados en el sueño sean, en efecto, fantasías y no recuerdos de hechos reales, pues se limita a proporcionarnos un contenido ideológico y deja a nuestro cargo el fijar un valor real. Los sucesos reales y los fantásticos aparecen aquí —y no sólo aquí, sino también en la creación de productos psíquicos de mayor importancia que el sueño— como equivalentes al principio. La mucha gente significa, como ya indicamos, secreto. El hermano no es sino el representante, incluido en la escena infantil, por un «fantasear retrospectivo» de todos los ulteriores competidores amorosos. Por último, el episodio del caballero que insulta al rey de Italia se relaciona de nuevo por el intermedio de un suceso reciente, pero indiferente en sí, con el acceso de personas de baja extracción a círculos elevados de la sociedad. Es como si a la advertencia que Daudet dirige a los jóvenes hubiera de yuxtaponerse otra análoga dirigida al niño de pecho[393].

II. *El sueño del escarabajo de Mayo. Contenido onírico*: Como segundo ejemplo para el estudio de la condensación en la elaboración onírica, comunicaré aquí el análisis parcial de otro sueño que debo a una señora, ya de edad madura, sometida a tratamiento psicoanalítico. Correlativamente a los graves estados de angustia que padecía, contenían sus sueños un amplísimo material de ideas sexuales, cuya revelación la sorprendió y atemorizó al principio. No siéndome posible comunicar el análisis completo, parece el material onírico dividirse en varios grupos sin conexión visible.

«Recuerda que tiene encerrados en una caja dos coleópteros (Maikaefer) a los que habrá de dar libertad si no quiere que se ahoguen. Al abrir la caja ve que los dos insectos se hallan muy deprimidos. Por fin, vuela uno a través de la ventana abierta; pero el otro queda machacado contra una de las hojas de la misma al cerrarla ella, obedeciendo a la indicación que alguien le hace en tal sentido (manifestaciones de repugnancia)».

Análisis: Su marido se halla de viaje. Junto a ella, en el lecho conyugal, duerme su hija, muchacha de catorce años. Esta última le advirtió, al

acostarse, que había caído una polilla en el vaso de agua; pero ella no se preocupó de sacarla, y al verla por la mañana lamenta la muerte del pobre animalito. En un libro que leyó por la noche se cuenta cómo unos niños arrojan un gato en un caldero de agua hirviendo y se describen las convulsiones de la infeliz víctima. Éstas son las dos impresiones, indiferentes en sí, que motivan el sueño. A continuación pasa al tema de la *crueldad para con los animales*. Su hija mostró en alto grado este defecto durante un verano que pasaron en el campo. Se dedicó a formar una colección de mariposas y le pidió *arsénico para matarlas*. Una mariposa de gran tamaño se le escapó un día de las manos y revoloteó largo rato por la habitación con el cuerpo traspasado por un alfiler. Otra vez se le murieron de hambre unos gusanos que guardaba para observar cómo iban formando el capullo. Esta misma niña solía entretenerse, en años aún más tiernos, arrancando a los coleópteros y a las mariposas las alas y las patas. Afortunadamente se ha corregido ya de estas tendencias crueles y hoy se horrorizaría de tales actos.

Esta contraposición entre los crueles sentimientos anteriores de su hija y la actual bondad de la misma ocupa largo rato su pensamiento y le recuerda otra, la que suele existir entre el *aspecto exterior* de las personas y su condición moral. Así, el *aristócrata* que seduce y abandona a una infeliz muchacha y el obrero de nobles y elevados pensamientos. El carácter de una persona no puede deducirse de su *aspecto exterior*. ¿Quién podría conocer por su *aspecto* los deseos sexuales que a *ella* la atormentaban?

En la misma época durante la cual se dedicaba su hija a coleccionar mariposas se halla toda la región invadida por una plaga del coleóptero *melolontha vulgaris* (Maikaefer —literalmente, coleóptero de mayo—), y los chicos se dedicaban a combatirla, *machacándolos* sin piedad. Por entonces vio también a un hombre que cogía estos insectos, les arrancaba las alas y se los comía. Ella nació y se casó en el mes de mayo. Tres días después de su boda escribió a sus padres una carta diciéndoles que era muy feliz. Pero, la verdad, era todo lo contrario.

Durante la tarde anterior al sueño había estado revisando cartas antiguas y había leído, a los suyos, varias de ellas, serias unas y cómicas otras. Entre estas últimas se halla una, altamente ridícula, de un profesor de piano que le había hecho la corte de muchacha. Luego leyó otra de un *aristocrático*

pretendiente[394].

Se reprocha no haber podido impedir que una de sus hijas leyese un libro, poco recomendable, de Maupassant[395].

El *arsénico* que su hija le pidió en la ocasión indicada le recuerda las *píldoras de arsénico* que devuelven las energías juveniles al duque de Mora, en *El Nabab*, de Daudet.

Al elemento «dar libertad» asocia el recuerdo de un pasaje de *La flauta mágica*: «No puedo forzarte a amar, / pero no te devolveré *la libertad*».

A los coleópteros (Maikaefer), las palabras de Kaetchen[396]: «Estás enamorado como un coleóptero».

En el intermedio recuerda una cita de Tannhäuser: «Porque, poseído por *perverso deseo…*»

Vive preocupada y ansiosa, pensando en su marido ausente. El miedo de que pueda sucederle algo se exterioriza en numerosas fantasías diurnas. Poco antes había expresado en sus pensamientos inconscientes, durante el análisis, una queja sobre su *avejentamiento*. La idea optativa que este sueño encubre quedará transparentada con el dato de que varios días antes del sueño sobresaltó y horrorizó a la sujeto el imperativo *ahórcate*, que dirigido a su marido surgió de improviso en su pensamiento mientras se hallaba realizando sus ocupaciones de ama de casa. Posteriormente se averiguó que algunas horas antes había leído que los ahorcados experimentan en el momento de morir una enérgica erección. Así, pues, el deseo de dicha erección era lo que, bajo tal disfraz atemorizante, resurgía de la represión. El imperativo *ahórcate* significaba tanto como el de «procúrate una erección a cualquier precio». Las píldoras de arsénico del doctor Jenkins, en *El Nabab*, pertenecen a este círculo de ideas. La paciente sabía también que el más enérgico afrodisiaco, la *cantaridina*, se prepara *machacando* los cuerpos de unos *coleópteros*. Tal es el sentido al que tiende la parte principal del contenido manifiesto.

El abrir y cerrar la ventana es una causa constante de discusiones con su marido. Este acostumbra dormir con las ventanas cerradas. Ella, en cambio, prefiere que permanezcan abiertas.

En los tres sueños cuya comunicación antecede ha hecho resaltar, subrayándolos, aquellos elementos del contenido manifiesto que retornan en las ideas latentes, mostrando así, evidentemente, la múltiple relación de los

mismos. Pero dado que en ninguno de estos sueños se ha llevado a término el análisis, creemos conveniente realizar igual labor en un sueño cuyo análisis hallamos comunicado más minuciosamente, demostrando en él la superdeterminación de su contenido. Con este objeto elegiremos el sueño de la inyección de Irma, ejemplo en el que reconocemos sin esfuerzo que la labor de condensación se sirve, en la elaboración del sueño, de más de un único medio.

El personaje principal del contenido del sueño es Irma, mi paciente, que aparece en él con su fisonomía real y, por tanto, se representa al principio a sí misma. Pero ya su colocación, al reconocerla yo junto a la ventana, está tomada de un recuerdo referente a otra persona, aquella señora a la que, según me revelan las ideas latentes, quisiera yo tener como paciente en lugar de Irma. Por el hecho de padecer ésta una difteritis, enfermedad que me recuerda la de mi hija mayor, pasa a representar a ésta, detrás de la cual, y enlazada con ella por la igualdad de nombre, se esconde la persona de una paciente muerta por intoxicación. En el subsiguiente curso del sueño cambia la significación de la personalidad de Irma (sin que su imagen onírica varíe), transformándose en uno de los niños a los que reconocíamos en la consulta pública de nuestra clínica, ocasión en la que demuestran mis dos amigos la diferencia de sus capacidades intelectuales. El paso de una a otra significación quedó, sin duda, facilitado por la representación de mi hija en edad infantil. Por la resistencia que opone a abrir bien la boca, se convierte la misma Irma en alusión a otra señora reconocida por mí una vez, y luego, dentro del mismo contexto, a mi propia mujer. En las alteraciones patológicas que compruebo en su garganta hallo, además, alusiones a toda una serie de otras personas.

Todas estas personas con las que tropiezo al perseguir el elemento «Irma» no entran corporalmente en el sueño, sino que se esconden detrás de la persona onírica «Irma», que queda constituida de este modo como una imagen colectiva con rasgos contradictorios. Por mi atribución a Irma de todos aquellos recuerdos míos referentes a aquellas otras personas sacrificadas en el proceso de condensación, queda convertida en representante de las mismas.

La constitución de tal *persona colectiva*, para los fines de la condensación

onírica, puede llevarse también a cabo fundiendo en una imagen onírica los rasgos actuales de dos o más personas. De este modo es como ha surgido el doctor M. de mi sueño. Este personaje lleva el nombre del doctor M. y habla y actúa como él, pero su aspecto físico y sus padecimientos corresponden a otra persona: a mi hermano mayor. Un único rasgo, la palidez, se halla doblemente determinado, siendo común en la realidad a ambas personas. Un análogo personaje mixto es el doctor R. en el sueño de mi amigo, que es mi tío. Pero en este caso ha quedado constituida la imagen onírica de un tercer modo diferente. No he reunido rasgos físicos del uno con otros del otro, disminuyendo así la imagen mnémica de cada uno en determinados detalles, sino que he puesto en práctica el procedimiento seguido por Galton para lograr sus retratos de familia; esto es, proyectar ambas imágenes una sobre otra, con lo cual resaltan, acentuados, los rasgos comunes y se destruyen los diferentes, apareciendo sólo vagamente en la imagen. De este modo resalta, acentuada, como rasgo común en la vaga fisonomía formada por superposición de las dos personas diferentes, la *barba rubia*, detalle que contiene, además, una alusión a mi padre y a mí mismo, facilitada por la relación al encanecimiento.

La constitución de personas colectivas y mixtas es uno de los principales medios de que se sirve la condensación onírica. No tardaremos en tener ocasión de ocuparnos nuevamente de ella en relación con otras cuestiones.

La asociación «disentería» en el sueño de la inyección se halla también múltiplemente determinada: de una parte, por similicadencia parafásica con «difteria» (*Dysenterie-Diphaérie*), y de otra, por la relación con el paciente enviado por mí a Egipto y cuya histeria logra burlar al médico.

La mención de la *propilena* en el sueño se demuestra también como un interesante caso de condensación. Lo que las ideas latentes contenían no era *propilena*, sino *amilena*. Pudiera creerse que no ha tenido aquí efecto, en la elaboración del sueño, más que un sencillo desplazamiento. Así, es, en efecto; pero este desplazamiento se halla al servicio de los fines de la condensación, como lo prueba el siguiente apéndice que aquí agregamos al análisis de este sueño. Deteniendo mi atención un momento más en la palabra *propilena*, se me ocurre que es similicadente a *propileos (Propylen-Propiläen)*. Con esta palabra se alude no solamente a Atenas, sino también a

Munich. A esta última ciudad fui un año antes de mi sueño, con ocasión de una grave enfermedad de mi amigo. La intervención de este último en mi sueño se hace luego indiscutible por la emergencia del elemento *trimetilamina*, que surge poco después de *propilena*.

Paso por alto la singular circunstancia de que tanto aquí como en otros lugares del análisis son utilizadas para la conexión de ideas como equivalentes asociaciones de los más diversos valores, y cedo a la tentación de representarme plásticamente el proceso de la sustitución de la *amilena* del contenido latente por la *propilena* del contenido manifiesto.

Supongamos separados, pero enlazados por la contraposición, el grupo de representaciones de mi amigo *Otto*, que no me comprende, me niega la razón y me regala un licor que huele a amilena, y el de mi amigo *Wilhelm*, que me comprende, me daría la razón y al que debo tantos valiosos datos, entre ellos algunos interesantísimos sobre el quimismo de los procesos sexuales.

Lo que del grupo de *Otto* ha de despertar particularmente mi atención se halla determinado por los sucesos recientes provocadores del sueño. La *amilena* pertenece a estos elementos sobresalientes, predestinados a pasar al contenido manifiesto. El amplio grupo de representaciones *Wilhelm* es precisamente animado por la contraposición con el grupo *Otto* y en él quedan acentuados los elementos que recuerdan los ya citados en este último. En mi sueño recurro a una persona que ha despertado mi desagrado ante otra que puedo oponerla a voluntad, y hago que mi amigo responda punto por punto a mi contradictor. De este modo, la amilena de Otto despierta también en el otro grupo recuerdos pertenecientes al círculo de la Química, y la trimetilamina, apoyada por varios lados, llega al contenido manifiesto. También *amilena* podía llegar inmodificada a dicho contenido, pero sucumbe a la actuación del grupo *Wilhelm*, siendo buscado en toda el área mnémica que este nombre ocupa un elemento que pueda proporcionar doble determinación para amilena. Cercana a *amilena* se halla para la asociación *propilena*, y desde el grupo *Wilhelm* sale a su encuentro *Munich* con los *Propileos*. En *propilena-propileos* se encuentran ambos círculos de representaciones, y entonces llega este elemento intermedio, como por una especie de transacción, al contenido manifiesto. Se ha creado aquí una especie de *elemento común intermedio* que permite una múltiple

determinación. Vemos así palpablemente que la determinación múltiple tiene que facilitar el acceso al contenido manifiesto. Para la formación de este producto intermedio se ha llevado a cabo un desplazamiento de la atención desde lo realmente pensado a un elemento próximo en la asociación.

El estudio del sueño de la inyección presenta ya más claramente a nuestros ojos los procesos de condensación que tienen efecto en la elaboración onírica. Hemos podido reconocer, como peculiaridades de la labor de condensación de selección de los elementos repetidamente emergentes en las ideas latentes, la formación de nuevas unidades (personas colectivas y productos mixtos) y la constitución de elementos comunes intermedios. ¿Para qué sirve la condensación y qué es lo que la impulsa? Son interrogaciones que nos plantearemos cuando emprendamos el estudio en conjunto de los procesos psíquicos que se verifican en la elaboración de los sueños. Por ahora nos contentaremos con dejar establecida la *condensación onírica* como una singular relación entre las ideas latentes y el contenido manifiesto de los sueños.

La labor de condensación del sueño se hace más que nunca evidente cuando toma objetos palabras y nombres. Las palabras son tratadas con frecuencia por el sueño como si fueran cosas, y sufren entonces iguales uniones, desplazamientos, sustituciones y condensaciones que las representaciones de cosas. Resultado de estos sueños es la creación de formaciones verbales singularísimas y a veces muy cómicas.

I

Una vez que un colega me remitió un trabajo suyo en el que, a mi juicio, se concedía valor exagerado a un moderno descubrimiento fisiológico y, sobre todo, se trataba de él en términos harto ampulosos, soñé a la noche siguiente una frase que indudablemente se refería a dicho trabajo. Esta frase era: «Es éste un estilo verdaderamente *norekdal*». La solución de este producto verbal me resultó al principio difícil. No cabía duda de que se había formado en calidad de *parodia* de superlativos tales como «colosal» y «piramidal», pero no era fácil adivinar de dónde procedía. Por fin quedó dividido este monstruo verbal en los nombres *Nora* y *Ekdal*, que son los de

dos personajes de dos conocidas obras de Ibsen. Poco tiempo antes había leído un artículo periodístico sobre Ibsen, original del mismo autor, cuya última obra criticaba en mi sueño.

II

Una de mis pacientes me comunicaba un breve sueño, que termina en una desatinada combinación verbal. Se encuentra con su marido en una fiesta campesina y dice: «Esto acabará en un *Maistollmütz general*». Al decir esto, tiene en el sueño la oscura idea de que aquella palabra es el nombre de un plato en cuya composición entra la harina de maíz (*mais*), una especie de polenta. El análisis divide la palabra en *mais* (maíz) *-toll* (loco)-*mannstoll* (ninfómana) y *Olmütz* (nombre de una ciudad), palabras todas que la sujeto reconoció como restos de una conversación de sobremesa con sus familiares. Detrás de la palabra *mais* se esconde, a más de una alusión a una exposición recientemente inaugurada, las palabras siguientes: *Meissen* (una porcelana de *Meissen* que representaba un pájaro), *Miss* (la institutriz de sus parientes había partido para *Olmütz), mies* (que en el *argot* humorístico judío significa «malo»). Una larga concatenación de ideas y asociaciones partía de cada una de las silabas del ininteligible compuesto verbal.

III

Un joven a cuya casa ha acudido un conocido suyo a última hora de la tarde para dejarle una tarjeta, sueña aquella noche lo siguiente: un operario espera hasta última hora de la tarde para arreglar el timbre. Después que se ha marchado sigue éste sin sonar continuadamente y sí solo a golpes. Un criado vuelve a traer al operario, y él dice: «Es curioso que también aquellas personas que, en general, son *tutelrein* no entiendan el manejo de estas cosas».

El indiferente estímulo del sueño no justifica, como se ve, sino un solo elemento del contenido. Además, si ha llegado a constituirse en tal estímulo ha sido únicamente por agregarse a un suceso anterior, indiferente también, pero que la fantasía del sujeto adornó, dándole así importancia. Siendo todavía muchacho y viviendo con su padre, tiró al suelo un vaso de agua, que

al traspasar los hilos del timbre lo hizo *sonar continuadamente*. Si el sonar continuadamente corresponde al mojarse, el «sonar a golpes» será utilizado para representar la caída de gotas de un líquido. La palabra *tutelrein* se divide en tres direcciones distintas; indica así tres de las materias representadas en las ideas latentes; *Tutel* significa, en primer lugar, tutela, cúratela, y es, además, una denominación vulgar del pecho femenino. La sílaba restante *rein* (limpio) se agrega a las primeras sílabas de *Zimmertelegraph* (timbre) para formar *Zimmerrein*, palabra que alude al agua vertida sobre el suelo y presta analogías con un apellido de la familia del sujeto[397].

IV

En un largo y confuso sueño propio, cuyo centro era aparentemente un viaje por mar, sucedía que la primera escala era *Hearsing* y la siguiente *Fliess*. Este último nombre es el apellido demi amigo de B…, por cuya causa he realizado frecuentes viajes. Pero *Hearsing* es un nombre compuesto de la desinencia *ing*, común a gran cantidad de lugares próximos a Viena: *Hiezing*, *Liesing*, *Moedling* (cuyo antiguo nombre fue *Medelit*, *meaedeliciae*, o sea *meine Freud*), y la palabra inglesa *hearsay*, equivalente a calumnia. Esta palabra se relaciona con el estímulo onírico indiferente del día, una poesía del semanario humorístico *Fliegende Blaetter*. Relacionando la desinencia *ing* con el apellido *Fliess* obtenemos *Vlissingen*, nombre real del puerto en que desembarca mi hermano cuando viene a visitarnos desde Inglaterra. El nombre inglés de *Vlissinge* es *Flushing*, que en dicho idioma significa ruborizarse, y me recuerda a una paciente que padece de *miedo a ruborizarse* y una reciente publicación de Bechterew sobre esta neurosis, publicación cuya lectura me ha sido harto desagradable.

V

En otra ocasión tuve un sueño compuesto de dos fragmentos separados. El primero es la palabra *Autodidasker*, precisamente recordada, y el segundo coincide fielmente con una fantasía breve e inocente edificada pocos días antes y cuyo contenido era el de que cuando viera al profesor N. habría de decirle: «El paciente sobre cuyo estado le consume últimamente no padece en

realidad sino una neurosis, como usted ya suponía». El neologismo *Autodidasker* habrá, pues, de cumplir dos condiciones: la de entrañar o representar un sentido comprimido y la de que dicho sentido se halle relacionado con mi propósito diurno de dar el profesor N. la citada satisfacción.

Autodidasker resulta fácilmente divisible en *autor, autodidacta y Lasker*, elemento este último al que viene a agregarse el nombre de Lasalle. Las primeras de estas palabras conducen al motivo del sueño, importante esta vez. Había traído a mi mujer varias obras de un autor amigo de mi hermano (J. J. David) y que, como después he sabido, nació en el mismo lugar que yo. Una tarde me habló de la profunda impresión que le había producido una de estas obras, en la que se describía la triste historia de un talento malogrado, y nuestra conversación recayó después sobre las dotes intelectuales de nuestros hijos. Influida por la reciente lectura, expresó mi mujer su preocupación con respecto al porvenir de los niños, tranquilizándola yo con la observación de que precisamente los peligros a que se refería podían ser alejados por la educación. Por la noche continuaron ocupándome estos pensamientos, medité a mi vez sobre aquello que preocupaba a mi mujer y entretejí con ello muy diversas ideas. Unas manifestaciones que el poeta había hecho a mi hermano sobre el matrimonio indicaron a mis pensamientos un nuevo camino que podía conducir a lo representado por mi sueño. Este camino me llevó hasta *Breslau*, ciudad en la que se había casado una señora muy amiga nuestra. Con respecto a la preocupación de la posibilidad de malograr una vida a causa de una mujer o de las mujeres, preocupación que constituía el nódulo de mi sueño, encontré los ejemplos de *Lasker y Lasalle*, que me permitieron representar simultáneamente los dos géneros de tal influencia desgraciada de la mujer[398]. El *cherchez la femme*, en el que pueden sintetizarse estos pensamientos, me lleva, aunque en distinto sentido, a mi hermano *Alejandro*, aún soltero. Advierto entonces que *Alex*, como solemos llamarle familiarmente, suena como una transposición del nombre *Lasker* y que este factor tiene que haber contribuido a comunicar a mis pensamientos la dirección del rodeo emprendido pasando por Breslau.

Este juego de palabras y sílabas a que aquí me dedico entraña todavía otro sentido. Constituye, en efecto, una representación del deseo de ver fundar a

mi hermano una dichosa vida de familia. Esta sustitución se verifica en la forma siguiente: en la novela *L'œuvre*, a la que había de hallarse muy próximo el contenido de mis ideas latentes, describe el poeta en un pasaje episódico su propia felicidad familiar y se presenta él mismo bajo el nombre de *Sandoz*. Para construir este seudónimo siguió seguramente este camino: *Zola*, leído a la inversa (como suelen los niños hacer muchas veces a guisa de entretenimiento), da *Aloz*. Esto resultaba demasiado transparente y, por tanto, sustituyó la sílaba «al», que inicia también el nombre *Alejandro*, por la tercera sílaba —*sand*— del mismo nombre, resultando así *Sandoz*. De un modo análogo surgió, pues, mi *Autodidasker*.

Mi fantasía de que digo al profesor N. que el enfermo por ambos examinado no padece sino una neurosis ha llegado al sueño del siguiente modo: poco tiempo antes del verano vino a mi consulta un paciente cuya enfermedad me fue imposible diagnosticar. Padecía una grave alteración orgánica, probablemente medular, pero sin que pudiera afirmarse con seguridad. Hubiera sido muy tentador diagnosticar una neurosis, con lo cual habrían quedado resueltas todas las dificultades; pero el paciente negó en absoluto toda posible etiología sexual, sin la cual no reconozco jamás la existencia de una neurosis. En mi incertidumbre, acudí a aquel médico, que me inspira (y no es a mí solo) mayor veneración y ante cuya autoridad me doblego más fácilmente. Oyó mis dudas, las conceptuó justificadas y opinó después: «Continúe usted observando al sujeto. Es seguramente un neurótico». Sabiendo que este ilustre médico no comparte mis opiniones sobre la etiología de las neurosis, me abstuve de contradecirle, fundándome en las declaraciones del paciente, pero no dejé de expresarle mi incredulidad. Días después comuniqué al enfermo que no sabía qué hacer con él y le aconsejé que viera a otro médico. Mas, para mi sorpresa, comenzó a pedirme perdón por haberme mentido, alegando lo había hecho por vergüenza, y me reveló toda la parte de etiología sexual que yo esperaba y me era precisa para diagnosticar una neurosis. Por un lado, fue esto una satisfacción para mí, mas por otro me avergonzaba un tanto, pues tenía que confesarme que mi colega había visto las cosas con más claridad que yo, sin dejarse engañar por las manifestaciones del enfermo. Por tanto, me propuse decirle en cuanto le viese que tenía razón, habiendo sido yo el equivocado.

Esto último es precisamente lo que hago en mi sueño. Pero ¿qué realización de deseos puede haber en él si reconozco que estoy equivocado? Precisamente es éste mi deseo: el de que mis temores o los de mi mujer, que hago míos en las ideas latentes, sean equivocados. El tema a que se refiere en el sueño el acierto o la equivocación no se halla muy lejano de lo que realmente posee un interés en las ideas latentes, pues está constituido por la misma alternativa entre las dos perturbaciones que puede originar la mujer, o, mejor dicho, la vida sexual, esto es, la perturbación orgánica o la funcional, la parálisis tabética o la neurosis. Con esta última se relaciona algo laxamente el desdichado fin de Lassalle.

Si el profesor N. desempeña un papel en este sueño —muy coherente y de una gran transparencia ante una interpretación cuidadosa— no es sólo por esta analogía y por mi deseo de equivocarme, ni tampoco por sus relaciones con Breslau y con la familia de nuestra amiga allí casada, sino por el siguiente pequeño suceso, relacionado con mi consulta con él. Después de darme su opinión sobre el asunto profesional que a su casa me había conducido, pasó a interesarse por mis asuntos personales. «¿Cuántos hijos tiene usted?» «Seis». «¿Varones o hembras?» «Tres y tres. Mis hijos constituyen todo mi orgullo y todas mis riquezas». «Cuidado, pues. Las muchachas son fáciles de educar, pero con los varones suele uno tropezar con más dificultades». A estas palabras objeté yo que hasta el momento se mostraban muy dóciles; pero este diagnóstico sobre el porvenir de mis hijos me agradaba tan poco como el anterior sobre la enfermedad de mi paciente. Estas dos impresiones quedaron, pues, unidas por la antigüedad, y al acoger en mi sueño la historia de la neurosis quedó sustituida por ella la frase sobre la educación de los hijos, la cual se halla más íntimamente relacionada con las ideas latentes, dado que presenta una firme conexión con los temores posteriormente expresados por mi mujer. De este modo, mi propio temor de que N. pueda acertar con su observación sobre las dificultades de la educación de los hijos varones encuentra acceso a mi sueño escondiéndose detrás de la representación de mi deseo de que tales temores míos sean equivocados. Esta fantasía sirve, sin modificación alguna, para la representación de los dos miembros opuestos de la alternativa.

VI

Marcinowski[399]: «Esta madrugada he realizado, hallándome en un estado intermedio entre el sueño y el despertar, una interesante condensación verbal. En el curso de una gran cantidad de fragmentos oníricos apenas recordables tropecé con una palabra que vi ante mí como medio escrita y medio impresa. Esta palabra era *erzefilisch* y pertenecía a una frase que pasó a mi memoria consciente totalmente aislada y fuera de todo contexto: "Eso actúa *erzefilisch* sobre el sentimiento sexual." Al momento me di cuenta de que como realmente debía decirse era *erzieherisch* (educativamente), pero todavía vacilé un par de veces, pensando si no sería más exacto *erzifilisch*. En este momento se me vino a las mientes la palabra *sífilis* y, todavía medio dormido, atormenté mi cerebro comenzando a analizar cómo podía este concepto pasar a mi sueño careciendo yo personal y profesionalmente de todo punto de contacto con tal enfermedad. A continuación se me ocurrió la palabra *erzaehlerisch* (de "erzaehlen", relatar), asociación que aclara la segunda sílaba de la formación verbal y me recuerda que ayer tarde fui inducido por nuestra *institutriz (Erzieherin)* a hablar sobre el problema de la prostitución y para actuar *educativamente (erzieherisch)* sobre su vida sentimental, no muy normalmente desarrollada; le di el libro de Hesse titulado *Sobre la prostitución* después de *referirle (erzaehlen)* algo relativo a estas cuestiones. Al llegar aquí veo claramente que la palabra *sífilis* no debe ser tomada en su sentido literal, sino en el de *veneno*, relacionándola, naturalmente, con la vida sexual. La frase de mi sueño queda, pues, traducida en la siguiente forma, perfectamente lógica: Con mi *relato (Erzaehlung)* he querido actuar *educativamente (erzieherisch)* sobre la vida sentimental de mi *institutriz (Erzieherin)*, pero al mismo tiempo abrigo el temor de que mis palabras puedan actuar sobre ella como un *veneno*. *Erzefilisch — erzae — (erzieh) — (erzifilisch)*».

Los productos verbales del sueño son muy semejantes a los de la paranoia, que aparecen también en la histeria y en las representaciones obsesivas. Los juegos verbales en que los niños tratan las palabras como objetos, inventando nuevos idiomas y artificiales palabras compuestas,

constituyen en este punto la fuente común para el sueño y para las psiconeurosis.

El análisis de los desatinados productos verbales construidos por el sueño es particularmente apropiado para demostrar la función condensadora de la elaboración onírica. De los escasos ejemplos aquí comunicados no deberá deducir el lector que un tal material sólo muy raras veces o incluso excepcionalmente llega a ofrecerse a la observación. Por lo contrario, es frecuentísimo, pero a causa de la dependencia de la interpretación onírica del tratamiento psicoanalítico son muy pocos los análisis que se anotan y pueden comunicarse, y la mayoría de estos últimos no resultan comprensibles sino para personas conocedoras de la patología de las neurosis. A estos análisis inaccesibles al lector profano pertenece el de un sueño del doctor v. Karpinska (Int., *Zeitschr. f. Psychoanalyse*, II, 1914), que contiene la insensata formación verbal *svingum elvi*. Asimismo es digna de mención la emergencia en el sueño de una palabra que no carece de sentido, pero que despojada del que le es propio reúne diversas otras significaciones, con respecto a las cuales se conduce como una palabra «falta de sentido». Tal es el caso del sueño de la «categoría», soñado por un niño de diez años y comunicado por V. Tausk. En él «categoría» significa el aparato genital femenino, y *categorizar*, orinar.

Allí donde en el sueño aparecen discursos orales perfectamente diferenciados como tales de las ideas se comprueba siempre el principio de que la oración onírica procede de discursos recordados existentes entre el material del sueño. El texto de estos discursos es conservado fielmente unas veces y otras ligeramente desplazada su expresión. Con frecuencia queda compuesta la oración onírica por diversos recuerdos, permaneciendo entonces invariado el texto y modificado, en cambio, el sentido. Tales discursos no sirven con frecuencia sino de alusión a un suceso en el que fueron pronunciadas las frases recordadas[400].

B) **El proceso de desplazamiento**.

Al reunir los ejemplos de condensación onírica antes expuestos, hubimos

de advertir la existencia de otra relación no menos importante. Observamos, en efecto, que los elementos que se nos revelan como componentes esenciales del contenido manifiesto están muy lejos de desempeñar igual papel en las ideas latentes. E inversamente, aquello que se nos muestra sin lugar a dudas como el contenido esencial de dichas ideas puede muy bien no aparecer representado en el sueño. Hállase éste como *diferentemente centrado*, ordenándose su contenido en derredor de elementos distintos de los que en las ideas latentes aparecen como centro. Así, en el sueño de la monografía botánica, el centro del contenido manifiesto es, sin disputa, el elemento «botánico», mientras que en las ideas latentes se trata de los conflictos y complicaciones resultantes de la asistencia médica entre colegas, y luego, del reproche de dejarme arrastrar demasiado por mis aficiones, hasta el punto de realizar excesivos sacrificios para satisfacerlas, careciendo el elemento «botánica» de todo puesto en este nódulo de las ideas latentes y hallándose, en todo caso, lejanamente enlazado a él por antítesis, dado que la Botánica no pudo contarse nunca entre mis aficiones. El nódulo del «sueño de *Safo*» antes relatado está constituido por el *subir y bajar*, el *estar arriba y abajo*, mientras que las ideas latentes tratan de los peligros del comercio sexual con personas de *baja* condición, de manera que sólo uno de los elementos latentes aparece incluido en el contenido manifiesto, en el que toma una injustificada expresión. En el sueño de los coleópteros, cuyo tema es la relación de la sexualidad con la crueldad, pasa también al contenido manifiesto uno de los factores latentes —la crueldad—, pero formando parte de un tema distinto y sin conexión alguna con lo sexual; esto es, arrancado de su contexto primitivo y convertido así en algo ajeno a él. En el sueño del amigo que es mi tío, la barba rubia, centro del contenido manifiesto, no muestra relación alguna de sentido con los deseos de grandeza que vimos constituían el nódulo de las ideas latentes. Tales sueños nos dan una impresión de *desplazamiento*. Contrastando con estos elementos, el sueño de la inyección de Irma nos muestra que los elementos oníricos pueden también conservar, a través de la elaboración del sueño, el puesto que ocupaban en las ideas latentes. El descubrimiento de esta nueva relación, de significado totalmente inconsciente, entre las ideas latentes y el contenido manifiesto no puede por menos de despertar, al principio, nuestro asombro. Cuando en un

proceso psíquico de la vida normal descubrimos que una representación determinada ha sido elegida entre varias y ha alcanzado una especial vivacidad para la conciencia solemos considerar este resultado como prueba de que la representación victoriosa posee un valor psíquico particularmente elevado (un cierto grado de interés). Pero advertimos ahora que este valor de los distintos elementos de las ideas latentes no permanece conservado —o no es tenido en cuenta— en la elaboración onírica. De cuáles son los elementos más valiosos de las ideas latentes no cabe dudar un solo instante, pues nuestro juicio nos lo indica inmediatamente.

Ahora bien: estos elementos esenciales, acentuados por un intenso interés, pueden ser tratados en la elaboración onírica como si poseyeran un menor valor, y, en su lugar, pasan al contenido manifiesto otros que poseían seguramente menos valor en las ideas latentes. Experimentamos en un principio la impresión de que la intensidad psíquica[401] de las representaciones carece de toda significación para la selección onírica, rigiéndose ésta únicamente por la determinación, más o menos multilateral de las mismas. Pudiera creerse que al sueño manifiesto no pasa aquello que posee mayor importancia en las ideas latentes, sino tan sólo lo que en ellas se halla múltiplemente determinado.

Pero esta hipótesis no facilita en lo más mínimo la inteligencia de la formación de los sueños, pues nos resistiremos a creer, en un principio, que los dos factores indicados —la determinación múltiple y el valor intrínseco— puedan actuar sino en un mismo sentido sobre la selección onírica, y juzgamos que aquellas representaciones que en el contenido latente poseen la máxima importancia habrán de ser también las que con mayor frecuencia retornen en él, dado que constituyen a manera de centros de los que parten las diversas ideas latentes.

Y, sin embargo, puede el sueño rechazar estos elementos intensamente acentuados y multilateralmente sustentados y acoger, en su contenido, otros que no poseen sino la última de tales dos cualidades.

Para resolver esta dificultad recordaremos otra de las impresiones que experimentamos al investigar la superdeterminación del contenido manifiesto. No nos extrañaría que algunos de nuestros lectores hubiesen juzgado ya en dicha ocasión que la superdeterminación de los elementos del

sueño no constituía ningún descubrimiento de importancia, sino algo natural y esperado. En efecto, puesto que en el análisis se parte de dichos elementos y se anotan todas las asociaciones que el sujeto enlaza a cada uno de ellos, no es maravilla ninguna que en el material de ideas así reunido retornen los mismos con especial frecuencia. Rechazando desde luego este juicio expondré aquí algo a primera vista muy análogo: entre las ideas que el análisis nos descubre, hallamos algunas muy lejanas al nódulo del sueño y que se comportan como interpolaciones artificiales encaminadas a un determinado fin. Fácilmente descubrimos éste.

Tales ideas establecen un enlace, a veces harto forzoso y rebuscado, entre el contenido manifiesto y el latente, y si en el análisis excluyésemos estos elementos, nos encontraríamos con que faltaba a los elementos del sueño no ya una superdeterminación, sino una determinación suficiente por las ideas latentes. Llegamos de este modo a la conclusión de que la múltiple determinación, decisiva para la selección onírica, no es siempre un factor primario de la elaboración del sueño, sino con frecuencia un resultado secundario de un poder psíquico que aún desconocemos. De todos modos tiene que ser muy importante para el paso de los diversos elementos al sueño, pues podemos observar que cuando no surge espontáneamente y sin ayuda alguna del material onírico es laboriosamente constituida.

Habremos de pensar, por tanto, que en la elaboración onírica se exterioriza un poder psíquico que despoja de su intensidad a los elementos de elevado valor psíquico, y crea, además, por la *superdeterminación* de otros elementos menos valiosos, nuevos valores, que pasan entonces al contenido manifiesto. Cuando así sucede habrán tenido efecto, en la formación del sueño, *una transferencia y un desplazamiento de las intensidades psíquicas* de los diversos elementos, procesos de los que parece ser resultado la diferencia observable entre el texto del contenido manifiesto y el del latente. El proceso que así suponemos constituye precisamente la parte esencial de la elaboración de los sueños y le damos el nombre de *desplazamiento*. El *desplazamiento* y la *condensación* son los dos obreros a cuya actividad hemos de atribuir principalmente la conformación de los sueños.

No es, a mi juicio, nada difícil reconocer el poder psíquico que se exterioriza en los hechos del desplazamiento. Resultado de este proceso es

que el contenido manifiesto no se muestra igual al nódulo de las ideas latentes, no reproduciendo el sueño sino una deformación del deseo onírico inconsciente. Pero la deformación onírica nos es ya conocida y la hemos referido a la censura que una instancia psíquica ejerce sobre otra en la vida mental; y el desplazamiento constituye uno de los medios principales para la consecución de dicha deformación. *Isfacit cuiprofuit*[402]. Podemos, pues, suponer que el desplazamiento nace por la influencia de dicha censura, o sea de la defensa endopsíquica[403].

En subsiguientes investigaciones nos ocuparemos del desarrollo e influencia recíproca de los procesos de desplazamiento, condensación y superdeterminación dentro de la formación de los sueños, y señalaremos cuál es el factor dominante y cuál el accesorio. Por el momento nos limitaremos a indicar una segunda condición que deben cumplir los elementos que pasan al contenido manifiesto; *la de hallarse libres de la censura de la resistencia*. Con el desplazamiento contaremos ya en adelante, para la interpretación onírica, como un hecho, indiscutible.

C) **Los medios de representación del sueño**.

Hemos descubierto hasta aquí que en la transformación del material ideológico latente en contenido manifiesto del sueño actúan dos factores principales: la *condensación* y el *desplazamiento oníricos*. Prosiguiendo nuestra investigación, habremos de agregar a ellos dos nuevas condiciones que ejercen una indudable influencia sobre la selección del material constitutivo de dicho contenido manifiesto. Pero previamente, y aun a riesgo de que parezca que hacemos un alto en nuestro camino, creo conveniente echar una primera ojeada sobre los procesos que se desarrollan en la interpretación onírica. No se me oculta que el mejor procedimiento para esclarecer por completo tal labor interpretadora y poner su eficacia a cubierto de posibles objeciones, sería tomar como ejemplo un sueño determinado, desarrollar su interpretación en la forma en que lo hicimos con el sueño de la inyección de Irma (página 412), y una vez reunidas las ideas latentes descubiertas, reconstruir, partiendo de ellas, la formación del sueño, o sea

completar el análisis de los sueños con una síntesis de los mismos. Es ésta una labor que he realizado más de una vez para mi propia enseñanza, pero no me es posible emprenderla aquí por impedírmelo numerosas consideraciones referentes al material psíquico y que todos mis lectores habrán de comprender y aprobar sin dificultad. Para el análisis no suponen estas consideraciones un tan grave obstáculo, pues la labor analítica puede quedar incompleta y conservar, sin embargo, todo su valor con tal que nos permita penetrar algo en la trama del sueño. En cambio, la síntesis tiene que ser completa si ha de poseer algún valor convincente. Ahora bien: sólo de sueños de personas totalmente desconocidas al público lector me habría de ser posible dar una tal síntesis completa. Pero dado que esta posibilidad no me es ofrecida sino por pacientes neuróticos, habré de aplazar esta parte de la representación del sueño hasta que más adelante hayamos avanzado en el esclarecimiento de las neurosis lo suficiente para volver sobre este tema[404].

Por mis tentativas de reconstruir sintéticamente un sueño partiendo de las ideas latentes, sé que el material descubierto en la interpretación es de muy diferente valor. Hállase constituido, en parte, por las ideas latentes esenciales, que de este modo sustituyen al sueño y bastarían por sí solas para constituir su completa sustitución, si no existiese la censura. El resto de dicho material suele considerarse como poco importante, no concediéndose tampoco valor a la afirmación de que todas estas ideas han participado en la formación del sueño, pues entre ellas pueden más bien encontrarse ocurrencias enlazadas o sucesos posteriores al mismo, acaecidos entre el momento de su desarrollo y el de la interpretación. Esta parte del material descubierto comprende todos los caminos de enlace que han conducido desde el contenido manifiesto hasta las ideas latentes, y también aquellas asociaciones intermediarias y de aproximación, por medio de las cuales hemos llegado en la labor de interpretación al conocimiento de dichos caminos.

Por el momento no nos interesan sino las ideas latentes esenciales, las cuales revelan ser casi siempre un complejo de ideas y recuerdos de complicadísima estructura y con todos los caracteres de los procesos mentales de la vigilia, que nos son conocidos. Con gran frecuencia son concatenaciones de ideas que parten de diversos centros, pero que no carecen de puntos de contacto y casi regularmente aparece junto a un proceso mental

su reflejo contradictorio, unido a él por asociaciones de contraste.

Los diversos componentes de esta complicada formación muestran naturalmente las más variadas relaciones lógicas entre sí, constituyendo el primer término y el último divagaciones y aclaraciones, condiciones, demostraciones y objeciones. Cuando la masa total de estas ideas latentes es sometida luego a la presión de la elaboración onírica, bajo cuyos efectos quedan los diversos fragmentos subvertidos desmenuzados y soldados, como los témpanos de hielo a la deriva, surge la interrogación de cuál ha sido el destino de los lazos lógicos que hasta entonces había mantenido la cohesión del conjunto. ¿Qué representación alcanzan en el sueño los términos «sí, porque, tan, aunque, o… o…» y todas las demás conjunciones sin las cuales nos es imposible comprender una oración o un discurso?

La primera respuesta a esta interrogación es la de que el sueño no dispone de medio alguno para representar estas relaciones lógicas de las ideas latentes entre sí. La mayor parte de las veces deja a un lado todas las conjunciones señaladas y toma únicamente para elaborarlo el contenido objetivo de las ideas latentes. A cargo de la interpretación queda después la labor de reconstruir la coherencia que la elaboración onírica ha destruido.

La falta de esta capacidad de expresión debe depender del material psíquico con el que el sueño es elaborado. A una análoga limitación se hallan sometidas las artes plásticas, comparadas con la poesía, que puede servirse de la palabra, y también en ellas depende tal impotencia del material por medio de cuya elaboración tienden a exteriorizar algo. Antes que la pintura llegase al conocimiento de sus leyes de expresión, se esforzaba en compensar esta desventaja haciendo salir de la boca de sus personajes filacterias en las que constaban escritas las frases que el pintor desesperaba de poder exteriorizar con la expresión de sus figuras.

Quizá se nos presente aquí la objeción de que no es exacto que el sueño renuncie a la representación de las relaciones lógicas, pues existen algunos en los que se desarrollan las más complicadas operaciones mentales, y en los que se demuestra y se contradice, se sutiliza y se compara, del mismo modo que en el pensamiento despierto. Pero también aquí nos engaña una falsa apariencia. Cuando emprendemos la interpretación de tales sueños, averiguamos que todo ello es *material onírico y no representación de una*

labor intelectual en el sueño. Lo que el aparente pensar del sueño reproduce es el *contenido* de las ideas latentes y no las *relaciones de dichas ideas entre sí*, en cuya fijación es en lo que consiste el pensamiento. Más adelante expondré algunos ejemplos que ilustrarán estas afirmaciones. Lo que desde luego es fácilmente comparable es que todos los discursos orales que en el sueño aparecen (y son expresamente calificados de tales por el sujeto) son siempre reproducciones exactas o sólo ligeramente modificadas de discursos reales, cuyo recuerdo forma parte del material onírico. El discurso no es con frecuencia sino una alusión a un suceso contenido en las ideas latentes, siendo muy otro el sentido del sueño.

De todos modos, no he de discutir que en la formación de los sueños interviene también una labor intelectual crítica que no se limita a repetir materiales de los productos oníricos. Al final de estas consideraciones habré de esclarecer la influencia de este factor y entonces veremos que tal labor intelectual no es provocada por las ideas latentes, sino por el sueño mismo, ya constituido en cierto modo.

Queda, pues, fijado, por el momento, que las relaciones lógicas de las ideas latentes entre sí no encuentran en el sueño una representación especial. Allí donde el sueño muestra, por ejemplo, una contradicción, lo que existe es una oposición contra el sueño mismo, o una contradicción surgida del contenido de una de las ideas latentes. Sólo de una manera muy indirecta corresponde una contradicción en el sueño a una contradicción *entre* las ideas latentes.

Pero así como la pintura ha conseguido representar de un modo distinto al primitivo de la filacteria, la intención, por lo menos, de lo que sus figuras habrían de expresar en palabras —ternura, amenaza, consejo, etc.—, también posee el sueño la posibilidad de atender a algunas de las relaciones lógicas de sus ideas latentes por medio de una apropiada modificación de la peculiar representación onírica. Puede comprobarse que esta facultad varía mucho en los diversos sueños. Mientras que unos prescinden por completo del enlace lógico de sus materiales, intentan otros modificarlo lo más completamente posible. El sueño se aleja en este punto muy diversamente del texto que le es ofrecido para su elaboración, comportándose asimismo de un modo igualmente variable con respecto a la relación temporal de las ideas latentes

cuando en lo inconsciente existe establecida una tal relación (cf. el sueño de la inyección de Irma).

Mas ¿con qué medios consigue la elaboración del sueño indicar tales relaciones del material onírico, difícilmente representables? Intentaremos enumerarlos.

En primer lugar, rinde su tributo a la innegable coherencia de todos los elementos del contenido latente, reuniéndolos en una síntesis, situación o proceso. Reproduce la *coherencia lógica como simultaneidad*, y obrando así, procede como el pintor que al representar en un cuadro la Escuela de Atenas o el Parnaso reúne en su obra a un grupo de filósofos o poetas que realmente no se encontraron nunca juntos en un atrio o sobre una montaña, como el artista nos lo muestra, pero que constituyen, para nuestro pensamiento, una comunidad.

Es éste el procedimiento general de representación del sueño. Así, siempre que nos muestra dos elementos próximos uno a otro, nos indica con ello la existencia de una íntima conexión entre los que a ellos corresponden en las ideas latentes. Sucede aquí lo que en nuestro sistema de escritura: cuando escribimos *ab* indicamos que las dos letras han de ser pronunciadas como una sola silaba; mas si vemos escrito primero *a* y luego *b* después de un espacio libre, lo consideraremos como indicación de que *a* es la última letra de una palabra y *b* la primera de otra. Comprobamos, pues, que las combinaciones oníricas no se constituyen con elementos totalmente arbitrarios y heterogéneos del material del sueño, sino con aquellos que también se hallan íntimamente ligados en las ideas latentes.

Para representar las *relaciones causales* dispone el sueño de dos procedimientos que en esencia vienen a ser la misma cosa. La forma de representación más corriente, cuando, por ejemplo, presentan las ideas latentes el siguiente contenido: «A causa de tales o cuales cosas tuvo que suceder esto o lo otro», consiste en incluir la frase accesoria como sueño preliminar y agregar a ella, como sueño principal, la frase principal. El orden de sucesión puede también ser el inverso, pero la frase principal corresponde siempre a la parte más ampliamente desarrollada.

A una de mis pacientes debo un bello ejemplo de tal representación de la casualidad en un sueño que más adelante comunicaré en su totalidad.

Componíase este sueño de un corto preludio y un amplio sueño sucesivo, muy centrado, al que podríamos dar el título de «Por la flor». El sueño preliminar fue como sigue: «Va a la cocina, en la que se hallan las dos criadas, y las regaña por no haber terminado de hacer 'ese poco de comida'. Mientras tanto, ve una gran cantidad de groseros utensilios de cocina puestos boca abajo a escurrir y formando un montón. Las dos criadas van por agua. Para ello tienen que meterse en un río que llega hasta la casa o entra en el patio».

A continuación se desarrolla el sueño principal, que comienza en la siguiente forma: «La sujeto baja desde un elevado lugar, avanzando por una singular pasarela, y se regocija de que sus vestidos no queden enganchados en ningún sitio…» El sueño preliminar se refiere a la casa paterna de la sujeto. Las palabras que ésta dirige a las criadas las ha debido de oír, sin duda, a su madre en ocasión análoga. El montón de bastos utensilios de cocina procede del recuerdo de la cacharrería que existía establecida en la misma casa. La segunda parte del primer sueño contiene una alusión al padre de la sujeto, el cual acostumbraba interesarse demasiado por las criadas, y que murió a consecuencia de una enfermedad contraída en una inundación; la casa se hallaba situada a orillas de un río. Así, pues, el pensamiento que se oculta detrás del sueño preliminar es el siguiente: «Por proceder yo de una tan humilde e insatisfactoria condición…» El sueño principal recoge este mismo pensamiento y lo expresa en una forma modificada por la realización de deseos: soy de elevada procedencia. En realidad, pues, por ser de tan baja procedencia, ha sido ésta mi vida.

Por lo que hasta ahora he podido ver, la división de un sueño en dos partes desiguales no significa siempre la existencia de una relación causal entre las ideas correspondientes a cada una de las mismas. Con gran frecuencia, parece como si en ambos sueños fuese representado el mismo material desde dos diferentes puntos de vista. Esto es lo que sucede seguramente en aquellas series de sueños sucesivos de una misma noche, que terminan en una polución, y a través de los cuales va conquistándose la necesidad somática, una expresión cada vez más clara. Puede también suceder que los dos sueños proceden de centros distintos del material onírico, cruzándose sus contenidos, de manera que uno de ellos presenta como centro

aquello que en el otro actúa como indicación, y recíprocamente. En cambio, existen otros casos en los que la división en un breve sueño preliminar y un más extenso sueño ulterior significa realmente la existencia de una relación causal entre ambos fragmentos. El segundo procedimiento de representación a que antes nos referimos es puesto en práctica cuando el material dado presenta una menor amplitud, y consiste en que una imagen onírica —de una persona o de una cosa— queda transformada en otra. Pero sólo cuando vemos desarrollarse en el sueño esta transformación es cuando podemos afirmar la existencia de la relación causal, y no, en cambio, cuando observamos simplemente que en lugar de una imagen ha surgido otra. Dijimos antes que los dos procedimientos empleados por el sueño para representar la relación causal venían a ser, en el fondo, una misma cosa. Ambos representan, efectivamente, la *causación* por una *sucesión*. El primero, por la sucesión de los sueños, y el segundo, por la transformación inmediata de una imagen en otra. De todos modos, lo general es que la relación causal no obtenga representación especial alguna, quedando envuelto en la obligada sucesión de los elementos del proceso onírico.

La alternativa «o… o» (o esto o aquello) no encuentra representación ninguna en el sueño, el cual acostumbra acoger todos los elementos que la componen, despojándolos de su carácter alternativo. El sueño de la inyección de Irma nos da un clásico ejemplo de esta conducta del fenómeno onírico. El contenido de las ideas latentes de este sueño es como sigue: no soy responsable de que Irma no experimente mejoría alguna en sus sufrimientos; ello depende o de su resistencia a aceptar mi solución o de las desfavorables circunstancias sexuales en que vive (y que no me es posible modificar) o de que su enfermedad no es de naturaleza histérica, sino orgánica. Pero el sueño realiza todas estas posibilidades, casi incompatibles, e incluso no vacila en añadir a ellas otras más, tomándolas del deseo onírico. La alternativa hemos tenido, pues, que introducirla nosotros en el conjunto de las ideas latentes después de la interpretación.

Así, pues, allí donde el sujeto del sueño introduce en el relato del mismo una alternativa: era un jardín o una habitación, etc., no muestra el sueño tal alternativa, sino simplemente una yuxtaposición, y lo que al introducir la alternativa queremos significar en nuestro relato del sueño es la vaguedad e

imprecisión de un elemento del mismo. La regla de interpretación aplicable a este caso consiste en situar en un mismo plano los diversos miembros de la aparente alternativa y unirlos con la conjunción copulativa «y». Veamos un ejemplo: después de esperar en vano durante algún tiempo que un amigo mío me comunicase las señas de su hospedaje en Italia, sueño recibir un telegrama en el que me las indica, viéndolas yo impresas en tinta azul sobre la blanca cinta telegráfica. La primera palabra aparece muy borrosa y puede ser:

o *vía*
o *villa*, la segunda palabra, clara, es Sezerno.
o incluso (casa).

La segunda palabra, de sonido italiano y que me recuerda nuestras discusiones etimológicas, expresa también mi enfado por haberme mantenido oculto mi amigo su paradero durante tanto tiempo. Cada uno de los miembros de la terna propuesta para la primera palabra se revela en el análisis como un punto de partida, independiente e igualmente justificado, de la concatenación de ideas.

En la noche anterior al entierro de mi padre sueño ver un anuncio impreso —semejante a los que en las salas de espera de las estaciones recuerdan la prohibición de fumar—, en el que se lee la frase siguiente:

Se ruega cerrar los ojos.

O esta otra:

Se ruega cerrar un ojo.

Esta alternativa la podemos representar así:

$$\text{Se ruega cerrar } \frac{\text{los}}{\text{un}} \text{ ojo } (s).$$

Cada uno de los dos textos posee un sentido particular y nos lleva, en la interpretación, por caminos que le son peculiares. Para el entierro y los

funerales de mi padre había yo elegido el ceremonial más sencillo posible, pues sabía cuáles eran sus ideas sobre este punto. Pero otras personas de mi familia no estaban conformes conmigo y opinaban que tan puritana sencillez había de avergonzarnos ante los concurrentes al duelo. Por esta razón, ruega uno de los textos del sueño «que se cierre un ojo», o sea, según el sentido de esta frase familiar, que seamos indulgentes para con las debilidades de los demás. El significado de la vaguedad que al relatar el sueño describimos con una alternativa resulta aquí fácilmente comprensible. La elaboración onírica no ha conseguido hallar un texto único, pero de doble sentido, para la expresión de las ideas latentes, y de este modo se separan ya en el contenido manifiesto las dos principales series de ideas.

Las alternativas, difícilmente representables, quedan también expresadas, en algunos casos, por la división del sueño en dos partes de igual amplitud.

La conducta del sueño con respecto a la *antítesis* y la *contradicción* es altamente singular. De la contradicción prescinde en absoluto, como si para él no existiese el «no», y reúnen en una unidad las antítesis o las representa con ella. Asimismo se toma la libertad de representar un elemento cualquiera por el deseo contrario a él, resultando que, al enfrentarnos con un elemento capaz de ser contrario, no podemos saber nunca, al principio, si se halla contenido positiva o negativamente en las ideas latentes[405]. En uno de los ejemplos últimamente citados, cuyo fragmento preliminar interpretamos («por proceder de tan humilde condición»), desciende la sujeto por unas singulares pasarelas, llevando en la («las flores de la muchacha», en *‘des Mädchens Blüten’*, de Goethe) representa, sujeto son la figura del ángel que en las pinturas de la Anunciación aparece ante (la Virgen la sujeto se llama María) con una vara de azucenas en la mano, y el recuerdo de las niñas vestidas de blanco que acompañan a la procesión de Corpus Christi por las calles tapizadas de verdes ramas, habremos de deducir que la florida rama de su sueño constituye, sin duda alguna, una alusión a la inocencia sexual. Pero tal rama aparece cuajada de flores encarnadas, muy semejante a camelias. La combinación del sueño muestra que al llegar la sujeto al final de su descenso se han deshojado ya casi todas las flores. Luego siguen claras alusiones al período. De este modo, la misma rama, llevada como una vara de azucenas y como por una muchacha inocente, es, simultáneamente, una alusión a la «dama de las

camelias», que, como es sabido, se adornaba siempre con una de estas flores, blanca de ordinario y roja durante los días del período. La florida rama mano una rama florida. Dado que las asociaciones que a esta imagen enlaza la pues, al mismo tiempo la inocencia sexual y su antítesis. Y este mismo sueño, que expresa la alegría de la sujeto por haber conseguido conservarse inmaculada en su camino, deja también transparentarse en algunos lugares (como en el deshojarse de las flores) un pensamiento contrario: el de haberse hecho culpable de diversos pecados contra la pureza (durante su infancia). En el análisis de este sueño nos es fácil diferenciar claramente ambos procesos mentales, de los cuales el satisfactorio y consolador parece ser más superficial, y, en cambio, más profundo el que entraña un reproche. Ambos son radicalmente opuestos, y sus elementos iguales, pero contrarios, han quedado representados en el sueño por los mismos factores.

Tan sólo una de las relaciones lógicas —la de analogía, coincidencia o contacto— aparece acomodable a los mecanismos de la formación onírica, pudiendo así quedar representada en el sueño por medios mucho más numerosos y diversos que ninguna otra[406]. Las coincidencias o analogías existentes en el sueño constituyen los primeros puntos de apoyo de la formación de los sueños, y una parte nada insignificante de la elaboración onírica consiste en crear nuevas coincidencias de este género cuando las existencias no pueden pasar al sueño por oponerse a ello la resistencia de la censura. La tendencia a la condensación, característica de la elaboración onírica, presta también su ayuda para la representación de la relación de analogía.

La *analogía*, la *coincidencia* y la *comunidad* son representadas generalmente por el sueño mediante la síntesis, en una unidad, de los elementos que las componen. Cuando esta unidad no existe de antemano en el material del sueño, es creada al efecto. En el primer caso, hablamos de *identificación*, y en el segundo, de *formación mixta*. La identificación es utilizada cuando se trata de personas, y la formación mixta, cuando los elementos que han de ser fundidos en una unidad son objetos. No obstante, también quedan constituidas *formaciones mixtas* de personas. Del mismo modo que éstas, son tratados con frecuencia por el sueño los lugares.

La identificación consiste en que sólo una de las personas enlazadas por

una comunidad pasa a ser representada en el contenido manifiesto, quedando las restantes como reprimidas para el sueño. Pero en el sueño, esta persona que encubre las otras entra tanto en aquellas relaciones y situaciones que le son propias como en las correspondientes a cada una de las demás. Cuando la formación mixta se extiende a las personas muestra ya la imagen onírica rasgos que pertenecen a las personas por ella representadas, pero que no les son comunes, quedando así determinada, por la reunión de tales rasgos, una nueva unidad, una persona mixta. Esta mezcla puede realizarse de muy varios modos. La persona onírica puede llevar el nombre de una de aquéllas a las que representa —y en este caso «sabemos» en el sueño de qué persona se trata, en una forma análoga a nuestro «saber» en la vida despierta—, presentando, en cambio, los rasgos visuales de otra, o también puede aparecer compuesta la imagen onírica de rasgos pertenecientes a ambas personas. La participación de la segunda persona puede asimismo quedar representada, en lugar de por rasgos visuales, por los ademanes que se atribuyen a la primera, las palabras que se colocan en sus labios o la situación en que se la incluye. En este último caso, comienza a borrarse la definida diferencia existente entre identificación y formación mixta. Pero también puede suceder que fracase la formación de tal persona mixta y entonces es atribuida la escena del sueño a una de las personas, y la otra —generalmente más importante— aparece a su lado, pero sin intervenir para nada en la acción y realizando mero acto de presencia. Al relatar tales sueños dice, por ejemplo, el sujeto: «Mi madre estaba también presente» (Stekel). Tales elementos del contenido manifiesto pueden entonces compararse a los determinativos de la escritura jeroglífica, signos no destinados a la pronunciación, sino a determinar a otros.

La comunidad que justifica y, por tanto, crea la unificación de las dos personas, puede hallarse o no representada en el sueño. Lo general es que la identificación o la formación de persona mixta sirva precisamente para ahorrar la representación de dicha comunidad. Así, en lugar de repetir: *A* es enemigo mío y *B* también, construimos en el sueño una persona mixta con las de *A* y *B* o nos representamos a *A* en un acto que caracteriza a *B*. La persona onírica así constituida se nos muestra en el sueño dentro de una nueva relación cualquiera, y la circunstancia de representar a *A* como *B* nos da derecho a incluir, en el lugar correspondiente de la interpretación, aquello que

es común a ambas, o sea su hostilidad hacia mí. De este modo conseguimos con frecuencia una extraordinaria condensación del contenido onírico, pues podemos ahorrarnos la representación de circunstancias complicadísimas enlazadas a una persona cuando hallamos otra que participa también en ellas, pero en un grado mucho menor. Fácilmente se ve hasta qué punto puede servir también esta identificación para eludir la censura de la resistencia, que tan duras condiciones impone a la elaboración de los sueños. Así, cuando lo que repugna a la censura reposa precisamente en aquellas representaciones enlazadas, dentro del material onírico, a una de las personas y hallamos otra que, encontrándose también en relación con el material rechazado, lo está tan sólo con una parte del mismo. El contacto en los puntos no libres de censura nos da derecho a constituir una persona mixta, caracterizada, en ambas direcciones, por rasgos indiferentes. Esta persona mixta y de identificación resulta entonces apropiada, por estar libre de censura, para pasar al contenido manifiesto, y de este modo habremos satisfecho, mediante el empleo de la condensación, las exigencias de la instancia censora.

Cuando en el contenido manifiesto de un sueño hallamos representada una comunidad de las dos personas, habremos de interpretarlo como una indicación de la existencia de otra comunidad oculta, cuya representación no ha sido permitida por la censura. En estos casos ha tenido efecto, en cierto modo, un desplazamiento de la comunidad en favor de la representabilidad. Del hecho de sernos mostrada la persona mixta en el sueño, con un elemento común indiferente, debemos deducir la existencia de otra comunidad, nada indiferente esta vez en las ideas latentes.

La identificación o la formación de personas mixtas sirve, por tanto, en el sueño para diversos fines: 1.º Para la representación de una comunidad de las dos personas. 2.º Para la representación de una comunidad *desplazada*. 3.º Para expresar una comunidad simplemente deseada. Dado que el deseo de que entre dos personas exista o quede establecida una comunidad coincide frecuentemente con un *intercambio* de las mismas, es expresado también en el sueño tal deseo por medio de la identificación. En el sueño de la inyección de Irma deseo cambiar a esta paciente por otra; esto es, deseo que otra persona llegue a incluirse, como Irma, en el número de mis pacientes. El sueño atiende este deseo, mostrándome una persona que se llama Irma, pero

que es sometida a un reconocimiento médico en circunstancias correspondientes exclusivamente a la otra. En el sueño del amigo, que es mi tío, queda constituido este intercambio en centro del sueño y me identifico con el ministro, tratando y juzgando tan adversamente como él a mis colegas.

Sin excepción alguna, he podido comprobar que en todo sueño interviene la propia persona del sujeto. Los sueños son absolutamente egoístas. Cuando en el contenido manifiesto no aparece nuestro *yo* y sí únicamente una persona extraña, podemos aceptar sin la menor vacilación que se ha ocultado por identificación detrás de dicha persona y habremos de agregarlo al sueño. En cambio, otras veces que nuestro *yo* aparece en el contenido manifiesto, la situación en que se nos muestra incluido nos indica que detrás de él se esconde por identificación otra persona. Con esto nos advierte el sueño que en la interpretación deberemos transferir a nosotros algo referente a dicha otra persona y que nos es común con ella. Hay, por último, sueños en los que nuestro *yo* aparece entre otras personas, las cuales revelan ser, una vez solucionada la identificación, otras tantas representaciones suyas. Al interpretar estos casos habremos de enlazar a nuestro *yo* deduciendo de tales identificaciones determinadas representaciones a las que la censura ha puesto el veto. Así, pues, podemos representar múltiplemente nuestro *yo* en el sueño, directamente una vez, y otras mediante su identificación con personas distintas. Por medio de unas cuantas identificaciones de este género puede obtenerse la condensación de un abundantísimo material[407].

Las identificaciones de lugares de nombre determinado son aún más sencillas de solucionar que las de personas, pues falta en ellas la perturbación que siempre introducen en el sueño las poderosas energías del *yo*. En uno de mis sueños de Roma (véase página 465) sé que me encuentro en esta ciudad, pero me asombra ver en una esquina numerosos carteles anunciadores redactados en alemán. Esta última imagen constituye una realización de deseos, a la que asocio en seguida *Praga*. El deseo en sí procede de un juvenil periodo de nacionalismo. Días antes de este sueño me había propuesto un amigo mío encontramos en *Praga*. La identificación de *Roma* y *Praga* se explica, pues, por una comunidad deseada. Quisiera reunirme con mi amigo en *Roma* mejor que en *Praga*, e intercambiar estas ciudades para nuestro encuentro.

La posibilidad de crear formaciones mixtas es uno de los factores que más contribuyen a dar el sueño su frecuente carácter fantástico, pues con tales formaciones pasan al contenido manifiesto elementos que no pudieron ser jamás objetos de percepción. El proceso psíquico correspondiente a la formación mixta en el sueño es, evidentemente, el mismo que se desarrolla en el estado de vigilia, cuando nos imaginamos un centauro o un dragón. La única diferencia consiste en que la creación fantástica de la vigilia se rige por la impresión que nos proponemos produzca su resultado, mientras que la formación mixta del sueño queda determinada por un factor exterior a la conformación; esto es, por la comunidad existente en las ideas latentes. La formación mixta onírica puede ser constituida de diversos modos. En su composición más desprovista de arte aparecen representadas únicamente las cualidades de uno de los objetos, y esta representación se nos muestra acompañada de la convicción de que se refiere, al mismo tiempo, a otro objeto, Una técnica más cuidadosa reúne los rasgos de ambos objetos en una nueva imagen, utilizando para ello, hábilmente, las analogías que los mismos pueden poseer en la realidad. La nueva creación puede resultar totalmente absurda o constituir, por el contrario, una bella fantasía, según las condiciones del material y el ingenio que presidía a la fusión. Cuando los objetos que han de ser condensados en una unidad son demasiado heterogéneos, se limita frecuentemente la elaboración onírica a crear un producto mixto con un nódulo preciso, al que se agregan determinantes más borrosas. En estos casos ha fracasado la síntesis en una sola imagen, y las dos representaciones se superponen, engendrando algo semejante a una lucha entre dos imágenes visuales. Si intentamos representarnos gráficamente la formación de un concepto sobre la base de imágenes de percepción, obtendremos una imagen análoga.

Los sueños se muestran, como era de esperar, plagados de tales formaciones mixtas. En los ejemplos analizados hasta aquí hemos señalado ya algunas, a las que ahora agregaremos varias más. El sueño últimamente expuesto, que describe la vida de la paciente, «con la flor» o «desflorada», nos muestra al *yo* onírico, llevando en la mano una florida rama, que, según averiguamos ya, significa, al mismo tiempo, inocencia y culpabilidad sexuales. Dicha rama recuerda, además, por la distribución de las flores, a las

de los *cerezos en flor*, y las flores, aisladamente consideradas, son *camelias*. Por último, rama y flores, tomadas en conjunto, dan la impresión de una planta exótica. Las ideas latentes nos revelan la comunidad existente entre los diversos elementos de esta formación mixta. La rama florida está constituida como un compuesto de alusiones a los regalos que movieron a la sujeto, o debieron moverla, amostrarse complaciente. Así, en su infancia, las cerezas, y en años posteriores, una planta de camelias. Lo exótico es una alusión a un naturalista que había viajado mucho y pretendido un tiempo a la sujeto, regalándole en una ocasión un dibujo de una planta. Otra paciente creó en un sueño un lugar intermedio entre las *casetas* de los baños de mar, las *garitas* en que suele hallarse instalado el *retrete* en las casas campesinas y los *sotabancos* de nuestras viviendas ciudadanas. Los primeros elementos tienen común relación con la desnudez, y por su unificación con el tercero habremos de concluir que también el sotabanco de la casa en que la paciente vivió de niña fue testigo de escenas de dicho género. Un individuo creó en sueños de dos lugares —mi gabinete de consulta y el local público en el que conoció a su mujer— una localidad mixta. (La comunidad entre los dos elementos de esta formación mixta queda proporcionada por la palabra *Kur* (cura y corte). A mi gabinete de consulta acudía el sujeto a someterse a una «cura», como antes acudía al otro local a hacer la «corte» a la mujer a la que más tarde hizo su esposa.) Una muchacha a la que su hermano ha prometido traerle caviar sueña que dicho hermano tiene ambas piernas cubiertas de granitos, *negros como los huevecillos del caviar y de la misma forma y tamaño*. Los elementos *contagio* en sentido moral y el recuerdo de una *erupción* que padeció en su infancia y sembró sus piernas de puntitos *rojos*, en lugar de *negros*, se han unido aquí con los *huevecillos de caviar* para formar un nuevo concepto, el de aquello *que ha recibido de su hermano* («que su hermano le ha contagiado»). En un sueño comunicado por Ferenczi hallamos una formación mixta compuesta por la persona de un *médico* y un *caballo*, imagen que además lleva puesta una *camisa de dormir*. El análisis reveló la comunidad existente entre estos elementos después de demostrar que la camisa de dormir constituía una alusión al padre de la sujeto en una escena de la infancia de esta última. En los tres casos se trataba de objetos de su curiosidad sexual. Siendo niña, la había llevado varias veces su niñera a una

yeguada militar, lugar en el que tuvo ocasión de satisfacer su curiosidad sexual, aún no coartada.

He afirmado antes que el sueño carece de medios para representar la relación de antítesis u oposición —el «no»—, y voy ahora a contradecir, por vez primera, tal aserto. Una parte de los casos que hemos de considerar como de «antítesis» y podríamos colocar bajo la rúbrica de *inversamente* o *por el contrario*, alcanza su representación en el sueño del modo siguiente, que casi podríamos calificar de chistoso. El «inversamente» no llega de por sí al contenido manifiesto, sino que exterioriza su existencia en el material con la *inversión* —como a *posteriori*— de un fragmento del contenido manifiesto, relacionado con él por motivos distintos. Este proceso es más fácil de ilustrar que de describir. En el bello sueño «de arriba abajo», descrito anteriormente, la representación onírica del subir muestra la inversión de la escena de *Safo*, que constituye su modelo en las ideas latentes. En el sueño la subida es penosa al principio y luego fácil, al revés de lo que sucede en dicha escena de la novela de Daudet. Los términos «arriba» y «abajo» referidos al hermano del sujeto son también representados inversamente en el sueño, y todas estas circunstanciar indican la existencia de una relación contradictoria o antitética entre dos fragmentos del material de ideas latentes, relación consistente, según vimos, en que la fantasía infantil del sujeto le mostraba llevado en brazos de su nodriza, inversamente a como en la novela llega el protagonista en brazos a su amada. También mi sueño del ataque de *Goethe* contra M. entraña una tal inversión, que hemos de deshacer para conseguir interpretarlo. Su contenido manifiesto expone que *Goethe* ha hecho objeto de un violentísimo ataque literario a un joven escritor, el señor M. La realidad, tal y como se halla contenida en las ideas latentes, es que un amigo mío, hombre de reconocido talento, ha sido atacado por un joven escritor nada conocido. En este sueño establezco un cálculo tomado como punto de partida al año de la muerte de Goethe; en la realidad partía el cálculo del año en que nació el paralítico. La idea dominante del material onírico resulta ser mi oposición a que se trate a Goethe como a un demente, y el sueño me dice: «Lo que sucede es todo lo contrario; si no alcanzas a comprender este libro, el imbécil eres tú y no el autor». En todos estos sueños de inversión parece además hallarse contenida una relación a un sentimiento despectivo («*volver* la espalda a

alguien»); así, en el sueño de *Safo*, con respecto al hermano del sujeto. Es, por último, digna de mención la frecuencia con que tales inversiones aparecen en los sueños provocados por sentimientos homosexuales reprimidos.

La inversión o transformación de un elemento es su contrario en uno de los medios de representación que el sueño emplea con mayor frecuencia, por serle de múltiple utilidad, sirviendo, en primer lugar, para dar cuerpo a la realización de deseos, contraria a un determinado elemento de las ideas latentes. La expresión «¡Ojalá hubiera sido al revés!», es, con frecuencia, la que mejor traduce la reacción del *yo* contra un recuerdo penoso. Pero cuando la inversión se nos muestra más valiosa es cuando la consideramos desde el punto de vista de la censura, pues crea una considerable deformación de los elementos que de representar se trata, hasta el punto de paralizar, al principio, toda tentativa de comprensión del sueño. Por tanto, cuando un sueño nos rehúsa tenazmente su sentido, deberemos intentar la inversión de determinados fragmentos de su contenido, operación con la cual queda todo aclarado en el acto muchas veces.

A más de la inversión del contenido, habremos también de tener en cuenta la de la sucesión en el tiempo. La deformación onírica emplea, en efecto, con frecuencia, la técnica consistente en representar, al principio del sueño, el desenlace del suceso o la conclusión del proceso mental, y, al final del mismo, las causas del primero o las premisas del segundo. Aquellos que no tengan en cuenta este medio técnico de la deformación onírica permanecerán perplejos ante la labor de interpretación[408].

Suele incluso suceder que en algunos casos no conseguimos descubrir el sentido del sueño hasta después de haber llevado a efecto, en el contenido manifiesto, la inversión de múltiples y muy diversas relaciones. De este modo se esconde, por ejemplo, en el sueño de un neurótico obsesivo, el recuerdo de su deseo infantil de la muerte de su temido padre, detrás de las siguientes palabras: *Su padre le regaña porque vuelve muy tarde a casa*. Pero los datos obtenidos con anterioridad en el tratamiento y las ocurrencias del sujeto demuestran que la idea primitiva es la de que se *halla enfadado con su padre,* y que para él siempre volvía éste a casa *demasiado temprano* (demasiado pronto). Hubiera preferido que no hubiera vuelto, deseo idéntico al de su

muerte. (Véase página 502). Siendo niño se había hecho culpable el sujeto de una agresión sexual a otra persona durante una larga ausencia de su padre, y había sido amenazado con las palabras: «¡Ya verás cuando vuelva tu papá!»

Si queremos proseguir aún más allá las relaciones entre el contenido manifiesto y las ideas latentes tomaremos como el mejor punto de partida el sueño mismo y nos plantearemos la interrogación de cuál es, con relación a las ideas latentes, el significado de determinados caracteres formales de la representación onírica. A estos caracteres formales, que tienen que despertar nuestra atención al examinar el sueño, pertenecen ante todo las diferencias de intensidad sensorial de los distintos productos oníricos y las de claridad de los diversos fragmentos de un sueño o de sueños enteros Comparados entre sí. Las diferencias de intensidad de los diversos productos oníricos forman toda una escala, que va desde una agudeza de impresión que nos inclinaríamos a colocar por cima de la realidad —aunque claro está que sin garantías— hasta una enfadosa vaguedad, que declaramos característica del sueño, por no ser comparable exactamente a ninguno de los grados de precisión que tenemos lugar de percibir en los objetos de la realidad.

Acostumbradamente calificamos también de «fugitiva» la impresión que de un borroso objeto onírico recibimos, mientras que de los objetos oníricos más precisos opinamos que han permitido una más larga percepción. Surge aquí la interrogación de cuáles son las condiciones del material onírico a las que obedecen estas diferencias de vitalidad de los diversos trozos del contenido manifiesto.

Habremos de rebatir ante todo algunas hipótesis que parecen imponerse a este respecto. Dado que en el material onírico pueden hallarse incluidas, desde luego, sensaciones reales percibidas durante el reposo, se supondrá, probablemente, que estas sensaciones o los elementos oníricos de ellas derivados se significan, en el contenido manifiesto, por una especial intensidad; o inversamente, que aquello que en el sueño muestra una especial intensidad podrá ser referido a dichas sensaciones reales. Ahora bien: mi experiencia no me ha confirmado jamás estas hipótesis. No es exacto que aquellos elementos del sueño que son derivados de sensaciones percibidas durante el reposo (estímulos nerviosos) se distingan, por su mayor intensidad, de los que proceden de recuerdos. El factor realidad carece de toda influencia

sobre la determinación de la intensidad de las imágenes oníricas.

Podría también suponerse que la intensidad sensorial (vivacidad) de las diversas imágenes oníricas se hallaba en relación con la intensidad psíquica de los elementos correspondientes en las ideas latentes. En estas últimas, la intensidad coincide con el valor psíquico, y los elementos más intensos no son otros que los más importantes, los cuales constituyen el nódulo. Ahora bien: sabemos que precisamente la mayor parte de estos elementos no consiguen pasar, por impedírselo la censura, al contenido manifiesto. Sin embargo, podría ser que aquéllos más próximos derivados suyos, que los representan, mostrasen en el sueño un más alto grado de intensidad, sin que por ello tuvieran que constituir el centro de la representación onírica. Pero también esta sospecha queda destruida por la observación comparativa del sueño y el material onírico. La intensidad de los elementos del primero no tiene nada que ver con la de los que constituyen el segundo, y entre el material onírico y el sueño tiene, efectivamente lugar una completa *transmutación de todos los valores psíquicos*. Un elemento fugitivamente animado y encubierto por imágenes más intensas, es muchas veces el único que descubrimos, constituye un derivado directo de aquello que en las ideas latentes dominaba en absoluto.

La intensidad de los elementos del sueño aparece determinada en otra forma distinta y por los factores independientes entre sí. En primer lugar advertimos sin esfuerzo la especial intensidad con la que se nos muestran representados en el sueño aquellos elementos en los que se exterioriza la realización de deseos, y en segundo, nos descubre el análisis que aquellos elementos que aparecen dotados de una vitalidad son a la vez los que constituyen el punto de partida de un más amplio número de rutas mentales y los mejor determinados. Este principio, empíricamente establecido, puede ser formulado en los siguientes términos: los elementos que mayor intensidad muestran en el sueño son aquéllos cuya formación ha exigido una mayor *labor de condensación*. Esta condición y la anteriormente señalada de la realización de deseos habrán de poder ser encerradas en una única fórmula.

El problema al que las precedentes consideraciones se refieren, o sea el de las causas de la mayor o menor intensidad o precisión de los diversos elementos del sueño, no debe ser confundido con el que plantea la distinta

claridad de sueños enteros o fragmentados, lo contrario de precisión es vaguedad; en el segundo, confusión. Sin embargo, es innegable que las cualidades ascendentes y descendentes de ambas escalas se presentan en mutua correspondencia. Aquellos fragmentos de un sueño que muestran una mayor claridad contienen, en su mayor parte, elementos intensos, y por el contrario, un sueño oscuro se halla constituido por muy escasos elementos intensos. Pero el problema planteado por la escala que se extiende desde lo aparentemente claro hasta lo impreciso y confuso es mucho más complicado que el de las oscilaciones de la vivacidad de los elementos del sueño, y por razones que más adelante expondremos, no nos es posible someterlo todavía a discusión. En algunos casos observamos, no sin sorpresa, que la impresión de claridad o imprecisión producida por un sueño no depende en absoluto del proceso de su constitución, sino que procede del material onírico, a título de componente del mismo.

Así, recuerdo un sueño que me pareció, al despertar, tan especialmente bien constituido, coherente y claro, que antes de disipar por completo en mí el aturdimiento del reposo, me propuse establecer una nueva categoría de sueños no sometidos a los mecanismos de la condensación y el desplazamiento, y que habrían de calificarse de «fantasía durante el reposo». Pero un más detenido examen me demostró que ese sueño poco común presentaba en su constitución las mismas fisuras y soluciones de continuidad que otro cualquiera, con lo cual hube de renunciar a la categoría de las fantasías oníricas[409]. Su contenido era que yo exponía a mi amigo Fliess una difícil teoría de la bisexualidad, constituida al cabo de trabajosas investigaciones, y la fuerza realizadora de deseos hacia que dicha teoría (que, por lo demás, no era comunicada en el sueño) nos pareciese clara y sin lagunas. Así, pues, aquello que yo había considerado como un juicio sobre el sueño completo era una parte, y precisamente la esencial, del contenido onírico. La elaboración onírica parecía extenderse, en este caso, a los comienzos del pensamiento despierto y me ofrecía como *juicio* sobre el sueño aquella parte del material onírico cuya exacta representación no le había sido dado conseguir en el mismo. Análogo a éste es el caso de una paciente mía que, hallándose sometida al tratamiento psicoanalítico, se resistió a relatarme un sueño, cuyo análisis había de formar parte del mismo, alegando que «era

demasiado impreciso y confuso». Por último, entre repetidas protestas de la insegura vaguedad de las representaciones oníricas, relató que su sueño le había presentado varias personas —ella misma, su marido y su padre—, siendo como si ella no hubiese sabido si su marido era su padre o quién era su padre o algo parecido. La comparación de este sueño con las ocurrencias de la sujeto durante la sesión demostró, sin lugar a dudas, que se trataba de la vulgar historia de una criada que había tenido que confesar hallarse embarazada y a la que se expresaban dudas sobre «quién sería el padre» (del esperado hijo)[410]. La oscuridad que el sueño mostraba era, pues, también en este caso, una parte del material que hubo de provocarlo, y esta parte quedaba representada en la *forma* misma del sueño. *La forma del sueño o del soñar es utilizada con sorprendente frecuencia para la representación del contenido encubierto*.

Las glosas del sueño, esto es, las observaciones aparentemente inocentes sobre el mismo, tienden con frecuencia a ocultar, con el mayor refinamiento, un fragmento de lo soñado, aunque lo que en realidad hagan es revelarlo. Así, cuando un sujeto dice: «Al llegar aquí se *borra* (se limpia) el sueño», y descubre luego el análisis una reminiscencia infantil de haber espiado a una persona que se limpiaba después de defecar. Y en este otro caso, que precisa de una más amplia comunicación. Un joven tiene un claro sueño, que le recuerda una fantasía infantil de la cual ha conservado conciencia. Se encuentra por la noche en un hotel y, equivocándose de habitación, sorprende a una señora ya madura y a sus dos hijas, que se están desnudando para acostarse. Al llegar a este punto de su relato dice el sujeto: «*Aquí presenta el sueño varios huecos, como si faltase algo*, y luego prosigue con la aparición en el cuarto de un hombre que quiere expulsarme y con el que tengo que luchar». Después de inútiles esfuerzos del sujeto por recordar el contenido y la intención de la fantasía infantil, a la que su sueño alude abiertamente, advertimos que dicho contenido resulta dado en sus propias manifestaciones sobre el fragmento onírico impreciso. Los huecos se refieren a los genitales de las mujeres que se desnudan para acostarse, y la frase *como si faltara algo* describe el carácter principal del órgano sexual femenino. En sus arios infantiles ardía el sujeto en curiosidad por ver unos genitales femeninos, y se inclinaba aún a la teoría sexual infantil que atribuye a la mujer la posesión de

un miembro viril.

Una análoga reminiscencia revistió parecida forma en otro sujeto: «Sueño que *entro con la señorita de K. en el restaurante del parque*; luego sigue una parte oscura, una interrupción…; *después me encuentro en la sala de una casa de prostitución, en la que veo a dos o tres mujeres, una de ellas en camisa y pantalones*».

Análisis. —La señorita de K. es la hija de un antiguo jefe suyo, y como el mismo sujeto indica, una persona sustitutiva de su hermana. No ha tenido sino muy pocas ocasiones de hablar con ella; pero una vez entablaron una conversación en la que «reconocieron» su diferencia de sexo, como si se hubieran dicho: «Yo soy un hombre y tú una mujer». En el restaurante de su sueño no ha estado sino una sola vez, acompañando a la hermana de su cuñado, muchacha que le es por completo indiferente. Otra vez acompañó a tres señoras hasta la entrada del mismo. Dichas tres señoras eran su hermana, su cuñada y la citada hermana de su cuñado, indiferentes las tres para él, pero pertenecientes a la serie de la hermana. Sólo rarísimas veces —dos o tres en toda su vida— ha entrado en una casa de prostitución.

La interpretación se apoyó en la *parte oscura* o la *interrupción* del sueño, y confirmó que, siendo niño, había sido llevado el sujeto por su curiosidad a contemplar, aunque sólo muy raras veces, los genitales de su hermana. Algunos días después surgió en él el recuerdo consciente del reprobable acto a que el sueño aludía.

Todos los sueños de una misma noche pertenecen, por lo que a su contenido respecta, a la misma totalidad, y tanto su división en varios fragmentos como la agrupación y el número de los mismos son muy significativos y deben ser considerados como una parte de la exteriorización de las ideas latentes. Esta interpretación de sueños constituidos por varios fragmentos principales o, en general, de aquellos que pertenecen a una misma noche, no debemos olvidar tampoco la posibilidad de que tales sueños sucesivos y diferentes posean la misma significación y expresen los mismos sentimientos por medio de un distinto material. El primero de tales sueños homólogos suele ser entonces, muy frecuentemente, el más deformado y tímido, y el segundo se muestra más atrevido y claro.

Ya el sueño bíblico de las espigas y las vacas, soñado por el faraón e

interpretado por José, perteneció a esta clase. Josef o la expone más detalladamente que en la Biblia (*Antigüedades judías*, tomo II, caps. 5 y 6). Después de relatar el primer, sueño, dice el rey: «A continuación de este primer sueño desperté intranquilo y medité qué es lo que podía significar, pero luego volví a quedarme dormido y tuve otro sueño mucho más extraño, que me produjo aún más espanto y confusión». Al terminar de escuchar el relato del faraón dice José: «Tu sueño, ¡oh rey!, es, en apariencia, doble, pero sus dos visiones poseen una misma significación».

En su *Beitrag zur Psychologie des Geruechtes*[411], refiere Jung cómo un disfrazado sueño erótico de una colegiala fue comprendido y reproducido en diversas variantes por sus compañeras sin necesidad de interpretación ninguna, y observa, con relación a estos relatos de sueño, «que el pensamiento final de una larga serie de imágenes oníricas contiene exactamente aquello mismo que ya se intentó representar en la primera imagen de la serie. La censura rechaza el complejo durante el mayor tiempo posible por medio de encubrimientos simbólicos, desplazamientos, transformaciones en materia inocente, etc., renovados de continuo» lugar (cit., pág. 434). Schemer conoció perfectamente esta peculiaridad de la representación onírica y la describe, al desarrollar su teoría de los estímulos orgánicos, como una ley especial (pág. 399): «Por último, observa la fantasía en todas las formaciones oníricas emanadas de determinados estímulos nerviosos la ley general de no pintar al principio del sueño sino las más lejanas y libres alusiones al objeto estimulante y, en cambio, al final, cuando se agota el material pictórico, representa clara y desnudamente el estímulo mismo o, correlativamente, el órgano que a él corresponde o su función, con lo cual acaba el sueño revelando por sí mismo su motivo orgánico…»

En su trabajo *Un sueño que se interpreta a sí mismo,* nos da Otto Rank una amplia confirmación de esta ley de Schemer. El sueño que en él nos comunica se compuso de dos fragmentos oníricos soñados una misma noche por una muchacha y terminado el segundo con un orgasmo. Este último permitió una detalladísima interpretación del sueño total sin recurrir para nada a la ayuda de la sujeto, y la abundancia de relaciones entre dos contenidos de ambos fragmentos oníricos mostró que el primero expresaba, aunque más tímidamente, lo mismo que el segundo, de manera qué éste, el de

la polución, contribuyó al total esclarecimiento del primero. Muy justificativamente ha tomado Rank este caso como punto de partida para el estudio de la significación de los sueños de polución con respecto a la teoría de los sueños en general.

Mi experiencia personal me ha demostrado, sin embargo, que no siempre nos llegamos a hallar en situación de interpretar la claridad o confusión de los sueños como seguridad o duda en el material onírico. Más adelante habremos de señalar, en la elaboración onírica, el factor, no mencionado hasta ahora, de cuya actuación depende especialmente esta escala de cualidades del sueño.

Algunos sueños, en los que se mantiene durante cierto tiempo una determinada situación o decoración, aparecen cortados por interrupciones que son descritas en su relato con las palabras siguientes: «Parece luego como si al mismo tiempo fuera un lugar distinto y allí sucede esto y lo otro». Aquello que de este modo interrumpe la acción principal del sueño, la cual puede continuar después al cabo de un intervalo, resulta ser, en las ideas latentes, un elemento accesorio; por ejemplo, un pensamiento intercalado. La condicionalidad dada en las ideas latentes es representada en el sueño por simultaneidad (si-cuando).

¿Cuál es el significado de la sensación de no poder moverse, frecuentísima en el sueño y tan cercana a la angustia? Queremos andar y permanecemos como clavados en un sitio; queremos hacer algo y se nos oponen continuos obstáculos. El tren echa a andar y no podemos alcanzarlo; vamos a levantar la mano para vengar una ofensa y no lo conseguimos, etc. Al examinar los sueños exhibicionistas tropezamos ya con esta sensación, mas no intentamos profundizar seriamente en su sentido. Es muy cómodo, pero también muy insuficiente, responder que durante el reposo existe una parálisis motora que se hace notar al durmiente por dicha sensación; pues, de ser así, habríamos de preguntarnos cómo es que no soñamos de continuo con tales movimientos estorbados. Debemos, pues, suponer que tal sensación, susceptible siempre a surgir durante el reposo, obedece a determinados fines de la representación y no es despertada sino cuando el material onírico precisa de ella para una determinada exteriorización.

La imposibilidad de realizar algo no aparece siempre en el sueño como sensación, sino también, simplemente, como parte del contenido manifiesto.

La comunicación de un ejemplo de este género ha de contribuir al esclarecimiento del proceso onírico discutido. Expondré, pues, muy abreviadamente, un sueño en el que aparezco acusado de falta de honradez: «La escena representa una mezcla de sanatorio particular y varios otros locales. Se presenta un criado y me invita a seguirle para ser objeto de un registro. En el sueño sé que se ha echado algo de menos y que el registro obedece a la sospecha de que soy yo quien se ha apropiado lo que falta. El análisis nos muestra que el concepto *registro* debe ser tomado en doble sentido e incluye también el registro (reconocimiento) médico. Penetrado de mi inocencia y consciente de mi autoridad de médico de cabecera y consejero en aquella casa, sigo tranquilamente al criado. Ante una puerta nos recibe otro, que dice, señalándome: '¡Cómo me trae usted a este señor, que es una persona decente!' Sin que el criado me acompañe ya, paso a un amplio salón en el que se hallan instaladas diversas máquinas y que me recuerda una cámara de tormento con sus infernales torturas. Atado a uno de los potros veo a uno de mis colegas, que, contra lo que. era de esperar, no repara atención ninguna en mi. Resulta que ahora puedo ya irme (puedo ya andar). Pero no encuentro mi sombrero y no puedo irme (no puedo andar)».

La realización de deseos de este sueño es evidentemente la de ser reconocido como persona honorable y poder irme. Por tanto, debe existir en las ideas latentes un amplio material contrario a dicha realización. El poder marcharme es señal de que ha sido absuelto y, por tanto, si el sueño trae consigo, al terminar, un incidente que me lo impide, no ha de ser muy aventurado concluir que por medio de este rasgo se exterioriza dicho material contrario, reprimido. Así, pues, el no encontrar el sombrero significa que no soy un hombre honrado. La imposibilidad de realizar algo en el sueño es una expresión de la contradicción, un «no», y, por tanto, habremos de rectificar nuevamente nuestra anterior afirmación de que el sueño no puede expresar el «no[412]».

En otros sueños en los que la imposibilidad de realizar el movimiento no aparece ya tan sólo como situación, sino como sensación, queda expresada por la sensación de parálisis la misma contradicción, pero más enérgicamente, como una voluntad a la que se opone la voluntad contraria. Así, pues, la sensación de parálisis representa un *conflicto de la voluntad*.

Más adelante veremos que precisamente la parálisis motora durante el reposo es una de las condiciones fundamentales del proceso psíquico que se desarrolla en el curso del sueño. El impulso transferido a las vías motoras no es otra cosa que la voluntad y nuestra seguridad de que en el reposo habremos de sentir como coartado dicho impulso hace que todo este proceso sea apropiadísimo para la representación del *querer* y del *no* que al mismo se opone. Después de mi explicación de la angustia, se comprende fácilmente que la sensación de coerción de la voluntad se nos muestre tan próxima a dicho estado y se enlace con él tan frecuentemente en el sueño. La angustia es un impulso libidinoso que parte de lo inconsciente y es coartado por lo preconsciente[413]. Por tanto, en aquellos sueños o fragmentos del sueño en los que la sensación de parálisis aparece acompañada de angustia, tiene que tratarse de una volición que fue susceptible alguna vez de desarrollar libido, o sea de un impulso sexual.

Más adelante discutiremos lo que significa el juicio «Estoy soñando» o «Esto no es más que un sueño», que con tanta frecuencia surge en nosotros mientras soñamos, y examinaremos a qué poder psíquico hemos de atribuirlo. Adelantaré únicamente que su objeto es rebajar el valor de lo soñado. El problema de qué es lo expresado cuando un cierto contenido es calificado de «soñado» en el sueño mismo; esto es, el problema del «sueño en el sueño», ha sido resuelto en un análogo sentido por W. Stekel, mediante el análisis de varios ejemplos convincentes. El calificar de «soñada» una parte de un sueño dentro del sueño mismo, tiene por objeto rebasar nuevamente su valor y despojarla de su realidad. Aquello que al final de un «sueño en el sueño» continuamos soñando es lo que el deseo onírico quiere sustituir a la extinguida realidad. Podemos, pues, admitir que lo *soñado* contiene la representación de la realidad, el recuerdo verdadero y, por lo contrario, el sueño subsiguiente no entraña sino la representación de lo meramente deseado por el sujeto. Así, pues, la inclusión de determinado contenido en un «sueño en el sueño» habrá de considerarse equivalente al deseo de que lo calificado así de sueño no hubiese sucedido. O dicho de otro modo: cuando un determinado suceso es situado en un sueño por la elaboración onírica misma, podemos considerar este hecho como la más decisiva confirmación de su realidad y su más enérgica *afirmación*. La elaboración onírica emplea el

soñar mismo como una forma de repulsa y confirma así la teoría de que el sueño es una realización de deseos.

D) **El cuidado de la representabilidad**.

La investigación de cómo representa el sueño las relaciones dadas entre las ideas latentes ha constituido hasta aquí nuestro principal objeto: más, sin embargo, nos hemos extendido en varias ocasiones a considerar el problema de cuáles son las transformaciones que la constitución de los sueños impone, en general, al material onírico. Sabemos ya que este material, despojado de casi todas sus relaciones, experimenta una comprensión, en tanto que la acción simultánea de desplazamiento de intensidad entre sus elementos le impone una transmutación de su valor psíquico. Los desplazamientos que hasta ahora hemos examinado demostraron ser sustituciones de una representación determinada por otra asociativamente contigua a ella y se revelaron como muy útiles para la condensación, permitiendo que en lugar de dos elementos pasase al contenido manifiesto uno sólo intermedio común entre ellos. Pero el proceso de desplazamiento puede también revestir una forma distinta que aún no hemos mencionado y que, según nos muestra el análisis, se manifiesta en una *permuta de la expresión verbal* de las ideas correspondientes. Trátase siempre del mismo proceso —un desplazamiento a lo largo de una cadena de asociaciones—, pero desarrollado en esferas diferentes, y su resultado es que en el primer caso queda constituido un elemento por otro, y en el segundo, cambia un elemento su expresión verbal por otra distinta.

Este segundo género del desplazamiento que se desarrolla en la formación de los sueños presenta, desde luego, un gran interés teórico y es, además, particularmente apropiado para esclarecer la apariencia de fantástico absurdo con la que el sueño se disfraza. El desplazamiento se realiza siempre en el sentido de sustituir una expresión incolora y abstracta de las ideas latentes por otra plástica y concreta. No es difícil comprender la utilidad y con ella el propósito de esta sustitución. Lo plástico es *susceptible de representación* en el sueño y puede ser incluido en una situación, en tanto

que la expresión abstracta ofrecería a la representación onírica dificultades análogas a las que hallaríamos al querer ilustrar un artículo de fondo de un diario político. Pero tal cambio de expresión no favorece únicamente la representatividad, sino que resulta también ventajoso para la condensación y la censura. Una vez que la idea latente abstractamente expresada e inutilizable en esta forma es trasladada a un lenguaje político, se producen más fácilmente que antes, entre tal idea en su nueva forma expresiva y el restante material onírico, aquellos contactos e identidades de que la elaboración precisa, hasta el punto de crearlos cuando no los encuentra ciados de antemano, pues los términos concretos son en todo idioma y a consecuencia de su desarrollo más ricos en conexiones que los abstractos. Podemos, pues, representarnos que gran parte de aquella labor intermedia que en la formación de los sueños tiende a reducir las diversas ideas latentes a una expresión unitaria y breve en lo posible queda realizada en esta forma por medio de una adecuada modificación verbal de los distintos elementos latentes. Aquella idea cuya expresión hubiera de permanecer invariada por una razón cualquiera ejercería una influencia de distribución y selección sobre las posibilidades de expresión de la otra, y esto quizá desde un principio, como sucede en la labor del poeta. Los versos consonantes de una composición rimada han de satisfacer dos condiciones: expresar el sentido que les corresponda y hallar para él una expresión que contenga la rima. Las mejores poesías son aquéllas en las que no se advierte la intención de hallar la rima, habiendo escogido de antemano ambos pensamientos por inducción recíproca una expresión verbal, que mediante una ligera elaboración ulterior haga surgir la consonancia.

La permuta de la expresión verbal favorece en algunos casos la condensación onírica por un camino aún más corto, hallando un giro equívoco susceptible de proporcionar expresión a más de una de las ideas latentes. De este modo resulta aprovechable para la elaboración de los sueños todo el sector del chiste verbal. Esta gran importancia que la palabra nos revela poseer para la formación de los sueños no es cosa que deba asombrarnos. La palabra, como punto de convergencia de múltiples representaciones, es, por decirlo así, un equívoco predestinado, y las neurosis (fobias, representaciones obsesivas) aprovechan, con igual buena voluntad

que el sueño, las ventajas que la misma les ofrece para la condensación y el disfraz[414]. No es difícil demostrar que el desplazamiento de la expresión resulta también favorable al disfraz de los sueños, pues siempre induce en error el que una palabra de doble sentido sustituya a dos de uno solo, y la sustitución de la tímida forma expresiva cotidiana por otra, plástica, detiene nuestra comprensión, sobre todo cuando, como sucede en el sueño, no hay nada que nos indique si los elementos dados han de ser interpretados literalmente o en un sentido indirecto, ni si por mediación de giros usuales intercalados al material del sueño. Ante la interpretación de un elemento onírico es, en general, dudoso:

a) Si debe ser tomado en sentido positivo o negativo (relación antinómica).

b) Si debe ser interpretado históricamente (como reminiscencia).

c) Simbólicamente.

d) O si debemos utilizar, para nuestra interpretación, su sentido literal.

A pesar de esta multiplicidad de sentidos, puede decirse que las representaciones de la elaboración onírica, *que no pretenden ser comprendidas*, no plantean al traductor mayores dificultades que los antiguos jeroglíficos a sus lectores.

En el presente trabajo hemos expuesto ya repetidos ejemplos de representaciones oníricas, enlazadas únicamente por el doble sentido de la expresión («La boca se abre bien», en el sueño de la inyección de Irma. «No puedo irme (andar) todavía», en el últimamente citado, etc.). Comunicaré ahora un sueño en cuyo análisis desempeña un papel más importante la representación plástica de las ideas abstractas. La diferencia entre esta interpretación onírica y la que se realiza por medio del simbolismo, como en la antigüedad, puede determinarse con toda precisión. En la interpretación simbólica, la clave de la simbolización es elegida por el interpretador, mientras que en nuestros casos de disfraz idiomático, son tales claves generalmente conocidas y aparecen dadas por una fija costumbre del lenguaje. Disponiendo en la ocasión precisa de la ocurrencia exacta, se hace posible interpretar total o fragmentariamente estos sueños sin recurrir para nada al sujeto.

Una señora amiga mía tiene el siguiente sueño: «Está en la ópera. Se

representa una obra de Wagner que ha durado hasta las siete y cuarto de la mañana. El patio de butacas está lleno de mesas en las que comen y beben los espectadores. A una de ellas se halla sentado, con su mujer, un primo suyo, que acaba de regresar del viaje de novios. Junto a ellos, un aristócrata. De éste se sabe que la recién casada se lo ha traído de su viaje, franca y abiertamente, como quien se trae un sombrero o un recuerdo de los lugares visitados. En el centro del patio de butacas se alza una alta torre que sustenta una plataforma rodeada de una verja de hierro. Allí arriba, el director de orquesta, cuyo rostro es el de Hans Richter, corre sin descanso de un lado para otro detrás de la verja, suda copiosamente y dirige a los músicos, agrupados abajo en derredor de la base de la torre. La sujeto está sentada en un palco con una amiga (conocida mía). Su hermana menor quiere alcanzarle desde el patio de butacas un gran pedazo de carbón, alegando que no había sabido que iba a durar tanto tiempo y se helaba ahora miserablemente. (Como si durante la larga representación tuviera que ser alimentada la calefacción de los palcos.)»

Se trata, como puede verse, de un sueño harto desatinado, aunque bien concretado en una situación. Sus dos mayores absurdos son la torre que se alza en medio del patio de butacas y desde cuya cima dirige el músico la orquesta, y el trozo de carbón que la hermana de la sujeto alcanza a ésta. Intencionadamente, no sometí este caso al análisis en la forma acostumbrada, y con sólo cierto conocimiento de las circunstancias personales de la sujeto del sueño me fue posible interpretar fragmentos aislados del mismo. Me era sabido que la sujeto había sentido una extraordinaria inclinación hacia un músico, cuya carrera hubo de quedar prematuramente interrumpida por una enfermedad mental. Me decidí, pues, a interpretar *literalmente* la torre. De ello resulta que el hombre al que ella hubiera querido ver en el lugar de Hans Richter se halla *en una muy elevada posición* como expresión considerada como un *producto mixto por oposición*. Su basamento representa la grandeza del hombre al que los pensamientos de la sujeto se refieren, y la verja de su parte superior, detrás de la cual corre el mismo de un lado para otro, como un prisionero o un animal enjaulado (alusión al nombre del desdichado enfermo) [415], su triste destino ulterior. «Narrenturm» (literalmente, «torre de locos») sería quizá la palabra en que hubieran podido reunirse los dos pensamientos.

Después de haber descubierto de este modo la forma de representación elegida por el sueño, podría intentarse solucionar, mediante la misma clave, el segundo absurdo; esto es, el carbón que la hermana le alcanza. «Carbón» tenía que significar «amor secreto».

> *Ningún fuego ni carbón ninguno*
> *quema tan ardientemente*
> *como el amor secreto,*
> *del que nadie sabe nada.*

(Canción popular alemana.)

Tanto ella como su amiga se *habían quedado sentadas* (giro alemán ‘Sitzen geblieben’ de sentido equivalente al castellano «quedarse para vestir imágenes»). La hermana menor, que tiene aún probabilidades de casarse, le alcanza el carbón «porque no había sabido que iba a durar tanto tiempo». El sueño no nos dice el qué. En un relato completaríamos nosotros la frase, agregando: la representación; pero en el sueño tenemos que atender a la expresión verbal en sí y reconocerla como de doble sentido, añadiendo: «su soltería». La interpretación «amor secreto» queda entonces confirmada por la mención del primo de la durmiente, que se halla con su mujer en el patio de butacas, y por las *públicas relaciones amorosas* atribuidas a la recién casada. Las antinomias entre amor secreto y amor público, entre el ardor de la sujeto y la frialdad de la joven esposa, constituyen el elemento dominante de todo el sueño. En los dos términos de estas antinomias encontramos, además, a una «persona de elevada posición» como expresión intermedia entre el aristócrata y el músico, en el que se fundaban justificadamente grandes esperanzas.

Las observaciones que anteceden nos descubren, por fin, un tercer factor, cuya participación en la transformación de las ideas latentes en contenido manifiesto debe estimarse harto importante. Este factor es el *cuidado de la representabilidad por medio del material psíquico peculiar de que el sueño se sirve*, o sea casi siempre por medio de imágenes visuales. Entre las diversas conexiones accesorias a las ideas latentes esenciales, será preferida aquella que permita una representación visual y la elaboración onírica no rehuirá el trabajo de fundir primero en una distinta forma verbal —por

desacostumbrada que ésta sea— la idea abstracta irrepresentable plásticamente, si con ello ha de conseguir darle una representación y poner término al ahogo psicológico del pensamiento obstruido. Este vaciado del contenido ideológico en otra forma distinta puede también ponerse simultáneamente al servicio de la labor de condensación y crear conexiones, que de otro modo no existirían, con una idea diferente, la cual puede a su vez haber cambiado de antemano su forma expresiva en favor del mismo propósito.

Herbert Silberer ha indicado un excelente procedimiento para observar directamente la transformación de ideas en imágenes que tiene efecto en la formación de los sueños, y estudiar así aisladamente este factor de la elaboración onírica. Cuando hallándose fatigado y adormecido se imponía un esfuerzo mental, le sucedía con frecuencia que la idea buscada se le escapaba y surgía, en cambio, una imagen en la que podía reconocer una sustitución de la misma. Silberer da a esta sustitución el calificativo —no muy apropiado— de «autosimbólica». Quiero reproducir aquí alguno de los ejemplos citados por este autor, ejemplos sobre los cuales habré de retornar más adelante, a causa de determinadas cualidades de los fenómenos en ellos observados:

Ejemplo número 1. Pienso en que tengo que suavizar el estilo, un poco áspero, de algunos párrafos de un artículo.

Símbolo. —Me veo cepillando un trozo de madera.

Ejemplo número 5. Intento hacerme presente el objeto de ciertos estudios metafísicos, que me propongo emprender.

A mi juicio, la utilidad de tales estudios consiste en que la investigación de las causas finales va abriendo camino al investigar hasta formas de conciencia o capas de existencia cada vez más elevadas.

Símbolo. —Introduzco un largo cuchillo por debajo de una tarta como para servirme un pedazo.

Interpretación. —Mi movimiento con el cuchillo significa el «abrirse camino» de que en mi pensamiento se trata… La base en que este símbolo se funda es la siguiente: en la mesa suelo encargarme alguna vez de cortar y servir a los demás una tarta, utilizando para ello un largo cuchillo flexible, cosa que requiere cierto cuidado. Sobre todo, resulta difícil extraer limpiamente los pedazos una vez cortados, y el cuchillo tiene que ser

exactamente introducido por *debajo* de cada uno de ellos (el lento «abrirse paso» para llegar a los fundamentos). Pero aún entraña la imagen más amplio simbolismo. La tarta del símbolo era de aquellas que se hallan compuestas de varias capas de hojaldre, alternando con otras de dulce, o sea una tarta en la que el cuchillo tiene que penetrar al cortarla a través de diferentes *capas* (las capas de la conciencia y el pensamiento).

Ejemplo número 9. Pierdo el hilo de mis pensamientos en un determinado proceso mental. Me esfuerzo en volverlo a hallar, pero tengo que reconocer que el punto de enlace se me ha escapado por completo.

Símbolo. —Un párrafo escrito al que faltan las últimas líneas.

Conociendo el papel que en la vida mental de los hombres cultos desempeñan los chistes, citas, poesías y proverbios, no ha de extrañarnos que para la representación de las ideas latentes sean utilizados con gran frecuencia disfraces de este género. ¿Qué representan, por ejemplo, en un sueño varios carros cargados cada uno con una legumbre diferente? No es difícil adivinar que tal imagen expresa el deseo contrario al significado de la frase hecha *Kraut und Rueben* que entraña la idea de «revoltijo» y significa, por tanto, «desorden», me sorprende que este sueño me ha sido comunicado sólo una vez[416]. Sólo para escasas materias se ha formado un simbolismo onírico de validez general sobre la base de sustituciones de palabras y alusiones generalmente conocidas. La mayor parte de este simbolismo es, además, común al sueño, a la psiconeurosis, a las leyendas y los usos populares.

Un más detenido examen de esta cuestión nos fuerza a reconocer que la elaboración onírica no realiza con este género de sustituciones nada original. Para la consecución de su fin —la representabilidad exenta de censura, en este caso— no hace sino seguir los caminos que encuentra ya trazados de antemano en el pensamiento inconsciente, prefiriendo aquellas transformaciones del material reprimido, que pueden llegar también a hacerse conscientes a título de chistes y alusiones, y de las que aparecen colmadas todas las fantasías de los neuróticos. De este modo se nos hacen comprensibles las interpretaciones oníricas de Scherner, cuyo nódulo de verdad defendimos ya en otro lugar de este libro. Las fantasías sobre el propio cuerpo del sujeto no son, en modo alguno, privativas ni siquiera

características del sueño. Mis análisis me han demostrado, por el contrario, que constituyen un proceso general del pensamiento inconsciente de los neuróticos y se derivan de la curiosidad sexual, cuyo objeto son para el joven o la muchacha los órganos genitales, tanto los del propio sexo como los del contrario. Pero, como ya lo hacen resaltar muy acertadamente Scherner y Volkelt, no es la casa el único círculo de representaciones que el sueño y las fantasías inconscientes de la neurosis utilizan para la simbolización del cuerpo. Conozco, desde luego, pacientes que han conservado el simbolismo arquitectónico del cuerpo y de los genitales (el interés sexual sobrepasa con exceso el terreno de los genitales exteriores), y para los cuales las columnas y los pilares representan las piernas (como en el *Cantar de los cantares*); cada puerta, una de las aberturas del cuerpo («agujero»); las cañerías, el aparato vesical, etc. Pero también el círculo de representaciones de la vida vegetal o el de la cocina son empleados para el encubrimiento de imágenes sexuales[417]. En el primero de estos círculos de representaciones hallamos elaborados ya por los usos del idioma un precipitado de metáforas de la fantasía, procedentes de las épocas más antiguas (la «viña» del Señor, la «semilla», el «jardín de la doncella» en el *Cantar de los cantares*). Por medio de alusiones, aparentemente inocentes, a las faenas culinarias pueden también pensarse y soñarse las más repulsivas e íntimas particularidades de la vida sexual, y la sintomática de la histeria se hace ininterpretable si olvidamos que el simbolismo sexual puede ocultarse, mejor que en ningún otro lado, detrás de lo cotidiano e insignificante. El que un niño neurótico no pueda ver la sangre o la carne cruda o vomite a la vista de los huevos o de los fideos, y el enorme incremento que toma en el adulto neurótico el natural temor que al hombre normal inspiran los reptiles; todo ello posee un sentido sexual, y al servirse de tales disfraces no hace la neurosis más que seguir los caminos hollados por la humanidad entera en antiguos períodos de civilización, caminos que, bajo una ligera capa de tierra acumulada por los siglos, continúan aún existiendo hoy día, como lo prueban los usos del lenguaje, las supersticiones y las costumbres.

Añadiré aquí el «sueño de las flores», del que ya tratamos en páginas precedentes, subrayando en su redacción todo lo que debe interpretarse como sexual. Este bello sueño cesó de gustar a la paciente una vez interpretado.

a) Sueño preliminar: «Va a la cocina, en la que se hallan las dos criadas, y las regaña por no haber terminado aún de hacer “ese poco de comida”. Mientras tanto, ve gran cantidad de groseros utensilios de cocina puestos boca abajo a escurrir y formando un montón». Agregación posterior: «Las dos criadas van por agua. Para ello tienen que meterse en un río que llega hasta la casa o entra en el patio[418]».

b) Sueño principal[419]: «Baja de una altura[420] por encima de una singular pasarela, que es como un seto de mimbres entretejidos formando pequeños cuadrados[421]. No constituye esto, precisamente, un camino, y la sujeto avanza preocupada de encontrar sitio en que afirmar sus pies, pero al mismo tiempo muy contenta de ver que sus vestidos no quedan enganchados en ningún sitio y puede conservar así un aspecto decente[422]. En la mano lleva una *gran rama*[423], como de un árbol, con *flores rojas*[424] y muy frondosa. En el sueño cree la sujeto que son *flores de cerezo*, pero parecen más bien *camelias*, aunque éstas no crecen en un árbol. La rama muestra primero *una* de estas flores, luego *dos* y luego otra vez *una*[425]. Al llegar abajo se han deshojado ya casi por completo. En esto se ve a un criado que se diría está peinando a un árbol parecido, pues arranca de él con una madera *gruesos mechones* de pelo que cuelgan de su tronco como si fuera musgo. Otros trabajadores han cortado de un *jardín ramas* semejantes a la suya y las han tirado *a la calle. La gente que pasa las recoge*. Ella pregunta si aquello está bien hecho y si también ella *puede coger una*[426]. En el jardín ve a un joven (un extranjero conocido suyo) y se dirige a él, preguntándole cómo podrán trasplantarse tales *ramas a su propio jardín*[427]. El joven la abraza, pero ella se resiste y le pregunta cómo se le ocurre pensar que puede abrazarla así. Él dice que no es ninguna falta y que está permitido. Se declara dispuesto a ir con ella al *otro jardín* para enseñarla cómo se hace el trasplante, y le dice algo que ella no comprende: Me faltan, además, tres *metros* —luego dice ella: *metros cuadrados*— o tres brazas de fondo. Es como si quisiera exigir algo de ella a cambio de su anuencia, como si tuviera la intención de *compensarse en su jardín o burlar* alguna ley y aprovecharse sin causarle a ella ningún perjuicio[428]. No sabe si luego le enseña él realmente algo».

Este sueño que yo he adelantado para mostrar sus elementos simbólicos, se le puede describir como biográfico. Sueños así ocurren frecuentemente durante el psicoanálisis, pero tal vez escasamente fuera de él[429].

Poseo, naturalmente, material sobrado de este género, pero su comunicación nos haría adentrarnos demasiado en la discusión de las circunstancias de las neurosis. Baste decir que todo nos lleva a la misma conclusión: la de que no necesitamos admitir en la elaboración onírica especial actividad simbolizante del alma, pues el sueño se sirve de simbolizaciones que ya se hallan contenidas en el pensamiento inconsciente, dado que por escapar a la censura satisfacen, tanto por su representabilidad como ampliamente, tales simbolizaciones todas las exigencias de la formación de los sueños.

E) **La representación simbólica en el sueño. Nuevos sueños típicos**.

Una vez familiarizados con el extensísimo empleo del simbolismo para la representación del material sexual en el sueño, surge en nosotros la interrogación de si muchos de tales símbolos no poseerán siempre, como ciertos signos de la taquigrafía, una significación fija, y nos sentimos tentados de componer una nueva «clave de los sueños». Pero hemos de observar que este simbolismo no pertenece exclusivamente al sueño, sino que es característico del representar inconsciente, en especial del popular, y se nos muestra en el folklore, los mitos, las fábulas, los modismos, los proverbios y los chistes corrientes de un pueblo, mucho más amplia y completamente aún que en el sueño. Así, pues, para dedicar al símbolo toda la atención que su importancia merece y discutir los numerosos problemas inherentes a su concepto, problemas no resueltos aún en su mayor parte, habríamos de traspasar considerablemente el tema de la interpretación onírica[430]. Por tanto, nos limitaremos a indicar que si bien la representación simbólica es, desde luego, una representación indirecta, hay múltiples indicios que nos advierten de la conveniencia de no incluirla entre las demás representaciones de este género sin una previa diferenciación basada en la clara inteligencia de

aquello que se nos insinúa como peculiarísimo a ella. En toda una serie de casos descubrimos a primera vista la comunidad existente entre el símbolo y el elemento por él representado. Otros, en cambio, mantienen oculta tal comunidad, y entonces nos resulta enigmática la elección del símbolo. Pero precisamente éstos son los que han de esclarecer el último sentido de la relación simbólica, pues indican que la misma es de naturaleza genesíaca. Aquello que en la actualidad se nos muestra enlazado por una relación simbólica se hallaba probablemente unido en épocas primitivas por una identidad de concepto y de expresión verbal[431]. La relación simbólica parece ser un resto y un signo de antigua identidad. Puede asimismo observarse que la comunidad de símbolos traspasa en muchos casos la comunidad del idioma, como ya lo afirmó Schubert en 1814[432]. Algunos símbolos son tan antiguos como el idioma; otros, en cambio, son de creación actual (por ejemplo, el dirigible, el zepelín).

El sueño utiliza, como ya indicamos, este simbolismo para la representación disfrazada de sus ideas latentes. Entre los símbolos así utilizados hay, ciertamente, muchos que entrañan siempre, o casi siempre, la misma significación. Recuérdese ahora la singular plasticidad del material psíquico. Un símbolo incluido en el contenido manifiesto debe ser interpretado con frecuencia en su sentido propio y no simbólicamente. En cambio, puede también suceder que, basándose en un material mnémico especial, se arrogue un sujeto el derecho de utilizar como símbolo sexual algo que no suele nunca recibir tal empleo. Asimismo, cuando el sujeto puede elegir entre varios símbolos para representar cierto contenido, se decidirá por aquel que entrañe, además, relaciones objetivas con su restante material ideológico y permite, por tanto, una motivación individual, a más de la típica.

Las modernas investigaciones sobre los sueños han probado indiscutiblemente la existencia del simbolismo onírico —el mismo H. Ellis confiesa que es imposible negarla—; pero hemos de reconocer que esta circunstancia dificulta en grado sumo la interpretación. La técnica interpretativa, basada en las asociaciones libres del sujeto, se demuestra, en efecto, ineficaz para la solución de los elementos simbólicos del contenido manifiesto. Por otro lado, obvias razones de crítica científica nos impiden entregarnos al arbitrio del interpretador, volviendo a la técnica empleada en la

antigüedad y renovada hoy, según parece, en las libres interpretaciones de Stekel. Así, pues, los elementos simbólicos del contenido manifiesto nos obligan a emplear una técnica combinada que se apoya, por un lado, en las asociaciones del sujeto, y completa, por otro, la interpretación con el conocimiento que el interpretador posee del simbolismo. Para eludir todo reproche de arbitrariedad en la interpretación tiene que coincidir una gran prudencia crítica en la solución de los símbolos, con un cuidadoso estudio de los mismos en ejemplos de sueños particularmente transparentes. Las inseguridades inherentes aún a nuestra actividad de onirocríticos provienen, en parte, de la insuficiencia actual de nuestros conocimientos —insuficiencia que podrá desaparecer ante nuevos progresos de la investigación— y dependen, por lo demás, de ciertas cualidades de los mismos símbolos oníricos. Estos poseen, con frecuencia, múltiples sentidos y su significación exacta depende en cada caso, como sucede con los signos de la escritura china, del contexto en el que se hallan incluidos. A esta multiplicidad de sentidos de los símbolos vienen a agregarse la multiplicidad de interpretaciones de que el sueño es susceptible y su facultad de representar por medio de un mismo contenido diversos impulsos optativos y formaciones ideológicas de naturaleza muy diferente.

Después de estas limitaciones y reservas expondré la significación de algunos símbolos. El emperador y la emperatriz o el rey y la reina representan casi siempre a los padres del sujeto, y este mismo queda simbolizado por el príncipe o la princesa. La misma alta autoridad que al emperador o al rey suele ser concedida a hombres de relevante personalidad, apareciendo así Goethe en muchos sueños como símbolo paterno (Hitschmann). Todos los objetos alargados —bastones, troncos de árboles, sombrillas y paraguas (estos últimos por la semejanza que al abrirlos presenta con la erección)— y todas las armas largas y agudas —cuchillos, puñales, picas— son representaciones del órgano genital masculino. Otro frecuente símbolo del mismo, menos comprensible, es la *lima de las uñas* (quizá por su acción de frotar). Los estuches, cajas, cajones y estufas corresponden al útero, como también las cuevas, los barcos y toda clase de recipientes. Las habitaciones son casi siempre en el sueño mujeres, y la descripción de sus diversas entradas y salidas suele confirmar esta interpretación[433]. Dado esto se

comprenderá la importancia de que la habitación del sueño aparezca «abierta» o «cerrada» (cf. el sueño de Dora, en mi *Fragmento del análisis de una histeria*). No creemos preciso indicar expresamente cuál es la llave que abre la habitación. Este simbolismo de la cerradura y la llave ha sido utilizado con malicioso ingenio por Uhland en el «lied» del *Conde de Eberstein*. El sueño de huir a través de una serie de habitaciones representa el sujeto en un burdel o un harem. Pero según ha demostrado H. Sachs con la comunicación de varios acabados ejemplos, también es utilizado este sueño para la representación del matrimonio (antítesis). Cuando el sujeto sueña con dos habitaciones que antes eran una sola, o ve dividida en dos una habitación conocida, o inversamente, encierra su sueño una interesante relación con la investigación sexual infantil. Durante cierto periodo de la infancia supone, en efecto, el niño que el órgano genital femenino se halla confundido con el ano (la teoría de la cloaca), y sólo más tarde averigua que esta región del cuerpo comprende dos cavidades distintas y orificios separados. Los escalones, escalas y escaleras y el subir o bajar por éstas son representaciones simbólicas del acto sexual[434]. Las paredes o muros lisos por los que trepamos en sueños y las fachadas de casas por las que nos descolgamos —a veces con intensa sensación de angustia— corresponden a cuerpos humanos en pie y reproducen probablemente en el sueño el recuerdo del trepar infantil por las piernas de los padres y guardadores. Los muros «lisos» son hombres. En la angustia que sentimos soñando nos agarramos muchas veces a los «salientes» de las casas por cuya fachada descendemos. Las mesas, las mesas puestas para comer y las tablas son también mujeres, quizá por la antítesis de su lisura con las redondeces del cuerpo femenino. La «madera» parece ser, en general, y correlativamente a sus relaciones lingüísticas, una representante de la «materia» femenina. Siendo «mesa y cama» lo que objetivamente constituye el matrimonio, reemplaza en el sueño muchas veces la primera a la segunda, quedando sustituidas en lo posible las representaciones del complejo sexual por las del complejo de alimentación. Entre las prendas del vestir puede interpretarse con frecuencia el sombrero femenino como un seguro símbolo de los genitales masculinos. Lo mismo sucede con el abrigo. En los sueños de los hombres encontramos muchas veces la corbata como símbolo del pene, no sólo por colgar por delante y ser prenda característica

del hombre, sino porque puede ser elegida a capricho, cosa que la naturaleza no nos permite hacer con respecto al miembro simbolizado[435]. Las personas que emplean este símbolo en sus sueños dan gran importancia a las corbatas en su vestido y poseen verdaderas colecciones de ellas. Todas las complicadas maquinarias y aparatos de los sueños son, probablemente, genitales —casi siempre masculinos—, en cuya descripción muestra el simbolismo onírico tan inagotable riqueza como chistoso ingenio. Las armas y herramientas más diversas —arados, martillos, pistolas, revólveres, puñales, sables, etc.— son también empleadas como símbolos del miembro masculino. Asimismo muchos de los paisajes que vemos en sueños, sobre todo aquellos que muestran puentes o montañas cubiertas de bosques, pueden ser reconocidos fácilmente como descripciones de los órganos genitales. Marcinoswski ha llevado a cabo el experimento de hacer dibujar a varias personas los paisajes y locales que habían visto en sueños. Tales dibujos patentizan la diferencia que existe en el sueño entre la significación manifiesta y la latente. A primera vista semejan, en efecto, planos, cartas geográficas, etc.; pero atentamente examinados, se revelan como representantes del cuerpo humano, de los genitales, etc., y sólo una vez descubierta ésta su significación es cuando facilitan la inteligencia del sueño correspondiente (cf. los estudios de Prister sobre criptografía). Cuando el sueño nos presenta neologismos incomprensibles deberemos pensar también en una fusión de elementos de significado sexual. Los niños (los pequeños) suelen también constituir un símbolo de los órganos genitales correlativamente a la costumbre corriente —tanto en las mujeres como en los hombres— de dar al órgano sexual el cariñoso apelativo de «mi pequeño». Jugar con un niño pequeño o pegarle, etc., son con frecuencia representaciones oníricas de la masturbación. La calvicie, el cortarse el pelo, la extracción o caída de una muela y la decapitación son utilizadas para representar simbólicamente la castración. Cuando uno de los usuales símbolos del pene aparece pluralmente en el sueño debemos interpretarlo como un medio preventivo contra la castración. Tal es también el significado de la imagen onírica de una lagartija —animal cuyo rabo crece nuevamente después de cortado (véase el sueño de las lagartijas, cap. 2, apartado *b*)—. Varios de los animales empleados en la mitología y en el folklore como

símbolos de los genitales desempeñan también en el sueño este papel. Así, el pez, el caracol, el gato, el ratón (a causa del vello de los genitales) y, sobre todo, la serpiente, símbolo el más importante del miembro viril. Los animales pequeños y los parásitos representan a los niños de poco tiempo; por ejemplo, a los hermanitos cuyo nacimiento viene a perturbar la hegemonía del primogénito. El hallarse invadido por insectos parásitos es con frecuencia símbolo del embarazo. Como un recentísimo símbolo onírico del miembro viril citaremos el globo dirigible, justificado tanto por su relación con el vuelo como por su forma alargada. Stekel cita en sus estudios acompañándola de ejemplos, toda una serie de todos los símbolos, en parte no contrastados aún suficientemente. Los trabajos de este autor, y en particular su libro *El lenguaje de los sueños*, contienen una riquísima colección de soluciones de símbolos, muchas de las cuales han sido agudamente adivinadas y han demostrado luego ser exactas. Así, las contenidas en el capítulo sobre el simbolismo de la muerte. Pero la defectuosa crítica del autor y su tendencia a generalizar a toda costa hacen que otras de sus interpretaciones sean dudosas o francamente inaprovechables, de suerte que es necesario recomendar la mayor prudencia en la aceptación de sus conclusiones. Habré, pues, de limitarme a hacer resaltar aquí un escaso número de ejemplos.

Derecha e izquierda deben ser siempre interpretadas —según Stekel— en un sentido ético. El camino de la derecha (el camino derecho) significa siempre el camino del Derecho, y, en cambio, el izquierdo, el del delito. De este modo puede el segundo representar la homosexualidad, el incesto y la perversión, y el primero, el matrimonio y el comercio sexual con una mujer, etc. Todo esto considerado siempre desde el punto de vista de la moral individual del soñador (*l. c.*, página 466). Los *parientes*, en general, desempeñan casi siempre en el sueño el papel de genitales (pág. 473). Por mi parte, no he comprobado esta afirmación sino con respecto al hijo, a la hija y a la hermana menor, o sea dentro del sector de aplicación del «pequeño». En cambio, hemos reconocido, en ejemplos indubitables, que las *hermanas* son símbolo de los *senos* y los *hermanos* el de otros hemisferios más voluminosos. *El no alcanzar* un coche que parte sin nosotros es interpretado por Stekel como representación del sentimiento que el sujeto experimenta ante la diferencia de su edad con la de una persona deseada (pág. 479). El

equipaje con el que viajamos es la carga de pecados que nos abruma (ibíd.). Pero precisamente esta imagen se demuestra también con frecuencia como un innegable símbolo de los propios genitales. Stekel ha atribuido, asimismo, significaciones simbólicas fijas a los números que a veces surgen en nuestros sueños; pero estas interpretaciones no nos parecen ni muy seguras ni de una validez general, aunque tengan que ser reconocidas como verosímiles en muchos casos. Sin embargo, el número tres es un comprobado símbolo de los genitales masculinos. Una de las generalizaciones establecidas por Stekel se refiere a la significación de doble sentido de los símbolos genitales. «¡Cuáles serán los símbolos que —por poco que la fantasía lo permita— no puedan ser empleados tanto en el sentido masculino como en el femenino!» La frase intercalada disminuye, desde luego, la seguridad de la afirmación, pues sucede precisamente que no siempre permite la fantasía tal empleo distinto. De todos modos, no creo innecesario hacer constar que, según mi experiencia en la materia, la afirmación general de Stekel queda rotundamente contradicha por la existencia de una gran diversidad. A más de aquellos símbolos que tan pronto representan los genitales masculinos como los femeninos, hay otros que corresponden predominantemente o casi de un modo exclusivo a un solo sexo, y otros de los que sólo es conocida la significación masculina o la femenina. La fantasía no permite, en efecto, el empleo de objetos y armas duros y alargados como símbolos de los genitales femeninos, ni el de huecos (estuches, cajas, cajones, etc.) como símbolos de los masculinos.

Es innegable que la tendencia del sueño y de las fantasías inconscientes a emplear bisexualmente los símbolos sexuales revela un rasgo arcaico, dado que la infancia desconoce la diferencia de los genitales y atribuye los mismos a ambos sexos.

Los genitales pueden también ser representados en el sueño por otras partes del cuerpo: el miembro viril por la mano o el pie, y el orificio genital femenino por la boca, el oído y hasta el ojo. Las secreciones del cuerpo humano —el moco, las lágrimas, la orina, el semen, etc.— pueden sustituirse entre sí en el sueño. Esta última afirmación de W. Stekel, acertada en conjunto, ha sido exactamente restringida por la observación de R. Reitler (*Int. Zeitscher, f. Psych.*, I, 1913), de que generalmente se trata de la

sustitución de una secreción importante —el semen, por ejemplo— por otra indiferente.

Estas indicaciones, muy insuficientes, bastarán, por lo menos, para incitar a otros investigadores a una más cuidadosa labor de colección[436]. En mis *Lecciones introductorias al psicoanálisis*[437] va incluida una más amplia exposición del simbolismo onírico.

Añadiré aquí algunos ejemplos del empleo de tales símbolos en los sueños, ejemplos que demostrarán cuán imposible es llegar a la interpretación de un sueño sin tener en cuenta el simbolismo y cuán imperiosamente se nos impone la existencia del mismo en muchos casos. Pero al mismo tiempo quiero advertir expresamente que no es tampoco posible limitar la traducción de los sueños a la de los símbolos, prescindiendo de la técnica del aprovechamiento de las ocurrencias del sujeto. Ambas técnicas de la interpretación onírica tienen que completarse entre sí; pero tanto práctica como teóricamente pertenece el lugar principal al procedimiento primeramente descrito que atribuye la importancia decisiva a las manifestaciones del sujeto, sirviéndose de la traducción de los símbolos como medio auxiliar.

1. *El sombrero como símbolo del hombre (de los genitales masculinos)* [438] (1911).

(Fragmento del sueño de una mujer joven, agorafóbica a consecuencia del temor a la seducción.)

Es verano y salgo de paseo por las calles. Llevo puesto un sombrero de paja de forma singular, curvado su centro hacia arriba y pendientes los lados (al llegar aquí se detiene un momento la sujeto como si vacilase en continuar su descripción) de manera que uno de ellos cuelga más bajo que el otro. Me siento alegre y segura, y al pasar junto a un grupo de jóvenes oficiales pienso: «Todos vosotros no podéis nada contra mí».

En el análisis, al ver que la sujeto no asocia nada al sombrero de su sueño, le digo: «El sombrero es, quizá, una representación de los genitales masculinos, con su parte central erecta y las dos partes laterales colgando». Intencionadamente me abstengo de interpretar el detalle de la desigual altura a la que cuelgan los lados del sombrero, aunque precisamente la determinación de semejantes detalles es la que señala el camino a la

interpretación. Luego, añado: «Su sueño le indica que, poseyendo un marido con unos genitales tan espléndidos, no tiene usted por qué sentir miedo de los oficiales; esto es, desear nada de ellos, pues sus fantasías, en las que se imagina usted arrastrada por la tentación, son lo que le impide salir de casa sin alguien que la acompañe y por quien se sienta protegida». Fundándome en material distinto, le había dado ya repetidas veces esta misma explicación de su angustia.

La actitud de la paciente después de esta interpretación es interesantísima. Retira su descripción del sombrero y pretende no haber dicho que los lados pendían desigualmente. Pero yo estoy demasiado seguro de haber oído bien para dejarme inducir a error y me mantengo firme. Entonces permanece algún tiempo en silencio y encuentra luego ánimos para preguntarme por qué tendrá su marido un testículo más colgante que otro y si les sucede lo mismo a todos los hombres. Con esto queda esclarecido el singular detalle del sombrero y obligada la paciente a aceptar la interpretación en su totalidad.

El sombrero me era conocido como símbolo onírico desde mucho antes de este caso. Por otros ejemplos menos transparentes creo poder aceptar que también es susceptible de representar los genitales femeninos[439].

2. *Los niños (los pequeños), como símbolo de los genitales.—El ser atropellado es un símbolo del coito* (1911).

(Otro sueño de la misma paciente agorafóbica.)

«Su madre manda salir a su hija pequeña para que tenga que ir sola. Luego va ella con su madre en el tren y ve a su pequeña adelantarse hacia la vía y colocarse sobre los rieles, de modo que ha de ser forzosamente atropellada. Se oyen crujir los huesos (la sujeto experimenta aquí una sensación desagradable, pero no espanto ni terror). Después mira hacia atrás por la ventanilla, para observar si se ven los pedazos, y reprocha a su madre haber dejado marchar sola a la pequeña».

Análisis. —No es fácil dar aquí una interpretación completa de este sueño, pues forma, con otros varios, un ciclo onírico y no puede ser comprendido sino en relación con ellos, dada la imposibilidad de reunir de otro modo el material necesario para el esclarecimiento del simbolismo. La paciente opina primero que el viaje en ferrocarril debe ser interpretado históricamente como alusión a su partida de un sanatorio de enfermos

nerviosos, de cuyo director se había enamorado. Su madre fue a buscarla, y el médico las despidió en la estación, regalándole un gran ramo de flores. A ella le resultó muy desagradable que su madre fuera testigo de aquella atención. Aparece, pues, aquí la madre como obstáculo a sus aspiraciones amorosas, papel que la severa señora había desempeñado realmente durante la adolescencia de su hija. La asociación siguiente se refiere a la frase «… después mira hacia atrás, para observar si se ven los pedazos…» En la fachada del sueño teníamos, naturalmente, que pensar en los pedazos de su hijita atropellada y destrozada. Pero la asociación aparece orientada en un sentido muy distinto. La sujeto recuerda una ocasión en la que vio a su padre, desnudo y vuelto de espaldas a ella, en el cuarto de baño. Este recuerdo la conduce a hablar de las diferencias sexuales y observa que los genitales masculinos resultan visibles aun hallándose la persona vuelta de espaldas, mientras que los femeninos, no. En conexión con esto interpreta por sí misma que «los pequeños» son los genitales y su «pequeña» (su hija, de cuatro años de edad), sus propios genitales. Reprocha a su madre el haberle exigido que viviese como si no tuviera genitales y vuelve a hallar este reproche en la frase inicial del sueño: «Su madre manda salir a su hija pequeña para que tenga que ir sola». En su fantasía, el ir sola por la calle significa no tener marido ni relación sexual alguna (*coire* = ir juntos), abstinencia a la que ella se resiste. Según propia confesión, su madre se manifestó celosa de ella en su adolescencia por la predilección que el padre le demostraba.

Otro sueño de la misma noche, en el que la sujeto se identificó con su hermano, nos da más profunda interpretación del anterior. De muchacha había sido un poco marimacho y había oído decir repetidas veces que había nacido chica por equivocación. Tal identificación con su hermano nos hace ya ver claramente cómo los «pequeños» significan los genitales. La madre amenaza a su hermano (a ella) con la castración, la cual no puede ser sino un castigo por el vicio de jugar con el propio miembro, y por medio de esta circunstancia nos muestra, además, la identificación que la sujeto se masturbó también de niña, cosa de la que no ha conservado recuerdo sino con relación a su hermano. El segundo sueño nos revela, asimismo, que en aquella época debió de adquirir un temprano conocimiento, olvidado después, de las características del órgano sexual masculino y alude al mismo tiempo a la

infantil teoría sexual de que las niñas no son sino niños castrados. Al exponerle yo esta opinión infantil, confirma la sujeto mi hipótesis de que su sueño alude a ella, recordando la anécdota siguiente: El niño: «¿Es que te lo han cortado?» La niña: «No; he sido siempre así».

El mandar fuera a la pequeña, a los genitales, en el primer sueño, se refiere, pues, también a la amenaza de castración. Por último, reprocha a su madre el no haberla parido chico.

En este sueño no aparece patente que el ser atropellado simbolice el comercio sexual, y no sería posible concluirlo de él si no lo supiéramos ya por otros muchos casos más evidentes.

3. *Representación de los genitales por edificios, escaleras y fosos* (1911).

(Sueño de un joven coartado por el complejo del padre.)

«Pasea con su padre por un lugar que seguramente es el Práter, pues se ve la *rotonda*, y delante de ella, un pequeño *edificio* anejo, al que se halla amarrado un *globo* medio *deshinchado*. Su padre le interroga sobre la utilidad de todo aquello, pregunta que le asombra, pero a la cual da, sin embargo, la explicación pedida. Llegan después a un patio sobre cuyo suelo se extiende una gran plancha de hojalata. El padre quiere arrancar un pedazo de ella, pero antes mira en derredor suyo para cerciorarse de que nadie puede verle. El sujeto le dice entonces que basta con prevenir al guarda para poder arrancar todo lo que se quiera. Partiendo de este patio desciende una *escalera a un foso*, cuyas paredes se hallan acolchadas en la misma forma que las cabinas telefónicas. Al extremo de este foso comienza una larga plataforma, después de la cual hay otro foso idéntico…»

Análisis. —Este sujeto pertenecía a un tipo de enfermo cuyo tratamiento terapéutico resulta dificilísimo, pues, no ofreciendo al principio resistencia ninguna al análisis, se hacen luego, en cierto estudio de la misma, completamente inasequibles.

El sueño que antecede fue interpretado por él casi en su totalidad. «La rotonda —dijo— representa mis órganos genitales, y el globo cautivo que se encuentra ante ella no es otra cosa que mi pene, cuya facultad de erección ha disminuido desde hace algún tiempo». O más exactamente traducido: la rotonda es la región anal —que el niño considera generalmente como parte integrante del aparato genital—, y el pequeño anejo que ante esta rotonda se

alza y al que se halla sujeto el globo cautivo representa los genitales. En el sueño le pregunta su padre qué es lo que todo aquello significa; esto es, cuáles son el objeto y la función de los órganos genitales. Sin temor a equivocarnos, podemos invertir la situación y admitir así que es el hijo quien realmente interroga. No habiendo el sujeto planteado nunca en la vida real tal pregunta a su padre, debe considerarse esta idea latente del sueño como un deseo a tomarla condicionalmente; esto es, en la forma que sigue: «Si yo hubiera solicitado de mi padre una información sobre las cuestiones sexuales…» Más adelante hallaremos la continuación y el desarrollo de esta idea.

El patio sobre cuyo suelo se halla extendida la plancha de hojalata no debe ser considerado, en esencia, como un símbolo, pues procede de un recuerdo del local en que el padre ejercía su comercio. Por discreción he sustituido por «hojalata» el artículo en que realmente comercia el padre, sin cambiar en nada más el texto del sueño. El sujeto, que ha comenzado a ayudar al padre en sus negocios, ha visto con gran repugnancia desde el primer día lo incorrecto de algunos de los procedimientos en los que reposa gran parte del beneficio obtenido. Así, pues, podemos dar a la idea que antes dejamos interrumpida la continuación siguiente: («Si yo hubiera preguntado a mi padre, me hubiera engañado como engaña a sus clientes».)

El deseo del padre de arrancar un pedazo de la plancha de hojalata pudiera ser representación de su falta de honradez comercial; pero el mismo sujeto del sueño nos da otra explicación distinta, revelándonos que es un símbolo del onanismo. Esta interpretación coincide con nuestro conocimiento de los símbolos; pero, además, está perfectamente de acuerdo con ella el hecho de que el secreto en que se han de realizar las prácticas masturbadoras queda expresado por la idea antitética (puede arrancar abiertamente lo que quiera). Tampoco extrañamos ver al hijo atribuir al padre el onanismo, del mismo modo que le ha atribuido la interrogación de la primera escena del sueño. El foso acolchado es interpretado por el sujeto como una representación de la vagina, con sus suaves y blancas paredes, interpretación a la que nuestro conocimiento de los símbolos nos permite añadir que el descenso al foso significa, como en otros casos, la realización del coito.

La circunstancia de hallarse el primer foso seguido de una larga

plataforma, al final de la cual hay otro nuevo foso, nos la explica el sujeto por un detalle biográfico. Después de haber tenido frecuentes relaciones sexuales, se halla privado de ellas por inhibiciones patológicas que le impiden realizar el coito y espera que el tratamiento a que se ha sometido le devuelva su perdido vigor. Hacia su final se hace el sueño más impreciso, induciéndonos a sospechar la influencia, ya desde su segunda escena, de un nuevo tema, al que se refiere el comercio del padre, su poco escrupuloso proceder y la vagina representada por la primera fosa, todo lo cual nos mueve a suponer una relación con la madre del sujeto[440].

4. Simbolización de los genitales masculinos por personas y de los femeninos por un paisaje (1911).

(Sueño de una mujer perteneciente a la clase popular, casada con un agente de Policía.—Comunicado por B. Dattner.)

«… Alguien se introdujo entonces en la casa y, llena de angustia, llamo a un agente de Policía. Pero éste, de acuerdo con dos ladrones, había entrado en una iglesia[441], a la que daba acceso una pequeña escalinata[442]. Detrás de la iglesia había una montaña[443], cubierta en su cima de espeso bosque[444]. El agente de Policía llevaba casco, gola y capote[445]. Su barba era poblada y negra. Los dos vagabundos que tranquilamente le acompañaban llevaban a la cintura unos delantales abiertos en forma de sacos[446]. De la iglesia a la montaña se extendía un camino bordeado de matorrales, que se iban haciendo cada vez más espesos, hasta convertirse en un verdadero bosque al llegar a la cima».

5. *Sueños de castración soñados por sujetos infantiles* (1919).

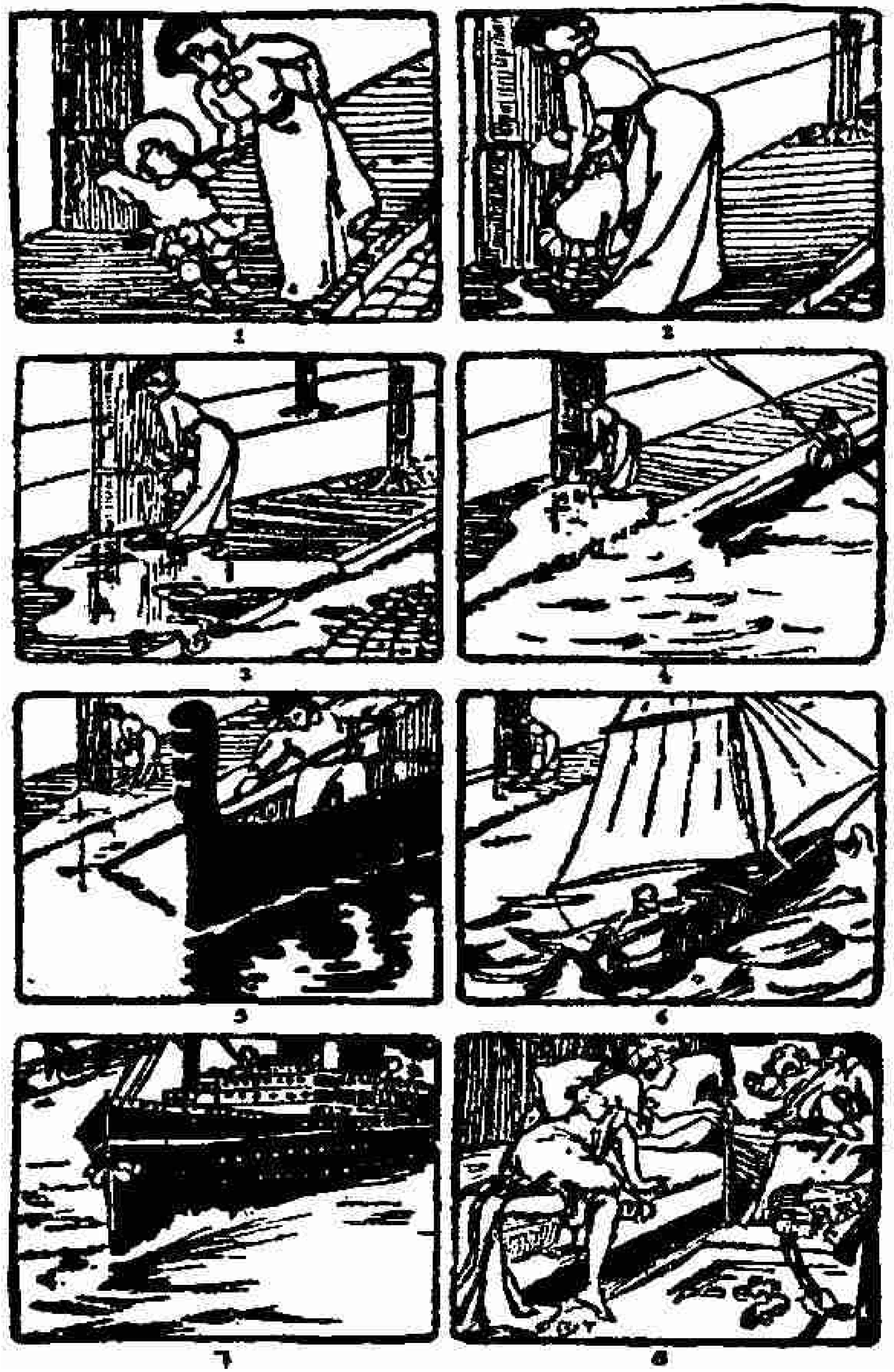
a) Un niño de tres años y cinco meses que ha recibido con visible disgusto la noticia del regreso de su padre, después de una larga ausencia, despierta una mañana muy excitado y repitiendo sin cesar la pregunta: «¿Por qué llevaba papá su cabeza en un plato? Esta noche llevaba papá su cabeza en un plato».

b) Un estudiante, enfermo hoy de una grave neurosis obsesiva, recuerda que a los seis años tuvo repetidas veces el sueño siguiente: va a la peluquería a cortarse el pelo. De pronto aparece una mujer de alta estatura y severo rostro y le corta la cabeza. En esta mujer reconoce a su madre.

6. *Simbolismo urinario* (1914).

El dibujo reproducido a continuación y titulado *Sueño de la niñera francesa* procede de una serie de ellos que Ferenczi halló en una revista humorística húngara (*Fidibusz*) y reconoció como muy apropiado para ilustrar la teoría de los sueños. O. Rank lo ha utilizado ya en su trabajo sobre la acumulación de símbolos en los sueños provocados por un estímulo exterior que acaba por interrumpir nuestro reposo (pág. 99).

Hasta la última viñeta, que muestra el despertar de la niñera a consecuencia de los gritos del niño, no descubrimos que las siete anteriores representan las fases de un sueño. La primera reconoce el estímulo que ha de interrumpir el reposo. El niño siente una necesidad y solicita la ayuda correspondiente. Pero el sueño cambia el lugar de la acción, sustituyendo la alcoba por un paseo. En la segunda viñeta, la sujeto ha arrimado al niño a una columna; el niño orina —y ella puede, por tanto, continuar durmiendo—. Pero el estímulo despertador no cesa; antes bien, se hace más fuerte; el niño, al ver que no le hacen caso, chilla con más energía. Cuanto mayor es la energía con la que reclama el despertar y la ayuda de la niñera, más seguramente hace ver a ésta su sueño que todo se halla en orden y que no tiene necesidad de interrumpir su reposo, amplificando el símbolo en proporción a la intensidad del estímulo despertador. La liquida corriente que el niño emana se hace cada vez mayor. En la cuarta viñeta navega ya sobre ella un bote; luego, una góndola, un barco velero y, por último, un gran vapor. La lucha entre la imperiosa tenacidad de dormir y el infatigable estímulo despertador queda descrita en el dibujo de la página anterior por el gracioso artista.


1
2
3
4
5
6
7
8

7. *Un sueño de escaleras* (1911).

(Comunicado e interpretado por Otto Rank.)

Al mismo colega que me comunicó el sueño de estímulo dental que más adelante expondremos debo el relato del siguiente sueño de polución, análogamente transparente:

«Corro escaleras abajo detrás de una niña para castigarla por algo que me ha hecho. Al final de la escalera la detiene alguien (¿una persona adulta femenina?). La cojo y no sé si le llego a pegar, pues de repente me encuentro en mitad de la *escalera*, donde (como si flotara en el aire) realizo el coito con la muchacha. En realidad no es un coito completo, sino que me limito a frotar mi pene contra sus genitales exteriores, apareciéndoseme con extraordinaria claridad tanto esto como la cabeza de la muchacha, vuelta e inclinada hacia un lado. Mientras tanto, veo colgando a mi izquierda y por encima de mí (también como en el aire) dos cuadritos que representan un paisaje, una casa entre verdes árboles. El más pequeño de tales cuadros muestra en el ángulo inferior, donde el pintor debía haber colocado su firma, mi propio nombre, como si me estuviera dedicado como regalo por mi cumpleaños. De los dos cuadritos cuelga, además, una tarjeta, en la que se lee que hay también cuadros aún más baratos (después me veo muy imprecisamente como acostado en una cama situada en un descansillo de la escalera). Al llegar aquí despierto con una sensación de humedad, provocada por la polución».

Interpretación. —La tarde inmediatamente anterior al sueño había estado el sujeto en una librería y se entretuvo mirando unos cuadros que representaban motivos pictóricos análogos a los de su sueño. Un cuadrito muy pequeño le gustó más que los restantes y se aproximó para ver el nombre del pintor, que le resultó por completo desconocido.

Aquella misma tarde oyó contar de una criada nacida en Bohemia que, hablando de un hijo natural que había tenido, se vanagloriaba de que «se lo habían hecho en la escalera». Extrañado el sujeto ante una circunstancia tan poco corriente, inquirió detalles de la historia y supo que la criada de referencia había ido un día con su novio a casa de sus padres y, no habiendo encontrado ocasión de realizar allí el coito, lo había realizado, a la salida, en medio de la oscura escalera. Modificando entonces el sujeto la frase

corrientemente usada para expresar que un vino ha sido falsificado y no procede de los viñedos que su marca indica, dijo en tono humorístico que aquel niño «había nacido en la escalera de la cueva».

Estas conexiones con sucesos diurnos, que aparecen representadas en el sueño, son espontáneamente reproducidas por el sujeto. Pero al mismo tiempo reproduce también, con igual facilidad, un fragmento de un recuerdo infantil que ha sido asimismo utilizado por el sueño. La escalera que éste le muestra es la de la casa en que pasó la mayor parte de su infancia y en la que trabó su primer conocimiento con los problemas sexuales. Uno de sus juegos consistía en dejarse resbalar, con otros niños de su edad, a horcajadas sobre el pasamanos, ejercicio que despertaba en él excitación sexual. En su sueño baja igualmente la escalera con enorme rapidez; tanta, que, como dice al relatarlo, no toca los escalones, sino que bajaba «volando» y «resbalando». Este comienzo del sueño parece representar el factor excitación sexual de dicho suceso infantil. En tales escaleras y en la casa a la que correspondían había el sujeto jugado de niño con sus compañeros a juegos violentos (luchas, guerras, etc.) de encubierto carácter sexual, en los que hubo de hallar una satisfacción de este género, lograda en forma análoga a la del sueño.

Conociendo por las investigaciones de Freud sobre el simbolismo sexual (cf. *Zentralblattf. Ps*., A, número 1, página 2) que las escaleras y el subir o bajar por ellas simbolizan casi siempre, en los sueños, el coito, se nos hace este sueño por completo transparente. Su fuerza impulsadora es, como nos lo muestra la polución a que da origen, de naturaleza puramente libidinosa. En el estado de reposo, despierta la excitación sexual (representada en el sueño por el rápido bajar o resbalar por la escalera), cuyo matiz sádico, basado en los juegos violentos del sujeto cuando niño, queda indicado en la persecución y el abuso de la niña. La excitación libidinosa va tomando incremento e impulsa a la acción sexual (representada en el sueño por los actos de apoderarse de la niña y conducirla a la mitad de la escalera). Hasta aquí sería el sueño un puro símbolo sexual, y como tal, nada transparente para los interpretadores poco experimentados. Pero esta satisfacción simbólica que había salvaguardado hasta entonces la tranquilidad del reposo, no basta a la intensísima excitación libidinosa. La excitación conduce al orgasmo, quedando así evidenciado todo el simbolismo de la escalera como una

representación del coito. Este sueño parece confirmar, con especial claridad, la opinión freudiana de que el aprovechamiento sexual de dicho simbolismo rítmico de ambos actos, pues el sujeto manifiesta en su relato que el ritmo de su acto sexual con la niña constituyó el elemento más claro y preciso de su sueño.

Hemos de hacer todavía una observación sobre los dos cuadros del sueño que, aparte de su significación real, posean, en sentido simbólico, la de «mujeres» (*Weibsbild*, literalmente «imagen de mujer»), y por extensión corriente, «mujer», cosa que resulta ya del hecho de tratarse de uno grande y otro pequeño, como en el contenido manifiesto, de una mujer (adulta) y una niña («una pequeña»). El que haya también cuadros más baratos conduce al complejo de las prostitutas, como, por otro lado, el nombre de pila del sujeto y la idea de que le han regalado el cuadro por el día de su cumpleaños (*Geburtstag*, literalmente, «día del nacimiento»), al complejo de los padres (nacido en la escalera, creado en el coito).

La imprecisa escena final, en la que el sujeto se ve acostado en una cama situada en el descansillo de la escalera y siente humedad, parece aludir, retrocediendo más allá del onanismo infantil, a períodos más tempranos de la infancia del sujeto y tener, probablemente, como modelo escenas análogamente placenteras en las que quedó *mojada la cama*.

8. *Un sueño de escaleras, modificado* (1911).

Hago a un paciente mío, un abstinente gravemente enfermo, cuya fantasía se halla fijada a su madre y que ha soñado varias veces ir subiendo una escalera en su compañía, la advertencia de que una masturbación mesurada le sería probablemente menos perjudicial que su forzada abstinencia. La influencia de este consejo mío provoca el sueño siguiente:

«Su profesor de piano le reprocha que descuide su práctica de dicho instrumento y no ejercite los estudios de Moscheles ni el *Gradus ad Parnassum*, de Clementi».

Con referencia a este sueño observa el sujeto que el *Gradus* es asimismo una escalera y que el teclado lo es también, puesto que contiene una escala.

Puede decirse que no hay ningún círculo de representaciones que rehúse la simbolización de hechos sexuales.

9. *La sensación de realidad y la representación de la repetición* (1919).

Un individuo de treinta y cinco años relata un sueño que recuerda perfectamente, no obstante haberlo soñado —según cree— cuando tenía cuatro años: *El notario en cuyo estudio se hallaba depositado el testamento de su padre* —al que perdió cuando tenía tres años— *trajo dos hermosas peras, de las cuales le dieron a él una para comer. La otra quedó sobre el alféizar de la ventana*. El sujeto despertó con el convencimiento de la realidad de lo soñado y pidió tenazmente a su madre la otra pera, que estaba sobre el alféizar de la ventana. La madre se echó a reír ante el absurdo convencimiento del niño.

Análisis. —El notario era un anciano de carácter jovial, y cree recordar el sujeto que en una ocasión le trajo realmente unas peras. El alféizar de la ventana era tal y como lo vio en su sueño. Con esto terminan sus ocurrencias y asociaciones con respecto al mismo, agregando únicamente que su madre le había relatado, poco tiempo antes, otro sueño, en el que, viendo dos pájaros posados sobre su cabeza, esperaba que se decidirían a emprender de nuevo el vuelo; pero en lugar de hacerlo así, volaba uno de ellos hasta su boca y chupaba de ella con el pico.

La falta de ocurrencia del sujeto nos da el derecho de intentar la interpretación por sustitución de símbolos. Las dos peras —*pommes ou poires*— son los pechos de la madre, que le ha amamantado. El alféizar es la curva saliente del seno, análogamente a los balcones en los sueños que nos presentan cosas. Su sensación de realidad al despertar está justificada, pues la madre le ha amamantado realmente, e incluso mucho más tiempo del acostumbrado, y el niño cree que aún le daría el pecho si se lo pidiera. El sueño puede, pues, traducirse en la forma siguiente: «Mamá, dame (enséñame) otra vez el pecho del que antes mamaba». El «antes» es representado por el acto de comerse una de las peras, y el «otra vez» por la petición de la otra. La *repetición temporal* de un acto se convierte siempre, en el sueño, en la *multiplicación del número* de un objeto.

Es, naturalmente, harto singular que el simbolismo desempeñe ya un papel en el sueño de un niño de cuatro años; pero esta circunstancia, lejos de constituir una excepción, es regla general. Puede decirse que el soñador dispone *ya desde un principio* del simbolismo.

El siguiente recuerdo, exento de toda influencia, de una señora de

veintisiete años, nos muestra cuán tempranamente se sirve el hombre, aun fuera de la vida onírica, de la representación simbólica: no ha cumplido aún los cuatro años. La niñera la lleva al retrete, en unión de su hermano, once meses menor que ella, y de una primita de edad intermedia entre las de ambos, con el fin de que todos ellos hagan sus necesidades antes de salir a paseo. Ella, como la mayor de los tres, se sienta en el retrete, y los otros dos, en orinales. Entonces pregunta a su primita: «¿Tienes tú también un *portamonedas*? Walter tiene un *choricito*, y yo un *portamonedas*». Respuesta de la primita: «Sí; yo tengo también un *portamonedas*».

La niña ha oído toda la conversación y la relata, riéndose, a la madre, la cual regaña a los niños con gran enfado.

Intercalamos aquí un sueño cuyo precioso simbolismo permitió interpretarlo sin recurrir apenas a la ayuda de la sujeto.

10. *Aportación al problema del simbolismo en los sueños de personas sanas*[447] (1914).

Una de las objeciones más frecuentemente expuestas por los adversarios del psicoanálisis —y últimamente también por Havelock Ellis[448]— es la de que el simbolismo constituye, quizá, un producto de la psiquis neurótica, pero no existe en los individuos normales. Mas la investigación psicoanalítica no conoce diferencias de principio y sí únicamente cuantitativas entre la vida anímica normal y la neurótica, y el análisis de los sueños, en los que sea normal o neurótico el sujeto, actúan del mismo modo los complejos reprimidos, muestran la completa identidad, tanto de los mecanismos como del simbolismo.

Puede incluso afirmarse que los sueños de los normales contienen con frecuencia un simbolismo mucho más sencillo, transparente y característico que los de personas neuróticas, en los cuales es mucho más atormentado, oscuro y difícil de interpretar, a causa de la más severa y enérgica actuación de la censura y de la más amplia deformación onírica resultante. El sueño que a continuación comunicamos servirá para ilustrar este hecho. Procede de una muchacha no neurótica, honestísima y de carácter más bien serio y retraído. En el curso de la conversación averiguo que está prometida, pero que hay ciertos obstáculos que se oponen, por el momento, a la celebración de su matrimonio y habrán, seguramente, de retrasarlo. Espontáneamente me relata

el sueño que sigue:

I arrange the centre of a table with flowers for a birthday («Arreglo con flores el centro de una mesa para una fiesta de cumpleaños».) A preguntas mías responde que en el sueño se hallaba como en su casa natal (que ahora no posee) y experimenta una *sensación de felicidad*.

El simbolismo «popular» me permite interpretar para mí el sueño. Trátase de la expresión de sus deseos de novia. La mesa con el centro de flores es un símbolo de la sujeto misma y de los genitales. La sujeto representa realizados sus deseos para el futuro, ocupándose ya con la idea del nacimiento de un hijo (*Geburtstag*, «cumpleaños», o literalmente «día del nacimiento»). Por tanto, tiene que haberse celebrado la boda hace ya algún tiempo.

Le hago observar que la expresión *the centre of the table* es muy poco usual, reconociéndolo ella; pero, naturalmente, no puedo seguir interrogándola de un modo directo. Evité con todo cuidado sugerirle la significación de los símbolos y me limité a preguntarle lo que se le ocurría con respecto a cada uno de los fragmentos del sueño. Su carácter retraído y poco comunicativo cedió el paso, durante el análisis, a un gran interés por la interpretación y a una espontánea franqueza. A mi pregunta de cuáles habían sido las flores de su sueño, respondió primero: *Expensive flowers; one has to pay for them*. («Flores caras, por las que hay que pagar».) Y luego, que eran *lilies of the valley, violets and pinks or carnations* («lirios del valle, violetas y claveles»). Supuse que la palabra *lirio* aparecía en este sueño con su significado popular de símbolo de la castidad, y la sujeto confirmó esta hipótesis asociando a *lilie*, *purity* (pureza). *Valley*, el valle, es un frecuente símbolo onírico femenino, y de este modo, la reunión de ambos símbolos en el nombre de una flor se convierte en un símbolo onírico, destinado a acentuar su preciosa virginidad —*expensive flowers, one has to pay for them* — y a expresar la esperanza de que el hombre al que se halla prometida sabrá estimar su valor. La observación *expensive flowers*, etc., tiene, como más adelante veremos, una distinta significación con respecto a cada uno de los tres símbolos florales.

Sentando una hipótesis que al principio me incliné a juzgar atrevida en exceso, intenté buscar el sentido secreto de las *violets*, aparentemente tan asexuales, en una relación inconsciente con la palabra francesa *viol*

(violación). Mas, para mi sorpresa, asoció la sujeto la palabra inglesa *violate* (violar), de idéntico sentido. La gran analogía causal de las palabras *violet* (violeta) y *violate* (violar) —que sólo se distinguen en la pronunciación por una diferencia de acento en la última sílaba— es utilizada por el sueño para expresar, «por medio de la flor», la idea de la violencia de la desfloración (palabra empleada asimismo por el simbolismo de las flores) y quizá también un rasgo masoquista de la muchacha. Tenemos aquí un interesante ejemplo de los «puentes de palabras» por los que atraviesan los caminos hacia lo inconsciente. El *one has to pay for them* significa la vida, con lo cual podrá la sujeto pagar el convertirse en mujer y madre.

Con respecto a los *pinks* (claveles), que la sujeto denomina también *carnations*, pienso en la relación de esta palabra con lo «carnal». Pero lo que a esta palabra asocia ella es *colour* (color), añadiendo que su prometido le había regalado *con frecuencia y en grandes cantidades* tales flores. Al final de la conversación me confiesa de pronto, espontáneamente, no haberme dicho antes la verdad, pues lo que hubo de asociar a *carnations* no fue *colour*, sino *incarnation* (encarnación). Esta palabra es la que yo había esperado que asociase. De todos modos, tampoco puede considerarse muy lejana la asociación *colour*, pues se halla determinada por la significación de *carnation* (color de la carne), o sea por el mismo complejo. La insinceridad de la sujeto nos muestra que es en este punto en el que la resistencia era mayor, correlativamente a una mayor transparencia del simbolismo y a una máxima intensidad de la lucha que en torno a este tema fálico se desarrolla entre la libido y la represión. La observación de que su prometido le ha regalado muy frecuentemente tales flores constituye, con la doble significación de *carnation,* una nueva indicación del sentido fálico de las mismas en el sueño. La ocasión (cumpleaños) en que es hecho el regalo sirve para expresar la idea del regalo sexual y correspondencia al mismo. La sujeto regala su virginidad y espera, en correspondencia, una rica vida de amor. El *expensive flowers, one has to pay for them,* podría tener también aquí una significación realmente financiera. El simbolismo floral del sueño contiene, pues, el símbolo virginal femenino, el masculino y la relación a la desfloración violenta. Indicaremos de paso que el simbolismo floral sexual, extraordinariamente extendido, simboliza los órganos sexuales humanos con

las flores, que son los órganos sexuales de las plantas. El regalarse flores, tan acostumbrado entre los que se aman, tiene, quizá, en general, esta significación inconsciente.

La fiesta de cumpleaños que en su sueño prepara la sujeto significa el nacimiento de un niño. De este modo se identifica ella con su prometido y la representa preparándola para un nacimiento; esto es, realizando con ella el coito. La idea latente podría, pues, ser ésta: si yo fuera él, no esperaría, sino que desfloraría a la novia sin consultarla, violentándola. A esta idea alude el *violate*, quedando así de manifiesto el componente sádico de la libido.

En un más profundo estrato del sueño, el *I arrange*, etc., podría tener también una significación autoerótica, o sea infantil.

La sujeto tiene en su sueño un concepto de su cuerpo sólo en sueños posible. Se ve, en efecto, plana como una mesa, y esta circunstancia motiva una mayor acentuación del precioso valor del *centre* (en otra ocasión lo denomina *a center piece of flowers*), o sea de su virginidad. La horizontalidad de la mesa pudo también aportar un elemento al símbolo. La gran concentración de este sueño, en el que nada sobra, siendo cada palabra un símbolo, merece especialísima mención.

Posteriormente aporta la sujeto un nuevo elemento del sueño: *I decorate the flowers with green crinkled paper* («Adorno las flores con papel verde rizado»), y añade que este papel era el llamado *fane* v *paper* (papel de fantasía), con el que se suelen revestir las macetas ordinarias. Luego prosigue: *To hide untidy things; whatever was to be seen, which was not pretty to eye; these is a gap, a little space in the flowers*. O sea: «Para ocultar cosas sucias que no son nada agradables a la vista; una hendidura, un pequeño espacio entre las flores». *The paper looks like velvet or moss* («El papel parece terciopelo o musgo»). A *decorate* asocia *decorum* (decoro), como yo esperaba. Al color verde asocia *hope* (esperanza), nueva relación al embarazo. En esta parte del sueño no domina la identificación con el prometido, sino que se imponen ideas de pudor y sinceridad. Se arregla para él y se confiesa sus defectos físicos, de los que se avergüenza y que intenta corregir. Las asociaciones «terciopelo» y «musgo» prueban que se trata de las «crines pubis».

El sueño es una expresión de ideas que apenas conoce el pensamiento

despierto de la sujeto. Ideas cuyo tema es el amor sexual y sus órganos. Es «preparada para un día de nacimiento» (cumpleaños), o sea objeto del coito; expresa su temor a la desfloración y, quizá, también el dolor acentuado de placer; se confiesa sus defectos corporales y los compensa y supera por la superestimación del valor de su virginidad. Su pudor excusa la naciente sensualidad, pretendiendo que el objeto de la misma es el niño. Al mismo tiempo quedan también expresadas otras reflexiones materiales, ajenas al sentimiento amoroso. El afecto de este sencillo sueño —la sensación de felicidad— muestra que han hallado satisfacción en él enérgicos complejos sentimentales.

Ferenczi (1917) ha hecho observar, muy acertadamente, con cuánta facilidad dejan adivinar el sentido de los símbolos y el del sueño total casos como este último, en los que el sujeto no puede siquiera sospechar las ideas que constituyen el contenido latente[449].

El análisis que a continuación exponemos de un sueño de una personalidad histórica contemporánea es incluido aquí por aparecer en él clarísimamente caracterizado como símbolo fálico, merced a la agregación de una determinante, un objeto apropiado ya de por sí para la representación del miembro masculino. El «infinito alargamiento» de una fusta no puede significar fácilmente cosa distinta de la erección. Este sueño constituye, además, un acabado ejemplo de cómo son representadas por material sexual infantil ideas graves y lejanas de lo sexual.

11. *Un sueño de Bismarck*. (Doctor Hanns Sachs.) (1919.)

En sus *Pensamientos y recuerdos* comunica Bismarck una carta dirigida por él al emperador Guillermo I, con fecha 18 de diciembre de 1881, de la que tomamos el siguiente párrafo:

«Lo que V. M. me escribe me anima a relatarle un sueño que tuve en la primavera de 1863, cuando la gravedad de la situación política había llegado a su punto máximo y no se vislumbraba salida ninguna practicable. Así las cosas, soñé una noche —y a la mañana siguiente comuniqué mi sueño a mi mujer y a otras personas— que iba a caballo por una angosta senda alpina, bordeada a la derecha por un abismo y a la izquierda por una roca perpendicular. La senda fue haciéndose cada vez más estrecha, hasta el punto de que el caballo se negó a seguir adelante, resultando también imposible, por

falta de sitio, dar la vuelta o apearme. En este apuro, golpeé con la fusta que empuñaba en mi mano izquierda la roca vertical y lisa, invocando el nombre de Dios. La fusta se alargó infinitamente, cayó la roca y apareció ante mis ojos un amplio camino, al fondo del cual se extendía un bello paisaje de colinas y bosques, semejante al de Bohemia, por el que avanzaba un ejército prusiano con sus banderas desplegadas. Al mismo tiempo surgió en mí el pensamiento de cómo podría comunicar rápidamente tal suceso a V. M. Este sueño, del que desperté contento y fortificado, llegó luego a cumplirse».

La acción que el sueño desarrolla aparece dividida en dos partes. En la primera llega a encontrarse el soñador en un grave aprieto, del que es luego salvado, en la segunda, de un modo milagroso. El apurado trance en que el sueño presenta al jinete y a su montura es una deformación onírica fácilmente reconocible de la crítica situación del hombre de Estado, la cual debió pesar especialmente sobre el ánimo de Bismarck al reflexionar, la tarde anterior al sueño, sobre los graves problemas que la política le planteaba por aquellas fechas. Con la misma imagen utilizada como representación por el sueño, describe Bismarck en el párrafo antes copiado de su carta al emperador («no se vislumbra salida ninguna practicable») su apurada situación, prueba de que dicho giro le era usual. Este sueño nos presenta, además, un acabado ejemplo del «fenómeno funcional» de Silberer. Los procesos que se desarrollan en el ánimo del sujeto, cuyas tentativas de solución tropiezan todas con obstáculos insuperables, pero que no puede ni debe, sin embargo, apartar su espíritu de la reflexión sobre los problemas planteados, quedan exactamente representados por el jinete, que no puede avanzar ni volver atrás. El orgullo que le prohíbe ceder y renunciar a sus proyectos se manifiesta en el sueño por medio de las palabras «imposible dar la vuelta o apearme».

Por su continua y dura labor, puesta constantemente al servicio del bien ajeno, podía Bismarck compararse al caballo, cosa que hizo, en efecto, repetidas veces, por ejemplo, en la conocida frase: «Un buen caballo muere ensillado». Así explicada, la frase «el caballo se negó a seguir adelante» no significa sino que el sujeto, fatigadísimo, experimentaba la necesidad de apartarse de los cuidados de la actualidad, o, dicho de otro modo, que se hallaba en vías de libertarse de las cadenas del principio de la realidad por medio del reposo y del sueño. La realización de deseos, tan enérgicamente

lograda en la segunda parte, queda ya preludiada en la primera con las palabras «senda alpina». Por aquellos días tenía ya Bismarck el proyecto de pasar sus próximas vacaciones en los Alpes —en Gastein—. El sueño que allí le trasladaba le libertaba, pues, por completo de todos los abrumadores negocios del Estado.

En la segunda parte muestra el sueño doblemente realizados los deseos del sujeto, una vez franca y comprensiblemente, y otra, simultánea, en forma simbólica. Simbólicamente, por la desaparición del obstáculo, en lugar del cual le muestra un amplio camino, o sea la salida buscada, en su forma más cómoda; abiertamente, por la vista del ejército prusiano en marcha. Para el esclarecimiento de esta prof ética visión no es preciso establecer conexiones místicas; basta con la teoría freudiana de la realización de deseos. Bismarck ansiaba ya, como la mejor solución de los conflictos internos de Prusia, una guerra victoriosa con Austria. Mostrándole al ejército prusiano en marcha a través de Bohemia, o sea del territorio enemigo, le presenta su sueño la realización de tal deseo, conforme al postulado de Freud. Desde el punto de vista individual, la única circunstancia importante es la de que el sujeto del sueño no se contentó en este caso con la realización onírica, sino que supo conquistar la real. Un detalle que ha de llamar necesariamente la atención de todo conocedor de la técnica de interpretación psicoanalítica es el de la fusta que se «alarga infinitamente». La fusta, el bastón, la pica y otros muchos objetos de este género son corrientes símbolos fálicos. Pero cuando además se atribuye a la fusta la cualidad más singular del falo, esto es, la de dilatarse, no podemos abrigar ya la menor duda. La exageración del fenómeno hasta el «infinito» parece corresponder a una concepción infantil del mismo. El empuñar la fusta es una clara alusión al onanismo referido, naturalmente, no a las circunstancias actuales del sujeto, sino a épocas muy pretéritas de su infancia. Nos resulta en este caso muy valiosa la interpretación hallada por el doctor Stekel de que la *izquierda* significa en el sueño el delito, o sea en el caso presente, la masturbación infantil practicada contra una expresa prohibición. Entre éste más profundo estrato infantil y el más superficial, constituido por el tema de los planes diurnos del hombre de Estado, descubrimos aún otro, intermedio y relacionado con los dos. Todo el proceso de la salvación conseguida con la ayuda de Dios, golpeando la roca, recuerda

evidentemente una escena bíblica, aquélla en que Moisés salva a su pueblo de la sed haciendo brotar agua de una peña al golpe de su vara. Bismarck, perteneciente a una piadosa familia protestante, familiarizada con los textos bíblicos, tenía que conocer tal escena, y por aquellos días de conflicto podía muy bien compararse con Moisés, pues ha puesto, como él, todas sus energías al servicio de su pueblo y se ve también recompensado con el odio, la ingratitud y la rebelión. Esta circunstancia hubo de facilitar el enlace de sus deseos actuales con el citado pasaje de la Biblia, el cual contiene, por otro lado, algunos detalles muy susceptibles de ser utilizados en la fantasía masturbadora. Contraviniendo el mandato de Dios, empuña Moisés la vara, y esta desobediencia es castigada por el Señor con el anuncio de que morirá sin pisar la tierra de promisión, La desobediencia a la prohibición de empuñar la vara —inequívocamente fálica en el sueño—, la producción de un líquido por el acto de golpear con ella y la amenaza de muerte: he aquí reunidos todos los factores de la masturbación infantil. Muy interesante es en este caso la elaboración que ha soldado, por medio del pasaje bíblico, tales dos imágenes, heterogéneas, procedente una de ellas de la psiquis del genial hombre de Estado, y la otra de los impulsos de la primitiva alma infantil, logrando, además, borrar todos los factores displacientes. La circunstancia de que el empuñar la vara es un acto prohibido y rebelde queda indicada simbólicamente por el hecho de ser realizado dicho acto con la mano izquierda. Pero en el sueño manifiesto acompaña al mismo la invocación a Dios, como para rechazar lo más ostensiblemente posible toda idea de ilicitud. De las dos predicciones que Dios hace de Moisés, la de que dará vista a la tierra prometida y la de que no llegará a pisarla, queda claramente representada la realización de la primera (vista de un paisaje de colinas y bosques), y, en cambio, la otra, en extremo displaciente, no es siquiera mencionada. El agua ha sido suprimida, sin duda, por la elaboración secundaria, que aspiraba a la unificación de esta escena con la precedente y queda sustituida por la disgregación de la roca misma.

El final de una fantasía onanista infantil, en la que aparece representado el tema de la prohibición, ha de ser, a nuestro juicio, el deseo de que las personas a cuya autoridad se halla sometido el niño no averigüen nada de lo sucedido. En el sueño se muestra representado este deseo por su contrario, el

de comunicarlo en seguida al rey. Pero esta inversión se armoniza perfectamente y sin esfuerzo alguno con la fantasía victoriosa contenida en el estrato más superficial de las ideas latentes y en una parte del contenido manifiesto. Tales sueños de victoria y avasallamiento son con frecuencia encubridores de deseos eróticos de conquista. Algunos rasgos de éste (por ejemplo, el obstáculo que se opone el avance del sujeto y desaparece después del empleo de la fusta, «que se alarga infinitamente», quedando sustituido por un amplio camino) indicarían algo semejante, pero no son suficientes para concluir la existencia de una orientación ideológica y optativa determinada de todo el sueño. Éste nos ofrece, desde luego, un acabado modelo de deformación onírica perfectamente conseguida.

Lo que decía provocar displacer es elaborado de tal manera que permanece totalmente encubierto por la trama tejida sobre ello, quedando así evitado el desarrollo de angustia. Constituye, pues, este sueño un caso ideal de realización de deseos, conseguida hasta el último extremo sin despertar en absoluto la suspicacia de la censura, resultando así comprensible que el sujeto despertara de él contento y fortificado.

Cerraremos esta serie de ejemplos con el sueño siguiente:

12. *Sueño de un químico* (1909).

El sujeto es un joven químico que trataba de sustituir por el comercio sexual normal con una mujer sus costumbres onanistas.

Información preliminar. —El día inmediatamente anterior al sueño ha estado explicando a un estudiante la reacción de Grignard, por medio de la cual puede convertirse el magnesio, bajo la acción catalítica del yodo, en éter absolutamente puro. Realizado este mismo experimento, se produjo dos días antes una explosión, de la que resultó con quemaduras en las manos uno de los asistentes.

Sueño. —I. Tiene que hacer un compuesto de fenol, magnesio y bromo. Ve clarísimamente todos los aparatos dispuestos para el experimento, pero ha sustituido el magnesio por su propia persona. Se halla en un estado singularmente vacilante y no cesa de repetirse: «Esto va bien, mis pies comienzan ya a disolverse, mis rodillas se ablandan». Luego se palpa los pies, saca (no sabe cómo) sus piernas del alambique y dice: «Esto no puede ser. Pero, sí; está bien hecho». Al llegar aquí despierta parcialmente y se

repite el sueño porque quiere contármelo. Siente ya miedo de lo que habrá de solucionar[450] su interpretación; experimenta durante este intervalo, en el que permanece medio despierto, una gran excitación y repite sin cesar: «Fenil, fenil…»

II. Se encuentra con toda su familia en (…ing) y está citado con cierta señora a las once y media, pero cuando se despierta es ya esta hora. Se dice: «Ya es tarde; cuando llegue allí serán más de las doce y media». Luego ve a su familia sentada a la mesa, y con particular precisión a su madre y a la criada, que trae la sopera. Entonces se dice: «Bueno; si vamos a comer, no puedo irme».

Análisis. —Está seguro de que ya el primer sueño se halla relacionado con la señora de la cita. (Fue soñado la noche inmediatamente anterior a esta cita.) El estudiante al que explicó la reacción de Grignard es un sujeto repulsivo. Durante el experimento hubo de decirle: «Eso no va bien», al ver que el magnesio permanecía aún intacto, y el interpelado respondió: «No, no va bien», como si todo aquello le tuviese sin cuidado. Este estudiante es él mismo, tan indiferente a su propio *análisis* como aquél a su *síntesis*. En cambio, la persona que lleva a cabo en el sueño la operación química no es él, soy yo, presentado bajo sus apariencias. ¡Cuán repulsivo debe parecerme por su indiferencia hacia el resultado del tratamiento!

También es él, por otro lado, aquello con lo que se hace el análisis (síntesis). Se trata del éxito de la cura. Las piernas que aparecen en el sueño le recuerdan una impresión de anoche. Encontró en el salón de baile a una señora a la que quiere conquistar, y bailando con ella, la apretó tanto contra él, que una de las veces no pudo ella reprimir un grito. Pero cuando luego cesó en su presión contra las piernas de su pareja, sintió que ésta le apretaba a su vez, pegándose a sus muslos hasta por encima de la rodilla; esto es, a la parte de su cuerpo mencionada en el sueño. En esta situación es, pues, la mujer el magnesio de la retorta, con el que, por fin, marchan bien las cosas. El sujeto es femenino con respecto a mí y viril con respecto a la mujer. Puesto que con la señora le va bien, también le irá bien en la cura a que está sometido. El palparse y el reblandecimiento que comprueba en sus rodillas aluden al onanismo y corresponden a su fatiga de la víspera. La cita se hallaba fijada realmente a las once y media. Su deseo de no despertarse a

tiempo para permanecer junto a los objetos sexuales domésticos (la masturbación) corresponde a su resistencia.

Con respecto a la repetición de la palabra *fenil*, manifiesta lo siguiente: «Todos estos radicales en *il* me han gustado siempre mucho y son de un comodísimo empleo: *Bencil*, *acetil*, etc». Esto no nos da luz ninguna, pero cuando le propongo el radical *Schlemihl* se echa a reír y me relata que durante el verano ha leído un libro de Prévost, en uno de cuyos capítulos, titulado «Les exclus de /’*amour*», se hablaba, efectivamente, de los *schlemihliés* y se los describía en forma que le hizo exclamar: «¡Éste es mi caso!» El no acudir a la cita hubiera sido también una *schlemihlada*[451].

Parece ser que el simbolismo onírico sexual ha encontrado ya una confirmación experimental directa. En 1912, y a instancias de H. Swoboda, realizó K. Schrötter, doctor en Filosofía, el experimento de provocar, por medio de la sugestión en personas profundamente hipnotizadas, sueños cuyo contenido les marcaba de antemano. Cuando la sugestión entrañaba el mandato de soñar con el comercio sexual normal o anormal, cumplía el sueño este mandato sustituyendo el material sexual por los símbolos ya descubiertos en la interpretación onírica psicoanalítica.

Así, habiéndose sugerido a una sujeto, como tema onírico, el comercio homosexual con una amiga suya, apareció ésta en el sueño llevando en la mano una vieja *maleta* que mostraba pegado un cartelito con las palabras «Sólo para señoras». La sujeto no tenía la menor noticia del simbolismo de los sueños ni de la interpretación onírica. Desgraciadamente, el suicidio del doctor Schrötter, sobrevenido a poco de comenzadas estas importantes investigaciones, nos impide determinar su alcance. De ellas ha quedado únicamente un trabajo publicado en la *Zentralblatt für Psychoanalyse*.

Hallazgos similares fueron publicados por Roffenstein en 1923. Ciertos experimentos efectuados por Betlheim y Hartmann (1924) son del mayor interés, puesto que ellos no usaron la hipnosis. Estos experimentadores relataron chistes de un marcado carácter sexual a enfermos con el síndrome de Korsakoff y observaron las distorsiones que aparecían cuando se les pedía reproducir esas anécdotas a estos pacientes con tales estados confusionales.

Encontraron que aquellos símbolos familiares a nosotros en la interpretación de los sueños hacían su aparición (ejemplo: subir escaleras,

apuñalar o disparar como símbolos de cópula, cortaplumas y cigarrillos como símbolos de pene). Los autores le dieron especial realce a la aparición del símbolo de la escalera, ya que, como bien observan ellos, ningún deseo consciente distorsionador podía haber llegado a un símbolo de este tipo[452].

Una vez que hemos dedicado al simbolismo onírico toda la atención que merece, podemos continuar ocupándonos de los *sueños típicos*, cuyo examen interrumpimos en páginas anteriores (véase página 559). Me parece justificado dividir, *grosso modo*, estos sueños en dos clases: aquellos que poseen realmente siempre el mismo sentido y aquellos otros que, no obstante presentar el mismo o análogo contenido, son susceptibles de las más diversas interpretaciones. De los pertenecientes a la clase primera hemos estudiado ya detenidamente el sueño de examen (véase página 514).

Por la analogía de su impresión afectiva pueden ser agregados los sueños en los que perdemos el tren a los de examen, agregación que su esclarecimiento justifica luego plenamente. Son, en efecto, sueños que tienden a mitigar otro sentimiento de angustia experimentado durante el reposo, el miedo a morir. «Partir» es uno de los símbolos más frecuentes y explicables de la muerte. El sueño nos dice entonces, consolándonos: «Tranquilízate, no morirás» (no partirás), del mismo modo que el sueño de examen nos serenaba, diciendo: «No temas; tampoco esta vez te sucederá nada». La dificultad con que tropieza nuestra comprensión de estas dos clases de sueños procede de hallarse ligada la sensación de angustia precisamente a la expresión del consuelo.

El sentido de los *sueños de estímulo dental*, sueños que he tenido numerosas ocasiones de analizar, se me ocultó durante mucho tiempo, pues para mi sorpresa tropezaba siempre su interpretación con resistencias intensísimas.

Por último, se me impuso la evidencia de que en los sujetos masculinos era el placer onanista de la pubertad lo que constituía la fuerza provocadora de estos sueños. Analizaré aquí dos de ellos, uno de los cuales es, al mismo tiempo, un «sueño de vuelo». Ambos proceden de la misma persona, un joven de tendencias homosexuales muy enérgicas, aunque coartadas en la vida real. (Ambos de 1909.)

«Se encuentra presenciando una representación de *Fidelio*, en el patio de

butacas de la Opera, al lado de la persona que le es muy simpática y cuya amistad quisiera conquistar. De repente echa a volar oblicuamente por encima del patio de butacas hasta el final del mismo, se lleva luego la mano a la boca y se arranca dos muelas».

El sujeto describe su vuelo diciendo que fue como si le hubieran *tirado* o *arrojado (geworfen)* al aire. Tratándose de una representación de *Fidelio*, hemos de pensar en los versos:

Aquel que ha conquistado una hermosa mujer.

Pero la conquista de una mujer —por hermosa que fuese— no entra en los deseos del sujeto. Con éstos se hallarán más de acuerdo los versos que vienen a continuación: *Aquel que ha acertado en la gran tirada/de ser el amigo de un amigo*[453]… (*Wurf*.).

El sueño contiene esta *tirada*[454] y no sólo como realización de deseos, pues detrás de ella se esconde también el amargo recuerdo de otras veces que fracasó el sujeto en sus demandas de amistad, siendo *rechazado (hinausgeworfen* = «arrojado fuera»), y el temor a que le suceda lo mismo con el joven a cuyo lado asiste a la representación de *Fidelio*. Avergonzado, añade luego la confesión de que una vez que un amigo le hizo objeto de un desprecio se masturbó dos veces seguidas poseído por la excitación sexual que despertó en él la añoranza de la amistad perdida.

Sueño segundo. —«Dos profesores de Universidad conocidos suyos me sustituyen en su tratamiento. Uno de ellos le hace algo en el miembro. El otro le golpea la boca con una barra de hierro, arrancándole los dientes. Luego le vendan con cuatro pañuelos de seda».

No cabe dudar del sentido sexual de este sueño. Los pañuelos de seda corresponden a una identificación con un homosexual conocido suyo. El sujeto, que no ha realizado jamás el coito, ni ha buscado tampoco, en la vida real, el comercio sexual con personas de su propio sexo, se representa el comercio sexual conforme al modelo de la masturbación a la que se entregó en su pubertad.

A mi juicio, también las frecuentes modificaciones del sueño típico de estímulo dental, por ejemplo, la de ser una tercera persona quien extrae una

muela al sujeto, etc., se nos hacen comprensibles mientras la misma explicación[455].

De todos modos, no deja de parecer enigmático que el «estímulo dental» pueda llegar a entrañar tal significado. Haremos observar aquí la tan frecuente transferencia de abajo arriba que encontramos puesta al servicio de la represión sexual y mediante la cual pueden llegar a realizarse en la histeria localizándose en partes del cuerpo exentas de toda objeción sensaciones e intenciones que debían desarrollarse en los genitales. Un caso de esta transferencia se nos ofrece cuando dentro del simbolismo del pensamiento inconsciente quedan sustituidos los genitales por el rostro. Los usos del lenguaje contribuyen a ello con palabras aplicables a dos diferentes partes del cuerpo (carrillos, labios). La nariz es hecha equivalente al pene en muchas alusiones; la vegetación capilar próxima a ambos miembros completa la analogía. Sólo los dientes y muelas se hallan fuera de toda posibilidad de comparación, y precisamente esta circunstancia, que contrasta con el paralelismo antes detallado, es lo que bajo el empuje de la represión sexual los hace apropiados para los finos de la representación.

No pretendo afirmar que la interpretación de los sueños de estímulo dental como sueños onanistas, justificada, sin duda alguna, haya llegado a ser por completo transparente[456]. Me limito a exponer todos los datos que para su esclarecimiento he hallado hasta aquí, conviniendo en que aún queda bastante por explicar. En nuestro país existe una grosera expresión para designar el acto de la masturbación: «arrancarse una[457]». No puedo decir de dónde procede esta expresión ni cuál es el simbolismo en que se basa, pero las «muelas», parecen muy apropiadas para representarla.

Dado que los sueños de la extracción o caída de una muela son interpretados por la creencia popular como anuncio de la muerte de un pariente, mientras que el psicoanálisis no les concede tal significación, sino todo lo más en el sentido paródico arriba indicado, intercalaremos aquí un «sueño de estímulo dental» que nos ha sido comunicado por Otto Rank:

«Un colega que desde hace algún tiempo ha comenzado a interesarse por los problemas de la interpretación onírica me comunica el siguiente caso de “sueño de estímulo dental”:

»Soñé hace poco que estaba en casa del dentista, el cual me horadaba una

de las últimas muelas de la mandíbula inferior; pero tanto y tanto trabajaba en ella que acaba por dejármela inservible. Entonces coge la llave y me saca la muela, asombrándome la facilidad con que realiza la extracción. Luego me dice que no me importe, pues no es esta muela la que estaba curándome, y la deposita encima de la mesa, donde queda dividida en varias capas. (Antes compruebo que se trata de un incisivo de la mandíbula superior.) Me levanto del sillón, lleno de curiosidad, y acercándome a la mesa, dirijo una pregunta médica al dentista, el cual me contesta que aquello se relaciona con la pubertad, y que sólo antes de la misma, o tratándose de una mujer en el momento de tener un hijo, pueden extraerse las muelas tan fácilmente. Mientras tanto separa los diversos fragmentos en que ha quedado dividida la muela y los machaca (pulveriza) con un instrumento. Observo después (medio despierto ya) que mi sueño ha sido acompañado de una polución, pero no me es posible situar ésta en un determinado punto del mismo. Lo más probable me parece que tuviera efecto en el momento de extraerme la muela.

»Continúo luego soñando algo que no me es posible recordar ahora y que termina con que dejo en algún lado (probablemente en el guardarropa del dentista) el sombrero y el traje, confiando en que ya me los enviarán después, y vestido tan sólo con el abrigo, me apresuro para alcanzar todavía un tren que está a punto de salir. En efecto, consigo saltar en el último momento al vagón de cola, donde ya había alguien. Sin embargo, no me es posible penetrar en el coche y tengo que dejarme llevar por el tren, agarrado a la parte exterior, en una violenta postura que por fin logro rectificar, después de varias tentativas. Atravesamos así un gran túnel y al hacerlo nos cruzamos con dos trenes, que pasan a través del nuestro como si éste constituyera el túnel. Luego miro a través de la ventanilla de un vagón como desde el exterior».

Para la interpretación de este sueño poseemos los siguientes sucesos y pensamientos del día inmediatamente anterior:

a) Hace, en efecto, algunos días que padezco continuos dolores en la muela de la mandíbula inferior, que es horadada en el sueño, y voy a casa del dentista, el cual está tardando realmente en curarla más tiempo del que yo quisiera. Habiendo acudido a él la mañana anterior al sueño para ver si lograba acabar con los dolores que tanto me molestaban, me propuso

extraerme otra muela de la misma quijada, que era probablemente la que me hacía sufrir. Tratábase de una de las del juicio, que se hallaba en vías de romper. Con tal motivo dirigí al dentista una pregunta, remitiéndome a su conciencia médica.

b) Aquella tarde tuve que disculpar mi mal humor ante una señora, atribuyéndolo, como era cierto, a mi dolor de muelas. A esto siguió una conversación, en la que dicha persona me contó que le daba miedo hacerse extraer la raíz de una muela cuya corona tenía destrozada. Creía que la extracción de los colmillos era especialmente difícil y dolorosa, aunque, por otro lado, le había dicho una amiga que tratándose, como era su caso, de un colmillo de la mandíbula superior, resultaba más fácil. Esta misma amiga le había contado también que una vez le habían extraído equivocadamente una muela sana, suceso que aumentó su miedo a la necesaria operación. Luego me preguntó si los colmillos eran los dientes llamados caninos y qué sabía médicamente sobre ellos. Por mi parte, le hablé del carácter supersticioso de todas las opiniones a que antes se había referido, aunque concediéndole que algunas de tales creencias populares encerraban un nódulo de verdad. A propósito de esto me citó la señora un proverbio muy antiguo y generalizado, según ella: *Cuando una mujer embarazada tiene dolor de muelas es señal de que parirá un niño*.

c) Este proverbio me interesó por recordarme la interpretación freudiana de los sueños de estímulo dental como sueños onanistas, dado que relaciona en cierto modo las muelas con los genitales masculinos (Un niño), y aquella misma tarde releí las páginas correspondientes de *La interpretación de los sueños*. A ellas pertenecen las observaciones siguientes, cuya influencia sobre mi sueño resulta tan fácilmente reconocible como la de los dos sucesos antes relatados: «Por último, se me impuso la evidencia de que en los sujetos masculinos era el placer onanista de la pubertad lo que constituía la fuerza provocadora de estos sueños». «A mi juicio, también las frecuentes modificaciones del sueño típico de estímulo dental —por ejemplo, la de ser una tercera persona la que extrae una muela al sujeto, etc.— se hacen comprensibles mediante la misma explicación». «Haremos observar aquí la tan frecuente *transferencia de abajo arriba* (en el sueño presente, también de la mandíbula inferior a la superior) que encontramos puesta al servicio de la

represión sexual, y mediante la cual pueden llegar a realizarse en la histeria, localizándose en partes del cuerpo exentas de toda objeción, sensaciones e intenciones que debían desarrollarse en los genitales». En nuestro país existe una grosera expresión para designar el acto de la masturbación: ‘Sich einen ausreissen’, ‘sich einen nerunterreissen’ (‘arrancarse una’). Esta expresión me era ya conocida en mis tempranos años juveniles como designación del onanismo. Partiendo de este punto, no será difícil para el intérprete onírico experimentado encontrar el acceso al material infantil en que puede hallarse basado mi sueño. Citaré únicamente todavía que la facilidad con que en el mismo se desprende la muela, que después de extraída se convierte en un incisivo de la mandíbula superior, me recuerda una vez que en mi infancia me *arranqué yo mismo*, fácilmente y sin dolor, *un incisivo de la mandíbula superior*, ya muy vacilante y próximo a caerse. Esta anécdota, presente aún en mi memoria con todos sus detalles, corresponde a aquella misma temprana época en la que se sitúan mis primeras tentativas conscientes de masturbación (recuerdo encubridor).

La cita que hace Freud de una comunicación de C. G. Jung, según la cual los sueños de estímulo dental soñados por mujeres poseen la significación de sueños de nacimiento, y la creencia popular antes citada sobre el sentido del dolor de muelas de las embarazadas, han motivado en mi sueño la oposición del sentido femenino al masculino (pubertad). Con relación a esto recuerdo un sueño anterior que tuve pocos días después de haberme dado de alta, en otra ocasión, el dentista, y en el que se me desprendían las coronas de oro que me acababa de colocar en varias muelas, accidente que me causaba gran indignación, sin duda por dolerme aún el considerable desembolso realizado. Este sueño se me hace ahora comprensible, relacionándolo con cierto suceso, como alabanza de las ventajas materiales de la masturbación frente al amor objetivo, mucho más desventajoso siempre desde el punto de vista económico (coronas de oro; la «corona» es la unidad monetaria austriaca) *(N. del T.),* y creo que las frases de la citada señora sobre la significación del dolor de muelas en las embarazadas fue lo que volvió a despertar en mí estos pensamientos.

Hasta aquí llega la comunicación, suficientemente luminosa y libre, a juicio, de toda objeción, del colega sujeto de este sueño. Añadiremos

únicamente por nuestra cuenta una indicación sobre el probable sentido del segundo fragmento onírico, aunque pasando por los puentes verbales: Muela (tirar-tren; arrancar-viajar) *—Zahn [ziehen-Zug; Zahn-reissen (reisen)]—* representa tanto el paso del soñador desde la masturbación al comercio sexual (túnel a través del cual atraviesan los trenes en distintas direcciones), transición realizada no sin ciertas dificultades, como los peligros del mismo (embarazo, abrigo-preservativo).

Desde el punto de vista teórico, nos parece este caso doblemente interesante. Ante todo, confirma la afirmación freudiana de que la eyaculación sobreviene en el momento de ser extraída la muela en el sueño. La polución tiene que ser considerada siempre como una satisfacción onanista conseguida sin el auxilio de excitaciones mecánicas. Pero, además, en el caso que nos ocupa, la satisfacción lograda por medio de la polución no responde, como de costumbre, a un objeto, siquiera sea sólo imaginativo, sino que carece de él en absoluto, siendo, por tanto, puramente autoerótica, o mostrando, a lo más, un matiz homosexual (dentista).

El segundo punto, que creo interesante hacer resaltar, es el que sigue: Podría objetarse que es innecesario todo empeño en aplicar a este caso la teoría de Freud, dado que los sucesos del día anterior bastan por sí solos para hacer comprensible el contenido del sueño. La visita al dentista, la conversación con la señora y la lectura de *La interpretación de los sueños* explican suficientemente que el sujeto, molestado aun durante el reposo por el dolor de muelas, produjese el sueño relatado, incluso, si se quiere, con el fin de adormecer el dolor que perturba su reposo (por medio de la representación de la extracción de la muela dolorida, acompañada de un simultáneo adormecimiento de la temida sensación de dolor por el desarrollo de la libido). Pero no puede defenderse seriamente la hipótesis de que la lectura de las explicaciones de Freud haya podido establecer o siquiera reavivar en el sujeto la relación de la extracción de la muela con el acto de la masturbación, si dicha relación no se hallase constituida de antemano hace ya mucho tiempo, como el mismo sujeto lo confiesa («arrancarse una»). La incredulidad con que el sujeto manifiesta haber recibido las afirmaciones de Freud sobre la significación típica de los sueños de estímulo dental al leerlas por vez primera, incredulidad que despertó en él el deseo de comprobar si tal

significación se extendía a todos los sueños de este género, es lo que dio vida, a más de su diálogo con la señora, a tal relación. El sueño le ofrece la confirmación deseada, por lo menos en lo que respecta a su propia persona, y le muestra al mismo tiempo el motivo de su incredulidad, constituyendo de este modo la realización de un deseo: el de convencerse del alcance y solidez de la teoría freudiana.

Al segundo grupo de sueños típicos pertenecen aquéllos en los que volamos, flotamos, caemos, nadamos, etc[458]., sueños para los que no puede señalarse un sentido general, pues significan en cada caso algo distinto, pero cuyo material de sensaciones procede siempre de la misma fuente.

De los datos obtenidos en los psicoanálisis hemos de concluir que también estos sueños repiten impresiones de la infancia, refiriéndose a los juegos de movimiento tan atractivos para los niños. Todos hemos jugado a hacer volar a nuestros hijos o sobrinos o hemos fingido dejarlos caer cuando los teníamos en nuestros brazos o cabalgando sobre nuestras rodillas. Los niños gustan mucho de esta clase de juegos y piden, incansables, su repetición, sobre todo cuando va mezclado a ellos una sensación de sobresalto o vértigo.

En años posteriores se procura el sujeto tal repetición en el sueño, pero suprime en él los brazos que de niño le sostenían y flota o cae así libremente. Conocida es también la predilección de los niños por los juegos de columpiarse y balancearse, juego cuyo recuerdo es reavivado más tarde por los ejercicios de los artistas de circo. En muchos adolescentes no consiste luego la crisis histérica sino en la reproducción de tales ejercicios, que realizan, por cierto con gran destreza, durante la misma. Estos juegos de movimiento, inocentes en sí, provocan, con frecuencia, sensaciones sexuales[459]. Los sueños en que volamos, caemos, sentimos vértigo, etc., reproducen su agitación, pero transforman en angustia las indicadas sensaciones de placer.

Podemos, pues, rechazar muy fundadamente la teoría que atribuye a nuestras sensaciones epidérmicas durante el reposo y a las emanadas del movimiento respiratorio, etc., la producción de los sueños de volar y caer. Vemos, en efecto, que también tales sensaciones son reproducidas tomándolas de nuestra memoria, y forman, por tanto, parte del contenido del

sueño, en lugar de constituir fuentes del mismo.

Este material de sensaciones de movimiento homogéneo y procedente de una misma fuente, es utilizado para la representación de las más diversas ideas latentes. Los sueños de volar o flotar —placenteros en su mayoría— reclaman interpretaciones muy distintas, peculiarísimas en algunos sujetos y de naturaleza típica en otros. Una de mis pacientes solía soñar con gran frecuencia que flotaba a una cierta altura por encima de la calle sin tocar el suelo. La sujeto era de muy poca estatura y repugnaba todas aquellas impurezas que el comercio sexual trae consigo. Su sueño realizaba sus dos deseos, separando sus pies del suelo y haciendo sobresalir su cabeza en elevadas regiones. En otros sujetos el sueño de volar constituía la realización del deseo, expresado en una conocida poesía, de ser un pájaro y poder volar hacia el amado. Otras, por último, se compensaban convirtiéndose por la noche en ángeles, de que nadie les dirigiera tan amoroso calificativo durante el día. La íntima conexión del vuelo con la imagen del pájaro explica que los sueños de volar soñados por sujetos masculinos, posean casi siempre una significación groseramente sexual. Tampoco nos sorprenderá el oír decir al sujeto alguna vez que se sentía orgullosísimo durante el sueño, de su nueva facultad.

El doctor Paul Federn (Viena) ha expuesto[460] la atractiva hipótesis de que gran parte de los sueños de volar son sueños de erección, dado que este fenómeno tan singular y que tan de continuo preocupa a la fantasía humana tiene que hacernos la impresión de una excepción de la ley de gravedad. (Compárense los falos alados de la antigüedad.)

Es curioso que Mourly Void, investigador de gran timidez y contrario a toda interpretación, coincida aquí con nosotros en el sentido erótico asignado a los sueños de volar o flotar, manifestando que el erotismo es su «motivo principal», y alegando, en apoyo de tal aserto, la intensa sensación vibratoria del cuerpo que acompaña a estos sueños y la frecuente conexión de los mismos con erecciones y poluciones.

Los sueños en que caemos muestran muchas veces un carácter angustioso. Cuando el sujeto es femenino no presenta su interpretación la menor dificultad, pues aceptan siempre el sentido simbólico corriente de la caída, o sea la entrega a una tentación erótica. Pero esto no agota las fuentes

infantiles del sueño de caída; casi todos los niños han caído alguna vez, siendo levantados y acariciados o hasta acogidos en el lecho de sus guardadores cuando la caída fue por la noche y desde su cama.

Aquellas personas que tienen frecuentemente el sueño de estar nadando y se abren camino en él por entre las olas, experimentando una sensación agradable, etc., suelen haber tenido de niños la arraigada costumbre de orinarse en la cama, y renuevan en tales sueños un placer al que han aprendido a renunciar hace ya mucho tiempo. En ejemplos subsiguientes veremos a qué representación se prestan fácilmente estos sueños.

Como fundamento de la prohibición de jugar con fuego, suele decirse a los niños que así lo hacen que se orinarán por la noche en la cama. Esta circunstancia justifica nuestra interpretación de los sueños de fuego, que hallamos también basados en la *enuresis nocturna* de los años infantiles. En mi estudio *Fragmento del análisis de una histeria* (1905)[461] he expuesto él análisis y la síntesis completas de un sueno de fuego perteneciente al historial clínico de la sujeto y he mostrado cuáles son los sentimientos de la edad adulta para cuya representación es utilizado este material infantil.

Si para incluir a un determinado género de los sueños en la categoría de los «típicos» consideramos suficiente el frecuente retorno del mismo contenido manifiesto en sujetos distintos, podremos citar aún toda una serie de ellos. Así, el de avanzar a través de estrechas callejas, el de ladrones nocturnos, con el que se relacionan las medidas de precaución adoptadas por los nerviosos al acostarse, el de escapar a través de una serie de habitaciones, de huir perseguidos por animales furiosos (toros, caballos) o bien amenazados con cuchillos, puñales o lanzas, etc.

Estos dos últimos sueños son característicos de los individuos que padecen de angustia, y sería muy interesante una investigación especial del material por ellos utilizado. En su lugar expondré aquí dos observaciones, advirtiendo previamente que no se refieren de un modo exclusivo a los sueños típicos.

I

Cuando más nos ocupamos de la interpretación de los sueños, más obligados nos vemos a reconocer que la mayoría de los soñados por sujetos adultos elaboran un material sexual y dan expresión a deseos eróticos. Sólo aquellos investigadores que analizan verdaderamente los sueños, esto es, los que penetran desde el contenido manifiesto hasta el latente, pueden formarse un juicio sobre esta cuestión, nunca aquellos otros que se limitan a examinar el contenido manifiesto (por ejemplo, Näcke en sus trabajos sobre los sueños sexuales). Afirmaremos, pues, desde ahora, que este hecho no constituye sorpresa ninguna para nosotros, sino que coincide perfectamente con los fundamentos de nuestra explicación de los sueños. Ningún instinto ha tenido que soportar, desde la infancia, tantas represiones como el instinto sexual en todos sus numerosos componentes[462], y de ningún otro perduran tantos y tan intensos deseos inconscientes, que actúan luego durante el estado de reposo provocando sueños. En la interpretación onírica no deberá, pues, olvidarse nunca esta importancia de los complejos sexuales, aunque, naturalmente, sin exagerarla hasta la exclusividad.

Una cuidadosa interpretación nos permitirá reconocer muchos sueños como bisexuales, o sea susceptibles de una segunda solución en la que realizan tendencias homosexuales, contrarias a la actividad sexual normal del sujeto. Pero el que todos los sueños hayan de ser interpretados bisexualmente, como pretenden W. Stekel[463] y Alf. Adler[464], me parece una generalización tan indemostrable como inverosímil. No puede olvidarse que existen numerosos sueños que satisfacen necesidades distintas de las eróticas. Así, los de hambre, sed, comodidad, etc. También las análogas afirmaciones de que detrás de todo sueño se descubre «la cláusula de la muerte» (Stekel) y que todo sueño muestra una «progresión desde la línea femenina a la masculina» (Adler) me parecen transgredir los límites de lo permitido a la interpretación onírica. La afirmación de que *todos los sueños reclaman una interpretación sexual*, que tanta oposición ha despertado y en derredor de la cual han surgido tantas polémicas, es ajena a mí y no aparece en ninguna de las seis ediciones publicadas hasta ahora de *La interpretación de los sueños*, hallándose, en cambio, visiblemente contradicha por varios pasajes de la misma.

Lo que sí hemos afirmado y podríamos confirmar con numerosos

ejemplos a más de los ya expuestos, es que los sueños de apariencia singularmente *inocente* dan cuerpo casi siempre a groseros deseos eróticos. Asimismo muchos sueños de aspecto indiferente, en los que a primera vista no observamos nada de particular, quedan referidos, después del análisis, a impulsos optativos indudablemente sexuales y a veces de naturaleza inesperada. Nadie supondría, por ejemplo, antes de la interpretación, que el sueño siguiente encerrase un deseo sexual. «Entre dos magníficos palacios —relata el sujeto— y un poco hacia el fondo, hay una casita cuyas puertas están cerradas. Mi mujer me conduce por el trozo de calle que va hasta la casita y empuja la puerta. Entonces penetro yo rápida y fácilmente en el interior de un estrecho patio en cuesta arriba».

Toda persona algo experimentada en la traducción de sueños recordará en seguida que el penetrar en espacios estrechos y el abrir puertas son símbolos sexuales muy corrientes, y reconocerá sin esfuerzo este sueño como la representación de una tentativa de coito *more ferarum* entre dos magníficos palacios (entre las nalgas del cuerpo femenino). El patio en cuesta arriba es, naturalmente, la vagina y el auxilio que en el sueño presta al sujeto su mujer nos fuerza a la interpretación de que en realidad es sólo la consideración que la misma merece lo que le retiene de intentar con ella la realización del coito.

Informaciones posteriores nos muestran que el mismo día del sueño había entrado a servir en casa del sujeto una criada joven que le había agradado, dándole, además, la impresión de que no habría de negarse a tal intento. La casita entre los dos palacios es una reminiscencia del Hradshin, de Praga, y alude, al mismo tiempo, a la criada de referencia, natural de dicha ciudad.

II

Cuando hago resaltar ante mis pacientes la frecuencia del sueño de Edipo, en el que realiza el sujeto el coito con su propia madre, suelen contestarme que no recuerdan haber tenido nunca tal sueño, pero inmediatamente surge en ellos el recuerdo de otro, irreconocible e indiferente, que han soñado repetidas veces, y el análisis muestra que se trata de un sueño del mismo contenido; esto es, de un sueño de Edipo. Podemos afirmar que los sueños de

este género que se presentan bajo un disfraz cualquiera son infinitamente más frecuentes que los sinceros, o sea aquellos que muestran directamente al sujeto en comercio sexual con su madre[465].

Existen sueños de paisajes o localidades en los que aparece, además, intensamente acentuada, la seguridad de habernos encontrado ya otra vez en aquellos lugares. (Este *déjà vu* posee una especial significación-1914.) El lugar de que en ellos se trata es siempre el órgano genital materno. Realmente, de ningún otro lugar podemos afirmar con tanta seguridad «habernos encontrado ya en él». Una sola vez ha llegado a hacérseme difícil esta interpretación ante el sueño en que un neurótico obsesivo visitaba una vivienda en la que ya había estado *dos veces*. Pero hube de recordar que algún tiempo antes me había relatado este paciente que una noche que su madre le acogió en su lecho, teniendo él seis años, aprovechó la ocasión para introducir un dedo en los genitales de la durmiente.

Un gran número de sueños, con frecuencia angustiosos, cuyo contenido es el avanzar a través de estrechísimos espacios o hallarnos sumergidos en el agua, aparecen basados en fantasías referentes a la vida intrauterina —la permanencia en el seno materno y el nacimiento—. Reproduciré aquí uno de estos sueños, soñado por un joven, el cual aprovecha en su fantasía la ocasión que le ofrece su situación para espiar un coito de sus padres.

«Se encuentra en un profundo foso, en el que se abre una ventana como en el túnel de Semmering. A través de ella ve al principio un paisaje desierto y compone luego en él un cuadro, que resulta, en el acto, presente. Este cuadro representa una tierra de labor profundamente removida por el arado, y el hermoso ambiente, la idea de trabajo aplicado y los terrenos negroazules, le producen una impresión de serena belleza. Después ve abierto ante él una *Pedagogía…* y se asombra de que se conceda en ella tanta atención a los sentimientos sexuales (del niño), cosa que le hace pensar en mí».

He aquí un bello sueño de agua, soñado por una paciente mía y que fue objeto de un particular aprovechamiento en la cura:

«Se encuentra en su residencia veraniega, junto al lago de…, y se arroja al agua oscura allí donde la pálida luna se refleja en ella».

Los sueños de este género son sueños de nacimiento y llegamos a su interpretación invirtiendo el hecho comunicado en el contenido manifiesto, o

sea en lugar de arrojarse al agua, salir del agua; esto es, ser parido[466]. El lugar del que se nace queda reconocido en cuanto pensamos en el caprichoso sentido que en francés se da a *la lune*. La pálida luna es el blanco trasero del que el niño supone haber salido. ¿Mas, qué puede significar el que la paciente desee «nacer» en su residencia veraniega? Interrogada, me responde sin vacilar: «¿Acaso el tratamiento no me ha dejado como si hubiera *nacido de nuevo*?» De este modo se convierte el sueño en una invitación a continuar el tratamiento en su residencia estival, o sea a visitarla allí. Por último, contiene, quizá, también, una tímida indicación de su deseo de ser madre[467].

De un trabajo de E. Jones tomamos el siguiente sueño de nacimiento y su interpretación: «La sujeto se hallaba a la orilla del mar vigilando a un niño —al parecer, su hijo— que andaba por el agua. Poco a poco va el niño entrando mar adentro y metiéndose más en el agua, hasta no dejar fuera sino la cabeza, que la sujeto ve moverse de arriba abajo sobre la superficie. Luego se transforma la escena en el *hall*, lleno de gente, de un hotel. Su marido la abandona y ella entra en conversación con un desconocido».

La segunda mitad del sueño se reveló sin dificultad, en el análisis, como la representación de los hechos de abandonar a su marido y entrar en relaciones íntimas con una tercera persona. La primera constituía una clara fantasía del nacimiento. Tanto en los sueños como en la mitología queda representada la salida del niño del líquido amniótico por un acto contrario, o sea por su inmersión en el agua. Conocidos ejemplos de esta representación son, entre otros muchos, los nacimientos de Adonis, Osiris, Moisés y Baco. La emersión e inmersión de la cabeza del niño, en el sueño, recuerdan inmediatamente a la sujeto la sensación de los movimientos del feto, experimentada durante su único embarazo. La imagen del niño metiéndose en el mar despierta en ella una ensoñación en la que, después de sacarle del agua, le lleva a una habitación, le lava, le viste y le conduce luego a su casa.

La segunda mitad del sueño representa, como ya indicamos, pensamientos referentes a la fuga del hogar conyugal, la cual se halla relacionada con la primera mitad de las ideas latentes. La primera mitad corresponde al contenido latente de la segunda, o sea a la fantasía del nacimiento. Además de la inversión antes mencionada, tienen efecto otras varias en cada una de las dos mitades del sueño. En la primera entra el niño

en el agua y después mueve la cabeza; en las ideas latentes correlativas surgen primero tales movimientos y después *abandona* el niño el agua (una doble inversión). En la segunda, la *abandona* su marido; en las ideas latentes le *abandona* ella.

Abraham relata otro sueño de nacimiento, soñado por una señora joven, próxima a su primer alumbramiento. De un cierto lugar del piso de su cuarto parte un canal que va directamente al agua (agua del nacimiento, líquido amniótico). La sujeto abre una trampa que hay en el suelo y ve surgir una figura vestida con una piel oscura y semejante a una foca. Al quitarse la piel, resulta ser el hermano menor de la sujeto, para con el cual ha desempeñado ésta el papel de madre.

En toda una serie de casos ha demostrado Rank que los sueños de nacimiento se sirven de igual simbolismo que los de estímulo vesical. El estímulo erótico es representado en ellos como vesical y la estratificación de sus significados corresponde a una serie de cambios de sentido, por los que el símbolo ha pasado desde la época infantil.

Podemos retornar aquí el tema del papel que los estímulos orgánicos perturbadores del reposo desempeñan en la formación de los sueños, tema que antes dejamos interrumpido (véase página 399). Los sueños constituidos bajo tales influencias no se limitan a mostrarnos claramente la tendencia a la realización de deseos y el carácter de sueños de comodidad, sino que presentan muchas veces un simbolismo por completo transparente, pues no es nada raro que nos haga despertar un estímulo *cuya satisfacción simbólicamente disfrazada ha sido ya intentada inútilmente*. Esto se aplicable a los sueños de polución y a los provocados por la necesidad de evacuar la vejiga o el intestino. El singular carácter de los sueños de polución nos permite desenmascarar directamente determinados símbolos sexuales reconocidos ya como típicos, pero aún muy discutidos, sin embargo, y nos convence, además, de que algunas situaciones oníricas, aparentemente inocentes, no son sino el preludio simbólico de una escena groseramente sexual, la cual no llega, sin embargo, casi nunca a una representación directa sino en los sueños de polución, relativamente raros, transformándose, en cambio, con frecuencia, en un sueño de angustia que conduce igualmente a la interrupción del reposo.

El simbolismo de los sueños de estímulo vesical es especialmente transparente y ha sido adivinado desde muy antiguo. Hipócrates suponía ya que los sueños en que el sujeto veía surtidores y fuentes indicaban algún trastorno de la vejiga (H. Ellis). Schemer estudió también la diversidad del simbolismo del estímulo vesical y afirmó ya que «el intenso estímulo vesical queda siempre transformado en excitación de la esfera sexual y en formaciones simbólicas correspondientes… El sueño de estímulo urinario es también, con frecuencia, el representante del sueño sexual».

O.Rank, cuyas observaciones en su trabajo sobre «la estratificación de símbolos en el sueño provocado por un estímulo que acaba interrumpiendo el reposo» hemos seguido aquí, ha hecho muy verosímil la atribución de una gran cantidad de sueños de estímulo vesical a un estímulo sexual que intenta satisfacer primero por el camino de la regresión a la forma infantil del erotismo uretral. Especialmente instructivos son aquellos casos en los que el estímulo urinario así constituido conduce a la interrupción del reposo y a la evacuación de la vejiga, no obstante lo cual continúa luego el sueño, exteriorizando ya entonces su necesidad en imágenes eróticas no encubiertas[468].

De un modo totalmente análogo encubren los *sueños de estímulo intestinal* el simbolismo correspondiente y confirman simultáneamente la conexión de los conceptos *oro* y *excrementos*, de la cual testimonian también numerosos datos de la psicología de los pueblos. «Así, una mujer que se halla sometida a tratamiento médico a causa de una perturbación intestinal, sueña con un avaro que entierra su *tesoro* cerca de una chocita de madera semejante a aquéllas en que es situado el *retrete* en las casas aldeanas Un segundo fragmento de este sueño muestra a la sujeto *limpiándole el trasero* a su hija, una niña pequeña que se ha *ensuciado*».

A los *sueños de nacimiento* se agregan sueños de *salvamento*. Salvar a alguien, sobre todo extrayéndolo del agua, es equivalente a parir, cuando es una mujer quien lo sueña, y modifica este sentido cuando es un hombre. (Nota de 1911: Véase un sueño de este género en el trabajo de Pfister: *Ein Fall von psychoanalytischer Seelsorge und Seelenheilung*. Evangelische Freiheit, 1909.) Sobre el símbolo de «salvar», véase mi conferencia «El porvenir de la terapia psicoanalítica» (*Zentralbatt f. Psychoanalyse*, número

1, 1910) y el ensayo titulado «Aportaciones a la psicología de la vida erótica. I. Sobre un tipo especial de la elección de objeto en el hombre» (*Jahrbuch, f. Ps*., tomo I, año 1910)[469].

Los ladrones, los asaltantes nocturnos y los fantasmas de los que se siente miedo antes de acostarse y con los que luego se sueña a veces, proceden de una misma reminiscencia infantil. Son los visitantes nocturnos que han despertado al niño para ponerle en el orinal y evitar que mojase la cama o han levantado cuidadosamente las sábanas para observar la posición de sus manos durante el reposo. En el análisis de algunos de estos sueños de angustia he logrado que el sujeto reconociese la persona del visitante. El ladrón era, casi siempre, representación del padre, y los fantasmas correspondían más bien a personas femeninas vestidas con el largo camisón de dormir.

F) **Algunos ejemplos. El cálculo y el discurso oral en el sueño**.

Antes de situar el cuarto de los factores que rigen la formación de los sueños en el lugar que le corresponde, quiero comunicar algunos de los ejemplos por mí reunidos que esclarezcan la acción conjunta de los otros tres factores hasta el momento examinados, aporten pruebas de afirmaciones anteriormente consignadas y permitan deducir conclusiones incontrovertibles. En la exposición de la elaboración onírica que venimos desarrollando, nos ha sido muy difícil demostrar por medio de paradigmas la exactitud de nuestras deducciones. Los ejemplos correspondientes a cada uno de los principios establecidos, sólo dentro de la totalidad de un análisis onírico conservan toda su fuerza probatoria. Separados de su contexto, pierden casi por completo su atractivo. Pero una interpretación total —aunque no sea muy profunda— adquiere en seguida amplitud más que suficiente para hacer perder al lector el hilo de la cuestión a cuyo esclarecimiento se la destinaba. Este motivo técnico explica y disculpa que acumulemos ahora una gran cantidad de casos y ejemplos, cuyo único lazo de unión es su general relación con el texto del apartado precedente.

Comenzaremos con algunos ejemplos de formas de representación extrañas o poco corrientes. Una señora sueña lo que sigue: «La criada está subida en una escalera, como para limpiar los cristales de la ventana, y tiene a su lado un chimpancé y un gato de *Gorila* (luego rectifica: de Angora). Al acercarse la sujeto, coge la criada aquellos animales y se los arroja. El chimpancé se abraza a ella, haciéndole experimentar una gran sensación de repugnancia». Este sueño alcanza su objeto por un medio extraordinariamente sencillo; esto es, tomando en sentido literal, y representándola conforme al mismo, una corriente expresión figurada. La palabra «mono» es, en efecto, a más de un nombre zoológico, un insulto usual, y la escena del sueño no significa otra cosa que *ir arrojando insultos a diestro y siniestro*. En mi colección de sueños existen, como veremos, otros muchos ejemplos del empleo de este sencillo artificio por la elaboración onírica.

Muy análogamente procede este otro sueño: «Una mujer con un niño de cráneo singularmente mal conformado. La sujeto ha oído que este defecto obedece a la posición que el niño ocupó en el seno materno. El médico dice que por medio de una compresión podía corregirse la deformidad, aunque corriendo el peligro de dañar el cerebro del niño. La sujeto piensa que tratándose de un chico tiene menos importancia tal defecto». Este sueño contiene la representación plástica del concepto abstracto *impresiones infantiles*, oído por la sujeto en las explicaciones relativas a su tratamiento.

En el ejemplo siguiente adopta la elaboración onírica un camino algo distinto. El sueño contiene el recuerdo de una excursión al lago de Hilmteich, cerca de Graz: «Fuera hace un tiempo horrible. El hotel es malísimo; las paredes chorrean agua y las camas están húmedas». (La última parte del contenido aparece en el sueño menos directamente de lo que aquí la exponemos.) El significado de este sueño es *superfluo (ueberjluessig)*. La elaboración onírica hace tomar forzadamente un sentido equívoco a este concepto abstracto, contenido en las ideas latentes, sustituyéndolo por *rebosante (ueberfliessend)* o descomponiéndolo en *ueber-fluessig (super-líquido o más líquido)* y lo representa luego por medio de una acumulación de impresiones análogas: agua fuera (un tiempo horrible); agua chorreando en las paredes y agua(humedad) en las camas; todo *líquido y más que líquido (jluessig und ueber jluessig)*. No podemos extrañar que la representación onírica relegue a la ortografía a segundo término, ateniéndose en el primero a la similicadencia para el cumplimiento de sus fines, pues la rima nos da ya un ejemplo de tales libertades. En un extenso sueño de una muchacha, muy penetrantemente analizado por Rank, va la sujeto paseando por entre los sembrados y corta bellas *espigas* de cebada y de trigo. Luego ve venir a un joven amigo suyo y procura evitar encontrarse con él. El análisis muestra que se trata de un «beso inocente». (*Ein Kuss in Ehren* = un beso inocente; *ein Kuss in Aehren* = un beso entre las espigas.) Las espigas, que no deben ser arrancadas, sino cortadas, sirven en este sueño, y tanto por sí mismas como por su condensación con *honor (Ehre) y honras (Ehrungen)* para la representación de toda una serie de otros pensamientos.

Hay, en cambio, otros casos en los que el sueño ve extraordinariamente facilitada la representación de sus ideas latentes por el idioma, el cual pone a

disposición toda una serie de palabras usadas primitivamente en sentido concreto y ahora en sentido abstracto. El sueño no tiene entonces más que devolver a estas palabras su anterior significado o avanzar un poco más en su transformación de sentido. Ejemplos: un individuo sueña que su hermano se halla encerrado en un baúl. En la interpretación queda sustituido el *baúl* por un *armario (Schrank)* y la idea latente correlativa revela ser la de que su *hermano debiera restringir sus gastos (sich einschraenken)*; literalmente, «estrecharse, meterse dentro de un armario». Otro sujeto sube en su sueño a una montaña, desde la cual descubre un panorama extraordinariamente amplio. El análisis nos muestra que el sujeto se identifica de este modo con un hermano suyo, editor de una revista (*Rundschau*) que se ocupa de nuestras relaciones con los países del Lejano Oriente, o sea con *el hombre que pasa revista al espacio que le rodea (Rundschauer).*

En la novela de G. Keller, '*Der Grüne Heinrich*', se relata un sueño: 'un brioso caballo iba y venía por una hermosa pradera de avena, cada grano de la cual estaba formado por almendra, uva y una moneda nueva de un penique… todo envuelto en seda roja y atado con un trozo de cerda'. El autor (o soñante) nos da una inmediata interpretación de este cuadro onírico; el caballo sintiendo una agradable cosquilla gritaba: '*Der Hafer sticht mich'* ('me pica la avena', que en el uso idiomático significa: 'la prosperidad me ha echado a perder').

Las primitivas sagas nórdicas hacen, según Henzen, abundantísimo empleo de estos sueños de frase hecha o juego de palabras, hasta el punto de no encontrarse en ellas casi ninguno que no contenga un equívoco o un chiste.

La reunión de tales formas de representación y su ordenamiento conforme a los principios en que se basan constituiría una labor especial. Muchas de estas representaciones podrían ser calificadas de chistosas, y experimentamos la impresión de que no hubiésemos logrado nunca solucionarlas si el sujeto mismo no nos las hubiese explicado.

1. Un individuo sueña que le preguntan un nombre del que le resulta imposible acordarse, por más esfuerzos que hace. El sujeto mismo nos da la interpretación siguiente: *Esto no puede ocurrírseme ni en sueños* (1911).

He mencionado 'cuidado de la representabilidad' como uno de los

factores que influencian la formación de sueños. En el proceso de transformar un pensamiento en una imagen visual se evidencia una facultad especial del soñante y un analista raramente se iguala en seguirlo con su adivinación. Por lo que será de real satisfacción si la percepción intuitiva del soñante —creador de estas representaciones— es capaz de explicar su significado. (Nota que precedía a los sueños 2, 3 y 4 en el trabajo de 1911: *'Nachträge zur Traumdeutung'*, que ha sido incorporado a 'La interpretación de los sueños'. *Nota del E.*)

2. Una paciente relata un sueño cuyos personajes eran todos de proporciones gigantescas. Esto quiere decir —añade— que se trata de un suceso de mi temprana infancia, pues claro es que entonces tenían que parecerme grandísimas las personas adultas que me rodeaban. La propia persona de la sujeto no aparecía en el contenido manifiesto de este sueño.

El retorno a la infancia es expresado también, en otros casos, por la conversión del tiempo en espacio, y las personas y escenas de que se trate se nos muestran entonces situadas a gran distancia de nosotros, al final de un largo camino o como si las contemplásemos a través de unos gemelos vueltos al revés (1911).

3. Un individuo que gusta de expresarse en formas abstractas e indeterminadas, hallándose, por lo demás, dotado de un vivo ingenio, sueña, dentro de un más amplio contexto, que se encuentra en una estación y ve llegar un tren. Pero luego presencia cómo *el andén es acercado al tren, el cual permanece inmóvil*, absurda inversión de la realidad. Este detalle es un indicio de que en el contenido latente hay también algo invertido. El análisis nos conduce, en efecto, al recuerdo de un libro de estampas, en una de las cuales se veían varios hombres andando cabeza abajo sobre las manos (1911).

4. Este mismo sujeto nos relata, en otra ocasión, un breve sueño, cuya técnica recuerda la de los jeroglíficos. «Va en automóvil con su tío, el cual le da un beso». La interpretación, que no hubiéramos hallado nunca si el sujeto no nos la hubiese proporcionado inmediatamente después de su relato, es «auto-erotismo». En la vida despierta hubiéramos podido dar idéntica forma a un chiste elaborado con los mismos materiales (1911).

5. El sujeto *hace salir* de detrás de una cama a una señora. Interpretación:

Leda la preferencia (juego de palabras *; hervorziehen* = hacer salir; *Vorzug* = preferencia) (1914).

6. El sujeto se ve vestido con uniforme de oficial y sentado a una mesa enfrente del kaiser: se sitúa en *contraposición* a su padre (1914).

7. El sujeto somete a tratamiento médico a una persona que padece una *fractura (Knochenbruch* = rotura de un hueso). El análisis revela esta fractura como representación de un *adulterio (Ehebruch* = rotura del matrimonio) (1914).

8. Las horas representan, con frecuencia, en los sueños, épocas de la vida infantil del sujeto. Así, en uno de los casos por mí observados, las seis menos cuarto de la mañana representaban la edad de cinco años y tres meses, en la que tuvo efecto, la vida del sujeto, el importante suceso del nacimiento de un hermanito (1914).

9. Otra representación de fechas de la vida del sujeto: Una mujer se ve en compañía de dos niñas, cuyas edades se diferencian en un año y tres meses. La sujeto no recuerda familia ninguna conocida en la que se dé tal circunstancia, pero luego interpreta por sí misma la escena onírica diciendo que las dos niñas son representaciones de su propia persona, y que la diferencia de edad entre ellas existente corresponde al intervalo que separó los dos importantes sucesos traumáticos de su infancia (uno cuando tenía tres años y medio y otro al cumplir cuatro años y nueve meses) (1914).

10. No es de extrañar que las personas sometidas a tratamiento psicoanalítico sueñen frecuentemente con las circunstancias del mismo y expresen en sus sueños las ideas y esperanzas que en ellos despierta. La imagen elegida para representar la cura es, generalmente, la de un viaje, casi siempre en *automóvil*; esto es, en un vehículo complicado y nuevo. La velocidad del automóvil, contrastando con la lentitud del tratamiento psicoanalítico, proporciona a las burlas del sujeto un amplio campo en el que explayarse. Cuando lo *inconsciente* tiene que hallar representación en el sueño, a título de elemento de las ideas de la vigilia, encuentra una apropiada sustitución en lugares *subterráneos*, los cuales representan, en otros casos exentos de toda relación con la cura psicoanalítica, los genitales femeninos o el seno materno. «Abajo» constituye muchas veces en el sueño una referencia a los *genitales*, y «arriba», en contraposición, al *rostro*, la *boca* o el *pecho*. La

elaboración onírica simboliza generalmente con *animales salvajes* los instintos apasionados —del soñador o de otras personas— que infunden temor al sujeto, o sea, con un mínimo desplazamiento, las personas mismas a que dichos instintos corresponden. De aquí a la representación del temido *padre* por animales feroces, perros o caballos salvajes —representación que nos recuerda el totemismo— no hay más que un paso. Pudiera decirse que los animales salvajes sirven para representar la *libido*, temida por el *yo* y combatida por la represión. La neurosis misma, o sea la «persona enferma», es separada con frecuencia de la persona total del sujeto y representada como figura independiente en el sueño (1919).

11. (H. Sachs.) Por *La interpretación de los sueños* sabemos que la elaboración onírica conoce varios caminos para representar sensiblemente una palabra o un giro verbal. Así, puede aprovechar la circunstancia de ser equívoca la expresión que ha de representar y utilizar el doble sentido para acoger en el contenido manifiesto del sueño el segundo significado en lugar del primero, entrañado en las ideas latentes.

Ejemplo de ello es el breve sueño siguiente, en el que se aprovechan con gran habilidad, como material de representación, las impresiones diurnas recientes apropiadas para tal empleo.

Durante el día inmediatamente anterior al sueño me había sentido resfriado y había decidido acostarme y no abandonar el lecho para nada en toda la noche. Antes de acostarme estuve recortando y pegando en un cuaderno varios artículos de periódico con cuidado de colocar cada uno en el lugar que le correspondía. El sueño me hace continuar esta ocupación en la forma siguiente:

«Me esfuerzo en pegar un recorte en el cuaderno, *pero no cabe en la página (er geht aber nicht auf die Seite)*, lo cual me causa gran dolor».

En este momento despierto y compruebo que el dolor experimentado en el sueño perdura como dolor físico real, que me obliga a faltar a mi propósito de permanecer en el lecho. El sueño, cumpliendo su misión de «guardián del reposo», me había fingido la realización de dicho deseo con la representación de la frase *er geth aber nicht auf die Seite* (frase de doble sentido: «pero no cabe en la página» y «pero no tiene que levantarse») (1914).

Puede decirse que la elaboración onírica se sirve, para la representación

de las ideas latentes, de todos los medios que encuentra a su alcance, aparezcan o no lícitos a la crítica del pensamiento despierto, exponiéndose, de este modo, a las burlas y a la incredulidad de todos aquellos que sólo de oídas conocen la interpretación de los sueños, sin haberla ejercido nunca. La obra de Stekel titulada *El lenguaje de los sueños* contiene gran número de ejemplos de este género, pero evito tomar de ella documento ninguno, porque la falta de crítica y la arbitrariedad técnica del autor habrían de hacer dudar aun a los lectores más libres de prejuicios (1919).

12. De un trabajo de V. Tausk, «Los vestidos y los colores al servicio de la representación onírica» (*Int. Zeitschr. f. Ps.*, A. II, 1914), tomo los siguientes ejemplos:

a) A. sueña ver a su antigua ama de llaves vestida con un vistoso traje negro (*Luesterkleid*) muy ceñido por detrás. Interpretación: Acusa de *concupiscente (luestern)* a la mujer de referencia.

b) C. sueña ver, en la carretera de X, a una muchacha rodeada de un *blanco* halo de luz y vestida con una blusa *blanca*.

El soñador había visto su primera escena de amor en dicha carretera y con una muchacha llamada Blanca.

c) La señora de D. sueña ver al *anciano Blasel* (un conocido actor vienés octogenario) vistiendo *armadura* completa y tendido en un diván. Luego se levanta, salta por encima de mesas y sillas, se mira al espejo y esgrime su espada como luchando con un enemigo imaginario.

Interpretación: La sujeto padece una *antigua enfermedad de la vejiga*.

Durante el análisis permanece tendida en un diván, y cuando se mira al espejo encuentra que, no obstante sus años y su enfermedad, está aún muy fuerte. (*Der alie Blasel* = el anciano Blasel; *ein altes Blasenleiden* = una antigua enfermedad de la vejiga; *Ruestung* = armadura; *ruesting* = fuerte.)

13. El sujeto sueña que es una mujer próxima a dar a luz y se ve tendido en la cama. Su estado se le hace muy penoso y exclama: «Preferiría…» (en el análisis, y después de recordar a una persona que le asistió durante una enfermedad, agrega: «partir piedras»). A la cabecera de la cama cuelga un mapa cuyo borde inferior es mantenido tenso por un *listón de madera (Holzleiste). El soñador coge este listón (Leiste)* por sus dos extremos y lo arranca de golpe. Pero en vez de quebrarse por su parte media, como era de

esperar, dada la manera de arrancarlo, queda el listón dividido longitudinalmente en dos. Con este acto de violencia alivia el sujeto su estado y facilita el parto.

Sin que yo intervenga para nada, interpreta el soñador por sí mismo el arrancamiento del *listón (Leiste)* como un *acto (Leistung)* decisivo, por medio del cual acaba con su desagradable situación (en la cura) y se liberta de su disposición femenina… (Strachey ha señalado un trozo omitido por Freud después de la primera publicación de este sueño: «No se puede hacer ninguna objeción a la propia interpretación del paciente, pero no lo describiría como simplemente "funcional" por sus pensamientos oníricos relacionados con su actitud en el tratamiento. Pensamientos de esta clase sirven de "material" para la construcción de sueños como ninguna otra cosa. Es difícil de ver por qué los pensamientos de una persona en análisis no se relacionan con su conducta durante el tratamiento. En el sentido de Silberer la distinción entre fenómeno "material" y "funcional", es de importancia solamente cuando —como en las bien conocidas autobservaciones de Silberer al quedarse dormido— hay una alternativa entre la atención del sujeto dirigida sea a una parte del contenido del pensamiento presente, o sea, a su propio y actual estado físico, y no cuando el estado en sí constituya el contenido de sus pensamientos». [*Adición del E.]*) La absurda rotura del listón en sentido longitudinal queda explicada por el sujeto mediante el recuerdo de que la duplicación de un objeto y su destrucción son un símbolo de la castración. Ésta es representada con gran frecuencia en el sueño por medio de la presencia de dos símbolos del pene, o sea, por una tenaz antítesis optativa. La *ingle (Leiste)* es una región del cuerpo próxima a los genitales. Concretando su interpretación, dice luego el sujeto que el significado de su sueño es el de que vence la amenaza de castración que ha provocado su disposición femenina[470] [349].

14. En un análisis que hube de llevar a cabo en francés se presentó la labor de interpretar un sueño en el que el sujeto me vio convertido en elefante. Naturalmente, le pregunté cómo había llegado a representarme bajo tal forma. La respuesta fue: *Vous me trompez* (Usted me engaña). (*Tomper* = engañar; *trompe* = trompa) (1919).

La elaboración onírica consigue representar frecuentemente un muy árido material —por ejemplo: nombres propios—, utilizando de un modo harto

forzado relaciones muy lejanas. En uno de mis sueños me ha encomendado el viejo Brücke un trabajo. Compongo un preparado y extraigo de él algo que parece un trozo de papel de plata todo arrugado. (De este sueño nos ocupamos más adelante con mayor detalle.) Después de buscar mucho, asocio la palabra *Staniol* (hoja de estaño) y veo que me refiero a *Stannius*, autor de una obra muy estimable sobre el sistema nervioso de los peces. El primer trabajo científico que mi maestro me encomendó se refería, realmente, al sistema nervioso de un pez, al *ammocoetes*, nombre imposible de representar plásticamente.

No quiero dejar de incluir aquí un sueño de singular contenido, muy notable también como sueño infantil y fácilmente solucionado en el análisis. Una señora nos hace el siguiente relato: «Recuerdo que siendo niña soñé repetidas veces que Dios usaba un puntiagudo gorro de papel. Por aquella época infantil me solían poner, durante las comidas, un gorro semejante, que me tapaba la vista por los lados, para quitarme la costumbre de mirar lo que les servían a mis hermanos y protestar en caso de desigualdad. Como me habían dicho que Dios lo sabía y lo veía todo, mi sueño no podía significar sino que también yo me enteraba de todo, a pesar del gorro con que trataban de impedírmelo».

El examen de los *números* y los *cálculos* que aparecen en nuestros sueños nos muestran muy instructivamente el mecanismo de la elaboración onírica y cómo maneja ésta el material con que labora, o sea las ideas latentes. Los números soñados son considerados además por la superstición vulgar como especialmente significativos y prometedores. Elegiré, pues, algunos ejemplos de este género entre los de mi colección:

I

Sueño de una señora poco tiempo antes de la terminación de su tratamiento:

«Quiere pagar algo. Su hija le coge del bolsillo *3 florines 65 céntimos*. Pero ella le dice: ‘¿Qué haces? No cuesta más de veintiún céntimos’». Mi conocimiento de las circunstancias particulares de la sujeto me dio la

explicación de este sueño sin necesidad de más amplio esclarecimiento. Se trataba de una señora extranjera, que tenía a una hija suya en un establecimiento pedagógico en Viena y podía continuar acudiendo a mi consulta mientras su hija permaneciese en él. El curso y, por tanto, el tratamiento terminaba dentro de tres semanas. El día del sueño le había indicado la directora del establecimiento la conveniencia de dejar en él a su hija un año más. Esta indicación había despertado en la sujeto la idea de que siendo así podría ella prolongar a su vez por un año el tratamiento. A esto se refiere, indudablemente, el sueño, pues un año es igual a *365 días*, mientras que las tres semanas que faltan para el final del curso y el del tratamiento pueden sustituirse por 21 días (aunque no por otras tantas horas de tratamiento). Las cifras que en las ideas latentes se referían a espacios de tiempo quedan referidas, en el contenido manifiesto, a cantidades de dinero, no sin quedar expresado simultáneamente un sentido más profundo, pues *time is money*, el tiempo vale dinero, *365* céntimos son *3* florines *65* céntimos. La pequeñez de las cantidades incluidas en el sueño constituye una abierta realización de deseos. El deseo ha disminuido el coste de su tratamiento y el de los estudios de su hija.

II

En otro sueño conducen los números a relaciones más complicadas. Una señora joven, pero casada hace ya bastantes años, recibe la noticia de que una amiga suya, de casi su misma edad, acaba de prometerse en matrimonio. A la noche inmediata sueña lo siguiente: «Se halla en el teatro con su marido. Una parte del patio de butacas está desocupada. Su marido le cuenta que Elisa L. y su prometido hubieran querido venir también al teatro, pero no habían conseguido sino muy malas localidades, 3 por 1 florín 50 céntimos, y no quisieron tomarlas. Ella piensa que el no haber podido ir aquella noche al teatro no es ninguna desgracia».

¿De dónde procede la cantidad de 1 florín 50 céntimos? De un motivo indiferente del día anterior. Su cuñada había recibido como regalo de su hermano, el marido de la sujeto, la suma de 150 florines y se había

apresurado a gastarlos comprándose una joya. Observaremos que 150 florines son *100* veces 1 florín y 50 céntimos. ¿De dónde procede ahora el número 3, coeficiente de los billetes de teatro? Para él no hallamos más enlace que la circunstancia de que Elisa L., la amiga prometida, es 3 meses menor que la sujeto. La significación del detalle de hallarse vacía una parte del patio de butacas nos lleva a la solución del sueño. Dicho detalle es una clara alusión a un pequeño suceso que motivó las burlas de su marido. Deseando asistir a una cierta representación, había comprado las localidades con tanto adelanto, que tuvo que pagar un sobreprecio. Mas luego, cuando llegó con su marido al teatro, advirtió que sus precauciones habían sido inútiles, pues una parte del patio de butacas estaba casi vacía. No había, pues, necesidad de haberse *apresurado tanto* a tomar las localidades.

Sustituyamos ahora el sueño por las ideas latentes: «Ha sido un *disparate* casarme tan joven: *no tenía necesidad ninguna de apresurarme tanto*. Por el ejemplo de Elisa L. veo que no me hubiese faltado un marido y, además, uno *cien veces mejor (Schatz-* marido, novio, tesoro), si hubiese *esperado* (antítesis del *apresuramiento* de la cuñada). Con el mismo dinero (la dote) hubiera podido comprarme *tres* maridos como éste». Observamos que los números incluidos en este sueño han cambiado de contexto y de significado en un grado mucho mayor que los de ejemplos anteriores, y ésta más amplia labor de la deformación onírica nos revela que las ideas latentes han tenido que vencer una resistencia intrapsíquica especialmente intensa. No dejaremos tampoco inadvertida la circunstancia de que este sueño contiene un elemento absurdo: el de que *dos* personas tienen que tomar *tres* localidades. Anticipando una afirmación que más adelante justificaremos al tratar de la interpretación de lo absurdo en el sueño, indicaremos que este absurdo detalle del contenido manifiesto debe ser representación de la más acentuada de las ideas latentes: Fue un disparate casarme tan pronto. El 3 (3 meses de diferencia en la edad) contenido en una relación absolutamente secundaria de las dos personas comparadas es hábilmente utilizado luego para la producción del desatino necesario al sueño. El empequeñecimiento de la cantidad real de 150 florines a 1 florín 50 céntimos corresponde al *desprecio* del marido (o «tesoro») existente en los pensamientos reprimidos de la sujeto.

III

Otro ejemplo nos muestra el procedimiento que el sueño sigue en sus cálculos y tanto ha contribuido a desacreditarle. Un individuo sueña lo siguiente: «Se halla en casa de B. (una familia antigua conocida suya), y dice: 'Ha sido un disparate que no me hayan dado ustedes a Mali'. Luego pregunta a la muchacha así llamada: '¿Qué edad tiene usted?' Respuesta: 'Nací en *1882*'. '¡Ah! Entonces tiene usted *28* años'.»

Dado que el sujeto tiene este sueño en 1898, es indudable la inexactitud del cálculo, y la ineptitud matemática del soñador puede, por tanto y caso de no hallar otra mejor explicación, ser comparada a la del paralítico. Mi paciente pertenece a aquellas personas a quienes no hay mujer que no interese. Durante varios meses le había sucedido en mi consulta una señora joven, de la cual me habló varias veces y con la que extremaba su cortesía cada vez que la encontraba al salir de mi gabinete. Según él, debía de tener esta señora unos *28* años, circunstancia que aclara el resultado del cálculo efectuado en el sueño. La cifra que en él aparece —1882— correspondía al año del casamiento del sujeto. Éste no había podido menos de entablar conversación con las otras dos personas femeninas que encontraba en mi casa, las dos criadas, nada jóvenes, que alternativamente le abrían la puerta y, encontrándolas poco asequibles a sus deseos de charlar, lo atribuyó a que le consideraban ya como un hombre serio y *sentado*.

IV

Al doctor B. Dattner debo la comunicación e interpretación del sueño numérico siguiente, caracterizado por su transparente determinación, o más bien superdeterminación (1911):

«Mi patrón, guardia de Seguridad, empleado en las oficinas de Policía, sueña que está de servicio en la calle, circunstancia que constituye una realización de deseos. En esto se le acerca un inspector que lleva en el cuello del uniforme el número *22-62* o *22-26*. La cifra total constaba de todos modos de varios doses. Ya la división del número 2262 en el relato del sueño

permite deducir que los elementos que lo integran poseen un significado aparte. El sujeto recuerda que el día anterior estuvieron hablando en la oficina de los años de servicio que lleva cada uno. El motivo de esta conversación fue la jubilación de un inspector que tenía 62 años. El sujeto tiene ahora 22 años de servicios y le faltan 2 años y 2 meses para jubilarse con el 90 por 100 de su sueldo. El sueño le finge primero el cumplimiento de un deseo que abriga hace ya mucho tiempo: el de su promoción a la categoría de inspector. El inspector que se le aparece llevando en el cuello el número 2262 es él mismo; está de servicio en la calle, otro de sus deseos; ha servido ya 2 años y 2 meses y puede jubilarse, como el inspector de 62 años, con el sueldo completo[471]».

Reuniendo estos ejemplos con otros análogos que más adelante expondremos, podemos afirmar que la elaboración onírica no calcula, ni acertada ni erróneamente; se limita a reunir en forma de cálculo matemático números entrañados en las ideas latentes y que pueden servir de alusiones a un material no representable. Al obrar así considera los números como material propio para la expresión de sus propósitos y los maneja en la misma forma que a las demás representaciones y que a los nombres y los discursos orales reconocibles como representaciones verbales.

Es un hecho probado que la elaboración onírica no puede crear discursos originales. Por amplios que sean los discursos o diálogos —coherentes o desatinados— que en el sueño se desarrollen, nos demuestran siempre en el análisis que la elaboración no ha hecho sino tomar de las ideas latentes fragmentos de discursos reales, oídos o pronunciados por el sujeto, manejándolos además con absoluta arbitrariedad. No sólo los arranca de su contexto primitivo, sino que, acogiendo unos y rechazando otros, forma nuevas totalidades, resultando así que un discurso onírico coherente en apariencia se disgrega luego en tres o cuatro trozos al ser sometido al análisis. La elaboración del sueño suele hacer caso omiso en este proceso del sentido que las palabras poseían en las ideas latentes, atribuyéndoles otro completamente nuevo[472]. Un más detenido examen nos permite distinguir en el discurso onírico dos clases de elementos: unos precisos y compactos y otros que sirven de aglutinante entre los primeros y que han sido probablemente agregados para llenar un hueco, como agregamos al leer letras

o sílabas que un defecto de impresión ha dejado en blanco. El discurso onírico presenta así la estructura de una argamasa constituida por grandes trozos de materias homogéneas unidas entre sí mediante un fuerte cemento.

Esta descripción no es, de todos modos, exacta sino con respecto a aquellos discursos orales que presentan un marcado carácter sensorial y son reconocidos por el sujeto como oídos o pronunciados en el sueño. Los demás, aquellos de los que el soñador no puede asegurar que fueron dichos u oídos por él durante el sueño (aquellos que no presentaron una co-acentuación acústica o motora), son simplemente ideas, iguales a las que surgen en nuestra actividad intelectual despierta y pasan muchas veces al sueño sin modificación ninguna. La lectura parece constituir asimismo un manantial —tan generoso como difícil de determinar— del material oral indiferente de nuestros sueños. Pero todo lo que en éstos muestra un marcado carácter de discurso oral resulta derivado de discursos reales oídos o dichos por el sujeto.

En los análisis expuestos con otro distinto fin hemos encontrado ya ejemplos de la derivación de tales discursos oníricos. Así, en el sueño «inocente» de la señora que llega tarde al mercado (véanse págs. 459-460), en el que la frase «No queda ya» sirve para identificarse con el carnicero, mientras que un fragmento de la otra: *No he visto nunca cosa semejante. No lo compro*, cumple la misión de dar al sueño un aspecto inocente. El día del sueño había reñido la sujeto a su cocinera, diciéndole: «¡No he visto nunca cosa semejante! ¡Hágame el favor de conducirse más correctamente!» e incluye luego en su sueño la primera parte de esta frase, indiferente en sí, para aludir con ella a la segunda, muy adaptada a la fantasía entrañada en el sueño, pero que de ser incluida en él hubiera relatado dicha fantasía.

Daremos aquí un análogo ejemplo como muestra de otros muchos que conocemos y que prueban todos lo mismo:

«Un amplio patio en el que están quemando unos cadáveres. El sujeto dice: ‘Me voy; no puedo ver esto’. Luego encuentra a dos muchachos, aprendices de carnicero, y les pregunta: ‘Qué, ¿os ha gustado?’ Uno de ellos responde: ‘No; no estaba bueno’.» Como si hubiese sido carne humana.

El inocente motivo de este sueño es el que sigue. El sujeto fue de visita con su mujer, después de cenar, a casa de unos vecinos, gente buena, pero nada *apetitosa* (atractiva). La señora de la casa, una amable anciana, se

hallaba cenando a su llegada y *obligó* al sujeto a probar de su cena. (Para designar estas apremiantes invitaciones a tomar algo se usa entre hombres una expresión compuesta de sentido sexual.) El sujeto rehusó repetidamente, alegando que no tenía apetito, pero la buena «señora insistió, diciendo: *No; no se me irá usted sin tomar algo*. Tuvo, pues, que probar lo que le ofrecían, y al acabar dijo: 'Está muy bueno'.» Después, al volver a casa con su mujer, criticó tanto la pesadez de la señora como la calidad de lo ofrecido. El *no puedo ver esto*, que no aparece claramente en el sueño como dicho, es un pensamiento que se refiere a los encantos físicos de la señora y quiere decir que el sujeto no encuentra placer ninguno en contemplarla.

Más instructivo aún es el análisis de otro sueño que comunicaré aquí a causa de la clara oración que constituye su centro, pero cuyo esclarecimiento dejaremos para cuando tratemos de los afectos en el sueño. «Es de noche. Estoy en el laboratorio de Brücke y oigo llamar suavemente a la puerta. Abro y doy paso al profesor Fleischl (difunto) que entra con varios amigos y se sienta a su mesa después de cambiar conmigo algunas palabras». Luego sigue un segundo sueño: «Mi amigo Fliess ha venido inesperadamente a Viena en el mes de julio. Le encuentro en la calle con mi amigo P. (difunto) y voy con ellos a un lugar indeterminado, donde se sientan frente a frente en una mesita, acomodándome yo en una de las cabeceras. Fl. habla de su hermana y dice: 'En tres cuartos de hora quedó muerta', y luego algo como: 'Éste es el umbral'. Viendo que P. no le comprende, se dirige Fl. a mí y me pregunta qué es lo que sobre él he contado a P. Embargado entonces por singulares afectos, quiero decir a Fl. que P. (no puede saber nada porque) no vive. Pero dándome perfecta cuenta de que me expreso mal, digo: *Non vixit*. Luego miro penetrantemente a P., que palidece bajo mi mirada, tomando sus ojos un enfermizo color azul, y se va luego disolviendo poco a poco hasta desvanecerse por completo. Ello me causa extraordinaria alegría, haciéndome comprender que Ernesto Fleischl no era tampoco sino una aparición, un *revenant*, y pienso que tales personas (apariciones) no subsisten sino mientras uno quiere, siendo suficiente nuestro deseo para hacerlas desaparecer».

Este acabado sueño reúne muchos de aquellos caracteres de la elaboración onírica que nos parecen enigmáticos: la crítica ejercida durante el sueño al reconocer el error de decir: *Non vixit*, en lugar de *Non vivit*; la

inalterable tranquilidad que conservo ante la aparición de personas que el sueño mismo declara difuntas; por último, lo absurdo de mi deducción final y la alegría que me produce. Me encantaría, pues, poder comunicar aquí su solución completa. Pero en la vida real soy incapaz de conducirme como lo hago en este sueño y sacrificar a miras personales las consideraciones que debo a personas muy queridas. Por mucho que quisiera encubrirlo, el sentido del sueño, que me es bien conocido, habría de avergonzarme. Me limitaré, pues, a interpretar, primero aquí y luego más adelante, al tratar de los afectos en el sueño, algunos dé los elementos del que ahora nos ocupa.

La escena en la que aniquilo a P. con la mirada constituye el centro del sueño. Los ojos de mi amigo van adquiriendo un extraño color azul y todo él se disuelve luego. Esta escena es la evidente reproducción de otra realmente vivida. Siendo auxiliar en el Instituto Fisiológico, tenía mi clase por la mañana temprano, y Brücke averiguó que había llegado varias veces un tanto retrasado. Un día se presentó en el laboratorio a la hora fijada para el comienzo de la clase, esperó mi llegada y me amonestó enérgicamente. Pero lo más terrible no fueron sus palabras, sino la fulminante mirada de sus ojos azules, bajo la que quedé realmente aniquilado, como P. en el sueño, el cual invierte a favor mío los papeles. Todos los que conocieron al ilustre hombre de ciencia recordarán sus hermosos ojos azules, cuyo fuego no lograron debilitar los años, y aquellos que le vieron irritado comprenderán sin dificultad los afectos que me sobrecogieron en la ocasión citada.

Durante mucho tiempo me fue imposible encontrar el origen del *non vixit* con el que ejecuto a P. en mi sueño, hasta que recordé que tales dos palabras no aparecían claramente como dichas u oídas, sino como *vistas*, y entonces supe inmediatamente de dónde procedían. En el basamento de la estatua del emperador José se lee la siguiente bella descripción:

> Saluti patriæ *vixil*
> *non* diu sed totus[473].

De esta inscripción había extraído yo aquellas palabras que se adaptaban a la serie de pensamientos hostiles dada a mis ideas latentes y que habían de significar: «Éste no tiene nada que decir aquí, pues no vive». En seguida

recordé que mi sueño.se desarrolló pocos días después de la inauguración del monumento a *Fleisch!* en el claustro de la Universidad, ocasión en la que vi también el de Brücke emplazado en el mismo lugar y pensé con dolor (en lo inconsciente) que la prematura muerte de mi amigo P. le ha privado de ocupar un puesto al lado de estos ilustres hombres de ciencia. En mi sueño le elevo el monumento que sus altas dotes y su amor a la ciencia le habrían seguramente conquistado. Mi pobre amigo se llamaba también José, como el emperador, en cuyo monumento consta la inscripción antes citada[474].

Según las reglas de la interpretación onírica, no tenemos aún el derecho de sustituir el *non vivit* que nos es necesario por el *non vixit* que nos proporciona mi recuerdo de dicha inscripción. Pero observo que, en la escena de mi sueño, confluyen una corriente de ideas hostiles y otra de ideas cariñosas, referidas a mi amigo P., superficial la primera y encubierta la segunda, corrientes que alcanzan ambas su representación de las palabras *non vixit*. Por sus méritos científicos, elevo a P. un monumento, pero por haberse hecho culpable de un mal deseo (expresado al final del sueño) le aniquilo. Al acabar de redactar la frase precedente en el análisis que voy efectuando, me doy cuenta de que en su estructura ha debido de influir el recuerdo de otra muy conocida. ¿Dónde encontramos una antítesis análoga y una yuxtaposición de dos reacciones contrarias que, hallándose referidas a una misma persona y aspirando ambas a una plena justificación, procuran, sin embargo, no estorbarse? Recordemos el *Julio César* shakespeariano y el discurso en que Bruto trata de justificar su crimen: «Porque César me amaba le lloro; porque era valeroso, le honro; pero porque era ambicioso, le maté». Esta frase presenta idéntica estructura que la redactada por mí en el análisis y entraña la misma antítesis que hemos llegado a descubrir en las ideas latentes de mi sueño. Habré, pues, de suponer que desempeño en éste el papel de Bruto. Veamos si existe algún otro indicio que, agregándose a esta sorprendente conexión colateral, pueda confirmar tal hipótesis. El sueño me dice que mi amigo ha venido a Viena en el mes de *julio*, detalle carente de toda base real. Que yo sepa, jamás ha venido Fl. en tal época a Viena, pero el mes de *julio* debe su nombre a *Julio César*, y podía constituir muy bien el indicio buscado, o sea la alusión en el sueño a la idea de que me arrogo el papel del regicida romano[475].

En realidad, he encarnado una vez tal figura, pues a la edad de catorce años representé, ante un auditorio infantil, la escena que Schiller hace desarrollarse entre Bruto y César en su conocido poema. El papel de César fue desempeñado entonces por mi sobrino John, que había venido de Inglaterra y se hallaba pasando una temporada con nosotros. Este sobrino mío, un año mayor que yo, puede ser considerado como una especie de *revenant*, pues con él vuelve a surgir ante mí el camarada de mis primeros juegos infantiles. Hasta que cumplí cuatro años fuimos inseparables, queriéndonos mucho y peleándonos otro tanto, y esta relación infantil ha fijado decisivamente, como ya hube de indicarlo en otro lugar, la orientación de mis sentimientos en mi trato ulterior con personas de mi edad. Posteriormente ha hallado en mis sueños este sobrino mío múltiples encarnaciones que reavivaban una cualquiera de las facetas de su personalidad indeleblemente impresa en mi memoria inconsciente. Sin duda debió de tratarme con dureza en alguna ocasión y yo debí de mostrarme valeroso, rebelándome contra mi tirano, pues mis familiares me han relatado que interpelado una vez por mi padre con la frase «¿Por qué has pegado a John?», le respondí: «Le pego porque él me ha pegado antes». Si tenemos en cuenta que para designar estas riñas infantiles se emplea familiarmente la palabra *Wiesen* («zurra»), habremos de deducir que la escena relatada es la que transforma el *non vixit*. La elaboración onírica no desdeña servirse de esta clase de conexiones. Mi hostilidad contra P., carente de todo fundamento real, se deriva, sin duda, de mi complicada relación afectiva infantil con mi sobrino. En efecto, siendo P. muy superior a mí por todos conceptos, podía considerarlo como una nueva edición de mi compañero de niñez.

Más adelante habremos de volver sobre este sueño.

G) **Sueños absurdos. Los rendimientos intelectuales en el sueño**.

Muchos de los sueños cuyo análisis hemos, desarrollado en páginas precedentes muestran un contenido manifiesto total o fragmentariamente *absurdo*. No creemos, pues, conveniente aplazar por más tiempo la investigación del origen y significado de esta singular circunstancia, que,

como ya señalamos, ha ofrecido a los detractores del fenómeno onírico un principalísimo argumento para no ver en él sino un desatinado producto de una actividad mental reducida y disgregada.

Comenzaremos por exponer algunos ejemplos en los que la *absurdidad* del contenido manifiesto no es sino una apariencia, que se desvanece en cuanto profundizamos algo en el sentido del sueño. Todos ellos coinciden —a primera vista casualmente— en presentar como un personaje principal al difunto padre del sujeto correspondiente.

I

Sueño de un paciente cuyo padre ha muerto hace seis años:

«A su padre le ha sucedido una gran desgracia. Viajaba en el tren de la noche. Ha habido un descarrilamiento, y ha muerto con la cabeza aplastada entre las paredes del vagón. El sujeto le ve luego tendido en la cama, mostrando una gran herida, que parte del borde de la ceja izquierda y se extiende verticalmente hacia abajo. Se asombra de que su padre haya podido desgraciarse. (Luego agrega en su relato, puesto que estaba ya muerto.) Los ojos del cadáver conservan una gran claridad».

Según la opinión dominante sobre los sueños, habríamos de explicarnos éste en la forma siguiente: el sujeto ha olvidado al principio, mientras se representa el accidente, que su padre descansa ya en la tumba hace varios años. Luego, en el curso de su sueño, despierta en él tal recuerdo y le hace asombrarse del mismo sin dejar de soñar. Pero el análisis nos muestra en seguida el error de una tal explicación. El sujeto había encargado a un escultor el *busto* de su padre, y dos días antes del sueño relatado había ido a ver la escultura al estudio del artista. Este busto es el que le parece haberse *desgraciado* (haber salido mal). El escultor no conoció en vida a su modelo, y hubo de guiarse por un retrato. El mismo día del sueño había mandado el sujeto a un antiguo criado de la familia a casa del artista para ver si confirmaba su opinión de que la cabeza del busto resultaba como *aplastada* por los lados, siendo demasiado corta la distancia de sien a sien. A estos antecedentes se agrega para la construcción del sueño el siguiente material

mnémico: cuando se hallaba atormentado por preocupaciones profesionales o familiares, el padre del sujeto acostumbraba apretarse la cabeza entre las manos, colocándosela sobre las sienes, como si el esfuerzo mental hubiese dilatado su cráneo y quisiera comprimirlo. Teniendo cuatro años fue el sujeto testigo de un accidente que le ocurrió a su padre. Manejando éste una pistola que creía descargada, se le disparó, y el fogonazo le ennegreció los ojos (*los ojos conservan una gran claridad*). Cuando el padre del sujeto se hallaba triste o preocupado surcaba su rostro una profunda arruga en el mismo lugar que luego ocupa la herida en el sueño. Esta sustitución alude al segundo motivo del mismo. El sujeto había dejado caer una placa fotográfica que contenía el retrato de su hija pequeña, y al recogerla vio que una hendidura del cristal atravesaba la frente de la niña hasta detenerse en una ceja, simulando una profunda arruga. En esta ocasión no pudo por menos de recordar supersticiosamente que un día antes de morir su madre se le había roto también una placa con su retrato.

Así, pues, la absurdidad de este sueño es simplemente el resultado de la imprecisión con que nos expresamos al juzgar el parecido de un retrato, usando generalmente un giro en el que confundimos la reproducción con el modelo. Así, acostumbramos decir, por ejemplo, ante un retrato de nuestro padre: *¿No encuentras que papá está muy mal?* Por último, observamos que en este sueño hubiera sido facilísimo evitar el absurdo, hasta el punto de que si un solo ejemplo nos diera derecho a sentar un juicio, diríamos que tal apariencia de absurdidad es voluntaria o permitida.

II

Un segundo ejemplo, muy análogo, tomado de mi colección de sueños propios. (Mi padre murió en 1896.) «Mi padre ha desempeñado después de su muerte una misión política entre los magiares, logrando la unión de los partidos». Enlazado con esta idea, veo imprecisamente un pequeño cuadro cuyo contenido es el que sigue: «Una numerosa reunión, como si fuese un Parlamento. Los circunstantes rodean a una persona que se halla encaramada en una silla. Recuerdo que mi padre presentaba en su lecho de muerte un

extraordinario parecido con Garibaldi, y celebro que haya llegado a cumplirse lo que tal semejanza prometía».

Todo esto es suficientemente absurdo. Mi sueño se desarrolló por los días en que los húngaros se habían colocado fuera de la ley, ejerciendo una sistemática *obstrucción*, conducta que los llevó a la gravísima crisis resuelta luego por Koloman Széll. La pequeñez de las imágenes que constituyen la escena de mi sueño posee una significación particular, y hemos de tenerla en cuenta para el esclarecimiento de dicha escena. La corriente representación onírica visual de nuestros pensamientos presenta imágenes que nos dan la impresión de ser de tamaño natural. Pero la escena de mi sueño es la reproducción de un grabado en madera que ilustraba una *Historia de Austria* y representaba a María Teresa en el Parlamento de Presburgo, o sea la famosa escena del *Moriamur pro rege nostro*[476]. Como allí María Teresa, aparecía en mi sueño mi padre, rodeado de la multitud. Pero, además, está sobre una «silla» (*Stuhl*). Es, pues, un juez (*Stuhlrichter*). (Los ha *unido* —actúa aquí de intermediaria la expresión corriente: «No necesitamos *juez ninguno*», empleada para indicar el acuerdo de dos o más personas.) El parecido que en su lecho de muerte presentaba mi padre con Garibaldi fue advertido por todos cuantos le vimos en tal ocasión. Una elevación *postmortal* de la temperatura enrojeció intensamente sus mejillas[477]. A la cualidad *postmortal* de este fenómeno corresponden en el contenido manifiesto del sueño las palabras *después de su muerte*. Lo que más hubo de atormentarle en sus últimos días fue una absoluta parálisis intestinal (*obstrucción*). A esta circunstancia se enlazan toda clase de pensamientos irrespetuosos. Un amigo mío de mi misma edad, cuyo padre murió antes de comenzar él sus estudios universitarios, me relató una vez entre burlas el dolor de una parienta suya que al amortajar el cadáver de su padre, muerto de repente en la calle, encontró que en el momento de la muerte o después de ella (*postmortalmente*) se había producido una evacuación del intestino. La hija se lamentaba de ver manchado el recuerdo de su padre por este feo detalle. Llegamos aquí al deseo que toma cuerpo en mi sueño. ¿Quién no aspira, en efecto, a *aparecer limpio de toda impureza ante sus hijos después de la muerte*? ¿Y dónde queda ya la absurdidad de este sueño? Lo que le ha prestado tal apariencia es únicamente el hecho de haber sido reproducida en

él punto por punto una expresión corriente («aparecer después de la muerte ante nuestros hijos»), cuyo sentido literal contiene un absurdo que la costumbre nos hace dejar inadvertido. Tampoco aquí podemos rechazar la impresión de que la apariencia de absurdidad ha sido creada voluntariamente.

Adición de 1909: La frecuencia con que nuestros sueños resucitan a personas fallecidas ha despertado un indebido asombro y ha dado origen a singulares explicaciones, que revelan claramente la general incomprensión con la que siempre ha tropezado el fenómeno onírico. Y, sin embargo, el esclarecimiento de estos sueños no es nada difícil. El pensamiento «¿Qué diría de esto mi padre, *si* viviera?», *es* corrientísimo, y este *si* no puede representarlo el sueño sino con la presencia de la persona de que se trate. Así, un joven que ha heredado una considerable fortuna de su abuelo y al que se le reprochan sus excesivos dispendios sueña que el abuelo ha resucitado y le pide cuentas del empleo de la herencia. Aquello que consideramos como rebelión contra el sueño, esto es, la oposición de nuestro convencimiento de que la persona de referencia ha muerto hace ya tiempo, es, en realidad, la idea consoladora de que es mejor que el muerto no haya visto aquello o la satisfacción de que no pueda ya oponerse a nuestros deseos.

Otro género de absurdidad que hallamos en estos sueños con parientes fallecidos no expresa ya la burla y la irrisión, sino que constituye la representación de una insospechable idea reprimida. La solución de estos sueños sólo se nos hace posible teniendo en cuenta que el fenómeno onírico es incapaz de distinguir entre lo real y lo simplemente deseado. Ejemplo: un individuo que ha asistido con todo cariño a su padre durante la enfermedad que le llevó al sepulcro tiene poco tiempo después el siguiente sueño: «Su padre ha resucitado y dialoga con él como antes; pero (lo singular es que) está, sin embargo, muerto, aunque no lo sabe». Comprenderemos este sueño si a *está, sin embargo, muerto* agregamos a *consecuencia del deseo del sujeto*, y a «aunque no (lo) sabe» añadimos «que el sujeto tenía tal deseo». Durante la enfermedad de su padre había deseado el sujeto piadosamente que la muerte viniera a poner término a los padecimientos del enfermo, ya que no había esperanza alguna de curación. Pero luego, perturbado por el dolor de la irreparable pérdida, llegó a reprocharse gravemente aquel piadoso deseo, como si con él hubiera contribuido, en realidad, a abreviar la vida del

enfermo. El resurgimiento de tempranos impulsos infantiles hizo posible la encarnación de este reproche en un sueño; pero la contradicción existente entre el estímulo del sueño y los pensamientos diurnos tenía necesariamente que darle un carácter absurdo (ver «Los dos principios del funcionamiento mental», 1911, vol. V de esta colección).

Los sueños con personas queridas que la muerte nos ha arrebatado plantean a la interpretación onírica difíciles problemas, cuya satisfactoria solución no siempre nos es dado conseguir. Estas dificultades dependen, probablemente, de la intensa *ambivalencia* sentimental dominante en las relaciones del sujeto con la persona fallecida. Es muy corriente que en tales sueños aparezca primero vivo el protagonista, surja después, de repente, la idea de que está muerto y vuelva luego a ser resucitado. Estas alternativas, que en principio nos desorientan, expresan la *indiferencia* del sujeto. («Me es igual que esté vivo o muerto».) Naturalmente, no es esta indiferencia real, sino simplemente deseada; tiende a negar las disposiciones sentimentales del sujeto, muy intensas y a veces contrapuestas, y se constituye así en representación onírica de su *ambivalencia*. La explicación de otros sueños de este género se consigue aplicando la regla siguiente: cuando el sueño no menciona la muerte de la persona en él resucitada es señal de que el sujeto se identifica con dicha persona y sueña, por tanto, con su propia muerte. A esta identificación se opone luego, de repente, la reflexión de que se trate de alguien fallecido hace ya tiempo. De todos modos ha de confesar que la interpretación onírica no ha logrado aún arrancar a los sueños de este género todos sus secretos.

III

En el ejemplo que sigue sorprendemos ya a la elaboración onírica en la voluntaria creación de un absurdo, para el que no ofrece pretexto ninguno el material dado. Trátase del sueño provocado por mi encuentro con el conde de Thun en la estación de ferrocarril (pág. 473-9).

«Voy en un coche de un caballo, y digo al cochero que me lleve a una estación. Luego, contestando a no sé qué objeción que el cochero me opone,

como si hubiese ya retenido demasiado tiempo sus servicios y se hallase fatigado, añado: 'Por la vía no puedo ir con usted'. Al decir esto me parece como si hubiera recorrido ya en el coche una distancia que se acostumbra recorrer en ferrocarril». Sobre esta absurda y embrollada escena nos suministra el análisis las siguientes aclaraciones: aquella tarde hube de tomar un coche de un caballo para ir a una apartada calle de Dornbach. El cochero ignoraba la situación de tal calle; pero, como es costumbre del oficio, en lugar de preguntarme el camino echó a andar a la aventura, hasta que, dándome cuenta de lo que sucedía, le indiqué la ruta que había de seguir, no sin hacerle de paso algunas observaciones irónicas. Partiendo de la persona de este cochero, se forma una concatenación de ideas que me conduce hasta la del aristócrata al que después encontré en la estación. Me limitaré por ahora a indicar que la afición de los aristócratas a guiar sus carruajes, sustituyendo al cochero, es cosa que despierta en nosotros, plebeyos burgueses, cierta extrañeza. El conde de Thun dirige también el carro (coche) del Estado austríaco. La frase inmediata del sueño se refiere a mi hermano, al que identifico, por tanto, con el cochero de mi historia. Este año he debido suspender, como otras veces, mi viaje por Italia. («Por la vía no puedo ir con usted».) Mi negativa ha sido una especie de castigo por haberse quejado de que llegaba a *fatigarse* (circunstancia que pasa el sueño sin modificación ninguna), en mi afán de no dejar de ver nada interesante, obligándole a correr todo el día de un lado para otro. Mi hermano salió conmigo aquella tarde para acompañarme a la estación; pero poco antes de llegar se bajó del coche para tomar el tranvía de Purkersdorf, sin atender mi indicación de que podía acompañarme un rato más, tomando el mismo tren que yo y yendo en él hasta la mencionada localidad. El sueño refleja estos hechos en la circunstancia de que «he recorrido en el coche una distancia *que se acostumbra recorrer en ferrocarril*», pero invierte la realidad, pues lo que yo había dicho a mi hermano era «que el recorrido que iba a hacer en tranvía podía hacerlo conmigo en el tren». Toda la confusión del sueño proviene de que sustituyo en él el «tranvía» por el «coche», sustitución que favorece, por otro lado, la identificación de mi hermano con el cochero. De todo esto resulta algo totalmente disparatado y que parece imposible desembrollar, llegando casi a constituir una contradicción a una frase mía anterior. («Por la vía no puedo ir

con usted».) Pero teniendo en cuenta la dificultad de confundir un coche con un tranvía, habremos de deducir que la confusión y el absurdo de toda esta enigmática historia han sido voluntariamente producidos.

Mas ¿con qué objeto? Descubrimos ya cuál es la significación de la absurdidad del sueño y por qué motivos es permitida o creada. En el caso que nos ocupa hallamos para este problema la solución siguiente: necesito que mi sueño entrañe un absurdo y algo incomprensible, relacionado con el hecho de *ir en un vehículo (fahren)*, porque entre las ideas latentes hay un determinado juicio que demanda representación. En casa de aquella sociable e ingeniosa señora, que en otra escena del mismo sueño aparece convertida en «ama de llaves», me fueron planteadas una noche dos adivinanzas, que no conseguí resolver. Todas las demás personas presentes las conocían ya, y rieron de mis inútiles esfuerzos por desentrañarlas. Hallábanse basadas, respectivamente, en el doble sentido de las palabras *Nachkommen* («nachkommen», verbo «seguir, venir detrás»; *Nachkommen*, sustantivo, «descendencia») y *Vorfahren* («Vorfahren», verbo, «ir a algún lado con el coche[478]»; *Vorfahren*, sustantivo, «antepasados»), y su texto era el siguiente:

El dueño lo manda,
el cochero lo hace;
todos lo tenemos;
descansa en la tumba.

Solución: *Vorfahren* («ir a algún lado con el coche» —«antepasados»—). Lo que más desorientaba era que la segunda adivinanza comenzaba con los dos mismos versos que la primera:

El dueño lo manda;
el cochero lo hace;
no todos lo tenemos;
descansa en la cuna.

Solución: *Nachkommen* («seguir, venir detrás» —«descendencia»—).

Cuando luego vi *pasar en coche (vorfahren)* al conde de Thun y recordé, aprobándolas, las palabras de Fígaro sobre los grandes señores, cuyo único

mérito es haberse tomado el trabajo de nacer (de constituir la *descendencia* —*Nachkommen*— de otros), se convirtieron estas adivinanzas en ideas intermedias para la elaboración onírica. La facilidad de confundir a un aristócrata con su cochero, y nuestra antigua costumbre de dar a los cocheros el apelativo de «señor cuñado» (*Herr Schwager*), permitieron que la condensación onírica incluyera a mi hermano en la misma representación. Pero la idea latente que actúa detrás de todo ello es la siguiente: *Es un disparate enorgullecerse de sus antepasados. Por mi parte, prefiero ser el fundador de una estirpe, esto es, el que por sus méritos propios alcanza renombre y lo transmite a su descendencia*. El desatino del sueño refleja, pues, el juicio: «Es un disparate…», contenido en las ideas latentes.

Así, pues, el sueño es hecho absurdo cuando el juicio «esto es un desatino» aparece incluido en el contenido latente, o, en general, cuando alguna de las series de ideas del sujeto entraña burla o crítica. Lo absurdo llega a ser de este modo uno de los medios que la elaboración onírica utiliza para representar la contradicción, debiendo ser agregado, por tanto, como tal a la inversión de una relación de material entre las ideas latentes y el contenido manifiesto y al empleo de la sensación motora de coerción; pero la absurdidad del sueño no puede ser traducida por un simple «no», sino que ha de reproducir simultáneamente la disposición de las ideas latentes y la oposición contra la burla o el insulto. Sólo con este propósito produce la elaboración onírica algo risible. Transforma aquí nuevamente *una parte del contenido latente en una forma manifiesta*[479].

En realidad, hemos tropezado ya con un ejemplo convincente de esta significación de un sueño absurdo. El sueño de la representación de una ópera de Wagner, que dura hasta las siete y cuarto de la mañana, siendo dirigida la orquesta desde lo alto de una torre, etc. (Pág. 554) —sueño que interpretamos sin necesidad de análisis—, afirma abiertamente lo que sigue: «El mundo marcha al *revés* y la sociedad está *loca*. Nunca alcanzan las cosas aquellos que las desean y poseen algún mérito, sino aquellos otros que no las merecen ni saben apreciarlas». Con esto alude la sujeto a su propio destino, comparándolo con el de su prima. Tampoco es casual, en modo alguno, que los ejemplos que se nos han ofrecido para ilustrar la absurdidad de los sueños traten todos del difunto padre del sujeto, pues en estos sueños aparecen

reunidas de un modo típico las condiciones de la creación de sueños absurdos. La autoridad de que el padre se halla investido provoca tempranamente la crítica del hijo, y sus severas exigencias educativas inclinan al niño a espiar atentamente toda posible debilidad de su progenitor, viendo en ella una justificación de sus propias faltas. Pero el respeto y el cariño con que nuestro pensamiento envuelve a la figura paterna, sobre todo después de su muerte, agudizan la censura, que aleja de la conciencia toda manifestación de crítica.

IV

Un nuevo sueño absurdo, en el que interviene un padre difunto (de S. Freud)

«Recibo una carta del Ayuntamiento de mi ciudad natal reclamándome el pago de una cantidad por la asistencia prestada en el hospital, el año 1851, a una persona que sufrió un accidente en mi casa. La pretensión del Ayuntamiento me hace reír, pues en 1851 no había yo aún nacido, y mi padre, al que quizá pudiera referirse, ha muerto ya. Voy a buscarle a la habitación contigua. Le encuentro en la cama y le doy cuenta de la carta. Para mi sorpresa, recuerda que en el citado año 1851 se emborrachó una vez y tuvieron que encerrarle o custodiarle. Esto sucedió cuando trabajaba para la casa T. 'Entonces, ¿también tú has bebido?', le pregunto. Y luego añado: 'Te casaste poco después, ¿no?' Echo la cuenta de que yo nací en 1856, fecha que me parece seguir inmediatamente a la otra».

Guiándonos por nuestras últimas deducciones, interpretaremos la intensidad con que este sueño evidencia su absurdidad como indicio de una polémica particularmente empeñada y apasionada en las ideas latentes. Pero comprobamos con singular asombro que dicha polémica se desarrolla aquí abiertamente y que el padre es francamente designado como la persona a la que van dirigidas las burlas. Tal franqueza parece contradecir nuestros asertos sobre la actividad de la censura durante la elaboración onírica. Pero esta singular circunstancia queda aclarada cuando descubrimos que el padre no es sino una figura encubridora y que la persona combatida es otra, mencionada

únicamente en el sueño por una alusión. Lo general es que nuestros sueños nos muestren en rebelión contra personas ajenas a nosotros, detrás de las cuales se esconde la de nuestro padre; pero en este ejemplo hallamos la situación inversa, y es el padre el que se constituye en encubridor de otros. Por este motivo puede aludir aquí abiertamente el sueño a la figura paterna —sagrada para él en toda otra ocasión—, pues en el fondo existe la convicción de que no se refiere realmente a ella. La motivación del sueño es la que nos descubre este estado de cosas. En efecto: el día anterior me habían dicho que un colega, más antiguo que yo en la profesión y cuyos juicios eran generalmente acatados, había expresado su disconformidad y su asombro al saber que uno de mis pacientes llevaba ya *cinco años* sometido a tratamiento psicoanalítico. Las frases iniciales del sueño indican, bajo un trasparente encubrimiento, que dicho colega tomó a su cargo durante algún tiempo los deberes que mi padre no podía ya cumplir (*pago, asistencia en el hospital*), y cuando nuestras relaciones de amistad comenzaron a enfriarse surgió en mí aquel mismo conflicto sentimental que en las diferencias con nuestro padre es provocado por el reconocimiento de todo lo que él mismo ha hecho antes por nosotros. Las ideas latentes se defienden con gran energía contra el reproche de que *no avanzo con toda la rapidez que debiera*, reproche que se refiere primero al tratamiento de mi paciente y se extiende luego a otros temas distintos. ¿Conoce acaso mi colega alguien que pueda avanzar más de prisa en estas cuestiones? ¿Y no sabe que esta clase de estados patológicos se consideran incurables y duran toda la vida? ¿Qué son *cuatro* o *cinco* años comparados con la vida entera, sobre todo cuando, como sucede en este caso, ha logrado el tratamiento hacer mucho menos penosa la existencia del enfermo?

Gran parte de la impresión de absurdidad de este sueño es producida por la yuxtaposición inmediata y sin transición alguna de frases pertenecientes a sectores distintos de las ideas latentes. Así, la frase «Voy a buscarle a la habitación contigua», etc., abandona el tema del que han sido tomadas las precedentes y reproduce con toda fidelidad las circunstancias en las que comuniqué a mi padre mis esponsales con la que hoy es mi mujer, decididos por mí sin consultar a nadie. Quiere, pues, recordarme el noble desinterés que mi anciano padre demostró en aquella ocasión y oponerlo a la conducta de

una tercera persona. Advierto ahora que si el sueño puede permitirse en este caso burlarse del padre o denigrarle es porque el mismo es ensalzado en las ideas latentes y presentado a otros como modelo. En la naturaleza de toda censura está el dejar libre paso a conceptos inciertos sobre las cosas prohibidas antes que a los estrictamente verdaderos. La frase inmediata, que contiene el recuerdo de *haberse emborrachado una vez, teniendo que ser encerrado*, no entraña nada que pueda referirse realmente a mi padre. La persona a la que él mismo encubre no es nada menos que la del gran *Meynert*, cuyos trabajos he seguido con fervorosa veneración y cuya conducta para conmigo se transformó, después de un corto periodo de predilección, en franca hostilidad. El sueño me recuerda, en primer lugar, su propia confesión de que en su juventud había contraído la costumbre de *embriagarse con cloroformo*, teniendo que ingresar a consecuencia de ello en el *hospital*, y en segundo, una conversación que tuve con él poco tiempo antes de su muerte. Habíamos sostenido una empeñadísima polémica sobre la histeria masculina, cuya existencia negaba él, y cuando en su última enfermedad fui a visitarle y le interrogué sobre su estado, me hizo una amplia descripción de sus síntomas, y terminó con las palabras: «He sido siempre un acabado caso de histeria masculina». Resultaba pues, que había terminado por aceptar lo que tan tenazmente hubo antes de combatir, cosa que me satisfizo y *asombró* en extremo. La posibilidad de encubrir en esta escena la figura de Meynert con la de mi padre no depende de una analogía existente entre ambas personas, sino que constituye la representación —muy sintética, pero perfectamente suficiente— de una frase condicional dada en las ideas latentes: «Si yo fuera hijo de un profesor o de un consejero áulico, *hubiera progresado*, con seguridad, *más rápidamente*». En mi sueño confiero a mi padre tales dignidades. El absurdo más grosero y perturbador del sueño reside en el manejo de la fecha 1851, que me parece idéntica a la de 1856, *como si la diferencia de cinco años no significara nada*. Esto es precisamente lo que en las ideas latentes demanda una representación. *Cuatro o cinco años* fue el tiempo que gocé del apoyo del colega inicialmente citado y el plazo que tuvo que esperar mi prometida a que yo me pusiera en condiciones de contraer matrimonio. Asimismo, y por una casual coincidencia que las ideas latentes se apresuran a aprovechar, es también éste el tiempo que lleva mi paciente

antes mencionado acudiendo a mi consulta y sometiéndose al tratamiento psicoanalítico. «¿*Qué son cinco años*? —preguntan las ideas latentes—. *Eso no es nada para mí*. Tengo mucho tiempo por delante, y del mismo modo que en aquellas otras ocasiones acabé por conseguir lo que me proponía contra lo que se esperaba, también en este caso terminaré por alcanzar un éxito completo». La cifra *51*, aislada de la fecha *1851*, muestra además una segunda determinación, contraria a la anterior. La edad de *cincuenta y un* años es la más peligrosa para el hombre. Algunos de mis colegas que no parecían padecer enfermedad ninguna, han muerto en poco tiempo al alcanzarla; entre ellos, uno que, después de largos años de espera, acababa de recibir el deseado título de profesor.

V

Otro sueño absurdo, que maneja cifras:

«Uno de mis conocidos, el señor M., ha sido atacado en un artículo nada menos que por el propio Goethe. Todos reconocemos la injusticia de tan violento ataque, pero, como es natural, dada la personalidad del atacante, ha quedado M. totalmente aniquilado, y se lamenta con gran amargura ante varias personas reunidas en torno de una mesa. Sin embargo, no ha disminuido su veneración por Goethe. Intento aclarar las circunstancias de tiempo, que me parecen inverosímiles. Goethe murió en 1832. Por tanto, su ataque tiene que ser anterior a esta fecha, y M. debía de ser por entonces muy joven. Me parece plausible que tuviera unos dieciocho años. Mas no sé con seguridad en qué año estamos, y de este modo mi cálculo se hunde en las tinieblas. El ataque a M. se halla contenido en un artículo de Goethe titulado *Naturaleza*».

Sin gran dificultad encontramos los medios de justificar la insensatez de este sueño. M., al que conocí en una *comida*, me pidió hace poco que reconociera a su hermano mayor, el cual presentaba síntomas de *perturbación mental*, dependiente de una *parálisis progresiva*. Durante mi visita se desarrolló una desagradable escena, en la que el enfermo me reveló, sin que yo le diese motivo ni ocasión para dio, las faltas de su hermano, aludiendo a

su *disipada juventud*. En este reconocimiento pregunté al paciente la fecha de su nacimiento y le hice verificar luego algunos pequeños cálculos para investigar el grado de debilitación de su memoria, pruebas que sostuvo aún satisfactoriamente. Advierto ya que me conduzco en mi sueño como un paralítico. (*No sé con seguridad en qué año estamos*.) Otra parte del material del sueño procede de una segunda fuente. Un amigo mío, director de una revista médica, había acogido en ella *abrumadora* crítica contra el último libro de mi amigo Fl., de Berlín. El autor de esta crítica era un *joven* nada capacitado aún para enjuiciar obras científicas de importancia. Creyéndome con cierto derecho a intervenir en el asunto, escribí al director de la revista, el cual me contestó que sentía mucho haberme disgustado con la inserción de aquella crítica, pero que no podía poner remedio ninguno al hecho consumado. En vista de esto, le notifiqué mi decisión de no colaborar más en su publicación, *esperando, sin embargo, que lo sucedido no influiría para nada en nuestras relaciones personales*. La tercera fuente de este sueño reside en el relato que de la enfermedad de su hermano me había hecho pocos días antes una paciente mía. Dicho individuo había tenido un ataque de locura frenética en el cual exclamó a grandes gritos: *¡Naturaleza! ¡Naturaleza!* Los médicos habían opinado que tal exclamación provenía del ensayo de Goethe así titulado y constituía una indicación del exceso de trabajo que había pesado sobre el enfermo en sus estudios. Por mi parte, me parecía más plausible dar a dicha palabra el sentido sexual en que suele ser empleada corrientemente, y el hecho de que el infeliz enfermo atentara poco después contra su integridad física, mutilándose los genitales, pareció darme la razón. Cuando sufrió el primer ataque de locura tenía este individuo dieciocho años.

Teniendo en cuenta que el libro de mi amigo tan duramente criticado («Llega uno a preguntarse si es la obra de un loco o somos nosotros los que hemos perdido la razón», manifiesta otro crítico) trata de las *circunstancias temporales* de la vida y refiere la duración de la vida de Goethe a un múltiplo de una cantidad de significación biológica, resulta fácil deducir que mi sueño me sitúa en el lugar de mi amigo. (*Intento aclarar las circunstancias de tiempo*.) Pero me conduzco como un paralítico y el sueño cae en el absurdo. Esto quiere decir que en las ideas latentes existe el siguiente juicio irónico: «Naturalmente, es él quien está loco, y vosotros sois unos genios que sabéis

mucho de estas cosas. ¿No será más bien al revés?» Esta *inversión* aparece ampliamente representada en él contenido del sueño: Goethe ha atacado a un hombre actualmente joven, lo cual es absurdo, mientras que a cualquier joven literato actual le es posible criticar duramente al inmortal escritor. En el sueño calculo tomando como punto de partida el *año de la muerte de Goethe,* mientras que en mi visita al paralítico le hice calcular partiendo del *año de su nacimiento*.

He prometido anteriormente demostrar que ningún sueño es animado sino por sentimientos egoístas. Voy, pues, a justificar el que en este caso haga mío el pleito de mi amigo, sustituyéndome a él. El convencimiento crítico de mi pensamiento despierto no basta para justificar tal sustitución. Pero la historia del infeliz enfermo de dieciocho años y la diferente interpretación de sus exclamaciones —«¡Naturaleza! ¡Naturaleza!»— alude a la oposición en la que mi aserto de la existencia de una etiología sexual de las psiconeurosis me ha colocado con respecto a la mayoría de los médicos. Puedo, en efecto, decirme: «También contra ti se han dirigido y continuarán dirigiéndose duras críticas como las que han acogido el libro de tu amigo». De este modo puedo yo sustituir en las ideas latentes la tercera persona singular por la primera plural y decir «nosotros» en lugar de «él». «Sí, tenéis razón; somos dos locos». La mención del breve ensayo de Goethe titulado *Naturaleza* —tan extraordinariamente bello— me advierte que *mea res agitur*, pues su lectura en una conferencia de educación popular fue lo que me decidió a emprender el estudio de las ciencias naturales:

VI

No he cumplido aún la promesa hecha en páginas anteriores de demostrar el carácter puramente egoísta de otro sueño en el que no toma parte mi *yo*. Al mencionar un breve sueño en el que el profesor M. me decía: «Mi hijo, el miope…» (cap. 6, apart. *f*. 3), indiqué que se trataba de un sueño preliminar, seguido de otro principal en el que desempeñaba yo un papel. He aquí dicho sueño principal, que nos plantea la aclaración de un producto verbal ininteligible:

«A causa de ciertos acontecimientos de que ha sido teatro la ciudad de Roma se ha hecho necesario poner en salvo a los niños. La escena se desarrolla luego ante una doble puerta monumental de estilo antiguo. (En el mismo sueño sé que se trata de la Porta romana de Siena.) Me veo sentado al borde de una fuente, muy triste y casi lloroso. Una figura femenina —una camarera o una monja— trae a los dos niños y se los entrega a su padre, que no soy yo. El de más edad es, desde luego, mi hijo mayor. No me es posible ver el rostro del otro. La mujer que los ha traído pide al primero un beso de despedida; pero el niño se lo niega y dice, tendiéndole la mano: *Auf Geseres*. Y, luego, a nosotros dos (o a uno de nosotros): *Auf Unge seres*. Tengo idea de que esto último significa una preferencia».

Este sueño se halla edificado sobre una multitud de pensamientos que me sugirió la representación de una obra teatral titulada *La nueva judería*. Entre las ideas latentes resulta fácil descubrir toda una serie referente al problema judío, a las preocupaciones que nos inspira el porvenir de nuestros hijos, carentes de una patria propia, y al cuidado de darles una educación que los haga independientes.

«Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentábamos y aun llorábamos». Siena es famosa, como Roma, por sus bellas fuentes. En el sueño tengo que componer con fragmentos de lugares conocidos una sustitución de Roma. Cerca de la Porta romana de Siena vimos un gran edificio, muy iluminado, que nos dijeron era el manicomio. Poco antes del sueño oí decir que un correligionario mío había tenido que abandonar su puesto en un manicomio del Estado, después de haber luchado mucho tiempo para conseguirlo.

La frase *Auf Geseres* —pronunciada cuando la situación del sueño hacia esperar la de *Hasta la vista (Auf Wiedersehen)*— y su contraria, *Auf Ungeseres*, desprovistas por completo de sentido, despiertan especialmente nuestro interés.

Según los datos que me han proporcionado los entendidos en estas materias, *Geseres* es una palabra netamente hebrea, derivada del verbo *geiser*, y su más aproximada traducción es *fatalidad*. El *argot* popular judío ha desnaturalizado esta significación, sustituyéndola por la de «lamentaciones y quejas». *Ungeseres* es un neologismo inventado por mí en el sueño y me resulta al principio totalmente incomprensible. Pero la pequeña observación

que cierra el sueño, indicándome que *Ungeseres* contiene una idea de preferencia en comparación con *Geseres*, abre el camino a las asociaciones y, con ellas, a la solución buscada. Recuerdo, en efecto, que con respecto al caviar se da una análoga relación de preferencia, siendo más estimado el que *no tiene sal (ungesalzen)* que el salado (*gesalzen*). El pueblo ve en el caviar una representación de las «aficiones aristocráticas». Ocúltase aquí una burlona alusión a una persona de mi casa, de la que espero se ocupe del porvenir de mis hijos si yo llegase a faltar, pues es más joven que yo. Esta circunstancia queda confirmada por la aparición, en el sueño, de otra persona de mi servidumbre, nuestra buena niñera, personificada en la camarera (o la monja) que trae a los niños. Fáltanos aún un elemento intermedio que facilite el paso desde el pan *sin sal* = *salado* al de *Geseres* = *Ungeseres*. Dicho elemento es, indudablemente, el pan *gesäuert* = *ungesäuert* («con levadura = sin levadura»). En su *fuga* de Egipto no tuvo el pueblo judío tiempo de dejar fermentar la masa de su pan, y en memoria de esto comen hoy sus descendientes pan sin levadura (pan ázimo) durante la época de Pascua. Al llegar a esta parte del análisis surgió en mí una repentina asociación. Recordé, en efecto, que hallándome paseando con mi amigo de Berlín por las calles de Breslau, ciudad a la que fuimos a pasar las últimas vacaciones de Pascua y que visitábamos por vez primera, se acercó a mí una niña, preguntándome por una calle. Después de manifestar mi desconocimiento de la topografía de la ciudad, dije a mi amigo: «Confiemos en que más adelante demuestre esta chica mayor penetración para elegir las personas que hayan de guiarla en la vida». Poco después se ofreció a mi vista una placa en la que ponía: «Doctor Herodes. Consulta de…», y se la indiqué a mi acompañante, comentando: «Es de esperar que, por lo menos, no sea *médico de niños*». Mi amigo me iba exponiendo mientras tanto sus opiniones sobre la significación biológica de la *simetría bilateral* y comenzó una de sus frases con las palabras: «Si tuviéramos un ojo en mitad de la frente, como el cíclope (*Kylop*)…» Estas palabras conducen a la frase del profesor M., en el sueño preliminar: «Mi hijo, el miope (*Myop*)…», y con ella, a la fuente principal de la palabra *Geseres*. Hace muchos años, cuando dicho hijo del profesor M. —pensador hoy de gran valía— ocupaba aún un sitio en los *bancos escolares*, contrajo una enfermedad de la vista, que el médico declaró grandemente peligrosa,

pues si bien no tenía importancia mientras continuase siendo *unilateral*, podía extenderse al otro *ojo* y adquirir entonces extrema gravedad. El ojo atacado curó sin dificultad al poco tiempo, pero entonces enfermó el otro. La madre del paciente llamó, aterrorizada, al médico, haciéndole acudir desde la capital a la lejana finca donde se hallaba pasando el verano. Pero el facultativo la tranquilizó en la misma forma que la primera vez, exponiendo que se trataba del mismo caso: «Ahora, como antes, se trata de una afección *unilateral*, y lo mismo que antes curó *en un lado*, curará ahora en el *otro*». Y empleando la palabra *Geseres* en el sentido que le da el *argot* popular judío, añadió: «¿Ve usted cómo no había motivo para tantos temores y lamentaciones? (*Geseres*)» El enfermo curó, en efecto, sin complicación ninguna.

Veamos ahora las relaciones de este sueño con mi persona y las de mis familiares. El *banco escolar*, en el cual se inició el hijo del profesor M. en los caminos de la sabiduría, ha pasado a ser propiedad de mi hijo mayor —aquél en cuyos labios pone mi sueño las enigmáticas palabras de despedida— por donación de la madre de su anterior propietario. Fácilmente puede adivinarse cuál es uno de los deseos que se enlazan a esta transferencia. Pero, además, tiene dicho *banco* una forma especial encaminada a evitar la *miopía* y la *unilateralidad* que el niño podría contraer si permaneciera durante las largas horas de clase y estudio en una posición viciosa. De aquí, en el sueño, el *miope* (detrás, cíclope) y mi recuerdo, luego, de la discusión sobre la *bilateralidad*. La unilateralidad que deseo evitar a mi hijo se refiere tanto a su desarrollo físico como a su desarrollo intelectual. La misma escena del sueño, dentro de toda su insensatez, parece querer alejar de mí esta preocupación. Observamos, en efecto, que el niño se vuelve primero a un lado, pronunciando unas palabras de despedida, y da luego frente al lado opuesto y pronuncia las palabras contrarias, como para restablecer el equilibrio. *¡Obra, pues, atendiendo a la simetría bilateral!*

Hemos de deducir, por tanto, que el sueño muestra con frecuencia una máxima sensatez allí donde más disparatado parece. En todos los tiempos han gustado de disfrazarse con los atributos de la locura aquellos que tenían algo que decir y no podían decirlo sin peligro. Aquél a quien se referían las palabras prohibidas, las toleraba mejor cuando podía reír al oírlas y mitigar su escozor con el pensamiento de que el atrevido crítico gozaba fama de loco.

Del mismo modo que el sueño, procede en el drama de Shakespeare el desdichado príncipe que se ve forzado a fingir la demencia, y siendo así, podemos decir de él lo que, sustituyendo las circunstancias verdaderas por otras chistosamente incomprensibles, dice Hamlet de sí mismo: «No estoy loco sino cuando sopla el Nordeste; cuando sopla el Sur distingo perfectamente una garza de un halcón[480]».

Así, pues, hemos resuelto el problema de la absurdidad de los sueños descubriendo que las ideas latentes de los mismos no son nunca absurdas —por lo menos las de los sueños de personas psíquicamente sanas— y comprobando que la elaboración onírica produce sueños absurdos o con algunos elementos de este género cuando encuentra en las ideas latentes elementos que entrañan crítica, insulto o burla y tiene que representarlos en su peculiar forma expresiva. Fáltanos ahora demostrar que la acción conjunta de los tres factores hasta el momento examinados —y de otro más que aún nos queda por investigar— es lo que constituye la elaboración onírica, la cual no hace, fuera de esto, sino llevar a cabo una traducción de las ideas latentes, ateniéndose a las cuatro condiciones que le son prescritas, y, además, que la cuestión de si el alma labora en el sueño con todas sus facultades o sólo con una parte de las mismas se halla defectuosamente planteada y se aparta de las circunstancias reales. Mas como existen numerosos sueños en los que se juzga, critica y reconoce y en los que surge asombro o extrañeza de algunos de sus elementos, se construyen complicadas argumentaciones o se emprenden tentativas de aclaración, habré de rebatir con la exposición de ejemplos apropiados las objeciones que aparecen fundadas en tales fenómenos.

Mi respuesta a dichas objeciones es la siguiente: *aquello que en los sueños se nos muestra como una aparente actividad de la función del juicio no debe ser considerado como un rendimiento intelectual de la elaboración onírica, pues pertenece al material de ideas latentes y ha llegado desde ellas como un producto terminado al contenido manifiesto*. Aún más: gran parte de los juicios que, *después de despertar*, hacemos recaer sobre el sueño recordado y gran parte de las sensaciones que la reproducción del mismo despierta en nosotros pertenecen al contenido latente y deben ser incluidos en la interpretación del sueño.

I

En páginas anteriores hemos expuesto ya un ejemplo que confirma estas afirmaciones. Una paciente no quiere relatarnos su sueño alegando que es *demasiado oscuro*. Ha visto en él a una persona de la que *no sabe si es su marido o su padre*. A continuación venía un segundo trozo del sueño en el que aparecía un receptáculo para el polvo, lo que llevó al siguiente recuerdo: Cuando estableció por primera vez su hogar había hecho una observación chistosa a un familiar joven, que su actual trabajo era sujetar un nuevo receptáculo para el polvo. Otro trozo del sueño: Al llegar la mañana siguiente lo encontró lleno de lirios del valle. Representa a una frase corriente, 'no creció en mi propio abono' (es decir, «no soy responsable de esto»). El análisis nos revela que las ideas latentes tratan del recuerdo de una historia oída por la paciente en su juventud y relativa a una criada que había tenido un niño, no *sabiéndose claramente quién era el padre*. Así, pues, la representación onírica se extiende aquí hasta el pensamiento despierto y deja que uno de los elementos de las ideas latentes sea representado por un juicio, emitido en la vida despierta, sobre la totalidad del sueño.

II

Un caso análogo: uno de mis pacientes tiene un sueño que le parece muy interesante, pues en cuanto despierta se dice: «Esto tengo que contárselo al doctor». Al analizar este sueño hallamos clarísimas alusiones a unas relaciones amorosas iniciadas por el sujeto durante su tratamiento y de las que se había propuesto *no contarme nada*[481].

III

Tercer ejemplo (soñado por mí): «Voy con P. en dirección al hospital y a través de un sitio lleno de casas y jardines. Mientras tanto surge en mí la idea de que yo he visto varias veces, en sueños, estos lugares. Pero ando un poco

desorientado, y P. me indica un camino que conduce a un restaurante (instalado en un salón y no en un jardín). Llegado a él, pregunto por la señora Doni y oigo que vive al fondo, en un pequeño cuarto y con tres niños. Me dirijo allá, y antes de llegar encuentro a una persona imprecisa que viene con mis dos hijas pequeñas, a las que tomo conmigo después de permanecer un rato ante ellas. Una especie de reproche contra mi mujer por haberlas dejado allí».

Al despertar experimento una gran satisfacción, que atribuyo a mi esperanza de averiguar ahora, con el análisis del sueño, lo que significa el *yo he soñado ya con esto* dentro del mismo sueño[482]. Pero el análisis no me da luz ninguna sobre esto, limitándose a demostrarme que mi satisfacción pertenece al contenido latente y no a un juicio sobre el sueño. Es la *satisfacción por haber tenido hijos en mi matrimonio*. Pues una persona que ha seguido durante algún tiempo en la vida mi mismo camino, realizando primero iguales progresos que yo y adelantándome luego considerablemente en posición económica y social, no ha tenido hijos en su matrimonio. En este caso no necesitamos realizar un análisis completo, pues la simple mención de los dos motivos del sueño basta para la demostración deseada. Días antes leí en el periódico la esquela mortuoria de una señora llamada *Dona A…* y (nombre que convierto en *Doni* en mi sueño), muerta de resultas de un parto. Mi mujer me dijo luego que la comadrona que había asistido a aquella señora era la misma que la había asistido a ella en sus dos últimos partos. El nombre *Dona* me había llamado la atención por haberlo hallado poco antes en una novela inglesa. El otro motivo del sueño nos es revelado por la fecha en que éste se desarrolló. Fue la noche anterior al cumpleaños de mi hijo mayor, dotado, según parece, de felices aptitudes poéticas.

IV

Idéntica satisfacción experimenté también al despertar del absurdo sueño antes citado de que mi padre había desempeñado, después de su muerte, una importante misión política entre los magiares, hallándose motivada en este caso por la persistencia de la sensación que acompañaba a la última frase del

sueño. «Recuerdo que mi padre presentaba en su lecho de muerte un extraordinario parecido con Garibaldi y *celebro* que haya llegado a cumplirse lo que tal semejanza prometía…» (A esto se agrega una continuación olvidada.) El análisis me proporciona el material correspondiente a esta laguna. Trátase de la mención de mi hijo segundo, al que puse el nombre de una gran personalidad histórica que se había atraído poderosamente mi admiración, sobre todo durante mi estancia en Inglaterra. Durante el embarazo de mi mujer concebí el propósito de poner al esperado descendiente, si resultaba ser varón, el nombre de dicha personalidad, y en cuanto me presentaron al recién nacido le saludé ya muy *satisfecho* con dicho nombre. No es difícil observar que los padres suelen transferir en su pensamiento a sus hijos la consecución de aquellas aspiraciones que ellos se han visto obligados a reprimir, e incluso hemos de ver en esta circunstancia uno de los medios que facilitan dicha ineludible represión. El pequeño ser adquirió el derecho de ser incluido en este sueño por haberle sucedido aquel día el accidente —disculpable en los niños y en los moribundos— de haber ensuciado sus ropas. Recuérdese en relación con esto la alusión *Stuhlrichter (Stuhlrichter* = juez; *Stunt* = silla; *Stuhlgang* = deposición), y el deseo del sueño; aparecer limpio de toda impureza ante nuestros hijos después de la muerte.

V

Habiendo de presentar ahora ejemplos de juicios emitidos en el sueño y que permanecen limitados a él sin extenderse a la vigilia o, por lo contrario, son transferidos a ella, facilitaré considerablemente mi labor, utilizando con este fin sueños ya expuestos para la demostración de otras particularidades del fenómeno onírico. El sueño del ataque de Goethe contra M. parece contener toda una serie de actos de juicio. «Intento aclarar las circunstancias de tiempo que me parecen inverosímiles». ¿No equivale esto a un sentimiento crítico contra el desatino de que Goethe haya atacado literalmente a un joven conocido mío? «Me parece plausible que tuviera dieciocho años». Esto semeja el resultado de un cálculo, si bien desatinado. Por último, el «No sé

con seguridad en qué año estamos» sería un ejemplo de inseguridad o de duda en el sueño.

Pero el análisis de este caso me ha revelado que la expresión verbal de estos actos de juicio, aparentemente realizados por vez primera en el sueño, es susceptible de una distinta inteligencia que los hace valiosísimos para la interpretación onírica y desvanece al mismo tiempo todo absurdo. Con la frase «Intento aclarar las circunstancias de tiempo» me sitúo en el lugar de mi amigo, que intenta realmente aclarar las circunstancias temporales de la vida. Con esto pierde la frase toda significación de juicio contrario a la insensatez de las precedentes. La interpolación de «que me parecen inverosímiles» debe ser enlazada con la frase posterior: «Me parece plausible». Aproximadamente con las mismas palabras había yo respondido a la señora que me relató la historia de la enfermedad de su hermano: «*Me parece inverosímil* que la exclamación '¡Naturaleza! ¡Naturaleza!' tenga alguna relación con Goethe; creo *más plausible* que tuviera para el enfermo la conocida significación sexual». Existe aquí evidentemente un juicio; pero no ha sido formulado en el sueño, sino en la realidad y en una ocasión que es recordada y aprovechada por las ideas latentes. El contenido manifiesto se apropia este *juicio* como otro cualquier fragmento de las ideas latentes.

El número 18, con el que es disparatadamente enlazado el juicio en el sueño, conserva aún la huella de la totalidad de la que fue desglosado el juicio real. Por último, el «No sé con seguridad en qué año estamos» tiene por objeto establecer mi identificación con el paralítico, para lo cual había surgido realmente en mi visita al mismo un punto de apoyo.

En la solución de los aparentes actos de juicio del sueño podemos recordar la regla señalada al principio para la realización de la labor interpretadora; esto es, la de que hemos de echar a un lado, considerándola como una vana apariencia, la conexión de los elementos oníricos establecida en el sueño y buscar aisladamente la derivación de cada uno de dichos elementos. El sueño es un conglomerado que ha de ser fragmentado de nuevo para los fines de la investigación. Pero, por otra parte, observamos que se exterioriza en los sueños una fuerza psíquica que establece dicha aparente conexión; esto es, somete el material construido por la elaboración onírica a una *elaboración secundaria*. Tenemos aquí manifestaciones de aquel poder,

que más tarde examinaremos como el cuarto de los factores que intervienen en la elaboración onírica.

VI

Continuaré buscando otros ejemplos de actos de juicio en los casos ya comunicados. En el sueño absurdo de la reclamación del Ayuntamiento pregunto a mi padre: «Te casaste poco después, ¿no?», y luego *echo la cuenta de que nací en 1856, fecha que me parece suceder inmediatamente a la otra (1851).* Este fragmento onírico reviste por completo la forma de una *conclusión*: mi padre se casó en 1851, poco después de tener el ataque: yo soy su primogénito y nací en 1856; luego esta fecha es, inmediatamente posterior a la del matrimonio de mi padre. Sabemos que esta conclusión aparece falseada por la realización de deseos y que la frase dominante en las ideas latentes expresa: «Cuatro o cinco años no son nada». Pero cada uno de los términos de la deducción posee, tanto por lo que respecta a su contenido como por lo que a su forma se refiere, una determinación diferente: el enfermo, cuya paciencia admira y critica mi colega, es quien en realidad piensa casarse en cuanto alcance su completa curación. La conversación que en el sueño sostengo con mi padre semeja un interrogatorio o *unexameny* me recuerda así a un catedrático de la Universidad que al hacer la lista de sus alumnos acostumbraba tomar una completa filiación de cada uno. «¿Nació usted en…?» —1856— «¿Padre?» A esta pregunta tenía uno que contestar con el nombre de su padre en latín o agregándole una desinencia latina, y los estudiantes opinábamos que el señor profesor y consejero áulico deducía del nombre del padre del matriculado *conclusiones* que el de este último no le hubiera facilitado por sí solo. Resulta, pues, que el *deducir* del sueño no es sino la repetición del *deducir* que aparece formando parte del material de las ideas latentes. Descubrimos aquí algo nuevo. Siempre que en el contenido manifiesto aparece una deducción que podemos asegurar que procede del contenido latente, pudiendo hallarse incluida en él a título de parte integrante del material recordado o de enlace lógico entre varias de las ideas que lo integran. Pero la deducción en el sueño constituye siempre la representación

de una deducción efectuada en las ideas latentes[483].

El análisis de este sueño continúa ahora como sigue: al recuerdo del interrogatorio del catedrático sucede el de la lista de los estudiantes de la Universidad, documento que en mis tiempos se redactaba en latín, y luego el de la marcha que seguí en mis estudios. Los *cinco* años que constituían la duración oficial de la carrera de Medicina fueron nuevamente poco para mí, pues proseguí mis estudios más allá de este plazo, sin solicitar el examen de doctorado, dando lugar a que se me creyera insuficientemente preparado y se dudara de verme llegar alguna vez a la *conclusión* de mi carrera. Entonces me decidí *rápidamente* a doctorarme y obtuve brillantemente mi título, *contra lo que el aplazamiento había hecho pensar*. Este recuerdo refuerza las ideas latentes que opongo enérgicamente a los que me critican: «Aunque no queráis creerlo nunca, porque encontráis que me tomo demasiado tiempo, llego, sin embargo, siempre a la *conclusión*. Así os lo he demostrado ya muchas veces».

Este mismo sueño contiene en su principio algunas frases a las que es difícil negar su carácter de argumentación, y de una argumentación nada absurda, que hubiera podido desarrollarse idénticamente en el pensamiento despierto. En el sueño *me causa risa la carta del Ayuntamiento, pues en 1851 no había yo aún nacido, y mi padre, al que pudiera referirse, ha muerto ya*. No sólo son exactas ambas circunstancias, sino que coinciden perfectamente con los argumentos que hubiera alegado si en realidad hubiese recibido tal reclamación. Por el análisis antes efectuado sabemos que este sueño se halla basado en ideas latentes saturadas de amarga burla. Aceptando, además, que la censura ha de haberse mostrado en este caso altamente rigurosa, comprenderemos que la elaboración onírica tiene que haber encontrado en él todas las condiciones para la creación de una *irreprochable refutación de una imputación desatinada*, conforme al modelo contenido en las ideas latentes. Pero el análisis nos muestra que la elaboración onírica no es encargada aquí de una libre creación ulterior, sino que tiene que utilizar para sus fines un material dado en las ideas latentes. Es como si una ecuación compuesta de cifras y signos matemáticos (un +, un —, un exponente y un radical) fuese transcrita por una persona ignorante que, copiando fielmente cifras y signos, trastrocase por completo su orden de sucesión. Los dos argumentos pueden

ser referidos al material siguiente: me es desagradable pensar que algunas de las hipótesis en que fundo mi solución psicológica de las psiconeurosis habrán de tropezar con la burla y la incredulidad. Así, he de afirmar que las impresiones recibidas por el sujeto cuando tenía dos años e incluso otras del primer año de su existencia dejan una huella duradera en su vida anímica y, aunque dislocadas y exageradas por el recuerdo, pueden constituir la primera y más profunda base de un síntoma histérico. Algunos pacientes a los que expongo estas explicaciones en el momento oportuno del tratamiento suelen parodiarlas declarándose dispuestos a buscar recuerdos del tiempo *en que aún no habían nacido a la vida*. Análoga acogida esperaba, en mi opinión, al descubrimiento del insospechado papel que en los más tempranos sentimientos sexuales de las enfermas neuróticas hubo de desempeñar la persona del padre (véanse S. de muerte de seres queridos). Y, sin embargo, mis investigaciones me han llevado a la convicción de la absoluta exactitud de ambas hipótesis. Para reforzar mi convencimiento evoco algunos ejemplos de enfermas cuyo padre murió hallándose ellas en su más tierna infancia y en las que determinados fenómenos —inexplicables de otro modo— demostraron que la niña había conservado, sin embargo, inconscientemente, recuerdos de la persona tan tempranamente desaparecida de su vida. Sé que estas dos afirmaciones mías reposan en *deducciones* que habrán de ser enérgicamente combatidas. Así, pues, el aprovechamiento material de *estas deducciones*, cuya discusión espero por la elaboración onírica y para la creación de *deducciones inatacables*, es un rendimiento de la realización de deseos.

VII

En un sueño al que antes aludimos de pasada queda manifiestamente expresado el asombro ante el tema que comienza a iniciarse:

«El anciano Brücke ha debido encargarme un trabajo que se refiere *extrañamente* a la preparación anatómica de la parte inferior de mi propio cuerpo —al abdomen y las piernas—, que veo colocada ante mí como en la sala de disección, aunque no siento su falta ni experimento terror ninguno.

Luisa N. está a mi lado y realiza conmigo el trabajo. El abdomen ha sido vaciado, separando la masa intestinal, y muestra unas veces su parte superior y otras su parte inferior, mezclándose y confundiéndose ambos aspectos. Gruesos núcleos de carne roja aparecen visibles (en el sueño pienso al verlos en las hemorroides). Había también que limpiar cuidadosamente algo que se veía sobre ellos y que parecía papel de plata muy arrugado[484]. Luego volvía a poseer mis piernas y caminaba por la ciudad; pero, sintiéndome fatigado, tomaba un coche. Con gran asombro mío entró éste por el portal de una casa, cuyas puertas se abrieron ante él, dándole paso a través de un pasaje que desembocaba de nuevo en la calle[485]. Por último, camino atravesando diversos lugares, acompañado por un guía alpino que lleva mi equipaje. Durante un rato me lleva también a mí en vista de la fatiga de mis piernas. El terreno era pantanoso e íbamos por la orilla. Hay mucha gente sentada en el sueño. Parecen indios o gitanos. Entre ellos, una muchacha. Antes había yo andado sin ayuda ninguna sobre aquel suelo escurridizo, continuamente admirado de poder moverme con tanta facilidad después de la preparación. Por fin, llegamos a una pequeña casa de madera en cuyo fondo se abría una ventana. El guía me deja entonces en el suelo y coloca sobre el alféizar de la ventana dos tablones, dispuestos allí de antemano para formar un puente sobre el abismo que se extiende al otro lado. Siento ahora verdaderamente miedo por mis piernas. Pero en vez del peligroso paso esperado veo dos hombres tendidos en unos bancos de madera adosados a la pared de la casita, y junto a ellos, algo como dos niños durmiendo. Como si no fueran los tablones, sino los niños, los que hubieran de hacer posible el paso. En este punto del sueño despierto sobresaltado».

Aquellos que hayan tenido alguna ocasión de examinar la enorme labor que lleva a cabo la condensación onírica podrán representarse fácilmente el número de páginas que habría de ocupar un análisis detallado de este sueño. Por fortuna para la coherencia de nuestra exposición no tengo que tomar de él sino el ejemplo de admiración dentro del sueño mismo, que se nos ofrece en su principio con la interpolación del adverbio *extrañamente*. Comenzaré por exponer el motivo ocasional del sueño. No es otro que la visita del Luisa N., la misma señora que luego se me muestra ayudándome en mi trabajo anatómico. «Préstame algo que leer», me había dicho. Yo le ofrecí *She*, de

Rider Haggard, y queriéndole dar alguna explicación sobre esta obra, añadí: «Es un libro algo *extraño*, pero lleno de un oculto sentido… Lo eterno femenino; la inmortalidad de nuestros afectos». «Lo he leído ya —me interrumpió—. ¿No tienes nada tuyo?» «No; las obras que me han de inmortalizar no han sido escritas todavía». «Entonces, ¿cuándo vas a publicar las *Aclaraciones* que nos tienes anunciadas y de las que dijiste que estarían a nuestro alcance?» Adivinando que mi interlocutora hablaba aquí por cuenta ajena, guardé silencio y pensé en la violencia que me cuesta dar a la publicidad mi trabajo sobre los sueños, en el que me veo obligado a revelar tantas intimidades. «Lo mejor que saber puedes no te es dado decirlo a los niños (’Das Beste was du wissen kannst, Darfst du Buben doch nicht sagen’, del Fausto de Goethe)». La preparación anatómica de una parte de *mi propio cuerpo* es, por tanto, el *autoanálisis* enlazado a la comunicación de mis sueños. La intervención del viejo Brücke está perfectamente justificada, pues ya en mis primeros años de labor científica había ido dejando impublicado un descubrimiento hecho por mí hasta que su enérgica autoridad me obligó a darlo a conocer. Pero los demás pensamientos que se enlazan a mi conversación con Luisa N. poseen raíces demasiado hondas para hacerse conscientes y quedan desviados hacia el material que la mención de la citada obra de Rider Haggard ha despertado simultáneamente en mí. A este libro y a otro del mismo autor, titulado *Heart of the world*, se refiere el juicio *extrañamente*. Asimismo, numerosos elementos del sueño están tomados de ambas fantásticas novelas. El terreno pantanoso por el que es uno llevado en brazos y el abismo que hay que franquear pasando por unos tablones traídos al efecto proceden de *She*; los indios, la muchacha y la barraca de madera, de *Heart of the world*. En ambas novelas es una mujer la figura principal y se trata de peligrosas expediciones. *She* desarrolla una aventurada exploración de lo desconocido, donde jamás puso su planta un ser humano. La fatiga de mis piernas era una sensación que experimentaba realmente por aquellos días y correspondía a un estado general de cansancio, susceptible de ser concretado en la pregunta: ¿Cuánto tiempo podrán sostenerme aún mis piernas? (¿Cuánto tiempo puede quedarme de vida?) En *She* termina la aventura con la muerte de la protagonista, que, habiendo salido a la conquista de la inmortalidad para sí y para los suyos, perece en el misterioso fuego

central. En las ideas latentes ha surgido, sin duda, un análogo temor. La «casita de madera» es indudablemente el *ataúd*, o sea la tumba. También en la representación de este pensamiento, el más indeseado de todos, por medio de una realización de deseos, ha realizado la elaboración onírica una obra maestra. Me he hallado, en efecto, ya una vez en una tumba; pero fue en una tumba etrusca descubierta cerca de Orvieto: una estrecha cámara con dos bancos de piedra adosados a las paredes y sobre los que yacían dos esqueletos. La casita de mi sueño presenta exactamente esta misma disposición sustituyéndose tan sólo la madera a la piedra. El sueño parece decir: «Si has de ir a la tumba, que sea a la tumba etrusca», y con esta sustitución transforma la más triste de las expectativas en otra muy deseada. Desgraciadamente, no puede el sueño transformar en su contrario, como ya veremos en páginas ulteriores, más que la representación que acompaña al afecto y no el afecto mismo. De aquí el sobresalto con que despierto. Al final de este sueño alcanza también una representación la idea de que quizá los hijos consigan aquello que ha sido negado al padre, nueva alusión a la extraña novela, en la que la identidad de una persona permanece conservada a través de una serie de generaciones durante dos mil años.

VIII

En el desarrollo de otro sueño hallamos igualmente una expresión del asombro que su contenido manifiesto despierta en mí, pero enlazada esta vez con una tentativa de aclaración tan singular y tan ingeniosamente buscada al parecer, que sólo por ella hubiera sometido el sueño completo a un minucioso análisis, aunque no hubiese presentado otras particularidades interesantes. En la noche del 18 al 19 de julio voy durmiendo en el tren de Südbahn y oigo entre sueños: «Hollthurn, diez minutos». En seguida pienso en la holoturias —en un museo de historia natural— y luego en que es éste el lugar donde un puñado de hombres de valor se defendió en vano contra el poder inmensamente superior de su monarca. ¡Sí; la Contrarreforma en Austria! Como si fuese un lugar de Steiermark o del Tirol. Veo ahora imprecisamente un pequeño museo en el que se conservan los restos o las pertenencias de

aquellos hombres. Quisiera bajarme, pero lo dejo para más tarde. Sentadas sobre el andén hay varias mujeres —vendedoras de fruta— que tienden hacia nosotros sus cestos con ademán grandemente invitador. He dudado en bajar porque no sabía si tendría tiempo, y resulta que aún estamos parados. De repente me encuentro en otro departamento, en el que el respaldo y los asientos son tan estrechos, que la espalda se apoya en el trasero del coche[486]. Experimento asombro, *pero quizá es que he cambiado de coche durmiendo*. Varias personas, entre ellas dos jóvenes ingleses, hermano y hermana. Veo claramente una hilera de libros colocada en un estante adosado a la pared. Entre ellos, dos volúmenes muy gruesos y encuadernados en tela: *Wealth of nations y Matters and Motion* (de Maxwell). El joven pregunta a su hermana si ha olvidado un libro de Schiller. Los libros parecen tan pronto pertenecerme como ser propiedad de los otros dos. Quiero mezclarme en la conversación para confirmar o apoyar algo… Despierto bañado en sudor, pues están cerradas todas las ventanillas. El tren se halla parado en la estación de Marburgo.

Al sentar mi sueño por escrito recuerdo otro fragmento olvidado hasta entonces: Refiriéndome a una determinada obra, digo a los hermanos: «It is from…»; pero rectifico al punto: «It is by…» El joven advierte entonces a su hermana: «Lo ha dicho bien».

El sueño comienza oyendo yo gritar el nombre de la estación —*Marburgo*— en la que el tren se había detenido, nombre que queda sustituido por el de *Hollthum*. Pero la mención de *Schiller*, nacido en *Marburgo*, demuestra que fue éste realmente el nombre que oí medio dormido[487]. A pesar de ir en primera, hice este viaje en condiciones muy incómodas. El tren iba abarrotado y subí en un departamento en el que viajaba un matrimonio de aspecto distinguido, pero que no tuvo la suficiente urbanidad para ocultar el desagrado que mi intrusión le producía o no creyó que valía la pena disimularlo. Mi cortés saludo quedó incontestado: la señora, que se hallaba sentada al lado de su marido, de espaldas a la máquina, se apresuró a colocar su sombrilla en el asiento frontero, junto a la ventanilla, cerró la puerta de golpe y, advirtiendo la mala impresión que me había producido la enrarecida atmósfera del departamento, pronunció unas frases malhumoradas sobre lo molesto que sería que alguien abriese las ventanillas.

Según mi experiencia de viajero, esta desconsiderada conducta es característica de las personas que poseen billete de favor. En efecto, cuando vino el revisor y, después de picar un billete, pagado sin rebaja alguna, se dirigió a mis compañeros de viaje, resonó una voz amenazadora: «Mi marido tiene pase». La señora era una matrona de imponente aspecto y cara de vinagre. El marido no pronunció palabra alguna ni se movió en todo el tiempo. A pesar del calor y del enrarecimiento del aire en el vagón, cerrado a piedra y lodo, logré dormirme. En mi sueño tomé tremenda venganza de mis desagradables compañeros de viaje. No puede imaginarse qué graves insultos y humillaciones se esconden detrás de los inconexos fragmentos de su primera mitad. Una vez satisfecha esta necesidad, se impone un segundo deseo: el de cambiar el coche. El fenómeno onírico varía tantas veces la escena, sin que tales mutaciones nos extrañen, que la sustitución de mis poco amables compañeros por otros agradablemente recordados no me hubiera causado el menor asombro. Pero en el caso presente hay algo que se opone a la mutación de la escena y hace necesaria una explicación. ¿Cómo es que me encuentro de repente en otro departamento, si no recuerdo haber bajado del primero? No puede haber sino una explicación: *Sin duda, he cambiado de coche durmiendo*, suceso extraño, desde luego, pero no sin ejemplo en los anales de la Neuropatología. Sabemos, en efecto, de enfermos neuróticos que emprenden viajes hallándose en un estado de obnubilación no revelado al exterior por signo alguno y que al recobrar la conciencia en un punto cualquiera del trayecto se preguntan asombrados cómo han podido llegar hasta allí. De este modo explico en mi sueño mi conducta como uno de esos casos de *automatismo ambulatorio*.

El análisis permite una solución diferente. La tentativa de explicación que tanto me impresiona, si he de atribuirla a la elaboración onírica, no es original, sino copiada de la neurosis de uno de mis pacientes. Ya en otro lugar he relatado el caso de un individuo de gran cultura y extremadamente bondadoso que, después de la muerte de sus padres, comenzó a acusarse de experimentar tendencias homicidas, atormentándose con las medidas de precaución que se veía obligado a tomar para no hacerse reo de un crimen. Era éste un caso de graves representaciones obsesivas con plena conservación del conocimiento. Siempre que salía a la calle se le imponía la obsesión de

darse cuenta de por dónde desaparecían los transeúntes que con él se cruzaban, y si alguno se escapaba a sus miradas, le quedaba la penosa sensación de que podía haberle asesinado. Entre otras, entrañaba este caso una fantasía fratricida, pues «todos los hombres son hermanos». Dada la imposibilidad de llevar a cabo la labor a que su obsesión le obligaba, renunció el enfermo a salir y se pasaba la vida encerrado en su casa. Pero aun así no le fue posible hallar la tranquilidad, pues cada vez que leía en los periódicos la noticia de un crimen despertaba en su conciencia la sospecha de haber sido él el homicida. La convicción de no haber salido de su casa desde muchas semanas antes le protegió por algún tiempo de tales acusaciones, hasta el día en que surgió en él la idea de haber podido *salir en estado de inconsciencia* y haber cometido así el crimen sin darse cuenta. A partir de este día cerró la puerta de la escalera, entregó la llave a su anciana criada y le prohibió terminantemente que se la entregase, aunque fuera él mismo a pedírsela.

De aquí, procede, pues, la tentativa de explicación de que he cambiado de coche en estado de inconsciencia, explicación que se halla perfectamente concluida en las ideas latentes y ha sido transferida sin modificación alguna al sueño manifiesto, en el cual ha de servir para identificarme con la persona de dicho paciente. Su recuerdo fue despertado en mí por una asociación próxima. Pocas semanas antes había hecho ya un viaje nocturno con dicho sujeto. Se hallaba ya curado y me acompañaba a casa de unos parientes suyos de provincias que habían solicitado mi visita. Tuvimos un vagón para nosotros solos, pudimos dejar las ventanillas abiertas durante toda la noche y conversamos agradablemente hasta que llegó el momento de dormir. La raíz principal de la enfermedad de este individuo se hallaba constituida por impulsos hostiles, de relación sexual, contra su padre, durante su infancia. Identificándome con él, confesaba yo algo análogo. La segunda escena de mi sueño se resuelve, en efecto, en una fantasía cuyo tema es el de mis dos maduros compañeros de viaje se conducen tan groseramente conmigo porque he venido a estorbar con mi presencia sus acostumbradas caricias nocturnas. Esta fantasía se refiere a su vez a una escena infantil en la que el niño, impulsado, sin duda, por la curiosidad sexual, penetra en la alcoba paterna, siendo expulsado por la autoridad del padre.

Creo innecesario continuar acumulando ejemplos, que no harían sino confirmar lo que ya nos han mostrado los que anteceden, o sea que los actos de juicio que aparecen en el sueño no son sino reproducción de un modelo dado en las ideas latentes. Y generalmente, una reproducción descentrada e incluida en un contexto inadecuado, aunque algunas veces, como sucede en el último de los ejemplos expuestos, sea tan hábilmente utilizada que da al principio la impresión de la existencia de una actividad intelectual independiente en el sueño. Partiendo de aquí podríamos dirigir nuestra atención a aquella actividad psíquica que, aunque no parece colaborar regularmente en la formación de los sueños, procura, cuando lo hace, fundir sensata y admisiblemente los elementos oníricos de origen heterogéneo. Pero creemos más urgente ocuparnos de las manifestaciones afectivas que surgen en el sueño y compararlas con los afectos que el análisis descubre en las ideas latentes.

H) **Los afectos en el sueño**.

Una atinada observación de Stricker ha atraído nuestra atención sobre el hecho de que las manifestaciones afectivas del sueño no pueden ser comprendidas en el juicio despectivo que al despertar hacemos recaer sobre el contenido manifiesto del mismo. En efecto, «cuando soñamos con ladrones y sentimos miedo, los ladrones son imaginarios, pero el miedo es real», como cualquier otro afecto que en el sueño experimentamos. El testimonio de nuestra sensación nos demuestra que dichos afectos son perfectamente equivalentes a los de igual intensidad surgidos en la vigilia. Más aún que en su contenido de representaciones, apoya el sueño en su contenido afectivo su aspiración a ser comprendido entre las experiencias reales de nuestra alma. Si tal inclusión parece inaceptable a nuestro pensamiento despierto es porque somos incapaces de evaluar psíquicamente un afecto fuera de su conexión con un contenido de representaciones. En cuanto al afecto y la representación no se corresponden en forma e intensidad, queda ya desconcertada nuestra facultad de juicio.

Ha despertado siempre extrañeza el que las representaciones oníricas no

traigan consigo muchas veces aquellos afectos que nuestro pensamiento despierto considera necesariamente concomitantes a ellas. Strümpell opinó a este respecto que las representaciones eran despojadas en el sueño de sus valores psíquicos. Pero sucede que también hallamos en él el fenómeno contrario, o sea la aparición de intensas manifestaciones afectivas concomitantes a un contenido que no parece dar ocasión alguna para un desarrollo de afecto. Sueños que nos muestran en una situación espantosa, peligrosa o repulsiva no nos hacen experimentar el menor miedo ni la más pequeña repugnancia, y, por lo contrario, en otros nos aterrorizamos de cosas inofensivas y nos regocijamos de cosas pueriles.

Este enigma del sueño se desvanece más rápida y completamente que ningún otro en cuanto pasamos del contenido manifiesto al latente, ahorrándonos así más amplia explicación. El análisis nos enseña que *los contenidos de representaciones han pasado por desplazamientos y sustituciones, mientras que los afectos han permanecido intactos*. No es, por tanto, extraño que el contenido de representaciones, transformado por la deformación onírica, no corresponda ya al afecto, el cual se ha conservado idéntico a sí mismo. Pero en cuanto el análisis vuelve a colocar en su lugar primitivo el contenido verdadero, todo vuelve a entrar en un orden lógico y no hay ya motivo ninguno de asombro[488].

Los afectos constituyen la parte más resistente de aquellos complejos psíquicos que han experimentado la acción de la censura, y, por tanto, la que mejor puede guiarnos en nuestra labor de interpretación. Esta circunstancia se nos revela en las psiconeurosis aún más claramente que en el sueño. En ellas acaba siempre por demostrarse plenamente justificado el afecto, por lo menos en lo que respecta a su cualidad, pues su intensidad puede ser incrementada por desplazamientos de la atención neurótica. El histérico que se asombra de experimentar un miedo increíble ante objetos totalmente inofensivos y el neurótico obsesivo que no puede explicarse por qué se convierten para él en fuentes de amargos reproches actos insignificantes yerran al atribuir la máxima importancia al contenido de representaciones —el objeto inofensivo o el acto insignificante— y combaten inútilmente sus síntomas tomando dicho contenido como punto de partida de sus reflexiones. El psicoanálisis interviene entonces y le muestra el camino acertado, reconociendo la perfecta

justificación del afecto y buscando la representación a la que en realidad corresponde, representación que ha sido reprimida y sustituida por otra. Presuponemos al obrar así que el desarrollo de afecto y el contenido de representaciones no constituyen, contra lo que estamos acostumbrados a admitir, una unidad orgánica inseparable, sino que se hallan simplemente soldados entre sí y pueden ser aislados por medio del análisis. La interpretación de los sueños nos demuestra que así sucede, en efecto.

Expondré primero un ejemplo en el que el análisis explica la aparente ausencia de afecto en una representación que debía provocarlo.

I

«La sujeto ve un desierto y en él tres leones, uno de los cuales está riendo; pero no siente miedo ninguno. Sin embargo, debe de haber salido luego huyendo, pues quiere trepar a un árbol; pero encuentra que su prima, la profesora de francés, está ya arriba, etc».

El análisis nos proporciona el material siguiente: el motivo —indiferente— del sueño ha sido una frase de su composición de inglés: la melena es el adorno del *león*. Su padre llevaba una frondosa barba que enmarcaba su rostro como una *melena*. La profesora que le daba lección de inglés se llamaba mis *Lyons (lions-leones)*. Un conocido suyo le había mandado las *Baladas*, de Loewe (*Loew-león*). Así, pues, son éstos los tres leones de su sueño. ¿Por qué habría de sentir miedo de ellos? Ha leído una historia en la que un negro, perseguido por haber incitado a otros a rebelarse, se refugia en un árbol huyendo de una trama de feroces mastines que siguen sus huellas. Luego surgen diversos recuerdos chistosos, como el de una receta para cazar leones, publicada en la revista humorística *Fliegende Blaetter*: «Se toma un desierto, se cierne la arena y los leones quedan en el cedazo»; y el de la anécdota de un empleado al que se reprochaba mostrar poco interés en conquistarse el favor de su jefe, y que respondió: «No, también yo he intentado trepar por la cucaña de la adulación, pero cuando quise hacerlo *ya había otra arriba*». Todo este material se nos hace comprensible cuando averiguamos que el día del sueño había recibido la sujeto la visita del jefe de

su marido, el cual se mostró muy cortés con ella y le besó la mano. Pero la señora *no le tuvo miedo ninguno* (no mostró la menor cortedad), a pesar de saber que su visitante era un *animal considerable* (un personaje importante) y uno de los más admirados leones («elegantes») de la pequeña ciudad en que vivía. Este «león» puede, por tanto, compararse al del *Sueño de una noche de verano*, de Shakespeare, que despojado de su máscara, resulta ser Sung, el carpintero, e idénticamente sucede con todas las demás fieras que el sueño nos muestra y ante las que no experimentamos temor alguno.

II

Como segundo ejemplo citaré nuevamente el sueño de aquella muchacha que vio muerto y yacente en el ataúd al hijo de su hermana, sin experimentar ante tal escena el menor dolor o tristeza.

El análisis nos reveló por qué. Este sueño no hacía sino encubrir su deseo de volver a ver al hombre amado, y el afecto tenía que corresponder al deseo y no a su encubrimiento. No había, pues, motivo ninguno de tristeza.

En algunos sueños conserva por lo menos el afecto cierta conexión con el contenido de representaciones al que en realidad corresponde y que ha sido objeto de una sustitución. En otros queda, en cambio, absolutamente separado de dichas representaciones y aparece incluido en un lugar cualquiera del contenido manifiesto, allí donde resulta posible adaptarlo a la nueva ordenación de los elementos del sueño. Sucede entonces lo mismo que antes comprobamos al examinar los actos de juicio del fenómeno onírico. Si en las ideas latentes existe una conclusión importante, el sueño manifiesto contendrá otra, pero esta última puede aparecer desplazada y referida a otro distinto material. No pocas veces sigue este desplazamiento el principio de la antítesis.

III

Con el ejemplo siguiente, sometido por mí a un minucioso y complejo análisis, ilustraré una tercera y última posibilidad.

«Un castillo a la orilla del mar. Luego no está ya en tal lugar, sino a la orilla de un canal que desemboca en el mar. El gobernador es un cierto señor P. Estoy con él en un gran salón con tres ventanas, ante las que se alza el extremo de una muralla almenada. He sido agregado a la guarnición, en calidad de oficial de Marina voluntario. Tememos la llegada de una escuadra enemiga, pues nos hallamos en guerra. El señor P. tiene el propósito de marcharse y me da instrucciones para la defensa, en el caso de que se confirmaran nuestros temores. Su mujer está enferma y se encuentra con los niños en el castillo amenazado. Cuando el bombardeo comience deberá ser evacuado el salón. El gobernador respira trabajosamente y quiere marcharse, pero le retengo preguntándole de qué manera podré enviarle noticias, si fuese necesario. Me responde algo y cae en el acto muerto. Quizá le he fatigado innecesariamente con mis preguntas. Después de su muerte, que no me causa ninguna impresión, pienso si la viuda permanecerá en el castillo y si debo comunicar la muerte del gobernador a la superioridad y tomar el mando, como me corresponde por ser el oficial de mayor categoría. Me asomo a la ventana e inspecciono los barcos que pasan: son barcos mercantes que surcan rápidamente las oscuras aguas. Unos tienen varias chimeneas y otros una cubierta convexa (como los techos de las estaciones de ferrocarril vistos en un sueño preliminar, no relatado). En esto llega mi hermano y se coloca a mi lado junto a la ventana, examinando conmigo el canal. La aparición de un barco nos sobresalta y exclamamos: '¡Ahí viene el barco de guerra!' Luego vuelven a pasar en sentido contrario los mismos buques que ya vi antes, y entre ellos un barquito cómicamente cortado por la mitad. Sobre la cubierta aparecen extraños objetos semejantes a copas o cajitas. Simultáneamente exclamamos: 'Es el barco del desayuno'».

El rápido movimiento de los barcos, el profundo color azul de las aguas y el negro humo de las chimeneas forman un conjunto sombrío e inquietante.

Los lugares de este sueño corresponden a diversas reminiscencias visuales de mis viajes a la costa adriática (Huraware, Duino, Venecia, Aquileja). Poco tiempo antes había aprovechado las vacaciones de Pascua de Resurrección para hacer con mi hermano una breve excursión a Aquileja, que nos resultó agradabilísima. La *guerra naval* que por esta época se desarrollaba entre España y los Estados Unidos y las inquietudes que me

inspiraban la suerte de mis allegados residentes en América intervienen también en este sueño, cuyo contenido nos ofrece en dos ocasiones fenómenos afectivos. Primeramente observamos la ausencia de un afecto cuyo desarrollo era de esperar, ausencia que el sueño mismo acentúa (*la muerte del gobernador no me causa impresión ninguna*), y luego me *sobresalta* la aparición del buque de guerra y experimento durante el reposo todas las sensaciones correspondientes a este afecto. La inclusión de los afectos en el contenido manifiesto aparece llevada a cabo en este sueño bien estructurado de manera a evitar toda contradicción chocante. No hay, en efecto, razón ninguna para que me asuste la muerte del comandante, y, en cambio, está justificado que la aparición de un buque de guerra ante una plaza cuyo mando he tomado me produzca sobresalto. El análisis demuestra que el señor P. es un sustituto de mi propio *yo* (en el sueño soy yo su sustituto). Así, pues, soy yo el gobernador que muere de repente. Las ideas latentes tratan del porvenir de los míos si yo muriera de un modo prematuro —siendo éste el único pensamiento doloroso que en ellos aparece—. El sobresalto concomitante en el sueño a la aparición del buque de guerra debe ser separado de esta representación y unido a la idea de mi muerte prematura. Inversamente, muestra el análisis que la región de las ideas latentes de la que ha sido tomado el buque de guerra entraña las más serenas reminiscencias. Hallándonos en Venecia, un año antes de este sueño, supimos que se hallaba anunciada la visita de la escuadra inglesa y se preparaban grandes festejos para recibirla. Asomados a la ventana de nuestro cuarto en la Riva Schiavoni, esperamos mi mujer y yo la aparición de los navíos. Hacía una hermosísima tarde, pero las azules aguas de la laguna se mostraban más agitadas que de costumbre. De repente gritó mi mujer con infantil regocijo: *¡Ahí viene el barco de guerra inglés!* Esta misma frase, privada de su último elemento, es la que me sobresalta en mi sueño. Vemos de nuevo que las frases oídas o pronunciadas en los sueños proceden siempre de la realidad. Más adelante demostraré que tampoco el elemento «inglés» ha quedado inempleado por la elaboración onírica. Al pasar de las ideas latentes al contenido manifiesto transformo, pues, la alegría en sobresalto, con lo cual procuro expresión a un fragmento del contenido latente. Nos demuestra este ejemplo que la elaboración onírica puede separar el estímulo afectivo de aquellos elementos

a los que se halla enlazado, e incluirlo en cualquier otro lugar del contenido manifiesto.

Aprovecharé aquí la ocasión que accesoriamente se me ofrece de someter a un detallado análisis un elemento —*el barco del desayuno*— cuya aparición en el sueño cierra desatinadamente una situación racional. Parando mayor atención en dicho elemento, recuerdo que el «barco del desayuno» era negro y que la forma en que se hallaba cortado en su parte más ancha le hacía presentar por este extremo una amplia semejanza con un objeto que nos había llamado la atención en los museos de antigüedades etruscas: una bandeja rectangular de barro negro, con dos asas, y sobre ella, objetos parecidos a tazas de té o de café. En conjunto semejaba uno de nuestros modernos servicios para el *desayuno*. Según se nos explicó, se trataba del servicio de tocador (*toilette*) de las damas etruscas, y las tacitas estaban destinadas a contener los afeites y los polvos. Bromeando, nos dijimos que no estaría mal llevar a nuestra huéspeda tal objeto como recuerdo nuestro. Así, pues, el objeto que del sueño nos muestra significa *vestido negro (toilettes* = tocador y vestido), o sea luto, y alude directamente a un fallecimiento. Por su otro extremo recuerda la canoa en que las tribus primitivas colocaban los cadáveres, abandonándolos en el mar. A esta circunstancia se enlaza el retorno de los barcos en mi sueño:

> *Serenamente, en el bote salvado,*
> *entra en el puerto el anciano.*

(Schiller.)

Es el retorno después del *naufragio (Schiffbruch)*, pues el «barco del desayuno» se muestra roto (*abgbrochen*) por la mitad (*brechen-roper; Bruch* = rotura; *Schiff bruch* — naufragio). Pero ¿de dónde procede el nombre de «barco del desayuno»? Aquí es donde interviene el elemento *inglés*, que antes vimos sobraba. En efecto, a la palabra alemana *Fruehstueck* (desayuno) corresponde la inglesa *brakfast*, que equivale literalmente a *romper el ayuno* (desayunar). El *romper (brechen)* pertenece de nuevo al *naufragio (Schiffbruch)*. El *ayunar* se agrega al *vestido negro*.

Pero de este «barco del desayuno» no ha creado el sueño más que el

nombre. La cosa ha existido y me recuerda una de las horas más agradables de mi último viaje. Desconfiando de los hoteles de Aquileja, nos habíamos traído de Goerz la comida, a la que luego agregamos una botella de excelente vino de Istria, y mientras nuestro vaporcito surcaba lentamente el canal Delle Mee y luego la desierta laguna de Grado, desayunamos alegremente sobre cubierta. Éste era, pues, el «barco del desayuno», y precisamente detrás de esta reminiscencia de unas horas, en las que gozamos alegremente de la vida, oculta el sueño los sombríos pensamientos referentes a un desconocido e inquietante porvenir.

Este proceso, en el que los afectos quedan separados de los contenidos de representaciones que provocaron su desarrollo, es el más singular de todos aquéllos a los que la elaboración onírica los somete, pero no es la única transformación que sufren en su paso desde el contenido latente al manifiesto, ni tampoco la más importante. Si comparamos los afectos de las ideas latentes con los del sueño, vemos en el acto lo que sigue: todo afecto incluido en el contenido manifiesto lo está también en las ideas latentes, pero no inversamente. El sueño es, en general, menos rico en afectos que el material psíquico de cuya elaboración ha surgido. Cuando reconstruimos las ideas latentes observamos cómo aspiran a imponerse en ellas los más intensos impulsos anímicos, luchando casi siempre con otros que se les oponen. Volviendo luego la vista al sueño manifiesto correspondiente, lo hallamos, en cambio, incoloro y desprovisto de todo intenso matiz afectivo. No sólo el contenido de nuestro pensamiento, sino muchas veces también su matiz afectivo, queda rebajado por la elaboración onírica al nivel de lo indiferente. Pudiera decirse que la elaboración lleva a cabo una *represión de los afectos*. Tomemos, por ejemplo, el sueño de la monografía botánica (véase el índice S. de Freud). A este sueño corresponde en mi pensamiento una apasionada defensa de mi libertad de obrar como lo hago y encauzar mi vida como lo crea conveniente. El sueño surgido de estos pensamientos se expresa indiferentemente: «He escrito una monografía botánica y tengo ante mí un ejemplar. Lleva varias ilustraciones en colores y algunos ejemplares de plantas disecadas». Al fragor del combate ha sucedido el sepulcral silencio del abandonado campo de batalla.

El sueño puede mostrar también, desde luego, manifestaciones afectivas

de una cierta intensidad, pero por el momento queremos limitarnos a examinar el hecho indiscutible de que muchos sueños, cuyas ideas latentes entrañan profunda emoción, presentan un contenido manifiesto en absoluto indiferente.

No podemos exponer aquí una completa explicación teórica de esta represión afectiva que tiene efecto durante la elaboración onírica, pues nos obligaría a penetrar minuciosamente en la teoría de los afectos y en el mecanismo de la represión. Nos limitaremos, pues, a indicar dos ideas. Por determinadas razones hemos de representarnos el desarrollo de afectos como un proceso centrífugo orientado hacia el organismo interno, análogo a los procesos motores o secretorios de inervación. Del mismo modo que la emisión de impulsos motores hacia el mundo exterior aparece suspendida durante el estado de reposo, podría quedar también dificultada la estimulación centrífuga de afectos por el pensamiento inconsciente durante dicho estado. Los sentimientos afectivos nacidos durante el desarrollo de las ideas latentes serían ya de por sí harto débiles, no pudiendo, por tanto, representar gran energía los que pasan al sueño. Según esto, la «represión de los afectos» no sería una consecuencia de la elaboración onírica, sino del estado de reposo. Esto puede ser cierto, pero tiene que haber aún algo más. Hemos de recordar que todo sueño algo complejo se nos revela como el resultado de una transacción entre poderes psíquicos en pugna. Por un lado, las ideas que constituyen el deseo tienen que combatir la oposición de una instancia censora; por otro, hemos visto muchas veces que en el mismo pensamiento inconsciente aparecía emparejada cada idea con su antítesis contradictoria. Dado que todas estas series de ideas son susceptibles de afecto, no habremos de incurrir en grave error considerando la represión afectiva como consecuencia de la coerción que ejercen los elementos antitéticos unos sobre otros y la censura sobre las tendencias por ella reprimidas. *La coerción de los afectos seria entonces la segunda consecuencia de la censura onírica, como la deformación de los sueños fue su primer efecto*.

IV

Incluiré aquí un sueño en el que el indiferente matiz afectivo del contenido manifiesto puede ser explicado por la antinomia de las ideas latentes. Trátase de un breve sueño propio que habrá de causar al lector viva repugnancia.

«Una colina. Sobre ella, algo como un retrete al aire libre: un largo banco, en uno de cuyos extremos se abre un agujero. El borde posterior de este agujero aparece cubierto de excrementos de todos los tamaños y épocas. Detrás de un banco, un matorral. Subido en el banco, me pongo a orinar. El largo chorro de orina lo limpia todo. Los excrementos se disuelven y caen por el agujero. Como si al final quedase aún algo».

¿Por qué no experimenté en este sueño repugnancia ninguna? Nada más sencillo: el análisis me demuestra que en él intervienen las ideas más agradables y satisfactorias. Al comenzar la labor analítica recuerdo en seguida el *establo de Augías*, cuya limpieza lleva Hércules a cabo. Identificándome con este personaje mitológico, me eleva el sueño a la categoría de semidiós. La colina y el matorral pertenecen a Ausée, donde actualmente se hallan mis hijos. Soy el descubridor de la etiología infantil de la neurosis y, de este modo, he preservado a mis hijos de tal enfermedad. El banco es la perfecta reproducción (fuera, claro está, del agujero) de uno que tengo en casa, regalo de una paciente agradecida. Su presencia en el sueño me recuerda cuánto me veneran mis pacientes. Incluso la repugnante exposición de excrementos humanos resulta susceptible de una risueña interpretación. Por grande que sea la repugnancia que ahora, al recordarlo, me inspira, constituye este cuadro, en el sueño, una reminiscencia de la bella tierra de Italia, en cuyas pequeñas ciudades suelen presentar los *water-closet* una parecida ornamentación. El chorro de orina, que todo lo limpia, es una innegable alusión a mi grandeza. En esta misma forma sofoca Gulliver un gran incendio en el reino de Liliput, aunque atrayéndose con este acto la enemistad de la más diminuta de las reinas. Pero también Gargantúa, el superhombre de Rabelais, toma de este modo la venganza de los parisienses, colocándose encima de la iglesia de Nuestra Señora y evacuando su vejiga sobre la ciudad. La noche en que tuve este sueño había estado hojeando las ilustraciones de Garnier a la obra de Rabelais. Pero aún encuentro otra prueba de que soy yo este superhombre. Durante mi estancia en París había sido la

plataforma de Nuestra Señora mi lugar favorito, y en cuanto podía disponer de algunas horas de libertad por la tarde, subía a las torres y paseaba entre las monstruosas y grotescas esculturas que la decoran. La rápida desaparición de los excrementos, bajo el impulso del chorro de orina, alude al lema *Afflavit et dissipati sunt*, con el que me propongo encabezar un ensayo sobre la terapia de la histeria[489].

Veamos ahora el motivo ocasional del sueño. La tarde anterior había sido muy calurosa —era verano— y durante ella había pronunciado yo, continuando una serie de lecciones, mi conferencia sobre la conexión de las perversiones con la histeria. Pero me hallaba en un estado de ánimo un tanto deprimido y hablé sin entusiasmo, pareciéndome desagradable y falto de interés todo lo que decía. Fatigado y sin hallar el menor placer en mi duro trabajo, ansiaba dar fin a aquel ahondar en las suciedades humanas e ir a reunirme con mis hijos y emprender luego un viaje a la bella nación italiana. En este estado de ánimo salí del aula y me dirigí a la terraza de un café para tomar, al aire libre, una modesta colación, pues tampoco sentía apetito. Pero uno de mis oyentes, que había salido acompañándome, me pidió permiso para sentarse a mi lado mientras yo sorbía el café y mordiscaba unos pasteles, y comenzó a dirigirme grandes alabanzas, diciendo que mis lecciones le habían instruido altamente, que ahora lo veía todo de un modo muy distinto, que había logrado limpiar el *establo de Augías* de los errores y prejuicios acumulados sobre la teoría de las neurosis, etc., etc. En definitiva: que era un gran hombre. No era, ciertamente, mi humor el más apropiado para soportar tanto sahumerio, y con el fin de poner término a la repugnancia que aquella adulación me producía, abrevié mi estancia en el café y volví a casa. Antes de acostarme hojeé las obras de Rabelais y leí una novela corta de C. F. Meyer, titulada *Las cuitas de un muchacho*.

De este material surgió luego el sueño. La novelita de Meyer aportó a él la reminiscencia de escenas infantiles (cf. la última escena de mi sueño con el conde de Thun). Mi estado de ánimo, saturado de repugnancia y de tedio, pasa al sueño en tanto en cuanto le es dado aportar casi todo el material del contenido manifiesto. Pero por la noche despertó el estado de ánimo contrario más enérgicamente acentuado y sustituyó al primero. El contenido manifiesto tuvo entonces que estructurarse de manera a hacer posible la expresión de dos

tendencias antitéticas —la manía de empequeñecerse y la exagerada estimación de sí mismo por medio del mismo material—. De esta transacción resultó un contenido manifiesto equívoco, y de la recíproca coerción de los contrarios, un matiz afectivo indiferente.

Conforme a la teoría de la realización de deseos no hubiera sido posible este sueño si la serie de ideas de la manía de grandezas, serie antitética y acentuada de placer, aunque reprimida, no hubiera venido a agregarse a la de la repugnancia, pues los elementos penosos o displacientes de nuestros pensamientos diurnos no encuentran acogida en el sueño y sólo pueden pasar a él cuando prestan, simultáneamente, su forma a una realización de deseos.

La elaboración onírica puede realizar aún, con los afectos de las ideas latentes, algo más que darles paso al contenido manifiesto o anularlos, reprimiéndolos. Puede, en efecto, transformarlos en el afecto contrario. Sabemos ya que todo elemento del sueño puede constituir tanto su propia representación como serlo del elemento contrario. Por tanto, no sabremos nunca *a priori* cuál de estas dos significaciones darle y habremos de atenernos a lo que el contexto decida. La conciencia popular ha entrevisto este estado de cosas, pues las vulgares «claves de los sueños» proceden con frecuencia siguiendo este principio del contraste. Esta transformación en lo contrario es facilitada por la íntima conexión asociativa que enlaza en nuestro pensamiento la representación de un objeto a la de su contrario. Como todo otro desplazamiento, se halla esta inversión al servicio de los fines de la censura, pero es también, con frecuencia, obra de la realización de deseos, pues esta realización de deseos no consiste sino en la sustitución de algo desagradable por su contrario. Del mismo modo que las representaciones de objetos, pueden también aparecer invertidos en el sueño los afectos de las ideas latentes, y es muy probable que esta inversión de los afectos sea obra de la censura en la mayoría de los casos. La *represión* y la *inversión de los afectos* son también utilizadas en la vida social, en la que ya encontramos un proceso análogo al de la censura onírica para el *disimulo*. Cuando hablamos con una persona a la que quisiéramos decir algo hostil, viéndonos obligados a callarlo por consideraciones de orden social, habremos de ocultar las manifestaciones de nuestros afectos con el mismo cuidado que ponemos en atenuar la expresión de nuestros pensamientos. En efecto, si mientras le

dirigimos palabras corteses le miramos con gesto de odio o de desprecio, el efecto que nuestra actitud producirá a dicha persona no será muy distinto del que hubiéramos logrado arrojándole a la cara nuestro desprecio sin atenuación alguna. La censura nos aconseja, pues, que reprimamos, ante todo, nuestros afectos. Aquellos que llegan a ser maestros en el arte del disimulo consiguen fingir el afecto contrario al que verdaderamente sienten, y sonríen cuando quisieran morder o se muestran cariñosos con los que desearían aniquilar.

Conocemos ya un acabado ejemplo de tal inversión de los afectos en el sueño y al servicio de la censura. En el «sueño de la barba de mi tío» siento gran cariño hacia mi amigo R., mientras que en las ideas latentes le califico de imbécil. De este ejemplo de inversión de los afectos extrajimos el primer indicio de la existencia de una censura onírica. No es tampoco necesario suponer a este respecto que la elaboración onírica crea en todas sus partes tal afecto contrario, pues, generalmente, lo encuentra ya dado en el material latente y se limita a reforzarlo con la energía psíquica de los motivos de repulsa hasta hacerse alcanzar intensidad suficiente para constituirse en elemento dominante de la formación del sueño. En el citado sueño de «la barba de mi tío» procede probablemente el cariñoso afecto contrario de una fuente infantil (como nos indica la continuación del sueño), pues las relaciones entre tío y sobrino han constituido luego para mí, por la especial naturaleza de mis más tempranas experiencias infantiles (véase el análisis del sueño *Non vixit*), la fuente de todas mis amistades y todos mis odios.

Un sueño comunicado por Ferenczi nos ofrece un excelente ejemplo de tal inversión de los afectos[490]. Un individuo de avanzada edad es despertado una noche por su mujer, asustada de oírle reír entre sueños a grandes carcajadas. El durmiente relató luego haber soñado lo siguiente: «Una persona conocida entra a verme estando yo en la cama. Quiero encender la luz, pero no lo consigo, y todos mis intentos resultan vanos. Entonces se levanta mi mujer de la cama para ayudarme, mas no logra tampoco el resultado apetecido y, avergonzada de mostrarse en paños menores ante un extraño, vuelve a acostarse. Me parece tan cómico todo esto, que no puedo reprimir la risa. Mi mujer me pregunta: ‘¿De qué te ríes?’ Pero yo sigo riendo hasta que despierto». Al día siguiente se sintió el sujeto muy deprimido y

tuvo un fuerte dolor de cabeza «de tanto como se había reído aquella noche».

Analíticamente considerado, es éste un sueño mucho menos divertido. La persona ‘conocida’ que entra a ver al sujeto es, en las ideas latentes, ‘la gran incógnita’ —la muerte—, cuya imagen ocupó durante el día anterior los pensamientos del sujeto, anciano ya y enfermo de arteriosclerosis. La risa incoercible que le acomete es una sustitución del llanto enlazado a la idea de que ha de morir. La luz que ya no puede encender es la luz de la vida. Esta melancólica idea se halla, quizá, relacionada, con recientes tentativas de realizar el coito, fracasadas totalmente, sin que le sirviera de nada el auxilio de su mujer en ropas menores. El sujeto advierte, pues, que va ya cuesta abajo. La elaboración onírica supo transformar la triste idea de la impotencia y de la muerte en una escena cómica, y los sollozos en carcajadas.

Existe cierto género de sueños que merecen el calificativo de *hipócritas* y plantean un difícil problema a la teoría de la realización de deseos. Mi atención recayó sobre ellos cuando la señora Frau Dr. M. Hilferding puso a discusión en la Asociación Psicoanalítica de Viena los sueños siguientes, cuyo relato desarrolla Rosegger en una narración —’*Fremd gemacht*’— incluida en la obra titulada *Waldheimat* (tomo II, pág. 303).

He aquí la parte que de dicha narración nos interesa:

«Gozo, en general, de un apacible reposo. Pero durante una larga época quedó perturbada la serenidad de mis noches por el resurgimiento de mi pasado de oficial de sastre, que venía a interrumpir, como un fantasma inexorable, mi modesta vida de estudiante y literato.

»Este continuo retorno de mi pretérita actividad manual en mis sueños no podía ser atribuido a que su recuerdo ocupara vivamente mis pensamientos diurnos. Un ambicioso, que ha abandonado su piel de filisteo para escalar las alturas y hacerse un lugar en la sociedad, tiene otras cosas que hacer. Pero en esta época de lucha tampoco me preocupaban mis sueños. Sólo después, cuando me acostumbré a meditarlo todo, o quizá cuando el filisteo comenzó a resurgir algo en mí, fue cuando me di cuenta de que siempre que soñaba volvía a ser en mi sueño el antiguo oficial de sastre y que, de este modo, llevaba ya mucho tiempo trabajando gratis por las noches para mi maestro. Mientras me veía a su lado, cosiendo o planchando, tenía, sin embargo, perfecta conciencia de que no era ya aquel mi lugar ni aquellas mis

ocupaciones propias; pero siempre acababa por explicarme mi presencia allí alegando alguna causa racional; por ejemplo, la de que estaba en vacaciones o de veraneo y había ido al taller para ayudar un poco a mi maestro. Con frecuencia me inspiraba la tarea intenso desagrado, y lamentaba tener que perder en ella un tiempo que hubiera podido ocupar en cosas más útiles y gratas. Mientras tanto, tenía que aguantar, además, los regaños del maestro cuando una prenda no salía a su gusto. En cambio, no se hablaba jamás de remuneración ni salario algunos. Muchas veces, viéndome encorvado sobre la labor en el oscuro taller, me proponía dejar el trabajo y despedirme. En una ocasión llegué a hacerlo así; pero el maestro no se dio por enterado, y continué trabajando sin chistar.

»¡Cuán bien venido era para mí el despertar después de aquellas largas horas de tedio! Pero en vano me proponía siempre rechazar lejos de mí, con toda energía, aquel inoportuno sueño, cuando volviera a representarse, gritándole: No eres sino una vana fantasía… Sé que estoy en mi lecho y quiero dormir… La noche siguiente volvía a trasladarme al taller.

»Así pasaron varios años, sin que nada cambiase. Pero una vez, hallándonos trabajando en casa de aquel labrador para el que di mis primeras puntadas de aprendiz, se mostró el maestro muy descontento de mi trabajo, y mirándome ceñudamente, me dijo: 'Quisiera saber en qué estás pensando'. Al oír estas palabras, imaginé que lo más razonable sería abandonar mi sitio, decir al maestro que si estaba allí era únicamente por hacerle un favor ayudándole, y marcharme. Pero no lo hice, y consentí que el maestro tomase un aprendiz y me ordenase que le hiciera sitio en mi banco. Fui a sentarme en un rincón y seguí cosiendo. Aquel mismo día fue admitido otro oficial, que por cierto resultó ser aquel bohemio que había trabajado con nosotros diecinueve años antes y se cayó un día al arroyo yendo a la taberna. Cuando quiso sentarse no había ya sitio para él. Miré entonces interrogativamente al maestro, el cual me dijo: 'No tienes habilidad ninguna para este oficio; *puedes irte, estás despedido*'. Tanto sobresalto me produjeron estas palabras, que desperté de mi sueño.

»La luz del alba comenzaba a penetrar por las ventanas en mi sereno hogar. En torno mío, mis amadas obras de arte adornaban la habitación. En la biblioteca, elegantemente tallada, me esperaban el eterno Homero, el

gigantesco Dante, el incomparable Shakespeare, el glorioso Goethe —todos los inmortales—. Desde la habitación vecina llegaban las vocecitas de mis hijos parloteando con su madre. Me parecía haber hallado de nuevo, después de mucho tiempo, esta vida apacible, idílica, tierna, luminosa y henchida de poesía en la que tantas veces he sentido profundamente toda la felicidad a que el hombre puede aspirar. Sin embargo, me desazonaba la idea de no haberme anticipado a mi maestro, dando así lugar a que me despidiera.

»Pero, ¡cosa singular!, desde aquella noche en que fui despedido gozo de completa tranquilidad y no sueño ya con mi lejano pasado de obrero manual, tan alegre en su falta de aspiraciones y que, sin embargo, ha proyectado después tan larga sombra sobre mi vida».

En esta serie de sueños del poeta, que en su juventud había sido oficial de sastre, resulta muy difícil reconocer el dominio de la realización de deseos. Todo lo que puede serle grato pertenece a su vida despierta. En cambio, sus sueños parecen arrastrar de continuo la sombra fantasmal de una insatisfactoria existencia, por fin superada. El examen de algunos casos análogos me ha permitido arrojar alguna luz sobre los sueños de este género. Recién doctorado, trabajé algún tiempo en un instituto químico, sin adelantar lo más leve en las cuestiones científicas en él estudiadas, razón por la cual no me ha sido nunca grato ocupar mi pensamiento despierto con el recuerdo de aquella época de mis estudios, tan estéril como humillante para mi amor propio. En cambio, sueño con gran frecuencia hallarme en el laboratorio, donde efectúo análisis, me suceden diversas cosas, etc. Estos sueños son tan displacientes como los de examen y nunca muy claros ni precisos. En la interpretación de uno de ellos recayó, por fin, mi atención sobre la palabra «análisis», que me proporcionó la clave de su inteligencia.

Después de aquella época he llegado a ser un «analítico» y efectúo «análisis» que son muy alabados, aunque claro es que no *análisis químicos*, sino *psicoanálisis*. De este modo se me hicieron ya comprensibles tales sueños. Cuando el éxito de esta clase de análisis me ha enorgullecido durante el día y me siento inclinado a vanagloriarme de los grandes progresos realizados en tal materia, me presenta el sueño, por la noche, aquellos otros análisis en los que fracasé y que no me dan ciertamente motivo ninguno de orgullo. Trátase, pues, de sueños primitivos que castigan al *parvenu*, como

los del oficial de sastre que ha llegado a ser un festejado poeta. Pero ¿cómo es posible que el sueño, situado ante el conflicto entre el orgullo del *parvenu* y la autocrítica, se ponga al servicio de esta última y tome como contenido una advertencia razonable, en lugar de una ilícita realización de deseos? Ya indiqué antes que la respuesta a esta interrogación entraña no poca dificultad. Podríamos concluir que la base del sueño se hallaba constituida primeramente por una presuntuosa fantasía ambiciosa, pero que, en su lugar, ha pasado al contenido manifiesto una atenuación y humillación de la misma. Hemos de recordar que en la vida anímica existen tendencias masoquistas a las que podemos atribuir tal inversión. No tendría nada que oponer a que los sueños de este género fueran separados de los *sueños de realización* de deseos y consideraciones, aparte, como *sueños punitivos*, pues no vería en ello una restricción de la teoría de los sueños hasta aquí defendida, sino simplemente un medio de facilitar la comprensión de este estado de cosas a aquellos que no llegan a concebir la coincidencia de los contrarios. Pero un más penetrante examen de estos sueños nos proporciona aún otros datos. El impreciso contexto de uno de mis sueños con el laboratorio me volvía a la juventud y me situaba en el año más estéril y sombrío de mi carrera médica, cuando, sin colocación ni clientela ninguna, ignoraba cómo podría ganarme la vida. Pero al mismo tiempo me mostraba en el trance de elegir mujer entre varios partidos que se me ofrecían. Me situaba, pues, de nuevo en plena juventud y, sobre todo, en la época en que también era joven la mujer que compartió mi vida en aquellos años difíciles. De este modo se me reveló el deseo constante de todo hombre cercano ya a la vejez como el inconsciente estímulo provocador de este sueño. La lucha empeñada en otros estratos psíquicos entre la vanidad y la autocrítica había determinado, ciertamente, el contenido manifiesto; pero su producción como tal sueño se debía únicamente al deseo de juventud, más profundamente arraigado. Cuántas veces nos decimos despiertos: «Hoy me va muy bien, y, en cambio, aquellos tiempos fueron muy duros para mí; pero entonces poseía algo mejor que todo: la juventud[491]».

Otro género de sueños, muy frecuentes en mí y también de carácter hipócrita, tienen por contenido mi reconciliación con personas a las que me ligaron lazos de amistad, rotos o debilitados después. El análisis descubre

siempre en estos sueños un motivo que podría incitarme a prescindir del resto de consideración que aún guardo a tales antiguos amigos y a tratarlos como extraños o como enemigos. Pero el sueño se complace en pintar la relación contraria.

Al juzgar los sueños comunicados por un poeta en una narración literaria hemos de tener en cuenta que probablemente ha excluido de su relato aquellos detalles del contenido manifiesto que creyó insignificantes o perturbadores. Tales sueños nos plantean de este modo enigmas que una exacta reproducción del contenido manifiesto explicaría en el acto.

O. Rank me ha llamado la atención sobre uno de los cuentos de Grimm —titulado *El sastrecillo valiente* o *Yo maté siete de un golpe*—, en el que se incluye un análogo sueño de un *parvenu*. El sastrecillo, que ha conquistado fama de héroe y se ha casado con la hija del rey, sueña una noche con su antiguo oficio y pronuncia palabras que despiertan sospechas en la princesa. A la noche siguiente hace ésta penetrar en la alcoba a varios hombres de armas con la consigna de espiar las palabras que se le escapen a su marido durante el reposo y apoderarse de él si tales palabras confirman sus sospechas. Pero el sastrecillo, avisado, sabe rectificar su sueño.

La complicación de los procesos de supresión, sustracción e inversión, mediante los cuales pasan los afectos de las ideas latentes a constituir los del sueño manifiesto, se nos evidencia en apropiadas síntesis de sueños totalmente analizados. Expondré aquí todavía varios ejemplos que ilustrarán algunas de las afirmaciones antes expuestas sobre el fenómeno afectivo en los sueños.

V

En el sueño del extraño trabajo que el viejo Brücke me ha encomendado —el de disecar la mitad inferior de mi propio cuerpo— *echo de menos en el mismo sueño el espanto que tal labor debía, naturalmente, producirme*. Esta circunstancia constituye, en más de un sentido, una realización de deseos. La preparación anatómica representa el amplio autoanálisis contenido en mi libro sobre los sueños, y cuya publicación me es en extremo desagradable,

hasta el punto de que, teniendo terminado el manuscrito hace más de un año, no me he decidido aún a enviarlo a la imprenta. Sin embargo, abrigo el deseo de dominar esta sensación que me retiene de dar a conocer mi trabajo, y por este motivo no experimento en el sueño *terror (Grauen)* ninguno. Pero la palabra *Grauen* (terror) tiene también otro sentido (*grauen = encanecer*), en el que tampoco quisiera que pudiera serme aplicada. Hace ya tiempo que mis cabellos han comenzado a «encanecer», indicándome que no debo ya retrasar aquello que desee llevar a cabo en la vida. Ya vimos que al final del sueño queda representada la idea de que habré de abandonar a mis hijos la continuación de mi obra y la alegría de llegar al fin después de difícil peregrinación.

Hemos expuesto antes dos sueños que transfieren a los instantes inmediatamente posteriores al despertar la expresión de la satisfacción. En el primero aparece motivado este afecto por la esperanza de averiguar lo que significa el «Yo he soñado ya esto» dentro del sueño mismo y corresponde en realidad al nacimiento de los primeros hijos. En el segundo se muestra enlazado al convencimiento de que se cumplirá ahora aquello que «signos anteriores anunciaron», y se refiere verdaderamente al nacimiento de mi segundogénito. Ambos contenidos manifiestos muestran afectos idénticos a los dados en sus ideas latentes respectivas; pero esta circunstancia no nos autoriza a suponer que ha tenido efecto un simple paso de dichos afectos de un contenido a otro. El sueño no muestra nunca tanta sencillez. En efecto, profundizando un poco más en el análisis de estos ejemplos, descubrimos que tal satisfacción exenta de toda censura, queda incrementada por un refuerzo suministrado por otra fuente sobre la que habría de recaer el veto de la misma y cuyo afecto despertaría la más enérgica oposición si no se ocultara detrás del de idéntica cualidad procedente de la fuente permitida, deslizándose así a su amparo. Por desgracia, no me es posible demostrar esta circunstancia en el sueño a que nos venimos refiriendo; pero un ejemplo tomado de otra distinta esfera aclarará suficientemente estas opiniones. Supongamos el caso siguiente: Hay una persona que me inspira odio hasta el punto de hacer surgir en mí una viva tendencia a alegrarme de que le ocurra alguna desgracia. Pero, como mis sentimientos morales no se pliegan a esta tendencia, no me atrevo a exteriorizar mis malos deseos, y si la desgracia recae sobre dicha persona, sin

culpa alguna por su parte, reprimiré mi satisfacción y me esforzaré en sentir y exteriorizar la compasión debida. Todos nos hemos hallado alguna vez en esta situación. Pero puede también suceder que la persona odiada cometa una extralimitación cualquiera y atraiga sobre sí de este modo merecidas calamidades. Entonces podremos dejar libre curso a nuestra satisfacción ante el justo castigo recibido por el culpable y nos exteriorizaremos en esta forma, coincidiendo al hacerlo así con toda persona imparcial. Sin embargo, no dejaremos de observar que nuestra satisfacción resulta más intensa que la de los demás, habiendo recibido un refuerzo de la fuente de nuestro odio, a la que hasta entonces había impedido la censura proporcionar afecto ninguno, pero que ha sido ahora libertada de toda coerción por la transformación de las circunstancias. Este caso se realiza en la sociedad siempre que una persona antipática o perteneciente a una minoría mal vista incurre en alguna falta. Su castigo no suele entonces ser proporcionado al delito, pues se agrega a éste la mala voluntad que contra el sujeto se abriga y que ha debido resignarse antes a permanecer estéril. Los jueces cometen, sin duda, así una injusticia; pero la satisfacción que en su interior les produce la cesación de una represión durante tanto tiempo mantenida les impide darse cuenta de ello. En estos casos se halla perfectamente justificado el afecto en lo que a su cualidad se refiere, pero no en lo que respecta a su medida, y la autocrítica, tranquilizada en un punto, descuida fácilmente el examen del segundo. Una vez abierta la puerta, entra fácilmente más gente de la que al principio se pensó admitir

El singularísimo rasgo que presenta el carácter neurótico de reaccionar a un estímulo con afectos cualitativamente justificados, pero desmesurados cuantitativamente, queda explicado de este modo en tanto en cuanto puede ser objeto de una explicación psicológica. Pero el exceso procede de fuentes afectivas inconscientes y reprimidas hasta el momento que logran hallar un enlace asociativo con el motivo real, y a cuyo desarrollo de afecto abre el camino, deseando una fuente de afectos lícita y libre de toda objeción. De este modo echamos de ver que entre la instancia anímica reprimida y la represora no debemos limitarnos a tener en cuenta únicamente las relaciones de coerción recíproca, pues merecen también igual atención aquellos casos en los que por medio de una acción conjunta y una mutua intensificación producen ambas instancias un efecto patológico. Apliquemos ahora estas

observaciones sobre mecánica psíquica a la inteligencia de las manifestaciones afectivas del sueño. Una satisfacción exteriorizada en el sueño y que naturalmente existe también en las ideas latentes, no queda siempre explicada en toda su extensión por este descubrimiento. En todos los casos tendremos que buscarle en las ideas latentes una segunda fuente sobre la que gravita la presión de la censura, y que bajo esta presión no hubiera producido satisfacción, sino el afecto contrario, pero que es colocada por la presencia de la primera fuente onírica en situación de sustraer su afecto de satisfacción a la represión y agregarlo, en calidad de refuerzo, a la satisfacción procedente de otra fuente distinta. Los afectos del sueño resultan, pues, compuestos por aportaciones de diversas fuentes y superdeterminados con respecto a las ideas latentes: *Todas las fuentes susceptibles de producir el mismo afecto se unen a este fin en la elaboración*[492].

El análisis del acabado sueño, cuyo nódulo central se halla constituido por las palabras *non vixit*, nos aclara un poco este complicado estado de cosas. Este sueño muestra concentradas en dos puntos de su contenido manifiesto exteriorizaciones afectivas de diversas cualidades. Sentimientos hostiles y displacientes en el mismo sueño (se dice: «Embargado entonces por singulares afectos…») se acumulan y superponen en el momento en que aniquilo a mi amigo y adversario con las dos palabras indicadas. Al final del sueño siento gran regocijo y acepto la opinión —reconocidamente absurda— de que existen fantasmas que podemos hacer desaparecer con sólo desearlo.

No he comunicado aún la motivación de este sueño, esencialísima y que nos hace penetrar profundamente en su inteligencia. Mi amigo de Berlín —al que he designado con las letras Fl— me había escrito que pensaba someterse a una operación quirúrgica y que unos parientes suyos, residentes en Viena, me tendrían al corriente de su estado durante aquellos días. Las primeras noticias posteriores a la operación no fueron nada satisfactorias y me pusieron en cuidado. Hubiera querido acudir al lado de mi amigo; pero precisamente por entonces me hallaba aquejado de una dolorosa enfermedad que convertía en atroz tortura cada uno de mis movimientos. Las ideas latentes me demuestran que la vida de mi amigo llegó a inspirarme serios temores. Su única hermana, a la que no llegué a conocer, había muerto en plena juventud, después de brevísima enfermedad. *(En el sueño habla Fl. de*

su hermana y dice: «En tres cuartos de hora quedó muerta».) Imaginando que la naturaleza de mi amigo no era mucho más resistente, debí figurarme que, después de recibir peores noticias, emprendía, por fin, el viaje… y llegaba demasiado tarde, cosa que me hubiera reprochado eternamente[493]. Este reproche de haber llegado tarde pasa a constituir el centro del sueño; pero queda representado en una escena en la que Brücke, el venerado maestro de mis años de estudiante, me lo hace presente acompañándolo de una terrible mirada de sus azules ojos. No pudiendo reproducir el sueño esta escena tal como fue vivida, la transforma, atribuyéndome el papel aniquilador, inversión que es, sin duda alguna, obra de la realización de deseos. Los cuidados que me inspira la vida de mi amigo, el reproche de no acudir a su lado, la vergüenza que ello me produce (mi amigo ha venido *inesperadamente* a Viena) y mi necesidad de considerarme perfectamente disculpado por la enfermedad que me impide moverme, son los elementos que componen la tempestad de sentimientos que se desarrolla en la región correspondiente de las ideas latentes y es claramente percibida durante el reposo.

En la motivación del sueño había aún algo más, que produjo en mí un efecto totalmente contrario. Al darme las primeras noticias, nada tranquilizadoras en los días que siguieron a la operación, se me hizo la advertencia de que no las comunicase a nadie, advertencia que me ofendió por el juicio que sobre mi discreción significaba. Sabía, desde luego, que mi amigo no había encargado a nuestro intermediario nada semejante y que se trataba de una oficiosidad de este último; pero el reproche en ella oculto me desagradó extraordinariamente porque no era del todo injustificado. Aquellos reproches en los que no hay algo de verdad no suelen indignarnos tanto. Mi amigo Fl. no podía ciertamente tener motivo ninguno para dudar de mi discreción; pero una vez, en años juveniles, hablé más de lo conveniente y ocasioné un disgusto entre dos personas que me honraban con su amistad, contando a una algo que sobre ella había dicho la otra. Los reproches de que por entonces se me hizo objeto permanecen grabados para siempre en mi memoria. Uno de los amigos entre los que sembré en aquella ocasión la discordia era el profesor Fleischl; el otro puede ser sustituido por el nombre de *José*, que era también el de mi amigo y adversario P., resucitado por mi

sueño.

Del reproche de que no sé guardar nada para mí testimonia en el sueño la pregunta de Fl. («¿Qué es lo que sobre él ha contado a P.?») La intervención de este recuerdo es lo que transfiere desde el presente al tiempo en que iba al laboratorio de Brücke el reproche de que llego tarde. Sustituyendo en la escena del aniquilamiento la persona de mi interlocutor por un «José», hago que esta escena represente no sólo el reproche de que llego tarde, sino también el otro, más rigurosamente sometido a la censura, de que no sé guardar ningún secreto. La labor de condensación y desplazamiento del sueño, así como los motivos del mismo, se hacen aquí evidentes.

Mi disgusto ante la advertencia de conservar el secreto, mitigado ya en el momento del sueño, extrae, en cambio, un refuerzo de fuentes muy profundas, y se convierte de este modo en una impetuosa corriente de sentimientos hostiles contra personas que, en realidad, me son muy queridas. La fuente que proporciona este refuerzo mana en lo infantil. He relatado ya que, tanto mis calurosas amistades como mis enemistades con personas de mi edad, se enlazan a mis relaciones infantiles con mi sobrino John, un año mayor que yo. Ya he indicado repetidamente las características de estas relaciones. Como un sobrino me dominaba por su mayor edad, tuve que aprender tempranamente a defenderme, y vivimos así inseparablemente unidos y queriéndonos mucho, pero también peleándonos, pegándonos —y *acusándonos*—. Todos mis amigos posteriores han constituido y constituyen, en cierto sentido, encarnaciones de esta figura de mi infantil compañero y fantasmales reapariciones[494] de la misma (*revenants*). Mi sobrino mismo retornó a mi casa en mis años de adolescencia, siendo entonces cuando representamos la escena entre César y Bruto. Un íntimo amigo y un odiado enemigo han sido siempre necesidades imprescindibles de mi vida sentimental, y siempre he sabido procurármelos de nuevo. No pocas veces quedó reconstituido tan completamente este ideal infantil, que amigo y enemigo coincidieron en la misma persona, aunque naturalmente, no al mismo tiempo ni en constante oscilación, como sucedió en mis primeros años.

No podemos emprender aquí la investigación de la forma en que dadas estas conexiones puede un motivo de afecto retroceder hasta otro análogo

infantil, para hacerse sustituir por él en el desarrollo de afecto. Es ésta una cuestión que pertenece a la psicología del pensamiento inconsciente, y hallaría su lugar en una explicación psicológica de las neurosis. Para la interpretación que de momento nos ocupa supondremos que en este punto del análisis surge una reminiscencia infantil —exacta o fantaseada— cuyo contenido es el que sigue: los dos niños comienzan a pelearse por la posesión de un objeto, que dejaremos aquí indeterminado, aunque el recuerdo o la fantasía lo concretan perfectamente. Ambos alegan haber *llegado antes* y tener, por tanto, mejor derecho. Pero como ninguno quiere ceder, vienen a las manos. Por determinadas indicaciones del sueño podría suponerse que la razón no estaba esta vez de mi parte («dándome cuenta de mi error» o «de que me expreso mal»); pero la fuerza decide en mi favor, y quedo dueño del campo de batalla. El vencido acude a mi padre y abuelo suyo para acusarme; pero yo me defiendo con las palabras ya indicadas en mi anterior examen de este sueño y que me fueron repetidas por mi padre en años posteriores: «Le pego porque él me ha pegado antes».

Esta reminiscencia, o más probablemente fantasía, que surge en mí durante el análisis del sueño —sin garantía ninguna y sin que yo mismo sepa cómo— constituye en las ideas latentes un elemento intermedio que reúne los sentimientos afectivos de las mismas, como la concha de una fuente monumental recoge las aguas de los surtidores para verterlas después en la taza. Partiendo de este elemento intermedio, emprenden las ideas latentes los caminos que siguen: Te está muy bien empleado haber tenido que dejarme libre el puesto a la fuerza. ¿Por qué quisiste arrojarme antes de él? No te necesito para nada. Ya encontraré otro con quien jugar, etc. Estos pensamientos siguen luego caminos que vuelven a llevarlos a la representación onírica. En una ocasión hube de reprochar un tal *ôte-toi que je m'y mette* a mi difunto amigo José. Siguiendo mis huellas, había entrado como aspirante en el laboratorio de Brücke, institución en la que el ascenso no solía ser rápido. Mi amigo, que sabía su vida limitada y al que ninguna relación de amistad ligaba con su inmediato superior, manifestó claramente su impaciencia en varias ocasiones. Dado que dicha persona padecía una grave enfermedad, el deseo de verle conseguir un ascenso, esto es, dejar su puesto, podía encubrir otro menos piadoso. Años antes había yo abrigado

también, y más vivamente aún, el deseo de que se produjese una vacante. Todo escalafón da siempre motivo a represiones de deseos de este género. Recordemos al príncipe Hal de la obra de Shakespeare—, que no supo resistir a la tentación de probarse la corona del rey, su padre, junto al lecho en que éste yacía enfermo. Mi sueño castiga tan desconsiderada impaciencia; pero, como era de esperar, no lo hace en mi propia persona, sino en la de mi amigo[495].

«Porque era ambicioso, le maté». Porque no podía esperar que el otro le dejara el puesto, fue él expulsado del que ocupaba en la vida. Este pensamiento surgió en mí mientras asistía a la inauguración del monumento erigido al otro en la Universidad. Una parte de la satisfacción experimentada en el sueño significa, pues: «Ha sido un justo castigo. Te está bien empleado».

En el entierro de mi amigo (P.) hizo un joven la observación de que el orador que había pronunciado el discurso necrológico se había expresado como si el mundo no pudiese continuar subsistiendo sin aquel hombre, observación a primera vista poco oportuna, pero que respondía al honrado sentimiento del hombre sincero que ve perturbado su dolor por una inútil exageración. A estos conceptos se enlazan luego las ideas latentes de mi sueño. En realidad, nadie es insustituible. ¡A cuántos amigos y conocidos he acompañado yo a la tumba! Pero yo vivo todavía; he sobrevivido a todos y conservo mi puesto. Tal pensamiento, en el instante en que temo no encontrar ya en vida a mi amigo si acudo a su lado, no puede significar sino que me alegro de sobrevivir nuevamente a alguien, de que el que ha muerto haya sido él y no yo, y de que conservo mi puesto, como antes, en la escena infantil fantaseada. Esta satisfacción de conservar mi puesto, procedente de lo infantil, encubre la parte principal del afecto acogido en el sueño. Me alegro de sobrevivir a mi amigo, y lo manifiesto con el ingenuo egoísmo que campea en la conocida anécdota: «El marido, a su mujer: 'Si uno de nosotros muriere, me iría a vivir a París'.»

No puede ocultarse a nadie lo mucho que nos es preciso vencernos para analizar y comunicar nuestros propios sueños, que parecen revelarnos como el único ser perverso entre todas las nobles criaturas que nos rodean. Encuentro, por tanto, muy comprensible que los *revenants* nos sustituyan

sólo mientras queremos, que podamos hacerlos desaparecer con sólo desearlo. Esto ha sido lo que ha motivado el castigo de mi amigo José. Por otro lado, los *revenants* son las sucesivas encarnaciones de mi infantil amigo, y de este modo se refiere también mi satisfacción a haber logrado sustituir siempre con otras las amistades perdidas. También para la que ahora estoy a punto de perder encontraré sustitución. Nadie es insustituible.

Mas ¿dónde permanece aquí la censura onírica? ¿Por qué no acude a oponerse enérgicamente a este proceso mental tan groseramente egoísta y no transforma en profundo displacer la satisfacción que a él se muestra enlazada? A mi juicio, obedece esta conducta a que otros procesos mentales por completo irreprochables provocan también satisfacción y encubren con este afecto el de igual carácter emanado de las fuentes infantiles prohibidas. Durante la solemne inauguración del monumento en la Universidad surgieron también en mí los pensamientos siguientes: He perdido ya muchos y muy queridos amigos; unos me han sido arrebatados por la muerte; otros no han sabido conservar mi amistad. Pero, afortunadamente, he logrado sustituirlos, pues tengo hoy uno que significa para mí más que todos los otros y al que conservaré siempre[496], pues he llegado ya a una edad en la que es difícil establecer amistades nuevas. La satisfacción de haber hallado tal sustitución de los amigos perdidos puede pasar al sueño sin dificultad ninguna; pero detrás de ella se desliza la satisfacción hostil procedente de una fuente infantil. El cariño infantil contribuye, sin duda, a reforzar el actual; pero también el odio infantil se ha abierto camino en la representación.

El sueño contiene, además, una clara alusión a otro proceso mental del que también emana satisfacción. Mi amigo ha tenido hace poco una hija, después de larga espera. Sé cuánto sintió la muerte de su joven hermana, y le he escrito que transferirá a la niña todo el cariño que su hermana le inspiraba, y logrará así olvidar, por fin, la irreparable pérdida.

Así, pues, también esta serie de pensamientos va a enlazarse a aquella idea intermedia del contenido latente, de la que luego parten diversos caminos en direcciones contrarias: nadie es insustituible. Mira, todos son *revenants*; todo lo que hemos perdido vuelve a nosotros. En este punto quedan estrechados los lazos asociativos de los elementos —tan contradictorios— de las ideas latentes por la circunstancia casual de que la

hija recién nacida de mi amigo ha recibido el nombre de *Paulina*, nombre que es también el de una compañera de mis juegos infantiles, niña de mi misma edad y hermana de mi más antiguo amigo y adversario. Esta coincidencia me produce *satisfacción*, y aludo a ella sustituyendo en mi sueño un *José* por otro *José* y escogiendo luego, para designar a mi amigo de Berlín, las iniciales Fl., coincidentes con las de otro personaje del sueño —el profesor Fleischl—. Partiendo de aquí conduce una concatenación de ideas a los nombres de mis propios hijos, en cuya elección no me ha guiado nunca la moda del día, sino el deseo de rememorar a personas queridas. Estos nombres hacen que mi hijos sean también, en cierto modo, *revenants*. Y, en definitiva, ¿no constituyen nuestros hijos nuestro único acceso a la *inmortalidad*?

Añadiré aún algunas observaciones sobre los afectos del sueño, considerados desde un diferente punto de vista. En el alma del durmiente puede hallarse contenida una inclinación afectiva —la que denominamos estado de ánimo— a título de elemento dominante y contribuir entonces a determinar el sueño. Este estado de ánimo puede surgir de los sucesos y pensamientos del día y puede tener fuentes somáticas. En ambos casos aparecerá acompañado de procesos mentales correspondientes a su naturaleza. Mas para la formación de los sueños es indiferente que este contenido de representaciones aparezca condicionado primariamente por la inclinación afectiva o despertado por una disposición sentimental de origen somático. La formación de los sueños se halla siempre sujeta a la limitación de no poder representar sino lo que constituye una realización de deseos, ni tomar su fuerza motriz psíquica más que del deseo. El estado de ánimo dado de momento recibirá el mismo trato que la sensación surgida durante el reposo (cap. 6, apart, *b*, 5), la cual es despreciada o transformado su sentido en el de una realización de deseos. Los estados de ánimo displacientes dados durante el reposo se constituyen en fuerzas impulsoras del sueño, despertando enérgicos deseos que el mismo ha de cumplir, y el material al que se hallan ligados es elaborado hasta hacerlo utilizable para la expresión de una realización de deseos. Cuanto más intenso y dominante es en las ideas latentes el estado de ánimo displaciente, más seguramente aprovecharon las tendencias optativas reprimidas la ocasión que de conseguir una representación se les of rece, pues encuentran ya realizada, por la existencia

actual de un displacer que en caso contrario habrían de engendrar por sí propios, la parte más penosa de la labor que les sería necesario llevar a cabo para pasar el sueño manifiesto. Con estas observaciones rozamos de nuevo el problema de los sueños de angustia, que demostrarán ser el caso límite del rendimiento onírico.

I) **La elaboración secundaria**.

Llegamos, por fin, a la exposición del cuarto de los factores que participan en la formación de los sueños.

Prosiguiendo la investigación del contenido manifiesto en la forma antes iniciada, o sea inquiriendo en las ideas latentes el origen de aquellos fenómenos que atraen nuestra atención en dicho contenido, tropezamos con elementos para cuyo esclarecimiento precisamos de una hipótesis totalmente nueva. Recuérdense los casos en que, sin dejar de soñar, nos asombramos o indignamos de un fragmento del mismo contenido manifiesto. La mayor parte de estos sentimientos críticos del sueño no van dirigidos contra el contenido manifiesto, sino que demuestran ser partes del material onírico tomadas de él y adecuadamente utilizadas. Así nos lo han probado con toda claridad los ejemplos correspondientes. Pero hay algo que no consiente tal derivación y para lo que no encontramos en el material onírico elemento ninguno correlativo. ¿Qué significa, por ejemplo, el juicio crítico «Esto no es más que un sueño», tan frecuente dentro del sueño mismo? Es ésta una verdadera crítica del sueño, idéntica a la que pudiera desarrollar nuestro pensamiento despierto. En algunas ocasiones no constituye sino un elemento precursor del despertar, y en otras, más frecuentes, aparece, a su vez, precedida de un sentimiento displaciente, apaciguado luego al comprobar que no se trata sino de un sueño. La idea: «No es más que un sueño», dentro del sueño mismo, tiende a disminuir la importancia de lo que el sujeto viene experimentando y conseguir así que tolere una continuación. Sirve, pues, para adormecer a cierta instancia, que en el momento dado tendría motivos más que suficientes para intervenir y oponer su veto a la prosecución del sueño. Pero es más cómodo seguir durmiendo y tolerar el sueño, «porque no es más que un

sueño». Imagino que esta despreciativa crítica surge cuando la censura —nunca totalmente adormecida— se ve sorprendida por un sueño que ha logrado forzar el paso. No pudiendo ya reprimirlo, sale al encuentro de la angustia o del displacer que la sorpresa ha provocado, con la observación indicada. Trátase, pues, de una manifestación de *esprit d'escalier* por parte de la censura psíquica.

Tenemos aquí una evidente demostración de que no todo lo que el sueño contiene procede de las ideas latentes, pues existe una función psíquica no diferenciare de nuestro pensamiento despierto, que puede proporcionar aportaciones al contenido manifiesto. La interrogación que se nos plantea es la de si se trata de algo excepcional o si la instancia psíquica que ejerce la censura participa también regularmente en la formación de los sueños.

Esto último es, indudablemente, lo cierto. No puede negarse que la instancia censora, cuya influencia no hemos reconocido hasta aquí sino en restricciones y omisiones observadas en el contenido manifiesto, introduce también en el mismo ciertas interpolaciones y ampliaciones. Estas interpolaciones son con frecuencia fácilmente reconocibles, pues aparecen tímidamente expuestas, siendo iniciadas con un «como sí», no poseen muy elevada vitalidad y son siempre incluidas en lugares en los que pueden servir de enlace entre dos fragmentos del contenido manifiesto o para la consecución de una coherencia entre dos partes del sueño. Muestran, además, menor consistencia mnémica que las derivaciones legítimas del material onírico, y cuando el sueño sucumbe al olvido son lo primero que desaparece, hasta el punto de que, a mi juicio, nuestra frecuente observación de que hemos soñado muchas cosas, pero no hemos retenido sino algunos fragmentos dispersos, obedece precisamente a la rápida desaparición de estas ideas aglutinantes. Cuando realizamos un análisis completo descubrimos tales interpolaciones por la ausencia en las ideas latentes de material que a ellas corresponda. Pero después de una minuciosa investigación podemos afirmar que es éste el caso menos frecuente. La mayor parte de las veces nos es posible referir tales ideas interpoladas a un material dado en las ideas latentes, pero a un material que ni por su valor propio ni por superdeterminación podía aspirar a ser acogido en el sueño. La función psíquica cuya actuación en la elaboración de los sueños examinamos ahora,

no parece elevarse a creaciones originales, sino muy en último extremo, y utiliza, mientras le es posible, aquellos elementos del material onírico que resultan adecuados a sus fines.

Pero lo que caracteriza y delata a esta parte de la elaboración onírica es su tendencia. Esta función procede, en efecto, como maliciosamente afirma el poeta[497] que proceden los filósofos; esto es, tapando con sus piezas y remiendos las soluciones de continuidad del edificio del sueño. Consecuencia de esta labor es que el sueño pierde su primitivo aspecto absurdo e incoherente y se aproxima a la contextura de un suceso racional. Pero no siempre corona el éxito estos esfuerzos. Existen muchos sueños así construidos que parecen a primera vista irreprochablemente lógicos y correctos; parten de una situación posible, la continúan por medio de variaciones libres de toda contradicción y la conducen —aunque con mucho menor frecuencia— a una conclusión adecuada. Estos sueños son los que han sido objeto de más profunda elaboración por la función psíquica análoga al pensamiento despierto; parecen poseer un sentido; pero este sentido se halla también a mil leguas de su verdadera significación. Si los analizamos, nos convencemos de que es en ellos en los que la elaboración secundaria maneja con mayor libertad el material dado y respeta menos las relaciones del mismo. Son éstos sueños que, por decirlo así, han sido interpretados ya una vez antes que en la vigilia los sometiéramos a la interpretación. En otros sueños no ha conseguido avanzar esta elaboración tendenciosa sino hasta cierto punto, hasta el cual se muestran entonces coherentes, haciéndose después disparatados o embrollados y volviendo luego, a lo mejor, a elevarse por segunda vez hasta una apariencia de comprensibilidad. Por último, hay también sueños en los que falta por completo esta elaboración y se nos muestran como un desatinado montón de fragmentos de contenido.

No quisiéramos negar perentoriamente a este cuarto poder estructurador del sueño que pronto se nos revelará como algo ya conocido en realidad —es el único de los cuatro factores de la elaboración onírica con el que ya nos hallamos familiarizados—; no le quisiéramos negar, repetimos, la capacidad de aportar al sueño creaciones originales. Pero, desde luego, podemos afirmar que su influencia se manifiesta predominantemente, como la de los otros tres, en la selección del material onírico de las ideas latentes. Existe un caso en el

que la labor de aplicar al sueño una especie de fachada le resulta ahorrada casi totalmente por la preexistencia en las ideas latentes de tal formación. Estas formaciones, dadas ya de antemano en las ideas latentes, son las que conocemos con el nombre de *fantasías*, y equivalen a aquellas otras, productos del pensamiento despierto, a las que calificamos de *ensoñaciones* o *sueños diurnos*[498] *(Tagträume)*. El papel que en nuestra vida anímica desempeñan no ha sido aún completamente determinado por los psiquiatras. M. Benedikt ha iniciado un estudio muy prometedor, a mi juicio, sobre él. Por otra parte, la significación de los sueños diurnos no ha escapado a la certera y penetrante mirada del poeta: recordemos la descripción que de ellos hace un personaje secundario de *El nabab*, de Daudet. El estudio de las psiconeurosis nos conduce al sorprendente descubrimiento de que estas fantasías o sueños diurnos constituyen el escalón preliminar de los síntomas histéricos, por lo menos de toda una serie de ellos. Estos síntomas no dependen directamente de los recuerdos, sino de las fantasías edificadas sobre ellos. La frecuencia de las fantasías diurnas nos ha facilitado el conocimiento de estas formaciones; pero, además de tales fantasías conscientes, existen otras —numerosísimas— que por su contenido y su procedencia de material reprimido tienen que permanecer inconscientes. Una más minuciosa investigación de los caracteres de estas fantasías diurnas nos muestra con cuánta justicia se les ha dado el mismo nombre que a nuestros productos mentales nocturnos, o sea el de *sueños*. Comparten, en efecto, con los sueños nocturnos gran número de sus cualidades esenciales, y su investigación nos habría podido proporcionar el acceso más immediate y fácil a la comprensión de los mismos.

Como los sueños, son estas ensoñaciones realizaciones de deseos: tienen en gran parte como base las impresiones provocadas por sucesos infantiles y sus creaciones gozan de cierta benevolencia de la censura. Examinando su construcción, comprobamos que el motivo optativo que ha actuado en su producción ha revuelto el material de que se hallan formadas y ha constituido luego con él, ordenándolo en forma diferente, una nueva totalidad. Con relación a las reminiscencias infantiles a las que se refieren, son lo que algunos palacios barrocos de Roma respecto de las ruinas antiguas cuyos materiales se han utilizado en su construcción.

En la «elaboración secundaria» del contenido onírico, que hemos atribuido al cuarto de los factores de la formación de los sueños, volvemos a hallar la misma actividad que en la creación de los sueños diurnos puede manifestarse libremente, no coartada por otras influencias. Pudiéramos afirmar sin más dilación que este nuestro cuarto factor intenta constituir con el material dado *algo como un sueño diurno*. Pero en aquellos casos en los que aparece ya constituido de antemano tal sueño diurno, relacionado con las ideas latentes del nocturno, se apoderará de él y tenderá a hacerlo pasar al contenido manifiesto. Existen, pues, sueños que no consisten sino en la repetición de una fantasía diurna que ha permanecido, quizá, inconsciente. Así, el del muchacho que se ve conducido por Diomedes en su carro de guerra. La segunda mitad de aquel sueño, en el que creo el neologismo *autodidasker*, es asimismo una fiel reproducción de una fantasía diurna inocente sobre mis relaciones con el profesor M. De la complicación de las condiciones que el sueño ha de cumplir en su formación depende el que la fantasía preexistente no constituya —como es lo más frecuente— sino una parte del sueño, o que sólo un fragmento de la misma llegue a pasar el contenido manifiesto. De ordinario es manejada entonces esta fantasía como cualquier otro elemento del material latente, pero muchas veces continúa constituyendo en el sueño una totalidad. En mis sueños suelen aparecer fragmen tos que se distinguen del resto por la distinta impresión que producen. Parecen más fluidos, más coherentes y, sin embargo, más fugitivos que los demás elementos del mismo sueño, y estos caracteres me indican que se trata de fantasías inconscientes relacionadas con el sueño y acogidas por él, pero no me ha sido nunca posible determinarlas. Por lo demás, estas fantasías son acumuladas, condensadas y superpuestas, del mismo modo que todos los demás elementos de las ideas latentes. Sin embargo, puede observarse la existencia de una escala gradual, que va desde el caso en el que constituyen casi inmodificadas el contenido manifiesto, o, por lo menos, la fachada del sueño, hasta el caso contrario, en el que no se hallan representadas en dicho contenido sino por uno de sus elementos o por una lejana alusión al mismo. En general, el destino de estas fantasías dadas en las ideas latentes depende de las ventajas que puedan ofrecer para satisfacer las exigencias de la censura y las imposiciones de la condensación.

Al escoger los ejemplos destinados a ilustrar la interpretación onírica he procurado eludir en lo posible aquellos sueños en los que desempeñaban un papel importante las fantasías inconscientes, pues la introducción de este elemento psíquico hubiera exigido amplias explicaciones sobre la psicología del pensamiento inconsciente. Pero de todos modos no es posible eludir en estas materias todo contacto con las «fantasías», pues se trata de formaciones que pasan muchas veces íntegras al sueño o se transparentan —y éste es el caso más frecuente— bajo su contenido manifiesto. Expondré, pues, un sueño que aparece compuesto por dos fantasías contrarias, aunque coincidentes en algunos puntos. Una de estas fantasías es más profunda que la otra y viene a constituir su interpretación[499].

El contenido de este sueño —único del que no conservo anotaciones minuciosas— es aproximadamente el que sigue: El sujeto —un joven soltero — se halla sentado en un café, al que tiene costumbre de ir todos los días. Varias personas entran a buscarle; entre ellas, una que quiere prenderle. Dirigiéndose a sus contertulios, dice: «Me voy. Luego volveré y pagaré». Pero estas palabras son recibidas con burlas y protestas: «No, no; ya sabemos lo que eso quiere decir». Uno de los consumidores le grita: «Otro que se va». Luego es conducido a un estrecho local, en el que se encuentra una mujer con un niño en brazos. Uno de sus acompañantes dice: «Aquí está el señor Müller». Un comisario de Policía o un funcionario semejante hojea un montón de documentos y repite mientras tanto: «Müller, Müller, Müller». Luego le dirige una pregunta, a la que el sujeto contesta con un «sí». A continuación mira a la mujer que encontró al entrar y ve que le ha salido una poblada barba.

Los dos componentes de este sueño resultan fácilmente separables. El más superficial es una *fantasía que gira sobre la prisión del sujeto*, y nos parece constituir un producto original de la elaboración onírica. Pero detrás de ella resulta fácilmente visible el material primitivo, al que la elaboración onírica ha impuesto una ligera transformación material, que es la *fantasía del matrimonio* del sujeto, y los rasgos comunes a ambos productos resaltan con particular intensidad, como en las fotografías compuestas de Galton. La promesa de volver a su puesto en la tertulia del café, incrédulamente acogida por los amigos, la exclamación: «¡Otro que se va!» (que se casa), y el «sí»

con el que contesta al funcionario son detalles fácilmente visibles de la fantasía nupcial. El hojear un montón de papeles repitiendo una y otra vez el mismo nombre corresponde a un detalle secundario, pero bien reconocible, de los festejos nupciales; esto es, a la lectura de los telegramas de felicitación, dirigidos todos a las mismas personas. Con la presencia personal de la novia en el sueño vence la fantasía nupcial a la de prisión que la encubre. Un dato proporcionado por el sujeto nos explica porqué esta novia muestra al final una hermosa barba. Yendo de paseo con un amigo suyo, tan poco inclinado al matrimonio como él, se habían cruzado con una preciosa morena. «¡Lástima que a estas mujeres tan morenas —dijo el amigo— suela salirles luego barba corrida en cuanto pasan de la primera juventud!»

Naturalmente, no faltan en este sueño elementos que han sido objeto de más profunda deformación. Así, la frase «Luego pagaré» alude a la conducta poco agradable que algunos suegros observan en el pago de la dote. Vemos claramente que el sujeto encuentra mil reparos contra el matrimonio, reparos que le impiden entregarse con gusto a la fantasía nupcial. Uno de estos reparos —el de que al casarse pierde el hombre su libertad— queda encarnado en la transformación de la fantasía en una escena de prisión.

El descubrimiento de que la elaboración onírica se sirve con preferencia de una fantasía preexistente en lugar de crear otra original utilizando el material de las ideas latentes, nos da la solución de uno de los problemas más interesantes del sueño. En el apartado IV, capítulo 2, de la presente obra (pág. 364) expusimos el célebre sueño en el que Maury, golpeado en la nuca por la caída de una de las varillas que sostenían las cortinas de su cama, ve desarrollarse una larga serie de escenas de la Revolución francesa. Dada su coherencia y su íntima relación con el estímulo despertador, insospechado por Maury, nos queda como única hipótesis posible la de que todo este denso sueño fue compuesto y se desarrolló en el brevísimo espacio de tiempo transcurrido entre la caída de la varilla sobre el cuello del sujeto y el despertar provocado por el golpe. No pudiendo atribuir al pensamiento despierto tal rapidez, hubimos de reconocer a la elaboración onírica como atributo peculiar una singular aceleración de los procesos mentales.

Contra esta conclusión, que se hizo pronto popular, han elevado vivas objeciones autores más modernos (Le Lorrain, Eggers y otros), poniendo en

duda la exactitud de la comunicación de Maury e intentando demostrar que la rapidez de nuestros rendimientos intelectuales despiertos no es menos de la que pueda atribuirse a la elaboración onírica. La discusión se desarrolla sobre problemas de principio que no podemos entrar a examinar aquí. Sin embargo, he de confesar que la argumentación de Eggers contra el sueño antes citado de Maury no me ha parecido muy convincente. Por mi parte, propondría la siguiente explicación de este sueño: ¿Sería muy inverosímil que el sueño de Maury representase una fantasía conservada en su memoria desde mucho tiempo antes y despertada —pudiera decirse aludida— en el momento de percibir el sujeto el estímulo interruptor del reposo? Esta hipótesis hace desaparecer la dificultad que nos plantea la composición de tan larga y detallada historia en el brevísimo tiempo de que para ello ha dispuesto el durmiente, pues supone la preexistencia de la historia completa. Si la varilla hubiese caído sobre el cuello de Maury hallándose éste despierto, habría quizá provocado la siguiente idea: «Parece como si me guillotinaran». Pero Maury está dormido, y la elaboración onírica aprovecha rápidamente el estímulo dado para la producción de una realización de deseos, como si pensase (claro es que esto debe ser tomado figuradamente): «He aquí una buena ocasión para dar cuerpo a la fantasía optativa que en tal o cual épico me inspiró esta o aquella lectura». Que la novela soñada presenta todas las características de aquellas fantasías que suelen construir los jóvenes bajo el imperio de poderosas impresiones es cosa, a mi juicio, indiscutible. ¿Quién no se siente arrastrado —y mucho más siendo francés e historiador— por las descripciones de los años del Terror, en los que la aristocracia francesa, flor de la nación, mostró cómo se puede morir con ánimo sereno y conservar hasta el último momento un sutilísimo ingenio y las más exquisitas maneras? ¡Y cuán atractivo resulta imaginarse ser uno de aquellos hombres que besaban sonrientes la mano de sus compañeros de infortunio antes de subir con paso firme al cadalso, o si la ambición de la fuerza que impulsa nuestra fantasía a identificarnos con una de aquellas formidables individualidades que sólo con el poder de sus ideas y de su ardiente elocuencia se impusieron a la ciudad en la que latía convulsivamente por entonces el corazón de la Humanidad, enviaron millares de hombres a la muerte con fervorosa convicción de servir a un elevadísimo ideal e iniciar una completa

transformación de Europa y cayeron a su vez bajo la cuchilla de la guillotina (Danton, los girondinos)! Un detalle del sueño de Maury —«en medio de una inmensa multitud»— parece indicar que la fantasía que lo constituye era de este carácter ambicioso.

Estas fantasías ha largo tiempo preexistentes no se desarrollan necesariamente durante el reposo en toda su extensión; basta con que sean, por decirlo así, «preludiadas». Quiero decir con esto lo siguiente: cuando la música inicia unos compases, cesando en seguida, y alguien comenta, como sucede en el *Don Juan*: «Esto es de *Las bodas de Fígaro*, de Mozart», surge en mí de repente una plenitud de reminiscencias, de las que por el momento no llega nada hasta la conciencia. Así, pues, los compases preludiados y la frase a ellos referente constituyen la chispa que pone simultáneamente en movimiento todas las partes de un conjunto. Exactamente lo mismo puede muy bien suceder en el pensamiento inconsciente. El estímulo despertador pone en movimiento la estación psíquica que abre el acceso a toda la fantasía de la guillotina. Pero esta fantasía no se desarrollará durante el reposo, sino luego, en el recuerdo del sujeto despierto. Al despertar recordamos en detalle la fantasía que fue rozada en conjunto durante el sueño, sin que tengamos medio alguno de comprobar que recordamos realmente algo soñado.

Esta misma explicación, o sea la de que se trata de fantasías preexistentes, que son puestas en movimiento como conjuntos por el estímulo despertador, puede también aplicarse a otros sueños distintos de los orientados hacia dicho estimulo; por ejemplo, del sueño de batallas soñado por Napoleón antes de despertar por la explosión de la «máquina infernal». Entre los sueños reunidos por Justina Zobowolska en su disertación sobre la duración aparente en el fenómeno onírico me parece el del autor dramático Casimir Bonjour (citado por Macario, 1857) el más demostrativo. Sentado en un sillón dispuesto entre bastidores, se preparaba este autor a asistir a la primera representación de una de sus obras, cuando, vencido por la fatiga, se quedó dormido en el momento de alzarse el telón. Durante su reposo asistió a la representación de los cinco actos de que su obra constaba y observó la impresión que cada una de las escenas producía en el público. Terminado el último acto, oyó encantado cómo reclamaba el público el nombre del autor y lo recibía con grandes muestras de entusiasmo. Cuál no sería su sorpresa al

despertar en este momento y ver que la representación no había pasado aún de los primeros versos de la primera escena. No había, pues, dormido arriba de dos minutos. No parece muy aventurado afirmar con respecto a este sueño que el desarrollo de los cinco actos de la obra y la observación de las impresiones que cada escena iba despertando en el público no necesitan constituir una creación original producida durante el reposo, sino que puede reproducir una labor anterior de la fantasía en el sentido ya indicado. Justina Zobowolska hace resaltar con otros autores como un carácter común a todos los sueños de acelerado curso de representaciones el ser particularmente coherentes, a diferencia de los demás, y el de que su recuerdo es más bien sumario que detallado. Estas particularidades serían precisamente las que habrían de presentar las fantasías preexistentes rozadas por la elaboración onírica. Pero los autores citados no llegan a deducir esta conclusión. De todos modos, no quiero afirmar que todos los sueños enlazados con un estímulo despertador puedan quedar explicados en esta forma, ni que con ello deje de constituir un problema el curso acelerado de las representaciones en el sueño.

No podemos dejar fuera de esta investigación el examen de las relaciones de la elaboración secundaria del contenido manifiesto con los demás factores de la elaboración onírica. ¿Habremos de suponer que los factores de la formación de los sueños, o sea la tendencia a la condensación, la precisión de eludir la censura y el cuidado de la representabilidad con los medios psíquicos del sueño, construyen primeramente con el material dado un contenido manifiesto interino, que es luego elaborado hasta satisfacer en lo posible las exigencias de una segunda instancia? Ésta es apenas verosímil. Más bien habremos de aceptar que las exigencias de dicha instancia plantean desde el principio una de las condiciones que ha de satisfacer el sueño, y que esta condición ejerce una influencia inductora y de selección sobre todo el material de las ideas latentes, del mismo modo que las demás condiciones derivadas de la condensación, la censura de la resistencia y la representabilidad. Pero de las cuatro condiciones de la formación onírica es ésta la de exigencias menos imperiosas. La identificación de esta función psíquica, que lleva a cabo lo que denominamos elaboración secundaria del contenido manifiesto con la labor de nuestro pensamiento despierto, resulta del siguiente proceso reflexivo: Nuestro pensamiento despierto

(preconsciente) se conduce, ante cualquier material de percepción, del mismo modo que la función de que ahora tratamos con respecto al contenido manifiesto. Es inherente a su naturaleza ordenar dicho material, establecer relaciones e incluirlo en un contexto inteligible. En esta labor solemos incluso ir más allá de lo debido. Así, los trucos del prestidigitador nos engañan porque se apoyan en ésta nuestra costumbre intelectual. Nuestra tendencia a reunir inteligiblemente las impresiones sensoriales dadas nos hace caer con frecuencia en singularísimos errores y hasta falsear la verdad del material que a nuestra percepción se ofrece. Los ejemplos que demuestran este estado de cosas son demasiado conocidos para que hayamos de reproducirlos aquí nuevamente. En la lectura dejamos pasar inadvertidas erratas que alteran el sentido y leemos como si éste no apareciese modificado. Un redactor de un periódico francés apostó que introduciría, como si fuese una errata, las palabras «por delante» o «por detrás» en cada una de las frases de un largo artículo y que ningún lector lo notaría, y ganó la apuesta. En otro periódico hallé hace varios años un cómico ejemplo de falsa conexión. Después de la famosa sesión de la Cámara francesa en la que Dupuy puso fin, con la serena frase *La séance continue*, a la confusión y al espanto producidos por la explosión de una bomba arrojada por un anarquista al hemiciclo, fueron citados a declarar, como testigos, los espectadores que asistían a la sesión desde la tribuna pública. Entre ellos se hallaban dos provincianos que visitaban por primera vez la Cámara. Uno de ellos, llegado a la tribuna pocos momentos antes del atentado, declaró que había oído una detonación, pero creyó que era costumbre del Parlamento disparar una salva cuando un orador terminaba su discurso. El otro, que había llegado antes y oído ya varios discurso, expresó el mismo juicio, pero con la variante de haber creído que la salva no se disparaba sino cuando el orador había obtenido gran éxito con sus palabras.

Así, pues, la instancia psíquica que aspira a hacer comprensible el contenido manifiesto y lo somete con este fin a una primera interpretación, a consecuencia de la cual queda más dificultada que nunca su exacta inteligencia, no es otra que nuestro pensamiento normal. Como ya lo hemos indicado repetidas veces, es norma regular de la interpretación onírica prescindir en todo caso de la aparente coherencia que un sueño pueda

ofrecernos y seguir siempre, tanto con los elementos claros como con los confusos, el mismo procedimiento; esto es, la regresión al material de que han surgido.

Vemos ahora de qué depende esencialmente la gradual escala cualitativa de los sueños, que va desde la confusión a la claridad, y a la que nos referimos en páginas anteriores. Nos parecen claras aquellas partes del sueño sobre las que ha podido actuar la elaboración secundaria, y confusas aquellas otras en las que ha fallado totalmente la intervención de tal instancia. Dado que las partes confusas del sueño son también con gran frecuencia las más débilmente animadas, podemos concluir que también depende en parte de la elaboración secundaria la mayor o menor intensidad plástica de los diversos productos oníricos.

La conformación definitiva del sueño, tal y como queda estructurado bajo la acción del pensamiento normal, puede ser comparada a aquellas enigmáticas inscripciones con las que el semanario humorístico *Fliegende Blaetter* entretuvo durante tanto tiempo a sus lectores. Trátase de que una frase vulgar, chistosa o chocarrera dé la impresión de contener una inscripción latina. Con este fin se forma, utilizando las letras de que la frase se compone y alterando su reunión en sílabas, aunque no su primitivo orden de sucesión, una nueva totalidad. Aquí y allá resultará constituida una verdadera palabra latina, otras nos parecerán abreviaturas de términos de tal idioma, y, por último, en otros puntos de la inscripción nos dejaremos engañar por las apariencias y atribuiremos a lagunas de la misma falta de sentido de algunos de sus fragmentos, en los que no hallamos sino letras aisladas. Si no queremos caer en la trampa, habremos de desechar toda idea de que pueda tratarse de una inscripción y atenernos tan sólo a las letras de que consta, formando con ellas palabras de nuestra lengua.

De los cuatro factores de la elaboración onírica, el de la elaboración secundaria es el que más frecuentemente ha sido observado y estudiado por los investigadores. H. Ellis describe con viva plasticidad su función («Introducción», página 10):

«Podemos imaginar que las cosas suceden de la forma siguiente. La conciencia del reposo se dice: Ahí viene nuestra maestra, la conciencia de la vigilia que tanto valor da a la razón, la lógica, etc. ¡De prisa! ¡Vamos a

cogerlo todo y a ordenarlo como sea antes que llegue a tomar posesión de la escena!»

Delacroix afirma con especial precisión la identidad de esta forma de laborar con la del pensamiento despierto (pág. 526):

Cette fonction d'interprétation n'est pas particulière au rêve, c'est le même travail de coordination logique que nous faisons sur nos sensations pendant la veille.

De esta misma opinión son J. Sully y Justina Zobowolska:

Sur ces successions incohérentes d'hallucinations, l'esprit s'efforce de faire le même travail de coordination logique qu'il fait pendant la veille sur les sensations. Il relie entre elles par un lien imaginaire toutes ces images décousues et bouche les écarts trop grands qui si trouvaient entre elles (pág. 93).

Algunos autores hacen comenzar esta actividad ordenatoria e interpretadora durante el mismo sueño y continuar luego en la vigilia. Así, Paulhan (pág. 547):

Cependant j'ai suivent pense qu'il pouvait y avoir une certaine déformation ou plutôt reformation du rêve dans le souvenir… La tendence systématisante de l'imagination pourrait for bien achever après le reveil ce qu'elle a ébauché pendant le sommeil. De la sorte, la rapidité réelle de la pensée serait augmenté en apparence par les perfectionnements dûs à l'imagination éveillée.

Leroy et Zobowolska (pág. 592):

… dans le rêve, au contraire, l'interprétation et la coordination se font non seulement à t aide des données du rêve, mais encore à l'aide de celles de la veille…

Como no podía menos de suceder, se ha exagerado la importancia de este factor de la elaboración onírica, único generalmente reconocido, atribuyéndole la creación total del sueño, creación que tendría efecto en el momento de despertar, según opinan Goblot y Foucault, los cuales atribuyen al pensamiento despierto la facultad de crear el sueño con los pensamientos surgidos durante el reposo.

De esta concepción dice Leroy y Zobowolska: *On a cru pouvoir placer le rêve au moment du reveil et ils ont attribué à la pensée de la veille la*

fonction de construire le rêve avec les images présentes dans la pensée du sommetil.

Al estudio de la elaboración secundaria añadiré el de una nueva aportación de la elaboración onírica, descubierta por las sutiles observaciones de H. Silberer. Este investigador ha logrado sorprender *in fraganti*, como ya lo indicamos en otro lugar, la transformación de ideas en imágenes, forzándose a una actividad intelectual en ocasiones en las que se hallaba muy fatigado o medio dormido. En estos casos se le escapaba la idea elaborada y surgía en su lugar una visión que demostraba ser una sustitución de la idea más abstracta. En estos experimentos sucedió que la imagen surgida, equivalente a un elemento onírico, no representaba la idea sometida a la elaboración, sino algo distinto: la fatiga misma, la dificultad que entrañaba la labor propuesta o el disgusto por tenerla que llevar a cabo; esto es, el estado subjetivo o la forma funcional de la persona que se imponía el esfuerzo mental en lugar del objeto de tal esfuerzo. Silberer dio a este caso, muy frecuente en él, el nombre de «fenómeno *funcional*», para diferenciarlo del fenómeno *material* esperado.

Ejemplo núm. 1.—Estoy tumbado, por la tarde, en el sofá, y casi vencido por el sueño; pero me esfuerzo en meditar sobre un problema filosófico. Intento comparar las opiniones de Kant y Schopenhauer sobre el tiempo. Mi adormecimiento no me permite hacerme presentes simultáneamente ambas concepciones, como para compararlas sería necesario. Después de varias tentativas inútiles, consigo hacerme bien presente la teoría kantiana, y creyendo haberla dejado fuertemente impresa en mi cerebro, paso a la de Schopenhauer para luego efectuar la comparación. Pero cuando he conseguido evocar los conceptos de Schopenhauer y quiero iniciar el paralelo, encuentro que las ideas de Kant se me han vuelto a escapar y resultan estériles todos mis esfuerzos para rememorarlas. Este inútil esfuerzo para hallar en el acto los conceptos kantianos, perdidos en cualquier rincón de mi cerebro, se me representan de pronto —tengo los ojos cerrados— en un símbolo plástico semejante a una imagen onírica: «Pido un determinado dato a un malhumorado secretario, que, encorvado sobre una mesa, se niega a atenderme. Luego, incorporándose a medias, me dirige una mirada de disgusto y repulsa» (pág. 314).

He aquí otros ejemplos del mismo autor referentes al estado intermedio entre el sueño y la vigilia:

«Ejemplo núm. 2.—Circunstancias: Por la mañana, al despertarme. Me hallo en un estado de adormecimiento. Reflexiono sobre un sueño de aquella noche y siento que voy acercándome al estado de conciencia despierta, pero deseo continuar adormecido.

Escena: Meto un pie en un arroyo, como para atravesarlo; pero lo retiro en seguida y pienso en renunciar a mi propósito.

Ejemplo núm. 3.—Circunstancias: Quiero permanecer todavía en la cama, pero sin dormirme.

Escena: Me despido de alguien y quedo en volverle a ver pronto».

Silberer ha observado principalmente el «fenómeno funcional» —la «representación del estado en lugar de la del objeto»— en el momento de conciliar el reposo y en el de despertar. Naturalmente, es este último caso el único importante desde el punto de vista de la interpretación de los sueños. Por medio de excelentes ejemplos ha mostrado este investigador que los fragmentos finales del contenido manifiesto de muchos sueños, fragmentos a los que siguen inmediatamente la interrupción del reposo, representan el propósito o el proceso mismo del despertar. Representaciones de este género son el acto de atravesar un umbral, el de salir de una habitación para entrar en otra, el de partir de viaje, el de volver a casa, el de separarnos de alguien que nos acompaña, el de sumergirnos en el agua y varios otros. He de observar, sin embargo, que tanto en mis sueños como en los de otras personas he encontrado los elementos referentes al simbolismo del umbral con mucha menor frecuencia de lo que las comunicaciones de Silberer hacen esperar.

No es inverosímil que este «simbolismo del umbral» pueda servir también para explicar algunos elementos situados en la parte central del contenido manifiesto, refiriéndolos, por ejemplo, a fluctuaciones de la profundidad del reposo o a una tendencia a despertar. Pero no conocemos ejemplo ninguno que pudiera confirmar esta hipótesis. Más frecuentemente parece existir una superdeterminación: esto es, el hecho de que una parte del sueño que extrae su contenido material del acervo de ideas latentes quede utilizada, *además*, para la representación de un estado de actividad anímica.

El interesantísimo fenómeno funcional de Silberer ha sido causa de

grandes errores —claro está que sin culpa alguna por parte de su descubridor, pues la antigua tendencia a la interpretación simbólica abstracta de los sueños ha creído hallar en él un firme apoyo. La predilección por la «categoría funcional» llega tan lejos en algunos investigadores, que les hace hablar de fenómeno funcional siempre que en el contenido de las ideas latentes aparecen actividades intelectuales o procesos sentimentales, aunque este material tiene el mismo derecho que todo el restante a entrar en el sueño a título de resto diurno.

Hemos de reconocer que los fenómenos de Silberer representan una segunda aportación del pensamiento despierto a la formación de los sueños, aunque, desde luego, menos constante y de menor importancia que la designada con el nombre de «elaboración secundaria». Habríamos visto que una parte de la atención activa de la vigilia permanece dirigida sobre el sueño durante el estado de reposo, lo fiscaliza y critica y se reserva el poder de interrumpirlo, y estuvimos muy próximos a reconocer en esta instancia anímica que permanece despierta al censor que ejerce una influencia tan intensamente coercitiva sobre la estructura del sueño. Al estudio de esta cuestión aportan las observaciones de Silberer el hecho de que en determinadas circunstancias interviene asimismo una especie de autoobservación que agrega también algo al contenido manifiesto. Sobre las probables relaciones de esta instancia autoobservadora, que puede alcanzar, quizá, gran intensidad en cerebros filosóficos, con la percepción endopsíquica, la manía observadora, la conciencia y el censor onírico, habremos de tratar en otro lugar[500].

Resumiremos aquí la amplia discusión que llena este larguísimo capítulo dedicado a la elaboración onírica. Se nos planteó el problema de si el alma empleaba en la formación de los sueños todas sus facultades, desplegándolas sin coerción alguna o sólo una parte de las mismas, coartada, además, en su labor. Nuestras investigaciones nos llevan a rechazar este planteamiento del problema por considerarlo inadecuado a las circunstancias verdaderas. Pero si hemos de permanecer sobre el terreno en que la interrogación nos sitúa, habremos de responder afirmativamente a las dos hipótesis, aparentemente contrarias e incompatibles, contenidas en ella. La labor anímica que se desarrolla en la formación de los sueños se divide en dos funciones:

establecimiento de las ideas latentes y transformación de las mismas en contenido manifiesto. Las ideas latentes son perfectamente correctas y en su formación han intervenido todas nuestras facultades psíquicas. Pertenecen a nuestro pensamiento preconsciente, del cual surgen también, mediante cierta transformación, las ideas conscientes. Pero estos enigmas, por muy interesantes y oscuros que sean, no presentan una relación especial con el sueño y no tenemos por qué tratar de ellos en conexión con los problemas oníricos[501]. En cambio, la segunda función de la actividad mental que transforma las ideas inconscientes en el contenido (atente es peculiar a la vida onírica y característica de la misma. Esta elaboración onírica propiamente dicha se aleja del modelo del pensamiento despierto mucho más de lo que han opinado los investigadores que menos valor han concedido a la función psíquica en el sueño. No es que sea negligente, incorrecta, olvidadiza e incompleta en comparación con el pensamiento despierto; lo que sucede es que constituye algo cualitativamente distinto y, por tanto, nada comparable a él. No piensa, calcula ni juzga; se limita a transformar. Puede describírsela por entero, teniendo en cuenta las condiciones a las que su producto tiene que satisfacer. Este producto —el sueño— ha de ser sustraído, en primer lugar, a la *censura*, y con este fin se sirve la elaboración onírica del *desplazamiento de las intensidades psíquicas*, hasta lograr la transmutación de todos los valores psíquicos. La reproducción de las ideas ha de llevarse exclusiva o predominantemente a cabo por medio de un material de huellas mnémicas visuales y acústicas, y de esta condición nace para la elaboración el *cuidado de la representabilidad*, al que atiende mediante nuevos desplazamientos. Por último, han de ser creadas (probablemente) intensidades mayores de las que durante la noche aparecen dadas en las ideas latentes, y a este fin responde la amplia *condensación* realizada con los elementos de dichas ideas. Las relaciones lógicas del material de ideas latentes son poco atendidas, pero encuentran al fin una oculta representación en particularidades *formales* de los sueños. Los afectos de las ideas latentes pasan por transformaciones menos amplias que su contenido de representaciones. En general, son reprimidos, y cuando permanecen conservados, quedan separados de las representaciones y reunidos los de igual naturaleza. Sólo una parte de la elaboración onírica, la superelaboración de amplitud inconsciente por el

pensamiento normal, fragmentariamente despierto, se adapta a la concepción de la mayoría de los investigadores que nos han precedido en estos estudios sobre la actividad total de la formación de los sueños[502].

CAPÍTULO VII

PSICOLOGÍA DE LOS PROCESOS ONÍRICOS

ENTRE los sueños que me han sido comunicados por otras personas se encuentra uno que reclama ahora especialmente nuestra atención. Su verdadera fuente me es desconocida, pues me fue relatado por una paciente, que lo oyó, a su vez, en una conferencia sobre el sueño y a la que hizo tal impresión que se apresuró a soñarlo por su cuenta; esto es, a repetir en sus propios sueños algunos de sus elementos para expresar con esta transferencia una coincidencia en un punto determinado.

Los antecedentes de este sueño prototípico son como sigue: un individuo había pasado varios días, sin un instante de reposo, a la cabecera del lecho de su hijo, gravemente enfermo. Muerto el niño, se acostó el padre en la habitación contigua a aquélla en la que se hallaba el cadáver y dejó abierta la puerta, por la que penetraba el resplandor de los cirios. Un anciano, amigo suyo, quedó velando el cadáver. Después de algunas horas de reposo soñó que su hijo se acercaba a la cama en que se hallaba, le tocaba en el brazo y le murmuraba al oído, en tono de amargo reproche: «Padre, ¿no ves que estoy ardiendo?» A estas palabras despierta sobresaltado, observa un gran resplandor que ilumina la habitación vecina, corre a ella, encuentra dormido al anciano que velaba el cadáver de su hijo y ve que uno de los cirios ha caído sobre el ataúd y ha prendido fuego a una manga de la mortaja.

La explicación de este sueño conmovedor es harto sencilla y fue acertadamente desarrollada, según me comunica mi paciente, por el conferenciante. El resplandor entró por la puerta abierta en la estancia donde

se hallaba reposando el sujeto, y al herir sus ojos, provocó la misma conclusión que hubiera provocado en estado de vigilia; esto es, la de que la llama de un cirio había producido un fuego en un lugar cercano al cadáver. Es también muy posible que, antes de acostarse, pensara el padre en la posibilidad de tal suceso, desconfiando de que el anciano encargado de velar al cadáver pudiera pasar la noche sin pegar los ojos.

Tampoco nosotros encontramos nada que objetar a esta solución y nos limitaremos a agregar que el contenido del sueño tiene que hallarse superdeterminado y que las palabras del niño habrán de proceder de otras pronunciadas por él en la vida real y enlazadas a circunstancias que hubieron de impresionar al padre. La queja «estoy ardiendo» pudo muy bien ser pronunciada por el niño durante su enfermedad bajo los efectos de la fiebre, y las palabras «¿no lo ves?» habrán de corresponder a otra ocasión cualquiera ignorada por nosotros, pero seguramente saturada de afecto.

Una vez que hemos reconocido este sueño como un proceso pleno de sentido y susceptible de ser incluido en la coherencia de la actividad psíquica del sujeto, podemos dar libre curso a nuestro asombro de que en tales circunstancias, en las que lo natural parecería que el sujeto despertase en el acto, haya podido producirse un sueño. Esta circunstancia nos lleva a observar que también en este sueño se da una realización de deseos. El niño se conduce afectivamente en él como si aún viviera y advierte por sí propio a su padre de lo sucedido, llegando hasta su lecho y tocándole en el brazo, como lo hizo probablemente en aquel recuerdo del que el sueño toma la primera parte de sus palabras. Así, pues, si el padre prolonga por un momento su reposo es en obsequio de esta realización de deseos. El sueño quedó antepuesto aquí a la reflexión del pensamiento despierto porque le era dado mostrar al niño nuevamente en vida. Si el padre hubiera despertado primero y deducido después la conclusión que le hizo acudir al lado del cadáver, hubiera abreviado la vida de su hijo en los breves momentos que el sueño se le presentaba.

Sobre la peculiaridad que en este sueño atrae nuestro interés no puede caber la menor duda. Hasta ahora nos hemos ocupado predominantemente de averiguar en qué consiste el sentido oculto de los sueños, por qué camino nos es dado descubrirlo y cuáles son los medios de que se ha servido la

elaboración onírica para ocultarlos. Los problemas de la interpretación de los sueños ocupaban hasta aquí el centro de nuestro campo visual; pero en este punto tropezamos con el sueño antes mencionado, que no plantea a la interpretación labor ninguna y cuyo sentido aparece dado sin el menor disfraz; pero que, sin embargo, conserva los caracteres esenciales que tan singularmente distinguen al fenómeno onírico de nuestro pensamiento despierto. Una vez que hemos agotado todo lo referente a la labor de interpretación, nos es dado observar cuán incompleta continúa siendo nuestra psicología del sueño.

Pero antes de dirigir nuestro pensamiento por estos nuevos derroteros queremos hacer un alto y volver los ojos atrás con objeto de comprobar si en nuestro camino hasta aquí no hemos dejado inadvertido algo importante, pues no nos ocultaremos que hemos recorrido ya la parte cómoda y andadera del mismo. Hasta ahora todos los senderos por los que hubimos de avanzar nos han conducido, si no me equivoco mucho, a lugares despejados, al esclarecimiento y a la comprensión total; pero desde el momento en que queremos penetrar más profundamente en los procesos anímicos que se desarrollan en el sueño, todas nuestras rutas desembocarán en las tinieblas. Ha de sernos imposible esclarecer totalmente el sueño como proceso psíquico, pues esclarecer una cosa significa referirla a otra conocida, y por el momento no existe conocimiento psicológico ninguno al que podamos subordinar aquellos datos que como base de una aclaración pudiéramos deducir del examen psicológico del fenómeno onírico. Por el contrario, nos veremos obligados a establecer una serie de nuevas hipótesis relativas a la estructura del aparato anímico y al funcionamiento de las fuerzas que en él actúan, hipótesis que no podemos desarrollar mucho más allá de su primera conclusión lógica, so pena de ver perderse su valor en lo interminable. Aun cuando no cometamos falta alguna en nuestros procesos deductivos y tengamos en cuenta todas las posibilidades lógicamente resultantes, la probable imperfección de la concatenación de los elementos amenazará echar por tierra todos nuestros cálculos. La más minuciosa investigación del sueño o de otra cualquier función *aislada* no es suficiente para proporcionarnos deducción alguna sobre la construcción y el funcionamiento del instrumento anímico, pues para lograr tal resultado habremos de acumular todo lo que un

estudio comparativo de una serie de funciones psíquicas nos demuestre como constantemente necesario. Así, pues, las hipótesis psicológicas que hemos extraído del análisis de los procesos oníricos habrán de esperar hasta que puedan ser agregados a los resultados de otras investigaciones encaminadas a llegar al corazón del mismo problema partiendo de otros distintos puntos de ataque.

A) **El olvido de los sueños**.

Dirigiremos en primer lugar nuestra atención a un tema del que se deriva una objeción a la que hasta ahora no hemos atendido y que pudiera parecer susceptible de echar por tierra los resultados de los esfuerzos que hemos dedicado a la interpretación de los sueños. Desde diversos sectores se nos ha objetado que, en realidad, desconocemos en absoluto el sueño que queremos interpretar o, mejor dicho, que no poseemos garantía ninguna de la exactitud de nuestro conocimiento del sueño [véase el índice temático]. Aquello que del sueño recordamos, y a lo que aplicamos nuestra técnica interpretadora, aparece, en primer lugar, fragmentado por la infidelidad de nuestra memoria, particularmente incapaz para la conservación del sueño, y ha perdido, quizá, la parte más importante de su contenido. En efecto, cuando comenzamos a conceder atención a nuestros sueños nos quejamos, muchas veces, de no lograr recordar de todo un extenso sueño más que un pequeñísimo fragmento, y aun éste, sin gran confianza en la exactitud de nuestro recuerdo. En segundo lugar, todo nos hace suponer que nuestro recuerdo del sueño no es solamente fragmentario, sino también infiel. Lo mismo que dudamos de que lo soñado haya sido realmente tan incoherente y borroso como en nuestra memoria aparece, podemos poner en duda que el sueño fuera tan coherente como lo relatamos, pues al intentar reproducirlo hemos podido llenar con nuevos materiales, arbitrariamente elegidos, las lagunas dadas o producidas por el olvido, adornando y perfeccionando el sueño hasta hacer imposible determinar cuál fue su verdadero contenido. Así, hemos encontrado en varios autores (Spitta, Foucauld, Tannery) la hipótesis de que todo lo que en el sueño significa orden y coherencia ha sido introducido en él *a posteriori*, al

intentar recordarlo y reproducirlo en un relato. Vemos, pues, que corremos el peligro de que nos sea arrebatado de la mano el objeto mismo cuyo valor nos hemos propuesto determinar en estas investigaciones.

Hasta ahora hemos venido haciendo caso omiso de esta advertencia en nuestras interpretaciones y hemos dedicado a los elementos más insignificantes e inseguros del contenido manifiesto la misma atención que a los más precisos y más seguramente recordados. En el sueño de la inyección de Irma encontramos la frase siguiente: «Me apresuro a llamar al doctor M». y supusimos que este pequeño detalle no hubiera llegado al sueño si no hubiera sido susceptible de una derivación especial. En efecto, el examen de este elemento nos llevó a la historia de aquella desdichada paciente, a cuyo lado hice acudir con toda premura a uno de mis colegas, más renombrado y antiguo que yo en la profesión. En el sueño, aparentemente absurdo, que trata como *quantité negligéable* la diferencia entre 51 y 56, aparecía mencionado varias veces el número 51. En lugar de encontrar natural e indiferente esta repetición, dedujimos de ella la existencia de una segunda serie de pensamientos en el contenido latente, serie que había de llevar el número 51, y persiguiendo sus huellas, llegamos a los temores que me inspiraba la edad de cincuenta y un años, considerada por mí como un momento peligroso para la vida del hombre, idea que se hallaba en absoluta contradicción con la serie dominante que entrañaba un orgulloso desprecio del tiempo. En el sueño *non vixit* hallé una interpolación insignificante, que al principio dejé desatendida: «Viendo que P. no le comprende, me pregunta Fl»., etc. Pero luego, cuando la interpretación quedó detenida, volví sobre estas palabras y encontré en ellas el punto de partida del camino que llevaba a una fantasía infantil dada en las ideas latentes como foco intermedio. En este camino me orientaron, además, los conocidos versos: «Pocas veces me habéis comprendido, / pocas veces os he comprendido yo, / sólo cuando nos encontramos en el fango / pudimos comprendernos en seguida[503]». Cualquier análisis podría proporcionarnos ejemplos de cómo precisamente los rasgos más insignificantes del sueño resultan imprescindibles para la interpretación y del retraso que sufre el análisis cuando los desatendemos al principio. Análoga atención minuciosa hemos dedicado en la interpretación a los matices de la expresión oral en la que el sueño nos era relatado, e incluso cuando esta

expresión resultaba insuficiente o desatinada, como si el sujeto no hubiese conseguido construir la versión exacta de su sueño, la hemos aceptado tal y como nos era ofrecida, respetando todos sus defectos. Hemos considerado, pues, como un texto sagrado e intangible algo que, en opinión de los autores, no es más que una rápida y arbitraria improvisación. Este contraste demanda un esclarecimiento.

Pero este esclarecimiento resulta favorable a nuestras opiniones, aunque sin quitar la razón a los investigadores citados. Desde el punto de vista de nuestros nuevos conocimientos sobre el nacimiento del sueño no existe aquí, en efecto, contradicción ninguna. Es cierto que deformamos el sueño al intentar reproducirlo, pues llevamos a cabo un proceso análogo al que describimos como una elaboración secundaria del sueño por la instancia del pensamiento normal. Pero esta deformación no es, a su vez, sino parte de la elaboración por la que pasan regularmente las ideas latentes a consecuencia de la censura. Los investigadores han sospechado u observado aquí la actuación manifiesta de la deformación onírica; pero a nosotros no puede impresionarnos este fenómeno, pues conocemos otra más amplia deformación, menos fácilmente visible, que ha actuado ya sobre el sueño en sus ideas latentes. La equivocación de los autores reside únicamente en que consideran arbitraria y, por tanto, no susceptible de solución ninguna, y muy apropiada para inspirarnos un erróneo conocimiento del sueño, la modificación que el mismo experimenta al ser recordado y traducido en palabras. Esta opinión supone un desconocimiento de la amplitud que la determinación alcanza en lo psíquico. No hay en tales modificaciones arbitrariedad ninguna. En general, puede demostrarse que cuando una serie de ideas ha dejado indeterminado un elemento, hay siempre otra que toma a su cargo tal determinación. Así, cuando nos proponemos decir al azar un número cualquiera, el que surge en nuestro pensamiento y parece constituir una ocurrencia totalmente libre y espontánea se demuestra siempre determinado en nosotros por ideas que pueden hallarse muy lejos de nuestro propósito momentáneo[504]. Pues bien, las modificaciones que el sueño experimenta al ser recordado y traducido en la vigilia no son más arbitrarias que tales números; esto es, no lo son en absoluto. Se hallan asociativamente enlazadas con el contenido, al que sustituyen, y sirven para mostrarnos el

camino que conduce a este contenido, el cual puede ser, a su vez, sustitución de otro.

Al analizar los sueños de mis pacientes suelo someter esta afirmación a una prueba que jamás me ha fallado. Cuando el relato de un sueño me parece difícilmente comprensible, ruego al sujeto que lo repita, y he podido observar que sólo rarísimas veces lo hace con las mismas palabras. Pero los pasajes en los que modifica la expresión revelan ser, por este mismo hecho, los puntos débiles de la deformación de los sueños, o sea aquellos que menos resistencia habrán de oponer a la penetración analítica. El sujeto advierte por mi ruego que pienso esforzarme especialmente en la solución de aquel sueño, y bajo la presión de la resistencia trata de proteger los puntos débiles de la deformación onírica, sustituyendo una expresión delatora por otra más lejana; pero de este modo me llama la atención sobre la expresión suprimida, y por el esfuerzo que se opone a la solución del sueño me es también posible deducir el cuidado con el que el mismo ha tejido su trama.

Más descaminados andan los autores cuando adscriben tanta importancia a la duda que nuestro juicio opone al relato del sueño. Esta duda echa de menos la existencia de una garantía intelectual, aunque sabe muy bien que nuestra memoria no conoce, en general, garantía ninguna, no obstante lo cual nos sometemos, con frecuencia mucho mayor de la objetivamente justificada, a la necesidad de dar fe a sus datos. La duda de la exacta reproducción del sueño o de datos aislados del mismo es nuevamente una derivación de la censura de la resistencia que se opone al acceso de las ideas latentes a la conciencia, resistencia que no queda siempre agotada con los desplazamientos y sustituciones por ella provocados y recae entonces, en forma de duda, sobre aquello cuyo paso ha permitido. Esta duda nos oculta fácilmente su verdadero origen, pues sigue la prudente conducta de no atacar nunca a elementos intensos del sueño y sí, únicamente, a los más débiles y borrosos. Pero sabemos ya que entre las ideas latentes y el sueño ha tenido efecto una total transmutación de todos los valores psíquicos, transmutación necesaria para la deformación, cuyos efectos se manifiestan predominantemente y a veces exclusivamente en ella. Cuando un elemento del sueño, ya borroso de por sí, se muestra, además, atacado por la duda, podemos ver en ello una indicación de que constituye un derivado directo de

una de las ideas latentes proscritas. Sucede aquí lo que después de una gran revolución sucedía en las repúblicas de la antigüedad o del Renacimiento. Las familias nobles y poderosas, que antes ocupaban el Poder, quedaban desterradas, y todos los puestos eran ocupados por advenedizos, no tolerándose que permaneciera en la ciudad ningún partidario de los caídos, salvo aquellos que por su falta de poder no suponían peligro ninguno para los vencedores, y aun estos pocos quedaban despojados de gran parte de sus derechos y eran vigilados con desconfianza. En nuestro caso, esta desconfianza queda sustituida por la duda. De este modo, al iniciar todo análisis, ruego al sujeto que prescinda en absoluto de todo juicio sobre la precisión de su recuerdo y considere con una absoluta convicción la más pequeña posibilidad de que un elemento determinado haya intervenido en su sueño. Mientras que en la persecución de un elemento onírico no nos decidamos a renunciar a toda consideración de este género, permanece el análisis estacionario. El desprecio de un elemento cualquiera trae consigo, en el analizado, el efecto psíquico de impedir la emergencia de todas las representaciones indeseadas que detrás del mismo se esconden. Este efecto no tiene, en realidad, nada de lógico, pues no sería desatinado que alguien dijese: «No sé con seguridad si este elemento se hallaba contenido en el sueño; pero con respecto a él se me ocurre, de todos modos, lo siguiente…» Mas el sujeto no dice nunca tal cosa, y precisamente este efecto perturbador del análisis es lo que delata a la duda como una derivación y un instrumento de la resistencia psíquica. El psicoanálisis es justificadamente desconfiado. Una de sus reglas dice: *Todo aquello que interrumpe el progreso de la labor analítica es una resistencia*[505].

También resulta imposible fundamentar el olvido de los sueños mientras no lo referimos al poder de la censura psíquica. La sensación de que hemos soñado mucho durante una noche y sólo muy poco recordamos puede tener en una serie de casos un sentido diferente, quizá el de que una amplia elaboración onírica no ha dejado en toda la noche tras sí más que aquél sólo sueño. Pero, salvo en estos casos, no podemos dudar de que el sueño se nos va olvidando paulatinamente a partir del momento en que despertamos. Lo olvidamos incluso en ocasiones en que realizamos los mayores esfuerzos para que no se nos escape. Pero, a mi juicio, así como suele exagerarse la amplitud

de este olvido, se exagera también la de las lagunas que en el sueño creemos encontrar. Todo aquello que el olvido ha suprimido del contenido manifiesto puede ser reconstruido, con frecuencia, en el análisis. En toda una serie de casos nos es dado descubrir, partiendo del único fragmento recordado, no el sueño mismo, que tampoco es lo importante, sino las ideas latentes en su totalidad. Esta labor reclama, ciertamente, gran atención y gran dominio de sí mismo en el análisis, y esta misma circunstancia nos muestra que en el olvido del sueño no ha dejado de intervenir una intención hostil[506].

El estudio, durante el análisis, de un grado preliminar del olvido nos proporciona una prueba convincente de la naturaleza tendenciosa del olvido del sueño, puesto al servicio de la resistencia[507].

Sucede muchas veces que en medio de la labor de interpretación emerge un fragmento del sueño, que hasta el momento se consideraba como olvidado. Este fenómeno onírico arrancado del olvido resulta ser siempre el más importante y más próximo a la solución del sueño, razón por la cual se hallaba más expuestos que ningún otro a la resistencia. Entre los ejemplos de sueños reproducidos en la presente obra hallamos uno de estos casos, en el que hube de completar *a posteriori* un fragmento del contenido manifiesto del sueño realizado. Me refiero al sueño en el que tomo venganza de mis poco agradables compañeros de viaje, sueño que, por su grosero contenido, he dejado casi sin interpretar.

El fragmento suprimido era el siguiente: Refiriéndome a un libro de Schiller, digo: *It is from…*; pero dándome cuenta de mi error, rectifico al punto: *It is by…* El joven advierte entonces a su hermano: «Lo ha dicho bien[508]».

El hecho de rectificamos a nosotros mismos en el sueño, que tanta admiración ha despertado en algunos autores, no merece analizarse extensamente. Preferiremos, pues, mostrar el recuerdo que sirvió de modelo a este error de expresión cometido en el sueño. A los diecinueve años hice mi primer viaje a Inglaterra, y me hallaba un día a la orilla del Irish Sea, dedicado a la pesca de los animales marinos que la marea iba dejando al bajar sobre la playa, cuando en el momento en que recogía una estrella de mar (*Holltkurn y holoturias* son de los primeros elementos manifiestos de mi sueño) se me acercó una niña y me preguntó: *Is it a starfish? Is it alive?…* Yo

respondí: *Yes; he is alive*; pero dándome cuenta de mi error, rectifiqué en seguida. Esta falta gramatical quedó sustituida en el sueño por otra en la que los alemanes solemos incurrir fácilmente. La frase «El libro de Schiller» debe traducirse empleando la palabra *from*, como al principio lo hago. Después de todo lo que hemos averiguado sobre las intenciones de la elaboración onírica y sobre su falta de escrúpulos en la elección de medios, no puede ya asombrarnos comprobar que si la elaboración ha llevado a cabo esta sustitución ha sido porque la similicadencia de la palabra *from* con el adjetivo alemán *form* (piadoso) hace posible una enorme condensación. Pero ¿qué significa este inocente recuerdo de mi estancia en una playa en conexión con el sueño? Pronto lo descubrimos; el sueño se sirve de él para demostrar con un ejemplo de carácter completamente inofensivo que coloco el artículo —o sea lo sexual— en un lugar indebido (*Geschlechtswort*, artículo, significa literalmente «palabra de género o de sexo»; *das Geschlechtiche* = lo sexual). Es ésta una de las claves de dicho sueño. Aquellos que conozcan la derivación del título del libro *‘Matter and Motion*[509] *y Molière en Le Malade imaginaire’: La matière est elle laudable? (a motion of the bowels)* podrán completar fácilmente la interpretación.

Por medio de una demostración *ad oculos* nos es posible probar asimismo que el olvido del sueño es, en su mayor parte, un efecto de la resistencia. Un paciente nos dice que ha soñado, pero que ha olvidado por completo su sueño. Por tanto, me hago cuenta de que no hubo tal sueño y continúo mi labor analítica. Pero de repente tropiezo con una resistencia, y para vencerla desarrollo ante el paciente determinada explicación y le ayudo a reconciliarse con una idea displaciente. Apenas he conseguido esta reconciliación, exclama el sujeto: «Ahora recuerdo ya lo que he soñado». La resistencia que había estorbado el desarrollo de su pensamiento despierto era la misma que había provocado el olvido del sueño, y una vez vencida en la vigilia, surgió libremente el recuerdo.

En esta misma forma puede recordar el paciente, al llegar a determinado punto del tratamiento, un sueño que tuvo días antes y que hasta entonces reposaba en el olvido[510].

La experiencia psicoanalítica nos ha proporcionado otra prueba de que el olvido del sueño depende mucho más de la resistencia que de la diferencia

entre el estado de vigilia y el de reposo, como los autores suponen. Me sucede con frecuencia —y también a otros analíticos y a algunos pacientes sometidos a este tratamiento— que, habiendo sido despertado por un sueño, comienzo a interpretarlo inmediatamente, en plena posesión de mi actividad mental. En tales casos no he descansado hasta lograr la total comprensión del sueño, y, sin embargo, me ha sucedido que luego, al despertar, había olvidado tan completamente la labor de interpretación como el contenido manifiesto del sueño, siendo mucho más frecuente la desaparición del sueño en el olvido, arrastrando consigo la interpretación, que la conservación del sueño en la memoria por la actividad intelectual desarrollada. Pero entre la labor de interpretación y el pensamiento despierto no existe aquel abismo psíquico con el que los autores quieren explicar exclusivamente el olvido de los sueños. Cuando Morton Prince intenta refutar mi explicación del olvido de los sueños alegando que no se trata sino de un caso especial de la amnesia de los estados anímicos disociativos y afirma que la imposibilidad de aplicar mi explicación de esta amnesia especial a los demás tipos de amnesia le hace también inadecuada para llevar a cabo su más próximo propósito, recuerda con ello al lector que en todas sus descripciones de estos estados disociativos no aparece ni una sola tentativa de hallar la explicación dinámica de tales fenómenos. De no ser así, hubiera tenido que descubrir que la represión (y correlativamente la resistencia por ella creada) es la causa tanto de estas disociaciones como de la amnesia del contenido psíquico de las mismas.

Un experimento realizado por mí mientras me hallaba consagrado a la redacción de la presente obra me demostró que los sueños no son objeto de un olvido mayor ni menor del que recae sobre los demás actos psíquicos y que su adherencia a la memoria equivale exactamente a la de las funciones anímicas restantes. En mis anotaciones conservaba gran número de sueños propios que no había sometido a análisis o cuya interpretación quedó interrumpida por cualquier circunstancia. Entre estos últimos recogí algunos, soñados más de dos años antes, e intenté su interpretación con objeto de procurarme material para ilustrar mis afirmaciones. Los resultados de este experimento fueron todos positivos, sin excepción alguna, e incluso me siento inclinado a afirmar que esta interpretación, realizada al cabo de tanto tiempo, tropezó con menos dificultades que la emprendida recién soñados los

sueños correspondientes, circunstancia explicable por la desaparición, en el intervalo, de algunas de las resistencias que entonces perturbaron la labor analítica. Comparando las interpretaciones recientes con las realizadas al cabo de dos años, pude comprobar que estas últimas revelaban mayor número de ideas latentes, pero que entre ellas retornaban sin excepción ni modificación alguna todas las halladas en la primera interpretación. Este descubrimiento no llegó a asombrarme demasiado, pues recordé que desde mucho tiempo atrás seguía con mis pacientes el procedimiento de interpretar aquellos sueños que recordaban haber soñado en años anteriores, del mismo modo, que si fueran sueños recientes, empleando en la labor analítica el mismo procedimiento y obteniendo idénticos resultados. Cuando por vez primera llevé a cabo esta tentativa, me proponía al emprenderla comprobar mi sospecha de que el sueño se comportaba aquí en la misma forma que los síntomas neuróticos, hipótesis que demostró ser perfectamente exacta. En efecto, cuando someto al tratamiento psicoanalítico a un psiconeurótico (un histérico, por ejemplo), me es necesario esclarecer tanto los primeros síntomas de su enfermedad, desaparecidos mucho tiempo antes, como los que de momento le atormentan y le han movido a acudir a mi consulta, y siempre tropiezo con menos dificultades en la solución de los primeros que en la de los segundos. Ya en mis *Estudios sobre la histeria*, publicado en 1895, pude comunicar la solución de un primer ataque histérico de angustia padecido por una mujer de cuarenta años (Cecilia M.) cuando sólo había cumplido quince. Aquellos sueños que fueron soñados por el sujeto en sus primeros años infantiles y que con gran frecuencia se conservan con toda precisión en la memoria durante decenios enteros presentan casi siempre gran importancia para la comprensión de la evolución y de la neurosis del sujeto, pues su análisis protege al médico contra errores e inseguridades que podrían confundirle. (Adición 1919.)

Incluiré aquí, aunque no se halle muy estrechamente ligada a la materia, una observación relativa a la interpretación de los sueños que orientará, quizá, al lector, deseoso de comprobar mis afirmaciones analizando los suyos.

No creo que espere nadie poder interpretar fácilmente y sin el menor esfuerzo sus sueños. Ya para la percepción de fenómenos endópticos y de

otras sensaciones sustraídas generalmente a la atención es precisa cierta práctica, aunque no existe ningún motivo psíquico que se rebele contra este grupo de percepciones. Con mucho mayor motivo ha de sernos más difícil apoderarnos de las «representaciones involuntarias». Aquel que a ello aspire deberá seguir fielmente las reglas analíticas que ya en diversas ocasiones hemos indicado y reprimir durante su labor toda crítica, todo prejuicio y toda parcialidad afectiva o intelectual. Su lema deberá ser el que Claude Bernard escogió para el investigador en el laboratorio fisiológico: *Travailler comme une bête*; esto es, con igual resistencia e igual despreocupación de los resultados que pueden obtenerse. Aquellos que sigan estas normas verán grandemente facilitada su labor.

La interpretación de un sueño no se consigue siempre al primer intento. Muchas veces sentimos agotarse nuestra capacidad de rendimiento después de seguir una concatenación de ocurrencias, y el sueño no nos dice ya nada. En tales casos debemos interrumpir nuestra labor y dejarla para el día siguiente. Al volver sobre ella atraerá nuestra atención otro fragmento del contenido manifiesto y hallaremos acceso a una nueva capa de ideas latentes. Este procedimiento puede ser calificado de interpretación onírica «fraccionada».

Lo más difícil es convencer al principiante de que no debe considerar terminada una completa interpretación del sueño que se le muestre coherente, llena de sentido y explique todos los elementos del contenido manifiesto. En efecto, además de esta interpretación, puede haber aún otra distinta que se le ha escapado. No es, realmente, fácil hacerse una idea de la riqueza de los procesos mentales inconscientes que en nuestro pensamiento existen y demandan una expresión, ni tampoco de la habilidad que la elaboración despliega para matar siete moscas de una vez, como el sastre del cuento, hallando formas expresivas de múltiples sentidos. Nuestros lectores tenderán siempre a reprocharnos un excesivo derroche de ingenio; pero aquel que, analizando sus sueños, adquiera cierto conocimiento de la materia tendrá que reconocer lo injusto y equivocado de tal observación.

En cambio, no puedo agregarme a la afirmación expresada por H. Silberer de que todos los sueños —o sólo ciertos grupos de sueños— reclaman dos diversas interpretaciones, que se hallan, además, íntimamente relacionadas

entre sí. La primera de estas interpretaciones, a la que califica de interpretación *psicoanalítica*, daría al sueño un sentido cualquiera, generalmente de un carácter sexual infantil; la segunda, más importante y designada por él con el nombre de interpretación *analógica*, mostraría aquellas ideas más fundamentales, y con frecuencia muy profundas, que la elaboración onírica ha tomado como materia. Silberer no ha demostrado esta afirmación con la comunicación de una serie de sueños analizados por él en ambos sentidos. A mi juicio, se halla total y absolutamente equivocado. La mayor parte de los sueños no reclaman segunda interpretación ninguna y, sobre todo, no son susceptibles de una interpretación analógica. En las teorías de Silberer, como en otros estudios de estos últimos años, se transparenta el influjo de una tendencia que quisiera velar las circunstancias fundamentales de la formación de los sueños y desviar nuestra atención de sus raíces instintivas. En algunos casos, en los que parecían confirmarse las afirmaciones de Silberer, me demostró después el análisis que la elaboración onírica había tenido que llevar a cabo la labor de transformar en un sueño una serie de ideas muy abstractas y no susceptibles de representación directa; labor que intentó solucionar apoderándose de un material ideológico distinto, más fácilmente representable, pero cuya relación con el primero era harto lejana, pudiendo ser calificada de alegoría. La interpretación abstracta de un sueño así formado es proporcionada siempre, directamente, por el sujeto. En cambio, la interpretación exacta del material suplantado tiene que ser buscada por los conocidos medios técnicos.

La pregunta de si todo sueño puede obtener una interpretación debe ser contestada en sentido negativo. No debemos olvidar que aquellos poderes psíquicos de los que depende la deformación de los sueños actúan siempre en contra de la labor interpretadora. Se nos plantea, pues, el problema de si con nuestro interés intelectual, nuestra capacidad para dominarnos, nuestros conocimientos psicológicos y nuestra experiencia en la interpretación de los sueños conseguiremos dominar la resistencia interna. De todos modos, siempre lo conseguimos en grado suficiente para convencernos de que el sueño es un producto que posee un sentido propio e incluso para llegar a sospechar tal sentido. Un sueño inmediatamente posterior nos permite muchas veces confirmar nuestra primera interpretación y continuarla. Toda

una serie de sueños que se suceden a través de semanas o meses enteros reposan con frecuencia sobre los mismos fundamentos y deben ser sometidos conjuntamente a la interpretación. En los sueños sucesivos podemos observar muchas veces que uno de ellos toma como centro aquello que en el otro sólo aparece indicado en la periferia, e inversamente, de manera que ambos se completan recíprocamente para la interpretación. Ya hemos demostrado en varios ejemplos que los sueños diferentes, soñados en la misma noche, deben ser considerados siempre en el análisis como una totalidad.

En los sueños mejor interpretados solemos vernos obligados a dejar en tinieblas determinado punto, pues advertimos que constituye un foco de convergencia de las ideas latentes, un nudo imposible de desatar, pero que por lo demás no ha aportado otros elementos al contenido manifiesto. Esto es entonces lo que podemos considerar como el ombligo del sueño, o sea el punto por el que se halla ligado a lo desconocido. Las ideas latentes descubiertas en el análisis no llegan nunca a un límite y tenemos que dejarlas perderse por todos lados en el tejido reticular de nuestro mundo intelectual. De una parte más densa de este tejido se eleva luego el deseo del sueño.

Volvamos ahora a las circunstancias del olvido del sueño. Observamos que hemos omitido deducir de ellas una importante conclusión. Cuando la vida despierta muestra la evidente intención de olvidar el sueño, formado durante la noche, sea en su totalidad inmediatamente después de despertar o fragmentariamente en el curso del día, y cuando reconocemos en la resistencia anímica el factor principal de este olvido, factor que ya ha actuado victoriosamente durante la noche, surge entre nosotros la interrogación de qué es lo que ha hecho posible la formación de los sueños, a pesar de tal resistencia. Tomemos el caso extremo, en el que la vida despierta suprime por completo el sueño, como si jamás hubiese existido.

Teniendo en cuenta el funcionamiento de las fuerzas psíquicas, hemos de decirnos que el sueño no se hubiera formado si la resistencia hubiera regido durante la noche como en la vigilia. Nuestra conclusión es que la resistencia pierde durante la noche una parte de su poder. Sabemos que no desaparece por completo, pues hemos visto que la deformación impuesta a los sueños dependía directamente de ella. Pero se nos impone la posibilidad de que quede disminuida durante la noche y que esta disminución de la resistencia

sea lo que hace posible la formación del sueño, siendo entonces perfectamente natural que al hallar de nuevo, con el despertar, todas sus energías vuelva a suprimir en el acto aquello que tuvo que aceptar mientras se hallaba debilitada. La psicología descriptiva nos enseña que la condición principal de la formación de los sueños es el estado de reposo del alma, afirmación a la que por nuestra parte añadiremos, a título de esclarecimiento, que *el estado de reposo hace posible la formación de los sueños, disminuyendo la censura endopsiquica*.

Nos inclinamos a considerar esta conclusión como la única que es posible deducir de los hechos del olvido del sueño y a desarrollar otras deducciones sobre las circunstancias energéticas del reposo y de la vigilia, pero preferimos dejar esta labor para más adelante. Una vez que hayamos profundizado algo más en la psicología del sueño veremos que podemos representarnos aún de otro modo distinto la creación de las condiciones que hacen posible su formación. La resistencia opuesta al acceso de las ideas latentes a la conciencia puede, quizá, ser eludida sin necesidad de una previa debilitación. Es también plausible que los dos factores favorables a la formación de los sueños, o sea la debilitación y la sustracción a la censura, dependan simultáneamente del estado de reposo. Interrumpiremos aquí estas consideraciones para reanudarlas más adelante.

Contra nuestro procedimiento de interpretación onírica existe aún otra serie de objeciones, a la que dirigiremos ahora nuestra atención. En la labor analítica procedemos suspendiendo aquellas representaciones finales que en toda otra ocasión dominan el proceso reflexivo, dirigiendo nuestra atención sobre un único elemento del sueño y anotando después aquellas ideas involuntarias que con respecto al mismo surgen espontáneamente en nosotros. A continuación tomamos el elemento siguiente del contenido manifiesto, repetimos con él la misma labor y nos dejamos llevar, sin que la dirección nos preocupe, por tales ocurrencias asociativas espontáneas, con la esperanza de que al final, y sin más esfuerzo por nuestra parte, llegaremos hasta las ideas latentes de las que ha nacido el sueño. Contra esta conducta se elevarán quizá las siguientes objeciones: nada tiene de extraño que, partiendo de un elemento aislado del sueño, lleguemos a alguna parte. A toda representación puede enlazarse asociativamente algo; lo único notable es que

esta concatenación arbitraria y exenta de todo fin lleve precisamente a las ideas latentes. Los analíticos se engañan aquí de buena fe siguen la cadena de asociaciones que parte de un elemento hasta que por un motivo cualquiera notan que se interrumpe. Luego, al tomar un segundo elemento como punto de partida, es muy natural que la asociación antes ilimitada, quede ya restringida, pues el recuerdo de la concatenación anterior hará surgir en el análisis algunas ocurrencias que presentarán puntos de contacto con las de dicha concatenación. Al ver esto se imagina el psicoanalítico haber hallado una idea que representa un enlace entre los elementos del sueño. Procediendo con más absoluta libertad en lo relativo a la asociación de ideas, con la única exclusión de aquellas transiciones de una representación a otra que entran en vigor en nuestro pensamiento despierto, le resulta facilísimo reunir una serie de ideas intermedias, a las que da el nombre de ideas latentes y presenta sin garantía ninguna, como la sustitución psíquica del sueño; pero todo esto no es sino una pura arbitrariedad y un ingenioso aprovechamiento de la casualidad, y todo aquel que quiera tomarse este trabajo inútil hallará para cualquier sueño la interpretación que mejor le parezca.

Si se nos hicieran realmente tales objeciones, podríamos defendernos alegando la impresión que nuestras interpretaciones producen. Las sorprendentes conexiones que el análisis nos revela entre los elementos del sueño y la inverosimilitud de que algo que coincide y aclara tan ampliamente el sueño, como una de nuestras interpretaciones, pudiera conseguirse a no ser por el descubrimiento de enlaces psíquicos preexistentes. Podríamos también alegar, para justificarnos, que el procedimiento empleado en la interpretación de los sueños es idéntico al que aplicamos a la solución de los síntomas histéricos, sector en el que la exactitud del procedimiento queda demostrada por la aparición y desaparición de dichos síntomas. Pero no tenemos motivo ninguno para eludir el problema de cómo por la persecución de una concatenación de ideas que se desarrolla de un modo arbitrario y carente de fin puede llegarse a un fin preexistente, pues si bien no podemos resolver este problema, sí no es dado suprimirlo.

En primer lugar, es inexacto que nos entreguemos a un curso de representaciones falto de fin cuando, como sucede en la labor de interpretación onírica, prescindimos de la reflexión y dejamos emerger las

representaciones involuntarias. No es difícil demostrar que podemos renunciar a las representaciones finales conocidas y que con la creación de estas representaciones surgen en el acto representaciones finales desconocidas o, como decimos con expresión no del todo correcta, inconscientes, que mantienen determinado el curso de las representaciones involuntarias. No nos es posible establecer, ejerciendo una influencia sobre nuestra vida anímica, un pensamiento carente de representaciones finales, y, en general, ignoro si existe algún estado de perturbación psíquica en el que se dé tal pensamiento[511]. Los psiquiatras han renunciado aquí demasiado pronto a la solidez del ajuste psíquico. Sé por experiencia que ni en la histeria ni en la paranoia se da un pensamiento no regulado y exento de representaciones finales, como tampoco en la formación o en la solución de los sueños. Igualmente sucede quizá en las afecciones endógenas psíquicas, pues incluso los delirios de los dementes presentan, según una ingeniosa hipótesis de Leuret, un perfecto sentido, siendo únicamente algunas omisiones las que los hacen resultar incomprensibles. Siempre que he tenido ocasión de observar estos estados psíquicos he podido llegar a igual convencimiento. Los delirios son la obra de una censura que no se toma el trabajo de ocultar su actuación y que, en lugar de prestar su colaboración a una transformación que no tropiece ya con objeciones de ningún género, tacha sin consideraciones aquello que no le agrada, con lo cual queda lo restante falto de toda coherencia. Esta censura se conduce del mismo modo que la ejercida sobre la prensa extranjera en la frontera rusa, censura que no deja llegar a los lectores sino periódicos mutilados y surcados de negros tachones.

El libre juego de las representaciones conforme a una concatenación asociativa arbitraria se da quizá en los procesos cerebrales orgánicos destructivos. Pero aquello que en las psiconeurosis presenta tal carácter puede ser explicado siempre por la actuación de la censura sobre una serie de ideas a la que representaciones finales ocultas han hecho pasar a primer término. El hecho de que las representaciones (o imágenes) emergentes aparezcan ligadas entre sí por los lazos de las llamadas asociaciones superficiales —asonancia, equívoco verbal o coincidencia temporal sin relación interior de sentido—, esto es, por todas aquellas asociaciones que nos permitimos emplear en el

chiste y en el juego de palabras, ha sido considerado como una señal evidente de la asociación exenta de representaciones finales. De esta clase son las asociaciones que nos llevan desde los elementos del contenido manifiesto a los elementos colaterales y de éstos a las verdaderas ideas latentes. En muchos análisis hemos encontrado ya ejemplos de este género, que despertaron nuestra extrañeza. Toda asociación y todo chiste, por lejanos y forzados que sean, pueden constituir el puente entre dos ideas. Pero no es difícil comprender el motivo de esta indulgencia. *Siempre que un elemento psíquico se halla unido a otro por una asociación absurda superficial existe al mismo tiempo entre ambos una conexión correcta y más profunda, que ha sucumbido a la censura de la resistencia*[512].

La presión de la censura, y no la supresión de las representaciones finales, es lo que constituye la base real del predominio de las asociaciones superficiales. Las asociaciones superficiales sustituyen en la representación a las profundas cuando la censura cierra estos caminos normales de enlace. Sucede en esto como cuando un obstáculo cualquiera corta la circulación por una vía importante y tienen que utilizarse los caminos de segundo orden.

Podemos distinguir aquí dos casos, que en realidad son uno solo: o la censura se dirige únicamente contra la conexión de dos ideas, que se separan entonces con el fin de eludir sus efectos y pasan sucesivamente a la conciencia, quedando oculta su conexión y apareciendo, en cambio, entre ambos un enlace superficial en el que no habíamos pensado, y que generalmente surge de otro ángulo del complejo de representaciones, distinto de aquel del que parte la conexión reprimida, pero esencial; o ambas ideas quedan sometidas a la censura a causa de su contenido, y entonces surgen ambas en una forma modificada y sustituida, y las dos ideas sustitutivas son elegidas de manera que reproduzcan, por medio de una asociación superficial, la asociación esencial en la que se hallan aquéllas a las que han venido a sustituir. *Bajo la presión de la censura ha tenido efecto en ambos casos un desplazamiento desde una asociación normal a otra superficial y aparentemente absurda*.

El conocimiento que de estos desplazamientos poseemos nos permite confiarnos, sin cuidado ninguno en la interpretación de los sueños, a las asociaciones superficiales[513].

Los dos principios citados, esto es, el de que con la supresión de las representaciones finales conscientes pasa el dominio del curso de las representaciones a representaciones finales ocultas, y el de que las asociaciones superficiales no son sino una sustitución desplazada de asociaciones reprimidas más profundas, son ampliamente utilizados por el psicoanálisis en las neurosis, pudiendo decirse que constituyen los dos apoyos principales de su técnica. Cuando solicito de un paciente que suprima toda reflexión y me comunique aquello que surja en su cerebro, presupongo que no puede prescindir de las representaciones finales relativas al tratamiento y me creo autorizado a concluir que todo lo que puede comunicarme, por inocente o arbitrario que parezca, se halla en conexión con su estado patológico. Otra representación final de la que el paciente no sospecha nada es la relativa a mi persona. El estudio completo y la completa demostración de estas explicaciones pertenece, por tanto, a la exposición de la técnica psicoanalítica como método terapéutico. Alcanzamos, pues, aquí uno de los puntos de enlace en los que, según nos propusimos, hemos de abandonar el tema de la interpretación de los sueños[514].

Las especulaciones que anteceden nos han permitido dejar firmemente establecido, a pesar de todas las objeciones, un hecho importantísimo: el de que no necesitamos situar también en la elaboración onírica todas las ocurrencias surgidas en la labor de interpretación. En ésta seguimos un camino que va desde el sueño manifiesto a las ideas latentes. La elaboración onírica ha seguido el camino contrario, y no es nada verosímil que estos caminos sean transitables en dirección inversa. Comprobamos más bien que en la vigilia surgen nuevas asociaciones de ideas que van a encontrarse con las ideas intermedias y las latentes en diferentes lugares, y podemos ver, en efecto, cómo el material reciente de ideas diurnas se interpola en las series de ideas de la interpretación. Además, la mayor intensidad de la resistencia durante la vigilia impone, probablemente, nuevos y más lejanos rodeos. Pero el número y la naturaleza de las ideas colaterales que de este modo tejemos durante el día carece de toda importancia psicológica, con tal que nos lleven a las ideas latentes buscadas.

B) **La regresión**.

Una vez que nos hemos precavido contra las objeciones, o hemos indicado, por lo menos, cuáles son las armas que para nuestra defensa poseemos, no debemos aplazar por más tiempo la iniciación de nuestras investigaciones psicológicas, para las que ya nos hallamos preparados. Ante todo, reuniremos los resultados principales que hasta ahora nos ha proporcionado nuestra investigación. El sueño es un acto psíquico importante y completo. Su fuerza impulsora es siempre un deseo por realizar. Su aspecto, en el que nos es imposible reconocer tal deseo, y sus muchas singularidades y absurdidades proceden de la influencia de la censura psíquica que ha actuado sobre él durante su formación. A más de la necesidad de escapar a esta censura, han colaborado en su formación una necesidad de condensar el material psíquico, un cuidado de que fuera posible su representación por medio de imágenes sensoriales y, además —aunque no regularmente—, el cuidado de que el producto onírico total presentase un aspecto racional e inteligente. De cada uno de estos principios parte un camino que conduce a postulados e hipótesis de orden psicológico. Deberemos investigar la relación recíproca existente entre el motivo optativo y las cuatro condiciones indicadas, así como las de estas últimas entre sí. Por último, habremos de incluir al sueño en la totalidad de la vida anímica.

Al principio del presente capítulo hemos expuesto un sueño que nos plantea un enigma cuya solución no hemos emprendido todavía. La interpretación de este sueño no nos opuso dificultad ninguna, pareciéndome únicamente que había de ser completada. Nos preguntamos por qué en este caso se producía un sueño en vez del inmediato despertar el sujeto, y reconocimos como uno de los motivos del primero el deseo de representar al niño en vida. Más adelante veremos que en este sueño desempeña también un papel otro deseo distinto; pero por lo pronto dejaremos establecido que fue para permitir una realización de deseos por lo que el proceso mental del reposo quedó convertido en un sueño.

Fuera de la realización de deseos no hay más que un solo carácter que separe en este caso los dos géneros de actividad psíquica. La idea latente sería: «Veo un resplandor que viene de la habitación en la que está el

cadáver. Quizá haya caído una vela sobre el ataúd y se esté quemando el niño». El sueño reproduce sin modificación alguna el resultado de esta reflexión, pero lo introduce en una situación presente y percibida por los sentidos como un suceso de la vigilia. Éste es, como sabemos, el carácter psicológico más general y evidente del sueño. Una idea, casi siempre la que entraña el deseo, queda objetivizada en el sueño y representada en forma de escena vivida.

¿Cómo podremos explicar esta peculiaridad característica de la elaboración onírica, o, hablando más modestamente, cómo podremos incluirla entre los procesos psíquicos?

Un examen más detenido nos hace observar que la forma aparente de este sueño nos muestra dos caracteres casi independientes entre sí. El primero es la representación en forma de situación presente, omitiendo el «quizá». El otro es la transformación de la idea en imágenes visuales y en palabras.

La transformación que las ideas latentes experimentan por el hecho de quedar representado en presente lo que ellas expresan en futuro no resulta quizá muy evidente en este sueño, circunstancia que depende del particular papel, realmente accesorio, que en él desempeña la realización de deseos. Tomemos otro sueño en el que el deseo onírico no se distinga de la continuación durante el reposo de los pensamientos de la vigilia; por ejemplo, el sueño de la inyección de Irma. En este sueño la idea latente que alcanza una representación aparece en optativo: «¡Ojalá fuese Otto el culpable de la enfermedad de Irma!» El sueño reprime el optativo y lo sustituye por un simple presente: «Sí; Otto tiene la culpa de la enfermedad de Irma». Es ésta, pues, la primera de las transformaciones que todo sueño, incluso aquellos que aparecen libres de deformación, lleva a cabo con las ideas latentes. Pero esta primera singularidad del sueño no habrá de detenernos mucho y nos bastará recordar la existencia de fantasías conscientes y de sueños diurnos que proceden del mismo modo con su contenido de representaciones. Cuando Mr. Joyeuse, el célebre personaje de Daudet, vaga sin ocupación alguna a través de las calles de París para hacer creer a sus hijas que tiene un destino y se halla desempeñándolo, sueña con los acontecimientos que podrían proporcionarle un protector y una colocación y se los imagina en presente. El fenómeno onírico utiliza, por tanto, el presente en la misma forma y con el

mismo derecho que el sueño diurno. El presente es el tiempo en que el deseo es representado como realizado.

El segundo de los caracteres antes mencionados es, en cambio, peculiar al sueño y lo diferencia de la ensoñación diurna. Este carácter es el de que el contenido de representaciones no es pensado, sino que queda transformado en imágenes sensoriales a las que prestamos fe y que creemos vivir. Advertiremos desde luego que no todos los sueños presentan esta transformación de representaciones en imágenes sensoriales. Hay algunos que no se componen sino de ideas, no obstante lo cual nos es imposible discutirles el carácter de sueños. Mi sueño «*autodidasker* la fantasía diurna con el profesor N». es uno de éstos, en los que apenas intervienen elementos sensoriales, como si hubiéramos pensado su contenido durante la vigilia. Asimismo hay en todo sueño algo externo, elementos que no han quedado transformados en imágenes sensoriales y que son simplemente pensados o sabidos del mismo modo que en la vigilia. Recordemos, además, que tal transformación de representaciones en imágenes sensoriales no es exclusiva del sueño, sino que aparece también en la alucinación, esto es, en aquellas visiones que constituyen un síntoma de la psiconeurosis o surgen independientemente de todo estado patológico. La relación que aquí investigamos no es, pues, exclusiva del sueño, pero constituye de todos modos su carácter más notable. Su comprensión exige que ampliemos nuestras especulaciones.

Entre todas las observaciones que sobre la teoría de los sueños nos ofrecen las obras de los autores ajenos al psicoanálisis hallamos una muy digna de atención. En su obra *Psicofísica* (tomo II, pág. 526) influye el gran G. Th. Fechner la hipótesis de que la *escena en la que los sueños se desarrollan es distinta de aquélla en la que se desenvuelve la vida de representación despierta*, y añade que sólo esta hipótesis puede hacernos comprender las singularidades de la vida onírica.

La idea que así se nos ofrece es la de una *localidad psíquica*. Vamos ahora a prescindir por completo de la circunstancia de sernos conocido también anatómicamente el aparato anímico de que aquí se trata y vamos a eludir asimismo toda posible tentación de determinar en dicho sentido la localidad psíquica. Permaneceremos, pues, en terreno psicológico y no

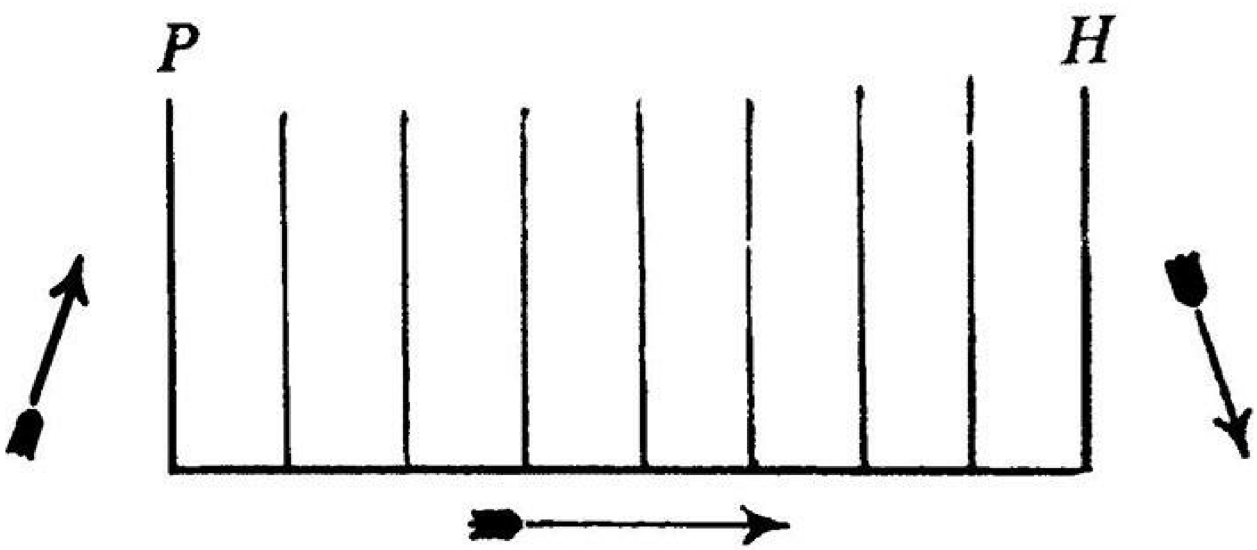
pensaremos sino en obedecer a la invitación de representarnos el instrumento puesto al servicio de las funciones anímicas como un microscopio compuesto, un aparato fotográfico o algo semejante. La localidad psíquica corresponderá entonces a un lugar situado en el interior de este aparato, en el que surge uno de los grados preliminares de la imagen. En el microscopio y en el telescopio son estos lugares puntos ideales; esto es, puntos en los que no se halla situado ningún elemento concreto del aparato. Creo innecesario excusarme por la imperfección de estas imágenes y otras que han de seguir. Estas comparaciones no tienen otro objeto que el de auxiliarnos en una tentativa de llegar a la comprensión de la complicada función psíquica total, dividiéndola y adscribiendo cada una de sus funciones aisladas a uno de los elementos del aparato. La tentativa de adivinar la composición del instrumento psíquico por medio de tal división no ha sido emprendida todavía, que yo sepa. Por mi parte, no encuentro nada que a ella pueda oponerse. Creo que nos es lícito dejar libre curso a nuestras hipótesis, siempre que conservemos una perfecta imparcialidad de juicio y no tomemos nuestra débil armazón por un edificio de absoluta solidez. Como lo que necesitamos son representaciones auxiliares que nos ayuden a conseguir una primera aproximación a algo desconocido, nos serviremos del material más práctico y concreto.

Nos representamos, pues, el aparato anímico como un instrumento compuesto a cuyos elementos damos el nombre de *instancias*, o, para mayor plasticidad, de *sistemas*. Hecho esto, manifestamos nuestra sospecha de que tales sistemas presenten una orientación especial constante entre sí, de un modo semejante a los diversos sistemas de lentes del telescopio, los cuales se hallan situados unos detrás de otros. En realidad no necesitamos establecer la hipótesis de un orden verdaderamente especial de los sistemas psíquicos. Nos basta con que exista un orden fijo de sucesión establecido por la circunstancia de que en determinados procesos psíquicos la excitación recorre los sistemas conforme a una sucesión temporal determinada. Este orden de sucesión puede quedar modificado en otros procesos, posibilidad que queremos dejar señalada, desde luego. De los componentes del aparato hablaremos en adelante con el nombre del «sistema ψ».

Lo primero que nos llama la atención es que este aparato compuesto de

sistema ψ posee una dirección. Toda nuestra actividad psíquica parte de estímulos (internos o externos) y termina en inervaciones. De este modo adscribimos al aparato un extremo sensible y un extremo motor. En el extremo sensible se encuentra un sistema que recibe las percepciones, y en el motor, otro que abre las esclusas de la motilidad. El proceso psíquico se desarrolla en general pasando desde el extremo de percepción hasta el extremo de motilidad. Así, pues, el esquema más general del aparato psíquico presentaría el siguiente aspecto:

FIG. 1

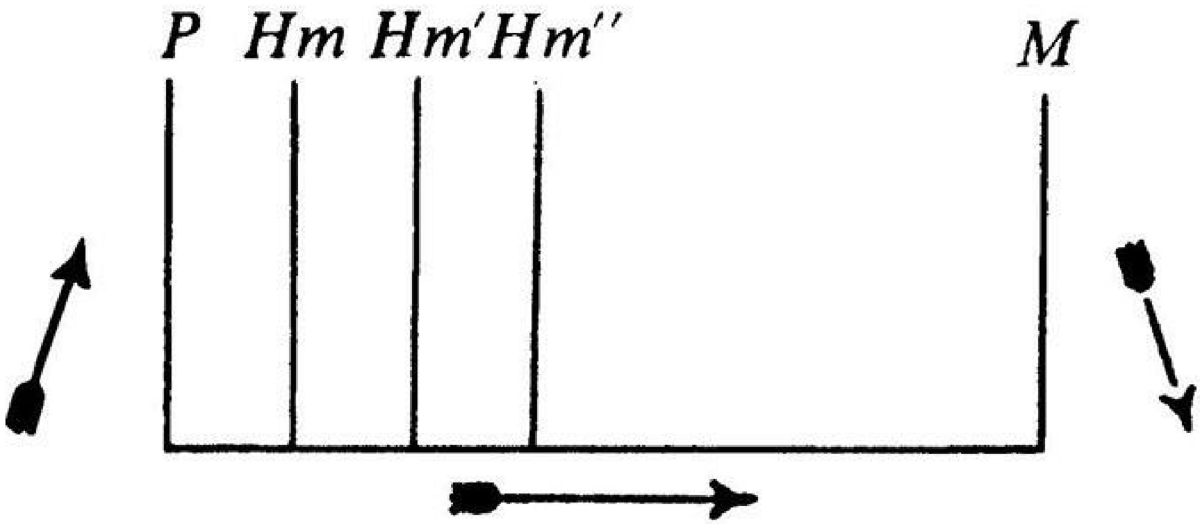


Este esquema no es más que la realización de la hipótesis de que el aparato psíquico tiene que hallarse construido como un aparato reflector. El proceso de reflexión es también el modelo de todas las funciones psíquicas.

Introduciremos ahora fundadamente una primera diferenciación en el extremo sensible. Las percepciones que llegan hasta nosotros dejan en nuestro aparato psíquico una huella a la que podemos dar el nombre de huella *mnémica (Erinnerungsspur)*. La función que a esta huella mnémica se refiere es la que denominamos memoria. Continuando nuestro propósito de adscribir a diversos sistemas los procesos psíquicos, observamos que la huella mnémica no puede consistir sino en modificaciones permanentes de los

elementos del sistema. Ahora bien: como ya hemos indicado en otro lugar, el que un mismo sistema haya de retener fielmente modificaciones de sus elementos y conservar, sin embargo, una capacidad constante de acoger nuevos motivos de modificación supone no pocas dificultades. Siguiendo el principio que seguía nuestra tentativa, distribuiremos, pues, estas dos funciones en sistemas distintos, suponiendo que los estímulos de percepción son acogidos por un sistema anterior del aparato que no conserva nada de ellos; esto es, que carece de toda memoria, y que detrás de este sistema hay otro que transforma la momentánea excitación del primero en huellas duraderas. La figura número 2 corresponde a este nuevo aspecto del aparato psíquico.

FIG. 2



Sabido es que las percepciones que actúan sobre el sistema *P* perduran algo más que su contenido. Nuestras percepciones demuestran hallarse también enlazadas entre sí en la memoria, conforme, ante todo, a su primitiva coincidencia en el tiempo. Este hecho es el que conocemos con el nombre de asociación. Ahora bien: el sistema *P* no puede conservar las huellas para la asociación, puesto que carece de memoria. Cada uno de los elementos *P* quedaría insoportablemente obstruido en su función si un resto de una

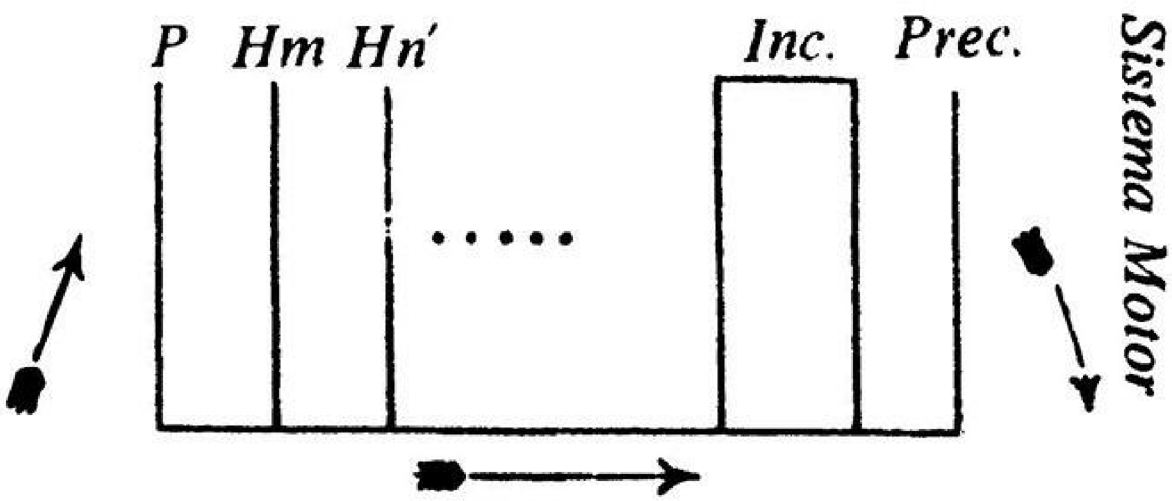
asociación anterior se opusiera a una nueva percepción. Habremos, pues, de suponer que los sistemas mnémicos constituyen la base de la asociación. Ésta consistirá entonces en que, siguiendo la menor resistencia, se propagará la excitación preferentemente de un primer elemento *Hm* a un segundo elemento, en lugar de saltar a otro tercero. Un detenido examen nos muestra, pues, la necesidad de aceptar la existencia de más de uno de estos sistemas *Hm*, en cada uno de los cuales es objeto de una distinta fijación la excitación propagada por los elementos *P*. El primero de estos sistemas *Hm* contendrá de todos modos la fijación de la asociación por simultaneidad, y en los más alejados quedará ordenado el mismo material de excitación según otros distintos órdenes de coincidencia, de manera que estos sistemas posteriores representarían, por ejemplo, las relaciones de analogía, etc. Sería, naturalmente, ocioso querer describir la significación psíquica de uno de estos sistemas. Su característica se hallaría en la intimidad de sus relaciones con los elementos del material mnémico bruto; esto es, si queremos aludir a una teoría más profunda, en los escalonamientos de la resistencia conductora de estos elementos.

Habremos de intercalar aquí una *observación* de carácter general que entraña quizá una importantísima indicación. El sistema *P*, que no posee capacidad para conservar las modificaciones; esto es, que carece de memoria, aporta a nuestra conciencia toda la variedad de las cualidades sensibles. Por el contrario, nuestros recuerdos, sin excluir los más profundos y precisos, son inconscientes en sí. Pueden devenir conscientes, pero no es posible dudar que despliegan todos sus efectos en estado inconsciente. Aquello que denominamos nuestro carácter reposa sobre las huellas mnémicas de nuestras impresiones, y precisamente aquellas impresiones que han actuado más intensamente sobre nosotros, o sea las de nuestra primera juventud, son las que no se hacen conscientes casi nunca. Pero cuando los recuerdos se hacen de nuevo conscientes no muestran cualidad sensorial alguna o sólo muy pequeña, en comparación con las percepciones. Si pudiéramos comprobar que la memoria y la cualidad que caracteriza el devenir consciente se excluyen recíprocamente en los sistemas Ψ, se nos ofrecería una prometedora visión de las condiciones de la excitación de la neurona[515].

Todo lo que hasta ahora hemos supuesto sobre la composición del aparato

psíquico en su extremo sensible ha sido sin tener en cuenta para nada el sueño ni las explicaciones psicológicas que de su estudio pueden deducirse. Este estudio nos proporciona, en cambio, gran ayuda para el conocimiento de otro sector del aparato. Hemos visto que nos era imposible explicar la formación de los sueños si no nos decidíamos a aceptar la existencia de dos instancias psíquicas, una de las cuales somete a una crítica la actividad de la otra; crítica de la que resulta la exclusión de esta última de la conciencia.

FIG. 3



La instancia crítica mantiene con la conciencia relaciones más íntimas que la criticada, hallándose situada entre ésta y la conciencia a manera de pantalla. Hemos encontrado, además, puntos de apoyo para identificar la instancia crítica con aquello que dirige nuestra vida despierta y decide sobre nuestra actividad voluntaria y consciente. Si ahora sustituimos estas instancias por sistemas, quedará situado el sistema crítico en el extremo motor del aparato psíquico supuesto. Incluiremos, pues, ambos sistemas en nuestro esquema y les daremos nombres que indiquen su relación con la conciencia.

Al último de los sistemas situados en el extremo motor le damos el nombre de *preconsciente* para indicar que sus procesos de excitación pueden pasar directamente a la conciencia siempre que aparezcan cumplidas determinadas condiciones; por ejemplo, la de cierta intensidad y cierta

distribución de aquella función a la que damos el nombre de atención, etc. Este sistema es también el que posee la llave del acceso a la motilidad voluntaria. Al sistema que se halla detrás de él le damos el nombre de *inconsciente* porque no comunica con la conciencia sino a *través de lo preconsciente*, sistema que impone al proceso de excitación, a manera de peaje, determinadas transformaciones[516].

¿En cuál de estos sistemas situaremos ahora el estímulo de la formación de los sueños? Para mayor sencillez, en el sistema *Inc*., aunque, como más adelante explicaremos, no es esto rigurosamente exacto, pues la formación de los sueños se halla forzada a enlazarse con ideas latentes que pertenecen al sistema de lo preconsciente. Pero también averiguaremos en otro lugar, al tratar del deseo onírico, que la fuerza impulsora del sueño es proporcionada por el sistema *Inc*., y esta última circunstancia nos mueve a aceptar el sistema inconsciente como el punto de partida de la formación de los sueños. Este estímulo onírico exteriorizará, como todos los demás productos mentales, la tendencia a propagarse al sistema *Prec*. y pasar de éste a la conciencia.

La experiencia nos enseña que durante el día aparece desplazado por la censura de la resistencia, y para las ideas latentes, este camino que conduce a la conciencia a través de lo preconsciente. Durante la noche se procuran dichas ideas el acceso a la conciencia, surgiendo aquí la interrogación de por qué camino y merced a qué modificación lo consiguen. Si el acceso de estas ideas latentes a la conciencia dependiera de una disminución nocturna de la resistencia que vigila en la frontera entre lo inconsciente y lo preconsciente, tendríamos sueños que no mostrarían el carácter alucinatorio que ahora nos interesa. El relajamiento de la censura entre los dos sistemas *Inc*. y *Prec*. no puede explicarnos, por tanto, sino aquellos productos oníricos exentos de imágenes sensoriales (recuérdese el ejemplo «autodidasker») y no sueños como el detallado al principio del presente capítulo.

Lo que en el sueño alucinatorio sucede no podemos describirlo más que del modo siguiente: la excitación toma un camino regresivo; en lugar de avanzar hacia el extremo motor del aparato, se propaga hacia el extremo sensible, y acaba por llegar al sistema de las percepciones. Si a la dirección seguida en la vigilia por el procedimiento psíquico, que parte de lo inconsciente, le damos el nombre de dirección *progresiva*, podemos decir que

el sueño posee un carácter *regresivo*[517].

Esta regresión es una de las más importantes peculiaridades psicológicas del proceso onírico; pero no debemos olvidar que no es privativa de los sueños. También el recordar voluntario, la reflexión y otros procesos parciales de nuestro pensamiento normal corresponden a un retroceso, dentro del aparato psíquico, desde cualquier acto complejo de representación al material bruto de las huellas mnémicas en las que se halla basado. Pero durante la vigilia no va nunca esta regresión más allá de las imágenes mnémicas, y no llega a reavivar las imágenes de percepción, convirtiéndolas en alucinaciones. ¿Por qué no sucede también esto en el sueño? Al hablar de la condensación onírica hubimos de suponer que la elaboración del sueño llevaba a cabo una total transmutación de todos los valores psíquicos, despojando de su intensidad a unas representaciones para transferirlas a otras. Esta modificación del proceso psíquico acostumbrado es la que hace posible cargar el sistema de las *P* hasta la completa vitalidad en una dirección inversa, o sea partiendo de las ideas.

No creo que nadie incurra en error sobre el alcance de estas explicaciones. Hasta ahora no hemos hecho otra cosa que dar un nombre a un fenómeno inexplicable. Hablamos de regresión cuando la representación queda transformada, en el sueño, en aquella imagen sensible de la que nació anteriormente. De todos modos, también necesitamos justificar este paso, pues podría objetársenos la inutilidad de una calificación que no ha de enseñarnos nada nuevo. Pero, a nuestro juicio, ha de sernos muy útil este nombre de regresión por enlazar un hecho que nos es conocido al esquema antes desarrollado de un aparato psíquico; esquema cuyas ventajas vamos ahora a comprobar por vez primera, pues con su sola ayuda, y sin necesidad de nuevas reflexiones, hallaremos el esclarecimiento de una de las peculiaridades de la formación de los sueños. Considerando el proceso onírico como una regresión dentro del aparato anímico por nosotros supuesto, hallamos la explicación de un hecho antes empíricamente demostrado; esto es, el de que las relaciones intelectuales de las ideas, latentes entre sí, desaparecen en la elaboración del sueño o no encuentran sino muy trabajosamente una expresión. Nos muestra, en efecto, nuestro esquema que estas relaciones intelectuales no se hallan contenidas en los primeros sistemas

Hm, sino en otros anteriores a ellos, y tienen que perder su expresión en el proceso regresivo hasta las imágenes de percepción. *La regresión descompone en su material bruto el ajuste de las ideas latentes*.

Mas ¿por qué transformaciones resulta posible esta regresión, imposible durante el día? Sospechamos que se trata de modificaciones de las cargas de energía de cada uno de los sistemas; modificaciones que los hacen más o menos transitables o intransitables para el curso de la excitación. Pero dentro de cada uno de estos aparatos podía producirse este mismo efecto por medio de modificaciones diferentes. Pensamos, naturalmente, en seguida en el estado de reposo y en las modificaciones de la carga psíquica que el mismo provoca en el extremo sensible del aparato. Durante el día existe una corriente continua desde el sistema ψ de las *P* hasta la motilidad. Pero esta corriente cesa por la noche, y no puede ya presentar obstáculo ninguno a la regresión de la excitación.

Esta circunstancia constituiría aquel «apartamiento del mundo exterior» en el que algunos autores ven la explicación de los caracteres psicológicos del sueño. Sin embargo, al explicar la regresión del sueño habremos de tener en cuenta aquellas otras regresiones que tienen efecto en los estados patológicos de la vigilia; regresiones a las que nuestra anterior hipótesis resulta inaplicable, pues se desarrolla, a pesar de no hallarse interrumpida la corriente sensible, en dirección progresiva.

Las alucinaciones de la histeria y de la paranoia y las visiones de las personas normales corresponden, efectivamente, a regresiones; esto es, son ideas transformadas en imágenes. Pero en estos casos no experimentan tal transformación más que aquellas ideas que se hallan en íntima conexión con recuerdos reprimidos o inconscientes. Uno de los histéricos más jóvenes que he sometido a tratamiento, un niño de doce años, no puede conciliar el reposo, porque en cuanto lo intenta ve *caras verdes con ojos encamados*, que le causan espanto. La fuente de esta aparición es el recuerdo reprimido, pero primitivamente consciente, de un muchacho, al que vio varias veces hacia cuatro años, y que constituía un modelo de vicios infantiles; entre ellos, el de la masturbación; vicio que también practicó el sujeto, reprochándoselo ahora amargamente. Su madre había observado por entonces que el vicioso niño tenía un *color verdoso, y los ojos, encarnados* (los párpados, ribeteados). De

este recuerdo procede, pues, el fantasma que le impide conciliar el reposo y que está destinado después a recordarle la predicción que le hizo su madre de que tales niños se vuelven idiotas, no consiguen aprender nada en la escuela y mueren jóvenes. Nuestro pequeño paciente demuestra la realización de una parte de esta profecía, pues no avanza en sus estudios, y teniendo conciencia de ello, le espanta que pueda también realizarse la segunda parte. El tratamiento logró devolver en poco tiempo el reposo, hacerle perder el miedo y terminar el año escolar con notas sobresalientes.

Agregaré aquí la solución de una visión que me fue relatada por una histérica de cuarenta años; visión muy anterior a la enfermedad que le llevaba a mi consulta. Al despertar una mañana vio ante sí a su hermano mayor, que se hallaba recluido en un manicomio. Su hijo pequeño dormía en la cama junto a ella, para *evitar que se asustase y le diesen convulsiones* si veía a su tío, le tapó la cabeza con *la colcha*, desvaneciéndose entonces la aparición. Esta visión no era sino la elaboración de un recuerdo infantil, consciente, pero íntimamente enlazado con todo el material inconsciente, dado en la vida anímica de la sujeto. La niñera le había relatado que su madre, muerta cuando ella tenía año y medio, había padecido convulsiones epilépticas o histéricas desde un susto que le dio su hermano (el *tío* de la sujeto), apareciéndosele a guisa de fantasma con una *colcha* sobre la cabeza. La visión contiene los mismos elementos que el recuerdo: la aparición del hermano, la colcha, el sobresalto y sus efectos; pero estos elementos han sido ordenados en una forma distinta y transferidos a otras personas. El motivo, harto transparente, de la visión; esto es, del pensamiento por ella sustituido, es la preocupación de que su hijo pequeño, que presenta un extraordinario parecido físico con su tío, pueda tener igual desgraciado destino.

Los dos ejemplos que anteceden no carecen de cierta relación con el estado de reposo, y son quizá, por tanto, poco apropiados para la demostración que con ellos me proponía alcanzar. Pero mi análisis de una paranoica alucinada[518], y los resultados de mis estudios, aún no publicados, sobre la psicología de la neurosis robustecen la afirmación de que en estos casos de transformación represiva de las ideas hemos de tener en cuenta la influencia de un recuerdo reprimido o inconsciente, infantil en la mayoría de los casos. Este recuerdo arrastra consigo a la regresión; esto es, a la forma de

representación, en la que el mismo se halla dado psíquicamente, a las ideas con él enlazadas y privadas de expresión por la censura. Mencionaremos aquí como un resultado del estudio de la histeria el hecho de que las escenas infantiles (trátese de recuerdos o de fantasías) son vistas alucinatoriamente cuando se consiguen hacerlas conscientes, y sólo después de explicar al paciente su sentido es cuando pierden este carácter. Sabido es también que incluso en personas que no poseen en alto grado la facultad de la reminiscencia visual suelen conservar los recuerdos infantiles más tempranos un carácter de vivacidad sensorial hasta los años más tardíos.

Si recordamos cuál es el papel que en las ideas latentes corresponde a los sucesos infantiles o a las fantasías en ellos basadas; con cuánta frecuencia emergen de nuevo fragmentos de los mismos en el contenido latente, y cómo los mismos deseos del sueño aparecen muchas veces derivados de ellos, no rechazaremos la probabilidad de que la transformación de las ideas en imágenes visuales sea también en el sueño la consecuencia de la atracción que el recuerdo, representado visualmente, y que tiende a resucitar, ejerce sobre las ideas privadas de conciencia, que aspiran a hallar una expresión. Según esta hipótesis, podría también describirse el sueño como la sustitución de la escena infantil, modificada por su transferencia a lo reciente. La escena infantil no puede conseguir su renovación real y tiene que contentarse con retornar a título de sueño.

El descubrimiento de la importancia, hasta cierto punto prototípica, de las escenas infantiles (o de sus repeticiones fantásticas) para el contenido manifiesto del sueño hace que una de las hipótesis de Schemer sobre las fuentes de estímulos interiores resulte totalmente superflua. Supone Schemer que aquellos sueños que presentan una especial vivacidad de sus elementos visuales, o una particular riqueza en estos elementos, tienen por base una excitación interna del órgano de la visión. Por nuestra parte, y sin entrar a discutir esta hipótesis, admitiremos la existencia de tal estado de excitación en el sistema perceptivo psíquico del órgano de la visión; pero haremos constar que este estado de excitación ha sido creado por el recuerdo y constituye la renovación de la excitación visual, experimentada en el momento real al que corresponde. No poseo ningún ejemplo propio de tal influencia de un recuerdo infantil. Mis sueños son generalmente pobres en

elementos sensoriales; pero en el más bello y animado que he tenido durante estos últimos años me fue fácil referir la precisión alucinatoria del contenido manifiesto a cualidades sensibles de impresiones recientes. En páginas anteriores hemos citado un sueño, en el que el profundo azul del agua, el negro de humo arrojado por las chimeneas de los barcos y el rojo oscuro y el sepia de los edificios me dejaron una profunda impresión. Si algún sueño puede ser referido a una excitación visual, ninguno mejor que éste. Pero ¿qué es lo que la había producido? Una impresión reciente, que vino a agregar a una serie de impresiones anteriores. Los colores que vi en mi sueño eran, en primer lugar, los de las piezas de una caja de construcción, con las que mis hijos habían edificado el día inmediatamente anterior a mi sueño un espléndido palacio. En las piezas de esta caja de construcción podía encontrarse el mismo rojo oscuro, el mismo azul y el mismo negro que en mi sueño veo. A esta impresión vinieron a agregarse las de mi último viaje a Italia: el bello color cálido sepia de la tierra. La belleza cromática del sueño no era, pues, sino una repetición de la que el recuerdo me mostraba.

Concretemos ahora todo lo que hemos averiguado sobre aquella peculiaridad del sueño, que consiste en transformar su contenido de representaciones en imágenes sensoriales. No habremos esclarecido este carácter de la elaboración onírica refiriéndolo a leyes conocidas de la Psicología, pero lo hemos extraído en condiciones desconocidas, y lo hemos caracterizado, dándole el nombre de carácter regresivo. Hemos opinado que esta regresión es siempre un efecto de la resistencia, que se opone al avance de la idea hasta la conciencia por el camino normal, y de la atracción simultánea que los recuerdos sensoriales dados ejercen sobre ella[519]. La regresión sería hasta posible en el sueño por la cesación de la corriente diurna progresiva de los órganos sensoriales; factor auxiliar que en las otras formas de la regresión podía ser el que contribuyera al robustecimiento de los demás motivos de la misma. No debemos tampoco olvidar que el proceso de la transferencia de energía habrá de ser, tanto en estos casos patológicos de regresión como en el sueño, muy distinto del que se desarrolla en las regresiones de la vida anímica normal, puesto que en los primeros hace posible una completa carga alucinatoria de los sistemas de percepción. Aquello que en el análisis de la elaboración onírica hemos descrito con el

nombre de cuidado de la representabilidad podría ser referido a la atracción selectora de las escenas visualmente recordadas, enlazadas a las ideas latentes.

En la teoría de la formación de síntomas neuróticos desempeña la regresión un papel no menos importante que en la de los sueños. Distinguimos aquí tres clases de regresión: *a)* Una regresión *tópica*, en el sentido del esquema de los sistemas ψ. *b)* Una regresión *temporal*, en cuanto se trata de un retorno a formaciones psíquicas anteriores, *c)* Una regresión *formal* cuando las formas de expresión y representación acostumbradas quedan sustituidas por formas correspondientes primitivas. Estas tres clases de regresión son en el fondo una misma cosa, y coinciden en la mayoría de los casos, pues lo más antiguo temporalmente es también lo primitivo en el orden formal, y lo más cercano en la tópica psíquica al extremo de la percepción. (Adición de 1914.)

No podemos abandonar el tema de la regresión en el sueño sin manifestar una impresión que se nos ha impuesto ya varias veces, y que una vez que hayamos profundizado en el estudio de las psiconeurosis retornará robustecida.

Esta impresión es la de que el acto de soñar es por sí una regresión a las más tempranas circunstancias del soñador, una resurrección de su infancia, con todos sus impulsos instintivos y sus formas expresivas. Detrás de esta infancia individual se nos promete una visión de la infancia filogénica y del desarrollo de la raza humana; desarrollo del cual no es el individual, sino una reproducción abreviada e influida por las circunstancias accidentales de la vida. Sospechamos ya cuán acertada es la opinión de Nietzsche de que «el sueño continúa un estado primitivo de la Humanidad, al que apenas podemos llegar por un camino directo», y esperamos que el análisis de los sueños nos conduzca al conocimiento de la herencia arcaica del hombre y nos permita descubrir en él lo anímicamente innato. Parece como si el sueño y la neurosis nos hubieran conservado una parte insospechada de las antigüedades anímicas, resultando así que el psicoanálisis puede aspirar a un lugar importante entre las ciencias que se esfuerzan en reconstruir las fases más antiguas y oscuras de los comienzos de la Humanidad. (Adición de 1918.)

Esta primera parte de nuestra investigación psicológica del sueño no nos

llega a satisfacer por completo. Nos consolaremos pensando en que nos vemos obligados a construir en las tinieblas. Además, si no nos engañamos mucho, hemos de retornar muy pronto a estas mismas regiones por un distinto camino, y quizá sepamos orientarnos mejor.

C) **La realización de deseos**.

El sueño con que iniciamos el presente capítulo, o sea el del padre al que se le aparece su hijo muerto, nos da ocasión para examinar determinadas dificultades, con las que tropieza la teoría de la realización de deseos. Todos hemos extrañado que el sueño no pueda ser sino una realización de deseos, y no sólo por la contradicción que supone la existencia de sueños de angustia. Después de comprobar por medio del análisis que el sueño entrañaba un sentido y un valor psíquico, no esperábamos en modo alguno una tan limitada y estricta determinación de tal sentido. Según la definición correcta, pero insuficiente, de Aristóteles, el sueño no es sino la continuación del pensamiento durante el estado de reposo. Pero si nuestro pensamiento crea durante el día tan diversos actos psíquicos juicios, conclusiones, refutaciones, hipótesis, propósitos, etc.—, ¿cómo puede quedar obligado luego, durante la noche, a limitarse única y exclusivamente a la producción de deseos? ¿No habrá quizá gran número de sueños que entrañen otro acto psíquico distinto; por ejemplo, una preocupación? ¿Y no será éste realmente el caso del sueño antes expuesto, en el que del resplandor que a través de sus párpados recibe durante el reposo deduce el sujeto la conclusión de que una vela ha caído sobre al ataúd y ha podido prender fuego al cadáver, y transforma esta conclusión en un sueño, dándole la forma de una situación sensible y presente? ¿Qué papel desempeña aquí la realización de deseos? ¿Es acaso posible negar en este sueño el predominio de la idea, continuada desde la vigilia o provocada por la nueva impresión sensorial?

Todo esto es exacto, y nos obliga a examinar más detenidamente el sueño desde los puntos de vista de la realización de deseos y de la significación de los pensamientos de la vigilia en él continuados.

La realización de deseos nos ha hecho ya dividir los sueños en dos

grupos. Hemos hallado sueños que mostraban francamente tal realización, y otros en los que no nos era posible descubrirla sino después de un minucioso análisis. En estos últimos sueños reconocimos la actuación de la censura onírica. Los sueños no disfrazados demostraron ser característicos de los niños. En los adultos *parecían* —quiero acentuar esta restricción—, *parecían*, repito, presentarse también sueños optativos, breves y francos.

Podemos preguntarnos ahora de dónde procede en cada caso el deseo que se realiza en el sueño. Pero ¿a qué antítesis o a qué diversidad podemos referir este «de dónde»? A mi juicio, nos es posible referirlo a la antítesis existente entre la vida diurna consciente y una actividad psíquica inconsciente durante el día y que sólo a la noche puede hacerse perceptible. Hallamos entonces tres posibles procedencias del deseo: 1.º Puede haber sido provocado durante el día y no haber hallado satisfacción a causa de circunstancias exteriores, y entonces perdura por la noche un deseo reconocido e *insatisfecho*. 2.ª Puede haber surgido durante el día, pero haber sido rechazado, y entonces perdura en nosotros un deseo insatisfecho, pero reprimido; y 3.º Puede hallarse exento de toda relación con la vida diurna y pertenecer a aquellos deseos que sólo por la noche surgen en nosotros, emergiendo de lo reprimido. Volviendo a nuestro esquema del aparato psíquico localizaremos un deseo de la primera clase en el sistema *Prec*. ; de los de la segunda, supondremos que han sido obligados a retroceder desde el sistema *Prec*. al sistema *Inc*., y que si se han conservado tienen que haberse conservado en él. Por último, de los deseos pertenecientes a la tercera clase, creemos que son totalmente incapaces de salir del sistema *Inc*. ¿Habremos de suponer que sólo los deseos emanados de estas diversas fuentes tienen el poder de provocar un sueño?

Examinados los sueños que pueden proporcionarnos datos para contestar a esta pregunta, observamos en primer lugar la necesidad de considerar como una cuarta fuente de deseos provocados de sueños los impulsos optativos surgidos durante la noche (le sed, la necesidad sexual, etc.), y nos inclinamos después a afirmar que la procedencia del deseo no influye para nada en su capacidad de provocar un sueño. Recordemos el sueño del niño que continúa la travesía interrumpida aquella tarde y todos los demás ejemplos de este género que a su tiempo expusimos. Todos estos sueños quedan explicados

por un deseo insatisfecho, pero no reprimido, del día. Los ejemplos de deseos reprimidos que se exteriorizan en sueños son numerosísimos. Me limitaré a exponer el más sencillo que de esta clase he podido encontrar. La sujeto es una señora un tanto burlona. Durante el día le han preguntado repetidas veces qué juicio le merecía el novio de una amiga suya más joven que ella. Su verdadera opinión es que se trata de un *hombre adocenado*, y la hubiera manifestado gustosa; pero en obsequio a su amiga, la sustituye por grandes alabanzas. Aquella noche sueña que le dirigen la misma pregunta y que responde diciendo: «Cuando en la tienda saben ya de lo que se trata, basta con indicar el número». Por último, nos ha demostrado el análisis que en todos los sueños que han pasado por una deformación procede el deseo de lo inconsciente y no pudo ser observado durante el día. De este modo todos los deseos nos parecen al principio equivalentes y de igual poder para la formación de los sueños.

No puedo demostrar aquí que en realidad suceden las cosas de otro modo; pero me inclino mucho a suponer una más severa condicionalidad del deseo onírico. Los sueños infantiles no permiten dudar de que su estímulo es un deseo insatisfecho durante el día; pero no debemos olvidar que se trata del deseo de un niño, con toda la energía de los impulsos optativos infantiles. En cambio, no me parece verosímil que un deseo insatisfecho pueda bastar para provocar un sueño en un sujeto adulto. Opino más bien que el dominio progresivo de nuestra vida instintiva por la actividad intelectual nos lleva a renunciar cada vez más a la formación o conservación de deseos tan intensos como los que el niño abriga. Claro es que dentro de esto puede haber diferencias individuales y conservar unas personas el tipo infantil de los procesos anímicos durante más tiempo que otras, diferencias que observamos también en la debilitación de la representación visual, originariamente muy precisa. Pero, en general, creo que el deseo insatisfecho durante el día no basta para crear un sueño en los adultos. Concedo que el sentimiento optativo procedente de la conciencia puede contribuir a provocar un sueño, pero nada más. El sueño no nacería si el deseo preconsciente no quedase robustecido por otros factores.

Estos factores proceden de lo inconsciente. *Imagino que el deseo consciente sólo se constituye en estimulo del sueño cuando consigue*

despertar un deseo inconsciente de efecto paralelo con el que reforzar su energía. Conforme a los indicios deducidos del psicoanálisis de la neurosis, considero que tales deseos inconscientes se hallan siempre en actividad y dispuestos siempre a conseguir una expresión en cuanto se les ofrece ocasión para aliarse con un sentimiento procedente de lo consciente y transferirle su mayor intensidad[520]. Parece entonces como si únicamente el deseo consciente se hallara realizado en el sueño; pero una pequeña singularidad en la estructura del mismo nos permitirá seguir las huellas del poderoso auxiliar llegado de lo inconsciente. Estos deseos de nuestro inconsciente, siempre en actividad y, por decirlo así, inmortales, deseos que nos recuerdan a aquellos titanes de la leyenda sobre los cuales pesan desde tiempo inmemorial inmensas montañas que fueron arrojadas sobre ellos por los dioses vencedores y que aún tiemblan de tiempo en tiempo, sacudidas por las convulsiones de sus miembros; estos deseos reprimidos, repito, son también de procedencia infantil, como nos lo ha demostrado la investigación psicológica de las neurosis. Así, pues, retiraré mi afirmación anterior de que la procedencia del deseo era una cuestión indiferente, y la sustituiré por la que sigue: *El deseo representado en el sueño tiene que ser un deseo infantil*. En los adultos procede entonces del *Inc*. En los niños, en los que no existe aún la separación y la censura entre el *Prec*. y el *Inc*., o en los que comienza a establecerse poco a poco, el deseo es un deseo insatisfecho, pero no reprimido, de la vida despierta. Sé que estas afirmaciones no pueden demostrarse en general; pero insisto en que pueden comprobarse frecuentemente, aun en ocasiones en las que no lo sospechábamos.

Los sentimientos optativos procedentes de la vida despierta consciente pasan, por tanto, a segundo término en la formación de los sueños, pues no podemos atribuirles importancia mayor de la que atribuimos a las sensaciones surgidas durante el reposo en la formación del contenido manifiesto (véase anteriormente). Permaneciendo dentro de los límites que el proceso mental que voy desarrollando me prescribe, dirigiré ahora mi atención a los restantes estímulos psíquicos procedentes de la vida diurna y que no poseen el carácter de deseos. Cuando decidimos entregarnos al reposo podemos conseguir la cesación interina de las cargas psíquicas de nuestro pensamiento despierto. Aquellas personas que así lo logran con facilidad gozan de un tranquilo

reposo. Dícese que Napoleón I era un sorprendente ejemplo de este género. Pero no siempre conseguimos tal cosa, y cuando la conseguimos, no siempre por completo. Los problemas aún no solucionados, las preocupaciones que nos atormentan y una multitud de impresiones diversas continúan la actividad mental durante el reposo y mantienen el desarrollo de procesos anímicos en el sistema que hemos calificado con el nombre de preconsciente. Estos estímulos mentales que continúan durante el reposo pueden ser divididos en los grupos siguientes: 1.º Aquellos procesos que durante el día no han podido llegar a tiempo por haber quedado interrumpidos a causa de una circunstancia cualquiera. 2.º Aquello que ha permanecido interminado o sin solución por paralización de nuestra energía mental. 3.º Aquello que hemos rechazado y reprimido durante el día. A estos tres grupos se añade otro más importante, formado por aquello que la labor diurna de lo preconsciente ha estimulado en nuestro *Inc*. Por último, podemos agregar, como quinto grupo, el formado por las impresiones diurnas indiferentes y, por tanto, inderivadas.

Las intensidades psíquicas que estos restos de la vida diurna introducen en el estado de reposo, sobre todo las pertenecientes al grupo de lo inderivado, poseen mayor importancia de lo que pudiera creerse, pues constituyen excitaciones que luchan durante la noche por alcanzar una expresión, mientras que el estado de reposo imposibilita el curso acostumbrado del proceso de excitación a través de lo preconsciente y su término por el acceso a la conciencia. Mientras tenemos conciencia de nuestros procesos mentales normales nos es imposible, en efecto, conciliar el reposo. No puedo decir cuál es la modificación que el estado de reposo provoca en el sistema *Prec*[521].; pero es indudable que la característica psicológica del sueño ha de ser buscada esencialmente en las modificaciones de la carga psíquica de este sistema, que domina también el acceso a la motilidad, paralizada durante el reposo. En cambio, no sé de ningún dato de la psicología del sueño que pueda inclinarnos a admitir que el reposo introduce alguna transformación en el sistema *Inc*., si no es secundariamente. La excitación nocturna desarrollada en el *Prec*. no encuentra otro camino que el seguido por las excitaciones optativas procedentes del *Inc*., y tiene que buscar refuerzo en este último y dar los rodeos de las excitaciones inconscientes. Pero ¿cuál es la significación de los restos diurnos

preconscientes con respecto al sueño? No cabe duda de que penetran en gran número en él, utilizan su contenido manifiesto para imponerse a la conciencia también durante la noche, llegando incluso a dominar el contenido del sueño y a obligarle a continuar la labor diurna. Es también indudable que *los restos diurnos pueden tener el carácter de deseos, del mismo modo que cualquier otro*. Resulta muy instructivo y es decisivo para la teoría de la realización de deseos observar cuáles son las condiciones a las que se tienen que someter para hallar acogida en el sueño.

Recordemos uno de los ejemplos antes expuesto: el sueño que me muestra a mi amigo Otto con los signos de la enfermedad de Basedow. El mal aspecto de mi amigo me había preocupado durante el día, y he de suponer que continuó preocupándome durante el reposo. Mi pensamiento se esforzaba sin duda en descubrir qué era lo que podía tener Otto. Esa preocupación halló por la noche una expresión en el sueño citado, cuyo contenido es desatinado y no deja reconocer realización ninguna de deseos. Pero investigando de dónde podía proceder aquella desmesurada representación de mi preocupación diurna, me reveló el análisis la conexión buscada, mostrándome que en el sueño me identificaba con el profesor R. e identificaba a Otto con el barón de L. Esta sustitución de las ideas diurnas no puede tener más explicación que la siguiente: en mi inconsciente debo hallarme dispuesto de continuo a identificarme con el profesor R., puesto que satisfago así uno de los inmortales deseos infantiles, o sea el deseo de grandeza. Determinadas ideas hostiles contra mi amigo Otto, ideas censuradas y que hubieran sido rechazadas en la vigilia, aprovecharon la ocasión para alcanzar una forma expresiva, pero al mismo tiempo también mi preocupación diurna a él relativa quedó expresada por medio de una sustitución en el contenido manifiesto. La idea diurna, que no era un deseo, sino por el contrario, una preocupación dolorosa, tuvo que crearse una conexión con un deseo infantil y reprimido, al que después de prepararlos convenientemente hizo «nacer» en la conciencia. Cuanto más dominante fuera esta preocupación, más poderoso podía ser el enlace que había de ser creado. Entre el contenido del deseo y el de la preocupación no necesitaba existir conexión ninguna, como, en efecto, no existe en nuestro ejemplo.

Creemos ha de ser muy útil dedicar ahora nuestra atención al problema de

cómo se conduce el sueño cuando encuentra en las ideas latentes un material de naturaleza opuesta a la realización de deseos, esto es, cuando dichas ideas entrañan una preocupación, una reflexión dolorosa o un conocimiento penoso. En estas circunstancias puede darse la alternativa siguiente: *a)* La elaboración consigue sustituir todas las representaciones displacientes por representaciones contrarias y reprimir los efectos displacientes que a las primeras corresponden, y entonces resulta un puro sueño de satisfacción, o sea una franca realización de deseos, en la que nada tenemos que investigar, *b)* Las representaciones penosas pasan más o menos transformadas, pero bien reconocibles, al contenido manifiesto. Éste es el caso que nos hace dudar de la exactitud de la teoría optativa del sueño y precisa de una mayor investigación. Tales sueños de contenido penoso pueden desarrollarse en medio de la mayor indiferencia del sujeto, traer consigo afectos displacientes que parecen justificados por su contenido de representaciones o conducir, por último, a la interrupción del reposo mediante el desarrollo de angustia. (Adición de 1919.)

El análisis nos demuestra que también estos sueños displacientes son realizaciones de deseos. Un deseo inconsciente y reprimido, cuya satisfacción habría de ser sentida con displacer por el *yo* del soñador, ha aprovechado la ocasión que le es ofrecida por la conservación de la carga psíquica de los restos diurnos penosos y le ha prestado su apoyo, haciéndolos susceptibles de provocar un sueño. Pero mientras que en el caso *a)* coincida el deseo inconsciente con el consciente, en el caso *b)* surge la discordia entre lo consciente y lo inconsciente —lo reprimido y el *yo*— y queda constituida la situación de la fábula de los tres deseos cuya realización concede el hada al anciano matrimonio (véase más adelante). La satisfacción producida por la realización del deseo reprimido puede ser tan grande, que equilibre todos los afectos penosos correspondientes a los restos diurnos, y el sueño presentará entonces un matiz afectivo indiferente, aunque constituye por un lado la realización de un deseo y por otro la realización de algo temido. Pero también puede suceder que el *yo* dormido tome una parte mayor en la formación del sueño y reaccione con una enérgica indignación contra la satisfacción lograda por el deseo reprimido, reacción que desencadenará afectos displacientes e incluso llegará a poner fin al sueño, interrumpiendo el reposo con el

desarrollo de angustia. No es, pues, difícil reconocer que los sueños de angustia y los displacientes son también, como los sueños de satisfacción, realizaciones de deseos.

Los sueños displacientes pueden ser asimismo *sueños punitivos*. Hemos de conceder que al reconocerlo así agregamos a la teoría del sueño algo nuevo en cierto sentido. Aquello que en ellos queda realizado es igualmente un deseo inconsciente. El de un castigo del soñador por un deseo ilícito reprimido. De este modo se adaptan estos sueños a la ley de que la fuerza impulsora de la formación onírica tiene que ser prestada por un deseo perteneciente a lo inconsciente. Un análisis psicológico más útil nos permite reconocer la diferencia que los separa de los demás sueños optativos. En los casos del grupo *b)*, el deseo inconsciente provocador del sueño pertenecía a lo reprimido. En los sueños punitivos se trata también de un deseo inconsciente, pero al que no podemos agregar ya a lo reprimido, sino al *yo*. Los sueños punitivos indican, pues, la posibilidad de una más amplia participación del *yo* en la formación de los sueños. El mecanismo de este proceso se nos hace mucho más transparente en cuanto sustituimos la antítesis entre lo «consciente» y lo «inconsciente» por la del *yo* y lo «reprimido». Pero esta sustitución no puede ser llevada a efecto sin un previo conocimiento de los procesos de la psiconeurosis. Me limitaré, pues, a observar que los sueños punitivos no se hallan enlazados generalmente a la condición de la existencia de restos diurnos penosos. Por el contrario, surgen con mayor facilidad en circunstancias contrarias, esto es, cuando los restos diurnos son ideas de naturaleza satisfactoria, pero que expresan satisfacciones ilícitas. Partiendo de estas ideas, no llega entonces al sueño manifiesto elemento ninguno que represente una contradicción directa de las mismas, análogamente a como sucedía en los sueños del grupo *a)*. El carácter esencial de los sueños punitivos sería el de que en ellos no es el deseo inconsciente procedente de lo reprimido (del sistema *Inc*.) el que se constituye en formador del sueño, sino el deseo que reacciona a él, procedente del *yo*; aunque también inconsciente (esto es, preconsciente)[522].

Procuraré aclarar estas afirmaciones con la exposición de un sueño propio, que muestra, sobre todo, la forma en que la elaboración onírica procede con un resto diurno de penosas preocupaciones:

El principio es un tanto borroso: «Digo a mi mujer que tengo que darle una noticia muy satisfactoria. Mi mujer se asusta y no quiere oírme, pero le aseguro que es algo que ha de regocijarla, y comienzo a contarle que el cuerpo de oficiales del Arma a la que nuestro hijo pertenece ha mandado una cantidad de dinero (¿5000 coronas?)…, algo de reconocimiento…, distribución… Mientras tanto, he entrado con mi mujer en un cuartito que parece ser una despensa para sacar algo de él. De repente, veo a mi hijo. No viene de uniforme, sino que trae un traje de *sport* muy ceñido (como la piel de una foca) con una pequeña capita. Se sube sobre una cesta que hay al lado de un cajón, como si quisiera colocar algo encima de este último. Le llamo, pero no me responde. Me parece ver que trae la cara o la frente vendada y que se ajusta algo en la boca introduciendo algo en ella. Sus cabellos han encanecido. Pienso si estará muy agotado y si llevará dientes postizos. Antes de haber podido llamarle por segunda vez despierto sin sentir angustia, pero con palpitaciones. El reloj señala las dos y media».

No siéndome posible comunicar un análisis completo de este sueño, me limitaré a hacer resaltar algunos puntos decisivos. El motivo del sueño estaba constituido por penosas preocupaciones del día. Mi hijo se hallaba combatiendo en el frente y no teníamos noticias suyas hacía ya más de una semana. En el contenido latente encuentra expresión el convencimiento de que ha muerto o está herido. Al principio del sueño, observamos un enérgico esfuerzo para sustituir las ideas penosas por sus contrarias. Tengo que comunicar a mi mujer algo muy satisfactorio, el envío de una cantidad, el reconocimiento, la distribución. (La cantidad procede de un satisfactorio deseo real de mi práctica médica e intenta, por tanto, desviar el tema.) Pero este esfuerzo fracasa en absoluto. Mi mujer sospecha algo terrible y no me quiere oír. Los disfraces bajo los que el sueño se presenta son en extremo transparentes, y todos los elementos revelan su relación con aquello que debe ser reprimido. Si mi hijo ha muerto, sus camaradas me remitirán sus efectos y tendré que distribuir su herencia entre sus hermanos. De los oficiales caídos en el campo de batalla se dice que han merecido el reconocimiento de la Patria. El sueño tiende, pues, directamente a dar expresión a aquello que al principio quería negar, proceso en el cual se hace notar, a través de las deformaciones, la tendencia realizadora de deseos. (El cambio de lugar

durante el sueño puede ser interpretado, quizá, en el sentido del simbolismo del umbral, establecido por Silberer.) No sospechamos qué es lo que le presta la necesaria fuerza impulsora. En la escena onírica no se nos muestra mi hijo como alguien que «cae», sino como alguien que «sube». En su juventud ha sido un intrépido alpinista. (No se nos aparece de uniforme, sino vestido con un traje de *sport*.) Esto es, el accidente que ahora tememos le haya sucedido ha sido sustituido por otro anterior (una vez que se rompió una pierna patinando). La hechura singular de su traje, con el que parece una foca, nos recuerda a otro individuo, más joven, de nuestra familia, a nuestro gracioso nietecito. El cabello gris alude al padre de este niño, nuestro yerno, duramente castigado por la guerra. ¿Qué quiere esto decir? Pero basta. El lugar en que el sueño se desarrolla —una despensa—, el cajón del que mi hijo quiere coger algo (o sobre el que quiere colocar algo, en el sueño), son indudables alusiones a un accidente que sufrí por mi propia culpa. Teniendo unos dos o tres años quise alcanzar una golosina de un armario de la despensa y me subí sobre una banqueta colocada encima de una mesa, pero me caí y me di un golpe que pudo haberme costado perder los dientes. Este elemento del sueño constituye un reproche: «Te está bien empleado», equivalente a un sentimiento hostil contra mi hijo. Profundizando en el análisis descubrí el sentimiento oculto al que pudiera satisfacer la temida desgracia de mi hijo. Es la envidia de la juventud, envidia que el hombre maduro siente siempre por mucho que crea haberla dominado, y resulta indudable que precisamente la dolorosísima emoción que habría de surgir si dicha desgracia se confirmara es la que reanima, como atenuante, tal realización reprimida de deseos. (Adición de 1919.)

Podemos ya precisar qué es lo que el deseo inconsciente significa para el sueño. Concedo que existe una clase de sueños cuyo *estimulo* procede predominante o hasta de un modo exclusivo de los restos de la vida diurna, y opino que incluso mi deseo de recibir algún día el título de profesor extraordinario me hubiera dejado dormir tranquilo aquella noche si no hubiera perdurado aún en mí el cuidado que la salud de mi amigo me inspiraba. Pero este cuidado no habría provocado, sin embargo, sueño ninguno, pues la *fuerza impulsora* de que el sueño precisaba tenía que ser reforzada por un deseo. Así, pues, para formar el sueño tuvo mi preocupación

que buscar tal deseo y aliarse con él. Trataremos de aclarar estas circunstancias por medio de una comparación tomada de la vida social. Es muy posible que la idea diurna represente en la formación del sueño el papel de *socio industrial*: el socio industrial posee una idea y quiere explotarla; pero no puede hacer nada sin capital y necesita un *socio capitalista* que corra con los gastos. En el sueño el capitalista que corre con el gasto psíquico necesario para la formación del sueño es siempre, cualquiera que sea la idea diurna, *un deseo de lo inconsciente*[523].

Otras veces se reúnen ambos caracteres en una misma persona, caso el más corriente en el sueño: la labor diurna ha provocado un deseo inconsciente, y éste crea entonces el sueño. También para todas las demás modificaciones posibles de la asociación económica empleada aquí como ejemplo hallamos un paralelo en los procesos oníricos. El socio industrial puede aportar una pequeña suma al capital; varios socios industriales pueden dirigirse al mismo capitalista o varios capitalistas reunir entre sí lo necesario para auxiliar al socio industrial. Correlativamente, hay también sueños mantenidos por más de un deseo. Podríamos continuar así hasta agotar todas las variantes de la relación económica que hemos escogido como término de comparación; pero no lo creemos necesario. Aquello que en estas especulaciones sobre el deseo onírico haya quedado aún incompleto será completado más adelante.

El *tertium comparationis* del paralelo establecido, esto es, la cantidad disponible, puede ser aún más sutilmente utilizado para el esclarecimiento de la estructura del fenómeno onírico. En la mayoría de los sueños hallamos un centro que posee una especial intensidad sensorial. Este centro constituye regularmente la representación directa de la realización de deseos, pues cuando deshacemos los desplazamientos de la elaboración hallamos sustituida la intensidad psíquica de los elementos de las ideas latentes por la intensidad sensorial de los elementos del contenido manifiesto. Los elementos más próximos a la realización de deseos pueden ser ajenos al sentido de la misma y constituir ramificaciones de ideas displacientes contrarias al deseo, que por medio de una conexión, artificialmente creada muchas veces con los elementos centrales, han obtenido intensidad suficiente para alcanzar una representación. La fuerza representadora de la realización

de deseos se extiende de este modo sobre una esfera de conexiones, dentro de la cual todos los elementos, incluso aquellos que de por sí carecen de medios, llegan a la representación. En aquellos sueños que entrañan varios deseos impulsores resulta fácil delimitar las esferas de cada una de las realizaciones de deseos y caracterizar como zonas limítrofes las lagunas que el sueño presenta.

Aunque la importancia de los restos diurnos queda muy disminuida con las observaciones que proceden, vale todavía la pena de concederles alguna atención, pues deben de constituir un ingrediente necesario para la formación onírica desde el momento en que todo sueño revela siempre una conexión con una impresión diurna reciente y a veces indiferente en absoluto. Hasta ahora no hemos logrado explicarnos claramente la necesidad de tal agregación a la formación de los sueños. Pero es que esta necesidad sólo nos revela su esencia cuando descubrimos la misión del deseo inconsciente y la estudiamos en conexión con la psicología de la neurosis. Vemos entonces que la representación inconsciente es absolutamente incapaz, como tal, de llegar a lo preconsciente. Lo único que puede hacer es exteriorizar en él un efecto, enlazándose con una representación preconsciente no censurable, a la que transfiere su intensidad y detrás de la cual se oculta. Este hecho, al que damos el nombre de *transferencia*, contiene la explicación de muchos singulares procesos de la vida anímica de los neuróticos. La transferencia puede dejar intacta la representación procedente de lo preconsciente, la cual alcanza entonces una gran intensidad inmerecida o puede imponerle una modificación paralela al contenido de la representación inconsciente. Ruego se me perdone mi tendencia a buscar comparaciones de la vida cotidiana; pero no puedo por menos de recordar que las circunstancias en las que se nos muestra aquí la representación reprimida resultan muy análogas a las impuestas en nuestro país a los dentistas americanos, los cuales no pueden ejercer su profesión si no les sirve de escudo ante la ley un doctor en Medicina cuyo título haya sido expedido por una universidad americana. Pero así como no son precisamente los médicos de más clientela los que consienten en tales alianzas con los dentistas, tampoco en lo psíquico consienten en servir de encubrimiento a una representación reprimida aquellas otras representaciones preconscientes o conscientes que han atraído suficientemente sobre sí la atención activa de lo

preconsciente. Lo inconsciente se enlazará más bien con aquellas impresiones y representaciones de lo preconsciente que han quedado desatendidas por ser indiferentes o de las que la atención quedó retirada a causa de haber sido condenadas y rechazadas. Por último, según un principio experimentalmente comprobado de la teoría de las asociaciones, aquellas representaciones que han constituido ya una íntima conexión en un sentido, parecen rechazar grupos enteros de nuevas conexiones. En otro lugar hemos intentado utilizar este principio como base de una teoría de las parálisis histéricas.

Si aceptamos para el fenómeno onírico esta necesidad de transferencia de las representaciones reprimidas, descubierta en el análisis de las neurosis, hallaremos de una sola vez la solución de dos de sus enigmas: el de que todo análisis revele la intervención de una impresión reciente en la formación del sueño y el de que este elemento sea muchas veces de carácter trivialísimo e indiferente. Sabemos ya que si tales elementos recientes e indiferentes pasan con tanta frecuencia al sueño como sustituciones de las ideas latentes más antiguas es porque son las que menos tienen que temer por parte de la censura de la resistencia. Pero mientras que la exención de la censura no nos aclara más que la preferencia de que son objeto los elementos triviales, la constancia de los elementos recientes deja transparentar la necesidad de transferencia. Estos dos grupos de impresiones bastan para satisfacer a lo inconsciente en su demanda de material libre aún de asociaciones: las indiferentes, porque no han ofrecido gran ocasión de amplias conexiones, y las recientes, porque no han tenido tiempo de establecerlas.

Vemos, pues, que si los restos diurnos que participan en la formación del sueño toman algo del *Inc.*, esto es, toman fuerza impulsora del deseo reprimido, también ofrecen a su vez a lo inconsciente algo imprescindible: el objeto de la transferencia. Si quisiéramos penetrar aquí más profundamente en los procesos anímicos, tendríamos que iluminar antes con mayor intensidad el juego de las excitaciones entre lo preconsciente y lo inconsciente. Mas para esto habríamos de pasar al estudio de las neurosis, pues el sueño no nos lo permite.

Añadiremos aún una última observación sobre los restos diurnos. Su actuación, y no la del sueño —que ejerce, por el contrario, una acción protectora—, es la que puede calificarse de perturbadora. Más adelante

volveremos sobre esta cuestión.

Investigando las características del deseo onírico, lo hemos derivado del dominio del *Inc*., y hemos analizado su relación con los restos diurnos, los cuales pueden ser, por su parte, deseos, impulsos psíquicos de cualquier otro género o simplemente impresiones recientes. De este modo hemos abierto campo libre a todas las hipótesis favorables a la intervención de la actividad intelectual de la vigilia en la formación de los sueños. No sería siquiera imposible que, fundándonos en los resultados de las anteriores especulaciones, llegásemos a explicar aquellos casos extremos en los que el sueño se constituye en continuador de la labor diurna y lleva a feliz término un proceso mental que el pensamiento despierto dejó pendiente; pero nos falta un ejemplo de este género en el que pudiéramos descubrir, por medio del análisis, la fuente de deseos, infantil o reprimida, cuya atracción hubiese reforzado con tanto éxito la labor de la actividad preconsciente. En cambio, no nos hemos aproximado un solo paso a la solución del problema de porqué lo inconsciente no puede ofrecer durante el reposo otra, cosa que la fuerza impulsora para su realización de deseos. La solución de este enigma tiene que arrojar viva luz sobre la naturaleza psíquica del desear. El esquema del aparato psíquico antes establecido va ahora a ayudarnos a conseguirla.

Es indudable que para llegar a su perfección actual ha tenido que pasar este aparato por una larga evolución. Podemos, pues, representárnoslo en un estado anterior de su capacidad funcional. Determinadas hipótesis nos dicen que el aparato aspiró primeramente a mantenerse libre de estímulos en lo posible y adoptó con este fin, en su primera estructura, el esquema del aparato de reflexión que le permita derivar en el acto por caminos motores las excitaciones sensibles que hasta él llegaban. Pero las ineludibles condiciones de la vida vinieron a perturbar esta sencilla función, dando simultáneamente al aparato el impulso que provocó su ulterior desarrollo. Los primeros estímulos que a él llegaron fueron los correspondientes a las grandes necesidades físicas. La excitación provocada por la necesidad interna buscará una derivación en la motilidad, derivación que podremos califica; de «modificación interna» o de expresión de las emociones. El niño hambriento grita y patalea; pero esto no modifica en nada su situación, pues la excitación emanada de la necesidad no corresponde a una energía de efecto

momentáneo, sino a una energía de efecto continuado. La situación continuará siendo la misma hasta que por un medio cualquiera —en el caso del niño, por un auxilio ajeno— se llega al conocimiento de la *experiencia de satisfacción*, que suprime la excitación interior. La aparición de cierta percepción (el alimento en este caso), cuya imagen mnémica queda asociada a partir de este momento con la huella mnémica de la excitación emanada de la necesidad, constituye un componente esencial de esta experiencia. En cuanto la necesidad resurja, surgirá también, merced a la relación establecida, un impulso psíquico que cargará de nuevo la imagen mnémica de dicha percepción y provocará nuevamente esta última, éstos es, que tenderá a reconstituir la situación de la primera satisfacción. Tal impulso es lo que calificamos de deseos. La reaparición de la percepción es la realización del deseo, y la carga psíquica completa de la percepción, por la excitación emanada de la necesidad, es el camino más corto para llegar a dicha realización. Nada hay que nos impida aceptar un estado primitivo del aparato psíquico en el que este camino quede recorrido de tal manera que el deseo termine en una alucinación. Esta primera actividad psíquica tiende, por tanto, a una *identidad de percepción*, o sea a la repetición de aquella percepción que se halla enlazada con la satisfacción de la necesidad.

Una amarga experiencia de la vida ha debido de modificar esta actividad mental primitiva, convirtiéndola en una actividad mental secundaria más adecuada al fin. El establecimiento de la identidad de percepción, por el breve camino regresivo en el interior del aparato, no tiene en otro lugar la consecuencia que aparece enlazada desde el exterior con la carga de la misma percepción. La satisfacción no se verifica y la necesidad perdura. Para hacer equivalente la carga interior a la exterior tendría que ser conservada ésta constantemente, como sucede en las psicosis alucinatorias y en las fantasías de hambre, fenómenos que agotan su función psíquica en la *conservación* del objeto deseado. Para alcanzar un aprovechamiento más adecuado de la energía psíquica será necesario detener la regresión, de manera que no vaya más allá de la huella mnémica y pueda buscar, partiendo de ella, otros caminos que la conduzcan al establecimiento de la identidad deseada en el mundo exterior[524]. Esta coerción y la derivación consiguiente de la excitación constituyen la labor de un segundo sistema, que domina la

motilidad voluntaria; esto es, un sistema en cuya función se agrega ahora el empleo de la motilidad para fines antes recordados. Pero toda la complicada actividad mental que se desarrolla desde la huella mnémica hasta la creación de la identidad de percepción por el mundo exterior no representa sino un *rodeo que la experiencia ha demostrado necesario para llegar a la realización de deseos*[525]. El acto de pensar no es otra cosa que la sustitución del deseo alucinatorio. Resulta, pues, perfectamente lógico que el sueño sea una realización de deseos, dado que sólo un deseo puede incitar al trabajo a nuestro aparato anímico. Realizando sus deseos por un breve camino regresivo, nos conserva el sueño una muestra del funcionamiento *primario* del aparato psíquico, funcionamiento abandonado luego por inadecuado fin. Aquello que dominaba en la vigilia, cuando la vida psíquica era aún muy joven y poco trabajadora, aparece ahora confinado en la vida nocturna, del mismo modo que las armas primitivas de la Humanidad, el arco y la flecha, han pasado a ser juguetes de los niños. *El soñar es una parte de la vida anímica infantil superada*. En las psicosis se imponen de nuevo estos funcionamientos del aparato psíquico, reprimidos durante la vigilia, y muestran su incapacidad para la satisfacción de nuestras necesidades relacionadas con el mundo exterior[526].

Los impulsos optativos inconscientes tienden también a imponerse durante el día, y tanto la transferencia como las psicosis nos muestran que dichos impulsos quisieran llegar a la conciencia y al dominio de la motilidad siguiendo los caminos que atraviesan el sistema de lo preconsciente. En la censura entre *Inc*. y *Prec*., censura cuya existencia nos ha sido revelada por el estudio del sueño, tenemos que reconocer, por tanto, la instancia que vela por nuestra salud mental. ¿No constituirá entonces una imprudencia de este vigilante el hecho de disminuir por la noche su actividad, dejando alcanzar una expresión a los impulsos reprimidos del *Inc*. y haciendo posible de nuevo la regresión alucinatoria? No lo creo, pues cuando este guardián crítico se entrega al reposo —y tenemos además la prueba de que su sueño no es nunca muy profundo— cierra la puerta que conduce a la motilidad. Cualesquiera que sean los impulsos del *Inc*., coartados en otra ocasión, que surjan ahora a escena, podemos permitirles esa libertad, pues siéndoles imposible poner en movimiento el aparato motor, único que podría influir de una manera

modificadora sobre el mundo exterior, resultarán completamente inofensivos. El estado de reposo garantiza la seguridad de la fortaleza, cuya vigilancia ha descuidado la censura. El peligro es mayor cuando el desplazamiento de energías no es provocado por el relajamiento nocturno de la censura crítica, sino por una debilitación patológica de la misma o por un robustecimiento patológico de las excitaciones inconscientes, y tiene efecto hallándose cargado lo inconsciente y abiertas las puertas de la motilidad. En este caso queda derrotado el guardián; las excitaciones inconscientes logran subyugar a lo preconsciente y dominan desde allí nuestras palabras y nuestros actos o conquistan la regresión alucinatoria y dirigen el aparato psíquico, no destinado a ellas, por medio de la atracción que las percepciones ejercen sobre la distribución de nuestra energía psíquica. Este estado es el que conocemos con el nombre de psicosis.

Nos encontramos ahora en buen camino para continuar edificando la armazón psicológica que abandonamos después de incluir en ella los dos sistemas *Inc. y Prec*. Pero tenemos todavía motivos suficientes para proseguir el estudio del deseo como única fuerza impulsora del sueño. Hemos hallado la explicación de que el sueño es siempre una realización de deseos, por ser una función del sistema *Inc.*, el cual no tiene otro fin que la realización de deseos y no dispone de fuerzas distintas de los impulsos optativos. Si queremos conservar aún por algunos momentos nuestro derecho a emprender tan amplias especulaciones psicológicas partiendo de la interpretación de los sueños, estaremos obligados a demostrar que tales especulaciones nos permiten llegar a incluir el fenómeno onírico en una totalidad susceptible de entrañar otros productos psíquicos. Si es cierto que existe un sistema inconsciente, no puede ser el sueño su única manifestación. Todo sueño es, desde luego, una realización de deseos; pero tiene que haber también otras formas de realizaciones anormales de deseos distintas del sueño. Así es, en efecto, pues la teoría de todos los síntomas psiconeuróticos culmina en el principio de que *también estos productos tienen que ser considerados como realizaciones de deseos de lo inconsciente*[527]. Nuestros esclarecimientos hacen del sueño el primer miembro de una serie importantísima para el psiquiatra, pues su comprensión significa la solución de la parte puramente psicológica de la labor psiquiátrica[528] [387] [388]. De otros miembros de esta

serie de realizaciones de deseos (por ejemplo, de los síntomas histéricos) conocemos un carácter esencial que aún echamos de menos en los sueños. Por las investigaciones a las que tantas veces he aludido en este estudio, he averiguado que para la formación de un síntoma histérico tienen que colaborar las dos corrientes de nuestra vida anímica. El síntoma no es simplemente la expresión de un deseo inconsciente realizado, pues para su formación tiene que concurrir además un deseo preconsciente que halle también en él su realización, resultando así doblemente determinado por lo menos, o sea una vez por cada uno de los sistemas en conflicto. Como en el sueño, queda aquí ilimitado el número de superdeterminaciones. La determinación que no procede de lo inconsciente es, a mi juicio, siempre un proceso de reacción contra el deseo inconsciente; por ejemplo, un autocastigo. Puedo, por tanto, afirmar, en general, *que el síntoma histérico no nace sino cuando dos realizaciones de deseos, contrarias y procedentes cada una de un sistema psíquico distinto, pueden coincidir en una expresión*. (Cf. mis últimas explicaciones del nacimiento de síntomas histéricos en el estudio *Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*, publicado en la segunda serie de la *Colección de ensayos sobre una teoría de las neurosis*, 1909.)[529] La exposición de ejemplos nos sería poco útil en esta materia, pues sólo el completo esclarecimiento de su complicación es susceptible de llevarnos a un convencimiento de la exactitud de lo afirmado. Me limitaré, pues, a dejar consignado lo que antecede, y simplemente a título de ilustración, mas no porque pueda poseer fuerza probatoria alguna, expondré un ejemplo de síntoma histérico. En una paciente demostraron ser los vómitos histéricos la realización de una fantasía inconsciente de sus años de pubertad, esto es, la del deseo de hallarse continuamente embarazada, tener muchísimos hijos y tenerlos del mayor número posible de hombres.

Contra este deseo se elevó naturalmente un poderoso impulso defensivo. Pero dado que los continuos vómitos habían de desmejorar a la paciente, haciéndole perder su belleza, de manera que no pudiera inspirar a los hombres ningún deseo, resultaba que también el proceso mental punitivo hallaba su realización en el síntoma. Aprobado así por ambos lados, podía éste pasar a la realidad. Esta forma de realizar un deseo nos recuerda la empleada por la reina de los parthos con el triunviro Craso. Suponiendo que

era el ansia de riquezas lo que le había llevado a declararle la guerra, hizo verter oro fundido en la boca del cadáver de su enemigo, diciéndole: «Toma; aquí tienes lo que deseabas».

Del sueño no sabemos hasta ahora sino que expresa una realización de deseos de lo inconsciente, y parece que el sistema dominante preconsciente permite dicha realización después de imponerle determinadas deformaciones. No nos es posible realmente demostrar, en general, la existencia de pensamientos contrarios al deseo del sueño y que se realizaran también en este último. Sólo en algunos casos nos han revelado los análisis indicios de creaciones reactivas; por ejemplo, mi cariño hacia R, en el sueño de mi tío. Pero esta agregación preconsciente que aquí echamos de menos se nos muestra en un lugar distinto. El sueño puede dar expresión a un deseo de lo inconsciente después de haberle impuesto toda clase de deformaciones, mientras el sistema dominante se ha entregado *al deseo de reposar* y lo realiza por la creación de las modificaciones que le es posible introducir en la carga del aparato psíquico, manteniéndolo realizado a través de toda la duración del reposo[530].

Este deseo de dormir, mantenido por lo preconsciente, ejerce, en general, un efecto favorable a la formación del sueño. Recordemos el sueño del padre al que el resplandor que llega desde la habitación vecina induce a la conclusión de que el cadáver puede estarse quemando. Una de las fuerzas psíquicas que provocan la deducción de esta conclusión, en lugar del despertar del sujeto, es el deseo de prolongar por un momento la vida del niño resucitado en el sueño. No habiendo podido realizar el análisis de este caso, se nos escapan probablemente otros deseos inconscientes en él contenidos. Como su segunda fuerza impulsora podemos considerar la necesidad de reposo del padre. El sueño prolonga al mismo tiempo la vida del niño y el reposo del sujeto. El deseo de continuar durmiendo presta su ayuda en todos los sueños al deseo inconsciente. En páginas anteriores hemos hablado de sueños que se manifiestan francamente como sueños de comodidad. En realidad, todos los sueños pueden recibir justificadamente este nombre. En los sueños que elaboran el estímulo exterior hasta hacerlo compatible con la continuación del reposo es en los que resulta más fácilmente reconocible la actuación del deseo de continuar durmiendo. Pero

este deseo tiene que intervenir también en la formación de todos los demás sueños, los cuales sólo desde el interior pueden perturbar el reposo. Cuando el sueño resulta demasiado perturbador advierte el *Prec*. a la conciencia: «Déjalo y sigue durmiendo. No es más que un sueño». Esta advertencia describe la conducta general de nuestra actividad anímica dominante con respecto al sueño. Concluiremos, pues, *que durante todo el estado de reposo sabemos tan seguramente que soñamos como que dormimos*. No debemos conceder importancia ninguna a la objeción de que nuestra conciencia no llega nunca a la percepción de uno de estos conocimientos y a la del otro únicamente en ocasiones determinadas, cuando la censura se siente sorprendida. En cambio, hay personas que se dan perfecta cuenta de que duermen y sueñan, poseyendo, por tanto, una capacidad consciente de dirigir la vida onírica. Cuando uno de estos sujetos no se halla conforme con el giro que toma un sueño, lo interrumpe sin despertar y lo comienza de nuevo para continuarlo en una distinta forma. Otras veces, cuando el sueño le ha colocado en una situación sexualmente excitante, piensa sin despertar: «No quiero seguir soñando esto para acabar con una polución; prefiero reservar mis fuerzas para una situación real».

El marqués D'Hervey (Vaschidel, pág. 139) afirmaba haber logrado llegar a tal dominio sobre sus sueños, que le era posible acelerar a voluntad su curso y darles la dirección que mejor le parecía. El deseo de dormir dejaba lugar aquí a otro deseo preconsciente, esto es, el de observar los propios sueños y divertirse con ellos. El reposo es tan compatible con tal propósito optativo como con el establecimiento de una determinada condición de despertar (recuérdese el reposo de las nodrizas). Sabido es también que el interés hacia los sueños eleva considerablemente en todos los hombres el número de los recordados al despertar.

Ferenczi(1911), durante una discusión de otros aspectos acerca de la dirección de los sueños, observaba: «Los sueños elaboran los pensamientos que ocupan en ese momento la mente desde todos los ángulos, dejaran caer una imagen onírica si ella amenaza el éxito de una realización de deseos y experimentarán con una nueva solución, hasta finalmente tener éxito en construir una realización de deseos que satisfaga ambas entidades mentales en forma de un compromiso». (Adición de 1914.)

D) **La interrupción del reposo por el sueño. La función del sueño. El sueño de angustia**.

Desde que sabemos que lo preconsciente abriga durante la noche el deseo de dormir, vemos más claramente el proceso del sueño y podemos perseguir mejor su desarrollo. Pero antes de continuar esta labor queremos resumir los conocimientos adquiridos hasta ahora. Hemos visto que de la actividad del pensamiento durante la vigilia pueden perdurar restos diurnos, a los que no se pudo despojar por completo de su carga de energía psíquica. Dicha actividad puede también haber despertado un deseo inconsciente. Por último, pueden coincidir ambas circunstancias. Ya en el curso del día o luego, durante el estado de reposo, se abre camino el deseo inconsciente hasta los restos diurnos y efectúa su transferencia a ellos. Surge entonces un deseo transferido al material reciente o queda reanimado el deseo reprimido reciente por un refuerzo emanado de lo inconsciente. Este deseo quisiera ahora llegar a la conciencia por el camino normal de los procesos normales a través del *Prec*., al que pertenece por uno de sus componentes; pero tropieza con la censura aún vigilante y tiene que someterse a su influencia. Tal encuentro le impone una deformación iniciada ya en su transferencia a lo reciente. Hasta ahora no se halla sino en camino de venir algo análogo a una representación obsesiva o una idea delirante, esto es, una idea reforzada por transferencia y deformada en su expresión por la censura. Pero el estado de reposo de lo preconsciente no le permite continuar avanzando. Hemos de suponer que el sistema se ha protegido contra su penetración, disminuyendo sus excitaciones. El proceso onírico toma entonces el camino de la regresión, camino que el estado de reposo deja abierto, y sigue al hacerlo la atracción que sobre él ejercen grupos de recuerdos, dados en parte como cargas visuales y no como traducción a la terminología de los sistemas más tardíos. Por el camino de la regresión conquista la representabilidad. Más adelante trataremos de la comprensión. Ha dejado ya atrás la segunda parte de su curso, que presenta numerosos cambios de dirección. La primera parte del mismo se desarrolló progresivamente desde las escenas de fantasías inconscientes hasta lo preconsciente, y la segunda tiende desde la frontera de la censura a las percepciones. Pero al convertirse en un contenido de

representaciones, consigue el sueño eludir el obstáculo que la censura y el estado de reposo le oponían en lo preconsciente y logra atraer sobre sí la atención y ser advertido por la conciencia. La conciencia, que es como un órgano sensorial destinado a la percepción de cualidades psíquicas, es excitable durante la vida despierta desde dos puntos diferentes. En primer lugar, desde la periferia de todo el aparato, especialmente desde el sistema de la percepción, y además por las excitaciones placientes y displacientes que emergen como única cualidad psíquica en las transformaciones de energía desarrolladas en el interior del aparato. Los procesos de los sistemas ψ y también los del *Prec*. carecen de toda cualidad psíquica y no son, por tanto, objeto de la conciencia, puesto que no desarrollan placer ni displacer ninguno que puedan constituir objeto de percepción. Habremos de decidirnos a suponer que *estos desarrollos de placer y displacer regulan automáticamente el curso de los procesos de carga*. Pero después hubo necesidad de hacer que el curso de las representaciones resultara más independiente de los signos de displacer para permitir funciones más sutiles. Con este fin precisaba el sistema *Prec*. de cualidades propias que pudieran atraer a la conciencia, y las recibió muy verosímilmente por el enlace de los procesos preconscientes con el sistema mnémico, no desprovisto de cualidad, de los signos del idioma. Las cualidades de este sistema convierten a la conciencia, que antes no era sino un órgano sensorial para las percepciones, en órgano sensorial para una parte de nuestros procesos mentales. Comprobarnos ahora la existencia de dos superficies sensoriales, orientada una hacia la percepción y la otra hacia los procesos mentales conscientes.

Hemos de admirar que la superficie sensorial de la conciencia vuelta hacia el *Prec*. queda más insensibilizada por el estado de reposo que la dirigida hacia los sistemas *P*. La cesación del interés hacia los procesos mentales nocturnos es también adecuada al fin. El pensamiento debe mantenerse libre de todo estímulo, pues el *Prec*. demanda el reposo. Una vez que el sueño se ha convertido en percepción, le es posible excitar la conciencia con las cualidades conquistadas. Esta excitación sensorial produce aquello en lo que consiste su función, haciendo recaer sobre el estímulo, a título de atención, una parte de la carga de energía disponible en el *Prec*. De este modo tenemos que conceder que el sueño produce siempre en cierto

sentido un despertar, puesto que convierte en actividad una parte de la energía que reposa en el *Prec*. y recibe entonces de ella aquella elaboración secundaria que tiende a hacerlo coherente y comprensible. Quiere esto decir que el sueño es tratado por dicha actividad como otro cualquier contenido de percepciones, siendo sometido a las mismas representaciones de espera, en cuanto su material lo permite. La dirección del curso de esta tercera parte del proceso del sueño es nuevamente progresiva.

Para evitar equivocaciones añadiremos aquí unas palabras sobre las cualidades temporales de estos procesos oníricos. Una hipótesis muy atractiva de Goblot, sugerida claramente por el enigma del célebre sueño de Maury, intenta demostrar que el sueño no ocupa más tiempo que el que transcurre en el período de transición entre el reposo y el despertar. El despertar necesita tiempo, y durante este intervalo es cuando se desarrolla el sueño. Creemos que la última imagen del sueño era tan intensa que provocó el despertar; pero en realidad debía precisamente su intensidad a la proximidad del mismo. *Un rêve c'est un réveil qui commence*.

Ya acentuó Dugas que Goblot había tenido que prescindir de un gran número de hechos para generalizar su tesis. Hay también sueños que no terminan con el despertar; por ejemplo, algunos en los que soñamos que soñamos. Nuestro conocimiento de la elaboración onírica nos hace imposible admitir que no se extienda sino al período del despertar. Por el contrario, es mucho más verosímil que la primera parte de la elaboración onírica comience ya durante el día y bajo el dominio de lo preconsciente. Su segunda parte, la transformación por la censura, la atracción por las escenas inconscientes y el acceso a la percepción, se extiende probablemente a través de toda la noche, circunstancia que justifica nuestra frecuente sensación de que hemos soñado durante toda la noche, aunque no sabemos qué. No creo que sea necesario admitir que los procesos oníricos observan realmente, hasta llegar a la conciencia, la sucesión temporal que hemos descrito, o sea la siguiente: primero existiría el deseo onírico transferido; luego tendría efecto la deformación por la censura; a continuación se efectuaría el cambio regresivo de dirección, etc. Para nuestra descripción resultaba obligado establecer tal orden sucesivo; pero en realidad se trata probablemente más bien de un simultáneo ensayo de varios caminos, esto es, de un ir y venir de la

excitación hasta que una de las agrupaciones queda mantenida por resultar la más adecuada distribución. Conforme a una determinada experiencia personal, me inclinaría a creer que la elaboración onírica necesita muchas veces más de un día y una noche para producir su resultado, caso en el que no tendremos ya por qué asombrarnos del arte que demuestra en la construcción del sueño. El cuidado de la comprensibilidad como proceso de percepción no puede, a mi juicio, ser llevado a efecto antes de atraer el sueño la atención de la conciencia. Desde este punto experimenta el proceso un aceleramiento, dado que el sueño recibe ya el mismo trato que cualquier otra percepción. Resulta, pues, algo semejante a una fiesta de fuegos de artificio, preparados durante muchas horas y consumidos luego en pocos minutos.

La elaboración da al proceso onírico intensidad bastante para atraer sobre sí la conciencia y despertar lo preconsciente independientemente del tiempo y de la profundidad del reposo, o, por el contrario, no consigue procurarle intensidad bastante, y entonces permanece preparado hasta que inmediatamente antes de despertar sale a su encuentro la atención, ya más movible. La mayoría de los sueños parecen laborar con intensidades psíquicas pequeñas, pues esperan el momento del despertar. Esto nos explica que siempre percibamos algo soñado cuando nos despiertan repentinamente de un profundo reposo. Nuestra primera mirada encuentra aquí, en el despertar espontáneo, el contenido de percepciones creado por la elaboración onírica y luego la primera impresión del exterior.

Los sueños que resultan susceptibles de despertarnos en medio del más profundo reposo nos inspiran un mayor interés teórico. Hemos de pensar en la general adecuación al fin y preguntarnos por qué el sueño, o sea el deseo inconsciente, no es despojado del poder de perturbar el reposo, esto es, la realización del deseo preconsciente. Quizá dependa esto de relaciones de energía que nos son desconocidas. Si las descubriéramos, encontraríamos probablemente que la aceptación del sueño y del gasto de cierta energía destacada supone para él un ahorro de energía aplicable al caso de que lo inconsciente no pudiera ser mantenido dentro de los límites debidos como durante el día. Aun cuando lo interrumpa varias veces en la misma noche, permanece el sueño enlazado al reposo; despertamos por un momento y volvemos a dormirnos en seguida. Es como cuando despertamos en el acto de

espantar una mosca que nos molestaba. Al volver a dormirnos hemos suprimido la perturbación. La realización del deseo de dormir es compatible con cierto gasto de atención orientado en determinado sentido. Recuérdense los ejemplos de la nodriza que despierta al menor movimiento del niño, y el del molinero, que despierta en cuanto el molino deja de funcionar.

Expondremos aquí una objeción basada en un mejor conocimiento de los procesos inconscientes. Hemos dicho que los deseos inconscientes se hallaban siempre en actividad, pero que, a pesar de ello, no poseían durante el día energía suficiente para hacerse notar. Mas cuando surge el estado de reposo y el deseo inconsciente muestra la energía suficiente para formar un sueño y despertar con él a lo preconsciente, es extraño que esta energía desaparezca después de haber llevado el sueño al conocimiento. ¿No sería más bien posible que el sueño se renovase continuamente, del mismo modo que la mosca suele tornar una y otra vez a molestarnos después que la hemos espantado? ¿Con qué derecho hemos afirmado que el sueño suprime la perturbación del reposo? Es perfectamente exacto que los deseos inconscientes permanecen siempre en actividad. Representan caminos siempre transitables en cuanto quiere servirse de ellos un *quantum* de excitación. La indestructibilidad constituye una de las singulares peculiaridades de los procesos de este género. Nada hay que pueda ser llevado a término en lo inconsciente, donde no hay tampoco nada pasado ni olvidado. El estudio de las neurosis, especialmente de la histeria, nos da esta impresión con gran intensidad. El camino mental inconsciente, cuya descarga produce el ataque, se hace en seguida nuevamente transitable en cuanto se ha acumulado suficiente energía. La impresión experimentada hace treinta años los convierte en un instante, una vez que ha conseguido acceso a las fuentes afectivas inconscientes. Cuantas veces es evocado su recuerdo resucita y se muestra cargada de excitación, la cual se crea una derivación motora en un ataque. Precisamente es éste el punto en el que la psicoterapia inicia su actuación. La labor que encuentra ante sí es la de crear un exutorio y un olvido para los procesos inconscientes. Aquello que nos inclinamos a considerar perfectamente natural y como una influencia primaria del tiempo sobre los restos mnémicos anímicos, esto es, la supresión del recuerdo y la debilidad afectiva de las impresiones no recientes, constituye en realidad

transformaciones secundarias establecidas con un penoso esfuerzo. Esta labor es dirigida por lo preconsciente, y *la psicoterapia no tiene otro camino que el de someter al* Inc. *al dominio del* Prec.

El proceso de excitación inconsciente puede tener dos destinos. Puede permanecer entregado a sí mismo, y entonces logra emerger en cualquier punto y procura a su excitación una derivación a la motilidad, y puede quedar sometido a la influencia de lo preconsciente, quedando entonces ligada su excitación, en lugar de ser derivada. *Esto último es lo que sucede en el proceso del sueño*. La carga que desde lo preconsciente sale al encuentro del sueño convertido en percepción, carga que ha sido guiada por la excitación de la conciencia, liga la excitación inconsciente del sueño y lo hace inofensivo. Cuando el soñador despierta por un momento ha espantado realmente la mosca que perturbaba su reposo. Podemos ahora sospechar que sería realmente mucho más sencillo y adecuado al fin aceptar el deseo inconsciente y abrirle el camino de la regresión, para que formara un sueño, y entonces ligar y suprimir este sueño por medio de un pequeño gasto del trabajo preconsciente, en vez de mantener a raya a lo inconsciente durante todo el tiempo del reposo. Era de esperar que el sueño, aun no siendo primitivamente un proceso adecuado, se hubiera apoderado de una función en el juego de fuerza de la vida anímica. Vemos en seguida cuál es esta función. Ha tomado a su cargo la labor de someter nuevamente al dominio de lo preconsciente la excitación del *Inc*., que ha quedado libre, y al hacerlo así deriva la excitación del *Inc*., sirviéndole de válvula, y garantiza al mismo tiempo el reposo de lo preconsciente mediante un pequeño gasto de actividad despierta. Constituye, pues, una transacción, como todos los demás productos psíquicos de su serie; transacción que se halla simultáneamente al servicio de los dos sistemas, realizando al mismo tiempo ambos deseos en cuanto los mismos se muestran compatibles. Por tanto, habremos de reconocer que la teoría de Robert es exacta en lo que se refiere a la determinación de la función del sueño. En cambio, no estamos conformes con este autor en lo relativo a los antecedentes del proceso onírico y a la estimación del mismo como producto psíquico[531].

La restricción antes expresada y relativa a la *compatibilidad de ambos deseos* alude a aquellos casos en los que la función del sueño fracasa en absoluto. El proceso del sueño es aceptado al principio como realización de

deseos de lo inconsciente. Cuando esta realización conmueve intensamente lo preconsciente, amenazando con interrumpir su reposo, es que el sueño ha roto la transacción y no cumple ya la segunda parte de su función. En este caso es interrumpido en el acto y sustituido por el despertar. En realidad, tampoco podemos culpar aquí al sueño de perturbar el reposo. No es éste el único caso en el que funciones adecuadas se convierten en inadecuadas y perturbadoras, en cuanto aparecen modificadas las condiciones de su nacimiento, y en estas circunstancias sirve por lo menos la perturbación para revelar el nuevo fin y la transformación acaecida, despertando los medios reguladores del organismo. Me refiero, naturalmente, al sueño de angustia, y para no dar a entender que eludo su testimonio, contrario a la teoría de la realización de deseos, voy a aproximarme por lo menos a su esclarecimiento con algunas indicaciones.

El hecho de que un proceso psíquico que desarrolla angustia pueda ser, sin embargo, una realización de deseos no contiene ya para nosotros contradicción ninguna. Nos explicamos este fenómeno diciendo que el deseo pertenece a uno de los sistemas, el *Inc*., y que el otro, el *Prec*., lo ha rechazado y reprimido[532]. El sometimiento del *Inc*. por el *Prec*. no llega a ser total ni aun en perfectos estados de salud psíquica. La medida de este sometimiento nos revela el grado de nuestra normalidad psíquica. La aparición de síntomas neuróticos constituye una indicación de que ambos sistemas se hallan en conflicto, pues dichos síntomas constituyen la transacción que de momento lo resuelve. Por una parte, dan al *Inc*. un medio de descargar su excitación, sirviéndola de compuerta, y por otra, proporcionan al *Prec*. la posibilidad de dominar, en cierto modo, al *Inc*. Creemos que será muy instructivo exponer aquí algunos caracteres de las fobias histéricas; por ejemplo, de una agorafobia. El enfermo es incapaz de andar sólo por las calles, incapacidad que consideramos, naturalmente, como un síntoma. Podemos suprimir este síntoma obligando al sujeto a realizar aquel mismo acto del que se cree incapaz; pero entonces se presentará un ataque de angustia, del mismo modo que es con frecuencia un ataque de angustia padecido en la calle lo que motiva la aparición de la agorafobia. Asignamos así que el síntoma ha sido creado precisamente para evitar el desarrollo de angustia.

No podemos continuar estas especulaciones sin entrar en el examen del papel que los afectos desempeñan en estos procesos, cosa que no nos es completamente posible por ahora. Me limitaré, pues, a sentar el principio de que la represión del *Inc*. es necesaria, ante todo, porque el curso de representaciones abandonado a sí mismo en el *Inc*. desarrollaría un afecto que tuvo originariamente un carácter placiente, pero que desde el proceso de la represión muestra el carácter opuesto. La represión tiene por objeto suprimir este desarrollo de displacer y recae sobre el contenido de representaciones del *Inc*., porque dicho contenido de representaciones podía provocar el desarrollo del displacer. Una hipótesis precisamente determinada sobre la naturaleza del desarrollo de los afectos constituye la base de esta consecuencia. La represión es considerada como una función motora o secretoria cuya intervención depende de las representaciones del *Inc*. El dominio ejercido por el *Prec*. coarta el desarrollo de afecto que estas representaciones podían provocar. El peligro que surge cuando el *Prec*. queda despojado de su carga psíquica consiste, pues, en que las excitaciones inconscientes desarrollan un afecto que, a causa de la represión anterior, no puede ser experimentado sino como displacer o angustia.

Este peligro es desencadenado por la tolerancia del proceso onírico. Sus condiciones previas son las de que haya tenido afectos una represión y que los impulsos optativos reprimidos sean suficientemente intensos. Se hallan, pues, fuera de los límites psicológicos de la formación de los sueños. Si nuestro tema no sé enlazara por este factor de la liberación de lo inconsciente durante el reposo con el teína del desarrollo de angustia, podríamos ahorrarnos aquí el examen del sueño de angustia con todas sus dificultades y oscuridades.

La teoría del sueño de angustia pertenece, como ya hemos indicado repetidamente, a la psicología de las neurosis. Nos atreveríamos incluso a afirmar que el problema de la angustia en el sueño se refiere exclusivamente a la angustia y no al sueño. Una vez indicado su punto de contacto con el tema de los procesos oníricos, nada podemos decir sobre ella. Lo único que haremos será comprobar también en este sector nuestra afirmación de que la angustia procede de fuentes sexuales analizando los sueños de este género para descubrir en sus ideas latentes el material sexual.

Razones de gran peso me impiden reproducir aquí los ejemplos que han puesto a mi disposición mis pacientes neuróticos y me impulsan a elegir sueños de angustia soñados por personas jóvenes.

Por mi parte, hace mucho tiempo que no he tenido ningún verdadero sueño de angustia. Pero recuerdo uno que soñé a los siete u ocho años y que sometí al análisis cerca de treinta años después. En él vi que mi madre era traída a casa y llevada a su cuarto por dos o tres personas con picos de pájaro, que luego la tendían en el lecho. Su rostro mostraba una serena expresión, como si se hallase dormida. Desperté llorando y gritando e hice despertar a mis padres. Las largas figuras con picos de pájaro y envueltas en singulares túnicas eran una reminiscencia de una ilustración de la Biblia de *Philippson* y creo que correspondían a un relieve egipcio que mostraba varios dioses con cabezas de águila. El análisis hace surgir el recuerdo de un muchacho muy mal educado que jugaba con nosotros en la pradera próxima a la casa y cuyo nombre era *Felipe*. Me parece como si hubiera sido a este muchacho al que hubiese oído por vez primera la palabra vulgar con la que se designa el comercio sexual y que los hombres cultos han sustituido por una palabra latina (*coitieren*). Dicha palabra vulgar (en alemán muy parecida a la palabra «pájaro») queda representada claramente en el sueño por la elección de los personajes con cabezas de ave. Sin duda adiviné la significación sexual de aquel término por la expresión con que lo pronunció mi ineducado maestro. La expresión que la fisonomía de mi madre mostraba en el sueño correspondía a la de mi abuelo cuando le vi, pocos días antes de morir, sumido en estado comatoso. La elaboración secundaria debió de interpretar este sueño en el sentido de la muerte de mi madre, circunstancia con la que se armoniza también la elección de las figuras egipcias correspondientes a una estela funeraria. Lleno de angustia desperté y no paré de llorar hasta despertar a mis padres. Recuerdo que me tranquilicé de repente en cuanto vi a mi madre, como si hubiera necesitado convencerme de que no había muerto. Pero esta interpretación secundaria del sueño tuvo efecto bajo la influencia de la angustia desarrollada. No es que me angustiara por haber soñado que mi madre moría, sino que interpreté el sueño de este modo en la elaboración secundaria porque me hallaba ya bajo el dominio de la angustia. Por último, puede referirse esta angustia a un placer sexual oscuramente adivinado que

encontró una excelente expresión en el contenido visual del sueño.

Un hombre de veintisiete años, gravemente enfermo desde un año atrás, tuvo, entre los once y los trece años, repetidamente y con intenso desarrollo de angustia, el siguiente sueño: Un hombre le persigue con un hacha. Quiere correr, pero se halla como paralizado y no puede moverse. Es éste un buen ejemplo de sueño de angustia muy corriente y desprovisto de toda apariencia sexual. En el análisis recuerda el sujeto que su tío fue atacado una vez en la calle por un individuo sospechoso y deduce de esta ocurrencia que en los días inmediatos al sueño debió de oír relatar un suceso parecido. Con respecto al hacha, recuerda que por aquella época se hirió una vez con un instrumento semejante en ocasión de hallarse partiendo madera. A continuación pasa sin transición alguna a sus relaciones con su hermano menor, al que solía maltratar y despreciar, y recuerda especialmente una vez que le tiró una bota a la cabeza, haciéndole sangre. En esta ocasión dijo su madre: «Me da miedo de que en una de éstas le mates». Luego surge repentinamente en él un recuerdo de sus nueve años. Sus padres habían llegado tarde a casa y, fingiéndose dormido, pudo observar una escena sexual entre los mismos. Sus pensamientos siguientes muestran que había establecido una analogía entre estas relaciones de sus padres y su relación violenta con su hermano menor, subordinando la escena nocturna al concepto de *violencia y riña*, y llegando de este modo, como es muy frecuente en los niños, a una concepción sádica del acto del coito. Esta concepción quedó reforzada un día en que advirtió *manchas de sangre* en la cama de su madre.

El hecho de que el comercio sexual de los adultos es considerado por los niños como algo violento y despierta angustia en ellos, puede ser comprobado cotidianamente. Para esta angustia hemos hallado la explicación de que se trata de una excitación sexual no dominada por su comprensión y que es rechazada, además, por referirse a los padres, transformándose así en angustia. En un período aún más temprano de la vida, el impulso sexual relativo a la madre o al padre, según el sexo del sujeto, no tropieza todavía con la represión y se manifiesta libremente, como ya lo hemos indicado en otro lugar.

Esta misma explicación puede aplicarse a los ataques nocturnos de angustia con alucinaciones, tan frecuentes en los niños (*pavor nocturnas*). En

ellos no puede tratarse sino de impulsos sexuales incomprendidos y rechazados, cuya aparición habría de demostrar probablemente una periodicidad temporal, dado que la libido sexual puede quedar incrementada, tanto por las impresiones excitantes casuales como por los progresos sucesivos del desarrollo.

No poseo el necesario material de observaciones para llevar a cabo esta explicación[533]. En cambio, parecen ignorar los pediatras el único punto de vista que permite la comprensión de toda esta serie de fenómenos, tanto somáticos como psíquicos. Citaré un cómico ejemplo de cómo puede pasarse junto a estos fenómenos sin comprenderlos, cegado por la venda de la mitología médica, ejemplo que he hallado en la tesis de Debacker acerca del *pavor nocturnus* (1881, página 66).

Un muchacho de trece años y salud débil comenzó a dar claras muestras de angustia padeciendo de insomnios y sufriendo, una vez por semana, un grave ataque de angustia con alucinaciones. El recuerdo de estos sueños era siempre muy preciso. Podía, pues, relatar que el diablo le gritaba: «¡Ya eres nuestro; ya te hemos cogido!», y que después advertía un olor a pez y azufre y se sentía arder. Este sueño le hacía siempre despertar angustiado, hasta el punto de que le era imposible pronunciar palabra. Luego, cuando recobraba la voz, se le oía decir claramente: «No, no; a mí, no; yo no he hecho nada»; o «No, no lo haré más». Otras veces decía también: «Alberto no ha hecho eso». En días ulteriores se negó a desnudarse, alegando que el fuego no llegaba hasta él sino cuando estaba desnudo. Estos sueños pusieron en peligro su salud y tuvo que ser enviado al campo, donde se repuso en año y medio. Años después, cuando ya había cumplido los quince, confesó: *Je n'osais pas l'avouer, mais j'éprouvais continuellement des picotements et des surexcitations aux parties!*

No es difícil, realmente, adivinar:

1.º Que el niño se masturbaba en sus primeros años, habiéndolo negado, probablemente, y habiendo sido amenazado si continuaba entregándose a tal vicio (su confesión: «No lo haré más», y su negativa: «Alberto no ha hecho eso»).

2.º Que bajo la presión de la pubertad surgió de nuevo la tentación de masturbarse, manifestada en el cosquilleo que experimentaba en los genitales.

3.º Que entonces se desarrolló en él un combate de carácter represivo, que reprimió la libido y lo transformó en angustia, la cual hizo renacer los castigos con que en años anteriores se le había amenazado.

Veamos, en cambio, lo que nuestro autor deduce en su tesis. De esta observación se deduce lo siguiente:

1.º La influencia de la pubertad en un niño de salud débil produce un estado de gran debilidad, que puede llegar hasta una anemia cerebral muy considerable.

2.° Esta anemia cerebral crea una modificación del carácter, alucinaciones demonomaníacas y estados de angustia nocturnos, y quizá diurnos, muy violentos.

3.º La demonomanía y los autorreproches del niño dependen de las influencias de la educación religiosa que ha recibido.

4.º Todos los fenómenos han desaparecido después de una larga estancia en el campo, durante la cual actuaron favorablemente el ejercicio físico y el retorno de las fuerzas a la terminación de la pubertad.

5.º Quizá debamos atribuir a la herencia y a un padecimiento sifilítico del padre una influencia que predispuso a la formación del citado estado mental del niño.

Conclusión final: *Nous avons fait entrer cette observation dans la cadre des délires apyrétiques d'inanition, car c'est à l'ischémie cérébrale que nous rattachons cet état particulier*.

E) **El proceso primario y el secundario. La represión**.

Acometiendo la tarea de penetrar más profundamente en la psicología de los procesos oníricos, he echado sobre mí una difícil labor, para la que no poseo siquiera el suficiente arte expositivo. Resulta de una dificultad abrumadora describir sucesivamente la simultaneidad de complicadísimos procesos. Pago de este modo el no haber podido seguir en la exposición de la psicología de los sueños el desarrollo histórico de mis conocimientos. Los antecedentes de mi concepción de los sueños me fueron proporcionados por trabajos anteriores sobre la psicología de la neurosis, trabajos a los que no

puedo referirme aquí y a los que, sin embargo, tengo que referirme de continuo, mientras me esfuerzo en proceder en dirección inversa y alcanzar el contacto con la psicología de la neurosis, partiendo del estudio de los sueños. Veo muy bien todas las dificultades que esto plantea al lector, pero no encuentro medio alguno de evitarlas.

Mi descontento ante este estado de cosas me hace permanecer gustosamente en la consideración de otro punto de vista que me parece recompensar mejor mis esfuerzos. Me hallé ante un tema sobre el cual se mostraban los investigadores en perfecto desacuerdo, como puede verse en el primer capítulo de esta obra. Después de nuestro estudio de los problemas del sueño parecen haber quedado conciliadas la mayoría de tales contradicciones. Sólo los de las opiniones expuestas, o sea la de que el sueño es un proceso desprovisto de sentido y la que le atribuye un carácter somático, han tropezado con nuestra absoluta negativa. Fuera de esto hemos podido dar la razón a todas las demás teorías, contradictorias entre sí, y hemos podido demostrar que en todas ellas había algo de verdad. El descubrimiento de las ideas latentes ocultas ha confirmado, en general, que el sueño continúa los estímulos e intereses de la vida despierta. Estas ideas latentes no se ocupan sino de aquello que no parece importante y nos interesa poderosamente. El sueño no se ocupa nunca de pequeñeces. Sin embargo, recoge los restos indiferentes del día y no se puede apoderar de un gran interés diurno sino después que él mismo se ha sustraído, en cierto modo, a la actividad de la vigilia. Esta última circunstancia se nos demostró en el examen del contenido manifiesto, el cual da a las ideas latentes una expresión modificada por deformaciones. El proceso del sueño —dijimos— se apodera más fácilmente, por razones referentes a la mecánica de las asociaciones, del material de representaciones recientes o indiferentes, desatendido por la actividad intelectual despierta; y por motivos dependientes de la censura transfiere la intensidad psíquica de lo importante, pero censurable, a lo indiferente. La hipermnesia del sueño y su dominio del material infantil han pasado a constituir los dos principios fundamentales de nuestra teoría. En ésta hemos adscrito al deseo procedente de lo infantil el papel de motor imprescindible de la formación de los sueños. Naturalmente, no podíamos abrigar duda ninguna de la importancia, experimentalmente demostrada, de los estímulos

sensibles exteriores durante el reposo; pero hemos relacionado este material con el deseo del sueño, del mismo modo que los restos de ideas que perduran de la labor diurna. No necesitábamos discutir que el sueño interpreta en la forma de una ilusión el estímulo sensorial objetivo, pero hemos agregado el motivo de esta interpretación, que los autores habían dejado indeterminado. Esta interpretación se lleva a cabo, de modo que el objeto percibido quede hecho inofensivo para el reposo y utilizable para la realización de deseos. El estado subjetivo de excitación de los órganos sensoriales durante el reposo, estado demostrado por las investigaciones de *Trumbull Ladd*, no nos parece constituir una fuente onírica especial, pero lo hemos explicado por una resurrección regresiva de los recuerdos que actúan detrás del sueño. También a las sensaciones orgánicas interiores, que han sido tomadas muchas veces como punto fundamental de la explicación de los sueños, les hemos reconocido en nuestra teoría cierta importancia, aunque más modesta. Representan para nosotros un material dispuesto en todo momento y del que la elaboración onírica se sirve siempre que lo necesita para la expresión de las ideas latentes.

Con respecto a la percepción del sueño ya formado por la conciencia, nos parece exacta la opinión de que el proceso onírico es rápido y momentáneo. Asimismo nos parece posible un curso más lento y vacilante de los estadios anteriores de dicho proceso. Al esclarecimiento del enigma de la acumulación de un extenso contenido en brevísimos instantes hemos contribuido con la hipótesis de que se trata de una inclusión de productos ya formados de la vida psíquica. Aceptamos igualmente que el sueño es fragmentario y deformado por el recuerdo, pero vimos que esta deformación no era sino el último estadio de los que actúan desde el principio del proceso onírico. En la discusión sobre si la vida anímica dormía durante la noche o disponía, como durante el día, de toda su capacidad funcional, discusión tan empeñada y tan aparentemente poco susceptible de reconciliación, hemos podido dar la razón a ambas partes, aunque a ninguna por completo. En las ideas latentes encontramos la prueba de una función intelectual altamente complicada y que labora con casi todos los medios del aparato anímico, pero no pudimos negar que tales ideas latentes han nacido durante el día. Asimismo hubimos de aceptar que existe un estado de reposo de la vida anímica, y de este modo

aceptamos también la teoría del reposo parcial, aunque no vimos la característica del estado del reposo en la disgregación de las conexiones anímicas, sino en el deseo de reposo del sistema psíquico, dominante durante el día. La separación del mundo exterior conservó su significación para nuestra teoría, pues contribuye, aunque no como factor único, a la regresión de la representación onírica. Es indiscutible la renuncia a la dirección voluntaria del curso de las representaciones; pero la vida psíquica no queda por ello desprovista de todo fin, pues hemos visto que después de la supresión de las representaciones finales voluntarias surgen otras involuntarias. La lejana conexión de las asociaciones en el sueño ha sido reconocida también por nosotros, e incluso le hemos dado mayor amplitud de la que se podía sospechar; pero hemos encontrado, en cambio, que no es sino la sustitución forzada de otra conexión correcta y plena de sentido. Reconocimos también la absurdidad del sueño, pero vimos en numerosos ejemplos cuán grande es su prudencia al tomar tal aspecto. De las funciones atribuidas al sueño no hemos contradicho ninguna. El hecho de que el sueño constituye para el alma una especie de válvula de seguridad y el de que convierte todo lo peligroso en inofensivo han sido confirmados, ampliados y esclarecidos por nuestra teoría de la doble realización de deseos. El «retorno al punto embrional de la vida anímica en el sueño» y la fórmula de H. Ellis: «Un mundo arcaico de vastas emociones y pensamientos imperfectos», constituyen felices anticipaciones de nuestra teoría de los funcionamientos primitivos durante el día y libres durante la noche. Asimismo podíamos hacer nuestra por completo la afirmación de Sully de que el sueño nos presenta nuevamente nuestras personalidades anteriores sucesivamente desarrolladas, nuestro antiguo modo de ver las cosas y aquellos impulsos y formas de reacción que nos dominaron hace mucho tiempo. Como en la teoría de Delage, también en la nuestra lo «reprimido» es la fuerza motora del sueño.

Hemos reconocido en su totalidad el papel que Schemer atribuye a la fantasía onírica, así como las interpretaciones de este autor; pero hemos tenido que señalarles un lugar distinto en el problema. Debemos a Schemer la indicación de la fuente de las ideas latentes; pero casi todo lo que atribuye a la elaboración onírica pertenece a la actividad de lo inconsciente durante el día, actividad de la que parten los estímulos del sueño y de los síntomas

neuróticos. Hemos tenido que separar la elaboración onírica de esta actividad, considerándola como algo totalmente distinto y mucho más determinado. Por último, no hemos negado la relación del sueño con las perturbaciones psíquicas; lo único que hemos hecho ha sido colocar a ambos fenómenos en un nuevo terreno más firme.

Hallamos, pues, que nuestra teoría entraña en sí, reuniéndolos y concillándolos, los resultados más diversos de las investigaciones anteriores; resultados que hemos agregado a nuestra construcción, dando a algunos una forma distinta y no rechazando sino muy pocos. Pero también ésta nuestra construcción se nos muestra incompleta. Aparte de las muchas oscuridades que hemos atraído sobre ella, por nuestra incursión en las tinieblas de la Psicología, parece entrañar una nueva contradicción. Por un lado, hemos hecho nacer a las ideas latentes de una labor psíquica totalmente normal, y por otro, hemos encontrado entre dichas ideas y partiendo de ellas hasta llegar al contenido manifiesto una serie de procesos mentales absolutamente anormales, que luego se repiten en la interpretación. Todo aquello que constituye la elaboración onírica parece alejarse tan considerablemente de los procesos psíquicos correctos conocidos que podríamos inclinarnos a aceptar los más duros juicios de los autores sobre el escaso valor del rendimiento psíquico del sueño.

Una mayor profundización puede proporcionarnos el esclarecimiento y la ayuda de que precisamos. Examinaremos una de las constelaciones que llevan la formación de los sueños:

Hemos visto que el sueño constituye la sustitución de ciertos número de ideas procedentes de nuestra vida diurna y ajustadas de una manera perfectamente lógica. Es indudable que estas ideas proceden de nuestra vida mental normal. Todas aquellas cualidades que más altamente estimamos en nuestros procesos mentales, y que los caracterizan de complicadas funciones de un orden elevado, vuelven a mostrársenos en las ideas latentes. Pero no hay necesidad de suponer que esta labor intelectual se desarrolla durante el reposo, hipótesis opuesta a la representación que hasta ahora venimos haciéndonos del estado de reposo psíquico. Tales ideas pueden muy bien proceder de la vida diurna, haber continuado en actividad después de ser rechazadas por ella y, sin que nuestra conciencia lo haya advertido, llegar a

término antes de conciliar el sujeto el reposo. Si de este estado de cosas hemos de deducir alguna conclusión, será, por lo demás, la prueba de *que nos es posible desarrollar las más complicadas funciones intelectuales sin intervención ninguna de la conciencia*, cosa que cualquier psicoanálisis de un histérico o de una persona con representaciones obsesivas tenía que demostrarnos igualmente. Pero estas ideas latentes no son de por sí incapaces de conciencia, y si no han llegado a ella durante el día, ha sido por impedírselo diversas circunstancias. El acceso a la conciencia se halla enlazado con la atracción de determinada función psíquica —la atención—, la cual sólo es gastada, según parece, en cantidades determinadas, que en estos casos aparecerán desviadas de las ideas de referencia. Tales series de ideas pueden también ser sustraídas a la conciencia en la siguiente forma: por el ejemplo de nuestra reflexión consciente sabemos que con una determinada aplicación de la atención podemos recorrer cierto camino. Si por este camino llegamos a una representación que no soporta la crítica, lo interrumpiremos y suprimiremos la carga psíquica de la atención. Parece ser que la serie de ideas comenzada y abandonada puede entonces continuar desarrollándose sin que la atención vuelva a recaer sobre ella, a menos que alcance una intensidad particularmente elevada. Una repulsa inicial, quizá consciente del acto mental, fundada en el juicio de que dicho acto es inexacto o inadecuado al fin que perseguimos, puede ser causa de que dicho proceso mental continúe desarrollándose inadvertido por la conciencia hasta el momento de conciliar el reposo[534].

Estos procesos mentales son los que denominamos «preconscientes», y los consideramos como perfectamente correctos, pudiendo ser tanto procesos simplemente descuidados como otros rechazados e interrumpidos. Expondremos ahora en qué forma nos imaginamos el curso de las representaciones. Creemos que determinada magnitud de excitación, a la que damos el nombre de energía de carga psíquica, es desplazada partiendo de una representación final a lo largo del camino asociativo elegido por esta representación. Un proceso mental descuidado no ha recibido tal carga, y los reprimidos o rechazados han sido despojados de ella, quedándoles así únicamente sus propias excitaciones. El proceso mental provisto de un fin llega a ser susceptible, bajo determinadas condiciones, de atraer sobre sí la

atención de la conciencia y recibe entonces por su mediación una «sobrecarga». Más adelante expondremos nuestras hipótesis sobre la naturaleza y la función de la conciencia.

Un proceso mental iniciado de este modo en lo preconsciente puede extinguirse espontáneamente o conservarse. El primer caso nos lo representamos suponiendo que su energía se difunde por todas las direcciones asociativas que de ella emanan, provocando en toda la concatenación de ideas un estado de excitación que se mantiene durante algún tiempo, pero que después queda suprimido por *la transformación de la excitación necesitada de derivación en una carga en reposo*. Si esto sucede, el proceso carecerá ya de toda significación para la formación de los sueños. Pero en nuestro preconsciente acechan otras representaciones finales emanadas de nuestros deseos inconscientes y continuamente en actividad. Estas representaciones se apoderan entonces de la excitación del círculo de ideas abandonadas a sí mismo, lo enlazan al deseo inconsciente y le *transfieren* la energía de este último, resultando que, a partir de este momento, el proceso mental, desatendido o reprimido, se halla en estado de conservarse, aunque no recibe por este refuerzo derecho ninguno al acceso a la conciencia. Podemos decir que el proceso mental, hasta el momento preconsciente, ha sido *atraído a lo inconsciente*.

Otras dos constelaciones para la formación de los sueños se dan cuando el proceso mental preconsciente se hallaba desde un principio en conexión con el deseo inconsciente y, por tanto, fue objeto de la repulsa de la carga final dominante, o cuando un deseo inconsciente, despertado por otras razones (quizá somáticas) y sin el auxilio de una transferencia, busca los restos psíquicos no cargados del *Prec*. Los tres casos expuestos coinciden, por último, en que se trata de un proceso mental preconsciente, que ha sido despojado de su carga psíquica preconsciente y ha encontrado otra, inconsciente, procedente de un deseo.

Desde este punto pasa el proceso mental por una serie de transformaciones que no reconocemos ya como procesos psíquicos normales y que nos dan un extraño resultado; esto es, un producto psicopatológico. Vamos a examinar este producto.

1.º Las intensidades de las diversas representaciones se hacen, en su

totalidad, susceptibles de derivación y pasan de una representación a la otra, formándose así algunas representaciones provistas de gran intensidad. La repetición de este proceso puede reunir en un único elemento de representación de la intensidad todo un proceso mental. Este hecho es el que hemos calificado de *comprensión* o *condensación* al estudiar la elaboración onírica. A él se debe, principalmente, la extraña impresión que el sueño nos hace, pues nuestra vida onírica normal, accesible a la conciencia, no nos ha mostrado nunca nada análogo. Hallamos también aquí representaciones que poseen, a título de focos de convergencia o de resultados finales de cadenas de asociaciones, gran importancia psíquica; pero este valor no se exterioriza en un carácter sensible para la percepción interna, y lo que en ellas queda representado no se hace más intenso en modo alguno. En el proceso de condensación se transforma toda la coherencia psíquica en *intensidad* del contenido de representaciones. Sucede aquí como cuando hacemos imprimir en negrillas o cursivas una palabra o una frase que queremos hacer resaltar. Hablando, pronunciaremos dicha palabra o dicha frase en un tono más alto y acentuándola especialmente. La primera comparación nos conduce inmediatamente a uno de los ejemplos de sueños antes expuestos (la trimetilamina, en el sueño de la inyección de Irma). Los historiadores de arte nos llaman la atención sobre el hecho de que las más antiguas esculturas históricas siguen un principio análogo, expresando la importancia de las personas representadas por la magnitud de su reproducción plástica. Así, el rey aparece representado dos o tres veces mayor que las personas de su séquito o que el enemigo vencido.

La dirección en que las condensaciones del sueño se propagan se halla determinada, en primer lugar, por las relaciones preconscientes correctas de las ideas latentes, y, en segundo, por la atracción de los recuerdos visuales dados en lo inconsciente. El resultado de la labor de condensación consigue aquellas intensidades necesarias para el avance hacia el sistema de percepción.

2.º Por medio de la transferencia libre de las intensidades y en favor de la condensación quedan constituidas representaciones intermedias equivalentes a transacciones (cf. los numerosos ejemplos expuestos). Esto es algo inaudito en el curso normal de las representaciones, en el que se trata, sobre todo, de

la elección y conservación del verdadero elemento de representación. En cambio, se constituyen formaciones mixtas y transacciones con extraordinaria frecuencia cuando buscamos expresión verbal para las ideas preconscientes, apareciendo como modos de la equivocación oral.

3.º Las representaciones que se transfieren recíprocamente sus intensidades se hallan en relaciones muy lejanas entre sí y están ligadas por aquellas asociaciones que nuestro pensamiento despierto desprecia y sólo emplea para producir un efecto chistoso. Las asociaciones por similicadencia y sinonimia son aquí las preferidas.

4.º Los pensamientos contradictorios no tienden a sustituirse, sino que permanecen yuxtapuestos y pasan juntos, como si no existiera contradicción alguna, a constituirse en productos de condensación, o forman transacciones que no perdonaríamos nunca a nuestro pensamiento despierto, aunque muchas veces las aceptamos en nuestros actos.

Éstos serían algunos de los más singulares procesos anormales a los que son sometidas, en el curso de la elaboración onírica, las ideas latentes antes racionalmente formadas. El carácter principal de los mismos es su tendencia a hacer susceptible de derivación la energía de carga. El contenido y la significación de los elementos psíquicos a los que estas cargas se refieren pasan a constituir algo accesorio. Pudiera creerse todavía que la condensación y la formación de transacciones se halla únicamente al servicio de la regresión, que tiende a convertir las ideas en imágenes; pero el análisis y, aún más claramente, la síntesis de los sueños carentes de tal regresión nos muestran los mismos procesos de desplazamiento y de condensación que todos los demás.

No podemos, pues, rechazar la hipótesis de que en la formación de los sueños participan dos procesos psíquicos esencialmente diferentes. Uno de ellos crea ideas latentes completamente correctas y de valor igual a los productos del pensamiento normal; en cambio, el otro maneja tales ideas de un modo extraño e incorrecto. Este último proceso es el que hemos estudiado en nuestro capítulo 7) y constituye la verdadera elaboración onírica. ¿Qué podemos decir ahora con respecto a su derivación?

No podríamos dar aquí respuesta alguna si no hubiéramos penetrado en la psicología de las neurosis, especialmente en la de la histeria. Hemos visto en

ella que estos mismos procesos psíquicos incorrectos —y otros muchos— presiden la producción de los síntomas histéricos. También en la histeria encontramos al principio una serie de ideas correctas y por completo equivalentes a las conscientes, ideas de cuya existencia en esta forma no podemos tener, sin embargo, la menor noticia, siendo reconstruidas *a posteriori*. Cuando tales ideas llegan a nuestra percepción, vemos, por el análisis del síntoma formado, que han pasado por un trato anormal y han sido llevadas a constituir el síntoma por medio de *la condensación la formación de transacciones, el paso por asociaciones superficiales bajo el encubrimiento de las contradicciones y, eventualmente, por el camino de la regresión*. Dada esta total identidad entre las peculiaridades de la elaboración onírica y las de la actividad psíquica que termina en la creación de los síntomas psiconeuróticos, creemos justificado transferir al sueño las conclusiones a que nos obliga el estudio de la histeria.

De la teoría de la histeria tomaremos el principio de que *esta elaboración psíquica anormal de un proceso mental normal sólo tiene efecto cuando tal proceso ha devenido la transferencia de un deseo inconsciente, procedente de lo infantil y reprimido*. Este principio ha sido el que nos ha llevado a construir la teoría del sueño sobre la hipótesis de que el deseo onírico motor procede siempre de lo inconsciente, cosa que, como hemos confesado espontáneamente, no es posible demostrar en todo caso, aunque tampoco sea posible refutarla. Pero para poder definir la *represión*, a la que tantas veces hemos hecho intervenir en estas especulaciones, tenemos que continuar construyendo nuestra armazón psicológica.

Hubimos de aceptar la ficción de un primitivo aparato psíquico, cuya labor era regulada por la tendencia a evitar la acumulación de excitaciones y a mantenerse libre en ella en lo posible. De este modo su estructura respondía al esquema de un aparato de reflexión. La motilidad, que fue al principio el camino conducente a modificaciones interiores del cuerpo, era la ruta de derivación de la que podía disponer. Discutimos después las consecuencias psíquicas de una experiencia de satisfacción y pudimos establecer una segunda hipótesis, esto es, la de que la acumulación de la excitación —conforme a modalidades de las que no tenemos por qué ocupamos— es sentida como displacer y pone actividad al aparato para atraer nuevamente el

suceso satisfactorio, en el que la disminución de la excitación es sentida como placer. Tal corriente, que parte del displacer y tiende hacia el placer, es lo que denominamos un deseo, y hemos dicho que sólo un deseo podía ser susceptible de poner en movimiento el aparato y que la derivación de la excitación era regulada automáticamente en él por las percepciones de placer y displacer. El primer deseo debió de ser una carga alucinatoria del recuerdo de la satisfacción. Esta alucinación demostró que, cuando no podía ser mantenida hasta agotarse, era incapaz para atraer la supresión de la necesidad, o sea el placer ligado a la satisfacción.

De este modo se hizo necesaria una segunda actividad —en nuestro ejemplo, la actividad de un segundo sistema—, destinada a no permitir que la carga mnémica avanzara hacia la percepción y ligara desde allí las fuerzas psíquicas, sino que dirigiera por un rodeo la excitación emanada del estímulo de la necesidad, rodeo en el cual quedase el mundo exterior modificado por la motilidad voluntaria, en forma que hiciese posible la percepción real del objeto de satisfacción. Hasta aquí hemos seguido fielmente el esquema del aparato psíquico; los dos sistemas indicados son el germen de aquello que con la denominación de *Inc*. y *Prec*. situamos en el aparato completamente desarrollado.

Para que la motilidad pueda modificar adecuadamente el mundo exterior es necesario la acumulación de una gran cantidad de experiencias en los sistemas mnémicos y una diversa fijación de las relaciones provocadas en este material mnémico por distintas representaciones finales. Continuaremos, pues, nuestras hipótesis. La actividad del segundo sistema, del que emanan diversas cargas psíquicas, necesita disponer libremente de todo el material mnémico; pero, por otro lado, sería un gasto inútil el enviar grandes cantidades de carga psíquica por los diversos caminos mentales, pues tales cargas se derivarían inadecuadamente y disminuirían la cantidad necesaria para la transformación del mundo exterior. Supondremos, pues, que dicho sistema consigue mantener en reposo la mayor parte de su carga de energía psíquica y sólo emplea una pequeña parte de la misma para emplearla en el desplazamiento. La mecánica de estos procesos me es totalmente desconocida. Aquellos que quisieran continuar esta ideación tendrían que buscar analogías físicas y construir una representación plástica del proceso de

movimiento en la excitación de las neuronas. Por mi parte, me limito a mantener la hipótesis de que la actividad del primero de los sistemas ψ tiende a una libre derivación de las cantidades de excitación, y que el segundo sistema provoca, con las cargas que de sí emanan, una coerción de dicha derivación y una transformación de la misma en carga psíquica en reposo. Supongo, por tanto, que la derivación de la excitación es sujeta por el segundo sistema a condiciones mecánicas completamente distintas de las que regulaban su curso bajo el dominio del primero. Cuando el segundo sistema ha llevado a cabo su labor examinadora, levanta la coerción y el estancamiento de las excitaciones y las deja fluir hasta la motilidad.

Dirigiendo nuestra atención hacia las relaciones de esta coerción de la derivación por el segundo sistema, con la regulación por medio del principio del displacer, hallamos una interesantísima concatenación de ideas. Busquemos primero la contrapartida de la experiencia de satisfacción primaria, o sea la experiencia de *sobresalto exterior*. Sobre el aparato primitivo actuaría un estímulo de percepción que sería la fuente de una excitación dolorosa. A esto seguirán entonces desordenadas manifestaciones motoras, hasta que una de ellas sustraiga al aparato la percepción y al mismo tiempo el dolor. Esta manifestación motora, que ha logrado suprimir el estímulo displaciente, surgirá en adelante siempre que el mismo se renueve y no cesará hasta conseguir otra vez su desaparición. Pero en este caso no perdurará inclinación ninguna a cargar de nuevo alucinatoriamente, o en otra forma cualquiera, la percepción de la fuente de dolor. Por el contrario, tenderá el aparato primario a abandonar esta huella mnémica, penosa en cuanto quede nuevamente despertada por algo, pues el curso de su excitación hasta la percepción produciría displacer (o, más exactamente, comienza a producir). La separación del recuerdo, separación que no es sino una repetición de la fuga primitiva ante la percepción, queda facilitada por el hecho de que el recuerdo no posee, como la percepción, cualidad bastante para atraer la atención de la conciencia y procurarse de este modo una nueva carga. Esta sencilla y regular exclusión de lo penoso del proceso psíquico de la memoria nos da el modelo y el primer ejemplo de la *represión psíquica*.

A consecuencia del principio del displacer resulta, pues, totalmente incapaz el primer sistema ψ para incluir algo desagradable en la coherencia

mental. Este sistema no puede hacer sino desear. Si esta situación se mantuviera, la actividad mental del segundo sistema, que necesita disponer de todos los recuerdos que reposan en la experiencia, quedaría obstruida. Por tanto, surgen aquí dos nuevas posibilidades. La actividad del segundo sistema puede libertarse por completo del principio del displacer y continuar su marcha sin preocuparse del displacer del recuerdo, o puede también cargar de tal manera el recuerdo displaciente que quede evitado el desarrollo de displacer. La primera posibilidad no nos parece aceptable, pues el principio del displacer es también lo que regula el curso de la excitación del segundo sistema. Admitiremos, pues, la segunda, o sea la de que dicho sistema carga de tal manera un recuerdo que la derivación queda impedida; esto es, también la derivación queda comparable a una inervación motora hasta el desarrollo de displacer.

Dos son los puntos de partida desde los que llegamos a la hipótesis de que la carga por el segundo sistema representa, simultáneamente, una coerción de la derivación de la excitación. Estos dos puntos de partida son el cuidado de adaptarse al principio del displacer y el principio del menor gasto de inervación. Resulta, pues, y ello constituye la clave de la teoría de la represión—, que *el segundo sistema no puede cargar una representación sino cuando se halla en estado de coartar el desarrollo de displacer que de ella emana*. Aquello que a esta coerción se sustrajera sería también inaccesible para el segundo sistema y quedaría abandonado en seguida en obediencia al principio del displacer. La coerción del displacer no necesita, sin embargo, ser completa. Tiene que producirse siempre un comienzo de tal efecto, que anuncie al segundo sistema la naturaleza del recuerdo y quizá también su defectuosa capacidad para el fin buscado por el pensamiento.

Llamaremos *proceso primario* al único proceso psíquico que puede desarrollarse en el primer sistema, y *proceso secundario* al que se desarrolla bajo la coerción del segundo. Puedo mostrar aún en otro lugar por qué el segundo sistema tiene que corregir el proceso primario. El proceso primario aspira a la derivación de la excitación para crear, con la cantidad de excitación así acumulada, una *identidad de percepción*. El proceso secundario ha abandonado ya este propósito y entraña en su lugar el de conseguir una *identidad mental*. Todo el pensamiento no es sino un rodeo

desde el recuerdo de la satisfacción, tomado como representación final, hasta la carga idéntica del mismo recuerdo, que ha de ser alcanzada por el camino que pasa por los caminos que enlazan a las representaciones sin dejarse incluir en error por las intensidades de las mismas. Pero vemos claramente que las condensaciones de representaciones y las formaciones intermediarias y transaccionales constituyen un estorbo para alcanzar este fin de identidad; sustituyendo una representación a otra, desvían del camino que partía de la primera. Por tanto, el pensamiento secundario evita cuidadosamente tales procesos. No es tampoco difícil ver que el principio del displacer, que ofrece importantes puntos de apoyo al proceso intelectual, le estorba también en la persecución de la identidad intelectual. La tendencia del pensamiento tiene, pues, que orientarse a libertarse cada vez más de la regulación exclusiva por medio del principio del displacer y a limitar a un mínimo utilizable como premisa el desarrollo de afectos por la labor intelectual. Este perfeccionamiento de la función debe ser conseguido mediante una sobrecarga proporcionada por la conciencia. Pero sabemos que tal perfeccionamiento sólo raras veces se consigue, aun en la vida anímica más normal, y que nuestro pensamiento permanece siempre accesible a la falsificación por la intervención del principio del displacer.

Mas no es ésta, sin embargo, la laguna de la función de nuestro aparato anímico, que hace posible que los pensamientos que se presentan como resultados de la labor intelectual secundaria sucumban al proceso psíquico primario, fórmula con la cual podemos describir ahora la labor que conduce al sueño y a los síntomas histéricos. La insuficiencia es creada por la colaboración de dos factores de nuestra historia evolutiva, uno de los cuales pertenece por completo al aparato anímico y ha ejercido una influencia reguladora sobre la relación de los dos sistemas. En cambio, el otro aparece en cantidades muy variables e introduce en la vida anímica fuerzas impulsoras de origen orgánico. Ambos proceden de la vida infantil y son un resto de la transformación que nuestro organismo anímico y somático ha experimentado desde los tiempos infantiles.

Si a uno de los procesos psíquicos que se desarrollan en el aparato anímico le damos el nombre de *proceso primario*, no lo hace atendiendo únicamente a su mayor importancia y a su más amplia capacidad funcional,

sino también a las circunstancias temporales. No sabemos que exista ningún aparato psíquico cuyo único proceso sea el primario. Por tanto, el suponer su existencia es una pura ficción teórica. Pero lo que sí constituye un hecho es que los procesos primarios se hallarán dados en él desde un principio, mientras que los secundarios van desarrollándose paulatinamente en el curso de la existencia, coartando y sometiendo a los primarios hasta alcanzar su completo dominio sobre ellos, quizá en el punto culminante de la vida. A causa de este retraso de la aparición de los procesos secundarios continúa constituido el nódulo de nuestro ser por impulsos optativos inconscientes, incoercibles e inaprehensibles para los preconscientes, cuya misión queda limitada de una vez para siempre a indicar a los impulsos optativos procedentes de lo inconsciente los caminos más adecuados. Estos deseos inconscientes representan para todas las aspiraciones anímicas posteriores una coerción a la que tienen que someterse, pudiendo esforzarse en derivarla y dirigirla hacia fines más elevados. Un gran sector del material mnémico permanece también inaccesible a la carga psíquica preconsciente a causa de este retraso.

Entre los impulsos optativos indestructibles e incoercibles procedentes de lo infantil existen también algunos cuya realización resulta también contraria a las representaciones finales del pensamiento secundario. La realización de estos deseos no provocaría ya un afecto de placer, sino displaciente, y *precisamente esta transformación de los afectos constituye la esencia de aquello que denominamos «represión»*. La cuestión de por qué caminos y mediante qué fuerzas puede tener efecto tal transformación es lo que constituye el problema de la represión; problema que no necesitamos examinar aquí sino superficialmente. Nos bastará hacer constar que en el curso del desarrollo aparece una transformación de los afectos (recuérdese la aparición de las repugnancias de que al principio carece la vida infantil), transformación que se halla ligada a la actividad del sistema secundario. Los recuerdos de los que se sirve el deseo inconsciente para provocar la asociación de afectos no fueron jamás accesibles para lo preconsciente, razón por la cual no puede ser coartado su desarrollo de afecto. Este mismo desarrollo de afecto hace que tampoco se pueda llegar ahora a estas representaciones desde las ideas preconscientes a las que han transferido su

fuerza de deseos. Por el contrario, se impone el principio del displacer y separa al *Prec*. de tales ideas de transferencia, las cuales quedan entonces abandonadas a sí mismas —reprimidas—, constituyéndose así en condición preliminar de la represión la existencia de un acervo de recuerdos sustraído desde el principio del *Prec*.

En el caso más favorable termina el desarrollo de displacer en cuanto la idea de transferencia preconsciente es despojada de su carga, y este resultado nos muestra que la intervención del principio del displacer es perfectamente adecuada. Otra cosa sucede, en cambio, cuando el deseo inconsciente reprimido recibe un refuerzo orgánico que puede prestar a sus ideas de transferencia, poniéndolas así en situación de intentar exteriormente por medio de su excitación, aun cuando han sido abandonadas por la carga del *Prec*. Surge entonces la lucha defensiva, reforzando el *Prec*. la oposición contra las ideas reprimidas (*contracarga*), y como una ulterior consecuencia, las ideas de transferencia, portadoras del deseo inconsciente, logran abrirse camino bajo una forma cualquiera de transacción por formación de síntomas. Pero desde el momento en que las ideas reprimidas quedan intensamente cargadas por la excitación optativa inconsciente y, en cambio, abandonadas por la carga preconsciente, sucumben al proceso psíquico primario y tienden únicamente a una derivación motora, o, cuando el camino está libre, a una reanimación alucinatoria de la identidad de percepción deseada. Hemos descubierto antes, empíricamente, que los procesos incorrectos descritos se desarrollan tan sólo con ideas reprimidas. Ahora conseguimos una más amplia visión de este problema. Tales procesos incorrectos son los *procesos primarios, los cuales surgen siempre que las representaciones son abandonadas por la carga preconsciente, quedando entregadas a sí mismas y pudiendo realizarse con la energía no coartada de lo inconsciente, que aspira a una derivación*. Otras observaciones nos muestran que estos procesos, llamados *incorrectos*, no son falsificaciones de los «errores mentales» normales, sino las de funcionamientos psíquicos exentos de coerción. Vemos, de este modo, que la transmisión de la excitación preconsciente a la motilidad se desarrolla conforme a los mismos procesos, y que el enlace de las representaciones inconscientes con palabras muestra fácilmente aquellos mismos desplazamientos y confusiones que suelen ser

atribuidos a la falta de atención. Por último, el incremento de trabajo impuesto por la coerción de estos procesos primarios quedaría demostrado por el hecho de que *cuando dejamos penetrar en la conciencia estas formas del pensamiento* conseguimos un efecto *cómico*, o sea un exceso derivable por medio de la *risa*.

La teoría de las psiconeurosis afirma con absoluta seguridad que no pueden ser sino impulsos sexuales procedentes de lo infantil, que han sucumbido a la represión (transformación del afecto) en los períodos infantiles del desarrollo, y luego, en períodos posteriores de la evolución, resultan susceptibles de una renovación, bien a consecuencia de la constitución sexual que surge de la bisexualidad primitiva, bien como resultado de influencias desfavorables de la vida sexual, proporcionando entonces las fuerzas impulsoras para todas las formaciones de síntomas psiconeuróticos. Únicamente con la introducción de estas fuerzas sexuales pueden llenarse las lagunas que aún encontramos en la teoría de la represión.

En este punto habré de abandonar la investigación del sueño, pues con la hipótesis de que el deseo onírico procede siempre de lo inconsciente ha traspasado ya los límites de lo demostrable[535]. No quiero tampoco continuar investigando en qué consiste la diferencia del funcionamiento de las energías psíquicas en la formación de los sueños y en la de los síntomas histéricos, pues nos falta el conocimiento de uno de los miembros de la comparación. Pero hay un punto que me atrae especialmente, y confesaré que sólo por él he emprendido aquí todas estas especulaciones sobre los dos sistemas psíquicos, sus formas de laborar y la represión. Nada importa ahora que mis especulaciones psicológicas hayan sido acertadas o que entrañen graves errores, cosa posible dada la dificultad del objeto. Cualesquiera que sean las verdaderas circunstancias de la censura psíquica y de la elaboración correcta y anormal del contenido del sueño, siempre queda el hecho indiscutible de que tales procesos intervienen en la formación de los sueños y muestran la mayor analogía con los descubrimientos en el estudio de la formación de los síntomas histéricos. Pero el sueño no es un fenómeno patológico y no tiene como antecedente una perturbación del equilibrio psíquico, ni deja tras de sí una debilitación de la capacidad funcional. La objeción de que mis sueños y los de mis pacientes neuróticos no permiten deducir resultados aplicables a

los sueños de los hombres normales y sanos debería ser rechazada sin discusión ninguna. Cuando del estudio de estos fenómenos deducimos sus fuerzas impulsoras, reconocemos que el mecanismo psíquico de que se sirve la neurosis no es creado por una perturbación patológica que ataca a la vida anímica, sino que existe ya en la estructura normal del aparato anímico. Los dos sistemas psíquicos, la censura situada entre ambos, la coerción de una actividad por otra, las relaciones de ambas con la conciencia —o todo aquello que en lugar de esto pueda resultar de una más exacta interpretación de las circunstancias efectivas—, todo ello pertenece a la estructura normal de nuestro instrumento anímico, y el sueño constituye uno de los caminos que llevan al conocimiento de dicha estructura. Si queremos contentarnos con un mínimo de conocimientos absolutamente garantizados, diremos que el sueño nos demuestra que lo *reprimido perdura también en los hombres normales y puede desarrollar funciones psíquicas*.

El sueño es una de las manifestaciones de lo reprimido; según la teoría, en todos los casos, y según la experiencia palpable, por lo menos en un gran número. Lo reprimido que fue estorbado en su expresión y separado de la percepción interna encuentra en la vida nocturna y bajo el dominio de las formaciones transaccionales medios y caminos de llegar a la conciencia.

Flectere si nequeo superos acheronta movebo. (Cita de Virgilio.)

Pero la interpretación onírica es la vía regia para el conocimiento de lo inconsciente en la vida anímica.

Persiguiendo el análisis del sueño, llegamos a un conocimiento de la composición de este instrumento, el más maravilloso y enigmático de todos. A un conocimiento muy limitado, es cierto, pero que da el primer impulso para llegar al corazón del problema, partiendo de otros productos de carácter patológico. La enfermedad —por lo menos la llamada justificadamente funcional— no tiene como antecedente necesario la ruina de dicho aparato y la creación en su interior de nuevas disociaciones. Debe explicarse *dinámicamente*, por modificaciones de las energías psíquicas. En otro lugar podría también demostrarse cómo la composición del aparato por las dos instancias da a la función normal una sutileza que a una instancia no le sería dado alcanzar[536].

F) **Lo inconsciente y la conciencia. La realidad**.

Bien mirado, no es la existencia de dos sistemas cerca del extremo motor del aparato, sino la de *dos procesos o modos de la derivación de la excitación*, lo que ha quedado explicado con las especulaciones psicológicas del apartado que precede. Pero esto no nos conturba en absoluto, pues debemos hallarnos dispuestos a prescindir de nuestras representaciones auxiliares en cuanto creamos haber llegado a una posibilidad de sustituirlas por otra cosa más aproximada a la realidad desconocida. Intentaremos ahora rectificar algunas opiniones que pudieron ser equivocadamente interpretadas mientras tuvimos ante la vista los dos sistemas, como dos localidades dentro del aparato psíquico. Cuando decimos que una idea inconsciente aspira a una traducción a lo preconsciente, para después emerger en la conciencia, no queremos decir que deba ser formada una segunda idea en un nuevo lugar. Asimismo queremos también separar cuidadosamente de la emergencia en la conciencia toda idea de un cambio de localidad. Cuando decimos que una idea preconsciente queda reprimida y acogida después por lo inconsciente, podían incitarnos estas imágenes a creer que realmente queda disuelta en una de las dos localidades psíquicas una ordenación y sustituida por otra nueva en la otra localidad. En lugar de esto, diremos ahora, en forma que corresponde mejor al verdadero estado de cosas, que una carga de energía es transferida o retirada de una ordenación determinada, de manera que el producto psíquico queda situado bajo el dominio de una instancia o sustraído al mismo. Sustituimos aquí, nuevamente, una representación tópica por una representación dinámica; lo que nos aparece dotado de movimiento no es el producto psíquico, sino su inervación[537].

Sin embargo, creo adecuado y justificado continuar empleando la representación plástica de los sistemas. Evitaremos todo abuso de esta forma de exposición recordando que las representaciones, las ideas y los productos psíquicos en general no deben ser localizados en elementos orgánicos del sistema nervioso, sino, por decirlo así, *entre ellos*. Todo aquello que puede devenir objeto de nuestra percepción interior, es *virtual*, como la imagen producida por la entrada de los rayos luminosos en el anteojo. Los sistemas, que no son en sí nada psíquicos y no resultan nunca accesibles a nuestra

percepción psíquica, pueden ser comparados a las lentes del anteojo, las cuales proyectan la imagen. Continuando esta comparación, correspondería la censura situada entre dos sistemas a la refracción de los rayos al pasar a un medio nuevo.

Hasta ahora hemos hecho psicología por nuestra propia cuenta; pero es ya tiempo de que volvamos nuestros ojos a las opiniones teóricas de la psicología actual para compararlas con nuestros resultados. El problema de lo inconsciente en la psicología es, según las rotundas palabras de Lipps[538], menos un problema psicológico que el problema de la psicología. Mientras que la psicología se limitaba a resolver este problema con la explicación de que lo psíquico era precisamente lo consciente, y que la expresión «procesos psíquicos inconscientes» constituía un contrasentido palpable, quedaba excluido todo aprovechamiento psicológico de las observaciones que el médico podía efectuar en los estados anímicos anormales. El médico y el filósofo sólo se encuentran cuando reconocen ambos que los procesos psíquicos inconscientes constituyen la expresión adecuada y perfectamente justificada de un hecho incontrovertible. El médico no puede sino rechazar con un encogimiento de hombros la afirmación de que la conciencia es el carácter imprescindible de lo psíquico, o si su respeto a las manifestaciones de los filósofos es aún lo bastante fuerte, suponer que no tratan el mismo objeto ni ejercen la misma ciencia. Pero también una sola observación, comprensiva de la vida anímica de un neurótico, o un solo análisis onírico, tienen que imponerle la convicción indestructible de que los procesos intelectuales más complicados y correctos, a los que no es posible negar el nombre de procesos psíquicos, pueden desarrollarse sin intervención de la conciencia del individuo[539].

El médico no advierte, ciertamente, estos procesos inconscientes hasta que los mismos han ejercido un efecto susceptible de comunicaciones o de observación sobre la conciencia; pero este efecto de conciencia puede mostrar un carácter psíquico completamente distinto del proceso preconsciente, de manera que la percepción interior no pueda reconocer en él una sustitución del mismo. El médico tiene que reservarse el derecho de penetrar inductivamente desde el efecto de la conciencia hasta el proceso psíquico inconsciente. Obrando así descubrirá que el efecto de conciencia no es más

que un lejano efecto psíquico del proceso inconsciente y que este último no ha devenido consciente como tal, habiendo existido y actuado sin delatarse en modo alguno a la conciencia. Para llegar a un exacto conocimiento del proceso psíquico es condición imprescindible dar a la conciencia su verdadero valor, tan distinto del que ha venido atribuyéndosele con exageración manifiesta. En lo inconsciente tenemos que ver, como afirma Lipps, la base general de la vida psíquica. Lo inconsciente es el círculo más amplio en el que se halla inscrito el de lo consciente. Todo lo consciente tiene un grado preliminar inconsciente, mientras que lo inconsciente puede permanecer en este grado y aspirar, sin embargo, al valor completo de una función psíquica. Lo inconsciente es lo psíquico verdaderamente real: *su naturaleza interna nos es tan desconocida como la realidad del mundo exterior y nos es dado por el testimonio de nuestra conciencia tan incompletamente como el mundo exterior por el de nuestros órganos sensoriales*.

Una vez que la antigua antítesis de vida consciente y vida onírica ha quedado despojada de toda significación por el reconocimiento del verdadero valor de lo psíquico inconsciente, desaparece toda una serie de problemas oníricos que preocuparon intensamente a los investigadores anteriores. Así, muchas funciones cuyo desarrollo en el sueño resultaba desconcertante, no deben ser ya atribuidas a este fenómeno, sino a la actividad diurna del pensamiento inconsciente.

Cuando Schemer nos descubre en el sueño una representación simbólica del cuerpo, sabemos que se trata del rendimiento de determinadas fantasías inconscientes, que obedecen, probablemente, a impulsos sexuales y que no se manifiestan únicamente en él, sino también en las fobias histéricas y en otros síntomas. Cuando el sueño continúa labores intelectuales diurnas, solucionándolas e incluso extrayendo a la luz ocurrencias valiosísimas, hemos de ver en dichas labores un rendimiento de las mismas fuerzas que las realizan durante la vigilia. Lo único que corresponderá a la elaboración onírica y podrá ser considerado como una intervención de oscuros poderes de los más profundos estratos del alma será el disfraz de sueño con el que la función intelectual se nos presenta. Nos inclinamos asimismo a una exagerada estimación del carácter consciente de la producción intelectual y

artística. Por las comunicaciones de algunos hombres altamente productivos, como Goethe y Helmholtz, sabemos que lo más importante y original de sus creaciones surgió en ellos en forma de ocurrencia espontánea, siendo percibido casi siempre como una totalidad perfecta y terminada. El auxilio de la actividad consciente tiene el privilegio de encubrir a todas las que simultáneamente actúan.

No merece la pena plantearnos el examen de la significación histórica de los sueños como un tema especial. Aquellos casos en que un guerrero fue impelido por un sueño a acometer una osada empresa cuyo resultado transformó la Historia, no constituyen un nuevo problema, sino mientras que consideramos al sueño como un poder ajeno a las demás fuerzas anímicas que nos son más familiares y no como una forma expresiva de impulsos coartados durante el día por una resistencia y reforzados nocturnamente por excitaciones emanadas de fuentes más profundas[540]. El respeto que el sueño mereció a los pueblos antiguos se hallaba fundado en una exacta estimación psicológica de lo indestructible e indomable existente en el alma humana; esto es, de lo *demoníaco*, dado en nuestro inconsciente y reproducido por el sueño.

No sin intención digo *nuestro inconsciente*, pues aquello que con este nombre designamos no coincide con lo inconsciente de los filósofos ni tampoco con lo inconsciente de Lipps. Los filósofos lo consideran únicamente como la antítesis de lo consciente, y la teoría de que, además de los procesos conscientes, hay también procesos inconscientes, es una de las que más empeñadas discusiones han provocado. Lipps nos muestra un principio de mayor alcance, afirmando que todo lo psíquico se encuentra dado inconscientemente y algo de ello también conscientemente. Pero no es para demostrar este principio por lo que hemos estudiado los fenómenos del sueño y de la formación de los síntomas histéricos. La observación de la vida diurna normal es suficiente para protegerlo contra toda duda. Los nuevos conocimientos que nos ha procurado el análisis de los productos psicopatológicos y, entre ellos, el del sueño, consisten en que lo inconsciente —esto es, lo psíquico— aparece como función de dos síntomas separados y surge ya así en la vida anímica normal. Hay, pues, *dos clases* de inconsciente, diferenciación que no ha sido realizada aún por los psicólogos. Ambas caen

dentro de lo que la psicología considera como lo inconsciente, pero desde nuestro punto de vista, es una de ellas, la que hemos denominado *Inc*., incapaz de *conciencia*, mientras que la otra, o sea el *Prec*., ha recibido de nosotros este nombre porque sus excitaciones pueden llegar a la conciencia, aunque también adaptándose a determinadas reglas y quizá después de vencer una nueva censura, pero de todos modos sin relación ninguna con el sistema *Inc*. El hecho de que para llegar a la conciencia tengan que pasar las excitaciones por una sucesión invariable; esto es, por una serie de instancias, hecho que nos fue revelado por las transformaciones que la censura les impone, nos sirvió para establecer una comparación especial. Describimos las relaciones de ambos sistemas entre sí y con la conciencia, diciendo que el sistema *Prec*. aparecía como una pantalla entre el sistema *Inc*. y la conciencia. El sistema *Prec*. no sólo cerraba el acceso a la conciencia, sino que dominaba también el acceso a la motilidad voluntaria y disponía de la emisión de una carga de energía psíquica móvil, de la que no es familiar una parte a título de atención[541].

También debemos mantenernos alejados de la diferenciación de *conciencia superior* y *subconciencia*, tan gustada por la moderna literatura de la psiconeurosis, pues parece acentuar la equivalencia de lo psíquico y lo consciente.

¿Qué misión queda, pues, en nuestra representación, a la conciencia, antes omnipotente y que todo lo encubría? Sencillamente *la de un órgano sensorial para la percepción de cualidades psíquicas*. Según la idea fundamental de nuestro esquema, no podemos considerar la percepción por la conciencia más que como la función propia de un sistema especial, al que designaremos como sistema *Cc*. Este sistema nos lo representamos compuesto por caracteres mecánicos, análogamente al sistema de percepción *P*; esto es, excitable por cualidades e incapaz de conservar la huella de las modificaciones, o sea carente de memoria. El aparato psíquico, que se halla orientado hacia el mundo exterior con el órgano sensorial de los sistemas *P*, es, a su vez, mundo exterior para el órgano sensorial de los sistemas *Cc*. cuya justificación teleológica reposa en esta circunstancia. El principio de la serie de instancias, que parece dominar la estructura del aparato, nos sale aquí nuevamente al encuentro. El material de excitaciones afluye al órgano

sensorial *Cc*. desde dos partes diferentes; esto es, desde el sistema *P*, cuya excitación condicionada por cualidades pasa probablemente por una nueva elaboración hasta que se convierte en sensación consciente, y desde el interior del aparato mismo, cuyos procesos cuantitativos son sentidos como una serie de cualidades de placer y displacer cuando han llegado a ciertas transformaciones

Los físicos, que han sospechado la posibilidad de formaciones intelectuales correctas y altamente complicadas sin intervención de la conciencia, han considerado luego muy difícil señalar a esta última una misión, pues se les mostraba como un reflejo superfluo del proceso psíquico terminado. La analogía de nuestro sistema *Cc*. con el sistema de las percepciones nos ahorra esta dificultad. Vemos que la percepción por nuestros órganos sensoriales trae consigo la consecuencia de dirigir una carga de energía por los caminos por los que se difunde la excitación sensorial afluyente. La excitación cualitativa del sistema *P* sirve para regular el curso de la cantidad móvil en el aparato psíquico. Esta misma misión puede ser atribuida al órgano sensorial del sistema *Cc*. Al percibir nuevas cualidades rinde una nueva aportación a la dirección y distribución de las cargas móviles de energía. Por medio de la percepción de placer y displacer influye sobre el curso de las cargas dentro del aparato psíquico, que fuera de esto se mantiene inconsciente y labora por medio de desplazamientos de cantidad. Es verosímil que el principio del displacer regule inicialmente los desplazamientos de la carga de un modo automático, pero es muy posible que la conciencia lleve a cabo una segunda regulación más sutil de estas cualidades, regulación que puede incluso oponerse a la primera y que completa y perfecciona la capacidad funcional del aparato, modificando su disposición primitiva para permitirle someter a la carga de energía psíquica y a la elaboración aquello que se halla enlazado con desarrollos de displacer. La psicología de la neurosis nos enseña que esta regulación por la excitación cualitativa del órgano sensorial desempeña un importantísimo papel en la actividad funcional del aparato. El dominio automático del principio primario de displacer y la subsiguiente limitación de la capacidad funcional quedan suprimidos por las regulaciones sensibles, las cuales son nuevamente, de por sí, automatismos. Vemos que la represión adecuada al principio termina en

una renuncia perjudicial a la coerción y al dominio anímico, recayendo mucho más fácilmente sobre los recuerdos que sobre las percepciones, pues los primeros carecen del incremento de carga provocado por la excitación del órgano sensorial psíquico. Las ideas rechazables no se hacen conscientes unas veces por haber sucumbido a la represión; pero otras pueden no hallarse reprimidas, sino haber sido sustraídas a la conciencia por otras causas. Éstos son los indicios de que la terapia se sirve para solucionar las represiones.

El valor de la sobrecarga provocada por la influencia reguladora del órgano sensorial *Cc.* sobre la cantidad móvil queda representado en una conexión teleológica por la creación de nuevas series de cualidades y con ello de una nueva regulación, que pertenece, quizá, a las prerrogativas concedidas al hombre sobre los animales. Los procesos intelectuales carecen en sí de calidad, salvo en lo que respecta a las excitaciones placientes y displacientes concomitantes, que deben ser mantenidas a raya, como posibles perturbaciones del pensamiento. Para prestarles una cualidad quedan asociados en el hombre con recuerdos verbales, cuyos restos cualitativos bastan para atraer sobre ellas la atención de la conciencia.

La diversidad de los problemas de la conciencia se nos muestra en su totalidad en el análisis de los procesos mentales histéricos. Experimentamos entonces la impresión de que también el paso de lo preconsciente a la carga de la conciencia se halla ligado a una censura análoga a la existente entre *Inc.* y *Prec.* También esta censura comienza a partir de cierto límite cuantitativo, quedando sustraídos a ella los productos mentales poco intensos. Todos los casos posibles de inaccesibilidad a la conciencia, así como los de penetración a la misma bajo ciertas restricciones, aparecen reunidos en el cuadro de los fenómenos psiconeuróticos, y todos estos fenómenos indican la íntima y recíproca conexión existente entre la censura y la conciencia. Con la comunicación de dos casos de este género daremos por terminadas estas especulaciones psicológicas.

En una ocasión fui llamado a consulta para examinar a una muchacha de aspecto inteligente y decidido. Su *toilette* me llamó inmediatamente la atención, pues contra todas las costumbres femeninas, llevaba colgando una media y desabrochados los botones de la blusa. Se quejaba de dolores en una pierna, y sin que yo le hiciera indicación alguna, se quitó la media y me

mostró la pantorrilla. Su queja principal es la siguiente, que reproduzco aquí con sus mismas palabras: siente como si tuviera dentro del vientre algo que se moviera de aquí para allá, sensación que le produce profundas emociones. A veces es como si todo su cuerpo se pusiera *rígido*. Al oír estas palabras, el colega que me había llamado a consulta me miró significativamente. No eran, en efecto, nada equívocas. Lo extraño es que la madre de la sujeto no sospechase su sentido, a pesar de que debía de haberse hallado repetidamente en la situación que con ellas describía su hija. Ésta no tiene idea ninguna del alcance de sus palabras, pues si la tuviera no las pronunciaría. Se ha conseguido, por tanto, en este caso cegar de tal manera a la censura, que una fantasía que permanece generalmente en lo preconsciente ha sido acogida en la conciencia bajo el disfraz de una queja y como absolutamente inocente.

Otro ejemplo. Comienzo el tratamiento psicoanalítico de un niño de catorce años que padece de «tic» convulsivo, vómitos histéricos, dolores de cabeza, etcétera, etc. Asegurándole que cerrando los ojos vería imágenes o se le ocurrirían cosas que debería comunicarme, el paciente me responde en imágenes. La última impresión recibida por él antes de venir a verme vive visualmente en su recuerdo. Había estado jugando a las damas con su tío y ve ahora el tablero ante sí. Discute y me explica determinadas posiciones que son favorables o desfavorables y ciertas jugadas que no deben hacerse. Después ve sobre el tablero un puñal, que no es de su tío, sino de su padre, pero que traslada a casa de su tío, colocándolo sobre el tablero. Luego aparece en el mismo lugar una hoz y luego una guadaña, acabando por componerse la imagen de un viejo labrador que siega la hierba. Después de algunos días llegué a la comprensión de esta yuxtaposición de imágenes. El niño vive en medio de circunstancias familiares que le han excitado: un padre colérico y severo, en perpetua guerra con la madre y cuyo único medio educativo era una constante amenaza; la separación de los cónyuges y el alejamiento de la madre, cariñosa y débil, y el nuevo matrimonio del padre, que apareció una tarde en su casa con una mujer joven y dijo al niño que aquélla era su nueva mamá. Pocos días después de este suceso fue cuando el niño comenzó a enfermar. Su cólera retenida con el padre es lo que ha reunido las imágenes referidas en alusiones fácilmente comprensibles. El material ha sido proporcionado por una reminiscencia de la mitología. La hoz

es el arma con que Zeus castró a su padre, y la guadaña y la imagen del segador describen a Cronos, el violento anciano que devora a sus hijos, y del que Zeus toma una venganza tan poco infantil. El matrimonio del padre constituyó una ocasión para devolver los reproches y amenazas que el niño hubo de oír en una ocasión en que fue sorprendido jugando con sus genitales (el tablero, las jugadas prohibidas, el puñal con el que se puede matar). En este caso se introducen furtivamente en la conciencia, fingiéndose imágenes *aparentemente faltas de sentido*, recuerdos ha largo tiempo reprimidos, cuyas ramificaciones han permanecido inconscientes.

Así, pues, el valor teórico del estudio de los sucesos consistiría en sus aportaciones al conocimiento psicológico y en una preparación a la comprensión de la psiconeurosis. ¿Quién puede sospechar hasta dónde puede elevarse aún y qué importancia puede adquirir un conocimiento fundamental de la estructura y las funciones del aparato anímico, cuando ya el estado actual de nuestro conocimiento permite ejercer una influencia terapéutica sobre las formas curables de psiconeurosis? ¿Cuál puede ser ahora —me oigo preguntar— el valor práctico de estos estudios para el conocimiento del alma y el descubrimiento de las cualidades ocultas del carácter individual? Estos impulsos inconscientes que el sueño revela, ¿no tienen, quizá, el valor de poderes reales en la vida anímica? ¿Qué importancia ética hemos de dar a los deseos reprimidos, que así como crean sueños, pueden crear algún día otros productos?

No me creo autorizado para contestar a estas preguntas. Mis pensamientos no han perseguido más allá esta faceta del problema del sueño. Opino únicamente que aquel emperador romano que hizo ejecutar a uno de sus súbditos por haber éste soñado que le asesinaba, no estaba en lo cierto. Debía haberse preocupado antes de lo que el sueño significaba, pues muy probablemente no era aquello que su contenido manifiesto revelaba, y aun cuando un sueño distinto hubiese tenido esta significación criminal, hubiera debido pensar en las palabras de Platón, de que el hombre virtuoso se contenta con soñar lo que el perverso realiza en la vida. Por tanto, creo que debemos absolver al sueño. No puedo decir en pocas palabras si hemos de reconocer *realidad* a los deseos inconscientes y en qué sentido. Desde luego, habremos de negársela a todas las ideas de transición o de mediación. Una

vez que hemos conducido a los deseos inconscientes a su última y más verdadera expresión, vemos que la *realidad psíquica* es una forma especial de existencia que no debe ser confundida con la *realidad material*. Parece entonces injustificado que los hombres se resistan a aceptar la responsabilidad de la inmoralidad de sus sueños. El estudio del funcionamiento del aparato anímico y el conocimiento de la relación entre lo consciente y lo inconsciente hacen desaparecer aquello que nuestros sueños presentan contrario a la moral.

«Al buscar ahora en la conciencia las relaciones que el sueño mostraba con el presente (la realidad), no deberemos extrañarnos si lo que creímos un monstruo al verlo con el cristal de aumento del análisis, se nos muestra ser un infusorio» (H. Sachs).

Para la necesidad práctica de la estimación del carácter del hombre bastan, en la mayoría de los casos, sus manifestaciones conscientes. Ante todo, hemos de colocar en primer término el hecho de que muchos impulsos que han penetrado en la conciencia son suprimidos por poderes reales en la vida anímica antes de su llegada al acto. Si alguna vez no encuentran obstáculo psíquico ninguno en su camino es porque lo inconsciente está seguro de que serán estorbados en otro lugar. De todos modos, siempre es muy instructivo ver el removido suelo sobre el que se alzan, orgullosas, nuestras virtudes. La complicación dinámica de un carácter humano no resulta ya explicable por medio de una simple alternativa, como lo quería nuestra vieja teoría moral.

¿Y el valor del sueño para el conocimiento del porvenir?

En esto no hay, naturalmente, que pensar[542]. Por gustosos que saludemos, como investigadores modestos y exentos de prejuicios, la tendencia a incluir los fenómenos *ocultos* en el círculo de la investigación científica, mantenemos nuestra convicción de que dichos estudios no llegarán nunca a procurarnos ni la demostración de una segunda existencia en el más allá ni el conocimiento del porvenir. Diríamos, en cambio, que el sueño nos revela el pasado, pues procede de él en todos sentidos. Sin embargo, la antigua creencia de que el sueño nos muestra el porvenir no carece por completo de verdad. Representándonos un deseo como realizado, nos lleva realmente al porvenir; pero este porvenir que el soñador toma como presente

está formado por el deseo indestructible conforme al modelo de dicho pasado.

XVIII

LOS SUEÑOS[543]

1900 [1901]

I

EN tiempos que podemos llamar precientíficos, la explicación de los sueños era para los hombres cosa corriente. Lo que de ellos recordaban al despertar era interpretado como una manifestación benigna u hostil de poderes sur rater renos, demoníacos o divinos. Con el florecimiento de la disciplina intelectual de las ciencias físicas, toda esta significativa mitología se ha transformado en psicología, y actualmente son muy pocos, entre los hombres cultos, los que dudan aún de que los sueños son una *propia función psíquica* del durmiente.

Pero desde el abandono de la hipótesis mitológica han quedado los sueños necesitados de alguna explicación. Las condiciones de su génesis, su relación con la vida psíquica despierta, su dependencia de estímulos percibidos durante el sueño, las muchas singularidades de su contenido que repugnan al pensamiento despierto, la incongruencia entre sus representaciones y los afectos a ellas ligados y, por último, su fugacidad y su repulsa por el pensamiento despierto, que considerándolos como algo extraño a él los mutila o extingue en la memoria, son problemas que desde hace muchos siglos demandan una satisfactoria solución, aún no hallada. El más

interesante de todos ellos es el relativo a la significación de los sueños, el cual entraña dos interrogaciones principales. Refiérese la primera a la significación psíquica del acto de soñar, al lugar que el sueño ocupa entre los demás procesos anímicos y a su eventual función biológica. La segunda trata de inquirir si los sueños pueden ser *interpretados*; esto es, si cada uno de ellos posee un «sentido», tal como estamos acostumbrados a hallarlos en otros productos psíquicos.

Tres distintas orientaciones se han seguido en el estudio de los sueños. Una de ellas, que ha conservado como un eco de la antigua valoración de este fenómeno, ha sido adoptada por varios filósofos, para los cuales la base de la vida onírica es un estado especial de la actividad psíquica, al que incluso consideran superior al normal. Tal es, por ejemplo, la opinión de Schubert, según el cual el sueño sería la liberación del espíritu del poder de la naturaleza exterior, un desligamiento del alma de las cadenas de la materia. Otros pensadores no van tan lejos, pero mantienen el juicio de que los sueños nacen de estímulos esencialmente anímicos y representan manifestaciones de fuerzas psíquicas (de la fantasía onírica, Scherner, Volket) que durante el día se hallan impedidas de desplegarse libremente. Numerosos observadores conceden también a la vida onírica una capacidad de rendimiento superior a la normal por lo menos en determinados sectores (memoria).

En total oposición a estas hipótesis, coincide la mayoría de los autores médicos en una opinión que apenas atribuye a los sueños el valor de un fenómeno psíquico. Según ella, los sueños son provocados exclusivamente por estímulos físicos o sensoriales, que actúan desde el exterior sobre el durmiente, o surgen casualmente en sus órganos internos. Lo soñado no podrá, por tanto, aspirar a significación ni sentido, siendo comparable a la serie de sonidos que los dedos de un individuo profano en música arrancan al piano al recorrer al azar su teclado. Los sueños deben, pues, considerarse como «un proceso físico inútil siempre y en muchos casos patológico» (Binz), y todas las peculiaridades de la vida onírica se explican por la incoherente labor que órganos aislados o grupos de células del cerebro sumido fuera de ellos en el sueño realizan obedeciendo a estímulos fisiológicos.

Poco influida por este juicio de la ciencia e indiferente al problema de las

fuentes de los sueños, la opinión popular parece mantenerse en la creencia de que los sueños tienen desde luego un sentido —anuncio del porvenir— que puede ser puesto en claro extrayéndolo de su argumento enigmático y confuso por un procedimiento interpretativo cualquiera. Los más empleados consisten en sustituir por otro el contenido del sueño tal y como el sujeto lo recuerda, ora trozo a trozo, *conforme a una clave prefijada*, ora en su totalidad y por otra totalidad con respecto a la cual constituye el sueño un *símbolo*. Los hombres serios ríen de estos esfuerzos interpretativos. «Los sueños son vana espuma».

II

PARA mi gran asombro, descubrí un día que no era la concepción médica del sueño, sino la popular, medio arraigada aún en la superstición, la más cercana a la verdad. Tales conclusiones sobre los sueños fueron el resultado de aplicar a ellos un nuevo método de investigación psicológica que me había prestado excelentes servicios en la solución de las fobias, obsesiones y delirios, y que desde entonces había sido aceptado con el nombre de psicoanálisis por toda una escuela de investigadores. Las múltiples analogías de la vida onírica con los más diversos estados psicopatológicos de la vida despierta han sido acertadamente indicadas por numerosos investigadores médicos. Había, pues, desde un principio grandes esperanzas de que un procedimiento investigativo, cuya eficacia se había comprobado en los productos psicopáticos, pudiera aplicarse también a la explicación de los sueños. Las obsesiones y los delirios son tan extraños a la conciencia normal como los sueños a la conciencia despierta, para la cual permanecen igualmente desconocidos los orígenes respectivos de ambas clases de fenómenos. En las citadas formaciones psicopáticas es un interés práctico el que llevó a investigar su procedencia y su génesis, pues la experiencia había enseñado que el descubrimiento de aquellas rutas mentales ocultas a la conciencia, que ponen en comunicación las ideas morbosas con el restante contenido psíquico, equivale a una solución de los síntomas patológicos,

solución que trae consigo el dominio de la hasta entonces irrefrenable idea. Así, pues, el procedimiento de que me serví para la interpretación de los sueños procedía de la psicoterapia.

Este método es fácil de describir, aun cuando para emplearlo con éxito sea necesario conocerlo a fondo y haberlo ejercitado. Cuando se emplea en tercera persona (por ejemplo, en un enfermo con representaciones angustiosas), se demanda al paciente que dirija su atención sobre la idea de referencia; mas no, como ya lo ha hecho tantas veces, para meditar sobre ella, sino para observar claramente y comunicar al médico, *sin excepción alguna, todo aquello que se le ocurra con respecto a ella*. A la afirmación que quizá hace entonces el enfermo de que su atención no logra despertar en él ocurrencia alguna, se opone con la mayor energía la seguridad de que una tal carencia de representaciones es en absoluto imposible. En efecto, no tardan en presentarse numerosas ocurrencias, a las que se ligan otras nuevas, pero que regularmente van acompañadas de un desfavorable juicio del autoobservador que las tacha de insensatas, nimias e impertinentes, y dice que se le han ocurrido casualmente y fuera de toda conexión con el tema tratado. Obsérvase en el acto que tal *crítica* es no sólo lo que ha excluido hasta el momento dichas ocurrencias de toda exteriorización, sino también lo que con anterioridad les impidió hacerse conscientes. Si puede conseguirse que el sujeto renuncie en absoluto a ella y continúe tejiendo las series de ideas que en él surgen mientras prosigue con su atención fija en el tema dado, se obtendrá un material psíquico que se enlazará claramente a la idea morbosa, revelará sus conexiones con otras ideas y permitirá, por último, sustituirla por una nueva que se incluya de una manera inteligible en el acervo ideológico del paciente.

No es esta corta exposición lugar apropiado para examinar detalladamente las hipótesis sobre las que se funda este experimento ni las consecuencias que se deducen de su constante éxito. Tenemos, pues, que limitarnos a consignar el hecho de que la aplicación de este método a cada una de las ideas morbosas nos procura material suficiente para su solución en cuanto dirigimos nuestra atención sobre aquellas asociaciones *involuntarias* que, fuera de este caso, son siempre rechazadas por la crítica como escorias sin valor alguno, que *perturban* nuestra *reflexión*. En la autoaplicación de

este procedimiento, el mejor auxilio es escribiendo en el acto las propias ocurrencias, incomprensibles al principio.

Expondré ahora los resultados de emplear este método en la investigación de los sueños. Cualquier sueño podría servirme de ejemplo; mas por diversos motivos escogeré uno propio que parezca falto de todo sentido y cuya brevedad facilite la tarea. Quizá llene estas condiciones lo soñado por mí en la noche pasada. El contenido de este sueño, que fijé por escrito inmediatamente después de despertar, es el siguiente:

Varias personas comiendo juntas. Reunión de invitados o mesa redonda… La señora E. L. se halla sentada junto a mí, y coloca con toda confianza una de sus manos sobre mi rodilla. Yo alejo su mano de mí, rechazándola. Entonces dice la señora: «/Ha tenido usted siempre tan bellos ojos!…» En este punto veo vagamente algo como dos ojos dibujados o el contorno de los cristales de unos lentes…

Esto es todo el sueño, o, por lo menos, todo lo que de él recuerdo, pareciéndome oscuro y falto de sentido, pero, sobre todo, extraño. La señora E. L. es una persona con la que apenas he tenido relaciones de amistad, y jamás, que yo sepa, he deseado tenerlas más íntimas. No la he visto hace largo tiempo y no creo que en los últimos días hablase yo o me hablasen de ella para nada. El fenómeno onírico no fue en ese caso acompañado por afecto ninguno.

El reflexionar sobre este sueño no lo aproxima en nada a mi inteligencia. Sin propósito determinado y absteniéndome de toda crítica iré, pues, anotando las ocurrencias que surjan en mi autoobservación. Al comenzar a hacerlo observo en seguida que es muy ventajoso dividir el sueño en sus elementos y buscar las ocurrencias que se enlazan a cada uno de ellos.

Reunión de invitados o mesa redonda. A ello se enlaza en el acto el recuerdo de un pequeño suceso con el que terminó la tarde de ayer. Había yo abandonado, en unión de un amigo mío, una poco numerosa reunión. Mi amigo se ofreció a tomar un coche y conducirme en él a mi casa. «Prefiero un cabriolé con taxímetro —dijo—. El verlo funcionar entretiene mientras se va en el coche». Al subir al vehículo y abrir el cochero el aparato, dejando ver la cifra de 60 céntimos, que constituye la suma inicial del precio de la carrera, proseguí yo la broma de mi acompañante diciendo: «Apenas hemos montado

y ya le debemos 60 céntimos. Los coches con taxímetro me recuerdan siempre la mesa redonda de los hoteles. Le hacen a uno avaro y egoísta; recordándole de continuo su deuda. A mí me parece que ésta crece demasiado de prisa, y temo que me vaya a faltar dinero para pagar. Igualmente, en la mesa redonda no puedo defenderme de la cómica preocupación de que me sirven poco y debo pensar en sacar el mejor provecho posible a mi dinero». En lejana conexión con esto cité luego los versos: «Nos introducís en la vida / y dejáis que el desdichado llegue a ser deudor[544]».

Una segunda asociación a la idea de *mesa redonda*: Hace pocas semanas me disgustó profundamente la conducta que mi mujer observaba en la mesa redonda de un balneario tirolés no mostrándose todo lo reservada que yo hubiera deseado con respecto a unos vecinos de mesa con los que no quería yo entrar en relación ninguna. Con tal motivo rogué a mi mujer que se ocupase más de mí y menos de aquellos extraños. Esto es equivalente al hecho de que *en la mesa redonda me hubieran atendido poco*. Ahora se me parece también la contraposición existente entre la conducta de mi mujer en aquella mesa redonda y la de la señora E. L. en el sueño *dedicándose por completo a mí*.

Prosigamos. Observo ahora que el sueño es la reproducción de una pequeña escena que se desarrolló en idéntica forma entre mi mujer y yo en la época en que le dirigí secretamente mi proposición de matrimonio. La caricia por debajo de la mesa fue la respuesta a la carta en que yo hacía mi petición. Mas en el sueño quedó sustituida mi mujer por la señora E. L., en absoluto extraña a mí.

Esta señora es hija de un hombre al que he *debido dinero*. No puedo menos de observar aquí una insospechada conexión entre los trozos del contenido del sueño y mis ocurrencias. Siguiendo la cadena de asociaciones que parte de un elemento del contenido del sueño llega uno en seguida a otro elemento del mismo. Mis ocurrencias sobre el sueño presentan conexiones que en aquél no se muestran visibles.

Cuando alguien espera que otro cuide de su provecho sin sacar de ello por su parte ventaja alguna, ¿no se suele, acaso, dirigir a tales ingenuos la pregunta de si esperan que haga uno todo aquello *por sus bellos ojos*? Pues entonces la frase «¡Ha tenido usted siempre tan bellos ojos!» no significa otra

cosa que «Usted ha logrado siempre de los demás todo lo que ha querido. Así, todo lo ha *tenido usted de balde*». Naturalmente, por lo que a mi vida respecta, la verdad ha sido la contraria. Todo lo que los demás han hecho por mí lo he tenido que pagar con creces. Mas ayer debió de hacerme impresión haber *tenido de balde* el coche en que mi amigo me condujo a casa.

Sin embargo, el amigo en cuya casa nos reunimos ayer sí me ha hecho considerarme varias veces en deuda de gratitud con él. Hace poco dejé pasar sin aprovecharla una ocasión de pagarle sus favores. No ha recibido de mí más que un solo regalo: una copa antigua con ojos pintados en derredor. Reciben estas copas el nombre de *occhiale* y era creencia de que *rechazaban el mal de ojo*. Mi amigo es, además, *oculista*, y aquella misma tarde le había preguntado por una paciente a la que había enviado a su consulta para que le graduara la vista y le indicara los *lentes* que debía usar.

Observamos que ya se hallan incluidos casi todos los trozos del contenido del sueño en su nuevo contexto. Mas podría preguntarse aún por qué el plato que en el sueño se servía a la mesa eran precisamente *espinacas*. Tal preferencia débese al recuerdo de una escena que se había desarrollado en nuestra mesa familiar poco tiempo antes, y en la que un hijo mío —y aquel del que sí podía decirse con justicia que poseía unos hermosos *ojos*— se negó a probar dicha verdura. También yo, cuando niño, compartí largo tiempo este horror a las *espinacas*, hasta que mucho después se transformó mi gusto y llegaron a ser uno de mis platos favoritos. La mención de este plato establece así una aproximación entre mi niñez y la de mi hijo. «Ya puedes alegrarte de tener qué comer, aunque sean espinacas —había dicho mi mujer al pequeño *gourment*—. Hay muchos niños que se contentarían con ellas». De este modo se me recuerdan las obligaciones de los padres para con sus hijos, y las palabras de Goethe: «Nos introducís en la vida y dejáis que el desdichado llegue a ser deudor», muestran en esta conexión un nuevo sentido.

Haremos alto aquí para revisar los resultados obtenidos hasta ahora en el análisis del sueño. Siguiendo las asociaciones que se enlazan a cada uno de los elementos del sueño, separado de la totalidad, he llegado hasta una serie de pensamientos y recuerdos en los que tengo que reconocer valiosas manifestaciones de mi vida anímica. Este material, hallado por medio del análisis del sueño, se muestra en íntima relación con el contenido del mismo;

pero dicha relación es de tal naturaleza, que del contenido del sueño nunca hubiese podido yo deducir directamente lo hallado. El sueño estaba desprovisto de todo afecto y era incoherente e incomprensible; en cambio, mientras que desarrollo los pensamientos tras de él ocultos voy experimentando intensos y fundados movimientos afectivos y los pensamientos mismos van formando, con admirable docilidad, cadenas lógicamente eslabonadas, en las cuales se repiten como centrales determinadas representaciones. Ideas de este género no representadas por sí mismas en el sueño son en nuestro ejemplo la antítesis *egoísta-desinteresado* y los elementos *ser deudor* y *hacer de balde*. En el tejido cuya trama nos descubre claramente el análisis podría yo ahora separar más los hilos y demostrar que van a unirse todos en un nudo único; pero consideraciones de naturaleza no científica, sino privada, me impiden llevar a cabo en público tal labor. Al efectuarla revelaría muchas cosas íntimas que prefiero permanezcan secretas; cosas de que tampoco yo me había dado clara cuenta hasta que el desarrollo de este análisis las ha puesto ante mis ojos y que aun y mí mismo me cuesta trabajo confesarme. ¿Por qué, pues, no he elegido mejor otro sueño cuyo análisis fuera más comunicable y, por tanto, más apropiado para hacer surgir una convicción sobre el sentido y la conexión del material descubierto? La respuesta a esta interrogación es que *todo* sueño con el que emprendiera mi labor investigadora conduciría sin remedio a cosas difícilmente publicables, imponiéndome la necesidad de ser discreto. Tampoco evitaría estas dificultades escogiendo para analizarlo un sueño de otra persona, a menos que las circunstancias permitieran prescindir de todo velo sin daño alguno para el que en mí se confiara.

La teoría que sobre los sueños sugiere en principio todo esto es la de que son una especie de *sustitutivos* de aquellas series de pensamientos tan significativas y revestidas de afecto a las cuales hemos llegado al final de nuestro análisis. Aún no conocemos el proceso que ha hecho surgir el sueño de estos pensamientos, pero ya vemos que es injusto considerarlo como un fenómeno puramente físico, exento de toda importancia psíquica y nacido de la actividad aislada de algunas células cerebrales despertadas del reposo en que continúa sumido el resto del organismo.

Aún he observado dos cosas más: que el contenido del sueño es mucho

más breve que aquellos pensamientos cuyo sustitutivo he convenido en declararle y que el análisis ha descubierto como *estímulo provocador del sueño (Traumerreger)* un nimio suceso del día anterior al mismo.

Claro es que una tan amplia conclusión no he podido fijarla con un único análisis. Mas cuando la experiencia me ha demostrado que por la persecución exenta de crítica de las asociaciones de *todo sueño* puede llegar a tal cadena de pensamientos, entre cuyos elementos reaparecen los componentes del sueño y que están correcta y significativamente enlazados entre sí, no hay más remedio que abandonar la escasa esperanza que aún pudiese quedarnos de que las conexiones observadas la primera vez pudieran resultar casuales. Estará, pues, plenamente justificado fijar nuestros nuevos conocimientos sobre esta materia por medio de tecnicismos propios, y así distinguiremos el sueño, tal y como aparece en nuestro recuerdo, del material correspondiente hallado por medio del análisis, y denominaremos al primero *contenido manifiesto del sueño,* y al segundo —por ahora y sin mayor diferenciación—, *contenido latente* del mismo. Nos hallamos entonces ante dos nuevos problemas no formulados hasta este punto: 1.° Cuál es el proceso psíquico que ha transformado el contenido latente en el manifiesto, que es el que por mi recuerdo conozco. 2.º Qué *motivo* o *motivos* son los que han hecho necesaria esta traducción. El proceso de la conversión del contenido latente en manifiesto lo denominaremos *elaboración del sueño (Traumarbeit),* siendo el *análisis* la labor contraria que ya conocemos y que lleva a cabo la transformación opuesta. Los restantes problemas del sueño referentes a los estímulos que lo provocan, a la procedencia del material anímico, al eventual sentido de lo soñado y a las razones de su olvido las discutiremos no en el contenido manifiesto, sino en el recién descubierto contenido latente. Dada mi opinión de que todas las contradicciones y todos los errores que pululan en la literatura existente sobre el sueño son debidos al desconocimiento de su contenido latente, sólo revelable por el análisis, intentaré en adelante evitar con todo cuidado una posible confusión entre el *sueño manifiesto* y las ideas latentes del sueño.

III

LA transformación de las ideas latentes del sueño en el contenido manifiesto merece toda nuestra atención por ser el primer ejemplo conocido de versión de un material psíquico, de una forma expresiva a otra diferente, siéndonos la primera perfectamente comprensible y viéndonos obligados, en cambio, a efectuar una penosa labor y a servirnos de un guía para penetrar en la inteligencia de la segunda, aunque también tengamos que reconocerla como una función de nuestra actividad psíquica. Por la reacción del contenido latente al manifiesto pueden los sueños dividirse en tres categorías. Distinguiremos en primer lugar aquellos que poseen un *sentido* y que al mismo tiempo son *comprensibles*; esto es, susceptibles de ser incluidos sin violencia en nuestra vida psíquica. Tales sueños, breves en general, son muy frecuentes y no despiertan, en su mayoría, nuestra atención por carecer de todo aquello que pudiera causarnos extrañeza o asombro. Su existencia es, además, un poderoso argumento contra la teoría que hace nacer el sueño de la actividad aislada de ciertos grupos de células cerebrales. En ellos falta todo indicio de una actividad psíquica debilitada o fragmentaria y, sin embargo, no oponemos nunca objeción alguna a su carácter de sueños ni los confundimos con productos de la vigilia. Un segundo grupo está formado por aquellos sueños que, aunque presentan coherencia y poseen un claro sentido, nos causan *extrañeza* por no saber cómo incluir dicho sentido en nuestra vida psíquica. Un tal caso es, por ejemplo, cuando soñamos que un querido pariente nuestro ha muerto de la peste, no teniendo nosotros ningún fundamento para esperarlo, temerlo o sospecharlo deberíamos preguntarnos, llenos de asombro, cómo se nos puede haber ocurrido aquello. Al tercer grupo pertenecen, por último, aquellos sueños que carecen de ambas cualidades: sentido y comprensibilidad, y se nos muestran *incoherentes, embrollados y faltos de sentido*. La inmensa mayoría de nuestros sueños presenta estos caracteres negativos que motivan nuestro despreciativo juicio sobre ellos y han servido de base a la teoría médica de la actividad psíquica limitada. Sobre esto, los productos oníricos más largos y complicados sólo raras veces dejan de presentar la más absoluta incoherencia.

La distinción entre contenido manifiesto y contenido latente no tiene

desde luego significación más que en los sueños de la segunda y tercera categoría, y especialmente en estos últimos. En ellos es donde surgen aquellos enigmas que no desaparecen hasta que se sustituye el contenido manifiesto por el contenido ideológico latente. Un sueño de esta clase, confuso e incomprensible, fue el que antes sometimos al análisis. Mas, contra lo que esperábamos, tropezamos con motivos que nos vedaron llegar al completo conocimiento de las ideas latentes, y la repetición de idéntica experiencia conduce a la hipótesis de que entre *el carácter incomprensible y confuso del sueño y la dificultad de comunicar las ideas del mismo existe una íntima y regular conexión*. Antes de investigar la naturaleza de la misma nos conviene dirigir nuestro interés a los sueños de la primera categoría, más fácilmente comprensibles, en los que el contenido latente coincide con el manifiesto, no existiendo, por tanto, elaboración.

La investigación de estos sueños es recomendable todavía desde otro punto de vista. Los sueños de los *niños* pertenecen precisamente a este género, poseyendo un claro sentido y no causando extrañeza ninguna, cosa que, dicho sea de paso, constituye un nuevo argumento contra la reducción del sueño a una actividad disociada del cerebro, pues no hay razón alguna para suponer que tal depresión de las funciones psíquicas ha de constituir un carácter de los sueños de los adultos y no, en cambio, de los sueños infantiles. Por otro lado, debemos abrigar las mayores y más justificadas esperanzas de que la aclaración de los fenómenos psíquicos en el niño, en el cual deben de hallarse esencialmente simplificados, demuestre ser una labor preliminar, indispensable para la psicología del adulto.

Expondré, pues, algunos ejemplos de sueños infantiles por mí reunidos. Una niña de diecinueve meses es tenida a dieta durante todo el día, a causa de haber vomitado al levantarse por haberle hecho daño, según declaró la niñera, unas fresas que había comido. En la noche de aquel día de abstinencia se le oye murmurar en sueños su nombre y añadir: «Fresas, frambuesas, bollos, papilla». Sueña, pues, que está comiendo y hace resaltar en su *menú* precisamente aquello que supone le será negado por algún tiempo. Análogamente sueña con una prohibida golosina un niño de veintidós meses que el día anterior había sido encargado de ofrecer a su tío un cestillo de cerezas, de las cuales, como es natural, sólo le habían dejado probar tres o

cuatro. Al despertar exclama, regocijado: «Germán ha comido todas las cerezas». Una niña de tres años y tres meses había hecho durante el día una travesía por el lago, que debió de parecerle corta, pues rompió en llanto cuando la hicieron desembarcar. A la mañana siguiente relató haber navegado por la noche sobre el lago; esto es, haber continuado el interrumpido paseo. Un niño de cinco años y tres meses no pareció muy satisfecho durante una excursión a pie por las inmediaciones de una montaña conocida con el nombre de la Dachstein; cada vez que aparecía a la vista una nueva montaña preguntaba si aquélla era la Dachstein, y se negó después a andar hasta una cascada que visitaron los que con él iban. Achacóse al cansancio esta conducta del niño, pero su verdadero motivo se reveló cuando a la mañana siguiente contó el sueño que había tenido y que era el de *haber subido a la Dachstein*. Sin duda había esperado que el fin de la excursión fuera el de subir a esta montaña y le disgustó mucho no llegar siquiera a verla. Su sueño le compensó de lo que el día le había negado. Idéntico fue el sueño de una niña de seis años, cuyo padre tuvo que interrumpir su paseo, por lo avanzado de la hora, cuando ya llegaban al fin que se habían propuesto alcanzar. Al regresar, había llamado la atención de la niña un nombre inscrito en un poste indicador, y el padre le había prometido llevarla otro día al punto a que correspondía dicho nombre. A la mañana siguiente, lo primero que la niña dijo a su padre fue que había soñado que iba con él, *tanto al sitio que no habían alcanzado la víspera como a aquel otro al que le había prometido llevarla*.

Lo que de común tienen estos sueños infantiles salta a la vista. Todos ellos realizan deseos estimulados durante el día y no cumplidos. Son *simples y francas realizaciones de deseos*.

Igualmente lo es también el siguiente sueño infantil, no del todo comprensible a primera vista. Una niña que aún no había cumplido cuatro años había sido trasladada del campo a la ciudad, a consecuencia de una afección poliomielítica que padecía, y pasó la noche en casa de una tía suya sin hijos, teniendo que dormir en una cama de persona mayor, que para ella resultaba enorme. A la mañana siguiente contó haber soñado que *la cama en que dormía era demasiado pequeña para ella, tan pequeña que apenas si cabía*. La solución de este sueño como sueño optativo es fácil de hallar,

recordando que el «ser grande» es un deseo muy frecuente en los niños. La magnitud del hecho recordó demasiado expresivamente a la infantil ambiciosa su propia pequeñez, haciéndola corregir en su sueño aquella desproporción que le desagradaba y crecer hasta tal punto, que la cama resultaba ya pequeña para ella.

Aun en los casos en que el contenido de los sueños infantiles se complica y sutiliza, no se aleja su solución del cumplimiento de un deseo. Un niño de ocho años soñó que iba con Aquiles en el carro de guerra guiado por Diomedes. Al buscar la solución de este sueño pudo demostrarse que días atrás le había interesado mucho la lectura de las leyendas heroicas griegas, con lo cual fue fácil de confirmar que había tomado por modelo a aquellos héroes y lamentaba no vivir en sus tiempos.

De esta pequeña colección de sueños infantiles surge claramente un segundo carácter de los mismos: *su conexión con la vida diurna*. Los deseos que en ellos se realizan son restos del día, generalmente de la víspera, y han poseído en el pensamiento despierto una intensa acentuación afectiva. Lo nimio e indiferente, o por lo menos lo que así tiene que ser considerado por el niño, no encuentra cabida en el contenido del sueño.

También en los adultos pueden reunirse numerosos ejemplos de tales sueños de tipo infantil; mas, como ya indicamos, son, en general, de breve contenido. De este modo, responden regularmente muchas personas a un nocturno estímulo de sed, con el sueño de hallarse bebiendo, el cual tiende, por tanto, a hacer desaparecer el estímulo y evitar que el durmiente despierte. En algunos individuos se presentan con frecuencia tales *sueños de comodidad (Bequemlichkeitsträume)* antes de despertar, cuando llega el momento en que tienen necesidad de levantarse. Sueñan entonces que ya se han levantado y están lavándose, o que se hallan ya en el colegio; la oficina, etc.; esto es, en el lugar en que efectivamente debían hallarse. En la noche anterior a un viaje se suele soñar haber llegado ya al punto de destino, y antes de una representación teatral o una reunión que se esperan con interés, el sueño anticipa no raras veces —impaciente— el placer esperado. Otras veces expresa el sueño la realización del deseo de un modo algo más indirecto, y para reconocer en él tal carácter es necesario el establecimiento de una relación y, por tanto, un comienzo de labor interpretativa. Así, cuando un

marido me relata que su mujer ha soñado que se le presentaba la menstruación, he de suponer que la esposa piensa en que si dicho periódico fenómeno no se le presenta es que ha quedado embarazada, y entonces el sentido del sueño es el de mostrar realizado el deseo de no hallarse aún encinta. En circunstancias extraordinarias y extremas se hacen especialmente frecuentes tales sueños de carácter infantil. El director de una expedición polar cuenta, por ejemplo, que durante la invernada entre los hielos, y sometidos a una monótona y escasa alimentación, soñaban él y sus compañeros con suculentas comidas, montañas de tabaco y cómoda estancia en sus hogares.

Con no escasa frecuencia resalta en un largo sueño complicado, y en general confuso, un trozo especialmente claro, que contiene una innegable realización de deseos, pero que está ligado con el restante material incomprensible. Cuando se intenta analizar también los sueños, impenetrados en apariencia, de los adultos, se ve con asombro que sólo raras veces son tan sencillos como los infantiles, y que detrás de la realización de deseos deben de esconder aún otro sentido.

Sería una simple y satisfactoria solución del enigma de los sueños el que el análisis nos hiciese posible reducir también los sueños de los adultos, confusos y faltos de sentido, al tipo infantil del cumplimiento de un intenso deseo del día. Mas todas las apariencias son contrarias a esta esperanza. Los sueños presentan, en su mayoría, el más extraño e indiferente material, y nada hay en su contenido que pueda considerarse como la realización de un deseo.

No quiero abandonar los sueños infantiles, que son francas realizaciones de deseos, sin hacer mención de un carácter capital del sueño, ha largo tiempo observado, y que precisamente es en este grupo donde con más claridad se muestra. Cada uno de estos sueños lo podemos sustituir por una frase optativa: «¡Ojalá hubiera durado más tiempo el paseo por el lago!» «Me gustaría estar ya lavado y vestido». «Si hubiera podido conservar para mí las cerezas, en lugar de dárselas a mi tío». Pero el sueño muestra algo más que este optativo; muestra el deseo realizado ya, ofrece su realización real y presente, y el material de la representación onírica consiste predominantemente —aunque no con exclusividad— en situaciones e imágenes visuales. También en este grupo existe, pues, una especie de

transformación, que puede considerarse como elaboración del sueño. *Una idea en optativa es sustituida por una visión en presente*.

IV

NOS inclinamos a suponer que también en los sueños confusos se ha verificado una tal transmutación, aunque no sepamos todavía si en ellos se trataba asimismo de un optativo. El primero de nuestros ejemplos, cuyo análisis iniciamos, nos hace suponer en dos ocasiones algo semejante. En el análisis aparece el recuerdo de una escena en que mi mujer se dirigió, desatendiéndome, a sus vecinos en la mesa redonda; el sueño contiene la *absoluta antítesis* de este suceso, mostrándome a la persona que en él sustituye a mi mujer, únicamente dedicada a mí. ¿Y a qué deseo puede mejor dar motivo un suceso desagradable que al de que sucediera todo lo contrario, como aparece cumplido en el sueño? En idéntica relación contraria se halla mi amarga reflexión de que nunca he tenido nada de balde, con la frase de la señora en mi sueño: «¡Ha tenido usted siempre tan bellos ojos!» Una parte de las contradicciones entre el contenido manifiesto y el latente podría, pues, reducirse también de este modo a la realización de deseos.

Más visible es todavía otra función de la elaboración onírica, por medio de la cual se forman los sueños incoherentes. Si en un ejemplo cualquiera comparamos el número de los elementos de representación del contenido manifiesto con el de las ideas latentes cuya huella aparece en el sueño y que nos han sido descubiertas por el análisis, no podemos dudar de que la elaboración del sueño ha llevado a cabo una magna comprensión o *condensación (Verdichtung),* proceso de cuya magnitud no llega uno en principio a darse cuenta exacta, pero que nos va revelando su extrema importancia conforme vamos ahondando en el análisis de los sueños. No se halla entonces un solo elemento del contenido del sueño del cual no partan los hilos de asociación en dos o más direcciones, ni una sola situación que no esté compuesta de dos o más impresiones o sucesos. Soñé yo uh día, por ejemplo, que veía una especie de piscina de natación, en la que los bañistas

partían nadando en distintas direcciones, mientras que una figura situada en la orilla se inclinaba hacia otra que se hallaba en el agua, como para ayudarla a salir. Esta situación estaba compuesta del recuerdo de un suceso acaecido durante mi pubertad y del de dos cuadros, uno de los cuales había yo contemplado poco tiempo antes del sueño. Tales dos cuadros eran el de la sorpresa en el baño del ciclo «Melusina» de Schwind y otro de autor italiano, que representaba el Diluvio universal. El pequeño suceso de mi pubertad consistía en haber visto en la escuela de natación cómo el profesor ayudaba a salir del agua a una señora que se había retrasado hasta los comienzos de la hora destinada a los hombres. La situación que aparece en el sueño antes escogido como ejemplo nos conduce al emprender su análisis a una pequeña serie de recuerdos, cada uno de los cuales ha contribuido en algo a la formación del contenido. El primero de ellos es el de la pequeña escena que antes expuse y que tuvo lugar en la época en que pretendí la mano de la que hoy es mi mujer. El apretón de manos que entonces nos dimos a escondidas ha suministrado al sueño el detalle de «por debajo de la mesa». Claro está que en aquella escena no hubo lo de «dirigirse exclusivamente a mí», como luego en el sueño. El análisis me ha mostrado que este elemento es la realización por antítesis del deseo provocado en mi por la conducta de mi mujer en la mesa redonda del balneario. Mas detrás de este reciente recuerdo se esconde una escena muy semejante y de mucha mayor importancia, acaecida durante la época en que mi esposa y yo estábamos ya prometidos, y que dio origen a un disgusto entre nosotros. El íntimo gesto de colocar una mano sobre mi rodilla pertenece a otro suceso muy diferente, en el que intervinieron personas distintas. Ese elemento del sueño constituye ahora a su vez el punto de partida de dos series especiales de ideas, y así sucesivamente.

El acervo de ideas latentes que se ha reunido para formar el contenido manifiesto tiene que ser, desde luego, apropiado para tal empleo. Y para ello precisa integrar uno o varios *elementos comunes* a todos los componentes. La elaboración del sueño procede entonces como Francis Galton en la formación de sus fotografías de familia; esto es, oculta los diversos componentes, superponiéndolos, y hace que surja con toda claridad lo que de común hay en ellos, mientras que los detalles contrarios se destruyen recíprocamente. Este proceso constitutivo aclara también en parte la singular vaguedad de muchos

elementos del contenido del sueño. Nuestro arte interpretativo basa en estos conocimientos la regla siguiente: allí donde en el análisis se encuentra una *impresión* que puede resolverse en la *elección alternativa de dos elementos* (o el elemento *A* o el elemento *B*), debe sustituirse, para la interpretación, tal alternativa por una agregación (el elemento *A* y el elemento *B*), tomando cada uno de los miembros de la aparente alternativa como punto de partida independiente de una serie de ocurrencias.

En aquellos casos en que las ideas latentes carecen de tales *elementos comunes*, la elaboración del sueño se ocupa en *crearlos* para hacer posible la representación común en el contenido manifiesto. El camino más cómodo para aproximar dos ideas del sueño que no tienen aún nada común consiste en variar la expresión verbal de una de ellas; operación a cuyo éxito coadyuva la otra por una correlativa transformación a otra forma expresiva. Es éste un proceso análogo al que tiene lugar en la composición de aleluyas, en las cuales la rima sustituye muchas veces al elemento común buscado. Una gran parte de la elaboración del sueño consiste en la creación de tales ideas intermedias, a veces muy chistosas, pero con gran frecuencia harto retorcidas y forzadas, que alcanzan desde la representación común en el contenido del sueño hasta las ideas del mismo, de diferente forma y esencia, y motivadas por los estímulos del sueño. También en el análisis de nuestro ejemplo hallamos un tal caso de transformación de una idea encaminada a hacerla coincidir con otra totalmente extraña a ella. Continuando el análisis, tropezamos con la idea de que *yo quisiera también conseguir alguna vez algo de balde*; pero esta forma es inutilizable para el contenido del sueño, y, por tanto, es sustituida por otra: *Quisiera gozar de algo sin que me «costase» nada*. La palabra «costar» («*kosten»— costar* o *probar, «Kost»=plato, manjar*) se adapta, con su segundo significado, al ciclo de representaciones de la «mesa redonda», y puede hallar su representación en las *espinacas* servidas en el sueño. Cuando en mi casa se sirve algún plato que mis hijos rechazan, intenta primero su madre hacérselo comer con las palabras: *Aunque no sea más que probarlo (kosten).* Parece extraño que la elaboración del sueño aproveche tan sin titubeos el doble sentido de las palabras, pero el análisis de los sueños nos muestra que se trata de un proceso regular y corriente.

Por la labor de condensación del sueño se explican también determinados componentes del contenido del mismo que le son peculiares y no se hallan en la ideación dispuesta. Son éstos las personas colectivas y mixtas, y los singulares productos híbridos; creaciones análogas a las composiciones zoomórficas de la fantasía de los pueblos orientales. Mas éstas han llegado a concretarse en nuestro pensamiento como unidades sintéticas; al paso que las composiciones oníricas presentan una inagotable riqueza de nuevas formas. Todos conocemos tales productos por nuestros propios sueños, siendo muy diversos los procesos por medio de los que llegan a constituirse. Podemos formar una tal persona compuesta formando rasgos de dos o más diferentes y atribuyéndoselos a una sola, dándole la figura de una y pensando en nuestro sueño en el nombre de la otra, o representándonos exactamente la imagen de un determinado individuo, pero colocándolo en una situación de la que otro fue protagonista. En todos estos casos es muy significativa tal síntesis de varias personas en una sola, que las representa a todas en el contenido del sueño, y su sentido es el de un «y» o un «también»; esto es, una equivocación de las personas originales con respecto a una determinada cuestión, que por otra parte puede hallarse indicada asimismo en el sueño. Mas por lo general esta comunidad, existente entre las personas fundidas en una sola, no se descubre sino en el análisis, no hallándose indicada en el contenido del sueño más que por la formación de la persona colectiva.

Igual regla analítica es aplicable a las formaciones mixtas del contenido del sueño, de tan rica composición, y de las que no creo necesario citar ejemplo alguno. Su singularidad desaparece por completo cuando nos decidimos a no colocarlas al lado de los objetos de la percepción despierta, sino que recordamos que representan un rendimiento de la condensación onírica, y hacen resaltar sintéticamente un carácter común de los objetos así combinados; comunidad que también aquí no aparece más que en el análisis. El contenido del sueño nos dice tan sólo que *todas aquellas cosas tienen una X común*. La descomposición de tales productos mixtos por medio del análisis conduce con frecuencia por el camino más corto al significado del sueño. Así, soñé yo una vez que me hallaba sentado, con uno de mis antiguos profesores universitarios, en un banco, que se movía rápidamente hacia adelante entre otros muchos. Era esto una especie de combinación de un aula

con un *trottoir roulant*[545]. Otra vez soñé hallarme en un vagón del ferrocarril, llevando sobre mis rodillas un objeto de la forma de un sombrero de copa, pero del más transparente cristal. La situación me recordó en el acto el conocido proverbio de que «sombrero en mano puede recorrerse toda la Tierra». El sombrero de cristal recuerda, trasde cortos rodeos, a los *mecheros Auer*, haciéndome ver que mi sueño entrañaba el deseo de hacer un descubrimiento que me hiciese tan rico e independiente como el suyo a mi compatriota el doctor Auer, de Welsbach, y que entonces viajaría mucho, en vez de tener que permanecer en Viena. En mi sueño viajo con mi invento —el sombrero de cristal—; objeto, por cierto, nada corriente aún. La elaboración del sueño gusta preferentemente de representar por medio de un solo producto mixto dos ideas contrarias. Así, cuando una mujer se ve en sueños llevando una alta vara florida, como el ángel en los cuadros que representan la Anunciación (inocencia: María es el nombre de la sujeto de este sueño); pero las flores de la vara son grandes, blancas y semejantes a camelias (antítesis de la inocencia: dama de las camelias).

Buena parte de lo que hemos llegado a conocer sobre la condensación del sueño puede resumirse en la fórmula siguiente: cada uno de los elementos del contenido del sueño está *superdeterminado* por el material de las ideas del sueño; tiene su antecedente no en un solo elemento de las ideas del sueño, sino en toda una serie de ellos que no necesitan estar muy próximos unos a otros dentro del contenido latente, pues pueden pertenecer a los más diferentes sectores del tejido ideológico. El elemento del sueño es en realidad *la representación, en el contenido manifiesto*, de todo este diverso material. El análisis descubre otra faceta de la relación compuesta entre el contenido y las ideas del sueño. Así como desde cada elemento del sueño conducen conexiones a varias ideas latentes, también generalmente *se halla representada una sola idea por más de un elemento*. Los hilos de asociación no convergen simplemente desde las ideas del sueño al contenido del mismo, sino que se cruzan y entretejen de múltiples maneras en el camino.

Junto a la transformación de una idea en una situación (la «dramatization»), es la condensación el carácter más importante y peculiar de la elaboración del sueño. Mas aún no hemos descubierto motivo alguno que haga necesaria esta comprensión del contenido.

V

ENEn los sueños complicados y confusos, de los que nos ocupamos ahora, no puede atribuirse por completo a los efectos de la condensación y la dramatization la disparidad que se observa a primera vista entre el contenido del sueño y las ideas del mismo, pues existen de la actuación de un tercer factor testimonios muy dignos de ser tenidos en cuenta.

Una vez conseguido por medio del análisis el conocimiento de las ideas del sueño, lo primero que echamos de ver es que el contenido manifiesto del mismo trata materias totalmente distintas que el latente. Mas, en realidad, esto es tan sólo una apariencia, que se desvanece en cuanto la investigación se hace más penetrante, pues entonces hallamos realizado en las ideas del sueño todo el contenido del mismo, y representadas casi todas las ideas por dicho contenido. Sin embargo, queda siempre alguna disparidad. Aquello que en el sueño se presentaba amplia y precisamente como contenido esencial, tiene que contentarse después del análisis con un papel muy secundario entre las ideas del sueño, y lo que mis sentimientos me hacen ver como lo más importante entre dichas ideas resulta que no se halla representado en el contenido manifiesto, o lo está solamente por una lejana alusión y en la parte más imprecisa del mismo. Este hecho puede describirse en la forma siguiente: *Durante la elaboración del sueño pasa la intensidad psíquica desde las ideas y representaciones, a las que pertenece justificadamente, a otras que, a mi juicio, no tienen derecho alguno a tal acentuación*. Ningún otro proceso contribuye tanto a ocultar el sentido del sueño y a hacer irreconocible la conexión entre el contenido manifiesto y las ideas latentes. Durante este proceso que denominaré *desplazamiento del sueño (Traumverschiebung)*, veo asimismo transformarse la intensidad psíquica, la importancia y la capacidad de afecto de las ideas en vitalidad material. Lo más claro del contenido del sueño se me aparece a primera vista como lo más importante; pero el análisis nos muestra que un impreciso elemento del sueño constituye con frecuencia el más directo representante de la principal idea latente.

Lo que he denominado *desplazamiento del sueño* hubiera podido calificarlo también de *transmutación de los valores psíquicos*. Mas, para

dejar totalmente caracterizado este fenómeno, debo añadir que su actuación varía mucho de intensidad en los diferentes sueños. En algunos de ellos no tiene lugar al menor desplazamiento, y éstos son al mismo tiempo los más llenos de sentido y más comprensibles; por ejemplo, aquellos que hemos reconocido como realizaciones no disfrazadas de deseos. En otros sueños no hay un solo elemento de las ideas latentes que haya conservado su propio valor psíquico, y a veces todo lo esencial de dichas ideas aparece sustituido por elementos secundarios. Entre estos caracteres extremos existe toda una serie de grados intermedios. Cuando más oscuro y confuso es su sueño, más participación debe atribuirse en su formación al factor *desplazamiento*.

En el ejemplo que hemos hecho objeto de nuestro análisis aparece como efecto del desplazamiento el hecho de que su contenido se halla diferentemente *centrado* por las ideas. El contenido del sueño muestra en primer término una situación, en la que parece que mi compañera de mesa me hace una velada declaración amorosa; lo más importante en las ideas del sueño reposa en el deseo de gozar alguna vez un amor desinteresado, que no «cueste nada», y esta idea se oculta detrás de la frase hecha «por mis bellos ojos» y la lejana alusión «espinacas».

Cuando por medio del análisis podemos seguir paso a paso el proceso del desplazamiento, llegamos a adquirir datos seguros sobre dos discutidísimos problemas de los sueños: sus estímulos y su conexión con la vida despierta. Existen sueños que revelan inmediatamente su enlace con los sucesos del día anterior; pero en otros no se descubre la menor huella de un tal enlace. Acudiendo en estos últimos al análisis puede mostrarse que todo sueño, sin excepción alguna, está ligado a una impresión de los últimos días, o quizá más precisamente del último día antes del sueño (día del sueño). Esta impresión, que constituye el estímulo del sueño, puede ser de una tal importancia que no nos maraville el ocuparnos de ella fuera del mismo, y en este caso decimos con razón que nuestro sueño continúa los importantes intereses de la vida despierta. Mas, en general, cuando en el contenido del sueño aparece una relación con una impresión diurna, suele ser ésta tan insignificante, nimia y merecedora de ser olvidada, que ni siquiera podemos recordarla sino con esfuerzo. El mismo contenido del sueño parece entonces ocuparse —aun en los casos en que se muestra coherente y comprensible—

con las más ociosas nimiedades, las cuales serían indignas de nuestro interés despierto. A esta preferencia por lo indiferente y fútil en el contenido del sueño obedece en gran parte el desprecio con que miramos los fenómenos oníricos.

El análisis destruye la apariencia en que se funda este juicio despreciativo. Donde el contenido del sueño presenta en primer término una impresión indiferente como estímulo, el análisis revela siempre el suceso importante —justificado como estímulo—, que, sustituido por la impresión indiferente, ha entrado en conexión con sus enlaces asociativos. Asimismo, en aquellos sueños cuyo contenido manifiesto actúa con un material de representaciones desprovisto de importancia e interés, descubre el análisis las numerosas rutas de enlace, por medio de las cuales se une lo indiferente con lo valioso en la estimación psíquica de cada elemento. *Constituye tan sólo un efecto del proceso de desplazamiento el hecho de que en lugar de la impresión justificadamente estimulante o el material de justificado interés sea lo indiferente lo que llegue a hacerse admitir con el contenido del sueño*. Y si para la solución de los problemas del estímulo de los mismos con la actividad cotidiana se tienen en cuenta los nuevos conocimientos que hemos adquirido al sustituir el contenido manifiesto por el latente, tendremos que convenir en que *el sueño no actúa nunca con nada que no sea digno de ocupar también nuestro pensamiento despierto, y que las pequeñeces que no llegan a atraer nuestro interés durante el día son también impotentes para perseguirnos en nuestro sueño*.

¿Cuál es el estímulo del sueño en el ejemplo que escogimos para nuestro análisis? El suceso —realmente insignificante— de que un amigo mío me procurase un *gratuito paseo en coche*. La escena de la mesa redonda, en mi sueño, contiene una alusión a este motivo indiferente, pues en mi conversación con mi acompañante había yo establecido un paralelo entre los taxímetros y las comidas en la mesa redonda de los hoteles. Mas también puedo indicar el suceso importante que en mi sueño se deja representar con este otro insignificante: días atrás me había yo desprendido de una cantidad bastante elevada en favor de una persona de mi familia. Entre las ideas latentes está la de que no sería extraño que dicha persona estuviese agradecida a mi beneficio, y que, por tanto, su cariño no fuese *gratuito*

(kontelos). La idea de cariño gratuito es precisamente la que ocupa el primer término entre las que forman el contenido latente del sueño. El hecho de que aún no hace mucho tiempo había yo ido varias veces en coche con el pariente objeto de mi liberalidad hace posible que el paseo en coche dado con mi amigo me recuerde mis relaciones con otra persona. La impresión indiferente, que por tales conexiones se convierte en estímulo del sueño, tiene aún que cumplir otra condición: la de ser *reciente*; esto es, proceder del día del sueño.

No puedo abandonar el tema del desplazamiento sin hacer constar un singular proceso, que tiene lugar en la formación del sueño, y en el que obran conjuntamente la condensación y el desplazamiento. En la primera hemos examinado ya el caso de que dos representaciones de las ideas del sueño que tiene algo de común, en punto de contacto, son situadas en el contenido manifiesto por una representación mixta, en la cual aparece un claro nódulo, que corresponde al elemento común, e imprecisas determinantes accesorias, correspondientes a las peculiaridades de cada una de dichas representaciones. Si a esta condensación se añade un desplazamiento, no se produce una representación mixta, sino que se forma un *producto común intermedio*, que es a los elementos que lo forman lo que en el paralelogramo de las fuerzas son las resultantes a sus componentes. En el contenido de uno de mis sueños se trata, por ejemplo, de una inyección de *propilena*. El análisis me conduce al principio a un suceso diferente, que había actuado como estímulo del sueño, y en el cual se trataba de la *amilena*. Pero al ciclo de ideas del mismo sueño pertenece también el recuerdo de mi primera’ visita a Munich, en la que los *propileos* atrajeron mi atención. Los resultados siguientes del análisis me hicieron admitir que el desplazamiento de amilena a propilena era debido a la influencia del segundo ciclo de representaciones sobre el primero. *Propilena* es, por decirlo así, la representación intermedia entre *amilena* y *propileos*, y como tal se ha introducido a modo de *transacción* y por una condensación y un desplazamiento simultáneos en el contenido del sueño.

Con mayor fuerza aún que al tratar de la condensación se impone aquí, al examinar el proceso del desplazamiento, la necesidad de hallar un motivo para todos estos misteriosos esfuerzos de la elaboración del sueño.

VI

SI al proceso de desplazamiento se debe principalmente el que no se hallen o no se reconozcan en el contenido del sueño las ideas del mismo —sin que pueda adivinarse el motivo de tal deformación—, otra forma menos intensa de la transformación que sufren las ideas del sueño nos conduce al descubrimiento de una nueva función, más fácilmente comprensible, de la elaboración del mismo. Las primeras ideas latentes que el análisis revela suelen extrañar por su poco corriente apariencia. No parecen presentarse en las tímidas formas expresivas, de las que se sirve preferentemente nuestro pensamiento, sino que se muestran representadas simbólicamente por medio de comparaciones y metáforas, como en un lenguaje poético, rico en imágenes. No es difícil hallar las causas que obligan a adoptar esta forma expresiva a las ideas del sueño. El contenido del mismo se compone casi siempre de situaciones visuales y, por tanto, las ideas del sueño tienen, ante todo, que adoptar una disposición que las haga aptas para esta forma expositiva. Si intentamos sustituir las frases de un artículo político o de un informe forense por una serie de dibujos, comprenderemos fácilmente las transformaciones que la elaboración del sueño se ve obligada a llevar a cabo ante la necesidad de que el material dado pueda ser expuesto en el contenido.

Entre el material psíquico de las ideas latentes se encuentran regularmente recuerdos de sucesos impresionantes, que datan con frecuencia de la más temprana niñez, y han sido percibidos por el sujeto —dado su carácter de sucesos exteriores— como situaciones visuales en su mayor parte. Estos elementos de las ideas latentes ejercen, siempre que les es posible, una influencia determinante sobre la conformación del contenido del sueño, y actúan como núcleo de cristalización sobre el material de las ideas latentes. La situación del sueño no es, con frecuencia, más que una repetición de un tal suceso, modificada y complicada por numerosas intercalaciones. Sólo raras veces nos trae, en cambio, el sueño reproducciones fieles y no mezcladas de escenas reales. Mas el contenido del sueño no consta exclusivamente de situaciones, sino que encierra fragmentos inconexos de cuadros visuales, discursos y hasta trozos de ideas no transformados. Será quizá muy

interesante exponer aquí lo más rápidamente posible los medios de representación de que dispone la elaboración del sueño para reproducir en la peculiar forma expresiva del mismo las ideas latentes.

Estas ideas que el análisis nos revela se nos muestran como un complejo psíquico de una complicadísima estructura, cuyos componentes se hallan unos con otros en las más diversas relaciones lógicas, constituyendo el primero y el último término las condiciones, las divagaciones, las aclaraciones y las objeciones. Casi siempre aparece junto a una ruta mental su reflejo contradictorio. No falta a este material ninguno de los caracteres que nos son conocidos por pertenecer a nuestro pensamiento despierto. Si de todo ello ha de nacer un sueño, sufre este material psíquico una comprensión que lo condensa; una fragmentación y un desplazamiento internos, que crean nuevas superficies, y una influencia seleccionadora, ejercida por los componentes utilizables para la formación de la situación. Dada la génesis de este material, debe darse a un tal proceso el nombre de *regresión*. Los lazos lógicos, que hasta ahora habían mantenido unido el material psíquico, se pierden en esta transformación, de la cual surge el contenido del sueño. La elaboración onírica no toma a su cargo más que el contenido objetivo de las ideas latentes. Al análisis incumbe luego restablecer la conexión destruida por la elaboración.

Así, pues, los medios de expresión del sueño pueden considerarse escasísimos en comparación con los que el idioma nos proporciona para la exteriorización de nuestro pensamiento; mas el sueño no tiene necesariamente que renunciar por completo a la reproducción de las relaciones lógicas entre las ideas latentes. Con mucha frecuencia consigue, por el contrario, sustituirlas por caracteres formales que le son propios.

El sueño reconoce, en primer lugar, la innegable conexión entre todos los elementos de las ideas latentes por el hecho mismo de reunir dicho material para formar una situación. Reproduce la *conexión lógica* como *aproximación en el tiempo y en el espacio,* de un modo análogo al pintor que reúne en un cuadro que quiere representar el Parnaso a todos los poetas, los cuales jamás se han hallado juntos en la cima de una montaña, pero no por ello dejan de constituir una comunidad. El sueño emplea en todos sus detalles esta misma forma representativa, y cuando muestra en su contenido dos elementos

próximos uno a otro delata con esta aproximación un enlace especialmente estrecho entre los correspondientes elementos latentes. Obsérvase además que todos los sueños de una misma noche revelan en el análisis proceder del mismo ciclo de pensamientos.

La *relación causal* entre las ideas queda unas veces sin representación alguna o es sustituida por la *sucesión* inmediata de dos largos trozos del sueño diferentes. A menudo esta última representación tiene lugar a la inversa, o sea que el primer trozo del sueño corresponde a la consecuencia, y el final del mismo al antecedente. La *transformación* directa de un objeto en otro parece representar en el sueño la relación de *causa a efecto*.

La *alternativa* (esto o aquello) no es expresada jamás por el sueño, el cual toma en este caso los dos miembros de la misma como igualmente justificados y los incluye en el mismo contexto. Ya indiqué también que cuando en el sueño aparece reproducida una alternativa (esto o aquello), debe traducirse por una agregación (esto y aquello).

Las ideas contradictorias son representadas preferentemente en el sueño por un mismo y único elemento[546]. La *oposición* entre dos ideas, la relación de *inversión* halla en el sueño una notabilísima forma representativa, consistente en que otro trozo del sueño es transformado —simultánea o sucesivamente— en su contrario. Más adelante hallaremos otra forma de expresar la *contradicción*. También la sensación tan frecuente en el sueño, de *no poder moverse libremente*, sirve para representar una contradicción entre impulsos, un *conflicto de la voluntad*.

Una sola de las relaciones lógicas, la de *analogía*, *comunidad* o *coincidencia*, es aceptada francamente por el mecanismo de la elaboración del sueño, el cual se sirve de estos casos como punto de apoyo para la condensación, reuniendo en una *nueva unidad* todo aquello que muestra tal coincidencia.

Esta corta serie de fugaces observaciones no agota naturalmente la exposición de la plenitud de medios representativos formales que el sueño posee para exponer las relaciones lógicas de las ideas latentes. Los distintos sueños se hallan, respecto a este punto, más sutil o descuidadamente elaborados, se ciñen más o menos al texto dado y hacen un mayor o menor uso de los medios auxiliares de la elaboración. En el último caso resultan

oscuros, confusos e incoherentes. Mas cuando el sueño aparece claramente absurdo, encerrando en su contenido un franco contrasentido, es que se ha formado así intencionadamente, y expresa por medio de su aparente negligencia de todas las reglas lógicas un trozo del contenido intelectual de las ideas latentes. El absurdo en el sueño significa *contradicción*, *injuria* o *burla* en las ideas latentes. Dado que esta explicación nos proporciona la objeción más fuerte contra la teoría que hace surgir al sueño de una actividad psíquica disociada y exenta de crítica, la apoyaremos con la exposición de un ejemplo:

Uno de mis conocidos, el señor M., ha sido atacado en un artículo nada menos que por el propio Goethe. Todos reconocemos que la violencia del ataque es injustificada; pero como es natural, dada la personalidad del atacante, M. ha quedado totalmente hundido, y se lamenta amargamente de la injusticia sufrida ante varias personas, reunidas alrededor de una mesa. Sin embargo, no ha disminuido su veneración por Goethe. Intento aclarar las circunstancias de tiempo, que me parecen inverosímiles. Goethe murió en 1832. Dado que su ataque contra M. tuvo que tener lugar antes de esta fecha, M. debía de ser entonces muy joven. Me parece probable que tuviera unos dieciocho años. Mas no sé con seguridad el año en que nos hallamos actualmente, y de este modo, todo mi cálculo se hunde en las tinieblas. El ataque a M. se halla contenido en el ensayo de Goethe titulado *Naturaleza*.

La falta de sentido de este sueño aparece aún con mayor precisión sabiendo que M. es un hombre de negocios muy apartado de todo interés poético o literario. Mas al penetrar en el análisis puede demostrarse cuánto *método* se oculta detrás de tal falta de sentido. El sueño extrae su material de tres fuentes:

1.ª M., al que conocí en una *comida*, me pidió un día que reconociera a su hermano mayor, que presentaba señales de perturbación mental. En mi diálogo con el enfermo tuvo lugar una penosa escena, en la cual me reveló, sin que yo diese motivo ni ocasión para ello, las faltas de su hermano, aludiendo a su *disipada juventud*. En este reconocimiento hube de preguntar al paciente la *fecha de su nacimiento (año de la muerte en el sueño)*, haciéndole verificar diversos cálculos, con objeto de investigar el grado de debilidad de su memoria.

2.ª Una revista médica, en la que figuraba yo como colaborador, había publicado una *abrumadora crítica*, obra de un *joven* redactor, sobre un libro de mi amigo F., de Berlín. Habiendo reprochado yo al autor del artículo su encarnizamiento, me expresó su pesar por haberme disgustado, pero no pudo prometerme poner remedio alguno a lo hecho. A consecuencia de esto rompí mis relaciones con la revista y expresé en la carta en que notificaba mi separación la esperanza de que lo *sucedido no influiría para nada en nuestras relaciones personales*. Ésta es la verdadera fuente del sueño. ¡La despreciativa crítica del libro de mi amigo me había causado una profunda impresión, pues a mi juicio contenía su obra un descubrimiento biológico fundamental, que comienza ahora —pasados muchos años— a ser aceptado por sus colegas!

3.ª Una paciente me había contado hacía poco tiempo la historia de la enfermedad de su hermano, el cual había sido atacado de locura frenética, sumiéndose en ella con el grito de *¡Naturaleza, naturaleza!* Los médicos habían opinado que tal exclamación provenía de la lectura del citado ensayo de Goethe, y constituía una indicación del exceso de trabajo que había pesado sobre el enfermo en sus estudios. Por mi parte, había yo observado que me *parecía más plausible* dar a la exclamación *¡Naturaleza!* aquel otro sentido sexual, conocido por todos los hombres, hasta por los de menor cultura. El hecho de que el infeliz paciente se mutilara después los genitales pareció darme la razón. Cuando sufrió el ataque inicial tenía este individuo dieciocho años.

En el contenido del sueño se oculta primeramente detrás del *yo* el amigo mío tan maltratado por la crítica, *intento aclarar un poco las circunstancias de tiempo*. El libro de mi amigo trata precisamente de las circunstancias *temporales* de la vida y cita repetidamente a Goethe en relación con determinadas opiniones sobre biología.

Mas este *yo* es comparado a un paralítico[547]: («No sé con seguridad el año en que nos hallamos».) Por tanto, el sueño representa que mi amigo se conduce como un paralítico y flota en el absurdo. Mas los pensamientos del sueño expresan irónicamente: «Es natural. El es un loco, y vosotros sois unos genios, y sabéis mucho más de estas cosas. ¿No será más bien todo lo *contrario*?» Esta *inversión* se halla representada ampliamente en el contenido

del sueño: Goethe ha atacado a un hombre, actualmente joven, lo cual es absurdo; al paso que es muy fácil que cualquier joven literato actual critique duramente al gran Goethe.

Podemos casi seguramente afirmar que ningún sueño es producido por sentimientos distintos de los egoístas. El *yo* del sueño no representa tan sólo a mi amigo, sino que también me representa a mí mismo. Yo me identifico con él por el hecho de que la suerte corrida por su descubrimiento me muestra cómo han de ser acogidas quizá los *míos propios*. Cuando yo haga pública mi teoría sobre la significación etiológica de la sexualidad en las perturbaciones psiconeuróticas (véase la alusión al enfermo de dieciocho años): «¡Naturaleza, naturaleza!», hallaré críticas idénticas, y de las que desde ahora me burlo con la misma ironía.

Persiguiendo las ideas latentes encuentro siempre *burla* y *desprecio* como *correlación a los absurdos del sueño*. El hallazgo de un cráneo de oveja en el Lido veneciano inspiró a Goethe la primera idea de la constitución vertebral del cráneo. Mi amigo se jacta de haber desencadenado, siendo estudiante, una protesta contra un anciano profesor, que muy competente; en años anteriores (sobre todo en esta parte de la anatomía comparada), había llegado a ser, a causa de su ancianidad, totalmente inepto para continuar dando su clase. La agitación promovida por este caso puso remedio a la equivocación que supone el hecho de no existir en Alemania limitación alguna de edad para el ejercicio de la actividad académica. La *edad no protege contra la tontería*. En el hospital de Viena tuve el honor de prestar mis servicios durante muchos años bajo las órdenes de un director *fosilizado* que, notoriamente chocho hacia varios decenios, seguía ejerciendo un cargo lleno de responsabilidades. Una característica correspondiente al hallazgo del Lido acude a mi pensamiento en este punto. Con referencia a este individuo, compusieron mis jóvenes colegas del hospital una variante de unos chistosos versos, populares por entonces. «Eso no lo ha escrito ningún Goethe ni lo ha compuesto ningún Schiller…»

VII

NO hemos terminado aún con el estudio de la elaboración del sueño. Nos vemos obligados a incluir en ella, además de la condensación del desplazamiento y de la disposición visual del material psíquico, otra actividad cuya actuación no es reconocible en todos los sueños. No trataré aquí en detalle esta parte de la elaboración del sueño, y me limitaré a observar que como más rápidamente podemos formarnos una idea de su esencia es aceptando por lo pronto la hipótesis, probablemente inexacta, *de que actúa a posteriori sobre el contenido del sueño ya formado*. Su función es entonces la de ordenar los componentes del sueño de manera que se reúnan aproximadamente para formar una totalidad, una composición onírica. El sueño recibe así una especie de fachada, que de todos modos no cubre por completo el contenido, y sufre al mismo tiempo una primera interpretación provisional que es apoyada por intercalaciones y ligeras variantes. Esta elaboración del contenido del sueño deja subsistir todos sus enigmas y arbitrariedades y no proporciona más que una equivocada inteligencia de las ideas latentes, siendo necesario prescindir de esta tentativa de interpretación al emprender el análisis.

Esta parte de la elaboración del sueño deja transparentarse mejor que ninguna otra su motivación, que es el *intento de que el sueño resulte comprensible*. El descubrimiento de esta motivación nos revela la procedencia de la actividad a que la misma da origen, la cual se conduce con el contenido del sueño dado como nuestra actividad psíquica normal con cualquier contenido de una percepción que se sitúe ante ella. Nuestra actividad psíquica acoge dicho contenido empleando determinadas representaciones previas y lo ordena ya, al percibirlo, entre las hipótesis comprensibles. Mas, al hacerlo así, corre peligro de falsearlo, y cae, efectivamente, en los más singulares errores, cuando no puede situarlo al lado de algo ya conocido. Sabido es que no podemos contemplar una serie de signos extraños, ni oír una serie de palabras desconocidas, sin falsear primero su percepción, situándolos al lado de algo que nos es conocido, impulsados por la preocupación de la comprensibilidad.

Aquellos sueños que han experimentado esta elaboración por parte de una actividad psíquica totalmente análoga al pensamiento despierto pueden denominarse *bien compuestos*. En otros sueños falta por completo tal

actividad; no se ha intentado siquiera establecer en ellos un orden ni una interpretación, y al despertar, sintiéndonos identificados con esta parte de la elaboración onírica, juzgamos que nuestro sueño ha sido «confuso y embrollado». Mas para el análisis tienen tanto valor aquellos sueños que semejan un desordenado montón de fragmentos incoherentes como los que presentan una lisa superficie continua. En el primer caso, nos ahorramos el esfuerzo de destruir de nuevo, por medio del análisis, la elaboración del contenido manifiesto.

Sería, sin embargo, un error no ver en estas fachadas de los sueños más que tales elaboraciones, realmente confusas y asaz arbitrarias, del contenido manifiesto por la instancia consciente de nuestra vida anímica. Para la construcción de la fachada del sueño se emplean con frecuencia fantasías optativas que se hallan ya formadas en las ideas latentes y que son del mismo género que las que conocemos por pertenecer a nuestra vida despierta y llamamos, apropiadamente, «sueños diurnos». Las fantasías optativas que el análisis descubre en los sueños nocturnos revelan ser repeticiones y transformaciones de escenas infantiles, y de este modo nos muestra inmediatamente la fachada del sueño, en algunos de éstos, el verdadero nódulo del mismo, desfigurado por la mezcla con otro material.

Las cuatro actividades mencionadas son las únicas que pueden descubrirse en la elaboración del sueño. Si sostenemos nuestra definición de que el concepto «elaboración del sueño» significa la traslación de las ideas del sueño al contenido del mismo, tendremos que decirnos que dicha elaboración no es, en modo alguno, creadora: no desarrolla ninguna fantasía propia, no juzga ni concluye nada y su función se limita a condensar el material dado, desplazarlo y hacerlo apto para la representación visual, actividades a las que se agrega el último trozo, inconstante, de elaboración interpretativa. Algo hallamos también en el contenido del sueño que quisiéramos considerar como el resultado de una distinta y más elevada función intelectual, pero el análisis demuestra siempre convincentemente *que estas operaciones intelectuales han tenido lugar ya en las ideas del sueño, habiéndose limitado el contenido del sueño a acogerlas en sí*. Una consecuencia en el sueño no es otra cosa que la repetición de una conclusión que ha tenido lugar en las ideas latentes, apareciendo incontrovertible cuando

ha pasado al sueño sin sufrir transformación alguna, e insensata cuando ha sido desplazada sobre otro material por la elaboración. Una operación aritmética incluida en el contenido manifiesto no significa otra cosa sino que entre las ideas latentes se encuentra un cálculo, el cual es siempre exacto, mientras que la operación que aparece en el sueño puede dar los más absurdos resultados, por condensación de sus factores y desplazamientos, sobre otro material, del modo de realizarla. Ni siquiera las frases que se hallan en el contenido del sueño son de nueva composición, pues se revelan como construidas con fragmentos de frases pronunciadas, oídas o leídas por el sujeto, y renovadas en las ideas latentes, copiando con toda fidelidad su forma, pero prescindiendo por completo de la causa que las motivó y alterando enormemente su sentido.

No es, quizá, superfluo apoyar con algunos ejemplos estas últimas afirmaciones:

1.Un sueño aparentemente inocente y bien compuesto, de una paciente mía.

«Va al mercado con su cocinera, la cual lleva su cesta. El carnicero, al que piden algo, les contesta: *No hay ya*, y quiere despachar otra cosa diferente, observando: 'Esto también es bueno'. Ella rehúsa la oferta y se dirige al puesto de la verdulera, la cual quiere venderle una extraña verdura, atada formando manojo y de color negro. Ella dice entonces: *No he visto nunca cosa semejante*. No la compro».

La frase «No hay ya» procede del tratamiento. Yo mismo había explicado a la paciente, días antes, que en la memoria del adulto *no hay ya* nada de sus antiguos recuerdos infantiles, los cuales han sido sustituidos por transferencias y por sueños. Soy yo, por tanto, el carnicero.

La segunda frase: «No he visto nunca cosa semejante», fue pronunciada en otra ocasión, totalmente distinta. El día anterior había exclamado la paciente, al regañar a su cocinera, que, como hemos visto, aparece también en el sueño: «Tiene usted que conducirse más correctamente. ¡No he visto nunca cosa semejante!», esto es, no permito tal comportamiento. El trozo más inocente de esta frase llegó por desplazamiento a incluirse en el contenido del sueño. En cambio, en las ideas latentes sólo el otro trozo de la frase desempeñaba un papel determinado, pues la elaboración del sueño

transformó hasta hacerla irreconocible, y darle el aspecto de una total inocencia, una situación fantástica, en la cual yo me *conducía incorrectamente en cierto sentido* con la señora de referencia. Esta situación, esperada en la fantasía, no es, además, sino una nueva edición de una escena realmente vivida por la paciente en ocasión anterior.

2.Un sueño aparentemente insignificante y en el que aparecen números. «Ella quiere pagar alguna cosa; su hija saca de su bolsillo *3 florines 65 céntimos*. Pero ella le dice: '¿Qué haces? No cuesta más que *21 céntimos*'».

El sujeto de este sueño era una señora extranjera, que había hecho ingresar a su hija en un establecimiento pedagógico de Viena y que se sometió a mi tratamiento. En el día del sueño le había indicado la directora del establecimiento la conveniencia de dejar en él a su hija un año más. En este caso hubiera ella podido prolongar por dicho tiempo su tratamiento curativo. Los números del sueño adquieren su significación al recordar que el tiempo es oro. *Time is money*. Un año es igual a 365 días, o expresando en céntimos, a 365 céntimos, 3 florines 65 céntimos. Los 21 céntimos corresponden a las tres semanas que restaban hasta el final del año escolar, y, por tanto, hasta el día en que habría que dar por terminado el tratamiento. Eran seguramente razones económicas las que habían llevado a la señora a rechazar la indicación de la directora del colegio y las que motivaban la pequeñez de la cantidad que aparecía en el sueño.

3.Una joven señora, casada hacía varios años, supo que una amiga suya, de su misma edad Elisa L., había celebrado sus esponsales. Esta noticia motivó el sueño siguiente: «Se halla en el teatro con.su marido. Una parte del patio de butacas está desocupada. Su marido le cuenta que Elisa L. y su prometido hubieran querido ir también al teatro, pero no habían conseguido más que muy malas localidades, tres por 1 florín 50 céntimos, y no quisieron tomarlas. Ella contesta que el no haber podido ir aquella noche al teatro no es ninguna desgracia».

Nos interesa averiguar, en este sueño, de qué ideas latentes proceden los números que aparecen en el contenido manifiesto y cuáles han sido las transformaciones por las que dichas ideas han pasado. ¿De dónde procede la cantidad 1,50 florines? De un motivo indiferente del día anterior. Su cuñada había recibido, como regalo de su hermano, el marido de la protagonista del

sueño, la suma de 1,50 florines y se había *apresurado* a gastarlos comprándose un objeto de adorno. Observaremos que 150 florines son 100 veces 1 florín 50 céntimos. Para el número *tres*, de los billetes del teatro, no se encuentra más enlace que el de que Elisa L., la amiga prometida, es precisamente tres meses más joven que la sujeto del sueño. La situación que en éste aparece es la reproducción de un pequeño suceso que motivó las burlas de su esposo. En una ocasión se había *apresurado* a tomar, con gran anticipación, billetes para una representación teatral, y cuando entraron en el teatro vieron que *una parte del patio de butacas quedaba casi vacía*. No había, pues, necesidad de haberse apresurado tanto a tomar las localidades. No dejaremos, por último, pasar inadvertido el *absurdo* detalle del sueño, de que dos personas tengan que tomar tres localidades.

Veamos ahora las ideas latentes de este sueño. Ha sido un *disparate casarme* tan joven; *no tenía necesidad alguna de apresurarme tanto*. En el ejemplo de Elisa L., veo que no me hubiese faltado un marido, y, además, uno cien veces mejor (Schatz = marido, novio, tesoro), si hubiera esperado. *Tres* maridos como éste hubiera podido comprarme con el mismo dinero (dote).

VIII

DESPUÉS del estudio de la elaboración del sueño, que hemos llevado a cabo en los capítulos que anteceden, nos hallaremos inclinados a considerarla como un proceso *psíquico* especial, sin precedente alguno en nuestro conocimiento. De este modo, recae ahora sobre la elaboración onírica la extrañeza que solía antes despertar en nosotros su producto, o sea el sueño mismo. De toda una serie de procesos psíquicos a los que debe atribuirse la formación de los síntomas histéricos y de las ideas angustiosas, obsesivas y delirantes, la elaboración del sueño es el primero a cuyo conocimiento nos ha sido dado llegar. La condensación, y sobre todo el desplazamiento, son caracteres que nunca faltan en estos procesos. En cambio, la conversión de ideas en imágenes visuales es privativa de là elaboración onírica. Si de

nuestras investigaciones resultase la posibilidad de incluir los fenómenos oníricos entre aquellos que deben su origen a la enfermedad psíquica, tanto más importante sería para nosotros averiguar las condiciones esenciales de procesos como el de la formación de los sueños. Pero aunque parezca extraño y casi increíble, ni el dormir ni la enfermedad pertenecen a estas indispensables condiciones. Una gran cantidad de fenómenos de la vida cotidiana de los sanos: el olvido, las equivocaciones orales, los actos de aprehensión errónea y una determinada clase de errores, deben su génesis a un mecanismo psíquico análogo al sueño y a los demás procesos que constituyen la serie antes citada.

El corazón del problema se halla en el desplazamiento, la más singular de las funciones de la elaboración del sueño. Cuando se penetra suficientemente en la materia, se ve que la condición esencial del desplazamiento es puramente psicológica y de la naturaleza de una *motivación*, cuyas huellas aparecen en cuanto se presta atención a ciertos resultados del análisis de los sueños, que no pueden pasar inadvertidos. En el primero de los análisis expuestos tuve que interrumpirme en la comunicación de las ideas latentes, por haber entre ellas algunas que prefería mantener secretas y que no podía revelar sin herir importantes consideraciones. Añadí luego que no traería ventaja ninguna elegir otro ejemplo para comunicar su análisis, pues en todo sueño de contenido oscuro y embrollado llegaría a tropezar con pensamientos que exigirían el secreto. Pero prosiguiendo para sí mismo el análisis, llego a ideas que no conocía existieran en mí y que no sólo me parecen *extrañas*, sino que me son *desagradables* y quisiera negarme a mí mismo, rechazando el análisis cuya inexorable concatenación me fuera, bien a pesar mío, a admitirlas. No puedo explicarme este estado de cosas sino aceptando que tales ideas existían realmente en mi vida psíquica y poseían una cierta intensidad o energía, pero se encontraban en una peculiar situación psicológica, a consecuencia de la cual no podían *hacérseme conscientes*. Este especial estado es el que conocemos con el nombre de estado de *represión*. No puedo entonces por menos de admitir una relación causal entre la oscuridad del contenido del sueño y el estado de represión, o sea la incapacidad de devenir conscientes de algunas de las ideas del sueño, y me veo obligado a concluir que el sueño tiene que ser oscuro *para no revelar las*

prohibidas ideas latentes. De este modo, llego al concepto de la *deformación del sueño*, obra de la elaboración del mismo, puesta al servicio de la *ocultación* de dichas ideas; esto es, del propósito de mantenerlas secretas.

Haré la prueba en el ejemplo del sueño antes sometido al análisis, intentando descubrir cuál es en él la idea que aparece deformada, y que, sin el disfraz adoptado, despertaría mi más enérgica repulsa. Recuerdo que ni gratuito paseo en coche trajo a mi memoria otros, no gratuitos, en los que me acompañaba una persona de mi familia; que la interpretación de mi sueño era la de que yo abrigaba el deseo de gozar alguna vez de un afecto desinteresado; y que poco tiempo antes había tenido que desembolsar una crecida cantidad en favor de la referida persona. Ante estos datos que el análisis me proporciona, no puedo rechazar la idea de que *me duele el desembolso realizado*. Sólo al darme cuenta de este sentimiento adquiere un sentido el hecho de desearme en sueños el goce de un afecto que no me ocasione gasto alguno. Y, sin embargo, puedo afirmar honradamente que al decidir desprenderme de aquella suma no experimenté la menor vacilación. El impulso contrario, mi sentimiento por el gasto efectuado, no se hizo consciente en mí. La razón de que permaneciese inconsciente constituye una nueva cuestión que nos llevaría lejos, y cuya solución, que me es conocida, pertenece a otro orden de cosas.

Al someter al análisis, no un sueño propio, sino el de una persona extraña, el resultado es idéntico, pero varían los motivos de convicción. Si se trata del sueño de un individuo sano, no me queda otro medio de forzarle a la aceptación de la idea reprimida hallada que mostrarle el perfecto enlace de las ideas latentes y dejarle que se resista en vano contra la evidencia. Mas si se trata de un neurótico, por ejemplo, de un histérico, la aceptación de la idea reprimida se hace forzosa para él por su conexión con los síntomas de su enfermedad y por la mejoría que experimenta al cambiar estos síntomas por las ideas reprimidas. En el caso de la paciente que tuvo el sueño antes expuesto de los tres billetes de teatro por un florín cincuenta céntimos, tiene en el análisis que aceptar que estima en poco a su marido, que lamenta haberse casado con él y que le cambiaría gustosa por otro. Ella afirma, ciertamente, que ama a su marido y que en su vida sentimental no existe desprecio alguno para él (¡otro cien veces mejor!), pero todos sus síntomas

conducen a la misma solución que el sueño, y después de hacer resurgir en ella el recuerdo reprimido de una época durante la cual experimentó hacia su marido un desamor totalmente consciente, quedaron reprimidos tales síntomas y desapareció la resistencia que se oponía en ella a la interpretación del sueño.

IX

DESPUÉS de haber fijado el concepto de la represión y haber relacionado la deformación del sueño con el material psíquico reprimido, podemos expresar ya, con toda generalidad, el resultado capital del análisis de los sueños. De aquellos que se muestran comprensibles y presentan un claro sentido, hemos averiguado que son francas realizaciones de deseos; esto es, que la situación del sueño constituye en ellos la satisfacción de un deseo conocido de la conciencia, que ha quedado sin realizar en el día y es digno de interés. Sobre los sueños oscuros y embrollados nos enseña también el análisis algo análogo: la situación del sueño presenta también realizado un deseo que surge regularmente de las ideas latentes, pero la representación es irreconocible, no pudiendo aclararse sino por medio del análisis, y el deseo ha sucumbido a la represión y es extraño a la conciencia o está íntimamente ligado a ideas reprimidas que lo sustentan. La fórmula para tales sueños será, pues, la siguiente: *son realizaciones disfrazadas de deseos reprimidos*. Es muy interesante observar aquí que la opinión popular está en lo justo cuando considera el sueño como predicción del porvenir. En realidad, es el porvenir lo que el sueño nos muestra, mas no el porvenir real, sino el que nosotros deseamos. El alma popular se conduce aquí, según su costumbre, creyendo lo que desea.

Por su carácter de realización de deseos se dividen los sueños en tres clases: en primer lugar, aquellos que muestran *francamente* un deseo *no reprimido*. En segundo, los que exteriorizan *disfrazadamente* un deseo *reprimido*; esto es, la mayoría de aquellos que necesitan del análisis. Y en tercer lugar, aquellos otros que, si bien representan un deseo reprimido, lo

hacen *sin* disfraz alguno o con un disfraz insuficiente. Estos últimos sueños suelen presentarse acompañados de *angustia*, sensación que acaba por interrumpirlos, y que es aquí un sustitutivo de la deformación, siendo evitada, por la elaboración, en los sueños de la segunda clase. Puede demostrarse, sin gran dificultad, que el contenido ideológico que nos produce angustia o terror fue en su día un deseo y sucumbió después a la represión.

Existen también sueños cuyo contenido es claro y penoso, pero no produce sensación desagradable alguna. No pueden éstos, por tanto, contarse entre los sueños de angustia, y han servido siempre para demostrar la insignificancia y la falta de valor psíquico de los sueños. El análisis de un tal ejemplo mostrará que se trata de realizaciones, *bien disfrazadas*, de deseos reprimidos, esto es, de sueños pertenecientes a la segunda de las clases establecidas, y nos hará ver, asimismo, con toda claridad, cuán excelentemente lleva a cabo el proceso del desplazamiento la ocultación del deseo prohibido.

Una muchacha soñó que había muerto el único hijo que le quedaba a su hermana, de dos que había tenido, y que su cadáver se hallaba colocado en la misma forma y rodeado por las mismas personas que el de su hermano, fallecido anteriormente. Tal sueño no produjo ningún sentimiento de dolor a la muchacha, pero ésta se resistió luego a aceptar que correspondiera a un deseo suyo. Esto es hasta cierto punto real, pues la verdad del caso es que años atrás había visto y hablado por última vez al hombre a quien amaba junto al ataúd del niño que había muerto. Si ahora muriera el otro, volvería ella seguramente a encontrar a aquel hombre en casa de su hermana. Anhela este encuentro, pero sus sentimientos rechazan la triste ocasión en que podría verificarse. El mismo día del sueño había tomado una entrada para una conferencia que iba a dar aquel hombre, al que seguía amando. Su sueño es, por tanto, un simple sueño de impaciencia, como suelen presentarse de costumbre antes de los viajes, representaciones teatrales u otros placeres vivamente esperados. Mas para ocultar su anhelo, queda desplazada la situación a una ocasión impropia de todo sentimiento de regocijo y que realmente se ha presentado ya una vez. Obsérvese, además, que los afectos que aparecen en el sueño no corresponden al contenido desplazado, sino al verdadero contenido retenido. La situación del sueño adelanta el encuentro

tanto tiempo deseado y no ofrece ocasión alguna para una sensación dolorosa.

X

LOS filósofos no han podido hasta ahora ocuparse de una psicología de la represión. Está, pues, justificado que, aproximándonos al aún desconocido estado de cosas, intentemos formarnos una idea de la génesis de la formación de los sueños. El esquema que nuestras investigaciones generales, y no solamente las del problema de los sueños, nos permiten establecer, es harto complicado, pero no podemos servirnos de otro más sencillo. Suponemos que en nuestro aparato psíquico existen dos instancias generadoras de ideas, la segunda de las cuales posee el privilegio de que sus productos encuentran abierto al acceso a la conciencia, mientras que la actividad de la primera instancia es inconsciente en si y no puede llegar a la conciencia sino pasando por la segunda. En la frontera entre ambas instancias, o sea en el paso de la primera a la segunda, se encuentra una censura que no deja pasar sino aquello que le agrada, deteniendo todo lo demás. Lo rechazado por la censura se halla entonces, según nuestra definición anterior, en estado de represión. Bajo determinadas condiciones, una de las cuales es el sueño, se transforma la relación de las fuerzas entre ambas instancias, de tal modo, que lo reprimido no puede ya ser reprimido por completo. Esto sucede, hallándose dormido el sujeto, por un relajamiento de la censura, y entonces, lo hasta el momento reprimido consigue abrirse camino hasta la conciencia. Mas como la censura no cesa jamás totalmente, sino que lo que hace es sufrir una disminución, tiene lo reprimido que tolerar transformaciones encaminadas a mitigar aquellos de sus caracteres que provocan la repulsa. Lo que en este caso llega a hacerse consciente es una especie de transacción entre lo intentado por una de las instancias y lo permitido por la otra. *Represión —relajamiento de la censura— transacción*, es también el esquema fundamental de la génesis de otras muchas formaciones psicopáticas y no sólo el de la del sueño. En la formación de

tales transacciones obsérvanse siempre, y no únicamente en las oníricas, los procesos de condensación, desplazamiento y utilización de asociaciones superficiales, que hemos observado en la elaboración del sueño.

No tenemos motivo alguno para ocultar el elemento de demonismo que ha intervenido en la construcción de nuestro esclarecimiento de la elaboración del sueño. Los resultados de nuestro estudio nos dan la impresión de que la formación de los sueños oscuros se verifica como si una persona, dependiente de otra, tuviera que exteriorizar algo que había de ser desagradable para esta última. Partiendo de este símil, hemos fijado el concepto de la *deformación del sueño*, y el de la censura, y nos hemos esforzado en traducir nuestra impresión en una teoría psicológica, grosera aún; pero, por lo menos, claramente definida. Sea lo que quiera aquello con lo que un más transparente conocimiento de la materia nos permita identificar nuestras dos instancias, esperamos quede confirmada una parte de nuestra hipótesis: la relativa al hecho de que la segunda instancia rige el acceso a la conciencia y puede impedírselo a la primera.

Cuando el sujeto despierta, la censura recobra rápidamente toda su intensidad, y puede de nuevo destruir todo aquello que durante su debilidad ha dejado escapar. Una experiencia innumerables veces confirmada muestra que nuestro *olvido* del sueño demanda, por lo menos en parte, esta explicación. Durante el relato de un sueño, o durante su análisis, sucede con frecuencia que de repente vuelve a surgir un fragmento del sueño que se creía olvidado. Este fragmento, hurtado al olvido, contiene siempre el mejor y más rápido acceso a la significación del sueño, y precisamente por ello estaba destinado al olvido, esto es, a una nueva represión.

XI

SI conceptuamos el contenido del sueño como la exposición de un deseo realizado y atribuimos su oscuridad a las transformaciones impuestas por la censura al material reprimido, no nos será ya muy difícil deducir la función del sueño. En extraña oposición a las opiniones corrientes, que

consideran los sueños como perturbadores del reposo del durmiente, tenemos que reconocer que *los sueños son los protectores del dormir*. Para los sueños infantiles será fácilmente aceptada nuestra afirmación.

El niño concilia el sueño obedeciendo a una decisión de dormir, que les es impuesta por una autoridad exterior o es hecha surgir espontáneamente en él por sensaciones de fatiga. Mas para que tal decisión llegue a cumplirse es imprescindible la ausencia de toda excitación que pudiera impulsar al aparato psíquico hacia fines distintos del dormir. Los medios que sirven para alejar las excitaciones externas nos son a todos conocidos. Mas ¿cuáles son, en cambio, aquéllos de que disponemos para mantener dominadas las excitaciones psíquicas internas que se oponen a la conciliación del sueño? Obsérvese a una madre que duerme a su hijo. El niño manifiesta sin cesar deseos o necesidades, quiere otro beso, le gusta jugar un ratito más. Estos deseos son satisfechos en parte, y en parte aplazados, por la autoridad materna, para el día siguiente. Es indudable que los deseos o las necesidades en actividad constituyen un obstáculo a la conciliación del sueño. ¿Quién no conoce la divertida historia del niño caprichoso que, despertándose a media noche, grita desde su cama: *Quiero el rinoceronte*? Un niño más juicioso, en vez de despertarse y alborotar, hubiera *soñado* que jugaba con el deseado animal. El sueño, que muestra cumplido el deseo, goza del completo crédito mientras el sujeto duerme, y haciendo cesar durante este tiempo el impulso optativo, consigue que el reposo no se interrumpa. No puede negarse que la imagen del sueño es aceptada como verdadera, pues se reviste con la apariencia de una percepción, y el niño no posee la facultad, que se adquiere más tarde, de distinguir entre fantasía, alucinación y realidad.

El adulto sabe ya establecer esta diferenciación; ha comprendido también la inutilidad de desear, y ha aprendido, tras de largos esfuerzos, a aplazar sus impulsos hasta que la transformación de las circunstancias exteriores facilite su realización. Esta experiencia del adulto hace que sean muy raras en él las realizaciones de deseos por el corto camino psíquico del sueño, y hasta es posible que no se presenten nunca y que todo lo que en nuestros sueños aparece formado conforme al patrón de los infantiles precise de una mucho más complicada solución. En cambio, en el adulto —y sin excepción alguna en todo hombre de plena capacidad mental— se ha formado una

diferenciación del material psíquico que no existía en el niño, constituyéndose una instancia psíquica que, instruida por la experiencia de la vida, ejerce con celosa severidad una influencia dominadora y coercitiva sobre los sentimientos anímicos, y posee, por su posición con respecto a la conciencia y a la movilidad contingente, los máximos medios de potencia psíquica. Una parte de los sentimientos infantiles ha sido reprimida, como inútil para la vida, por esta instancia, y todo el material de ideas que de dicha parte se deriva se halla en estado de represión.

Mientras la instancia, en la que reconocemos nuestro *yo* normal, se doblega al deseo de dormir, parece obligada, por las condiciones psicofisiológicas del sueño, a perder parte de la energía con la que durante el día mantenía a raya a lo reprimido. Esta negligencia es, sin embargo, totalmente inocente; los impulsos del alma infantil reprimida pueden, sin peligro alguno, seguir agitándose, pues, a consecuencia del mismo estado del sueño, hallarán dificultoso el acceso a la conciencia y cerrado el que conduce a la motilidad. Mas hay que evitar que perturben el sueño. Llegados a este punto, tenemos que arriesgar la hipótesis de que hasta en el más profundo sueño se mantiene vigilante un cierto acervo de libre atención, como centinela contra las excitaciones sensoriales, que a veces consideran más conveniente despertar al sujeto que dejarle proseguir su sueño. De no ser así, sería inexplicable el hecho de que siempre nos despiertan excitaciones sensoriales de una determinada *cualidad*, cosa que ya hizo notar el antiguo fisiólogo Burdach. Así, la madre despierta siempre al menor sollozo de su hijo pequeño; el molinero, en el momento en que su molino cesa de andar, y la mayoría de las personas, a su nombre pronunciado en voz baja. Esta vigilante atención se dirige también hacia las excitaciones optativas internas, procedentes de lo reprimido, y forma con ellas el sueño, que, a modo de transacción, satisface simultáneamente a ambas instancias, creando una especie de desahogo psíquico para el deseo reprimido o formado con ayuda de lo reprimido, representándolo como realizado, y haciendo posible al mismo tiempo el reposo. Nuestro *yo* gusta en esto de conducirse como un niño, y presta fe a las imágenes del sueño, como si quisiera decir: «Sí, tienes razón, pero déjame dormir». El desprecio con que una vez despiertos miramos nuestros sueños, y que fundamos en su confusión y su aparente falta

de lógica, no es probablemente más que el juicio que nuestro *yo* durmiente hace recaer sobre los sentimientos procedentes de lo reprimido, juicio que, más razonablemente que el que formamos ya despiertos, se funda en la impotencia motora de tales perturbadores del sueño. Este juicio despectivo se nos hace a veces consciente en el sueño mismo; así, cuando el contenido del sueño traspasa excesivamente la censura, pensamos: «No es más que un sueño», y seguimos durmiendo.

No hay objeción posible contra esta hipótesis, aunque también en los sueños existan casos extremos en los cuales no pueden ya llevar a cabo su función de proteger el reposo —por ejemplo, en los sueños de angustia, pesadillas—, y tienen que cambiarla por otra: la de interrumpirlo a tiempo. Con esto no hacen más que conducirse como el más concienzudo vigilante nocturno, que cumple su deber intentando primero hacer cesar las perturbaciones, para evitar que se interrumpa el sueño de los vecinos, pero que continúa fiel a su cometido al despertarlos en el momento en que las causas del disturbio le parecen sospechosas y no logra hacerlas cesar por su sola intervención.

Esta función del sueño se nos muestra con especial claridad cuando el durmiente experimenta un estímulo sensorial. El hecho de que las excitaciones sensoriales producidas durante el sueño influyen sobre el contenido del mismo es generalmente conocido, ha sido demostrado experimentalmente y pertenece a los escasos resultados seguros de la investigación médica del sueño, a los cuales se ha concedido, sin embargo, un exagerado valor. Pero a este descubrimiento se ha ligado un problema no resuelto hasta el día. El estímulo sensorial que el experimentador hace actuar sobre el durmiente no es acertadamente reconocido en el sueño, sino que sucumbe a una interpretación cualquiera, cuya determinación aparece abandonada al capricho psíquico. Mas sabemos que no existe una tal arbitrariedad psíquica. El durmiente puede reaccionar de muy diversos modos a un estímulo sensorial exterior. O se despierta, o consigue, a pesar de todo, proseguir durmiendo. En el último caso, puede servirse del sueño para suprimir la excitación exterior, y esto también de muy diversos modos. Puede, por ejemplo, llevar a cabo tal supresión soñando hallarse en una situación totalmente incompatible con el estímulo excitante. Así, un sujeto

cuyo reposo nocturno corría peligro de ser perturbado por el dolor de un abceso que padecía en el periné, soñó que iba a caballo, sirviéndole de silla de montar la cataplasma que se le había puesto para mitigar sus molestias, y de este modo logró superar la excitación producida. O también —y esto es lo más frecuente— experimenta el estímulo exterior un cambio de sentido, que le incluye en el contexto de un deseo reprimido que espía su realización. Tal cambio de sentido despoja entonces al estímulo de su realidad, y lo trata como un fragmento del material psíquico. De este género es el ejemplo siguiente: un individuo sueña que ha escrito una comedia, en la que defiende una determinada tesis. La obra es representada en el teatro, y acaba de terminar el primer acto, con clamoroso éxito. Los aplausos ensordecen… En este sueño, el durmiente debió de conseguir prolongar su reposo más allá de la perturbación, pues al despertar no oyó ya ruido alguno, pero juzgó, muy razonablemente, que debían de haber sacudido o vareado un tapiz o un colchón en las cercanías de su cuarto. A los sueños que se producen inmediatamente antes que un intenso ruido despierte al durmiente han intentado todos negarles el esperado estímulo perturbador del reposo, buscándole otra explicación, y retrasar así un poco más el momento de despertar.

XII

(Adición de 1911)

AQUELLOS que acepten nuestra hipótesis de que la enigmática oscuridad y confusión de los sueños es debida principalmente a la existencia de una *censura*, no se extrañarán de ver entre los resultados de la interpretación onírica el de que la mayoría de los sueños de los adultos se revelan en el análisis como dependientes de *deseos eróticos*. Esta afirmación no se refiere a los sueños de franco contenido sexual que todos conocemos por propia experiencia, y que hasta ahora han sido considerados como los únicos «sueños sexuales». No obstante su claro contenido, también estos sueños despiertan nuestra extrañeza por su arbitrariedad en la elección de las

personas que convierten en objetos sexuales, su desprecio de todas las barreras ante las que en la vida despierta contiene el sujeto sus necesidades sexuales y sus numerosos detalles orientados hacia lo denominado «perverso». Mas el análisis nos muestra que muchos otros sueños que no dejan transparentar nada erótico en su contenido manifiesto se revelan, al ser desenmascarados por la labor interpretativa, como realizaciones de deseos sexuales. Por otra parte, muchas de las ideas sobrantes como *restos diurnos (Tagesreste)* del trabajo mental despierto no llegan a exteriorizarse en el sueño más que por el auxilio de deseos eróticos reprimidos.

En explicación de este estado de cosas indicaremos que ningún otro grupo de instintos ha experimentado un más amplio sojuzgamiento por las exigencias de la educación civilizada como precisamente los sexuales; pero haremos también constar que tales instintos son los que mejor saben escapar, en la mayoría de los hombres, al dominio de las más elevadas instancias psíquicas. Desde que hemos llegado al conocimiento de la sexualidad infantil, que regularmente pasa inadvertida o es mal comprendida, podemos decir justificadamente que casi todo hombre civilizado ha conservado en algún punto la conformación infantil de la vida sexual y comprendemos de este modo que los deseos sexuales infantiles reprimidos proporcionan las más frecuentes y poderosas fuerzas instintivas para la formación de los sueños[548].

Si aquellos sueños que exteriorizaban deseos eróticos consiguen aparecer inocentemente asexuales en su contenido manifiesto, ello no puede suceder más que de una sola manera. El material de representaciones sexuales no debe ser producido como tal, sino que tiene que ser sustituido en el contenido del sueño por indicaciones o alusiones; pero a diferencia de otros casos de representación indirecta, la usada en el sueño es despojada de la comprensibilidad inmediata. Nos hallamos, pues, en el sueño ante una representación por medio de símbolos, los cuales son objeto de especial interés desde que se ha observado que los sujetos que hablan un mismo idioma se sirven en sus sueños de símbolos idénticos, y también que esta comunidad traspasa en algunos casos las fronteras del lenguaje. Dado que los que sueñan no conocen la significación de los símbolos por ellos empleados, se nos presenta al principio envuelta en tenebrosa oscuridad la procedencia de

su relación con aquello que indican y representan. Mas el hecho mismo es indudable y posee enorme importancia para la técnica de la interpretación de los sueños, pues mediante el conocimiento del simbolismo onírico se hace posible comprender el sentido de elementos aislados del contenido del sueño, de trozos del mismo, o a veces de sueños enteros, sin necesidad de interrogar al sujeto sobre sus asociaciones libres. Nos acercamos de este modo al ideal popular de una traducción de los sueños y retrocedemos, por otro lado, a la técnica interpretativa de los antiguos pueblos, cuya interpretación de los sueños era idéntica a la que se lleva a cabo por medio del simbolismo.

Aun cuando los estudios sobre los símbolos del sueño se hallan muy lejos todavía de un resultado definitivo, podemos ya establecer con seguridad toda una serie de afirmaciones generales y datos particulares que las confirman. Existen símbolos que pueden interpretarse casi siempre del mismo modo. Así, el emperador y la emperatriz (rey y reina) representan a los padres; las habitaciones son símbolo de la mujer y sus accesos significan las aberturas del cuerpo humano. La mayoría de los símbolos oníricos sirve para la representación de personas, parte del cuerpo y actos que poseen interés erótico. Particularmente, los genitales pueden ser representados por una gran cantidad de símbolos, con frecuencia sorprendentes en extremo. Los más diversos objetos son empleados para la designación simbólica de los genitales. Cuando agudas armas y objetos alargados y rígidos tales como troncos de árbol o bastones, representan los genitales masculinos, y armarios, cajas, coches o estufas los femeninos, el *tertium comparalionis*, lo común de tales sustituciones nos es inmediatamente comprensible; mas no en todos los símbolos nos es tan fácil la aprehensión de las relaciones de enlace. Símbolos como el de la escalera o del subir, para el comercio sexual, el de la corbata para el miembro masculino y el de la madera para el órgano femenino excitan nuestra duda en tanto que no llegamos por otros caminos al conocimiento de las relaciones simbólicas. Además, muchos de los símbolos del sueño son bisexuales y pueden referirse a los genitales masculinos o a los femeninos, según el contexto en que se hallen incluidos.

Existen símbolos de difusión universal, que se hallan en los sueños de todos los individuos pertenecientes a un mismo grado de civilización o que hablan un mismo idioma, y otros de limitadísima aparición individual, que

han sido formados por el sujeto aislado utilizando su material de representaciones propio. Entre los primeros se distinguen aquéllos cuya aparición a representar lo sexual se halla suficientemente justificada por los usos del idioma (por ejemplo, los símbolos procedentes de la agricultura: reproducción, semilla), y otros cuya relación con lo sexual parece alcanzar a los más antiguos tiempos y a las más oscuras profundidades de la formación de nuestros conceptos. La fuerza creadora de símbolos no ha desaparecido aún en nuestros días. Puede observarse que determinados descubrimientos modernos (tales como los globos dirigibles) son elevados en el acto a la categoría de símbolos sexuales de empleo universal.

Es equivocado esperar que un más fundamental conocimiento del simbolismo del sueño («del lenguaje de los sueños») nos permita prescindir de interrogar al sujeto por sus asociaciones y nos conduzca de nuevo y por completo a la técnica de la antigua interpretación de los sueños. Aparte de los símbolos individuales y de las variantes en el empleo de los universales, no se sabe nunca si un elemento del sueño debe interpretarse simbólicamente o conforme a su verdadero sentido, y se sabe, en cambio, con seguridad, que no todo el contenido del sueño debe interpretarse simbólicamente. El conocimiento del simbolismo del sueño nos proporcionará tan sólo la traducción de algunos componentes del contenido manifiesto, pero no hará innecesarias las reglas técnicas antes expuestas. En cambio, constituiría el más importante medio auxiliar de la interpretación en aquellos casos en que faltan o son insuficientes las ocurrencias del sujeto.

El simbolismo del sueño resulta también imprescindible para la inteligencia de los llamados sueños «típicos» de los hombres y de los sueños «repetidos» del individuo aislado. Si el estudio de la forma expresiva simbólica del sueño ha resultado demasiado incompleto en esta breve exposición, ello está justificado por un hecho que pertenece a los más importantes entre los que con estos problemas se relacionan. El simbolismo onírico va mucho más allá de los sueños. No pertenece a ellos como cosa propia, sino que domina de igual manera la representación en las fábulas, mitos y leyendas, en los chistes y en el folklore, permitiéndonos descubrir las relaciones íntimas del sueño con estas producciones Mas debemos tener en cuenta que no constituye un producto de la elaboración del sueño, sino que es

una peculiaridad —probablemente de nuestro pensamiento inconsciente— que proporciona a dicha elaboración el material para la condensación, el desplazamiento y la dramatización[549].

XIII

NO aspiro a haber esclarecido todos los problemas de los sueños, ni tampoco a haber resuelto convincentemente lo expuesto y discutido en estos ensayos. Aquéllos a quienes interese la literatura sobre los sueños en toda su amplitud pueden consultar el libro de Sancte de Sanctis titulado *I sogni* (Turin, 1899), y los que quieran hallar una más honda cimentación de la teoría por mi expuesta pueden ver mi obra titulada *La interpretación de los sueños*. Por último, indicaré en qué dirección creo debe proseguirse la labor investigadora.

Cuando fijo como labor de una interpretación de los sueños la sustitución del sueño por las ideas latentes del mismo, o sea la solución de lo que la elaboración del sueño ha tejido, planteo, por un lado, una serie de nuevos problemas psicológicos que se refieren tanto al mecanismo de esta elaboración del sueño como a la naturaleza y condiciones de la llamada represión, y por otro lado, afirmo la existencia de las ideas latentes como un rico material de formaciones psíquicas del orden más elevado, y provistas de todas las características de una función intelectual, material que escapa a la conciencia hasta que le da noticias de sí por medio del contenido del sueño. Debo asimismo admitir que tales pensamientos existen en todo individuo, dado que casi todos los hombres, hasta los más normales, sueñan. A lo inconsciente de las ideas del sueño y a su relación con la conciencia y con la representación se enlazan otros problemas de gran importancia para la Psicología, pero cuya solución habrá de aplazarse hasta que el análisis haya esclarecido la génesis de otras formaciones psicopáticas, tales como los síntomas histéricos y las ideas obsesivas.

XIX

UNA PREMONICIÓN ONÍRICA CUMPLIDA[550]

1899 [1941]

LA señora de B., una excelente persona, dotada además de agudo sentido crítico, me refiere, sin conexión aparente con el resto de la conversación y sin ninguna segunda intención, que en cierta oportunidad, hace ya algunos años, soñó que se encontraba con su amigo y antiguo médico de cabecera, el doctor K., en plena Kärntnerstrasse[551], ante la tienda de Hies. A la mañana siguiente, pasando por esa calle, se encuentra efectivamente con dicha persona en el mismo lugar que en el sueño. He aquí el tema del sucedido. Sólo agregaré que ningún hecho ulterior vino a revelar el significado de esta coincidencia milagrosa, o sea que la misma no puede ser explicada por nada ocurrido en el futuro.

El análisis del sueño es facilitado por el interrogatorio, que establece la imposibilidad de demostrar que haya tenido el menor recuerdo del sueño antes de su paseo, es decir, durante la mañana siguiente a la noche en la cual lo soñó. Tal demostración consistiría, por ejemplo, en haber anotado o comunicado a alguien el sueño antes de que se cumpliera su premonición. Por el contrario, la señora en cuestión debe aceptar sin reparos la siguiente sucesión de los hechos, que considero la más probable. Una mañana se pasea por la Kämtnerstrasse y se encuentra con su viejo médico de familia ante la tienda de Hies. Al verlo, se siente convencida de que la noche anterior ha soñado con ese preciso encuentro en ese mismo lugar. De acuerdo con las

reglas vigentes para la interpretación de los síntomas neuróticos, tal convicción debe considerarse como justificada. Su contenido, empero, requiere una interpretación.

Entre los antecedentes de la señora de B. hay un episodio relacionado con el doctor K. Siendo aún joven, fue casada sin su pleno consentimiento con un hombre de cierta edad, pero adinerado, el cual pocos años después perdió su fortuna, enfermó de tuberculosis y murió. Durante varios años, la joven esposa tuvo que mantenerse a sí misma y a su marido enfermo dando clases de música. Con todo, halló amigos en su infortunio, uno de los cuales fue su médico de familia, el doctor K., que se dedicó a la asistencia del marido y la vinculó a ella con sus primeros alumnos. Otro amigo era un abogado, por coincidencia también un doctor K., que puso algún orden en las caóticas finanzas del comerciante arruinado, pero al mismo tiempo cortejó a la joven mujer y también despertó en ella la pasión por primera y última vez. Este amorío no llegó a hacerla realmente feliz, pues los escrúpulos creados por su educación y por su mentalidad le impidieron abandonarse a su pasión mientras estaba casada, y también más tarde, cuando ya era viuda. En la misma ocasión en la cual me narró el sueño, la señora de B. refirió asimismo una ocurrencia real de ese período desgraciado de su vida, ocurrencia que, en su opinión, encierra también una notable coincidencia. Hallábase en su cuarto, arrodillada en el suelo, con la cabeza reclinada en un sillón, y sollozaba presa de apasionado anhelo por su amigo y protector, el abogado, cuando en ese mismo momento se abrió la puerta, al venir éste a visitarla. Nada de extraño vemos en tal coincidencia, si consideramos cuán frecuentemente ella pensaba en él y cuán a menudo éste le habrá visitado. Además, casualidades como ésta, que parecen preconcertadas, se encuentran en todas las historias amorosas. Sin embargo, esta coincidencia quizá represente el verdadero contenido de su sueño y el único fundamento de su convicción de que aquél llegó a cumplirse.

Entre dicha escena, en la cual se cumple un deseo, y este sueño median más de veinticinco años. En el ínterin, la señora de B. llegó a enviudar de un segundo marido, que le dejó un hijo y cierta fortuna. El afecto de la anciana señora sigue dedicado a aquel doctor K., que es ahora su consejero y administrador de sus bienes, y a quien suele ver a menudo. Supongamos que

durante los días anteriores al sueño esperó una visita de él, pero que ésta no haya tenido lugar, pues el antiguo cortejante ya no se muestra, ni mucho menos, tan asiduo. Es posible entonces que durante la noche haya tenido un sueño nostálgico que la transportó a los tiempos idos. Su sueño se refirió con toda probabilidad a una cita de la época de su pasión, y la cadena de las ideas oníricas conduce hacia aquella ocasión, en la cual, sin ningún concierto previo, él llegó precisamente en el momento en que más lo anhelaba. Es probable que actualmente tenga a menudo sueños de esta especie; forman parte del castigo diferido con el cual la mujer paga su crueldad juvenil. Tales sueños, sin embargo, siendo derivados de una corriente coartada de ideas y plenos de reminiscencias a aquellas citas que ya no gusta recordar después de su segundo matrimonio, son eliminados apenas se halla despierta. Posiblemente esto haya ocurrido también con nuestro sueño pretendidamente profético. Luego sale de paseo, y en un punto de la Kärntnerstrasse, que en sí mismo no tiene importancia, se encuentra con su viejo médico de familia, el doctor K., a quien no ha visto desde hace tiempo. Éste se halla íntimamente vinculado a las excitaciones de aquel período feliz y desgraciado a un tiempo, pues también él fue un protector, y podemos aceptar que en sus pensamientos, quizá también en sus sueños, ella lo use como un personaje encubridor, tras el cual oculta la figura más amada del otro doctor K. Este encuentro reanima entonces su recuerdo del sueño. Ella tiene que haber pensado: «Es cierto: anoche he soñado en mi cita con el doctor K». Pero este recuerdo debe sufrir la misma deformación a la cual el sueño sólo pudo escapar merced a que ni siquiera fue recordado. En lugar del amado K. coloca al K. indiferente, que es quien le ha recordado el sueño; el contenido mismo del sueño —la cita— se transfiere a la convicción de haber soñado precisamente con ese lugar, pues una cita consiste en que dos personas acudan a un tiempo a un mismo lugar. Si en tal caso surge la impresión de que una premonición onírica ha llegado a cumplirse, ello sólo significa la reactivación de su recuerdo de aquella escena en la cual había anhelado, sollozando, su presencia, y tal anhelo inmediatamente se había cumplido.

Así, la creación de un sueño después del suceso al cual se refiere, como único mecanismo que posibilita los sueños proféticos, no es sino una forma más de la censura que permite al sueño la irrupción a la consciencia.

10 de noviembre de 1899.

XX

PSICOPATOLOGÍA DE LA VIDA COTIDIANA[552]

1900-1901 [1901]

Nun ist die Luft von solchem Spuk so voll,
Daß niemand weiß, wie er ihn meiden soll[553].

I. —OLVIDO DE NOMBRES PROPIOS

EN el año 1898 publiqué en *Monatsschrift für Psychiatrie und Neurologie* un pequeño trabajo, titulado «Sobre el mecanismo psíquico del olvido», que quiero reproducir aquí, utilizándolo como punto de partida para más amplias investigaciones. Examinaba en dicho ensayo, sometido al análisis psicológico, un ejemplo observado directamente por mí mismo, el frecuente caso de olvido temporal de un nombre propio, y llegaba a la conclusión de que estos casos de falla de una función psíquica —de la memoria—, nada gratos ni importantes en la práctica, admitían una explicación que iba más allá de la usual valoración atribuida a tales fenómenos.

Si no estoy muy equivocado, un psicólogo a quien se pregunta cómo es que con mucha frecuencia no conseguimos recordar un nombre propio que, sin embargo, estamos ciertos de conocer, se contentaría con responder que los

nombres propios son más susceptibles de ser olvidados que otro cualquier contenido de la memoria, y expondría luego plausibles razones para fundamentar esta preferencia del olvido; pero no sospecharía más amplia determinación de tal hecho.

Por mi parte he tenido ocasión de observar, en minuciosas investigaciones sobre el fenómeno del olvido temporal de los nombres, determinadas particularidades que no en todos, pero sí en muchos de los casos, se manifiestan con claridad suficiente. En tales casos sucede que no sólo *se olvida*, sino que, además, *se recuerda erróneamente*. A la conciencia del sujeto que se esfuerza en recordar el nombre olvidado acuden otros —*nombres sustitutivos*— que son rechazados en el acto como falsos, pero que, sin embargo, continúan presentándose en la memoria con gran tenacidad. El proceso que os había de conducir a la reproducción del nombre buscado se ha *desplazado*, por decirlo así, y nos ha llevado hacia un sustitutivo erróneo. Mi opinión es que tal desplazamiento no se halla a merced de un mero capricho psíquico cualquiera, sino que sigue determinadas trayectorias regulares y perfectamente calculables, o, por decirlo de otro modo, presumo que los nombres sustitutivos están en visible conexión con el buscado, y si consigo demostrar la existencia de esta conexión, espero quedará hecha la luz sobre el proceso y origen del olvido de nombres.

En el ejemplo que en 1898 elegí para someterlo al análisis, el nombre que inútilmente me había esforzado en recordar era el del artista que en la catedral de *Orvieto* pintó los grandiosos frescos de ‘Las cuatro últimas cosas’. En vez del nombre que buscaba —*Signorelli*— acudieron a mi memoria los de otros dos pintores —*Botticelli* y *Boltraffio*—, que rechacé en seguida como erróneos. Cuando el verdadero nombre me fue comunicado por un testigo de mi olvido, lo reconocí en el acto y sin vacilación alguna. La investigación de por qué influencias y qué caminos asociativos se había desplazado en tal forma la reproducción —desde *Signorelli* hasta *Botticelli* y *Boltraffio*— fne dio los resultados siguientes:

a) La razón del olvido del nombre *Signorelli* no debe buscarse en una particularidad del mismo ni tampoco en un especial carácter psicológico del contexto en que se hallaba incluido. El nombre olvidado me era tan familiar

como uno de los sustitutivos —*Botticelli*— y mucho más que el otro —*Boltraffio*—, de cuyo poseedor apenas podría dar más indicación que la de su pertenencia a la escuela milanesa. La serie de ideas de la que formaba parte el nombre *Signorelli* en el momento en que el olvido se produjo me parece absolutamente inocente e inapropiada para aclarar en nada el fenómeno producido. Fue en el curso de un viaje en coche desde Ragusa (Dalmacia) a una estación de la Herzegovina. Iba yo en el coche con un desconocido; trabé conversación con él, y cuando llegamos a hablar de un viaje que había hecho por Italia le pregunté si había estado en Orvieto y visto los famosos frescos de…

b) El olvido del nombre queda aclarado al pensar en el tema de nuestra conversación, que precedió inmediatamente a aquel otro en que el fenómeno se produjo, y se explica como *una perturbación del nuevo tema por el anterior*. Poco antes de preguntar a mi compañero de viaje si había estado en Orvieto, habíamos hablado de las costumbres de los turcos residentes en *Bosnia* y en la *Herzegovina*. Yo conté haber oído a uno de mis colegas, que ejercía la Medicina en aquellos lugares y tenía muchos clientes turcos, que éstos suelen mostrarse llenos de confianza en el médico y de resignación ante el destino. Cuando se les anuncia que la muerte de uno de sus deudos es inevitable y que todo auxilio es inútil, contestan: «*¡Señor (Herr),* qué le vamos a hacer! ¡Sabemos que si hubiera sido posible salvarle, le hubierais salvado!» En estas frases se hallan contenidos los siguientes nombres: *Bosnia*, *Herzegovina* y *Señor (Herr),* que pueden incluirse en una serie de asociaciones entre *Signorelli, Botticelli* y *Boltraffio*.

c) La serie de ideas sobre las costumbres de los turcos en Bosnia, etc., recibió la facultad de perturbar una idea inmediatamente posterior, por el hecho de haber yo apartado de ella mi atención sin haberla agotado. Recuerdo, en efecto, que antes de mudar de tema quise relatar una segunda anécdota que reposaba en mi memoria al lado de la ya referida. Los turcos de que hablábamos estiman el placer sexual sobre todas las cosas, y cuando sufren un trastorno de este orden caen en una desesperación que contrasta extrañamente con su conformidad en el momento de la muerte. Uno de los pacientes que visitaba mi colega le dijo un día: «Tú sabes muy bien, *señor (Herr),* que cuando eso no es ya posible pierde la vida todo su valor».

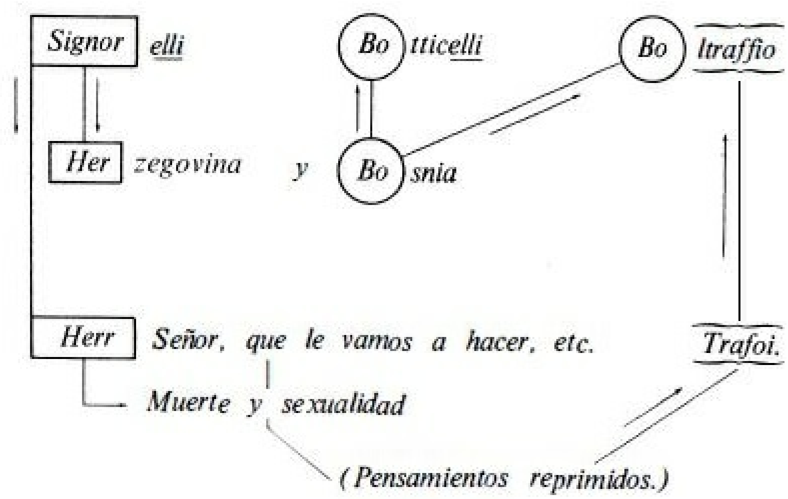
Por no tocar un tema tan escabroso en una conversación con un desconocido reprimí mi intención de relatar este rasgo característico. Pero no fue esto sólo lo que hice, sino que también desvié mi atención de la continuación de aquella serie de pensamientos que me hubiera podido llevar al tema «muerte y sexualidad». Me hallaba entonces bajo los efectos de una noticia que pocas semanas antes había recibido durante una corta estancia en *Trafoi*. Un paciente en cuyo tratamiento había yo trabajado mucho y con gran interés se había suicidado a causa de una incurable perturbación sexual. Estoy seguro de que en todo mi viaje por la Herzegovina no acudió a mi memoria consciente el recuerdo de este triste suceso ni de nada que tuviera conexión con él. Mas la consonancia *Trafoi-Boltraffio* me obliga a admitir que en aquellos momentos, y a pesar de la voluntaria desviación de mi atención, fue dicha reminiscencia puesta en actividad en mí.

d) No puedo ya, por tanto, considerar el olvido del nombre *Signorelli* como un acontecimiento casual, y tengo que reconocer la influencia de un *motivo* en este suceso. Existían motivos que me indujeron no sólo a interrumpirme en la comunicación de mis pensamientos sobre las costumbres de los turcos, etc., sino también a impedir que se hiciesen conscientes en mí aquellos otros que, asociándose a los anteriores, me hubieran conducido hasta la noticia recibida en Trafoi. Quería yo, por tanto, olvidar algo, y había *reprimido* determinados pensamientos. Claro es que lo que deseaba olvidar era algo muy distinto del nombre del pintor de los frescos de Orvieto; pero aquello que quería olvidar resultó hallarse en conexión asociativa con dicho nombre, de manera que mi volición erró su blanco y *olvidé lo uno contra mi voluntad,* mientras quería *con toda intención* olvidar lo otro. La repugnancia a recordar se refería a un objeto, y la incapacidad de recordar surgió con respecto a otro. El caso sería más sencillo si ambas cosas, rechazo e incapacidad, se hubieran referido a un solo dato. Los nombres sustitutivos no aparecen ya tan injustificados como antes de estas aclaraciones y aluden (como en una especie de transacción) tanto a lo que quería olvidar como a lo que quería recordar, mostrándome que mi intención de olvidar algo no ha triunfado por completo ni tampoco fracasado en absoluto.

e) La naturaleza de la asociación establecida entre el nombre buscado y el tema reprimido (muerte y sexualidad, etc., en el que aparecen las palabras

Bosnia, Herzegovina y Trafoi) es especialmente singular. El siguiente esquema, que publiqué con mi referido artículo, trata de representar dicha asociación.

En este proceso asociativo el nombre *Signorelli* quedó dividido en dos trozos. Uno de ellos (elli) reapareció sin modificación alguna en uno de los nombres sustitutivos, y el otro entró —por su traducción *Signor-Herr* (Señor) — en numerosas y diversas relaciones con los nombres contenidos en el tema reprimido; pero precisamente por haber sido traducido no pudo prestar ayuda ninguna para llegar a la reproducción buscada. Su sustitución se llevó a cabo como si se hubiera ejecutado un desplazamiento a lo largo de la asociación de los nombres *Herzegovina y Bosnia*, sin tener en cuenta para nada el sentido ni la limitación acústica de las sílabas. Así, pues, los nombres fueron manejados en este proceso de un modo análogo a como se manejan las imágenes gráficas representativas de trozos de una frase con la que ha de formarse un jeroglífico.



La coincidencia no advirtió nada de todo el proceso que por tales caminos produjo los nombres sustitutivos en lugar del nombre *Signorelli*. Tampoco parece hallarse a *primera vista* una relación distinta de esta reaparición de las mismas sílabas o, mejor dicho, series de letras entre el tema en el que aparece el nombre *Signorelli* y el que le precedió y fue reprimido.

Quizá no sea ocioso hacer constar que las condiciones de la reproducción y del olvido aceptadas por los psicólogos, y que éstos creen hallar en

determinadas relaciones y disposiciones, no son contradichas por la explicación precedente. Lo que hemos hecho es tan sólo añadir, en ciertos casos, un *motivo* más a los factores hace ya tiempo reconocidos como capaces de producir el olvido de un nombre y además aclarar el mecanismo del recuerdo erróneo. Aquellas disposiciones son también, en nuestro caso, de absoluta necesidad para hacer posible que el elemento reprimido se apodere asociativamente del nombre buscado y lo lleve consigo a la represión. En otro nombre de más favorables condiciones para la reproducción quizá no hubiera sucedido esto. Es muy probable que un elemento reprimido esté siempre dispuesto a manifestarse en cualquier otro lugar; pero no lo logrará sino en aquéllos en los que su emergencia pueda ser favorecida por condiciones apropiadas. Otras veces la represión se verifica sin que la función sufra trastorno alguno o, como podríamos decir justificadamente, sin *síntomas*.

El resumen de las condicionantes del olvido de nombres, acompañado del recuerdo erróneo, será, pues, el siguiente:

1.º Una determinada disposición para el olvido del nombre de que se trate.

2.º Un proceso represivo llevado a cabo poco tiempo antes.

3.º La posibilidad de una asociación *externa* entre el nombre que se olvida y el elemento anteriormente reprimido.

Esta última condición no debe considerarse muy importante, pues la asociación externa referida se establece con gran facilidad y puede considerarse existente en la mayoría de los casos. Otra cuestión de más profundo alcance es la de si tal asociación externa puede ser condición suficiente para que el elemento reprimido perturbe la reproducción del nombre buscado o si no será además necesario que exista más íntima conexión entre los temas respectivos. Una observación superficial haría rechazar el último postulado y considerar suficiente la contigüidad temporal, aun siendo los contenidos totalmente distintos; pero si se profundiza más se hallará que los elementos unidos por una asociación externa (el reprimido y el nuevo) poseen con mayor frecuencia una conexión de contenido. El ejemplo *Signorelli* es una prueba de ello.

El valor de lo deducido de este ejemplo depende, naturalmente, de que lo

consideremos como un caso típico o como un fenómeno aislado. Por mi parte debo hacer constar que el olvido de un nombre, acompañado de recuerdo erróneo, se presenta con extrema frecuencia en forma igual a la que nos ha revelado nuestro análisis. Casi todas las veces que he tenido ocasión de observar en mí mismo tal fenómeno he podido explicarlo del mismo modo, esto es, como motivado por represión. Existe aún otro argumento en favor de la naturaleza típica de nuestro análisis, y es el que, a mi juicio, no pueden separarse en principio los casos de olvido de nombres con recuerdo erróneo de aquellos otros en que no aparecen nombres sustitutivos equivocados. Estos surgen espontáneamente en muchos casos, y en los que no, puede forzárselos a emerger por medio de un esfuerzo de atención, y entonces muestran, con el elemento reprimido y el nombre buscado, iguales conexiones que si su aparición hubiera sido espontánea. La percepción del nombre sustitutivo por la conciencia parece estar regulada por dos factores: el esfuerzo de atención y una determinante interna inherente al material psíquico. Esta última pudiera buscarse en la mayor o menor facilidad con la que se constituye la necesaria asociación externa entre los dos elementos. Gran parte de los casos de olvido de nombres sin recuerdo erróneo se unen de este modo a los casos con formación de nombres sustitutivos en los cuales rige el mecanismo descubierto en el ejemplo *Signorelli*.

Sin embargo, no me atreveré a afirmar rotundamente que todos los casos de olvido de nombres puedan ser incluidos en dicho grupo, pues, sin duda, existen algunos que presentan un proceso más sencillo. Así, pues, creemos obrar con prudencia exponiendo el estado de cosas en la siguiente forma: *Junto a los sencillos olvidos de nombres propios aparecen otros motivados por represión*.

II. —OLVIDO DE PALABRAS EXTRANJERAS

EL léxico usual de nuestro idioma propio parece hallarse protegido del olvido dentro de los límites de la función normal. No sucede lo mismo con los vocablos de un idioma extranjero. En éste todas las partes de la

oración están igualmente predispuestas a ser olvidadas. Un primer grado de perturbación funcional se revela ya en la desigualdad de nuestro dominio sobre una lengua extranjera, según nuestro estado general y el grado de nuestra fatiga. Este olvido se manifiesta en una serie de casos siguiendo el mecanismo que el análisis nos ha descubierto en el ejemplo *Signorelli*. Para demostrarlo expondremos un solo análisis de un caso de olvido de un vocablo no sustantivo en una cita latina, análisis al que valiosas particularidades dan un extraordinario interés. Séanos permitido exponer con toda amplitud y claridad el pequeño suceso.

En el pasado verano reanudé, durante mi viaje de vacaciones, mi trato con un joven de extensa cultura y que, según pude observar, conocía algunas de mis publicaciones psicológicas. No sé por qué derroteros llegamos en nuestra conversación a tratar de la situación social del pueblo a que ambos pertenecemos, y mi interlocutor, que mostraba ser un tanto ambicioso, comenzó a lamentarse de que su generación estaba, a su juicio, destinada a la atrofia, no pudiendo ni desarrollar sus talentos ni satisfacer sus necesidades. Al acabar su exaltado y apasionado discurso quiso cerrarlo con el conocido verso virgiliano en el cual la desdichada Dido encomienda a la posteridad su venganza sobre Eneas: *Exoriare…*; pero le fue imposible recordar con exactitud la cita, e intentó llenar una notoria laguna que se presentaba en su recuerdo cambiando de lugar las palabras del verso: *Exoriar(e) ex nostris ossibus ultor!* (Virgilio). Por último, exclamó con enfado: «No ponga usted esa cara de burla, como si estuviera gozándose en mi confusión, y ayúdeme un poco. Algo falta en el verso que deseo citar. ¿Puede usted decírmelo completo?»

En el acto accedí con gusto a ello y dije el verso tal y como es:

—Exoriar(e) *aliquis* nostris ex ossibus ultor! (’Deja que alguien surja de mis huesos como vengador’.)

—¡Qué estupidez olvidar una palabra así! Por cierto que usted sostiene que nada se olvida sin una razón determinante. Me gustaría conocer por qué he olvidado ahora el pronombre indefinido *aliquis*.

Esperando obtener una contribución a mi colección de observaciones, acepté en seguida el reto y respondí:

—Eso lo podemos averiguar en seguida, y para ello le ruego a usted que

me vaya comunicando *sinceramente y absteniéndose de toda crítica* todo lo que se le ocurre cuando dirige usted sin intención particular su atención sobre la palabra olvidada[554].

—Está bien. Lo primero que se me ocurre es la ridiculez de considerar la palabra dividida en dos partes: *a* y *liquis*.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Qué más se le ocurre?

—La cosa continúa: *reliquias-licuefacción-fluido-liquido*. ¿Averiguó usted algo?

—No, ni mucho menos. Pero siga usted.

—Pienso —prosiguió, riendo con burla— en Simón de Trento, cuyas reliquias vi hace dos años en una iglesia de aquella ciudad, y luego en la acusación que de nuevo se hace a los judíos de asesinar a un cristiano cuando llega la Pascua para utilizar su sangre en sus ceremonias religiosas[555]. Recuerdo después el escrito de *Kleinpaul* en el que se consideran estas supuestas víctimas de los judíos como reencarnaciones o nuevas ediciones, por decirlo así, del Redentor.

—Observará usted que estos pensamientos no carecen de conexión con el tema de que tratábamos momentos antes de no poder usted recordar la palabra latina *aliquis*.

—En efecto, ahora pienso en un artículo que leí hace poco en un periódico italiano. Creo que se titulaba «Lo que dice *San Agustín* de las mujeres». ¿Qué hace usted con este dato?

—Por ahora, esperar.

—Ahora aparece algo que seguramente no tiene conexión alguna con nuestro tema…

—Le ruego prescinda de toda crítica y…

—Lo sé, lo sé. Me acuerdo de un arrogante anciano que encontré la semana pasada en el curso de mi viaje. Un verdadero *original*. Su aspecto es el de una gran ave de rapiña. Si le interesa a usted su nombre, le diré que se llama

Benedicto.

—Hasta ahora tenemos por lo menos una serie de santos y padres de la

Iglesia: *San Simón*, *San Agustín*, *San Benedicto* y *Orígenes*. Además, tres de estos nombres son nombres propios, como también *Pablo (Paul)*, que aparece en *Kleinpaul*.

—Luego se me viene a las mientes San Jenaro y el milagro de su sangre creo que esto sigue ya mecánicamente.

—Déjese usted de observaciones. *San Jenaro* y *San Agustín* tienen una relación en el calendario. ¿Quiere usted recordarme en qué consiste el milagro de la sangre de San Jenaro?

—Lo conocerá usted seguramente. En una iglesia de Nápoles se conserva en una ampolla de cristal la sangre de San Jenaro. Esta sangre se licúa milagrosamente todos los años en determinado día festivo. El pueblo se interesa mucho por este milagro y experimenta gran agitación cuando se retrasa, como sucedió una vez durante una ocupación francesa. Entonces, el general que mandaba las tropas, o no sé si estoy equivocado y fue Garibaldi, llamó aparte a los sacerdotes, y mostrándoles con gesto significativo los soldados que ante la iglesia había apostado, dijo que *esperaba* que el milagro se produciría en seguida, y, en efecto, se produ…

—Siga usted. ¿Por qué se detiene?

—Es que en este instante recuerdo algo que… Pero es una cosa demasiado íntima para comunicársela a nadie. Además, no veo que tenga conexión ninguna con nuestro asunto ni que haya necesidad de contarla…

—El buscar la conexión es cosa mía. Claro que no puedo obligarle a contarme lo que a usted le sea penoso comunicar a otra persona; pero entonces no me pida usted que le explique por qué ha olvidado la palabra *aliquis*.

—¿De verdad? Le diré, pues, que de pronto he pensado en una señora de la cual podría fácilmente recibir una noticia sumamente desagradable para ella y para mí.

—¿Que le ha faltado este mes la menstruación?

—¿Cómo ha podido usted adivinarlo?

—No era difícil. Usted mismo me preparó muy bien el camino. Piense usted en los *santos del calendario, la licuefacción de la sangre en un día determinado, la inquietud cuando el suceso no se produce, la expresiva amenaza de que el milagro tiene que realizarse o que si no…* Ha

transformado usted el milagro de San Jenaro en un magnífico símbolo del período de la mujer.

—Pero sin darme en absoluto cuenta de ello. ¿Y cree usted que realmente mi temerosa expectación ha sido la causa de no haber logrado reproducir la palabra *aliquis*?

—Me parece indudable. Recuerde usted la división que de ella hizo en a y *liquis* y luego las asociaciones: *reliquias, licuefacción, líquido*. ¿Debo también entretejer en estas asociaciones el recuerdo de Simón Trento, *sacrificado en su primera infancia*?

—Más vale que no lo haga usted. Espero que no tome usted en serio esos pensamientos, si es que realmente los he tenido. En cambio, le confesaré que la señora en cuestión es italiana y que visité Nápoles en su compañía. Pero ¿no puede ser todo ello una pura casualidad?

—Dejo a su juicio el determinar si toda esa serie de asociaciones puede explicarse por la intervención de la casualidad. Mas lo que sí le advierto es que todos y cada uno de los casos semejantes que quiera usted someter al análisis le conducirán siempre al descubrimiento de «casualidades» igualmente extrañas[556].

Estamos muy agradecidos a nuestro compañero de viaje por su autorización para hacer público uso de este pequeño análisis, que estimamos en mucho, dado que en él pudimos utilizar una fuente de observación cuyo acceso nos está vedado de ordinario. En la mayoría de los casos nos vemos obligados a poner como ejemplos de aquellas perturbaciones psicológicas de las funciones en el curso de la vida cotidiana que aquí reunimos, observaciones verificadas en nuestra propia persona, pues evitamos servirnos del rico material que nos ofrecen los enfermos neuróticos que a nosotros acuden, por temor a que se nos objete que los fenómenos que expusiéramos eran consecuencias y manifestaciones de la neurosis. Es, por tanto, de gran valor para nuestros fines el que se ofrezca como objeto de tal investigación una persona fuera de nosotros y mentalmente sana. El análisis que acabamos de exponer es, además, de gran importancia, considerado desde otro punto de vista. Aclara, en efecto, un caso de olvido de una palabra *sin* recuerdos sustitutivos y confirma nuestra anterior afirmación de que la emergencia o la falta de recuerdos sustitutivos equivocados no puede servir de base para

establecer una diferenciación esencial[557].

El principal valor del ejemplo *aliquis* reside, sin embargo, en algo distinto de su diferencia con el caso *Signorelli*. En este último la reproducción del nombre se vio perturbada por los efectos de una serie de pensamientos que había comenzado a desarrollarse poco tiempo antes y que fue interrumpida de repente, pero cuyo contenido no estaba en conexión con el nuevo tema, en el cual estaba incluido el nombre *Signorelli*. Entre el tema reprimido y el del nombre olvidado existía tan sólo una relación de contigüidad temporal, y ésta era suficiente para que ambos temas pudieran ponerse en contacto por medio de una asociación externa[558]. En cambio, en el ejemplo *aliquis* no se observa huella ninguna de tal tema, independiente y reprimido, que, habiendo ocupado el pensamiento consciente inmediatamente antes, resonara después, produciendo una perturbación. El trastorno de la reproducción surge aquí del interior del tema tratado y a causa de una contradicción inconsciente que se alza frente al deseo expresado en la cita latina. El orador, después de lamentarse de que la actual generación de su patria sufriera, a su juicio, una disminución de sus derechos, profetizó, imitando a Dido, que la generación siguiente llevaría a cabo la venganza de los oprimidos. Por tanto, había expresado su deseo de tener descendencia. Pero en el mismo momento se interpuso un pensamiento contradictorio: «En realidad, ¿deseas tan vivamente tener descendencia? Eso no es cierto. ¡Cuál no sería tu confusión si recibieras la noticia de que estabas en camino de obtenerla en la persona que tú sabes! No, no; nada de descendencia, aunque sea necesario para nuestra venganza». Esta contradicción muestra su influencia haciendo posible, exactamente como en el ejemplo *Signorelli*, una asociación externa entre uno de sus elementos de representación y un elemento del deseo contradicho, lográndolo en este caso de un modo altamente violento y por medio de un rodeo asociativo, aparentemente artificioso. Una segunda coincidencia esencial con el ejemplo *Signorelli* resulta del hecho de provenir la contradicción de fuentes reprimidas y partir de pensamientos que motivarían una desviación de la atención. Hasta aquí hemos tratado de la diferencia e interno parentesco de los dos paradigmas del olvido de nombres. Hemos aprendido a conocer un segundo mecanismo del olvido: la perturbación de un pensamiento por una contradicción interna proveniente de lo reprimido. En el curso de estas

investigaciones volveremos a hallar repetidas veces este hecho, que nos parece el más fácilmente comprensible.

III. —OLVIDO DE NOMBRES Y DE SERIES DE PALABRAS[559]

EXPERIENCIAS como la anteriormente relatada sobre el proceso del olvido de un trozo de una frase en idioma extranjero excitan la curiosidad de comprobar si el olvido de frases del idioma propio demanda o no una explicación esencialmente distinta. No suele causar asombro el no poder reproducir sino con lagunas e infidelidades una fórmula o una poesía aprendidas de memoria tiempo atrás. Mas como este olvido no alcanza por igual a la totalidad de lo aprendido, sino que parece asimismo desglosar de ello trozos aislados, pudiera ser de interés investigar analíticamente algunos ejemplos de tal reproducción defectuosa.

Uno de mis colegas, más joven que yo, expresó, en el curso de una conversación conmigo, la presunción de que el olvido de poesías escritas en la lengua materna pudiera obedecer a motivos análogos a los que produce el olvido de elementos aislados de una frase de un idioma extranjero, y se ofreció en el acto como objeto de una experiencia que aclarase su suposición. Preguntado con qué poesía deseaba que hiciéramos la prueba, eligió *La prometida de Corinto* (Goethe), composición muy de su agrado y de la que creía poder recitar de memoria por lo menos algunas estrofas. Ya al comienzo de la reproducción surgió una dificultad realmente singular: «¿Es —me preguntó mi colega— ‘de Corinto a Atenas’ o ‘de Atenas a Corinto’?» También yo vacilé por un momento, hasta que, echándome a reír, observé que el título de la poesía, *La prometida de Corinto*, no dejaba lugar a dudas sobre el itinerario seguido por el novio para llegar al lado de ella. La reproducción de la primera estrofa se verificó luego sin tropiezo alguno o, por lo menos, sin que notásemos ninguna infidelidad. Después de la primera línea de la segunda estrofa se detuvo el recitador, y pareció buscar la continuación

durante unos instantes; pero en seguida prosiguió diciendo:

> Mas ¿será bien recibido por sus huéspedes
> *ahora que cada día trae consigo algo nuevo?*
> El es aún pagano, como todos los suyos,
> y aquéllos son ya cristianos y están bautizados.

Desde la segunda línea había yo ya sentido cierta extrañeza, y al terminar la cuarta convinimos ambos en que el verso había sufrido una deformación; pero no siéndonos posible corregirla de memoria, nos trasladamos a mi biblioteca para consultar el original de Goethe, y hallamos con sorpresa que el texto de la segunda línea de la estrofa era en absoluto diferente del producido por la memoria de mi colega y había sido sustituido por algo que, al parecer, no tenía la menor relación con él.

El texto verdadero es como sigue:

> Mas ¿será bien recibido por sus huéspedes
> *si no compra muy caro su favor?*

Con «compra» (*erkauft*) rima «bautizados» (*getauft*), y además me pareció muy extraño que la *constelación* paganos, cristianos y bautizados hubiese ayudado tan poco al recitador a reconstruir con acierto el texto.

«¿Puede usted explicarse —pregunté a mi compañero— cómo ha podido usted borrar tan por completo todo un verso de una poesía que le es perfectamente conocida? ¿Sospecha usted de que contexto ha podido usted sacar la frase sustitutiva?»

Podía, en efecto, explicar lo que creía motivo del olvido sufrido de la sustitución efectuada, y, forzándose visiblemente por tener que hablar de cosas poco agradables para él, dijo lo que sigue:

—La frase «ahora que cada día trae consigo algo nuevo» no me suena como totalmente desconocida; he debido de pronunciarla hace poco refiriéndome a mi situación profesional, pues ya sabe usted que mi clientela ha aumentado mucho en estos últimos tiempos, cosa que, como es natural, me tiene satisfecho. Vamos ahora a la cuestión de cómo ha podido introducirse esta frase en sustitución de la verdadera. También aquí creo poder hallar una

conexión. La frase «si no compra muy caro su favor» era, sin duda alguna, desagradable para mí, por poderse relacionar con el siguiente hecho: Tiempo atrás pretendí la mano de una mujer y fui rechazado. Ahora que mi situación económica ha mejorado mucho proyecto renovar mi petición. No puedo hablar más sobre este asunto; pero con lo dicho comprenderá que no ha de ser muy agradable para mí, si ahora soy aceptado, el pensar que tanto la negativa anterior como el actual consentimiento han podido obedecer a una especie de cálculo.

Esta explicación me pareció aclarar lo sucedido sin necesidad de conocer más minuciosos detalles. Pero, sin embargo, pregunté: «¿Y qué razón le lleva a usted a inmiscuir su propia persona y sus asuntos privados en el texto de *La prometida de Corinto*? ¿Existe quizá también en su caso aquella diferencia de creencias religiosas que constituyen uno de los temas de la poesía?»

> (Cuando surge una nueva fe,
> el amor y la fidelidad son, con frecuencia,
> arrancados como perversa cizaña.)

Esta vez no había yo acertado; pero fue curioso observar cómo una de mis preguntas, yendo bien dirigida, iluminó el espíritu de mi colega de tal manera, que le permitió contestarme con una explicación que seguramente había permanecido hasta entonces oculta para él. Mirándome con expresión atormentada y en la que se notaba algún despecho, murmuró como para sí mismo los siguientes versos, que aparecen algo más adelante en la poesía goethiana:

> *Mírala bien.*
> Mañana habrá ella encanecido[560].

Y añadió a poco: «Ella es algo mayor que yo».

Para no penarle más desistí de proseguir la investigación. Además, el caso me pareció suficientemente aclarado. Lo más sorprendente de él era ver cómo el esfuerzo efectuado para hallar la causa de un inocente fallo de la memoria había llegado a herir cuestiones particulares del sujeto de la experiencia, tan lejanas al contenido de ésta y tan íntimas y penosas.

C. G. Jung expone otro caso de olvido de varias palabras consecutivas de una poesía conocida, que quiero copiar aquí tal y como él lo relata[561].

«Un señor quiere recitar la conocida poesía ‘Un pino se alza solitario…’ etcétera. Al llegar a la línea que comienza Dormita…’ se queda atascado, sin poder continuar. Ha olvidado por completo las palabras siguientes: ‘envuelto en blanco manto’. Este olvido de un verso tan vulgarizado me pareció extraño e hice que la persona que lo había sufrido me comunicase todo aquello que se le fuese ocurriendo al fijar su atención en las palabras olvidadas, las cuales le recordé, obteniendo la serie siguiente: Ante las palabras ‘envuelto en blanco manto’, en lo primero que pienso es en un sudario —un lienzo blanco en el que se envuelve a los muertos—. (*Pausa*.) Luego, en un íntimo amigo mío. Su hermano ha muerto hace poco de repente; dicen que de una apoplejía. Era *también* muy corpulento. Mi amigo lo es *también*, y varias veces he pensado que podía sucederle lo mismo. Hace una vida muy sedentaria. Cuando me enteré de la muerte de su hermano, me entró el temor de que algún día pudiera yo sufrir igual muerte, pues en mi familia tenemos tendencia a la obesidad, y mi abuelo murió *asimismo* de una apoplejía. También yo me encuentro demasiado grueso y he emprendido en estos días una cura para adelgazar».

Vemos, pues —comenta Jung—, que el sujeto se había identificado en el acto inconscientemente con el pino envuelto en un blanco sudario.

El ejemplo que a continuación exponemos, y que debemos a nuestro amigo S. Ferenczi, de Budapest, se refiere, a diferencia de los anteriores, a una frase no tomada de la obra de un poeta, sino pronunciada por el propio sujeto, que luego no logra recordarla. Además, nos presenta el caso, no muy común, en que el olvido se pone al servicio de nuestra discreción en momentos en que ésta se ve amenazada del peligro de sucumbir a una caprichosa veleidad. De este modo, la falla se convierte en una función útil, y cuando nuestro ánimo se serena hacemos justicia a aquella corriente interna, que anteriormente sólo podía exteriorizarse por una falla, un olvido, o sea una impotencia psíquica.

«En una reunión se mencionó la frase *Tout comprende c’est tout pardonner*. Al oírla hice la observación de que con la primera parte bastaba,

siendo un acto de soberbia el meterse a perdonar; misión que se debía dejar a Dios y a los sacerdotes. Uno de los presentes halló muy acertada mi observación, lo cual me animó a seguir hablando, y probablemente para asegurarme la buena opinión del benévolo crítico, le comuniqué que poco tiempo antes había tenido una ocurrencia aún más ingeniosa. Pero cuando quise comenzar a relatarla no conseguí recordar nada de ella. En el acto me retiré un poco de la reunión y anoté las asociaciones encubridoras. Primero acudió el nombre del amigo y el de Ja calle de Budapest, que fueron testigos del nacimiento de la ocurrencia buscada, y después, el nombre de otro amigo, Max, al que solemos llamar familiarmente Maxi. Este nombre me condujo luego a la palabra *máxima* y al recuerdo de que en aquella ocasión se trataba también, como en la frase inicial de este caso, de la transformación de una máxima muy conocida. Por un extraño proceso, en vez de ocurrírseme a continuación una máxima cualquiera, recordé la frase siguiente: ‘Dios creó al hombre a su imagen’, y su transformación: ‘El hombre creó a Dios a la suya’. Acto seguido surgió el recuerdo buscado, que se refería a lo siguiente:

»Un amigo mío me dijo, paseando conmigo por la calle de Andrassy: ‘Nada humano me es ajeno’, a lo cual respondí yo, aludiendo a las experiencias psicoanalíticas: ‘Debías continuar y reconocer que tampoco nada animal te es ajeno’.

»Después de haber logrado de este modo hacerme con el recuerdo buscado, me fue imposible relatarlo en la reunión en que me hallaba. La joven esposa del amigo, a quien yo había llamado la atención sobre la animalidad de lo inconsciente, estaba también entre los presentes, y yo sabía que se hallaba poco preparada para el conocimiento de tales poco halagadoras opiniones. El olvido sufrido me ahorró una serie de preguntas desagradables que no hubiera dejado de dirigirme y quizá una inútil discusión, lo cual fue, sin duda, el motivo de mi amnesia temporal.

»Es muy interesante el que se presentase como idea encubridora una frase que rebaja la divinidad hasta considerarla como una invención humana, al par que en la frase buscada se alude a lo que de animal hay en el hombre. Ambas frases tienen, por tanto, común una idea de *capitis diminutio* (privar a uno del status), y todo el proceso es, sin duda, la continuación de la serie de ideas sobre el comprender y el perdonar, sugeridas por la conversación.

»El que en este caso surgiese tan rápidamente lo buscado débese, quizá, a que en el acto de ocurrir el olvido abandoné momentáneamente la reunión, en la que se ejercía una censura sobre ello, para retirarme a un cuarto solitario».

He analizado numerosos casos de olvido o reproducción incorrecta de varias palabras de una frase, y la conformidad de los resultados de estas investigaciones me inclina a admitir que el mecanismo del olvido, descubierto al analizar los casos de *aliquis* y de *La prometida de Corinto*, posee validez casi universal. No es fácil publicar con frecuencia tales ejemplos de análisis, dado que, como se habrá visto por los anteriores, conducen casi siempre a asuntos íntimos del analizado, y a veces hasta desagradables y penosos para él; razón por la cual no añadiré ningún otro a los ya expuestos. Lo que de común tienen todos estos casos, sin distinción del material, es que lo olvidado o deformado entra en conexión, por un camino asociativo cualquiera, con un contenido psíquico inconsciente, del que parte aquella influencia que se manifiesta en forma de olvido.

Volveré, pues, al olvido de nombres, cuya casuística y motivos no han quedado aún agotados por completo, y como esta clase de rendimientos fallidos (*Fehllestungen*) los puedo observar con bastante frecuencia en mí mismo, no he de hallarme escaso de ejemplos que exponer a mis lectores. Las leves jaquecas que padezco suelen anunciarse unas horas antes de atacarme por el olvido de nombres, y cuando llegan a su punto cumbre, si bien no son lo suficientemente intensas para obligarme a abandonar el trabajo, me privan con frecuencia de la facultad de recordar todos los nombres propios. Casos como este mío pudieran hacer surgir una vigorosa objeción a nuestros esfuerzos analíticos. ¿No habrá, acaso, que deducir de él que la causa de los olvidos, y en especial del olvido de nombres, está en una perturbación circulatoria o funcional del cerebro y que, por tanto, no hay que molestarse en buscar explicaciones psicológicas a tales fenómenos? Mi opinión es en absoluto negativa, y creo que ello equivaldría a confundir el mecanismo de un proceso, igual en todos los casos, con las condiciones variables, y no evitablemente necesarias, que puedan favorecer su desarrollo. En vez de discutir con detención la objeción expuesta, voy a exponer una comparación,

con la que creo quedará más claramente anulada.

Supongamos que he cometido la imprudencia de ir a pasear de noche por los desiertos arrabales de una gran ciudad y que, atacado por unos ladrones, me veo despojado de mi dinero y mi reloj. En el puesto de Policía más próximo hago luego la denuncia con las palabras siguientes: «En tal o cual calle, *la soledad y la oscuridad* me han robado el reloj y el dinero». Aunque con esto no diga nada inexacto, correría el peligro de ser considerado —juzgándome por la manera de hacer la denuncia— como un completo chiflado. La correcta expresión de lo sucedido sería decir que, *favorecidos* por la soledad del lugar y *al amparo* de la oscuridad que en él reinaba, me habían despojado de mi dinero y mi reloj *unos desconocidos malhechores*. Ahora bien: la cuestión del olvido de los nombres es algo totalmente idéntico. Un poder psíquico desconocido, favorecido por la fatiga, la perturbación circulatoria y la intoxicación, me despoja de mi dominio sobre los nombres propios pertenecientes a mi memoria, y este poder es el mismo que en otros casos puede producir igual falla de la memoria, gozando el sujeto de perfecta salud y completa capacidad mental.

Al analizar los casos de olvido de nombres propios observados en mí mismo, encuentro casi regularmente que el nombre retenido muestra hallarse en relación con un tema concerniente a mi propia persona y que con frecuencia puede despertar en mí intensas y a veces penosas emociones. Conforme a la acertada y recomendable práctica de la Escuela de Zurich (Bleuler, Jung, Riklin), puedo expresar esta opinión en la forma siguiente: El nombre perdido ha rozado en mí un «complejo personal». La relación del nombre con mi persona es una relación inesperada y facilitada en la mayoría de los casos por una asociación superficial (doble sentido de la palabra o similicadencia) y puede reconocerse casi siempre como una asociación lateral. Unos cuantos sencillos ejemplos bastarán para aclarar su naturaleza.

1) Un paciente me pidió que le recomendase un sanatorio situado en la Riviera. Yo conocía uno cerca de Génova y recordaba muy bien el nombre del médico alemán que se hallaba al frente de él; pero por el momento me fue imposible recordar el nombre del lugar en que se hallaba emplazado, aunque sabía que lo conocía perfectamente. No tuve más remedio que rogar al

paciente que esperase un momento y recurrir en seguida a las mujeres de mi familia para que me dijesen el nombre olvidado. ¿Cómo se llama la población próxima a Génova donde tiene el doctor X su pequeño establecimiento en el que tanto tiempo estuvieron en cura las señoras N. y R.? «¡Es muy natural que hayas olvidado el nombre de esa población! —me respondieron—. Se llama *Nervi*».

En efecto, los nervios y las cuestiones relativas a ellos me dan ya de por sí quehacer suficiente.

2) Otro paciente me habló de una cercana estación veraniega y manifestó que, además de las dos posadas más conocidas, existía una tercera, cuyo nombre no podía decirme en aquel momento y a la que estaban ligados para él determinados recuerdos. Yo le discutí la existencia de esta tercera posada, alegando que había pasado siete veranos en la localidad referida y debía conocerla, por tanto, mejor que él. Excitado por mi contradicción, recordó el paciente el nombre de la posada. Se llama *Der Hochwartner*. Al oír su nombre tuve que reconocer que mi interlocutor tenía razón y confesar, además, que durante siete semanas había vivido en la más próxima vecindad de dicha posada; cuya existencia negaba ahora con tanto empeño. ¿Cuál es la razón de haber olvidado tanto la cosa misma como su nombre? Opino que la de que el nombre *Hochwartner* suena muy parecidamente al apellido de uno de mis colegas vieneses dedicado a mi misma especialidad. Es, pues, en este caso, el «complejo profesional» el que había sido rozado en mí.

3) En otra ocasión, al ir a tomar un boleto en la estación Reichenhall, me fue imposible recordar el nombre, muy familiar para mí, de la más próxima estación importante, por la cual había pasado numerosas veces anteriormente, y me vi obligado a buscarlo en un itinerario. El nombre era Rosenheim (casa de rosas). Al verlo descubrí en seguida cuál era la asociación que me lo había hecho olvidar. Una hora antes había estado en casa de una hermana mía que vive cerca de Reichenhall. Mi hermana se llama Rosa y, por tanto, venía de *casa de Rosa* «Rosenheim». Este nombre me había sido robado por el «complejo familiar».

4) Esta influencia depredadora del «complejo familiar» puede

demostrarse con una numerosa serie de ejemplos.

Un día acudió a mi consulta un joven, hermano menor de una de mis clientes, al cual yo había visto innumerables veces y al que acostumbraba llamar por su nombre de pila. Al querer después hablar de su visita me fue imposible recordar dicho nombre, que yo sabía no era nada raro, y no pude reproducirlo por más intentos que hice. En vista de ello, al salir a la calle fui fijándome en los nombres escritos en las muestras de las tiendas y en las placas de anuncios hasta reconocer el nombre buscado en cuanto se presentó ante mis ojos. El análisis me demostró que había yo trazado un paralelo entre el visitante y mi propio hermano, paralelo que culminaba en la siguiente pregunta reprimida: «En un caso semejante, ¿se hubiera conducido mi hermano igualmente o hubiera hecho más bien todo lo contrario?» La conexión exterior entre los pensamientos concernientes a la familia extraña y a la mía propia había sido facilitada por el hecho de que en una y otra llevaba la madre igual nombre: el de Amalia. Subsiguientemente comprendí los nombres sustitutivos, Daniel y Francisco, que se habían presentado sin explicación ninguna. Son éstos, así como Amalia, nombres de personajes de *Los bandidos*, de Schiller, y todos ellos están en conexión con una chanza del popular tipo vienés *Daniel Spitzer*.

5) En otra ocasión me fue imposible hallar el nombre de un paciente que pertenecía a asociaciones de juventud. El análisis no me condujo hasta el nombre buscado sino después de un largo rodeo. El paciente me había manifestado su temor de perder la vista. Esto hizo surgir en mí el recuerdo de un joven que se había quedado ciego a consecuencia de un disparo, y a este recuerdo se agregó el de otro joven que se había suicidado de un tiro. Este último individuo se llamaba de igual modo que el primer paciente, aunque no tenía con él parentesco ninguno. Pero hasta después de haberme dado cuenta de que en aquellos días abrigaba el temor de que algo análogo a estos dos casos ocurriera a una persona de mi propia familia no me fue posible hallar el nombre buscado.

Así, pues, a través de mi pensamiento circula una incesante corriente de «autorreferencia» (*Eigenbeziehung*), de la cual no tengo noticia alguna generalmente, pero que se manifiesta en tales ocasiones de olvido de

nombres. Parece como si hubiera algo que me obligase a comparar con mi propia persona todo lo que sobre personas ajenas oigo y como si mis complejos personales fueran puestos en movimiento al percatarse de la existencia de otros. Esto no puede ser una cualidad individual mía, sino que, por el contrario, debe de constituir una muestra de la manera que todos tenemos de comprender lo que nos es ajeno. Tengo motivos para suponer que a otros individuos les sucede en esta cuestión lo mismo que a mí.

El mejor ejemplo de esta clase me lo ha relatado, como una experiencia personal suya, un cierto señor *Lederer*. En el curso de su viaje de novios encontró en Venecia a un caballero a quien conocía, aunque muy superficialmente, y tuvo que presentarle a su mujer. No recordando el nombre de dicho sujeto, salió del paso con un murmullo ininteligible. Mas al encontrarle por segunda vez y no pudiendo esquivarle, le llamó aparte y le rogó le sacase del apuro diciéndole su nombre, que sentía mucho haber olvidado. La respuesta del desconocido demostró que poseía un superior conocimiento de los hombres: «No me extraña nada que no haya podido usted retener mi nombre. Me llamo igual que usted: ¡Lederer!»

No podemos reprimir una impresión ligeramente desagradable cuando encontramos que un extraño lleva nuestro propio nombre. Yo sentí claramente esta impresión al presentárseme un día en mi consulta un señor S. Freud.(De todos modos, hago constar aquí la afirmación de uno de mis críticos, que asegura comportarse en este punto de un modo opuesto al mío.)

6) El efecto de la referencia personal aparece también en el siguiente ejemplo, comunicado por Jung[562].

«Un cierto señor Y. se enamoró, sin ser correspondido, de una señorita, la cual se casó poco después con el señor X. A pesar de que el señor Y. conoce al señor X., hace ya mucho tiempo y hasta tiene relaciones comerciales con él, olvida de continuo su nombre, y cuando quiere escribirle tiene que acudir a alguien que se lo recuerde».

La motivación del olvido es, en este caso, más visible que en los anteriores, situados bajo la constelación de la referencia personal. El olvido parece ser aquí la consecuencia directa de la animosidad del señor Y. contra su feliz rival. No quiere saber nada de él.

7) El motivo del olvido de un nombre puede ser también algo más sutil; puede ser, por decirlo así, un rencor «sublimado» contra su portador. La señorita I. von K. relata el siguiente caso:

«Yo me he construido para mi uso particular la pequeña teoría siguiente: Los hombres que poseen aptitudes o talentos pictóricos no suelen comprender la música, y al contrario. Hace algún tiempo hablaba sobre esta cuestión con una persona, y le dije: "Mi observación se ha demostrado siempre como cierta, excepto en un caso" Pero al querer citar al individuo que constituía esta excepción no me fue posible recordar su nombre, no obstante saber que se trataba de uno de mis más íntimos conocidos. Pocos días después oí casualmente el nombre olvidado y lo reconocí en el acto como el del destructor de mi teoría. El rencor que inconscientemente abrigaba contra él se manifestó por el olvido de su nombre, en extremo familiar para mí».

8) El siguiente caso, comunicado por Ferenczi, y cuyo análisis es especialmente instructivo, por la explicación de los pensamientos sustitutivos (como Botticelli y Boltraffio en sustitución de Signorelli), muestra cómo por caminos algo diferentes de los seguidos en los casos anteriores conduce la autorreferencia al olvido de un nombre.

«Una señora que ha oído hablar algo de psicoanálisis no puede recordar en un momento dado el nombre del psiquiatra *Jung*».

En vez de este nombre se presentan los siguientes sustitutivos: *Kl (un nombre) -Wilde-Nietzsche-Hauptmann.*

No le comunico el nombre que busca y le ruego me vaya relatando las asociaciones libres que se presenten al fijar su atención en cada uno de los nombres sustitutivos.

Con *Kl*, piensa en seguida en la *señora de R*. y en que es un tanto cursi y afectada, pero que se conserva muy bien para su edad. «No envejece». Como concepto general y principal sobre *Wilde* y *Nietzsche*, habla de «perturbación mental». Después dice irónicamente: «Ustedes, los *freudianos*, investigarán tanto las causas de las enfermedades mentales, que acabarán por volverse también *locos*». Y luego: «No puedo resistir a *Wilde* ni a *Nietzsche*. No los comprendo. He oído que ambos eran homosexuales. *Wilde* se rodeaba siempre de muchachos *jóvenes (junge.* Leute)». Aunque al final de la frase ha

pronunciado la palabra buscada (aunque en húngaro), no se ha dado cuenta y no le ha servido para recordarla.

Al fijar la atención en el nombre de Hauptmann asocia a él las palabras *mitad* (Halbe) *y juventud* (Jugend), y entonces, después de dirigir yo su atención sobre la palabra *juventud (Jugend),* cae en que *Jung* era el nombre que buscaba.

Realmente, esta señora, que perdió a su marido a los treinta y nueve años y no tiene probabilidades de casarse otra vez, posee motivos suficientes para evitar el recuerdo de todo aquello que se refiera a la *juventud* o a la vejez. Lo interesante del caso es que las asociaciones de los pensamientos sustitutivos del nombre buscado son puramente de contenido, no presentándose ninguna asociación por similicadencia.

9) Otra distinta y muy sutil motivación aparece en el siguiente ejemplo de olvido de nombre, aclarado y explicado por el mismo sujeto que lo padeció.

«Al presentarme a un examen de Filosofía, examen que consideraba como algo secundario y al margen de mi verdadera actividad, fui preguntado sobre las doctrinas de Epicuro, y después sobre si sabía quién había resucitado sus teorías en siglos posteriores. Respondí que *Pierre Gassendi,* nombre que había oído citar dos días antes en el café como el de un discípulo de Epicuro. El examinador me preguntó, un tanto asombrado, que de dónde sabía eso, y yo le contesté, lleno de audacia, que hacía ya mucho tiempo que me interesaba *Gassendi* y estudiaba sus obras. Todo esto dio como resultado que la nota obtenida en el examen fuera un *magna cum laude*; pero más tarde me produjo, desgraciadamente, una tenaz inclinación a olvidar el nombre de *Gassendi*, motivada, sin duda, por mis remordimientos. Tampoco hubiera debido conocer anteriormente dicho nombre».

Para poder apreciar la intensidad de la repugnancia que el narrador experimenta al recordar este episodio de examen, hay que reconocer lo mucho en que estima ahora su título de doctor y que por muchas otras cosas le sirve de sustituto.

10) Añadiré aquí un ejemplo[563] de olvido del nombre de una ciudad, ejemplo que no es quizá tan sencillo como los anteriormente expuestos, pero

que parecerá verosímil y valioso a las personas familiarizadas con esta clase de investigaciones. Trátase en este caso del nombre de una ciudad italiana, que se sustrajo al recuerdo a consecuencia de su gran semejanza con un nombre propio femenino, al que se hallaban ligadas varias reminiscencias saturadas de afecto y no exteriorizadas seguramente hasta su agotamiento. El doctor S. Ferenczi, de Budapest, que observó en mí mismo este caso de olvido, lo trató —y muy acertadamente— como un análisis de un sueño o de una idea neurótica.

«Hallándome de visita en casa de una familia de mi amistad, recayó la conversación sobre las ciudades del norte de Italia. Uno de los presentes observó que en ellas se echa de ver aún la influencia austríaca. A continuación se citaron los nombres de algunas de estas ciudades, y al querer yo citar también el de una de ellas, no logré evocarlo, aunque sí recordaba haber pasado en tal ciudad dos días muy agradables, lo cual no parece muy conforme con la teoría freudiana del olvido. En lugar del buscado nombre de la ciudad se presentaron las siguientes ideas: *Capua-Brescia-El león de Brescia*.

Este león lo veía objetivamente ante mí bajo la forma de una *estatua de mármol*; pero observé en seguida que semejaba mucho menos al león del monumento a la Libertad existente en Brescia (monumento que sólo conozco por fotografía) que a otro marmóreo león visto por mí en el *panteón erigido en el cementerio de Lucerna a la memoria de los soldados de la Guardia Suiza muertos en las Tullerías*, monumento del que poseo una reproducción en miniatura. Por último, acudió a mi memoria el nombre buscado: *Verona*.

Inmediatamente me di cuenta de la causa de la amnesia sufrida, causa que no era otra sino una antigua criada de la familia en cuya casa me hallaba en aquel momento. Esta criada se llamaba *Verónica*, en húngaro *Verona*, y me era extraordinariamente antipática por su repulsiva fisonomía, su voz ronca y destemplada y la inaguantable familiaridad a la que se creía con derecho por los muchos años que llevaba en la casa. También me había parecido insoportable la *tiranía* con que trataba a los hijos pequeños de sus amos. Descubierta esta causa de mi olvido, hallé en el acto la significación de los pensamientos sustitutivos.

Al nombre de *Capua* había asociado en seguida *caput mortuum*, pues con

frecuencia había comparado la cabeza de Verónica a una calavera. La palabra húngara *kapzsi* (codicioso) había constituido seguramente una determinante del desplazamiento. Como es natural, hallé también aquellos otros caminos de asociación, mucho más directos, que unen *Capua y Verona* como conceptos geográficos y palabras italianas de un mismo ritmo.

Esto último sucede asimismo con respecto a *Brescia*. Pero también aquí hallamos ocultos caminos laterales de las asociaciones de ideas.

Mi antipatía por Verónica llegó a ser tan intensa, que la vista de la infeliz criada me causaba verdadera repugnancia, pareciéndome imposible que su persona pudiese inspirar alguna vez sentimientos afectuosos. Besarla —dije en una ocasión— tiene que provocar *náuseas (Brechreiz)*. Sin embargo, esto no explica en nada su relación con los muertos de la Guardia Suiza.

Brescia, por lo menos en Hungría, suele unirse no con el león, sino con otra *fiera*. El hombre más odiado en esta tierra, como también en toda la Italia septentrional, es el del general *Haynau*, al cual se le ha dado el sobrenombre de *la hiena de Brescia*. Del odiado *tirano* Haynau nos lleva, pues, una de las rutas mentales, pasando sobre Brescia, hasta la ciudad de Verona, y la otra, pasando por la idea del *animal sepulturero de ronca voz* (que coadyuva a determinar la emergencia de la representación *monumento funerario*), a la calavera y a la desagradable voz de Verónica, tan atropellada por mi inconsciente. Verónica, en su tiempo, reinaba tan tiránicamente en la casa como el general austríaco sobre los libertarios húngaros e italianos.

A *Lucerna* se asocia la idea de un verano que Verónica pasó con sus amos a orillas del lago de los Cuatro Cantones, *en las proximidades de dicha ciudad*. La Guardia Suiza, a la reminiscencia de que sabía tiranizar no sólo a los niños de la casa, sino también a las personas mayores, complaciéndose en el papel de *gardedame*.

Haré constar especialmente que esta mi antipatía hacia Verónica pertenecía conscientemente a cosas ya pasadas y dominadas. Con el tiempo había cambiado Verónica extraordinariamente y modificado sus maneras de tal modo, que al encontrarla (cosa que de todos modos sucedía raras veces) podía yo hablarle con sincera amabilidad. Mi inconsciente conservaba, sin embargo, como generalmente sucede, las impresiones con una mayor tenacidad. Lo inconsciente es rencoroso.

Las Tullerías constituyen una alusión a una segunda personalidad, a una anciana señora francesa que realmente había “guardado” a las señoras de la casa en distintas ocasiones y a la que todas mostraban grandes consideraciones y hasta quizá *temían* un poco. Yo fui durante algún tiempo alumno (*élève*) suyo de conversación francesa. Ante la palabra *élève* recuerdo, además, que en una visita al cuñado del que en aquel momento era mi huésped, residente en la Bohemia septentrional, me hizo reír mucho el que entre la gente del pueblo de aquella comarca se llamara “leones” (*löwen*) a los alumnos (*élèves*) de la escuela forestal allí existente. Este divertido recuerdo debió de participar en el desplazamiento de *hiena* a *león*».

11) El ejemplo que va a continuación[564] muestra cómo un complejo personal que domina al sujeto en un momento determinado puede producir en dicho momento y en cuestiones apartadas de su naturaleza propia el olvido de un nombre.

Dos individuos, mayor el uno y joven el otro, se hallaban conversando sobre sus recuerdos de los bellos e interesantes días que habían vivido durante un viaje que hacía seis meses habían hecho por Sicilia.

—¿Cómo se llama el lugar —preguntó el joven— donde pernoctamos al emprender nuestra excursión a Selinonte? ¿No era *Catalafimi*?

El mayor rechazó este nombre:

—Estoy seguro —dijo— de que no se llamaba así; pero también yo he olvidado cómo, aunque recuerdo perfectamente todos los detalles de nuestra estancia en aquel sitio. Basta que me dé cuenta de que otra persona ha olvidado un nombre para incurrir en igual olvido. Vamos a tratar de buscar éste. El primero que se me ocurre es *Caltanisetta*, que desde luego no es el verdadero.

—No —respondió el joven—; el nombre que buscamos comienza con *wo*; por lo menos hay alguna *w* en él.

—No hay ninguna palabra italiana que tenga una *w* —objetó el mayor,

—Es que me he equivocado. Quería decir una v en vez de una *w*. Mi lengua materna me hace confundirlas fácilmente.

El mayor presentó nuevas objeciones contra la existencia de una v en el nombre olvidado, y dijo luego:

—Creo que ya se me habrán olvidado muchos nombres sicilianos. Vamos a ver. ¿Cómo se llama, por ejemplo, aquel lugar situado sobre una altura y que los antiguos denominaban *Enna*? ¡Ah, ya lo sé: *Castrogiovanni*!

En el mismo momento en que acabó de pronunciar este nombre descubrió el joven el que ambos habían olvidado antes, y exclamó: *¡Castelvetrano!*, indicando gozosamente a su interlocutor el hecho de que, en efecto, existía en este nombre la letra v, como él había afirmado. El mayor dudó aún algunos momentos antes de reconocer el nombre; pero una vez que aceptó su exactitud pudo también explicar la razón de haberlo olvidado.

—Seguramente —dijo— el olvido se debe a que la parte final del nombre, o sea *vetrano*, me recuerda la palabra *veterano*, pues sé que no me gusta pensar en la vejez y reacciono con extraña intensidad cuando se me hace recordar. Así, hace poco que dije, un tanto inconvenientemente, a un muy querido amigo mío «que hacía ya mucho tiempo que había pasado de los años juveniles», como en venganza de que dicho amigo, en medio de múltiples alabanzas a mi persona, había dicho un día que «yo no era ya precisamente joven[565]». La prueba de que mi resistencia surgía tan sólo contra la segunda mitad del nombre *Castelvetrano* es que su primera mitad aparece, aunque algo desfigurada, en el nombre sustitutivo *Caltanisetta*.

—¿Y qué le sugiere a usted este nombre sustitutivo por sí mismo? —preguntó el joven.

—Caltanisetta me pareció siempre un apelativo cariñoso aplicable a una muchacha joven —confesó el interlocutor de más edad.

Algún tiempo después añadió éste:

—El nombre moderno de *Enna* era también un nombre sustitutivo. Se me ocurre ahora que el nombre *Castrogiovanni*, que surgió con ayuda de un raciocinio, alude tan expresivamente a *giovane* = joven, como el olvidado nombre *Castelvetrano* = viejo.

De este modo supuso el mayor haber explicado suficientemente su olvido del nombre. Lo que no fue sometido a investigación fue el motivo de que también el joven sufriera igual olvido.

Debemos interesarnos no sólo por los motivos del olvido de nombres, sino por el mecanismo de su proceso. En un gran número de casos se olvida un nombre no porque haga surgir por sí mismo tales motivos, sino porque

roza por similicadencia otro nombre contra el cual se dirigen aquéllos. Se comprende que tal debilitación de las condiciones favorezca extraordinariamente la aparición del fenómeno. Así sucede en los siguientes ejemplos:

12) Ed. Hitschmann («Dos casos de olvido de nombres», en *Internat. Zeitsch, für Psychoanalyse*, I, 1913).

«El señor N. quiso indicar a una persona el título de la sociedad *Gilhofer y Ranschburg*, libreros; pero por más esfuerzos que hizo no logró acordarse más que del segundo nombre, *Ranschburg*, a pesar de serle muy familiar y conocida la firma completa. Ligeramente molesto por tal olvido, le concedió importancia suficiente para despertar a su hermano, que se había acostado ya, y preguntarle por la primera parte de la firma. El hermano se la dijo en seguida, y al oír la palabra *Gilhofer* recordó N. en el acto la palabra *Gailhof*, nombre de un lugar donde meses antes había estado de paseo con una atractiva muchacha, paseo lleno de recuerdos para él. La muchacha le había regalado aquel día un objeto sobre el que se hallaban escritas las siguientes palabras: “En recuerdo de las bellas horas pasadas en *Gailhof*” Pocos días antes del olvido que aquí relatamos había N. estropeado considerablemente, al parecer por casualidad, este objeto al cerrar el cajón en que lo guardaba, cosa de la que N., conocedor del sentido de los actos sintomáticos (*Symtomhandlungen*), se reconocía en cierto modo culpable. Se hallaba en estos días en una situación espiritual un tanto ambivalente con respecto a la señorita de referencia, pues, aunque la quería, no compartía su deseo de contraer matrimonio».

13) Doctor Hans Sachs:

«En una conversación sobre Génova y sus alrededores quiso un joven citar el lugar llamado *Pegli*; mas no pudo recordar su nombre sino después de un rato de intenso esfuerzo mental. Al volver a su casa, pensando en aquel enfadoso olvido de un nombre que le era muy familiar, recordó de repente la palabra *Peli*, de sonido semejante a la olvidada. Sabía que *Peli* era el nombre de una isla del mar del Sur, cuyos habitantes han conservado hasta nuestros días algunas extrañas costumbres. Poco tiempo antes había leído una obra de

Etnología que trataba de esta cuestión, y pensaba utilizar los datos en ella contenidos para la construcción de una hipótesis original. Recordó asimismo que *Peli* era el lugar en que se desarrollaba la acción de una novela de Lauridos Bruun titulada *Los tiempos más felices de Van Zanten*, novela que le había gustado e interesado grandemente. Los pensamientos que casi sin interrupción le habían ocupado durante todo aquel día se hallaban ligados a una carta que había recibido por la mañana de una señora a la que amaba, carta cuyo contenido le hacía temer que tuviera que renunciar a una entrevista acordada con anterioridad. Después de haber pasado todo el día de perverso humor, salió al anochecer con el propósito de no atormentarse por más tiempo con tan penosos pensamientos y procurar distraerse agradablemente en la reunión en la que luego surgió su olvido del nombre *Pegli*, reunión que se componía de personas a las que estimaba y cuya compañía le era grata. Puede verse claramente que este propósito de distraer sus desagradables pensamientos quedaba amenazada por la palabra *Pegli*, que por similicadencia había de sugerir en el acto el nombre *Peli*, el cual, habiendo adquirido por su interés etnológico su valor de autorreferencia, encarnaba no sólo 'los tiempos más felices de Van Zanten', sino asimismo los de igual condición del joven y, por tanto, también los temores y cuidados que este último había abrigado durante todo el día. Es muy característico el hecho de que esta sencilla interpretación del olvido no fuera alcanzada por el sujeto hasta que una segunda carta convirtió sus dudas y temores en alegre certeza de una próxima entrevista con la señora de sus pensamientos».

Recordando ante este ejemplo el anteriormente citado, en el que lo olvidado por el sujeto era el nombre del lugar italiano *Nervi*, se ve cómo el doble sentido de una palabra puede ser sustituido por similicadencia de dos palabras diferentes.

14) Al estallar en 1915 la guerra con Italia pude observar cómo se sustraía de repente a mi memoria una gran cantidad de nombres de poblaciones italianas que de ordinario había podido citar sin esfuerzo alguno. Como otras muchas personas de nacionalidad germánica, acostumbraba yo pasar una parte de las vacaciones en Italia, y no podía dudar de que tal olvido general de nombres italianos fuera la expresión de la comprensible enemistad hacia

Italia, en la que se transformaba, por mandato de las circunstancias, mi anterior predilección por dicho país. Al lado de este olvido de nombres directamente motivados, podía observarse también otro, motivado indirectamente y que podía ser referido a la misma influencia. Durante esta época advertí, en efecto, que también me hallaba inclinado a olvidar nombres de poblaciones no italianas, e investigando estos últimos olvidos hallé que tales nombres se ligaban siempre, por próximas o lejanas semejanzas de sonido, a aquellos otros italianos que mis sentimientos circunstanciales me prohibían recordar. De este modo estuve esforzándome un día en recordar el nombre de la ciudad de *Bisenz*, situada en Moravia, y cuando, por fin, logré recordarlo vi en seguida que el olvido debía ponerse a cargo del *Palazzo Bisenzi*, de Orvieto. En este *Palazzo* se encuentra instalado el hotel Belle Arti, en el cual me había hospedado siempre en todos mis viajes a dicha población. Como es natural, los recuerdos preferidos y más agradables habían sido los más fuertemente perjudicados por la transformación de mis sentimientos.

El rendimiento fallido del olvido de nombres puede ponerse al servicio de diferentes intenciones, como nos lo demuestran los ejemplos que siguen:

15) A. J. Storfer (*Zur Psychopathologie des alltags*, en *Internationale Zeitschrift für ärztliche Psychoanalyse*, II, 1944).

OLVIDO DE UN NOMBRE COMO GARANTÍA DEL OLVIDO DE UN PROPÓSITO

«Una señora de Basilea recibió una mañana la noticia de que una amiga suya de juventud, Selma X., de Berlín, acababa de llegar a Basilea en el curso de su viaje de novios, pero que no permanecería en esta ciudad más que un solo día. Por tanto, fue en seguida a visitarla al hotel. Al despedirse por la mañana, quedaron de acuerdo en verse de nuevo por la tarde para pasar juntas las horas restantes hasta la partida de la recién casada berlinesa.

»Mas la señora de Basilea olvidó por completo la cita. Las determinantes de este olvido no me son conocidas; pero en la situación en que la señora se hallaba (encuentro con *una amiga de juventud recién casada*), se hacen posibles multitud de constelaciones típicas, que pueden producir una represión encaminada a evitar la repetición de dicho encuentro. Lo

interesante en este caso es un segundo rendimiento fallido que surgió como inconsciente garantía del primero. A la hora en que debía encontrarse con su amiga berlinesa se hallaba la señora de Basilea en una reunión, en la cual se llegó a hablar de la reciente boda de una cantante de ópera vienesa llamada *Kurtz*. La señora comenzó a criticar (¡!) dicha boda, y al querer citar el nombre de la cantante vio con sorpresa que sólo recordaba el apellido *Kurtz*, pero que le era imposible recordar el nombre, cosa que le desagradó y extrañó en extremo, dado que sabía le era muy conocido por haber oído cantar frecuentemente a la referida artista y haber hablado de ella citándola por su *nombre y apellido*, pues es cosa corriente, cuando un apellido es monosilábico, agregar a él el nombre propio para nombrar a la persona a quien pertenece. La conversación tomó en seguida otro rumbo antes que nadie subsanase el olvido pronunciando el nombre de la cantante.

»Al anochecer del mismo día se hallaba la señora en otra reunión, compuesta, en parte, por las mismas personas que integraban la de por la tarde. La conversación recayó casualmente de nuevo sobre la boda de la artista vienesa. La señora citó entonces sin ninguna dificultad su nombre completo: *Selma Kurtz*, y en el acto exclamó: '¡Caramba! Ahora me acuerdo que he olvidado en absoluto que estaba citada esta tarde con mi amiga *Selma*'. Una mirada al reloj le demostró que su amiga debía de haber continuado ya su viaje».

Quizá no estemos aún suficientemente preparados para hallar todas las importantísimas relaciones que puede encerrar este interesantísimo ejemplo. En el que a continuación transcribimos, menos complicado, no es un nombre, sino una palabra de un idioma extranjero lo que cae en el olvido por un motivo implícito en la situación del sujeto en el momento de no poder recordarla. (Vemos, pues, que podemos considerar como un solo caso estos olvidos, aunque se refieran a objeto diferente: nombre sustantivo, nombre propio, palabra extranjera o serie de palabras.)

En el siguiente ejemplo olvida un joven la palabra inglesa correspondiente a *oro (gold)*, que es precisamente idéntica en ambos idiomas, alemán e inglés, y la olvida con el fin inconsciente de dar ocasión a una acción deseada.

16) Hans Sachs:

«Un joven que vivía en una pensión conoció en ella a una muchacha inglesa que fue muy de su agrado. Conversando con ella en inglés, idioma que domina bastante bien, la misma noche del día en que la había conocido quiso utilizar en el diálogo la palabra inglesa correspondiente a *oro (gold)*, y a pesar de múltiples esfuerzos, no le fue posible hallarla. En cambio, acudieron a su memoria, como palabras sustitutivas, la francesa *or*, la latina *aurum* y la griega *chrysos*, agolpándose en su pensamiento con tal fuerza, que le costaba trabajo rechazarlas, a pesar de saber con toda seguridad que no tenían parentesco alguno con la palabra buscada. Por último, no halló otro camino para hacerse comprender que el de tocar un anillo que la joven inglesa llevaba en una de sus manos, y quedó todo avergonzado al oírle que la tan buscada traducción de la palabra *oro (gold)* en alemán) era en inglés la idéntica palabra *gold*. El alto valor de tal contacto, proporcionado, por el olvido, no reposa tan sólo en la decorosa satisfacción del instinto de aprehensión o de contacto, satisfacción que puede conseguirse en muchas otras ocasiones ardientemente aprovechadas por los enamorados, sino mucho más en la circunstancia de hacer posible una aclaración de las intenciones del galanteo. El inconsciente de la dama adivinará, sobre todo si está predispuesta en favor de su interlocutor, el objeto erótico del olvido, oculto detrás de un inocente disfraz, y la forma en que la interesada acoja el contacto y dé por válida su motivación puede constituir un signo muy significativo, aunque sea inconsciente en ambos, de su acuerdo sobre el porvenir del recién iniciado *flirt*».

17) Daré también un ejemplo tomado de J. Stärcke que constituye una interesante observación de un caso de olvido y recuerdo posterior de un nombre propio, caracterizado por ligarse en él el olvido del nombre a la alteración de varias palabras de una poesía, como pasaba en el ejemplo de *La prometida de Corinto*, citada al principio de este capítulo. (Este ejemplo se halla incluido en la edición holandesa del presente libro, titulado *De imbed vans ons onbewuste in ons dajelijksche leven*. Amsterdam, 1916. En alemán apareció en la revista *Internationale Zeitschrift für ärzitliche Psychoanalyse*,

IV, 1916.)

UN CASO DE OLVIDO DE NOMBRE Y RECUERDO ERRÓNEO

«Un anciano jurisconsulto y filólogo, el señor Z., contaba en una reunión que durante sus años de estudio en Alemania había conocido a un estudiante extraordinariamente tonto y del que podía relatar algunas divertidas anécdotas. De su nombre no se acordaba en aquel momento, y aunque al principio creyó recordar que empezaba con *W*, retiró después tal suposición, juzgándola equivocada. Lo que sí podía afirmar era que tal estudiante se había hecho después comerciante en vinos (*Weinhändler*). A continuación contó una de las anécdotas a que antes había aludido, y al terminarla expresó de nuevo su extrañeza por no recordar el nombre del protagonista, añadiendo: 'Era tan burro, que aún me maravilla haber conseguido meterle en la cabeza el latín a fuerza de explicarle y repasarle una y otra vez las lecciones'. Momentos después recordó que el nombre que buscaba terminaba en… *man*, y al preguntarle yo que si se le ocurría en aquel instante otro nombre que tuviera igual terminación, me contestó: 'Sí, *Erdmann'*. '¿Quién lleva ese nombre?', seguí interrogando. 'También un estudiante de aquellos tiempos', repuso Z. Pero su hija, que estaba presente, observó que en la actualidad existía un profesor Erdmann, a quien conocían, y en el curso de la conversación se averiguó que dicho profesor había mutilado y abreviado un trabajo de Z. al publicarlo en una revista por él dirigida, mostrando además su disconformidad con parte de las doctrinas sustentadas por el autor, cosas ambas que habían desagradado bastante a Z. (Aparte de esto, supe después que años atrás había tenido éste la intención de desempeñar una cátedra de la misma disciplina que actualmente enseñaba el profesor Erdmann, y que, por tanto, también a causa de esto podía herir en Z. el nombre de *Erdmann* una cuerda sensible.)

»De repente recordó Z. el nombre del estudiante tonto: *¡Lindeman!* El haber recordado primeramente que el nombre buscado terminaba en… *man* había hecho que su principio, *Linde* (tilo), permaneciera reprimido aún por más tiempo. Siguiendo mi deseo de averiguar todo el mecanismo del olvido, pregunté a Z. qué era lo que se le ocurría ante la palabra *Linde* (tilo),

contestándome en un principio que no se le ocurría nada. Apremiado por mi afirmación de que no podía dejar de ocurrírsele algo ante dicha palabra, miró hacia lo alto, y haciendo en el aire un gesto con la mano, dijo: ‘Bueno, sí. Un tilo (*Linde*) es un bello árbol’, sin que se le ocurriera nada más. La conversación calló aquí, y cada uno prosiguió su lectura o la ocupación a que se hallaba dedicado, hasta que momentos después comenzó Z. a recitar distraídamente y como ensimismado los siguientes versos:

> Si con fuertes y flexibles huesos permanece en pie sobre la *tierra (Erde)*
> no llega tampoco
> ni siquiera a igualarse al *tilo (Linde)*
> o a la *vid*.

»Al oír estos versos lancé una exclamación de triunfo: ¡Ahí tenemos a *Erdmann*! —dije—. Ese *hombre (Mann)* ‘que permanece en pie sobre la tierra’ (*Erde*) y que, por tanto, es el ‘hombre de la tierra’ (*Erdmann*), no puede llegar a compararse con el *tilo (Linde-Lindemann)* o con la *vid* (comerciante en vinos). O sea, con otras palabras: aquel *Lindemann*, el estudiante estúpido, que además se hizo comerciante en vinos, era un burro; pero *Erdmann* es un burro mucho mayor que no puede compararse con *Lindeman*.

»Es muy general que lo inconsciente se permita en sí mismo tales expresiones de burla o de desprecio, y, por tanto, me pareció haber hallado ya la causa fundamental del olvido del nombre.

»Pregunté a Z. de qué poesía provenían las líneas por él citadas, y me dijo que creía eran de una de Goethe que comenzaba:

> ¡Sea noble el hombre
> benéfico y bondadoso!

y que después seguía:

> … y si se eleva hacia los cielos
> se convierte en juguete de los vientos.

Al día siguiente busqué esta poesía de Goethe y vi que el caso era todavía más interesante, aunque también más complicado de lo que al principio parecía. *a)* Las primeras líneas citadas decían así (compárese con la versión de Z):

> Si con fuertes y *vigorosos* huesos permanece en pie…

Huesos *flexibles* era, en efecto, una rara combinación. Pero sobre este punto no queremos ahondar más.

b) Los versos siguientes de esta estrofa son como sigue (compárese con la versión de Z.):

> sobre la tierra estable y *permanente*,
> no llega tampoco ni siquiera
> a igualarse a la *encina*
> o a la *vid*.

¡Así, pues, en toda la poesía no aparece para nada ningún *tilo! (Linde).* La sustitución de la encina (*Eiche*) por el *tilo (Linde)* no se ha verificado más que para hacer posible el juego de palabras.

c) Esta poesía se llama *Los límites del género humano* y contiene una comparación entre la omnipotencia de los dioses y el escaso poder de los hombres. La poesía cuyo principio es:

> ¡Sea noble el hombre
> benéfico y bondadoso!

es otra poesía distinta, que se halla unas páginas más adelante. Se titula *Lo divino*, y contiene asimismo pensamientos sobre los dioses y los hombres. Por no haber continuado las investigaciones sobre estos puntos no puedo sino suponer que en la génesis de este olvido desempeñaron también un papel diverso pensamientos sobre la vida y la muerte, lo temporal y lo eterno, la débil vida propia y la muerte futura.

En alguno de estos ejemplos son necesarias todas las sutilezas de la técnica psicoanalítica para aclarar el olvido. Para aquellos que deseen conocer algo más sobre tal labor indicaremos aquí una comunicación de E.

Jones (Londres) publicada en la *Zentralblatt für Psychoanalyse* (año II, núm. 2, 1921) con el título «Análisis de un caso de olvido de un nombre».

18) Ferenczi ha observado que el olvido de nombres puede manifestarse también como síntoma histérico, y entonces muestra un mecanismo que se aparta mucho del de los rendimientos fallidos. En el siguiente ejemplo puede verse en qué consiste esta diferencia:

Tengo actualmente en tratamiento, entre mis pacientes, a una señorita ya madura que no logra jamás recordar ni siquiera aquellos nombres propios más vulgares o que le son más conocidos, a pesar de poseer en general una buena memoria. En el análisis se demostró que lo que quería era hacer notar su ignorancia por medio de este síntoma. Esta demostrativa exhibición de su ignorancia era, en realidad, un reproche contra sus padres, que no le dejaron seguir una enseñanza superior. Su atormentadora obsesión de limpiar y fregarlo todo (psicosis del ama de casa) procede también, en parte, del mismo origen. Con ella quiere expresar aproximadamente: «Habéis hecho de mí una criada»

Podría multiplicar aquí los ejemplos de olvido de nombres y llevar mucho más adelante su decisión si no quisiera evitar que quedasen ya agotados en este primer tema todos los puntos de vista que han de seguir en otros subsiguientes. Mas lo que sí conviene hacer es resumir concretamente en algunas frases los resultados de los análisis expuestos hasta aquí.

El mecanismo del olvido de nombres, o más bien de su desaparición temporal de la memoria, consiste en la perturbación de la reproducción deseada del nombre por una serie de ideas ajenas a él e inconscientes por el momento. Entre el nombre perturbado y el complejo perturbador, o existe desde un principio una conexión, o se ha formado ésta siguiendo con frecuencia caminos aparentemente artificiosos y alambicados por medio de asociaciones superficiales (exteriores).

Entre los complejos perturbadores se distinguen por su mayor eficacia los pertenecientes a la autorreferencia (complejos familiares, personales y profesionales).

Un nombre que por su pluralidad de sentidos pertenece a varios círculos

de pensamientos (complejos) es perturbado en su conexión con una de las series de ideas por su pertenencia a otro complejo más vigoroso.

Entre los motivos de esta perturbación resalta la intención de evitar que el recuerdo despierte una sensación penosa o desagradable.

En general, pueden distinguirse dos casos principales de olvido de nombres: cuando el nombre mismo hiere algo desagradable o cuando se halla en contacto con otro capaz de producir tal efecto, de manera que los nombres pueden ser perturbados en su reproducción, tanto a causa de sus propias cualidades como por sus próximas o lejanas relaciones de asociación.

Un vistazo a estos principios generales nos permite comprender que el olvido temporal de nombres sea el más frecuente de nuestros rendimientos fallidos.

19) Estamos, sin embargo, aún muy lejos de haber señalado todas las particularidades de este fenómeno. Quiero hacer constar todavía que el olvido de nombres es altamente contagioso. En un diálogo bastará que uno de los interlocutores exprese haber olvidado tal o cual nombre, para hacerlo desaparecer de la memoria del otro. Mas la persona en que el olvido ha sido inducido encontrará el nombre con mayor facilidad que la que lo ha olvidado espontáneamente. Este olvido *colectivo*, que si se considera con precisión es, en realidad, un fenómeno de la psicología de las masas, no ha sido todavía objeto de la investigación analítica. En un caso único, pero sobre manera interesante, ha podido dar Th. Reik excelente explicación de este curioso fenómeno[566].

«En una pequeña reunión en la que se hallaban dos estudiantes de Filosofía se hablaba de los numerosos problemas que el origen del cristianismo plantea a la historia de la civilización y a la ciencia de las religiones. Una de las señoritas que tomaban parte en la conversación recordó haber hallado en una novela inglesa que había leído recientemente un atractivo cuadro de las numerosas corrientes religiosas que agitaban aquella época. Añadió que en la novela se describía toda la vida de Cristo desde su nacimiento hasta su muerte, pero que no podía recordar el título de la obra. (En cambio, el recuerdo visual de la cubierta del libro y hasta la composición tipográfica del título se presentaban en ella con una precisión más intensa de

lo normal.) Tres de los señores presentes declararon conocer también la novela; mas, por una curiosa coincidencia, tampoco pudieron recordar su título».

Sólo la señorita estudiante se sometió al análisis encaminado a hallar la explicación de tal olvido de nombre. El título del libro era *Ben Hur*, y su autor, Lewis Wallace. Los recuerdos sustitutivos fueron: *Eccehomo-homo sum, Quo vadis?* La joven comprendía que había olvidado el nombre *Ben Hur* porque contenía una expresión que ni ella ni ninguna otra muchacha usarían nunca, sobre todo en presencia de hombres jóvenes[567]. Esta explicación se hizo más completa y profunda por medio de un interesante análisis. En el contexto antes revelado posee también la traducción de *homo* —hombre— una significación sospechosa.

Reik deduce que la joven estudiante consideraba que el pronunciar dicho título sospechoso ante hombres jóvenes constituía algo semejante a una confesión de deseos que condenaba como impropios de su personalidad y penosos para ella. En resumen: la joven consideraba inconscientemente el pronunciar el título *Ben Hur* como una proposición sexual, y su olvido correspondía, por tanto, a su defensa contra una tentación de dicha clase. Tenemos fundamentos para admitir que el olvido sufrido por los jóvenes se hallaba condicionado por un análogo proceso inconsciente. Su subconsciente dio al olvido de la muchacha su verdadera significación y lo interpretó de igual manera. El olvido del título *Ben Hur* en los hombres representó una consideración ante la defensa de la muchacha. Es como si ésta, con su repentina debilidad de memoria, les hubiera hecho una clara señal que ellos hubieran entendido muy bien inconscientemente.

Existe también un continuado olvido de nombres en el cual desaparecen de la memoria series enteras de ellos, y cuando para hallar un nombre olvidado se quiere hacer presa en otros con los que aquél se halla íntimamente enlazado, suelen también huir tales nombres buscados como puntos de apoyo. El olvido salta así de unos nombres a otros como para demostrar la existencia de un obstáculo nada fácil de dominar.

IV. —RECUERDOS INFANTILES Y RECUERDOS ENCUBRlDORES

EN un artículo publicado en 1899 en *Monatsschrif t für Psychiatrie und Neurologic* pudimos demostrar el carácter tendencioso de nuestros recuerdos, carácter que se nos reveló en aquellos pertenecientes a un insospechado campo. Partimos entonces del hecho singular de que en los más tempranos recuerdos infantiles de una persona parece haberse conservado, en muchos casos, lo más indiferente y secundario, mientras que frecuentemente, aunque no siempre, se halla que de la memoria del adulto han desaparecido sin dejar huella los recuerdos de otras impresiones importantes, intensas y llenas de afecto, pertenecientes a dicha época infantil. Sabiendo que la memoria realiza una selección entre las impresiones que a ella se ofrecen, podría suponerse que dicha selección se verifica en la infancia conforme a principios totalmente distintos de aquellos otros a los que obedece en la edad de la madurez intelectual. Pero una más penetrante investigación nos evidencia en seguida la inutilidad de tal hipótesis. Los recuerdos infantiles indiferentes deben su existencia a un proceso de desplazamiento y constituyen en la reproducción un sustitutivo de otras impresiones verdaderamente importantes, cuyo recuerdo puede extraerse de ellos por medio del análisis psíquico, pero cuya reproducción directa se halla estorbada por una resistencia. Dado que estos recuerdos infantiles indiferentes deben su conservación no al propio contenido, sino una relación asociativa del mismo con otro contenido reprimido, creemos que está justificado el nombre de *recuerdos encubridores (Deckrinnerungen)* con que los designamos.

En el mencionado artículo no hicimos más que rozar, sin agotarlo, el estudio de las numerosas clases de relaciones y significaciones de los recuerdos encubridores. En el ejemplo que allí analizábamos minuciosamente hicimos resaltar en particular una peculiaridad de la relación *temporal* entre el recuerdo encubridor y el contenido que bajo él queda oculto. El contenido del recuerdo encubridor pertenecía en el caso analizado a los primeros años de la niñez, mientras que las experiencias mentales por él reemplazadas en la memoria (y que permanecían casi inconscientes) correspondían a años muy posteriores de la vida del sujeto. Esta clase de desplazamiento fue

denominada por mí *retroactivo* o *regresivo*. Quizá con mayor frecuencia se encuentra la relación inversa, siendo una impresión indiferente de la primera infancia la que se fija en la memoria en calidad de recuerdo encubridor, a causa de su asociación con una experiencia anterior, contra cuya reproducción directa se alza una resistencia. En este caso los recuerdos encubridores son *progresivos* o *avanzados*. Lo más importante para la memoria se halla aquí cronológicamente *detrás* del recuerdo encubridor. Por último, puede presentarse también una tercera variedad: la de que el recuerdo encubridor esté asociado a la impresión por él ocultada, no solamente por su contenido, sino también por su contigüidad en el tiempo. Éstos serán recuerdos encubridores *simultáneos* o *contiguos*.

El determinar qué parte del contenido de nuestra memoria pertenece a la categoría de recuerdos encubridores y qué papel desempeñan éstos en los diversos procesos móntales neuróticos son problemas de los que no traté en mi artículo ni habré de tratar ahora. Por el momento me limitaré a hacer resaltar la analogía entre el olvido de nombres con recuerdo erróneo y la formación de los recuerdos encubridores.

Al principio las diferencias entre ambos fenómenos aparecen mucho más visibles que sus presuntas analogías. Trátase, en efecto, en uno de ellos de nombres aislados, y en el otro de impresiones completas de sucesos vividos en la realidad exterior o en el pensamiento. En un lado existe una falla manifiesta de la función del recuerdo, y en el otro, un acto positivo de esta función, cuyos caracteres juzgamos singulares. El olvido de nombres no constituye más que una perturbación momentánea —pues el nombre que se acaba de olvidar ha sido reproducido cien veces con exactitud anteriormente y puede volver a serlo poco tiempo después—; en cambio, los recuerdos encubridores son algo que poseemos durante largo tiempo sin que sufran perturbación alguna, dado que los recuerdos infantiles indiferentes parecen poder acompañarnos, sin perderse, a través de un amplio período de nuestra vida. Así, pues, el problema se presenta a primera vista muy diferentemente orientado en ambos casos. En uno es el haber olvidado, y en el otro, el haber retenido lo que excita nuestra curiosidad científica. Mas en cuanto se profundiza un poco en la cuestión se observa que, a pesar de las diferencias que respecto a material psíquico y duración muestran ambos fenómenos,

dominan en ellos las coincidencias. Tanto en uno como en otro se trata de una falla del recuerdo; no se reproduce por la memoria lo que de un modo correcto debía reproducirse, sino algo distinto, un sustitutivo. En el olvido de nombres la memoria no deja de suministrarnos un determinado rendimiento, que surge en forma de nombre sustitutivo. La formación del recuerdo encubridor se basa en el olvido y otras impresiones más importantes, y en ambos fenómenos experimentamos una sensación intelectual que nos indica la intervención de una perturbación, siendo este aviso lo que se presenta bajo una forma diferente, según se trate del fenómeno del olvido de nombres o del recuerdo encubridor. En el olvido de nombres *sabemos* que los nombres sustitutivos son *falsos*, y en los recuerdos encubridores nos *maravillamos* de retenerlos todavía. Cuando el análisis psicológico nos demuestra después que la formación de sustitutivos se ha realizado en ambos casos de la misma manera, o sea por un desplazamiento a lo largo de una asociación superficial, creemos poder decir justificadamente que las diferencias que ambos fenómenos presentan en material, duración y objetivo son circunstancias que hacen más intensa nuestra esperanza de haber hallado algo importante y de un valor general. Esta ley general podría enunciarse diciendo que la falla o la desviación de la función reproductora indica más frecuentemente de lo que se supone la intervención de un factor tendencioso, de un propósito que favorece a uno de los recuerdos mientras se esfuerza en laborar en contra del otro.

El tema de los recuerdos infantiles me parece tan interesante y de tal importancia, que quiero dedicarle aún algunas observaciones que van más allá de los puntos de vista examinados hasta ahora.

¿Hasta qué estadio de la niñez alcanzan los recuerdos? Me son conocidos algunos de los trabajos realizados sobre esta cuestión, entre ellos los de V. y

C.Henri[568] y los de Potwin[569], en los cuales resulta que han aparecido grandes diferencias individuales en los sujetos sometidos a investigación, pues mientras que en algunos el primer recuerdo infantil corresponde a la edad de seis meses, otros no recuerdan nada de su vida anterior a los seis y a veces los ocho años cumplidos. Mas ¿de qué dependen esas diferencias en la conducta de los recuerdos infantiles y cuál es su significado? Para resolver

esta cuestión no basta limitarse a reunir el material necesario a la investigación; hay, además, que hacer un estudio minucioso de este material, estudio en el cual tendrá que tomar parte la persona que directamente lo suministre.

Mi opinión es que miramos con demasiada indiferencia el hecho de la amnesia infantil, o sea la pérdida de los recuerdos correspondientes a los primeros años de nuestra vida, y que no nos cuidamos lo bastante de desentrañar el singular problema que dicha amnesia constituye. Olvidamos de cuán altos rendimientos intelectuales y cuán complicadas emociones es capaz un niño de cuatro años, y no nos asombramos como debiéramos de que la memoria de los años posteriores haya conservado generalmente tan poca cosa de estos procesos psíquicos, pues no tenemos en cuenta que existen vigorosas razones para admitir que estas mismas actividades infantiles olvidadas no han desaparecido sin dejar huella en el desarrollo de la persona, sino que han ejercido una influencia determinante sobre su futura vida. Y, sin embargo, se han olvidado, a pesar de su incomparable eficacia. Este hecho indica la existencia de condiciones especialísimas del recuerdo (referentes a la reproducción consciente) que se han sustraído hasta ahora a nuestro conocimiento. Es muy posible que este olvido de nuestra niñez nos pueda dar la clave para la comprensión de aquellas amnesias que, según nuestros nuevos conocimientos, se encuentran en la base de la formación de todos los síntomas neuróticos.

Entre los recuerdos infantiles que conservamos existen unos que comprendemos con facilidad y otros que nos parecen extraños e ininteligibles. No es difícil corregir en ambas clases de recuerdos algunos errores. Si se someten a un examen analítico los recuerdos que de su infancia ha conservado una persona, puede sentarse fácilmente la conclusión de que no existe ninguna garantía de la exactitud de los mismos. Algunas de las imágenes del recuerdo aparecerán seguramente falseadas, incompletas o desplazadas temporal y espacialmente. Ciertas afirmaciones de las personas sometidas a investigación, como la de que sus primeros recuerdos infantiles corresponden a la época en que ya habían cumplido lo dos años, son inaceptables. En el examen analítico se hallan en seguida motivos que explican la desfiguración y el desplazamiento sufridos por los sucesos objeto

del recuerdo, pero que demuestran también que estos errores de la memoria no pueden ser atribuidos a una sencilla infidelidad de la misma. Poderosas fuerzas correspondientes a una época posterior de la vida del sujeto han moldeado la capacidad de ser evocadas de nuestras experiencias infantiles, y estas fuerzas son probablemente las mismas que hacen que la comprensión de nuestros años de niñez sea tan difícil para nosotros.

La facultad de recordar de los adultos opera, como es sabido, con un material psíquico muy vario. Unos recuerdan por medio de imágenes visuales, teniendo, por tanto, sus recuerdos un carácter visual, y, en cambio, otros son casi incapaces de reproducir en su memoria el más simple esquema de sus recuerdos. Siguiendo las calificaciones propuestas por Charcot, se denomina a estos últimos sujetos «auditivos» y «motores», en contraposición a los primeros o «visuales». En los sueños desaparecen estas diferencias; todos nuestros sueños son predominantemente visuales. Algo análogo sucede en los recuerdos infantiles, los cuales poseen también carácter plástico visual hasta en aquellas personas cuya memoria carece después de este carácter. La memoria visual conserva, pues, el tipo del recuerdo infantil. Mis más tempranos recuerdos infantiles son en mí los únicos de carácter visual, y se me presentan además como escenas de una gran plasticidad, sólo comparable a la de aquellas que se presentan sobre un escenario. En estas escenas de niñez, demuéstrense luego como verdaderas o falseadas, aparece regularmente la imagen de la propia persona infantil con sus bien definidos contornos y sus vestidos. Esta circunstancia tiene que sorprendernos, pues los adultos «visuales» no ven ya la imagen de su persona en sus recuerdos de sucesos posteriores[570]. Además, es contrario a toda nuestra experiencia el aceptar que la atención del niño esté en sí mismo, en lugar de dirigirse exclusivamente sobre las impresiones exteriores. Diferentes datos nos fuerzan, pues, a suponer que en los denominados primeros recuerdos infantiles no poseen la verdadera huella mnémica, sino una ulterior elaboración de la misma, elaboración que ha sufrido las influencias de diversas fuerzas psíquicas posteriores. De este modo, los «recuerdos infantiles» del individuo van tomando la significación de «recuerdos encubridores» y adquieren una analogía digna de mención con los recuerdos de la infancia de los pueblos, depositados por éstos en sagas y mitos.

Aquel que haya sometido a numerosas personas a una exploración psíquica por el método psicoanalítico, habrá reunido en esta labor gran cantidad de ejemplos de recuerdos encubridores de todas clases. Mas la publicación de estos ejemplos queda extraordinariamente dificultada por la naturaleza antes expuesta de las relaciones de los recuerdos infantiles con la vida posterior del individuo. Para estimar una reminiscencia infantil como recuerdo encubridor habría que relacionar muchas veces por entero la historia de la persona correspondiente. Sólo contadas veces es posible, como en el ejemplo que transcribimos a continuación, aislar de una totalidad, para publicarlo, un delimitado recuerdo infantil.

Un hombre de veinticuatro años conserva en su memoria la siguiente imagen de una escena correspondiente a sus cinco años. Se recuerda sentado en una sillita, en el jardín de una residencia veraniega y al lado de su tía, que se esfuerza en hacerle aprender las letras. El distinguir la *m* de la *n* constituía para él una gran dificultad, y pidió a su tía que le dijese cómo podía conocer cuándo se trataba de una y cuándo de la otra. La tía le hizo observar que la *m* tenía todo un trazo más que la *n*, un tercer palito. En este caso no se halló motivo alguno para dudar de la autenticidad del recuerdo infantil. Mas su significación no fue descubierta hasta después, cuando se demostró que podía adjudicársele la categoría de representación simbólica de otra curiosidad inquisitiva del niño. En efecto, así como primeramente deseaba saber la diferencia existente entre la *m* y la *n*, se esforzó después en averiguar la que había entre los niños y las niñas, y hubiera deseado que la misma persona que le hizo comprender lo primero, esto es, su tía, fuera también la que satisficiera su nueva curiosidad. Al fin acabó por descubrir que la diferencia era en ambos casos análoga, puesto que los niños poseían también todo un trozo más que las niñas, y en la época de este descubrimiento despertó en su memoria el recuerdo de la anterior curiosidad infantil correspondiente.

He aquí otro ejemplo perteneciente a posteriores años infantiles[571]. Un hombre de algo más de cuarenta años y cuya vida erótica había sido muy inhibida era el mayor de nueve hermanos. En la época del nacimiento de la menor de sus hermanas tenía él ya quince años, y, sin embargo, afirmaba después, con absoluta convicción, que nunca observó en su madre deformación alguna. Ante mi incredulidad, surgió en él el recuerdo de haber

visto una vez, teniendo once o doce años, cómo su madre se *desceñía apresuradamente* el vestido ante un espejo. A esto añadió espontáneamente que su madre acaba de regresar de la calle y se había visto atacada por inesperados dolores. El *desceñimiento (Aujbinden)* del vestido es un recuerdo encubridor sustitutivo del parto (*Entbindung*). En otros varios casos volveremos a hallar tales «puentes de palabras[572]».

Quisiera mostrar ahora, con un único ejemplo, cómo por medio del procedimiento analítico puede adquirir sentido un recuerdo infantil que anteriormente parecía no poseer ninguno. Cuando habiendo cumplido yo cuarenta y tres años, comencé a dirigir mi interés hacia los restos de recuerdos de mi infancia que aún conservaba, recordé una escena que desde largo tiempo atrás —yo creía que desde siempre— venía acudiendo a mi conciencia de cuando en cuando, escena que, según fuertes indicios, debía situarse cronológicamente antes de haber cumplido yo los tres años. En mi recuerdo me veía yo, rogando y llorando, ante un cajón cuya tapa mantenía abierta mi hermanastro, que era unos veinte años mayor que yo. Hallándonos así, entraba en el cuarto, aparentemente de regreso de la calle, mi madre, a la que yo hallaba bella y esbelta de un modo extraordinario.

Con estas palabras había yo resumido la escena que tan plásticamente veía en mi recuerdo, pero con la que no me era posible construir nada. Si mi hermanastro quería abrir o cerrar el cajón —en la primera traducción de la imagen era éste un armario—, por qué lloraba yo y qué relación tenía con todo ello la llegada de mi madre, eran cosas que se me presentaban con gran oscuridad. Estuve, pues, tentado de contenerme con la explicación de que, sin duda, se trataba del recuerdo de una burla de mi hermanastro para hacerme rabiar, interrumpida por la llegada de mi madre. Esta errónea interpretación de una escena infantil conservada en nuestra memoria es algo muy frecuente. Se recuerda una situación, pero no se logra centrarla; no se sabe sobre qué elemento de la misma debe colocarse el acento psíquico. Un esfuerzo analítico me condujo a una inesperada solución interpretativa de la imagen evocada. Yo había notado la ausencia de mi madre y había entrado en sospechas de que estaba encerrada en aquel cajón o armario. Por tanto, exigí a mi hermanastro que lo abriese, y cuando me complació, compaciéndome de que mamá no se hallaba dentro, comencé a gritar y llorar. Éste es el

instante retenido por el recuerdo, instante al que siguió, calmando mi cuidado o mi ansiedad, la aparición de mi madre. Mas ¿cómo se le ocurrió al niño la idea de buscar dentro de un cajón a la madre ausente? Varios sueños que tuve por esta época aludían oscuramente a una niñera, sobre la cual conservaba algunas otras reminiscencias; por ejemplo, la de que me obligaba concienzudamente a entregarle las pequeñas monedas que yo recibía como regalo, detalle que también puede aspirar por sí mismo a adquirir el valor de un recuerdo encubridor sustitutivo de algo posterior. Ante estas indicaciones de mis sueños decidí hacerme más sencillo el trabajo interpretativo interrogando a mi ya anciana madre sobre tal niñera, y, entre otras muchas cosas, averigüé que la astuta y poco honrada mujer había cometido, durante el tiempo que mi madre hubo de guardar cama a raíz de un parto, importantes sustracciones domésticas y había sido después entregada a la justicia por mi hermanastro. Estas noticias me llevaron a la comprensión de la escena infantil, como si de repente se hubiera hecho luz sobre ella. La repentina desaparición de la niñera no me había sido indiferente, y había preguntado su paradero, precisamente a mi hermanastro, porque, según todas las probabilidades, me había dado cuenta de que él había desempeñado un papel en tal desaparición. Mi hermanastro, indirectamente y entre burlas, como era su costumbre, me había contestado que la niñera «estaba encajonada». Yo comprendí infantilmente esta respuesta y dejé de preguntar, pues realmente ya no quedaba nada por averiguar. Mas cuando poco tiempo después noté un día la ausencia de mi madre, sospeché que el pícaro hermano le había hecho correr igual suerte que a la niñera, y le obligué a abrir el cajón. Ahora comprendo también por qué en la traducción de la visual escena infantil aparece acentuada la esbeltez de mi madre, la cual me debió de aparecer entonces como nueva y restaurada después de un peligro. Yo soy dos años y medio mayor que aquella de mis hermanas que nació entonces, y al cumplir yo tres años cesó mi hermanastro de vivir con nosotros[573].

V. —EQUIVOCACIONES ORALES (‘Lapsus linguae’)

EL material corriente de nuestra expresión oral en nuestra lengua materna parece hallarse protegido del olvido; pero, en cambio, sucumbe con extraordinaria frecuencia a otra perturbación que conocemos con el nombre de equivocaciones orales o *lapsus linguae*.

Estos *lapsus*, observados en el hombre normal, dan la misma impresión que los primeros síntomas de aquellas «parafasías» que se manifiestan bajo condiciones patológicas.

Por excepción puedo aquí referirme a una obra anterior a mis trabajos sobre esta materia. En 1895 publicaron Meringer y C. Mayer un estudio sobre las *Equivocaciones en la expresión oral y en la lectura*, cuyos puntos de vista se apartan mucho de los míos. Uno de los autores de este estudio, el que en él lleva la palabra, es un filólogo cuyo interés por las cuestiones lingüísticas le llevó a investigar las reglas que rigen tales equivocaciones, esperando poder deducir de estas reglas la existencia de «determinado mecanismo psíquico, en el cual estuvieron asociados y ligados de un modo especial los sonidos de una palabra o de una frase y también las palabras entre sí» (pág. 10).

Los autores de este estudio agrupan en principio los ejemplos de «equivocaciones orales» por ellos coleccionados, conforme a un punto de vista puramente descriptivo, clasificándolos en *intercambios* (por ej.: «la Milo de Venus», en lugar de «la Venus de Milo»); *anticipaciones* (por ej.: «… sentí un pech…, digo, un peso en el pecho»); *ecos y posposiciones* (por ej.: «Traiga-tres tres…, por tres tés»); *contaminaciones* (por ej. : «Cierra el armave», por «Cierra el armario y tráeme la llave»), y *sustituciones* (por ej.: «El escultor perdió su pincel…, digo, su cincel»), categorías principales a las cuales añaden algunas otras menos importantes (o de menor significación para nuestros propósitos). En esta clasificación no se hace diferencia entre que la transposición, desfiguración, fusión, etcétera, afecte a sonidos aislados de la palabra o a sílabas o palabras enteras de la frase.

Para explicar las diversas clases de equivocaciones orales observadas

atribuye Meringer un diverso valor psíquico a los sonidos fonéticos. Cuando una inervación afecta a la primera sílaba de una palabra o a la primera palabra de una frase, el proceso estimulante se propaga a los sonidos posteriores o a las palabras siguientes, y en tanto en cuanto estas inervaciones sean sincrónicas pueden influirse mutuamente, motivando transformaciones unas en otras. La excitación o estímulo del sonido de mayor intensidad psíquica resuena anticipadamente o queda como un eco y perturba de este modo los procesos de inervación menos importantes. Se trata, por tanto, de determinar cuáles son los sonidos más importantes de una palabra. Meringer dice que «cuando se desea saber qué sonidos de una palabra poseen mayor intensidad, debe uno observarse a sí mismo en ocasión de estar buscando una palabra que ha olvidado; por ejemplo, un nombre».

«Aquella parte de él que primero acude a la conciencia es invariablemente la que poseía mayor intensidad antes del olvido» (pág. 106). «Así, pues, los sonidos más importantes son el inicial de la sílaba radical o de la misma palabra y la vocal o las vocales acentuadas» (pág. 162).

No puedo por menos de contradecir estas apreciaciones. Pertenezca o no el sonido inicial del nombre a los más importantes elementos de la palabra, lo que no es cierto es que sea lo primero que acude a la conciencia en los casos de olvido, y, por tanto, la regla expuesta es inaceptable. Cuando se observa uno a sí mismo estando buscando un nombre olvidado, se advertirá, con relativa frecuencia, que se está convencido de que la palabra buscada comienza con una determinada letra. Esta convicción resulta luego igual número de veces infundada que verdadera, y hasta me atrevo a afirmar que la mayoría de las veces es falsa nuestra hipotética reproducción del sonido inicial. Así sucede en el ejemplo que expusimos de olvido del nombre *Signorelli*. En él se perdieron, en los nombres sustitutivos, el sonido inicial y las sílabas principales, y precisamente el par de sílabas menos importantes: *elli* es lo que, en el nombre sustitutivo *Boticelli*, volvió primero a la conciencia. El caso que va a continuación nos enseña lo poco que los nombres sustitutivos respetan el sonido inicial del nombre olvidado:

En una ocasión me fue imposible recordar el nombre de la pequeña nación cuya principal ciudad es *Monte Cario*. Los nombres que en sustitución se presentaron fueron: *Piamonte, Albania, Montevideo, Cólico*.

En lugar de Albania apareció en seguida otro nombre: *Montenegro*, y me llamó la atención ver que la sílaba *Mont* (pronunciada *Mon*) apareciera en todos los nombres sustitutivos, excepto en el último. De este modo me fue más fácil hallar el olvidado nombre: *Mónaco*, tomando como punto de partida el de su soberano: el príncipe Alberto. *Cólico* imita aproximadamente la sucesión de sílabas y el ritmo del nombre olvidado.

Si se acepta la conjetura de que un mecanismo similar al señalado en el olvido de nombres intervenga también en los fenómenos de equivocaciones orales, se llegará a un juicio más fundamentado sobre estos últimos. La perturbación del discurso que se manifiesta en forma de equivocación oral puede, en principio, ser causada por la influencia de otros componentes del mismo discurso; esto es, por un sonido anticipado, por un eco o por tener la frase o su contexto un segundo sentido diferente de aquél en que se desea emplear. A esta clase pertenecen los ejemplos de Meringer y Mayer antes transcritos. Pero, en segundo lugar, puede también producirse dicha perturbación, como en el caso *Signorelli*, por influencias *exteriores* a la palabra, frase o contexto, ejercidas por elementos que no se tiene intención de expresar y de cuyo estímulo sólo por la perturbación producida nos damos cuenta.

La simultaneidad del estímulo constituye la cualidad común a las dos clases de equivocación oral, y la situación interior o exterior del elemento perturbador respecto a la frase o contexto serán su cualidad diferenciadora. Esta diferencia no parece a primera vista tan importante como luego, cuando se la tome en consideración para relacionarla con determinadas conclusiones deducidas de la sintomatología de las equivocaciones orales. Es, sin embargo, evidente que sólo en el primer caso existe una posibilidad de deducir de los fenómenos de equivocación oral conclusiones favorables a la existencia de un mecanismo que ligue entre sí sonidos y palabras, haciendo posible una recíproca influencia sobre su articulación; esto es, conclusiones como las que el filólogo esperaba poder deducir del estudio de las equivocaciones orales. En el caso de perturbación ejercida por influencias exteriores a la misma frase o al contenido del discurso, se trataría, ante todo, de llegar al conocimiento de los elementos perturbadores, y entonces surgirá la cuestión de si también el mecanismo de esta perturbación podía o no sugerir las probables reglas de la

formación del discurso.

No se puede afirmar que Meringer y Mayer no hayan visto la posibilidad de perturbaciones del discurso motivadas por «complicadas influencias psíquicas» o elementos exteriores a la palabra, la frase o el discurso. En efecto, tenían que observar que la teoría del diferente valor psíquico de los sonidos no alcanzaba estrictamente más que para explicar la perturbación de los sonidos, las anticipaciones y los ecos. En aquellos casos en que la perturbación de las palabras no puede ser reducida a la de los sonidos, como sucede en las sustituciones y contaminaciones, han buscado, en efecto, sin vacilar, la causa de las equivocaciones orales *fuera* del contexto del discurso y han demostrado este punto por medio de preciosos ejemplos.

Entre ellos citaré los que siguen:

(Pág. 62.) «Ru. relataba en una ocasión ciertos hechos que interiormente calificaba de ‘cochinerías’ (*Schweinereien*); pero no queriendo pronunciar esta palabra, dijo: ‘Entonces se descubrieron determinados hechos…’ Mas al pronunciar la palabra *Vorschein*, que aparece en esta frase, se equivocó, y pronunció *Vorschwein*. Mayer y yo nos hallábamos presentes, y Ru. nos confesó que al principio había pensado decir: *Schweinereien*. La analogía de ambas palabras explica suficientemente el que la pensada se introdujese en la pronunciada, revelándose».

(Pág. 73.) «También en las sustituciones desempeñan, como en las contaminaciones, y acaso en un grado mucho más elevado, un importantísimo papel las imágenes verbales ‘flotantes’. Aunque éstas se hallan fuera de la conciencia, están, sin embargo, lo bastante cercanas a ellas para poder ser atraídas por una analogía del complejo al que la oración se refiere, y entonces producen una desviación en la serie de palabras del discurso o se cruzan con ella. Las imágenes verbales ‘flotantes’ son con frecuencia, como antes hemos dicho, elementos retrasados de un proceso oral recientemente terminado (ecos)».

(Pág. 97.) «La desviación puede producirse asimismo por analogía cuando una palabra semejante a aquélla en que la equivocación se manifiesta yace en el umbral de la conciencia y muy cerca de ésta, *sin que el sujeto tenga intención de pronunciarla*. Esto es lo que sucede en las sustituciones. Confío en que estas reglas por mí expuestas habrán de ser confirmadas por

todo aquel que las someta a una comprobación práctica; pero es necesario que al realizar tal examen, observando una equivocación oral cometida por una tercera persona, *se procure llegar a ver con claridad los pensamientos que ocupaban al sujeto*. He aquí un ejemplo muy instructivo. El señor L. dijo un día ante nosotros: ‘Esa mujer me *inspiraría* miedo’ (*einjagen*), y en la palabra *einjagen* cambió la *j* en *l*, pronunciando *einlagen*. Tal equivocación motivó mi extrañeza, pues me parecía incomprensible aquella sustitución de letras, y me permitió hacer notar a L. que había dicho *einlagen* en vez de *einjagen*, a lo cual me respondió en el acto: ‘Sí, sí, eso ha sido, sin duda, porque estaba pensando: no estoy *en situación (Lage)’*».

Otro ejemplo. En una ocasión pregunté a R. v. Schid por el estado de su caballo, que se hallaba enfermo, R. me respondió: «Sí, esto ‘drurará’ (*’drauí*) quizá todavía un mes». La sobrante de ‘drurará’ me pareció incomprensible, dado que la *r* de ‘durará’ (*dauert*) no podía haber actuado en tal forma, y llamé la atención de V. Schid sobre su *lapsus*, respondiéndome aquél que al oír mi pregunta había pensado: «Es una *triste (traurige)* historia». Así, pues, R había tenido en su pensamiento dos respuestas a mi pregunta y las había mezclado al pronunciar una de ellas.

Es innegable que la toma en consideración de las imágenes verbales «flotantes» que se hallan próximas al umbral de la conciencia y no están destinadas a ser pronunciadas, y la recomendación de procurar enterarse de todo lo que el sujeto ha pensado constituye algo muy próximo a las cualidades de nuestros «análisis». También nosotros partimos por el mismo camino en busca del material inconsciente; pero, en cambio, recorremos, desde las ocurrencias espontáneas del interrogado hasta el descubrimiento del elemento perturbador, un camino más largo a través de una compleja serie de asociaciones.

Los ejemplos de Meringer demuestran otra cosa muy interesante también. Según la opinión del propio autor, es una analogía cualquiera de una palabra de la frase que se tiene intención de expresar con otra palabra que no se propone uno pronunciar, lo que permite emerger a esta última por la constitución de una deformación, una formación mixta o una formación transaccional (contaminación):

jagen, dauert, Vorschein
lagen, traurig…schwein.

En mi obra *La interpretación de los sueños* he expuesto el papel que desempeña el *proceso de condensación (Verdichtungsarbeit)* en la formación del llamado contenido manifiesto del sueño a expensas de las ideas latentes del mismo. Una semejanza cualquiera de los objetos o de las representaciones verbales entre dos elementos del material inconsciente es tomada como causa creadora de un tercer elemento que es una formación compuesta o transaccional. Este elemento representa a ambos componentes en el contenido del sueño, y a consecuencia de tal origen se halla frecuentemente recargado de determinantes individuales contradictorias. La formación de sustituciones y contaminaciones en la equivocación oral es, pues, un principio de aquel proceso de condensación que encontramos toma parte activísima en la construcción del sueño.

En un pequeño artículo de vulgarización, publicado en la *Nueue Frie Presse*, en 23 de agosto de 1900, y titulado «Cómo puede uno equivocarse», inició Meringer una interpretación práctica en extremo de ciertos casos de intercambio de palabras, especialmente de aquéllos en los cuales se sustituye una palabra por otra de opuesto sentido. Recordamos aún cómo declaró *abierta* una sesión el presidente de la Cámara de Diputados austríaca: «Señores diputados —dijo—. Habiéndose verificado el recuento de los diputados presentes, se *levanta* la sesión». La general hilaridad le hizo darse cuenta de su error y enmendarlo en el acto. La explicación de este caso es que el presidente *deseaba* ver llegado el momento de levantar la sesión, de la que esperaba poco bueno, y —cosa que sucede con frecuencia— la idea accesoria se abrió camino, por lo menos parcialmente, y el resultado fue la sustitución de «se abre» por se «levanta»; esto es, lo contrario de lo que tenía la intención de decir. Numerosas observaciones me han demostrado que esta sustitución de una palabra por otra de sentido opuesto es algo muy corriente. Tales palabras de sentido contrario se hallan ya asociadas en nuestra conciencia del idioma. Yacen inmediatamente vecinas unas de otras y se evocan con facilidad erróneamente.

No en todos los casos de intercambio de palabras de sentido contrario

resulta tan fácil como en el ejemplo anterior hacer admisible la explicación de que el error cometido esté motivado por una contradicción surgida en el fuero interno del orador contra la frase expresada. El análisis del ejemplo *aliquis* nos descubre un mecanismo análogo. En dicho ejemplo la interior contradicción se exteriorizó por el olvido de una palabra en lugar de su sustitución por la de sentido contrario. Mas para compensar esta diferencia haremos constar que la palabra *aliquis* no es capaz de producir un contraste como el existente entre «abrir» y «cerrar» o «levantar» una sesión, y además que «abrir», como parte usual del discurso, no puede hallarse sujeto al olvido.

Habiendo visto en los últimos ejemplos citados de Meringer y Mayer que la perturbación del discurso puede surgir tanto por una influencia de los sonidos anticipados o retrasados, o de las palabras de la misma frase destinadas a ser expresadas, como por el efecto de palabras exteriores a la frase que se intenta pronunciar, y *cuyo estímulo no se hubiera sospechado sin la emergencia de la perturbación*, tócanos ahora averiguar cómo se pueden separar definitivamente, una de otra, ambas clases de equivocaciones orales y cómo puede distinguirse un ejemplo de una de ellas de un caso de la otra. En este punto de la discusión hay que recordar las afirmaciones de Wundt, el cual, en su reciente obra sobre las leyes que rigen el desarrollo del lenguaje *Volkers psychologie*, tomo 1, parte primera, págs. 371 y sigs., 1900), trata también de los fenómenos de la equivocación oral. Opina Wundt que en estos fenómenos y otros análogos no faltan jamás determinadas influencias psíquicas. «A ellas pertenece, ante todo, como una determinante positiva, la corriente no inhibida de las *asociaciones de sonidos y de palabras*, estimulada por los sonidos pronunciados. Al lado de esta corriente aparece, como factor negativo, la desaparición o el relajamiento de las influencias de la voluntad que deben inhibir dicha corriente, y de la atención, que también actúa aquí como una función de la voluntad. El que dicho juego de la asociación se manifieste, en que un sonido se anticipe o reproduzca los anteriormente pronunciados, en que un sonido familiar intercale entre otros o, por último, en que palabras totalmente distintas a las que se hallan en relación asociativa con los sonidos pronunciados actúen sobre éstos, todo ello no indica más que diferencias en la dirección y a lo sumo en el campo de acción de las asociaciones que se establecen, pero no en la naturaleza general de las

mismas. También en algunos casos puede ser dudoso el decidir qué forma se ha de atribuir a una determinada perturbación, o si no sería más justo referirla, *conforme al principio de la complicación de las causas*, a la concurrencia de varios motivos». (Páginas 380 y 381. Las itálicas son mías.)

Considero absolutamente justificadas y en extremo instructivas estas observaciones de Wundt. Quizá se pudiera acentuar con mayor firmeza el hecho de que el factor positivo favorecedor de las equivocaciones orales —la corriente no inhibida de las asociaciones— y el negativo —el relajamiento de la atención inhibitoria— ejercen regularmente una acción sincrónica, de manera que ambos factores resultan no ser sino diferentes determinantes del mismo proceso. Con el relajamiento o, más precisamente, por el relajamiento de la atención inhibitoria entra en actividad la corriente no inhibida de las asociaciones.

Entre los ejemplos de equivocaciones orales reunidos por mí mismo apenas encuentro uno en el que la perturbación del discurso pueda atribuirse sola y únicamente a lo que Wundt llama «efecto de contacto de los sonidos». Casi siempre descubro, además, una influencia perturbadora procedente de algo *exterior* a aquello que se tiene intención de expresar, y este elemento perturbador es o un pensamiento inconsciente aislado, que se manifiesta por medio de la equivocación y no puede muchas veces ser atraído a la conciencia más que por medio de un penetrante análisis, o un motivo psíquico general, que se dirige contra todo el discurso.

Ejemplos:

1) Viendo el gesto de desagrado que ponía mi hija al morder una manzana agria, quise, bromeando, decirle la siguiente aleluya:

> El mono pone cara ridícula
> al comer, de manzana, una partícula.

Pero comencé diciendo: *El man…* Esto parece ser una contaminación de «mono» y «manzana» (*formación transaccional*), y puede interpretarse también como una anticipación de la palabra «manzana», preparada ya para ser pronunciada. Sin embargo, la verdadera interpretación es la siguiente: Antes de equivocarme había recitado ya una vez la aleluya, sin incurrir en error alguno, y cuando me equivoqué fue al verme obligado a repetirla, por

estar mi hija distraída y no haberme oído la primera vez. Esta repetición, unida a mi impaciencia por desembarazarme de la frase, debe ser incluida en la motivación del error, el cual se presenta como resultante de un proceso de condensación.

2) Mi hija dijo un día: «Estoy escribiendo a la señora de *Schre*singer». El apellido verdadero era *Schle*singer. Esta equivocación se debió, probablemente, a una tendencia a facilitar la articulación, pues después de varias *r* es difícil pronunciar la *l*: «*Ich schreibe der Frau* Schlesinger». Debo añadir, además, que esta equivocación de mi hija tuvo efecto pocos minutos después de la mía entre «mono» y «manzana» y que las equivocaciones orales son en alto grado contagiosas, a semejanza del olvido de nombres, en el cual han observado Meringer y Mayer este carácter. No conozco la razón de tal contagiosidad psíquica.

3) Una paciente, al comienzo de la sesión de tratamiento y al querer decir que las molestias que experimentaba le hacían «doblarse como una *navaja de bolsillo» (Taschenmesser)*, cambió las consonantes de esta palabra, y dijo: *Tassenmescher*, equivocación explicable por la dificultad de articulación de tal palabra. Habiéndole llamado la atención sobre su error, replicó prontamente: «Sí, eso me ha sucedido porque antes ha dicho usted también *Ernscht*, en vez de *Ernst*». En efecto, al recibirla había yo dicho: «Hoy ya va la cosa en *serio (Ernst)*» —pues era aquélla la última sesión antes de vacaciones—, y, bromeando, había aprovechado el doble sentido de la palabra *Ernst (serio* y *Ernesto)* para decir *Ernscht* (apelativo familiar de *Ernesto*), en vez de *Ernst (serio)*. En el transcurso de la sesión siguió equivocándose la paciente repetidas veces, haciéndome por fin observar que no se limitaba a imitarme, sino que tenía, además, una razón particular en su inconsciente para continuar considerando la palabra *Ernest*, no como el adjetivo serio, sino como nombre propio: *Ernesto*[574].

4) La misma paciente, queriendo decir en otra ocasión: «Estoy tan resfriada que no puedo *aspirar (atmen)* por la *nariz (Nase)»*, dijo: «Estoy tan constipada que no puedo *naspirar (natmen)* por la *ariz (Ase)»*, y en el acto se dio cuenta de la causa de su equivocación, explicándola en la siguiente forma: «Todos los días tomo el tranvía en la calle *Hasenauer*. Esta mañana, mientras lo estaba esperando, se me ocurrió pensar que si yo fuese francesa

diría *Asenauer*, pues los franceses no pronuncian la *h* aspirándola, como lo hacemos nosotros». Después de esto habló de varios franceses que había conocido, y al cabo de amplios rodeos y divagaciones recordó que teniendo catorce años había representado en una piececilla titulada *El Valaco y la Picarda* el papel de esta última, habiendo tenido que hablar entonces el alemán como una francesa. La casualidad de haberse alojado por aquellos días en la casa de viajeros en que ella habitaba un huésped procedente de París había despertado en ella toda esta serie de recuerdos. El intercambio de sonidos (*Nase atmen* = *Ase natmen*) es, pues, consecuencia de una perturbación producida por un pensamiento inconsciente, perteneciente a un contenido ajeno en absoluto al de la frase expresada.

5) Análogo mecanismo se observa en la equivocación de otra paciente, cuya facultad de recordar desapareció de pronto a la mitad de la reproducción de un recuerdo infantil, que volvía a emerger en la memoria después de haber permanecido olvidado durante mucho tiempo. Lo que su memoria se negaba a comunicar era en qué parte de su cuerpo le había tocado la indiscreta y desvergonzada mano de cierto sujeto. Inmediatamente después de haber sufrido este olvido visitó la paciente a una amiga suya y habló con ella de sus respectivas residencias veraniegas. Preguntada por el lugar en que se hallaba situada la casita que poseía en M., dijo que en las *nalgas* de la montaña (*Berglende*), en vez de en la *vertiente* de la misma (Berg*lehne*).

6) Otra paciente, a la que después de la sesión de tratamiento pregunté por un tío suyo, me respondió: «No lo sé. Ahora no le veo más que *in fraganti*». Al siguiente día, en cuanto entró, me dijo: «Estoy avergonzada de mi tonta respuesta de ayer. Ha debido usted de pensar que soy una de esas personas ignorantes que usan siempre equivocadamente las locuciones extranjeras. Lo que quise decir es que ahora ya no veía a mi tío más que *en passant*». Por el momento no sabíamos de dónde podía haber tomado la paciente las palabras extranjeras equivocadamente empleadas; mas en la misma sesión, continuando el tema de la anterior, apareció una reminiscencia en la que desempeñaba el papel principal el hecho de haber sido sorprendida *in fraganti*. Así, pues, la equivocación del día anterior había *anticipado* este recuerdo, entonces todavía inconsciente.

7) Estando sometiendo a un análisis a otra paciente, le expresé mi

sospecha de que en la época de su vida de que entonces tratábamos se hallaba ella avergonzada de su familia y hubiese hecho a su padre un reproche sobre algo que hasta aquel momento nos era aún desconocido. La paciente no recordaba nada de ello, y además dijo que mi suposición le parecía improbable. Mas luego continuó la conversación, haciendo varias observaciones sobre su familia, y al decir: «Lo que hay que concederles es que no son personas vulgares. Todos ellos tienen inteligencia (*Geist*)», se equivocó y dijo: «Todos ellos tienen avaricia (*Geiz*)». Éste era el reproche que por represión había ella expulsado de su memoria. Es un fenómeno muy frecuente el de que en la equivocación se abra paso precisamente aquella idea que se quiere retener (compárese con el caso de Meringer: *Vorschein* = *Vorschwein*). La diferencia entre ambos está tan sólo en que en el caso de Meringer el sujeto quiere inhibir una cosa de la que posee perfecta conciencia, mientras que mi paciente no sabía lo que inhibía, ni siquiera si inhibía alguna cosa.

8) El siguiente ejemplo de equivocación se refiere también, como el de Meringer, a un caso de inhibición intencionada. Durante una excursión por las Dolomitas encontré a dos señoras que vestían trajes de turismo. Fui acompañándolas un trozo de camino y conversamos de los placeres y molestias de las excursiones a pie. Una de las señoras concedió que este deporte tenía su lado incómodo. «Es cierto —dijo— que no resulta nada agradable sentir sobre el cuerpo, después de haber estado andando el día entero, la blusa y la camisa empapadas en sudor». En medio de esta frase tuvo una pequeña vacilación que venció en el acto. Luego continuó, y quiso decir: «Pero cuando se llega a *casa (nach Hause)* y puede uno cambiarse de ropa…»; mas en vez de la palabra *Hause* (casa) se equivocó y pronunció la palabra *Hose* (calzones).

Opino que no hace falta examen ninguno para explicar esta equivocación. La señora había tenido claramente el propósito de hacer una más completa enumeración de las prendas interiores, diciendo: «Blusa, camisa y calzones», y por razones de conveniencia social había retenido el último nombre. Pero en la frase de contenido independiente que a continuación pronunció se abrió paso, contra su voluntad, la palabra inhibida (*Hose*), surgiendo en forma de desfiguración de la palabra *Hause* (casa). [Ejemplo agregado en 1917.]

9) «Si quiere usted comprar algún tapiz, vaya a casa de Kaufrmann (apellido alemán que significa, además, *comerciante*), en Matthäusgasse», me dijo un día una señora. Yo repetí: «A Matthäuss…, digo, de *Kaujfmann*». Esta equivocación de repetir un nombre en lugar de otro parecía ser simplemente motivada por una distracción mía. En efecto, las palabras de la señora me habían distraído, pues habían dirigido la atención hacia cosas más importantes que los tapices de que me hablaba. En Matthäusgasse se halla la casa donde mi mujer vivía de soltera. La entrada de esta casa daba a otra calle, y en aquel momento me di cuenta de que había olvidado el nombre de esta última, siéndome preciso dar un rodeo mental para llegar a recordarlo. El nombre Matthäuss, que fijó mi atención, era, pues, un nombre sustitutivo del olvidado nombre de la calle, siendo más apto para ella que el nombre de *Kaujfmann*, por ser exclusivamente un nombre propio, cosa que no sucede a este último, y llevar la calle olvidada también un nombre propio: *Radetzky*.

10) El caso siguiente podría incluirse, asimismo, entre los «errores», de los que trataré más adelante, pero lo expongo ahora por aparecer en él con especial claridad la relación de sonidos que motiva la equivocación.

Una paciente me relató un sueño que había tenido y que era el siguiente: Un niño había decidido matarse dejándose morder por una serpiente, y, en efecto, llevaba a cabo su propósito. La paciente lo vio en su sueño retorcerse convulsionado bajo los efectos del veneno, etc. Hice que buscase el enlace que su sueño pudiera tener con sus impresiones de la vigilia, y en el acto recordó que la tarde anterior había asistido a una conferencia de vulgarización sobre el modo de prestar los primeros auxilios a las personas mordidas por reptiles venenosos. En ella oyó que cuando han sido mordidos al mismo tiempo un adulto y un niño se debe atender primero a este último. Recordaba también las prescripciones aconsejadas para el tratamiento de estos casos por el conferenciante, el cual había insistido sobre la importancia de saber, ante todo, por qué clase de serpiente había sido atacado el herido. Al llegar aquí interrumpí a mi paciente y le pregunté: «¿Y no dijo el conferenciante que en nuestro país hay muy pocas serpientes venenosas ni tampoco cuáles de las que de esta clase hay son las más temibles?» «Sí —respondió—; habló de la *serpiente de cascabel (Klapperschlange)*». Mi risa le hizo darse cuenta de que había dicho algo equivocado, pero no rectificó el

nombre de la serpiente, sustituyéndolo por otro, sino que se limitó a retirarlo, diciendo: «Es verdad; la serpiente de cascabel no existe en nuestro país, y de lo que el conferenciante habló fue de las víboras. No sé cómo he podido referirme a ese reptil». Yo supuse que la aparición de la serpiente de cascabel en la respuesta de mi paciente había obedecido a la intervención de los pensamientos que se hallaban ocultos detrás de su sueño. El suicidio por mordedura de una serpiente no puede apenas ser otra cosa que una alusión a la bella Cleopatra (*Kleopatra*). La amplia analogía de los sonidos de ambas palabras, la común posesión de las letras *Kl… p… r…* en igual orden de sucesión y la acentuación en ambas de la letra *a* deben tenerse muy en cuenta. La favorable relación existente entre los nombres *serpiente de cascabel (Klapperschlange)* y *Cleopatra (Kleopatra)* motivó en la paciente una momentánea inhibición del juicio, a consecuencia de la cual, y a pesar de saber tan bien como yo que la serpiente de cascabel no pertenecía a la fauna de nuestro país, no halló nada extraña su afirmación de que el conferenciante había expuesto a un público vienés el tratamiento de las mordeduras de dicho reptil. No queremos, en cambio, reprocharle que admitiese con igual ligereza su existencia en Egipto, pues estamos acostumbrados a confundir en un solo montón todo lo exótico, y yo mismo tuve que pararme a meditar un momento, antes de sentar la afirmación de que la serpiente de cascabel pertenece únicamente a la fauna del Nuevo Mundo.

En la continuación del análisis fueron apareciendo diversas confirmaciones de mi hipótesis. La paciente había fijado por vez primera su atención, la tarde anterior al sueño relatado, en el grupo escultórico de Strasser, que representaba a Antonio y Cleopatra, situado en las proximidades de su casa. Éste había sido, pues, el segundo motivo del sueño (el primero fue la conferencia sobre las mordeduras de las serpientes). En la continuación del mismo se vio meciendo a un niño en sus brazos, escena a la cual asoció después la figura de la *Margarita* goethiana. Posteriores ideas espontáneas que surgieron en el análisis fueron reminiscencias referentes a *Arria y Mesalina*. La aparición de tantos nombres de obras teatrales en los pensamientos del sueño hace sospechar que en la sujeto existió en años anteriores una viva afición, secretamente mantenida, a la profesión de actriz. El principio del sueño. «Un niño había decidido suicidarse dejándose morder

por una serpiente», puede traducirse en estas palabras: «La sujeto se había propuesto en su infancia llegar a ser una actriz famosa». Del nombre *Mesalina* parte, por fin, el camino mental que conduce al contenido esencial de este sueño. Determinados sucesos recientes habían despertado en mi paciente la preocupación de que su único hermano llegase a contraer un matrimonio desigual, una *mésalliance*, con una mujer de raza distinta, una *no aria*.

11) He aquí un ejemplo[575] por completo inocente, o que lo creemos así, por no haber sido aclarados totalmente sus motivos. En él se transparenta con gran claridad el mecanismo interior.

Un alemán que viajaba por Italia tuvo necesidad de comprar una correa para sujetar su baúl, que se le había estropeado. En el diccionario encontró la palabra italiana *coreggia*, como correspondiente a la alemana *Riemen (correa).* «No me será difícil recordar esta palabra —se dijo—. Bastará con que piense en el nombre del pintor *Correggio*». Después de esto se dirigió a una tienda y pidió una *ribera*. [Ribera, el pintor español del siglo diecisiete.]

Se ve, pues, que el sujeto no había conseguido sustituir en su memoria la palabra alemana por la italiana equivalente, pero que su esfuerzo no había sido totalmente vano. Sabía que tenía que apoyarse en el nombre de un pintor, y obrando de este modo tropezó no con aquél cuyo sonido semejaba a la palabra italiana, sino con otro de sonido aproximado a la palabra alemana *Riemen (correa).* Este ejemplo podría colocarse entre los olvidos de nombres lo mismo que aquí, entre las equivocaciones.

Cuando me dedicaba a coleccionar casos de equivocaciones orales para la primera edición de este libro efectuaba yo sólo esta tarea, y para reunir material suficiente sometía al análisis todos los casos que me era dado observar, aun aquellos de escasa importancia. Mas de entonces acá se han dedicado varias otras personas a la entretenida labor de coleccionar y analizar equivocaciones, permitiéndome hacer una selección de casos y ejemplos, extrayendo los más significativos del rico material acumulado.

12)[576] Un joven dijo a su hermana: «He roto toda relación con D… Ahora ya ni siquiera la saludo». La hermana quiso responderle: «Haces bien. Es una *familia poco recomendable (Sippschaft)»*; pero cambió la letra inicial de la palabra *Sippschaft*, y dijo *Lippschaft*. En esta equivocación acumuló dos

cosas: que su hermano comenzó tiempo atrás un galanteo con una hija de dicha familia, y que de esta muchacha se dice que poco tiempo antes se había comprometido gravemente entregándose a un amor (*Liebschaft*) prohibido.

13)[577] Un joven abordó a una muchacha en la calle con las palabras: «Si usted me lo permite, señorita, desearía *acompañarla (begleiten)»:* pero en vez de este verbo *begleiten (acompañar),* formó un nuevo (*begleitdigen*), compuesto del primero y *beleidigen (ofender).* Se ve claramente que pensaba en el placer de *acompañarla,* pero que temía *ofenderla* con la proposición. El que estos dos sentimientos encontrados llegasen a ser expresados en una palabra —en la equivocación— indica que las verdaderas intenciones del joven no eran precisamente las más puras, ya que a él mismo le parecían poder ofender a la señorita. Pero su inconsciente le jugó una mala pasada, delatando sus verdaderos propósitos, con lo cual obtuvo, como es natural, la respuesta obligada en estos casos: «¡Qué se ha figurado usted de mí! ¡Cómo puede *ofenderme* de ese modo!» (Comunicado por O. Rank.)

Varios de los ejemplos que van a continuación están tomados por mí de un artículo de W. Stekel, titulado «Confesiones inconscientes», publicado en el *Berliner Tageblatt* de 4 de enero de 1904. [Incluidos en 1907 los ejemplos 14 al 20.]

14) «El caso que sigue me reveló una parte, para mí poco grata, de mis pensamientos inconscientes. Antes de exponerlo quiero hacer constar que en mi profesión de médico no pienso nunca, como es justo, en las ganancias que mis pacientes puedan proporcionarme, sino tan sólo en su propio interés; sin embargo, una vez me sucedió lo siguiente: Me hallaba en casa de un enfermo, convaleciente ya de una grave dolencia. Durante el período de máxima gravedad, ambos, médico y enfermo, habíamos pasado días y noches muy penosos. Iniciada la convalecencia, me sentía muy contento de verle en vías de franca curación y le hablé de los placeres de una estancia en Abazia, que había de reponerle por completo, "si, como yo esperaba, *no* le era posible abandonar pronto el lecho". Seguramente, este *no* había surgido de un motivo egoísta de mi inconsciente: el de poder continuar visitando un cliente adinerado, deseo completamente extraño a mi conciencia y que si hubiera apuntado en ella hubiera yo rechazado con indignación».

15) Otro ejemplo de W. Stekel: «Mi mujer tomó una institutriz francesa

para por las tardes. Después de ponerse de acuerdo con nosotros sobre las condiciones reclamó sus certificados, que nos había entregado, y justificó su petición diciendo: *Je cherche encore pour les après-midis, pardon, pour les avant-midis*. Claramente se veía la intención de buscar otra casa en la que quizá fuese admitida en mejores condiciones, intención que llevó a cabo».

16) A petición de su marido, tuve un día que reprender enérgicamente a una señora, hallándose aquél escuchando detrás de una puerta para observar el efecto producido por la reprimenda. Ésta causó, realmente, una gran impresión en la señora. Al despedirme de ella lo hice con las palabras: «Beso a usted la mano, caballero», con lo cual si la interesada hubiera sido persona experimentada en estas cuestiones hubiese podido descubrir que mi despedida se dirigía en realidad a aquél por encargo del cual la había yo sermoneado.

17) El doctor Stekel nos refiere de sí mismo que, teniendo una vez en tratamiento a dos pacientes procedentes de Trieste, confundía siempre entre sí sus respectivos nombres, y al saludarlos decía: «Buenos días, señor Peloni», al que se llamaba Askoli, y «Buenos días, señor Askoli», a Peloni. Al principio se inclinó a no atribuir ninguna profunda motivación a este cambio y a explicarlo sencillamente por las varias coincidencias existentes entre ambos sujetos, pero más tarde le fue fácil convencerse de que tan continuada equivocación obedecía al vanidoso deseo de hacer saber de aquel modo a sus dos clientes italianos que no era ninguno de ellos el único habitante de Trieste que había hecho el viaje hasta Viena para acudir a su consulta.

18) El mismo doctor Stekel cuenta que en una tormentosa junta general, queriendo decir: «Pasamos (*wir schreiten*) ahora al punto cuarto de la orden del día», dijo: «Peleamos (*wir streiten*)», etc.

19) Un profesor, en un discurso de toma de posesión de una cátedra, dijo: *«No estoy inclinado (ich bin nicht geneigt) a hacer el elogio de mi estimado predecesor», queriendo decir: «No soy el llamado (ich bin nicht geeignet)».*

20) El doctor Stekel dijo a una señora a la que suponía atacada de la enfermedad de Basedow: «Le lleva usted un *bocio (Kropf)…* a su hermana», queriendo decir: «Le lleva usted una *cabeza (Kopf) de alto*».

21)[578] Stekel informa: «Alguien quiso describir las relaciones de dos amigos destacando el hecho que uno de ellos era judío. Diciendo: ‘vivían

juntos como Castor y Pollak' (en vez de Pollux, los dos mellizos divinos en la mitología griega). Esto por cierto no fue dicho con intención chistosa, mi interlocutor no se dio cuenta de su error hasta que yo se lo hice ver».

22) A veces la equivocación descubre algo característico del que la sufre. Una casada joven, que ordenaba y mandaba en su casa como jefe supremo, me relataba un día que su marido había ido a consultar al médico sobre el régimen alimenticio más conveniente para su salud, opinando el doctor que no necesitaba seguir ningún régimen especial. «Así, pues —continuó la mujer —, puede comer y beber lo que *yo* quiera».

Los dos ejemplos siguientes, publicados por Th. Reik en la *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, III, 1915, proceden de situaciones en las que se producen con gran facilidad las equivocaciones, pues en ellas se inhibe mucho más de lo que se expresa.

23)[579] Un caballero hablaba con una joven señora, cuyo marido había fallecido poco tiempo antes. Después de darle el pésame, añadió: «Encontrará usted un consuelo dedicándose (*widmen*) ahora por completo a sus hijos». Pero, abrigando un pensamiento reprimido referente a otro distinto consuelo existente para su interlocutora, esto es, que, siendo una joven y bella *viuda (Witwe),* no tardaría en gozar de nuevas alegrías sexuales, confundió los sonidos de las palabras *widmen* (dedicar) y *Witwe* (viuda) y dijo *widwen* en su frase de consuelo.

24) El mismo señor, conversando una noche en una reunión con la misma joven viuda sobre los grandes preparativos que a la sazón se hacían en Berlín para la celebración de las fiestas de Pascua, preguntó a su interlocutora: «¿Ha visto usted hoy el escaparate de Wertheim? Está muy bien *descotado*». No habiendo podido expresar en voz alta su admiración ante el *descote* de la bella señora, su pensamiento retenido se había abierto paso aprovechando la semejanza de las palabras *descotado y decorado* y transformando la decoración del escaparate de una tienda en un descote. La palabra *escaparate* fue también empleada en la frase con un inconsciente doble sentido.

Igual motivo se descubre en una observación de Hans Sachs, minuciosamente explicada y analizada por él mismo.

25) Una señora me hablaba de un conocido de ambos, y dijo que la última vez que le había visto había observado que iba, como siempre,

elegantísimamente vestido y llevaba unos preciosísimos *zapatos (Halbschuhe)* negros. Yo le pregunté que dónde le había encontrado, y ella respondió: «Llamó a la puerta de mi casa y le vi por las rendijas de la mirilla, pero ni le abrí ni di señales de vida, pues no quería que se enterase de mi regreso a la ciudad». Al oír esto pensé que me ocultaba, probablemente, que no le había abierto porque no estaba sola en la casa y, además, porque su *toilette* no era en aquellos momentos la más apropiada para recibir visitas. Con estos pensamientos, le pregunté algo irónicamente: «¿De manera que a través de la mirilla le fue a usted posible admirar las *zapatillas (Hausschuhe)*, digo, los *zapatos (Halbschuhe)* de nuestro amigo?» En la palabra *zapatillas (Hausschuhe)* había surgido el inhibido pensamiento de que la señora se hallaba en *traje de casa (Hauskleid)*. Por otro lado, la partícula *Halb* (medio) de *Halbschuhe* (zapatos) poseía una tendencia a desaparecer, por constituir el elemento principal la frase que, de no haber sido reprimida, hubiera expresado mi pensamiento, o sea: «No me dice usted más que *media* verdad, pues me oculta que en aquel momento se hallaba usted a *medio vestir*». Mi equivocación fue también facilitada por el hecho de haber estado hablando inmediatamente antes de la vida matrimonial del amigo de referencia y de su «felicidad doméstica», lo cual contribuyó a determinar el desplazamiento sobre su persona. Por último, debo confesar que quizá interviniera también mi envidia en el hecho de hacer andar en zapatillas por la calle al elegante caballero, pues yo había comprado hacía poco unos zapatos negros, que no podían, bajo ningún concepto, ser calificados de «preciosísimos».

Tiempos de guerra como los actuales hacen surgir una gran cantidad de equivocaciones fácilmente explicables y comprensibles:

26) «¿En qué arma sirve su hijo?», preguntaron a una señora. «En los *asesinos* del 42», respondió. (*Mörtern* = morteros; *Mürdem* = asesinos.)

27)[580] El teniente Elenrik Haiman escribe desde el campo de batalla[581]: «Estando leyendo un libro de apasionante interés tuve que abandonar la lectura para sustituir por un momento al encargado del teléfono de campaña. Al efectuar la prueba de la línea telefónica de una batería contesté diciendo: “Línea en orden. Silencio”, en lugar de las palabras reglamentarias: “Línea en orden. Final.” Mi equivocación se explica por el enfado que me produjo el verme arrancado de la lectura».

28)[582] Un sargento recomendó a sus hombres que dieran con precisión sus señas a sus casas respectivas para que no se extraviaran los *paquetes (Gepäckstücke)* que de ellas les mandaran; pero pensando en deseadas vituallas mezcló con la palabra *paquetes (Gepäckstücke)* la palabra *tocino (Speck),* mezcla que produjo *Gespeckstücke,* que fue la palabra que pronunció en su recomendación a los soldados.

29)[583] El ejemplo que a continuación va, ejemplo de extraordinaria belleza y muy importante por su triste significado, me ha sido comunicado por el doctor L. Czeszer, que observó el caso en su estancia, durante la guerra, en la neutral Suiza y lo ha analizado sin dejar vacío alguno. Doy aquí su comunicación casi completa, sin más modificación que algunos cortes que no afectan a nada esencial:

«Me voy a permitir comunicarle un caso de 'equivocación oral' sufrida por el profesor M. N. en la ciudad de O., durante una de las conferencias que compusieron su curso de verano sobre la psicología de los sentimientos. Debo anticiparle que estas conferencias se celebraban en un aula de la Universidad, ante un público compuesto en su mayoría de estudiantes de la Suiza francesa, partidarios decididos de la Entente y en el que abundaban también los prisioneros de guerra franceses internados en Suiza. En la ciudad de O. se emplea ahora siempre, como en Francia, la palabra *boche* para designar a los alemanes. Claro es que en los actos públicos, conferencias, etc., los altos empleados, los profesores y demás personas responsables se esfuerzan en evitar, por razón de la neutralidad de su país, el pronunciar la ominosa palabra.

»El profesor N. trataba a la sazón de la significación práctica de los afectos, y en una de sus conferencias pensaba citar un ejemplo de intencionada explotación de un afecto, encaminada a convertir en un placer la ejecución de un trabajo muscular interesante por sí mismo y hacerlo con ello más intenso. A este efecto, relató en francés, naturalmente, una historia, reproducida en un periódico pangermanista por los de la localidad y en la que se relataba cómo un maestro de escuela alemán, que hacía trabajar a sus alumnos en un jardín, les invitó, para hacer más intenso su trabajo, a representarse que en cada terrón que machacasen en su labor deshacían el cráneo de un francés. Naturalmente, el profesor N., cada vez que en su relato

tropezaba con la palabra 'alemán', decía con toda corrección *allemand* y no *boche*. Pero al llegar al final de la historia reprodujo las palabras del maestro en la siguiente forma: *Imaginez vous qu'en chaque* moche *vous écrasez le crâne d'un français!* Así, pues, en vez de *motte* dijo *moche*.

»¿No se ve aquí perfectamente cómo el correcto hombre de ciencias toma desde el principio de su narración todas las precauciones para resistir el impulso de la costumbre o quizá de una tentación y no dejar escapar desde la altura de una cátedra universitaria una palabra de uso expresamente prohibido por decreto de la Confederación? Mas en el preciso momento en que ha pronunciado por última vez con toda felicidad y corrección las palabras *instituteur allemand* y avanza con un interior suspiro de alivio hacia el ya inmediato final de su historia, el vocablo temido y tan trabajosamente evitado se engancha en su similicadente *motte* y la desgracia sucede irreparablemente. El temor de cometer una falta de tacto político y quizá un reprimido capricho o deseo de usar, a pesar de todo, la palabra habitual y esperada por su auditorio, así como el enfado del republicano y democrático profesor ante toda coacción ejercida contra la libre expresión de sus opiniones, se interpusieron ante su intención principal de relatar correctamente el ejemplo. El orador conoce esta tendencia interferencial y no puede admitir que no haya pensado en ella momentos antes de sufrir su equivocación.

»Ésta no fue advertida por el profesor N. o, por lo menos, no fue corregida por él, cosa que en la mayoría de los casos se suele hacer automáticamente. En cambio, el auditorio, compuesto en su mayor parte de franceses, acogió con verdadera satisfacción el *lapsus*, el cual hizo el efecto de un chiste intencionado. Por mi parte, seguí este suceso, inocente en apariencia, con apasionado interés, pues aunque por razones fácilmente comprensibles tenía que renunciar a hacer al profesor N. las preguntas que el método psicoanalítico prescribe para aclarar la equivocación, ésta constituía para mí una prueba palpable de la verdad de la teoría freudiana de la determinación de los actos fallidos (*Fehlhandlungen*) y de las profundas analogías y conexiones entre la equivocación y el chiste».

30) Bajo las melancólicas impresiones de la época de guerra, surgió también el siguiente caso de equivocación, que nos comunica un oficial

austríaco (Teniente T.) al regresar de su cautiverio en Italia:

«Durante algunos de los meses que estuve prisionero en Italia nos hallábamos alojados doscientos oficiales en una estrecha *villa*. En este tiempo murió de la gripe uno de nuestros compañeros. La impresión que este suceso nos produjo fue, como es natural, muy profunda, por las condiciones en que estábamos, dado que la falta de asistencia médica y el desamparo en que se nos tenía hacían más que probable el desarrollo de la epidemia. El cadáver de nuestro compañero había sido colocado, en espera de recibir sepultura, en los sótanos de la casa. Por la noche, dando un paseo alrededor de nuestra *villa* con un amigo mío, coincidimos ambos en el deseo de ver el cadáver. Siendo yo el que primero entró en el sótano, me hallé ante un espectáculo que me sobrecogió, pues no esperaba encontrar el ataúd tan inmediato a la entrada ni ver de repente, tan cercano a mí, el rostro del difunto, cuya inmovilidad parecía alterada por los cambiantes reflejos que las llamas de los cirios arrojaban sobre él al ser movidas por el aire. Todavía bajo la impresión de aquel cuadro, continuamos nuestro paseo. Al llegar a un sitio desde el cual se ofrecía a nuestros ojos el parque entero nadando en la luz de la luna, la pradera surcada por los blancos rayos y al fondo un ligero manto de niebla, comuniqué a mi compañero mi impresión de ver danzar un círculo de duendes bajo la línea de pinos que cerraba el horizonte.

»A la tarde siguiente enterramos a nuestro camarada. El camino desde nuestra prisión hasta el cementerio de una localidad vecina fue para nosotros amargo y humillante. Una multitud de muchachos, mujeres y ancianos del pueblo, aprovechó la ocasión para desahogar ruidosamente sus sentimientos de curiosidad y de odio hacia sus enemigos prisioneros. La sensación de no poder permanecer libre de insultos ni aun en nuestra inerme situación y el asco ante aquella grosería me dominaron hasta la noche, llenándome de amargura. A la misma hora de la noche anterior, y acompañado por el mismo camarada, comencé a pasear por el enarenado camino que daba vuelta a nuestro alojamiento. Al pasar frente a la puerta del sótano donde estuvo depositado el cadáver acudió a mi memoria el recuerdo de la impresión que a su vista hubo de sobrecogerme. Cuando llegamos al lugar desde el cual se descubría el parque entero, nuevamente iluminado por la luna, me detuve y dije a mi acompañante: ‘Podíamos sentarnos aquí en la *tumba (Grab)* —digo,

en la *hierba (Gras)*— y *enterrar (sinken)* —por *entonar (singen)*— una serenata'. Al sufrir la segunda equivocación se fijó mi atención en lo ocurrido, pues la primera la había rectificado sin haberme dado cuenta de su significación. Mas entonces medité sobre ambas y las uní del siguiente modo: 'enterrar-en la tumba'. Rápidamente se me presentaron las siguientes imágenes; los duendes bailando y flotando en el resplandor lunar, el compañero amortajado, la impresión que me causó su vista y determinadas escenas del entierro. Al mismo tiempo recordé la sensación de repugnancia sentida durante el perturbado duelo, así como ciertas conversaciones sobre la epidemia y los temores expresados por varios oficiales. Más tarde recordé también que aquel día era el aniversario de la muerte de mi padre, cosa que me extrañó, dada mi pésima memoria sobre las fechas.

»Sucesivas meditaciones me hicieron darme cuenta de las coincidencias que presentaban las condiciones exteriores de ambas noches: igual luz de luna, igual hora, igual lugar y la misma persona a mi lado. Recordé el disgusto que había experimentado al conocer el peligro de un desarrollo de la epidemia gripal y, al mismo tiempo también, mi decisión interior de no dejarme dominar por el temor. Entonces me di cuenta del significado de la equivocación: 'Podríamos *enterrar* (nos) en la *tumba*' y llegué al convencimiento de que la primera rectificación del error *tumba-hierba*, verificada por mí sin darme cuenta de su sentido, había tenido como consecuencia el segundo error de *enterrar* por *entonar*, encaminado a asegurar al complejo reprimido una efectividad final.

»Añadiré que en aquella época padecía yo de sueños aterradores, en los cuales vi repetidas veces a una muy próxima pariente mía enferma en su lecho, y una vez, muerta. Inmediatamente antes de ser hecho prisionero había recibido la noticia de que en la región en que dicha persona se hallaba había estallado con gran fuerza la epidemia gripal, y le había expresado mis temores. Desde entonces cesé de saber de ella. Meses después recibí la noticia de que dos semanas antes del suceso anteriormente descrito había sido víctima de la epidemia».

31) El siguiente ejemplo de equivocación oral arroja vivísima luz sobre uno de los dolorosos conflictos que se presentan a los médicos. Un individuo, presuntamente atacado de una mortal dolencia, cuyo diagnóstico no se había

fijado todavía con absoluta seguridad, acudió a Viena para tratar de resolver allí su problema, y pidió a un antiguo amigo suyo, médico muy conocido, que se encargase de asistirle, cosa que éste aceptó, no sin alguna resistencia. El enfermo debía ingresar en una casa de salud, y el médico propuso a este fin el Sanatorio Hera. «Pero ese sanatorio no es más que para una especialidad (para partos)», repuso el enfermo. «Nada de eso —replicó vivamente el médico—; en el Sanatorio Hera puede *matarse (umbringen)* —digo, *alojarse (unterbringen)*— a cualquier paciente». Al darse cuenta de lo que había dicho, luchó el médico violentamente contra la significación de su *lapsus*. «Supongo dijo que no creerás que tengo impulsos hostiles contra ti». Pero un cuarto de hora después confesó a la enfermera que había tomado a su cargo el cuidado del paciente y que le acompañaba hasta la puerta del establecimiento: «No he encontrado nada, y no creo aún que tenga esa enfermedad. Pero si la tuviera, le daría una buena dosis de morfina y todo habría terminado». Resulta que su amigo le había puesto la condición de que acortara sus sufrimientos con un medicamento cualquiera en cuanto se viera que su enfermedad era irremediable. Así, pues, el médico había realmente aceptado la misión de matar (*umbringen*) a su amigo.

32) No quisiera prescindir del siguiente caso, altamente instructivo, a pesar de haber sucedido hace ya unos veinte años[584].

Hablando una señora en una reunión de un tema que, por el apasionamiento de sus palabras, se advertía que despertaba en ella intensas emociones secretas, dijo lo siguiente: «Sí; una mujer necesita ser bella para gustar a los hombres. El hombre tiene menos dificultad para gustar a las mujeres. Basta con que tenga sus *cinco* miembros bien derechos». Este ejemplo nos permite penetrar en el íntimo mecanismo de un *lapsus* oral, producido por *condensación* o *contaminación*. Podemos admitir que nos hallamos ante la fusión de dos frases de análogo sentido:

> «Basta con que tenga sus cuatro miembros bien derechos».
> «Basta con que tenga sus cinco sentidos bien cabales».

O también que el elemento *derechos (gerade)* fuera común a dos intenciones de expresión que hubieran sido las siguientes:

«Basta con que tenga sus miembros bien derechos (*gerade*)».
«Por lo demás, podrá dejar que todos los cinco sean *pares (gerade*[585]*)*».

Puede, por tanto, admitirse que *ambas* formas de expresión, la de los cinco sentidos y la de «dejar que todos los cinco sean pares», han cooperado a introducir primero un número y después el misterioso cinco en lugar del sencillo cuatro en la frase de «los miembros bien derechos». Esta fusión no se hubiera verificado seguramente si la frase resultante de la equivocación no hubiera tenido un sentido propio; el de una cínica verdad, que no podía ser descaradamente reconocida por una señora. Por último, no queremos dejar de hacer observar que las palabras de la sujeto, según su sentido literal, podían ser igualmente un excelente chiste que una divertida equivocación. Esto depende tan sólo de que fueran o no pronunciadas intencionadamente. La conducta de la sujeto hacía imposible en este caso la intención y, por tanto, el chiste.

La afinidad entre una equivocación oral y un chiste puede llegar a ser tan grande, que la persona misma que la sufre ría de ella como si de un chiste se tratase. Éste es el caso que se presenta en el siguiente ejemplo, comunicado por O. Rank (*Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, I, 1913):

33)Un joven recién casado, cuya mujer, deseosa de no perder su aspecto juvenil, se resistía a concederle con demasiada frecuencia el comercio sexual, me contó la siguiente historia, que había divertido extraordinariamente al matrimonio: «Después de una noche en la que él había quebrantado de nuevo la abstinencia deseada por su mujer, se puso por la mañana a afeitarse en la alcoba común y, como ya lo había hecho otras veces por razones de comodidad, usó para empolvarse la cara una borla de polvos que su mujer tenía encima de la mesa de noche. La esposa, muy cuidadosa de su cutis, le había dicho varias veces que no usara dicha borla, y. enfadada por la nueva desobediencia, exclamó desde el lecho, en que aún se hallaba reposando: “¡Ya estás otra vez *echándome* polvos con tu borla!” La risa de su marido le hizo darse cuenta de su equivocación. Había querido decir: “¡Ya estás otra vez *echándote* polvos con mi borla!”, y sus carcajadas acompañaron a las del marido». («Empolvar o echar polvos» es una expresión conocida por todo

vienés como equivalente a «realizar el coito», y la borla constituye indudablemente en este caso un símbolo fálico.)

34)[586] También en el ejemplo siguiente, proporcionado por Storfer, pudiera ser creído que se intentaba hacer un chiste: «La Sra. B., que sufría una afección de indudable origen psicogénico, se le había recomendado consultar a un psicoanalista, el Dr. X. Ella se resistía persistentemente, alegando que un tratamiento así no podría nunca ser de algún valor, va que el médico equivocadamente señalaría todo lo anterior a cosas sexuales. Llegó finalmente el día en el que estando pronta a seguir el consejo preguntó: *Nun gut, wann* ordinärt *also dieser Dr. X?* (¿Está bien, cuando este Dr. X, tiene sus horas *de* consulta?», era lo que quería en verdad preguntar; pero en vez de *ordiniert* preguntó por las «ordinarias o vulgares»).

35)[587] El parentesco entre el chiste y la equivocación oral se manifiesta también en el hecho de que la equivocación no es a veces más que una contracción. Al terminar los estudios secundarios una muchacha siguiendo la moda de la época se decidió estudiar Medicina. Después de un tiempo decidió cambiarse de Medicina a Química. Años más tarde describió este cambio en los siguientes términos: «No estaba del todo asqueada con las disecciones, pero una vez que tuve que extraer una uña del dedo de un cadáver, perdí totalmente mi agrado por la *química*».

36) Añadiré otro caso[588], cuya interpretación requiere escasa ciencia:

Un profesor de Anatomía se ocupaba en cátedra de la explicación de la cavidad

nasal, que, como es sabido, es uno de los temas más difíciles de la Esplacnología. Habiendo preguntado a su auditorio si había comprendido sus explicaciones, recibió una general respuesta afirmativa, a la que el profesor, del cual se sabía que tenía un alto concepto de sí mismo, repuso: «No me es fácil creer que me hayan entendido todos, pues las personas que conocen estas cuestiones, referentes a la cavidad nasal, pueden, aun en una ciudad de más de un millón de habitantes, como Viena, contarse con *un dedo*, perdón, *con los dedos de una mano*».

37) El mismo catedrático dijo otra vez: «Por lo que respecta a los órganos genitales femeninos, no se ha podido, a pesar de muchas *tentaciones (Versuchungen)*, perdón, *tentativas (Versuche)…*»

38)[589] Al doctor Alfred Robitsek, de Viena, debo el relato de dos casos de equivocación oral, observados y publicados por un antiguo escritor francés, y que transcribiré aquí sin traducirlos:

Brantôme (1527-1614). —Vie des dames galantes. *Discours second: «Si ay-je cognue une très belle et honnesle dame de par le monde, qui, devisant avec un honneste gentilhomme de la cour des affaires de la guerre durant ces civiles, elle luy dit: ‘J'ay ouy dire que le roi à faict rompre tous les c… de ces pays là’. Elle vouloit dire les* ponts. *Pensez que, venant de coucher d’avec son mary, ou songeant à son amant, elle avoit encor se nom frais en la bouche; et le gentilhomme s’eschauffa en amour… d’elle pour ce mot*».

«*Une autre dame que j’ai congnue, entretante une autre grand dame plus quelle, et luy louant et exaltant* ses *beautez, elle luy dit après: ‘Non, madame, ce queje vous en dis, ce n’est pas pour vous* adultérer; *voulant dire* adula ter, *comme elle le rhabilla ainsi: pensez qu’elle songeoit à* adultérer’».

39)[590] Hay por supuesto ejemplos más modernos tales como aquellos términos de doble sentido, uno de ellos sexual (*doubles entendres*) que originan equivocaciones orales. La Sra. F. describía su primera hora de un curso de idiomas: «Es muy interesante, el profesor es un apuesto joven inglés. Ya en la primera hora me dio a comprender *durch die Bluse* (’a través de la camisa’); quiero decir, *durch die Blume* (’a través de las flores’) que él quisiera tomarme bajo su tutela personal». (Citado por Storfer.)

En el método psicoterápico que empleo para la solución y remoción de los síntomas neuróticos se encuentra uno con frecuencia ante la labor de descubrir, extrayéndolo de discursos y ocurrencias, en apariencia casuales, de los pacientes, un contenido psíquico que, aunque se esfuerza en ocultarse, no puede dejar de traicionarse a sí mismo, revelándose involuntariamente de muchas maneras diferentes. En estos casos, las equivocaciones suelen prestar los más valiosos servicios, cosa que podríamos demostrar por medio de convincentes y singulares ejemplos. En determinadas ocasiones, los pacientes confunden a los miembros de su familia y, queriendo referirse a una tía suya, dicen «mi madre», o designan a su marido como su «hermano». De este modo me descubren que «identifican» a estas personas una con otra; esto es, que las han colocado en una única categoría sentimental. He aquí otro caso: un joven de veinte años se presentó a mí en mi consulta con las palabras:

«Soy el *padre* de N. N., a quien usted ha asistido. Perdón, quería decir el *hermano*. Él es cuatro años mayor que yo». Esta equivocación me dio a entender que el joven había querido decir que tanto él como su hermano estaban enfermos por la culpa de su padre y que acudía a mí, como su hermano, con el deseo de curarse; pero que en realidad era el padre el que más necesitaba ser sometido a un tratamiento. Otras veces es suficiente una disposición poco usual de las palabras o una expresión forzada para descubrir la participación de un pensamiento reprimido en el discurso del paciente, diferentemente motivado.

Tanto en aquellas perturbaciones del discurso que presentan una burda trama como en aquellas otras más sutiles, pero que pueden también sumarse a las «equivocaciones orales», encuentro que no es la influencia del contacto de los sonidos, sino la de los pensamientos exteriores a la oración que se tiene propósito de pronunciar, lo que determina el origen de la equivocación oral y basta para explicar las faltas orales cometidas. Las leyes según las cuales actúan los sonidos entre sí, transformándose unos a otros, me parecen ciertas; pero no, en cambio, lo suficientemente eficaces para perturbar por sí solas la correcta emisión del discurso. En los casos que he estudiado e investigado más detenidamente no representan estas leyes más que un mecanismo preexistente, del cual se sirve un motivo psíquico más remoto que no forma parte de la esfera de influencia de tales relaciones de sonidos. *En un gran número de sustituciones, aparecidas en equivocaciones orales, no se siguen para nada tales leyes fonéticas*. En este punto me hallo de completo acuerdo con Wundt, que afirma igualmente que las condiciones de la equivocación oral son muy complejas y van más allá de los efectos de contacto de los sonidos.

Dando por seguras estas «remotas influencias psíquicas», según la expresión de Wundt, no veo tampoco inconveniente alguno en admitir que en el discurso emitido rápidamente, y con la atención desviada de él hasta cierto punto, pueden quedar limitadas las causas de la equivocación a las leyes expuestas por Meringer y Mayer. Pero lo más probable es que muchos de los ejemplos coleccionados por estos autores posean más complicada solución.

Tomad, por ejemplo, algunos de los ya mencionados: *Es war mir auf der Schwest… Brust so schwer* (pág. 788). ¿Sucedió aquí simplemente que el

sonido *schwe* retrotrajo el sonido igualmente equivalente *bru* anticipándolo? Escasamente podría descartarse la idea que el sonido que forma *schwe* se le permitió posteriormente obstruir de esta manera dada una relación especial. Esto pudiera ser únicamente la asociación entre *Schwester* (hermana) *Bruder* (hermano); quizá también *Brust der Schwester* (el seno de la hermana), que lleva a uno a diferentes grupos de pensamientos. Es este invisible ayudante detrás de las escenas que presta al *schwe*, por demás inocente, la fuerza para producir una equivocación oral.

En otros casos de equivocaciones orales puede aceptarse que la similicadencia con palabras obscenas o la alusión a un sentido de este género constituyen por sí solas el elemento perturbador. El intencionado retorcimiento o desfiguración de palabras y frases, a que tan aficionados son determinados individuos ordinarios, no responde sino al deseo de aludir a lo prohibido con un motivo por completo inocente, y este juego es tan frecuente, que no sería nada extraño que apareciera también no intencionadamente contra la voluntad del sujeto. Sin lugar a dudas que pertenecen a esta categoría los ejemplos de *Eischeissweibchen* en vez de *Eiweiss scheibchen* (’huevo-cagar-mujer’[591], en vez de tajaditas de clara de huevo); *Apopos Fritz* (en vez de à *propos*, siendo *popo* un apelativo corriente de las nalgas); *Lokuskapitäl* (en vez de *Lotuskapitäl*, W. G en vez de Capital); y tal vez el *Alabüsterbachse* de Santa María Magdalena (en vez del *Alabasterbüchse*. El hacer equivocaciones orales era un síntoma de una paciente mía, que persistió hasta retrotraerlo a un chiste infantil de cambiar *ruinieren* (ruina) por *urinieren* (urinario).

La tentación de usar el artificio de la equivocación oral permitiendo el libre uso de palabras prohibidas e impropias, es la base de las observaciones de Abraham sobre las parapraxias «con propósito de sobrecompensación» (1922). Una paciente tenía la característica de duplicar la primera sílaba de los nombres propios tartamudeando. Cambió Protágoras por Protragoras, poco después de haber dicho A-alexander en vez de Alexander. Interrogada reveló que en su niñez tenía especial agrado en el chiste vulgar de repetir las sílabas *a* y *po* si estaban al comienzo de las palabras, forma de entretención que lleva corrientemente a la tartamudez en los niños. (*A-a* y Popo, significan heces y nalgas para los niños.) Al pensar en Protágoras se dio cuenta del

riesgo de omitir la *r* y llegar a decir *Popo-tágoras*. A manera de protección de la *r* le añadió una segunda *r*. En otra ocasión le ocurrió algo semejante al distorsionar las palabras *Parterre* (planta baja) y *Kondolenz* (condolencia) a objeto de evitar decir *Pater* (padre) y *Kondom* (condón), ambas muy unidas en sus asociaciones. Otro de los pacientes de Abraham confesó una inclinación a decir ‘Angora’ todo el tiempo en vez de *Angina* — muy probablemente por el temor de sentirse tentado a reemplazar *vagina* por *angina*. Estas equivocaciones orales deben su existencia, por consiguiente, a que un impulso defensivo retuvo la ventaja en vez del distorsionado; y justamente llama la atención Abraham a la analogía entre este proceso y la formación de síntomas en la neurosis obsesiva. (Nota agregada en 1924.)

Ich fordere Sie auf, auf das Wohl unseres Chefs aufzustossen (’hipo’, en vez de ‘brindar’), difícilmente sería otra cosa que una parodia inintencionada que resulta ser una perseveración de una con intención. Si yo fuese el *Principal* (Presidente o Director) honrado en la ceremonia en la que el orador cometió esta equivocación, yo seguramente reflexionaría en la sabiduría de los romanos al permitir a los soldados de un general celebrando un triunfo expresar abiertamente, en forma de canciones satíricas, su crítica interna hacia el hombre a quien se le honraba.

Meringer relata que él mismo una vez le dijo a alguien, quién, por ser el mayor del grupo se le llamada familiarmente con el honorífico título de *Senexl* o bien *Altes Senexl: Prost* (su salud), *Senex altesl*. El mismo se impresionó por su equivocación. Podemos, tal vez, interpretar su emoción, si pensamos en lo cerca que *Altesl* está de la frase insultante *alter Esel* (viejo asno). Hay poderosos castigos internos para aquellas contravenciones del respeto que merece la edad (es decir, en términos infantiles, del respeto al padre).

Espero que mis lectores apreciarán la diferencia de valor existente entre las interpretaciones de Meringer y Mayer, no demostradas con nada, y los ejemplos coleccionados por mí mismo y explicados por medio del análisis. Precisamente es una observación del mismo Meringer, muy digna de tenerse en cuenta, lo que mantiene viva mi esperanza de demostrar que también los casos aparentemente simples de equivocación pueden ser explicados por la existencia de una perturbación causada por una idea semirreprimida *exterior*

al contexto que se tiene intención de expresar. Dice Meringer que es curioso el hecho de que a nadie le guste reconocer que ha cometido una equivocación oral. Existen muchos individuos, inteligentes y sinceros, que se sienten ofendidos cuando se les dice que han cometido un *lapsus*. Por mi parte, no me arriesgaría a afirmar esto con la generalidad que lo hace Meringer al emplear la palabra «nadie». Sin embargo, la huella de emoción que se manifiesta en el sujeto al serle demostrado su *lapsus*, emoción que es de la naturaleza de la vergüenza, tiene su significación y puede colocarse al lado del enfado que experimentamos al no recordar un nombre olvidado, o de nuestra admiración ante la tenacidad de un recuerdo aparentemente indiferente, e indica siempre la participación de un motivo en la formación de la perturbación.

La desfiguración de los nombres propios equivale siempre a un insulto cuando se hace intencionadamente, y podría tener igual significado en toda aquella serie de casos en que aparece como *lapsus* involuntario. Aquella persona que, según la comunicación de Mayer, dijo una vez *Freuder* en vez de *Freud*, por tener intención de decirlo poco después de oírme el nombre *Breuer*, y habló otra vez del método de *Freuer-Breud*, queriendo decir el de *Breuer-Freud* (pág. 28), era un colega de facultad y, ciertamente, no un entusiasta de dicho método. Más adelante, al ocuparme de las equivocaciones gráficas, comunicaré un caso de desfiguración de un nombre que no puede explicarse de otra manera[592].

En estos casos interviene como elemento perturbador una crítica que no debe tenerse en cuenta, por no corresponder en el momento a la intención del orador.

Inversamente, la sustitución de un nombre por otro, la adopción de un nombre que no es el propio o la identificación llevaba a cabo por equivocación de nombres, tiene que significar una apreciación o reconocimiento que momentáneamente y por determinadas razones debe permanecer en segundo término. S. Ferenczi relata una experiencia de este género, que procede de sus años escolares.

«En mis primeros años de colegio tuve que recitar una vez, ante mis condiscípulos, una poesía. Habiéndola preparado y estudiado a conciencia, me quedé muy sorprendido al ver que apenas había comenzado a recitar

estallaba en la clase una general carcajada. El profesor me explicó después este singular recibimiento. Había dicho yo el título de la poesía —'Desde la lejanía'— con toda corrección; mas después, en vez del nombre de su autor había pronunciado el mío propio. El poeta se llamaba Alejandro (Sandor) Petöfi, y el llevar yo el mismo nombre de pila favoreció sin duda el intercambio; mas la verdadera causa de éste fue, seguramente, mi secreto deseo de identificarme en aquellos momentos con el héroe-poeta. Conscientemente también, sentía yo entonces por Petöfi un amor y un respeto rayanos en la adoración. Como es natural, todo mi complejo de ambición se ocultaba detrás de esta función fallida».

Una parecida identificación por medio de un cambio de nombres me fue comunicada por un joven médico, que tímida y reverentemente se presentó al famoso *Virchow* con las palabras: «Soy el doctor *Virchow*». El renombrado profesor se volvió lleno de asombro hacia él y le preguntó: «¡Ah!, ¿se llama usted también *Virchow*?» No sé cómo justificaría el ambicioso joven su equivocación, ni si imaginaría la cortés excusa de decir que se sentía tan pequeño ante el grande hombre, que hasta su propio nombre había olvidado, o tendría el valor de confesar que esperaba llegar a ser un día tan grande como *Virchow* y que, por tanto, el señor consejero áulico debía tratarle con toda consideración. Desde luego, uno de estos dos pensamientos, o quizá ambos a la vez, tuvieron que causar el embarazo del joven al hacer su presentación.

Por razones altamente personales debo dejar indeciso si una parecida interpretación puede ser o no aplicable al siguiente caso: En el Congreso Internacional (de Psiquiatría y Neurología) de Amsterdam, en 1907, fue mi teoría de la histeria objeto de una viva discusión. Uno de mis más enérgicos contradictores cometió, al pronunciar su impugnación de mis teorías, repetidas equivocaciones orales, consistentes en ponerse en mi lugar y hablar en mi nombre. Decía, por ejemplo: «Breuer y yo hemos demostrado, como todos saben…», cuando lo que se proponía decir era: «Breuer y *Freud* han…», etc. El nombre de este adversario de mis teorías no presenta la más pequeña semejanza ni similicadencia con el mío. Tanto este ejemplo como muchos otros de intercambio de nombres, aparecidos en equivocaciones orales, nos indican que la equivocación puede prescindir por completo de

aquellas facilidades que le ofrece la similicadencia y realizarse apoyada tan sólo por ocultas relaciones de contenido.

En otros casos más significativos es una autocrítica, una contradicción que en nuestro fuero interno se eleva contra nuestras propias manifestaciones la que causa la equivocación, llegando hasta forzarnos a sustituir lo que nos proponemos expresar por algo contrario a ella. Entonces se observa con asombro cómo la forma de emitir una afirmación subraya el propósito de la misma y cómo el *lapsus* revela la interior insinceridad[593]. La equivocación se convierte aquí en un medio de expresión y, con frecuencia, en la expresión misma de lo que no quería uno decir. Con ella nos traicionamos a nosotros mismos. Así, un individuo que en sus relaciones con la mujer no gustaba del llamado «coito normal», exclamó, hablando de una muchacha a la que se reprochaba su *coquetería*: «Conmigo se le quitaría pronto esa costumbre de *coitear*». Aquí no cabe duda de que sólo a la influencia de la palabra *coito* es a lo que se puede atribuir la modificación introducida en la palabra *coquetear*, que es la que el individuo tenía intención de pronunciar. Lo mismo sucede en este otro caso: «Un tío nuestro —nos relató un matrimonio — estaba hace algunos meses muy ofendido con nosotros porque no le visitábamos nunca. Por fin, el ofrecerle nuestra nueva casa nos dio motivo para ir a verlo después de mucho tiempo. En apariencia se alegró mucho de vernos, pero al despedirnos nos dijo con gran afabilidad: “Espero que en adelante os veré más *raramente* que hasta ahora”».

Los casuales caprichos del material oral hacen surgir, a veces, equivocaciones que tienen, en unos casos, todo el abrumador efecto de una indiscreta revelación, y en otros, el completamente cómico de un chiste.

Así sucede en el ejemplo siguiente, comunicado y observado por el doctor Reitler:

«Una señora quiso alabar el sombrero de otra y le preguntó en tono admirativo: ‘¿Y ha sido usted misma quien ha adornado ese sombrero?’ Mas al pronunciar la palabra adornado (*aufgeputzt*), cambió la *u* de la última sílaba en *a*, formando un verbo que por su analogía con la palabra *Patzerei* (facha) revelaba la crítica ejercida en el interior de la señora sobre el sombrero de su amiga. Claro es que la azarante y clara equivocación no podía ya ser rectificada, por muchas alabanzas que a continuación se

pronunciasen».

Igual cosa se reporta en un caso citado por el Doctor Ferenczi: *Come geschminkt* (pintada) le dijo una de mis pacientes (húngara) a su suegra, en vez de decirle *geschwind* (rápido). Con esta equivocación ella le dio salida justamente a aquello que quería esconderle, su irritación por la vanidad de una señora de edad.

No es nada de raro que alguien que no esté hablando su lengua materna explote su falta de destreza con el propósito de hacer equivocaciones orales significativas en el idioma que le es extraño.

Menos comprometedora, pero también inequívoca, es la crítica expresada en el *lapsus* siguiente (Adición de 1920):

Una señora visita a una conocida suya, y la inagotable y poco interesante charla de esta última le causó pronto fatiga e impaciencia por marcharse. Por fin, consiguió interrumpirla y despedirse; pero al llegar a la antesala, su amiga, que la acompañaba, la detuvo con un nuevo torrente de palabras, y estando ya dispuesta a salir, tuvo que permanecer en pie ante la puerta, escuchándola. Por fin, la interrumpió diciendo: «¿Recibe usted en la *antesala?» (Vorzimmer),* y se dio en seguida cuenta de su equivocación al ver la cara de asombro de su interlocutora. Lo que había querido decir, cansada por la larga permanencia en pie en la antesala y para intentar cortar la charla de su amiga, era: «¿Recibe usted por las *mañanas?» (Vormittag)*, pero la equivocación reveló su impaciencia.

El siguiente es un caso de autorreferencia presenciado por el doctor Max Graf (adición de 1907):

«En una junta general de la Sociedad de Periodistas Concordia pronunció un joven socio, que sufría de constantes apuros económicos, un violento discurso de oposición, y en su arrebato interpeló a los *miembros de la Comisión de Gobierno interior* de la Sociedad (*Ausschussmitglieder*) con el nombre de miembros de *adelantos (Vorschussmitglieder).* En efecto, los miembros de la Comisión de Gobierno interior tenían a su cargo el conceder o no los préstamos solicitados por los socios, y el joven orador acababa de hacer una petición en tal sentido».

En el ejemplo *Vorschwein* hemos visto que la equivocación se produce con facilidad cuando el sujeto procura reprimir alguna palabra insultante,

constituyendo el error una especie de desahogo. Adiciones de 1920:

«Un fotógrafo que se había propuesto rehuir todo apelativo zoológico en su trato con sus torpes ayudantes quiso decir un día a un aprendiz que había derramado por el suelo la mitad del líquido contenido en una cubeta al querer trasvasarlo a otro recipiente: 'Pero, hombre, ¿por qué no ha sacado (*schöpfen Sie*) antes un poco de líquido con cualquier cosa?' Pero cambió la *f* por una *s*, resultando la palabra *schöps* (carnero = bobo), apelativo que el fotógrafo evitó pronunciar, pero que surgió en el *lapsus*. Otra vez, viendo a una ayudante poner imprudentemente en peligro una docena de valiosas placas, comenzó a dirigirle una larga y airada reprimenda, en la que quiso decir: '¿Es que está usted *mala de la cabeza'? (hirnverbrannt)?* Mas al pronunciar esta palabra cambió la *i* primera en una *o*, resultando *hornverbrannt (mala de los cuernos)».*

El ejemplo que va a continuación constituye un serio caso de confesión involuntaria, llevando a cabo por medio de un *lapsus linguae*. Algunos detalles de interés que en él aparecen justifican que se transcriba aquí íntegra la comunicación que de él publicó A. A. Brill en la *Zentralbblat für Psychoanalyse*, II, 1[594].

«Paseaba yo una noche con el doctor Frink, hablando de cuestiones referentes a la Sociedad psicoanalítica de Nueva York, cuando encontramos a un colega, el doctor R., al cual no había visto yo hacía años y de cuya vida privada no conocía nada. Ambos nos alegramos de volver a vernos, y a propuesta mía entramos en un café, en el que permanecimos dos horas conversando animadamente. El doctor R. parecía conocer mis asuntos particulares mejor que yo los suyos, pues tras los saludos de costumbre me preguntó por la salud de mi hijo, declarándome que de tiempo en tiempo tenía noticias mías por conducto de un amigo de ambos y que se interesaba mucho por mi actividad profesional, habiendo leído mis publicaciones en las revistas de Medicina. A mi vez le pregunté si se había casado, contestando él negativamente y añadiendo: 'Para qué habría de casarse un hombre como yo'.

»Al abandonar el café se dirigió a mí de repente y me dijo: 'Quisiera saber lo que haría usted en el caso siguiente: Conozco a una enfermera que ha sido declarada cómplice en un proceso de divorcio. La esposa ofendida

entabló éste contra su marido, acusándole de adulterio con la susodicha enfermera, y el divorcio se falló a favor de *él*[595]’. Al llegar aquí le interrumpí, diciendo: ‘Querrá usted decir a favor de *ella*, de la esposa’. R. rectificó en seguida: ‘Claro es; se falló a favor de ella’; y siguió su relato, contando que el escándalo producido había impresionado de tal modo a la enfermera, que había comenzado a darse a la bebida y contraído un grave desarreglo nervioso. Al final de su relato me pidió consejo sobre el tratamiento a que debía someterla.

»Al rectificar su equivocación le rogué me la explicara; pero, como sucede habitualmente en estos casos, recibí la asombrada respuesta de que el error había sido por completo casual, que no había motivo para suponer que se ocultase algo detrás de él y que, en fin de cuentas, todo el mundo tenía derecho a equivocarse. A esto repliqué que todas las equivocaciones orales tienen siempre un fundamento, y que si no me hubiera dicho poco antes que era soltero, hubiese estado tentado de considerarle como el protagonista del suceso relatado, porque siendo así quedaría explicada su equivocación por su deseo de no haber sido él, sino su mujer, quien hubiera perdido el pleito, con lo cual hubiese él quedado libre de tenerle que pasar alimentos y con el derecho de volver a casarse en Nueva York. El doctor rechazó, obstinadamente, mi sospecha, fortificándola al mismo tiempo por una exagerada reacción emocional y señales inequívocas de gran excitación, seguidas de ruidosas risotadas. A mi invitación a decir la verdad en interés de la ciencia, contestó diciendo: ‘Si no quiere usted que le mienta, debe seguir creyendo en mi soltería y, por tanto, en que su interpretación psicoanalítica es falsa en absoluto’. Luego añadió que el trato con un hombre como yo, que se fijaba en tales pequeñeces, era en extremo peligroso, y recordando de repente que tenía que acudir a una cita, se despidió de nosotros.

»Sin embargo, tanto el doctor Frink como yo estábamos convencidos de la exactitud de mi interpretación del *lapsus*, y por mi parte decidí comenzar a informarme para obtener una prueba favorable o adversa. Días después visité a un vecino mío, antiguo amigo del doctor R., el cual confirmó mi hipótesis en todos sus puntos. El pleito se había sentenciado unas semanas antes, y la enfermera había sido declarada cómplice del adulterio. El doctor R. está ahora firmemente convencido de la exactitud de los mecanismos freudianos».

En el siguiente caso, comunicado por O. Rank, aparece también como indudable el hecho de traicionar la equivocación los sufrimientos íntimos del sujeto que la sufre (Adición de 1912):

«Un individuo, carente en absoluto de sentimientos patrióticos y que deseaba educar a sus hijos en esta misma ausencia de ideales, en su opinión superfluos, reprochaba a aquéllos el haber tomado parte en una manifestación patriótica y achacaba su conducta en este caso al ejemplo de un tío de los muchachos: ‘Precisamente es a vuestro tío al que no debéis imitar —les dijo —. Es un *idiota*’. La cara de asombro de sus hijos, no acostumbrados a oír a su padre tratar al tío de aquel modo, le hizo darse cuenta de su equivocación, y disculparse rectificando: ‘Como supondréis, no quería decir *idiota*, sino *patriota’*».

Como una involuntaria confesión en la que el sujeto se traiciona a sí propio es interpretada por aquella persona misma a la que se dirige la frase en la que aparece el error. La equivocación siguiente, comunicada por J. Stärcke (1917), el cual añade a su relato una observación acertada, pero que va más allá de los límites en que debe mantenerse la interpretación.

«Una dentista había convenido con su hermana que la reconocería un día para ver si existía o no *contacto* entre dos de sus muelas; esto es, si las paredes laterales de dichas muelas estaban o no suficientemente juntas para no permitir que quedasen entre ellas partículas de comida. Pasado algún tiempo, la hermana se quejaba de que le hiciera esperar tanto para llevar a cabo el reconocimiento prometido, y dijo, bromeando: ‘Ahora está curando con todo interés a una colega suya. En cambio, yo, su hermana, tengo que esperar días y días’. Por fin, cumplió la dentista su promesa, y al reconocer a su hermana halló, en efecto, una caries en una de las muelas y dijo: ‘No creí que hubiera caries; sólo pensaba que no tendrías *contante…*, digo *contacto*, entre las dos muelas’. ‘¿Lo ves? —exclamó, riendo, la hermana—. ¿Ves cómo es por avaricia por lo que me has hecho esperar mucho más tiempo que a las pacientes que te pagan?’

»No debo —añade Stärcke— agregar mis propias observaciones a las de la hermana de la dentista ni sacar de ellas conclusión alguna; pero al serme conocido este *lapsus* no pude por menos de pensar que las dos amables e

inteligentes mujeres permanecen aún solteras y, además, tratan poco con jóvenes del sexo contrario, y me pregunté a mí mismo si no tendrían más *contacto* con éstos teniendo más *contante*».

Igual valor de confesión involuntaria tiene la siguiente equivocación comunicada por Th. Reik (1915):

«Una muchacha iba a ponerse en relaciones con un individuo por motivo de conveniencia familiar. Para aproximar a ambos jóvenes, sus respectivos padres organizaron una reunión a la que asistieron los futuros novios. La joven supo dominarse lo bastante para no dejar ver su antipatía a su pretendiente, que se mostró muy galante con ella. Mas después, cuando su madre le preguntó cómo le había parecido, queriendo contestar cortésmente: ‘Muy amable (*liebenswürdig*)’, dijo: ‘Muy desagradable (*liebenswidrig*)’».

También constituye una confesión no menos importante el siguiente *lapsus*, calificado por O. Rank de «chistosa equivocación». (*Internat. Zeitschrift für Psychoanalyse*) (1913):

«Una mujer casada, que gusta de oír contar anécdotas y de la que se dice no rechaza pretensiones amorosas extramatrimoniales cuando éstas se apoyan en presentes de alguna consideración, escuchaba cómo un joven que le hacía la corte relataba no sin intención la siguiente conocida historia: “Dos amigos estaban asociados en un negocio, y uno de ellos hacía el amor a la mujer del otro, la cual no se mostraba muy inclinada a concederle sus favores. Por fin le participó que accedería a sus pretensiones a cambio de un regalo de mil duros. En una ocasión en que el marido iba a partir de viaje, su consocio le pidió prestados mil duros, prometiendo entregárselos a su mujer al siguiente día. Naturalmente, esta cantidad quedó en seguida, como supuesto pago de sus favores, en manos de la mujer, la cual, al regresar su marido, pasó por la angustia de creerse descubierta y tuvo que entregar los mil duros y soportar encima silenciosamente su despecho por haber sido burlada. Al llegar el joven, en el relato de esta historia, al punto en que el seductor dice a su consocio: ‘Yo le *devolveré* mañana el dinero a tu mujer’, su interlocutora le interrumpió con las significativas palabras siguientes: ‘Diga usted, ¿no me ha *devuelto* usted ya eso otra vez?… ¡Ay, perdón!, quería decir *contado*’. Sólo haciendo directamente la proposición hubiera podido indicar mejor la señora

su aquiescencia a entregarse bajo las mismas condiciones”».

Un bello caso de confesión, voluntaria, con inocentes resultados, es el que V. Tausk publica en la *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, IV, 1916, bajo el siguiente título:

«LA FE DE LOS PADRES

»Como mi novia era cristiana —cuenta el señor A.— y no quería adoptar la fe judía, tuve yo que pasar del judaismo al cristianismo para poderme casar con ella. Este cambio de confesión lo realicé no sin resistencia interior; pero el fin que con él me proponía conseguir parecía justificarlo, tanto más cuanto que contra él no podía alegar más que mi exterior pertenencia al culto hebreo, pues carecía de arraigadas convicciones religiosas. Sin embargo, siempre he confesado después pertenecer al judaismo, y pocos de mis conocidos saben que estoy bautizado.

»De mi matrimonio me han nacido dos hijos, que han sido bautizados cristianamente. Cuando llegaron a edad de comprender las cosas, les revelé su ascendencia judía, con el fin de que las opiniones antisemitas que pudieran actuar sobre ellos en el colegio no influyeran, injustificadamente, en su posición ante mí.

»Hace algunos años pasaba yo el verano con mis hijos, que por entonces iban al colegio de primera enseñanza, en casa de la familia de un profesor de dicho colegio. Hallándonos un día merendando con nuestros huéspedes, que en general eran personas amables, la señora de la casa, ignorante de la ascendencia semita de sus inquilinos veraniegos, lanzó algunas duras palabras contra los judíos. Yo debía haber declarado la verdad para dar a mis hijos un ejemplo del ‘valor de las propias convicciones’; pero tenía las inagotables explicaciones que habían de seguir a mi declaración. Además, me cohibía el temor de tener que abandonar quizá el buen hospedaje que habíamos hallado y abreviar así las cortas vacaciones de que podíamos gozar mis hijos y yo en el caso de que nuestros huéspedes, al averiguar nuestro origen judío, cambiaran de conducta para con nosotros.

»Por tanto, callé, y suponiendo que mis hijos, si asistían por más tiempo a la conversación, acabarían por revelar franca y decididamente la verdad,

quise alejarlos, enviándolos al jardín.

»Con esta intención me dirigí a ellos y les dije: ‘Id al jardín, *judíos (Juden)’* y advirtiendo en seguida mi equivocación, rectifiqué: *'muchachos (Jungen)'*. Así, pues, mi equivocación fue la puerta por donde halló salida la verdad y la expresión del reprimido ‘valor de las propias convicciones’. Los que me oyeron no sacaron consecuencia ninguna de mi equivocación, pues no le dieron importancia alguna; pero yo, por mi parte, saqué de ella la enseñanza de que ‘la f e de los padres’ no se deja negar sin castigarnos cuando somos hijos y padres a un mismo tiempo».

De consecuencias más graves es la siguiente equivocación, que no publicaría si el mismo juez que tomó la declaración en que se produjo no me la hubiera indicado como propia para ser incluida en mi colección (Adición de 1920):

«Un reservista acusado de robo se refería en su declaración a su servicio militar (*Dienststellung*), y al pronunciar esta palabra se equivocó y dijo: *Diebstellung* (Dieb = Diebstahl = ladrón, robo)».

En los trabajos de psicoanálisis las equivocaciones del paciente sirven muchas veces para aclarar los casos y confirmar aquellas hipótesis expuestas por el médico en el mismo momento en que el paciente las niega con obstinación[596]. Con uno de mis clientes se trataba un día de interpretar un sueño que había tenido y en el que había aparecido el nombre *Jauner*. El cliente conocía, en efecto, a una persona de este nombre; pero no podíamos descubrir por qué tal persona había sido incluida en el contenido del sueño. Por último, expuse la hipótesis de que ello había sucedido tan sólo por la similicadencia del nombre *Jauner* con el injurioso calificativo *Gauner* = *rufián*. El paciente rechazó rápida y enérgicamente mi suposición; pero al hacerlo sufrió una equivocación que confirmó mi sospecha, por consistir en el mismo cambio de la letra *g* por una *j*. En efecto, al llamarle yo la atención sobre el *lapsus* cometido reconoció como cierta mi interpretación de su sueño (dijo ‘jewagt’ en vez de ‘gewagt’).

Cuando en una discusión seria sufre uno de los interlocutores uno de estos errores que convierten la intención de la frase en la completamente contraria, queda en posición desventajosa frente a su adversario, el cual raras

veces deja de utilizar en provecho suyo tal ventaja.

Esto muestra claramente que en general todo el mundo da a las equivocaciones orales y demás clases de actos fallidos la misma interpretación que se les da en este libro, aunque luego los individuos aislados se nieguen a reconocerlo en teoría y no estén propicios a prescindir, cuando se trata de la propia persona, de la comodidad que supone la indiferente tolerancia con la que se miran tales funciones fallidas. La hilaridad y la burla que estos errores no dejan nunca de provocar cuando aparecen en momentos graves o decisivos son un testimonio contrario a la convención generalmente aceptada de que no son sino menos *lapsus linguae*, sin significación ni importancia psicológica alguna. Nada menos que el canciller alemán príncipe de Bülow tuvo que recordar en una ocasión esta teoría de la falta de significación de las equivocaciones orales para salvar su situación cuando, pronunciando un discurso en defensa de su emperador (noviembre de 1907), sufrió un error que le hizo decir lo contrario de lo que se proponía.

«Por lo que respecta al presente, a la nueva época del emperador Guillermo II —dijo—, he de repetir lo que ya dije hace un año: que es *inicuo e injusto hablar de la existencia de una camarilla de consejeros responsables en torno a nuestro emperador*… (Vivas exclamaciones: '¡Irresponsables!', de consejeros *irresponsables* en torno de nuestro emperador. Perdonen sus señorías el *lapsus linguae*. (Hilaridad.)»

En este caso la frase del príncipe de Bülow perdió importancia ante su auditorio por la acumulación de negaciones entre las que se hallaba la equivocación. Además, la simpatía hacia el orador y la consideración de la difícil situación en que se hallaba hicieron que su error no se aprovechase para combatirle. Peores consecuencias tuvo el error de otro diputado que un año después y en la misma Cámara, queriendo invitar a sus oyentes a enviar un mensaje *sin consideraciones (rückhaltlos)* al emperador, descubrió con una desgraciada equivocación sentimientos distintos que ocultaba en su pecho leal:

LATTMANN:—«Examinemos esta cuestión del mensaje desde el punto de vista reglamentario. Según las leyes, el Reichstag tiene el derecho de dirigir mensajes al emperador, y creemos que el pensamiento y el deseo general del

pueblo alemán están en dirigir al emperador en esta ocasión un *manifiesto armónico,* y si podemos hacerlo sin herir los sentimientos monárquicos, también debemos hacerlo *doblando el espinazo (rückgratlos, invertebradamente).* (Hilaridad tempestuosa, que dura varios minutos.) Señores, no he querido decir *sin consideraciones (rückgratlos) sino doblando el espinazo (rückhaltlos)* —hilaridad)—, y una manifestación así, sin reserva alguna del pueblo, ha de ser aceptada en estos graves momentos por nuestro emperador».

El periódico *Vorwärts,* en su número del 12 de noviembre de 1908, no dejaba de señalar el significado de esta equivocación:

«DOBLANDO EL ESPINAZO ANTE EL TRONO IMPERIAL

»Nunca se ha demostrado tan claramente en un Parlamento, y por la involuntaria confesión de un diputado, la actitud de éste y de la mayoría de los miembros de la Cámara como lo consiguió el antisemita Lattmann en el segundo día de su interpelación cuando, con festivo *pathos*, dejó escapar la confesión de que él y sus amigos querían decir al emperador su opinión ‘doblando el espinazo’.

»Una tempestuosa hilaridad general ahogó las siguientes palabras del infeliz, que todavía consideró necesario disculparse, tartamudeando que lo que había querido decir era ‘sin consideraciones’».

Agregaré otro ejemplo (adición de 1924) en el que la equivocación oral tomó la forma de una siniestra profecía. Comenzando 1923 hubo una gran conmoción en el mundo financiero cuando el joven banquero X. (probablemente uno de los más recientes *nouveaux riches* en W., y con seguridad el más rico y el más joven) al tomar posesión, después de una corta lucha, de la mayoría de las acciones de un Banco. Como consecuencia posterior hubo lugar una Asamblea General donde los viejos directores del Banco, financistas al estilo antiguo, no fueron elegidos y el joven X. llegó a presidente del Banco.

En el discurso de despedida con que el Director General Dr. Y. quiso honrar al presidente anterior, que no había sido reelegido, muchos notaron una molesta equivocación oral que se repitió una y otra vez. Reiteradamente

habló de *dahinscheidend* (expirar), en vez de *ausscheidend* (saliente) presidente. Después de esto, el antiguo presidente que no fue reelecto murió pocos días después de esa asamblea. (Relatado por Storfer.)

Otro bello ejemplo (Adición de 1907) de equivocación, encaminada no tanto a traicionar los sentimientos del personaje como a orientar al auditorio colocado fuera de la escena, se encuentra en el drama de Schiller *Wallenstein, Los Piccolomini* (acto I, escena V), y nos muestra que el poeta que utilizó este medio conocía la significación y el mecanismo de la equivocación oral. En la escena precedente, Max Piccolomini, lleno de entusiasmo, se ha declarado decidido partidario del duque, anhelando la llegada de la bendita paz, cuyos encantos le fueron descubiertos en su viaje acompañando al campamento a la hija de Wallenstein. A continuación comienza la escena V:

QUESTENBERG.—¡Ay de nosotros! ¿A esto hemos llegado? ¿Vamos, amigo mío, a dejarle marchar en ese error sin llamarle de nuevo y abrirle los ojos en el acto?

OCTAVIO.—(*Saliendo de profunda meditación*.) Ahora acaba él de abrírmelos a mí, y veo más de lo que quisiera ver.

QUESTENBERG.—¿Qué es ello, amigo mío?

OCTAVIO.—¡Maldito sea el tal viaje!

QUESTENBERG.—¿Por qué? ¿Qué sucede?

OCTAVIO.—Venid. Tengo que perseguir inmediatamente la desdichada pista. Tengo que observarla con mis propios ojos. Venid. (*Quiere hacerle salir*.)

QUESTENBERG.—¿Por qué? ¿Dónde?

OCTAVIO.—(*Apresurado*.) Hacia «ella».

QUESTENBERG.—Hacia…

OCTAVIO.—(*Corrigiéndose*.) Hacia el duque. Vamos.

Esta pequeña equivocación —hacia *ella* en vez de hacia *él*— tiene por objeto revelarnos que el padre ha adivinado el motivo de la decisión de su hijo de ponerse al lado de Wallenstein, mientras que Questenberg, el cortesano, no comprendiendo nada, le dice «que le está hablando en adivinanza».

Otto Rank (1910) ha descubierto en Shakespeare otro ejemplo de empleo poético de la equivocación. Transcribo aquí la comunicación de Rank, publicada en la *Zentralblatt für Psychoanalyse*, I, 3:

«Otro ejemplo de equivocación oral, delicadamente motivado, utilizado con gran maestría técnica por un poeta y similar al señalado por Freud en el *Wallenstein*, de Schiller, nos enseña que los poetas conocen muy bien la significación y el mecanismo de esta función fallida y suponen que también lo conoce o comprenderá el público. Este ejemplo lo hallamos en *El mercader de Venecia* (acto III, escena II), de Shakespeare. Porcia, obligada por la voluntad de su padre a tomar por marido a aquel de sus pretendientes que acierte a escoger una de las tres cajas que le son presentadas, ha tenido hasta el momento la fortuna de que ninguno de aquellos amadores que no le eran gratos acertase en su elección. Por fin encuentra en Bassano al hombre a quien entregaría gustosa su amor, y entonces teme que salga también vencido en la prueba. Quisiera decirle que aun sucediendo así puede estar seguro de que ella le seguirá amando; pero su juramento se lo impide. En este conflicto interior le hace decir el poeta a su afortunado pretendiente:

»'Quisiera reteneros aquí un mes o dos aún antes que aventurarais la elección de que dependo. Podría indicaros cómo escoger con acierto; pero, si así lo hiciera, sería perjura, y no lo seré jamás. Por otra parte, podéis no obtenerme, y si esto sucede, me haríais arrepentir, lo cual sería un pecado, de no haber faltado a mi juramento. ¡Mal hayan vuestros ojos! Se han hecho dueños de mi ser *y lo han dividido en dos partes, de las cuales la una es vuestra y la otra vuestra, digo mía; mas siendo mía es vuestra, y así toda soy vuestra'*.»

Así, pues, aquello que Porcia quería tan sólo indicar ligeramente a Bassaso, por ser algo que en realidad debía callarle en absoluto, esto es, que ya antes de la prueba le amaba y era *toda* suya, deja el poeta, con admirable sensibilidad psicológica, que aparezca claramente en la equivocación, y por medio de este artificio consigue calmar tanto la insoportable incertidumbre del amante como la similar tensión del público sobre el resultado de la elección.

Dado el interés que merece tal confirmación por parte de los grandes

poetas de nuestra concepción de las equivocaciones orales, creo justificado agregar aún a los anteriores un tercer ejemplo de esta clase, comunicado por E. Jones («Un ejemplo de uso literario de la equivocación oral», en la *Zentralblatt für Psychoanalyse*, I, 10) (1911):

»Otto Rank llama la atención, en un artículo recientemente publicado, sobre un bello ejemplo en el cual Shakespeare hace cometer a una de sus figuras femeninas, a Porcia, una equivocación oral, por medio de la cual quedan revelados sus secretos pensamientos. Por mi parte quiero también señalar un ejemplo análogo existente en *El egoísta*, la obra maestra del gran novelista inglés George Meredith. El argumento de esta novela es el siguiente: Un aristócrata muy admirado en su círculo mundano, sir Willaughby Patterne, se desposa con una tal miss Constancia Durham, la cual, habiendo descubierto en su prometido un desenfrenado egoísmo, que él oculta con habilidad a los ojos de la gente, se escapa, para huir de un matrimonio que le repugna, con un capitán, Oxford. Años después Patterne y otra mujer, miss Clara Middleton, se dan mutua palabra de casamiento. La mayor parte del libro está destinada a describir minuciosamente el conflicto que surge en el alma de Clara Middleton al descubrir, como antes lo descubrió Constancia Durham, el egoísmo de su prometido. Determinadas circunstancias externas y su propia concepción del honor continúan manteniendo a Clara ligada a su promesa de matrimonio, mientras que cada vez va sintiendo mayor desprecio hacia sir Willaughby. Estos sentimientos los confía en parte a secretario y primo de aquél, Vernon Whitford, con el cual se casa al final de la novela. Pero éste, por su lealtad hacia Patterne y varios motivos, guarda en un principio una actitud de reserva.

En un monólogo en el que Clara da rienda suelta a su dolor dice lo que sigue: «¡Si un hombre noble viera la situación en que me hallo y no desdeñara prestarme su ayuda! ¡Oh, ser libertada de esta prisión donde gimo entre espinas! Por mí sola no puedo abrirme camino. Soy demasiado cobarde. Sólo una señal que con un dedo se me hiciera creo que me transformaría. Desgarrada y sangrante podría huir entre el desprecio y el griterío de la gente a refugiarme en los brazos de una camarada… Constancia halló un soldado. Quizá rezó y fue escuchada su plegaria. Hizo mal. Pero ¡cómo la amo por haber osado! El nombre de él era Harry Oxford… Ella no dudó, rompió sus

cadenas y marchó franca y decididamente. Osada muchacha, ¿qué pensarás de mí? Pero yo no tengo ningún Harry *Whitford*; yo estoy sola…»

»La rápida percepción de que había sustituido por otro nombre el de Oxford la anonadó como un mazazo, haciendo cubrirse su rostro de llameante púrpura».

El hecho de que los nombres de los dos sujetos terminasen en «ford» facilita la confusión de la protagonista, y para muchos constituiría una justificación suficiente del error; pero el novelista indica claramente la verdadera causa profunda.

En otra parte del libro aparece de nuevo la misma equivocación, seguida de aquella vacilación y aquel repentino cambio de tema con los que nos familiarizan el psicoanálisis y la obra de Jung sobre las asociaciones, y que no aparecen más que cuando ha sido herido un complejo semiconsciente. Patterne dice en tono de superioridad, refiriéndose a Whitford: «¡Falsa alarma! El bueno de Vernon es incapaz de hacer nada extraordinario». Clara responde: «Pero si, mister *Oxford…*, digo mister *Whitford…* Mirad vuestros cisnes cómo acuden atravesando el lago. ¡Qué bellos están cuando se hallan irritados!» Pero vamos a lo que iba a preguntaros: «Aquellos hombres que son testigos de una visible admiración que a otros se profesa, ¿no se desanimarán ante ello?» Sir Willaughby se irguió rígidamente. Una repentina luz había iluminado su pensamiento.

Todavía en otro lugar revela Clara con un nuevo *lapsus* su interior deseo de una íntima unión con Vernon Whitford. Dando un recado a un muchacho le dice: «Di esta noche a mister Vernon…, a mister Whitford…»[597].

La concepción de las equivocaciones orales que se sostiene en este libro ha sido verificada y comprobada hasta en sus más pequeños detalles. Repetidas veces he conseguido demostrar que los más insignificantes y naturales casos de errores verbales tienen su sentido y pueden ser interpretados de igual modo que los casos más extraordinarios. Una paciente que contra toda mi voluntad, pero con firme decisión, emprendía una corta excursión a Budapest justificaba ante mí su desobediencia alegando que no pasaría en dicha ciudad nada más que tres *días*; pero se equivocó, y en vez de tres *días*, dijo tres *semanas*. Con esto reveló que por su gusto, a pesar mío,

pasaría mejor tres semanas que tres días con aquellas personas de Budapest cuya sociedad juzgaba yo perjudicial para ella.

Una noche, queriendo excusarme de no haber ido a buscar a mi mujer a la salida de un teatro, dije: «He estado en el teatro a las diez y diez minutos». «¿Querrás decir a las diez *menos* diez?», me repusieron, rectificándome. Naturalmente, era esto lo que había querido decir, pues lo que había realmente dicho no constituía excusa ninguna. Había quedado con mi mujer en irla a buscar a la salida del teatro, y en el programa se decía que la función acabaría antes de las diez. Cuando llegué, el vestíbulo estaba ya a oscuras y el teatro vacío. Indudablemente, la representación había terminado antes de mi llegada, y mi mujer no me había esperado. Saqué el reloj y vi que eran las diez menos cinco minutos; pero me propuse presentar la cuestión en mi casa aún más favorablemente para mí diciendo que eran las diez menos diez. Por desgracia, mi equivocación echó a perder mi propósito y reveló mi insinceridad, haciéndome además confesar un retraso más grave del verdadero.

Partiendo de este punto llegamos a aquellas perturbaciones del discurso que no pueden considerarse ya como equivocaciones orales, porque no afectan sólo a una palabra aislada, sino al ritmo y a la total exteriorización de la oración, como por ejemplo, las repeticiones y el tartamudeo causados por la confusión o el embarazo. Pero tanto en unos casos como en otros, lo que en las perturbaciones del discurso se revela es el conflicto interior. No creo, en verdad, que haya nadie que se equivoque durante una audiencia con el rey, en una seria y sincera declaración de amor o en una defensa del propio honor ante los jurados; esto es, en aquellos casos en que, según nuestra justa expresión corriente, *pone uno toda su alma*. Hasta al criticar el estilo de un escritor acostumbramos seguir aquel principio explicativo del que no podemos prescindir en la investigación de las equivocaciones aisladas.

Un estilo límpido e inequívoco nos demuestra que el autor está de acuerdo consigo mismo, y, en cambio, una forma de expresión forzada o retorcida nos indica la existencia de una idea no desarrollada totalmente y nos hace percibir la ahogada voz de la autocrítica del autor[598].

Desde la aparición de la primera edición de este libro han comenzado

varios amigos y colegas míos extranjeros a dedicar su atención a las equivocaciones cometidas en la lengua de sus respectivos países. Como era de esperar, han hallado que las leyes de las funciones fallidas son independientes del material oral y han adoptado igual método interpretativo que el empleado por nosotros en las equivocaciones cometidas en lengua alemana. Siendo incontables los ejemplos, no transcribiré aquí más que uno:

El doctor A. A. Brill (Nueva York) comunica la siguiente observación propia: *A friend described to me a nervous patient and wished to know whether I could benefit him. I remarked: I believe that in time I could remove all his symptoms by psychoanalysis because it is* a durable case', *wishing to say* curable. («A contribution to The Psychopathology of Everiday Life», en *Psychotherapy*, III…… I, 1909[599].

Quiero, por último, añadir aquí (Adición 1917), para aquellos lectores que no se asustan ante un esfuerzo de atención y para aquellos otros familiarizados ya con el psicoanálisis, un ejemplo que demuestra a qué profundidades psíquicas puede llegarse en la persecución de los motivos de una equivocación oral.

L. Jekels (*Internationale Zeitschritf für Psychoanalyse*, I, 1913):

«El día 11 de diciembre, hablando con una dama polaca, me dirigió ésta en su idioma y con cierto tonillo de desafío la pregunta siguiente: "¿Por qué he dicho yo hoy que tenía doce dedos?"»

A mi ruego reprodujo la escena en la que surgió su ocurrencia. Aquel día se había propuesto salir a hacer una visita con su hija, la cual padecía de *dementia praecox* en estado de remisión, y la había mandado a cambiarse de blusa a una habitación contigua. Al volver la hija ya vestida, encontró a su madre limpiándose las uñas, y entre ambas se desarrolló el siguiente diálogo:

LA HIJA.—Mira, yo ya estoy arreglada, y tú, no.

LA MADRE.—Es verdad; pero también tú no tenías más que hacer que ponerte *una* blusa, y yo, en cambio, tengo que arreglarme *doce* uñas.

LA HIJA.—¿Cómo?

LA MADRE.—(*Impaciente*.) Naturalmente. *¿No ves que tengo doce dedos?*

Preguntada por un colega mío que asistía a su relato sobre lo que se le ocurría fijando su atención en el número doce, respondió pronta y resueltamente: *Doce no es para mí ninguna fecha (de importancia)*.

Pasando a la palabra *dedos*, nos comunicó, después de la ligera vacilación, la asociación siguiente: «En la familia de mi marido tenían todos seis dedos en cada pie. Cuando nacieron mis hijos, lo primero que hicimos fue ver si también tenían seis dedos».

Por causas exteriores al análisis no pudo éste ser continuado aquella noche; pero a la mañana siguiente, día 12 de diciembre, recibí la visita de la señora, que me dijo, visiblemente excitada: «Mire usted lo que me ha sucedido. Desde hace veinte años no he dejado nunca de felicitar a un anciano tío de mi marido en el día de su cumpleaños, que es hoy precisamente. Siempre acostumbro escribirle una carta el día anterior; pero esta vez se me ha olvidado y he tenido que ponerle un telegrama».

Al oír esto recordé e hice recordar a la señora la seguridad con que la noche anterior había contestado a la pregunta de mi colega sobre el número doce, pregunta muy apropiada para haberle recordado el cumpleaños de su tío y a la que ella había respondido que el día 12 no significaba para ella ninguna fecha importante.

Entonces declaró la señora que el tío de su marido era hombre de fortuna y que ella había contado siempre con que le heredaría, pero que ahora pensaba en ello más que nunca, pues su situación económica era un tanto apurada.

Así, pues, cuando una conocida suya le había profetizado días antes, echándole las cartas, que iba a recibir mucho dinero, había pensado en el acto en el tío, es decir, en su fallecimiento. Le había pasado inmediatamente por el cerebro la idea de que dicho pariente era el único de quien podía ella, heredándole sus hijos, recibir dinero. También recordé de repente en aquella ocasión que ya la mujer del tío había prometido legar algo en su testamento a sus hijos, pero que luego había muerto sin testar y quizá hubiese dejado encargo a su marido de hacerlo a su muerte.

Vese claramente que el deseo de la muerte del tío debió de surgir en ella con gran intensidad, pues la señora que le echaba las cartas le dijo después:

«Es usted capaz de incitar a la gente al asesinato».

En los cuatro o cinco días que transcurrieron entre la profecía y el cumpleaños del tío, la señora buscó de continuo en los periódicos de la localidad en que éste vivía su obituario de defunción.

No es, por tanto, ninguna maravilla que con tan intenso deseo de su muerte quedasen el hecho y la fecha del próximo cumpleaños tan vigorosamente reprimidos, que llegara no sólo a poderse producir el olvido de una intención cumplida sin falta tantos años seguidos, sino que tampoco fuese ésta recordada por la pregunta de mi colega.

En el *lapsus* «doce dedos» se abrió camino el reprimido «doce», contribuyendo también al fallo de la función.

Digo *contribuyendo*, porque la asociación que surgió en el análisis ante la palabra «dedos» nos hace sospechar la existencia de otras motivaciones, explicándonos al mismo tiempo por qué razón el «doce» llegó a falsear la inocente frase de los diez dedos.

La asociación era: «En la familia de mi marido tenían todos seis dedos en cada pie».… …

Seis dedos en cada pie constituyen una anormalidad.

Seis dedos significan un niño anormal, y doce dedos, *dos* niños anormales.

Efectivamente, ésta era la realidad, pues tal señora se había casado muy joven con un hombre reconocidamente excéntrico y anormal, que al poco tiempo acabó por suicidarse, dejándole como única herencia dos hijas, declaradas anormales por varios médicos, que habían señalado en ellas graves taras hereditarias.

La mayor de las hijas había vuelto a su casa hacía poco tiempo, después de grave ataque catatónico y la menor, que se hallaba en la pubertad, enfermó también meses después de una grave neurosis.

El hecho de que la anormalidad de las hijas se agregue aquí al deseo de la muerte del tío y se condense con este elemento, reprimido con fuerza distinta y de mayor valencia psíquica, nos obliga a aceptar, como segunda determinación de la equivocación, el *deseo de la muerte de las dos hijas anormales*.

La significación prevaleciente del doce como deseo de muerte se aclara

por el hecho de hallarse muy íntimamente asociada al concepto de muerte en la representación del sujeto, pues el marido se había suicidado en un día 13 de diciembre; esto es, un día después del cumpleaños del tío, cuya mujer dijo en esta ocasión a la joven viuda: «Ayer nos felicitó aún tan cariñosa y amablemente…, ¡y hoy…!»

Quiero añadir además que la señora tenía, en realidad, razones más que suficientes para desear la muerte de sus hijas, las cuales no le proporcionaban ninguna alegría, sino sólo preocupaciones, imponiéndole penosas limitaciones de su propia vida y habiéndole obligado a renunciar, por cariño a ellas, a toda posible felicidad sentimental y amorosa.

También aquel día se había esforzado en evitar toda ocasión de irritar a la hija con la que iba a la visita, y es fácil hacerse una idea del gasto de paciencia y abnegación que esto supone tratándose de una enferma de *dementia praecox*, y cuántos sentimientos e impulsos de cólera es necesario dominar.

Conforme a todo lo anterior, el sentido de la equivocación sería el siguiente:

El tío debe morir; estas hijas anormales deben morir (en general, toda esta familia anormal), y yo debo heredar su dinero.

La equivocación posee, a mi juicio, varios signos de una estructura inhabitual, que son:

1.º La existencia de dos determinantes condensadas en un elemento.

2.º La existencia de las dos determinantes se refleja en la duplicación de la equivocación (doce uñas, doce dedos).

3.° Es singular el que una de las significaciones del «doce», los doce dedos representativos de la anormalidad de las hijas, constituya una representación indirecta. La anormalidad psíquica está aquí representada por la física; la superior, por la inferior.

VI. —EQUIVOCACIONES EN LA LECTURA Y EN LA ESCRITURA

EL hecho de que a las equivocaciones en la lectura y en la escritura puedan aplicarse las mismas consideraciones y observaciones que a los *lapsus* orales no resulta nada sorprendente conociendo el íntimo parentesco que existe entre todas estas funciones. Así, pues, me limitaré a exponer algunos ejemplos cuidadosamente analizados, sin intentar incluir aquí la totalidad de los fenómenos.

I. Equivocaciones en la lectura.

1) Hojeando en el café un ejemplar del *Leipzig Illustrierte*, que mantenía un tanto oblicuamente ante mis ojos, leí al pie de una ilustración que ocupaba toda una página las siguientes palabras: «Una boda *en la Odisea*». Asombrado por aquel extraño título, rectifiqué la posición del periódico y leí de nuevo, corrigiéndome: «Una boda *en el Ostsee (mar Báltico)*». ¿Cómo había podido cometer tan absurdo error? Mis pensamientos se dirigieron en seguida hacia un libro de Ruths titulado *Investigaciones experimentales sobre las imágenes musicales*, etc., que recientemente había leído con gran detenimiento por tratar de cuestiones muy cercanas a los problemas psicológicos objeto de mi actividad. El autor anunciaba en este libro la próxima publicación de otro, que había de titularse *Análisis y leyes fundamentales de los fenómenos oníricos*, y habiendo yo publicado poco tiempo antes una *Interpretación de los sueños*, no es extraño que esperara con gran interés la aparición de tal obra. En el libro de Ruth sobre las imágenes musicales hallé, al recorrer el índice, el anuncio de una detallada demostración inductiva de que los antiguos mitos y tradiciones helénicos poseen sus principales raíces en las imágenes musicales, en los fenómenos oníricos y en los delirios. Al ver esto abrí inmediatamente el libro por la página correspondiente para ver si el autor conocía la hipótesis que interpreta la escena de la *aparición de Ulises ante Nausicaa*, basándola en el vulgar sueño de desnudez. Uno de mis amigos me había llamado la atención sobre el bello pasaje de la obra de G. Keller *Enrique el Verde*, en el que este episodio de la *Odisea* se interpreta como una objetivación de los sueños del navegante, al que los elementos hacen vagar por mares lejanos a su patria. A esta

interpretación había añadido yo la referencia al sueño exhibicionista de la propia desnudez. Nada de esto descubrí en el libro de Ruth. Resulta, pues, que lo que en este caso me preocupaba era un pensamiento de prioridad.

2) Veamos cómo pude cometer un día el error de leer en un periódico: *«En tonel (Im Fass),* por Europa», en vez de *«A pie (Zu Fuss)* por Europa». La solución de este error me llevó mucho tiempo y estuvo llena de dificultades. Las primeras asociaciones que se presentaron fueron que *En tonel…* tenía que referirse al tonel de Diógenes, y luego, que en una *Historia del arte* había leído hacía poco tiempo algo sobre el arte en la época de Alejandro. De aquí no había más que un paso hasta el recuerdo de la conocida frase de este rey: «Si no fuera Alejandro, quisiera ser Diógenes». Recordé asimismo, muy vagamente, algo relativo a cierto *Hermann Zeitung* que había hecho un viaje encerrado en un cajón. Aquí cesaron de presentarse nuevas asociaciones, y no fue tampoco posible hallar la página de la *Historia del arte* en la que había leído la observación a que antes me he referido. Meses después me volví a ocupar de este problema de interpretación, que había abandonado antes de llegar a resolverlo, y esta vez se presentó acompañado ya de su solución. Recordé haber leído en un periódico (*Zeitung*) un artículo sobre los múltiples y a veces extravagantes medios de *transporte (Beförderung)*[600] utilizados en aquellos días por las gentes para trasladarse a París, donde se celebraba la Exposición Universal, artículo en el que, según creo, se comentaba humorísticamente el propósito de cierto individuo de hacer el camino hasta París metido dentro de un tonel que otro sujeto haría rodar. Como es natural, estos excéntricos no se proponían con estas locuras más que llamar la atención sobre sus personas. *Hermann Zeitung* era, en realidad, el nombre del individuo que había dado el primer ejemplo de tales desacostumbrados medios *de transporte (Beförderung)*. Después recordé que en una ocasión había asistido a un paciente cuyo morboso miedo a los periódicos reveló ser una reacción contra la *ambición* patológica de ver su nombre impreso en ellos como el de un personaje de renombre. Alejandro Magno fue seguramente uno de los hombres más ambiciosos que han existido. Se lamentaba de que no le fuera dado encontrar un Homero que cantase sus hazañas. Mas ¿cómo no se me había ocurrido antes *pensar* en otro *Alejandro* muy próximo a mí, en mi propio hermano

menor, así llamado? Al llegar a este punto hallé en el acto tanto el pensamiento que refiriéndose a este Alejandro había sufrido una represión por su naturaleza desagradable como las circunstancias que ahora le habían permitido acudir a mi memoria. Mi hermano estaba muy versado en las cuestiones de tarifas y *transportes*, y en una determinada época estuvo a punto de obtener el título de profesor de una Escuela Superior de Comercio. También yo estaba propuesto desde hacía varios años para una *promoción (Beförderung)* al título de profesor de la Universidad. Nuestra madre manifestó por entonces su extrañeza de que su hijo menor alcanzara antes que el mayor el título por ambos deseado. Ésta era la situación en la época en la que me fue imposible hallar la solución de mi error en la lectura. Después tropezó también mi hermano con graves inconvenientes. Sus probabilidades de alcanzar el título de profesor quedaron por bajo de las mías, y entonces, como si esta disminución de las probabilidades de mi hermano de obtener el deseado título hubiera apartado un obstáculo, fue cuando de repente se me apareció con toda claridad el sentido de mi equivocación en la lectura. Lo sucedido era que me había conducido como si leyera en el periódico el nombramiento de mi hermano, y me dije a mí mismo: «Es curioso que por tales tonterías (las ocupaciones profesionales de mi hermano) pueda salir en un periódico (esto es, pueda uno ser nombrado profesor)». En el acto me fue posible hallar sin dificultad ninguna en la *Historia del arte* el párrafo sobre el arte helénico en tiempo de Alejandro, viendo con asombro que en mis pasadas investigaciones había leído varias veces la página de referencia y todas ellas había saltado, como poseído por una alucinación negativa, la tan buscada frase. Por otra parte, ésta no contenía nada que hubiese podido iluminarme ni tampoco nada que por desagradable hubiera tenido que ser olvidado. A mi juicio, el síntoma de no encontrar en el libro la frase buscada no apareció más que para inducirme a error, haciéndome buscar la continuación de la asociación de ideas precisamente allí donde se hallaba colocado un obstáculo en el camino de mi investigación; esto es, en cualquier idea sobre Alejandro Magno, con lo cual había de quedar desviado mi pensamiento de mi hermano del mismo nombre. Esto se produjo, en efecto, pues yo dirigí toda mi actividad a encontrar en la *Historia del arte* la perdida página.

El doble sentido de la palabra *Beförderung* (transporte-promoción) constituye en este caso el puente asociativo entre los dos complejos[601]: uno, de escasa importancia, excitado por la noticia leída en el periódico, y otro, más interesante, pero desagradable, que se manifestó como perturbación de lo que se trataba de leer. Este ejemplo nos muestra que no son siempre fáciles de esclarecer fenómenos de la especie de esta equivocación. En ocasiones llega a ser preciso aplazar para una época más favorable la solución del problema. Pero cuanto más difícil se presenta la labor de interpretación, con más seguridad se puede esperar que la idea perturbadora, una vez descubierta, sea juzgada por nuestro pensamiento consciente como extraña y contradictoria.

3) Un día recibí una carta en la que se me comunicaba una mala noticia. Inmediatamente llamé a mi mujer para transmitírsela, informándola de que la pobre señora de Wilhelm M. había sido desahuciada por los médicos. En las palabras con que expresé mi sentimiento debió de haber, sin embargo, algo que, sonando a falso, hizo concebir a mi mujer alguna sospecha, pues me pidió la carta para verla, haciéndome observar que estaba segura de que en ella no constaba la noticia en la misma forma en que yo se la había comunicado, porque, en primer lugar, nadie acostumbra aquí designar a la mujer sólo por el apellido del marido, y además la persona que nos escribía conocía perfectamente el nombre de pila de la citada señora. Yo defendí tenazmente mi afirmación, alegando como argumento la redacción usual de las tarjetas de visita, en las cuales la mujer suele designarse a sí misma por el apellido del marido. Por último, tuve que mostrar la carta, y, efectivamente, leímos en ella no sólo «*el* pobre W. M»., sino «*el pobre doctor* W. M»., cosa que me había escapado antes por completo. Mi equivocación en la lectura había significado un esfuerzo espasmódico, por decirlo así, encaminado a transportar del marido a la mujer la triste noticia. El título incluido entre el adjetivo y el apellido no se adaptaba a mi pretensión de que la noticia se refiriese a la mujer, y, por tanto, fue omitido en la lectura. El motivo de esta falsificación no fue, sin embargo, el de que la mujer me fuese menos simpática que el marido, sino la preocupación que la desgracia de éste despertó en mí con respecto a una persona allegada que padecía igual enfermedad.

4)[602] Más irritante y ridícula es otra equivocación en la lectura a la que sucumbo con gran frecuencia cuando en épocas de vacaciones me hallo en alguna ciudad extranjera y paseo por sus calles. En otras ocasiones leo la palabra «Antigüedades» en todas las muestras de las tiendas en las que consta algún término parecido, equivocación en la que surge al exterior el deseo de hallazgos interesantes que siempre abriga el coleccionista.

5)[603] Bleuler relata en su importante obra titulada *Afectividad, sugestibilidad, paranoia* (1906, pág. 121) el siguiente caso: Estando leyendo, tuve una vez la sensación intelectual de ver escrito mi nombre dos líneas más abajo. Para mi sorpresa, no hallé, al buscarlo, más que la palabra *corpúsculos de la sangre (Blutkörperchen)*. De los muchos millares de casos analizados por mí de equivocaciones en la lectura, surgidas en palabras situadas tanto en el campo visual periférico como en el central, era éste el más interesante. Siempre que antes había imaginado ver mi nombre, la palabra que motivaba la equivocación había sido mucho más semejante a él, y en la mayoría de los casos tenían que existir en los lugares inmediatos todas las letras que lo componen para que yo llegara a cometer el error. Sin embargo, en este caso no fue difícil hallar los fundamentos de la ilusión sufrida, pues lo que estaba leyendo era precisamente el final de una crítica en la que se calificaban de equivocados determinados trabajos científicos, entre los cuales sospechaba yo pudieran incluirse los míos.

6) (Adición de 1919.) Hanns Sachs contó haber leído: «Las cosas que impresionan a los demás son sobrepasadas por él en su *Steifleinenheit* (erudición pedante). Esta palabra me sorprendió, continuaba diciendo Sachs, y observándole con detención descubrí que era *Stilfeinheit* (estilo elegante)». Este pasaje sucedió en el curso de unas observaciones por un autor al que admiraba, que alababa exageradamente a un historiador al que yo no tenía simpatía por exhibir el «modo magistral germano» en forma muy marcada.

7) El doctor Marcell Eibenschüetz comunica el siguiente caso de equivocación en la lectura, cometida en una investigación filológica (*Zentralblatt für Psychoanalyse*, I, 5-6) (1911).

«Trabajo actualmente en la traducción del *Libro de los mártires*, conjunto de leyendas escritas en alemán arcaico. Mi traducción está destinada a aparecer en la serie de ‘Textos alemanes de la Edad Media’ que publica la

Academia de Ciencias prusiana. Las referencias sobre este ciclo de leyendas, inédito aún, son muy escasas; el único escrito conocido sobre él es un estudio de J. Haupt titulado *Sobre el “Libro de los mártires*”, *obra de la Edad Media alemana*». Haupt no utilizó para su trabajo un manuscrito antiguo, sino una copia moderna (del siglo XIX) del Códice principal C (Klosterneuburg), copia que se conserva en la Biblioteca Real. Al final de esta copia existe la siguiente inscripción:

> ANNO DOMINI *MDCCCL* IN VIGILIA EXALTATIONIS SANCTE CRUCIS CEPTUS EST ISTE LÍBER ET IN VIGILIA PASCE ANNI SUBSEQUENTIS FINITUS CUM AUDITORIO OMNIPOTENTE PER ME HARTMANUM DE KRASNA TUNC TEMPORIS ECCLESIE NIWENBURGENSIS CUSTODEM.

Haupt incluye en su estudio esta inscripción, creyéndola de mano del mismo autor del manuscrito C, y, sin embargo, no modifica su afirmación de que éste fue escrito en el año 1350, lo cual supone haber leído equivocadamente la fecha de 1850 que consta con toda claridad en números romanos, e incurre en este error, a pesar de haber tenido que copiar la inscripción entera, en la cual aparece la citada fecha de *MDCCCL*.

El trabajo de Haupt ha constituido para mí un manantial de confusiones. Al principio, hallándome por completo como novicio en la ciencia filológica, bajo la influencia de la autoridad de Haupt, cometí durante mucho tiempo igual error que él y leí en la citada inscripción 1350 en vez de 1850; mas luego vi que en el manuscrito principal C, por mí utilizado, no existía la menor huella de tal inscripción, y descubrí además que en todo el siglo XIV no había habido en Klosterneuburg ningún monje llamado Hartmann. Cuando por fin cayó el velo que oscurecía mi vista, adiviné todo lo sucedido, y subsiguientes investigaciones confirmaron mi hipótesis en todos sus puntos. La tan repetida inscripción no existe más que en la copia utilizada por Haupt y proviene de mano del copista, el padre Hartmann Zeibig, natural de Krasna (Moravia), fraile agustino y canónigo de Klosterneuburg, el cual copió en 1850, siendo tesorero de la Orden, el manuscrito principal C, y se citó a sí mismo, según costumbre antigua, al final de la copia. El estilo medieval y la arcaica fotografía de la inscripción, unidos *al deseo de Haupt* de dar el mayor número posible de datos sobre la obra objeto de su estudio y, por tanto, *de*

precisar la fecha del manuscrito C, contribuyeron a hacerle leer siempre 1350 en vez de 1850. (Motivo del acto fallido.)

8)[604] Entre las *Ocurrencias chistosas y satíricas*, de Lichtenberg, se encuentra una que seguramente ha sido tomada de la realidad y encierra en sí casi toda la teoría de las equivocaciones en la lectura. Es la que sigue: «Había leído tanto a Homero, que siempre que aparecía ante su vista la palabra *angenommen* (admitido) leía *Agamemnon* (Agamenón)».

En una numerosísima cantidad de ejemplos[605] es la predisposición del lector la que transforma el texto a sus ojos, haciéndole leer algo relativo a los pensamientos que en aquel momento le ocupan. El texto mismo no necesita coadyuvar a la equivocación más que presentando alguna semejanza en la imagen de las palabras, semejanza que pueda servir de base al lector para verificar la transformación que su tendencia momentánea le sugiere. El que la lectura sea rápida y, sobre todo, el que el sujeto padezca algún defecto, no corregido, de la visión son factores que coadyuvan a la aparición de tales ilusiones, pero que no constituyen en ningún modo condiciones necesarias.

9) La pasada época de guerra, haciendo surgir en toda persona intensas y duraderas preocupaciones, favoreció la comisión de equivocaciones en la lectura más que en la de ningún otro rendimiento fallido. Durante dichos años pude hacer una gran cantidad de observaciones, de las que, por desgracia, sólo he anotado algunas. Un día cogí un periódico y hallé en él impresa en grandes letras la frase siguiente: «La paz de Göerz» (*Der Friede von Göerz*). Mas en seguida vi que me había equivocado y que lo que realmente constaba allí era «El enemigo ante Göerz» (*Die Feinde von Göerz*). No es extraño que quien tenía dos hijos combatiendo en dicho punto cometiese tal error. Otra persona halló en un determinado contexto una referencia a «antiguos bonos de pan» (*alte Brotkarte*), bonos que, al fijar su atención en la lectura, tuvo que cambiar por «brocados antiguos» (*alte Brokate*). Vale la pena de hacer constar que el individuo que sufrió este error era frecuentemente invitado a comer por una familia amiga y solía corresponder a tal amabilidad y hacerse grato a la señora de la casa cediéndole los bonos de pan que podía procurarse. Un ingeniero, preocupado porque su equipo de faena no había podido nunca resistir sin destrozarse en poco tiempo la humedad que reinaba en el túnel en cuya construcción trabajaba, leyó un día, quedándose asombrado, un anuncio

de «objetos de piel malísima» (*Schundleder* —textualmente: piel indecente —). Pero los comerciantes rara vez son tan sinceros. Lo que el anuncio recomendaba eran objetos de «piel de foca» (*See hundleder*).

La profesión o situación actual del lector determinan también el resultado de sus equivocaciones. Un filólogo que, a causa de sus últimos y excelentes trabajos, se halla en controversia con sus colegas, leyó en una ocasión «estrategia del idioma» (*Sprachstrategie*), en vez de «estrategia del ajedrez» (*Schachstrategie*). Un sujeto que paseaba por las calles de una ciudad extranjera, al llegar la hora en que el médico que le curaba de una enfermedad intestinal le había prescrito la diaria y regular realización de un acto necesario, leyó en una gran muestra colocada en el primer piso de un alto almacén la palabra *Closet*; mas a su satisfacción de haber hallado lo que le permitía no infringir su plan curativo se mezcló cierta extrañeza por la inhabitual instalación de aquellas necesarias habitaciones. Al mirar de nuevo la muestra desapareció su satisfacción, pues lo que realmente había escrito en ella era *Corset-House*.

10) Existe un segundo grupo de casos en el que la participación del texto en el error que se comete en su lectura es más considerable. En tales casos, el contenido del texto es algo que provoca una resistencia en el lector o constituye una exigencia o noticia dolorosa para él, y la equivocación altera dicho texto y lo convierte en algo expresivo de la defensa del sujeto contra lo que le desagrada o en una realización de sus deseos. Hemos de admitir, por tanto, que en esta clase de equivocaciones se percibe y se juzga el texto antes de corregirlo, aunque la conciencia no se percate en absoluto de esta primera lectura.

Un ejemplo de este género es el señalado con el número (3) en páginas anteriores, y otro, el que a continuación transcribimos, observado por el doctor Eitingon durante su permanencia en el hospital militar de Ygló (*Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, II, 1915):

«El teniente X., que se encuentra en nuestro hospital enfermo de una neurosis traumática de guerra, me leía una tarde la estrofa final de una poesía del malogrado Walter Heymann, caído en la lucha. Al llegar a los últimos versos, X., visiblemente emocionado, los leyó en la siguiente forma:

»—Mas ¿dónde está escrito, me pregunto, que sea yo el que entre todos

permanezca en vida y sea otro el que en mi lugar caiga? Todo aquel que de vosotros muere, muere seguramente por mí. ¿Y de de ser yo el que quede con vida? *¿Por qué no?*

»Mi extrañeza llamó la atención del lector, que, un poco confuso, rectificó:

»—¿Y he de ser yo el que quede con vida? *¿Por qué yo?*»

Este caso me permitió penetrar analíticamente en la naturaleza del material psíquico de las «neurosis traumáticas de guerra» y avanzar en la investigación de sus causas un poco más allá de las explosiones de las granadas, a las que tanta importancia se ha concedido en este punto.

En el caso expuesto se presentaban también a la menor excitación los graves temblores que caracterizan a estas neurosis, así como la angustia y la propensión al llanto, a los ataques de furor, con manifestaciones motoras convulsivas de tipo infantil, y a los vómitos.

El origen psíquico de estos síntomas, sobre todo del último, hubiera debido ser percibido por todo el mundo, pues la aparición del médico mayor que visitaba de cuando en cuando a los convalecientes o la frase de un conocido que al encontrar a uno en la calle le dijese: «Tiene usted muy buen aspecto. Seguramente está usted ya curado», bastaban para provocar en el acto un vómito.

«Curado…, volver al frente…, ¿por qué yo?»

El doctor Hans Sachs ha reunido y comunicado algunos otros casos de equivocaciones en la lectura motivadas por las circunstancias especiales de la época de guerra (*Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, IV, 1916-17):

11) «Un conocido mío me había dicho repetidas veces que cuando fuera llamado a filas no haría uso del derecho que su título facultativo le concedía de prestar sus servicios en el interior y, por tanto, iría al frente de batalla. Poco tiempo antes de llegarle su turno me comunicó un día, con seca concisión, que había presentado su título para hacer valer sus derechos y que, en consecuencia, había sido destinado a una actividad industrial. Al día siguiente nos encontramos en una oficina. Yo me hallaba escribiendo ante un pupitre, y mi amigo se situó detrás de mí y estuvo mirando un momento lo que yo escribía. Luego dijo: ‘La palabra esa de ahí arriba es *Druckbogen*

(pliego), ¿no? Antes había leído *Drückeberger* (cobarde)'».

12) «Yendo sentado en un tranvía iba pensando en que algunos de mis amigos de juventud que siempre habían sido tenidos por delicados y débiles se hallaban ahora en estado de resistir penosas marchas, a las que yo seguramente sucumbiría. En medio de estos pocos agradables pensamientos leí a la ligera y de pasada en la muestra de una tienda las palabras 'Constituciones de hierro', escritas en grandes letras negras. Un segundo después caí en que estas palabras no eran apropiadas para constar en el rótulo de ningún comercio y, volviéndome, conseguí echar aún una rápida ojeada sobre el letrero. Lo que realmente se leía en él era: 'Construcciones de hierro'».

13) «En los periódicos vi un día un despacho de la agencia Reuter con la noticia, desmentida más tarde, de que Hughes había sido elegido presidente de la República de los Estados Unidos. Al pie de esta noticia venía una corta biografía del supuesto elegido, y en ella leí que Hughes había cursado sus estudios en la Universidad de *Bonn*, extrañando no haber encontrado este dato en ninguno de los artículos periodísticos que, con motivo de la elección presidencial en Norteamérica, venían publicándose hacía ya algunas semanas. Una nueva lectura me demostró que la Universidad citada era la de *Brown*. Este rotundo caso, en el cual hubo de ser necesaria una fuerte violencia para la producción del error, se explica por la ligereza con la que suelo leer los periódicos; pero, sobre todo, por el hecho de que la simpatía del nuevo presidente hacia las potencias centrales me parecía deseable como fundamento de futuras buenas relaciones y no sólo por motivos políticos, sino también de índole personal».

II. Equivocaciones en la escritura.

1) En una hoja de papel que contenía principalmente notas diarias de interés profesional encontré con sorpresa la fecha equivocada, «Jueves, 20 octubre», escrita en vez de la verdadera, que correspondía al mismo día del mes de septiembre. No es difícil explicar esta anticipación como expresión de un deseo. En efecto, días antes había regresado con nuevas fuerzas de mi

viaje de vacaciones y me sentía dispuesto a reanudar mi actividad médica, pero el número de pacientes era aún pequeño. A mi llegada había hallado una carta, en la que un enfermo anunciaba su visita para el día 20 de octubre. Al escribir la fecha del mismo día del mes de septiembre debí de pensar: «Ya podía estar aquí X. ¡Qué lástima tener que perder un mes entero!», y con esta idea anticipé la fecha. Como el pensamiento perturbador no podía calificarse en este caso de desagradable, hallé sin dificultad la explicación de mi error en cuanto me di cuenta de él. Al otoño siguiente cometí de nuevo un error análogo y similarmente motivado. E. Jones ha estudiado estos casos de equivocación en la escritura de las fechas, hallándolos, en su mayoría, dependientes de un motivo.

2) Habiendo recibido las pruebas de mi contribución a la Memoria anual sobre Neurología y Psiquiatría[606], me dediqué con especial cuidado a revisar los nombres de los autores extranjeros citados en mi trabajo, nombres que por pertenecer a personas de diversas nacionalidades presentan siempre alguna dificultad para los cajistas. En efecto, hallé varias erratas de esta clase, que tuve que corregir; pero lo curioso fue que el cajista había rectificado, en cambio, en las pruebas un nombre que yo había escrito erróneamente en las cuartillas. En mi artículo alababa yo el trabajo del tocólogo *Burckhardt* sobre la influencia del nacimiento en el origen de la parálisis infantil, y al escribir dicho nombre me había equivocado y había escrito *Buckrhardt*, error que el cajista corrigió, componiendo el nombre correctamente. Mi equivocación no provenía de que yo abrigase contra el tocólogo una enemistad que me hubiera hecho desfigurar su nombre al escribirlo; pero era el caso que su mismo apellido lo llevaba también un escritor vienés que me había irritado con una crítica poco comprensiva de mi *Interpretación de los sueños*, y de este modo, lo sucedido fue como si al escribir el apellido *Burckhardt*, con el que quería designar al tocólogo, hubiera pensado algo desagradable del otro escritor de igual apellido, cometiendo entonces el error que desfiguró aquél, acto que, como ya indicamos antes, significa desprecio hacia la persona correspondiente[607].

3) Esta afirmación aparece confirmada y robustecida por una autoobservación, en la que A. J. Storfer expone con franqueza digna de encomio los motivos que le hicieron recordar inexactamente primero y

escribir luego, desfigurándolo, el nombre de un supuesto émulo científico (*Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, II, 1914):

«Una obstinada desfiguración de un nombre»:

«En diciembre de 1910 vi en el escaparate de una librería de Zurich el entonces reciente libro del doctor Eduard *Hitschmann* sobre la teoría freudiana de las neurosis. Por aquellos días trabajaba yo precisamente en una conferencia, que debía pronunciar en una sociedad científica, sobre la Psicología de Freud. En la ya escrita introducción a mi conferencia hablaba yo del desarrollo histórico de la Psicología freudiana, observando que por tener ésta su punto de partida en investigaciones de carácter práctico, se hacía muy difícil exponer en un breve resumen sus líneas fundamentales, no habiendo hasta el momento nadie que hubiese emprendido tal tarea. Al ver aquel libro, de autor hasta entonces desconocido para mí, no pensé al principio comprarlo, y cuando días después decidí lo contrario, el libro no estaba ya en el escaparate. Al dar en la tienda el título de la obra recién publicada nombré como autor al doctor Eduard *Hartmann*. El librero me corrigió, diciendo: 'Querrá usted decir *Hitschmann*', y me trajo el libro deseado.

»El motivo inconsciente del rendimiento fallido era fácil de descubrir: Yo contaba ya, en cierto modo, con hacerme un mérito de haber resumido antes que nadie las líneas fundamentales de la teoría psicoanalítica, y, por tanto, había visto con enfado y envidia la aparición del libro de Hitschmann, que disminuía mis merecimientos. La deformación del nombre de su autor constituía, pues, conforme a las teorías sustentadas en la *Psicopatología de la vida cotidiana*, un acto de hostilidad inconsciente. Con esta explicación me di entonces por satisfecho.

»Semanas después anoté por escrito las circunstancias del rendimiento fallido relatado, y al hacerlo se me ocurrió pensar en cuál sería la razón de haber transformado el nombre de Eduard *Hitschmann* precisamente en Eduard *Hartmann*. ¿Habría sido tan sólo la semejanza entre ambos nombres la que me había hecho escoger como sustitutivo el del renombrado filósofo?

Mi primera asociación fue el recuerdo de que el profesor Hugo Meltzl, apasionado admirador de Schopenhauer, había dicho un día lo siguiente: ‘Eduard von Hartmann es Schopenhauer desfigurado, Schopenhauer, vuelto hacia la izquierda’. Así, pues, la tendencia afectiva que había determinado la imagen sustitutiva del nombre olvidado era ésta: ‘El tal Hitschmann y su exposición compendiada de las teorías de Freud no deben de ser nada que valga la pena. Hitschmann debe de ser, con respecto a Freud, lo que Hartmann con respecto a Schopenhauer’.

»Al cabo de seis meses cayó ante mi vista la hoja en que había anotado este caso de olvido determinado y acompañado de recuerdo sustitutivo, y al leerla observé que nuevamente había desfigurado en mi relato el nombre de *Hitschmann,* escribiendo *Hintschmann*».

4) He aquí otro caso de equivocación en la escritura, aparentemente grave, y que pudiera ser también incluido entre los casos de «actos de término erróneo» (*Vergreifen*):

«En una ocasión me proponía sacar de la Caja Postal de Ahorros la cantidad de 300 coronas, que deseaba enviar a un pariente mío, residente fuera de Viena, para hacer posible emprender una cura de aguas prescrita por su médico. Al ocuparme de este asunto vi que mi cuenta corriente ascendía a 4380 coronas, y decidí dejarla reducida a 4000, cantidad redonda que debía permanecer intacta en calidad de reserva para futuras contingencias. Después de extender el cheque en forma regular y haber cortado en la libreta los cupones correspondientes a la cantidad deseada, me di cuenta de que había solicitado extraer de la Caja de Ahorros no 380 coronas, como quería, sino exactamente *438,* y quedé asustado de la poca seguridad con que ejecutaba mis propios actos. En seguida reconocí lo injustificado de mi miedo, pues mi error no me hubiera hecho más pobre de lo que era antes de él. Pero hube de reflexionar un rato con objeto de descubrir la influencia que había modificado mi primera intención, sin advertir antes de ello a mi conciencia. Al principio me dirigí por caminos equivocados. Sustraje 380 coronas de 438 y me quedé sin saber qué hacer de la diferencia obtenida. Mas al fin caí en la verdadera conexión: ¡438 era el *diez por ciento* de 4380, total de mi cuenta corriente! ¡Y el *diez por ciento* es el descuento que hacen los *libreros*! Recordé que días antes había buscado en mi biblioteca, y reunido aparte, una cantidad de obras

de Medicina que habían perdido su interés para mí con objeto de ofrecérselas al librero, precisamente por 300 coronas. El librero encontró demasiado elevado el precio y quedó en darme algunos días después su definitiva respuesta. En caso de aceptar el precio pedido, me habría reembolsado la suma que yo tenía que enviar a mi enfermo pariente. No cabía, pues, dudar de que en el fondo lamentaba tener que disponer de aquella suma en favor de otro. La emoción que experimenté al darme cuenta de mi error queda mejor explicada ahora, interpretándola como un temor de arruinarme con tales gastos. Pero ambas cosas, el disgusto de tener que enviar la cantidad y el miedo a arruinarme con él ligado, eran completamente extrañas a mi conciencia. No sentí la menor huella de disgusto al prometer enviar dicha suma y hubiera encontrado risible la motivación del mismo. Nunca me hubiera creído capaz de abrigar tales sentimientos si mi costumbre de someter a los pacientes al análisis psíquico no me hubiera familiarizado hasta cierto punto con los elementos reprimidos de la vida anímica, y si, además, no hubiera tenido días antes un sueño que reclamaba igual interpretación[608]».

5) El caso que va a continuación y cuya autenticidad puedo garantizar, está tomado de una comunicación de W. Stekel:

«En la redacción de un difundido semanario ocurrió recientemente un increíble caso de equivocación en la escritura y en la lectura. La dirección de dicho semanario había sido tachada de ‘vendida’, y se trataba de contestar en un artículo rechazando con indignación el insultante calificativo. El redactor jefe y el autor de dicho artículo leyeron éste repetidas veces, tanto en las cuartillas como en las pruebas, y ambos quedaron satisfechos. De repente llegó a su presencia el corrector, haciéndoles notar una pequeña errata que se les había escapado a todos. En el artículo se leía con toda claridad lo siguiente: ‘Nuestros lectores testimoniarán que nosotros hemos defendido siempre *interesadamente* el bien general’. Como es lógico, lo que allí se había querido decir era *desinteresadamente*. Pero los verdaderos pensamientos se abrieron camino a través del patético discurso».

6) Una lectora del *Pester Lloyd*, la señora Kata Levy, de Budapest, observó un caso similar de sinceridad involuntaria en una afirmación de un telegrama de Viena publicado por dicho periódico el 11 de octubre de 1918.

Decía así: «A causa de la absoluta confianza que durante toda la guerra ha

reinado entre nosotros y nuestros aliados alemanes, debe suponerse como cosa indudable que ambas potencias obrarán conjuntamente en todas las ocasiones y, por tanto, es ocioso añadir que también en esta fase de la guerra laboran de *imperfecto* acuerdo los Cuerpos diplomáticos de ambos países».

Pocas semanas después se pudo hablar con más libertad de dicha «absoluta confianza», sin tener que recurrir a las equivocaciones en la escritura o en la composición.

7) Un americano que había venido a Europa, dejando en su país a su mujer, después de algunos disgustos conyugales, creyó llegada, en un determinado momento, la ocasión de reconciliarse con ella y la invitó a atravesar el Océano y venir a su lado. «Estaría muy bien —le escribió— que pudieras hacer la travesía en el *Mauritania*, como yo la hice». Al releer la carta rompió el pliego en que iba la frase anterior y lo escribió de nuevo, no queriendo que su mujer viera la corrección que le había sido necesario efectuar en el nombre del barco. La primera vez había escrito *Lusitania*.

Este *lapsus calami* no necesita explicación y puede interpretarse en el acto. Pero cabe añadir lo siguiente: la mujer del americano había ido a Europa por primera vez a raíz de la muerte de su única hermana, y si no me equivoco, el *Mauritania* es el buque gemelo del *Lusitania*, perdido durante la guerra. (Agregado en 1920.)

8) Un médico examinó a un niño y puso una receta en cuya composición entraba *alcohol*. Mientras redactaba su prescripción, la madre del niño hubo de fatigarle con preguntas ociosas. El médico se propuso interiormente no molestarse por tal inoportunidad, consiguiéndolo, en efecto, pero se equivocó al escribir, y puso, en lugar de *alcohol*, *achol* (aproximadamente, «nada de cólera»). (Agregado en 1910.)

9)[609] A causa de la semejanza en el contenido, añadiré aquí un caso observado por E. Jones en su colega A. A. Brill. Este último, que es abstemio, bebió un día un poco de vino, obligado por las obstinadas instancias de un amigo. A la mañana siguiente un violento dolor de cabeza le dio motivo para lamentar el haber cedido. En aquellos instantes tuvo que escribir el nombre de una paciente llamada *Ethel*, y en lugar de esto escribió *Ethyl* (Etil-alcohol). A ello coadyuvó el hecho de que la aludida paciente acostumbraba beber más de lo que le hubiera convenido.

10) Dado que una equivocación de un médico al escribir una receta posee una importancia que sobrepasa el general valor práctico de los funcionamientos fallidos, transcribiré aquí con todo detalle el único análisis publicado hasta el día de tal error en la escritura (*Internationale Zeitschrift* /. *Psychoanalyse*, I, 1913):

UN CASO REPETIDO DE EQUIVOCACIÓN EN LA ESCRITURA DE UNA RECETA

DOCTOR EDUARD HITSCHMANN

”Un colega me contó un día que en el transcurso de varios años le había sucedido repetidas veces equivocarse al prescribir un determinado medicamento a pacientes femeninas de edad ya madura. En dos casos recetó una dosis diez veces mayor de la que se proponía, y después, al darse repentina cuenta de su error, tuvo que regresar (lleno de temor de haber perjudicado a las pacientes y de atraer sobre sí mismo graves complicaciones) al lugar donde había dejado las recetas, para pedir que se las devolvieran. Este raro acto sintomático (*Symptomhandulug*) merece ser detenidamente observado, exponiendo por separado y con todo detalle las diversas ocasiones en que se manifestó.

Primer caso. El referido médico recetó a una mujer, situada ya en el umbral de la ancianidad, supositorios de belladona diez veces más fuertes de lo que se proponía. Después abandonó la clínica, y cerca de una hora más tarde, cuando estaba ya en su casa almorzando y leyendo el periódico, se dio de repente cuenta de su error. Sobrecogido, corrió a la clínica para preguntar las señas de la paciente, y luego a casa de ésta, situada en un barrio apartado. Por fin encontró a la mujer, que aún no había hecho uso de la receta, y logró que se la devolviera, regresando a su casa tranquilo y satisfecho. Como disculpa ante sí mismo alegó, no sin razón, que mientras estaba escribiendo la receta, el jefe de la ambulancia, persona muy habladora, estuvo detrás de él mirando lo que escribía, por encima de su hombro, y molestándole.

Segundo caso. El mismo médico tuvo un día que dejar su consulta, arrancándose del lado de una bella y coqueta paciente, para ir a visitar a una

solterona vieja, a cuya casa se dirigió en automóvil, pues le urgía terminar pronto su visita para reunirse luego secretamente, a una hora determinada, con una muchacha joven, a la que amaba. También en esta visita a la anciana paciente recetó belladona contra igual padecimiento que el del caso anterior, y también cometió el error de prescribir una composición diez veces más fuerte. La enferma le habló durante la visita de algunas cosas interesantes sin relación con su enfermedad; pero el médico dejó advertir su impaciencia, aunque negándola con corteses palabras, y se retiró con tiempo más que sobrado para acudir a su amorosa cita. Cerca de doce horas después, hacia las siete de la mañana, se dio cuenta, al despertar, del error cometido y, lleno de sobresalto, envió un recado a casa de la paciente, con la esperanza de que no hubiera aún enviado la receta al farmacéutico y se la devolviera para revisarla. En efecto, recibió la receta, pero ésta había sido ya servida. Con cierta resignación estoica y el optimismo que da la experiencia fue entonces a la farmacia, donde el encargado le tranquilizó, diciendo que, naturalmente (¿quizá también por un descuido?), había aminorado mucho la dosis prescrita en la receta al servir el medicamento.

Tercer caso. El mismo médico quiso recetar a una anciana tía suya, hermana de su madre, una mezcla de *Tinct, belladonnae* y *Tinct. Opii*, en dosis inofensivas. La criada llevó en seguida la receta a la botica. Poco tiempo después recordó el médico que había escrito «extract» en vez de «tinctura», y a los pocos momentos le telefoneó el farmacéutico interpelándole sobre este error. El médico se disculpó con la mentida excusa de que no había acabado de escribir la receta y, habiéndola dejado sobre la mesa, la había cogido la criada sin estar terminada.

Las singulares coincidencias que presentan estos tres casos de error en la escritura de una receta consisten en que, hasta hoy, no le ha sucedido esto al referido médico más que con un *único* medicamento, tratándose de pacientes femeninas de edad avanzada y siendo siempre demasiado *fuerte* la dosis prescrita. Un corto análisis reveló que el carácter de las relaciones familiares entre el médico y su madre tenía que ser de una importancia decisiva en este caso. Uno de sus recuerdos durante el análisis fue el de haber prescrito —probablemente *antes* de estos actos sintomáticos— a su también anciana madre la misma receta, y, por cierto, en una dosis de 0,03, a pesar de que la

usual de 0,02 era la que él acostumbraba prescribir, pensando con tal aumento curarla más radicalmente. El enérgico medicamento produjo en la enferma, cuyo estado era delicado, una fuerte reacción, acompañada de manifestaciones congestivas y desagradable sequedad de garganta. La enferma se quejó de ello, aludiendo, medio en serio, medio en broma, al peligro de los remedios prescritos por su hijo. Ya en otras ocasiones había rechazado la madre, hija también de un médico, los medicamentos recetados por su hijo, haciendo semihumorísticas observaciones sobre una posibilidad de envenenamiento.

De lo que por el análisis se pudo deducir sobre las relaciones familiares entre el médico y su madre resulta que el amor filial del primero era puramente instintivo y que la estimación espiritual en que tenía a su madre y su respeto hacia ella no eran ciertamente exagerados. El tener que habitar en la misma casa con su madre y su hermano, un año menor que él, constituía para el médico una coacción de su libertad erótica, y nuestra experiencia psicoanalítica nos ha demostrado la influencia de este sentimiento de coacción en la vida íntima del individuo.

El médico aceptó el análisis, regularmente satisfecho de la explicación que daba a sus errores, y añadió sonriendo que la palabra «belladona» (bella mujer) podía tener también un inconsciente significado erótico. También él había usado en alguna ocasión anterior dicho medicamento.”

No creo nada aventurado afirmar que tales graves rendimientos fallidos siguen idénticos caminos que los otros, más inofensivos, antes analizados.

11)[610] El siguiente *lapsus calami*, comunicado por S. Ferenczi, puede incluirse entre los más inocentes e interpretarse simplemente como un rendimiento fallido producido por condensación motivada por impaciencia (compárese con la equivocación oral «el man…», capítulo 5), mientras un análisis más profundo no demuestre la existencia de un elemento perturbador más vigoroso.

«Queriendo escribir: Aquí viene bien la *anécdota (Anekdote)…*, escribí esta última palabra en la siguiente forma: *Anektode*. En efecto, la anécdota a que yo me refería era la de un gitano *condenado a muerte (zu Tode verurteilt)*, que solicitó como última gracia el escoger por sí mismo el árbol del que habían de ahorcarle y, como es natural, no encontró, a pesar de

buscarlo con afán, ninguno que le pareciera bien».

12) Otras veces, contrastando con el inofensivo caso anterior, puede una insignificante errata revelar un peligroso sentido que se quiere mantener secreto. Así, en el siguiente ejemplo, que se nos comunica anónimamente:

«Al final de una carta escribí las palabras: 'Salude usted cordialmente a su esposa y a *su hijo (ihren Sohn)'*. En el momento de cerrar el sobre noté haber cometido el error de escribir la palabra 'ihren' con minúscula, con lo cual el sentido de la frase era el siguiente: 'Salude usted a su esposa y a *su hijo (de ella)'*. Claro es que corregí la errata antes de enviar la carta. Al regresar de mi última visita a esta familia, la señora que me acompañaba me hizo notar que el hijo se parecía muchísimo a un íntimo amigo de la casa, el cual debía de ser, sin duda, su verdadero padre».

13) Una señora escribía a su hermana dándole la enhorabuena por su instalación en una nueva casa, más cómoda y espaciosa que la que antes ocupaba. Una amiga que se hallaba presente observó que la señora había puesto a su carta una dirección equivocada, y ni siquiera la de la casa que la hermana acababa de abandonar, sino la otra en la que había vivido a raíz de casarse y había dejado hacía ya mucho tiempo. Advirtió a su amiga el error, y ésta tuvo que confesarlo, diciendo: «Tiene usted razón; pero ¿cómo es posible que me haya equivocado de tal modo? ¿Y por qué?» La amiga opinó: «Seguramente es que le envidia usted la casa cómoda y amplia a que ahora se traslada ella, mientras que usted tiene que seguir viviendo en una menos espaciosa. Ese sentimiento es el que le hace a usted mudar a su hermana a su primera casa, en la que también carecía de comodidades». «Sí que la envidio», confesó sinceramente la señora, y añadió: «¡Qué fastidio que en estas cosas tenga una siempre tan vulgares sentimientos, a pesar de una misma!» (Agregado en 1910).

14)[611] E. Jones comunica el siguiente ejemplo de equivocaciones en la escritura, observado por A. A. Brill: Un paciente dirigió al doctor Brill una carta, en la que se esforzaba en achacar su nerviosidad a los cuidados y a la tensión espiritual que le producía la marcha de sus negocios ante la crisis por la que atravesaba el mercado algodonero. En dicha carta se leía lo siguiente: *… my trouble is all due to that damned frigid «wave»* (literalmente: «… toda mi perturbación es debida a esta maldita ola frígida». La expresión «ola

frígida» designa la «ola de baja» que había invadido el mercado del algodón). Pero el paciente, al escribir la frase citada, escribió *wife* (mujer), en vez de *wave* (ola). En realidad, abrigaba en su corazón amargos reproches contra su mujer, motivados por su frigidez conyugal y su esterilidad, y no se hallaba muy lejos de reconocer que la privación que este estado de cosas le imponía era culpable en mucha parte de la enfermedad que le aquejaba.

15) El doctor R. Wagner comunica la siguiente autoobservación en la *Zentralblatt für Psychoanalyse*, I, 12 (1911):

«Al releer un antiguo cuaderno de apuntes universitarios hallé que la rapidez que es necesario desarrollar para tomar las notas siguiendo la explicación del profesor me había hecho cometer un pequeño *lapsus*. En vez de *Epithel* (epitelio), había escrito *Edithel*, diminutivo de un nombre femenino. El análisis retrospectivo de este caso es en extremo sencillo. Por la época en que cometí la equivocación mi amistad con la muchacha que llevaba dicho nombre era muy superficial y hasta mucho tiempo después no se convirtió en íntima. Mi error constituye, pues, una excelente prueba de la emergencia de una amorosa inclinación inconsciente en una época en la que yo mismo no tenía aún la menor idea de ella. Los sentimientos que acompañaban a mi error se manifiestan en la forma de diminutivo que cogió para exteriorizarse».

16) La señora del doctor Von Hug-Hellmuth relata en su contribución al capítulo «Equivocaciones en la escritura y en la lectura (*Zentralblatt für Psychoanalyse*, 11, 5 (1912), el siguiente caso:

»Un médico prescribió a una paciente ‘agua de *levítico’*, en vez de ‘agua de Levico’. Este error, que dio pie al farmacéutico para hacer algunas observaciones impertinentes, puede ser interpretado más benignamente, investigando sus determinantes inconscientes y no negando a éstos, *a priori*, una cierta verosimilitud, aunque no sean más que hipótesis subjetivas de una persona lejana a dicho médico. Éste poseía una numerosa clientela, a pesar de la rudeza con que solía sermonear (*leer los Levitas*) a sus pacientes, reprochándoles su irracional régimen de alimentación, y su casa se llenaba durante las horas de consulta. Esta aglomeración justificaba el deseo de que sus clientes, una vez terminado el examen, se vistiesen lo más rápidamente posible; *vite*, *vite* (francés; *de prisa*, *de prisa*). Si no recuerdo mal, la mujer

del médico era de origen francés, circunstancia que justifica mi atrevida hipótesis de que para expresar el deseo antedicho usara aquél palabras pertenecientes a tal idioma. Aparte de esto, es costumbre de muchas personas el usar locuciones extranjeras en algunos casos. Mi padre solía invitarnos a andar de prisa, cuando de niños nos sacaba a paseo, con las frases: *Avanti, gioventû*, o *Marchez au pas*, y un médico, ya entrado en años, que me asistió en una enfermedad de garganta, exclamaba siempre: "Piano, piano", para tratar de refrenar mis rápidos movimientos. Así, pues, me parece muy probable que el médico citado tuviera esta costumbre de decir *vite, vite* para dar prisa a sus clientes, y de este modo se equivocase al poner la receta, escribiendo *levítico* en vez de *levico*».

En este mismo trabajo publica su autora algunas equivocaciones más, cometidas en su juventud (*fracés* por *francés*). Errónea escritura del nombre «Karl».

17)[612] A la amable comunicación del señor J. G., de quien ya hemos citado algunos ejemplos por él observados, debo el siguiente relato de un caso que coincide con un conocido chiste, pero en el que hay que rechazar toda intención preconcebida de burla:

Hallándome en un sanatorio, en curación de una enfermedad pulmonar, recibí la sensible noticia de que un próximo pariente mío había contraído el mismo mal de que yo padecía.

En una carta le aconsejé que fuera a consultar con un especialista, un conocido médico, que era el mismo que a mí me asistía y de cuya autoridad científica me hallaba plenamente convencido, teniendo, por otra parte, alguna queja de su escasa amabilidad, pues poco tiempo antes me había negado un certificado que era para mí de la mayor importancia.

En su respuesta me llamó la atención mi pariente sobre una errata contenida en mi carta; errata que, siéndome conocida su causa, me divirtió extraordinariamente.

El párrafo de mi carta era como sigue: «… además, te aconsejo que, sin más tardar, vayas a *insultar* al doctor X». Como es natural, lo que yo había querido decir era *consultar*.

18) Es evidente que las omisiones en la escritura deben ser juzgadas de la misma manera que las equivocaciones en la misma. En la *Zentralblatt für*

Psychoanalyse, I, 12 (1911), comunicó el doctor en Derecho, B. Dattner, un curioso ejemplo de «error histórico». En uno de los artículos de la ley sobre obligaciones financieras de Austria y Hungría, modificadas en 1867, con motivo del acuerdo entre ambos países sobre esta cuestión, fue omitida en la traducción húngara la palabra *efectivo*. Dattner cree verosímil que el deseo de los miembros húngaros que tomaron parte en la redacción de ley, de conceder a Austria la menor cantidad de ventajas posible, no dejó de influir en la omisión cometida.

Existen también poderosas razones para admitir que las repeticiones de una misma palabra, tan frecuentes al escribir y al copiar, *perserveraciones*, tienen también su significación. Cuando el que escribe repite una palabra, demuestra con ello que le ha sido difícil continuar después de haberla escrito la primera vez, por pensar que en aquel punto hubiera podido agregar cosas que determinadas razones le hacen omitir o por otra causa análoga. La «perseveración» en la copia parece sustituir a la expresión de un «también yo» del copista. En largos informes de médicos forenses que he tenido que leer he hallado, en determinados párrafos, repetidas «perseveraciones» del copista, susceptibles de interpretarse como un desahogo de éste, que, cansado de su papel impersonal, hubiera querido añadir al informe una glosa particular, diciendo: «Exactamente el caso mío» o «Esto es precisamente lo que me sucede».

19) No existe tampoco inconveniente en considerar las erratas de imprenta como «equivocaciones en la escritura» cometidas por el cajista y aceptar también su dependencia de un motivo. No he intentado nunca hacer una reunión sistemática de tales errores, colección que hubiera sido muy instructiva y divertida. Jones ha dedicado en su ya citada obra un capítulo a estas erratas de imprenta. Las desfiguraciones de los telegramas pueden ser interpretadas asimismo algunas veces como errores en la escritura cometidos por los telegrafistas. Durante las vacaciones veraniegas recibí un telegrama de mi casa editorial, cuyo texto me fue al principio ininteligible. Decía así:

«Recibido *provisiones (Vorräte),* urge *invitación (Einladung).*—X».

La solución de esta adivinanza me fue dada por el nombre X., incluido en ella; X. es el autor de una obra a la que yo debía poner una *introducción (Einleitung),* la cual se convirtió en *invitación (Einladung)* en el telegrama.

Por otra parte, recordé que días antes había enviado a la casa editorial un *prólogo (Vorrede)* para otro libro, *prólogo* que el telegrafista había transformado en *provisiones (Vorräte).* Así, pues, el texto real del telegrama debía ser el siguiente:

«Recibido prólogo, urge introducción.—X».

Debemos admitir que la transformación fue causada por el «complejo de hambre» del telegrafista, bajo cuya influencia quedó establecida, además, entre los dos trozos de la frase, una conexión más íntima de lo que el expedidor del telegrama se proponía. H. Silberer señala la posibilidad de erratas tendenciosas (1922).

20)[613] Otros varios autores han señalado erratas de imprenta a las que no se puede negar una tendencia determinada. Así, la comunicación por J. Storfer en la *Zentralblatt für Psychoanalyse* (II, 1914, y III, 1915), y que transcribimos a continuación:

«UNA ERRATA POLÍTICA.— En el periódico *Mäerz* del 25 de abril de este año encontramos una errata de esta clase. En una carta dirigida al periódico desde Argyrokastron se consignan ciertas manifestaciones de Zographos, jefe de los epirotas rebeldes de Albania (o, si se quiere, presidente de la Regencia independiente del Epiro). Entre otras cosas, dice dicha carta: 'Créame usted: un Epiro autónomo sería algo de gran importancia para los intereses del príncipe de Wied. Sobre él podría el príncipe *caerse* (errata: *sichstürzen* = caerse, por *sich stützen* = apoyarse)'. Que el aceptar el *apoyo (Stütze)* que los epirotas ofrecen traería consigo su caída (*Sturz*), es cosa que de sobra sabe el príncipe de Albania, sin que se lo indiquen con tan fatales erratas».

21) Hace poco leí yo mismo, en uno de nuestros periódicos vieneses, un artículo cuyo título, «La Bucovina bajo el dominio *rumano*», era, por lo menos, muy prematuro, pues en aquella fecha aún no habían declarado los rumanos su hostilidad hacia nosotros. El contenido del artículo demostraba, indudablemente, que en el título se había puesto, por equivocación, *rumano* en vez de *ruso*; pero lo anunciado en él no debió parecer a nadie muy inverosímil, cuando ni en la censura misma fue advertida la errata.

Wundt da una interesante razón para el hecho, fácilmente comprobable, de que nos equivocamos con mucha mayor facilidad al escribir que al hablar

(*l. c.*, página 374): En el curso de la oración normal la función inhibitoria de la voluntad se halla constantemente ocupada en manejar la armonía entre el curso de las representaciones y los movimientos de articulación. En cambio, cuando, como sucede en la escritura, el movimiento de expresión subsiguiente a las representaciones se retrasa por causas mecánicas, se producen con gran facilidad tales anticipaciones.

La observación de las condiciones que determinan la producción de las equivocaciones en la lectura da lugar a una duda que no quiero dejar de mencionar, pues, a mi juicio, puede constituir el punto de partida de fructuosas investigaciones. Todo el mundo sabe que en la lectura en voz alta la atención del lector queda frecuentemente desviada del texto y orientada hacia cuestiones personales. Consecuencia de esta fuga de la atención es que el lector no sabe dar cuenta de lo que ha leído cuando se le pregunta por ello, interrumpiéndole en la lectura. Ha leído automáticamente, y, sin embargo, ha leído, casi siempre, sin equivocarse. No creo que en estas condiciones se multipliquen los errores de una manera notable. Estamos acostumbrados a admitir el hecho de que toda una serie de funciones se realizan con mayor exactitud cuando las llevamos a cabo automáticamente; esto es, cuando van acompañadas de una atención apenas consciente. De esto parece deducirse que las condiciones de la atención en las equivocaciones al hablar, leer y escribir deben determinarse de manera distinta de la de Wundt (ausencia o negligencia de la atención). Los ejemplos que hemos sometido al análisis no nos han dado realmente el derecho de aceptar una disminución cuantitativa de dicha facultad. En ellos encontramos, lo que quizá no es lo mismo, una *perturbación* de la misma, producida por un pensamiento extraño.

(Adición de 1919): Entre las equivocaciones de la escritura y los olvidos debe incluirse el caso de que alguien omita el colocar su firma en cualquier carta o documento. Un cheque no firmado supone lo mismo que un cheque olvidado. Para exponer la interpretación de un olvido similar, quiero transcribir aquí un análisis, verificado por el doctor H. Sachs, de una situación de esta clase, incluida en una novela:

La novela *The Island Pharisees*, de John Galsworthy, nos ofrece un ejemplo muy instructivo y transparente de la seguridad con que los poetas saben utilizar el mecanismo de los actos fallidos y sintomáticos según su

sentido psicoanalítico. La acción principal de la novela está constituida por las vacilaciones de un joven de la clase media acaudalada, entre un profundo sentimiento de comunidad social y las conveniencias sociales de su clase.

En el capítulo XXVII se describe la manera de reaccionar del protagonista ante una carta de un joven vagabundo al que, atraído por su original concepción de la vida, ha prestado ya auxilio alguna vez. La carta no contiene una petición directa de dinero, pero sí el relato de una apuradísima situación, que no puede ser interpretado en otra forma. El destinatario rechaza primero la idea de arrojar su dinero al incorregible en vez de reservarlo a establecimientos benéficos: «Extender una mano auxiliadora, un trozo de uno mismo; hacer un signo de camaradería a nuestro prójimo sin propósito ni fin alguno y tan sólo porque le vemos en mala situación, ¡qué locura sentimental! Alguna vez se ha de poner un término». Pero mientras murmuraba estas conclusiones sintió cómo su sinceridad se alzaba contra él, diciéndole: «¡Farsante! Quieres conservar tu dinero. Eso es todo».

Después de estas dudas, escribe una amable carta al vagabundo, y termina con las palabras: «Le incluyo un cheque. Sinceramente suyo, *Richard Shelton*».

«Antes de extender el cheque, distrajo su atención una polilla que revoloteaba alrededor de la llama de la vela. Se levantó para atraparla y soltarla fuera, y al hacerlo olvidó que no había metido el cheque con la carta». Ésta va, tal como estaba, al correo.

Pero el olvido está aún más sutilmente motivado que por la victoria final de la tendencia egoísta de ahorrarse el dinero, que al principio parecía vencida.

Shelton se siente aislado en la residencia campestre de sus futuros suegros y entre su novia, la familia de ésta y sus invitados. Por medio de su acto fallido se indica que el joven desea la presencia de su protegido, que, por su pasado y su concepción de la vida, constituye el extremo contrario a las personas que le rodean, cortadas todas ellas por el mismo irreprochable patrón de las conveniencias sociales. En efecto, el vagabundo, que sin auxilio no puede mantenerse en el puesto en que se hallaba, llega unos días después, solicitando la explicación de la ausencia del anunciado cheque.

VII. —OLVIDO DE IMPRESIONES Y PROPOSITOS

SI alguien mostrase inclinación a valorar exageradamente nuestro conocimiento actual de la vida psíquica, bastaría para obligarle a recobrar la humildad hacerle fijarse en la función de la memoria. Hasta el día, ninguna teoría psicológica ha logrado explicar conjuntamente los fenómenos fundamentales del olvido y del recuerdo, y ni siquiera se ha llevado a cabo el análisis completo de aquello que nos es dado observar en la realidad más inmediata. El olvido ha llegado a ser hoy, para nosotros, quizá más misterioso que el recuerdo, sobre todo desde que el estudio de los sueños y de los fenómenos patológicos nos ha enseñado que aquello que creíamos haber olvidado para mucho tiempo puede volver de repente a surgir en la conciencia[614].

Poseemos, sin embargo, algunos datos cuya exactitud esperamos será generalmente reconocida. Aceptamos que el olvido es un proceso espontáneo al que se puede atribuir un determinado curso temporal; hacemos resaltar el hecho de que en el olvido se verifica cierta selección entre las impresiones existentes, así como entre las particularidades de cada impresión o suceso, y conocemos algunas de las condiciones necesarias para la conservación y emergencia en la memoria de aquello que sin su cumplimiento sería olvidado. Pero, no obstante, en innumerables ocasiones de la vida cotidiana podemos observar cuán incompleto y poco satisfactorio es nuestro conocimiento. Escuchando a dos personas cambiar sus recuerdos de impresiones recibidas conjuntamente del exterior, por ejemplo, de las correspondientes a un viaje hecho en compañía, se verá siempre que mucho de aquello que ha permanecido fijo en la memoria de una de ellas ha sido olvidado por la otra, a pesar de no existir razón alguna para afirmar que la impresión haya sido más importante, psíquicamente, para una que para la otra. Es indudable que una gran cantidad de los factores que determinan la selección verificada por la memoria escapa a nuestro conocimiento.

Con el propósito de aportar al conocimiento de las condiciones del olvido una pequeña contribución, acostumbro someter a un análisis psicológico mis propios olvidos. Regularmente no me ocupo más que de un cierto grupo de tales fenómenos; esto es, de aquéllos en los cuales el olvido me causa

sorpresa, por creer que debía recordar por entero aquello que ha desaparecido de mi memoria. Quiero asimismo hacer constar que, en general, no soy propenso a olvidar (las cosas vividas, no las aprendidas), y que durante un corto período de juventud me fue posible dar algunas poco ordinarias pruebas de memoria. En mis años de colegial no hallaba dificultad alguna en recitar de memoria la página que acababa de leer, y poco antes de ingresar en la Universidad me era dado transcribir casi a la letra, inmediatamente después de oírlas, conferencias enteras de vulgarización de un asunto científico. En mi tensión de espíritu ante el examen final de la carrera de Medicina debí de hacer aún uso de un resto de esta facultad, pues en algunos temas di a los examinadores respuestas que parecían automáticas y que demostraron coincidir exactamente con las explicaciones del libro de texto, el cual no había sino hojeado a toda prisa.

Desde entonces ha ido disminuyendo cada vez más mi dominio sobre mi memoria, pero en los últimos tiempos me he convencido de que con ayuda de un determinado artificio puedo conseguir recordar más de lo que al principio creo posible. Cuando, por ejemplo, me hace observar en la consulta algún paciente que ya le he visto con anterioridad y no puedo recordar ni el hecho ni la fecha, me pongo a adivinar; esto es, dejo acudir rápidamente a mi conciencia un número arbitrario de años y lo resto de aquél en que me hallo. En aquellos casos en los que mi adivinación ha podido ser confrontada con indicaciones o seguras afirmaciones de los pacientes, se ha demostrado que en *lapsus* superiores a diez años no me había equivocado, al adivinar, en más de seis meses[615]. Análogamente procedo cuando me encuentro a algún lejano conocido y quiero preguntarle cortésmente por sus hijos. Si me habla de ellos, refiriéndome sus progresos, trató de adivinar qué edad tendrán en la actualidad, y comparada mi espontánea ocurrencia con los datos que el padre me proporciona en el curso de la conversación, compruebo siempre que, cuando más. me he equivocado en tres meses, a pesar de que no podría decir en qué he apoyado mi afirmación. Por último, he llegado a confiar tanto en mi acierto, que ya exteriorizo siempre osadamente mis hipótesis, sin correr el peligro de equivocarme y herir al padre con mi desconocimiento de lo referente a sus retoños. De este modo, amplío mi memoria consciente invocando la ayuda de mi memoria inconsciente, mucho más rica en

contenido.

Relataré aquí varios interesantes casos de olvido, observados en su mayor parte en mi propio. Distingo entre casos de olvido de impresiones y de sucesos vividos; esto es, de conocimientos y casos de olvido de intenciones y propósitos, o sea omisiones. El resultado uniforme de toda esta serie de observaciones puede formularse como sigue: *En todos los casos queda probado que el olvido está fundado en un motivo de displacer*.

I. Olvido de impresiones y conocimientos.

1) Hallándome veraneando con mi mujer, me causó su conducta, en una determinada ocasión, un violento enfado, aunque el motivo era en sí harto nimio. Estábamos sentados a la mesa redonda de un restaurante, y frente a nosotros se hallaba un caballero de Viena, al que conocía, y tenía también que reconocerme a primera vista, pero con el que no quería trabar conversación, pues tenía mis razones para rehuir su trato. Mi mujer, que no le conocía más que de oídas y sabía que era persona distinguida, demostró con su actitud estar escuchando la conversación que dicho señor mantenía con sus vecinos de mesa, y de cuando en cuando se dirigía a mí con preguntas que recogían el hilo del diálogo que aquéllos mantenían. Esta conducta me impacientó y acabó por irritarme. Pocas semanas después quise hablar, en casa de un pariente mío, del enfado que me había causado la inoportunidad de mi mujer, y al hacerlo me fue imposible recordar ni una sola palabra de lo que el caballero citado había dicho en la mesa. Como soy más bien rencoroso y de costumbre incapaz de olvidar los menores detalles de un suceso que me haya irritado, mi amnesia tenía en este caso que estar motivada por un sentimiento de respeto hacia mi mujer.

Algo análogo me sucedió de nuevo hace poco tiempo. Hablando con un íntimo amigo, quise divertirme a costa de mi mujer relatando una cosa que ésta había dicho hacía pocas horas; pero me encontré detenido en mi intención por haber olvidado de lo que se trataba, y tuve que pedir a mi misma mujer que me lo recordase. Es fácil comprender que mi olvido debe ser considerado en este caso análogo a la típica perturbación del juicio a la

que sucumbimos cuando se trata de nuestros próximos familiares.

2) En una ocasión me había comprometido, por cortesía, con una señora extranjera, recién llegada a Viena, a proporcionarle una pequeña caja de fondos en la que pudiera guardar sus documentos y su dinero. Al ofrecerme a ello, flotaba ante mí, con extraordinaria intensidad visual, la imagen de un escaparate situado en el centro de la ciudad, en el que estaba convencido de haber visto unas cajas del modelo deseado. En cambio, no me era dado recordar el nombre de la calle en que se hallaba la tienda a que el tal escaparate pertenecía; pero estaba seguro de encontrarlo dando un paseo por las calles centrales, pues mi memoria me decía que había pasado innumerables veces ante ella. Para desesperación mía, me fue imposible hallar el escaparate en que antes había visto tales cajas, a pesar de haber cruzado el centro de todas direcciones. Entonces pensé que no me quedaba más recurso que consultar en una guía comercial las señas de todos los fabricantes del objeto deseado y comenzar de nuevo, con estos datos, mis paseos en busca del dicho escaparate. Afortunadamente, pude ahorrarme este trabajo, pues entre las señas contenidas en la guía había unas que se me revelaron en seguida como las olvidadas. En efecto, había pasado innumerables veces ante la tienda a que correspondían, y precisamente siempre que había ido a visitar a la familia M. que vivía en la misma casa. Pero más tarde, cuando a mi íntimo trato con dicha familia sucedió un total apartamiento, tomé, sin darme cuenta, la costumbre de evitar el paso por aquellos lugares y ante aquella casa. En mi paseo por la ciudad en busca del escaparate en el que recordaba haber visto las cajas que deseaba, había visitado todas las calles de los alrededores; pero no había entrado en aquella otra, como si ello me estuviera prohibido. El motivo de disgusto responsable de mi orientación aparece aquí con gran claridad. En cambio, el mecanismo del olvido no es tan sencillo como en el ejemplo anterior. Mi aversión no iba dirigida, como es natural, hacia el fabricante de cajas de caudales, sino hacia otra persona de la que no quería tener noticia; pero se trasladó de ésta al incidente en el cual produjo el olvido. Análogamente, en el caso *Burckhardt* mi rencor contra una persona motivó la comisión de un error al escribir el nombre de otra. Lo que entonces llevó a cabo la semejanza de los nombres estableciendo una conexión entre dos grupos de ideas esencialmente

diferentes, fue ejecutado en el ejemplo presente por la contigüidad en el espacio y la inseparable vecindad. Además, en este último caso existía aún una segunda conexión de los contenidos, pues entre las razones que motivaron mi apartamiento de la familia que vivía en la misma casa en que se hallaba la tienda olvidada había desempeñado el dinero un papel ‘principal’ [palabra omitida después de 1907].

3) De las oficinas de B. R. y Compañía me avisaron un día para que fuera a prestar asistencia médica a uno de sus empleados. En mi camino hacia la casa donde éste vivía se me ocurrió la idea de que ya había estado repetidas veces en el edificio donde se hallaban instaladas las oficinas de la citada firma. Me parecía haber visto en un piso bajo la muestra con el título de la Compañía en ocasión de haber ido a hacer una visita profesional en otro más alto de la misma casa. Mas no conseguí recordar la casa de que se trataba ni a quién había visitado en ella. Aunque toda esta cuestión era indiferente y carecía de importancia, no desprecié seguir ocupándome de ella, y llegué a averiguar por el usual método indirecto, esto es, reuniendo todas las ideas que en conexión con el asunto se me ocurrían, que en el piso inmediato superior a las oficinas de B. R. y Compañía se hallaba la pensión Fischer, en la que había tenido con frecuencia pacientes que visitar. Al recordar esto, recordé también cuál era la casa donde se hallaban instaladas la pensión y las oficinas. Pero lo que seguía para mí en el misterio era el motivo que había intervenido en el olvido. Ni en la Compañía B. R. ni en la pensión Fischer o en los pacientes que en ella habían habitado encontraba nada desagradable para mí que pudiera haber dificultado el recuerdo de la casa y del paciente en ella visitado. De todos modos, supuse que no se podía tratar de nada muy penoso, pues, de ser así, no me hubiera sido factible apoderarme de nuevo de lo olvidado por un medio indirecto y sin recurrir, como en el ejemplo anterior, a ayudas exteriores. Por último, se me ocurrió que inmediatamente antes, al emprender el camino hacia la casa del enfermo en cuyo auxilio había sido llamado, había encontrado y saludado a un señor al que me costó trabajo reconocer. Se trataba de una persona a la que había visitado meses antes, hallándola en un estado aparentemente grave y diagnosticando su enfermedad de parálisis progresiva. Tiempo después llegó a mí la noticia de su restablecimiento y, por tanto, de mi equivocación en el diagnóstico, a menos

que se tratase de una de aquellas remisiones que suelen aparecer en la *dementia paralytica*. De este encuentro emanó la influencia que me hizo olvidar cuál era la vecindad de B. R. y Compañía. Mi interés en hallar lo olvidado se había trasladado a ello desde el discutido diagnóstico. La conexión asociativa entre ambos alejados sistemas quedó establecida por una semejanza en los nombres de los dos pacientes y además por el hecho de que el individuo restablecido contra mi esperanza era asimismo empleado en unas grandes oficinas que también acostumbraban hacer que yo visitase a sus empleados enfermos. El doctor que reconoció conmigo al supuesto atacado de parálisis progresiva se llamaba Fischer, igual que la pensión olvidada.

4) Extraviar un objeto no significa en muchas ocasiones más que olvidar dónde se ha colocado. Como la mayoría de las personas que escriben mucho y utilizan gran número de libros, sé orientarme muy bien en mi mesa de trabajo y encontrar en seguida en ella lo que deseo. Lo que a los demás les parece desorden es para mí un orden conocido e histórico. ¿Por qué, pues, extravié hace poco un catálogo de librería, y lo extravié de tal modo que no me ha sido posible hallarlo, a pesar de haber tenido el propósito de encargar un libro en él anunciado? Era tal libro, titulado *Sobre el idioma*, obra de un autor cuyo ingenioso y vivo estilo es muy de mi gusto y cuyas opiniones sobre psicología e historia de la civilización estimo altamente. Tengo la costumbre de prestar a mis amigos obras de este autor para su provecho intelectual, y en una ocasión me dijo uno de ellos al devolverme el libro prestado: «El estilo me recuerda mucho el de usted, y también la manera de pensar es la misma en ambos». El que me dijo esto no sabía la cuerda sensible que hería en mí con su observación. Años antes, siendo aún joven y estando necesitado de apoyo moral, uno de mis colegas, de más edad que yo, me había dicho idénticas palabras al oírme alabar las obras de un conocido escritor sobre cuestiones de Medicina: «Su estilo y su manera de pensar son idénticos a los de usted». Influido por esta observación, escribí a dicho autor una carta en la que solicitaba entrar en relación más íntima con él; pero una fría contestación me hizo volver a mi puesto. Quizá detrás de esta experiencia se escondiesen otras anteriores igualmente desalentadoras, pues no he podido llegar a encontrar el catálogo extraviado, y ello me ha hecho no encargar el libro anunciado, a pesar de que con el extravío no ha surgido ningún

obstáculo real, dado que he conservado en la memoria el nombre del libro y del autor[616].

5)[617] Otro caso de extravío que merece nuestro interés por las condiciones en las que se volvió a encontrar lo perdido es el siguiente: Un joven me contaba un día: «Hace varios años tuve algún disgusto con mi mujer, a la que encontraba demasiado indiferente, y aunque reconocía sus otras excelentes cualidades, vivíamos sin recíproca ternura. Un día, al volver de paseo, me trajo un libro que había comprado por creer debía interesarme. Le di las gracias por esta muestra de *atención*, prometiendo leerlo, y lo guardé, siéndome después imposible encontrarlo. Así pasaron varios meses, durante los cuales recordé de cuando en cuando el perdido libro y lo busqué inútilmente. Cerca de medio año después enfermó mi madre, a la que yo quería muchísimo y que vivía en una casa aparte de la nuestra. Mi mujer fue a su domicilio a cuidarla. El estado de la enferma se agravó y dio ocasión a que mi mujer demostrase lo mejor de sí misma. Agradecido y entusiasmado por su conducta, regresé una noche a mi casa, y sin intención determinada, pero con seguridad de sonámbulo, fui a mi mesa de trabajo y abrí uno de sus cajones, encontrando encima de todo lo que contenía el extraviado y tan buscado libro».

6) J. Stärcke relata (1916) un caso de extravío que coincide con el anterior en su carácter final: esto es, en la maravillosa seguridad del hallazgo una vez desaparecido el motivo de la pérdida. (Adición de 1917):

«Una muchachita había echado a perder un trozo de tela al querer cortarlo para hacerse un cuello, y tuvo que llamar a una costurera que intentase arreglar el entuerto. Cuando aquélla hubo llegado y quiso la muchacha sacar el estropeado cuello de la cómoda en la que creía haberlo metido, no consiguió encontrarlo. En vano lo revolvió de arriba abajo. Al renunciar, encolerizada, a buscarlo por más tiempo, se preguntó a sí misma por qué había desaparecido aquello tan de repente y si sería que en realidad *no quería* ella encontrarlo. Meditando sobre ello, cayó en la cuenta de que lo que le sucedía era que se avergonzaba de qué la costurera viera que no había sabido hacer una cosa tan sencilla como cortar un cuello, y en cuanto hubo pensado esto fue derecha a otro armario y al primer intento sacó el cuello extraviado».

7) El siguiente ejemplo de extravío corresponde a un tipo que ha llegado a

ser familiar a todo psicoanalítico. Debo hacer constar que el sujeto que fue víctima de él halló por sí mismo su explicación. (Adición de 1910):

«Un paciente sometido a tratamiento psicoanalítico y que durante la interrupción veraniega de la cura cayó en un período de resistencia y malestar, dejó, o creyó dejar, al desnudarse, sus llaves en el sitio de costumbre. Después recordó que para el día siguiente, último del tratamiento y en el que antes de partir debía satisfacer los honorarios devengados, tenía que sacar algunas cosas de una mesa de escritorio en la que guardaba también su dinero; mas al ir a efectuarlo halló que las llaves habían desaparecido. Entonces comenzó a registrar sistemáticamente, pero con creciente irritación, su pequeña vivienda. Todo fue inútil. Reconociendo el extravío de las llaves como un acto *sintomático*, esto es, intencionado, despertó a su criado para seguir buscando con la ayuda de una persona *libre de prejuicios*. Al cabo de una hora abandonó la busca, temiendo ya haber perdido las llaves, y al siguiente día encargó unas nuevas que debían serle entregadas a toda prisa. Dos amigos suyos que el día anterior le habían acompañado en coche hasta su casa quisieron recordar haber oído sonar algo contra el suelo cuando bajó del coche, y con todo esto quedó nuestro individuo convencido de que las llaves se le habían caído del bolsillo. Mas por la noche, al llegar a su casa, se las presentó el criado con aire de triunfo. Las había hallado entre un grueso libro y un delgado folleto (un trabajo de uno de mis discípulos) que el paciente había apartado para leerlos durante las vacaciones de verano, y habían sido tan hábilmente disimuladas en aquel lugar, que nadie hubiera sospechado estuvieran en él. Después fue imposible volver a colocarlas en el mismo sitio de manera que permanecieran tan invisibles como antes. La inconsciente habilidad con la que se *extravía* un objeto bajo la influencia de motivos secretos, pero vigorosos, recuerda por completo la *seguridad del sonámbulo*. En este caso el motivo era, naturalmente, el disgusto por la interrupción del tratamiento y la secreta cólera por tener que pagar, hallándose aún en mal estado, honorarios considerables».

8) «Un individuo (relata A. A. Brill, 1912) fue un día apremiado por su mujer para asistir a una reunión que no le ofrecía ningún atractivo. Por último, se rindió a sus ruegos y comenzó a sacar de un baúl, que no necesitaba llave para quedar cerrado, pero sí para ser abierto, su traje de

etiqueta; mas se interrumpió en esta operación, decidiendo afeitarse antes. Cuando hubo terminado de hacerlo volvió a dirigirse al baúl, encontrándolo cerrado y no logrando hallar la llave. Siendo domingo y ya de noche, no era posible hacer venir a un cerrajero, y tuvo el matrimonio que renunciar a asistir a la fiesta. A la mañana siguiente, abierto el baúl, se encontró dentro la llave. El marido, distraído, la había arrojado en él, dejando caer después la tapa. Al relatarme el caso me aseguró haberlo hecho sin darse cuenta y sin intención ninguna; pero sabemos que no quería ir a la fiesta y que, por tanto, el extravío de la llave no careció de motivo».

E. Jones observó que acostumbraba extraviar su pipa siempre que por haber fumado ya mucho sentía algún malestar. En estos casos la pipa se encontraba luego en los sitios más inverosímiles.

9) Dora Müller relata un caso inofensivo con motivos confesados (*Internationale Zeitscrift für Psychoanalyse*, III, 1915). (Adición de 1917.):

«La señorita Erna A. me contó dos días antes de Nochebuena lo que sigue:

»'Anoche, al sacar un paquete de galletas para comer unas cuantas, pensé que cuando viniese a darme las buenas noches la señorita S. tendría que ofrecerle algunas, y me propuse no dejar de hacerlo, a pesar de que hubiera preferido guardar las galletas para mí sola. Cuando llegó el momento extendí la mano hacia mi mesita para coger el paquete, que creía haber dejado allí; pero me encontré con que había desaparecido. Me puse a buscarlo y lo hallé dentro de mi armario, donde, sin darme cuenta, lo había encerrado'. No había necesidad de someter este caso al análisis, pues la sujeto se daba perfecta cuenta de su significación. El deseo recién reprimido de conservar las galletas para ella sola se había abierto paso en un acto automático, aunque para frustrarse de nuevo por la acción consciente que vino a continuación».

10) H. Sachs describe cómo escapó en una ocasión, por uno de estos *extravíos*, a la obligación de trabajar:

»El domingo pasado por la tarde estuve dudando un rato entre ponerme a trabajar o salir de paseo y hacer después algunas visitas, decidiéndome por lo primero después de luchar un poco conmigo mismo. Mas al cabo de una hora observé que se me había acabado el papel. Sabía que en un cajón tenía guardado hacía ya años un fajo de cuartillas; pero fue en vano que lo buscara

en mi mesa de trabajo y en otros lugares en los que esperaba hallarlo, tomándome mucho trabajo y revolviendo una gran cantidad de libros, folletos y documentos antiguos. De este modo tuve que abandonar el trabajo y salir a la calle. Cuando a la noche regresé a casa me senté en un sofá, mirando distraídamente la biblioteca que ante mí tenía. Mis ojos se fijaron en uno de sus cajones, y recordé que hacía mucho tiempo que no había revisado su contenido. Me levanté, y dirigiéndome a él, lo abrí. Encima de todo había una cartera de cuero y en ella papel blanco intacto. Pero hasta que lo hube sacado de la cartera y estaba a punto de guardarlo en la mesa de trabajo no recordé que aquél era el papel que había buscado inútilmente por la tarde. Debo añadir que, aunque para otras cosas no soy ahorrativo, acostumbro aprovechar el papel lo más que puedo y guardo todo trozo de él que me parezca utilizable. Esta costumbre, alimentada por una inclinación instintiva, es la que, sin duda, me llevó en seguida a la rectificación de mi olvido en cuanto desapareció la actualidad de su motivo».

Un ligero examen de los casos de extravío nos fuerza a aceptar su general dependencia de una intención inconsciente:

11) En el verano de 1901 dije en una ocasión a un amigo mío[618], con el que mantenía entonces un activo cambio de ideas sobre cuestiones científicas, las siguientes palabras: «Estos problemas neuróticos no tienen solución posible sino aceptando ante todo y por completo una bisexualidad original en todo individuo». Mi amigo me respondió: «Eso ya te lo dije yo hace dos años y medio en Br. una noche que paseamos juntos. Entonces no me quisiste hacer el menor caso». Es muy desagradable verse invitado de esta manera a renunciar a lo que uno se figura una originalidad propia, y, por tanto, me fue imposible recordar la conversación que mi amigo me citaba ni lo que en ella afirmaba haber dicho. Uno de nosotros tenía que engañarse, y, según el principio de *Quid prodest*[619]*?*, debía ser yo el equivocado. En efecto, durante el curso de la semana siguiente recordé toda la cuestión tal y como mi interlocutor había querido despertarla en mi memoria, y hasta la respuesta que di a sus palabras, y que era: «No he llegado a eso aún y no quiero meterme a discutirlo por ahora». Desde entonces me he hecho algo más tolerante cuando en algún trozo de literatura médica hallo alguna de las pocas ideas a las que puede ir unido mi nombre y veo que éste no ha sido citado al

lado de ellas.

Censuras a la propia mujer, amistad que se transforma en todo lo contrario, error en un diagnóstico, repulsas de colegas interesados en iguales cuestiones científicas que uno, apropiación de ideas ajenas; no puede considerarse como meramente accidental el que una serie de casos de olvido, expuestos sin verificar la menor selección, necesiten todos, para ser explicados, su referencia a tales temas, penosos para la víctima del olvido. A mi juicio, toda persona que quiera someter los olvidos en que incurre a un examen encaminado a descubrir los motivos de los mismos reunirá siempre un parecido muestrario de contrariedades o vejaciones. La propensión a olvidar lo desagradable me parece ser general, siendo la capacidad para olvidarlo lo que está diferentemente desarrollada en las diversas personas. Determinadas *falsas negativas* que solemos encontrar en nuestra actividad médica deben ser atribuidas a *olvidos*[620].

Nuestra concepción de tales olvidos limita su diferencia de las falsas negativas a relaciones puramente psicológicas y nos permite ver en ambas formas de reacción la expresión de los mismos motivos. De todos los numerosos ejemplos de negativa a recordar temas desagradables que he observado en los allegados de los enfermos ha quedado uno impreso en mi memoria como especialmente singular.

Una madre me informa sobre los años infantiles de su hijo, ya púber y enfermo de los nervios, y me decía que tanto él como sus hermanas habían padecido hasta muy mayores incontinencia nocturna de la orina, cosa que para el historial de un neurótico no carece de importancia. Semanas después, queriendo enterarse la madre de la marcha del tratamiento, tuve ocasión de hacerle notar los signos de predisposición morbosa constitucional que presentaba el muchacho, y al hacerlo me referí a la incontinencia de que ella me había hablado. Para mi sorpresa, negó entonces la madre tal hecho, tanto respecto al hijo enfermo como a los demás hermanos, preguntándome de dónde había sacado aquello, hasta que, por último, tuve que decirle que había sido ella misma quien me lo había referido, olvidándolo después[621].

Así, pues, también en individuos sanos, no neuróticos, hallamos indicios abundantes de una resistencia que se opone al recuerdo de impresiones penosas y a la representación de pensamientos desagradables[622]. Mas para

estimar cumplidamente la significación de este fenómeno es necesario penetrar en la psicología de los neuróticos. Por poco que en ella nos adentremos, se nos impondrá, en efecto, el indicado *impulso defensivo elemental* contri; las representaciones susceptibles de despertar sensaciones desagradables, impulso sólo comparable al reflejo de fuga ante los estímulos dolorosos, como una de las principales bases de sustentación de los síntomas histéricos. Contra la hipótesis de tal tendencia defensiva, no se puede objetar que, por el contrario, nos es imposible muchas veces escapar a recuerdos penosos que nos persiguen y espantan, afectos dolorosos, tales como los remordimientos y los reproches de nuestra conciencia, pues no afirmamos que dicha tendencia venza siempre y que no pueda tropezar, en el juego de las fuerzas psíquicas, con factores que persigan para fines distintos lo contrario que ella y lo consigan a su pesar. *El principio arquitectónico del aparato psíquico parece ser la estratificación, esto es, la composición por instancias superpuestas unas a otras*, y es muy posible que el impulso defensivo a que nos venimos refiriendo pertenezca a una instancia psíquica inferior, coartada por otras superiores. De todos modos, el que podamos referir a esta tendencia a la defensa procesos como los que encontramos en nuestros ejemplos de olvido es algo que testimonia en favor de su existencia y poderío. Sabemos que algunas cosas se olvidan por sí mismas; en aquellas otras en que esto no es posible, la tendencia defensiva desplaza su fin y lleva al olvido algo diferente y de menor importancia que ha llegado a ponerse en conexión asociativa con el material efectivamente penoso.

El punto de vista aquí desarrollado de que los recuerdos penosos sucumben con especial facilidad al olvido motivado merecía ser aplicado en varias esferas en las cuales no ha sido aún tomado suficientemente en consideración. Así, me parece que no se tiene en cuenta la importancia que podía tener aplicado a las declaraciones de los testigos ante los tribunales, en los cuales se concede al juramento una excesiva influencia purificadora sobre el juego de fuerzas psíquicas del individuo[623]. Universalmente se admite que en el origen de las tradiciones y de la historia legendaria de un pueblo hay que tener en cuenta la existencia de tal motivo, que arranca del recuerdo colectivo, lo que resulta penoso para el sentimiento nacional. Quizá continuando cuidadosamente estas investigaciones llegaría a poderse

establecer una perfecta analogía entre la formación de las tradiciones nacionales y la de los recuerdos infantiles del individuo aislado. El gran Darwin observó este motivo de desagrado en el olvido y formuló una *regla dorada* para uso de los trabajadores científicos[624].

Al igual de lo que sucede en el olvido de nombres, pueden también aparecer en el de impresiones recuerdos equivocados, los cuales, si son aceptados como verdaderos, habrán de ser designados como ilusiones de la memoria. La observación de tales ilusiones de la memoria en los casos patológicos (en las paranoias, por ejemplo, desempeñan precisamente el papel de un factor de la formación de delirios) han dado lugar a una extensa literatura, en la cual echo de menos una indicación sobre sus motivos. Pero este tema pertenece ya a la psicología de la neurosis y traspasa los límites dentro de los cuales nos hemos propuesto mantenernos en el presente libro. En cambio, referiré aquí un extraordinario caso de ilusión mnémica sufrida por mí mismo, en el cual la motivación por material inconsciente y reprimido y la forma de la conexión con el mismo pueden verse muy claramente.

Cuando estaba escribiendo los últimos capítulos de mi libro sobre la interpretación de los sueños me hallaba veraneando en un lugar lejano a toda biblioteca y en el que me era imposible consultar los libros de los cuales deseaba extraer alguna cita. Tuve, pues, que escribir tales citas y referencias de memoria, reservando para más tarde rectificarlas y corregirlas con los correspondientes textos a la vista. En el capítulo de los sueños diurnos o en estado de vigilia pensé incluir el interesante tipo del pobre tenedor de libros que aparece en *El Nabab*, de Alfonso Daudet, tipo al que el poeta quiso, sin duda, atribuir sus propios ensueños. Me parecía recordar con toda precisión una de las fantasías que este personaje —al cual atribuía el nombre de M. Jocelyn— construye en sus paseos por las calles de París, y comencé a reproducirla de memoria. En este ensueño se figura el pobre tenedor de libros que viendo un coche cuyo caballo se ha desbocado se arroja valerosamente a detenerlo, y cuando lo ha logrado ve abrirse la portezuela del coche y descender de él una alta personalidad que le estrecha la mano, diciendo: «Me ha salvado usted la vida. ¿Qué podría yo hacer en cambio por usted?»

Al transcribir de memoria esta fantasía pensaba que si en mi versión existía alguna inexactitud me sería fácil corregirla luego, al regresar a mi

casa, con el texto de *El Nabab* a la vista. Mas cuando comencé a hojear *El Nabab* para comparar el pasaje citado con mis cuartillas y poder mandar éstas a la imprenta quedé avergonzado y consternado al ver que en la novela no existía tal fantasía de M. Jocelyn y, además, que el desdichado tenedor de libros ni siquiera llevaba este nombre, sino el de M. *Joyeuse*. Este segundo error me dio pronto la clave del primero, o sea de mi engaño en el recuerdo. El adjetivo *joyeux* (alegre), del cual constituye *joyeuse* (el verdadero nombre del personaje de Daudet) la forma femenina, es la traducción exacta al francés de mi propio nombre: *Freud*. ¿De dónde, pues, procedía la fantasía falsamente recordada y atribuida por mí a Daudet? No podía ser más que un producto personal, un ensueño construido por mí mismo y que no había llegado a ser consciente, o que, si lo fue alguna vez, había sido olvidado después en absoluto.

Quizá esta mi fantasía proviniese del tiempo en que me hallaba en París, donde con harta frecuencia paseé solitario por las calles, muy necesitado de alguien que me ayudase y protegiese, hasta que Charcot me admitió a su trato, introduciéndome en su círculo. Luego, en casa de Charcot, vi repetidas veces al autor de *El Nabab*[625].

Otro ejemplo de recuerdo erróneo del que fue posible hallar una explicación satisfactoria se aproxima a la *fausse reconnaissance*, de la que después trataré. Había yo dicho a uno de mis pacientes, hombre ambicioso y de gran capacidad, que un joven estudiante se había agregado recientemente al grupo de mis discípulos con la presentación de un interesante trabajo titulado *El artista. Intento de una psicología sexual*[626]. Cuando, quince meses después, vio impreso dicho trabajo afirmó mi paciente recordar con seguridad haber leído en alguna parte, quizá en una librería, el anuncio de su publicación algún tiempo antes (un mes o medio año) de que yo le hablase de él. Recordaba también que ya cuando le hablé había pensado haber visto tal anuncio, y además hizo la observación de que el autor había cambiado el título, pues no lo llamaba como antes, *Intento de*, sino *Aportación a una psicología sexual*. Una cuidadosa investigación con el autor y la comparación de fechas demostraron que nunca había aparecido en ningún lado anuncio alguno de la obra de referencia, y mucho menos quince meses antes de su impresión. Al emprender la busca de la solución de este recuerdo erróneo

expresó el sujeto una renovación de la equivocación, diciéndome que recordaba haber visto hacía poco tiempo en el escaparate de una librería un escrito sobre la agorafobia y que en la actualidad lo estaba buscando, para adquirirlo, en todos los catálogos editoriales. Al llegar a este punto me fue ya posible explicarle por qué razón este trabajo tenía que ser completamente vano. El escrito sobre agorafobia no existía más que en su fantasía como una resolución inconsciente de escribir él mismo una obra sobre tal materia. Su ambición de emular al joven estudiante autor de otro trabajo e ingresar entre mis discípulos por medio de un escrito científico le había llevado a ambos recuerdos erróneos. Meditando sobre esto, recordó luego que el anuncio visto en la librería y que le había servido para su falso reconocimiento se refería a una obra titulada *Génesis. La ley de la reproducción*. La modificación que había indicado en el título de la obra del joven estudiante había sido producida por mí, pues recordé que al citarle el título había cometido la inexactitud de decir *Intento de…*, en lugar de *Aportaciones a…*

II. Olvido de propósitos e intenciones.

Ningún otro grupo de fenómenos es más apropiado que el olvido de propósitos para la demostración de la tesis de que la escasez de atención no basta por sí sola a explicar los rendimientos fallidos. Un propósito es un impulso a la acción, que ha sido ya aprobado, pero cuya ejecución ha quedado aplazada hasta el momento propicio para llevarla a cabo. Ahora bien: en el intervalo creado de este modo pueden sufrir los motivos del propósito una modificación que traiga consigo la inejecución del mismo; pero entonces no puede decirse que olvidamos el propósito formado, pues lo que hacemos es revisarlo y omitirlo por el momento. El olvido de propósitos al cual sucumbimos cotidianamente y en las más diversas situaciones no acostumbramos explicárnoslo por una modificación inmediata de los motivos, sino que lo dejamos, en general, sin explicar o le buscamos una explicación psicológica consistente en admitir que al tiempo de ejecutar el propósito ha fallado la atención requerida por el acto correspondiente, la cual era condición indispensable para dicha ejecución del propósito y existía a

nuestra disposición cuando formamos aquél. Pero la observación de nuestra conducta normal ante nuestros propósitos nos hace rechazar como arbitraria esta tentativa de explicación. Cuando por la mañana formo un propósito que debe ser llevado a cabo por la noche, puedo recordarlo algunas veces durante el día, pero no es necesario que permanezca consciente a través de todo él. Luego, al acercarse el momento de su ejecución, surgirá de repente en mí y me inducirá a llevar a cabo la preparación necesaria a la acción propuesta. Si al salir a paseo cojo una carta para echarla al correo, no necesito, siendo un individuo normal y no nervioso, llevarla todo el tiempo en la mano e ir mirando continuamente para descubrir un buzón, sino que meteré la carta en un bolsillo y seguiré con toda libertad mi camino, dejando vagar mi pensamiento y contando con que uno de los buzones que encuentre al paso excitara mi atención, induciéndome a sacar la carta y depositarla en él. La conducta normal ante un propósito ya formado coincide con la producida experimentalmente en las personas sometidas a la llamada «sugestión posthipnótica a largo plazo[627]». Este fenómeno se describe de costumbre en la forma siguiente: el propósito sugerido dormita en las personas referidas hasta que se aproxima el tiempo de su ejecución. Al llegar éste, despierta en ellas dicho propósito y las induce a la acción.

En dos situaciones de la vida se da también el profano en estas cuestiones perfecta cuenta de que el olvido de propósitos no puede considerarse como un fenómeno elemental que queda reducido a sí mismo, sino que en definitiva depende de motivos inconfesados. Estas dos situaciones son las relaciones amorosas y el servicio militar. Un enamorado que haya dejado de acudir a una cita se disculpará en vano diciendo haberla olvidado. A estas palabras contestará ella siempre: «Hace un año no lo hubieras olvidado. Ya no soy para ti lo que antes». Aun cuando hiciera uso de la explicación psicológica antes citada, queriendo disculpar su olvido por la acumulación de ocupaciones, sólo conseguiría que la dama —con una penetración análoga a la del médico en el psicoanálisis— le respondiera: «Es curioso que antes no te perturbaran de esa manera tus asuntos». Seguramente la dama no quiere con esto rechazar la posibilidad de un olvido; pero sí cree, y no sin razón, que del olvido inintencionado hay que deducir, lo mismo que si se tratase de un subterfugio consciente, una cierta desgana.

Asimismo se niega, y muy fundadamente, en el servicio militar la distinción entre las omisiones por olvido y las intencionadas. El soldado no *debe* olvidar nada de lo que de él exige el servicio. Si, a pesar de esto, olvida algo de lo que sabe tiene que hacer, ello es debido a que a los motivos que urgen el cumplimiento de los deberes militares se oponen otros motivos contrarios. El soldado que al pasar revista se disculpa diciendo que ha *olvidado* limpiar los botones de su uniforme, puede estar seguro de no escapar al castigo. Pero este castigo puede considerarse insignificante en comparación de aquel otro a que se expondría si se confesara a sí mismo y confesara a sus superiores el motivo de su omisión: «Estoy harto del maldito servicio». En razón a este ahorro de castigo se sirve el soldado del olvido como excusa o se manifiesta aquél espontáneamente como una transacción.

Tanto el servicio de las damas como el servicio militar tiene el privilegio de que todo lo que a ellos se refiere debe sustraerse al olvido, y de este modo sugieren la opinión de que el olvido es permisible en las cosas triviales, al paso que en las importantes es signo de que se las quisiera tratar como si no lo fuesen y, por tanto, de que se discute toda su importancia[628].

En efecto, en esta cuestión no se puede negar el punto de vista de la valoración psíquica. Ningún hombre olvida ejecutar actos que le parecen importantes sin exponerse a que lo crean un perturbado mental. Nuestra investigación no puede, por tanto, extenderse más que a propósitos más o menos secundarios, no considerando ninguno como por completo indiferente, pues en este caso no se hubiera formado.

Como lo hice con las anteriores perturbaciones funcionales, he reunido e intentado explicar también los casos de omisión por olvido observados en mí mismo, y he hallado que podían ser atribuidos siempre a una intervención de motivos desconocidos e inadmitidos por el sujeto mismo o, como podríamos decir, a un *deseo contrario*. En una serie de casos de este género me hallaba yo en una situación similar al servicio, esto es, bajo una coacción contra la cual no había dejado por completo de resistirme, manifestando aún mi protesta por medio de olvidos. A estos casos corresponde el hecho de que olvido con especial facilidad el felicitar a las personas en sus días, cumpleaños, bodas o ascensos. Continuamente me propongo no dejar de hacerlo; pero cada vez me convenzo más de que no conseguiré nunca

verificarlo con exactitud.

En la actualidad estoy a punto de renunciar ya por completo y dar la razón a los motivos que a ello se resisten. Una vez predije a un amigo mío, que me rogó enviase en su nombre un telegrama de felicitación en una determinada fecha en que yo debía mandar otro, que con seguridad se me olvidarían ambos, y, en efecto, se cumplió mi profecía, sin que ello me extrañara en modo alguno. Dolorosas experiencias de mi vida hacen que me sea imposible expresar interés o simpatía en ocasiones en que obligadamente tengo que exagerar mis sentimientos al expresarlos, dado que no podría emplear la expresión correspondiente a su poca intensidad. Desde que he visto que muchas veces me he equivocado tomando como verdadera la pretendida simpatía que hacia mí mostraban otras personas, me he rebelado contra estas convenciones de expresión de simpatía, cuya utilidad social, por otra parte, reconozco. De esta conducta debo excluir los pésames en caso de muerte; cuando he resuelto expresar a alguien mi condolencia por uno de estos casos no omito nunca el hacerlo. En aquellas ocasiones en que mi participación emocional no tiene nada que ver con los deberes sociales, su expresión no es jamás inhibida por el olvido.

El teniente T. nos relata el siguiente caso de un olvido en el que un primer propósito reprimido se abrió camino en calidad de «deseo contrario», dando origen a una situación desagradable. (Ejemplo agregado en 1920):

«Un caso de omisión.—El más antiguo de los oficiales internados en un campamento de prisioneros fue ofendido por uno de sus camaradas. Para evitarse posibles consecuencias quiso hacer uso del único medio coercitivo que en su poder estaba, esto es, alejar al ofensor, haciéndole trasladar a otro campamento, y fueron necesarios los consejos de varios amigos suyos para hacerle desistir de su propósito y emprender en el acto el camino que el honor le marcaba, decisión que había de traer consigo una multitud de consecuencias desagradables.

»En la misma mañana que esto sucedió tenía el comandante que pasar lista bajo la comprobación de uno de nuestros vigilantes. Conociendo ya a todos sus compañeros de cautiverio por el largo tiempo que con ellos llevaba, no había cometido hasta entonces error ninguno en la lectura de la lista. Pero

aquella mañana omitió el nombre del ofensor, haciendo que, mientras que los demás oficiales se retiraban una vez comprobada su presencia, tuviese aquél que permanecer allí sólo hasta que se deshizo el error. El nombre omitido constaba claramente en una página de la lista.

»Este incidente fue considerado de un lado como molestia intencionadamente infligida, y de otro como una desgraciada casualidad que podía ser erróneamente interpretada. El comandante que cometió la omisión llegó a poder juzgar con acierto lo sucedido después de leer la *Psicopatología*, de Freud».

Análogamente se explican, por el antagonismo entre un deber convencional y una desfavorable opinión interior no confesada, aquellos casos en los que se olvida ejecutar determinados actos que se han prometido llevar a cabo en favor de otras personas. En estos casos se demuestra siempre que es sólo el favorecedor el que cree en el poder eximente del olvido, mientras que el pretendiente se da a sí mismo, sin duda, la respuesta justa: «No se ha tomado interés ninguno; si no, no lo hubiera olvidado». Existen individuos a los que todo el mundo califica de olvidadizos y a quienes, por ser así, se les disculpan generalmente sus faltas como se disculpa al corto de vista que no nos ha saludado en la calle[629]. Estas personas olvidan todas las pequeñas promesas que han hecho, dejan incumplidos todos los encargos que reciben y demuestran de este modo ser indignos de confianza en las cosas pequeñas; pero al mismo tiempo exigen que no se les tomen a mal tales pequeñas faltas, esto es, que no se les explique por su carácter personal, sino que se les atribuya a una peculiaridad orgánica[630]. Personalmente no pertenezco a esta clase de individuos ni tampoco he tenido ocasión de analizar los actos de ninguno de ellos para descubrir en la selección verificada por el olvido los motivos del mismo. Sin embargo, no puedo dejar de formar, *per analogiam*, la hipótesis de que en estos casos es una gran cantidad de desprecio hasta los demás el motivo que el factor constitucional explota para sus fines[631].

En otros casos los motivos del olvido son menos fáciles de descubrir, y cuando se descubren causan una mayor extrañeza. Así observé años atrás que, de una gran cantidad de visitas profesionales que debía efectuar, no olvidaba nunca sino aquéllas en que el enfermo era algún colega mío o

alguna otra persona a quien tenía que asistir gratuitamente. La vergüenza que me causó este descubrimiento hizo que me acostumbrase a anotar por la mañana las visitas que me proponía llevar a cabo en el transcurso del día. No sé si otros médicos han llegado a hacer lo mismo por iguales razones. Pero con esto se forma uno una idea de lo que induce a los llamados neurasténicos, cuando van a consultar a un médico, a llevar escritos en una nota todos aquellos datos que desean comunicarle, desconfiando de la capacidad reproductiva de su memoria. Esto no es desacertado; pero la escena de la consulta se desarrolla casi siempre en la siguiente forma: el enfermo ha relatado ya con gran amplitud sus diversas molestias y ha hecho infinidad de preguntas. Al terminar hace una pequeña pausa y extrae su nota, diciendo en son de disculpa: «He apuntado algunas cosas, porque, si no, no me acordaría de nada». Con la nota en la mano repite cada uno de los puntos ya expuestos, y va respondiéndose a sí mismo: «Esto ya lo he consultado». Así, pues, con su memorándum no demuestra probablemente más que uno de sus síntomas: la frecuencia con que sus propósitos son perturbados por la interferencia de oscuros motivos.

Llego ahora a tratar de un trastorno al que está sujeta la mayoría de las personas sanas que yo conozco y al que tampoco he escapado yo mismo. Me refiero al olvido, sufrido con gran facilidad y por largo tiempo, de devolver los libros que a uno le han prestado y al hecho de diferir, también por olvido, el pago de cuentas pendientes. Ambas cosas me han sucedido repetidas veces. Hace poco tiempo abandoné una mañana el estanco en que a diario me proveo de tabaco sin haber satisfecho el importe de la compra efectuada. Fue ésta una omisión por completo inocente, puesto que en dicho estanco me conocían y podían recordarme mi deuda a la mañana siguiente; pero tal pequeña negligencia, el intento de contraer deudas, no dejaba de hallarse en conexión con ciertas reflexiones concernientes a mi presupuesto que me habían ocupado todo el día anterior. En relación con los temas referentes al dinero y a la posesión puede descubrirse con facilidad, en la mayoría de las personas llamadas honorables, una conducta equívoca. La primitiva ansia del niño de pecho que le hace intentar apoderarse de todos los objetos (para llevárselos a la boca) aparece en general incompletamente vencida por el crecimiento y la educación[632].

Con los ejemplos anteriores temo haber entrado un tanto en la vulgaridad. Pero es un placer para mí encontrar materias que todo el mundo conoce y comprende del mismo modo, puesto que lo que me propongo es reunir lo cotidiano y utilizarlo científicamente. No concibo por qué la sabiduría, que es, por decirlo así, el sedimento de las experiencias cotidianas, ha de ver negada su admisión entre las adquisiciones de la ciencia. No es la diversidad de los objetos, sino el más estricto método de establecer hechos y la tendencia a más amplias conexiones, lo que constituye el carácter esencial de la labor científica.

Hemos hallado, en general, que los propósitos de alguna importancia caen en el olvido cuando se alzan contra ellos oscuros motivos. En los propósitos menos importantes hallamos como segundo mecanismo del olvido el hecho de que un deseo contradictorio se transfiere al propósito desde otro lugar después de haberse establecido entre este último y el contenido del propósito una asociación *exterior*. A este orden pertenece el siguiente ejemplo: una tarde me propuse comprar papel secante a mi paso por el centro de la ciudad, y tanto aquel día como los cuatro siguientes olvidé tal propósito, preguntándome, al darme cuenta de la repetida omisión, qué causas podrían haberla motivado. Con facilidad encontré, después de meditar un poco, que el artículo deseado podía designarse con dos nombres sinónimos: *Löschpapier* y *Fliesspapier*, y que, si bien usaba yo el primer término en la escritura, acostumbraba, en cambio, utilizar el segundo de palabra. *Fliess* era el nombre de un amigo mío residente en Berlín, el cual me había ocasionado por aquellos días dolorosas preocupaciones. No me era posible escapar a dichos penosos pensamientos; pero la *tendencia defensiva* se exteriorizaba trasladándose por medio de la identidad de las palabras al propósito indiferente, que por ser así presentaba escasa resistencia.

Voluntad contraria directa y motivación lejana se manifiestan unidas en el siguiente caso de aplazamiento: en la colección «Cuestiones de la vida nerviosa y psíquica» había yo escrito un corto tratado que resumía el contenido de mi *Interpretación de los sueños*. Bergmann, el editor de Wiesbaden, me había mandado las pruebas, rogándome se las devolviese en seguida corregidas, pues quería publicar el folleto antes de Navidad. En aquella misma noche hice la corrección, y dejé las pruebas sobre mi mesa de

trabajo para cogerlas a la mañana siguiente. Al llegar la mañana me olvidé de ellas y no volví a acordarme hasta cuando por la tarde las vi de nuevo en el sitio en que las había dejado. Sin embargo, allí volvieron a quedar olvidadas aquella tarde, a la noche y a la mañana siguiente, hasta que, por fin, en la tarde del segundo día las cogí al verlas y fui en el acto a depositarlas en un buzón, asombrado de tan repetido aplazamiento y pensando cuál sería su causa. Veía que no quería remitir las pruebas al editor; pero no podía adivinar por qué. Después de depositar las pruebas en el correo entré en casa del editor de mis obras en Viena, el cual había publicado también el libro sobre los sueños, le hice algunas recomendaciones y, después, como llevado por un súbita ocurrencia, le dije: «¿Sabe usted que he escrito de nuevo mi libro de los sueños?» «¡Ah, sí! Entonces —exclamó— tengo que rogarle a usted que…» «Tranquilícese —repuse—. No es el libro completo, sino tan sólo un pequeño resumen para la colección Löwenfeld-Kurella». De todos modos aún no estaba muy satisfecho el editor, pues temía que el folleto perjudicase la venta del libro. Discutimos, y, por último, le pregunté: «Si se lo hubiera dicho a usted antes, ¿hubiera usted opuesto alguna objeción a la publicación del folleto?» «No; eso de ningún modo», me respondió. Personalmente creía haber obrado con completo derecho y no haber hecho nada desacostumbrado; pero, sin embargo, me parecía seguro que un pensamiento similar al expresado por el editor era el motivo de mi vacilación en enviar las pruebas corregidas. Este pensamiento se apoyaba en una ocasión anterior, en la que otro editor puso dificultades a mi obligada resolución de tomar algunas páginas de una obra mía sobre la parálisis cerebral infantil para incluirlas sin modificación alguna en un folleto sobre el mismo tema publicado en los «Manuales Nothnagel». Tampoco en este caso podía hacérseme ningún reproche, pues también había advertido lealmente mi intención al primer editor, como lo hice en el caso de *La interpretación de los sueños*. Persiguiendo aún más atrás esta serie de recuerdos, encontré otra ocasión análoga anterior en la que, al traducir una obra del francés, lesioné realmente los derechos de propiedad del autor, pues añadí al texto, sin su permiso, varias notas, y algunos años después pude ver que mi acción arbitraria le había disgustado.

Existe un proverbio que revela el conocimiento popular de que el olvido

de propósitos no es accidental: «Lo que se olvida hacer una vez se volverá a olvidar con frecuencia».

En realidad, no puede uno sustraerse a la sensación de que cuanto se pueda decir sobre los olvidos y los actos fallidos es ya cosa conocida y admitida por todos como algo evidente y natural. Lo extraño es que sea necesario todavía colocar a los hombres ante la conciencia cosas tan conocidas. Cuántas veces he oído decir: «No me encargues eso. Seguramente lo olvidaré». La verificación de esta profecía no tiene nada de místico. El que así habló percibía en sí mismo el propósito de no cumplir el encargo y rehusaba confesárselo.

El olvido de propósitos recibe mucha luz de algo que pudiéramos designar con el nombre de «formación de falsos propósitos».

Una vez había yo prometido a un joven autor escribir una revisión de su pequeña obra, pero a causa de resistencias interiores que no me eran desconocidas iba aplazando el cumplimiento de mi promesa de un día para otro, hasta que, vencido por el insistente apremio del interesado, me comprometí de nuevo un día a dejarle complacido aquella misma noche. Tenía reales intenciones de hacerlo así, pero después recordé que aquella noche debía ocuparme imprescindiblemente en la redacción de un informe de medicina legal. Al reconocer entonces mi propósito como falso cesé en mi lucha contra mis resistencias interiores y rehusé en firme la crítica pedida.

VIII —TORPEZAS O ACTOS DE TERMINO ERRONEO

DE la obra de Meringer y Mayer, anteriormente citada, transcribo aún las siguientes líneas (1895, página 98):

«Las equivocaciones orales no son algo que se manifieste aislado dentro de su género, sino que va unido a los demás errores que los hombres cometen con frecuencia en sus diversas actividades, errores a los que solemos dar un tanto arbitrariamente el nombre de *distracciones*».

Así, pues, no soy yo el primero que sospecha la existencia de un sentido y una intención detrás de las pequeñas perturbaciones funcionales de la vida cotidiana de los individuos sanos[633].

Si las equivocaciones en el discurso, el cual es, sin duda alguna, una función motora, admiten una concepción como la que hemos expuesto, es de esperar que ésta pueda aplicarse a nuestras demás funciones motoras. He formado en este punto dos grupos. Todos los casos en los cuales el efecto fallido, esto es, el extravío de la intención, parece ser lo principal los designo con el nombre de *actos de término erróneo (Vergreifen),* y los otros, en los que la acción total aparece inadecuada a su fin, los denomino *actos sintomáticos y casuales (Symptomnud Zufallshandlungen).* Pero entre ambos géneros no puede trazarse un límite preciso, y debo hacer constar que todas las clasificaciones y divisiones usadas en el presente libro no tienen más que una significación puramente descriptiva y en el fondo contradicen la unidad interior de su campo de manifestación.

La inclusión de los actos de término erróneo entre las manifestaciones de la «ataxia», o, especialmente, de la «ataxia cortical», no nos facilita en manera alguna su *comprensión* psicológica. Mejor es intentar reducir los ejemplos individuales a sus propias determinantes. Para ello utilizaré también observaciones personales, aunque en mí mismo no he hallado sino muy escasas ocasiones de verificarlas.

(*a*) Años atrás, cuando hacía más visitas profesionales que en la actualidad, me sucedió muchas veces que al llegar ante la puerta de una casa,

en vez de tocar el timbre o golpear con el llamador, sacaba del bolsillo el llavero de mi propio domicilio para, como es natural, volver en seguida a guardarlo un tanto avergonzado. Fijándome en qué casas me ocurría esto, tuve que admitir que mi error de sacar mi llavero en vez de llamar significaba un homenaje a la casa ante cuya puerta lo cometía, siendo equivalente al pensamiento: «Aquí estoy como en mi casa», pues sólo me sucedía en los domicilios de aquellos pacientes a los que había tomado cariño. El error inverso, o sea llamar a la puerta de mi propia casa, no me ocurrió jamás.

Por tanto, tal acto fallido era una representación simbólica de un pensamiento definido, pero no aceptado aún conscientemente como serio, dado que el neurólogo sabe siempre muy bien que, en realidad, el enfermo no le conserva unido sino mientras espera de él algún beneficio, y que él mismo no demuestra un interés excesivamente caluroso por sus enfermos más que en razón a la vida psíquica que en la curación pueda esto prestarle.

Numerosas autoobservaciones de otras personas demuestran que la significativa maniobra descrita, con el propio llavero, no es, en ningún modo, una particularidad mía.

A. Maeder relata una repetición casi idéntica de mi experiencia (*Contributions à la psychopathologie de la vie quotidienne*, en *Arch, de Psychol*., VI, 1906): «A todos nos ha sucedido sacar nuestro llavero al llegar ante la puerta de un amigo particularmente querido y sorprendernos intentando abrir con nuestra llave, como si estuviéramos en nuestra casa. Esta maniobra supone un retraso —puesto que al fin y al cabo hay que llamar—, pero es una prueba de que al lado del amigo que allí habita nos sentimos —o quisiéramos sentirnos— como en nuestra casa[634]».

De E. Jones (1911, pág. 509) transcribo lo que sigue: «El uso de las llaves es un fértil manantial de incidentes de este género, de los cuales vamos a referir dos ejemplos. Cuando estando en mi casa dedicado a algún trabajo interesante tengo que interrumpirlo para ir al hospital y emprender en él alguna labor rutinaria, me sorprendo con mucha frecuencia intentando abrir la puerta del laboratorio con la llave del despacho de mi domicilio, a pesar de ser completamente diferentes una de otra. Mi error demuestra inconscientemente dónde preferiría hallarme en aquel momento. Hace años ocupaba una posición subordinada en una cierta institución cuya puerta

principal se hallaba siempre cerrada y, por tanto, había que llamar al timbre para que le franqueasen a uno la entrada. En varias ocasiones me sorprendí intentando abrir dicha puerta con la llave de mi casa. Cada uno de los médicos permanentes de la institución, cargo al que yo aspiraba, poseía una llave de la referida entrada para evitarse la molestia de esperar a que le abriesen. Mi error expresaba, pues, mi deseo de igualarme a ellos y estar allí como 'at home'»[635].

El doctor Hans Sachs, de Viena, relata algo análogo: «Acostumbro llevar siempre conmigo dos llaves, de las cuales corresponde una a la puerta de mi oficina y otra a la de mi casa. Siendo la primera, por lo menos, tres veces mayor que la segunda, no son, desde luego, nada fáciles de confundir, y, además, llevo siempre la una en el bolsillo del pantalón y la otra en el del chaleco. A pesar de todo esto, me sucedió con frecuencia el darme cuenta, al llegar ante una de las dos puertas, de que mientras subía la escalera había sacado del bolsillo la llave correspondiente a la otra. Decidí hacer un experimento estadístico, pues dado que diariamente llegaba ante las dos mismas puertas en un casi idéntico estado emocional, el intercambio de las llaves tenía que demostrar una tendencia regular, aunque psíquicamente estuviera determinado de manera distinta. Observando los casos siguientes, resultó que ante la puerta de la oficina extraía regularmente la llave de mi casa, y sólo una vez se presentó el caso contrario en la siguiente forma: regresaba yo fatigado a mi domicilio, en el cual sabía que me esperaba una persona a la que había invitado. Al llegar a la puerta intenté abrir con la llave de la oficina, que, naturalmente, era demasiado grande para entrar en la cerradura».

(*b*) En una casa a la que durante seis años seguidos iba yo dos veces diarias me sucedió dos veces, con un corto intervalo, subir un piso más arriba de aquél al que me dirigía. La primera vez me hallaba perdido en una fantasía ambiciosa que me hacía «elevarme cada día más», y ni siquiera me di cuenta de que la puerta ante la que debía haber esperado se abrió cuando comenzaba yo a subir el tramo que conducía al tercer piso. La segunda vez también fui demasiado lejos, «abstraído en mis pensamientos». Cuando me di cuenta y bajé lo que de más había subido, quise adivinar la fantasía que me había

dominado, hallando que en aquellos momentos me irritaba contra una crítica (fantaseada) de mis obras, en la cual se me hacía el reproche de «ir demasiado lejos», reproche que yo sustituía por el no menos respetuoso «de haber trepado demasiado arriba».

(*c*) Sobre mi mesa de trabajo yacen juntos hace muchos años un martillo para buscar reflejos y un diapasón. Un día tuve que salir precipitadamente después de la consulta para alcanzar un tren, y a pesar de estar dichos objetos a la plena luz del día, cogí e introduje en el bolsillo de la americana el diapasón en lugar del martillo, que es lo que deseaba llevar conmigo. El peso del diapasón en mi bolsillo fue lo que me hizo notar mi error. Aquel que no esté acostumbrado a reflexionar ante ocurrencias tan pequeñas explicaría o disculparía mi acto erróneo por la precipitación del momento. Yo, sin embargo, preferí preguntarme por qué razón había cogido el diapasón en lugar del martillo. La prisa hubiera podido ser igualmente un motivo de ejecutar el acto con acierto, para no perder tiempo luego teniendo que corregirlo.

La primera pregunta que acudió a mi mente fue: «¿Quién cogió últimamente el diapasón?» El último que lo había cogido había sido, pocos días antes, un niño idiota cuya atención a las impresiones sensoriales estaba yo examinando y al que había fascinado de tal manera el diapasón, que me fue difícil quitárselo luego de las manos. ¿Querría decir esto que soy un idiota? Realmente parecería ser así, pues la primera idea que se asoció a *martillo (Hammer)* fue *Chamer* (en hebreo, *burro*).

Mas ¿por qué tales conceptos insultantes? Sobre este punto había que interrogar la situación del momento. Yo me dirigía entonces a celebrar una consulta en un lugar situado en la línea del ferrocarril del Este, en el que residía un enfermo que, conforme a las informaciones que me habían escrito, se había caído por un balcón meses antes, quedando desde entonces imposibilitado para andar. El médico que me llamaba a consulta me escribía que no sabía si se trataba de una lesión medular o de una neurosis traumática (histeria). Esto era lo que yo tenía que decidir. En el error examinado debía de existir una advertencia sobre la necesidad de mostrarme muy prudente en el espinoso diagnóstico diferencial. Aun así y todo, mis colegas opinan que se

diagnostica con ligereza una histeria en casos en que se trata de cosas más graves. Mas todo esto no era suficiente para justificar los insultos. La asociación siguiente fue el recuerdo de que la pequeña estación a que me dirigía era la del mismo lugar en que años antes había visitado a un hombre joven que desde cierto trauma emocional había perdido la facultad de andar. Diagnostiqué una histeria y sometí después al enfermo al tratamiento psíquico, demostrándose posteriormente que si mi diagnóstico no había sido del todo equivocado, tampoco había habido en él un total acierto. Gran cantidad de los síntomas del enfermo habían sido histéricos y desaparecieron con rapidez en el curso del tratamiento, mas detrás de ellos quedaba visible un remanente que permanecería inatacable por la terapia y que pudo ser atribuido a una esclerosis múltiple. Los que tras de mí reconocieron al enfermo pudieron apreciar con facilidad la afección orgánica, pero yo no podía antes haber juzgado ni procedido de otro modo. No obstante, la impresión era la de un grave error, y la promesa que de una completa curación había dado al enfermo era imposible de mantener. El error de coger el diapasón en lugar del martillo podía traducirse en las siguientes palabras: «¡Imbécil! ¡Asno! ¡Ten cuidado esta vez y no vayas a diagnosticar de nuevo una histeria en un caso de enfermedad incurable, como lo hiciste en este mismo lugar, hace años, con aquel pobre hombre!» Para suerte de este pequeño análisis, mas para mi mal humor, dicho individuo, atacado en la actualidad de una grave parálisis espasmódica, había estado dos veces en mi consulta pocos días antes y uno después del niño idiota.

Obsérvese que en este caso es la voz de la autocrítica la que se hace oír por medio del acto de aprehensión errónea. Éste es especialmente apto para expresar autorreproches. El error actual intenta representar el que en otro lugar y tiempo cometimos.

(*d*) Claro es que el coger un objeto por otro o cogerlo mal es un acto erróneo que puede obedecer a toda una serie de oscuros propósitos. He aquí un ejemplo. Raras veces rompo algo. No soy extraordinariamente diestro; pero, dada la integridad anatómica de mis sistemas nervioso y muscular, no hay razones que provoquen en mí movimientos torpes de resultado no deseado. Así, pues, no recuerdo haber roto nunca ningún objeto de los

existentes en mi casa. La poca amplitud de mi cuarto de estudio me obliga en ocasiones a trabajar con escasa libertad de movimientos y entre gran cantidad de objetos antiguos de greda y piedra, de los que tengo una pequeña colección. Los que me ven moverme entre tanta cosa me han expresado siempre su temor de que tirase algo al suelo, rompiéndolo, pero esto no ha sucedido nunca. ¿Por qué, pues, tiré un día al suelo y rompí la tapa de mármol de un sencillo tintero que tenía sobre mi mesa?

Dicho tintero estaba constituido por una placa de mármol con un orificio, en el que quedaba metido el recipiente de cristal destinado a la tinta. Este recipiente tenía una tapadera también de mármol con un saliente para cogerla. Detrás del tintero había, colocadas en semicírculo, varias estatuillas de bronce y terracota. Escribiendo sentado y ante la mesa hice con la mano en la que tenía la pluma un movimiento extrañamente torpe y tiré al suelo la tapa del tintero. La explicación de mi torpeza no fue difícil de hallar. Unas horas antes había entrado mi hermana en el cuarto para ver algunas nuevas adquisiciones mías, encontrándolas muy bonitas, diciendo: «Ahora presenta tu mesa de trabajo un aspecto precioso. Lo único que se despega un poco es el tintero. Tienes que poner otro más bonito» Salí luego del cuarto acompañando a mi hermana y no regresé hasta pasadas algunas horas, siendo entonces cuando llevé a cabo la ejecución del tintero, juzgado ya y condenado. ¿Deduje acaso de las palabras de mi hermana su propósito de regalarme un tintero más bonito en la primera ocasión festiva y me apresuré, por tanto, a romper el otro, antiguo y feo, para forzarla a realizar el propósito que había indicado? Si así fuera, mi movimiento que arrojó al suelo la tapadera no habría sido torpe más que en apariencia, pues en realidad había sido muy hábil, poseyendo completa conciencia de su fin y habiendo sabido respetar, además, todos los valiosos objetos que se hallaban próximos.

Mi opinión es que hay que aceptar esta explicación para toda una serie de movimientos casualmente torpes en apariencia. Es cierto que tales movimientos parecen mostrar algo violento, impulsivo y como espasmodicoatáxico; pero, sometidos a un examen, se demuestran como dominados por una intención y consiguen su fin con una seguridad que no puede atribuirse, en general, a los movimientos voluntarios y conscientes. Ambos caracteres, violencia y seguridad, les son comunes con las

manifestaciones motoras de la neurosis histérica y, en parte, con los rendimientos motores del somnambulismo, indicando una misma desconocida modificación del proceso de inervación.

La siguiente autoobservación de la señora Lou Andreas-Salomé nos muestra de un modo convincente cómo una «torpeza» tenazmente repetida sirve con extrema habilidad a intenciones inconfesadas [Ejemplo de 1919]:

«Precisamente en los días de guerra, en los que la leche comenzó a ser materia rara y preciosa, me sucedió, para mi sorpresa y enfado, el dejarla cocer siempre con exceso y salirse, por tanto, del recipiente que la contenía. Aunque de costumbre no suelo comportarme tan descuidada o distraídamente, en esta ocasión fue inútil que tratara de corregirme. Tal conducta me hubiera parecido quizá explicable en los días que siguieron a la muerte de mi querido *terrier* blanco, al que con igual justificación que a cualquier hombre llamaba yo *Druzhok* (en ruso, amigo). Pero en aquellos días y después no volví a dejar salir ni una sola gota de leche al cocerla. Cuando noté esto, mi primer pensamiento fue: ‘Me alegro, porque ahora la leche vertida no tendría ni siquiera quien la aprovechara’, y en el mismo momento recordé que mi ‘amigo’ solía ponerse a mi lado durante la cocción de la leche, vigilando con ansia el resultado, inclinando la cabeza y moviendo la cola lleno de esperanza, con la consoladora seguridad de que había de suceder la maravillosa desgracia. Con esto quedó explicado todo para mí y vi también que quería a mi perro más de lo que yo misma me daba cuenta».

En los últimos años[636] y desde que vengo reuniendo esta clase de observaciones he vuelto a romper algún objeto de valor; mas el examen de estos casos me ha demostrado que nunca fueron resultados de la casualidad o de una torpeza inintencionada. Así, una mañana, atravesando una habitación al salir del baño, en bata y zapatillas de paja, arrojé pronto una de éstas, con un rápido movimiento del pie y como obedeciendo a un repentino impulso, contra la pared, donde fue a chocar con una pequeña Venus de mármol que había encima de una consola, tirándola al suelo. Mientras veía hacerse pedazos la bella estatuilla cité inconmovible los siguientes versos de Busch: *Ach! die Venus ist perdü/Klickeradoms!/ von Médici*[637]*!*.

Esta loca acción y mi tranquilidad ante el daño producido tienen su explicación en las circunstancias del momento. Teníamos entonces

gravemente enferma a una persona de la familia, de cuya curación había yo desesperado. Aquella misma mañana se recibió la noticia de una notable mejoría, ante la cual recordaba yo haber exclamado: «Aún va a escapar con vida». Por tanto, mi ataque de furor destructivo había servido de medio de expresión a un sentimiento agradecido al Destino y me había permitido llevar a cabo un *acto de sacrificio*, como si hubiera prometido que si el enfermo recobraba la salud sacrificaría en acción de gracias tal o cual cosa. El haber escogido la Venus de Médicis como víctima no podía ser más que un galante homenaje a la convaleciente. Lo que de este caso ha permanecido incomprensible para mí ha sido cómo decidí tan rápidamente y apunté con tal precisión que di al objeto deseado sin tocar ninguno de los que junto a él se hallaban,

Otro caso de rotura de un objeto, en el cual me serví de nuevo de la pluma escapada de mi mano, tuvo también la significación de un sacrificio; pero esta vez de ofrenda petitoria para evitar un mal. En esta ocasión me había complacido en hacer un reproche a un fiel y servicial amigo mío, reproche únicamente fundado en la interpretación de algunos signos de su inconsciente. Mi amigo lo tomó a mal y me escribió una carta en la que me rogaba que no sometiese a mis amigos al psicoanálisis. Tuve que confesarme que tenía razón y le aplaqué con mi respuesta. Mientras la estaba escribiendo tenía delante de mí mi última adquisición de coleccionista, una figurita egipcia preciosamente vidriada. La rompí en la forma mencionada y me di cuenta en seguida de que había provocado aquella desgracia en evitación de otra mayor. Por fortuna, ambas cosas —la amistad y la figurita— pudieron componerse con tal perfección que no se notaron las roturas.

Una tercera rotura tuvo menos seria conexión. Fue, para usar el término de Theodor Vischer en *Auch Einer*, una «ejecución» disfrazada de un objeto que no era ya de mi gusto. Durante algún tiempo había usado un bastón con puño de plata. La delgada lámina de este material que formaba el puño sufrió, sin culpa por mi parte, un desperfecto y fue muy mal reparada. Poco tiempo después, jugando alegremente con uno de mis hijos, me serví del bastón para agarrarle por una pierna con el curvado puño. Al hacerlo se partió, como era de esperar, y me vi libre de él.

La indiferencia con que se acepta en estos casos el daño resultante debe

ser considerada como demostración de la existencia de un propósito inconsciente.

Investigando los fundamentos de actos fallidos tan nimios como la rotura de objetos, descubrimos a veces que dichos actos se hallan íntimamente enlazados al pasado del sujeto, apareciendo al mismo tiempo en estrecha conexión con su situación presente. El siguiente análisis de L. Jekel (*International Zeitschrift f. Psychoanalyse*, I, 1913) es un ejemplo de este género de casos:

Un médico poseía un jarrón de loza nada valioso, pero sí muy bonito, que en unión de otros muchos objetos, algunos de ellos de alto precio, le había sido regalado por una paciente (casada). Cuando se manifestó claramente que dicha señora padecía una psicosis, el médico devolvió todos aquellos regalos a los allegados de la enferma, conservando tan sólo un modesto jarrón, del que, sin duda por su belleza, no acertó a separarse.

Esta ocultación no dejó, sin embargo, de promover en el médico, hombre muy escrupuloso, una cierta lucha interior. Comprendía la incorrección de su conducta, y para defenderse contra sus remordimientos, se daba a sí mismo la excusa de que el tal jarrón carecía de todo valor material, era difícil de empaquetar para mandarlo a su destino, etc.

Cuando meses después se le discutió el pago de un resto de sus honorarios por la asistencia a dicha paciente y se propuso encargar a un abogado el reclamarlo y hacerlos efectivos por la vía legal, volvió a reprocharse su ocultación. De repente le sobrecogió el miedo de que fuera descubierto por los parientes de la enferma y éstos opusieran por ello una reconvención a su demanda.

En los primeros momentos, sobre todo, fue tan fuerte este miedo que llegó a pensar en renunciar a sus honorarios, de un valor cien veces mayor al del objeto referido. Sin embargo, logró dominar este pensamiento, dándolo de lado como absurdo.

Durante esta situación le sucedió, a pesar de que raras veces rompía algo y de dominar muy bien su sistema muscular, que, estando renovando el agua del jarrón para poner en él unas flores, y por un movimiento no relacionado orgánicamente con dicho acto y extrañamente torpe, lo tiró al suelo, donde se rompió en cinco o seis grandes pedazos. Y esto después de haberse decidido

la noche anterior, al cabo de grandes vacilaciones, a colocar precisamente este jarrón lleno de flores en la mesa, ante sus convidados, y después de haber pensado en él poco antes de romperlo, haberlo echado de menos en su cuarto y haberlo traído desde otra habitación por su propia mano.

Después de la primera sorpresa comenzó a recoger del suelo los pedazos, y en el momento en que, viendo que éstos calzaban perfectamente, se dio cuenta de que el jarrón podía reconstruirse sin defecto alguno, volvieron a escapársele de las manos dos de los pedazos más grandes, haciéndose añicos y quedando perdida toda esperanza de reconstitución.

Sin disputa alguna, el acto fallido cometido poseía la tendencia actual de hacer posible al médico la prosecución de su derecho, libertándole de aquello que le retenía y le impedía en cierto modo reclamar lo que le era debido.

Pero, además de esta determinación directa, posee este rendimiento fallido, para todo psicoanalítico, una determinación *simbólica* más amplia, profunda e importante, pues el jarrón es un indudable símbolo de la mujer.

El héroe de esta historia había perdido de un modo trágico a su joven y bella mujer, a la que amaba ardientemente. Después de su desgracia contrajo una neurosis, cuya nota predominante era creerse culpable de aquélla. («Haber roto un bello jarrón».)

Asimismo le era imposible entrar en relaciones con ninguna mujer y repugnaba casarse de nuevo o emprender amores duraderos, que en su inconsciente eran valorados como una infidelidad a su difunta mujer; pero que su conciencia racionalizaba, acusándole de atraer la desdicha sobre las mujeres y causarles la muerte, etc. («Siendo así, no podía conservar duraderamente el jarrón».)

Dada su fuerte libido, no es de extrañar que se presentaran ante él, como las más adecuadas, las relaciones pasajeras con mujeres casadas. (Por ello conservó o retuvo el jarrón a otro perteneciente.)

A consecuencia de su neurosis se sometió a tratamiento psicoanalítico, y los datos siguientes nos proporcionan una preciosa confirmación del simbolismo antes apuntado.

En el curso de la sesión en la que relató la rotura del jarrón «de tierra» volvió a hablar de sus relaciones con las mujeres y expresó que era en ellas de una exigencia casi insensata, exigiendo, por ejemplo, que la amada fuera

de una «belleza extraterrena». Esto constituye una clara acentuación de que aún se hallaba ligado a su mujer (muerta; esto es, extraterrena) y que no quería saber nada de «bellezas terrenales». De aquí la rotura del jarrón «de tierra».

Precisamente por los días en los que, según demostró el análisis, forjaba la fantasía de pedir en matrimonio a la hija de su médico regaló a éste un jarrón, indicando así cuál era la correspondencia que deseaba.

A priori se dejó cambiar de varias maneras la significación simbólica del acto erróneo; por ejemplo, no querer llenar el vaso, etc. Mas lo que me parece interesante es la consideración de que la existencia de varios, por lo menos de dos motivos actuales, desde lo preconsciente a lo inconsciente y probablemente separados, se refleje en la duplicación de acto erróneo: tirar al suelo el jarrón y luego los pedazos.

(*e*) El dejar caer algún objeto, tirarlo o romperlo parece ser utilizado con gran frecuencia para la expresión de series de pensamientos inconscientes, cosa que se puede demostrar por medio del análisis, pero que también podría adivinarse casi siempre por las interpretaciones que a tales accidentes da, por burla o por superstición, el sentido popular. Conocida es la interpretación que se da a los actos de derramar la sal o el vino o de que un cuchillo que caiga al suelo quede clavado de punta en él, etc. Más adelante expondré el derecho que a ser tomadas en consideración tienen tales interpretaciones supersticiosas. Por ahora sólo haré observar que tales torpezas no tienen, de ningún modo, un sentido constante, sino que, según las circunstancias, se ofrecen como medio de representaciones de intenciones en absoluto indiferentes.

Hace poco hubo en mi casa una temporada durante la cual se rompió en ella una extraordinaria cantidad de objetos de cristal y porcelana. Yo mismo contribuí a tal destrozo repetidas veces. Esta pequeña epidemia psíquica fue fácil de explicar. Eran aquéllos los días que precedieron al matrimonio de mi hija mayor. En tales fiestas se suele romper intencionadamente un utensilio, haciendo al mismo tiempo un voto de felicidad. Esta costumbre debe significar un sacrificio y expresar algún otro sentido simbólico.

Cuando los criados destruyen objetos frágiles dejándolos caer al suelo,

nadie suele pensar, ante todo, en una explicación psicológica de ello, y, sin embargo, no es improbable la existencia de oscuros motivos que coadyuvan a tales actos. Nada más lejano a las personas ineducadas que la apreciación del arte y de las obras de arte. Una sorda hostilidad contra estos productos domina a nuestros criados, sobre todo cuando tales objetos, cuyo valor no aprecian, constituyen un motivo de trabajo para ellos. En cambio, personas de igual origen que se hallan empleadas en alguna institución científica se distinguen por la gran destreza y seguridad con que manejan los más delicados objetos en cuanto comienzan a identificarse con sus amos y a contarse entre el personal esencial del establecimiento.

Incluso aquí la comunicación de un joven técnico, que nos permite penetrar en el mecanismo del desperfecto de objetos [Ejemplo de 1912]:

«Hace algún tiempo trabajaba con varios colegas en el laboratorio de la Escuela Superior, en una serie de complicados experimentos de elasticidad, labor emprendida voluntariamente, pero que comenzaba a ocuparnos más tiempo de lo que hubiésemos deseado. Yendo un día hacia el laboratorio en compañía de mi colega el señor F., expresó éste lo desagradable que era para él verse obligado a perder aquel día tanto tiempo, pues tenía mucho trabajo en su casa. Yo asentí a sus palabras y añadí, medio en broma, aludiendo a un incidente de la pasada semana: ‘Por fortuna, es de esperar que la máquina falle otra vez y tengamos que interrumpir el experimento. Así podremos marcharnos pronto’.

En la distribución del trabajo tocó a F. regular la válvula de la prensa; esto es, iría abriendo con prudencia para dejar pasar poco a poco el líquido presionador desde los acumuladores al cilindro de la prensa hidráulica. El director del experimento se hallaba observando el manómetro, y cuando éste marcó la presión deseada, gritó: ‘¡Alto!’ Al oír esta voz de mando cogió F. la válvula y le dio vuelta con toda su fuerza hacia la izquierda. (Todas las válvulas, sin excepción, se cierran hacia la derecha.) Esta falsa maniobra hizo que la presión del acumulador actuara de golpe sobre la prensa, cosa para la cual no estaba preparada la tubería, y que hizo estallar una unión de ésta, accidente nada grave para la máquina, pero que nos obligó a abandonar el trabajo por aquel día y regresar a nuestras casas.

Aparte de esto, es muy característico el hecho de que algún tiempo

después, hablando de este incidente, no pudo F. recordar las palabras que le dije al dirigirnos juntos al laboratorio, palabras que yo recordaba con toda seguridad».

Caerse, tropezar o resbalar son actos que no deben ser interpretados siempre como una falla puramente casual de una función motora. El doble sentido lingüístico de estas expresiones indica ya las ocultas fantasías que puede hallar una representación en tales perturbaciones del equilibrio corporal. Recuerdo gran número de ligeras enfermedades nerviosas surgidas en sujetos femeninos después de una caída en la que no sufrieron herida alguna y diagnosticadas como histerias traumáticas subsiguientes al susto. Ya estos casos me dieron la impresión de que la relación de causa a efecto era distinta de la que se suponía y de que la caída era un anuncio de la neurosis y una expresión de las fantasías inconscientes de contenido sexual de la misma, fantasías que deben considerarse como fuerzas actuantes detrás de los síntomas. ¿Acaso no expresa esta misma idea el proverbio que dice: «Cuando una muchacha cae, cae siempre de espaldas»?

Entre los actos de término erróneo puede incluirse el de dar a un mendigo una moneda de oro por una de cobre o de plata. La explicación de tales errores es muy sencilla. Son actos de sacrificio destinados a apaciguar al Destino, desviar una desgracia, etc. Si antes de salir a paseo se ha oído hablar a una madre o parienta amorosa de su preocupación por la salud de un hijo o allegado, y luego se las ve proceder con la involuntaria generosidad citada, no se podrá dudar del sentido del aparentemente indeseado incidente. De esta manera, nuestros actos erróneos hacen posible el ejercicio de aquellas piadosas y supersticiosas costumbres, que a causa de la resistencia de nuestra razón, que se ha hecho descreída, tienen que rehuir la luz de la conciencia.

(*f*) El campo de acción de la actividad sexual, dentro del cual parece borrarse por completo la delimitación entre lo casual y lo intencionado, nos ofrece una prueba evidente de la intencionalidad real de estos actos, aparentemente casuales.

Yo mismo he vivido hace algunos años un ejemplo de cómo un movimiento torpe en apariencia puede ser utilizado para un fin sexual de la más refinada de las maneras. En una casa amiga hallé en una ocasión a una

muchacha que despertó en mí un placer creído extinto, haciéndome mostrarme jovial, locuaz y complaciente. También me preocupó en esta ocasión el descubrimiento de los motivos de aquella impresión, pues la misma muchacha me había dejado completamente frío un año antes. Al entrar el tío de la muchacha, persona muy anciana, en la habitación en que nos hallábamos, nos levantamos ella y yo para acercarle una silla que en un rincón había. Más ágil ella y también más cercana a la silla, la cogió antes que yo y la trajo ante sí, teniéndola con el respaldo hacia atrás y ambas manos en los lados del asiento. Al llegar yo a su lado y no renunciar a mi propósito de coger la silla, me hallé de repente pegado por detrás de la muchacha, abrazándola con ambos brazos, y mis manos se encontraron un momento sobre su pecho. Como es natural, puse término a esta situación con la misma rapidez con que se había producido, y nadie pareció darse cuenta de lo hábilmente que yo había aprovechado mi torpe movimiento.

Debe admitirse asimismo que nuestros torpes y enfadosos regates cuando, al encontrarnos ante una persona en la calle, empezamos a dar pasos a uno y otro lado, pero siempre en igual dirección que el otro o la otra, hasta quedar ambos inmóviles frente a frente, acto que resulta como «cerrar el camino a alguien», renueva una incorrecta y provocativa costumbre de los años juveniles y persigue intenciones sexuales bajo el disfraz de una torpeza. Mis psicoanálisis de neuróticos me han enseñado que lo que consideramos como ingenuidad en los adolescentes y en los niños no es, con frecuencia, más que un disfraz bajo el cual les es posible hacer o decir, sin avergonzarse, algo indecoroso.

W. Stekel ha comunicado varias autoobservaciones análogas: «Al entrar en una casa alargué mi mano a la señora de ella y desaté al hacerlo el lazo que sujetaba su suelta bata matinal. No abrigaba yo, inconscientemente, ningún poco honrado propósito y, sin embargo, llevé a cabo dicho torpe movimiento con la habilidad de un prestidigitador».

Repetidas veces he incluido aquí pruebas de que los poetas juzgan los movimientos fallidos igual que nosotros en este libro, esto es, como significativos y motivados. No nos admirará, por tanto, ver en un nuevo ejemplo cómo un poeta da una intensa significación a un movimiento equivocado y le hace ser un presagio de ulteriores acontecimientos.

En la novela de Theodor Fontane *La adúltera* hallamos las siguientes líneas (tomo II, pág. 64, de la edición de las obras completas de Th. Fontane. —S. Fischer):

«… y Melania se levantó y arrojó a su marido, a manera de saludo, uno de los grandes balones. Pero apuntó mal, y la pelota, volando hacia un lado, fue a parar a manos de Rubén. Al regreso de la excursión en que esto sucede se desarrolla un diálogo entre Melania y Rubén, en el cual comienza ya a surgir el trote de un naciente amor. Este amor crece luego hasta el apasionamiento, y Melania abandona, por último, a su marido para pertenecer por entero al hombre amado». (Comunicado por H. Sachs.)

(*g*) Los efectos que producen los actos de aprehensión errónea de las personas normales son, regularmente, inofensivos. Por ello mismo es de gran interés el investigar si otros errores de mayor importancia (por ejemplo, los de un médico o un farmacéutico) pueden ser también interpretados conforme a nuestro punto de vista.

Personalmente me hallo muy escasas veces en situación de observar actos correspondientes a una actividad médica general, y de este modo no puedo comunicar aquí más que un solo caso de error médico observado en mí mismo. Desde hace algunos años vengo visitando dos veces al día a una señora anciana, y mi labor de la visita matinal se reduce a dos actos: echarle en los ojos un par de gotas de un colirio y ponerle una inyección de morfina. A estos efectos hay siempre preparadas dos botellitas, una azul para el colirio y otra blanca para la morfina. Mientras llevo a cabo los dos actos acostumbrados, mis pensamientos suelen estar ocupados en otra cosa, pues he repetido tantas veces la misma faena que la atención necesaria para efectuarla se comporta ya como libre c independiente. Sin embargo, en una ocasión trabajó el autómata equivocadamente. Introduje el cuentagotas en la botellita blanca en lugar de en la azul, y lo que eché en los ojos de la enferma fue morfina y no colirio. Al darme cuenta quedé sobrecogido, tranquilizándome después con la reflexión de que unas gotas de una solución de morfina al dos por ciento no podía causar ningún daño a la conjuntiva. Así, pues, la causa del miedo sentido debía de ser distinta.

En mi intento de analizar mi pequeño error, la primera cosa que acudió a

mi pensamiento fue la frase «atentar contra la anciana[638]», la cual podía indicarme un rápido camino hacia la solución. Me hallaba yo bajo la impresión de un sueño que me había sido relatado la noche anterior por un joven, sueño, cuyo contenido no podía interpretarse más que como el comercio sexual del sujeto con su propia madre[639]. La extraña circunstancia de que la leyenda no tenga en cuenta la ancianidad de la reina Yocasta me pareció confirmar la afirmación de que en el enamoramiento de la propia madre no se trata nunca de la persona actual, sino de su recuerdo juvenil, procedente de los años infantiles.

Tales incongruencias aparecen siempre cuando una fantasía vacilante entre dos épocas se hace consciente y queda así ligada a una época definida. Abstraído en estos pensamientos llegué a casa de mi paciente, que frisaba en los noventa años, y debía de hallarme en camino de considerar el general carácter humano de la fábula de Edipo como la correlación de la fatal profecía expresada por el oráculo, pues «me equivoqué con» o «atenté contra la anciana». Mi acto erróneo fue también en este caso inofensivo. De los dos errores posibles: usar la morfina para echarla en los ojos o el colirio para la inyección, había escogido el más inocente. Queda aún la cuestión de si en errores susceptibles de ocasionar graves daños puede suponerse la existencia de una intención inconsciente, como sucede en los hasta aquí examinados.

Aquí se agota, como era de esperar, el material de que podía disponer y quedo reducido a exponer aproximaciones e hipótesis. Conocido es que en los casos graves de psiconeurosis aparecen a veces automutilaciones como síntomas de la enfermedad y que no se puede considerar en tales casos excluido el suicidio como final del conflicto psíquico. Sé por experiencia, y lo expondré algún día con ejemplos convincentes, que muchos daños que, aparentemente por casualidad, suceden a tales enfermos son, en realidad, maltratos que los pacientes se infligen a sí mismos. Estos accidentes son producidos por una tendencia constantemente vigilante al autocastigo; tendencia que de ordinario se manifiesta como autorreproche, o coadyuva a la formación de síntomas y utiliza diestramente una situación exterior que se ofrezca casualmente o la ayuda hasta conducirla a la consecución del efecto dañoso deseado. Tales sucesos no son tampoco raros en los casos de moderada gravedad y revelan la participación de la intención inconsciente por

una serie de signos especiales; por ejemplo, por la extraña presencia de espíritus que manifiestan los enfermos durante los pretendidos accidentes[640].

En vez de muchos ejemplos relataré con todo detalle uno solo, observado en el ejercicio de mi actividad médica: una joven casada se rompió una pierna en un accidente de coche, teniendo que guardar cama durante varias semanas, y al asistirla me extrañó la falta de manifestaciones de dolor y la tranquilidad con que llevaba su desgracia. El accidente hizo aparecer una larga y grave neurosis que, por último, se curó por el tratamiento psicoanalítico. En el curso de este último averigüé las circunstancias que rodearon el accidente, así como determinadas represiones que le precedieron. La joven mujer se hallaba con su marido, hombre muy celoso, pasando una temporada en la finca de una hermana suya, en compañía der sus numerosos hermanos y hermanas y sus respectivos cónyuges. Una noche dio en este íntimo círculo una representación de una de sus habilidades, bailando un cancán conforme a todas las reglas del arte y obteniendo gran éxito con todos los parientes; pero descontentando a su marido, que le murmuró después al oído: «Te has vuelto a conducir como una prostituta». La palabra hizo su efecto, y queremos dejar indeciso si precisamente por el baile. Aquella noche durmió mal, y a la mañana quiso dar un paseo en coche. Por sí misma escogió los caballos, rehusando una pareja y eligiendo otra. La más joven de sus hermanas quiso que fuera en el coche un hijo suyo de pecho con el ama, pero ella se opuso enérgicamente. Durante el paseo se mostró nerviosa, advirtió al cochero que los caballos iban a espantarse, y cuando los inquietos animales tuvieron en realidad un momento de indisciplina, se levantó sobrecogida y se arrojó del coche, rompiéndose una pierna, mientras que los que permanecieron dentro no sufrieron daño alguno. Después de descubrir estos detalles no se puede dudar de que el accidente estaba preparado y no debemos dejar de admirar la habilidad que obligó a la casualidad a distribuir un castigo tan correlativo a la falta cometida, pues, en efecto, ya no podría bailar el cancán en mucho tiempo.

No me es posible relatar casos en que me haya infligido daños a mí mismo en épocas de tranquilidad, pero no me creo incapaz de cometer tales actos bajo condiciones extraordinarias. Cuando un miembro de mi familia se

queja de haberse mordido la lengua, aplastado un dedo, etc., lo primero que hago, en lugar de compadecerle, es preguntarle: «¿Por qué has hecho eso?» Yo mismo me cogí un dedo muy dolorosamente después de haber oído a un joven paciente expresar en la consulta su deseo (que, como es natural, no había de tomar en serio) de contraer matrimonio con mi hija mayor, la cual se hallaba a la sazón en un sanatorio y en peligro de muerte.

Uno de mis hijos, cuyo vivo temperamento dificultaba mucho la tarea de cuidarle cuando se hallaba enfermo, tuvo una mañana un fuerte acceso de cólera porque se le ordenó que permaneciera en el lecho durante toda la tarde y amenazó con suicidarse, amenaza que le había sido sugerida por la lectura de los periódicos. Aquella misma tarde me enseñó un cardenal que se había hecho en un lado de la caja torácica al chocar contra una puerta y darse un fuerte golpe con el saliente del picaporte. Le pregunté irónicamente por qué había hecho aquello, y el niño, que no tenía más que once años, me contestó como ilusionado: «Eso ha sido el intento de suicidio con que os amenacé esta mañana». No creo que mis opiniones sobre los daños infligidos por una persona a sí misma fueran por entonces accesibles a mis hijos.

Aquellos que crean en la existencia de estos automaltratos semiintencionados —si se me permite emplear esta poco diestra expresión—, se hallarán preparados a admitir también el hecho de que, además del suicidio conscientemente intencionado, hay otra clase de suicidio, con intención inconsciente, la cual es capaz de utilizar con destreza un peligro de muerte y disfrazarlo de desgracia casual. En efecto, la tendencia a la autodestrucción existe con cierta intensidad en un número de individuos mucho mayor del de aquellos en que llega a manifestarse victoriosa. Los daños autoinfligidos son regularmente una transacción entre este impulso y las fuerzas que aún actúan contra él. También en los casos en que se llega al suicidio ha existido anteriormente, durante largo tiempo, dicha inclinación, con menor fuerza o como tendencia inconsciente y reprimida.

También la intención consciente de suicidarse escoge su tiempo, sus medios y su ocasión. Paralelamente obra la intención inconsciente al esperar la aparición de un motivo que pueda tomar sobre sí una parte de la responsabilidad y, acaparando las fuerzas defensivas de la persona, la libertad de la presión que sobre ella ejercen[641]. Estas discusiones no son ociosas bajo

ningún concepto. He conocido más de un caso de desgracia aparentemente casual (accidentes de caballo o de coche) cuyas circunstancias justifican una sospecha de suicidio inconscientemente tolerado. Tal es el caso de un oficial que durante una carrera de caballos cayó del que montaba, hiriéndose tan gravemente que murió varios días después. Su conducta al volver en sí después del accidente fue un tanto singular. Pero aún lo había sido más la que venía observando desde algún tiempo antes. Entristecido por la muerte de su madre, a la que quería mucho, se echaba a llorar estando con sus camaradas, y expresó varias veces a sus íntimos su cansancio de la vida y su deseo de abandonar el servicio para ir a África a tomar parte en una campaña que allí se desarrollaba y que no debía ofrecer ningún interés para él[642]. Siendo un valiente jinete, evitaba en aquellos días montar a Caballo. Por último, antes de la carrera, en la que no podía excusarse de tomar parte, expresó un triste presentimiento.

Nuestra concepción de estos casos hace que no podamos extrañarnos de que el presentimiento se realizara. Se me opondrá que en tal estado de depresión nerviosa no le es posible a un hombre dominar al caballo con igual maestría que en época de plena salud. Convengo en ello; pero creo más acertado buscar el mecanismo de tal inhibición motora por «nerviosidad» en la intención autodestructora aquí acentuada.

S. Ferenczi, de Budapest, me ha autorizado a publicar el siguiente análisis, verificado por él, un caso de herida por arma de fuego, pretendidamente casual, y que él explica como un intento inconsciente de suicidio, explicación con la que estoy en un todo conforme. [Ejemplo agregado en 1910.]

«J. Ad., de veintidós años de edad, oficial de carpintero, vino a mi consulta el 18 de enero de 1908. Quería que le dijese si le debía y podía ser extraída una bala que tenía alojada en la sien izquierda desde el 20 de marzo de 1907. Aparte de algunos dolores de cabeza, no demasiado violentos, que le atacan de cuando en cuando, se siente completamente sano. El reconocimiento objetivo no descubrió nada importante, fuera de la cicatriz característica del disparo y ennegrecida por la pólvora en la sien izquierda. En vista de ello me mostré contrario a toda operación. Preguntado por las circunstancias del caso, contestó haberse herido casualmente. Jugaba con un

revólver de su hermano; *creyendo que no estaba cargado,* se lo apoyó con la mano izquierda en la sien izquierda (no es zurdo), colocó el dedo en el gatillo y el tiro salió. *En el arma, que era de seis tiros, había tres cartuchos*. Le pregunté luego cómo había llegado a la idea de coger el revólver, y me contestó que por entonces era el tiempo de su entrada en quintas, y que la noche antes había cogido el revólver para ir a una taberna, temiendo que en ella se promoviera alguna pelea. En el reconocimiento médico-militar fue declarado inútil por padecer varices, cosa que le avergonzó sobre manera. Al regresar a su casa se puso a jugar con el revólver, no teniendo intención de causarse ningún daño, y entonces fue cuando surgió el accidente. Interrogado sobre si, en general, estaba contento con su suerte, me relató, suspirando, su historia amorosa con una muchacha que le quería; pero que, sin embargo, le abandonó para emigrar a América, empujada por el deseo de hacer fortuna. Él quiso seguirla, pero se lo impidieron sus padres. Su amada había partido el 20 de enero de 1907; esto es, dos meses antes del suceso. A pesar de todos estos elementos sospechosos, sostuvo el paciente que el disparo había sido un ‘accidente desgraciado’. Sin embargo, estoy firmemente convencido de que la negligencia de no haber comprobado si el revólver estaba o no cargado antes de ponerse a jugar con él, así como el daño autoinfligido, se hallaban determinados psíquicamente. El individuo de referencia se encontraba aún bajo los afectos depresivos de su desdichado amor y quería ‘olvidar’ en el servicio de las armas. Cuando también le fue arrancada esta esperanza fue cuando llegó a jugar con el revólver; esto es, a un inconsciente intento de suicidio. El hecho de tomar el arma con la mano izquierda y no con la derecha es una prueba decisiva de que, en realidad, no hacía más que jugar, o sea de que no quería, conscientemente, suicidarse».

Otro caso de daño autoinfligido, de apariencia casual, cuya publicación me ha sido autorizada por la persona que lo observó directamente (Van Emden, 1911), nos recuerda el proverbio que dice: «Aquel que cava una fosa para otro cae él mismo en ella[643]».

«La señora de X., perteneciente a una familia de la clase media, está casada y tiene tres hijos. Es algo nerviosa, mas nunca necesitó someterse a un tratamiento enérgico, pues posee firmeza suficiente para adaptarse a la vida. Un día se produjo una considerable pero pasajera desfiguración de su rostro

en la siguiente forma:

Al atravesar una calle en la que estaban arreglando el pavimento tropezó con un montón de piedras y fue a dar de cara contra el muro de una casa, quedando con el rostro todo arañado y magullado. Los párpados se le pusieron azules y edematosos, y llamó al médico, temiendo que también hubieran sufrido sus ojos algún daño. Después de tranquilizarla respecto a esta cuestión, le pregunté: ‘Pero ¿cómo se ha caído usted de ese modo…?’ La señora repuso que precisamente antes del accidente había recomendado a su marido, el cual padecía desde hacía algunos meses una afección articular que le dificultaba la deambulación, que tuviese cuidado al pasar por dicha calle, y que sabía por repetidas experiencias que en casos como éste le ocurría sufrir aquellos mismos accidentes contra los que prevenía a los demás.

Yo no me contenté con esta determinación del suceso y le pregunté si no tenía alguna cosa más que relatarme. En efecto, me dijo que en el momento que precedió a la caída había visto en una tienda de la acera opuesta un lindo cuadrito y que, de repente, le entraron deseos de comprarlo para adorno del cuarto de sus hijos. Entonces se dirigió derechamente hacia la tienda, sin cuidarse del estado de la calle, tropezó con el montón de piedras y fue a dar de cara contra el muro de una casa, sin hacer siquiera el menor intento de librarse del golpe con las manos. El propósito de comprar el cuadro quedó olvidado en el acto, y la señora regresó a toda prisa a su domicilio.

—Pero ¿cómo no miró usted con más cuidado dónde pisaba? —seguí preguntándole.

—¡Ay! —me respondió—. Ha sido, quizá, un *castigo* por la historia que ya confié a usted.

—¿La sigue atormentando esa historia?

—Sí; después he sentido mucho haber hecho lo que hice. Me he encontrado perversa, criminal e inmoral. Pero en aquellos días mis nervios me tenían casi loca.

Se trataba de un aborto que, de acuerdo con su marido, y queriendo ambos evitar por razones económicas el nacimiento de más hijos, había hecho provocar por una curandera, y en cuyo desenlace fue asistida por un especialista.

—Con frecuencia me he reprochado haber dejado matar a mi hijo —

siguió diciendo— y he tenido miedo de que tal crimen no podía quedar impune. Ahora, que me ha asegurado usted que no me pasará nada en los ojos, me quedo ya tranquila. Así como así, estoy ya *suficientemente castigada*.

Salta, pues a la vista que el accidente había sido un autocastigo infligido no sólo en penitencia de la mala acción cometida, sino también para escapar a otro mayor castigo desconocido, cuyo advenimiento venía la señora temiendo hacía ya varios meses.

En el momento en que se dirigió apresuradamente hacia la tienda para comprar el cuadrito, el recuerdo de su falta —ya bastante activo en su inconsciente cuando recomendó cuidado a su esposo— había llegado a ser dominante y se hubiera podido expresar con las siguientes palabras:

¿Para qué quieres comprar ningún adorno para el cuarto de tus hijos, si has dejado matar a uno de ellos? ¡Criminal! ¡El gran castigo está ya próximo!'

Este pensamiento no llegó a hacerse consciente; pero, no obstante, la señora utilizó la situación dada en aquel momento psicológico para aprovechar el montón de piedras en su autocastigo. Por esta razón no extendió siquiera las manos al caer ni experimentó tampoco un susto violento. La segunda determinación, probablemente menor, del accidente fue otro autocastigo por su *inconsciente* deseo de librarse de su marido, cómplice en todo el penoso asunto del aborto. Este deseo se revela en la recomendación, totalmente superflua, dé que tuviera cuidado al atravesar la calle en reforma, ya que el marido, precisamente por su enfermedad, había de andar con gran prudencia[644]».

Considerando las circunstancias que rodean el caso siguiente de daño auto-infligido de apariencia casual, hay que dar la razón a J. Stärcke *(l. c.)*, el cual lo interpreta como un «acto de sacrificio» [Agregado en 1917];

«Una señora, cuyo yerno tenía que partir para Alemania con el fin de cumplir allí sus deberes militares, se quemó un pie, vertiéndose sobre él un hirviente líquido, en las circunstancias siguientes: su hija estaba próxima a alumbrar, y el pensamiento de los peligros que en la guerra iba a correr el marido no era, como es natural, para que el estado de ánimo de toda la familia fuese muy alegre. El día antes de la partida de su yerno, la señora

había convidado a comer al matrimonio. Por sí misma preparaba la comida en la cocina, después de haber sustituido, contra su costumbre, sus botas, altas y sin tacones, con las que andaba muy cómodamente, por unas zapatillas de su marido, muy grandes y abiertas por arriba. Al coger del fuego una gran cazuela llena de sopa hirviente la dejó caer y se escaldó gravemente un pie, sobre todo el empeine, no protegido por la zapatilla. Claro es que el accidente se puso a cuenta de la 'nerviosidad', comprensible dada la situación de la familia. En los días siguientes a tal 'acto de sacrificio' se condujo muy prudentemente en el manejo de objetos calientes; pero ello no impidió que días después se volviese a escaldar una muñeca[645]».

Si tal furor contra la propia integridad y la propia vida puede ocultarse así detrás de una torpeza, aparentemente casual, y de una insuficiencia motora, no ha de resultarnos ya difícil aceptar la transferencia de igual concepción a aquellos actos erróneos que ponen en grave peligro la vida y la salud de otras personas. Los documentos que puedo alegar en favor de la exactitud de esta afirmación están tomados de mis experiencias en el tratamiento de neuróticos y, por tanto, no se adaptan por completo a lo que no se trata de demostrar. De todos modos, expondré aquí un caso, en el que no precisamente un acto erróneo, sino lo que más bien puede denominarse un acto sintomático o casual, me puso sobre una pista que me llevó a conseguir la solución del conflicto en que el paciente se hallaba. En una ocasión me propuse mejorar las relaciones matrimoniales de un individuo muy inteligente, cuyas diferencias con su joven mujer, la cual le amaba con ternura, podían basarse en fundamentos reales; pero que, como él mismo confesaba, no quedaba, ni aun así, totalmente explicadas. Sin cesar se atormentaba el marido con el pensamiento de una separación; pensamiento que siempre rechazaba por su amor hacia sus dos tiernos hijos. A pesar de esto, volvía siempre a la misma idea y no intentaba ningún medio de hacerse tolerable la situación. Éste no resolver nunca el conflicto me pareció una prueba de la existencia de motivos inconscientes y reprimidos que reforzaban los motivos conscientes que mantenían la lucha. En estos casos, mi intervención consiste en dar fin al conflicto por medio del análisis psíquico. El marido me relató un día un pequeño incidente que le había asustado sobre manera. Jugaba con su hijo mayor, que era su preferido, subiéndole y bajándole en sus brazos, y una de

las veces le alzó tan alto y en tal lugar de la habitación, que la cabeza del niño estuvo a punto de chocar con la pesada araña de gas que pendía del techo. *Le faltó muy poco*, pero no llegó. Aunque el niño no sufrió daño alguno, medio se desmayó del susto. El padre permaneció quieto y espantado con él en brazos, y la madre fue presa de un ataque histérico. La especial destreza de tal movimiento imprudente y la violencia de la reacción de los padres me hicieron buscar en esta casualidad un acto sintomático que debía de expresar una perversa intención contra tan querido hijo. La contradicción entre el acto sintomático y la ternura actual del padre hacia su niño podía salvarse retrotrayendo el impulso damnificante a la época en que este niño había sido hijo único y tan pequeño que el padre no había llegado aún a interesarse tiernamente por él. Siendo así, podía admitirse que el marido, poco satisfecho de su mujer, hubiera tenido por entonces el pensamiento siguiente: «Si este pequeño ser, que nada me importa, muere, quedo libre y podré separarme de mi mujer». Por tanto, debía de seguir existiendo inconscientemente en él un deseo de muerte del ahora ya tan querido niño. Desde este punto era fácil encontrar el camino hacia la fijación inconsciente de este deseo. Una poderosa determinante del acto realizado estaba constituida por un recuerdo infantil del paciente, relativo a la muerte de un hermano pequeño, que la madre achacaba al abandono de su marido, y que había dado lugar a violentas explicaciones entre los cónyuges, en las que había sonado una amenaza de separación. Mi hipótesis quedó confirmada por el éxito terapéutico del análisis y la modificación que sobrevino en las relaciones conyugales de mi paciente.

J. Stärcke (1916) nos da cuenta en un ejemplo de cómo los poetas no vacilan en colocar un acto erróneo en lugar de otro intencionado, haciendo al primero causa de las más graves consecuencias.

En uno de los *Apuntes*, de *Hayermans*[646], aparece un ejemplo de acto erróneo, utilizado por el autor como motivo dramático.

El apunte se titula *Tom y Teddie*. En un teatro de variedades trabaja una pareja de buceadores, hombre y mujer, que permanecen bajo el agua largo tiempo, dentro de una piscina de paredes de cristal, y realizan, sumergidos, diferentes habilidades. La mujer es, desde hace poco tiempo antes, la amante de un domador que trabaja en el mismo teatro, y el buceador los ha

sorprendido en el vestuario minutos antes de tener que salir a escena, limitándose, por esta causa, a dirigirles una amenazadora mirada y murmurar: «Luego veremos». La representación comienza. El buzo va aquella noche a presentar su número más difícil, consistente en permanecer «bajo el agua, y encerrado herméticamente en un cajón, dos minutos y medio». Este número lo habían hecho ya varias veces. La caja quedaba cerrada, y Teddie enseñaba la llave, mientras el público comprobaba, reloj en mano, el tiempo que transcurría. Luego dejaba caer un par de veces la llave en la piscina y se tiraba al agua tras ella para no retrasarse cuando llegaba el momento de abrir el cajón.

En esta noche, la del 31 de enero, fue Tom encerrado, como de costumbre, por los pequeños dedos de la alegre y vivaracha mujercita. Tom sonreía detrás de la mirilla del cajón. Ella jugaba con la llave y esperaba la señal para abrir. Entre bastidores se hallaba el domador, con su frac impecable, su corbata blanca y su látigo de montar. Para llamarle la atención dio un breve silbido. Ella miró hacia él, sonrió y, con el gesto torpe de alguien cuya atención se ve distraída, arrojó la llave hacia lo alto con tal fuerza, que cuando terminaban los dos minutos y veinte segundos, bien contados, cayó al lado de la piscina, entre los pliegues de una bandera que disimulaba los pies de la misma. Nadie vio dónde había caído. Desde la sala, la ilusión óptica fue tal, que todos los espectadores vieron caer la llave a través del agua.

Tampoco ninguno de los empleados del teatro se dio cuenta de la verdad, pues el paño de la bandera mitigó el sonido.

Sonriendo y sin vacilar trepó Teddie por las paredes de la piscina. Sonriendo —Tom aguantaba bien—, volvió a bajar. Sonriendo ella desapareció bajo los pies de la piscina para buscar allí la llave, y al no encontrarla en seguida se inclinó hacia la parte anterior de la bandera con un gesto cansado, como si quisiera decir: «¡Ay, Dios mío! ¡Cuánta molestia!»

Entre tanto, Tom seguía haciendo sus cómicos gestos detrás de la mirilla, como si también él se intranquilizase. Se veía blanquear su dentadura postiza y moverse sus labios bajo el bigote recortado y aparecieron las mismas cómicas burbujillas de aire que antes, cuando comió una manzana bajo el agua. Se vio retorcerse y engarabitarse sus pálidos dedos, huesudos, y el

público rió, como ya había reído con frecuencia aquella noche.

Dos minutos y cincuenta y ocho segundos…

Tres minutos y siete segundos…, y doce segundos…

¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo!

En esto surgió cierta intranquilidad en la sala, y el público comenzó a patear al ver que también los criados del domador comenzaban a buscar la llave y que el telón caía antes que la tapa de la caja fuese levantada.

En el escenario aparecieron luego seis bailarinas inglesas. Después, el hombre de los caballitos, los monos y los perros, y así sucesivamente.

Hasta la mañana siguiente no se enteró el público de que había sucedido una desgracia, y que Teddie quedaba viuda y sola en el mundo…

Por lo citado se ve cuán excelentemente ha tenido que comprender el artista la naturaleza de la acción sintomática para presentarnos con tal acierto la profunda causa de la mortal torpeza.”

IX.—ACTOS SINTOMÁTICOS Y CASUALES

LOS actos que hasta ahora hemos descrito y reconocido como ejecuciones de intenciones inconscientes se manifestaban como perturbaciones de otros actos intencionados y se ocultaban bajo la excusa de la torpeza. Los actos casuales de los cuales vamos a tratar ahora no se diferencian de los actos de término erróneo más que en que desprecian apoyarse en una intención consciente y, por tanto, no necesitan excusa ni pretexto alguno para manifestarse. Surgen con una absoluta independencia y son aceptados, naturalmente, porque no se sospecha de ellos finalidad ni intención alguna. Se ejecutan estos actos «sin idea ninguna», por «pura casualidad» o por «entretener en algo las manos», y se confía en que tales explicaciones bastarán a aquel que quiera investigar su significación. Para poder gozar de esta situación excepcional tienen que llenar estos actos, que no requieren ya la torpeza como excusa, determinadas condiciones. Deben, pues, pasar inadvertidos; esto es, no despertar extrañeza ninguna y producir efectos insignificantes.

Tanto en mí mismo como en otras personas he observado un buen número de estos *actos casuales*, y después de examinar con todo cuidado cada una de las observaciones por mí reunidas, opino que pueden denominarse más propiamente *actos sintomáticos*, pues expresan algo que ni el mismo actor sospecha que exista en ellos, y que regularmente no habría de comunicar a los demás, sino, por el contrario, reservaría para sí mismo. Así, pues, estos actos, al igual que todos los otros fenómenos de que hasta ahora hemos tratado, desempeñan el papel de síntomas.

En el tratamiento psicoanalítico de los neuróticos es donde se puede observar mayor número de tales actos, sintomáticos o casuales. Expondré aquí dos ejemplos de dicha procedencia, en los cuales se ve cuán lejana y sutilmente es regida por pensamientos inconscientes la determinación de estos actos tan poco llamativos. La línea de demarcación entre los actos sintomáticos y los de término erróneo es tan indefinida, que los ejemplos que siguen podrían lo mismo haber sido incluidos en el capítulo anterior.

1) Una casada joven me relató durante una sesión del tratamiento psicoanalítico, en la cual debía ir diciendo con libertad todo lo que fuera acudiendo a su mente, que el día anterior, al arreglarse las uñas, «se había herido en la carne al querer empujar la cutícula de una uña para hacerla desaparecer en la raíz de la misma». Este hecho es tan poco interesante, que asombra que la sujeto lo recuerde y lo mencione, induciendo por lo mismo a sospechar se trate de un acto sintomático. El dedo que sufrió el pequeñísimo accidente fue el anular, dedo en el cual se acostumbraba llevar el anillo del matrimonio, y, además, ello sucedió en el día aniversario de la boda de mi cliente, lo cual da la herida de la fina cutícula una significación bien definida y fácil de adivinar. Al mismo tiempo me relató también la paciente un sueño que había tenido y que aludía a la torpeza de su marido y a su propia anestesia como mujer. Mas ¿por qué fue en el anular de la mano izquierda en el que se hirió, siendo en el de la derecha donde se lleva el anillo de matrimonio? Su marido era doctor en Derecho, y siendo ella muchacha había sentido un secreto amor hacia un médico al que se sobrenombraba en broma «Doctor en Izquierdo». También el término «matrimonio de la mano izquierda» tiene una determinada significación.

2) Una joven soltera me dijo en una ocasión lo siguiente: «Ayer he roto,

sin querer, en dos pedazos un billete de cien florines[647] y he dado una de las dos mitades a una señora que había venido a visitarme. ¿Será esto también un acto sintomático?» Examinando el caso aparecieron los siguientes detalles: la interesada dedicaba una parte de su tiempo y de su fortuna a obras benéficas. Una de éstas era que, en unión de otra señora, sufragaba los gastos de la educación de un huérfano. Los cien florines eran la cantidad que dicha otra señora le había enviado para tal objeto, y que ella había metido en un sobre y dejado provisionalmente encima del escritorio.

La visitante, una distinguida dama que colaboraba con ella en otras obras caritativas, había ido a pedirle una lista de nombres de personas de las que se podían solicitar apoyo para tales asuntos. No teniendo otro papel a mano, cogió mi paciente el sobre que estaba encima del escritorio y, sin reflexionar en lo que contenía, lo rompió en dos pedazos, de los cuales dio uno a su amiga con la lista de nombres pedida y conservó el otro con un duplicado de dicha lista. Obsérvese la absoluta inocencia de este inútil manejo. Sabido es que un billete no sufre ninguna minoración en su valor cuando se rompe, siempre que pueda reconstituirse por entero con los pedazos, y no cabía duda de que la señora no tiraría el trozo de sobre, dada la importancia que para ella tenían los nombres en él consignados, ni tampoco cuando descubriera el medio billete se apresuraría a devolverlo.

Pero entonces, ¿qué pensamientos inconscientes habían sido los que habían encontrado su expresión en este acto casual, hecho posible por un olvido? La dama visitante estaba en una bien definida relación con la cura que yo realizaba de la enfermedad que su joven amiga padecía, pues había sido la que me había recomendado como médico a la paciente, la cual, si no me equivoco, se halla muy agradecida a la señora por tal indicación. ¿Debería acaso representar aquel medio billete un pago por su mediación? Esto seguiría siendo aún muy extraño.

Mas a lo anterior se añadió nuevo material. Un día antes había preguntado una mediadora de un género completamente distinto, a un pariente de la joven, si ésta quería conocer a cierto caballero, y a la mañana siguiente, pocas horas antes de la visita de la señora, había llegado una carta de declaración del referido pretendiente, carta que había producido gran regocijo. Cuando la visitante comenzó después la conversación, preguntando por su estado de

salud a mi paciente, pudo ésta muy bien haber pensado: «Tú me recomendaste el médico que me convenía; pero si ahora, y con igual acierto, me ayudases a hallar un marido (y un hijo), te estaría aún más reconocida». Este pensamiento reprimido hizo que se confundieran, en una sola, las dos mediadoras, y la joven alargó a la visitante los honorarios que en su fantasía estaba dispuesta a dar a la otra. Teniendo en cuenta que la tarde anterior había yo hablado a mi paciente de los actos casuales o sintomáticos, se nos mostrará la solución antedicha como la única posible, pues habremos de suponer que la joven aprovechó la primera ocasión que hubo de presentársele para cometer uno de tales actos.

Puede intentarse formar una agrupación de estos actos casuales y sintomáticos, tan extraordinariamente frecuentes, atendiendo a su manera de manifestarse y según sean habituales, regulares en determinadas circunstancias o aislados. Los primeros (como el juguetear con la cadena del reloj, mesarse la barba, etc.), que pueden considerarse como una característica de las personas que lo llevan a cabo, están próximos a los numerosos movimientos llamados «tics», y deben ser tratados en unión de ellos. En el segundo grupo coloco el juguetear con el bastón, trazar garabatos con un lápiz que se tiene en la mano, hacer resonar las monedas en los bolsillos, fabricar bolitas de miga de pan u otras materias plásticas y los mil y un arreglos del propio vestido. Tales jugueteos, cuando se manifiestan durante el tratamiento psíquico, ocultan, por lo regular, un sentido y una significación a los que todo otro medio de expresión ha sido negado. En general, la persona que ejecuta estos actos no se da la menor cuenta de ellos, ni de cuándo continúa ejecutándolos en la misma forma que siempre y cuándo introduce en ellos alguna modificación. Tampoco ve ni oye sus efectos (por ejemplo, el ruido que producen las monedas al. ser revueltas por su mano dentro del bolsillo), y se asombra cuando se le llama la atención sobre ellos. Igualmente significativos y dignos de la atención del médico son todos aquellos arreglos o modificaciones que, sin causa que los justifiquen, suelen hacer en los vestidos. Todo cambio en la acostumbrada manera de vestir, toda pequeña negligencia (por ejemplo, un botón sin abrochar) y todo principio de desnudez quieren expresar algo que el propietario del traje no

desea decir directamente y de lo que, siendo inconsciente de ello, no sabría, en la mayoría de los casos, decir nada. Las circunstancias que rodean la aparición de estos actos casuales, los temas recientemente tratados en la conversación y las ideas que emergen en la mente del sujeto cuando se dirige su atención sobre ellos, proporcionan siempre datos suficientes, tanto para interpretarlos como para comprobar si la interpretación ha sido o no acertada. Por esta razón no apoyaré aquí, como de costumbre, mis afirmaciones con la exposición de ejemplos y de sus análisis correspondientes. Menciono, de todos modos, estos actos, porque opino que en los individuos sanos poseen igual significación que en mis pacientes neuróticos.

No puedo, sin embargo, renunciar a mostrar, por lo menos con un solo ejemplo[648], cuán estrechamente ligado puede estar un acto simbólico habitual con lo más íntimo e importante de la vida de un individuo sano[649].

»Como nos ha enseñado el profesor Freud, el simbolismo desempeña en la vida infantil del individuo normal un papel más importante de lo que anteriores experiencias psicoanalíticas nos habían hecho esperar. A este respecto, posee el corto análisis siguiente un cierto interés, sobre todo por sus caracteres médicos:

Un médico encontró, al arreglar sus muebles y objetos en una nueva casa a la que se había trasladado, un estetoscopio recto de madera. Después de reflexionar un momento sobre dónde habría de colocarlo, se vio impelido a dejarlo a un lado de su mesa de trabajo y precisamente de manera que quedase entre su silla y aquélla en la que acostumbraba hacer sentarse a sus pacientes. Este acto era ya en sí algo extraño, por dos razones: primeramente, dicho médico no necesitaba para nada un estetoscopio (era un neurólogo), y las pocas veces que tenía que emplear tal aparato no utilizaba aquel que había dejado sobre la mesa, sino otro doble; esto es, para ambos oídos. En segundo lugar, tenía todos sus instrumentos profesionales metidos en armarios ex profeso y aquél era el único que había dejado fuera. No pensaba ya en esta cuestión, cuando un día una paciente que no había visto jamás un estetoscopio recto le preguntó qué era aquello. Él se lo dijo, y entonces ella preguntó de nuevo por qué razón lo había colocado precisamente en aquel sitio, a lo cual contestó el médico en el acto que lo mismo le daba que el estetoscopio estuviese allí o en cualquier otro lado. Sin embargo, esto le hizo

pensar si en el fondo de su acto no existiría un motivo inconsciente, y siéndole conocido el método psicoanalítico, decidió investigar la cuestión.

El primer recuerdo que acudió a su memoria fue el de que siendo estudiante de Medicina le había chocado la costumbre observada por un médico del hospital de llevar siempre en la mano su estetoscopio recto, que jamás utilizaba, mientras hacía la visita a los enfermos de su sala. En aquella época había admirado mucho a dicho médico y le había profesado gran afecto. Más tarde, cuando llegó a ser interno en el hospital, adoptó también igual costumbre, y se hubiera sentido a disgusto si por olvido hubiera salido de su cuarto, para pasar la visita, sin llevar en la mano el preciado instrumento. La inutilidad de tal costumbre se mostraba no sólo en el hecho de que el único estetoscopio de que se servía siempre era otro doble, que llevaba en el bolsillo, sino también en que no la interrumpió cuando estuvo practicando en la sala de Cirugía, en la que para nada tenía que usar dicho aparato. La importancia de estas observaciones queda fijada y explicada en cuanto se descubre la naturaleza fálica de este acto simbólico.

El recuerdo siguiente fue el de que siendo niño le había llamado la atención la costumbre del médico de su familia de llevar un estetoscopio recto en el interior de su sombrero. Encontraba entonces interesante que el doctor tuviera siempre a mano su instrumento principal cuando iba a visitar a sus pacientes y que no necesitara más que despojarse del sombrero (esto es, de una parte de su vestimenta) y «sacarlo». Durante su niñez había cobrado extraordinario afecto a este médico, y por medio de un corto autoanálisis descubrió que teniendo tres años y medio había construido una fantasía relativa al nacimiento de una hermanita y consistente en imaginar, primero, que la niña era suya y de su madre, y después, del médico y suya. Así, pues, en esta fantasía desempeñaba él, indistintamente, el papel masculino o el femenino. Recordó también que teniendo seis años había sido examinado por el referido médico y había experimentado una sensación de voluptuosidad al sentir próxima la cabeza del doctor, que le apretaba el estetoscopio contra el pecho mientras él respiraba con un rítmico movimiento de vaivén. A los tres años había padecido una enfermedad crónica del pecho, y tuvo que ser examinado repetidas veces, aunque esto ya no lo recordaba con precisión.

Posteriormente, teniendo ya ocho años, le impresionó mucho la

confidencia que le hizo otro muchacho de más edad de que el médico tenía la costumbre de acostarse con sus pacientes del sexo femenino. Realmente, existía fundamento para este rumor, y lo cierto es que todas las señoras de la vecindad, incluso su propia madre, veían con gran simpatía al joven y elegante doctor. También el médico del ejemplo presente había deseado sexualmente en varias ocasiones a enfermas a las que prestaba su asistencia, se había enamorado de clientes suyas y, por último, había contraído matrimonio con una de éstas. Es apenas dudoso que su identificación inconsciente con el tal doctor fuese la razón principal que le inclinó a dedicarse a la Medicina. Por otros análisis cabe afirmar que éste es, con seguridad, el motivo más frecuente de las vocaciones (aunque es difícil determinar con qué frecuencia). En el caso actual está condicionado doblemente. Primero, por la superioridad en varias ocasiones demostrada del médico sobre el padre del sujeto, del que éste sentía grandes celos, y en segundo lugar, por el conocimiento que el médico poseía de cosas prohibidas y las ocasiones de satisfacción sexual que se le presentaban.

Después apareció en el análisis el recuerdo de un sueño del que ya hemos tratado por extenso en otro lado[650], sueño de clara naturaleza homosexual-masoquista, en el cual un hombre, figura sustitutiva del médico, atacaba al soñador con una «espada». Ésta le recordó una parte de la saga nibelúngica en la que Sigurd coloca su espada desnuda entre él y la dormida Brunilda. Igual situación aparece en la saga de Arthus, también conocida por el sujeto de este ejemplo.

Aquí se aclara ya el sentido del acto sintomático. El médico había colocado el estetoscopio sencillo entre él y sus pacientes femeninas, al igual que Sigurd su espada entre él y la mujer a la que no debía tocar. El acto era una formación transaccional; esto es, obedecía a dos impulsos: ceder en su imaginación al deseo reprimido de entrar en relación sexual con alguna bella paciente y recordarle, al mismo tiempo, que este deseo no podía realizarse. Era, para decirlo así, un escudo mágico contra los ataques de la tentación.

Añadiremos que en nuestro médico, siendo niño, hizo gran impresión el pasaje del *Richelieu*, de lord Lytton, que dice así:

> *Beneath the rule of men entirely great.*

The pen is mightier than the sword[651]

y que ha llegado a ser un fecundo escritor y usa para escribir una gran pluma estilográfica. Al preguntarle yo un día para qué necesitaba una pluma de tal tamaño, me respondió de un modo muy característico: '¡Tengo tantas cosas que expresar!… '

Este análisis nos indica de nuevo lo mucho que los actos 'inocentes' y 'sin sentido alguno' nos permiten adentrarnos en los dominios de la vida psíquica y cuán tempranamente se desarrolla en esa vida psíquica la tendencia a la simbolización.

Puedo también relatar, tomándolo de mi experiencia psicoterápica, un caso en el que una mano que jugaba con un migote de pan tuvo toda la elocuencia de una declaración oral. Mi paciente era un muchacho que no había cumplido aún los trece años y hacía ya dos que padecía una grave histeria. Después de una larga e infructuosa estancia en un establecimiento hidroterápico, decidí someterle al tratamiento psicoanalítico. Suponía yo que el muchacho había hecho descubrimientos sexuales y que, como correspondía a su edad, se hallaba atormentado por interrogaciones de dicho orden; pero me guardé muy bien de acudir en su ayuda con aclaraciones o explicaciones hasta haber puesto a prueba mi hipótesis. Tenía, pues, gran curiosidad por ver cómo y por qué manifestaciones se revelaba en él lo que yo buscaba. En esto me llamó un día la atención ver que amasaba algo entre los dedos de su mano derecha, la metía luego con ello en el bolsillo y seguía dentro de él su manejo, para volver luego a sacarla, etcétera. No le pregunté qué era aquello con que jugaba; pero él mismo me lo mostró abriendo de repente la mano, y vi que era un migote de pan todo sobado y aplastado. A la sesión siguiente volvió a traer su migote; pero entonces se dedicó, mientras conversábamos, a formar con trozos de él unas figuritas que despertaron mi curiosidad y que iba haciendo con increíble rapidez y teniendo cerrados los ojos. Tales figuritas eran, indudablemente, hombrecillos con su cabeza, dos brazos y dos piernas, como los groseros ídolos primitivos; pero tenían además, entre las piernas, un apéndice, al que el muchachito le hacía una larga punta. Apenas había terminado ésta, volvía a amasar el hombrecillo entre sus dedos. Luego, lo

dejó subsistir; mas para ocultar la significación del primer apéndice agregó otro igual en la espalda, y después otro más en diversos sitios. Yo quise demostrarle que le había comprendido, haciéndole imposible al mismo tiempo la excusa de decir que en su actividad creadora no llevaba idea ninguna. Con esta intención le pregunté de repente si se acordaba de la historia de aquel rey romano que dio en su jardín a un enviado de su hijo una respuesta mímica a la consulta que éste le formulaba. El muchachito no quería acordarse de tal anécdota, a pesar de que tenía que haberla leído hacía poco tiempo y, desde luego, mucho más recientemente que yo. Me preguntó si era ésta la historia de aquel esclavo emisario al que se le escribió la respuesta sobre el afeitado cráneo. Le dije que no, que ésa era otra anécdota perteneciente a la historia griega, y le relaté aquélla a que yo me refería. El rey Tarquino el Soberbio había inducido a su hijo Sexto a entrar subrepticiamente en una ciudad latina enemiga. Ya en ella, se había Sexto atraído algunos partidarios, y en este punto mandó a su padre un emisario para que le preguntase qué más debía hacer. El rey no dio al principio respuesta alguna, y llevando al emisario a su jardín, hizo que le repitiese su pregunta y cortó ante él, en silencio, las más altas y bellas flores de adormidera. El enviado no pudo hacer más que contar a Sexto la escena que había presenciado, y Sexto, comprendiendo a su padre, hizo asesinar a los ciudadanos más distinguidos de la plaza enemiga.

Durante mi relato suspendió el muchachito su manejo con la miga de pan, y cuando, al llegar el momento en que el rey lleva al jardín al emisario de su hijo, pronuncié las palabras «cortó en silencio», arrancó con rapidísimo movimiento la cabeza del hombrecillo que conservaba en la mano, demostrando haberme comprendido y darse cuenta de que también yo le había comprendido a él. Podía, pues, interrogarle directamente, y así lo hice, dándole luego las informaciones que deseaba y consiguiendo con ello poner pronto término a su neurosis.

Los actos sintomáticos, que pueden observarse en una casi inagotable abundancia tanto en los individuos sanos como en los enfermos, merecen nuestro interés por más de una razón. Para el médico constituyen inapreciables indicaciones que le marcan su orientación en circunstancias

nuevas o desconocidas, y el hombre observador verá reveladas por ellos todas las cosas y a veces muchas más de las que deseaba saber. Aquel que se halle familiarizado con su interpretación se sentirá en muchas ocasiones semejante al rey Salomón, que, según la leyenda oriental, comprendía el lenguaje de los animales. Un día tuve yo que visitar en casa de una señora a un joven, hijo suyo, al que yo desconocía totalmente. Al encontrarme f rente a él me chocó ver en sus pantalones una gran mancha que por sus bordes rígidos y como almidonados reconocí en seguida ser de clara de huevo. El joven se disculpó, después de un momento de embarazo, diciéndome que por hallarse un poco ronco acababa de tomarse un huevo crudo, cuya resbaladiza albúmina se había vertido sobre su ropa. Para justificar tal afirmación me mostró un plato que había sobre un mueble y que contenía aún una cáscara de huevo. Con esto quedaba explicada la sospechosa mancha; pero cuando la madre nos dejó solos comencé a hablar al joven, dándole las gracias por haber facilitado de tal modo mi diagnóstico, y sin dilación ninguna tomé como materia de nuestro diálogo su confesión de que sufría bajo los efectos perturbadores de la masturbación.

Otra vez fui a visitar a una señora, tan rica como avariciosa y extravagante, que acostumbraba dar al médico el trabajo de buscar su camino a través de un embrollado cúmulo de lamentaciones antes de poder llegar a darse cuenta de los más sencillos fundamentos de su estado. Al entrar en su casa la hallé sentada delante de una mesita y dedicada a hacer pequeñas pilas de monedas de plata. Cuando me vio, se levantó y tiró al suelo algunas monedas. La ayudé a recogerlas, y luego corté sus acostumbradas lamentaciones con la pregunta: «¿Le cuesta a usted ahora mucho dinero su hijo político?» La señora me respondió con una irritada negativa; pero poco después se contradijo, relatándome la lamentable historia de la continua excitación en que la tenían las prodigalidades de su yerno. Después no ha vuelto a llamarme. No puedo afirmar que siempre se gane uno amistades entre aquellas personas a las que se comunica la significación de sus actos sintomáticos.

El doctor J. E. G. van Emden (La Haya) comunica el siguiente caso de

«confesión involuntaria por medio de un acto fallido» [Adición de 1919]:

«Al pagar mi cuenta en un pequeño restaurante de Berlín me afirmó el camarero que el precio de determinado plato había subido diez céntimos a causa de la guerra, a lo cual objeté que dicha elevación no constaba en la lista de precios. El camarero me contestó que ello se debía, sin duda, a una omisión, pero que estaba seguro de que lo que había dicho era cierto. Inmediatamente, y al hacerse cargo del importe de la cuenta, dejó caer por descuido ante mí, y sobre la mesa, una moneda de diez céntimos.

—Ahora es cuando estoy seguro —le dije— que me ha cobrado usted de más. ¿Quiere usted que vaya a comprobarlo a la caja?

—Permítame… Un momento.

Y desapareció presuroso.

Como es natural, no le impedí aquella retirada, y cuando, dos minutos después, volvió, disculpándose con que había confundido aquel plato con otro, le di los diez céntimos discutidos en pago de su contribución a la psicopatología de la vida cotidiana».

Aquel que se dedique a fijar su atención en la conducta de sus congéneres durante las comidas descubrirá en ellos los más interesantes e instructivos actos sintomáticos. [Este párrafo y los cuatro ejemplos siguientes son de 1912.]

El doctor Hans Sachs relata lo siguiente:

«En una ocasión me hallé durante la comida en casa de unos parientes míos que llevaban muchos años de matrimonio. La mujer padecía del estómago y tenía que observar un régimen muy severo. El marido se acababa de servir el asado, y pidió a su mujer, la cual no podía comer de dicho plato, que le alcanzara la mostaza. La señora se dirigió al aparador, lo abrió, y volviendo a la mesa, puso ante su marido la botellita de las gotas medicinales que ella tomaba. Entre el bote en forma de tonel que contenía la mostaza y la pequeña botellita del medicamento no existía la menor semejanza que pudiera explicar el error. Sin embargo, la mujer no notó su equivocación hasta que su marido, riendo, le llamó la atención sobre ella.

El sentido de este acto sintomático no necesita explicación».

El doctor Bernh. Dattner (Viena) comunica un precioso ejemplo de este género, muy hábilmente investigado por el observador:

«Un día me hallaba almorzando en un restaurante con mi colega H., doctor en Filosofía. Hablándome éste de las injusticias que se cometían en los exámenes, indicó de pasada que en la época en que estaba finalizando su carrera había desempeñado el cargo de secretario del embajador y ministro plenipotenciario de Chile. Después —prosiguió— fue trasladado aquel ministro, y yo no me presenté al que vino a sustituirle. Mientras pronunciaba esta última frase se llevó a la boca un pedazo de pastel con la punta del cuchillo; pero con un movimiento desmañado hizo caer el pedazo al suelo. Yo advertí en seguida el oculto sentido de aquel acto sintomático, y exclamé, dirigiéndome a mi colega, nada familiarizado con las cuestiones psicoanalíticas: ‘Ahí ha dejado usted perderse un buen bocado’. Mas él no cayó en que mis palabras podían aplicarse a su acto sintomático, y repitió con vivacidad sorprendente las mismas palabras que yo acababa de pronunciar: ‘Sí; era realmente un buen bocado el que he dejado perderse’. A continuación se desahogó, relatándome con todo detalle las circunstancias de la torpe conducta, que le había hecho perder un puesto tan bien retribuido.

El sentido de este simbólico acto sintomático queda aclarado teniendo en cuenta que, no siendo yo persona de su intimidad, sentía mi colega cierto escrúpulo en ponerme al corriente de su precaria situación económica, y entonces el pensamiento que le ocupaba, pero que no quería expresar, se disfrazó en un acto sintomático, que expresaba simbólicamente lo que tenía que ser ocultado, desahogando así el sujeto su inconsciente».

Los ejemplos que siguen muestran cuán significativo puede ser el acto de llevarnos sin intención aparente pequeños objetos que no nos pertenecen.

1. Doctor B. Dattner:

«Uno de mis colegas fue a hacer su primera visita, después de su matrimonio, a una amiga de su juventud, a la que profesaba gran afecto. Relatándome las circunstancias de esta visita, me expresó su sorpresa por no haber podido cumplir su deliberado propósito de emplear en ella muy pocos momentos. A continuación me contó un extraño acto fallido que en tal ocasión había ejecutado.

El marido de su amiga, que se hallaba presente, buscó en un momento determinado una caja de cerillas que estaba seguro de haber dejado poco antes sobre la mesa. Mi colega había también registrado sus bolsillos para ver si por casualidad 'la había guardado' en ellos.

Por el momento no la encontró; pero algún tiempo después halló, en efecto, que se la había 'metido' en un bolsillo, y al sacarla le chocó la circunstancia de que no contenía más que una sola cerilla.

Un sueño que tuvo dos días después, y en cuyo contenido aparecía el simbolismo de la caja en relación con la referida amiga, confirmó mi explicación de que mi colega reclamaba con su acto sintomático sus derechos de prioridad, y quería representar la exclusividad de su posesión (una sola cerilla dentro)».

2. Doctor Hans Sachs:

«A nuestra criada le gusta muchísimo un pastel que solemos comer de postre. Esta referencia es indudable, pues es el único plato que le sale bien, sin excepción alguna, todas las veces que lo prepara. Un domingo, al servírnoslo a la mesa, lo dejó sobre el trinchero, retiró luego los platos y cubiertos del servicio anterior, colocándolos para llevárselos en la bandeja en que había traído el pastel, y a continuación, en vez de poner éste sobre la mesa, lo colocó encima de la pila de platos que en la bandeja llevaba, y salió con todo ello hacia la cocina. Al principio creímos que había encontrado algo que rectificar en el postre; mas al ver que no volvía, la llamó mi mujer y le pregunto: 'Betty, ¿qué pasa con el pastel?' La muchacha contestó sin comprender: '¿Cómo?' Y tuvimos que explicarle que se había llevado el postre sin servirlo. Lo había puesto en la bandeja, trasladado a la cocina y dejado en ella 'sin darse cuenta'.

Al día siguiente, cuando nos disponíamos a comer lo que del pastel había sobrado la víspera, observó mi mujer que la muchacha había despreciado la parte que de su manjar preferido le correspondía.

Preguntada por qué razón no había probado el pastel, respondió con algún embarazo que no había tenido gana.

La actitud infantil de la criada es muy clara en ambas ocasiones. Primero, la pueril glotonería, que no quiere compartir con nadie el objeto de sus deseos, y luego, la reacción despechada, igualmente pueril: 'Si no me lo dais,

podéis guardarlo todo para vosotros. Ahora ya no lo quiero'».

Los actos casuales o sintomáticos que aparecen en la vida conyugal tienen con frecuencia grave significación y podrían inducir a aquellos que no quieren ocuparse de la psicología de lo inconsciente a creer en los presagios. [Ad. 1907.]

El que una recién casada pierda, aunque sea para volver a encontrarlo enseguida, su anillo de bodas, será siempre un mal augurio para el porvenir del matrimonio. Conozco a una señora, hoy separada de su marido, que en varias ocasiones firmó documentos relativos a la administración de su fortuna con su nombre de soltera, y esto muchos años antes que la separación le hiciera volver a tener que adoptarlo de nuevo. Una vez me hallaba yo en casa de un matrimonio recién casado, y la mujer me contó riendo que al día siguiente a su regreso del viaje de novios había ido a buscar a su hermana soltera para salir con ella de compras, como antes de casarse acostumbraba hacerlo, mientras su marido se hallaba ocupado en sus negocios. De repente había visto venir a un señor por la acera opuesta, y llamando la atención a su hermana, le había dicho: «Mira, ahí va el señor L»., olvidando que tal señor era desde hacía algunas semanas su marido. Al oír esto sentí un escalofrío; pero por entonces no sospeché que pudiera constituir un dato sobre el porvenir de los cónyuges. Años después recordé esta pequeña historia cuando supe que el tal matrimonio había tenido un desdichadísimo fin.

3. A. Maeder [Adición de 1910]:

De los notables trabajos de Alphonse Maeder (Zurich)[652], publicados en lengua francesa, transcribo la siguiente observación, que también hubiera podido ser incluida entre los «olvidos»:

«Una señora nos contaba recientemente que cuando se fue a casar había olvidado probarse el traje de novia y que no se acordó de que tenía que hacerlo hasta las ocho de la noche anterior a la ceremonia nupcial, cuando la costurera desesperaba ya de que fuera a la prueba. Este detalle muestra suficientemente que la novia no cifraba mucha felicidad en ponerse el traje de boda y que trataba de olvidar una representación que le resultaba penosa. Hoy en día se halla divorciada[653]».

Un amigo mío que ha aprendido a atender a los pequeños signos, me contó que la gran actriz Eleonora Duse introducía en la interpretación de uno

de los tipos por ella creados un acto sintomático, lo cual prueba lo por entero que se entregaba a su papel. Se trataba de un drama de adulterio. La mujer, después de una violenta escena con su marido, se halla sola, abstraída en sus pensamientos, y el seductor no ha llegado todavía. En este corto intervalo jugaba la Duse con el anillo nupcial que llevaba al dedo, quitándoselo y poniéndoselo. Con este acto revelaba estar pronta a caer en los brazos del otro. [Ad. 1907.]

4. Theodor Reik [Agregado en 1917]:

Aquí viene bien lo que Th. Reik comunica sobre otros actos sintomáticos en los que el anillo desempeña un principal papel (*Internat. Zeitschrift für Psychoanalyse*, II, 1915):

«Conocemos los actos sintomáticos que llevan a cabo las personas casadas quitándose y poniéndose el anillo de matrimonio. Mi colega M. ejecutó en una ocasión una serie de actos sintomáticos análogos. Una muchacha a quien él quería le había regalado un anillo, diciéndole que no lo perdiera, pues si así sucedía lo consideraría ella como signo de que ya no la amaba. En la época que siguió a este regalo padeció M. una constante preocupación de no perderlo. Si, por ejemplo, se lo quitaba para lavarse las manos, lo dejaba casi siempre olvidado, y a veces necesitaba estar buscándolo mucho tiempo para volver a encontrarlo. Cuando echaba alguna carta en un buzón no podía nunca reprimir un ligero miedo de que sus dedos tropezasen contra los bordes de aquél y se cayera dentro la sortija. Una de estas veces obró, en efecto, tan desmañadamente, que el anillo cayó al fondo del buzón. La carta que echaba cuando esto le ocurrió contenía una despedida a una anterior amada suya, hacia la que se sentía culpable. Al mismo tiempo despertó en él una añoranza de esta mujer, que fue a ponerse en conflicto con su inclinación por el actual objeto de su amor».

En este tema del «anillo» se ve de nuevo cuán difícil es para el psicoanalítico hallar algo nuevo, algo que un poeta no haya sabido antes que él. En la novela *Ante la tormenta*, de Fontane, dice el consejero de Justicia Turgany, presenciando un juego de prendas: «¿Querrán ustedes creer, señoras mías, que en este juego se revelan, al entregar las prendas, los más profundos secretos de la Naturaleza?» Entre los ejemplos con que ratifica su afirmación hay uno que merece especialmente nuestro interés. «Recuerdo —dice— que

una señora, ya *jamona*, mujer de un profesor, se quitó varias veces el anillo de boda para darlo como prenda. Háganme ustedes el favor de figurarse la felicidad conyugal que debía de reinar en aquella casa». Más adelante continúa diciendo: «En la misma reunión se hallaba un señor que no se cansaba de depositar su cortaplumas inglesa —diez hojas, sacacorchos y eslabón— en el regazo de la señora encargada de recoger las prendas, hasta que el tal monstruo de diez hojas, después de haber enganchado y desgarrado varios vestidos de seda, tuvo que desaparecer ante un clamor de indignación general».

5. No ha de extrañarnos que un objeto de tan rica significación simbólica como el anillo sea utilizado en significativos actos fallidos también cuando no tiene el carácter de anillo nupcial o esponsalicio y no representa, por tanto, un lazo erótico. El doctor M. Kardos ha puesto a mi disposición el siguiente ejemplo de un incidente de esta clase:

«Hace varios años que mantengo un ininterrumpido trato con un individuo mucho más joven que yo, el cual participa de mis empeños espirituales y se halla con respecto a mí en relación de discípulo a maestro. Un día le regalé un anillo, que le ha dado ya ocasión de ejecutar varios actos sintomáticos, los cuales han surgido cada vez que en nuestras relaciones ha aparecido alguna circunstancia que ha despertado su disconformidad. Hace poco me comunicó el siguiente caso, especialmente transparente. Había dejado de venir a verme el día que semanalmente teníamos señalado para ello, excusándose con un pretexto cualquiera y siendo la verdadera causa una cita que le había dado una muchacha para aquel mismo día. A la mañana siguiente se dio cuenta, estando ya lejos de su casa, de que no llevaba el anillo que yo le había regalado; pero no se inquietó por ello, suponiendo que lo habría dejado olvidado sobre la mesilla de noche, donde acostumbraba colocarlo al acostarse, y que lo encontraría a su regreso. Mas al volver a casa vio que tampoco se hallaba el anillo en el sitio indicado, y empezó entonces a buscarlo por todas partes, con igual resultado negativo. Por último, se le ocurrió que como solía dejar todas las noches, desde hacía más de un año, el anillo y una navajita en el mismo lugar, podía haber cogido ambas cosas juntas por la mañana y haberse metido también ‘por distracción’ la sortija en el mismo bolsillo que la navaja. En efecto, esto era lo que había sucedido.

»El anillo en el bolsillo del chaleco es el proverbial manejo de todo hombre que se propone engañar a la mujer que se lo regaló. El sentido de culpabilidad que surgió en mi discípulo le indujo primero a un autocastigo (’No eres ya digno de llevar esa sortija’), y en segundo lugar, a la confesión de la pequeña infidelidad cometida, confesión que surgió al relatarme su acto fallido, o sea la pérdida temporal del objeto por mí regalado».

Conozco también el caso de un señor ya de edad madura que se casó con una muchacha muy joven y decidió no salir de viaje en el mismo día, sino pasar la noche de bodas en un hotel de la ciudad. Apenas llegó a éste, advirtió asustado que no llevaba la billetera, en la que había metido el dinero destinado al viaje de bodas, y que, por tanto, la debía haber perdido o dejado olvidada en algún sitio. Por fortuna, pudo aún telefonear a su criado, el cual halló la billetera en su bolsillo del traje que había llevado el novio en la ceremonia y cambiado luego por uno de viaje, y fue en seguida al hotel, entregándosela al recién casado que tan «desprovisto de medios» entraba en la vida matrimonial. En la noche de bodas permaneció también, como él ya lo temía, «desprovisto de medios» (impotente).

Es consolador el pensar que la «pérdida de objetos» constituye una insospechada exención de un acto sintomático y que, por tanto, tiene que resultar, en último término, vista con agrado por una secreta intención del perdidoso. Con frecuencia la pérdida no es más que una expresión de lo poco que se aprecia el objeto perdido o de una secreta repugnancia hacia el mismo o hacia la persona de quien proviene. Sucede también que la tendencia a la pérdida se transfiere al objeto perdido desde otros objetos de mayor importancia y por medio de una asociación simbólica. La pérdida de objetos valiosos sirve de expresión a muy diversas sensaciones y puede representar simbólicamente un pensamiento reprimido —esto es, recordarnos algo que preferiríamos quedase olvidado— o, y esto ante todo, representar un sacrificio a las oscuras potencias del Destino, cuyo culto no se ha extinguido todavía entre nosotros.

Los siguientes ejemplos ilustrarán estas consideraciones sobre la «pérdida de objetos»:

Doctor B. Dattner. [Adición de 1912]:

«Un colega me comunicó que había perdido de un modo especial un

lapicero metálico que poseía hacía ya dos años y al que por su cómodo uso y excelente calidad había tomado cariño. Sometido el caso al análisis, se revelaron los hechos siguientes: el día anterior había recibido una carta extraordinariamente desagradable de su cuñado, carta que terminaba con esta frase: 'Por ahora no tengo ganas ni tiempo de apoyar tu ligereza y tu holgazanería'. La poderosa reacción emotiva que esta carta produjo en mi colega le hizo apresurarse a sacrificar al día siguiente el cómodo lapicero —*regalo* de su cuñado— para no tener que deber favor ninguno».

Una señora, conocida mía, se abstuvo, como es comprensible, de ir al teatro durante su luto por la muerte de su anciana madre. Al faltar ya muy pocos días para el término del año de luto riguroso, se dejó convencer por las reiteradas instancias de sus amigos y adquirió una localidad para una representación de extraordinario interés; pero luego, al llegar al teatro, descubrió que había perdido su billete. Después supuso que lo había tirado en unión del billete del tranvía al bajar de éste. Esta señora se precia, de ordinario, de no perder nunca nada por descuido o distracción, y, por tanto, debe aceptarse la existencia de un motivo en otro caso de «pérdida» que le sucedió, y es el siguiente:

Habiendo llegado a un balneario, decidió hospedarse en una pensión en la que ya había estado otra vez. Recibida como antigua conocida de la casa, fue bien hospedada, y cuando quiso satisfacer el importe de su estancia se le dijo que debía considerarse como invitada, no teniendo, por tanto, nada que pagar, cosa que no lo encontró propio. Sólo se le consintió que dejase una propina destinada a la camarera que le había servido. Para hacerlo así abrió su bolso y extrajo de él un billete, que dejó sobre la mesa de su cuarto. Por la noche el criado de la pensión fue a llevarle otro billete de cinco marcos que había hallado debajo de la mesa y que, según creía la dueña de la pensión, debía de pertenecerle. Este billete tuvo que caer al suelo al sacar del bolso el otro para la camarera. La señora no quería, pues, dejar de pagar su cuenta.

En un largo estudio (*La «pérdida de objetos» como acto sintomático*, en *Zentralblatt f. Psychoanalyse*. I, 10-11) ha declarado Otto Rank, con ayuda de análisis de sueños, la profunda motivación de estos actos y la tendencia sacrificadora que constituye su fundamento[654]. Es muy interesante, en el referido trabajo de Rank, su afirmación de que no sólo el perder objetos

aparece determinado, sino también el encontrarlos. La observación de Rank, que a continuación transcribo, nos da el sentido en que su hipótesis debe comprenderse. Es claro que en los casos de «pérdidas» se conoce el objeto, y, por el contrario, en los de «hallazgos» es aquél el que tiene que ser buscado (*Internat. Zeitschrift fur Psychoanalyse*, III, 1915).

«Una muchacha que dependía económicamente de sus padres deseaba comprarse un objeto de adorno. Al preguntar en una tienda por el precio del objeto deseado se enteró con desilusión de que sobrepasaba la cantidad a que ascendían sus ahorros. Tan sólo dos coronas eran las que le faltaban, privándola de aquella pequeña alegría. Melancólicamente regresó a su casa a través de las calles de la ciudad, llenas de animación en aquella hora crepuscular. En una de las plazas más frecuentadas fijó de pronto su atención —a pesar de que, según decía al relatar el suceso, iba abstraída en sus pensamientos— en un pequeño papel que había en el suelo y sobre el cual acababa de pasar sin haberlo visto antes. Se volvió y lo recogió, viendo con sorpresa que era un billete de dos coronas doblado por la mitad. Su primer pensamiento fue el de que aquel billete se lo había deparado el Destino para que pudiese comprarse el ansiado adorno, y emprendió de nuevo el camino hacia la tienda para seguir aquella indicación de la fortuna. Mas en el mismo momento cambió de intención, pensando que el dinero encontrado es un dinero de buena suerte que no debe gastarse.

El pequeño análisis necesario para la comprensión de este ‘acto casual’ puede llevarse a cabo sin la declaración personal de la interesada y deducirse directamente de los hechos. Entre los pensamientos que ocupaban a la muchacha al regresar a su casa tuvo que figurar en primer término el de su pobreza y estrechez material, pensamiento al que nos es lícito suponer que acompañaría el deseo de ver llegado algo que pusiese término a dicha situación. Por otro lado, la idea de cómo podía llegar con mayor facilidad a la obtención de la suma que le hacía falta para satisfacer su pequeño capricho tuvo que sugerirle la solución más sencilla, o sea la del ‘hallazgo’. De este modo quedó sin inconsciente (o preconsciente) dispuesto a ‘hallar’, aun cuando tal pensamiento no se hizo por completo consciente en ella, por estar ocupada su atención en otras cosas (’iba abstraída en sus pensamientos’). Podemos, pues, afirmar, fundándonos en análisis de otros casos semejantes,

que la ‘disposición a buscar’ *inconsciente* puede conducirnos hasta un resultado positivo mucho antes que una atención conscientemente dirigida. Si no, sería casi inexplicable el que sólo esta persona, entre cientos de transeúntes y yendo además en condiciones desfavorables por la escasa luz crepuscular y la aglomeración, pudiese hacer un hallazgo del que ella misma fue la primera en quedar sorprendida. El extraño hecho de que después del hallazgo del billete, y cuando, por tanto, su disposición había llegado a ser superflua y había ya escapado con toda seguridad a la atención consciente, hiciese la muchacha un nuevo hallazgo, consistente en un pañuelo, antes de llegar a su casa y en una oscura y solitaria calle de las afueras de la ciudad, nos muestra en qué alta medida existía en ella esta inconsciente o preconsciente disposición a encontrar».

Hay que convenir en que precisamente estos actos sintomáticos nos dan a veces el mejor acceso al conocimiento de la íntima vida psíquica del hombre.

Expondré ahora un ejemplo de acto casual que sin necesidad de someterlo al análisis mostró una profunda significación, ejemplo que aclara maravillosamente las condiciones bajo las cuales pueden aparecer tales síntomas sin llamar la atención y del que puede deducirse una observación de gran importancia práctica.

En el curso de un viaje veraniego tuve que pasar unos cuantos días en cierta localidad en espera de que vinieran a reunírseme en ella determinadas personas con las que pensaba proseguir mi viaje. En tales días hice conocimiento con un hombre joven que, como yo, parecía sentirse allí solitario y que se me agregó gustoso. Hallándonos en el mismo hotel, se nos hizo fácil comer juntos y salir juntos a paseo. Al tercer día, después de almorzar, me comunicó de repente que aquella tarde esperaba a su mujer, que llegaría en el expreso. Esto despertó mi interés psicológico, pues me había ya chocado aquella mañana que mi compañero rehusase emprender una excursión algo larga y se negase luego, durante el breve paseo que dimos, a subir por un camino, alegando que era demasiado pendiente y algo peligroso. Paseando luego por la tarde afirmó de pronto que yo tenía que sentir ya apetito y que no debía aplazar mi cena por causa suya, pues él iba a esperar a su mujer y cenaría luego con ella. Yo comprendí la indirecta, y me senté a la mesa, mientras él se dirigía a la estación.

A la mañana siguiente nos volvimos a encontrar en el *hall* del hotel. Me presentó a su mujer y añadió: «Almorzará usted con nosotros, ¿no?» Yo tenía que hacer aún una pequeña comisión en una calle cercana al hotel; pero aseguré que regresaría en seguida. Al entrar luego en el comedor vi que la pareja se había sentado al mismo lado de una pequeña mesa colocada junto a una ventana. Frente a ellos quedaba una única silla, sobre cuyo respaldo y cubriendo el asiento se hallaba un grande y pesado abrigo perteneciente al marido. Yo comprendí en seguida el sentido de esta colocación, inconsciente, pero, por lo mismo, más expresiva. Quería decir: «Aquí no hay sitio para ti. Ya no me haces falta». El marido no se dio cuenta de que yo permanecía en pie ante la mesa sin poder sentarme. La mujer, en cambio, sí lo notó, y dándole con el codo murmuró: «Has ocupado con tu abrigo el sitio del señor».

En este y otros casos análogos me he dicho siempre que los actos inintencionados tienen que ser de continuo un manantial de malas inteligencias en el trato entre los hombres. El que los ejecuta ignora en absoluto la intención a ellos ligada, y no teniéndola, por tanto, en cuenta, no se considera responsable de los mismos. En cambio, el que los observa utiliza, igual que los demás de su interlocutor, para deducir sus intenciones y propósitos, y de este modo llegar a averiguar de sus procesos psíquicos más de lo que aquél está dispuesto a comunicarle o cree haberle comunicado. El adivinado se indigna cuando se le muestran tales conclusiones deducidas de sus actos sintomáticos, y las declara infundadas, puesto que al ejecutar dichos actos le ha faltado la conciencia de la intención, quejándose de mala comprensión por parte de los demás. Observada con detenimiento tal incomprensión, se ve que reposa en el hecho de comprender demasiado bien y demasiado sutilmente.

Cuanto más «nerviosos» son dos hombres, tanto más pronto se darán motivos uno a otro para diferencias que los separan y cuyo fundamento negará cada cual con respecto a sí mismo con la misma seguridad con que lo afirmará para el otro. Éste es el castigo de la insinceridad interior a la que permiten los hombres manifestarse bajo el disfraz de olvidos, actos de término erróneo y actos inintencionados, que sería mejor que se confesasen a sí mismos y confesasen a los demás cuando no pudieran ya dominarlos. Se

puede afirmar, en general, que todos practicamos constantemente análisis psíquicos de nuestros semejantes y que a consecuencia de ello aprendemos a conocerlos mejor que cada uno de ellos a sí mismo. El estudio de las propias acciones y omisiones aparentemente casuales es el mejor camino para llegar a conocerse a sí mismo[655].

De todos los poetas que han escrito algo sobre los pequeños actos sintomáticos y los rendimientos fallidos o los han utilizado en sus obras, ninguno ha reconocido con tanta claridad su secreta naturaleza ni les ha infundido una vida tan inquietante como Strindberg, cuyo genio fue ciertamente auxiliado en esta cuestión por su profunda anormalidad psíquica [Ad. de 1917].

El doctor Karl Weiss (Viena) ha llamado la atención sobre el siguiente trozo de una de las obras de Strindberg (*Internat. Zeitschrift für Psychoanalyse*, I, 1913, pág. 268):

«Al cabo de algún tiempo llegó realmente el conde y se acercó con serenidad a Esther, como si le hubiera dado cita.

—¿Has esperado mucho tiempo? —le preguntó con su voz velada.

—Seis meses; ya lo sabes —respondió Esther—. ¿Me has visto hoy?

—Sí. En el tranvía. Y te miré a los ojos de tal manera, que creía estar hablando contigo.

—Han pasado muchas cosas desde la última vez.

—Sí. Creí que todo había terminado entre nosotros.

—¿Cómo?

—Todos los pequeños regalos que de ti había recibido se fueron rompiendo, y todos ellos de un modo misterioso. Pero esto es una antigua advertencia.

—¿Qué dices? Ahora recuerdo un gran número de casos de esta clase que yo creí casualidad. Una vez me regaló mi abuela unos lentes cuando aún estábamos en buenas relaciones. Eran de cristal de roca y se veía con ellos divinamente: una verdadera maravilla que yo trataba con todo cuidado. Un día *rompí* con la anciana, y ésta me tomó odio… La primera vez que después de esto me puse los lentes se cayeron los cristales sin causa ninguna. Creí en un simple desperfecto, y los mandé arreglar. Pero no; siguieron rehusando prestar su servicio, y tuve que relegarlos a un cajón, del que luego

desaparecieron.

—Es extraño que todo aquello que a los ojos se refiere sea lo que muestra una más sensible naturaleza. Un amigo me regaló una vez unos gemelos de teatro. Se adaptaban tan bien a mi vista, que era un placer para mí el usarlos. Mi amigo y yo nos convertimos en enemigos. Ya sabes tú que a esto se llega sin causa visible, como si le pareciese a uno que ya no se debe seguir unidos. Al querer utilizar después los gemelos me fue imposible ver claramente con ellos. El eje transversal resultaba corto, y ante mis ojos aparecían dos imágenes. No necesito decirte que ni el eje se había acortado ni tampoco había crecido la distancia entre mis ojos. Es un milagro que sucede todos los días y que los malos observadores no notan. ¿Explicación? *La fuerza psíquica del odio es mayor de lo que creemos*. La sortija que me diste ha perdido su piedra y no se deja reparar, no se deja. ¿Quieres ahora separarte de mí?…» (*Las habitaciones góticas*, pág. 258.)

También en el campo de los actos sintomáticos tiene que ceder la observación psíquica la prioridad a los poetas y no puede hacer más que repetir lo que éstos han dicho ya hace mucho tiempo. El señor Wilhelm Stross me llamó la atención sobre el siguiente trozo del *Tristram Shandy*, la conocida novela humorística de Lawrence Sterne (IV parte, cap. V):

«Y no me extraña nada que Gregorio Nacianceno, al observar los gestos rápidos y fugitivos de Juliano, predijese su apostasía. Ni que San Ambrosio despidiese a su amanuense por los incorrectos movimientos de su cabeza, que iba y venía como un látigo de trillar. Ni que Demócrito notase en seguida que Protágoras era un sabio por el hecho de ver cómo al hacer un haz de leña ponía los sarmientos más finos en medio. Hay mil rendijas que pasan así inadvertidas —continuó mi padre—, a través de las cuales una mirada penetrante puede descubrir de una vez el alma, y yo afirmo —añadió— que un hombre razonable no puede dejar su sombrero al entrar en una habitación o cogerlo para marcharse sin que se le escape algo que nos revele su íntimo ser».

[Adición de 1907.] He aquí aún una pequeña colección de diversos actos sintomáticos observados tanto en individuos sanos como neuróticos: un colega mío, ya de edad avanzada y al que disgusta mucho perder en los juegos de naipes, perdió una noche una crecida suma, que pagó sin

lamentarse, pero dejando transparentar un particular estado de ánimo. Después de su marcha se descubrió que había dejado sobre la mesa casi todo lo que llevaba en los bolsillos: los lentes, la petaca y el pañuelo. Este olvido debe ser traducido en la forma siguiente: «¡Bandidos! ¡Me habéis saqueado!»

Un sujeto que padecía de impotencia sexual en algunas ocasiones, pero no crónicamente, impotencia que tenía su origen en la intimidad de sus relaciones infantiles con su madre, me comunicó que tenía la costumbre de ornar algunos escritos y notas con una S, letra inicial del nombre de aquélla, y que no podía tolerar que las cartas que recibía de su casa anduviesen revueltas sobre su mesa con otra clase de correspondencia *non sancta*, sintiéndose forzado a conservar las primeras en sitio aparte.

Una señora joven abrió de repente un día la puerta del cuarto en el que recibo a mis pacientes antes que saliera de él la enferma que la precedía. En el acto se excusó diciendo lo había hecho «sin pensar», pero pronto se descubrió que le había impulsado a ello la misma curiosidad que en su infancia la llevaba a penetrar repentinamente en la alcoba de sus padres. Aquellas muchachas que están orgullosas de su bella cabellera saben siempre enredar tan hábilmente con sus horquillas y peinetas, que consiguen que en medio de la conversación se les suelte el pelo.

Muchos individuos que durante un reconocimiento o tratamiento médicos tienen que permanecer echados suelen desparramar por el suelo una cantidad mayor o menor de dinero que llevan en el bolsillo del pantalón, pagando así, según en lo que estiman, el trabajo del médico. Aquel que olvida en casa del médico algún objeto: lentes, guantes, bolsillo, etc., manifiesta con ello un sentimiento de gratitud o simpatía y su deseo de volver nuevamente. E. Jones dice: «Se puede medir el éxito con que un médico practica la psicoterapia por la colección que en un mes pueda hacer de sombrillas y paraguas, pañuelos y carteras olvidados en su casa por los clientes». Los más pequeños actos habituales llevados a cabo con un mínimo de atención, tales como dar cuerda al reloj antes de acostarse, apagar la luz al salir de una habitación, etc., están sometidos ocasionalmente a perturbaciones que demuestran la influencia de los complejos inconscientes sobre aquellas «costumbres» que se tienen por más arraigadas. Maeder relata en la revista *Coenobium* el caso de un médico interno de un hospital, que, estando de guardia y no debiendo abandonar su

puesto, tuvo que hacerlo, sin embargo, por reclamarle en otro lado un asunto de importancia. Cuando volvió notó con sorpresa que había luz en su cuarto. Al salir se le había olvidado apagarla, cosa que jamás le había ocurrido antes. Reflexionando sobre el caso, halló en seguida el motivo a que obedecía su olvido. El director del hospital, que residía en él, debía deducir de la iluminación del cuarto de su interno la presencia de éste. Un individuo, abrumado de preocupaciones y sujeto a temporales depresiones de ánimo, me aseguró que cuando por la noche se acostaba cansado de lo duro y penoso de su vida hallaba siempre, al despertarse por la mañana, que se le había parado el reloj por haberse olvidado de darle cuerda. Con tal olvido simbolizaba su indiferencia de vivir o no al día siguiente. Otro sujeto [Ad. de 1912] al que no conozco personalmente, me escribió: «Habiéndome ocurrido una dolorosa desgracia, se me pareció la vida tan penosa y desagradable que me imaginaba no hallar fuerza suficiente para mantenerme vivo al siguiente día, y en esta época me di cuenta de que casi a diario me olvidaba de dar cuerda al reloj, cosa que nunca había omitido y que llevaba a cabo mecánicamente al acostarme. Sólo me acordaba de hacerlo cuando al siguiente día tenía alguna ocupación importante o de gran interés para mí. ¿Será esto también un acto sintomático? No podría, si no, explicármelo». Aquel que, como Jung (*Sobre la psicología de la «dementia praecox»*, 1902, pág. 62), o como Maeder (*Une voie nouvelle en Psychologie: Freud et son école*, en *Coenobium*, Lugano, 1909), quiera tomarse el trabajo de prestar atención a las melodías que se tararean al descuido y sin intención hallará regularmente la relación existente entre el texto de la melodía y un tema que ocupa el pensamiento de la persona que la canta.

También la sutil determinación de la expresión del pensamiento en el discurso o en la escritura merece una observación cuidadosa. En general, se cree poder elegir las palabras con que revestir nuestro pensamiento o la imagen que ha dé representarlo. Una más cuidadosa observación muestra tanto la existencia de otras consideraciones que deciden tal elección como también que en la forma en que se traduce el pensamiento se transparenta a veces un sentido más profundo y que el orador y escritor no se ha propuesto expresar. Las imágenes y modos de expresión de que una persona hace uso preferente no son, en la mayoría de los casos, indiferentes para la formación

de un juicio sobre ella, y en ocasiones se muestran como alusiones a un tema que por el momento se retiene en último término, porque ha impresionado honradamente al orador. En una determinada época oí usar varias veces a un sujeto, en el curso de conversaciones teóricas, la expresión «Cuando le pasa a uno algo de repente por la cabeza». No me extrañó ver esta locución repetidas veces en boca del referido sujeto, pues sabía que poco tiempo antes había recibido la noticia de que un proyectil ruso había atravesado de parte a parte el gorro de campaña de su hijo[656].

X.—ERRORES

LOS errores de la memoria no se distinguen de los olvidos acompañados de recuerdo erróneo más que en un solo rasgo, esto es, en que el error (el recuerdo erróneo) no es reconocido como tal, sino aceptado como cierto. El uso del término «error» parece, sin embargo, depender todavía de otra condición. Hablamos de «errar» y no de «recordar erróneamente» en aquellos casos en que el material psíquico que se trata de reproducir posee el carácter de realidad objetiva, esto es, cuando lo que se quiere recordar es algo distinto de un hecho de nuestra vida psíquica propia, algo más bien que puede ser sometido a una confirmación o una refutación por la memoria de otras personas. Lo contrario a un error de memoria está constituido, en este sentido, por la ignorancia.

En mi libro *La interpretación de los sueños* me hice responsable de una serie de errores en citas históricas y, sobre todo, en la exposición de algunos hechos, errores de los que con gran sorpresa me di cuenta una vez ya publicada la obra. Después de examinarlos hallé que no eran imputables a ignorancia mía, sino que constituían errores de memoria explicables por medio del análisis.

1) En una de sus páginas señalé como lugar natal de *Schiller* la ciudad alemana de *Marburg*, nombre que lleva también una ciudad de Estiria. El error se encuentra en el análisis de un sueño que tuve durante una noche de viaje, y del cual me despertó la voz del empleado, que gritaba: *¡Marburg!*, al

llegar el tren a dicha estación. En el contenido de este sueño se preguntaba por un libro de *Schiller*. Éste no nació en la ciudad universitaria de *Marburg*, sino en una ciudad de Suabia llamada *Marbach*, cosa que jamás he ignorado.

2) En otro lugar se dice que Asdrúbal era el padre de Aníbal. Este error me irritó especialmente; pero, en cambio, fue el que más me confirmó en mi concepción de tales equivocaciones. Pocos lectores de mi libro estarán tan familiarizados como yo con la historia de los Barquidas, y, sin embargo, cometí ese error al escribir mi obra y no lo rectifiqué en las pruebas que por tres veces repasé con todo cuidado. El nombre del padre de Aníbal era Amílcar Barcar. Asdrúbal era el de su hermano y también el de su cuñado y predecesor en el mando de los ejércitos.

3) También afirmé por error que *Zeus* había castrado y arrojado del trono a su padre, *Cronos*. Por error retrasé ese crimen en una generación, pues, según la mitología griega, fue *Cronos* quien lo cometió en la persona de su padre, Urano[657].

¿Cómo se explica que mi memoria me suministrara sobre estos puntos datos erróneos, cuando, como pueden comprobar los lectores de mi libro, puso acertadamente a mi disposición en todo lo demás los materiales más remotos y poco comunes? ¿Y cómo pudieron escapárseme tales errores, como si estuviera ciego, en las tres cuidadosas correcciones de pruebas que llevé a cabo?

Goethe dijo de Lichtenberg: «Allí donde dice una chanza, yace oculto un problema». Algo análogo podría afirmarse de los trozos de mi libro antes transcritos: «Allí donde aparece un error, yace detrás una represión», o, mejor dicho, una insinceridad, una desfiguración de la verdad, basada, en último término, en un material reprimido. En efecto, en los análisis de los sueños que en dicha obra se exponen me había visto obligado, por la desnuda naturaleza de los temas a los que se referían los pensamientos del sueño, a interrumpir algunos análisis antes de llegar a su término verdadero, y otras veces a mitigar la osadía de un detalle indiscreto, desfigurándolo ligeramente. No podía obrar de otra manera ni cabía llevar a cabo selección ninguna si quería exponer ejemplos e ilustraciones. Ésta mi forzada situación provenía necesariamente de la particularidad de los sueños de dar expresión a lo reprimido, esto es, a lo incapaz de devenir consciente. A pesar de todo, quedó

en mi libro lo suficiente para que espíritus más delicados se sintiesen ofendidos. La desfiguración u ocultación de los pensamientos que quedaban sin exponer y que yo conocía no pudo ser ejecutada sin dejar alguna huella. Lo que yo no quería decir consiguió con frecuencia abrirse camino, contra mi voluntad, hasta lo que había admitido como comunicable y se manifestó en ello en forma de errores que pasaron inadvertidos para mí. Los tres casos citados se refieren al mismo tema fundamental, y los errores son resultantes de pensamientos reprimidos relacionados con mi difunto padre.

1) Aquel que lea en uno de los sueños analizados encontrará francamente expuesto en parte, y podrá en parte adivinarlo por las indicaciones que allí constan, que interrumpí el análisis al llegar a pensamientos que hubieran contenido una poco favorable crítica de la persona de mi padre. En la continuación de esta cadena de pensamientos y recuerdos yace una enfadosa historia, en la cual desempeñan principal papel unos libros y un compañero de negocios de mi padre llamado Marburg, nombre igual al de la estación de la línea de ferrocarriles del Sur, con el que me despertó el empleado del tren. En el análisis expuesto en mi libro quise suprimir, tanto para mí mismo como para mis lectores, al tal señor Marburg, el cual se vengó introduciéndose luego en donde nada tenía que hacer y transformando *Marbach*, nombre de la ciudad natal de Schiller, en *Marburg*.

2) El error de escribir Asdrúbal en vez de Aníbal, esto es, el nombre del hermano en lugar del del padre, se produjo por una asociación con determinadas fantasías relacionadas con Aníbal, construidas por mi imaginación en mis sueños de colegial, y con mi disgusto por la conducta de mi padre ante los «enemigos de nuestro pueblo». Podía haber proseguido y haber contado la transformación acaecida en mis relaciones con mi padre a causa de un viaje que hice a Inglaterra y en el que conocí a mi hermanastro, nacido de un anterior matrimonio de mi padre. Mi hermanastro tenía un hijo de mi misma edad, y mis fantasías imaginativas sobre cuán distinta sería mi situación si en vez de hijo de mi padre lo fuese de mi hermanastro no encontraron, por tanto, obstáculo ninguno referente a la cuestión de la edad. Estas fantasías reprimidas fueron las que falsearon, en el lugar en que interrumpí el análisis, el texto de mi libro, obligándome a escribir el nombre del hermano en lugar del del padre.

3) Atribuyo asimismo a la influencia de recuerdos referentes a mi hermanastro el haber retrasado en una generación el mitológico crimen de las deidades griegas. De las advertencias que mi hermanastro me hizo hubo una que retuve durante mucho tiempo en mi memoria. «No olvides —me dijo—, para regir tu conducta en la vida, que perteneces no a la generación siguiente a tu padre, sino a la otra inmediata posterior». Nuestro padre se había vuelto a casar ya en edad avanzada y llevaba, por tanto, muchos años a los hijos que tuvo en este segundo matrimonio. El error mencionado fue cometido por mí en un lugar de mi libro en que hablo precisamente del amor entre padres e hijos.

Me ha sucedido también algunas veces que amigos o pacientes, cuyos sueños había yo relatado o a los que aludía en análisis de otros sueños, me han advertido que en la exposición de mis investigaciones habían hallado algunas inexactitudes. Éstas consistían también siempre en errores históricos. Al examinar y rectificar estos casos me he convencido de que mi recuerdo de los hechos no se mostraba infiel más que en aquellas ocasiones en las que en la exposición del análisis había desfigurado u ocultado algo intencionadamente. Así, pues, también hallamos aquí un *error inadvertido como sustitutivo de una ocultación o represión intencionadas*.

De estos errores originados por una represión hay que distinguir otros debidos a ignorancia real. Así, fue debido a ignorancia el que durante una excursión por Wachau creyera, al llegar a una localidad, que se trataba de la residencia del revolucionario *Fischhof*. En efecto, el lugar donde residía *Fischhof se*, llamaba también *Emmersdorf* pero no estaba situado en Wachau, sino en *Corintia*. Pero esto no lo sabía yo.

4)[658] He aquí otro error vergonzoso, pero muy instructivo y que puede considerarse como un ejemplo de ignorancia temporal. Un paciente me recordó un día mi promesa de darle dos libros que yo poseía sobre Venecia, ciudad que iba a visitar en un viaje que pensaba hacer durante las vacaciones de Pascua. Yo le respondí que ya los tenía separados para entregárselos y fui a mi biblioteca para cogerlos. La verdad era que se me había olvidado buscarlos, pues no estaba muy conforme con el viaje de mi paciente, que me parecía una innecesaria interrupción del tratamiento y una pérdida económica para el médico. Al llegar a mi biblioteca eché un rápido vistazo sobre los

libros para tratar de hallar los dos que había prometido prestar a mi cliente. Encontré uno titulado *Venecia, ciudad de arle*, y luego, queriendo buscar otra obra histórica, cogí un libro titulado *Los Médicis* y salí con ambos de la biblioteca para regresar a ella inmediatamente, avergonzado de mi error al haber creído por un momento que los Médicis tenían algo que ver con Venecia, a pesar de saber perfectamente lo contrario. Dado que había hecho ver a mi paciente sus propios actos sintomáticos, no tuve más remedio que salvar mi autoridad, que obrar con justicia y confesarle honradamente los ocultos motivos del disgusto que su viaje me causaba.

Puede admirarse, en general, el hecho de que el impulso de decir la verdad es en los hombres mucho más fuerte de lo que se acostumbra creer. Quizá sea una consecuencia de mi ocupación con el psicoanálisis la dificultad que experimento para mentir. En cuanto trato de desfigurar algo, sucumbo a un error o a otro funcionamiento fallido cualquiera, por medio del que se revela mi insinceridad, como en los ejemplos anteriores ha podido verse.

El mecanismo del error parece ser el más superficial de todos los de los funcionamientos fallidos, pues la emergencia del error muestra, en general, que la actividad psíquica correspondiente ha tenido que luchar con una influencia perturbadora, pero sin que haya quedado determinada la naturaleza del error por la de la idea perturbadora, que permanece oculta en la oscuridad. Añadiremos aquí que en muchos casos sencillos de equivocaciones orales o gráficas debe admitirse el mismo estado de cosas. Cada vez que al hablar o al escribir nos equivocamos, debemos deducir la existencia de una perturbación causada por procesos psíquicos exteriores a la intención; pero hay también que admitir que la equivocación oral o gráfica sigue con frecuencia las leyes de la analogía, de la comodidad o de una tendencia a la aceleración, sin que el elemento perturbador consiga imprimir su carácter propio a las equivocaciones resultantes. El apoyo del material lingüístico es lo que hace posible la determinación de la falla, al mismo tiempo que le señala un límite.

Para que consten aquí algunos ejemplos de errores que no sean exclusivamente los míos personales, citaré todavía unos cuantos, que hubiera podido incluir igualmente entre las equivocaciones orales o los actos de término erróneo, pero que, dada la equivalencia de todas estas clases de rendimientos fallidos, no importa que sean incluidos en cualquiera de ellas.

5) En una ocasión prohibí a un paciente mío que hablara por teléfono con su amante, con la que él mismo deseaba romper, para evitar que cada nueva conversación hiciera más difícil la lucha interior que sostenía. Estaba ya decidido a comunicarle por escrito su irrevocable decisión, pero encontraba dificultades para hacer llegar la carta a sus manos. En esta situación, me visitó un día a la una de la tarde para comunicarme que había encontrado un medio de salvar dichas dificultades y preguntarme, entre otras cosas, si le permitía referirse a mi autoridad médica. A las dos, hallándose escribiendo la carta de ruptura, se interrumpió de repente y dijo a su madre: «Se me ha olvidado preguntar al doctor si debo dar su nombre en la carta». A continuación fue al teléfono, pidió un número y, cuando le pusieron en comunicación, preguntó: «¿Podría decirme si el señor doctor recibe en consulta después del almuerzo?» La respuesta fue un asombrado «¿Te has vuelto loco, Adolfo?», pronunciado con aquella voz que yo le había prohibido volver a oír. Se había «equivocado» al pedir la comunicación y había dado el número de su amante en vez del número del médico.

6)[659] Una señora joven tenía que visitar a una amiga suya, recién casada, que vivía en la calle de Habsburgo (*Habsburgergasse*). Al referirse a esto durante la comida se equivocó y dijo que tenía que ir a la *calle* de Babenberg (*Babenbergergasse*). Sus familiares se echaron a reír al oírla, haciéndole notar su error, o, si se quiere, su equivocación oral. Dos días antes se había proclamado la República en Viena; los colores nacionales, amarillo y negro, habían sido sustituidos por los antiguos[660], rojo, blanco, rojo, y los *Habsburgos* habían sido destronados. La señora introdujo esta modificación en las señas de su amiga. En efecto, existe en Viena, y es muy conocida, una *avenida* de Babenberg (*Babenbergerstrasse*), pero ningún vienés la denominaría *calle (Gasse).*

7) En un lugar de veraneo, el maestro de escuela, un joven pobre como las ratas, pero de apuesta figura, hizo la corte a la hija de un propietario de la ciudad, que poseía allí una villa, consiguiendo enamorar a la muchacha de tal modo, que logró arrancar a sus padres el consentimiento para la boda, a pesar de la diferencia de posición y raza existente entre los novios. Así las cosas, el maestro escribió a su hermano una carta en la que le decía lo siguiente: «La tal muchacha no es nada bonita, pero sí muy amable, y con ello me basta. Lo

que no te puedo decir aún es si me decidiré o no a casarme con una judía». Esta carta llegó a manos de la novia al mismo tiempo que el hermano se quedaba asombrado ante las ternezas amorosas que contenía la carta por él recibida. El que me relató este caso me aseguró que se trataba realmente de un error y no de una astucia encaminada a provocar la ruptura. También he conocido otro caso similar, en el que una anciana señora, descontenta de su médico y no queriendo decírselo francamente, utilizó este medio de cambiar las cartas para alcanzar su objeto, y esta vez sí puedo testimoniar que fue el error y no una astucia consciente lo que se sirvió de la conocida estratagema de comedia.

8)[661] Brill relata el caso de una señora que, al preguntar a otra por la salud de una amiga común, la designó por su nombre de soltera. Al llamarle la atención sobre su error tuvo que confesar que no le era simpático el marido de su amiga y que el matrimonio de ésta le había disgustado.

9) Un caso de error que puede ser también considerado como de equivocación oral: Un hombre joven fue a inscribir en el Registro el nacimiento de su segunda hija. Preguntado por el nombre que le iba a poner, respondió que Ana, a lo cual repuso el empleado que cómo le ponía el mismo que a su primera hija. Como puede comprenderse, no era ésta su intención y rectificó el nombre en el acto, debiendo deducirse de tal error que la segunda hija no había sido tan bien recibida como la primera.

10)[662] Añado aquí algunas otras observaciones de cambio de nombres, que pudieran también haber sido incluidas en otros capítulos de este libro.

Una señora tenía tres hijas, de las cuales dos se hallaban casadas hacía ya largo tiempo, mientras que la tercera esperaba aún la llegada del marido que el Destino le designase. Una amiga suya había hecho a las hijas casadas, en ocasión de su matrimonio, un igual regalo, consistente en un valioso servicio de plata para té. Siempre que la madre hablaba de este utensilio nombrada equivocadamente como dueña de él a la hija soltera. Se ve con toda claridad que este error expresa el deseo de la madre de ver casada a la hija que le queda. Supone, además, que también había de recibir el mismo regalo de boda.

Análogamente fáciles de interpretar son los frecuentes casos en que una madre confunde los nombres de sus hijas, hijos, yernos y nueras.

11) De una autoobservación del señor J. G., verificada durante su estancia en un sanatorio, tomo el siguiente precioso ejemplo de tenaz confusión de nombres:

«Mientras cenaba en el sanatorio dirigí, en el curso de una conversación que me interesaba poco y que era llevada en un tono por completo superficial, una frase especialmente amable a mi vecina de mesa. Ésta, una soltera ya algo madura, no pudo por menos de observar que aquella frase mía era una excepción, pues no solía mostrarme de costumbre tan amable y galante con ella; observación que era, por un lado, muestra de sentimiento y, por otro, un alfilerazo dirigido a otra muchacha que ambos conocíamos y a la que yo solía mostrar más atención.

Como es natural, comprendió en seguida la alusión. En el transcurso de la conversación que después se desarrolló tuve que hacerme llamar varias veces la atención por mi interlocutora, cosa que me fue harto penosa, por haber confundido su nombre con el de la otra muchacha, a la que no sin razón consideraba ella como su feliz rival».

12)[663] Como un caso de «error» expondré aquí un suceso, grave en el fondo, que me fue relatado por un testigo presencial. Una señora había estado paseando por la noche con su marido y dos amigos de éste. Uno de estos últimos era su amante, circunstancia que los otros dos personajes ignoraban y no debían descubrir jamás. Los dos amigos acompañaron al matrimonio hasta la puerta de su casa y comenzaron a despedirse mientras esperaban que vinieran a abrir la puerta. La señora saludó a uno de los amigos dándole la mano y dirigiéndole unas palabras de cortesía. Luego se cogió del brazo de su amante y, volviéndose a su marido, quiso despedirse de él en la misma forma. El marido entró en la situación y, quitándose el sombrero, dijo con exquisita cortesía: «A los pies de usted, señora». La mujer, asustada, se desprendió del brazo del amante y, antes que se abriera la puerta de su casa, tuvo aún tiempo de decir: «¡Parece mentira que pueda pasarle a uno una cosa así!» El marido era de aquellos que tienen por imposible una infidelidad de su mujer. Repetidas veces había jurado que en un caso tal peligraría más de una vida. Así, pues, poseía los más fuertes obstáculos internos para llegar a darse cuenta del desafío que el error de su mujer constituía.

13)[664] He aquí un error cometido por un paciente mío y que, por

repetirse después en sentido inverso, resulta especialmente instructivo: Tras una larga lucha interior se había decidido el joven a contraer matrimonio con una muchacha que le quería y a la que también él amaba. El día en que le comunicó su resolución la acompañó hasta su casa, se despidió de ella y tomó un tranvía, en el cual pidió al cobrador *dos boletos*. Medio año después, ya casado, siente que no puede acostumbrarse a la vida conyugal, duda de si ha hecho bien en casarse, echa de menos sus amistades de soltero y tiene mil cosas que reprochar a sus suegros. Una tarde fue a casa de éstos a recoger a su mujer, subió con ella en un tranvía y al acercarse al cobrador le pidió *un solo boleto*.

14)[665] Maedernos relata un precioso ejemplo de cómo por medio de un error puede satisfacerse un deseo reprimido a disgusto («Nouvelles contributions», etcétera, en *Arch, de Psych*., VI, 1908): «Un colega deseaba gozar por entero, y sin tener que ocuparse de nada, de un día de vacaciones, pero tenía precisamente que hacer una visita poco agradable en Lucerna, y después de largas vacilaciones se decidió ir a dicha ciudad. Para distraerse durante el viaje de Zurich a Goldau se puso a leer los periódicos. Al llegar a Goldau cambió de tren y prosiguió su lectura. Ya en marcha el tren, el revisor le advirtió que se había equivocado en el transbordo y, en vez de tomar el tren que iba a Lucerna, había subido en otro que regresaba a Zurich».

15) El doctor V. Tausk comunica, bajo el título *Rutas falsas*, un intento análogo, pero fracasado, de realización de un deseo reprimido por medio de un error (*Internat. Zeitschrift f. derztl. Psychoanalyse*, IV, 1916-17):

«Durante la campaña vine una vez desde el frente a Viena con permiso, y un antiguo cliente mío que se enteró de mi estancia en la capital me avisó para que fuese a visitarle, pues se hallaba enfermo en cama. Accedí a su petición y fui a verle, permaneciendo dos horas en su casa. Al despedirme me preguntó el enfermo cuánto me debía por mi visita.

—Estoy aquí sólo por unos días, hasta que acabe mi permiso —le contesté—, y no visito ni ejerzo mi profesión durante ellos. Considere usted mi visita como un servicio amistoso.

El enfermo vaciló en aceptar mi oferta, sintiendo que no tenía derecho a considerar un servicio profesional como un favor gratuito; pero, por último, se decidió a hacerlo así, expresando, con una cortesía que le dictó su

satisfacción ante el ahorro de su dinero, que, siendo yo perito en psicoanálisis, debía obrar siempre con acierto.

A mí mismo me entraron también pocos momentos después ciertas sospechas sobre la sinceridad de mi generosa conducta, y asaltado de dudas —que apenas admitían una solución equívoca—, tomé el tranvía eléctrico de la línea X. Después de un corto viaje en éste tranvía debía apearme de él para tomar el de la línea Y. Mientras esperaba que llegase este último olvidé la cuestión de mis honorarios y comencé a pensar en los síntomas que el paciente presentaba. Entre tanto llegó el tranvía que yo esperaba y monté en él. Mas en la primera parada tuve que apearme, pues, por error y sin darme cuenta, había tomado, en vez de un tranvía de la línea Y, uno de la línea X, que pasaba en dirección contraria y me hacía regresar, por tanto, hacia la casa del paciente al que no había querido cobrar honorarios ningunos. *Mi inconsciente, en cambio, quería ir a buscar tales honorarios*».

16) En una ocasión llevé yo también a cabo una habilidad semejante a la del sujeto del ejemplo 14. Había prometido a mi hermano mayor irle a visitar durante el verano a una playa de la costa inglesa en la que él se hallaba, y dado el poco tiempo de que podía disponer, me había obligado a hacer el viaje por el camino más corto y a no detenerme en ningún punto. Pedí a mi hermano que me concediera quedarme un día en Holanda, pero me lo negó, diciendo que después, al regresar, podía hacer lo que me pareciese. Así, pues, emprendí mi viaje desde Munich, pasando por Colonia, hasta Rotterdam y Hook, de donde, a medianoche, salía un barco para Harwich. En Colonia tenía que cambiar de tren, para tomar el rápido de Rotterdam. Descendí de mi vagón y me puse a buscar dicho rápido, sin lograr descubrirlo en parte alguna. Pregunté a varios empleados, fui enviado de un andén para otro, caí en una exagerada desesperación y, al cabo de todo esto, pude suponer que durante mis vanas investigaciones debía ya de haber salido el tren buscado. Cuando ello me fue confirmado reflexioné si debía quedarme aquella noche en Colonia, cosa a la que, entre otros motivos, me inducía un sentimiento familiar, pues, según una vieja tradición nuestra, unos antepasados míos se habían refugiado en esta ciudad huyendo de una persecución contra los judíos. Sin embargo, resolví tomar un tren posterior para Rotterdam, adonde llegué muy entrada la noche, y, por tanto, tuve que pasar todo el día siguiente

en Holanda. Esta estancia me permitió realizar un deseo que abrigaba hacía ya mucho tiempo: el de admirar los magníficos cuadros de Rembrandt existentes en La Haya y en el Museo Real de Amsterdam. Hasta la mañana siguiente, cuando, durante el viaje en un tren inglés, pude resumir mis impresiones, no surgió en mí el indudable recuerdo de haber visto en la estación de Colonia, a pocos pasos del sitio donde me apeé del tren y en el mismo andén, un gran cartel con la indicación «Rotterdam-Hook de Holanda». Allí esperaba con seguridad el tren en el que había debido continuar mi viaje. Si no se quiere admitir que, contra las órdenes de mi hermano, quería a toda costa admirar los cuadros de Rembrandt en mi viaje de ida, habrá que considerar el incidente como una inexplicable «ceguera» mía. Todo lo restante, mi bien fingida perplejidad y la emergencia de la pía intención familiar de quedarme aquella noche en Colonia, fue tan sólo un dispositivo destinado a encubrir mi propósito hasta que hubiera sido ejecutado por completo.

17) J. Stärcke expone *(l. c.)* otro caso observado en sí propio y en el que una «distracción» facilita la realización de un deseo al que el sujeto cree haber renunciado:

«En una ocasión tenía que dar en un pueblo una conferencia con proyecciones de diapositivas. Tal conferencia había sido fijada para un día determinado y después aplazada por ocho días. Este aplazamiento me fue comunicado en una carta, a la que contesté, anotando después en un memorándum la nueva fecha fijada. Debiendo ser la conferencia por la noche, me propuse llegar por la tarde a la localidad indicada para tener tiempo de hacer una visita a un escritor conocido mío que allí residía. Por desgracia, el día de la conferencia tuve por la tarde ocupaciones inexcusables y me fue preciso renunciar con gran sentimiento a la visita deseada. Al llegar la noche cogí un maletín lleno de placas fotográficas para las proyecciones y salí a toda prisa hacia la estación. Para poder alcanzar el tren tuve que tomar un taxi. (Es cosa que me sucede con gran frecuencia; mi innata indecisión a veces me ha obligado a tomar un automóvil para alcanzar el tren.) Al llegar a la localidad a que me dirigía me asombró no encontrar a nadie esperándome en la estación, según es costumbre cuando se va a dar una conferencia en tales pequeñas poblaciones. De pronto recordé que la fecha de la conferencia

se había retrasado en una semana y que, siendo aquel día el primeramente fijado, había hecho un viaje inútil. Después de maldecir de todo corazón mis ‘distracciones’ pensé en tomar el primer tren para regresar a mi casa; pero, reflexionando, hallé que tenía una gran ocasión para hacer la visita deseada. En el camino hacia la casa de mi amigo el escritor caí en que mi deseo de tener tiempo suficiente para visitarle era sin duda lo que había tramado toda aquella conspiración, haciéndome olvidar el aplazamiento de la conferencia. Mi apresuramiento para alcanzar el tren y el ir cargado con el pesado maletín lleno de placas eran cosas que sirvieron para que la intención inconsciente quedase mejor oculta detrás de ellas».

No se estará quizá muy propicio a considerar esta clase de errores aquí explicados como muy numerosos e importantes. Pero he de invitar a los lectores a reflexionar si no se tiene razón para extender estas mismas consideraciones a la concepción de los más importantes *errores de juicio* que los hombres cometen en la vida y en la ciencia. Sólo los espíritus más selectos y equilibrados parecen poder preservar la imagen de la realidad externa por ellos percibida de la desfiguración que sufre en su tránsito a través de la individualidad psíquica del perceptor.

XI.—ACTOS FALLIDOS COMBINADOS[666]

DOS de los ejemplos últimamente expuestos, mi error al transportar los Médicis a Venecia y el del joven paciente mío que supo transgredir mi prohibición de hablar con su amante por teléfono, no han sido, en realidad, descritos con toda precisión, y un examen más detenido nos lo muestra como una unión de un olvido con un error. Esta misma unión puede señalarse con mayor claridad en otros ejemplos.

1) Un amigo mío me relató el siguiente suceso: «Hace algunos años me presté a ser elegido miembro del Comité de una cierta Sociedad literaria, creyendo que ésta me ayudaría a lograr fuese representado un drama del que yo era autor, y aunque no me interesaba gran cosa, asistía con regularidad a las sesiones que dicha Sociedad celebraba todos los viernes. Hace algunos

meses quedó asegurada la representación de uno de mis dramas en el teatro F., y desde entonces *olvidé* siempre acudir a las referidas sesiones. Cuando leí su libro de usted sobre estas cuestiones me avergonzó de mi olvido, reprochándome haber abandonado a mis consocios ahora que ya no necesitaba de ellos, y resolví no dejar de asistir a la reunión del viernes siguiente. Recordé de continuo este propósito hasta que llegó el momento de realizarlo y me dirigí al domicilio social. Al llegar ante la puerta del salón de actos me sorprendió verla cerrada. La reunión había celebrado ya y nada menos que dos días antes.

Me había equivocado de día y había ido en domingo».

2) El ejemplo siguiente es una combinación de un acto sintomático, con una pérdida temporal de un objeto, y ha llegado a mi conocimiento muy indirectamente, pero por conducto fidedigno.

Una señora hizo un viaje a Roma con su cuñado, artista de gran fama. Éste fue muy festejado por los alemanes residentes en dicha ciudad, y, entre otros regalos, recibió el de una antigua medalla de oro. La señora vio con disgusto que su cuñado no sabía apreciar el valor del artístico presente. Días después llegó a Roma su hermana, y ella retornó a su casa. Al deshacer el equipaje vio con sorpresa que —sin saber cómo— había metido en él la preciada medalla, e inmediatamente escribió a su cuñado comunicándoselo y anunciándole a su día siguiente se la restituiría, enviándosela a Roma. Pero cuando quiso hacerlo halló que había «perdido» u «ocultado» la medalla con tanta habilidad que por más que hizo no le fue posible encontrarla. Entonces sospechó la señora lo que su «distracción» significaba; esto es, su deseo de conservar el objeto para sí.

3)[667] He aquí unos cuantos casos en que el acto fallido se repite tenazmente, cambiando cada vez de medios:

Jones (*l. c.*, pág. 483): Por motivos desconocidos para él, había Jones dejado sobre su mesa, durante varios días, una carta, sin acordarse de echarla. Por último, se decidió a hacerlo, pero al poco tiempo le fue devuelta por las oficinas de Correos, a causa de habérsele olvidado consignar las señas. Corregida esta omisión, echó la carta, olvidándose esta vez de ponerle el sello. Después de esto no pudo dejar ya de ver su repugnancia a mandar dicha carta.

4) En una pequeña comunicación del doctor Karl Weiss (Viena) sobre un caso de olvido se describen muy precisamente los inútiles esfuerzos que se llevan a cabo para ejecutar un acto al que se opone una íntima resistencia (*Zemralblatt für Psychoanalyse*, II, 9): «El caso siguiente constituye una prueba de la persistencia con que lo inconsciente sabe llegar a conseguir su propósito cuando tiene algún motivo para impedir llegue a ejecución una intención determinada y de lo difícil que es asegurarse contra tales tendencias. Un conocido mío me rogó que le prestase un libro y que se lo llevase al siguiente día. Accedí en el acto a su petición, sintiendo, sin embargo, un vivo disgusto cuya causa no pude explicarme al principio, pero que después se me apareció claramente. El tal sujeto me debía hacía muchos años una cantidad que, por lo visto, no pensaba devolverme. Recordando esto, dejé de pensar en la cuestión para no volverla a recordar, por cierto con igual sentimiento de disgusto, hasta la mañana siguiente. Entonces me dije: ‘Tu inconsciente ha de laborar para que olvides el libro. Pero tú no querrás parecer poco amable y, por tanto, harás todo lo posible para no olvidarlo’. Al llegar a casa envolví el libro en un papel y lo dejé junto a mí, sobre la mesa, mientras escribía unas cartas.

Pasado un rato me levanté y me marché. A poco recordé que había dejado sobre la mesa las cartas que pensaba llevar al correo. (Advertiré de paso que en una de éstas me había visto obligado a decir algo desagradable a una persona de la que en una futura ocasión había de necesitar.) Di la vuelta, recogí las cartas y volví a salir. Yendo ya en un tranvía, recordé que había prometido a mi mujer hacer una compra para ella y me satisfizo el pensar que no me causaría molestia ninguna complacerla, por ser poco voluminoso el paquete del que tenía que hacerme cargo. Al llegar a este punto surgió de repente la asociación ‘paquete-libro’, y eché de ver que no llevaba este último. Así, pues, no sólo lo había olvidado la primera vez que salí de casa, sino que tampoco lo había visto al recoger las cartas que se hallaban junto a él».

5) Iguales elementos hallamos en la siguiente observación de Otto Rank, penetrantemente analizada (*Zentralblatt für Psychoanalyse*, II, 5, 1912):

«Un individuo ordenado hasta la exageración y ridículamente metódico me relató la siguiente aventura que, dada su manera de ser, consideraba en

absoluto extraordinaria. Una tarde, yendo por la calle, quiso saber la hora, y al echar mano al reloj vio que se lo había dejado en su casa, olvido en el que no recordaba haber incurrido nunca. Teniendo aquella tarde misma una cita, a la que deseaba acudir con toda puntualidad, y no quedándole ya tiempo para regresar a su casa en busca del reloj, aprovechó una visita que hizo a una señora amiga suya para rogarle le prestase uno, cosa tanto más hacedera cuanto que habían quedado en verse a la mañana siguiente a este día y, por tanto, podía entonces devolverle su reloj, como así lo prometió al tomarlo. Cuando, en efecto, a la siguiente mañana, fue a casa de la señora para efectuar la devolución prometida, vio con sorpresa que se había dejado en casa el reloj de la señora y, en cambio, había cogido el suyo propio. Entonces se propuso firmemente no dejar de llevárselo aquella misma tarde y cumplió su propósito; pero al salir de casa de la señora y querer mirar la hora vio, ya con infinito asombro y enfado, que si se había acordado de traer el reloj prestado, había, en cambio, olvidado coger el suyo. Esta repetición de actos fallidos pareció al metódico y ordenado sujeto de un carácter tan patológico que me expresó su deseo de conocer su motivación psíquica. Estos motivos se encontraron en seguida, en cuanto en el interrogatorio psicoanalítico se llegó a la pregunta de si en el día crítico del primer olvido le había sucedido algo desagradable. A esta pregunta contestó el sujeto relatando que después de almorzar, y pocos momentos antes que saliera a la calle dejándose olvidado el reloj, había tenido una conversación con su madre en la que ésta le había contado que un pariente suyo, persona un tanto ligera y que ya le había costado muchas preocupaciones y desembolsos, había empeñado el reloj y luego había venido a solicitar dinero para sacarlo, diciendo que lo necesitaban en su casa. Esta manera, un tanto forzada, de sacarle el dinero había disgustado mucho a nuestro individuo y le había recordado, además, todas las contrariedades que desde muchos años atrás venía causándole el citado pariente. Su acto sintomático muestra, por tanto, múltiples determinantes. En primer lugar, constituye la expresión de una serie de pensamientos que viene a decir: ‘No me dejo yo sacar el dinero por tales medios, y si para ello es necesaria la intervención de un reloj, llegaré hasta dejar en casa el mío propio’. Mas como necesitaba su reloj para llegar con puntualidad a la cita que tenía aquella misma tarde, la intención expresada

por dichos pensamientos no podía lograrse sino de una manera inconsciente, o sea por medio de un acto sintomático. En segundo lugar, el olvido expresa algo como: ‘Los continuos desembolsos que tengo que hacer por causa de ese inútil acabarán por arruinarme y hacerme dar todo lo que tengo’. Aunque, según la declaración del interesado, su enfado ante el incidente fue tan sólo momentáneo, la repetición del acto sintomático muestra que dicho sentimiento continuó actuando con intensidad en lo inconsciente, de un modo análogo a cuando con completa conciencia se dice: ‘Esto o aquello no se me quita de la cabeza’.[668]. Después de conocer esta actitud de lo inconsciente no puede extrañarnos que el reloj de la señora corriera luego igual suerte, aunque quizá esta transferencia sobre el ‘inocente’ reloj femenino fuera también favorecida por motivos especiales, de los cuales el más próximo es el de que al sujeto le hubiera probablemente gustado conservarlo en sustitución del suyo, que ya consideraba haber sacrificado, siendo ésta la causa de que olvidara devolverlo a la mañana siguiente. Quizá también hubiera deseado quedarse con el reloj como un recuerdo de la señora. Aparte de todo esto, el olvido del reloj femenino le proporcionaba ocasión de hacer una segunda visita a su dueña, por la que sentía cierta inclinación. Teniendo de todas maneras que verla por la mañana, por haberlo acordado así con anterioridad, y para asunto en el que nada tenía que ver la devolución del reloj, le parecía rebajar la importancia que él concedía a dicha visita, utilizándola para entregar el objeto prestado. El doble olvido del propio reloj y la devolución del ajeno, hecha posible por el segundo olvido del otro, parecen revelar que nuestro hombre evitaba inconscientemente llevar ambos relojes a la vez, cosa que consideraba como una ostentación superflua que había de contrastar con la estrechez económica de su pariente. Por otro lado, ello constituía una autoadmonición ante su aparente deseo de contraer matrimonio con la referida señora, admonición que había de recordarle los inexcusables deberes que le ligaban a su familia (a su madre). Otra razón más para el olvido del reloj femenino puede buscarse en el hecho de que la noche anterior había temido que sus conocidas, que le sabían soltero, le vieran sacar un reloj de señora, y, por tanto, se había visto obligado a mirar la hora a hurtadillas, situación embarazosa en la que no quería volver a encontrarse y que evitaba dejándose el reloj en casa. Pero como tenía que cogerlo para devolverlo,

resulta también aquí un acto sintomático, inconsciente ejecutado, que demuestra ser una formación transaccional entre sentimientos emocionales en conflicto, y una victoria, caramente pagada, de la instancia inconsciente».

He aquí algunas observaciones de J. Stärcke (1916) [Ejemplos 6, 7 y 8]:

(6) *Pérdida temporal, rotura y olvido como expresión de una repugnancia reprimida*.

EN una ocasión me pidió mi hermano que le prestara unas cuantas fotografías de una colección que yo había reunido para ilustrar un trabajo científico: fotografías que él pensaba utilizar como proyecciones en una conferencia. Aunque por un momento tuve el pensamiento de que preferiría que nadie utilizase o publicase aquellas reproducciones, que tanto trabajo me había costado reunir, hasta que yo hubiera podido hacerlo por mí mismo, le prometí, sin embargo, buscar las negativas de las fotografías que necesitaba y sacar de ellas positivas para la linterna de proyección. Pero cuando me dediqué a buscar las negativas me fue imposible dar con ninguna de las que me había pedido. Revisé todo el montón de cajas de placas que contenían asuntos referentes a la materia de que iba a tratar mi hermano y tuve en la mano más de doscientas negativas, sin encontrar las deseadas, cosa que me hizo suponer que no me hallaba, en realidad, nada dispuesto a acceder a lo que de mí se había solicitado. Después de adquirir conciencia de este pensamiento y luchar con él, observé que había puesto a un lado, sin revisar su contenido, la primera caja de las que formaban el montón, y precisamente esta caja era la que contenía las negativas tan buscadas. Sobre la tapa tenía una corta inscripción, que señalaba su contenido; inscripción que yo debía, probablemente, haber visto con una rápida mirada antes de apartar la caja a un lado.

Sin embargo, la idea contradictoria no pareció quedar vencida, pues sucedieron todavía mil y un accidentes antes de enviar las positivas a mi hermano. Una de ellas la rompí, apretándola entre los dedos, mientras la limpiaba por la parte del cristal (jamás antes había yo roto de esta manera ninguna placa). Luego, cuando hube hecho un nuevo ejemplar de esta misma placa, se me cayó de las manos y no se rompió porque extendí un pie y la

recibí en él. Al montar las positivas en el depósito de la linterna de proyecciones se cayó aquél al suelo con todo su contenido, aunque, por fortuna, no se rompió nada. Por último, pasaron muchos días antes que lograra embalar todos los diapositivos y expedirlos definitivamente, pues, aunque todos los días hacía el firme propósito de verificarlo, todos los días se me volvía a olvidar.

(7) *Olvido repetido y acto fallido en la ejecución definitiva del acto olvidado*.

EN una ocasión tenía que enviar una postal a un conocido mío y lo fui olvidando durante varias fechas consecutivas. La causa de tales olvidos sospechaba yo fuese la siguiente: El referido sujeto me había comunicado en una carta que en el transcurso de aquella semana vendría a visitarme una persona a la que yo no tenía muchos deseos de ver. Una vez pasada dicha semana, y cuando ya se había alejado la perspectiva de tal visita, escribí, por fin, la postal debida, en la cual fijaba la hora en que se me podía ver. Al escribirla quise comenzar diciendo que no había contestado antes por pesar sobre mí una gran cantidad de *trabajo acumulado y urgente (Druckwerk);* pero, por último, no dije nada de esto, pensando que nadie presta ya fe a tan vulgar excusa. Ignoro si esta pequeña mentira que por un momento me propuse decir tenía o no forzosamente que surgir a la luz; pero el caso es que cuando eché la postal en el buzón, la introduje, por error, en la abertura destinada a los *impresos (Druckwerk-Drucksachen).*

(8) *Olvido y error*.

» Una muchacha fue una mañana que hacía un tiempo hermoso al “Ryksmuseum”, con el fin de dibujar en él. Aunque le hubiera gustado más salir a pasear y gozar de la hermosa mañana, se había decidido a ser aplicada y dibujar afanosamente. Ante todo, tenía que comprar el papel necesario. Fue a la tienda, situada a unos diez minutos del Museo, y compró lápices y otros útiles de dibujo, pero se le olvidó el papel. Luego se dirigió al Museo, y cuando ya lo había preparado todo y se sentó ante el tablero, dispuesta a empezar, se dio cuenta de su olvido, teniendo que volver a la

tienda para subsanarlo. Una vez hecho esto se puso por fin a dibujar, avanzando con rapidez en su trabajo hasta que oyó dar al reloj de la torre del Museo una gran cantidad de campanadas, y pensó: “Deben de ser ya las doce.” Luego continuó trabajando hasta que el reloj dio otras campanadas, que la muchacha pensó ser las correspondientes a las doce y cuarto. Entonces recogió sus bártulos y decidió ir paseando a través de un parque hacia casa de su hermana y tomar allí el café. Al llegar frente al Museo Suasso vio con asombro que, en vez de las doce y media, no eran todavía más que las doce. Lo hermoso y atractivo de la mañana habían engañado a su deseo de trabajar y le habían hecho creer, al dar las once y media, que la hora que daba eran las doce, sin dejarla caer en la cuenta de que los relojes de torre dan también, al señalar los cuartos de hora, la hora que a éstos corresponde».

9)[669] Como ya lo demuestran algunas de las observaciones antes expuestas, la tendencia inconscientemente perturbadora puede también conseguir su propósito, repitiendo con tenacidad la misma clase de funcionamiento fallido. Como ejemplo de este caso transcribiré una divertida historia, contenida en un librito titulado *Frank Wedekind y el teatro*, publicado por la casa editorial Drey Masken, de Munich, advirtiendo que dejo al autor de tal libro toda la responsabilidad de la historieta, contada a la manera de Mark Twain.

En la escena más importante de la pieza en un acto *La censura*, de Wedekind, aparece la frase «El miedo a la muerte es un error intelectual» (*Denkfehler*). El autor, que sentía especial predilección por esta escena, rogó en el ensayo al actor a quien correspondía decir esa frase que antes de las palabras «error intelectual» (*Denkfehler*) hiciera una pequeña pausa. En la representación, el actor entró por completo en su papel y observó la pausa prescrita, pero pronunció la frase en un tomo festivo y dijo erróneamente: «El miedo a la muerte es una *errata*» *(Druckfehler)*. Cuando al finalizar la obra preguntó el actor a Wedekind si estaba satisfecho de su interpretación del personaje, le contestó que no tenía nada que objetarle, pero que la frase referida era «El miedo a la muerte es un error intelectual (*Denkfehler*), y no una *errata (Druckfehler)*».

A la siguiente representación de *La censura* dijo el actor en el mismo

tono festivo: ‘El miedo a la muerte es un *memorándum (Denkzettel)’*. Wedekind colmó de elogios a su intérprete: pero, de pasada y como cosa secundaria, le advirtió que la frase no decía que el miedo a la muerte era un *memorándum*, sino un error intelectual.

A la noche siguiente volvió a representarse *La censura*, y el actor, que ya había trabado amistad con Wedekind y había estado hablando con él sobre cuestiones de arte, volvió a decir con su gesto más festivo: «El miedo a la muerte es un impreso» (*Druckzettel*).

El cómico volvió a obtener la más calurosa aprobación del autor, y la obra se representó muchas veces más, pero Wedekind tuvo que renunciar a oír la palabra *Denkfehler*.

Rank (1912-1915) ha dedicado también su atención a las interesantísimas relaciones entre el acto erróneo y el sueño (*Zentralblatt für Psychoanalyse e Internat. Zeitschrift für Psychoanal*., III, 1915), relaciones que no pueden descubrirse sin un penetrante y detenido análisis del sueño, que se agrega al acto fallido.

En una ocasión soñé, dentro de un más largo contexto, que había perdido mi portamonedas. A la mañana siguiente lo eche, en efecto, de menos al vestirme. La noche anterior, al desnudarme, se me había olvidado sacarlo del bolsillo del pantalón y colocarlo en el sitio en que acostumbraba hacerlo.

Así, pues, este olvido no me había pasado inadvertido, y probablemente estaba destinado a dar expresión a un pensamiento inconsciente, que se hallaba dispuesto para emerger en el sueño[670].

No quiero afirmar que estos casos de actos fallidos combinados puedan enseñarnos algo nuevo que no pudiéramos ver ya en los actos fallidos simples; pero de todos modos, esta metamorfosis del acto fallido da, alcanzando igual resultado, la impresión plástica de una voluntad que tiende hacia un fin determinado y contradice aún más enérgicamente la concepción de que el acto fallido sea puramente casual y no necesitado de explicación alguna. No es menos notable el hecho de que en los ejemplos expuestos sea imposible, para el propósito consciente, impedir el éxito del acto fallido. Mi amigo no consiguió asistir a la sesión de la sociedad literaria y la señora no pudo separarse de la medalla. Aquello desconocido que se opone a estos propósitos encuentra siempre una salida cuando se le obstruye el primer

camino. Para dominar el motivo desconocido es necesario algo más que la contrarresolución consciente; es necesaria una labor psíquica que convierta lo desconocido en conocido a la conciencia.

XII. —DETERNINISMO, CREENCIA EN LA CASUALIDAD Y EN LA SUPERSTICION. CONSIDERACIONES

COMO resultado general de todo lo expuesto puede enunciarse el siguiente principio: *Ciertas insuficiencias de nuestros funcionamientos psíquicos* —cuyo carácter común determinaremos a continuación más precisamente— *y ciertos actos aparentemente inintencionados se demuestran motivados y determinados por motivos desconocidos de la conciencia cuando se los somete a la investigación psicoanalítica*.

Para ser incluido en el orden de fenómenos a los que puede aplicarse esta explicación, un funcionamiento psíquico fallido tiene que llenar las condiciones siguientes:

a) No exceder de cierta medida fijamente establecida por nuestra estimación y que designamos con los términos «dentro de los límites de lo normal».

b) Poseer el carácter de perturbación momentánea y temporal. Debemos haber ejecutado antes el mismo acto correctamente o sabernos capaces de ejecutarlo así en toda ocasión. Si otras personas nos rectifican al presenciar nuestro acto fallido, debemos admitir la rectificación y reconocer en seguida la incorrección de nuestro propio acto psíquico.

c) Si nos damos cuenta del funcionamiento fallido, no debemos percibir la menor huella de una motivación del mismo, sino que debemos inclinarnos a explicarlo por «inatención» o como «casualidades».

Quedan, pues, incluidos en este grupo los casos de olvido, los errores cometidos en la exposición de materias que nos son perfectamente conocidas, las equivocaciones en la lectura y las orales y gráficas, los actos de término erróneo y los llamados actos casuales, fenómenos todos de una gran analogía interior. La explicación de todos estos procesos psíquicos tan definidos está

ligada con una serie de observaciones que poseen en parte un interés propio.

A.—No admitir la existencia de representaciones de propósito definido como explicación de una parte de nuestros funcionamientos psíquicos supone desconocer totalmente la amplitud de la determinación en la vida psíquica. El determinismo alcanza aquí, y también en otros sectores, mucho más allá de lo que sospechamos. En 1900 leí un ensayo, publicado por el historiador de literatura R. M. Meyer en el *Zeit*, en el que se mantenía, ilustrándola con ejemplos, la opinión de que era completamente imposible componer intencionada y arbitrariamente algo falto en absoluto de sentido. Desde hace mucho tiempo sé que no es posible pensar un número ni un nombre con absoluta y total libertad voluntaria. Si se examina una cantidad cualquiera y de cualquier número de cifras, pronunciada con una aparente arbitrariedad y sin relacionarla con nada, se demostrará su estricta determinación, cuya existencia no se creía posible. Explicaré primero un ejemplo de nombre propio «arbitrariamente escogido» y luego otro análogo de una cifra «lanzada al azar».

1) Hallándome ocupado en redactar el historial de una paciente[671] para publicarlo, me detuve a pensar qué nombre le daría a mi relato. La elección parecía fácil, dado el gran campo que para ella se me presentaba. Algunos nombres quedaban desde luego excluidos, entre ellos el verdadero, los pertenecientes a personas de mi familia, los cuales no me hubiera agradado usar, y, por último, algunos otros nombres femeninos poco o nada usuales. Era, pues, de esperar, y así lo esperaba yo, que se presentara a mi disposición toda una legión de nombres de mujer. Mas, en vez de esto, no emergió en mi pensamiento más que uno solo: *Dora*, sin que ningún otro lo acompañase. Entonces me pregunté cuál sería su determinación. ¿Quién se llamaba Dora? Mi primera ocurrencia fue la de que así se llamaba la niñera que estaba al servicio de mi hermana, ocurrencia que en un principio estuve a punto de rechazar como falsa. Pero poseo tanto dominio de mí mismo en estas cuestiones, o tanta práctica en analizar, que conservé con firmeza dicha idea y seguí dándole vueltas.

En seguida recordé un pequeño incidente ocurrido la noche anterior y que me reveló la determinación buscada. Sobre la mesa del comedor de casa de

mi hermana había visto una carta dirigida a la señorita Rosa W. Extrañado, pregunté quién de la casa se llamaba así, y se me dijo que el verdadero nombre de la niñera, a la que llamaban Dora, era Rosa, pero que al entrar al servicio de mi hermana había tenido que cambiárselo para evitar confusiones, pues mi hermana se llamaba también Rosa. Al oír esto había dicho yo compasivamente: «¡Pobre gente! Ni siquiera pueden conservar su nombre». Como ahora recordaba, permanecí luego un rato en silencio y me abstraje en graves reflexiones, cuyo contenido se sumió después en la oscuridad, pero fácilmente pude luego hacer volver a la conciencia. Cuando al día siguiente comencé a buscar un nombre para una persona que *no debía conservar el suyo propio*, no se me ocurrió otro que Dora. Esta exclusividad reposaba en una firme conexión del contenido, pues en la historia de mi paciente intervenía con una influencia decisiva la persona de una sirvienta, un ama de llaves.

Este pequeño incidente tuvo años después una inesperada continuación. Al exponer en cátedra la ya publicada historia patológica de la muchacha a quien yo había dado el nombre de Dora, se me ocurrió que una de las dos señoras que acudían a mis conferencias llevaba este mismo nombre, que tantas veces había yo de pronunciar en mis lecciones, ligándolo a las cosas más diversas, y me dirigí a mi joven colega, a la que conocía personalmente, con la excusa de que no había pensado en que se llamaba así, pero que estaba dispuesto a sustituir en mi conferencia dicho nombre por otro. Tenía, pues, que escoger rápidamente otro nombre, y al hacerlo pensé que debía evitar elegir el de la otra oyente y dar de este modo a mis colegas, ya versados en psicoanálisis, un mal ejemplo. Así, pues, me quedé muy satisfecho cuando, como sustitutivo de Dora, se me ocurrió el nombre de Erna, del cual hice uso en la conferencia. Después de ésta me pregunté de dónde provendría tal nombre, y tuve que echarme a reír cuando vi que la posibilidad temida había vencido, por lo menos parcialmente, al escoger el nombre sustitutivo. La otra oyente se llamaba de apellido *Lucerna*, del cual es *Erna* una parte.

2) En una carta a un amigo mío[672] le comunicaba que había dado fin a la corrección de mi obra *La interpretación de los sueños* y que ya no cambiaría nada en ella, «aunque luego resultase que contenía *2467* erratas». En cuanto escribí esta frase intenté aclarar la aparición de la cifra en ella contenida y

añadí a mi carta, en calidad de posdata, el pequeño análisis realizado. Lo mejor será copiar aquí dicha posdata, tal y como fue escrita recién verificado el análisis:

«Añadiré brevemente una contribución más a la psicopatología de la vida cotidiana. Habrás encontrado en mi carta la cifra 2467, como representativa de una jocosa estimación arbitraria de las erratas que podrán aparecer en la edición de mi *Interpretación de los sueños*. Quería indicar una gran cantidad cualquiera y se presentó aquélla espontáneamente. Pero en to psíquico no existe nada arbitrario ni indeterminado. Por tanto, esperarás, y con todo derecho, que lo inconsciente se haya apresurado en este caso a determinar la cifra que la conciencia había dejado libre. En efecto, pero antes había leído en el periódico que el general E. M., persona que me inspira un determinado interés, había pasado a la reserva con el empleo de inspector general de Artillería.

En la época en que, siendo estudiante de Medicina, cumplía mi servicio militar en calidad de sanitario vino una vez E. M., entonces coronel, al hospital y dijo al médico: 'Tiene usted que curarme en ocho días. Estoy encargado de una misión cuyo resultado espera el emperador'. Desde aquel día me propuse seguir el curso de la carrera de aquel hombre, y he aquí que hoy (1899) ha llegado al fin de la misma y pasa a la reserva con el grado antes dicho. Al leer la noticia quise calcular en cuánto tiempo había recorrido este camino y acepté como punto de partida el dato de que cuando le conocí en el hospital era el año 1882. Habían, pues, pasado diecisiete años. Relaté todo esto a mi mujer, la cual observó: 'Entonces tú también debías estar ya en el retiro', ante lo que protesté exclamando: '¡Dios me libre!' Después de esta conversación me puse a escribirte. La anterior cadena de pensamientos continuó, sin embargo, su camino, muy justificadamente por cierto, pues mi cálculo había sido erróneo. Mi memoria me proporciona ahora un firmísimo punto de referencia, consistente en el prerrecuerdo de que celebré, estando arrestado por haberme ausentado sin permiso, mi mayoría de edad; esto es, el día en que cumplí los *24 años*. Por tanto, el año de mi servicio militar fue el de 1880, y desde entonces han transcurrido diecinueve años y no diecisiete, como creí primero. Ya tienes aquí el número *24*, que forma parte de 2467. Toma ahora el número de años que tengo hoy: 43; añade 24, y tendrás *67*, la

segunda parte de la cifra arbitraria. Esto quiere decir que, al oír la pregunta de mi mujer sobre si desearía retirarme yo de la vida activa, me deseé en mi fuero interno veintitrés años de trabajo. Seguramente me irritaba el pensamiento de que en el intervalo durante el cual había seguido el curso de la carrera del coronel M. no había hecho yo, por mi parte, toda la labor que hubiera deseado y, por otro lado, experimentaba una sensación como de triunfo al ver que para él había terminado todo, mientras que yo lo tenía aún ante mí. Podemos, pues, decir con absoluto derecho que ni uno sólo de los elementos de la cifra 2467 carecía de su determinación inconsciente».

Después de este primer ejemplo de interpretación de una cantidad arbitrariamente elegida en apariencia, he repetido muchas veces igual experimento con idéntico resultado; pero la mayoría de tales casos son de un contenido tan íntimo, que no es posible publicarlo.

3) Por esta misma razón no quiero dejar de exponer aquí[673] un interesantísimo análisis de «cantidad arbitraria», comunicado al doctor Alfred Adler (Viena) por un individuo conocido suyo y perfectamente sano[674]: A. me escribe:

Anoche me dediqué a leer la *Psicopatología de la vida cotidiana*, y la hubiera terminado si no me lo hubiera impedido una curiosa incidencia. Al llegar a la parte en que se dice que todo número que con aparente arbitrariedad hacemos surgir de nuestra conciencia tiene una significación bien definida, resolví hacer una prueba de ello. Se me ocurrió el número 1734. Rápidamente aparecieron las siguientes asociaciones: 1734: 17 = 102; 102: 17 = 6. Después separé el número en 17 y 34. Tengo 34 años y, como ya creo haberle dicho a usted, considero esta edad como el último año de la juventud, lo cual hizo que el día de mi pasado cumpleaños me sintiera grandemente melancólico. Al final de mis 17 años comenzó para mí un bello e interesante período de mi desarrollo espiritual. Tengo el principio de dividir mi vida en períodos de 17 años. ¿Qué significan, pues, las divisiones efectuadas? Mi asociación al número 102 fue el volumen 102 de la Biblioteca Universal Reclam, volumen que contiene la obra de Kotzebue titulada *Misantropía y remordimientos*.

Mi actual estado psíquico es en realidad de misantropía y remordimiento. El volumen número 6 de la Biblioteca (sé de memoria las obras que

corresponden al número de orden de muchos volúmenes) contiene la *Culpa*, de Müllner. El pensamiento de que por mi 'culpa' no he llegado a ser todo lo que conforme a mis aptitudes hubiera podido es algo que me atormenta de continuo. La asociación siguiente fue que el volumen número 34 de la Biblioteca Universal contenía una narración del mismo Müllner titulada *Der Kaliber*. Dividí esta palabra en Ka-liber, y mi primera asociación fue el pensamiento de que en ella se contenían otras dos, 'Ali' y 'Kali' (potasa). Esto me recordó que una vez estaba jugando con mi hijo Ali, niño de seis años, a componer aleluyas y le dije que buscase una palabra que rimase con Ali. No se le ocurrió ninguna, y al pedirme que se la dijese yo, le hice la frase siguiente: «Ali se lava la boca con hipermanganato de *potasa (Kali)'*. Nos reímos los dos mucho de esta ocurrencia, y Ali fue muy bueno aquel día. En estos últimos días me ha disgustado averiguar que mi hijo *no ha sido un buen Ali (ka [kein] lieber Ali).*

Al llegar a este número me pregunté: '¿Qué obra es la contenida en el número 17 de la Biblioteca Universal?', y no pude recordarla. Sin embargo, estoy seguro de que antes lo sabía perfectamente y, por tanto, tuve que admitir que lo había querido olvidar por algún motivo. Todo esfuerzo para recordarlo fue inútil. Quise seguir leyendo, pero no pude hacerlo más que mecánicamente y sin conseguir enterarme de una sola palabra, pues el tal número 17 continuaba atormentándome. Apagué la luz y seguí buscando. Por fin se me ocurrió que el volumen 17 tenía que contener una obra de Shakespeare. Pero ¿cuál? Se me vino a las mientes *Hero y Landre*, mas vi en seguida claramente que esta idea era tan sólo un insensato intento de mi voluntad de apartarme del camino. Resolví levantarme de la cama para consultar el catálogo de la B. U. y hallé en él que el volumen 17 contenía el *Macbeth*. Para mi sorpresa descubrí que, a pesar de haber leído esta obra con igual detenimiento e interés que las demás tragedias shakespearianas, no recordaba casi nada de ella. Las asociaciones fueron tan sólo: asesino, lady Macbeth, hechiceras, 'Lo bello es feo' y el recuerdo de haber hallado muy bella la traducción que de esta obra hizo Schiller. Sin duda he querido olvidar el *Macbeth*. Después se me ocurrió aún que 17 y 34 divididos por 17 dan como cocientes 1 y 2, respectivamente. Los número 1 y 2 de la B. U. corresponden al *Fausto*, de Goethe. Siempre he hallado en mí algo semejante

a este personaje».

Debemos lamentar que la discreción del médico no nos haya permitido penetrar en la profunda significación de esta serie de asociaciones. Adler observa que el sujeto no consiguió realizar la síntesis de su análisis. No nos habrían parecido éstas dignas de comunicarse si en su continuación no surgiese algo que nos da la clave para la comprensión del número 1734 y de toda la serie de asociaciones:

«Esta mañana me sucedió algo que habla muy en favor de la verdad de la teoría freudiana. Mi mujer, a la que había despertado por la noche cuando me levanté a consultar el catálogo de la Biblioteca Universal, me preguntó qué es lo que había tenido que buscar en aquél a tales horas. Yo le relaté toda la historia, y ella encontró que todo aquello era un embrollo, menos —cosa muy interesante— lo referente a mi aversión hacia el *Macbeth*. Luego añadió que a ella no se le ocurría nada cuando pensaba en un número, y yo le respondí: ‘Vamos a hacer la prueba’. Mi mujer nombró el número 117, y en cuanto lo oí repuse: ‘17 está en relación con lo que te acabo de contar y, además, recuerda que ayer te dije: Cuando una mujer tiene 82 años y su marido 35, el matrimonio resulta una equivocación irritante’. Desde días atrás venía yo haciendo rabiar a mi mujer con la broma de que parecía una viejecita de 82 años. 82 + 35 = 117».

El marido, que no había conseguido determinar su propio número, encontró, en cambio, inmediatamente la solución cuando su mujer le expresó otro, arbitrariamente elegido en apariencia. En realidad, la mujer había hallado con gran acierto de qué complejo provenía el número de su marido y escogió el número propio tomándolo del mismo complejo, que con seguridad era común a ambos, dado que se trataba de la proporción de sus edades respectivas. Ahora nos es ya fácil interpretar el número escogido por el marido. Como Adler indica, dicho número expresa un deseo reprimido de aquél, deseo que, totalmente desarrollado, diría lo siguiente: «Para un hombre de treinta y cuatro años, como yo, lo que le conviene es una mujer de diecisiete».

Con el fin de que no se piense demasiado despectivamente de estos «entretenimientos», añadiré aquí que, según me ha comunicado hace poco el doctor Adler, el individuo referido se separó de su mujer un año después de la

publicación del anterior análisis[675].

Análogas explicaciones da Adler para el origen de números obsesivos.

4)[676] La elección de los llamados «números favoritos» no deja tampoco de estar en relación con la vida del sujeto y presenta un cierto interés psicológico.

Un señor que reconocía su especial predilección por los números 17 y 19 pudo explicarla después de corta meditación, diciendo que a los diecisiete años fue cuando comenzó su independiente vida universitaria, durante largo tiempo deseada, y que a los diecinueve emprendió su primer viaje importante e hizo poco después de éste su primer descubrimiento científico. La fijación de su predilección por dichos números no se verificó, sin embargo, hasta dos lustros después, cuando aquéllos adquirieron asimismo una relación importante con su vida erótica. También a aquellos números que con aparente arbitrariedad se pronuncian frecuentemente en relación con determinados contextos puede hallárseles, por medio del análisis, un sentido inesperado. Así sucedió a uno de mis clientes, que solía exclamar cuando se hallaba impaciente o disgustado; «Esto te lo he dicho ya diecisiete o treinta y seis veces», y quiso saber si para la aparición constante de dichas cifras de la misma clase existía alguna motivación. En cuanto reflexionó sobre ello se le ocurrió que había nacido el día 27 de un mes y su hermano menor el 26 de otro, y que podía quejarse de que el Destino le había robado muchos bienes vitales para concedérselos a su hermano pequeño. Así, pues, representaba esta parcialidad del Destino restando diez de la fecha de su nacimiento y agregándolos a la de su hermano. «Soy el mayor y, sin embargo, he sido disminuido».

5)[677] Insisto en estos análisis de ocurrencias de números porque no conozco otra clase de observaciones individuales que demuestren tan claramente la existencia de procesos mentales de tan gran coherencia y que, sin embargo, permanezcan desconocidos para la conciencia, ni ejemplo mejor de análisis en los que no pueda intervenir para nada la cooperación del médico (sugestión), a la que con tanta frecuencia se atribuyen los resultados de otros experimentos psicoanalíticos. Por tanto, comunicaré aquí, con la autorización del interesado, el análisis de una ocurrencia de número de un paciente mío, del cual no tengo necesidad de dar más datos que los de que era

el menor de una serie de hermanos y que su padre, al que él quería y admiraba mucho, había muerto siendo él aún un niño. Hallándose en un sereno y alegre estado de ánimo, dejó que se le ocurriese el número *426 718* y se preguntó: «Vamos a ver, ¿qué es lo que se me ocurre ante este número? En primer lugar, el siguiente chiste que oí una vez: Cuando se tiene un constipado y se llama al médico, le dura a uno 42 días, y si no se llama al médico ni se ocupa uno de la enfermedad, 6 semanas». Esto corresponde a las primeras cifras del número $42 = 6 \times 7$. Después de esta primera solución no pudo ya mi paciente seguir adelante, y yo le ayudé llamándole la atención sobre el hecho de que en el número de seis cifras por él escogido existían los ocho primeros números, a excepción del 3 y del 5. Entonces halló en seguida la continuación del análisis. «Somos dijo— 7 hermanos, yo el más pequeño de todos. El número 3 corresponde en esta serie a mi hermana A., y el 5 a mi hermano L. Ambos se gozaban en hacerme rabiar cuando todos éramos niños, y por entonces acostumbraba yo rogar a Dios, todas las noches, que quitase la vida a mis dos atormentadores. En el caso actual me parece haber realizado este deseo por mí mismo. En efecto, 3 y 5, el perverso hermano y la odiada hermana, han desaparecido». «Entonces —observé yo—, si el número por usted expresado quiere significar la serie de hermanos, ¿a qué viene el 18 que aparece al final? Ustedes no son más que 7». «He pensado muchas veces —me replicó mi paciente— que si mi padre hubiera vivido más tiempo, no hubiera sido yo el menor de mis hermanos. Si hubiese nacido uno más, hubiéramos sido 8, y yo hubiera tenido detrás de mí un hermanito con quien poder hacer de hermano mayor».

Con esto quedó explicado el número que se le había ocurrido; pero nos quedaba todavía que reconstituir la conexión entre la primera y la segunda parte del análisis, cosa que nos fue fácil partiendo de la condición necesaria a las últimas cifras; esto es, que el padre hubiera vivido más tiempo; $42 = 6 \times 7$ significaba la burla contra los médicos que no habían podido impedir la muerte del padre, y, por tanto, expresaba de esta forma el deseo de que el padre hubiese continuado viviendo. El número total correspondía, en realidad, a la realización de sus dos deseos infantiles relativos a su círculo familiar: la muerte de los dos perversos hermanos y el nacimiento de un hermanito, deseos que pueden concretarse en la frase siguiente: «¡Cuánto

mejor sería que hubieran muerto mis dos hermanos en lugar de mi querido padre!»[678].

6)[679] Un pequeño ejemplo que me ha sido comunicado por uno de mis corresponsales. El jefe de Telégrafos de L. me escribió que su hijo, un muchacho de dieciocho años y medio, que deseaba estudiar Medicina, se ocupa ya de la Psicopatología de la vida cotidiana, e intentaba convencer a sus padres de la verdad de mis teorías. Doy aquí uno de sus intentos, sin juzgar la discusión que hace del caso:

«Mi hijo hablaba con mi mujer de lo denominado *casual* y le explicaba que le sería imposible citar una sola poesía o un solo número que pudiese considerarse que se le había ocurrido por completo *casualmente*. Sobre esto se desarrolló la conversación que sigue:

El hijo.—Dime un número cualquiera.

La madre.—79.

—¿Qué se te ocurre en relación con él?

—Pienso en un precioso sombrero que vi ayer.

—¿Cuánto costaba?

—158 marcos.

—Ahí lo tenemos: 158: 2 = 79. Te pareció muy caro el sombrero y pensaste seguramente: ‘Si costase la mitad, me lo compraría’.

Con esta opinión de mi hijo alegué, en primer lugar, la objeción de que las señoras no suelen estar muy fuertes en matemáticas y que lo más seguro era que su madre no había visto claramente que 79 era la mitad de 158, deduciéndose de esto que su teoría suponía que lo subconsciente calculaba mejor que la conciencia normal. Mi hijo me respondió: “Nada de eso. Aun concediendo que mamá no haya hecho el cálculo de 158: 2 = 79, puede muy bien haber visto en algún lado esta igualdad o también haberse ocupado en sueños del sombrero y haberse dicho: ‘¡Cuán caro sería, aunque no costase más que la mitad!’”»

7)[680] De la obra de Jones, tantas veces citada (pág. 478), tomo el siguiente análisis de un número: Un conocido del autor dijo al azar el número 986 y le desafió a que lo refiriera a un pensamiento suyo. «La primera asociación del sujeto fue el recuerdo de un chiste que hacía ya mucho tiempo había olvidado. Seis años antes, en el día más caluroso del verano, había dado

un periódico la noticia de que el termómetro había alcanzado 986° Fahrenheit, grotesca exageración de la cifra real de 98º6. Durante esta conversación nos hallábamos sentados ante una chimenea en la que ardía gran fuego, del que el sujeto se había retirado, expresando luego, no sin razón, que el calor que sentía era lo que le había hecho recordar la anécdota referida. Sin embargo, yo no me di por satisfecho tan fácilmente y pedí que me explicase cómo aquel recuerdo había quedado tan fuertemente impreso en él. Entonces me dijo que la chistosa errata le había hecho reír de tal manera, que no podía dejar de divertirle aún cada vez que la recordaba. Mas como yo no encontraba que el error fuese en realidad tan gracioso, me confirmé cada vez más en mi sospecha de que detrás de todo aquello había algún sentido oculto. Su siguiente pensamiento fue el de que la representación del calor había sido siempre muy importante para él. El calor era lo más importante del mundo, la fuente de toda la vida, etc. Tal entusiasmo en un joven tímido en general no dejó de parecerme sospechoso, y le rogué que continuase sus asociaciones. La primera de éstas se refirió a la chimenea de una fábrica que él veía desde la ventana de su alcoba. Por las noches acostumbraba fijar su vista en ella, meditando en la lamentable pérdida de energía que suponía el no haber medio de utilizar el calor que con el humo y las chispas que por ella salían se desperdiciaba. Calor, fuego, fuente de vida, energía perdida al salir por un tubo: no era difícil adivinar por estas asociaciones que la representación 'calor y fuego' estaba ligada en él con la representación del amor, como sucede habitualmente en el pensamiento simbólico, y que su ocurrencia numérica había sido motivada por un fuerte complejo de masturbación».

Aquellos que quieran adquirir un conocimiento preciso de cómo se elabora en el pensamiento inconsciente el material numérico, pueden consultar el trabajo de C. G. Jung titulado *Contribuciones al conocimiento de los sueños de números (Zentralblatt für Psychoanalyse,* I, 1912) y otro de E. Jones: *Unconscious manipulations of numbers (Ibid.,* II, 5, 1912).

En análisis de este género personales me han llamado especialmente la atención dos hechos: primero, la seguridad de somnámbulo, con lo cual voy derecho siempre al fin desconocido para mí, sumiéndome en una reflexión

matemática que llega de repente al número buscado, y la rapidez con la que se verifica toda la labor subsiguiente; y segundo, el hecho de que los números se presenten con tan gran facilidad a la disposición de mi pensamiento inconsciente, siendo como soy un desastroso matemático y costándome las mayores dificultades poder recordar conscientemente fechas, números de casas y datos análogos. Además en estas operaciones mentales inconscientes con cifras encuentro en mí una tendencia a la superstición, cuyo origen ha permanecido durante largo tiempo desconocido para mí[681][682].

No ha de sorprendernos hallar que no sólo las ocurrencias espontáneas de números, sino también las de palabras de otro orden, se demuestran al ser sometidas al análisis como perfectamente determinadas.

8) Jung nos presenta un precioso ejemplo de derivación de una palabra obsesiva (*Diagnost. Assoziationsstudien*, IV, página 215, 1906: «Una señora me relató que desde hacía algunos días se le venía constantemente a la boca la palabra *Taganrog*, sin que tuviese la menor idea de cuál podría ser la causa de esta obsesión. A mi pregunta sobre qué sucesos importantes le habían acaecido y qué deseos reprimidos había tenido en los días anteriores, respondió, después de vacilar un poco, que le hubiera gustado mucho comprarse una *bata de levantarse (Morgenrock)*, pero que su marido no parecía muy inclinado a satisfacerla. *Morgenrock* (bata de levantarse) y *Taganrog* tienen no sólo una semejanza de sonido, sino también, en parte, de sentido. (*Morgen*-mañana, *Tag*-día, *Rock*-traje.) La determinación de la forma rusa *Taganrog* provenía de que la señora había conocido por aquellos días a una persona residente en dicha ciudad eslava».

9) Al doctor E. Hitschmann debo la solución de otro caso, en el cual un verso se presenta espontáneamente en la memoria del sujeto siempre que éste pasaba por determinado lugar geográfico y sin que apareciesen visibles su origen ni sus relaciones.

Relato del señor E., doctor en Derecho: «Hace seis años iba yo desde Biarritz a San Sebastián. La línea férrea pasa sobre el Bidasoa, que en aquel sitio constituye la frontera entre Francia y España. Desde el puente que atraviesa dicho río se goza de una preciosa vista. A un lado, un amplio valle que termina en los Pirineos, y al otro, el mar. Era un bello y claro día estival todo lleno de luz y de sol, y yo me hallaba en viaje de vacaciones, muy

contento de ir a visitar España. En este lugar y esta situación se me ocurrieron de repente los siguientes versos: *Pero el alma está ya libre - flotando en un mar de luz*.

Recuerdo que pensé entonces de dónde procederían tales versos, sin serme posible averiguarlo. Dado su ritmo, tenían aquellas frases que tomar parte de una poesía, pero el resto de ésta y hasta el título y autor habían desaparecido por completo de mi memoria. También creo que después, habiendo vuelto a recordarlos repetidas veces, pregunté sobre ellos a diversas personas, sin que nadie me sacase de dudas.

El año pasado volví a recorrer igual camino a mi regreso de otro viaje por España. Era noche cerrada y oscura y estaba lloviendo. Miré por la ventanilla para ver si estábamos ya cerca de la frontera y me di cuenta de que nos hallábamos en el puente sobre el Bidasoa. Inmediatamente volvieron a emerger en mi memoria los versos mencionados, sin que tampoco pudiera acordarme de su origen.

Varios meses después cogí en casa un tomo de poesías de Uhland, y al abrirlo se presentaron ante mi vista los versos *Pero el alma está ya libre - flotando en un mar de luz*, que constituyen el final de una composición titulada *El peregrino*. Leí ésta y recordé muy oscuramente haberla conocido muchos años atrás. El lugar de la acción es España, y ésta me pareció ser la única que el verso recordado tenía con el lugar en que había emergido en mi memoria. No me quedé muy satisfecho con tal descubrimiento y seguí hojeando el libro. Los versos *Pero el alma está ya libre*, etc., eran los últimos de una página, y al dar la vuelta a la hoja encontré que la poesía que comenzaba en la página siguiente se titulaba *El puente del Bidasoa*.

Quiero observar aún que el contenido de esta poesía me pareció todavía más desconocido que el de la primera, y que las palabras con que comienza son las siguientes: *Sobre el puente del Bidasoa está en pie un anciano santo, bendiciendo a su derecha las montañas españolas y a su izquierda los valles franceses*».

B.—Esta comprensión de la determinación de nombres y números elegidos arbitrariamente en apariencia puede, quizá, contribuir al esclarecimiento de otro problema. Conocido es que gran número de personas

alega, en contra de la afirmación de un absoluto determinismo psíquico, su intenso sentimiento de convicción de la existencia de la voluntad libre. Esta convicción sentimental no es incompatible con la creencia en el determinismo. Como todos los sentimientos normales, tiene que estar justificada por algo. Pero, por lo que yo he podido observar, no se manifiesta en las grandes e importantes decisiones, en las cuales se tiene más bien la sensación de una coacción psíquica y se justifica uno con ella. («Me es imposible hacer otra cosa».)[683] En cambio, en las resoluciones triviales e indiferentes se siente uno seguro de haber podido obrar lo mismo de otra manera; esto es, de haber obrado con libre voluntad no motivada. Después de nuestros análisis no hace falta discutir el derecho al sentimiento de convicción de la existencia del libre albedrío. Si distinguimos la motivación consciente de la motivación inconsciente, este sentimiento de convicción consciente no se extiende a todas nuestras decisiones motoras. *De minimis non curat lex*. Pero lo que por este lado queda libre recibe su motivación por el otro, por lo inconsciente, y de este modo queda conseguida, sin solución alguna de continuidad, la determinación en el reino psíquico[684].

C. — Aunque el conocimiento de la motivación de los rendimientos fallidos antes descritos debe escapar por completo al pensamiento consciente, sería, sin embargo, de desear que se descubriese una prueba psíquica de la existencia de la misma, y, en realidad, por razones que se nos revelan conforme vamos penetrando en el conocimiento de lo inconsciente, parece probable que tales pruebas puedan hallarse en algún lado. En dos lugares pueden señalarse, en efecto, determinados fenómenos que parecen corresponder a un conocimiento inconsciente y, por tanto, desplazado de dicha motivación.

a) Un rasgo singular y generalmente observado de la conducta de los paranoicos es el de interpretar y utilizar como base de subsiguientes deducciones, dándoles gran importancia, los pequeños y triviales detalles que observan en la conducta de los demás, detalles a los que los normales ni siquiera prestamos atención. El último paranoico que he tratado dedujo que existía determinada confabulación entre todos los que le rodeaban por haber visto al salir de viaje que toda la gente que quedaba en la estación al partir el

tren hacia un mismo o parecido gesto con una mano. Otro observó la manera que la gente tiene de andar por la calle, llevar el bastón, etc[685].

La categoría de to accidental, de lo no necesitado de motivación, en la que el individuo normal incluye parte de sus propias actividades psíquicas y de sus rendimientos fallidos, es rechazada por el paranoico con relación a las manifestaciones psíquicas de los demás. Todo lo que en los demás observa es significativo e interpretable. Mas ¿cómo llega a considerarlo así? Probablemente aquí, como en otros muchos casos análogos, proyecta en la vida psíquica de los demás lo que en la suya existe inconscientemente. En la paranoia se hacen conscientes muchas cosas que en los individuos normales o en los neuróticos permanecen en lo inconsciente, y cuya existencia en este sistema sólo por medio del psicoanálisis llega a revelarse[686], Así, pues, el paranoico tiene aquí razón en cierto sentido. Percibe algo que escapa al individuo normal, ve más claramente que un hombre de capacidad intelectual normal, pero el desplazamiento de lo así percibido en otros anula el valor del conocimiento adquirido. Confío en que no se esperará de mí que justifique aquí todas y cada una de las interpretaciones paranoicas. Pero sí haré observar que este principio de justificación que concedemos a las paranoicas en nuestra concepción de los actos casuales nos facilitará la comprensión psicológica de la convicción que en el paranoico se liga a estas sus interpretaciones. *En ellas hay realmente algo de verdad*, nuestros errores de juicio, que no son calificados de patológicos, adquieren de igual manera su sentimiento de convicción. Este sentimiento aparece justificado con respecto a determinado trozo del proceso mental erróneo o a la fuente de que proviene, y lo extendemos nosotros luego al contexto restante.

b) Los fenómenos de la superstición nos dan otras indicaciones sobre el conocimiento desplazado e inconsciente de la motivación de los funcionamientos casuales y fallidos. Trataré de exponer claramente mi opinión sobre estas cuestiones relatando un sencillo suceso que constituye para mí el punto de partida de estas reflexiones.

Al volver de mis vacaciones veraniegas, mis pensamientos se dirigieron en seguida hacia los pacientes que habían de ocupar mi actividad durante el año de trabajo que para mí empezaba. Mi primera visita fue a una anciana señora, a la cual venía viendo dos veces al día desde años atrás, para prestarle

cada una de ellas iguales atenciones profesionales [Cf. págs. 859 y 867]. Esta monotonía de mi labor había sido aprovechada con gran frecuencia por mis pensamientos inconscientes para hallar un medio de exteriorizarse, tanto durante el camino hacia casa de la anciana paciente como estando prestándole mi asistencia. Como la referida señora había llegado a los noventa años, podía yo preguntarme al principio de cada temporada si llegaría aún con vida al final de ella. El día en que me sucedió lo que aquí quiero relatar me hallaba falto de tiempo y tomé un coche para dirigirme a casa de mi cliente. Todos los cocheros de la parada que hay frente a mi casa conocen ya las señas de la anciana señora por haberme llevado a su domicilio repetidas veces, mas aquel día sucedió que el que me llevó se equivocó y detuvo su coche en una casa del mismo número, pero situada en una próxima calle, paralela a la verdadera. Advertí el error y reproché su descuido al cochero, el cual se disculpó un tanto confuso. ¿Debería tener alguna significación aquel hecho de conducirme el coche a una casa en la cual no vivía la anciana paciente? Para mí, ninguna; pero si yo fuese *supersticioso* hubiera visto en este suceso un aviso del Destino de que aquel año iba a ser el último de la señora. Gran número de presagios conservados en la Historia no se muestran fundados en un mejor simbolismo. Sin embargo, yo considero este incidente como una simple casualidad, sin más significado.

El caso sería muy distinto si hubiera hecho el camino a pie y «sumido en mis pensamientos» o, «distraído», hubiera ido a parar a una calle distinta de la verdadera. Esto no lo denominaría yo de ninguna manera «casualidad», sino que lo consideraría como un acto llevado a cabo con intención inconsciente y necesitado de interpretación. Mi explicación de este error de dirección sería la de que esperaba no encontrar ya próximamente en su casa a la anciana señora.

Así, pues, me diferencio de un supersticioso en lo siguiente:

No creo que un suceso en el que toma parte mi vida psíquica me pueda revelar la futura conformación de la realidad, pero sí que una manifestación inintencional de mi propia vida psíquica me descubre algo oculto que pertenece también exclusivamente a ella. Creo en accidentes casuales exteriores (reales), pero no en una casualidad interior (psíquica). Por lo contrario, el supersticioso ignora en absoluto la motivación de sus actos

casuales y funcionamientos fallidos y cree en la existencia de casualidades psíquicas, estando, por tanto, inclinado a atribuir al accidente exterior una significación que se manifestará más tarde en una realidad y a ver en lo casual un medio de exteriorización de algo exterior a él, pero que permanece oculto a sus ojos. La diferencia entre el supersticioso y yo se manifiesta en dos cosas. Primeramente, el supersticioso proyecta hacia el exterior una motivación que yo busco en el interior, y en segundo lugar, interpreta el accidente por un suceso real que yo reduzco a un pensamiento. Pero en el supersticioso el elemento oculto corresponde a lo que en mí es lo inconsciente, y a ambos nos es común el impulso a no dejar pasar to casual como tal, sino a interpretarlo[687].

Admito, pues, que de este desconocimiento consciente y conocimiento inconsciente de la motivación de las casualidades psíquicas sea una de las raíces psíquicas de la superstición. El supersticioso, *por* ignorar la motivación de los propios actos casuales y *porque* el hecho de esta motivación lucha por ocupar un lugar en su reconocimiento, se ve obligado a transportarla, por medio de un desplazamiento, al mundo exterior. Si esta conexión existe, no estará seguramente limitada a ese caso aislado. Creo, en efecto, que gran parte de aquella concepción mitológica del mundo que perdura aún en la entraña de las religiones más modernas *no es otra cosa que psicología proyectada en el mundo exterior*. La oscura percepción[688] (podríamos decir percepción endopsíquica) de los factores psíquicos y relaciones de lo inconsciente se refleja —es difícil expresarlo de otro modo y tenemos que apoyarnos para hacerlo en las analogías que esta cuestión presenta con la paranoia—, se refleja, decíamos, en la construcción de una *realidad sobrenatural* que debe ser vuelta a transformar por la ciencia en *psicología de lo inconsciente*. Podríamos, pues, atrevernos de este modo, o sea transformando la *metafísica* en *met apsicología*[689], a solucionar los mitos del Paraíso, del Pecado original, de Dios, del Bien y el Mal, de la inmortalidad, etc. La diferencia existente entre el desplazamiento del supersticioso y el del paranoico es menor de lo que a primera vista parece. Cuando los hombres comenzaron a prensar se hallaron, indudablemente, compelidos a interpretar antropomórficamente el mundo exterior como una pluralidad de personalidades de su propia imagen. Por tanto, las casualidades,

a las que daban una interpretación supersticiosa, eran para ellos actos y manifestaciones de personas, y, en consecuencia, se conducían como los paranoicos, que sacan deducciones y conclusiones de los signos insignificantes que observan en los demás, y como los individuos sanos, que utilizan muy justificadamente, como fundamento de su estimación del carácter de sus semejantes, los actos casuales e inintencionados que en ellos observan. Nuestra moderna concepción del mundo, científica pero aún no definitivamente fijada ni mucho menos, es lo que hace que la superstición nos parezca tan fuera de lugar en la actualidad. En la concepción del mundo que se tenía en tiempos y por pueblos precientíficos, la superstición estaba justificada y era lógica.

El romano que al observar en su camino un vuelo de pájaros, que constituía mal presagio, abandonaba una importante empresa, tenía una relativa razón de hacerlo así, pues obraba conforme a sus principios. Pero cuando abandonaba la empresa por haber tropezado en el umbral de su casa (*Un romain retournerait*) se mostraba muy superior a nosotros los descreídos y mucho mejor psicólogo de lo que nos esforzamos en llegar a ser, pues dicho tropezón debía revelarle la existencia de una duda, de una contracorriente interior cuya fuerza era suficiente para burlar el poder de su propósito consciente en el momento de iniciar su ejecución. No se puede estar seguro de un éxito completo más que cuando todas las fuerzas psíquicas tienden de consumo hacia el fin propuesto. ¿Qué es lo que responde el Guillermo Tell, de Schiller, que tanto tiempo ha dudado antes de tirar a la manzana colocada sobre la cabeza de su hijo, cuando el bailío le pregunta para qué ha guardado en el seno otra flecha?

«Con esta flecha os hubiera traspasado si con la otra hubiera herido a mi hijo. Y a vos, creedme, no os habría errado».

D.—[Capítulo agregado en 1907.] Todo aquel que haya tenido ocasión de investigar por los medios psicoanalíticos los ocultos movimientos psíquicos de los hombres, podrá exponer muchas cosas nuevas sobre la calidad de los motivos inconscientes que se manifiestan en la superstición. En los individuos nerviosos que padecen ideas y estados obsesivos, y que son con mucha frecuencia personas de claro entendimiento, es en los que con mayor

claridad se ve que la superstición es originada por impulsos hostiles y crueles reprimidos. La superstición es en gran parte un temor de desgracias futuras, y aquellas personas que frecuentemente desean mal a otras, pero que a consecuencia de una educación orientada hacia la bondad han reprimido tales deseos, rechazándolos hasta lo inconsciente, están especialmente próximas al temor de que como castigo a dicha maldad inconsciente les acaezca alguna desgracia que caiga sobre ellos viniendo de la realidad exterior.

Convenimos en que con estas consideraciones no hemos agotado, ni mucho menos, la psicología de la superstición; pero, por otro lado, no queremos dejar de examinar la cuestión de si ha de negarse siempre que la superstición tenga raíces reales y que existan presentimientos, sueños proféticos, experiencias telepáticas, manifestaciones de fuerzas sobrenaturales, etc. Nada más lejos de mí que rechazar, desde luego, y sin formación de causa, estos fenómenos, sobre los cuales existen tantas y tan penetrantes observaciones de hombres de alta intelectualidad y que deben, desde luego, seguir siendo objeto de investigación. Es de esperar que algunas de estas observaciones lleguen a ser totalmente aclaradas por medio de nuestro paciente conocimiento de los procesos psíquicos inconscientes y sin obligarnos a una transformación fundamental de nuestras concepciones actuales[690], Si llegaran a demostrarse otros fenómenos (por ejemplo, los afirmados por los espiritistas), emprenderíamos las modificaciones de nuestras «leyes» exigidas por las nuevas experiencias, sin que ello trajera consigo para nosotros una confusión en las relaciones de los objetos en el mundo.

Dentro de los límites de estas consideraciones no me es posible contestar a todas las interrogaciones que sobre esta materia se acumulan más que subjetivamente, esto es, conforme a mi experiencia personal. He de confesar que, por desgracia, pertenezco a aquellos indignos individuos a cuyos ojos ocultan los espíritus su actividad y de los cuales se aparta lo sobrenatural, de manera que jamás me ha sucedido nada que haya hecho surgir en mí la fe en lo maravilloso. Como todos los hombres, he tenido presentimientos y me han sucedido desgracias; pero nunca han correspondido éstas a aquéllos. Mis presentimientos no se han realizado, y las desgracias han llegado a mí sin anunciarse. En la época en que, siendo muy joven, vivía en una ciudad

extranjera[691], me sucedió oír varias veces mi nombre pronunciado por una querida voz inconfundible, y siempre apunté el momento en que sufría tal alucinación para preguntar a mis familiares ausentes lo que en dicho momento les había ocurrido. Nunca coincidió mi alucinación con ningún suceso. En cambio, posteriormente estuve en una ocasión prestando asistencia a mis pacientes con absoluta tranquilidad y sin sospecha alguna, mientras mi hijo se hallaba en peligro de muerte a causa de una hemorragia. Tampoco ninguno de los presentimientos que me han sido relatados por mis pacientes ha podido nunca llegar a conseguir mi reconocimiento como fenómeno real.

La creencia en los sueños proféticos cuenta con gran número de adeptos por el hecho de que encuentra un fundamento en que determinadas cosas suceden en la realidad futura tal y como el deseo las ha construido en el sueño[692]. Mas esto tiene poco de maravilloso, y siempre entre el sueño y su realización aparecen grandes diferencias que la credulidad del sujeto suele no tomar en consideración. Una paciente mía, persona muy inteligente y sincera, me procuró una vez ocasión de analizar con toda precisión un sueño suyo que justificadamente podía calificarse de profético. Había soñado encontrar en determinada calle y frente a determinada tienda a su médico de cabecera y antiguo amigo de su casa, y a la mañana siguiente, yendo por el centro de la ciudad, le encontró realmente en el sitio preciso en el que le había visto en sueños. Debo hacer constar que este maravilloso encuentro no revistió luego significación importante ninguna, pues no resultaron de él consecuencias apreciables, y que, por tanto, no puede quedar justificado como una señal de acontecimientos futuros.

Un cuidadoso examen demostró que no existía prueba alguna de que la señora hubiese recordado dicho sueño durante la mañana siguiente a la noche en la que afirmaba haberlo tenido, esto es, antes de salir a la calle y verificarse el encuentro real. Tampoco puedo alegar nada contrario a mi concepción del suceso, que quitaba a éste todo aspecto maravilloso y lo dejaba reducido a un interesantísimo problema psicológico. Para mí lo sucedido era que, habiendo salido la señora por la mañana y encontrado en una calle y ante una tienda a su antiguo médico y amigo, había adquirido en el momento de verle la convicción de haber tenido la noche anterior un sueño

en el que se encontraba a la misma persona y en aquel mismo sitio. El análisis pudo después indicar con gran verosimilitud cómo la señora había podido llegar a adquirir tal convicción. Un encuentro en un sitio determinado y después de una espera más o menos larga constituye una cita. El antiguo médico de la casa hizo surgir en la señora el recuerdo de tiempos pasados, en los que sus encuentros con *una tercera persona*, amiga también del médico, eran algo muy importante para ella. Sus relaciones con dicha persona no se habían interrumpido todavía, y el día anterior al pretendido sueño la había estado esperando sin que acudiera. Si me fuera posible comunicar aquí más detalladamente todo lo que a este caso se refiere, me sería muy fácil demostrar que la ilusión del sueño profético que surgió en la señora al ver a su médico y amigo de los pasados tiempos era equivalente a la siguiente exclamación: «¡Ay doctor! Me recuerda usted ahora aquellos tiempos en que nunca esperaba en vano la llegada de N. cuando nos habíamos dado una cita».

En mí mismo he observado un sencillo ejemplo fácilmente interpretable de aquellos «singulares encuentros» en los que nos hallamos de pronto ante la persona que precisamente ocupaba nuestros pensamientos, ejemplo que constituye un buen modelo de ésos y análogos casos. Pocos días después de serme otorgado el título de profesor, el cual da gran autoridad aun en los países de régimen monárquico, se entregaron mis pensamientos, mientras iba dando un paseo por las calles de la ciudad, a una infantil fantasía vengativa dirigida contra determinado matrimonio que meses antes me había llamado para asistir a una hija suya en la que se había presentado una curiosa obsesión después de un sueño que había tenido. Yo me tomé gran interés por aquel caso, cuya curación creía posible llegar a obtener; pero los padres rechazaron el tratamiento que propuse, dándome a entender su propósito de dirigirse a una autoridad médica extranjera que aplicaba un procedimiento curativo basado en el hipnotismo. Mi fantasía suponía que los padres, después del completo fracaso de este método, me rogaban volviese a asistir a su hija, manifestándome que tenían absoluta confianza en mí, etc. Yo les respondí: «Sí; ahora que me han nombrado profesor, tienen ustedes confianza en mí. Pero el título no puede haber cambiado mis aptitudes, y si antes no les servía a ustedes, también pueden pasarse sin mí ahora». Al llegar a este punto quedó

mi fantasía interrumpida por el saludo: «Adiós, señor profesor», que en voz alta me fue dirigido, y al alzar la vista vi que se cruzaba conmigo el matrimonio del cual acababa de tomar ideal venganza rechazando su ruego de volver a encargarme de la curación de su hija. La apariencia sobrenatural de este encuentro desapareció en cuanto comencé a reflexionar sobre él.

Iba yo por una calle muy ancha, recta y casi desierta, y había visto con una rápida ojeada al corpulento matrimonio cuando aún me hallaba a veinte pasos de él; pero por aquellos motivos afectivos, que luego desarrollaron su influencia en mi fantasía vengativa, aparentemente espontánea, había rechazado —según sucede con las alucinaciones negativas— dicha percepción.

Otto Rank publicó en la *Zentralblatt für Psychoanalyse*, II, 5, 1912, la siguiente «Solución de un supuesto presentimiento»:

«Hace algún tiempo viví una extraña variante de aquellas ‘coincidencias singulares’ en las que se encuentra uno a la persona en la que en aquel preciso momento iba pensando. Días antes de Navidad me dirigía al Banco Austro-Húngaro para obtener en él diez monedas de plata de nuevo cuño, destinadas a determinados regalos que pensaba hacer con motivo de las próximas fiestas. Sumido en ambiciosas fantasías, en las que comparaba mis escasos medios económicos con las enormes sumas acumuladas en el Banco, entré en la estrecha calle en que aquél se halla situado. Ante la puerta del edificio bancario, por la que entraba y salía mucha gente, se hallaba parado un automóvil. Lo que yo vengo a hacer aquí —pensé— no dará mucho trabajo a los empleados. No tengo más que sacar mi billete y decir: ‘Háganme el favor de darme *oro*’. En el acto me di cuenta de mi error —lo que yo quería obtener era *plata*— y desperté a mi fantasía. Me encontraba a pocos pasos de la entrada, y de repente vi venir hacia mí a un joven, al que me pareció reconocer, pero cuya personalidad no pude fijar al pronto a causa de mi miopía. Cuando llegó a mi lado vi que era un condiscípulo de mi hermano, apellidado *Gold*, que a su vez tenía un hermano, conocido escritor, con cuya ayuda había yo contado al principio de mi carrera literaria. Estas esperanzas no se habían realizado, y con ellas había desaparecido también el éxito económico que ocupaba mi fantasía durante mi camino hacia el Banco.

Debía, pues, abstraído en mis fantasías, haber percibido la proximidad del señor *Gold*, percepción que en mi conciencia, ocupada en un sueño referente al éxito económico, se transformó en mi resolución de demandar al cajero *oro* en vez de plata, metal menos valioso. Por otro lado, el hecho paradójico de que mi inconsciente pudiera recibir un objeto antes que éste fuera reconocido por mis ojos queda explicado en parte por la 'disposición al complejo' (*Komplexbereitsschaft*), de que habla Bleuler, la cual se hallaba dirigida hacia la cuestión económica y guió desde un principio mis pasos, a pesar de mi mejor conocimiento, a aquel edificio, en donde únicamente se cambia oro y papel moneda».

[693] A la categoría de lo maravilloso y siniestro pertenece también la peculiar sensación que se experimenta en algunos momentos y situaciones de haber vivido ya aquello mismo otra vez, de haberse encontrado antes en idéntica situación, pero sin que consigamos, por mucho que en ello nos esforcemos, recordar claramente tales experiencias y situaciones anteriores. Sé que al designar con el nombre de «sensación» aquello que se manifiesta en nosotros en tales momentos no hago más que emplear el impreciso lenguaje vulgar, pues de lo que se trata es de un juicio, y, en realidad, de un juicio de reconocimiento; pero estos casos tienen, no obstante, un carácter peculiarísimo, y no debemos olvidar que en ellos nunca logramos recordar lo que queremos. No sé si este fenómeno de *Déjà-vu* ha sido considerado seriamente como una prueba de una anterior existencia psíquica del individuo; lo cierto es que los psicólogos le han dedicado su interés y han intentado llegar a la solución del problema que plantea por los más diversos caminos especulativos. Ninguna de las hipótesis explicativas expuestas hasta el día me parece acertada, pues en ninguna de ellas se toma en cuenta algo más que las manifestaciones que acompañan al fenómeno y las condiciones que lo favorecen. Aquellos procesos psíquicos que, según mis observaciones, deben considerarse como los únicos responsables para una explicación de lo *Déjà-vu*, esto es, las fantasías inconscientes, han sido y son aún hoy en día descuidadas por los psicólogos.

En mi opinión, es un error calificar de ilusión la sensación de «haber vivido ya una cosa». Por lo contrario, nos hallamos en tales momentos ante algo que en realidad se ha vivido ya, pero que no puede ser recordado

conscientemente, porque no fue jamás consciente. En concreto: la sensación de *Déjà-vu* corresponde al recuerdo de una fantasía inconsciente. Existen fantasías inconscientes (o sueños diurnos), lo mismo que análogas creaciones conscientes que todos conocemos por experiencia propia.

Reconozco que esta cuestión sería digna de un estudio detenidísimo; pero no quiero exponer aquí más que el análisis de un caso de *Déjà-vu*, en el cual la sensación correspondiente se significó por una especial intensidad y duración. Una señora de treinta y siete años afirmaba recordar clarísimamente que cuando tenía doce hizo una primera visita a unas condiscípulas suyas que vivían en el campo, y al entrar en el jardín de la casa en la que aquéllas habitaban experimentó en el acto la sensación de haber estado ya allí otra vez. Esta sensación se repitió al entrar en las habitaciones de la casa, y de tal manera, que le parecía saber de antemano qué cuarto era el contiguo a aquél en que se hallaba, qué panorama se divisaba desde sus ventanas, etc. Sin embargo, podía rechazarse con absoluta seguridad, y así lo confirmaron sus padres cuando les preguntó sobre ello, la sospecha de que ésta, sensación de reconocimiento estuviese justificada por otra visita que hubiese hecho a dicha casa en su primera infancia. La señora que me comunicaba este caso no le había buscado una explicación psicológica, sino que había visto en dicha sensación una señal profética de la importancia que aquellas amigas suyas habían de adquirir en lo futuro para su vida sentimental. La apreciación de las circunstancias en las cuales surgió en ella el fenómeno referido nos indica el camino hacia otra distinta concepción del mismo. Cuando decidió visitar a sus condiscípulas sabía ya que el único hermano de éstas se hallaba gravemente enfermo. Durante su visita tuvo ocasión de verle, y al comprobar su mal aspecto pensó que no tardaría mucho en morir. Esto coincidía con el hecho de que meses antes había sufrido su propio hermano una grave infección diftérica, durante la cual fue ella alejada de la casa de sus padres para evitar el contagio y estuvo viviendo en la de un cercano pariente. Creía recordar que su hermano, ya curado, la había acompañado en su visita a sus condiscípulas, y hasta que aquélla era la primera salida duradera que el convaleciente había hecho después de su enfermedad; mas este recuerdo se presentaba en ella singularmente impreciso, mientras que todos los demás detalles del suceso, y en especial del traje que ella llevaba aquel día,

aparecían con la mayor claridad ante sus ojos. Para el perito en estas cuestiones no resulta nada difícil deducir de estos signos que en la muchacha desempeñaba por entonces un importantísimo papel la esperanza de que su hermano muriera, sentimiento que o no llegó jamás a hacerse consciente o fue enérgicamente reprimido después de la curación de aquél. Si el hermano no hubiese curado, la muchacha hubiera tenido que llevar otro vestido, esto es, un vestido de luto. En casa de sus amigas se halló con una análoga situación, o sea que el único hermano estaba en peligro de morir en breve, cosa que en efecto sucedió. La muchacha debió de recordar conscientemente que hacía pocos meses se había ella encontrado en situación análoga; pero en vez de recordar esto, que se hallaba inhibido por la represión llevada a cabo, transportó la sensación de recordar sobre la localidad, el jardín y la casa, y cayó en *fausse reconnaissance* de haber ya visto todo aquello otra vez. Del hecho de la represión podemos deducir que la esperanza que había abrigado de que su hermano muriera no estaba muy lejos de poseer el carácter de una fantasía-deseo. Muerto su hermano, quedaría ella como hija única. En la neurosis que padeció más tarde sufrió intensamente bajo el miedo de perder a sus padres, detrás del cual el análisis pudo descubrir, como de costumbre, el deseo inconsciente de igual contenido.

Siempre me ha sido posible derivar en análoga forma mis pasajeras experiencias personales de *Déjà-vu* de la constelación emocional del momento. Estos casos de *Déjà-vu* podían definirse como: «una ocasión más para tener fantasías de la vida despierta (inconscientes e ignoradas) formadas dentro de mí en la actualidad o en el pasado y que respondían al deseo de ver mejorar la situación».

Esta explicación del fenómeno de *Déjà-vu* no ha sido apreciada hasta ahora más que por un solo observador, el doctor Ferenczi, a quien tantas y tan valiosas aportaciones debe la tercera edición de este libro, y que me escribe lo siguiente: «Las observaciones que tanto en mí mismo como en otras personas he verificado me han llevado a la convicción de que el inexplicable sentimiento de “haber vivido o visto ya una cosa” puede referirse a fantasías inconscientes que nos son recordadas inconscientemente en una situación actual. En una de mis pacientes parecía a primera vista que este fenómeno seguía un proceso diferente; pero en realidad era el mismo. Dicho sentimiento

surgía en ella con gran frecuencia, mas demostrando proceder siempre de *un trozo olvidado (reprimido) de un sueño* de la noche anterior. Parece, por tanto, que el fenómeno de *Déjà-vu* puede proceder no sólo de sueños diurnos, sino también de sueños nocturnos». (Posteriormente he sabido que Grasset dio en 1904 una explicación de este fenómeno muy cercana a la mía.)[694].

En breve ensayo publicado en 1913 he descrito otro fenómeno muy análogo al de *Déjà-vu*. Es el de *Déjà-raconté* la ilusión de haber relatado ya algo, ilusión particularmente interesante cuando surge durante el tratamiento psicoanalítico. El paciente afirma entonces, dando muestras de la mayor seguridad subjetiva, haber relatado ya un determinado recuerdo. Pero el médico está seguro de lo contrario, y por lo general logra convencer al paciente de su error. La explicación de esta interesante falla funcional es probablemente la de que el sujeto ha tenido el propósito de comunicar el recuerdo de que se trata, pero no lo ha realizado, y sustituye luego el recuerdo de dicho propósito por el de su realización.

Análoga forma y probablemente igual mecanismo muestran los «actos fallidos supuestos» de que nos habla Ferenczi. El sujeto cree haber olvidado, extraviado o perdido algo —un objeto—; pero comprueba al punto que nada de ello ha sucedido. Por ejemplo, una paciente que acaba de salir del gabinete de consultas vuelve a entrar enseguida, alegando haberse dejado el paraguas…, que en realidad trae en la mano. Existía, pues, en la sujeto el impulso a cometer tal acto fallido, y este impulso bastó para sustituir la realización del mismo, siendo este último detalle lo único en que tales «actos fallidos supuestos» se diferencia de los verdaderos.

E.—Uno de mis colegas, persona de amplia cultura filosófica, al que recientemente tuve ocasión de exponer algunos ejemplos de olvido de nombres con sus análisis correspondientes, se apresuró a responderme: «Sí; todo eso es muy bonito; pero en mi el olvido de nombres se manifiesta de otra manera». Estas cuestiones no pueden nunca juzgarse con tal ligereza. No creo que mi colega hubiera pensado jamás en someter a un análisis cualquier olvido de nombre y, por tanto, no podía decir en qué difería en él el proceso de tales olvidos del que mostraban los ejemplos por mí expuestos. Pero su observación toca, sin embargo, un problema que muchos estarán inclinados a

colocar en primer término. La solución de los actos fallidos y actos casuales que aquí damos, ¿puede aplicarse en general o sólo en casos particulares? Y si lo que sucede es esto último, ¿cuáles son las condiciones en las cuales puede aplicarse a la explicación de los otros fenómenos? Mi experiencia no es suficiente para permitirme contestar a esta pregunta. Mas lo que sí puedo hacer es advertir que no se deben creer escasas las ocasiones en que aparece en dichos fenómenos las conexiones por nosotros señaladas, pues siempre que he hecho la prueba en mí mismo o en mis pacientes se han manifestado aquéllas con toda evidencia, como puede verse en los ejemplos expuestos, o, por lo menos, han aparecido vigorosas razones para sospechar su existencia. No es de admirar que no todas las veces se consiga hallar el oculto sentido de los actos sintomáticos, pues hay que tener en cuenta que la magnitud de las resistencias interiores que se oponen a la solución debe considerarse como un factor decisivo. Tampoco es siempre posible interpretar todos y cada uno de los sueños propios o de los pacientes; mas para confirmar la validez general de la teoría es suficiente que nos permita penetrar algo en las asociaciones ocultas. El sueño que se muestra refractario a un intento de solución, realizado al día siguiente de su aparición, se deja con frecuencia arrancar su secreto una semana o un mes después, cuando una transformación real, surgida en el intervalo, ha debilitado los factores psíquicos, que luchan unos contra otros. Esto mismo debe también tenerse en cuenta en la solución de los actos fallidos y sintomáticos. El ejemplo de equivocación en la lectura *En tonel por Europa*, expuesto en el capítulo VI, me permitió demostrar cómo un síntoma, al principio ininterpretable, llega a ser accesible al análisis cuando nuestro *interés real* respecto a los pensamientos reprimidos se ha debilitado[695]. Mientras existió la posibilidad de que mi hermano alcanzase antes que yo el envidiable título, se resistió la referida equivocación en la lectura a todos los esfuerzos analíticos; mas en cuanto se demostró lo improbable de la temida preferencia, se iluminó ante mí el camino que había de conducirme hasta la solución del error.

Sería, por tanto, desacertado afirmar que todos aquellos casos que se resisten al análisis son efectos de mecanismos diferentes al mecanismo psíquico aquí demostrado. Para admitir tal afirmación harían falta otras pruebas y no solamente las puramente negativas. La general disposición de

los individuos de salud normal a creer en otra distinta explicación de los actos fallidos y sintomáticos carece también de toda fuerza probatoria, y no es, naturalmente, más que una manifestación de las mismas fuerzas psíquicas, que han establecido el misterio y que se cuidan asimismo de mantenerlo, resistiéndose a su revelación.

Por otra parte, no debemos dejar de tener en cuenta que los pensamientos y sentimientos reprimidos no crean por sí mismos su exteriorización en forma de actos sintomáticos y fallidos. La posibilidad técnica de tal desliz de las inervaciones tiene que darse independientemente de ellos, y entonces es aprovechada por la intención de lo reprimido de llegar a una exteriorización consciente. En el caso de los rendimientos fallidos lingüísticos se ha intentado en penetrantes investigaciones, llevadas a cabo por filósofos y filólogos, fijar las relaciones estructurales y funcionales que se ponen al servicio de la referida intención. Si en las condiciones determinantes de los actos fallidos y sintomáticos consideramos separadamente el motivo inconsciente y las relaciones fisiológicas y psicofísicas que en su auxilio acuden, quedará en pie la cuestión de si dentro de los límites de la salud normal pueden o no existir otros factores que, al igual y en sustitución del motivo inconsciente, sean susceptibles de originar, valiéndose de estas relaciones, los actos sintomáticos y fallidos. Pero no es a mí a quien compete resolver este problema[696]. No es tampoco mi intención exagerar las diferencias, ya de por sí harto grandes, entre la concepción vulgar de los rendimientos fallidos y su concepción psicoanalítica. Por el contrario, quisiera señalar algunos casos en los que dichas diferencias aparecen muy reducidas. La interpretación de los ejemplos más sencillos y menos singulares de equivocaciones orales y gráficas, que no pasan de ser una confusión de dos palabras en una o una omisión de letras o palabras, carece de toda complicación. Desde el punto de vista psicoanalítico hay que afirmar que en estos casos se ha anunciado una perturbación de la intención; pero no se puede señalar de dónde procede dicha perturbación ni cuáles fueran sus intenciones. Lo único que logró fue dar cuenta de su existencia. En estos mismos casos se ve también actuar, cosa que nunca hemos discutido, la ayuda prestada al rendimiento fallido por relaciones de valores fonéticos y asociaciones psicológicas próximas. Pero, de todos modos, es una natural

conducta científica el juzgar tales casos rudimentarios de equivocaciones orales o gráficas conforme a otros más importantes y significativos, cuya investigación nos ha dado tan inequívocas conclusiones sobre la causa de los rendimientos fallidos.

F.—Desde la discusión de las equivocaciones orales nos hemos contentado con demostrar que los rendimientos fallidos poseen una motivación oculta y con abrirnos camino, por medio del psicoanálisis, hasta el conocimiento de dicha motivación. La naturaleza general y las peculiaridades de los factores psíquicos que se exteriorizan en los rendimientos fallidos no han sido hasta aquí objeto de nuestras consideraciones o, por lo menos, no hemos tratado de definirlas ni de investigar sus leyes. Tampoco intentaremos ahora llevar a cabo una elucidación fundamental de esta cuestión, pues los primeros pasos que por este camino diéramos nos demostrarían que atacando el asunto por otro lado nos sería más fácil penetrar en este campo[697]. Sobre este punto podemos plantear varias cuestiones que quiero citar aquí en el orden en que se presentan: 1.ª ¿Cuál es el contenido y origen de los pensamientos y sentimientos que se revelan por medio de los actos fallidos y casuales? 2.ª ¿Cuáles son las condiciones que fuerzan a un pensamiento o un sentimiento a servirse de tales ocurrencias como medio de expresión y los ponen en situación de hacerlo así? 3.ª ¿Puede demostrarse la existencia de asociaciones constantes y definidas entre el carácter de los rendimientos fallidos y las cualidades de lo que por medio de ellos se exterioriza?

Comenzaré por reunir y aportar algún material para la respuesta a la última de las anteriores interrogaciones. En la discusión de los ejemplos de equivocación oral hemos encontrado que era necesario ir más allá del contenido del discurso que se tenía intención de expresar y hemos tenido que buscar la causa de la perturbación del discurso fuera de la intención. Esta causa aparecía claramente en una serie de datos y era conocida de la conciencia del orador. En los ejemplos aparentemente más sencillos y transparentes era una segunda concepción del pensamiento que se tenía intención de expresar la que perturbaba la expresión de éste, sin que fuera posible decir por qué había sucumbido la una y emergido victoriosamente la

otra (contaminación, según Meringer y Mayer). En el segundo grupo de casos sucumbía una de las concepciones a un motivo que, sin embargo, no tenía fuerza suficiente para hacerla desaparecer por completo (ejemplo *Vorschwein*). También en este caso era claramente consciente la concepción retenida. Únicamente del tercer grupo es del que puede afirmarse sin reserva alguna que en él era diferente el pensamiento perturbador del que se tenía intención de expresar, y, naturalmente, puede establecerse una distinción esencial. El pensamiento perturbador, o está ligado con el perturbado por asociaciones de ideas (perturbación por contradicción interior), o es sustancialmente extraño a él, y la palabra perturbada se halla ligada al pensamiento perturbador, con frecuencia inconsciente, por una sorprendente y singular asociación *externa*. En los ejemplos expuestos de psicoanálisis verificados por mí se halla el discurso entero bajo la influencia de pensamientos entrados simultáneamente en actividad, pero totalmente inconscientes, que o se revelan por la misma perturbación (ejemplo: serpiente de cascabel —Cleopatra—), o exteriorizan una influencia indirecta, haciendo posible que los trozos aislados del discurso que conscientemente se tiene intención de expresar se perturben unos a otros, como sucede con el ejemplo *naspirar por la ariz*, en el cual se ocultaba detrás de la equivocación el nombre de la calle de Hasenauer y reminiscencias referentes a una francesa. Los pensamientos retenidos o inconscientes de los que parte la perturbación del discurso son de muy diverso origen. Así, pues, por este lado no se descubre ninguna posible generalización.

El examen comparativo de las equivocaciones en la lectura y escritura nos conduce a los mismos resultados. Casos aislados parecen, como en las equivocaciones orales, no deber su origen más que a un proceso de condensación carente de más amplios motivos (ejemplo: «el man… pone cara ridícula», etc.). Sin embargo, nos satisfaría saber si no es indispensable el cumplimiento de condiciones especiales para que tenga lugar tal condensación, que es un funcionamiento regular en el proceso del sueño y fallido en el del pensamiento despierto. Mas de los ejemplos no puede deducirse nada de esto. No obstante, tampoco deduciría yo de ella la no existencia de condiciones distintas del relajamiento de la atención consciente, pues sé, por otras cuestiones, que precisamente los actos automáticos se

distinguen por su corrección y seguridad. Prefiero hacer resaltar el hecho de que aquí, como frecuentemente sucede en la biología, son las relaciones normales o aproximadas a lo normal objeto menos favorable a la investigación que las patológicas. Aquello que en la explicación de estas sencillas perturbaciones permanece aún oscuro, espero quedará aclarado por la de perturbaciones más graves.

Tampoco en las equivocaciones en la lectura y la escritura faltan ejemplos que dejan observar una lejana y complicada motivación. *En tonel por Europa* es una perturbación de la lectura que se explica por la influencia de un pensamiento remoto y sustancialmente extraño, originado por un sentimiento reprimido de celos y ambición, sentimiento que utiliza el «cambio» de la palabra «transporte» (*Beförderung*) para su asociación con el tema indiferente e inocente que había de ser leído. En el caso *Burckhardí* es en sí una 'palabra-conmutador'.

Es indudable que las perturbaciones de las funciones orales se producen con mayor facilidad y exigen un menor esfuerzo de las fuerzas perturbadoras que las de los demás rendimientos psíquicos.

A otro terreno diferente nos lleva el examen del olvido propiamente dicho; esto es, del olvido de sucesos pasados, que debemos distinguir del olvido temporal de nombres propios, palabras extranjeras, series de palabras y propósitos expuestos en los primeros capítulos de este libro. Las condiciones fundamentales del proceso normal del olvido nos son desconocidas[698]. En él notamos que no hemos olvidado todo lo que creíamos. Nuestra explicación se refiere únicamente a aquellos casos en los cuales el olvido nos produce asombro por infringir la regla de que lo que se olvida es lo indiferente y, en cambio, lo importante es conservado por la memoria. El análisis de aquellos olvidos que nos parecen exigir una especial explicación da siempre como motivo del olvido una repugnancia a recordar lo que puede despertar en nosotros sensaciones penosas. Llegamos a la sospecha de que este motivo lucha universalmente por exteriorizarse en la vida psíquica, pero que su manifestación regular es impedida por otras fuerzas que actúan en contra. La amplitud y la significación de esta repugnancia a recordar parecen ser dignas del más cuidadoso examen psicológico. El problema de qué condiciones especiales son las que hacen posible el olvido

en cada caso no encuentra tampoco su solución en ésta más amplia asociación[699].

En el olvido de propósitos aparece en primer término otro factor. Aquel conflicto que en la represión de lo penoso de recordar no hacemos más que sospechar se hace aquí tangible, y en los análisis se descubre regularmente una repugnancia que se opone al propósito sin hacerlo cesar. Como en rendimientos fallidos, anteriormente discutidos, se observan aquí dos tipos del proceso psíquico: en uno la repugnancia se dirige directamente contra el propósito (en intenciones de alguna consecuencia), y en el otro es dicha repugnancia sustancialmente extraña al propósito y establece su conexión con él por medio de una asociación *externa* (en propósitos casi indiferentes).

El mismo conflicto rige los fenómenos de los actos de término erróneo o torpezas. El impulso que se manifiesta en la perturbación del acto es muchas veces un impulso contrario a éste; pero aún con mayor frecuencia es un impulso totalmente extraño a él y que no hace más que aprovechar la ocasión de llegar a manifestarse en la ejecución del acto por una perturbación del mismo. Los casos en los que la perturbación resulta de una contradicción interior son los más significativos y conciernen a las más importantes actividades.

El conflicto interno pasa a segundo término en los actos sintomáticos o casuales.

Estas manifestaciones motoras, poco estimadas o totalmente despreciadas por la conciencia, sirven de expresión a numerosos y diversos sentimientos inconscientes o retenidos. En su mayor parte representan simbólicamente fantasías o deseos.

Podemos contestar a la primera de las interrogaciones expuestas, o sea a la de cuál es el origen de los pensamientos y sentimientos que se exteriorizan en los rendimientos fallidos, haciendo observar que en una serie de casos puede verse inequívocamente el origen de los pensamientos perturbadores en sentimientos reprimidos de la vida psíquica. Sentimientos e impulsos egoístas, celosos y hostiles, sobre los cuales gravita el peso de la educación moral, utilizan en las personas sanas el camino de los rendimientos fallidos para manifestar de cualquier modo su poder innegable, pero no reconocido por superiores instancias psíquicas. El dejar ocurrir estos actos fallidos y

casuales corresponde, en gran parte, a una cómoda tolerancia de lo inmoral. Entre estos sentimientos reprimidos desempeñan un importante papel las diversas corrientes sexuales.

El que estas corrientes sexuales aparezcan tan raras veces entre los pensamientos revelados por el análisis en los ejemplos expuestos en este libro débese tan sólo a que como los ejemplos que he sometido aquí al análisis procedían, en su mayor parte, de mi propia vida psíquica, la selección efectuada tenía que ser parcial desde el primer momento, dado que tenía que existir en mí una tendencia a excluir todo material sexual.

Otras veces parecen ser inocentes objeciones y consideraciones lo que constituye el origen de los pensamientos perturbadores.

Llegamos ahora a la respuesta a la segunda interrogación: ¿cuáles son las condiciones psicológicas responsables de que un pensamiento no pueda manifestarse en forma completa, sino que tenga que buscar su exteriorización de un modo parasitario, como modificación y perturbación de otro? De los más singulares casos de actos fallidos puede deducirse fácilmente que tales condiciones deben buscarse en relación con el grado de capacidad de devenir consciente del material «reprimido», esto es, con su más o menos firme carácter de tal. Mas el examen de la serie de ejemplos expuestos no nos da más que muy imprecisas indicaciones para la fijación de este carácter. La tendencia a dejar de lado algo que nos roba tiempo y la creencia de que el referido pensamiento no pertenece propiamente a la materia de que se tiene intención de tratar parecen desempeñar, como motivos para la represión de un pensamiento destinado después a manifestarse por medio de la perturbación de otro, el mismo papel que la condenación moral de un rebelde sentimiento emocional o que el origen de cadenas de pensamientos totalmente inconscientes. Por este camino no es posible llegar a una visión de la naturaleza general de la condicionalidad de los rendimientos fallidos y casuales.

Un único hecho importante nos es dado por esta investigación: cuanto más inocente es la motivación del rendimiento fallido y cuanto menos desagradable y, por tanto, menos incapaz de devenir consciente es el pensamiento que en aquél logra exteriorizarse, tanto más fácil se presenta la solución del fenómeno cuando dirigimos nuestra atención sobre él. Los más

sencillos casos de olvido se notan en seguida y se corrigen en el acto. En los casos en que se trata de una motivación por sentimientos realmente reprimidos, la solución requiere un cuidadoso análisis que a veces puede tropezar también con dificultades y hasta fracasar.

Está, pues, justificado el tomar el resultado de esta última investigación como una señal de que la explicación satisfactoria de las determinantes psicológicas de los actos fallidos y casuales debe buscarse por otros caminos y en otros lados.

El lector indulgente no habrá, pues, de ver en esta discusión más que el examen de las superficies de fractura de una parte de la cuestión, extraída un tanto artificialmente de una más amplia totalidad.

G.—Con algunas palabras indicaremos, por lo menos, la dirección en que debemos buscar ésta más amplia totalidad. El mecanismo de los actos fallidos y casuales, tal y como nos lo ha enseñado la aplicación del análisis, muestra en los puntos más esenciales una coincidencia con el mecanismo de la formación de los sueños, discutido por mí en el capítulo titulado «La elaboración del sueño», de mi libro sobre la interpretación de los fenómenos oníricos. En uno y otro lado pueden hallarse las condensaciones y las formaciones transaccionales (contaminaciones), siendo, además, la situación idéntica: pensamientos inconscientes que por desusados caminos y asociaciones externas llegan a manifestarse como modificaciones de otros pensamientos. Las incongruencias, absurdos y errores del contenido del sueño, a consecuencia de las cuales apenas si se puede reconocer el fenómeno onírico como producto de un funcionamiento psíquico, se originan del mismo modo —aunque con más libre utilización de los medios existentes— que los comunes errores de nuestra vida cotidiana. *Aquí, como allí, se explica la apariencia de la función incorrecta por la peculiar interferencia de dos o más funcionamientos correctos*. De este encuentro puede deducirse una importante conclusión: el peculiar modo de laborar, cuyo rendimiento más singular reconocemos en el contenido del sueño, no debe achacarse al estado durmiente de la vida psíquica, poseyendo como poseemos en los actos fallidos tantas pruebas de su actividad durante la vida despierta. La misma conexión nos prohíbe también considerar como determinantes de estos

procesos psíquicos que nos parecen anormales y extraños un profundo relajamiento de la actividad psíquica o patológicos estados de la función[700].

Llegamos a un acertado juicio de la extraña labor psíquica, que permite originarse tanto el funcionamiento fallido como las imágenes oníricas cuando observamos que los síntomas neuróticos, especialmente las formaciones psíquicas de la histeria y de la neurosis obsesiva, repiten en su mecanismo todos los rasgos esenciales de este modo de laborar. En este punto deberá, pues, comenzar la continuación de nuestras investigaciones. Para nosotros tiene, sin embargo, todavía un especial interés considerar los actos fallidos, casuales y sintomáticos a la luz de esta última analogía. Si los comparamos con los rendimientos de los psiconeuróticos y con los síntomas neuróticos, aumentarán los fundamentos de dos afirmaciones que repetidas veces se han expuesto, esto es, que el límite entre la normalidad y la anormalidad nerviosa es indistinto y que todos somos un poco nerviosos.

Fuera de toda experiencia médica pueden señalarse diversos tipos de tal nerviosidad simplemente indicada —de las *formes frustes* de la neurosis—, casos en los cuales no aparecen sino muy pocos síntomas o aparecen éstos muy raras veces y sin violencia ninguna, debiendo, por tanto, atribuirse la atenuación a la cantidad, intensidad y extensión temporal de los fenómenos patológicos. Puede así suceder que precisamente el tipo que constituye la más frecuente transición entre salud y enfermedad sea el que no se descubra nunca. El tipo que hemos examinado, y cuyas manifestaciones patológicas son los actos fallidos y sintomáticos, se caracteriza por el hecho de que los síntomas son trasladados a los funcionamientos psíquicos de menor importancia, mientras que todo aquello que puede pretender un más alto valor psíquico sigue su marcha regular, sin sufrir perturbación alguna. La inversa disposición de los síntomas, esto es, su emergencia en los funcionamientos o rendimientos individuales y sociales de importancia, perturbando la alimentación, las relaciones sexuales, el trabajo profesional y la vida social, corresponde a los casos graves de neurosis y caracteriza a éstos mejor que la multiformidad o violencia de las manifestaciones patológicas.

El carácter común a los casos benignos y a los graves, carácter del cual participan también los actos fallidos y casuales, yace en *la posibilidad de referir los fenómenos a un material psíquico incompletamente reprimido, que*

es rechazado por la conciencia, pero al que no se ha despojado de toda capacidad de exteriorizarse.

XXI

ANÁLISIS FRAGMENTARIO DE UNA HISTERIA[701]

('CASO DORA')

1901 [1905]

INTRODUCCIÓN (A LA EDICIÓN DE 1925 DE «HISTORIALES CLÍNICOS»)

AL disponerme hoy (1925), después de un largo intervalo, a apoyar las afirmaciones por mí sentadas en 1895 y 1896 sobre la patogénesis de los síntomas histéricos y los procesos psíquicos de la histeria con la exposición detallada de un historial clínico, creo imprescindible iniciar esta labor con un breve preámbulo, destinado, en primer lugar, a justificar desde diversos puntos de vista mi conducta pretérita y presente en cuanto a la publicación de tales documentos, y en segundo, a reducir a una modesta medida las esperanzas que en aquélla pueden fundarse.

Ya fue ciertamente muy espinoso tener que publicar los resultados de mi labor investigadora, que a más de resultar harto sorprendentes y de naturaleza nada grata, no podían ser objeto de comprobación alguna por parte de mis colegas de Facultad. Apenas lo es menos ahora comenzar a ofrecer al juicio general una parte del material del que hube de extraer tales resultados. Si

antes se me reprochó no comunicar dato alguno sobre mis enfermos, hoy se me reprochará hacer público algo que el secreto profesional impone silenciar. Espero, sin embargo, que habrán de ser las mismas personas las que de este modo cambien de pretexto para sus reparos, y renuncio por anticipado a desarmar jamás a tales críticos.

De todos modos, aun prescindiendo por completo de semejantes malquerencias incomprensivas, la publicación de los historiales clínicos me plantea graves dificultades, de orden técnico en parte, y en parte derivadas de sus mismas circunstancias intrínsecas. Si es cierto que la causación de las enfermedades histéricas reside en las intimidades de la vida psicosexual de los enfermos y que los síntomas histéricos son la expresión de sus más secretos deseos reprimidos, la aclaración de un caso de histeria no podrá menos de descubrir tales intimidades y revelar tales secretos. Es indudable que los enfermos habrían silenciado unas y otros a la menor sospecha de que sus confidencias habían de ser científicamente aprovechables, y desde luego sería inútil solicitar su autorización para publicarlas. En estas circunstancias, las personas de fina sensibilidad y las de escasa resolución situarían en primer término el secreto profesional y renunciarían a todo intento de publicación, lamentando no poder prestar en este punto servicio alguno a la ciencia. Mas, por mi parte, opino que la profesión médica no impone sólo deberes para con los enfermos individualmente considerados, sino también para con la ciencia, o lo que es lo mismo, para con el gran núcleo de individuos que padecen igual dolencia o la padecerán en lo por venir. La publicación de aquello que uno cree saber sobre la causación y la estructura de la histeria se nos impone entonces como un deber, y si podemos cumplirlo evitando todo perjuicio personal y directo al enfermo, sería una cobardía no hacerlo. En lo que a mí respecta, creo haber hecho todo lo posible por evitar tales perjuicios a la paciente cuyo historial clínico motiva estas líneas preliminares. He elegido una persona cuyos destinos transcurren lejos de Viena, siendo, por tanto, completamente desconocidas sus circunstancias personales en nuestra capital. He guardado desde un principio y tan celosamente el secreto del tratamiento, que sólo uno de mis colegas[702], digno de máxima confianza, ha podido reconocer en la muchacha de quien se trata a una antigua paciente mía. Una vez terminado el tratamiento, he

detenido aún la publicación del caso durante cuatro años, hasta haber tenido noticia de un importante cambio sobrevenido en la vida de la paciente, y que seguramente habría desvanecido su propio interés hacia los sucesos y los procesos anímicos relatados en el historial. Desde luego, no ha quedado en todo el relato un solo nombre que pudiese poner sobre la pista a algún lector ajeno a la clase médica, curiosos indiscretos contra los cuales ya supone una garantía la publicación del historial en una revista profesional especializada y rigurosamente científica. Naturalmente, no puedo impedir que la paciente misma sufra una impresión desagradable si la casualidad llega a poner algún día en sus manos su propio historial clínico. Pero, en último caso, no habrá de encontrar en él y acerca de sí misma nada que no sepa ya de sobra, y reconocerá, además, la imposibilidad de que ninguna otra persona sospeche que se trata de ella.

No ignoro que hay muchos médicos —por lo menos en Viena— que esperan con repugnante curiosidad la publicación de algunos de mis historiales clínicos, para leerlos no como una contribución a la psicopatología de la neurosis, sino como una novela con clave, destinada a su particular entretenimiento. Desde ahora, quiero asegurar a esta especie de lectores que todos los historiales que haya de publicar aparecerán protegidos contra su maliciosa penetración por análogas garantías del secreto, aunque tal propósito haya de limitar extraordinariamente mi libre disposición del material acumulado en muchos años de labor investigadora.

En el historial clínico a continuación expuesto, único que hasta ahora he podido sustraer a las limitaciones de la discreción médica y a la desfavorable constelación de las circunstancias intrínsecas, se tratan con toda libertad relaciones de carácter sexual, se aplica a los órganos y a las funciones de la vida sexual sus nombres verdaderos, y el lector casto extraerá desde luego de su lectura la convicción que no me ha intimidado tratar de semejantes cuestiones y en tal lenguaje con una muchacha. ¿Habré de defenderme también de tal reproche? Me limitaré simplemente a reclamar para mí los derechos que nadie niega al ginecólogo —o más exactamente aún, una parte muy restringida de tales derechos— y a denunciar como un signo de salacidad perversa o singular la sospecha, en alguien posible, de que tales conversaciones sean un buen medio para excitar o satisfacer deseos sexuales.

Unas cuantas palabras singularmente acertadas de otro autor acabarán de concretar, mejor que yo pudiera hacerlo, mi juicio sobre esta cuestión.

«Es lamentable tener que hacer lugar en una obra científica a semejantes explicaciones y advertencias. Pero no es a mí a quien ello debe ser reprochado, sino al espíritu contemporáneo, que nos ha llevado hasta el punto de que ningún libro serio posee hoy garantías de vida[703]».

Pasaré ahora a exponer en qué forma he vencido en este historial clínico las dificultades técnicas de su comunicación. Tales dificultades son muy arduas para el médico que lleva adelante diariamente cinco o seis tratamientos psicoterápicos de este género y no puede tomar nota alguna durante las sesiones, pues despertaría con ello la desconfianza de los enfermos y perturbaría su propia aprehensión del material aprovechable. Para mí constituye todavía un problema cómo fijar por escrito, para su comunicación ulterior, el historial de un tratamiento de larga duración. En el caso presente vinieron a mi ayuda dos circunstancias: la breve duración del tratamiento —tres meses— y el hecho de que las soluciones del caso se agruparon en torno de dos sueños relatados por la paciente a la mitad y al final, respectivamente, de la cura, anotados por mí al término de la sesión correspondiente, ateniéndome a la descripción verbal que de ellos me había hecho la enferma, y que me proporcionaron un seguro punto de apoyo para desentrañar la trama de interpretaciones y recuerdos a ellos ligada. El historial clínico mismo lo escribí una vez terminado el tratamiento, cuando su recuerdo conservaba aún absoluta claridad en mi memoria, estimulada, además, por mi interés en publicarlo. Entraña, pues, máximas garantías de exactitud, aunque no pueda aspirar a la absoluta fidelidad de una reproducción fotográfica. Nada esencial he alterado en él. Sólo, en algún lugar, la sucesión de las soluciones, y ello para dar una mayor coherencia a la exposición.

Anticipándome a los lectores, precisaré ya lo que en mi relato habrán de encontrar y lo que en él echarán de menos. Al principio pensé titularlo *Los sueños y la histeria*, porque me parecía extraordinariamente apropiado para mostrar cómo la interpretación onírica se entreteje en el historial del tratamiento y cómo logramos, con su ayuda, segar las amnesias y llegar a la solución de los síntomas. No sin razones muy fundadas hice preceder, en

1900, un laborioso y penetrante estudio de los sueños[704] a los trabajos que me proponía publicar sobre la psicología de la neurosis, si bien, por otra parte, la acogida que encontró dicho estudio me hiciera ver cuán escasa comprensión pueden esperar semejantes esfuerzos por parte de mis colegas de Facultad. En este caso, no podía ya objetarse la imposibilidad de comprobar mis afirmaciones por silenciar yo el material del que las había deducido, pues todo el mundo puede someter a la investigación psicoanalítica sus propios sueños, y la técnica de la interpretación onírica no es nada difícil de aprender siguiendo mis indicaciones y los ejemplos por mí expuestos. Hoy, como entonces, he de afirmar que el estudio de los problemas de los sueños es condición previa indispensable para la comprensión de los procesos psíquicos de la histeria y de las demás psiconeurosis. De tal manera que resulta imposible adentrarse en este último sector sin haber cumplido a conciencia aquella labor preparatoria. Por tanto, como el presente historial clínico presupone un conocimiento de la interpretación de los sueños, su lectura dejará una impresión muy poco satisfactoria en aquéllos en quienes no se cumpla tal condición. En lugar de la explicación buscada hallarán tan sólo motivos de extrañeza y proyectarán ésta sobre el autor, tachándole de fantástico. En realidad, las singularidades que engendran tal extrañeza son inherentes a los fenómenos de la neurosis, y sólo podríamos desterrarla totalmente si consiguiéramos derivar sin residuo alguno la neurosis de los factores a cuyo conocimiento hemos llegado hasta ahora. Pero lo más probable es, por el contrario, que el estudio de la neurosis haya de llevarnos a nuevas hipótesis que podrán ir convirtiéndose luego, paulatinamente, en certidumbres. Y lo nuevo ha despertado siempre extrañeza y oposición.

Sería erróneo creer que los sueños y su interpretación alcanzan en todos los psicoanálisis la misma importancia que en este ejemplo.

Pero si el historial clínico que sigue muestra una riqueza excepcional en cuanto al aprovechamiento del material onírico, resulta, en cambio, en otros puntos más pobre de lo que yo hubiera deseado. Sólo que sus defectos se hallan directamente enlazados con aquellas circunstancias a las que se debe la posibilidad de publicarlo. Ya he hecho constar que no había encontrado aún manera de dominar el material de un tratamiento prolongado, por ejemplo, a través de todo un año. Este historial de sólo tres meses era fácil de recordar y

de abarcar en conjunto. Pero sus resultados han sido incompletos en más de un sentido. El tratamiento no fue llevado hasta su último fin, pues quedó interrumpido por voluntad de la paciente al llegar a un punto determinado, y en tal momento no habían sido siquiera atacados algunos de los enigmas del caso y sólo incompletamente aclarados otros, mientras que la continuación de la labor terapéutica hubiera penetrado seguramente en todos los puntos hasta la última aclaración posible. No puedo ofrecer aquí, por tanto, más que el fragmento de un análisis.

Quizá algún lector familiarizado ya con la técnica del análisis, expuesta en mis *Estudios sobre la histeria*, se asombrará de que en tres meses no nos fuese posible llevar a su última solución siquiera los síntomas sobre los cuales convergió la investigación. Para disipar semejante extrañeza advertiré que la técnica psicoanalítica ha sufrido una transformación fundamental desde la época de los *Estudios*. Por entonces, el análisis partía de los síntomas y se proponía, como fin, ir solucionándolos uno tras otro. Posteriormente he abandonado esta técnica por parecerme inadecuada a la estructura sutil de la neurosis. Ahora dejo que el paciente mismo determine el tema de nuestra labor cotidiana. Parto así, cada vez, de la superficie que lo inconsciente ofrece de momento a su atención, y voy obteniendo fragmentado, entretejido, en diversos contextos y distribuido entre épocas muy distantes todo el material correspondiente a la solución de un síntoma. Mas, a pesar de esta desventaja aparente, la nueva técnica es muy superior a la primitiva, y sin disputa, la única posible.

Ante lo incompleto de mis resultados analíticos, me vi obligado a imitar el ejemplo de aquellos afortunados investigadores que logran extraer a la luz los restos, no por mutilados menos preciosos, de épocas pretéritas, completándolos luego por deducción y conforme a modelos ya conocidos. Me decidí, pues, a proceder, análogamente, aunque haciendo constar siempre, como un honrado arqueólogo, dónde termina lo auténtico y comienza lo reconstruido.

De otra distinta insuficiencia soy yo directa e intencionadamente culpable. En efecto, no he expuesto, en general, la labor de interpretación que hubo de recaer sobre las asociaciones y comunicaciones del enfermo, sino tan sólo los resultados de la misma. De este modo, y salvo en lo que respecta a

los sueños, sólo en algunos puntos aparece detallada la técnica de la investigación analítica. Con este historial clínico me importaba especialmente mostrar la determinación de los síntomas y la estructura interna de la neurosis. Una tentativa de llevar a cabo simultáneamente la otra labor hubiera producido una confusión irremediable, pues para fundamentar las reglas técnicas, empíricamente halladas en su mayor parte, hubiera sido indispensable presentar reunido el material de muchos historiales clínicos. Sin embargo, en el caso presente no debe creerse que la omisión de la técnica haya abreviado gran cosa su exposición. Precisamente en el tratamiento de esta enferma no hubo lugar a desarrollar la parte más espinosa de la labor psicoanalítica, pues la «transferencia afectiva» de la que tratamos brevemente al término del historial no llegó a emerger en el breve curso de la cura.

De una tercera insuficiencia de este historial no puede ya hacérseme responsable, ni tampoco a la enferma. Lo natural es, en efecto, que un solo y único historial, aunque fuese completo e indiscutible, no pueda dar respuesta a todas las interrogaciones que plantea el problema de la histeria. No puede dar a conocer todos los tipos de la enfermedad, las formas todas de la estructura interior de la neurosis, ni todas las relaciones posibles en la histeria entre lo psíquico y lo somático. No se puede exigir de un solo caso más de lo que puede dar. Asimismo, aquellos que hasta ahora se han negado a aceptar la validez general y exclusiva de la etiología psicosexual en cuanto a la histeria, no llegarán tampoco a una convicción opuesta con el conocimiento de un solo historial, sino que aplazarán su juicio hasta haber alcanzado, con una labor personal, el derecho a semejante convicción.

* * *

Adición de 1923. El tratamiento cuyo historial comunicamos a continuación quedó interrumpido el 31 de diciembre de 1900. Su exposición, escrita en las dos semanas siguientes, no se publicó hasta 1905. No es de esperar que más de veinte años de labor ininterrumpida no hayan modificado nada en la interpretación y exposición de tal caso patológico, pero carecería totalmente de sentido querer adaptar ahora la exposición de su historial, corrigiéndola y ampliándola, al estado actual de nuestro conocimiento. La he

dejado, pues, casi intacta, limitándome a rectificar algunas impresiones sobre las que me llamaron la atención mis excelentes traductores ingleses, mister y mistress James Strachey. Las advertencias críticas que me han parecido necesarias las he incluido como adiciones al historial, de modo que en aquellos puntos en que tales notas no contradicen el texto, el lector tiene derecho a suponer que sigo manteniendo las mismas opiniones de entonces. El problema de la discreción profesional, del que me ocupo en esta introducción, no surge ya en los otros historiales clínicos siguientes[705], pues tres de ellos se publican con autorización expresa de los interesados —el de Juanito, con la de su padre—, y en un caso (Schreber), el objeto del análisis no es realmente una persona, sino el libro por ella escrito. En el caso de Dora, el secreto se ha conservado hasta este mismo año. He sabido recientemente que la sujeto, de la que no había vuelto a tener noticia alguna en muchos años, había confiado a uno de mis colegas haber sido sometida por mí en su juventud al análisis, confidencia que permitió a mi colega, muy versado en estas cuestiones, reconocer en su paciente a aquella Dora de 1900. El hecho de que los tres meses de tratamiento lograran tan sólo solucionar el conflicto de entonces, sin dejar tras de sí una salvaguardia contra posteriores enfermedades neuróticas, no creo que pueda convertirse honradamente en un reproche contra la terapia analítica.

A) EL CUADRO CLÍNICO[706]

DESPUÉS de haber mostrado en mi *Interpretación de los sueños* (1900) que los sueños son, en general, interpretables y que una vez llevada a término la labor interpretadora pueden ser reemplazados por ideas irreprochablemente estructuradas, susceptibles de ser interpoladas en un lugar determinado y conocido de la continuidad anímica, quisiera presentar, en las páginas que siguen, un ejemplo de aquella única aplicación práctica de que hasta ahora parece susceptible el arte onirocrítico. En mi obra antes citada expuse ya cómo llegué a encontrarme ante el problema de los sueños. Se alzó de pronto en mi camino, cuando intentaba lograr la curación de las

psiconeurosis por medio de un procedimiento psicoterápico especial, y los enfermos comenzaron a comunicarme, entre otros procesos de su vida anímica, sueños por ellos soñados que parecían demandar un lugar entre las relaciones del síntoma patológico con la idea patógena. Aprendí por entonces a traducir al lenguaje vulgar el idioma de los sueños, y actualmente puedo afirmar que tal conocimiento es indispensable para el psicoanalítico, pues los sueños nos muestran el camino por el que puede llegar a la conciencia aquel material psíquico que, a causa de la resistencia provocada por su contenido, ha quedado reprimido y confinado fuera de la conciencia, haciéndose con ello patógeno. O más brevemente, los sueños son uno de los rodeos que permiten eludir la represión; uno de los medios principales de la llamada representación psíquica indirecta. La presente comunicación fragmentaria del historial clínico de una muchacha histérica intenta mostrar cómo la interpretación de los sueños interviene en la labor analítica. Me procura, además, una ocasión de propugnar públicamente y por vez primera, con toda la amplitud necesaria para su mejor comprensión, una parte de mis opiniones sobre los procesos psíquicos y sobre las condiciones orgánicas de la histeria. Reconocido, ya, en general, que para aproximarse a la solución de los grandes problemas que la histeria plantea al médico y al investigador es preciso un fervoroso y profundo estudio y errónea la anterior actitud de despreciativa ligereza, no creo tener que disculparme de la amplitud con que he tratado el tema.

Ya que:

Nicht Kunst und Wissenschaft allein, Geduld will bei dem Werke sein (La ciencia y el arte a solas no sirven, en el trabajo debe mostrarse la paciencia; del *Fausto*, de Goethe).

Ofrecer al lector un historial clínico acabadamente preciso y sin la menor laguna supondría situarle desde un principio en condiciones muy distintas a las del observador médico. Los informes de los familiares del enfermo —en este caso los suministrados por el padre de la paciente— suelen no procurar sino una imagen muy poco fiel del curso de la enfermedad. Naturalmente, yo inicio luego el tratamiento, haciendo que el sujeto me relate su historia y la de su enfermedad; pero lo que así consigo averiguar no llega tampoco a

proporcionarme orientación suficiente. Este primer relato puede compararse a un río no navegable, cuyo curso es desviado unas veces por masas de rocas y dividido otras por bancos de arena que le quitan profundidad. No puede menos de producirme asombro encontrar en los autores médicos historiales clínicos minuciosamente precisos y coherentes de casos de histeria. En realidad, los enfermos son incapaces de proporcionar sobre sí mismos informes tan exactos; pueden ilustrar al médico con amplitud y coherencia suficientes sobre alguna época de su vida; pero a estos períodos siguen otros en los que sus informes se agotan, presentan lagunas y plantean enigmas hasta situarnos ante épocas totalmente oscuras, faltas de toda aclaración aprovechable. No existe entre los sucesos relatados la debida conexión, y su orden de sucesión aparece inseguro. En el curso mismo del relato, el enfermo rectifica repetidamente algunos datos o una fecha, volviendo luego muchas veces a su primera versión. La incapacidad de los enfermos para desarrollar una exposición ordenada de la historia de su vida en cuanto la misma coincide con la de su enfermedad no es sólo característica de la neurosis[707], sino que integra, además, una gran importancia teórica. Depende de varias causas: en primer lugar, el enfermo silencia conscientemente y con toda intención una parte de lo que sabe y debía relatar, fundándose para ello en impedimentos que aún no ha logrado superar: la repugnancia a comunicar sus intimidades, el pudor o la discreción cuando se trata de otras personas. Tal sería la parte de insinceridad consciente. En segundo lugar, una parte de los conocimientos anamnésicos del paciente, sobre la cual dispone éste en toda otra ocasión sin dificultad alguna, escapa a su dominio durante su relato, sin que el enfermo se proponga conscientemente silenciarla. Por último, no faltan nunca amnesias verdaderas, lagunas mnémicas, en las que se hunden no sólo recuerdos antiguos, sino también recuerdos muy recientes. Ni tampoco falsos recuerdos, formados secundariamente para segar tales lagunas[708]. Cuando los sucesos se han conservado en la memoria, la intención en que la amnesia se basa queda conseguida con idéntica seguridad por la alteración de la continuidad, y el medio más seguro de desgarrar la continuidad es trastornar el orden de sucesión temporal de los acontecimientos. Este orden es siempre el elemento más vulnerable del acervo mnémico y el que antes sucumbe a la represión. Hay incluso algunos recuerdos que se nos presentan ya, por decirlo

así, en un primer estadio de represión, pues se nos muestran penetrados de dudas. Cierto tiempo después, esta duda quedaría sustituida por el olvido o por un recuerdo falso[709].

Esta condición de los recuerdos relativos a la enfermedad es la correlación necesaria teóricamente exigida de los síntomas patológicos. En el curso del tratamiento va luego exponiendo el enfermo aquello que ha silenciado antes o que no acudió a su pensamiento. Los recuerdos falsos se demuestran insostenibles y quedan segadas las lagunas mnémicas. Sólo hacia el final de la cura se ofrece ya a nuestra vista un historial patológico consecuente, inteligible y sin soluciones de continuidad. Si el fin práctico del tratamiento está en suprimir todos los síntomas posibles y sustituirlos por ideas conscientes, el fin teórico estará en curar todos los fallos de la memoria del enfermo. Ambos fines coinciden. Alcanzando uno de ellos, queda conseguido el otro. Un mismo camino conduce hasta los dos.

De la naturaleza misma del material del psicoanálisis resulta que en nuestros historiales patológicos deberemos dedicar tanta atención a las circunstancias puramente humanas y sociales de los enfermos como a los datos somáticos y a los síntomas patológicos. Ante todo dedicaremos interés preferentemente a las circunstancias familiares de los enfermos, y ello, como luego veremos, también por razones distintas de la herencia.

En el caso cuyo historial nos disponemos a comunicar, el círculo familiar de la paciente —una muchacha de dieciocho años— comprendía a sus padres y a un único hermano, año y medio mayor que ella. La persona dominante era el padre, tanto por su inteligencia y sus condiciones de carácter como por las circunstancias externas de su vida, las cuales marcaron el curso de la historia infantil y patológica de la sujeto. Gran industrial, de infatigable actividad y dotes intelectuales poco vulgares, se hallaba en excelente situación económica, y su edad, al encargarme yo del tratamiento de su hija, pasaba ya de los cuarenta y cinco años. La muchacha le profesaba intenso cariño, y su espíritu crítico tempranamente despierto condenaba tanto más dolorosamente ciertos actos y singularidades de su progenitor.

Las muchas y graves enfermedades que el padre había padecido a partir de la época en que su hija llegó a los seis años habían coadyuvado a

intensificar tal ternura. Por dicha época enfermó el padre de tuberculosis, trasladándose toda la familia a la pequeña ciudad de B., situada en nuestras provincias del Sur y favorecida por un clima benigno y seco. La infección tuberculosa mejoró allí rápidamente, pero la familia continuó residiendo en B. durante cerca de diez años. El padre hacía de cuando en cuando un viaje para visitar sus fábricas, y sólo en verano se trasladaban todos a un balneario de altura. Al cumplir la muchacha los diez años, el padre sufrió un desprendimiento de retina que le impuso una cura de oscuridad y le dejó como huella una gran debilitación de la vista. Pero su enfermedad más grave le atacó aproximadamente dos años después, y consistió en un acceso de confusión mental, al que se agregaron síntomas de parálisis y ligeros trastornos psíquicos. Un amigo del enfermo, del que más adelante habremos de ocuparnos ampliamente, movió a aquél a venir a Viena con su médico de cabecera para consultarme. En un principio dudé de diagnosticar una taboparálisis, pero no tardé en decidirme a admitir una afección vascular difusa, y una vez que el enfermo me confesó haber padecido antes de su matrimonio una infección específica, le sometí a una enérgica cura antiluética, que hizo desaparecer todos los trastornos que aún le aquejaban. A esta afortunada intervención médica debo sin duda que el padre acudiera a mí cuatro años después con su hija, aquejada de claros síntomas neuróticos, y resolviera luego, al cabo de otros dos años, confiármela para intentar su curación por medio del tratamiento psicoterápico.

En el intervalo había yo conocido a una hermana del padre, poco mayor que él, que padecía una grave psiconeurosis desprovista de síntomas histéricos característicos. Esta mujer murió, después de una vida atormentada por un matrimonio desgraciado, consumida por los fenómenos, no del todo explicables, de un rápido marasmo.

Otro de sus hermanos, al que conocí por casualidad, era un solterón hipocondríaco.

La muchacha, que al serme confiada para su tratamiento acababa de cumplir los dieciocho años, había orientado siempre sus simpatías hacia la familia de su padre, y desde que había enfermado veía su modelo y el ejemplo de su destino en aquella tía suya antes mencionada. Tanto sus dones intelectuales, prematuramente desarrollados, como su disposición a la

enfermedad demostraban que predominaba en ella la herencia de la rama paterna. No llegué a conocer a su madre; pero de los informes que sobre ella hubieron de proporcionarme el padre y la hija hube de deducir que se trataba de una mujer poco ilustrada y, sobre todo, poco inteligente, que al enfermar su marido había concentrado todos sus intereses en el gobierno del hogar, ofreciendo una imagen completa de aquello que podemos calificar de «psicosis del ama de casa». Falta de toda comprensión para los intereses espirituales de sus hijos, se pasaba el día velando por la limpieza de las habitaciones, los muebles y los utensilios con una exageración tal, que hacía casi imposible servirse de ellos. Este estado, del cual encontramos con bastante frecuencia claros indicios en mujeres normales, se aproxima a ciertas formas de la obsesión patológica de limpieza. Pero tanto en estas mujeres como en la madre de nuestra paciente falta todo conocimiento de la enfermedad, y con ello uno de los caracteres más esenciales de la neurosis obsesiva. Las relaciones entre madre e hija eran muy poco amistosas desde hacía ya bastantes años. La hija no se ocupaba de su madre, la criticaba duramente y había escapado por completo a su influencia[710].

La sujeto tenía un único hermano, año y medio mayor que ella, en el cual había visto durante su infancia el modelo conforme al cual debiera forjar su personalidad. Las relaciones entre ambos hermanos se habían enfriado mucho en los últimos años. El muchacho procuraba sustraerse en lo posible a las complicaciones familiares, y cuando no tenía más remedio que tomar partido, se colocaba siempre al lado de la madre. De este modo, la atracción sexual habitual había aproximado afectivamente, de un lado, al padre y a la hija, y de otro, a la madre y al hijo.

Nuestra paciente, a la que llamaremos Dora en lo sucesivo, mostró ya a la edad de ocho años síntomas nerviosos. Por esta época enfermó de disnea permanente, con accesos periódicos a veces muy intensos. Esta dolencia la atacó por vez primera después de una pequeña excursión a la montaña y fue atribuida al principio a un exceso de fatiga. Seis meses de reposo y cuidados consiguieron mitigarla y hacerla desaparecer. El médico de la familia no vaciló en diagnosticar una afección puramente nerviosa, excluyendo desde el primer momento la posibilidad de una causación orgánica de la disnea, aunque, por lo visto, creía conciliable tal diagnóstico con la etiología de la

fatiga[711].

La niña sufrió sin daño permanente las habituales enfermedades infantiles. Durante el tratamiento me contó con intención simbolizante que su hermano contraía regularmente en primer lugar y de un modo muy leve tales enfermedades, siguiéndole ella luego, siempre con mayor gravedad. Al llegar a los doce años comenzó a padecer frecuentes jaquecas y ataques de tos nerviosa, síntomas que al principio aparecían siempre unidos, separándose luego para seguir un distinto desarrollo. La jaqueca fue haciéndose cada vez menos frecuente, hasta desaparecer por completo al cumplir la sujeto dieciséis años. En cambio, los ataques de tos nerviosa, cuya primera aparición fue quizá provocada por un catarro vulgar, siguieron atormentándola. Cuando, a los dieciocho años, me fue confiada para su tratamiento, tosía de nuevo en forma característica.

No fue posible fijar el número de tales ataques; su duración oscilaba entre tres y cinco semanas, llegando una vez a varios meses. En su primera fase, el síntoma más penoso había sido, por lo menos en los últimos años, una afonía completa. Se había fijado nuevamente y con plena seguridad el diagnóstico de neurosis; pero ninguno de los tratamientos usuales, incluso la hidroterapia y la electroterapia local, logró el menor resultado positivo. La muchacha, que a través de estos estados patológicos había llegado a ser ya casi una mujer de inteligencia clara y juicio muy independiente, acabó por acostumbrarse a despreciar los esfuerzos de los médicos, hasta el punto de renunciar por completo a su auxilio, y aunque la persona del médico de su familia no le inspiraba disgusto ni antipatía, eludía en lo posible acudir a él, resistiéndose también tenazmente a consultar a cualquier otro desconocido. Así, para que acudiera a mi clínica fue necesario que su padre se lo impusiera.

La vi por vez primera a principios del verano en que cumplía sus dieciséis años, aquejada de tos y ronquera, y ya por entonces propuse una cura psíquica que no llegó a iniciarse porque también este acceso, que le había durado ya más de lo acostumbrado, acabo por desaparecer espontáneamente. Al invierno siguiente, hallándose pasando una temporada en casa de su tío, a raíz de la muerte de la mujer de éste, a la cual tanto quería la sujeto, enfermó de pronto y con fiebre alta, diagnosticándose su estado como un ataque de apendicitis[712]. Al otoño siguiente, la familia abandonó definitivamente la

ciudad de B., pues la salud del padre parecía ya consentirlo, trasladándose primero al lugar donde aquél tenía su fábrica, y apenas un año después a Viena.

Dora había llegado a ser entre tanto una gallarda adolescente de fisonomía inteligente y atractiva, pero constituía un motivo constante de preocupación para sus padres. El signo capital de su enfermedad consistía ahora en una constante depresión de ánimo y una alteración del carácter. Se veía que no estaba satisfecha de sí misma ni de los suyos; trataba secamente a su padre y no se entendía ya ni poco ni mucho con su madre, que quería a toda costa hacerla participar en los cuidados de la casa. Evitaba el trato social, alegando fatiga constante, y ocupaba su tiempo con serios estudios y asistiendo a cursos y conferencias para señoras. Un día, sus padres se quedaron aterrados al encontrar encima de su escritorio una carta en la que Dora se despedía de ellos para siempre, alegando que no podía soportar la vida por más tiempo[713]. La aguda penetración del padre le hizo suponer desde el primer momento que no se trataba de un propósito serio de quitarse la vida, pero quedó consternado, y cuando más tarde, después de una ligera discusión con su hija, tuvo ésta un primer acceso de inconsciencia[714], del cual no quedó luego en su memoria recuerdo alguno, decidió, a pesar de la franca resistencia de la muchacha, confiarme su tratamiento.

El historial clínico hasta ahora esbozado no parece ciertamente entrañar un gran interés. Presenta todas las características de una *petite hystérie* con los síntomas somáticos y psíquicos más vulgares: disnea, tos nerviosa, afonía, jaquecas, depresión de ánimo, excitabilidad histérica y un pretendido *taedium vitae*. Se han publicado desde luego, historiales clínicos mucho más interesantes y más cuidadosamente estructurados de sujetos histéricos; así, pues, tampoco en la continuación de éste hallaremos nada de estigmas de la sensibilidad cutánea, limitación del campo visual, etc. Me permitiré tan sólo la observación de que todas las colecciones de fenómenos histéricos singulares y extraños no nos han proporcionado gran cosa en el conocimiento de esta enfermedad, tan enigmática aún. Lo que precisamente necesitamos es la aclaración de los casos más vulgares y de los síntomas típicos más frecuentes.

Por mi parte me bastaría que las circunstancias me hubiesen permitido

hallar una explicación completa de este caso de pequeña histeria. Por mi experiencia con otros enfermos no dudo de que mis medios analíticos hubieran sido suficientes para conseguir tal resultado.

En 1896, poco después de la publicación de mis *Estudios sobre la histeria*, en colaboración con el doctor J. Breuer, rogué a uno de mis colegas más sobresalientes que me expusiera su juicio sobre la teoría psicológica de la histeria, que en dichos estudios propugnábamos. El colega así consultado me respondió sinceramente que la consideraba una generalización injustificada de conclusiones que podían ser exactas en algunos casos aislados. Desde entonces he visto numerosos casos de histeria, cuyo análisis me ha ocupado meses e incluso años enteros, y en ninguno de ellos he echado de menos las condiciones psíquicas postuladas en dicha obra: el trauma psíquico, el conflicto de los afectos y, como hube de añadir en publicaciones ulteriores, la intervención de la esfera sexual. Tratándose de cosas que han llegado a hacerse patógenas por su tendencia a ocultarse, no se debe esperar que los enfermos las confíen espontáneamente al médico, el cual tampoco debe contentarse con el primer «no» que los pacientes opongan a su investigación[715].

En el caso de Dora debí a la aguda comprensión del padre, ya varias veces reconocida, la facilidad de no tener que buscar por mí mismo el enlace de la enfermedad, por lo menos en su última estructura, con la historia externa de la paciente. El padre me informó de que tanto él como su familia habían hecho en B. íntima amistad con un matrimonio residente allí desde varios años atrás: los señores de K. La señora de K. le había cuidado durante su última más grave enfermedad, adquiriendo con ello un derecho a su reconocimiento, y su marido se había mostrado siempre muy amable con Dora, acompañándola en sus paseos y haciéndole pequeños regalos, sin que nadie hubiera hallado nunca el menor mal propósito en su conducta. Dora había cuidado cariñosamente de los dos niños pequeños de aquel matrimonio, mostrándose con ellos verdaderamente maternal. Cuando, dos años antes, el padre y la hija vinieron a visitarme, a principios de verano, estaban de paso en Viena y se proponían continuar su viaje para reunirse con los señores de K. en un lugar de veraneo situado a orillas de uno de nuestros lagos alpinos.

El padre se proponía regresar al cabo de pocos días, dejando a Dora en casa de sus amigos por unas cuantas semanas. Pero cuando se dispuso a retornar a Viena, Dora declaró resueltamente su deseo de acompañarle, y así lo hizo. Días después explicó su singular conducta, contando a su madre, para que ésta a su vez lo pusiese en conocimiento del padre, que el señor K. se había atrevido a hacerle proposiciones amorosas durante un paseo que dieron a solas.

El acusado, al que en la primera ocasión pidieron explicaciones el padre y el tío de la muchacha, negó categóricamente el hecho, y a su vez acusó a Dora diciendo que su mujer le había llamado la atención sobre el interés que la muchacha sentía hacia todo lo relacionado con la cuestión sexual, hasta el punto de que durante los días que había pasado en su casa, sus lecturas habían sido obras tales como *Fisiología del amor*, de Mantegazza. Acalorada, sin duda, por semejantes lecturas, había fantaseado la escena amorosa de la que ahora le acusaban.

«No dudo —dijo el padre— que este incidente es el que ha provocado la depresión de ánimo de Dora, su excitabilidad y sus ideas de suicidio. Ahora me exige que rompa toda relación con el matrimonio K., y muy especialmente con la mujer, a la que adoraba. Pero yo no puedo complacerla, pues, en primer lugar, creo también que la acusación que Dora ha lanzado sobre K. no es más que una fantasía suya, y en segundo, me enlaza a la señora K. una honrada amistad y no quiero causarle disgusto alguno. La pobre mujer es ya bastante desdichada con su marido, del cual no tengo, por lo demás, la mejor opinión; ha estado también gravemente enfermo de los nervios y ve en mí su único apoyo moral. No necesito decirle a usted que, dado mi mal estado de salud, estas relaciones mías con la señora de K. no entrañan nada ilícito. Somos dos desgraciados para quienes nuestra amistad constituye un consuelo. Ya sabe usted que mi mujer no es nada para mí. Pero Dora, que ha heredado mi testarudez, no consiente en deponer su hostilidad contra el matrimonio K. Su último acceso nervioso fue consecutivo a una conversación conmigo en la que volvió a plantearme la exigencia de ruptura. Espero que usted consiga llevarla ahora a un mejor camino».

No acababan de coincidir estas confidencias con otras manifestaciones anteriores del padre, atribuyendo a la madre, cuyas manías perturbaban la

vida del hogar, la culpa principal del carácter insoportable de su hija. Pero yo me había propuesto desde el principio aplazar mi juicio sobre la cuestión hasta haber escuchado a la otra parte interesada.

Así, pues, la aventura con K. —sus proposiciones amorosas y su ulterior acusación ofensiva— habría constituido, para nuestra paciente, el trauma psíquico que Breuer y yo hubimos de considerar indispensable para la génesis de una enfermedad histérica. Pero este caso presenta ya todas aquellas dificultades que acabaron por decidirme a ir más allá de tal teoría[716], agravada por otra de un orden distinto. En efecto, como en tantos otros historiales patológicos de sujetos histéricos, el trauma descubierto en la vida de la enferma no explica la peculiaridad de los síntomas; esto es, no demuestra hallarse con ellos en una relación determinada de su especial naturaleza. No aprehendemos así del enlace causal buscado ni más ni menos que si los síntomas resultantes del trauma no hubiesen sido la tos nerviosa, la afonía, la depresión de ánimo y el *taedium vitae*, sino otros totalmente distintos. Pero, además, ha de tenerse en cuenta, en este caso, que algunos de estos síntomas —la tos y la afonía— aquejaban ya a la sujeto años antes del trauma y que los primeros fenómenos nerviosos pertenecen a su infancia, pues aparecieron cuando Dora acababa de cumplir los ocho años.

En consecuencia, si no queremos abandonar la teoría traumática, habremos de retroceder hasta la infancia de la sujeto para buscar en ella influjos e impresiones que puedan haber ejercido acción análoga a la de un trauma, retroceso tanto más obligado cuanto que incluso en la investigación de casos cuyos primeros síntomas no habían surgido en época infantil he hallado siempre algo que me ha impulsado a perseguir hasta dicha época temprana la historia de los pacientes[717].

Una vez vencidas las primeras dificultades de la cura, la sujeto me comunicó un incidente anterior con K. mucho más apropiado para haber ejercido sobre ella una acción traumática. Dora tenía por entonces catorce años; K. había convenido con ella y con su mujer que ambas acudirían por la tarde a su comercio, situado en la plaza principal de B., para presenciar desde él una fiesta religiosa. Pero luego hizo que su mujer se quedase en casa, despidió a los dependientes y esperó sólo en la tienda la llegada de Dora.

Próximo ya el momento en que la procesión iba a llegar ante la casa, indicó a la muchacha que le esperase junto a la escalera que conducía al piso superior, mientras él cerraba la puerta exterior y bajaba los cierres metálicos. Pero luego, en lugar de subir con ella la escalera, se detuvo al llegar a su lado, la estrechó entre sus brazos y le dio un beso en la boca. Esta situación así era apropiada para provocar en una muchacha virgen, de catorce años, una clara sensación de excitación sexual. Pero Dora sintió en aquel momento una violenta repugnancia; se desprendió de los brazos de K. y salió corriendo a la calle por la puerta interior. Este incidente no originó, sin embargo, una ruptura de sus relaciones de amistad con K. Ninguno de ellos volvió a mencionarlo, y Dora aseguraba haberlo mantenido secreto hasta su relato en la cura. De todos modos, evitó durante algún tiempo permanecer a solas con K. Éste y su mujer habían proyectado por entonces una excursión de varios días, en la que debía participar Dora; pero la muchacha se negó a ello después del incidente relatado, aunque sin explicar el verdadero motivo de su negativa.

En esta escena, segunda en cuanto a su comunicación en la cura, pero primera en cuanto a su situación en el tiempo, la conducta de Dora, muchacha entonces de catorce años, es ya totalmente histérica. Ante toda persona que en una ocasión favorable a la excitación sexual desarrolla predominante o exclusivamente sensaciones de repugnancia, no vacilaré ni un momento en diagnosticar una histeria, existan o no síntomas somáticos. La explicación de esta inversión de los afectos es uno de los puntos más importantes, pero también más arduos, de la psicología de las neurosis. Por mi parte, me creo aún muy lejos de haber hallado tal explicación; pero he de advertir que tampoco este historial clínico me of rece ocasión favorable para exponer los progresos realizados en mi camino hacia ella.

El caso de nuestra paciente no queda aún bastante caracterizado, acentuando esta inversión afectiva; ha de tenerse en cuenta también que nos encontramos ante un desplazamiento de la sensación. En lugar de la sensación genital que una muchacha sana no hubiera dejado de experimentar en tales circunstancias[718], aparece en ella una sensación de displacer adscrita a las mucosas correspondientes a la entrada del tubo digestivo, o sea la repugnancia y la náusea. En esta localización hubo de influir, desde luego,

la excitación de la mucosa labial por el beso, pero también, y muy significativamente, otro factor distinto[719].

El asco entonces sentido no llegó a convertirse en un síntoma permanente, y tampoco en la época del tratamiento existía sino en potencia, manifestándose, quizá, tan sólo en una leve repugnancia a los alimentos. En cambio, la escena citada había dejado tras de sí una huella distinta: una alucinación sensorial que se hacía sentir de tiempo en tiempo y apareció también durante el relato. La sujeto decía sentir aún en el busto la presión de aquel brazo. Determinadas reglas de la formación de síntomas y ciertas singularidades inexplicables de la enferma (como, por ejemplo, que eludía pasar cerca de un hombre que se hallaba conversando animada o cariñosamente con una mujer) me permitieron hacer del proceso de aquella escena la siguiente reconstrucción. A mi juicio, Dora no sintió tan sólo el abrazo apasionado y el beso en los labios, sino también la presión del miembro en erección contra su cuerpo. Esta sensación, para ella repugnante, quedó reprimida en su recuerdo y sustituida por la sensación inocente de la presión sentida en el tórax, la cual extrae de la fuente reprimida su excesiva intensidad. Trátase, pues, de un desplazamiento desde la parte inferior del cuerpo a la parte superior[720]. En cambio, la obsesión antes mencionada parece tener su origen en el recuerdo no modificado. Dora evita acercarse a un hombre que supone sexualmente excitado, para no advertir de nuevo el signo somático de tal excitación.

Es singular ver surgir en este caso, de un solo suceso, tres síntomas —la repugnancia, la sensación de presión en el busto y la resistencia a acercarse a individuos abstraídos en un diálogo amoroso— y comprobar cómo la referencia recíproca de estos tres signos hace posible la inteligencia del proceso genético de la formación de síntomas. La repugnancia corresponde al síntoma de represión de la zona erógena oral, viciada, como más adelante veremos, por el *chupeteo* (infantil). La aproximación del miembro en erección hubo de tener seguramente como consecuencia una transformación análoga del órgano femenino correspondiente, el clítoris, y la excitación de esta segunda zona erógena quedó transferida, por desplazamiento, sobre la sensación simultánea de presión en el tórax. La resistencia a acercarse a individuos presuntamente en igual estado de excitación sexual sigue el

mecanismo de una fobia para asegurarse contra una nueva emergencia de la percepción reprimida.

Para convencerme de la posibilidad de esta reconstrucción de la escena traumática pregunté con gran prudencia a la sujeto si conocía algo de los signos somáticos de la excitación sexual en el hombre. La respuesta fue afirmativa en cuanto al presente y dubitativa en cuanto a la época en que la escena hubo de desarrollarse. En el tratamiento de esta paciente tuve, desde un principio, el mayor cuidado en no proporcionarle ningún nuevo conocimiento en cuanto a la sexualidad, y ello no sólo por motivos de conciencia, sino también porque deseaba someter en este caso a una rigurosa prueba mis premisas teóricas. Así, pues, sólo me aventuraba a designar directamente algo cuando anteriores alusiones muy claras hacían ya que su mención directa no constituyera osadía ninguna. Dora respondía regularmente, sin vacilaciones y con honrada sinceridad, que aquello le era ya conocido; pero no logré hacerle recordar cuál había sido la fuente de tales conocimientos. Había olvidado por completo el origen de todos ellos[721].

Representándome así la escena que se desarrolló en la tienda, llego a la siguiente derivación de la repugnancia[722]: La sensación de repugnancia aparece ser originariamente la reacción al olor —y luego también a la visión — de las heces. Ahora bien: los genitales, especialmente los masculinos, pueden recordar las funciones excrementales, puesto que el órgano genital masculino sirve tanto para la función sexual como para la micción, siendo incluso esta última función la primeramente conocida y, desde luego, la única conocida en la época presexual. Así es como la repugnancia llega a quedar integrada entre las manifestaciones afectivas de la vida sexual. La conocida sentencia de un padre de la Iglesia, *Inter urinas et faeces nascimur*, ha quedado adscrita a la vida sexual y no puede separarse de ella, a pesar de todos los esfuerzos realizados para idealizarla. Pero quiero hacer constar que no considero aún resuelto el problema con la mera indicación de este camino asociativo. Si tal asociación puede aparecer, ello no explica que efectivamente sea así y, desde luego, no se presentará nunca en circunstancias normales. El conocimiento de los caminos no dispensa el de las fuerzas que por ellos siguen su curso[723].

Por lo demás, no me era nada fácil orientar la atención de mi paciente sobre sus relaciones con K. Afirmaba siempre haber terminado por completo con él. El estrato superior de todas sus asociaciones en las sesiones del tratamiento, todo lo que se le hacía fácilmente consciente y todo lo que recordaba conscientemente de los sucesos del día anterior, se refería siempre a su padre. Era exacto que no podía perdonarle la prosecución de sus relaciones con K. y, sobre todo, con la mujer del mismo. Pero su interpretación de estas últimas era ciertamente muy distinta de lo que el padre deseaba. Para Dora no cabía duda de que se trataba de unas relaciones eróticas entre su padre y la mujer de K., joven y bonita. Nada de lo que podía afirmar en ella esta convicción escapaba a su percepción implacablemente aguda en este punto, con respecto al cual no existía tampoco en su memoria la menor laguna. La amistad con el matrimonio K. hubo de iniciarse ya antes de la grave enfermedad del padre, aunque no se hiciera íntima hasta la época en que la mujer ejerció oficio de enfermera cuidadosa y constante, en tanto que la madre de Dora apenas se acercaba al lecho del enfermo. En los primeros veraneos después de la curación sucedieron cosas que hubieran abierto los ojos de cualquiera sobre la verdadera naturaleza de aquella amistad. Ambas familias vivían en el mismo piso del hotel. Un buen día la señora de K. declaró que no podía seguir ocupando el cuarto que hasta entonces había compartido con sus hijos, y poco después también el padre de Dora se trasladó de cuarto, yendo a ocupar otro situado al final del corredor y enfrente del de la señora de K. Ambas habitaciones quedaban así muy próximas y separadas, en cambio, de las del resto de la familia. Cuando la muchacha reprochaba luego a su padre la amistad con la señora de K., solía él contestarle que no comprendía semejante hostilidad, pues tanto ella como su hermano debían estarle, por el contrario, muy agradecidos. La madre, a la que en una de estas ocasiones pidió que le explicara aquellas palabras, le contestó que en la época de su enfermedad se había sentido el padre tan desesperado que había salido un día camino del bosque con intención de suicidarse. La señora de K. había sospechado su propósito y le había seguido, logrando hacerle desistir de ello y seguir viviendo para los suyos. Naturalmente, Dora no creyó tal explicación y supuso que su padre habría inventado el cuento del

suicidio para justificar una cita con la mujer de K.[724], con la cual había sido sorprendido en el bosque.

Cuando luego volvieron a B., el padre iba diariamente a visitar a la mujer de K., y siempre a la hora en que el marido se hallaba en la tienda. Todo el mundo criticaba aquella amistad y aludía a ella irónicamente delante de Dora. El mismo K. se había quejado varias veces de la actitud indiferente de la madre de Dora a este respecto, pero evitando siempre hacer ante esta última la menor alusión al asunto, cosa que la muchacha parecía agradecerle como una muestra de delicadeza. En los paseos familiares, el padre y la señora de K. se las arreglaban siempre de manera que pudieran quedarse solos. No cabía duda de que ella aceptaba de él dinero, pues hacía gastos imposibles de justificar con sus propios medios o los de su marido. El padre comenzó también a hacerle regalos de importancia, y para encubrirlos se mostró particularmente generoso con su propia mujer y con Dora. La señora de K., que hasta entonces había estado muy delicada de salud e incluso había tenido que pasar una temporada en un sanatorio de enfermos nerviosos, a causa de una dolencia neurótica que llegó casi a privarla de la facultad de andar, había recobrado por completo la salud desde entonces y se mostraba contenta y gozosa de vivir.

También después de su partida de B. continuó esta amistad, pues el padre declaraba de cuando en cuando no poder soportar por más tiempo el clima de su nueva residencia y empezaba a toser y a quejarse hasta que un día se marchaba resueltamente a B., desde donde escribía luego cartas rebosantes de alegría. Todas aquellas enfermedades no eran sino pretextos para volver a ver a su amiga. Cuando más adelante reveló el padre su proyecto de trasladarse a Viena, Dora sospechó un nuevo manejo para reunirse con la señora de K., y, en efecto, a las tres semanas de estar en Viena se enteró de que también el matrimonio K. se había trasladado allí. Comenzó a encontrar frecuentemente en la calle a la señora de K. en compañía de su padre, y también a K., el cual la seguía siempre con la vista, y una vez que la vio sola fue detrás de ella largo rato para ver adónde iba y convencerse de que no tenía ninguna cita.

Durante las sesiones del tratamiento, Dora criticó repetidas veces amargamente a su padre, diciendo que era poco sincero, no pensaba más que en su propia satisfacción y poseía el don de representarse las cosas tal y como

le convenían; críticas que arreciaban especialmente en aquellas ocasiones en que el padre se sentía peor y salía precipitadamente para B.; no tardaba Dora en averiguar que también la señora de K. había salido con igual destino para visitar a unos parientes suyos.

En general no era posible defender al padre contra estos reproches y se veía fácilmente cuál de ellos era el más justificado. Cuando Dora se sentía amargada, se le imponía la idea de que su padre la entregaba a K., como compensación de su tolerancia de las relaciones con su mujer, y dado el cariño filial de la muchacha, no es difícil imaginar la ira que tal idea despertaba en ella. En otras épocas se daba perfecta cuenta de que con tales imaginaciones se hacía culpable de una exageración injustificada. Naturalmente, los dos hombres no habían concertado jamás pacto alguno formal en el que ella figurase como objeto de una transacción, y, sobre todo, el padre hubiera retrocedido espantado ante tal sospecha. Pero pertenecía a aquel género de individuos que saben eludir un conflicto falseando arbitrariamente su percepción de la más evidente realidad. Si alguien le hubiera advertido el peligro de aquellas relaciones constantes y no vigiladas por nadie de una muchacha adolescente con un hombre descontento de su mujer, hubiera respondido seguramente que tenía plena confianza en su hija, para la cual no podía resultar jamás peligroso un hombre como K., y que este mismo era, además, incapaz de semejante traición a la amistad que le profesaba. O también que Dora era todavía una chiquilla, y K. la trataba como tal. Pero, en realidad, cada uno de aquellos hombres evitaba cuidadosamente deducir de la conducta del otro aquellas conclusiones que podían estorbar la satisfacción de sus propios deseos. De este modo, K. pudo mandar diariamente, durante un año entero, un ramo de flores a Dora, aprovechar todo su tiempo libre para gozar de su compañía y hacerle costosos regalos, sin que a sus padres les pareciera sospechosa tal conducta.

Cuando en el tratamiento psicoanalítico aparece una serie de ideas correctamente fundamentadas e irreprochables, surge también para el médico un momento de perplejidad, pudiendo el paciente tomar cierta ventaja al preguntar: «Esto es en su totalidad bien pensado y cierto, ¿no le parece? ¿Qué quisiera usted cambiar de lo que yo le he contado?» Pero no tardamos en

observar que tales ideas, inatacables por el análisis, han sido utilizadas por el enfermo para encubrir otras que tratan de escapar a su crítica y a su conciencia. Una serie de reproches contra otros nos hace sospechar la existencia, detrás de ella, de una serie de reproches de igual contenido contra la propia persona. Nos bastará entonces referir sucesivamente cada uno de ellos a la persona del enfermo. Este modo de defenderse contra un reproche referido a uno mismo, transfiriéndolo a otra persona, muestra algo innegablemente automático y tiene su modelo en la conducta de los niños pequeños, que siempre que se les reprocha alguna mentira responden: «El mentiroso eres tú». El adulto respondería intentando subrayar algún defecto real del adversario, en lugar de emplear como defensa la repetición del mismo reproche. En la paranoia se hace manifiesta, como proceso constructor de delirios, esta proyección del reproche sobre otra persona, sin modificación alguna de su contenido y, por tanto, sin base ninguna real.

También los reproches de Dora contra su padre se superponen en toda su extensión a reproches de igual contenido contra sí misma, como vamos a demostrar detalladamente. Tenía razón al afirmar que el padre no quería enterarse del verdadero carácter de la conducta de K. para con ella, con objeto de no verse perturbado en sus relaciones amorosas. Pero Dora había obrado exactamente igual. Se había hecho cómplice de tales relaciones, rechazando todos los indicios que testimoniaban de la verdadera naturaleza de las mismas. Así, su comprensión de dicho carácter y las exigencias de ruptura planteadas al padre databan sólo de su aventura con K. en la excursión por el lago. Hasta este momento y durante años enteros había protegido en lo posible las relaciones de su padre con la mujer de K., a la cual no iba nunca a visitar cuando sospechaba que su padre se encontraba con ella, y sabiendo que durante aquellas horas los niños habrían sido mandados fuera de la casa, marchaba a su encuentro y seguía con ellos su paseo. Durante algún tiempo había habido en su casa una persona que quiso abrirle los ojos sobre las relaciones de su padre con la mujer de K. e impulsarla a tomar partido contra esta última. Tal persona había sido su última institutriz, una mujer ya no joven, muy linda y de opiniones harto libres[725]. La institutriz y la alumna mantuvieron excelentes relaciones durante algún tiempo, hasta que Dora se enemistó repentinamente con ella y consiguió que la despidieran.

Mientras la institutriz ejerció alguna influencia en la casa, la utilizó en contra de la señora de K. Manifestó a la madre que no era digno por parte suya tolerar tal intimidad de su marido con otra mujer y llamó la atención de Dora sobre cuantos indicios hacían sospechosas aquellas relaciones. Pero sus esfuerzos fueron inútiles. Dora siguió profesando a la señora de K. una tierna amistad y no veía motivo alguno para considerar intolerable las relaciones de su padre con ella. Pero, además, se daba cuenta exacta de los motivos que regían la conducta de su institutriz. Ciega para unas cosas, veía perfectamente otras, y así, no tardó en observar que la institutriz estaba enamorada de su padre. Cuando éste se hallaba en casa, la institutriz parecía otra persona y se mostraba afectuosa y servicial. Durante la época en que la familia vivía en la ciudad donde el padre tenía su fábrica y desaparecía, por tanto, del horizonte familiar la señora de K., su hostilidad se tornaba contra la madre, en la que veía entonces una rival. Pero Dora no llegó a tomarle a mal nada de esto. En cambio, se indignó contra ella cuando advirtió que por sí misma le era totalmente indiferente y que el cariño que le mostraba no era más que un reflejo del que ofrendaba a su padre. Durante las ausencias del padre, la institutriz no le hacía el menor caso, no quería salir con ella a paseo ni se interesaba por sus estudios. En cambio, en cuanto el padre regresaba, la institutriz volvía a mostrarse amable, servicial e interesada en su educación. Al darse cuenta de esto fue cuando hizo que la despidieran.

La infeliz había hecho ver a Dora, con claridad indeseada, una parte de su propia conducta. Lo mismo que la institutriz se había conducido con ella a temporadas, se comportaba ella con los hijos de K. Desempeñaba cerca de ellos el pape’ de madre; dirigía sus estudios, los llevaba de paseo, y los compensaba así del escaso interés que su madre les dedicaba. El matrimonio K. había estado varias veces a punto de separarse, no llegando a hacerlo porque el marido no se resignaba a renunciar a ninguno de sus hijos. El cariño a los niños había constituido desde un principio un enlace entre K. y Dora, y el ocuparse de ellos había sido para esta última el pretexto que debía ocultar a los ojos de los demás y a los suyos mismos algo distinto.

Su conducta para con los niños, tal y como hubo de quedar explicada por su relato del comportamiento de la institutriz para con ella, imponía la misma consecuencia que su tolerancia silenciosa de las relaciones de su padre con la

mujer de K.; esto es, que durante todos aquellos años había estado ella enamorada de K. Al expresarle yo esta deducción mía no obtuve su confirmación, pero en el acto me comunicó que también otras personas (por ejemplo, una prima suya que había pasado con ellos una temporada en B.) la habían acusado de hallarse perdidamente enamorada de aquel hombre, aunque por su parte no recordara ella haber abrigado jamás tal sentimiento. Más tarde, cuando la plenitud del material emergente le hizo ya difícil negar rotundamente mi hipótesis, concedió que quizá hubiera estado enamorada de K. durante la época que habían pasado en B., pero que aquel amor se había desvanecido por completo desde la escena del lago[726]. De todas maneras, quedó probado así que el reproche de haber negado a dar oídos a deberes ineludibles y haberse imaginado las cosas de la manera más cómoda y más favorable a sus sentimientos amorosos, o sea el reproche que dirigía a su padre, recaía por completo sobre su propia persona[727].

El otro reproche, de que su padre utilizaba sus enfermedades como pretexto y medio para sus fines encubre de nuevo toda una parte de su propia historia secreta. Un día se quejaba de un síntoma presuntamente nuevo: de agudos dolores de estómago, y al preguntarle yo: «¿A quién imita usted ahora?», di de lleno en el blanco. La tarde anterior había ido a visitar a sus primas, hijas de su difunta tía. La más joven estaba a punto de casarse. La mayor había enfermado por aquellos días de agudos dolores de estómago, y la familia se disponía a llevarla a pasar una temporada a Semmering para ver si se reponía. Dora opinaba que la enfermedad de la mayor no era más que envidia, pues acostumbraba fingir una dolencia siempre que quería conseguir algo, y en esta ocasión lo que quería era alejarse de su casa para no ser testigo de la felicidad de su hermana[728]. Sus propios dolores de estómago cesaron al descubrirle yo que se identificaba con su prima, a la que acusaba de simulación, sea porque también ella envidiaba el amor de que era objeto otra mujer o porque veía reflejado su propio destino en el de la hermana mayor, que había pasado poco tiempo antes por la contrariedad de ver desenlazarse desdichadamente unas relaciones amorosas[729]. También la conducta de la señora K. le había mostrado lo útiles que en ciertos casos pueden ser las enfermedades. K. pasaba fuera de su casa, en viajes de negocios una parte del año y siempre que volvía encontraba enferma a su mujer, a la que

veinticuatro horas antes Dora había visto en perfecta salud. La muchacha comprendió así que la presencia del marido hacía enfermar en el acto a la mujer y que ésta consideraba bien venida la enfermedad, puesto que le permitía eludir el cumplimiento de sus deberes matrimoniales. Una observación sobre sus propias alternativas de salud y enfermedad durante los primeros años que pasó en B. me hizo sospechar una análoga dependencia de su salud. Una de las reglas técnicas psicoanalíticas pretende que una conexión interna, aun oculta, se manifiesta por la contigüidad de las asociaciones, de la misma manera que en la escritura una *a* puesta al lado de una *b* significa que hemos de formar con ambas letras la sílaba *ab*. Dora había padecido toda una serie de accesos de tos acompañados de afonía. ¿Habría influido para algo la presencia o la ausencia del hombre amado en esta aparición y desaparición de los fenómenos patológicos? Si así era, habríamos de hallar en algún lado una coincidencia delatora. Pregunté, pues, cuál había sido la duración media de aquellos accesos. De tres a seis semanas. Luego, ¿cuánto habían durado las ausencias de K.? Dora hubo de confesar que también de tres a seis semanas. Demostraba así, con su enfermedad, su amor por K., del mismo modo que la mujer de este último su desamor. Pero entonces habríamos de suponer que Dora se había conducido al revés que la esposa, enfermando mientras K. estaba ausente y sanando en cuanto llegaba. Así pareció haber sucedido realmente, por lo menos durante el primer período de los accesos, pues en épocas ulteriores se impuso la necesidad de encubrir la coincidencia del acceso con la ausencia del hombre secretamente amado, para evitar que la constancia del fenómeno llegase a descubrir el secreto y a partir de entonces las duración del ataque se conservó como signo de su significación primera.

En este punto recordaré haber visto y oído en la clínica de Charcot que en las personas aquejadas de mutismo histérico la escritura se hacía más fácil, en compensación del habla. Escribían, pues, con mayor soltura, rapidez y corrección que las demás y que ellas mismas antes del acceso de mutismo. Así habría sucedido también en el caso de Dora. En los primeros días de su afonía le era siempre grato y fácil escribir. Esta singularidad no exigía ninguna explicación psicológica especial, puesto que constituía la manifestación de una función fisiológica sustitutiva creada por la necesidad;

pero, de todos modos, fue singular la facilidad con que en el acto surgió tal explicación. K. solía comunicarle con frecuencia sus impresiones del viaje y le mandaba numerosas postales, hasta el punto de que Dora sabía, antes que la propia mujer de K., la fecha de su retorno. El hecho de corresponder con un ausente, con el que no se puede hablar, no es menos natural que el de tratar de hacerse comprender por medio de la escritura cuando se está afónico. La afonía de Dora permitía, por tanto, la siguiente interpretación simbólica: cuando el hombre amado estaba ausente, renunciaba ella a hablar; el habla no tenía ya para ella valor ninguno, puesto que no le servía para comunicarse con él. En cambio adquiría mucha más importancia la escritura, como el único medio de seguir en relación con el ausente.

No me propongo sentar ahora la afirmación de que en todos los casos de afonía periódica pueda orientarse el diagnóstico hacia la existencia de un hombre amado temporalmente ausente. La determinación del síntoma en el caso de Dora es demasiado específica para poder pensar en un frecuente retorno de la misma etiología accidental. ¿Qué valor tendrá, pues, nuestra explicación de la afonía? ¿No nos habremos dejado engañar por un azar? No lo creo. Habremos de recordar más bien la cuestión, tantas veces planteada, de si los síntomas de la histeria son de origen psíquico o somático, o reconociéndolos de origen psíquico, si necesariamente han de hallarse todos psíquicamente determinados. Esta cuestión es, como tantas otras en cuya solución vemos esforzarse continuamente en vano a los investigadores, inadecuada. No integra, en su alternativa, el verdadero estado de cosa. A mi juicio, todo síntoma histérico necesita aportaciones de ambos lados. No puede formarse sin cierta colaboración somática facilitada por un proceso normal o patológico en algún órgano del cuerpo. No surge más de una vez —y para que un síntoma tenga carácter histérico es necesario que posea la capacidad de repetirse—, cuando no tiene una significación psíquica, un sentido. Y este sentido no lo trae ya consigo el síntoma histérico, sino que le es prestado, le es arreglado y puede ser distinto en cada caso, según la composición de las ideas reprimidas que pugnan por encontrar una expresión. Claro está que toda una serie de factores actúa en el sentido de que las relaciones entre las ideas inconscientes y los procesos somáticos de que

disponen como medio de expresión se estructuren de un modo menos arbitrario, aproximándose a varios enlaces típicos. Para la terapia, las determinaciones dadas en el material psíquico accidental son las más importantes, pues solucionamos los síntomas investigando su significación psíquica. Pero una vez desvanecido todo lo que es posible suprimir por medio del psicoanálisis podemos construir muchas hipótesis, probablemente acertadas, sobre las bases somáticas, regularmente orgánico-constitucionales, de los síntomas. También para los accesos de tos y afonía, en el caso de Dora, habremos de ir más allá de la interpretación psicoanalítica y buscar detrás de la misma el factor orgánico del que partió la colaboración somática que facilitó la expresión del amor a un hombre temporalmente ausente. Y si el enlace entre la expresión sintomática y el contenido ideológico inconsciente nos sorprende en este caso por su hábil artificio, habremos de tener en cuenta que esta misma impresión habrá de hacernos en todo otro caso y en todo otro ejemplo.

Se me objetará quizá que no supone ciertamente un gran progreso el hecho de que, merced al psicoanálisis, no hayamos de buscar ya el enigma de la histeria en un «desequilibrio especial de la molécula nerviosa» o en la posibilidad de los estados hipnoides, sino en una colaboración somática. Pero contra esta observación he de hacer constar que tal enigma no queda así meramente desplazado, sino también muy disminuido. No se trata ya de su totalidad, sino de un fragmento del mismo que integra aquel carácter peculiar de la histeria que la diferencia de las demás psiconeurosis. Los procesos psíquicos son, en todas las psiconeurosis, los mismos durante todo un principio, y sólo luego ha de tenerse en cuenta la colaboración somática que deriva hacia lo somático los procesos psíquicos inconscientes. Allí donde este factor no aparece surge algo distinto de un síntoma histérico, aunque siempre algo afín al mismo; esto es, una fobia o una idea obsesiva; en concreto: un síntoma psíquico.

Volveremos ahora al reproche de simulación que Dora dirigía a su padre. No tardamos en observar que a tal reproche no correspondían solamente los que Dora se hacía a sí misma con relación a pasadas enfermedades suyas, sino también a otros relativos a la época presente. En estas circunstancias se

plantea generalmente el médico la labor de adivinar y completar aquello que el análisis sólo le indica con signos poco evidentes. Tuve, pues, que llamar la atención de la paciente sobre el hecho de que su enfermedad actual se mostraba tan tendenciosa como la que aquejaba periódicamente a la mujer de K., e idénticamente motivada. No cabía duda de que Dora perseguía un fin que esperaba alcanzar por medio de su enfermedad; tal fin no podía ser otro que el de separar a su padre de aquella mujer. Ya que no lo conseguía con ruegos y argumentos, esperaba lograrlo atemorizando al padre (recuérdese la carta de despedida) y despertando su compasión (con sus accesos de inconsciencia). Y si tampoco todo aquello le servía de nada, por lo menos la vengaba de él. Sabía muy bien cuán grande era el cariño que su padre le profesaba, y que cada vez que alguien le preguntaba por su estado de salud asomaban las lágrimas a sus ojos. Por mi parte, estaba convencido de que su enfermedad desaparecería por completo en cuanto su padre se declarara dispuesto a sacrificar por su salud su amistad con la señora de K. Pero esperaba que el padre no llegaría a hacerlo, pues entonces Dora se daría cuenta del arma poderosa que tenía en sus manos y no dejaría de aprovecharla en adelante simulando enfermedades cada vez que quisiera conseguir algo. De todos modos, si el padre no cedía, estaba seguro de que Dora no renunciaría tan fácilmente a su enfermedad.

Paso por alto los detalles que confirmaron plenamente la exactitud de estas deducciones mías, prefiriendo exponer, en relación con ellas, algunas observaciones generales sobre la actuación de los «motivos de la enfermedad» en la histeria. Tales motivos de la enfermedad pueden diferenciarse con toda precisión de las posibilidades de la enfermedad y del material que compone los síntomas. No tienen la menor participación en la formación de estos últimos ni existen siquiera al principio de la enfermedad, sino que se agregan a ella secundariamente, pero sólo con su aparición queda plenamente constituido el estado patológico[730]. Puede contarse con su existencia en todos aquellos casos que constituyen una verdadera enfermedad y se prolongan durante mucho tiempo. El síntoma empieza siendo en la vida psíquica un intruso indeseado, al que todo es adverso, situación que nos explica su frecuente desaparición espontánea y en apariencia por la sola

acción del tiempo. Al principio no ejerce función alguna en la economía psíquica, pero en muchos casos la encuentra luego secundariamente. Una corriente psíquica cualquiera encuentra cómodo servirse del síntoma, y éste llega así a una función secundaria, quedando ya fijamente adherido a la vida anímica. Si queremos curar al enfermo, tropezamos entonces, para nuestra máxima sorpresa, con una gran resistencia, que nos demuestra cómo su intención de lograr la curación no es todo lo sincera que creíamos[731]. Imaginemos un obrero, un albañil, por ejemplo, al que la caída de un andamio lo ha inutilizado para el trabajo y pide ahora limosna en una esquina. Si nos llegamos a él y le prometemos restablecer plenamente su integridad física, esperaremos quizá ver pintarse en su rostro una expresión de infinita alegría. Pero es muy posible que nos equivoquemos. Seguramente, a raíz de quedar inválido, se sintió extraordinariamente desdichado al advertir que nunca más podría trabajar y tendría que morirse de hambre o vivir de limosna; pero desde entonces, aquello mismo que le dejó sin trabajo ha llegado a ser su fuente de ingresos. Vive precisamente de su invalidez, y si se la quitamos, le dejaremos, quizá, sin medio alguno de ganarse la vida, pues entre tanto ha olvidado su oficio, ha perdido el hábito de trabajar y se ha habituado a la ociosidad y acaso a la bebida.

Los motivos de la enfermedad empiezan a actuar muchas veces ya en la infancia. La niña ansiosa de cariño y que sólo a disgusto comparte con sus hermanos la ternura de sus padres observa que esta ternura se concentra exclusivamente sobre ella cuando está enferma. Descubre así un medio de provocar el cariño de sus padres y se servirá de él en cuanto disponga del material psíquico necesario para producir una enfermedad. Cuando luego llega a ser mujer y un matrimonio poco afortunado la sitúa en circunstancias contrarias a las que ha exigido desde su infancia, pues su marido le guarda escasas atenciones, tiraniza su voluntad, aprovecha sin consideraciones su capacidad de trabajo y no le ofrece compensaciones morales ni materiales, su única arma para afirmarse en la vida será la enfermedad, que le procurará las consideraciones deseadas, obligará al hombre a sacrificios en cuidados y en dinero, que nunca hubiese hecho por una mujer sana, y le forzará a seguir tratándola delicadamente después de la curación, para evitar una recaída. El carácter aparentemente objetivo e involuntario de la enfermedad, carácter que

el médico se ve también obligado a reconocer, hasta que la sujeto pueda emplear, sin reproche alguno consciente contra sí misma, este medio cuya utilidad descubrió ya en su infancia.

Y, sin embargo, toda la enfermedad es intencionada. Los estados patológicos aparecen dedicados regularmente a una persona determinada y se desvanecen en cuanto tal persona se aleja. Aquel juicio vulgar sobre la histeria, en el que suelen coincidir los familiares menos ilustrados de los enfermos, es hasta cierto punto exacto. Es indudable que una histérica paralítica saltaría espontáneamente del lecho en que lleva postrada largos meses si se declarase un fuego en su habitación, y que la esposa de continuo doliente e insatisfecha olvidaría todas sus quejas y sus enfermedades en cuanto un hijo suyo enfermase gravemente o surgiera una catástrofe que amenazase perturbar la vida del hogar. Todos los que hablan así de los enfermos histéricos tienen razón en cierto modo, y sólo puede reprochárseles olvidar la diferencia psicológica entre lo consciente y lo inconsciente, olvido permisible aun cuando se trata de un niño, pero no en el caso de un adulto, y que hace inútil todo intento de persuadir a los enfermos de que les bastaría un esfuerzo de voluntad para curarse. Es preciso primeramente convencerlos, por medio del análisis, de la existencia de su propósito de enfermar.

La lucha contra los motivos de la enfermedad es en la histeria el punto débil de toda terapia, incluso de la psicoanalítica. El destino logra más fácilmente la victoria, pues no precisa atacar la constitución del enfermo ni tampoco su material patógeno. Destruye simplemente el motivo de la enfermedad y libra de ella al sujeto, por lo menos temporalmente, y a veces de un modo definitivo. Si los médicos pudieran averiguar más a menudo los intereses personales de sus enfermos, que éstos suelen ocultarles cuidadosamente, admitirían muchos menos casos de curación milagrosa y de desaparición espontánea de los síntomas. En estos casos, lo que suele suceder es que ha transcurrido un determinado plazo, ha desaparecido la consideración debida a una segunda persona o se ha modificado fundamentalmente la situación por sucesos exteriores, cesando en el acto la enfermedad, espontáneamente en apariencia, pero realmente por la desaparición del motivo que la hacía útil en la vida del sujeto.

En todos los casos llegados a un pleno desarrollo descubriremos motivos

que apoyan la enfermedad. Pero hay algunos que muestran motivos puramente internos, tales como el autocastigo, esto es, el remordimiento y la penitencia, y en ellos la labor terapéutica se hace mucho más fácil que en aquéllos en los que la enfermedad se relaciona con la consecuencia de un fin exterior[732]. Este fin era indudablemente para Dora obligar a su padre a romper su amistad con la mujer de K.

Ninguno de los actos del padre había llegado a indignarla tanto como la facilidad con que aceptó la opinión de que la escena junto al lago no había sido más que un producto de la fantasía de su hija. Se ponía fuera de sí cuando oía decir que en aquella ocasión podía haberse imaginado algo inexacto. Durante mucho tiempo no conseguía averiguar qué reproche contra sí misma podía esconderse detrás de su apasionada repulsa de tal explicación. Estaba justificada la sospecha de que encubriera algo importante, pues un reproche inexacto no suele ofender por mucho tiempo. Mas, por otro lado, hube de concluir que el relato de Dora correspondía a la verdad. En cuanto había comprendido las intenciones de K., no le había dejado continuar hablando, le había abofeteado y había echado a correr. Su conducta hubo de parecer al rechazado tan incomprensible como nos lo parece a nosotros, pues debía de haber deducido ya, por innumerables indicios harto significativos, el cariño que la muchacha le profesaba. En el análisis del segundo sueño hallamos, por fin, tanto la solución de este enigma como el autorreproche que al principio buscamos inútilmente.

Al comprobar que las acusaciones contra el padre retornaban con fatigosa monotonía, en tanto que la tos nerviosa perduraba sin el menor alivio, hube de pensar que tal síntoma debía tener una significación referente al padre. Las exigencias que acostumbro plantear a la aclaración de un síntoma para aceptarlo como verdadero no llegaban a cumplirse. Según una regla, confirmada siempre hasta entonces, pero a la que no me había decidido aún a dar un carácter general, un síntoma significa la representación —realización— de una fantasía de contenido sexual y, por tanto, de una situación sexual. O mejor dicho, por lo menos uno de los sentidos de un síntoma se refiere siempre a una fantasía sexual, en tanto que para sus demás significaciones no existe tal limitación de contenido. El hecho de que un síntoma tiene más de

un sentido y sirve simultáneamente de expresión a varios procesos mentales inconscientes es uno de los primeros que comprobamos en la labor psicoanalítica. Y todavía podemos añadir que un único proceso mental inconsciente o una única fantasía no bastan casi nunca para producir un síntoma.

No tardó en presentarse una ocasión que permitió interpretar la tos nerviosa de la sujeto como expresión de una situación sexual fantaseada. Cuando la enferma repitió una vez más que la mujer de K. amaba solamente a su padre porque se trataba de un hombre «de recursos» (*ein vermögender Mann*), observé, por ciertos detalles secundarios de su expresión, que dejaré sin mencionar, como en general todo lo puramente técnico de la labor de análisis, que detrás de aquel giro se escondía la idea antitética, esto es, la de que el padre era un hombre «sin recursos» (*ein unvermögender Mann*). Esto podía tener tan sólo una interpretación sexual, o sea la de que el padre era impotente[733]. Una vez confirmada conscientemente por la sujeto esta interpretación, le hice observar que se contradecía al afirmar por un lado que las relaciones de su padre con la mujer de K. eran de carácter íntimo, sosteniendo por otro que el padre era impotente y, por tanto, incapaz de tales relaciones. Su respuesta mostró que no existía tal contradicción. Sabía, dijo, que había más de una forma de satisfacción sexual, aunque no pudo indicar de dónde había extraído tal conocimiento, y al preguntarle yo a continuación si se refería al empleo de órganos distintos de los genitales en el comercio sexual, asintió a mi suposición, y pude observar que pensaba precisamente en aquellos órganos que en ella se hallaban en estado de excitación (la boca y la garganta). Aquí no obtuve ya su confirmación expresa, pero precisamente para la reproducción del síntoma que nos ocupaba era requisito indispensable que la representación sexual correspondiente no fuese claramente consciente. Había, pues, que deducir que con aquella tos periódica, originada, como generalmente sucede, por un cosquilleo en la garganta, expresaba una situación de satisfacción sexual *per os* entre las dos personas cuyas relaciones amorosas la ocupaban de continuo. El hecho de que poco tiempo después de esta explicación, que la paciente escuchó en silencio, desapareciese por completo la tos, parecía confirmarla. Pero no queremos dar demasiado valor demostrativo a tal desaparición, ya que se había presentado otras veces

espontáneamente.

Este fragmento del análisis despertará quizá en el lector médico, además de la incredulidad a la que tiene perfecto derecho, extrañeza y horror. Pero estoy dispuesto a someter a prueba la justificación de ambas reacciones. La extrañeza me la figuro motivada por mi osadía al tratar de cuestiones tan espinosas con una muchacha. El horror proviene probablemente de la posibilidad de que una muchacha virgen conozca ya tales prácticas y ocupe con ellas su fantasía. En ambos puntos aconsejaría yo moderación y reflexión. Ninguno de tales dos hechos da motivo para indignarse. Puede hablarse con muchachas y mujeres de cuestiones sexuales sin perjudicarlas en absoluto ni tampoco hacerse uno sospechoso. Basta con hacerlo de cierta manera y saber despertar en ellas la convicción de que es necesario e inevitable. En idénticas circunstancias se permite el ginecólogo someterlas a los más audaces contactos. La mejor manera de hablar de estas cosas es directa y secamente, pues contrasta de un modo rotundo con la complacencia con que se tratan veladamente en sociedad los mismos temas, complacencia a la cual se hallan de sobra acostumbradas las mujeres. En mi consulta doy tanto a los órganos como a los procesos sexuales sus nombres técnicos, y cuando las pacientes no conocen tales nombres, se los comunico, *J'appelle un chat, un chat*. Sé, desde luego, que dentro y fuera de la profesión médica hay muchas personas a quienes escandaliza una terapia en la que se habla de tales cosas y que parecen envidiarme o envidiar a mis pacientes la excitación, que, a su juicio, han de producir semejantes conversaciones. Pero conozco muy bien la moralidad de estos señores para que su opinión me produzca algún efecto. No caeré en la tentación de escribir una sátira. Pero sí he de hacer constar la satisfacción que me produce oír a muchas enfermas que al principio tropezaban con grandes dificultades para discurrir francamente sobre las cuestiones de orden sexual, frases análogas a la siguiente: «Su tratamiento es, desde luego, harto más correcto que las conversaciones de muchos caballeros».

Antes de emprender el tratamiento de una histeria es necesario hallarse convencido de que ha de ser inevitable tratar de cosas sexuales o estar dispuesto a dejarse convencer por la experiencia. La adecuada actitud se resume en la frase: «pour faire une omelette il faut casser des oeufs». Los

pacientes mismos se convencen pronto, pues en el curso del tratamiento encuentran múltiples ocasiones para ello. Por nuestra parte nos bastará con no hacernos un reproche de tratar con ellos cuestiones de la vida sexual normal o anormal. Si obramos con prudencia, no haremos más que traducirles a lo consciente aquello que ya inconscientemente saben, y toda la acción de la cura reposa en el conocimiento de que la influencia afectiva de una idea inconsciente es más enérgica y más perjudicial que la de una idea consciente, pues no es susceptible de contención. Por lo demás, no se corre nunca peligro alguno de pervertir a una muchacha inexperimentada, pues en aquellos casos en los que no existe ya un conocimiento inconsciente de los procesos sexuales no llega jamás a producirse síntoma histérico alguno. Allí donde surge una histeria no puede hablarse ya de inocencia en el sentido que los padres y los educadores dan a este concepto. En niños y niñas de diez, doce y catorce años he llegado a convencerme de la absoluta exactitud de este principio.

Por lo que respecta a la segunda reacción, afectiva, orientado no ya hacia mí, sino hacia la paciente, el horror provocado por el carácter perverso de su fantasía, quisiera hacer constar que tales juicios apasionados no son nada propios de un médico. Encuentro innecesario que un médico que escribe un trabajo sobre las aberraciones del instinto sexual aproveche toda ocasión para intercalar en el texto la expresión de su horror personal ante cosas tan repugnantes. Se trata de hechos reales a los que hemos de habituarnos, sin tener para nada en cuenta nuestras directivas estéticas. Es preciso hablar sin indignación ninguna de aquello a lo quedamos el nombre de perversiones sexuales, o sea de las extralimitaciones de la función sexual en cuanto a la región somática y al objeto sexual. Ya la variabilidad de los límites asignados a la vida sexual considerada normal en las diversas razas y épocas debía bastar para enfriar nuestro celo. No debemos olvidar que la más extraña de estas perversiones, la homosexualidad masculina, fue tolerada e incluso encargada de importantes funciones sociales en un pueblo de civilización tan superior como el griego. Cada uno de nosotros traspasa a veces en su propia vida sexual las limitadas fronteras de lo considerado como normal. Las perversiones no constituyen una bestialidad ni una degeneración en el sentido emocional de la palabra; son el desarrollo de gérmenes contenidos en la

disposición sexual indiferenciada del niño y cuya represión u orientación hacia fines asexuales más elevados —sublimación— está destinada a producir buena parte de nuestros rendimientos culturales. Así, pues, cuando alguien ha llegado a ser grosera y manifiestamente perverso, será más exacto decir que ha permanecido tal y representa un estadio de una inhibición del desarrollo. Los psiconeuróticos son todos ellos personas de inclinaciones perversas enérgicamente desarrolladas, pero reprimidas en el curso del desarrollo y relegadas a lo inconsciente. Sus fantasías inconscientes muestran, en consecuencia, exactamente el mismo contenido que los actos de los perversos, aun cuando no hayan leído la *Psicopatía sexual*, de Krafft Ebing, a la cual atribuyen muchas personas ingenuas tanta culpa en la génesis de inclinaciones perversas. Las psiconeurosis son, por decirlo así, el negativo de las perversiones. La constitución sexual, en la cual queda integrada la herencia, colabora en los neuróticos con influencias accidentales de la vida, que perturban el desarrollo de la sexualidad normal. Las corrientes que tropiezan con un obstáculo en su curso refluyen a otros lechos antiguos que, de no ser así, hubieran permanecido en seco. Las energías de la producción de síntomas histéricos no son aportadas tan sólo por la sexualidad normal reprimida, sino también por los impulsos perversos inconscientes[734].

Las perversiones sexuales menos repulsivas gozan de gran difusión entre nuestros contemporáneos, cosa que sabe todo el mundo, menos los autores médicos que han escrito sobre esta cuestión. O, mejor dicho, tales autores lo saben también, pero se esfuerzan en olvidarlo al coger la pluma para escribir sobre ello. No es, pues, de extrañar que nuestra paciente histérica hubiera oído ya hablar, bordeando recién los diecinueve años, del comercio sexual *per os* (succión del pene) o hubiera desarrollado una fantasía inconsciente con semejante contenido y la hubiera expresado por medio de la sensación de cosquilleo en la garganta y la tos. Tampoco habría de extrañarnos que hubiera llegado a tal fantasía sin revelación especial exterior ninguna previa, pues en otras pacientes hemos podido comprobar con toda seguridad procesos semejantes. La premisa somática de tal creación autística de una fantasía coincidente luego con los actos de los perversos habría sido constituida en ella por una circunstancia personal. Dora recordaba muy bien haber observado en sus años infantiles, hasta épocas muy tardías, la costumbre del

«chupeteo». También el padre recordaba que sólo había logrado hacerle prescindir de él cuando tenía cuatro o cinco años. La misma sujeto evocaba claramente una escena habitual de sus años infantiles, en la que se veía sentada en el suelo en un rincón, chupándose el dedo gordo de la mano izquierda, mientras pellizcaba con la mano derecha el lóbulo de la oreja de su hermano, tranquilamente sentado junto a ella. Es ésta una forma completa de auto-satisfacción que me ha sido relatada por otras muchas sujetos, anestésicas e histéricas luego. Una de ellas me proporcionó un dato que arroja viva luz sobre el origen de este hábito singular. Tratábase de una mujer joven que no había logrado aún prescindir de aquella costumbre infantil. En su recuerdo se veía a la edad de año y medio en brazos de su ama y tomando el pecho en tanto le pellizcaba rítmicamente el lóbulo de la oreja.

Es innegable que las mucosas labiales y bucales son una zona erógena primaria, carácter que conservan permanentemente en el beso, considerado como un acto sexual normal. Una intensa actividad temprana de esta zona erógena constituye, pues, premisa necesaria de la colaboración somática ulterior de toda la mucosa que comienza en los labios. Cuando luego, en una época en que el objeto sexual propiamente dicho, el miembro viril es ya conocido y se dan circunstancias que intensifican la excitación de la zona erógena bucal, no hace falta gran fuerza creadora para sustituir en la situación de satisfacción sexual el pecho de la nodriza o el propio dedo, primer subrogado del pezón, por el miembro viril. De esta manera, la fantasía perversa de la satisfacción sexual *per os* tiene un origen absolutamente inocente, siendo tan sólo una transformación de la impresión que pudiéramos denominar prehistórica de tomar el pecho de la madre o de la nodriza, impresión reanimada luego, habitualmente, por la vista de niños pequeños en el acto de ser amamantados. Por lo general, la ubre de la vaca sirve de representación transitoria entre el pezón de la nodriza y el miembro viril.

Esta interpretación del síntoma faríngeo de Dora puede dar motivo a una nueva objeción. Puede preguntársenos cómo esta situación sexual fantaseada resulta compatible con la otra explicación de que la aparición y desaparición de los fenómenos patológicos limita la presencia y la ausencia del hombre amado; esto es, expresa, integrando la conducta de la mujer de K., la idea

siguiente: «Si yo fuera su mujer, le querría de muy distinto modo y enfermaría (de pena) cuando estuviera ausente, curándome (de gozo) en cuanto volviera a casa». Fundándonos en nuestra experiencia en la solución de síntomas histéricos, responderíamos a esta observación lo que sigue: No es necesario que las distintas significaciones de un síntoma sean compatibles entre sí; esto es, que se complementen formando un todo unitario. Basta que tal unidad resulte de ser un solo y mismo tema el que ha dado origen a las distintas fantasías. En nuestro caso no queda excluida, además, aquella compatibilidad. Uno de los sentidos del síntoma es expresado por la tos, y el otro por la afonía y el curso de los estados patológicos. Un análisis más sutil hubiera demostrado probablemente una mayor espiritualización de los detalles de la enfermedad. Hemos visto ya que un síntoma integra siempre *simultáneamente* varios sentidos. Añadiremos ahora que también puede expresar *sucesivamente* varias significaciones. Puede cambiar por otro, en el transcurso de los años, uno de sus sentidos, incluso el capital, y esta importancia principal puede quedar transferida de un sentido a otro. Hallamos en la neurosis un rasgo conservador en cuanto el síntoma, una vez constituido, tiende a perdurar, aunque la idea inconsciente que halló en él su expresión haya perdido su significación primaria. Pero tampoco es difícil explicar mecánicamente esta tendencia a la conservación del síntoma. La constitución de un síntoma es tan ardua, la transferencia de la excitación puramente psíquica a lo somático —proceso que he denominado ‘conversión’— se halla ligada a tantas condiciones favorables y es tan difícil de obtener la colaboración somática indispensable para ella, que el impulso a la derivación lleva al estímulo emanado de lo inconsciente a satisfacerse, si es posible, con el exutorio preexistente. Mucho más fácil que el desarrollo de una nueva conversión es la constitución de relaciones asociativas entre una idea nueva necesitada de derivación y la antigua que ha perdido ya tal necesidad. Por el camino así abierto fluye la excitación procedente de la nueva fuente de estímulo hasta la antigua salida, y el síntoma semeja entonces, según la expresión bíblica, un odre viejo lleno de vino nuevo. Si después de estas aclaraciones la parte somática del síntoma histérico aparece como la más permanente y la más difícil de sustituir y la psíquica como el elemento variable fácilmente reemplazado, no habremos de deducir de este

hecho un orden de primacía entre ambas. Para la terapia psíquica es siempre la parte psíquica la más importante.

La repetición incesante de las mismas ideas relativas a los amores de su padre con la mujer de K. ofreció al análisis de Dora ocasión de otros distintos descubrimientos.

Tales ideas pueden calificarse de «prepotentes» o, mejor aún, de «reforzadas» o de «sobrevaloradas» en el sentido de Wernicke. Se demuestran patológicas, no obstante su contenido aparentemente correcto, por la invencible resistencia que oponen a todos los esfuerzos mentales conscientes y voluntarios que el sujeto realiza para sustituirlas o alejarlas de su pensamiento. Una idea normal, por intensa que sea, no resiste jamás a tales esfuerzos. Dora se daba perfecta cuenta de que sus ideas con respecto a su padre tenían un carácter especial. «No puedo pensar en otra cosa —lamentaba repetidamente—. Mi hermano me dice que no tenemos derecho a criticar los actos de nuestro padre. En todo caso, debíamos alegrarnos de que haya encontrado una mujer a la que pueda dedicar su corazón, y que mamá no le comprende. Estas ideas de mi hermano me parecen muy justas, y quisiera pensar como él, pero no puedo; no puedo perdonar a mi padre su conducta[735]».

¿Qué hacer, pues, ante tal idea cuando conocemos ya su base consciente y las vanas objeciones que contra ella eleva el sujeto? Concluimos que *debe su intensificación a lo inconsciente*. No puede ser resuelta por una labor mental, bien porque alcanza con sus raíces hasta el material inconsciente reunido o porque se esconde detrás de ella otra idea inconsciente, la cual es entonces casi siempre su antítesis directa. Las antítesis se hallan siempre estrechamente enlazadas entre sí y con frecuencia apareadas de tal modo, que *una de las ideas es intensamente consciente, y la otra, en cambio, inconsciente y reprimida*. Esta situación es consecuencia de una modalidad especial del proceso de la represión. La represión se constituye a veces de manera que la antítesis de la idea que ha de ser reprimida queda extraordinariamente reforzada. Damos a este proceso el nombre de intensificación por reacción, y a la idea que se afirma intensamente en lo consciente y se muestra irreprimible como si de un prejuicio se tratase, el de

idea de reacción. Merced a cierto exceso de intensidad, la idea de reacción mantiene reprimida a la otra, pero simultáneamente queda a su vez como desvanecida y protegida contra la labor mental consciente. El camino para despojar de su excesiva intensidad a la idea dominante es hacer consciente la antítesis reprimida.

No podemos excluir tampoco el caso de que la preponderancia de una idea no sea el producto de uno sólo de los procesos reseñados, sino de ambos conjuntamente. Pueden también presentarse otras complicaciones fácilmente reducibles a las indicadas.

Veamos qué resulta de aplicar a este caso la hipótesis de que Dora desconocía la raíz de su preocupación obsesiva en torno de las relaciones de su padre con la mujer de K. por ser dicha raíz inconsciente en ella. Los datos obtenidos en el análisis nos revelan cuál era. La conducta de Dora iba más allá de su condición final. Sentía y obraba más bien como una mujer celosa, tal y como hubiera parecido comprensible que obrase su madre. Con el dilema que a su padre planteaba —«Esa mujer o yo»—, los reproches que le dirigía y su amenaza de suicidio, se situaba claramente en el lugar de la madre. Pero al mismo tiempo, si la fantasía en que se basaban sus accesos de tos ha sido exactamente reconstruida por nosotros, resultará que se identificaba en ella con la mujer de K. Se identificaba, pues, con las dos mujeres a quienes su padre había amado. Hemos de concluir, por tanto, que obraba como si ella misma supiera o estuviera dispuesta a reconocer que se hallaba enamorada de su padre.

Mi experiencia psicoanalítica me ha enseñado a ver en estas relaciones inconscientes entre padre e hija o madre e hijo, reconocibles en sus consecuencias anormales, una reviviscencia de gérmenes sensitivos infantiles. Ya en otro lugar[736] hemos expuesto cuán tempranamente se establece la atracción sexual entre padres e hijos y hemos demostrado que la fábula de Edipo constituye probablemente una elaboración poética del nódulo típico de estas relaciones. Esta temprana inclinación de la hija hacia el padre y del hijo hacia la madre, de la cual entrañan casi todos los hombres clara huella, ha de ser supuesta muy intensa en los niños constitucionalmente predispuestos a la neurosis, tempranamente maduros y ansiosos de cariño.

Intervienen luego determinadas influencias que ahora no podemos entrar a describir, y que fijan el impulso amoroso rudimentario o lo intensifican de tal manera, que ya en los años infantiles o luego en la época de la pubertad se convierte en algo equivalente a una inclinación sexual, atrayendo a sí, como ésta, una carga de libido[737]. Las circunstancias externas de la vida de nuestra paciente no son nada desfavorables a tal hipótesis. Su disposición congénita la había impulsado siempre hacia el padre, cuyas numerosas enfermedades hubieron de intensificar su cariño por él. En algunas de ellas, el padre no consentía que le cuidara más que Dora, y orgulloso de su inteligencia tempranamente desarrollada, había hecho de ella, desde muy niña, su persona de confianza. La aparición de la mujer de K. la había suplantado, pues, realmente, en muchos sentidos, más que a su madre.

Cuando comuniqué a Dora mi sospecha de que su inclinación hacia el padre había integrado ya tempranamente un preciso carácter de enamoramiento, la sujeto me dio su respuesta habitual: «No me acuerdo». Pero en el acto relató algo totalmente análogo de una primita suya de siete años en la que creía ver un reflejo de su propia niñez. Esta pequeña había sido testigo una vez de una violenta discusión entre sus padres, y cuando poco después fue Dora a visitarla, se acercó a ella y le murmuró al oído: «No puedes figurarte cuánto odio a esa mujer (refiriéndose a su madre). Cuando se muera, me casaré con papá». En tales asociaciones, que armonizan con una afirmación mía anterior, acostumbro ver una confirmación de la misma, procedente de lo inconsciente. No es posible extraer del inconsciente otro tipo de 'Sí', no existe en absoluto un 'No' para el inconsciente[738].

Este amor a su padre no se había manifestado en mucho tiempo. Por el contrario, Dora había vivido durante muchos años en perfecta armonía con aquella mujer que la había suplantado cerca de su padre, e incluso había fomentado sus relaciones con éste, como ya hemos visto por sus autorreproches. Este amor había sido intensificado ahora, aunque no sabemos por qué ni con qué fin. Seguramente como síntoma de reacción para reprimir otro impulso más poderoso en lo inconsciente. Ante el aspecto que las cosas presentaban, hube de pensar, en primer lugar, que tal elemento reprimido era el amor a K. Había de suponer que su enamoramiento duraba aún, pero que

desde la escena del lago —y por motivos desconocidos— había surgido en ella una violenta resistencia contra aquel amor, renaciendo entonces su antigua inclinación hacia el padre, intensificada con objeto de desvanecer su recuerdo consciente de aquel amor displaciente de sus primeros años infantiles. Pero luego descubrí un conflicto muy apropiado para conmover la vida anímica de la muchacha. Por un lado, lamentaba haber rechazado las pretensiones de aquel hombre tan enamorado de ella; pero por otro se resistían contra ello poderosos motivos, entre los cuales se traslucía fácilmente su orgullo. Había llegado así a convencerse de haber alejado totalmente de su pensamiento a K. —tal era la ventaja extraída en el proceso de represión— y, sin embargo, tuvo que evocar y exagerar, para protegerse contra él, su inclinación infantil hacia el padre. El hecho de que entonces la dominase constantemente una celosa irritación parecía correspondiente a otra determinación suplementaria[739].

No era contrario a mis esperanzas el hecho de que al desarrollar esta explicación ante Dora la recibiese ella con la más violenta repulsa. La negativa que nos opone el paciente cuando situamos por vez primera ante su percepción consciente la idea reprimida, no hace más que confirmar la represión. Si eludimos interpretar tal negativa como la expresión de un juicio imparcial, del que no es capaz el enfermo, la dejamos de lado y continuamos nuestra labor, no tardan en presentarse pruebas de que el «no» significa en tales casos el «si» deseado. Dora confesó que no le era posible guardar a K. todo el rencor que por su conducta para con ella merecía, y relató que un día se había cruzado con él en la calle, yendo acompañada por una prima suya que no le conocía. Su prima le había dicho: «¿Qué te pasa, Dora? Te has puesto pálida como una muerta». Ella misma no había sentido nada que pudiera hacerle sospechar semejante transformación exterior, y entonces le expliqué que la expresión de los afectos obedece más a lo inconsciente que a la conciencia y delata frecuentemente los impulsos de aquél[740]. Otro día llegó a la consulta de muy mal humor, sin que pudiera explicarme por qué. Dijo tan sólo que aquel día era el cumpleaños de su tío, y que, sin saber por qué motivo, le molestaba mucho tener que ir a felicitarle. Mi arte interpretativo carecía aquel día de penetración. Dejé, pues, hablar a la paciente hasta que recordó de pronto que aquel mismo día era también el

cumpleaños de K., hecho sobre el cual hube de atraer su atención. No fue difícil entonces hallar también la explicación de por qué los regalos que había recibido días antes, con motivo de su cumpleaños, no le habían proporcionado la menor alegría. Faltaba entre ellos el de K., que antes había sido para Dora el más valioso.

Entre tanto, seguía contradiciendo mi afirmación, hasta que al final ya del análisis pude obtener su confirmación completa.

He de tratar ahora de una nueva complicación, de la que no hablaría seguramente si hubiera de inventar tal estado de ánimo para una novela en lugar de analizarlo como médico. El elemento al que ahora voy a aludir puede tan sólo desvanecer y enturbiar el bello conflicto poético que suponemos de Dora, y seguramente sería suprimido por el poeta, que siempre tiende a simplificar y a abstraer cuando actúa como psicólogo. Pero en la realidad que aquí me esfuerzo en describir es regla general la complicación de los motivos y la acumulación y composición de los impulsos anímicos, o sea la superdeterminación.

Detrás de la serie de ideas preponderantes que giraban en derredor de las relaciones del padre con la mujer de K. se escondía también un impulso de celos cuyo objeto era aquella mujer; un impulso, pues, que sólo podía reposar sobre una inclinación hacia el propio sexo. Conocido es, y ha sido múltiplemente acentuado, que tanto los muchachos como las muchachas muestran en los años de la pubertad, y aun siendo normales, claros indicios de una inclinación homosexual. La amistad apasionada por una compañera de colegio, con promesas de correspondencia constante y celosa sensibilidad, suele ser premisa del primer amor intenso a un hombre. En condiciones favorables, la corriente homosexual queda totalmente cegada; pero cuando el amor hacia el hombre resulta desdichado, dicha corriente es reanimada por la libido, en años posteriores, hasta diferentes grados de intensidad. Si en las personas sanas nos es difícil comprobar regularmente tales hechos, nuestras observaciones anteriores sobre el más amplio desarrollo de los gérmenes normales de perversión en los neuróticos nos prepararán a encontrar también en la constitución de estos últimos una disposición homosexual considerablemente más intensa. Y así debe ser, en efecto, pues en mi

psicoanálisis de sujetos masculinos o femeninos he hallado siempre, y sin excepción, tal corriente homosexual. En aquellos casos de mujeres o muchachas histéricas cuya libido sexual orientada hacia el hombre ha quedado enérgicamente reprimida, aparece regularmente intensificada la corriente homosexual, que a veces llega a hacerse consciente.

Este tema, indispensable para la inteligencia de la histeria masculina, no puede ser desarrollado aquí porque el análisis de Dora quedó interrumpido antes de poder arrojar ninguna luz sobre él. Recordemos, sin embargo, a aquella institutriz con la que al principio vivió en íntima comunión espiritual hasta advertir que su afecto era simplemente un reflejo del que a su padre profesaba, momento en el cual obligó a su familia a despedirla. También surgió con especial frecuencia entre sus confesiones el relato de otro análogo desengaño. Con aquella prima suya que luego se había casado había mantenido Dora relaciones muy cordiales, compartiendo con ella todos sus secretos. La primera vez que el padre volvió a B., después de la interrumpida visita a los K. en su residencia veraniega a orillas del lago, y Dora se negó, naturalmente, a acompañarle, hizo que fuese con él aquella otra muchacha. Este hecho enfrió el cariño de Dora hasta tal punto, que ella misma extrañaba cuán indiferente había llegado a serle aquella prima suya, tan querida antes, sin que pudiera explicárselo. Ello me llevó a preguntarle cuáles habían sido sus relaciones con la mujer de K. hasta la ruptura definitiva. Averigüé entonces que entre la joven casada y la tierna adolescente había subsistido durante años enteros una estrecha y confiada amistad. Durante las temporadas que Dora pasaba en casa de los K., compartía con la mujer el lecho conyugal, del cual quedaba temporalmente desterrado el marido. En todas las dificultades de la vida matrimonial había sido confidente y consejera de la mujer, que no tenía para Dora secreto alguno. Medea consentía gustosa que Kreusa se ganase el cariño de sus hijos, y no hizo tampoco nada para estorbar sus relaciones con el padre de los mismos. El hecho de que Dora llegase a amar a aquel hombre, tan duramente criticado por su dilecta amiga, plantea un interesante problema psicológico, cuya solución nos la da acaso nuestro conocimiento de que en lo inconsciente coexisten sin violencia las ideas más dispares y antitéticas, coexistencia que subsiste frecuentemente aún en la conciencia.

Cuando la sujeto hablaba de la mujer de K., alababa su «cuerpo blanquísimo» con un acento más propio de una enamorada que de una rival vencida. En otra ocasión mostró más melancolía que enfado al comunicarme su convicción de que los regalos que su padre le hacía eran elegidos por la mujer de K., pues reconocía en ellos su gusto, y otra vez hizo resaltar que muchos de los regalos recibidos los debía, en realidad, a aquella mujer, que le había oído manifestar el deseo de poseer tal o cual cosa y se lo había comunicado a su padre.

En general, puedo afirmar no haber oído nunca a Dora palabra alguna hostil contra aquella mujer, en la que hubiera debido ver, sin embargo, dada la orientación de su idea predominante, la causa principal de sus desdichas. Se conducía, pues, de un modo inconsecuente, pero esta inconsecuencia era precisamente la expresión de una corriente afectiva complicadora.

En efecto: ¿cómo se había portado con ella su amiga, tan apasionadamente querida? Cuando la sujeto denunció la conducta de K. y éste recibió una carta del padre pidiéndole explicaciones, contestó a ella haciendo resaltar el respeto y la consideración que siempre le había inspirado la muchacha y ofreciéndose a acudir a B. para desvanecer el equívoco. Pero cuando unas semanas después habló efectivamente en B. con el padre de la muchacha, no tuvo ya consideración alguna con ella, sino que la atacó duramente, alegando en defensa de su proceder que una muchacha que leía libros como la *Fisiología del amor* y se interesaba por aquellas cosas no podía exigir respeto de un hombre.

Así, pues, la mujer de K. la había traicionado, pues sólo con ella había hablado Dora del libro de Mantegazza y sobre temas sexuales. Le había pasado con ella lo mismo que antes con la institutriz. Tampoco la mujer de K. la había querido por ella misma, sino por su padre, y la había sacrificado sin la menor vacilación para no ver estorbadas sus relaciones con aquél.

Esta ofensa dolió más a Dora y ejerció sobre ella más intensa acción patógena que aquella otra idea con la cual tendía a encubrirla; esto es, la de haber sido sacrificada por su padre. La obstinada amnesia de la sujeto en cuanto a las fuentes de sus conocimientos sexuales señalaba directamente el valor afectivo de la acusación y, en consecuencia, la traición de la amiga.

No creo, pues, errar al suponer que la idea predominante de Dora, la de

las relaciones ilícitas de su padre con la mujer de K., estaba destinada, no sólo a reprimir su amor, antes consciente, hacia aquel hombre, sino también a encubrir su amor a la mujer de K., inconsciente en el más profundo sentido. Con esta última corriente se hallaba dicha idea en absoluta y manifiesta oposición. La sujeto se decía sin cesar que su padre la había sacrificado a aquella mujer, demostraba ruidosamente que no se resignaba a ceder su padre y se ocultaba así lo contrario; esto es, que no se resignaba a ceder aquella mujer a su padre y que no había perdonado a la mujer amada el desengaño que le había causado su traición. Los celos de la muchacha se hallaban apareados en lo inconsciente a unos celos de carácter masculino. Estas corrientes afectivas masculinas, o, más exactamente dicho, ginecofílicas, son típicas de la vida amorosa inconsciente de las muchachas histéricas.

B) EL PRIMER SUEÑO

En un momento en que el análisis parecía llegar al esclarecimiento de un período oscuro de la vida infantil de Dora me comunicó ésta haber tenido de nuevo, noches antes, un sueño ya soñado por ella varias veces en idéntica forma. Tal sueño de retorno periódico había de despertar mi curiosidad, y en interés del tratamiento debía ser interpolado en la marcha del análisis. Decidí, pues, analizarlo con toda minuciosidad.

Dora lo describió en la forma siguiente:

«Hay fuego en casa[741]. Mi padre ha acudido a mi alcoba a despertarme y está en pie al lado de mi cama. Me visto a toda prisa. Mamá quiere poner aún en salvo el cofrecito de sus joyas. Pero papá protesta: ‘No quiero que por causa de su cofrecito ardamos los chicos y yo’. Bajamos corriendo. Al salir a la calle despierto».

Como se trata de un sueño reiterado, comienzo por preguntar a Dora cuándo lo ha soñado por vez primera. No lo sabe. Pero recuerda haberlo soñado tres noches consecutivas durante su estancia en L. (la localidad junto al lago en la que se había desarrollado la escena con K.). Luego había vuelto a tenerlo hacia unas cuantas noches aquí en Viena[742]. La conexión así

establecida entre el sueño y los sucesos acaecidos en L. me hace fundar, naturalmente, mayores esperanzas en la solución de aquél. Pero quisiera primero averiguar el motivo de su último retorno, y con tal fin invito a la sujeto a descomponer el sueño en sus elementos y a comunicarme lo que se le ocurra con respecto a cada uno de ellos:

—Lo que primero se me ocurre es algo que no puede tener relación ninguna con mi sueño, pues se refiere a cosas muy recientes y posteriores a la primera vez que lo soñé.

—No importa. Dígamelo usted.

—Se trata de que papá ha tenido en estos últimos días una discusión con mamá, porque mamá se empeña en dejar cerrado con llave el comedor por las noches. La alcoba de mi hermano no tiene otra salida, y papá no quiere que mi hermano se quede así encerrado. Dice que por la noche puede pasar algo que le obligue a uno a salir.

—¿Y usted, pensó en seguida en la posibilidad de un incendio?

—Sí.

—Retenga usted bien sus propias palabras. Quizá hayamos de volver sobre ellas. Ha dicho usted, textualmente, *que por la noche puede pasar algo que le obligue a uno a salir de la pieza*[743].

Pero la sujeto ha encontrado ya el enlace entre los motivos recientes del sueño y los que antes lo provocaron, pues prosigue en la forma siguiente:

—Cuando llegamos a L., papá expresó directamente su temor a un incendio. Llegamos en medio de una fuerte tormenta, y la casita que íbamos a habitar era toda de madera y no tenía pararrayos. Su temor era, pues, justificado.

Me interesa ahora descubrir la relación entre los sucesos que se desarrollaron en L. y los sueños idénticos de entonces. Con tal intención pregunto a Dora:

—¿Tuvo usted esos sueños en las primeras noches de su estancia en L., o luego, en las inmediatamente anteriores a su partida? O lo que es lo mismo, ¿antes o después de la escena con K. en el bosque?

Dora responde primero: «No lo sé». Y al cabo de un rato: «Creo que después».

Quedaba así averiguado que el sueño era una reacción a aquel suceso.

Mas ¿por qué hubo de repetirse por tres veces en aquellos días? Seguí preguntando: «¿Cuánto tiempo permaneció usted aún en L. después de la escena con K.?»

—Cuatro días. Al quinto partí con mi padre.

—Ahora estoy ya seguro de que su sueño fue por entonces efecto inmediato del suceso con K. Lo soñó usted allí por vez primera, y si antes pretendía usted no recordarlo así con seguridad, era para borrar ante si misma tal relación[744]. Lo que no acabo de explicarme es el número de las repeticiones. Si todavía permaneció usted en L. cuatro noches, pudo usted soñarlo cuatro veces. ¿O quizá fue así?

La sujeto no contradice ya mi afirmación, pero en lugar de contestar a mi pregunta continúa diciendo[745]:

—K. y yo regresamos a mediodía de nuestro paseo por el lago. Después de almorzar me eché en un sofá de la alcoba del matrimonio para reposar un rato. De pronto, desperté sobresaltada y vi a K. en pie junto al sofá…

—Como en el sueño, a su padre, al lado de la cama…

—Sí. Le pregunté qué venía a hacer allí, y me contestó que había venido a buscar unas cosas, y que, además, nadie podía impedirle entrar en su alcoba cuando quisiera. Este incidente me hizo la necesidad de tomar alguna precaución. Pedí, pues, a la mujer de K. la llave del cuarto, y a la mañana siguiente (el segundo día) cerré por dentro mientras me arreglaba. Pero luego, a la hora de la siesta, cuando quise volver a cerrar para echarme tranquilamente en el sofá, no encontré ya la llave en su sitio. Estoy segura de que fue K. quien la quitó.

—Tal es, pues, el tema de cerrar o no cerrar una habitación que surge en su primera ocurrencia con respecto al sueño, y ha desempeñado también, casualmente, un papel en la reciente motivación ocasional del mismo. Sospecho, aunque aún no se lo he dicho a Dora, que ella captó este elemento en relación al sentido simbólico que posee. *Zimmer* (pieza) en los sueños reemplaza habitualmente a *Frauenzimmer* (término levemente desvalorizante de una mujer, literalmente ‘departamentos de mujer’). El asunto de saber si una mujer (pieza) está ‘abierta’ o ‘cerrada’ no puede ser obviamente algo indiferente. Es bien sabido, además, qué tipo de ‘llave’ abre en tal caso. ¿No tendrá también la frase «Me visto a toda prisa» una relación con estos

sucesos?

—Fue entonces cuando me propuse no quedarme en casa de K. sin mi padre. En las mañanas siguientes *me vestí a toda prisa*, temiendo siempre la aparición de K. Papá vivía en el hotel y la mujer de K. salía temprano para dar un paseo con él. Pero K. no volvió a importunarme.

—Ahora voy ya viendo claro. En la tarde del segundo día se propuso usted sustraerse a aquella persecución, y en las noches segunda, tercera y cuarta, después de la escena del bosque, renovó usted en el sueño tal propósito. En la segunda tarde, o sea antes del sueño, sabía usted ya que a la mañana siguiente —la tercera— no podría usted encerrarse durante su tocado, puesto que la llave había desaparecido, y se propuso usted vestirse lo más rápidamente posible. Su sueño retornaba todas las noches por corresponder precisamente a un propósito. Un propósito subsiste hasta que es realizado. Es como si se hubiera usted dicho: «Aquí no tengo tranquilidad». No podré dormir tranquilamente hasta que salga de esta casa. En el sueño dice usted inversamente: «Al salir a la calle despierto».

Interrumpí aquí la comunicación del análisis para comprobar cómo responde este fragmento de una interpretación de un sueño a mis principios generales sobre el mecanismo de la producción onírica. En mi *Interpretación de los sueños* hube de afirmar que todo sueño era la representación de la realización de un deseo, que tal representación aparecía deformada y encubierta cuando se trataba de un deseo reprimido, confiando en lo inconsciente, y que, salvo en los niños, sólo un deseo inconsciente poseía fuerza bastante para producir un sueño. Creo que hubiera obtenido más general aquiescencia si me hubiese limitado a afirmar que todo sueño entrañaba un sentido hasta el cual podíamos llegar por medio de la labor interpretadora.

Una vez llevada a cabo la interpretación, se podía sustituir el sueño por ideas localizadas en un punto fácilmente determinable de la vida anímica despierta. Hubiera podido proseguir, diciendo que este sentido del sueño se demuestra tan vario como los procesos mentales de la vigilia.

Unas veces es un deseo cumplido; otras, un temor, una reflexión continuada durante el reposo, un propósito (como en el sueño de Dora), etc.

Esta exposición más fácilmente aprehensible, hubiera captado mejor el ánimo de mis lectores y hubiera podido apoyarse en numerosos ejemplos de sueños acabadamente interpretados, tales como el que aquí hemos empezado a analizar.

Pero en lugar de proceder así senté una afirmación general que limita el sentido de los sueños a una única forma mental, a la representación de deseos, y despertó con ello la tendencia general a la contradicción. Pero no me creía obligado a simplificar, para hacerlo más aceptable a mis lectores, un proceso psicológico, porque ofreciera a mi investigación dificultades que podían tener más adelante su solución unitaria.

Me interesará, pues, extraordinariamente mostrar que las excepciones aparentes, como este sueño de Dora, que en un principio se nos revela como un propósito diurno continuado durante el reposo, acaban por confirmar la regla discutida.

Todavía nos quedaba por interpretar buena parte del sueño. Seguí, pues, preguntando:

—¿Qué se le ocurre a usted con respecto al cofrecito que su madre quería poner en salvo?

—Mamá es muy aficionada a las joyas, y papá le ha regalado muchas.

—¿Y usted?

—Antes también me gustaban. Pero desde que estoy enferma no llevo ninguna… Hace cuatro años (un año antes del sueño) mis padres tuvieron un disgusto por causa de una joya. Mamá quería unos pendientes, unas «gotas[746]» de perlas. Pero a papá no le gustaban y le compró una pulsera. Mamá se puso furiosa y se negó a tomarla, diciéndole que podía regalársela a quien quisiera, ya que se había gastado tanto dinero en una cosa que ella no quería.

—Y usted pensó que si su padre se la ofrecía, la aceptaría encantada, ¿no?

—No lo sé[747]. Ni tampoco cómo llegó mamá a intervenir en mi sueño, puesto que no estaba entonces en L. con nosotros[748].

—Yo se lo explicaré más adelante. ¿No se le ocurre a usted nada más con respecto al cofrecillo? Hasta ahora me ha hablado usted sólo de las joyas, pero no del cofrecillo.

—Sí. K. me había regalado poco antes un cofrecillo precioso.

—Estaba, pues, justificado que usted le regalase algo en correspondencia. Quizá no sabe usted aún que la palabra «cofrecillo» sirve corrientemente para denominar aquello mismo a lo que antes ha aludido usted jugueteando con el bolsillito[749], o sea el genital femenino.

—Sabía que iba usted a decirme eso[750].

—Lo cual quiere decir que sabía usted la denominación indicada. El sentido de su sueño se hace ya más claro. Se dijo usted: «Ese hombre anda detrás de mí; quiere entrar en mi cuarto; mi "cofrecillo" corre peligro, y si sucede algo, la culpa será de mi padre». Por ello integra usted en el sueño una situación que expresa todo lo contrario: un peligro del cual la salva su padre. En esta región del sueño queda todo transformado en su contrario. Pronto verá usted por qué. La clave nos la da precisamente la figura de su madre. ¿Cómo? Usted ve en ella a una antigua rival en el cariño de su padre. En el incidente de la pulsera pensó usted en aceptar gustosa lo que ella rechazaba. Vamos a sustituir ahora «aceptar» por «dar» y «rechazar» por «negar». Hallaremos así que usted estaba dispuesta a dar a su padre lo que mamá le negaba, y que se trataba algo de relacionado con las joyas[751]. Recuerde usted ahora el cofrecillo que le había regalado K. Tiene usted aquí el punto inicial de una serie paralela de ideas en la cual, como en la situación de hallarse en pie junto a su cama, debe sustituirse K. por su padre. K. le ha regalado a usted un cofrecillo, y ahora debe usted regalarle a él el de usted. Por eso le hablé antes de un regalo «en correspondencia». En esta serie de ideas habremos de sustituir a su mamá por la señora de K., la cual sí estaba entonces con ustedes. Usted se halla, pues, dispuesta a dar a K. lo que su mujer le niega. Tal es la idea que con tanto esfuerzo ha de ser reprimida y hace así necesaria la transformación de todos los elementos en sus contrarios respectivos. Como ya indiqué a usted antes de iniciar el análisis, este sueño confirma que usted se esfuerza en despertar de nuevo su antiguo amor a su padre para defenderse contra el amor a K. ¿Qué demuestran todos estos esfuerzos? No sólo que teme usted a K., sino que aún se teme usted más a sí misma y teme a la tentación de cederá sus deseos. Confirma usted, pues, con ello cuán intenso era su amor a K.[752].

Como era de esperar, esta última parte de la interpretación no logró el

asentimiento de Dora.

Pero la interpretación de su sueño no terminaba aquí. Tenía una continuación que me parecía indispensable tanto para la anamnesis del caso como para la teoría del sueño. Prometí, pues, a Dora comunicársela en la sesión siguiente.

No podía olvidar, en efecto, la indicación que parecía desprenderse de las palabras equívocas antes subrayadas («que por la noche puede pasar algo; que puede ser necesario salir de la pieza»). Agregábase a esto que la aclaración del sueño me parecía incompleta en tanto no se cumpliera cierta condición a la que no quiero atribuir carácter general, pero cuyo cumplimiento busco siempre. Un sueño regular posee dos puntos de sustentación: el motivo esencial actual y un suceso infantil de graves consecuencias. Entre estos dos puntos, el suceso infantil y el actual, establece el sueño un enlace e intenta transformar el presente conforme al modelo del más temprano pretérito. El deseo que crea el sueño procede siempre de la infancia: quiere volver la infancia a la realidad, corregir el presente conforme al modelo de la infancia. En el contenido del sueño de Dora me parecía ya reconocer aquellos fragmentos con los que podía componerse una alusión a un suceso infantil.

Comencé la investigación correspondiente con un pequeño experimento que, como de costumbre, salió bien. Encima de mi mesa había casualmente una cerillera de amplias proporciones. Pedí a Dora que observase si sobre la mesa había algo desacostumbrado. No vio nada. A continuación le pregunté si sabía por qué se prohibía a los niños jugar con cerillas.

—Sí. Por temor a que ocasionen un incendio. A los chicos de mi tío les gusta mucho jugar con cerillas.

—No es sólo por eso. Se les prohíbe jugar con fuego porque se cree que tales juegos tienen determinadas consecuencias…

Dora ignoraba a qué podía yo referirme.

—Se cree que si juegan con fuego, mojarán por la noche la cama. Esta creencia se funda quizá en la antítesis entre el agua y el fuego, suponiéndose, por ejemplo, que soñarán con fuego e intentarán apagarlo con agua. No puedo dar una explicación exacta. Pero veo que la antítesis entre el agua y el

fuego le ha prestado a usted excelentes servicios en su sueño. Su madre quiere poner en salvo el cofrecillo para que no *arda*, y en las ideas latentes del sueño, de lo que se trata es de que el «cofrecillo» no *se moje*. El concepto fuego no es empleado únicamente como antítesis del concepto agua; sirve también para representar el amor. Del concepto fuego parte así un camino que conduce, a través de esta significación simbólica, hasta las ideas amorosas, y otro que, a través del concepto antitético agua, y luego de ramificarse en una relación con el amor, que también *moja*, llega a lugar distinto. ¿Adonde? Piense usted en sus palabras de antes: «Puede suceder por la noche algo que le obligue a uno a salir». ¿No pueden referirse a una necesidad física? Y si las transfiere usted a la infancia, ¿pueden referirse a cosa distinta de que el niño moje la cama? ¿Y qué es lo que se suele hacer para evitar que los niños mojen la cama? Despertarlos por la noche, como en su sueño la despierta a usted su padre. Tal sería, pues, el suceso que le da a usted el derecho de sustituir a K., el cual la despierta a usted cuando dormía la siesta, por la figura de su padre. Debo, pues, concluir que la enuresis nocturna duró en usted más tiempo del corriente en los niños. Lo mismo debió de sucederle a su hermano, pues su padre dice: «No quiero que mis dos hijos… perezcan». Fuera de esto, no tiene su hermano nada que ver con la situación de entonces en casa de K., pues ni siquiera estaba en L. ¿Qué recuerdos surgen en usted a propósito de todo esto?

—Con respecto a mí misma, ninguno —respondió Dora—. De mi hermano recuerdo que se orinaba en la cama hasta los seis o siete años. Y a veces también durante el día.

Me disponía a indicarle cuánto más fácil era recordar tales cosas de un hermano que de uno mismo, cuando continuó con un recuerdo nuevo:

—Sí. También yo padecí enuresis nocturna durante una temporada. Pero cuando ya tenía siete u ocho años. Tanto, que tuvieron que consultar al médico. Fue poco antes de empezarme el asma nerviosa.

—¿Y qué dijo el doctor?

—Lo atribuyó a debilidad nerviosa y me recetó un tónico, asegurando que sería una cosa pasajera[753].

La interpretación del sueño parecía así quedar terminada[754]. La sujeto

aportó aún, días después, un nuevo detalle del mismo. Había olvidado decirme que cuantas veces había soñado aquel sueño había advertido al despertar olor a humo. El humo concordaba muy bien con el fuego e indicaba que el sueño tenía una relación especial con mi persona, pues cuando la sujeto alegaba que detrás de algún punto no se ocultaba nada, solía yo argüir que «no hay humo sin fuego». Pero contra esta interpretación exclusivamente personal oponía Dora que su padre y K. eran, como yo, fumadores impenitentes. También ella fumaba, y cuando K. inició su desgraciada declaración amorosa, acababa de liarle un cigarrillo. Creía recordar también con seguridad que el olor a humo no había surgido por vez primera en la última repetición de su sueño, sino ya en las tres veces consecutivas que los había soñado en L. Como no me proporcionó más aclaraciones, quedó de cuenta mía incluir este detalle del olor a humo en el tejido de las ideas latentes del sueño. Podía servirme de punto de apoyo el hecho de que la sensación de humo había aparecido como apéndice a su relato del sueño, habiendo tenido que vencer, por tanto, un esfuerzo especial de la represión. En consecuencia, pertenecía probablemente a la idea mejor reprimida y más oscuramente representada en el sueño, o sea a la de la tentación de ceder a los deseos de su enamorado, y siendo así, apenas podía significar otra cosa que el deseo de recibir un beso, caricia que si es hecha por un fumador, ha de saber siempre a humo. Ya dos años antes había K. besado una vez a la muchacha, y si ésta hubiera acogido ahora sus pretensiones amorosas, tales caricias se hubieran renovado con frecuencia. Las ideas de tentación parecen haber retrocedido así hasta la pretérita escena de la tienda y haber despertado el recuerdo de aquel primer beso contra cuya seducción se defendió por entonces la sujeto desarrollando una sensación de repugnancia. Reuniendo ahora todos aquellos indicios que hacen verosímil una transferencia sobre mí, facilitada por el hecho de ser yo también el fumador, llego a la conclusión de que en alguna de las sesiones del tratamiento se le ocurrió a la paciente desear que yo la besase. Tal hubiera sido entonces el motivo de la repetición del sueño admonitorio y de su resolución de abandonar la cura. Esta hipótesis nada improbable no pudo, sin embargo, ser demostrada a causa de las singularidades de la «transferencia».

Podía ahora vacilar entre aplicar al historial de nuestro caso los datos obtenidos en el análisis de este sueño o rebatir antes la objeción que del mismo parece deducirse contra mi teoría del fenómeno onírico. Elegiré lo primero.

Vale la pena profundizar en la significación de la enuresis nocturna en la prehistoria de los neuróticos. Para evitar confusiones me limitaré a hacer constar que el caso de enuresis nocturna de Dora no era de los corrientes. No sólo se había prolongado más allá del tiempo considerado como normal, según la propia manifestación de Dora, sino que había desaparecido primero para reaparecer luego en época relativamente tardía, cuando la sujeto había cumplido ya los seis años. Una incontinencia de este género no puede tener, a mi juicio, causa distinta de la masturbación, la cual desempeña en la etiología de la enuresis un papel insuficientemente apreciado hasta ahora. Según toda mi experiencia en la materia, los mismos niños se dan cuenta perfecta de esta relación, y todas las consecuencias psíquicas ulteriores se derivan de este conocimiento como si los sujetos no lo hubieran olvidado jamás. Ahora bien: en el momento en que Dora desarrolló el relato de su sueño, la investigación analítica seguía una trayectoria que hubo de conducir a tal confesión de la masturbación infantil. Poco tiempo antes la sujeto había planteado la cuestión de la causa de su enfermedad, y antes que yo iniciase observación alguna a este respecto, se había respondido a sí misma imputando a su padre toda la culpa de su estado. Tal imputación no se basaba, además, en ideas inconscientes, sino en un conocimiento consciente. Para mi mayor sorpresa resultó, en efecto, que la muchacha sabía de qué género había sido la enfermedad de su padre. Al volver éste de su primer viaje a Viena para consultarme, Dora había sorprendido una conversación en la que se había citado el nombre de la enfermedad. En años anteriores, cuando el padre sufrió el desprendimiento de retina, el oculista llamado a consulta debió de indicar la etiología luética de la enfermedad, pues la muchacha, preocupada y curiosa, oyó por entonces a una anciana tía suya decir a su madre: «Y a estaba enfermo antes de casarse contigo», añadiendo luego algo que Dora no comprendió de momento y luego refirió a cosas ilícitas.

Así, pues, el padre, había enfermado a consecuencia de su vida libertina,

y Dora suponía que le había transmitido hereditariamente la enfermedad. Por mi parte evité cuidadosamente comunicarle mi opinión, ya antes expuesta, de que los descendientes de individuos luéticos integraban una predisposición especial a graves neuropsicosis. La continuación de esta serie de ideas acusadoras contra el padre avanzaba a través de material inconsciente. Dora se identificó durante algunos días en ciertos síntomas y singularidades con su madre, lo que le dio ocasión a mostrarse particularmente insoportable, y me dejó luego adivinar que pensaba pasar una temporada en el balneario de Franzensbad, donde ya había estado otra vez —no sé ya en qué año, acompañando a su madre. Esta última padecía de dolores en el bajo vientre y flujo blanco —catarro genital—, síntomas que aconsejaban las aguas de Franzensbad. Dora suponía —probablemente con razón— que aquella enfermedad era también imputable al padre, que había contagiado a su madre su afección sexual. No tenía nada de extraño que en esta deducción confundiera la sujeto, como en general la mayoría de los profanos, la gonorrea con la sífilis y la transmisión hereditaria con el contagio por el coito. Su persistencia en la identificación con la madre me obligó a casi preguntarle si también ella padecía una enfermedad genital, resultando que, en efecto, venía aquejada de flujo blanco, sin que pudiera precisar exactamente desde cuándo.

Comprendí ahora que detrás de la serie de ideas francamente acusadoras contra el padre se ocultaba, como de costumbre, una acusación contra la propia persona, y salí a su encuentro asegurando a Dora que el flujo blanco constituía en las jóvenes solteras un indicio de masturbación y que, a mi juicio, todas las demás causas a las que solía atribuirse tal enfermedad quedaban muy en segundo término comparadas con la masturbación[755]. En consecuencia, parecía estar a punto de contestarse a sí misma la interrogación que antes había planteado sobre el origen de su enfermedad con la confesión de haberse entregado a la masturbación probablemente en sus años infantiles. Dora negó resueltamente recordar nada de este orden, pero días después dejó ver algo que había de considerarse como un nuevo paso hacia tal confesión. Por primera y última vez en todo el tratamiento trajo colgado del antebrazo un bolsillo de piel, con el que empezó a juguetear mientras hablaba, abriéndolo y cerrándolo, metiendo en él un dedo, etc. Observé durante un rato

este manejo de la paciente y le expliqué después el concepto del acto sintomático[756]. Llamamos así a aquellos actos que los hombres ejecutan automática e inconscientemente, sin darse cuenta de ellos, como jugando, y a los que niegan toda significación, declarándolos indiferentes y casuales cuando se los interroga sobre ellos. Pero una más cuidadosa observación muestra que tales actos, de los cuales la conciencia no sabe o no quiere saber nada, exteriorizan ideas e impulsos inconscientes, resultando así muy valiosos e instructivos como manifestaciones permitidas de lo inconsciente. La conducta consciente ante los actos sintomáticos es de dos clases. Cuando el sujeto puede motivarlos sin esfuerzo, suele darse cuenta de ellos; pero si no le es posible justificarlos así ante su conciencia, entonces los ignora por completo y no advierte que los ejecuta. En el caso de Dora no era difícil la motivación: «¿Por qué no voy a usar un bolsillo como todo el mundo?» Pero tal justificación no excluye la posibilidad del origen inconsciente del acto de que se trate, aunque no sea posible, en general, demostrar irrebatiblemente al sujeto dicho origen y el sentido que atribuimos al acto. Hemos de contentarnos con hacer constar que tal sentido armoniza muy bien con la situación del momento y con la orden del día de lo inconsciente.

En otra ocasión expondremos toda una serie de estos actos sintomáticos, observables tanto en los nerviosos como en los sanos. Su interpretación se hace a veces muy fácil. El bolsillito bivalvo de Dora no era otra cosa que una representación del genital femenino, y el acto de juguetear con él abriéndolo e introduciendo un dedo constituía una inconfundible exteriorización mímica de la masturbación. Recientemente he tenido ocasión de observar en mi consulta un caso análogo que resultó muy divertido. Una paciente, ya de cierta edad, sacó del bolsillo una cajita con pretexto de tomar de ella un caramelo refrescante, la abrió con cierto trabajo, y cerrándola de nuevo, me la entregó para que me convenciese por mí mismo de lo difícil que era abrirla. Manifesté entonces mi sospecha de que la aparición de aquella cajita tuviera alguna significación especial, ya que era la primera vez que la veía en manos de la paciente, sometida a tratamiento desde hacía más de un año. «Pero ¡si la llevo conmigo siempre y a todas partes!», replicó vivamente la sujeto, y no se tranquilizó hasta que yo le hice ver, riendo, cuán perfectamente se adaptaban sus palabras a otro sentido. La caja —*box*, πύςις— es, como el bolsillo y el

cofrecillo, una representación del genital femenino.

Hay en la vida muchos de estos símbolos que generalmente no advertimos. Cuando hube de plantearme la labor de prescindir del hipnotismo para extraer a la luz aquello que los hombres ocultan, guiándome tan sólo por sus palabras y sus actos, creí que habría de serme más difícil de lo que realmente es. Teniendo ojos para ver y oídos para escuchar, no tarda uno en convencerse de que los mortales no pueden ocultar secreto alguno. Aquéllos cuyos labios callan, hablan con los dedos. Todos sus movimientos los delatan. Y así resulta fácilmente realizable la labor de hacer consciente lo anímico más oculto.

El acto sintomático con el bolsillito no fue el primer brote del sueño, pues Dora inició la sesión que culminó en su relato del mismo con otro acto de igual naturaleza. Al entrar yo en la habitación en que me esperaba, escondió rápidamente una carta que estaba leyendo. Naturalmente, le pregunté de quien era aquella carta, y al principio se negó a decírmelo. Luego resultó que carecía de toda importancia y no tenía la menor relación con nuestra cura. Era una carta en la que su abuela le pedía que le escribiera con mayor frecuencia. Es de suponer que Dora quería sólo mostrarse primero misteriosa conmigo para indicar que ahora sí se dejaba ya arrancar su secreto por el médico. Su repugnancia a consultar a nuevos médicos se explica por el miedo a que el reconocimiento (flujo blanco) o la anamnesis (averiguación de la enuresis) descubrieran la causa de su dolencia, o sea la masturbación.

Acusaciones contra el padre, que le habría transmitido su enfermedad, y detrás de ellas una acusación contra sí misma —flujo blanco, jugueteo sintomático con el bolsillo, incontinencia posterior a los seis años—, secreto que la enferma se resiste a dejarse arrancar por los médicos; todo esto me parece constituir una prueba indiciaría irreprochable de la masturbación infantil. Ya había yo empezado a sospecharla cuando la paciente me habló de los dolores de estómago que aquejaban a su prima y se identificó luego con ella acusando durante algunos días el mismo síntoma. Sabido es con cuánta frecuencia padecen los masturbadores estos trastornos. Según una comunicación personal de W. Fliess, son precisamente estas gastralgias las que pueden ser interrumpidas cocainizando en la nariz el punto correspondiente al estómago, por él localizado, y curadas totalmente

cauterizándolo. Dora me confirmó conscientemente dos cosas: que había padecido con frecuencia tales gastralgias y que tenía fundadas razones para creer que su prima se masturbaba. No es nada raro que los enfermos descubran en otras personas cosas que en sí mismas no logran reconocer, por oponerse a ello intensas resistencias afectivas. De todos modos, no oponía ya a la sospecha de masturbación negativa alguna, aunque no recordase aún nada que pudiera confirmarla. También la determinación cronológica de la duración de la incontinencia «hasta poco antes del primer acceso de asma nerviosa» me parecía clínicamente aprovechable. Los síntomas histéricos no aparecen casi nunca mientras los niños continúan masturbándose, sino luego, en los períodos de abstinencia[757], pues representan una sustitución de la satisfacción masturbadora que lo inconsciente continúa demandando mientras no surge otra distinta satisfacción más normal, cuando tal satisfacción no se ha hecho ya imposible. De esta última condición depende la posibilidad de la curación de la histeria por medio del matrimonio y del comercio sexual normal. Si la satisfacción cesa luego en el matrimonio por la práctica del coito interrumpido o el extrañamiento psíquico de los cónyuges, etc., la libido vuelve a buscar su antiguo curso y se manifiesta de nuevo en síntomas histéricos.

Quisiera indicar aún con seguridad cuándo y bajo qué influencia especial abandonó Dora la masturbación, pero lo incompleto del análisis me obliga a aducir aquí material insuficiente. Ya hemos visto que la enuresis se prolongó casi hasta el primer acceso de disnea. Ahora bien: lo único que la sujeto supo aportar para la aclaración de este primer acceso fue que en aquellos días su padre había salido de viaje por vez primera después de su grave enfermedad. Este detalle conservado en su memoria debía integrar una relación con la etiología de la disnea. Ciertos actos sintomáticos y otros diversos indicios me hicieron suponer que la niña, cuya alcoba comunicaba directamente con la de sus padres, había sorprendido alguna noche una escena de amor entre ellos, oyendo jadear a su padre, cuya respiración era ya habitualmente fatigosa, en la excitación del coito. En tales casos, los niños sospechan lo sexual en los ruidos inquietantes, pues integran ya, como mecanismos congénitos, los movimientos expresivos de la excitación sexual. Hace ya muchos años afirmé que la disnea y las palpitaciones de la histeria y la neurosis de angustia no son

sino trozos aislados del acto del coito, y en muchos casos, como en este de Dora, me ha sido posible retrotraer el síntoma de la disnea, el asma nerviosa, a la misma causa ocasional; esto es, al hecho de haber escuchado los ruidos producidos por una pareja adulta en el acto del coito. A la influencia de la excitación entonces sentida puede atribuirse fundadamente aquella transformación que se inició por entonces en la sexualidad de la infantil sujeto y sustituyó la tendencia a la masturbación por la tendencia al miedo. Algún tiempo después, cuando el padre estaba ausente y la niña lo echaba de menos, repitió aquella impresión bajo la forma de un acceso de asma. El hecho de esta ausencia, conservada en la memoria de Dora como motivo ocasional de su enfermedad, relata el angustiado proceso mental que acompañó al ataque. Dora sufrió el primer acceso de asma después de una excursión por la montaña, en la que debió de sentir realmente alguna fatiga. A esta sensación física se agregó primero la idea de que los médicos habían prohibido a su padre andar por terreno accidentado, pues debía evitar todo esfuerzo, y luego el recuerdo de la fatiga que en aquella ocasión nocturna delataba su respiración jadeante. Este recuerdo la llevó a preguntarse si ella misma no se habría dañado gravemente con la masturbación, conducente también al órgano sexual, acompañado siempre de una ligera disnea, y luego, al retorno intensificado de esta disnea, como síntoma. Una parte de este material surgió en el análisis. La otra hube yo de completarla. La comprobación de la masturbación nos ha mostrado la forma en que el material de un tema puede ser únicamente reunido fragmentariamente en diversos tiempos y relaciones distintas[758].

Surge aquí toda una serie de interrogaciones importantísimas para la etiología de la histeria; por ejemplo, si el caso de Dora ha de considerarse típico desde el punto de vista etiológico y si presentad único tipo de la causación, etcétera. Pero creo obrar prudentemente aplazando la contestación a estas preguntas hasta haber expuesto una más amplia serie de casos análogamente analizados. Además, quisiera empezar por plantear detalladamente la cuestión. En lugar de limitarme a contestar con un «sí» o un «no» a la interrogación de si la etiología de este caso patológico ha de buscarse en la masturbación infantil, habría de fijar previamente el concepto de la etiología en las psiconeurosis. El punto de vista desde el cual podría

contestar se demostraría muy alejado de aquel otro desde el cual se me dirige la interrogación. Bastará que en este caso lleguemos a la convicción de que ha sido posible descubrir la masturbación y que la misma no ha sido nada casual ni indiferente para la estructura del cuadro patológico[759].

Todavía conseguiremos más amplia comprensión de los síntomas de Dora atendiendo a la significación de la dolencia —el flujo blanco— por ella confesada. La palabra «catarro», con la que aprendió a designar su afección cuando un padecimiento análogo de su madre hizo necesaria una cura en el balneario de Franzensbad, es nuevamente un «equívoco» que faculta una exteriorización, en el síntoma de la tos, a toda la serie de ideas sobre la culpabilidad del padre en la causación de la enfermedad. Esta tos, que tuvo seguramente su origen en un catarro real insignificante, constituía, por otro lado, una imitación del padre enfermo del pecho, y podía dar expresión a la piedad filial de la muchacha. Pero además exteriorizaba algo de lo cual la sujeto no tenía quizá aún conciencia por entonces: «Soy hija de mi padre. Tengo, como él, un catarro. Me ha contagiado su enfermedad, como antes la contagió a mi madre. También me ha transmitido malas pasiones, de las cuales es castigo la enfermedad[760]».

Intentaremos ahora reunir las distintas determinaciones halladas para los accesos de tos y de afonía. En el estrato más profundo hemos de suponer la existencia de un estímulo de la tos, orgánicamente condicionado, que sería el grano de arena en torno al cual forma el molusco la perla. Tal estímulo es susceptible de fijación por corresponder a una región somática que ha conservado en la muchacha un intenso carácter de zona erógena. Es, pues, muy adecuado para dar expresión de la libido excitada. Queda fijado por su primer disfraz psíquico la imitación compasiva del padre enfermo y luego por los autorreproches a causa del «catarro». Este mismo grupo de síntomas se muestra además adecuado para presentar las relaciones con el señor K., lamentar su ausencia y expresar el deseo de ser para él una esposa mejor que la suya. Cuando una parte de la libido se orientó nuevamente hacia el padre, el síntoma adquirió su quizá última significación para representar el comercio sexual con el padre en identificación con la señora de K. Estoy plenamente seguro de que las ideas expuestas no son todas las que en este caso actuaron. Pero la interrupción del análisis no me permitió, desgraciadamente, perseguir

hasta agotarlos todos los cambios de sentido de los síntomas en el transcurso del tiempo, ni tampoco aclarar el orden de sucesiones y la coexistencia de tales distintos sentidos. A un análisis completo sí pueden plantearse estas exigencias.

No quiero dejar de referirme a otras relaciones del catarro genital de Dora con sus síntomas histéricos. En una época en la que aún no se vislumbraba una explicación psíquica de la histeria oí afirmar a colegas de mayor edad y experiencia que en las pacientes histéricas aquejadas de flujo blanco toda gravitación del catarro genital provocaba una agudización de la afección histérica y muy especialmente de la anorexia y de los vómitos. Nadie se explicaba claramente tal relación, existiendo, creo, una cierta tendencia a aceptar la opinión de los ginecólogos, según la cual las afecciones genitales ejercían una influencia directa y orgánicamente perturbadora sobre las funciones nerviosas, hipótesis que, desgraciadamente, no admite prueba terapéutica alguna. El estado actual de nuestro conocimiento no permite aún excluir tal influencia orgánica directa, pero sí hace más fácil demostrar su disfraz psíquico. El orgullo que inspira a la mujer una acabada conformación de sus genitales constituye uno de los elementos más importantes de la vanidad femenina, y aquellas afecciones de dichos órganos que la sujeto juzga susceptibles de inspirar desagrado o hasta repugnancia la mortifican gravemente, disminuyendo su propia estimación y haciéndola irritable, susceptible y desconfiada. La secreción anormal de la mucosa vaginal es una de estas dolencias consideradas susceptibles de inspirar repugnancia.

Recordemos que el beso de K. provocó en Dora una viva sensación de asco y que encontramos fundamentos para completar su relato de esta escena suponiendo que sintió contra su cuerpo, al ser abrazada, la presión del miembro viril en erección. Averiguamos después que aquella misma institutriz, cuyo despido provocó Dora, ofendida por la insinceridad de su afecto, le había advertido, fundándose en su propia experiencia, que todos los hombres eran inconscientes y falsos. Para Dora aquello había de significar que todos los hombres eran iguales a su padre, y como creía que su padre padecía una enfermedad sexual que había contagiado a su madre y a ella, podía imaginarse que todos los hombres padecían la misma enfermedad. Ahora bien: su concepto de la enfermedad genital se basaba, naturalmente, en

su única experiencia de este género, estrictamente personal además, y en consecuencia, padecer una enfermedad sexual significaba, para ella, verse aquejada de un flujo repulsivo. ¿No podía ser ésta una nueva motivación del asco experimentado en el momento del abrazo? Tal repugnancia, transferida al contacto del hombre, sería entonces una repugnancia proyectada conforme al mecanismo primitivo, citado en páginas anteriores, y referida, en último término, al flujo blanco de la propia sujeto.

Trátase aquí, a mi juicio, de procesos mentales inconscientes superpuestos a relaciones orgánicas preformadas, como las ramas de una planta trepadora a un enverjado, existiendo así la posibilidad de hallar aún otras distintas rutas mentales entre los mismos puntos inicial y final. El conocimiento de las asociaciones de idea que sucesivamente actuaron entraña, desde luego, un valor insustituible para la solución de los síntomas, y si en el caso de Dora hubimos de recurrir a suposiciones y complementos, nuestra única justificación está en la prematura interrupción del análisis. De todos modos, haremos constar que aquello que aportamos para cegar las lagunas debidas a tal interrupción se apoya en otros casos fundamentadamente analizados.

El sueño, cuyo análisis nos ha llevado a las conclusiones que anteceden, corresponde, como vimos, a un propósito que Dora se llevó consigo al reposo, razón por la cual se repite una noche tras otra hasta que el propósito queda cumplido, y reaparece años después al surgir una nueva ocasión de formar un propósito análogo, Traducido a lo consciente, podría expresarse en la forma que sigue: Tengo que salir de esta casa, en la cual, como ya se ha visto, corre peligro mi virginidad. Partiré con mi padre, y mañana, mientras me visto, tomaré mis precauciones para que nadie me sorprenda. Estas ideas encuentran clara expresión en el sueño. Pertenecen a una corriente que ha alcanzado conciencia y predominio en la vida despierta. Detrás de ellas se trasluce otra serie de ideas, oscuramente representadas, que corresponden a la corriente opuesta y han sucumbido, por tanto, a la represión. Esta serie de ideas culmina en la tentación de entregarse a su pretendiente en agradecimiento al amor que el mismo le había demostrado durante los últimos años, y evoca quizá el recuerdo del único beso que de él había

recibido hasta entonces. Pero, según la teoría desarrollada en mi *Interpretación de los sueños*, tales elementos no bastan para producir un sueño. Un sueño no es la realización de un propósito, sino el cumplimiento de un deseo, y precisamente de un deseo procedente de la vida infantil. Tenemos la obligación de comprobar si este principio nuestro no queda contradicho por el sueño aquí analizado.

El sueño contiene, en efecto, material infantil que no delata relación ninguna, perceptible a primera vista, con el propósito de huir de la casa de su enamorado y de la tentación que de él emanaba. ¿A qué fin responde la emergencia del recuerdo de la neurosis infantil y del esfuerzo que el padre hubo de desarrollar para habituar a la niña a la limpieza? Porque sólo con ayuda de esta serie de ideas resultaba posible reprimir las intensas ideas relativas a la tentación y lograr el predominio del propósito formado contra ellas. La muchacha decide huir con su padre. En realidad, lo que hace es refugiarse al amparo de su padre en su temor al hombre que la persigue. Reanima en sí una pretérita inclinación infantil hacia su padre, destinada a protegerla contra la inclinación presente hacia aquel hombre. El padre es responsable, en parte, del peligro que ahora la amenaza, pues la ha entregado a su pretendiente para mejor lograr sus propios intereses amorosos. ¡Cuánto mejor hubiera sido que no hubiese querido a nadie más que a ella y se hubiera consagrado a salvarla de los peligros que la amenazaban! El deseo infantil, inconsciente hoy, de situar al padre en el lugar de un enamorado es ya un poder capaz de producir un sueño. Si ha habido una situación que, siendo análoga a alguna de las actuales, se diferenciase, sin embargo, de ella en tal intercambio de personas, se instituirá en situación capital del sueño. Así, sucede, efectivamente. Lo mismo que K., el día anterior, se llegaba ante su padre junto a la cama en que ella dormía y la despertaba quizá con un beso, como acaso pensara hacerlo su enamorado. El propósito de huir de la casa no es, pues, por sí mismo, susceptible de producir un sueño y sólo adquiere esta capacidad al agregársele otro apoyado en deseos infantiles. El deseo de reemplazar a K. por el padre es el que proporciona la energía productora del sueño. Recordemos cómo la serie de ideas preponderantes sobre los amores del padre con la mujer de K. nos forzó a admitir una reviviscencia del amor infantil de la sujeto hacia su padre, provocada para poder mantener la

represión del amor hacia K. El sueño refleja este cambio de orientación de la vida anímica de la enferma.

Sobre la relación existente entre los pensamientos de la vigilia continuados en el reposo —los restos diurnos— y el deseo inconsciente productor del sueño, expuse ya en mi *Interpretación de los sueños* algunas observaciones que transcribiré aquí literalmente, pues no tengo nada que agregar a ellas, y el análisis de este sueño de Dora demuestra una vez más su exactitud:

«Concedo que existe una clase de sueños cuyo estímulo procede predominantemente, o hasta de un modo exclusivo, de los restos de la vida diurna, y opino que incluso mi deseo de recibir algún día el título de 'profesor extraordinario' me hubiera dejado dormir tranquilo aquella noche si no hubiera perdurado aún en mí el cuidado que la salud de mi amigo me inspiraba. Pero este cuidado no habría provocado, sin embargo, sueño ninguno, pues la fuerza impulsora de que el sueño precisaba tenía que ser reforzada por un deseo. Así, pues, para formar el sueño, tuvo mi preocupación que buscar tal deseo y aliarse con él. Trataremos de aclarar estas circunstancias por medio de una comparación tomada de la vida social. Es muy posible que la idea diurna represente en la formación del sueño el papel de socio industrial. El socio industrial posee una idea y quiere explotarla, pero no puede hacer nada sin capital y necesita un socio capitalista que corra con los gastos. En el fenómeno onírico, el capitalista que corre con el gasto psíquico necesario para la formación del sueño es siempre, cualquiera que sea la idea diurna, un deseo de lo inconsciente[761]».

Conociendo la sutil estructura de productos psíquicos tales como los sueños, no puede sorprendernos hallar que el deseo de que el padre ocupe el lugar del hombre que supone una tentación para la sujeto no aporte al recuerdo un material cualquiera infantil, sino precisamente aquel que integra también íntimas relaciones con la represión de dicha tentación. Pues si Dora se siente incapaz de ceder a su amor hacia aquel hombre y en lugar de abandonarse a tal amor lo reprime, esta resolución no se enlaza a ningún otro factor tan íntimamente como a su prematura actividad sexual y a las consecuencias de la misma, la enuresis, el catarro genital y las náuseas. Tal prehistoria puede servir luego de base en la edad adulta a dos actitudes

distintas, según las condiciones constitucionales del sujeto ante la invitación al amor: la entrega sin resistencia alguna y hasta la perversión de la sexualidad o, por reacción, la repulsa de la sexualidad y la neurosis. La constitución de nuestra paciente y el nivel de su educación moral e intelectual hubieron de orientarla en el segundo sentido.

Quiero aún hacer constar que el análisis de este sueño nos ha descubierto ciertos detalles de los sucesos patógenos que no hubieran sido susceptibles de recuerdo o, por lo menos, de reproducción. En efecto, el recuerdo de la enuresis infantil había sucumbido ya totalmente a la represión y sobre los detalles de la persecución amorosa de K. no había dicho jamás Dora una sola palabra. No habían acudido a su pensamiento.

Todavía algunas observaciones para la síntesis de este sueño. La elaboración onírica se inicia en la tarde del segundo día, después de la escena en el bosque, al advertir Dora que no puede ya cerrar la puerta de su cuarto. Se dice entonces: «Corro aquí un grave peligro», y forma el propósito de no permanecer sola en aquella casa, sino partir con su padre. Este propósito queda capacitado para producir un sueño al encontrar una posibilidad de continuación en lo inconsciente, instancia en la cual corresponde a él el proceso en que la sujeto despierta su pretérito amor infantil a su padre como protección contra la tentación actual. La transformación que así se desarrolla en ella queda luego fijada y la conduce al punto de vista representado por sus ideas preponderantes (celos de la mujer de K. a causa de su padre, como si estuviera enamorado de él). Luchan en Dora la tentación de ceder a su pretendiente y la resistencia contra ella. Esta resistencia es el producto de varios factores: motivos de honestidad y de cordura, impulsos hostiles provocados por las confidencias de la institutriz (celos, orgullo ofendido) y un elemento neurótico, la parte de repulsa sexual pronta en ella y basada en su historial infantil. El amor hacia su padre, despertado como protección contra la tentación, procede de esta historia infantil.

El sueño transforma el propósito inconsciente de refugiarse al amparo del padre en una situación que muestra cumplido el deseo de que el padre la salve del peligro. Para conseguirlo así tiene que echar a un lado una idea contraria: la de que el padre es precisamente quien la ha expuesto a aquel

peligro. El impulso hostil contra el padre (deseo de venganza) en este punto reprimido constituye luego uno de los motores del segundo sueño.

Conforme a las condiciones de la producción onírica, la situación fantaseada es elegida tal que reproduzca una escena infantil. Para la elaboración de sueños supone un triunfo conseguir la transformación de una situación reciente, quizá, la del mismo motivo ocasional del sueño, en una situación infantil. En ese caso lo consigue por una pura casualidad del material. Exactamente en la misma forma en que su enamorado se había aproximado a su lecho, despertándola, lo hacía su padre en la infancia. Toda su transformación queda simbolizada exactamente sustituyendo en esta situación la persona de K. por la del padre.

Pero el padre la despertaba en su tiempo para que no mojase la cama.

Esta idea de «mojar» determina todo el resto del sueño, aunque sólo aparezca representado por una alusión lejana y por una antítesis.

La antítesis de «mojar», «agua», puede ser muy bien «arder», «fuego». La casualidad de que el padre hubiera expresado al llegar a L. su temor a un posible incendio coadyuda a decidir que el peligro de que el padre la salva sea un fuego. En esta casualidad y en la antítesis de la idea de «mojar» se apoya la situación elegida para la imagen onírica. Hay fuego y el padre acude junto a su lecho para despertarla. El temor casualmente manifestado por el padre no hubiera llegado a adquirir esta significación en el contenido del sueño si no hubiera armonizado tan bien con la corriente afectiva victoriosa que tendía a hallar a toda costa en el padre auxilio y salvación. El sueño muestra así que el padre se ha dado cuenta inmediata del peligro y ha acudido en auxilio de su hija. (En realidad, lo que había hecho era exponer a la muchacha a tal peligro.)

En las ideas latentes del sueño, el concepto «mojado» desempeña el papel de un foco de convergencia de varios núcleos de representaciones. Pertenece no sólo al de la enuresis nocturna, sino también al de la tentación sexual, reprimido y oculto detrás de aquel contenido del sueño. La sujeto sabe que también en el comercio sexual queda «mojada» la mujer, que el hombre da a la mujer en el coito algo liquido en forma de «gotas». Sabe que precisamente en ello está el peligro y que debe evitar que sus órganos genitales sean mojados.

Con los conceptos «mojado» y «gotas» se inicia simultáneamente el otro núcleo de asociaciones, esto es, el del repulsivo catarro genital que en los años de juventud de la sujeto tuvo para ella la misma significación vergonzosa que la enuresis en su infancia. «Mojado» equivale aquí a «contaminado». El órgano genital, que ha de ser conservado puro y limpio, está ya contaminado por el catarro, y tanto en su madre como en ella. Dora parece comprender aquí que la manía de limpieza de su madre no es sino la reacción a aquella impureza.

Ambos núcleos coinciden en un punto: la madre ha recibido del padre las dos cosas, la «mojadura sexual» y el flujo contaminador. Los celos contra la madre son inseparables del círculo de ideas correspondientes al amor al padre despertado como protección. Este material no es aún capaz de representación. Pero en cuanto pueda encontrarse un recuerdo que esté en igual relación aprovechable con los dos círculos del «mojado» y eluda la repugnancia, tal recuerdo pasará a representar dicho material en el contenido del sueño.

El recuerdo buscado es hallado en el suceso de las «gotas» de perlas que la madre deseaba recibir como «adorno». Aparentemente, el enlace de esta reminiscencia con los dos círculos de la humedad sexual y de la impureza es sólo exterior, superficial y meramente verbal, ya que las «gotas» aparecen empleadas como equivoco, como palabra de doble sentido, y «adorno» es, como «limpio», una antítesis un tanto forzada de «impuro» (contaminado). Pero en realidad no es difícil señalar íntimos enlaces de contenido. El recuerdo proviene del material de los celos, de raíz infantil, pero continuados luego contra la madre. A través de los dos puentes de palabras indicados puede ser transferida a la reminiscencia de las «gotas» toda la significación concomitante a las representaciones del comercio sexual entre los padres, el flujo blanco y la atormentada manía de la limpieza de la madre.

Pero todavía ha de tener lugar otro desplazamiento. Lo que llega a ser acogido en el contenido del sueño no son las «gotas», más cercanas al «mojado» primitivo, sino las «joyas», más lejanas a él. Así, pues, si este elemento hubiera quedado incluido en la situación onírica ya fijada, el fragmento correspondiente del sueño habría sido: la madre quiere aún salvar las «joyas». Pero en la nueva variante —«joyero»— se impone *a posteriori* el influjo de elementos pertenecientes al círculo de la tentación emanada de K.

Éste no había regalado a Dora una «joya», pero si un «joyero», representación de todas las tiernas atenciones por las cuales le había de estar agradecida la muchacha. El «joyero» así acogido en el contenido manifiesto del sueño tiene todavía un valor representativo especial. ¿No es acaso una imagen usual para designar el genital femenino intacto e impoluto? ¿Y, por otro lado, una palabra inocente y, en consecuencia, muy adecuada tanto para indicar como para encubrir las ideas sexuales ocultas detrás del sueño?

De este modo el contenido del sueño incluye en dos puntos el «joyero de la madre», y este elemento sustituye la mención de los celos infantiles, de las gotas y, por tanto, de la humedad sexual y de la contaminación por el flujo, y por otro lado, la de las ideas actuales de tentación que impulsan a la sujeto a corresponder al amor de su pretendiente y pintar la situación sexual inminente, deseada y temida. El elemento «joyero» es como ningún otro un resultado de la condensación y del desplazamiento y una transacción entre corrientes antitéticas. Su doble aparición en el contenido del sueño indica su múltiple origen de fuentes actuales e infantiles.

El sueño es la reacción a un suceso reciente y excitante que hubo de despertar el recuerdo del único acontecimiento análogo de años anteriores, esto es, el de la escena de la tienda, el beso y la repugnancia sentida al recibirlo. Pero a esta escena puede llegarse también por caminos asociativos distintos, partiendo del círculo de ideas relativo al catarro y del referente a la tentación actual. Aporta, pues, al contenido del sueño una contribución propia que ha de adaptarse a la situación preformada. Hay fuego…, y como el beso supo a humo, la sujeto advierte olor a humo en el contenido del sueño, el cual se prolonga, en este caso, más allá del despertar.

En el análisis de este sueño he dejado, desgraciadamente y por inadvertencia, una laguna. El padre dice en él: «No quiero que mis dos hijos perezcan…» (Las ideas latentes continuarían; a consecuencia de la masturbación.) Tales frases emergentes en los sueños se componen regularmente de fragmentos de frases realmente dichas u oídas por el sujeto. Hubiera debido, por tanto, informarme del origen real de aquélla. El resultado de esta investigación hubiera señalado una mayor complicación de la estructura del sueño, pero también la hubiera hecho más transparente.

¿Habremos de suponer que este sueño integró antes en L. exactamente el

mismo contenido que en su repetición durante la cura? No parece necesario. La experiencia muestra que los hombres afirman muchas veces haber soñado reiteradamente idéntico sueño, cuando en realidad las distintas apariciones del mismo se han diferenciado en numerosos detalles y amplias variantes. Así, una de mis pacientes me comunicó en una ocasión haber vuelto a soñar por aquellos días en la misma forma que siempre su sueño favorito, en el que se veía nadando en un mar intensamente azul cuyas olas surcaba gozosa, etc. Una investigación más detenida reveló que el sueño mostraba en sus repeticiones detalles diferentes sobre el mismo fondo. Por ejemplo: en una de las repeticiones del sueño el mar estaba helado y la sujeto nadaba entre grandes témpanos. Otros sueños que la paciente no intentaba ya dar como repeticiones del mismo mostraban con éste reiterado un íntimo enlace. Así, en uno de ellos veía la isla de Heligoland, que conocía por fotografías, un barco en el mar y a su bordo dos amigos suyos de juventud, etc.

Lo indudable es que el sueño de Dora, emergido durante la cura, había adquirido un sentido nuevo actual sin modificar quizá su contenido manifiesto. Integraba entre sus ideas latentes una relación con el tratamiento y correspondía a una renovación del propósito pretérito de escapar a un peligro. Si no sufría un error mnémico al afirmar que ya en L. había advertido olor a humo al despertar de su sueño, ha de reconocerse que supo introducir muy hábilmente mi frase «No hay humo sin fuego» en aquel fragmento onírico ya forjado en el que aparece utilizada para la super determinación del último elemento. Un innegable azar fue que el último motivo ocasional actual, el hecho de que la madre cerrara con llave el comedor por las noches, dejando prisionero al hermano en su alcoba, trajera consigo un enlace con la ocultación de la llave por K. en L., acto que maduró el propósito de fuga de Dora al ver que no podía ya encerrarse en su cuarto. Quizá el hermano no apareciera en los sueños de entonces, en cuyo caso la frase «mis dos hijos» no habría llegado a ser integrada en el sueño hasta después del último motivo ocasional.

C) EL SEGUNDO SUEÑO

Pocas semanas después del primer sueño emergió el segundo, cuya solución coincidió con el prematuro final del análisis, interrumpido en este punto por causas ajenas a mi voluntad. Este segundo sueño no pudo ser tan plenamente esclarecido como el primero, pero trajo consigo la deseada confirmación de cierta hipótesis, ineludible ya sobre el estado psíquico de la paciente, cegó una laguna mnémica y descubrió la génesis de otro de los síntomas que Dora presentaba.

La sujeto hizo de él el relato siguiente:

—Voy paseando por una ciudad desconocida y veo calles y plazas totalmente nuevas para mí[762]. Entro luego en una casa en la que resido, voy a mi cuarto y encuentro una carta de mi madre. Me dice que habiendo yo abandonado el hogar familiar sin su consentimiento no había ella querido escribirme antes para comunicarme que mi padre estaba enfermo. Ahora ha muerto, y si quieres[763] puedes venir. Voy a la estación y pregunto unas cien veces: «¿Dónde está la estación?» Me contestan siempre lo mismo: «Cinco minutos». Veo entonces ante mí un bosque muy espeso. Penetro en él y encuentro a un hombre al que dirijo de nuevo la misma pregunta. Me dice: «Todavía dos horas y media[764]». Se ofrece a acompañarme. Rehúso y continúo andando sola. Veo ante mí la estación, pero no consigo llegar a ella y experimento aquella angustia que siempre se sufre en estos sueños en que nos sentimos como paralizados. Luego me encuentro ya en mi casa. En el intervalo debo haber viajado en tren, pero no tengo la menor idea de ello. Entro en la portería y pregunto cuál es nuestro piso. La criada me abre la puerta y me contesta: «Su madre y los demás están ya en el cementerio[765]».

La interpretación de este sueño no dejó de presentar dificultades. A consecuencia de las especialísimas circunstancias, íntimamente enlazadas a su mismo contenido, que provocaron la interrupción del tratamiento, no pudo ser totalmente aclarado. A ellas ha de imputarse también el hecho de que mi recuerdo del orden de sucesión de las soluciones logradas no sea muy seguro. Indicaré también cuál era el tema sobre el que recaía el análisis en el momento en que surgió el sueño. Dora trataba de fijar, por aquellos días, la relación de sus propios actos con los motivos que podían haberlos provocado. Se preguntaba, así, por qué en los días siguientes a la escena con K. en los alrededores del lago había silenciado celosamente lo sucedido y por qué

luego, de repente, se había decidido a contárselo todo a sus padres. Por mi parte encontraba también necesario aclarar por qué Dora se había sentido tan gravemente ofendida por la declaración amorosa, tanto más cuanto que empezaba a vislumbrar que tampoco para K. se trataba de una liviana tentativa de seducción, sino de un hondo y sincero enamoramiento. El hecho de que la muchacha denunciase a sus padres lo sucedido me parecía constituir un acto anormal, provocado ya por un deseo patológico de venganza. A mi juicio, una muchacha normal hubiera resuelto la situación por sí sola.

Expondré ahora, en el orden en que va surgiendo en mi recuerdo, el material que emergió en el análisis de este sueño.

«Va paseando por una ciudad desconocida y ve calles y plazas». La sujeto asegura que no se trataba de B., como ya suponía en un principio, sino de una ciudad en la que jamás había estado. Le hice observar que podía haber visto cuadros o fotografías de las que luego hubiera extraído el escenario de su sueño. A esta observación mía enlazó Dora la ampliación antes citada de su primer relato: «En una plaza veo un monumento», y en el acto descubrió la fuente de que provenían las imágenes de su sueño. En Navidad había recibido un álbum con vistas de un balneario alemán, y el mismo día del sueño lo había sacado de una caja en que guardaba multitud de estampas y fotografías, para enseñárselo a unos parientes suyos. Con tal motivo había preguntado a su madre: «¿Dónde está la caja?»[766]. Una de las vistas que el álbum contenía era la de una plaza en cuyo centro se alzaba un monumento. El álbum era regalo de un joven ingeniero al que había conocido en la ciudad en que el padre tenía sus fábricas. Este ingeniero, deseoso de crearse pronto una situación independiente, había aceptado una colocación ventajosa en Alemania y aprovechaba toda ocasión de hacerse recordar por Dora, demostrando su intención de pedirla en matrimonio en cuanto su situación se lo permitiese. Pero había que esperar.

El acto de vagar por una ciudad desconocida aparecía superdeterminado. Conducía a uno de los motivos diurnos ocasionales del sueño. Durante las fiestas de Navidad había acudido a Viena un joven provinciano, primo de Dora, al que la muchacha tuvo que pilotear por la capital. Este motivo diurno ocasional era totalmente indiferente. Pero aquel joven pariente recordó a

Dora una estancia suya en Dresden, durante la cual paseó por aquella ciudad en la que nunca había estado, y visitó, naturalmente, la famosa Galería pictórica. Otro primo suyo que iba con ella y conocía ya Dresden se ofreció a guiarla en esta visita, pero Dora rechazó su ofrecimiento y fue sola, recorriendo las salas con todo espacio y deteniéndose largamente ante los cuadros que más llamaron su atención. Ante la «Madonna» sixtina permaneció dos horas en serena ensoñación admirativa. Cuando luego le preguntaron qué era lo que tanto le había gustado en aquella pintura no supo explicarse claramente. Por último dijo: «La 'Madonna'».

Es indudable que todas estas asociaciones pertenecen al material productor del sueño, pues integran elementos que retornan sin modificación alguna en el mismo (rechazó su ofrecimiento y siguió sola —dos horas—). Observo ya que las «imágenes» corresponden a un foco de convergencia del tejido de las ideas latentes del sueño (las fotografías del álbum —las pinturas de Dresden—). También el tema de la «Madonna», de la madre virgen, nos ofrece un punto de apoyo para ulteriores deducciones. Pero, ante todo, veo que en esta primera parte del sueño Dora se identifica con un hombre joven. Vaga por un país extranjero, se esfuerza en alcanzar un fin, pero hay algo que le detiene; precisa tener paciencia y esperar. Si Dora pensaba aquí en el ingeniero, el fin perseguido en su sueño hubiera podido ser la posesión de una mujer, la posesión de su propia persona. Pero en lugar de esto era una estación. Sin embargo, conforme a la relación de la pregunta formulada en el sueño con la que realmente hubo de formular durante el día inmediatamente anterior al mismo, podemos sustituir la estación por una caja[767] y en el simbolismo onírico caja y mujer son ya conceptos próximos.

«Pregunta unas cien veces…» Esto nos lleva a otro motivo ocasional del sueño menos indiferente ya. La noche misma de su sueño su padre le había pedido, al retirarse a dormir, que le trajese la botella de coñac, pues si no bebía un poco al acostarse no lograba conciliar el sueño. Dora pidió la llave del aparador a su madre, pero ésta se hallaba tan abstraída en una conversación, que no oyó su demanda hasta que la muchacha exclamó, con exageración impaciente: «¿Quieres decirme dónde está la llave del aparador? Te lo he preguntado ya cien veces». En realidad, no habría repetido naturalmente su pregunta más de unas cinco veces[768].

La pregunta «¿Dónde está la llave?» me parece constituir la contrapartida masculina de la otra interrogación: «¿Dónde está la caja?» (Véase el primer sueño.) Trátase, pues, de interrogaciones referentes a los genitales.

Aquella misma noche, en la cena con que habían obsequiado a varios parientes, uno de ellos había brindado por el padre, expresando su deseo de que gozara de salud por muchos años, etc. Dora había visto entonces dibujarse en el fatigado rostro de su padre una contracción melancólica y había adivinado las tristes ideas que en él despertaban tales votos. ¡Pobre padre tan gastado ya y tan enfermo! ¡Quién podía saber cuánto tiempo le quedaba aún de vida!

Con esto llegamos al contenido de la carta que aparece en el sueño, y según la cual Dora había abandonado el hogar familiar y su padre había muerto. En este punto recordé a la sujeto la carta de despedida que en otra ocasión había dirigido a sus familiares. Aquella carta estaba destinada a atemorizar a su padre impulsándole a romper sus relaciones con la señora de K., o, por lo menos, a vengarse de él si ni aún así lograba imponerle tal ruptura. Nos hallamos, pues, ante el tema de la muerte de la propia Dora y de la muerte de su padre (el «cementerio» luego en el sueño). ¿Erraremos mucho suponiendo que la situación que forma la fachada del sueño corresponde a una fantasía de venganza contra el padre? Las ideas compasivas del día anterior armonizarían muy bien con esta hipótesis. Tal fantasía sería como sigue: ella abandonaría a sus padres, marchándose al extranjero, y su padre se moría de pena, quedando así vengada ella. Comprendía muy bien lo que ahora le faltaba al padre hasta el punto de que le fuera imposible conciliar el sueño sin beber coñac[769].

Dejaremos consignado este deseo de venganza como un nuevo elemento para una síntesis ulterior de las ideas latentes del sueño.

Pero el contenido de la carta había de tener más amplia determinación. Se imponía buscar la procedencia de las palabras «si ¿quieres?».

Al llegar a este punto, aportó Dora una adición a su primer relato del sueño, manifestando que la palabra «quieres» estaba en interrogación, y seguidamente reconoció la frase como una cita de la carta que la señora de K. le había escrito, invitándola a pasar con ellos una temporada en L. (la estación veraniega junto al lago). Dicha carta contenía, en efecto, un signo de

interrogación completamente fuera de lugar y en medio de frase, después de las palabras «… si ¿quieres venir?»

Retornamos, pues, a la escena a orillas del lago y a los enigmas con ella enlazados. Rogué a Dora que me relatase una vez más, con todo detalle, tal escena. Al principio no aportó dato ninguno nuevo de importancia. K. había iniciado su declaración amorosa en serias reflexiones destinadas a justificarla, pero la muchacha no le dejó desarrollarlas, pues en cuanto comprendió de lo que se trataba, le abofeteó y huyó de su lado. Quise saber cuáles habían sido exactamente las palabras de K., pero Dora sólo recordaba una de sus frases de justificación: «Ya sabe usted que mi mujer no es nada para mí[770]». Para no volver a tropezar con K., Dora quiso regresar a L. a pie, rodeando el lago y preguntó a un hombre, al que encontró en su camino, cuánto tardaría en llegar. «Dos horas y media» fue la respuesta. Dora renunció entonces a su propósito y embarcó de nuevo en el vaporcito que los había traído. En él volvió a encontrar a K., que se acercó a ella para pedirle perdón y rogarle que no contase a nadie lo sucedido. Dora no se dignó contestarle. El bosque de su sueño era idéntico al que cubría la orilla del lago en la que se había desarrollado la escena nuevamente descrita. Pero también el día anterior al sueño había visto la sujeto un bosque análogamente poblado en un cuadro de una exposición. Este cuadro mostraba en segundo término varias figuras de ninfas[771].

Quedaba así confirmada una sospecha que ya venía asaltándome. En efecto, los conceptos de estación[772] (*Bahnhonf*) y cementerio (*Friedhof*) me habían parecido harto extraños e inhabituales como símbolos de los genitales femeninos y esta singularidad había orientado mi atención hacia la palabra *Vorhof* (vestíbulo), de análoga formación, empleada también como término anatómico para designar una determinada región de los genitales de la mujer. Pero esto podía ser un error mío. La nueva asociación relativa a las «ninfas» en el fondo de su «espeso bosque» vino ahora a disipar por completo tales dudas, confirmando plenamente mi hipótesis, pues estaba de lleno en la geografía simbólica sexual. «Ninfas» es un término anatómico, totalmente desconocido en este sentido por los profanos e incluso poco usado por los mismos médicos, con el que se designan los pequeños labios del genital femenino situado al fondo del «espeso bosque» del vello sexual. Ahora bien:

una sujeto que empleaba términos técnicos tales como *Vorhof* y «ninfas», tenía que haber adquirido semejantes conocimientos leyendo algún tratado de Anatomía o consultando una enciclopedia, refugio habitual esta última de la juventud devorada por la curiosidad sexual. Así, pues, detrás de la primera situación del sueño se ocultaba, si mi interpretación no era errónea, una fantasía de desfloración; esto es, cómo un hombre se esfuerza en penetrar el genital femenino[773].

Estas deducciones mías debieron de impresionar profundamente a la sujeto, pues hicieron emerger en ella el recuerdo de un trozo olvidado de su sueño: «Voy tranquilamente[774] a mi cuarto y me pongo a leer un libro muy voluminoso que encuentro encima de mi escritorio». Detalles importantes son aquí la «tranquilidad» de la sujeto y el «volumen» del libro. A mi pregunta de si el formato de este último era el habitual en las enciclopedias, respondió en el acto afirmativamente. Ahora bien: cuando los niños cogen una enciclopedia para satisfacer su curiosidad sobre materias prohibidas, no leen nunca tranquilamente. Tiemblan y miran a cada momento en torno suyo, temiendo que sus familiares los sorprendan. Pero la fuerza cumplidora de deseos del sueño había mejorado fundamentalmente tan inquietante situación. El padre había muerto y los demás habían ido al cementerio. Dora podía leer tranquilamente lo que quisiera. ¿No indicaría acaso esto que una de las razones que impulsaban a Dora a la venganza era la rebeldía contra la coerción ejercida por los padres? Muerto el padre, podía ella leer y amar con plena libertad. Al principio no quiso recordar haber consultado nunca una enciclopedia, pero luego acabó por comunicarme tal recuerdo, si bien por completo inocente. Cuando aquella tía suya, a la que tanto quería, enfermó gravemente y Dora había decidido ya trasladarse a Viena para estar a su lado, recibió una carta de otro tío suyo comunicándole que, por su parte, le era imposible ponerse en camino, pues uno de sus hijos, primo de Dora, por tanto, había caído en cama con un ataque de apendicitis. En esta ocasión había consultado la sujeto una enciclopedia para enterarse de cuáles eran los síntomas de la apendicitis. De su lectura recordaba aún el dolor característico en el vientre.

Recordé entonces que poco después de la muerte de su tía, y hallándose aún en Viena, había Dora pasado una enfermedad que se supuso apendicitis.

Hasta el momento no me había yo atrevido a contar esta enfermedad entre sus dolencias histéricas. La sujeto relataba haber tenido fiebre alta los primeros días y haber sufrido aquel dolor en el vientre que la enciclopedia señalaba como uno de los síntomas de la apendicitis. Le habían recetado compresas frías, pero no había podido resistirlas. El segundo día, y entre violentos dolores, se le había presentado el período, muy irregular en ella desde que había comenzado a estar enferma. Por aquella época padecía un estreñimiento pertinaz.

No parecía factible considerar tal estado como puramente histérico. No obstante estar plenamente comprobada la existencia de fiebres histéricas, parecía arbitrario atribuir a la histeria y no a una causa orgánica la fiebre de esta dudosa enfermedad de Dora. Me disponía, pues, a abandonar esta pista cuando la misma sujeto vino en mi ayuda, aportando una última adición a su sueño: «Me veo subiendo la escalera».

Naturalmente, demandé en el acto una especial determinación de este detalle. Dora objetó, probablemente sin tomarlo ella misma en serio, que para llegar al piso en que habitaban no tenía más remedio que subir la escalera; pero yo rebatí fácilmente tal objeción, haciéndole observar que si su sueño la había trasladado desde la ciudad desconocida en la que se iniciaba hasta Viena, prescindiendo en absoluto de todo detalle referente al viaje en ferrocarril, también podía haber prescindido de aquel acto, mucho menos importante, de subir la escalera. Entonces continuó en la forma siguiente: Después de la apendicitis se le había hecho difícil andar, pues le costaba trabajo avanzar el pie derecho. Esta dificultad, prolongada durante bastante tiempo, la había llevado a evitar en lo posible las escaleras. Todavía arrastraba a veces trabajosamente el pie derecho. Los médicos a los que su padre les hizo acudir en consulta extrañaron mucho aquel residuo inhabitual de una apendicitis, tanto más cuanto que el dolor abdominal no había vuelto a presentarse ni acompañaba siquiera el esfuerzo que la paciente había de hacer para avanzar el pie[775].

Se trataba, pues, de un verdadero síntoma histérico. Aunque la fiebre hubiera obedecido a una causa orgánica circunstancial —quizá a una afección de tipo gripal sin localización especial alguna—, quedaba demostrado que la neurosis había aprovechado la ocasión utilizándola para una de sus

manifestaciones. Dora se había procurado aquella enfermedad cuyos síntomas había leído en la enciclopedia, se había castigado así por tal lectura y había de decirse que el castigo no correspondía a la lectura del artículo «apendicitis», totalmente inocente, sino que había surgido por un proceso de desplazamiento, una vez que a tal lectura vino a agregarse otra, más culpable, que hoy se ocultaba detrás de la primera, inocente[776]. Quizá pudiera investigarse todavía cuáles habían sido los temas de la otra lectura.

¿Qué significaba, pues, aquel estado que quería imitar una peritiflitis? El resto de aquella enfermedad, la dificultad para avanzar una pierna, no correspondía a una peritiflitis; debía armonizar mejor con la significación secreta, posiblemente sexual, del cuadro patológico, y su aclaración habría de arrojar alguna luz sobre dicha buscada significación. El sueño había integrado indicaciones de tiempo, concepto nada indiferente en cuanto atañe al suceder biológico. Pregunté, pues, a la sujeto cuándo había sufrido aquel ataque de apendicitis, si antes o después de la escena junto al lago. Rápidamente y sin titubeos produjo Dora una respuesta que resolvía ya de una vez todas las dificultades: nueve meses después. No podía darse un plazo más característico. Así, pues, la supuesta apendicitis había realizado la fantasía de un parto, utilizando para ello los modestos medios de que la paciente disponía: dolores y hemorragia menstrual[777]. Dora conocía, naturalmente, la significación de semejante plazo y no pudo negar toda verosimilitud a mi sospecha de que también hubiese consultado la enciclopedia en lo referente al embarazo y al parto. Pero ¿qué podía significar aquella dificultad para avanzar una pierna? En este punto tenía que arriesgarme a adivinar. Andamos así cuando nos hemos lastimado un pie. Ahora bien: si los síntomas de Dora, nueve meses después de la escena junto al lago, transferían a la realidad su fantasía inconsciente de un parto, ello quería decir que la muchacha había dado en aquella otra fecha anterior un «mal paso», a lo que es lo mismo, un «paso en falso». Mas para considerar acertada esta adivinación mía me era preciso obtener de la paciente una determinada confirmación. Tengo la convicción de que síntomas tales como este del pie no surgen jamás cuando la vida infantil del paciente no integra un suceso que pueda servirles de antecedente y modelo. Los recuerdos de épocas posteriores no entrañan, según toda mi experiencia en la materia, fuerza suficiente para exteriorizarse

como síntomas. En el caso de Dora no me atrevía casi a esperar que la sujeto me proporcionase el material buscado, procedente de su vida infantil, pues aunque el principio antes expuesto me parecía rigurosamente exacto, no podía, sin embargo, atribuirle con plena seguridad alcance general. Pero precisamente con esta enferma obtuve en el acto su confirmación. Siendo niña había rodado por la escalera de su casa en B., y se había lastimado un pie, el mismo que ahora le costaba trabajo avanzar. Se lo vendaron y tuvo que permanecer en reposo semanas enteras. Ello sucedió teniendo la paciente ocho años y poco antes de presentársele el primer acceso de asma nerviosa.

Tratábase ahora de utilizar el descubrimiento de la fantasía inconsciente antes descrita, y lo hice en la siguiente forma: «El hecho de que nueve meses después de la escena a orillas del lago simule usted inconscientemente un parto y arrastre luego hasta hoy la consecuencia de aquel "paso en falso", demuestra que en su inconsciente lamenta usted el desenlace de aquella escena, sentimiento que la ha llevado a rectificarlo en su pensamiento inconsciente. Su fantasía de un parto exige como premisa la condición de que por entonces hubiera ocurrido realmente algo[778] y hubiese usted vivido y experimentado en aquella ocasión todo lo que después hubo de buscar en la enciclopedia. Ya ve usted cómo su amor a K. no terminó con aquella escena y continúa vivo hasta hoy, como desde un principio sostuve yo contra su opinión, aunque no tenga usted conciencia de ella». Dora no me contradijo ya[779].

Esta labor, encaminada a lograr la explicación del segundo sueño, nos llevó dos horas, o sea dos sesiones completas del tratamiento. Cuando al final de la segunda hora manifesté mi satisfacción ante los resultados conseguidos, Dora observó despreciativamente: «No veo que haya salido a luz nada de particular», preparándome así a la proximidad de nuevas revelaciones.

La sesión inmediata la inició Dora con las palabras siguientes:

—¿Sabe usted, doctor, que hoy es la última vez que vengo aquí?

—¡Cómo voy a saberlo si hasta ahora no me ha dicho usted nada que pudiera hacérmelo prever!

—Sí. Resolví seguir viniendo hasta Año Nuevo[780], pero ni un día más. No quiero esperar por más tiempo la curación.

—Ya sabe usted que puede interrumpir el tratamiento cuando quiera. Pero hoy vamos a trabajar todavía. ¿Cuándo tomó usted esa resolución?

—Hace quince días.

—Quince días. Parece como si se tratase del despido de una criada o de una institutriz. Es el plazo habitual para anunciarles o anunciar ellas su despido.

—Cuando fui a L. a pasar unos días con los K. tenían éstos en su casa una institutriz que se despidió poco después.

—¡Ah!, ¿sí? Nunca me ha hablado usted de ella. Cuénteme.

—Sí. Tenían una institutriz para los niños; una muchacha cuya conducta para con el amo de la casa me pareció muy singular desde el primer momento. No le saludaba ni le dirigía la palabra, ni siquiera hacía ademán de alcanzarle las cosas que pedía en la mesa. Parecía como si no existiese para ella. Tampoco él se mostraba, ciertamente, muy cortés para con la muchacha. Uno o dos días antes de la escena a orillas del lago, la institutriz me llamó aparte y me contó que durante una temporada que la mujer de K. había estado ausente, el marido la había cortejado con insistencia, apremiándola tenazmente y asegurándole que su mujer no era nada para él, etc.

—Las mismas palabras que acababa de pronunciar en su declaración a usted cuando usted le abofeteó, ¿no?

—Sí; la institutriz acabó por ceder a sus deseos. Pero K. dejó de ocuparse de ella al poco tiempo, y la muchacha le odiaba desde entonces.

—¿Y se despidió durante su estancia de usted en L.?

—No. Pensaba hacerlo. Me dijo que al verse abandonada había comunicado a sus padres, residentes en Alemania, todo lo sucedido. Sus padres le aconsejaron que abandonara en el acto aquella casa, y al ver que no lo hacía, le escribieron rompiendo toda relación con ella y prohibiéndole volver jamás a su lado.

—¿Y por qué no se había marchado?

—Me dijo que quería esperar aún algún tiempo para ver si K. modificaba su conducta. En caso contrario, se despediría.

—¿Qué ha sido de la muchacha?

—No sé nada. Sólo que se marchó de la casa.

—¿No quedó embarazada a consecuencia de aquella aventura?

—No.

Había surgido, pues, en medio del análisis —cosa perfectamente normal— un trozo de material real que ayudaba a resolver problemas anteriormente planteados.

Podía ya decir a Dora: «Ahora conozco el motivo de aquella bofetada con la que respondió usted a la declaración de su amor. No fue la indignación provocada por suponerla a usted capaz de aceptar tales proposiciones de un hombre casado, sino un impulso de celosa venganza. Cuando la institutriz le contó su historia, usted hizo aún uso de su destreza habitual para echar a un lado todo aquello que contrariaba sus sentimientos. Pero en el momento en que K. le dirigió las mismas palabras que antes a la otra muchacha "Mi mujer no es nada para mí"—, despertaron en usted nuevos impulsos, y la balanza se inclinó decisivamente. Se dijo usted: "Este hombre se atreve a tratarme como a una institutriz, como a una persona subordinada." Y esta ofensa inferida a su orgullo, sumada a sus celos y a los restantes motivos conscientes y razonados, colmó ya las medidas[781]. Para demostrarle hasta qué punto se halla usted aún bajo la influencia de la historia de la institutriz, me bastará hacerle observar cuán repetidamente se identifica usted con ella en sus sueños y en su conducta. Se despide usted de mí como una institutriz tomándose un plazo de quince días. La carta de su sueño, autorizándola a usted para retornar a su casa, es la contrapartida de la carta en que los padres de la institutriz prohibían a ésta presentarse ante ellos.

»—¿Por qué no se lo conté entonces todo inmediatamente a mis padres?

»—¿Qué tiempo dejó usted pasar?

»—La escena con K. fue el último día de junio. Hasta el 14 de julio siguiente no se lo conté a mi madre.

»—Otra vez el plazo de quince días, característico para el despido de una sirviente. Ahora puedo ya contestar a su pregunta anterior. Comprendió usted muy bien a aquella pobre muchacha. No quiso despedirse en el acto porque esperaba que K. le otorgara de nuevo su cariño. Tal fue también el motivo que determinó su propia conducta. Se dio usted un plazo para ver si K. renovaba su declaración, demostrándole así la seriedad de sus intenciones y que no trataba solamente de jugar con usted como antes con la institutriz.

»—Pocos días después de su partida, aún me escribió una postal[782].

»—Bien. Pero luego, al no volver a recibir noticias suyas, dio usted libre curso a su venganza. Aunque no es nada inverosímil que también su acusación contra K. obedeciese, en segundo término, a la intención de moverle a acudir a su lado para justificarse ante los suyos.

»—Tal fue, en efecto, mi primera intención.

»—Y entonces hubiera quedado cumplido su ardiente deseo de volver a verle (Dora asintió aquí, cosa que yo no esperaba) y hubiera podido darle la satisfacción que usted demandaba.

»—¿Qué satisfacción?

»—Empiezo a sospechar que toda esta historia con K. ha sido para usted mucho más seria de lo que hasta ahora ha querido reconocer. ¿No se habló varias veces de separación en el matrimonio K.?

»—Sí. Primero no quiso ella, por causa de los hijos. Ahora quiere, pero su marido no.

»—¿Y no ha pensado usted nunca que K. quería separarse de su mujer para casarse con usted? ¿Y que si ahora no quiere es porque no tiene ya tal compensación? Hace dos años era usted, desde luego, demasiado joven para casarse; pero usted misma me ha contado que su madre se prometió a los diecisiete años y esperó luego dos años. La historia amorosa de la madre constituye, habitualmente, un modelo para la hija. Quería usted, pues, esperar a K. y suponía que por su parte sólo esperaba a que usted tuviera edad para casarse con él[783]. He de suponer que usted llegó a edificar seriamente todo un plan de vida sobre esta base. No puede usted negar que K. abrigaba aquella intención, y en el curso del análisis han surgido muchas cosas que indican directamente la existencia de tal propósito[784]. La conducta de su enamorado en L. no integra tampoco prueba alguna en contrario. No le dejó usted acabar de explicarse e ignora, por tanto, lo que en definitiva quería decirle. Su matrimonio con K. no hubiera sido en realidad tan imposible. Las relaciones de su padre con la señora de K., relaciones que usted protegió en tanto resultaban favorables a sus propias intenciones, eran una garantía segura de que dicha señora consentiría en el divorcio, y en cuanto a su padre, siempre ha conseguido usted de él lo que ha querido, e incluso hubiera sido ésta la única solución posible para todos si los sucesos desarrollados en L. hubieran tenido otro desenlace. Por haberlo comprendido así lamentó usted

luego tan hondamente el desenlace por usted misma provocado y lo corrigió en la fantasía inconsciente que hubo de exteriorizarse bajo la forma de una apendicitis. Lue, pues, para usted un doloroso desengaño ver que su enamorado, en lugar de reaccionar a su acusación renovando seriamente sus pretensiones, la acusaba a su vez calumniosamente. Ha confesado usted que lo que más le indigna es la suposición de que la escena a orillas del lago sea pura imaginación suya. Ahora sé ya lo que no quiere usted que se le recuerde: que imaginó usted serias y sinceras las pretensiones amorosas de K. y creyó que no cejaría en ellas hasta conseguirla en matrimonio».

Dora me oyó sin contradecirme, como solía. Parecía impresionada. Se despidió amablemente de mí, deseándome toda clase de venturas en el nuevo año…, y no volvió a aparecer por mi consulta. El padre, que aún me visitó varias veces, me aseguró que volvería, pues se la notaba deseosa de continuar el tratamiento. Pero no creo que hablara sinceramente. Había intervenido en favor de la cura mientras supuso que yo iba a convencer a Dora de que entre él y la señora de K. no existía sino una pura amistad. Pero al advertir que no entraba en mis cálculos tal cosa, se desinteresó por completo del tratamiento. Yo sabía muy bien que Dora no volvería a mi consulta. La inesperada interrupción del tratamiento, cuando mis esperanzas de éxito habían adquirido ya máxima consistencia, destruyéndolas así de golpe, constituía por su parte un indudable acto de venganza y satisfacía al propio tiempo la tendencia de la paciente a dañarse a sí misma. Quien como yo despierta a los perversos demonios que habitan, imperfectamente domados, un alma humana, para combatirlos ha de hallarse preparado a no salir indemne de tal lucha. Surge aquí la cuestión de si hubiera quizá logrado retener a la paciente prestándome a desempeñar un papel insincero; esto es, exagerando el valor que para mí había de tener la continuación del tratamiento y mostrando a Dora un caluroso interés que, no obstante las limitaciones impuestas por mi situación profesional, habría sido acogido por ella como una sustitución del cariño que tanto ansiaba. No lo sé. Pero teniendo en cuenta que una parte de los factores que se oponen en calidad de resistencia permanece siempre y en todo caso incógnita, he huido constantemente de toda insinceridad, contentándome con ejercer desinteresadamente el arte psicológico. Con todo mi interés teórico y mis mejores deseos profesionales de ayudar a los

enfermos, no olvido nunca que el influjo psíquico tiene necesariamente sus fronteras y respeto como tales el juicio y la voluntad de los pacientes.

No sé tampoco si el señor K. hubiera conseguido más si alguien le hubiera revelado que aquella bofetada de Dora no significaba en modo alguno un «no» definitivo y correspondía en realidad a los celos en ella a última hora despertados, en tanto que los más fuertes impulsos de su alma le eran francamente favorables. Si K. hubiera hecho caso omiso de aquel «no» y hubiera continuado pretendiendo a Dora con apasionamiento convincente, es muy posible que la inclinación de la muchacha hubiese superado todas las dificultades internas. Pero también podría haber ocurrido que tal insistencia no hubiese hecho sino incitar a Dora a satisfacer todavía más ampliamente en K. sus ansias de venganza. En la lucha de unos motivos contra otros no es posible prever de qué lado habrá de inclinarse la solución; esto es, si habrá de levantar la represión o, por el contrario, reforzarla. La incapacidad de satisfacer una demanda real de amor es uno de los rasgos característicos esenciales de la neurosis. Los enfermos se hallan dominados por la antítesis entre la realidad y la fantasía. Cuando encuentran en la realidad aquello mismo que más intensamente desean en su fantasía, huyen presurosamente de ello, entregándose con tanto mayor abandono a sus fantasías cuanto menos tiene que temer su realización. Desde luego, la barrera erigida por la represión puede también caer ante el ataque de violentas emociones de origen real, quedando así dominada y vencida la neurosis por la acción de la realidad. Pero no podemos saber, en general, en qué casos y cómo puede ser posible tal curación[785] 554.

EPÍLOGO

No obstante haberme anticipado a hacer constar que el presente trabajo integraba tan sólo un fragmento de un análisis, algunos lectores lo habrán encontrado más incompleto aún de lo que así era de esperar. Habré, pues, de aducir los motivos de las omisiones, plenamente voluntarias, que en él se advierten.

Falta, en primer lugar, toda una serie de resultados del análisis. Unos porque al tiempo de la interrupción del tratamiento no aparecía aún suficientemente garantizada su exactitud. Otros porque hubieran precisado ser continuados hasta una conclusión de carácter general. En algunas ocasiones he indicado la continuación probable de ciertas soluciones. Por otro lado, he omitido también toda referencia a la técnica mediante la cual extraemos el contenido de ideas inconscientes, integrado en la masa total de asociaciones espontáneas de los enfermos, omisión que trae consigo el inconveniente de impedir al lector apreciar la corrección de mis procedimientos en este proceso expositivo. Pero juzgaba totalmente irrealizable tratar simultáneamente de la técnica de un análisis y de la estructura interna de un caso de histeria. Ni yo hubiera podido desarrollar con claridad suficiente tal exposición ni el lector hubiera podido orientarse en ella. La técnica requiere una exposición por separado, ilustrada con numerosos ejemplos tomados de los casos más diversos e independiente del resultado final de cada uno. Tampoco he intentado justificar ni fundamentar las premisas psicológicas que se traslucen en mis descripciones de fenómenos psíquicos. Una fundamentación incompleta y superficial no sería de utilidad alguna, y la tentativa de desarrollarla con la debida minuciosidad constituiría por sí sola una extensa labor. Puedo tan sólo asegurar que el emprender el estudio de los fenómenos que nos revela la observación de los psiconeuróticos no me hallaba influido por ningún sistema psicológico y que he ido formando y modificando mis opiniones hasta que me parecieron adaptarse perfectamente a lo observado. No tengo a orgullo haber evitado la especulación, pero sí quiero hacer constar que el material en que se basan mis hipótesis ha sido producto de una prolongada y laboriosa observación. Habrá de extrañar especialmente mi resuelta actitud en la cuestión de lo inconsciente, actitud que me lleva a operar con los impulsos, ideas y representaciones inconscientes cual si fuesen objeto tan indudable de la Psicología como todo lo consciente. Pero estoy seguro de que todo aquel que emprenda con igual método la investigación de tales fenómenos acabará por compartir mi actitud, a pesar de todas las advertencias de los filósofos.

Aquellos de mis colegas que consideran puramente psicología mi teoría de la histeria, declarándola así, *a priori*, incapaz de resolver un problema

patológico, verán en el presente trabajo cómo su reproche transfiere injustificadamente a la teoría un carácter de la técnica. Sólo la técnica terapéutica es puramente psicológica. La teoría no omite señalar la base orgánica de la neurosis, aunque no la busque en una alteración anatomopatológica y sustituya la supuesta alteración química inaprehensible aún, por la interinidad de la función orgánica. No creo que nadie intente negar carácter de factor orgánico a la función sexual, en la que vemos la base tanto de la histeria como de las psiconeurosis. Ninguna teoría sexual puede prescindir, a mi juicio, de la hipótesis de la existencia de ciertas materias sexuales de acción excitante. Los fenómenos de intoxicación y abstinencia provocados por el uso de ciertos venenos crónicos se aproximan al cuadro patológico de las psiconeurosis genuinas mucho más que a ningún otro.

No he incluido tampoco en este trabajo lo que hoy puede decirse sobre la colaboración somática, los gérmenes infantiles de perversión, las zonas erógenas y la disposición a la bisexualidad, limitándome a señalar aquellos puntos en los que el análisis tropieza con estos fundamentos de los síntomas. No era posible hacer más en la exposición de un caso aislado.

Tan incompleta publicación tiende, sin embargo, a conseguir dos fines. En primer lugar, y como complemento a mi libro sobre la interpretación de los sueños, a demostrar cómo el arte onirocrítico puede ser utilizado para descubrir los elementos ocultos y reprimidos de la vida anímica. En el análisis de los dos sueños aquí comunicados se ha tenido también en cuenta la técnica de la interpretación onírica, análoga a la psicoanalítica. En segundo, quería despertar el interés de mis lectores hacia toda una serie de circunstancias desconocidas aún hoy en día para la ciencia, puesto que sólo se hacen visibles en la aplicación de este procedimiento especial. Nadie hasta ahora ha podido formarse una idea exacta de la complicación de los procesos psíquicos en la histeria, de la yuxtaposición de los impulsos más diversos, de la mutua conexión de las antítesis, de las represiones y los desplazamientos, etc. La teoría de Janet de la «idea fija» que se convierte en síntoma no es más que una esquematización, insuficiente a todas luces. No podemos sustraernos, además, a la sospecha de que las excitaciones basadas en representaciones carentes de capacidad de conciencia actúan distintamente, siguen un curso diferente y conducen a manifestaciones distintas que aquellas otras a las que

denominamos «normales» y cuyo contenido ideológico se nos hace consciente. Admitido esto, nada se opone ya a la comprensión de una terapia que suprima los síntomas neuróticos al transformar aquellas primeras representaciones en representaciones normales.

Me interesaba también demostrar que la sexualidad no interviene como un *deus ex machina*, emergente una sola vez en el curso de los procesos característicos de la histeria, sino que constituye la fuerza impulsora de cada uno de los síntomas y de cada una de las manifestaciones de los mismos. Los fenómenos patológicos constituyen la *actividad sexual de los enfermos*. Un sólo caso no podrá jamás demostrar un principio tan general; pero toda mi experiencia en la materia me fuerza a repetir que la sexualidad es la clave del problema de las psiconeurosis y neurosis. Nadie que no lo reconozca así llegará jamás a solucionarlo. Aún espero las investigaciones que hayan de moverse a abandonar o restringir tal principio. Lo que hasta ahora he oído en contra del mismo han sido tan sólo manifestaciones de desagrado o incredulidad puramente personales, a las cuales basta oponer la frase de Charcot: *Ça n'empêche pas d'exister*.

El caso de cuyo historial publicamos aquí un fragmento no es tampoco nada apropiado para darnos una idea exacta del valor de la terapia psicoanalítica. No sólo la escasa duración del tratamiento —apenas tres meses—, sino también cierto factor intrínseco del caso, impidieron que la cura terminase con un alivio reconocido tanto por el enfermo como por sus familiares y más o menos próximos a la curación total. Tales resultados satisfactorios se consiguen siempre que los fenómenos patológicos son mantenidos exclusivamente por el conflicto interno entre los impulsos de orden sexual. En estos casos vemos mejorar a los enfermos en la misma exacta medida en que vamos contribuyendo a la solución de sus conflictos psíquicos por medio de la traducción del material patógeno en material normal. En cambio, aquellos otros casos en que los síntomas han entrado al servicio de motivos exteriores de la vida, como en el de Dora durante los dos últimos años, siguen muy distinto curso. En ellos extraña y puede incluso inducir a error ver que el estado del enfermo no presenta modificación alguna visible, aun estando ya muy avanzado el análisis. Pero en realidad no es tan negativo el resultado del mismo. Los síntomas no desaparecen durante el

desarrollo de la labor analítica, pero sí una vez terminada ésta y disueltas las relaciones del paciente con el médico. El retraso de la curación o del alivio tiene, efectivamente, su causa en la propia persona del médico.

Para explicar esta circunstancia hemos de partir de muy atrás. Durante una cura psicoanalítica queda regularmente interrumpida la producción de nuevos síntomas. Pero la productividad de la neurosis no se extingue con ello, sino que actúa en la creación de un orden especial de productos mentales, inconscientes en su mayor parte, a los que podemos dar el nombre de «transferencias».

¿Qué son las transferencias? Reediciones o productos facsímiles de los impulsos y fantasías que han de ser despertados y hechos conscientes durante el desarrollo del análisis y que entrañan como singularidad característica de su especie la sustitución de una persona anterior por la persona del médico. O para decirlo de otro modo: toda una serie de sucesos psíquicos anteriores cobran de nuevo vida, pero no ya como pasado, sino como relación actual con la persona del médico. Alguna de estas transferencias se distinguen tan sólo de su modelo en la sustitución de persona. Son, pues, insistiendo en nuestra comparación anterior, simples reproducciones o reediciones invariadas. Otras muestran un mayor artificio; han experimentado una modificación de su contenido, una sublimación, según nuestro término técnico, y pueden incluso hacerse conscientes apoyándose en alguna singularidad real, hábilmente aprovechada, de la persona o las circunstancias del médico. Estas transferencias serán ya reediciones corregidas y no meras reproducciones.

Penetrando en la teoría de la técnica analítica, hallamos que la transferencia es un factor imprescindible y necesario. Prácticamente se convence uno, por lo menos, de que no hay medio hábil de eludirla, haciéndose necesario combatir esta última creación de la enfermedad como todas las anteriores. Y esta faceta de la labor analítica es, con mucho, la más difícil. La interpretación de los sueños, la extracción de las ideas y los recuerdos inconscientes integrados en el material de asociaciones espontáneas del enfermo y otras artes análogas de traducción son fáciles de aprender, pues el paciente mismo nos suministra el texto. En cambio, la transferencia hemos de adivinarla sin auxilio ninguno ajeno, guiándonos tan sólo por levísimos

indicios y evitando incurrir en arbitrariedad. Lo que no puede hacerse es eludirla, pues es utilizada para constituir todos aquellos obstáculos que hacen inaccesible el material de la cura y, además, la convicción de la exactitud de los resultados obtenidos en el análisis no surge nunca en el enfermo hasta después de resuelta la transferencia.

Se considerará, quizá, como un grave inconveniente del procedimiento analítico, ya harto espinoso de por sí, el hecho de hacer todavía más ardua la labor del médico creando una nueva especie de productos psíquicos patológicos, e incluso se querrá derivar de la existencia de las transferencias la posibilidad de que el tratamiento analítico dañe a los enfermos. Ambas cosas serían erróneas. La transferencia no hace más penosa la labor del médico, para el cual puede ser indiferente que el impulso que en el enfermo ha de vencer se refiera a su persona o a otra cualquiera, ni impone tampoco al paciente rendimiento alguno nuevo que no hubiera tenido que realizar sin ella. La curación de casos de neurosis en sanatorios en los que no se practica el método psicoanalítico, la opinión vulgar de que la histeria no es curada por el tratamiento, sino por el médico, y la ciega dependencia duradera que liga al enfermo con el médico que lo ha librado de sus síntomas por medio de la sugestión hipnótica tienen su explicación científica en las transferencias que el paciente hace recaer regularmente sobre la persona del médico. El tratamiento psicoanalítico no crea la transferencia; se limita a descubrirla como descubre otras tantas cosas ocultas de la vida psíquica. La única diferencia está en que, espontáneamente, el paciente sólo produce transferencias afectuosas y amigables, y cuando por cualquier causa no son posibles tales transferencias, se desliga rápidamente del médico que no le es «simpático», sin que este último haya conseguido ejercer sobre él la menor influencia. En cambio, en el psicoanálisis, y a consecuencia de una distinta disposición de los motivos, son despertados todos los impulsos, también los hostiles, y utilizados, haciéndolos conscientes para los fines del análisis, quedando luego destruida en todo caso la transferencia. La transferencia, destinada a ser el mayor obstáculo del psicoanálisis, se convierte en su más poderoso auxiliar cuando el médico consigue adivinarla y traducírsela al enfermo[786].

He tenido que hablar de la transferencia porque sólo teniéndola en cuenta

resulta posible explicar las singularidades del análisis de Dora. La cualidad más excelente de este análisis, aquella que lo hace tan apropiado para una primera publicación introductiva, su máxima transparencia, se halla íntimamente ligada a su mayor defecto, responsable de su prematura interrupción. No conseguí adueñarme a tiempo de la transferencia. La buena voluntad con la que Dora puso a mi disposición en el tratamiento una parte del material patológico me hizo olvidar la precaución de atender a los primeros signos de la transferencia que me preparaba con otra parte, desconocida para mí, del mismo material. Al principio se advertía claramente que yo sustituía para ella, en la fantasía, a su padre, como era natural, dada la diferencia entre nuestras edades respectivas. Dora me comparaba también de continuo conscientemente con él, buscando siempre convencerse de mi sinceridad para con ella, pues el padre «prefería siempre el misterio y los caminos torcidos». Cuando luego llegó el primer sueño, en el que Dora se proponía abandonar la cura, como antes la casa de K., hubiera yo debido darme cuenta de la advertencia que el sueño encerraba y haber dicho a la paciente: «Ahora ha realizado usted una transferencia de K. a mi persona. ¿Ha advertido usted algo que la lleve a deducir que yo abrigo hacia usted malas intenciones, análogas (directamente o por sublimación) a las de K., o ha observado en mi persona o sabido de mí algo que fuere su inclinación, como antes en K.?» Esto hubiera orientado su atención hacia un detalle cualquiera de nuestras relaciones, de mi persona o de mis circunstancias, detrás del cual se mantuviera oculto algo análogo, aunque de importancia mucho menor, referente a K., y la solución de esta transferencia hubiera procurado al análisis el acceso a nuevo material mnémico. Pero incurrí en el error de descuidar esta primera advertencia, pensando disponer aún de tiempo más que suficiente, ya que no se presentaban nuevas etapas de la transferencia ni parecía agotarse aún el material analizable. De este modo, la transferencia me sorprendió desprevenido, y a causa de un «algo» en que yo le recordaba a K., Dora hizo recaer sobre mí la venganza que quería ejercitar contra K. y me abandonó como ella creía haber sido engañada y abandonada por él. La paciente *actuó*[787] así de nuevo un fragmento esencial de sus recuerdos y fantasías en lugar de reproducirlo verbalmente en la cura. No sé, naturalmente, qué podía ser aquello que había servido de punto de partida

para la transferencia. Sospecho tan sólo que tenía alguna relación con el dinero o eran celos de otra paciente, que después de su curación había continuado tratando a mi familia. En aquellos casos en que las transferencias se dejan integrar tempranamente en el análisis, se hace más lento y menos transparente el curso del mismo, pero su desarrollo queda más asegurado contra súbitas resistencias incoercibles.

En el segundo sueño de Dora, la transferencia aparece representada por varias alusiones clarísimas. Cuando me lo relató, no sabía yo aún —hasta dos días después no lo supe— que sólo teníamos ya ante nosotros dos horas de trabajo, el mismo tiempo que la sujeto había permanecido ante la «Madonna» sixtina y el mismo que mediante una corrección (dos horas en vez de dos horas y media) había convertido en medida de tiempo necesario para retornar a pie a L. bordeando el lago. La espera del sueño, que se refería al joven ingeniero residente en Alemania y procedía de su propia espera hasta que el señor K. pudiera matrimoniarla, se había ya exteriorizado algunos días antes de la transferencia: la cura se le hacía demasiado larga; no tendría paciencia para esperar tanto tiempo. En cambio, durante las primeras semanas había mostrado comprensión suficiente para aceptar, sin tales objeciones, mi advertencia de que su curación habría de exigir cerca de un año de tratamiento. El acto de rechazar la compañía ofrecida, prefiriendo continuar sola su camino, detalle onírico procedente también de su visita a la Galería de Dresden, hubo de ser repetido por Dora a mi respecto el día previamente marcado para ello. Su significación sería la siguiente: Puesto que todos los hombres son tan asquerosos, prefiero no casarme. Tal es mi venganza[788].

En aquellos casos en los que el enfermo transfiere sobre el médico, en el curso del tratamiento, impulsos de crueldad y motivos de venganza utilizados ya para mantener los síntomas, y antes que aquél haya tenido tiempo de desligarlos de su persona, retrotrayéndolos a sus fuentes, no podemos extrañar que el estado del enfermo no aparezca influido por la labor terapéutica. En efecto: ¿qué venganza mejor para el enfermo que mostrar en su propia persona cuán impotente e incapaz es el médico? No obstante, me inclino a atribuir un valor terapéutico nada escaso a tratamientos tan fragmentarios, incluso como este de Dora.

Sólo cinco trimestres después de interrumpido el tratamiento y escritas las

notas que preceden tuve noticias del estado de mi paciente, y con ellas del resultado de la cura. En una fecha no del todo indiferente, en 1.º de Abril —ya sabemos que los períodos de tiempo no carecían nunca de significación en su caso, apareció Dora en mi consulta para, según dijo, terminar de relatarme su historia y solicitar de nuevo mi ayuda. Pero su expresión al hablarme así delataba claramente la insinceridad de su demanda de auxilio. Después de la interrupción del tratamiento había pasado más de un mes muy «trastornada», según su propia expresión. Luego se inició una considerable mejoría: los ataques se hicieron menos frecuentes y su estado de ánimo mostró un gran alivio. En mayo del año anterior murió uno de los hijos del matrimonio K., enfermizo de siempre. Dora visitó con este motivo a los K. para darles el pésame y fue recibida por sus antiguos amigos como si nada hubiera sucedido entre ellos en los tres últimos años. En esta ocasión se reconcilió con el matrimonio, se vengó de él y llevó todo el asunto a un desenlace satisfactorio para ella. A la mujer le dijo que estaba perfectamente al tanto de sus relaciones ilícitas con su padre, sin que la interesada se atreviese a protestar. Luego obligó al marido a confesar la verdad de la escena junto al lago y se la comunicó así a su padre, quedando ya plenamente justificada ante él. Después de esto no volvió a reanudar sus relaciones con el matrimonio.

Siguió bien hasta mediados de octubre, fecha en la que padeció un nuevo ataque de afonía, prolongado durante seis semanas. Sorprendido ante esta noticia, pregunté a Dora cuál podía haber sido la causa de aquel acceso. Al principio se limitó a manifestar que había sido consecuencia del susto experimentado al presenciar en la calle un atropello. Pero después de algunas vacilaciones acabó por confesar que el atropellado había sido el propio K. Lo había encontrado una tarde en una calle de mucho tránsito. K. la había visto en el momento en que cruzaba la calzada y se había detenido de pronto, tan impresionado y aturdido, que se dejó derribar por un coche[789]. Afortunadamente, no sufrió lesión ninguna, y Dora le vio levantarse del suelo y seguir andando, totalmente indemne. La sujeto experimentaba aún alguna emoción cuando oía hablar de las relaciones de su padre con la mujer de K., en las cuales no se mezclaba ya para nada. Vivía consagrada a sus estudios y no pensaba casarse.

Acudía a mí por causa de una neuralgia facial que ahora la atormentaba

día y noche. «¿Desde cuándo?» «Desde hace exactamente quince días[790]».. No pude reprimir una sonrisa, pues podía demostrarle que precisamente hacía quince días había leído en los periódicos una noticia sobre mí[791]. Dora lo reconoció así sin dificultad ninguna.

La supuesta neuralgia facial correspondía, pues, a un autocastigo, al remordimiento por la bofetada propinada a K. y por la transferencia sobre mí de los sentimientos de venganza extraídos de aquella situación. No sé qué clase de auxilio quería demandarme, pero le aseguré que le había perdonado haberme privado de la satisfacción de haberla libertado más fundamentalmente de sus dolencias.

Desde esta visita de Dora han pasado ya varios años. Dora se ha casado, y precisamente con aquel joven ingeniero al que aludían, si no me equivoco mucho, sus asociaciones iniciales en el análisis del segundo sueño. Del mismo modo que el primer sueño significaba el desligamiento del hombre amado y el retorno al padre, o sea la huida de la vida y el refugio en la enfermedad, este segundo sueño anunciaba que Dora se desligaría de su padre, ganada de nuevo para la vida.

XXII

EL MÉTODO PSICOANALÍTICO DE FREUD[792]

1903 [1904]

EL singular método psicoterápico practicado por Freud y conocido con el nombre de psicoanálisis tiene su punto de partida en el procedimiento «catártico», cuya descripción nos han hecho J. Breuer y el mismo Freud en la obra por ellos publicada bajo el título de *Estudios sobre la histeria*[793] (1895). La terapia catártica era un descubrimiento de Breuer, que había obtenido con ella, diez años antes, la curación de una histérica, en cuyo tratamiento llegó además a vislumbrar la patogénesis de los síntomas que la enferma presentaba. Siguiendo una indicación personal de Breuer, se decidió luego Freud a ensayar de nuevo el método y lo aplicó a un mayor número de pacientes.

El procedimiento catártico tenía como premisa que el paciente fuera hipnotizable y reposaba en la ampliación del campo de la conciencia durante la hipnosis. Tendía a la supresión de los síntomas y la conseguía retrotrayendo al paciente al estado psíquico en el cual había surgido cada uno de ellos por vez primera. Emergían entonces en el hipnotizado recuerdos, ideas e impulsos ausentes hasta entonces de su conciencia, y una vez que el sujeto comunicaba al médico, entre intensas manifestaciones afectivas, tales procesos anímicos, quedaban vencidos los síntomas y evitada su reaparición. Breuer y Freud explicaban en su obra este proceso, repetidamente comprobado, alegando que el síntoma representaba una sustitución de

procesos psíquicos que no habían podido llegar a la conciencia, o sea una transformación («conversión») de tales procesos, y atribuían la eficacia terapéutica de su procedimiento a la derivación del afecto concomitante a los actos psíquicos retenidos, afecto que había quedado detenido en su curso normal y como «represado». Pero este sencillo esquema de la intervención terapéutica se complicaba en casi todos los casos, pues resultaba que en la génesis del síntoma no participaba una única impresión («traumática»), sino generalmente toda una serie de ellas.

El carácter principal del método catártico, que lo diferencia de todos los demás procedimientos psicoterápicos, reside, pues, en que su eficacia terapéutica no depende de una sugestión prohibitiva del médico. Por el contrario, espera que los síntomas desaparezcan espontáneamente en cuanto la intervención médica, basada en ciertas hipótesis sobre el mecanismo psíquico, haya conseguido dar a los procesos anímicos un curso distinto al que venían siguiendo y que condujo a la producción de síntomas.

Las modificaciones introducidas por Freud en el procedimiento catártico de Breuer fueron en un principio meramente técnicas; pero al traer consigo nuevos resultados, acabaron por imponer una concepción distinta, aunque no contradictoria, de la labor terapéutica.

Si el método catártico había renunciado a la sugestión, Freud avanzó un paso más y renunció también a la hipnosis. Actualmente trata a sus enfermos sin someterlos a influencia ninguna personal, haciéndoles adoptar simplemente una postura cómoda sobre un diván y situándose él a su espalda, fuera del alcance de su vista. No les pide tampoco que cierren los ojos, y evita todo contacto, así como cualquier otro manejo que pudiera recordar la hipnosis. Una tal sesión transcurre, pues, como un diálogo entre dos personas igualmente dueñas de sí, una de las cuales evita simplemente todo esfuerzo muscular y toda impresión sensorial que pudiera distraerla y perturbar la concentración de su atención sobre su propia actividad anímica.

Como la posibilidad de hipnotizar a una persona no depende tan sólo de la mayor o menor destreza del médico, sino sobre todo de la personalidad del sujeto, existiendo muchos pacientes neuróticos a los que no hay modo de sumir en la hipnosis, la renuncia al hipnotismo hacía posible la aplicación del procedimiento a un número ilimitado de enfermos. Pero, por otro lado,

suprimía aquella ampliación del campo de la conciencia que había suministrado precisamente al médico el material psíquico de representaciones y recuerdos con cuyo auxilio se conseguía transformar los síntomas y liberar los afectos. Así, pues, para mantener la eficacia terapéutica del tratamiento era preciso hallar algo que sustituyese a la hipnosis.

Freud halló tal sustitución, plenamente suficiente, en las ocurrencias espontáneas de los pacientes, esto es, en aquellas asociaciones involuntarias que suelen surgir habitualmente en la trayectoria de un proceso mental determinado, siendo apartadas por el sujeto, que no ve en ellas sino una perturbación del curso de sus pensamientos. Para apoderarse de estas ocurrencias. Freud invita a sus pacientes a comunicarle todo aquello que acuda a su pensamiento, aunque lo juzgue secundario, impertinente o incoherente. Pero, sobre todo, les exige que no excluyan de la comunicación ninguna idea ni ocurrencia ninguna por parecerles vergonzosa o penosa su confesión. En su labor de reunir este material de ideas espontáneas, al que generalmente no se concede atención ninguna, realizó Freud observaciones fundamentales luego para su teoría. Ya en el relato de su historial patológico revelaban los enfermos ciertas lagunas de su memoria: un olvido de hechos reales, una confusión de las circunstancias de tiempo o un relajamiento de las relaciones causales, que hacía incomprensibles los efectos. No hay ningún historial patológico neurótico en el que no aparezca alguna de estas formas de la amnesia. Pero cuando se apremia al sujeto para que llene estas lagunas de su memoria por miedo de un esfuerzo de atención, se observa que intenta rechazar, con todo género de críticas, las asociaciones entonces emergentes, y acaba por sentir una molestia directa cuando por fin surge el recuerdo buscado. De esta experiencia deduce Freud que las amnesias son el resultado de un proceso al que da el nombre de *represión* y cuyo motivo ve en sensaciones displacientes. En la *resistencia* que se opone a la reconstitución del recuerdo cree vislumbrar las fuerzas psíquicas que produjeron la represión.

El factor «resistencia» ha llegado a ser luego uno de los fundamentos de su teoría. En las ocurrencias espontáneas, generalmente desatendidas, ve ramificaciones de los productos psíquicos reprimidos (ideas e impulsos) o deformaciones impuestas a los mismos por la resistencia que se opone a su

reproducción.

Cuanto más intensa sea la resistencia, tanto mayor será esta deformación. En esta relación de las ocurrencias inintencionadas con el material psíquico reprimido reposa su valor para la técnica terapéutica. Si poseemos un procedimiento que hace posible llegar a lo reprimido partiendo de las ocurrencias y deducir de las deformaciones lo deformado, podremos hacer también asequible a la conciencia, sin recurrir al hipnotismo, lo que antes era inconsciente en la vida anímica.

Freud ha fundado en estas bases un arte de interpretación al que corresponde la función de extraer del mineral representado por las ocurrencias involuntarias el metal de ideas reprimidas en ellas contenidas. Objeto de esta interpretación no son sólo las ocurrencias del enfermo, sino también sus sueños, los cuales facilitan un acceso directo al conocimiento de lo inconsciente, sus actos involuntarios y casuales (actos sintomáticos) y los errores de su vida cotidiana (equivocaciones orales, extravío de objetos, etc.). Los detalles de este arte de interpretación o traducción no han sido aún publicados por Freud. Trátase, según sus indicaciones, de una serie de reglas empíricamente deducidas para extraer, de las ocurrencias, el material psíquico, indicaciones sobre el sentido que ha de darse a una ausencia o cesación de tales ocurrencias en el enfermo, y experiencia sobre las principales resistencias típicas que se presentan en el curso de tal tratamiento. Una extensa obra publicada por Freud en 1900, con el título de *Interpretación de los sueños*, representa ya el primer paso de tal introducción a la técnica psicoanalítica.

De estas indicaciones sobre la técnica del método psicoanalítico podría deducirse que su inventor se ha impuesto un esfuerzo superfluo y ha obrado equivocadamente al abandonar el procedimiento hipnótico, mucho menos complicado. Pero, en primer lugar, el ejercicio de la técnica psicoanalítica, una vez aprendida ésta, es mucho menos difícil de lo que por descripción parece, y en segundo, no existe ningún otro camino que conduzca al fin propuesto, y por tanto, el camino más penoso es, de todos modos, el más corto. La hipnosis encubre la resistencia oculta así, a los ojos del médico, el funcionamiento de las fuerzas psíquicas. Pero no vence la resistencia, sino que se limita a eludirla, y de este modo sólo procura datos incompletos y

éxitos pasajeros.

La labor que el método psicoanalítico tiende a llevar a cabo puede expresarse en diversas fórmulas, equivalentes todas en el fondo. Puede decirse que el fin del tratamiento es suprimir las amnesias. Una vez cegadas todas las lagunas de la memoria y aclarados todos los misteriosos afectos de la vida psíquica, se hace imposible la persistencia de la enfermedad e incluso todo nuevo brote de la misma. Puede decirse también que el fin perseguido es el de destruir todas las represiones, pues el estado psíquico resultante es el mismo que el obtenido una vez resueltas todas las amnesias. Empleando una fórmula más amplia, puede decirse también que se trata de hacer accesible a la conciencia lo inconsciente, lo cual se logra con el vencimiento de la resistencia. Pero no debe olvidarse en todo esto que semejante estado ideal no existe tampoco en el hombre normal y que sólo raras veces se hace posible llevar tan lejos el tratamiento. Del mismo modo que entre la salud y la enfermedad no existe una frontera definida y sólo prácticamente podemos establecerla, el tratamiento no podrá proponerse otro fin que la curación del enfermo, el restablecimiento de su capacidad de trabajo y de goce. Cuando el tratamiento no ha sido suficientemente prolongado o no ha alcanzado éxito suficiente, se consigue, por lo menos, un importante alivio del estado psíquico general, aunque los síntomas continúen subsistiendo, aminorada siempre su importancia para el sujeto y sin hacer de él un enfermo.

El procedimiento terapéutico es, con pequeñas modificaciones, el mismo para todos los cuadros sintomáticos de las múltiples formas de la histeria y para todas las formas de la neurosis obsesiva. Pero su empleo no es, desde luego, ilimitado. La naturaleza del método psicoanalítico crea indicaciones y contraindicaciones, tanto por lo que se refiere a las personas a las cuales ha de aplicarse el tratamiento como el cuadro patológico. Los casos más favorables para su aplicación son los de psiconeurosis crónica, con síntomas poco violentos y peligrosos, esto es, en primer lugar, todas las formas de neurosis obsesivas, ideas o actos obsesivos, aquellas histerias en las que desempeñan un papel principal las fobias y las abulias, y, por último, todas las formas somáticas de la histeria, en tanto no impongan al médico, como en la anorexia, la necesidad de hacer desaparecer rápidamente el síntoma. En los casos agudos de histeria habrá de esperarse la aparición de una fase más

tranquila, y en aquéllos en los cuales predomina el agotamiento nervioso, deberá evitarse un tratamiento que exige por sí mismo un cierto esfuerzo, no realiza sino muy lentos progresos y tiene que prescindir durante algún tiempo de la subsistencia de los síntomas.

Para que el tratamiento tenga amplias probabilidades de éxito, debe también reunir el sujeto determinadas condiciones. En primer lugar, debe ser capaz de un estado psíquico normal, pues en períodos de confusión mental o de depresión melancólica no es posible intentar nada, ni siquiera en los casos de histeria. Deberá poseer asimismo un cierto grado de inteligencia natural y un cierto nivel ético. Con las personas de escaso valor pierde pronto el médico el interés que le capacita para ahondar en la vida anímica del enfermo. Las deformaciones graves del carácter y los rasgos de una constitución verdaderamente degenerada se hacen sentir durante el tratamiento como fuentes de resistencias apenas superables. La constitución pone, pues, en esta medida un límite a la eficacia de la Psicoterapia. También una edad próxima a los cincuenta años crea condiciones desfavorables para el psicoanálisis. La acumulación de material psíquico dificulta ya su manejo, el tiempo necesario para el restablecimiento resulta demasiado largo y la facultad de dar un nuevo curso a los procesos psíquicos comienza a paralizarse.

No obstante estas restricciones, el número de personas a quienes puede aplicarse el método psicoanalítico es extraordinariamente amplio, y muy considerable también, según las afirmaciones de Freud, la extensión de nuestro poder terapéutico. Freud señala como duración del tratamiento un período muy amplio, de seis meses a tres años; pero hace constar que por diversas circunstancias, fácilmente adivinables, sólo ha podido probarlo en casos muy graves, en enfermos muy antiguos, llegados ya a una plena incapacidad funcional, que se han visto defraudados por todos los demás tratamientos y acuden, como último recurso, al discutido método psicoanalítico. En casos menos graves, la duración del tratamiento habría de ser mucho menor y se alcanzaría una mayor garantía de curación para el porvenir.

XXIII

SOBRE PSICOTERAPIA

1904 [1905]

Conferencia pronunciada en el Colegio de Médicos de Viena en 1904[794]

UNA invitación de vuestro llorado presidente, el profesor Von Reder, me permitió desarrollar ante vosotros, hace ya ocho años, algunas consideraciones sobre la histeria. Poco tiempo antes, en 1895, había publicado, en colaboración con el doctor José Breuer, los *Estudios sobre la histeria*, y basándome en los descubrimientos realizados por mi colaborador, había iniciado la tentativa de introducir un nuevo tratamiento de la neurosis. La labor concretada en aquellos *Estudios* no ha sido felizmente vana. Las ideas en ellos mantenidas sobre la acción patógena de los traumas psíquicos a consecuencia de la retención del afecto y la concepción de los síntomas histéricos como resultados de una excitación transferida desde lo anímico a lo somático, ideas para las cuales creamos los términos de «descarga por reacción» y «conversión», son hoy generalmente conocidas y comprendidas. Ninguna descripción de la histeria —por lo menos ninguna de las publicadas por autores de lengua alemana— deja ya de tener en cuenta tales ideas, y su aceptación, por lo menos parcial, se ha generalizado entre nuestros colegas. Pero a su aparición hubieron de provocar singular extrañeza.

No puede decirse lo mismo del método terapéutico propuesto simultáneamente a la exposición de tales teorías. Este lucha aún por ser

aceptado. La causa de semejante desigualdad puede buscarse en razones especiales. La técnica del nuevo método se hallaba aún muy poco desarrollada al publicarse los *Estudios sobre la histeria*, privándome así de dar en ellos, a los lectores médicos, las indicaciones que hubiesen podido capacitarlos para llevar a cabo, por sí mismos y hasta el final, tal tratamiento. Pero, además de estos motivos particulares, han actuado otros de carácter general. Muchos médicos ven todavía en la Psicoterapia un producto del misticismo moderno y la consideran anticientífica e indigna del interés del investigador, comparada con nuestros medios curativos físicoquímicos, cuyo empleo se basa en descubrimientos fisiológicos. Vais a permitirme que me constituya en defensor de la causa de la Psicoterapia y señale a vuestros ojos lo que semejante opinión tiene de injusta y de errónea.

En primer lugar, haré constar que la Psicoterapia no es ningún método curativo moderno. Por el contrario, es la terapia más antigua de la Medicina. En la instructiva *Psicoterapia general*, de Löwenfeld, podéis leer cuáles fueron los métodos de la Medicina antigua y primitiva. En su mayoría pertenecen a la Psicoterapia. Para alcanzar la curación de los enfermos se provocaba en ellos un estado de «espera crédula», que todavía nos rinde actualmente igual servicio. Tampoco después de haber descubierto los médicos otros medios curativos han desaparecido nunca por completo del campo de la Medicina las tendencias psicoterápicas.

En segundo lugar, he de advertiros que nosotros, los médicos, no podemos prescindir de la Psicoterapia, por la sencilla razón de que la otra parte interesada en el proceso curativo, o sea el enfermo, no tiene la menor intención de renunciar a ella. Y conocéis las luminosas explicaciones que sobre esta cuestión debemos a la escuela de Nancy (Liébault, Bernheim). Sin que el médico se lo proponga, a todo tratamiento por él iniciado se agrega en el acto, favoreciéndolo casi siempre, pero también, a veces, contrariándolo, un factor dependiente de la disposición psíquica del enfermo. Hemos aprendido a aplicar a este hecho el concepto de «sugestión», y Moebius nos ha mostrado que la inseguridad que reprochamos a muchos de nuestros métodos terapéuticos debe ser atribuida precisamente a la acción perturbadora de este poderoso factor. Así, pues, todos nosotros practicamos constantemente la Psicoterapia, aun en aquellos casos en que no nos lo

proponemos ni nos damos cuenta de ello. Pero el abandonar así al arbitrio del enfermo, en vuestra actuación sobre él, el factor psíquico, tiene el grave inconveniente de que dicho factor escapa a vuestra vigilancia, sin que podáis dosificarlo ni incrementar su intensidad. ¿No será entonces una aspiración injustificada del médico la de apoderarse de este factor, servirse de él intencionadamente, guiarlo e intensificarlo? Pues esto y sólo esto es lo que os propone la psicoterapia científica.

En tercer lugar, habré de recordaros el hecho generalmente conocido de que ciertas enfermedades, y muy especialmente las psiconeurosis, resultan mucho más asequibles a las influencias psíquicas que a ninguna otra medicación. Según un dicho muy antiguo, lo que cura estas enfermedades no es la medicina, sino el médico, o sea la personalidad del médico, en cuanto el mismo ejerce, por medio de ella, un influjo psíquico. Sé muy bien que entre vosotros goza de gran favor aquella teoría a la que Vischer ha dado una expresión clásica en su parodia del *Fausto* goethiano:

> *‘Ich weiß, das Physikalische*
> *wirkt Öfters aufs Moralische’*

> Sobre la moral, lo físico
> en toda ocasión influye.

Pero ¿no habrá de ser mucho más adecuado y posible influir sobre la moral de un hombre con medios morales, o sea psíquicos?

La Psicoterapia nos ofrece procedimientos y caminos muy diferentes. Cualquiera de ellos que nos conduzca al fin propuesto, a la curación del enfermo, será bueno. Las promesas de mejoría que prodigamos consoladoramente a los enfermos corresponden ya a uno de los métodos psicoterápicos. Pero al ahondar en la esencia de las neurosis no hemos hallado nada que nos obligue a limitarnos a semejante consuelo y hemos desarrollado las técnicas de la sugestión hipnótica y las de la Psicoterapia por distracción y entretenimiento y por provocación de afectos favorables. Todas ellas me parecen estimables y las emplearía en circunstancias apropiadas. Si, en realidad, me he limitado a un único método, al que Breuer denominó «catártico» y yo prefiero llamar «analítico», ha sido tan sólo por razones

subjetivas. A consecuencia de mi participación en la génesis de esta terapia me siento personalmente obligado a consagrarme a su investigación y al perfeccionamiento de su técnica. Puedo afirmar que la Psicoterapia analítica es la más poderosa, la de más amplio alcance y la que consigue una mayor transformación del enfermo. Abandonando por un momento el punto de vista terapéutico, puedo afirmar también que es la más interesante y la única que nos instruye sobre la génesis y la conexión de los fenómenos patológicos. Por la visión que nos procura del mecanismo de la enfermedad anímica, es también la única que puede conducirnos más allá de sus propios límites e indicarnos el camino de otras formas de influjo terapéutico.

Con relación a este método psicoterápico, catártico o analítico, vais a permitirme que rectifique algunos errores y exponga algunas aclaraciones:

a) He observado que este método es confundido frecuentemente con el tratamiento por sugestión hipnótica, pues, entre otras cosas, algunos colegas que no suelen considerarme, en general, como su hombre de confianza, me envían a veces enfermos —enfermos refractarios, naturalmente—, con el encargo de que los hipnotice. Ahora bien: hace casi ocho años que no empleo ya el hipnotismo para fines terapéuticos (salvo en algunos ensayos aislados), y, por tanto, suelo devolver tales envíos con el consejo de que quienes confían en la terapia hipnótica deben practicarla por sí mismos. En realidad, entre la técnica sugestiva y la analítica existe una máxima oposición, aquella misma oposición que respecto a las artes encerró Leonardo de Vinci en las fórmulas *per via di porre* y *per via di levare*. La pintura, dice Leonardo, opera *per via di porre*, esto es, va poniendo colores donde antes no los había, sobre el blanco lienzo. En cambio, la escultura procede *per via di levare*, quitando de la piedra la masa que encubre la superficie de la estatua en ella contenida. Idénticamente, la técnica sugestiva actúa *per via di porre*; no se preocupa del origen, la fuerza y el sentido de los síntomas patológicos, sino que les sobrepone algo —la sugestión— que supone ha de ser lo bastante fuerte para impedir la exteriorización de la idea patógena. En cambio, la terapia analítica no quiere agregar nada, no quiere introducir nada nuevo, sino, por el contrario, quitar y extraer algo, y con este fin se preocupa de la génesis de los síntomas patológicos y de las conexiones de la idea patógena

que se propone hacer desaparecer. Esta investigación nos ha procurado importantes conocimientos. Por mi parte renuncié tempranamente a la técnica sugestiva, y con ella a la hipnosis, porque dudaba mucho que la sugestión tuviera fuerza y persistencia suficientes para garantizar una curación duradera. En todos los casos graves vi desvanecerse pronto la sugestión sobrepuesta y reaparecer la enfermedad o una sustitución equivalente. Además, esta técnica tiene el inconveniente de ocultarnos el funcionamiento de las fuerzas psíquicas, no dejándonos reconocer, por ejemplo, la *resistencia*, con la cual se aferran los enfermos a su enfermedad y se rebelan contra la curación, factor que es precisamente el único que puede facilitarnos la comprensión de su conducta en la vida.

b) También me parece muy difundido entre mis colegas el error de creer que la técnica de la investigación de los agentes patológicos y la supresión de los síntomas por dicha investigación son cosas fáciles y naturales. Sólo así puedo explicarme que ninguno de los muchos colegas a quienes interesa mi terapia y opina resueltamente sobre ella me haya pedido nunca información sobre la forma de aplicarla. Alguna vez he oído también con asombro que en tal o cual sala del hospital el médico director había encargado a uno de sus jóvenes ayudantes el «psicoanálisis» de un histérico. Tengo la seguridad de que si se tratase del análisis de un tumor extirpado a un enfermo, el mismo médico director no lo encargaría a un ayudante al que no supiera perfectamente impuesto en la técnica histológica. Por último, llega también a mí de cuando en cuando la noticia de que algún colega está sometiendo a uno de sus pacientes a una cura psíquica, y como me consta que ignora en absoluto la técnica de tal cura, he de suponer que confía en que el enfermo le revele espontáneamente sus secretos o busca la salvación en una especie de confesión o confidencia. No me extrañaría nada que semejante tratamiento dañase al enfermo en lugar de beneficiarle. El instrumento anímico no es nada fácil de tañer. En estos casos, recuerdo siempre las palabras de un neurótico famoso en todo el mundo, pero que nunca fue tratado por ningún médico, pues sólo vivió en la imaginación de un poeta. Me refiero al príncipe Hamlet, de Dinamarca. El rey ha enviado junto a él a dos cortesanos para sondearle y arrancarle el secreto de su melancolía. Hamlet los rechaza. En

este punto, traen a escena unas flautas. Hamlet toma una y se la tiende a uno de los inoportunos, invitándole a tañerla. El cortesano se excusa, alegando su completa ignorancia de aquel arte, y Hamlet exclama: «Pues mira tú en qué opinión más baja me tienes. Tú me quieres tocar, presumes conocer mis registros, pretendes extraer lo más íntimo de mis secretos, quieres hacer que suene desde el más grave al más agudo de mis tonos; y ve aquí este pequeño órgano, capaz de excelentes voces y de armonía, que tú no puedes hacer sonar. ¿O juzgas que se me tañe a mí con más facilidad que una flauta? No; dame el nombre del instrumento que quieras; por más que lo manejes y te fatigues, jamás conseguirás hacerle producir el menor sonido». (Acto III, escena 2.ª)

c) Por algunas de mis observaciones habréis podido ya adivinar que la cura analítica entraña ciertas particularidades, por las que dista mucho de ser una terapia ideal. *Tuto, cito, jucunde*; la investigación y la rebusca en que se basa no auguran ciertamente una rápida obtención del fin curativo, y la mención de la resistencia os habrá hecho sospechar la emergencia de dificultades poco gratas en el curso del tratamiento. Efectivamente, el tratamiento psicoanalítico plantea grandes exigencias, tanto al enfermo como al médico. Para el enfermo se hace demasiado largo y, en consecuencia, muy costoso, aparte del sacrificio que ha de suponerle comunicar con plena sinceridad cosas que preferiría silenciar. Para el médico a más de la prolongada labor que ha de dedicar a cada paciente, resulta harto trabajoso, por técnica especialísima que ha de aprender a aplicar. Por mi parte no tendría nada que oponer al empleo de procedimientos terapéuticos más cómodos, siempre que con ellos se obtuvieran también resultados positivos. Pero mientras que un tratamiento penoso y largo cure mejor que otro sencillo y breve, habremos de preferir siempre el primero, no obstante sus inconvenientes. Así, la moderna terapia del lupus es, desde luego, mucho más incómoda y costosa que los antiguos raspados y cauterios, y, sin embargo, significa un gran progreso, pues obtiene la curación radical. Sin que ello suponga extremar la comparación, puede afirmarse que el método psicoanalítico tiene también derecho a igual privilegio. Hasta ahora sólo he podido desarrollarlo y contrastarlo en casos muy graves, en enfermos que

habían pasado años enteros recluidos en un sanatorio y habían probado ya todos los procedimientos terapéuticos, sin encontrar alivio. No puedo, por tanto, precisar aún la acción de mi terapia en aquellas otras enfermedades menos graves, de emergencia episódica, que vemos desaparecer bajo los más diversos influjos o incluso espontáneamente. La terapia analítica ha sido creada para enfermos prolongadamente incapacitados para la vida, se ha ido perfeccionando en su tratamiento, y su mayor triunfo ha sido devolver a un número muy satisfactorio de estos enfermos su plena capacidad. Ante estos resultados, todo esfuerzo ha de aparecer pequeño.

d) Las numerosas dificultades prácticas con las que ha tropezado mi actividad me impiden daros ya una relación definitiva de las indicaciones y contraindicaciones del tratamiento analítico. Convendrá, sin embargo, aclarar algunos puntos:

1. No debemos atender tan sólo a la enfermedad, sino también al valor individual del sujeto, y habremos de rechazar a aquellos enfermos que no posean un cierto nivel cultural y condiciones de carácter en las que podamos confiar hasta cierto punto. No debe olvidarse que también hay hombres sanos carentes de todo valor, y que siempre nos inclinamos demasiado a atribuir su inferioridad a la enfermedad en cuanto hallamos en ellos algún signo de neurosis. A mi juicio, la neurosis no implica necesariamente la «degeneración», aunque no sea nada raro encontrarla coexistiendo con fenómenos de degeneración en el mismo individuo. Pero la Psicoterapia analítica no es un tratamiento de la degeneración neurótica, que, por el contrario, pone un límite a su eficacia. Tampoco es aplicable a personas que, al someterse a tratamiento, no lo hagan espontáneamente, sino por imposición de sus familiares. Más adelante nos ocuparemos de otra condición capital para la aplicación del tratamiento psicoanalítico: la de que el sujeto sea aún susceptible de educación.

2. Si queremos avanzar seguramente, habremos de limitar nuestra elección a personas capaces de un estado normal, pues el procedimiento psicoanalítico tiene en él su punto de partida para llegar a apoderarse de lo patológico. Las psicosis y los estados de confusión mental y de melancolía profunda (pudiéramos decir tóxica) contraindican así la aplicación del

psicoanálisis, por lo menos tal y como hoy se practica. De todos modos, no creo imposible que una vez adecuadamente modificado el método analítico quede superada esta contraindicación y pueda crear una psicoterapia de las psicosis.

3. La edad de los enfermos desempeña también un papel en su selección para el tratamiento analítico, pues, en primer lugar, las personas próximas a los cincuenta años suelen carecer de la plasticidad de los procesos anímicos, con la cual cuenta la terapia —los viejos no ya educables—, y en segundo, la acumulación de material psíquico prolongaría excesivamente el análisis. El límite opuesto sólo individualmente puede determinarse; los individuos muy jóvenes, impúberes aún, son a veces muy asequibles a la influencia analítica.

4. No se acudirá tampoco al psicoanálisis cuando se trate de la rápida supresión de fenómenos amenazadores; por ejemplo, en una anorexia histérica.

Ante esta serie de contraindicaciones pensaréis quizá que el campo de aplicación del psicoanálisis es extraordinariamente limitado. Quedan, no obstante, formas y casos patológicos más que suficientes en los que contrastar nuestra terapia; todas las formas crónicas de histeria, el amplio sector de los estados obsesivos, las abulias y otras perturbaciones análogas.

Consignaremos, por último, con satisfacción que la eficacia y la rapidez de nuestra terapia crecen en razón directa del valor individual del sujeto y de su nivel moral e intelectual.

e) Queréis seguramente preguntarme si la aplicación del psicoanálisis no puede causar algún daño a los pacientes. Puedo afirmaros que una cura analítica desarrollada por un médico perito en la técnica del análisis no supone peligro alguno para el enfermo, y espero que otorguéis a nuestra terapia la misma benevolencia crítica que en general estáis dispuestos a conceder a otros métodos terapéuticos; Sólo pueden juzgarla de otro modo aquellos profanos que acostumbran imputar al tratamiento cuantos fenómenos surgen en un caso patológico. No hace mucho tiempo existía aún un prejuicio semejante contra los balnearios. Algún enfermo a quien se aconsejaba visitar un establecimiento de este orden se resistía, alegando que un conocido suyo había ido a un balneario en busca de la curación de un

ligero padecimiento nervioso y se había vuelto loco en el curso del tratamiento hidroterápico. Como adivinaréis, se trataba de casos incipientes de parálisis general, que en su estadio inicial podían ser enviados a un balneario y que siguieron en él su curso fatal hasta la demencia manifiesta. Mas, para los profanos, la culpa de aquella agravación no podía ser sino el agua. Tampoco los médicos se muestran libres de estos prejuicios cuando se trata de métodos nuevos. En una ocasión emprendí la cura psicoterápica de una mujer que había pasado gran parte de su vida en alternativas de manía y melancolía, haciéndome cargo de la enferma al final de una fase de melancolía. Durante dos semanas pareció mejorar, pero a la tercera se inició una nueva fase de manía. Tratábase, seguramente, de una modificación espontánea del cuadro patológico, pues quince días son un plazo muy corto para que el psicoanálisis comience a producir algún efecto; pero el ilustre médico —ya fallecido— que asistía conmigo a la enferma no pudo retener su opinión de que aquella «agravación» era imputable a la Psicoterapia. Estoy seguro de que en otras circunstancias hubiera demostrado mejor sentido crítico.

f) Para terminar he de decirme que no es justo venir reteniendo ya tanto tiempo vuestra atención en favor de la Psicoterapia analítica sin explicaros en qué consiste semejante tratamiento y en qué se funda. Claro es que la brevedad a que estoy forzado no me permite daros más que ligeras indicaciones. Así, pues, os diré que nuestra terapia se funda en el conocimiento de que las representaciones inconscientes —o mejor dicho, la naturaleza inconsciente de ciertos procesos anímicos— es la causa primera de los síntomas patológicos. Compartimos esta convicción con la escuela francesa (Janet), que refiere el síntoma histérico a la «idea fija» inconsciente. Pero no temáis que por este camino nos adentremos en el sector más oscuro de la Filosofía. Nuestro inconsciente no es el mismo que el de los filósofos, y, además, la mayoría de los filósofos no quiere saber nada de «lo psíquico inconsciente». Pero si os colocáis en nuestro punto de vista, advertiréis en seguida que la traducción a lo consciente del material inconsciente dado en la vida anímica del enfermo tiene que corregir su desviación de lo normal y destruir la coerción que pesa sobre su vida psíquica. La voluntad consciente

no alcanza más allá de los procesos psíquicos conscientes, y toda coerción psíquica se funda en el psiquismo inconsciente. Tampoco habréis de temer que la conmoción producida por la entrada de lo inconsciente en la conciencia perjudique al sujeto, pues ya teóricamente puede demostrarse que la acción somática y psíquica de los impulsos anímicos hechos conscientes no puede ser nunca tan fuerte como la de los inconscientes. Sabido es que el dominio de todos nuestros impulsos lo conseguimos haciendo actuar sobre ellos nuestras funciones psíquicas más altas, dotadas de conciencia.

Pero también podéis elegir otro punto de vista para la comprensión del tratamiento psicoanalítico. El descubrimiento y la traducción de lo inconsciente se lleva a cabo contra una continua «resistencia» del enfermo. La emergencia de lo inconsciente va enlazada a sensaciones de displacer, a causa de las cuales es rechazado siempre de nuevo. En este conflicto que se desarrolla en la vida anímica del enfermo interviene el médico. Si consigue llevar al enfermo a aceptar algo que hasta entonces había rechazado (reprimido) a consecuencia de la regulación automática determinada por el displacer, habrá logrado llevar a buen término una parte importante de labor educativa. Ya el hecho de mover a madrugar a un individuo que sólo a disgusto abandonaba el lecho es una labor educativa. Pues bien: el tratamiento psicoanalítico puede ser considerado como una segunda educación, encaminada al vencimiento de las resistencias internas. En los nerviosos, la necesidad de esta segunda educación se hace sentir especialmente en cuanto al elemento anímico de su vida sexual. En ningún lado han producido la civilización y la educación daños tan graves como en este sector, en el cual hallamos las etiologías principales de la neurosis. El otro elemento etiológico, la aportación constitucional, nos es dado como algo inmutable y fatal. Surge aquí una condición importantísima para el médico. Ha de poseer un alto nivel moral y haber vencido en sí mismo aquella mezcla de salacidad y mojigatería, con la cual acostumbran enfrentarse muchas personas con los problemas sexuales.

Surge aquí una nueva observación. Sé que mi acentuación del papel de la sexualidad en la génesis de las neurosis se ha difundido en círculos muy amplios. Pero también sé que las restricciones y la minuciosidad sirven de poco con el gran público. La multitud tiene poco sitio en la memoria y no

conserva de las afirmaciones más que su nódulo, creándose extremos fácilmente visibles. También algunos médicos creen que mi teoría refiere en último término las neurosis a la privación sexual. No falta ciertamente tal privación de las condiciones de vida de nuestra sociedad. Dada semejante premisa, lo inmediato sería eludir el penoso rodeo a través de la cura psíquica y buscar directamente la curación, recomendando al enfermo, como medicina, la actividad sexual. Si esta deducción fuera exacta, no veo nada que pudiera detenerme de hacer al paciente tal recomendación. Pero la cuestión es muy distinta. La privación sexual es tan sólo uno de los factores que intervienen en el mecanismo de la neurosis. Si fuera el único, la consecuencia no sería la enfermedad, sino el desenfreno sexual. El otro factor, igualmente imprescindible y que se suele olvidar demasiado fácilmente, es la repugnancia sexual de los neuróticos, su incapacidad de amar, aquel rasgo psíquico al que hemos dado el nombre de «represión». Sólo del conflicto entre ambas tendencias surge la enfermedad neurótica y, por tanto, la libre actividad sexual sólo en muy contados casos puede ser recomendable en las psiconeurosis.

Para terminar, habréis de permitirme unas palabras de defensa. Queremos esperar que vuestro interés por el psicoanálisis, despojado de todo prejuicio hostil, nos apoyará en la labor de conseguir también resultados positivos en el tratamiento de casos graves de psiconeurosis.

XXIV

PSICOTERAPIA
(TRATAMIENTO POR EL ESPÍRITU)[795]

1905

PSIQUE es una palabra griega que en nuestra lengua significa *alma*. Por tanto, el «tratamiento psíquico» [«psicoterapia»] ha de llamarse *tratamiento del alma*. Podríase suponer que se entiende como tal el tratamiento de las manifestaciones morbosas de la vida anímica, mas no es ése el significado del término. «Tratamiento psíquico» denota más bien el tratamiento desde el alma, un tratamiento de los trastornos anímicos tanto como corporales— con medios que actúan directa e inmediatamente sobre lo anímico del ser humano.

Un medio semejante es, ante todo, la palabra, y las palabras son, en efecto, los instrumentos esenciales del tratamiento anímico. El profano seguramente hallará difícil comprender que los trastornos patológicos del cuerpo y del alma puedan ser eliminados por medio de las «meras» palabras del médico. Supondrá, sin duda, que se espera de él una fe ciega en el poder de la magia, y no estará del todo errado, pues las palabras que usamos cotidianamente no son otra cosa sino magia atenuada. Mas será necesario que nos explayemos un tanto para explicar cómo la ciencia ha logrado restituir a la palabra humana una parte, por lo menos, de su antigua fuerza mágica.

Aun los médicos científicamente instruidos han llegado sólo recientemente a reconocer el valor del tratamiento anímico. Ello se explica

con facilidad recordando el desarrollo que la medicina siguió durante el último medio siglo. Luego de una época bastante estéril durante la cual estuvo subordinada a la sedicente filosofía de la naturaleza, la medicina realizó, bajo la feliz influencia de las ciencias naturales, los más grandes progresos como ciencia y como arte; exploró la estructuración de los organismos a partir de unidades microscópicamente pequeñas (las células), llegó a comprender física y químicamente cada uno de los mecanismos vitales (las funciones), diferenció las modificaciones visibles y palpables de las partes del cuerpo que originan los distintos procesos patológicos, y por otro lado, descubrió también los signos por medio de los cuales los procesos patológicos más ocultos se traducen ya en el ser vivo; finalmente, reveló gran número de agentes patógenos animados, y con ayuda de estos nuevos conocimientos logró reducir en medida extraordinaria los riesgos de las intervenciones operatorias más serias. Todos estos progresos y descubrimientos se refirieron a lo somático en el ser humano, y así se llegó, debido a una equivocada pero fácilmente comprensible orientación del juicio, a que los médicos restringieran su interés a lo somático y abandonaran el estudio de lo psíquico a los tan menospreciados filósofos.

La moderna medicina tuvo, por cierto, motivos suficientes para estudiar la innegable vinculación entre lo corporal y lo anímico; pero al abordarla, nunca dejó de representar lo anímico como algo determinado por lo somático y dependiente de éste. Así, destacóse siempre que las funciones espirituales dependen de la preexistencia de un cerebro normalmente desarrollado y suficientemente nutrido, siendo perturbadas aquéllas por cualquier afección de este órgano; que la introducción de tóxicos en la circulación permite despertar determinados estados psicopatológicos; o bien, en escala menor, que los sueños del durmiente pueden ser modificados de acuerdo con los estímulos que experimentalmente se hace actuar sobre aquél.

La relación entre lo somático y lo anímico es, en el animal como en el hombre, una interacción recíproca, pero su otra faz —la acción de lo anímico sobre el cuerpo— resultó en los primeros tiempos poco grata a los médicos. Parecían resistirse a conceder cierta autonomía a la vida anímica, como si con ello se vieran expuestos a abandonar el firme terreno de lo científico.

Esta orientación unilateral de la medicina hacia lo somático experimentó en el último decenio y medio una paulatina modificación, surgida directamente de la medicina práctica. Existe, en efecto, un grupo muy numeroso de enfermos leves o graves cuyos continuos trastornos y padecimientos plantean graves problemas a la habilidad del médico, a pesar de que ni en condiciones clínicas ni en el examen postmortal permiten descubrir signos tangibles o visibles de un proceso patológico, pese a todos los adelantos de los métodos de exploración que aplica la medicina científica. Determinado grupo de estos enfermos se destaca por la variedad y la exuberancia del cuadro clínico; son personas que no pueden realizar ningún esfuerzo mental a causa de sus dolores de cabeza o de su falta de concentración, los ojos les duelen al leer, las piernas se les fatigan al caminar, sintiéndolas sordamente doloridas y como embotadas; su digestión está perturbada por sensaciones molestas, por eructos o por espasmos gástricos; las evacuaciones sólo las realizan con ayuda de medicamentos; dormir les resulta imposible, etc. Todos estos trastornos pueden presentarlos simultánea, sucesiva o sólo parcialmente; mas en todos los casos trátase a todas luces de una y la misma enfermedad. Además, los síntomas suelen ser muy variables y sustituirse o sucederse mutuamente; el mismo enfermo que hasta el momento estaba impedido de trabajar por los dolores de cabeza, sin que lo molestara su digestión, puede sentirse al día siguiente totalmente aliviado de aquéllos, pero desde ese instante no soportará, por ejemplo, casi ningún alimento. Los trastornos también pueden desaparecer súbitamente ante una modificación profunda de sus condiciones de vida; en un viaje, por ejemplo, podrá sentirse muy bien y saborear sin trastornos las más diversas comidas, pero apenas vuelto a su casa debe limitarse a ingerir leche cuajada. En algunos de estos enfermos el trastorno —un dolor, una debilidad paralizante— hasta puede trocar de pronto el lado del cuerpo afectado, saltando del derecho a la misma región del lado izquierdo. Mas en todos los casos es posible confirmar que los síntomas se hallan bajo la influencia directa de las excitaciones, de las conmociones emocionales, las preocupaciones, etc., y que pueden desaparecer, cediendo la plaza a una perfecta salud, sin dejar rastro alguno, aunque sean de larga data.

Por fin, la investigación médica ha llegado a revelar que tales personas no deben ser consideradas ni tratadas como enfermos del estómago, de la vista, etcétera, sino que nos encontramos en ellos con una afección del sistema nervioso en su totalidad. Sin embargo, el estudio del cerebro y de los nervios no ha permitido hallar hasta ahora ninguna modificación apreciable, y ciertos rasgos del cuadro clínico aún excluyen totalmente la posibilidad de que en el futuro, disponiendo de medios de exploración más sutiles, se llegue a demostrar tales alteraciones, susceptibles de explicar los aspectos clínicos de la enfermedad. Estos estados han sido calificados de «nerviosidad» (neurastenia, histeria) y considerados como padecimientos meramente «funcionales» del sistema nervioso. Por otra parte, también en muchas afecciones nerviosas más estables y en aquellas que sólo producen síntomas psíquicos —las denominadas ideas obsesivas, las ideas delirantes, la demencia—, la investigación detenida del cerebro, una vez muerto el enfermo, ha sido totalmente infructuosa.

Así, viéronse los médicos ante el problema de estudiar la naturaleza y el origen de las manifestaciones morbosas en estos individuos nerviosos o neuróticos. Al abordarlo, descubrióse que, por lo menos en una parte de ellos, los signos clínicos tienen por único origen una *influencia alterada de su vida psíquica sobre su organismo*, o sea que la causa directa del trastorno ha de buscarse en el psiquismo. ¿Cuáles son las causas más alejadas de aquel trastorno que ha afectado lo anímico, haciéndolo perturbar a su vez lo somático? He aquí otro problema que por ahora podemos dejar fuera de consideración. La ciencia médica, empero, halló en este punto el nexo que le permitió dirigir su plena atención a esta faz, hasta entonces descuidada, de la interrelación entre cuerpo y alma.

Sólo estudiando lo morboso llégase a comprender lo normal. Así, gran parte de los procesos relativos a la influencia de lo anímico sobre el cuerpo siempre fueron conocidos, pero sólo ahora pudieron ser observados bajo su verdadera luz. El ejemplo más común de acción psíquica sobre el cuerpo, observable siempre y en cualquier individuo, nos lo ofrece la denominada *expresión de las emociones*. Casi todos los estados anímicos de una persona se exteriorizan por tensiones y relajamientos de su musculatura facial, por la

orientación de sus ojos, la ingurgitación de su piel, la actividad de su aparato vocal y las actitudes de sus miembros; ante todo, de sus manos. Estos cambios corporales concomitantes, por lo general, no le ofrecen al sujeto provecho alguno; muy al contrario, suelen malograr sus intenciones cuando se propone ocultar al prójimo sus movimientos anímicos, pero sirven a los demás, precisamente, como signos fidedignos para deducir aquellos procesos anímicos, y generalmente se confía más en ellos que en las simultáneas expresiones intencionadas por medio de la palabra. Si se logra observar detenidamente a una persona en el curso de ciertas actividades psíquicas, hállanse otras consecuencias somáticas de las mismas en las alteraciones de su actividad cardíaca, en las fluctuaciones de la distribución sanguínea en el organismo y en otros fenómenos semejantes.

En numerosos estados anímicos que se denominan *afectos*, la participación del cuerpo es tan notable y espectacular, que muchos psicólogos han llegado a aceptar que la esencia de los afectos residiría únicamente en estas sus manifestaciones corporales. Son de todos conocidas las extraordinarias alteraciones de la expresión facial, de la circulación sanguínea, de las secreciones, del estado excitativo de la musculatura voluntaria, que pueden producirse bajo la influencia del miedo, de la ira, del dolor anímico, del éxtasis sexual y de otras emociones. Menos conocidas, pero absolutamente indudables, son otras acciones somáticas de los afectos que ya no forman parte de la expresión directa de los mismos. Así, ciertos estados afectivos permanentes de naturaleza penosa o, como suele decirse, «depresiva», como la congoja, las preocupaciones y la aflicción, reducen en su totalidad la nutrición del organismo, llevan al encanecimiento precoz, a la desaparición del tejido adiposo y a alteraciones patológicas de los vasos sanguíneos. Recíprocamente, bajo la influencia de excitaciones gozosas, de la «felicidad», obsérvase cómo todo el organismo florece y la persona recupera algunas manifestaciones de la juventud. Los grandes afectos tienen, evidentemente, íntima relación con la capacidad de resistencia frente a las enfermedades infecciosas; buen ejemplo de ello es la observación, efectuada por médicos militares, de que la susceptibilidad a las enfermedades epidémicas y a la disentería es mucho mayor entre los contingentes de un ejército derrotado que entre los vencedores. Mas los afectos —casi

exclusivamente los depresivos— a menudo son también por sí mismos causas directas de enfermedades tanto del sistema nervioso —con alteraciones anatómicamente demostrables— como también de otros órganos, debiendo aceptarse en tales casos la preexistencia de una propensión a dicha enfermedad, hasta ese momento inactiva.

A su vez, estados patológicos ya establecidos pueden ser profundamente influidos por afectos tumultuosos, por lo general en el sentido del empeoramiento; pero tampoco faltan ejemplos de que un gran susto, una repentina aflicción, por una curiosa revulsión de todo el organismo, hayan influido favorablemente sobre una enfermedad crónica o aun la hayan curado por completo. Por fin, no cabe duda de que la duración de la vida puede ser considerablemente abreviada por afectos depresivos y que un susto violento, una *injuria*[796] u ofensa candentes son susceptibles de poner repentino fin a la existencia; por extraño que parezca, esta última repercusión obsérvase también en ocasiones a consecuencia de una grande e inesperada alegría.

Los afectos en sentido estricto se caracterizan por una muy particular vinculación con los procesos corporales; pero en realidad todos los estados anímicos, incluso aquellos que solemos considerar como «procesos intelectivos», también son en cierto modo *afectivos*, y a ninguno le falta la expresión somática y la capacidad de alterar procesos corporales. Hasta en el pensamiento más reposado, por medio de «representaciones», descárganse continuamente, de acuerdo con el contenido de dichas representaciones, estímulos hacia los músculos lisos y estriados, que se pueden revelar por medio de una adecuada intensificación y que permiten explicar numerosos fenómenos harto notables, pretendidamente «sobrenaturales». Así se explica, entre otros fenómenos, la denominada *adivinación del pensamiento* por los pequeños movimientos involuntarios que realiza el *médium* durante la experiencia, consistente, por ejemplo, en dejarse guiar por él hacia un objeto escondido. Todo este fenómeno merece más bien el calificativo de *revelación del pensamiento*.

Los procesos de la voluntad y de la atención son asimismo susceptibles de influir profundamente sobre los procesos corporales y de desempeñar un gran papel como estimulantes o inhibidores de enfermedades orgánicas. Un celebrado médico inglés ha dicho de sí mismo que consigue provocar las más

diversas sensaciones y dolores en cualquier parte de su cuerpo a la cual dirija la atención, y la mayoría de los seres parecen tener parecida capacidad. Al considerar los dolores, que por lo común se incluyen entre las manifestaciones somáticas, siempre debe tenerse en cuenta su estrechísima dependencia de las condiciones anímicas. Los profanos, que tienden a englobar tales influencias psíquicas bajo el rótulo de «imaginación», suelen tener poco respecto a los dolores «imaginarios», en contraste con los provocados por heridas, enfermedad o inflamación. Mas ello es flagrantemente injusto: cualquiera que sea la causa del dolor, aunque se trate de la imaginación, los dolores mismos no por ello son menos reales y menos violentos.

Tal como los dolores pueden ser provocados o exacerbados dirigiendo la atención sobre ellos, también desaparecen al apartarse ésta. Dicha experiencia se aplica comúnmente para calmar a un niño dolorido; el guerrero adulto no siente el dolor de sus heridas en el febril ardor del combate; es muy probable que el mártir, en la exaltación de sus sentimientos religiosos, en la sumisión de todos sus pensamientos hacia la recompensa celestial que le espera, se torne totalmente insensible al dolor de su tormento. No es tan fácil abonar por medio de ejemplos la influencia de la voluntad sobre los procesos morbosos orgánicos; pero es muy posible que el propósito de sanar o la voluntad de morir no carezcan de importancia para el desenlace de algunas enfermedades, aun graves y de dudoso carácter.

Un especialísimo interés reviste el estado anímico de la *expectación*, merced al cual toda una serie de las más activas fuerzas psíquicas pueden ponerse en juego para determinar la provocación y la curación de afecciones corporales. No cabe duda con respecto al papel de la expectación *ansiosa*, y sería importante establecer con certeza si tiene efectivamente la influencia que se le atribuye en relación con las enfermedades: si, por ejemplo, es cierto que durante el dominio de una epidemia, los más expuestos son precisamente los que más temen contraer la infección. El estado opuesto, la *expectación confiada* o esperanzada, es una fuerza curativa con la que en realidad tenemos que contar en todos nuestros esfuerzos terapéuticos o curativos. No de otro modo podríanse explicar los peculiares efectos que observamos con

los medicamentos y con otras intervenciones terapéuticas. Donde la *expectación confiada* es más notable, empero, es en las denominadas «curas milagrosas», que aún hoy tenemos oportunidad de comprobar sin intervención alguna del arte médica. Las verdaderas curas milagrosas prodúcense en creyentes bajo la influencia de ceremonias destinadas a exaltar los sentimientos religiosos, o bien en los sitios de veneración de imágenes milagrosas, donde un personaje santo o divino se ha mostrado a las criaturas humanas y les ha prometido alivio a sus sufrimientos en recompensa de su adoración, o bien donde se guardan como un tesoro las reliquias de algún santo. La fe religiosa, por sí sola, no parece hallar fácil el desplazamiento de la enfermedad con la única ayuda de la expectación, pues en todas las curas milagrosas suelen intervenir además otras ceremonias o actividades. Así, las épocas en que se recurre a la benevolencia divina deben caracterizarse por determinadas relaciones; los esfuerzos corporales que se impone el propio enfermo, como las molestias y los sacrificios de la peregrinación, deben hacerlo particularmente merecedor de dicha benevolencia.

Sería cómodo pero harto inexacto si se pretendiera retirar todo crédito a estas curas milagrosas explicando las noticias sobre las mismas por una combinación de artimañas piadosas y observaciones imprecisas. Por más frecuentes que sean los casos en los cuales esta explicación es acertada, no por ello queda excluido el hecho real de las curas milagrosas. Estas ocurren efectivamente, siempre han ocurrido, y no sólo afectan los padecimientos de origen anímico, que podrían tener origen en la «imaginación», o sea que podrían ser particularmente influidos por las circunstancias de la peregrinación, sino que también influyen sobre las enfermedades «orgánicamente» fundadas, que hasta ese momento habían resistido a todos los esfuerzos médicos.

Para explicar las curaciones milagrosas no es necesario, sin embargo, recurrir a factores distintos de los poderes anímicos. En efecto, aun bajo estas condiciones no se manifiestan reacciones que podrían resultar incomprensibles a nuestro raciocinio: todo ocurre en forma natural; el poderío de la fe religiosa experimenta aquí un reforzamiento en virtud de varias fuerzas impulsoras de índole genuinamente humana. La fe piadosa del individuo es exaltada por el entusiasmo de la multitud, sumido en cuyo seno

aquél suele acercarse al santuario. Merced a tal efecto de masas, todos los movimientos del alma humana individual pueden exaltarse hasta lo desmesurado. Cuando una persona aislada busca su curación en un lugar milagroso, la influencia de la multitud es sustituida por la fama, la reputación de aquel lugar, o sea que nuevamente vuelve a hacerse sentir el poderío de la masa. Tal influencia puede ejercerse también a través de otro camino. Siendo conocido que la misericordia divina sólo se vuelca siempre sobre unos pocos entre los muchos que la solicitan, cada uno quisiera contarse entre esos preferidos y elegidos, y así la vanidad yacente en todo ser humano viene en ayuda de la fe religiosa. Cuando tantas fuerzas poderosas se aúnan, no hemos de admirarnos porque en ocasiones realmente se alcance el objetivo perseguido.

Mas tampoco los incrédulos ante la religión necesitan renunciar por ello a las curaciones milagrosas. En ellos la fama y la acción de la masa sustituyen totalmente la fe religiosa. Siempre existen tratamientos y médicos de moda que dominan particularmente a la alta sociedad, donde el afán de contarse entre los primeros y de emular a los más encumbrados constituye la más poderosa fuerza impulsora del alma. Tales tratamientos de moda tienen efectos absolutamente ajenos a su acción propia, y un mismo recurso terapéutico, en manos de un médico de moda, conocido quizá por haber asistido a un personaje destacado, tiene una acción mucho más poderosa que si fuera aplicado por otros médicos. Así, existen milagreros seglares, a semejanza de los sagrados, con la única diferencia de que aquéllos, encumbrados por el favor de la moda y de la imitación, se gastan rápidamente, como corresponde a la naturaleza de las fuerzas que obran en su favor.

La comprensible disconformidad con el arte médica, tan ineficiente a menudo, y quizá también la sublevación interior contra el carácter autoritario del pensamiento científico, que enfrenta al hombre con la inexorabilidad de la Naturaleza, han creado siempre —y también de nuevo en nuestros días— una extraña condición para la posible influencia terapéutica, tanto de las personas como de los recursos curativos. En efecto, sólo llega a establecerse una sólida expectación confiada, una esperanza en la curación, cuando el terapeuta no es médico y, más aún, cuando puede vanagloriarse de ignorar los fundamentos

científicos de la terapéutica, o tratándose de remedios, cuando no han sido aprobados por ensayos minuciosos, sino que los recomienda únicamente la preferencia popular. De ahí el sinnúmero de artes y de practicantes naturistas que vuelven a competir con los médicos en el ejercicio de su profesión, y de los cuales podemos afirmar, por lo menos con ciertos visos de certeza, que dañan a los enfermos con más frecuencia que los benefician. Si hallamos aquí un motivo para condenar la expectación confiada del enfermo, no olvidemos tampoco que la misma fuerza apoya siempre nuestros propios esfuerzos médicos. La eficacia de quizá todos los medios que el médico prescribe, de todas las intervenciones que realiza, se compone de dos partes. La una, ora mayor, ora menor, pero nunca desdeñable, está representada por la acción psíquica del enfermo. La expectación confiada con que viene al encuentro de la influencia directa ejercida por el agente terapéutico depende, por un lado, de la magnitud de su propio anhelo de curación, y por el otro, de su confianza en haber emprendido los pasos adecuados para alcanzarla, o sea de su respeto ante el arte médica en general y del poderío que conceda a la persona de su médico, así como de la simpatía puramente humana que éste sepa despertar en él. Hay médicos más capaces que otros para conquistar la confianza del enfermo; en tal caso, el paciente ya percibe un alivio cuando ve al médico aproximarse a su lecho.

Siempre, en tiempos pasados mucho más aún que en el presente, los médicos han practicado la psicoterapia. Si comprendemos como tal los esfuerzos encaminados a despertar en el enfermo las condiciones y los estados psíquicos favorables a la curación, entonces esa forma de tratamiento médico es históricamente la más antigua. Los pueblos primitivos apenas disponían de algo más que de la psicoterapia; además, nunca dejaban de apoyar el efecto de los brebajes curativos y de las maniobras terapéuticas por medio de un insistente tratamiento psíquico. La conocida aplicación de fórmulas mágicas, las abluciones purificadoras, la suscitación de sueños proféticos haciendo dormir al paciente en el recinto del templo, etc., sólo pueden haber actuado terapéuticamente por vía psíquica. La persona misma del médico creábase un respeto derivado directamente del poder divino, pues en sus orígenes el arte terapéutica estaba exclusivamente en manos de los

sacerdotes. Así, entonces como ahora, la personalidad del médico era uno de los factores cardinales para crear en el enfermo el estado anímico favorable a la curación.

Comenzamos ahora a comprender también en todo su alcance la «magia» de la palabra. En efecto, la palabra es el medio más poderoso que permite a un hombre influir sobre otro; la palabra es un excelente recurso para despertar movimientos anímicos en su destinatario, y por eso ya no nos parecerá tan enigmática la afirmación de que la magia de la palabra pueda eliminar manifestaciones morbosas, particularmente aquellas que reposan a su vez en estados anímicos.

Todas las influencias psíquicas que han demostrado ser eficaces para la eliminación de la enfermedad poseen cierto elemento de inconstancia. Los afectos, la orientación de la voluntad, el alejamiento de la atención, la expectación confiada, todos estos poderes, que en ocasiones anulan la enfermedad, no lo hacen en otros casos, sin que su variable eficacia pudiera atribuirse a la índole del mal. Trátase, evidentemente, de la soberana personalidad, psíquicamente tan distinta en cada caso, que se opone a la regularidad y constancia de la eficacia terapéutica. Desde que los médicos han reconocido, empero, la importancia del estado anímico para la curación, nada más natural que esforzarse por imponer deliberadamente, por medios adecuados, el estado anímico más favorable, en lugar de dejar librada al paciente la magnitud de la disposición anímica que pueda aportar a los recursos terapéuticos. Con dichos esfuerzos tuvo su comienzo el moderno *tratamiento por el espíritu*.

Resulta así toda una serie de formas terapéuticas, algunas de ellas evidentes, otras sólo comprensibles sobre la base de complicadas premisas. Así, es evidente y natural que el médico, que ya no puede despertar admiración en calidad de sacerdote o de portador de una ciencia oculta, oriente su personalidad de manera tal que pueda cautivar la confianza y buena parte de la simpatía de su paciente. En estas condiciones sólo ha de servir a una eficaz selección si tal resultado se alcanza únicamente en un número limitado de enfermos, mientras que los demás, por su grado de cultura o por su simpatía, se sienten atraídos por otros médicos. Mas *la abolición de la libre elección del médico elimina una importante precondición de la*

influencia psíquica sobre el enfermo.

Toda una serie de recursos psíquicos sumamente eficaces se sustraen por fuerza a la acción del médico, ya sea porque no tiene el poder o porque carece del derecho de aplicarlos. Esto rige, ante todo, para la provocación de fuertes afectos, es decir, de los recursos más importantes por medio de los cuales lo psíquico actúa sobre lo somático. El destino cura a menudo enfermedades mediante conmociones felices, por la satisfacción de necesidades, la realización de deseos; con él no puede competir el médico, que, fuera de su arte específica, suele estar condenado a la impotencia. Quizá esté más al alcance de sus facultades el despertar el miedo y el susto con fines terapéuticos; pero, excepto en el niño, vacilará mucho en recurrir a tales armas de doble filo. Por otro lado, toda vinculación con el paciente basada en sentimientos tiernos ha de quedar excluida para el médico a causa de la importancia fundamental de los estados anímicos así suscitados. Por tanto, las facultades del médico para modificar el psiquismo de sus pacientes parecen, en principio, tan limitadas, que la psicoterapia deliberadamente orientada no ofrecería, frente a la forma anterior, ventaja alguna.

El médico puede, por ejemplo, tratar de dirigir la voluntad y la atención del paciente, y en distintas enfermedades tiene buenos motivos para hacerlo. Si se empeña en inducir a quien se cree paralítico para que ejecute los movimientos que pretende no poder realizar, o si se niega a examinar a una persona pusilánime que exige ser revisada por una enfermedad que evidentemente no padece, el médico habrá adoptado el correcto proceder; pero estas ocasiones aisladas difícilmente justificarán el establecimiento de la psicoterapia como un procedimiento terapéutico particular. En cambio, por otro camino extraño e imprevisible se le ha abierto al médico la posibilidad de ejercer sobre la vida psíquica de sus enfermos una influencia profunda, aunque transitoria, aprovechándola con fines curativos.

Desde hace largo tiempo se conoce —pero en los últimos decenios se ha sustraído a toda duda la posibilidad de colocar a una persona, mediante determinados influjos suaves, en un estado psíquico muy peculiar, bastante análogo al sueño, que por ello mismo se denomina *hipnosis*. Los métodos para provocarla no tienen, a primera vista, gran semejanza entre sí. Es posible

hipnotizar a alguien haciéndolo mirar fijamente, durante algunos minutos, un objeto brillante, o aplicándole un reloj a la oreja durante idéntico tiempo, o pasándole repetidas veces las manos, a corta distancia, sobre la cara y los miembros. Sin embargo, lo mismo se consigue anunciando a la persona a la que se quiere hipnotizar la inminencia del estado hipnótico y de sus particularidades con tranquila seguridad, o sea «inculcándole» la hipnosis. También es posible combinar ambos métodos entre sí: por ejemplo, se puede hacer sentar a la persona, colocarle un dedo ante los ojos, pedirle que lo mire fijamente y decirle entonces: «Usted se siente cansado. Sus ojos ya se le caen; no los puede mantener abiertos. Sus miembros están pesados; ya no puede moverlos. Usted se está durmiendo», etc. Se advierte que todos estos procedimientos tienen en común el cautivamiento de la atención; en los primeros que mencioné interviene su cansancio por estímulos sensoriales atenuados y uniformes. Todavía no se ha aclarado satisfactoriamente por qué la simple insinuación verbal tiene exactamente el mismo efecto que los demás métodos. Los hipnotizadores expertos afirman que de tal modo es posible despertar una modificación evidentemente hipnótica en alrededor del 80 por 100 de las personas. No existen, empero, indicios que permitan predecir qué personas son hipnotizables y cuáles son refractarias. Entre las condiciones de la hipnosis no se cuentan, en modo alguno, las enfermedades. Los seres normales serían hipnotizables con particular facilidad, y de los nerviosos, muchos son sumamente reacios a la hipnosis, mientras que los enfermos mentales son totalmente refractarios. El estado hipnótico tiene muy distintas gradaciones; en su grado más leve, el hipnotizado sólo siente un ligero adormecimiento; el grado más profundo, caracterizado por particularidades muy especiales, se denomina *sonambulismo*, en virtud de su semejanza con el fenómeno natural del mismo nombre. Sin embargo, la hipnosis no es, ni mucho menos, un sueño como el de nuestro nocturno dormir, ni como el artificial, provocado por hipnóticos. Aparecen en aquélla ciertas modificaciones y se conservan funciones psíquicas que están abolidas en el sueño normal.

Algunas manifestaciones de la hipnosis, como por ejemplo las modificaciones de la actividad muscular, tienen sólo interés científico. Pero el signo más importante de la hipnosis —y el de mayor valor para nosotros—

radica en la conducta del hipnotizado frente a su hipnotizador. En efecto, mientras el sujeto se conduce con respecto al mundo exterior como un durmiente, o sea que le sustrae todos sus sentidos, se mantiene *despierto* para la persona que lo ha colocado en hipnosis, y sólo ve, comprende y responde a ésta. Este fenómeno, que se denomina *rapport* en la hipnosis, tiene su parangón en la forma en que duermen ciertas personas; por ejemplo, la madre que amamanta a su hijo. Es una manifestación tan notable, que bien puede permitirnos comprender la relación entre hipnotizado e hipnotizador.

El hecho de que el mundo del hipnotizado se restringe, por así decirlo, al hipnotizador no es la única característica de este estado. Agrégase la particular docilidad de aquél frente a éste, al punto de que en la hipnosis profunda se toma *obediente* y *crédulo* en grado casi ilimitado. La ejecución de esta obediencia y de esta credulidad demuestra, como característica del estado hipnótico, que la influencia de la vida psíquica sobre lo corporal se halla extraordinariamente aumentada en el hipnotizado. Cuando el hipnotizador le dice que no puede mover el brazo, éste cae, privado de toda movilidad; el sujeto apela manifiestamente a todas sus fuerzas, pero no alcanza a moverlo. Cuando el hipnotizador le dice que el brazo se mueve solo y que no puede detenerlo, este miembro se mueve efectivamente y se advierte cómo el hipnotizado realiza inútiles esfuerzos por mantenerlo quieto. La representación que el hipnotizador ha puesto en el hipnotizado por medio de su palabra despertó en él precisamente aquella actitud corporal que corresponde a su contenido. En todo esto hay, por un lado, obediencia; pero, por el otro, también se expresa la exageración de la influencia corporal de una idea. En este caso, la palabra realmente ha vuelto a recuperar su poder mágico.

Otro tanto ocurre en el terreno de las percepciones sensoriales. El hipnotizador dice: «Usted ve una serpiente, huele una rosa, oye la más hermosa música», y el hipnotizado ve, huele y oye lo que le indica la representación insinuada. ¿Cómo sabemos que el hipnotizado tiene realmente estas percepciones? Podríamos suponer que sólo aparenta tenerlas; pero no hay motivo alguno para dudarlo, pues se conduce enteramente como si las sintiera en realidad, expresa todos los afectos correspondientes, y en ciertas circunstancias también puede referir, después de la hipnosis, sus percepciones

y vivencias imaginarias. Adviértese entonces que ha visto y oído de la misma manera en que vemos y oímos en sueños, es decir, *alucinatoriamente*. Se encuentra, evidentemente, presa de tal credulidad con respecto al hipnotizador, que está *convencido* de que habrá de ver una serpiente cuando aquél se lo anuncie, y esta convicción actúa tan poderosamente sobre lo corporal, que, en efecto, ve la serpiente, como por otro lado, en ocasiones puede suceder también en personas no hipnotizadas.

De pasada señalaremos que una credulidad como la que el hipnotizado ofrece a su hipnotizador sólo se encuentra en la vida real, fuera de la hipnosis, en la *actitud del niño para con sus amados padres*, y semejante conformación de la propia vida psíquica a la de otra persona, con análogo sometimiento, tiene un único parangón —pero éste es absoluto— en *ciertas relaciones amorosas* con abandono total. En general, la coincidencia de una valoración exclusiva con una crédula obediencia constituye una de las características básicas del amor[797].

Aún resta algo por decir acerca del estado hipnótico. El discurso del hipnotizador, que ejerce en forma casi mágica los efectos descritos, se denomina *sugestión*, habiéndose adoptado la costumbre de aplicar también este término cuando existe tan sólo el propósito de despertar un efecto análogo. Igual que el movimiento y la sensibilidad, también las restantes actividades psíquicas del hipnotizado obedecen a esta sugestión, mientras que no suele efectuar ningún acto por propia iniciativa. La obediencia hipnótica puede asimismo ser aprovechada para una serie de experiencias harto extrañas, que ofrecen una profunda visión del funcionamiento psíquico y confieren al observador la inquebrantable convicción del insospechado poderío de lo psíquico sobre lo corporal. Tal como es posible inducir al hipnotizado a ver lo que no existe, también se le puede prohibir que vea algo que existe y que se impone a sus sentidos, como, por ejemplo, determinada persona (la denominada *alucinación negativa*); en tal caso, a dicha persona le resultará imposible hacerse notar por el hipnotizado, cualquiera que sea la estimulación que aplique; aquél la tratará «como si fuera aire». Se puede impartir al hipnotizado la sugestión de que realice determinado acto, pero solamente cierto tiempo después de despertar de la hipnosis (*sugestión*

posthipnótica), y el sujeto no sólo se ajusta al plazo, sino que ejecuta la acción sugerida en medio de su estado vigil, sin atinar a explicarla con motivo alguno. Si se le pregunta entonces por qué acaba de hacer tal cosa, invocará un oscuro impulso que no logra comprender, o bien inventará un pretexto medianamente adecuado, pero sin recordar nunca el verdadero motivo, o sea la sugestión que le ha sido impartida.

El despertar de la hipnosis se produce sin esfuerzo alguno, mediante la simple orden en tal sentido impartida por el hipnotizador. En las hipnosis más profundas falta luego el recuerdo de cuanto fue experimentado durante el sueño hipnótico bajo la influencia del hipnotizador. Este sector de la vida psíquica queda, en cierto modo, aislado de todo lo demás. Otros sujetos hipnotizados conservan un recuerdo nebuloso, y otros aun, si bien lo recuerdan todo, manifiestan haberse encontrado bajo el dominio de un imperio psíquico contra el que no había resistencia posible.

Sería difícil pecar por exceso al estimar el beneficio científico que el conocimiento de los fenómenos hipnóticos ha reportado a médicos y psicólogos por igual. Para apreciar, sin embargo, la importancia práctica de estos nuevos conocimientos Es preciso sustituir al hipnotizador por el médico, al hipnotizado por el paciente. ¿Acaso la hipnosis no parecería estar destinada a satisfacer todas las necesidades del médico en la medida en que éste pretende actuar frente a sus pacientes como un «médico de almas»? En efecto, el hipnotismo le confiere una autoridad como quizá nunca la haya poseído un sacerdote o un milagrero, pues concentra la totalidad del interés psíquico del hipnotizado sobre la persona del médico; anula en el paciente la autonomía anímica, que, como hemos visto, es el veleidoso impedimento para la manifestación de las influencias psíquicas sobre el cuerpo; en sí misma representa una exacerbación del dominio anímico sobre lo corporal, a un punto que en otras circunstancias únicamente podría producirse por los más poderosos despliegues afectivos. Finalmente, la posibilidad de que todo lo infundido al paciente durante la hipnosis sólo llegue a manifestarse más tarde en el estado normal (sugestión posthipnótica), pone en manos del médico un recurso para aplicar su enorme poderío durante la hipnosis, a fin de modificar el estado y la conducta del paciente en su vida vigil. He aquí,

pues, un ejemplo muy simple del tipo de curación que se alcanza por medio del tratamiento anímico. El médico coloca al paciente en estado hipnótico; le imparte la sugestión, adaptada a las circunstancias particulares de cada caso, de que no se halla enfermo, de que, una vez despierto, ya nada sentirá de sus padecimientos; lo despierta luego, y puede confiar en que la sugestión ha cumplido su influencia frente a la enfermedad. Si una sola intervención de esta índole no bastara, podría repetirse idéntico procedimiento un suficiente número de veces.

Un solo escrúpulo sería susceptible de inducir, tanto al médico como al paciente, a la abstención de un método terapéutico tan promisorio: si resultara que la inducción de la hipnosis fuese un arma de doble filo, malogrando su utilidad con un perjuicio en otro respecto, como, por ejemplo, dejando tras sí un permanente trastorno o debilitamiento en la vida psíquica del sujeto. Las experiencias hasta ahora realizadas, empero, bastan ya para excluir esta reserva; las hipnotizaciones aisladas son absolutamente innocuas, y aun su repetición frecuente no ejerce, en general, efectos deletéreos. Sólo cabe destacar una consecuencia: cuando las circunstancias exigen la aplicación continuada de la hipnosis, establécese una habituación a la misma y cierta dependencia del médico hipnotizante que no se contaba entre los propósitos iniciales del tratamiento.

El tratamiento hipnótico implica realmente una considerable ampliación del campo de la actividad terapéutica, y con ello un progreso del arte curativa. Es lícito aconsejar a todo enfermo recurrir al mismo, siempre que sea ejercido por un médico experto y digno de confianza. Sin embargo, sería preciso aplicar la hipnosis en una forma muy distinta de la que hoy suele prevalecer. Por lo común recúrrese únicamente a este método cuando todos los demás recursos han fracasado, cuando el enfermo ya se encuentra abatido y decepcionado. Es entonces cuando abandona a su médico, que no sabe o no quiere hipnotizar, para recurrir a un médico desconocido, que por lo común no practica ni conoce sino el hipnotismo. Ambas circunstancias son adversas para el enfermo. El propio médico de cabecera debería estar familiarizado con la hipnosis terapéutica y aplicarla desde un principio, cuando considere que el caso y la persona así lo indican. Dentro de los límites de sus indicaciones terapéuticas, el hipnotismo debería ocupar el mismo rango que

los demás métodos curativos y no ser considerado como un último recurso ni como un rebajamiento de lo científico al nivel del charlatanismo. Mas la hipnosis terapéutica no sólo es eficaz frente a todos los estados nerviosos y a los trastornos «imaginarios», así como para el desacostumbramiento de los hábitos compulsivos, como el alcoholismo, la morfinomanía y las aberraciones sexuales, sino también en muchas enfermedades orgánicas, aun en las inflamatorias, siempre que se tenga la perspectiva de eliminar los síntomas que más molestan al enfermo, como los dolores, las parálisis, etc., aun cuando persista el proceso básico y originario de los mismos. La selección de los casos apropiados para aplicar el método hipnótico ha de reposar siempre en el criterio del médico.

Es llegado el momento de desvirtuar la impresión de que el recurso auxiliar de la hipnosis abriría al médico una época de cómoda actividad milagrera. En efecto, cabe considerar todavía múltiples circunstancias susceptibles de abatir considerablemente nuestra expectativa en cuanto a las posibilidades terapéuticas del hipnotismo, reduciendo también en el enfermo las esperanzas que en él pueden haberse despertado. En primer término, demuestra ser insostenible la premisa básica de que mediante la hipnosis lograríamos librar a los enfermos de la molesta autonomía psíquica vigente en su aparato anímico. Por el contrario, la conservan y la manifiestan ya en su actitud frente al intento de hipnotizarlos. Si antes hemos dicho que es posible hipnotizar al 80 por 100 aproximadamente de los seres humanos, cabe señalar que esta alta proporción únicamente se alcanza incluyendo entre los casos positivos a todos aquellos que evidencian sólo un rastro de influenciación hipnótica. Las hipnosis realmente profundas, con docilidad total, como el ejemplo elegido para nuestra exposición, son en realidad raras y en todo caso no tan frecuentes como sería deseable en el interés de la terapéutica. Esta objeción se atenúa a su vez, recordando que la profundidad de la hipnosis y la docilidad a las sugestiones no son proporcionales entre sí, de modo que a menudo es dable observar un buen efecto sugestivo, aun con un ligero embotamiento hipnótico. Sin embargo, aunque se adopte la docilidad hipnótica por sí sola como elemento esencial de dicho estado, cabe admitir que las distintas personas evidencian su particularidad individual por dejarse

influir sólo hasta determinado grado de docilidad, en el cual se detienen tenazmente. Por tanto, las distintas personas manifiestan susceptibilidades muy dispares a la hipnosis terapéutica. Si se lograra hallar un recurso mediante el cual fuese posible profundizar todas estas fases del estado hipnótico hasta alcanzar la hipnosis completa, quedarían eliminadas las disparidades originadas por la susceptibilidad individual y se tendría realizado el ideal de la psicoterapia. Mas este progreso no ha sido alcanzado aún, y el grado de docilidad accesible a la sugestión depende todavía mucho más del paciente que del médico o sea que la acción terapéutica sigue estando librada al enfermo.

Más importante todavía es un segundo argumento. Cuando se describen los resultados harto extraños de la sugestión en el estado hipnótico, suele olvidarse que aquí, como en todas las reacciones anímicas, se trata siempre de relaciones de magnitud o de fuerzas. Si a una persona sana se la coloca en hipnosis profunda y se le imparte la orden de hincar el diente en una papa que se le ofrece como si fuese una pera, o si se le inculca que ve a un conocido y que debe saludarlo, será fácil lograr una total docilidad, porque el hipnotizado no tiene motivos de peso para resistirse contra la sugestión. Otras órdenes, empero —como, por ejemplo, la de desnudarse, impartida a una mujer habitualmente pudorosa, o la de robar un objeto valioso dada a un hombre honesto—, permiten advertir en el hipnotizado una resistencia que puede llegar al punto de impedirle totalmente obedecer a la sugestión. Ello nos demuestra que, aun con la mejor hipnosis, el poder que ejerce la sugestión no es ilimitado, sino sólo de determinada magnitud. El sujeto hipnotizado se muestra dispuesto a hacer pequeños sacrificios; pero es reacio a los grandes, igual que en la vida vigil. Si nos encontramos ante un enfermo y lo impulsamos mediante la sugestión a abandonar su enfermedad, advertimos al punto que esto no representa para él un pequeño sacrificio, sino uno grande. Es cierto que el poderío de la sugestión enfrenta, también entonces, a la fuerza que ha creado y que mantiene las manifestaciones patológicas; pero la experiencia demuestra que esta última es de una magnitud totalmente distinta de la del influjo hipnótico. El mismo enfermo que se adapta dócilmente a cualquier situación —no precisamente escandalosa— que le sea sugerida, puede mostrarse absolutamente reacio a la sugestión que pretende quitarle,

por ejemplo, su parálisis imaginaria. A ello se agrega en la práctica la circunstancia de que precisamente los enfermos nerviosos suelen ser los menos hipnotizables, de modo que la lucha contra las poderosas fuerzas que afianzan la enfermedad en la vida anímica no puede ser emprendida con el pleno despliegue de la influencia hipnótica, sino sólo con una mínima parte de ésta.

Por consiguiente, la sugestión no siempre tiene asegurado desde un principio el triunfo sobre la enfermedad, aun cuando se haya alcanzado la hipnosis y aunque ésta haya llegado a un nivel profundo. Queda todavía una lucha por librar, una contienda cuyo desenlace es a menudo incierto. De ahí que frente a los trastornos más graves de origen psíquico nada se alcance con una sola hipnotización. Mas la repetición de ésta redunda en perjuicio de la impresión de milagro que el enfermo probablemente haya esperado. Siempre es posible entonces que al repetirse la hipnotización se acentúe cada vez más la influencia sobre la enfermedad, inaparente al principio, hasta lograr por fin un satisfactorio resultado terapéutico. Semejante tratamiento hipnótico, empero, bien puede llegar a ser tan arduo y prolongado como otro cualquiera.

Otra forma de traducirse la relativa debilidad de la sugestión, comparada con la tenacidad del padecimiento a combatir, consiste en que, si bien aquélla logra eliminar las manifestaciones morbosas, sólo ejerce tal efecto por poco tiempo. Al cabo de cierto período, los síntomas reaparecen y es preciso volver a combatirlos por una nueva hipnosis con sugestión. Si este ciclo se repite a menudo, generalmente concluye por agotar la paciencia del enfermo y la del médico, llevando al abandono del tratamiento hipnótico. Además, son éstos los casos en los cuales suele desarrollarse una dependencia del médico y una especie de manía por la hipnosis.

Conviene que el paciente conozca estos defectos del método hipnótico y que prevea la posibilidad de que la aplicación terapéutica resulte defraudante. La acción curativa de la sugestión hipnótica es, en efecto, un hecho reai que no necesita de exageraciones encomiásticas. Por otra parte, es comprensible que los médicos a quienes la psicoterapia hipnótica pareció prometerles tanto más de lo que fue capaz de cumplir no se cansen de buscar otros métodos que permitan ejercer sobre el alma del enfermo una influencia más profunda o menos veleidosa. Es dable abandonarse a la certeza de que la moderna y

concienzuda psicoterapia, que representa un novísimo renacimiento de viejos métodos curativos, habrá de poner en manos del médico armas mucho más poderosas todavía para combatir la enfermedad. Los medios y los caminos conducentes a tal objetivo surgirán de una comprensión profundizada de los procesos de la vida anímica, cuyos primeros atisbos reposan precisamente en las experiencias hipnóticas.

XXV

EL CHISTE Y SU RELACIÓN CON LO INCONSCIENTE[798]

1905

A) PARTE ANALÍTICA

1.— **Introducción**

(1)

TODO aquel que haya buceado en las obras de Estética y de Psicología a la rebusca de una aclaración sobre la esencia y las relaciones del chiste, habrá de confesar que la investigación filosófica no ha concedido al mismo hasta el momento toda aquella atención a que se hace acreedor por el importante papel que en nuestra vida anímica desempeña. Sólo una escasísima minoría de pensadores se ha ocupado seriamente de los problemas que a él se refieren. Cierto es que entre los investigadores del chiste hallamos los brillantes nombres del poeta Jean Paul (Richter) y de los filósofos Th. Vischer, Kuno Fischer y Th. Lipps; mas también todos estos autores relegan a un segundo término el tema del chiste y dirigen su interés principal a la investigación del problema de lo cómico, más amplio y

atractivo.

La literatura existente sobre esta materia nos produce al principio la impresión de que no es posible tratar del chiste sino en conexión con el tema de lo cómico.

Según Th. Lipps (*Komik und Humor* 1898)[799], el chiste es «la comicidad privativamente subjetiva»; esto es, aquella comicidad «que nosotros hacemos surgir, que reside en nuestros actos como tales, y con respecto a la cual nuestra posición es la del sujeto que se halla por encima de ella y nunca la de objeto, ni siquiera voluntario» (pág. 80). «La siguiente observación aclara un tanto estos conceptos; se denomina chiste “todo aquello que hábil y conscientemente hace surgir la comicidad, sea de la idea o de la situación”» (pág. 78).

K. Fischer explica la relación del chiste con lo cómico por medio de la caricatura, a la que sitúa entre ambos (*Ueber den Witz,* 1889). Lo feo, en cualquiera de sus manifestaciones, es objeto de la comicidad. «Dondequiera que se halle escondido, es descubierto a la luz de la observación cómica, y cuando no es visible o lo es apenas, queda forzado a manifestarse o precisarse, hasta surgir clara y francamente a la luz del día… De este modo nace la caricatura» (pág. 45). «No todo nuestro mundo espiritual, el reino intelectual de nuestros pensamientos y representaciones, se desarrolla ante la mirada de la observación exterior ni se deja representar inmediatamente de una manera plástica y visible. También él contiene sus estancamientos, fallos y defectos, así como un rico acervo de ridículo y de contrastes cómicos. Para hacer resaltar todo esto y someterlo a la observación estética será necesaria una fuerza que sea capaz no sólo de representar inmediatamente objetos, sino también de arrojar luz sobre tales representaciones, precisándolas; esto es, una fuerza que ilumine y aclare las ideas. Tal fuerza es únicamente el *juicio*. El juicio generador del contraste cómico es el *chiste*, que ha intervenido ya calladamente en la caricatura, pero que sólo en el juicio alcanza su forma característica y un libre campo en que desarrollarse» (pág. 49).

Como puede verse, para Lipps es la actividad, la conducta activa del sujeto el carácter que distingue al chiste dentro de lo cómico, mientras que Fischer caracteriza el chiste por la relación a su objeto, debiendo considerarse como tal todo lo feo que en nuestro mundo intelectual se oculta. La verdad de

estas definiciones escapa a toda comprobación, y ellas mismas resultan casi ininteligibles, considerándolas, como aquí lo hacemos, aisladas del contexto al que pertenecen. Será, pues, preciso estudiar en su totalidad la exposición que de lo cómico hacen estos autores para hallar en ella lo referente al chiste. No obstante, podrá observarse que en determinados lugares de su obra saben también estos investigadores indicar caracteres generales y esenciales del chiste, sin tener para nada en cuenta su relación con lo cómico.

Entre todos los intentos que K. Fischer hace de fijar el concepto del chiste, el que más le satisface es el siguiente: «El chiste es un juicio juguetón» (página 51). Para explicar esta definición nos recuerda el autor su teoría de que «la libertad estética consiste en la observación juguetona de las cosas» (pág. 50). En otro lugar (pág. 20) caracteriza Fischer la conducta estética ante un objeto por la condición de que no demandamos nada de él; no le pedimos, sobre todo, una satisfacción de nuestras necesidades, sino que nos contentamos con el goce que nos proporciona su contemplación. En oposición al trabajo, la conducta estética no es sino un juego. «Podría ser que de la libertad estética surgiese un juicio de peculiar naturaleza, desligado de las generales condiciones de limitación y orientación, al que por su origen llamaremos ‘juicio juguetón’». En este concepto se hallaría contenida la condición primera para la solución de nuestro problema, o quizá dicha solución misma. «La libertad produce el chiste, y el chiste es un simple juego con ideas» (pág. 24).

Se ha definido con preferencia el chiste diciendo que es la habilidad de hallar analogías entre lo disparejo; esto es, analogías ocultas. Juan Pablo expresó chistosamente este mismo pensamiento: «El chiste —escribe— es el cura disfrazado que desposa a toda pareja», frase que continuó Th. Vischer, añadiendo: «Y con preferencia a aquéllas cuyo matrimonio no quieren tolerar sus familias». Mas al mismo tiempo objeta Vischer que existen chistes en los que no aparece la menor huella de comparación, o sea de hallazgo de una analogía. Por tanto, define el chiste, separándose de la teoría de Juan Pablo, como la habilidad de ligar con sorprendente rapidez, y formando una unidad, varias representaciones, que por su valor intrínseco y por el nexo a que pertenecen son totalmente extrañas unas a otras. K. Fischer observa que en una gran cantidad de juicios curiosos no hallamos analogías, sino, por el

contrario, diferencias, y Lipps, a su vez, hace resaltar el hecho de que todas estas definiciones se refieren a la cualidad propia del sujeto chistoso; pero no al chiste mismo, fruto de dicha cualidad.

Otros puntos de vista, relacionados entre sí en cierto sentido, y que han sido adoptados en la definición o descripción del chiste, son los del *contraste de representaciones*, del «sentido en lo desatinado» y del «desconcierto y esclarecimiento».

Varias definiciones establecen como factor principal el contraste de representaciones. Así, Kraepelin considera el chiste como la «caprichosa conexión o ligadura, conseguida generalmente por asociación verbal, de dos representaciones que contrastan entre sí de un modo cualquiera». Para un crítico como Lipps no resulta nada difícil demostrar la grave insuficiencia de tal fórmula; pero tampoco él excluye el factor contraste, sino que se limita a situarlo, por desplazamiento, en un lugar distinto. «El contraste continúa existiendo; pero no es un contraste determinado de las representaciones ligadas por medio de la expresión oral, sino contraste o contradicción de la significación y falta de significación de las palabras» (pág. 87). Con varios ejemplos aclara Lipps el sentido de la última parte de su definición: «Nace un contraste cuando concedemos… a sus palabras un significado que, sin embargo, vemos que es imposible concederles».

En el desarrollo de esta última determinante aparece la antítesis de «sentido y desatino». Lo que en un momento hemos aceptado como sensato se nos muestra inmediatamente falto de todo sentido. Tal es la esencia, en este caso, del proceso cómico (págs. 85 y siguientes). «Un dicho nos parece chistoso cuando le atribuimos una significación con necesidad psicológica y en el acto de atribuírsela tenemos que negársela. El concepto de tal significación puede fijarse de diversos modos. Prestamos a un dicho un *sentido* y sabemos que lógicamente no puede corresponderle. Encontramos en él una *verdad*, que luego, ciñéndonos a las leyes de la experiencia o a los hábitos generales de nuestro pensamiento, nos es imposible reconocer en él. La concedemos una consecuencia lógica o práctica que sobrepasa su verdadero contenido, y negamos en seguida tal consecuencia en cuanto examinamos la constitución del dicho en sí. El proceso psicológico que el dicho chistoso provoca en nosotros y en el que reposa el sentimiento de la

comicidad consiste siempre en el inmediato paso de los actos de prestar un sentido, tener por verdadero o conceder una consecuencia a la conciencia o impresión de una relativa nulidad».

A pesar de lo penetrante de este análisis cabe preguntar si la contraposición de lo significativo y lo falto de sentido, en la que reposa el sentimiento de la comicidad, puede contribuir en algo a la fijación del concepto del chiste en tanto en cuanto este último se halla diferenciado de lo cómico.

También el factor «desconcierto y esclarecimiento» nos hace penetrar profundamente en la relación del chiste con la comicidad. Kant dice que constituye una singular cualidad de lo cómico el no podernos engañar más que por un instante. Heymans (*Zeischr. für Psychologie*, XI, 1896) expone cómo el efecto de un chiste es producido por la sucesión de desconcierto y esclarecimiento y explica su teoría analizando un excelente chiste que Heine pone en boca de uno de sus personajes, el agente de lotería Hirsch-Hyacinth, pobre diablo que se vanagloria de que el poderoso barón de Rothschild, al que ha tenido que visitar, le ha acogido como a un igual y le ha tratado muy *famillionarmente*. En este chiste nos aparece al principio la palabra que lo constituye simplemente como una defectuosa composición verbal, incomprensible y misteriosa. Nuestra primera impresión es, pues, la de desconcierto. La comicidad resultaría del término puesto a la singular formación verbal. Lipps añade que a este primer estadio del esclarecimiento, en el que comprendemos la doble significación de la palabra, sigue otro, en el que vemos que la palabra falta de sentido nos ha asombrado primero y revelado luego su justa significación. Este segundo esclarecimiento, la comprensión de que todo el proceso ha sido debido a un término que en el uso corriente del idioma carece de todo sentido, es lo que hace nacer la comicidad (pág. 95).

Sea cualquiera de estas dos teorías la que nos parezca más luminosa, el caso es que el punto de vista del «desconcierto y esclarecimiento» nos proporciona una determinada orientación. Si el efecto cómico del chiste de Heine, antes expuesto, reposa en la solución de la palabra aparentemente falta de sentido, quizá debe buscarse el «chiste» en la formación de tal palabra y en el carácter que presenta.

Fuera de toda conexión con los puntos de vista antes consignados, aparece otra singularidad del chiste que es considerada como esencial por todos los autores. «La brevedad es el cuerpo y el espíritu de todo chiste, y hasta podíamos decir que es lo que precisamente lo constituye», escribe Juan Pablo (*Vorschule der Aesthetik*, I, párr. 45), frase que no es sino una modificación de la que Shakespeare pone en boca del charlatán Polonio (*Hamlet*, acto II, esc. II): «Como la brevedad es el alma del ingenio, y la prolijidad, su cuerpo y ornato exterior, he de ser muy breve».

Muy importante es la descripción que de la brevedad del chiste hace Lipps (pág. 10): «El chiste dice lo que ha de decir; no siempre en pocas palabras, pero sí en menos de las necesarias; esto es, en palabras que conforme a una estricta lógica o a la corriente manera de pensar y expresarse no son las suficientes. Por último, puede también decir todo lo que se propone silenciándolo totalmente».

Ya en la yuxtaposición del chiste y la caricatura se nos hizo ver «que el chiste tiene que hacer surgir algo *oculto* o *escondido*» (K. Fischer, pág. 51). Hago resaltar aquí nuevamente esta determinante por referirse más a la esencia del chiste que a su pertenencia a la comicidad.

(2)

Sé muy bien que con las fragmentarias citas anteriores, extraídas de los trabajos de investigación del chiste, no se puede dar una idea de la importancia de los mismos ni de los altos merecimientos de sus autores. A consecuencia de las dificultades que se oponen a una exposición, libre de erróneas interpretaciones, de pensamientos tan complicados y sutiles, no puedo ahorrar a aquellos que quieran conocerlos a fondo el trabajo de documentarse en las fuentes originales. Mas tampoco me es posible asegurarles que hallarán en ellas una total satisfacción de su curiosidad. Las cualidades y caracteres que al chiste atribuyen los autores antes citados —la actividad, la relación con el contenido de nuestro pensamiento, el carácter de juicio juguetón, el apareamiento de lo heterogéneo, el contraste de representaciones, el «sentido en lo desatinado», la sucesión de asombro y

esclarecimiento, el descubrimiento de lo escondido y la peculiar brevedad del chiste —nos parecen a primera vista tan verdaderos y tan fácilmente demostrables por medio del examen de ejemplos, que no corremos peligro de negar la estimación debida a tales concepciones; pero son éstas *disjecta membra* las que desearíamos ver reunidas en una totalidad orgánica. No aportan, en realidad, más material para el conocimiento del chiste que lo que aportaría una serie de anécdotas a la característica de una personalidad cuya biografía quisiéramos conocer.

Fáltanos totalmente el conocimiento de la natural conexión de las determinantes aisladas y de la relación que la brevedad del chiste pueda tener con su carácter de juicio juguetón. Tampoco sabemos si el chiste debe, para serlo realmente, llenar todas las condiciones expuestas o sólo algunas de ellas, y en este caso cuáles son las imprescindibles y cuáles las que pueden ser sustituidas por otras. Desearíamos, por último, obtener una agrupación y una división de los chistes en función de las cualidades señaladas. La clasificación hecha hasta ahora se basa, por un lado, en los medios técnicos, y por otro, en el empleo del chiste en el discurso oral (chiste por efecto del sonido, juego de palabras, chiste caricaturizante, chiste caracterizante, satisfacción chistosa).

No nos costaría, pues, trabajo alguno indicar sus fines a una más amplia investigación del chiste Para poder esperar algún éxito tendríamos que introducir nuevos puntos de vista en nuestra labor o intentar adentrarnos más en la materia intensificando nuestra atención y agudizando nuestro interés. Podemos, por lo menos, proponernos no desaprovechar este último medio. Es singular la escasísima cantidad de ejemplos reconocidamente chistosos que los investigadores han considerado suficiente para su labor, y es asimismo un poco extraño que todos hayan tomado como base de su trabajo los mismos chistes utilizados por sus antecesores. No queremos nosotros tampoco sustraernos a la obligación de analizar los mismos ejemplos de que se han servido los clásicos de la investigación de estos problemas, pero sí nos proponemos aportar, además, nuevo material para conseguir una más amplia base en que fundamentar nuestras conclusiones. Naturalmente, tomaremos como objeto de nuestra investigación aquellos chistes que nos han hecho mayor impresión y provocado más intensamente nuestra hilaridad.

No creo pueda dudarse de que el tema del chiste sea merecedor de tales esfuerzos. Prescindiendo de los motivos personales que me impulsan a investigar el problema del chiste y que ya se irán revelando en el curso de este estudio, puedo alegar el hecho innegable de la íntima conexión de todos los sucesos anímicos, conexión merced a la cual un descubrimiento realizado en un dominio psíquico cualquiera adquiere, con relación a otro diferente dominio, un valor extraordinariamente mayor que el que en un principio nos pareció poseer aplicado al lugar en que se nos reveló. Débese también tener en cuenta el singular y casi fascinador encanto que el chiste posee en nuestra sociedad. Un nuevo chiste se considera casi como un acontecimiento de interés general y pasa de boca en boca como la noticia de una recentísima victoria. Hasta importantes personalidades que juzgan digno de comunicar a los demás cómo han llegado a ser lo que son, qué ciudades y países han visto y con qué otros hombres de relieve han. tratado no desdeñan tampoco acoger en su biografía tales o cuales excelentes chistes que han oído[800].

2. — **La técnica del chiste**

(1)

ESCOJAMOS el primer chiste que el azar hizo acudir a nuestra pluma al escribir el capítulo anterior.

En el fragmento de los *Reisebilder* titulado «Los baños de Lucas» nos presenta Heine la regocijante figura de Hirsch-Hyacinth, agente de lotería y extractador de granos, que, vanagloriándose de sus relaciones con el opulento barón de Rothschild, exclama: «Tan cierto como que de Dios proviene todo lo bueno, señor doctor, es que una vez me hallaba yo sentado junto a Salomón Rothschild y que me trató como a un igual suyo, muy “famillionarmente” (*familionär*)».

Este excelente chiste ha sido utilizado como ejemplo por Heymans y Lipps para explicar el efecto cómico del chiste en función del proceso de «desconcierto y aclaramiento». Mas dejemos por ahora esta cuestión para plantearnos la de qué es lo que hace que el dicho de Hirsch-Hyacinth

constituya un chiste. Pueden suceder dos cosas: o es el pensamiento expresado en la frase lo que lleva en sí el carácter chistoso, o el chiste es privativo de la expresión que el pensamiento ha hallado en la frase. Tratemos, pues, de perseguir el carácter chistoso y descubrir en qué lugar se oculta.

Un pensamiento puede ser expresado por medio de diferentes formas verbales —o palabras— que todas ellas lo reproducen con igual fidelidad. En la frase de Hirsch-Hyacinth tenemos una determinada expresión de un pensamiento, expresión que sospechamos es un tanto singular y desde luego no la más fácilmente comprensible. Intentemos expresar con la mayor fidelidad el mismo pensamiento en palabras distintas. Esta labor ya ha sido llevada a cabo por Lipps de manera a explicar hasta cierto punto la idea de Heine. «Comprendemos —escribe Lipps— que Heine quiere decir que la acogida de Rothschild a Hirsch-Hyacinth fue harto familiar; esto es, de aquella naturaleza poco corriente en los millonarios» (pág. 7). No alteraremos en nada este sentido, dando al pensamiento otra forma que quizá se adapta más a la frase de Hirsch-Hyacinth. «Rothschild me trató como a su igual, *muy familiarmente*, aunque claro es que sólo en la medida en que esto es posible a un *millonario*». «La benevolencia de un rico es siempre algo dudosa para aquel que es objeto de ella», añadiríamos nosotros[801].

Con cualquiera de estas dos versiones del mismo pensamiento que demos por buena vemos que la interrogación que nos planteamos ha quedado resuelta. El carácter chistoso no pertenece en este ejemplo al pensamiento. Lo que Heine pone en labios de Hirsch-Hyacinth es una justa y penetrante observación, que entraña una innegable amargura y nos parece muy comprensible en un pobre diablo que se encuentre ante la enorme fortuna de un plutócrata, pero que nunca nos atreveríamos a calificar de chistosa. Si alguien, no pudiendo olvidar la forma original de la frase, insistiera en que el pensamiento en sí era también chistoso, no habría más que hacerle ver que si la frase de Hirsch-Hyacinth nos hacía reír, en cambio la fidelísima versión del mismo pensamiento hecha por Lipps o la que nosotros hemos después efectuado pueden movernos a reflexionar, pero nunca excitar nuestra hilaridad.

Mas si el carácter chistoso de nuestro ejemplo no se esconde en el pensamiento, tendremos que buscarlo en la forma de la expresión verbal.

Examinando la singularidad de dicha expresión, descubrimos en seguida lo que podemos considerar como técnica verbal o expresiva de este chiste, la cual tiene que hallarse en íntima relación con la esencia del mismo, dado que todo su carácter y el efecto que produce desparecen en cuanto se lleva a cabo su sustitución. Concediendo un tan importante valor a la forma verbal del chiste, nos hallamos de perfecto acuerdo con los que en la investigación de esta materia nos han precedido. Así, dice K. Fischer (pág. 72): «En principio, es simplemente la forma lo que convierte al juicio en chiste». Recordamos aquí una frase de Juan Pablo en la que se expone y demuestra esta naturaleza del chiste: «Plasta tal punto vence simplemente la colocación, sea de los ejércitos, sea de las frases».

¿En qué consiste, pues, la «técnica» de este chiste? ¿Por qué proceso ha pasado el pensamiento descubierto por nuestra interpretación hasta convertirse en un chiste que nos mueve a risa? Comparando nuestra interpretación con la forma en que el poeta ha encerrado tal pensamiento, hallamos una doble elaboración. En primer lugar, ha tenido efecto una abreviación. Para expresar totalmente el pensamiento contenido en el chiste teníamos que añadir a la frase «R. me trató como a un igual, muy familiarmente» en segunda proposición, «hasta el punto en que ello es posible a un millonario», y hecho esto, sentimos todavía la necesidad de otra sentencia aclaratoria[802]. El poeta expresa el mismo pensamiento con mucha brevedad:

«R. me trató como a un igual, muy FAMILLIONARMENTE (FAMILLIONAR)». La limitación que la segunda frase impone a la primera, en la que se señala lo familiar del trato, desaparece en el chiste.

Mas no queda excluida sin dejar un sustitutivo por el que nos es posible reconstruirla. Ha tenido lugar una segunda modificación. La palabra familiarmente (*familiär*), que aparece en la interpretación no chistosa del pensamiento, se muestra en el chiste transformada *en famillionarmente*. Sin duda alguna es en esta nueva forma verbal donde reside el carácter chistoso y el efecto hilarante del chiste. La palabra así formada coincide en sus comienzos con la palabra «familiarmente» (*familiär*), que aparece en la primera frase, y luego con la palabra «millonario» (*millionär*), que forma parte de la segunda; representa así a esta última y nos permite adivinar su

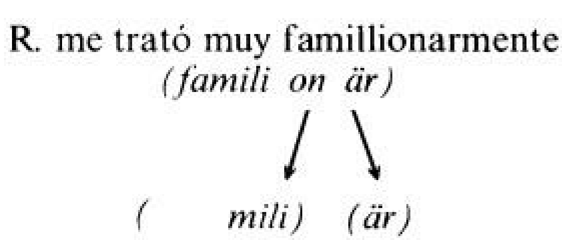
texto, omitido en el chiste. Es, pues, la nueva palabra una formación mixta de los dos componentes «familiarmente» y «millonario» y podemos representar gráficamente su génesis en la forma que sigue[803]:



El proceso que ha convertido en chiste el pensamiento podemos también representarlo en una forma que, aunque al principio parece un tanto fantástica, reproduce exactamente el resultado real:

«R. me trató muy familiarmente (familiar), aunque claro es que sólo en la medida en que esto es posible a un
millonario (millionär)».

Imagínese ahora una fuerza compresora que actuara sobre esta frase y supóngase que por cualquier razón sea su segundo trozo el que menos resistencia puede oponer a dicha fuerza. Tal segundo trozo se vería entonces forzado a desaparecer, y su más valioso componente, la palabra «millonario» (*millionär*), único que presentaría una mayor resistencia, quedaría incorporado a la primera parte de la frase por su fusión con la palabra «familiarmente» (*familiär*), análoga a él. Precisamente esta casual posibilidad de salvar lo más importante del segundo trozo de la frase favorece la desaparición de los restantes elementos menos valiosos. De este modo nace entonces el chiste:



Aparte de esta fuerza comprensiva, que nos es desconocida, podemos describir en este caso el proceso de la formación del chiste, o sea la técnica

del mismo, con una *condensación* con *formación de sustitutivo*. Esta formación consistiría en nuestro ejemplo, en la constitución de una *palabra mixta* —«FAMILLIONAR»— incomprensible en sí, pero cuyo sentido nos es descubierto en el acto por el contexto en el que se halla incluida. Esta palabra mixta es la que entraña el efecto hilarante del chiste, efecto de cuyo mecanismo nada hemos logrado averiguar con el descubrimiento de la técnica. ¿Hasta qué punto puede regocijarse y forzarnos a reír un proceso de condensación verbal acompañado de una formación sustitutiva? Éste es otro problema muy distinto y del que no podemos ocuparnos hasta hallar un camino por el que aproximarnos a él. Permaneceremos, pues, por ahora en lo que respecta a la técnica del chiste.

Nuestra esperanza de que la técnica del chiste no podía por menos de revelarnos la íntima esencia del mismo nos mueve, ante todo, a investigar la existencia de otros chistes de formación semejante a la del anteriormente examinado. En realidad, no existen muchos chistes de este tipo, mas sí los suficientes para formar un pequeño grupo caracterizado por la formación de una palabra mixta. El mismo Heine, copiándose a sí mismo, ha utilizado por segunda vez la palabra «millonario» (*millionär*) para hacer otro chiste. Habla, en efecto, en uno de sus libros (*Idem*, cap. XIV) de un «millionär», transparente condensación de las palabras «millonario» (*millionär*) y «loco» (*narr*), que expresa, como en el primer ejemplo, un oculto pensamiento accesorio.

Expondré aquí otros ejemplos del mismo tipo que hasta mí han llegado. Existe una fuente (’Brunnen’) en Berlín cuya construcción produjo mucho descontento hacia el burgomaestre Forckenbeck. Los berlineses la llaman la *Forckenbecken*, dando un efecto chistoso, aunque para ello fue necesario reemplazar la palabra *brunnen* por un equivalente en desuso *becken*, a objeto de combinarlo en una totalidad con el nombre del burgomaestre. La malicia europea transformó en «Cleopoldo» el verdadero nombre —Leopoldo— de un alto personaje, de quien se murmuraba mantenía íntimas relaciones con una bella dama llamada *Cleo*. De este modo, el rendimiento de un sencillo proceso de condensación en el que no entraba en juego sino una sola letra, conservaba siempre viva una maligna alusión. Los nombres propios caen con especial facilidad bajo este proceso de la técnica del chiste. En Viena existían

dos hermanos, *Salinger* de apellido, uno de los cuales era corredor de Bolsa (*Bönsensensal*). Esta circunstancia dio pie para que a este último se le conociera con el nombre de *Sensalinger* (condensación de Sensal, corredor, y Salinger, su apellido) y a su hermano con el menos agradable de *Scheusalinger* (condensación de *Scheusal*, espantajo, y el apellido común). La ocurrencia es fácil e ingeniosa, aunque ignoro si estaría justificada. Mas el chiste no suele preocuparse mucho de tales justificaciones.

Me contaron la siguiente condensación chistosa. Un hombre joven que había llevado hasta el momento una vida por demás placentera en el extranjero, después de una prolongada ausencia efectúa una visita a un amigo en esta ciudad. El último se sorprende de verle un *Ehering* (anillo de esponsales) en la mano de su visitante, y le pregunta si se ha casado. A lo que responde que sí '*Trauring* pero cierto'. El chiste es excelente. La palabra *Trauring* combina ambos elementos: *Ehering* cambiada a *Trauring* junto a la frase *trauring, aber wahr* ('triste pero cierto'). Aquí se emplea una palabra que coincide totalmente con uno de los dos elementos y no una palabra ininteligible como en *famillionär*.

En una conversación proporcioné yo mismo, involuntariamente, el material para la formación de un chiste por completo análogo al primero que de Heine hemos reproducido. Relataba yo a una señora los grandes merecimientos de un investigador cuyo valor creía yo injustamente desconocido por sus contemporáneos. «Pero ese hombre merece un monumento», me replicó la señora. «Y es muy probable que alguna vez lo tenga —repuse yo—, pero, momentáneamente, su éxito es bien escaso». «Monumento» y «momentáneo» son dos conceptos opuestos. Mi interlocutora los reunió en su respuesta, diciendo: «Entonces le desearemos un éxito *monumentáneo*».

En un excelente trabajo inglés sobre este mismo tema (A. A. Brill, *Freud's Theory of wit*, en *Journal of abnormal Psychologie*, 1911) se incluyen algunos ejemplos en idiomas diferentes del alemán, que muestran todos el mismo mecanismo de condensación que el chiste de Heine[804].

El escritor inglés De Quincey —relata Brill— escribe en una ocasión que los ancianos suelen caer con frecuencia en el *anecdotage*. Esta palabra es una formación mixta de otras dos, coincidentes en parte:

anec*do*te y
dotage (charlar pueril).

En una historieta anónima halló Brill calificadas las Navidades como *the alcoholidays*, igual fusión de:

alco*hol* y
holidays (días festivos).

Hablando Sainte-Beuve de la famosa novela de Flaubert *Salambô*, cuya acción se desarrolla en la antigua Cartago, la califica irónicamente de *Carthaginoiserie*, aludiendo a la paciente minuciosidad con que el autor se esfuerza en reproducir el ambiente y costumbres del antiguo pueblo africano:

Cartha*ginois*
chinoiserie.

El mejor chiste de este tipo se debe a una de las personalidades austríacas de mayor relieve, que después de una importante actividad científica y pública ocupa actualmente uno de los más altos puestos del Estado. He de tomarme la libertad de utilizar para estas investigaciones los chistes atribuidos a esta personalidad y que, en efecto, llevan todos un mismo inconfundible sello. Sírveme de justificación el hecho de que difícilmente hubiera podido hallar mejor material[805].

Se hablaba un día, delante de esta persona, de un escritor al que se conocía por una aburrida serie de artículos, publicados en un diario vienés sobre insignificantes episodios de las relaciones políticas y guerreras entre Napoleón I y el de Austria. El autor de estos artículos ostenta una abundante cabellera de un espléndido color rojo. Al oír su nombre exclamó el señor N.: *¿No es ése el rojo Fadian*[806] *que se extiende por toda la historia de los Napoleónidas?*

Para hallar la técnica de este chiste le someteremos a aquel método de reducción que hace desaparecer su carácter chistoso, variando su forma

expresiva, y restaura, en cambio, su primitivo sentido, fácilmente adivinable en todo buen chiste. El presente ejemplo ha surgido de dos componentes: un juicio adverso al escritor en cuestión y una reminiscencia de la famosa comparación con que Goethe encabeza, en *Las afinidades electivas*, los extractos del «Diario de Otilia[807]». La adversa crítica podría expresarse en la forma siguiente: «¡De modo que es éste el sujeto que no sabe escribir una y otra vez más que aburridos folletones sobre Napoleón en Austria!» Esta manifestación no tiene nada de chistosa. Tampoco puede moverse a risa la bella comparación de Goethe. Sólo cuando ambos conceptos son puestos en relación y sometidos a un singular proceso de condensación y fusión es cuando surge un chiste, excelente por cierto[808]. La conexión entre el adverso juicio sobre el tedioso historiador y la bella metáfora goethiana se ha constituido aquí, por razones que aún no me es dado hacer comprensibles, de un modo harto menos sencillo que en otros casos análogos. Intentaré, por lo menos, sustituir el probable proceso de génesis de este chiste por la construcción siguiente: en primer lugar, la circunstancia del constante retorno del mismo tema en los artículos del insulso escritor debió de despertar en N. una ligera reminiscencia de la conocida comparación goethiana de *Las afinidades electivas*, comparación que es erróneamente citada casi siempre con la palabra «se extiende como un rojo hilo». El «rojo hilo» de la comparación ejerció una acción modificadora sobre la expresión de la primera frase merced a la circunstancia casual de ser también *rojo*; esto es, poseer rojos cabellos el escritor criticado. Llegado el proceso a este punto, la expresión del pensamiento sería quizá la siguiente: *De modo que ese individuo rojo es el que escribe unos artículos tan aburridos sobre Napoleón*. Entra ahora en juego el proceso que condensó en uno ambos trozos. Bajo la presión de este proceso, que encuentra su primer punto de apoyo en la igualdad proporcionada por el elemento «rojo», se asimiló «aburrido» (*langweiling*) a «hilo» (*Faden*), transformándose en un sinónimo *fad* (aburrido, insulso), y entonces pudieron ya fundirse ambos elementos para constituir la expresión verbal del chiste, en la que esta vez tiene mayor importancia la cita goethiana que el juicio despectivo, el cual seguramente fue el primero en surgir aisladamente en el pensamiento de N.

De modo que es ese rojo sujeto quien escribe los 'fade' artículos sobre N(apoleón).
El . . . . rojo . . . . 'Faden' (hilo) que se extiende por todo.

¿No es ése el rojo Fadian que se extiende por toda la historia de los N(apoleónidas)?

Más adelante, cuando nos sea posible analizar este chiste desde otros puntos de vista distintos de los puramente formales, justificaremos esa representación gráfica y, al mismo tiempo, la someteremos a una necesaria rectificación. Lo que en ella pudiera ser objeto de duda, el hecho de haber tenido lugar una condensación, aparece con evidencia innegable. El resultado de la condensación es nuevamente, por un lado, una considerable abreviación y, por otro, en lugar de una singular formación verbal mixta, más bien una infiltración de los elementos constitutivos de ambos componentes. La expresión *roter Fadian* sería siempre viable por sí misma con una calificación peyorativa: mas en nuestro caso es, con seguridad, el producto de una condensación.

Si al llegar a este punto se sintiera el lector disgustado ante nuestra manera de enfocar esta cuestión, que amenaza destruir el placer que en el chiste pudiera hallar, sin explicarle, en cambio, ni siquiera la fuente de que dicho placer mana, yo le ruego reprima su impaciencia. Nos hallamos ahora ante el problema de la técnica del chiste, cuya investigación nos promete, cuando lleguemos a profundizar suficientemente, interesantes descubrimientos.

Por el análisis del último ejemplo nos hallamos preparados a hallar, cuando en otros casos encontremos de nuevo un proceso de condensación, la sustitución de lo suprimido no sólo en una formación verbal mixta, sino también en una distinta modificación de la expresión. Los siguientes chistes, debidos asimismo al fértil ingenio del señor N., nos indicarán en qué consiste este distinto sustitutivo:

«Sí; he viajado con él TÊTE-À-BÊTE». Nada más fácil que reducir este chiste. Su significado tiene que ser: «He viajado *tête-à-tête* con X., y X. es un *animal*».

Ninguna de las dos frases es chistosa. Reduciéndola a una sola: «He viajado *tête-à-tête* con el animal de X»., tampoco encontramos en ella nada

que nos mueva a risa. El chiste se constituye en el momento en que se hace desaparecer la palabra «animal», y para sustituirla se cambia por una *b* la *t* de la segunda *tête*, modificación pequeñísima, pero suficiente para que vuelva a surgir el concepto «animal», antes desaparecido. La técnica de este grupo de chistes puede describirse como *condensación con ligera modificación*, y sospechamos que el chiste será tanto mejor cuanto más pequeña sea la modificación sustitutiva.

Análoga, aunque no exenta de complicación, es la técnica de otro chiste. Hablando de una persona que al lado de excelentes cualidades presentaba grandes defectos, dice N.: «Sí; la vanidad es uno de sus CUATRO TALONES DE AQUILES[809]». La pequeña modificación consiste aquí en suponer que la persona a la que el chiste se refiere posee *cuatro* talones, o sea cuatro pies, como los animales. Así, pues, las dos ideas condensadas en el chiste serían:

«X es un hombre de sobresalientes cualidades, fuera de su extremada vanidad; pero no obstante, no es una persona que me sea grata, pues me parece un animal[810]».

Muy semejante, pero mucho más sencillo, es otro chiste *in statu nascendi* del que fui testigo en un pequeño círculo familiar, al que pertenecían dos hermanos, uno de los cuales era considerado como modelo de aplicación en sus estudios, mientras que el otro no pasaba de ser un medianísimo escolar. En una ocasión, el buen estudiante sufrió un fracaso en sus exámenes, y su madre, hablando del suceso, expresó su preocupación de que constituyera el comienzo de una regresión en las buenas cualidades de su hijo. El hermano holgazán, que hasta aquel momento había permanecido oscurecido por el buen estudiante, acogió con placer aquella excelente ocasión de tomar su desquite, y exclamó: «Sí; Carlos va ahora hacia atrás *sobre sus cuatro pies*».

La modificación consiste aquí en un pequeño agregado a la afirmación de que también, a su juicio, retrocede el hermano abandonando el buen camino. Mas esta modificación aparece como el sustitutivo de una apasionada defensa de la propia causa: «No creáis que él es más inteligente que yo por que obtiene éxitos en la escuela. No es más que un animal; esto es, más estúpido aún que yo».

Otro chiste muy conocido de N. nos da un bello ejemplo de condensación con ligera modificación. Hablando de una personalidad política, dijo: «Este

hombre tiene UN GRAN PORVENIR DETRÁS DE ÉL». Tratábase de un joven que por su apellido, educación y cualidades personales pareció durante algún tiempo llamado a llegar a la jefatura de un gran partido político y con ella al Gobierno de la nación. Mas las circunstancias cambiaron de repente y el partido de referencia se vio imposibilitado de llegar al Poder, siendo sospechable que el hombre predestinado a asumir su jefatura no llegue ya a los altos puestos que se creía. La más breve interpretación deducida de este chiste sería: «Ese hombre ha tenido ante sí un gran porvenir, pero ahora ya no lo tiene». En lugar de «ha tenido» y de la frase final, aparece en la frase principal la modificación de sustituir el «ante sí» por su contrario «detrás de él[811]».

De una modificación casi idéntica se sirvió N. en otra de sus ocurrencias. Había sido nombrado ministro de Agricultura un caballero al que no se reconocía otro mérito para ocupar dicho puesto que el de explotar personalmente sus propiedades agrícolas. La opinión pública pudo comprobar, durante su gestión ministerial, que se trataba del más inepto de cuantos ministros habían desempeñado aquella cartera. Cuando dimitió y volvió a sus ocupaciones agrícolas particulares, comentó N.: «Como Cincinato, ha vuelta a su puesto ante el arado».

El ilustre romano, al que se apartó de sus faenas agrícolas para conferirle la investidura de dictador, volvió, al abandonar la vida pública, a su puesto *detrás* del arado. *Delante* del mismo no han ido nunca, ni en la época romana ni en la actual, más que los bueyes.

Otro caso de condensación con modificación es un chiste de Karl Kraus que, refiriéndose a un periodista de ínfima categoría, dedicado al chantaje, dijo que había salido para los Balcanes en el *Orienterpresszug*, formación verbal producto de la condensación de dos palabras: *Orientexpresszug* (tren expreso del Oriente) y *Erpressung* (chantaje).

Podríamos aumentar grandemente la colección de ejemplos de esta clase; mas creo que con los expuestos quedan suficientemente aclarados los caracteres de la técnica del chiste —condensación con modificaciones— en este segundo grupo. Comparándolo ahora con el primero, cuya técnica consistía en la condensación con formación de una expresión verbal mixta, vemos con toda claridad que sus diferencias no son esenciales y la transición

de uno a otro se efectúa sin violencia alguna. Tanto la formación verbal mixta como la modificación se subordinan al concepto de la formación de sustitutivos, y si queremos podemos describir la formación de palabra mixta también con modificación de la palabra fundamental por el segundo elemento.

(2)

Hagamos aquí un primer alto para preguntarnos con qué factor expuesto ya en la literatura existente sobre esta materia coincide total o parcialmente este primer resultado de nuestra labor. Desde luego con el de la brevedad, a la que Juan Pablo califica de alma del chiste. La brevedad no es en sí chistosa; si no, toda sentencia lacónica constituiría un chiste. La brevedad del chiste tiene que ser de una especial naturaleza. Recordamos que Lipps ha intentado describir detalladamente la peculiaridad de la abreviación chistosa. Nuestra investigación ha demostrado, partiendo de este punto, que la brevedad del chiste es con frecuencia el resultado de un proceso especial que en la expresión verbal del mismo ha dejado una segunda huella: la formación sustitutiva. Empleando el procedimiento de reducción, que intenta recorrer en sentido inverso el camino seguido por el proceso de condensación, hallamos también que el chiste depende tan sólo de la expresión verbal resultante del proceso de condensación. Naturalmente, nuestro interés se dirigía en el acto hacia este proceso tan singular como poco estudiado hasta el momento, pero no llegamos a comprender cómo puede surgir de él lo más valioso del chiste: la consecución del placer que el mismo trae consigo.

Veamos si en algún otro dominio psíquico se han descubierto ya procesos análogos a los que aquí describimos como técnica del chiste. Únicamente, en uno muy distante en apariencia. En 1900 publiqué una obra titulada *La interpretación de los sueños*, en la cual, como su título indica, intenté aclarar el misterio de los sueños y presentarlos como un producto de la normal función anímica. En esta obra opongo repetidamente el *contenido manifiesto del sueño*, con frecuencia harto singular, a las *ideas latentes* del mismo,

totalmente correctas, de las que procede, y emprendo la investigación de los procesos que, partiendo de dichas ideas, hacen surgir el sueño, y de las fuerzas psíquicas que toman parte en esta transformación. El conjunto de los procesos de transformación es denominado por mi *elaboración del sueño,* y como un fragmento de la misma he descrito un proceso de condensación que muestra la mayor analogía con el que aparece en la técnica del chiste, pues produce como éste una abreviación y crea formaciones sustitutivas de idéntico carácter. Todos conocemos por nuestros propios sueños las formaciones mixtas de personas y hasta de objetos que en ellos aparecen. El sueño llega también a crear formaciones mixtas de palabras que luego podemos descomponer en el análisis (por ejemplo: Autodidasker = autodidacta + Lasker)[812]. Otras veces, y con mayor frecuencia, el proceso de condensación del sueño no crea formaciones mixtas, sino imágenes que, salvo en una modificación o agregación procedente de distinta fuente, coinciden por completo con una persona o un objeto determinados. Son, por tanto, tales modificaciones idénticas a las que nos muestran los chistes de N., y no podemos ya poner en duda que en ambos casos tenemos ante nosotros el mismo proceso psíquico, reconocible por su idéntico resultado. Tan amplia analogía de la técnica del chiste con la elaboración del sueño no dejará de intensificar nuestro interés por la primera, haciéndonos concebir la esperanza de que una comparación entre el chiste y los sueños contribuya extraordinariamente a descubrirnos la esencial de aquél. Mas antes de emprender esta labor comparativa tenemos aún que investigar más ampliamente la técnica del chiste, pues el número de análisis que hasta ahora hemos llevado a cabo es todavía insuficiente para dejar perfectamente establecida, con un carácter general, la analogía descubierta en los hasta ahora examinados. Abandonaremos, pues, por ahora, la comparación con el sueño y tornaremos a la técnica del chiste, dejando suelto en este punto de nuestra investigación un cabo, que más adelante recogeremos.

(3)

Lo primero que necesitamos saber es si el proceso de condensación con

formación sustitutiva aparece en todos los chistes y puede, por tanto, considerarse como el carácter general de la técnica que investigamos.

Recuerdo aquí un chiste que a consecuencia de especiales circunstancias permanece grabado en mi memoria, a pesar del tiempo transcurrido desde que lo oí. Un reputado catedrático, a cuya clase asistía yo en mi primera juventud y al que todos creíamos tan incapaz de estimar el valor de un chiste oportuno como de hacerlo por su cuenta, llegó un día muy regocijado al Instituto, y mostrándose más asequible que de costumbre, nos explicó lo que motivaba su buen humor: «He leído —dijo— un excelente chiste. En una reunión de París fue presentado un joven al que por llevar el apellido *Rousseau* se suponía pariente del gran Juan Jacobo. Una de las particularidades de este joven era el rojo color de su pelo. Mas sus atractivos espirituales se demostraron tan escasos, que al despedirse su introductor de la dueña de la casa, le dijo ésta: “*Vous m’avez fait connaître un jeune homme* roux *et* sot, *mais non pas un* Rousseau”». Y nuestro buen profesor siguió riendo alborozadamente.

Es éste, según la nomenclatura establecida por los autores que nos han precedido en la investigación de estas materias, un chiste por similicadencia, y por cierto de la más baja categoría, pues es de aquellos que juegan con un nombre propio, a semejanza del que pone término al parlamento del capuchino en la primera parte del *Wallenstein*, de Schiller:

«Se hace llamar *Wallenstein* (Stein-piedra), y es ciertamente, para todos nosotros *piedra* de escándalo (allen-todos; Stein-piedra)…»[813].

Mas ¿cuál es la técnica del chiste que tanto hizo reír a nuestro profesor?

Vemos en seguida que aquel carácter que quizá esperábamos hallar generalmente no aparece ya en este primer nuevo ejemplo. No existe en él omisión alguna; apenas una abreviación. La señora dice en el chiste todo lo que podemos suponer en su pensamiento. «Me ha hecho usted esperar con gran interés el reconocimiento de un pariente de J. J. Rousseau, incitándome a suponer que habría heredado algo de la inteligencia de su genial antepasado. Y resulta que el tal individuo es un joven de cabellos rojos y completamente tonto (*roux et sot*)». En esta interpretación podremos añadir o intercalar algo por cuenta propia; pero tal intento de reducción no hace desaparecer el chiste, que permanece intacto, basado en la similicadencia $^{\text{Rousseau}}/_{\text{Roux sot}}$. Queda, pues, demostrado que la condensación con formación

sustitutiva no toma parte alguna en la constitución de este chiste.

¿Cuál es, pues, el proceso de su génesis? Nuevos intentos de reducción nos prueban que el chiste continuará subsistiendo mientras el nombre *Rousseau* no sea sustituido por otro. Así, sustituyéndolo por el de *Racine*, la crítica expresada por la señora permanece intacta, pero pierde todo carácter de chiste. De este modo vemos dónde tenemos que buscar en este caso la técnica del chiste, aunque podamos dudar todavía cómo formularla. Intentemos, sin embargo, definirla: la técnica de este chiste estriba en el hecho de que una misma palabra —el nombre— aparece empleado en dos formas distintas, una vez completo y otra dividido en sus sílabas como en una charada.

Puedo exponer unos cuantos ejemplos de idéntica técnica.

Con un chiste[814] basado en esta técnica del doble empleo hubo de vengarse una dama italiana de una impertinencia de Napoleón I, el cual le dijo en un baile de corte, llamando su atención hacia sus compatriotas: *Tutti gli italiani danzano si male*. Y la señora respondió en el acto: *Non tutti, ma buonaparte*. (Brill, *l. c.*)

En ocasión de representarse en Berlín la tragedia griega *Antígona (Antigone)*, reprochó la crítica que se había despojado a esta obra de todo su carácter antiguo. El ingenio berlinés se apropió esta crítica en la forma siguiente: *Antik? Oh, nee!* («¿Antigua? ¡Oh, no!»)

Muy conocido es en los círculos médicos un análogo chiste por división. Un doctor pregunta a un joven paciente si en alguna época ha sido dominado por el vicio de la *masturbación*. La respuesta es: *¡O na, nie!* (Onanie = onanismo: *O na, nie* = «¡Oh, jamás!»).

En todos estos ejemplos, que juzgamos suficientes para dejar caracterizado el grupo a que pertenecen, descubrimos idéntica técnica: un mismo nombre doblemente empleado una vez en su totalidad y otra dividido en sus sílabas, división que le presta otro sentido diferente[815].

El múltiple empleo de la misma palabra, íntegra primero y dividida por sílabas después, ha sido el primer caso por nosotros hallado de una técnica en la que no aparece el proceso de condensación. Tras de corta reflexión, tenemos, sin embargo, que ver (en la gran cantidad de ejemplos que a nuestro recuerdo acude) que la nueva técnica por nosotros descubierta no puede

limitarse a este único medio. Existe seguramente una gran cantidad, no determinable por el momento, de posibilidades de dar en una frase a la misma palabra o al mismo material verbal más de un empleo. ¿Hemos de considerar como medios técnicos del chiste todas estas posibilidades? Así nos parece a primera vista, y los ejemplos que siguen se encargarán de demostrarlo.

Puede, en primer lugar, tomarse dos veces el mismo material alterando solamente su orden.

Cuanto menor sea la alteración y antes se experimente la impresión de que se han dicho cosas distintas con las mismas palabras, tanto más excelente será el chiste por lo que a la técnica se refiere.

Daniel Spitzer, en su obra *Wiener Spaziergaenge* (t. II, pág. 42) (1912):

«El matrimonio X vive a lo grande. Según unos, el marido *ha ganado mucho y dado poco*; según otros, es la mujer la que *se ha dado un poco y ganado mucho*».

¡Excelente chiste, verdaderamente diabólico y conseguido con un mínimo de medios! Ha ganado mucho y dado poco —(se) ha dado (un) poco y ganado mucho[816]—. Es tan sólo por una inversión de estas frases por lo que se distingue lo que se expresa del marido de lo que se sugiere de la mujer[817].

Un amplio campo se abre a la técnica del chiste extendiendo el *múltiple empleo del mismo material* a aquellos casos en que la palabra o palabras en las que reside el chiste se muestran una vez sin modificación alguna y otra habiendo sufrido una *pequeña modificación*.

Véase como ejemplo otro chiste de N.:

Un individuo de origen judío, que hablando con N. se expresó despectivamente sobre los caracteres peculiares a sus correligionarios, obtuvo la siguiente respuesta: «Ya conocía yo su *ante semitismo*, señor consejero; pero su *antisemitismo* es cosa nueva para mí».

La modificación consiste aquí en el cambio de una sola letra, cambio que apenas es perceptible en la expresión verbal. Recuerda este chiste a otros antes expuestos del mismo personaje, pero a diferencia de ellos, no tiene en él lugar condensación alguna. Expresa todo lo que su autor tenía que decir, o sea: «Sé que usted es de origen judío, y, por tanto, me maravilla que hable usted así de los que fueron sus correligionarios».

Otro excelente ejemplos de tal chiste de modificación es la conocida

frase: *Traduttore-tradittore!* La analogía de ambas palabras, lindante con la identidad, nos ofrece una precisa representación de la necesidad en que el traductor se halla a veces de pecar contra el autor traducido[818].

He aquí un chiste que se dice tuvo lugar durante un examen de jurisprudencia. El candidato debía traducir un pasaje del '*Corpus Juris':* '*Labeo ait* = yo caigo, dijo él'. 'Usted cae, digo yo', replicó el examinador, y puso fin al examen. Cualquiera que equivoque el nombre del gran jurista (*Labeo*) confundiéndolo con una declinación verbal y aún más, en forma errónea ('*labeo'* por '*labeor*', o sea, 'yo caigo'), sin lugar a dudas que no merece nada mejor. Pero la técnica del chiste reside en el hecho que casi las mismas palabras que señalaban la ignorancia del candidato fueron usadas por el examinador para pronunciar su castigo.

Es tan grande en estos chistes la variedad de las pequeñas modificaciones posibles, que ninguno es igual a otro.

Las palabras constituyen un material plástico de una gran maleabilidad. Existen algunas que llegan a perder totalmente su primitiva significación cuando se emplean en un determinado contexto. Un chiste de Lichtenberg se basa precisamente en esta circunstancia:

«¿Cómo anda usted?», preguntó el ciego al paralítico. «¿Como usted ve?», respondió el paralítico al *ciego*.

También existen palabras que pueden ser empleadas en más de un sentido, despojándolas de su primitiva significación. De dos diferentes derivados de la misma raíz puede haberse desarrollado uno hasta formar una palabra llena de significación, y el otro, no constituir más que un afijo, y conservar ambas, sin embargo, idéntico sonido. La identidad del sonido entre una palabra plenamente significativa y una sílaba vacía de sentido puede también ser causal. En ambos casos es dado a la técnica del chiste aprovechar tales peculiaridades del material verbal.

Así, se atribuye a Schleiermacher un chiste que constituye un puro ejemplo del empleo de tales medios técnicos: *Eifersucht ist* eine *Leidenschaft die mit Eifer sucht*, was *Leiden schafft*[819].

No puede negarse que esta frase constituye un chiste, aunque no de gran efecto. Desaparece aquí una gran cantidad de factores que en el análisis de otros chistes pueden inducirnos en error al tener que investigar cada uno de

ellos por separado. El pensamiento expresado en la frase carece de todo valor, no constituyendo más que una muy insignificante definición de los celos. No puede hablarse en este ejemplo de «sentido en lo desatinado», «sentido oculto» o «desconcierto» y «esclarecimiento». Asimismo resulta imposible hallar un contraste de representaciones, y sólo con gran esfuerzo puede sospecharse un contraste entre las palabras y lo que significan. No podemos hablar tampoco de contracción: la frase nos hace más bien un efecto de ampulosidad. Y, sin embargo, constituye un excelente chiste. Su única singularidad es, al mismo tiempo, aquel carácter cuya desaparición traería consigo la del chiste; esto es, el hecho de hallarse empleadas las mismas palabras en diferente forma. Podremos entonces escoger entre agregar este chiste a aquella subdivisión en la que las palabras son empleadas una vez completas y otra divididas (Rousseau, Antígona), o aquella otra en la que la diversidad queda constituida por la posesión o carencia de sentido de partes de las palabras. A más de este factor, hallamos otro digno de tener en consideración para la técnica del chiste. Se constituye aquí una singular conexión, una especie de *unificación* por el hecho de que los celos quedan definidos por su nombre propio; esto es, por sí mismos. También esto constituye, como más adelante veremos, una técnica del chiste. Tales dos factores tienen, por tanto, que ser suficientes para dar a una expresión verbal el buscado carácter chistoso.

Penetrando aún más en la diversidad del «múltiple empleo» de la misma palabra, echamos de ver que tenemos ante nosotros formas de «doble sentido» o del «juego de palabras», que son generalmente conocidas, ha largo tiempo, como medios técnicos del chiste. ¿Para qué, entonces, nos hemos tomado el trabajo de descubrir como nuevo algo que hubiéramos podido hallar en cualquiera obra sobre el chiste? Para justificarnos sólo podemos alegar por ahora que en tales fenómenos de la expresión oral hacemos nosotros resaltar una nueva faceta. Lo que los investigadores anteriores consideran como prueba del carácter «juguetón» del chiste lo incluimos nosotros en nuestro punto de vista del «múltiple empleo».

Los casos de múltiple empleo que por su «doble sentido» pueden reunirse para formar un tercer grupo se dejan fácilmente incluir en subdivisiones que, como sucede con todo el tercer grupo con respecto al segundo, no se

distinguen unas de otras por diferencias esenciales. De este modo tendremos:

a) Los casos de doble sentido de un nombre propio y su significado objetivo: *Pistola, corre, disparate y deja nuestra compañía* (Shakespeare, Enrique IV).

Más *Hof* (cortejamiento) que *Freiung* (casamiento) decía una mordaz vienesa de ciertas simpáticas jovencitas admiradoras por años pero que nunca habían encontrado marido. *Hof* y *Freiung* son los nombres de dos cuadras vecinas en el centro de Viena.

Heine: «Aquí, en Hamburgo, no reina el inicuo Macbeth; aquí reina *Banko (Banquo)*».

Cuando el nombre propio no es utilizable en su forma total para el chiste, puede buscarse el doble sentido por medio de una de las pequeñas modificaciones que ya conocemos.

«¿Por qué los franceses han silbado el *Lohengrin*? (Elsas wegen)». A causa

De $^{\text{Alsacia}}/_{\text{Elsa}}$ (Elsa = Elsa; Elsass = sacia).

b) El doble sentido de la significación *objetiva* y *metafórica* de una palabra, el cual es una generosa fuente de la técnica del chiste. Citaremos tan sólo un ejemplo:

Uno de mis colegas, conocido por su fino ingenio, dijo una vez al poeta Arturo Schnitzler: «No me maravilla que hayas llegado a ser un gran poeta. Ya tu padre *hizo reflejarse en su espejo* a sus contemporáneos». El espejo usado por el padre de Schnitzler, reputado médico, era el *laringoscopio*. Por otra parte, según una conocida frase shakespeariana (*Hamlet*, acto III, escena II), el fin de la comedia y, por tanto, el del poeta, es «presentar un espejo a la Naturaleza; mostrar a la virtud sus propios rasgos, su imagen al vicio, y a los tiempos sus caracteres y singularidades».

c) El doble sentido propiamente dicho, o *juego de palabras*, que es, por decirlo así, el caso ideal del múltiple empleo; la palabra no sufre aquí la menor violencia; no es dividida por sílabas ni sometida a modificación ninguna. Tampoco necesita abandonar la esfera a que pertenece (por ejemplo,

la de los nombres propios) e incluirse en otra diferente. Tal y como es y se halla dentro de la frase, debe, merced a determinadas circunstancias, expresar dos diferentes sentidos.

No faltan ejemplos de esta clase.

K. Fischer: Uno de los primeros actos de Napoleón III al asumir el poder fue la confiscación de los bienes de la casa de Orleáns, acto que dio origen a un excelente juego de palabras: *C'est le premier* vol *de l'aigle. (Vol* = vuelo y robo.)

En una ocasión quiso Luis XV poner a prueba el ingenio de uno de sus cortesanos, y le ordenó que hiciera un chiste sobre su propia real persona. El mismo monarca quería ser sujeto (*sujet*) del chiste. *Sire* —respondió el cortesano—, *le roi n'est pas sujet. (Sujet* = sujeto y súbdito.)

Un médico que acaba de reconocer aúna señora dice al marido de la enferma: «No me gusta nada». «Hace mucho tiempo que a mí tampoco», se apresura a confirmar el interpelado.

El médico se refiere, naturalmente, al estado de la mujer, pero expresa su preocupación con tales palabras, que el marido halla en ellas la confirmación de su aversión matrimonial.

Heine dijo en una comedia satírica: «Esta sátira no hubiese sido tan *mordiente* si el autor hubiese tenido más que *morder*».

Este chiste es un ejemplo de doble sentido metafórico y común, más bien que un juego de palabras. Pero ¿quién puede fijar aquí los límites entre estos grupos?

Otro buen ejemplo de juego de palabras es relatado por Heymans y Lipps en forma ininteligible. No hace mucho que di con la versión correcta de la anécdota en una colección de chistes poco usada (Hermann, 1904):

Un día se encuentran Sapin y Rothschild, después de charlar un rato, Sapin le dice: Oye Rothschild, mis reservas han disminuido, pudieras prestarme cien ducados'. 'Cómo no', le dice Rothschild, 'eso me parece apropiado, pero con la condición que hagas un chiste'. 'Lo que a mí también me parece apropiado', responde Sapin. 'Entonces, bien, ven a mi oficina mañana'. Sapin llega puntualmente 'Hola', dice Rothschild al verlo llegar, *Sie Kommen um ihre 100 Dukaten* ('has venido por los cien ducados'). 'No', contestó Sapin, *Sie Kommen um ihre 100 Dukaten* ('Vas a perder tus cien

ducados') puesto que ni soñar de pagarte antes del Juicio Final[820].

El mismo Heine dice en el *Viaje por el Harz*: «No recuerdo en este momento los nombres de todos los estudiantes, y entre los profesores hay algunos que todavía no lo tienen». Y más adelante empezaremos a tener práctica, espero, en el diagnóstico diferencial si aquí insertamos otro chiste bien conocido sobre profesores. «La diferencia entre profesores ordinarios (*ordentlich*) y extraordinarios (*ausserordentlich*) es que los ordinarios no hacen nada de extraordinario, en tanto que los Extraordinarios no hacen nada *ordentlich* (propiamente)». El doble significado de las palabras *ordentlich* y *ausserordentlich* permite el juego de palabras, significado 'dentro y fuera del Establecimiento' y por otro lado 'eficiente y sobresaliente'. Aquí el significado múltiple es bastante más notable que el doble significado de otros chistes. A través de toda la frase no oímos nada sino la recurrencia constante de la palabra *ordentlich*, a veces en esa forma, a veces modificada en su sentido negativo. El ingenio nuevamente está en definir un concepto usando las mismas palabras o más precisamente en definir dos conceptos correlativos por medio de otro, lo que produce un ingenioso entrelazamiento. Finalmente y destacando aquí el aspecto unificador de extraer una conexión más íntima entre los elementos de la sentencia que lo que uno tendría derecho a esperar de su naturaleza.

«El bedel Schäfer[821] me saludó muy afectuosamente, pues también él es escritor y me ha citado muchas veces, llevando su amabilidad hasta dejar escrita la cita con tiza sobre mi puerta cuando no me hallaba en mi cuarto».

Otro chiste, debido al ingenio de aquel nuestro chistoso colega que citamos en páginas anteriores, nos facilita la transición a una nueva especie de la técnica del doble sentido. En la época en que el asunto Dreyfus se hallaba a la orden del día, dijo nuestro burlón amigo:

«Esa muchacha me recuerda a Dreyfus; el ejército no cree en su *inocencia*».

La palabra *inocencia*, sobre cuyo doble sentido se halla construido el chiste, tiene, al referirse a Dreyfus, la significación corriente opuesta a crimen o delito, y al referirse a la muchacha, una significación sexual opuesta a la experiencia en esta materia. Existen muchos ejemplos de esta clase de doble sentido, y en todos ellos es el sentido sexual el esencial para el efecto del

chiste. Pudiéramos reservar para este grupo la calificación de *equivoco*.

El chiste de D. Spitzer incluido en páginas anteriores es un excelente ejemplo de tal equívoco.

«Según unos, el marido *ha ganado mucho y dado poco*; según otros, es la mujer la que *(se) ha dado (un) poco y ganado mucho*».

Mas si comparamos este chiste de doble sentido con equívoco con otros ejemplos, advertiremos en seguida una diferencia muy importante para la técnica. En el chiste de la «inocencia», ambos sentidos de la palabra se hallan igualmente cerca de nuestra comprensión; no sabríamos diferenciar cuál de los dos —el sexual o el no sexual— es más corriente y conocido. Muy distinto es, en cambio, el ejemplo de Daniel Spitzer. En él el sentido vulgar cubre casi por completo al sentido sexual, hasta el punto de hacerlo invisible para un espíritu poco malicioso. A modo de contraste permítasenos consignar otro ejemplo de doble significado en el que no se intenta ocultar el sentido sexual. Heine al describir el carácter condescendiente de una dama: «Ella no podía *abschlagen* (rehusar-orinar) nada excepto su propia agua». Esto suena a obscenidad y escasamente nos da la impresión de chiste. Esta diferencia acentuada de las dos significaciones del doble sentido aparece también en los chistes desprovistos de toda relación sexual, bien por ser una de ellas la más usual y corriente, bien por colocarse en primer término su conexión con otros elementos de la frase; por ejemplo: *C'est le premier* vol *de l'aigle*. Todos estos casos los reuniremos bajo la calificación de *doble sentido con alusión*.

(4)

Hemos llegado a conocer ya tantas y tan diversas técnicas del chiste, que convendrá formar una relación de ellas para evitar olvidos o confusiones. Tratemos entonces de resumirlas:

I. Condensación:

a) con formación de palabras mixtas;

b) con modificaciones.

II. Empleo múltiple de un mismo material:

c) total o fragmentariamente;

d) con variación del orden;
e) con ligeras modificaciones;
f) con las mismas palabras, con o sin sentido.

III. Doble sentido:
g) significando tanto un nombre como una cosa;
h) significación metafórica y literal;
i) doble sentido propiamente dicho (juego de palabras);
j) equívoco (*double entendre*);
k) doble sentido con alusión.

Tanta variedad nos confunde un poco. Pudiera hacernos lamentar el haber dedicado nuestro interés al examen de los medios técnicos del chiste e inducirnos a sospechar exagerada la importancia que a dichos medios hemos atribuido en la investigación de la esencia del mismo. Pero al paso de esta sospecha sale siempre el hecho innegable de que el chiste desaparece en el momento en que prescindimos, en la expresión verbal, de los efectos de tales técnicas. Esta circunstancia nos indica además que debemos buscar la unidad dentro de la variedad que ante nuestros ojos se ofrece. Debe ser posible reunir todas estas técnicas en un solo haz. Ya dijimos antes que la reunión de los grupos segundo y tercero en uno sólo no presenta grandes dificultades. El doble sentido, el juego de palabras, es tan sólo el caso ideal del empleo del mismo material, concepto más amplio que lo comprende en sí. Los ejemplos de fragmentación, variación del orden dentro del mismo material y empleo múltiple con ligera modificación —*c), d), e*)—, podrían incluirse, aunque no sin esfuerzo, dentro del concepto del doble sentido. Mas ¿qué comunidad existe entre el primer grupo —condensación con formación sustitutiva— y cada uno de los dos restantes de empleo múltiple del mismo material?

La respuesta es, a mi juicio, harto sencilla. El empleo del mismo material es tan sólo un caso especial de la condensación. El juego de palabras no es más que una condensación sin formación de sustitutivo. De este modo permanece siendo la condensación la categoría superior. Una tendencia compresora o, mejor dicho, economizante domina todas estas técnicas. Todo parece ser —como dice el príncipe Hamlet— cuestión de economía (Thrift, Horatio, thrift).

Probemos la existencia de esta tendencia economizadora en los ejemplos antes expuestos. *C'est le premier* vol *de l'aigle*. Es el primer vuelo del águila; pero además es un vuelo en el que ha ejercitado su condición de ave de rapiña. *Vol*, para dicha de la existencia de este chiste, significa tanto «vuelo» como «robo». ¿No existe aquí condensación o economía? Desde luego, pues toda la segunda idea ha sido omitida y, además, sin que aparezca sustitutivo alguno que la represente. El doble sentido de la palabra *vol* hace inútil tal sustitutivo, o, mejor dicho, la palabra *vol* contiene en sí el sustitutivo del pensamiento reprimido, sin que por ello necesite la primera parte de agregado o modificación algunos. En esto precisamente consiste la ventaja del doble sentido.

En estos ejemplos es innegable la condensación y, por tanto, la economía. Pero debemos hallarla en todos los demás. ¿Y dónde se encuentra en otros chistes, tales como los de *Rousseau-roux et sot* y *Antigone-Antik? O, nee*, en los que vimos ya que no era posible descubrir condensación alguna, y nos movieron, por tanto, a establecer la técnica del múltiple empleo del mismo material? Mas si el concepto de la condensación es inaplicable a tales casos, no sucede lo mismo con el de la economía, al que el primero está subordinado. Fácilmente advertimos qué es lo que nos ahorramos en los ejemplos citados: nos ahorramos expresar una crítica y formar un juicio, cosas ambas que aparecen implícitas ya en el nombre. En el ejemplo *Eifersucht-Leidenschaft* nos ahorramos el esfuerzo de hallar una definición: *Eifersucht-Leidenschaft* y *Eifer sucht, Leiden Schaft*; unas cuantas palabras más de relleno, y la definición queda constituida. Análogamente en todos los demás ejemplos hasta ahora analizados. Donde encontrar un 'ahorro' mínimo como lo hay en el juego de palabras de Sapin (*Sie Kommen um…*) se ahorra buscar una nueva palabra para responder, las palabras de la pregunta bastan para la respuesta. No se ahorra mucho, pero en eso reside el chiste. El múltiple empleo de las mismas palabras en la interpelación y en la respuesta constituyen también un «ahorro». Recordemos la frase en que Hamlet define la rapidez con que, tras de la muerte de su padre, contrajo su madre nuevas nupcias: «El asado del banquete funerario se sirvió fiambre en la comida de bodas».

Mas antes de aceptar la «tendencia al ahorro» como el carácter general

del chiste y comenzar la investigación de su origen, significación y causas a que obedece la consecución de placer que motiva, entraremos en la discusión de una duda que merece ser tenida en cuenta. Es, desde luego, posible que toda técnica del chiste muestre la tendencia al ahorro en la expresión verbal; mas esta relación no es susceptible de ser invertida. No toda economía en la expresión verbal es chistosa. Ya anteriormente topamos con esta conclusión cuando esperábamos hallar en todo chiste un proceso de condensación, y ya entonces hicimos observar que no toda expresión lacónica constituía un chiste. Tiene, por tanto, que ser una clase especial de abreviación y de ahorro la que traiga consigo el carácter de chiste, y hasta tanto que conozcamos esta singularidad no será posible que el descubrimiento de los elementos comunes de la técnica del chiste nos aproxime al fin de nuestra investigación.

Además, confesamos que las economías que la técnica del chiste lleva a cabo no nos parecen de gran importancia. Semejan más bien la forma de ahorrar de ciertas excelentes amas de casa que toman un coche para adquirir en un extremo tic la ciudad un artículo que hallan en él por algunos céntimos menos que en el mercado próximo a su casa. ¿Qué es lo que el chiste ahorra por medio de su técnica? Tan sólo el trabajo de buscar y ordenar unas cuantas palabras que hubieran acudido sin esfuerzo alguno. A cambio de esto tiene que tomarse el trabajo de descubrir aquella única palabra que cubra ambas ideas, y para ello se ve con frecuencia obligado a variar la expresión verbal de una de las ideas, haciéndola revestir una forma poco corriente que facilite la unión con la segunda. ¿No hubiera sido más sencillo, fácil y hasta económico expresar ambas ideas tal y como se presentaron aunque de este modo no existiese una comunidad en su expresión? ¿No es compensado —o más bien superado— el ahorro en la expresión verbal por el gasto de rendimiento intelectual? Y quien efectúa el ahorro, ¿a quién beneficia?

Evitemos por ahora estas dudas desplazándolas. ¿Conocemos ya realmente todas las clases de chiste? Será, sin duda, más prudente reunir nuevos ejemplos y someterlos al análisis.

(5)

Influidos, sin duda, por la escasa estimación que se les concede, no nos hemos ocupado hasta ahora de aquellos chistes que forman el grupo más numeroso y conocido. Son éstos los denominados «retruécanos», que pasan por pertenecer a la clase más Ínfima del chiste verbal, por ser los que con mayor facilidad y menor gasto de ingenio se producen. En realidad, el retruécano requiere escasísima técnica, en contraposición al juego de palabras que es el chiste, en el que la misma se hace más amplia y complicada. Si en este último tienen que hallar su expresión las dos significaciones de una misma palabra empleada una sola vez, basta, en cambio, en el retruécano que dos palabras —una para cada significación— se recuerden mutuamente por medio de cualquier manifiesta analogía, sea por una general semejanza de su estructura o por similicadencia, comunidad de algunas letras, etc. Pero una multitud de tales ejemplos, no muy acertadamente denominados «chistes por similicadencia», se halla incluida en el parlamento del capuchino, de la primera parte del *Wallenstein*, de Schiller[822].

Esta clase de chistes modifica con especial frecuencia una de las vocales de la palabra: de un poeta italiano que, a pesar de su republicanismo, se vio obligado a componer un poema en hexámetros alabando a un emperador alemán, dice Hevesi (*Almanaccando*, *Bilder aus Italien*, 1888) «Ya que no podía destronar a los *Cäsaren* (Césares), prescindía de las *Cäsuren* (pausas gramaticales)».

K. Fischer ha dedicado gran atención a esta clase de chistes, a la que separa definitivamente de los «juegos de palabras» (pág. 78). «El retruécano es un mal juego de palabras, pues no juega con ellas como tales, sino únicamente como sonido». En cambio, el juego de palabras «pasa desde el sonido de la palabra a la palabra misma». Mas, por otra parte, incluye chistes como los de «famillonario», Antigone (*Antik? O, nee*), etc., entre los chistes por similicadencia, inclusión, a nuestro juicio, equivocada. También en el juego de palabras son éstas, para nosotros, únicamente una imagen sonora, a la que atribuimos este o aquel sentido. Tampoco aquí hacen los usos del lenguaje grandes diferencias, y si tratamos despectivamente al retruécano y con cierto respeto al juego de palabras, ello se funda en consideraciones muy alejadas de la técnica. Obsérvese la naturaleza de aquellos chistes que

denominamos «retruécanos». Hay personas que poseen el don de contestar con un chiste de esta clase (en alemán *Kalauer*) a toda frase que se les dirija. Uno de mis colegas, modesto hasta el exceso cuando se trata de los importantes resultados de su labor científica, acostumbra vanagloriarse de poseer esta cualidad. En una ocasión en la que su inagotable vena producía el asombro de una íntima reunión familiar respondió a los aplausos que se le prodigaban: *Ja, ich liege hier auf der* Ka-Lauer (*auf* del *Lauer* liegen —estar en acecho, *Kalauer*— retruécano); y luego, al pedirle que diera por terminada la prueba, repuso: «Bueno; pero con la condición de que se me conceda ahora mismo el título de poeta ka-laureado». Fácilmente advertimos que ambos retruécanos son excelentes chistes por condensación con formación de palabra mixta. «Estoy aquí en *acecho (Lauer)* para hacer *retruécanos (Kalauer)* sobre todo lo que ustedes dicen».

De todos modos, vemos ya por estas discusiones sobre la delimitación entre el retruécano y el juego de palabras que el primero no puede auxiliarnos mucho en la investigación de una nueva técnica del chiste. Cuando no hallamos en él el empleo en distintos sentidos de un mismo material, tropezamos, en cambio, con el retorno de lo ya conocido, retorno que se nos muestra en la coincidencia de las dos palabras puestas al servicio del chiste. Así, pues, el retruécano no es más que una subdivisión del grupo, que culmina en el juego de palabras propiamente dicho.

(6)

Existen, sin embargo, chistes cuya técnica carece realmente de toda conexión con la de los grupos examinados hasta ahora.

Una conocida anécdota refiere que hallándose Heine una noche dialogando con el poeta Soulié, entró en el salón en que ambos escritores se hallaban un conocido millonario, al que se le solía comparar, y no sólo por su inmensa fortuna, con el fabuloso rey Midas. Un numeroso grupo de invitados rodeó en el acto, con grandes muestras de obsequiosa admiración, al recién llegado. «Observe usted —dijo entonces Soulié a Heine— cómo nuestro siglo diecinueve adora al becerro de oro». Heine, tras de contemplar la figura del

personaje, confirmó: *Sí, ya veo; pero me parece que le quita usted años*. (K. Fischer, pág. 82.)

¿Cuál es la técnica de este excelente chiste? K. Fischer opina que se trata de un juego de palabras. La expresión «becerro de oro» puede referirse tanto al Mammon como al culto idolátrico. En el primer caso, lo principal es el oro; en el segundo, la imagen zoomórfica; también puede servir dicha expresión para designar en un sentido peyorativo a un individuo más rico en dinero que en inteligencia (pág. 82). Si realizamos la prueba y prescindimos de la expresión «becerro de oro», desaparece, en efecto, el chiste. Hagamos decir a Soulié: «Mire usted cómo la gente rodea a ese imbécil únicamente porque es rico», y no sólo desaparecerá el chiste, sino también la posibilidad de la réplica de Heine.

Pero reflexionemos y recordemos que no se trata de la comparación de Soulié, desde luego, chistosa, sino de la réplica de Heine, que aún lo es mucho más. Siendo así, no tenemos el derecho de tocar a la expresión «becerro de oro», la cual debe permanecer intacta, como un antecedente de la frase de Heine, y la reducción tendrá que limitarse a esta última. Si hacemos desaparecer las palabras «pero me parece que le quita usted años», no podremos sustituirlas sino por la frase siguiente: «Eso ya no es un becerro; es todo un buey». Por tanto, el chiste de Heine se basa en que su autor no toma la expresión «becerro de oro» metafóricamente, sino en un sentido personal, y la refiere directamente al rico personaje. Aunque quizá este doble sentido estuviera ya en la intención de Soulié.

Mas observemos ahora que la reducción efectuada no destruye por completo el chiste de Heine, sino que deja intacto lo esencial del mismo. En la nueva redacción, la anécdota seria como sigue. Dice Soulié: «Vea usted cómo nuestro siglo diecinueve adora al becerro de oro». Y Heine responde: «¡Oh! Eso ya no es un becerro; es todo un buey». En esta interpretación reducida continúa vivo el chiste. Y es, además, la única reducción posible.

Lástima que este bello ejemplo contenga tan complicadas condiciones técnicas, que nos sea imposible por ahora extraer de él esclarecimiento alguno. Debemos, pues, abandonarlo y buscar otro en el que sospechemos algún parentesco con los anteriormente analizados.

Sea este nuevo chiste uno de los muchos que pintan la aversión de los

judíos de la Galitzia austríaca a bañarse. Observaremos de paso que no exigimos de nuestros ejemplos cartas de nobleza; no nos preocupa su procedencia y sí solamente su calidad como tales chistes, siéndonos suficiente para acogerlos el que cumplan su cometido de despertar nuestra hilaridad y sean dignos de nuestro interés teórico. Y tales chistes sobre los judíos llenan mejor que otros ningunos ambas condiciones.

Dos judíos se encuentran cerca de un establecimiento de baños: «¿Has tomado un baño?», pregunta uno de ellos. «¿Cómo? —responde el otro—. ¿Falta alguno?»

Cuando un chiste nos hace reír no estamos en las mejores condiciones para investigar su técnica, y se nos hace difícil llevar a cabo un penetrante análisis. En el ejemplo último, lo primero que se nos ocurre es: «¡Qué equivocación más cómica!» Pero ¿cuál es la técnica de este chiste? Ciertamente, el empleo en doble sentido de la palabra «tomar». Para uno de los interlocutores ha perdido este verbo su primitiva significación. En cambio, para el otro la conserva plenamente. Nos hallamos, pues, ante un ejemplo de aquellos chistes en los que una misma palabra es tomada alternativamente con y sin su propio sentido (grupo II, *f*). Sustituyamos la expresión «tomado un baño» por su equivalente «bañarse», y el chiste desaparecerá. La respuesta resultaría ya inadecuada. Así, pues, el chiste se halla contenido en la expresión «tomado un baño».

Todo esto es cierto; mas también aquí observamos que hemos efectuado la reducción en lugar indebido. El chiste no reside en la pregunta del primer judío, sino en la respuesta del interpelado: *¿Cómo? ¿Falta alguno?* Y esta réplica no puede ser despojada de su carácter chistoso por medio de ninguna ampliación o modificación que conserve su sentido. Sospechamos que en ella tiene más importancia el hecho de que no acuda siquiera a la imaginación del judío la idea de que pudiera haberse bañado que la mala inteligencia de la palabra «tomar». Pero tampoco aquí vemos claro. Busquemos un tercer ejemplo.

Será éste otro chiste de protagonistas judíos, pero que contiene un nódulo general humano. Ciertamente, también este ejemplo presenta complicaciones, mas por fortuna distintas de las que hasta ahora nos han impedido ver con claridad.

Un individuo arruinado había conseguido que un amigo suyo, persona acomodada, le prestara 25 florines, compadecido por la pintura que de su situación le había hecho, recargándola con los más negros tonos. En el mismo día le encuentra su favorecedor sentado en un restaurante ante un apetitoso plato de salmón con mayonesa, y le reprocha, sorprendido, su prodigalidad: «¿Cómo? ¿Me pide usted un préstamo para aliviar su angustiosa situación, y le veo ahora comiendo salmón con mayonesa? ¿Para eso necesitaba usted mi dinero?» «No acierto a comprenderle —responde el inculpado—. Cuando no tengo dinero no *puedo* comer salmón con mayonesa; ahora que tengo dinero, resulta que no *debo* comer salmón con mayonesa. *Entonces, ¿cuándo diablos voy a comer salmón con mayonesa?»*

Por fin, aquí falta la más pequeña huella de doble sentido. El retorno de las palabras «salmón con mayonesa» no puede constituir la técnica de este chiste, pues no se trata de un empleo repetido del mismo material, sino que es una verdadera repetición de lo idéntico, obligada por el contenido. Ante esta anécdota permanecemos un tanto perplejos, y estamos quizá tentados de hallar una salida negándole, a pesar de habernos hecho reír, el carácter del chiste.

¿Qué pudiéramos observar de interesante en la respuesta del arruinado *gourmet*? En primer lugar, la estricta lógica de su respuesta. Mas esta lógica es tan sólo aparente y se desvanece en cuanto reflexionamos un poco. El interpelado se defiende contra la acusación de haber invertido el dinero prestado en una golosina, y pregunta, con aparente fundamento, *cuándo* va a gozar de su plato favorito. Mas no es ésta la respuesta adecuada; su favorecedor no le reprocha el haber satisfecho su capricho en el mismo día de haber pedido y obtenido el préstamo, sino que le advierte que, dada su situación económica, *carece en absoluto* del derecho a pensar en tales lujos. Este único sentido posible del reproche es echado a un lado por el alegre vividor, el cual responde, como si hubiera comprendido mal, a otra cosa totalmente distinta.

¿Se hallará, pues, la técnica de este chiste precisamente en la desviación de la respuesta del sentido del reproche? Una tal variación del punto de apoyo o desplazamiento del acento psíquico podría entonces también demostrarse en los dos ejemplos anteriores, de reconocido parentesco con este último.

En efecto, tal demostración resulta ya facilísima y nos descubre por completo la técnica de todos estos ejemplos. Soulié llama la atención a Heine sobre el hecho de que la sociedad ochocentista adora todavía al becerro de oro, como primitivamente los judíos en el desierto. La respuesta adecuada de Heine hubiera sido algo como: «Sí; la humana naturaleza es siempre igual; nada ha modificado en ella el transcurso de los siglos». Pero Heine se desvía del pensamiento verdadero y no responde a él, sino que se sirve del doble sentido posible de la expresión «becerro de oro» para torcer por un camino lateral; se apodera de uno de los elementos de dicha expresión, la palabra «becerro», y contesta como si sobre tal concepto recayera el acento en la frase de Soulié: «¡Oh, ése ya no es un becerro!», etc[823]..

Aún más visible se nos muestra la desviación en el chiste del baño. Podemos representarla gráficamente:

Pregunta el primero: «¿Has tomado *un baño*?» El acento recae sobre el elemento baño.

El segundo responde como si la pregunta hubiera sido: «¿Has *tomado* un baño?»

La expresión «tomado un baño» hace posible este desplazamiento del acento. Si en lugar de ella se dijese: «¿Te has bañado?», todo desplazamiento resultaría imposible. La respuesta, despojada de todo carácter chistoso, sería entonces: «¿Que si me he bañado? No sé lo que es eso». La técnica del chiste reside exclusivamente en el desplazamiento del acento desde «baño» a «tomado[824]».

Volvamos al ejemplo del «salmón con mayonesa» como al de más pura calidad. Su novedad ocupará nuestra atención en varias direcciones diferentes. Ante todo, demos un nombre a la técnica que acabamos de descubrir. A mi juicio, el que mejor le cuadra es el de *desplazamiento,* pues lo esencial de ella es la desviación del proceso mental el desplazamiento del acento psíquico sobre un tema distinto del iniciado. Establecida esta calificación comenzaremos à investigar en qué relación se halla la técnica de desplazamiento con la expresión verbal del chiste. Nuestro ejemplo (salmón con mayonesa) nos deja reconocer que el chiste por desplazamiento es en alto grado independiente de la expresión verbal. No depende de las palabras, sino del proceso mental, y de este modo resulta infructuosa toda sustitución que,

dejando a salvo el sentido, intentemos en las palabras. La reducción sólo se hace posible alterando el sentido y haciendo que el desaprensivo *gourmet* conteste directamente al reproche en lugar de buscar, con el chiste, una evasiva. La forma reducida sería: «No puedo negarme al capricho de comer aquello que me gusta, y me tiene sin cuidado la procedencia del dinero que ello me cuesta. Ahí tiene usted por qué me encuentra saboreando un plato de salmón con mayonesa dos horas después de haber pedido un préstamo». Mas esto no sería chistoso, sino cínico.

Será harto instructivo comparar este chiste con otro muy semejante:

Un individuo entregado a la bebida gana su vida dando lecciones en una pequeña ciudad. Mas poco a poco va siendo conocido el vicio que le domina y disminuyendo el número de sus alumnos. Compadecido de él, comienza un amigo a sermonearle: «Podría usted ser el profesor más solicitado de toda la ciudad tan sólo con abandonar la bebida. ¿Por qué no hace así?» «¿Y eso es todo lo que a usted se le ocurre? —responde indignado el bebedor—. ¡Conque si doy lecciones es para poder beber, y voy a dejar de beber para tener lecciones!»

También este chiste presenta aquella apariencia de lógica que nos extrañó en el del «salmón con mayonesa»; pero ya no es un chiste por desplazamiento. La respuesta es directa. El cinismo que dicha apariencia encubre es confesado aquí abiertamente: «Para mí lo principal es beber». La técnica de este chiste es realmente harto pobre y no explica el efecto del mismo. Reside exclusivamente en una variación del orden de un mismo material, o, más precisamente, en la inversión de las relaciones de medio a fin entre el beber y el dar lecciones o ser encargado de ellas. En cuanto se deja de acentuar este factor en la reducción, desaparece el chiste. Veámoslo: «¿Qué tontería es ésa? Para mí lo principal es la bebida y no las lecciones. Éstas no las considero sino como un medio para poder seguir bebiendo». Así, pues, el chiste reside realmente en la expresión verbal.

En el chiste del baño es innegable la dependencia del chiste de la expresión verbal (¿Has tomado un baño?), y la modificación de la misma trae consigo la desaparición de aquél. La técnica es aquí un tanto complicada, consistiendo en una unión del doble sentido (subgrupo *f*) con el desplazamiento. La expresión verbal de la pregunta permite un doble sentido

y el chiste queda constituido por el hecho de que la respuesta no se liga al sentido que a la pregunta se ha dado, sino a su sentido accesorio. Podemos, por tanto, hallar una reducción que deje subsistir el doble sentido en la expresión, y, sin embargo, haga desaparecer el chiste, o sea una reducción que se limita a destruir los efectos del desplazamiento.

«¿Has tomado un baño?» «¿Que dices que si he tomado? ¿Un baño? ¿Qué es eso?» En esta forma no hay chiste alguno, y sí sólo una maligna o burlona exageración.

Un idéntico papel desempeña el doble sentido en el chiste de Heine sobre el «becerro de oro», facilitando la desviación de la respuesta del proceso mental iniciado, desviación que en el chiste del «salmón con mayonesa» tiene lugar sin necesidad de tal apoyo en la expresión verbal. Reducidas la frase de Soulié y la respuesta de Heine, dirían, aproximadamente, así: «La forma en que los invitados rodean a ese hombre, tan sólo por su opulencia, recuerda la adoración del becerro». Y Heine: «No es lo más indignante que ese hombre se vea tan obsequiado por su riqueza, sino que ésta haga olvidar o perdonar su imbecilidad». De este modo, quedando intacto el doble sentido, desaparece el chiste por desplazamiento.

Al llegar a este punto debemos prepararnos contra la objeción, que no dejará de hacérsenos, de que todas estas sutiles distinciones intentan separar algo que debe constituir un todo coherente. ¿Acaso no da todo doble sentido ocasión a un desplazamiento, a una desviación del proceso mental desde un sentido a otro diferente? Y entonces, ¿cómo hacer del «doble sentido» y del «desplazamiento» los representantes de dos técnicas del chiste completamente diferentes? Desde luego, subsiste la consignada relación entre el doble sentido y desplazamiento, pero es en absoluto independiente de nuestra diferenciación de las técnicas del chiste. En el doble sentido no contiene el chiste más que una palabra susceptible de una múltiple interpretación, que permite al oyente hallar el paso de un pensamiento a otro, paso que —siempre un tanto forzadamente— puede hacerse equivaler a un desplazamiento. Mas en el chiste por desplazamiento contiene el chiste mismo un proceso mental en el que aquél se ha llevado a cabo. El desplazamiento pertenece aquí a la labor que ha formado el chiste, no a aquella otra necesaria para su inteligencia. Si esta distinción no nos aclara

suficientemente la materia, tendremos en los experimentos de reducción un medio inagotable de presentarla toda precisión ante nuestros ojos. Sin embargo, no queremos negar a la objeción expuesta un cierto valor, pues nos hace observar que no debemos confundir los procesos psíquicos que tienen lugar en la formación del chiste (elaboración del chiste) con aquellos otros que se verifican a su percepción (labor de comprensión). Sólo los primeros son, por ahora, objeto de nuestro interés investigador[825]. De los segundos trataremos en capítulos posteriores.

Los chistes por desplazamiento son muy poco corrientes. El que a continuación exponemos es un ejemplo puro de esta técnica, al que falta también aquella apariencia de lógica que tanto nos sorprendió hallar en otros anteriores:

Un chalán pondera las excelencias de un caballo a su presunto comprador: «Se monta usted en este caballo a las cuatro de la mañana, y a las seis y media está usted en Presburgo». «¿Y qué hago yo en Presburgo a las seis y media de la mañana?»

El desplazamiento es aquí patentísimo. El chalán cita la temprana hora de llegada a Presburgo con la sola intención de demostrar con un dato concreto las grandes cualidades de su caballo. En cambio, el comprador echa a un lado esta cuestión, que ni siquiera se toma el trabajo de poner en duda, y atiende tan sólo a las indicaciones de tiempo dadas por el chalán en el ejemplo que éste ha escogido como prueba. La reducción de este chiste resulta sencillísima.

Más dificultades nos ofrece otro ejemplo, de técnica nada transparente, pero que el análisis nos descubre al fin como un caso de doble sentido con desplazamiento. El protagonista de este ejemplo es uno de aquellos judíos 'Schadchen' que tiene por oficio concertar los matrimonios entre los de su raza, institución que ha dado lugar a infinidad de chistes, que nos proporcionan un rico material para nuestra investigación.

El agente matrimonial ha asegurado al novio que el padre de su futura no vivía ya. Después de los esponsales averigua el prometido que su suegro vive, pero que se halla en la cárcel cumpliendo condena, y reprocha el engaño al intermediario. «No; no te he engañado —responde éste—. ¿Acaso es eso vivir?»

El doble sentido reside en la palabra *vivir*, y el desplazamiento consiste en que el intermediario pasa del sentido corriente de la palabra, o sea la antítesis de «morir», al sentido que la palabra vivir toma en la frase: «Eso no es vivir». De este modo declara que sus anteriores manifestaciones escondían un doble sentido, aunque tal múltiple significación no pudiera sospecharse fácilmente. Hasta este punto la técnica sería análoga a la de los chistes del «baño» y del «becerro de oro»; pero existe en este ejemplo otro factor muy digno de ser tomado en consideración y que perturba, por su inoportunidad, la comprensión de esta técnica. Pudiéramos decir que es éste un chiste «caracterizante», pues se esfuerza en ilustrar con un ejemplo aquella mezcla de mentirosa habilidad y pronto ingenio que caracteriza a tales judíos casamenteros. Más adelante veremos que esto es tan sólo la fachada del chiste, su aspecto exterior, y que su sentido, esto es, su intención, resulta por completo diferente. También aplazaremos por ahora el experimento de reducción[826].

Después de estos ejemplos, complicados y difíciles de analizar, nos descansará conocer un caso puro y transparente de chiste por desplazamiento: Un sablista 'Schnorrer' acude a un opulento barón en demanda de auxilio pecuniario para pasar una temporada en Ostende, pues el médico le ha recomendado los baños de mar. «Está bien —le responde el barón—. Pero ¿por qué tiene usted que ir a Ostende, el más caro de los balnearios?» «Señor barón —replica el sablista—, siendo en bien de mi salud no miro el dinero». Ciertamente, es éste un acertado punto de vista, pero no precisamente para el peticionario. Su respuesta sería justa en labios de un individuo acomodado. El sablista se conduce como si fuera su propio dinero el que sacrificara en beneficio de su salud y como si salud y dinero se refirieran a la misma persona.

(7)

Volvamos ahora al instructivo ejemplo del «salmón con mayonesa». Una de sus facetas ofrecía a nuestra vista un proceso lógico que el análisis demostró estar destinado a encubrir un error intelectual, constituido en este

caso por un desplazamiento del proceso mental. Este hecho nos recuerda, por contraste, otros chistes que presentan abiertamente algo desatinado: un contrasentido o una simpleza. Veamos cuál es la técnica de estos últimos.

Expondremos, desde luego, el mejor y más puro ejemplo de todo este grupo. Trátase nuevamente de un chiste sobre los judíos.

Itzig ha entrado en quintas y ha sido destinado a servir en la Artillería. Es un muchacho inteligente, pero algo indisciplinado y poco amante del servicio. Uno de sus jefes, que le profesa cierta simpatía, le llama aparte y le aconseja: Itzig, tú no aprovechas para esta vida. *Cómprate un cañón, y hazte independiente*.

El risible consejo es un franco contrasentido. No hay cañones a la venta para todo aquel que quiera adquirirlos, y, además, uno sólo no constituye fuerza bastante para *hacerse independiente* o, como diríamos en términos comerciales, *establecerse por cuenta propia*. Sin embargo, no podemos dudar ni por un momento de que este consejo es algo más que una necedad; es una necedad chistosa, un excelente chiste. ¿Qué es, por tanto, lo que convierte la necedad en chiste?

No necesitaremos reflexionar largo tiempo. De las especulaciones de diversos autores sobre esta materia, que hemos expuesto en nuestra intraducción, podemos adivinar que en tal necedad chistosa se esconde un sentido y que este que este sentido, en lo desatinado, es lo que convierte a la necedad en chiste. Tal sentido es fácil de hallar en nuestro ejemplo. El oficial que da a Itzig el desatinado consejo se hace el tonto únicamente para demostrar a Itzig lo estúpido de su propia conducta. Imita a Itzig, como queriendo decirle: «Ahora te voy a dar un consejo tan estúpido como tú». Se apodera de la estupidez del judío y trata de mostrársela a sus propios ojos, haciéndola servir de fundamento a una propuesta que tiene que corresponder a los deseos del mismo, pues si poseyera un cañón propio e hiciera la guerra por su propia cuenta, ¡cuánto brillarían entonces su inteligencia y su ambición! ¡Y cómo cuidaría de su cañón, teniéndolo siempre en buen estado y estudiando a fondo su mecanismo, para resistir la competencia de los demás poseedores del mismo artículo!

Interrumpiremos aquí el análisis de este ejemplo para demostrar en otro, más corto y sencillo, pero también menos agudo, el mismo sentido en el

desatino.

«*No nacer nunca sería lo mejor para los mortales humanos*». «En efecto —comentan los sabios del *Fliegende Blätter*[827]—; *pero es cosa que de cada cien mil hombres apenas si sucede a uno*».

El moderno comentario al viejo aforismo es un claro desatino, al que el prudente «apenas» presta un aire todavía más estúpido. Pero aparece ligado, como una limitación indiscutiblemente justa, a la primera frase, y nos hace ver que la sabia sentencia, que aceptamos con respeto, no está tampoco muy lejos del desatino. Quien no ha nacido no es un ser humano, y para él no hay nada bueno ni mejor. El desatino del chiste sirve aquí, por tanto, para descubrir y presentar otro desatino, lo mismo que en el ejemplo del cañón.

Podemos aún citar otro ejemplo de este género, que, por su contenido y por la amplia exposición de que precisa, apenas sería digno de figurar en estas páginas; pero, en cambio, tiene la ventaja de presentar con especial claridad el empleo de un desatino en el chiste para conseguir la revelación de otro semejante.

«Un individuo confía a su hija, en vísperas de un largo viaje, a uno de sus amigos, rogándole vele por su virtud durante su ausencia. Meses después torna de su viaje y halla a su hija encinta. Naturalmente, colma de reproches al amigo, el cual no acierta a comprender cómo ha podido suceder aquello. “¿Dónde dormía mi hija?”, pregunta, por último, el indignado padre. “En la alcoba de mi hijo”. “Pero ¿cómo pones a los dos en una misma alcoba, después de haberte yo encargado principalmente que velases por la virtud de mi hija?”. “Es que puse dos camas y, separándolas, un biombo”. “Bueno, ¿y si tu hijo ha dado la vuelta al biombo?”. “Sí —responde el celoso guardador, después de reflexionar un rato—; tienes razón. *Así sí ha podido ser*”».

Este chiste, poco o nada brillante, tiene para nosotros el mérito de ser fácilmente reducible. Su reducción sería la siguiente: «No tienes derecho alguno a reprocharme nada. ¿No es una *estupidez* dejar a tu hija en una casa en la que necesariamente había de estar en constante contacto con un muchacho? ¡Creerás que es muy fácil para un extraño velar en estas condiciones por la virtud de una joven!» La aparente simpleza del amigo no es aquí, por tanto, más que el reflejo de la candidez del padre. Por medio de la reducción hemos hecho desaparecer del chiste toda simpleza, y con ella el

chiste mismo. Del elemento *simpleza* no hemos podido, sin embargo, prescindir, pues ha hallado otro lugar en la reducción efectuada.

Intentamos ahora reducir el chiste del cañón. El oficial quería decir: «Itzig, sé que eres un inteligente comerciante. Pero, créeme, es una *gran simpleza* no comprender que el servicio militar es algo muy diferente de la vida comercial, en la que cada uno trabaja para sí y contra los demás. En el servicio hay que subordinarse y actuar como parte de un conjunto».

La técnica de los chistes por desatino que hemos examinado hasta ahora consiste, por tanto, realmente, en la introducción de algo simple o desatinado, cuyo sentido es la revelación de otro desatino o simpleza.

¿Tendrá, entonces, siempre el empleo del desatino en la técnica del chiste esta misma significación?

He aquí otro ejemplo que resuelve la cuestión afirmativamente:

Foción[828], calurosamente aplaudido al finalizar un discurso, se volvió hacia sus amigos y les preguntó: «¿He dicho acaso alguna tontería?»

Esta pregunta parece al principio falta de todo sentido. Pero no tardamos en comprenderla. Foción quiere decir: «¿Qué he dicho que haya podido gustar de tal manera a este estúpido pueblo? El éxito de mi discurso debiera avergonzarnos. Aquello que ha gustado a los tontos no debe de ser cosa muy cuerda».

Otros ejemplos podrán mostrarnos, a su vez que el contrasentido es empleado muchas veces en la técnica del chiste, sin que su fin sea la revelación de otro diferente desatino.

Un conocido catedrático de Universidad, que acostumbraba sazonar con numerosos chistes su poco amena disciplina, es felicitado por el nacimiento de un nuevo hijo, que llega al mundo hallándose el padre en edad harto avanzada. «Gracias, gracias —responde el felicitado—. Ya ve usted de qué maravillas es capaz la mano del hombre». Esta respuesta nos parece totalmente desprovista de sentido y fuera de lugar. Los niños suele decirse que son una divina bendición, en oposición, precisamente, a las obras de la mano del hombre. Mas no tardamos en comprender que la extraña frase tiene un sentido, y por cierto marcadamente obsceno. No es que el feliz padre se haga el tonto para revelar la simpleza de otra cosa o persona. Su respuesta, aparentemente desatinada, nos produce un efecto de sorpresa o, como dicen

los investigadores que anteriormente han tratado estas materias, de desconcierto. Ya hemos visto anteriormente que dichos autores derivan todo el efecto de estos chistes de la transición de «desconcierto y esclarecimiento». Más tarde trataremos de formar un juicio sobre este punto, contentándonos por ahora con hacer resaltar que la técnica de este chiste consiste en la introducción de dicho elemento desconcertante y desatinado.

Entre esta clase de chistes ocupa un lugar especialísimo uno debido a Lichtenberg.

Se maravilla este escritor de que los gatos presenten dos agujeros en la piel, precisamente en el sitio en que tienen los ojos. Maravillarse de algo naturalísimo es, ciertamente, una simpleza. Nos recuerda este chiste una exclamación que Michelet incluye con absoluta seriedad en su libro sobre la mujer[829], y que, si mi memoria no me engaña, es, poco más o menos, como sigue: «¡Cuán excelentemente se halla dispuesto por la Naturaleza que el niño encuentre en cuanto llega al mundo una madre pronta a encargarse de su cuidado!» La frase de Michelet es, en realidad, una simpleza, pero la de Lichtenberg es un chiste que utiliza la simpleza para la consecución de un determinado fin, tras del cual se esconde algo. ¿El qué? No podemos aún ni siquiera indicarlo.

(8)

Hemos visto en dos grupos de ejemplos que la elaboración del chiste se sirve de desviaciones del pensamiento normal, el desplazamiento y el contrasentido, como medio técnico para elaborar la expresión chistosa. Estará, pues, justificada la esperanza de que también otros errores intelectuales puedan hallar igual empleo. Realmente, podemos exponer algunos ejemplos de este género.

Un señor entra en una pastelería y pide en el mostrador una tarta, pero la devuelve en seguida, pidiendo, en cambio, una copa de licor. Después de bebería se aleja sin pagar. El dueño de la tienda le llama la atención. «¿Qué desea usted?», pregunta el parroquiano. «Se olvida usted de pagar la copa de licor que ha tomado». «Ha sido a cambio del pastel». «Sí, pero es que el

pastel tampoco lo había usted pagado». «¡Claro, como que no me lo he comido!»

También esta historia tiene su apariencia de lógica, apariencia que reconocemos como una fachada destinada a encubrir un error intelectual. Este reside en el hecho de que el astuto parroquiano establece una relación inexistente entre la devolución del pastel y su cambio por una copa de licor. La cuestión se divide realmente en dos sucesos que para el vendedor son independientes uno de otro y sólo para la intención del parroquiano se hallan en una relación de cambio. El desaprensivo sujeto ha tomado el pastel y luego lo ha devuelto, quedando al hacer así libre de toda deuda. Pero luego ha bebido una copa de licor, y ésta es la que tiene que pagar. Podemos decir que el parroquiano emplea la relación «en cambio» en un doble sentido o, mejor dicho, que constituye, por medio de un doble sentido, una relación que objetivamente no existe[830].

Creemos llegado aquí el momento de hacer una importante confesión. Dedicamos nuestra labor a investigar en diferentes ejemplos la técnica del chiste, y debiéramos, por tanto, estar seguros de que los ejemplos por nosotros reunidos son realmente chistes. Mas sucede que en algunos casos dudamos si el ejemplo escogido merece ser considerado como tal, y además no podemos disponer de un criterio fijo para resolver nuestras vacilaciones hasta tanto que nuestra investigación nos lo proporcione. Tampoco podemos confiarnos a los usos y costumbres del lenguaje, los cuales necesitan asimismo de una prueba que los justifique. De este modo nuestra decisión no puede apoyarse más que en cierta «sensación», que podemos interpretar suponiendo que en nuestro juicio se verifica la decisión según criterios determinados no accesibles a nuestro conocimiento. Mas esta «sensación» no puede alegarse como fundamento suficiente. Así, ante el último ejemplo citado dudamos si exponerlo como chiste, como un chiste sofistico, o simplemente como un sofisma. No sabemos todavía en qué reside el carácter del chiste.

En cambio, el ejemplo siguiente, que descubre el error intelectual que pudiéramos llamar complementario, es innegablemente un chiste. Trátase nuevamente de una historia sobre los intermediarios matrimoniales judíos:

«El agente matrimonial defiende a la muchacha por él propuesta contra

los defectos que en ella encuentra el presunto marido: “Su madre —dice éste — es estúpida y perversa.” ¿Y eso qué le importa? ¿Se va usted a casar con la madre o con la hija?» «Bueno, pero es que la hija no es joven ni bonita». «Mejor; así no hay peligro de que le engañe». «Además, no tiene dinero». «¿Y quién habla aquí de eso? Usted no quiere dinero; lo que quiere es una buena mujer». «¡Pero si es jorobada!» «¡Hombre, algún defecto había de tener!»

Trátase, pues, realmente, de una mujer vieja, fea, pobre, contrahecha y con una madre harto peligrosa como suegra, condiciones poco recomendables, ciertamente, para casarse con ella. El intermediario se las arregla para oponer a cada defecto el punto de vista desde el cual resulta el mismo perdonable, y cuando llega a hablarse de la joroba, defecto inexcusable, lo trata como si fuese el único y constituyese aquella falta que hay que disculpar en toda persona. Muéstrase de nuevo aquí aquella apariencia de lógica que caracteriza al sofisma y tiene por objeto encubrir el error intelectual. La muchacha presenta múltiples defectos: varios que pudieran disculparse y uno imperdonable. La boda es, por tanto, imposible. El agente obra como si cada uno de los inconvenientes quedase salvado por su razonamiento, mientras que, en realidad, lo que sucede es que cada uno de ellos deja un resto de descrédito que se suma al siguiente. Se empeña en ver aisladamente cada factor y se niega a reunirlos en una suma.

Análoga omisión constituye el nódulo de otro sofisma, muy celebrado, pero al que no creemos justificado calificar de chiste.

B. ha prestado a A. un caldero de cobre. Al serle devuelto advierte que presenta un gran agujero en el fondo y reclama una indemnización. A. se defiende diciendo: «Primeramente, B. no me ha prestado ningún caldero; en segundo lugar el caldero estaba ya agujereado, y, por último, yo he devuelto a B. el caldero completamente intacto». Cada uno de estos argumentos es válido por sí solo, pero excluye a los otros dos. A. trata aisladamente algo que tiene que ser considerado en conjunto, actuando así del mismo modo que el agente matrimonial con los defectos de la novia. Podríamos decir asimismo que A. constituye una suma allí donde únicamente es posible una alternativa.

En la siguiente historieta encontramos de nuevo un sofisma:

«Nuestro conocido intermediario judío defiende a su elegida contra los

reproches que, fundándose en la marcada cojera que la misma padece, le hace el presunto novio: No tiene usted razón —le dice—. Supongamos que se casa usted con una mujer que tenga todos sus miembros bien sanos y derechos. ¿Qué sale usted ganando con ello? Cualquier día se cae, se rompe una pierna y queda coja para toda su vida. Entonces tiene usted que soportar el disgusto, la enfermedad, la cojera y, para acabarlo de arreglar, ¡la cuenta del médico! En cambio, casándose con la muchacha que le propongo se librará usted de todo eso, pues se encuentra usted ya ante un *hecho consumado*».

La apariencia de lógica es, ciertamente, en este caso harto fugitiva. Nadie prefiere una desgracia ya «consumada» a otra tan sólo posible. El error contenido en el proceso intelectual será más fácilmente demostrable en este otro ejemplo:

El gran rabino de Cracovia se halla orando con sus discípulos en la sinagoga. De pronto exhala un doloroso grito. Los fieles le rodean asustados. «En este momento —les dice— acaba de fallecer el gran rabino de Lemberg». La triste noticia cunde inmediatamente por la ciudad y todos los judíos visten luto. Mas al día siguiente se averigua que el gran rabino de Lemberg sigue bueno y sano, no habiéndole sucedido el menor accidente en el momento en que su colega de Cracovia sentía telepáticamente su muerte. Un forastero aprovecha la ocasión para burlarse de los judíos y dice a uno de ellos: «¡Vaya una plancha la de vuestro gran rabino! Ver morir a su colega de Lemberg, anunciar su visión a todo el mundo y resultar luego que todo era falso». «De todos modos —responde el judío—, no me negará usted que eso de *Kück*[831] desde Cracovia a Lemberg no es algo maravilloso».

Muéstrase aquí abiertamente el error intelectual común a los dos ejemplos últimos. El valor de la representación imaginativa es considerado superior al de la realidad, la posibilidad se iguala casi a la verdad. La visión a distancia, desde Cracovia a Lemberg, había sido realmente un maravilloso fenómeno telepático si sus resultados hubieran sido ciertos; pero esto último es lo de menos para el ferviente discípulo del gran rabino. Cabe siempre la posibilidad de que el rabino de Lemberg hubiese muerto en el momento en que el de Cracovia lo anunció. Pensando de este modo, desplaza el discípulo el acento psíquico, desde la condición necesaria para que la visión de su maestro fuese digna de admiración a la incondicional admiración de la

misma. *In magnis rebus voluisse sal est*[832] sería la perfecta definición de tal punto de vista. Así como en este ejemplo se desprecia la realidad en favor de la posibilidad, así supone, en el que le precede, el agente matrimonial que el novio ha de dar la máxima importancia a la posibilidad de que su mujer pueda quedarse coja a causa de un accidente, quedando de este modo relegada a último término la cuestión de que la novia sea ya coja.

A este grupo de errores intelectuales *sofísticos* se agrega otro, muy interesante, en el que el error intelectual puede calificarse de *automático*. Quizá por un capricho del azar todos los ejemplos que de esta clase expondremos a continuación pertenecen de nuevo al grupo de historietas matrimoniales judías:

«Un agente matrimonial se ha hecho acompañar, para convencer al presunto novio, de un auxiliar que robustezca y confirme sus afirmaciones. "La muchacha —empieza el primero— es alta como un pino." "Como un pino", repite el complaciente eco. "Y tiene unos ojos divinos". "¡Pero qué ojos!", comenta el auxiliar. "Además, posee una educación excelente". "¡Excelentísima!", pondera el eco. "Ahora le confesaré —prosigue el intermediario— que tiene un pequeño defecto. Es algo cargada de espaldas". "¿Algo cargada de espaldas? —prorrumpe el eco, entusiasmado—; *lo que tiene es una joroba estupenda*"».

Los demás ejemplos son totalmente análogos, aunque más significativos:

«El intermediario presenta a su cliente la muchacha que le ha escogido para novia. Desagradablemente impresionado, llama el joven aparte a su acompañante y le llena de reproches: "¿Para qué me ha traído usted aquí? Es fea, vieja, bizca, desdentada y…" "Puede usted hablar alto —interrumpe el agente—; *también es sorda*"».

«El novio hace su primera visita a casa de la elegida, y mientras espera en la sala le llama el intermediario la atención sobre una vitrina llena de espléndidos objetos de plata. "Ya ve usted como es gente de dinero", le dice. "Pero ¿no pudiera ser —pregunta el desconfiado joven— que todas estas cosas las hubiesen pedido prestadas para hacerme creer que son ricos?" "¡Ca! —deniega el agente—. *¡Cualquiera les presta a éstos nada!*»"

En todos estos tres casos sucede lo mismo. Una persona que ha reaccionado varias veces sucesivas en la misma forma continúa haciéndolo,

una vez más, en ocasión en que sus manifestaciones resultan ya inadecuadas y opuestas a su propia intención. Olvida aquí el sujeto adaptarse a las circunstancias y se deja llevar por el automatismo de la costumbre. Así, el auxiliar de la primera historieta olvida que ha venido para inclinar al joven que desea casarse en favor de la muchacha propuesta por el agente, y sabiendo que hasta entonces ha cumplido su cometido al ponderar las excelencias cantadas por el intermediario, pondera también la joroba, defecto tímidamente confesado y cuya importancia hubiera debido él aminorar. El protagonista de la segunda historieta queda tan fascinado por la indignada enumeración que su cliente le hace de los defectos y males de la propuesta novia, que olvida su papel y, contra su intención y sus intereses, completa la lista, añadiendo un achaque hasta el momento no advertido por el novio. Por último, en la tercera historieta se deja arrastrar el intermediario por su entusiasmo en convencer a su cliente del acomodo de su futura, hasta el punto de que para demostrar la verdad de una sola de sus afirmaciones aduce un argumento que necesariamente echa por tierra todos sus demás esfuerzos. En todos estos casos triunfa el automatismo sobre la adecuada variación del pensamiento y de la expresión.

Esta circunstancia, fácilmente visible, nos produce cierta confusión, pues nos hace observar que las tres historietas expuestas por nosotros como «chistosas» pueden ser, con igual derecho, calificadas de cómicas. La revelación del automatismo psíquico pertenece a la técnica de lo cómico, como todo lo que consiste en arrancar un antifaz o provocar una autodelación. Nos encontramos, por tanto, repentinamente ante el problema de la relación del chiste con la comicidad, que pensábamos eludir. Estas historietas, ¿serán sólo «cómicas» y no «chistosas» al mismo tiempo? ¿Labora en ellas la comicidad con los mismos medios que el chiste? Y nuevamente, ¿en qué consiste el carácter especial de lo chistoso?

Dejaremos, desde luego, fijado que la técnica del último grupo de chistes investigados no reside sino en la revelación de «errores intelectuales», pero nos vemos obligados a confesar que su análisis no nos ha proporcionado luz alguna. No desesperamos, sin embargo, de llegar, por medio de un más completo conocimiento de las técnicas del chiste, a un resultado que puede servirnos de punto de partida para ulteriores descubrimientos.

(9)

Los primeros ejemplos de chiste con los que vamos a proseguir nuestra investigación no han de hacer muy difícil nuestra labor, pues su técnica nos recuerda algo ya conocido:

Un chiste de Lichtenberg:

Enero es el mes en que hacemos votos por la dicha de nuestros amigos, y los meses restantes son aquéllos en los que vemos cómo dichos votos no se cumplen.

Dado que estos chistes se caracterizan más por su sutileza que por su gran efecto, y dado que laboran con medios poco enérgicos, preferimos robustecer su impresión exponiendo varios sucesivamente.

La vida humana se divide en dos épocas. Durante la primera se desea que llegue la segunda y durante la segunda se desea que vuelva la primera.

La experiencia consiste en el experimentar aquello que no desearíamos haber experimentado.

Es inevitable ante estos ejemplos el recuerdo de aquel otro grupo, antes examinado, que se caracterizaba por el «múltiple empleo del mismo material». Especialmente el último ejemplo nos induce a preguntarnos por qué no lo incluimos en aquel grupo en lugar de presentarlo aquí formando parte de otro nuevo. La experiencia es definida en él por su propio nombre, como antes los celos (*Eifersucht*). Tampoco nosotros habríamos de poner grandes inconvenientes a dicha inclusión. Mas en los otros dos ejemplos, de un análogo carácter, opino, sin embargo, que existe un factor más significativo e importante que el múltiple empleo de las mismas palabras, mecanismo que se separa aquí de todo lo que pudiera suponer doble sentido. Quisiera, además, hacer resaltar que en estos casos descubrimos nuevas e inesperadas unidades, relaciones recíprocas de representaciones y definiciones mutuas o por referencia a un tercer elemento común. Este proceso, que denominaremos «unificación», es análogo a la condensación por comprensión de dos elementos en la misma palabra. De este modo se describen las dos mitades de la vida humana por medio de una recíproca relación entre ellas descubierta: en la primera se desea que la segunda llegue

y la segunda que la primera vuelva. Dicho con mayor precisión: se trata de dos muy análogas relaciones que son escogidas para la exposición. A la analogía de las relaciones corresponde después la analogía de las palabras, que podía recordarnos el múltiple empleo del mismo material. En el chiste de Lichtenberg quedan caracterizados enero y los meses a él opuestos por una relación modificada a un tercer elemento, constituido por las bienandanzas que se nos desean en el primer mes y luego en los restantes no se cumplen. La diferencia entre este grupo y el caracterizado por el múltiple empleo del mismo material, próximo ya al del doble sentido, es aquí muy visible[833].

El siguiente chiste, no necesitado de explicación alguna, es un bello ejemplo de unificación.

J. J. Rousseau, poeta francés cuya especialidad fueron las odas, escribió una titulada *Oda a la posteridad*. Voltaire, opinando que el mérito de esta composición no era suficiente para pasar a las futuras generaciones, dijo chistosamente: *Esa poesía no llegará seguramente a su destino*.

Este último ejemplo nos advierte que la unificación es el fundamento esencial de aquellos chistes que demuestran lo que denominamos un «ingenio rápido». Tal rapidez consiste en la inmediata sucesión de agresión y defensa, en «volver el arma contra el atacante» o «pagarle en la misma moneda», esto es, en la constitución de una inesperada unidad entre ataque y contraataque.

Por ejemplo: «El panadero dice al tabernero, el cual tiene un dedo malo: *¿Qué te pasa? ¿Es que has mojado el dedo en tu vino? No* —contesta el tabernero—; *es que se me ha metido uno de tus panecillos debajo de una uña*».

«Serenísimo recorre sus estados. Entre la gente que acude a vitorearle, ve a un individuo que se le parece extraordinariamente. Le hace acercarse y le pregunta: *¿Recuerda usted si su madre sirvió en Palacio alguna vez? No, alteza* —responde el interrogado—; *pero sí mi padre*».

Carlos, duque de Wutemberg, pasa a caballo ante la puerta de un tintorero. *¿Podría usted teñir de azul a mi caballo blanco? Desde luego, alteza, si soporta el agua hirviendo.*

En este último y excelente ejemplo de contestación a una proposición desatinada con una condición más imposible, si cabe, actúa otro factor técnico, que no aparecería si la respuesta del tintorero hubiera sido la

siguiente: *No, alteza; temo que el caballo no soporte el agua hirviendo*.

La unificación dispone aún de otro especialísimo y muy interesante medio técnico: la agregación por medio de la conjunción *y*. Esta agregación tiene necesariamente que significar conexión; otra cosa sería incomprensible para nosotros. Cuando Heine, en el *Viaje por el Harz*, y hablando de la ciudad de Gotinga, declara que, *en general, se dividen los habitantes de Gotinga en estudiantes, profesores, filisteos y ganado*, comprendemos desde luego tal unión en el sentido que luego Heine subraya añadiendo: «… cuatro estados perfectamente delimitados». O cuando habla del colegio en que *tanto latín, tantas palizas* y *tanta geografía* tuvo que aguantar, la agregación, subrayada por la colocación de las palizas entre el latín y la geografía, nos indica el interés que en el escolar despertaban dichas dos asignaturas.

En Lipps hallamos, entre los ejemplos de «agregación chistosa» («coordinación») y como el de mayor parentesco con el chiste de Heine «estudiantes, profesores, filisteos y ganado», el siguiente dicho:

«Con un tenedor y con esfuerzo le sacó su madre de estofado», como si el esfuerzo fuera, al igual del tenedor, un instrumento manejable. Sin embargo, sentimos la impresión de que este dicho no es chistoso, aunque sí muy cómico, mientras que la agregación de Heine constituye, indudablemente, un chiste. Más tarde, cuando no necesitamos eludir el problema de la relación entre el chiste y la comicidad, volveremos quizá sobre estos ejemplos.

(10)

En el ejemplo del duque y el tintorero hemos observado que continuaría siendo un chiste por unificación, aunque el tintorero contestase: «No, alteza; temo que el caballo no resista el agua hirviendo». Pero la respuesta fue: «Desde luego, alteza, si soporta el agua hirviendo». En la sustitución del realmente adecuado «no» por un «sí» reside un nuevo medio técnico del chiste, cuyo empleo perseguiremos en otros ejemplos.

Más sencillo es un chiste, análogo al anterior, que encontramos expuesto en la obra de K. Fischer: Federico el Grande oyó hablar de un predicador de Silesia que tenía fama de hallarse en tratos con los espíritus. Deseoso de

averiguar lo que de verdad había en tales rumores, hizo acudir a su presencia al predicador y le recibió con la pregunta siguiente: *¿Puede usted conjurar a los espíritus? Si, majestad; pero nunca acuden*. Claramente se ve que el medio técnico de este chiste no consiste sino en la sustitución del «no», única contestación posible, por su contrario. Para llevar a cabo esta sustitución tuvo que agregarse al «sí» un «pero», de tal manera que ambas palabras, unidas en la frase, equivalen a un «no».

Esta «representación antinómica», nombre que queremos dar a la nueva técnica, se pone al servicio de la elaboración del chiste en muy diversas circunstancias. En los dos ejemplos que a continuación exponemos aparece casi en su completa pureza.

Heine: *Aquella mujer se parecía en muchas cosas a la Venus de Milo. Como ella, era extraordinariamente vieja, no tenía dientes y presentaba algunas manchas blancas en la amarillenta superficie de su cuerpo*.

Es ésta una representación de la fealdad por coincidencia con la máxima belleza; coincidencia que naturalmente sólo puede consistir en cualidades expresadas con doble sentido o accesorias. Esto último sucede en el ejemplo siguiente:

Lichtenberg. «El genio»:

Había reunido en sí las cualidades de los más grandes hombres: llevaba la cabeza ladeada como Alejandro, se hurgaba continuamente el cabello como César, podía beber mucho café como Leibniz, y cuando se arrellanaba en su sillón, se olvidaba de comer y beber, como Newton, y como a éste había que sacarle de su sueño; peinaba, por último, su peluca como el doctor Johnson y llevaba siempre desabrochado un botón de la pretina, como Cervantes.

De un viaje por Irlanda trajo J. v. Falke un excelente ejemplo de representación antinómica, en el cual se renuncia por completo al empleo de palabras de doble sentido. La escena sucede en una muestra de figuras de cera. El dueño acompaña a un grupo de visitantes explicándoles lo que aquellas figuras representan. «Esta figura representa al duque de Wellington en su caballo». Burlonamente interroga una joven: «¿Cuál es el duque y cuál su caballo?» «Como usted quiera, señorita —replica el guía—; ha pagado usted su entrada y tiene derecho a escoger». (*Lebenserinnerungen*, pág. 271.)

La reducción de este chiste irlandés sería como sigue: «¡Es inaudita la desvergüenza de estos saltimbanquis! ¡Atreverse a presentar al público tales mamarrachos anunciando pomposamente un museo de figuras de cera! No se sabe siquiera cuál es el caballo y cuál el jinete. (Exageración burlona.) ¡Y para ver esto le sacan a uno el dinero!» Estas indignadas reflexiones cristalizan, dramatizándose, en la pequeña historieta. En representación del público general toma la palabra una señorita, y la figura de cera queda individualmente determinada. Tiene que ser el duque de Wellington, tan extraordinariamente popular en Irlanda. La desvergüenza del dueño de la muestra que saca el dinero al público por enseñarle cuatro mamarrachos es representada antinómicamente por una frase en la que el mismo se nos muestra como un concienzudo hombre de negocios, cuya única preocupación es respetar los derechos que el público ha adquirido al pagar su entrada. Observamos también que la técnica de este chiste no es nada sencilla. El hecho de haber hallado un medio de que el desaprensivo negociante pondere su estrecha conciencia comercial, incluye este chiste entre los de representación antinómica; pero la circunstancia de hacerle pronunciar dicha frase en una ocasión en la que se le pide cosa muy distinta de la ratificación de su formalidad comercial, dado que la crítica ya dirigida contra el parecido en las figuras, constituye un caso de desplazamiento. La técnica del chiste será, por tanto, una combinación de ambos medios.

No muy lejano a este ejemplo se halla un pequeño grupo de chistes que pudiéramos denominar *chistes de superación*. En ellos se sustituye el «sí», que aparecía en la reducción, por un «no»; pero este «no» equivale por su contenido a una enérgica confirmación. El mismo mecanismo puede también tener lugar a la inversa. La contradicción aparece sustituyendo a una confirmación superada. Así, en el epigrama de Lessing:

Dicen que la buena Galatea tiñe de negro sus cabellos, mas lo cierto es que éstos eran ya negros cuando los compró.

O la maligna defensa aparente que Lichtenberg hace de la filosofía universitaria:

«Hay más cosas en el cielo y sobre la tierra de las que supone vuestra filosofía», dijo despectivamente Hamlet. Lichtenberg sabe que este juicio

condenatorio no es aún suficientemente severo, pues no emplea todo lo que contra tal filosofía se puede objetar, y añade todavía: «Pero también hay en la filosofía muchas cosas que no existen en el cielo ni en la tierra». En esta frase se acentúa algo que parece compensar la falta observada por Hamlet, pero tal compensación entraña un nuevo y mayor reproche.

Más transparentes aún, por hallarse libres de toda huella de desplazamiento, son los dos siguientes chistes, un tanto groseros, ciertamente:

«Dos judíos hablan de baños (termales) "*Yo* —dice uno de ellos—, *lo necesite o no, tomo un baño todos los años*"».

Claramente vemos que por la exagerada vanagloria de su limpieza queda convicto el buen judío de todo lo contrario.

«Un judío observa en la barba de otro restos de comida: "*¿A que adivino lo que has comido ayer?" "Dilo". "Lentejas". "Has perdido. Eso fue anteayer*"».

El siguiente chiste por superación, fácilmente reducible a una representación antinómica, es un excelente ejemplo de este grupo:

El rey se digna visitar una clínica quirúrgica y halla al médico director amputando una pierna a un enfermo. Su majestad sigue con interés la marcha de la operación, y expresa, en diferentes momentos, su admiración por la maestría del cirujano: «¡Bravo, bravo, querido doctor!» Terminada su labor se acerca el médico al monarca, e inclinándose profundamente ante él, le pregunta: «¿Desea vuestra majestad que ampute la otra pierna?»

Mientras el rey expresaba su aprobación tan entusiásticamente, los pensamientos del médico hubieran podido expresarse seguramente en la siguiente forma: «Se diría que estoy amputándole la pierna a este infeliz por encargo expreso del rey y para proporcionarle un interesante espectáculo. Afortunadamente para mi conciencia, son muy distintas las razones que tengo para dejar cojo a este pobre diablo». Pero terminada su labor, va hacia el rey y le dice: «La voluntad de vuestra majestad es suficiente para que yo opere a cualquiera, y la aprobación que se ha dignado manifestar me ha honrado tanto, que estoy dispuesto, si así lo desea, a amputar al enfermo la pierna sana que le queda». De este modo consigue el médico hacerse comprender indirectamente, expresando todo lo contrario de lo que piensa y tiene que

guardar para sí.

La representación antinómica es, como vemos en estos ejemplos, un medio muy frecuentemente empleado y de poderoso efecto de la técnica del chiste. Pero no debemos perder de vista otra circunstancia importantísima, y es que tal técnica no es privativa únicamente del chiste. Cuando Marco Antonio, después de haber conseguido con su discurso hacer variar totalmente la opinión del pueblo sobre la muerte de César, exclama de nuevo: «Pero Bruto es un hombre *honrado*», sabe ya que el pueblo le gritará el verdadero sentido de sus palabras: «*Son traidores* esos hombres honrados».

Asimismo, cuando en el *Simplicissimus*[834] se publica una colección de inauditos cinismos y brutalidades bajo el epígrafe de «La bondad humana», se trata también de una exposición antinómica. Mas esto se denomina «ironía» y no «chiste». La técnica de la ironía es precisamente la representación antinómica. Oímos, además, hablar del «chiste irónico». No puede dudarse ya de que la técnica sola no basta para caracterizar al chiste. Tiene que agregarse a ella algo más que hasta ahora no hemos hallado. Mas, por otra parte, hemos demostrado, de un modo incontrovertible, que destejiendo la labor de la técnica queda destruido el chiste. De todos modos nos es muy difícil imaginar unidos los dos puntos fijos que hemos conquistado para el esclarecimiento del chiste.

(11)

El hecho de que la representación antinómica pertenezca a los medios técnicos del chiste despierta en nosotros la esperanza de que éste pueda hacer uso asimismo de un medio inverso; esto es, de la representación por lo análogo o próximo. Continuando nuestra investigación hallamos, en efecto, que esta última técnica corresponde a un nuevo grupo de chistes intelectuales, especialmente amplio. Describiremos la peculiaridad de esta técnica con bastante mayor precisión, dominándola, en lugar de *representación por lo análogo, representación por lo homogéneo o conexo*. Iniciemos, desde luego, nuestro examen de esta técnica por el último de los caracteres citados y aclaremos la cuestión con un ejemplo:

Es una anécdota americana: Dos hombres de negocios nada escrupulosos han logrado, merced a osadas especulaciones, reunir una considerable fortuna y se esfuerzan ahora en conseguir su admisión en la buena sociedad. Uno de los medios que para ello ponen en práctica es encargar sus retratos al pintor más distinguido y caro de la ciudad, artista cuyas obras son siempre esperadas con gran interés por todo el pequeño mundo aristocrático. Terminados los retratos, los colocan en un salón lado a lado, e invitan a sus conocidos a una gran velada. Entre los invitados figura el crítico de arte más leído e influyente de la ciudad, el cual es acaparado desde su entrada en la casa por los dos retratados y conducido en el acto al salón en que sus efigies se hallan expuestas. Los avispados negociantes esperan de él un juicio admirativo que poder luego hacer cundir por toda la ciudad. Pero, en lugar de esto, el crítico permanece un buen rato silencioso ante los cuadros, busca con la vista algo que parece echar de menos, y luego, indicando el espacio vacío que entre los retratos queda, pregunta: *And where is the Saviour?* («Y el Redentor, ¿dónde está?» o «Echo de menos la imagen del Redentor».)

El sentido de esta frase se nos muestra en el acto. Trátase una vez más de la exteriorización de algo que no puede ser expresado directamente. Mas ¿cómo se forma tal «representación indirecta»? A través de una serie de asociaciones y conclusiones de fácil constitución podemos recorrer en sentido inverso el camino de su formación, partiendo del chiste mismo.

La pregunta «Y el Redentor (o la imagen del Redentor), ¿dónde está?» nos deja adivinar que el crítico recuerda, ante los dos retratos, la composición pictórica, generalmente conocida, en la que aparece la figura de Cristo crucificado entre los dos ladrones. La analogía es facilitada por las dos imágenes presentes, que en el chiste son transportadas a derecha e izquierda del Salvador, y no puede consistir más que en el hecho de que las dos figuras que adornan el muro del salón sean también las de dos ladrones. Lo que el crítico quería y no podía decir era: «Sois un par de bribones. ¿Qué me importan a mí vuestros retratos?» Este pensamiento es el que por fin ha exteriorizado, después de hacerlo pasar por algunas asociaciones y conclusiones, y en una forma que calificamos de *alusión*.

Recordemos ahora que ya anteriormente tropezamos con esta forma alusiva al ocuparnos del doble sentido. Cuando de las dos significaciones que

encuentran su expresión en la misma palabra se halla la primera como la más usual y corriente tan en primer término que tiene que acudir antes que ninguna a nuestra imaginación, mientras que la segunda, como más lejana, queda retrasada, calificamos el caso de doble sentido con alusión. En toda la serie de los ejemplos examinados hasta ahora observamos una técnica harto complicada y descubrimos la alusión como el factor ocasionante de tal complicación. (Véanse los chistes: «Ha ganado mucho y dado poco», etc., y «De qué maravillas es capaz la mano del hombre».)

En la anécdota americana encontramos la alusión libre de todo doble sentido, y su carácter esencial se nos muestra como una sustitución por algo que se halla ligado a nuestros pensamientos sobre la materia. Fácilmente se adivina que tal conexión utilizable puede ser de muy diversos géneros. Para no perdernos en dicha variedad no examinaremos sino las variaciones más importantes, y éstas en escasos ejemplos:

La conexión utilizada para la sustitución puede ser una simple similicadencia, de manera que este grupo será análogo a aquel que en los chistes verbales comprende al retruécano. Mas, a diferencia de éste, no se trata aquí de la similicadencia de dos palabras, sino de la de dos frases enteras o de series características de palabras, etc.

Ejemplo: Lichtenberg ha hecho popular la frase «Baños nuevos curan bien», que nos recuerda en el acto al refrán *Escobas nuevas barren bien,* con el que tiene de común varias palabras, a más de la estructura general. Seguramente surgió esta frase en el cerebro del divertido pensador como una imitación del conocido proverbio. Es, pues, una alusión al mismo. Por medio de esta alusión se nos indica algo que no es expresado directamente; esto es, que en el efecto de los baños medicinales interviene un factor totalmente distinto de las cualidades constantes del agua termal.

De técnica muy semejante es otro chiste del mismo autor: «Una muchacha que apenas ha cumplido doce *modas*». Esto suena como una determinación de tiempo (*Moden*-modas, *Monden*-lunas-meses), y fue quizá, en un principio, una simple errata. Pero posee desde luego un excelente sentido el emplear la cambiante moda en lugar de la cambiante luna, para fijar la edad de una mujer.

La conexión subsiste, por tanto, aunque tenga lugar una *pequeña*

modificación, circunstancia que nos muestra cómo esta técnica corre paralela a la técnica verbal. Ambos géneros de chistes provocan igual efecto, pero pueden diferenciarse muy bien por los procesos que se verifican en su respectiva elaboración.

Un ejemplo de tal chiste verbal o retruécano: un cantante, Edmundo de nombre, y tan famoso por su gordura como por su voz, tuvo que sufrir que se empleara el título de una obra teatral, inspirada en una conocidísima novela de Julio Verne, como alusión a su poco elegante físico. La frase *El viaje alrededor de Edmundo en ochenta días* se hizo pronto popular. Otro ejemplo: *Cada toesa una reina*, modificación de las famosas palabras shakesperianas: *Cada pulgada un rey*, y alusión a ellas fue frase que se aplicó una noble dama de estatura desmesurada. Ninguna objeción seria podría tampoco hacerse al que quisiera incluir este chiste entre aquellos que son productos de la condensación con modificación como formaciones sustitutivas (ejemplo: tête-à-bête).

Las partículas negativas hacen posible excelentes alusiones con pequeñísimas modificaciones: «Spinoza, mi compañero de *irreligión*», dice Heine, y Lichtenberg comienza con la frase: «Nosotros, por la *desgracia* de Dios, jornaleros, siervos, negros», etc., un manifiesto de estos infelices que ciertamente tienen más derecho a tal título que los reyes y príncipes al no modificado.

Otra frase de la alusión es la *omisión*, comparable a la condensación sin formación de sustitutivo. Realmente se omite algo en toda alusión, pues se omiten las rutas mentales que hasta ella conducen. La diferencia consiste en que lo más patente sea la solución de continuidad o el sustitutivo que en la expresión verbal de la alusión oculta a aquélla parcialmente. De este modo llegaríamos a través de una serie de ejemplos, desde la simple omisión hasta la alusión propiamente dicha.

En el siguiente ejemplo hallamos una alusión sin sustitutivo. En Viena reside un ingenioso y agresivo escritor que repetidas veces ha sido maltratado de obra por aquéllos a quienes su pluma satirizaba. Hablándose, en una reunión, de una fechoría cometida por uno de los habituales adversarios del escritor, exclamó un tercero: «*Si X oye esto, recibirá otra bofetada más*». A la técnica de este chiste pertenece en primer lugar el desconcierto ante el

aparente contrasentido expresado, pues no comprendemos cómo el haber oído algo puede tener, como inmediata consecuencia, el recibir una bofetada. El contrasentido desaparece en cuanto se llena el vacío dejado por la omisión: «*Si X oye esto, escribirá un tremendo artículo contra Z, y entonces recibirá otra bofetada más*». Así, pues, los medios técnicos de este chiste son la alusión con omisión y el contrasentido.

Otro chiste judío: Dos judíos se encuentran delante de una casa de baños. «*¡Ay!* —suspira uno de ellos—. *¡Qué pronto ha pasado el año!*»

Estos ejemplos demuestran, sin dejar lugar a duda alguna, que la omisión pertenece a los medios de la alusión.

En otro ejemplo, que exponemos a continuación y que es, desde luego, un auténtico y legítimo chiste alusivo, hallamos, sin embargo, una extraña solución de continuidad. Trátase de la siguiente singularísima sentencia:

La esposa es como un paraguas. Siempre se acaba por tomar un 'simón'.

Un paraguas no protege contra la lluvia. El «siempre se acaba» no puede significar más que «cuando la lluvia aprieta», y un «simón» es el nombre corriente de los coches de alquiler (de uso público). Mas como nos hallamos aquí ante una comparación, vamos a dejar el análisis de este chiste para cuando más adelante tratemos de ellas.

La obra *Los baños de Lucca*, de Heine, es un avispero de punzantes alusiones. Su autor es maestro en el arte de utilizar esta forma del chiste para fines polémicos (contra el Conde de Platen). Mucho antes que el lector pueda sospechar la finalidad polémica, comienza Heine a preludiar, por medio de alusiones sacadas del más variado material, cierto tema muy poco apropiado para la exposición directa. Más adelante, los sucesos relatados por el autor toman un giro que al principio no parece obedecer más que a un grosero capricho de Heine; pero que pronto descubren su relación simbólica con la intención polémica y se revelan, por tanto, como alusiones. Por último, se desencadena el ataque contra el Conde de Platen y de cada frase que Heine dirige contra el talento y el carácter de su adversario, surgen inagotables alusiones al conocido tema de la homosexualidad del mismo.

«Aunque las musas no le son propicias, tiene en su poder al genio del idioma, o mejor dicho, sabe hacerle fuerza, pues no goza del espontáneo amor de este genio, sino que tiene que correr tras él como tras otros efebos y

no sabe sino apoderarse de sus formas exteriores, que, a pesar de su bella redondez, carecen de nobleza en su expresión».

«Le sucede entonces como al avestruz, que se cree oculto enterrando su cabeza en la arena y dejando sólo visible la rabadilla. Nuestro noble pájaro hubiera obrado mejor enterrando su rabadilla en la arena y enseñándonos tan sólo su cabeza».

La alusión es quizá el más corriente y manejable de todos los medios del chiste y constituye el fundamento de la mayoría de los chistes de corta vida que acostumbramos introducir en nuestra conversación, los cuales no pueden subsistir por sí mismos ni soportan ser desarraigados del terreno en que nacen. Pero precisamente en ellos observamos de nuevo aquella relación que comenzó a confundirnos en nuestra valoración del chiste. Tampoco la alusión es chistosa en sí; existen alusiones de correcta elaboración que no pueden pretender tal carácter. Sólo la alusión «chistosa» lo posee. Vemos, pues, que la característica del chiste, que hemos perseguido hasta las profundidades de la técnica, ha escapado a nuestros reiterados esfuerzos.

Calificamos ocasionalmente la alusión de «representación indirecta», y observamos ahora que podemos muy bien reunir en un solo grupo los diversos géneros de alusión, la representación antinómica y varias otras técnicas de que más adelante trataremos. La calificación más comprensiva para este considerable grupo sería la de *representación indirecta*. Errores intelectuales, unificación y representación indirecta serán, por tanto, los puntos de vista desde los cuales se dejan ordenar aquellas técnicas del chiste intelectual que hasta ahora hemos llegado a conocer.

Continuando la investigación de nuestro material, creemos describir una nueva subdivisión de la representación indirecta, fácilmente caracterizable, pero de la que sólo poseemos escasos ejemplos. Es éste el de la representación *por una minucia*, técnica que resuelve el problema de lograr por medio de un insignificante detalle la total expresión de un carácter. La agregación de este grupo a la alusión queda facilitada por la circunstancia de que tal minucia se halla en conexión con lo que de representar se trata, derivándose de ello como una consecuencia.

Ejemplo. Un judío de la Galitzia austriaca hace un viaje en ferrocarril. Hallándose sólo en el vagón, se retrepa cómodamente en el respaldo, pone los

pies en el asiento frontero y se desabrocha la túnica. En una parada sube al departamento un caballero vestido a la moderna, y el judío toma instantáneamente una posición más correcta. El recién llegado hojea un librito, calcula, reflexiona y se dirige, por último, al judío con la pregunta: «Perdone usted. ¿Cuándo es Yomkipur? (día de reconciliación)». *Aesoi*, responde el judío, y vuelve en el acto a recobrar su primitiva y cómoda postura.

No puede negarse que esta representación por una minucia se halla ligada a aquella tendencia al ahorro que tras la investigación de la técnica del chiste verbal fijamos como el elemento común a todas las técnicas.

Otro ejemplo análogo. El médico llamado para asistir a la señora baronesa, próxima a dar a luz, propone al barón que, mientras llega el momento de intervenir, entretengan el tiempo jugando un *écarté* en una habitación contigua. Al cabo de algún tiempo, oyen quejarse a la paciente: *Ah, mon Dieu, que je souffre!* El marido se levanta; pero el médico le tranquiliza, diciendo: «No es nada; sigamos jugando». Pasa un rato y vuelve a oírse: «¡Dios mío, qué dolores!» «¿No quiere usted pasar ya a la alcoba, doctor?», interroga el barón. «No, no; todavía es pronto». Por último se oyen unos gritos ininteligibles: «*¡Ay, aaay, aayy!*» El médico tira las cartas y exclama: «Ahora es el momento».

Este chiste nos muestra excelentemente, con la modificación gradual de los quejidos de la distinguida parturienta, cómo el dolor deja abrirse paso a la naturaleza primitiva a través de las diferentes capas de la educación y cómo una importante decisión puede hacerse depender con plena justificación de una manifestación aparentemente nimia.

(12)

De otro distinto género de representación indirecta de que el chiste se sirve —la metáfora— no hemos querido tratar hasta ahora por tropezar su investigación con nuevas dificultades, a más de aquellas otras que ya en anteriores ocasiones nos han salido al paso. Ya convinimos antes en que, en muchos de los ejemplos sometidos al análisis, no lográbamos desterrar cierta

vacilación al considerarlos como chistes, y hemos reconocido, en esta inseguridad, una alarmante debilidad de los fundamentos de nuestra investigación. Con ningún otro material se hace más marcada y frecuente ésta nuestra inseguridad como al analizar los chistes por comparación. La sensación que me hace decir —y no sólo a mí, sino, en iguales circunstancias, a un gran número de personas—: «Esto es un chiste y hay que considerarlo como tal aun antes de haber descubierto el carácter esencial del chiste»; esta sensación me abandona con mayor frecuencia que en ningún otro caso en los chistes por comparación. Cuando sin reflexionar he calificado de chiste una metáfora, creo observar instantes después que el placer que me ha proporcionado es de diferente cualidad que aquel que suelo deber a los chistes, y la circunstancia de que las metáforas chistosas sólo rara vez provocan la explosión de risa que confirma a un buen chiste, me hace imposible salir de mis dudas, obligándome a limitarme a los mejores y más eficaces ejemplos de este género.

La existencia de excelentes y eficaces ejemplos de metáforas que no nos hacen en absoluto la impresión de chistes es fácilmente demostrable. La bella comparación de la ternura que corre a través del *Diario de Otilia*, con el rojo hilo de los cordajes de la Marina inglesa, es una de ellas; otra, que aún no me he cansado de admirar y que siempre me produce una impresión igualmente viva, es aquélla con la que Fernando Lasalle cierra una de sus famosas defensas (*La Ciencia y los trabajadores*): «Un hombre que, como ya antes os he expuesto, ha consagrado su vida al lema "La Ciencia y los trabajadores", no sentirá ante una condena más impresión que aquella que la explosión de una retorta pudiera causar a un químico absorto en sus experimentos científicos. Con un ligero fruncimiento de cejas ante la resistencia de la materia continuará el investigador serenamente —una vez terminada la interrupción— sus análisis y experimentos».

Las obras de Lichtenberg nos ofrecen un rico y selecto acervo de chistosas metáforas. De ellas tomaré el material necesario a nuestra investigación.

Es casi imposible atravesar una muchedumbre llevando en la mano la antorcha de la verdad sin chamuscar a alguien las barbas.

Realmente presenta esta frase apariencias de chiste; pero considerándola

detenidamente se echa de ver que el efecto chistoso no parte de la comparación misma, sino de una cualidad accesoria. La «antorcha de la verdad» no es ciertamente una metáfora nueva, sino por lo contrario, muy usada, y convertida ha largo tiempo en frase hecha, como sucede con toda comparación que por su acierto es recogida por el uso verbal. Mientras que en la expresión «la antorcha de la verdad» apenas si observamos ya la comparación, Lichtenberg vuelve a darle toda su energía primitiva edificando de nuevo sobre la metáfora y sacando de ella expresiones, que han perdido su fuerza significativa, nos es ya conocida como técnica del chiste y la incluimos en el múltiple empleo del mismo material. Pudiera muy bien suceder que la impresión chistosa producida por la frase de Lichtenberg procediese exclusivamente de esta conexión con la técnica del chiste.

Por un motivo del chiste, pero igualmente explicable, parece chistosa la comparación siguiente:

«*Las críticas* me parecen una especie de *enfermedad infantil* que ataca con mayor o menor virulencia a los libros recién nacidos, acarreando a veces la muerte a los más saludables, mientras que los débiles suelen salir indemnes. Algunos, muy pocos, se libran de ella. Se ha intentado con frecuencia protegerlos por medio de *amuletos, tales* como *prólogos, dedicatorias* y hasta *autocríticas*, pero todo ha sido en vano».

La comparación de las críticas con las enfermedades infantiles se limita al principio a la circunstancia de atacar al libro o al sujeto, respectivamente, como después de haber visto la luz. Hasta este punto no nos decidimos a atribuirle un carácter chistoso. Pero la comparación continúa: Resulta que el subsiguiente destino de los nuevos libros puede ser representado, dentro de la misma comparación, por medio de otras nuevas en ella fundadas. Esta prolongación de una comparación es indudablemente chistosa, pero ya sabemos a merced de qué técnica nos aparece como tal; se trata de un caso de unificación, o sea de constitución de una conexión inesperada. El carácter de la unificación no varía, en cambio, por consistir ésta aquí en la agregación a una primera metáfora.

En varias otras comparaciones nos vemos inclinados a desplazar la innegable impresión chistosa sobre un factor totalmente extraño a la naturaleza de las mismas. Tales comparaciones contienen una singular

yuxtaposición y a veces un enlace de absurda apariencia, o se sustituyen, por medio de uno de estos elementos, al resultado de la labor comparativa. La mayoría de los ejemplos de Lichtenberg pertenecen a este grupo.

Todo hombre tiene también su trasero moral, que no enseña sin necesidad, y que cubre, mientras puede, con los calzones de la buena educación.

El «trasero moral» es la singular asociación que aparece como resultado de la labor comparativa. Mas a ella se agrega una continuación de la metáfora con un juego de palabras («necesidad») y una segunda unión todavía más extraordinaria («los calzones de la buena educación»), que quizá es chistosa por sí misma. No puede entonces maravillarnos recibir de la totalidad la impresión de una muy chistosa comparación, y comenzamos a darnos cuenta de que tendemos generalmente a extender, en nuestra valoración a una totalidad, el carácter que sólo corresponde a una parte de la misma. Los «calzones de la buena educación» nos recuerdan un verso de Heine, análogamente desconcertante:

«Hasta que, por fin, me estallaron todos los botones —del pantalón de la paciencia».

Es innegable que estos dos últimos ejemplos entrañan un carácter que no encontramos en todas las buenas y acertadas comparaciones. Son metáforas «degradantes», pues presentan un objeto de elevada categoría, una abstracción (la buena educación, la paciencia), unido a otro de naturaleza muy concreta y hasta de un bajo género (los calzones). Más adelante examinaremos la cuestión de si esta singularidad tiene o no algo que ver con el chiste. Intentemos, por ahora, analizar otro ejemplo en el que aparece con especial claridad este carácter «degradante». El hortera Weinberl, personaje de una comedia burlesca de Nestroy, describe cómo recordará, cuando llegue a ser un acaudalado comerciante, los tiempos juveniles, y dice: «Cuando así, en una íntima conversación *se barre la nieve que obstruye la entrada del almacén de los recuerdos, se abren de nuevo los cierres del pretérito y se colma el mostrador de la fantasía con las mercancías de tiempos pasados*…» Son éstas, ciertamente, comparaciones de abstracciones con objetos concretos muy vulgares; pero el chiste se halla —exclusiva o parcialmente— en la circunstancia de ser un hortera el que se sirve de tales comparaciones

tomadas de los dominios de su cotidiana actividad. El hecho de poner en relación lo abstracto con lo vulgar, que le rodea de continuo, es un acto de *unificación*.

Volvamos a las metáforas de Lichtenberg:

Los motivos que para obrar tenemos los hombres podían ordenarse del mismo modo que los 32 vientos (temas de un compás) y recibir una denominación análogamente compuesta; por ejemplo: pan-pan-fama o fama-fama-pan.

Como muy frecuentemente en los chistes de Lichtenberg, es aquí la impresión de acierto, ingenio y sutileza tan predominante, que nuestro juicio sobre el carácter de lo chistoso es inducido en error. Cuando en tal aforismo se mezcla algo de chiste al excelente sentido total, somos siempre inducidos a considerar la totalidad como un excelente chiste. Mas, a mi juicio, todo lo que en este ejemplo es chistoso surge de la extrañeza que nos produce la singular combinación «pan-pan-fama». Lo que en él hay de chiste es, por tanto, una representación por contrasentido. La reunión singular o la asociación absurda pueden ser expuestas también aisladamente como resultado de una comparación.

Si hasta ahora hemos hallado que siempre que una comparación nos parecía chistosa debía el producir esta impresión a una intromisión de alguna de las técnicas del chiste que ya conocemos, otros ejemplos parecen confirmar que una comparación puede también ser chistosa por sí misma.

Lichtenberg caracteriza determinadas odas con las siguientes palabras:

«Son en la poesía lo que en la prosa las inmortales obras de Jakob Böhme: *una especie de picnic en el que el autor pone las palabras y el lector el sentido*».

Cuando filosofa vierte generalmente sobre los objetos una agradable luz de luna que nos complace, pero que resulta insuficiente para hacernos distinguir con precisión uno sólo de ellos.

Heine: *Su rostro semejaba un palimpsesto, en el que, bajo la más reciente escritura de la copia monacal de un texto debido a un Padre de la Iglesia, aparecieran los medio borrados versos de un erótico poeta griego*.

O la continuada comparación, de tendencia marcadamente degradante, incluida en *Los baños de Lucca*:

«El *sacerdote católico* obra como un dependiente de una *gran casa comercial*: la Iglesia, cuyo principal es el Papa, y que le señala una actividad determinada y un salario fijo. De este modo, trabaja indolentemente, como quien no lo hace por cuenta propia, tiene muchos colegas y permanece fácilmente inobservado en medio del gran tráfico comercial. Sólo le interesa el crédito de la casa y su conservación, para evitar que la bancarrota le prive de sus medios de subsistir. El *cura protestante*, en cambio, es en todas partes su propio jefe y lleva por su cuenta los negocios peligrosos. No comerciar al por mayor, como su colega católico, sino solamente *al por menor*, y como tiene que atender personalmente a todo, es activo y vigilante, pondera a la gente sus *artículos de fe* y desprecia los de sus competidores. Como buen comerciante al por menor, se halla siempre en su tenducho, lleno de envidia contra todas las grandes casas comerciales y especialmente contra la romana, que tiene a sueldo muchos millares de tenedores de libros y ha establecido factoría en las restantes partes del mundo».

Ante este ejemplo, como antes otros muchos, no podemos negar que una comparación puede ser chistosa por sí misma y sin que haya necesidad de achacar la impresión que produce a una complicación con una de las técnicas del chiste que nos son conocidas. Mas nos escapa entonces por completo qué es lo que determina el carácter chistoso de la comparación, dado que éste no reside, desde luego, en la forma de expresión del pensamiento ni en la operación de comparar. No podemos, por tanto, hacer otra cosa que incluir la comparación entre los géneros de «exposición indirecta» de los que se sirve la técnica del chiste, y tenemos que abandonar, sin resolverlo, este problema, que al tratar de la comparación se ha alzado ante nosotros mucho más claramente que cuando examinamos los restantes medios del chiste. A razones especiales debe también de obedecer el hecho de que la decisión sobre si algo es o no un chiste nos haya presentado en la comparación mayor dificultad que en anteriores formas expresivas.

Sin embargo, esta solución de continuidad en nuestra comprensión del chiste no es lo que pudiera hacernos lamentar que esta primera parte de nuestra investigación no haya tenido resultado. Dada la íntima conexión que teníamos que estar preparados a atribuir a las diversas cualidades del chiste,

hubiera sido imprudente abrigar la esperanza de poder aclarar una faceta de la cuestión antes de haber dirigido nuestra mirada sobre las demás. Tendremos, pues, que atacar el problema por otro frente.

¿Estamos seguros de que ninguna de las posibles técnicas del chiste ha escapado a nuestra investigación? Desde luego, no; pero continuando el examen de nuevo material, podemos convencernos de que hemos llegado a conocer los más frecuentes y esenciales medios de la elaboración del chiste y, por lo menos, los suficientes para formarnos un juicio sobre la naturaleza de este proceso psíquico. Y aunque no lo hayamos formado aún, hemos descubierto, en cambio, valiosas indicaciones acerca de la dirección en que debemos buscar más amplio esclarecimiento. Los interesantes procesos de la condensación con formación de sustitutos, que se nos han revelado como el nódulo de la técnica del chiste verbal, nos orientaron hacia la formación de los sueños, en cuyos mecanismos han sido descubiertos los mismos procesos psíquicos. Igual orientación nos marcan también las técnicas del chiste intelectual: desplazamiento, errores intelectuales, contrasentido, representación indirecta y representación antinómica, que, juntas o separadas, retornan en la técnica de la elaboración de los sueños.

Al desplazamiento deben los sueños su extraña apariencia que nos impide ver en ellos la continuación de nuestros pensamientos diurnos. El empleo que en el sueño encuentran el contrasentido y el absurdo ha hecho perder a aquél la dignidad del producto psíquico e inducido a los investigadores a aceptar, como condiciones del mismo, el relajamiento de las actividades anímicas y la suspensión de la crítica, la moral y la lógica. La representación antinómica es en el sueño tan corriente, que hasta los mismos libritos populares, tan erróneos, sobre la interpretación de los sueños suelen contar con ella.

La representación indirecta, la sustitución de la idea del sueño por una alusión, una nimiedad o un simbolismo análogo a la comparación es precisamente aquello que diferencia la forma expresiva de los sueños de la de nuestra ideación despierta. Tan amplia coincidencia como la que existe entre los medios de la elaboración del chiste y los de la del sueño no creemos pueda ser casual. Demostrar detalladamente esta coincidencia e investigar sus fundamentos será uno de los objetos de nuestra futura labor.

3.— **Las intenciones del chiste**

(1)

CUANDO al final del capítulo precedente copiaba yo las frases en que Heine compara al sacerdote católico con el dependiente de una gran casa comercial y al protestante con un tendero al por menor establecido por su cuenta, me sentía un tanto cohibido, como si algo me aconsejara no citar *in extenso* tal comparación, advirtiéndome que entre mis lectores habría seguramente algunos para los que el máximo respeto debido a la religión se extiende a aquellos que la administran y representan. Estos lectores, indignados ante los atrevimientos de Heine, perderían todo interés en seguir investigando con nosotros si la comparación era chistosa en sí o únicamente merced a ciertos elementos accesorios. En otras comparaciones, tales como aquella que atribuye a determinada filosofía la vaguedad de la luz lunar, no teníamos que temer perjudicara a nuestra labor tal influjo perturbador ejercido por el mismo ejemplo analizado sobre una parte de nuestros lectores. El más piadoso de ellos no encontraría en estos casos nada que perturbase su capacidad de juicio sobre el problema por nosotros planteado.

Fácilmente se adivina cuál es el carácter de chiste, del que depende la diversidad de la reacción que el mismo despierta en el que lo oye. El chiste tiene unas veces en sí mismo su fin y no se halla al servicio de intención determinada alguna; otras, en cambio, se pone al servicio de tal intención, convirtiéndose *en tendencioso*. Sólo aquellos chistes que poseen una tendencia corren peligro de tropezar con personas para las que sea desagradable escucharlos.

El chiste no tendencioso ha sido calificado por T. Vischer de chiste *abstracto*. Nosotros preferimos denominarlo chiste *inocente*.

Dado que antes hemos dividido el chiste, atendiendo al material objeto de la técnica, en verbal e intelectual, deberemos ahora investigar la relación existente entre esta clasificación y la que acabamos de verificar. Lo primero que observamos es que dicha relación entre chiste verbal e intelectual, de un lado, y chiste abstracto y tendencioso, del otro, no es, desde luego, una

relación de influencias. Trátase de dos divisiones totalmente independientes una de otra.

Quizá algún lector se haya formado la idea de que los chistes inocentes son generalmente verbales, mientras que la complicada técnica de los chistes intelectuales es puesta casi siempre al servicio de marcadas tendencias; pero lo cierto es que, así como existen chistes inocentes que utilizan el juego de palabras y la similicadencia, hay otros, no menos abstractos e inofensivos, que se sirven de todos los medios del chiste intelectual. Con análoga facilidad cabe demostrar que el chiste tendencioso puede muy bien ser, por lo que a su técnica respecta, puramente verbal. Así, aquellos chistes que «juegan» con los nombres propios suelen ser frecuentemente de naturaleza ofensiva, siendo, sin embargo, exclusivamente verbales. Esto no impide tampoco que los chistes más inocentes pertenezcan también a este género.

Así, por ejemplo, las *Schüttelreime* (rimas forzadas), que tan populares se han puesto recientemente y en las que la técnica es el uso múltiple del mismo material con una modificación muy peculiar al mismo:

> *Und weil er Geld in Menge hatte,*
> *lag stets er in der Hängematte*[835].

Se esperaría que nadie objetaría que la diversión obtenida de estas rimas, poco pretenciosas por lo demás, es la misma por la que reconocemos a los chistes.

Entre las metáforas de Lichtenberg se encuentran excelentes ejemplos de chistes intelectuales abstractos o inocentes. A los ya expuestos en páginas anteriores añadiremos, por ahora, los siguientes:

Habían enviado a Gotinga un tomito en octavo menor y recibían ahora, en cuerpo y alma, un robusto in quarto.

Para dar a este edificio la solidez necesaria debemos proveerle de buenos cimientos, y los más firmes, a mi juicio, serán aquéllos en los que una hilada en pro alterne con otra en contra.

Uno crea la idea, el otro la bautiza, un tercero tiene hijos con ella, un cuarto la asiste en su agonía y el último la entierra. (Comparación con unificación.)

No sólo no creía en los fantasmas, sino que ni siquiera se asustaba de ellos. El chiste reside aquí exclusivamente en el contrasentido de la exposición. Renunciando a este ropaje chistoso, la idea sería: «Es más fácil desechar teóricamente el miedo a los fantasmas que dominarlo cuando se nos aparece alguno». Falta ya aquí todo carácter de chiste, y lo que resta es un hecho psicológico al que en general se concede menos importancia de la que posee; el mismo que Lessing expone en su conocida frase: «No son libres todos aquellos que se burlan de sus cadenas».

Antes de seguir adelante quiero salir al paso de una mala inteligencia posible. Los calificativos «inocente» o «abstracto», aplicados al chiste, no significan nada equivalente a «falto de contenido», sino que se limitan a caracterizar a un género determinado de chistes, oponiéndolos a los «tendenciosos», de que a continuación trataremos.

Como en el último ejemplo hemos visto, un chiste «inocente», esto es, desprovisto de toda tendenciosidad, puede poseer un rico contenido y exponer algo muy valioso. El contenido de un chiste, por completo independiente del chiste mismo, es el contenido del pensamiento, que en estos casos es expresado, merced a una disposición especial, de una manera chistosa. Cierto es, sin embargo, que así como los relojes escogen una preciosa caja para encerrar en ella su más excelente maquinaria, así también suele suceder en el chiste: que los mejores productos de la elaboración del mismo sean utilizados para revestir los pensamientos de más valioso contenido.

Examinando penetrantemente en los chistes intelectuales la dualidad de contenido ideológico y revestimiento chistoso, llegamos a descubrir algo que puede aclarar muchas de las dudas con que hemos tropezado en nuestra investigación. Resulta, para nuestra sorpresa, que la complacencia que un chiste nos produce nos la inspira la impresión conjunta de contenido y rendimiento chistoso, dándose el caso de que uno cualquiera de estos dos factores puede hacernos errar en la valoración del otro hasta que, reduciendo el chiste, nos damos cuenta del engaño sufrido.

Análogamente sucede en el chiste verbal. Cuando oímos que «la experiencia consiste en experimentar lo que no desearíamos haber experimentado» quedamos un tanto desconcertados y creemos escuchar una

nueva verdad. Mas en seguida advertimos que no se trata sino de una disfrazada trivialidad: «De los escarmentados nacen los avisados». El excelente rendimiento chistoso de definir la «experiencia» casi exclusivamente por el empleo de la palabra «experimentar» nos engaña de tal modo, que estimamos en más de lo que vale el contenido de la frase. Lo mismo nos sucede ante el chiste por unificación en que Lichtenberg opone el mes de enero a los demás del año, chiste que sólo nos dice algo que sabemos de toda la vida; esto es, que las felicidades que nuestros amigos nos desean en los días del Año Nuevo se cumplen tan raras veces como todos nuestros otros deseos.

Todo lo contrario sucede en otros ejemplos, en los cuales nos deslumbra lo acertado y justo del pensamiento, haciéndonos calificar de excelente chiste la frase en que el pensamiento queda expresado, aun siendo este último todo el mérito de la misma, y en cambio, muy deficiente el rendimiento de la elaboración chistosa. Precisamente, en los chistes de Lichtenberg es el nódulo intelectual, con mucha frecuencia, harto más valioso que el revestimiento chistoso, al cual extendemos indebidamente desde el primero nuestra valoración. Así, la observación sobre la «antorcha de la verdad» es una comparación apenas chistosa; pero tan acertada, que la frase en que se expresa nos parece un excelente chiste.

Los chistes de Lichtenberg sobresalen, ante todo, por su contenido intelectual y la seguridad con que hieren en el punto preciso. Muy justificadamente dijo de él Goethe que sus ocurrencias chistosas o chanceras esconden interesantísimos problemas o, mejor dicho, rozan la solución de los mismos. Así, cuando escribe: «Había leído tanto a Homero, que siempre que topaba con la palabra *angenommen* (admitido) leía *Agamenón*» (técnica: simpleza + similicadencia), descubre nada menos que el secreto de las equivocaciones en la lectura[836]. Muy análogo es aquel otro chiste cuya técnica nos pareció antes harto insatisfactoria:

Se maravillaba de que los gatos tuviesen dos agujeros en la piel, precisamente en el sitio de los ojos. La simpleza que en esta frase parece revelarse es tan sólo aparente; en realidad, detrás de la ingenua observación se esconde el magno problema de la teología en la anatomía animal. Hasta que la historia de la evolución no nos lo explique, no tenemos por qué

considerar como natural y lógica la coincidencia de que la abertura de los párpados aparezca precisamente allí donde la córnea debe surgir al exterior.

Retengamos, por ahora, que de una frase chistosa recibimos una impresión de conjunto en la que no somos capaces de separar la participación del contenido intelectual de la que corresponde a la elaboración del chiste. Quizá encontremos más tarde otro hecho muy importante, paralelo a éste.

(2)

Para nuestro esclarecimiento teórico de la esencia del chiste han de sernos más valiosos los chistes inocentes que los tendenciosos, y los faltos de contenido más que los profundos. Los chistes inocentes de palabras y los falsos de contenido nos presentarán el problema del chiste en su más puro aspecto, pues en ellos no corremos peligro alguno de que la tendencia nos confunda o engañe nuestro juicio el acierto del pensamiento expresado. El análisis de este material puede hacer progresar considerablemente nuestros conocimientos.

Escogeremos un chiste de la mayor inocencia posible:

Hallándome cenando en casa de unos amigos, nos sirven de postre el plato conocido con el nombre de *roulard*, cuya confección exige cierta maestría culinaria. Otro de los invitados pregunta: «¿Lo han hecho ustedes en casa?» Y el anfitrión responde: «Sí; es un *homeroulard*». *(Homerule.)*

Dejaremos para más adelante la investigación de la técnica de este ejemplo, dirigiendo ahora nuestra atención a otro factor que presenta la máxima importancia. El improvisado chiste produjo un general regocijo entre los circunstantes, que lo acogieron con grandes risas. En éste, como en otros muchos casos, la sensación de placer del auditorio no puede provenir de la tendencia ni tampoco del contenido intelectual del chiste. No nos queda, por tanto, más remedio que relacionar dicha sensación con la técnica del mismo. Los medios técnicos del chiste antes descritos por nosotros —condensación, desplazamiento, representación indirecta, etc.— son, pues, capaces de hacer surgir en el auditorio una sensación de placer, aunque no sepamos todavía cómo tal poder les es inherente. Éste será el segundo resultado positivo de

nuestra investigación, encaminada al esclarecimiento del chiste. El primero fue descubrir que el carácter del chiste depende de la forma expresiva. Mas a poco que reflexionemos no dejaremos de observar que nuestro segundo resultado, últimamente deducido, no es para nosotros en realidad nada nuevo. Se limita a presentar aislado algo ya contenido antes en nuestra experiencia. Recordamos muy bien que cuando nos fue dado reducir el chiste, esto es, sustituir por otra su expresión, conservando cuidadosamente el sentido, desaparecía no sólo el carácter chistoso, sino también el efecto hilarante y, por tanto, el placer que en el chiste pudiera hallarse.

No podemos seguir adelante sin repasar lo que las autoridades filosóficas exponen sobre este punto de la cuestión.

Los filósofos que agregan el chiste a lo cómico e incluyen esta materia dentro de la estética caracterizan la manifestación estética por la condición de que en ella no queremos nada de las cosas; no las necesitamos para satisfacer una de nuestras grandes necesidades vitales, sino que nos contentamos con su contemplación y con el goce de la manifestación misma. «Esta clase de manifestación es la puramente estética, que no reposa sino en sí misma y tiene su única finalidad en sí propia, con exclusión de todo otro fin vital» (K. Fischer, pág. 68).

Por nuestra parte, nos hallamos casi de completo acuerdo con estas palabras de K. Fischer. Quizá no hacemos más que introducir sus pensamientos a nuestro lenguaje particular cuando insistimos en que la actividad chistosa no puede calificarse de falta de objeto o de fin, dado que se propone innegablemente el de despertar la hilaridad del auditorio. No creo, además, que podamos emprender nada desprovisto por completo de intención. Cuando no nos es preciso nuestro aparato anímico para la consecución de alguna de nuestras imprescindibles necesidades, le dejamos trabajar por puro placer; esto es, buscamos extraer placer de su propia actividad. Sospecho que ésta es, en general, la condición primera de toda manifestación estética; pero mi conocimiento de la estética es harto escaso para que me atreva a dejar fijada esta afirmación. Del chiste, en cambio, sí puedo afirmar, basándome en los conocimientos obtenidos en nuestra investigación, que es una actividad que tiende a extraer placer de los procesos psíquicos, sean éstas intelectuales o de otro género cualquiera. Ciertamente

existen otras actividades de idéntico fin; pero que quizá se diferencien del chiste en el sector de la actividad anímica, del que quieren extraer placer, o quizá en el procedimiento que para ello emplean. Por el momento no podemos dejar resuelta esta cuestión; mas sí dejaremos sentado el hecho de que la técnica del chiste y la tendencia economizados que en parte la domina se ponen en contacto para la producción de placer.

Antes de entrar a resolver el problema de cómo los medios técnicos de la elaboración del chiste pueden hacer surgir placer en el oyente queremos recordar que para simplificar y hacer más transparente nuestra investigación dejamos antes a un lado los chistes tendenciosos. Mas ahora tenemos obligadamente que intentar esclarecer cuáles son las tendencias del chiste y en qué forma obedece éste a las mismas.

Hay sobre todo una circunstancia que nos advierte la necesidad de no prescindir del chiste tendencioso en la investigación del origen del placer en el chiste. El efecto placiente del chiste inocente es casi siempre mediano; una clara aprobación y una ligera sonrisa es lo más que llega a obtener del auditorio, y de este efecto hay todavía que atribuir una parte a su contenido intelectual, como ya lo hemos demostrado con apropiados ejemplos. Casi nunca logra el chiste inocente o abstracto aquella repentina explosión de risa que hace tan irresistible al tendencioso. Dado que la técnica puede en ambos ser la misma, estará justificado sospechar que el chiste tendencioso dispone, merced a su tendencia, de fuentes de placer inaccesibles al chiste inocente.

Las tendencias del chiste son fácilmente definibles. Cuando no tiene en sí mismo su fin, o sea cuando no es inocente, no se pone al servicio sino de dos únicas tendencias, que, además, pueden, desde cierto punto de vista, reunirse en una sola. El chiste tendencioso será o bien *hostil* (destinado a la agresión, la sátira o la defensa) o bien *obsceno* (destinado a mostrarnos una desnudez). Desde luego, la clase técnica del chiste —chiste verbal o chiste intelectual— no tiene relación alguna con estas dos tendencias.

Más difícil resulta fijar la forma en que el chiste las sirve. En esta investigación preferimos anteponer el chiste desnudador al hostil. El primero ha sido más raramente sometido al análisis como si la repugnancia a tratar este género de asuntos se hubiese trasladado desde la materia a lo objetivo. Mas nosotros no queremos dejarnos inducir en error por este desplazamiento,

pues tropezamos en seguida con un caso límite del chiste, que promete proporcionarnos un amplio esclarecimiento sobre varios puntos oscuros.

Sabemos lo que se entiende por un dicho «verde[837]»; esto es, la acentuación intencionada, por medio de la expresión verbal, de hechos o circunstancias sexuales. Sin embargo, esta definición no es. ni mucho menos, completa. Una conferencia sobre la anatomía de los órganos sexuales o sobre fisiología de la procreación no presenta, a pesar de la anterior definición, punto de contacto alguno con el dicho «verde». Es preciso, además, que éste vaya dirigido a una persona determinada, que nos excita sexualmente, y que por medio de él se da cuenta de la excitación del que lo profiere, quedando en unos casos contagiada, y en otros, avergonzada o confusa. Esto último no excluye la excitación sexual, sino que, por el contrario, supone una reacción contra la misma y constituye su indirecta confesión. El dicho «verde» se dirigía, pues, originariamente, tan sólo a la mujer y suponía un intento de seducción. Cuando, después, un hombre se complace refiriendo o escuchando tales dichos en la compañía exclusiva de otros hombres, la situación primitiva, que a consecuencia de los obstáculos sociales no puede ya constituirse, queda con ello representada. Aquel que ríe del dicho referido, ríe como el espectador de una agresión sexual.

El contenido sexual del dicho «verde» comprende algo más de lo privativo de cada sexo; comprende también aquello que, aun siendo común a ambos, se considera como pudendo, o sea todo lo relativo a los excrementos. Mas éste es precisamente el alcance que lo sexual tiene en la vida infantil, en la que el sujeto imagina la existencia de una cloaca, dentro de la cual lo sexual y lo excremental quedan casi o por completo confundidos[838]. Asimismo, en todo el dominio ideológico de la psicología de las neurosis lo sexual incluye lo excrementicio; esto es, queda interpretado en el antiguo sentido infantil.

El dicho «verde» es como un desnudamiento de la persona de diferente sexo a la cual va dirigido. Con sus palabras obscenas obliga a la persona atacada a representarse la parte del cuerpo o el acto a que las mismas corresponden y le hace ver que el atacante se las representa ya. No puede dudarse de que el placer de contemplar lo sexual sin velo alguno es el motivo originario de este género de dichos.

Retrocedamos ahora, para lograr un mayor esclarecimiento, hasta los fundamentos de esta cuestión. La tendencia a contemplar despojado de todo velo aquello que caracteriza a cada sexo es uno de los componentes primitivos de nuestra libido. Probablemente constituye en sí mismo una sustitución obligada del placer, que hemos de suponer primario, de tocar lo sexual. Como en otros muchos casos, también aquí la visión ha sustituido al acto[839]. La libido visual o táctil es en todo individuo de dos clases: activa y pasiva, masculina y femenina, y se desarrolla según cuál de estos dos caracteres sexuales adquiera la supremacía predominantemente en uno u otro sentido. En los niños de corta edad es fácil observar una tendencia a exponer su propia desnudez. Allí donde esta tendencia no experimenta, como generalmente sucede, una represión se desarrolla hasta constituir aquella obsesión perversa del adulto denominada exhibicionismo. En la mujer, la tendencia exhibicionista pasiva queda vencida por la reacción del pudor sexual; pero dispone siempre del portillo de escape que le proporciona los caprichos de la moda. No creo preciso insistir en lo elástico, convencional y variable de la cantidad de exhibición que queda siempre permitida a la mujer.

El hombre conserva gran parte de esta tendencia como elemento constitutivo de la libido puesto al servicio de la preparación del acto sexual. Cuando esta tendencia se manifiesta ante la proximidad femenina tiene que servirse de la expresión verbal por dos diferentes razones. En primer lugar, para darse a conocer a la mujer, y en segundo, por ser la expresión oral lo que, despertando en aquélla la representación imaginativa, puede hacer sugerir en ella la excitación correspondiente y provocar la tendencia reciproca a la exhibición pasiva. Esta demanda oral no es aún el dicho «verde», pero si el estadio que lo precede. Allí donde la aquiescencia de la mujer aparece rápidamente, el discurso obsceno muere en seguida, pues cede el puesto, inmediatamente, al acto sexual. No así cuando no puede contarse con el pronto asentimiento de la mujer y aparecen, en cambio, intensas reacciones defensivas.

En este caso la oración sexual excitante encuentra, convirtiéndose en dicho «verde», en sí misma su propio fin. Quedando detenida la agresión sexual en su progreso hasta el acto, permanece en la génesis de excitación y extrae placer de los signos por los que la misma se manifiesta en la mujer. La

agresión transforma también entonces su carácter en el mismo sentido que todo sentimiento libidinoso al que se opone un obstáculo; esto es, se hace directa, hostil y cruel, llamando en su auxilio, para combatir el obstáculo, a todos los componentes sádicos del instinto sexual.

La resistencia de la mujer es, por tanto, la primera condición para la génesis del dicho «verde», aunque sea de tal naturaleza que signifique tan sólo un aplazamiento y no haga desesperar del éxito de posteriores tentativas. El caso ideal de tal resistencia femenina se da con la presencia simultánea de otro hombre, de un testigo, pues tal presencia excluye totalmente el rendimiento inmediato de la solicitada. Este tercer personaje adquiere rápidamente una máxima importancia para el desarrollo del dicho «verde». Mas primero trataremos de la presencia de la mujer.

En los lugares a que acude el pueblo, por ejemplo, los cafés de segundo orden, puede observarse que es precisamente la entrada de la camarera lo que provoca el tiroteo de tales dichos. Inversamente, entre las clases sociales más elevadas, la presencia femenina pone inmediato fin a toda conversación de este género. Los hombres reservan aquí estas conversaciones, que primitivamente dependían de la presencia de una mujer a la que avergonzar, para cuando estén entre ellos. De este modo, el espectador, ahora oyente, deviene poco a poco, en lugar de la mujer, la instancia a la que la procacidad va destinada, y ésta se acerca ya, merced a tal transformación, al carácter del chiste.

Al llegar a este punto es requerida nuestra atención por dos importantes factores: el papel desempeñado por el tercero, el oyente, y las condiciones de contenido del dicho mismo.

El chiste tendencioso precisa, en general, de tres personas. Además de aquella que lo dice, una segunda a la que se toma por objeto de la agresión hostil y sexual, y una tercera en la que se cumple la intención creadora de placer del chiste. Más tarde buscaremos más profunda fundamentación de estas circunstancias, contentándonos por ahora con dejar fijado el hecho de que no es el que dice el chiste quien lo ríe y goza, por tanto, de su efecto placiente, sino el inactivo oyente. En la misma relación se encuentran los tres personajes que intervienen en el dicho «verde», cuyo proceso puede describirse en la siguiente forma: el impulso libidinoso del primero

desarrolla, al encontrar detenida su satisfacción por la resistencia de la mujer, una tendencia hostil hacia esta segunda persona y llama en su auxilio, como aliado contra ella, a una tercera, que en la situación primitiva hubiese constituido un estorbo. Por el procaz discurso de la primera queda la mujer desnuda ante este tercero, en el que la satisfacción de su propia libido, conseguida sin esfuerzo alguno por parte suya, actúa a modo de soborno.

Es singular que este tiroteo de procacidades sea cosa tan amada por el pueblo bajo, hasta el punto de constituir algo que no deja nunca de formar parte integrante de sus regocijos. Mas también es digno de tenerse en cuenta que en esta complicada manifestación, que lleva en sí tantos caracteres de chiste tendencioso, no se requieran al dicho «verde» ninguna de las condiciones formales que caracterizan al chiste. Expresar la plena desnudez produce placer al primero y hace reír al tercero.

Sólo cuando llegamos a más alto grado social se agrega la condición formal del chiste. La procacidad no es ya tolerada más que siendo chistosa. El medio técnico de que más generalmente se sirve es la alusión; esto es, la sustitución por una minucia o por algo muy lejano que el oyente recoge para reconstruir con ello la obscenidad plena y directa. Cuanto mayor es la heterogeneidad entre lo directamente expresado en la frase procaz y lo sugerido necesariamente por ello en el oyente, tanto más sutil será el chiste y tanto mayores sus posibilidades de acceso a la buena sociedad. A más de la alusión, grosera o sutil, dispone la procacidad —como fácilmente puede demostrarse con numerosos ejemplos— de todos los demás medios del chiste verbal o intelectual.

Vemos ya claramente lo que el chiste lleva a cabo en servicio de su tendencia. Hace posible la satisfacción de un instinto (el instinto libidinoso y hostil) en contra de un obstáculo que se le opone y extrae de este modo placer de una fuente a la que tal obstáculo impide el acceso. El impedimento que sale al paso del instinto no es otro que la incapacidad de la mujer —creciente en razón directa de su cultura y grado social— para soportar lo abiertamente sexual. La mujer, que en la situación primitiva suponemos presente, sigue siendo considerada como tal o su influencia actúa, aun hallándose ausente, intimidando a los hombres. Puede observarse cómo individuos de las más altas clases sociales abandonan, en la compañía de mujeres de clase más baja,

la procacidad chistosa para caer en la procacidad simple.

El poder que dificulta a la mujer, y en menor grado también al hombre, el goce de la obscenidad no encubierta, es aquel que nosotros denominamos «represión», y reconocemos en él el mismo proceso psíquico que en graves casos patológicos mantiene alejados de la conciencia complejos enteros de sentimientos en unión de todos sus derivados, proceso que se ha demostrado como un factor principal en la patogénesis de las llamadas psiconeurosis. Concedemos a la cultura y a la buena educación gran influencia sobre el desarrollo de la represión y admitimos que tales factores llevan a cabo una transformación de la organización psíquica —que puede también ser un carácter hereditario y, por tanto, innato— merced a la cual sensaciones que habrían de percibirse con agrado resultan inaceptables y son rechazadas con todas nuestras energías psíquicas. Por la labor represora de la civilización se pierden posibilidades primarias de placer que son rechazadas por la censura psíquica. Mas para la psiquis del hombre es muy violenta cualquier renunciación y halla un expediente en el chiste tendencioso, que nos proporciona un medio de hacer ineficaz dicha renuncia y ganar nuevamente lo perdido. Cuando reímos de un sutil chiste obsceno, reímos de lo mismo que hace reír a un campesino en una grosera procacidad; en ambos casos procede el placer de la misma fuente; pero una persona educada no ríe ante la procacidad grosera, sino que se avergüenza o la encuentra repugnante. Sólo podrá reír cuando el chiste le preste su auxilio.

Parece, pues, confirmarse lo que al principio supusimos, esto es, que el chiste tendencioso dispone de fuentes de placer distintas de las del chiste inocente, en el cual todo el placer depende, en diversas formas, de la técnica. Podemos también insistir de nuevo en que en el chiste tendencioso no nos es dado distinguir por nuestra propia sensación qué parte de placer es producida por la técnica y cuál otra por la tendencia. *No sabemos, por tanto, fijamente, de qué reímos*. En todos los chistes obscenos sucumbimos a crasos errores de juicio sobre la «bondad» del chiste, en tanto en cuanto ésta depende de condiciones formales; la técnica de estos chistes es con frecuencia harto pobre y, en cambio, su éxito de risa, extraordinario.

(3)

Queremos investigar ahora si es este mismo el papel que el chiste desempeña al servicio de una tendencia hostil. Desde un principio tropezamos con las mismas condiciones. Los impulsos hostiles contra nuestros semejantes sucumben desde nuestra niñez individual, como desde la época infantil de la civilización humana, a iguales limitaciones y a la misma represión progresiva que nuestros impulsos sexuales. No hemos llegado todavía a amar a nuestros enemigos ni a ofrecerles la mejilla izquierda cuando nos han golpeado la derecha, y, además, todos aquellos preceptos morales de la limitación del odio activo se resienten de un vicio de origen: el de no hallarse destinados, cuando fueron dictados, más que a una pequeña comunidad de hombres de igual raza. De este modo, en tanto en cuanto los hombres modernos nos consideramos como parte integrante de una nación, nos permitimos prescindir en absoluto de tales preceptos con respecto a otro pueblo extranjero. Pero dentro de nuestro propio círculo hemos realizado, desde luego, grandes progresos en el dominio de los sentimientos hostiles. Lichtenberg expresa esta idea en la siguiente acertada frase: «En las ocasiones en que ahora decimos ‘usted dispense’ se andaba antes a bofetadas». La hostilidad violenta, prohibida por la ley, ha quedado sustituida por la invectiva verbal, y nuestra mejor inteligencia del encadenamiento de los sentimientos humanos nos roba por su consecuencia —*Tout comprendre c’est tout pardonner*— una parte cada día mayor de nuestra capacidad de encolerizarnos contra aquellos de nuestros semejantes que entorpecen nuestro camino.

Dotados en nuestra niñez de enérgica disposición a la hostilidad, la cultura personal nos enseña después que es indigno el insulto. Desde que hemos tenido que renunciar a la expresión de la hostilidad por medio de la acción —impedidos de ello por un tercero desapasionado, en cuyo interés se halla la conservación de la seguridad personal— hemos desarrollado, del mismo modo que en la agresión sexual, una nueva técnica del insulto que tiende a hacernos de dicha tercera persona desapasionada un aliado contra

nuestro enemigo. Presentando a este último como insignificante, despreciable y cómico, nos proporcionamos indirectamente el placer de su derrota, de la que testimonia la tercera persona, que no ha realizado ningún esfuerzo con sus risas.

Suponemos, pues, cuál puede ser el papel del chiste en la agresión hostil. Nos permitirá emplear contra nuestro enemigo el arma del ridículo, a cuyo empleo directo se oponen obstáculos insuperables, y, por tanto, *elude* nuevamente *determinadas limitaciones y abre fuentes de placer que habían devenido inaccesibles*. Inclinará asimismo al oyente a ponerse a nuestro lado sin gran examen de la bondad de nuestra causa, de igual manera que en otras ocasiones obramos nosotros, concediendo mayor estimación de la merecida al contenido de una frase chistosa, sobornados por el efecto del chiste inocente. Recordar la frase tan corriente: *die Lacher auf seine seite ziehen* (inclinar a nuestra causa al que ríe).

Véanse, por ejemplo, los chistes de N., expuestos en el capítulo anterior. Todos ellos son insultos. Es como si N. quisiera gritar a toda voz: «¡El ministro de Agricultura es un buey! ¡No me habléis de X.; revienta de vanidad! ¡En mi vida he leído nada más aburrido que los artículos de ese historiador sobre Napoleón!» Pero su propia categoría social le hace imposible dar a sus juicios tal forma directa. Llaman, pues, éstos en su ayuda al chiste, que les asegura en el oyente una acogida mucho más favorable de la que, no obstante su posible certeza, hubieran obtenido expresados en forma no chistosa. Uno de estos chistes, el del «rojo Fadian» —quizá el más arrollador de todos—, es altamente instructivo. ¿Qué es lo que en él nos obliga a reír y nos aparta tan por completo de la cuestión de si aquello constituye o no una injusticia para con el infeliz escritor? Desde luego, la forma chistosa. Mas ¿de qué reímos? Indudablemente, de la persona misma que se nos presenta calificada de «rojo Fadian» y especialmente del rojo color de su pelo. Mas el hombre culto se ha acostumbrado a no reír de los defectos físicos, y, además, el poseer rojos cabellos no es tampoco un defecto que excite nuestra hilaridad. En cambio, sí es considerado como tal entre los colegiales o entre el pueblo bajo y hasta en el grado de cultura de algunos de nuestros representantes municipales y parlamentarios. Y, sin embargo, este chiste de N. ha hecho posible que nosotros, personas adultas de fina

sensibilidad, riamos como colegiales de los rojos cabellos que X. No era ésta, seguramente, la intención de N.; pero es muy dudoso que aquel que lanza un chiste se dé exacta cuenta de toda la intención del mismo.

Si en ese caso el obstáculo opuesto a la agresión y que el chiste ayudó a eludir era de orden interior —la repulsión estética al insulto—, otras veces puede asimismo ser puramente externo. Así, en el ejemplo en que Serenísimo pregunta al desconocido, cuya semejanza con su real persona le ha extrañado: «Su madre de usted, ¿sirvió alguna vez en Palacio?», y obtiene la rápida respuesta: «No, alteza; pero sí mi padre». El interrogado hubiera querido maltratar de obra al descarado que con su alusión osaba insultar la memoria de una persona amada; pero el tal descarado es nada menos que Serenísimo, al que es imposible no ya maltratar de obra, sino ni siquiera de palabra, a menos de pagar la venganza con la propia vida. No habría, por tanto, más remedio que tragar en silencio la ofensa. Mas, afortunadamente, abre el chiste el camino a una venganza exenta de todo peligro, recogiendo la alusión y devolviéndola, merced al medio técnico de la unificación, contra el ofensor. La impresión de lo chistoso queda aquí tan determinada por la tendencia, que, ante la chistosa respuesta, olvidamos que la pregunta del atacante es también, por sí misma, chistosa.

El estorbo del insulto o de la respuesta ofensiva, por circunstancias exteriores, es un caso tan frecuente, que el chiste tendencioso es usado con especialísima preferencia para hacer viable la agresión o la crítica contra superiores provistos de autoridad. El chiste representa entonces una rebelión contra tal autoridad, una liberación del yugo de la misma. En este factor yace asimismo el encanto de la caricatura, de la cual reímos, aunque su acierto sea mínimo, simplemente porque contamos como mérito de la misma dicha rebelión contra la autoridad.

Esta idea de que el chiste tendencioso es tan grandemente apropiado para el ataque contra lo elevado, digno y poderoso, que se halla protegido por obstáculos interiores o circunstancias externas contra todo rebajamiento directo, nos fuerza a una especial concepción de determinados grupos de chistes que parecen dirigirse a personas de menor valer y más indefensas. Me refiero a las historietas sobre los intermediarios matrimoniales judíos, de las cuales hemos expuesto algunas al investigar las diversas técnicas del chiste

intelectual. En varias de ellas, por ejemplo, las de «¡También es sorda!» y «¡Quién se atreve a prestar nada a esta gente!», hemos reído del intermediario como de un hombre imprudente y ligero, que se nos hace cómico por escapársele la verdad automáticamente. Pero ¿correspond e, tanto lo que hemos averiguado de la naturaleza del chiste tendencioso como la magnitud de nuestra complacencia ante estas historietas, a la infeliz condición de las personas sobre las que el chiste parece reír? ¿Son éstos adversarios dignos del chiste? ¿No parece más bien que el mismo presenta en primer término al intermediario matrimonial para herir encubiertamente algo más importante? No debemos despreciar estas sospechas.

La anterior interpretación de las historietas sobre los intermediarios judíos permite aún ser continuada. Cierto es que puedo no intentarlo y contentarme con ver en estas historietas simples «cuentos», negándoles el carácter de chiste. Existe, pues, también una condicionalidad subjetiva del chiste, que ha llamado ahora nuestra atención y que deberemos investigar más adelante. Tal condicionalidad marca que sólo es un chiste aquello que yo admito como tal. Lo que para mí es un chiste puede, para otra persona, ser simplemente una cómica historieta. Mas si un chiste permite esta duda, ello no puede ser más que por el hecho de que posee una fachada —en este caso, cómica— en la que se detiene satisfecha la mirada de unos, mientras que otros intentan ver lo que hay detrás. Podemos, igualmente, sospechar que esta fachada se halla destinada a deslumbrar la mirada inquisitiva y que, por tanto, tales historietas tienen algo que ocultar.

De todos modos, si estas historietas son chistes, lo son de excelente calidad, pues gracias a su fachada pueden ocultar no sólo lo que tienen que decir, sino hasta que tienen que decir algo prohibido. Pero podemos intentar una interpretación que descubra lo prohibido y revele a estas historietas de cómica fachada como chiste tendencioso. Todo aquel que en un momento de distracción deja escapar la verdad, se alegra en realidad de verse libre del impuesto disfraz. Esto es un probado hecho psicológico. Sin tal consentimiento interior nadie se deja dominar por el automatismo que hace aquí surgir la verdad[840]. Mas con tal automática confesión se transforma la ridícula personalidad del intermediario en simpática y digna de compasión. Qué felicidad debe de ser para el pobre hombre poder arrojar por fin la carga

del engaño, cuando aprovecha en el acto la primera ocasión para gritar al novio toda la verdad. En cuanto se da cuenta de que todo se ha perdido y que la propuesta novia no es del gusto de su cliente, confiesa encantado todos los demás defectos de la primera, que el segundo no ha observado todavía, o aprovecha la ocasión para exponer, por medio de un detalle, un decisivo argumento con el que expresa su desprecio por las gentes a cuyo servicio viene actuando: «¡Quién se atreve a prestar nada a esta gente!» Todo el ridículo cae entonces, no sólo sobre la familia de la novia, de la que en el resto de la historieta apenas si se ha hablado y que es capaz de poner en práctica tal engaño con tal de colocar a la muchacha, sino también sobre la miserable condición moral de tales mujeres, que se dejan caer de un modo tan poco decoroso, y sobre la indignidad de los matrimonios celebrados merced a semejantes manejos. El intermediario es, precisamente, el llamado a exponer esta crítica, por ser el que mejor enterado está de tan vergonzosos expedientes; pero no puede hacerlo abiertamente, pues es un pobre diablo que tiene que vivir de ellos. En un idéntico conflicto se encuentra también el espíritu popular que ha creado esta historieta y otras semejantes, pues sabe muy bien que la santidad del matrimonio padece mucho con el descubrimiento de los incidentes que acompañaron su preparación.

Recordemos también cómo en la investigación de la técnica del chiste observamos que el contrasentido que aparece en el mismo es con frecuencia una sustitución de la burla o la crítica existentes en los pensamientos que tras el chiste se esconden, cosa en la que la elaboración del chiste actúa en forma idéntica a la de los sueños. Ahora encontramos confirmado de nuevo este estado de cosas. Tales burla y crítica no se refieren al intermediario, según pudiera deducirse de los ejemplos anteriores, pues existe toda otra serie de chistes de igual género en los que el mismo nos es presentado, muy al contrario, como persona en extremo inteligente, cuya dialéctica sabe vencer toda dificultad. Son estas últimas historietas su fachada lógica, en lugar de cómica, chistes intelectuales sofísticos. En uno de ellos, el intermediario se las arregla para cerrar la boca al novio, que se queja de la cojera de la muchacha, con una razón incontrovertible en apariencia. La cojera de la novia es, por lo menos, un «hecho consumado», mientras que otra mujer, libre de tal defecto, con la que pudiera casarse, estaría siempre en peligro de

caer, rompiéndose una pierna, y entonces vendrían los dolores, la enfermedad y los gastos consiguientes, cosas todas que podría ahorrarse matrimoniando a la ya coja. Asimismo, en otra historieta análoga se las arregla el intermediario para rechazar con excelentes argumentos toda una serie de inconvenientes aducidos por el novio y salir luego al paso del último, irrefutable ya, con la exclamación: «¡Hombre, alguna falta había de tener!», como si de las anteriores alegaciones no hubiese de haber quedado necesariamente un suficiente resto. No es difícil señalar, en estos dos ejemplos, el punto débil de la argumentación, y así lo hemos hecho al investigar su técnica. Mas ahora nuestro interés se dirige hacia otro lado. Si las frases del intermediario muestran tal apariencia lógica, que se desvanece en cuanto las sometemos a un reflexivo examen, ello se debe a que, en el fondo, es a él a quien el chiste da la razón. Pero no atreviéndose a dársela rigurosamente en su contenido ideológico, lo hace por medio de la apariencia lógica que presenta su expresión verbal. Sin embargo, en este caso, como en otros muchos, la chistosa fachada deja entrever la interior seriedad. No será, pues, equivocado aceptar que todas las historietas que presentan una fachada lógica quieren realmente decir aquello que afirman, basándose en fundamentos intencionadamente defectuosos. Este empleo del sofisma para la encubierta exposición de la verdad es precisamente lo que les presta el carácter del chiste, el cual depende, por tanto, principalmente, de la tendencia. Aquello que las dos historietas que ahora analizamos quieren indicar es que el pretendiente resulta ridículo rebuscando tan cuidadosamente las cualidades de la novia, que todas le resultan negativas, sin tener en cuenta, que sea esta u otra cualquiera la mujer que ha de hacer suya, siempre será una criatura humana con sus inevitables defectos, mientras que las únicas cualidades que harían posible el matrimonio, salvando la más o menos defectuosa personalidad de la mujer, serían la mutua inclinación y la recíproca disposición a adaptarse cariñosamente, cosas ambas a las que ni siquiera se hace la menor alusión en todo el trato.

La burla contra el pretendiente contenida en todos estos ejemplos, en los que el intermediario desempeña con gran propiedad el papel de hombre superior, aparece mucho más definida en otras historietas análogas. Cuanto más precisas son estas historietas, menos técnica poseen, constituyendo tan

sólo casos límites del chiste, con cuya técnica no presentan más punto común que la formación de una fachada. Pero a causa de su tendencia y de la ocultación de la misma tras de una fachada adquieren totalmente el efecto de un chiste. La pobreza de sus medios técnicos explica también que muchos chistes de esta clase no pueden prescindir en su expresión, sin perder gran parte de su poder, o sea del *argot*, elemento cómico de efecto análogo al de la técnica del chiste.

Expondremos aquí una de estas historietas, que, poseyendo toda la fuerza del chiste tendencioso, no deja traslucir indicio alguno de la técnica del mismo. El intermediario pregunta: «¿Qué cualidades exige usted de la novia?» Respuesta: «Tiene que ser bonita, rica e instruida». «Bien —replica el intermediario—; pero de eso hago yo tres partidos». Aquí la burla del intermediario es expresada directamente, y ya no encubierta por los ropajes del chiste.

En los ejemplos expuestos hasta ahora, la encubierta agresión se dirigía aún contra personas; así, en los chistes matrimoniales, contra todas las partes interesadas en la boda: novia, pretendiente y familia. Mas el chiste puede atacar igualmente a aquellas instituciones, personas representativas de las mismas, preceptos morales o religiosos e ideas, que, por gozar de elevada consideración, sólo bajo la máscara del chiste, y precisamente de un chiste cubierto por su correspondiente fachada, nos atrevemos a arremeter contra ellas. Obraremos, a mi juicio, acertadamente reuniendo estos chistes bajo una denominación especial, que determinaremos después de analizar algunos ejemplos de esta clase.

Recordemos ahora los ejemplos del arruinado *gourmet* (’salmón con mayonesa’) y del alcohólico profesor, que incluimos entre los chistes sofísticos por desplazamiento, y prosigamos su interpretación. Hemos visto después que cuando la fachada de una historieta muestra una apariencia lógica, el pensamiento de la misma da la razón a su protagonista; pero, cohibido por determinados obstáculos, no se ha atrevido a verificarlo más que en un solo punto en el que la sinrazón del sujeto es fácilmente demostrable. La *pointe* ahí elegida es la justa transacción entre su razón y su sinrazón, término medio que, naturalmente, no resuelve el dilema, pero sí corresponde al conflicto que en nosotros mismos hace al tratar de enjuiciar el caso, Ambas

historietas son sencillamente epicúreas, pues lo que quieren decir es: «Sí; ese hombre tiene razón; no hay nada superior al placer, y es indiferente la forma en que podamos proporcionárnoslo». Esto parece francamente inmoral, y en el fondo no es otra cosa que el *carpe diem* del poeta, basado en la inseguridad de la vida humana y en la esterilidad de la renunciación virtuosa. Si la idea de que el arruinado *gourmet* del chiste obra justamente, no privándose de su plato favorito, repugna tanto a nuestra conciencia, ello se debe tan sólo a tratarse aquí de un placer inferior que nos parece fácilmente renunciable. En realidad, todos y cada uno de nosotros hemos tenido épocas en las que hemos dado la razón a esta filosofía, rebelándonos contra una moral que sólo sabe exigirnos continuos sacrificios sin ofrecernos compensación alguna. Desde que la existencia de un más allá, en el que toda renunciación ha de ser premiada, no es aceptada ya por los hombres —y habría, además, muy pocos creyentes si la fe se midiera por la capacidad de renunciación—. se ha convertido el *carpe diem* en una seria advertencia. Quisiéramos aplazar la satisfacción, pero ¿sabemos acaso si mañana nos hallaremos aún con vida?

Di doman' non c'è certezza[841].

Renunciaríamos con gusto a aquellos caminos de la satisfacción que la sociedad nos prohíbe, más ¿estamos seguros de que aquélla premiará tal renuncia abriéndonos —aunque sea tras de una larga espera— un camino permitido? Puede decirse en voz alta lo que estos chistes se atreven tan sólo a murmurar; esto es, que los deseos y anhelos de los hombres tienen un derecho a hacerse oír al lado de las amplias y desconsideradas exigencias de la moral, y no ha faltado en nuestros días quien con acertada y firme frase ha dicho que nuestra moral es únicamente la egoísta prescripción de una minoría de ricos y poderosos que pueden satisfacer a toda hora, sin aplazamiento alguno, todos sus deseos. Hasta tanto que la Medicina haya logrado asegurar nuestra vida y contribuyan las normas sociales a hacerla más satisfactoria, no podrá ser ahogada en nosotros la voz que se alza contra las exigencias de la Moral. Por lo menos, todo hombre sincero ha de hacerse eco íntimamente de esta confesión. Sólo indirectamente y mediante una nueva ideología es posible resolver este conflicto. Debemos ligar nuestra vida a la de los demás e identificarnos con ellos de tal modo, que la brevedad de la propia duración resulte superable. Pensando así, no debemos intentar a toda costa la

satisfacción de nuestras necesidades, aun por no existir razones según las cuales debamos dejarlas insatisfechas, dado que sólo la perduración de tantos deseos incumplidos puede desarrollar un día poder suficiente para transformar el orden social. Mas como no todas las necesidades personales pueden ser desplazadas de este modo y transferidas a otros, no existirá, por tanto, una general y definitiva solución del conflicto.

Sabemos, pues, ya cómo hemos de denominar los chistes del género últimamente analizados: son chistes *cínicos*. Lo que en ellos ocultan es un *cinismo*.

Entre las instituciones que el chiste cínico acostumbra atacar ninguna posee mayor importancia ni se halla más protegida por los preceptos morales que el matrimonio, pero también ninguna otra invita más al ataque. De aquí que sea aquélla sobre la que ha caído la mayor cantidad de chistes cínicos. No existe aspiración personal más enérgica que la de la libertad sexual, y en ningún otro sector ha intentado ejercer la civilización una opresión más fuerte que en el de la sexualidad. Para nuestras intenciones nos bastará con un único ejemplo, que ya expusimos en páginas anteriores.

«La mujer propia es como un paraguas. Siempre se acaba por tomar un simón». Ya analizamos la complicada técnica de este ejemplo. Se trata de una comparación desconcertante y, en apariencia, imposible; pero que, como ahora veremos, no es chistosa en sí. A más, una alusión (*simón* o *coche público*), y, en calidad de enérgico medio técnico, una omisión que la hace casi ininteligible. La comparación podría explicarse en la siguiente forma: se casa uno para asegurarse contra los ataques de la sexualidad y luego resulta que el matrimonio no permite la total satisfacción de la misma, exactamente como sucede cuando se toma un paraguas para librarse de la lluvia, y, sin embargo, se moja uno en cuanto el agua cae con cierta violencia. En ambos casos tiene uno que buscar una más eficaz protección, un coche público o una mujer asequible por dinero. De este modo queda el chiste casi por completo sustituido por un cinismo. Que el matrimonio no es suficiente a satisfacer la sexualidad del hombre es cosa que no nos atrevemos a declarar abierta y públicamente, a menos que no nos impulse a ello un amor a la verdad y un celo reformador como los de Cristián von Ehrenfels[842]. La fuerza de este chiste consiste en haber expresado tal idea, aunque con toda clase de rodeos.

Un caso especialmente favorable para el chiste tendencioso aparece cuando la crítica rebelde se dirige contra la propia persona, en tanto en cuanto forma parte de una colectividad; por ejemplo, la propia raza o nacionalidad. Esta condición de la autocrítica nos explica que precisamente sobre el suelo de la vida popular judía haya fructificado una gran cosecha de excelentes chistes, de la que hemos dado suficientes muestras en páginas anteriores. Son historietas creadas por individuos del pueblo judío y dirigidas contra peculiaridades de su propia raza. Los chistes que sobre los judíos han sido hechos por personas no pertenecientes a su pueblo son generalmente brutales chanzas en las que todo chiste es ahorrado por el hecho de constituir siempre el judío para los extraños una figura cómica. También los chistes de los judíos sobre sí mismos conceden este hecho, pero su mejor conocimiento de sus verdaderos defectos y de la conexión de éstos con sus buenas cualidades, así como la participación de la propia persona en lo criticable, crean la condición subjetiva de la elaboración del chiste, muy difícil de establecer en otro caso.

Como ejemplo de este género, indicaremos aquella historieta, ya antes expuesta, en la que un judío depone toda corrección en cuanto ve que su nuevo compañero de viaje es un correligionario. Hemos examinado este chiste como un caso de exposición por una minucia, y su misión es indicamos la democrática manera de pensar de los judíos, que no reconocen entre ellos superiores e inferiores, concepción que, si bien tiene su lado bueno, impide también toda disciplina y toda acción conjunta. Otra serie de chistes, especialmente interesantes, describe las relaciones entre los judíos ricos y sus correligionarios pobres. Los héroes de estas historietas son el mísero «sablista» (’Schnorrer’) y el rico negociante o ennoblecido barón. El sablista, que acude a almorzar todos los domingos a la misma casa, aparece un día acompañado de un joven desconocido, que pasa con él al comedor. «¿Quién es este joven?», pregunta el dueño de la casa. «Mi yerno —responde el invitado—; se casó con mi hija la semana pasada y me he comprometido a darle de comer durante un año». Todos estos chistes poseen igual tendencia, que se nos muestra claramente en otra historieta ya expuesta: «El sablista pide al rico barón el dinero necesario para pasar una temporada en Ostende, pues el médico le ha recomendado los baños de mar. El barón encuentra que

Ostende es un lugar carísimo y que en cualquier otra playa más modesta tendrían los baños iguales efectos medicinales. Pero el sablista rechaza la idea, exclamando: “Tratándose de mi salud, nada me parece caro”». Es éste un excelente chiste por desplazamiento, que podemos tomar como modelo de su género. El barón quiere ahorrarse dinero, mas el sablista le responde como si el dinero del barón fuera el suyo propio, que sí podría él sacrificara su salud. El descaro de su pretensión nos invita a reír; pero, excepcionalmente, no están estos chistes provistos de una fachada cuya comprensión induzca a error. La verdad que en ellos se esconde es que el sablista, que trata imaginativamente el dinero del barón como si fuese suyo, tiene —conforme a los sagrados preceptos del pueblo judío— un casi pleno derecho a obrar así. Naturalmente, la rebelión que ha dado origen a este chiste se dirige contra tal ley, que constituye una penosa carga hasta para los más piadosos.

Otra historia: Un sablista encuentra en la escalera de un rico negociante a otro pobre diablo del mismo oficio, que le aconseja no continúe su camino. “No subas hoy; el barón está de mal humor. Lo más que da es un florín”. “¡Ya lo creo que subo! —responde el primero—. ¿Por qué he de regalarle un florín? ¿Acaso me regala él algo a mí?”.

Este chiste se sirve de la técnica del contrasentido, haciendo afirmar al sablista que el barón no le regala nada en el mismo momento en que se dispone a mendigar su regalo. Pero el contrasentido es tan sólo aparente, pues es casi cierto que el rico barón no le regala nada obligado como está por la ley religiosa a dar limosna, y debe incluso agradecer al sablista que le dé ocasión de ejercer la caridad. La vulgar concepción burguesa de la limosna se halla aquí en contradicción con la religiosa y se rebela abiertamente contra ella en otra historieta en la que el barón, emocionado ante la lamentable historia que el sablista le cuenta, llama a sus criados, y exclama: «¡Echad a este hombre! ¡Me está angustiando con sus lágrimas!» Esta franca exposición de la tendencia constituye un nuevo caso límite del chiste. De la queja no chistosa: «No es realmente ventaja ninguna ser rico, siendo judío. La miseria ajena no le deja a uno gozar de la propia felicidad». No se alejan estas dos últimas historietas casi más que por su exposición en forma anecdótica.

Otras historietas que representan asimismo, técnicamente, casos límites del chiste, testimonian de un cinismo profundamente pesimista: «Un sordo

consulta su dolencia al médico, el cual diagnostica que la sordera es debida al abuso que el paciente hace de las bebidas espirituosas, y como primera medida curativa le aconseja una completa abstención. Tiempo después, el médico encuentra en la calle al enfermo y le pregunta, alzando la voz, por su estado de salud. "Ya estoy bien —responde el interrogado—. No necesita usted gritarme. Dejé de beber aguardiente y he recobrado el oído". De nuevo pasa el tiempo y vuelven a encontrarse ambos individuos. El médico se dirige ya esta vez a su cliente en voz natural, pero advierte que no le oye. "Me parece que ha vuelto usted a beber —le grita entonces—, y por eso no oye bien otra vez". "Puede que tenga usted razón —responde el sordo—. He vuelto a beber aguardiente y le voy a explicar a usted por qué. Mientras dejé de beber oía bien, pero nada de lo que oía era tan bueno como el aguardiente"». Este chiste carece de todo medio técnico; el *argot* y las artes del relato tienen que contribuir a provocar la risa, mas detrás de ella espía una triste interrogación: ¿No tendrá el individuo razón sobrada en elegir como lo ha hecho?

Estas historietas pesimistas aluden todas ellas a la diversa y desesperanzada miseria de los judíos, y a causa de esta conexión tenemos que incluirlas entre los chistes tendenciosos.

Otros chistes, cínicos en análogo sentido, y no todos judíos, atacan a los dogmas religiosos y a la misma fe. La historia de la «visión del rabino», cuya técnica consistía en el error intelectual de la equivalencia de fantasía y realidad (también sería defendible su inclinación entre los chistes por desplazamiento), es uno de tales chistes cínicos o críticos, que se dirige contra los hacedores de milagros y seguramente contra la fe en estos últimos. Un chiste directamente blasfemo sería el que se atribuye a Heine en su agonía. Cuando el sacerdote le exhortaba cariñosamente a confiar en la gracia divina y a esperar que hallaría en Dios perdón para sus pecados, hubo de contestar: «Bien sûr qu'il me pardonnera; *c'est son métier*». Es ésta una rebajante comparación y, técnicamente, no posee más valor que el de una alusión. Mas la fuerza del chiste se halla en su tendencia. Lo que quiere decir es: «Claro que me perdonará; para eso está y para eso precisamente me lo he procurado» (como se procura uno un médico o un abogado). De este modo se halla viva aún en el impotente agonizante la conciencia de haber creado a

Dios y haberle conferido un determinado poder para servirse de El en la ocasión propicia. La criatura mortal se da a conocer, aun en el momento de su destrucción, como creadora.

(4)

A las especies hasta ahora examinadas del chiste tendencioso, o sea a los chistes desnudadores u obscenos, agresivo (hostil) y cínico (critico, blasfemo), queremos agregar como la más rara una nueva, cuyo carácter aclararemos por medio de un excelente ejemplo:

Dos judíos se encuentran en un vagón de un ferrocarril de Galitzia.

«¿Adonde vas?» pregunta uno de ellos. «A Cracovia», responde el otro. «¿Ves lo mentiroso que eres? —salta indignado el primero—. Si dices que vas a Cracovia, es para hacerme creer que vas a Lemberg. Pero ahora sé que de verdad vas a Cracovia. Entonces, ¿para qué mientes?»

Esta graciosísima historieta, que demuestra un gran ingenio, actúa claramente por medio de la técnica del contrasentido. ¿De manera que el judío se ve acusado de mentiroso por haber dicho que va a Cracovia, término efectivo de su viaje? Este enérgico medio técnico —el contrasentido— se halla, sin embargo, apareado en este caso con una técnica distinta, la exposición antinómica, pues conforme a la no rebatida afirmación del primero, el segundo miente cuando dice la verdad y dice la verdad por medio de una mentira. El más serio contenido de este chiste es, sin embargo, la interrogación que abre sobre las condiciones de la verdad: señala nuevamente un problema y aprovecha la inseguridad de uno de nuestros usuales conceptos. ¿Decimos verdad cuando describimos las cosas tal como son, sin ocuparnos de cómo el que nos oye interpretará nuestras palabras? ¿O es ésta tan sólo una verdad jesuítica y la legítima veracidad consistirá más bien en tener en cuenta al que nos escucha y procurarle un fiel retrato de su propio conocimiento? Los chistes de este género me parecen suficientemente distintos de los demás para colocarlos en lugar aparte. Aquello que atacan no es una persona ni una institución, sino la seguridad de nuestro conocimiento mismo, uno de nuestros bienes especulativos. Les corresponderá, por tanto, el

nombre de chistes *escépticos*.

(5)

En el curso de nuestro examen de las tendencias del chiste hemos conseguido numerosas aclaraciones y hallado muchas cosas que nos impulsan a proseguir nuestra investigación; pero los resultados obtenidos en este capítulo plantean, al agregarse a los que decimos en el anterior, un difícil problema. Si es cierto que el placer que el chiste produce depende, por un lado, de la técnica, y por otro de la tendencia, ¿desde qué punto de vista común se dejarían reunir estas dos fuentes de placer —tan diversas— del chiste?

B) PARTE SINTÉTICA

4. — El mecanismo de placer y la psicogénesis del chiste

(1)

CONOCEMOS ya de qué fuentes proviene el singular placer que el chiste nos proporciona. Podemos incurrir en el error de confundir el agrado que el contenido ideológico del dicho chistoso nos produce con el placer privativo del chiste mismo; pero sabemos que este placer posee dos fuentes esenciales: la técnica y las tendencias del chiste. Lo que ahora quisiéramos averiguar es en qué forma surge el placer de estas fuentes, o sea cuál es el mecanismo del efecto de placer; y como suponemos que esta investigación nos ha de ser más fácil en el chiste tendencioso que en el inocente, comenzaremos por el primero nuestro análisis.

En el chiste tendencioso surge el placer ante la satisfacción de una tendencia que sin el chiste hubiera permanecido incumplida. No creo ya necesario insistir en las causas de que tal satisfacción constituya una fuente de placer. Mas la forma en que el chiste la consigue se halla ligada a condiciones especiales, cuyo examen puede ampliar considerablemente nuestros conocimientos. Debemos distinguir dos casos. El más sencillo es aquél en que a la satisfacción de la tendencia se opone un obstáculo exterior que es eludido por el chiste. Así en la respuesta que Serenísimo recibe a su impertinente pregunta y en la frase del crítico de arte al que los enriquecidos especuladores muestran sus retratos. Es el primer ejemplo, la tendencia es la de replicar a una ofensa con otra equivalente; en el segundo, la de pronunciar un insulto en lugar de las esperadas manifestaciones admirativas. Y lo que en ambos se opone a dichas tendencias es un factor puramente externo; el poder o la autoridad de las personas a quienes la ofensa va dirigida. Extrañamos, sin embargo, que estos chistes y otros análogos de naturaleza tendenciosa

carezcan, a pesar de obtener nuestro beneplácito, de la facultad de producir un intenso efecto hilarante.

Muy distinta es la cuestión cuando no son factores externos, sino un obstáculo interior lo que se opone a la directa satisfacción de la tendencia; esto es, cuando un sentimiento íntimo se coloca frente a ella. Así sucede, a nuestro juicio, en los agresivos chistes de N., persona en la que una marcada tendencia a la invectiva aparece vigilada y contenida por una elevada cultura estética. Mas con ayuda del chiste queda, en este caso, vencido el obstáculo interior y suprimida la coerción; proceso que, como en los ejemplos de obstáculos exteriores, hace posible la satisfacción de la tendencia y evita, además, una cohibición y el «estancamiento psíquico» que la acompaña.

Al llegar a este punto de nuestra labor nos sentimos inclinados a penetrar más profundamente en las diferencias que la situación psicológica ha de presentar, según la clase del obstáculo, pues sospechamos que la aportación de placer es mucho más grande al ser removido un obstáculo interno que cuando se trata de uno exterior. Pero creemos será más prudente declararnos satisfechos por el momento con uno de los resultados ya obtenidos, esencial para la prosecución de nuestro trabajo y que podemos formular en la forma siguiente: los casos de obstáculo exterior y los de obstáculo interior se diferencian entre sí tan sólo en que en los segundos se remueve una coerción preexistente, y en los primeros lo que se hace es evitar la formación de una nueva.

No creemos constituya ningún atrevimiento especulativo afirmar ahora que tanto para la formación como para el mantenimiento de una coerción psíquica es necesario un «gasto psíquico». Y si agregamos a esto que en ambos casos del empleo del chiste tendencioso se consigue una aportación de placer, no será muy aventurada la hipótesis de que *tal aportación de placer corresponde al gasto psíquico ahorrado*.

De este modo habríamos llegado de nuevo al principio de la *economía*, con el que topamos por vez primera al ocuparnos de la técnica del chiste verbal. Mas si entonces creímos hallar el ahorro en el empleo del menor número posible de palabras o en el de palabras iguales, sospechamos ahora la existencia de una más amplia y general economía de gasto psíquico y tenemos que dar paso a la esperanza de que una más precisa determinación de

este concepto —aún oscuro— del «gasto psíquico» nos aproxime considerablemente al conocimiento de la esencia del chiste.

Al examinar el mecanismo del placer en el chiste tendencioso no pudimos vencer por completo una cierta imprecisión, y tuvimos que aceptarla resignadamente como castigo a nuestro atrevimiento de anteponer lo complicado a lo sencillo, intentando esclarecer el chiste tendencioso antes que el inocente. Pasaremos, pues, ahora al examen de este último; mas antes de hacerlo, dejaremos establecida nuestra hipótesis de que el secreto del efecto de placer del chiste tendencioso consiste en el *ahorro de gastos de coerción o cohibición*.

De aquellos ejemplos de chiste inocente en los que no existía peligro alguno de que nuestro juicio fuera inducido en error por el contenido o la tendencia, tuvimos que deducir la conclusión de que las técnicas del chiste son por sí mismas fuentes de placer. Examinemos ahora si tal placer puede ser atribuido al ahorro de gasto psíquico. En un grupo de estos chistes (los juegos de palabras) consistía la técnica en dirigir nuestra atención psíquica hacia el sonido de las palabras en lugar de hacia su sentido, y dejar que la imagen verbal (acústica) se sustituya a la significación determinada por relaciones con las representaciones objetivas. Parece justificado sospechar que este proceso origina una considerable minoración del trabajo psíquico y que, inversamente, el abstenernos de este cómodo procedimiento, en el apropiado y riguroso empleo de las palabras, es cosa que no llevamos a cabo sin un cierto esfuerzo. Podemos asimismo observar que, en aquellos estados patológicos de la actividad mental en los que se halla efectivamente limitada la posibilidad de concentrar gastos psíquicos en un punto determinado, la imagen sonora de las palabras sustituye a la significación de las mismas, y el enfermo avanza en su discurso siguiendo las asociaciones «externas» de la representación verbal en lugar de las «internas». También en el niño, acostumbrado aún a manejar las palabras como objetos, observamos la tendencia a buscar tras de un mismo o análogo sonido verbal igual significación, tendencia que es fuente de graciosos errores que hacen reír a los adultos. Cuando después, en el chiste, hallamos un innegable placer al trasladarnos, por el uso de la misma palabra o de otra análoga, de un círculo de representación a otro muy lejano (como en el ejemplo del *home-roulard*,

desde el de la cocina al de la política), este placer puede muy bien atribuirse al ahorro de gasto psíquico. El placer que proporciona tal «corto circuito» parece asimismo ser tanto mayor cuanto más extraños son entre sí los dos círculos de representaciones enlazadas por la palabra igual; esto es, cuanto más alejados se hallan uno de otro y, por tanto, cuanto mayor es el ahorro de camino mental, procurado por el medio técnico del chiste. Anotemos, por último, que el chiste se sirve aquí de un medio de conexión que a menudo es rechazado y cuidadosamente evitado por el pensamiento regular[843].

Un segundo grupo de medios técnicos del chiste —unificación, similicadencia, múltiple empleo, modificación de conocidos modismos, alusión a citas literarias— muestra el definido carácter común de ofrecernos algo ya conocido allí donde esperábamos encontrar algo nuevo. Este reencuentro de lo conocido es en extremo placiente, y no hallamos dificultad alguna para reconocer tal placer como placer de ahorro y tributo al ahorro de gasto psíquico.

Parece generalmente aceptado el hecho de que el reencuentro de lo conocido produce placer. Así escribe Groos[844]: «El reconocimiento se halla siempre ligado allí donde no ha llegado a mecanizarse excesivamente (como en el acto de vestirnos, etc.), a sensaciones de placer. Ya la simple cualidad de lo conocido se muestra acompañada por aquel suave bienestar que invade a Fausto cuando, tras de un sospechoso encuentro, penetra de nuevo en su laboratorio…» «Si el acto del reconocimiento es de este modo productor de placer, podremos esperar que el nombre incurra en el deseo de ejercitar esta facultad por sí misma, y, por tanto, experimente con ella un juego. Efectivamente, Aristóteles ve en la alegría del reconocimiento la base del goce artístico, y no puede negarse que este principio no debe ser perdido de vista, aunque no posea tan amplia significación como Aristóteles le atribuye».

Groos analiza después los juegos, cuyo carácter consiste en intensificar la alegría del reconocimiento, colocando obstáculos en el camino del mismo; esto es, provocando un «estancamiento psíquico» que es suprimido por el acto del reconocimiento. Mas en su intento explicativo abandona la hipótesis de que el reconocimiento es placiente por sí mismo, y refiere el placer que en estos juegos se produce a la *alegría* de la conciencia de *poder* o de la

superación de una dificultad. A nuestro juicio, este último factor es secundario, y no vemos en él motivo alguno para abandonar nuestra más sencilla hipótesis de que el reconocimiento es placiente en sí, esto es, por la aminoración del gasto psíquico, y que los juegos fundados en la consecución de este placer se sirven del mecanismo del estancamiento psíquico, exclusivamente para elevar la magnitud del mismo.

Se acepta asimismo que la rima, la aliteración, el estribillo y otras formas de la repetición de sonidos verbales análogos, en la poesía, utilizan la misma fuente de placer, o sea el reencuentro de lo conocido. En estas técnicas, que tantas coincidencias muestran con la del «múltiple empleo», en el chiste no desempeña papel alguno visible un «sentimiento de poder».

Dada la estrecha relación existente entre reconocimiento y recuerdo, no creemos muy aventurada la hipótesis de que existe también un placer de recuerdo; esto es, que el acto de recordar produce por sí mismo una sensación de placer de análogo origen. Groos no parece muy contrario a tal hipótesis, pero deriva nuevamente el placer del recuerdo de aquella «sensación de poder», en la que, erróneamente, a nuestro juicio, busca la razón principal del goce en casi todos los juegos.

En el «reencuentro de lo conocido» reposa también el empleo de otro medio auxiliar técnico del chiste, del que no hemos hablado hasta ahora. Me refiero al factor «actualidad», que, a más de constituir en muchos chistes una generosa fuente de placer, explica varias singularidades de la historia vital del dicho chistoso.

Por razones harto comprensibles no nos es posible utilizar como ejemplos en un tratado sobre el chiste más que aquellos que precisamente carecen de esta condición de «actualidad». Pero no debemos olvidar que quizá más que de tales chistes perennes hemos reído de otros que ahora ya no nos decidimos a comunicar, porque necesitarían de largos comentarios y ni con este auxilio llegarían a producir el efecto que antes alcanzaron. Tales chistes no contenían más que alusiones a personas o sucesos que en épocas pasadas fueron de «actualidad», habiendo despertado y conservado durante cierto tiempo el interés general. Extinguido este interés, y terminado el suceso correspondiente, perdieron ya estos chistes una gran parte de su efecto placiente. Así, el chiste que sobre el postre que nos servían hizo nuestro

anfitrión, calificándolo de *home-roulard,* no me parece ahora tan bueno como entonces, cuando el *Home-Rule* era uno de los temas imprescindibles en la sección política de todo periódico. Si ahora intento realzar el mérito de este chiste por la circunstancia de que la palabra en la que reside nos conduce, ahorrándonos un largo rodeo mental, desde el círculo de representaciones de la cocina al tan lejano a éste de la política, en aquella época hubiera tenido que modificar mi descripción, diciendo que «la palabra chistosa nos conducía desde el círculo de representaciones de la cocina al de la política, muy alejado del primero, pero que había seguramente de interesarnos por estar ocupando de continuo nuestra atención». Otro chiste: «Esa muchacha me recuerda a Dreyfus; el ejército no cree en su inocencia», ha perdido hoy también gran parte de su efecto, a pesar de que sus medios técnicos no han sufrido modificación alguna. El desconcierto producido por la comparación en él expuesta y el doble sentido de la palabra «inocencia» no son suficientes para compensar la pérdida de efecto que supone el que la alusión, dirigida entonces a un suceso reciente y revestido de interés inmediato, recuerde hoy tan sólo algo ya indiferente y casi olvidado. Otros chistes de esta clase, que hoy nos producen irresistible efecto, lo perderán en gran parte dentro de poco tiempo, y más tarde, cuando sea imposible relatarlos sin el auxilio de un comentario aclaratorio, serán totalmente nulos, a pesar de todas las excelencias de su técnica.

Una gran cantidad de los chistes lanzados a la circulación recorre de este modo un curso vital en el que a una época de florecimiento sucede otra de decadencia, y luego un total olvido. Mas por cada chiste que de este modo perece, creamos, impulsados por la necesidad de extraer placer de nuestros propios procesos mentales y, apoyándonos en los nuevos intereses de «actualidad», otro que lo sustituye. La fuerza vital de este género de chistes no es algo a ellos inherente, sino tomado, por medio de la alusión, de aquellos otros intereses cuyo curso determina los destinos del chiste. El factor «actualidad», que se agrega como una pasajera pero generosa fuente de placer a las propias del chiste mismo, no puede ser juzgado equivalente al reencuentro de lo conocido. Trátase más bien de una serie de cualidades especiales de lo conocido, o sea las de ser reciente y preciso y no hallarse aún empañado por el olvido. También en la formación de los sueños hallamos una

especial preferencia por lo reciente, y no podemos por menos de sospechar que la asociación con lo inmediato es recompensada con una especial prima de placer, o sea facilitada.

La unificación, que no es otra cosa que la repetición, pero ya no en el sector del material verbal, sino en el del contenido ideológico, ha sido considerada por Th. Fechner como una especial fuente de placer del chiste. Así, escribe este autor (*Vorschule der Aesthetik*, *I*, XVII): «A mi juicio, el principio de la conexión unitaria de lo diverso desempeña en el sector de que nos ocupamos el papel principal; mas precisa, sin embargo, de circunstancias accesorias que le apoyen para hacer surgir con su singular carácter el placer de los casos de que tratamos pueden proporcionar[845]».

En todos estos casos de repetición del mismo contexto o del mismo material verbal, o de reencuentro de lo conocido y reciente, no podrá discutírsenos la facultad de derivar el placer que experimentamos del ahorro de gasto psíquico, siempre y cuando este punto de vista demuestre ser utilísimo no sólo para esclarecer numerosos detalles del problema investigador, sino también para el descubrimiento de nuevas generalidades. Mas antes de entrar en la aplicación de nuestra hipótesis deberemos poner en claro la forma en que tal ahorro se efectúa y determinar con mayor precisión el sentido de la expresión «gasto psíquico».

El tercer grupo de las técnicas del chiste —sobre todo del chiste intelectual—, en el que quedan comprendidos los errores intelectuales, el desplazamiento, el contrasentido, la exposición antinómica, etc., puede presentar a primera vista un carácter especial y no delatar parentesco alguno con las técnicas del reencuentro de lo conocido o de la sustitución de las asociaciones objetivas por las asociaciones verbales; esto no obstante, resulta harto fácil aplicar también a estos casos el punto de vista del ahorro o minoración del gasto psíquico.

No puede dudarse de que es más fácil y cómodo desviarse de una ruta mental iniciada que conservarse en ella, confundir lo heterogéneo que establece marcadas antítesis, y sobre todo admitir como válidas consecuencias que la lógica rechaza o prescindir en la unión de palabras o pensamientos, de la condición de que formen un sentido.

Y precisamente es esto lo que realizan las técnicas de que ahora tratamos.

Mas lo extraño es que tal actividad de la elaboración del chiste constituye una fuente de placer, siendo así que todos estos rendimientos defectuosos de la actividad mental sólo sensaciones de placer nos proporcionan en otros sectores diferentes.

El «placer de disparatar» —como pudiéramos denominarlo abreviadamente— se halla encubierto hasta su completa ocultación en la vida corriente. Para descubrirlo tenemos que colocarnos ante dos casos especiales en los que es aún visible o se hace visible de nuevo; la conducta del niño mientras aprende a manejar su idioma y la del adulto que se halla bajo los efectos de una acción tóxica. En la época en que el niño aprende a manejar el tesoro verbal de su lengua materna le proporciona un franco placer de «experimentar en juego» (Groos) con este material y une las palabras sin tener en cuenta para nada su sentido, con el único objeto de alcanzar de este modo el efecto placiente del ritmo o de la rima. Este placer va siéndole prohibido al niño cada día más por su propia razón, hasta dejarlo limitado a aquellas uniones de palabras que forman un sentido. Todavía en años posteriores da la tendencia a superar las aprendidas limitaciones en el uso del material verbal muestras de su actividad en el sujeto, haciéndole modificar las palabras por medio de determinados afijos, transformar sus formas merced a dispositivos especiales (reduplicación) o hasta crear, para entenderse con sus camaradas de juego, un idioma especial, esfuerzos todos que después surgen de nuevo en determinadas categorías de enfermos mentales.

A mi juicio, sea cualquiera el motivo a que obedeció el niño al comenzar estos juegos, más adelante los prosigue, dándose perfecta cuenta de que son desatinados y hallando el placer en el atractivo de infringir las prohibiciones de la razón. No utiliza el juego más que para eludir el peso de la razón crítica. Pero las limitaciones que la misma establece en este punto son bien poca cosa comparadas con las que luego, durante la educación, tienen que ser constituidas para lograr la exactitud del pensamiento y enseñarle a distinguir en la realidad lo verdadero de lo falso. A éstas más poderosas limitaciones corresponde una más honda y duradera rebeldía del sujeto contra la coerción intelectual y real, rebeldía en la que quedan comprendidos los fenómenos de la actividad imaginativa. El poder de la crítica llega a ser tan grande en el último estadio de la niñez y en el período de aprendizaje que va más allá de la

pubertad, que el «placer de disparatar» no se aventura ya a manifestarse directamente sino muy raras veces. Los muchachos ya casi adolescentes no se atreven a disparatar sin rebozo alguno, pero su característica tendencia a una actividad sin objeto me parece ser una derivación directa del placer de disparatar. En los casos patológicos se ve muy frecuentemente cómo esta tendencia se intensifica hasta el punto de volver a dominar las conferencias y respuestas de los escolares; en algunos de éstos, atacados de neurosis, he podido comprobar que el placer inconsciente que les producían sus propios desatinos tenía en lo equivocado de sus respuestas una participación equivalente a la de su ignorancia.

Más tarde el estudiante no prescinde tampoco de manifestar esta rebeldía contra la coerción intelectual y real, cuyo dominio sobre su individualidad siente hacerse cada vez más ilimitado e intolerante. Una gran parte de los chistes estudiantiles tienen su origen en esta reacción. Con el alegre disparatar que reina en las reuniones juveniles en torno de la mesa de una cervecería, intenta el estudiante salvar el placer de la libertad del pensamiento que la disciplina universitaria va aminorando cada vez más. Todavía en épocas posteriores, cuando el alegre estudiante se ha convertido en hombre maduro y, reunido con otros de su talla en un Congreso científico, se ha sentido trasladado de nuevo a su época de aprendizaje, busca al terminar las sesiones un periódico satírico o una humorística conversación que, tomando a burla disparatadamente los nuevos conocimientos adquiridos, le compensen de las nuevas coerciones intelectuales que los mismos han traído consigo.

Mas en la edad adulta la crítica que ha reprimido el placer de disparatar llega a adquirir tal fuerza, que no puede ser eludida, ni siquiera temporalmente, sin la cooperación de medios auxiliares tóxicos. El valioso servicio que el alcohol rinde al hombre es el de transformar su estado de ánimo; de aquí que no en todos los casos sea fácil prescindir de tal «veneno». El buen humor surgido endógenamente o tóxicamente provocado debilita las fuerzas coercitivas, entre ellas la crítica, y hace accesibles de este modo fuentes de placer sobre las que pesaba la coerción. Es harto instructivo ver cómo conforme el buen humor va imponiendo su reinado van disminuyendo las cualidades que del chiste se exigen. El buen humor sustituye al chiste, como éste tiene, a su vez, que esforzarse en sustituir al primero, cuando falta,

para evitar que permanezcan reprimidas duramente determinadas posibilidades de placer, entre ellas el placer de disparatar.

Bajo la influencia del alcohol el adulto se convierte nuevamente en niño, al que proporciona placer la libre disposición del curso de sus pensamientos sin observación de la coerción lógica.

Esperamos haber demostrado que las técnicas de contrasentido del chiste corresponden a una fuente de placer. Recordemos ahora únicamente que este placer surge del ahorro de gasto psíquico y de la liberación de la coerción de la crítica.

Una revisión de las técnicas del chiste, que antes dividimos en tres grupos, nos hace observar que el primero y el tercero de ellos, la sustitución de las asociaciones objetivas por asociaciones verbales y el empleo del contrasentido, pueden reunirse en uno sólo como procedimientos de restablecer antiguas libertades y de descargar al sujeto del peso de las coerciones impuestas por la educación intelectual. Estas técnicas son, por decirlo así, «reducciones de la carga psíquica», y podemos colocarlas hasta cierto punto en contraposición al ahorro que la técnica realiza en el segundo grupo. Por tanto, la reducción del gasto psíquico ya existente y el ahorro del venidero son los dos principios sobre los que descansan la técnica del chiste y todo el placer que la misma produce. Las dos clases de técnica y de aportación de placer coinciden, por lo demás —en conjunto—, con la división del chiste en verbal e intelectual.

(2)

Las reflexiones que anteceden nos han aproximado al conocimiento de una psicogénesis del chiste, en la que intentaremos penetrar ahora más hondamente. Hemos llegado a conocer ciertos grados preliminares del chiste, cuyo desarrollo hasta el chiste tendencioso nos puede seguramente descubrir nuevas relaciones entre los diversos caracteres del chiste. Anterior a éste es algo que podemos calificar de juego y que aparece en el niño mientras aprende a emplear palabras y a unir ideas, obedeciendo probablemente a uno

de los instintos que obligan al niño a ejercitar sus facultades (Groos). En este ejercicio descubre el sujeto infantil efectos de placer surgidos de la repetición de lo análogo y del reencuentro de lo conocido, que demuestran ser inesperados ahorros de gasto psíquico. No es de admirar que estos efectos de placer impulsen al niño a dedicarse con entusiasmo a su juego, sin tener para nada en cuenta la significación de las palabras y la coherencia de las frases. Así, pues, el primer grado preliminar del chiste sería el juego con palabras e ideas, motivado por determinados efectos placientes del ahorro.

A este juego pone fin el robustecimiento de un factor que merece ser calificado de crítica o razón. El juego es entonces rechazado como fallo de sentido o francamente disparatado; la crítica le ha hecho ya imposible. Al mismo tiempo queda también excluida por completo la consecución de placer de fuentes tales como el reencuentro de lo conocido, etc., salvo casualmente cuando se apodere del sujeto un alegre estado de ánimo que, como la alegría infantil, suprima la coerción crítica. Sólo en este caso se hace de nuevo posible el antiguo juego aportador de placer; pero el hombre no se conforma con esperar la aparición de estas circunstancias, renunciando a procurarse el placer a voluntad, sino que busca medios que hagan al mismo independiente de su estado de ánimo. El subsiguiente desarrollo del juego hasta el chiste es recogido por dos aspiraciones: la de eludir la crítica y la de subsistir el estado de ánimo.

De este modo se constituye el segundo grado preliminar del chiste, o sea la «chanza». Se trata de continuar la aportación de placer del juego y amordazar las exigencias de la crítica, que no dejarían surgir la sensación de placer. Para alcanzar este fin no existe sino un único camino. La yuxtaposición disparatada de palabras o la sucesión contra sentido de pensamientos tiene forzosamente que adquirir un sentido. Todo el arte de la elaboración del chiste se dedica a hallar aquellas palabras o constelaciones de ideas en que esta condición se muestre cumplida. Ya aquí, en la chanza encuentran empleo todos los medios técnicos del chiste, y los usos del lenguaje no hacen entre chanza y chiste ninguna distinción importante. Lo que diferencia a la chanza del chiste es que el sentido de la frase arrancada a la crítica no necesita ser valioso, nuevo, ni siquiera bueno; basta con que pueda expresarse en la forma escogida, aunque sea desacostumbrado

superfluo e inútil expresarlo así. En la chanza aparece en primer término la satisfacción de haber realizado lo que la crítica prohibía.

Así, es únicamente una chanza cuando Schleiermacher define los celos como la pasión que busca con celo lo que dolor produce (*Eifersucht* ist eine *Leidenschaft*, die mit *Eifer sucht* más *Leidenschaff t*). También constituye una chanza el siguiente dicho del profesor Kästner, que en el siglo XVIII explicaba Física —y hacía chistes— en la Universidad de Gotinga: «Viendo, al pasar lista a sus alumnos, que había uno cuyo nombre era Guerra, le preguntó qué edad tenía. "Treinta años", contestó el estudiante. "¡Ah!, entonces tengo el honor de contemplar la guerra de los Treinta Años[846]"». Con una chanza respondió Rokitansky a un individuo que le preguntaba qué profesión había escogido cada uno de sus cuatro hijos: *«Dos curan (heilen)* y dos *aúllan (heulen)»*. Similicadencia «heilen, heulen»; esto es, dos son médicos y los otros dos cantantes. La respuesta era justa y en ella no se decía nada que no estuviese expresado en la frase normal: dos son médicos y otros dos cantantes. Es, por tanto, indudable que si la frase tomó una forma anormal fue tan sólo por el placer derivado de la unificación y la similicadencia de los dos verbos empleados.

Me parece que vamos viendo ya claramente en esta cuestión. Hemos visto estorbada de continuo nuestra valoración de las técnicas del chiste por el hecho de no ser éstas privativas del mismo y, sin embargo, parecía depender de ellas toda su esencia, dado que, suprimiéndolas por medio de la reducción, desaparecerían tanto el placer como el carácter mismo del chiste. Mas observamos ahora que lo que hemos descrito como técnicas del chiste, y en cierto sentido tenemos que seguir denominando así, son más bien las *fuentes* de las que el chiste extrae el placer. No podremos, por tanto, extrañar en adelante que otros procedimientos encaminados al mismo fin extraigan placer de las mismas fuentes. En cambio, la técnica peculiar y exclusiva del chiste se hallará en su procedimiento de proteger el empleo de estos medios productores de placer contra las exigencias de la crítica, que motivarían la desaparición del mismo. De este procedimiento no podemos por ahora decir casi nada con carácter general; la elaboración del chiste se manifiesta, como ya hemos indicado, en la selección de aquel material verbal y aquellas situaciones intelectuales que permiten al antiguo juego, con palabras e ideas,

soportar victoriosamente el examen de la crítica. Para este fin tienen que ser aprovechadas con máxima habilidad todas las peculiaridades del tesoro verbal y todas las constelaciones de la conexión ideológica. Quizá nos hallemos más adelante en situación de caracterizar la elaboración del chiste por medio de una determinada propiedad; mas, por lo pronto, tenemos que dejar inexplicado cómo se realiza la selección necesaria al chiste. La tendencia y la función del chiste, consistentes en proteger de la crítica las conexiones verbales e ideológicas productoras del placer, se muestran ya en la chanza como sus más esenciales características. Desde el principio su función es la de suprimir coerciones internas y alumbrar fuentes que las mismas habían cegado. Más adelante hallaremos cómo permanece fiel a este carácter a través de todo su desarrollo.

Nos hallamos ahora en situación de fijar al factor del «sentido en lo desatinado», al que los autores conceden tan grande importancia para la caracterización del chiste y para la explicación de su efecto, de placer, en justa situación. Los dos puntos fijos de la condicionalidad del chiste, su tendencia a continuar el juego productor de placer y su esfuerzo en protegerlo de la crítica de la razón, aclaran, sin necesidad de más amplias explicaciones, por qué el chiste aislado, cuando se nos muestra disparatado desde un punto de vista, tiene, desde otro, que parecemos sensato o, por lo menos, admisible. A la elaboración del chiste corresponde lograr este efecto; allí donde no lo consigue, es rechazado aquél como un desatino. Mas no tenemos necesidad de derivar el efecto de placer del chiste de la pugna de las sensaciones que surgen del sentido y al mismo tiempo desatino del mismo, sea directamente, sea por el camino del «desconcierto y esclarecimiento». Tampoco nos vemos precisados a aproximarnos más al problema de cómo puede surgir el placer, de la alternativa de tener por disparatado y reconocer como sensato el chiste. La psicogénesis del mismo nos ha enseñado que el placer del chiste procede del juego con palabras o del desencadenamiento del desatino, y que su sentido se halla destinado exclusivamente a proteger este placer contra su supresión por la crítica.

Con esto habríamos explicado en la «chanza» el esencial carácter del chiste. Podremos, por tanto, dirigir ahora nuestra atención al subsiguiente desarrollo de la chanza hasta culminar en el chiste tendencioso. La chanza

coloca aún en primer término la tendencia a agradarnos y se contenta con que su expresión no nos parezca desatinada o falsa de todo contenido. Cuando esta misma expresión se muestra plena de contenido o de valor se transforma la chanza en *chiste*. Un pensamiento que hubiera sido digno de todo nuestro interés, aun expresado en la forma más sencilla, aparece revestido de una forma que tiene que despertar, por sí misma, nuestro agrado, haciéndonos pensar, además, que una tal coincidencia no ha surgido, ciertamente, sin propósito determinado. Impulsados por esta idea, nos esforzamos en adivinar las intenciones en que la formación del chiste se basa. Una observación que antes hicimos como de pasada nos servirá ahora de guía. Hemos advertido antes que un buen chiste nos produce un agradable efecto de conjunto en el que no podemos distinguir qué parte del placer se debe a la forma chistosa y qué otra al excelente contenido ideológico. Constantemente nos equivocamos en esta valoración, sobreestimado unas veces la bondad del chiste, a consecuencia de nuestra admiración por el pensamiento en él contenido y otras el valor de tal pensamiento impulsados por el placer que el revestimiento chistoso nos proporciona. No sabemos lo que nos causa placer ni de qué reímos. Esta inseguridad de nuestro juicio puede quizá haber proporcionado el motivo para la formación de lo que estrictamente denominamos «chiste». El pensamiento busca el ropaje chistoso porque por medio del mismo se recomienda a nuestra atención y puede parecemos más importante y valioso, pero ante todo, porque tales vestiduras sobornan y confunden a nuestra crítica. Nos inclinamos a atribuir al pensamiento la complacencia que la forma chistosa nos ha producido y tendemos a no hallar equivocado lo que nos ha causado placer, para no cegar de este modo una fuente del mismo. Si el chiste nos hace reír, queda establecida en nosotros una disposición desfavorable a la crítica, pues se nos impone desde el exterior aquel estado de ánimo que antes se satisfacía con el juego y que el chiste se ha esforzado en sustituir por todos los medios. Aunque, anteriormente, hemos establecido que tales chistes debían denominarse inocentes, esto es, no tendenciosos, nos vemos ahora obligados a reconocer que, en sentido estricto, sólo la chanza carece de toda tendencia, no obedeciendo a otra intención que a la de crear placer. El chiste —aunque el pensamiento que contenga carezca de todo propósito y sirva, por tanto, únicamente a un interés intelectual

teórico —no carece nunca de tendencia, pues persigue una segunda intención: la de mejorar el pensamiento, fortificándolo, y asegurarlo así contra la crítica. De este modo exterioriza el chiste su naturaleza primitiva, colocándose enfrente de un poder limitador y coercitivo: el juicio crítico.

Esta primera utilidad del chiste, que va más allá de la producción de placer, señala el camino a sus demás funciones. El chiste queda ya reconocido como un factor de poder psíquico, cuya intervención puede ser decisiva. Los grandes instintos y tendencias de la vida anímica lo toman a su servicio para alcanzar sus fines. El chiste, primitivamente exento de tendencias y que comenzó como juego, entra, *secundariamente*, en relación con tendencias a las que, en definitiva, nada de lo que se constituye en la vida anímica puede escapar. Sabemos ya lo que puede rendir al servicio de las tendencias desnudadora, hostil, cínica y escéptica. En el chiste obsceno, derivado del chiste «verde», convierte a aquella tercera persona que constituía un estorbo en la situación sexual primitiva —sobornándola al compartir con ella el placer conquistado— en un aliado ante el que la mujer tiene que avergonzarse. En la tendencia agresiva transforma por igual medio al oyente, imparcial al principio, en un secuaz de su odio o su desprecio y hace surgir contra el enemigo un poderoso ejército allí donde antes no existía sino un solo combatiente. En el primer caso, domina la coerción del pudor y de la decencia por medio de la prima de placer que ofrece; en el segundo, elude de nuevo el juicio crítico, que sin él hubiese examinado el caso discutido. En los casos tercero y cuarto, al servicio de la tendencia cínica y escéptica, destruye el chiste, fortificando el argumento aducido y constituyendo un nuevo modo de ataque, el respeto a instituciones y verdades admitidas por el oyente. Allí donde el argumento intenta atraer la crítica de aquél, tiende el chiste a evitarlo, dándole de lado. No cabe duda de que el chiste ha escogido el camino más eficaz psicológicamente.

En esta revisión de la función del chiste tendencioso hemos hallado, en primer término, algo muy fácil de observar: el efecto del chiste en aquel que lo escucha. Pero mucho más importantes para la inteligencia de estos problemas son las funciones que el chiste lleva a cabo en la vida anímica de aquel que lo dice, o dicho con mayor precisión, de aquél a quien se le ocurre. Ya antes nos propusimos —y hallamos aquí ocasión para renovar nuestros

propósitos— estudiar los procesos psíquicos del chiste, teniendo en cuenta su relación a dos personas diferentes. Por lo pronto, manifestaremos nuestra sospecha de que el proceso estimulado por el chiste en el oyente reproduce, en la mayoría de los casos, el que antes ha tenido lugar en el autor. Al obstáculo exterior que ha de ser vencido en el primero, corresponde en este último un obstáculo interno, que, como mínimo, será la representación coercitiva del obstáculo externo que ha de vencer. En algunos casos, el obstáculo interno que es vencido por el chiste tendencioso resulta evidente. Así, de los chistes de N. tenemos que suponer que no se limitan a proporcionar al oyente el placer de la agresión injuriosa, sino que, ante todo, facilitan al mismo N. la producción de dichas injurias, constituyendo el único camino por el que se le es posible exteriorizarlas. Entre las especies de la coerción o cohibición interna existe una especialmente digna de nuestro interés, por ser la de mayor amplitud. Es ésta la que conocemos con el nombre de «represión», y se caracteriza por sus efectos, consistentes en excluir de la conciencia los sentimientos que caen bajo su acción, con todos sus derivados y ramificaciones. Ya veremos, más adelante, cómo el chiste tendencioso consigue extraer placer incluso de estas fuentes sometidas a la represión. Si, como antes indicamos, es posible referir de este modo el vencimiento de obstáculos exteriores al de coerciones y represiones interiores, podremos decir que el chiste tendencioso demuestra más claramente que ningún otro de los grados evolutivos del chiste el carácter esencial de la elaboración del mismo, constituido por el hecho de dar libertad a magnitudes de placer por medio de la remoción de coerciones. El chiste tendencioso fortifica las tendencias a cuyo servicio se coloca, aportándoles auxilios procedentes de sentimientos reprimidos o entra abiertamente al servicio de tendencias reprimidas.

Podemos admitir sin dificultad que éstas son las funciones del chiste tendencioso; pero, al hacerlo, reflexionamos que no hemos llegado aún a comprender en qué forma le es posible llevarlas a cabo. Toda la fuerza de estos chistes se halla en el placer que extraen del juego con palabras y de la liberación del disparate, y si hemos de juzgar por la impresión que hemos recibido de las chanzas desprovistas de tendencia, no podemos atribuir a este placer tan considerable magnitud que nos sea dable suponerle poder

suficiente para remover arraigados obstáculos e intensas represiones. Pero lo que realmente sucede, en este punto concreto, es que no se trata de la sencilla actuación de una fuerza, sino de un complicado sistema de fuerzas combinadas. En lugar de exponer aquí el largo rodeo por el que he llegado al conocimiento de esta circunstancia, trataré de representarla por un corto camino sintético.

G. Th. Fechner ha establecido en *La introducción a la Estética* (T. I. V.) el «principio de la cooperación» o puja estética, exponiéndolo en la forma siguiente: *De la unión de condiciones de placer, de escasa potencia cada una, surge un resultado de placer, superior, a veces considerablemente, al que corresponde al valor de placer de tales condiciones tomadas por separado, y mayor aún de lo que pudiera explicarse por la suma de cada uno de los efectos. Por medio de tal reunión puede hasta conseguirse un positivo resultado de placer, incluso cuando cada uno de los factores es por sí solo incapaz de lograrlo*. A mi juicio, el tema del chiste no nos ofrece grandes ocasiones de confirmar la certeza de este principio, demostrable en muchas otras creaciones artísticas. Sin embargo, nuestra investigación nos ha enseñado algo que, por lo menos, muestra cierta relación con la hipótesis de Fechner; pues hemos visto que en la actuación conjunta de varios factores productores de placer no nos es posible atribuir a cada uno de ellos la parte que realmente le corresponde en el resultado. Lo que sí haremos es modificar la situación supuesta en el principio de la cooperación y establecer para estas nuevas condiciones una serie de interrogantes merecedoras de aclaración.

¿Qué sucede, en general, cuando en una constelación aparecen condiciones de placer junto a condiciones de displacer? ¿De qué depende entonces el resultado y en qué se manifiesta? El caso del chiste tendencioso es un caso especial entre estas posibilidades. Existe un sentimiento o aspiración que quería extraer placer de una determinada fuente y lo hubiera conseguido de no tropezar con un obstáculo; de otra parte, existe otra aspiración que actúa en contra de este desarrollo de placer, estorbándolo o reprimiéndolo. La aspiración represora tiene que ser, como lo demuestra el resultado, más fuerte, en una cierta magnitud, que la reprimida, la cual no por ello desaparece.

Agrégase ahora una nueva aspiración que extraería placer del mismo

proceso, aunque de distintas fuentes, aspiración que actúa, por tanto, en el mismo sentido que la reprimida. ¿Cuál será en este caso el resultado? Un ejemplo nos orientará mejor que cualquier esquematización. Supongamos existente la aspiración a insultar a una determinada persona; mas al paso de esta aspiración salen el sentimiento del propio decoro y la cultura estética, con tal fuerza, que el insulto tiene que ser retenido, y si pudiera surgir mediante una transformación de la situación o del estado de ánimo, esta victoria de la tendencia insultante sería sentida después con displacer. Queda, pues, suprimido el insulto. Mas se ofrece la posibilidad de extraer un buen chiste del material de palabras y pensamientos que habían de servir para expresarlo, o sea una ocasión de extraer placer de otras fuentes distintas, cuyo acceso no está prohibido por la misma represión. Sin embargo, esta segunda conquista de placer no podría realizarse si el insulto hubiera de ser abandonado; mas en cuanto éste es admitido, en su nueva forma expresiva, queda ligada también a él la nueva consecución de placer. Nuestra experiencia del chiste tendencioso nos muestra que en tales circunstancias puede recibir la tendencia reprimida, con la ayuda del placer del chiste, la energía suficiente para vencer la coerción, que de otro modo la superaría en energía. Se insulta porque con ello se hace el chiste. Pero el placer a que se aspira no es el producido por el chiste; es incomparablemente superior, y tanto mayor que el placer del chiste cuanto que debemos suponer que la tendencia antes reprimida ha conseguido imponerse y manifestarse por entero. En estas circunstancias es en las que el chiste tendencioso excita más nuestra hilaridad.

La investigación de las condiciones de la risa nos llevará quizá a una más definida representación del proceso por el que el chiste coadyuva a la lucha contra la represión. Pero vamos también ahora que el caso del chiste tendencioso es un caso especial del principio de la cooperación. Una posibilidad de desarrollo de placer se agrega a una situación en la que otra posibilidad se halla cohibida de tal manera, que no podría por sí sola producir placer ninguno. El resultado de esta agregación es un desarrollo de placer muy superior al de la posibilidad agregada, la cual ha actuado como *prima de atracción*; por medio de la oferta de una pequeña magnitud de placer se ha conquistado una gran cantidad del mismo, que de otro modo hubiera sido

difícil de lograr. Resulta ahora muy justificada la sospecha de que este principio corresponde a un proceso que se verifica en muchos y muy alejados dominios de la vida anímica y creo muy apropiado calificar de *placer preliminar (Vorlust)* el placer que actúa como prima de atracción para conseguir la libertad de una magnitud mucho más considerable. El principio que de este modo dejamos establecido será, pues, el *principio del placer preliminar*.

Podemos ya exponer la fórmula del mecanismo del chiste tendencioso; se pone éste al servicio de determinadas tendencias con el fin de engendrar nuevo placer, suprimiendo retenciones y represiones por medio del placer del chiste, que actúa en calidad de placer preliminar. Examinando su desarrollo, podemos decir que el chiste ha permanecido fiel a su esencia desde su origen hasta su perfección. Comienza como un juego dedicado a extraer placer del libre empleo de palabras e ideas. Luego, en cuanto el robustecimiento de la razón rechaza, como falto de sentido, el juego con las palabras, y como disparatado aquél en que intervienen ideas, se transforma en chanza para conservar estas fuentes de placer y poder conquistar nuevo placer por medio de la liberación del disparate. Como chiste propiamente dicho, aun exento de toda tendencia, presta su ayuda a las ideas y las fortalece contra los ataques del juicio crítico, actividad en la que se sirve del principio de la confusión de las fuentes de placer; por último, entra al servicio de importantes tendencias que luchan contra represión y se consagra a suprimir obstáculos interiores, conforme al principio del placer preliminar. La razón —el juicio crítico— y la represión son los poderes que uno tras otro va combatiendo, mientras conserva las primitivas fuentes de placer verbal y se abre paso, a partir del grado de la chanza, hasta otras nuevas, por medio de la remoción de obstáculos. El placer que produce, sea placer de juego o de remoción, lo podemos derivar, en cada caso, del ahorro de gasto psíquico, siempre que esta concepción no se manifieste contraria a la esencia del placer y demuestre ser fructífera en otros campos[847].

5. — **Los motivos del chiste. El chiste como fenómeno social**.

HABIENDO reconocido como motivo suficiente de la elaboración del ch intención de conseguir placer, parece ahora inútil resucitar esta cuestión. Mas, por un lado, no es imposible que otros motivos diferentes tomen parte en la producción del chiste, y por otro, no debemos dejar de incluir en nuestra investigación el problema de la condicionalidad subjetiva del mismo.

Dos hechos nos impulsan ante todo a hacerlo así. La elaboración del chiste es, desde luego, un excelente medio de extraer placer de los procesos psíquicos; mas no todos los hombres se hallan igualmente capacitados para servirse de él. No se halla a disposición de todo el mundo, y, ampliamente, sólo a la de contadas personas, a las que caracterizamos diciendo que tienen «chiste». En este sentido se nos muestra el «chiste» como una especial capacidad perteneciente a la categoría de las antiguas «potencias del alma», pero casi por completo independiente de las restantes: inteligencia, fantasía, memoria, etc. Deberemos, pues, suponer en los sujetos chistosos especiales disposiciones o condiciones psíquicas que permiten o favorecen la elaboración del chiste. Temo que no nos ha de ser posible profundizar mucho en este punto. Sólo en ocasiones aisladas logramos avanzar desde la comprensión de un chiste hasta el reconocimiento de las condiciones subjetivas existentes en el espíritu de su autor. A una feliz casualidad se debe, no más, que precisamente el ejemplo con cuyo análisis hemos inaugurado nuestra investigación de las técnicas nos permita penetrar hasta la condicionalidad subjetiva del chiste. Me refiero a la chistosa frase de Heine, que antes que nosotros analizaron ya Hayman y Lipps:

«Tan cierto como que de Dios proviene todo lo bueno, señor doctor, es que una vez me hallaba yo sentado junto a Salomón Rothschild y que me trató como a un igual suyo, muy *familionarmente* (famillionär)».

Esta frase la pone Heine en boca de un personaje cómico: el hamburgués Hirsch-Hyacinth, agente de lotería, casado, callista y ayuda de cámara del distinguido barón Cristóforo Gumpelino (antes Gumpel). Se ve que el poeta siente especial predilección por ésta su criatura, pues le hace llevar la voz cantante en el relato y enunciar las más osadas y divertidas ideas, prestándole la práctica sabiduría de un Sancho Panza. Lástima que, llevado Heine por su falta de afición a la forma dramática, deje perderse tan pronto esta deliciosa

figura. Sin embargo, en más de una ocasión nos quiere parecer que Hirsch-Hyacinth no es sino una transparente máscara, detrás de la cual es el poeta mismo quien habla, y a poco que reflexionemos, adquirimos la certeza de que el cómico personaje constituye una autoparodia del propio Heine. Así, cuando Hirsch relata la razón de haber abandonado su verdadero nombre adoptando el de Hyacinth. «Este nombre —dice— lo escogí porque empezaba con H, como el mío, y me evitaba hacer grabar de nuevo mis iniciales». Es esto, exactamente, lo que sucedió a Heine cuando, al bautizarse, cambio su nombre —Harry— por el de Heinrich. Además, todo aquel que conozca la biografía de Heine recordará que el poeta tenía en Hamburgo, ciudad de la que hace natural a Hirsch-Hyacinth, un tío de su mismo apellido que desempeñaba en la familia el papel de pariente adinerado y ejerció en la vida de nuestro autor una decisiva influencia. Su nombra era Salomon, como el del viejo Rothschild, que hubo de acoger al infeliz Hirsch tan *familionarmente*. De este modo, lo que en boca de Hirsch-Hyacinth nos parecía una chanza, muestra un fondo de amargura, atribuido al sobrino Harry-Heinrich. Sabemos que éste quiso estrechar los lazos de unión con esta parte de su familia, y que fue su más ardiente deseo contraer matrimonio con una hija de su tío Salomón; pero la muchacha le rechazó, y el padre le trató siempre harto *familionarmente*, como a un pariente pobre. Sus opulentos primos de Hamburgo nunca le miraron tampoco con afecto. Recuerdo aquí lo que me contó una anciana tía mía, que por su matrimonio entró a formar parte de la familia de Heine. Un día en que, recién casada, fue a comer a casa de Salomón tuvo por vecino de mesa a un joven silencioso y desganado, al que los demás trataban con cierto desdén. Por su parte, también tuvo ella ocasión de mostrarse muy afectuosa con su vecino, y sólo muchos años después supo que aquel taciturno y desdeñado joven era el poeta Enrique Heine. Este desvío de sus ricos parientes hizo sufrir mucho a Heine, tanto en su juventud como en años posteriores, y tales emociones subjetivas dieron cuerpo al chiste cuyo análisis nos ocupa.

También en otros chistes de este gran humorista podemos suponer la existencia de análogas condiciones subjetivas, pero no conozco ningún ejemplo más en el que las mismas aparezcan tan evidentemente. No es, por tanto, nada sencillo precisar la naturaleza de tales condiciones subjetivas, ni

podemos suponer *a priori* a cada chiste producto de tan complicada génesis. Tampoco en las producciones chistosas de otros famosos ingenios hallamos camino más accesible para nuestra investigación. A veces, como cuando nos enteramos de que Lichtenberg era un hipocondríaco, sujeto a las más originales rarezas, nos inclinamos a pensar que las condiciones subjetivas de la elaboración del chiste no se hallan muy alejadas de las de la enfermedad neurótica. La gran mayoría de los chistes, especialmente de aquellos que surgen apoyándose en los nuevos intereses de cada día, es de procedencia anónima y nos hace preguntarnos con curiosidad qué clase de personas serán sus autores. Cuando en el ejercicio de la Medicina se tiene ocasión de conocer a uno de aquellos individuos que sin presentar, por lo demás, sobresalientes cualidades, son conocidos en su círculo como chistosos y autores de muchos de los chistes en circulación, se experimenta con frecuencia la sorpresa de ver que se trata de sujetos predispuestos a enfermedades nerviosas. Mas por insuficiencia de pruebas nos abstenemos desde luego de erigir tal constitución psiconeurótica en condición subjetiva necesaria o regular de la formación del chiste.

Constituyen, en cambio, un caso más transparente aquellos chistes judíos, que ya conocemos, debidos a individuos de raza israelita, pues los que proceden de personas extrañas no pasan nunca, como ya hemos visto, del nivel de la comicidad o de la burla brutal. En ellos parece cumplirse, como en el chiste de Heine antes examinado, la condición de que la propia persona participe en el contenido del chiste; condición cuya importancia estriba en el hecho de dificultar al sujeto la crítica o agresión directa, obligándole a buscar un rodeo.

Otras condiciones que hacen posibles o favorecen la elaboración del chiste se muestran más claramente ante nuestros ojos. El móvil de la producción de chistes inocentes es con gran frecuencia el vanidoso impulso de mostrar nuestro propio ingenio dándonos en espectáculo; esto es, un instinto equivalente a la exhibición en el terreno sexual. La existencia de numerosos instintos retenidos, cuya cohibición presenta cierto grado de inestabilidad, producirá la disposición favorable a la producción del chiste tendencioso. Componentes aislados de la constitución sexual de un individuo pueden de este modo actuar como motivos de la formación de chistes. Toda

una serie de chistes obscenos permite deducir en sus autores una oculta tendencia a la exhibición. Los chistes tendenciosos agresivos resultan especialmente fáciles para aquellos sujetos en cuya sexualidad puede demostrarse la existencia de poderosos componentes sadistas, más o menos cohibidos en su vida individual.

La otra circunstancia que nos impulsa a investigar la condicionalidad subjetiva del chiste es el hecho, generalmente conocido, de que nadie se contenta con hacer un chiste únicamente para sí. A la elaboración del chiste se halla indisolublemente ligado el impulso a comunicarlo, y este impulso es tan poderoso, que se impone con frecuencia, a despecho de importantes consideraciones. También la comunicación de lo cómico nos proporciona un placer, pero el impulso que a ellas nos lleva no es ya tan imperativo: lo cómico puede ser gozado aisladamente allí donde surge ante nosotros. En cambio, nos vemos obligados a comunicar el chiste. El proceso psíquico de la formación del chiste no parece terminar con el acto de ocurrírsenos; queda aún algo, que tiende a cerrar, con la comunicación de la ocurrencia, el desconocido mecanismo de su producción.

No nos es dado adivinar al principio en qué puede fundarse esta tendencia a la comunicación del chiste. Mas observamos en éste una nueva peculiaridad que agregar a aquellas que lo diferencian de lo cómico. Cuando lo cómico surge ante nosotros, lo primero que hacemos es reír de ello, sin ocuparnos de hacer a nadie partícipe de nuestra risa. Posteriormente, después de haber reído a nuestro gusto, es cuando quizá encontremos un nuevo placer en comunicar lo que nos ha divertido. En cambio, no reímos jamás del chiste que se nos ocurre, a pesar del innegable contenido que el mismo nos produce. Es, por tanto, posible que nuestra necesidad de comunicar el chiste se halle relacionada de algún modo con tal efecto hilarante, que nos es negado como autores, pero que se manifiesta con todo su poder en las personas a las que comunicamos nuestra ocurrencia.

¿Por qué reímos de nuestros propios chistes? ¿Y qué papel desempeña el oyente?

Examinamos en primer lugar esta última interrogación. En lo cómico toman parte dos personas: a más de nuestro propio *yo*, aquella otra en la que hallamos la comicidad. Asimismo, cuando encontramos cómico un objeto es

merced a una especie de personificación, nada rara en nuestra vida ideológica. Estas dos personas, el *yo* y la persona-objeto, son suficientes para el proceso cómico. Puede agregarse a ellas una tercera, más no obligada ni necesariamente. Cuando el chiste no es aún sino un juego con las propias palabras o ideas, prescinde todavía de una persona-objeto, pero ya en el grado preliminar de la chanza, cuando ha conseguido proteger el juego y el desatino de la censura de la razón, requiere una segunda persona a la que poder comunicar su resultado. Mas esta segunda persona del chiste no corresponde a la persona-objeto de la comicidad, sino a aquella tercera persona a la que se comunica el hallazgo cómico. En la chanza parece someterse a la segunda persona de decisión de si la elaboración del chiste ha cumplido o no su cometido como si el *yo* no confiase en la seguridad de su propio juicio. También el chiste inocente, que sabemos destinado a robustecer los pensamientos, necesita de una segunda persona para probar si ha alcanzado su intención. Cuando el chiste se pone al servicio de tendencias desnudadoras u hostiles, podemos describirlo como un proceso psíquico entre tres personas, las mismas que participan en la comicidad, pero el papel desempeñado por la tercera es muy distinto: el proceso psíquico se cumple entre la primera, o sea el *yo*, y la tercera, o sea el oyente, y no como en la comicidad entre el *yo* y la persona-objeto.

También en la tercera persona del chiste tropieza éste con condiciones subjetivas que pueden privarle de alcanzar su fin de conseguir placer. Como Shakespeare advierte (*Love's Labour's Lost*, V. 2):

> *A jest's prosperity lies in the ear*
> *Of him that hears it, never in the tongue*
> *Of him that makes it*[848]….

Aquél cuyo estado de ánimo depende de graves pensamientos no será el juez más apropiado para confirmar con sus risas que el chiste ha conseguido su propósito de salvar el placer verbal. Para poder constituir la tercera persona del chiste tiene el sujeto que hallarse de buen humor o, por lo menos, indiferente. Idéntico obstáculo encuentra el chiste inocente y el tendencioso, agregándose en este último un nuevo peligro posible: la oposición a la tendencia que el mismo intenta favorecer. La disposición a reír de un

excelente chiste obsceno no podrá constituirse cuando el mismo se refiera a una persona estimada por el oyente o ligada a él por lazos de familia. En una reunión de sacerdotes católicos y pastores evangélicos no se atreverá nadie a citar la comparación de Heine que antes expusimos, y ante un auditorio compuesto de amigos de un adversario mío, las más chistosas invectivas que contra éste pudieran ocurrírseme no serían acogidas como chistes, sino como invectivas, y producirían indignación en lugar de placer. Cierto grado de complicidad o de indiferencia y la falta de todos aquellos factores que pudieran hacer surgir poderosos sentimientos contrarios a la tendencia son condiciones precisas para que la tercera persona pueda coadyuvar a la perfección del chiste.

Allí donde no aparecen estos obstáculos, oponiéndose al efecto del chiste, surge el fenómeno cuya investigación nos ocupa, o sea el de que el placer que el chiste ha producido se muestra con mucha más claridad en la tercera persona que en su propio autor. Tenemos que contentamos con decir «más claramente», aunque nuestro deseo sería preguntarnos si el placer del oyente no es mucho más intenso que el del autor; pero, como puede comprenderse, nos falta todo medio de comparación a medida. Vemos, sin embargo, que el oyente testimonia su placer con grandes risas después que la primera persona ha relatado, generalmente con grave gesto, el chiste, y que al contar de nuevo un chiste que hemos oído, nos vemos obligados, para no echar por tierra su efecto, a conducirnos en el relato, en la misma forma que su autor se condujo al comunicárselo. Surge aquí la cuestión de si podremos deducir de esta condicionalidad de la risa alguna conclusión sobre el proceso psíquico de la elaboración del chiste.

No podemos intentar una revisión de todo lo que se ha afirmado y publicado sobre la naturaleza de la risa. De tal propósito nos apartaría, además, la frase que Dugas, un discípulo de Ribot, coloca al frente de su libro *Psychologie du rire* (1902): *Il n’est pas de fait plus banal et plus étudié que le rire; il ríen est pas qui ait eu le don d’exciter davantage la curiosité du vulgaire et celle des philosophes, il n’en est pas sur lequel on ait recueilli plus d’observations et bâti plus des théories et avec cela il n’en est pas qui demeure plus inexpliqué; on serait tenté de dire avec les sceptiques qu’il faut être content de rire et de ne pas chercher à savoir pourquoi on rit, d’autant*

que peut-être la reflexion tue la rire, et qu'ilserait alors contradictoire qu'elle en découvrît les causes.

No dejaremos, en cambio, de aprovechar para nuestros propósitos una hipótesis sobre el mecanismo de la risa, que se incluye excelentemente en nuestro círculo de ideas. Me refiero al intento de explicación de dicho mecanismo, que Spencer lleva a cabo en su *Physiology of laughter*[849].

Según Spencer, la risa es un fenómeno de la descarga de excitación anímica, y constituye una prueba de que el empleo psíquico de tal excitación ha tropezado bruscamente con un obstáculo. La situación psicológica que se resuelve en la risa es descrita por este autor en la forma siguiente: *Laughter naturally results only when consciousness is unawares transfered from great things to small —only when there is what we may call a* descending *incongruity*[850].

En un análogo sentido definen los autores franceses (Dugas) la risa como una *détente*, o sea un fenómeno de distensión. También la fórmula de A. Bain: *Laughter is a relief from constraint*, se aparta, a mi juicio, de la teoría de Spencer menos de lo que algunos investigadores intentan hacernos creer.

Sentimos ciertamente la necesidad de modificar el pensamiento de Spencer, determinando, en parte, más precisamente las representaciones en él contenidas y, en parte, transformándolas.

Diríamos nosotros que la risa surge cuando cierta magnitud de energía psíquica, dedicada anteriormente al revestimiento de determinados caminos psíquicos, llega a hacerse inutilizable y puede, por tanto, experimentar una libre descarga. Tenemos perfecta conciencia de la peligrosa sombra que arroja sobre nosotros este enunciado; mas para que nos sirva de escudo citaremos una frase de la obra de Lipps sobre la comicidad y el humor; obra en la que podemos hallar luminosos esclarecimientos sobre muy distintos problemas: «Al fin y al cabo todo problema psicológico nos conduce a las profundidades de la Psicología; de modo que, en el fondo, ninguno de ellos se deja tratar aisladamente». Los conceptos «energía psíquica» y «descarga» y el manejo de la energía psíquica como una cantidad son familiares a mi pensamiento desde que he comenzado a considerar filosóficamente los hechos de la Psicopatología. Ya en mi *Interpretación de los sueños* (1900) he intentado estatuir, de acuerdo con la idea de Lipps, los procesos psíquicos

inconscientes en sí, y no los contenidos de la conciencia, como lo «psíquicamente eficiente[851]» 599. Tan sólo al hablar del «revestimiento de caminos psíquicos» parece que me alejo de las metáforas usadas por Lipps. Las experiencias sobre la capacidad de desplazamiento de la energía psíquica a lo largo de determinadas asociaciones, y sobre la casi indeleble conservación de las huellas de los procesos psíquicos, es lo que me ha inducido a intentar representar en esta forma lo desconocido. Para evitar una mala inteligencia posible, debo añadir que no intento proclamar como tales caminos a las células y fibras o, en su lugar, al moderno sistema de las neuronas, aunque los mismos deberían representarse, en una forma aún no determinable, por elementos orgánicos del sistema nervioso.

Así, pues, según nuestra hipótesis, se dan en la risa las condiciones para que una suma de energía psíquica, utilizada hasta entonces como carga 'catexis', o revestimiento (*Besetzung*), sucumba a una libre descarga, y dado que, aunque no toda la risa, sí aquella que es producida por el chiste es un signo de placer, nos inclinaremos a referir tal placer a la remoción de la carga. Cuando vemos que el oyente ríe y, en cambio, el autor del chiste no, tenemos que pensar que en el primero es removido derivado un gasto de revestimiento (*Besetzungsaufwand*), mientras que en la elaboración del chiste surgen obstáculos, que se oponen ora a la remoción, ora a la descarga. Podemos caracterizar con gran precisión el proceso que se verifica en el oyente —la tercera persona del chiste—, haciendo resaltar el hecho de que él mismo se proporciona, con escasísimo gusto por su parte, el placer del chiste. Se diría que tal placer le resulta regalado. Las palabras del chiste hacen surgir en su espíritu aquella representación o asociación de ideas cuya formación tropezaba también en él con grandes obstáculos. Para construir espontáneamente, como primera persona, dicha representación o asociación hubiera tenido que poner en juego un esfuerzo propio, equivalente, por lo menos, a la cantidad de gasto psíquico necesario para vencer la energía del estorbo, cohibición o represión. Resulta, pues, que el oyente se ahorra todo este gasto psíquico, y conforme a nuestros anteriores resultados, diríamos que su placer corresponde a este ahorro. Mas ahora, tras de nuestro conocimiento del mecanismo de la risa, diremos más bien que la energía de revestimiento, dedicada a la retención, ha devenido a causa del establecimiento de la

representación prohibida, logrado por medio de la percepción auditiva, repentinamente superflua, quedando removida y dispuesta a descargarse en la risa. De todos modos, ambas explicaciones de este proceso corren paralelas, pues el gasto ahorrado corresponde exactamente a la retención devenida superflua. Pero la segunda es más evidente y, además, nos permite decir que el oyente del chiste ríe con la magnitud de energía psíquica que ha quedado en libertad por la remoción de la carga de retención (*Hemmungsbesetzung*); el oyente gasta riendo esta magnitud.

Dijimos antes que la circunstancia de que la persona en la que el chiste se forma no pudiera reír indicaba que el proceso se verificaba en ella de una manera diferente a como en la tercera persona; diferencia que podría hallarse en la remoción de la carga de retención o en la posibilidad de descarga de la misma. Mas el primero de estos dos casos tiene que ser excluido, como en seguida veremos. La carga de retención debe ser removida también en la primera persona; pues si no hubiera llegado a existir el chiste, cuya formación supone el vencimiento de tal resistencia, no sería posible que la primera persona sintiera el placer que al mismo acompaña, y que tenemos que derivar de la remoción de la retención. No queda, pues, más que el otro caso, o sea que la primera persona no puede reír, aunque siente placer, porque la posibilidad de descarga se halla perturbada. Tal perturbación en la posibilidad de la descarga, que constituye una condición de la risa, puede ser producida por el inmediato destino de la energía de revestimiento, libertada a un distinto empleo endopsíquico. Esta posibilidad es, a nuestro juicio, importantísima, y habremos de dedicarle todo nuestro interés. Mas en la primera persona del chiste puede hallarse realizada otra condición, que conduce al mismo resultado. A pesar de la conseguida remoción del revestimiento de retención, puede no haber quedado libre una magnitud de energía capaz de exteriorizarse. En la primera persona del chiste se verifica el trabajo de elaboración del mismo, que necesariamente ha de exigir cierta magnitud de nuevo gasto psíquico. La primera persona hace, pues, surgir por sí misma la energía que remueve la retención, de lo cual extrae, sin duda, un placer, que en el caso del chiste tendencioso llega a ser muy considerable, dado que el placer preliminar, conquistado por la elaboración del chiste, toma a su cargo la restante remoción de la retención. Pero la cuantía del gasto producido por

la elaboración del chiste aminora, como un sustraendo, la ganancia conseguida por dicha remoción. Este gasto es el mismo que tiene lugar en el oyente del chiste. Para apoyar todas estas afirmaciones podemos aducir aún que el chiste pierde también en la tercera persona su efecto hilarante en el momento en que necesita un gasto de trabajo intelectual. Las alusiones del chiste tienen que ser evidentes, y el vacío dejado por las omisiones debe poderse colmar con facilidad. El efecto del chiste es regularmente destruido con la aparición del interés intelectual, circunstancia que constituye una importante diferencia entre el chiste y las adivinanzas. Quizá la constelación psíquica no sea favorable durante la elaboración del chiste a la libre descarga de lo conseguido. Mas no nos hallamos por ahora en situación de hacer más profundo nuestro conocimiento de estos extremos. Hemos podido esclarecer una parte de nuestro problema: la de por qué ríe la tercera persona mejor que la parte restante, o sea por qué la primera no ríe.

De todos modos, apoyándonos en estos juicios sobre las condiciones de la risa y sobre el proceso psíquico que se verifica en la tercera persona, nos hallamos facultados para esclarecer satisfactoriamente toda una serie de peculiaridades del chiste, que ya conocemos, pero en cuya inteligencia aún no hemos penetrado. Si en la tercera persona ha de ser libertada una magnitud de energía de revestimiento capaz de descargar, habrán de cumplirse varias condiciones, o, por lo menos, será su cumplimiento muy favorable. Tales condiciones son:

1.ª Ha de quedar asegurado que la tercera persona lleva a cabo realmente este gasto de revestimiento.

2.ª Debe evitarse que el mismo, una vez libre, halle un empleo distinto en lugar de ofrecerse a la descarga motora.

3.ª Será en extremo ventajoso que el revestimiento sea intensificado previamente en la tercera persona.

Al servicio de estas condiciones se hallan determinados medios de la elaboración del chiste, que podemos reunir como técnicas secundarias o auxiliares.

1) La primera de las condiciones señaladas fija una de las cualidades de la

tercera persona como oyente del chiste. Tiene éste que coincidir psíquicamente con la primera persona lo bastante para disponer de las mismas retenciones internas que la elaboración del chiste ha vencido en la misma. El individuo acostumbrado a dichos crudamente «verdes» no podrá extraer placer alguno de un ingenioso y sutil chiste desnudador, y las agresiones de N. no serán comprendidas por las personas acostumbradas a dar libre curso a su tendencia al insulto. De este modo, cada chiste exige su público especial, y el reír de los mismos chistes prueba una amplia coincidencia psíquica.

Tocamos aquí un punto que nos permite vislumbrar con mayor precisión las circunstancias del proceso en la tercera persona. Ésta debe poder constituir habitualmente en sí la misma retención que el chiste ha vencido en la primera, de manera que al oír el chiste despierte en ella, obsesiva o automáticamente, la disposición a dicha retención. Tal disposición de la retención, que debemos representarnos como un verdadero gasto de energía, análogo a la movilización de un ejército, es reconocida simultáneamente como superflua o retrasada, y es descargada de este modo *in statu nascendi* por medio de la risa[852].

2) La segunda condición para el establecimiento de la descarga libre, o sea de que sea evitado un diferente empleo de la energía libertada, nos parece,

desde luego, la más importante. Hallamos en ella la explicación teórica de la inseguridad del efecto del chiste cuando en el oyente son despertadas representaciones fuertemente excitantes por los pensamientos expresados en el mismo; circunstancias en la que de la coincidencia o contradicción entre las tendencias del chiste y la serie de pensamientos que domina al oyente depende que se conceda o niegue atención al proceso chistoso. Pero todavía presenta mucho mayor interés teórico una serie de técnicas auxiliares del chiste, que se hallan evidentemente al servicio de la intención de apartar la atención del oyente del proceso del chiste y dejar que el mismo se realice automáticamente. Decimos con toda intención «automáticamente» y no «inconscientemente», porque este último calificativo pudiera inducirnos en error. Trátase aquí tan sólo de mantener alejada la sobrecarga de la atención del proceso psíquico, incitando por la audición del chiste, y la utilidad de

estas técnicas auxiliares nos hace sospechar que precisamente el revestimiento de atención toma una gran parte en la vigilia y nuevo empleo de la energía de revestimiento que queda libertada.

No parece fácil evitar, en general, el empleo endopsíquico de cargas que han devenido superfluas, pues en nuestros procesos mentales nos ejercitamos de continuo en desplazar de un camino a otro tales revestimientos, sin dejarles perder por descarga nada de su energía. El chiste se sirve a este fin de los medios siguientes: en primer lugar, tiende a una expresión lo más breve posible, para ofrecer a la atención un mínimo de superficie atacable. En segundo, cumple la condición, antes indicada, de ser fácilmente comprensible; pues en cuanto exigiera una labor intelectual, una selección entre diversas rutas mentales, peligraría su efecto, no sólo por el inevitable gasto intelectual, sino también por el despertar de la atención. Pero, además de estos medios, utiliza el habilísimo de desviar la atención, ofreciéndole en la expresión del chiste algo que la encadene mientras se lleva a cabo la liberación del revestimiento impediente y su final descarga. Ya las omisiones en la expresión verbal del chiste cumplen esta intención, incitando a llenar los huecos por ellas producidos y alejando de este modo la atención del proceso del chiste. Aquí se coloca al servicio de la elaboración del mismo la técnica de la adivinanza, que llama así la atención. Pero aún más eficaces son las formaciones de fachadas que hemos hallado en algunos grupos de chistes tendenciosos. Las fachadas silogísticas cumplen a maravilla la misión de retener la atención, planteándole un problema. Mientras comenzamos a reflexionar en la solución del mismo, nos vemos dominados por la risa; nuestra atención ha sido vencida por sorpresa, y la descarga del revestimiento impediente se ha efectuado por completo. Lo mismo puede decirse de los chistes con fachada cómica, en los cuales la comicidad presta su auxilio a la técnica del chiste. Una fachada cómica favorece en diversos modos el efecto del chiste, no sólo facilitando el automatismo del proceso chistoso por el encadenamiento de la atención, sino coadyuvando a la descarga producto del chiste con la producción de una descarga preliminar, debida a lo cómico. La comicidad actúa aquí a manera de soborno, como el placer preliminar, y de este modo comprendemos que algunos chistes puedan prescindir por completo de dicho placer, que por muy diversos medios podrían hacer surgir,

y utilicen tan sólo la comicidad como tal placer preliminar. Entre las técnicas del chiste propiamente dichas son el desplazamiento y la representación por lo absurdo, las que, a más de sus especiales aptitudes, muestran en mayor parte la desviación de la atención, que ha de favorecer el curso automático del proceso del chiste[853].

Sospechamos ya, y más adelante lo confirmaremos, que con la desviación de la atención hemos descubierto un rasgo esencial del proceso psíquico en el oyente del chiste. Por su enlace con este descubrimiento quedan aclarados otros muchos extremos. En primer lugar, vemos por qué no sabemos casi nunca en el chiste de qué reímos, aunque después lo podamos precisar por medio de una investigación analítica. Esta risa es el resultado de un proceso automático, que fue hecho posible por el alejamiento de nuestra atención consciente. En segundo lugar, llegamos a la inteligencia de aquella singularidad del chiste, consistente en no manifestar su completo efecto en el oyente más que cuando constituye una novedad y una sorpresa para el mismo. Esta peculiaridad del chiste, que condiciona su corta vida e incita a la continua producción de otros nuevos, se deriva claramente de que la esencia de toda sorpresa está en no lograrse por segunda vez. En la repetición de un chiste, la atención es guiada por el recuerdo de su audición primera. Partiendo de aquí llegamos a la comprensión del impulso a contar a otros que aún no lo conocen el chiste que acabamos de oír. Probablemente, la impresión que el mismo produce en el nuevo oyente nos compensa en parte de la pérdida de posibilidades de goce que supone su falta de novedad para nosotros. Un análogo motivo será también el que impulse al creador del chiste a comunicarlo a los demás.

3) No ya como condiciones del proceso del chiste, pero sí como circunstancias que le favorecen en extremo, indicaré, por último, aquellos medios técnicos auxiliares de la elaboración del mismo, que se hallan destinados a elevar la magnitud que llega a la descarga e intensifican de este modo el efecto del chiste. Estos medios auxiliares acrecen también, en la mayoría de los casos, la atención dirigida hacia el chiste; pero, al mismo tiempo, anulan su posible influencia, encadenándola y estorbando su movilidad. En estos dos sentidos actúa todo aquello que despierta interés y produce desconcierto, o sea, ante todo, el disparate, la contradicción y aquel

«contraste de representaciones» de que los investigadores quieren hacer el carácter esencial del chiste y en el que yo no veo sino un medio de intensificar el efecto del mismo. Todo lo desconcertante provoca en el oyente aquel estado de la distribución de la energía que Lipps ha calificado de «estancamiento psíquico», deduciendo luego, muy justificadamente, que la «descarga» será tanto más fuerte cuanto más elevado sea el estancamiento anterior. La exposición de Lipps no se refiere, ciertamente, al chiste, sino a lo cómico en general; pero nos parece muy verosímil que la descarga que deriva en el chiste un revestimiento impediente puede ser intensificada de igual modo por el estancamiento.

Vemos ahora que la técnica del chiste es determinada, en general, por dos clases de tendencias: aquellas que hacen posible la formación del chiste en la primera persona y aquellas otras que deben procurar al chiste el mayor efecto posible en la tercera. Esta doble faz que, como Jano, posee el chiste, destinada a proteger su primitiva conquista del placer de los ataques de la razón crítica y el mecanismo del placer preliminar, pertenecen a la primera tendencia; la restante complicación de la técnica por las condiciones señaladas en este capítulo surge en función de la tercera persona del chiste. Es, pues, el chiste, un aprovechado bribón que sirve al mismo tiempo a dos señores. Todo lo que se dirige a la consecución de placer está calculado en el chiste con vistas a la tercera persona, como si obstáculos internos insuperables se opusieran a dicha consecución en la primera. Recibimos así la impresión de que la tercera persona es insustituible para la conclusión del proceso del chiste. Pero mientras que en la tercera persona podemos llegar a un satisfactorio conocimiento de dicho proceso, el proceso correspondiente en la primera permanece aún harto oscuro para nosotros. De las dos interrogaciones: ¿por qué no podemos reír de los chistes de que somos autores? y ¿por qué somos impulsados a relatar a otros nuestros propios chistes?, ha escapado hasta ahora la primera a toda solución. Podemos únicamente sospechar que entre los dos hechos que de esclarecer se trata existe un íntimo enlace, y que si tenemos que comunicar a los demás nuestros propios chistes *es precisamente por* no poder reír nosotros de ellos. De nuestro conocimiento de las condiciones de la consecución y descarga de placer en esta tercera persona pudimos decir, para la primera, que en ella

faltan las condiciones para la descarga y sólo existen las necesidades a la consecución de placer, aunque también imperfectamente cumplidas. No puede entonces rechazarse la hipótesis de que completamos nuestro placer alcanzando la risa que, como autores del chiste, nos está velada en la impresión de la tercera persona a la que incitamos a reír. De este modo reímos *par ricochet*[854], según la expresión de Dugas. La risa pertenece a las manifestaciones más contagiosas de los estados psíquicos. Al hacer reír a otras personas, relatándoles mi chiste, me sirvo realmente de ellas para despertar mi propia risa, y puede, en efecto, observarse que quien primero ha relatado, con gesto grave, el chiste, hace después coro riendo mesuradamente a las carcajadas de los demás. La comunicación de mi chiste a los demás servirá, pues, a varias intenciones: en primer lugar, nos proporcionará la seguridad objetiva del éxito de la elaboración del chiste; en segundo, completará nuestro propio placer por el efecto que de rebote nos produce el del oyente y, por último —en la repetición de un chiste del que no somos autores—, compensará la pérdida de placer ocasionada por la desaparición de la novedad.

Al finalizar esta discusión sobre los procesos psíquicos del chiste, en tanto en cuanto se realizan entre dos personas, podemos dirigir una mirada retrospectiva hacia el factor economía, que tan importante para la concepción psicológica del chiste ha demostrado ser desde los primeros esclarecimientos de la técnica del mismo. Desde muy atrás nos hemos apartado totalmente de la más próxima, pero también más ingenua, concepción de ésta economía, o sea la de que consistía en evitar gasto psíquico, en general, fuera por limitación en el uso de palabra o en la constitución de cadenas de pensamientos. Ya entonces decíamos: lo breve, lo lacónico no es aún chistoso. La brevedad del chiste es una brevedad especial; esto es, brevedad «chistosa». La primitiva consecución de placer, que era proporcionada por el juego con palabras y pensamientos, prevenía, en efecto, exclusivamente, de ahorro de gasto; pero con el desarrollo del juego hasta el chiste tuvo también que variar sus fines la tendencia economizante, pues frente al gigantesco gasto de nuestra actividad mental no supondría nada lo que pudiera ahorrarse por el empleo de las mismas palabras o la evitación de una nueva interpolación de pensamientos. Podemos seguramente permitirnos la

comparación de la economía psíquica con una empresa de negocios. Mientras el tráfico es pequeño, habrá de limitarse lo más posible todo gasto y especialmente los de gerencia y personal. El ahorro se refiere aún a la altura absoluta del gasto. Más tarde, a medida que las transacciones aumentan, disminuye la importancia de los gastos de gerencia. No hay ya que tener en cuenta el montante total de los gastos, siempre que tráfico y rendimiento puedan ser aumentados. La tacañería en los gastos de dirección sería ya ridícula y produciría pérdidas. Pero, sin embargo, sería inexacto admitir que en los grandes gastos no hay ya lugar a economía. El sentido económico de la dirección se dirigía ahora a lograr un ahorro en sectores aislados del negocio y se sentirá satisfecho cuando la misma operación que antes ocasionaba cuantiosos dispendios logre hacerse más económicamente por muy pequeño que el ahorro parezca comparado con la totalidad de los gastos. Análogamente constituye en nuestro complicado tráfico psíquico una fuente de placer cualquier economía aislada. Aquella persona que iluminaba antes su habitación por medio de una lámpara de petróleo y ha instalado después la luz eléctrica experimentará durante toda una temporada una precisa sensación de placer al encender sin más trabajo que dar vuelta a la llave, y esta sensación durará tanto como dure el recuerdo de las complicaciones y molestias que presentaba el encender la lámpara de petróleo. Del mismo modo, las economías de gasto de retención, tan pequeñas si se las compara con el gasto psíquico total, serán siempre una fuente de placer para nosotros, porque por ellas se nos ahorra un gasto aislado que estamos acostumbrados a realizar y que en cada caso nos disponemos a llevar a efecto. La circunstancia de sernos conocido el gasto y hallarnos preparados a efectuarlo posee, sin duda, máxima importancia.

Un ahorro localizado como el que acabamos de considerar no dejará nunca de proporcionarnos un momentáneo placer, pero no producirá jamás una duradera economía mientras lo economizado pueda ser empleado en otro lugar. Sólo cuando este distinto empleo puede ser evitado se transforma de nuevo el ahorro especial en una minoración general del gasto psíquico. Aparece, pues, ahora que hemos profundizado más en nuestro conocimiento de los procesos psíquicos, un nuevo factor: la minoración en lugar de la economía. Vemos claramente que el primero produce una sensación de placer

mucho más importante. El proceso crea placer, en la primera persona del chiste, por la remoción de una inhibición y la minoración del gasto local. Mas no pare luego detenerse hasta haber alcanzado, por mediación de la tercera persona interpelada, la minoración general, resultado de la descarga.

C) PARTE TEORICA

6.— **Relación del chiste con los sueños y lo inconsciente**.

AL final del capítulo dedicado a la investigación de la técnica del chiste indicábamos que los procesos de condensación, con o sin formación de sustitutivo, de desplazamiento y de representación por contrasentido, antinómica e indirecta, etcétera, que coadyuvaban a la génesis del chiste, mostraban una amplia coincidencia con los procesos de la elaboración de los sueños. En consecuencia, nos propusimos estudiar oportunamente con todo cuidado tales analogías y además investigar la comunidad que las mismas revelaban entre el chiste y los sueños. Esta labor comparativa quedaría en extremo simplificada si pudiéramos suponer conocido por nuestros lectores uno de los términos sobre los que ha de recaer: la elaboración del sueño. Pero creo que obraremos más acertadamente prescindiendo de tal suposición. Se me figura que mi *Interpretación de los sueños*, publicada en 1900, produjo en mis colegas de disciplina más «desconcierto» que «esclarecimiento», y sé que otros círculos de lectores se han contentado con reducir el contenido de mi teoría a una fórmula («realización de deseos») de fácil retención, pero harto susceptible de equivocado empleo.

En el continuo manejo de los problemas en dicha obra tratados a que da motivo mi actividad médica de psicoterapeuta, no he tropezado aún con nada que me obligara a modificar o rectificar los conceptos en ella vertidos. Puedo, por tanto, esperar con toda tranquilidad que una más amplia comprensión me justifique o que una penetrante crítica logre patentizar la existencia de errores fundamentales en mi teoría. En este lugar, y para hacer posible la labor

comparativa que interesa a nuestra investigación, expondré concretamente algunos extremos de mi concepción de los sueños y de su elaboración psíquica.

Conocemos tan sólo nuestros sueños por el recuerdo de apariencia generalmente fragmentaria que de ellos poseemos al despertar. Se nos muestran entonces como un conjunto de impresiones sensoriales —visuales en su mayoría, pero también de otro género— que nos han fingido un suceso y con las cuales pueden hallarse mezclados procesos mentales (el «saber» en el sueño) y manifestaciones afectivas. Este recuerdo de nuestro sueño ha sido calificado por mí de *contenido manifiesto del sueño*, y es muchas veces totalmente absurdo y embrollado, y otras, sólo lo primero o lo segundo. Pero aun en aquellas ocasiones en que se muestra por completo coherente, como sucede en algunos sueños de angustia, constituye algo extraño a nuestra vida psíquica y de cuyo origen nos es imposible darnos cuenta. La explicación de estos caracteres del sueño se ha buscado hasta ahora en el sueño mismo, considerándolos como manifestación de una actividad irregular, disociada y —por decirlo así— «dormida» de los elementos nerviosos.

Inversamente, he mostrado yo que el singular «contenido manifiesto del sueño» puede siempre hacerse comprensible considerándolo como la transcripción deformada e incompleta de determinadas formaciones psíquicas correctas, a las que puede aplicarse el nombre de *ideas latentes del sueño*. Al conocimiento de estas ideas podemos llegar dividiendo en sus elementos el contenido manifiesto, sin tener para nada en cuenta su eventual sentido aparente y persiguiendo después los hilos de asociación que parten de cada uno de los elementos aislados. Estos hilos de asociación se entretejen unos con otros y conducen, por último, a una trama de pensamientos que no sólo son totalmente correctos, sino que pueden ser incluidos sin esfuerzo alguno en aquel conjunto de nuestros procesos psíquicos, del que poseemos perfecta conciencia. Por medio de este «análisis» queda despojado el contenido del sueño de todas aquellas singularidades que antes nos causaban extrañeza; mas, si esta labor analítica ha de lograr sus fines, nos será necesario rechazar firmemente las objeciones críticas que durante ella se elevaron en nosotros contra la reproducción de las asociaciones provocadas por cada elemento del contenido manifiesto.

De la comparación del contenido manifiesto del sueño con las ideas latentes descubiertas por medio de análisis surge el concepto de la «elaboración del sueño», nombre con el que designamos el conjunto de procesos de transformación que han convertido las ideas latentes en el contenido manifiesto. Producto de esta elaboración son aquellas singularidades del fenómeno onírico que tan extrañas parecen a nuestro pensamiento despierto.

La función de la elaboración onírica puede ser descrita en la siguiente forma: un complicado conjunto de ideas construido durante el día y que no ha llegado a resolverse —un resto diurno— conserva todavía durante la noche su correspondiente acervo de energía —el interés— y amenaza con perturbar el reposo nocturno. Para evitarlo, se apodera entonces de él la elaboración y lo transforma en un sueño, fenómeno alucinatorio inofensivo para el reposo.

Tal resto diurno deberá ser apto, si ha de ofrecer un punto de apoyo a la elaboración de los sueños, para hacer surgir un deseo, condición nada difícil de llenar. Este deseo —que surge de las ideas latentes— constituye el grado preliminar y luego el nódulo del sueño. La experiencia adquirida en los innumerables análisis verificados —y no únicamente la especulación teórica — nos dice que en el niño basta un deseo cualquiera, restante de la vida despierta, para provocar un sueño que se muestra en estos casos comprensible y coherente, breve casi siempre y reconocible como una «realización de deseos». En el adulto parece constituir condición general del deseo provocador del fenómeno onírico la de ser extraño al pensamiento consciente; esto es, la de ser un deseo reprimido o hallarse intensificado por circunstancias desconocidas de la conciencia. Sin aceptar lo inconsciente en el sentido antes indicado, nos sería imposible desarrollar la teoría del sueño ni interpretar los datos suministrados por los análisis. La actuación de este deseo inconsciente sobre el correcto material consciente de las ideas latentes produce, pues, el sueño, el cual es entonces hecho descender a lo inconsciente, o mejor dicho, sometido al procedimiento peculiar de los procesos mentales inconscientes y característico de los mismos. Lo que de los caracteres del pensamiento inconsciente y de sus diferencias del «preconsciente», capaz de conciencia, conocemos, se debe, hasta ahora, únicamente a los resultados de la «elaboración onírica».

Una teoría totalmente nueva, nada sencilla, y contraria a nuestros hábitos mentales no puede ganar en luminosidad al ser expuesta abreviadamente. Con estas explicaciones no puedo, por tanto, pretender otra cosa que remitir al lector al extenso análisis que de lo inconsciente llevo a cabo en mi *Interpretación de los sueños* y a los trabajos de Lipps, que, a mi juicio, son de una capital importancia en esta materia. Sé perfectamente que todas aquellas personas que hayan seguido fielmente una disciplina filosófica determinada o se agrupen bajo la enseña de algunos de los llamados sistemas filosóficos, repugnarán aceptar la existencia de «lo psíquico inconsciente» en el sentido de Lipps y mío, y querrán demostrarnos su imposibilidad por la definición misma de lo psíquico. Mas aparte de que todas las definiciones son convencionales y pueden modificarse fácilmente, he visto con frecuencia que personas que negaban lo inconsciente como absurdo e imposible no conocían siquiera aquellas fuentes de las que, al menos para mí, ha surgido la necesaria aceptación de dicho concepto. Estos adversarios de lo inconsciente no habían presenciado jamás los efectos de una sugestión posthipnótica, y aquellos datos que como muestra les comunicaba yo de mis análisis de sujetos neuróticos no hipnotizados les causaban el mayor asombro. No habían nunca reflexionado que lo inconsciente es, en realidad, algo que no «sabemos», pero que nos vemos obligados a deducir, y lo suponían algo capaz de la percatación consciente, pero en lo que no se había pensado todavía por hallarse fuera del «punto de mira de la atención». Nunca tampoco habían intentado convencerse de la existencia de tales pensamientos en su propia vida anímica por medio de un análisis de alguno de sus sueños, y cuando yo les he guiado en la realización de tal análisis han quedado asombrados y confusos ante sus propias ocurrencias o asociaciones libres. Mi impresión es la de que la aceptación de lo inconsciente halla en su camino grandes obstáculos afectivos, fundados en que no queremos conocer nuestro inconsciente y, por tanto, hallamos un cómodo expediente en negar en absoluto su posibilidad.

Así, pues, la elaboración del sueño, a la que retornamos después de la anterior digresión, somete el material ideológico, que le es dado en optativo, a un singularísimo proceso. En primer lugar, le hace pasar del optativo al presente, sustituyendo el «¡Ojalá fuera!» por un «es». Este «presente» es el

destinado a la representación alucinatoria, proceso que yo he calificado de «regresión» de la elaboración del sueño; esto es, el recorrido desde los pensamientos a las imágenes de percepción, o, si queremos hablar en función de la tópica —aún desconocida y no interpretable anatómicamente— del aparato psíquico: desde el campo de las formaciones ideológicas al de las percepciones sensoriales. Por este camino, opuesto a la dirección evolutiva de las complicaciones anímicas, llegan las ideas del sueño a adquirir perceptibilidad y se constituye una escena plástica como nódulo de la imagen onírica manifiesta. Para alcanzar tal capacidad de representación sensorial han tenido ya que experimentar las ideas latentes profundas transformaciones en su expresión. Mas durante la transformación regresiva de las ideas en imágenes sensoriales, son aquéllas objeto de nuevas modificaciones, que en parte reconocemos como necesarias y en parte nos producen sorpresa. Como obligada consecuencia accesoria de la regresión, desaparecen en el contenido manifiesto casi todas aquellas relaciones que mantenían formando un todo a las ideas latentes. La elaboración del sueño no se hace cargo para exponerlo en el contenido manifiesto más que del material bruto de las representaciones y no de las relaciones intelectuales que las enlazan y entretejen. No podemos, en cambio, derivar de la regresión que supone la transformación de las ideas en imágenes sensoriales otra parte de la elaboración del sueño, y precisamente aquella que nos es más importante para establecer la analogía de la misma con la elaboración del chiste. El material de las ideas latentes experimenta durante la elaboración onírica una extraordinaria comprensión o *condensación*, cuyos puntos de partida son las coincidencias que casualmente, o conforme al contenido, existen entre las ideas latentes. Cuando estas coincidencias no nos son suficientes para una amplia condensación se crean otras nuevas pasajeras y artificiosas, y para este fin se emplean preferentemente palabras capaces de varios diferentes sentidos. Estas nuevas coincidencias encaminadas a facilitar la condensación pasan, como representantes de las ideas latentes, al contenido manifiesto, de manera que un elemento del sueño corresponde a un nudo o cruce de las ideas latentes, y con relación a las mismas, tiene que calificársele de «superdeterminado». La condensación es la parte más fácilmente visible de la elaboración del sueño. Para hallarla nos bastará comparar la extensión de la

relación escrita del contenido manifiesto de un sueño con la de las ideas latentes del mismo descubiertas por el análisis.

Menos sencillo resulta convencerse de la segunda gran transformación que la elaboración del sueño hace experimentar a las ideas latentes, o sea de aquel proceso que hemos calificado de «desplazamiento del sueño». Este proceso se revela por el hecho de aparecer centralmente y con gran intensidad sensorial en el contenido manifiesto lo que en las ideas latentes era periférico y accesorio, o a la inversa. El sueño se muestra entonces desplazado con respecto a las ideas latentes, y principalmente a este desplazamiento se debe que aparezca como extraño e incomprensible para la vida anímica despierta. Para que tal desplazamiento pueda realizarse tiene que pasar libremente la energía de carga desde las representaciones importantes a las triviales, proceso que en el pensamiento normal susceptible de conciencia hace siempre la impresión de un error intelectual.

La condensación, el desplazamiento y la transformación encaminada a facilitar la representación son las tres grandes funciones que hemos de atribuir a la elaboración onírica. Agrégase a ellas una cuarta función, a la que en la *Interpretación de los sueños* no concedimos quizá toda la atención que merece y de la que tampoco aquí podemos ocuparnos por no tener punto alguno de contacto con los fines de nuestra actual investigación. En un penetrante y cuidadoso desarrollo de las ideas de la «tópica del aparato anímico» y de la «regresión» —y sólo un estudio de esta clase daría todo su valor a estas hipótesis— debiera intentarse determinar en qué estaciones de la regresión se realiza cada una de las diversas transformaciones de las ideas latentes. Este intento no ha sido emprendido aún por nadie; mas, no obstante, podemos asegurar que el desplazamiento del material ideológico se lleva a cabo mientras éste se halla aún en el grado de los procesos inconscientes. En cambio, la condensación deberemos representárnosla como un mecanismo que actúa a lo largo de todo el proceso hasta su llegada a los dominios de la percepción, o por lo menos como una actuación simultánea de todas las fuerzas que toman parte en la elaboración. Por último, y dada la prudencia que es necesario observar en el manejo de estos problemas, me contentaré con indicar que la elaboración del sueño, o sea el proceso que lo prepara, debe situarse en la región de lo inconsciente. De este modo tendríamos que

distinguir en la elaboración onírica tres etapas: en primer lugar, el paso de los restos diurnos preconscientes a lo inconsciente, paso al que tendrán que coadyuvar las condiciones del reposo nocturno; en segundo, la elaboración del sueño propiamente dicha en lo inconsciente, y, por último, la regresión del material onírico así elaborado a la percepción en la que el sueño se hace consciente.

Las fuerzas que participan en la elaboración del sueño son las siguientes: el deseo de dormir; la carga de energía restante aún en los restos diurnos después de su minoración por el estado de reposo; la energía psíquica del deseo inconsciente provocador del sueño y la fuerza contraria de la «censura», que reina en nuestra vida despierta y no queda del todo suprimida durante el sueño. A la elaboración del sueño corresponde, sobre todo, la misión de vencer la coerción de la censura, y precisamente esta misión es la que es llevada a cabo por el desplazamiento de la energía psíquica dentro del material de las ideas latentes.

Recordemos en qué ocasión nos hizo pensar nuestra investigación del chiste en los sueños. Al descubrir que el carácter y el efecto del chiste se hallaban ligados a determinadas formas expresivas o medios técnicos, entre los cuales los más singulares eran las diversas especies de condensación, desplazamiento y representación indirecta, vimos que procesos de idénticos resultados nos eran ya conocidos como peculiares a la elaboración de los sueños. Coincidencia tal tiene que hacernos deducir que la elaboración del chiste y la de los sueños han de ser idénticas, por lo menos en un punto esencial. La elaboración de los sueños nos ha descubierto, a mi juicio, con toda claridad sus principales caracteres. En cambio, de los procesos del chiste queda aún encubierta precisamente aquella parte que podríamos comparar a la elaboración onírica: el proceso de la elaboración del chiste en la primera persona. ¿Por qué no abandonarnos a la tentación de reconstruir este proceso por analogía con la formación del sueño? Algunos de los rasgos del sueño son tan extraños al chiste que nos es imposible transportar la parte de elaboración onírica que a ellos corresponde sobre la elaboración de los chistes. La regresión del proceso mental a la percepción falta seguramente en el chiste; mas los otros dos estadios de la elaboración de los sueños, el descenso de un pensamiento preconsciente a lo inconsciente y la elaboración

inconsciente, nos proporcionarían, transportados a la elaboración del chiste, idénticos resultados a los que en la misma podemos observar. Nos decidiremos, por tanto, a suponer que el proceso de la formación del chiste en la primera persona es el siguiente: *Un pensamiento preconsciente es abandonado por un momento a la elaboración inconsciente, siendo luego acogido en el acto el resultado por la percepción consciente*.

Antes de examinar en detalles esta hipótesis saldremos al paso de una posible objeción. Partiendo nosotros del hecho de que las técnicas del chiste muestran procesos idénticos a los que nos son conocidos como peculiaridades de la elaboración de los sueños, se nos pudiera objetar fácilmente que no hubiéramos descrito las técnicas del chiste como condensación, desplazamiento, etc., ni hubiéramos hallado tan amplias coincidencias entre los medios representativos del chiste y los del sueño, si nuestro anterior conocimiento de la elaboración onírica no hubiera inclinado ya en este sentido nuestra concepción de la técnica del chiste. Tal génesis de dichas coincidencias no constituiría, ciertamente, la más firme garantía de su real existencia fuera de nuestro prejuicio. Y si a todo esto agregamos la circunstancia de que los investigadores que en el examen de estos problemas nos han precedido no mencionan para nada tales procesos, parecerá harto justificada la objeción opuesta a nuestra teoría. Pero lo mismo hubiera podido suceder que la fuerza de penetración que el previo conocimiento de la elaboración de los sueños ha prestado a nuestra labor investigadora, fuese precisamente lo que nos ha permitido descubrir las coincidencias observadas, que antes permanecían ocultas. En último término siempre podrá quedar resuelta esta cuestión por medio de un examen crítico que, analizando ejemplos de chistes, demuestre que nuestra teoría de su técnica es forzada o artificiosa y que existen otras más evidentes y profundas que hemos dado de lado en favor de la nuestra, o compruebe la existencia efectiva de las coincidencias por nosotros señaladas. A mi juicio, no tenemos por qué temer tal crítica; nuestros experimentos de reducción nos han mostrado en qué formas expresivas habíamos de buscar las técnicas del chiste, y dando a éstas nombres que anticipaban el resultado de coincidencia de la técnica del chiste con la elaboración del sueño no hicimos nada a que no tuviésemos derecho, pues realmente todo ello no constituye más que una simplificación fácilmente

justificable.

Aún podrá hacérsenos otra objeción que, si bien presenta una menor importancia, nos es, en cambio, imposible rebatir tan fundamentalmente. Pudiera opinarse que las técnicas del chiste por nosotros descubiertas son efectivamente admisibles; pero que no son todas las existentes, pues, influidos por el modelo de la elaboración onírica, no habríamos buscado más que aquellas técnicas que con ella se hallasen de acuerdo, mientras que otras, desdeñadas por nosotros, hubiesen demostrado que la coincidencia deducida no era, ni mucho menos, general. No nos atrevemos a afirmar, desde luego, que hayamos conseguido explicar la técnica de todos los chistes que se encuentran en circulación y, por tanto, admitimos la posibilidad de que nuestra enumeración de las técnicas del chiste demuestre ser incompleta; pero, por otra parte, estamos seguros de no haber omitido intencionadamente ninguna de las que han aparecido a nuestra vista, y podemos afirmar que los más frecuentes, importantes y característicos medios técnicos del chiste no han escapado a nuestra atención.

El chiste posee aún otro carácter que se adapta satisfactoriamente a nuestra teoría de su elaboración, establecida por analogía con la del sueño. Decimos que «hacemos» el chiste, pero nos damos perfecta cuenta de que en este acto nos conducimos de muy distinto modo a cuando exponemos un juicio o presentamos una objeción. F.l chiste posee en alto grado el carácter de «ocurrencia involuntaria». Un instante antes no sabemos cuál es el chiste que vamos a hacer y pronto sólo necesitamos revestirlo de palabras. Se siente más bien algo indefinible, que compararíamos, más que a nada, a una *absence* (ausencia), aúna repentina desaparición de la tensión intelectual, y en el acto surge el chiste de un solo golpe, y la mayor parte de las veces provisto ya de su revestimiento verbal. Algunos de los medios del chiste hallan también empleo fuera del mismo en la expresión de nuestros pensamientos; por ejemplo: la metáfora y la alusión. Podemos hacer una alusión intencionadamente. En este caso, nos damos cuenta (por la audición interna) de la forma expresiva directa de nuestro pensamiento; pero un obstáculo, producto de la situación externa, nos impide manifestarla en dicha forma. Entonces nos proponemos sustituir la-expresión directa por una forma de la indirecta y escogemos la alusión. Mas la alusión así nacida bajo nuestro

ininterrumpido control no será nunca chistosa, por muy acertada que sea. En cambio, la alusión chistosa surge sin que hayamos podido perseguir en nuestro pensamiento tales etapas preparatorias. No queremos evaluar exageradamente esta diferencia, que no creemos constituya nada decisivo; pero, de todos modos, sí haremos constar que se adapta perfectamente a nuestra hipótesis de que en la elaboración del chiste dejamos caer por un momento en lo inconsciente un proceso mental que surge luego de nuevo en calidad de chiste.

Los chistes muestran también asociativamente una diferente conducta. Con frecuencia rehúsan acudir a nuestro pensamiento en el momento en que los requerimos y, en cambio, surgen otras veces, como involuntariamente y en puntos de nuestro proceso mental en que no comprendemos cómo han podido entretejerse. Son éstos caracteres de escasa importancia, pero que de todos modos constituyen indicaciones de la procedencia inconsciente del chiste.

Resumamos ahora todos aquellos caracteres del mismo que pueden considerarse producto de su formación en lo inconsciente. Ante todo, hallamos la singular brevedad del chiste, signo no indispensable, pero sí muy característico. Cuando lo hallamos por primera vez nos inclinamos a ver en él una manifestación de la tendencia economizadora, pero rechazamos en seguida tal concepción ante importantes concepciones contrarias. Actualmente nos parece más bien un signo de la elaboración inconsciente que el pensamiento del chiste ha experimentado. Lo que a este carácter corresponde en el sueño —la condensación— no lo podemos hacer coincidir con ningún otro factor más que con la localización en lo inconsciente, y tenemos que suponer que en el proceso mental inconsciente se dan las condiciones que para tal condensación faltan en lo preconsciente[855]. No podemos extrañar que en el proceso de condensación se pierdan algunos de los elementos a él sometidos, mientras otros, a los que pasa su energía de carga, quedan intensificados y robustecidos. La brevedad del chiste sería, como la del sueño, un necesario fenómeno concomitante de la condensación que en ambos tiene lugar; esto es, un resultado del proceso de condensación. A este origen debería también la brevedad del chiste su especialísimo carácter, que no nos es posible precisar más, pero que sentimos como algo

muy singular.

Hemos definido antes varios de los resultados de la condensación, el múltiple empleo del mismo material, el juego de palabras y la similicadencia como economía localizada, y hemos derivado de tal economía el placer que el chiste (inocente) nos procura. Posteriormente descubrimos la intención original del chiste en la consecución de dicho placer por medio del manejo de palabras, cosa que le era aún permitida como juego; pero que luego, en el curso del desarrollo intelectual, le fue prohibida por la crítica de la razón. Por fin, ahora nos hemos decidido a aceptar que tales condensaciones, puestas al servicio de la técnica del chiste, nacen automáticamente, sin intención determinada, en lo inconsciente durante el proceso mental. Mas ¿no aparecen aquí dos distintas teorías incompatibles sobre el mismo hecho? No lo creo; trátase, ciertamente, de dos distintas teorías que necesitaremos armonizar, pero que desde luego no son contradictorias. Una es sencillamente extraña a la otra, y cuando lleguemos a establecer una relación entre ellas habremos realizado un considerable progreso en nuestro conocimiento. Que tales condensaciones son fuentes de placer es cosa muy compatible con la hipótesis de que hallan en lo inconsciente las condiciones de su génesis; en cambio, vemos el motivo de la sumersión en lo inconsciente en la circunstancia de que en él se logra fácilmente la condensación productora de placer que el chiste precisa. También otros dos factores que a primera vista parecen totalmente extraños entre sí y que se encuentran, como por un indeseado azar se demostrarán, en cuanto profundicemos un poco, como íntimamente unidos y hasta consustanciales. Me refiero a las dos conclusiones antes establecidas de que el chiste podía hacer surgir al principio de su desarrollo en el grado de juego; esto es, en la infancia de la razón, tales condensaciones aportadoras de placer y de que, por otra parte, lleva a cabo la misma función en grados más elevados mediante la sumersión del pensamiento en lo inconsciente. Lo que sucede es que lo infantil es la fuente de lo inconsciente y que los procesos mentales de este género son precisamente los únicos posibles durante la primera época infantil. El pensamiento que para la formación del chiste se sumerge en lo inconsciente busca allí la antigua sede del pasado juego con palabras. La función intelectual retrocede por un momento al grado infantil para apoderarse así

nuevamente de la infantil fuente de placer. Si la investigación de la psicología de las neurosis no nos lo hubiera revelado ya, la del chiste nos haría sospechar que la singular elaboración inconsciente no es otra cosa que el tipo infantil de la labor intelectual. Mas no es nada fácil descubrir en el niño esta ideación infantil, cuyas singularidades conserva luego el adulto en su inconsciente, pues en la mayoría de los casos queda, por decirlo así, rectificada *in statu nascendi*. Algunas veces consigue, sin embargo, manifestarse, y en ellas reímos de lo que denominamos «simpleza infantil». Todo descubrimiento de tal inconsciente nos hace, en general, un efecto «cómico[856]».

Los caracteres de estos procesos mentales inconscientes se muestran con mayor claridad en las manifestaciones de los enfermos atacados de algunas perturbaciones psíquicas. Es muy verosímil que, conforme a la antigua hipótesis de Griesinger, nos fuese más fácil llegar a la comprensión de los delirios de los enfermos mentales, prescindiendo para interpretarlos de las exigencias del pensamiento consciente y aplicándoles un procedimiento interpretativo análogo al que aplicamos a los sueños[857]. También para el sueño hemos hecho valer nosotros, a su tiempo, este punto de vista del «retorno de la vida anímica al estado embrional[858]».

Hemos examinado tan minuciosamente, en lo que respecta a los procesos de condensación, la significación de la analogía entre el chiste y el sueño, que en los procesos restantes podemos ser ya más concisos. Sabemos que los desplazamientos que aparecen en la elaboración del sueño indican la actuación de la censura del pensamiento consciente, y, por tanto, al hallar el desplazamiento entre las técnicas del chiste nos inclinaremos a suponer que también en la elaboración del mismo interviene un poder coercitivo. Así es, en efecto; la tendencia del chiste a conseguir el antiguo placer en el disparate o en el juego con palabras encuentra, hallándose el sujeto en un estado de ánimo normal, el obstáculo que debe ser vencido en cada caso. Mas en la forma en que la elaboración del chiste consigue esta victoria es en donde se muestra un diferencia decisiva entre el chiste y el sueño. En la elaboración onírica, el vencimiento del obstáculo se realiza siempre mediante desplazamientos y por la elección de representaciones lo bastante lejanas a las efectivamente dadas para poder traspasar la censura; pero, sin embargo,

derivadas de ellas y provistas de toda su carga psíquica, que han adquirido por una completa transferencia. Así, pues, en ningún sueño dejan de existir desplazamiento —y, por cierto, más amplios que en ningún otro proceso—, debiéndose considerar como tales no sólo las desviaciones de la ruta mental, sino también todas las especies de representación indirecta y especialmente la sustitución de un elemento importante, pero que sería repelido por la censura, por otro indiferente que parezca inocente a la misma, aun constituyendo una lejana alusión al primero. Asimismo, la sustitución por un simbolismo, una metáfora o una minucia. No puede negarse que trozos de esta representación indirecta se constituyen ya en las ideas inconscientes del sueño; por ejemplo, la representación simbólica y metafórica, pues, si no, no hubiese llegado la idea representada al grado de la expresión preconsciente. Las representaciones indirectas de este género y aquellas alusiones cuya relación con lo aludido puede establecerse fácilmente son también habituales medios de expresión de nuestro pensamiento consciente. Mas la elaboración del sueño exagera hasta lo ilimitado el empleo de estos medios de la representación indirecta. Bajo la presión de la censura cualquier conexión resulta suficiente para que la sustitución por la alusión quede constituida y el desplazamiento se verifica con toda libertad y sin sujetarse a condición alguna. Especialmente singular y muy característica de la elaboración del sueño es la sustitución de las asociaciones internas (analogía, causalidad, etc.) por las llamadas externas (simultaneidad, contigüidad en el espacio, similicadencia).

Todos estos medios del desplazamiento constituyen también técnicas del chiste; pero cuando se muestran como tales respetan casi siempre aquellos límites impuestos a su empleo en el pensamiento consciente y pueden asimismo faltar, aunque el chiste tenga casi siempre la misión de remover un obstáculo. Se comprenderá esta falta de desplazamiento en la elaboración del chiste recordando que éste dispone, en general, para defenderse de la coerción, de otra técnica distinta que constituye, además, su más singular característica. El chiste no establece, como el sueño, transacciones; no elude el obstáculo, sino que se obstina en mantener intacto el juego verbal o desatinado; pero se limita a elegir casos en los que el juego o el disparate pueden aparecer admisibles (chanza) o atinados (chiste) merced al múltiple

significado de las palabras y a la diversidad de las relaciones intelectuales. Nada distingue mejor al chiste de las demás formaciones psíquicas que esta bilateralidad, y por lo menos en este punto han logrado aproximarse grandemente los investigadores al conocimiento de su esencia al acentuar el extremo del «sentido en lo desatinado».

Dada la eficacia de esta técnica peculiarísima del chiste para el vencimiento de los obstáculos que al mismo se oponen, pudiéramos hallar superfluo el que en ocasiones emplee también el desplazamiento; mas, por un lado, determinadas especies de esta última técnica son siempre valiosos para el chiste en calidad de fines y fuentes de placer —así, el desplazamiento propiamente dicho (desviación de las ideas), que participa de la naturaleza del disparate—; y por otro, no debe olvidarse que el grado superior del chiste —el chiste tendencioso— tiene con frecuencia que vencer obstáculos de dos clases: aquellos que se oponen a su propia consecución y aquellos otros que se oponen a su tendencia, siendo las alusiones y los desplazamientos en extremo apropiados para lograr la remoción de estos últimos.

El amplio e ilimitado empleo de la representación indirecta, del desplazamiento y especialmente de las alusiones en la elaboración del sueño tiene una consecuencia que no cito aquí por su importancia, sino porque constituyó para mí la ocasión subjetiva de ocuparme del problema del chiste. Cuando comunicamos a un profano el análisis de un sueño, análisis en el que naturalmente se hacen visibles los extraños medios, tan contrarios al pensamiento despierto, utilizados por la elaboración onírica, tales como la alusión y el desplazamiento, experimenta nuestro oyente una singular impresión de descontento y califica nuestras interpretaciones de «chistosas»; pero no ve en ellas chistes conseguidos, sino extremadamente forzados y contrarios, sin que pueda determinar en qué a las leyes del chiste. Esta impresión es fácilmente explicable: proviene de que la elaboración del sueño actúa con iguales medios que la del chiste, pero traspasa en su empleo los límites dentro de los que el mismo se mantiene. Pronto veremos que el chiste, a consecuencia del papel desempeñado por la tercera persona, se encuentra ligado a cierta condición de la que el sueño se halla libre.

Entre las técnicas comunes al chiste y al sueño presentan un especial interés la representación antinómica y el empleo del contrasentido. Pertenece

la primera a los medios más enérgicos del chiste, como podemos ver en los ejemplos que calificamos de «chistes por superación». La representación antinómica no consigue sustraerse, cual otras técnicas del chiste, a la atención consciente; aquel que procura lo más intencionadamente posible poner en actividad en sí el mecanismo de la elaboración del chiste —esto es, el sujeto habitualmente chistoso— suele encontrar en seguida que cuanto más fácilmente se contesta con un chiste a una afirmación es cuando se opina contrariamente a la misma y se deja a la ocurrencia del momento el cuidado de eludir, por medio de una transformación del sentido, un argumento o una réplica. Quizá deba la representación antinómica esta ventaja a la circunstancia de constituir el nódulo de otra forma expresiva, productora de placer, del pensamiento. Me refiero aquí a la *ironía*, que se aproxima mucho al chiste y ha sido incluida entre los subgrupos de la comicidad. Su esencia consiste en expresar lo contrario de lo que deseamos comunicar a nuestro interlocutor; pero ahorra a éste al mismo tiempo toda réplica, dándole a entender por medio del tono, de los gestos o, si se trata de lenguaje escrito, de pequeños signos del estilo, que uno mismo piensa lo contrario de lo que manifiesta. La ironía no puede emplearse más que cuando el oyente está preparado a oírnos contradecirle, de manera que existe en él, *a priori*, una tendencia a la contrarréplica. A consecuencia de esta condicionalidad, la ironía se halla muy expuesta al peligro de no ser comprendida; pero siempre procura al que la emplea la ventaja de eludir fácilmente las dificultades de la expresión directa; por ejemplo, en las invectivas. En el oyente despierta probablemente placer moviéndose a un gasto de contradicción que es reconocido en el acto como superfluo. Tal comparación del chiste con una especie no lejana a él de lo cómico robustece nuestra hipótesis de que la relación con lo inconsciente es una cualidad peculiarísima del mismo y quizá lo que le diferencia de la comicidad[859].

En la elaboración del sueño corresponde a la representación antinómica un papel mucho más considerable que el que desempeña en el chiste. El sueño gusta no sólo de representar dos contrarios por una y la misma formación mixta, sino que transforma también con tal frecuencia un objeto incluido en las ideas latentes en su contrario, que ello constituye gran dificultad para la labor interpretativa. «De ningún elemento de las ideas del

sueño puede afirmarse, *a priori*, que no represente precisamente a su contrario[860]».

Es éste un hecho que permanece aún totalmente incomprendido. Más parece indicar un importante carácter del pensamiento inconsciente: la carencia de un proceso comparable al de «juzgar». En lugar del juicio encontramos en lo inconsciente la «represión». Ésta puede ser acertadamente descrita como el grado intermedio entre un reflejo de defensa y un juicio condenatorio[861].

El disparate y el absurdo, que con tanta frecuencia aparecen en el sueño y le han atraído tan inmerecido desprecio, no nacen nunca casualmente de la acumulación de elementos de representación, sino que son siempre, como puede probarse en cada caso, permitidos por la elaboración onírica y se hallan destinados a la representación de una amarga critica o una contradicción desdeñosa existente en las ideas del sueño. El absurdo que aparece en el contenido manifiesta del sueño sustituye en él a un juicio despreciativo incluido entre las ideas latentes. En mi *Interpretación de los sueños* he insistido grandemente en esta circunstancia por creer que constituye la mejor refutación del difundido error de que el sueño no es un fenómeno psíquico, error que cierra el camino del conocimiento de lo inconsciente. Antes, al analizar determinados chistes tendenciosos, hemos visto que el disparate es utilizado en el chiste para idénticos fines de representación, y sabemos también que una fachada especialmente disparatada del chiste es en extremo apropiada para elevar el gasto psíquico en el oyente y aumentar con ello la magnitud libertada en la descarga por medio de la risa. Aparte de esto, no queremos olvidar que el desatino constituye en el chiste un fin en sí, dado que la intención de reconquistar el antiguo placer del disparate es uno de los motivos de la elaboración. Existen aún otros caminos para reconquistar el disparate y extraer de él placer. La caricatura, la parodia y la exageración se sirven de ellos y crean de este modo el «disparate cómico». Sometiendo estas formas de expresión a un análisis semejante al que hemos llevado a cabo en el chiste hallaremos que en ninguna de ellas surge ocasión de referimos, para explicarlas, a procesos inconscientes de nuestra vida anímica. Comprendemos ahora también por qué el carácter de lo «chistoso» puede añadirse, como un agregado, a la caricatura, parodia o exageración; lo que

hace posible que esto suceda es la diversidad de la «escena psíquica[862]».

El hecho de situar la elaboración del chiste en el sistema de lo inconsciente ha ganado considerablemente en importancia desde que nos ha descubierto que las técnicas de las que el chiste depende no son, sin embargo, de su exclusiva propiedad. De este modo hallaremos ahora resueltas varias dudas que en la investigación inicial de las técnicas tuvimos que dejar inexplicadas. Pero pudiera sospecharse que la innegable relación del chiste con lo inconsciente sólo existe en determinadas categorías del chiste tendencioso y no en todos y cada uno de los grados evolutivos y especies del chiste, como nosotros suponemos. Es ésta una objeción de suficiente importancia para no dejarla pasar sin un detenido examen.

El caso innegable de formación del chiste en lo inconsciente es aquél en que se trata de chistes al servicio de tendencias inconscientes o reforzadas por lo inconsciente; esto es, en la mayoría de los chistes «cínicos». En estos casos, la tendencia inconsciente hace descender hasta ella a la idea preconsciente, sumergiéndola en lo inconsciente para transformarla allí, proceso muy análogo a otros descubiertos por la psicología de las neurosis. En los chistes tendenciosos de otro género, en el chiste inocente y en la chanza, parece, en cambio, faltar esta fuerza atractiva y es, por tanto, dudosa la relación del chiste con lo inconsciente.

Mas examinaremos el caso de expresión chistosa de un pensamiento valioso de por sí y surgido en conexión con cualquier proceso mental. Para convertir en chiste dicho pensamiento se necesitará llevar a cabo una selección entre las diversas formas expresivas posibles, con el fin de encontrar precisamente aquella que haya de traer consigo la consecución de placer verbal. Por autoobservación sabemos que no es la atención consciente la que lleva a cabo esta selección; pero sí, en cambio, permitirá que la carga psíquica de los pensamientos preconscientes sea atraída a lo inconsciente, pues en este sistema los caminos de enlace que parten de la palabra son tratados, como vimos al examinar la elaboración del sueño, en igual forma que las relaciones objetivas. La carga psíquica inconsciente ofrece las condiciones más favorables para la elección de expresión verbal. Podemos, además, suponer, desde luego, que la posibilidad de expresión que encierra en sí la consecución de placer verbal actúa sobre la aún vacilante concepción

del pensamiento preconsciente, haciéndola descender, del mismo modo que en el primer caso, de la tendencia inconsciente. Para el orden más simple del chiste podemos representarnos que una intención constantemente vigilante, la de conseguir placer verbal, se apodera de la ocasión dada precisamente en lo preconsciente para atraer a lo inconsciente, en la forma ya conocida, el proceso de revestimiento (catectización).

Quisiera hallar la posibilidad de exponer con claridad meridiana y robustecer con incontrovertibles argumentos este punto decisivo de mi teoría del chiste. Pero ninguno de ambos deseos me es dado lograr, pues resultan interdependientes. Si no puedo presentar más clara exposición de mi teoría es porque no dispongo de más pruebas demostrativas que las ya aducidas. Mi concepción del chiste es fruto del estudio de su técnica y de la comparación de su elaboración con la de los sueños. Trátase, pues, de una serie de deducciones que hemos visto se adaptan, en general, perfectamente a las singularidades del chiste. Mas como tales deducciones nos han llevado no a un terreno conocido, sino a dominios totalmente nuevos y un tanto desconcertantes para nuestro pensamiento, nos limitamos a considerar su totalidad como una «hipótesis» y no estimamos como «prueba» la relación de la misma con el material del que ha sido deducida. Sólo la consideraremos demostrada cuando lleguemos de nuevo a ella por otros caminos deductivos y podamos indicar como punto de reunión de otras distintas rutas mentales. Pero esta demostración es imposible en el estado aún naciente de nuestro conocimiento de los procesos inconscientes. Sabiendo, pues, que nos hallamos ante un terreno inexplorado, y nos contentaremos con tender desde nuestro punto de observación un único y vacilante puente hacia lo desconocido.

Relacionando los diversos grados del chiste con las disposiciones anímicas favorables a cada uno de ellos, podremos establecer lo que sigue: la *chanza* nace de un bien dispuesto estado de ánimo al que parece peculiar una tendencia a una minoración de las cargas anímicas. Se sirve ya de todas las técnicas características del chiste y cumple igualmente la condición fundamental del mismo mediante la selección de un material verbal o un enlace de ideas que satisfagan tanto las exigencias de la consecución de placer como las de la crítica comprensiva. Deduciremos, pues, que el

descenso de la carga mental al grado inconsciente, facilitado por el buen estado de ánimo, se verifica ya en la chanza. En el chiste *inocente*, pero ligado a la expresión de un pensamiento valioso, falta este auxilio proporcionado por el estado de ánimo y, por tanto, tendremos que suponer existente una especial *aptitud personal* para abandonar la carga psíquica preconsciente y cambiarla durante un momento por la inconsciente. Una tendencia, de continuo vigilante, a renovar la primitiva consecución de placer del chiste actúa aquí, atrayendo a lo inconsciente la expresión preconsciente del pensamiento aún indecisa. En una alegre disposición espiritual, la mayoría de los hombres es capaz de producir chanzas, y la aptitud para el chiste sólo en contadísimas personas es independiente el estado de ánimo. Por último, actúa como el más enérgico estímulo para la elaboración del chiste la existencia de intensas tendencias que se extienden hasta lo inconsciente y representan una especial aptitud para la producción chistosa, constituyendo al mismo tiempo una explicación de que las condiciones subjetivas del chiste aparezcan cumplidas con gran frecuencia en personas neuróticas. Bajo la influencia de enérgicas tendencias puede convertirse en chistoso el sujeto antes inepto para el chiste.

Con esta última aportación al esclarecimiento aún hipotético de la elaboración del chiste en la primera persona queda en realidad agotado nuestro interés por el chiste. Réstanos tan sólo una corta comparación del mismo con los sueños, comparación fundada en la esperanza de que funciones anímicas tan distintas tienen que presentar, al lado de la coincidencia entre ellas descubierta, decisivas diferencias. La principal de éstas yace en su conducta social. El sueño es un producto anímico totalmente asocial. No tiene nada que comunicar a nadie. Nacido en lo íntimo del sujeto como transacción entre las fuerzas psíquicas que en él luchan, permanece incomprensible incluso para el mismo y carece, por tanto, de todo interés para los demás. No sólo no necesita aspirar a ser comprendido, sino que tiene que evitar llegar a serlo, pues entonces quedaría destruido. Los sueños sólo pueden subsistir encubiertos por su disfraz. Pueden, pues, servirse libremente del mecanismo que rige los procesos inconscientes hasta lograr una deformación que los haga irreconocibles. En cambio, el chiste es la más social de todas las funciones anímicas encaminadas a la consecución de

placer. Precisa muchas veces de tres personas, y su perfeccionamiento requiere la participación de un extraño en los procesos anímicos por él estimulados. Tiene, por tanto, que hallarse ligado a la condición de comprensibilidad y la deformación, que por medio de la condensación y del desplazamiento pueda sufrir en lo inconsciente, tendrá que detenerse antes de hacerlo irreconocible por tercera persona. Por lo restante, sueño y chiste surgen en dominios totalmente diferentes de la vida anímica y en puntos del sistema psicológico muy alejados uno de otro. El sueño es siempre un deseo, aunque irreconocible, y el chiste, un juego desarrollado. El sueño conserva, a pesar de su nulidad práctica, una relación con grandes intereses vitales. Busca satisfacer las necesidades por medio del rodeo regresivo de la alucinación y debe su posibilidad a la única necesidad activa durante el estado de reposo nocturno: la necesidad de dormir. En cambio, el chiste busca extraer una pequeña consecuencia de placer de la simple actividad —carente de toda necesidad— de nuestro aparato anímico, y más tarde, lograr tal aportación de la actividad del mismo, y de este modo llega *secundariamente* a importantes funciones dirigidas hacia el mundo exterior. El sueño se encamina predominantemente al ahorro de displacer, y el chiste, a la consecución de placer. Pero no hay que olvidar que a estos dos fines concurren todas nuestras actividades anímicas.

7.— **El chiste y las especies de lo cómico**.

(1)

EL camino por el que hemos logrado aproximarnos a los problemas de lo cómico se aparta bastante de los seguidos por investigadores anteriores. Pareciéndonos que el chiste, considerado generalmente como un subgrupo de la comicidad, ofrecía suficientes peculiaridades para ser objeto por sí mismo de una investigación directa, hemos ido eludiendo, mientras nos ha sido posible, su relación con la más amplia categoría de lo cómico, aunque no sin hallar en el en el curso de nuestra labor algunos muy importantes para el conocimiento de la comicidad. Así, hemos descubierto, sin gran dificultad,

que la conducta social de lo cómico es distinta de la del chiste. Lo cómico no precisa sino de dos personas: una que lo descubre y otra en la que es descubierto. La participación de una tercera persona, a la que lo cómico es comunicado, intensifica el proceso cómico, pero no agrega a él nada nuevo. Por el contrario, el chiste precisa obligadamente de dicha tercera persona para la perfección del proceso aportador de placer, pudiendo, en cambio, prescindir de la segunda cuando no es agresivo o tendencioso. El chiste «se hace», y la comicidad «se descubre», o sea, en primer lugar, en las personas, o, secundariamente y merced a una transferencia, en los objetos, situaciones, etc. En nuestro análisis del chiste hemos averiguado que no es en personas extrañas a nosotros, sino en nuestros propios procesos mentales, donde el mismo halla las fuentes de placer que de alumbrar se trata. Vemos también que el chiste sabe abrir de nuevo fuentes de placer que habían devenido inaccesibles, y que lo cómico le sirve con frecuencia de fachada y se sustituye al placer preliminar que tendría que lograr por medio de la técnica ya investigada en capítulos anteriores, circunstancias todas que indican la existencia de múltiples relaciones entre el chiste y la comicidad. Mas los problemas de lo cómico muestran tal complicación y han eludido tan obstinadamente los esfuerzos de la investigación filosófica, que no podemos abrigar la esperanza de que, partiendo del estudio del chiste, hemos de lograr resolverlos sin dificultad. Además, si para la investigación del chiste disponíamos de un instrumento —el conocimiento de la elaboración de los sueños— del que no pudieron servirse los que en el estudio de esta materia nos han precedido, para el investigador de la comicidad no poseemos nada análogo que facilite nuestra labor. Debemos, pues, hallarnos preparados a no descubrir de la esencia de la comicidad mucho más de lo que ya se nos ha revelado al estudiar el chiste como parte hasta cierto punto integrante de la misma, que entrañaba en su esencia —intactos o modificados— determinados rasgos de lo cómico.

Lo *ingenuo* es la especie de lo cómico más cercana al chiste. Es, en general, «descubierto» como la comicidad, y no «hecho», como el chiste, carácter que presenta con mayor exclusividad que ninguna otra especie de lo cómico, pues dentro de lo cómico puro cabe todavía cierta voluntad de hacer surgir la comicidad; esto es, de aquello que, por analogía con la corriente

expresión de «poner en ridículo», pudiéramos denominar «poner en cómico». Lo ingenuo tiene que producirse, sin nuestra intervención, en los actos o palabras de otras personas, que ocupan el lugar de la *segunda* persona del chiste o de la comicidad, y nace cuando el sujeto parece vencer sin esfuerzo alguno una coerción que en realidad no existe en él. Esta sensación, en el sujeto, de la coerción que nosotros suponemos existente es condición precisa de lo ingenuo, pues, si no, no lo calificaríamos de tal, sino de desvergonzado, y no despertaría nuestra hilaridad, sino nuestra indignación. El efecto de lo ingenuo es irresistible y nada difícil de comprender. Un gasto de coerción efectuado habitualmente por nosotros deviene de pronto superfluo por la audición de la ingenuidad y es descargado en la risa, sin que sea necesaria desviación alguna de la atención, dado que la remoción del obstáculo se lleva a cabo directamente y no por medio de un proceso puesto en actividad por un estímulo determinado. Nos conducimos aquí de un modo análogo al de la tercera persona del chiste, a la que el ahorro de coerción es regalado sin necesidad de esfuerzo alguno por su parte.

Tras el conocimiento que de la génesis del chiste hemos adquirido persiguiendo el desarrollo de este último desde su grado de juego, no puede maravillarnos que lo ingenuo aparezca sobre todo en los niños y, secundariamente, en los adultos poco cultivados, a los que, por su escaso desarrollo intelectual, podemos considerar como niños. Naturalmente, los dichos ingenuos se prestarán mejor que los actos de igual naturaleza para establecer una comparación de la ingenuidad con el chiste dado que éste encuentra su habitual forma expresiva en la palabra y no en la acción. Ahora bien: es muy significativo el hecho de que determinadas manifestaciones ingenuas, como las de los niños, puedan, sin violencia alguna, ser igualmente calificadas de «chistes ingenuos». En algunos ejemplos podremos ver con facilidad tanto aquello en lo que el chiste y la ingenuidad coinciden como aquello en que difieren.

Una niña de tres años y medio advierte a su hermano: «No comas tanto. Te pondrás malo y tendrás que tomar una Bubizin (por medicina)». «¿Bubizin? —pregunta la madre—. ¿Qué es eso?» «Sí —replica la niña—; cuando yo estuve mala, también tuve que tomar una ‘Medizin’» La niña cree que el remedio que le prescribió el médico se llamaba ‘Mädi-zin’ por estar

destinada a ella (*Mädi* = = niña, nena); y deduce que, siendo para su hermanito, deberá llamarse *Bubi-zin (Bubi* = niño, nene). Las palabras de la niña se nos muestran como un chiste verbal por similicadencia; pero considerándolas como tal chiste, apenas si nos harán sonreír forzadamente. En cambio, como ingenuidad nos parece excelentes y nos mueven a risa. Mas ¿qué es lo que en este caso constituye la diferencia entre el chiste y lo ingenuo? Observamos, desde luego, que tal diferencia no estriba en la expresión verbal ni tampoco en la técnica, que son idénticas para ambas posibilidades, sino en un factor a la primera vista muy alejado de las mismas. La determinación dependerá exclusivamente de que supongamos que el sujeto ha tenido la intención de hacer un chiste o que, por el contrario, no ha hecho sino deducir de buena fe una consecuencia, dejándose guiar por su infantil ignorancia. Sólo en este último caso se tratará de una ingenuidad.

Vemos, pues, que lo ingenuo nos ofrece, por vez primera en el curso de estas investigaciones, un caso de transporte del oyente al proceso psíquico de las personas productoras. El análisis de un segundo ejemplo confirmaré esta hipótesis:

Dos hermanos, una niña de doce años y un niño de diez, representan ante un público familiar una obra teatral de la que ellos mismos son autores. La escena representa una cabaña a orillas del mar. En el primer acto se lamentan los dos únicos personajes, un pobre pescador y su mujer, de lo trabajoso y miserable de su vida. El marido decide embarcar en un bote y salir a buscar fortuna en lejanos países. Una cariñosa despedida pone fin al primer acto. Al comenzar el segundo han pasado varios años. El pescador ha hecho fortuna y torna a su hogar con una gran bolsa de dinero. Encuentra a su mujer esperándole en la puerta de la choza y le hace el relato de sus aventuras. La buena mujer, no queriendo ser menos, le responde, llena de orgullo: «Tampoco yo he estado holgazaneando todo este tiempo. Mira». Y abriendo la puerta de la cabaña, le muestra doce niños —todos los muñecos de los actores-autores— durmiendo en el suelo… Al llegar a este punto quedó la representación interrumpida por las estruendosas carcajadas del auditorio, y los intérpretes enmudecieron, llenos de asombro, ante aquella inesperada hilaridad de sus familiares, que hasta entonces habían constituido un público modelo de corrección. Estas risas se explican por la circunstancia de que los

espectadores suponen, naturalmente, que los infantiles autores desconocen aún por completo las condiciones del nacimiento de los niños y creen, por tanto, que una mujer puede vanagloriarse de la descendencia obtenida durante una larga ausencia del esposo y que éste ha de regocijarse del fausto suceso. Aquello que los autores han producido basándose en su ignorancia puede calificarse de absurdo o desatinado, y esta ignorancia infantil, que tan radicalmente transforma el proceso psíquico en el oyente, es lo que constituye la esencia de la ingenuidad. Es fácil, por tanto, incurrir en error al apreciar lo ingenuo, suponiendo existente en el niño una ignorancia ya desaparecida, error que es con frecuencia aprovechado por el sujeto infantil para permitirse, simulando ingenuamente, libertades que de otro modo no le serían consentidas.

El análisis de estos ejemplos nos descubre y aclara la posición de lo ingenuo entre el chiste y lo cómico. La ingenuidad (verbal) coincice con el chiste en la expresión y en el contenido, haciendo nacer un equivocado empleo de palabras, un absurdo o un «dicho verde». Pero el proceso psíquico que se realiza en la primera persona y que tan interesante y misterioso se nos ha mostrado en el chiste falta aquí por completo. La persona ingenua cree haberse servido normalmente de sus medios expresivos e intelectuales. No abriga la menor *arrière pensée* (segunda intención) ni extrae placer alguno de la producción de la ingenuidad. Todos los caracteres de la misma dependen tan sólo de la interpretación del oyente, el cual ocupa aquí el lugar de la tercera persona del chiste. La primera persona —el autor de la ingenuidad— crea ésta sin esfuerzo alguno, y la complicada técnica, destinada en el chiste a paralizar la coerción que la razón crítica pudiera ejercer, no tiene por qué existir en la ingenuidad, puesto que la misma se halla aún libre de tal coerción y puede producir directamente —sin recurrir a transacción ninguna — el desatino o la procacidad. En este sentido constituye lo ingenuo aquel caso límite del chiste que resultaría de hacer igual a cero, en la fórmula de la elaboración del mismo, la magnitud de la censura. Si para la eficacia del chiste era condición que ambas personas se hallasen sometidas a idénticas o muy análogas coerciones o resistencias internas, en cambio, lo será de la ingenuidad que una de las personas posea coerciones de las que la otra está libre. De estas personas, la primera será la que decida si algo constituye o no

una ingenuidad y, además, la única en la que lo ingenuo producirá una aportación de placer. Este placer que la ingenuidad hace surgir podemos determinarlo como producto de la remoción de una coerción, y dado que el placer del chiste posee idéntico origen —un nódulo de placer verbal o disparatado y una envoltura de placer de remoción y de minoración—, podremos fundar en la analogía de sus relaciones con la coerción el intimo parentesco del chiste con la ingenuidad. En ambos nace placer de la remoción de una coerción interna; más el proceso psíquico que se verifica en la persona receptora (que en la ingenuidad es, generalmente, nuestro propio *yo*, mientras que en el chiste puede éste ocupar el puesto de persona productora) es en la ingenuidad mucho más complicado que en el chiste y, en cambio, mucho más sencillo el correspondiente a la persona productora. Sobre la persona receptora tiene la ingenuidad oída que actuar, desde cierto punto de vista, como chiste —circunstancia que aparece patente en los ejemplos antes expuestos—, pues, como en el chiste sucede, facilita en dicha persona, y sin el menor esfuerzo por parte de la misma, la remoción de la censura. Mas sólo una parte del placer provocado por la ingenuidad puede explicarse por este proceso, y aun esta parte desaparecería en casos como el de la procacidad ingenua, ante la cual podríamos reaccionar con igual indignación que ante una franca procacidad, si un diferente factor no nos ahorrara dicha indignación y produjera al mismo tiempo la parte más importante del placer de lo ingenuo.

Este otro factor está constituido por la condición, antes indicada, de que para aceptar algo como una ingenuidad tiene que sernos conocida la falta de coerción íntima en la persona productora. Sólo cuando esta falta nos consta reímos en lugar de indignarnos. Tomamos, por tanto, en cuenta el estado psíquico de la persona productora y nos transportamos a él tratando de comprenderlo por medio de su comparación con el nuestro propio, comparación de la que resulta un ahorro de gasto que descargamos por medio de la risa. A esta explicación pudiéramos preferir otra más sencilla, consistente en suponer que, al darnos cuenta de que la persona productora no tenía necesidad de dominar ninguna coerción, devenía superflua nuestra indignación. De este modo, la risa nacería de la indignación ahorrada. Mas para alejarnos de esta hipótesis, que habría de inducirnos en error,

estableceremos una definida separación entre dos casos que antes expusimos conjuntamente. Lo ingenuo que ante nosotros aparece puede ser de la naturaleza del chiste, como en los ejemplos expuestos, y también de la del «dicho verde», o, en general, pertenecer a aquello que motiva nuestra repulsa, sobre todo si se trata no ya de palabras, sino de actos. Este último caso es especialmente apto para confundir nuestro juicio, pues en él pudiéramos aceptar que el placer nacía de la indignación ahorrada y transformada. Pero el primer caso, el de la ingenuidad puramente verbal, nos sirve de guía. Así, la ingenua frase de la ‘Bubizin’ puede hacer de por sí el efecto de un chiste harto débil y no da el menor motivo de indignación. Es éste, ciertamente, el caso menos frecuente, pero también el más puro e instructivo. Al aceptar que la niña cree de buena fe y sin segunda intención alguna de la identidad de las silabas *Medí* de *Medizin* con el nombre que cariñosamente le dan sus familiares (*Mädi* = = nena), experimenta nuestro placer una intensificación que no tiene ya nada que ver con el placer del chiste. Consideramos, pues, lo dicho por la niña desde dos puntos de vista, una vez, tal y como en ella se ha producido, y otra, tal y como se produciría en nosotros. De esta comparación resulta que la niña ha hallado una identidad que sabemos inexistente y ha traspasado una barrera que en nosotros continúa alzada, y prosiguiendo luego nuestra reflexión nos damos cuenta de que si queremos comprender la ingenuidad podemos ahorrarnos el gesto necesario para mantener en pie dicha barrera. El gasto que como resultado de esta comparación queda libre constituye la fuente del placer de la ingenuidad y es descargado por medio de la risa, siendo el mismo que hubiéramos transformado en indignación si el infantil proarrollo intelectual de la persona productora y la naturaleza de lo manifestado no excluyera en este caso todo motivo para ello. Mas tomando ahora al chiste ingenuo como modelo para el caso restante, o sea el de lo ingenuo que es objeto de nuestra repulsa, veremos que también en esta clase de ingenuidades puede nacer el ahorro de coerción directamente del proceso comparativo, no siendo necesario suponer una naciente indignación ahogada en sus comienzos. Tal indignación no sería, por tanto, sino el empleo en otro lugar del gasto libertado, empleo contra el cual eran necesarios en el chiste complicados dispositivos protectores.

Esta comparación y este ahorro de gasto resultante de nuestra

identificación con el proceso psíquico que se verifica en la persona productora, sólo no siendo privativos de lo ingenuo podrán adquirir cierta importancia. Y realmente surge en nosotros la sospecha de que este mecanismo, totalmente extraño al chiste, es una parte, y quizá la esencia, del proceso psíquico de lo cómico. De este modo, lo ingenuo no sería sino una de las especies de la comicidad, y lo que en nuestros ejemplos de ingenuidades verbales se agrega al placer del chiste sería placer «cómico», producido, en general, por el ahorro de gasto resultante de la comparación de las manifestaciones de otra persona con las nuestras propias. Mas dado que al llegar a este punto nos hallamos ante cuestiones que pueden llevarnos muy lejos, terminaremos ante todo nuestro examen de la ingenuidad. Ésta sería, pues, una de las especies de lo cómico en tanto en cuanto su placer nace de la diferencia de gasto resultante de la comparación estimulada por nuestro deseo de comprender determinada manifestación de otra persona, y se aproximaría al chiste por la condición de que el gasto ahorrado en dicha comparación tiene que ser un gasto de coerción[863].

Establezcamos aún, rápidamente, algunas analogías y diferencias entre los conceptos a los que hemos llegado últimamente y aquellos otros que constan ha largo tiempo en la psicología de la comicidad. La identificación, el querer comprender, no son otra cosa que el «prestar cómico» que desde Jean Paul desempeña un papel en el análisis de la comicidad. La «comparación» de un proceso psíquico que se realiza en otra persona con el nuestro propio corresponde al «contraste psicológico», para el cual hallamos por fin aquí un lugar, después de haberle buscado inútilmente alguna aplicación en el chiste. Mas en la explicación del placer cómico nos separamos de muchos investigadores para los que dicho placer nace de la oscilación de la atención entre las representaciones que han de ser contrastadas. Pareciéndonos incomprensible tal mecanismo del placer, preferimos indicar que de la comparación de los contrastes nace una diferencia de gasto que cuando no recibe empleo distinto es susceptible de ser descargada y constituye, por tanto, una fuente de placer[864].

Al aproximarnos al problema de lo cómico, lo hacemos con cierto temor. Sería presuntuoso esperar que nuestro esfuerzo consiguiera aportar algo decisivo para la solución de un problema que la intensa labor de toda una

serie de brillantes pensadores no ha logrado aún esclarecer satisfactoriamente en todos sus aspectos. No nos proponemos, por tanto, más que perseguir por algún trecho, en los dominios de lo cómico, aquellos puntos de vista que en la investigación del chiste han demostrado poseer un innegable valor.

Lo cómico aparece primeramente como un involuntario hallazgo que hacemos en las personas; esto es, en sus movimientos, formas, actos y rasgos característicos, y probablemente al principio tan sólo en sus cualidades físicas, pero luego también en las morales y en aquello en que éstas se manifiestan. Más tarde, y por una especie de personificación muy frecuente, encontramos lo cómico en los animales y en objetos inanimados. Resulta, pues, la comicidad susceptible de ser separada de las personas siempre que de antemano conozcamos las condiciones en que las mismas resultan cómicas. De este modo nace la comicidad de la situación, y con tal conocimiento aparece la posibilidad de hacer resultar cómica, a voluntad, a una persona, colocándola en situaciones en las que dichas condiciones de lo cómico se muestran ligadas a sus actos. El descubrimiento de que está en nuestro poder el hacer resultar cómica a una persona cualquiera —incluso la nuestra propia — abre el acceso a insospechadas consecuciones de placer cómico y da origen a una técnica muy amplia. Los medios de que para ello disponemos son, entre otros muchos, la imitación, el disfraz, la caricatura, la parodia y, sobre todo, el colocar a la persona de que se trate en una situación cómica. Naturalmente, pueden todas estas técnicas entrar al servicio de tendencias hostiles y agresivas, haciendo resultar cómica a una persona con el fin de mostrarla ante los demás como desprovista de toda autoridad o dignidad y sin derecho a consideración ni respeto. Mas aun cuando tal intención constituyera siempre el fondo de todo intento de hacer resultar cómica a una persona no tendría por qué ser éste el sentido de lo cómico espontáneo.

Ya con esta desordenada revisión de las manifestaciones de la comicidad nos damos cuenta de que debemos atribuir a la misma condiciones de origen mucho más amplias que a lo ingenuo. Para descubrir el rastro de tales condiciones, lo principal será acertar en la elección del punto de partida de nuestra labor, y recordando que la representación escénica más primitiva, la pantomima, utiliza la comicidad de los movimientos para provocar la risa, elegiremos esta especie de lo cómico para comenzar por ella la investigación

que nos proponemos. A la interrogación de por qué reímos de los movimientos de los *clowns* responderíamos que porque nos parecen excesivos e inapropiados. Reímos, pues, de un gesto desproporcionado. Busquemos ahora la condición fuera de la comicidad artificialmente provocada; esto es, allí donde aparece involuntariamente. Los movimientos infantiles no nos parecen cómicos, aunque el niño patalea y salta sin objeto visible. En cambio, sí hallamos cómico el que el niño que aprende a escribir saque la lengua y siga con ella los movimientos de la pluma. En este manejo vemos un superfluo gasto de movimiento que nosotros ahorraríamos al dedicarnos a igual actividad. Del mismo modo hallamos cómico, en el adulto, otros movimientos que acompañan innecesariamente a la actividad principal o que simplemente nos parecen superar la medida normal del gesto expresivo. Casos puros de esta clase de comicidad son aquellos movimientos que el jugador de bolos ejecuta después de haber arrojado la bola, como si con ellos quisiera regular su curso, y también los gestos que exageran la expresión normal de nuestros pensamientos, aunque sean involuntarios, como sucede en los enfermos de corea (baile de San Vito). Igualmente parecerán cómicos los movimientos de nuestros modernos directores de orquesta a todas aquellas personas poco versadas en música que no comprendan a qué fin corresponden. De esta comicidad de los movimientos se deriva la de las formas corporales y de los rasgos fisonómicos, que son considerados como el resultado de un movimiento exagerado e inútil. Unos ojos demasiado abiertos, una nariz ganchuda, unas orejas muy separadas del cráneo, una joroba o cualquier análogo defecto físico, sólo se hacen cómicos en tanto en cuanto nos representamos los movimientos que serían necesarios para su constitución, representación en la que atribuimos a las partes del cuerpo correspondientes mayor movilidad de la que realmente poseen. Encontramos innegablemente cómico que una persona pudiera mover las orejas y aún nos lo parecería más que pudiera mover la nariz. Gran parte de la comicidad que en los animales hallamos procede de que vemos en ellos movimientos que no podemos imitar.

Mas ¿cómo llegamos a reír cuando reconocemos como inútiles y exagerados los movimientos de otros? A mi juicio, lo que nos lleva a reír es la comparación de los movimientos observados en los demás con los que,

hallándonos en su lugar, hubiésemos ejecutado. Claro es que a los dos términos de la comparación habremos de aplicar la misma medida, y ésta será precisamente aquel gesto de inervación que va ligado con la representación del movimiento correspondiente a cada uno de ellos. Esta afirmación necesitará ser ampliada y explicada.

Lo que aquí ponemos en relación es, por un lado, el gasto psíquico correspondiente a determinada representación, y por otro, el contenido de esta última. Nuestra afirmación implica que el primero de dichos factores no es esencial y generalmente independiente del segundo; esto es, del contenido de la representación de algo considerable necesita de un gasto mayor que la de algo pequeño. Mientras no se trata más que de la representación de diversos grandes movimientos, el establecimiento de nuestra afirmación ni su comprobación experimental, no presenta graves dificultades, pues vemos en seguida que en este caso coincide una cualidad de la representación con otra de lo representado, aunque la Psicología nos prevenga siempre contra tales confusiones.

La representación de determinado movimiento considerable la adquirimos al ejecutarlo por vez primera espontáneamente o por imitación, acto en el que, además, descubrimos en nuestras sensaciones de inervación una medida para tal movimiento[865].

Cuando observamos en otra persona un movimiento análogo a cualquiera de los que por experiencia propia conocemos, el camino más seguro para la comprensión o percepción del mismo será el ejecutarlo por imitación, y entonces podemos decidir, por comparación, en qué movimiento —el nuestro o el ajeno imitado— fue mayor el gesto por nosotros efectuado. Tal impulso a la imitación aparece seguramente siempre que observemos un movimiento. Mas, en realidad, no llevamos a cabo tal imitación, como tampoco seguimos deletreando cuando el deletrear nos ha enseñado ya a leer. En el lugar de la imitación muscular del movimiento colocamos la representación del mismo por medio de nuestro recuerdo de los gastos efectuados en movimientos análogos. La representación o «pensamiento» se diferencia, ante todo, de la acción o ejecución, por ser mucho más pequeña la carga psíquica cuyo desplazamiento provoca y por impedir la descarga del gasto principal. Mas ¿de qué manera se manifiesta en la representación el factor cuantitativo —la

mayor o menor magnitud— del movimiento percibido? Y si falta una exposición de la cantidad en la representación formada por cualidades, ¿cómo podremos diferenciar las representaciones de movimientos diferentemente grandes y establecer la comparación que constituye aquí la cuestión capital?

En este punto nos indica el camino la Fisiología, mostrándonos que también durante el proceso de ideación parten inervaciones hacia los músculos, aunque no correspondan sino a un modestísimo gasto, lo cual nos hace suponer que este gasto de inervación que acompaña al proceso representativo es empleado en la exposición del factor cuantitativo de la representación y ha de ser mayor cuando es representado un movimiento considerable que cuando se trata de uno pequeño. La representación del movimiento mayor sería también realmente la mayor; esto es, la acompañada de mayor gasto.

La observación nos muestra directamente que los hombres nos hallamos acostumbrados a expresar lo grande y lo pequeño de los contenidos de nuestras representaciones por un diverso gasto, como en una especie de *mímica de ideación*.

Cuando un niño, un adulto poco cultivado o un sujeto perteneciente a ciertas razas de escaso desarrollo intelectual describen o comunican algo, puede verse fácilmente que no se contentan con hacer comprensible su representación por la elección de palabras apropiadas, sino que exponen también el contenido de la misma por medio de movimientos expresivos, uniendo de este modo la exposición mímica a la verdad e indicando al mismo tiempo las cantidades y las intensidades. Al decir «una alta montaña» elevarían la mano por encima de su cabeza, y si su frase es «un enano chiquitín», la bajarán hasta cerca del suelo. En aquellos casos en que tales sujetos han perdido ya el hábito de pintar con sus manos aquello que describen, lo harán elevando o bajando la voz, y si también logran dominar esta costumbre puede apostarse que abrirán mucho los ojos al hablar de algo grande y los entornarán cuando se refieran a algo pequeño. Lo que de este modo expresan no son sus sentimientos personales, sino realmente el contenido de su representación.

¿Habremos, pues, de suponer que esta necesidad de mímica es despertada por las exigencias de la comunicación y que gran parte de este medio

expositivo escapa en general a la atención del oyente? Creo más bien que esta mímica, aunque menos marcada, subsiste con independencia de toda comunicación y aparece también cuando el sujeto se representa algo a sí mismo exclusivamente o piensa algo de una manera plástica. Por tanto, los individuos antes señalados expresarán por medio de modificaciones somáticas y del mismo modo que en la descripción verbal su representación íntima de lo grande y lo pequeño, aunque tales modificaciones pueden quedar reducidas a una diversa inervación de los rasgos fisonómicos y los órganos sensorios. Esto nos hace pensar que la inervación física consensual al contenido de lo representado fue el comienzo y origen de la mímica destinada a la comunicación. Para hacerse inteligible a los demás no necesitó dicha inervación más que intensificarse hasta resultar fácilmente perceptible. Claro es que al exponer de este modo mi opinión de que a la expresión de los sentimientos, conocida como efecto físico concomitante de los procesos anímicos, debiera añadirse esta «expresión del contenido de las representaciones», me doy perfecta cuenta de que mis observaciones sobre las categorías de lo grande y lo pequeño no agotan el tema. Todavía pudiéramos agregar muchas interesantes consideraciones de tensión por los que una persona revela físicamente la concentración de su atención y el nivel de abstracción que alcanza, en un momento determinado, su pensamiento. Creo importantísima esta materia y opino que la prosecución del estudio de la mímica ideativa sería tan útil en otros dominios de la Estética como lo ha sido aquí para la inteligencia de lo cómico.

Volviendo a la comicidad del movimiento, repetiremos que con la percepción de determinado ademán nace el impulso a su representación por cierto gasto. Realizamos, pues, en la percepción de dicho movimiento, o sea en nuestra voluntad de comprenderlo, cierto gasto, conduciéndonos en esta parte del proceso psíquico exactamente como si nos situáramos en el lugar de la persona observada. Probablemente, al mismo tiempo advertimos el fin a que tiende dicho movimiento y podemos estimar, por anterior experiencia, la magnitud de gasto necesaria para alcanzar tal fin.

En este punto prescindimos ya de la persona observada y nos conducimos como si quisiéramos lograr por nuestra cuenta el fin al que el movimiento tiende. Estas dos posibilidades de representación nos llevan a una

comparación del movimiento observado con el nuestro propio. Ante un movimiento inadecuado y excesivo de la persona observada, nuestro incremento de gasto para la comprensión es cohibido en el acto, *in statu nascendi*, esto es, declarado superfluo en el mismo momento de su movilización, y queda libre para un distinto empleo o, eventualmente, para su descarga por medio de la risa. De esta clase sería, coadyuvando otras condiciones favorables, la génesis del placer producido por los movimientos cómicos: un gasto de inervación devenido inútil, como exceso, en la comparación del movimiento ajeno con el propio.

Dos diferentes problemas se presentan ahora a nuestra labor investigativa: el de fijar las condiciones de la descarga del exceso resultante de la comparación y el de comprobar si nuestra hipótesis sobre la génesis de la comicidad de los movimientos son aplicables a las demás especies de lo cómico.

Dediquémonos, ante todo, a esta segunda labor y sometamos a investigación, tras de lo cómico del movimiento y de la acción, la comicidad que hallamos en los rendimientos anímicos y en los rasgos característicos de los demás.

Podemos tomar como modelo de este género los disparates cómicos que los estudiantes poco aplicados producen en los exámenes. Más difícil nos sería dar un sencillo ejemplo de comicidad de un rasgo característico. No debe inducirnos en error el que el disparate y la simpleza, que con tanta frecuencia producen un efecto cómico, no pueden ser, sin embargo, sentidos siempre como cómicos análogamente a como sucede con un mismo rasgo característico, del que unas veces reímos, pero otras nos puede parecer despreciable y hasta odioso. Este hecho, que no debemos olvidarnos de tener en cuenta, indica tan sólo que en el efecto cómico intervienen, a más de la comparación antes detallada, otros factores distintos, que iremos descubriendo en el curso de nuestra investigación.

La comicidad que hallamos en las cualidades anímicas e intelectuales de otras personas es también, claramente, el resultado de una comparación entre las mismas y nuestro propio *yo*, mas con la singularidad de que el producto de esta comparación es, la mayoría de las veces, el opuesto del de la que llevábamos a cabo en el caso del movimiento o acto cómicos. En este caso

nacía la comicidad cuando la persona-objeto realizaba un gasto mayor de lo que nosotros imaginábamos necesario. En cambio, tratándose de una función anímica lo cómico surge cuando la persona-objeto ahorra un gasto que consideramos indispensable, pues el desatino y la simpleza son rendimientos imperfectos. En el primer caso reímos viendo cómo la persona observada se ha dificultado determinado rendimiento, y en segundo, cómo se lo ha hecho excesivamente fácil. Por tanto, parece que el efecto cómico no depende sino de la diferencia entre ambos gastos de carga psíquica o revestimiento el del yo y el de la otra persona apreciada por la *empatía* o «proyección simpática[866]» y no de aquello a lo que favorezca tal diferencia. Mas esta singularidad, que al principio nos desorienta desaparece en cuanto reflexionamos que el limitar el trabajo muscular e intensificar, en cambio, el intelectual es una de las características de la tendencia evolutiva del hombre hacia un más alto grado de civilización. Intensificando el gasto intelectual dedicado a la ejecución de un acto cualquiera alcanzamos una minoración del gasto de movimiento necesario para su realización, éxito cultural del que testimonian nuestras máquinas[867]. Comprendemos ahora que nos parezcan igualmente cómicos aquel que comparado con nosotros emplea demasiado gasto en sus rendimientos físicos o aquel que emplea demasiado poco en los anímicos, y no podemos negar que nuestra risa es en ambos casos la expresión de un placiente sentimiento de superioridad. Cuando la proporción se hace en ambos casos inversa, esto es, cuando el gasto somático de la persona observada se nos muestra menos que el nuestro y mayor el gasto psíquico entonces ya no reímos, sino que experimentamos asombro o admiración[868].

El origen que aquí atribuimos al placer cómico, haciéndolo nacer de la comparación de la persona observada con nuestro propio *yo*, o sea de la diferencia entre el gasto de la «proyección simpática» y el propio, es probablemente el más importante, aunque no el único. Ya en ocasiones anteriores vimos que era posible prescindir de este género de comparación y hallar la diferencia productora de placer en un solo elemento, fuera éste la proyección simpática o los procesos en nuestro propio *yo*, con lo cual queda demostrado que el sentimiento de superioridad no tiene una relación esencial con el placer cómico. Mas, de todos modos, para la génesis de este placer es

indispensable una comparación, que, como hemos visto, se realiza entre dos gastos consecutivos de revestimientos referentes al mismo rendimiento y provocados por nuestra proyección simpática en la persona observada, o independientemente de la misma, por nuestros propios procesos psíquicos. El primer caso, en el cual desempeña todavía un papel la persona observada, aunque ya no su comparación con nuestro propio *yo*, aparece cuando la diferencia productora de placer de los gastos de revestimiento queda establecida por influencias exteriores que podemos reunir formando una «situación», razón por la cual es denominada esta clase de comicidad *comicidad de la situación*. Las cualidades de la persona que proporciona lo cómico no influyen en esto esencialmente, pues reímos aunque tengamos que confesarnos que en idéntica situación hubiéramos obrado de la misma manera. Extraemos aquí la comicidad de la relación del hombre con el mundo exterior, que tan tiránicamente actúa con gran frecuencia sobre sus procesos psíquicos. A este mundo exterior pertenecen no sólo las imposiciones y conveniencias sociales, sino nuestras propias necesidades físicas. Un caso típico de esta última clase aparece cuando una persona es interrumpida en el ejercicio de una actividad anímica por un dolor o una necesidad excrementicia. La antítesis que en la empatía hace nacer la diferencia cómica es la existencia entre el alto interés que el individuo muestra por tal actividad psíquica antes de sobrevenir la perturbación somática y el escasísimo que le concede una vez sobrevenida la misma. La persona que nos dé esta diferencia se hace cómica de nuevo por inferioridad, pero no es inferior más que comparada con su *yo* anterior y no con nosotros, pues sabemos que en el mismo caso no podríamos conducirnos diferentemente. Es, de todos modos, singular que esta inferioridad del hombre no nos resulte cómica más que en el caso de proyección simpática, o sea en personas extrañas a la nuestra propia, mientras que cuando nos hallamos personalmente en tales situaciones no experimentamos sino penosos sentimientos. Seguramente, la ausencia de dolor propio es la que nos permite hallar placer en la diferencia resultante de la comparación de los diversos revestimientos sucesivos.

Otra fuente de comicidad, que hallamos en nuestros propios cambios de revestimiento, surge de nuestra relación con lo venidero, cuya llegada acostumbramos anticipar por medio de nuestras representaciones de espera.

A mi juicio, tales representaciones entrañan un gasto cuantitativamente determinado, que, al no cumplirse lo esperado, queda aminorado en cierta diferencia, y para completar esta hipótesis recordaremos las observaciones que antes hicimos sobre la «mímica de representaciones». Pero en estos casos de espera resulta mucho más fácil de llevar a cabo la determinación del gasto de revestimiento efectivamente realizado. En toda una serie de ejemplos de este género vemos con completa claridad que la expresión de la espera está constituida por preparativos motores, sobre todo cuando el suceso esperado ha de exigir un rendimiento de nuestra motilidad, y tales preparativos pueden, desde luego, determinarse cuantitativamente. Cuando espero coger una pelota que me ha sido lanzada, determino en mi cuerpo tensiones que le han de permitir resistir el choque, y los movimientos superfluos que habrían de hacer si la pelota resulta menos pesada de lo que yo esperaba me harán resultar cómicos a los ojos de los espectadores. Mi representación anticipada me ha hecho errar, impulsándome a un excesivo gasto de movimiento. Lo mismo sucederá al sacar de un cesto una fruta que juzgamos pesada y que resulta luego hueca e imitada en cera. Nuestra mano se alzará rápidamente revelando que habíamos preparado una inervación excesiva para el fin propuesto, y los que nos vean reirán de nuestro error. Existe, por lo menos, un caso en el que la catexis de expectación puede ser medido por medio de un experimento fisiológico. Nos referimos a los experimentos de Pavlov sobre las secreciones salivares, en los cuales se provee a varios perros de un aparato especial para la acumulación de la saliva, y se les muestran después diversos alimentos. La saliva secretada varía según el perro ve o no confirmada su esperanza de recibir el alimento que le es enseñado.

También cuando lo esperado ha de exigir simplemente un rendimiento de los órganos sensorios y no de la motilidad tenemos que suponer que la expectación se manifiesta en cierto gasto motor encaminado a la tensión de los sentidos y a detener otras impresiones distintas de la esperada, y hemos de considerar la concentración de la atención como un rendimiento motor equivalente a cierto gasto. Podemos, además, adelantar que la actividad preparatoria de la espera no será independiente de la magnitud de la impresión esperada, sino que manifestaremos la importancia o pequeñez de la misma mímicamente, por medio de un mayor o menor gasto de preparación,

como en el caso de la comunicación o en el del pensamiento. En esta catexis de espera habremos de tener en cuenta diversos factores, lo mismo que en el caso en que quedemos decepcionados, bien por ser lo que realmente llegue mayor o menor que lo esperado, bien por no ser digno del interés con que lo esperábamos. De este modo llegamos a tomar en consideración, además del gasto para la representación de lo grande o lo pequeño (la mímica de representación), la catexis de tensión de la atención (catexis de espera) y, por último, en otros casos, la catexis de abstracción. Mas todas estas otras clases de catexis pueden reducirse a la de la mímica de representación, dado que lo más interesante, lo más elevado y hasta lo más abstracto son tan sólo casos especiales y especialmente cualificados de lo mayor. Si a todo esto agregamos que, según Lipps y otros autores, se debe considerar en primer lugar como fuente del placer cómico al contraste *cuantitativo* y no el *cualitativo*, tendremos motivo más que suficiente para felicitarnos de haber escogido como punto de partida de nuestra investigación lo cómico de los movimientos.

Desarrollando el principio kantiano de que «lo cómico es una espera decepcionada», ha intentado Lipps, en su obra citada, derivar, en general, de la espera el placer cómico. Mas, a pesar de los valiosos resultados que este intento ha producido, tenemos que unirnos a otros autores que opinan que Lipps ha limitado extraordinariamente el terreno de origen de lo cómico y no ha podido, por tanto, someter a su fórmula, sino muy forzadamente, los fenómenos correspondientes.

(2)

Los hombres no se han contentado con gozar de lo cómico allí donde ha aparecido ante ellos, sino que han tendido a sustituirlo intencionadamente. De este modo, como mejor puede llegarse al conocimiento de la esencia de lo cómico es estudiando los medios encaminados a hacer surgir artificialmente la comicidad. En primer lugar podemos hacer surgir lo cómico en nuestra propia persona, con objeto de divertir a los demás, fingiéndonos por ejemplo, simples o desmañados. Obrando de esta forma creamos la comicidad

exactamente, como si la torpeza o tontería fuesen reales, pues provocamos aquella comparación de la que nace la diferencia de gasto, pero no nos hacemos ridículos o despreciables, sino que, en determinadas circunstancias, podemos incluso provocar admiración, pues el sentimiento de superioridad no surge en los espectadores cuando éstos saben que el sujeto finge aquello que le hace resultar cómico, circunstancia que nos proporciona una nueva y excelente prueba de cómo la comicidad es por completo independiente de dicho sentimiento.

El medio más socorrido de hacer resultar cómico a un individuo es colocarlo, sin tener para nada en cuenta sus cualidades personales, en aquellas situaciones a las que la general dependencia del hombre, de las circunstancias exteriores, y especialmente de las de la vida social, da una marcada comicidad. Entra, pues, aquí en juego lo que antes denominamos «comicidad de la situación». Tales situaciones cómicas pueden ser reales, *a practical joke* = poner en alguien la zancadilla y hacer que caiga al suelo dando la impresión de torpeza en sus movimientos, hacerle aparecer tonto explotando su credulidad, etc.; pero pueden también ser fingidas por la palabra o el juego. La agresión, a cuyo servicio se pone con gran frecuencia este medio de hacer que un individuo resulte cómico, halla un eficacísimo auxiliar en la circunstancia de ser el placer cómico independiente de la realidad de la situación que lo produce, de manera que todos y cada uno de nosotros nos hallamos indefensos ante aquellos que, utilizando este procedimiento, quieran reír a costa nuestra.

Aún existen, para la consecución de este mismo fin, otros medios que merecen ser objeto de un examen especial y que, en parte, revelan nuevos orígenes del placer cómico. Entre ellos encontramos, por ejemplo, la *imitación*, que produce en el oyente un placer extraordinario y hace resultar cómico al que es objeto de ella, aun cuando se mantenga alejada de la exageración caricaturizante. Resuelta mucho más fácil explicar el efecto cómico de la *caricatura* que el de la simple imitación. La caricatura y la parodia, así como su antítesis práctica, el «desenmascaramiento», se dirigen contra personas y objetos respetables e investidos de autoridad. Son procedimientos de *degradar* objetos *eminentes*[869]. No siendo «lo eminente» más que lo que en el terreno psíquico corresponde a «lo grande» en el físico,

podríamos arriesgar la hipótesis de que es representado, lo mismo que lo grande somático, por medio de un incremento de catexis. No es preciso ser muy observador para darse cuenta de que cuando hablamos de lo eminente inervamos de distinta nuestra voz, al mismo tiempo que modificamos nuestro gesto e intentamos armonizar nuestra actitud con la dignidad de lo que representamos. Nos imponemos, en este caso, una actitud solemne, análogamente a cuando hemos de hallarnos en presencia de una eminente personalidad, un monarca o un príncipe de la ciencia. No creo equivocarme suponiendo que esta distinta inervación de la mímica representativa corresponde a un incremento de catexis. El tercer caso de tal incremento aparece cuando nos entregamos a pensamientos abstractos abandonando las habituales representaciones concretas y plásticas. En aquellas ocasiones en que los procedimientos antes examinados de degradación de lo eminente nos llevan a representárnoslo como algo vulgar a lo que no tenemos que guardar consideración alguna, ahorramos el incremento de catexis que supone la solemnidad que habríamos de imponernos, y la comparación de esta forma de representación, con aquella otra que hasta el momento nos era habitual y que intenta establecerse simultáneamente, crea de nuevo la diferencia de gasto que puede ser descargada por medio de la risa.

La *caricatura* lleva a cabo la degradación extrayendo del conjunto del objeto eminente un rasgo aislado que resulta cómico, pero que antes, mientras permanecía formando parte de la totalidad, pasaba inadvertido. Por este medio se consigue un efecto cómico que en nuestro recuerdo es hecho extensivo a la totalidad, siendo condición para ello que la presencia de lo eminente no nos mantenga en una disposición respetuosa. En los casos en que no existe tal rasgo cómico que ha pasado inadvertido, es éste creado por la caricatura misma, exagerando uno cualquiera que no era cómico de por sí. Hallamos, pues, de nuevo, como característica del origen del placer cómico, la circunstancia de que el efecto de la caricatura no es esencialmente influido por tal satisfacción de la realidad.

La *parodia* y el *disfraz* alcanza la degradación de lo eminente por otro camino distinto, destruyendo la unidad entre los caracteres que de una persona conocemos y sus palabras o actos, por medio de la sustitución de las personas eminentes o de sus manifestaciones, por otras más bajas. En esto se

diferencia la parodia de la caricatura y no, en cambio, en el mecanismo de la producción de placer cómico. El mismo mecanismo sirve también para el *desenmascaramiento*, que sólo aparece cuando alguien se ha investido de dignidad y autoridad por medio de un engaño, debiendo, en realidad, ser despojado de ellas. En algunos chistes anteriormente analizados hemos aprendido a conocer el efecto cómico de este género de la comicidad; por ejemplo, en aquella historieta de la distinguida dama, que al sentir los primeros dolores del parto, exclama: *Ah, mon Dieu!*, y a la que el médico no quiere hacer caso hasta que comienza a proferir chillidos inarticulados. Después de haber descubierto los caracteres de lo cómico no podemos ya negar que esta historieta es realmente un ejemplo de desenmascaramiento cómico y no tiene derecho alguno a ser calificada de chiste. Sólo recuerda al chiste por su escenificación y por el medio técnico de la «representación de una minucia», la cual es, en este caso, el grito inarticulado considerado por el médico como indicación suficiente de la proximidad del parto. Sin embargo, debemos confesar que nuestro sentimiento del idioma no opone dificultad ninguna a dar a esta historieta el calificativo de chiste, circunstancia cuya explicación se hallará quizá en el hecho de que los usos del lenguaje no parten del conocimiento científico de la esencia del chiste que nuestra laboriosa investigación nos ha procurado. Mas, teniendo en cuenta que el volver a hacer accesibles fuentes de placer cegadas por un determinado proceso represivo constituye una de las funciones del chiste, nada hay que nos impida dar este nombre, por analogía, a todo artificio que no haga surgir a la luz una franca comicidad. Esto se aplicará, sobre todo, al desenmascaramiento y a algunos otros medios de hacer resultar cómica a una persona.

En el desenmascaramiento podemos incluir también aquel medio de hacer surgir la comicidad, que degrada la dignidad del individuo atrayendo nuestra atención sobre su debilidad específicamente humana, y en especial sobre la dependencia de sus rendimientos psíquicos, de sus necesidades corporales. El desenmascaramiento equivaldrá entonces a la siguiente advertencia: «Ese individuo, al que admiras y veneras como a un semidiós, no es sino un hombre como tú». También pertenecen a esta comicidad todos los esfuerzos encaminados a revelar, tras de la riqueza y la aparente contingencia de las

funciones anímicas, el monótono automatismo psíquico. En las historietas de intermediarios matrimoniales judíos hallamos ya algunos casos de desenmascaramiento y experimentamos la duda de si podíamos o no calificarlos de chistes. Ahora podemos ya afirmar con mayor seguridad que, por ejemplo, aquella historieta en que el acompañante que el intermediario ha traído consigo acentúa fielmente todos los elogios que el mismo hace de la novia, y, por último, pondera también la joroba, tímidamente confesada, es un ejemplo de desenmascaramiento del automatismo psíquico. Pero la historieta cómica no actúa en este caso más que como fachada para todo aquel que no quiera eludir el oculto sentido de tales historietas matrimoniales, ésta a que ahora nos referimos constituirá un chiste excelentemente escenificado.

En cambio, aquellos otros que no penetren de este modo en su esencia continuarán considerándola como una historieta cómica. Análogamente sucede en el otro chiste que nos muestra cómo el intermediario, queriendo rebatir una objeción de su cliente, confiesa toda la verdad, al exclamar: «¡Quién se atreve a prestar nada a esta gente!», caso que nos presenta una revelación cómica como fachada de un chiste. Pero aquí el carácter de chiste resulta más patente, pues la frase del intermediario es, al mismo tiempo, una representación antinómica. Queriendo demostrar que la familia de la novia es rica, demuestra que no sólo no lo es, sino que es muy pobre. El chiste y la comicidad se combinan en este caso y nos enseñan que la misma frase puede ser, simultáneamente, cómica y chistosa.

Aprovecharemos aquí la ocasión de volver al chiste desde la comicidad del desenmascaramiento, puesto que el esclarecimiento de la relación entre el chiste y la comicidad, y no la determinación de la esencia de lo cómico, es lo que constituye el verdadero fin de nuestra labor. Así, pues, nos limitamos a agregar estos casos de descubrimiento del automatismo psíquico, de los que no hemos podido determinar si eran cómicos o chistosos, a aquellos otros en los que vimos se confundían, del mismo modo, el chiste y la comicidad; esto es, a los chistes disparatados. Más adelante hemos de ver cómo nuestra investigación nos muestra que en estos últimos resulta teóricamente explicable dicha confusión.

En la investigación de las técnicas del chiste hemos hallado que la

aceptación de aquellos procesos mentales que son regla habitual en lo inconsciente, pero que la conciencia tiene que calificar de «errores intelectuales», constituye el medio técnico de muchos chistes, cuyo carácter chistoso aparecía tan inseguro que hasta nos inclinábamos a considerarlos simplemente como historietas cómicas. No pudimos entonces resolver esta duda por no sernos conocido aún el carácter esencial del chiste. Más tarde, dirigidos por nuestro conocimiento de la elaboración de los sueños, hallamos que dicho carácter consistía en la función transaccional de la elaboración del chiste entre las exigencias de la razón crítica y el instinto de no renunciar al antiguo placer producido por el juego verbal o por el disparate. Lo que en calidad de transacción nacía de este modo, cuando la parte preconsciente del pensamiento era abandonada por un momento a la elaboración inconsciente, satisfacía en todos los casos a las dos encontradas exigencias, pero se presentaba a la crítica en formas distintas y tenía que permitir que la misma hiciera recaer sobre ellas diversos juicios. El chiste conseguía unas veces introducirse sigilosamente bajo la forma de una frase falta de significación, pero que podía eludir la censura, y otras, como expresión de un valioso pensamiento. En el caso límite de la función transaccional había, sin embargo, renunciado a satisfacer a la crítica y se presentaba desafiador ante ella sin temor de despertar su repulsa, pues podía contar con que el oyente rectificaría la transformación que la forma expresiva había sufrido en lo inconsciente, y restablecería así el verdadero sentido.

¿En qué caso aparece entonces el chiste como disparate entre la crítica? Especialmente cuando se sirve de aquellos procedimientos mentales peculiares a lo inconsciente, pero prohibidos a la conciencia; esto es, de los errores intelectuales. Algunos procesos mentales de lo inconsciente han sido, sin embargo, aceptados por la conciencia. Así, determinadas clases de representación indirecta, alusión, etc., aunque su empleo consciente tiene que mantenerse dentro de ciertos límites. Con estas técnicas no despertará el chiste repulsa alguna por parte de la crítica, pues esta repulsa no tiene lugar más que cuando aquél utiliza como técnica los medios rechazados por el pensamiento consciente. Sin embargo, el chiste puede aún evitar la repulsa, ocultando el error intelectual empleado, o sea disfrazándose con una apariencia de lógica, como en la historieta del pastel y la copa de licor. Mas,

si el error intelectual aparece al descubierto, es segura la repulsa crítica.

En este último caso acude aún un factor en auxilio del chiste. Los errores intelectuales que como procedimientos mentales de lo inconsciente emplean su técnica son juzgados por la crítica —aunque no regularmente— como cómicos. La aceptación consciente de los defectuosos procedimientos de lo inconsciente es un medio para la producción de placer cómico, cosa fácil de comprender, pues para la constitución de un revestimiento preconsciente es preciso desde luego una mayor catexis que para la aceptación del inconsciente. Comparando el pensamiento que parece creado en lo inconsciente con su rectificación, nace para nosotros la diferencia de gasto de la que surge el placer cómico. Un chiste que se sirve de este procedimiento intelectual como técnica y aparezca, por tanto, desatinado, puede, pues, actuar simultáneamente como cómico. De este modo, si no logramos hallar las huellas del chiste, siempre nos quedará la historia cómica.

Recordemos una de las historietas que expusimos en la primera parte de nuestra investigación: un individuo ha pedido prestado un caldero y lo devuelve agujereado. El propietario le reclama una indemnización, pero él se defiende, alegando: «Primeramente, nadie me ha prestado ningún caldero; en segundo lugar, el caldero estaba ya agujereado, y, por último, yo he devuelto el caldero a su dueño completamente intacto». Es éste un excelente ejemplo de efecto puramente cómico por aceptación de un método intelectual inconsciente, pues en lo inconsciente no existe la exclusión recíproca de pensamientos incompatibles, aunque aisladamente bien motivados. El sueño, en el que se patentizan los procedimientos intelectuales inconscientes, no conoce, por tanto, alternativas (esto o aquello[870], sino tan sólo yuxtaposiciones. Uno de mis sueños que, a pesar de su complicación, elegí en mi obra sobre los mismos, para presentar un ejemplo del arte interpretativo, me ofrecía simultáneamente y para desvanecer el reproche que en él me hacía de no haber sabido hacer desaparecer, por medio del tratamiento psíquico, la enfermedad de una de mis pacientes, las razones que siguen: 1.ª, la paciente misma tenía la culpa de seguir enferma por no haber aceptado mis consejos; 2.ª, su enfermedad era de origen orgánico y, por tanto, se hallaba fuera de mi especialidad; 3.ª, su enfermedad era una consecuencia de su viudez, de la que yo no tenía la culpa, y 4.ª, su enfermedad procedía de que alguien le había

dado una inyección con una jeringuilla sucia. Todas estas razones aparecían en el sueño consecutivamente, como si cada una de ellas no excluyera a las demás. Para no caer en el disparate, habría, pues, que sustituir la agregación por una alternativa.

La siguiente historieta cómica es totalmente análoga. Un herrero de un pueblo húngaro cometió un sangriento crimen y fue sentenciado a morir en horca. Pero el alcalde, fundándose en que en el pueblo no había más que aquel herrero y, en cambio, dos sastres, mandó ahorcar a uno de éstos para que el delito no quedara impune. Tal desplazamiento de la pena contradice todas las leyes de la lógica consciente, pero se halla de completo acuerdo con la disciplina intelectual de lo inconsciente. No nos atrevemos a calificar de cómica esta historieta, a pesar de haber incluido entre los chistes la del caldero. Pero tenemos que conceder que también esta última es más propiamente «cómica» que chistosa. Comprendemos ahora cómo aquella sensación, tan segura otras veces, que nos indicaba si una cosa debía ser calificada de cómica o de chistosa, nos deja aquí en la duda. Sucede que nos hallamos precisamente ante el caso en el que no podemos decidir fundándonos en la sensación; esto es, cuando la comicidad nace por el descubrimiento de los procedimientos intelectuales exclusivamente peculiares a lo inconsciente. Tal historia puede ser al mismo tiempo cómica y chistosa, pero hará impresión de chiste aunque sea exclusivamente cómica, pues el empleo de los errores intelectuales de lo inconsciente no recuerda al chiste como antes lo hacían los procedimientos encaminados al descubrimiento de la comicidad.

Tenemos que esforzarnos en esclarecer este importantísimo punto de nuestra investigación, o sea la relación del chiste con la comicidad, y para conseguirlo añadiremos a lo antes expuesto algunas otras consideraciones. Haremos observar, ante todo, que el caso que ahora examinaremos, de unión del chiste con la comicidad, no es el mismo del que nos ocupamos en páginas anteriores. Es ésta, sin duda, una sutil diferenciación, pero puede hacerse sin peligro de incurrir en error.

En el caso anterior la comicidad provenía del descubrimiento del automatismo psíquico, el cual no es, en ningún modo, privilegio de lo inconsciente y no desempeña tampoco papel alguno de importancia entre las

técnicas del chiste. El descubrimiento no entra sino casualmente en relación con el chiste, poniéndose al servicio de otra técnica del mismo, por ejemplo, de la representación antinómica. En el caso de la aceptación de métodos intelectuales inconscientes es, en cambio, necesaria la reunión del chiste y la comicidad, porque el mismo medio empleado en la primera persona del chiste para la técnica de la consecución de placer crea, conforme a su naturaleza, placer cómico en la tercera persona.

Pudiera caerse en la tentación de generalizar este último caso y buscar la relación entre el chiste y la comicidad en la circunstancia de que el efecto del chiste en la tercera persona se verifica siguiendo el mecanismo de la comicidad. Pero esto sería totalmente erróneo; la relación con lo cómico no aparece en todos los chistes, ni siquiera en la mayoría de ellos; por el contrario, puede casi siempre separarse muy definitivamente el chiste de la comicidad. Siempre que el chiste consigue eludir la apariencia de desatino, esto es, en la mayor parte de los chistes de doble sentido y alusivos, resulta imposible descubrir en el oyente efecto ninguno análogo a la comicidad. Puede hacerse la prueba en los ejemplos hasta aquí expuestos y en estos otros que ahora agregamos:

Un telegrama de felicitación dirigido a un jugador el día en que cumple setenta años: «Treinta y cuarenta». (Fragmentación con alusión.)

Madame de *Maintenon* era llamada madame de *Maintenant*. (Modificación de nombre.)

El conde Andrássy, ministro del Exterior, era denominado el *ministro del bello exterior*.

Pudiera creerse que por lo menos los chistes de fachada disparatada muestran una apariencia cómica y tienen que producir un efecto de dicho género. Pero debemos recordar aquí que tales chistes producen en el oyente, con gran frecuencia, muy distinto efecto, despertando en él el desconcierto y la tendencia a la repulsa. Dependerá, pues, el efecto de que el disparate del chiste se muestre francamente cómico o aparezca como un simple desatino corriente, circunstancia cuyas condiciones no hemos investigado aún. Por tanto, nos limitamos a dejar establecida la conclusión de que el chiste y la comicidad poseen naturaleza muy distinta, coincidiendo únicamente en casos especiales y en la tendencia a extraer placer de las fuentes intelectuales.

En el curso de esta investigación de las relaciones del chiste con la comicidad se nos ha revelado una diferencia entre ambos, a la que debemos atribuir una máxima importancia y que nos señala uno de los principales caracteres de la comicidad. La fuente del placer del chiste tuvimos que situarla en lo inconsciente; en cambio, en la comicidad no encontramos motivo alguno para tal localización. Mas bien indican todos los análisis hasta ahora efectuados que la fuente del placer cómico es la comparación de dos gastos, localizados ambos en lo preconsciente. El chiste y la comicidad se diferencian, pues, ante todo en su localización psíquica, y el primero es, por decirlo así, la *aportación que lo inconsciente procura a la comicidad*.

(3)

No puede acusársenos de habernos desviado, con las consideraciones que anteceden, del fin principal de nuestra labor, pues precisamente la relación del chiste con la comicidad es lo que nos ha obligado a emprender la investigación de esta última. Mas es tiempo ya de que volvamos al tema con que inauguramos dicha investigación; esto es, al examen de los medios de que nos servimos para hacer surgir artificialmente la comicidad. Hemos llevado a cabo, en primer lugar, la investigación de la caricatura y del desenmascaramiento porque ella podía proporcionarnos preciosos datos para el análisis de la comicidad de la *imitación*. Esta última se halla mezclada casi siempre con algo de caricatura —exageración de ciertos rasgos que normalmente pasan inadvertidos— y constituye también una degradación. Pero tales caracteres no parecen constituir toda su esencia, pues la hilaridad que despierta cuando es acertada demuestra que es en sí y por sí sola una de las más ricas fuentes del placer cómico, circunstancia cuya explicación resulta harto difícil, a menos de aceptar la hipótesis bergsoniana[871] que aproxima la comicidad de la imitación a la producida por el descubrimiento del automatismo. Opina Bergson que todo aquello que en una persona nos hace pensar en un mecanismo inanimado produce un efecto cómico y encierra esta hipótesis en la fórmula *mécanisation de la vie*. Para su esclarecimiento de la comicidad de la imitación elige, como punto de partida,

el problema que Pascal plantea en sus *Pensamientos*: de por qué nos hace reír la comparación de dos fisonomías semejantes, que consideradas separadamente no producen efecto cómico alguno. «Nunca esperamos que lo animado se repita idénticamente, y allí donde encontramos tal repetición sospechamos, detrás de lo animado, la existencia de un mecanismo». Viendo dos caras de marcada semejanza pensamos en dos copias sacadas del mismo molde o en el producto de cualquier procedimiento mecánico análogo. La causa de la risa será, pues, en estos casos la desviación de lo animado hacia lo inanimado o, como nosotros diríamos, la degradación de lo animado hasta lo inanimado. Al aceptar esta concepción bergsoniana vemos que, sin violencia alguna, podemos someterla a nuestra propia fórmula. Sabiendo por experiencia que lo animado no se repite, y que cada una de sus manifestaciones exige de nuestra comprensión un gasto especial, nos encontramos decepcionados cuando a consecuencia de una total identidad o una engañadora imitación resulta superfluo el nuevo gasto que nos disponíamos a realizar. Pero esta decepción trae consigo una minoración de la carga psíquica y el gasto de expectación, devenido superfluo, es descargado por medio de la risa. Esta misma fórmula será asimismo aplicable a todos los casos examinados por Bergson de la cómica rigidez (*raideur*) de los hábitos profesionales, las ideas fijas y las muletillas verbales. En todos estos casos se produciría la comparación del gasto de expectación con el necesario para la inteligencia de lo idéntico, siendo debida la superior magnitud del primero a nuestra experiencia de la diversidad y plasticidad individual de lo animado. Así, pues, en la imitación no sería la comicidad de la situación, sino la de la expectación la fuente del placer cómico.

Derivado, como lo hacemos, el placer cómico, en general, de una comparación, deberemos investigar también la comicidad de la comparación misma, que constituye de por sí uno de los medios de hacer surgir la comicidad. El interés que este problema nos inspira se hará más intenso recordando que al tratar de la metáfora nos dejó con gran frecuencia en la estacada aquella «sensación» que nos orientaba para decidir si algo podía ser calificado de chistoso o simplemente de cómico.

Merece ciertamente este tema un más minucioso examen del que aquí podemos dedicarle. La principal cualidad que en una metáfora buscamos es la

de su eficacia; esto es, que llame realmente la atención sobre una coincidencia de dos objetos heterogéneos. El placer primitivo del reencuentro de lo conocido (*Groos*) no es el único factor que favorece el empleo de la metáfora; agrégase a él el hecho de ser ésta susceptible de un empleo que nos preocupa una minoración del trabajo intelectual. Nos referimos a la habitual comparación de lo desconocido y de lo abstracto con lo concreto, por medio de la cual esclarecemos lo que nos parece difícil o extraño. Cada una de estas comparaciones, y especialmente la de lo abstracto con lo objetivo, trae consigo cierta degradación y cierto ahorro de gasto de abstracción (en el sentido de una mínima representativa); pero, como es natural, esta minoración no es suficiente para producir la comicidad, la cual no surge de improviso, sino poco a poco, del placer de minoración resultante del proceso comparativo. Existen numerosos casos que no hacen sino rozar la comicidad y a los que vacilamos en atribuir el carácter cómico. La comparación sólo resulta indudablemente cómica cuando el gasto de abstracción exigido por cada uno de los dos términos comparados presenta una gran diferencia de nivel; esto es, cuando algo importante y singular, especialmente de naturaleza intelectual o moral, es comparado con algo trivial y bajo. Quizá el placer de minoración y las particulares condiciones de la mímica de representación expliquen el paso paulatino, determinado por circunstancias cuantitativas, que de lo placiente en general a lo cómico se efectúa en la comparación. Para evitar probables errores en la inteligencia de esta hipótesis, haremos de nuevo resaltar que no derivamos el placer cómico producido por la metáfora del contraste de los dos términos comparados, sino de la diferencia existente entre los dos gastos de abstracción correspondientes uno a cada uno de dichos términos. Aquello que por su calidad de extraño, abstracto o intelectualmente elevado nos resulta difícil de comprender, lo aproximamos a nuestra inteligencia afirmándolo coincidente con algo trivial y bajo que nos es familiar y para cuya representación no precisamos de gasto de abstracción ninguno. Resulta, pues, que la comicidad de la comparación se reduce a un caso de degradación.

Como anteriormente observamos, la comparación puede también ser chistosa sin mezcla de comicidad alguna, caso que se nos presenta cuando la misma elude toda degradación. Así, la comparación de la verdad con una

antorcha que no se puede llevar a través de una multitud sin chamuscar a alguien las barbas, es puramente chistosa, pues da un valor vivo a una expresión que, al convertirse en lugar común, ha perdido su verdadero significado —«la antorcha de la verdad»— y no tiene nada de cómica, por ser la antorcha un objeto que, aunque concreto, no carece de cierta dignidad. Pero, de todos modos, una comparación puede ser al mismo tiempo cómica y chistosa, presentando ambos caracteres con absoluta independencia uno de otro, pues puede constituir un medio auxiliar de determinadas técnicas del chiste, por ejemplo, de la unificación o de la alusión. Un ejemplo de este género es la frase antes citada (pág. 1075), en que un personaje de Nestroy compara la memoria con un «almacén», comparación que resulta cómica y chistosa simultáneamente, lo primero por la extraordinaria degradación que sufre el concepto psicológico al ser comparado con un almacén, y lo segundo porque, siendo un hortera quien la establece, queda constituida una inesperada unificación entre la Psicología y la actividad comercial del sujeto. La frase de Heine: «Hasta que, por fin, me estallaron todos los botones del pantalón de la paciencia», se nos muestra al principio tan sólo como un excelente ejemplo de una comparación cómicamente degradada; pero, a poco que reflexionemos, tenemos que concederle el carácter de chiste, pues poniéndose al servicio de la alusión roza los dominios de la obscenidad que la misma produce. Resulta, pues, que de un mismo material nacen simultáneamente para nosotros, por una coincidencia no del todo casual, consecuciones de placer cómico y chistoso, y aunque observamos que las condiciones de uno de estos caracteres favorecen la génesis de otro, siempre ejercerá esta coincidencia un influjo desorientador sobre la «sensación» que ha de indicarnos si nos hallamos ante un caso de chiste o de comicidad, y sólo podemos decidirlo por medio de una cuidadosa investigación independiente de la disposición del placer.

Por muy atractivo que me parezca el examen de esta condicionalidad íntima de la consecución de placer cómico, tengo aquí que renunciar a él, pues ni mi preparación científica ni mi actividad profesional me dan derecho a llevar mis investigaciones mucho más allá de la esfera del chiste, y, además, debo confesar que precisamente el tema de la comparación cómica me hace sentir más que otro ninguno mi incompetencia.

Veamos, pues, lo que sobre estos problemas opinan otros investigadores. Lo primero que hallamos es que muchos de ellos no reconocen la definida separación, conceptual y objetiva, que entre el chiste y la comicidad nos hemos visto llevados a establecer, y consideran simplemente el chiste como «lo cómico del discurso» o «de las palabras». Para examinar estas opiniones elegiremos un ejemplo de comicidad voluntaria y otro de comicidad involuntaria del discurso, y los compararemos con el chiste. Ya anteriormente hemos hecho constar que creemos poder distinguir fácilmente el discurso cómico del discurso chistoso.

Así, el dicho «Con un tenedor y con esfuerzo le sacó su madre del estofado» es simplemente cómico, y, en cambio, la frase de Heine sobre las cuatro castas en que se dividía la población de Gotinga, «profesores, estudiantes, filisteos y ganado», es exquisitamente chistosa.

Como ejemplo de comicidad voluntaria del discurso escogeremos el *Wippchen*, de Stettenheim, autor que posee una destreza poco común para hacer surgir la comicidad. Es innegable que las cartas de Wippchen son, a más de cómicas, chistosas, pues contienen numerosos chistes de toda clase, y entre ellos algunos de extraordinaria bondad. Pero lo que presta a esta obra su singular carácter no son estos chistes aislados, sino la continuada e inagotable comicidad del discurso. Wippchen fue seguramente concebido al principio como una figura satírica, análoga al Schmock, de G. Freytag; esto es, como uno de aquellos individuos pocos cultivados que manejan a ciegas e incurriendo en las mayores equivocaciones el tesoro de la cultura; pero la satisfacción que el autor fue hallando, conforme avanzaba su obra, en los cómicos efectos que con su protagonista obtenía, le hicieron ir relegando poco a poco a un segundo término la tendencia satírica. Las ocurrencias de Wippchen son, en su mayoría, «disparates cómicos», y el autor se ha servido del placiente estado de ánimo producido en el autor por la acumulación de tales producciones para introducir otras cosas, harto insulsas, que por sí solas hubieran resultado intolerables. Una técnica especial da a los desatinos de Wippchen un carácter específico. Examinando con cierta detención sus «chistes», hallamos algunos que atraen preferentemente nuestra atención y resultan pertenecer todos a un mismo género, que imprimen su sello a los restantes. Wippchen se sirve, sobre todo, de las fusiones, de la modificación

de lugares comunes y conocidas citas literarias y de la sustitución de triviales elementos de las mismas por expresiones más altisonantes, técnicas que no se apartan mucho de las del chiste.

Un ejemplo de fusión: los turcos tienen dinero *Wie Heu am Meere*. Que proviene de dos expresiones: *Dinero wie Heu* (como heno, es decir, como suciedad); y, Dinero *wie Sand am Meere* (como arena en el mar, océanos de dinero). Otro ejemplo: «No soy ya más que una seca columna que testimonia de antiguas grandezas», frase resultante de la condensación de otras dos, «un seco árbol» y «una columna que…», etc., conocidísimas ambas como lugares comunes de la literatura pedestre. En otro ejemplo de este mismo género: «¿Dónde está el hilo de Ariadna que me guíe fuera de la peligrosa Escila de este establo de Augias?», contribuyen a la formación de la frase, con un elemento cada una, tres distintas leyendas griegas.

Las modificaciones y las sustituciones podemos considerarlas conjuntamente sin gran violencia. Su carácter aparece con toda claridad en el siguiente ejemplo, característico de Wippchen: «Desde muy temprana edad alentaba en mí un Pegaso». Sustituyendo «poeta» a «Pegaso» quedará una frase que constituye un lugar común por lo muy empleada que ha sido en las autografías. «Pegaso» no es una apropiada sustitución de «poeta», pero se halla en una relación ideológica con este concepto y es, además, una palabra altisonante.

Del cúmulo de ocurrencias de Wippchen pueden también extraerse algunos ejemplos de pura comicidad. Así, en calidad de decepción cómica, la siguiente frase: «La victoria osciló mucho tiempo entre ambos bandos, y por fin, quedó indecisa», o como desenmascaramiento cómico (de la ignorancia), esta otra: «Clío, la Medusa de la Historia», y citas como la siguiente: *Habent sua fata morgana*[872]. Pero nuestro interés se dirige preferentemente hacia las fusiones y modificaciones, por recordarnos estas conocidas técnicas del chiste. Compárense, por ejemplo, con las modificaciones, chistes como el de «Ese hombre tiene un gran porvenir detrás de él», o los chistes, por modificación, de Lichtenberg: «Baños nuevos curan bien», etc. ¿Deberemos, pues, calificar de chistes las creaciones —de idénticas técnicas— de Wippchen? Y en caso negativo, ¿en qué se diferencian éstas del chiste?

No es, ciertamente, muy difícil contestar a estas interrogaciones.

Recordemos que el chiste muestra al oyente una doble fisonomía y le obliga a dos diversas interpretaciones. En los chistes disparatados, como los últimamente expuestos, una de estas interpretaciones, basándose exclusivamente en el sonido verbal, concluye que se trata de un disparate, y, en cambio, la otra, guiada por determinados indicios, halla el sentido del chiste recorriendo, en lo inconsciente de la persona receptora, el mismo camino que aquél ha seguido antes, para constituirse en lo inconsciente de su autor. En las ocurrencias de Wippchen, que a primera vista nos parecen chistosas, falta, como si hubiese quedado atrofiada, una de las dos fisonomías que forman la doble faz característica del chiste. Creemos ver la cabeza de Jano; pero al examinarla observamos que sólo una de sus dos caras ha llegado a desarrollarse. De este modo, si engañados por la técnica de estas ocurrencias recorremos los caminos de lo inconsciente, no hallaremos en ellos cosa alguna. Tampoco entre las fusiones encontramos ningún caso en el que los dos elementos fundidos den realmente un nuevo sentido y en cuanto llevamos a cabo un intento de análisis se separan por completo. Las modificaciones y sustituciones conducen, como en el chiste, a una expresión conocida y usual, pero carecen de todo sentido propio. No pueden considerarse, por tanto, estos «chistes» más que como disparatados, y lo único que depende de nuestra voluntad es decidir si tales creaciones, que se han separado de uno de los caracteres más esenciales del chiste, pueden calificarse de chistes «malos» o hemos de negarles en redondo la cualidad chistosa.

Lo que sí es indudable es que estos chistes imperfectos producen un efecto cómico diversamente explicable. Su comicidad puede nacer del descubrimiento de los procedimientos intelectuales de lo inconsciente, como en los casos antes examinados, y puede también ser el resultado de su comparación con el chiste perfecto. Nada nos impide suponer que ambas formas de la génesis del placer cómico obran en este caso conjuntamente, pues no puede negarse que el apoyo que buscan estas ocurrencias, aproximándose al chiste, es lo que al demostrarse insuficiente convierte al disparate en disparate cómico.

Existen, en efecto, casos harto transparentes, en los cuales tal insuficiencia hace irresistiblemente cómico al disparate, por su comparación

con el rendimiento que hubiera debido producir. La adivinanza puede darnos aquí mejores ejemplos que el chiste mismo. Una de estas adivinanzas chistosas es la siguiente: «¿Qué es una cosa que se cuelga de la pared y con la que podemos secarnos las manos?» Si la solución fuese: «Una toalla», la adivinanza sería bien tonta. Pero esta solución es rechazada: «No, no es una toalla, es un arenque». «Pero ¡si un arenque no se cuelga nunca de la pared!», será la asombrada respuesta. «Lo puedes colgar si quieres». «Además, a nadie se le ocurre secarse las manos con un arenque». «En efecto, no es lo más a propósito, pero también se puede hacer». Estas explicaciones, que reposan en dos típicos desplazamientos, muestran lo lejos que esta pregunta se halla de ser una verdadera adivinanza, y a causa de esta absoluta insuficiencia se nos muestra, en lugar de simplemente disparatada, irresistiblemente cómica. De este modo, por la transgresión de ciertas condiciones esenciales, pueden convertirse aquellos chistes, adivinanzas, etc., que no producen de por sí placer cómico, en abundantes fuentes del mismo.

Aún más fácilmente comprensibles resultan los casos de comicidad involuntaria del discurso, de la cual podemos hallar numerosísimos ejemplos en las poesías de Friederike Kempner. Así, la siguiente cuarteta, titulada «Contra la vivisección»:

> Un desconocido lazo de las almas
> une al hombre con los pobres animales.
> El animal tiene una voluntad —ergo un alma—,
> aunque más pequeña que la nuestra.

O esta otra, que figura un diálogo entre dos tiernos esposos (*El contraste*):

> «¡Qué feliz soy!», murmura ella.
> «También yo —exclama el esposo—.
> Tu manera de ser me enorgullece,
> mostrándome el acierto de mi elección».

No hay aquí nada que nos recuerde al chiste. La insuficiencia de estas *poesías*, lo pedestre de su estilo, la simpleza de las ideas expresadas y la falta de toda huella poética es, indudablemente lo que las hace resultar cómicas.

Mas no es cosa tan natural que así nos lo parezca, pues muchas creaciones análogas no nos hacen tal impresión, sino que las calificamos únicamente de *malas* y nos irritan en lugar de causarnos risa. Precisamente, lo mucho que se apartan de las cualidades que exigimos a la poesía es lo que nos inclina a considerarlas como cómicas; si tal distancia fuese menor, en lugar de reír de ellas las criticaríamos. Además, este efecto cómico de las poesías de la Kempner depende de varias circunstancias accesorias, entre ellas la innegable buena intención de la autora y cierta sensibilidad que descubrimos tras de sus torpes frases y que desarma nuestra burla. Todo esto dirige ahora nuestra atención sobre un problema cuyo examen hemos eludido hasta el momento. La diferencia de gasto es seguramente la condición fundamental del placer cómico, pero la observación nos muestra que no siempre surge el placer de tal diferencia. ¿Qué condiciones tendrán entonces que cumplirse o qué perturbaciones tendrán que ser evitadas para que pueda surgir realmente placer de la diferencia de gasto? Antes de dedicarnos a esclarecer esta cuestión, dejaremos establecido el resultado de la labor investigadora que antecede. El chiste no coincide con lo cómico del discurso; tiene, por tanto, que ser algo distinto de esta comicidad.

(4)

Al disponernos a contestar la interrogación antes expuesta, relativa a las condiciones de la génesis del placer cómico derivado de la diferencia de gasto, observamos que la exacta solución del problema que dicha interrogación plantea equivaldría a una total exposición de la naturaleza de lo cómico. Mas como esta labor sobrepasa nuestra competencia, nos contentaremos con esclarecer el problema de la comicidad hasta lograr que sus contornos se destaquen con toda precisión, independientemente de los del problema del chiste.

Todas las teorías de lo cómico han incurrido, según los críticos, en un mismo defecto: el de olvidar en su definición aquello que constituye precisamente la esencia de la comicidad. Lo cómico —dicen estas teorías— reposa en un contraste de representación: sí, pero sólo cuando este contraste

produce un efecto cómico y no de otro género. El sentimiento de lo cómico procede de la decepción que nos causa algo que esperábamos; desde luego, pero sólo cuando la decepción no es dolorosa. Estas objeciones están, ciertamente, justificadas, pero se les concede un valor exagerado al deducir de ellas que la esencial característica de lo cómico ha escapado hasta ahora a toda investigación. Si las definiciones citadas no poseen una validez general, ello se debe a determinadas condiciones que resultan indispensables para la génesis del placer cómico, pero en las que no hemos de ver obligadamente la esencia de la comicidad. Sin embargo, sólo aceptando nuestra teoría de que el placer cómico nace de la diferencia resultante de la comparación de dos gastos resulta fácil rebatir las objeciones antes consignadas. El placer cómico y el efecto en que el mismo se manifiesta —o sea la risa— no pueden surgir sino cuando tal diferencia deviene inútil y, por tanto, susceptible de descarga. Cuando, por el contrario, recibe inmediatamente después de su aparición cualquier otro empleo no experimentamos ningún efecto de placer, sino, a lo más, una fugitiva sensación placentera exenta de todo carácter cómico. Así como en el chiste tiene que constituirse determinados dispositivos para evitar el aprovechamiento del gasto reconocido como superfluo, también el placer cómico tiene que contar, para producirse, con circunstancias favorables que llenen igual cometido. De este modo, siendo innumerables los casos en los que en nuestra vida ideológica nacen tales diferencias de gasto, son, en cambio, comparativamente raros aquéllos en que las mismas producen comicidad.

Dos circunstancias principales surgen a los ojos de todo observador que dedique alguna atención a la generación de lo cómico por la diferencia de gasto. En primer lugar verá que existen casos en los que la comicidad surge de un modo regular y como necesariamente, y, por lo contrario, otros, en los que su aparición se muestra independiente en absoluto de las condiciones particulares de cada caso y del punto de vista del observador. En segundo lugar descubrirá que cuando las diferencias alcanzan una considerable magnitud, logran con gran frecuencia vencer el obstáculo opuesto a la génesis de la comicidad por condiciones desfavorables, de manera que el sentimiento cómico surge, a pesar de las mismas. Con relación a la primera de estas observaciones, podríamos establecer dos clases de comicidad: la comicidad

forzosa y la comicidad ocasional, aunque ya al establecerlas sepamos que en la primera de ellas tenemos que admitir numerosas excepciones. Resultará muy interesante perseguir ahora las condiciones que regulan ambas clases de lo cómico.

Para la segunda, las condiciones esenciales son aquellas mismas que en gran parte reunimos bajo la calificación de «aislamiento» del caso cómico. Un más minucioso análisis nos da a conocer las siguientes circunstancias:

a) La condición más favorable para la génesis del placer cómico es aquel sereno estado de ánimo en el que nos hallamos «dispuestos a reír». Cuando tal estado de ánimo ha sido producido tóxicamente en nosotros, nos parece cómico casi todo, probablemente por comparación con el gasto necesario en estado normal. El chiste, la comicidad y todos los demás métodos de conseguir placer extrayéndolo de nuestra propia actividad anímica no son sino medios de restablecer, con un pretexto cualquiera, este buen estado de ánimo —la euforia— cuando el mismo no aparece como una disposición general de la psiquis.

b) En un análogo sentido favorable actúa la expectación de lo cómico, o sea nuestra disposición a experimentar placer de este género, circunstancia a la que se debe que para conseguir el propósito de hacer resultar cómica a una persona basten, cuando dicho propósito no halla obstáculo en los espectadores, diferencias tan pequeñas, que habrían pasado inadvertidas si hubiera surgido en un proceso inintencionado. Aquel que emprende una lectura cómica o va al teatro a ver una farsa de este género debe a esta intención el que le causen risa cosas que en su vida normal apenas si hubiera considerado cómicas. Por último, llegamos a reír ante el recuerdo de haber reído, o en expectación de reír, en cuanto aparece en escena el actor cómico y antes que éste pueda intentar provocar nuestra hilaridad. A tal punto llega esta influencia de la expectación, que muchas veces nos avergonzamos de haber podido reír, en el teatro, de verdaderas insulseces.

c) Del género de actividad espiritual que en el momento ocupe al individuo pueden surgir condiciones desfavorables para la comicidad. Un trabajo intelectual dirigido a fines interesantes perturba la capacidad de descarga de los revestimientos, de los cuales precisa para los desplazamientos que ha de efectuar, y de este modo, sólo grandes e inesperadas diferencias de

gasto pueden llegar a imponer el placer cómico. Especialmente desfavorables a la comicidad son todas aquellas formas de los procesos mentales que se alejan de lo plástico lo suficiente para hacer cesar toda mímica de representación. Así, la reflexión abstracta no deja lugar alguno a la comicidad, salvo cuando es interrumpida repentinamente.

d) La posibilidad de producción de placer cómico desaparece también cuando la atención se halla fija precisamente en la comparación de la que la comicidad puede surgir. En tales circunstancias pierde su fuerza cómica incluso aquello que con toda regularidad produce un efecto de este género. Un movimiento o una producción anímica no pueden resultar cómicos para aquél cuyo interés se dirige, en el mismo momento en que se producen, a compararlos con una medida de la que tiene clara y perfecta conciencia. De este modo, el examinador no encuentra cómicos, sino irritantes, los disparates de un alumno ignorante, mientras que los colegas del examinado, a los que interesa más la habilidad que éste pueda mostrar en sortear las dificultades del examen que la amplitud de sus conocimientos, ríen de todo corazón a cada desatino. Sólo raras veces observará un profesor de gimnasia o de baile la comicidad de los movimientos de sus alumnos, y el predicador no verá jamás el lado cómico de las debilidades humanas, que, en cambio, el comediógrafo sabrá explotar con gran destreza. El proceso cómico no soporta la sobrecarga producida por la atención: análogamente al del chiste, tiene, para llegar a su fin… que poder pasar totalmente inadvertido en su desarrollo. Pero sería contrario a la calificación de «procesos de la conciencia», que justificadamente di a este género de procesos en mi *Interpretación de los sueños*, el considerar al que ahora nos ocupa como *inconsciente*. Pertenece más bien a lo *preconsciente*, y a estos procesos que se desarrollan en lo preconsciente y carecen de la carga o revestimiento de atención inherente a la conciencia podemos calificarlos, con toda propiedad, de «automáticos». Así, pues, el proceso de la comparación de los gastos tendrá que ser automático si ha de crear placer cómico.

e) La génesis de la comicidad resulta perturbada cuando el caso de que ha de surgir da simultáneamente ocasión al nacimiento de intensos afectos, pues queda entonces excluida la descarga de la diferencia productora de placer. Los afectos individuales y la diversa disposición espiritual explican, en cada

caso particular, la génesis o la ausencia de la comicidad. De este modo, sólo en casos excepcionales puede existir una comicidad absoluta, y esta dependencia o relatividad de lo cómico resulta mucho mayor que la del chiste, el cual no se rinde nunca y es «hecho» siempre, pues en su formación pueden tenerse en cuenta las circunstancias en que se produce. El desarrollo de afectos es, en cambio, la más intensa de todas las circunstancias perturbadoras de la comicidad, y ha sido reconocida como tal sin excepción alguna[873]. Por esta razón se dice que el sentimiento cómico nace con mayor facilidad que nunca en los casos indiferentes, allí donde no existen intensos sentimientos ni grandes intereses. Sin embargo, podemos observar que diferencias de gasto muy considerables suelen crear, precisamente en casos de gran desarrollo afectivo, el automatismo de la descarga. Cuando el coronel Butler[874] contesta, riendo despechadamente a las advertencias de Octavio, con la exclamación *¡La gratitud de la casa de Austria!*, su despecho no le impide reír, y lo que provoca su risa es el recuerdo de la decepción que cree haber sufrido. Por otra parte, el poeta no podía describir más impresionantemente la magnitud de la decepción que mostrándola capaz de imponer la risa en medio de la tempestad de los afectos desencadenados. A mi juicio, esta explicación es aplicable a todos aquellos casos en los que la risa aparece en ocasiones distintas de las placientes y se une a intensos sentimientos dolorosos o a un estado cualquiera de tensión espiritual.

f) Si a todo lo que antecede añadimos que el desarrollo del placer cómico puede ser facilitado por cualquier otra agregación placiente como por una especie de afecto de contacto —a semejanza de como lo hace el placer preliminar en el chiste tendencioso—, no habremos agotado la investigación de las condiciones del placer cómico, pero sí conseguido el fin que nos proponíamos, pues vemos ahora con toda claridad que tales condiciones, así como la inconstancia y dependencia del efecto cómico, se adaptan, mejor que a otra hipótesis ninguna, a la que deriva el placer cómico de la descarga de una diferencia que hubiera podido recibir un empleo distinto.

La comicidad de lo sexual y de lo obsceno merecería un examen más detenido que el que aquí podemos dedicarle y cuyo punto de partida sería de nuevo el desnudamiento. Un desnudamiento casual nos produce un efecto cómico porque comparamos la facilidad con que gozamos del espectáculo de la desnudez con el gran gasto que hubiera sido necesario para conseguir por otro camino el mismo fin. Aproxímanse así estos casos a los de ingenuidad cómica, aunque son mucho menos complicados. Todo desnudamiento del que se nos hace testigos por un tercero equivale a hacer resultar cómica a la persona desnudada. Hemos visto antes que una de las funciones del chiste era la de sustituir al dicho obsceno y hacer accesibles de este modo perdidas fuentes de placer cómico. En cambio, el espiar a escondidas una desnudez no es, para el que lo hace, un caso de comicidad, pues el esfuerzo que realiza es por completo contrario a la condición del placer cómico, y no pudiendo éste producirse, el espectador de la desnudez no gozará sino del placer puramente sexual que lo contemplado produzca. Mas, en el relato que el mismo hace luego de su aventura, vuelve a resultar cómica la persona espiada, pues predomina entonces de nuevo el punto de vista de que aquélla ha dejado de realizar el gasto necesario para ocultar sus intimidades a ojos extraños. Fuera de estos casos, lo sexual y lo obsceno ofrecen las más numerosas ocasiones para la producción de placer cómico al mismo tiempo que para la de excitación sexual, sea mostrado al hombre dependiente de sus necesidades corporales (degradación), o sea descubriendo detrás del amor espiritual las exigencias carnales (desenmascaramiento).

(6)

De la obra de Bergson, tan bellamente sugestiva, sobre estos problemas (*Le rire*), ha surgido para nosotros, en forma inesperada, el deseo de buscar también la comprensión de lo cómico por la investigación de su psicogénesis. Bergson, cuya teoría del carácter cómico puede encerrarse en las fórmulas *mécanisation de la vie* y *substitution quelconque de l'artificiel au naturel*, pasa, por medio de una natural asociación de ideas, del automatismo al

autómata e intenta explicar una serie de efectos cómicos por nuestro ya empalidecido recuerdo de juguete infantil. Persiguiendo esta idea, la lleva hasta el punto de intentar derivar lo cómico del efecto a larga distancia de las alegrías infantiles, pero la abandona antes de llegar a conclusión definitiva alguna. *Peut-être même devrions-nous pousser la simplification plus loin encore, remonter à nos souvenirs les plus anciens, chercher dans les jeux qui amusèrent l'enfant, la première ébauche des combinaisons qui font rire nous méconnaissons ce qu'il y a encore d'enfantin, pour ainsi dire, dans la plupart de nos émotions joyeuses* (pág. y sgs.). Habiendo nosotros perseguido el chiste hasta hallarlo como un juego infantil con palabras e ideas, tiene necesariamente que atraernos la labor de investigar estas raíces infantiles de la comicidad, cuya existencia sospecha Bergson.

En realidad, al investigar la relación de la comicidad con el niño tropezamos con toda una serie de conexiones que nos parecen harto significativas. El niño mismo no nos resulta cómico, aunque muestra cumplidas en su persona todas aquellas condiciones que, comparadas con las nuestras, producen una diferencia cómica, o sea, entre otras, el excesivo gasto de movimiento y el insuficiente gasto espiritual y la sumisión de las funciones anímicas o las somáticas. Sin embargo, no hallamos cómico al sujeto infantil cuando se comporta como tal, sino únicamente cuando se disfraza con la gravedad del adulto, y entonces el efecto cómico que produce es idéntico al que hallamos en el disfraz de cualquier otra persona. En cambio, mientras permanece fiel a su esencia infantil, su percepción nos produce un placer puro, que quizá —y solamente quizá— recuerde algo al placer cómico. De este modo, calificamos de ingenuo al niño cuando nos muestra su carencia de coerciones y aceptamos en calidad de ingenuocómicas aquellas de sus manifestaciones que en otra persona hubiéramos juzgado obscenas o chistosas.

El niño carece, además, del sentido de la comicidad. Esto parece al principio significar únicamente que dicho sentido no se constituye sino en un estadio algo más avanzado del desarrollo anímico, cosa que, de todos modos, no tendría nada de singular, tanto más cuanto que el mismo surge todavía con toda claridad en años que aún tenemos que contar entre los infantiles. Pero puede demostrarse que la afirmación de que el niño carece del sentido de la

comicidad va más allá de ser algo que cae por su propio peso. En primer lugar, resulta fácilmente visible que ello no puede ser de otro modo si no es equivocada nuestra teoría que deriva el sentido cómico de la diferencia de gasto que resulta al querer comprender alguna cosa.

Elijamos de nuevo, como ejemplo, la comicidad del movimiento. La comparación productora de la diferencia sería, reducida a una fórmula consciente, como sigue: «Así lo hace ése», y «Así debiera hacerlo, así lo he hecho». Mas en el niño falta la medida contenida en la segunda de estas frases. Comprende exclusivamente por medio de la imitación; esto es, haciendo lo mismo que ha visto hacer. Por otro lado, la educación mantiene siempre ante él el precepto: «Haz esto así», y si el niño se sirve de él a su vez en la comparación llegará con facilidad a las conclusiones siguientes: «Ése no lo ha hecho bien» y «Yo puedo hacerlo mejor». En este caso ríe el niño con burla del otro, sintiéndose superior a él. También esta risa puede ser derivada, sin inconveniente alguno, de la diferencia de gasto; pero, por analogía con los casos en los que hemos reído a costa de los otros, tenemos que deducir que en la risa que el sentimiento de superioridad provoca en el niño no aparece la menor huella del sentido de lo cómico. Es una risa de puro placer. El adulto que percibe claramente su propia superioridad se limita a sonreír, o cuando ríe, puede distinguir con toda precisión la percatación de su superioridad de la comicidad que provoca su risa.

Es probablemente acertado suponer que el niño ríe de puro placer en diversas circunstancias que nos dan la sensación de «cómicas», pero cuyos motivos no encontramos, mientras que los motivos del niño son siempre bien definidos y patentes. Cuando, por ejemplo, alguien resbala y cae en la calle ante nosotros, reímos porque la caída nos produce —sin que sepamos la causa una impresión cómica. En igual caso, lo que provoca la risa del niño es el sentido de su superioridad o la alegría del daño ajeno: «Tú te has caído y yo no». Ciertos motivos de placer del niño parecen perdidos para el adulto, el cual, como compensación, goza en las mismas circunstancias del placer cómico.

Si pudiéramos permitirnos una generalización, sería muy atractivo deducir de las anteriores consideraciones que el carácter específico de la comicidad era precisamente este renacimiento de lo infantil, y considerar lo

cómico como la «perdida risa infantil» reconquistada. Podríamos entonces decir que reímos de una diferencia de gasto entre la persona-objeto y nosotros, siempre que en la primera hallamos de nuevo al niño. De este modo la comparación de la que nace la comicidad sería la siguiente:

> Así lo hace ése
> Yo lo hago de otra manera
> Ése lo hace como yo lo he hecho de niño.

La risa surgirá, por tanto, de la comparación entre el *yo* del adulto y el *yo* considerado como niño. La misma dualidad del sentido de la diferencia cómica, en la que tan pronto el exceso como el defecto de gasto nos resultan cómicos, se halla de acuerdo con las condiciones infantiles, pues en uno y otro caso la comicidad surge siempre del lado en que aparece lo infantil.

A nada de esto contradice el que el niño mismo no nos produzca, como objeto de la comparación, una impresión cómica, sino puramente placiente, ni tampoco que esta comparación con lo infantil no ocasione un efecto cómico más que cuando es evitado un distinto aprovechamiento de la diferencia, pues de lo que dependen estas circunstancias es de las condiciones necesarias para la descarga. Todo aquello que inscribe a un proceso psíquico en una determinada totalidad actúa en contra de la descarga del revestimiento sobrante y lo conduce a un distinto aprovechamiento; en cambio, todo lo que contribuye a aislar un acto psíquico favorece la descarga. Nuestra conciencia de la situación del niño como término de la comparación hace imposible la descarga necesaria para el placer cómico; sólo dado un revestimiento o carga preconsciente se produce un aislamiento aproximado, que es además el que corresponde en general a los procesos anímicos infantiles. El agregado «así lo he hecho yo también cuando niño», que añadimos a la comparación y del que parte el efecto cómico, sólo tendrá, por tanto, eficacia, dada una diferencia media, cuando ninguna otra totalidad pueda apoderarse del exceso que queda libre.

Si queremos proseguir nuestro intento de hallar la esencia de lo cómico en la conexión preconsciente con lo infantil hemos de avanzar más allá de las teorías bergsonianas y conceder que la comparación productora de lo cómico no tiene necesidad de despertar todo el antiguo placer y todo el antiguo juego

infantiles, sino que bastará con que toque a la esencia general infantil y quizá hasta al dolor infantil mismo. Con esto nos apartamos de Bergson, pero permanecemos de acuerdo con nosotros mismos refiriendo el placer cómico no a placer recordado, sino, como siempre, a una comparación. Quizá los casos del primero de estos géneros encubran, ocultándolo, lo regular e irresistiblemente cómico. Recordaremos aquí el esquema antes detallado de las posibilidades cómicas. Dijimos que la diferencia cómica era hallada alternativamente:

a) Por medio de una comparación entre el prójimo y el *yo*.

b) Por medio de una comparación totalmente dentro del prójimo.

c) Por medio de una comparación totalmente dentro del *yo*.

(*a*) En el primer caso, el prójimo se me aparecía como niño; en el segundo, descendería por sí mismo hasta la categoría infantil, y en el tercero, encontraríamos el niño en nuestro propio *yo*. Al primero pertenece la comicidad del movimiento y de las formas, de la función espiritual, y del carácter. Los caracteres infantiles correspondientes a estos géneros de lo cómico serían el impulso al movimiento y el incompleto desarrollo espiritual y moral del niño. De este modo el individuo simple nos resultaría cómico por recordarnos a un niño perezoso e ignorante, y el perverso, a s u vez, aun niño malo. De un placer infantil perdido para e 1 adulto no podremos hablar más que en aquellos casos que muestren una relación con el placer que el movimiento inmotivado causa al niño.

(*b*) El segundo caso, en el cual la comicidad reposa por completo en la «proyección simpática», es el de más amplio contenido, dando origen a la comicidad de la situación, de la exageración (caricatura), de la imitación, de la degradación y del desenmascaramiento. Al mismo tiempo es también el caso a que resulta más fácilmente aplicable nuestra hipótesis de relación con lo infantil, pues la comicidad de la situación se funda, la mayor parte de las veces, en una embarazada conducta del sujeto, tras de la que adivinamos la torpeza infantil. La más irritante de estas situaciones embarazosas, la perturbación de las funciones anímicas por las imperiosas exigencias de las necesidades naturales, encuentra su correspondiente carácter infantil en la falta de dominio del niño sobre sus funciones somáticas. Del mismo modo aquella comicidad de la situación que se basa en la continuada repetición

corresponde a un carácter infantil: el afán de repetición (preguntas, cuentos), del que el niño extrae placer y con el que acaba por aburrir a sus guardadores. La exageración, que produce placer al adulto cuando el mismo acierta a justificarla ante la crítica, tendrá su raíz infantil en la peculiar falta de medida del niño y en su ignorancia de todas las relaciones cuantitativas que el sujeto infantil no llega a conocer, sino mucho después de las cualitativas. La mesura y la templanza, aun en los sentimientos lícitos, son frutos posteriores de la educación y quedan establecidas por la coerción que recíprocamente ejercen entre sí las actividades anímicas pertenecientes a una sola totalidad. Allí donde esta cohesión se debilita —en lo inconsciente de los sueños o en la monoideación de las psiconeurosis— aparece de nuevo la falta de mesura peculiar al niño.

El esclarecimiento de la comicidad de la imitación hubo de presentar dificultades relativamente grandes mientras no tuvimos en cuenta en ella el factor infantil, mas precisamente se nos muestra éste aquí con especial claridad, pues la imitación es el arte que mejor domina el niño y el motivo ocasional de la mayor parte de sus juegos. La ambición infantil tiende menos a hacer significarse al niño entre sus compañeros que a la imitación de los mayores. La relación del niño con los adultos constituye también la raíz infantil de la comicidad de la degradación, la cual corresponde a la benevolencia que el adulto suele demostrar al niño poniéndose a su nivel. Pocas cosas producen al niño un placer mayor que ver cómo el adulto desciende hasta él, prescindiendo de su abrumadora superioridad, y se convierte en su compañero de juego. La minoración, que procura al niño placer puro, se convierte para el adulto, como degradación, en un medio de hacer resultar cómica a otra persona y en una fuente de placer cómico. Por último, del desenmascaramiento sabemos que, en definitiva, se reduce a la degradación.

(*c*) Donde mayores dificultades hallamos para descubrir la conexión con lo infantil es en el tercer caso, o sea, en la comicidad de la expectación, circunstancia que nos explica el que los investigadores que han tomado este caso como punto de partida de un examen de lo cómico no hayan encontrado ocasión de introducir en la comicidad el factor infantil. La comicidad de la expectación es, en efecto, la más extraña al niño y la que más tarde aparece

en él. En la mayoría de los casos de este género, que el adulto considera cómicos, no experimenta el niño sino una decepción. Sin embargo, pudiera establecerse un enlace de estos casos con la ansiosa expectación del niño y con su credulidad para explicamos por qué nos sentimos cómicos, «como niños», cuando sufrimos una decepción cómica.

Si bien es cierto que de todo lo que antecede pudiera deducirse la posibilidad de una interpretación del sentimiento cómico, que resumiríamos en la fórmula de que *lo cómico es aquello que no resulta propio del adulto*, no nos sentimos, dada nuestra posición total ante el problema de lo cómico, con valor suficiente para defender esta hipótesis con igual empeño que las anteriores. Así, pues, dejaremos indeciso si el descenso o degradación al grado infantil es tan sólo un caso especial de la degradación cómica o si toda comicidad reposa, en el fondo, en un descenso o degradación a dicho estadio[875].

(7)

Nuestra investigación de la comicidad, aun siendo tan poco detenida, quedaría harto incompleta si no contuviese algunas observaciones sobre el *humor*. El esencial parentesco entre ambos procesos es tan poco dudoso, que una tentativa de esclarecer lo cómico tiene que proporcionarnos, por lo menos, algún dato para la inteligencia del humor. De este modo, y aun sabiendo lo mucho y acertado que por otros autores se ha escrito sobre el humor, el cual, siendo uno de los más elevados rendimientos psíquicos, se ha atraído el especial favor de toda una serie de pensadores, no podemos eludir la labor de establecer una definición de su esencia por aproximación a las fórmulas antes halladas para el chiste y la comicidad.

Hemos visto que el desarrollo de afectos dolorosos constituye el obstáculo más importante para el efecto cómico. En cuanto el movimiento inútil produce un daño, lleva la simpleza a la desgracia o causa dolor la decepción, desaparece la posibilidad de todo efecto cómico, por lo menos para aquellos sobre los que recae el displacer resultante o tienen que participar de él, mientras que las personas extrañas al suceso testimonian, con

su conducta, que en el mismo se halla contenido todo lo necesario para un efecto cómico. El humor es entonces un medio de conseguir placer a pesar de los afectos dolorosos que a ello se oponen y aparece en sustitución de los mismos. La condición que regula su génesis queda cumplida cuando se constituye una situación en la que, hallándonos dispuestos, siguiendo un hábito, a desarrollar afectos penosos actúen simultáneamente sobre nosotros motivos que nos impulsan a cohibir tales afectos, *in statu nascendi*. En estos casos, la persona sobre la que recae el daño, el dolor, etc., puede conseguir placer humorístico, mientras que los extraños ríen sintiendo placer cómico. No tenemos, pues, más remedio que admitir que el placer del humor surge a costa del desarrollo del afecto cohibido; esto es, del ahorro de un gasto de afecto.

El humor es la menos complicada de todas las especies de lo cómico. Su proceso se realiza en una sola persona y la participación de otra no añade a él nada nuevo. Nada hay tampoco que nos impulse a comunicar el placer humorístico que en nosotros ha surgido y podamos gozar de él aisladamente. Es harto difícil descubrir lo que se realiza en el sujeto durante la génesis del placer humorístico, pero podemos aproximarnos algo al conocimiento de este proceso cuando alguna persona nos comunica un caso propio, y al comprenderlo experimentamos el mismo placer que antes a ella le produjo. Los casos más sencillos de esta comicidad, tales como el contenido en la historieta que a continuación reproducimos, pueden servirnos de guía para la inteligencia de otros más sutiles. «¿Qué día es hoy?», pregunta un condenado a muerte a quien conducen a la horca. «Lunes». «¡Vaya; buen principio de semana!» Nos hallamos aquí, en realidad, ante un chiste, pues la observación del reo es de por sí muy acertada; mas si tenemos en cuenta que para su autor ya no ocurrirá nada bueno ni malo en los días siguientes, la encontraremos desatinadamente fuera de lugar. De todos modos, habremos de convenir en el extraordinario humor necesario para hacer tal chiste; esto es, para echar a un lado aquello en que tal principio de semana se diferencia de todos los demás y negar esta diferencia de la que habrían de surgir poderosos motivos para especialísimos sentimientos. El mismo caso se nos presenta en otra historieta en la que el condenado, camino del cadalso, pide una bufanda para abrigarse y no pescar un catarro, medida prudentísima en toda otra circunstancia, pero

totalmente superflua y fuera de lugar en la situación dada. Todos estos casos de humor nos ofrecen algo semejante a lo que denominamos «grandeza de ánimo» en la energía con la que el sujeto se aferra a su ser habitual, volviendo la espalda a todo aquello que le conduce a la muerte y puede antes provocar su desesperación. Esta especie de superioridad del humor se hace patente en aquellos casos en que nuestra admiración no se encuentra cohibida por las circunstancias personales del sujeto humorístico.

En el *Hernani*, de Víctor Hugo, cae el protagonista, cabecilla de una conjuración contra el emperador Carlos I de España y V de Alemania, en manos de su poderoso enemigo. Reo de alta traición, sabe la suerte que le espera: su cabeza caerá bajo el hacha del verdugo. Pero esta conciencia de su próximo fin no le impide darse a conocer como grande de España y declarar que no renunciará a los derechos inherentes a tal título. Uno de éstos es el de permanecer cubierto ante rey. Aplicándolo, pues, a su actual situación, dirá:

> *Nos têtes ont le droit.*
> *De tomber couvertes devant toi.*

Es éste un elevado humorismo, y si no nos reímos al oír la frase en que se manifiesta, ello se debe a que nuestra admiración es más fuerte que el placer humorístico y lo encubre por completo. En el caso antes expuesto del bribón que, camino de la muerte, pide una bufanda para no resfriarse, reímos, en cambio, de todas veras, a pesar de que la situación, que debiera desesperar dolorosamente al reo, podría hacernos sentir una intensa compasión. Pero esta compasión queda cohibida en nosotros al comprender que el propio interesado no se apura grandemente de su próximo fin, y a consecuencia de esta comprensión el gasto que a la compasión estábamos dispuestos a dedicar deviene de repente inútil y es descargado en la risa. La indiferencia de que el reo hace gala se apodera, por contagio, de nosotros, a pesar de darnos cuenta perfecta de que le ha costado un enorme gasto de labor psíquica.

La compasión ahorrada es una de las más generosas fuentes del placer humorístico. El humor de Mark Twain labora habitualmente con este mecanismo. Cuando, relatando la vida de su hermano, nos cuenta que siendo el mismo capataz de una gran empresa de construcción de carretera fuera lanzado al aire por la inesperada explosión de un barreno, yendo a caer muy

lejos del puesto que tenía señalado, surgen inevitablemente en nosotros sentimientos de compasión hacia la victima del accidente, y quisiéramos preguntar el daño que éste le produjo. Pero la continuación de la historia, que nos hace saber cómo el desgraciado capataz fue multado con un día de haber, «por alejarse de su puesto sin permiso», nos desvía por completo de todo sentimiento compasivo y nos hace casi tan duros de corazón como el contratista y tan indiferentes como él al posible daño corporal del accidentado. En otra ocasión nos describe Mark Twain su árbol genealógico, que hácele remontarse hasta uno de los compañeros de Cristóbal Colón. Mas, cuando después, entre las noticias que nos da de éste su antepasado, vemos la de que al desembarcar en América consistía todo su equipaje en unas cuantas piezas de ropa blanca, cada una con diferentes iniciales, reímos a costa del grave sentimiento de veneración familiar que pensábamos iba a despertar en nosotros la historia. El mecanismo del placer humorístico no sufre aquí perturbación alguna por nuestra conciencia de que el relato familiar es fingido y de que esta ficción se halla al servicio de la tendencia satírica de revelar la mentira de la mayor parte de los ilustres hechos que se suelen atribuir a antepasados poco brillantes, y hasta totalmente ficticios, por las personas atacadas de la vanidad de nobleza. Resulta, pues, dicho mecanismo —como ya sucedía con el de hacer cómica a una persona— totalmente independiente de la condición de la realidad. Otra historia de Mark Twain nos relata que su hermano se instaló una vez en un foso capaz para contener una cama, una mesa y una lámpara, y lo techó tendiendo sobre él una vela con un agujero en el medio. Pero cuando, terminada su tarea, se acostó y dormía como un bendito, cayó por el agujero de la vela y sobre la mesa una vaca, volcando la lámpara y perturbando toda la instalación. Pacientemente ayudó el despertado inquilino a sacar la vaca del foso y se dedicó después a reorganizar su vivienda. Pero a la noche siguiente se repitió la escena, y luego, cotidianamente, durante una larga temporada, comportándose siempre el buen hombre con igual resignación y paciencia. Esta historia se hace, desde luego, cómica por la repetición. Pero cuando no podemos retener ya nuestro placer humorístico es cuando Mark Twain nos cuenta que a la noche número ciento cuarenta y seis observó su hermano que la cosa se iba haciendo ya algo monótona, pues hace mucho tiempo que esperábamos que

el paciente individuo llegase a irritarse. Los pequeños rasgos humorísticos que producimos a veces en nuestra vida cotidiana surgen realmente en nosotros a costa de la irritación; los producimos en lugar de enfadarnos[876].

El humor comprende numerosísimas especies, cada una de las cuales corresponde a la naturaleza peculiar del sentimiento emotivo que es ahorrado en favor del placer humorístico: compasión, disgusto, dolor, enternecimiento, etc. Además, el número de estas especies parece ilimitado, pues los dominios del humor se amplían cada vez que el artista o el escritor logran someter al humorismo emociones que antes reinaban libremente y convertirlas en fuentes de placer humorístico por medio de procedimientos análogos a los de los casos antes examinados. Así, los ilustradores y dibujantes del *Simplicissimus* han llevado hasta un punto insospechable el arte de extraer humor de lo horrible, cruel o repugnante. Hay que tener también en cuenta que los fenómenos del humor son determinados por dos circunstancias relacionadas con las condiciones de su génesis. El humor puede, en primer lugar, aparecer fundido con el chiste o con cualquiera otra especie de lo cómico, hallándose, en estos casos, encargado de alejar una posibilidad de desarrollo afectivo contenida en la situación y que constituiría un obstáculo para el efecto de placer. En segundo lugar, puede también suprimir este desarrollo afectivo, por completo o sólo parcialmente, caso este último el más frecuente por su sencillez y del que surgen las diversas formas del humor «discontinuo»; o sea, de aquel humor que sonríe entre lágrimas y que, sustrayéndose al afecto una parte de su energía, le da, en cambio, el acompañamiento humorístico.

El placer humorístico que conseguimos al conocer y, por tanto, sentir *a posteriori* algo que ha sucedido a otra persona nace, como pudimos ver en los ejemplos que anteceden, de una técnica especial, comparable al desplazamiento, por medio de la cual queda hecho superfluo el desarrollo afectivo que nos hallábamos dispuestos a llevar a cabo y es guiada la carga psíquica hacia otro elemento con frecuencia accesorio. Pero con esto no ganamos nada para la comprensión del proceso por medio del cual se realiza en la persona humorística el desplazamiento que la aleja del desarrollo afectivo. Vemos que la persona receptora realiza, por imitación, los procesos anímicos que antes se desarrollaron en el sujeto; pero esta observación no nos

proporciona dato alguno que nos aproxime al conocimiento de las fuerzas que hacen posible este proceso imitativo.

Podemos decir únicamente que cuando alguien consigue, por ejemplo, sobreponerse a un afecto doloroso, comparando la magnitud de los intereses universales con la propia pequeñez individual, no vemos en ello un rendimiento del humor, sino del pensamiento filosófico, y no logramos tampoco consecución ninguna de placer al trasladarnos al proceso mental del sujeto. El desplazamiento humorístico es, pues, tan imposible cuando nuestra atención vigila como, en igual caso, la comparación cómica, y se halla, por tanto, ligado como la misma a la condición de permanecer preconsciente o automático.

Sólo considerando el desplazamiento humorístico como un proceso de defensa podremos establecer algunas conclusiones sobre él. Los procesos de defensa son los que en lo psíquico corresponden a los reflejos de fuga, y su misión es la de evitar el nacimiento de displacer producido por fuentes internas. Constituyen, pues, una especie de regulación de la vida anímica; pero por su automatismo llegan a resultar perjudiciales y tienen, por tanto, que ser sometidos al dominio del pensamiento consciente. Así, de una clase especial de esta defensa, la represión fallida ha demostrado que constituía el mecanismo de la génesis de las psiconeurosis. Podemos ahora considerar el humor como la principal de estas funciones de defensa, que —a diferencia de la represión— desprecia sustraer a la atención el contenido de representaciones ligado al efecto doloroso, y de este modo domina al automatismo defensivo. Para conseguirlo encuentra además el medio de despojar de su energía a la preparada producción de displacer y la convierte en placer sometiéndola a la descarga. Es también sospechable que sea de nuevo la conexión con lo infantil lo que le permite llevar a cabo esta función, pues en la vida del niño se producen intensos efectos dolorosos, de los que el adulto reiría como ríe el humorista de los de igual género que le asaltan en la edad madura. Aquella superioridad del propio *yo*, de la que testimonia el desplazamiento y cuya interpretación podría muy bien encerrarse en la fórmula: «Soy ya demasiado grande para que esto pueda causarme disgusto», pudiera muy bien ser el resultado de la comparación efectuada por el sujeto de su *yo* presente con su *yo* infantil. Esta hipótesis parece, hasta cierto punto,

robustecida por el papel que desempeña lo infantil en los procesos neuróticos de represión.

En conjunto, se halla el humor más cerca de la comicidad que del chiste. Con la primera tiene de común la localización psíquica en lo preconsciente, mientras que el chiste queda formado, como antes dedujimos, a manera de transacción entre lo inconsciente y lo preconsciente. En cambio, no tiene el humor participación alguna en un singular carácter en el que coinciden el chiste y la comicidad y que quizá no hemos hecho resaltar hasta ahora suficientemente. Es condición de la génesis de lo cómico que nos veamos impulsados a emplear, *simultáneamente o en rápida sucesión*, para la misma función representativa, dos distintas formas de representación, entre las cuales se realiza luego la «comparación», de la que resulta la diferencia de gasto. Tales diferencias de gasto nacen entre lo extraño y lo propio, lo habitual y lo modificado, lo esperado y lo sucedido[877].

En el chiste, la diferencia entre dos diversas interpretaciones que laboran con distinto gasto adquiere tan sólo un valor con relación al proceso que se realiza en el oyente. Una de estas interpretaciones recorre, obedeciendo a las indicaciones contenidas en el chiste, el camino que el pensamiento ha seguido antes a través de lo inconsciente, y la otra permanece en la superficie y presenta al chiste como una expresión verbal preconsciente devenida consciente. No sería quizá muy equivocado derivar el placer que nos produce el chiste oído de la diferencia de estas dos formas de representación[878].

Lo que aquí decimos del chiste es lo mismo que antes, cuando desconocíamos aún la relación del mismo con la comicidad, describíamos diciendo que el chiste poseía una doble faz, como Jano[879].

En el humor pasa a último término el carácter que aquí aparece en el primero. Experimentamos, ciertamente, el placer humorístico allí donde es evitado un sentimiento emotivo que esperábamos como inherente a la situación, y hasta este punto cae también el humor bajo el concepto, ampliado, de la comicidad de la expectación. Mas en el humor no se trata ya de dos formas representativas del mismo contenido. El hecho de que la situación es dominada por los sentimientos emotivos de carácter displaciente que deben ser evitados pone fin a la posibilidad de comparación con el carácter de lo cómico o del chiste. El desplazamiento humorístico es, en

realidad, un caso de aquel aprovechamiento de un gasto sobrante que tan peligroso demostró ser para el efecto cómico.

(8)

Una vez que hemos logrado reducir también el mecanismo del placer humorístico a una fórmula análoga a las que hallamos para el placer cómico y para el chiste, tocaremos el término de nuestra labor. El placer del chiste nos pareció surgir de *gasto de inhibición ahorrado*; el de la comicidad, del *gasto de representación (de catexis) ahorrado*, y el del humor, *de gasto de sentimiento ahorrado*.

En los tres mecanismos de nuestro aparato anímico proviene, pues, el placer de un ahorro, y los tres coinciden en constituir métodos de reconquistar, extrayéndolo de la actividad anímica, un placer que se había perdido precisamente a causa del desarrollo de esta actividad, pues la euforia que tendemos a alcanzar por estos caminos no es otra cosa que el estado de ánimo de una época de nuestra vida en la que podíamos llevar a cabo nuestra labor psíquica con muy escaso gasto; esto es, el estado de ánimo de nuestra infancia, en la que no conocíamos lo cómico, no éramos capaces del chiste y no necesitábamos del humor para sentirnos felices en la vida.

XXVI

TRES ENSAYOS PARA UNA TEORÍA SEXUAL[880]

1905

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

1909

Lejos está el autor de esta pequeña obra de ilusionarse por ella dadas las deficiencias y oscuridades que contiene. Pese a todo ha resistido la tentación de introducir en ella resultados de investigaciones de los últimos cinco años, con el propósito de no destruir su unidad y su carácter documentarlo. Por consiguiente, ha reimpreso el texto original con pequeñas modificaciones, contentándose con añadir unas pocas notas al pie de página. Su más ferviente deseo es que el libro crezca rápidamente y que lo que un tiempo fue novedad sea algo aceptado por todos y que lo que era imperfecto sea reemplazado por algo mejor.

Viena, diciembre 1909.

PRÓLOGO DE LA TERCERA EDICIÓN

1914 [1915]

Habiendo observado durante un decenio la recepción y la influencia que tuvo este libro, quisiera dotar su tercera edición con algunas advertencias destinadas a evitar malentendidos y pretensiones desmesuradas que pudieran planteársele. Por tanto, señalaré ante todo que la presente exposición parte siempre de la experiencia médica cotidiana, procurando profundizarla y conferirle significación científica merced a los resultados de la investigación psicoanalítica. Estos *Tres ensayos para una teoría sexual* no pueden contener sino lo que el psicoanálisis obliga a aceptar o permite confirmar. De ahí que sea imposible ampliarlos jamás hasta integrar una completa «teoría sexual», y comprensible que ni siquiera adopten posición frente a muchos problemas importantes de la vida sexual. Pero no se crea que por eso que dichos capítulos omitidos del magno tema quedaron ignorados por el autor o fueron relegados por considerarlos accesorios.

Mas la subordinación de este trabajo, a las experiencias psicoanalíticas que estimularon su redacción no se expresa únicamente en la selección del material, sino también en su disposición. En todas sus partes se mantiene determinada jerarquía: los factores accidentales ocupan el primer plano, mientras que los disposicionales quedan en el fondo; la evolución ontogenética se considera con preferencia a la filogenética. Sucede que lo accidental desempeña en el análisis el principal papel y puede ser elaborado casi íntegramente por éste; lo disposicional, en cambio, sólo surge tras lo accidental, como algo evocado por lo vivenciado, pero cuya consideración excedería ampliamente el campo de acción del psicoanálisis.

Análogas condiciones dominan la relación entre ontogenia y filogenia. La ontogenia puede ser considerada como repetición de la filogenia, en la medida en que ésta no sea modificada por vivencias más recientes. La disposición filogenética se manifiesta tras el proceso ontogenético. En el fondo, empero, la disposición no es sino el sedimento de las vivencias pretéritas de la especie, a las cuales se agregan las vivencias más recientes del individuo como suma de los factores accidentales.

Junto a la constante subordinación a la investigación psicoanalítica, debo destacar, como característica de este trabajo mío, la deliberada independencia

de la investigación biológica. He procurado evitar la introducción de expectaciones científicas basadas en la biología sexual general o en la de especies determinadas en este estudio, al cual la técnica del psicoanálisis nos permite someter la función sexual del ser humano. Cierto es que mi objetivo consistía en explorar las nociones que la investigación psicológica puede aportar a la biología de la vida sexual humana. De tal manera logré señalar conexiones y analogías que resultan de esta exploración; mas no por ello hubo de confundirme la circunstancia de que el método psicoanalítico condujera en muchos puntos importantes a concepciones y resultados que discrepaban apreciablemente de los fundados únicamente en la biología.

En esta tercera edición he introducido numerosas adiciones, pero renuncié a individualizarlas en el texto, como en ediciones anteriores. La labor científica en nuestro campo de estudio ha moderado actualmente el ritmo de sus progresos, pero ciertos complementos a este trabajo eran imprescindibles para que mantuviera su congruencia con la literatura psicoanalítica más reciente.

Viena, octubre de 1914.

PRÓLOGO DE LA CUARTA EDICIÓN

1920

Concluido el reflujo de la marea bélica, podemos comprobar satisfechos que el interés por la investigación psicoanalítica se ha mantenido incólume en toda la amplitud del mundo. Sin embargo, no todas las partes de nuestra doctrina han tenido idéntico destino. Las nociones y los postulados puramente psicológicos del psicoanálisis acerca del inconsciente, la represión, el conflicto patógeno, el beneficio derivado de la enfermedad, los mecanismos de la formación de síntomas, entre otros, gozan de creciente aceptación y son reconocidos hasta por quienes son, en principio, nuestros adversarios. Mas el lector de nuestra doctrina que linda con la biología, y cuyos fundamentos expone este pequeño trabajo, sigue suscitando

permanente antagonismo y aun ha sido motivo de que personas que durante largo tiempo se dedicaron intensamente al psicoanálisis se apartaran del mismo y adoptaran nuevas concepciones tendientes a reducir el papel del factor sexual, tanto en la vida psíquica del ser normal como en la del enfermo.

Sin embargo, no puedo resolverme a creer que esta parte de la ciencia psicoanalítica discrepe de la realidad en medida mucho mayor que sus demás sectores, tanto el recuerdo como las comprobaciones incesantemente renovadas me demuestran que es el producto de una observación no menos minuciosa y libre de preconceptos. Por otro lado, no es difícil explicar aquella disociación del reconocimiento público. En primer lugar, sólo aquellos investigadores dotados de la paciencia y la habilidad técnica necesarias para llevar el análisis hasta los primeros años infantiles del paciente, podrán confirmar los comienzos de la vida sexual humana que aquí se describen. Con frecuencia se carece aun de la posibilidad de realizar dicha exploración, pues la acción médica exige una resolución más rápida del caso clínico. En cuanto a las personas no médicas que ejercen el psicoanálisis, ni siquiera tienen acceso a este sector y carecen de toda posibilidad de formarse un juicio sustraído a la influencia de sus propias repulsiones y de sus prejuicios. En efecto, si el hombre supiera cómo aprender algo de la observación directa del niño, estos tres ensayos bien podrían haber quedado sin ser escritos.

Luego, es menester recordar que gran parte del contenido de este trabajo —la acentuación de la importancia de la vida sexual para todas las actividades humanas y la ampliación del concepto de sexualidad, aquí intentada— ha suscitado siempre las más enconadas resistencias contra el psicoanálisis. Dejándose llevar por la inclinación hacia las frases grandilocuentes, se ha llegado a hablar del «pansexualismo» en el psicoanálisis, lanzándole el reproche absurdo de que pretendería explicarlo «todo» a partir de la sexualidad. Podría asombrarnos semejante actitud si olvidáramos hasta qué punto los propios factores afectivos inducen a la confusión y al olvido. En efecto, ya hace tiempo el filósofo Arturo Schopenhauer enfrentó al hombre con toda la extensión de las influencias que los impulsos sexuales —en el sentido cotidiano del término— ejercen sobre

sus actos y sus aspiraciones: ¡y un mundo entero de lectores habría sido incapaz de olvidar tan completamente una advertencia tan perentoria! En lo que se refiere a la «ampliación» del concepto de la sexualidad, impuesta por el análisis de los niños y de los denominados perversos, recordaré a cuantos contemplan desdeñosamente el psicoanálisis desde su encumbrado punto de vista cuán estrechamente coincide la sexualidad ampliada del psicoanálisis con el Eros del divino Platón[881].

Viena, mayo de 1920.

TRES ENSAYOS PARA UNA TEORIA SEXUAL

1. LAS ABERRACIONES SEXUALES[882]

PARA explicar las necesidades sexuales del hombre y del animal supone la Biología la existencia de un «instinto sexual», del mismo modo que supone para explicar el hambre de un instinto de nutrición. Pero el lenguaje popular carece de un término que corresponda al de «hambre» en lo relativo a lo sexual. La ciencia usa en este sentido la palabra *libido*[883].

La opinión popular posee una bien definida idea de la naturaleza y caracteres de este instinto sexual. Se cree firmemente que falta en absoluto en la infancia; que se constituye en el proceso de maduración de la pubertad, y en relación con él, que se exterioriza en los fenómenos de irresistible atracción que un sexo ejerce sobre el otro, y que su fin está constituido por la cópula sexual o a lo menos por aquellos actos que a ella conducen.

Existen, sin embargo, poderosas razones para no ver en estos juicios más que un reflejo harto infiel de la realidad. Analizándolos detenidamente, descubrimos en ellos multitud de errores, inexactitudes e inadvertencias.

Antes de entrar en su discusión fijaremos el sentido de los términos que en la misma hemos de emplear. La persona de la cual parte la atracción sexual la denominaremos *objeto sexual*, y el acto hacia el cual impulsa el instinto, *fin sexual*. La experiencia científica nos muestra que tanto respecto al objeto como al fin existen múltiples desviaciones, y que es necesaria una penetrante investigación para establecer las relaciones que dichas anormalidades guardan con lo considerado como normal.

(1) DESVIACIONES RESPECTO AL OBJETO SEXUAL

A la teoría popular del instinto sexual corresponde la poética fábula de la división del ser humano en dos mitades —hombre y mujer—, que tienden a reunirse en el amor. Causa, pues, una gran extrañeza oír que existen hombres y mujeres cuyo objeto sexual no es una persona de sexo contrario, sino otra de su mismo sexo. A estas personas se las denomina homosexuales; o mejor, invertidas, y el hecho mismo, *inversión*. Su número es muy elevado, aunque sea difícil establecerlo con alguna exactitud[884].

A) La inversión

Conducta de los invertidos. —Los invertidos se conducen muy diferentemente unos de otros:

a) Son invertidos *absolutos*; esto es, su objeto sexual tiene necesariamente que ser de su mismo sexo, no siendo nunca el sexo opuesto objeto de su deseo sexual, sino que los deja fríos o despierta en ellos manifiesta repulsión sexual.

Los invertidos absolutos masculinos son, en general, incapaces de realizar el acto sexual normal o no experimentan placer alguno al realizarlo.

b) Son invertidos *anfigenos* (hermafroditas psicosexuales); esto es, su objeto sexual puede pertenecer indistintamente a uno u otro sexo. La inversión carece, pues, aquí de exclusividad.

c) Son invertidos *ocasionales*, o sea que bajo determinadas condiciones exteriores —de las cuales ocupan el primer lugar la carencia de objeto sexual normal y la imitación— pueden adoptar como objeto sexual a una persona de su mismo sexo y hallar satisfacción en el acto sexual con ella realizado.

Los invertidos muestran asimismo múltiples diferencias en lo que respecta a su manera de juzgar el peculiar carácter de su instinto sexual. Para unos, la inversión es algo tan natural como para el hombre normal la orientación heterosexual de su libido, y defienden calurosamente su licitud. Otros, en cambio, se rebelan contra ella y la consideran como una compulsión morbosa[885].

Otras variantes se refieren a las circunstancias temporales. La inversión

puede datar de la primera época a que alcanzan los recuerdos del individuo o no haber aparecido hasta un determinado momento, anterior o posterior a su pubertad[886]. Asimismo puede conservarse durante toda la vida, desaparecer temporalmente, no representar sino un episodio en el curso del desarrollo normal, y hasta manifestarse en un estado avanzado de la existencia del sujeto, después de un largo período de actividad sexual normal. Se ha observado también una oscilación periódica entre el objeto sexual normal y el invertido. De particular interés son aquellos casos en los que la libido cambia de rumbo, Orientándose hacia la inversión después de una penosa experiencia con el objeto sexual normal.

Estas diversas variantes se manifiestan, en general, independientemente unas de otras. En los casos extremos de inversión puede suponerse casi siempre que dicha tendencia ha existido desde muy temprana edad en el sujeto y que él mismo se siente de perfecto acuerdo con ella.

Muchos autores rehúsan formar una unidad con los diversos casos antes indicados y prefieren acentuar las diferencias existentes entre estos grupos en lugar de sus caracteres comunes; conducta inspirada en su concepto favorito de la inversión. Mas por muy justificadas que estén tales diferenciaciones no puede dejar de reconocerse la existencia de numerosos grados intermedios, pareciendo así imponerse la idea de una serie gradual.

Concepto de la inversión. — El primer juicio sobre la inversión consistió en considerarla como un signo congénito de degeneración nerviosa; juicio fundado en que los observadores científicos la hallaron primeramente en individuos enfermos de los nervios o que producían la impresión de estarlo. Esta teoría entraña dos asertos, que deben ser juzgados independientemente: el innatismo y la degeneración.

Degeneración. — El empleo arbitrario del término «degeneración» suscita en este caso, como en todos, múltiples objeciones.

Ha llegado a ser costumbre atribuir a degeneración todos aquellos síntomas patológicos que no son de origen traumático o infeccioso. La clasificación de Magnan de los degenerados ha hecho compatible un diagnóstico de degeneración con el más perfecto funcionamiento del sistema

nervioso. En tales circunstancias puede preguntarse qué utilidad y qué nuevo contenido posee aún tal diagnóstico. Parece más apropiado, por tanto, no hablar de degeneración: primero, en aquellos casos en que no aparecen juntas varias graves anormalidades y, segundo, cuando no aparece gravemente dañada, en general, la capacidad de existencia y funcionamiento[887].

Varios hechos nos demuestran que los invertidos no pueden considerarse en este sentido como degenerados:

1.º Porque se halla la inversión en personas que no muestran otras graves anormalidades.

2.º Porque aparece asimismo en personas cuya capacidad funcional no se halla perturbada, y hasta en algunas que se distinguen por un gran desarrollo intelectual y elevada cultura ética[888].

3.º Porque cuando se prescinde ante estos pacientes de la propia experiencia médica y se tiende a abarcar un horizonte más amplio se tropieza, en dos direcciones distintas, con hechos que impiden considerar la inversión como signo degenerativo.

a) Debe tenerse muy en cuenta que la inversión fue una manifestación frecuentísima, y casi una institución, encargada de importantes funciones, en los pueblos antiguos en el cénit de su civilización, *b)* Se la encuentra extraordinariamente difundida en muchos pueblos salvajes y primitivos, mientras que el concepto de degeneración suele limitarse a civilizaciones elevadas (J. Bloch). Hasta en los pueblos civilizados europeos ejercen máxima influencia sobre la difusión y el concepto de la inversión las condiciones climatológicas y raciales[889].

Innatismo. — El innatismo sólo se ha aceptado, como puede suponerse, para la primera y más extensa categoría de los invertidos, y precisamente por la afirmación de tales personas de no haberse manifestado en ellas en ninguna época de su vida otra distinta dirección del instinto sexual. La existencia de las otras dos clases, en especial de la tercera, es difícil ya de conciliar con la tesis de un carácter congénito. De aquí la tendencia de todos los representantes de esta opinión a separar de los demás el grupo de los invertidos absolutos, lo cual implica la renuncia a establecer un juicio de valor general sobre la inversión. Ésta sería, pues, en unos casos de carácter

innato y, en otros, habría aparecido de modo distinto.

La opinión contraria a ésta sostiene que la inversión es un carácter *adquirido* del instinto sexual. En defensa de esta hipótesis se alegan los hechos siguientes:

1,° En muchos invertidos (aun en los absolutos) puede señalarse una impresión sexual que actuó intensamente sobre ellos en las primeras épocas de su vida, y de la cual constituye una perdurable consecuencia la inclinación homosexual.

2.° En otros muchos puede revelarse la actuación de determinadas influencias exteriores de la vida, que en época más o menos temprana han conducido a la fijación de la inversión (trato exclusivo con individuos del mismo sexo, vida común en la guerra o prisión, peligros del comercio heterosexual, celibato, debilidad sexual, etc.). 3.º La inversión puede ser suprimida por sugestión hipnótica, cosa que constituiría un milagro si se tratase de un carácter congénito.

Desde este punto de vista, puede negarse, en general, la existencia de una inversión congénita. Puede objetarse (Havelock Ellis) que un penetrante examen de los casos considerados como de inversión innata revelaría siempre la existencia de un suceso infantil, determinante de la dirección de la libido, no conservado en la memoria del individuo, pero susceptible de ser atraído a ella por un tratamiento psíquico apropiado. Siguiendo a estos autores, podría definirse la inversión como una frecuente variante del instinto sexual, determinada por cierto número de circunstancias exteriores de la vida.

Esta afirmación, aparentemente plausible, queda, sin embargo, contradicha por la observación de que muchas personas caen en la adolescencia bajo iguales influencias sexuales —seducción, masturbación mutua—, sin hacerse por ello invertidos o seguir siéndolo perdurablemente. Así, pues, se llega obligadamente a suponer que la alternativa —innatismo o adquisición— o es incompleta o no entraña todas las circunstancias de la inversión.

Explicación de la inversión. — Ni con la hipótesis de la inversión congénita ni con la contraria de la inversión adquirida queda explicada la esencia de la inversión. En el primer caso habrá que especificar qué es lo que

se considera innato en ella si no se quiere aceptar la burda explicación de que una persona trae ya establecida al nacer la conexión de su instinto sexual con un objeto sexual predeterminado. En la segunda hipótesis se plantea la cuestión de si las diversas influencias accidentales bastan por sí solas para explicar la adquisición sin la existencia de algo favorable a la misma en el individuo, cosa inadmisible, según ya hemos visto.

Bisexualidad. —Para explicar la posibilidad de una inversión sexual se ha seguido, desde Frank Lydstone, Kiernan y Chevalier, una ruta intelectual que entraña una nueva contradicción de las opiniones corrientes. Según éstas, el individuo humano no puede ser más que hombre o mujer. Pero la ciencia conoce casos en los que los caracteres sexuales aparecen borrosos, dificultando la determinación del sexo ya en el terreno anatómico. Los genitales de estos sujetos de sexo indeterminado reúnen caracteres masculinos y femeninos (hermafroditismo). En algunos casos excepcionales coexisten en el mismo individuo los órganos genitales de los dos sexos (hermafroditismo propiamente dicho), aunque por lo general aparezcan ambos más o menos atrofiados[890].

Lo más importante de estas anormalidades es que facilitan de un modo inesperado la comprensión de la constitución normal, a la cual corresponde cierto grado de hermafroditismo anatómico. En ningún individuo masculino o femenino, normalmente desarrollado, dejan de encontrarse huellas del aparato genital del sexo contrario que o perduran sin función alguna como órganos rudimentarios o han sufrido una transformación, dirigida a la adoptación de funciones distintas.

La hipótesis deducible de estos hechos anatómicos, ha largo tiempo conocidos, es la de una disposición bisexual originaria, que en el curso de la evolución se ha ido orientando hacia la monosexualidad, pero conservando algunos restos atrofiados del sexo contrario.

De aquí no había más que un paso para transportar esta hipótesis al dominio psíquico y explicar la inversión como manifestación de un hermafroditismo psíquico. Para dejar resuelto el problema sólo faltaba comprobar una coincidencia regular de la inversión con los signos anímicos y somáticos del hermafroditismo.

Mas esta esperada coincidencia no se presentó. No se pueden imaginar tan estrechas las relaciones entre el supuesto hermafroditismo psíquico y el comprobado hermafroditismo anatómico. Lo que sí se encuentra con frecuencia en los invertidos es una disminución del instinto sexual (Havelock Ellis) y ligeras atrofias anatómicas de los órganos. Con frecuencia, pero no regularmente, ni siquiera en la mayoría de los casos. Esto obliga a reconocer que la inversión y el hermafroditismo somático son totalmente independientes una de otro.

Se ha atribuido, asimismo, un gran valor a los llamados caracteres sexuales secundarios y terciarios, y se ha hecho resaltar su conjunta aparición en los invertidos (H. Ellis). También en esto hay algo verdadero; mas no debe olvidarse que los caracteres sexuales secundarios y terciarios surgen con frecuencia en el sexo contrario, constituyendo indicios de hermafroditismo, pero sin que al mismo tiempo se muestre modificado el objeto sexual en el sentido de una inversión.

El hermafroditismo psíquico ganaría en verosimilitud si paralelamente a la inversión del objeto sexual apareciera una modificación de los demás caracteres, tendencias y cualidades anímicas.

Mas tal inversión del carácter sólo puede esperarse hallarla con alguna regularidad en las mujeres invertidas; en los hombres puede coincidir con la inversión la más completa virilidad psíquica. Si se quiere mantener la hipótesis del hermafroditismo psíquico, habrá de añadirse, por lo menos, que sus diversas manifestaciones no muestran sino muy escasa condicionalidad recíproca. Igualmente sucede en el hermafroditismo somático. Según J. Halban[891], también las atrofias orgánicas aisladas y los caracteres sexuales secundarios aparecen relativamente independientes entre sí.

La teoría de la sexualidad ha sido expuesta en su forma más simple por uno de los defensores de los invertidos masculinos: «Cerebro femenino en cuerpo masculino». Mas no conocemos los caracteres de un «cerebro femenino».

La sustitución del problema psicológico por el anatómico es tan ociosa como injustificada. La tentativa de explicación de Krafft-Ebing parece más exactamente planteada que la de Ulrich, pero en esencia es similar a ella.

Krafft-Ebing ponía que la disposición bisexual da al individuo centros

cerebrales masculinos y femeninos, al mismo tiempo que órganos sexuales somáticos de ambos sexos. Dichos centros no se desarrollan hasta la época de la pubertad, y principalmente, bajo la influencia de la glándula sexual, independiente de ellos en la disposición. Pero hablar de «centros» masculinos y femeninos es lo mismo que hablar de cerebros de uno u otro sexo, y ni siquiera sabemos si podemos aceptar para las funciones sexuales localizaciones cerebrales (centros) como las aceptamos para la palabra.

Habremos de retener, sin embargo, dos ideas: que también en cuanto a la inversión debe tenerse en cuenta la disposición bisexual, aunque no sepamos en qué puede consistir tal disposición fuera de lo puramente anatómico, y se trata de perturbaciones que atacan el instinto sexual durante su desarrollo[892].

Objeto sexual de los invertidos. — La teoría del hermafroditismo psíquico supone que el objeto sexual del invertido es el contrario al del normal. El hombre sucumbiría, como la mujer, al encanto emanado de las cualidades físicas y espirituales masculinas, y, sintiéndose mujer, buscaría al hombre.

Mas aun cuando esto sea exacto para toda una serie de invertidos, está, sin embargo, muy lejos de revelar un carácter general de la inversión. Es innegable que muchos invertidos masculinos conservan los caracteres psíquicos de su sexo; no poseen sino muy pocos caracteres secundarios del otro sexo y buscan, en su objeto sexual, rasgos psíquicos propiamente femeninos. Si esto no fuera así, no se explicaría por qué la prostitución masculina que se ofrece a los invertidos trata —hoy como en la antigüedad— de copiar a las mujeres en los vestidos, aspecto exterior y modales, sin que esta imitación parezca ofender al ideal de los homosexuales masculinos. En la Grecia antigua, donde hombres de una máxima virilidad aparecen entre los invertidos, se ve claramente que no era el carácter masculino de los efebos, sino su proximidad física a la mujer, así como sus cualidades psíquicas femeninas —timidez, recato y necesidad de alguien que les sirva de maestro y apoyo—, lo que encendía el amor de los hombres. En cuanto el efebo se hacía hombre dejaba de ser objeto sexual para los individuos del mismo sexo y se convertía quizá, a su vez, en pederasta. El objeto sexual es, por tanto, en este caso, como en otros muchos, no el sexo igual, sino la reunión de los dos

caracteres sexuales, la transacción entre dos deseos orientados hacia cada uno de los dos sexos, transacción en la que se conserva como condición la masculinidad del cuerpo (de los genitales) y que constituye, por decirlo así, el reflejo de la propia naturaleza bisexual[893].

Más inequívocas son las manifestaciones homosexuales en la mujer. Las invertidas activas presentan con gran frecuencia caracteres somáticos y psíquicos masculinos, y los exigen femeninos en su objeto sexual. De todos modos, también la homosexualidad femenina presenta formas muy diversas y múltiples variantes.

Fin sexual de los invertidos. — Hemos de retener como un hecho importante el de que el fin sexual de los invertidos no es, en modo alguno, unitario. Entre los hombres, la inversión no supone necesariamente el coito *per arium*. La masturbación aparece muchas veces como fin exclusivo, y las limitaciones del fin sexual —hasta la mera efusión sentimental— son aquí más frecuentes aún que en el amor heterosexual. En las mujeres son también muy diversos los fines sexuales de las invertidas, y entre ellos parece ser preferido el contacto con las mucosas bucales.

Conclusión. — No nos es posible deducir de lo hasta aquí expuesto una explicación satisfactoria de la génesis de la inversión, pero sí podemos observar que nuestras investigaciones nos han conducido a un resultado que puede ser de mayor importancia que la solución del problema en un principio planteado. Resulta que nos habíamos representado como excesivamente íntima la conexión del instinto sexual con el objeto sexual. La experiencia adquirida en la observación de aquellos casos que consideramos anormales nos enseña que entre el instinto sexual y el objeto sexual existe una soldadura cuya percepción puede escaparnos en la vida sexual normal, en la cual el instinto parece traer consigo su objeto. Se nos indica así la necesidad de disociar hasta cierto punto en nuestras reflexiones el instinto y el objeto. Probablemente, el instinto sexual es un principio independiente de su objeto, y no debe su origen a las excitaciones emanadas de los atractivos del mismo.

B) Impúberes y animales como objetos sexuales

Mientras que las personas cuyo objeto sexual no pertenece al sexo normalmente apropiado para serlo —esto es, los invertidos— se presentan a los ojos del observador como un conjunto de-individuos sin más tara quizá que su desviación sexual, aquellas otras que eligen como objeto sexual sujetos impúberes (niños) nos parecen constituir casos aislados de aberración. Sólo excepcionalmente son los impúberes objeto sexual exclusivo; en la mayoría de los casos llegan tan sólo a serlo cuando un individuo cobarde e impotente acepta tal subrogado, o cuando un instinto impulsivo inaplazable no puede apoderarse en el momento de un objeto más apropiado. De todos modos, no deja de arrojar cierta luz sobre la naturaleza del instinto sexual el hecho de permitir tanta variación y tal degradación de su objeto, cosa que el hambre, mucho más estrictamente ligada al suyo, sólo admitiría en los casos extremos. Lo mismo puede decirse con respecto al comercio sexual con animales, nada raro entre los campesinos, y en el que la atracción sexual rebasa los límites de la especie.

Por razones estéticas limitaríamos gustosamente a los enfermos mentales estas y otras graves aberraciones del instinto sexual, pero ello no es posible. La experiencia enseña que en tales enfermos no se observan aberraciones sexuales distintas de las que aparecen en individuos sanos y en razas y clases sociales enteras. Así, encontramos con desoladora frecuencia atentados sexuales cometidos en niños por sus maestros y guardadores, tan sólo porque a éstos se les presentan más ocasiones para ello que a otras personas. Los enfermos mentales muestran únicamente tales aberraciones en un grado más elevado o cosa especialmente significativa— llevadas a la exclusividad y sustituyendo a la satisfacción sexual normal.

Esta singular relación de las variantes sexuales con la escala gradual que va desde la salud a la perturbación mental da mucho que pensar. Me inclino a opinar que los problemas que aquí se nos plantean constituyen una indicación de que los impulsos de la vida sexual pertenecen a aquellos que aun normalmente son los peor dominados por las actividades anímicas más elevadas. Aquellos individuos que son mentalmente anormales en un aspecto cualquiera, ético o social, son asimismo —conforme me ha mostrado mi experiencia— anormales en su vida sexual.

En cambio, son anormales sexuales muchas personas que en todas las

demás cuestiones se hallan dentro del tipo general y han seguido el desarrollo cultural humano, cuyo punto débil continúa siendo la sexualidad.

Como resultado general de estas elucidaciones deduciríamos que bajo una gran cantidad de condiciones, y sorprendentemente, en muchos individuos, la naturaleza y el valor del objeto sexual pasan a un lugar secundario, siendo algo diferente de esto lo esencial y constante en el instinto sexual[894].

(2) DESVIACIONES RELATIVAS AL FIN SEXUAL

Como fin sexual normal se considera la conjunción de los genitales en el acto denominado *coito*, que conduce a la solución de la tensión sexual y a la extinción temporal del instinto sexual (satisfacción análoga a la saciedad en el hombre). Pero aun el acto sexual más normal integra visiblemente aquellos elementos cuyo desarrollo conduce a las aberraciones que hemos descrito como *perversiones*. En calidad de fines sexuales preliminares se admiten ciertas relaciones intermediarias (existentes en el camino que conduce al coito) con el objeto sexual, tales como la contemplación y tocamiento del mismo. Estos actos están, de una parte, ligados con una sensación de placer por sí mismos, y de otra, elevan la excitación, que debe durar hasta la realización del fin sexual definitivo. Uno de estos contactos, el de ambas mucosas labiales, ha obtenido después —constituyendo el beso— un alto valor sexual en muchos pueblos (entre ellos los más civilizados), a pesar de que las partes del cuerpo que en él entran en juego no pertenecen al aparato genital, sino que forman la entrada del digestivo. Existen, pues, factores que permiten ligar las perversiones a la vida sexual normal y son aprovechables para la clasificación de las mismas. Las perversiones son alternativamente: *a)* transgresiones anatómicas de los dominios corporales destinados a la unión sexual; o *b)* detenciones en aquellas relaciones intermedias con el objeto sexual que normalmente deben ser rápidamente recorridas en el camino hacia el fin sexual definitivo.

A) TRANSGRESIONES ANATÓMICAS

Supervaloración del objeto sexual. — La valoración psíquica que recae sobre el objeto sexual como fin del instinto sexual no se limita, más que en rarísimos casos, a los genitales del mismo, sino que se extiende a todo su cuerpo y posee la tendencia de incluir todas las sensaciones emanadas del objeto. Igual sobreestimación aparece en el campo psíquico, mostrándose como una ofuscación lógica (debilidad del juicio) respecto a las funciones anímicas y perfecciones del objeto sexual y como una docilidad crédula para con los juicios exteriorizados por el mismo. La credulidad del amor constituye así una fuente importante, si no la primitiva, de la autoridad[895].

Esta supervaloración sexual es lo que tan mal tolera la limitación del fin sexual a la conjunción de los genitales y lo que ayuda a elevar a la categoría de fin sexual actos en que entran en juego otras partes del cuerpo[896].

La importancia de la supervaloración sexual puede estudiarse fácilmente en el hombre, cuya vida erótica ha llegado a ser asequible a la investigación, mientras que la de la mujer, en parte por las limitaciones impuestas por la cultura y, en parte, por la silenciación convencional y la insinceridad de las mujeres, permanece aún envuelta en impenetrable oscuridad[897].

Empleo sexual de las mucosas bucales y labiales. — El empleo de la boca como órgano sexual se considera una perversión cuando los labios o la lengua de una persona entran en contacto con los genitales de la otra, y no, en cambio, cuando ambas mucosas labiales tocan una con otra. En esta excepción yace la conexión con lo normal. El que abomina de las otras prácticas, usadas quizá desde los más primitivos tiempos de la Humanidad, considerándolas como perversiones, obedece a una bien definida sensación de *repugnancia* que le protege de la aceptación de tal fin sexual. Los límites de esta repugnancia son, sin embargo, puramente convencionales: individuos que besan con pasión los labios de una bella muchacha no podrán emplear sin repugnancia su cepillo de dientes, aun no teniendo razón ninguna para suponer que su propia cavidad bucal, que no les produce asco, está más limpia que la de la muchacha. La repugnancia se nos muestra aquí como un factor susceptible de cerrar el camino a la sobreestimación sexual, pero también de ser vencido por la libido. Habremos, pues, de considerarla como uno de los poderes que contribuyen a limitar el fin sexual. Estos poderes se

detienen ante los genitales mismos; pero no cabe duda de que también los genitales del sexo contrario pueden ser por sí mismo objeto de repugnancia y que esta conducta corresponde a las características de todos los histéricos (especialmente de los del sexo femenino). La fuerza del instinto sexual se complace en dedicarse al vencimiento de esta repugnancia.

Empleo sexual del orificio anal. — En el empleo sexual del ano se ve más claramente que en el caso anterior el hecho de ser la repugnancia lo que imprima a este fin sexual el carácter de perversión. A mi sentir —y espero que no se vea en esta observación un decidido prejuicio teórico— la razón en que se funda esta repugnancia, o sea, la de que dicha parte del cuerpo sirve para la excreción y entra en contacto con lo repugnante en sí —los excrementos—, no es mucho más sólida que la que dan las muchachas histéricas para explicar su repugnancia ante los genitales masculinos; esto es, que sirven para la expulsión de la orina.

El papel sexual de la mucosa anal no se halla en ningún modo limitado al comercio sexual entre individuos masculinos. Su preferencia no constituye nada característico de la inversión. Parece, al contrario, que la *poedicatio* del hombre debe su papel a la analogía con el acto realizado con la mujer, al paso que la masturbación recíproca es el fin sexual más frecuente en los invertidos.

Importancia de otras partes del cuerpo. — La extensión sexual a otras partes del cuerpo no ofrece en ninguna de sus variantes nada esencialmente nuevo, ni añade nada para el conocimiento del instinto sexual, que sólo en esto exterioriza su intención de apoderarse del objeto sexual en su totalidad. Mas, al lado de la supervaloración sexual, aparece en las extralimitaciones anatómicas un segundo factor extraño al conocimiento vulgar de estas cuestiones. Determinadas partes del cuerpo, como las mucosas bucales y anales, que aparecen siempre en estas prácticas, reclaman un derecho a ser consideradas y tratadas como genitales. Y a veremos cómo esta pretensión queda justificada por el desarrollo del instinto sexual y satisfecha en la sintomatología de ciertos estados patológicos.

Sustitución inapropiada del objeto sexual. Fetichismo. — Una particularísima impresión nos es producida por aquellos casos en que el

objeto sexual normal es sustituido por otro relacionado con él, pero al mismo tiempo totalmente inapropiado para servir al fin sexual normal. Quizá hubiésemos hecho mejor, desde el punto de vista del orden expositivo, en citar este interesantísimo grupo de aberraciones del instinto sexual al tratar de las desviaciones con respecto al objeto, pero lo aplazamos hasta haber expuesto el factor de la super valoración sexual, del cual dependen estos fenómenos, a los cuales se enlaza una renuncia al fin sexual.

El sustitutivo del objeto sexual es, en general, una parte del cuerpo muy poco apropiada para fines sexuales (los pies o el cabello) o un objeto inanimado que está en visible relación con la persona sexual, y especialmente con la sexualidad de la misma (prendas de vestir, ropa blanca). Este sustitutivo se compara, no sin razón, con el fetiche en el que el salvaje encarna a su dios.

El tipo de transición a las formas de fetichismo, con renuncia a un fin sexual normal o perverso, lo constituyen aquellos casos en los cuales, para que el fin sexual haya de ser realizado, es preciso que el objeto sexual posea una condición fetichista (un determinado color de cabello, un traje especial o hasta un defecto físico). Ninguna otra de las variantes del instinto sexual limítrofes ya con lo patológico merece tanto nuestra atención como ésta, por la singularidad de los fenómenos cuya aparición motiva. Para todos estos casos parece constituir una condición previa la disminución del impulso hacia el fin sexual normal (debilidad funcional del aparato sexual[898]). La conexión con lo normal se nos ofrece en la necesaria supervaloración sexual psicológica del objeto sexual, que se extiende inevitablemente a todo lo que con él se halla en conexión asociativa. Así, pues, es regularmente propio del amor normal cierto grado de tal fetichismo, sobre todo en aquellos estadios del enamoramiento en los que el fin sexual normal es inasequible o en los que su realización aparece aplazada.

> *¡Dadme un pañuelo de su pecho,*
> *o una liga que presionare su rodilla!*
> [Goethe: FAUSTO.]

El caso patológico surge cuando el deseo hacia el fetiche se fija pasando sobre esta condición y se coloca en lugar del fin normal o cuando el fetiche se

separa de la persona determinada y deviene por sí mismo único fin sexual. Éstas son las condiciones generales para el paso de simples variantes del instinto sexual a aberración patológica.

En la elección del fetiche se demuestra —como Binet fue el primero en afirmar y ha sido confirmado después por numerosas pruebas— la influencia continuada de una intimidación sexual experimentada, la mayor parte de las veces, en la primera infancia, fenómeno comparable a la proverbial capacidad de perdurar del primer amor en los normales. (*On revient toujours à ses premiers amours*.) Tal motivación es especialmente clara en los casos de simple condicionalidad fetichista del objeto sexual. Más adelante volveremos a encontrar en otras cuestiones la importancia de las tempranas impresiones sexuales[899].

En otros casos es una asociación de ideas simbólicas, casi siempre inconsciente en el sujeto, lo que le ha conducido a la sustitución del objeto por el fetiche. Los caminos seguidos para establecer estas asociaciones no siempre pueden indicarse con seguridad (el pie es, por ejemplo, un antiquísimo símbolo sexual que aparece ya en el mito[900], y las pieles deben quizá su papel de fetiche a la asociación con el cabello que recubre el *mons veneris)*. Mas, tampoco este simbolismo parece ser siempre independiente de sucesos sexuales infantiles[901].

B) FIJACIÓN DE LOS FINES SEXUALES PRELIMINARES

Aparición de nuevos fines sexuales. — Todas las circunstancias externas e internas que dificultan o alejan la consecución del fin sexual normal (impotencia, coste elevado del objeto sexual, peligros del acto sexual) favorecen, como es comprensible, la tendencia a permanecer en los actos preparativos, convirtiéndolos en nuevos fines sexuales que pueden sustituirse al normal. Un penetrante examen muestra siempre que estos nuevos fines se hallan todos —hasta los de más extraña apariencia— indicados en el acto sexual normal.

Tocamiento y contemplación. — Para la consecución del fin sexual

normal es indispensable —por lo menos al hombre— una cierta medida de tocamiento. Son, además, universalmente conocidos el aumento de excitación y la nueva fuente de placer que aportan las sensaciones del contacto con la epidermis del objeto sexual. Así, pues, la detención en el tocar no puede apenas contarse entre las perversiones cuando el acto sexual continúa luego hasta su fin.

Igual sucede con la contemplación derivada del tocamiento en último término. La impresión visual es el camino por el que más frecuentemente es despertada la excitación libidinosa, y con ella —si es permisible esta manera teleológica de considerar la cuestión— cuenta la selección dejando desarrollarse hasta la belleza al objeto sexual. La ocultación del cuerpo, exigida por la civilización, mantiene despierta la curiosidad sexual, que tiende a contemplar el objeto por descubrimiento de las partes ocultas, pero que puede derivarse hacia el arte (sublimación)[902] cuando es posible arrancar su interés de los genitales y dirigirlo a la forma física y total[903]. Una detención en este fin sexual intermediario de la contemplación sexualmente acentuado es, en cierto grado, patrimonio de todos los normales y hasta es lo que les da la posibilidad de dirigir cierta cantidad de su libido hacia fines artísticos más elevados. Por el contrario, la contemplación constituye una perversión: *a)* cuando se limita exclusivamente a los genitales; *b)* cuando aparece ligada con el vencimiento de una repugnancia (*voyeurs*), espectadores del acto de excreción; *c)* cuando en vez de preparar el fin sexual normal, lo reprime. Esto último es lo que constituye el carácter típico de los exhibicionistas, los cuales, si se me permite concluir un resultado general del único caso de esta perversión que me ha sido posible someter al análisis[904], muestran sus genitales para que, en reciprocidad, les sean enseñados los de la parte contraria[905].

En los *voyeurs* y los exhibicionistas resulta un curioso carácter que nos ocupará aún más intensamente en las aberraciones que a continuación examinaremos. El fin sexual se encuentra aquí en un doble desarrollo en forma *activa* y *pasiva*.

El poder que se opone al deseo de contemplar o ser contemplado y que es vencido a veces por éste es el pudor (como antes la repugnancia).

Sadismo y masoquismo. — La tendencia a causar dolor al objeto sexual o ser maltratado por él es la más frecuente e importante de las perversiones, y sus dos formas, activa y pasiva, han sido denominadas, respectivamente, por Krafft-Ebing sadismo y masoquismo. Otros autores prefieren denominarla *algolagnia*, nombre que hace resaltar el placer de causar dolor, la crueldad, mientras que el nombre escogido por Krafft-Ebing acentúa, o pone en primer término, el placer de sufrir toda clase de humillaciones y sometimiento. Las raíces de la algolagnia activa o sadismo pueden hallarse fácilmente en el sujeto normal. La sexualidad de la mayor parte de los hombres muestra una mezcla de *agresión*, de tendencia a dominar, cuya significación biológica estará quizá en la necesidad de vencer la resistencia del objeto sexual de un modo distinto a por los actos de cortejo. El sadismo corresponderá entonces a un componente agresivo del instinto sexual exagerado, devenido independiente y colocado en primer término por medio de un desplazamiento[906]. El concepto del sadismo comprende desde una posición activa y dominadora con respecto al objeto sexual hasta la exclusiva conexión de la satisfacción con la humillación y mal trato del mismo. En sentido estricto, solamente el último caso extremo puede denominarse perversión.

De un modo análogo, el concepto de masoquismo reúne todas las actitudes pasivas con respecto a la vida erótica y al objeto sexual, siendo la posición extrema la conexión de la satisfacción con el voluntario padecimiento de dolor físico o anímico producido por el objeto sexual. El masoquismo, como perversión, parece alejarse más del fin sexual normal que la perversión contraria; es dudoso si aparece originariamente o si más bien se desarrolla siempre partiendo del sadismo y por una transformación de éste[907]. Con frecuencia puede verse que el masoquismo no es otra cosa que una continuación del sadismo, dirigida contra el propio *yo*, que se coloca ahora en el puesto del anterior objeto sexual. El análisis clínico de los casos extremos de perversión masoquista lleva siempre a revelar la acción conjunta de una amplia serie de factores que exageran la predisposición original pasiva y le hacen experimentar una fijación (complejo de castración, conciencia de la culpa). El dolor que en esta perversión ha de ser superado constituye, como antes la repugnancia y el pudor, la resistencia que se coloca enfrente de la

libido.

El sadismo y el masoquismo ocupan entre las perversiones un lugar particular, pues la antítesis de actividad y pasividad que constituye su fundamento pertenece a los caracteres generales de la vida sexual.

La historia de la civilización humana nos enseña, sin dejar lugar a dudas, que la crueldad y el instinto sexual están íntimamente ligados; pero en las tentativas de explicar esta conexión no se ha ido más allá de hacer resaltar los elementos agresivos de la libido.

Según algunos autores, este elemento agresivo, mezclado al instinto sexual, constituye un resto de los placeres caníbales; eso es, una participación del aparato de aprehensión puesto al servicio de la satisfacción de la otra gran necesidad, más antigua ontogénicamente[908]. Se ha afirmado también que cada dolor lleva en sí y por sí mismo la posibilidad de una sensación de placer. Por lo pronto, nos contentaremos con hacer constar nuestra creencia de que la explicación dada hasta ahora a esta perversión no es, ni con mucho, satisfactoria y que es probable que en ella se reúnan varias tendencias psíquicas para producir un solo efecto[909].

La particularidad más singular de esta perversión está, sin embargo, constituida por el hecho de que sus dos formas, activa y pasiva, aparecen siempre conjuntamente en la misma persona. Aquel que halla placer en producir dolor a otros en la relación sexual está también capacitado por gozar del dolor que puede serle ocasionado en dicha relación como de un placer. Un sádico es siempre, al mismo tiempo, un masoquista, y al contrario. Lo que sucede es que una de las dos formas de la perversión, la activa o la pasiva, puede hallarse más desarrollada en el individuo y constituir el carácter dominante de su actividad sexual[910].

Vemos así aparecer, regularmente, determinadas tendencias perversas como *pares contradictorios*, hecho cuya alta importancia teórica comprobaremos más adelante[911]. Es indudable que la existencia del par contradictorio sadismo-masoquismo no se puede derivar directamente de la existencia de una mezcla agresiva. En cambio, nos sentimos inclinados a relacionar tales antítesis con la de masculino y femenino, que se presenta en la bisexualidad; contradicción que en el psicoanálisis queda reducida a la de actividad y pasividad.

(3) GENERALIDADES SOBRE LAS PERVERSIONES EN CONJUNTO

Variación y enfermedad. — Los médicos que primero estudiaron las perversiones en casos típicos y bajo condiciones especiales se inclinaron, naturalmente, a atribuirles el carácter de un estigma patológico o degenerativo, como ya vimos al tratar de la inversión. Sin embargo, es más fácil demostrar aquí, en los casos de inversión, el error de estas opiniones. La experiencia cotidiana muestra que la mayoría de estas extralimitaciones, o por lo menos las menos importantes entre ellas, constituyen parte integrante de la vida sexual del hombre normal y son juzgadas por éste del mismo modo que otras de sus intimidades. En circunstancias favorables, también el hombre normal puede sustituir durante largo tiempo el fin sexual normal por una de estas perversiones o practicarla simultáneamente. En ningún hombre normal falta una agregación de carácter perverso al fin sexual normal, y esta generalidad es suficiente para hacer notar la impropiedad de emplear el término «perversión» en un sentido peyorativo. Precisamente en los dominios de la vida sexual se tropieza con especiales dificultades, a veces insolubles, cuando se quiere establecer una frontera definitiva entre las simples variantes dentro de la amplitud fisiológica y los síntomas patológicos.

En algunas de estas perversiones es, sin embargo, de tal naturaleza el nuevo fin sexual, que necesitan ser estudiadas separadamente. Ciertas perversiones se alejan tanto de lo normal, que no podemos por menos de declararlas patológicas, particularmente aquéllas —coprofagia, violación de cadáveres— en las cuales el fin sexual produce asombrosos rendimientos en lo que respecta al vencimiento de las resistencias (pudor, repugnancia, espanto o dolor). Pero tampoco en estos casos puede esperarse con seguridad hallar regularmente en el sujeto otras anormalidades de carácter grave o una perturbación mental. Tampoco aquí puede negarse el hecho de que personas de conducta normal en todas las actividades pueden, sin embargo, presentar caracteres patológicos en lo relativo a la vida sexual y bajo el dominio del más desenfrenado de todos los instintos. En cambio, una manifiesta anormalidad en otras relaciones vitales se halla siempre en conexión con una conducta sexual anormal.

En la mayoría de los casos, el carácter patológico de la perversión no se manifiesta en el contenido del nuevo fin sexual, sino en su relación con el normal. Cuando la perversión no aparece al lado de lo normal (fin sexual y objeto), sino que, alentada por circunstancias que la favorecen y que se oponen en cambio a las tendencias normales, logra reprimir y sustituir por completo a estas últimas; esto es, cuando presenta los caracteres de exclusividad y fijación, es cuando podremos considerarla justificadamente como un síntoma patológico.

Participación psíquica en las perversiones. — Quizá precisamente en las más horribles perversiones es donde puede reconocerse la máxima participación psíquica en la transformación del instinto sexual. Prodúcese aquí una labor anímica a la que, no obstante sus espantosos resultados, no se puede negar la calidad de una idealización del instinto. La omnipotencia del amor no se muestra quizá en ningún otro lado tan enérgica como en estas aberraciones. Lo más alto y lo más bajo se hallan más íntima y enérgicamente reunidos que en ningún otro lado como en la sexualidad: *Vom Himmel durch die Welt zur Hölle* («Desde el cielo, a través del mundo, hasta el infierno», Goethe, *Fausto*).

Dos conclusiones. — En el estudio de las perversiones hemos llegado al conocimiento de que el instinto sexual tiene que luchar contra determinados poderes psíquicos que se le oponen en calidad de resistencia, siendo entre ellos los que más claramente se muestran: el pudor y la repugnancia. Aparece, pues, justificada la sospecha de que estos poderes participan en la labor de mantener el instinto dentro de los límites de lo considerado como normal, y cuando se desarrollan tempranamente, antes que el instinto sexual alce su plena fuerza, son los que marcan la dirección del desarrollo del mismo[912].

Hemos observado también que algunas de las perversiones investigadas sólo llegan a ser comprensibles por la conjunción de varios motivos. Cuando pueden someterse al análisis, esto es, a una descomposición, es señal de que son de naturaleza compuesta. De aquí podemos deducir que el instinto sexual no es, quizá, algo simple, sino compuesto, y cuyos componentes vuelven a

separarse unos de otros en las perversiones. De este modo, la clínica habría atraído nuestra atención sobre *fusiones* que en la uniforme conducta normal habrían perdido su expresión[913].

(4) EL INSTINTO SEXUAL EN LOS NEURÓTICOS

El psicoanálisis. — Una importantísima aportación para el conocimiento del instinto sexual, en personas que se hallan próximas a la normal, nos es dada por una fuente a la que sólo podemos llegar por un determinado camino. No hay más que un medio de obtener resultados fundamentales y acertados sobre la vida sexual de los denominados psiconeuróticos (histeria, neurosis obsesiva, la falsamente denominada «neurastenia», la *dementia praecox* y la paranoia). Este medio es someterlos a la investigación psicoanalitica, de la que se sirve el procedimiento curativo que J. Breuer y yo comenzamos a emplear en 1893 y que denominamos, por entonces, «catártico».

Debo anticipar aquí, y repetir con respecto a otras publicaciones mías, que estas psiconeurosis reposan, por lo que de mi experiencia clínica he podido concluir, sobre fuerzas instintivas de carácter sexual. No quiero decir con esto que la energía del instinto sexual proporcione una ayuda a las fuerzas que mantienen los fenómenos patológicos (síntomas). Mi afirmación se refiere únicamente a que esta participación es la única constante y constituye la fuente enérgica más importante de la neurosis, de manera que la vida sexual de dichas personas se exterioriza exclusiva, predominante o parcialmente en estos síntomas, los cuales, como ya lo hemos indicado en otro lugar, no son sino la expresión de la vida sexual de los enfermos. La prueba de esta afirmación ha sido dada por una cantidad cada día mayor de psicoanálisis verificados durante veinticinco años en personas histéricas o atacadas de otras neurosis diferentes. De los resultados de estos análisis he dado cuenta en otros libros y seguiré dándola en mis publicaciones sucesivas[914].

El psicoanálisis llega a suprimir los síntomas histéricos, partiendo de la hipótesis de que son la sustitución o transcripción de una serie de procesos, tendencias y deseos anímicos afectivos, a los que un particular proceso

psíquico (la *represión*) ha impedido llegar a su normal exutorio por medio de la actividad anímica consciente. Estos complejos psíquicos retenidos en estado inconsciente tienden a una exteriorización correspondiente a su valor afectivo, a una descarga, y la encuentran en la histeria por el proceso de la conversión en fenómenos somáticos; esto es, en síntomas histéricos. Por medio de una técnica especial, que permite reducir de nuevo tales síntomas a representaciones afectivas ya conscientes, se puede hallar la naturaleza y el origen de estos productos psíquicos anteriormente inconscientes.

Hallazgos del psicoanálisis. — De este modo se ha llegado al conocimiento de que los síntomas representan un sustitutivo de tendencias que toman su fuerza de las fuentes del instinto sexual.

De completo acuerdo con esto se halla lo que sabemos sobre los histéricos, tomados aquí como ejemplo de los psiconeuróticos en general, sobre su carácter antes de contraer la enfermedad y sobre las causas que la originaron. El carácter histérico deja revelarse una *represión sexual* que sobrepasa la medida normal y un desarrollo exagerado de aquellas resistencias contra el instinto sexual que se nos han dado a conocer como pudor, repugnancia y moral, manifestándose en estos enfermos una aversión instintiva a ocupar su pensamiento en la reflexión sobre las cuestiones sexuales, aversión que en los casos típicos da el resultado de conservarlos en una total ignorancia sexual hasta los años de la madurez sexual[915].

Este rasgo característico, esencial de la histeria, queda encubierto con frecuencia a la vista del observador superficial por el segundo factor constitucional de la enfermedad; esto es, por el poderoso desarrollo del instinto sexual; pero el análisis psicológico logra descubrirlo siempre, y resuelve el misterio lleno de contradicción de la histeria por el establecimiento del par contradictorio formado por una necesidad sexual superior a la normal y una exagerada repulsa de todo lo sexual.

La ocasión favorable a la aparición de la enfermedad surge en las personas predispuestas a la histeria cuando, como resultado del propio proceso de maduración o de circunstancias exteriores, se presenta en ellas la exigencia sexual de un modo imperativo. Entre el apremio del instinto y la resistencia de la repulsa sexual surge entonces, como recurso, la enfermedad,

que no resuelve el conflicto, sino que intenta eludirlo por la transformación de las ideas libidinosas en síntomas. Constituye tan sólo una excepción aparente el que una persona histérica —por ejemplo, un hombre— haya contraído su enfermedad a causa de una emoción trivial o de un conflicto en cuyo punto medio no se halle el interés sexual. El psicoanálisis puede entonces demostrar regularmente que el componente sexual del conflicto es el que ha hecho posible la aparición de la enfermedad, privando a los procesos psíquicos de su normal exutorio.

Neurosis y perversión. — Gran parte de las contradicciones surgidas contra estas opiniones mías se explica por el hecho de que se considera coincidente la sexualidad, de la que yo derivo los síntomas psiconeuróticos, con el instinto sexual normal. Pero el psicoanálisis nos aclara aún más esta cuestión, mostrándonos que los síntomas no se originan nunca (o por lo menos exclusiva y predominantemente) a costa del instinto sexual denominado normal, sino que representan una exteriorización de aquellos instintos que se considerarían como *perversos* en el más amplio sentido de la palabra, y se exteriorizan directa y conscientemente en propósitos fantaseados o en actos. Los síntomas se originan, por tanto, en parte, a costa de la sexualidad anormal. *La neurosis es, por decirlo así, el negativo de la perversión*[916].

El instinto sexual de los psiconeuróticos muestra todas las aberraciones que hemos estudiado como desviaciones de la vida sexual normal y manifestaciones de una vida sexual patológica.

a) En la vida anímica inconsciente de todos los neuróticos puede comprobarse una tendencia a la inversión y a la fijación de la libido sobre personas del mismo sexo. Sería necesario un profundo y detenido estudio para recoger toda la importancia de este factor en la constitución del cuadro de la enfermedad. Mas, por ahora, nos limitaremos a asegurar que la tendencia inconsciente a la inversión no falta nunca en la histeria masculina y presta los mayores servicios para su explicación[917].

b) En el psiquismo inconsciente de los psiconeuróticos existen y actúan como agentes de la producción síntomas todas aquellas tendencias a las extralimitaciones anatómicas que hemos estudiado antes, y entre ellas, con

particular frecuencia e intensidad aquellas que hacen elevarse a la categoría de genitales las mucosas bucales y anales.

c) Entre las causas de la formación de síntomas psiconeuróticos desempeñan un papel importante los instintos parciales, que aparecen casi siempre formando pares antitéticos y que hemos estudiado como aportadores de nuevos fines sexuales; esto es, los instintos de contemplación y de exhibición y el instinto pasivo y activo de crueldad. La presencia de este último instinto es indispensable para la comprensión de la naturaleza dolorosa de los síntomas y rige casi siempre una parte de la conducta social del enfermo. Por medio de esta conexión de la libido con la crueldad tiene lugar la transformación del amor en odio y de los sentimientos cariñosos en hostiles, que es característica en una gran serie de neurosis, especialmente en la paranoia.

El interés de estos resultados queda acrecentado por determinadas peculiaridades de los hechos objeto de este estudio.

α) Cuando se descubre en lo inconsciente uno de estos instintos, apto para formar con su contrario uno de los pares de que hemos hablado, aparece siempre actuando simultáneamente este otro instinto antitético. Toda perversión «activa» queda así acompañada siempre, en estos casos, del factor antagónico correspondiente. El sujeto que es exhibicionista inconsciente es al mismo tiempo *voyeur*, y aquel que sufre de las consecuencias de una represión de tendencias sádicas sufre también de síntomas producidos por fuentes de inclinación masoquista. La coincidencia absoluta con la conducta de la perversión «positiva» correspondiente es un dato que debe tenerse muy en cuenta. Mas, en el cuadro de la enfermedad desempeñan indistintamente una u otra de las tendencias antitéticas el papel dominante.

β) En los casos definidos de psiconeurosis, sólo raras veces se encuentra desarrollado uno sólo de estos instintos perversos. En general, se halla una gran cantidad de los mismos totalmente desarrollados y aparecen huellas de todos los restantes, pero la intensidad de cada uno es independiente del desarrollo de los demás. También para esto nos proporciona el estudio de las perversiones positivas la exacta contrapartida.

(5) INSTINTOS PARCIALES Y ZONAS ERÓGENAS

Si revisamos los resultados de nuestra investigación de las perversiones positivas y negativas, nos inclinaremos a referirlas a una serie de «instintos parciales», que no constituyen nada primario, sino que permiten un subsiguiente análisis[918]. Bajo el concepto de «instinto» no comprendemos primero más que la representación psíquica de una fuente de excitación, continuamente corriente o intrasomática, a diferencia del «estímulo» producido por excitaciones aisladas procedentes del exterior. Instinto es, pues, uno de los conceptos límites entre lo psíquico y lo físico. La hipótesis más sencilla y próxima sobre la naturaleza de los instintos sería la de que no poseen por sí cualidad alguna, debiendo considerarse tan sólo como cantidades de exigencia de trabajo para la vida psíquica. Lo que diferencia a los instintos unos de otros y les da sus cualidades específicas es su relación con sus *fuentes* somáticas y sus fines.

La fuente del instinto es un proceso excitante en un órgano, y su fin más próximo está en hacer cesar la excitación de dicho órgano[919].

Otra hipótesis interina de la teoría del instinto, a la cual no nos podemos sustraer, es la de que de los órganos del cuerpo emanan excitaciones de dos clases, fundadas en diferencias de naturaleza química. Una de estas clases de excitación la designaremos como la específicamente sexual, y el órgano correspondiente como «zona erógena» del instinto parcial de ella emanado[920].

En las tendencias perversas que dan a la cavidad bucal y al orificio anal una significación sexual, el papel de la zona erógena se descubre sin dificultad ninguna, pues puede observarse con toda precisión que dicha zona se conduce como una parte del aparato genital. En la histeria, estas partes del cuerpo y las mucosas que a ellas corresponden llegan a ser, bajo la excitación de los procesos sexuales normales, la residencia de nuevas sensaciones y transformaciones de la inervación —y hasta de procesos que pueden compararse a la erección—, al igual de los genitales propiamente dichos.

La importancia de las zonas erógenas como aparatos accesorios y subrogados de los genitales aparece en la histeria más claramente que en ninguna otra de la psiconeurosis, con lo cual no quiero afirmar que en otras

formas de la enfermedad deba concedérsele una menor atención. Lo que pasa es que en estas otras formas aparece menos claramente su actuación, porque en ellas (neurosis obsesiva, paranoia) la formación de síntomas tiene lugar en las regiones del aparato psíquico más alejadas de los centros que rigen las funciones físicas. En la neurosis obsesiva lo más singular es la importancia de los impulsos, los cuales crean nuevos fines de las zonas erógenas. Sin embargo, en el placer de contemplación y exhibición, el ojo constituye una zona erógena, y en los componentes de dolor y de crueldad del instinto sexual lo que adopta esta misión es la piel, que en determinadas partes del cuerpo se ha diferenciado para constituir los órganos de los sentidos y ha sufrido modificaciones hasta formar las mucosas, siendo, por tanto, la zona erógena ατ' εξοχην (por excelencia)[921].

(6) EXPLICACIÓN DEL APARENTE PREDOMINIO DE LA SEXUALIDAD PERVERSA EN LAS PSICONEUROSIS

Las explicaciones anteriores han falseado, quizá, el concepto de la sexualidad de los psiconeuróticos. Parece resultar de ellas que la disposición constitucional de los mismos los aproxima a la perversión, alejándolos, en cambio, otro tanto de lo normal. Es muy posible, en efecto, que la disposición constitucional de estos enfermos, además de una exagerada cantidad de represión sexual y una exagerada energía del instinto sexual, contenga una extraordinaria inclinación perversa en su más amplio sentido. Pero la investigación de los casos menos graves enseña que esta última hipótesis no es absolutamente necesaria, o por lo menos no debe contarse con ella obligadamente en el juicio de los efectos morbosos. En la mayoría de los psiconeuróticos la enfermedad aparece después de la pubertad y bajo las exigencias de la vida sexual normal. Contra ésta se alza ante todo la represión o surge la enfermedad a causa de que la libido ve llegada su satisfacción por medios normales. En ambos casos la libido se conduce como una corriente cuyo lecho principal fuera desplazado y llenase los caminos colaterales, que hasta el momento habían permanecido, quizá, vacíos. De este modo, la tendencia de los psiconeuróticos a las perversiones —tan intensa

aparentemente y siempre negativa— está, quizá, colateralmente condicionada o, por lo menos, colateralmente reforzada. El hecho es que la represión sexual debe colocarse como factor interior al lado de aquellos otros, exteriores, constituidos por la limitación de libertad, inasequibilidad del objeto normal sexual, peligros del acto sexual normal, etc., factores que hacen aparecer todo género de perversiones en individuos que de otro modo hubieran permanecido normales.

En los casos individuales de neurosis pueden aparecer grandes diferencias, siendo unas veces el factor regulador el grado innato de inclinación a la perversión, y otras, la elevación colateral del mismo por el apartamiento de la libido del objeto y del fin sexual normal. Sería injusto construir una antítesis donde lo que hay es una relación de cooperación. La neurosis producirá sus más altos rendimientos cuando la constitución y los sucesos exteriores actúen conjuntamente en el mismo sentido. Una constitución francamente orientada hacia la neurosis podrá prescindir del apoyo de las experiencias vividas, y un suceso traumático podrá producir la neurosis en un individuo de constitución media. Este punto de vista es también válido en otros distintos sectores en cuanto se trata de la importancia etiológica del elemento congénito y del elemento adquirido. Si se prefiere suponer que la tendencia a las perversiones es una de las características de la constitución psiconeurótica, cabrá diferenciar muy diversas constituciones de este género, según la zona erógena o el instinto parcial que predominen. Lo que aún no se ha averiguado es si existe una relación particular entre cierta disposición perversa y una determinada forma patológica.

Este punto, .como muchos otros de ese sector, no ha sido todavía estudiado.

(7) INDICACIÓN DEL INFANTILISMO DE LA SEXUALIDAD

El descubrimiento de los impulsos perversos como agentes de la producción de síntomas en las psiconeurosis ha elevado considerablemente el número de hombres que pueden contarse entre los perversos. No es sólo que los neuróticos constituyan una numerosa clase humana; es también que la

neurosis, con todas sus formas, constituye una serie que conduce hasta el tipo normal, circunstancia que ha permitido a Moebius afirmar muy justificadamente que todos somos algo histéricos. En consecuencia, la extraordinaria difusión de las perversiones nos impone la hipótesis de que tampoco la disposición a las mismas es una excepción, sino que forma parte de la constitución considerada como normal.

Como ya hemos visto, se ha discutido mucho sobre si las perversiones dependen de condiciones congénitas o tienen su origen en impresiones casuales, según lo admite Binet con respecto al fetichismo. Por nuestra parte, creemos posible decidir la cuestión con la hipótesis de que en las perversiones existe, desde luego, algo congénito, pero algo *que es congénito en todos los hombres*, constituyendo una disposición general de intensidad variable, que puede ser acentuada por las influencias exteriores. Se trata de raíces innatas del instinto sexual, que, en una serie de casos, se desarrollan hasta constituirse en verdaderos substratos de la actividad sexual (perversión) y otras veces experimentan una represión insuficiente y, dando un rodeo, se apoderan, como síntomas patológicos, de una gran parte de la energía sexual, mientras que en los casos más favorables, entre ambos extremos hacen surgir, por una limitación efectiva y una elaboración determinada, la vida sexual normal.

Diremos, además, que la constitución supuesta que muestra las semillas de todas las perversiones no puede ser revelada más que en los niños, aunque en ellos no aparezcan todos estos instintos más que en una modesta intensidad. De esta manera llegamos a la fórmula de que los neuróticos conservan su sexualidad en estado infantil o han retrocedido hasta él. Por tanto, nuestro interés se dirigirá hacia la vida sexual de los niños, y perseguiremos en ellos el funcionamiento de las influencias que rigen el proceso evolutivo de la sexualidad infantil hasta su desembocadura en la perversión, en la neurosis o en la vida sexual normal.

2 — LA SEXUALIDAD INFANTIL

Negligencia de lo infantil. — De la concepción popular del instinto sexual forma parte la creencia de que falta durante la niñez, no apareciendo hasta el período de la pubertad. Constituye esta creencia un error de consecuencias graves, pues a ella se debe principalmente nuestro actual desconocimiento de las circunstancias fundamentales de la vida sexual. Un penetrante estudio de las manifestaciones sexuales infantiles nos revelaría probablemente los rasgos esenciales del instinto sexual, descubriéndonos su desarrollo y su composición de elementos procedentes de diversas fuentes.

No deja de ser singular el hecho de que todos los autores que se han ocupado de la investigación y explicación de las cualidades y reacciones del individuo adulto hayan dedicado mucha más atención a aquellos tiempos que caen fuera de la vida del mismo; esto es, a la vida de sus antepasados que a la época infantil del sujeto, reconociendo, por tanto, mucha más influencia a la herencia que a la niñez. Y, sin embargo, la influencia de este período de la vida sería más fácil de comprender que la de la herencia y debería ser estudiada preferentemente[922].

En la literatura existente sobre esta materia hallamos, desde luego, algunas observaciones referentes a prematuras actividades sexuales infantiles, erecciones, masturbación o incluso actos análogos al coito, pero siempre como sucesos excepcionales y curiosos o como ejemplos de una temprana corrupción. No sé de ningún autor que haya reconocido claramente la existencia de un instinto sexual en la infancia, y en los numerosos trabajos sobre el desarrollo del niño falta siempre el capítulo relativo al desarrollo sexual[923].

Amnesia infantil. — La razón de esta singular negligencia me parece hallarse, en parte, en consideraciones convencionales de los autores, consecuencia de su propia educación, y, por otro lado, en un fenómeno psíquico que hasta ahora ha eludido toda explicación. Me refiero a la peculiar *amnesia* que oculta a los ojos de la mayoría de los hombres, aunque no de todos, los primeros años de su infancia hasta el séptimo o el octavo. No se nos habría ocurrido hasta ahora maravillarnos de esta amnesia, aunque había gran razón para ello, pues los que durante la infancia nos han rodeado nos comunican posteriormente que en estos años, de los que nada hemos retenido

en nuestra memoria, fuera de algunos incomprensibles recuerdos fragmentarios, hubimos de reaccionar vivamente ante determinadas impresiones, sabiendo ya exteriorizar en forma humana dolores y alegrías, mostrando abrigar amor, celos y otras pasiones que nos conmovían violentamente, y ejecutando actos que fueron tomados por los adultos como prueba de una naciente capacidad de juicio. Mas de esto no recordamos nada al llegar a la edad adulta. ¿Por qué razón permanece tan retrasada nuestra memoria con respecto a nuestras demás actividades anímicas, cuando tenemos fundados motivos para suponer que en ninguna otra época es esta facultad tan apta como en los años de la infancia para recoger las impresiones y reproducirlas Juego[924]?.

De otro lado hemos de suponer, o podemos convencernos de ello por la investigación psicológica, que las impresiones olvidadas, no por haberlo sido, han desaparecido de nuestra memoria sin dejar hondísima huella en nuestra vida psíquica y haber constituido una enérgica determinante de todo nuestro ulterior desarrollo. No puede existir, por tanto, una real desaparición de las impresiones infantiles; debe más bien tratarse de una amnesia análoga a aquella que comprobamos en los neuróticos con respecto a los sucesos sobrevenidos en épocas más avanzadas de la vida y que consiste en una mera exclusión de la conciencia (represión). Mas ¿cuáles son las fuerzas que llevan a cabo esta represión de las impresiones infantiles? El que resolviera este problema habría aclarado definitivamente la esencia de la amnesia histérica.

De todos modos, hemos de señalar que la existencia de la amnesia infantil nos proporciona un nuevo punto de comparación entre el estado anímico del niño y el del psiconeurótico, entre los cuales descubrimos ya una analogía al inferir que la sexualidad de los psiconeuróticos conserva la esencia infantil o ha retrocedido hasta ella. ¿Por qué, pues, no ha de poder referirse también la amnesia infantil a las emociones sexuales de la niñez?

Esta posible conexión de la amnesia infantil con la histérica entraña máxima importancia. La amnesia histérica, puesta al servicio de la represión, es tan sólo explicable por la circunstancia de que ya el individuo posee un acervo de huellas mnémicas que han sido sustraídas a la disposición consciente y que atraen, por conexión asociativa, aquellos elementos sobre los cuales actúan, desde la conciencia, las fuerzas repelentes de la

represión[925]. Sin la amnesia infantil puede decirse que no existiría la amnesia histérica.

Opino, pues, que la amnesia infantil, que convierte para cada individuo la propia niñez en algo análogo a una época *prehistórica* y oculta a sus ojos los comienzos de su vida sexual, es la culpable de que, en general, no se conceda al período infantil un valor en cuanto al desarrollo de la vida sexual. Un único observador no puede llenar las lagunas que esto ha producido en nuestro conocimiento. Ya en 1896 hice yo resaltar la importancia de los años infantiles en la génesis de determinados fenómenos esenciales, dependientes de la vida sexual, y desde entonces no se ha cesado de llamar la atención sobre el factor infantil en todo lo referente a las cuestiones sexuales.

(1) EL PERIODO DE LATENCIA SEXUAL DE LA INFANCIA Y SUS INTERRUPCIONES

Los hallazgos extraordinariamente frecuentes de impulsos sexuales, supuestamente excepcionales en la infancia, así como el descubrimiento de los recuerdos infantiles inconscientes de los neuróticos, permiten bosquejar el siguiente cuadro de la conducta sexual durante la época infantil[926].

Parece cierto que el recién nacido trae consigo al mundo impulsos sexuales en germen, que, después de un período de desarrollo, van sucumbiendo a una represión progresiva, la cual puede ser interrumpida a su vez por avances regulares del desarrollo sexual o detenida por particularidades individuales. Sobre las leyes y períodos de este proceso evolutivo oscilante no se conoce nada con seguridad. Parece, sin embargo, que la vida sexual de los niños se manifiesta ya en una forma observable hacia los años tercero y cuarto[927].

Inhibiciones sexuales. — Durante este período de latencia, total o simplemente parcial, se constituyen los poderes anímicos que luego se oponen al instinto sexual y lo canalizan, marcándole su curso a manera de dique. Ante los niños nacidos en una sociedad civilizada experimentamos la sensación de que estos diques son una obra de la educación, lo cual no deja

de ser, en gran parte, cierto. Pero, en realidad, esta evolución se halla orgánicamente condicionada y fijada por la herencia y puede producirse sin auxilio ninguno por parte de la educación. Esta última se mantendrá dentro de sus límites, constriñéndose a seguir las huellas de lo orgánicamente preformado, imprimirlo más profundamente y depurarlo.

Formación reactiva y sublimación. — ¿Con qué elementos se constituyen estos diques tan importantes para la cultura y la normalidad ulteriores del individuo? Probablemente a costa de los mismos impulsos sexuales infantiles, que no han dejado de afluir durante este período de latencia, pero cuya energía es desviada en todo o en parte de la utilización sexual y orientada hacia otros fines. Los historiadores de la civilización coinciden en aceptar que este proceso, en el que las fuerzas instintivas sexuales son desviadas de sus fines sexuales y orientadas hacia otros distintos —proceso al que se da el nombre de sublimación—, proporciona poderosos elementos para todas las funciones culturales. Por nuestra parte añadiremos que tal proceso interviene igualmente en el desarrollo individual y que sus orígenes se remontan al período de latencia sexual infantil[928].

También sobre el mecanismo de esta sublimación puede formularse una hipótesis. Los impulsos sexuales de estos años infantiles serían inaprovechables, puesto que la función reproductora no ha aparecido todavía, circunstancia que constituye el carácter esencial del período de latencia. Pero, además, tales impulsos habrían de ser perversos de por sí, partiendo de zonas erógenas e implicando tendencias que, dada la orientación del desarrollo del individuo, sólo podrían provocar sensaciones displacientes. Harán, pues, surgir fuerzas psíquicas contrarias que erigirán para la supresión de tales sensaciones displacientes los diques psíquicos ya citados (repugnancia, pudor, moral)[929].

Interrupciones del periodo de latencia. — Sin hacernos ilusiones sobre la naturaleza hipotética y la deficiente claridad de nuestro conocimiento de los procesos del período de latencia infantil, queremos volver a la realidad para observar que esta utilización de la sexualidad infantil representa un ideal educativo, del cual se desvía casi siempre el desarrollo del individuo en algún

punto y con frecuencia en muchos. En la mayoría de los casos logra abrirse camino un fragmento de la vida sexual que ha escapado a la sublimación, o se conserva una actividad sexual a través de todo el período de latencia hasta el impetuoso florecimiento del instinto sexual en la pubertad. Los educadores se conducen —cuando conceden alguna atención a la sexualidad infantil— como si compartieran nuestras opiniones sobre la formación de los poderes morales de defensa a costa de la sexualidad, y como si supieran que la actividad sexual hace a los niños ineducados, pues persiguen todas las manifestaciones sexuales del niño como «vicios», aunque sin conseguir grandes victorias sobre ellos. Debemos, por tanto, dedicar todo nuestro interés a estos fenómenos tan temidos por la educación, pues esperamos que ellos nos permitan llegar al conocimiento de la constitución originaria del instinto sexual.

(2) MANIFESTACIONES DE LA SEXUALIDAD INFANTIL

El «chupeteo» del pulgar. — Por motivos que veremos más adelante, tomaremos como tipo de las manifestaciones sexuales infantiles el «chupeteo» (succión productora del placer), a la cual ha dedicado un excelente estudio el pediatra húngaro Lindner[930].

La succión o el «chupeteo», que aparece ya en los niños de pecho y puede subsistir hasta la edad adulta e incluso conservarse en ocasiones a través de toda la vida, consiste en un contacto succionador rítmicamente repetido y verificado con los labios, acto al que falta todo fin de absorción de alimento. Una parte de los mismos labios, la lengua o cualquier otro punto asequible de la piel del mismo individuo (a veces hasta el dedo gordo de un pie), son tomados como objeto de la succión. Al mismo tiempo aparece a veces un instinto de aprehensión, que se manifiesta por un simultáneo pellizcar rítmico del lóbulo de la oreja, y puede también apoderarse de esta misma u otra cualquiera parte del cuerpo de otra persona con el mismo fin. La succión productora de placer está ligada con un total embargo de la atención y conduce a conciliar el sueño o a una reacción motora de la naturaleza del orgasmo[931].

Con frecuencia se combina con la succión productora de placer el frotamiento de determinadas partes del cuerpo de gran sensibilidad: el pecho o los genitales exteriores. Muchos niños pasan así de la succión a la masturbación.

Lindner[932] ha reconocido claramente y ha hecho resaltar con toda audacia la naturaleza sexual de este acto. Frecuentemente se considera el «chupeteo» como una de las «mañas» sexuales del niño. Numerosos pediatras y neurólogos niegan en absoluto esta hipótesis; mas su contraria opinión, fundada en una confusión entre lo sexual y lo genital, plantea el difícil e inevitable problema de establecer qué carácter general debe atribuirse a las manifestaciones sexuales de los niños. Por mi parte, opino que el conjunto de aquellas manifestaciones en cuya esencia hemos penetrado por medio de la investigación psicoanalítica nos da derecho a considerar el «chupeteo» como una manifestación sexual y a estudiar en ella precisamente los caracteres esenciales de la actividad sexual infantil[933].

Autoerotismo. — Debemos dedicar toda nuestra atención a este ejemplo. Hagamos resaltar, como el carácter más notable de esta actividad sexual, el hecho de que el instinto no se orienta en ella hacia otras personas. Encuentra su satisfacción en el propio cuerpo; esto es, es un instinto autoerótico para calificarlo con el feliz neologismo puesto en circulación por Havelock Ellis[934].

Se ve claramente que el acto de la succión es determinado en la niñez por la busca de un placer ya experimentado y recordado. Con la succión rítmica de una parte de su piel o de sus mucosas encuentra el niño, por el medio más sencillo, la satisfacción buscada.

Es también fácil adivinar en qué ocasión halla por primera vez el niño este placer, hacia el cual, una vez hallado, tiende siempre de nuevo. La primera actividad del niño y la de más importancia vital para él, la succión del pecho de la madre (o de sus subrogados), le ha hecho conocer, apenas nacido, este placer. Diríase que los labios del niño se han conducido como una zona erógena, siendo, sin duda, la excitación producida por la cálida corriente de la leche la causa de la primera sensación de placer. En un principio la satisfacción de la zona erógena aparece asociada con la del

hambre. La actividad sexual se apoya primeramente en una de las funciones puestas al servicio de la conservación de la vida, pero luego se hace independiente de ella. Viendo a un niño que ha saciado su apetito y que se retira del pecho de la madre con las mejillas enrojecidas y una bienaventurada sonrisa, para caer en seguida en un profundo sueño, hemos de reconocer en este cuadro el modelo y la expresión de la satisfacción sexual que el sujeto conocerá más tarde. Posteriormente la necesidad de volver a hallar la satisfacción sexual se separa de la necesidad de satisfacer el apetito, separación inevitable cuando aparecen los dientes y la alimentación no es ya exclusivamente succionada, sino mascada.

El niño no se sirve, para la succión, de un objeto exterior a él, sino preferentemente de una parte de su propio cuerpo, tanto porque ello le es más cómodo como porque de este modo se hace independiente del mundo exterior, que no le es posible dominar aún, y crea, además, una segunda zona erógena, aunque de menos valor. El menor valor de esta segunda zona le hará buscar posteriormente las zonas correspondientes de otras personas; esto es, los labios. (Pudiera atribuirse al niño la frase siguiente: «Lástima que no pueda besar mis propios labios».)

No todos los niños realizan este acto de la succión. Debe suponerse que llegan a él aquéllos en los cuales la importancia erógena de la zona labial se halla constitucionalmente reforzada

Si esta importancia se conserva, tales niños llegan a ser, en su edad adulta, inclinados a besos perversos, a la bebida y al exceso en el fumar; mas, si aparece la represión, padecerán de repugnancia ante la comida y de vómitos histéricos. Por la duplicidad de funciones de la zona labial, la represión se extenderá al instinto de alimentación. Muchas de mis pacientes con perturbaciones anoréxicas, globo histérico, opresión en la garganta y vómitos, habían sido en sus años infantiles grandes «chupeteadores».

En el acto de la succión productora de placer hemos podido observar los tres caracteres esenciales de una manifestación sexual infantil. Ésta se origina apoyada en alguna de las funciones fisiológicas de más importancia vital, no conoce ningún objeto sexual, es *autoerótica*, y su fin sexual se halla bajo el dominio de una *zona erógena*. Anticiparemos ya que estos caracteres son aplicables asimismo a la mayoría de las demás actividades del instinto sexual

infantil.

(3) EL FIN SEXUAL DE LA SEXUALIDAD INFANTIL

Caracteres de las zonas erógenas. — Del ejemplo de la succión pueden deducirse aún muchos datos para el conocimiento de las zonas erógenas. Son éstas parte de la epidermis o de las mucosas en las cuales ciertos estímulos hacen surgir una sensación de placer de una determinada cualidad. No cabe duda que los estímulos productores de placer están ligados a condiciones especiales que no conocemos. El carácter rítmico debe juzgar entre ellas un importante papel. Menos decidida aún está la cuestión de si se puede considerar como «específico» el carácter de la sensación de placer que la excitación hace surgir. En esta «especificidad» estaría contenido el factor sexual. En las cuestiones del placer y del dolor anda aún la Psicología tan a tientas, que la hipótesis más prudente es la que debe preferirse. Más tarde llegaremos quizá a bases sólidas sobre las cuales podamos apoyar la «especificidad» de la sensación de placer.

La cualidad erógena puede hallarse señaladamente adscrita a determinadas partes del cuerpo. Existen zonas erógenas predestinadas, como nos enseña el ejemplo del «chupeteo»; pero el mismo ejemplo nos demuestra también que cualquier otra región de la epidermis o de la mucosa puede servir de zona erógena; esto es, que posea *a priori* una determinada capacidad para serlo. Así, pues, la cualidad del estímulo influye más en la producción de placer que el carácter de la parte del cuerpo correspondiente. El niño que ejecuta la succión busca por todo su cuerpo y escoge una parte cualquiera de él, que después, por la costumbre, será la preferida. Cuando en esta busca tropieza con una de las partes predestinadas (pezón, genitales), conservará ésta siempre tal preferencia. Una capacidad de desplazamiento análoga reaparece después en la sintomatología de la histeria. En esta neurosis, la represión recae principalmente sobre las zonas genitales propiamente dichas y éstas transmiten su excitabilidad a las restantes zonas erógenas, que en la vida adulta han pasado a un segundo término y que en estos casos vuelven a comportarse nuevamente como genitales. Pero, además, como sucede en la

succión, toda otra parte del cuerpo puede llegar a adquirir igual excitabilidad que los genitales y ser elevada a la categoría de zona erógena. Las zonas erógenas y las histerógenas muestran los mismo caracteres[935].

Fin sexual infantil. — El fin sexual del instinto infantil consiste en hacer surgir la satisfacción por el estímulo apropiado de una zona erógena elegida de una u otra manera. Esta satisfacción tiene que haber sido experimentada anteriormente para dejar una necesidad de repetirla, y no debe sorprendemos hallar que la naturaleza ha encontrado medio seguro de no dejar entregado al azar el hallazgo de tal satisfacción[936]. Con respecto a la zona bucal, hemos visto ya que el dispositivo que llena esta función es la simultánea conexión de esta parte del cuerpo con la ingestión de los alimentos. Ya iremos encontrando otros dispositivos análogos como fuentes de la sexualidad. El estado de necesidad que exige el retorno de la satisfacción se revela en dos formas distintas: por una peculiar sensación de tensión, que tiene más bien un carácter displaciente, y por un estímulo o prurito, *centralmente condicionado* y proyectado en la zona erógena periférica. Puede, por tanto, formularse también el fin sexual diciendo que está constituido por el acto de sustituir el estímulo proyectado en la zona erógena por aquella otra excitación exterior que hace cesar la sensación de prurito, haciendo surgir la de satisfacción. Esta excitación exterior consistirá, en la mayoría de los casos, en una manipulación análoga a la succión.

El hecho de que la necesidad pueda ser también despertada periféricamente, por una verdadera transformación de la zona erógena, concuerda perfectamente con nuestros conocimientos psicológicos. Únicamente puede extrañarnos que una excitación necesite para cesar una segunda y nueva excitación producida en mismo sitio.

(4) LAS MANIFESTACIONES SEXUALES MASTURBATORIAS[937]

Comprobamos con satisfacción que ya no nos queda mucho que averiguar acerca de la actividad sexual infantil, una vez que el examen de una única

zona erógena nos ha revelado los caracteres esenciales del instinto. Las diferencias principales se refieren tan sólo al procedimiento empleado para alcanzar la satisfacción. Este procedimiento, que para la zona buco-labial consistía, según ya hemos visto, en la succión, quedaría constituido por otras distintas actividades musculares, según la situación y las propiedades de la zona erógena de que se trate.

Actividad de la zona anal. — También la zona anal es, como la zona bucolabial, muy apropiada por su situación para permitir el *apoyo* de la sexualidad en otras funciones fisiológicas. La importancia erógena originaria de esta zona ha de suponerse muy considerable. Por medio del psicoanálisis llegamos a conocer, no sin asombro, qué transformación experimentan las excitaciones sexuales emanadas de la zona anal y con cuánta frecuencia conserva esta última, a través de toda la vida, cierto grado de excitabilidad genital[938]. Los trastornos intestinales, tan frecuentes en los años infantiles, hacen que no falten nunca a esta zona intensas excitaciones. Los catarros intestinales padecidos en la infancia convierten al sujeto —empleando la expresión corriente— en un individuo «nervioso», y ejercen, en posteriores enfermedades de carácter neurótico, una influencia determinante sobre las manifestaciones sintomáticas de la neurosis, a cuya disposición ponen una gran cantidad de trastornos digestivos. Teniendo en cuenta el carácter erógeno de la zona anal, el cual es conservado permanentemente por la misma, cuando menos en una forma modificada, no podremos ya burlarnos de la antigua opinión médica que atribuía a las hemorroides una gran importancia para la génesis de ciertos estados neuróticos.

Aquellos niños que utilizan la excitabilidad erógena de la zona anal, lo revelan por el hecho de retardar el acto de la excreción, hasta que la acumulación de las materias fecales produce violentas contracciones musculares, y su paso por el esfínter, una viva excitación de las mucosas. En este acto, y al lado de la sensación dolorosa, debe de aparecer una sensación de voluptuosidad. Uno de los mejores signos de futura anormalidad o nerviosidad es, en el niño de pecho, la negativa a verificar el acto de la excreción cuando se le sienta sobre el orinal; esto es, cuando le parece oportuno a la persona que está a su cuidado, reservándose el niño tal función

para cuando a él le parece oportuno verificarla. Naturalmente, el niño no da importancia a ensuciar su cuna o sus vestidos, y sólo tiene cuidado de que al defecar no se le escape la sensación de placer accesoria. Las personas que rodean a los niños sospechan también aquí la verdadera significación de este acto, considerando como un «vicio» del niño la resistencia a defecar en el orinal.

El contenido intestinal[939] se conduce, pues, al desempeñar la función de cuerpo excitante de una mucosa sexualmente sensible, como precursor de otro órgano que no entrará en acción sino después de la infancia. Pero, además, entraña para el infantil sujeto otras varias e importantes significaciones. El niño considera los excrementos como una parte de su cuerpo y les da la significación de un «primer regalo», con el cual puede mostrar su docilidad a las personas que le rodean o su negativa a complacerlas. Desde esta significación de «regalo» pasan los excrementos a la significación de «niño»; esto es, que según una de las teorías sexuales infantiles representan un niño concebido por el acto de la alimentación y parido por el recto.

La retención de las masas fecales intencionada, por tanto, al principio, para utilizarlas en calidad de excitación masturbadora de la zona anal o como un medio de relación del niño, constituye además una de las raíces del estreñimiento tan corriente en los neurópatas. La importancia de la zona anal se refleja luego en el hecho de que se encuentran pocos neuróticos que no posean sus usos y ceremonias especiales, escatológicos, mantenidos por ellos en el más profundo secreto[940].

En los niños de más edad no es nada raro hallar una excitación masturbatoria de la zona anal con ayuda de los dedos y provocada por un prurito condicionado centralmente o mantenido periféricamente.

Actividad de las zonas genitales. — Entre las zonas erógenas del cuerpo infantil hállase una que, si ciertamente no desempeña el papel principal ni puede ser tampoco el substráete de las primeras excitaciones sexuales, está, sin embargo, destinada a adquirir una gran importancia en el porvenir. Tanto en el sexo masculino como en el femenino se halla esta zona relacionada con la micción (pene, clítoris), y en los varones, encerrada en un saco mucoso, de

manera que no pueden faltarle estímulos, producidos por las secreciones, que aviven tempranamente la excitación sexual.

Las actividades sexuales de esta zona erógena, que pertenecen al verdadero aparato sexual, constituyen el comienzo de la ulterior vida sexual «normal».

La situación anatómica, el contacto con las secreciones, los lavados y frotamientos de la higiene corporal y determinadas excitaciones accidentales (como la emigración de los oxiuros en las niñas), hacen inevitable que la sensación de placer que puede emanar de esta parte del cuerpo se haga notar en los niños ya en su más temprana infancia y despierte en ellos un deseo de repetición. Si consideramos el conjunto de circunstancias antes apuntadas y pensamos que la aplicación de las reglas de higiene corporal produce resultados excitantes iguales a los que la suciedad produciría, habremos de concluir que el onanismo del niño de pecho, al cual no escapa ningún individuo, prepara la futura primacía de esta zona erógena con respecto a la actividad sexual. El acto que hace cesar el estímulo y determina la satisfacción consiste en un frotamiento con la mano o en una presión en los muslos, uno contra otro. Este último acto es el más frecuente en las muchachas. La preferencia de los niños por el frotamiento con la mano nos indica qué importantes aportaciones proporcionará en lo futuro el instinto de aprehensión a la actividad sexual masculina[941].

Para mayor claridad, distinguiremos tres fases de la masturbación infantil; la primera de ellas pertenece a la edad de la lactancia; la segunda, a la corta época de florecimiento de la actividad sexual, aproximadamente hacia el cuarto año, y solamente la tercera corresponde a la masturbación de la pubertad, que es casi la única a que hasta hoy se ha dado importancia.

Segunda fase de la masturbación infantil. — La masturbación del niño de pecho desaparece aparentemente después de corto tiempo, pero puede conservarse sin solución de continuidad hasta la pubertad, constituyendo entonces la primera gran desviación del desarrollo propuesto a todo hombre civilizado. En los años infantiles posteriores a la lactancia, generalmente antes del cuarto año, suele despertar nuevamente el instinto sexual de esta zona genital y conservarse hasta una nueva represión o continuar sin

interrupción ninguna. Se presentan aquí casos muy diferentes, para cuya explicación habríamos de analizar cada uno de ellos en particular, pero todas las peculiaridades de esta *segunda* actividad sexual infantil dejan en la memoria del individuo las más profundas huellas (inconscientes) y determinan el desarrollo de su carácter cuando sigue poseyendo salud, o la sintomatología de su neurosis cuando enferma después de la pubertad[942]. En este último caso se olvida este período sexual y se desplazan los recuerdos conscientes con él ligados. Ya he formulado mi opinión de que la amnesia infantil normal está ligada a esta actividad sexual infantil. La investigación psicoanalítica consigue volver a traer a la conciencia lo olvidado y hacer desaparecer de esta manera una obsesión emanada de este material psíquico inconsciente.

Retorno de la masturbación del niño de pecho. — La excitación sexual de la época de la lactancia retorna en los años infantiles antes indicados, como un prurito centralmente condicionado, que impulsa a la satisfacción onanista o como un proceso que, al igual de la polución que aparece en la época de la pubertad, alcanza la satisfacción sin ayuda de acto ninguno. Este último caso es el más frecuente en las muchachas durante la segunda mitad de la infancia. No se ha llegado a comprender totalmente su condicionalidad, y parece ser consecuencia, muchas veces, de un período anterior de onanismo activo. La sintomatología de estas manifestaciones sexuales es muy escasa. El aparato urinario aparece aquí en lugar del aparato genital, aún no desarrollado. La mayoría de las cistopatías que sufren los niños en esta época son perturbaciones sexuales. La *enuresis* nocturna corresponde, cuando no representa un ataque epiléptico, a una polución.

La reaparición de la actividad sexual depende de causas internas y motivos externos. La sintomatología de la neurosis y la investigación psicoanalítica nos ayudan a descubrir estas causas y a determinarlas con la mayor fijeza.

Más tarde hablaremos de las causas internas. Los motivos externos casuales presentan en esta época una importancia extraordinaria y duradera. Ante todo, hallamos la influencia de la seducción o corrupción, que trata a los niños tempranamente como objetos sexuales y les enseña, bajo circunstancias

impresionantes, cómo lograr la satisfacción de las zonas genitales, satisfacción que luego permanecen, en la mayoría de los casos, obligados a renovar por medio del onanismo. Dicha influencia puede ser efectuada por personas adultas o por otros niños. No tengo que arrepentirme de la importancia dada por mí, en mi artículo sobre la etiología de la histeria, publicado en 1896, a estos casos de corrupción, aunque entonces no sabía aún cuántos individuos que no han salido, en años posteriores, de la normalidad sexual, puede también haber pasado por las mismas experiencias, y atribuí, por tanto, mayor importancia a la corrupción que a los factores dados en la constitución y en el desarrollo[943]. Es indudable que en los niños no es necesaria la corrupción o seducción para que en ellos se despierte la vida sexual, pues ésta puede surgir espontáneamente por causas interiores.

Disposición perversa polimórfica. — Es muy interesante comprobar que bajo la influencia de la seducción puede el niño hacerse polimórficamente perverso; es decir, ser inducido a toda clase de extralimitaciones sexuales. Nos enseña esto que en su disposición peculiar trae ya consigo una capacidad para ello. La adquisición de las perversiones y su práctica encuentran, por tanto, en él muy pequeñas resistencias, porque los diques anímicos contra las extralimitaciones sexuales; o sea, el pudor, la repugnancia y la moral, no están aún constituidos en esta época de la vida infantil o su desarrollo es muy pequeño. El niño se conduce en estos casos igual que el tipo corriente de mujer poco educada, en la cual perdura, a través de toda la vida, dicha disposición polimórfica perversa, pudiendo conservarse normalmente sexual, pero también aceptar la dirección de un hábil seductor y hallar gusto en toda clase de perversiones, adoptándolas en su actividad sexual. Esta disposición polimórfica, y, por tanto, infantil, es utilizada por la prostituta para sus actividades profesionales, y dado el inmenso número de mujeres prostitutas y de aquéllas a las cuales hay que reconocer capacidad para la prostitución, aunque hayan escapado a su ejercicio profesional, es imposible no ver en esta disposición a todas las perversiones algo generalmente humano y originario.

Instintos parciales. —Por lo demás la influencia de la seducción no nos ayuda a descubrir los primeros misterios del instinto sexual, sino que nubla

nuestra capacidad de penetración hasta los mismos, guiando a los niños tempranamente hasta el objeto sexual del que en un principio no siente necesidad alguna el instinto sexual infantil. Sin embargo, debemos reconocer que la vida sexual infantil entraña también, por grande que sea el predominio de las zonas erógenas, tendencias orientadas hacia un objeto sexual exterior. A este orden pertenecen los instintos de contemplación, exhibición y crueldad, que más tarde se enlazarán estrechamente a la vida genital, pero que existen ya en la infancia, aunque con plena independencia de la actividad sexual erógena. El niño carece en absoluto de pudor y encuentra en determinados años de su vida un inequívoco placer en desnudar su cuerpo, haciendo resaltar especialmente sus órganos genitales. La contrapartida de esta tendencia, considerada perversa, es la curiosidad por ver los genitales de otras personas, y aparece en años infantiles algo posteriores, cuando el obstáculo que supone el pudor ha alcanzado ya un determinado desarrollo. Bajo la influencia de la seducción, la curiosidad perversa puede alcanzar una gran importancia en la vida sexual del niño. Mas de mis investigaciones de los años infantiles, tanto de personas sanas como neuróticas, debo concluir que el instinto de contemplación puede surgir en el niño como una manifestación sexual espontánea. Aquellos niños de corta edad, cuya atención ha sido dirigida alguna vez —y en la mayoría de los casos por medio de la masturbación— sobre sus propios genitales, suelen encontrar la gradación siguiente sin auxilio exterior ninguno, desarrollando así un vivo interés por los genitales de sus compañeros de juego. Dado que la ocasión de satisfacer tal curiosidad no se presenta generalmente más que en el acto de la satisfacción de las dos necesidades excrementales, conviértense estos niños en *voyeurs*; esto es, en interesados espectadores de la expulsión de la orina o de los excrementos, verificada por otra persona. Tras de la represión de estas tendencias, consérvase la curiosidad de ver los genitales de otras personas (del sexo propio o del contrario) como un impulso martirizador que en algunos casos de neurosis constituye la más enérgica fuerza instintiva de formación de síntomas. Con una independencia aún mayor del resto de la actividad sexual, ligada a las zonas erógenas, se desarrollan en el niño los componentes crueles del instinto sexual. La crueldad es algo que forma parte del carácter infantil, dado que aún no se ha formado en él el obstáculo que

detiene al instinto de aprehensión ante el dolor de los demás; esto es, la capacidad de compadecer. Aún no se ha logrado realizar satisfactoriamente el análisis psicológico de este instinto, pero debemos aceptar que la impulsión cruel proviene del instinto de dominio y aparece en la vida sexual en una época en la cual los genitales no se han atribuido todavía su posterior papel. Por tanto, la crueldad predomina durante toda una f ase de la vida sexual, que más tarde describiremos como organización pregenital[944]. Aquellos niños que se distinguen por una especial crueldad contra los animales y contra sus compañeros de juego despiertan, generalmente con razón, la sospecha de una intensa y temprana actividad sexual de las zonas erógenas. En igual temprana madurez de todos los instintos sexuales, la actividad sexual erógena parece ser la primaria. La falta de resistencia constituida por la compasión trae consigo el peligro de que esta conexión infantil de los instintos crueles con los erógenos se conserve inmutable durante toda la vida.

Todos los educadores saben, desde las *Confesiones*, de J. J. Rousseau, que la dolorosa excitación de la piel de las nalgas constituye una raíz erógena del instinto pasivo de crueldad; esto es, del masoquismo, y, por tanto, han deducido, con razón, que es necesario prescindir de aquellos castigos corporales que producen la excitación de esta parte del cuerpo de los niños, cuya libido puede ser empujada hacia caminos colaterales por las posteriores exigencias de la educación[945].

(5) LA INVESTIGACIÓN SEXUAL INFANTIL

El instinto de saber. — Hacia la misma época en que la vida sexual del niño alcanza su primer florecimiento, esto es, del tercero al quinto año, aparecen en él los primeros indicios de esta actividad, denominada instinto de saber (*Wissenstrieb*) o instinto de investigación. El instinto de saber no puede contarse entre los componentes instintivos elementales ni colocarse exclusivamente bajo el dominio de la sexualidad. Su actividad corresponde, por un lado, a una aprehensión sublimada, y por otro, actúa con la energía del placer de contemplación. Sus relaciones con la vida sexual son, sin embargo,

especialmente importantes, pues el psicoanálisis nos ha enseñado que el instinto de saber infantil es atraído —y hasta quizá despertado— por los problemas sexuales en edad sorprendentemente temprana y con insospechada intensidad.

El enigma de la esfinge. — Intereses prácticos, y no sólo teóricos, son los que ponen en marcha en el niño la obra de la actividad investigadora. La amenaza de sus condiciones de existencia por la aparición, real o simplemente sospechada, de un nuevo niño, y el temor de la pérdida que este suceso ha de acarrear para él con respecto a los cuidados y al amor de los que le rodean, le hacen meditar y tratar de averiguar el problema de esta aparición del hermanito. El primer problema de que el niño se ocupa no es, por tanto, el de la diferencia de los sexos, sino el enigma de la procedencia de los niños. Bajo un disfraz fácilmente penetrable, es también éste el problema cuya solución propone la esfinge tebana. El hecho de la existencia de dos sexos lo acepta el niño al principio sin resistencia ni sospecha alguna.

Para el niño es natural la suposición de que todas las personas que conoce poseen un órgano genital exacto al suyo y no puede sospechar en nadie la falta de este órgano.

Complejo de castración y envidia por la posesión del pene. — Esta convicción es enérgicamente conservada por el sujeto infantil, que la defiende frente a las contradicciones que la observación le muestra en seguida, y no la pierde hasta después de graves luchas interiores (complejo de castración). Las formaciones sustitutivas de éste pene, que el niño supone perdido en la mujer, juegan en la morfología de numerosas y diversas perversiones un importantísimo papel[946].

La hipótesis de que ambos sexos poseen el mismo aparato genital (el masculino) es la primera de estas teorías sexuales infantiles, tan singulares y que tan graves consecuencias pueden acarrear. De poco sirve al niño que la ciencia biológica dé la razón a sus prejuicios y reconozca el clítoris femenino como un verdadero equivalente del pene. La niña no crea una teoría parecida al ver los órganos genitales del niño diferentes de los suyos. Lo que hace es sucumbir a la envidia del pene, que culmina en el deseo, muy importante por

sus consecuencias, de ser también un muchacho.

Teorías sobre el nacimiento. — Muchos hombres recuerdan claramente la intensidad con que se interesaron, en la época anterior a la pubertad, por el problema de la procedencia de los niños. Las infantiles soluciones anatómicas dadas al enigma son muy diversas: los niños salen del pecho, son sacados cortando el cuerpo de la mujer o surgen abriéndose paso por el ombligo[947]. Estas investigaciones de los tempranos años infantiles se recuerdan raramente fuera del análisis, pues han sucumbido a la represión; pero sus resultados, cuando se logra atraerlos a la memoria, muestran todos una íntima analogía. Otra de las teorías infantiles es la de que los niños se conciben al comer alguna cosa determinada (como en las fábulas) y nacen saliendo del intestino como en el acto excrementicio. Estas teorías del niño recuerdan la forma del parto en el reino animal, y especialmente la cloaca de aquellos tipos zoológicos de especies inferiores a los mamíferos.

Concepción sádica del acto sexual. — Cuando los niños son espectadores, en esta edad temprana, del acto sexual entre los adultos, a lo cual da facilidades la convicción corriente de que el niño no llega a comprender aún nada de carácter sexual, no pueden por menos de considerar el acto sexual como una especie de maltratado o del abuso de poder; esto es, en un sentido sádico. El psicoanálisis nos demuestra que tal impresión, recibida en temprana edad infantil, tiene gran importancia para originar una predisposición a un posterior desplazamiento sádico del fin sexual. Los niños que han contemplado una vez la realización del acto sexual siguen ocupándose con el problema de en qué consiste aquel acto o, como ellos dicen, en qué consiste el estar casado, y buscan la solución del misterio en una comunidad facilitada por la función de expulsar la orina o los excrementos.

Fracaso típico de la investigación sexual infantil. — En general puede decirse que las teorías sexuales infantiles son imágenes de la propia constitución sexual del niño, y que, a pesar de sus grotescos errores, indican más comprensión de los procesos sexuales de la que se sospecharía en sus creadores.

Los niños advierten la transformación producida por el embarazo en su madre y saben interpretarla muy justamente.

La fábula de la cigüeña es escuchada a veces por ellos con una profunda desconfianza, generalmente muda; pero, dado que la investigación sexual infantil desconoce siempre los elementos: el papel fecundante del semen y la existencia del orificio vaginal, puntos en los cuales la organización infantil aún no está completada, los trabajos de la investigación infantil permanecen infructuosos y terminan en una renuncia que produce muchas veces una interrupción duradera del instinto de saber. La investigación sexual de estos años infantiles es llevada siempre a cabo solitariamente y constituye un primer paso del niño hacia su orientación independiente en el mundo, alejándole de las personas que le rodean y que antes habían gozado de su completa confianza.

(6) FASES EVOLUTIVAS DE LA ORGANIZACIÓN SEXUAL[948]

Hasta ahora hemos hecho resaltar como caracteres de la vida sexual infantil su esencia autoerótica; esto es, el encontrar su objeto en el propio cuerpo y el hecho de permanecer aislados y sin conexión todos los instintos parciales, tendiendo independientemente cada uno hacia la obtención de placer. El final del desarrollo está constituido por la llamada vida sexual normal del adulto, en la cual la consecución de placer entra al servicio de la función reproductora, habiendo formado los instintos parciales bajo la primacía de una única zona erógena; una firme organización para la consecución del fin sexual en un objeto sexual exterior.

Organizaciones pregenitales. — El estudio psicoanalítico de las inhibiciones y perturbaciones que aparecen en este proceso evolutivo nos permite descubrir nuevos agregados y grados preliminares de tal organización de los instintos parciales, que nos dejan deducir una especie de régimen sexual. Estas fases de la organización sexual transcurren normalmente sin dejar advertir su paso más que por muy breves indicios. Sólo en los casos

patológicos se activan y aparecen reconocibles a la investigación exterior.

Denominaremos pregenitales a aquellas organizaciones de la vida sexual en las cuales las zonas genitales no han llegado todavía a su papel predominante. Hasta ahora hemos conocido dos de estas organizaciones, que pueden considerarse como regresiones a primitivos estados zoomórficos.

La primera de estas organizaciones sexuales pregenitales es la *oral* o, si se quiere, *caníbal*. En ella, la actividad sexual no está separada de la absorción de alimentos. El objeto de una de estas actividades es también objeto de la otra, y el fin sexual consiste en la *asimilación* del objeto, modelo de aquello que después desempeñará un importantísimo papel psíquico como *identificación*.

Como resto de esta fase de organización ficticia y que sólo la patología nos fuerza a admitir puede considerarse la succión, en la cual la actividad alimenticia ha sustituido el objeto exterior por uno del propio cuerpo (chupeteo del pulgar)[949].

Una segunda fase pregenital es la de la organización *sádico-anal*. En ella, la antítesis que se extiende a través de toda la vida sexual está ya desarrollada; pero no puede ser aún denominada *masculina* y *femenina*, sino simplemente *activa* y *pasiva*. La actividad está representada por el instinto de aprehensión, y como órgano con fin sexual pasivo aparece principalmente la mucosa intestinal erógena. Para ambas tendencias existen objetos, pero no coincidentes. Al mismo tiempo actúan autoeróticamente otros instintos parciales. En esta fase aparecen ya, por tanto, la polaridad sexual y el objeto exterior. La organización y la subordinación a la función reproductora faltan todavía[950].

Ambivalencia. — Esta forma de organización sexual puede conservarse a través de toda la vida y apropiarse gran parte de la actividad sexual. El predominio del sadismo y el papel de cloaca en la zona anal le prestan un marcado sello arcaico. Otro de sus caracteres es el de que las tendencias antagónicas son de igual fuerza, circunstancia para la cual ha creado Bleuler el término «ambivalencia».

La hipótesis de la existencia de organizaciones pregenitales en la vida sexual está fundada en el análisis de las neurosis, y solamente en relación con

estos análisis puede estudiársela. Debemos esperar que continuadas investigaciones analíticas nos proporcionen más datos sobre la construcción y el desarrollo de la función sexual normal.

Para completar el cuadro de la vida sexual infantil debe añadirse que con frecuencia o regularmente tiene ya lugar en los años infantiles una elección de objeto tal y como vimos era característica de la fase de la pubertad; elección que se verifica orientándose todos los instintos sexuales hacia una única persona, en la cual desean conseguir sus fines. Ésta es la mayor aproximación posible en los años infantiles a la constitución definitiva de la vida sexual posterior a la pubertad. La diferencia está tan sólo en que la síntesis de los instintos parciales y su subordinación a la primacía de los genitales no se verifica en la niñez, o sólo se verifica muy imperfectamente. La formación de esta primacía en aras de la reproducción, es, por tanto, la última fase de la organización sexual[951].

Los dos tiempos de la elección de objeto. — Puede considerarse como un fenómeno típico el que la elección de objeto se verifique en dos fases: la primera comienza en los años que van del segundo al quinto, es detenida o forzada a una regresión por la época de latencia y se caracteriza por la naturaleza infantil de sus fines sexuales. La segunda comienza con la pubertad y determina la constitución definitiva de la vida sexual.

El hecho de que la elección de objeto se realice en dos períodos separados por el de latencia, es de gran importancia en cuanto a la génesis de ulteriores trastornos del estado definitivo. Los resultados de la elección infantil de objeto alcanzan hasta épocas muy posteriores, pues conservan intacto su peculiar carácter o experimentan en la pubertad una renovación. Mas llegado este período, y a consecuencia de la represión que tiene lugar entre ambas fases, se demuestran, sin embargo, como utilizables. Sus fines sexuales han experimentado una atenuación y representan entonces aquello que pudiéramos denominar *corriente de ternura de la vida sexual*.

Sólo la investigación psicoanalítica puede demostrar que detrás de esta ternura, respecto y consideración se esconden las antiguas corrientes sexuales de los instintos parciales infantiles, ahora inutilizables.

La elección de objeto en la época de la pubertad tiene que renunciar a los

objetos infantiles y comenzar de nuevo como corriente *sensual*. La no coincidencia de ambas corrientes da con frecuencia el resultado de que uno de los ideales de la vida sexual, la reunión de todos los deseos en un solo objeto, no pueda ser alcanzado.

(7) FUENTES DE LA SEXUALIDAD INFANTIL

En la labor de perseguir los orígenes del instinto sexual hemos encontrado hasta ahora que la excitación sexual se origina:

a) Como formación consecutiva a una satisfacción experimentada en conexión con otros procesos orgánicos.

b) Por un apropiado estímulo periférico de las zonas erógenas.

c) Como manifestación de ciertos instintos cuyo origen no nos es totalmente conocido, tales como el instinto de contemplación y el de crueldad.

La investigación psicoanalítica regresiva, que descubre la niñez del adulto analizado, y la investigación directa de la vida infantil, nos han revelado otras fuentes regulares de la excitación sexual. La observación directa de los niños tiene el inconveniente de trabajar con objetos en los que fácilmente se incurre en error, y el psicoanálisis queda dificultado por el hecho de no poder llegar a sus objetos ni a sus resultados más que por medio de grandes rodeos. Mas con la acción conjunta de ambos métodos investigativos se consigue un grado satisfactorio de seguridad de conocimiento.

En la investigación de las zonas eróticas hemos encontrado que estas partes de la epidermis no muestran más que una especial elevación de un género de excitabilidad que, en cierto modo, es poseído por toda la superficie del cuerpo. Por tanto, no nos maravillemos de ver que determinadas excitaciones generales de la epidermis poseen afectos erógenos muy definidos. Entre ellas debemos hacer resaltar las producidas por la temperatura, hecho que nos ayuda a comprender los efectos terapéuticos de los baños calientes.

Excitaciones mecánicas. — Debemos añadir aquí la producción de la

excitación sexual por conmociones mecánicas rítmicas del cuerpo, las cuales producen tres clases de efectos estimulantes, a saber: sobre el aparato sensorial de los nervios vestibulares, sobre la piel y sobre partes más profundas; esto es, los músculos y las articulaciones.

Antes de analizar las sensaciones de placer producidas por las excitaciones mecánicas haremos observar que en lo que sigue emplearemos indistintamente los términos «excitación» y «satisfacción», reservándonos para más adelante precisar el sentido de cada uno. El que el niño guste tanto de juegos en los que se produce un movimiento pasivo, como el de mecerse, y demande continuamente su repetición constituye una prueba del placer producido por ciertos movimientos mecánicos[952]. Sabido es lo mucho que se usa el mecer a los niños de carácter inquieto para lograr hacerles conciliar el sueño. El movimiento producido por los viajes en coche y más tarde en ferrocarril ejerce un efecto tan fascinador sobre el niño ya de alguna edad, que todos los muchachos tienen alguna vez en su vida el deseo de llegar a ser conductores o cocheros. Abrigan un misterioso interés de extraordinaria intensidad por todo lo referente a los viajes en ferrocarril y los convierten, en la época de la actividad fantástica (poco antes de la pubertad), en nódulo central de un simbolismo exquisitamente sexual. La obsesiva conexión del viaje en ferrocarril con la sexualidad procede sin duda del carácter de placer de las sensaciones de movimiento. Si aparece una represión a este respecto, represión que transforma gran parte de las preferencias infantiles en objetos de desagrado, estos niños, cuando llegan a ser adultos, reaccionan con malestar y náuseas a todos los movimientos de carácter de columpio o vaivén, quedan agotados extraordinariamente por un viaje en ferrocarril o tienen ataques de angustia durante el viaje y se defienden contra la repetición de la experiencia penosa por medio de aquella neurosis cuyo síntoma es el miedo al ferrocarril.

Aquí se agrega (sin que aún haya podido llegarse a su comprensión) el hecho de que por la coincidencia del miedo al movimiento mecánico, con una conmoción mecánica, quede producida la grave neurosis traumática histeriforme. Debe suponerse, por lo menos, que estas influencias, que cuando son de pequeña intensidad devienen fuentes de excitación sexual, hacen surgir, cuando actúan en grado elevado, una profunda perturbación del

mecanismo sexual.

Actividad muscular. — La actividad muscular es para los niños una necesidad de cuya satisfacción extraen un placer extraordinario. Que este placer tenga algo que ver con la sexualidad, ya entrañando una satisfacción sexual, ya originando una excitación de tal carácter, es una hipótesis que podrá sucumbir a las objeciones críticas que se alcen contra ella y que no dejarán de oponerse asimismo a la afirmación antes expuesta de que el placer producido por sensaciones de movimientos pasivos es de naturaleza sexual o actúa como excitante sexual. Pero el hecho es que muchos individuos nos han comunicado que los primeros signos de excitabilidad de sus genitales aparecieron durante un cuerpo a cuerpo con sus compañeros de juego, situación en la cual, además del esfuerzo muscular general, actúa el contacto de la piel del niño con la de su contrincante. La tendencia a la lucha muscular con determinada persona, así como, en años posteriores, la tendencia a la lucha oral, pertenece a los signos claros de la elección de objeto orientada hacia dicha persona[953]. En la producción de la excitación sexual por la actividad muscular se hallará quizá una de las raíces del instinto sádico. Para muchos individuos la conexión entre la lucha y la excitación sexual codetermina la posterior orientación preferida de su instinto sexual[954].

Procesos afectivos. — Menos dudas aparecen en la observación de las restantes fuentes de excitación sexual de los niños. Es fácil fijar, por observaciones directas o por investigaciones posteriores, que todos los procesos afectivos intensos, hasta las mismas excitaciones aterrorizantes, se extienden hasta el dominio de la sexualidad, hecho que puede constituir asimismo una aportación a la inteligencia del efecto patógeno de tales emociones. En los colegiales, el miedo al examen o la tensión ante un deber de difícil solución pueden tener gran importancia, tanto para la aparición de manifestaciones sexuales como para su conducta en la escuela, pues en tales circunstancias aparece con frecuencia una sensación de excitación que lleva al tocamiento de los genitales o a un proceso análogo a la polución, con todas sus consecuencias perturbadoras. La conducta del niño en la escuela, que tantos problemas plantea a los profesores, debe relacionarse, en general, con

su naciente sexualidad. El efecto sexualmente excitante de algunos afectos desagradables en sí; el temor, el miedo o el horror, se conserva en gran cantidad de hombres a través de toda la vida adulta y constituye la explicación de que tantas personas busquen la ocasión de experimentar tales sensaciones cuando determinadas circunstancias accesorias, esto es, la pertenencia de tales sensaciones a un mundo aparente, como el de la lectura o el del teatro, mitigan la gravedad de las mismas.

Si pudiera suponerse que también las sensaciones intensamente dolorosas poseen igual efecto erógeno, sobre todo cuando el dolor es mitigado o alejado por una circunstancia accesoria, podría hallarse en esta situación una de las raíces principales del instinto sádico-masoquista, en cuya heterogénea composición vamos penetrando poco a poco[955] 691.

Trabajo intelectual. — Es, por último, innegable que la concentración de la atención en un trabajo intelectual, y en general toda tensión anímica, tienen por consecuencia una coexcitación sexual en muchos hombres, tanto adolescentes como adultos, excitación que es probablemente el único fundamento justificado para la de otra manera tan dudosa atribución de las perturbaciones nerviosas al «surmenage» psíquico.

Volviendo a considerar, después de estas indicaciones y pruebas, no expuestas aquí en su totalidad ni de un modo completo, las fuentes de la excitación sexual infantil, pueden sospecharse o reconocerse las siguientes generalidades: parece existir un especial cuidado en que el proceso de la excitación sexual, cuya esencia nos es cada vez más misteriosa, sea puesto en marcha, cuidando de ella ante todo, de un modo más o menos directo, las excitaciones de las superficies sensibles —tegumentos y órganos sensoriales — y de un modo inmediato los efectos excitantes ejercidos sobre determinadas partes consideradas como zonas erógenas. En estas fuentes de la excitación sexual, el elemento regulador es la calidad de la excitación, aunque el elemento intensidad (en el dolor) no sea por completo indiferente. Pero, además, existen disposiciones orgánicas cuya consecuencia es la de hacer surgir la excitación sexual como efecto accesorio de una numerosa serie de procesos interiores en cuanto la intensidad de estos procesos ha traspasado determinadas fronteras cuantitativas. Los que hemos denominado

instintos parciales de la sexualidad se derivan directamente de estas fuentes internas de la excitación sexual o se componen de aportaciones de tales fuentes y de las zonas erógenas. Es posible que nada importante suceda en el organismo que no contribuya con sus componentes a la excitación del instinto sexual.

No me parece posible, por ahora, lograr mayor claridad y seguridad en estas deducciones generales, y de esta imposibilidad hago responsable a dos factores. Es el primero, la novedad de este modo de considerar la cuestión, y el segundo, el hecho de que la esencia de la excitación sexual no es aún totalmente desconocida. Sin embargo, no quiero renunciar a hacer constar dos observaciones que permiten ampliar nuestro horizonte:

Diversas constituciones sexuales. — Así como antes vimos la posibilidad de fundamentar una diversidad de las constituciones sexuales innatas en la diversa formación y desarrollo de las zonas erógenas, podemos también intentar algo análogo con relación a las fuentes indirectas de la excitación sexual. Podemos aceptar que estas fuentes producen aportaciones en todos los individuos, pero no en todos de igual intensidad, y que en el mayor desarrollo de determinadas fuentes de la excitación sexual se halla un nuevo dato para la diferenciación de las diversas constituciones sexuales[956].

Caminos de influjo recíproco. — Dejando aparte la expresión figurada en la que durante tanto tiempo hablamos de «fuente» de excitación sexual, podemos llegar a la hipótesis de que todos los caminos de enlace que nos conducen a la sexualidad partiendo de otras funciones pueden ser recorridos también en sentido inverso. Si, por ejemplo, la dualidad de funciones de la zona labial es el fundamento de que en la alimentación surja simultáneamente una satisfacción sexual, el mismo factor nos permitiría también llegar a la comprensión de las perturbaciones de las funciones alimenticias cuando las funciones erógenas de la zona común estén perturbadas. Sabiendo que la concentración de la atención puede hacer surgir una excitación sexual, podemos llegar a la hipótesis de que por una actuación en el mismo camino, pero en dirección opuesta, el estado de excitación sexual puede influir en nuestra disponibilidad sobre la atención susceptible de ser dirigida. Gran

parte de la sintomatología de aquellas neurosis que yo derivo de las perturbaciones de los procesos sexuales se manifiesta en la perturbación de otras funciones físicas no sexuales, y esta influencia, hasta ahora incomprensible, se hace menos misteriosa cuando no representa más que la parte correspondiente en sentido opuesto a las influencias, entre las cuales se halla la producción de la excitación sexual.

Los mismos caminos por los que las perturbaciones sexuales se extienden a las restantes funciones físicas tienen también que servir a otras funciones importantes en estados normales. Por estos mismos caminos tienen que tener lugar la orientación del instinto sexual; esto es, la sublimación de la sexualidad.

Debemos cerrar este capítulo con la confesión de que sobre estos caminos, que existen ciertamente y que probablemente pueden recorrerse en ambos sentidos, existe muy poco seguramente conocido.

3. — LA METAMORFOSIS DE LA PUBERTAD

CON el advenimiento de la pubertad comienzan las transformaciones que han de llevar la vida sexual infantil hacia su definitiva constitución normal

El instinto sexual, hasta entonces predominantemente autoerótico, encuentra por fin el objeto sexual. Hasta este momento actuaba partiendo de instintos aislados y de zonas erógenas que, independientemente unas de otras, buscaban como único fin sexual determinado placer. Ahora aparece un nuevo fin sexual, a cuya consecución tienden de consumo todos los instintos parciales, al paso de las zonas erógenas se subordinan a la primacía de la zona genital[957]. Dado que el nuevo fin sexual determina funciones diferentes para cada uno de los dos sexos, las evoluciones sexuales respectivas divergirán considerablemente. La del hombre es la más consecuente y la más asequible a nuestro conocimiento, mientras que en la de la mujer aparece una especie de regresión. La normalidad de la vida sexual se produce por la confluencia de las dos corrientes dirigidas sobre el objeto

sexual y el fin sexual, la de ternura y la de sensualidad, la primera de las cuales acoge en sí lo que resta del florecimiento infantil de la sexualidad, constituyendo este proceso algo como la perforación de un túnel comenzada por ambos extremos simultáneamente.

El nuevo fin sexual, consistente, en el hombre, en la descarga de los productos sexuales, no es totalmente distinto del antiguo fin que se proponía tan sólo la consecución del placer, pues precisamente a este acto final del proceso sexual se enlaza un máximo placer. El instinto sexual se pone ahora al servicio de la función reproductora; puede decirse que se hace altraísta. Para que esta transformación quede perfectamente conseguida tiene que ser facilitada por la disposición original y por todas las peculiaridades del instinto.

Como siempre que en el organismo han de establecerse nuevas síntesis y conexiones para formar un complicado mecanismo, aparece también aquí el peligro de perturbaciones morbosas por defectuosa constitución de estos nuevos órdenes. Todas las perturbaciones morbosas de la vida sexual pueden considerarse justificadamente como inhibición del desarrollo.

(1) PRIMACÍA DE LAS ZONAS GENITALES Y PLACER PRELIMINAR

Ante nuestros ojos aparecen claramente el punto inicial y el final del proceso evolutivo descrito; pero las transiciones merced a las cuales va constituyéndose este desarrollo permanecen todavía en la oscuridad y tendremos que dejar sin resolver más de un problema con ellas ligado.

Se ha escogido como lo esencial en los procesos de la pubertad lo más singular de los mismos; esto es, el manifiesto crecimiento de los genitales exteriores, que durante el período de latencia de la niñez había quedado interrumpido hasta cierto punto. Simultáneamente, el desarrollo de los genitales internos ha avanzado tanto que pueden ya ser capaces de proporcionar productos sexuales, o, en el sexo femenino, acogerlos para la formación de un nuevo ser. De esta manera queda constituido un complicado aparato que espera su utilización.

Este aparato debe ser puesto en actividad por estímulos apropiados, los cuales pueden llegar a él por tres caminos diferentes: partiendo del mundo exterior, por excitación de las zonas erógenas que ya conocemos; del interior orgánico, por caminos que aún han de ser investigados, y de la vida anímica, que constituye un almacén de impresiones exteriores y una estación receptora de estímulos internos. Por todos estos tres caminos puede surgir la misma cosa: un estado que se denomina «excitación sexual» y se manifiesta por signos de dos géneros: anímicos y somáticos. Los signos anímicos consisten en una peculiar sensación de tensión, de un carácter altamente apremiante. Entre los diversos signos físicos aparece, en primer término, una serie de transformaciones de los genitales que tienen un sentido indudable, el de hallarse éstos *dispuestos* al acto sexual; o sea, preparados para su ejecución (erección del miembro viril y lubricación de la vagina).

La tensión sexual. — El carácter de tensión de la excitación sexual plantea un problema, cuya solución se muestra tan difícil como importante sería para la inteligencia de los procesos sexuales. A pesar de la diversidad de opiniones reinante sobre esta cuestión en la Psicología moderna, he de mantener mi aserto de que una sensación de tensión tiene que ser de carácter displaciente. Prueba de ello es que tal sensación trae consigo un impulso a modificar la situación psicológica, cosa totalmente opuesta a la naturaleza del placer. Pero si se cuenta la tensión de la excitación sexual entre las sensaciones displacientes se tropieza en seguida con que dicha tensión es sentida como un placer. La tensión provocada por los procesos sexuales aparece siempre acompañada de placer, e incluso, las modificaciones preparatorias del aparato genital traen consigo una especie de satisfacción. ¿Cómo conciliar, entonces, la tensión displaciente con la sensación de placer?

Todo lo que se enlaza al problema del placer y el dolor toca en uno de los puntos más sensibles de la Psicología moderna. Procuraremos extraer del examen del caso particular aquí planteado la mayor suma de datos posibles, sin abarcar el problema en su totalidad. Consideremos primero la forma en que las zonas erógenas se someten al nuevo orden. Como ya sabemos, desempeñan en la iniciación de la excitación sexual un papel muy importante. Los ojos, que forman la zona erógena más alejada del objeto sexual, son

también la más frecuentemente estimulada en el proceso de la elección por aquella excitación especial que emana de la belleza del objeto, a cuyas excelencias damos, así, el nombre de «estímulos» o «encantos[958]». Esta excitación origina, al mismo tiempo que un determinado placer, un incremento de la excitación sexual o un llamamiento a la misma. Si a esto se añade la excitación de otra zona erógena, por ejemplo, de la mano que toca, el efecto es el mismo: una sensación de placer, incrementada en seguida por el placer producido por las transformaciones preparatorias, y, simultáneamente, una nueva elevación de la tensión sexual, que se convierte pronto en un displacer claramente perceptible cuando no le es permitido producir nuevo placer. Más transparente es aún otro caso: cuando, por ejemplo, en una persona no excitada sexualmente se estimula una zona erógena por medio de un tocamiento. Este tocamiento hace surgir una sensación de placer; pero al mismo tiempo es más apto que ningún otro proceso para despertar la excitación sexual que demanda una mayoración de placer. El problema está en cómo el placer experimentado hace surgir la necesidad de un placer mayor (es tocar el pecho de una mujer).

Mecanismo del placer preliminar. — Claramente aparece el papel desempeñado en esta cuestión por la zonas erógenas. Lo que era aplicable a una puede aplicarse a las demás. Todas ellas son utilizadas para producir, bajo un estímulo apropiado, determinada aportación de placer, de la cual surge la elevación de la tensión, que por su parte debe hacer surgir la energía motora necesaria para llevar a término el acto sexual. La penúltima fase del mismo es, nuevamente, la apropiada excitación de una zona erógena, de la zona genital misma en el *glans penis*, por el objeto más apropiado para ello; esto es, la mucosa vaginal; bajo el placer que esta excitación produce se gana ahora, por caminos reflejos, la energía motora necesaria para hacer brotar la materia seminal. Este último placer es el de mayor intensidad y se diferencia de los demás en su mecanismo, siendo producido totalmente por una descarga y constituyendo un placer de satisfacción, con el cual se extingue temporalmente la tensión de la libido.

No me parece injustificado fijar por medio de un término especial esta diferencia esencial entre el placer producido por la excitación de las zonas

erógenas y el producido por la descarga de la materia sexual. El primero puede ser denominado apropiadamente *placer preliminar*, en oposición al *placer final* o placer satisfactorio de la actividad sexual. El placer preliminar es el mismo que ya hubieron de provocar, aunque en menor escala, los instintos sexuales infantiles. El placer final es nuevo y, por tanto, se halla ligado probablemente a condiciones que no han aparecido hasta la pubertad. La fórmula para la nueva función de las zonas erógenas sería la siguiente: son utilizadas para hacer posible la aparición de mayor placer de satisfacción por medio del placer preliminar que producen y que se iguala al que producían en la vida infantil.

Hace poco tiempo he podido explicar otro ejemplo, perteneciente a un sector psíquico totalmente distinto, y en el cual un mayor efecto de placer era conseguido por medio de una sensación menor, que actuaba como cebo. También allí teníamos ocasión de aproximarnos a la esencia del placer[959].

Peligros del placer preliminar. — La conexión del placer preliminar con la vida sexual infantil queda corroborada por la función patógena que el primero puede ejercer. El mecanismo en que está incluido el placer preliminar entraña un peligro para la consecución del fin sexual normal; peligro que aparece cuando en un momento cualquiera de los procesos sexuales preparatorios resulta el placer preliminar demasiado grande, y su parte de tensión, demasiado pequeña. En este caso desaparece la energía instintiva necesaria para llevar a cabo o continuar el proceso sexual; el camino se acorta, y la acción preparatoria correspondiente se sustituye al fin sexual normal. La práctica psicoanalítica nos ha revelado que esta sustitución indeseable tiene como premisa un excesivo aprovechamiento anterior de la zona erógena o el instinto parcial correspondiente, para la consecución de placer, durante la infancia. Si a esta premisa infantil se agregan luego otros factores que tiendan a crear una fijación, surgirá fácilmente una coerción de carácter obsesivo, que se opondrá a la inclusion del placer preliminar de que se trate en un nuevo mecanismo. Muchas perversiones no son, en efecto, sino tal detención en los actos preparatorios del proceso sexual.

La mejor garantía para este fallo del mecanismo sexual por la acción del placer preliminar estaría en una preformación infantil de la primacía de la

zona genital. Esta primacía puede comenzar a indicarse en la segunda infancia (entre los ocho años y la pubertad). Las zonas genitales se conducen ya en esta época casi del mismo modo que en la madurez, apareciendo como substracto de excitaciones y de modificaciones preparatorias al ser experimentado un placer procedente de la satisfacción de otras zonas erógenas, aunque tales efectos carezcan aún de todo fin; eso es, no aporten nada conducente a la continuación del proceso sexual. Así, pues, ya en los años infantiles surge con el placer de satisfacción una cierta tensión sexual, si bien menos constante y más limitada. Se nos hace ahora comprensible cómo al tratar de las fuentes de la sexualidad pudimos afirmar justificadamente que el proceso de que venimos tratando actuaba produciendo una satisfacción sexual y, al mismo tiempo, como excitante sexual. Por último, observamos también que en un principio exageramos las diferencias entre la vida sexual infantil y la del adulto, debiendo ahora rectificar tales exageraciones. Las manifestaciones infantiles de la sexualidad no determinan tan sólo las desviaciones, sino también la estructura normal de la vida sexual del adulto.

(2) EL PROBLEMA DE LA EXCITACIÓN SEXUAL

Hemos dejado sin aclarar el origen y la esencia de la tensión sexual, que surge simultáneamente con el placer en la satisfacción de las zonas erógenas[960]. La hipótesis más próxima, o sea, la de que esta tensión surja del mismo placer, no sólo es por sí mismo inverosímil, sino que sucumbe a la observación de que en el máximo placer, o sea, el ligado a la descarga de los productos sexuales, no se produce tensión ninguna, sino que, por el contrario, cesa ésta en absoluto. El placer y la tensión sexuales no pueden, por tanto, estar ligados más que de un modo indirecto.

Función de las materias sexuales. —Además de que normalmente sólo la descarga de las materias sexuales pone fin a la excitación sexual, existen otros puntos de apoyo para relacionar la tensión sexual con los productos sexuales. En una vida continente acostumbra el aparato sexual descargarse de la materia sexual en períodos variables, pero no totalmente irregulares;

descarga que va acompañada de una sensación de placer y tiene lugar durante una alucinación onírica nocturna, cuyo contenido es el acto sexual. En este proceso —la polución nocturna— es difícil negarse a reconocer que la tensión sexual, que sabe hallar como sustitutivo del acto sexual el corto camino alucinatorio, es una función de L acumulación de semen en el continente de los productos sexuales. En el mismo sentido testimonian las experiencias hechas sobre el agotamiento del mecanismo sexual. Cuando el acopio de semen se agota, no sólo es imposible la ejecución del acto sexual, sino que también falla la excitabilidad de las zonas erógenas, cuyo apropiado estímulo es incapaz entonces de producir placer. De este modo vemos que hasta para la excitabilidad de las zonas erógenas es imprescindible un determinado grado de tensión sexual.

Nos vemos, pues, impulsados a aceptar la hipótesis —que si no me equivoco está muy generalmente difundida— de que la acumulación de las materias sexuales crea y mantiene la tensión sexual quizá por el hecho de que la presión de estos productos sobre las paredes de los continentes actúa como estímulo sobre un centro medular, el cual transmite su excitación a centros superiores, surgiendo entonces en la conciencia la sensación de tensión. Si la excitación de las zonas erógenas eleva la tensión, ello tiene que suceder en razón a que dichas zonas están en una previa conexión anatómica con estos centros, en los que elevan el grado de la excitación, poniendo en marcha el acto sexual cuando la excitación es suficiente o estimulando cuando no lo es la producción de las materias sexuales.

El punto débil de esta teoría, aceptada por Krafft-Ebing en su descripción de los procesos sexuales, está en que, habiendo sido construida para explicar la actividad sexual del hombre adulto, dedica escasa atención a tres circunstancias, cuya explicación debería igualmente proporcionar. Son estas circunstancias las que se dan en la mujer, en el niño y en el castrado masculino. En estos tres casos no existe, en el mismo sentido que en el hombre, una acumulación de productos sexuales, lo cual quita valencia general a la teoría. Quizá puedan encontrarse, sin embargo, datos que permitan incluir en ellas estos casos. De todos modos queda indicado que no se debe atribuir al efecto de la acumulación de productos sexuales funciones para las que parece incapaz.

Valoración de los órganos sexuales internos. —De observaciones verificadas en algunos castrados masculinos, en los que excepcionalmente la libido no había experimentado modificación ninguna tras de la castración, parece poder deducirse que la excitación sexual puede ser en un grado importante independiente de la producción de materiales sexuales. Además, es ya muy conocido que enfermedades que han destruido la producción de células sexuales masculinas han dejado intactas la libido y la potencia del individuo, no produciendo en el mismo más efecto que la esterilidad. No están maravilloso, como supone C. Rieger, el que la pérdida de las glándulas seminales masculinas en la edad madura pueda tener lugar sin producir influencia ninguna sobre la conducta psíquica del individuo. La castración efectuada en épocas anteriores a la pubertad se acerca, en cambio, en sus resultados, a una desaparición de los caracteres sexuales; mas, también en esto pudiera influir, además de la pérdida de las glándulas sexuales, una detención en el desarrollo de otros factores, ligado con la desaparición de aquéllas.

Teoría química. — Los experimentos verificados en animales vertebrados, efectuando la ablación de las glándulas seminales (testículos y ovarios), y el correspondiente injerto de nuevos órganos de este género (Lipschütz, 1919, *locus citato*, pág. 13) han aclarado, por fin, parcialmente el origen de la excitación sexual, rechazando aún más la importancia de una supuesta acumulación de los productos sexuales celulares. Ha sido posible realizar así el experimento (E. Steinach) de transformar un macho en hembra, y viceversa, experimento en el cual la conducta psicosexual del animal se transforma al mismo tiempo y en igual sentido que sus caracteres sexuales somáticos. Esta influencia determinante sexual no es, sin embargo, atribuible a la glándula seminal, que produce las células específicas sexuales (espermatozoo-óvulo), sino al tejido intersticial de la misma, el cual ha sido denominado «glándula de la pubertad». Es muy posible que investigaciones subsiguientes descubran que la glándula de la pubertad posee normalmente una disposición hermafrodita, con la cual quedaría fundamentada automáticamente la teoría de la bisexualidad de los animales superiores, y ya es, por el momento, muy verosímil que no sea esta glándula el único órgano

relacionado con la producción de la excitación sexual y los caracteres sexuales. De todos modos, este nuevo descubrimiento biológico se relaciona con el anteriormente verificado sobre la significación de la glándula tiroides para la sexualidad. Debemos, pues, creer que en la parte intersticial de las glándulas seminales se producen materias químicas especiales, que son acogidas por la corriente sanguínea, produciendo la carga de tensión sexual de determinadas partes del sistema nervioso central. Nos son ya conocidos varios ejemplos de tal transformación de una excitación tóxica, producida por sustancias tóxicas, introducidas en el organismo, en una excitación especial de un órgano. Cómo se origina la excitación sexual por estimulación de las zonas erógenas, dada una previa carga de los aparatos centrales, y qué mezcla de efectos excitantes, puramente tóxicos o fisiológicos, aparecen en estos procesos sexuales, es cosa de la que no podemos tratar ni siquiera hipotéticamente, pues no constituye una labor que pueda emprenderse por ahora. Como esencial para esta concepción de, los procesos sexuales nos bastará por el momento la hipótesis de la existencia de materias especiales derivadas del metabolismo sexual[961]. Esta concepción, aparentemente caprichosa, está apoyada por un conocimiento poco tenido en cuenta, pero muy digno de que se le dé mayor importancia: aquellas neurosis que sólo pueden ser referidas a perturbaciones de la vida sexual muestran la mayor analogía clínica con los fenómenos de intoxicación y abstinencia, consecutivos a la ingestión habitual de materias tóxicas productoras de placer (alcaloides).

(3) LA TEORÍA DE LA LIBIDO[962]

Estas hipótesis sobre el fundamento químico de la excitación sexual se hallan de perfecto acuerdo con las representaciones auxiliares que hubimos de crear para llegar a la comprensión de las manifestaciones psíquicas de la vida sexual. Hemos fijado el concepto de la libido como una fuerza cuantitativamente variable, que nos permite medir los procesos y las transformaciones de la excitación sexual. Separamos esta libido, por su origen particular, de la energía en que deben basarse los procesos anímicos,

y, por tanto, le atribuimos también un carácter cualitativo. En la distinción entre energías psíquicas libidinosas y otras de carácter distinto expresamos la suposición de que los procesos sexuales del organismo se diferencian, por un quimismo particular, de los procesos de la nutrición. El análisis de las perversiones y psiconeurosis nos ha llevado al conocimiento de que esta excitación sexual no es producida únicamente por los órganos llamados sexuales, sino por todos los del cuerpo. Construimos, por tanto, la idea de un *libidoquantum*, cuya representación psíquica denominamos «libido del *yo*» *(ichlíbido)*, y cuya producción, aumento, disminución, distribución y desplazamiento deben ofrecernos las posibilidades de explicación de los fenómenos psicosexuales observados.

Esta libido del *yo* no aparece cómodamente asequible al estudio analítico más que cuando ha encontrado su empleo psíquico en el revestimiento de objetos sexuales; esto es, cuando se ha convertido en «libido del objeto». La vemos entonces concentrarse en objetos, fijarse en ellos, o en ocasiones abandonándolos, trasladándose de unos a otros, y dirigiendo desde estas posiciones la actividad sexual del individuo, que conduce a la satisfacción; esto es, a la extensión parcial y temporal de la libido. El psicoanálisis de las llamadas neurosis de transferencia (histeria y neurosis obsesiva) nos permite hallar aquí un fijo y seguro conocimiento.

De los destinos de la libido del objeto podemos aún averiguar que es retirada de los objetos, quedando flotante en determinados estados de tensión, hasta recaer de nuevo en el *yo*, de manera a volver a convertirse en libido del *yo*. Esta libido del *yo* la denominamos, en oposición a la del objeto, libido «narcisista». Desde el psicoanálisis miramos como desde una frontera, cuya transgresión no nos está permitida, la actuación de la libido narcisista y nos formamos una idea de su relación con la del objeto[963]. La libido del *yo* o libido narcisista aparece como una gran represa de la cual parten las corrientes de revestimiento del objeto y a la cual retornan. El revestimiento del *yo* por la libido narcisista se nos muestra como el estado original, que aparece en la primera infancia y es encubierto por las posteriores emanaciones de la libido, pero que en realidad permanece siempre latente detrás de las mismas.

La misión de una teoría de las perturbaciones neuróticas y psicóticas,

fundada en el concepto de la libido, debe ser expresar todos los fenómenos y procesos observados en los términos de la economía de la misma. Es fácil adivinar que los destinos de la libido del *yo* alcanzarán en tal teoría la máxima importancia, especialmente en aquellos casos en que se trate de la explicación de las más profundas perturbaciones psicóticas. La dificultad aparece en el hecho de que el instrumento de nuestras investigaciones —el psicoanálisis— no nos proporciona, por lo pronto, datos seguros más que sobre las transformaciones de la libido del objeto[964], pero no es capaz de separar la libido del *yo* de las otras energías actuantes en el mismo[965]. Una continuación de la teoría de la libido es en consecuencia sólo posible, por lo pronto, en un camino especulativo; pero sería renunciar a todo lo ganado por medio de la observación psicoanalítica si, conforme a lo expuesto por C. G. Jung, se huyese del concepto mismo de la libido, haciéndola coincidir con la fuerza instintiva psíquica.

La separación de las emociones instintivas sexuales de las demás y, por tanto, la limitación de las primeras del concepto de la libido, encuentra fuerte apoyo en la hipótesis antes discutida de un quimismo especial de la función sexual.

(4) DIFERENCIACIÓN DE LOS SEXOS

Sabido es que hasta la pubertad no aparece una definida diferenciación entre el carácter masculino y el femenino, antítesis que influye más decisivamente que ninguna otra sobre el curso de la vida humana. Sin embargo, las disposiciones masculina y femenina resultan ya claramente reconocibles en la infancia. El desarrollo de los diques sexuales (pudor, repugnancia, compasión, etc.) aparece en las niñas más tempranamente y encontrando una resistencia menor que en los niños. Asimismo, es en las niñas mucho mayor la inclinación a la represión sexual, y cuando surgen en ellas instintos parciales de la sexualidad escogen con preferencia la forma pasiva. La actividad autoerótica de las zonas erógenas es en ambos sexos la misma, y por esta coincidencia falta en los años infantiles una diferenciación sexual tal y como aparece después de la pubertad. Con referencia a las

manifestaciones sexuales autoeróticas y masturbaciones pudiera decirse que la sexualidad de las niñas tiene un absoluto carácter masculino, y si fuera posible atribuir un contenido más preciso a los conceptos «masculino» y «femenino», se podría también sentar la afirmación de que la *libido es regularmente de naturaleza masculina, aparezca en el hombre o en la mujer e independientemente de su objeto, sea éste el hombre o la mujer*[966].

Desde que llegamos al conocimiento de la teoría de la bisexualidad consideramos este factor como el que aquí ha de darnos la pauta, y opinamos que sin tener en cuenta la bisexualidad no podrá llegarse a la inteligencia de las manifestaciones sexuales observables en el hombre y en la mujer.

Zonas directivas en el hombre y en la mujer. — Sentado esto, sólo añadiremos las siguientes observaciones: en la niña, la zona erógena directiva es el clítoris, localización homologa a la de la zona erógena directiva masculina en el glande. Todo lo que he podido investigar sobre la masturbación en las niñas se refería exclusivamente al clítoris y no a las otras partes de los genitales exteriores, importante para las funciones sexuales posteriores. Dudo que la niña, bajo la influencia de la seducción o de la corrupción, llegue a otra cosa que a la masturbación clitoridiana, y si esto sucede alguna vez, ello constituye una rara excepción. Las descargas espontáneas de la excitación sexual, tan frecuentes en las niñas, se manifiestan en contracciones del clítoris, y las frecuentes erecciones del mismo hacen posible a la niña el juzgar acertadamente y sin indicación alguna exterior las manifestaciones sexuales del sexo contrario, transfiriendo simplemente al sexo masculino las sensaciones de sus propios procesos sexuales.

Si se quiere comprender la evolución que convierte a la niña en mujer tiene que seguirse el camino recorrido por esta excitabilidad del clítoris. La pubertad, que produce en el niño aquel grave avance de la libido de que ya tratamos, se caracteriza en la niña por una nueva ola de represión que recae precisamente sobre la sexualidad clitoridiana. Lo que sucumbe a la represión es un trozo de vida sexual masculina. La fortificación de los obstáculos sexuales creada por esta represión de la pubertad en la mujer constituye después un estímulo más para la libido del hombre y obliga a la misma a

elevar sus rendimientos. Con el grado de la libido se eleva entonces también la sobrevaloración sexual, que recae con toda su fuerza en la mujer que se niega al hombre y rechaza su propia sexualidad. El clítoris conserva entonces el papel de cuando es excitado en el por fin consentido acto sexual, transmitir esta excitación a los órganos femeninos vecinos, así como una astilla de pino es utilizada para transmitir el fuego a la demás leña, más difícil de prender. Con frecuencia es necesario determinado tiempo para que llegue a verificarse por completo esta transferencia, y durante esta época la joven permanece totalmente anestésica. Esta anestesia puede ser duradera cuando la zona clitoridiana se niega a transmitir su excitabilidad, cosa que sucede cuando durante los años infantiles ha sido excesiva su actividad erógena. Conocido es que la anestesia en la mujer es, con frecuencia, sólo aparente y local. Son anestésicas en la entrada de la vagina, pero en ningún modo inexcitables en el clítoris y hasta en otras zonas. A estas causas erógenas de la anestesia se juntan después las psíquicas, igualmente determinadas por represión.

Cuando la transferencia de la excitabilidad erógena desde el clítoris a la entrada de la vagina queda establecida, ha cambiado la mujer la zona directiva de su posterior actividad sexual, mientras que el hombre conserva la suya sin cambio alguno desde la niñez. En este cambio de las zonas erógenas directivas, así como en el avance represivo de la pubertad que, echa a un lado la virilidad infantil, yacen las condiciones principales para la facilidad de adquisición de la neurosis por la mujer, especialmente de la histeria. Estas condiciones están ligadas, por tanto, íntimamente con la esencia de la femineidad[967].

(5) EL HALLAZGO DE OBJETO

Mientras que por los procesos de la pubertad queda fijada la primacía de las zonas erógenas, y la erección del miembro viril indica apremiantemente al sujeto el nuevo fin sexual, esto es, la penetración en una cavidad excitadora de la zona genital, tiene lugar en los dominios psíquicos el hallazgo de objeto, momento que se ha venido preparando desde la más temprana niñez. Cuando la primitiva satisfacción sexual estaba aún ligada con la absorción de

alimentos, el instinto sexual tenía en el pecho materno un objeto sexual exterior al cuerpo del niño. Este objeto sexual desaparece después, y quizá precisamente en la época en que fue posible para el niño construir la representación total de la persona a la cual pertenecía el órgano productor de satisfacción. El instinto sexual se hace en este momento autoerótico, hasta que, terminado el periodo de latencia, vuelve a formarse la relación primitiva. No sin gran fundamento ha llegado a ser la succión del niño del pecho de la madre modelo de toda relación erótica. El hallazgo de objeto no es realmente más que un retorno al pasado[968].

Objeto sexual de la época de lactancia. — De estas primeras y más importantes relaciones sexuales queda gran parte como resto, después de separada la actividad sexual, de la alimentación. Este resto prepara la elección del objeto; esto es, ayuda a volver a constituir la felicidad perdida. Durante todo el período de latencia aprende el niño a amar a las personas que satisfacen sus necesidades y le auxilian en su carencia de adaptación a la vida. Y aprende a amarlas conforme al modelo y como una continuación de sus relaciones de lactancia con la madre o la nodriza. Quizá no se quiera aceptar el hecho de que el tierno sentimiento y la estimación del niño hacia las personas que le cuidan haya de identificarse con el amor sexual; pero, en mi opinión, una investigación psicológica cuidadosa lijará siempre y sin dejar lugar a dudas esta identidad. La relación del niño con dichas personas es para él una inagotable fuente de excitación sexual y de satisfacción de las zonas erógenas. La madre, sobre todo, atiende al niño con sentimiento procedente de su propia vida sexual, y le acaricia, besa y mece tomándole claramente como sustitutivo de un completo objeto sexual[969].

La madre se horrorizaría probablemente al conocer esta explicación y ver que con su ternura despierta el instinto sexual de su hijo y prepara su posterior intensidad. Considera sus actos como manifestaciones de «puro» amor asexual, puesto que evita con todo cuidado excitar los genitales del niño más de los imprescindiblemente necesario al proceder a la higiene de su cuerpo. Pero el instinto sexual no es tan sólo despertado por excitaciones de la zona genital. Lo que llamamos ternura exteriorizará notablemente un día el efecto ejercido sobre las zonas erógenas. Si la madre comprendiera mejor la

alta significación del instinto para la total vida psíquica y para todas las funciones éticas y anímicas, no se haría ningún reproche aun cuando admitiera totalmente nuestra concepción. Enseñando a amar a su hijo, no hace más que cumplir uno de sus deberes. El niño tiene que llegar a ser un hombre completo, con necesidades sexuales enérgicas, y llevar a cabo durante su vida todo aquello a lo que el instinto impulsa al hombre. Un exceso de ternura materna quizá sea perjudicial para el niño por acelerar su madurez sexual, acostumbrarle mal y hacerle incapaz, en posteriores épocas de su vida, de renunciar temporalmente al amor o contentarse con una pequeña parte de él. Los niños que demuestran ser insaciables en su demanda de ternura materna presentan con ello uno de los más claros síntomas de futura nerviosidad. Por otra parte, los padres neurópatas son, en general, los más inclinados a una ternura sin medida, despertando así en sus hijos, antes qué nadie y por sus caricias, la disposición a posteriores enfermedades neuróticas. Vemos, pues, que los padres neuróticos disponen de un camino distinto de la herencia para legar a sus hijos su enfermedad.

Angustia infantil. — Los mismos niños se conducen desde sus años más tempranos como si su dependencia hacia las personas que los cuidan fuera de la naturaleza del amor sexual. La angustia de los niños no es, en un principio, más que una manifestación de que echan de menos la presencia de la persona querida. Así, experimentan miedo ante personas desconocidas y se asustan de la oscuridad porque en ella no ven a la persona amada, tranquilizándose cuando ésta les coge de la mano. Se exagera el efecto de los relatos terroríficos de las niñeras cuando se culpa a éstas de originar el miedo en los niños que tienen a su cuidado. Aquellos niños inclinados a terrores infantiles son precisamente los que pueden ser influidos por tales relatos, que no ejercen, en cambio, acción alguna sobre aquellos otros no predispuestos. Y precisamente al miedo no se inclinan más que los niños que poseen un instinto sexual exagerado, desarrollado prematuramente o devenido exigente por un exceso de mimo. El niño se conduce aquí como el adulto, transformando en angustia su libido cuando no logra satisfacerla, así como el adulto se conducirá completamente igual que el niño cuando por insatisfacción de su libido haya llegado a contraer la neurosis, pues

comenzará a angustiarse en cuanto esté solo; esto es, sin una persona de cuyo amor se crea seguro, e intentará hacer desaparecer este miedo por los procedimientos más infantiles[970].

Diques contra el incesto. — Cuando la ternura de los padres hacia el niño ha evitado felizmente desarrollar de una manera prematura el instinto sexual del mismo; esto es, despertarlo antes de alcanzadas las condiciones físicas de la pubertad, y despertarlo de tal manera, que la excitación anímica se abra paso hasta el sistema genital, puede acabar de cumplir su misión, dirigiendo a este niño en la edad de la madurez en la elección del objeto sexual. Lo más fácil para el niño será elegir, como objeto sexual, a aquellas mismas personas a las que ha amado y ama desde su niñez con una libido que podríamos calificar de mitigada[971]. Mas por la avanzada época en que tiene lugar la maduración sexual se ha llegado al momento en que es necesario alzar; al lado de otros diques sexuales, los que han de oponerse a la tendencia al incesto; esto es, inculcar al niño aquellos preceptos morales que excluyen de la elección de objeto a las personas queridas durante la niñez y a los parientes consanguíneos. El respeto de estos límites es, ante todo, una exigencia civilizadora de la sociedad, que tiene que defenderse de la concentración, en la familia, de intereses que le son necesarios para la constitución de unidades sociales más elevadas, y actúa, por tanto, en todos, y especialmente en el adolescente, para desatar o aflojar los lazos contraídos en la niñez con la familia[972].

La elección de objeto es llevada a cabo al principio tan sólo imaginativamente, pues la vida sexual de la juventud en maduración tiene apenas otro campo de acción que el de las fantasías; esto es, el de las representaciones no destinadas a convertirse en actos[973].

En estas fantasías resurgen en todos los hombres las tendencias infantiles, fortificadas ahora por la energía somática, y entre ellas, con frecuencia, y en primer lugar, la impulsión sexual del niño hacia sus padres, diferenciada, en la mayoría de los casos, por la atracción de los sexos; esto es, del hijo por la madre y de la hija por el padre[974]. Simultáneamente al vencimiento y repulsa de estas fantasías claramente incestuosas tiene lugar una de las reacciones psíquicas más importantes y también más dolorosas de la

pubertad: la liberación del individuo de la autoridad de sus padres, por medio de la cual queda creada la contradicción de la nueva generación con respecto a la antigua, tan importante para el progreso de la civilización. En todas las estaciones del proceso evolutivo por las que el sujeto debe pasar quedan fijos algunos individuos, y así hay personas que no han vencido nunca la autoridad de los padres y no han conseguido retirar de ellos por completo o en absoluto su ternura. Estos casos están constituidos en su mayoría por muchachas que para alegría de sus padres conservan después de la pubertad todo su amor infantil hacia ellos. Y es muy instructivo comprobar que tales muchachas repugnan en su ulterior vida matrimonial conceder a sus maridos lo que les es debido. Llegan a ser esposas frías y permanecen sexualmente anestésicas. Esto nos muestra que el amor hacia los padres, aparentemente asexual, y el amor sexual proceden de las mismas fuentes; esto es, que el primero no corresponde más que a una fijación infantil de la libido.

Cuanto más se acerca uno a las hondas perturbaciones del desarrollo psicosexual, más innegable aparece la importancia de la elección de objeto incestuoso. En los psiconeuróticos queda relegada a lo inconsciente, a consecuencia de la repulsa sexual, una gran parte o la totalidad de las actividades psicosexuales de la elección de objeto. Para las muchachas de una exagerada necesidad de ternura y un horror igualmente exagerado ante las exigencias reales de la vida sexual, llega a ser una tentación irresistible asegurarse, por una parte, la idea del amor asexual en su vida y esconder, por otra, su libido detrás de una ternura que puedan exteriorizar sin autorreproches, conservando así, durante toda la vida, su inclinación infantil hacia los padres o hermanos, que volvió a surgir en ellas al llegar a la pubertad. El psicoanálisis puede demostrar sin trabajo alguno a estas personas que están enamoradas, en el sentido corriente de la palabra, de sus parientes consanguíneos, investigando sus pensamientos inconscientes y atrayéndolos a su conciencia con la ayuda de los síntomas y de otras manifestaciones de la enfermedad. También en los casos en que una persona, primitivamente sana, ha enfermado después de una desgraciada experiencia erótica, puede verse claramente que el mecanismo de tal aparición de la enfermedad es el retorno de su libido a las personas que prefirió durante su infancia.

Influencia duradera de la elección infantil de objeto. — Tampoco aquellos que han evitado la fijación incestuosa de su libido puede decirse que han escapado por completo a la influencia de la misma. Un claro eco de esta fase evolutiva está constituido por el hecho de que, como suele ser muy frecuente, el primer amor del adolescente recaiga en una mujer ya madura, así como el de la muchacha en un hombre entrado en años y revestido de autoridad, o sea, en uno y otro sexo, personas que para el sujeto presentan analogía con la madre o el padre, respectivamente[975]. La elección de objeto se verifica siempre más o menos libremente conforme a este patrón. Ante todo, busca el hombre, en su objeto sexual, la semejanza con aquella imagen de su madre que, en su más temprana edad, quedó impresa en su memoria. Aquellos casos en los que la madre, viva aún, ve con hostilidad la elección de objeto realizada por su hijo, constituyen una afirmación de nuestra hipótesis. Dada esta importancia de las relaciones infantiles con los padres para la posterior elección del objeto sexual, es fácil comprender que cada perturbación de estas relaciones infantiles origine después los más graves resultados para la vida sexual posterior a la pubertad. Los celos del amante no carecen tampoco nunca de una raíz infantil o, por lo menos, de algo infantil que eleva su intensidad. Las diferencias entre los mismos padres, los matrimonios desgraciados, producen en los hijos la más grave predisposición a un desarrollo sexual perturbado o a la adquisición de enfermedades neuróticas.

La inclinación infantil hacia los padres es quizá el más importante, pero no el único de los sentimientos, que, renovados en la pubertad, marcan después el camino a la elección de objeto. Otros factores del mismo origen permiten al hombre, siempre en relación con su infancia, desarrollar más de una única serie sexual y exigir muy diferentes condiciones para la elección de objeto[976].

Prevención de la inversión. — Uno de los requisitos de la elección normal de objeto es el de recaer precisamente en el sexo contrario. Como hemos visto, no llega a efectuarse así sin alguna vacilación. Los primeros sentimientos subsiguientes a la pubertad aparecen —sin que ello constituya

una falta duradera— como totalmente erróneos. Dessoir ha llamado muy justificadamente la atención sobre la exagerada inclinación que aparece regularmente entre los adolescentes por sus compañeros del mismo sexo. El poder más importante entre los que se oponen a una inversión duradera del objeto sexual es, ciertamente, la atracción que manifiestan los caracteres sexuales opuestos, unos por otros. La explicación de este fenómeno no encuentra lugar apropiado dentro de nuestro estudio[977]; pero sí haremos constar que tal atracción no alcanza por sí sola a excluir totalmente la inversión, siendo necesario que aparezcan otros factores auxiliares. Ante todo, el obstáculo autoritario de la sociedad. En aquellos países en que la inversión no es considerada como un delito, puede verse que corresponde por completo a la inclinación sexual de un considerable número de individuos. Además, debe aceptarse, con respecto al hombre, el hecho de que los recuerdos infantiles de las ternuras de la madre y de otras personas femeninas ayudan enérgicamente a dirigir su elección hacia la mujer y por otro lado, la restricción de las actividades sexuales tempranamente experimentada por parte del padre y la posición de competividad con respecto a él desvían al sujeto de las personas de su mismo sexo.

Ambos factores son valederos también con respecto a la muchacha, cuya actividad sexual se halla bajo la guarda especial de la madre. De esta manera se constituye una relación hostil con respecto al propio sexo, que influye decisivamente en la elección de objeto, orientándola hacia lo normal. La educación del niño por personas masculinas (en la antigüedad los esclavos) parece favorecer la homosexualidad. En la aristocracia contemporánea, la frecuencia de la inversión se hace comprensible por el empleo de servidumbre masculina y por la escasez de cuidados personales de que la madre hace objeto a sus hijos. En algunos histéricos ha podido demostrarse que la temprana desaparición de uno de los padres, por muerte o divorcio, motivando la acumulación de todo el amor del niño en la persona restante, fue la condición para el sexo de la persona elegida después como objeto sexual, haciendo posible así la inversión duradera.

SÍNTESIS

HA llegado el momento de intentar resumir lo que he dicho. Partíamos desde las aberraciones del instinto sexual con relación a sus objetos y de sus fines y nos hallábamos frente al problema de si dichas aberraciones nacen de una disposición innata o son adquiridas a resultas de influencias de la vida. La solución de este problema nos fue dada por el conocimiento de las características del instinto sexual de los psiconeuróticos; esto es, de un numeroso grupo de hombres no muy apartados de los sanos. Este conocimiento lo adquirimos por medio del psicoanálisis, y hallamos que en tales personas pueden revelarse las tendencias a todas las perversiones como poderes inconscientes, que actúan en calidad de generadores de síntomas. Pudimos, pues, decir que la neurosis era el negativo de la perversión. Ante la gran difusión de las tendencias perversas se nos impuso la hipótesis de que la disposición a las perversiones era norma primitiva y general del instinto sexual humano, partiendo de la cual se desarrollaba la conducta normal sexual a consecuencia de transformaciones orgánicas y de inhibiciones psíquicas, aparecidas en el curso de la maduración. La disposición primitiva esperábamos poder hallarla en la infancia, y entre los poderes limitadores de la dirección del instinto sexual hicimos resaltar el pudor, la repugnancia, la compasión y las construcciones sociales de la moral y de la autoridad. De este modo, tuvimos que considerar en cada una de las aberraciones de la vida sexual normal algo de obstrucción del desarrollo y algo de infantilismo. Hicimos resaltar la importancia de las variantes de la disposición primitiva y aceptamos, entre ellas y las influencias de la vida, una relación cooperativa y no antitética. Por otro lado, nos aparecía el instinto sexual mismo, dado que la disposición primitiva tenía que ser compleja, como algo compuesto de muchos factores, que en las perversiones se separaban unos de otros. Las perversiones se demostraron así, por un lado, como inhibiciones y, por otro, como disociaciones del desarrollo normal, uniéndose ambas concepciones en la hipótesis de que el instinto sexual del adulto quedaba originado por la reunión de muy diversos impulsos de la vida infantil, en una unidad, en una tendencia, orientada hacia un solo y único fin.

Añadimos todavía una explicación del predominio de las inclinaciones

perversas en los psiconeuróticos, reconociéndolo como un llenamiento colateral de canales accesorios por un desplazamiento del lecho de la corriente principal, originado por represión, y nos volvimos entonces hacia el examen de la vida sexual en la infancia[978]. Encontramos muy de lamentar que se negara a la infancia el instinto sexual, considerándose las manifestaciones sexuales infantiles, tan frecuentemente observables, como fenómenos excepcionales. Nos parecía más bien que el niño trae consigo al mundo gérmenes de actividad sexual, y que ya en la absorción de alimentos goza accesoriamente de una satisfacción sexual, la cual intenta luego renovar de continuo con la conocidísima actividad de la succión. La actividad sexual del niño no se desarrolla paralelamente a sus otras funciones, sino que después de un corto período de florecimiento, que se extiende desde el segundo al quinto año, entra en el llamado período de latencia. En el mismo no cesa de ningún modo la producción de la excitación sexual, sino que ésta sufre únicamente una detención, produciendo un acopio de energía, utilizado, en su mayor parte, para fines distintos de los sexuales; esto es, por un lado, para la cesión de componentes sexuales destinados a formar sentimientos sociales, y por otro, mediante la represión y la formación de reacciones, para la construcción de los posteriores diques sexuales. Así, pues, los poderes destinados a conservar en un determinado camino el instinto sexual son construidos en la infancia a costa de impulsos, en su mayor parte perversos, y con el auxilio de la educación. Otra parte de las emociones sexuales infantiles escapa a esta utilización, y puede exteriorizarse como una actividad sexual. Vimos después que la excitación sexual del niño proviene de muy diversas fuentes. Ante todo, se produciría una satisfacción por la excitación apropiada de las llamadas zonas erógenas, pudiendo funcionar como tales cada una de las partes de la piel y cada órgano de los sentidos —en realidad, todos y cada uno de los órganos—, mientras que existen determinadas zonas erógenas especiales, cuya excitación queda asegurada desde un principio por ciertos mecanismos orgánicos. Origínase, además, una excitación sexual, como producto accesorio, en una amplia serie de procesos orgánicos, en cuanto éstos alcanzan una determinada intensidad, y especialmente en todas las emociones intensas, aunque presenten un carácter penoso. Las excitaciones surgidas de todas estas fuentes no actuarían todavía conjuntamente, sino que

cada una perseguiría su fin especial, limitado exclusivamente a la consecución de un determinado placer. Por consiguiente, en la niñez el instinto sexual no está unificado e inicialmente no tiene objeto, es decir es autoerótico.

Aun durante los años infantiles comenzaría a hacerse notar la zona erógena genital, produciendo, como toda otra zona erógena, una satisfacción ante una estimulación sensible apropiada u originándose de una manera no del todo comprensible, y simultáneamente a la satisfacción procedente de otras fuentes, una excitación sexual, relacionada especialmente con la zona genital. Hemos tenido que lamentar no poder alcanzar una explicación suficiente de las relaciones entre la satisfacción sexual y la excitación sexual, así como entre la actividad de la zona genital y la de las restantes fuentes de la sexualidad.

Por el estudio de las perturbaciones neuróticas hemos observado que la vida sexual infantil presenta desde un principio indicios de una organización de los componentes instintivos sexuales. En una primera fase, muy temprana, se halla en primer término el erotismo oral. Una segunda de estas organizaciones «progenitales» está caracterizada por el predominio del *sadismo* y del *erotismo anal*, y únicamente en una tercera fase es codeterminada la vida sexual por la participación de las zonas genitales propiamente dichas, desarrollándose en los niños solamente hasta alcanzar la primacía del falo. [Adición de 1924.]

Hemos fijado después como uno de los resultados más sorprendentes de nuestra investigación el de que este primer florecimiento de la vida sexual infantil, entre los dos y los cinco años, muestra también una elección de objeto, con todas sus reacciones anímicas; de manera que la fase correspondiente, a pesar de la defectuosa síntesis de los componentes sexuales y de la inseguridad del fin sexual, debe estimarse como antecedente muy importante de la posterior organización sexual definitiva.

La división de dos períodos del desarrollo sexual del hombre, esto es, la interrupción de este desarrollo por la época de la latencia, nos parece digna de una especial atención, pues creemos que contiene una de las condiciones de la evolución del hombre hacia una civilización, pero también de su predisposición a las neurosis. En los animales más próximos al hombre no ha

podido demostrarse, que yo sepa, nada análogo. La derivación del origen de esta cualidad humana habrá de buscarse en la historia primitiva del género humano.

No podemos decir qué cantidad de manifestaciones sexuales debe considerarse como normal y no perjudicial a un posterior desarrollo de la infancia. El carácter de las manifestaciones sexuales se manifiesta predominante como masturbación, y por experiencia admitimos, además, que las influencias exteriores, la seducción o corrupción pueden hacer surgir interrupciones temporales del período de latencia y hasta traer consigo la total cesación del mismo, produciéndose el resultado de conservar en el niño un instinto sexual polimórficamente perverso. Vemos, asimismo, que esta prematura actividad sexual del niño influye sobre su educabilidad.

A pesar de lo fragmentario de nuestros conocimientos de la vida sexual infantil, tuvimos que intentar estudiar las transformaciones motivadas en ella por la aparición de la pubertad. Como las más importantes, escogimos dos: la subordinación de todos los orígenes de excitación sexual bajo la primacía de las zonas genitales y el proceso del hallazgo de objeto. Ambas han quedado ya predeterminadas en la infancia. La subordinación de las excitaciones sexuales se realiza por medio de un mecanismo, que utiliza el placer preliminar; de modo que los actos sexuales productores de placer y excitación, independientes hasta entonces unos de otros, se convierten en actos preparatorios del nuevo fin sexual —la descarga de los productos genitales—, cuya consecución, acompañada de intenso placer, pone fin a la excitación sexual. Hubimos de tener en cuenta, al ocuparnos de esta cuestión, la diferenciación del ser sexual en hombre y mujer, y encontrándonos que para la maduración femenina es necesaria una nueva represión, que hace desaparecer una parte de virilidad infantil y prepara a la mujer para el cambio de la zona genital directiva. Por último, encontramos dirigida la elección de objeto por la inclinación infantil del sujeto, renovada en la pubertad, hacia sus padres o guardadores, y orientada por la barrera, puesta durante esta época, al incesto, hacia otras personas análogas a éstas, pero distintas de ellas. Añadamos, por último, que durante el período de transición de la pubertad marchan inconexos, pero unos junto a otros, los procesos evolutivos somáticos y psíquicos, hasta que con la aparición de una intensa emoción

erótica psíquica, que produce la inervación de los genitales, queda constituida la unidad de la función erótica, normalmente necesaria.

Factores perturbadores del desarrollo. — Cada etapa de este largo período evolutivo puede convertirse en un punto de fijación, y cada junta de esta síntesis tan complicada, en motivo de disociación del instinto sexual, como ya hemos visto en el examen de diferentes ejemplos. Quédanos sólo llevar a cabo un ligero examen de los diversos factores, internos y externos, perturbadores del desarrollo, y ver qué punto del mecanismo es atacado por la perturbación de ellos emanada. Estos factores, que expondremos seguidamente, no son, ni mucho menos, de un igual valor, y debemos estar preparados a las dificultades que surgirán al tratar de dar a cada uno de ellos la valoración correspondiente.

Constitución y herencia. — En primer lugar debemos citar aquí la innata *diversidad de la constitución sexual*, factor el más importante; pero que, como puede comprenderse, sólo es deducible de sus manifestaciones posteriores, y no siempre con seguridad. Bajo el concepto de diversidad innata de la constitución sexual nos representamos un predominio de esta o aquella fuente de excitación sexual y creemos que tal diversidad de las disposiciones tiene que exteriorizarse en el último resultado, aunque éste consiga mantenerse dentro de los límites de lo normal. Cierto es que pueden sospecharse variaciones tales de la disposición original que necesariamente y sin ayuda ninguna conduzcan al desarrollo de una vida sexual anormal. Estas variaciones pueden denominarse *degenerativas*, y considerarse como manifestaciones de una degeneración heredada. Con respecto a esto debo hacer constar un hecho singular. En más de la mitad de los casos graves de histeria, neurosis obsesiva, etc., sometidos por mí a la Psicoterapia, he logrado hallar la prueba de que uno de los progenitores del sujeto había padecido antes del matrimonio una infección sifilítica; dato que me ha sido proporcionado ya por confesarme el sujeto que uno de sus ascendientes había padecido o padecía una tabes o una parálisis progresiva, ya de otro modo cualquiera en el curso de la anamnesis. Hago constar especialmente que los niños enfermos de neurosis por mí tratados no presentaban signo físico

alguno de sífilis hereditaria; de manera que la constitución sexual anormal podía considerarse en ellos como la última ramificación de la herencia luética. De este modo, hallándome lejos de considerar como condición etiológica regular o indispensable para la constitución neuropática la sífilis de los progenitores, tengo de todas maneras que reconocer como muy importantes, y no sólo debidas a la casualidad, las coincidencias por mí observadas.

Las circunstancias hereditarias de los perversos positivos son menos conocidas, pues estos sujetos saben eludir la investigación. Está, sin embargo, justificado el aceptar que a las perversiones puede aplicarse algo análogo a lo que aplicamos a la neurosis. Con frecuencia encontramos la perversión y la psiconeurosis en la misma familia, y distribuidas de tal manera con respecto a los sexos, que los miembros masculinos o uno de ellos son perversos positivos, y, en cambio, los femeninos, correlativamente a la tendencia de su sexo a la represión, son perversos negativos o histéricos, cosa que constituye una buena prueba de las relaciones esenciales halladas por nosotros entre ambas perturbaciones.

Elaboración ulterior. — No puede, sin embargo, afirmarse que con la agregación de los diversos componentes de la constitución sexual quede inequívocamente determinado el carácter de la vida sexual. La condicionalidad continúa y aparecen otras posibilidades, según el destino que corresponda a las diversas agregaciones de sexualidad, procedentes de cada una de las fuentes. Esta elaboración posterior es claramente el factor decisivo, mientras que una misma constitución puede conducir a tres resultados distintos:

a) Cuando todos los componentes se conservan en la interrelación aceptada como anormal y se fortifican con la maduración, el resultado final no puede ser más que una vida sexual perversa. El análisis de tales disposiciones constitucionales anormales no ha sido llevado a cabo seriamente todavía, pero conocemos ya casos que encuentran fácilmente su explicación en esta hipótesis. Ciertos autores opinan, por ejemplo, que toda una serie de perversiones por fijación tiene como condición necesaria una debilidad innata del instinto sexual. En esta forma me parece inaceptable tal

concepción, que se convierte, en cambio, en una hipótesis muy significativa cuando se refiere no a una debilidad innata del instinto sexual, sino a una debilidad constitucional de uno de los factores del mismo; esto es, de la zona genital, a la cual ha de corresponder más tarde la función de coordinar todas estas actividades sexuales aisladas a los fines de la procreación. Esta síntesis exigida en la pubertad tiene que fracasar en estos casos, y los más fuertes entre los demás componentes de la sexualidad conseguirán exteriorizarse como perversiones[979].

Represión. — *b)* Otro resultado final aparece cuando en el curso del desarrollo experimentan el proceso de represión algunos de los componentes de excesiva energía, debiendo tenerse en cuenta que este proceso de represión no corresponde por completo a una desaparición total de los elementos reprimidos. Los impulsos que sucumben a este proceso originándose; pero que un obstáculo psíquico les impide llegar hasta su fin, rechazándolos hacia otros caminos, hasta que logran manifestarse en calidad de síntomas. El resultado puede ser una vida sexual aproximadamente normal —en general muy limitada—, pero que se completa por la enfermedad psiconeurótica. Precisamente estos casos nos han llegado a ser muy conocidos por la investigación psicoanalítica de los neuróticos. La vida sexual de tales personas ha empezado como la de los perversos, y una gran parte de su infancia está llena de actividades sexuales perversas que en ocasiones se extienden hasta llenar un gran período de la época de madurez. Posteriormente, y por causas internas (en la mayoría de los casos antes de la pubertad, pero en algunos bastante tiempo después), tiene lugar una transformación represiva, y desde este momento en el lugar de la perversión aparece la neurosis, sin que por esto desaparezcan los antiguos sentimientos. Esto nos recuerda el refrán «Joven prostituta, vieja beata». Pero lo que sucede es que la juventud ha sido aquí excesivamente corta. Tal solución de la perversión por la neurosis, en la vida de la misma persona, así como la distribución antes indicada de perversión y neurosis en diversas personas de la misma familia, debe considerarse relacionada con nuestro conocimiento de que la neurosis es el negativo de la perversión.

Sublimación. — *c)* El tercer desenlace a que puede llegar una disposición anormal se hace posible por el proceso de la *sublimación*, en el cual es proporcionada una derivación y una utilización, en campos distintos, a las excitaciones de energía excesiva, procedentes de las diversas fuentes de la sexualidad; de manera que de la peligrosa disposición surge una elevación de la capacidad de rendimiento psíquico.

Hállase aquí, por supuesto, una de las fuentes de la actividad artística, y según que tal sublimación sea completa o incompleta, el análisis del carácter de personas de alta intelectualidad, y en especial de las que poseen aptitudes artísticas, revelará con mayor o menor precisión esta relación mixta entre la capacidad de rendimiento, la perversión y la neurosis. Una especie de sublimación es también el dominio de los impulsos sexuales por medio de las *formaciones reactivas*, que tiene lugar al comienzo del período de latencia infantil y continúa durante toda la vida en los casos favorables. Lo que llamamos el «carácter» de un hombre está construido en gran parte con un material de excitaciones sexuales, y se compone de los instintos fijados desde la niñez, de construcciones dadas por sublimación y de aquellas construcciones destinadas al sometimiento efectivo de los impulsos perversos y reconocidos como inutilizables[980].

Así, pues, la disposición sexual general perversa de la infancia puede considerarse como la fuente de toda una serie de nuestras virtudes, en cuanto da motivo a la creación de las mismas por la formación reactiva[981].

Sucesos accidentales. — Enfrente de los procesos de represión y sublimación, cuyas condiciones internas nos son totalmente desconocidas, muestran menos significado e importancia todas las demás influencias. Aquel que considere la represión y la sublimación como partes integrantes de la disposición constitucional y exteriorizaciones de la misma, podrá afirmar, desde luego, que la constitución definitiva de la vida sexual es, ante todo, el resultado de la constitución innata. Pero no se puede negar que en tal acción conjunta de factores puede también haber lugar para la influencia modificante de los sucesos vividos accidentalmente en la infancia y en las épocas posteriores a ella. No es fácil valorar la acción de los factores

constitucionales y accidentales en su recíproca relación. En teoría existe una inclinación a exagerar la valoración de los primeros. La práctica terapéutica hace resaltar, en cambio, la importancia de los últimos. No deberá nunca olvidarse que entre unos y otros existe siempre una relación de cooperación y no de exclusión. El factor constitucional debe esperar sucesos que le hagan entrar en acción, y el factor accidental necesita apoyarse en el constitucional para comenzar a actuar. En la mayoría de los casos debemos representarnos una serie de combinaciones «complementarias», en la cual la intensidad que se debilita en uno de los factores es equilibrada por la del otro, que aumenta en grado proporcional. Pero no tiene objeto ninguno negar la existencia de casos extremos en los puntos finales de la serie.

Conforme a la investigación psicoanalítica, debe atribuirse a los sucesos de la primera infancia un puesto principal entre los factores accidentales. Una de las series etiológicas se divide entonces en dos, que pueden denominarse, respectivamente, *serie dispositional* y *serie definitiva*. En la primera actúan la constitución y los sucesos accidentales de la misma manera conjunta que en la segunda la disposición y los posteriores sucesos traumáticos. Todos los factores perjudiciales para el desarrollo sexual exteriorizan su acción haciendo surgir una *regresión*: esto es, un retorno a una fase evolutiva anterior.

Continuaremos aquí nuestra labor de exponer los factores que hemos llegado a conocer como más influyentes en el desarrollo sexual, sea que representen poderes efectivos o simplemente manifestaciones de los mismos.

Madurez precoz. — Uno de tales factores es la precocidad sexual espontánea, que se revela invariablemente en la etiología de las neurosis, aunque, como todos los demás factores, no alcance tampoco por sí solo a constituir causa suficiente del proceso patológico. Se manifiesta en una interrupción, una abreviación o una supresión del período de latencia infantil, y ocasiona perturbaciones, provocando manifestaciones sexuales que, dado el débil desarrollo de las inhibiciones sexuales y el escaso desarrollo del sistema genital, no pueden presentar otro carácter que el de perversiones. Estas tendencias a la perversión pueden conservarse como tales, o devenir, tras de

la aparición de represiones, fuerzas originantes de síntomas neuróticos. En todo caso, la temprana madurez sexual dificulta el dominio posterior del instinto sexual por las instancias psíquicas superiores y eleva el carácter obsesivo, inherente ya a las representaciones psíquicas del instinto.

La madurez sexual temprana aparece con frecuencia paralelamente a un desarrollo intelectual prematuro; circunstancias ambas que se encuentran unidas en la historia infantil de los individuos más eminentes, pareciendo, por tanto, no actuar tan patógenamente cuando aparecen juntas como cuando sólo tienen lugar la precoz maduración sexual.

Factores temporales. —También el factor tiempo reclama particular atención. La filogénesis parece haber fijado el orden en que han de ser activadas las diferentes tendencias y la duración de sus actividades hasta ser sustituidas por otras nuevas o sucumbir a una represión. Sin embargo, tanto en la sucesión como en la duración de estas tendencias existen variantes susceptibles de ejercer una influencia decisiva sobre el resultado final. No puede ser indiferente que una determinada corriente surja antes o después de la corriente antagónica correspondiente, pues los efectos de una represión no pueden ya anularse. La alteración del orden temporal en la síntesis de los componentes del instinto sexual se reflejará en una modificación del resultado. Por otra parte, el curso de aquellas tendencias que surgen con cierta intensidad puede ser de una rapidez sorprendente. Así sucede, por ejemplo, con la tendencia heterosexual de los futuros homosexuales manifiestos. Las tendencias infantiles, por muy violentas que parezcan, no justifican el temor de que puedan dominar duraderamente el carácter del adulto, y debe esperarse su desaparición y sustitución por sus contrarias ‘Gestrenge Herren regieren nicht lange’ [«los tiranos suelen reinar poco tiempo»].

No podemos ni siquiera indicar de qué pueden depender tales perturbaciones temporales de los procesos evolutivos. Se abre aquí una visión sobre una falange de problemas biológicos y quizá históricos, a los que no nos hemos acercado aún lo suficiente para comenzar un combate.

Adherencia de las impresiones precoces. — La importancia de todas las manifestaciones sexuales precoces es acrecentada por la existencia de un

factor psíquico de origen desconocido en el que no podemos ver por ahora más que un concepto psicológico provisional. Se trata de la *adherencia* o *fijación* prolongada de estas tempranas impresiones sexuales en los futuros neuróticos o perversos, pues en los demás individuos no llegan a ejercer una influencia suficiente para forzarlos obsesivamente a buscar su repetición y determinar para toda la vida la dirección de su instinto sexual. La explicación de esta adherencia estaría quizá en otro hecho psicológico, del que no es posible prescindir en la etiología de las neurosis. Nos referimos al predominio de las huellas mnémicas sobre las impresiones recientes. Este hecho psicológico depende, desde luego, del grado de desarrollo intelectual, y su importancia aumenta en razón directa de la cultura personal del sujeto. Inversamente, se dice que los salvajes son los «desdichados hijos del momento[982]». A causa de la relación antagónica existente entre la civilización y el libre desarrollo de la sexualidad, relación cuyas consecuencias podemos perseguir hasta estratos muy profundos de la conformación de nuestra vida, la forma en que se haya desarrollado la vida sexual del niño entrañará máxima importancia para su existencia ulterior en las civilizaciones y capas sociales superiores, y será indiferente en las más bajas.

Fijación. — Los citados factores psíquicos influyen tan sólo sobre las excitaciones accidentales experimentadas por la sexualidad infantil. Tales excitaciones, y en primer lugar la seducción por otros niños o por adultos, aportan el material, que con ayuda de dichos factores puede quedar fijado en una perturbación duradera. Una buena parte de las desviaciones posteriores observables de la vida sexual normal ha sido fijada desde el principio en los perversos y en los neuróticos por impresiones del período infantil, aparentemente libre de toda sexualidad.

En la causación intervienen la constitución, la madurez temprana, la intensidad de la adherencia y la casual excitación del instinto sexual por influencias exteriores.

El resultado, poco satisfactorio, de estas investigaciones sobre las perturbaciones de la vida sexual se debe a nuestra ignorancia de los procesos biológicos, que constituyen la esencia de la sexualidad, no siéndonos posible

construir con los escasos datos que poseemos una teoría capaz de explicar suficientemente los caracteres, tanto normales como patológicos, de la actividad sexual.

XXVII

MIS OPINIONES ACERCA DEL ROL DE LA SEXUALIDAD EN LA ETIOLOGÍA DE LA NEUROSIS[983]

1905 [1906]

A mi juicio, el mejor camino para llegar a la comprensión de mi teoría sobre la significación de la sexualidad en la etiología de las neurosis es seguir paso a paso su desarrollo. No he de negar, en efecto, que dicha teoría ha pasado por una amplia evolución, modificándose en su trayectoria. En esta confesión podrán ver mis colegas una garantía de que mis afirmaciones son la resultante de una continuada serie de experiencias y no el fruto de una especulación, el cual puede, por el contrario, surgir de una sola vez en forma ya definitiva e invariable.

Mi teoría se refería en un principio tan sólo a aquellos cuadros patológicos concretados generalmente bajo el nombre de «neurastenia», entre los cuales atrajeron predominantemente mi atención dos tipos determinados, que en ocasiones aparecían también en forma pura y cuya descripción llevé a cabo diferenciándolos con los nombres de *neurastenia propiamente dicha y «neurosis» de angustia*. Se aceptaba en general que en la causación de tales formas patológicas podían intervenir factores sexuales; pero no había llegado a comprobarse su actuación regular, ni se pensaba siquiera en concederles algún predominio sobre las demás influencias etiológicas. Por lo que a mí respecta, me sorprendió desde un principio la frecuente existencia de graves

perturbaciones en la vida sexual de los nerviosos. Conforme fui avanzando en la labor de buscar tales perturbaciones, guiado por la idea de que los hombres ocultan siempre la verdad en lo que a la sexualidad se refiere, y según fui adquiriendo mayor destreza en la prosecución de esta labor investigadora, no obstante la negativa inicial de los pacientes, fue haciéndose más constante el descubrimiento de tales factores sexuales etiológicos, hasta convencerme casi de su generalidad. Dada la extrema coerción que en este orden de cosas ejercen sobre el individuo las normas sociales, la frecuencia de semejantes irregularidades sexuales era de antemano sospechable, y sólo faltaba por precisar qué medida había de alcanzar la anormalidad sexual para poder ser considerada como causa de enfermedad. Había, pues, de conceder al descubrimiento regular de dichas desviaciones sexuales menor valor que a otra circunstancia que me pareció mucho más unívoca. Resultó, en efecto, que la forma de la enfermedad —neurastenia o neurosis de angustia— aparecía en relación constante con el orden de la anormalidad sexual descubierta. Los casos típicos de neurastenia tenían en general como precedente la masturbación habitual o continuadas poluciones espontáneas, y en los de neurosis de angustia se revelaban factores tales como el coito interrumpido, «excitación frustrada» y otros semejantes, en todos los cuales podía apreciarse, como carácter común, una descarga insuficiente de la libido generada. Sólo después de este descubrimiento, nada difícil y constantemente comprobable, me decidí a demandar para las influencias sexuales un lugar preferente en la etiología de las neurosis. A ello se añadió luego que en las frecuentísimas formas mixtas de neurastenia y neurosis de angustia comprobamos también una combinación de las etiologías supuestas para dichas formas patológicas, pareciendo, además, que tal dualidad de las formas neuróticas armonizaba muy bien con el carácter polar de la sexualidad (masculino y femenino).

En esta misma época en que comencé a atribuir a la sexualidad una intervención en la génesis de las neurosis simples, sostenía con respecto a las psiconeurosis (histeria y neurosis obsesiva) una teoría puramente psicológica, que no concedía al factor sexual importancia mayor que a las demás fuentes emotivas. En unión del doctor J. Breuer, y continuando ciertas observaciones por él realizadas diez años atrás en una enferma de histeria, había estudiado,

por medio de evocación de los recuerdos del paciente durante la hipnosis, el mecanismo de la génesis de los síntomas histéricos, deduciendo conclusiones que permitían tender un puente entre la histeria traumática de Charcot y la histeria común no traumática. Llegamos así a la teoría de que los síntomas histéricos son efectos perdurables de traumas psíquicos, cuya carga de afecto quedó excluida por determinadas circunstancias de una elaboración consciente, habiendo tenido que abrirse paso, en consecuencia, por un camino anormal conducente a la inervación somática. Los términos «afecto coartado», «conversión» y «derivación reactiva» sintetizan lo más característico de esta teoría.

Las relaciones de las psiconeurosis con las neurosis simples, tan estrechas que el diagnóstico diferencial no es siempre fácil para el médico poco experimentado, hacían prever que lo descubierto en uno de tales sectores se diera también en el otro. Pero, además, la investigación del mecanismo psíquico de los síntomas histéricos nos condujo a idénticos resultados. En efecto: al investigar por medio del método catártico, obra de Breuer y mía, los traumas psíquicos de los que se derivan los síntomas histéricos, llegamos, en último término, a sucesos de orden sexual vividos por el enfermo en edad infantil, y esto aun en aquellos casos en los que la explosión de la enfermedad aparecía provocada por una emoción trivial de carácter no sexual. Sin tener en cuenta tales traumas sexuales infantiles resultaba imposible explicar los síntomas, llegar a la inteligencia de su determinación y prevenir su retorno. De este modo quedó ya indudablemente fijada la singular importancia de los sucesos sexuales en la etiología de las psiconeurosis, hecho que continúa constituyendo una de las bases fundamentales de nuestra teoría.

Esta teoría podrá parecer extraña si nos limitamos a formularla diciendo que la causa de la neurosis histérica, prolongada a través de toda una vida, reposa en las experiencias sexuales, insignificantes casi siempre en sí, vividas por el sujeto en su temprana infancia. Pero si atendemos a su evolución histórica y concretamos su contenido esencial en el principio de que la histeria es la expresión de una conducta especial de la función sexual del individuo, determinada y regulada por las primeras influencias y experiencias sexuales infantiles, nuestras afirmaciones perderán todo carácter paradójico y pasarán a constituir un poderoso motivo para orientar la atención científica

hacia los efectos ulteriores de las impresiones infantiles, tan importantes como desatendidos hasta ahora.

Reservando para más adelante la cuestión de si las experiencias sexuales infantiles pueden ser consideradas como causa etiológica de la histeria (y de la neurosis obsesiva), volveremos a la descripción de nuestra teoría tal y como hubimos de presentarla en algunos breves trabajos provisionales, publicados en los años de 1895 y 1896. La acentuación de los factores etiológicos supuestos permitía por entonces oponer las neurosis comunes, como enfermedades con etiología actual, a las psiconeurosis, cuya etiología había de ser buscada predominantemente en las experiencias sexuales de la temprana infancia. La teoría culminaba en el principio siguiente: dada una vida sexual normal es imposible una neurosis.

Aunque las afirmaciones que preceden continúan pareciéndome, en el fondo, exactas, no extrañará que en diez años de ininterrumpida labor se haya hecho más preciso y profundo mi conocimiento de la cuestión, siéndome hoy posible corregir los defectos de que al principio adoleció mi teoría.

El material por entonces reunido, escaso aún, integraba casualmente un número desproporcionado de casos en cuya historia infantil desempeñaba el papel principal la iniciación sexual del sujeto por individuos adultos o por otros niños de más edad, circunstancia que me sugirió una idea exagerada de la frecuencia de tales sucesos, tanto más cuanto que por aquella época no había llegado aún a poder distinguir con seguridad los falsos recuerdos infantiles de los histéricos, de las huellas dejadas en su memoria por sucesos realmente acaecidos. De entonces acá he aprendido a ver en algunas de aquellas fantasías mnémicas de iniciación sexual tentativas de defensa contra el recuerdo de la propia actividad sexual (masturbación infantil), habiendo debido abandonar, en consecuencia, la acentuación del elemento «traumático» en las experiencias infantiles para retener tan sólo el hecho de que la actividad sexual infantil (espontánea o provocada) marca decisivamente la dirección de la vida sexual ulterior al adulto. Esta aclaración, que vino a rectificar el más importante de mis errores iniciales, debía modificar también mi concepción del mecanismo de los síntomas histéricos, los cuales no se me aparecieron ya como derivaciones directas de los recuerdos reprimidos de experiencias sexuales infantiles, pues entre ellos

y las impresiones infantiles vinieron ahora a interpolarse las fantasías mnémicas de los enfermos (recuerdos imaginarios, fantaseados por lo general en los años de la pubertad), fantasías éstas que, por un lado, aparecían construidas sobre la base y con los materiales de los recuerdos infantiles y se convertían, por otro, en síntomas. Esta introducción de las fantasías histéricas nos descubrió ya la contextura de las neurosis y su relación con la vida del enfermo, revelándosenos al mismo tiempo una sorprendente analogía entre tales fantasías y aquellas que se hacen conscientes en los delirios de los paranoicos[984].

Después de esta rectificación, los «traumas sexuales infantiles» quedaron, en cierto modo, sustituidos por el «infantilismo de la sexualidad». No se hizo esperar una segunda modificación de la teoría primitiva. Con la supuesta frecuencia de la iniciación sexual en época infantil cayó también por tierra la importancia predominante de la gran influencia *accidental* de la sexualidad, a la cual me inclinaba yo a atribuir el papel principal en la causación de la enfermedad, aunque sin negar la intervención de factores constitucionales y hereditarios. Había llegado incluso a concebir esperanzas de resolver el problema de la elección de neurosis descubriendo una relación constante entre los detalles de las experiencias sexuales infantiles del enfermo y la forma de su psiconeurosis ulterior, y opinaba —si bien con ciertas reservas— que una conducta pasiva en tales sucesos generaba la disposición a la histeria, y, en cambio, una conducta activa, la disposición a la neurosis obsesiva. Posteriormente hube de renunciar por completo a esta hipótesis, si bien existen ciertos hechos que imponen mantener hasta cierto punto la sospechada relación entre la pasividad y la histeria y la actividad y la neurosis obsesiva. Con la renuncia a esta influencia accidental de la sexualidad recobraban la supremacía los factores constitucionales y hereditarios; pero, a diferencia de la opinión por entonces dominante, la «constitución sexual» se sustituía, para mí, a la disposición neuropática general. En mi obra *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905) llevé a cabo una tentativa de describir la diversidad de esta constitución sexual, el carácter compuesto del instinto sexual en general y su origen en diversas fuentes del organismo.

Siempre, como consecuencia de la rectificación introducida en mi concepción de los «traumas sexuales infantiles», fue desarrollándose ahora

mi teoría en una dirección iniciada ya en mis publicaciones de los años 1894 a 1896. Por esta época, y antes de situar la sexualidad en el lugar que le correspondía en la etiología, habíamos indicado ya, como condición de la eficacia patógena de una experiencia, el que ésta pareciese intolerable al *yo* y despertase una tendencia a la defensa. A esta defensa atribuía yo la disociación psíquica —o, como antes se decía, la disociación de la conciencia— emergente en la histeria. Si la defensa triunfara, la experiencia intolerable quedaba expulsada, en todas sus secuelas afectivas de la conciencia y del recuerdo del *yo*. Pero en determinadas circunstancias lo expulsado desarrollaba, ya como algo inconsciente, una intensa eficacia y retornaba a la conciencia por medio de los síntomas y de los afectos a ellos concomitantes, correspondiendo así la enfermedad a un fracaso de la defensa. Esta concepción tenía ya el mérito de penetrar en el funcionamiento de las fuerzas psíquicas y aproximar así los procesos anímicos de la histeria a los normales, en lugar de transferir la característica de la neurosis a una perturbación enigmática o inanalizable.

Cuando la investigación de sujetos que habían permanecido normales nos llevó luego al resultado inesperado de que la historia sexual infantil de tales personas no precisaba diferenciarse esencialmente de la de los neuróticos, ni siquiera en lo relativo a la temprana iniciación sexual, las influencias accidentales fueron cediendo aún más el puesto a la de la *represión* (término que comencé entonces a sustituir al de «defensa»). Así, pues, lo importante no eran ya las excitaciones sexuales que el individuo hubiera experimentado en su infancia, sino sobre todo su reacción a tales impresiones y el haber respondido o no a ellas con la represión. En muchos casos de actividad sexual infantil espontánea pudo demostrarse que tal actividad quedaba interrumpida en el curso del desarrollo por una represión. Resultó así que el neurótico adulto traía consigo desde su infancia cierta medida de «represión sexual» que se exteriorizaba luego bajo la presión de las exigencias de la vida real. Los psicoanálisis de sujetos histéricos mostraron que su enfermedad era el resultado de un conflicto entre la libido y la represión sexual y que sus síntomas constituían una transacción entre ambas corrientes anímicas.

Para continuar explicando esta parte de mi teoría habría que desarrollar previamente una experiencia detallada de mis ideas sobre la represión. Pero

me limitaré a remitir al lector a mis *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905), en los que he intentado arrojar alguna luz sobre los procesos somáticos en que ha de buscarse la esencia de la sexualidad. Indiqué en ellos que la disposición sexual constitucional del niño es mucho más compuesta de lo que podía sospecharse, debiendo ser considerada como «polimórficamente perversa», y que de esta disposición nace, por medio de la represión de determinados componentes, la conducta llamada normal de la función sexual. Apoyándome en los caracteres infantiles de la sexualidad, me fue posible establecer una sencilla conexión entre la salud, la perversión y la neurosis. La normalidad resultaba de la represión de ciertos instintos parciales y determinados componentes de las disposiciones infantiles y de la subordinación de los demás a la primacía de las zonas genitales en servicio de la reproducción. Las perversiones correspondían a perturbaciones de esta síntesis por un desarrollo exagerado y como obsesivo de alguno de aquellos instintos parciales, y la neurosis se reducía a una represión excesiva de las tendencias libidinosas. La posibilidad de señalar siempre en la neurosis la existencia de casi todos los instintos perversos de la disposición infantil como fuerzas productoras de síntomas me llevó a definir la neurosis como el «negativo» de la perversión.

Creo conveniente hacer resaltar que mis opiniones sobre la etiología de las psiconeurosis han sostenido siempre, a través de todas sus modificaciones, dos puntos de vista: la importancia de la *sexualidad* y la del *infantilismo*. En cambio, las influencias accidentales han sido sustituidas por factores constitucionales, y la «defensa», puramente psicológica, por la «represión sexual» orgánica. Se nos preguntará quizá dónde es posible hallar una prueba concluyente de la importancia que atribuimos a los factores sexuales en la etiología de las psiconeurosis, perturbaciones que vemos surgir consecutivamente a las emociones más triviales e incluso a estímulos somáticos, ya que, por nuestra parte, hemos tenido que renunciar a referir a una etiología específica constituida por determinadas experiencias infantiles. En respuesta a tal interrogación señalaremos la investigación psicoanalítica como fuente de nuestra discutida convicción. Empleando este insustituible método de investigación descubrimos que *los síntomas representan la actividad sexual de los enfermos*, total o sólo en parte, emanada de instintos

parciales, normales o perversos de la sexualidad. No es sólo que gran parte de la sintomatología histérica se halle constituida por manifestaciones de la excitación sexual ni que una serie de zonas erógenas se eleve en la neurosis y por intensificación de las cualidades infantiles a la categoría de genitales; es también que incluso los síntomas más complicados se nos revelan como representaciones disfrazadas de fantasías cuyo contenido es una situación sexual. Sabiendo interpretar el lenguaje de la histeria se ve claramente que el nódulo de la neurosis no es sino la sexualidad reprimida de los enfermos, extendiendo, desde luego, la función sexual en toda su verdadera amplitud, circunscrita por la disposición infantil. En aquellos casos en los que ha de aceptarse la intervención de una emoción trivial en la causación de la enfermedad demuestra el análisis que el efecto patógeno ha sido obra del componente sexual, siempre existente, del suceso traumático.

Inadvertidamente hemos pasado del problema de la causación de las psiconeurosis al de su esencia. Si se quieren tener en cuenta los descubrimientos psicoanaliticos, ha de afirmarse que la esencia de estas enfermedades reposa en perturbaciones de los procesos sexuales, de aquellos procesos orgánicos que determinan la producción y el empleo de la libido sexual. En último término, no podemos por menos de representarnos estos procesos como de orden químico, viendo así en las neurosis actuales los efectos somáticos, y en las psiconeurosis, además, los psíquicos de los trastornos del metabolismo sexual. La analogía de las neurosis con los fenómenos de intoxicación y de abstinencia, consecutivos al uso de ciertos alcaloides, y con la enfermedad de Basedow y la de Addison, se impone clínicamente, y del mismo modo que estas dos últimas enfermedades no pueden ser ya descritas como «enfermedades de los nervios», también las «neurosis» propiamente dichas habrán de ser excluidas de tal categoría, no obstante su nombre.

A la etiología de las neurosis pertenece además todo aquello que puede actuar dañosamente sobre los procesos que se desarrollan al servicio de la función sexual. Así, pues, en primer término, aquellas desviaciones que afectan a la propia función sexual, en cuanto pueden significar un daño de la constitución sexual, variable según el grado de cultura y educación. En segundo, aquellas otras distintas desviaciones y aquellos traumas que,

dañando en general el organismo, perturban secundariamente los procesos sexuales que en él se desarrollan.

Pero no debe olvidarse que el problema etiológico de las neurosis es, por lo menos, tan complicado como el de cualquier otra enfermedad. Casi nunca resulta suficiente una única influencia patógena. Por lo general, se hace precisa una multiplicidad de factores etiológicos, que se apoyan entre sí, y no deben, por tanto, ser opuestos unos a otros. De aquí también que el estado patológico neurótico no aparezca precisamente diferenciado de la salud.

La enfermedad es el resultado de una acumulación, y la medida de las condiciones etiológicas puede ser completada desde cualquier sector. Buscar la etiología de las neurosis exclusivamente en la herencia o en la constitución sería tan unilateral como elevar tan sólo a la categoría etiológica las influencias accidentales ejercidas sobre la sexualidad en el curso vital del sujeto, aunque hayamos descubierto que la esencia de estas enfermedades consiste tan sólo en una perturbación de los procesos sexuales que se desarrollan en el organismo.

Viena, junio 1905.

XXVIII

LA ILUSTRACIÓN SEXUAL DEL NIÑO[985]

Carta abierta al doctor M. Fürst

1907

Querido Dr. Fürst,

AL pedirme unas declaraciones sobre «La ilustración sexual de los niños» supongo que no esperará usted obtener de mí un tratado completo y minucioso de la cuestión, en el que se tenga en cuenta toda la amplísima literatura existente sobre la materia, sino tan sólo el juicio independiente de un médico al que su actividad profesional ha estimulado especialmente a ocuparse de los problemas sexuales. Sé que ha seguido usted con interés mis trabajos científicos y que no rechaza sin previo examen mis hipótesis, como muchos otros colegas lo hacen, por ver yo en la constitución psicosexual y en las alteraciones de la vida sexual las causas principales de las enfermedades neuróticas, tan frecuentes hoy. De ahí que mis *Tres ensayos para una teoría sexual*, en los que expuse la composición del instinto sexual y las perturbaciones del mismo en la evolución, que le conduce a constituir la función sexual, hallaran en la revista de su digna dirección un eco amistoso.

Me plantea usted, pues, la cuestión de si, en general, debe facilitarse a los niños una explicación de los hechos de la vida sexual, y en caso afirmativo, qué edad ha de escogerse para ello y de qué modo ha de llevarse a cabo.

Desde un principio haré constar que encuentro perfectamente justificada

la discusión en lo que respecta a los dos últimos puntos, pero que no concibo cómo pueden existir juicios divergentes en lo que respecta al primero. ¿Qué se intenta alcanzar negando a los niños —o si se quiere, a los adolescentes— tales explicaciones sobre la vida sexual humana? ¿Se teme quizá despertar prematuramente su interés por estas cuestiones, antes que nazca espontáneamente en ellos? ¿Se espera con semejante ocultación encadenar el instinto sexual hasta la época en que sea posible dirigirlo por los caminos que el orden social considera lícitos? ¿Se supone acaso que los niños no mostrarán interés ninguno hacia los hechos y los enigmas de la vida sexual si no se atrae su atención sobre ellos? ¿Se cree quizá que el conocimiento que se les niega no habrá de serles aportado por otros caminos? ¿O es que se persigue realmente y con toda seriedad el propósito de que más tarde juzguen todo lo sexual como algo bajo y despreciable, de lo cual procuraron mantenerlos alejados el mayor tiempo posible sus padres y maestros?

No sé, en verdad, en cuál de estos propósitos he de ver el motivo de ocultar a los niños, como sistemáticamente se viene haciendo, todo lo concerniente a la vida sexual. Sólo sé que todos ellos son igualmente especiosos y no merecen siquiera una razonada controversia. Pero recuerdo haber hallado en las cartas familiares del gran pensador y filántropo Multatuli unas ideas más que suficientes como respuesta[986]:

«En mi sentir se encubren excesivamente algunas cosas. Se obra con acierto procurando conservar pura la imaginación de los niños; pero la ignorancia no es el mejor medio para conseguirlo. Por el contrario, creo que la ocultación hace que el niño llegue a sospechar mucho antes la verdad. La curiosidad nos lleva a preocuparnos de cosas que nos inspirarían escaso interés si se nos hubieran comunicado franca y sencillamente. Si fuera posible mantener al niño en una absoluta ignorancia, todavía admitiríamos el procedimiento; pero el infantil sujeto oye a otros o lee en los libros que caen en sus manos cosas que le inducen a meditar, y precisamente el disimulo que sus padres y educadores observan sobre ellas intensifica su ansia de saber. Este deseo, sólo parcial, y secretamente satisfecho, acalora y pervierte su fantasía, y el niño comienza ya a pecar en tiempos en los que sus padres creen que ignora aún lo que es pecado».

Nada mejor puede decirse sobre la cuestión, y sí tan sólo añadir algo. Lo

que impulsa a los adultos a observar esta conducta de «disimulo» para con los niños es, desde luego, la mojigatería usual y la propia mala conciencia en lo concerniente a la sexualidad, pero quizá también cierta ignorancia teórica, a la que no es imposible poner remedio. Se cree, en efecto, que los niños carecen de instinto sexual, no apareciendo éste en ellos hasta la pubertad, con la madurez de los órganos sexuales. Es éste un grave error, de lamentables consecuencias, tanto teóricas como prácticas, y resulta tan fácil de rectificar por medio de la mera observación que admira haya podido incurrirse en él. La verdad es que el recién nacido trae ya consigo al mundo su sexualidad.

Determinadas sensaciones sexuales acompañan su desarrollo a través del período de lactancia y de la época infantil, siendo muy pocos los niños que llegan a la pubertad sin haber pasado por actividades y sensaciones sexuales. Aquellos lectores a quienes pueda interesar una detallada exposición de estas afirmaciones, la hallarán en mis *Tres ensayos para una teoría sexual*[987].

Verán allí que los órganos de la reproducción no son la única parte del cuerpo que puede generar sensaciones de placer sexual, y que la Naturaleza ha dispuesto las cosas de manera que aun en la más temprana infancia resultan inevitables ciertos estímulos de los genitales. Esta época de la vida individual, en la cual el estímulo de distintos lugares de la epidermis (zonas erógenas), la acción de ciertos instintos biológicos y la excitación concomitante a muchos estados afectivos engendran cierta magnitud de placer, innegablemente sexual, es conocida con el nombre de período del *autoerotismo*, según expresión introducida por Havelock Ellis. La pubertad se limita a procurar a los genitales la primacía sobre todas las zonas y fuentes erógenas, obligando así al erotismo a ponerse al servicio de la función reproductora; proceso cuya evolución puede ser perturbada por determinadas coerciones, y que en muchos individuos —los ulteriores perversos y neuróticos— no se desarrolla sino muy imperfectamente. Por otro lado, el niño es capaz de la mayor parte de las funciones psíquicas de la vida erótica (la ternura, los celos) mucho antes de alcanzar la pubertad, y la frecuente unión de estos estados psíquicos con sensaciones somáticas de excitación sexual revela al niño la íntima relación de ambos fenómenos. En resumen: el niño aparece perfectamente capacitado para la vida erótica —excepción hecha de la reproducción— mucho antes de la pubertad, y puede afirmarse

que al ocultarle sistemáticamente lo sexual sólo se consigue privarle de la capacidad de dominar intelectualmente aquellas funciones para las cuales posee ya una preparación psíquica y una disposición somática.

El interés intelectual del niño por los enigmas de la vida sexual, su curiosidad sexual, se manifiesta también en época insospechadamente temprana. Sólo pensando que los padres oponen a este interés infantil una inexplicable ceguera o se esfuerzan inmediatamente en yugularlo cuando no han podido dejar de advertirlo, podemos explicarnos la escasez de observaciones del orden siguiente: Cuento entre mis amistades a un espléndido chiquillo, que acaba de cumplir los cuatro años, cuyos padres, muy comprensivos e inteligentes, han renunciado a reprimir violentamente una parte del desarrollo de su hijo. El pequeño Juanito, que desde luego no ha sido objeto de incitación sexual alguna por parte de sus guardadores, muestra, hace ya algún tiempo, el más vivo interés por una determinada parte de su cuerpo, a la que llama «la cosita de hacer pipí». Ya a los tres años preguntó una vez a su madre: «Mamá, ¿tienes tú también una cosita de hacer pipí?» A lo cual le respondió la madre: «Naturalmente que sí. ¿Qué te habías creído?» También a su padre hubo de dirigirle repetidamente igual pregunta.

Próximamente por la misma época, al visitar por vez primera un establo y ver ordeñar una vaca, exclamó, asombrado: «¡Mira: de la cosita de hacer pipí sale leche!» A los tres años y nueve meses parece hallarse ya en camino de descubrir por sí mismo, con ayuda de sus observaciones, categorías exactas. Ve desaguar la caldera de una locomotora y dice: «Fíjate, la locomotora hace pipí. ¿Dónde tiene la cosita?» Y poco tiempo después expone el resultado de sus reflexiones: «Un perro y un caballo tienen una cosita de hacer pipí: una mesa y una silla, no». Hace poco ha presenciado el baño de una hermanita suya, nacida una semana antes, observando: «¡Qué pequeña tiene aún la cosita! Ya le crecerá cuando sea mayor». (Esta actitud ante el problema de la diferencia de los sexos es frecuente entre los niños de la edad de Juanito.) He de hacer constar que Juanito no es un niño que muestre una especial disposición sexual o patológica. Lo que, a mi juicio, sucede es que no ha sido intimidado ni se ve atormentado por un sentimiento de culpa, y comunica, por tanto, con la mayor inocencia, sus procesos mentales[988].

El segundo grave problema que se plantea al pensamiento infantil —

aunque ya en años posteriores— es el del origen de los niños, suscitado generalmente por la aparición indeseada de un hermanito o hermanita. Es ésta la interrogación más antigua y ardiente de la Humanidad. Aquellos que han aprendido a descifrar el oculto sentido de los mitos y las tradiciones la sienten palpitar ya en el enigma que la esfinge tebana propone a Edipo. Las respuestas habituales en la *nursery* hieren el honrado instinto de investigación del niño, defraudando por vez primera su confianza en sus padres. A partir de aquí comenzará a desconfiar de los adultos y a ocultarles sus pensamientos más íntimos. El pequeño documento que a continuación transcribimos demuestra cuán atormentadora puede llegar a ser esta ansia de saber, aun en niños ya mayores. Trátase de una carta de una niña de once años y medio, huérfana de madre, que ha discutido largamente la cuestión con su hermanita menor:

«Querida tía Mali: Hazme el favor de escribirme contándome cómo has tenido a Cristina o a Pablito. Tú tienes que saberlo, puesto que estás casada. Hemos discutido mucho anoche hablando de esto, y queremos saber la verdad. Pero no tenemos a nadie más que a ti a quien poder preguntar. ¿Cuándo vienes a Salzburgo? No podemos comprender, querida tía Mali, cómo trae la cigüeña a los niños. Trudel cree que los trae vestidos sólo con una camisita. Quisiéramos saber también si los recoge del estanque, y por qué cuando nosotros vamos al estanque no vemos nunca en él ningún niño. Dinos también cómo es que cuando se va a tener un niño se sabe ya desde antes. Escríbeme muy largo contándomelo todo.

Muchos recuerdos y muchos besos de todos nosotros.

Tu curiosa,

Lili».

No creo que esta enternecedora misiva procurase a las dos hermanas la explicación deseada. La mayor enfermó ulteriormente de aquella neurosis que se deriva de interrogaciones inconscientes no contestadas[989].

No creo que exista razón alguna aceptable para negar a los niños la explicación demandada por su ansia de saber. Ahora bien: si el propósito del educador es impedir cuanto antes que el niño llegue a pensar por su cuenta,

sacrificando su independencia intelectual al deseo de que sea lo que se llama «un niño juicioso», el mejor camino es, ciertamente, el engaño en el terreno sexual y la intimidación en el terreno religioso. Los sujetos de naturaleza más enérgica rechazan, desde luego, tales influencias, y adoptan ante la autoridad de los padres una actitud de rebeldía, que luego mantienen a través de toda su vida con respecto a cualquier otra autoridad. En general, cuando los niños se ven negadas aquellas explicaciones que demandan de los adultos, prosiguen atormentándose en secreto con tales problemas y construyen tentativas de solución, en las cuales la verdad sospechada aparece mezclada con grotescos errores, o se comunican unos a otros sigilosamente sus descubrimientos, en los cuales el sentimiento de culpabilidad del infantil investigador imprime a la vida sexual el sello de lo repugnante y prohibido. Estas teorías sexuales infantiles serían muy merecedoras de colección y estudio. Por lo general, pierden los niños, a partir de este punto, la única posición exacta ante los problemas sexuales, y muchos de ellos para no volverla a recuperar.

Parece ser que la inmensa mayoría de los autores, tanto masculinos como femeninos, que han escrito sobre la ilustración sexual de los niños han resuelto la cuestión en sentido afirmativo. Pero la torpeza de las propuestas sobre el momento y el modo de llevarla a cabo nos inclina a deducir que tal decisión no les ha sido nada fácil. La encantadora carta explicativa que Emma Eckstein[990] figura dirigir a un hijo suyo de diez años constituye —que yo sepa— un caso aislado. La práctica general de ocultar a los niños el mayor tiempo posible todo conocimiento sexual para otorgarles luego, con frases ampulosas y solemnes, una media explicación, que casi siempre llega tarde, es, francamente, equivocada. La mayor parte de las respuestas a la pregunta «¿cómo decírselo a mi hijo?», me dan tan lamentable impresión que incluso preferiría que los padres no se ocuparan de la ilustración sexual infantil. Lo verdaderamente importante es que los niños no se formen la idea de que, entre todo aquello que no alcanzan aún a comprender, lo que más cuidadosamente se les oculta son los hechos de la vida sexual. Para conseguirlo así es necesario que lo sexual sea tratado, desde un principio, en la misma forma que cualquier otro orden de cosas dignas de ser sabidas. Ante todo, es labor de la escuela no eludir la mención de lo sexual, iniciando los grandes hechos de la reproducción en el estudio del mundo animal y

haciendo constar, inmediatamente, que el hombre comparte todo lo esencial de su organización con los animales superiores. Si el ambiente familiar no tiende a intimidar el pensamiento infantil, no será raro oír frases como la siguiente, sorprendida por mí en una conversación entre un niño y su hermanita: «Pero ¿cómo puedes creer todavía que la cigüeña trae a los niños pequeños? ¡Te han dicho ya que el hombre es un mamífero, y supongo que no creerás que también a los demás mamíferos les trae la cigüeña sus crías!» De este modo, la curiosidad del niño no alcanzará nunca un alto grado si en cada estadio de la enseñanza encuentra su correspondiente satisfacción. La explicación de las características puramente humanas de la vida sexual y de la significación social de esta última podrían darse entonces al término de la primera enseñanza; esto es, al cumplir el niño los diez años. Por último, el momento de la confirmación sería el más apropiado para explicar al niño, al corriente ya de lo somático, las obligaciones morales enlazadas al ejercicio del instinto. Tal ilustración gradual, no interrumpida en época alguna e iniciada en y por la misma escuela primaria, me parece ser la única adaptada al desarrollo del niño y evita así todo posible peligro.

La sustitución del catecismo por un tratado elemental de los derechos y deberes del ciudadano, llevada a cabo por el Estado francés, me parece un gran progreso en la educación infantil. Pero esta instrucción elemental resultará aun lamentablemente incompleta si no incluye lo referente a la vida sexual. Es ésta una laguna a cuya desaparición deben tender los esfuerzos de los pedagogos y los reformadores. En aquellos Estados que han abandonado la educación en manos de las Órdenes religiosas no cabe, naturalmente, suscitar la cuestión. El sacerdote no admitirá jamás la igualdad esencial del hombre y el animal, pues no puede renunciar al alma inmortal, que le es precisa para fundar en ella la moral. Queda así demostrado, una vez más, cuán necio es poner a un traje destrozado un remiendo de paño nuevo y cuán imposible llevar a cabo una reforma aislada sin transformar las bases del sistema.

XXIX

LA MORAL SEXUAL «CULTURAL» Y LA NERVIOSIDAD MODERNA[991]

1908

EN su *Ética sexual*, recientemente publicada, establece von Ehrenfels (1907) una distinción entre moral sexual «natural» y moral sexual «cultural». Por moral sexual natural entiende aquella bajo cuyo régimen puede una raza conservarse duraderamente en plena salud y capacidad vital. Moral sexual cultural sería, en cambio, aquélla cuyos dictados impulsan al hombre a una obra de cultura más productiva e intensa. Esta antítesis se nos hará más transparente si oponemos entre sí el acervo *constitutivo* de un pueblo y su acervo *cultural*. Remitiendo a la citada obra de Ehrenfels a aquellos lectores que quieran seguir hasta su fin este importante proceso mental, me limitaré aquí a desarrollarlo lo estrictamente necesario para enlazar con él algunas aportaciones personales.

No es arriesgado suponer que bajo el imperio de una moral sexual cultural pueden quedar expuestas a ciertos daños la salud y la energía vital individuales, y que este daño, infligido a los individuos por los sacrificios que les son impuestos, alcanza, por último, tan alto grado que llega a constituir también un peligro para el fin social. Ehrenfels señala, realmente, toda una serie de daños de los que se ha de hacer responsable a la moral sexual dominante en nuestra sociedad occidental contemporánea, y aunque la reconoce muy apropiada para el progreso de la cultura, concluye postulando

la necesidad de reformarla. Las características de la moral sexual cultural bajo cuyo régimen vivimos serían —según nuestro autor— la transferencia de las reglas de la vida sexual femenina a la masculina y la prohibición de todo comercio sexual fuera de la monogamia conyugal. Pero las diferencias naturales de los sexos habrían impuesto mayor tolerancia para las transgresiones sexuales del hombre, creándose así en favor de éste una segunda moral. Ahora bien: una sociedad que tolera esta *doble* moral no puede superar cierta medida, harto limitada, de «amor a la verdad, honradez y humanidad», y ha de impulsar a sus miembros a ocultar la verdad, a pintar las cosas con falsos colores, a engañarse a sí mismos y a engañar a los demás. Otro daño. aún más grave, imputable a la moral sexual cultural, sería el de paralizar —con la exaltación de la monogamia— la *selección viril*, único influjo susceptible de procurar una mejora de la constitución, ya que los pueblos civilizados han reducido al mínimo, por humanidad y por higiene, la *selección vital*.

Entre estos perjuicios, imputados a la moral sexual cultural, ha de echar de menos el médico uno cuya importancia analizaremos aquí detenidamente. Me refiero a la difusión, a ella imputable, de la nerviosidad en nuestra sociedad moderna. En ocasiones es el mismo enfermo nervioso quien llama la atención del médico sobre la antítesis, observable en la causación de la enfermedad, entre la constitución y las exigencias culturales, diciéndole: «En nuestra familia todos hemos enfermado de los nervios por haber querido llegar a ser algo más de lo que nuestro origen nos permitía». No es tampoco raro que el médico se vea movido a reflexionar por la observación de que precisamente sucumben a la nerviosidad los descendientes de aquellos hombres de origen campesino, sencillo y sano, procedentes de familias rudas, pero fuertes, que emigraron a la ciudad y conquistaron en ella posición y fortuna, haciendo que sus hijos se elevasen en un corto período de tiempo a un alto nivel cultural. Pero, además, los mismos neurólogos proclaman ya la relación del «incremento de la nerviosidad» con la moderna vida cultural. Algunas manifestaciones de los observadores más autorizados en este sector nos indicarán dónde se cree ver el fundamento de tal dependencia:

W. Erb[992]: «La cuestión planteada es la de si las causas de la nerviosidad antes expuestas se hallan realmente dadas en la vida moderna en

tan elevada medida que expliquen el extraordinario incremento de tal enfermedad, y a esta interrogación hemos de contestar en el acto afirmativamente, pues nos basta para ello echar una rápida ojeada sobre nuestra vida moderna y su particular estructura.

»La simple enunciación de una serie de hechos generales basta ya para demostrar nuestro postulado; las extraordinarias conquistas de la Edad Moderna, los descubrimientos e invenciones en todos los sectores y la conservación del terreno conquistado contra la competencia cada vez mayor no se han alcanzado sino mediante una enorme labor intelectual, y sólo mediante ella pueden ser mantenidos. Las exigencias planteadas a nuestra capacidad funcional en la lucha por la existencia son cada vez más altas, y sólo podemos satisfacerlas poniendo en el empeño la totalidad de nuestras energías anímicas. Al mismo tiempo, las necesidades individuales y el ansia de goces han crecido en todos los sectores; un lujo inaudito se ha extendido hasta penetrar en capas sociales a las que jamás había llegado antes; la irreligiosidad, el descontento y la ambición han aumentado en amplios sectores del pueblo; el extraordinario incremento del comercio y las redes de telégrafos y teléfonos que envuelven el mundo han modificado totalmente el ritmo de la vida; todo es prisa y agitación; la noche se aprovecha para viajar; el día, para los negocios, y hasta los ‘viajes de recreo’ exigen un esfuerzo al sistema nervioso. Las grandes crisis políticas, industriales o financieras llevan su agitación a círculos sociales mucho más extensos. La participación en la vida política se ha hecho general. Las luchas sociales, políticas y religiosas; la actividad de los partidos, la agitación electoral y la vida corporativa, intensificada hasta lo infinito, acaloran los cerebros e imponen a los espíritus un nuevo esfuerzo cada día, robando el tiempo al descanso, al sueño y a la recuperación de energías. La vida de las grandes ciudades es cada vez más refinada e intranquila. Los nervios agotados, buscan fuerzas en excitantes cada vez más fuertes, en placeres intensamente especiados, fatigándose aún más en ellos. La literatura moderna se ocupa preferentemente de problemas sospechosos, que hacen fermentar todas las pasiones y fomentar sensualidad, el ansia de placer y el desprecio de todos los principios éticos y todos los ideales, presentando a los lectores figuras patológicas y cuestiones psicopáticosexuales y fomentan sensualidad, el ansia sobreexcitado por una

música ruidosa y violenta; los teatros captan todos los sentidos en sus representaciones excitantes, e incluso las artes plásticas se orientan con preferencia hacia lo feo, repugnante o excitante, sin espantarse de presentar a nuestros ojos, con un repugnante realismo, lo más horrible que la realidad puede ofrecernos.

»Este cuadro general, que nos señala ya en nuestra cultura moderna toda una serie de peligros, puede ser aún completado con la adición de algunos detalles».

Binswanger[993]: «Se indica especialmente la neurastenia como una enfermedad por completo moderna, y Beard, a quien debemos su primera descripción detallada, creía haber descubierto una nueva enfermedad nerviosa nacida en suelo americano. Esta hipótesis era, naturalmente, errónea; pero el hecho de haber sido un médico americano quien primeramente pudiese aprehender y retener, como secuela de una amplia experiencia clínica, los singulares rasgos de esta enfermedad, demuestra la íntima conexión de la misma con la vida moderna, con la fiebre de dinero y con los enormes progresos técnicos que han echado por tierra todos los obstáculos de tiempo y espacio opuestos antes a la vida de relación».

Von Kraff-Ebing[994]: «En nuestras modernas sociedades civilizadas es infinito el número de hombres cuya vida integra una plenitud de factores antihigiénicos más que suficiente para explicar el incremento de la nerviosidad, pues tales factores actúan primero y principalmente sobre el cerebro. Las circunstancias sociales y políticas, y más aún las mercantiles, industriales y agrarias de las naciones civilizadas, han sufrido, en el curso del último decenio, modificaciones que han transformado por completo la propiedad y las actividades profesionales y ciudadanas, todo ello a costa del sistema nervioso, que se ve obligado a responder al incremento de las exigencias sociales y económicas con un gasto mayor de energía, para cuya reposición no se le concede, además, descanso suficiente».

De estas teorías, así como de otras muchas de análogo contenido, no podemos decir que sean totalmente inexactas, pero sí que resultan insuficientes para explicar las peculiaridades de las perturbaciones nerviosas y, sobre todo, que desatienden precisamente el factor etiológico más importante. Prescindiendo, en efecto, de los estados indeterminados de

«nerviosidad» y ateniéndonos tan sólo a las formas neuropatológicas propiamente dichas, vemos reducirse la influencia perjudicial de la cultura a una coerción nociva de la vida sexual de los pueblos civilizados (o de los estratos sociales cultos) por la moral sexual cultural en ellos imperante.

En esta serie de escritos profesionales he tratado ya de aportar la prueba de esta afirmación. No he de repetirla aquí; pero sí extractaré los argumentos principales deducidos de mis investigaciones.

Una continua y penetrante observación clínica nos autoriza a distinguir en los estados neuropatológicos dos grandes grupos: las *neurosis* propiamente dichas y las *psiconeurosis*. En las primeras los síntomas somáticos o psíquicos parecen ser de naturaleza *tóxica*, comportándose idénticamente a los fenómenos consecutivos a una incorporación exagerada o a una privación repentina de ciertos tóxicos del sistema nervioso. Estas neurosis —sintetizadas generalmente bajo el concepto de neurastenia— pueden ser originadas, sin que sea indispensable la colaboración de una tara hereditaria, por ciertas anormalidades nocivas de la vida sexual, correspondiendo precisamente la forma de la enfermedad a la naturaleza especial de dichas anormalidades, y ello de tal manera que del cuadro clínico puede deducirse directamente muchas veces la especial etiología sexual. Ahora bien: entre la forma de la enfermedad nerviosa y las restantes influencias nocivas de la cultura, señaladas por los distintos autores, no aparece jamás tal correspondencia regular. Habremos, pues, de considerar el factor sexual como el más esencial en la causación de las neurosis propiamente dichas.

En las psiconeurosis es más importante la influencia hereditaria y menos transparente la causación. Un método singular de investigación, conocido con el nombre de psicoanálisis, ha permitido descubrir que los síntomas de estos padecimientos (histeria, neurosis obsesiva, etc.) son de carácter *psicógeno* y dependen de la acción de complejos inconscientes (reprimidos) de representaciones. Este mismo método nos ha llevado también al conocimiento de tales complejos, revelándonos que integran en general un contenido sexual, pues nacen de las necesidades sexuales de individuos insatisfechos y representan para ellos una especie de satisfacción sustitutiva. De este modo habremos de ver en todos aquellos factores que dañan la vida sexual, cohíben su actividad o desplazan sus fines, factores patógenos

también de las psiconeurosis.

El valor de la diferenciación teórica entre neurosis tóxica y neurosis psicógena no queda disminuido por el hecho de que en la mayoría de las personas nerviosas puedan observarse perturbaciones de ambos orígenes.

Aquellos que se hallen dispuestos a buscar conmigo la etiología de la nerviosidad en ciertas anormalidades nocivas de la vida sexual leerán con interés los desarrollos que siguen, destinados a insertar el tema del incremento de la nerviosidad en más amplio contexto.

Nuestra cultura descansa totalmente en la coerción de los instintos. Todos y cada uno hemos renunciado a una parte de las tendencias agresivas y vindicativas de nuestra personalidad, y de estas aportaciones ha nacido la común propiedad cultural de bienes materiales e ideales. La vida misma, y quizá también muy principalmente los sentimientos familiares, derivados del erotismo, han sido los factores que han motivado al hombre a tal renuncia, la cual ha ido haciéndose cada vez más amplia en el curso del desarrollo de la cultura. Por su parte, la religión se ha apresurado a sancionar inmediatamente tales limitaciones progresivas, ofrendando a la divinidad como un sacrificio cada nueva renuncia a la satisfacción de los instintos y declarando «sagrado» el nuevo provecho así aportado a la colectividad. Aquellos individuos a quienes una constitución indomable impide incorporarse a esta represión general de los instintos son considerados por la sociedad como «delincuentes» y declarados fuera de la ley, a menos que su posición social o sus cualidades sobresalientes les permitan imponerse como «grandes hombres» o como «héroes».

El instinto sexual —o, mejor dicho, los instintos sexuales, pues la investigación analítica enseña que el instinto sexual es un compuesto de muchos instintos parciales— se halla probablemente más desarrollado en el hombre que en los demás animales superiores, y es, desde luego, en él mucho más constante, puesto que ha superado casi por completo la periodicidad, a la cual aparece sujeto en los animales. Pone a la disposición de la labor cultural grandes magnitudes de energía, pues posee en alto grado la peculiaridad de poder desplazar su fin sin perder grandemente en intensidad. Esta posibilidad de cambiar el fin sexual primitivo por otro, ya no sexual, pero psíquicamente afín al primero, es lo que designamos con el nombre de capacidad de

sublimación. Contrastando con tal facultad de desplazamiento que constituye su valor cultural, el instinto sexual es también susceptible de tenaces fijaciones, que lo inutilizan para todo fin cultural y lo degeneran, conduciéndolo a las llamadas anormalidades sexuales. La energía original del instituto sexual varía probablemente en cada cual e igualmente, desde luego, su parte susceptible de sublimación. A nuestro juicio, la organización congénita es la que primeramente decide qué parte del instinto podrá ser susceptible de sublimación en cada individuo; pero, además, las influencias de la vida y la acción del intelecto sobre el aparato anímico consiguen sublimar otra nueva parte. Claro está que este proceso de desplazamiento no puede ser continuado hasta lo infinito, como tampoco puede serlo la transformación del calor en trabajo mecánico en nuestras maquinarias. Para la inmensa mayoría de las organizaciones parece imprescindible cierta medida de satisfacción sexual directa, y la privación de esta medida, individualmente variable, se paga con fenómenos que, por su daño funcional y su carácter subjetivo displaciente, hemos de considerar como patológicos.

Aún se nos abren nuevas perspectivas al atender al hecho de que el instinto sexual del hombre no tiene originariamente como fin la reproducción, sino determinadas formas de la consecución del placer. Así se manifiesta efectivamente en la niñez individual, en la que alcanza tal consecución de placer no sólo en los órganos genitales, sino también en otros lugares del cuerpo (zonas erógenas), y puede, por tanto, prescindir de todo otro objeto erótico menos cómodo. Damos a esta fase el nombre de estadio de *autoerotismo*, y adscribimos a la educación la labor de limitarlo, pues la permanencia en él del instinto sexual le haría incoercible e inaprovechable ulteriormente. El desarrollo del instinto sexual pasa luego del autoerotismo al amor a un objeto, y de la autonomía de las zonas erógenas a la subordinación de las mismas, a la primacía de los genitales, puestos al servicio de la reproducción. En el curso de esta evolución, una parte de la excitación sexual, emanada del propio cuerpo, es inhibida como inaprovechable para la reproducción, y en el caso más favorable, conducida a la sublimación. Resulta así que mucha parte de las energías utilizables para la labor cultural tiene su origen en la represión de los elementos perversos de la excitación sexual.

Ateniéndonos a estas fases evolutivas del instinto sexual, podremos distinguir tres grados de cultura: uno, en el cual la actividad del instinto sexual va libremente más allá de la reproducción; otro, en el que el instinto sexual queda coartado en su totalidad, salvo en la parte puesta al servicio de la reproducción, y un tercero, en fin, en el cual sólo la reproducción legítima es considerada y permitida como fin sexual. A este tercer estadio corresponde nuestra presente moral sexual «cultural».

Tomando como nivel el segundo de estos estadios, comprobamos ya la existencia de muchas personas a quienes su organismo no permite plegarse a las normas en él imperantes. Hallamos, en efecto, series enteras de individuos, en los cuales la citada evolución del instinto sexual, desde el autoerotismo al amor a un objeto, con la reunión de los genitales como fin, no ha tenido efecto de un modo correcto y completo, y de estas perturbaciones del desarrollo resultan dos distintas desviaciones nocivas de la sexualidad normal; esto es, propulsoras de la cultura y desviaciones que se comportan entre sí como un positivo y un negativo. Trátase aquí —exceptuando a aquellas personas que presentan un instinto sexual exageradamente intenso e indomable— de las diversas especies de *perversos*, en los que una fijación infantil a un fin sexual provisional ha detenido la primacía de la función reproductora, y en segundo lugar, de los *homosexuales* o *invertidos*, en los cuales, y de un modo aún no explicado por completo, el instinto sexual ha quedado desviado del sexo contrario. Si el daño de estas dos clases de perturbaciones del desarrollo es en realidad menor de lo que podría esperarse, ello se debe, sin duda, a la compleja composición del instinto sexual, que permite una estructuración final aprovechable a la vida sexual, aun cuando uno o varios componentes del instinto hayan quedado excluidos del desarrollo. Así, la constitución de los invertidos u homosexuales se caracteriza frecuentemente por una especial aptitud del instinto sexual para la sublimación cultural.

De todos modos, un desarrollo intenso o hasta exclusivo de las perversiones o de la homosexualidad hace desgraciado al sujeto correspondiente y le inutiliza socialmente, resultando así que ya las exigencias culturales del segundo grado han de ser reconocidas como una fuente de dolor para cierto sector de la Humanidad. Los destinos de estas

personas, cuya constitución difiere de la de sus congéneres, son muy diversos según la menor o mayor energía de su instinto sexual. Dado un instinto sexual débil, pueden los perversos alcanzar una coerción total de aquellas tendencias que los sitúan en conflicto con las exigencias morales de su grado de cultura. Pero éste es también su único rendimiento, pues agotan en tal inhibición de sus instintos sexuales todas las energías, que de otro modo aplicarían su labor cultural. Quedan reducidos a su propia lucha interior y paralizados para toda acción exterior. Se da en ellos el mismo caso que más adelante volveremos a hallar al ocuparnos de la abstinencia exigida en el tercer grado cultural.

Dado un instinto sexual muy intenso, pero perverso, pueden esperarse dos desenlaces. El primero, que bastará con enunciar, es que el sujeto permanezca perverso y condenado a soportar las consecuencias de su divergencia del nivel cultural. El segundo es mucho más interesante, y consiste en que, bajo la influencia de la educación y de las exigencias sociales, se alcanza, sí, una cierta inhibición de los instintos perversos, pero una inhibición que en realidad no logra por completo su fin, pudiendo calificarse de inhibición frustrada. Los instintos sexuales, coartados, no se exteriorizan ya, desde luego, como tales —y en esto consiste el éxito parcial del proceso inhibitorio —, pero sí en otra forma igualmente nociva para el individuo y que le inutiliza para toda labor social tan en absoluto como le hubiera inutilizado la satisfacción inmodificada de los instintos inhibidos. En esto último consiste el fracaso parcial del proceso, fracaso que a la larga anula el éxito. Los fenómenos sustitutivos, provocados en este caso por la inhibición de los instintos, constituyen aquello que designamos con el nombre de nerviosidad y más especialmente con el de psiconeurosis. Los neuróticos son aquellos hombres que, poseyendo una organización desfavorable, llevan a cabo, bajo el influjo de las exigencias culturales, una inhibición aparente, y en el fondo fracasada, de sus instintos, y que, por ello, sólo con un enorme gasto de energías y sufriendo un continuo empobrecimiento interior pueden sostener su colaboración en la obra cultural o tienen que abandonarla temporalmente por enfermedad. Calificamos a las neurosis de «negativo» de las perversiones porque contienen en estado de «represión» las mismas tendencias, las cuales, después del proceso represor, continúan actuando desde lo inconsciente.

La experiencia enseña que para la mayoría de los hombres existe una frontera, más allá de la cual no puede seguir su constitución las exigencias culturales. Todos aquellos que quieren ser más nobles de lo que su constitución les permite sucumben a la neurosis. Se encontrarían mejor si les hubiera sido posible ser peores. La afirmación de que la perversión y la neurosis se comportan como un positivo o un negativo encuentra con frecuencia una prueba inequívoca en la observación de sujetos pertenecientes a una misma generación. No es raro encontrar una pareja de hermanos en la que el varón es un perverso sexual y la hembra, dotada como tal de un instinto sexual más débil, una neurótica, pero con la particularidad de que sus síntomas expresan las mismas tendencias que las perversiones del hermano, más activamente sexual. Correlativamente, en muchas familias son los hombres sanos, pero inmorales hasta un punto indeseable, y las mujeres, nobles y refinadas, pero gravemente nerviosas.

Una de las más evidentes injusticias sociales es la de que el *standard* cultural exija de todas las personas la misma conducta sexual, que, fácil de observar para aquéllas cuya constitución se lo permite, impone a otros los más graves sacrificios psíquicos. Aunque claro está que esta injusticia queda eludida en la mayor parte de los casos por la transgresión de los preceptos morales.

Hasta aquí hemos desarrollado nuestras observaciones refiriéndonos a las exigencias planteadas al individuo en el segundo de los grados de cultura por nosotros supuesto, en el cual sólo quedan prohibidas las actividades sexuales llamadas perversas, concediéndose, en cambio, amplia libertad al comercio sexual considerado como normal. Hemos comprobado que ya con esta distribución de las libertades y las restricciones sexuales queda situado al margen, como perverso, todo un grupo de individuos y sacrificado a la nerviosidad otro, formado por aquellos sujetos que se esfuerzan en no ser perversos, debiéndolo ser por su constitución. No es ya difícil prever el resultado que habrá de obtenerse al restringir aún más la libertad sexual prohibiendo toda actividad de este orden fuera del matrimonio legítimo, como sucede en el tercero de los grados de cultura antes supuestos. El número de individuos fuertes que habrán de situarse en franca rebeldía contra las exigencias culturales aumentará de un modo extraordinario, e igualmente

el de los débiles que en su conflicto entre la presión de las influencias culturales y la resistencia de la constitución se refugiarán en la enfermedad neurótica.

Surgen aquí tres interrogaciones.

1.ª Cuál es la labor que las exigencias del tercer grado de cultura plantean al individuo.

2.ª Si la satisfacción sexual legítima permitida consigue ofrecer una compensación aceptable de la renuncia exigida.

3.ª Cuál es la proporción entre los daños eventuales de tal renuncia y sus provechos culturales.

La respuesta a la primera cuestión roza un problema varias veces tratado ya y cuya discusión no es posible agotar aquí: el problema de la abstinencia sexual. Lo que nuestro tercer grado de cultura exige al individuo es, en ambos sexos, la abstinencia hasta el matrimonio o hasta el fin de la vida para aquellos que no lo contraigan. La afirmación, grata a todas las autoridades, de que la abstinencia sexual no trae consigo daño alguno ni es siquiera difícil de observar, ha sido sostenida también por muchos médicos. Pero no es arriesgado asegurar que la tarea de dominar por medios distintos de la satisfacción un impulso tan poderoso como el instinto sexual es tan ardua que puede acaparar todas las energías del individuo. El dominio por medio de la sublimación, esto es, por la desviación de las fuerzas instintivas sexuales hacia fines culturales elevados, no es asequible sino a una limitada minoría, y aun a ésta sólo temporalmente y con máxima dificultad durante la fogosa época juvenil. La inmensa mayoría sucumbe a la neurosis o sufre otros distintos daños. La experiencia demuestra que la mayor parte de las personas que componen nuestra sociedad no poseen el temple constitucional necesario para la labor que plantea la observación de abstinencia. Aquéllos que hubieran enfermado dada una menor restricción sexual, enferman antes y más intensamente bajo las exigencias de nuestra moral sexual cultural contemporánea, pues contra la amenaza de la tendencia sexual normal por disposiciones defectuosas o trastornos del desarrollo no conocemos garantía más segura que la misma satisfacción sexual. Cuanto mayor es la disposición de una persona a la neurosis, peor soporta la abstinencia, toda vez que los instintos parciales que se sustraen al desarrollo normal antes descrito se

hacen, al mismo tiempo, tanto más incoercibles. Pero también aquellos sujetos que, bajo las exigencias del segundo grado de cultura, hubieran permanecido sanos sucumben aquí a la neurosis en gran número, pues la prohibición eleva considerablemente el valor psíquico de la satisfacción sexual. La libido estancada se hace apta para percibir algunos de los puntos débiles que jamás faltan en la estructura de una *vita sexualis* y se abre paso por él hasta la satisfacción sustitutiva neurótica en forma de síntomas patológicos. Aprendiendo a penetrar en la condicionalidad de las enfermedades nerviosas se adquiere pronto la convicción de que su incremento en nuestra sociedad moderna procede del aumento de las restricciones sexuales.

Tócanos examinar ahora la cuestión de si el comercio sexual dentro del matrimonio legítimo puede ofrecer una compensación total de la restricción sexual anterior al mismo. El material en que fundamentar una respuesta negativa se nos ofrece tan abundante, que sólo muy sintéticamente podremos exponerlo. Recordaremos, ante todo, que nuestra moral sexual cultural restringe también el comercio sexual aun dentro del matrimonio mismo, obligando a los cónyuges a satisfacerse con un número por lo general muy limitado de concepciones. Por esta circunstancia no existe tampoco en el matrimonio un comercio sexual satisfactorio más que durante algunos años, de los cuales habrá de deducir, además, aquellos períodos en los que la mujer debe ser respetada por razones higiénicas. Al cabo de estos tres, cuatro o cinco años, el matrimonio falla por completo en cuanto ha prometido la satisfacción de las necesidades sexuales, pues todos los medios inventados hasta el día para evitar la concepción disminuyen el placer sexual, repugnan a la sensibilidad de los cónyuges o son directamente perjudiciales para la salud. El temor a las consecuencias del comercio sexual hace desaparecer primero la ternura física de los esposos y más tarde, casi siempre, también la mutua inclinación psíquica destinada a recoger la herencia de la intensa pasión inicial. Bajo la desilusión anímica y la privación corporal, que es así el destino de la mayor parte de los matrimonios, se encuentran de nuevo transferidos los cónyuges al estado anterior a su enlace, pero con una ilusión menos y sujetos de nuevo a la tarea de dominar y desviar su instinto sexual. No hemos de entrar a investigar en qué medida lo logra el hombre llegado a

plena madurez; la experiencia nos muestra que hace uso frecuente de la parte de libertad sexual que aun en el más riguroso orden sexual le concede, si bien en secreto y a disgusto. La «doble» moral sexual existente para el hombre en nuestra sociedad es la mejor confesión de que la sociedad misma que ha promulgado los preceptos restrictivos no cree posible su observancia.

Por su parte, las mujeres que, en calidad de sustratos propiamente dichos de los intereses sexuales de los hombres, no poseen sino en muy escasa medida el don de la sublimación, y para las cuales sólo durante la lactancia pueden constituir los hijos una sustitución suficiente del objeto sexual; las mujeres, repetimos, llegan a contraer, bajo el influjo de las desilusiones aportadas por la vida conyugal graves neurosis que perturban duraderamente su existencia. Bajo las actuales normas culturales, el matrimonio ha cesado de ser hace mucho tiempo el remedio general de todas las afecciones nerviosas de la mujer. Los médicos sabemos ya, por el contrario, que para «soportar» el matrimonio han de poseer las mujeres una gran salud, y tratamos de disuadir a nuestros clientes de contraerlo con jóvenes que ya de solteras han dado muestras de nerviosidad. Inversamente, el remedio de la nerviosidad originada por el matrimonio sería la infidelidad conyugal. Pero cuanto más severamente educada ha sido una mujer y más seriamente se ha sometido a las exigencias de la cultura, tanto más temor le inspira este recurso, y en su conflicto entre sus deseos y sus deberes busca un refugio en la neurosis. Nada protege tan seguramente su virtud como la enfermedad. El matrimonio, ofrecido como perspectiva consoladora al instinto sexual del hombre culto durante toda la juventud, no llega, pues, a constituir siquiera una solución durante su tiempo. No digamos ya a compensar la renuncia anterior.

Aun reconociendo estos prejuicios de la moral sexual cultural, se puede todavía responder a nuestra tercera interrogación alegando que las conquistas culturales consiguientes a tan severa restricción sexual compensan e incluso superan tales prejuicios individuales, que, en definitiva, sólo llegan a alcanzar cierta gravedad en una limitada minoría. Por mi parte, me declaro incapaz de establecer aquí un balance de pérdidas y ganancias. Sólo podría aportar aún numerosos datos para la valoración de las pérdidas. Volviendo al tema, antes iniciado, de la abstinencia, he de afirmar que la misma trae aún consigo otros perjuicios diferentes de las neurosis, las cuales integran, además, mucho

mayor importancia de la que en general se les concede.

La demora del desarrollo y de la actividad sexuales, a la que aspiran nuestra educación y nuestra cultura, no trae consigo, en un principio, peligro alguno e incluso constituye una necesidad si tenemos en cuenta cuán tarde comienzan los jóvenes de nuestras clases ilustradas a valérselas por sí mismos y a ganar su vida, circunstancia en que se nos muestra además la íntima relación de todas nuestras instituciones culturales y la dificultad de modificar alguno de sus elementos sin atender a los restantes. Pero, pasados los veinte años, la abstinencia no está ya exenta de peligros para el hombre, y cuando no conduce a la nerviosidad trae consigo otros distintos daños. Suele decirse que la lucha con el poderoso instinto sexual y la necesaria acentuación en ella de todos los poderes éticos y estéticos de la vida anímica «aceran» el carácter. Esto es exacto para algunas naturalezas favorablemente organizadas. Asimismo, ha de concederse que la diferenciación de los caracteres individuales, tan acentuada hoy día, ha sido hecha posible por la restricción sexual. Pero en la inmensa mayoría de los casos la lucha contra la sexualidad agota las energías disponibles del carácter, y ello en una época en la que el joven precisa de todas sus fuerzas para conquistar su participación y su puesto en la sociedad. La relación entre la sublimación posible y la actividad sexual necesaria oscila, naturalmente, mucho según el individuo e incluso según la profesión. Un artista abstinente es algo apenas posible. Por el contrario, no son nada raros los casos de abstinencia entre los jóvenes consagrados a una disciplina científica. Estos últimos pueden extraer de la abstinencia nuevas energías para el estudio. En cambio, el artista hallará en la actividad sexual un excitante de función creadora. En general, tengo la impresión de que la abstinencia no contribuye a formar hombres de acción, enérgicos e independientes, ni pensadores originales o valerosos reformadores, sino más bien honradas medianías que se sumergen luego en la gran masa, acostumbrada a seguir con cierta resistencia los impulsos iniciados por individuos enérgicos.

En los resultados de la lucha por la abstinencia se revela también la conducta voluntariosa y rebelde del instinto sexual. La educación cultural no tendería quizá sino a su coerción temporal hasta el matrimonio, con la intención de dejarlo luego libre para servirse de él. Pero contra el instinto

tienen más éxito las medidas extremas que las contemporizaciones. La coerción va con frecuencia demasiado lejos, dando lugar a que al llegar al momento de conceder libertad al instinto sexual, presente éste ya daños duraderos, resultado al que no se tendía ciertamente. De aquí que la completa abstinencia durante la juventud no sea para la mejor preparación al matrimonio. Así lo sospechan las mujeres, y prefieren entre sus pretendientes aquellos que han demostrado ya con otras mujeres su masculinidad. Los perjuicios de la severa abstinencia exigida a las mujeres antes del matrimonio son especialmente evidentes. La educación no debe considerar nada fácil la labor de coartar la sensualidad de la joven hasta su matrimonio, pues recurre para ello a los medios más poderosos. No sólo prohíbe el comercio sexual y ofrece elevadas primas a la conservación de la inocencia, sino que trata de evitar a las adolescentes toda tentación, manteniéndolas en la ignorancia del papel que les está reservado y no tolerándoles impulso amoroso alguno que no pueda conducir al matrimonio. El resultado es que las muchachas, cuando de pronto se ven autorizadas a enamorarse por las autoridades familiares, no llegan a poder realizar la función psíquica correspondiente y van al matrimonio sin la seguridad de sus propios sentimientos. A consecuencia de la demora artificial de la función erótica sólo desilusiones procuran al hombre que ha ahorrado para ellas todos sus deseos. Sus sentimientos anímicos permanecen aún ligados a sus padres, cuya autoridad creó en ellas la coerción sexual, y su conducta corporal adolece de frigidez, con lo cual queda el hombre privado de todo placer sexual intenso. Ignoro si el tipo de mujer anestésica existe fuera de nuestras civilizaciones, aunque lo creo muy probable; pero lo cierto es que nuestra educación cultural se esfuerza precisamente en cultivarlo, y estas mujeres que conciben sin placer no se muestran muy dispuestas a parir frecuentemente con dolor. Resulta así que la preparación al matrimonio no consigue sino hacer fracasar los fines del mismo. Más tarde, cuando la mujer vence ya la demora artificialmente impuesta a su desarrollo sexual, llega a la cima de su existencia femenina y siente despertar en ella la plena capacidad de amar, se encuentra con que las relaciones conyugales se han enfriado hace ya tiempo, y, como premio a su docilidad anterior, le queda la elección entre el deseo insatisfecho, la infidelidad o la neurosis.

La conducta sexual de una persona constituye el «prototipo» de todas sus demás reacciones. A aquellos hombres que conquistan enérgicamente su objeto sexual les suponemos análoga energía en la persecución de otros fines. En cambio, aquellos que por atender a toda clase de consideraciones renuncian a la satisfacción de sus poderosos instintos sexuales serán, en los demás casos, más conciliadores y resignados que activos. En las mujeres puede comprobarse fácilmente un caso especial de este principio de la condición prototípica de la vida sexual con respecto al ejercicio de las demás funciones. La educación les prohíbe toda elaboración intelectual de los problemas sexuales, los cuales les inspiran siempre máxima curiosidad, y las atemoriza con la afirmación de que tal curiosidad es poco femenina y denota una disposición viciosa. Esta intimidación coarta su actividad intelectual y rebasa en su ánimo el valor de todo conocimiento, pues la prohibición de pensar se extiende más allá de la esfera sexual, en parte a consecuencia de relaciones inevitables y en parte automáticamente, proceso análogo al que provocan los dogmas en el pensamiento del hombre religioso o las ideas dinásticas en el de los monárquicos incondicionales. No creo que la antítesis biológica entre trabajo intelectual y actividad sexual explique la «debilidad mental fisiológica» de la mujer, como pretende Moebius en su discutida obra. En cambio, opino que la indudable inferioridad intelectual de tantas mujeres ha de atribuirse a la coerción mental necesaria para la coerción sexual.

Al tratar de la abstinencia no se suele distinguir suficientemente dos formas de la misma; la abstención de toda actividad sexual en general y la abstención del comercio sexual con el sexo contrario. Muchas personas que se vanaglorian de la abstinencia no la mantienen, quizá, sino con el auxilio de la masturbación o de prácticas análogas relacionadas con las actividades sexuales autoeróticas de la primera infancia. Pero precisamente a causa de esta relación, tales medios sustitutivos de satisfacción sexual no son nada inofensivos, pues crean una disposición a aquellas numerosas formas de neurosis y psicosis que tienen por condición la regresión de la vida sexual a sus formas infantiles. Tampoco la masturbación corresponde a las exigencias ideales de la moral sexual cultural y provoca en el ánimo de los jóvenes aquellos mismos conflictos con el ideal educativo a los que intentaban sustraerse por medio de la abstinencia. Además, pervierte el carácter en más

de un sentido, haciéndole adquirir hábitos perjudiciales, pues, en primer lugar, y conforme a la *condición prototípica* de la sexualidad, le acostumbra a alcanzar fines importantes sin esfuerzo alguno, por caminos fáciles y no mediante un intenso desarrollo de energía, y en segundo, eleva el objeto sexual, en las fantasías concomitantes a la satisfacción, a perfecciones difíciles de hallar luego en la realidad. De este modo ha podido proclamar un ingenioso escritor (Karl Kraus), invirtiendo los términos, que «el coito no es sino un subrogado insuficiente del onanismo».

La severidad de las normas culturales y la dificultad de observar la abstinencia han coadyuvado a concretar esta última en la abstención del coito con personas de sexo distinto y a favorecer otras prácticas sexuales, equivalentes, por decirlo así, a una semiobediencia. Dado que el comercio sexual normal es implacablemente perseguido por la moral —y también por la higiene, a causa de la posibilidad de contagio—, ha aumentado considerablemente en importancia social aquellas prácticas sexuales, entre individuos de sexo diferente, a las que se da el nombre de perversas y en las cuales es usurpada por otras partes del cuerpo la función de los genitales. Pero estas prácticas no pueden ser consideradas tan innocuas como otras análogas transgresiones cometidas en el comercio sexual; son condenables desde el punto de vista ético, puesto que convierten las relaciones eróticas entre dos seres, de algo muy fundamental, en un cómodo juego sin peligro ni participación anímica. Otra de las consecuencias de la restricción de la vida sexual normal ha sido el incremento de la satisfacción homosexual. A todos aquellos que ya son homosexuales por su organización o han pasado a serlo en la niñez viene a agregarse un gran número de individuos de edad adulta, cuya libido, viendo obstruido su curso principal, deriva por el canal secundario homosexual.

Todas estas secuelas inevitables e indeseadas de la abstinencia impuesta por nuestra civilización concluyen en una consecuencia común, consistente en trastornar fundamentalmente la preparación al matrimonio, el cual había de ser, no obstante, según la intención de la moral sexual cultural, el único heredero de las tendencias sexuales. Todos aquellos hombres que a consecuencia de prácticas sexuales onanistas o perversas han enlazado su libido a situaciones y condiciones distintas de las normales desarrollan en el

matrimonio una potencia disminuida. Igualmente, las mujeres que sólo mediante tales ayudas han conseguido conservar su virginidad muestran en el matrimonio una anestesia total para el comercio sexual normal. Estos matrimonios, en los que ambos cónyuges adolecen ya, desde un principio, de una disminución de sus facultades eróticas, sucumben mucho más rápidamente al proceso de disolución. A causa de la escasa potencia del hombre, la mujer queda insatisfecha y permanece anestésica aun en aquellos casos en que su disposición a la frigidez, obra de la educación, hubiera cedido a la acción de intensas experiencias sexuales. Para tales parejas resulta aún más difícil que para las sanas evitar la concepción, pues la potencia disminuida del hombre soporta mal el empleo de medidas preventivas. En esta perplejidad, el comercio conyugal queda pronto interrumpido, como fuente de preocupaciones y molestias, y abandonado así el fundamento de la vida matrimonial.

Tedas las personas peritas en estas materias habrán de reconocer que no exagero en modo alguno, sino que me limito a describir hechos comprobables en todo momento. Para los no iniciados ha de resultar increíble lo raro que es hallar en los matrimonios situados bajo el imperio de nuestra moral sexual cultural una potencia normal del marido, y lo frecuente, en cambio, de la frigidez de la mujer. No sospechan, ciertamente, cuántos renunciamientos trae consigo, a veces para ambas partes, el matrimonio, ni a lo que queda reducida la felicidad de la vida conyugal, tan apasionadamente deseada. Ya indicamos que en tales circunstancias el desenlace más próximo es la enfermedad nerviosa. Describiremos ahora en qué forma actúa tal matrimonio sobre el hijo único o los pocos hijos de él nacidos. A primera vista nos parece encontrarlos, en estos casos, ante una transferencia hereditaria, que, detenidamente examinada, resulta no ser sino el efecto de intensas impresiones infantiles. La mujer no satisfecha por su marido y, a consecuencia de ello neurótica, hace objeto a sus hijos de una exagerada ternura, atormentada por constantes zozobras, pues concentra en ellos su necesidad de amor y despierta en ellos una prematura madurez sexual. Por otro lado, el desacuerdo reinante entre los padres excita la vida sentimental del niño y le hace experimentar, ya en la más tierna edad, amor, odio y celos. Luego, la severa educación que no tolera actividad alguna a esta vida sexual

tan tempranamente despertada, interviene como poder represor, y el conflicto surgido así en edad tan tierna del sujeto integra todos los factores precisos para la causación de una nerviosidad que ya no le abandonará en toda su vida.

Vuelvo ahora a mi afirmación anterior de que al juzgar las neurosis no se les concede, por lo general, toda su verdadera importancia. Al hablar así no me refiero a aquella equivocada apreciación de estos estados que se manifiesta en un descuido absoluto por parte de los familiares del enfermo y en las seguridades, eventualmente dadas por los médicos, de unas cuantas semanas de tratamiento hidroterápico o algunos meses de reposo conseguirán dar al traste con la enfermedad. Esta actitud no es adoptada hoy en día más que por gentes ignorantes, sean o no médicos, o tienden tan sólo a procurar al paciente un consuelo de corta duración. Por lo general, se sabe ya que una neurosis crónica, si bien no destruye por completo las facultades del enfermo, representa para él una pesada carga, tan pesada quizá como una tuberculosis o una enfermedad del corazón. Aún podríamos darnos en cierto modo por conformes si las neurosis se limitaran a excluir de la labor cultural a cierto número de individuos, de todos modos débiles, consintiendo participar en ella a los demás, a costa sólo de algunas molestias subjetivas. Pero lo que sucede, y a ello se refiere precisamente mi afirmación inicial, es que la neurosis, sea cualquiera el individuo a quien ataque, sabe hacer fracasar, en toda la amplitud de su radio de acción, la intención cultural, ejecutando así la labor de las fuerzas anímicas, enemigas de la cultura y por ello reprimidas. De este modo, si la sociedad paga con un incremento de la nerviosidad la docilidad a sus preceptos restrictivos, no podrá hablarse de una ventaja social obtenida mediante sacrificios individuales, sino de un sacrificio totalmente inútil. Examinemos, por ejemplo, el caso frecuentísimo de una mujer que no quiere a su marido porque las circunstancias que presidieron su enlace y la experiencia de su ulterior vida conyugal no le han aportado motivo alguno para quererle, pero que desearía querer amarle, por ser esto lo único que corresponde al ideal del matrimonio en el que fue educada. Sojuzgará, pues, todos los impulsos que tienden a expresar la verdad y contradicen su ideal, y se esforzará en representar el papel de esposa amante, tierna y cuidadosa. Consecuencia de esta autoimposición será la enfermedad neurótica, la cual tomará en breve plazo completa venganza del esposo insatisfactorio,

haciéndole víctima de tantas molestias y preocupaciones como le hubiera causado la franca confesión de la verdad. Es éste uno de los ejemplos más típicos de los rendimientos de las neurosis. La represión de otros impulsos no directamente sexuales, enemigos de la cultura, va seguido de un análogo fracaso de la compensación. Así, un individuo que, sojuzgando violentamente su inclinación a la dureza y la crueldad, ha llegado a ser extremadamente bondadoso, pierde de tal proceso, muchas veces, tan gran parte de sus energías que no llega a poner en obra todo lo correspondiente a sus impulsos compensadores y hace, en definitiva, menos bien del que hubiera hecho sin yugular sus tendencias constitucionales.

Agregamos aún que, al limitar la actividad sexual de un pueblo, se incrementa en general la angustia vital y el miedo a la muerte, factores que perturban la capacidad individual de goce, suprimen la disposición individual a arrostrar la muerte por la consecuencia de un fin, disminuyen el deseo de engendrar descendencia y excluyen, en fin, al pueblo o al grupo de que se trate de toda participación en el porvenir. Ante estos resultados habremos de preguntarnos si nuestra moral sexual cultural vale la pena del sacrificio que nos impone, sobre todo si no nos hemos libertado aún suficientemente del hedonismo para no ingresar en los fines de nuestra evolución cultural cierta dosis de felicidad individual. No es, ciertamente, labor del médico la de proponer reformas sociales; pero he creído poder apoyar su urgente necesidad ampliando la exposición hecha por Ehrenfels de los daños imputables a nuestra moral sexual cultural con la indicación de su responsabilidad en el incremento de la nerviosidad moderna.

XXX

TEORÍAS SEXUALES INFANTILES[995]

1908

LOS materiales del presente estudio proceden de diversas fuentes. En primer lugar, de la observación inmediata de las manifestaciones y actividades infantiles; en segundo, de los recuerdos infantiles conscientes, comunicados por individuos neuróticos adultos, durante el tratamiento psicoanalítico, y, por último, de la traducción a lo consciente de los recuerdos inconscientes de tales individuos neuróticos y de las deducciones y conclusiones resultantes de sus análisis.

El hecho de que la primera de tales fuentes no haya proporcionado ya, por sí sola, todo el material interesante depende de la conducta generalmente observada por los adultos con respecto a la vida sexual infantil. Pretendiendo que el niño no desarrolla actividad sexual alguna, se omite realizar una labor de observación en este sentido, y, por otro lado, se coartan apresuradamente todas aquellas manifestaciones infantiles que pudieran ser signos de tal actividad y, como tales, merecedoras de atención y estudio. Así, pues, las ocasiones de utilizar esta fuente, la más pura y generosa de todas, son limitadísimas. Con respecto al material precedente de las manifestaciones espontáneas de individuos adultos sobre sus recuerdos infantiles conscientes, podrá objetarse, a lo más, la posibilidad de una alteración de tales recuerdos al ser evocados en el análisis; pero, aparte de esto, habrá de tenerse en cuenta, al valorarlo, que los sujetos correspondientes han enfermado, ulteriormente,

de neurosis. Por último, el material extraído de la tercera de las fuentes citadas será objeto de todos aquellos ataques que se acostumbra dirigir contra las garantías de la investigación psicoanalítica y la seguridad de las conclusiones de ellas deducidas. Por nuestra parte, sólo aduciremos aquí que el conocimiento y la práctica de la técnica psicoanalítica procuran en plazo brevísimo una amplia confianza con sus resultados. Con referencia a los que integran este trabajo, puedo garantizar haber procedido en su deducción con máximo cuidado.

Otra cuestión harto difícil de decidir es la de hasta qué punto debe presuponerse en todo sujeto infantil, sin excepción alguna, lo que aquí nos proponemos exponer sobre los niños en general. El influjo de la educación y la distinta intensidad del instinto sexual han de dar, seguramente, origen a grandes oscilaciones individuales en la conducta sexual infantil, determinando, especialmente, la emergencia más o menos temprana del interés sexual. Por esta causa no he articulado mi exposición conforme a épocas infantiles sucesivas, prefiriendo presentar reunido todo aquello que la vida infantil nos ofrece en épocas más o menos tempranas, según el sujeto. Desde luego, tengo la convicción de que ningún niño —o por lo menos, ningún niño de inteligencia completa o superior— llega a la pubertad sin que los problemas sexuales hayan ocupado ya su pensamiento en los años anteriores a la misma.

No me parece grandemente atendible la alegación de que los neuróticos constituyen una clase especial de individuos, caracterizados por una disposición degenerativa, de cuya vida infantil no es lícito deducir conclusiones sobre la infancia en general. Los neuróticos son hombres como los demás, sin que sea posible diferenciarlos con precisión de los normales, ni distinguirlos en su infancia de los que luego se conservan sanos. Uno de los más valiosos resultados de nuestras investigaciones psicoanalíticas ha sido el de comprobar que las neurosis no poseen un contenido psíquico peculiar y exclusivo suyo, pudiéndose afirmar así, según expresión de C. G. Jung, que los neuróticos enferman a consecuencia de aquellos mismos complejos con los cuales luchan los sanos. La diferencia está en que los sanos saben dominar tales complejos sin sufrir graves daños, prácticamente comprobables, mientras que el nervioso no consigue dominarlos sino al

precio de costosos productos sustitutivos, cuya emergencia equivale prácticamente al fracaso de la labor desarrollada para alcanzar tal dominio. Las diferencias entre nerviosos y normales son mucho menores en la infancia, por lo cual no podemos considerar como un error de método el aprovechamiento de los recuerdos infantiles de los neuróticos, para deducir por ellos, por analogía, conclusiones sobre la infancia normal. Además, como los individuos ulteriormente neuróticos suelen traer consigo al mundo en su constitución, un instinto sexual muy intenso, que tiende a madurar y manifestarse prematuramente, sus recuerdos de la niñez nos permitirán aprehender gran parte de la actividad sexual infantil, con una claridad y una precisión mucho mayores de las que nos es posible obtener aplicando directamente a otros niños nuestras facultades de observación, nada penetrantes de por sí. De todos modos, el valor verdadero de este material procedente de las manifestaciones de individuos neuróticos adultos no podrá ser fijado hasta que se recojan también los recuerdos infantiles de los adultos normales, labor que ya hubo de iniciar Havelock Ellis.

A causa de las desfavorables circunstancias que presiden este género de investigaciones, nuestro presente trabajo se refiere casi exclusivamente al desarrollo sexual en los individuos masculinos. Pero el valor de una colección como la que aquí intentamos presentar puede no ser meramente descriptivo. El conocimiento de las teorías sexuales infantiles, tal y como el pensamiento infantil las conforma, puede ser interesante en más de un sentido, y así resulta serlo también, sorprendentemente, para la interpretación de los sueños y fábulas de la antigüedad. Mas, para lo que se demuestra indispensable es para la concepción de las neurosis mismas, en las cuales conserven aún todo su valor tales teorías infantiles y ejercen una influencia determinante sobre la estructura de los síntomas.

Si nos fuera posible renunciar a nuestra envoltura corporal, y una vez convertidos así en seres sólo pensamiento, procedentes, por ejemplo, de otro planeta, observar con mirada nueva y exenta de todo prejuicio las cosas terrenas, lo que más extrañaríamos sería, quizá, la existencia de dos sexos que, siendo tan *semejantes*, evidencian, no obstante, su diversidad con signos manifiestos. Mas, no parece que los niños tomen también este hecho

fundamental como punto de partida de sus investigaciones sobre los problemas sexuales. Conociendo desde el principio de su vida un padre y una madre, aceptan su existencia como una realidad que no precisa de investigación alguna. Idéntica conducta sigue el niño con respecto a una hermanita de la que no le separen sino uno o dos años. La curiosidad sexual de los niños no se despierta espontáneamente a consecuencia de una necesidad congénita de casualidad, sino bajo el aguijón de los instintos egoístas en ellos dominantes, cuando al cumplir, por ejemplo, los dos años se ven sorprendidos por la aparición de un nuevo niño. Aquellos niños que permanecen únicos en su casa se transfieren también a tal situación por sus observaciones en otras familias. La disminución —experimentada o temida— del cuidado de sus padres y la previsión de que en adelante deberá compartirlo todo con el recién llegado, despiertan la sensibilidad del sujeto y aguzan su pensamiento. El niño mayor manifiesta una franca hostilidad a su competidor, exteriorizándola en juicios nada amables sobre el mismo, en el deseo de que «se lo vuelva a llevar la cigüeña», y a veces, incluso, en pequeños atentados contra la criatura que yace inerme en su cuna. Una mayor diferencia de edad debilita, por lo general, la expresión de esta hostilidad primaria. Asimismo, en el niño que permanece único puede llegar a dominar, más adelante, el deseo de tener un hermanito que le secunde en sus juegos como ha observado en otras casas.

Bajo el estímulo de estos sentimientos y preocupaciones comienza el niño a reflexionar sobre el primero y magno problema de la vida, y se pregunta *de dónde vienen los niños*, o, mejor dicho, en un principio, tan sólo de dónde ha venido aquel niño que ha puesto fin a su privilegiada situación. En muchos de los enigmas que nos plantean los mitos y leyendas creemos percibir el eco de esta primera interrogación, que por su parte es, como toda investigación, un producto de la lucha del hombre con la vida, como si en el pensamiento se viese planteada la labor de prevenir la repetición de un suceso tan temido. Supongamos, sin embargo, que el pensamiento del niño se libera pronto de la excitación en él provocada por el suceso indeseado y continúa laborando como instinto espontáneo de investigación. Si el niño no ha sido ya muy intimidado tomará, antes o después, el camino más próximo y acudirá en demanda de respuesta a sus padres y guardadores, que representan para él la

fuente de todo conocimiento. Pero este camino falla en absoluto. Las personas interrogadas eluden la respuesta, reprochan al niño su curiosidad o salen del paso recurriendo a una fábula cualquiera —en los países germanos, a la de la cigüeña, muy importante desde el punto de vista mitológico, y según el cual es esta ave la que trae a los niños, cogiéndolos del agua—. Tengo mis razones para suponer que el número de los niños que no se satisfacen con esta explicación y la acogen con intensa incredulidad es mucho mayor de lo que los padres suponen. Sé de un niño de tres años que pocos momentos después de obtener tal explicación fue echado de menos en su casa y hallado a la orilla de un estanque próximo, adonde había acudido para ver a los niños que la cigüeña iba a buscar en él. Otro dio tímida expresión a su incredulidad, asegurando en el acto que quien traía a los niños no era la cigüeña, sino… la garza real. Las múltiples observaciones que he realizado o me han sido comunicadas me han llevado a creer que los niños rehúsan toda fe a la teoría de la cigüeña, y que a partir de este primer engaño alimentan en sí una gran desconfianza hacia los «mayores» y mantienen ya secreta la prosecución de sus investigaciones. Pero en tales sucesos viven ya la primera ocasión de un «conflicto psíquico», puesto que ciertas opiniones suyas, por las que siente una predilección de carácter instintivo, pero que no «parece bien» a los mayores, chocan con las mantenidas por la autoridad de los mismos y que a ellos no les parecen aceptables. Este conflicto psíquico puede dar rápido origen a una «disociación psíquica». La opinión «oficial», cuya aceptación dará al niño nota de «juicioso», al mismo tiempo que coartará su actividad reflexiva, llegará a dominar en su psiquismo consciente; la otra, en cuyo favor ha aportado, entre tanto, la labor investigadora nuevas pruebas, que, sin embargo, habrán de ser rechazadas, será sojuzgada y pervivirá en estado inconsciente, quedando así constituido el complejo nodular de la neurosis.

Con el análisis de un niño de cinco años[996] llevado a cabo por su propio padre, que luego me autorizó a publicarlo, he aportado no hace mucho la prueba irrefutable de un descubrimiento hacia el cual me habían orientado ya mucho antes mis psicoanálisis de adultos. Sé ahora, fijamente, que las transformaciones provocadas en el aspecto de la madre por el embarazo no escapan a los ojos del niño, el cual no tarda luego en establecer la relación

exacta entre un aumento de volumen de la madre y la aparición del nuevo infante. En el caso antes citado el niño tenía tres años y medio cuando nació su hermanita, y cuatro años y nueve meses cuando dejó ver, con transparentes alusiones, su exacto conocimiento de lo sucedido. Pero este temprano conocimiento es siempre mantenido secreto, y sucumbe más tarde a la represión y al olvido con todos los demás resultados de la investigación sexual infantil.

Así, pues, la fábula de la cigüeña no pertenece al número de las teorías sexuales infantiles. Por el contrario, la observación de los animales, que no disimulan su vida sexual y a los que tan afín se siente el niño, es lo que más coadyuva a robustecer su incredulidad. Con el descubrimiento de que la criatura se forma dentro del cuerpo de la madre, descubrimiento que el niño realiza aún por sí mismo y sin auxilio ninguno ajeno, se encontraría ya el infantil investigador en camino de resolver el problema en que primeramente pone a prueba sus energías intelectuales. Pero llegado a este punto ve impedido el progreso ulterior de su labor investigadora por el desconocimiento de un dato insustituible y por teorías erróneas que le son inspiradas por el estado de su propia sexualidad.

Estas falsas teorías sexuales, que ahora examinaremos, muestran un singularísimo carácter común. Aunque todas yerran de un modo grotesco, cada una de ellas contiene alguna parte de verdad, asemejándose en esto a aquellas teorías que calificamos de «geniales», edificadas por los adultos como tentativas de resolver los problemas universales que desafían el pensamiento humano. La parte de verdad integrada en estas teorías sexuales infantiles se explica por su derivación de los componentes del instinto sexual, activos ya en el niño, pues tales hipótesis no son el fruto de un capricho psíquico ni de impresiones casuales, sino de una necesidad de la constitución psicosexual, siendo ésta la razón de que podamos hablar de teorías sexuales infantiles típicas y hallemos en todos aquellos niños en cuya vida sexual no es posible penetrar las mismas opiniones erróneas.

La primera de tales teorías se enlaza con el desconocimiento de las diferencias sexuales, indicando ya antes como característica infantil, que consiste en *atribuir a toda persona, incluso a las de sexo femenino, órganos genitales masculinos* como los que el niño conoce por su propio cuerpo.

Precisamente en aquella constitución sexual que reconocemos como «normal» es ya en la infancia el pene la zona erógena directiva y el principal objeto sexual autoerótico, y el valor que el sujeto le concede se refleja lógicamente en una imposibilidad de representarse a una personalidad análoga a él *yo* sin un elemento tan esencial. Cuando el niño ve desnuda a una hermanita suya o a otra niña, sus manifestaciones demuestran que su prejuicio ha llegado a ser lo bastante enérgico para falsear la percepción de lo real. Así, no comprueba la falta del miembro, sino que dice *regularmente*, como con intención consoladora y conciliante: «El… es aún pequeñito, pero ya le crecerá cuando vaya siendo mayor». La imagen de la mujer provista de un miembro viril retorna aún en los sueños de los adultos. El durmiente, presa de intensa excitación sexual, se dispone a realizar el coito con una mujer; pero al desnudarla descubre, en lugar de los genitales femeninos, un cumplido miembro viril, y esta visión pone fin al sueño y a la excitación sexual. Las numerosas figuras hermafroditas que la antigüedad clásica nos ha legado reproducen fielmente esta representación infantil, generalmente extendida un día, siendo de observar que tal imagen no hiere la sensibilidad de la mayoría de los hombres normales, mientras que los casos reales de hermafroditismo genital despiertan casi siempre máxima repugnancia.

Cuando esta representación de la mujer provista de un miembro viril llega a quedar «fijada» en el niño, resistiendo a todas las influencias de la vida ulterior y creando la incapacidad de renunciar al pene en el objeto sexual, el sujeto —cuya vida sexual puede permanecer normal en todo otro aspecto— se hace necesariamente homosexual, y busca sus objetos sexuales entre hombres que por algunos caracteres somáticos o anímicos recuerden a la mujer. La mujer real, tal y como luego la descubre, no puede constituir nunca para él un objeto sexual, pues carece a sus ojos del atractivo sexual esencial, e incluso, puede llegar a inspirarle horror, por su relación con otra impresión de su vida infantil. El niño en el que domina principalmente la excitación del pene contrae, por lo general, el hábito de procurarse placer por medio de estímulos manuales, y al ser sorprendido alguna vez por sus padres o guardadores en tales manejos es atemorizado con la amenaza de cortarle el miembro. El efecto de esta «amenaza de castración» es, como corresponde a la alta valoración del órgano amenazado, extraordinariamente profundo y

duradero. Las leyendas y los mitos testimonian de la excitación y el espanto que en la sensibilidad infantil se enlazan a este complejo de la castración, el cual sólo muy a disgusto es recordado luego por la conciencia. La visión ulterior de los genitales femeninos, cuya forma interpreta como el resultado de una mutilación, recuerda al sujeto la amenaza anterior, despertando así aquéllos, en el homosexual, espanto en lugar de placer. Esta reacción no es ya susceptible de modificación alguna cuando el homosexual llega al conocimiento científico de que la hipótesis infantil que atribuye a la mujer la posesión de un pene no es, en realidad, tan errónea. La anatomía ha reconocido en el clítoris femenino el órgano homólogo al pene, y la fisiología de los procesos sexuales ha añadido que éste pene incipiente y no susceptible de mayor desarrollo se conduce en la infancia de la mujer como un verdadero pene y constituye la sede de estímulos que incitan a la sujeto a maniobras de carácter onanista, prestando su excitabilidad un marcado carácter masculino a la actividad sexual de la niña y haciéndose necesario, en los años de la pubertad, un avance de la represión destinado a desvanecer esta sexualidad masculina y dar nacimiento a la mujer. La persistencia de la excitabilidad clitoridiana disminuye la función sexual de la mujer, haciéndola anestésica para el coito. Inversamente, la represión antes indicada puede también resultar excesiva y quedar entonces parcialmente anulados sus efectos por la emergencia de productos sustitutivos histéricos. Todos estos hechos no contradicen, ciertamente, la teoría sexual infantil de que la mujer posee, como el hombre, un pene.

No es difícil observar que la niña comparte la elevada valoración que su hermano concede a los genitales masculinos. Muestra por esta parte del cuerpo de los niños un vivo interés, en el que no tarda en transparentarse la envidia. Se siente desaventajada, intenta orinar en la misma postura que los niños y afirma que hubiese preferido ser un chico. No creemos necesario puntualizar qué falta habría de compensar la realización de tal deseo.

Si el niño pudiera aprovechar para sus deducciones la indicación que supone la excitación experimentada en sus órganos genitales, se aproximaría considerablemente a la solución de su problema. El que el niño se forme dentro del cuerpo de la madre no es, desde luego, una explicación suficiente. ¿Cómo penetra en él? ¿Quién provoca su desarrollo? Es muy probable que el

padre tenga algo que ver en ello, puesto que declara que el niño es «suyo[997]». Por otro lado, la excitación que el niño siente en sus órganos genitales siempre que maneja en su pensamiento estas cuestiones, le hace sospechar que el pene ha de tener alguna intervención en tales enigmáticos procesos. A esta excitación se enlazan, además, impulsos que el niño no acierta a explicarse, oscuros impulsos a un acto violento, a una penetración, romper algo o abrir un agujero en alguna parte. Pero cuando el niño parece hallarse así en el mejor camino para postular la existencia de la vagina y descubrir, en la penetración del pene paterno en el cuerpo de la madre, el acto por medio del cual nace la criatura en el seno materno, queda bruscamente interrumpida la investigación al tropezar con la teoría de que la madre posee también, como el padre, un pene. La existencia de la cavidad que acoge al pene permanece, pues, ignorada por el niño, y el fracaso de sus meditaciones le hace cesar en ellas y olvidarlas más tarde. Pero tales cavilaciones y dudas se constituyen en prototipo de todo proceso mental ulterior encaminado a la solución de problemas, y el primer fracaso ejerce ya, para siempre, una influencia paralizante.

El desconocimiento de la vagina afirma también al niño la segunda de sus teorías sexuales. Si el niño se forma dentro del cuerpo de la madre, desprendiéndose luego de él, tal separación no puede tener efecto sino por un solo camino; esto es, por el conducto intestinal. *El niño es expulsado como un excremento, en una deposición*. Cuando en años infantiles ulteriores vuelve esta cuestión al pensamiento del niño o llega a ser objeto de una conversación con alguno de sus compañeros, surge, como nueva explicación, la de que los niños nacen a través del ombligo o de una abertura practicada en el vientre de la madre, para extraerlos, como a la Caperucita Roja, de la barriga del lobo. Estas teorías son expuestas en voz alta y recordadas luego conscientemente, pues no contienen ya nada repulsivo. En cambio, los mismos niños han olvidado por completo que en años anteriores creían en otra distinta teoría del nacimiento, a la que se opone ahora la represión de los componentes sexuales anales, sobrevenida en el intervalo. En aquellos primeros tiempos, la defecación era algo de lo que se podía hablar sin asco en la *nursery*. El niño no se hallaba aún tan lejos de sus tendencias constitucionales coprófilas y no era para él nada degradante haber venido al mundo como una masa fecal, no

condenada aún por la repugnancia. La teoría de la cloaca, exacta en tantos animales, era la más natural y la única que el niño podía encontrar verosímil.

Pensando consecuentemente, niega el niño a la mujer el doloroso privilegio de parir hijos. Si los niños son paridos por el ano, también el hombre puede parirlos. Así, pues, el niño puede fantasear que da a luz a un hijo, sin que por ello hayamos de imputarle tendencias femeninas. Tales fantasías no son sino un resto de actividad de su erotismo anal.

Cuando la teoría de la cloaca perdura en la conciencia del niño en ulteriores años infantiles, cosa que sucede algunas veces, trae también consigo una solución del problema de la génesis de los niños, aunque ya no de carácter primitivo. Sucede entonces como en los cuentos. Se tiene un niño por haber comido una determinada cosa. Las enfermas mentales suelen luego reanimar esta teoría infantil. Así, una maniaca, al recibir la visita del médico, le conducirá ante un montón de excrementos que ha depositado en un rincón de su celda, y se lo mostrará diciendo: «Mire usted el niño que he tenido hoy».

La tercera de las teorías sexuales infantiles típicas surge cuando los niños llegan a ser testigos casuales del comercio sexual de sus padres, aunque, naturalmente, no hayan conseguido más que una percepción muy incompleta del mismo. Pero cualquiera que haya sido el objeto de su percepción —la situación reciproca de los dos protagonistas, los ruidos o ciertos detalles accesorios—, *su interpretación del coito es siempre de carácter sádico,* viendo en él algo que la parte más fuerte impone violentamente a la más débil y comparándolo, sobre todos los observadores masculinos, a una lucha cuerpo a cuerpo, como las que ellos sostienen con sus camaradas de juego, y que no dejan de integrar una cierta mezcla de excitación sexual. No he podido comprobar que los niños descubran en tales escenas por ellos sorprendidas el dato que les faltaba para la solución de su problema. En muchos casos parecía que si tal relación permanecía oculta a los ojos de los niños, era precisamente por haber interpretado el acto erótico como un acto de violencia. Pero esta interpretación parece a su vez, un retorno de aquel oscuro impulso a una acción cruel que se enlazaba con la excitación del pene en las primeras meditaciones del infantil sujeto sobre el problema del origen de los niños. No puede negarse tampoco la posibilidad de que aquel temprano

impulso sádico, que casi habría dejado adivinar el coito, surgiera por su parte bajo el influjo de oscurísimas reminiscencias del comercio sexual de los padres; reminiscencias cuyo material habría reunido el niño, sin utilizarlo aún, durante los primeros años de su vida, en los que compartió la alcoba de sus progenitores[998].

La teoría sádica del coito, que, al no ser relacionada con otras impresiones, induce al sujeto en error en lugar de aportarle una confirmación de sus hipótesis, es, a su vez, expresión de uno de los componentes sexuales congénitos, más o menos intenso en cada niño, y en consecuencia resulta parcialmente exacta, adivinando en parte la esencia del acto sexual y la «lucha de los sexos» que a él precede. No es tampoco raro que el niño encuentre confirmada esta teoría suya por observaciones casuales que aprehende en parte exacta y en parte erróneamente, o incluso de un modo antitético. En muchos matrimonios se resiste realmente la mujer al abrazo conyugal, que no le proporciona placer alguno, y trae, en cambio, consigo el peligro de un nuevo embarazo. La madre ofrece así al niño, que supone dormido (o que finge estarlo), una impresión que no puede ser interpretada sino como una defensa contra un acto de violencia. Otras veces es toda la vida conyugal la que ofrece al niño el espectáculo de una continua disputa expresada en palabras y gestos hostiles, no pudiendo así extrañar al infantil observador que tal disputa prosiga por la noche y tenga el mismo desenlace violento que sus diferencias con sus hermanos o compañeros de juegos.

Las huellas de sangre en las sábanas o en la ropa interior de la madre confirman también las hipótesis sádicas del niño, que ve en ellas una prueba de que el padre ha repetido durante la noche sus violencias, cuando la interpretación real sería más bien la de una pausa en el comercio sexual. El «horror a la sangre» de ciertos nerviosos sólo resulta explicable relacionándolo con estas impresiones infantiles. El error infantil integra aquí de nuevo alguna parte de verdad, puesto que la efusión de sangre constituye, en determinadas circunstancias, una prueba de la iniciación sexual.

En una relación menos estrecha con el insoluble problema del origen de los niños se pregunta también el sujeto infantil en qué consiste el «estar casado», y da a esta interrogación respuestas distintas, según las coincidencias de sus observaciones ocasionales de las relaciones de sus

padres con sus propios instintos parciales, aun revestidos de placer. Tales respuestas no parecen integrar más que un solo elemento común: el de prometerse en el matrimonio una consecuencia de placer y una superación del pudor. La teoría más frecuentemente hallada por mí ha sido la de que los casados *orinan uno delante de otro*, o *que el marido orina en el orinal de la mujer*, variante que parece querer indicar simbólicamente un más exacto conocimiento.

Otras veces se transfiere el sentido del matrimonio al hecho de *enseñarse mutuamente el trasero* (sin avergonzarse).

En un caso en el que la educación había conseguido retrasar más de lo corriente el conocimiento de lo sexual, la sujeto, una muchacha de catorce años, en la que ya se había iniciado la menstruación, concibió, bajo la sugerencia de sus lecturas, la idea de que el matrimonio consistía en que los cónyuges *mezclaban su sangre*, y como su hermana menor no menstruaba aún, intentó una agresión sexual contra una amiga que le comunicó hallarse menstruando a la sazón, queriendo obligarla a una tal «mezcla de sangre».

Las opiniones infantiles sobre la esencia del matrimonio suelen perdurar en la memoria consciente del sujeto y entrañan gran importancia para la sintomática de las eventuales neurosis ulteriores. En un principio, se crean expresiones en aquellos juegos infantiles en los cuales realizan los niños unos con otros aquellos actos que suponen constituir el matrimonio, y posteriormente el deseo de estar casado puede elegir la expresión infantil y emerger en una fobia inexplicable a primera vista, o en un síntoma correspondiente[999].

Tales serían las principales teorías sexuales típicas del niño, estructuradas por él espontáneamente, en temprana edad infantil, bajo la sola influencia de los componentes instintivos sexuales. Sé muy bien que no he conseguido aún reunir todo el material existente ni relacionar sin solución de continuidad alguna estos productos mentales con el resto de la vida infantil. Por lo menos, añadiré todavía algunas observaciones que toda persona conocedora de la cuestión habrá de echar de menos. Así, la importante teoría de que los niños son engendrados en un beso, teoría que delata claramente el predominio de la zona erógena bucal. Que yo sepa, esta teoría es exclusivamente femenina y la hallamos a veces con carácter patógeno en muchachas cuya investigación

sexual infantil ha sido rigurosamente coartada por sus padres o guardadores. Una de mis pacientes llegó por sí sola, merced a una observación casual, a la teoría de la *couvade*, que, como es sabido, constituye en algunos pueblos una costumbre general, encaminada muy probablemente a desvanecer las dudas sobre la paternidad, nunca libre de ellas. Habiendo advertido que un tío suyo, individuo un tanto original, permanecía varios días sin salir de casa después de tener su mujer un niño y recibía a las visitas en bata, dedujo que ambos cónyuges participaban en el parto y tenían que guardar cama.

Hacia los diez o los once años suelen llegar a los niños las primeras revelaciones sexuales. Un niño, criado en un ambiente social más libre o que ha tenido mejores ocasiones de observar hechos sexuales, comunica a los demás sus descubrimientos, porque le hacen aparecer «más hombre» ante sus camaradas. Lo que así descubren los niños es casi siempre la verdad; esto es, la existencia de la vagina y su destino; mas, aparte de esto, las revelaciones que así se hacen unos niños a otros suelen contener también errores y residuos de las anteriores teorías sexuales infantiles. Casi nunca son completas ni suficientes para la solución del problema primitivo. El desconocimiento de la sustancia seminal impide ahora, como antes el de la vagina, la solución definitiva, pues el niño no puede adivinar que el miembro viril destila una sustancia distinta de la orina. A estas revelaciones de los años próximos a la pubertad se enlaza un nuevo impulso de la investigación sexual infantil. Pero las teorías que ahora constituyen los niños carecen ya de aquel sello típico y primitivo que caracteriza a las tempranas teorías sexuales infantiles primarias, edificadas durante una época en la que los componentes sexuales podían emerger en ellas sin obstáculos ni modificación algunos. No me ha parecido que los esfuerzos mentales ulteriores merezcan ser recogidos, no pudiendo tampoco serles atribuida una importancia patógena. Su diversidad depende, naturalmente, en primer término, de la naturaleza de las explicaciones comunicadas al niño, y su importancia está en que vuelven a despertar las huellas, ya inconscientes, de aquel primer período de interés sexual, no siendo raro ver enlazarse a ellos una actividad sexual onanista y un principio de extrañamiento sentimental de los padres. De aquí el juicio condenatorio de los educadores que pretenden que tales revelaciones sexuales en estos años «pervierten» a los niños.

Unos cuantos ejemplos nos mostrarán qué elementos integran estas ulteriores cavilaciones sexuales de los niños. Una niña confiesa haber oído decir a sus condiscípulas que el marido da a la mujer un huevo que ella empolla dentro de su cuerpo. Un niño, a quien también ha sido comunicada esta teoría, identifica el «huevo» con los testículos, y se rompe los cascos pensando cómo puede renovarse en cada caso el contenido del escroto. Las revelaciones infantiles son casi siempre insuficientes para prevenir dudas esenciales sobre el proceso de la vida sexual. Así, hay niñas que suponen que el acto sexual es realizado una sola vez y dura largo tiempo, hasta veinticuatro horas, procediendo luego de esta única vez, sucesivamente, todos los hijos. Podría sospecharse que esta teoría había sido sugerida a tales niñas por un previo conocimiento de la reproducción de ciertos insectos. Pero esta hipótesis no se confirma jamás. Otras niñas no advierten la duración del embarazo y suponen que el niño nace inmediatamente después de la primera noche conyugal. Marcel Prévost ha utilizado este error de las adolescentes en una divertida narración, que forma parte de sus *Cartas de mujeres*. El tema de esta ulterior investigación sexual de los niños o de los adolescentes que han permanecido en una fase infantil es difícil de agotar y no carece, en general, de interés; mas por ahora habré de limitarme a indicar que en tal investigación llegan también los niños a conclusiones erróneas, destinadas a contradecir otros conocimientos anteriores, más exactos, pero reprimidos y ya en inconscientes.

También tiene su importancia la forma en que los niños reaccionan a las explicaciones que les son dadas. En algunos de ellos ha alcanzado ya la represión sexual tan alto grado, que se niegan a dar oídos a toda explicación y logran permanecer ignorantes hasta una época avanzada, o por lo menos aparentemente ignorantes, pues en los análisis de individuos neuróticos surgen a la luz los conocimientos sexuales que el sujeto poseyó en su temprana infancia y sucumbieron luego a la represión, quedando relegados a lo inconsciente. Sé también de dos niños, entre los diez y los trece años, que después de escuchar serenamente una explicación sexual, respondieron a su iniciador: «Es posible que tu padre y otras personas hagan eso, pero de nuestro padre estamos seguros que no lo haría jamás». Mas, por distinta que pueda ser esta conducta ulterior de los niños ante la satisfacción de su

curiosidad sexual, hemos de aceptar, para sus primeros años infantiles, un proceder totalmente uniforme y creer que, por entonces, se afanaban por averiguar lo que los padres hacían entre sí para tener niños.

XXXI

PERSONAJES PSICOPÁTICOS EN EL TEATRO[1000]

1905-6 (?) (1942)

SI, como desde los tiempos de Aristóteles viniese admitiendo, es la función del drama despertar la piedad y el temor, provocando así una «catarsis de las emociones», bien podemos describir esta misma finalidad expresando que se trata de procurarnos acceso a fuentes de placer y de goce yacentes en nuestra vida afectiva, tal como el chiste y lo cómico lo hacen en la esfera del intelecto, cuya acción es precisamente la que nos ha tornado inaccesibles múltiples fuentes de dicha especie. No cabe duda de que, a este respecto, el principal papel le corresponde a la liberación de los propios afectos del sujeto, y el goce consiguiente ha de corresponder, pues, por un lado, al alivio que despierta su libre descarga, y por el otro, muy probablemente, a la estimulación sexual concomitante que, según es dable suponer, representa el subproducto ineludible de toda excitación emocional, inspirando en el sujeto ese tan caramente estimado sentimiento de exaltación de su nivel psíquico. La contemplación apreciativa de una representación dramática cumple en el adulto la misma función que el juego desempeña en el niño, al satisfacer su perpetua esperanza de poder hacer cuanto los adultos hacen. El espectador del drama es un individuo sediento de experiencia; se siente como ese «Mísero, al que nada importante puede ocurrirle»; hace ya mucho tiempo que se encuentra obligado a moderar, mejor dicho, a dirigir en

otro sentido su ambición de ocupar una plaza central en la corriente del suceder universal; anhela sentir, actuar, modelar el mundo a la luz de sus deseos; en suma, ser un protagonista[1001]. Y he aquí que el autor y los actores del drama le posibilitan todo esto al ofrecerle la oportunidad de identificarse con un protagonista. Pero de este modo le evitan también cierta experiencia, pues el espectador bien sabe que si asumiera en su propia persona el papel del protagonista, debería incurrir en tales pesares, sufrimientos y espantosos terrores que le malograrían por completo, o poco menos, el placer implícito. Sabe, además, que sólo tiene una vida que vivir, y que bien podría perecer ya en la primera de las múltiples batallas que el protagonista debe librar con los hados. De ahí que su goce dependa de una ilusión, pues presupone la atenuación de su sufrimiento merced a la certeza de que, en primer término, es otro, y no él, quien actúa y sufre en la escena y en segundo lugar, trátase sólo de una ficción que nunca podría llegar a amenazar su seguridad personal. Es en tales circunstancias cuando puede permitirse el lujo de ser un héroe y protagonista, cuando puede abandonarse sin vergüenza a sus impulsos coartados, como la demanda de libertad en cuestiones religiosas, políticas, sociales o sexuales, y cuando puede también dejarse llevar dondequiera sus arrebatos quieran llevarlo, en cuanta gran escena de la vida se represente en el escenario.

Todos estos prerrequisitos del goce, empero, son comunes a varias otras formas de la creación artística. La poesía épica sirve en primer lugar a la liberación de sentimientos intensos, pero simples, como en su esfera de influencia lo hace también la danza. Cabe afirmar que el poema épico facilita particularmente la identificación con la gran personalidad heroica en medio de sus triunfos, mientras que del drama se espera que ahonde más en las posibilidades emocionales y que logre transformar aún las más sombrías amenazas del destino en algo disfrutadle, de modo que representa al héroe acosado por la calamidad, haciéndolo sucumbir con cierta satisfacción masoquista. En efecto, podríase caracterizar el drama precisamente por esta relación suya con el sufrimiento y con la desgracia, ya sea que, como en la comedia dramática, se limite a despertar la ansiedad para aplacarla luego, ya sea que, como en la tragedia, el sufrimiento realmente sea desplegado hasta sus términos últimos. Es indudable que este significado del drama guarda

cierta relación con su descendencia de los ritos sacrificiales (el chivo y el chivo emisario) en el culto de los dioses: el drama aplaca, en cierta manera, la incipiente rebelión contra el orden divino que decretó el imperio del sufrimiento. El héroe es, en principio, un rebelde contra Dios y lo divino; y es del sentimiento de miseria que la débil criatura siente enfrentada con el poderío divino de donde el placer puede considerarse derivado, a través de la satisfacción masoquista y del goce directo del personaje, cuya grandeza el drama tiende, con todo, a destacar. He aquí, en efecto, la actitud prometeica del ser humano, quien, animado de un espíritu de mezquina complacencia, está dispuesto a dejarse aplacar por el momento con una gratificación meramente transitoria.

Todas las formas y variedades del sufrimiento pueden constituir, pues, temas del drama, que con ellas promete crear placer para el espectador. De aquí emana la condición primera que este género artístico ha de cumplir: no causar sufrimiento alguno al espectador y hallar los medios de compensar mediante las gratificaciones que posibilita la piedad que ha suscitado —una regla ésta que los dramaturgos modernos se han entregado a violar con particular frecuencia. Dicho sufrimiento, empero, no tarda en quedar restringido a la angustia psíquica, pues nadie desea presenciar el sufrimiento físico, teniendo presente la facilidad con que las sensaciones corporales así despertadas ponen fin a toda posibilidad de goce psíquico. Quien está enfermo conoce sólo un deseo: curar; salir de su condición actual; que el médico acuda con sus medicamentos; que cese el hechizo del juego de la fantasía— ese hechizo que nos ha corrompido al extremo de permitirnos derivar goce aun de nuestro sufrimiento. Cuando el espectador se coloca en el lugar de quien sufre una afección física, nada encuentra en sí mismo que pueda procurarle un goce o que le permita un trueque psicológico, y por eso una persona físicamente enferma sólo es admisible en el teatro a título secundario, pero no como protagonista, salvo que algún aspecto psíquico particular de la enfermedad sea susceptible de una elaboración psicológica, como, por ejemplo, en el abandono de Filoctetes enfermo o en la desesperanza de los enfermos presentados en las obras de Strindberg.

El sufrimiento psíquico, empero, se reconoce particularmente en relación con las circunstancias de las cuales se ha desarrollado; de ahí que el drama

requiera una acción de la que dicho sufrimiento emana, y de ahí que comience por presentar esa acción al espectador. El hecho de que obras tales como *Ayax* y *Filoctetes* presenten un sufrimiento psíquico ya existente, sólo es excepcional en apariencia, pues debido a la familiaridad de los temas para el público, en los dramas griegos el telón se levanta siempre, por decirlo así, en el medio de la representación. Ahora bien: es fácil definir las condiciones que dicha acción debe reunir. Es preciso que exista en ella un juego de fuerzas contendientes; la acción habrá de llevar implícito un anhelo de la voluntad y alguna oposición a éste. El primero y más grandioso ejemplo en el cual se dieron tales condiciones fue la lucha contra la divinidad. Ya se ha dicho que la esencia de esta tragedia es la rebelión, con el dramaturgo y el espectador adoptando el partido del rebelde. A medida que se va reduciendo luego lo que se atribuye a la divinidad, acreciéntase paulatinamente el elemento humano, que al profundizarse la comprensión tórnase cada vez más responsable del sufrimiento. Así, la lucha siguiente, la del héroe-protagonista contra la comunidad social, se convierte en la tragedia social. Una nueva situación en la cual vuelven a cumplirse las mencionadas condiciones la hallamos en la lucha de los hombres mismos entre sí, esto es, en el drama de caracteres, que lleva implícitas todas las características agonistas, debiendo tener, pues, más de un protagonista y desenvolverse preferentemente entre personalidades notables, libres de todas las restricciones impuestas por las instituciones humanas. Naturalmente, nada se opone a la combinación entre los dos géneros dramáticos antedichos; por ejemplo, en la forma de una lucha del protagonista contra instituciones encarnadas en personajes fuertes y poderosos. Al genuino drama de caracteres le faltan las fuentes de goce ofrecidas por el tema de la rebelión, que en las piezas sociales, como las de Ibsen, vuelve a destacarse en primer plano, con el mismo poderío que tenía en las obras históricas del clasicismo griego. Mientras los dramas religiosos, de caracteres y social difieren principalmente entre sí con respecto a la escena en la cual tiene lugar la acción y de la que emana el sufrimiento, cabe considerar ahora otra situación dramática, en la cual el drama se convierte en psicológico, pues el alma misma del protagonista es la que constituye el campo de una angustiosa batalla entre diversos impulsos contrapuestos: una batalla que debe concluir, no con el aniquilamiento del protagonista, sino con

el de uno de los impulsos contendientes, o sea, con un renunciamiento. Naturalmente, todas las combinaciones imaginables entre esta situación y la de los géneros dramáticos anteriores —el social y el de caracteres— son posibles, en la medida en que también las instituciones sociales suscitan idénticos conflictos internos, y así sucesivamente. Es aquí donde cabe situar el drama de amor, ya que la coartación de éste —sea en aras de las costumbres, de las convenciones o del conflicto entre «el amor y el deber»; tan conocido a través de la ópera— constituye el punto de partida de una casi infinita variedad de situaciones conflictuales, tan infinitas en su variedad como lo son las fantasías eróticas del género humano. Con todo, las posibilidades no se agotan aquí, pues el drama psicológico se convierte en psicopatológico cuando la fuente de ese sufrimiento, que hemos de compartir y del cual se espera que derivemos nuestro placer, no es ya un conflicto entre dos motivaciones inconscientes casi por igual, sino entre motivaciones conscientes y reprimidas. Aquí, la condición previa para que se dé el goce es que también el espectador sea neurótico. En efecto, sólo a un neurótico podrá depararle placer la liberación y, en cierta medida, también la aceptación consciente de la motivación reprimida, en vez de despertar su repulsión, como ocurriría en toda persona no neurótica, que, además de rechazar dicha motivación, se dispondrá a repetir el acto represivo, ya que en ella la represión ha tenido pleno éxito. El impulso reprimido se mantiene en perfecto equilibrio con la fuerza originaria de la represión. En el neurótico, por el contrario, la represión está siempre a punto de fracasar: es inestable y requiere esfuerzos incesantemente renovados para mantenerse, esfuerzos que podrían ser evitados mediante el reconocimiento de lo reprimido. Sólo en el neurótico existe, pues, una puja de índole tal que pueda convertirse en asunto dramático; también en él, empero, el dramaturgo despertará no sólo el placer derivado de la liberación, sino también la resistencia consiguiente a la misma.

El máximo drama moderno de esta especie es *Hamlet*, que expone el tema de un hombre normal tornado neurótico a causa de la índole particular de la misión que se le impone; un hombre en el cual trata de imponerse un impulso que hasta ese momento ha estado eficazmente reprimido. *Hamlet* se distingue por tres características que parecen importantes para nuestra consideración: 1) No es un protagonista psicopático, pero llega a serlo en el curso de la

acción que hemos de presenciar. 2) El deseo reprimido pertenece a la categoría de aquellos que están igualmente reprimidos en todos nosotros y cuya represión forma parte de una de las más precoces fases de nuestro desarrollo individual, mientras que la situación planteada en el drama está destinada, precisamente, a aniquilar esa represión. En virtud de estas dos características nos resulta fácil reconocernos a nosotros mismos en el protagonista, pues somos víctimas de los mismos conflictos que él, ya que «quien no pierde la razón bajo ciertas provocaciones, ninguna razón tiene que perder». 3) Parecería, sin embargo, que uno de los prerequisitos de este género artístico consistiese en que la puja del impulso reprimido por tornarse consciente, aunque indentificable en sí misma, aparece tan soslayada que el proceso de su conscienciación llévase a cabo en el espectador mientras su atención se halla distraída y mientras se encuentra tan preso de sus emociones que no es capaz de un juicio racional. De tal modo queda apreciablemente reducida la resistencia, a semejanza de lo que ocurre en el tratamiento psicoanalítico cuando los derivados de los pensamientos y afectos reprimidos emergen a la consciencia como resultado de una atenuación de la resistencia y mediante un proceso que no se halla al alcance del propio material reprimido. En efecto, el conflicto de *Hamlet* se encuentra tan profundamente oculto que en un principio sólo atiné a sospechar su existencia.

Posiblemente sea a causa del descuido de estas tres condiciones, ineludibles, por lo que tantos otros personajes psicopáticos son tan poco aptos para el teatro como lo son para la vida misma. Pues el neurótico es, para nosotros, por cierto, un ser humano de cuyo conflicto no podemos obtener la menor comprensión (empatía), cuando nos lo exhibe en la forma de un producto final. Recíprocamente, una vez que nos hemos familiarizado con dicho conflicto, olvidamos que se trata de un enfermo, tal como él mismo deja de estar enfermo al familiarizarse con el conflicto. Es así tarea del dramaturgo transportarnos dentro de la misma enfermedad, cosa que se logra mejor si nos vemos obligados a seguirlo a través de todo su desarrollo. Esto será particularmente necesario si la represión no se encuentra ya establecida en nosotros y si, por consiguiente, debe ser efectuada de nuevo cada vez, lo cual representaría un paso más allá de *Hamlet* en cuanto a la utilización de la neurosis en el teatro. Cuando en la vida real nos topamos con tal neurosis

enigmática y plenamente desarrollada, llamamos al médico y no vacilamos en considerar a la persona en cuestión como inapta para convertirse en personaje dramático.

En términos generales quizá podríase dejar establecido que la labilidad neurótica del público y el arte del dramaturgo para aprovechar las resistencia y para suministrar un preplacer son los únicos elementos que fijan límites a la utilización de personajes anormales en el teatro.

XXXII

EL PSICOANÁLISIS Y EL DIAGNÓSTICO DE LOS HECHOS EN LOS PROCEDIMIENTOS JUDICIALES[1002]

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL SEMINARIO DEL PROFESOR LÖFFLER, DE LA UNIVERSIDAD DE VIENA

1906

SEÑORES, la sospecha, cada vez más fundada, de la falta de garantía de la prueba testifical, que a pesar de ello sigue constituyendo la base de tantas sentencias condenatorias en casos discutibles, ha intensificado en todos vosotros, futuros jueces y defensores, el interés hacia un nuevo método de investigación, que habría de forzar al acusado mismo a probar, por medio de signos objetivos, su culpabilidad o su inocencia.

Trátase de un experimento psicológico, fundado en trabajos de orden psicológico y estrechamente relacionado con determinadas teorías que la psicología médica no ha tomado en consideración hasta hace poco. Sé que os estáis ocupando de experimentar el manejo y el alcance de este nuevo método y he aceptado gustoso la invitación que vuestro catedrático el profesor Löffler me hiciera, de explicaros detalladamente las relaciones de dicho método con la Psicología.

Todos conocéis aquel juego infantil y de la sociedad, en el que una persona dice a otra una palabra cualquiera, a la cual debe el interpelado

añadir otra que forme con la primera una palabra compuesta Por ejemplo: *Damf* (vapor). *Schiff* (barco), o sea, *Dampfschiff* (barco de vapor). Pues bien: el experimento de asociación, introducido en la Psicología por la escuela de Wundt, no es más que una modificación de este juego infantil, en la que se prescinde tan sólo de una de sus condiciones. Consiste, pues, en decir a una persona una palabra —la *palabra-estimulo*—, a la cual responde aquélla, lo más rápidamente posible, con una segunda palabra —la llamada «reacción» que asocia a la primera, sin que nada limite su elección. El tiempo empleado en la reacción y la relación entre la palabra-estímulo y la reacción, relación que puede ser muy diversa, son los objetos de la observación: Ahora bien: no puede afirmarse que estos experimentos dieran en un principio mucho fruto. Lo cual es comprensible, pues fueron realizados sin un programa fijo ni una finalidad determinada. Sólo cuando Bleuler y sus discípulos, especialmente Jung, comenzaron a ocuparse, en Zurich, de tales «experimentos de asociación» recibieron éstos un sentido y dieron fruto. Pero lo que les dio ya un valor positivo fue la hipótesis de que la reacción a la palabra-estímulo no podía ser puramente casual, sino algo estrictamente determinado por un contenido ideológico preexistente en el sujeto de la reacción.

Nos hemos acostumbrado a dar a tal contenido ideológico, susceptible de influir en la reacción a la palabra-estímulo, el nombre de «complejo». Tal influencia se desarrolla o bien porque la palabra-estímulo roza directamente el complejo, o bien porque este último consigue ponerse en relación con ella por la intervención de elementos intermedios. Esta determinación de la reacción es un hecho muy singular; en los trabajos existentes sobre el tema hallaréis abiertamente reflejado el asombro que despierta.

Pero su exactitud es indudable, pues se hace posible de ordinario indicar el complejo influyente y llegar por él a la comprensión de las reacciones, incomprensibles de otro modo, interrogando al sujeto mismo del experimento sobre los motivos de su reacción.

Ejemplos como los contenidos en las páginas 6 y 8-9 de la obra de Jung[1003] son muy propios para hacernos dudar de la casualidad y la pretendida arbitrariedad del suceder anímico.

Echad ahora conmigo una ojeada a la prehistoria de la hipótesis de Bleuler-Jung sobre la determinación de la reacción por el complejo de la

persona examinada. En 1901 expuse yo en un extenso trabajo[1004] cómo toda una serie de acciones que se creían inmotivadas se hallan, por el contrario, estrictamente determinadas y contribuí de este modo a limitar un tanto la arbitrariedad psíquica. Tomé como objeto los pequeños actos fallidos: el olvido, las equivocaciones orales y escritas y el extravío temporal de cosas, y demostré que cuando una persona comete un *lapsus linguae* no se debe hacer responsable del mismo a la casualidad ni tampoco únicamente a dificultades de articulación o a analogías fonéticas, sino que en todos los casos puede descubrirse un contenido ideológico perturbado —un complejo—, que altera conforme a su tendencia y convierte aparentemente en una equivocación las palabras que el sujeto se proponía pronunciar. Estudié también los pequeños actos aparentemente inintencionados y casuales de los hombres —ademanes y jugueteos, etc.— y demostré su condición de «actos sintomáticos» relacionados con un sentido oculto y encaminados a procurarle una expresión discreta. Encontré también que no podemos hacer que se nos ocurra al azar ni siquiera un nombre propio que no se halle determinado por un poderoso contenido ideológico, y que hasta los números que en apariencia elegimos arbitrariamente pueden ser referidos a un tal complejo oculto. Uno de mis colegas, el doctor Alfredo Adler, ha podido ilustrar, años después, con varios acabados ejemplos, esta última proposición mía, la más singular de todas[1005]. Una vez habituados a una tal concepción de la condicionalidad de la vida psíquica inferimos justificadamente, de los resultados de la psicología de la vida cotidiana, que las ocurrencias del sujeto en el experimento de asociación pueden también no ser arbitrarias, hallándose, por el contrario, condicionadas por un contenido ideológico activo en el sujeto.

Volvamos de nuevo al experimento de asociación. En los casos hasta ahora considerados era la misma persona examinada la que nos ilustraba sobre la procedencia de las reacciones, y esta circunstancia quita realmente todo interés al experimento en cuanto a su empleo en la administración de justicia. Pero ¿qué sucederá si modificamos la ordenación del experimento, análogamente a como una ecuación con varias magnitudes puede ser resuelta respecto a cualquiera de las mismas, convirtiendo la *a* o la *b* en ellas dadas en la *x* buscada? Plasta aquí el complejo nos era desconocido a los examinadores; experimentábamos con palabras-estímulos arbitrariamente

elegidas, y el sujeto del experimento nos denunciaba el complejo que las palabras-estímulos habían hecho emerger y manifestarse. Procedamos ahora de otro modo; tomemos un complejo conocido, reaccionemos a él con palabras-estímulos intencionadamente elegidas y desplacemos la *x* sobre el sujeto del experimento: ¿Será entonces posible deducir de las reacciones si la persona examinada entraña igualmente el complejo elegido? Como veréis, esta ordenación del experimento corresponde precisamente al caso del juez de instrucción, que quisiera saber si un cierto hecho o un conjunto de hechos que *él* conoce es conocido también por el acusado como autor del mismo. Parece ser que Wertheimer y Klein, dos discípulos de Hans Gross, profesor de Derecho penal en Praga, han sido los primeros en llevar a cabo esta modificación de las condiciones del experimento, tan importante para nosotros[1006].

Sabéis ya, por los experimentos que personalmente habéis realizado, como, dado un tal planteamiento del mismo, resultan de las reacciones cuatro distintos puntos de apoyo para determinar si la persona examinada posee el mismo complejo al que vosotros reaccionáis con palabras-estímulos. Tales puntos de apoyo son: 1), un contenido inhabitual de la reacción, que precisa ser explicado; 2), la prolongación de la reacción, pues resulta que aquellas palabras-estímulos que hieren el complejo, sólo después de un sensible retraso (frecuentemente un múltiplo del tiempo de reacción corriente) son contestadas con la reacción; 3), el error en la reproducción. Ya conocéis en qué consiste este hecho singular. Cuando, poco tiempo después de terminar el experimento practicado con una larga serie de palabras-estímulos, se proponen de nuevo las mismas al sujeto, éste repite las reacciones de la primera vez. Sólo antes aquellas palabras-estímulos que han herido directamente el complejo sustituye sin dificultad por otra distinta la reacción anterior. Y 4), el hecho de la perseveración. Sucede, efectivamente, con frecuencia que el efecto de la estimulación del complejo por una palabra-estímulo a él correspondiente («palabra crítica»), por ejemplo, la prolongación del tiempo de reacción, perdura y modifica aún las reacciones a las palabras no críticas siguientes. Cuando todos estos signos o varios de ellos coinciden es prueba de que el complejo que nos es conocido existe, como elemento psíquico perturbador, en el sujeto de experiencia. Tal perturbación

la explicamos suponiendo que el complejo existente en el sujeto está cargado de afecto, siendo así susceptible de sustraer atención a la tarea de reaccionar, y vemos, por tanto, en ella una «autodelación psíquica».

Sé que os ocupáis actualmente de estudiar las posibilidades y las dificultades de este procedimiento que ha de llevar al acusado a la autodelación objetiva, y en consecuencia, he de llamaros la atención sobre el hecho de que un procedimiento muy semejante para el descubrimiento de lo psíquico oculto o encubierto está ya en uso, en otro sector, hace más de diez años.

Mi labor consistirá en mostraros la analogía y la diversidad de las circunstancias en uno y otro caso.

El sector a que me refiero es muy diferente del vuestro. Es, en efecto, el tratamiento de ciertas «enfermedades de los nerviosos», de las llamadas psiconeurosis, de las cuales podéis tomar como ejemplo la histeria y la neurosis obsesiva. El procedimiento que nos ocupa se llama, en este sector, psicoanálisis y ha sido desarrollado por mí, partiendo del método terapéutico «catártico», que el doctor J. Breuer, de Viena, fue el primero en practicar[1007]. Para salir al encuentro de vuestra extrañeza empezaré por establecer una analogía entre el delincuente y el histérico. En ambos se trata de un secreto, de algo recóndito. Mas, para no incurrir en paradoja, haré también resaltar a continuación la diferencia. En el delincuente se trata de un secreto que el sujeto sabe y oculta; en el histérico, de un secreto que él mismo no sabe, un secreto que a él mismo se le oculta. ¿Cómo es posible tal cosa? Pues bien: investigaciones muy laboriosas nos han mostrado que estas enfermedades tienen por fundamento el hecho de que tales personas han conseguido reprimir ciertos recuerdos y representaciones poderosamente cargadas de afecto, así como los deseos en ellos basados, y de tal modo, que no desempeñan ya papel ninguno en su pensamiento, no emergen en su conciencia y permanece así secretos para el sujeto mismo. Pero de este material psíquico reprimido, de estos «complejos», proceden los síntomas somáticos y psíquicos que atormentan a los enfermos, a la manera de remordimientos de conciencia. Así, pues, la diferencia entre el delincuente y el histérico es fundamental en este punto concreto.

Ahora bien: la labor del terapeuta es la misma que la del juez instructor:

tenemos que describir lo psíquico oculto y hemos inventado con este fin una serie de artes «detectivescas», algunas de las cuales tendrán que copiarnos ahora los señores juristas.

Para vuestra labor os interesará saber de qué manera procedemos nosotros los médicos en el psicoanálisis. Después que el enfermo nos ha relatado por vez primera su historia, le invitamos a abandonarse por completo a sus asociaciones espontáneas y a manifestar, sin reserva crítica alguna, todo lo que se le venga a las mientes. Partimos, pues, de la hipótesis, no compartida en absoluto por el sujeto, de que tales ocurrencias no han de ser arbitrarias, sino determinadas por la relación con su secreto, con su complejo, pudiendo ser interpretadas, por decirlo así, como ramificaciones de tal complejo. Como veréis, se trata exactamente de la misma hipótesis con cuyo auxilio habéis hallado interpretables los experimentos de asociación. Pero el enfermo, al que se recomienda la más absoluta obediencia a la regla de comunicar todas sus ocurrencias, no parece hallarse en situación de hacerlo. Retiene algunas de ellas, trata de justificar con diversas razones, alegando que se trata de algo insignificante, impertinente o totalmente sin sentido. Entonces le pedimos que comunique y persiga la ocurrencia de que se trate, a pesar de tales objeciones; pues precisamente la crítica que en ellas se exterioriza es una prueba de que la ocurrencia correspondiente pertenece al complejo que tratamos de descubrir. En esta conducta del paciente vemos una manifestación de la «resistencia» en él dada, que no le abandonará ya en todo el curso del tratamiento. Este concepto de la resistencia ha logrado máxima significación para nuestra inteligencia de la génesis de la enfermedad y del mecanismo de la curación.

En vuestros experimentos no observaréis directamente una tal crítica de las asociaciones; en cambio, nosotros en el psicoanálisis estamos en situación de observar todos los signos, que tan singulares os parecen, de la existencia de un complejo. Cuando el paciente no se atreve ya a infringir la regla que se le ha impuesto observamos, sin embargo, que de cuando en cuando se corta, vacila y hace pausas en la reproducción de las ocurrencias. Cada una de estas vacilaciones es para nosotros una manifestación de la resistencia y nos sirve de señal de la pertenencia al complejo de la asociación de que se trate. Constituye incluso el indicio más importante de tal pertenencia, lo mismo que

para vosotros la prolongación del tiempo de reacción. Estamos acostumbrados a interpretar en este sentido las vacilaciones del sujeto, incluso cuando el contenido de la ocurrencia retenida no parece provocar repulsa ninguna, y el paciente asegura que no tiene la menor idea de por qué habría de vacilar en comunicarla. Las pausas que en el psicoanálisis surgen son, por lo regular, mucho más prolongadas que los retrasos que observáis en los experimentos a reacción.

También el cambio de contenido que en vuestro experimento indican la existencia del complejo desempeña un papel en la técnica del psicoanálisis. Hasta en aquellas ligeras desviaciones de la forma expresiva habitual que observamos en nuestro enfermo acostumbramos a ver indicios de un sentido secreto y nos exponemos gustosos por algún tiempo a sus burlas con tales interpretaciones. Acechamos precisamente aquellas manifestaciones que encierran algún equívoco, y en las que el sentido oculto se transporta bajo la expresión inocente. No sólo el enfermo, sino también aquellos de nuestros colegas que desconocen la técnica psicoanalítica y sus especiales circunstancias, nos niegan en este punto su fe y nos acusan de arbitrariedad; pero casi siempre se demuestra que éramos nosotros los que estábamos en lo cierto. Al fin y al cabo, no es tan difícil comprender que un secreto cuidadosamente guardado puede delatarse, a lo sumo, en indicaciones sutilísimas, equívocas. Por último, el enfermo se acostumbra a procurarnos, por medio de la llamada «expresión indirecta», todo aquello que necesitamos para el descubrimiento del complejo.

Del tercero de los indicios de la existencia del complejo, el error, o sea, la alteración en la reproducción, hacemos en la técnica del psicoanálisis un uso más restringido, limitando su aplicación a un sector determinado. Una de las tareas que frecuentemente se nos plantean es la interpretación de los sueños; esto es, la sustitución del contenido onírico recordado por su sentido oculto. En esta labor no sabemos a veces por dónde empezar, y entonces aplicamos una regla, empíricamente deducida y que consiste en hacer repetir al sujeto el relato de su sueño. Al hacerlo así, el paciente suele modificar su primera versión en algunos puntos, repitiéndola fielmente en todos los demás. Y entonces nosotros nos asimos a aquellos lugares en los que la reproducción aparece defectuosa por alteración y frecuentemente también por omisión,

pues semejantes infidelidades garantizan la pertenencia al complejo y prometen el mejor acceso al sentido secreto del sueño[1008] 730.

Pasando ahora al tercero de los indicios apuntados, he de manifestaros que en el psicoanálisis no surge fenómeno análogo al de la «perseveración». Mas no por ello debéis creer agotada la coincidencia que vamos persiguiendo. Esta diferencia aparente procede tan sólo de las condiciones especiales de vuestros experimentos. En ello no dejáis a la acción del complejo tiempo suficiente para desarrollarse; apenas iniciada, distraéis la atención del examinado con una nueva palabra-estímulo, probablemente inocente, y entonces podéis observar que a pesar de tal perturbación el sujeto continúa pendiente del complejo. Nosotros, por el contrario, evitamos en el psicoanálisis tales perturbaciones; hacemos que el sujeto siga ocupándose del complejo, y como de este modo todo es, por decirlo así, perseveración, no nos es dado observar tal fenómeno en calidad del suceso aislado.

Nuestra experiencia nos permite sentar la afirmación de que por medio de técnicas como las apuntadas se consigue hacer consciente al enfermo lo reprimido, su secreto, y suprimir así la condicionabilidad psíquica de sus síntomas. Ahora bien: antes que deduzcáis de estos resultados favorables conclusión alguna sobre las posibilidades de éxito de vuestros trabajos quiero subrayar aquí y allá las diferencias dadas en la situación psicológica.

Ya indicamos antes cuál era la diferencia principal: en el neurótico se trata de algo secreto para su propia conciencia, y en el delincuente, de algo únicamente secreto para vosotros. En el primero existe una ignorancia auténtica, si bien no en todos los sentidos; en el segundo, sólo una simulación de ignorancia. A esto se enlaza otra diferencia mucho más importante desde el punto de vista práctico. En el psicoanálisis, el enfermo nos ayuda a vencer su resistencia, pues espera del examen un beneficio: la curación; en cambio, el delincuente no colabora con vosotros y trabajará su *yo* contra todo. Tenéis, desde luego, la compensación de que en vuestras investigaciones sólo se trata de que logréis una convicción objetiva, mientras que el tratamiento exige que el mismo enfermo llegue personalmente a igual convicción. Pero hemos de esperar hasta ver qué dificultades o alteraciones suscita en vuestro procedimiento la falta de la colaboración del investigado. Es ésta una situación que no podéis constituir en vuestro seminario, pues aquel de

vuestros colegas al que encarguéis de representar el papel de acusado no podrá dejar de ser un colaborador vuestro y os ayuda, a pesar de su propósito consciente de no delatarse.

Prosiguiendo la comparación de las dos situaciones, vemos, en general, que en el psicoanálisis se plantea un caso especial de la labor de descubrir elementos ocultos de la vida psíquica, y, en cambio, en vuestro experimento un caso menos sencillo y más amplio. El hecho de que en los psiconeuróticos se trate siempre de un complejo sexual reprimido no entra en juego para vosotros como diferencia. Sí, en cambio, otra circunstancia. La labor del psicoanálisis es, para todos los casos, absolutamente uniforme: trátase de descubrir complejos que han sido reprimidos a causa de los sentimientos de displacer concomitantes con ellos y que al intentar llevarlos a la consciencia hacen surgir indicios de la resistencia. Tal resistencia está como localizada; nace en el límite entre lo consciente y lo inconsciente. En vuestros casos se trata de una resistencia procedente por entero de la consciencia. No podéis dejar de tener en cuenta esta diferencia y habréis de determinar primero, por medio de una serie de experimentos, si la resistencia consciente se delata exactamente por los mismos indicios que la inconsciente. Opino, además, que no podéis estar aún seguros de si ha de seros lícito interpretar como «resistencia», del mismo modo que nosotros, los psicoterapeutas, vuestros indicios objetivos de la existencia del complejo. En las personas a las que sometéis a vuestro experimento puede muy bien darse el caso —poco frecuente, desde luego, en los delincuentes— de que el complejo herido sea un complejo de acento agradable, y hemos de preguntarnos si este último producirá las mismas reacciones que un complejo de acento desagradable.

Quisiera hacer resaltar también que vuestro experimento puede sufrir una intromisión que en el psicoanálisis es cosa natural y corriente. Podéis ser inducidos a error en vuestra investigación por un neurótico que reaccione como si fuera culpable, aunque sea inocente, porque un sentimiento de culpabilidad preexistente en él y en acecho constante de una ocasión propicia se apodere de la acusación de que se trate. No tengáis este caso por una invención ociosa. Pensad en la *nursery*, en el cual se puede observar frecuentemente. Sucede, en efecto, que un niño al cual se reprocha una falta niega resueltamente la culpa, pero al mismo tiempo llora como un pecador

convicto. Opinaréis, quizá, que el niño miente al asegurar su inocencia, pero el caso puede ser muy otro. El niño no ha cometido la falta que le atribuís; pero sí, en cambio, otra que vosotros ignoráis y de la que no le inculpáis. Niega, pues, su culpabilidad —en cuanto a la una—; pero, al mismo tiempo, delata su sentimiento de culpabilidad por la otra. El neurótico adulto se conduce en este punto —y en muchos otros— enteramente como un niño. De estos hombres hay muchos, y es aún discutible que vuestra técnica consiga descubrir en tales autoacusadores a los verdaderamente culpables. Y, por último, sabéis muy bien que las normas del procedimiento judicial os prohíben toda actuación que pueda sorprender al acusado. Éste habrá, pues, de conocer previamente lo importante que es para él no delatarse en el experimento, y nada nos permite afirmar que una vez fija la atención del sujeto en el complejo, sus reacciones hayan de ser las mismas que cuando su atención está apartada de él, ni sabemos tampoco hasta qué punto puede influir, en personas distintas, el propósito de ocultación sobre su manera de reaccionar.

Precisamente por la diversidad de las situaciones que sirven de base a vuestro experimento, la Psicología espera con vivísimo interés sus resultados, y quisiéramos rogaros que no desconfiarais demasiado pronto de la utilidad práctica del mismo. Aunque el campo de mis actividades se halla muy lejos de la práctica judicial, voy a permitirme haceros una proposición. Los experimentos realizados entre vosotros aquí en el seminario son, desde luego, indispensables como preparación y adiestramiento, pero jamás lograréis crear en ellos la situación psicológica correspondiente a un proceso criminal. No es posible, por tanto, deducir de tales ejercicios la utilidad práctica del experimento en su aplicación a la administración de justicia. Y si no queréis prescindir de tal aplicación, tendréis que emprender otro camino. Habréis de lograr que os sea permitido, o incluso impuesto como un deber, el desarrollo de tales investigaciones durante un cierto número de años en todos los procesos criminales, pero *sin que los resultados de las mismas hayan de influir para nada en la decisión judicial*.

Lo mejor sería que los jueces no llegaran siquiera a conocer las conclusiones a las que vuestra investigación os hubiera llevado en cuanto a la culpabilidad del acusado. Al cabo de varios años de una tal recolección y

elaboración comparativa de los datos así obtenidos habrían resuelto probablemente todas las dudas sobre la utilidad procesal de este procedimiento psicológico de investigación.

Claro está que la realización de esta propuesta no depende tan sólo de vosotros ni de vuestro digno profesor.

XXXIII

EL DELIRIO Y LOS SUEÑOS EN LA «GRADIVA», DE W. JENSEN[1009]

1906 [1907]

I

EN un círculo de personas que poseen la convicción de que los esenciales problemas del sueño han sido resueltos por la labor investigadora del autor del presente trabajo, surgió un día la curiosidad de examinar los sueños que no han sido nunca soñados; esto es, aquellos que el artista atribuye a los personajes de su obra y no pasan, por tanto, de ser una pura invención poética. La proposición de investigar esta clase de sueños pudiera parecer ociosa y un tanto singular; pero, desde cierto punto de vista, no deja de estar justificada. No es ni con mucho opinión general que los sueños poseen un sentido y pueden ser interpretados. La ciencia y la mayoría de los hombres cultos sonríen cuando se les habla de una interpretación onírica. Tan sólo la supersticiosa clase popular, que en esta cuestión parece constituirse en depositaría de antiguas creencias, permanece fiel a la idea de una posible interpretación de los sueños, y el autor de estas líneas ha osado, en una de sus obras, colocarse enfrente de los severos principios científicos y al lado de la superstición y de las antiguas opiniones. Claro es que está muy lejos de reconocer en los sueños aquella revelación del

porvenir a cuyo descubrimiento tiende la Humanidad, en vano, desde sus comienzos y por toda clase de medios, a veces harto ilícitos. Pero tampoco puede rechazar por completo cierta relación de los sueños con lo futuro, pues al término de una penosa labor interpretativa se le demostró el sueño como un *deseo* del sujeto, que el fenómeno onírico le presentaba *cumplido*, y nadie puede negar que los deseos humanos se orienten predominantemente hacia el porvenir.

Afirmamos, pues, que el sueño es un deseo cumplido. Aquellos que no teman emprender una difícil lectura y no exijan que para ahorrarles trabajo se les presente, aun a costa de la fidelidad y de la verdad, como sencillo y fácil un complicado problema, hallarán en mi obra *La interpretación de los sueños* una amplia prueba de esta afirmación. Mientras tanto, y para seguirnos en este trabajo, tendrán que echar a un lado las objeciones que seguramente surgirán en ellos contra esta definición de los sueños como realizaciones de deseos.

Pero hemos entrado de buenas a primeras en el examen de algo que pertenece ya a un estadio muy avanzado de la investigación de los sueños. El primer problema que a esta investigación se presenta no es el de determinar si el sentido de los sueños ha de ser siempre una realización de deseos y no otro cualquiera, tal como una expectación, un propósito, una reflexión, etc. Anterior a estas interrogaciones es la de si en realidad poseen los sueños un sentido y puede dárseles el valor de procesos psíquicos. La ciencia responde negativamente y explica los sueños como simples procesos fisiológicos, detrás de los cuales no hay necesidad de buscar sentido, significado ni atención alguna. Durante el reposo nocturno actúan —según esta teoría— ciertos estímulos somáticos sobre nuestra vida anímica, llevando a la conciencia tan pronto unas como otras representaciones robadas a la coherencia psíquica. De este modo podrían ser comparados los sueños a contracciones de la vida psíquica, pero nunca a movimientos expresivos de la misma.

En esta discusión sobre la naturaleza del sueño parecen los poetas situarse al lado de los antiguos, de la superstición popular y del autor de estas líneas y de *La interpretación de los sueños*, pues cuando hacen soñar a los personajes creados por su fantasía no sólo se conforman a la cotidiana experiencia de

que el pensamiento y la sensibilidad de los hombres continúan vivos en el estado de reposo nocturno, sino que al presentarnos los sueños de sus personajes, su intención es precisamente la de darnos a conocer por medio de ellos los estados de alma de los mismos. Y los poetas son valiosísimos aliados, cuyo testimonio debe estimarse en alto grado, pues suelen conocer muchas cosas existentes entre el cielo y la tierra y que ni siquiera sospecha nuestra filosofía. En la Psicología, sobre todo, se hallan muy encima de nosotros los hombres vulgares, pues beben en fuentes que no hemos logrado aún hacer accesibles a la ciencia. Desgraciadamente, esta aceptación por los escritores de la naturaleza significativa de los sueños no es todo lo inequívoco que fuera de desear, pues una penetrante crítica pudiera objetarnos que el poeta no toma partido en pro ni en contra de la significación psíquica de cada sueño, sino que se limita a mostrar cómo el alma dormida se contrae bajo el efecto de las excitaciones que, como restos de la vida despierta, han permanecido vivas en ellas.

El que los escritores no nos ofrezcan todo el apoyo que de ellos esperábamos no ha de debilitar, sin embargo, el interés que nos inspira la forma en que se sirven de los sueños como medio auxiliar de la creación artística. Aunque nuestra investigación no haya de descubrirnos nada nuevo sobre la esencia del fenómeno anímico, nos presentará quizá una visión, bajo un nuevo ángulo, de la naturaleza de la producción poética. Pero si los verdaderos sueños pasan por ser creaciones totalmente contingentes y desprovistas de toda norma, ¡que no serán las libres imitaciones poéticas de los mismos! Afortunadamente, la vida anímica posee mucha menos libertad y arbitrariedad de lo que suponemos, y hasta quizá carezca de ellas en absoluto. Lo que en el mundo exterior nos hallamos acostumbrados a calificar de casualidad, demuestra luego hallarse compuesto de múltiples leyes, y también lo que en el mundo psíquico denominamos arbitrariedad, reposa sobre estrictas normas que, por ahora, sólo oscuramente sospechamos.

Dos caminos distintos se nos ofrecen para emprender esta investigación. Sería uno el profundizar en un caso especial; esto es, en los sueños atribuidos por un poeta a los personajes de una de sus obras. El otro consistiría en la exposición conjunta y paralela de todos los ejemplos de empleo literario de los sueños que pudiésemos hallar en las obras de diversos autores. Este

segundo camino me parece el más conveniente y quizá el único justificado, pues nos protegería contra los peligros que para nuestra labor ha de suponer la aceptación de un artificial concepto unitario —«el poeta»— que en la investigación se fragmentaría individualizándose y dando paso a la diversidad de los muchos «poetas» conocidos, a los que estimamos muy diferentemente y entre los que estamos acostumbrados a hallar aquellas figuras que aislamos del conjunto para venerarlas como las de los más profundos conocedores del alma humana. No obstante, tenemos que emprender en el presente trabajo el primero de los caminos antes señalados. Débese esto a que una de las personas[1010] del círculo en que surgió la idea de esta investigación manifestó haber leído últimamente, con agrado, una obra literaria en la que se hallaban contenidos varios sueños, los cuales, por presentar aquellas características que su estudio del fenómeno onírico le habían hecho familiares, le invitaban a aplicar a ellos el método de interpretación expuesto en nuestra antes citada obra. Confesó, además, la persona en quien surgió esta idea que el agrado que le había producido la lectura de la obra a que se refería dependía con seguridad, en gran parte, de circunstancias puramente subjetivas, pues el desarrollarse la acción en Pompeya y ser el protagonista un joven arqueólogo que traslada todo su interés, desde la vida real, a los restos de la antigüedad clásica, hasta que por un medio directo, pero perfectamente admisible, es atraído de nuevo a la vida presente, eran hechos que despertaron en él íntimas resonancias. La obra a que nuestro amigo se refería era la novelita titulada *Gradiva*, a la que W. Jensen, su autor, califica de «fantasía pompeyana».

Ruego ahora a mis lectores que abandonen el presente libro y lo sustituyan por la novela citada, aparecida en 1903, con objeto de que, en adelante, pueda yo referirme a algo conocido. Para aquellos otros que conocen ya la *Gradiva* expondré aquí una ligera síntesis de su contenido, que despierte en su memoria el recuerdo de la totalidad, y confío en que, al mismo tiempo, el de las bellezas que en la misma se contienen y que en una síntesis no pueden por menos de desaparecer.

Un joven arqueólogo, Norberto Hanold, descubre en un museo de Roma una figura en bajorrelieve, que desde el primer momento ejerce sobre él una particular atracción. Deseoso de contemplarla y estudiarla con todo

detenimiento, hace sacar una copia en escayola y la transporta a su domicilio, en una ciudad universitaria alemana, colocándola en sitio preferente de su gabinete de estudio. La figura representada en el bajorrelieve es la de una muchacha, ya plenamente formada, que en actitud de andar, recoge sus amplias vestiduras, dejando ver sus pies, calzados de sandalias, uno de los cuales reposa por entero en el suelo, mientras el otro sólo se apoya sobre las puntas de los dedos, quedando la planta y el talón casi perpendicular a tierra. Este paso, poco vulgar, cuyo especial atractivo quiso el artista fijar en su obra escultórica, es también lo que siglos después encadena la atención de nuestro arqueólogo.

El interés que la figura descrita despierta en el protagonista de la novela constituye el hecho psicológico fundamental de la misma y resulta un tanto singular, pues «el doctor Norberto Hanold, catedrático de Arqueología, no hallaba en aquel relieve nada que desde el punto de vista científico de su disciplina justificara una especial atención». «No conseguía explicarse lo que en él le había interesado; sólo sabía que desde el primer momento se había sentido dominado por una intensa atracción que el tiempo no lograba debilitar». Su fantasía no deja un solo momento de ocuparse de la singular imagen, en la que halla algo vivo y «presente», como si el artista hubiera trasladado a su obra una visión «del natural» percibida momentos antes en un paseo por las calles. Tanta vida toma en su imaginación aquella figura, que acaba por darle el nombre de «Gradiva» —«la que avanza»— y suponerla perteneciente a un noble familia, hija quizá «de un edil patricio que ejercía su cargo bajo la advocación de Ceres». El relieve la representaría en el momento de dirigirse hacia el templo de esta diosa. Mas, después, le parece contrario a la serena naturaleza de la figura encuadrarla en el bullicio de una ciudad, y llega a la convicción de que el vivo modelo copiado por el desconocido artista no pudo habitar sino en Pompeya, donde con su andar característico hollaría aquellas singulares hileras de piedras, descubiertas en las excavaciones, que, sin estorbar el tránsito rodado, permitían a los transeúntes atravesar las calles a pie enjuto en tiempo de lluvia. Por otro lado, pareciéndole hallar en los rasgos fisonómicos de Gradiva cierto corte *griego*, deduce que los ascendientes de la bella muchacha debieron de ser de origen *heleno*. De este modo va nuestro buen arqueólogo poniendo toda su ciencia

de la antigüedad al servicio de sus fantasías sobre el modelo de bajorrelieve.

En medio de tales imaginaciones, surge en él una interrogación, crítica, que crece científicamente motivada. Trátase de determinar «si el artista ha reproducido en su obra una realidad viva»; esto es, si el singular movimiento con que Gradiva avanza corresponde a algo efectivo, aunque poco común. No pudiendo Hanold resolver este problema sino por medio de la observación directa, se ve forzado a emprender una actividad totalmente opuesta a sus hábitos personales. En efecto, «el sexo femenino no había sido para él, hasta aquel momento, más que un concepto expresado en mármol o bronce, sin que jamás hubiese concedido la menor atención a aquellas representantes del mismo que vivían y alentaban en derredor suyo». Los deberes sociales le habían parecido siempre una insoportable molestia, y cuando alguna vez pasaba breves instantes en una reunión femenina, se fijaba tan poco en sus interlocutoras, que en días sucesivos pasaba a su lado sin saludarlas, cosa que, naturalmente, no le hacía ganar muchas simpatías entre las mujeres. Mas ahora, la misión científica que se había impuesto le obligaba a observar a todas las que encontraba, fijándose con especial interés en su modo de pisar. Esta actividad hubo de valerle numerosas miradas femeninas, tanto disgustadas como halagadas, «sin que él llegara nunca a darse cuenta del significado de unas ni de otras». Como resultado de este cuidadoso estudio, tuvo que admitir que el modo de andar de Gradiva no se daba en la realidad, conclusión que le produjo gran disgusto.

Poco después tiene un terrible sueño en el que se ve transportado a la antigua Pompeya, precisamente en el día en que la erupción del Vesubio sepulta la ciudad bajo su ardiente lava. «Hallándose en el Foro, cerca del templo de Júpiter, ve de repente ante sí a la propia Gradiva. Hasta aquel momento no había ni siquiera imaginado que pudiera hallarla en aquellos lugares, mas en el acto le parece naturalísimo el encuentro, puesto que se trata de una pompeyana que vive en su ciudad natal, *y sin que él tuviera de ello la menor sospecha*, en la misma época que él». Sabiendo el peligro inminente que a todos amenaza, lanza Hanold un grito, como queriendo prevenir a la bella muchacha. Gradiva se vuelve un instante hacia él, pero después sigue indiferente su camino hacia el templo y, sentándose en la escalinata del pórtico, reclina lentamente su cabeza sobre la fría piedra,

mientras su rostro va adquiriendo la rígida palidez del mármol. Norberto se dirige hacia ella, pero al llegar a su lado la encuentra como sumida, con serena expresión, en un profundo sueño. La lluvia de cenizas, haciéndose cada vez más densa, acaba por enterrar la bella figura yacente.

Al despertar de su sueño resuenan aún en los oídos de Norberto los gritos de angustia de los pompeyanos y el sordo mugir del mar embravecido. Pero aun después de recobrar el dominio sobre el pensamiento y reconocer en tales ruidos los de la populosa calle a la que da su alcoba, continúa por largo tiempo creyendo en la realidad de lo soñado, y todavía después de haber rechazado la idea de que dos mil años antes había asistido a la destrucción de Pompeya, perdura en él la convicción de que Gradiva había vivido en dicha ciudad y pereció en la catástrofe que la sepultó el año 79. Este sueño da tal impulso a las fantasías del joven arqueólogo, que el pensamiento de la muerte de Gradiva le produce igual emoción que si se tratase de una persona querida.

Asomado a la ventana, dejaba así vagar sus pensamientos, cuando los trinos de un canario que cantaba dentro de su jaula, colgada en la abierta ventana de la casa frontera, atrajeron su atención. Bruscamente, como si fuera ahora cuando despertase de su sueño, salió de su ensimismamiento, y al dirigir su mirada hacia la calle creyó ver pasar ante su casa una figura femenina semejante a su Gradiva y hasta quiso reconocer el paso característico que tan en vano hubo de buscar anteriormente. Sin darse exacta cuenta de sus actos, salió de su casa en persecución de la desconocida, y sólo el asombro y la burla de la gente, al verle correr por las calles a medio vestir, hiciéronle retornar a su habitación sin haber conseguido su propósito. Acodado de nuevo a la ventana, se comparó con aquel canario que cantaba en la casa vecina. También a él le parecía hallarse prisionero, pero si quería podía evadirse de su jaula. Como una nueva consecuencia de su sueño, y quizá también por el influjo del dulce ambiente primaveral, surgió en él la decisión de emprender un viaje a Italia, para el que halló en seguida un pretexto científico, aunque reconocía que «el impulso a emprender aquel viaje había sido determinado en él por una sensación indefinible».

Hemos de detenernos un momento, al llegar a esta decisión tan vagamente motivada, con objeto de formarnos una más concreta idea de la

personalidad y la conducta de nuestro héroe, el cual nos resulta hasta ahora un tanto incomprensible e insensato, pues no conocemos aún por qué caminos llegará a adquirir su particular locura un carácter general humano que despierte nuestra simpatía. Mas el dejarnos en tal inseguridad durante algún tiempo es un derecho innegable del poeta, que con la belleza de su estilo y la ingeniosidad de su trama imaginativa recompensa la confianza que en él ponemos y la simpatía que nos hallamos dispuestos a conceder al protagonista de su obra. Entre los datos que sobre el mismo nos proporciona, hallamos los de que fue, desde luego, consagrado, por tradición de familia, a la ciencia arqueológica, y que cuando, a la muerte de sus padres, quedó aislado e independiente, se sumió por completo en sus estudios, apartándose de la vida exterior y de los goces que la misma ofrece a la juventud. El mármol y el bronce fueron para él lo verdaderamente vivo y lo único que podía dar objeto y valor a la existencia. Mas la Naturaleza —quizá con piadosa intención— hubo de dotarle con una cualidad nada científica que sirviese de correctivo a las anteriores: una arrebatada fantasía, que no se manifestaba tan sólo en sus sueños, sino también, a veces, en su actividad despierta. Tal disociación entre su labor intelectual y su fantasía le predestinaba a acabaren poeta o en neurótico, incluyéndolo entre aquellos hombres cuyo reino no es de este mundo. Así pudo suceder que permaneciera obsesionado por la juvenil figura femenina del bajorrelieve, y que, entretejiéndola en su fantasía, la personificara, dándole un nombre y situando su vida en la ciudad de Pompeya, destruida por el Vesubio mil ochocientos años atrás. Por último, después de un singular sueño de angustia, o pesadilla, pasa esta fantasía de la existencia y muerte de la personificada Gradiva a constituirse en un delirio que influye ya en sus actos. Estos fenómenos de la fantasía nos parecerían extraños e incomprensibles si los hallásemos en una persona viva. Mas como Norberto Hanold, nuestro héroe, no pasa de ser un ente de ficción creado por el poeta, quisiéramos arriesgarnos a dirigir a éste la pregunta de si su fantasía no ha sido quizá determinada por poderes distintos de su propia voluntad contingente.

Abandonamos antes a nuestro joven arqueólogo en el momento en que el canto de un canario enjaulado parece sugerirle la idea de un viaje a Italia, sin

que él mismo se dé cuenta exacta del motivo que le impulsa a partir ni tampoco del fin y objeto que con el tal viaje se propone. Llegado a Italia, un íntimo desasosiego le lleva de ciudad en ciudad, mezclado con la nube de turistas y jóvenes parejas en viaje de novios que invade en primavera la bella península latina. La ternura de los amorosos recién casados le parece incomprensible y le lleva a sentar la conclusión de que entre todas las locuras humanas «la mayor y más incomprensible es el matrimonio; sobre todo, coronado por el neciamente indispensable viaje a Italia». Huyendo de una de tales tiernas parejas, que no cesa de arrullarse en la habitación vecina a la suya, sale de Roma para Nápoles; mas allí tropieza con otras de igual género, y al enterarse de que la mayoría de ellas, siguiendo un clásico itinerario, no hacen sino una rapidísima visita a Pompeya y salen luego para Capri, decide, para librarse de ellas, seguir una opuesta conducta. De este modo, y «contrariamente a lo que se había propuesto al emprender el viaje», llega a Pompeya a los pocos días de salir de su casa.

Más tampoco allí encuentra la deseada paz. La misión de mantener su ánimo en un continuo estado de irritación y desasosiego, de la que hasta entonces se habían encargado los amorosos matrimonios recientes, es asumida ahora por los innumerables y pegajosas moscas meridionales, en las que acaba por ver Norberto la encarnación de lo absolutamente perverso e inútil. Reuniendo en una unidad las dos plagas que le han atormentado, le parece volver a hallar a las parejas conyugales en las moscas que revolotean dos a dos, y supone que, en su idioma, se interpelarán con los mismos dulces apelativos. Sin embargo, acaba por darse cuenta de que «su disgusto no depende únicamente de circunstancias exteriores, sino que tiene, en parte, un origen íntimo», pues «siente que se halla malhumorado porque le falta algo, sin que pueda precisar el qué».

A la mañana siguiente se encamina hacia la destruida ciudad y, después de despedir al guía, se pone a recorrerla al azar, sin acordarse siquiera, por un singular olvido, de su reciente sueño, en el que fue testigo de la catástrofe que hubo de sepultarla. Cuando luego, en la «cálida y divina» hora de mediodía, que para los antiguos era la de los espíritus, han desaparecido todos los visitantes y no quedan ante él sino las solitarias ruinas bañadas por el ardiente sol, surge en el arqueólogo la capacidad de trasladarse a las pasadas épocas,

más no ya con ayuda de la ciencia. «Lo que ésta enseña es una fría concepción arqueológica expresada en un muerto idioma filológico e insuficiente para llegar a la comprensión del alma de las cosas. Aquel que sienta el anhelo de adentrarse en la íntima realidad de Pompeya habrá de pasar solitario esta ardiente hora meridiana entre los restos del pasado y mirar y oír con algo de más sutil capacidad de percepción que los ojos y los oídos. Sólo entonces verá despertar de nuevo a los muertos y comenzará a vivir Pompeya ante él».

Hallándose Hanold entregado a esta evocación del pasado en su fantasía, ve de repente salir de una casa cercana y atravesar la calle a la propia Gradiva del bajorrelieve tal y como en su sueño se le había aparecido camino del templo de Apolo. «Este recuerdo de su sueño le hizo darse cuenta de algo de que hasta el momento no había tenido conciencia. Si, aun ignorando el impulso interior que le había decidido a emprender el viaje, había partido para Italia y, sin detenerse en Roma ni Nápoles, había llegado hasta Pompeya, era con el propósito de buscar en esta ciudad las huellas de su Gradiva. Y precisamente las huellas en el propio y estricto sentido de la palabra, pues el característico paso de la fantástica beldad debía de haber dejado una impronta inconfundible en la ceniza de las calles pompeyanas».

La tensión en que nos mantiene el poeta se eleva ahora por unos momentos hasta la categoría de una penosa confusión. Encontramos ya desconcertante no sólo el franco desequilibrio del protagonista, sino la aparición de Gradiva, que hasta ahora no había pasado de ser, primero, una figura escultórica, y luego, una creación de la fantasía de Hanold. ¿Se trata de una alucinación de éste, perturbado por el delirio, de un fantasma «real» o de una persona de carne y hueso? Claro es que esta interrogación no implica el que creamos en los aparecidos. El poeta, que califica su obra en «fantasía», no nos ha dicho aún si se propone dejarnos en nuestro mundo, regido por las leyes científicas, o, por el contrario, intenta conducirnos a otro mundo fantástico en el que se concede realidad a los espíritus y al que, recordando los ejemplos de Hamlet y del Macbeth shakesperianos, nos hallamos, en calidad de lectores, dispuestos a seguirle, aunque el delirio del imaginativo arqueólogo sea de muy distinto género. Considerando la inverosimilitud de la

real existencia de una persona cuyo aspecto exterior copie fielmente el de una escultura antigua, habremos de pensar que la aparición de Gradiva entre las ruinas de Pompeya no puede ser sino una alucinación de Hanold o un fantasma meridiano. Mas un detalle del relato excluye la primera de estas dos interpretaciones. Una gran lagartija yace inmóvil tomando el sol sobre una piedra, y al acercarse Gradiva, huye asustada a su madriguera. No se trata, pues, de una alucinación de Norberto, sino de algo por completo exterior a él. Mas, por otra parte, no creemos que un fantasma pueda con su ingrávido paso turbar la tranquilidad de una lagartija.

Llegada ante la casa de Meleagro, desaparece la figura de Gradiva. No nos maravilla que Norberto Hanold prosiga ahora su delirio suponiendo que la antigua Pompeya revive en la hora del mediodía, consagrada a los espíritus, y que, de este modo, es la propia Gradiva, resucitada, la que, pasando ante él, ha entrado en la casa que habitó hasta el fatal día de agosto del año 79, en que el Vesubio sepultó a la ciudad entre lava y cenizas. Por la imaginación de Norberto Hanold cruzan rápidamente las más sutiles hipótesis sobre la personalidad del dueño de aquella casa y el parentesco que Gradiva pudiera tener con él, probándonos que su ciencia arqueológica se ha colocado ya por completo al servicio de su fantasía. Al penetrar, a su vez, en la casa, halla de nuevo ante sí a la singular aparición, sentada en una pequeña gradería entre dos columnas. «Sobre sus rodillas mantenía extendido algo muy blanco, cuya naturaleza no pudo Hanold determinar a primera vista, pero que le pareció ser una hoja de papiro». Habiendo atribuido a Gradiva en una de sus imaginaciones un origen griego, la interpela en esta lengua, lleno de ansiedad por averiguar si la aparición posee en su ficticia vida el don de la palabra. Luego, al no obtener respuesta, comienza a interrogarla en latín. Y he aquí que el bello fantasma sonríe dulcemente y exclama: «Si quiere que le comprenda, hábleme en alemán».

¡Qué vergüenza para nosotros los lectores! Resulta que el poeta se ha burlado de nosotros, y para obligarnos a juzgar con una mayor benevolencia a su héroe, nos ha hecho caer en un pequeño delirio, como si sobre nuestras facultades intelectuales hubiese actuado un reflejo de aquel ardiente sol de

mediodía pompeyano, que cae a plomo sobre la frente del infeliz Norberto. Mas, curados ya de nuestro momentáneo desvarío, vemos ahora que la Gradiva, que creímos fantasmal aparición, no es sino una muchacha alemana de carne y hueso, hipótesis que antes rechazamos como la más inverosímil. Podemos ya, por tanto, esperar con toda calma y serenidad que el poeta nos muestre, en primer lugar, la relación existente entre esta muchacha y su imagen de piedra, y, en segundo, cómo el joven arqueólogo ha podido llegar a las fantasías que atribuían, no sin cierta razón por lo que vemos, una existencia real a dicha imagen.

En cambio, el delirio de Hanold no queda tan rápidamente disipado como el nuestro, pues la dicha que al encontrar realizada su fantasía le produce, le hace admitir las más inverosímiles circunstancias, y, además, su delirio posee seguramente raíces íntimas, de las que nada sabemos y que al nuestro faltan por completo. Para hacerle volver a la realidad ha de ser necesario un penetrante y duradero tratamiento, y de este modo, lo único que por el momento podrá hacer es adaptar a su delirio su nueva y maravillosa aventura. Gradiva, muerta entre la ceniza que sepultó a Pompeya, no puede ser para él más que un fantasma que sale de su tumba a la hora meridiana, consagrada a los espíritus. Mas, entonces, ¿por qué al oír las palabras que la muchacha pronuncia en alemán exclama, sin un instante de vacilación: «Ya sabía yo que tu voz resonaba así»? Es ésta una interrogación que, como nosotros, hubo de presentar la muchacha, y Hanold se ve obligado a conceder que no oyó nunca ante su voz, pero que esperó oírla cuando en su sueño le habló, mientras ella, silenciosa, se reclinaba para dormir y morir sobre las gradas de la escalinata del templo. Norberto le pide ahora que repita aquella escena; más, al oírle, se levanta la muchacha y, mirándole con extrañeza, se aleja, desapareciendo a poco entre las columnas del patio, sin contestar a la pregunta que él le hace de si volverá a la misma hora del siguiente día. Poco antes había revoloteado en torno de ella una bella mariposa, en la que Hanold ve después un emisario de Hades, el dios infernal, comisionado para advertir a Gradiva el próximo final del breve plazo concedido a los espíritus para vagar fuera de sus tumbas. Pero nosotros podemos ya permitirnos interpretaciones menos fantásticas y nos quiere parecer como si la muchacha, desconociendo el sueño del joven

arqueólogo, hubiese hallado algo incorrecto en la proposición del mismo y se retirara ofendida. Quizá su sensibilidad percibiera la naturaleza erótica del deseo de Hanold, que para éste resultara únicamente motivado por una relación con su sueño.

Tras la desaparición de Gradiva pasa Norberto revista a los huéspedes del Hotel Diomede y del Hotel Suisse, las dos únicas hospederías que le son conocidas en Pompeya, y en ninguna de las dos encuentra muchacha alguna que presente una semejanza, siquiera lejana, con su bello fantasma, resultado que se conforma en todo a sus esperanzas, pues desde el primer momento había rechazado como inverosímil e insensata la hipótesis contraria. El vino fermentado en los cálidos lagares del suelo vesubiano hace luego más intenso el desvarío en que Hanold pasa aquella tarde.

Al día siguiente, dando tiempo a que llegase la hora meridiana, en la que de nuevo debe hallarse en la casa de Meleagro, entra Hanold en las ruinas, a despecho de todos los reglamentos, por una brecha del viejo murallón de la ciudad. A su paso halla una florida rama de asfódelo, y recordando que los antiguos decían ser ésta la flor que crecía en el Averno, la corta y lleva consigo como la más apropiada a las circunstancias. Mientras, impaciente, recorre ruinas, piensa en que la Arqueología es ya para él lo más inútil e indiferente del mundo, pues otro distinto interés se ha apoderado por completo de sus facultades intelectuales. Trátese de hallar «de qué sustancia puede ser la aparición corpórea de un ser como Gradiva, que simultáneamente está muerto y, aunque tan sólo durante la hora meridiana, vivo». Al mismo tiempo que da vueltas a estos pensamientos, teme no hallar a la esperada aparición, suponiendo que quizá sólo con largos intervalos le es permitido retornar al mundo, y cuando vuelve a encontrarla en el mismo lugar e idéntica actitud que la víspera, la cree primero una alucinación de su acalorada fantasía y exclama dolorosamente: «¡Oh, si fuese verdad y vivieras!» Pero esta vez ha dudado con exceso del testimonio de sus sentidos, pues la aparición deja de nuevo oír su voz, preguntándole si aquellas flores que en la mano trae las ha cogido para ella, y entabla luego con él, nuevamente desconcertado, un largo coloquio. Para nosotros, los lectores, a los que nos interesa ya Gradiva como una viva personalidad, observa el poeta que el disgusto y la repulsa que se leían el día anterior en sus ojos se ha

trocado en una expresión de curioso interés. Efectivamente, la bella desconocida somete a Hanold a un minucioso interrogatorio, encaminado a lograr una explicación de su extraña demanda del día anterior. Norberto le revela su sueño y toda la historia de la atracción que su elástico paso ejerció sobre él desde el primer instante. A ruegos del joven, consiente luego ella en andar unos pasos ante él, y camina, realmente, del mismo gracioso modo que mostraba la escultura. Sólo una diferencia halla el arqueólogo: a las sandalias que la figura del bajorrelieve calzaba se sustituían ahora unas finas botas de cuero amarillento, sustitución que ella explica por la necesidad de adaptarse a los nuevos usos. En todo este diálogo observamos que la muchacha sigue dócilmente el delirio de Hanold, y sin contradecirle nunca logra que el joven vaya descubriéndole su fantasía en toda su amplitud. Una sola vez parece que un sentimiento propio va a apartarla de su papel, cuando él, pensando en la figura del bajorrelieve, dice que en cuanto la vio entre las ruinas de Pompeya la reconoció sin vacilar un instante. Como en este lugar del diálogo no ha hablado aún Hanold para nada de la escultura del museo romano, tiene ella un movimiento de sorpresa, pero se repone en seguida, y desde este momento nos quiere parecer que algunas de sus frases presentan un doble sentido; esto es, que además de su conexión con el delirio de Norberto se refieren ocultamente a algo real y presente; por ejemplo, cuando, lamentando el fracaso del arqueólogo al querer comprobar la existencia real de los andares de la escultura, exclama: «¡Qué lástima; quizá hubieras podido ahorrarte el largo viaje hasta Pompeya!» Hanold le revela después el nombre de «Gradiva» que dio a su imagen escultórica, y ella le dice que el suyo verdadero es el de Zoé. «Es un bello nombre —objeta Hanold—; mas a mis oídos suena como una amarga burla, pues significa *vida*». «Hay que aceptar lo irremediable y ya hace largo tiempo que me he acostumbrado a estar muerta», replica ella, y con la promesa de retornar a igual hora del día siguiente, se despide, después de pedirle la rama de asfódelo que todavía conserva él en su mano. «A las mujeres que aún alientan sobre la tierra es costumbre ofrecer rosas en primavera; para mí es más apropiado recibir de tus manos la flor del olvido».

Comenzamos ahora a comprender y una esperanza surge, aún vacilante,

en nosotros. Si la muchacha en cuya figura ha encarnado Hanold a su Gradiva se adapta tan de buen grado al delirio del joven arqueólogo es, probablemente, para librarle de él. No existe otro camino para ello, y la contradicción alejaría esta única posibilidad de cura. El mismo tratamiento médico de tal dolencia psíquica no tendría tampoco más remedio que situarse, al principio, en el plano de la fantástica construcción mental del sujeto para poder investigarla lo más completamente posible. Si Zoé se hallaba capacitada para tal empresa, la continuación de la novela nos mostrará en qué forma se lleva a cabo la curación de un delirio como el de nuestro héroe. Mas también quisiéramos saber en qué condiciones se verifica la génesis de tal perturbación. Sería singular —aunque no sin precedentes— que el tratamiento y la investigación de un delirio de este género coincidieran y que la explicación de la génesis del mismo surgiera de su propio análisis. Sospechamos ciertamente, que nuestro caso patológico podrá entonces resolverse en una «vulgar» historia amorosa; pero, de todos modos, no debe despreciarse el amor como poder curativo de los delirios y debemos tener en cuenta que la atracción ejercida sobre nuestro héroe por la figura escultórica de Gradiva no es, en definitiva, sino un enamoramiento, aunque sea de algo pretérito e inanimado.

Al desaparecer Gradiva tras de esta última entrevista se oye en la lejanía algo como una aguda risa, el grito quizá de un pájaro que vuela sobre las ruinas. Norberto ve en el suelo un objeto blanco que la Gradiva ha dejado olvidado, el mismo que ayer creyó un papiro y que, en realidad, no es sino un libro de apuntes con algunos dibujos a lápiz de diversos rincones de Pompeya. Nosotros, psicoanalíticos, diríamos que este olvido de Gradiva constituye una prenda de su retorno, pues sabemos que nada se olvida sin una secreta razón o un oculto motivo.

El resto del día proporciona a Hanold multitud de revelaciones y conclusiones, que, sin embargo, desdeña rehuir formando una totalidad. En el muro del pórtico por el que Gradiva ha desaparecido descubre hoy Norberto una hendidura que, aunque estrecha, puede dar paso perfectamente a una persona de extraordinaria delgadez. De este modo reconoce nuestro héroe que Zoe-Gradiva no necesitó para desaparecer, sumirse en las entrañas de la

tierra, cosa que ahora le parece tan irracional, que se avergüenza de haberlo antes creído, sino que podría utilizar aquel camino para volver a su tumba, situada quizá al final de una larga calle, frente a la llamada «Villa de Diomèdes», lugar por el que cree luego Norberto ve alejarse una fugacísima sombra.

Entregado por completo a su delirio, recorrió aquella tarde el arqueólogo los alrededores de Pompeya, dando vueltas en su imaginación al mismo problema que el día anterior; esto es, cuál pudiera ser la constitución física de Zoe-Gradiva y si se experimentaría o no alguna sensación táctil al tocar su mano. Un singular impulso le inducía a intentar este experimento; más, al mismo tiempo, la sola idea de realizarlo le producía espanto. En la soleada vertiente de una colina encontró a un señor ya maduro, que por los atavíos de que iba armado tenía que ser un zoólogo o botanista, y se hallaba, al parecer, ocupado en la busca de algún ejemplar interesante. Al sentir los pasos de Hanold volvió la cabeza y, como reconociéndole, le dijo: «¿Se interesa usted también por los *faraglionesis*? No creí yo que pudieran encontrarse fuera de la isla de Capri., pero ahora me parece muy probable que también existan en el continente. El medio que mi colega Eimer ha inventado para cazarlos es excelente. Yo lo he experimentado ya varias veces con éxito satisfactorio. Estése usted quieto un momento». Interrumpióse aquí el zoólogo y mantuvo sobre una grieta del suelo, por la que asomaba la verdosa cabeza de una lagartija, un lazo formado por un largo tallo de hierba. Hanold aprovechó esta ocasión de alejarse y prosiguió su paseo pensando con burlona crítica en la increíble necedad de las gentes que por tan absurdos motivos como el de cazar un lagarto emprenden el largo y fatigoso viaje hasta Pompeya. Mas en esta crítica no se incluye a sí mismo, olvidando que lo que hasta la muerta ciudad le ha traído a él es algo aún más singular: el propósito de buscar en las cenizas de Pompeya las huellas de la Gradiva. Al mismo tiempo, la fisonomía del cazador de lagartos que se había dirigido a él como a persona de su trato le parecía conocida, quizá por haberle visto de pasada en uno de los dos hoteles que había visitado. Continuando su paseo, llega luego Norberto, por un camino lateral, a una hospedería cuya existencia no sospechaba: el «Albergo del Sole». El posadero, ocioso a aquella hora, aprovecha la ocasión para recomendarle su casa y los tesoros que, a su decir, contiene. Entre otras

cosas, afirma haberse hallado presente cuando en las proximidades del Foro fueron descubiertos los cuerpos de unos jóvenes amantes que, al sentir cercana su última hora en la catástrofe que aniquiló la ciudad, se abrazaron estrechamente y esperaron así la muerte. Hanold conocía ya esta historia y la había considerado siempre como una mentirosa fábula; pero hoy hallaron en él las palabras del hostelero una total credulidad, que se hizo aún mayor cuando el avispado comerciante le enseñó una fíbula de bronce recubierta de verdosa pátina, pretendiendo haber presenciado su descubrimiento entre las cenizas que cubrían los cuerpos de los amantes. Hanold compró la fíbula sin la menor vacilación crítica, y cuando al abandonar el «albergo» vio en el pretil de una abierta ventana una florida rama de asfódelo, le pareció que la presencia de la funeraria flor en aquellos lugares constituía una confirmación de la legitimidad de la joya adquirida.

Pero con esta adquisición se apoderó de él un nuevo delirio, o más bien realizó el antiguo su progreso, síntoma nada favorable al éxito de la terapia iniciada. La amante pareja había sido descubierta cerca del Foro, y en estos mismos lugares se hallaba el templo de Apolo, en cuya escalinata había él visto reclinarse a Gradiva en su sueño. ¿No sería posible que, en realidad, hubiese ella seguido andando hasta reunirse a alguien con el que luego hubiese muerto? Un atormentador sentimiento, que quizá podemos hacer equivalente a los celos, surgió de esta sospecha para Hanold; pero, pensando en lo imposible de su hipótesis, logró dominar su agitación y entró a cenar en el Hotel Diomède. Dos nuevos huéspedes, que le parecieron hermanos por cierta semejanza que entre ellos creyó hallar, a pesar del diferente color de sus cabellos —rubio él y morena ella—, atrajeron en primer lugar su atención. Era ésta, de todas las parejas que en su viaje había hallado, la primera que le producía una impresión simpática. Una rosa de Sorrento que la joven llevaba en el pecho despertó en él un indefinible recuerdo; pero por más que meditó, le fue imposible precisarlo. Por último, se acostó rendido, y tuvo un sueño singularmente desatinado, aunque constituido por la reunión de sus aventuras de aquel día. «Gradiva se hallaba sentada al sol, y mientras fabricaba con un largo tallo de hierba un lazo para cazar una lagartija, decía: ‘Estate quieto un momento. Mi colega tiene razón. Este medio es realmente eficaz, y ella lo ha empleado con éxito’». Aún dormido, criticó Hanold la

insensatez de este sueño y luchó por despertarse, consiguiéndolo al fin al oír el grito, semejante a una risotada de un pájaro, que, lanzándose sobre el lagarto, se lo llevó en el pico.

A pesar de todos estos fantasmas oníricos, despertó con una sensación de claridad intelectual y fortaleza física. Un rosal, de rosas iguales a la que la tarde anterior adornaba el pecho de su nueva compañera de hospedaje, le recordó haber oído en la noche una voz que le decía: «En la primavera se ofrecen rosas». Sin reflexionar, cogió unas cuantas, y, al hacerlo, sintió calmarse su agitación como por una oculta virtud de las aromáticas flores. Despojado de su misantropía, emprendió esta vez el camino general hacia Pompeya, llevando consigo las rosas, la fíbula y el libro de apuntes, y dando vueltas en su imaginación a diferentes problemas que todos gritaban en torno a la Gradiva. El antiguo delirio había llegado a tomar proporciones gigantescas, haciéndole ya pensar si también a otras horas, y no únicamente a la del mediodía, le sería posible hallar a Gradiva entre las ruinas. El acento psicológico se había desplazado, yendo ahora a caer sobre la parte más reciente de su delirio, y los celos que la misma había traído consigo le atormentaban, tomando las más diversas formas. Casi deseaba que la aparición sólo para él resultase visible y escapase a la percepción de los demás, pues de este modo podría él considerarla como de su exclusiva propiedad. Durante sus paseos en espera de la hora meridiana tuvo un sorprendente encuentro. En la casa del Fauno topó con dos figuras que en un rincón, y creyéndose sin duda al abrigo de toda mirada indiscreta, estaban abrazadas, besándose largamente en los labios. Lleno de sorpresa, reconoció Norberto a la simpática pareja llegada la tarde anterior. Mas, para ser fraternales, le resultaban aquel abrazo y aquellos besos demasiado sostenidos. Tratábase, pues, de una nueva pareja amorosa; seguramente, un joven matrimonio como los que antes le habían causado tan grave irritación. Sin embargo, esta nueva pareja no despertó en él sino agradables sentimientos, y, temeroso de perturbar su ternura, se retiró el silencio, como si no quisiera interrumpir un devoto culto. Un respeto de que antes carecía volvía ahora a surgir en él.

Llegado ante la casa de Meleagro, se apoderó de él nuevamente, y con tal violencia, el temor de hallar a Gradiva acompañada, que cuando la misma

apareció ante sus ojos, su primera frase fue para preguntarle si se hallaba sola. Con gran dificultad consigue luego la muchacha hacer percatarse a Norberto de que ha cogido las rosas para ella, y logra que le confiese la última imaginación de su delirio, en la que supone que fue ella la joven que las excavaciones del Foro descubrieron abrazada a su amante y a la que perteneció la fibula por él adquirida. No sin burla, le pregunta ella entonces si ha encontrado la joya al sol, cuya fuerza produce en los países mediterráneos graves trastornos cerebrales. A continuación, y para curarle de un mareo que Hanold dice experimentar, le propone Gradiva partir con ella su colación y le ofrece la mitad de un tierno panecillo que lleva envuelto en un papel de seda, comiendo ella la otra mitad con visible apetito. Entre sus rojos, carnales labios, puede entonces Hanold observar una hilera de blancos y pequeños dientes, que al hincarse en la corteza del panecillo producen un ligero crujido. Gradiva reanuda luego el diálogo, diciendo: «Me parece como si ya otra vez, hace dos mil años, hubiéramos partido de este modo el alimento. ¿No te acuerdas?» Pero Norberto no supo qué contestar, pues todos aquellos signos que de una realidad presente le iba ella demostrando actuaban con fuerza sobre él. La razón comenzaba a imponerse en su pensamiento, haciéndole ya dudar de que, como su delirio afirmaba, no fuera Gradiva sino un incorpóreo fantasma. Pero entonces, ¿cómo explicarse las palabras que la muchacha acababa de pronunciar, pretendiendo haber partido ya otra vez su comida con él dos mil años antes? En este conflicto se le ofreció un medio para salir de dudas, y, sin vacilar ya, lo puso en práctica, hábil y decididamente. Gradiva tenía apoyada en la rodilla su mano izquierda, y una mosca, de aquéllas cuyo descaro e inutilidad tanto habían antes irritado a Norberto, vino a posarse sobre uno de los largos y afilados dedos. Con rápido ademán golpeó Hanold, como para alejar al pegajoso insecto, aquella mano, y para su regocijada sorpresa halló bajo la suya algo vivo, cálido y totalmente real: una tierna manita femenina. Mas aún había de ser mayor su asombro, pues Gradiva, sorprendida por su inexplicable acción, se alzó de la gradería en que se hallaba sentada y exclamó con tono ofendido: «¿Estás loco, Norberto Hanold?» Es sabido que el mejor medio para despertar a un somnámbulo, o simplemente a una persona dormida, es llamarle por su nombre. Pero, desgraciadamente, no llegamos a observar qué consecuencia inmediata tuvo

para Hanold el oír a Gradiva pronunciar su nombre, que a nadie había él aún comunicado en Pompeya, pues en este crítico momento aparece en escena la simpática pareja amorosa que antes halló en la casa de Fauno, y la joven señora exclamó con gozosa sorpresa: «¡Zoé! ¿También tú por aquí y también en viaje de novios? ¿Cómo no me has escrito?» Hanold, ante esta nueva prueba de la realidad viviente de su Gradiva, huye lleno de confusión.

Tampoco Zoe-Gradiva se muestra muy agradablemente sorprendida por la inesperada visita, que al parecer la interrumpe en una importante labor. Mas, recobrándose pronto, responde con amabilidad a su amiga, poniéndole al corriente de la situación —y también a nosotros, los lectores— y hallando en seguida un medio cortés de zafarse de la inoportuna compañía. Ante todo, deshace el error de suponerla también en viaje de novios. «El joven que se alejó al aparecer vosotros tiene un poco trastornada la cabeza, como si dentro de ella le anduviera zumbando una mosca. Bien es verdad que muy pocos son los que pueden alabarse de no tener algún insectillo perturbador que embrolla sus ideas. Afortunadamente, yo entiendo algo de entomología y puedo ser de alguna utilidad en estos casos. Mi padre y yo vivimos en el “Albergo del Sole”, pero venimos a Pompeya todos los días. Él se dedica a sus investigaciones, y yo le he prometido no distraerle de ellas y entretenerme por mi cuenta, pues suponía que siempre lograría desenterrar algo interesante de entre estas cenizas. Pero nunca supuse que encontraría lo que he encontrado…; esto es, a mi buena amiga Gisela». Dicho esto, se excusa, pretextando tener que llegar a tiempo para acompañar a su padre en el almuerzo, y se aleja después de habérsenos presentado como la hija del zoólogo cazador de lagartijas que Hanold halló el día anterior, y haber revelado, por el doble sentido de algunas de sus frases, a más de su intención terapéutica, otros distintos propósitos que parecen con una menor transparencia. Mas, al alejarse, no lo hace en dirección del «albergo», en el que pretextó la esperaba su padre, sino que creyendo a su vez ver una sombra que en los alrededores de la Villa de Diomèdes busca su túmulo y desaparece entre los monumentos *sepulcrales*, encamina sus pasos hacia aquellos lugares. En ellos había también buscado Hanold refugio y paseaba sin cesar de un lado a otro, concentrando todo su pensamiento en la solución de lo que aún permanece para él oscuro en el problema suscitado por la aparición de

Gradiva. Veía ya, por lo menos, claramente su insensatez anterior al creer tener ante sí a una joven pompeyana rediviva y encarnada en una forma más o menos corpórea, reconocimiento de su pasada locura que constituye un considerable progreso en su camino de retorno hacia la sana razón. Mas, por otra parte, aquella desconocida con la que otras personas trataban como con una criatura viva a ellas semejante, confesaba ser Gradiva, y, sin que él pudiera explicárselo, conocía su nombre. Eran éstos dos misteriosos problemas que su razón, aún vacilante, no acertaba a desembrollar. Cierto es que tampoco sus agitados sentimientos le permitían hacer un gran esfuerzo de atención y que su más ardiente deseo era, por el momento, hallarse sepultado entre las cenizas de la Villa de Diomèdes para estar seguro de no volverse a encontrar frente a frente con Zoe-Gradiva. Sin embargo, un violento anhelo de volverla a ver combatía en su interior con la tendencia a huir de ella.

Al doblar uno de los ángulos de la galería de columnas retrocedió, asustado. Sobre una piedra del derruido paredón se hallaba sentada una muchacha, quizá una de las que habían hallado la muerte en aquellos lugares. Pero fue éste un último intento, en el acto dominado, de refugiarse de nuevo en el reino de la locura. Pronto vio Hanold que aquella figura no era otra que Gradiva, la cual acudía, sin duda, a poner en práctica la última parte de su tratamiento curativo. Interpretando con todo acierto el ademán que Hanold hizo al verla, frustró su intento de alejarse, indicándole que fuera había comenzado a diluviar. Luego, sin piedad ante la confusión del joven, comenzó de nuevo su examen, preguntándole qué se proponía antes al golpear su mano con el pretexto de ahuyentar a una mosca. Hanold no se atrevió ya en su respuesta a tutearla ni tampoco a tratarla de usted; pero en cambio sí halló valor suficiente para algo más importante; esto es, para plantear la interrogación decisiva: «Me hallaba —confiesa— un poco trastornado, como vulgarmente se dice, y ruego me perdone el haber golpeado su mano…; no sé cómo pude aturdirme hasta tal punto… Pero lo que no llego a comprender es cómo la graciosa propietaria de aquella manita pudo luego, al reconvenirme, llamarme por mi nombre».

«Veo —replica Zoe-Gradiva— que sigue habiendo algo en que tu entendimiento no logra penetrar. Pero no me maravilla, pues me tienes acostumbrada a esa ceguedad. Para comprobarla una vez más hubiera podido

ahorrarme el venir hasta Pompeya, y tú hubieras podido confirmármela mil leguas más cerca».

«Sí; mil leguas más cerca —añade después, dando, por fin, una explicación al atónito Hanold—. En la casa que, casi frontera a la tuya, hace esquina se abre la ventana de mi cuarto, y en ella hay colgada una jaula con un canario».

Estas últimas palabras despertaron en Norberto un lejano recuerdo. Era aquel pájaro enjaulado el que con su cántico había hecho surgir en él la decisión de partir para Italia.

«En esa casa —prosigue ella— habita mi padre, el profesor de Zoología Ricardo Bertgang».

Así, pues, Zoé conocía la persona y el nombre de Hanold por habitar en una casa vecina a la suya. De ser ésta la total solución, prevemos que su vulgaridad ha de decepcionarnos, pareciéndonos indigna del interés que la historia había en nosotros despertado.

Norberto Hanold muestra en su respuesta que su pensamiento no ha conquistado todavía una total independencia, pues repite los últimos conceptos de la joven. «Entonces…, entonces, ¿es usted la señorita Zoé Bertgang? Pero aquélla tenía un aspecto muy distinto…»

La réplica de Zoé Bertgang nos revela luego que entre ambos han existido en tiempos relaciones distintas de las de vecindad. Con graciosas frases, y alegando pasados derechos, sale a la defensa de aquel «tú» que Hanold consideró natural al dirigirse a un fantasma, pero que luego sustituyó por el «usted», en cuanto la aparición se transformó en una persona de carne y hueso: «Si crees que entre nosotros es hoy más apropiado el "usted", también yo habré de emplearlo. Pero el "tú" surgía más espontáneamente en mis labios. No sé si mi aspecto es ahora muy distinto del que tenía antes, cuando en nuestros juegos cotidianos andábamos a golpes o rodábamos por el suelo. Lo que sí puedo decirle es que si en estos últimos años se hubiera usted dignado dirigirme una sola mirada, hubiera visto que hace mucho tiempo soy tal y como ahora me ve».

Así, pues, había existido entre ambos una amistad infantil y hasta quizá un infantil amor, que justificaba ahora el tuteo. Mas ¿acaso no es esta solución tan trivial como la que primero sospechábamos? A nuestro juicio,

no; pues nos sugiere la idea de que tales relaciones infantiles esclarecen de un modo inesperado algunos de los detalles de lo que entre ellos ha sucedido ahora. Aquel golpe que Hanold dio en la mano de Zoe-Gradiva, motivándolo tan excelentemente por el deseo de solucionar de un modo experimental el problema de la corporeidad de Gradiva, se nos muestra ahora como un renacer del impulso infantil a los juegos violentos de que testimonian las palabras de Zoé. Y cuando Gradiva pregunta al arqueólogo si no recuerda que ya dos mil años antes partieron otras veces su comida, ¿no se nos revela ahora esta pregunta, que antes hubo de parecemos incomprensible, como una alusión no a un remoto pasado histórico, sino a un pretérito estrictamente personal, a los tiempos infantiles de ambos, cuyo recuerdo se mantiene *vivo* en la muchacha, mientras que en Hanold parece haberse perdido en absoluto? Por último, ¿no surge en nosotros de repente la idea de que las fantasías del joven sobre su Gradiva pudieran muy bien ser un eco de estos perdidos recuerdos infantiles? Siendo así, no serían arbitrarias producciones de su fantasía, sino que se hallarían determinadas, sin que Norberto tuviera conciencia de ello, por el acervo de impresiones infantiles, olvidadas, pero eficientes. Podríamos, pues, aunque sólo hipotéticamente, demostrar este origen para cada una de dichas fantasías. Así, cuando, por ejemplo, se obstina Hanold en que Gradiva tiene que ser de origen *griego* e hija de un elevado personaje, quizá un sacerdote de Ceres, no parece muy aventurado suponer que estas ideas deben su origen a un efecto del latente conocimiento de Hanold del nombre (Zoé) de la muchacha y de la pertenencia a ésta a la familia de un profesor de Zoología. Mas si estas fantasías de Hanold no son sino recuerdos modificados, hemos de esperar que las palabras de Zoé Bertgang nos muestren las fuentes de que las mismas provienen. Escuchándolas veremos que, tras de habernos revelado su íntima amistad infantil con Hanold, nos descubrirá el subsiguiente desarrollo de esta relación en años posteriores:

«En aquellos tiempos a que antes me he referido era en mí habitual un singular apego a su persona, y creía que no habría de hallar en todo el mundo un mejor amigo. No tenía madre, hermanos ni hermanas, y para mi padre, una lagartija conservada en alcohol resultaba mucho más interesante que mi

pequeña persona. Aun para una niña es necesario algo que ocupe su pensamiento y pueda atraer su interés. Y esto es lo que entonces fue usted para mí. Mas cuando la Arqueología se apoderó de usted por entero descubrí que te habías —perdone usted, pero el tratamiento que ahora se le ha ocurrido introducir en nuestro trato suena mal en mis oídos y no se adapta bien a lo que voy a decir—, descubrí que te habías transformado en un hombre insoportable, que, por lo menos para mí, parecía ciego y mudo y se había olvidado de la amistad de toda nuestra infancia. Por esta razón me encuentras ahora muy distinta a la imagen que de mí recuerdas, pues cuando nos encontrábamos en sociedad —el invierno pasado, sin ir más lejos— no me mirabas ni me veías; ni siquiera me dejabas oír tu voz. Claro es que con esto no hacías en mi honor nada extraordinario, pues lo mismo te comportabas con todas las mujeres. Yo no era para ti sino una sombra, y tú, con tus rubios cabellos, de los que tantas veces yo te había tirado jugando, te mostrabas tan aburrido, seco y silencioso como una cacatúa disecada, y tan solemne e importante como…, como el Archeopterix, que así creo se llama el monstruoso pájaro antediluviano recién descubierto. Lo que nunca me hubiese imaginado es que tu cabeza albergase tan ardiente fantasía, que al hallarme aquí, en Pompeya, me tomases por un fantasma del pasado. Tanto es así, que cuando inesperadamente surgiste ante mi vista me costó mucho trabajo conseguir explicarme la telaraña que tu imaginación había tejido en tu cerebro. Pero después llegó a interesarme y divertirme, a pesar de su locura, pues repito que no esperaba de ti cosa semejante».

Como puede verse, Zoé nos comunica con toda claridad la suerte que su amistad infantil con Hanold corrió en el transcurso de los años. En ella se intensificó, hasta constituir un tierno enamoramiento, siendo Hanold aquel «algo» en que desde muchacha puso su corazón y su pensamiento. Zoé Bertgang, la bella mujer, en la que vemos ahora la encarnación de la prudencia y la claridad espiritual, nos revela también transparentemente toda su vida anímica. Si es regla general que toda muchacha normalmente constituida dirija, antes que hacia otra persona, su inclinación hacia su propio padre, Zoé se hallaba en circunstancias especialmente favorables para ello por constituir él mismo toda su familia. Pero el padre no podía hacerle gran caso, abstraído en sus investigaciones científicas, y entonces buscó ella en

torno suyo alguien a quien dedicar su afecto, hallándolo en la persona de su joven compañero de juegos. Más tarde, cuando Hanold no tuvo ya ojos para ella, su amor, en lugar de desaparecer, creció, pues con ello se igualaba Norberto a su padre, quedando, como éste, absorbido por la ciencia y alejado por ella de la vida y de Zoé; circunstancias que permitían a la muchacha permanecer fiel aun dentro de la infidelidad, pues encontraba de nuevo a su padre en la persona amada, y le era posible comprender a los dos en el mismo sentimiento, o, como pudiéramos decir, identificar a ambos en su sentir.

La justificación del pequeño análisis psicológico que antecede, y que pudiera parecer arbitrario, nos la ofrece el mismo poeta en un único pero altamente característico detalle de su obra. Cuando Zoé describe la transformación —tan dolorosa para ella— que en su antiguo compañero de juego hubo de realizarse, le insulta burlonamente comparándole a un Archeopterix, alado monstruo antediluviano, perteneciente a lo que pudiéramos llamar Arqueología biológica. Ha hallado, pues, para la identificación de ambas personas una única expresión concreta, y su enfado hiere al amado y al padre simultáneamente con la misma palabra. El Archeopterix es, por decirlo así, la representación transaccional o media, en la que coincide la idea de la necesidad del amado con la del análogo defecto del padre.

Muy distinto es el proceso que se verificó en el joven. La Arqueología se apoderó en todas sus facultades y apartó su interés de toda mujer distinta de las de piedra o bronce. De este modo, la amistad infantil naufragó en lugar de intensificarse hasta constituir una pasión, y sus recuerdos de aquel tiempo cayeron en tan profundo olvido, que no reconocía ya ni prestaba, por tanto, la menor atención a su compañera de juegos cuando la encontraba en sociedad. Sin embargo, teniendo en cuenta todo lo después ocurrido, podemos poner en duda que sea «olvido» la justa calificación psicológica de la suerte que tales recuerdos corrieron en la memoria de nuestro arqueólogo. Existe un género de olvido que se caracteriza por lo difícil que resulta, aun a los más enérgicos estímulos exteriores, despertar el recuerdo, como si una resistencia interna se opusiera a su resurgimiento. Este olvido ha recibido en la Psicopatología el nombre de «represión», y el caso que el poeta nos presenta en su obra parece ser un ejemplo de este género. Ahora bien: no sabemos si el olvido de una

impresión se halla ligado siempre a la desaparición de la correspondiente huella mnémica (*Erinnerungspur*) en la vida anímica; mas, en cambio, de la represión sí podemos asegurar con toda certeza que no coincide con la pérdida o extinción del recuerdo. Lo reprimido no puede, es cierto, surgir desde luego en calidad de recuerdo, pero conserva su capacidad funcional y eficiente, y provoca un día, bajo la influencia de un estímulo exterior, consecuencias que pueden considerarse como productos de la modificación de los recuerdos olvidados, y que de no interpretarlas en esta forma resultan incomprensibles. En las fantasías de Norberto Hanold sobre Gradiva creímos ver ya anteriormente ramificaciones de los recuerdos reprimidos de su amistad infantil con Zoé Bertgang. Tal retorno de lo reprimido debe esperarse con especial regularidad cuando a las impresiones reprimidas se halla adherido el sentir erótico del individuo; esto es, cuando lo que ha caído bajo el yugo de la represión es su vida amorosa. Estos casos dan la razón al viejo proverbio latino *naturam expelles furca*, *tamenusque recurret*, que quizá en su origen se refería tan sólo a la expulsión por influencias exteriores y no a conflictos internos. Pero este proverbio no lo expresa todo, pues se limita a exponer el hecho del retorno de la parte de naturaleza expulsada, mas no describe la forma, harto singular, en que dicho retorno se verifica, como sirviéndose de una astuta traición. Precisamente aquello que es elegido como medio de la represión —como la «furca» del proverbio— se constituye luego en aportador de lo que retorna. En las fuerzas represivas y hasta en su misma íntima esencia es donde se impone, al fin, victorioso lo reprimido. Un conocido aguafuerte de Félicien Rops ilustra este hecho, poco tenido en cuenta, y al que se debía conceder toda su verdadera importancia, más impresionantemente que pudiera hacerlo una minuciosa explicación. El artista ha escogido para su obra el caso típico de represión en la vida de los santos y penitentes. Un ascético monje se ha refugiado —huyendo seguramente de las tentaciones del mundo— a los pies del Redentor, crucificado; pero la cruz va hundiéndose en sombras, y en su lugar aparece, radiante, la imagen de una bella mujer desnuda, también en actitud de crucificada. Otros pintores de menor agudeza psicológica han representado en tales alegorías de la tentación al pecado irguiéndose, con la expresión de triunfo, junto a la imagen del Crucificado. Únicamente Rops le ha hecho

ocupar en la cruz el puesto mismo del Redentor, pareciendo saber que lo reprimido surge en su retorno del elemento represor mismo.

Resulta harto interesante observar en los casos patológicos la exquisita sensibilidad que en el estado de represión muestra la vida anímica del hombre para la percepción de la proximidad de lo reprimido, y ver cuán ligeras y sutiles analogías bastan para que detrás del factor represivo, y a través del mismo, adquieran efectividad tales elementos. Personalmente tuve una vez ocasión de observar en el ejercicio de mi actividad médica a un hombre joven, casi un adolescente, que tras una primera experiencia sexual indeseada huía de todos los deseos eróticos que en él surgían, y se servía para ello de diversos medios de la represión intensificando su amor al estudio, exagerando su infantil apego a su madre y adoptando, en general, una conducta pueril. No quiero exponer aquí con todo detalle cómo precisamente en su relación con su madre se abrió paso de nuevo la sexualidad reprimida; pero describiré, en cambio, un caso más extraño y original de otro individuo que vio destruidas sus obras de defensa contra el resurgimiento de lo reprimido por factores a los que jamás hubiera podido sospecharse capaces de tal efecto. Las matemáticas gozan de extendido renombre como disciplinas apropiadísimas para desviar la atención de lo sexual. Ya J. J. Rousseau recibió un día de una dama, a la que había disgustado, un consejo de este género, expresado con las palabras *Lascia le donne e studia la matemática*. En igual forma, el individuo a que nos referimos se entregó con redoblado celo, huyendo de sus ideas sexuales, al estudio de estas ciencias, hasta que un día el dominio que sobre su pensamiento había logrado desapareció por completo ante los enunciados de algunos problemas, de apariencia en absoluto inocente. Dos de estos enunciados pudieron reconstruirse más tarde. Era uno: «Dos cuerpos chocan uno contra otro con una velocidad», etc., y el otro: «En un cilindro de un diámetro dado inscribir un cono», etc. Las alusiones sexuales contenidas en estos enunciados no hubieran seguramente sido descubiertas por ningún otro individuo; pero nuestro paciente al hallarlas se vio traicionado también por las matemáticas, y abandonó su estudio.

Si Norberto Hanold fuese una persona extraída de la realidad, que hubiese de este modo alejado por medio del estudio de la Arqueología el amor y los recuerdos de su amistad infantil, estaría de conformidad con las leyes de la

represión el que precisamente fuese un bajorrelieve antiguo lo que despertase en él el olvidado recuerdo de aquélla a la que antes amó con infantil sentimiento, y sería su bien merecido destino el enamorarse luego de la estatua de Gradiva, tras la cual, merced a una semejanza aún no explicada, actúa la viviente Zoé, por él desdeñada.

La misma Zoé parece compartir nuestra interpretación del delirio del arqueólogo, pues la satisfacción que expresa al final de la larga reprimenda, «franca, extensa o instructiva», que a Norberto dirige, no estaría justificada sino por su comprensión del papel que sin que el mismo interesado tuviese la menor conciencia de ello ha desempeñado ella en el fantástico enamoramiento de Hanold. Esto es precisamente aquello de que no le creía capaz, y lo que reconoció en él, a pesar de todos los disfraces del delirio. Mas al llegar a este punto, el tratamiento psíquico a que Zoé había sometido a Hanold había ejercido ya su total efecto curativo, y el joven arqueólogo se sentía libertado por completo de su delirio, puesto que el mismo había sido sustituido por aquello, de lo cual no podía ser sino una disfrazada e insuficiente copia. Dándose perfecta cuenta de ello, no vacila ya el joven en evocar sus recuerdos y reconocer a Zoé como su buena, alegre y juiciosa compañera, que en el fondo en nada había cambiado. Pero había aún algo que le parecía altamente extraño…

«¿Que alguien tenga que morir para llegar a estar viva? —opinó la muchacha—. Pero eso es cosa exigida por tu actividad arqueológica». Como se ve, no le había perdonado aún el rodeo que Hanold había efectuado, intercalando la Arqueología entre su amistad infantil y sus nuevas recientes relaciones.

«No, no es eso —replica Norberto—; me refiero a tu nombre. Bertgang significa exactamente lo mismo que Gradiva; esto es, ‘la que esplende al avanzar’».

A esto sí que no nos hallamos preparados. Nuestro héroe comienza ahora a abandonar su humilde postura y a desempeñar un papel activo. Se halla, desde luego, por completo curado de su delirio: lo ha superado y nos lo demuestra rompiendo los últimos hilos del fantástico tejido. Exactamente del

mismo modo se conducen aquellos enfermos a los que se ha libertado de la obsesión de sus pensamientos delirantes por medio del descubrimiento de lo reprimido que tras los mismos se ocultaba. En el instante en que comprenden esta relación, aportan, espontáneamente y por medio de ocurrencias que surgen con gran rapidez en ellos, las soluciones de los últimos y más importantes secretos de su singular estado. Ya hubimos de sospechar anteriormente que el origen griego de la fantástica Gradiva era un oscuro efecto del nombre griego Zoé; pero no nos habíamos atrevido a tocar al nombre de Gradiva, dejándolo pasar como una libre creación de la fantasía de Norberto Hanold. Y he aquí que precisamente este nombre se nos demuestra como una consecuencia y hasta, en realidad, como una traducción del reprimido apellido de la amada infantil, aparentemente olvidada.

La derivación y la solución del delirio quedan ya logradas por completo. Lo que a seguidas nos cuenta el poeta se encamina tan sólo a la armónica conclusión de la obra. Con relación a lo por venir ha de hacernos un agradable efecto el que la rehabilitación del hombre que tan lamentable papel de enfermo necesitado de curación desempeñó ante nosotros, continúa avanzando hasta hacer posible que surjan en él aquellos afectos de los que hasta entonces no ha sido sino pasivo objeto. Y así sucede, en efecto. Hanold, continuando el diálogo que surge al terminar Zoé su reprimenda, despierta los celos de la muchacha hablándole con elogio de la joven señora que antes, en la casa de Meleagro, perturbó su coloquio, y confesándole que ha sido aquélla la primera mujer que en todo su viaje ha hallado bella y simpática. Zoé, celosa, quiere entonces despedirse fríamente de Hanold, exclamando: «Ahora que ya todo ha vuelto a ser razonable, incluso yo misma, puede ir en busca de Gisela Hartleben, o como ahora, de casada, se llame, y auxiliarla con sus conocimientos científicos durante su estancia en Pompeya. Yo tengo que ir al ‘Albergo del Sole’, donde papá me espera. Adiós, y hasta que nos veamos en alguna reunión en Alemania o en la luna». Pero Hanold, tomando de nuevo como pretexto una mosca que dice haberse posado en el rostro de Zoé, la besa en la mejilla y luego en los labios, poniendo en práctica la agresión sexual, obligado deber del hombre en los juegos de amor. Una sola vez parece caer aún una sombra sobre su felicidad: cuando Zoé le dice que tiene realmente que ir a reunirse con su padre que estará esperándola, muerto

de hambre, en el hotel. «Y tu padre, ¿qué va a decir?» Mas la inteligente muchacha sabe desvanecer en seguida la preocupación de Hanold. «Mi padre no hará ni dirá, probablemente, nada. No soy ningún ejemplar indispensable en su colección zoológica; si lo fuese, quizá mi corazón no se hubiese unido al tuyo imprudentemente». Mas si el padre fuera de la opinión contraria, habría aún un medio seguro de arrancarle el consentimiento. No necesitaba Hanold más que ir a la isla de Capri, cazar allí un *lacerta faraglionensis* por el medio que ella le enseñaría, soltar al pequeño animal en los alrededores de Pompeya, cazarlo luego de nuevo ante los ojos del zoólogo y darle a elegir entre él y Zoé. Esta proposición de la muchacha, en la que se transparenta una burlona ironía mezclada con cierta amargura, contiene una advertencia para Hanold: la de no copiar con excesiva fidelidad al modelo por el que Zoé le ha elegido. Pero Norberto tranquiliza las dudas que aún pudiéramos abrigar respecto a este punto, pues manifiesta claramente la gran transformación que en él se ha realizado, llegando incluso a expresar el deseo de hacer con su Zoé el viaje de novios por Italia y Pompeya, como si jamás se hubiese indignado ante las parejas de recién casados que emprendían la misma excursión. De su memoria ha desaparecido por completo todo lo que contra tales felices parejas pensaba días antes y lo necio que le parecía el venir a pasear su ternura a más de cien leguas de sus patrias de origen. El presentarnos esta debilitación de la memoria como el más valioso signo de una transformación anímica constituye un nuevo acierto del poeta. Al proyecto de Hanold, *su amigo de la niñez, desenterrado como la misma Pompeya de entre las cenizas que lo sepultaban*, responde Zoé que para tales decisiones geográficas no se siente aún lo suficientemente viva.

La bella realidad ha vencido, pues, por completo al delirio; mas antes de abandonar Pompeya quieren los amantes honrar por última vez a la pasada fantasía. Llegados a la puerta de Hércules, donde al comienzo de la *Strada consolare* atraviesa la calle una hilera de gruesas piedras, se queda Hanold atrás y ruega a la muchacha que pase precediéndole. Comprende ella su pensamiento, y «alzando un poco su vestido con la mano izquierda, la Gradiva rediviva —Zoé Bertgang—, seguida por la mirada ensoñadora de su enamorado, cruzó la calle con aquél su dulce paso sereno, bajo la vibrante luz del claro sol meridional». Con el triunfo del erotismo reconocemos y damos

su justo valor a lo que en el delirio era bello y digno de estimación.

En la última metáfora citada: «el amigo de la infancia desenterrado de entre las cenizas que lo sepultaban», nos ha dado el poeta la clave del simbolismo que el delirio del protagonista utilizó para disfrazar el recuerdo reprimido. No existe, en realidad, analogía mejor para la represión que el sepultamiento, pues hace inaccesible algo anímico, pero al mismo tiempo lo conserva, lo mismo que a Pompeya las cenizas que la sepultaron y de entre las cuales resurgió en las excavaciones. Por esta razón era obligado que el joven arqueólogo situase imaginativamente en esta ciudad el modelo del bajorrelieve que le recordaba, aunque inconscientemente, a su olvidada amada infantil. Mas el poeta obra muy justificadamente no penetrando en esta profunda causalidad interna y limitándose a permanecer en la valiosa semejanza que su sutil sensibilidad le hacía percibir entre un trozo de vida psíquica individual y un aislado suceso de la historia de la Humanidad.

II

AL emprender el presente estudio dijimos que nuestro propósito se limitaba a investigar, con ayuda de ciertos métodos analíticos, los dos o tres sueños incluidos en la obra de Jensen. Parece, pues, que al llevar a cabo, como lo venimos haciendo, el análisis de la totalidad del novelesco relato y el de los procesos psíquicos de sus dos protagonistas, rebasamos los límites a que pensábamos concretar nuestra labor. Pero es necesario tener en cuenta que tales análisis constituyen una ineludible investigación preliminar y que también cuando queremos llegar a comprender los sueños efectivos de una persona real tenemos que conceder gran atención al carácter y a los destinos de dicha persona, penetrando no sólo en aquellos sucesos de su vida próximos a la fecha del sueño, sino asimismo, en su más lejano pasado. Por tanto, antes de entrar en lo que constituye el nódulo de nuestro presente estudio, deberemos todavía dar fin al análisis de conjunto iniciado en el capítulo precedente y llevar a cabo otros trabajos preliminares.

Sin duda, habrá sorprendido a nuestros lectores ver que, hasta ahora,

hemos considerado las manifestaciones y actividades psíquicas de Norberto Hanold y de Zoé Bertgang como si éstos fuesen individuos reales y no ficciones poéticas o como si el entendimiento neutro, incapaz de ejercer acción ninguna deformadora. Este nuestro proceder ha de resultar tanto más extraño cuanto que Jensen renuncia desde un principio a toda pretensión de verosimilitud al dar a su obra el título de «fantasía». Pero a pesar de esto, nos parece constituir el poético relato tan fidelísima copia de la realidad, que no presentaríamos la menor objeción si, en lugar de titularlo de dicho modo, lo hubiese calificado de estudio psiquiátrico. Únicamente en dos ocasiones ha hecho uso el poeta de su indiscutible derecho a apartarse de las normas reales. Es la primera cuando hace hallar al joven arqueólogo un bajorrelieve que, a pesar de ser auténticamente antiguo, reproduce no sólo la singular posición del pie en la marcha, sino también los rasgos fisonómicos y las formas corporales de una persona que vive muchos siglos después, llegando esta semejanza hasta el punto de que al hallarse Hanold ante tal persona la puede tomar por la escultura misma a la que se hubiera infundido vida. La segunda de tales libertades es la de hacerle encontrar a Zoé precisamente en Pompeya, lugar en el que su fantasía había situado a la muerta Gradiva, siendo así que al trasladarse a Italia lo que hacía era alejarse de la Gradiva viva, a la que había visto pasar por las calles de la ciudad en la que tenía establecida su residencia. Mas esta segunda libertad del autor no parece, de todos modos, alejarse excesivamente de las posibilidades reales, pues puede muy bien justificarse por la intervención de la casualidad, que innegablemente desempeña un importantísimo papel en los destinos de muchos hombres. Además, en este caso, adquiere el azar un bello sentido poético no muy apartado de lo efectivo, que refleja aquella fatalidad singular, pero frecuente en la vida humana, que convierte nuestra huida en el medio más seguro de tropezar con aquello que deseábamos eludir. Así, pues, lo único que en la obra de Jensen nos parece constituir algo por completo fantástico y arbitrario es el dato que le sirve de punto de partida; o sea la amplia semejanza de la escultura con la muchacha viva; semejanza que quizá encontrásemos más verosímil si el autor la hubiese limitado exclusivamente a la posición del pie en la marcha. Siendo así, lograríamos quizá, poniendo en juego nuestra propia fantasía, constituir un enlace de tal coincidencia con la

realidad. Primeramente, el apellido Bertgang podía deber su origen al hecho de haberse singularizado en los tiempos antiguos las ascendientes femeninas de Zoé por su bello modo de andar, y en segundo lugar, la raza germánica de los Bertgang podía descender de una estirpe romana a la que perteneciera la mujer que había inspirado al artista la idea de fijar en mármol aquel gracioso paso. Dado que las variaciones de la forma humana no son independientes unas de otras y que el resurgimiento, en épocas modernas, de los tipos antiguos tal y como los hallamos en los museos constituye un hecho efectivo y probado, no sería totalmente imposible que una Bertgang moderna mostrase un minucioso parecido con una antigua ascendiente suya. Claro es que más prudente que abandonarse a estas especulaciones sería interrogar al autor mismo sobre las fuentes de que surgió esta parte de su creación, pues de este modo lograríamos hacer profunda nuestra inteligencia de la misma y fijar nuevamente como determinadas y regulares muchas de las cosas que aún nos parecen en ella por completo arbitrarias. Mas no siéndonos permitido el acceso a las fuentes de la vida anímica del poeta, dejaremos intacto su derecho a fundar un desarrollo totalmente verosímil en una hipótesis inverosímil, derecho del que, por ejemplo, hizo también uso Shakespeare en su *Rey Lear*.

Excepción hecha de estos detalles, insistimos en que la obra de Jensen constituye un estudio psiquiátrico en el que se nos muestra hasta qué punto puede llegar nuestra comprensión de la vida psíquica, y, al mismo tiempo, una especie de historial clínico que parece destinado a la demostración de determinadas teorías fundamentales de la psicología médica. Pero no dejaría de ser muy extraño que hubiese sido ésta la intención del poeta; lo más probable es que, interrogado el mismo sobre esta cuestión, negara haber concebido siquiera tal propósito, y en este caso resultaría que siendo, a veces, fácil establecer analogías inexistentes y colocar sin fundamento alguno una obra bajo una determinada etiqueta, seríamos nosotros los que, erróneamente, habríamos atribuido a la bella fábula poética un sentido en el que jamás pensó el autor. No deja esto de ser posible, pero ya volveremos sobre ello más adelante. Por ahora, nos limitaremos a hacer constar que para guardarnos de caer en una total interpretación tendenciosa hemos cuidado de reproducir en nuestra síntesis, siempre que podíamos hacerlo, el texto mismo del original, y

cuando esto no era factible, nos hemos ceñido en todo momento y con toda fidelidad al relato del poeta. Aquellos que quieran comparar nuestro resumen con el original de Jensen no tendrán más remedio que ratificar estas afirmaciones.

Seguramente estarán en mayoría los que opinen que si calificamos de estudio psiquiátrico la obra de que aquí nos ocupamos hacemos a su autor un flaco servicio. El poeta —oímos decir— debe evitar todo contacto con la Psiquiatría y dejar al médico el cuidado de describir los estados patológicos. Mas, en realidad, todos los poetas dignos de tal nombre han transgredido este precepto y han considerado como su misión verdadera la descripción de la vida psíquica de los hombres, llegando a ser, no pocas veces, precursores de la ciencia psicológica. Por otro lado, el límite entre los estados anímicos normales y los considerados como patológicos es tan convencional y variable, que seguramente todos y cada uno de nosotros lo traspasamos varias veces en el curso de cada día.

Volviendo ahora nuestros ojos al campo de la Psiquiatría observamos que constituía un error de la misma el concretarse con exclusividad al estudio de las graves enfermedades originadas por considerables trastornos del delicado aparato anímico. Así, pues, aquellas otras anormalidades más ligeras y susceptibles de compensación, a las que por ahora tenemos que considerar como debidas a una perturbación del funcionamiento de las energías psíquicas, constituyen también objeto de estudio para dicha ciencia y forman precisamente el punto de referencia que facilita la comprensión, tanto de lo normal como de los síntomas de perturbaciones graves. Todo esto nos demuestra que el poeta no puede por menos de ser algo psiquiatra, así como el psiquiatra algo poeta, y, además, que puede muy bien tratarse poéticamente un tema de Psiquiatría y poseer la obra resultante un pleno valor estético y literario.

Esto es, en efecto, lo que sucede en la obra que nos-ocupa, y que no es sino la exposición poética de la historia de una enfermedad y de su acertado tratamiento.

Una vez terminada la síntesis que del relato de Jensen hemos efectuado y satisfecho el interés que su trama despierta en el lector, podemos examinarlo con mayor atención y analizarlo cuidadosamente, empleando el tecnicismo de

nuestra disciplina, labor en la que necesariamente hemos de incurrir en repeticiones.

El estado de Norberto Hanold es calificado repetidas veces de «delirio» por el propio autor del relato poético, y nosotros no tenemos motivo ninguno para rechazar esta calificación. Dos caracteres principales, aunque no únicos, distinguen al «delirio» de otras perturbaciones. En primer lugar, pertenece a aquel grupo de estados patológicos que no ejercen una inmediata influencia sobre el soma, sino que se manifiestan tan sólo por síntomas anímicos; en segundo lugar, se caracteriza por el hecho de que en él adquieren las «fantasías» el supremo dominio; esto es, encuentran fe en el sujeto e influyen sobre sus actos. Así, el viaje de Norberto a Pompeya en busca de las peculiares huellas de Gradiva constituye un excelente ejemplo de un acto ejecutado bajo el dominio del delirio. El psiquiatra incluirá quizá la perturbación de Hanold en el amplio grupo de las paranoias y la calificaría de «erotomanía fetichista», por hallar su rasgo más saliente en el enamoramiento del arqueólogo inspirado por la figura escultórica y parecerle sospechoso de «fetichismo» el interés que muestra por los pies y el pisar de las personas femeninas. Mas no hay que olvidar que todas esas calificaciones y divisiones del delirio, basadas en el contenido del mismo, son harto inseguras e inútiles[1011].

El severo psiquiatra marcaría después a nuestro héroe con el estigma de «degenerado», fundándose en la facilidad con la que su singular enamoramiento se convierte en avasallador delirio, y se dedicaría en seguida a investigar las taras hereditarias que habían llevado a Hanold a tal estado patológico. Pero aquí —y con razón— no le sigue el poeta. Lo que éste desea es aproximar a nosotros al protagonista de su relato, facilitando así nuestra «proyección empática» (*Einfühlung*), y con el diagnóstico de «degeneración», justificado o no científicamente, habría de producirse un efecto contrario, quedando el joven arqueólogo separado por completo del núcleo de los hombres normales, y, por tanto, de los lectores. Tampoco las condiciones preliminares, hereditarias y constitucionales del estado de Hanold preocupan mucho al poeta, que, en cambio, ahondan en el estado de ánimo personal que puede dar origen a tal delirio.

En una cuestión muy importante es la conducta de Hanold en absoluto diferente de la de los hombres normales. Las mujeres de carne y hueso no presentan para él interés ninguno, pues la ciencia, a cuyo servicio se ha colocado por entero, se ha apoderado de tal interés y lo ha desplazado sobre las mujeres de piedra o de bronce, circunstancia que no debemos considerar como una singularidad indiferente, dado que constituye el dato fundamental que sirve de punto de partida a todo el relato. En efecto, sucede que una de aquellas muertas figuras femeninas atrae a sí todo aquel interés erótico al que sólo una mujer viva hubiera tenido derecho, y de este modo aparece el delirio. Ante nuestros ojos se desarrolla luego el proceso por el que merced a una feliz coincidencia queda curada esta perturbación, desplazándose de nuevo, pero inversamente, el interés; o sea desde la piedra hasta la mujer viva. Lo que no nos deja ver el poeta es por qué influencias ha llegado nuestro héroe al estado de apartamiento de la mujer en que desde el primer instante nos lo muestra, y sólo nos indica que tal conducta no queda explicada por su idiosincrasia, que, por el contrario, entraña una gran parte de necesidad fantástica y —nos atreveríamos nosotros a añadir— erótica. También vemos, más tarde, que en su niñez no huía de otros niños y mantenía una estrecha amistad infantil con una muchachita, mostrándose inseparable de ella, partiendo con ella sus meriendas, forcejeando con ella en sus juegos y dejando que le golpeara y tirara de los pelos. En este apego y esta reunión de la ternura con la tendencia agresiva se exterioriza el inmaturo erotismo de la vida infantil, que durante esta época sólo el médico o el poeta suelen reconocer como tal y cuyos defectos se manifiestan muy posteriormente, pero entonces con fuerza irreducible. Nuestro autor nos da claramente a entender que ésta y no otra es su propia interpretación de la infantil amistad de Hanold y Zoé, pues hace luego surgir en su héroe, en ocasión apropiada, un repentino interés vivísimo por el andar y la posición de los pies femeninos, interés que tanto la ciencia como las mujeres de la ciudad en que Norberto vive tiene que interpretar como una manifestación del «fetichismo», pero que para nosotros se deriva necesariamente del recuerdo de la infantil compañera. Zoé mostraba ya, seguramente. de niña, aquel paso peculiar en que el pie que quedaba atrás aparecía perpendicular al suelo y apoyado tan sólo en las puntas de los dedos, y precisamente por la

representación plástica de este andar es por lo que un antiguo bajorrelieve adquiere para Norberto Hanold la inmensa importancia que conocemos. En toda esta derivación del singular fetichismo de Hanold se nos muestra el poeta de completo acuerdo con las opiniones científicas, pues desde A. Binet todos los investigadores de estas materias atribuimos la génesis del fetichismo a impresiones eróticas de la infancia.

El apartamiento duradero de la mujer produce en el sujeto la aptitud personal para la formación de un delirio, o, como diríamos técnicamente, la disposición al mismo. Dada esta disposición, el desarrollo de la perturbación anímica comenzará en el mismo momento en que una impresión casual despierte aquellos sucesos infantiles olvidados, que, aunque mínima, posean una huella de erotismo. Mas, al usar el término «despertar», cometemos una impropiedad, pues el proceso que se verifica realmente en estos casos posee un carácter muy distinto, como hemos de ver al traducir el relato del poeta a la terminología científica de nuestra disciplina psicológica. Norberto Hanold no recuerda, al contemplar la figura del bajorrelieve, haber visto ya en su infantil amiga aquel gracioso andar; no recuerda nada de esto, y, sin embargo, todo el efecto que el bajorrelieve ejerce sobre él reposa en su enlace con aquella impresión infantil. Así, pues, esta impresión deviene activa y comienza, incluso, a motivar efectos, pero no llega a la conciencia; esto es, permanece «inconsciente», como acostumbramos decir usando un término ya imprescindible en la Psicología. Este término y el concepto a que corresponde quisiéramos verlos libres de las acostumbradas discusiones que todo neologismo y su significado suscitan, tanto entre los filósofos como entre los naturalistas[1012], y que no suelen tener con frecuencia otra significación que la puramente etimológica. Haremos, pues, constar que con este calificativo de «inconsciente» nos referimos con exclusividad a aquellos procesos psíquicos que, comportándose activamente, no llegan, sin embargo, a la conciencia del sujeto. Si algunos pensadores quisieran negar como paradójica la existencia de tal inconsciente, tendríamos que suponer que no habiéndose ocupado jamás de los fenómenos anímicos de este género seguían aferrados a la errónea creencia de que todo lo anímico que deviene activo e intenso se hace al mismo tiempo consciente. Tendrían, pues, que aprender lo que nuestro poeta sabe ya a maravilla; esto es, que existen procesos anímicos

que, a pesar de ser muy intensos y provocar enérgicos efectos, permanecen alejados de la conciencia.

Indicamos antes que los recuerdos de su infantil camaradería con Zoé se hallan en Hanold en estado de «represión», y ahora los calificamos de recuerdos «inconscientes». Habremos, pues, de aclarar esta relación entre tales dos tecnicismos que, al parecer, hemos empleado como sinónimos. La explicación es harto sencilla. «Inconsciente» es el concepto amplio o general, y «reprimido», el especial o restringido. Todo lo que se halla reprimido es inconsciente, pero no de todo lo inconsciente podemos afirmar que se halla en estado de represión. Si al ver el bajorrelieve hubiera recordado Hanold el andar de su amiga Zoé, hubiera devenido en él, simultáneamente, activo y consciente, un recuerdo antes inconsciente, que, de este modo, hubiese demostrado que no se hallaba reprimido. «Inconsciente» es, por tanto, un término puramente descriptivo y en diversos aspectos indeterminado; pudiéramos decir que es un término «estático». En cambio, «reprimido» es una expresión «dinámica» que tiene en cuenta el juego de las fuerzas psíquicas y afirma la existencia de un impulso a exteriorizar todos los efectos psíquicos, entre ellos también los del devenir consciente; pero asimismo la de una fuerza contraria, una resistencia capaz de impedir una parte de estos efectos psíquicos, incluyendo nuevamente los de la percatación por la conciencia. La característica de lo reprimido es, precisamente, que, a pesar de su intensidad, no logra abrirse camino hasta la conciencia. En el caso de Hanold se trata, por tanto, desde el momento en que ve el bajorrelieve, de un inconsciente reprimido, o sea simplemente de algo reprimido.

En este estado de represión se hallan en Norberto Hanold los recuerdos de su trato infantil con la muchachita del bello andar, pero no es ésta aún la justa interpretación de la situación psicológica. Mientras no tratemos sino de recuerdos y representaciones, no habremos pasado de la superficie de la cuestión. Lo único que en la vida anímica tiene un valor son los sentimientos, y toda la importancia de las fuerzas psíquicas reside en su capacidad de hacerlos surgir. Si las ideas sucumben también a la represión, ella es tan sólo por su enlace con la producción de sentimientos, que deben ser evitados, o, más precisamente dicho, la represión recae sobre los sentimientos; pero éstos no son perceptibles sino en su enlace con las representaciones. Así, pues, al

quedar reprimidos en Norberto Hanold los sentimientos eróticos, y dado que su erotismo no conoce o ha conocido otro objeto en su niñez que Zoé Bertgang, quedan simultáneamente olvidados todos los recuerdos a la misma referentes. El antiguo bajorrelieve despierta luego este dormido erotismo y hace devenir activos a los recuerdos infantiles; mas a causa de una resistencia existente en Hanold contra el erotismo no pueden los mismos adquirir eficiencia sino en calidad de inconscientes. Lo que a continuación se desarrolla en su intimidad psíquica no es sino una lucha entre el poder del erotismo y las fuerzas represoras, y aquello que de esta lucha surge al exterior es un delirio.

Nuestro poeta ha omitido fijar las causas que motivan la represión de la vida amorosa en su héroe, pues la continua abstracción del mismo en su disciplina científica es tan sólo el medio del que la represión se sirve para lograr sus fines. El médico tendrá que profundizar más en este punto, aunque quizá no consiguiese mayores resultados. Lo que, en cambio, no ha dejado Jensen de exponer con todo acierto —y ya hemos acentuado antes la importancia de este hecho y la admiración que nos producía— es cómo el erotismo reprimido surge de nuevo precisamente de entre los mismos medios puestos al servicio de la represión. Como era debido, es una obra del arte antiguo, una figura escultórica femenina, lo que arranca a nuestro arqueólogo de su apartamiento del amor y le advierte la obligación de satisfacer a la vida la deuda que desde nuestro nacimiento pesa sobre nosotros.

Las primeras manifestaciones del proceso estimulado en Hanold por la contemplación del bajorrelieve son fantasías que giran en derredor de la persona en él representada, la cual se le muestra como algo «actual» en el sentido de haber producido el artista, «del natural», la viva figura de una mujer a la que hubiera visto a su paso por la calle. Continuando luego sus imaginaciones, da a la muchacha de la escultura el nombre de «Gradiva», formándolo a semejanza del apelativo que designaba al dios de la guerra dirigiéndose al combate —Mars Gradivus—, y poco a poco va dotándola de una detallada personalidad. Tiene que ser hija de un hombre considerable, quizá de un *patricio* que desempeñase un cargo religioso ligado al *culto* de una divinidad; su rostro posee rasgos que revelan su origen *griego*, y, por último, su apacible serenidad la hace incompatible con el bullicio de la

populosa metrópoli romana. De este modo llega el arqueólogo a completar la imagen de la muchacha que sirvió de modelo al bajorrelieve y la sitúa en la tranquila Pompeya, en donde ve la figura cruzando las calles con su paso singular por encima de las grandes hiladas de piedras destinadas a facilitar el tránsito de los peatones. Estos rendimientos de la fantasía de Hanold se nos muestran harto arbitrarios; pero, al mismo tiempo, inocentes y nada equívocos. Todavía, más adelante, cuando de estas imaginaciones surge por vez primera un impulso a la acción; esto es, cuando el arqueólogo, obsesionado por el problema de si aquel gracioso andar puede o no hallarse en la realidad, comienza a observar a las mujeres que en su camino encuentra, mirando con toda atención el movimiento de los pies femeninos; todavía —repetimos— queda encubierta esta actividad por motivos científicos en él conscientes, como si todo su interés por la figura estatuaria de Gradiva se fundara en sus estudios profesionales de Arqueología. Claro es que las mujeres que con él se cruzan y a las que toma como objetos de su investigación tienen que interpretar de un modo muy distinto, groseramente erótico, su singular conducta, y nosotros no podemos por menos de concederles la razón. Mas para nosotros no cabe duda de que Hanold ignora tan en absoluto los motivos de su investigación como el origen de sus fantasías sobre la Gradiva. Estas últimas son, como después descubrimos, reminiscencias de sus recuerdos y transformaciones y deformaciones adoptadas por los mismos, después de haber intentado sin éxito abrirse paso, en forma no modificada, hasta la conciencia. El supuesto juicio crítico concebido por Norberto de que la estatua representaba algo «actual» no es sino una sustitución de su conocimiento de que aquel paso tan lleno de graciosa elegancia era la característica de una contemporánea suya a la que conocía ha largos años y que en la época «presente» andaba así por las calles. Tras de la impresión de que la figura estaba copiada «del natural» y la fantasía del origen heleno de Gradiva se esconde el recuerdo del nombre Zoé, que en griego significa «vida». Gradiva es —como el mismo Hanold nos lo dice al alcanzar su total curación— una buena traducción latina del germánico apellido Bertgang, que significa algo como «la que esplende al avanzar». Los detalles fantásticos sobre la personalidad del padre de Gradiva proceden del conocimiento de que Zoé Bertgang es hija de un reputado

profesor de la Universidad, empleo que puede sin gran violencia traducirse a lo antiguo por el desempeño de un elevado cargo religioso. Por último, si la fantasía de Hanold sitúa a Gradiva en Pompeya no es porque, como él cree, «lo exige así su apacible y sereno continente», sino porque no halla dentro de algo que tenga una relación con su ciencia arqueológica ninguna mejor analogía con aquél su singular estado en el que por un oscuro atisbo percibe vagamente los recuerdos de su amistad infantil. Habiéndose servido del pasado clásico para encubrir algo tan próximo a él como su propia infancia, el sepultamiento de Pompeya, en el que las cenizas del Vesubio hacen desaparecer todo un pasado, pero al mismo tiempo lo conservan, constituye una excelente analogía con la «represión», de la que Hanold tiene conocimiento por una percepción que pudiéramos calificar de «endopsíquica».

«Me decía a mí misma que no dejaría de desenterrar aquí, por mi cuenta, algo interesante. Pero lo cierto es que el descubrimiento que en realidad he hecho… ni siquiera había cruzado por mi pensamiento». Y más adelante habla Zoé de «su amigo de la infancia, al que podía decirse que había desenterrado de entre las cenizas de Pompeya».

De este modo hallamos ya en los primeros rendimientos de las fantasías y de los actos que el delirio inspira a Hanold una doble determinación, pues podemos derivarlos de dos distintas fuentes. Una de estas determinaciones es la que Hanold supone y de la que tiene perfecta conciencia. La otra, inconsciente en él, es la que se nos revela al examinar sus procesos psíquicos. Derívase la primera, en su totalidad, del círculo de representaciones de la ciencia arqueológica, y, en cambio, la segunda procede de los recuerdos infantiles reprimidos, puestos en actividad en Hanold y de los impulsos sentimentales con ellos enlazados. Por último, la determinación consciente es como superficial y encubre por completo a la otra, que se esconde tras de ella. Pudiera decirse que la motivación científica sirve de pretexto a la erótica inconsciente y que la ciencia se ha puesto por entero al servicio del delirio. Pero no debe olvidarse que la determinación inconsciente no puede llevar a cabo más que lo que simultáneamente consienta la científica. Los síntomas del delirio —fantasías y actos— no son otra cosa que transacciones entre las dos corrientes anímicas opuestas, y en una transacción se satisface siempre

una parte de las exigencias de cada uno de los correspondientes, pero también cada uno de ellos tiene que renunciar a parte de lo que quería conseguir. Allí donde llega a constituirse una transacción es que ha habido una lucha, que en este caso es el conflicto que ya descubrimos entre el erotismo reprimido y los poderes que en tal estado lo mantienen. Una vez surgido el delirio, este conflicto puede muy bien no terminar jamás. Ataque y resistencia se renovarán tras de cada formación transaccional, y ninguna de éstas llegará a ser considerada suficiente. Esto lo sabe también nuestro poeta y por ello deja que en su héroe domine siempre durante este estadio de la perturbación un sentimiento de insatisfacción y un singular desasosiego, que son garantías y anticipaciones de nuevos síntomas del delirio.

Estas importantes singularidades, o sea la doble determinación de fantasías y decisiones y la formación de pretextos conscientes para la ejecución de actos cuya motivación depende, en su mayor parte, de lo reprimido, nos saldrán al paso en páginas más avanzadas de este estudio, con mayor frecuencia y quizá mayor claridad que hasta ahora, pues el poeta se sirve de ellas con todo acierto para exponer el carácter principal y constante de los procesos anímicos patológicos.

El delirio de Norberto Hanold recibe un nuevo impulso con un sueño que, no hallándose motivado por ningún nuevo suceso, parece proceder en su totalidad de su vida anímica, en pleno conflicto. Mas antes de examinar si el poeta muestra, como esperamos, una profunda compensación de los sueños en la construcción de aquellos que atribuye al protagonista de su obra, deberemos preguntarnos qué es lo que la ciencia opina de sus hipótesis sobre la génesis de un delirio y cuál es la posición que la misma adopta frente al papel desempeñado por la represión y por lo inconsciente, y frente al conflicto psíquico y la formación de transacciones. Queremos, pues, averiguar en concreto si la exposición poética de la génesis de un delirio puede ser aprobada por la crítica científica.

La respuesta, quizá inesperada, a estas interrogaciones es la de que, desgraciadamente, sucede todo lo contrario: la ciencia es la que queda vencida por la creación del poeta. Entre las condiciones preliminares, hereditarias y constitucionales, y las creaciones del delirio, que aparecen ya

como algo totalmente acabado, deja la ciencia una considerable solución de continuidad, que en la concepción poética no existe. La ciencia no sospecha siquiera la importancia de la represión, no reconoce que para el esclarecimiento de los fenómenos psicopatológicos se precisa en absoluto de lo inconsciente y no busca el fundamento del delirio en un conflicto psíquico ni tampoco considera los síntomas del mismo como una formación de transacciones. Así, pues, el poeta ¿se hallará aislado frente a toda la ciencia? No, por cierto; las cosas no llegan hasta tal punto, siempre que se permita al autor de estas líneas contar sus propios trabajos entre los de orden científico, pues desde hace largos años —y hasta la última época casi solitariamente[1013]— defiende todas aquellas teorías que aquí ha extraído de la obra de Jensen y ha expuesto en términos de su tecnicismo profesional. Con particular minuciosidad hemos señalado, como condición individual de la perturbación psíquica en aquellos estados conocidos con los nombres de histeria y obsesión, la represión de una parte de la vida instintiva y de las representaciones correspondientes al instinto reprimido, teoría que luego hemos aplicado asimismo a algunas formas del delirio. El problema de si los instintos que deben ser tenidos en cuenta en esta causación son siempre componentes del instinto sexual o pueden también ser de diferente género no atañe para nada al análisis de la *Gradiva*, pues en el caso elegido por el poeta es seguro que no se trata sino de la represión del sentimiento erótico. Los puntos de vista del conflicto psíquico y de la formación de síntomas por transacciones entre las dos corrientes anímicas en lucha han sido deducidos por nosotros de la observación directa y el tratamiento médico de casos patológicos, observación a la que lo mismo hubiéramos podido someter al personaje creado por Jensen[1014]. La atribución, de los rendimientos patológicos de las enfermedades nerviosas, y especialmente de las histéricas, al poder de pensamientos inconscientes, fue efectuada, antes que por nosotros, por P. Janet, discípulo del gran Charcot, y luego, con nuestra colaboración, por el doctor J. Breuer, de Viena[1015].

Cuando, en los años siguientes al de 1893, nos entregamos a tales investigaciones sobre la génesis de las perturbaciones anímicas, no se nos había ocurrido, ciertamente, buscar en la obra de los poetas una confirmación de los resultados que obteníamos, y, por tanto, fue muy grande nuestra

sorpresa cuando al leer la *Gradiva*, publicada en 1903, vimos que el autor basaba su creación en aquellos mismos datos que nosotros suponíamos alumbrar por vez primera de las fuentes de la experiencia médica. ¿Cómo pudo entonces el poeta llegar a idéntico conocimiento que el médico o, por lo menos, a conducirse como si dicha identidad existiera?

Dijimos antes que el delirio de Norberto Hanold recibía un nuevo impulso merced a un sueño que tiene una noche, en la época en que se halla dedicado a buscar por las calles de su ciudad una mujer cuyo paso semeje el de su Gradiva. El contenido de este sueño puede exponerse en pocas palabras. El durmiente se encuentra en Pompeya el día preciso en que la ciudad es sepultada por las cenizas y lavas del Vesubio. Comparte las angustias de los aterrorizados habitantes, pero no corre por sí mismo peligro alguno. De repente ve pasar a Gradiva y se da cuenta, hallándolo por completo natural, de que siendo Gradiva pompeyana, vive en su ciudad natal y, «sin que él lo hubiese sospechado, en la misma época que él». Sintiendo el peligro que la amenaza, le grita como para prevenirla y ella vuelve por un instante su rostro. Pero sin parar mientes en Hanold, sigue adelante, reclinándose sobre la escalinata del templo de Apolo y siendo enterrada allí por la lluvia de cenizas, después que su rostro ha palidecido como si se convirtiera en mármol, hasta parecer por completo el de una estatua. Al despertar Norberto de su sueño supone que el ruido de la populosa calle a la que da su alcoba es lo que él ha creído en su alucinación onírica los gritos de auxilio de los habitantes de Pompeya y el rugir del mar embravecido. Largo tiempo después de despertar le obsesiona aún el sentimiento de haber vivido realmente aquello que ha soñado, y la convicción de que Gradiva vivió en Pompeya y murió en el día funesto de la catástrofe permanece como un resto de aquel sueño, en calidad de nuevo agregado de su delirio.

Menos fácil es averiguar lo que el poeta se proponía con este sueño y lo que le ha llevado a ligar precisamente con un fenómeno onírico el desarrollo del delirio. Laboriosos investigadores han reunido ejemplos bastantes de cómo la perturbación mental se enlaza a los sueños y surge de ellos[1016], y también en las vidas de hombres sobresalientes se nos relata que sueños que tuvieron crearon en ellos impulsos a hechos importantes y motivaron

enérgicas decisiones. Pero nuestra comprensión no avanza grandemente por tales analogías. Permanezcamos, pues, en nuestro caso, limitándonos al sueño atribuido por el poeta al arqueólogo Norberto Hanold y busquemos los puntos de contacto que el mismo habrá de tener con la totalidad del relato, si es que no lo hemos de considerar como un innecesario adorno de la trama novelesca.

Quizá al llegar a este punto afirmen nuestros lectores que tal sueño es fácilmente explicable, pues se trata simplemente de una pesadilla motivada por el ruido que hasta la alcoba llega y que el arqueólogo, obsesionado por su Gradiva pompeyana, transforma nada menos que en el clamor de la catástrofe que sepultó a la antigua ciudad. Dado el general desprecio en que se tienen los rendimientos del sueño, se suele limitar el intento de explicarlos a buscar un estímulo exterior que pueda haber provocado una parte de su contenido. Así, pues, en nuestro caso, el estímulo externo provocador del sueño sería aquel mismo ruido que luego despierta al durmiente. Con esto quedaría resuelto lo referente al sueño de Hanold y satisfecha la curiosidad que en nosotros hubiese hecho surgir. Únicamente nos hace falta una razón para suponer que la ciudad se mostraba más ruidosa aquella mañana que de costumbre. Pero no tenemos dato alguno para sospecharlo, ni tampoco el poeta nos facilita el camino, comunicándonos, por ejemplo, que Hanold había dormido aquella noche, contra su costumbre, con la ventana abierta; no existiendo ninguno de estos datos y no siendo una pesadilla cosa tan fácilmente explicable, no podemos dar por satisfecha nuestra curiosidad con la solución que precede.

La relación con un estímulo sensorial exterior no es nada esencial para la formación de un sueño. El durmiente puede no tener en cuenta para nada tal estímulo, puede ser despertado por él sin antes haber formado con él ningún sueño y puede también entretejerlo en un sueño, como sucede en el caso que ahora examinamos cuando, por otros motivos cualesquiera, lo cree conveniente. Además, existen numerosos sueños en los que no es posible hallar tal determinación por un estímulo exterior que llega hasta los sentidos del durmiente. Veamos, pues, que debemos buscar el esclarecimiento del sueño por otros caminos.

Quizá hallemos esta explicación en la huella que el sueño deja en la vida despierta de Hanold. Hasta aquel momento, su idea de que Gradiva era

natural de Pompeya no había pasado de ser una fantasía suya. Pero después de su sueño se convierte tal hipótesis en una convicción, a la que se añade la certeza de que la bella muchacha fue víctima de la catástrofe que en el año 79 sepultó la ciudad. Este progreso del delirio aparece acompañado de melancólicos sentimientos, que constituyen algo como un eco de la angustia de la pesadilla. Tal nuevo dolor por la Gradiva no acaba de parecernos comprensible, pues aunque se hubiera salvado de la catástrofe de Pompeya, no por eso dejaría de haber pagado, hace muchos siglos, su tributo a la muerte. Así, pues, tampoco aquí hallamos camino alguno que nos pueda llevar a un esclarecimiento. De todos modos, haremos constar el hecho de que con el impulso que el delirio extrae de este sueño se enlaza una acentuación sentimental intensamente dolorosa.

Mas nuestras dudas no se aclaran con esto en modo alguno. Este sueño no se explica, pues, por sí mismo, y tendremos que dedicarnos a recurrir a nuestra *Interpretación de los sueños* y aplicar al que ahora nos ocupa las reglas que en esta obra se prescriben para hallar el sentido de los fenómenos oníricos.

Una de tales reglas es la de que todo sueño se halla enlazado a las actividades que el sujeto desarrolló durante el día inmediatamente anterior. El poeta parece indicar que ha seguido esta norma al enlazar directamente el sueño con las investigaciones de Hanold sobre el andar femenino. Mas tales investigaciones no significan en el fondo otra cosa que la busca de la Gradiva, a la que habrá de reconocer en su característico paso. De este modo, el sueño contendría una indicación del lugar en el que podrá Norberto hallar a su Gradiva. Y en realidad contiene tal indicación, pues se la muestra en Pompeya; pero esto no es ninguna novedad para nosotros.

Otra regla de la interpretación de los sueños nos dice que, cuando después de alguno de ellos se mantiene viva por un tiempo desacostumbrado nuestra creencia en las imágenes oníricas, de modo que no podemos llegar a arrancarnos por completo del sueño, no debemos considerar este fenómeno como un error de juicio provocado por la intensidad de tales imágenes, sino como un acto psíquico independiente, equivalente a la afirmación de que una parte del contenido de nuestro sueño constituye un fiel reflejo de la realidad, y que, por tanto, obraremos con cordura prestándole completa fe. Si estas dos

reglas son ciertas, el sueño de Hanold habrá de contener una indicación real y verdadera sobre la residencia de la buscada Gradiva. Veamos ahora si, aplicando a dichos sueños tales reglas interpretativas, obtenemos un resultado que presente un sentido admisible.

Así es, en efecto. Lo que sucede es que este sentido se halla de tal manera disfrazado, que a primera vista resulta difícil de reconocer. Hanold averigua en su sueño que Gradiva habita en una ciudad y vive en la misma época que él, cosas ambas que resultan verdaderas aplicadas a Zoé Bertgang, salvo que en el sueño no es tal ciudad aquélla en que ella y Hanold viven, sino Pompeya, y que la época no es el presente, sino el año -79 de nuestra era. Los datos reales han sufrido, pues, una desfiguración por desplazamiento. En lugar de situar a la Gradiva en el «presente», traslada el sueño a Hanold a un lejano pretérito. Mas lo que de esencial y nuevo indica el fenómeno onírico es que *Hanold vive en el mismo lugar y en la misma época de la mujer a la que busca*. ¿Para qué, entonces, la desfiguración y el disfraz que han de engañar sobre el sentido real del sueño y sobre su verdadero contenido tanto al sujeto del sueño como a nosotros mismos? Afortunadamente poseemos ya los medios de dar a esta interrogación una satisfactoria respuesta.

Recordemos todo aquello que sobre la naturaleza y el orden de las fantasías, en su calidad de precursoras del delirio, hemos dicho hasta aquí, o sea que son sustituciones y ramificaciones de recuerdos reprimidos, a los que una resistencia impide llegar intactos a la conciencia, pero que consiguen abrirse paso hasta ella eludiendo la censura por medio de modificaciones y deformaciones que los hacen irreconocibles. Una vez llevada a cabo esta transacción, quedan convertidos dichos recuerdos en fantasías, cuyo sentido interpretará erróneamente el sujeto, dejándose llevar por la influencia de la corriente psíquica dominante. Representémonos ahora a las imágenes oníricas como creaciones delirantes fisiológicas del hombre, o sea como los resultados transaccionales de aquella lucha entre lo reprimido y lo dominante que existe con seguridad en todo individuo, aun en los de mayor salud anímica. Siendo así, deberemos considerar a dichas imágenes como algo desfigurado, tras de lo cual ha de buscarse algo no desfigurado, pero repulsivo en cierto sentido, del mismo modo que detrás de las fantasías de Hanold buscamos y hallamos sus recuerdos reprimidos. La dualidad que de este modo descubrimos quedará

expresada diferenciando aquello que del sueño recuerda el sujeto al despertar de lo que constituía el fundamento del mismo antes de la desfiguración por la censura, y dando a lo primero el nombre de *contenido manifiesto* y a lo segundo el de *ideas latentes* del fenómeno onírico. Interpretar un sueño equivaldría, por tanto, a sustituir el contenido manifiesto por las ideas latentes, deshaciendo la desfiguración a que dichas ideas han tenido que someterse ante la censura de la resistencia. Aplicando estas reglas al sueño que nos ocupa, hallamos que la idea latente del mismo tiene que ser como sigue: «La muchacha que posee aquel bello andar que buscas vive realmente en la misma ciudad que tú». Pero en esta forma no podía esta idea hacerse consciente, pues tropezaba con el obstáculo de que una fantasía había establecido, como resultado de una anterior transacción, que Gradiva habitaba en Pompeya. Por tanto, si el hecho real de la simultaneidad de lugar y tiempo había de ser expresado, no quedaba otro camino que admitir la desfiguración siguiente: «Tú vives en Pompeya en la misma época que Gradiva», y ésta es entonces la idea que el contenido manifiesto del sueño dramatiza y muestra como una realidad vivida en presente.

Sólo en muy raros casos es un sueño la exposición o, como pudiéramos decir, la escenificación de una única idea. La mayor parte de ellos exponen toda una serie de las mismas en complicado trama. De este modo podemos extraer aún del sueño de Hanold otro de los componentes de su contenido, fácilmente reconocible a través de su desfiguración y que, por tanto, nos revela la idea latente a la que representa. Es éste un fragmento del sueño que refleja fielmente la realidad. Antes de quedar enterrada bajo la lluvia de cenizas va convirtiéndose Gradiva poco a poco en estatua ante los ojos de Hanold; metamorfosis que no es sino una significativa y poética exposición del proceso verdadero. Hanold había trasladado su interés desde la mujer viva a la estatua; esto es, la mujer amada se le había convertido en la pétrea figura de un bajorrelieve. Las ideas latentes de este fragmento del sueño, que tienen que permanecer inconscientes, desean llevar a cabo la transformación inversa de esta figura en la mujer viviente, y su sentido aproximado será como sigue: «Si te interesas por el relieve de la Gradiva, es tan sólo porque te recuerda a Zoé, presente y viva en tu misma ciudad». Pero si esta idea se hiciese consciente traería consigo el término del delirio.

Vistos los resultados que anteceden, ¿habremos de continuar sustituyendo en igual forma, para alcanzar la interpretación deseada, cada uno de los fragmentos del contenido manifiesto del sueño por ideas inconscientes? Creemos que sí, pues en la interpretación de un sueño verdaderamente soñado no deberíamos eludir esta labor si queríamos obtener un satisfactorio resultado. Además, en tal caso tendría el sujeto que coadyuvar a nuestros análisis comunicándonos todas sus asociaciones a cada uno de los elementos de su sueño. Claro está que tales requisitos no pueden ser cumplidos en un ente de ficción, creado por el poeta; pero, de todos modos, no podemos contentarnos con la labor verificada hasta aquí, pues nos queda todavía por someter a la interpretación el contenido principal del sueño de Hanold.

Este sueño es, desde luego, una pesadilla o sueño de angustia. De contenido temeroso, hace experimentar al sujeto sensaciones de angustia y deja tras de sí, como resto, dolorosos sentimientos. Esta circunstancia complica considerablemente nuestra labor aclaratoria y nos obliga a recurrir más de lo que esperábamos a nuestra teoría sobre la interpretación de los sueños, la cual nos advierte ante todo que no debemos caer en el error de derivar la angustia que en un sueño sentimos del contenido del mismo, dando a éste equivocadamente igual categoría que a un contenido de representaciones de la vida despierta. En segundo lugar, nuestro arte interpretativo nos llama la atención sobre las muchas veces que soñamos cosas espontáneas, sin experimentar por ello la menor sensación de angustia. Lo que sucede es que la verdadera esencia de estos sueños es muy distinta de lo que generalmente se supone. La angustia de la pesadilla corresponde a un afecto sexual, a una sensación libidinosa como, en general, toda angustia nerviosa, y surge de la libido por el proceso de la represión[1017]. En la interpretación del sueño habrá, pues, que sustituir la angustia por la excitación sexual. La angustia surgida de este modo ejerce —no siempre, mas sí con gran frecuencia— una acción seleccionadora sobre el contenido del sueño, y lleva a éste elementos que la interpretación consciente y equivocada del sueño considera apropiados para producir la sensación angustiosa. Mas, como ya antes hemos advertido, no es esto lo que siempre sucede, pues existen muchas pesadillas cuyo contenido no es nada temeroso, y en las que, por tanto, no puede explicarse la sensación de angustia por la percatación de

algo horrorizante.

Sé que esta explicación de la angustia en el sueño parece harto extraña y no encuentra fácil aceptación; pero creo es la única acertada, y, por tanto, he de aconsejar a mis lectores que traten de familiarizarse con ella. No dejaría de ser curioso que ya el sueño de Elanold aquí examinado pudiese esclarecerse aplicando a él esta hipótesis sobre la angustia onírica. Diríamos entonces que el anhelo erótico del joven arqueólogo entraba en actividad en él nocturnamente, realizando un enérgico esfuerzo para llevar a su conciencia el recuerdo de la amada y arrancarle así del delirio; pero al experimentar una nueva repulsa se transforma en angustia, la cual a su vez llevaba al contenido del sueño las terribles imágenes que le suministraba la erudición histórica del durmiente. De este modo quedaba el real contenido inconsciente del sueño —la amorosa añoranza de la olvidada Zoé— transformado en el contenido manifiesto, que hace presenciar al durmiente la catástrofe de Pompeya y la muerte de Gradiva.

Creemos que hasta aquí resulta admisible nuestra interpretación. Pero pudiera pretenderse que si las ideas latentes de este sueño poseen el carácter de deseos eróticos, habrá de ser posible señalar también en el contenido manifiesto del mismo algún indicio de dicho carácter. Quizá un detalle posterior de la poética narración pueda suministrarnos claramente tal indicio. En el primer encuentro de Hanold con la supuesta Gradiva recuerda el arqueólogo su sueño y dirige a la aparición el ruego de que se recline en la escalinata, como entonces la había visto hacer[1018]. Mas al oír la extraña demanda se levanta indignada la joven y se aleja de su singular interlocutor, a través de cuyas palabras, inspiradas por el delirio, ha adivinado un incorrecto deseo erótico. A mi juicio, debemos hacer nuestra esta interpretación de Zoe-Gradiva y considerarnos satisfechos con la indicación que nos proporciona sobre el carácter erótico de uno de los componentes del sueño manifiesto de Hanold, pues creemos que tampoco en su sueño real podríamos exigir una exposición más precisa de los deseos eróticos latentes.

Por todo lo que antecede vemos que aplicando al primero de los sueños de Hanold nuestras reglas interpretativas hemos conseguido llegar a la perfecta comprensión de los principales rasgos del mismo y hallar su enlace lógico con el resto del novelesco relato. Habremos, pues, de averiguar que el

poeta ha creado el sueño de su protagonista ciñéndose a tales reglas, y sólo podremos ya preguntarnos por qué razón introduce en su obra tal sueño como motivación de un nuevo desarrollo del delirio del arqueólogo. A nuestro juicio, también esto constituye un ingenioso acierto de Jensen y un fiel reflejo de la realidad, pues sabemos que en los casos patológicos reales se enlaza frecuentemente la formación de un delirio con un sueño del sujeto. Además, después de nuestro esclarecimiento de la esencia de los sueños, no necesitamos ver un nuevo problema en esta circunstancia. El sueño y el delirio proceden de la misma fuente; esto es, de lo reprimido, y el sueño es, por decirlo así, el delirio fisiológico del hombre normal. Antes que lo reprimido haya devenido lo suficientemente fuerte para imponerse en la vida despierta en calidad de delirio, puede haber logrado su primera victoria aprovechando las más favorables condiciones, ofrecidas por el reposo nocturno, para surgir en forma de sueño de duradero efecto. Durante el reposo nocturno, la depresión de la actividad psíquica trae consigo la de la energía de la resistencia que los poderes psíquicos dominantes oponen a lo reprimido. Esta depresión es la que hace posible la formación de sueños, los cuales constituyen para nosotros el mejor acceso al conocimiento de lo anímico inconsciente. Al volver a constituirse las cargas psíquicas de la vida despierta, y desaparecer, por tanto, el fenómeno onírico, lo inconsciente pierde de nuevo el terreno conquistado durante el reposo.

III

LA obra de Jensen nos ofrece todavía otro sueño, cuya interpretación, encaminada a mostrar su incoherencia con el conjunto de procesos que constituyen la vida anímica del protagonista, presenta un interés aún mayor que la del anteriormente analizado. Pero adelantaríamos muy poco abandonando el hilo de la poética narración para entrar directamente en el examen de dicho sueño, pues todo aquel que quiera interpretar lo soñado por otra persona no puede por menos de ocuparse con el mayor detalle posible de los sucesos vividos por la misma, tanto en su vida interior como en la de

relación social. Será, por tanto, mejor continuar como hasta ahora, ciñéndonos al desarrollo del relato y comentándolo con nuestras glosas.

La nueva creación del delirio, referente a la muerte de Gradiva en el sepultamiento de Pompeya, el año 79, no es la única consecuencia del primer sueño por nosotros analizado. Inmediatamente después del mismo decide Hanold emprender un viaje a Italia, y llevando a la práctica su decisión, se encuentra a los pocos días en Pompeya. Pero antes que esta resolución se le imponga tiene una singular aventura. Hallándose asomado a la ventana de su cuarto cree ver pasar por la calle una figura femenina semejante en un todo a la Gradiva. Sin darse cuenta de que se halla a medio vestir, sale de su casa en pos de ella, pero el asombro y la burla de los transeúntes le obligan a retornar sin haber conseguido su propósito. De nuevo en su habitación, los trinos de un canario, cuya jaula cuelga en una ventana de la casa frontera, le sugieren la idea singular de que también él es un prisionero ansioso de libertad, y el viaje a Italia queda decidido y es emprendido inmediatamente.

El poeta ha cuidado de arrojar clara luz sobre este viaje de su héroe, llegando hasta hacer que el mismo Hanold se dé cuenta parcial de los íntimos procesos que lo motivan. Claro es que en un principio intenta justificar ante sí mismo su decisión con un pretexto científico, pero no logra engañarse por mucho tiempo. Sabe muy bien «que el impulso a emprender aquel viaje había sido determinado en él por una sensación indefinible». Un singular desasosiego hace que nada le satisfaga, y le lleva de Roma a Nápoles, y de aquí a Pompeya, sin que tampoco en este último lugar logre encontrarse a gusto. La necedad de los jóvenes matrimonios en viaje de novios le irrita sobre manera, y las moscas que pueblan los hoteles de Pompeya exacerban con su pegajosa obstinación su constante mal humor. Finalmente, acaba por comprender que «su disgusto no depende tan sólo de circunstancias exteriores, sino que tiene en parte un origen íntimo». Se da cuenta de su sobreexcitación y siente «que se halla malhumorado porque le falta algo, sin que pueda precisar el qué. Y este mal humor lo va llevando él consigo a todas partes». En tal estado de ánimo llega a rebelarse incluso contra la ciencia arqueológica, su dueña y señora. Durante su primer paseo, bajo el ardiente sol del mediodía, por entre las ruinas de Pompeya, siente que «no sólo ha huido de él toda su ciencia, sino que no tiene el menor deseo de volverla a hallar,

pues su recuerdo de ella es lejanísimo, como pudiera ser el de una de esas viejas parientes, momificadas y tediosas, a las que se considera como los seres más inútiles y coriáceos de la Tierra».

Dando vueltas a estos desasosegados y confusos pensamientos halla de pronto, en el momento en que por vez primera ve andar a Gradiva entre las ruinas de la antigua ciudad, la solución de uno de los problemas referentes a su viaje. En este instante llega a darse cuenta «de algo de que hasta el momento no había tenido conciencia». Si aun ignorando el impulso interior que le había decidido a emprender el viaje había partido para Italia, y sin detenerse en Roma ni en Nápoles había llegado hasta Pompeya, era con el propósito de buscar en esta ciudad las huellas de su Gradiva. Y precisamente las huellas en el propio estricto sentido de la palabra, pues el característico paso de la fantástica beldad debía de haber dejado una impronta inconfundible en la ceniza de las calles pompeyanas.

La minuciosidad con que el poeta expone todo lo referente a este viaje ha de invitarnos a esclarecer su relación con el delirio del protagonista y a precisar su significado e importancia dentro del conjunto de sucesos que la poética narración nos ofrece. Tal viaje obedece a motivos que el sujeto mismo desconoce al principio y sólo más tarde logra hallar, motivos que el poeta califica directamente de «inconscientes». Estas circunstancias constituyen un fiel reflejo de la realidad, pues ni siquiera es necesario hallarse presa de un delirio para obrar de tal modo. Constituye, en efecto, un hecho muy corriente, aun en personas de salud normal, el engañarse sobre los motivos de los propios actos y no percatarse de los mismos sino *a posteriori* en aquellos casos en que un conflicto entre varias corrientes sentimentales facilita tal confusión. Así, pues, el viaje de Hanold no obedece desde el primer momento sino a una tendencia favorecedora de su delirio, que le lleva a Pompeya para continuar allí su apasionada busca de Gradiva. Ya hemos visto y recordamos ahora que antes, e inmediatamente después del sueño, se hallaba el arqueólogo entregado por completo a tal actividad inquisitiva, y que el sueño mismo no era sino una respuesta, ahogada por su conciencia, a la interrogación del cuál pudiera ser el paradero de Gradiva. Mas un indeterminado poder, cuya naturaleza ignoramos por el momento, impide al principio el acceso a la conciencia del propósito inspirado por el delirio; de

manera que la motivación consciente del viaje se ve forzada a basarse en insuficientes pretextos que de tiempo en tiempo tienen que ser renovados. El poeta nos plantea aquí un nuevo problema, haciendo sucederse como casualidades, faltas de toda íntima conexión, el sueño, el paso de la supuesta Gradiva ante la casa de Hanold y la decisión al viaje bajo la influencia ejercida sobre el ánimo del arqueólogo por el canto del canario.

Con ayuda de las aclaraciones que hallamos después en las palabras de Zoé Bertgang llegamos a la comprensión de esta oscura parte del relato. La mujer que Hanold vio pasar desde su ventana, y a la que hubiera podido alcanzar en seguida, era verdaderamente el vivo original de la Gradiva escultórica, la propia Zoé, su vecina. El dato contenido en el sueño —«ella vive actualmente, y en la misma ciudad que tú»— hubiera, pues, podido recibir una evidente confirmación, que habría acabado con la interior resistencia del joven. Por otra parte, el canario, cuyo canto inspira a Hanold la idea de partir, pertenecía a Zoé, y su jaula se hallaba colgada en su ventana, frente a la casa de nuestro héroe. Éste, que, según la dolida acusación de la muchacha, poseía el don de la «alucinación negativa», o sea el arte de no ver ni reconocer a las personas que ante él se hallaban, tiene desde un principio que poseer el conocimiento inconsciente de todas estas circunstancias, que a nosotros nos son reveladas mucho después. Los signos de la proximidad de Zoé, o sea su paso por la calle, y el canto de su canario tan cerca de la ventana del arqueólogo, refuerzan el efecto del sueño de Hanold, el cual, ante esta situación tan peligrosa para su resistencia contra el erotismo, emprende la fuga. El viaje corresponde, pues, a una enérgica movilización de tal resistencia contra el ataque que el anhelo erótico lleva a cabo en el sueño y a un intento de fuga ante la amada, corpórea y presente. Prácticamente significa una victoria de la represión, que esta vez predomina en el delirio, como antes predominaba el erotismo en la actividad investigadora de Hanold sobre el andar femenino, inspirada también por la delirante perturbación. Pero a través de todas estas oscilaciones de la lucha se conserva siempre la naturaleza transaccional de los resultados. La huida a Pompeya, que ha de apartar a Hanold de Zoé, la Gradiva viviente, le conduce por lo menos a su sustitución: la Gradiva muerta. El viaje es emprendido ciertamente en contra de las ideas latentes, pero en cambio sigue el itinerario marcado por el contenido

manifiesto del sueño. De este modo triunfa siempre el delirio en cada nueva lucha entre el erotismo y la resistencia.

Esta interpretación del viaje de Hanold como una fuga ante el amoroso anhelo que hacia la amada —tan cercana— va despertando en él, es la única que armoniza con sus estados de alma durante su estancia en Italia. La repulsa del erotismo, dominándole por completo, se manifiesta en su horror a los jóvenes matrimonios en viaje de novios. Un corto sueño que tiene durante su estancia en un «albergue» de Roma y que es motivado por el tierno diálogo nocturno de una de estas parejas, oído a través del delgado tabique de su habitación, arroja *a posteriori* una viva luz sobre las tendencias eróticas de su primer sueño. En este otro se ve trasladado de nuevo a Pompeya, y también en el día de la erupción vesubiana, circunstancia que nos revela su enlace con aquel primero, que ha continuado ejerciendo sobre el sujeto sus efectos durante todo el viaje. Mas entre las personas cuya vida amenaza la catástrofe no se encuentra ya Gradiva ni tampoco él mismo, sino tan sólo el Apolo del Belvedere y la Venus capitolina, seguramente una irónica alusión a la amorosa pareja del cuarto vecino. El Apolo coge en sus brazos a la Venus y se aleja con ella, depositándola sobre un objeto situado en la oscuridad y que debe de ser un coche o un carro, pues a poco suena un «sordo chirrido» que va perdiéndose en la lejanía. Este sueño no necesita arte ninguno para ser interpretado.

Nuestro poeta, del que ya hace tiempo sabemos que no incluye en su narración ningún rasgo ocioso o inútil, nos da aún otro testimonio de la corriente sexual que domina a Hanold en todo su viaje. Durante su largo vagar entre las ruinas pompeyanas no recuerda ni una sola vez «haber soñado pocos días antes presenciar la erupción del Vesubio que sepultó a la ciudad el año 79». Sólo cuando ve por vez primera a Gradiva recuerda de repente su sueño, y, al mismo tiempo, se percata del misterioso motivo de su viaje, inspirado por el delirio. Este olvido del sueño y la muralla alzada por las fuerzas represoras entre el mismo y los estados de alma de Hanold durante el viaje han de interpretarse como una clara indicación de que este último no ha sido emprendido obedeciendo a un estímulo directo del sueño, sino que, por lo contrario, constituye una rebelión contra el mismo; esto es, una manifestación de un poder anímico que no quiere saber nada del secreto

sentido del sueño.

Mas, por otro lado, Hanold no halla alegría ninguna en esta victoria sobre su erotismo. El sentimiento reprimido conserva energía suficiente para vengarse de las fuerzas represoras, provocando sensaciones de displacer y estableciendo nuevas coerciones en el sujeto. De este modo, el deseo amoroso de Norberto es convertido en un atormentador desasosiego que le hace reputar insensato su viaje, y la verdadera motivación del mismo queda vedada a su percatación consciente, al mismo tiempo que su personalidad científica parece anularse en circunstancias en las que todo lo que le rodea debiera imponer un efecto contrario. Así, pues, el poeta nos muestra a su héroe, tras de su huida del amor, en un estado de confusión y desconcierto semejante al que suele aparecer en el período culminante de los estados patológicos, cuando ninguno de los poderes combatientes es lo suficientemente superior al otro para que la diferencia de sus energías pueda establecer un riguroso régimen anímico. Mas una vez que ha llevado la situación hasta este punto culminante, interviene para mitigar su tensión y resolverla, haciendo entrar en escena a Gradiva, la cual emprende la curación del delirio. Con su poder de dirigir a un feliz desenlace los destinos de las criaturas por él creadas, traslada el autor a Zoé a la misma ciudad en la que —precisamente huyendo de ella— se ha refugiado Hanold y corrige así la simpleza que el delirio inspiró a éste, haciéndole dejar la residencia de su amada viva por el sepulcro de la que en su fantasía la ha sustituido.

Con la aparición de Zoé Bertgang, que señala el punto culminante del relato, toma nuestro interés un distinto curso. Hasta este momento hemos asistido al desarrollo de un delirio; ahora vamos a ser testigos de su curación. Lo primero que se nos ocurre preguntarnos ante esta nueva fase del relato es si el autor procederá con absoluta libertad al exponernos la historia de la curación de Hanold o, por el contrario, se ajustará a las posibilidades reales. Las palabras de Zoé en su diálogo con su amiga no dejan lugar a duda sobre sus propósitos curativos. Pero ¿cómo logrará llevarlos a cabo? Después de dominar la indignación que hubo de producirle el deseo expresado por Hanold de verla reclinarse para dormir «como entonces» sobre la escalinata del templo, retorna a la hora meridiana del siguiente día al mismo sitio y arranca al arqueólogo todos aquellos secretos de su delirante fantasía, cuyo

desconocimiento le impidió explicarse su conducta al día anterior. Norberto le habla de su sueño, del bajorrelieve con la figura de Gradiva y del singularísimo modo de andar en que con ella coincide. Zoé acepta el papel de fantasma meridiano, que comprende ser el que el delirio de Hanold le atribuye, y usando frases de doble sentido, señala discretamente al joven una nueva situación con respecto a ella, aceptando de sus manos la funeraria flor que él ha cortado sin propósito consistente y expresando su melancólico sentimiento por no ser rosas lo que Hanold le ofrece, como lo haría a una mujer viva.

Nuestro interés por la conducta de la prudente y juiciosa muchacha, que después de descubrir tras del delirio de Hanold, y como fuerza impulsora del mismo, el amor que ella le inspira, decide curarle de su trastorno mental y hacer su esposo al hombre en que desde pequeña puso su corazón, queda, en esta parte del relato, un tanto debilitado por la extrañeza que nos produce el grado a que el delirio del arqueólogo llega. La última creación de este delirio, o sea la creencia de que Gradiva, muerta el año 79 de nuestra era, surge cotidianamente de su tumba para dialogar con él durante una hora, transcurrida la cual vuelve a la tierra; esta fantástica imaginación, que no se detiene ante la vista del calzado moderno de Zoe-Gradiva, ni ante su ignorancia del latín y del griego, y, en cambio, su conocimiento del alemán, idioma que no existía aún en la época del sepultamiento de Pompeya, parece justificar la denominación de «fantasía pompeyana» que Jensen da a su obra y excluir por completo toda posible verdad clínica. Mas, a nuestro juicio, esta aparente inverosimilitud del delirio desaparece en cuanto reflexionamos un poco sobre las causas a que es debida nuestra impresión. Una gran parte de la culpa la ha tomado sobre sí el poeta, al presentar como punto de partida de su relato la total semejanza de Zoé Bertgang con la figura del bajorrelieve. Debemos, pues, cuidarnos de no desplazar la inverosimilitud de este antecedente sobre su consecuencia, o sea el hecho de que Norberto tome a la muchacha por la propia Gradiva resucitada, error singular que necesariamente hemos de atribuir a la influencia perturbadora del delirio que a Hanold domina, pues el poeta no nos proporciona para él explicación racional alguna. Únicamente, y en calidad de circunstancias atenuantes de las extravagancias de su héroe, hace contribuir a ellas la influencia del ardiente sol de la

Campania y la del fuerte vino del Vesubio. Pero el más impórtame de los factores que disculpan el estado de Hanold sigue siendo la facilidad con la que nuestro pensamiento se decide a aceptar un absurdo cuando tal aceptación satisface a sentimientos saturados de afecto. Es sorprendente, aunque en general no se le dé toda la importancia que posee, la facilidad con la que incluso personas de gran inteligencia muestran, bajo tales constelaciones psicológicas, reacciones propias de una parcial debilidad mental. Todo aquel que no posea una idea excesivamente alta de sí mismo podrá observar esto en su propia persona, sobre todo cuando una parte de los procesos mentales que someta a tal observación dependan de motivos inconscientes o reprimidos. Citaré aquí lo que sobre esta cuestión me escribió un filósofo: «También yo he comenzado a anotar los errores en que personalmente incurro, actos irreflexivos que motiva uno *a posteriori* y por cierto harto irracionalmente. Es asombrosa, pero típica, la cantidad de tonterías que de este modo descubrimos en nosotros mismos». Añádase ahora a todo esto que la creencia en los espíritus, apariciones y fantasmas, que tanto apoyo encuentra en todas las religiones, a alguna de las cuales hemos pertenecido todos, por lo menos de niños, no ha desaparecido por completo, ni aun entre las clases cultivadas, muchos de cuyos miembros encuentran todavía posible conciliar el espiritismo con la razón. Por otro lado, hasta los más incrédulos en estas materias vuelven con gran facilidad a aceptar las más groseras supersticiones cuando en circunstancias emocionantes se hallan ante algo que les parece inexplicable. Sé de un médico que había perdido a una de sus pacientes, atacada de la enfermedad de Basedow, y no podía alejar de su ánimo la sospecha de que quizá por una imprudente medicación había él contribuido al funesto desenlace. Un día, varios años después, entró en su gabinete de consulta una muchacha en la que, a pesar de toda su resistencia a tales supersticiones, tuvo que reconocer a la enferma fallecida. Durante unos instantes se le impuso la idea de que era cierto que los muertos retornaban a la tierra, pero las primeras frases de la supuesta aparición desvanecieron su terror, dejándole avergonzado y confuso ante su pueril falta de reflexión. La visitante no era sino una hermana de la muerta y padecía igual dolencia. Sabido es que los atacados de la enfermedad de Basedow presentan todos cierto parecido en sus rasgos fisonómicos, y en el caso presente, este parecido

típico se agregaba al familiar. Diré ahora que el médico de esta historia soy yo mismo, y que, por tanto, no me es posible rechazar la posibilidad clínica dej delirio en que Norberto Hanold cree ver en Zoé a Gradiva resucitada. Por último, todo psiquiatra sabe perfectamente que en los casos graves de delirio crónico (paranoia) construyen los enfermos con sorprendente ingeniosidad y sutileza los mayores absurdos.

Después de su primer encuentro con Gradiva visitó Hanold los dos hoteles que en Pompeya le eran conocidos y bebió vino en ellos mientras los demás huéspedes almorzaban. «Naturalmente, no le pasó por la imaginación ni un solo momento la insensata sospecha» de que obraba así para averiguar en qué hotel vivía Gradiva; pero claro es que, aunque él se lo oculte a sí mismo, es éste el sentido de su conducta. El día en que por segunda vez pasa la hora del mediodía dialogando con Gradiva en la casa de Meleagro, le suceden infinidad de cosas aparentemente sin conexión alguna entre si; halla una estrecha hendidura en el muro del pórtico por donde desapareció Gradiva, tropieza con el extravagante cazador de lagartijas, que le dirige la palabra como a persona conocida; descubre una tercera hospedería, el «Albergo del Sole», cuyo huésped le hace comprar como legítima una fibula que dice haber hallado en las excavaciones, junto a los restos de una muchacha pompeyana, y, por último, encuentra en su hotel a una joven pareja, que supone hermano y hermana, y que despierta su simpatía. Todas estas impresiones se entretejen para formar el siguiente sueño, «singularmente desatinado»:

«Gradiva se hallaba sentada al sol, y mientras fabricaba, con un largo tallo de hierba, un lazo para cazar una lagartija, decía: ‘Estate quieto un momento’. Mi colega tiene razón. Este medio es realmente eficaz, y *ella* lo ha empleado con éxito».

Contra este sueño se rebela Hanold aun antes de despertar, pensando que constituye un completo desatino y esforzándose en libertarse de él, cosa que al fin consigue con el auxilio de un invisible pájaro que, lanzando un grito semejante a una risotada, se apodera de la lagartija y se la lleva en el pico.

Intentaremos también llevar a cabo la interpretación de este sueño, o sea sustituirlo por las ideas latentes de cuya deformación tiene que haber surgido. Ante todo, observamos que constituye un completo absurdo, carácter casi

general en los sueños y en el que se apoya la teoría que les niega la cualidad de actos psíquicos independientes y los hace surgir de una arbitraria excitación de los elementos psíquicos.

Podemos aplicar a este sueño la técnica regular de la interpretación onírica, consistente en no ocuparse de la aparente conexión de los elementos del sueño manifiesto, sino investigar por separado cada uno de ellos y buscar su origen latente por medio de los datos que nos proporcionen las impresiones, recuerdos y ocurrencias libres del sujeto. Mas como no podemos someter a Hanold a tal examen, tendremos que contentarnos con inquirir la relación de los elementos del sueño manifiesto con sus impresiones y sustituir tímidamente nuestras propias ocurrencias.

Gradiva se halla sentada al sol, cazando lagartijas, y dice… ¿A qué impresión de las recibidas por Hanold aquella tarde alude esta parte de su sueño? Indudablemente, a su encuentro con el cazador de lacértidos, el cual se hallará, pues, en el sueño, sustituido por Gradiva. Hanold lo halló sentado o tumbado en la «soleada» vertiente de una colina, y fue también interpelado por él. Las frases que el sueño pone en boca de Gradiva son, asimismo, copia de las que dicho individuo dirigió a Norberto: «El medio que mi colega Eimer ha inventado para cazarlos es excelente. Yo lo he experimentado ya varias veces con éxito satisfactorio. Estése usted quieto un momento». Estas mismas palabras son las que luego pronuncia Gradiva en el sueño, sustituyendo al colega Eimer por una «colega» suya, a la que no nombra, omitiendo el «varias veces» de la segunda frase y alterando ligeramente el orden del discurso. Parece, pues, que esta aventura de la tarde anterior ha sido transformada en el sueño por medio de algunas modificaciones y deformaciones. Mas ¿por qué precisamente ésta? ¿Y qué significan las deformaciones, la sustitución del viejo señor de las lagartijas por la Gradiva y la introducción de un nuevo personaje: la misteriosa «colega»?

Es regla general de la interpretación onírica que las palabras incluidas en el sueño proceden siempre de frases oídas o pronunciadas por el sujeto en la vida despierta. Esta regla parece haber sido observada en el caso que nos ocupa, pues las palabras de Gradiva no son sino una modificación de las que Hanold oyó por la tarde al zoólogo. Otra regla de dicha interpretación expresa

que la sustitución de una persona por otra o la mezcla de dos distintas, colocando a una de ellas en una situación de la que la otra ha sido sujeto, significa una equiparación de ambas y equivale a la expresión de una coincidencia existente entre ellas. Aplicado este nuevo precepto a nuestro caso, tendríamos la siguiente interpretación: «Gradiva caza lagartijas como aquel viejo zoólogo, y como él, sabe el medio de aprisionarlas». Pero esto no nos resulta todavía comprensible. Volvámonos, pues, hacia otro de los problemas que el sueño plantea. ¿A qué impresión de Hanold durante el día anterior debemos referir aquella «colega» de Gradiva que sustituye al «colega Eimer», del que habló el zoólogo? El campo en que escoger se halla aquí harto limitado, afortunadamente. Gradiva no puede referirse, al hablar de una «colega» suya —esto es, de otra muchacha—, más que a aquella simpática recién casada que Norberto creyó hermana del joven que con ella viajaba. «Llevaba en el pecho una roja rosa de Sorrento que despertó en él un indefinible recuerdo, pero, por más que meditó, le fue imposible precisarlo». Esta observación del poeta nos da derecho a suponer que la «colega» a que Gradiva alude en el sueño es, en efecto, la joven recién casada, pues aquello que Hanold no lograba recordar no era seguramente otra cosa que las palabras de la supuesta Gradiva, cuando al pedirle la blanca rama de asfódelo, añadió que a otras mujeres más dichosas que ella se les ofrecían rosas. Pero en estas palabras se transparenta claramente una amorosa solicitación. ¿Qué «caza» será, pues, la que con tanto éxito ha llevado a cabo aquélla más feliz colega?

Al día siguiente sorprende Hanold a los supuestos hermanos fundidos en tierno abrazo y se ve obligado a rectificar su error. Como más adelante vemos confirmado, cuando la pareja interrumpe con su aparición la tercera entrevista de Hanold y Zoé, se trata, nuevamente, de unos recién casados en viaje de novios. Admitiendo que Hanold, creyéndolos, conscientemente, hermanos, descubriera desde un principio, en su inconsciencia, la verdadera relación que entre ellos existía y que al siguiente día se le revela de un modo inequívoco, encontramos un excelente sentido para las palabras de Gradiva en el sueño. La roja rosa se convierte entonces en un símbolo de la relación erótica, y Hanold comprende que aquel hombre y aquella mujer son uno para el otro, lo que él y Gradiva han de llegar a ser; la caza de lagartijas, la significación de

la caza del hombre por la mujer, y las palabras de Gradiva querrán decir, aproximadamente: «Tú déjame hacer, y verás cómo yo sé, tan bien como esa otra muchacha, encontrar un marido».

Mas ¿por qué esta adivinación de los propósitos de Zoé tuvo que manifestarse en el sueño bajo la forma de las palabras del anciano zoólogo? ¿Y por qué la habilidad de la muchacha en la caza matrimonial hubo de ser representada por la del mismo a la caza de lagartijas? La respuesta a ambas interrogaciones es harto sencilla. Hace ya largo tiempo hemos adivinado que el cazador de lacértidos no es otro que el profesor de Zoología Ricardo Bertgang, padre de Zoé, al que Hanold tiene que conocer de antiguo, por lo cual nos explicamos que fuera interpelado por él, al encontrarlo, de una manera familiar. Habremos de admitir, asimismo, que Hanold, en su inconsciente, hubo de reconocer en seguida al zoólogo. «Le parecía recordar oscuramente haber visto ya alguna vez la fisonomía del cazador de lacértidos, probablemente en alguno de los dos hoteles». De este modo queda explicado el singular disfraz del propósito que el sueño atribuye a Zoé. Es la hija del cazador de lagartijas y ha heredado de él su habilidad.

La sustitución del zoólogo por Gradiva en el contenido del sueño es, por tanto, la exposición del parentesco de ambos reconocida por Hanold en su inconsciente; y la introducción de la «colega», en lugar del «colega Eimer», permite al sueño expresar la amorosa solicitación de la muchacha. El sueño ha fundido —o, como decimos técnicamente, condensado— en una sola situación dos diferentes sucesos del día inmediatamente anterior, con objeto de procurar una expresión —aunque harto irreconocible— a dos representaciones que no deben hacerse conscientes. Pero aún podemos proseguir nuestra labor interpretadora, aminorando la singularidad del sueño y descubriendo la influencia de los restantes sucesos del día sobre la formación del contenido manifiesto.

Podríamos declarar que no llegaba a satisfacernos la explicación dada hasta ahora al hecho de que la escena de la caza de lagartijas pase precisamente a constituir el nódulo del sueño, y sospechar que otros elementos más de las ideas latentes habían influido en la importancia que la «lagartija» adquiere en el contenido manifiesto. Y realmente pudiera muy bien suceder así. Recordamos que Hanold había descubierto en el muro del

pórtico por donde Gradiva desapareció una hendidura que, aunque estrecha, «podía dejar paso a una persona de extraordinaria delgadez». Este descubrimiento provoca una modificación en el delirio de Hanold. Gradiva no se hunde ya en la tierra al desaparecer de su vista, sino que busca por aquella hendidura el camino hasta su tumba. En su pensamiento inconsciente tiene ahora Hanold que decirse que ha hallado la natural explicación de la sorprendente desaparición de la muchacha. Mas este introducirse y desaparecer por una estrecha hendidura, ¿no tiene acaso que recordar necesariamente las costumbres de los lacértidos? En efecto, Gradiva se comporta aquí como la más ágil y flexible lagartija. Opinamos, por tanto, que el descubrimiento de aquella hendidura coadyuvó a determinar la elección del elemento «lagartija» para su inclusión en el contenido manifiesto del sueño. La escena de la caza representaría, pues, tanto a esta impresión del día como al encuentro con el zoólogo, padre de Zoé.

Los resultados anteriores nos animan a buscar todavía en el contenido del sueño la representación de otra de las impresiones del día anterior que aún no hemos incluido en nuestra labor interpretadora: el descubrimiento del «Albergo del Sole». El poeta ha expuesto tan minuciosamente este episodio y ha hecho depender de él tantas cosas, que nos admiraría que fuese el único que no hubiese contribuido a la formación del sueño. Hanold entra en este «albergo», ignorado antes por su apartado emplazamiento y la distancia a que de la estación se halla, para tomar una botella de gaseosa que mitigue su estado congestivo. El dueño del «albergo» aprovecha la ocasión para ponderarle las antigüedades que tiene en venta, y le muestra una fíbula perteneciente —según dice— a aquella muchacha cuyo cuerpo fue hallado en las inmediaciones del Foro, unido en estrecho abrazo al de su amado. Hanold, que conocía esta historia y nunca le había prestado fe, se ve ahora impelido por una inexplicable fuerza a aceptar su verdad y la autenticidad de la fíbula; adquiere esta última y abandona el «albergo». Al salir, ve en una ventana un florero con una blanca y florida rama de asfódelo e interpreta la presencia en aquel lugar de la funeraria flor como una prueba de la autenticidad de su adquisición. Al mismo tiempo se le impone la convicción de que la fibula perteneció a Gradiva y que ésta es la muchacha cuyo cuerpo fue descubierto junto al de su amado. Este pensamiento hace surgir en su ánimo

atormentadores celos, que logra, por último, dominar, proponiéndose mostrar a Gradiva su fibula al día siguiente y confirmar o desvanecer así sus sospechas. Todo esto constituye un singular nuevo desarrollo del delirio, del que necesariamente hemos de hallar alguna huella en el sueño de Hanold.

Ha de sernos muy útil para nuestra labor interpretativa llegar a la clara comprensión de este progreso del delirio, investigando las ideas inconscientes a las que el nuevo agregado delirante sustituye. Este agregado surge bajo la influencia del dueño del «albergo», cuyas palabras encuentran en Hanold una credulidad sólo comparable a la que se obtiene por sugestión. El avispado comerciante le muestra como auténtica y perteneciente a la muchacha, cuyos restos fueron hallados, confundidos con los de su amante en las excavaciones practicadas cerca del Foro, una fibula de metal, y Hanold, cuya erudición en estas materias le permitía, más que a cualquier otra persona, poner en cuarentena la autenticidad, tanto de la fibula como de la amorosa historia, cree ambas cosas a pies juntillas y adquiere sin la menor vacilación la más que dudosa antigüedad. Esta conducta del arqueólogo resulta un tanto incomprensible y nada nos puede llevar a suponer que la personalidad del dueño del «albergo» puede darnos la clave de este misterio. Pero en este episodio se nos muestra aún otro problema, y es sabido que, a veces, dos misterios suelen aclararse recíprocamente. Al salir del «albergo» ve Hanold una rama de asfódelo colocada en un florero sobre el pretil de una ventana e interpreta el encuentro de la blanca flor como una confirmación de la autenticidad de la fibula. ¿Por qué? Afortunadamente, este último detalle resulta fácil de explicar. La florida rama es, sin duda alguna, la misma que al mediodía ofreció él a Gradiva, y es perfectamente natural que su presencia en la ventana del «albergo» constituya una confirmación de algo. Pero este algo no es, ciertamente, la autenticidad de la fibula, sino otra cosa muy distinta que ya Hanold ha descubierto al hallar el «albergo», cuya existencia desconocía hasta el momento. El día anterior había visitado los dos hoteles que en Pompeya conocía, buscando, aunque sin confesárselo, en cuál de ellos viviría la mujer a la que había tomado por la resucitada Gradiva. Ahora, al tropezar tan inesperadamente con un tercer hotel, cuya existencia ignoraba, tiene que decirse, en su inconsciente, que allí es donde vive la mujer que él busca, y luego, al ver la florida rama, tiene que sentir confirmada aquella idea

y ver en aquella ventana la del cuarto en que la misma habita. Éste sería, pues, el descubrimiento que, no debiendo hacerse consciente, es sustituido por el nuevo agregado delirante, pues implica que Gradiva es una persona real a la que conoció en época nada lejana, idea que no debe hallar paso hasta su conciencia.

Mas ¿en qué forma se ha realizado la sustitución del nuevo conocimiento por el delirio? A mi juicio, afirmándose y conservándose el sentimiento de convicción inherente al nuevo dato, mientras que en el lugar de éste —incapaz de conciencia— aparecía otro contenido de representaciones, ligado, sin embargo, a él por asociación mental. De esta manera entró en contacto el sentimiento de convicción con un contenido extraño a él, y este último logró, en calidad de delirio, una aceptación que no le correspondía. Hanold traslada su convencimiento de que Gradiva vive en aquella casa a otras impresiones que, hallándose en la misma, recibe, mostrándose de este modo crédulo a las palabras del huésped sobre la autenticidad de la fíbula y de la anécdota de los amantes pompeyanos, pero tal credulidad no se debe más que a la conexión que establece entre aquello que en el «albergo» oye y su amada Gradiva. Los celos, dispuestos a surgir en él ante el menor estímulo, se apoderan de este material y provocan, aun en contradicción con su primer sueño, el delirio de que Gradiva era aquella muchacha muerta en brazos de su amante y a la que la fíbula perteneció en vida.

Advertimos ahora que el último diálogo con Gradiva y la discreta solicitación amorosa de ésta por medio de su alusión a las flores que a otras mujeres se ofrecen, han provocado importantes modificaciones en Hanold. En él han despertado ya elementos de deseo viril, componentes de la libido, pero que no pueden aún prescindir de ocultarse tras de pretextos conscientes. Mas el problema de la constitución física de Gradiva, que le persigue durante todo este día, no puede negar su procedencia de la curiosidad erótica del adolescente por el cuerpo femenino, aunque en este caso la acentuación consciente de la singular oscilación de Gradiva entre la muerte y la vida dé a tal curiosidad un carácter científico. Los celos de Hanold son también un signo del despertar de su actividad amorosa y los exterioriza con su primera frase de la siguiente entrevista con Gradiva, en la cual, y con ayuda de un nuevo pretexto, se atreve ya a tocar el cuerpo de la muchacha y, como en

épocas pasadas, a golpearla.

Es ya tiempo de que nos preguntemos si el camino seguido por el delirio en su génesis y desarrollo, tal y como lo hemos deducido de la exposición del poeta, es el que suele seguir ésta ciase de perturbaciones o, por el contrario, es totalmente imposible y caprichosa. Nuestra respuesta, fundada en el conocimiento médico de estas cuestiones, es la de que, en efecto, el camino indicado en la narración es acertado y hasta el único por el que el delirio puede llegar a aquélla su firme aceptación por el sujeto, que constituye uno de sus caracteres clínicos. Esta fe que el enfermo presta a su delirio no depende de un trastorno de su capacidad de juicio ni procede tampoco de aquella que en el delirio es erróneo. Lo que sucede es que en todo delirio existe un grano de verdad, digno de completa fe, el cual constituye la fuente de la convicción del enfermo. Mas este elemento verdadero se halla ha largo tiempo reprimido, y si logra llegar a la conciencia es después de haber sufrido una deformación que le hace irreconocible. En cambio, como para compensar esta deformación, queda intensificado el sentimiento de convicción que le era inherente y que ahora viene a recaer sobre el sustitutivo deformado de lo verdadero reprimido, protegiendo a esto último contra todo ataque de la crítica. Así, pues, la convicción se desplaza desde lo verdadero inconsciente a lo erróneo consciente a ello ligado y queda fija en tal lugar a consecuencia de este desplazamiento. El caso de deformación del delirio resultante del primer sueño de Hanold es un ejemplo de tal desplazamiento. Puede asimismo afirmarse que el proceso de génesis de la convicción en el delirio que acabamos de describir no es siquiera fundamentalmente distinto del que se realiza en los casos normales, cuando no entra en juego la represión. Todos adherimos nuestra convicción a contenidos mentales en los que se halla reunido lo verdadero con lo falso y dejamos que la misma se extienda de lo primero a lo segundo, difundiéndose de lo verdadero a lo falso con ello asociado y defendiendo a esto último —aunque no tan invariablemente como en el delirio— contra la merecida crítica.

Volviendo ahora al sueño cuyo análisis nos ocupa, haremos resaltar un rasgo interesante que establece un enlace entre dos de los elementos del

mismo. Gradiva había opuesto en cierto modo la blanca flor de asfódelo a la roja rosa. El reencuentro del asfódelo en la ventana del «Albergo del Sole» constituye una prueba importante del conocimiento inconsciente de Hanold, que se manifiesta en el nuevo delirio, y a todo esto se agrega el que la roja rosa que adorna el vestido de la simpática amiga de Zoé auxilia a Hanold para reconocer la verdadera relación de la misma con su acompañante, permitiendo esto que luego, en el sueño, surja como «colega».

Lo que aún no hemos hallado es dónde se encuentra, en el contenido manifiesto del sueño, la huella y la representación del descubrimiento realizado por Hanold de que Gradiva y su padre vivían en un tercer hotel que hasta entonces le era desconocido, descubrimiento que hemos visto sustituido por el nuevo delirio. Esta circunstancia aparece, sin embargo, en dicho contenido y ni siquiera excesivamente deformada. Ahora que no me he atrevido hasta este momento a indicarlo, pues sé que incluso aquellos lectores que hayan tenido paciencia para seguirme hasta aquí han de resistirse enérgicamente a aceptar estas mis tentativas de interpretación. Sin embargo, repetimos, el descubrimiento de Hanold nos es comunicado por el sueño en su totalidad, pero se halla tan hábilmente ocultado, que necesariamente pasa inadvertido, pues se esconde tras de un juego de palabras o un equívoco. El dato del contenido manifiesto que hemos expresado en la frase «Gradiva.se hallaba sentada al sol» lo hemos referido, justificadamente, al lugar en que Hanold encontró al zoólogo, padre de de Zoé. Pero ¿no podrá significar que «en el Sol», esto es, en el «Albergo del Sol», vive Gradiva? Y la vaguedad en que se deja el lugar, del cual no se dice sino que está «al sol», siendo así que el sitio en que Hanold encontró al zoólogo podía haber aparecido perfectamente detallado en el sueño, ¿no será una fingida imprecisión encaminada a ocultar la verdadera naturaleza de este elemento, o sea la precisa fijación de la residencia de Gradiva? Mi larga experiencia en la interpretación de sueños reales me hace considerar innegable esta significación del equívoco, pero no hubiera expuesto a mis lectores esta parte de mi labor interpretadora si el poeta no viniera aquí en mi auxilio, ofreciéndome su poderosa ayuda. En efecto, al día siguiente a este sueño, pone Jensen en boca de Zoé el mismo juego de palabras, dándole idéntico sentido al que nosotros le prestamos para la interpretación del elemento

correspondiente del contenido manifiesto del sueño. Al enseñarle Hanold la fíbula, le pregunta Zoé si la ha encontrado «al sol» (o «en el Sol» —*im Sonne*—), y añade que éste produce en aquellas tierras los más curiosos efectos cerebrales. Luego, al ver que Hanold no comprende sus palabras, le explica que se refiere al «Albergo del Sole», cuyo dueño hubo de mostrarle también a ella la fíbula que luego adquirió el arqueólogo.

Quisiéramos ahora intentar la empresa de sustituir el sueño de Hanold, «singularmente desatinado», por las ideas inconscientes tras él ocultas y que al pasar al contenido manifiesto han sufrido una deformación que las hace irreconocibles. Tales ideas latentes serían, aproximadamente, las que siguen: «Ella vive en el 'Sol' con su padre. ¿Por qué juega conmigo de esta manera? ¿Querrá tan sólo burlarse de mí? ¿O será posible que me ame y quiera hacerme su esposo?» Esta última posibilidad es rechazada dentro del mismo sueño por el juicio en que el durmiente declara insensato todo aquello, juicio que en apariencia se extiende sobre el total contenido manifiesto de la alucinación onírica.

Nuestros lectores tendrán derecho a ejercitar su crítica preguntándonos ahora por la procedencia de la sospecha que aparece entre las ideas latentes de que Gradiva quiere quizá burlarse del durmiente, sospecha que hasta ahora no hemos fundamentado. A esto nos responde *La interpretación de los sueños* expresando que cuando en las ideas del sueño exista burla, desprecio o ironía, quedan exteriorizadas estas circunstancias por la desatinada constitución del contenido manifiesto, o sea por el absurdo de éste. Esta insensatez del sueño no significa, pues, una paralización de la actividad psíquica, sino que es uno de los medios expositivos de que se sirve la elaboración onírica. Como ya en otras dificultades, acude aquí el poeta en nuestra ayuda. El desatinado sueño tiene un estrambote en el que un pájaro, lanzando un grito semejante a una aguda risa, se apodera de la lagartija y se la lleva en el pico. Pero este grito riente ya lo había oído Hanold en una ocasión al desaparecer Gradiva entre las ruinas. En realidad, fue Zoé la que rió al verse lejos de la presencia de Hanold y poder desprenderse de su grave y melancólico papel de aparición del otro mundo. Así, pues, Gradiva se había reído, efectivamente, de nuestro héroe. La escena del sueño en la que el pájaro se lleva al lagarto en el pico recuerda la de un sueño anterior en la que

el Apolo del Belvedere se alejaba llevando en sus brazos a la Venus capitolina.

Quizá perdure en alguno de nuestros lectores la opinión de que la traducción de la caza de lacértidos por la idea de la solicitación amorosa no resulta suficientemente justificada. Mas en nuestro apoyo podemos citar aquí el hecho de que Zoé reconoce en su diálogo con su colega aquello mismo que de ella sospechan las ideas de Hanold, pues comunica a su amigo que estaba segura de «desenterrar» en Pompeya algo interesante. Con esta idea, próxima a la de «excavaciones arqueológicas», entra Zoé en el círculo de representaciones de la ciencia de Norberto, así como él entra en el campo de la Zoología con su metáfora de la caza de lacértidos. De este modo aparece como si ambos tendieran uno hacia otro queriendo adoptar cada uno las ideas peculiares del ser amado.

Así, pues, habríamos conseguido llegar también a la interpretación de este segundo sueño. Ambos se han hecho accesibles a nuestra comprensión partiendo de la hipótesis de que el sujeto sabe en su pensamiento inconsciente todo aquello que el consciente ignora y juzga con acierto en el primero lo que en el segundo equivoca delirantemente. En esta labor hemos tenido que sentar algunas afirmaciones que, siendo completamente nuevas para el lector, han tenido que parecerle harto extrañas y han despertado en él, sin duda alguna, la sospecha de que atribuimos a la obra del poeta un sentido que sólo en nuestra imaginación existe. Mas nos hallamos dispuestos a emplear todos los medios posibles para desvanecer esta sospecha, y con este propósito insistiremos con mayor minuciosidad en uno de los puntos más oscuros y delicados; esto es, en el empleo de palabras y frases de doble sentido, como en el ejemplo: «Gradiva se hallaba sentada al sol» (o «en el sol» —*im Sonne* —).

Todo lector de la obra de Jensen tiene que observar con cuánta frecuencia coloca el autor en boca de los dos protagonistas frases de doble sentido. Hanold no tiene en cuenta al pronunciarlas más que uno sólo de los sentidos en que las mismas pueden interpretarse, pero su interlocutora descubre el otro. Así, cuando la primera vez que la oye hablar, exclama: «¡Ya sabía yo que tu voz resonaba así!», y Zoé —ignorante aún del sueño anterior de

Hanold— tiene que preguntarle cómo es eso posible, ya que nunca antes le había oído hablar. En la segunda entrevista interpreta Zoé equivocadamente por un momento el delirio de Hanold al oír asegurar que la ha reconocido en el acto. Zoe tiene que dar a estas palabras el sentido que realmente tienen en lo inconsciente de Hanold; esto es, el de un reconocimiento de su pasada amistad infantil, mientras que el arqueólogo ignora en absoluto este alcance de sus palabras y las funda exclusivamente en su relación con el delirio que le domina. En cambio, las palabras de Zoé, en las que encarna el poeta la perfecta claridad espiritual contrapuesta al delirio del arqueólogo, poseen un doble sentido voluntario. Uno de los dos sentidos se ciñe al delirio de Hanold para facilitar la comprensión consciente del mismo y el otro se eleva por encima de él y nos da realmente su traducción a la verdad consciente que representa. Constituye un triunfo del equívoco el poder expresar la verdad y el delirio por el medio de una sola forma expresiva.

Llenas de tales equívocos se hallan las frases en las que Zoé explica la situación a su amiga, al mismo tiempo que procura desembarazarse de su inoportuna presencia, frases que en realidad van dirigidas más a los lectores que a la feliz «colega» de la amorosa muchacha. En los diálogos con Hanold, el doble sentido se basa la mayor parte de las veces en que Zoé se sirve del simbolismo que ya encontramos en el primero de los sueños analizados, o sea de la equivalencia de la represión con el sepultamiento y de Pompeya con la infantil amistad olvidada. De este modo puede Zoé conservar en sus palabras el papel que el delirio de Hanold le ha señalado y al mismo tiempo referirse a las circunstancias reales y despertar en lo inconsciente de Hanold la comprensión de las mismas.

«Hace largo tiempo que me he acostumbrado a estar muerta» y «para mí es más apropiado recibir de tus manos la flor del olvido», son frases en las que se transparenta discretamente el reproche que luego surge con toda claridad en la catilinaria que le dedica en su última entrevista y en la que le compara con el Archeopteris. En otra: «¿Que alguien tenga que morir para llegar a estar viva? Pero eso es cosa exigida por tu actividad arqueológica», nos da Zoé, después de conseguir la curación de Hanold, la clave de sus anteriores equívocos. Pero cuando con más fortuna emplea este simbolismo es cuando pregunta: «Me parece como si ya otra vez, hace dos mil años,

hubiéramos partido de este modo el alimento. ¿No te acuerdas?», interrogación en la que se nos muestran patentes la sustitución de la infancia por el pasado histórico y el esfuerzo por despertar en Hanold el recuerdo de la primera.

No deja de extrañar a primera vista esta singular preferencia por las frases de doble sentido en la obra de Jensen y quisiéramos preguntarnos a qué razón obedece. Lejos de mostrársenos como una circunstancia casual aparece esta preferencia como consecuencia necesaria del desarrollo de la narración, y no es otra cosa que la forma correspondiente a la doble determinación de los síntomas, en tanto en cuanto las palabras lo son también y nacen, como ellos, de transacciones entre lo consciente y lo inconsciente. La única diferencia se halla en que este doble origen se muestra más claramente en las palabras que en los actos, y cuando se consigue —cosa que la maleabilidad del material verbal hace posible con frecuencia— procurar en la misma reunión de palabras una buena expresión para cada uno de los dos pensamientos que se desea exteriorizar, queda creado lo que llamamos un equívoco.

Durante el tratamiento psicoterapéutico de un delirio o de una perturbación análoga, produce el enfermo con gran frecuencia tales frases de doble sentido como nuevos síntomas fugitivos y puede a veces servirse el médico de ellas estimulando con el sentido consciente en que en el enfermo las pronuncia la comprensión de su verdadero sentido inconsciente. Sé por experiencia que este papel del equívoco suele ser rechazado con la mayor energía por los profanos en estas cuestiones y acostumbra provocar los más groseros errores, pero el poeta ha obrado acertadamente exponiendo en su obra este rasgo característico de la formación de los sueños y los delirios.

IV

DIJIMOS antes que la entrada en escena de Zoé y la realización de sus propósitos terapéuticos imprimían a nuestro interés un nuevo rumbo, despertando nuestra curiosidad por ver si el desarrollo de su tratamiento curativo se adaptaba o no a las posibilidades reales; esto es, si el

poeta poseía de las condiciones de la curación del delirio un conocimiento tan justo y minucioso como el que había demostrado poseer de las correspondientes a la génesis del mismo.

Sin duda alguna se opondrá en este punto a nuestras opiniones una diferente teoría, que niega tal interés al caso expuesto por el poeta y se resiste a ver en él problema ninguno necesitado de aclaración, alegando que Hanold tenía obligadamente que renunciar a su delirio después de ver desvanecidas todas las creaciones del mismo por lo que constituía precisamente su objeto —la supuesta Gradiva— y explicados de un modo naturalísimo todos los misterios; por ejemplo, el de que la aparición conociera su nombre. Con esto quedaría desembrollada la novelesca trama; pero como uno de los elementos de la misma es el amor de Zoé al arqueólogo, el poeta, para satisfacción de sus lectoras, haría acabar en bodas su relato. Mas si aceptamos las premisas que esta teoría intenta establecer, nos parecería más lógico e igualmente posible un desenlace opuesto; esto es, que el joven erudito se despidiera cortésmente de Zoé, una vez curado de su delirio, y rechazara su amor, fundándose en que las antiguas esculturas femeninas de bronce o piedra, o las mujeres que para ellas sirvieron de modelo, despertaban en él un vivísimo interés cuando un maravilloso azar le permitía entrar en relaciones con ellas o siquiera imaginárselo; pero que, en cambio, sus propias contemporáneas de carne y hueso le dejaban por completo indiferente. Interpretando de este modo la obra de Jensen, e independientemente de que su desenlace fuera o no la boda de los protagonistas, siempre resultaría que el poeta había entretejido sin necesidad alguna, y con absoluta arbitrariedad, una historia de amor en una fantasía arqueológica.

Al rechazar, como imposible, tal interpretación, observamos que la transformación que se verifica en Hanold no depende exclusivamente del desvanecimiento de su delirio. Sumultáneo y aun anterior a su vuelta a la normalidad es el resurgimiento de su instinto amoroso, que, como es natural, le encaminó desde un principio a cortejar a la muchacha que le ha curado de su perturbación. Ya hicimos resaltar bajo qué pretextos y disfraces se manifiestan en él, todavía en medio de su delirio, la curiosidad sexual por el cuerpo femenino, los celos y el brutal instinto de aprehensión masculino, después que su reprimido deseo amoroso le ha sugerido el primero de los

sueños analizados. Podemos aún agregar, como nuevo testimonio favorable a nuestras opiniones, el hecho de que en la noche siguiente a la segunda entrevista con Gradiva es la primera vez que durante todo el relato despierta simpatía en Hanold una mujer viva, aunque todavía tenga que hacer a su pasado horror a los recién casados la concesión de suponer a aquella mujer hermana del hombre que la acompaña. Mas a la mañana siguiente la casualidad le hace testigo de las caricias de la joven pareja, y viendo su error se retira respetuosamente como si hubiera estado a punto de interrumpir una ceremonia religiosa. La burla que antes le inspiraban los recién casados se ha trocado ya en respeto ante el amor.

De este modo ha establecido el poeta una íntima conexión entre el desvanecimiento del delirio y la resurrección del deseo erótico, preparando así el obligado desenlace amoroso. Más conocedor que sus críticos de la esencia del delirio, sabe que a la génesis del mismo han contribuido conjuntamente el deseo amoroso y la resistencia al mismo y deja que la muchacha a la que encarga de la labor terapéutica se dé cuenta de aquellos componentes del delirio que han de serle gratos. Sólo el conocimiento de los mismos puede determinarla a consagrarse a dicha obra curativa, y únicamente la seguridad de que el arqueólogo puede moverla a confesar al mismo su recíproco amor. El tratamiento consistirá entonces en hacer llegar desde el exterior a la conciencia de Hanold aquellos recuerdos reprimidos que él no puede libertar en su interior. Mas este tratamiento fracasaría si la terapeuta no se apoyara en los sentimientos del enfermo y no pudiera encerrar la definitiva interpretación de su delirio en la siguiente frase: «Mira, todo esto no significa sino que me amas».

El procedimiento que el poeta hace adoptar a Zoé para la curación del delirio de Hanold muestra, más que una amplia analogía, una total identidad con el método terapéutico que el doctor J. Breuer y el autor de estas líneas introdujeron en la Medicina el año 1895, y a cuyo perfeccionamiento he dedicado desde entonces todas mis actividades. Este tratamiento, denominado primero «catártico» por Breuer y calificado por mí preferentemente de «analítico», consiste en hacer llegar forzadamente, en cierto sentido, a la conciencia de los enfermos que padecen perturbaciones análogas a las de Hanold, lo inconsciente, a cuya represión se debe la enfermedad; técnica por

completo igual a la que Gradiva aplica a los recuerdos, reprimidos en Hanold, de sus relaciones infantiles con ella. Cierto es que para Gradiva resulta este tratamiento harto más fácil que para el médico, pues su posición con respecto al enfermo es la más favorable al éxito terapéutico. El médico, que carece de todo anterior conocimiento del sujeto y no lleva en sí, como recuerdos conscientes, aquellos mismos elementos que inconscientemente se agitan en la intimidad psíquica del mismo, tiene que servirse de una complicada técnica para colocarse en igualdad de circunstancias. Deberá aprender, ante todo, a deducir con la mayor seguridad posible de las manifestaciones y confesiones conscientes del enfermo lo que en él se halle en estado de represión, y a adivinar lo inconsciente por las indicaciones contenidas en las palabras y actos del sujeto. Realizará, pues, algo análogo a lo que Hanold efectúa en las últimas escenas del relato, cuando lleva a cabo por sí mismo la interpretación del nombre de «Gradiva», y halla que no es sino una traducción del apellido mismo de Zoé. En este momento desaparecen ya los últimos restos del delirio, al ser descubiertas por completo las circunstancias que le dieron origen. Así, pues, el análisis trae consigo la curación.

La analogía entre el procedimiento de Gradiva y el método analítico de la psicoterapia no se limita, sin embargo, a los dos puntos señalados, o sea a la percatación de lo reprimido y a la coincidencia de esclarecimiento y curación. Se extiende también a aquello que demuestra ser lo esencial de toda la transformación del sujeto; esto es, al despertar de los sentimientos. Todas aquellas perturbaciones análogas al delirio de Hanold —a las cuales damos el nombre científico de psiconeurosis— tienen como antecedente la represión de un fragmento de la vida instintiva, y para decirlo ya, del instinto sexual, y toda tentativa de hacer llegar a la conciencia la causa inconsciente y reprimida de la enfermedad provoca necesariamente la renovación de la lucha entre dicho componente instintivo y los poderes que tienden a mantenerlo reprimido. El proceso de la curación se completa por un resurgimiento del amor, si es que podemos dar este nombre a la reunión de todos los heterogéneos componentes del instinto sexual, y esta recaída amorosa es indispensable, pues los síntomas a causa de los cuales se sometió al enfermo a tratamiento no son sino residuos de anteriores luchas de represión o de retorno a la conciencia, y sólo por una nueva crecida de las mismas pasiones

que han provocado el combate pueden tales restos ser ahogados y removidos. Todo tratamiento psicoanalítico es, por tanto, una tentativa de libertar amor reprimido que había hallado en un síntoma un insuficiente exutorio transaccional. Mas cuando esta coincidencia de nuestro procedimiento con el descrito por el poeta en su *Gradiva* llega a su grado máximo, es al añadir que también en la psicoterapia analítica la pasión nuevamente despertada —sea amor u odio— elige siempre como objeto a la persona del médico.

Claro es que, como ya indicamos antes, el caso de Gradiva es un caso ideal que la técnica médica no puede jamás alcanzar. Gradiva puede corresponder al amor que ha logrado llevar desde lo inconsciente a la conciencia, cosa que al médico le está vedada. Además, es ella misma el objeto del anterior amor reprimido y su persona ofrece en el acto a la tendencia amorosa libertada un fin apetecible. En cambio, el médico ha sido hasta el momento de la cura un extraño para el enfermo y tiene que procurar volver a serlo una vez terminada su misión terapéutica, sin que muchas veces le sea posible aconsejar a su curado enfermo cómo puede emplear en la vida la recuperada capacidad de amar. Indicar siquiera los medios de que el médico tiene que auxiliar para aproximarse con mayor o menor éxito al modelo de curación amorosa que el poeta nos ha expuesto, nos alejaría mucho del propósito con que emprendimos este trabajo.

Planteemos todavía una última interrogación, que ya hemos tenido que eludir varias veces. Nuestras teorías sobre la represión, la génesis de los delirios y de otras análogas perturbaciones, la formación e interpretación de los sueños, el papel desempeñado por la vida erótica y la naturaleza de la curación de tales dolencias no son teorías generalmente admitidas por la ciencia y conocidas por la mayoría de los hombres cultos. Será, pues, de un gran interés para nosotros el averiguar si lo que ha permitido crear al poeta la «fantasía» que hemos podido analizar como si de una historia clínica se tratase, ha sido el conocimiento de tales teorías. Con este objeto, una de las personas que constituían el amistoso círculo del que, como al principio indicamos, sugirió la idea de interpretar los sueños incluidos en la obra de Jensen, se dirigió a éste preguntándole si le eran conocidos los trabajos psicoanalíticos. El poeta respondió, como era esperar, en sentido negativo, y

hasta pareció un tanto molesto por aquella interrogación. «Su obra —dijo— no tenía otra fuente que la de su propia fantasía creadora, y aquellos que no hallasen en ella un goce estético no tenían más que abandonar su lectura». No sospechaba Jensen el gran atractivo que aquellos mismos que sobre su creación le interrogaban habían hallado en la misma.

Es muy probable que si nos hubiera sido dado ampliar nuestra investigación cerca de la persona del poeta no se hubiese éste limitado a rechazar nuestras hipótesis con respecto a los puntos sobre los que fue interrogado, sino que hubiera negado igualmente conocer aquellas reglas a las que demostramos obedecía en su creación y haber abrigado alguna vez los propósitos que a la misma hemos atribuido. En este caso, harto verosímil, cabrían dos hipótesis sobre nuestra labor. La primera de ellas será la de que nuestra interpretación ha sido equivocada y hemos atribuido a una inocente obra de arte tendencias de las que su autor no tenía la menor idea, demostrando una vez más cuán fácil es encontrar en todas partes aquello que llevamos en nosotros mismos, facilidad que en la Historia de la Literatura ha sido causa de los más singulares errores. El lector juzgará si es ésta la crítica que merece nuestro estudio. Por nuestra parte, preferimos, como es natural, acogernos a la posibilidad restante, que exponemos seguidamente. A nuestro juicio, el poeta no necesita saber nada de tales reglas e intenciones, de manera que puede negarlas de buena fe, sin que por esto hayamos nosotros encontrado en su obra nada que en la misma no exista. Lo que sucede es que, tanto él gomo nosotros, hemos laborado con un mismo material, aunque empleando métodos diferentes, y la coincidencia de los resultados es prueba de que los dos hemos trabajado con acierto. Nuestro procedimiento consiste en la observación consciente de los procesos psíquicos anormales de los demás, con objeto de adivinar y exponer las reglas a que aquéllos obedecen. El poeta procede de manera muy distinta; dirige su atención a lo inconsciente de su propio psiquismo, espía las posibilidades de desarrollo de tales elementos y les permite llegar a la expresión estética en lugar de reprimirlos por medio de la crítica consciente. De este modo descubre en sí mismo lo que nosotros aprendemos en otros; esto es, las leyes a que la actividad de lo inconsciente tiene que obedecer; pero no necesita exponer estas leyes, ni siquiera darse perfecta cuenta de ellas, sino que por efecto de la tolerancia de

su pensamiento pasan las mismas a formar parte de su creación estética. Nosotros desarrollamos luego estas leyes extrayéndolas de su obra por medio del análisis, como las extraemos también de los casos de enfermedad real, pero la conclusión es innegable: o ambos, el poeta y el médico, han interpretado con igual error lo inconsciente, o ambos lo han comprendido con igual acierto. Esta conclusión es en extremo valiosa para nosotros, y sólo por llegar a ella valía la pena de investigar con los métodos del psicoanálisis médico, tanto los sueños incluidos en la obra de Jensen como la exposición que en la misma se hace de la génesis y la curación de un delirio.

Con esto llegamos al término de nuestro estudio. Mas aquellos lectores que nos hayan seguido con atención en nuestra labor pudieran aún advertirnos que, habiendo indicado al comienzo de la misma que los sueños eran deseos presentados como realizados, nada habíamos hecho para justificar o demostrar tal afirmación. Claro es que, como ha podido verse en los análisis oníricos verificados en el curso de este trabajo, las aclaraciones que sobre la esencia de los sueños habríamos de dar deberían ir mucho más allá de la fórmula que los reduce a realizaciones de deseos. Pero no siendo éste el lugar apropiado para entrar en tan espinosa cuestión, nos limitaremos a señalar este carácter del fenómeno onírico en los sueños contenidos en la *Gradiva*, en los que, por cierto, resulta fácilmente demostrable. Las ideas latentes del sueño pueden ser de la más diversa naturaleza.

En la *Gradiva* son «restos diurnos», o sea pensamientos que la actividad psíquica despierta ha dejado flotantes y sin una determinada solución en el día anterior al sueño. Mas para que de ellos surja un sueño es necesaria la cooperación de un deseo —inconsciente la mayor parte de las veces—. Este deseo representa entonces la fuerza impulsora de la elaboración del sueño, y los restos diurnos proporcionan el material que ha de ser elaborado. En el primer sueño de Norberto Hanold concurren dos deseos para formar el sueño: uno, capaz de conciencia, y otro, inconsciente y reprimido. El primero sería el deseo, comprensible en un arqueólogo, de haber sido testigo presencial de la catástrofe que sepultó a Pompeya. ¡Qué no daría cualquier arqueólogo porque este deseo pudiera convertirse en realidad por un camino distinto del del sueño! El otro deseo de Norberto es de naturaleza erótica, y podríamos

expresarlo grosera e incompletamente diciendo que era el de hallarse presente cuando la amada se acostase para dormir. Este deseo es precisamente aquél cuya repulsa convierte el sueño en sueño de angustia o pesadilla. Menos evidente son, quizá, los deseos del segundo sueño; pero, recordando nuestra interpretación del mismo, no podemos vacilar en atribuirles también la calidad de eróticos. El deseo de ser aprisionado por la amada y someterse a ella —deseo que descubrimos tras de la escena de caza de lagartijas— es de carácter pasivo y masoquista. En cambio, al día siguiente golpea el sujeto a la amada como si se hallara dominado por la corriente erótica contraria. Pero debemos detenernos aquí, pues nos hallamos ya a punto de olvidar que Hanold y Gradiva no son sino entes de ficción creados por el poeta[1019].

XXXIV

LOS ACTOS OBSESIVOS Y LAS PRÁCTICAS RELIGIOSAS[1020]

1907

NO soy seguramente el primero en haber advertido la analogía entre los llamados actos obsesivos de los neuróticos y las prácticas devotas con las que el creyente atestigua su piedad. Prueba de ello es el nombre de «ceremoniales» dado a algunos de tales actos obsesivos. Pero, a mi juicio, tal analogía no es meramente superficial; y así, basándonos en el conocimiento de la génesis del ceremonial neurótico, podemos arriesgar algunas conclusiones, por analogía, sobre los procesos psíquicos de la vida religiosa.

Las personas que realizan actos obsesivos o desarrollan un ceremonial pertenecen, junto con aquellas que sufren de representaciones o impulsos obsesivos, a una unidad clínica especial, designada habitualmente con el nombre de «neurosis obsesiva[1021]». Mas no ha de pretenderse derivar de tal denominación la peculiaridad de esta dolencia, pues en rigor también otros distintos fenómenos psicopatológicos presentan el llamado «carácter obsesivo». En lugar de una definición hemos de ofrecer aún, por ahora, el conocimiento detallado de dichos estados, ya que no se ha logrado todavía descubrir el carácter distintivo de la neurosis obsesiva, el cual yace probablemente en estratos muy profundos, aun cuando su existencia parece evidenciarse en todas las manifestaciones de la enfermedad.

El ceremonial neurótico consiste en pequeños manejos, adiciones, restricciones y arreglos puestos en práctica, siempre en la misma forma o con modificaciones regulares, en la ejecución de determinados actos de la vida cotidiana. Tales manejos nos producen la impresión de meras «formalidades» y nos parecen faltos de toda significación. Así, aparecen también a los ojos del enfermo, el cual se muestra, sin embargo, incapaz de suspender su ejecución, pues toda infracción del ceremonial es castigada con una angustia intolerable que le obliga en el acto a rectificar y a desarrollarlo al pie de la letra. Tan nimias como los actos ceremoniales mismos son las situaciones y las actividades que el ceremonial complica, dificulta y retrasa, por ejemplo, el vestirse y el desnudarse, el acostarse y la satisfacción de las necesidades somáticas. El desarrollo de un ceremonial puede describirse exponiendo aquella serie de leyes no escritas a las que se adapta fielmente. Veamos, por ejemplo, un ceremonial concomitante con el acto de acostarse; el sujeto ha de colocar la silla en una posición determinada al lado de la cama y ha de poner encima de ella sus vestidos, doblados en determinada forma y según cierto orden; tiene que remeter la colcha por la parte de los pies y estirar perfectamente las sábanas; luego ha de colocar las almohadas en determinada posición y adoptar él mismo, al echarse, una cierta postura; sólo entonces podrá disponerse a conciliar el sueño. En los casos leves, el ceremonial parece tan sólo la exageración de un orden habitual y justificado. Pero la extremada minuciosidad de su ejecución y la angustia que trae consigo su omisión dan al ceremonial un carácter de «acto sagrado». Por lo general el sujeto soporta mal cualquier postergación del mismo y excluye la presencia de otras personas durante su ejecución.

Toda actividad puede convertirse en acto obsesivo, en el más amplio sentido, cuando resulta complicada por pequeñas adiciones o adquiere un ritmo constante por medio de pausas y repeticiones. No se esperará hallar una delimitación precisa entre el «ceremonial» y los «actos obsesivos». En su mayor parte, los actos obsesivos proceden de un ceremonial. Con ambos forman el contenido de la enfermedad las prohibiciones y los impedimentos (abulias), que, en realidad, no hacen más que continuar la obra de los actos obsesivos en cuanto hay cosas que el paciente encuentra prohibitivo hacer y otras que sólo ateniéndose a un ceremonial prescrito puede ejecutar.

Es singular que tanto la obsesión como las prohibiciones (tener que hacer lo uno, no debe hacer lo otro) recaigan tan solo, al principio, sobre las actividades solitarias del hombre y dejen intacta, a través de muchos años, su conducta social, circunstancia por la que estos enfermos pueden considerar durante mucho tiempo su enfermedad como un asunto estrictamente particular y ocultarlo totalmente. Así, el número de personas que padecen estas formas de neurosis obsesivas es mucho mayor del que llega a conocimiento de los médicos. La ocultación se hace, además, más fácil a muchos enfermos, por cuanto son perfectamente capaces de cumplir sus deberes sociales durante una parte del día, después que han consagrado, en soledad, un cierto número de horas a sus misteriosos manejos.

No es difícil apreciar en qué consiste la analogía del ceremonial neurótico con los actos sagrados del rito religioso. Consiste en el temor que surge en la conciencia en caso de omisión, en la exclusión total de toda otra actividad (prohibición de la perturbación) y en la concienzuda minuciosidad de la ejecución. Pero también son evidentes las diferencias, algunas de las cuales resaltan con tal fuerza, que hacen sacrílega la comparación. Así son en su gran diversidad individual los actos ceremoniales frente a la estereotipia del rito y el carácter privado de los mismos frente a la publicidad y la comunidad de las prácticas religiosas. Pero sobre todo el hecho de que los detalles del ceremonial religioso tienen un sentido y una significación simbólica la diferencia de los del ceremonial neurótico, que parecen insensatos y absurdos. La neurosis obsesiva representa en este punto una caricatura, a medias cómica y triste a medias, de una religión privada. Sin embargo, precisamente esta diferencia decisiva entre el ceremonial neurótico y el ceremonial religioso desaparece en cuanto la técnica de investigación psicoanalítica nos facilita la comprensión de los actos obsesivos. Esta investigación desvanece por completo la apariencia de que los actos obsesivos son insensatos y absurdos y nos revela el fundamento de tal apariencia. Averiguamos que los actos obsesivos entrañan en sí y en todos sus detalles un sentido, se hallan al servicio de importantes intereses de la personalidad y dan expresión y vivencias cuyo efecto perdura en la misma y a pensamientos cargados de afectos. Y esto de dos maneras distintas: como representaciones directas o como representaciones simbólicas, debiendo, por

tanto, ser interpretadas históricamente en el primer caso y simbólicamente en el segundo.

Expondremos algunos ejemplos destinados a ilustrar esta afirmación. A las personas familiarizadas ya con los resultados de la investigación psicoanalítica de las psiconeurosis no les sorprenderá leer que lo representado por medio de los actos obsesivos o el ceremonial se deriva de la experiencia más íntima del sujeto, sobre todo de su experiencia sexual.

a) Una joven, sometida a observación por mí, padecía la obsesión de dar varias vueltas con la palangana llena en las manos inmediatamente después de lavarse. La significación de este acto ceremonial yacía en el proverbio según el cual no se debe tirar el agua sucia antes de tener otra limpia. El acto tenía por objeto amonestar a una hermana suya y retenerla de separarse de su marido, poco grato, antes de haber entablado relaciones con otro hombre mejor.

b) Una mujer que vivía separada de su marido obedecía en sus comidas a la obsesión de dejar lo mejor. Así, de un pedazo de carne asada tomaba tan sólo los bordes. Esta renuncia quedó explicada por la fecha de su misma génesis. Había surgido, en efecto, al día siguiente de haber notificado a su marido la separación de cuerpos; esto es, de haber renunciado a lo mejor.

c) Esta misma paciente no podía sentarse más que en un sillón determinado y le costaba mucho trabajo levantarse de él. El sillón era para ella, a causa de ciertos detalles de su vida conyugal, un símbolo de su marido, al cual se mantenía fiel. Como explicación de su obsesión halló la frase siguiente: «¡Es tan difícil separarse de algo (hombre, sillón) en el que ha estado una sentada!»

d) También solía repetir, durante un cierto tiempo, un acto obsesivo, especialmente singular y absurdo. Iba de un cuarto a otro en cuyo centro había una mesa, disponía de cierto modo el tapete que la cubría, llamaba a la criada, arreglándoselas de manera que se acercara a la mesa, y la despedía luego con una orden cualquiera. En sus esfuerzos para explicar esta obsesión se le ocurrió que el tapete de la mesa tenía una mancha de color subido, y que ella lo colocaba todas las veces de tal modo, que la criada lo viera necesariamente. Todo ello era la reproducción de una vivencia de su historia conyugal que había planteado ulteriormente un problema a su pensamiento.

Su marido había sufrido en la noche de bodas un percance que no es, por cierto, nada raro. Se había encontrado impotente y «había venido varias veces, en el transcurso de la noche, desde su cuarto al de ella» para renovar sus tentativas de consumar el matrimonio. Por la mañana manifestó su temor de que la camarera del hotel sospechara, al hacer las camas, lo que le había ocurrido, y para evitarlo, cogió un frasquito de tinta roja y vertió parte de su contenido en la sábana; pero tan torpemente, que la mancha encarnada quedó en un lugar poco apropiado para su propósito. La paciente jugaba, pues, a la noche de novios con su acto obsesivo. La mesa y la cama fueron conjuntamente el símbolo del matrimonio.

e) Otra de sus obsesiones, la de apuntar el número de los billetes de Banco antes de desprenderse de ellos, tenía también una explicación histórica. En la época en que abrigaba ya el propósito de separarse de su marido si encontraba otro hombre más digno de su confianza, se dejó hacer la corte, durante su estancia en un balneario, por un señor que le agradaba, pero del que no sabía con seguridad si estaría dispuesto a casarse con ella.

Un día, no teniendo dinero suelto, le pidió que le cambiara una moneda de cinco coronas. Así lo hizo él y manifestó galantemente que no se desprendería ya jamás de aquella moneda que había pasado por sus bellas manos. En ocasiones sucesivas se sintió esta señora tentada de pedirle que le enseñara la moneda como para convencerse de que podía dar crédito a sus galanterías. Pero no lo hizo pensando razonablemente en la imposibilidad de distinguir entre sí monedas del mismo valor.

La duda permaneció, pues, en pie y dejó tras de sí la obsesión de apuntar los números de los billetes de Banco, por los cuales se distingue individualmente cada billete de los demás de igual valor.

Estos pocos ejemplos, extraídos de la copiosísima colección por mí reunida, tienden a explicar exclusivamente la tesis de que los actos obsesivos entrañan, en todos sus detalles, un sentido y son susceptibles de interpretación. Lo mismo puede afirmarse del ceremonial propiamente dicho, pero la demostración exigía mayor espacio. No se me oculta en modo alguno hasta qué punto la explicación de los actos obsesivos parece alejarnos del círculo de ideas de tipo religioso.

Entre las condiciones de la enfermedad figura la de que la persona que

obedece a la obsesión realice los actos correspondientes sin conocer la significación de los mismos, por lo menos su significación capital. Sólo el tratamiento psicoanalítico hace surgir en su conciencia el sentido del acto obsesivo y los motivos impulsores. Decimos, por tanto, que el acto obsesivo sirve de expresión a motivos y representaciones inconscientes, lo cual parece entrañar una nueva diferencia con respecto a las prácticas religiosas; pero hemos de pensar que también el individuo devoto desarrolla generalmente el ceremonial religioso sin preguntar su significación, en tanto que el sacerdote y el investigador sí conocen, desde luego, el sentido simbólico del rito. Pero los motivos que impulsan a la práctica religiosa son desconocidos a todos los creyentes o quedan representados en su conciencia por motivos secundarios interpuestos.

El análisis de los actos obsesivos nos ha procurado ya un atisbo de la causa de los mismos y de la concatenación de sus motivos. Puede decirse que el sujeto que padece obsesiones y prohibiciones se conduce como si se hallara bajo la soberanía de una conciencia de culpabilidad, de la cual no sabe, desde luego, lo más mínimo. Trátese, pues, de una conciencia inconsciente de culpa[1022] por contradictorios que parecen los términos de semejante expresión. Esta conciencia de culpabilidad tiene su origen en ciertos acontecimientos psíquicos precoces, pero encuentra una renovación constante en la tentación reiterada en cada ocasión reciente y engendra, además, una expectación angustiosa que acecha de continuo una expectación de acontecimientos desgraciados, enlazada, por el concepto del castigo, a la percepción interior de la tentación.

Al principio de la formación del ceremonial, el enfermo tiene aún conciencia de que ha de hacer necesariamente esto o aquello si no quiere que le ocurra una desgracia, y por lo regular, todavía se hace presente a su conciencia cuál es la desgracia temida. La relación, siempre demostrada, entre la ocasión en la que surge la angustia expectante y el contenido con el cual amenaza, se oculta ya al enfermo. Así, pues, el ceremonial se inicia como un acto de defensa o de aseguramiento, como una medida de protección.

A la conciencia de culpabilidad de los neuróticos obsesivos corresponden la convicción de los hombres piadosos de ser, no obstante la piedad, grandes

pecadores, y las prácticas devotas (rezos, jaculatorias, etc.), con las que inician sus actividades cotidianas, y especialmente toda empresa inhabitual, parece entrañar el valor de medidas de protección y defensa.

Considerando el hecho primero en que se basa la neurosis obsesiva, logramos una visión más profunda de sus mecanismos. Tal hecho es siempre la represión de un impulso instintivo[1023] (de un componente del instinto sexual) que se hallaba integrado en la constitución del sujeto; pudo exteriorizarse durante algún tiempo en la vida infantil del mismo y sucumbió luego a la represión. Ésta crea una vigilancia especial de la conciencia, orientada hacia los fines de dicho instinto; pero tal vigilancia, producto psíquico de la reacción al mismo, no se considera segura, sino, muy al contrario, amenazada de continuo por el instinto que acecha en lo inconsciente.

La influencia del instinto reprimido es percibida como tentación, y en el curso mismo del proceso de represión nace la angustia, la cual se apodera del porvenir bajo la forma de angustia expectante. El proceso de represión que conduce a la neurosis obsesiva es, por tanto, un proceso imperfectamente cumplido y que amenaza fracasar cada vez más. Resulta así comparable a un conflicto sin solución, pues son necesarios de continuo nuevos esfuerzos psíquicos para equilibrar la presión constante del instinto.

Los actos ceremoniales y obsesivos nacen así, en parte, como defensa contra la tentación, y en parte, como protección contra la desgracia esperada. Pronto los actos protectores no parecen ya suficientes contra la tentación, y entonces surgen las prohibiciones, encaminadas a alejar la situación en que la tentación se produce. Vemos, pues, que las prohibiciones constituyen a los actos obsesivos, del mismo modo que una fobia está destinada a evitar al sujeto un ataque histérico. Por otra parte, el ceremonial representa la suma de las condiciones bajo las cuales resulta permitido algo distinto, aún no prohibido en absoluto, del mismo modo que la ceremonia nupcial de la Iglesia significa para el creyente el permiso del placer sexual, considerado, si no, como pecado. Al carácter de la neurosis obsesiva, así como al de todas las afecciones análogas, pertenece también el hecho de que sus manifestaciones (sus síntomas, y entre ellos, también los actos obsesivos) llenan las condiciones de una transacción entre los poderes anímicos en pugna. Traen

así consigo de nuevo algo de aquel mismo placer que están destinadas a evitar y sirven al instinto reprimido no menos que las instancias que lo reprimen. E incluso sucede que al progresar la enfermedad los actos primitivamente encargados de la defensa van acercándose cada vez más a los actos prohibidos, en los cuales el instinto pudo manifestarse lícitamente en la época infantil.

De estas circunstancias hallaríamos también en los dominios de la vida religiosa lo que sigue: La génesis de la religión parece estar basada igualmente en la renuncia a determinados impulsos instintivos; mas no se trata, como en la neurosis, exclusivamente de componentes sexuales, sino de instintos egoístas, antisociales, aunque también éstos entrañen, por lo general, elementos sexuales. La conciencia de culpabilidad consecutiva a una tentación inextinguible y la angustia expectante bajo la forma de temor al castigo divino se nos ha dado a conocer mucho antes en los dominios religiosos que en los de la neurosis. Quizá a causa de los componentes sexuales entremezclados, o acaso a consecuencia de cualidades generales de los instintos, también en la vida religiosa resulta insuficiente y nunca perfecta la represión de los instintos. Las recaídas en el pecado son incluso más frecuentes en el creyente que en el neurótico y sirven de base a un nuevo orden de actividades religiosas: a los actos de penitencia, cuyo paralelo encontraremos también en la neurosis obsesiva.

La neurosis obsesiva presenta un carácter peculiarísimo, que la despoja de toda dignidad. Y es el hecho de que el ceremonial se adhiere a los actos más nimios de la vida cotidiana y se manifiesta en prescripciones insensatas y en restricciones absurdas de los mismos. Este rasgo singular de la enfermedad se nos hace comprensible cuando averiguamos que el mecanismo del desplazamiento psíquico, descubierto por mí en la producción de los sueños[1024], preside también los procesos anímicos de la neurosis obsesiva. En los ejemplos de actos obsesivos antes expuestos se hace ya visible cómo el simbolismo y el detalle de tales actos nacen por medio de un desplazamiento desde el elemento auténtico e importante a un sustitutivo nimio; por ejemplo, desde el marido al sillón. Esta tendencia al desplazamiento es la que modifica cada vez más el cuadro de los fenómenos patológicos y logra, por fin, convertir lo aparentemente más nimio en lo más

importante y urgente. Es innegable que en el terreno religioso existe también una tendencia análoga al desplazamiento del valor psíquico, y precisamente en igual sentido; de suerte que el ceremonial, puramente formal, de las prácticas religiosas se convierte poco a poco en lo más esencial y da de lado su contenido ideológico. Por eso las religiones sufren reformas que se esfuerzan en establecer los valores primitivos.

A primera vista, los actos religiosos no parecen entrañar aquel carácter transaccional que los actos obsesivos integran como síntomas neuróticos, y, sin embargo, también acabamos por descubrir en ellos tal carácter cuando recordamos con cuánta frecuencia son realizados, precisamente en nombre de la religión y en favor de la misma, todos aquellos actos que la misma prohíbe como manifestaciones de los instintos por ella reprimidos.

Después de señalar estas coincidencias y analogías podríamos arriesgarnos a considerar la neurosis obsesiva como la pareja patológica de la religiosidad; la neurosis, como una religiosidad individual, y la religión, como una neurosis obsesiva universal. La coincidencia más importante sería la renuncia básica a la actividad de instintos constitucionalmente dados, y la diferencia decisiva consistiría en la naturaleza de tales instintos, exclusivamente sexuales en la neurosis y de origen egoísta en la religión.

La renuncia progresiva a instintos constitucionales, cuya actividad podría aportar al *yo* un placer primario, parece ser uno de los fundamentos del desarrollo de la civilización humana. Una parte de esta represión de instintos es aportada por las religiones, haciendo que el individuo sacrifique a la divinidad el placer de sus instintos. «La venganza es mía», dice el Señor. En la evolución de las religiones antiguas creemos advertir que mucha parte de aquello a lo que el hombre había renunciado como «pecado» fue cedido a la divinidad y estaba aún permitido en nombre de ella, siendo así la cesión a la divinidad el camino por el cual el hombre hubo de liberarse del dominio de los instintos perversos, antisociales. No es quizá, por tanto, una casualidad que a los dioses antiguos se les reconocieran, sin limitación alguna, todas las cualidades humanas —con los crímenes a ellas consecutivos—, ni tampoco una contradicción, el que a pesar de ello no fuera lícito justificar con el ejemplo divino los crímenes propios.

Viena, febrero 1907

XXXV

EL POETA Y LOS SUEÑOS DIURNOS[1025]

1907 [1908]

LOS profanos sentimos desde siempre vivísima curiosidad por saber de dónde el poeta, personalidad singularísima, extrae sus temas —en el sentido de la pregunta que aquel cardenal dirigió a Ariosto— y cómo logra conmovernos con ellos tan intensamente y despertar en nosotros emociones de las que ni siquiera nos juzgábamos acaso capaces. Tal curiosidad se exacerba aún ante el hecho de que el poeta mismo, cuando le interrogamos, no sepa respondernos, o sólo muy insatisfactoriamente, sin que tampoco le preocupe nuestra convicción de que el máximo conocimiento de las condiciones de la elección del tema poético y de la esencia del arte poético no habría de contribuir en lo más mínimo a hacernos poetas.

¡Si por lo menos pudiéramos descubrir en nosotros o en nuestros semejantes una actividad afín en algún modo a la composición poética! La investigación de dicha actividad nos permitiría esperar una primera explicación de la actividad creadora del poeta. Y, verdaderamente, existe tal posibilidad; los mismos poetas gustan de aminorar la distancia entre su singularidad y la esencia generalmente humana y nos aseguran de continuo que en cada hombre hay un poeta y que sólo con el último hombre morirá el último poeta.

¿No habremos de buscar ya en el niño las primeras huellas de la actividad poética? La ocupación favorita y más intensa del niño es el juego. Acaso sea

lícito afirmar que todo niño que juega se conduce como un poeta, creándose un mundo propio, o, más exactamente, situando las cosas de su mundo en un orden nuevo, grato para él. Sería injusto en este caso pensar que no toma en serio ese mundo: por el contrario, toma muy en serio su juego y dedica en él grandes afectos. La antítesis del juego no es gravedad, sino la realidad. El niño distingue muy bien la realidad del mundo y su juego, a pesar de la carga de afecto con que lo satura, y gusta de apoyar los objetos y circunstancias que imagina en objetos tangibles y visibles del mundo real. Este apoyo es lo que aún diferencia el «jugar» infantil del «fantasear».

Ahora bien: el poeta hace lo mismo que el niño que juega: crea un mundo fantástico y lo toma muy en serio; esto es, se siente íntimamente ligado a él, aunque sin dejar de diferenciarlo resueltamente de la realidad. Pero de esta irrealidad del mundo poético nacen consecuencias muy importantes para la técnica artística, pues mucho de lo que, siendo real, no podría procurar placer ninguno puede procurarlo como juego de la fantasía, y muchas emociones penosas en sí mismas pueden convertirse en una fuente de placer para el auditorio del poeta.

La contraposición de la realidad al juego nos descubre todavía otra circunstancia muy significativa. Cuando el niño se ha hecho adulto y ha dejado de jugar; cuando se ha esforzado psíquicamente, a través de decenios enteros, en aprehender, con toda la gravedad exigida, las realidades de la vida, puede llegar un día a una disposición anímica que suprima de nuevo la antítesis entre el juego y la realidad. El adulto puede evocar con cuánta gravedad se entregaba a sus juegos infantiles, y comparando ahora sus ocupaciones pretensamente serias con aquellos juegos pueriles, rechazar el agobio demasiado intenso de la vida y conquistar el intenso placer del humor.

Así, pues, el individuo en crecimiento cesa de jugar; renuncia aparentemente al placer que extraía del juego. Pero quienes conocen la vida anímica del hombre saben muy bien que nada le es tan difícil como la renuncia a un placer que ha saboreado una vez. En realidad, no podemos renunciar a nada, no hacemos más que cambiar unas cosas por otras; lo que parece ser una renuncia es, en realidad, una sustitución o una subrogación. Así también, cuando el hombre que deja de ser niño cesa de jugar, no hace más que prescindir de todo apoyo en objetos reales, y en lugar de jugar,

fantasea. Place castillos en el aire; crea aquello que denominamos ensueños o sueños diurnos. A mi juicio, la mayoría de los hombres crea en algunos períodos de su vida fantasías de este orden. Ha sido éste un hecho inadvertido durante mucho tiempo, por lo cual no se le ha reconocido la importancia que realmente entraña.

El fantasear de los adultos es menos fácil de observar que el jugar de los niños. Desde luego, el niño juega también solo o forma con otros niños, al objeto del juego, un sistema psíquico cerrado; aun cuando no ofrece sus juegos, como un espectáculo, al adulto, tampoco se los oculta. En cambio, el adulto se avergüenza de sus fantasías y las oculta a los demás; las considera como cosa íntima y personalísima, y, en rigor, preferiría confesar sus culpas a comunicar sus fantasías. De este modo es posible que cada uno se tenga por el único que construye tales fantasías y no sospecha en absoluto la difusión general de creaciones análogas entre los demás hombres. Esta conducta dispar del sujeto que juega y el que fantasea tiene su fundamento en la diversidad de los motivos a que respectivamente obedecen tales actividades, las cuales son, no obstante, continuación una de otra.

El juego de los niños es regido por sus deseos o, más rigurosamente, por aquel deseo que tanto coadyuva a su educación: el deseo de ser adulto. El niño juega siempre a «ser mayor»; imita en él juego lo que de la vida de los mayores ha llegado a conocer. Pero no tiene motivo alguno para ocultar tal deseo. No así, ciertamente, el adulto; éste sabe que de él se espera ya que no juegue ni fantasee, sino que obre en el mundo real; y, además, entre los deseos que engendran sus fantasías hay algunos que le es preciso ocultar; por eso se avergüenza de sus fantasías como de algo pueril e ilícito.

Preguntaréis cómo es posible saber tanto de las fantasías de los hombres, cuando ellos las ocultan con sigiloso misterio. Pues bien: es que hay una clase de hombres a los que no precisamente un dios, pero sí una severa diosa —la realidad—, les impone la tarea de comunicar de qué sufren y en qué hallan alegría. Son éstos los enfermos nerviosos, los cuales han de confesar también ineludiblemente sus fantasías al médico, del que esperan la curación por medio del tratamiento psíquico. De esta fuente procede nuestro conocimiento, el cual nos ha llevado luego a la hipótesis, sólidamente fundada, de que nuestros enfermos no nos comunican cosa distinta de lo que

pudiéramos descubrir en los sanos.

Veamos ahora algunos de los caracteres del fantasear. Puede afirmarse que el hombre feliz jamás fantasea, y sí tan sólo el insatisfecho. Los instintos insatisfechos son las fuerzas impulsoras de las fantasías, y cada fantasía es una satisfacción de deseos, una rectificación de la realidad insatisfactoria. Los deseos impulsores son distintos, según el sexo, el carácter y las circunstancias de la personalidad que fantasea; pero no es difícil agruparlas en dos direcciones principales. Son deseos ambiciosos, tendentes a la elevación de la personalidad, o bien deseos eróticos. En la mujer joven dominan casi exclusivamente los deseos eróticos, pues su ambición es consumida casi siempre por la aspiración al amor; en el hombre joven actúan intensamente, al lado de los deseos eróticos, los deseos egoístas y ambiciosos. Pero no queremos acentuar la contraposición de las dos direcciones, sino más bien su frecuente coincidencia; lo mismo que en muchos cuadros de altar aparece visible en un ángulo el retrato del donante, en la mayor parte de las fantasías ambiciosas nos es dado descubrir en algún rincón la dama, por la cual el sujeto que fantasea lleva a cabo todas aquellas heroicidades, y a cuyos pies rinde todos sus éxitos. Como veréis, hay aquí motivos suficientemente poderosos de ocultación; a la mujer bien educada no se le reconoce, en general, más que un mínimo de necesidad erótica, y el hombre joven debe aprender a reprimir el exceso de egoísmo que una infancia mimada le ha infundido para lograr su inclusión en la sociedad, tan rica en individuos igualmente exigentes.

Los productos de esta actividad fantaseadora, los diversos ensueños o sueños diurnos, no son, en modo alguno, rígidos e inmutables. Muy al contrario, se adaptan a las impresiones cambiantes de la vida, se transforman con las circunstancias de la existencia del sujeto, y reciben de cada nueva impresión eficiente lo que pudiéramos llamar el «sello del momento». La relación de la fantasía con el tiempo es, en general, muy importante. Puede decirse que una fantasía flota entre tres tiempos: los tres factores temporales de nuestra actividad representativa. La labor anímica se enlaza a una impresión actual, a una ocasión del presente, susceptible de despertar uno de los grandes deseos del sujeto; aprehende regresivamente desde este punto el recuerdo de un suceso pretérito, casi siempre infantil, en el cual quedó

satisfecho tal deseo, y crea entonces una situación referida al futuro y que presenta como satisfacción de dicho deseo el sueño diurno o fantasía, el cual lleva entonces en si las huellas de su procedencia de la ocasión y del recuerdo. Así, pues, el pretérito, el presente y el futuro aparecen como engarzados en el hilo del deseo, que pasa a través de ellos.

Un ejemplo cualquiera, el más corriente, bastará para ilustrar esta tesis. Suponed el caso de un pobre huérfano al que habéis dado las señas de un patrono que puede proporcionarle trabajo. De camino hacia casa del mismo, vuestro recomendado tejerá quizá un ensueño correspondiente a su situación. El contenido de tal fantasía será acaso el de que obtiene la colocación deseada, complace en ella a sus jefes, se halla indispensable, es recibido por la familia del patrono, se casa con su bella hija y pasa a ser consocio de su suegro, y luego, su sucesor en el negocio. Y con todo esto, el soñador se ha creado una sustitución de lo que antes poseyó en su dichosa infancia; un hogar protector, padres amantes y los primeros objetos de su inclinación cariñosa. Este sencillo ejemplo muestra ya cómo el deseo utiliza una ocasión del presente para proyectar, conforme al modelo del pasado, una imagen del porvenir.

Habría aún mucho que decir sobre las fantasías; pero queremos limitarnos a las indicaciones más indispensables. La multiplicación y la exacerbación de las fantasías crean las condiciones de la caída del sujeto en la neurosis o en la psicosis. Y las fantasías son también los estadios psíquicos preliminares de los síntomas patológicos de que nuestros enfermos se quejan. En este punto se abre un amplio camino lateral, que conduce a la Patología, y en el que por el momento no entraremos.

No podemos, en cambio, dejar de mencionar la relación de las fantasías con los sueños. Tampoco nuestros sueños nocturnos son cosa distinta de tales fantasías, como lo demuestra evidentemente la interpretación onírica[1026]. El lenguaje, con su sabiduría insuperable, ha resuelto hace ya mucho tiempo la cuestión de la esencia de los sueños, dando también este mismo nombre a las creaciones de los que fantasean. El hecho de que, a pesar de esta indicación, nos sea casi siempre oscuro el sentido de nuestros sueños obedece a la circunstancia de que también nocturnamente se movilizan en nosotros deseos que nos avergüenzan y que hemos de ocultarnos a nosotros mismos, habiendo

sido por ello reprimidos y desplazados a lo inconsciente. A estos deseos reprimidos, así como a sus ramificaciones, sólo puede serles permitida una expresión muy deformada. Una vez que la investigación científica logró encontrar la explicación de la deformación de los sueños no se hizo ya difícil descubrir que los sueños nocturnos son satisfacciones de deseos, al igual de los sueños diurnos, las fantasías, que tan bien conocemos todos.

Pasemos ahora de las fantasías al poeta. ¿Deberemos realmente arriesgar la tentativa de comparar al poeta con el hombre «que sueña despierto», y comparar sus creaciones con los sueños diurnos? Se nos impone, ante todo, una primera diferenciación: hemos de distinguir entre aquellos poetas que utilizan temas ya dados, como los poetas trágicos y épicos de la antigüedad, y aquellos otros que parecen crearlos libremente. Nos atendremos a estos últimos y elegiremos para nuestra comparación no precisamente los poetas que más estima la crítica, sino otros más modestos: los escritores de novelas, cuentos e historias, los cuales encuentran, en cambio, más numerosos y entusiastas lectores. En las creaciones de estos escritores hallamos, ante todo, un rasgo singular: tienen un protagonista que constituye el foco del interés, para el cual intenta por todos los medios el poeta conquistar nuestras simpatías, y al que parece proteger con especial providencia. Cuando al final de un capítulo novelesco dejamos al héroe desvanecido y sangrando por graves heridas, podemos estar seguros de que al principio del capítulo siguiente lo encontraremos solícitamente atendido y en vías de restablecimiento; y si el primer tomo acaba con el naufragio del buque en el que nuestro héroe navegaba, es indudable que al principio del segundo tomo leeremos la historia de su milagroso salvamento, sin el cual la novela no podría continuar. El sentimiento de seguridad, con el que acompañamos al protagonista a través de sus peligrosos destinos, es el mismo con el que un héroe verdadero se arroja al agua para salvar a alguien que está en trance de ahogarse, o se expone al fuego enemigo para asaltar una batería; es aquel heroísmo al cual ha dado acabada expresión uno de nuestros mejores poetas (Anzengruber): «No puede pasarme, nada». Pero, a mi juicio, en este signo delator de la invulnerabilidad se nos revela sin esfuerzo su majestad el *yo*, el héroe de todos los ensueños y de todas las novelas.

Otros rasgos típicos de estas narraciones egocéntricas indican la misma afinidad. El hecho de que todas las mujeres de la novela se enamoren del protagonista no puede apenas interpretarse como una posible realidad, pero sí desde luego comprenderse como elemento necesario del ensueño. Y lo mismo cuando las demás personas de la novela se dividen exactamente en dos grupos: «los buenos» y «los malos», con evidente renuncia a la variedad de los caracteres humanos, observable en la realidad. Los «buenos» son siempre los amigos, y los «malos», los enemigos y competidores del *yo*, convertido en protagonista.

Ahora bien: no negamos en modo alguno que muchas producciones poéticas se mantienen muy alejadas del modelo del ingenuo sueño diurno, pero no podemos acallar la sospecha de que también las desviaciones más extremas podrían ser relacionadas con tal modelo a través de una serie de transiciones sin solución alguna de continuidad. Todavía en muchas de las llamadas novelas psicológicas me ha extrañado advertir que sólo una persona, el protagonista nuevamente, es descrita por dentro; el poeta está en su alma y contempla por fuera a los demás personajes. Acaso la novela psicológica debe, en general, su peculiaridad a la tendencia del poeta moderno a disociar su *yo* por medio de la autoobservación en *yoes* parciales, y personificar en consecuencia en varios héroes las corrientes contradictorias de su vida anímica. Especialmente contrapuestas al tipo del sueño diurno parecen ser aquellas novelas que pudiéramos calificar de «excéntricas», en las cuales la persona introducida como protagonista desempeña el mínimo papel activo, y deja desfilar ante ella como un mero espectador los hechos y los sufrimientos de los demás. De este género son varias de las últimas novelas de Zola. Pero hemos de advertir que el análisis psicológico de numerosos sujetos no escritores desviados en algunos puntos de lo considerado como normal nos ha dado a conocer variantes análogas de los sueños diurnos, en las cuales el *yo* se contenta con el papel de espectador.

Si nuestra comparación del poeta con el ensoñador y de la creación poética con el sueño diurno ha de entrañar un valor, tendrá, ante todo, que demostrarse fructífera en algún modo. Intentaremos aplicar a las obras del poeta nuestra tesis anterior de la relación de la fantasía con el pretérito, el presente y el futuro, y con el deseo que fluye a través de los mismos, y

estudiar con su ayuda las relaciones dadas entre la vida del poeta y sus creaciones. En la investigación de este problema se ha tenido, por lo general, una idea demasiado simple de tales relaciones. Según los conocimientos adquiridos en el estudio de las fantasías, debemos presuponer las circunstancias siguientes: Un poderoso suceso actual despierta en el poeta el recuerdo de un suceso anterior, perteneciente casi siempre a su infancia, y de éste parte entonces el deseo, que se crea satisfacción en la obra poética, la cual del mismo modo deja ver elementos de la ocasión reciente y del antiguo recuerdo.

La complicación de esta fórmula no debe arredrarnos. Por mi parte, sospecho que demostrará no ser sino un esquema harto insuficiente; pero de todos modos puede entrañar una primera aproximación al proceso real, y después de varios experimentos por mí realizados, opino que esa consideración de las producciones poéticas no puede ser infructuosa. No debe olvidarse que la acentuación, quizá desconcertante, de los recuerdos infantiles en la obra del poeta se deriva en último término de la hipótesis de que la poesía, como el sueño diurno, es la continuación y el sustitutivo de los juegos infantiles.

Examinemos ahora aquel género de obras poéticas en las que no vemos creaciones libres, sino elaboraciones de temas ya dados y conocidos. También en ellas goza el poeta de cierta independencia, que puede manifestarse en la elección del tema y en la modificación del mismo, a veces muy amplia. Ahora bien: todos los temas dados proceden del acervo popular, constituido por los mitos, las leyendas y las fábulas. La investigación de estos productos de la psicología de los pueblos no es, desde luego, imposible; es muy probable que los mitos, por ejemplo, correspondan a residuos deformados de fantasías optativas de naciones enteras a los sueños seculares de la Humanidad joven.

Se me dirá que he tratado mucho más de las fantasías que del poeta, no obstante haber adscrito al mismo primer lugar en el título de mi trabajo.

Lo sé, y voy a tratar de disculparlo con una indicación del estado actual de nuestros conocimientos. No podía ofrecer en este sentido más que ciertos estímulos y sugerencias que la investigación de las fantasías ha hecho surgir

en cuanto al problema de la elección del tema poético. El otro problema, el de los medios con los que el poeta consigue los efectos emotivos que sus creaciones despiertan, no lo hemos tocado aún. Indicaremos, por lo menos, cuál es el camino que conduce desde nuestros estudios sobre las fantasías a los problemas de los efectos poéticos.

Dijimos antes que el soñador oculta cuidadosamente a los demás sus fantasías porque tiene motivos para avergonzarse de ellas. Añadiremos ahora que aunque nos las comunicase no nos produciría con tal revelación placer ninguno. Tales fantasías, cuando llegan a nuestro conocimiento, nos parecen repelentes, al menos nos dejan completamente fríos.

En cambio, cuando el poeta nos hace presenciar sus juegos o nos cuenta aquello que nos inclinamos a explicar cómo sus personales sueños diurnos, sentimos un elevado placer, que afluye seguramente de numerosas fuentes. Cómo lo consigue el poeta es su más íntimo secreto; en la técnica de la superación de aquella repugnancia, relacionada indudablemente con las barreras que se alzan entre cada *yo* y las demás, está la verdadera *ars poética*. Dos órdenes de medios de esta técnica se nos revelan fácilmente. El poeta mitiga el carácter egoísta del sueño diurno por medio de modificaciones y ocultaciones y nos soborna con el placer puramente formal, o sea estético, que nos ofrece la exposición de sus fantasías. A tal placer, que nos es ofrecido para facilitar con él la génesis de un placer mayor, procedente de fuentes psíquicas más hondas, lo designamos con los nombres de prima de atracción o placer preliminar. A mi juicio, todo el placer estético que el poeta nos procura entraña este carácter del placer preliminar, y el verdadero goce de la obra poética procede de la descarga de tensiones dadas en nuestra alma. Quizá contribuye no poco a este resultado positivo el hecho de que el poeta nos pone en situación de gozar en adelante, sin avergonzarnos ni hacernos reproche alguno, de nuestras propias fantasías.

Nos hallaríamos aquí en trance de nuevas investigaciones, tan interesantes como complicadas.

XXXVI

FANTASÍAS HISTÉRICAS Y SU RELACIÓN CON LA BISEXUALIDAD[1027]

1908

LOS delirios de formas típicas y en que los paranoicos vierten la grandeza y las cuitas del propio *yo*, son ya generalmente conocidos. Conocemos también por numerosas monografías la singularísima y diversa *mise en scène* que ciertos perversos crean para la satisfacción —imaginativa o real— de sus tendencias sexuales. En cambio, constituirá para muchos una novedad oír que en todas las psiconeurosis, y muy especialmente en la histeria, emergen productos psíquicos análogos, y que estos productos —denominados fantasías histéricas— muestran importantes relaciones con la acusación de los síntomas neuróticos.

Todas estas creaciones fantásticas tienen su fuente común y su prototipo normal en los llamados «sueños diurnos» de la juventud, estudiados ya por algunos autores, aunque todavía sin detenimiento suficiente[1028]. Igualmente frecuentes, quizá, en ambos sexos, parecen ser siempre en la mujer de carácter erótico, y en el hombre de carácter erótico o ambicioso. No quiere esto decir que el factor erótico presente aquí en el hombre una menor importancia, pues un más detenido examen de los «sueños diurnos» masculinos nos revela que las hazañas en ellos fantaseadas obedecen tan sólo al deseo de gustar a una mujer y ser preferido por ella[1029]. Estas fantasías son satisfacciones de deseos nacidos de una privación y un anhelo y llevan

con razón el nombre de «sueños diurnos», pues nos proporcionan la clase de los sueños nocturnos en los cuales el nódulo de la producción del sueño aparece constituido, precisamente, por tales fantasías diurnas, complicadas, deformadas y mal interpretadas por la instancia psíquica consciente[1030].

Estos sueños diurnos interesan vivamente al sujeto, que los cultiva con todo cariño y los encierra en el más pudoroso secreto, como si contasen entre los más íntimos bienes de su personalidad. Sin embargo, en la calle descubrimos fácilmente al individuo entregado a una de estas ensoñaciones, pues su actividad imaginativa transciende en una repentina sonrisa ausente, en un soliloquio o en un aceleramiento de la marcha, con el que delata haber llegado al punto culminante de la situación ensoñada. Todos los ataques histéricos que hasta hoy he podido investigar demostraron ser ensoñaciones de este orden, involuntariamente emergentes. La observación no deja, en efecto, duda alguna de que tales fantasías puedan ser tanto inconscientes como conscientes, y en cuanto estas últimas se hacen inconscientes pueden devenir también patógenas; esto es, exteriorizarse en síntomas y ataques. En circunstancias favorables se hace aún posible a la conciencia apoderarse de una de estas fantasías inconscientes. Una de mis enfermas, a la que yo había llamado la atención sobre sus fantasías, me contó que en el curso de un paseo se había sorprendido llorando, y al reflexionar había logrado rápidamente aprisionar una fantasía, en la que entablaba relaciones amorosas con un popular pianista (al que no conocía personalmente), tenía un hijo con él (la sujeto no los tenía) y era luego abandonada con el niño, quedando reducida a la más extrema miseria. Al llegar a este punto su fantasía fue cuando se le saltaron las lágrimas.

Las fantasías inconscientes, o lo han sido siempre, habiendo tenido su origen en lo inconsciente, o, lo que es más frecuente, fueron un día fantasías conscientes, sueños diurnos, y han sido luego intencionadamente olvidadas, relegadas a lo inconsciente por la «represión». Su contenido puede entonces haber permanecido invariado o, por lo contrario, haber sufrido alteración, en cuyo caso la fantasía inconsciente integra una importantísima relación con la vida sexual del individua, pues es idéntica la que él mismo empleó como base de la satisfacción sexual, en un período de masturbación. El acto masturbador (o en su más amplio sentido, onanista) se dividía por entonces en dos partes:

la evocación de la fantasía, y, llegada ésta a su punto culminante, los manejos activos conducentes a la satisfacción sexual. Esta composición es más bien, como ya sabemos, una soldadura. En un principio, la acción presentaba un carácter puramente autoerótico, apareciendo destinada a conseguir placer de una determinada zona erógena. Más tarde, esta acción se fusionó con una representación optativa perteneciente al círculo de la elección de objeto y sirvió para dar en parte realidad a la situación en que tal fantasía culminaba. Cuando luego renuncia el individuo a este orden de satisfacción masturbación-fantástica, queda abandonada la acción; pero la fantasía pasa, de ser consciente, a ser inconsciente, y cuando la satisfacción sexual abandonada no es sustituida por otra distinta, observando el sujeto una total abstinencia, pero sin que le sea posible sublimar su libido, o sea desviar su excitación sexual hacia fines más elevados; cuando todo esto se une, quedan cumplidas las condiciones necesarias para que la fantasía inconsciente adquiera nuevas fuerzas y consiga, con todo el poderío de la necesidad sexual, exteriorizarse, por lo menos en parte, bajo la forma de un síntoma patológico.

Las fantasías inconscientes son, de este modo, las premisas psíquicas más inmediatas de toda una serie de síntomas histéricos. Éstos no son sino tales mismas fantasías inconscientes exteriorizadas mediante la «conversión», y en cuanto son de carácter somático demuestran en muchas ocasiones haber sido elegidos entre aquellas mismas sensaciones sexuales e inervaciones motoras que en un principio acompañaron a la fantasía de que se trate, consciente aún por entonces. De este modo queda, en realidad, anulado el abandono del onanismo y alcanzado, aunque nunca por completo, sí por aproximación, el último fin de todo el proceso patológico, o sea el establecimiento de la satisfacción sexual antes primaria.

Al estudiar la histeria, nuestro interés se transfiere pronto desde los síntomas a las fantasías de las cuales surgen aquéllos. La técnica psicoanalítica permite descubrir primero, partiendo de los síntomas, las fantasías inconscientes y hacerlas luego conscientes en el enfermo. Siguiendo este camino, hemos hallado que por lo menos el contenido de las fantasías inconscientes corresponde por completo a las situaciones de satisfacción sexual conscientemente creadas por los perversos. Si precisamos ejemplos de

este orden, no tenemos más que recordar las invenciones de los Césares romanos, de una extravagancia sólo limitada por el desenfrenado poderío de la fantasía morbosa. Los delirios de los paranoicos no son sino fantasías de este género, pero que se han hecho inmediatamente conscientes. Aparecen basadas en los componentes sádico-masoquistas del instinto sexual y tiene también su pareja en ciertas fantasías inconscientes de los histéricos. También es conocido el caso —muy importante desde el punto de vista práctico— en que el histérico no exterioriza sus fantasías en forma de síntomas, sino en una realización consciente, fingiendo atentados, maltratos y agresiones sexuales.

Por este camino de la investigación psicoanalítica, que conduce desde los síntomas manifiestos a las fantasías inconscientes ocultas, descubrimos todo lo que es posible averiguar sobre la sexualidad de los psiconeuróticos, y entre ellos, el hecho que constituye el tema principal del presente trabajo.

A causa, probablemente, de las dificultades que se oponen a las fantasías inconscientes en su tendencia a lograr una exteriorización, la relación entre tales fantasías y los síntomas no es nada simple, sino muy complicada[1031].

Por lo regular, dado un pleno desarrollo de la neurosis, un síntoma no corresponde a una única fantasía inconsciente, sino a varias; pero no de un modo arbitrario, sino conforme a ciertas normas de composición. Al comienzo de la enfermedad no aparecerán aún desarrolladas todas estas complicaciones.

En obsequio del interés general romperé aquí la cohesión de este trabajo para interpretar una serie de fórmulas encaminadas a agotar progresivamente la esencia de los síntomas histéricos. Estas fórmulas no se contradicen unas a otras, sino que corresponden, en parte, a definiciones más completas y penetrantes y, en parte, a la aplicación de puntos de vista distintos:

1) El síntoma histérico es el símbolo mnémico de ciertas impresiones y experiencias eficaces (traumáticas).

2) El síntoma histérico es la sustitución, creada por «conversión», para el retorno asociativo de estas experiencias traumáticas.

3) El síntoma histérico es —como también otros productos psíquicos— la expresión de una realización de deseos.

4) El síntoma histérico es la «realización» de una fantasía inconsciente

puesta al servicio del cumplimiento de deseos.

5) El síntoma histérico sirve para la satisfacción sexual y representa una parte de la vida sexual de la persona (correlativamente, uno de los componentes de su instinto sexual).

6) El síntoma histérico corresponde al retorno de una forma de satisfacción sexual realmente utilizada en la vida infantil y reprimida después.

7) El síntoma histérico nace como transacción entre dos movimientos afectivos o instintivos contrarios, uno de los cuales tiende a la exteriorización de un instinto parcial o de un componente de la constitución sexual, y el otro, a evitar tal exteriorización.

8) El síntoma histérico puede tomar la representación de distintos movimientos inconscientes asexuales, pero no puede carecer de una significación sexual.

De estas diversas fórmulas es la séptima la que más completamente expresa la esencia del síntoma histérico como realización de una fantasía inconsciente, atendiendo debidamente, con la octava, a la significación del factor sexual. Varias de las formulas anteriores se hallan contenidas, como premisas, en esta obra.

A consecuencia de esta relación entre los síntomas y las fantasías no nos es difícil llegar, por medio del psicoanálisis de los síntomas, al conocimiento de los componentes del instinto sexual dominante en el individuo, tal y como ya lo hicimos en nuestros *Tres ensayos sobre una teoría sexual*. Pero esta investigación da, en algunos casos, un resultado inesperado. Muestra, en efecto, que para la solución del síntoma no basta su referencia a una fantasía sexual inconsciente o a una serie de fantasías, una de las cuales, la más importante y primitiva, es de naturaleza sexual, sino que para dicha solución nos son precisas dos fantasías sexuales, de carácter masculino una y femenino la otra, de manera que una de ellas corresponde a un impulso homosexual. Esta novedad no altera en modo alguno el principio integrado en nuestra séptima fórmula, resultando así que un síntoma histérico corresponde necesariamente a una transacción entre un impulso libidinoso y otro represor; pero puede también corresponder, accesoriamente, a una asociación de dos fantasías libidinosas de carácter sexual contrario.

No me es posible exponer, dentro de los límites del presente trabajo, ejemplo alguno de este proceso. La experiencia me ha enseñado que un breve extracto de un análisis no puede jamás producir la impresión probatoria que con su exposición nos proponemos, y la exposición completa de un análisis requeriría mayor espacio del que nos está concedido.

Me limitaré, pues, a formular un nuevo principio y a explicar luego su significación.

9) Un síntoma histérico es expresión, por un lado, de una fantasía masculina y, por otro, de otra femenina, ambas sexuales e inconscientes.

He de hacer constar que no puedo atribuir a este principio la misma validez general que a los demás. Por lo que hasta ahora he podido observar, no se confirma en todas las cosas ni tampoco en todos los síntomas de un caso. Por lo contrario, no es difícil hallar casos en los cuales los impulsos de opuesto sentido sexual se manifiestan en síntomas distintos, de manera que los síntomas de la heterosexualidad y los de la homosexualidad pueden ser tan precisamente discriminados como las fantasías ocultas detrás de ellos. Pero la relación afirmada en la novena fórmula es lo suficientemente frecuente, y cuando se da, lo bastante importante para merecer especial atención. Me parece constituir el mayor grado de complicación que puede alcanzar la determinación de un síntoma histérico y, por tanto, no debemos esperar encontrarlo sino en neurosis ya prolongadas y muy organizadas[1032].

Esta significación bisexual de los síntomas histéricos, comprobable de todos modos en numerosos casos, es una prueba más de mi afirmación anterior[1033] de que en los psicoanálisis de sujetos psiconeuróticos se transparenta con especial claridad la supuesta bisexualidad original del individuo. El masturbador que en sus fantasías conscientes procura infundirse tanto en el hombre como en la mujer de la situación fantaseada nos ofrece el ejemplo de un proceso totalmente análogo y perteneciente al mismo sector. Por último, también conocemos ciertos ataques histéricos en los que la enferma representa, simultáneamente, los papeles de los dos protagonistas de la fantasía sexual subyacente. Así, en un caso observado por mí, la enferma sujetaba con una mano sus vestidos contra su cuerpo (como la mujer objeto de una agresión sexual) y con la otra mano intentaba despojarse de ellos (como el hombre agresor). A esta simultaneidad contradictoria se debe en

gran parte la dificultad de reconocer la situación representada en el ataque, resultando así muy adecuada para encubrir la fantasía inconsciente en él exteriorizada.

En el tratamiento psicoanalítico es muy importante hallarse preparado a tropezar con esta significación bisexual de un síntoma. De este modo, no podrá extrañarnos ni desconcertarnos que un síntoma continúe manifestándose y presentando igual intensidad aun después de haber descubierto una de sus significaciones sexuales. En estos casos pensaremos que se apoya todavía en la significación sexual contraria.

En el curso del tratamiento podemos asimismo observar cómo durante el análisis de una de las significaciones sexuales aprovecha el enfermo la facilidad de poder escapar constantemente con sus asociaciones espontáneas al campo de la significación contraria, como a una vía paralela.

XXXVII

EL CARÁCTER Y EL EROTISMO ANAL[1034]

1908

ENTRE las personas a las que intentamos prestar ayuda por medio de los métodos psicoanalíticos hallamos con bastante frecuencia un tipo que se distingue por la coincidencia de ciertas cualidades de carácter y en el que atraen, además, nuestra atención determinadas singularidades, una de cuyas funciones somáticas y los órganos en ella participantes hubieron de presentar durante la infancia. No puedo ya indicar con exactitud cuáles fueron las ocasiones que me movieron a sospechar una relación orgánica entre aquellas cualidades del carácter y estas singularidades de ciertos órganos, pero sí puedo asegurar que en la emergencia de tal sospecha no participó prejuicio alguno teórico. Posteriormente, la acumulación de impresiones análogas ha robustecido en mí de tal modo la creencia en dicha relación, que hoy me aventuro ya a comunicarla.

Las personas que me propongo describir atraen nuestra atención por presentar regularmente asociadas tres cualidades: son *ordenados, económicos* y *tenaces*. Cada una de estas palabras sintetiza, en realidad, un pequeño grupo de rasgos característicos afines. La cualidad de «ordenado» comprende tanto la pulcritud individual como la escrupulosidad en el cumplimiento de deberes corrientes y la garantía personal; lo contrario de «ordenado» sería, en este sentido, descuidado o desordenado. La economía puede aparecer intensificada hasta la avaricia, y la tenacidad convertirse en obstinación,

enlazándose a ella fácilmente una tendencia a la cólera e inclinaciones vengativas. Las dos últimas condiciones mencionadas, la economía y la tenacidad, aparecen más estrechamente enlazadas entre sí que con la primera. Son también la parte más constante del complejo total. De todos modos me parece indudable que las tres se enlazan de algún modo entre sí.

Investigando la temprana infancia de estas personas averiguamos fácilmente que necesitaron un plazo relativamente amplio para llegar a dominar la *incontinencia alvi* infantil, y que todavía en años posteriores de su infancia tuvieron que lamentar algunos fracasos aislados de esta función. Parecen haber pertenecido a aquellos niños de pecho que se niegan a defecar en el orinal porque el acto de la defecación les produce, accesoriamente, un placer[1035], pues confiesan que en años algo posteriores les gustaba retener la deposición, y recuerdan, aunque refiriéndose por lo general a sus hermanos y no a sí propios, toda clase de manejos indecorosos con el producto de la deposición. De estos signos deducimos una franca acentuación erógena de la zona anal en la constitución sexual congénita de tales personas. Pero como una vez pasada la infancia no se descubre ya en ellas resto alguno de tales debilidades y singularidades, hemos de suponer que la zona anal ha perdido su significación erótica en el curso de la evolución, y sospechamos que la constancia de aquella tríada de cualidades observables en su carácter puede ser relacionada con la desaparición del erotismo anal.

Sé muy bien que nadie se aventura a aceptar la existencia de un estado de cosas mientras el mismo le resulte incomprensible y no ofrece acceso alguno a una explicación. Pero algunas de las hipótesis desarrolladas por mí en *Tres ensayos sobre una teoría sexual* pueden aproximarnos, por lo menos, a la comprensión de la parte fundamental de nuestro tema. En el citado estudio intento mostrar que el instinto sexual humano es algo muy complejo, que nace de las aportaciones de numerosos componentes e instintos parciales. Los estímulos periféricos de ciertas partes del cuerpo (los genitales, la boca, el ano, el extremo del conducto uretral), a las que damos el nombre de zonas erógenas, rinden aportaciones esenciales a la «excitación sexual». Pero no todas las magnitudes de excitación procedentes de estas zonas reciben el mismo destino, ni lo reciben tampoco igual en todos los periodos de la vida del individuo. En general, sólo una parte de ellas es aportada a la vida sexual.

Otra parte es desviada de los fines sexuales y orientada hacia otros fines distintos, proceso al que damos el nombre de «sublimación». Hacia aquel período de la vida individual que designamos con el nombre de período de «latencia», o sea desde los cinco años[1036] a las primeras manifestaciones de la pubertad (hacia los once años), son creados en la vida anímica, a costa, precisamente, de estas excitaciones aportadas por las zonas erógenas, productos de reacción o, por decirlo así, anticuerpos, tales como el pudor, la repugnancia y la moral, que se oponen en calidad de diques a la ulterior actividad de los instintos sexuales. Dado que el erotismo anal pertenece a aquellos componentes del instinto que en el curso de la evolución y en el sentido de nuestra actual educación cultural resultan inutilizables para fines sexuales, no parece muy aventurado reconocer en las cualidades que tan frecuentemente muestran reunidos los individuos cuya infancia presentó una especial intensidad de este instinto parcial —el orden, la economía y la tenacidad— los resultados más directos y constantes de la sublimación del erotismo anal[1037].

Tampoco a nosotros se nos ha hecho transparente la necesidad interior de esta relación, pero sí podemos aducir algo que puede aproximarnos a su comprensión. La pulcritud, el orden y la escrupulosidad hacen la impresión de ser productos de la reacción contra el interés hacia lo sucio, perturbador y no perteneciente a nuestro cuerpo (*Dirt is matter in the wrong place*). La labor de relacionar la tenacidad con el interés por la defecación parece harto difícil; pero podemos recordar que ya el niño de pecho puede conducirse según su voluntad propia en lo que respecta a la defecación, y que la educación se sirve, en general, de la aplicación de dolorosos estímulos sobre la región vecina a la zona erógena anal para doblegar la obstinación del niño e inspirarle docilidad. Como expresión del terco desafío se emplea aún entre nuestras clases populares una frase en la que el sujeto invita a su interlocutor a besarle el trasero, o sea, en realidad, a una caricia que ha sucumbido a la represión. El gesto de volver la espalda al adversario y mostrarle el trasero desnudo es también un acto de desafío y desprecio, correspondiendo a aquella frase. En el *Götz von Berlichingen* goethiano aparecen exactamente empleados como expresión de desafío el gesto y la frase descritos.

Entre los complejos del amor al dinero y la defecación, aparentemente tan

dispares, descubrimos, sin embargo, múltiples relaciones. Todo médico que ha practicado el psicoanálisis sabe que por medio de esta correlación se logra la desaparición del más rebelde estreñimiento, habitual de los enfermos nerviosos. El asombro que esto puede provocar quedará mitigado al recordar que dicha función se demostró también análogamente dócil al influjo de la sugestión hipnótica. Pero en el psicoanálisis no alcanzamos este resultado más que tocando el complejo crematístico de los pacientes y atrayéndolo, con todas sus relaciones, a la conciencia de los mismos. Realmente en todos aquellos casos en los que dominan o perduran las formas arcaicas del pensamiento, en las civilizaciones antiguas, los mitos, las fábulas, la superstición, el pensamiento inconsciente, el sueño y la neurosis, aparece el dinero estrechamente relacionado con la inmundicia. El oro que el diablo regala a sus protegidos se transforma luego en estiércol. Y el diablo no es, ciertamente, sino la personificación de la vida instintiva reprimida e inconsciente[1038]. La superstición que relaciona el descubrimiento de tesoros ocultos con la defecación, y la figura folklórica del *cagaducados*, son generalmente conocidas. Ya en las antiguas leyendas babilónicas es el oro el estiércol del infierno: «Mammon = ilu mamman[1039]». Así, pues, cuando la neurosis sigue los usos del lenguaje, lo hace tomando las palabras en su sentido primitivo, rico en significaciones, y cuando parece representar plásticamente una palabra, restablece regularmente sólo su antiguo sentido.

Es muy posible que la antítesis entre lo más valioso que el hombre ha conocido y lo más despreciable, la escoria que arroja de sí, sea lo que haya conducido a esta identificación del oro con la inmundicia.

En el pensamiento de la neurosis coadyuva aún quizá a tal identificación otra circunstancia. Como ya sabemos, el interés primitivamente erótico, dedicado a la defecación, se halla destinado a desaparecer en años ulteriores. En estos años surge como nuevo interés, inexistente en la infancia, el inspirado por el dinero, y esta circunstancia facilita el que la tendencia anterior, a punto de perder su fin, se transfiera al nuevo fin emergente.

Si las relaciones aquí afirmadas entre el erotismo anal y la indicada tríada de condiciones de carácter poseen alguna base real, no esperamos hallar una especial acentuación del «carácter anal» en aquellos adultos en los que perdura el carácter erógeno de la zona anal; por ejemplo, en determinados

homosexuales. Si no me equivoco mucho, las observaciones hasta ahora realizadas no contradicen esta conclusión.

Ante los resultados expuestos habremos de reflexionar si también otros complejos del carácter dejarán transparentar su derivación de las excitaciones de determinadas zonas erógenas. Hasta el día, sólo he podido reconocer la «ardiente» ambición de los individuos que en su infancia padecieron de enuresis[1040]. De todos modos, podemos establecer para la constitución definitiva del carácter, producto de los instintos parciales, la siguiente fórmula: los rasgos permanentes del carácter son continuaciones invariadas de los instintos primitivos, sublimaciones de los mismos o reacciones contra ellos.

XXXVIII

GENERALIDADES SOBRE EL ATAQUE HISTÉRICO[1041]

1908 [1909]

A

AL someter al psicoanálisis a una histérica cuya enfermedad se exterioriza en ataques, llegamos fácilmente a la convicción de que tales ataques no son sino fantasías, traducidas en actos motores, proyectadas sobre la motilidad y mímicamente representadas. Estas fantasías son, desde luego, inconscientes; pero, fuera de esto, de naturaleza idéntica a aquellas que podemos aprehender inmediatamente en los ensueños diurnos o desentrañar por medio de la interpretación analítica en los sueños propiamente dichos. Un sueño sustituye muchas veces a un ataque o, más frecuentemente aún, lo explica, presentando una distinta manifestación de la misma fantasía representada en el ataque. Pudiera así esperarse que la observación del ataque revelara la fantasía en él representada, pero es muy raro que así suceda. Por lo general, la representación mímica de la fantasía ha sufrido bajo la influencia de la censura deformaciones análogas a la alucinatoria del sueño, ocultándose así tanto a la conciencia del sujeto como a la comprensión del observador.

El ataque histérico requiere, por tanto, una elaboración interpretadora,

como la que emprendemos con los sueños. Pero tanto los fines a que tiende esta deformación como los poderes que la imponen y la técnica que desarrolla son los mismos que hemos conocido en la interpretación onírica.

1) El ataque se hace incomprensible por representar simultáneamente con un mismo material varias fantasías, o sea por *condensación*. Los elementos comunes de las distintas fantasías forman, como en el sueño, el nódulo de la representación. Las fantasías así encubiertas son frecuentemente de muy distinto género; por ejemplo, un deseo reciente y la reviviscencia de una impresión infantil; las mismas inervaciones sirven entonces a ambas intenciones, con frecuencia en forma habilísima. Aquellos histéricos que hacen un amplio uso de la condensación llegan a tener suficiente con una única forma de ataque. Otros, en cambio, expresan una multiplicidad de fantasías patógenas por una multiplicación correlativa de las formas del ataque.

2) El ataque se hace ininteligible por encargarse el enfermo de desarrollar las actividades de las dos personas emergentes en la fantasía, o sea por *identificación múltiple*. Recuérdese, por ejemplo, el caso citado en nuestro anterior ensayo sobre «Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad»; caso en el cual la enferma trataba de desnudarse con una mano (como hombre) y sujetaba sus vestidos con la otra (como mujer).

3) *La inversión antagónica de las inervaciones*, proceso análogo a la transformación de un elemento en su contrario, habitual en la elaboración de los sueños, produce también máxima deformación. Así, el sujeto representará en sus ataques el acto de abrazar extendiendo sus brazos convulsivamente hacia atrás, hasta anudar sus manos sobre la columna vertebral. El conocido «arco de círculo» del gran ataque histérico no es, probablemente, sino tal negación por inervación antagónica de una posición apropiada al comercio sexual.

4) Por último, también coadyuva a desorientar al observador la *inversión del orden temporal* de la fantasía representada; proceso comprobable también en algunos sueños, que comienzan con el final de la acción para terminar por su principio. Ejemplo: una histérica fantasea la siguiente escena de seducción: está sentada en un parque, leyendo, y su falda, un poco levantada, deja ver el pie, pequeño y bien formado. Un caballero se acerca a ella, entabla

conversación y se trasladan a otro lugar, donde se entregan a tierno transportes. Al representar la sujeto en el ataque esta fantasía comienza por una fase de convulsiones correspondientes al coito, y a continuación se levanta, se traslada a otro cuarto, se sienta, se pone a leer y responde luego a un interlocutor imaginario.

Las dos deformaciones últimamente descritas nos dejan entrever la intensidad de las resistencias que aún se oponen a lo reprimido en su emergencia en el ataque histérico.

B

LA emergencia de los ataques histéricos sigue normas fácilmente comprensibles. Dado que el complejo reprimido está formado por una carga de libido y un contenido ideológico (fantasía), el ataque puede ser provocado como sigue: 1.º *Asociativamente*, cuando el contenido del complejo (suficientemente cargado) es aludido por un suceso de la vida consciente. 2.º *Orgánicamente*, cuando, por causas internas somáticas y por algún influjo psíquico externo, sobrepasa la carga de libido determinado nivel. 3.° En servicio de *propósitos primarios*, como expresión del «refugio en la enfermedad», cuando la realidad se hace penosa o temible, o sea como *consuelo*; y 4.° En servicio de *propósitos secundarios*, con los que se ha aliado la enfermedad, en cuanto la producción del ataque facilita el logro de un fin conveniente al enfermo. En este último caso, en ciertos individuos, el ataque da la impresión de una simulación consciente; puede prefijarse el momento de su aparición e incluso aplazarse su emergencia[1042].

C

LA investigación de la infancia de los histéricos muestra que el ataque histérico está destinado a constituir la sustitución de una satisfacción autoerótica, habitual en dicha época de su vida y abandonada después. En

muchos casos esta satisfacción (masturbación manual o por presión de los muslos, movimientos de la lengua, etc.) retorna en el ataque mismo, sin que el sujeto tenga conciencia de ello. La emergencia del ataque por incremento de la libido y en servicio de la tendencia primaria como consuelo repite también exactamente las condiciones en las cuales era intencionadamente buscada en su tiempo por el sujeto la citada satisfacción autoerótica. La anamnesis del enfermo descubre los estadios siguientes: *a)* Satisfacción autoerótica, no acompañada de representación alguna, *b)* Satisfacción autoerótica que unida a una fantasía conduce al acto satisfaciente. *c)* Renunciación del acto conservando la fantasía, *d)* Represión de esta fantasía, la cual se impone luego, intacta o modificada, y adaptada a nuevas impresiones de la vida, en el ataque histérico, provocando eventualmente el retorno del acto satisfaciente, antes ligado a ella, y al que parece haber renunciado ya el sujeto, *e)* La fantasía puede aún reinstalar el acto satisfaciente que le pertenece y que había sido ostensiblemente descartado. Un ciclo típico de actividad sexual infantil —represión—, fracaso de la represión y retorno de lo reprimido.

La incontinencia de orina en el momento del ataque no es inconciliable con el diagnóstico de una histeria, pues no hace sino repetir la forma infantil de la polución. No es tampoco raro encontrar, en casos indudables de histeria, la mordedura de la lengua. Este acto, tan compatible con la histeria como con los juegos eróticos, surge sobre todo en los ataques cuando el médico ha llamado la atención del enfermo sobre las dificultades del diagnóstico diferencial. Por último, aquellos ataques en los que el enfermo atenta contra su propia integridad personal (más frecuentes en sujetos masculinos) son los que reproducen un accidente de lá vida infantil del sujeto (por ejemplo, el resultado de una pelea).

La pérdida de conciencia, la «ausencia» del ataque histérico, proviene de aquella pérdida de conciencia fugaz, pero innegable, concomitante al grado máximo de toda satisfacción sexual intensa (incluso de la autoerótica). En las ausencias histéricas concomitantes al orgasmo en algunas mujeres jóvenes es donde más claramente puede comprobarse este proceso. Los llamados estados hipnoides, o sea las ausencias durante la ensoñación, tan frecuentes entre los histéricos, descubren igual origen, pero su mecanismo es

relativamente más sencillo. En un principio queda concentrada toda la atención del sujeto sobre el curso del proceso satisfaciente, y al culminar la satisfacción, toda esta carga de atención se resuelve de repente, produciéndose un momentáneo vacío en la conciencia. Esta laguna fisiológica de la conciencia es ampliada entonces en favor de la represión hasta que puede acoger todo lo que la instancia represora rechaza de sí.

D

EL mecanismo reflejo del coito, pronto a desarrollarse en todo sujeto, masculino o femenino, es el que muestra en el ataque histérico a la libido reprimida el camino conducente a la descarga motora. Ya los antiguos decían que el coito era una «pequeña epilepsia». Nosotros podemos modificar este aserto diciendo que el ataque convulsivo histérico es un equivalente al coito. La analogía con el ataque epiléptico nos es de menos auxilio, puesto que la génesis del mismo nos es aún más desconocida que la del ataque histérico.

En definitiva, el ataque histérico, como la histeria en general, restablece con la mujer una parte de actividad sexual que ya hubo de existir en ella durante los años infantiles, dejando vislumbrar por entonces un carácter estrictamente masculino. Puede observarse con frecuencia que precisamente aquellas muchachas que hasta los años inmediatos a la pubertad mostraron naturaleza e inclinaciones algo masculinas comienzan a enfermar de histeria a partir de la pubertad. En toda una serie de casos, la neurosis histérica no corresponde sino a una intensidad excesiva de aquel típico impulso represivo que, suprimiendo la sexualidad masculina, hace surgir la mujer[1043].

XXXIX

LA NOVELA FAMILIAR DEL NEURÓTICO[1044]

1908 [1909]

CUANDO el individuo, a medida de su crecimiento, libérase de la autoridad de sus padres, incurre en una de las consecuencias más necesarias, aunque también una de las más dolorosas que el curso de su desarrollo le acarrea. Es absolutamente inevitable que dicha liberación se lleve a cabo, al punto que debe haber sido cumplida en determinada medida por todo aquel que haya alcanzado un estado normal. Hasta el progreso mismo de la sociedad reposa esencialmente sobre esta oposición de las generaciones sucesivas. Por otra parte, existe cierta clase de neuróticos cuyo estado se halla evidentemente condicionado por el fracaso ante dicha tarea.

Para el niño pequeño los padres son, al principio, la única autoridad y la fuente de toda fe. El deseo más intenso y decisivo de esos años infantiles es el de llegar a parecérseles —es decir, al progenitor del propio sexo—; el deseo de llegar a ser grande, como el padre y la madre. Pero a medida que progresa el desarrollo intelectual es inevitable que el niño descubra poco a poco las verdaderas categorías a las cuales sus padres pertenecen. Conoce a otros padres, los compara con los propios y llega así a dudar de las cualidades únicas e incomparables que les había adjudicado. Pequeñas experiencias de su vida infantil, que despiertan en él un sentimiento de disconformidad, lo incitan a emprender la crítica de los padres y a aprovechar, en apoyo de esta actitud contra ellos, la ya adquirida noción de que otros padres son, en

muchos sentidos, preferibles a los suyos. La psicología de las neurosis nos ha enseñado que a este resultado coadyuvan, entre otros factores, los más intensos impulsos de rivalidad sexual. Las ocasiones que los motivan tienen por tema evidente el sentimiento de ser despreciado. Son frecuentísimas las oportunidades en las cuales el niño es menospreciado o en que por lo menos *se siente* menospreciado, en las cuales siente que no recibe el pleno amor de sus padres o, principalmente, lamenta tener que compartirlo con hermanos y hermanas. La sensación de que su propio afecto no es plenamente retribuido se desahoga entonces en la idea, a menudo conscientemente recordada desde la más temprana infancia, de ser un hijastro o un hijo adoptivo. Numerosas personas que no han llegado a la neurosis recuerdan a menudo ocasiones de esta especie, en las cuales, influidos generalmente por alguna lectura, interpretaron así las actitudes hostiles de los padres y reaccionaron en consecuencia. Ya aquí se evidencia, empero, la influencia del sexo, pues el varón se inclina mucho más a desplegar impulsos hostiles contra el padre que contra la madre, y mucho más también a liberarse de aquél que de ésta. A este respecto, la actividad imaginativa de la niña tiende a ser mucho más atenuada. Estos impulsos psíquicos de la infancia, conscientemente recordados, nos ofrecen el factor que ha de permitirnos comprender el mito [del nacimiento del héroe].

Este incipiente extrañamiento de los padres, que puede designarse como *novela familiar de los neuróticos*, continúa con una nueva fase evolutiva que raramente subsiste en el recuerdo consciente, pero que casi siempre puede ser revelada por el psicoanálisis. En efecto, tanto la esencia misma de la neurosis como la de todo talento superior tienen por rasgo característico una actividad imaginativa de particular intensidad que, manifestada primero en los juegos infantiles, domina más tarde, hacia la época prepuberal, todo el tema de las relaciones familiares. Un ejemplo característico de este tipo particular de fantasías lo hallamos en el conocido *ensueño diurno*[1045], que persiste mucho más allá de la pubertad. Examinando detenidamente estos sueños diurnos, compruébase que sirven a la realización de deseos y a la rectificación de las experiencias cotidianas, persiguiendo principalmente dos objetivos: el erótico y el ambicioso, aunque tras este último suele ocultarse también el fin erótico. Hacia la época mencionada, la imaginación del niño se dedica, pues, a la

tarea de liberarse de los padres menospreciados y a reemplazarlos por otros, generalmente de categoría social más elevada. En esta relación el niño aprovechará cualquier coincidencia oportuna que le ofrezcan sus experiencias reales —como los encuentros con el señor feudal o el terrateniente, si vive en el campo, o con algún dignatario o aristócrata en la ciudad—, despertando dichas vivencias casuales la envidia del niño, que luego se expresa en la fantasía de sustituir al padre y a la madre por otros más encumbrados. La técnica aplicada para realizar tales fantasías —que en ese período son, por supuesto, conscientes— depende de la habilidad y del material que el niño encuentre a su disposición. También es importante considerar si las fantasías son elaboradas con mayor o menor afán de verosimilitud. Esta fase se alcanza en una época en la cual el niño ignora todavía las condiciones sexuales de la procreación.

Poco después, cuando el niño llega a conocer las múltiples vinculaciones sexuales entre el padre y la madre, cuando comprende que *pater semper incertus est*, mientras que la madre es *certissima*, la novela familiar experimenta una restricción peculiar: se limita en adelante a exaltar al padre, pero ya no duda del origen materno, aceptándolo como algo inalterable. Esta segunda fase (sexual) de la novela familiar es sustentada asimismo por otra motivación que falta en la primera fase (asexual). Con el conocimiento de los procesos sexuales surge en el niño la tendencia a imaginarse situaciones y relaciones eróticas, tendencia que es impulsada por el deseo de colocar a la madre —objeto de la más intensa curiosidad sexual— en situaciones de secreta infidelidad y de relaciones amorosas ocultas. De tal modo aquellas primeras fantasías, en cierto modo asexuales, se ponen a la altura de los nuevos conocimientos adquiridos.

Además, el tema de la venganza y de la ley del talión, que en la fase anterior ocupaba el primer plano, reaparece también aquí. Por regla general, estos niños neuróticos son precisamente aquellos que fueron castigados por sus padres para corregir sus hábitos sexuales y que ahora se vengan de ellos mediante tales fantasías.

Los hermanos menores son los que más particularmente tienden a utilizar estas creaciones imaginativas para privar a los hermanos mayores de sus prerrogativas (igual que sucede en las intrigas históricas) y a menudo no

vacilan en adjudicar a la madre tantas relaciones amorosas ficticias como competidores fraternos encuentran. Puede darse entonces una interesante versión de esta novela familiar, en la cual su protagonista y autor vuelve a reclamar la legitimidad para si mismo, mientras que elimina a los hermanos y hermanas, proclamándolos ilegítimos. Otros intereses particulares pueden orientar asimismo la novela familiar, cuyas múltiples facetas y cuya vasta aplicabilidad la tornan accesible a toda clase de tendencias. Así, por ejemplo, el pequeño fantaseador puede eliminar la prohibitiva relación de parentesco con una hermana a la cual se siente sexualmente atraído.

Quien se sienta inclinado a apartarse con horror de esta depravación del alma infantil, y aun esté tentado de negar que tales cosas sean posibles, habrá de tener en cuenta que todas estas obras de ficción, aparentemente tan plenas de hostilidad, no son en realidad tan malévolas, y hasta conservan, bajo tenue disfraz, todo el primitivo afecto del niño por sus padres. La infidelidad y la ingratitud son sólo aparentes, pues si se examina en detalle la más común de estas fantasías novelescas, es decir, la sustitución de ambos padres, o sólo del padre, por personajes más encumbrados, se advertirá que todos estos nuevos padres aristocráticos están provistos de atributos derivados exclusivamente de recuerdos reales de los verdaderos y humildes padres, de modo que en realidad el niño no elimina al padre, sino que lo exalta. Más aún: todo ese esfuerzo por reemplazar al padre real con uno superior es sólo la expresión de la añoranza que el niño siente por aquel feliz tiempo pasado, cuando su padre le parecía el más noble y fuerte de los hombres, y su madre, la más amorosa y bella mujer. Del padre que ahora conoce se aparta hacia aquél en quien creyó durante los primeros años de la infancia; su fantasía no es, en el fondo, sino la expresión de su pesar por haber perdido esos días tan felices. Así, en estas fantasías vuelve a recuperar su plena vigencia la sobrevaloración que caracteriza los primeros años de la infancia. El estudio de los sueños ofrece una interesante contribución a dicho tema, pues su interpretación enseña que, incluso en años avanzados, cuando en un sueño aparecen las figuras encumbradas del emperador y de la emperatriz, ellas representan siempre al padre y a la madre del soñante[1046]. De donde la sobrevaloración infantil de los padres subsiste asimismo en los sueños de los adultos normales.

XL

ANÁLISIS DE LA FOBIA DE UN NIÑO DE CINCO AÑOS[1047] (CASO «JUANITO»)

1909

I) INTRODUCCIÓN

EL presente historial clínico de un paciente infantil no constituye en rigor una observación directa mía. Dirigí, desde luego, en conjunto el plan del tratamiento, e incluso intervine una vez en él personalmente, manteniendo una conversación con el infantil sujeto. Pero quien llevó adelante el tratamiento fue el padre del enfermo, al que debo expresar aquí mi agradecimiento por haber puesto a mi disposición sus anotaciones, autorizándome a publicarlas. Y no fue éste su único merecimiento. Ninguna otra persona hubiera logrado del pequeño sujeto las confidencias que luego veremos ni hubiera poseído tampoco el conocimiento de causa que permitió al padre interpretar las manifestaciones de su hijo —niño de cinco años— y vencer así las dificultades de un psicoanálisis en edad tan tierna. Únicamente la unión de la autoridad paterna y la autoridad médica en una sola persona y la coincidencia del interés familiar con el interés científico hicieron posible dar al médico analítico un empleo para el cual hubiera sido inadecuado en otras condiciones.

Pero el valor singular de esta observación estriba en lo siguiente: En su

labor de ir descubriendo por capas sucesivas los productos psíquicos, el médico que trata psicoanalíticamente a un nervioso adulto llega finalmente a ciertas hipótesis sobre la sexualidad infantil, en cuyos componentes cree haber hallado las energías impulsoras de todos los síntomas neuróticos de la vida ulterior. En mis *Tres ensayos sobre una teoría sexual*, publicados en 1905, hube ya de exponer tales hipótesis, tan singulares para el profano como irrebatibles para el psicoanalista. Pero también el psicoanalista puede confesar su deseo de hallar una prueba más directa y próxima de aquellos principios fundamentales y preguntarse si no sería su fresca vitalidad, aquellos impulsos y deseos sexuales que con tanto trabajo logramos extraer a la luz en los adultos y de los que afirmamos, además, que son acervo constitucional común a todos los hombres y sólo intensificados en el neurótico.

Con tal propósito vengo excitando hace ya tiempo a mis amigos y discípulos a reunir observaciones sobre la vida sexual infantil. Entre el material que así ha ido llegando a mi poder adquirieron pronto importancia preponderante las observaciones relativas a Juanito. Sus padres, identificados con mis teorías, habían convenido educar a su primer hijo con el mínimo de coerción estrictamente preciso para mantener las buenas costumbres, y como el niño fue haciéndose así una criatura despierta, alegre y juiciosa, la tentativa de dejarle formarse y manifestarse sin intimidarle pudo ser continuada sin temores. En lo que sigue reproduciré a la letra las anotaciones del padre, absteniéndome, naturalmente, de toda tentativa de velar por motivos convencionales la ingenuidad y la sinceridad del infantil sujeto.

Las primeras observaciones sobre Juanito datan de la época en que no había cumplido aún los tres años. Manifestaba por entonces, con diversas ocurrencias y preguntas, vivo interés por una cierta parte de su cuerpo, a la que llamaba «la cosita de hacer pipí». Así una vez dirigió a su madre la pregunta siguiente:

JUANITO.—Oye, mamá: ¿tienes tú también una cosita de hacer pipí?

MAMÁ.—Naturalmente. ¿Por qué me lo preguntas?

JUANITO.—No sé, pensaba no más.

Por ese mismo tiempo entró una vez en un establo en ocasión en que

estaban ordeñando a una vaca, y observó: «Mira, mamá. De la cosita de la vaca sale leche».

Ya estas primeras observaciones justifican la esperanza de que gran parte de lo que Juanito nos descubría demostraba ser típico del desarrollo sexual infantil. Ya indicamos en otra ocasión[1048] que no había por qué espantarse al encontrar en una sujeto la representación de la satisfacción sexual *per os*. Esta representación repulsiva tiene un origen inocente, pues se deriva del acto de mamar del seno materno, derivación en la cual actúa como elemento intermedio de transición la imagen de la ubre de la vaca, la cual, por su naturaleza, es una mama y, por su forma y situación, un pene. El descubrimiento de Juanito confirma la última parte de mi hipótesis.

El interés de Juanito por la cosita de hacer pipí no es exclusivamente teórico. Como era de esperar, le incitaba también a tocamiento del miembro. Teniendo tres años y medio le sorprendió su madre con la mano en el pene y le amenazó: «Si haces eso, llamaré al doctor A. para que te corte la cosita, y entonces, ¿con qué vas a hacer pipí?»

JUANITO.—Con el «popó».

Juanito responde aún sin conciencia de culpabilidad, pero adquiere en esta ocasión el *complejo de castración*, cuya existencia nos vemos forzados a deducir en tantos análisis de sujetos neuróticos, a pesar de la tenaz resistencia que los enfermos oponen a reconocerla. Sobre la importancia de este elemento de la historia infantil habría mucho que decir. El *complejo de castración* ha dejado en el mito (y no sólo en el griego) huellas evidentes. Ya en mi *Interpretación de los sueños* y en otros varios trabajos he tratado más o menos detenidamente este tema[1049].

Aproximadamente en la misma época (a los tres años y medio), llevado un día ante la jaula de los leones en Schönbrunn, Juanito exclama alborozado: «¡Les he visto la cosita a los leones!»

Los animales deben gran parte de la significación que han alcanzado en fábulas y mitos a la naturalidad con la que muestran a las criaturas humanas, penetradas de ávida curiosidad, sus órganos genitales y sus funciones sexuales.

La indudable curiosidad sexual de Juanito hace de él un pequeño investigador, permitiéndole descubrimientos conceptuales exactos.

Un día, a los tres años y nueve meses, ve desaguar la caldera de una locomotora y dice: «Mira, la locomotora está haciendo pipí. ¿Dónde tiene la cosita?»

Y después de una pausa añade pensativo: «Un perro y un caballo tienen una cosita; una mesa y un sillón, no». Ha descubierto, pues, una característica esencial para la distinción entre lo animado y lo inanimado.

El ansia de saber y la curiosidad sexual parecen ser inseparables. La curiosidad de Juanito recae especialmente sobre sus padres:

JUANITO.—(*A los tres años y nueve meses*.) Papá, ¿tienes tú también una cosita?

PADRE.—¡Naturalmente!

JUANITO.—Pues no te la he visto nunca al desnudarte.

Otra vez contempla interesado cómo se desnuda su madre al acostarse. La madre le pregunta:

—¿Qué me miras?

JUANITO.—Para ver si también tú tienes una cosita de hacer pipí.

—¡Naturalmente! ¿No lo sabías?

JUANITO.—No. Pensaba que como eres tan mayor, tendrías una cosita como un caballo.

Retendremos esta idea de Juanito, que adquiere luego extrema importancia.

Pero el magno acontecimiento en la vida de Juanito es el nacimiento de su hermanita Hanna teniendo él exactamente tres años y medio (octubre de 1906). Su conducta en esta ocasión fue inmediatamente anotada por el padre:

«A las cinco de la mañana siente mi mujer los primeros dolores, y Juanito es trasladado en su camita a una habitación contigua. A las siete despierta, oye los quejidos y pregunta: "¿Por qué tose mamá?" Y después de una pausa: "Hoy viene seguramente la cigüeña".

En los últimos días le habíamos dicho que la cigüeña nos iba a traer pronto un niño o una niña, y Juanito enlaza exactamente los quejidos inhabituales con la venida de la cigüeña.

Más tarde se lo llevan a la cocina. Al pasar por la antesala ve el *trousseau* del médico y pregunta: "¿Qué es eso?" Le responden: "Un maletín". Y

vuelve a asegurar, convencido: “Hoy viene la cigüeña”. Después del parto, la comadrona va a la cocina y encarga que hagan una taza de té. Juanito lo oye y dice: “Mamá tose, y por eso le dan té”. Le llevan luego a la alcoba; pero en lugar de mirar a su madre, contempla una palangana medio llena aún de agua sanguinolenta, y dice extrañado: “Yo no echo sangre por la cosita”.

Todas sus palabras demuestran que relaciona con la cigüeña aquella situación inhabitual. Lo observa todo con aire desconfiado. Indudablemente se ha afirmado en él la primera desconfianza contra la historia de la cigüeña.

Juanito se muestra luego muy celoso de la nueva hermanita, y cuando alguien la alaba en su presencia, objeta en el acto con acento de burla: “Pero no tiene dientes[1050]”. Cuando la vio por vez primera, le sorprendió mucho que no pudiese hablar, y se figuró que era porque no tenía dientes. Durante los primeros días pasó, naturalmente, muy a segundo término. De pronto cayó enfermo de anginas. En la fiebre se le oía decir: “No quiero ninguna hermanita”.

“Al cabo de medio año desaparecieron, ya dominados, sus celos, y se convirtió en un hermano tan cariñoso como consciente de su superioridad[1051]”.

Cuando la recién nacida tenía ya unos ocho días, Juanito presenció cómo la bañaban. Observó: “¡Qué pequeña tiene la cosita!”. Y añadió luego a guisa de consuelo: “¡Ya le crecerá cuando sea mayor!”[1052].

À la misma edad, tres años y nueve meses, nos ofrece Juanito su primer relato de un sueño: “Hoy, mientras dormía, he creído que estaba en Gmunden con Maruja”.

Maruja en una hija del dueño de nuestra residencia veraniega en Gmunden. Una niña de tres años que jugó con él varias veces.

Poco después, cuando su padre relata a su madre el sueño en presencia suya, observa Juanito, rectificándole: “No con Maruja, sino solo, completamente solo, con Maruja”.

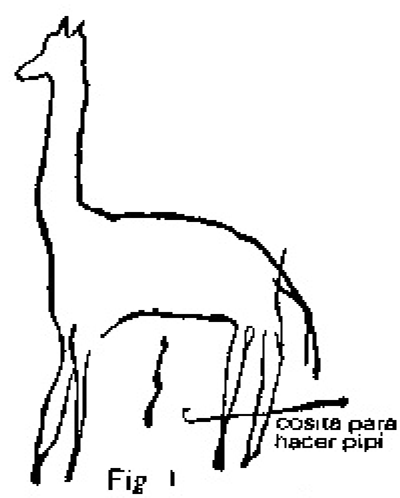
A este respecto ha de hacerse observar lo siguiente: “Juanito pasó el verano de 1906 en Gmunden, donde andaba todo el día de un lado para otro con los hijos del dueño de la casa. Cuando dejamos Gmunden creíamos que la despedida y el traslado a la ciudad le serían penosos. Para nuestra sorpresa, no fue así. Se vio claramente que la variación le agradaba, y durante algunas

semanas habló muy poco de Gmunden. Sólo después comenzaron a emerger en él con cierta frecuencia recuerdos vivamente coloreados del tiempo que había pasado en aquella localidad. Desde hace, aproximadamente, un mes transforma ya tales reminiscencias en fantasías. Fantasea estar jugando con los niños Berta, Olga y Federico; habla con ellos como si estuvieran presentes y se entretiene así horas enteras. Ahora que le han traído una hermanita y se encuentra evidentemente preocupado por el problema de cómo se tienen los niños, llama a Berta y a Olga sus *niñas*, y en una ocasión añade: 'También a mis niñas Berta y Olga las ha traído la cigüeña'. El sueño, acaecido seis meses después de nuestra partida de Gmunden, debe interpretarse indudablemente como expresión de un deseo de volver a Gmunden"».

Hasta aquí el padre. Por mi parte haré constar que Juanito, con sus últimas manifestaciones sobre sus hijitas, a las que también habría traído la cigüeña, contradice abiertamente una duda latente en su interior.

Por fortuna, el padre hubo de anotar muchas cosas que luego llegaron a adquirir significación insospechada. Por ejemplo:

«Para entretener a Juanito, que en la última temporada ha ido varias veces al jardín zoológico de Schönbrunn, le dibujo una jirafa. Me dice: "Píntale también la cosita". Le respondo: "Píntasela tú mismo". Juanito agrega a mi dibujo un breve trazo (véase la figura adjunta), al que luego agrega otro, observando: "La cosita es más larga".



Paso con Juanito junto a un caballo que está orinando. Me dice: "El caballo tiene la cosita abajo, como yo".

Ve bañar a su hermanita de tres meses y dice con acento compasivo: "Tiene una cosita muy chiquituca".

Le dan una muñeca. La desnuda, la revisa minuciosamente y dice: "Ésta sí que tiene pequeña la cosita"».

Ya sabemos que esta fórmula le ha hecho posible no renunciar a su anterior descubrimiento inductivo.

Todo investigador está expuesto a equivocarse alguna vez, y en tal caso siempre le servirá de consuelo poder disculparse, como Juanito habría podido hacerlo en el caso siguiente, alegando no ser el único en errar y haber seguido simplemente los usos del lenguaje. Así, Juanito, al ver en un libro de estampas dos monos, señala la cola de uno de ellos y dice a su padre: «Mira, papá: la cosita del mono[1053]».

El interés que le inspira la cosita le lleva a imaginar un juego especialísimo. «Al lado del retrete hay una leñera oscura. Desde hace algunos días Juanito entra repetidamente en la leñera diciendo: "Voy a mi retrete". En una de estas ocasiones me asomo a la leñera para ver lo que hace en aquel oscuro chiscón. Exhibe su órgano genital y dice: "Estoy haciendo pipí". Juega, pues, a *ir al retrete*. Es indudable que se trata de un juego, pues no sólo se limita a fingir el acto de la micción sin realizarlo efectivamente, sino que, en vez de entrar en el retrete, cosa mucho más sencilla, prefiere la leñera, a la cual *llama su retrete*».

Seríamos injustos con Juanito si persiguiésemos tan sólo los rasgos autoeróticos de su vida sexual. Su padre nos comunica minuciosas observaciones referentes a sus relaciones eróticas con otros niños, de las cuales resulta, como en el adulto, una *elección de objeto*, deduciéndose también ciertamente de ellas una singularísima volubilidad y una intensa disposición poligámica.

«Durante el invierno (a los tres años y nueve meses) llevo a Juanito a la pista de patinaje sobre el hielo y le hago trabar conocimiento con las hijas de N., uno de mis colegas, dos niñas de unos diez años. Juanito se sienta a su lado. Conscientes de la superioridad que supone su edad avanzada, apenas se dignan posar sus ojos en aquel muñeco que las contempla con respetuosa admiración. A pesar de todo, Juanito, al referirse luego a ellas, dice constantemente *mis niñas*. "¿Dónde están mis niñas? ¿Cuándo vienen mis niñas?". Y durante semanas enteras me persigue en casa con la pregunta: "¿Cuándo me llevas otra vez a la pista de hielo a ver a mis niñas?"».

Un niño de cinco años, primo de Juanito, viene a visitarlo. Juanito (cuatro años) le abraza cariñosamente una y otra vez y le dice una de ellas: «¡Cuánto te quiero!»

Es éste el primer rasgo de homosexualidad que hallamos en Juanito. No será el último. Nuestro pequeño sujeto parece ser realmente un dechado de todas las maldades.

«Nos hemos mudado de casa. (Juanito tiene cuatro años.) La cocina tiene un balcón desde el cual se ven, al otro lado del patio, algunas habitaciones de otros pisos. En uno de ellos ha descubierto Juanito una niña de siete a ocho años. Desde entonces permanece horas enteras sentado en el escalón que da acceso al balcón, esperando ocasiones de admirarla. Sobre todo, a las cuatro de la tarde, cuando la niña vuelve del colegio, es imposible retenerlo en otras habitaciones o apartarlo de su puesto de observación. Una tarde que la niña no apareció en la ventana a la hora acostumbrada, Juanito se mostró agitado e inquieto y atormentó a todos los de la casa con reiteradas preguntas: "¿Cuándo viene la niña? ¿Dónde está la niña?", etc. Cuando por fin apareció, exultó Juanito de gozo y no apartó ya los ojos de la casa frontera. La violencia con que surgió *este amor a distancia*[1054] tiene su explicación en el hecho de que Juanito carece de compañeros y compañeras de juego. Para el desarrollo normal del niño es indudablemente preciso el trato frecuente con otros niños.

Juanito lo consiguió poco después (tenía cuatro años y medio) en nuestra residencia veraniega de Gmunden. Sus camaradas allí fueron los hijos de nuestro casero: Francisco (doce años), Federico (ocho años), Olga (siete años) y Berta (cinco años). Además, los hijos de un vecino: Ana (diez años) y otras dos niñas de nueve y siete años, cuyos nombres no recuerdo. Su preferido es Federico, al que abraza a menudo y hace protestas de cariño. Una vez le preguntan: "¿A cuál de las niñas quieres más?" Responde: "A Federico". Al mismo tiempo se muestra muy agresivo, viril y conquistador con las niñas; las abraza y las besa, siendo de todas ellas la pequeña Berta la que más agrado parece hallar en tales manifestaciones de su cariño. Una tarde, al salir Berta de su cuarto, la estrechó en sus brazos, diciéndole con ternísimo acento: "¡Cuánto te quiero, Berta!" Pero ello no le impide besar también a las demás y hacerles protestas de cariño. También le gusta mucho Maruja (catorce años), otra de las hijas del casero, que alguna vez juega con él, y una noche, cuando iban a acostarlo, dijo: "Quiero que Maruja duerma

conmigo”. “No puede ser”, le contestaron. “Entonces que duerma con papá o con mamá”. “Tampoco es posible. Maruja tiene que dormir en casa de sus papás”, volvieron a objetarle. Y a continuación se desarrolló el diálogo siguiente entre Juanito y su madre:

JUANITO.—Entonces me voy abajo, a dormir con Maruja.

LA MADRE.—¿De verdad quieres dejar a mamá para dormir abajo?

JUANITO.—Mañana temprano volveré para tomar café y estar contigo.

LA MADRE.—Bueno. Pues si de verdad quieres irte de con mamá y papá, coge tu ropa y vete. Adiós.

Juanito coge realmente su ropa y se encamina hacia la escalera para bajar a dormir con Maruja. Naturalmente, es detenido en la antesala y reintegrado a sus habitaciones.

(Detrás del deseo de que Maruja duerma en nuestra casa se esconde otro: el de que Maruja, cuya compañía tanto le gusta, sea acogida en nuestra comunidad familiar. Indudablemente, el hecho de que papá y mamá le acogieran alguna vez, aunque no frecuentemente, en su cama hubo de despertar en él sentimientos eróticos, y el deseo de dormir con Maruja tiene también su sentido erótico. El compartir el lecho con el padre o con la madre constituye para Juanito, como para todos los niños, una fuente de impulsos eróticos)».

En su escena con la madre, cuando ésta le desafió a coger su ropa y marcharse, puesto que no quería estar ya con ellos, Juanito se condujo como un hombre hecho y derecho, a pesar de sus indicios homosexuales.

También en el caso siguiente dijo Juanito a su madre: «Oye, me gustaría mucho dormir con esa niña». Este caso nos proporciona largo entretenimiento, pues Juanito se comporta en él realmente como un adulto enamorado. Al restaurante donde almorzamos diariamente acude también, desde hace algunos días, una niña muy linda, de unos ocho años. Naturalmente, Juanito se enamora de ella en el acto. Durante el almuerzo no hace más que volverse en su silla para mirarla, y después va a situarse en sus proximidades para coquetear con ella; pero se pone colorado cuando nota que alguien observa sus manejos. Si la niña responde alguna vez a sus miradas, vuelve en el acto los ojos, muy avergonzado, hacia el lado opuesto. Su

conducta causa, naturalmente, el regocijo de los clientes del restaurante. Todos los días, cuando le llevamos a almorzar, pregunta: «¿Crees tú que la niña vendrá hoy también?» Y cuando, en efecto, llega, se pone encendido como en igual situación un adulto. Una vez se acerca a mí rebosando alegría y me susurra al oído: «Oye, papá: ya sé dónde vive la niña. La he visto entrar en su casa». La agresividad que muestra en sus relaciones con las niñas de nuestro casero se convierte aquí en una rendida adoración platónica. Ello depende quizá de que las primeras son niñas aldeanas, y ésta, en cambio, toda una señorita. Ya anotamos antes que también-expresó una vez su deseo de dormir con ella.

Como no quiero dejar a Juanito en la tensión anímica a que le ha llevado su nuevo amor, he querido procurarle ocasión de hacer conocimiento con su amada, y la he invitado a venir a jugar con él en nuestro jardín después de la siesta. La perspectiva de su visita provoca tal agitación en Juanito, que por vez primera en esta temporada no logra conciliar el sueño después del almuerzo y se pasa la siesta dando vueltas en la cama. Su madre le pregunta: «¿Por qué no duermes? ¿Es que piensas en la niña?» «Sí», responde encantado. Ya al volver a casa después del almuerzo hubo de comunicar a todo el que encontró la gran noticia: «Oye, esta tarde viene a casa la niña». Y Maruja (catorce años) nos refiere luego que le preguntó repetidamente: «¿Crees que será buena conmigo? ¿Me dará un beso si la beso yo?», etc.

Pero aquella tarde llovió, frustrándose la esperada visita. Juanito se consoló con Berta y Olga.

Otras observaciones del mismo verano hacen sospechar que en el pequeño sujeto se preparan muchas cosas nuevas.

«Esta mañana, como todas, la madre baña a Juanito (cuatro años y tres meses), le seca y luego le pone polvos. Cuando le está poniendo polvos por la región genital con gran cuidado de no rozarle siquiera el pene con la mano, dice Juanito: “¿Por qué no me coges la cosita?”

LA MADRE.—Porque sería una porquería.

JUANITO.—¿Qué es eso? ¿Una porquería? ¿Por qué?

LA MADRE.—Porque no se debe hacer.

JUANITO.—(*Riendo*.) Pero es muy divertido[1055]».

Un sueño de Juanito en aquellos días contrasta singularmente con el descaro que había mostrado en la escena antes relatada con su madre. Es su primer sueño incomprensible por la acción de la deformación onírica. Pero el ingenio de su padre supo interpretarlo.

«Un sueño de Juanito (cuatro años y tres meses): Hoy me dice Juanito al levantarse: "Oye lo que pensado esta noche: *Una dice: '¿Quién quiere venir conmigo?' Luego dice otro: 'Yo. Después tiene que ponerle a hacer pipí'*".

Subsiguientes preguntas demostraron que este sueño carece de todo carácter visual, perteneciendo al tipo auditivo puro. Juanito y sus amiguitas las niñas de nuestro casero, Olga (siete años) y Berta (cinco años), han aprendido estos días a jugar a las prendas. (A.: "¿De quién es esta prenda que tengo en la mano?" B.: "Mía". Y luego se determina entre los demás lo que B. ha de hacer para rescatarla.) El sueño incita este juego de prendas, sólo que Juanito desea que aquél a quien la prenda pertenece no sea condenado, como habitualmente, a dar o recibir un beso o una bofetada, sino a hacer pipí, o, más exactamente, a que alguien le ponga a hacer pipí.

Hago que me relate otra vez el sueño. Lo cuenta con las mismas palabras, sustituyendo tan sólo la frase "Luego dice otro…" por "Luego dice ella…" Esta *ella* es claramente una de sus compañeras de juego: Olga o Berta. Así, pues, la traducción del sueño sería como sigue: Juego a las prendas con las niñas. Pregunto: "¿Quién quiere venir conmigo?" Ella (Olga o Berta) responde: "Yo". Luego tiene que ponerme a hacer pipí. (Ayudarle, desabrochándole, etc., cosa que le es indudablemente grata).

Es indudable que el acto de ponerle a hacer pipí, en el cual otra persona le desabrocha el pantalón y le saca el pene, constituye para Juanito un placer. En sus paseos es el padre quien suele prestarle tales auxilios, circunstancia que da ocasión a una fijación de inclinaciones homosexuales sobre el mismo.

Como ya se ha indicado, hace dos días, cuando su madre le ponía polvos en la región genital, le preguntó: "¿Por qué no me coges la cosita?" Ayer, cuando Juanito quiso orinar, me dijo por primera vez que le llevase detrás de la casa para que nadie pudiera verle, y añadió: "El año pasado, Berta y Olga miraban mientras yo hacía pipí". A mi juicio, esto quiere decir que el año pasado le era agradable aquella contemplación por parte de las niñas y que ahora ya no se lo es. El placer exhibicionista ha sucumbido ya a la represión.

La represión del deseo de que Berta y Olga le contemplen mientras hace pipí (o le pongan a hacer pipí) encierra la explicación de su emergencia en el sueño, en el cual ha sabido proporcionarse un ingenioso disfraz con el juego de prendas. A partir de este día observo repetidamente que no quiere ser visto en el acto de orinar».

Con respecto a esto, me limitaré a observar que también este sueño se conforma por completo a una de las reglas integradas en mi *Interpretación de los sueños*, esto es, a la de que las frases emergentes en un sueño proceden de frases oídas o dichas por el propio sujeto en los días inmediatamente anteriores.

Todavía otra observación anotada por el padre poco después del regreso de la familia a Viena:

«Juanito (cuatro años y medio) presencia de nuevo el baño de su hermanita y se echa a reír. Le preguntan:

“—¿De qué te ríes?

JUANITO.—De la cosita de Hanna.

—¿Por qué?

—Porque es muy bonita”.

La respuesta no es sincera. La cosita de su hermana le parecía realmente cómica y risible. Es la primera vez que reconoce la diferencia entre los genitales masculinos y los femeninos en lugar de negarla».

II) HISTORIAL CLÍNICO Y ANÁLISIS

«SEÑOR profesor: De nuevo me permito enviarle una serie de notas y observaciones sobre Juanito, y esta vez, desgraciadamente, como aportaciones a un historial clínico. Como verá usted por ellas, Juanito presenta, desde hace algunos días, trastornos nerviosos que nos tienen muy intranquilos, pues no sabemos cómo librarle de ellos. En consecuencia, le ruego me dé hora para acudir mañana a consultarle. Por lo pronto, le remito mis últimas anotaciones.

Como base de la perturbación nerviosa, sospecho una sobreexcitación

sexual debida a los mimos de la madre. Lo que no puedo indicar es el último estímulo que ha provocado la emergencia de la enfermedad. El miedo a *que un caballo le muerda en la calle* parece hallarse relacionado en alguna forma con el susto experimentado por vista de un pene de grandes proporciones. Ya sabe usted, por anteriores anotaciones mías, que Juanito observó, ya en edad muy temprana, el pene desmesurado del caballo, y dedujo, por entonces, que su madre, siendo tan mayor, debía tener una cosita de hacer pipí como la de un caballo.

Pero no sé qué deducir de todo esto. ¿Ha tropezado acaso con algún exhibicionista? ¿O se relaciona todo exclusivamente con su madre? No nos es nada agradable que empiece ya a plantearnos enigmas. Aparte del miedo a salir a la calle y la depresión de ánimo que le acomete al anochecer, es el mismo de siempre, alegre y tranquilo».

Dejando a un lado la comprensible preocupación del padre y sus tentativas de explicación, examinaremos objetivamente el material comunicado. Nuestra misión no es «comprender» en el acto un caso patológico. Ello puede venir después, cuando ya hayamos extraído de él impresiones suficientes. Por lo pronto, dejamos en suspenso nuestro juicio y nos limitamos a acoger todo lo observable con idéntica cuidadosa atención.

He aquí las primeras anotaciones, procedentes de los días iniciales del mes de enero del año actual (1908):

«Juanito (cuatro años y nueve meses) se levanta hoy llorando, Interrogado por su madre sobre las causas de su llanto, responde: “Mientras dormía he pensado que te habías ido y que no tenía ya una mamá que me acariciase”. Trátese, pues, de un sueño de angustia.

Ya este verano, en Gmunden, observé algo análogo Por las noches, al acostarse, se ponía muy tierno, y una vez aludió a la posibilidad de que su madre se marchara, diciendo: “Cuando no tenga ya mamá…”, “Si mamá se marcha…”, o algo parecido, pues no recuerdo exactamente sus palabras. Desgraciadamente, siempre que mostraba tan elegíaco estado de ánimo, su madre, enternecida, le acogía en su cama.

El 5 de enero se encarama por la mañana en la cama de su madre y le dice: “¿Sabes lo que dijo una vez tía M.? Pues dijo: ‘¡Qué cosita más linda

tiene!’”[1056]. (Tía M. había pasado con nosotros unos cuantos días del mes anterior. Asistiendo una vez al baño de Juanito, había dicho, efectivamente, en voz baja a mi mujer la frase citada. Juanito la oyó, e intenta ahora aprovecharla.)

El 7 de enero Juanito sale con su niñera, como de costumbre, para ir a pasear por el parque. Pero una vez en la calle se echa a llorar y pide que le vuelvan a casa, pues quiere que su madre le “mime”. Interrogado en casa por qué se ha negado seguir adelante y por qué ha llorado, no quiere decirlo. Hasta la noche se muestra alegre y risueño, como de costumbre. Pero al llegar la noche se ve claramente que tiene miedo, llora y no hay modo de separarle de su madre. Quiere que le “mimen” de nuevo. Luego se tranquiliza y duerme bien.

El 8 de enero su madre se propone salir con él para ver por sí misma qué le pasa. Quiere llevarlo a Schönbrunn, lugar que siempre le ha gustado mucho. Juanito no quiere salir, llora de nuevo y tiene miedo. Por fin se convence y sale con su madre; pero en la calle se le advierte visiblemente atemorizado. Al regresar de Schönbrunn, y después de mucho resistir, confiesa a su madre la causa de sus temores. “Tenía miedo de que me mordiese un caballo”. (Realmente, su intranquilidad subió de punto en Schönbrunn, a la vista de un caballo.) Por la noche tuvo un acceso semejante al del día anterior, con ansiosa demanda de “mimo”. Intentaron calmarle, y dijo llorando: “Ya sé que mañana tendré que salir otra vez de paseo”. Y luego: “El caballo entrará en mi cuarto”.

Este mismo día le preguntó su madre si cuando estaba en la cama se cogía la cosita. Respondió: “Sí, todas las noches, cuando estoy acostado”.

Al día siguiente, 9 de enero, antes de acostarle a dormir la siesta, se le advierte que no debe tocarse para nada la cosita. Interrogado sobre ello al despertar, contesta que se la ha cogido un poquito».

Tal sería, pues, el principio de la angustia y de la fobia. Observamos ya que existen motivos bastantes para considerarlas por separado. Por lo demás, el material dado nos parece plenamente suficiente para orientarnos, y ningún otro período es tan favorable para llegar a la comprensión de estos trastornos como su estado inicial, desgraciadamente descuidado o silenciado en la mayoría de los casos. La perturbación comienza aquí con ideas cariñosas y

angustiadas, y luego con un sueño de angustia. El contenido de este último es que su madre va a marcharse y no podrá ya «mimarle». Su ternura hacia la madre ha debido, pues, experimentar una enorme intensificación. Tal sería el fenómeno básico del estado patológico. Recordaremos, para confirmarlo así, las dos tentativas de seducción de que Juanito hace objeto a su madre: la primera, todavía en el curso del verano, y la segunda, reducida a una alabanza de sus propios genitales, muy poco antes de la emergencia de la angustia al salir a la calle. Tal intensificada ternura hacia la madre es lo que se convierte en angustia: aquello que, según nuestra tecnología analítica, sucumbe a la represión. Ignoramos todavía de dónde procede el impulso que desencadena la represión. Es posible que haya sido provocada simplemente por la intensidad del impulso, imposible de dominar para el niño, o también que hayan colaborado a ella otros poderes que desconocemos. Más adelante lo averiguaremos. Esta angustia, correspondiente a un deseo erótico reprimido, carece, en un principio, de objeto, como toda angustia infantil. Es aún angustia y no miedo. El niño puede saber de qué tiene miedo, y si Juanito, en su primer paseo con la niñera, no quiere decir a qué tiene miedo, es porque realmente no lo sabe. Dice lo que sabe: que echa de menos en la calle a su madre, con la que puede «hacer mimitos», y que no quiere estar sin ella. Confiesa aquí con toda sinceridad el primer sentido de su repugnancia a salir a la calle.

También sus estados de angustia, repetidos en dos noches consecutivas al llegar la hora de acostarse, y todavía claramente matizados de ternura, demuestran que al principio de la enfermedad no existía aún una fobia a la calle, al paseo o los caballos. De otro modo, sus estados crepusculares serían inexplicables, pues ¿quién piensa en salir a la calle o de paseo en el momento de acostarse? En cambio, vemos claramente que le da miedo al anochecer, cuando, llegada la hora de acostarse, le acomete con redoblada intensidad la libido, cuyo objeto es la madre y cuyo fin pudiera ser, quizá, dormir con ella en su cama. Sabe por experiencia que tales estados de ánimo suyo movían en Gmunden a su madre a acogerle en su lecho, y quisiera conseguir aquí en Viena idéntico resultado. No debemos tampoco olvidar a este respecto que en Gmunden permaneció a veces sólo con la madre, ya que el padre no podía faltar de Viena constantemente durante el transcurso de las vacaciones; ni

tampoco que allí dividía su ternura entre toda una serie de amiguitos y amiguitas, de los que aquí carece, de modo que su libido ha podido retornar indivisa y completa a la madre.

La angustia corresponde, pues, a un deseo reprimido, pero no es lo mismo que el deseo. Hemos de tener en cuenta la represión. El deseo se convierte totalmente en satisfacción cuando se le aporta el objeto deseado. En la angustia no sirve ya esta terapia. La angustia perdura, aun cuando el deseo pudiera ser satisfecho. No puede ser ya totalmente retransformada en libido. Hay algo que la mantiene en la represión[1057]. Así se demuestra en Juanito cuando al día siguiente sale ya de paseo con su madre. Va al lado de su madre, y, sin embargo, tiene angustia; esto es, deseo insatisfecho de ella. Desde luego, tal angustia es ya menos intensa, pues accede a continuar el paseo, en tanto que el día anterior había obligado a la muchacha a regresar a casa. Por otra parte, tampoco la calle es el lugar más apropiado para «hacer mimitos» o lo que el pequeño enamorado deseare. Pero la angustia ha resistido la prueba y tiene que hallar ahora un objeto. En este segundo paseo es cuando Juanito manifiesta por vez primera su miedo a que le muerda un caballo. ¿De dónde procede el material de esta fobia? Probablemente, de aquellos complejos aún desconocidos que han contribuido a la represión y mantienen reprimida la libido orientada hacia la madre. Esto es un nuevo enigma del caso, cuyo ulterior desarrollo habremos de perseguir para hallar su solución. El padre nos ha proporcionado ya varios puntos de apoyo, en los que podemos confiar. Así, el interés que Juanito ha dedicado siempre a los caballos a causa del tamaño de su cosita, y de su deducción de que la madre debía de tener una cosita como un caballo, etc. Podríamos, pues, sospechar que el caballo no es más que un sustitutivo de la madre. Pero ¿qué puede significar el hecho de que Juanito manifieste al ir a acostarse su miedo a que el caballo entre en su cuarto? Se dirá tan sólo que es un miedo tonto de una criatura. Pero la neurosis no dice nunca nada sin fundamento ni sentido, como tampoco los sueños. Cuando no comprendemos una cosa, solemos calificarla de tontería. Es una manera muy cómoda de salir del paso.

De esta tentación habremos de guardarnos también a otro respecto. Juanito ha confesado que todas las noches, antes de dormirse, juguetea un rato con el pene para proporcionarse placer. Habrá, pues, quien lo juzgue

todo aclarado, atribuyendo la angustia a la masturbación. ¡Pues no! El hecho de que el niño se procure sensaciones placenteras por medio de la masturbación no explica en modo alguno su angustia. Por el contrario, la hace aún más enigmática. Ni la masturbación ni, en general, satisfacción alguna provocan estados de angustia. Además, hemos de admitir que nuestro Juanito, llegado ya a los cuatro años y nueve meses, viene ya procurándose todas las noches aquel mismo placer desde hace un año cuando menos, y averiguamos que precisamente se encuentra ahora en plena lucha de deshabituación, circunstancia mucho más propia a la producción de la represión y de la angustia.

También hemos de salir en defensa de la madre de Juanito, madre excelente y cuidadosa, a la que seguramente preocupan mucho los trastornos de su hijo. El padre la acusa, no sin un cierto viso de razón, de haber provocado la emergencia de la neurosis con su mimo exagerado y permitiendo con demasiada frecuencia que Juanito ocupara un sitio en su lecho. Con igual fundamento podríamos nosotros reprocharle haber apresurado la represión con su enérgica repulsa de las proposiciones de su hijo («¡Eso es una porquería!»). Pero debemos tener en cuenta que en todo esto la madre no hace sino desempeñar un papel marcado por el Destino y extremadamente espinoso y comprometido.

En mi entrevista con el padre convenimos en que dirá a Juanito que aquello del caballo es una tontería y nada más. La verdad es que quiere mucho a su mamá y desea que ésta le acoja en su cama. Si le daban miedo los caballos, es porque antes le había interesado tanto cómo tenían la cosita, y ahora se había enterado de que no estaba bien ocuparse tanto de la cosita, ni siquiera de la suya propia. Además, propuse al padre que iniciase ya el camino del esclarecimiento sexual. Ya que por el historial del infantil sujeto habíamos de suponer que su libido se hallaba adherida al deseo de ver la cosita de su madre, podía despojarle de tal fin comunicándole que la madre y todas las demás criaturas femeninas, como ya le era conocido por Hanna, no poseían una cosita igual que la suya. Tal explicación debería dársela en ocasión propicia, aprovechando una pregunta o una observación del mismo Juanito.

Las primeras noticias ulteriores de nuestro Juanito comprenden desde el 1 hasta el 17 de marzo. Pronto se verá la causa de tal intervalo de un mes.

«A la explicación de lo que significaba su angustia (sin entrar aún en la relativa al órgano genital femenino) siguió una temporada de tranquilidad, durante la cual Juanito no pone grandes obstáculos a salir diariamente de paseo al parque. Su miedo a los caballos va transformándose cada vez más en una obsesión que le fuerza a mirarlos atentamente. Dice: "No tengo más remedio que mirar a los caballos, y luego me da miedo".

Después de un acceso de influenza que le retiene en la cama quince días, la fobia se intensifica de nuevo tanto, que Juanito no consiente ya en salir a la calle. Lo más que hace es asomarse al balcón. Sólo los domingos sale conmigo para ir a Lainz[1058], pues ese día hay pocos coches en la calle y, además, la estación del ferrocarril está cerca de casa. En Lainz se niega una vez a salir al jardín, porque hay un coche parado a la puerta. Al cabo de otra semana, durante la cual hubo de permanecer en casa por haberle sido cortadas las amígdalas, la fobia vuelve a hacerse muy intensa. Se asoma al balcón pero no consiente en salir de casa. Llega hasta el portal, y una vez en él, da rápidamente media vuelta.

El domingo 1 de marzo mantiene conmigo, camino de la estación, el diálogo siguiente; trato de explicarle nuevamente que los caballos no muerden. Me dice: "Pero los caballos blancos sí muerden. En Gmunden hay un caballo blanco que muerde. Cuando se le ponen delante los dedos, muerde". (Me extraña que diga "los dedos" en lugar de la "mano".) Luego me cuenta la siguiente historia: "Cuando la Lizzi se marchó había a la puerta de su casa un coche con un caballo blanco para llevar el equipaje a la estación". (La Lizzi es, según me dice, una niña que vivía cerca de nuestra casa.) Su padre estaba cerca del caballo, y el caballo volvió la cabeza. Entonces el padre dijo a Lizzi: *No toques con los dedos al caballo blanco, pues te morderá*. Le respondo: "Oye: me parece que de lo que estás hablando no es de un caballo blanco, sino de la cosita, que no se debe tocar con la mano". Él: "Pero la cosita no muerde". Yo: "A lo mejor, sí". A continuación intenta demostrarme vivamente que era, en efecto, un caballo blanco[1059].

El 2 de marzo, ante un nuevo acceso de miedo, le digo: "¿Sabes una

cosa? La tontería —así llama él a su fobia— se te irá quitando si sales más a menudo de paseo. Ahora es tan fuerte porque has estado malo y no has podido salir de casa”.

ÉL.—¡Que no! Es tan fuerte porque todas las noches le doy otra vez la mano a la cosita».

El médico y el enfermo, el padre y el hijo coinciden, pues, en atribuir al hábito del onanismo el papel principal en la patogénesis de los estados morbosos. Pero no faltan tampoco indicios de la intervención de otros factores.

«El día 3 de marzo entra a servir en casa una nueva criada, con la que Juanita simpatiza en el acto. Como le deja que se monte a caballo encima de ella mientras friega los suelos, Juanito la llama “mi caballo” y va de un lado a otro agarrado por detrás a sus faldas, gritando: “¡Arre, caballo!” El 10 de marzo dice a esta criada: “Si hace usted tal o cual cosa, se tendrá que quitar toda la ropa, hasta la camisa”. (Lo dice como un castigo; pero no es difícil reconocer el deseo oculto detrás.)

ELLA.—Entonces creerá la gente que no tengo dinero para comprarme ropa.

ÉL.—Pero será una vergüenza, porque se te verá la cosita».

Reaparece, pues, la antigua curiosidad orientada hacia un nuevo objeto y, como habitualmente en épocas de represión, encubierta por una tendencia moralizadora.

«El día 15 de marzo, por la mañana, digo a Juanito: Oye: si dejas de darle la mano a la cosita, se te quitará la tontería, ¿sabes?

JUANITO.—Pero ¡si ya no se la doy!

YO.—Pero quisieras dársela.

JUANITO.—Sí, eso sí, pero “querer” no es “hacer” y “hacer” no es “querer” (!!).

YO.—Pues para que no quieras, esta noche dormirás con un camisón cerrado por abajo como un saco.

Después de esta conversación salimos delante de la casa. Juanito tiene un poco de miedo; pero visiblemente aliviado por la perspectiva de aquella medida que ha de facilitarle su lucha contra el hábito de la masturbación, dice: “Mañana, cuando tenga el saco, se me quitará la tontería”. Realmente, le dan ya menos miedo los caballos y no se altera gran cosa cuando pasan

coches a su lado.

Juanito me había prometido venir a Lainz el domingo siguiente, 15 de marzo. Llegado el momento, se resiste un poco; pero acaba por salir conmigo. En la calle, al darse cuenta de que pasan pocos coches, se tranquiliza casi por completo y dice: “¡Qué bien! Hoy ha mandado Dios que no haya caballos”. Por el camino le explico que su hermana no tiene una cosita como la suya. Las mujeres y las niñas no tienen cosita. Mamá no la tiene, Hanna tampoco, etc.

JUANITO.—¿Y tú? ¿Tienes cosita?

YO.—Naturalmente. ¿Qué te creías?

JUANITO.—(*Después de una pausa*.) Pero entonces, si las niñas no tienen cosita, ¿cómo hacen pipí?

YO.—Tienen una cosita distinta de la tuya. ¿No lo has visto cuando bañaban a Hanna?

Durante todo el día se muestra muy tranquilo y contento, monta en trineo, etc. Sólo al anochecer parece de nuevo deprimido y con miedo a los caballos.

Por la noche el acceso nervioso y la necesidad de mimo son más débiles que en los días anteriores. Al día siguiente sale con su madre por la ciudad y tiene en la calle mucho miedo. Al otro permanece en casa tranquilo y contento. Pero a las seis de la mañana siguiente se despierta muy asustado. Le preguntamos qué le pasa, y nos cuenta: “Le he dado un poco el dedo a la cosita. Y entonces he visto a mamá toda desnuda, en camisa, y se la veía la cosita. He enseñado a Grete, a mi Grete[1060], lo que hacía mamá, y le he enseñado mi cosita. Luego he apartado a toda prisa la mano de la colita”. A mi objeción de que su madre no podía estar al mismo tiempo “toda desnuda” y “en camisa”, responde Juanito: “Estaba en camisa; pero la camisa era tan corta, que se le veía la cosita”.

No se trata de un sueño, sino de una fantasía onanista, equivalente a un sueño. La conducta que atribuye a su madre está destinada a justificar la suya: “Si mamá enseña la cosita, también yo puedo enseñarla”».

Dos cosas nos revela esta fantasía. En primer lugar, que la repulsa de que su madre le hizo objeto ejerció sobre él, en su tiempo, efecto muy intenso. Y en segundo, que se resiste a aceptar la explicación de que las mujeres carecían de una cosita como la suya. Lamenta que haya de ser así y mantiene

firme en su fantasía tal creencia. También tiene quizá sus razones para negar fe a las palabras de su padre.

Informe semanal del padre. —«Señor profesor: Le envío la continuación del historial de nuestro Juanito. Un capítulo muy interesante. El lunes próximo me permitiré acudir a su consulta y llevaré conmigo a Juanito, suponiendo que no se niegue a ir. Ya hoy le he preguntado: "¿Quieres venir el lunes conmigo a casa del profesor que puede quitarte la tontería?"

ÉL.—No.

YO.—Pues tú te lo pierdes, porque tiene una niña muy guapa.

Ante este atractivo se ha declarado ya, alegremente, dispuesto a acompañarme.

Domingo 2 de marzo. Para ampliar nuestro programa dominguero propongo a Juanito que vayamos primero a Schönbrunn, y luego, a mediodía, nos traslademos a Lainz desde allí. De este modo tendrá que ir a pie, no sólo desde casa a la estación del tranvía de la aduana, sino también desde la estación de Hietzing a Schönbrunn, y luego desde allí a la estación del tranvía de vapor de Hietzing. Así lo hace, en efecto, apresurándose a volver la vista hacia otro lado cuando ve algún caballo. Sigue con ello un consejo de su madre.

En Schönbrunn le dan miedo algunos animales del parque zoológico que antes no le asustaban en absoluto. Así, no consiente en acercarse al departamento de las jirafas, ni tampoco al del elefante, que antes le divertía mucho. Le dan miedo todos los animales grandes. En cambio, los pequeños le entretienen mucho. De las aves le da ahora miedo el pelicano, seguramente también por su tamaño.

Le digo: "¿Sabes por qué te dan miedo ahora los animales grandes? Porque los animales grandes tienen grande la cosita, y lo que verdaderamente te da miedo es eso".

JUANITO.—Pero nunca le he visto la cosita a un animal grande[1061].

YO.—Sí; se la has visto al caballo y el caballo es un animal grande.

JUANITO.—Sí; al caballo, muchas veces. Una en Gmunden; había un coche delante de casa. Y otra vez junto a la aduana.

YO.—Cuando eras pequeño, entraste seguramente alguna vez en un establo,

en Gmunden…

JUANITO.—(*Interrumpiéndome.*) Sí; todos los días. Cuando los caballos volvían a casa, iba a verlos al establo.

YO.—Y una vez le viste a uno la cosita y te dio miedo ver que era tan grande. Pero eso no tiene que darte miedo. Los animales grandes la tienen grande, y los pequeños, pequeña.

JUANITO.—Y todos los hombres tienen su cosita. Y la mía me crecerá conforme vaya yo creciendo. Para eso la tengo pegada al cuerpo.

Con esto terminó la conversación. En los días siguientes parece haber vuelto a intensificarse su miedo. Apenas se atreve a salir frente a la casa, adonde le sacan después de comer».

La última frase consoladora de Juanito arroja cierta luz sobre la situación y nos permite rectificar un poco las afirmaciones del padre. Es cierto que los animales grandes le dan miedo porque le hacen pensar en su órgano genital de gran tamaño, pero no puede decirse que sean los órganos genitales de gran tamaño lo que propiamente le da miedo. La representación de tal órgano le era antes placiente y procuraba proporcionarse ocasión de semejante espectáculo. Este placer le ha sido luego arrebatado por la transformación general de placer en displacer, que en forma aún no aclarada ha recaído sobre toda su investigación sexual y, más transparentemente, por ciertas experiencias y ciertas reflexiones que le condujeron a resultados poco gratos. De las palabras con que trata de consolarse —«La cosita me crecerá conforme vaya yo creciendo»— podemos deducir que sus observaciones fueron siempre comparativas y le dejaron muy descontento del tamaño de su propia cosita. Este defecto le es recordado por los animales grandes, que por tal razón le desagradan. Pero como todo este proceso mental no puede llegar, probablemente, a hacerse claramente consciente, también aquella sensación penosa se transforma en angustia, de manera que su angustia actual se basa tanto en el placer pretérito como en el displacer presente. Una vez constituido el estado de angustia, devora ésta todas las demás sensaciones, y dada una represión progresiva, cuanto más van aproximándose a lo inconsciente las representaciones saturadas de afecto que fueron ya conscientes, más fácilmente pueden convertirse en angustia todos los efectos.

La singular observación de Juanito «Para eso la tengo pegada al cuerpo»

deja adivinar, relacionada con su frase de consuelo, muchas cosas que el infantil sujeto no puede expresar, ni expresó tampoco este análisis. Completaré aquí una parte, por mi cuenta, conforme a la experiencia lograda en los análisis de adultos, esperando que tal interpolación de mi cosecha no se juzgue impertinente ni arbitraria. Dice Juanito: «Para eso la tengo pegada al cuerpo». Interpretada esta frase como desafío y consuelo, nos hace pensar en la antigua amenaza materna de que le haría cortar la cosita si continuaba ocupándose tanto de ella. Esta amenaza no tuvo por entonces, cuando Juanito tenía tres años y medio, efecto alguno. El niño respondió, impertérrito, que en ese caso haría pipí con el trasero. Correspondería por entero al proceso típico el hecho de que la amenaza de castración desarrollase ahora, *a posteriori*, su efecto, y que Juanito se hallara en estos momentos bajo la acción del miedo a perder aquélla tan preciada parte de su *yo*. No es raro observar tales efectos *a posteriori* de mandatos y amenazas de la infancia en otros casos patológicos en los cuales el intervalo entre causa y efecto comprende a veces más de un decenio. Conozco incluso casos en los cuales la obediencia *a posteriori* de la represión desempeña el papel principal en la determinación de los síntomas patológicos.

La explicación obtenida recientemente por Juanito de que las mujeres no carecen realmente de cosita, no puede haber tenido otro efecto que el conmover su confianza en sí mismo y despertar el complejo de la castración. Por eso se rebela Juanito contra tal explicación, y por eso también careció ésta de todo efecto terapéutico. Existían, pues, realmente seres animados que no tenían cosita. Entonces no era ya tan increíble que pudieran despojarle de ella y dejarle convertido en mujer[1062].

«En la noche del 27 al 28, Juanito nos sorprende levantándose a oscuras de su cama y viniéndose a la nuestra. Su cuarto está separado de nuestra alcoba por un gabinete. Le preguntamos por qué se ha levantado y si es que le ha dado miedo. Dice: ‘No; mañana lo diré’. Se duerme en nuestra cama, y le llevamos dormido a la suya.

Al día siguiente le someto a un interrogatorio para averiguar por qué se ha levantado por la noche, y después de alguna resistencia por parte suya se desarrolla el siguiente diálogo, que anoto en el acto, taquigráficamente:

ÉL.—Por la noche había en mi cuarto una jirafa muy grande y otra toda

arrugada; y la grande empezó a gritar porque yo le quité la arrugada. Luego dejó de gritar, y entonces yo me senté encima de la jirafa arrugada.

YO.—(*Extrañado*.) ¿Cómo? ¿Una jirafa arrugada? ¿Qué es eso?

ÉL.—Sí. (*Busca apresuradamente un papel, lo arruga todo y dice*.) Así estaba de arrugada.

YO.—¿Y tú te sentaste encima de la jirafa arrugada? ¿Cómo?

Juanito me lo muestra sentándose en el suelo.

YO.—¿Y por qué viniste a nuestra alcoba?

ÉL.—No lo sé.

YO.—¿Y tenías miedo?

ÉL.— No. Ninguno.

YO.—¿Soñaste con jirafas?

ÉL.—No; no lo soñé. Lo pensé. Lo pensé todo. Estaba ya despierto.

YO.—¿Qué puede ser eso de una jirafa arrugada? Tú sabes muy bien que no se puede arrugar una jirafa como un pedazo de papel.

ÉL.—Sí; lo sé. Es que me lo figuraba. Es una cosa que no hay en el mundo[1063].

La jirafa arrugada estaba tendida en el suelo y la cogí; la cogí en las manos.

YO.—¿Cómo se puede coger en las manos un animal tan grande como la jirafa?

ÉL.—Pues sí. La jirafa arrugada la cogí en las manos.

YO.—¿Y dónde estaba la grande mientras tanto?

ÉL.—Un poco más allá.

YO.—¿Qué hiciste con la jirafa arrugada?

ÉL.—La tuve un rato en las manos hasta que la grande dejó de gritar, y cuando la grande dejó de gritar, me senté encima de la otra.

YO.—¿Por qué gritaba la otra?

ÉL.—Porque yo le había quitado la pequeña.

En esto observa que voy anotándolo todo y me pregunta: ‘¿Por qué lo anotas todo?’

YO.—Para mandárselo a un profesor que puede quitarte la tontería.

ÉL.—¡Ah! Entonces, ¿has anotado también que mamá se quitó la camisa y se lo has enviado al profesor?

YO.—Sí. Pero el profesor no entenderá cómo se puede arrugar una jirafa.

ÉL.—Dile que yo tampoco lo sé, y no te preguntará más. Pero si pregunta lo que es la jirafa arrugada, puede escribirnos y le contestaremos. O mejor, le escribimos ahora diciéndolo que yo mismo no lo sé.

YO.—¿Por qué has venido esta noche a nuestra alcoba?

ÉL.—No lo sé.

YO.—Dime aprisa en qué piensas ahora.

ÉL.—*(En tono humorístico.)* En un jugo de frambuesas. } Sus deseos.

YO.—¿Y en qué más?

ÉL.—En una escopeta para matar gente[1064].

YO.—¿De verdad no soñaste todo eso?

ÉL.—No. Seguro que no; Lo sé muy bien.

Luego sigue contando; 'Mamá ya me ha pedido muchas veces que le diga por qué he ido esta mañana a vuestra alcoba. Pero yo no he querido decíroslo porque al principio me daba vergüenza de mamá'.

YO.—¿Por qué?

ÉL.—No lo sé».

Ya el mismo día encuentra el padre la solución de la fantasía de las jirafas.

«La jirafa grande soy yo —correlativamente, un pene de gran tamaño (el largo cuello de la jirafa)—, y la jirafa arrugada, mi mujer, correlativamente su genital. Todo ello consecuencia de la explicación sobre las diferencias sexuales.

Jirafa: véase la excursión a Schönbrunn. Además, Juanito tiene colgada por encima de su cama una estampa con una jirafa y un elefante.

Toda la fantasía es la reproducción de una escena que se ha desarrollado casi todas las mañanas en los últimos días. Juanito viene por la mañana temprano a nuestra alcoba, y su madre no puede menos de acogerle unos minutos en la cama. Por mi parte, la advierto siempre que no debe hacerlo ('la grande empezó a gritar porque yo le quité la pequeña'), replicándome ella

alguna vez irritada, que son tonterías mías, que por tenerle allí un minuto no puede pasar nada, etc. Juanito permanece entonces un breve rato a su lado. (’Luego dejó de gritar, y entonces yo me senté encima de la jirafa arrugada’.)

La solución de esta escena conyugal transformada en una fantasía seria, pues, la siguiente: Juanito ha echado de menos a su madre durante la noche, ha deseado sus caricias y ha venido en busca de ellas a nuestra alcoba. Todo ello es la continuación del miedo a los caballos».

Por mi parte, sólo puedo añadir a la sutil interpretación del padre lo siguiente: «El sentarse encima» es probablemente la representación que Juanito se forma de la «toma de posesión». La totalidad es una fantasía de desafío enlazada a la victoria sobre la oposición del padre. «Grita todo lo que quieras. Mamá me acoge, a pesar de todo, en su cama. Mamá es mía; me pertenece». Se transparenta, pues, efectivamente detrás de ella lo que el padre sospecha: el miedo a que la madre no le quiera porque su cosita no puede compararse en tamaño a la del padre.

A la mañana siguiente, el padre ve plenamente confirmada su interpretación.

«El domingo 29 de marzo voy con Juanito a Lainz. En la puerta me despido de mi mujer bromeando: “Adiós, jirafa grande”. Juanito me pregunta: “¿Por qué la llamas jirafa?” Respondo: “Mamá es la jirafa grande”. Y Juanito: “¿Verdad que sí? Y Hanna, la jirafa arrugada”.

En el tranvía le explico la fantasía de las jirafas. Me dice: “Es verdad”. Y cuando le afirmo que la jirafa grande soy yo y que el largo cuello del animal le ha recordado una cosita de gran tamaño, agrega: “Mamá tiene también un cuello como una jirafa y muy blanco. Se lo he visto cuando se estaba lavando[1065]”..

El lunes 30, por la mañana temprano, viene Juanito a mi cuarto y me dice: “Oye: hoy he pensado dos cosas. ¿La primera? He ido contigo a Schönbrunn, al sitio donde están las ovejas, y nos hemos metido por debajo de la cuerda. Luego se lo hemos dicho al guarda que hay en la puerta y nos ha cogido presos. La segunda cosa la he olvidado”.

A este respecto he de observar lo siguiente: Cuando el domingo anterior quisimos penetrar en el departamento de las ovejas, nos encontramos cerrado el paso por una cuerda. Juanito se sorprendió mucho de que se pudiera

impedir el paso a un sitio sólo con una cuerda, por debajo de la cual podía uno meterse fácilmente. Yo le dije que las personas decentes no se metían por debajo de la cuerda. Repitió que era facilísimo, y le repuse que entonces podía venir un guarda y llevarle a uno preso. A la entrada de Schönbrunn hay un guarda, del que una vez dije yo a Juanito que cogía presos a los niños malos.

A la vuelta de nuestra visita en aquel mismo día a su consulta, Juanito me confesó otro ejemplo de sus deseos de hacer cosas prohibidas. “Oye: esta mañana he pensado otra cosa”. “¿El qué?” “He ido contigo en el tren, y hemos roto una ventanilla, y el vigilante nos ha cogido presos”».

Es ésta una precisa continuación de la fantasía de las jirafas. Juanito sospecha que está prohibido tomar posesión de la madre; ha tropezado con la barrera opuesta al incesto. Pero lo considera prohibido para todos. En las proezas ilícitas que lleva a cabo en su fantasía le acompaña siempre su padre, y es preso con él. Supone que el padre hace con la madre algo prohibido, que él sustituye en sus fantasías por algo violento, como la rotura del cristal de una ventanilla o la penetración en un lugar cercado.

Aquella tarde acudieron padre e hijo a mi consulta. Conocía ya al singular chiquillo, y le veía siempre con gusto. No sé si él me recordaba; pero se condujo irreprochablemente, como un cumplido miembro de la sociedad humana. El padre inició la conversación manifestando que, a pesar de todas las explicaciones, no parecía haber disminuido el miedo de Juanito a los caballos. Hubimos también de confesarnos que sólo muy contadas relaciones vislumbrábamos entre los caballos, que le daban miedo, y los impulsos de ternura hacia su madre en él descubiertos. Lo que hasta el momento sabíamos resultaba insuficiente para explicar ciertos detalles, que ahora averiguábamos. Así, lo que resultaba más desagradable en los caballos eran las anteojeras y la mancha negra en torno de la «boca». Pero viendo ante mí al padre y al hijo, mientras escuchaba la descripción de los caballos que asustaban a Juanito, se me reveló de pronto un nuevo fragmento de interpretación, del que comprendía que hubiera escapado precisamente a la penetración del padre. Bromeando, pregunté a Juanito si sus caballos llevaban gafas, cosa que negó; si las llevaba su padre, lo que también negó, contra toda evidencia, y si aquello negro que los caballos tenían en torno de la «boca» le recordaba un

bigote. Luego comencé a explicarle que le tenía miedo a su padre precisamente por lo mucho que él quería a su madre. Creía, sin duda, que el padre le tomaba a mal aquel cariño, y eso no era verdad; su padre le quería también mucho, y él podía confesarle sin miedo todas sus cosas. Mucho antes que él viniera al mundo sabía yo que iba a nacer un pequeño Juanito que querría mucho a su madre, y por ello mismo le tendría miedo a su padre, y se lo había dicho así a este último. «¿Por qué crees que estoy enfado contigo? —interrumpió aquí el padre—. ¿Acaso te he regañado o te he pegado alguna vez?» «Sí; me has pegado», aseguró Juanito. «No es verdad. ¿Cuándo?» «Esta mañana», advirtió el pequeño, y el padre recordó que, en efecto, Juanito le había dado de pronto un cabezazo en el vientre, habiendo él reaccionado por reflejo automático con un manotazo. Era singular que no hubiese integrado este detalle en la continuidad de la neurosis de su hijo; mas ahora lo comprendía ya como manifestación de la disposición hostil del niño contra él, y quizá también como expresión de la necesidad de atraerse con ello un castigo[1066].

De vuelta hacia su casa, Juanito preguntó a su padre: «Oye: ¿es que el profesor habla con Dios para saber así todo lo que va a pasar?» Esta alabanza infantil me enorgullecería mucho si no la hubiese provocado yo mismo con mis jactanciosas bromas. A partir de esta consulta fui recibiendo casi a diario noticia de las modificaciones que iba experimentando el estado del pequeño paciente. No era de esperar que mis explicaciones le libertaran inmediatamente de su angustia, pero se demostró que le había proporcionado con ellas la posibilidad de derivar sus deducciones inconscientes e ir terminando con su fobia. Desde este momento desarrollo un programa, cuyas líneas generales pude ya anunciar al padre.

«El día 2 de abril se observa ya la *primera mejoría importante*. Hasta ahora no consentía en permanecer por mucho tiempo delante de la casa y, en cuanto veía venir un caballo, corría a refugiarse en el portal, todo asustado. Hoy, en cambio, permanece fuera cerca de una hora, aunque pasan bastantes coches. De cuando en cuando, al ver venir de lejos algún coche, corre a refugiarse en casa, pero vuelve a salir en el acto, como si lo hubiera pensado mejor. Se ve que sólo padece ya un resto de angustia y que desde las

explicaciones recibidas ha progresado evidentemente en el camino de la curación.

Por la noche dice: “Si ya salimos delante de la casa, también podemos ir al parque”.

El 3 de abril viene por la mañana temprano a mi alcoba, cosa que no había hecho en los últimos días, pareciendo incluso muy orgulloso de tal abstención. Le pregunto: “¿Por qué has venido hoy?”

JUANITO.—Hasta que ya no me dé miedo no volveré a venir.

YO.—Entonces, ¿vienes porque te da miedo?

JUANITO.—Cuando no estoy contigo, me da miedo. Cuando no estoy contigo en tu cama, me da miedo. Hasta que no me dé ya miedo no volveré a venir.

YO.—Entonces es que me quieres, y cuando por las mañanas te encuentras sólo en tu cama, te da miedo, y por eso vienes a mi alcoba.

JUANITO.—Sí. ¿Por qué me has dicho que quiero mucho a mamá, y que por eso te tengo miedo, si te quiero?»

El niño muestra aquí una claridad de inteligencia verdaderamente superior a sus años. Deja ver que luchan en él el cariño hacia su padre y su hostilidad contra el mismo, considerado como un rival cerca de la madre, y reprocha al padre no haberle llamado hasta ahora la atención sobre aquella lucha de fuerzas encontradas, que había de resolverse en angustia. El padre no le comprende aún por completo, pues hasta aquella conversación no llega a convencerse de la hostilidad del niño contra él; hostilidad que yo le había afirmado en su visita a mi consulta. Las anotaciones que siguen son en realidad más importantes para la ilustración del padre que para la de Juanito. No obstante, las transcribo sin modificación alguna:

«Desgraciadamente, no comprendí de momento el sentido de esta objeción. El amor de Juanito a su madre le lleva a desear que yo desaparezca para ocupar mi puesto al lado de ella. Este deseo hostil retenido se convierte en miedo de que pueda haberme sucedido algo, y le hace acudir a primera hora de la mañana a mi alcoba para ver si he desaparecido. Por desgracia no lo comprendí así en aquel momento, y le dije:

—Cuando estás solo, me echas de menos y vienes a verme a mi cuarto.

JUANITO.—Cuando te vas, me da miedo de que no vuelvas.

YO.—¿Te he amenazado acaso alguna vez con no volver?

JUANITO.—Tú, no; pero mamá, sí. Mamá me ha dicho que se iría y no volvería (Probablemente había sido malo y su madre le había amenazado con irse.)

YO.—Eso te lo dijo porque estabas siendo malo.

JUANITO.—Sí.

YO.—Entonces tienes miedo de que yo me vaya porque has sido malo, y por eso vienes a mi cuarto.

Durante el almuerzo me levanto una vez, y Juanito exclama: "¡Papá: no te me escapes corriendo!" El detalle de que en esta frase use el verbo *rennen* (correr los animales) en vez del verbo *laufen* (correr las personas) me parece un tanto singular, y suplico: "Tienes miedo de que el caballo se te escape corriendo, ¿no?" Juanito se echa a reír».

Sabemos que esta parte del miedo de Juanito tiene dos aspectos: miedo *del* padre y miedo *por* el padre. El primero proviene de la hostilidad contra el padre, y el segundo, del conflicto de su cariño hacia él, exagerado aquí por reacción con la hostilidad.

El padre continúa: «Se inicia aquí indudablemente algo muy importante. El hecho de que sólo consienta en salir frente a la casa sin alejarse de ella, y que al primer acceso de angustia dé media vuelta a mitad de camino, tiene su motivación en el miedo a no encontrarnos ya en casa ni a su madre ni a mí, a que nos hayamos marchado. Se mantiene tenazmente adherido a la casa por amor a su madre, y teme que yo me haya marchado por sus deseos hostiles contra mí, pues entonces sería él el padre.

Durante el verano tuve que venir a Viena varias veces desde Gmunden, por obligaciones profesionales, y en estas ocasiones Juanito era el padre. Recuerdo que el miedo a los caballos se enlaza a cuando en Gmunden vio partir el coche que debía llevar a la estación el equipaje de Lizzi. El deseo reprimido de que yo partiese hacia la estación para quedarse él sólo con su madre ("Quiero que se vaya el caballo"), se convierte luego en miedo cuando ve echar a andar a un caballo. En efecto, nada le produce mayor miedo que el ver echar a andar a los caballos de los carros que entran y salen en el patio de la aduana, situada frente a nuestra casa.

Este nuevo fragmento de sus procesos íntimos pudo sólo emerger a la superficie cuando Juanito supo ya que yo no le tomaba a mal que quisiera tanto a su madre.

Por la tarde vuelvo a salir con él delante de la casa. En general permanece tranquilo, aunque pasen coches, y sólo de algunos se asusta y corre a refugiarse en el portal. Me explica: “No todos los caballos blancos muerden”. Quiere esto decir que el análisis le ha hecho reconocer la persona de su padre en algunos caballos blancos, los cuales ya no muerden. Pero todavía quedan otros que sí muerden.

La situación de nuestra casa es la siguiente: Enfrente está el depósito de las oficinas del impuesto de consumos, con una rampa de carga y descarga delante, a la cual acuden constantemente carros y camiones. El patio de entrada al depósito queda separado de la calle por una verja de hierro cuya puerta se abre precisamente delante de nuestra casa (fig. 2). Desde hace ya varios días vengo observando que Juanito se asusta particularmente cuando los coches entran en el patio o salen de él, para lo cual tienen que trazar una curva. Le pregunté por qué se asustaba tanto, y me contestó: “Me da miedo de que los caballos se caigan al dar la vuelta” (A). También se asusta cuando los vehículos situados en la rampa de carga se ponen de pronto en movimiento para salir (B). Le dan más miedo (C) los grandes caballos de tiro pesado que los pequeños, y los caballos de los campesinos más que los de la ciudad (por ejemplo, los de los coches de alquiler). También se asusta más cuando un vehículo pasa de prisa (D) que cuando los caballos avanzan despacio. Naturalmente, todas estas diferencias no se han hecho visibles hasta los últimos días».

Parece como si el análisis hubiera infundido más valor no sólo al paciente, sino también a su fobia, que ahora se atreve a mostrarse.

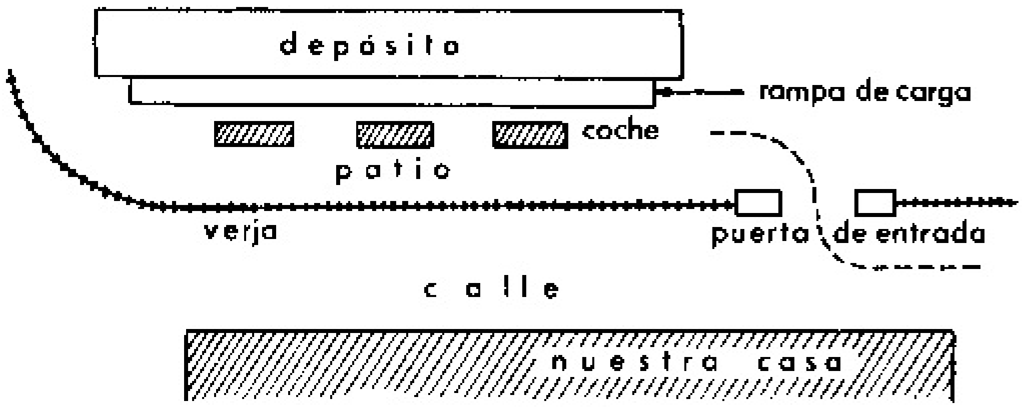


Fig. 2.

«El 5 de abril se presenta de nuevo Juanito en nuestra alcoba y le hacemos reintegrarse a su cama. Le digo: “Mientras vengas por la mañana temprano a nuestro cuarto no se te quitará el miedo a los caballos”. Pero Juanito se rebela y responde: “Vendré aunque siga teniendo miedo”. No quiere dejarse prohibir la visita matinal a su madre.

Después del almuerzo pienso salir con él delante de la casa. Juanito acoge con alegría mi proposición y hace el proyecto de no permanecer esta vez como de costumbre delante de la casa, sino atravesar la calle y entrar en el patio del depósito donde muchas veces ha visto jugar a la chiquillería callejera. Le digo que me alegraré mucho de que se decida a atravesar la calle y aprovecho la ocasión para preguntarle por qué se asustaba tanto cuando echaban a andar los carros situados junto a la rampa de carga (B).

JUANITO.—Me da miedo, porque si yo quiero llegar a la rampa pasando por encima del carro y el carro echa a andar de pronto cuando yo estoy encima, se me llevará.

YO.—¿Y cuando el carro está parado? Entonces, ¿no tienes miedo? ¿Por qué no?

JUANITO.—Cuando el carro está parado, puedo pasar de prisa por encima de él y llegar a la rampa. (Juanito proyecta, pues, subirse a la rampa pasando por encima de un carro y teme que éste eche a andar cuando él esté precisamente encima.)

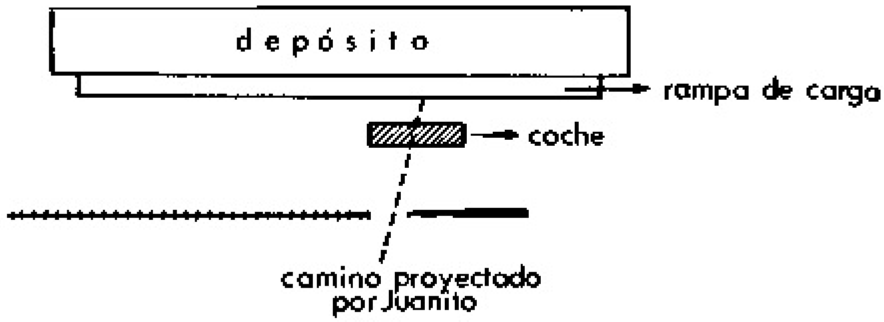


Fig. 3.

YO.—¿Es que tienes miedo de no poder ya volver a casa si te vas con el carro?

JUANITO.—No. Siempre podría volver junto a mamá, en el mismo carro o en un coche de alquiler. Sé las señas de casa.

YO.—Entonces, ¿qué es lo que te da miedo?

JUANITO.—No lo sé. Pero el profesor lo sabrá. ¿Crees tú que lo sabrá?

YO.—Oye: ¿y para qué quieres subirte a la rampa?

JUANITO.—Porque no he estado nunca ahí enfrente y me gustaría estar. ¿Y sabes por qué me gustaría ir? Porque me gustaría cargar y descargar bultos y trepar por ellos. ¿Sabes quién me ha enseñado a trepar por ellos? El otro día había unos chicos subiéndose encima de los bultos; y yo los vi; y quiero hacer lo que ellos.

No llegó a satisfacer su deseo, pues cuando de nuevo salió delante de la casa no pudo decidirse a atravesar la calle y entrar en el patio del depósito a causa de los carros que continuamente entraban y salían».

El profesor sólo puede hacer observar que el proyectado juego de Juanito con el carro cargado tiene que haber entrado en una relación simbólica, sustitutiva con otro deseo suyo, del que nada ha manifestado hasta el momento.

«Por la tarde volvemos a salir de la casa. De vuelta ya, pregunto a Juanito:

—¿Qué caballos te dan más miedo?

JUANITO.—Todos.

YO.—Eso no es verdad.

JUANITO.—Los que me dan más miedo son los que tienen en la boca una cosa

así.

YO.—¿Qué cosa? ¿El hierro que lleva en la boca?

JUANITO.—No. Tienen una cosa negra en la boca. (Al decir esto se tapa la boca con la mano.)

YO.—¿Un bigote?

JUANITO.—(*Echándose a reír*.) No.

YO.—¿Lo tienen todos?

JUANITO.—No. Algunos nada más.

YO.—Pero ¿qué es lo que tienen en la boca?

JUANITO.—Una cosa así negra.

(Me figuro que se trata de la correa negra y ancha que los caballos de tiro pesado llevan en torno del hocico.)

JUANITO.—También los carros de mudanza me dan más miedo que los otros.



Fig. 4.

YO.—¿Por qué?

JUANITO.—Porque pesan mucho y me figuro que se van a caer los caballos.

YO.—Entonces, ¿los carros pequeños y los coches no te dan miedo?

JUANITO.—No. Ni los carros pequeños ni los coches de Correos. También me dan mucho miedo los ómnibus.

YO.—¿Por qué? ¿Porque son muy grandes?

JUANITO.—No. Porque un día vi caerse a un caballo de un ómnibus de ésos.

YO.—¿Cuándo?

JUANITO.—Una vez que salí con mamá, a pesar de la “tontería”. Cuando me compró el chaleco.

(Su madre confirma luego este hecho.)

YO.—¿Qué pensaste al ver caerse al caballo?

JUANITO.—Que ahora siempre pasaría lo mismo. Que todos los caballos de los ómnibus se caerían.

YO.—¿Los de todos los ómnibus?

JUANITO.—Sí. Y los de los carros de mudanzas. Pero éstos menos veces.

YO.—¿Tenías ya la “tontería” por entonces?

JUANITO.—No. Empecé a tenerla en seguida. Cuando vi caerse al caballo del ómnibus me dio mucho miedo. ¡De verdad! Al marcharme de allí fue cuando me dio la tontería.

YO.—Pero la tontería era que pensabas que iba a morderte un caballo, y ahora dices que te daba miedo de que se cayera un caballo.

JUANITO.—De que se cayera y me mordiera[1067].

YO.—¿Por qué te asustaste tanto?

JUANITO.—Porque hizo así con los pies (se tumba en el suelo y me muestra cómo pataleó el caballo). Me asusté porque *"armó jaleo" con los pies*.

YO.—¿Dónde estabas tú entonces con mamá?

JUANITO.—Primero en la pista de patinar, después en el café, luego a comprar un chaleco, luego en la confitería, y luego, al anochecer, en casa. Pasamos por el parque.

(Todo ello es confirmado por mi mujer, incluso la inmediata emergencia de la angustia.)

YO.—¿Se mató el caballo al caerse?

JUANITO.—Sí.

YO.—¿Cómo lo sabes?

JUANITO.—Porque lo vi. (*Ríe*.) No. No se mató.

YO.—Quizá pensabas que se había matado.

JUANITO.—No. Seguro que no. Lo he dicho en broma. (No es cierto. Lo dijo con toda seriedad.)

Como le noto un poco fatigado, suspendo el interrogatorio. Todavía me cuenta que primero le dieron miedo los caballos de los ómnibus; luego, todos, y sólo al final, con más intensidad, los de los carros de mudanzas.

Camino de Lainz le hago aún algunas preguntas.

YO.—¿De qué color era el caballo del ómnibus? ¿Blanco, alazán, gris, oscuro?

JUANITO.—Negro. Los dos caballos eran negros.

YO.—¿Era grande o pequeño?

JUANITO.—Grande.

YO.—¿Gordo o delgado?

JUANITO.—Gordo. Muy grande y muy gordo.

YO.—Cuando viste caerse al caballo, ¿pensaste en papá?

JUANITO.—Quizá. Sí. Es posible».

El padre puede no haber obtenido resultados positivos en alguna de las orientaciones de su investigación, pero no importa, pues siempre resulta interesante todo lo que pueda aproximarnos al conocimiento de tal fobia. Vemos así cuán difusa es en realidad. Se refiere a los caballos y a los vehículos, a la posibilidad de que los caballos se caigan y muerdan, a ciertas clases de caballos y a los vehículos muy cargados. Revelaremos ya que todas estas singularidades provienen de que la angustia no se refería originariamente a los caballos, sino que fue traspasada a ellos secundariamente, fijándose entonces a aquellos puntos del complejo de los caballos que se demostraron apropiados para determinadas transferencias. Debemos reconocer especialmente un resultado esencial de la inquisición del padre. Hemos averiguado la ocasión actual que provocó la eclosión de la fobia. Fue cuando Juanito vio caerse a un caballo grande y pesado, y por lo menos una de las interpretaciones de esta impresión parece ser acentuada por el padre; esto es, Juanito abrigaba por entonces el deseo de que el padre cayese también así… y muriera. La gravedad que tomó su expresión en esta parte de su relato procedía indudablemente de aquel sentido inconsciente. ¿No se esconderá acaso detrás todavía otro sentido? ¿Y qué significa el «armar jaleo» con las piernas?

«Desde hace algunos días, Juanito juega en casa a ser un caballo, corre de un lado para otro, se cae, patalea y relincha. Una vez se ata un saco pequeño como los que les ponen a los caballos con el pienso. Repetidamente se acerca a mí y me muerde».

Acepta así las últimas interpretaciones más resueltamente de lo que podría hacerlo con palabras, pero trastrueca los papeles al poner aquel juego al servicio de una fantasía optativa. Ahora es él el caballo y muerde al padre, con el cual se identifica por lo demás en todo ello.

«Hace dos días vengo observando que Juanito se rebela contra mí de un modo resuelto; pero no con insolencia y descaro, sino con divertida alegría. ¿Acaso porque no me tiene ya miedo; porque no tiene ya miedo al caballo?

6 de abril. Por la tarde salgo con Juanito delante de la casa. Cada vez que pasa un caballo Je pregunto si tiene en la boca aquella “cosa negra” que tanto le asustaba antes. Me responde siempre negativamente. Le pido que me describa cómo era aquella cosa. Dice que era un hierro negro. No se confirma, pues, mi primera hipótesis de que se trataba de una correa de la cabezada. Le pregunto si aquello “negro” le recordaba un bigote. Contesta: “Sólo por el color”. No sé aún, por tanto, qué pueda ser.

Su miedo ha disminuido. Esta vez se arriesga hasta la casa de al lado, pero da media vuelta en cuanto oye pisadas de caballo. En esto se detiene un coche delante de la puerta misma de nuestra casa, y el caballo comienza a piafar. Juanito se asusta y corre a refugiarse en casa. Le pregunto si ha tenido miedo porque el caballo ha hecho así, e imito los movimientos de un caballo piafando. Me dice: “¡No ‘armes jaleo’ con los pies!” Compárese su frase anterior sobre el pataleo del caballo caído.

Todavía le asusta más el paso de un carro de mudanzas. Esta vez no para hasta el interior de la casa. Le pregunto con aire indiferente: “Oye, ¿verdad que los carros de mudanzas se parecen mucho a los ómnibus?” Guarda silencio. Repito la pregunta. Me contesta por fin: “Claro. Si no, no me darían miedo los carros de mudanzas”.

7 de abril. Vuelvo a preguntarle cómo es aquella “cosa negra” que los caballos tienen en la boca. Me dice: “Como un bozal”. Lo extraño es que desde hace tres días no hemos visto ningún caballo en el que haya podido señalarme aquel “bozal”. Sigo suponiendo que una parte de la cabezada, la correspondiente al hocico, hubo de recordarle un bigote y que mi explicación sobre este punto ha hecho desaparecer también el miedo correspondiente.

Sigue mejorando progresivamente. Su radio de acción, a partir de la puerta de la casa como centro, va haciéndose cada vez mayor. Atraviesa la calle, hazaña antes imposible para él. Todo el miedo restante se enlaza a la escena del ómnibus, escena cuyo sentido no llegó aún a vislumbrar.

9 de abril. Juanito se me acerca cuando estoy lavándome, desnudo de medio cuerpo arriba.

JUANITO.—¡Qué guapo eres, papá! ¡Tan blanco!

YO.—Como un caballo blanco, ¿verdad?

JUANITO.—Sólo tienes negro el bigote… ¿O es quizá el bozal negro?

Le cuento entonces que el día anterior he ido a ver al profesor: “por cierto que quiere saber varias cosas”. Y Juanito: “¿Qué es lo que quiere saber? Me da curiosidad”.

Le digo que ya sé en qué ocasiones suele él “armar jaleo” con los pies. Me interrumpe: “Sí. Cuando me enfado o cuando tengo que hacer *caca* y quisiera seguir jugando”. (Realmente, cuando se enfada, acostumbra “armar jaleo” con los pies; esto es, a patalear. Siendo aún muy pequeño, cuando había que sentarle en el orinal y él hubiese querido seguir jugando, pataleaba furiosamente y a veces se tiraba al suelo.)

YO.—También pataleas cuando tienes que hacer pipí y no quieres porque te gustaría seguir jugando.

ÉL.—Oye: tengo que ir a hacer pipí. Y se va; conducta que equivale, quizá, a una confirmación de mis hipótesis».

El padre me había preguntado en su visita qué es lo que el pataleo del caballo caído podía haber recordado a Juanito, y yo le había expuesto que un pataleo semejante podía haber sido su propia reacción a un deseo apremiante y contenido de orinar Juanito confirma mi explicación con la reaparición de las ganas de orinar durante su diálogo con el padre y añade aún otras significaciones del acto de «armar jaleo» con los pies.

«Salimos luego delante de la casa. Viendo venir un carro cargado de carbón me dice:

—Oye: también me dan mucho miedo los carros de carbón.

YO.—Acaso porque son tan grandes como los ómnibus.

JUANITO.—Sí. Y porque van muy cargados, y los caballos tienen que tirar mucho y pueden caerse. Cuando los carros van vacíos, no me dan miedo.

Efectivamente, como ya había podido comprobar antes, sólo los vehículos de carga pesada le dan miedo».

Con todo esto, la situación no aparece nada transparente. El análisis progresa muy poco, y temo que su exposición no tarde en resultar aburrida a los lectores. Pero todo psicoanálisis integra tales períodos oscuros. Juanito pasa ahora a un terreno que no sospechábamos.

«Al llegar a casa me pongo a hablar con mi mujer, que ha hecho varias compras y me las enseña. Entre ellas, unos calzones de señora amarillos. Juanito exclama repetidamente: “¡Puah!”, se tira al suelo y escupe. Mi mujer me dice que ya ha hecho lo mismo varias veces al ver aquellos calzones.

Le pregunto:

—¿Por qué dices “¡puah!”?

JUANITO.—Por los calzones.

YO.—¿Por qué? ¿Porque son amarillos y te recuerda la caca o el pipí?

JUANITO.—La caca no es amarilla; es blanca o negra. (Y a continuación): Oye: ¿Es verdad que se hace caca mejor cuando se come queso? (Esto se lo había dicho una vez que me preguntó por qué comía queso.)

YO.—Sí.

JUANITO.—Entonces, ¿por eso vas tú siempre a hacer caca en cuanto te levantas por la mañana? Oye: me gustaría comer pan y queso.

Ya el día anterior me había preguntado mientras corría y brincaba delante de la casa: “Oye, ¿es verdad que corriendo y brincando mucho se hace caca mejor?”

Juanito ha padecido desde siempre un estreñimiento pertinaz, que nos ha obligado a emplear laxantes e irrigaciones. En una ocasión llegó a hacerse tan intenso, que mi mujer hubo de pedir consejo al doctor L., el cual opinó que el niño comía con exceso, cosa efectivamente cierta, y aconsejó una alimentación menos copiosa. Seguimos su prescripción, y el estreñimiento desapareció en el acto. Hace una temporada ha vuelto a presentarse algún nuevo acceso.

Después de comer le digo: “Vamos a escribir otra vez al profesor”. Juanito me dicta: “Cuando vi los calzones amarillos, dije: ¡Puah! Escupí, me tiré al suelo, cerré los ojos y no miré”.

YO.—¿Por qué?

JUANITO.—Porque había visto los calzones amarillos. Y con los calzones negros hice lo mismo[1068]. Los calzones negros son unos calzones parecidos, sólo que negros. (*Interrumpiéndose*.) Oye: me gusta mucho escribir al profesor. Me divierte mucho.

YO.—¿Por qué dijiste “¡puah!”? ¿Es que te dio asco?

JUANITO.—Sí. Porque veía aquello. Creí que tenía que hacer caca.

YO.—¿Por qué?

JUANITO.—No lo sé.

YO.—¿Cuándo viste los calzones negros?

JUANITO.—Una vez. Ya estaba Ana (la criada) en casa. Los vi en el cuarto de mamá. Se los acababa de comprar. (Mi mujer me confirmó luego estos detalles.)

YO.—¿Y también te dio asco entonces?

JUANITO.—Sí.

YO.—¿Has visto alguna vez a mamá con esos calzones puestos?

JUANITO.—No.

YO.—¿Quizá al vestirse alguna vez?

JUANITO.—Los amarillos se los he visto ya. (Inexacto.) Los negros los lleva puestos hoy. (¡Exacto!) Esta mañana temprano se los he visto cuando se los quitó.

YO.—Querrás decir cuando se los puso.

JUANITO.—Esta mañana, cuando iba a salir, se quitó los calzones negros, y luego, cuando volvió a casa, se los puso otra vez.

Pareciéndome absurdo, interrogué a mi mujer. Naturalmente, no se había cambiado de calzones para salir.

Sigo preguntando a Juanito:

YO.—Me has dicho que mamá llevaba esta mañana unos calzones negros, que se los quitó cuando iba a salir y se los volvió a poner al regresar a casa. Pero mamá dice que no es verdad.

JUANITO.—Se me habrá olvidado ya que no se los quitó. (*Irritado*.) ¡Déjame en paz!»

Con respecto a esta historia de los calzones habré de observar lo siguiente: La buena disposición que Juanito muestra al comienzo del interrogatorio es, evidentemente, fingida. Luego arroja la máscara y se descara con su padre. Se trata de cosas que antes hubieron de proporcionarle placer y que ahora, cumplida ya la represión, le avergüenzan y le repugnan. Miente a sabiendas para encubrir la verdadera ocasión en que vio a su madre quitarse los calzones y volvérselos a poner. En realidad, esta escena pertenece

al conjunto de la defecación. El padre sabe perfectamente de lo que se trata y lo que Juanito intenta encubrir.

«Pregunto a mi mujer si Juanito la ha acompañado alguna vez cuando ha ido al retrete. Me dice:

—Sí. Muchas veces. Juanito me da la lata, hasta que lo dejo entrar. Todos los niños lo hacen».

No debemos perder de vista este antiguo placer, hoy reprimido ya, de ver a su madre en el acto de la defecación.

«Salimos delante de la casa. Juanito se muestra muy contento. Viéndole trotar de un lado a otro como un caballo, le pregunto:

—Oye: ¿quién es verdaderamente el caballo del ómnibus? ¿Yo, tú o mamá?

JUANITO.—(*Rápidamente*.) Yo. Yo soy un potrito.

Cuando en los peores tiempos de su angustia vio una vez retozar y saltar a unos caballos jóvenes y se asustó mucho, le había dicho yo para tranquilizarle: "Son potritos, que saltan y juegan como los niños. También tú juegas y saltas porque eres un niño". Desde entonces, cuando ve retozar a un caballo, dice: "Es un potrito".

De vuelta a casa, le pregunto casi impensadamente:

YO.—¿Juegas en Gmunden a los caballos con los otros niños?

ÉL.—Sí. (*Pensativo*.) Me parece que fue allí donde cogí la tontería.

YO.—¿Quién era el caballo?

ÉL.—Yo. Y Berta era el cochero.

YO.—¿Te caíste alguna vez haciendo de caballo?

ÉL.—No. Cuando Berta me decía "¡Arre!", tropezaba y galopaba, pero sin caerme[1069].

YO.—¿Y no jugasteis nunca a los ómnibus?

JUANITO.—No. A los coches corrientes y al caballo sin coche. Cuando un caballo tiene un coche, pues también ir sin él y en coche puede quedarse en casa.

YO.—¿Jugasteis muchas veces a los caballos?

JUANITO.—Sí. Muchas veces. Federico (uno de los niños de nuestro casero, como ya sabemos) fue también caballo una vez, y Francisco fue

cochero. Y Federico galopó tan de prisa, que una vez tropezó contra una piedra y se hizo sangre.

YO.—¿Se cayó[1070]?

JUANITO.—No. Luego metió el pie en agua y se lo vendó con un pañuelo.

YO.—¿Fuiste tú caballo muchas veces?

JUANITO.—¡Ya lo creo!

YO.—¿Y fue entonces cuando cogiste la tontería?

JUANITO.—Porque no paraban de decir: "Por culpa del caballo". (*Wegen dem Pferd*. Juanito acentúa especialmente la palabra *Wegen*.) Y así, porque no paraban de decir: "Por culpa del caballo", es quizá por lo que cogí la tontería[1071].

El padre lleva luego, sin fruto alguno, su investigación por otros caminos:

YO.—¿Te contaron algo del caballo?

JUANITO.—Sí.

YO.—¿El qué?

JUANITO.—Se me ha olvidado.

YO.—¿Quizá algo de la cosita?

JUANITO.—No.

YO.—¿Te daban ya miedo los caballos?

JUANITO.—No. No me daban miedo.

YO.—¿Te dijo quizá Berta que los caballos…?

JUANITO.—(*Interrumpiéndome*.) ¿Que hacen pipí? No.

El 10 de abril vuelvo sobre la conversación del día anterior para averiguar lo que pudieran significar las palabras "por culpa del caballo". Juanito no se acuerda. Sabe tan sólo que una mañana había un grupo de niños delante de la puerta y decían: "Por culpa del caballo; por culpa del caballo". También él formaba parte del grupo. Cuando le apremio, declara que lo que decían no era aquello, sino otra cosa que no recordaba.

YO.—Ibais mucho a la cuadra, y seguramente hablaríais de los caballos.

—No; no hablamos.

—¿De qué hablabais?

—De nada.

—¿Tantos niños como erais y no hablabais de nada?

—Algo hablábamos, pero no de los caballos.

—¿De qué entonces?

—Ya no lo sé.

Abandono el tema, viendo que las resistencias son, evidentemente, demasiado intensas[1072], y pregunto:

—¿Te gustaba mucho jugar con Berta?

JUANITO.—Sí, mucho. Con Olga, no. ¿Sabes lo que hizo Olga? Grete me había regalado una pelota de papel, y Olga me la rompió. Berta no me hubiese roto nunca la pelota. Me gustaba mucho jugar con ella.

YO.—¿Viste alguna vez cómo era la cosita de Berta?

JUANITO.—No. Pero la del caballo, sí. Como siempre estábamos metidos en la cuadra, un día le vi la cosita al caballo.

YO.—¿Y entonces te entró curiosidad de saber cómo sería la cosita de Berta y la de mamá?

JUANITO.—Sí.

Le recuerdo que una vez se me quejó de que las niñas querían siempre verle cuando hacía pipí.

JUANITO. También Berta venía muchas veces a verme. (*Lo dice sin enfado ninguno; más bien complacido*.) Yo hacía pipí en el jardín pequeño, donde estaban los rábanos, y Berta se ponía en la puerta de la casa y me miraba.

YO.—Y cuando ella hacia pipí, ¿la mirabas tú?

JUANITO.—Ella iba al retrete.

YO.—¿Y a ti te daba curiosidad?

JUANITO.—Yo entraba con ella en el retrete.

(Exacto. Las criadas nos lo dijeron un día, y recuerdo que prohibimos a Juanito volver a hacerlo.)

YO.—¿Le dijiste que querías entrar con ella?

JUANITO.—Entré sin decirle nada, porque ella me dejó. No era nada malo.

YO.—¿Y te hubiese gustado verle la cosita?

JUANITO.—Sí; pero no se la vi.

Le recuerdo el sueño de Gmunden: “¿A quién pertenece la prenda…?”,

etcétera, y le pregunto:

—¿Deseaste alguna vez en Gmunden que Berta te pusiera a hacer pipí?

JUANITO.—Decírselo no se lo dije nunca.

YO.—¿Por qué no se lo dijiste nunca?

JUANITO.—Porque no se me ocurrió. (*Interrumpiéndose*.) Si le escribo todo esto al profesor se me pasará pronto la tontería, ¿no es verdad?

YO.—¿Por qué deseabas que Berta te pusiera a hacer pipí?

ÉL.—No lo sé. Porque me miraba cuando lo hacía.

YO.—¿Pensaste que Berta te tocase la cosita?

ÉL.—Sí. (*Variando de conversación*.) En Gmunden me divertía mucho. En el jardincito donde estaban los rábanos había un montón de arena, y yo jugaba allí con mi pala.

(Es éste el jardín al que iba siempre a hacer pipí.)

YO.—Y en Gmunden, cuando te acostabas, ¿no te tocabas nunca la cosita?

ÉL.—No; todavía no. En Gmunden dormía muy bien y no pensaba en eso. Sólo luego, en nuestra otra casa, y ahora.

YO.—Pero ¿Berta no te tocó nunca la cosita?

ÉL.—No lo hizo nunca, porque yo no se lo dije nunca.

YO.—¿Cuándo lo deseaste entonces?

ÉL.—Un día, en Gmunden.

YO.—¿Sólo una vez?

ÉL.—Muchas veces.

YO.—Me has dicho que siempre que hacías pipí iba ella a mirarte. Quizá tuviera curiosidad de ver cómo lo hacías.

ÉL.—O de ver cómo tenía yo la cosita.

YO.—Y tú también tenías curiosidad de ver cómo era la cosita de Berta. ¿Sólo la de Berta?

ÉL.—La de Berta y la de Olga.

YO.—¿Y de quién más?

ÉL.—De nadie más.

YO.—Eso no es verdad. También tenías curiosidad de saber cómo era la de mamá.

ÉL.—Sí. La de mamá también.

YO.—Ahora ya se te ha pasado esa curiosidad, porque ya sabes cómo es la cosita de Hanna, ¿no?

ÉL.—Pero le crecerá, ¿verdad[1073]?

YO.—Sí que le crecerá. Pero no será nunca igual a la tuya.

ÉL.— Ya lo sé. Será como es ahora, sólo que más grande.

YO.—Y en Gmunden, ¿sentías también curiosidad cuando mamá se desnudaba?

ÉL.—Sí. Y también cuando bañaban a Hanna le vi la cosita.

YO.—¿A mamá también?

ÉL.—No.

YO.—¿Te dio asco cuando viste los calzones de mamá?

ÉL.—Sólo al ver los negros cuando se los compró. Entonces escupí. Pero cuando se los pone o se los quita, entonces no escupo. *Escupo porque los calzones negros son negros como una caca, y los amarillos son amarillos como un pipí, y entonces creo que voy a tener que hacer pipí*. Cuando mamá los lleva puestos, entonces no se los veo, porque lleva el traje encima.

YO.—¿Y cuándo se quita el traje?

ÉL.—Entonces no escupo. Pero cuando son nuevos, parecen una caca. Cuando son viejos, pierden el color y se ensucian. Cuando mamá los compra, están limpios, y luego en casa se ensucian. Cuando los compra, están nuevos, y cuando no los compra, están viejos.

YO.—¿Entonces, de los calzones viejos no te da asco?

ÉL.—Cuando están viejos, están ya más negros que una caca, ¿no es verdad? Están un poco más negros[1074].

YO.—¿Has entrado alguna vez con mamá en el retrete?

ÉL.—Sí. Muchas veces.

YO.—¿Y te ha dado asco?

ÉL.—Sí… ¡No!

YO.—¿Te gusta estar con mamá cuando está haciendo caca o pipí?

ÉL.—Sí. Me gusta mucho.

YO.—¿Por qué te gusta mucho?

ÉL.—No lo sé.

YO.—Porque crees que vas a verle la cosita.

ÉL.—Sí. Eso me creo también.

YO.—¿Y por qué en Lainz no quieres nunca entrar en el retrete?

(En Lainz me pide siempre que no le lleve al retrete. Una vez se asustó del ruido que hacía el agua al caer.)

ÉL.—Quizá por el jaleo que se arma al soltar el agua.

YO.—¿Y eso te da miedo?

ÉL.—Sí.

YO.—¿Y aquí, en el retrete de casa?

ÉL.—Aquí no. En Lainz me da miedo cuando sueltas el agua. Cuando estoy dentro y cae el agua, me asusto.

Para demostrarme que en el retrete de casa no se asusta, me propone ir con él y soltar el agua. Luego me explica:

—Primero se arma un jaleo muy fuerte, y después un jaleo más suave. (Cuando cae el agua desde el depósito.) Cuando el jaleo fuerte me gusta estar dentro; pero cuando empieza el jaleo suave, prefiero salirme.

YO.—¿Por qué te da miedo?

ÉL.—Porque siempre me gusta ver (*rectifica*), oír un jaleo fuerte, y mientras dura me quedo dentro para oírlo bien.

YO.—¿Qué es lo que te recuerda un jaleo fuerte?

ÉL.—Que tengo que hacer caca en el retrete. (Así, pues, lo mismo que los pantalones negros.)

YO.—¿Por qué?

ÉL.—No lo sé. Un jaleo fuerte se oye como cuando se hace caca. Un jaleo grande recuerda la caca, y uno pequeño, el pipí. (Cf. los calzones negros y amarillos.)

YO.—Oye: el caballo del ómnibus, ¿no tenía el mismo color que una caca?

(Según sus manifestaciones, era negro.)

ÉL.—(*Muy sorprendido*.) Sí».

Intercalaré aquí algunas palabras. El padre pregunta demasiado, e investiga siguiendo los propósitos suyos, en vez de dejar explayarse al

pequeño. Todo ello quita transparencia y seguridad al análisis. Juanito sigue su propio camino, y no rinde nada positivo cuando se le quiere apartar de el. Su interés se orienta ahora hacia la caca y el pipí; no sabemos por qué. La historia del jaleo queda por ahora tan poco aclarada como la de los calzones negros y los amarillos. Sospecho que su oído sutil ha advertido muy bien la diferencia de los ruidos que producen al orinar el hombre y la mujer. Pero el análisis ha incluido todo el material con una cierta forzada violencia en la antítesis de las dos necesidades.

A aquellos lectores que no hayan llevado nunca a cabo por sí mismos un análisis, he de aconsejarles que no pretendan comprenderlo todo en el acto, y vayan acogiendo, con cierta atención imparcial, todo lo que surja, en espera de su definitiva aclaración.

«11 de abril. Por la mañana vuelve a presentarse Juanito en nuestra alcoba, y, como siempre en estos últimos días, es reintegrado inmediatamente a su cuarto.

Más tarde me cuenta:

—Oye lo que he pensado: “*Estaba en el baño*[1075] *y venía el fontanero y lo destornillaba*[1076]. *Y cogía un destornillador muy grande y me lo clavaba en la barriga*”. El padre traduce así esta fantasía: “Estoy en la cama con mamá. Y viene papá y me echa fuera. Con su pene, de gran tamaño, me empuja, separándome de mamá”».

De momento reservaremos nuestro juicio sobre esta interpretación.

«Todavía cuenta otra cosa que ha pensado:

—Vamos a Gmunden en el tren. Al llegar a la estación de Gmunden nos ponemos los vestidos. Pero no acabamos nunca, y el tren arranca antes que nos bajemos.

—¿Has visto alguna vez a un caballo haciendo caca?

ÉL.—Sí; muchas veces.

YO.—¿Y arma mucho jaleo?

ÉL.—Sí.

YO.—¿Qué es lo que te recuerda ese jaleo?

ÉL.—Como cuando la caca cae en la taza del retrete.

El caballo del ómnibus que se cae y arma jaleo con los pies es,

probablemente, la caca que cae en la taza del retrete y hace ruido al caer. El miedo, a la defecación, el miedo a los vehículos pesadamente cargados equivale al miedo al vientre pesadamente cargado».

Por estos rodeos empieza el padre a vislumbrar el verdadero estado de cosas.

«11 de abril. Juanito dice durante el almuerzo: “Si siquiera tuviésemos en Gmunden una bañera para no tener que ir a la casa de baños…” En Gmunden para poderle bañar en agua templada, le llevábamos a una casa de baños cercana, contra lo cual solía Juanito protestar con grandes llantos. También en Viena llora cuando quieren hacerle sentar o echarse en el baño grande, y tienen que bañarle sentado o en pie».

La frase antes transcrita de Juanito, el cual empieza ahora a suministrar alimento al análisis con manifestaciones espontáneas, establece un enlace entre sus dos últimas fantasías (la del fontanero que destornilla el baño y la del fracasado viaje a Gmunden). De esta última había deducido el padre, exactamente, una repugnancia contra Gmunden. Todo ello nos prueba una vez más que para la inteligencia del material surgido de lo inconsciente no hemos de apoyarnos en el material antecedente, sino en el ulterior.

«Le pregunto si le da miedo bañarse y por qué.

JUANITO.—Me da miedo caerme en el baño.

YO.—¿Y cómo no te daba miedo antes cuando te bañaban en la bañera?

JUANITO.—Porque como era más pequeño no podía echarme y tenía que bañarme sentado.

YO.—Y cuando en Gmunden paseábamos en barca, ¿no te daba miedo?

JUANITO.—No, porque me agarraba a la barca y no podía caerme. En el baño, lo que me da miedo es pensar que puedo caerme dentro.

YO.—Cuando te bañas estás siempre con mamá. ¿Es que tienes miedo de que mamá te tire al agua?

JUANITO.—De que me suelte y me caiga de cabeza al agua.

YO.—Sabes muy bien que mamá te quiere mucho y no te soltará.

ÉL.—Pero lo pensaba.

YO.—¿Por qué?

ÉL.—No lo sé.

YO.—¿Quizá porque habías sido malo y creías que mamá no te quería?

ÉL.—Sí.

YO.—Cuando veías a mamá bañar a Hanna, ¿no deseaste alguna vez que la soltara para que Hanna se cayese al agua?

ÉL.—Sí».

Creemos que en esto ha acertado plenamente el padre.

«12 de abril. Al regresar de Lainz en el tren, Juanito se fija en el forro de cuero negro de los asientos del vagón de segunda clase, y dice: "¡Puah! ¡Qué asco! Los calzones negros y los caballos negros también me dan asco, porque cuando los veo pienso que tengo que hacer caca".

YO.—¿Le has visto acaso también a mamá algo negro que te dio miedo?

JUANITO.—Sí.

YO.—¿El qué?

JUANITO.—No lo sé. Una blusa negra. O unas medias negras.

YO.—¿Quizá pelos negros en la cosita cuando te daba curiosidad y hacías por vérsela?

JUANITO.—(*Disculpándose*.) Pero no llegué a vérsela.

Cuando llegamos a casa se asusta nuevamente al ver salir un carro por la puerta de la aduana. Le pregunto:

—Oye: ¿no es verdad que la puerta parece un trasero?

JUANITO.—Sí. Y los caballos son las cacas.

Desde entonces siempre que ve salir un coche por aquella puerta, dice:

—Mira, una caca que sale.

El 13 de abril ve en la sopa un menudillo; dice: "¡Puah! Una caca". También le repugna la carne en albondiguillas, porque la forma y el color le recuerdan una caca.

Por la noche me cuenta mi mujer lo siguiente: Juanito se había asomado al balcón y había dicho luego: "He pensado que Hanna había salido al balcón y se había caído". En una ocasión le había dicho yo que cuando estuviese con Hanna en el balcón debía cuidar de que su hermanita no se acercase a la baranda, cuyos hierros dejaban entre sí grandes huecos, que hube de hacer

tapar con un enrejado de alambre. El deseo reprimido de Juanito se hace aquí transparente. Su madre le pregunta si preferiría no tener ninguna hermanita, a lo cual responde afirmativamente.

14 de abril. El tema de Hanna continúa en primer término. Como ya sabemos por anotaciones anteriores, aquella hermanita que había venido a robarle una parte del cariño de sus padres hubo de inspirarle una intensa aversión, que todavía no se ha desvanecido por completo, y sólo en parte resulta hipercompensada por un exagerado cariño[1077]. Ya había dicho varias veces que la cigüeña no debía traernos más niños y que le debíamos dar dinero para que no nos lo trajera y los dejara en el cajón donde los tenía. (Cf. el miedo a los carros de mudanzas, a los ómnibus, semejantes a grandes cajones.) También decía que Hanna le molestaba porque lloraba y chillaba mucho.

Una vez dijo de repente: “¿Te acuerdas cuando vino Hanna? ¡Qué mona estaba en la cama al lado de mamá!” (Esta alabanza sonó sospechosamente falsa.)

Salimos luego delante de la casa. La mejoría de Juanito es cada vez más franca y visible. Ni siquiera los camiones de carga le dan ya tanto miedo.

Una vez exclama alegremente: “Ahí viene un caballo con una cosa negra en la boca”, y por fin puedo comprobar que la incógnita “cosa negra” es un bozal de cuero. Juanito tampoco se asusta de este caballo.

Poco después golpea una losa de la acera con el bastón y me pregunta: “Oye: ¿hay alguien enterrado aquí debajo, o eso es sólo en los cementerios?” Le preocupa, pues, no sólo el enigma de la vida, sino también el de la muerte.

Al volver a casa ve en la antesala un cajón, y dice: Hanna vino con nosotros a Gmunden metida en un cajón como éste. Siempre que hemos ido a Gmunden ha venido metida en un cajón. ¿Crees que es mentira, papá? Pues es verdad. Llevábamos en el equipaje un cajón y dentro muchos niños metidos en una bañera. (Efectivamente, el cajón contenía una bañera.) Yo mismo la metí. Me acuerdo muy bien[1078].

YO.—¿De qué te acuerdas?

JUANITO.—De que Hanna fue a Gmunden en un cajón. No se me ha olvidado. ¡Palabra de honor!

YO.—El año pasado vino Hanna con nosotros en el vagón.

JUANITO.—*Pero antes fue siempre en un cajón*.

YO.—¿Quién tenía el cajón? ¿Mamá?

JUANITO.—Sí; mamá lo tenía.

YO.—¿Dónde?

JUANITO.—En casa, en el suelo.

YO.—¿No lo llevaba siempre con ella[1079]?.

JUANITO.—No. Cuando vayamos a Gmunden, Hanna hará también el viaje metida en el cajón.

YO.—¿Y cómo salió del cajón?

JUANITO.—La sacaron.

YO.—¿Quién? ¿Mamá?

JUANITO.—La sacamos yo y mamá. Luego subimos al coche, y Hanna se montó en el caballo, y el cochero dijo: "¡Arre!" El cochero iba en el pescante. ¿Ibas tú con nosotros? Mamá lo sabe. No; no lo sabe. Se le ha olvidado. Pero no le digas nada. (Le hago que me cuente otra vez todo aquello. Luego continúa): Cuando llegamos a casa, Hanna se bajó.

YO.—¿Cómo pudo bajarse si todavía no sabía ni siquiera andar?

JUANITO.—La ayudamos nosotros.

YO.—Oye: ¿y cómo pudo ir montada en el caballo si el año pasado no sabía aún sentarse?

JUANITO.—Pues sí. Fue montada en el caballo, gritando "¡arre!, ¡arre!", y pegándole con el látigo que yo tenía antes. El caballo no tenía estribos y Hanna iba montada en él. Pero no de broma, de verdad».

¿A qué viene tal serie de disparates tan obstinadamente mantenidos? —se nos preguntará, acaso—. Pues bien: no tiene nada de absurda y entraña un perfecto sentido. Con ella parodia Juanito a su padre y se venga de él. Quiere decir: Si tú imaginas que me creo que la cigüeña trajo a Hanna en octubre, cuando ya el verano anterior, al ir a Gmunden, había observado perfectamente el vientre abultado de mamá, también yo puedo pedirte que creas mis mentiras. Su afirmación de que Hanna fue ya a Gmunden el año anterior «dentro del cajón», sólo puede significar su conocimiento del embarazo de la madre. El hecho de que prevea para años posteriores la

repetición de aquel viaje «dentro del cajón» corresponde a una forma frecuente de la emergencia de una idea pretérita inconsciente, o puede también obedecer a razones particulares y expresar su temor de ver reproducido el embarazo al verano siguiente. Averiguamos ahora qué es lo que le hacía desagradable la perspectiva del viaje a Gmunden, según delataba su segunda fantasía.

«Más tarde le pregunto cómo vino a parar Hanna, al nacer, a la cama de su madre».

Juanito encuentra aquí nueva ocasión de «tomarle el pelo» a su padre.

«JUANITO.—Cuando Hanna llegó, la señora Kraus (la comadrona) se la llevó a mamá a la cama. Hanna no sabía andar, pero la cigüeña la trajo en el pico. No sabía andar. (Hace una pausa y continúa luego de carrerilla.) La cigüeña subió por las escaleras hasta la puerta y llamó. Todos estaban durmiendo, pero la cigüeña traía la llave y abrió y dejó a Hanna en *tú*[1080] cama, mientras mamá seguía durmiendo… No; la cigüeña dejó a Hanna en la cama de mamá. Era de noche y la cigüeña dejó tranquilamente a Hanna en la cama sin hacer ruido. Y luego cogió su sombrero y se fue. No; no tenía sombrero.

YO.—¿Quién cogió su sombrero? ¿El médico quizá?

JUANITO.—Luego se fue la cigüeña. Se fue a su casa. Y luego llamó y los despertó a todos. Pero no le cuentes nada de esto a mamá ni a Tini (la cocinera). ¡Es un secreto!

YO.—¿Quieres tú a Hanna?

JUANITO.—¡Ya lo creo! Mucho.

YO.—¿Te gusta que haya venido al mundo? ¿O preferirías que no hubiese venido?

JUANITO.—Preferiría que no hubiese venido.

YO.—¿Por qué?

JUANITO.—Por lo menos no la oiría gritar. No puedo aguantarla.

YO.—-También gritas tú.

JUANITO.—También ella grita.

YO.—¿Por qué no puedes aguantarla?

JUANITO.—Porque grita muy fuerte.

YO.—¡Pero si no grita!
JUANITO.—Cuando le dan azotes, grita.
YO.—¿Le has pegado tú alguna vez?
JUANITO.—Cuando mamá le da azotes, grita.
YO.—¿Y no te gusta?
JUANITO.—No… ¿Por qué? Pues porque arma un jaleo terrible gritando.
YO.—Si preferirías que no hubiese venido al mundo, es que no la quieres.
JUANITO.—(*Asintiendo*.) ¡Hum, hum!
YO.—Por eso has pensado que si mamá la soltase cuando la está bañando, se caería al agua…
JUANITO.—(*Completando la idea*.) Y se moriría.
YO.—Y entonces tendrías a mamá para ti solo. Un niño bueno no desea esas cosas.
JUANITO.—*Pero puede pensarlas*.
YO.—No está bien que las piense.
JUANITO.—*Pero si las piensa, está bien que las piense para escribirlas al profesor*[1081].

Más tarde le digo:

YO.—Cuando Hanna sea mayor y sepa ya hablar, la querrás más.
JUANITO.—No. La quiero ya mucho. Cuando en otoño sea ya grande, iré sólo con ella al parque y se lo explicaré todo.

Quiero iniciar una nueva explicación, pero me interrumpe, para convencerme de que sus deseos de muerte contra su hermana no son cosa tan perversa como yo creo.

JUANITO.—Oye: Hanna estaba ya hacía mucho tiempo en el mundo, aunque no estuviera aquí. Cuando estaba con la cigüeña, estaba ya en el mundo.
YO.—No. Quizá no.
JUANITO.—Entonces, ¿quién la trajo? ¿No la tenía la cigüeña?
YO.—¿De dónde la sacó la cigüeña?
JUANITO.—La tenía ella.
YO.—¿Dónde la tenía?
JUANITO.—En el cajón; en el cajón de la cigüeña.

YO.—¿Cómo es ese cajón?

JUANITO.—Rojo. Pintado de rojo. (¿La sangre?)

YO.—¿Quién te lo ha dicho?

JUANITO.—Mamá… Me lo figuro yo… En el libro está.

YO.—¿En qué libro?

JUANITO.—En el libro de estampas.

Le hago que me traiga su libro de estampas. Lina de ellas representa un nido de cigüeñas encima de una chimenea de ladrillo rojo. La chimenea sería el cajón. Por coincidencia singular, hay en la misma página un caballo al que están herrando. Juanito, no encontrando a los niños en el nido, supone que están en el cajón.

YO.—¿Qué hizo luego la cigüeña con Hanna?

JUANITO.—La trajo aquí. En el pico. ¿Sabes? La cigüeña que está en Schönbrunn y picó la sombrilla. (Reminiscencia de un pequeño incidente en Schönbrunn.)

YO.—¿Viste tú a la cigüeña traer a Hanna?

JUANITO.—Estaba durmiendo. De día no puede la cigüeña traer a los niños.

YO.—¿Por qué?

JUANITO.—No puede. ¿Sabes por qué? Tiene que traerlos cuando la gente no la ve; luego, de repente, por la mañana, se encuentran con un niño o con una niña[1082].

YO.—Por entonces tuviste mucha curiosidad de saber cómo había venido la cigüeña, ¿no?

JUANITO.—Sí.

YO.—¿Cómo era Hanna cuando vino al mundo? ¿Te acuerdas?

JUANITO.—(*Fingiendo*.) Muy blanquita y muy mona. Como de oro.

YO.—Pero cuando la viste por primera vez no te gustó.

JUANITO.—Sí. Mucho.

YO.—¿Te sorprendió que fuese tan pequeña?

JUANITO.—Sí.

YO.—¿Cómo era de pequeña?

JUANITO.—Como una cigüeñita.

YO.—¿Y como qué más? ¿Como una caca, quizá?

JUANITO.—No; una caca es mucho más grande…, o no, no es más grande; es un poquitín más pequeña que Hanna».

Yo le había predicho al padre que la fobia del pequeño se enlazaba a los pensamientos y los deseos provocados por el nacimiento de su hermanita, pero había omitido llamarle la atención sobre la teoría sexual infantil, según la cual los niños son paridos por el recto; teoría que habría de hacer atravesar a Juanito el complejo de lo excremental. Esta negligencia mía provocó el oscurecimiento temporal del análisis. Ahora, aclarado ya, intenta el padre oír nuevamente a Juanito sobre este punto importantísimo.

«Al día siguiente le hago repetirme la historia del día anterior. Juanito me cuenta:

—Hanna hizo el viaje a Gmunden metida en el cajón. Mamá iba en un departamento y Hanna en el furgón de equipajes. Cuando llegamos a Gmunden, mamá y yo la sacamos del cajón y la montamos en el caballo. El cochero iba en el pescante y Hanna tenía el látigo mío del año anterior y pegaba al caballo y decía: “¡Arre!” Era muy divertido, y el cochero pegaba también al caballo… No; no le pegaba, porque el látigo lo tenía Hanna. El cochero llevaba las riendas. También Hanna las llevó un rato. (De la estación de Gmunden hasta la casa que allí ocupábamos, íbamos siempre en coche; Juanito intenta aquí conciliar fantasía y realidad.) En Gmunden bajamos a Hanna del caballo y anduvo sola hasta la escalera. (El año pasado Hanna cumplió en Gmunden los ocho meses. Al anterior, al cual se refiere la fantasía de Juanito, mi mujer entraba en el sexto mes de su embarazo cuando iniciamos nuestro veraneo.

YO.—El año pasado estuvo ya allí Hanna.

JUANITO.—El año pasado fue dentro del coche. Pero un año antes, cuando ya estaba con nosotros en el mundo.

YO.—¿Estaba ya con nosotros?

JUANITO.—Sí; cuando tú venías a embarcarte conmigo.

YO.—Pero no fue el año pasado; fue el anterior, y entonces Hanna no estaba aún en el mundo.

JUANITO.—*Sí; sí estaba ya en el mundo*. Cuando vino a Gmunden dentro del

cajón, sabía ya andar y decir “Ana”. (Hace escasamente cuatro meses que Hanna hace tales habilidades.)

YO.—Pero entonces no estaba aún con nosotros.

JUANITO.—Sí. Estaba con la cigüeña.

YO.—¿Cuántos años tiene, entonces, Hanna?

JUANITO.—En otoño cumplirá dos años. Y por entonces estaba ya aquí. Tú lo sabes mejor que yo.

YO.—¿Y cuándo estuvo con la cigüeña, en el cajón de la cigüeña?

JUANITO.—Mucho tiempo antes que fuera a Gmunden en el cajón. Mucho, mucho tiempo antes.

YO.—¿Cuánto tiempo hace que Hanna sabe andar? Cuando estaba en Gmunden, ¿no sabía aún?

JUANITO.—El año pasado, no. Antes sí.

YO.—Hanna no ha estado más que una vez en Gmunden.

JUANITO.—No. Ha estado dos veces. ¡Justo! Me acuerdo muy bien. Y si no, pregúntaselo a mamá, y ella te lo dirá.

YO.—Eso no es verdad.

JUANITO.—Sí que es verdad. *La primera vez que estuvo en Gmunden andaba y montaba a caballo; después ya tenían que llevarla en brazos…*

YO.—Pero ¡si hace muy poco tiempo que anda! En Gmunden no sabía andar todavía.

JUANITO.—Sí que sabía. Apúntalo si quieres. Me acuerdo muy bien… ¿De qué te ríes?

YO.—De ti, que eres un mentiroso. Sabes muy bien que Hanna no ha estado en Gmunden más que una vez.

JUANITO.—No. No es verdad. La primera vez fue montada en el caballo… Y la segunda… (Vacila visiblemente.)

YO.—Ese caballo en el que dices que fue montada Hanna, ¿era acaso mamá?

JUANITO.—No. Era un caballo de verdad. Fuimos todos en un coche de un caballo.

YO.—Siempre hemos ido en coches de dos caballos.

JUANITO.—Sería un coche de alquiler.

YO.—¿Qué comió Hanna mientras fue dentro del cajón?

JUANITO.—Le pusieron dentro pan y manteca, arenques y rábanos (una de nuestras cenas de Gmunden), y mientras duró el viaje Hanna se untó de manteca el pan y comió cincuenta veces.

YO.—Oye: ¿y no gritó?

JUANITO.—No.

YO.—¿Qué hizo entonces?

JUANITO.—Estarse sentada en el cajón, muy quietecita.

YO.—¿No se dio ningún golpe?

JUANITO.—No. Se pasó todo el tiempo comiendo y sin moverse una sola vez. Se bebió dos jarras grandes de café. Por la mañana no quedaba ya nada. Dejó toda la basura en el cajón. Las hojas de los rábanos y el cuchillo para cortarlos. Luego lo limpió todo muy de prisa. En un minuto. A toda prisa. También yo fui con Hanna en el cajón y dormí dentro toda la noche. (Hace dos años hicimos, efectivamente, de noche el viaje a Gmunden.) Mamá iba en el vagón. No paramos de comer en todo el viaje, incluso luego en el coche. Fue muy divertido. Hanna no se montó en el caballo. (Vacila ahora porque sabe que fuimos en un coche de dos caballos.) Fue sentada en el coche. Mamá se montó en un caballo y Carolina (una criada) en otro… Oye, papá, todo esto que te estoy contando no es verdad.

YO.—¿Qué es lo que no es verdad?

JUANITO.—Todo eso. Oye: este año me metéis con Hanna en el cajón[1083] y yo haré pipí dentro. Me haré pipí en los pantalones. Me tiene sin cuidado. No es ninguna vergüenza. Oye: todo esto no es una broma, pero es muy divertido. A continuación me cuenta la historia de la venida de la cigüeña con las mismas palabras que el día anterior, poco más o menos. Omite tan sólo el detalle de que cogiera al marcharse el sombrero.

YO.—¿Dónde tenía la cigüeña la llave?

JUANITO.—En el bolsillo.

YO.—¿Dónde tiene la cigüeña el bolsillo?

JUANITO.—En el pico.

YO.—¿En el pico? Todavía no he visto una cigüeña con una llave en el pico.

JUANITO.—¿Cómo pudo entonces abrir la puerta? ¿Cómo pudo entrar sin tener llave? Es que me he equivocado. La cigüeña llamó y salieron a abrirla.

YO.—¿Cómo llamó?

JUANITO.—Llamó al timbre.

YO.—¿Cómo llamó al timbre?

JUANITO.—Apretando con el pico.

YO.—¿Y cerró la puerta?

JUANITO.—No; la cerró una criada. La abrió y la cerró una criada que estaba ya levantada.

YO.—¿Dónde tiene la cigüeña su casa?

JUANITO.—¿Dónde? En el cajón en el que tiene las niñas. Quizá en Schönbrunn.

YO.—No he visto en Schönbrunn ningún cajón.

JUANITO.—Lo tendrá más lejos… Oye: ¿sabes cómo abre la cigüeña el cajón? Abre el pico… El cajón tiene también su llave… Luego hace así (demostrándolo en mi mesa) y abre. Es como una palanca.

YO.—¿Y no crees que una niña así como Hanna pesa demasiado para que la cigüeña pueda llevarla en el pico?

JUANITO.—No.

YO.—Oye: ¿no se parece mucho un ómnibus al cajón de la cigüeña?

JUANITO.—Sí.

YO.—¿Y a un carro de mudanzas?

JUANITO.—Sí, y un carro de niños malos también».

«17 de abril. Ayer, por fin, llevó a cabo Juanito su proyecto de entrar en el patio de la aduana. Hoy no ha podido porque precisamente enfrente de la puerta había un carro arrimado a la rampa.

Me dijo:

—Cuando veo ahí un coche, me da miedo de que a lo mejor se me ocurre *excitar a los caballos* y se caerán y armarán jaleo con las patas.

YO.—¿Cómo se excita a los caballos?

JUANITO.—Regañándolos o gritándoles: “¡Arre!”[1084].

YO.—¿Lo has hecho tú ya alguna vez?

JUANITO.—Sí, muchas veces. Tengo miedo de hacerlo, pero no es verdad que lo haya hecho.

YO.—¿Y en Gmunden?

JUANITO.—No.

YO.—Pero ¿te gustaría?

JUANITO.—Sí.

YO.—¿Te gustaría pegar con un látigo a los caballos?

JUANITO.—Sí.

YO.—¿Quisieras pegarles como mamá pega a Hanna? ¿Eso te gusta también?

JUANITO.—A los caballos no les hace daño que les peguen. (Esto se lo había dicho yo en una ocasión para mitigar su miedo al ver pegar a los caballos.) Y ya lo he hecho una vez. He cogido un látigo y he pegado a un caballo hasta que se cayó y empezó a armar jaleo con los pies.

YO.—¿Cuándo?

JUANITO.—En Gmunden.

YO.—¿A un caballo de verdad? ¿Que estaba enganchado a un coche?

JUANITO.—Estaba suelto.

YO.—¿Dónde estaba?

JUANITO.—Lo sujeté yo para que no se escapase. (Todo esto resulta, naturalmente, inverosímil.)

YO.—¿Dónde pasó todo esto?

JUANITO.—Junto a la fuente.

YO.—¿Quién te dio permiso? ¿Es que el cochero te dejó el caballo?

JUANITO.—Era un caballo de la cuadra de casa.

YO.—¿Y cómo estaba en la fuente?

JUANITO.—Lo llevé yo.

YO.—¿Lo sacaste de la cuadra?

JUANITO.—Sí. Porque quería pegarle con el látigo.

YO.—¿No había nadie en la cuadra?

JUANITO.—Sí. Estaba Loisi (el cochero).

YO.—¿Y te dio permiso?

JUANITO.—Se lo pedí por favor y me lo dio.

YO.—¿Qué le dijiste?

JUANITO.—Le pedí que me dejara sacar el caballo para gritarle y pegarle con el látigo. Y me dijo que sí.

YO.—¿Le pegaste mucho al caballo?

JUANITO.—*Nada de esto que te he contado es verdad*.

YO.—¿Qué hay de verdad en todo ello?

JUANITO.—Nada. Te lo he contado por broma.

YO.—¿No sacaste nunca un caballo de la cuadra?

JUANITO.—No.

YO.—Pero ¿deseaste hacerlo?

JUANITO.—Sí, eso sí. Y lo pensé.

YO.—¿En Gmunden?

JUANITO.—No. Primero aquí. Lo pensaba por la mañana temprano, cuando ya estaba vestido… Digo, no: cuando todavía estaba en la cama.

YO.—¿Por qué no me lo contaste nunca?

JUANITO.—No se me ocurre.

YO.—Pensabas en eso porque lo habías visto en la calle, ¿no?

JUANITO.—Sí.

YO.—¿A quién te gustaría pegar realmente, a mamá, a Hanna o a mí?

JUANITO.—A mamá.

YO.—¿Por qué?

JUANITO.—Porque me gustaría pegarle.

YO.—¿Cuándo has visto que nadie pegue a su mamá?

JUANITO.—Nunca. En mi vida lo he visto.

YO.—Y, sin embargo, quisieras pegarle. ¿Cómo quieres hacerlo?

JUANITO.—Con un bastón. (Su madre le amenaza a veces con pegarle con un bastón.)

Por este día hube de interrumpir el diálogo.

En la calle, Juanito me dice que los carros de carbón son carros de cajones de cigüeña, esto es, mujeres embarazadas. Sus veleidades sádicas

anteriores tienen que hallarse relacionadas con nuestro tema».

«21 de abril. Juanito me cuenta esta mañana haberse figurado lo siguiente: "En Lainz había un tren y yo fui en él con la abuela hasta la estación de la aduana. Tú no habías bajado aún del puente y el segundo tren estaba ya en la estación de San Vito. Cuando bajaste ya había llegado el tren y subimos a él".

(Ayer estuvo Juanito en Lainz. Para pasar al andén hay que atravesar un puente. Desde el andén se ve la vía hasta la estación de San Vito. La relación de Juanito es un tanto confusa. Probablemente pensó primero que se marchaba en el primer tren, al que yo no llegaba. Luego venía de la estación de San Vito un segundo tren, que era el que yo tomaba. Pero ha deformado un trozo de su fantasía de fuga y la termina haciéndonos subir a los dos en el segundo tren. Esta fantasía se relaciona con aquella otra en la que nos pasamos de la estación de Gmunden porque el tren arranca antes que acabemos de vestirnos en el vagón.)

Por la tarde, delante de la casa, Juanito corre de pronto a refugiarse en el portal al acercarse un coche de dos caballos en el que no advierto nada extraordinario. Le pregunto qué le pasa. Me dice: "Me da miedo porque los caballos van tan orgullosos que acabarán por caerse". (Retenidos por el cochero avanzaban al trote corto y altas las cabezas, con un aire realmente arrogante.)

Le pregunto quién se muestra en realidad tan arrogante.

ÉL.—Tú, cuando mamá me toma en su cama.

YO.—Entonces, ¿es que deseas que me caiga?

ÉL.—Sí. Debías tropezar desnudo (quiere decir descalzo, como Federico en aquella ocasión pasada) con una piedra y hacerte sangre, y así por lo menos podría yo estar un rato sólo con mamá. Cuando luego subieras a casa, yo me saldría corriendo de la alcoba de mamá para que no me vieras.

YO.—¿Te acuerdas quién fue el que se dio contra la piedra?

ÉL.—Sí; Federico.

YO.—¿Qué pensaste cuando viste caerse a Federico[1085]?.

ÉL.—Que tú debías darte contra la piedra.

YO.—¿De manera que te gusta mucho estar con mamá?

ÉL.—Sí.

YO.—¿Y por qué te regaño yo cuando quieres meterte en su cama?

ÉL.—No lo sé (!!).

YO.—¿Por qué?

ÉL.—Porque tienes celos.

YO.—Eso no es verdad.

ÉL.—Sí. Es verdad. Lo sé. Tiene que ser verdad.

Vemos, pues, que mi explicación de que sólo los niños pequeños duermen con su madre y los grandes solos en su cama no le ha hecho efecto ninguno.

Sospecho que el deseo de *excitar* al caballo, esto es, pegarle y arrearle a gritos, no se refiere, como dijo, a su madre, sino a mí. Ha puesto por delante a su madre porque no se atrevía a confesarme la verdad. En los últimos días viene mostrándose particularmente cariñoso conmigo».

Con la superioridad que tan fácilmente se adquiere *a posteriori* rectificaremos al padre observando que el deseo de *excitar* al caballo se compone de dos elementos: de un oscuro impulso sádico referido a la madre y de un claro impulso vengativo contra el padre. Este último no pudo ser reproducido hasta después de haberlo sido el primero en relación con el complejo del embarazo. En la formación de una fobia basada en ideas inconscientes tiene siempre efecto una condensación, razón por la cual el camino del análisis no puede reproducir jamás la trayectoria del desarrollo de la neurosis.

«22 de abril. Juanito ha vuelto a imaginar algo esta mañana: ‘Un golfillo se ha subido en la vagoneta y el vigilante ha venido y le ha desnudado del todo, dejándole allí hasta por la mañana. Y por la mañana el golfillo ha dado al vigilante 50 000 florines para que le deje ir en la vagoneta’.

(La línea del ferrocarril del Norte pasa por delante de nuestra casa. En una vía auxiliar hay una vagoneta, en la cual Juanito vio una vez pasearse a un golfillo. Me comunicó su deseo de hacer lo mismo y yo le dije que estaba prohibido, y que si se subía en la vagoneta, le cogería el vigilante. Un segundo elemento de la fantasía es el deseo reprimido de desnudez)».

Observamos hace ya algún tiempo que la fantasía de Juanito crea *bajo el*

signo de los transportes y progresa consecuentemente desde el caballo de tiro al ferrocarril. A toda fobia a las calles se agrega así, siempre con el tiempo, la fobia al ferrocarril.

«Por la tarde me cuenta que Juanito *se había pasado toda la mañana jugando con una muñeca de goma a la que llamaba Margarita. Por el agujero al que se adaptaba en un principio un pequeño silbato redondo de latón había introducido en la muñeca un diminuto cortaplumas, y luego, desgarrándole los pies, lo había hecho caer por allí. A una criada que le miraba hacer le había dicho, señalando entre los pies de la muñeca: 'Mira, aquí tiene la cosita'*.

YO.—¿A qué has jugado esta mañana con la muñeca?

ÉL.—Le he separado los pies. ¿Sabes por qué? Porque tenía dentro una navajita que era de mamá. Se la había metido yo por el agujero del cuerpo por donde antes silbaba al apretarla, ¿sabes?, y luego le separé los pies y salió por allí.

YO.—¿Para qué le separaste los pies? ¿Para verle la cosita?

ÉL.—No hacía falta. Estaba ya a la vista.

YO.—¿Por qué metiste la navajita dentro de la muñeca?

ÉL.—No lo sé.

YO.—¿Cómo es la navajita?

Me la trae.

YO.—¿Te figurabas quizá que era un niño pequeño?

ÉL.—No; no me figuré nada. Pero la cigüeña tuvo una vez, me parece, un niño pequeño…, ¿o quién fue?

YO.—¿Cuándo?

ÉL.—Una vez. Lo he oído decir. No sé si lo he oído. Me habré equivocado.

YO.—¿En qué te has equivocado?

ÉL.—Lo que te he dicho no es verdad.

YO.—Todo lo que dices es un poco verdad.

ÉL.—Bueno. Sí; un poquito.

YO.—(*Después de una digresión*.) ¿Cómo te figuras tú que vienen al mundo las gallinas?

ÉL.—La cigüeña las hace nacer. No. Dios las hace nacer.

Le explico que las gallinas ponen huevos y que de esos huevos salen otra vez gallinas.

Juanito se echa a reír.

YO.—¿De qué te ríes?

ÉL.—Porque me gusta mucho eso que me has contado.

Luego dice que ya lo había él visto.

YO.—¿Dónde?

ÉL.—Te lo he visto hacer a ti.

YO.—¿Cuándo he puesto yo un huevo?

JUANITO.—En Gmunden. Pusiste un huevo en la hierba y de repente salió una gallina. Sí; pusiste una vez un huevo. Lo sé. Estoy seguro. Porque me lo ha dicho mamá.

YO.—Le preguntaré a mamá si es verdad que te lo ha dicho.

JUANITO.—No; no es verdad. Pero yo sí he puesto una vez un huevo y salió una gallina.

YO.—¿Dónde?

JUANITO.—En Gmunden. Me tumbé en la hierba; digo, no; me arrodillé, sin que me vieran los niños, y luego, por la mañana, les dije: 'Buscad, niños; ayer he puesto un huevo'. Y miraron, y vieron de pronto un huevo; y del huevo salió un Juanito muy chiquitito. ¿De qué te ríes? Mamá no lo sabe; y Carolina tampoco, porque nadie lo vio. Y de repente puse un huevo. De verdad. Oye, papá, ¿cuándo sale del huevo una gallina? ¿Cuándo se deja quieto el huevo?

Se lo explico.

JUANITO.—Bueno. Entonces dejaremos el huevo a la gallina y saldrá otra gallina. O lo meteremos en el cajón y lo llevaremos a Gmunden».

Juanito se ha apoderado osadamente de la dirección del análisis, ya que sus padres retrasaban las explicaciones que hubieran debido darle hace tiempo, y les comunica por medio de un brillante acto sintomático: «*¿Ves? Así me represento yo un nacimiento*». Lo que dijo a la criada sobre el sentido de su juego no fue sincero. Ante su padre rechaza decididamente la hipótesis de que sólo quisiera contemplar la cosita. Cuando su padre le cuenta cómo nacen las gallinas saliendo del huevo, su insatisfacción, su desconfianza y su

mejor conocimiento se unen en una magnífica burla que culmina en una clara alusión al nacimiento de su hermana.

«YO.—¿A qué jugabas con la muñeca?

JUANITO.—La llamaba Margarita.

YO.—¿Por qué?

JUANITO.—Porque sí.

YO.—¿Qué hacías con ella?

JUANITO.—La cuidaba como si fuera un niño de verdad.

YO.—¿Te gustaría tener tú una niña?

JUANITO.—Sí. ¿Por qué no? Me gustaría tener yo una niña. Pero mamá, no. Mamá no quiere que la tenga.

(Da así nuevamente expresión a su temor de verse aún más disminuido por el nacimiento de un tercer niño.)

YO.—Solamente las mujeres pueden tener niños.

JUANITO.—Entonces, tendré una niña.

YO.—¿Cómo vas a tenerla?

JUANITO.—Me la traerá la cigüeña. *Sacará la niña*, y la niña pondrá un huevo, y del huevo saldrá otra Hanna. De la Hanna saldrá otra Hanna. No; no saldrá más que una.

YO.—¿Te gustaría tener una niña?

JUANITO.—Sí; el año que viene tendré *una*. Y se llamará también Hanna.

YO.—¿Por qué no quieres que mamá tenga una niña?

JUANITO.—Porque la quiero tener yo.

YO.—Pero tú no puedes.

JUANITO.—Sí que puedo. Los niños tienen niñas y las niñas tienen niños[1086].

YO.—Los niños no pueden tener niños ni niñas. Sólo las mamás pueden tenerlos.

JUANITO.—¿Y por qué yo no?

YO.—Porque Dios lo ha dispuesto así.

JUANITO.—¿Por qué no tienes tú una niña? Pero, sí; la tendrás. Es cuestión de esperar.

YO.—¡Ya tengo espera para rato!

JUANITO.—Pues yo soy tuyo.
YO.—Sí. Pero quien te trajo al mundo fue mamá. Tú eres de mamá y mío.
JUANITO.—Y Hanna, ¿es mía o de mamá?
YO.—De mamá.
JUANITO.—No. Es mía. *¿Y por qué no mía y de mamá?*
YO.—Hanna es mía, de mamá y tuya.
JUANITO.—¡Lo ves!»

Naturalmente, en tanto el niño no descubre el órgano genital femenino le falta un elemento esencial para la comprensión de las relaciones sexuales.

«El 24 de abril proporcionamos mi mujer y yo nuevas aclaraciones a Juanito, explicándole que los niños crecen dentro de la mamá, que luego los trae al mundo con grandes dolores y apretando mucho, como si fueran una caca.

Por la tarde salimos delante de la casa. Se le ve muy aliviado. Corre siguiendo a los coches, y sólo porque no se atreve a alejarse mucho del portal y no consiente en ir de paseo a otro lado se advierte que aún le aqueja un resto de angustia.

El 25 de abril me da un cabezazo en el vientre, como ya hizo otra vez. Le pregunto si es una cabra.
JUANITO.—Sí. Un carnero.
YO.—¿Dónde has visto un carnero?
ÉL.—En Gmunden. Federico tenía uno. (Federico tenía un corderito, con el que jugaban.)
YO.—Cuéntame cosas del corderito. ¿Qué hacía?
ÉL.—La señorita Mizzi (una maestra que vivía en la misma casa) sentaba a Hanna encima del corderito. Pero entonces no topaba. Sólo topaba cuando se ponía uno delante de él. Federico lo llevaba sujeto con una cuerda y lo ataba a un árbol.
YO.—¿Y a ti te topó alguna vez el corderito?
ÉL.—Sí. Una vez me puse delante sin saberlo, y me topó. Pero fue muy divertido. No me asusté nada.

Esto es seguramente incierto.

YO.—Oye: ¿quieres tú a papá?

JUANITO.—Sí.

YO.—¿O quizá no?

Juanito está jugando con un caballo de cartón, que en este momento cae al suelo. Me grita: 'Mira: se ha caído el caballo. ¿Ves qué jaleo arma?'

YO.—Una cosa te molesta de papá: que mamá le quiera tanto.

JUANITO.—No.

YO.—Entonces, ¿por qué lloras siempre que mamá me da un beso? Porque tienes celos.

JUANITO.—Eso sí.

YO.—¿Qué harías tú si fueses papá?

JUANITO.—Iría todos los domingos a Lainz. No; todos los días. Si yo fuera papá, sería muy bueno.

YO.—¿Qué harías con mamá?

JUANITO.—La llevaría también a Lainz.

YO.—¿Y qué más?

JUANITO.—Nada más.

YO.—¿Por qué estás entonces celoso?

JUANITO.—No lo sé.

YO.—¿Estabas ya celoso en Gmunden?

JUANITO.—No; en Gmunden, no. (No es cierto.) En Gmunden tenía yo mis cosas: un jardín y muchos niños.

YO.—¿Te acuerdas cómo tuvo la vaca el ternerito?

JUANITO.—Sí; se lo trajeron en un carro (así se lo dijeron en Gmunden; otro golpe contra la teoría de la cigüeña) y otra vaca lo había echado por el trasero. (Esto es ya consecuencia de nuestras explicaciones, que Juanito intenta ahora armonizar con la teoría del carro.)

YO.—No es verdad que viniera en un carro. Salió de la vaca que estaba en el establo.

Juanito lo discute diciendo haber visto el carro por la mañana. Le observo que probablemente lo del carro fue una cosa que le contaron. Por fin

conviene en ello. “Probablemente me lo dijo Berta. O quizá el casero, que estaba en el establo cuando llegó el ternerito. Era de noche”.

Si no recuerdo mal, el ternero se lo llevaron luego en un carro. De aquí la confusión de Juanito.

YO.—¿Por qué no te figuraste que lo había traído la cigüeña?

JUANITO.—No quise figurármelo.

YO.—Pero que la cigüeña había traído a Hanna, eso sí te lo figuraste, ¿no?

JUANITO.—Aquella mañana (la del parto) sí me lo figuré. Oye, papá, ¿estaba el señor Reisenbichler (el casero) en el establo cuando la vaca tuvo el ternerito[1087]?.

YO.—No lo sé. ¿Crees tú que estaba?

JUANITO.—Sí… Oye, papá, ¿has visto que los caballos tienen algo negro en la boca?

YO.—Sí. Muchas veces, en Gmunden[1088]. Oye tú ahora, Cuando estabais en Gmunden, ¿te tomaba muchas veces mamá en su cama?

JUANITO.—Sí.

YO.—¿Y pensaste que eras el papá?

JUANITO.—Sí.

YO.—¿Y luego le tomaste miedo a papá?

JUANITO.—*Tú lo sabes todo. Yo no sabía nada*.

YO.—Cuando Federico se cayó, pensaste que ojalá se cayera así papá. Y cuando viste topar al corderito, también pensaste que debía topar a papá. ¿Te acuerdas del entierro que viste en Gmunden? (El primer entierro que vio Juanito. Lo recuerda con gran frecuencia. Indudablemente, un recuerdo encubridor.)

JUANITO.—Sí.

YO.—Y entonces pensaste que si papá moría, serias tú el papá.

JUANITO.—Sí.

YO.—¿Qué coches te dan miedo todavía?

JUANITO.—Todos.

YO.—No es verdad.

JUANITO.—Los coches de alquiler y los de un caballo, no. Los ómnibus y los

camiones, sí; pero sólo cuando van cargados. Cuando van vacíos, no. Cuando no tienen más que un caballo y van cargados, me dan miedo, y cuando llevan dos caballos y van cargados, no me da miedo.

YO.—¿Por qué te dan miedo los ómnibus? ¿Porque llevan tanta gente dentro?

JUANITO.—Porque siempre van cargados de equipajes arriba.

YO.—Cuando mamá iba a tener a Hanna, también iba muy cargada, ¿no?

JUANITO.—Y volverá a ir cargada cuando vaya a tener otro niño… Cuando le crezca otro niño.

YO.—¿Quieres tú que tenga otro niño?

JUANITO.—Sí.

YO.—Otra vez dijiste que no querías que mamá tuviera más niños.

JUANITO.—Entonces no volverá a ir cargada. Mamá ha dicho que si ella no quiere tenerlos, tampoco querrá Dios que los tenga. Y si mamá no quiere, no los tendrá.

(La víspera me había preguntado Juanito si mamá tenía dentro más niños. Yo le dije que no, y que si Dios no quería no volvería a tener ninguno.)

JUANITO.—Pero mamá me ha dicho que si ella no quiere, no tendrá ninguno, y tú me dices que es si Dios no quiere.

Insistí en que era como yo le había dicho y observó: “Tú estabas allí y lo debes saber mejor que yo”.

Había, pues, preguntado a su madre, y ésta había armonizado nuestras dos explicaciones diciendo que si ella no quería, tampoco querría Dios[1089].

YO.—Me parece que, a pesar de todo, quieres que mamá tenga un niño.

JUANITO.—Yo no lo quiero tener.

YO.—Pero ¿deseas que mamá lo tenga?

JUANITO.—Eso sí.

YO.—¿Sabes por qué lo deseas? Porque te gustaría ser el papá.

JUANITO.—Sí… ¿Cómo es esa historia?

YO.—¿Qué historia?

JUANITO.—Un papá no puede tener niños. Anda, dime cómo es esa historia de que me gustaría ser el papá.

YO.—Quisieras ser el papá y estar casado con mamá, quisieras ser tan grande como yo y tener bigote y quisieras que mamá tuviese un niño.

JUANITO.—Oye, papá, y cuando esté casado no tendré más que un niño; si quiero; cuando esté casado con mamá. Y si no quiero tener ninguno, Dios tampoco querrá.

YO.—¿Te gustaría mucho estar casado con mamá?

JUANITO.—¡Mucho!»

Se advierte claramente que su inseguridad sobre el papel que el padre representa en el matrimonio y sus dudas sobre la posibilidad de dominar la procreación le estropean la felicidad de aquella fantasía.

«A la noche, Juanito me dice cuando están acostándolo: 'Oye: ¿sabes lo que voy a hacer ahora? Hasta las diez voy a hablar con Margarita, que está aquí en mi cama. Mis niños están siempre conmigo en mi cama. ¿Puedes decirme cómo es eso?'

Viendo que tiene mucho sueño, le prometo que mañana anotaremos todo aquello. Se duerme en seguida.

De las anotaciones anteriores resulta que desde su regreso de Gmunden, Juanito fantasea siempre sobre sus "niños", sostiene con ellos largas conversaciones, etc.»[1090].

«El 26 de abril le pregunto, pues, por qué habla ahora siempre de sus niños.

JUANITO.—*¿Por qué? Porque me gustaría tener niños. Pero no lo deseo nunca, no quiero tenerlos*[1091].

YO.—¿Te has figurado siempre que Berta y Olga y las demás eran tus niñas?

JUANITO.—Sí. Y Francisco, y Federico, y Pablo (sus amiguitos de Gmunden), y también la Lodi.

Un nombre inventado por él. Su niña favorita, y de la que habla con más frecuencia. Debo hacer observar que la personalidad de esta Lodi surgió ya antes de los últimos días, antes del 24 de abril, fecha de la última explicación reveladora.

YO.—¿Quién es esa Lodi? ¿Está en Gmunden?

JUANITO.—No.

YO.—Pero ¿existe de verdad?

JUANITO.—Sí. Yo la conozco.

YO.—¿Cuál es?

JUANITO.—Esa que tengo ahí.

YO.—¿Cómo es?

JUANITO.—¿Cómo? Tiene los ojos negros y el pelo también negro… 'Me la encontré un día en Gmunden yendo con Maruja'.

Al apremiarle para obtener algún dato más confiesa que todo es pura invención suya[1092].

YO.—De modo que te figurabas ser la mamá de todos esos niños, ¿no?

JUANITO.—Y lo era de verdad.

YO. ¿Qué hacías con ellos?

JUANITO.—Dejarles que durmiesen todos conmigo, niños y niñas.

YO.—¿Todos los días?

JUANITO.—¡Claro!

YO.—¿Hablabas con ellos?

JUANITO.—Cuando todos los niños no se metían en mi cama, ponía unos cuantos en el sofá y otros en el cochecito, y los que aún quedaban los metía en el cajón. Pero como en el cajón había ya niños, los metía en otro cajón.

YO.—¿Cuándo tuviste todos esos niños? ¿Estaba ya Hanna en el mundo?

JUANITO.—Sí. Hacía ya mucho tiempo.

YO.—¿Y quién te figurabas que te había dado esos niños?

JUANITO.—¿Quién? *Yo mismo me los había dado*[1093].

YO.—Pero entonces aún no sabías que los niños vienen de uno.

JUANITO.—Me figuré que me los traía la cigüeña.

(Se ve claramente que esto es una mentira para salir del paso.)[1094].

YO.—Ayer tenías a Margarita contigo, ¿no? Pero ya sabes que un niño no puede tener niños ni niñas.

JUANITO.—Ya lo sé. Pero me figuro que los tengo.

YO.—¿Cómo se te ha ocurrido ese nombre de Lodi? Así no se llama ninguna niña. Será Lotti.

JUANITO.—No, no; Lodi. No sé, pero es un nombre muy bonito.

YO.—(*Bromeando*.) ¿O es que te refieres a un *schokolodi*[1095]?

JUANITO.—(*Rápidamente*.) No; a una *saffalodi* (saffalodi= una especie de salchicha)… Ya sabes cuánto me gustan las salchichas[1096].

YO.—Óyeme: ¿no se parece mucho una *saffalodi* a una caca?

JUANITO.—¡Sí!

YO.—¿Cómo suele ser la caca?

JUANITO.—Negra. Como eso y eso. (Señalando a mi bigote y mis cejas.)

YO.—¿Y cómo más? Redonda como una *saffalodi?*

JUANITO.—Sí.

YO.—Cuando estabas sentado en el orinal y salía una caca, ¿te figurabas que tenías un niño?

JUANITO.—(*Riendo*.) Sí. Ya en la otra casa. Y luego, aquí.

YO.—¿Sabes lo que pareció cuando se cayeron los caballos del ómnibus? El ómnibus es parecido a un cajón de ésos donde están los niños, y cuando el caballo negro se cayó, fue como…

JUANITO.—(*Completando la frase*.) Como cuando se tiene un niño.

YO.—¿Y qué te figuraste cuando empezó a armar jaleo con los pies?

JUANITO.—Verás. Cuando yo no quiero sentarme en el orinal y preferiría seguir jugando, entonces armo jaleo con los pies. Así. (*Patalea*.)

Por eso le interesaba tanto si los niños se tenían *por gusto o a la fuerza*».

«Juanito juega durante todo el día de hoy a cargar y descargar baúles y pide que le compren un carrito con baúles de juguete. Lo que más le interesa ahora en el patio de la aduana es la carga y descarga de los vehículos. También lo que más le asustaba siempre era el momento en que un vehículo iba a echar a andar después de cargado, pues temía que se cayeran los caballos al arrancar[1097]». Solía llamar las entradas del depósito ‘hoyos de descarga’ (primero, segundo, tercer hoyo, etc.). Pero ahora, en vez de hoyo, dijo ‘hoyo-detrás’:

«La angustia ha desaparecido y casi por completo. Si todavía quiere estar en las cercanías de la casa, es tan sólo para tener un refugio si le diese miedo. Pero ya no lo utiliza ni una sola vez y permanece tranquilamente en la calle. Como ya hemos visto, los primeros signos de su enfermedad fueron echarse a llorar en el paseo pidiendo que le volvieran a casa, y luego, cuando se le obligó a salir de paseo una segunda vez, negarse a pasar de la parada del

tranvía correspondiente a la aduana, desde la cual parada aún se columbra nuestra casa. Al venir al mundo, el nacimiento le separó de su madre, con la cual venía formando un solo cuerpo, y su angustia, actual, que le impide alejarse de las cercanías de la casa, es todavía la que aquella primera separación traumática hubo de infundirle».

«30 de abril. Viendo que Juanito juega aún con sus niños imaginarios, le digo: '¿Cómo? ¿Todavía viven tus niños? ¿No sabes ya que un chico no puede tener niños?'

JUANITO.—Sí que lo sé. Pero antes era la mamá, y *ahora soy el papá*.

YO.—¿Y quién es la mamá de los niños?

JUANITO.—Mamá. Y tú eres el *abuelo*.

YO.—Así, pues, tú quisieras ser tan grande como yo, estar casado con mamá y que mamá tuviera entonces niños, ¿no es eso?

JUANITO.—Sí. Eso quisiera. Y la mamá de Lainz (mi madre) sería la abuela.

Todo queda arreglado. El pequeño Edipo ha encontrado una solución mucho más feliz que la marcada por el Destino. En lugar de hacer desaparecer a su padre le otorga la misma dicha que él demanda para sí. Le eleva a la categoría de abuelo y le casa a él también con su propia madre.

El día 1 de mayo se me acerca Juanito y me dice: '¿Sabes una cosa? Tenemos que escribir al profesor'.

YO.—¿Qué vamos a escribirle?

JUANITO.—Esta mañana he ido con todos mis niños al retrete. Primero he hecho caca y pipí, y ellos me miraban. Luego los he sentado en el retrete y han hecho caca y pipí, y yo les he limpiado el tras con un papel. ¿Sabes por qué? Porque me gustaría mucho tener niños. Haría con ellos todo lo que se hace con los niños, llevarlos al retrete, limpiarlos el trasero; todo.

Esta fantasía demuestra irrebatiblemente el placer que para Juanito es concomitante a las funciones excrementales.

“A la tarde se arriesga por vez primera hasta el parque. Como es el primero de mayo circulan menos vehículos que de costumbre, pero de todos modos, bastantes de aquellos que hasta ahora le han dado miedo. Se muestra

muy orgulloso de su hazaña, y después de la merienda tengo que llevarle otra vez al parque. En el camino encontramos un ómnibus. Juanito me lo indica y dice: 'Mira: el cajón de los niños de la cigüeña'. Si mañana vuelve conmigo al parque, como proyectamos, se le podrá ya considerar curado de su enfermedad".

El 2 de mayo, por la mañana, viene Juanito y me dice: 'Oye lo que he pensado'. Pero resulta que se le ha olvidado. Por fin, y luchando con intensas resistencias, me cuenta: "Ha venido el fontanero con unas tenazas y me ha quitado primero el tras y me ha puesto otro, y luego la cosita. Me ha dicho: Enséñame el tras, y he tenido que volverme y me lo ha quitado. Y luego ha dicho: Enséñame la cosita".

El padre se da cuenta del carácter optativo de esta fantasía y halla en el acto la única interpretación posible.

YO.—Y te dio una cosita *mayor* y un trasero también *mayor*, ¿no?

JUANITO.—Sí.

YO.—Como los de papá; porque tú quisieras ser el papá, ¿verdad?

JUANITO.—Sí. Y también quisiera tener bigote y pelos en el pecho como tú».

La interpretación de la otra fantasía anterior, en la cual el fontanero destornilla el baño y le mete a Juanito el barreno por la barriga, ha de rectificarse ahora en la forma siguiente: El baño grande es el trasero, y el destornillador o el barreno la cosita[1098]. Son dos fantasías idénticas. Se nos abre aquí, además, un nuevo acceso al miedo de Juanito al baño grande, miedo que también se ha mitigado mucho ahora. Le es muy desagradable que su trasero sea tan pequeño para el baño grande.

En los días siguientes toma frecuentemente la madre la palabra para expresarme su alegría ante el restablecimiento de Juanito.

Una semana después, el padre me remitió las siguientes notas a manera de apéndice:

«Señor profesor: Me permito enviarle las observaciones que siguen como complemento del historial de Juanito:

1) El alivio consecutivo a la primera explicación reveladora no fue tan completo como quizá se desprende de mis notas. Juanito salió de paseo, pero

a la fuerza y con mucho miedo. Una vez no consintió en pasar de la parada del tranvía, desde la cual aún se ve nuestra casa.

2) Zumo de frambuesas, escopeta para tirar (*Schiessgewhr*). Dábamos a Juanito jugo de frambuesas para combatir su estreñimiento. *Schiesen* (tirar, disparar) y *scheissen* (defecar) son dos palabras que suele confundir entre sí.

3) Cuando Juanito dejó de dormir en nuestra alcoba y pasó a tener la suya particular, tendría unos cuatro años.

4) Aún le queda un último resto de su enfermedad, que no se manifiesta ya en miedo, sino en una exacerbación del instinto normal de interrogación. Sus preguntas versan casi siempre sobre la materia de que están hechas las cosas (tranvías, máquinas, etc.), quién las ha hecho, etc. La mayor parte de estas preguntas las plantea, a pesar de haberse él mismo respondido a ellas de antemano. Quiere solamente asegurarse. Una vez que me había fatigado mucho con su constante preguntar, acabé por decirle: ‘Pero ¿tú crees que yo puedo contestar a todo lo que me preguntes?’ —me respondió en el acto—: ‘Como supiste lo del caballo, creí que también esto lo sabrías’.

5) De su enfermedad no habla ya más que como cosa pasada: ‘Cuando tuve la tontería’.

6) El resto aún no solucionado es que Juanito se rompe la cabeza cavilando qué puede ser lo que el padre tiene que ver con el niño, ya que es la madre la que le trae al mundo. Así se deduce de preguntas tales como ésta: ‘¿No es verdad que soy también tuyo?’ (…y no solamente de mamá, quiere decir). Esto: cómo y por qué es mío es lo que no comprende. En cambio, no tengo prueba alguna directa de que haya sorprendido alguna vez, como usted supone, un coito entre sus padres.

7) En una exposición del historial de Juanito habría quizá que insistir en la violenta intensidad de su angustia, pues si no, se diría, a lo mejor, que si le hubiésemos dado el primer día una buena paliza, no hubiera vuelto a negarse a salir de paseo».

Por mi parte agregaré, a título de conclusión: Con la última fantasía de Juanito quedó también dominada la angustia procedente del complejo de castración y transformada la expectación penosa en una feliz espera. Si; el médico, el fontanero, etc., viene y le quita el pene, pero sólo para ponerle uno

más grande. Por lo demás, dejemos que nuestro infantil investigador conquiste tempranamente la experiencia de que todo saber es fragmentario y que en cada uno de sus grados queda siempre un resto sin solucionar.

III) EPICRISIS

EN tres direcciones distintas habremos de contrastar esta observación del desarrollo y la solución de una fobia de un niño de menos de cinco años. Habremos de comprobar, en efecto, primeramente, hasta qué punto confirma las afirmaciones por nosotros sentadas en 'Tres ensayos para una teoría sexual', publicada en 1905; determinar luego qué es lo que nos aporta para la comprensión de una forma patológica tan frecuente, y fijar, por último, lo que de ella puede extraerse para la aclaración de la vida anímica infantil y para la crítica de nuestras intenciones educadoras.

(I)

A mi juicio, el cuadro de la vida sexual infantil que nos ofrece la observación del caso de Juanito coincide con la descripción que de ella hicimos en nuestra teoría sexual, basándonos en la investigación psicoanalítica de sujetos adultos. Pero antes de entrar en los detalles de tal coincidencia habré de rebatir dos objeciones que se elevarán, quizá, contra la utilidad de este análisis. La primera de tales objeciones sería la de que Juanito no es un niño normal, sino una criatura predispuesta a la neurosis; un pequeño «hereditario», como lo demuestra su enfermedad, no siendo correcto, en consecuencia, aplicar a otros niños normales conclusiones válidas quizá en su caso particular; pero sólo en él. De esta primera objeción me ocuparé más adelante, puesto que sólo restringe el valor de la observación, sin anularlo totalmente. La segunda objeción, mucho más rigurosa, afirmaría que el análisis realizado por su propio padre, que lo lleva, además, a cabo plenamente convencido de la verdad de *mis* teorías y

compartiendo todos *mis* prejuicios, carece de todo valor objetivo. Un niño se deja siempre sugestionar fácilmente y más por su propio padre que por ninguna otra persona; por cariño a él, y en agradecimiento a lo mucho que de su infantil persona se ocupa, se dejará sugerir toda clase de cosas, y siendo así, sus manifestaciones carecerán de fuerza probatoria, y sus ocurrencias, fantasías y sueños seguirán, naturalmente, la dirección en la cual son orientados. Concretando: Todo ello sería, de nuevo, pura «sugestión», y mucho más fácil de desenmascarar en el niño que en los adultos.

Es harto singular lo que en esta cuestión sucede. Recuerdo muy bien con cuánta burla acogieron los neurólogos y los psiquiatras de la vieja generación la teoría de la sugestión y de sus efectos hace veintidós años, cuando yo empezaba a intervenir en las controversias científicas. Pero de entonces acá han cambiado mucho las cosas. La oposición se ha trocado en favor, y ello, no sólo a consecuencia de los trabajos publicados en el curso de estos dos decenios por Liébault, Bernheim y sus discípulos, sino también por haberse descubierto cuánto esfuerzo mental puede ahorrar el concepto de «sugestión» generosamente aplicado a diestro y siniestro. Nadie sabe, ni se preocupa tampoco en averiguarlo, qué cosa es la sugestión, de dónde procede y cuándo tiene efecto. Basta con poder atribuirle todos aquellos fenómenos anímicos para los cuales no se encuentra una explicación cómoda e inmediata.

No comparto la opinión, muy extendida hoy, de que las manifestaciones de los niños son totalmente arbitrarias y nada fidedignas. En lo psíquico no existe la arbitrariedad, y la falta de autenticidad de las manifestaciones infantiles proviene de la preponderancia de su fantasía, como en los adultos de la preponderancia de sus prejuicios. Fuera de esto, el niño no miente jamás sin causa, y, en general, muestra mayor amor a la verdad que los adultos. Rechazar sin formación de causa todas las manifestaciones de Juanito sería cometer con él una enorme injusticia. Es perfectamente posible distinguir cuándo falsea o retiene la verdad bajo la coerción de una resistencia, cuándo acepta, indeciso aún en su fuero interno, las opiniones de su padre y cuándo comunica sinceramente, libre de toda presión, su íntima verdad, hasta entonces sólo de él conocida. No ofrecen ciertamente mayores garantías las manifestaciones de los adultos. Sigue siendo muy de lamentar que ninguna exposición de un psicoanálisis pueda transmitir las impresiones que el

analista recibe durante su desarrollo, y que la convicción definitiva no puede adquirirse nunca por medio de la lectura, sino sólo por experiencia personal y directa. Pero de estos defectos adolecen en igual medida los análisis de sujetos adultos.

Los padres describen a Juanito como un niño alegre y sincero, y así debía efectivamente haber llegado a ser gracias al método de educación empleado por sus padres y consistente esencialmente en la omisión de todos nuestros habituales pecados pedagógicos. Mientras Juanito pudo llevar adelante sus investigaciones con alegre ingenuidad y sin la menor sospecha de los conflictos que pronto habían de surgir en ellas, se expresó siempre francamente y sin reserva alguna, y así las observaciones anteriores a su fobia no suscitan dudas ni objeciones de ningún género. Luego, en la época de la enfermedad y durante el análisis, sus palabras dejan ya de corresponder en alguna ocasión a su pensamiento, incongruencia dependiente en parte de la acumulación de material inconsciente que no le es posible dominar de una vez, y en parte de las reservas que le imponen sus relaciones con sus padres. De todos modos, y sin abandonar la más absoluta imparcialidad, puedo afirmar que tampoco estas desviaciones fueron mayores que en tantos otros análisis de adultos.

En el curso del análisis hubo que decirle, desde luego, muchas cosas que él no sabía decir espontáneamente, facilitarle ideas de las cuales no se había manifestado aún en él indicio ninguno y orientar su atención-hacia aquellos caminos por los que el padre esperaba ver acercarse nuevos elementos. Ello debilita la fuerza probatoria del análisis; pero también en todo análisis se sigue igual procedimiento.

En todo análisis suministra el médico al paciente, en mayor o menor medida, aquellas representaciones conscientes que han de permitirle reconocer y aprehender lo inconsciente. La amplitud de este auxilio varía mucho, según los casos, pero en ninguno puede prescindirse de él. Nadie puede curarse por sí solo más que leves perturbaciones, nunca una neurosis opuesta al *yo* como algo ajeno a él. Para curar de tal enfermedad necesita el sujeto la ayuda de otro, y la posibilidad de curación estará en razón directa de la medida en que el otro pueda ayudarle. Así, aquellas neurosis que apartan al enfermo de todo contacto con sus semejantes aislándolos por completo, tales

como las que reunimos bajo el apelativo común de la «demencia precoz», resultan totalmente inaccesibles a nuestra labor terapéutica.

Concedemos, pues, que el niño, por el escaso desarrollo de sus sistemas intelectuales, precisa de una ayuda especialmente intensa. Pero aquello que el médico comunica al enfermo procede, a su vez, de la experiencia acumulada en otros análisis, y ya resulta suficientemente probatorio el hecho de que por medio de esta intervención médica se consiga el descubrimiento y la solución del material patógeno.

A pesar de todo esto, nuestro pequeño paciente ha demostrado también en el curso del análisis independencia suficiente para absolverle de toda acusación de «sugestión». Como todos los niños, aplica al material de que dispone sus teorías sexuales infantiles sin necesidad de estímulo alguno exterior. Tales teorías son totalmente ajenas al pensamiento del adulto, y en este caso incurrí en la omisión de advertir al padre que el camino hacia el tema del nacimiento había de conducir primeramente a Juanito a través de todo el complejo de la excreción. Aquel período del análisis que a consecuencia de esta negligencia mía resulta un tanto oscuro nos procura, en cambio, un testimonio de autenticidad y la independencia de la labor mental de Juanito. Vemos, en efecto, que comenzó de pronto a ocuparse de los excrementos, sin que el padre, sospechado de sugestionar, pudiera comprender cómo llegaba a ello ni lo que de ello había de resultar. Tampoco puede atribuirse al padre la menor participación en las dos fantasías del fontanero, emanadas del complejo de la castración, tan tempranamente adquirido por Juanito. A este respecto, he de confesar haber silenciado al padre mi esperanza de que surgiera tal enlace, movido por un interés teórico, y para no debilitar la fuerza probatoria de semejante testimonio, difícilmente alcanzable de otro modo.

Profundizando más en los detalles del análisis, hallaríamos nuevas pruebas de la independencia de nuestro Juanito en cuanto a la «sugestión». Pero prefiero cortar en este punto mi respuesta a la primera objeción. Sé muy bien que tampoco con este análisis convenceré a nadie que no quiera dejarse convencer y prefiero continuar el examen de esta observación para aquellos lectores que han llegado ya a la convicción de la objetividad del material patógeno inconsciente, no sin antes hacer constar la grata certeza de que el

número de tales lectores va aumentando de día en día.

El primer rasgo imputable a la vida sexual de Juanito consiste en un vivísimo interés por su «cosita de hacer pipí», interés que hace de él un investigador. Descubre así una posibilidad de diferenciar lo animado y lo inanimado, basándose en la posesión o carencia de la cosita. Presupone la existencia de este órgano importantísimo en todos aquellos seres que juzga semejantes a su propia persona, lo estudia en los animales de gran tamaño y lo atribuye tanto a su padre como a su madre, e incluso a su hermanita recién nacida, contra el testimonio directo de sus propios ojos. El descubrimiento de su falta en algún ser análogo a él echaría por tierra toda su «concepción del universo»; sería como si le despojaran a él mismo de tan preciado órgano. Una amenaza de la madre, consistente nada menos que en la pérdida de la cosita, es, por tanto, rápidamente reprimida y queda así facultada para exteriorizar en épocas posteriores sus efectos. La intervención de la madre fue provocada por el descubrimiento de que Juanito gustaba de procurarse sensaciones placientes por medio del tocamiento de aquel miembro. El pequeño sujeto inicia así la forma más corriente —y la más normal— de la actividad sexual autoerótica.

Por un proceso que Alfredo Adler ha calificado muy acertadamente de «confluencia de los instintos[1099]» se enlaza el placer proporcionado por el propio tocamiento genital con el placer visual en sus formas activas y pasivas. El pequeño desarrolla una intensa curiosidad sexual, procura ver la cosita de otras personas y gusta de mostrar la suya. Uno de sus sueños, correspondiente al período inicial de la represión, tiene por contenido el deseo de que una de sus amiguitas le ponga a hacer pipí; esto es, de que le vea la cosita. El sueño demuestra que tal deseo ha permanecido hasta entonces irreprimido, y otros datos ulteriores testimonian de que solía hallar satisfacción. La orientación activa del placer visual sexual no tarda en enlazarse en él a un motivo determinado. Cuando repetidamente manifiesta, tanto a su padre como a su madre, su disgusto por no haberles visto aún nunca la cosita, le impulsó a ello, probablemente, la necesidad de *comparar*. El propio *yo* es siempre la medida que aplicamos al mundo exterior; una continua comparación con nuestra propia persona nos enseña a

comprenderlo. Juanito ha observado que los animales de gran tamaño tenían también la cosita mucho más grande que la suya; supone en sus padres igual proporción y quisiera comprobarlo. Cree que su madre deberá tener una cosita «como la de un caballo», y para consolarse de su inferioridad actual piensa que la suya irá creciendo conforme él mismo crezca. Es como si el deseo infantil de ser grande recayese aquí especialmente sobre lo genital.

En la constitución sexual de Juanito es, pues, desde un principio la zona genital la más intensamente acentuada de placer de todas las zonas erógenas. Fuera de ellas sólo hallamos testimoniado el placer excremental enlazado a los orificios de la micción y la defecación. Su última feliz fantasía, con la cual queda dominada su enfermedad y en la que tiene niños a los que lleva al retrete y les limpia el trasero, «haciendo con ellos todo lo que se hace con los niños», nos fuerza a admitir que aquellas mismas operaciones constituyen para él, en su primera infancia, una fuente de sensaciones de placer. Este placer, emanado de zonas erógenas, le fue procurado por la persona que le atendía, por su madre, y conduce ya, por tanto, a la elección de objeto. Pero ello no excluye la posibilidad de que en épocas aún más tempranas se hallase él habituado a procurárselo de un modo autoerótico, siendo de aquellos niños que acostumbran retener las excretas hasta que su evacuación puede proporcionarle una sensación voluptuosa. Hablo simplemente de posibilidad, porque el análisis no llegó a poner en claro este extremo. El acto de «armar jaleo» con las piernas (patalear), que tanto le asusta luego, es lo único que nos orienta en esta dirección. Por otra parte, las fuentes de placer indicadas no muestran en Juanito la singular importancia que es frecuente en otros niños. Adquirió pronto hábitos de limpieza, y la incontinencia nocturna no desempeñó papel alguno en sus primeros años. Tampoco observamos en él indicio alguno de la tendencia a jugar con los excrementos, tan repugnante en los adultos cuando surge de nuevo en ellos al término del proceso psíquico de regresión.

Haremos ya resaltar que durante su fobia se evidencia la represión de estos dos componentes de la actividad sexual muy desarrollada en él. Le da vergüenza orinar delante de otros, se acusa de «darle la mano» a la cosita, se esfuerza en abandonar el hábito de la masturbación y le repugna la «caca» y el «pipí» y todo lo que se los recuerda. En la fantasía de «sus niños» retira

luego esta última represión.

Una constitución sexual como la de nuestro Juanito no parece integrar disposición alguna al desarrollo de perversiones o de su negativo, las neurosis. Por lo que hasta ahora he llegado a saber (en este punto conviene aún observar una prudente reserva), la constitución congénita de los histéricos —y la de los perversos, naturalmente— se caracteriza por la primacía que adquieren sobre la zona genital las demás zonas erógenas. Una única «aberración» de la vida sexual constituye excepción a esa regla. En los sujetos ulteriormente homosexuales que, según una hipótesis mía y las observaciones de I. Sadger (1908 y 1909), pasan todos en su infancia por una fase anfigena, hallamos igual preponderancia infantil de la zona genital, y muy especialmente del pene. Precisamente esta elevada estimación del miembro viril es la fatalidad de los homosexuales. En su infancia eligen a la mujer como objeto sexual mientras presuponen también en ella la existencia de aquel órgano, que juzgan indispensable, y luego, cuando se convencen de que la mujer les ha engañado en este punto, les resulta ya inaceptable como tal objeto. No pueden prescindir del pene en la persona que haya de incitarles al comercio sexual, y en el caso más favorable fijan su libido en «la mujer provista de pene»; esto es, en el adolescente de apariencia femenina. Los homosexuales son, pues, personas a quienes la importancia erógena de su propio órgano genital no consiente prescindir, en su objeto sexual, de tal coincidencia con la propia persona. En la evolución desde el autoerotismo al amor a un objeto han quedado fijados en un punto más próximo al autoerotismo.

Sería improcedente distinguir un instinto homosexual especial. Lo que hace al homosexual no es una particularidad de la vida instintiva, sino de la elección de objeto. Ya en nuestros ‘Tres ensayos’ indicamos que era un error suponer demasiado íntima la unión del instinto y el objeto en la vida sexual. El homosexual, de instintos quizá normales, no puede libertarse de un objeto caracterizado por una determinada condición. Durante su infancia, mientras supone que dicha condición se cumple generalmente en torno suyo, puede conducirse como nuestro Juanito, el cual se muestra igualmente cariñoso con los niños que con las niñas, y en una ocasión declara que su amiguito Federico es su «nena más querida». Juanito es homosexual en un sentido, en

el que todos los niños pueden serlo, puesto que *no conocen más que una clase de órgano genital*, un genital como el suyo[1100].

Pero la evolución ulterior de nuestro pequeño sujeto no se encamina hacia la homosexualidad, sino hacia una enérgica virilidad polígama, que sabe conducirse diferentemente, según las características de sus distintos objetos sexuales, emprendedora unas veces, tímida y platónica otras. En una época de escasez de objetos amorosos, esta inclinación retorna a la madre, partiendo de la cual se había orientado hacia otras personas, para fracasar con ella y caer en la neurosis. Sólo entonces averiguamos cuánta intensidad hubo de alcanzar el amor a la madre y por qué destinos ha atravesado. El fin sexual que Juanito persigue en sus relaciones con sus infantiles amiguitas, de dormir con ellas, procedía ya del complejo materno. Siguiendo la trayectoria ordinaria que tiene su punto de partida en los cuidados prodigados al niño por sus guardadores, Juanito halla el camino hacia el amor objetivado, y su conducta queda determinada en él por un nuevo placer, el de dormir junto a su madre, satisfacción erótica entre cuyos componentes hacemos resaltar el placer del contacto epidérmico, al cual integramos todos una disposición de orden constitucional, y que, según nomenclatura de Moll, un tanto artificiosa, habría de ser designado como satisfacción del instinto de «contrectación».

En sus relaciones con sus padres confirma Juanito con máxima evidencia las afirmaciones que incluimos en *Tres ensayos* y en *La interpretación de los sueños* sobre las relaciones sexuales de los niños con sus padres. Es verdaderamente un pequeño Edipo, qué quisiera hacer desaparecer a su padre para quedarse sólo con su madre y dormir con ella[1101]. Este deseo surgió durante el veraneo, cuando las alternativas de presencia y ausencia del padre le revelaron las condiciones a las que se hallaba ligada la ansiada intimidad con la madre. Por entonces se contentó con desear que el padre se marchase, deseo al cual pudo enlazarse luego directamente, merced a una impresión accidental recibida con ocasión de otra partida, el miedo a ser mordido por un caballo blanco. Más tarde, probablemente a su retorno a Viena, donde no podía contar ya con ausencias del padre, aquel deseo se convirtió en el de que el padre muriera. La angustia emanada de este deseo de muerte contra el padre, y, por tanto, normalmente motivada, fue el mayor obstáculo opuesto al análisis hasta su vencimiento en la visita que Juanito hizo a mi consulta[1102].

Pero nuestro Juanito no es un malvado, ni siquiera uno de aquellos niños en quienes las inclinaciones crueles y violentas de la naturaleza humana se encuentran aún libremente desarrolladas en esta época de la vida. Por el contrario, su natural es extraordinariamente bondadoso y cariñoso. El padre hace constar en sus notas que la transformación del instinto de agresión en compasión se desarrolló en Juanito muy tempranamente. Mucho antes de la fobia se inquietaba cuando veía pegar a un caballo, y nunca dejaba de conmoverse cuando alguien lloraba en su presencia. En un período del análisis. Juanito nos revela, en una determinada relación, cierto montante de sadismo[1103]. Pero se trata de un impulso totalmente dominado, y el curso ulterior de la investigación analítica nos revela a qué responde y qué es lo que ha de sustituir. Juanito, al mismo tiempo que desea la muerte a su padre, le quiere fervorosamente, y en tanto que su inteligencia rechaza tal contradicción[1104], se ve forzado a demostrar su efectiva existencia por medio de un acto sintomático, consistente en darle un manotazo a su padre y besar luego el lugar golpeado. También nosotros habremos de guardarnos de rechazar la posibilidad de una tal contradicción. La vida sentimental de los hombres se compone en general de tales antítesis[1105]. Si así no fuera, no habría probablemente ni represión ni neurosis. Estos impulsos antitéticos, de cuya simultaneidad el adulto sólo llega a adquirir conciencia en la culminación de la pasión amorosa y que fuera de tal momento luchan por sobreponerse recíprocamente hasta que uno de ellos consigue mantener encubierto al otro, coexisten pacíficamente yuxtapuestos en la vida anímica de los niños durante todo un período.

El suceso más importante para el desarrollo psicosexual de nuestro héroe es el nacimiento de su hermanita cuando él tenía tres años y medio. Este acontecimiento dio más agudo interés a sus relaciones con sus padres y planteó a su pensamiento insolubles problemas, en tanto que el espectáculo de los cuidados corporales de que era objeto la recién nacida despertaba en él las huellas mnémicas de sus más tempranas experiencias de placer. También esta última influencia es típica. En toda una serie insospechadamente amplia de historiales clínicos nos vemos obligados a tomar como punto de partida esta floración del placer sexual y de la curiosidad sexual consecutiva al nacimiento de un hermanito. La conducta general del niño ante el intruso ha

quedado descrita en mi *Interpretación de los sueños*. A los pocos días del nacimiento de su hermana, Juanito, enfermo y con fiebre, delata su disconformidad con aquel aumento de la familia. En este caso surge, en primer término cronológicamente, la hostilidad; el cariño podrá venir después[1106]. El miedo a que todavía puedan venir más niños ocupa desde este momento un lugar en el pensamiento consciente de Juanito. Durante la neurosis, la hostilidad, ya dominada, queda representada por un miedo especial, el miedo a la bañera. En el análisis, Juanito manifiesta francamente, y no sólo por medio de alusiones que el padre hubiera de interpretar, sus deseos de muerte contra su hermanita. Su autocrítica no juzga tan perverso aquel deseo como el de análogo contenido contra el padre. A éste y a la hermanita les da idéntico trato en su inconsciente, porque los dos estorban su deseo de quedarse sólo con la madre.

Este suceso y los estímulos a él enlazados dan a sus deseos una nueva orientación. En su victoriosa fantasía final acumula todos los impulsos optativos eróticos: los procedentes de la fase autoerótica y los relacionados con el amor objetivado. Está casado con su madre y tiene incontables niños a los que puede atender y cuidar a su manera.

(II)

JUANITO enferma un día de miedo a la calle. No puede aún precisar qué es lo que le da miedo, pero ya al principio de su estado de angustia delata a su padre el motivo de su enfermedad, la ventaja que la misma le proporciona. Quiere permanecer al lado de su madre, «hacer mimitos» con ella. El recuerdo de haber sido separado de ella cuando su hermanita nació pudo contribuir, como el padre supone, a este ansioso deseo. Pero lo que tarda en quedar demostrado es que su miedo no puede ya volverse a traducir en deseo, pues Juanito siente miedo también cuando su madre le acompaña. Entre tanto, vamos vislumbrando cuál ha sido la fijación de la libido convertida en miedo. Juanito expresa el miedo particularísimo a ser mordido por un caballo blanco.

Damos a tal estado patológico el nombre de «fobia», y podríamos adscribir a la agorafobia el caso de nuestro infantil sujeto si esta afección no se caracterizase por el hecho de que la compañía de una persona determinada, o, en caso extremo, del médico, faculta al enfermo para llevar a cabo aquellos rendimientos que yendo sólo le sería imposible emprender por impedírselo su incoercible miedo al espacio. La fobia de Juanito no integra esta condición. Se desvía pronto del espacio y toma cada vez más precisamente al caballo como objeto. En los primeros días, cuando su estado de angustia alcanzó su más alto nivel, Juanito expresó ya aquel temor de que el caballo entrase en su cuarto, que tanto hubo de facilitarme la comprensión de su angustia.

La situación de las «fobias» en el sistema de la neurosis ha sido hasta ahora muy indeterminada. Parece seguro que sólo deben ser consideradas como síndromes comunes a diferentes neurosis, no siendo preciso atribuirles la calidad de procesos patológicos especiales. Para las fobias como esta de nuestro Juanito, que son las más frecuentes, no me parece impropia la denominación «histeria de angustia», propuesta por mí al doctor W. Stekel cuando emprendió su exposición de los estados nerviosos de angustia y que espero acabará por imponerse[1107], pues queda justificada por la perfecta coincidencia del mecanismo psíquico de tales fobias con el de la histeria, salvo en un solo y único punto decisivo, muy apropiado para la diferenciación. En efecto, la libido, desligada del material patógeno por la represión, no es *convertida,* o sea utilizada, partiendo de lo anímico, para una inervación somática, sino que queda libre en calidad de angustia. En los casos patológicos, esta «histeria de angustia» puede mezclarse en cualquier medida con la «histeria de conversión». Hay también histerias de conversión puras, sin angustia alguna, y también meras histerias de angustia que se manifiestan en sensaciones de angustia y en fobias sin conversión alguna. De este último género es la fobia de Juanito.

La histeria de angustia es la enfermedad psiconeurótica más frecuente, pero, sobre todo, la de aparición más temprana en la vida individual; es la neurosis de la época infantil. Cuando una madre dice que su hijo es muy «nervioso», puede darse por seguro, en nueve casos de cada diez, que padece una angustia cualquiera o muchos temores angustiosos a la vez. Por desgracia, el sutil mecanismo de estas enfermedades tan importantes no ha

sido aún suficientemente estudiado. No se ha determinado aún si la histeria de angustia, a diferencia de la histeria de conversión y de otras neurosis, tiene su única condición en factores constitucionales o en los sucesos vividos, o en qué unión de ambos elementos la encuentra[1108]. A mi juicio, es aquella enfermedad neurótica que menos exige una constitución especial, y, por tanto, la que más fácilmente puede ser contraída en cualquier período de la vida.

No es difícil hacer resaltar un carácter esencial de las histerias de angustia. La histeria de angustia evoluciona cada vez más hacia la «fobia». Al final, el enfermo puede haber quedado libre de angustia, pero sólo a costa de inhibiciones y restricciones a las que hubo de someterse. En la histeria de angustia se desarrolla desde un principio una labor psíquica encaminada a ligar de nuevo psíquicamente la angustia libertada; pero esta labor no puede alcanzar la retransformación de la angustia en libido ni enlazarse a los mismos complejos de los que la libido procede. No le queda más camino que impedir todas las ocasiones de desarrollo de angustia por medio de una defensa psíquica, tal como una precaución, una inhibición o una prohibición, y estas defensas son las que se nos muestran como fobias y forman, para nuestra percepción, la esencia de la enfermedad.

Puede decirse que el tratamiento de la histeria de angustia ha sido hasta ahora puramente negativo. La experiencia ha demostrado que es inútil y en algunas circunstancias muy peligroso intentar la curación de una fobia de un modo violento, colocando al enfermo en una situación en la que tenga necesariamente que pasar por el desarrollo de angustia, después de haberle privado de su defensa. Se le obliga así a buscar protección donde cree encontrarla y se le testimonia un desprecio ineficaz a causa de su «incomprensible cobardía».

Los padres de nuestro pequeño paciente estaban convencidos desde un principio de que el remedio no estaba en reírse de él ni en brutalizarle, sino en buscar, por el camino psicoanalítico, el acceso a sus deseos inconscientes. El éxito recompensó la ardua labor del padre, cuyas anotaciones nos procuran ocasión de penetrar en la estructura de tal fobia y perseguir el camino del análisis al que dio motivo.

No me parece improbable que la extensión y la minuciosidad del análisis hayan hecho difícil al lector su más perfecta comprensión. Por tanto, creo conveniente una síntesis de su desarrollo, prescindiendo de detalles inútiles y haciendo resaltar los resultados positivos paulatinamente obtenidos.

Comenzamos por averiguar que la aparición del estado de angustia no fue tan repentina como a primera vista pareció. Varios días antes, Juanito había tenido un sueño de angustia: Mamá se había ido, y ya no tenía él con quién «hacer mimitos». Este sueño es ya indicio de un proceso de represión de sospechosa intensidad. Su interpretación no puede ser, como para otros muchos sueños de angustia, la de que el niño había sentido una angustia procedente de cualesquiera fuentes somáticas y la ha utilizado para el cumplimiento de un deseo inconsciente intensamente reprimido. Se trata, en realidad, de un sueño de castigo y de represión, en el cual el mismo fenómeno onírico fracasa en su función particularísima, ya que el niño despierta preso de angustia. No es difícil reconstruir el proceso inconsciente correlativo. El niño ha soñado con las caricias de la madre, ha soñado que dormía con ella en la cama, y todo el placer y todo el contenido de representaciones han sido transformados en su antítesis. La represión ha logrado la victoria sobre el mecanismo del sueño.

Pero los comienzos de esta situación psicológica se hallan aún más atrás. Ya durante el veraneo pasó Juanito por estados de melancolía en los que hubo de exteriorizar ideas análogas y que le valieron ser acogido en el lecho de la madre. Desde esta época, aproximadamente, podemos suponerle bajo los efectos de una fuerte excitación sexual, cuyo objeto es la madre y cuya intensidad se manifiesta en dos tentativas de seducción —la última inmediatamente anterior a la aparición de la angustia—, descargándose todas las noches en la satisfacción onanista. No es posible determinar si la transformación de esta excitación se desarrolla luego espontáneamente o a consecuencia de la repulsa de la madre o de la reviviscencia de impresiones pretéritas provocadas por el motivo ocasional de la enfermedad. Pero, además, es indiferente, ya que las tres distintas posibilidades enunciadas no pueden considerarse antitéticas. Lo esencial es la transformación de la excitación sexual en angustia.

Conocemos la conducta del niño en los primeros tiempos de la angustia y sabemos que el primer contenido que a la misma diera fue el temor de que le mordiese un caballo. En este punto tiene efecto la primera intervención de la terapia. Los padres le indican que la angustia es consecuencia de la masturbación y le encaminan hacia el abandono de tal hábito. Una pequeña mejoría obtenida con esta intervención desaparece pronto al iniciarse un período de enfermedad puramente orgánica. El estado psíquico se mantiene invariado. Poco después descubre Juanito cómo su miedo a que le muerda un caballo se deriva de la reminiscencia de una impresión recibida en Gmunden. Un padre había dicho a su hija en el momento de partir: «No le acerques los dedos al caballo, porque te morderá». La forma verbal que Juanito da a la advertencia del padre recuerda la que los suyos usaron para prevenirle contra el onanismo, pareciendo así confirmar la hipótesis de aquéllos, según la cual, a lo que tenía miedo era a la propia satisfacción masturbadora. Pero la relación es aún muy lejana, y el caballo parece haber llegado demasiado casualmente a su papel de objeto de la angustia.

Yo había arriesgado la hipótesis de que su deseo reprimido podía ser ahora el de verle a su madre la cosita. Y como su conducta con una criada recién entrada en la casa parecía confirmar tal sospecha, el padre se decide a procurarle una primera aclaración sexual: las mujeres no tienen cosita, Juanito reacciona a este primer auxilio con el relato de una fantasía en la que imagina haber visto a su madre mostrando la cosita[1109]. Esta fantasía y la observación de que su propia cosita forma parte integrante e inseparable de su cuerpo nos facilita una primera visión de sus procesos mentales inconscientes. Se hallaba, realmente, bajo la impresión ulterior de la amenaza de castración de que su madre le había hecho objeto año y medio antes, pues la fantasía de que su madre hacía lo mismo que él (le había valido aquella temible amenaza) estaba destinada a justificarle y disculparle. Era una fantasía de protección y de defensa. Sin embargo, ha de tenerse en cuenta que fueron los mismos padres los que extrajeron del material patógeno eficiente en Juanito el tema de la masturbación. Juanito los sigue por este camino, pero todavía no interviene independientemente en el análisis. No se observa tampoco el menor resultado terapéutico. El análisis permanece muy lejos de los caballos, y la revelación de que las mujeres no tienen cosita es muy

apropiada para intensificar la preocupación del infantil sujeto en cuanto a la posible pérdida de la suya propia.

Pero a lo que tendemos en primer término no es a obtener un resultado terapéutico, sino a colocar al enfermo en situación de aprehender conscientemente sus impulsos optativos inconscientes. Para ello, basándonos en sus manifestaciones y con ayuda de nuestro arte de interpretación, situamos ante su conciencia, expresado en nuestra forma verbal, el complejo inconsciente. La analogía entre lo que así oye el paciente y aquello que busca y que a pesar de todas las resistencias pugna por abrirse paso hasta la conciencia, le hace posible hallar lo inconsciente. El médico le precede cierto trecho en la comprensión de sus problemas, pero el paciente llega a ella por caminos propios, reuniéndose con él en la meta fijada. Los principiantes en psicoanálisis suelen incurrir aquí en error. Suponen que el momento en que descubren un complejo inconsciente del enfermo es el mismo en que el enfermo lo aprehende y esperan demasiado al pretender curar al sujeto con la comunicación de aquel descubrimiento, pues, en realidad, tal comunicación no puede servirle más que para ayudarle a encontrar el complejo inconsciente en aquel lugar de su inconsciente en el que se halle anclado. En este período del análisis conseguimos un primer resultado de este género. Después del vencimiento parcial del complejo de la castración, Juanito puede ya comunicar sus deseos en cuanto a su madre, y así lo hace, en efecto, aunque todavía de un modo encubierto, por medio de la *fantasía de las dos jirafas*, una de las cuales protesta a gritos al tomar Juanito posesión de la otra. Juanito representa la toma de posesión con el acto de sentarse encima. El padre reconoce en esta fantasía la reproducción de una escena que se desarrolló una mañana en la alcoba entre los padres y el hijo, y sabe hallar el deseo oculto detrás de ella. El y la madre son las dos jirafas. El disfraz de que el deseo se reviste se halla suficientemente determinado por la visita hecha días antes al parque zoológico de Schönbrunn, por la jirafa que el padre dibujó a Juanito tiempo atrás y quizá también por una comparación inconsciente enlazada al cuello largo y rígido de la jirafa[1110]. Observamos que la jirafa, animal de gran estatura e interesante para Juanito por el tamaño de su cosita, hubiera podido llegar a ser el objeto de su angustia en lugar del caballo. El hecho de que el padre y la madre sean representados por sendas jirafas proporciona

también un punto de apoyo para la ulterior interpretación de los caballos temidos.

Dos fantasías menores que Juanito relata en los días inmediatamente siguientes a la de la jirafa —la de haber infringido la prohibición que cerraba el paso a uno de los departamentos del parque zoológico de Schönbrunn y la de haber roto el cristal de una ventanilla del tranvía, con la complicidad del padre en ambas ocasiones— escapan, desgraciadamente, a la interpretación del padre, y de este modo su comunicación no procura a Juanito ventaja alguna. Pero lo que así permanece incomprendido retorna una y otra vez, sin descanso, como un alma en pena, hasta encontrar comprensión y redención.

La interpretación de las dos pequeñas fantasías delictivas no nos ofrece grandes dificultades. Pertenecen al complejo de la toma de posesión de la madre. Hay en Juanito como un presentimiento de algo que podría hacer con la madre, y con la cual quedaría perfeccionada su toma de posesión de ella, y encuentra para aquel algo inaprehensible ciertas representaciones gráficas, a las que es común la idea de ilicitud y violencia y cuyo contenido nos parece armonizar singularmente bien con la realidad oculta. Son fantasías simbólicas del coito, y la complicidad en ella atribuida al padre no es nada indiferente: «Quisiera hacer algo con mamá, algo prohibido; no sé lo que es, pero se que tú lo haces con ella».

La fantasía de las jirafas había reforzado en mí una convicción que ya me había sido impuesta por el temor de Juanito a que el caballo entrase en el cuarto, y juzgué muy apropiado el momento para comunicarle una parte esencial de sus impulsos inconscientes; su miedo al padre, como consecuencia de sus deseos celosos y hostiles contra el mismo. Con esto le interpreté al mismo tiempo, fragmentariamente, su miedo a los caballos. El padre tenía que ser el caballo al cual, y por excelentes razones internas, tenía miedo. Ciertos detalles —la cosa negra en los labios y la otra cosa delante de los ojos (bigote y lentes como privilegios del hombre adulto)— me parecieron haber sido directamente transferidos de la persona del padre a los caballos.

Con esta aclaración vencí la resistencia que más eficazmente se oponía a que los pensamientos inconscientes de Juanito penetrasen hasta su conciencia, ya que en su caso el padre y el médico coincidían en una sola

persona. A partir de aquí, la perturbación siguió ya una marcha descendente, el material fluyó en abundancia y Juanito encontró valor para comunicar los detalles de su fobia y no tardó en intervenir independientemente en el análisis[1111].

Ahora averiguamos ya a qué objeto e impresiones tiene miedo Juanito. No sólo a los caballos y a que le muerdan —esto desaparece pronto—, sino también a los carros de mudanzas y a los ómnibus (vehículos que tienen como elemento común su pesada carga), al instante de ponerse en marcha los caballos, a los caballos de aspecto corpulento y pesado y a los que pasan muy de prisa. El sentido de estas determinaciones nos lo descubre luego el propio Juanito: tiene miedo de que los caballos se *caigan*, e integra así en su fobia todo aquello que puede provocar tal accidente.

Muchas veces transcurre todo un período de labor analítica antes que el sujeto llegue a comunicar el contenido efectivo de una fobia o de un impulso obsesivo, etc. La represión no ha recaído tan sólo sobre los complejos inconscientes, sino que actúa también de continuo sobre sus ramificaciones e impide al mismo enfermo la percepción de sus productos patológicos. El médico tiene que emprender entonces la tarea singular de intervenir a favor de la enfermedad para que la misma llegue a captar la atención del enfermo; pero sólo quien desconozca por completo la esencia del psicoanálisis podrá suponer que esta fase de nuestra labor pueda causar un daño al enfermo. La verdad es que no se puede ahorcar un ladrón sin antes prenderlo, y así, para apoderarnos de los productos patológicos que queremos destruir, nos es preciso desarrollar una labor previa.

En mis glosas al historial clínico de Juanito hice ya constar cuán instructivo resulta profundizar así en los detalles de una fobia y extraer la convicción de la existencia de una relación secundariamente establecida entre la angustia y sus objetos. De aquí la naturaleza, singularmente difusa y, sin embargo, tan rigurosamente condicionada, de las fobias. El material necesario para estas soluciones especiales lo ha extraído Juanito, evidentemente, de las impresiones que le procura todos los días la situación de su casa frente al depósito de la aduana. En relación también con estas impresiones delata un deseo, inhibido ahora por el miedo, de jugar con las cargas de los carros, los equipajes, las cubas y los fardos, como los chicos de la calle.

En este estadio del análisis halla Juanito el suceso, poco importante en sí, que precedió inmediatamente a la aparición de la enfermedad y debe ser considerado como el motivo ocasional de dicha aparición. Iba de paseo con su madre y vio caerse y patalear a un caballo de un ómnibus, accidente que le causó gran impresión. Se asustó mucho y creyó que el caballo había muerto y que desde aquel momento todos los caballos se caerían. El padre le indica que al ver caerse al caballo debió de pensar él en su padre y desear que se cayese también y se matase. Juanito no se rebela contra esta interpretación, y al cabo de un rato, con un juego que inventa y en el que muerde al padre, demuestra aceptar la identificación del mismo con el caballo temido. A partir de este momento se conduce ya libremente y sin miedo, e incluso con cierto descaro, con su padre. Pero sigue asustándose de los caballos, y no vemos aún claramente a consecuencia de qué concatenación el caballo caído ha rozado sus deseos inconscientes.

Concretaremos los resultados hasta aquí obtenidos; detrás del miedo primeramente manifestado a que le mordiese un caballo hemos descubierto, más profundo, el miedo de que los caballos se cayeran, y ambos caballos, tanto el que muerde como el que se cae, son el padre, que le castigará por abrigar tan perversos deseos en cuanto a su persona. Entre tanto, el análisis se ha alejado de la madre.

Inesperadamente, y desde luego sin estímulo alguno por parte del padre, comienza Juanito a ocuparse del complejo de la excreción y a mostrar repugnancia a aquellas cosas que le recuerdan la defecación. El padre, que sólo a disgusto le sigue por este camino, continúa entre tanto el análisis en la dirección que él cree más acertada y recuerda a Juanito un suceso acaecido en Gmunden, cuya impresión se escondía detrás de la correspondiente a la caída del caballo del ómnibus. Federico, su antiguo amiguito y su rival en el cariño de las niñas, había tropezado en una piedra jugando a los caballos, se había caído y se había hecho sangre en un pie. La caída del caballo del ómnibus le había recordado este incidente. Es curioso que Juanito, preocupado de momento con otras cosas, niegue primero la caída de Federico, que establecería la conexión buscada, y sólo la confirme en un estadio ulterior del análisis. Mas para nosotros lo interesante es hacer resaltar cómo la transformación de la libido en angustia llega a proyectarse sobre el caballo,

objeto principal de la fobia. Los caballos eran, de siempre, los animales que más le interesaban, y a lo que más le gustaba jugar con sus amiguitos era también a los caballos. Nuestra sospecha de que el padre hubiera sido el primero en servirle de caballo nos fue confirmada por él mismo, y de este modo, en el accidente de Gmunden, pudo la persona del padre sustituir a la de Federico. Una vez iniciada la represión, Juanito tenía que asustarse de los caballos, que antes le habían procurado tanto placer.

Pero ya indicamos que esta última importante aclaración de la eficacia del motivo ocasional de la enfermedad la debemos a la intervención del padre. Juanito continúa preocupado por el complejo de la excreción, y, por fin, no tenemos más remedio que seguirle a este terreno. Averiguamos que antes solía imponer a su madre su compañía cuando iba al retrete, y que luego siguió haciendo lo mismo con su amiguita Berta, hasta que se lo prohibieron. El placer de presenciar cómo una persona querida hace sus necesidades corresponde también a una «confluencia de los instintos», de la que ya observamos otro ejemplo en Juanito. Por último, también el padre se resuelve a penetrar en el simbolismo excremental y reconoce una analogía entre un carro pesadamente cargado y un vientre cargado de excremento, entre la forma en que el coche sale por una puerta y las heces del cuerpo, etc.

Ahora bien: la situación de Juanito en el análisis es ahora muy distinta de la que ocupaba en estadios anteriores del mismo. Antes, el padre le anunciaba lo que iba a surgir, y Juanito le seguía orientándose por sus indicaciones. Ahora marcha delante, con paso seguro, y al padre le cuesta trabajo seguirle. Juanito aporta una nueva fantasía: El fontanero ha destornillado la bañera, en la que se encuentra Juanito, y luego le ha clavado una barrena en la barriga. A partir de aquí, nuestra comprensión avanza cojeando penosamente detrás del material emergente. Sólo después adivinamos que se trata de una elaboración, deformada por la angustia, de una fantasía de concepción. Pero, de momento, esta fantasía escapa a la interpretación, y sólo sirve a Juanito como un punto al que enlazar la continuación de sus comunicaciones.

A Juanito le da miedo que le bañen en la bañera grande. Este miedo es también de naturaleza compuesta. Una parte del mismo nos escapa aún: la otra queda pronto aclarada por una relación con el acto de bañar a su hermanita. Juanito confiesa su deseo de que la madre suelte a Hanna durante

el baño para que la pequeña caiga al agua y muera. Su propio miedo, al ser bañado en el baño grande, no es más que el temor al castigo por aquel mal deseo. Juanito abandona ahora el tema excremental y pasa al de la hermanita. Tal sucesión significa que la pequeña Hanna es por sí misma un excremento: que todos los niños son excrementos y surgen al exterior (son paridos) por el mismo camino que éstos. Comprendemos ahora que todos los carros de mudanzas, ómnibus y camiones sean para Juanito carros cargados cori aquellos cajones en los que la cigüeña guarda a los niños, que le interesan como representaciones simbólicas del embarazo y que en la caída de los caballos corpulentos o pesadamente cargados haya visto representado un parto. El caballo caído no era, pues, tan sólo el padre en trance de muerte, sino también la madre en el del parto.

Y ahora nos procura Juanito una sorpresa, a la que ciertamente no estamos preparados. Teniendo tres años y medio observó el embarazo de la madre, que terminó en el nacimiento de la pequeña, y después del parto, si no antes, reconstruyó todo el proceso, aunque sin exteriorizarlo, y quizá sin poderlo exteriorizar. Sólo pudo observarse, por entonces, que inmediatamente después del parto acogió con un absoluto escepticismo todo lo referente a la fábula de la cigüeña. El análisis demuestra, sin dejar lugar a dudas, que en su inconsciente y en palmaria contradicción con sus manifestaciones oficiales, sabía muy bien de dónde procedía la niña y dónde había estado encerrada hasta el parto. Es éste, quizá, el fragmento más irrebatible del análisis.

Prueba incontrastable de ello es la fantasía, tenazmente sostenida y adornada con tantos detalles, de que Hanna estaba ya con ellos en Gmunden el verano anterior a su nacimiento, y de cómo había hecho el viaje poseyendo por entonces una capacidad funcional mucho más amplia que luego un año después de venir al mundo. El descaro con el que Juanito relata esta fantasía y las innumerables e impudentes mentiras que en ella entreteje no carecen ciertamente de sentido. Todo ello constituye una venganza contra su padre, al que guarda rencor por haberle querido engañar con la fábula de la cigüeña. Es como si quisiera decirle: Si tú me has tenido por tonto y has supuesto que iba a creerme que la cigüeña había traído a Hanna, también yo puedo exigirte que aceptes mis invenciones. En clara conexión con este acto de venganza del pequeño investigador contra su padre surge ahora la fantasía de golpear y

excitar a los caballos. Esta fantasía muestra también una doble determinación: se apoya, por un lado, en la burla de que acaba de hacer objeto a su padre y renueva, por otro, oscuros impulsos sádicos referidos a la madre e integrados también, sin que entonces llegáramos nosotros a descubrirlos, en las fantasías delictivas anteriores. También conscientemente contesta Juanito su deseo de pegar a la madre.

No esperamos ya muchos enigmas. Una oscura fantasía de perder el tren parece constituir una premisa de aquella otra en la que Juanito casa a su padre con la abuela de Lainz, pues en la primera se trata ya de un viaje a Lainz e interviene la abuela. Otra fantasía, en la que un chico da 50 000 florines al vigilante para que le deje subir en la vagoneta, parece constituir un proyecto de comprar la madre al padre, cuyo poder reside parcialmente en su riqueza. Luego, con una franqueza desusada en él hasta entonces, confiesa su deseo de hacer desaparecer al padre porque estorba su intimidad con la madre. No debemos extrañar que estos impulsos optativos aparezcan repetidamente en el curso del análisis. Tal monotonía aparente es sólo producto de las interpretaciones a ellos enlazadas, pues para Juanito no son meras repeticiones, sino desarrollos progresivos, desde tímidos indicios hasta una claridad plenamente consciente y exenta de toda deformación.

Siguen luego manifestaciones con las que Juanito confirma los resultados analíticos obtenidos. Con un claro acto sintomático, que sólo disfraza levemente ante la criada, pero no ante su padre, muestra cómo se imagina él un parto. Por el agujero redondo abierto en el cuerpo de un muñeco de goma introduce una navajita, perteneciente a su madre, y la hace caer al exterior desgarrando las piernas del muñeco. La explicación que luego le dan sus padres de que los niños nacen efectivamente en el cuerpo de las madres y son expulsados de él como las heces y la defecación llega demasiado tarde. No puede enseñarle ya nada nuevo. Por medio de otro acto sintomático ulterior confiesa que ha deseado la muerte te de su padre, dejando caer —tirando— el caballito con el que juega en momento mismo en el que el padre le habla de aquel deseo. Confirma también, de palabra, que los vehículos pesadamente cargados eran para él representaciones del embarazo de la madre, y que la caída del caballo era como cuando se tiene un niño.

La más preciada confirmación a este respecto, la prueba de que los niños

son excrementos, por la invención del nombre «Lodi» para su niña preferida, llega con retraso a nuestro conocimiento, pues averiguamos que hace ya mucho tiempo que venía jugando, en su imaginación, con aquella ‘niña-salchicha’[1112].

Ya hemos examinado las dos últimas fantasías de Juanito con las cuales se completa su curación. La primera, en la cual el fontanero le procura un pene nuevo, y como el padre adivina, más tarde no es sólo la repetición de otra superior de análogo contenido. Es también una victoriosa fantasía optativa e integra el vencimiento del miedo a la castración. La segunda fantasía, que confiesa el deseo de estar casado con su madre y tener de ella muchos niños, no sólo agota el contenido de aquellos complejos inconscientes removidos a la vista del caballo caído y que habían desarrollado angustia, sino que corrige lo que de aquellos pensamientos no era admisible, sustituyendo la muerte del padre por su matrimonio con la abuela. Esta fantasía pone término feliz a la enfermedad y al análisis.

Mientras adelantamos en el análisis de un caso no es posible obtener una impresión exacta de la estructura y la evolución de la neurosis. Para ello se hace precisa una labor sintética ulterior. Al emprender ahora esta síntesis de la fobia de Juanito tomaremos como punto de partida nuestra descripción anterior de su constitución, de sus deseos sexuales directivos y de los sucesos por él vividos hasta el nacimiento de su hermanita.

Este acontecimiento trajo consigo muchas cosas que perturbaron ya duramente la vida de nuestro pequeño sujeto. En primer lugar, una dolorosa separación temporal de su madre y luego una prolongada disminución de los cuidados y atenciones que la misma le prodiga y que Juanito tuvo ahora que acostumbrarse a compartir con la niña. Después, una reviviscencia de las experiencias placientes extraídas por el espectáculo de los que ahora se prodigaban a la pequeña. De ambas influencias resultó una intensificación de sus necesidades eróticas, a las que empezó a faltar satisfacción suficiente. De las pérdidas ocasionadas por la llegada de la hermanita se compensa Juanito con la fantasía de que también él tiene hijos, y mientras pudo jugar y convivir realmente con otros niños, en quienes encarnaba su imaginaria descendencia (durante su segundo veraneo en Gmunden), su ternura halló derivación

bastante. Pero a su retorno a Viena se encontró de nuevo solitario, acumuló sobre su madre todos sus deseos y exigencias y sufrió una privación más al ser expulsado de la alcoba de los padres, en la que había convivido con ellos hasta los cuatro años y medio. Su excitabilidad erótica, intensificada, se exteriorizó ahora en fantasías, en las cuales evocaba a sus amiguitos de Gmunden, y en satisfacciones autoeróticas regulares por excitación masturbatoria de los genitales.

El nacimiento de la hermanita le procuró también el estímulo a una labor mental que, por un lado, no podía llegar a solución alguna y, por otro, le creaba conflictos sentimentales. Se le planteó el gran problema de la procedencia de los niños, el primero que pone a prueba las energías mentales infantiles y el cual no es, quizá, sino una deformación del enigma de la esfinge tebana. La explicación de que a Hanna la había traído la cigüeña la rechaza desde el primer momento. Había observado que a su madre se le había hinchado el vientre meses antes del nacimiento de Hanna, y que luego había tenido que guardar cama, se había quejado mucho la noche del parto y había recobrado después su primitiva esbeltez. De todo ello dedujo que Hanna había estado dentro del cuerpo de la madre y había salido luego al exterior como un excremento. Este último proceso lo creía placiente, fundándose en las sensaciones de placer que primitivamente hubo de procurarle el acto de la defecación. Pudo, por tanto, desear, con doble motivación, tener él mismo niños para parirlos con placer y cuidarlos luego. En todo ello no había nada que pudiese suscitarle dudas ni conflictos.

Pero había algo distinto que no podía por menos de preocuparle. El padre debía tener algo que ver con el nacimiento de la pequeña, pues afirmaba que Hanna y el mismo Juanito eran *sus* hijos. Pero quien los había traído al mundo no era él, sino la madre. Por otro lado, el padre estorbaba su intimidad con la madre. Cuando el padre estaba en casa, Juanito no podía dormir con la madre, y si ésta pretendía acogerle en su cama, el padre se oponía a gritos. Juanito había comprobado antes cuán grata podía ser para él la ausencia del padre. El deseo de su desaparición quedó ahora plenamente justificado y reforzada su hostilidad contra él. El padre le había contado aquella mentira de la cigüeña, haciéndole imposible solicitar nuevas explicaciones sobre la cuestión. No sólo le impedía el acceso a la cama de la madre, sino que le

ocultaba lo que tanto ansiaba saber. Le perjudicaba en ambos sentidos, y seguramente en provecho propio.

El hecho de que aquel mismo padre al que había de odiar como rival le había merecido siempre y tenía que seguirle mereciendo un tierno cariño, constituyendo para él modelo y ejemplo, y habiendo sido su primer protector y guardador y su primer compañero de juegos, provocó en Juanito un primer conflicto sentimental, insoluble al principio. Dado el bondadoso natural de Juanito, el cariño tenía que vencer al odio y mantenerlo sometido, aunque no pudiera hacerlo desaparecer por cuanto el amor a la madre le proporcionaba continuo alimento.

Pero el padre, además de saber de dónde venían los niños, realizaba también algo que Juanito sólo podía presentir oscuramente. La cosita, cuya excitación acompañaba siempre a aquellos pensamientos, debía de tener algo que ver con todo ello, aunque desde luego una cosita mayor de lo que a Juanito le parecía la suya. Siguiendo las indicaciones que sus sensaciones le proporcionaban, concluyó que debía de tratarse de una violencia de que se hacía objeto a la madre, de un desgarramiento, de una penetración en un espacio cerrado, actos a cuya ejecución sentía en si un impulso.

Pero, aun hallándose así en camino de llegar a inducir la existencia de la vagina partiendo de sus sensaciones genitales, no le era posible resolver el enigma por oponerse a semejante solución la convicción de que la madre poseía también, como él, una cosita. La tentativa de solucionar qué es lo que había de hacerse con la madre para que tuviera niños se hundió, pues, en lo inconsciente y los dos impulsos activos, el impulso hostil contra el padre y el impulso sádico-amoroso hacia la madre, permanecieron sin empleo el primero, a causa del amor subsistente al lado del odio, y el segundo, a consecuencia de la perplejidad resultante de las teorías sexuales infantiles.

Sólo en esta forma podemos reconstruir, apoyándonos en los resultados del análisis, los complejos e impulsos optativos inconscientes, cuya represión y reviviscencia hicieron surgir la fobia de Juanito. Sé que con ello atribuimos a la capacidad mental de un niño de cuatro a cinco años rendimientos muy elevados, pero nos dejamos guiar por los nuevos descubrimientos efectuados y no nos consideramos ligados por los prejuicios de nuestra ignorancia. Quizá hubiésemos podido utilizar el miedo al acto de *armar jaleo con las piernas*

para cegar aún ciertas lagunas de nuestra demostración. Juanito manifestó ciertamente que le recordaba sus pataleos cuando le obligaban a dejar de jugar para ponerle a hacer caca, de manera que este elemento de la neurosis entra en relación con el problema de si la madre paria los niños paciente o displacientemente, pero no tengo la impresión de que con ello quede totalmente explicado el *armar jaleo con las piernas*. Mi sospecha de que se trataba de una evocación de la reminiscencia del comercio sexual entre sus padres, sorprendidos alguna vez por Juanito mientras compartió con ellos la alcoba, no pudo ser confirmada. Habremos, pues, de contentarnos con lo averiguado.

Es difícil precisar, y sólo la comparación con otros varios análisis semejantes podría permitírnoslo, qué influencias provocaron en la situación descrita la transformación del anhelo libidinoso en angustia, o sea en qué punto hubo de iniciarse la represión. Hasta lograr más amplia experiencia en estas cuestiones dejaremos, pues, sin resolver si el factor decisivo fue la incapacidad intelectual del niño para solucionar el arduo problema de la procreación y utilizar los impulsos agresivos desencadenados por la proximidad de la solución, o una incapacidad somática, una intolerancia de su constitución con respecto a la satisfacción masturbadora habitual, o si la mera persistencia de tan intensa excitación sexual tenía que acabar por originar la transformación mencionada.

Las circunstancias de tiempo impiden adscribir demasiada influencia al motivo ocasional del brote de la enfermedad, pues Juanito presentaba ya indicios de angustia mucho antes de haber presenciado la caída del caballo del ómnibus.

De todos modos, la neurosis surgió directamente enlazada a este suceso accidental y conservó la huella del mismo en la elevación del caballo a la categoría de objeto de la angustia. Esta impresión carece en sí de *energía traumática*. Sólo la anterior significación del caballo como objeto de preferencia y de interés y el enlace con el incidente de mayor capacidad traumática ocurrido en Gmunden cuando Federico se cayó jugando a los caballos, así como el fácil enlace asociativo entre Federico y el padre, pudieron adscribir tan gran eficacia al accidente casualmente presenciado. Puede incluso afirmarse que tampoco estas relaciones hubieran bastado, a no

ser porque la flexibilidad y la multiplicidad de sentidos de los enlaces asociativos permitieron a aquella misma impresión rozar el segundo de los complejos acechantes en lo inconsciente de Juanito, el complejo del parto, que ponía fin al embarazo de su madre. A partir de aquí quedaba abierto el camino para el retorno de lo reprimido; camino que fue seguido de manera que *el material patógeno quedara transferido al complejo del caballo y transformados uniformemente en angustia todos los afectos concomitantes*.

Por circunstancia singular, el contenido de representaciones de la fobia, tal y como resultó de este proceso, tuvo aún que someterse a una nueva deformación y sustitución antes que la conciencia tomara conocimiento de él. El primer miedo que Juanito expresó fue el de que le mordiera un caballo, y procedía de otra escena de Gmunden, relacionada por un lado con los deseos hostiles del padre y por otro con la admonición contra el onanismo. Intervino aquí un influjo derivativo que quizá partiera de los padres. No estoy muy seguro de que las observaciones correspondientes a este período fueran suficientemente cuidadosas para permitirnos decidir si Juanito dio expresión a aquel temor antes o sólo después de haber sido interpelado por su madre sobre sus hábitos onanistas. Por mi parte me inclino a suponer lo primero, en contraposición a lo que el historial indica. Por lo demás, es innegable que el complejo hostil al padre encubre totalmente en Juanito al otro, libidinoso, orientado hacia la madre, tal y como fue descubierto y vencido en el análisis.

Otros casos patológicos podrían dar ocasión a más amplias consideraciones sobre la estructura de una neurosis, su evolución y desarrollo, pero el historial de la enfermedad de Juanito es muy breve. A poco de iniciarse queda sustituido por el historial del tratamiento. Si la fobia pareció continuar desarrollándose durante este último y atrayendo a sí nuevos objetos y nuevas condiciones, el padre tuvo penetración suficiente para ver exclusivamente en ello la aparición de algo ya preformado y no un producto nuevo que pudiera atribuirse al influjo del tratamiento. No en todos los casos del tratamiento puede contarse con tal penetración.

Antes de dar por terminada esta síntesis debemos examinar otro punto de vista que nos situará en el centro mismo de las dificultades inherentes a la comprensión de los estados neuróticos. Vemos cómo en nuestro pequeño paciente se desarrolla un poderoso impulso de la represión, que recae

precisamente sobre sus componentes sexuales dominantes[1113]. Abandona el onanismo y rechaza de sí, asqueado, todo lo que le recuerda los excrementos y el espectáculo de las funciones de este orden. Pero no son éstos los componentes que excitan el motivo ocasional de la enfermedad (la visión de la caída del caballo) ni tampoco los que proporcionan el material para los síntomas, o sea el contenido de la fobia. Probablemente llegaremos a una comprensión más profunda del caso patológico volviéndonos hacia aquellos otros que llenan estas condiciones. Tales componentes son en Juanito impulsos que ya antes se hallaban dominados y nunca, que sepamos, pudieron exteriorizarse libremente: sentimientos hostiles y celosos contra el padre e impulsos sádicos correspondientes a un presentimiento del coito con respecto a la madre. En el temprano vencimiento de estos impulsos se integra quizá la disposición a la enfermedad ulterior. Estas inclinaciones agresivas no hallaron en Juanito exutorio ninguno, y en cuanto quisieron romper al exterior reforzadas, en una época de privación y de excitación sexual más intensa, surgió aquella pugna a la que damos el nombre de *fobia*. Durante la misma, una parte de las representaciones reprimidas penetra, deformada y referida a otro complejo, en la conciencia como contenido de la fobia. Pero la victoria sigue siendo de la represión, que en esta ocasión se extiende a otros componentes distintos de los que buscan un exutorio. De todos modos, el estado patológico permanece ligado a los componentes instintivos sexuales rechazables. La intención y el contenido de la fobia integran una amplia limitación de la libertad de movimiento. Trátase, pues, de una poderosa reacción contra los oscuros impulsos de movimiento que intentan dirigirse especialmente hacia la madre. El caballo había sido siempre para Juanito un ejemplo del placer del movimiento («Soy un potrito», decía, saltando y corriendo); pero como este placer integra el impulso al coito, queda restringido por la neurosis, que erige también al caballo en la imagen misma del miedo. Parece como si en la neurosis sólo les quedara a los instintos reprimidos el honor de procurar a la angustia sus pretextos ante la conciencia. Mas por evidente que aparezca en la fobia la victoria de la repulsa sexual, el carácter de transacción inherente a la enfermedad no consiente que lo reprimido no alcance algo más. La fobia al caballo impide a Juanito salir de casa y facilita su permanencia al lado de la madre. En este punto se impone,

pues, victoriosamente el amor a la madre. La fobia enlaza más estrechamente al enamorado con el objeto de sus deseos, pero al mismo tiempo se cuida muy bien de que no pueda satisfacerlos. En estos dos efectos se nos revela la verdadera naturaleza de la enfermedad neurótica.

En un inteligente trabajo del que tomamos antes el término de *confluencia de los instintos* ha expuesto Adler *[Der Agressionsbetrieb im Leben und in der Neurose* (1908)] cómo la angustia nace de la represión del *instinto de agresión* y atribuye a este instinto, en una amplia síntesis, el papel principal en los destinos de la vida y de la neurosis. Nuestra conclusión de que en este caso de fobia la angustia se explicaba por la represión de las tendencias agresivas, hostiles contra el padre y sádicas con respecto a la madre, parece confirmar brillantemente la hipótesis de Adler. Y, sin embargo, lejos de aceptarla, la consideramos como una generalización errónea. No podemos decidirnos a aceptar la existencia de un instinto especial de agresión al lado de instinto de conservación y el instinto sexual, con los que ya estamos familiarizados[1114]. Me parece que Adler ha encarnado injustificadamente en un instinto especial un carácter general e indispensable de todos ellos, carácter que podríamos describir como la facultad de dar impulso a la motilidad. De los demás instintos quedaría tan sólo la relación con un fin, una vez despojados por el *instinto de agresión* de la relación con los medios para alcanzarlo. No obstante todas las inseguridades y oscuridades de nuestra teoría de los instintos, quisiéramos mantener nuestra teoría habitual que deja a cada instinto su capacidad propia para hacerse agresivo, y en los dos instintos que en nuestro Juanito sucumben a la represión reconoceríamos componentes de la libido sexual que ya nos son de antiguo conocidos.

(III)

ANTES de entrar a examinar brevemente cuáles son las conclusiones de orden general que pueden deducirse de la fobia de Juanito en cuanto a la vida infantil y a la educación de los niños, debo responder a la objeción ha largo tiempo planteada, según la cual Juanito no sería un niño normal, sino un

neurótico, un hereditario, un degenerado, nada del cual podría ser transferido a otros niños. Hace ya tiempo que me duele pensar cómo todos los entusiastas del *hombre normal* habrán de ensañarse con nuestro pobre Juanito cuando sepan que, en efecto, puede atribuírsele una tara hereditaria.

Su madre, que enfermó de neurosis a consecuencia de un conflicto psíquico de su adolescencia, había sido tratada por mí en aquella ocasión, siendo esta circunstancia la que me puso luego en contacto con los padres de Juanito. Sólo muy tímidamente arriesgaré, pues, algo en favor del pequeño paciente.

Ante todo haré constar que Juanito no es lo que nos representaríamos, después de una rigurosa observación, como un niño degenerado, hereditariamente condenado a la nerviosidad, sino más bien una criatura físicamente bien conformada, alegre, amable y de inteligencia vivaz. Su florecimiento sexual fue indudablemente prematuro; mas para emitir un juicio sobre esta cuestión carecemos de material comparativo suficiente. En una colección de investigaciones efectuadas en América he visto que no son nada raros casos análogamente prematuros de sentimientos amorosos y elección de objeto. A idéntica conclusión nos lleva la lectura de las biografías de muchos grandes hombres. Habremos, pues, de inclinarnos a suponer que la precocidad sexual va casi siempre pareada a la intelectual, siendo así más frecuente de lo que esperamos entre los niños inteligentes.

Mi confesada parcialidad en favor de Juanito me lleva también a alegar que no es el único niño que en una época cualquiera de su infancia padece de fobias. Tales enfermedades son extraordinariamente frecuentes, aun entre aquellos niños cuya educación nada deja que desear. De estos niños, unos enferman más tarde de neurosis y otros permanecen sanos. Sus fobias son dominadas a fuerza de gritos y regaños en la *nursery*, por ser inaccesibles a los tratamientos consagrados y desde luego harto incómodos. Pero no se tiene en cuenta qué transformaciones psíquicas condicionan tal curación ni que modificaciones del carácter se enlazan a ella. Cuando luego emprendemos el tratamiento psicoanalítico de un neurótico adulto que ha enfermado manifiestamente en años ya maduros, averiguamos siempre que su neurosis se enlaza a aquella angustia infantil, que es una continuación de la misma, y que, por tanto, una labor psíquica ininterrumpida, pero también imperturbada,

se ha desarrollado partiendo de aquellos conflictos infantiles a través de la vida del sujeto, sin que importe que su síntoma primero llegase a aparecer o fuera retraído bajo el imperio de las circunstancias. Opino, pues, que nuestro Juanito no estuvo quizá mucho más enfermo que otros niños a los que nadie tacha de *degenerados*. Pero como era educado sin intimidación, con la mayor libertad y la menor coerción posible, su angustia se manifestó más osadamente. No existían en su caso dos factores que en otros contribuyen a disminuirla: la conciencia de la culpa y el temor al castigo. A mi juicio, concedemos demasiada importancia a los síntomas y no nos ocupamos bastante de sus fuentes de origen. Nuestra única directiva en la educación de los niños es que nos dejen tranquilos, que no nos opongan dificultad alguna. Nos dedicamos, pues, a la cría del niño bueno y juicioso y no nos preguntamos siquiera si semejante educación es la que más conviene al niño. No me extrañaría que para nuestro Juanito hubiese sido muy provechoso producir esta fobia, puesto que así llamó la atención de sus padres sobre las dificultades ineludibles que el vencimiento de los componentes instintivos innatos opone en la educación infantil y porque aquella perturbación le valió el auxilio de su padre. Quizá adquirió sobre los demás niños la ventaja de no llevar ya en sí aquel nódulo de complejos reprimidos que siempre significa algo para la vida ulterior y trae consigo alteraciones del carácter, cuando no la disposición a una neurosis.

Me inclino a pensar así, pero no sé si habrá muchos que compartan mi opinión ni tampoco si la experiencia llegará a confirmarla.

De todos modos, no puedo menos de preguntar en qué ha perjudicado a Juanito el alumbramiento de aquellos complejos forzadamente reprimidos por los otros niños y tan temidos por sus padres. ¿Ha puesto acaso en práctica el pequeño sujeto sus pretensiones con respecto a su madre o ha traducido en actos violentos su hostilidad contra el padre? Seguramente habrán abrigado tal temor aquellos que desconocen la esencia del psicoanálisis y opinan que al hacer conscientes los malos instintos se les intensifica y robustece. Estos sabios obran luego consecuentemente cuando aconsejan eludir en absoluto aquellas cosas malas que se esconden detrás de las neurosis. Claro está que al obrar así olvidan que son médicos, y adoptan un parecido lamentable con el personaje shakesperiano de *Mucho ruido para nada*, que aconseja también a

la ronda que se guarde muy bien de todo contacto con los asesinos y los ladrones, pues las gentes honradas no deben tener trato alguno con semejante canalla[1115].

Las únicas consecuencias del análisis son más bien que Juanito recobra la salud, no se asusta ya de los caballos y trata a su padre con libre familiaridad, como él mismo nos comunica, un tanto divertido. Pero lo que el padre pierde en respeto lo gana en confianza: «Como supiste lo del caballo, creía que lo sabías todo». Y es que el análisis no destruye el resultado de la represión. Los instintos antes dominados y sometidos siguen estándolo. Pero alcanza este resultado por otros caminos. Sustituye el proceso de la represión, automático y excesivo, por el dominio mesurado y adecuado conseguido con ayuda de las más elevadas instancias psíquicas. En una palabra: sustituye la represión por un juicio condenatorio. Parece aportaros la prueba, tan buscada, de que la conciencia tiene una función biológica y que su entrada en juego supone una importante ventaja[1116].

Si totalmente de mí hubiera dependido, me habría arriesgado a dar a Juanito una explicación más, que sus padres silenciaron. Habría confirmado sus presentimientos instintivos revelándole la existencia de la vagina y del coito, con lo cual habría disminuido todavía más el resto no solucionado y hubiera puesto fin a su impulso interrogante. Estoy seguro de que no habría perdido el amor a su madre ni su naturaleza infantil con estas explicaciones y se habría convencido, en cambio, de que debía dejar de ocuparse de aquellas cosas tan importantes, e incluso imponentes, hasta que se hubiera cumplido su deseo de ser mayor. Pero el experimento pedagógico no pasó más adelante.

Que entre niños *nerviosos* y *normales* no puede trazarse una frontera definida, que la enfermedad es un concepto puramente práctico, que han de coincidir la disposición y la experiencia para hacer aparecer la neurosis, que en consecuencia pasan continuamente muchos individuos de la salud a la neurosis y un número mucho menor de la neurosis a la salud; todas estas cosas se han dicho tantas veces y han encontrado tanto eco, que no soy yo seguramente el único en afirmarlas. Que la educación del niño puede ejercer un poderoso influjo a favor o en contra de la disposición a la neurosis es, por lo menos, muy probable; pero aquello a lo que la educación debe tender y

cuáles han de ser sus puntos de ataque son cuestiones aún muy problemáticas. Hasta ahora no se ha marcado más fin que la dominación, y muchas veces, más exactamente, la yugulación de los instintos. El resultado no ha sido ciertamente nada satisfactorio. No se preguntaba tampoco por qué caminos y a costa de qué sacrificios era conseguida la yugulación de los instintos incómodos. Si se sustituye a esta labor la de hacer al individuo capaz de cultura y socialmente utilizable a costa de un mínimo de pérdida de su actividad, las aclaraciones obtenidas por medio del psicoanálisis, sobre el origen de los complejos patógenos y sobre el nódulo de cada neurosis aspirarán a ser consideradas por el educador como indicaciones inestimables para regular su conducta con respecto al niño. Cuáles son las conclusiones prácticas que de aquí se derivan y hasta qué punto la experiencia puede justificar el empleo de las mismas, dentro de nuestras circunstancias sociales, son cuestiones cuyo examen y decisión debo dejar a otros.

No puedo despedirme de la fobia de nuestro paciente sin hacer constar algo que hace especialmente valioso para mí el análisis que la llevó a su curación. En rigor, este análisis no me ha revelado nada que no hubiese ya descubierto, a veces de un modo menos preciso y directo, en los análisis de pacientes adultos. Y como las neurosis de estos otros enfermos pudieron ser, sin excepción alguna, referidas a los mismos complejos infantiles que descubrimos detrás de la fobia de Juanito, me inclino a adscribir a esta neurosis infantil una significación típica y ejemplar, como si toda la diversidad de los fenómenos neuróticos de represión y toda la riqueza del material patógeno pudieran derivarse de un número muy escaso de procesos desarrollados en los mismos complejos de representaciones.

APÉNDICE (1922)

HACE unos cuantos meses —en la primavera de 1922— se me presentó un joven declarando ser aquel Juanito cuya neurosis infantil había yo descrito en 1909. Su visita me satisfizo mucho, pues dos años después del análisis le había perdido de vista y en más de un decenio no había sabido

nada de él. La publicación de este primer análisis de un niño había despertado gran interés, y aún más indignación, profetizándose a la pobre criatura toda clase de desdichas por haber sido despojado de su inocencia en edad tan temprana y víctima de un psicoanálisis.

Pero ninguno de estos temores se ha cumplido. Juanito es ahora un apuesto muchacho de diecinueve años. Afirmaba encontrarse muy bien y no padecer trastornos ni inhibiciones de ningún género. No sólo había atravesado la pubertad sin daño alguno, sino que había resistido una de las más duras pruebas a que podía ser sometida su vida sentimental. Sus padres se habían divorciado y habían contraído, cada uno por su lado, nuevas nupcias. Juanito vivía solo, pero en buenas relaciones con ambos, y sólo lamentaba que la disolución de la familia le hubiera separado de su hermana menor, a la que quería mucho.

Juanito me comunicó algo especialmente singular. Tanto, que no me atrevo a arriesgar explicación ninguna. Cuando leyó su historial, me dijo, le había parecido totalmente ajeno a él; no se reconoció ni recordó nada. Sólo cuando llegó al viaje de Gmunden alboreó en su memoria la sospecha de que aquel niño pudiera ser él. Así, pues, el análisis no había preservado el suceso de la amnesia, sino que había sucumbido también a ella. Algo parecido sucede, en cuanto a los sueños, a las personas familiarizadas con el psicoanálisis. Las despierta un sueño, deciden analizarlo en el acto, vuelven luego a dormirse satisfechas con el resultado del análisis, y al despertar por la mañana han olvidado el sueño y el análisis.

XLI

ANÁLISIS DE UN CASO DE NEUROSIS OBSESIVA[1117]
(«CASO EL HOMBRE DE LAS RATAS»)

1909

INTRODUCCIÓN

LAS páginas que siguen contienen dos cosas: en primer lugar, datos fragmentarios del historial clínico de un caso de neurosis obsesiva, que por su duración y sus consecuencias, y según mi apreciación subjetiva, debe ser incluido entre los de cierta gravedad y cuyo tratamiento, prolongado a través de un año entero, consiguió reconstruir completamente la personalidad y suprimir las inhibiciones. Y en segundo, enlazadas a este caso y a otros anteriormente analizados, algunas observaciones aforísticas sobre la génesis y el mecanismo de los procesos anímicos obsesivos, destinadas a continuar y ampliar mis primeros estudios sobre la materia, publicados en el año 1896[1118].

Creo indispensable justificar tal índice para que no se suponga que considero perfecta y digna de imitación semejante exposición fragmentaria de un caso clínico cuando en realidad me es impuesta por consideraciones extrínsecas e intrínsecas y habría sido, desde luego, más explícito si hubiera podido. Pero no me es posible comunicar el historial completo del

tratamiento, porque ello me obligaría a revelar en detalle las circunstancias personales de mi paciente. La atención importuna que toda una gran ciudad dedica a mi actividad médica, me impide desarrollar una exposición exacta y minuciosa, y por otro lado, las deformaciones con las cuales suele intentarse olvidar tal inconveniente me han parecido siempre tan inadecuadas como rechazables. Limitadas, no consiguen su objeto de proteger al paciente de la curiosidad indiscreta, y si las llevamos más allá, cuestan demasiado caras, pues hacen imposible la comprensión del caso hurtando al conocimiento del lector relaciones fundamentales enlazadas precisamente a las pequeñas realidades de la vida del enfermo. Resulta, pues, paradójicamente más lícito dar publicidad a los más íntimos secretos de un paciente, por los cuales no es fácil identificarle, que a las circunstancias más inocentes y triviales de su personalidad, de todos conocidas y que le descubrirán en el acto.

Justificada así la ingrata mutilación de los historiales del enfermo y de su tratamiento, el hecho de que mi exposición aparezca limitada a resultados fraccionarios de la investigación psicoanalítica de la neurosis obsesiva tiene una explicación todavía más clara y convincente. Debo reconocer, en efecto, que todavía no he conseguido desentrañar sin residuo alguno la complicada estructura de un caso *grave de neurosis obsesiva* y también que no me sería posible evidenciar, a través de los estratos del tratamiento y con la exposición detallada del análisis, tal estructura, analíticamente descubierta o sospechada, pues la resistencia de los enfermos y la forma en que se exteriorizan hacen dificilísima semejante labor expositiva. Pero, además, ha de tenerse en cuenta que la comprensión de una neurosis obsesiva no es ciertamente nada fácil y desde luego mucho más difícil que la de un caso de histeria. A primera vista más bien nos inclinaríamos a suponer lo contrario. El conjunto de medios de que se sirve la neurosis obsesiva para exteriorizar sus ideas secretas, o sea el lenguaje de la neurosis obsesiva, es como un dialecto que debía sernos más inteligible por ser más afín que el histérico a la expresión de nuestro pensamiento consciente. Ante todo, no integra aquel salto desde lo anímico a la inervación somática —la conversión histérica—, que nuestro intelecto no puede jamás secundar.

El hecho de que la realidad no confirme la hipótesis antes apuntada depende quizá tan sólo de nuestro menor conocimiento de la neurosis

obsesiva. Los neuróticos obsesivos graves acuden al tratamiento psicoanalítico en número mucho menor que los histéricos. Disimulan en la vida social sus estados patológicos mientras les es posible y sólo recurren al médico en estadios muy avanzados de su enfermedad, estadios tales como aquellos que en una tuberculosis excluyen ya el ingreso en un sanatorio. Elegimos esta comparación porque en la neurosis obsesiva, grave o leve, pero tempranamente combatida, pueden señalarse, como en aquella otra dolencia crónica infecciosa, toda una serie de brillantes éxitos curativos.

En tales circunstancias no queda más posibilidad que comunicar las cosas tan imperfectas e incompletamente como las sabemos y podemos hacerlas públicas. Los fragmentos de conocimientos, trabajosamente extraídos, que aquí ofrecemos, podrían parecer poco satisfactorios; pero la labor de otros investigadores se enlazará a ellos, y el esfuerzo común podrá conseguir aquello que para uno sólo es quizá demasiado arduo.

1) HISTORIAL CLINICO

UN hombre joven, de formación universitaria, se presenta en mi consulta manifestando padecer representaciones obsesivas ya desde su infancia, pero con particular intensidad desde cuatro años atrás. El contenido principal de su dolencia era el *temor* de que les sucediera algo a las dos personas a las que más quería: su madre y la dama de sus pensamientos. Sentía, además, *impulsos obsesivos*, tales como el de cortarse el cuello con una navaja de afeitar, y se imponía *prohibiciones* que se extendían también a cosas triviales e indiferentes. La lucha contra sus ideas obsesivas le habían hecho perder mucho tiempo, retrasándole en su carrera. De todos los tratamientos ensayados, sólo uno le había aliviado algo: una cura hidroterápica en un balneario, pero sólo porque durante su estancia en el mismo halló ocasión de desarrollar una actividad sexual regular. Aquí, en Viena, no se le ofrecía ocasión semejante, y sólo raras veces y con grandes intervalos cohabitaba. Las prostitutas le repugnaban. En general, su vida sexual había sido muy limitada. El onanismo había desempeñado en ella muy escaso papel, y sólo a

los dieciséis o los diecisiete años. Su potencia era normal, y hasta los veintiséis años no había conocido mujer.

El paciente daba la impresión de ser un hombre de inteligencia despejada y penetrante. Preguntado por qué razón ha iniciado la anamnesis con informes sobre su vida sexual, explica haberlo hecho por saber que así correspondía a mis teorías. Fuera de esto, ni ha leído ninguna de mis obras, y sólo muy recientemente, al hojear una de ellas, encontró la explicación de ciertas asociaciones verbales[1119] que le recordaban la «elaboración mental» a la que él mismo sometía sus ideas y le decidieron a acudir a mi consulta.

a) **Iniciación del tratamiento**.

Al día siguiente, una vez comprometido a observar la única condición del tratamiento, esto es, la de comunicar todo lo que se le viniera a las mientes, aunque le fuera *desagradable* hablar de ello o le pareciera *nimio*, *incoherente* o *disparatado*, y habiendo dejado a su arbitrio la elección del tema inicial de su relato, comenzó por lo siguiente[1120]:

Tiene un amigo al que estima mucho. Siempre que se ve atormentado por un impulso criminal, acude a él y le pregunta si le desprecia considerándole como un delincuente. El amigo le da ánimos, asegurándole que es un hombre irreprochable, sujeto tan sólo desde su juventud a analizar sus actos con temeroso escrúpulo infundado. Análoga influencia hubo de ejercer antes sobre él otra persona: un estudiante que tenía diecinueve años cuando él catorce o quince, y cuya estimación elevó su opinión sobre sí mismo, hasta el punto de que llegó casi a creerse un genio. Aquel estudiante pasó luego a darle clases particulares, y entonces varió bruscamente de actitud para con él, dándole a entender que era un inútil. Por fin advirtió que si antes le había mostrado simpatía había sido tan sólo para lograr su amistad y conseguir ser recibido en su casa, pues estaba enamorado de una de sus hermanas. Ésta fue la primera grave desilusión de su vida.

b) **Sexualidad infantil**.

Mi sexualidad fue muy precoz. Recuerdo una escena que hubo de desarrollarse teniendo yo de cuatro a cinco años —a partir de los seis poseo ya un claro y preciso recuerdo de mi vida—, y que surgió en mi memoria años después. Teníamos una institutriz joven y bonita, Fräulein Peter[1121], y una noche que estaba leyendo echada en un sofá y ligeramente vestida, le pedí permiso para meterme debajo de sus faldas, dejándome ella a condición de que no se lo contara a nadie. Llevaba poca ropa encima, y pude tocar sin dificultad sus genitales y su cuerpo todo, que me pareció singularmente conformado. Desde entonces me quedó una ardiente curiosidad de contemplar el cuerpo femenino. Recuerdo todavía con qué ansia esperaba que la institutriz se desnudase cuando íbamos a bañarnos, pues aún se me permitía ir en tales ocasiones con ella y con mis hermanas. Otros recuerdos más detallados de este género son ya posteriores a mis seis años. Teníamos entonces otra institutriz, también joven y bonita, que sufría de abscesos en las nalgas y se los curaba al acostarse, momento que yo esperaba con impaciencia para saciar mi curiosidad. Y lo mismo en el baño, aun cuando Fräulein Lina era más pudorosa que la otra. (A una pregunta mía responde que habitualmente no dormía en el cuarto de la institutriz, sino en el de sus padres.) Recuerdo también otra escena que debió de desarrollarse teniendo yo unos siete años[1122]. Una tarde que estábamos juntos la institutriz, una cocinera, una doncella, un hermanito mío, año y medio menor, y yo, oí que Fräulein Lina decía a las otras muchachas: «Con el pequeño sí se podría hacer, pero Pablo (yo) es muy torpe y seguramente no acertaría». No comprendí claramente de lo que se trataba, pero sí que se me posponía a mi hermano, y me eché a llorar. Lina me consoló y me contó que una muchacha que había hecho aquello con el niño encomendado a su custodia había ido por unos cuantos meses a la cárcel. No creo que Lina llegase a hacer conmigo nada ilícito, pero sí consentía que me tomara con ella grandes libertades. Cuando estaba acostada, me llegaba a su cama y la destapaba y la tocaba sin que protestase. No es muy inteligente y sí muy sexual. A los veintitrés años había tenido ya un hijo, cuyo padre se casó luego con ella. Todavía la veo alguna vez por la calle.

A los seis años tenía ya frecuentes erecciones, y recuerdo haberme quejado alguna vez a mi madre de las molestias que me causaban, aunque no

sin cierto temor, pues sospechaba la relación de aquel fenómeno con mis imaginaciones y mi curiosidad y andaba preocupado con la idea morbosa de que *mis padres conocían mis íntimos pensamientos por haberlos revelado yo mismo en voz alta sin darme cuenta de ello*. Veo aquí el comienzo de mi enfermedad. Había muchachas que me gustaban mucho y a las que deseaba ardientemente *ver desnudas*; pero tales deseos iban acompañados de *una sensación de inquietud*, como si *por pensar aquellas cosas hubiera de suceder algo y tuviera yo que hacer todo lo posible para evitarlo*.

(Interrogado por mí, señala, como ejemplo de tales temores, el de que *su padre muriera*.) «La idea de la muerte de mi padre me preocupó desde muy temprana edad y durante mucho tiempo, causándome gran tristeza».

En este punto me entero, para m i sorpresa, de que el padre del sujeto, al que todavía hoy se refieren los temores obsesivos que le atormentan, ha muerto hace ya varios años.

Aquellos sucesos de sus seis o siete años que nuestro paciente nos describe en la primera sesión del tratamiento no constituyen tan sólo el comienzo de su enfermedad, sino ya la enfermedad misma, una neurosis obsesiva completa, a la que no falta ningún elemento esencial y que es, al mismo tiempo, el nódulo y el prototipo del padecimiento ulterior, constituyendo el organismo elemental, cuyo estudio es el único medio que puede aclararnos la complicada estructura de la enfermedad actual. Vemos al niño bajo el dominio de uno de los componentes del instinto sexual, el placer visual, resultado del cual es el deseo, emergente siempre de nuevo con gran intensidad, de ver desnudas a las personas femeninas que son de su agrado. Este deseo corresponde a la idea obsesiva ulterior, y si no entraña aún carácter obsesivo, es porque el *yo* no se ha situado todavía en franca contradicción con él y no lo siente como algo ajeno a sí mismo; pero ya se inicia, sin que sepamos de dónde procede, una oposición a tal deseo, pues un afecto penoso acompaña regularmente la aparición del mismo[1123]. En la vida anímica del pequeño voluptuoso hay un conflicto. Junto al deseo obsesivo existe un temor obsesivo íntimamente enlazado a él. Siempre que el sujeto piensa algo relacionado con su deseo, surge en él el temor de que va a suceder algo terrible, y este algo reviste ya una indeterminación característica

concomitante siempre a las manifestaciones de la neurosis. Pero en el niño no es difícil descubrir lo que tal indeterminación encubre. Si conseguimos encontrar un detalle en el que se haya concentrado alguna de las vagas generalidades de la neurosis obsesiva, podremos estar seguros de que tal detalle encierra el elemento original y auténtico que debía ser encubierto por la generalización. El temor obsesivo era, pues, en este caso, reconstruido según su sentido, el siguiente: «Si tengo el deseo de ver desnuda a una mujer, mi padre morirá». El afecto penoso toma claramente un matiz inquietante y supersticioso y da ya origen a impulsos tendentes a hacer algo para alejar la desgracia, tales como se impondrán luego en las ulteriores medidas de protección.

Hallamos, pues, un instinto erótico y una rebelión contra él mismo, un deseo (no obsesivo aún) y un temor contrario (obsesivo ya), un afecto penoso y un impulso a la adopción de medidas defensivas; esto es, el inventario completo de la neurosis. Y todavía algo más: una especie de delirio o manía de contenido singular, según el cual sus padres conocían sus más íntimos pensamientos, porque él mismo los revelaba en voz alta sin darse cuenta. No incurriremos apenas en error al considerar esta infantil tentativa de explicación como un presentimiento de aquellos singulares procesos anímicos que llamamos *inconscientes*, y de los que no podemos prescindir para la aclaración de tan oscuro estado de cosas. Las palabras «Revelo en voz alta mis pensamientos sin darme cuenta» suenan como una proyección al exterior de nuestra propia hipótesis de que el sujeto entraña pensamientos de los que nada sabe; esto es, como una percepción endopsíquica de lo reprimido.

Vemos claramente que esta neurosis elemental e infantil entraña ya su problema y se muestra aparentemente absurda, como toda neurosis complicada de un adulto. ¿Qué puede significar que el padre haya de morir si en el niño se promueve aquel deseo voluptuoso? ¿Es una pura insensatez o existen caminos de comprender tal afirmación y aprehenderla como resultado necesario de procesos y premisas anteriores?

Aplicando a este caso de neurosis infantil conocimientos logrados en otros, hemos de suponer que también aquí, o sea con anterioridad a los seis años, han existido sucesos traumáticos, conflictos y represiones que han

sucumbido luego a la amnesia, pero dejando como residuo aquel contenido del temor obsesivo. Más adelante veremos hasta qué punto nos es posible volver a hallar tales sucesos olvidados o reconstruirlos con cierta seguridad. Pero entre tanto habremos de hacer resaltar como una coincidencia que no es, probablemente, indiferente el hecho de que la amnesia infantil de nuestro paciente halle precisamente su fin a los seis años.

Tal comienzo de una neurosis obsesiva crónica con semejantes deseos voluptuosos, a los que se enlazan inquietantes temores y una tendencia a realizar actos de defensa, nos es ya conocido por otros casos. Es totalmente típico, aunque no sea, probablemente, el único tipo. Dedicaremos aún algunas palabras a las tempranas vivencias sexuales del paciente, antes de pasar al contenido de la segunda sesión del tratamiento. No se puede menos de considerar tales vivencias como especialmente ricas en contenido y eficacia. Pero lo mismo ocurre, exactamente, en todos los demás casos de neurosis obsesiva por mí analizados. Al contrario de lo que en la histeria sucede, jamás falta en ellos una actividad sexual prematura. La neurosis obsesiva deja ver, mucho más claramente que la histeria, cómo los factores que integran las psiconeurosis no deben buscarse en la vida sexual actual, sino en la infantil. La vida sexual actual de los neuróticos obsesivos puede parecer muchas veces, a un observador superficial, absolutamente normal, pues ofrece frecuentemente menos factores patógenos y menos anormalidades que la de nuestro paciente.

c) **El gran temor obsesivo**.

«Comenzaré hoy con el suceso que me decidió a acudir a su consulta. Era en agosto, y me encontraba en X, cumpliendo el periodo anual de servicio militar como reservista. Venía sintiéndome muy deprimido, y me atormentaba con toda clase de ideas obsesivas, las cuales fueron desapareciendo luego durante las maniobras. Me interesaba demostrar a los oficiales que no sólo era uno un hombre de estudio, sino también un buen soldado capaz de resistir las fatigas de la vida militar. Un día hicimos una marcha no muy prolongada partiendo de X. En un descanso perdí mis lentes,

y aunque no me hubiera sido fácil encontrarlos buscándolos con algún detenimiento, renuncié a ello, no queriendo dilatar la partida, y telegrafié a mi óptico de Viena para que me enviase otros. Durante el mismo descanso había estado sentado entre dos oficiales, uno de los cuales, un capitán de apellido checo, había de adquirir gran importancia para mí. Este individuo me inspiraba cierto temor, pues *se mostraba manifiestamente inclinado a la crueldad*. No quiero afirmar que fuese un malvado; pero en sus conversaciones se había mostrado repetidamente partidario de los castigos corporales, habiendo yo combatido varias veces su opinión con acaloramiento. En este descanso volvimos a entablar conversación y el capitán contó haber leído que en Oriente se aplicaba un castigo singularmente espantoso».

Llegado aquí, el paciente se interrumpió, y levantándose del diván en el que estaba echado, me pidió que le dispensara de la descripción de aquel castigo. Le aseguré que, por mi parte, no tenía tendencia alguna a la crueldad, y que, desde luego, no quería atormentarle, pero que no podía concederle lo que me pedía, puesto que la superación de la resistencia era un mandato ineludible a la cura. (Al principio de aquella sesión le había explicado el concepto de *resistencia*, al advertirme él cuánto había de forzarse para comunicarme aquella vivencia.) Luego continué diciéndole que haría lo posible por facilitar la tarea, procurando adivinar lo que él se limitara a indicarme, sin entrar en detalles, y le pregunté si se refería al empalamiento. «No; no es eso. El condenado era atado…» (Se expresaba tan imprecisamente, que de momento no pude adivinar en qué postura.) «Se le adaptaba a las nalgas un recipiente y se metían en él unas cuantas ratas, que luego…» (Se había levantado de nuevo y daba señales de máximo esfuerzo y resistencia.) «Unas cuantas ratas, que luego se le iban introduciendo…» Aquí pude ya completar: «Por el ano».

En todos los momentos importantes del relato podía observarse en él una singular expresión fisonómica compuesta, que sólo podía interpretarse como signo de *horror ante un placer del que no tenía la menor conciencia*. Con dificultades continuó: «En aquel mismo instante surgió en mí *la idea de que aquello sucedía a una persona que me era querida*[1124]». Interrogado, puntualizó que tal idea no era la de que él aplicara tal castigo, sino que el

mismo era aplicado impersonalmente a la persona evocada. Después de breve reflexión, concluí que dicha persona no podía ser otra que la señora a quien el sujeto dedicaba por entonces sus atenciones.

En este punto interrumpió el paciente su relato para indicarme cuán ajenos y opuestos a sil verdadera personalidad eran tales pensamientos y con qué extraordinaria rapidez se desarrollaba en él todo lo que a ellos se enlazaba. Simultáneamente, a la idea surgía siempre la «sanción»; esto es, la medida de defensa que había de poner en práctica para que la fantasía no se cumpliera. Cuando el capitán habló de aquel horroroso castigo y surgieron en el sujeto las ideas de que había hecho mención, todavía consiguió defenderse de ambas con su conjuro habitual, consistente en un ademán de repulsa y la exclamación «¡Qué tonterías se te ocurren!»

El plural «ambas» hubo de extrañarme, como sin duda habrá extrañado al lector, pues el paciente no había referido más que una: la de que el tormento de las ratas era aplicado a la señora de sus pensamientos. Mas ahora hubo de confesar que simultáneamente a esta idea había surgido en él la de que el tormento se extendía también a su padre. Mas como su padre había muerto muchos años atrás, el temor obsesivo resultaba aún más insensato que el primero e intentó permanecer inconfesado.

Al día siguiente, el mismo capitán le entregó un paquete postal y le dijo: «El teniente A.[1125] ha pagado por ti el reembolso. Tienes que darle el dinero». El paquete contenía los lentes pedidos por telégrafo a Viena. En el mismo instante surgió en él una «sanción»: *No devolveré el dinero,* pues si lo hacía, sucedería aquello (se realizaría en su padre y en la señora la fantasía de las ratas). Y conforme a una trayectoria típica ya en él, se alzó inmediatamente para combatir tal sanción un mandato en forma de juramento: *Tienes que devolver las 3,80 coronas al teniente* A., palabras que casi pronunció a media voz.

Los ejercicios militares terminaron dos días después. El sujeto realizó durante ellos continuos esfuerzos para devolver al teniente A. la pequeña cantidad adeudada, contra lo cual surgieron una y otra vez dificultades de naturaleza aparentemente objetiva. Al principio intentó realizar el pago por conducto de otro oficial que iba a Correos; pero se alegró mucho cuando él mismo le devolvió el dinero, alegando no haber encontrado al teniente A., en

las oficinas postales, pues aquel modo de cumplir su juramento no le satisfacía por no corresponder a la forma liberal del mismo: «Tienes que devolver las 3,80 coronas al teniente A». Por fin encontró a este último; pero el oficial se negó a aceptar el dinero, diciendo que él no había pagado nada por su cuenta, ni siquiera estaba encargado del correo, función que correspondía al teniente B. El sujeto quedó un tanto perplejo viendo la imposibilidad de cumplir su juramento, por ser errónea una de sus premisas, e imaginó toda una serie de complicados expedientes: Iría a Correos con los tenientes A. y B., y el primero daría a la encargada del servicio de paquetes postales 3,80 coronas, que la empleada entregaría a B., y entonces ya podría él cumplir al pie de la letra su juramento dando las 3,80 coronas a A.

No entrañaré que el lector encuentre incomprensible todo esto, pues también la minuciosa descripción que el paciente me hizo de los sucesos exteriores de estos días y de sus reacciones a ellos adolecía de contradicciones internas y parecía inexplicablemente embrollada. Sólo en un tercer relato conseguí hacerle advertir tales imprecisiones y determinar los errores mnémicos y los desplazamientos en que había incurrido. Pero podemos ahorrarnos la reproducción de estos detalles, cuya parte esencial nos ocupará luego, y limitarnos a indicar que al final de esta segunda sesión el sujeto se conducía como aturdido y enajenado, llamándome repetidamente «mi capitán», sin duda porque al principio de la sesión le había dicho que yo no era un hombre cruel como el capitán de su historia y no tenía la menor intención de atormentarle innecesariamente.

En esta sesión me explicó también que desde un principio, y ya en los primitivos temores de que les ocurriese algo a las personas de su particular afecto, había situado tales castigos no sólo en lo temporal, sino también en la eternidad, en el más allá. Hasta los catorce o los quince años había sido muy religioso, evolucionando desde entonces hacia su actual incredulidad. La contradicción que así surgía entre sus convicciones actuales y la aceptación de una vida ultraterrena la salvaba diciéndose: «¿Qué sabes tú de la vida en el más allá? ¿Y qué saben los demás? No se puede saber nada, y por tanto, nada arriesgas pensando así». El sujeto, hombre por lo demás de aguda y clara inteligencia, consideraba irreprochable semejante conclusión y aprovechaba la inseguridad de la razón humana en tal problema en favor de su anterior

concepción piadosa del universo, superada ya.

En la tercera sesión completó el relato, muy característico, de sus esfuerzos por cumplir su juramento obsesivo. Por la noche se celebró la última reunión de los oficiales antes del término del período militar. Le correspondió contestar al brindis dedicado a «los señores reservistas» y habló elocuentemente, pero como un somnámbulo, pues en el fondo le seguía atormentando su juramento. La noche fue espantosa. Argumentos y contraargumentos pugnaron ruidosamente en su cerebro. El argumento principal era, naturalmente, que la premisa fundamental de su juramento se había demostrado errónea, ya que el teniente A. no había pagado por él ningún dinero. Pero se consoló pensando que A. haría con ellos, al día siguiente, una parte de la marcha hasta la estación ferroviaria de P. y podría él darle el dinero, rogándole que se lo entregase a B. Llegado el momento, no lo hizo y dejó partir a A. sin decirle nada, encargando, en cambio, a su asistente que le anunciara su visita para aquella misma tarde. Por su parte, llegó a las nueve y media de la mañana a la estación, dejó su equipaje en la con signa y evacuó diversos asuntos en la pequeña ciudad, siempre con el propósito de hacer luego su anunciada visita a A. El pueblo en que A. se hallaba acantonado estaba a una hora en coche de P. El viaje en ferrocarril hasta la localidad donde se hallaba la oficina de Correos duraba tres horas: creía, pues, que habría de serle posible alcanzar, una vez llevado a cabo su complicado plan, el último tren que salía de P. para Viena. Las ideas que en él pugnaban eran las siguientes: Por un lado, que si no acababa de decidirse a cumplir su juramento, era por pura cobardía, pues quería ahorrarse la molestia de pedir aquel servicio a A. y aparecer ante él como un perturbado. Y por otro, que la cobardía estaba precisamente en cumplir el juramento, ya que con ello se proponía tan sólo libertarse de sus ideas obsesivas. Cuando en una reflexión se contrapesaban de este modo sus argumentos, el sujeto acostumbraba abandonarse al azar, y así, cuando un mozo de la estación le preguntó si iba a tomar el tren de las diez, contestó afirmativamente y partió en dicho tren, creando un hecho consumado que le alivió mucho. Al pasar el empleado del coche-comedor le encargó que le reservase un puesto para la comida; pero ya en la primera estación se le ocurrió que todavía podía bajar

en ella, tomar un tren en sentido contrario hasta la localidad donde A. se hallaba, hacer con él el viaje de tres horas hasta la oficina de Correos, etc. Sólo el encargo dado al empleado del coche-comedor le retuvo de poner en práctica tal propósito, pero no renunció a él por completo, sino que lo fue aplazando de estación en estación hasta llegar a una en la que no podía descender por tener parientes en la localidad a la que correspondía, y entonces decidió seguir ya su viaje hasta Viena, buscar a su amigo, someterle la cuestión y volver en todo caso a P. en el tren de la noche. Ante mis dudas de que le hubiera sido posible llevar a cabo semejante plan, me aseguró que entre la llegada de su tren y la salida del otro habría podido disponer de media hora. Pero al llegar a Viena no encontró a su amigo en la cervecería donde esperaba hallarle, y ya a las once de la noche le vio en su casa y le contó su perplejidad. El amigo se manifestó asombrado de que aún dudase de que se tratara de una idea obsesiva, le tranquilizó por aquella noche, durante la cual durmió sin angustias, y a la mañana siguiente le acompañó a Correos, donde impuso un giro de 3,80 coronas dirigido a las oficinas postales que habían recibido el paquete con los lentes.

Estos últimos detalles me proporcionaron un punto de apoyo para desentrañar las deformaciones de su relato. Si al ser llamado a la razón por su amigo no había ya girado la pequeña suma al teniente A. ni tampoco al teniente B., sino directamente a la oficina de Correos, tenía que saber y haber sabido ya antes de su partida que *sólo a la empleada de Correos, y a nadie más, adeudaba* el importe del reembolso. Y, en efecto, resultó que así lo sabía antes de la advertencia del capitán y de su juramento, pues ahora recordaba que horas antes de su encuentro con el capitán cruel había hablado con otro capitán, que le había explicado el verdadero estado de cosas. Este último oficial, al saber su nombre, le había dicho que había estado en la oficina de Correos, donde la empleada le había preguntado si conocía a un cierto teniente H. (nuestro paciente), para el cual acababa de llegar un paquete postal contra reembolso. El oficial había contestado negativamente, pero la empleada había manifestado que confiaba en la honorabilidad de aquel teniente desconocido y adelantaría el importe del reembolso. De este modo llegaron a poder de nuestro paciente los lentes que había encargado por telégrafo. El capitán cruel se equivocó al advertirle, cuando le entregó el

paquete, que debía dar las 3,80 coronas a A. Nuestro paciente debía saber que aquello era un error, y, sin embargo, hizo, sobre la base de tal error, el juramento que había de atormentarle. En ello, y luego en su relato de tales sucesos, se ocultó a si mismo y me ocultó a mí el episodio del otro capitán y la existencia de la amable empleada de Correos. De todos modos, reconozco que después de esta rectificación aún se nos hace más insensata e incomprensible que antes su conducta.

Al separarse de su amigo y volver a su casa tornaron a atormentarle sus dudas. Los argumentos de su amigo no habían sido sino los mismos suyos, y veía muy bien que si le habían tranquilizado temporalmente, era tan sólo por la influencia personal del mismo. La decisión de consultar a un médico quedó entretejida en el delirio en la siguiente ingeniosa forma: Se haría dar por un médico un certificado de que para su restablecimiento le era necesario llevar a cabo, con el teniente A., aquella serie de actos que había proyectado, y seguramente tal certificado movería al oficial a aceptar de él las 3,80 coronas. La casualidad de que en aquellos momentos cayera entre sus manos un libro mío orientó hacia mí su elección. Pero comprendiendo que no había de obtener de mí tal certificado, sólo me pidió, muy razonablemente, que le libertase de sus ideas obsesivas. Muchos meses después, en el punto culminante de la resistencia, le acometió de nuevo la tentación de ir a P., buscar al teniente A. y representar con él la comedia de la devolución del dinero.

d) **Introducción sobre la naturaleza de la cura**.

No deberá esperarse encontrar en seguida la explicación de ideas obsesivas tan singularmente disparatadas (la del tormento de las ratas). La técnica psicoanalitica obliga al médico a reprimir su curiosidad, y dejar que el paciente fije con plena libertad el orden de sucesión de los temas en el análisis. Por tanto, en la cuarta sesión recibí al paciente con la pregunta «¿Cómo va usted a continuar hoy?»

«Me he decidido a contarle a usted algo que me parece muy importante y que me atormenta desde un principio», respondió. Y comenzó a desarrollar,

con minuciosa extensión, el historial clínico de su padre, muerto nueve años atrás a consecuencia de un enfisema. Una noche, creyendo que la enfermedad de su padre podía hacer una crisis favorable, preguntó al médico cuándo podría considerarse pasado el peligro. El médico le respondió que al cabo de cuarenta y ocho horas. No se le ocurrió que su padre pudiera morir antes de tal término, y a las once y media de la noche se acostó para dormir una hora. Pero cuando a la una despertó, un amigo médico le comunicó que su padre acababa de morir. El sujeto se reprochó no haber estado al lado de su padre en el momento de la muerte, y más duramente aún cuando la enfermera le dijo que antes había pronunciado el enfermo su nombre, y al acercarse ella le había preguntado: «¿Eres Pablo?» Creía advertir que su madre y sus hermanas se hacían análogo reproche, pero no hablaron de ello. El reproche no fue al principio muy doloroso, pues el sujeto no aceptó en mucho tiempo como un hecho real la muerte de su padre, y así le sucedía una y otra vez que, por ejemplo, al oír algún chiste divertido, se decía: «Tengo que contárselo a papá». También en su fantasía continuaba vivo su padre, de tal modo, que muchas veces, cuando oía llamar a la puerta, pensaba: «Ahí está papá», y al entrar en una habitación esperaba encontrarle en ella; y aunque no olvidaba jamás el hecho de su muerte, la expectación de tales apariciones no tenía nada de temeroso, sino de muy deseado. Sólo año y medio después despertó en él el recuerdo de su negligencia y comenzó a atormentarle cruelmente, haciéndole considerarse como un desalmado. La reviviscencia de tal recuerdo fue provocada por la muerte de una tía suya, casada, y su visita de pésame al marido. A partir de aquel momento añadió a sus imaginaciones la de la vida ultraterrena. La primera consecuencia de este acceso fue una grave incapacidad para el trabajo[1126]. Como el sujeto afirmase que sólo le habían sostenido por entonces los consuelos de su amigo, que le hacía ver la insensata exageración de sus reproches, aproveché la ocasión para procurarle una primera visión de las premisas de la terapia psicoanalítica. Cuando existe una disparidad entre el contenido ideológico y el afecto, o sea entre la magnitud del reproche y su causa, el profano diría que el afecto era demasiado intenso, exagerado, por tanto, y falsa, en consecuencia, la conclusión de ser un criminal, deducida del reproche. El médico, por el contrario, dice: No; el afecto está justificado, y no hay por qué criticar la

conciencia de culpabilidad que atormenta al sujeto, pero ésta corresponde a otro contenido desconocido (*inconsciente*) y que ha de ser buscado primero. El contenido ideológico conocido ha pasado a ocupar tal lugar por una asociación errónea. Pero no estamos acostumbrados a sentir en nosotros afectos intensos sin contenido ideológico, y, por tanto, cuando tal contenido nos falta, echamos mano de otro cualquiera, adecuado, como subrogado. El hecho de la falsa asociación es también lo único que puede explicar la impotencia de toda labor lógica contra la representación penosa. Concluiremos con la confesión de que esta teoría plantea en un principio grandes problemas, pues el sujeto no podía dar la razón a su reproche de haber delinquido contra su padre si sabía perfectamente que jamás se había hecho reo de nada contra él.

En la sesión siguiente mostró gran interés por mis explicaciones, aunque se permitió manifestar algunas dudas sobre ellas. ¿Cómo podía producir un efecto terapéutico la afirmación de que el reproche y la conciencia de culpabilidad eran justificados? No era tal afirmación la que producía dicho efecto, sino el descubrimiento del contenido incógnito, al que correspondía el reproche. Sí, pero precisamente a eso era a lo que se refería en su pregunta. Le expliqué las ligeras indicaciones que le había dado sobre *las diferencias psicológicas entre lo consciente y lo inconsciente* y sobre la merma a la que está sometido todo lo consciente, en tanto que lo inconsciente permanece relativamente inmutable, sirviéndome de una comparación con las antigüedades que decoraban mi gabinete en consulta. Habían sido descubiertas en unas excavaciones, y debían su conservación al hecho de haber permanecido enterradas. Sólo después de haber sido descubierta corría Pompeya el peligro de caer en ruinas. Preguntó entonces si existía alguna norma general que regulara la conducta de los enfermos ante lo descubierto. A su juicio, unos dominarían el reproche y otros no. Nada de eso; en la naturaleza misma de las circunstancias estaba que el afecto quedase dominado ya durante la labor analítica en la mayoría de los casos. Así como se procuraba conservar Pompeya, los enfermos procuraban siempre libertarse de tales ideas. Se había dicho que un reproche sólo podía surgir por la transgresión de las leyes morales más íntimamente personales, y no de las

exteriores. Por mi parte, confirmé su opinión en este punto, agregando que quien sólo infringe las normas externas se considera muchas veces un héroe. Tal proceso seria, pues, únicamente posible dada una disociación preexistente de la personalidad. ¿Lograría él restablecer la unidad de la suya? Si lo conseguía, se sentiría capaz de rendimientos nada vulgares. Existía, desde luego, una disociación de la personalidad, pero debía fundir esta nueva antítesis, por él anunciada, entre la persona moral y el mal, con aquella otra de la que antes habíamos hablado, entre lo consciente y lo inconsciente. La persona moral seria lo consciente y el mal lo inconsciente[1127]. Recordaba que, a pesar de considerarse como una persona moral, había llevado a cabo en su *infancia* cosas emanadas de la otra persona. Con tal observación —le dije — había descubierto, sin proponérselo, uno de los caracteres principales de lo inconsciente: su relación con lo *infantil*. Lo inconsciente era lo infantil y precisamente aquella parte de la persona que en dicha época se separaba de ella, no acompañándola en el resto de la evolución y quedando por ello reprimida. Las ramificaciones de este inconsciente reprimido eran los elementos que mantenían aquella labor mental involuntaria, en la que consistía su dolencia. Ahora podía descubrir también por sí mismo otro carácter de lo inconsciente. No encuentra nada más, y, en cambio, expresa la duda de que alteraciones durante tanto tiempo subsistentes pueden ser anuladas. ¿Qué podía hacerse, por ejemplo, contra la idea del más allá, imposible de contravertir lógicamente? Por mi parte, no negaba la gravedad de su caso y la importancia de sus construcciones mentales; pero su edad era muy favorable, como también lo intacto de su personalidad. En relación con esto, expresé un juicio favorable sobre él, que le satisfizo visiblemente.

En la sesión siguiente comenzó manifestándome que iba a relatarme algo perteneciente a su infancia. Como ya me había dicho, a los siete años le atormentaba la temerosa preocupación de que sus padres adivinaban sus pensamientos, preocupación que, en realidad, no se había disipado luego por completo en su vida ulterior. A los doce años se había enamorado de una niña, hermana de un amigo (enamoramiento no sexual, pues no deseaba verla desnuda, quizá porque era demasiado pequeña), pero que no se mostraba tan cariñosa con él como él hubiera deseado. Entonces se le ocurrió la idea de

que si la sucediera una desgracia, la niña le trataría con mayor ternura, y, como tal desgracia, surgió inmediatamente en su imaginación la muerte de su padre. El infantil sujeto rechazó en el acto con toda energía tal idea, y todavía actualmente se defiende contra la posibilidad de haber concebido semejante *deseo*, aduciendo que, en todo caso, se habría tratado de una mera *asociación mental*[1128]. (Por mi parte, le objeto que si no había sido un deseo, no tenía entonces por qué reprochárselo.) Por el contenido mismo de la representación, o sea el de que su padre podía morir. Consideraba, pues —repuse—, aquella idea con el mismo criterio que las autoridades aplican, como es generalmente sabido, a las ofensas verbales al soberano, castigando lo mismo al individuo que dice: «El emperador es un asno», que al que disfraza la injuria diciendo: «Si alguien dice que el emperador es un asno, tendí a que vérselas conmigo». Podía presentarle la idea misma que motivaba sus reproches relacionada con algo que los excluía en absoluto; por ejemplo: si mi padre muere, me suicidaré junto a su tumba. Esta explicación parece imprescindible, pero sin hacerle renunciar a su contradicción. Opto, pues, por abandonar la discusión, haciéndole observar que la idea de la muerte del padre no debió de surgir en aquella ocasión por vez primera en su pensamiento, sino que procedía, evidentemente, de muy atrás, y habríamos de investigar más tarde su procedencia. Continúa su relato manifestando que seis meses antes de la muerte de su padre había cruzado rápidamente por su cerebro una idea casi idéntica. En aquella época estaba ya enamorado de la señora antes citada[1129], pero le era imposible pensar en casarse con ella a causa de obstáculos de orden material. Entonces su idea había sido la de que *la muerte del padre le haría rico, permitiéndole casarse con su adorada*. Su repulsa contra tal idea fue tan violenta, que llegó hasta el deseo de que su padre no dejara la menor fortuna, para que nada pudiera compensarle a él de tan terrible pérdida. La misma idea, aunque más apagada, surgió por tercera vez la víspera de la muerte del padre. Pensó, en efecto, que estaba a punto de perder lo que más quería, y en el acto surgió la idea contradictoria: «No; hay todavía otra persona cuya muerte sería más dolorosa para ti[1130]». El sujeto extrañaba mucho tales pensamientos, pues estaba plenamente seguro de que la muerte del padre no había podido ser jamás el contenido de un deseo, y si tan sólo el de un temor. Después de este alegato, expresado con toda energía,

considero oportuno exponerle un nuevo fragmento de la teoría psicoanalítica. Afirma ésta que semejante angustia corresponde a un *deseo* pretérito y reprimido ahora, debiéndose, por tanto, aceptar precisamente lo contrario de lo que parece acentuar. Ello coincide también con la afirmación teórica de que lo inconsciente ha de ser la antítesis contradictoria de lo consciente. El sujeto se muestra muy impresionable, pero también muy incrédulo, y extraña mucho que aquel deseo haya podido surgir en él cuando su padre era precisamente la persona que más cariño le inspiraba. No cabía duda de que hubiera renunciado gustoso a toda dicha personal si con ella hubiera podido prolongar su vida. Le respondo que justamente tan intenso cariño es la condición necesaria del odio reprimido. Si se tratara de una persona indiferente, le sería fácil mantener yuxtapuestos los motivos de una inclinación moderada y un moderado desvío; por ejemplo: si fuera un empleado y pensase de su jefe que era un superior muy agradable, pero un mal jurista y un juez inhumano. Algo así dice Bruto, refiriéndose a César, en la obra shakespeariana (III, 2): «Porque César me amaba, le lloro; porque era valeroso, le honro; mas porque era un tirano, le he matado». Y tales palabras nos producen extraña impresión, porque habíamos creído más intenso el afecto que Bruto profesaba a César. Tratándose de una persona más querida (por ejemplo, de su mujer), habría aspirado a dar unidad a sus sentimientos, y, en consecuencia, como humanamente sucede en general, hubiera cerrado los ojos ante aquellas faltas que podían provocar su desamor. Así, pues, precisamente un amor muy intenso no permite que el odio, el cual ha de tener alguna fuente, permanezca consciente. En su caso, constituía, desde luego, un problema averiguar la procedencia de aquel odio, pero sus mismas manifestaciones indicaban claramente como época de su aparición aquélla en la que había temido que sus padres adivinasen sus pensamientos. Por otro lado, se podía preguntar también por qué su intenso cariño no había podido extinguir el odio, como sucede habitualmente cuando se enfrentan dos impulsos opuestos. Sólo podía suponerse que el odio se hallaba ligado a una fuente, a un motivo, que lo hacía indestructible. Así, pues, por un lado, tal relación impedía que el odio contra el padre fuera destruido por el cariño, y, por otro, el cariño estorbaba que el odio se hiciera consciente, de manera que al odio sólo le quedaba un camino: seguir subsistiendo en lo inconsciente, del

cual le era posible, sin embargo, escaparse rápidamente en algunos momentos.

El sujeto concede que todo esto le parece muy plausible; pero, naturalmente, sin el menor convencimiento verdadero[1131]. Va a permitirse preguntarme cómo es que tal idea puede hacer tan largas pausas, apareciendo por vez primera cuando él tenía doce años, luego cuando ya había cumplido los veinte y, por última y tercera vez, dos años después, no habiendo vuelto a aparecer desde entonces. No podía creer que en los intervalos se hubiera extinguido la hostilidad contra su padre, y, sin embargo, durante ellos no había sido atormentado por los reproches. A esta pregunta contesto que cuando alguien la formula es que tiene ya también preparada la respuesta. No hay más que dejarle seguir hablando. El sujeto continúa, pues —sin enlazar en apariencia sus palabras a las inmediatamente anteriores—, manifestando que siempre había sido el mejor amigo de su padre, como éste el suyo, coincidiendo en todo, salvo en algún tema del que evitaban hablar, de tal modo que la intimidad que entre ellos había reinado superaba en mucho a la que ahora presidia las relaciones con su mejor amigo. Aquella señora, a la cual había él propuesto a su padre, al pensar en el dolor que su muerte había de causarle, le inspiraba un intenso cariño, pero nunca había sentido hacia ella deseos auténticamente *sensuales*, como los que llenaron su niñez. Sus impulsos sensuales habían sido, en general, mucho más intensos durante su infancia que en la época de la pubertad. Le hago observar que ha dado ya la respuesta que esperábamos, descubriendo con ella el tercer carácter principal de lo inconsciente. La fuente de la cual extraía la hostilidad contra el padre su indestructibilidad se hallaba relacionada evidentemente, con *deseos sensuales*, para cuya satisfacción habría él de haber visto en algún modo en su padre un *estorbo*. Tal conflicto entre la sensualidad y el amor filial es absolutamente típico. Las pausas a que antes había aludido se debían al hecho de que la explosión precoz de su sensualidad había traído consigo, como primera consecuencia, un apaciguamiento de la misma. Sólo cuando de nuevo habían surgido en él intensos deseos amorosos, había vuelto a surgir la hostilidad, al constituirse una situación análoga. Por último hago que me confirme no haberle orientado por mi parte hacia el tema sexual, sino haber sido él quien espontáneamente ha penetrado en tal terreno. El sujeto pregunta

ahora por qué en la época de su enamoramiento de aquella señora no decidió simplemente, para su gobierno, que una oposición del padre no llegaría jamás a disminuir en nada su cariño hacia él. Le respondo que es muy difícil acabar con alguien que está ausente, y que tal decisión sólo habría sido posible en el caso de que el deseo reprochable hubiera surgido entonces en él por vez primera. Pero se trataba de un deseo *reprimido mucho tiempo atrás*, contra el cual no le era posible ya conducirse de distinto modo y que, por tanto, quedó sustraído a la destrucción. Aquel deseo de hacer desaparecer al padre para que dejase de ser un estorbo había tenido que nacer en tiempo en que las circunstancias eran muy otras; esto es, quizá cuando el padre no le era tan querido como la persona sensualmente deseada, o cuando él mismo no era capaz aún de una decisión clara y concreta; esto es, en su temprana infancia, antes de los seis años, fecha a partir de la cual adquirió ya continuidad su memoria. Con esta construcción quedó cerrada provisionalmente la discusión.

En la sesión siguiente, la séptima, recoge el sujeto nuevamente el mismo tema. No podía creer haber abrigado jamás aquel deseo hostil al padre. Recordaba una novela de Sudermann que le había impresionado profundamente, en la cual una joven que velaba a su hermana enferma sentía de pronto el deseo de que muriera para poderse casar ella con su cuñado, y luego, muerta realmente su hermana, se suicidaba, convencida de que después de haber abrigado, aunque sólo fuera por breves instantes, tan innoble deseo, no merecía seguir viviendo. El sujeto comprendía aquella resolución y encontraba muy justo que aquellos tristes pensamientos suyos le llevaran a la tumba, pues no merecía otra cosa[1132]. Le hice observar que nosotros los psiquiatras sabemos muy bien que la enfermedad produce a los enfermos cierta satisfacción, de manera que todos ellos se resisten parcialmente a curar. No debía, pues, perder de vista que un tratamiento como el que estábamos desarrollando avanza en lucha constante contra *incesantes resistencias*. Ya tendría ocasión más que sobrada de recordárselo.

El sujeto quiere ahora hablar de un acto delictivo en el que no se reconoce, pero que recuerda con toda claridad, y a este respecto cita un aforismo de Nietzsche: «Esto lo he hecho yo», dice mi memoria. «Esto no

puedo haberlo hecho», dice mi orgullo, y permanece inexorable. Por último, cede la memoria. Luego continúa: «En este caso no ha cedido mi memoria». —Precisamente porque Dara castigarse a sí mismo extrae usted placer de sus reproches. —Con mi hermano menor, al cual me une ahora un gran cariño, y que precisamente en estos días me tiene muy preocupado, pues quiere hacer una boda que a mí me parece un disparate y ya se me ha ocurrido más de una vez tomar el tren y asesinar a su novia para impedirle que se case con ella; con mi hermano menor, decía, me he pegado muchas veces de niño. Pero, sin embargo, nos queríamos mucho y éramos inseparables, aunque yo tenía intensos celos de él, pues era más fuerte y más guapo que yo y todos le querían más. —Ya me ha comunicado usted tal escena de celos motivada por unas palabras de Fraulein Lina. —Después de tal ocasión y seguramente antes de mis ocho años, pues todavía no iba al colegio, en el que entré poco después de cumplirlos, hice lo siguiente: Teníamos unas escopetas de juguete. Cargué la mía con la baqueta, dije a mi hermano que si miraba por el cañón vería algo muy bonito, y cuando estaba mirando disparé. La baqueta le dio en la frente sin hacerle nada, pero mi intención había sido hacerle mucho daño. Inmediatamente después de disparar me tiré al suelo, fuera de mí, y me revolqué, preguntándome: «¿Cómo he podido hacer semejante cosa? Pero lo he hecho». —Aprovecho la ocasión favorable a mi causa: Si había conservado en su memoria un hecho tan contrario a su verdadera personalidad, no podía ya negar la posibilidad de que en años todavía más tempranos hubiera realizado algo análogo contra su padre, que hoy ya no recordase. El sujeto manifiesta que recordaba también otros impulsos de venganza contra aquella señora de la que tan enamorado estaba y de cuyo carácter desarrolla ahora una entusiasta descripción, afirmando que no le era fácil amar y se reservaba para aquél al que hubiera de pertenecer un día. A él no le amaba. Cuando tuvo la seguridad de su desvío, tejió una fantasía consciente, en la que se hacía inmensamente rico, se casaba con otra y hacia luego en su compañía una visita a su primer amor para irritarle. Pero en este punto le falló la imaginación, pues hubo de confesarse que la otra mujer, en la que personificaba a su esposa, le era totalmente indiferente; sus pensamientos se embrollaron y al final sólo vio ya claramente que la otra debía morir. También en esta fantasía encuentra, como en el atentado contra

su hermano, el matiz de cobardía que tanto le repugna[1133]. En el curso de mi conversación con él le advierto que, lógicamente, ha de considerarse por completo irresponsable de tales rasgos de su carácter, pues semejantes impulsos reprochables proceden todos de la vida infantil, correspondiendo a ramificaciones del carácter infantil subsistentes en lo inconsciente, y como él sabe muy bien, no es posible atribuir al niño una responsabilidad ética. De la suma de las disposiciones del niño nace en el curso del desarrollo el hombre éticamente responsable. Pero el sujeto duda de que todos sus impulsos perversos tengan tal procedencia, y yo le prometo demostrárselo en el curso del tratamiento[1134].

Alega todavía que su enfermedad se ha intensificado en grado sumo desde la muerte de su padre, y en este punto le doy la razón, en cuanto reconozco la tristeza provocada por la muerte de su padre, como fuente principal de la intensificación de la enfermedad. Es como si la tristeza hubiera hallado en la enfermedad una expresión patológica. En tanto que un duelo normal se extiende en uno o dos años, una tristeza patológica como la suya puede alcanzar duración ilimitada.

Hasta aquí llega lo que de este historial patológico puedo comunicar detalladamente y en perfecto orden de sucesión. Coincide aproximadamente con la exposición del tratamiento, el cual se extendió a través de once meses.

e) **Algunas ideas obsesivas y su traducción**.

Como es sabido, las ideas obsesivas se muestran inmotivadas o disparatadas, lo mismo que el texto de nuestros sueños nocturnos, y la primera labor que plantean es la de darles un sentido y un lugar en la vida anímica del individuo, de modo que resulten comprensibles e incluso evidentes. Pero en esta labor de traducción no hemos de dejarnos inducir en error por su aparente insolubilidad, pues las ideas obsesivas más insensatas o extravagantes llegan a ser solucionadas por medio de una labor adecuadamente profunda. Ahora bien: a esta solución sólo se llega una vez que se logra relacionar cronológicamente las ideas obsesivas con la vida del

paciente; esto es, investigando cuándo surgió por vez primera cada una de ellas y en qué circunstancias externas suele repetirse. Por tanto, cuando se trata de ideas obsesivas cuya existencia ha sido breve, cosa muy frecuente, se simplifica mucho nuestra labor investigadora. Podemos convencernos fácilmente de que una vez conseguido el descubrimiento de la relación de la idea obsesiva con la vida del enfermo, se hace en el acto accesible a nuestra penetración todo lo enigmático e interesante que el producto patológico analizado entraña, o sea su significación, el mecanismo de su génesis y su procedencia de las fuerzas instintivas psíquicas dominantes.

Empezaré con un ejemplo especialmente transparente del *impulso al suicidio*, frecuentísimo en nuestro sujeto, impulso cuya sola exposición equivale casi a su análisis: Nuestro sujeto perdió unas cuantas semanas de estudio por causa de la ausencia de la señora de sus pensamientos, que había salido de viaje para cuidar a su abuela enferma. Hallándose celosamente consagrado al estudio, se le ocurrió de pronto: «No es difícil cumplir el mandato de presentarse bien preparado a los próximos exámenes. Pero ¿qué sucedería si se te impusiera la decisión de cortarte el cuello con la navaja de afeitar?» En el acto advirtió que aquella decisión se le acababa de imponer efectivamente; fue a su armario para coger la navaja, pero entonces pensó: «No, no es tan sencillo. Tienes que asesinar primero a la vieja esa que te ha separado de tu amada». Aterrado ante tan criminales estímulos, le flaquearon las piernas y cayó redondo al suelo.

La relación de esta idea obsesiva con la vida del paciente se encuentra ya contenida en la iniciación de su relato. Su amor estaba ausente mientras él se consagraba con toda aplicación al estudio, para presentarse a examen cuanto antes y hacer posible su boda con ella. Durante el estudio le invadió la nostalgia de la ausente y pensó en la causa de su ausencia, surgiendo entonces en él algo que en un hombre normal se habría limitado a un impulso ligeramente hostil contra la anciana enferma: «¡También es un fastidio que esa vieja se haya puesto enferma precisamente en el momento en que tanto deseo ver a mi amada!». Algo análogo, pero mucho más intenso, fue lo que apareció en nuestro paciente: un acceso inconsciente de cólera, que, junto con la nostalgia de la mujer amada, halló su expresión en la exclamación siguiente: «¡Quisiera ir allí y asesinar a esa vieja, que me priva de la vista de

la mujer a quien quiero!» Inmediatamente sigue el mandato punitivo: «Mátate tú para castigarte de tales impulsos coléricos y asesinos»; y todo el proceso penetra entonces con violentísimo afecto y *en sucesión inversa* —primero el mandamiento punitivo y al final la mención de los impulsos punibles— en la conciencia del enfermo. No creo que esta tentativa de explicación parezca forzada o entrañe demasiados elementos hipotéticos.

Otro impulso de mayor duración a un suicidio indirecto fue más difícil de aclarar porque pudo ocultar su relación con la vida del paciente detrás de una de aquellas asociaciones externas que tan rechazables parecen a nuestra conciencia. Un día, hallándose en una estación veraniega, surgió de repente en su pensamiento la idea de que estaba demasiado grueso y tenía que adelgazar. Comenzó, pues, a retirarse de la mesa antes que le sirvieran el último plato, a correr sin sombrero por las calles bajo el ardiente sol de agosto y a subir las pendientes de la montaña a paso gimnástico, hasta que la fatiga le hacía detenerse bañado en sudor. Detrás de esta manía de adelgazar apareció también una vez, sin velo alguno, el propósito suicida, cuando hallándose al borde de un precipicio se le impuso el mandamiento de arrojarse a su fondo. La solución de estos disparatados actos obsesivos se ofreció luego a nuestro paciente al ocurrírsele de pronto que por aquellos días se hallaba también en la misma estación veraniega la dama de sus pensamientos, pero acompañada de un inglés, primo suyo, que la cortejaba, inspirando intensos celos al sujeto. Aquel primo se llamaba Ricardo y, según costumbre general en Inglaterra, era llamado Dick. Los impulsos homicidas de nuestro paciente se dirigieron entonces hacia este Dick, del cual estaba mucho más celoso de lo que él mismo se confesaba, y tal fue la razón de que se impusiera como autocastigo la cura de adelgazamiento. Aunque este impulso obsesivo parece diferente del anterior mandamiento directo de suicidio, comparte con él un rasgo importantísimo; su génesis como reacción a una violenta cólera, no aprehensible en su totalidad por la conciencia, contra una persona que constituye un obstáculo al amor del sujeto[1135].

Otras representaciones obsesivas nuevamente orientadas hacia la persona de su amada muestran mecanismos distintos y diferentes procedencias instintivas. Durante la estancia de su amada en su residencia veraniega, el sujeto produjo, además de aquella manía de adelgazar, toda una serie de

actividades obsesivas que, por lo menos parcialmente, se referían a la persona amada. Una vez que navegaba con ella en un barco, bajo un viento violento, hubo de obligarla a ponerse su gorra, pues había surgido en él el mandamiento de que *no debía sucederle nada* a ella[1136]. Era ésta una especie de *obsesión protectora*, que produjo distintos actos. Otra vez, durante una tormenta, se le impuso la obsesión de llegar a contar hasta 40 o 50 entre el relámpago y el trueno, sin saber en absoluto por qué había de hacerlo. El día en que su amada se marchó, el sujeto tropezó en una piedra de la calle y tuvo que apartarla a un lado porque se le ocurrió que, al cabo de pocas horas, pasaría por allí el coche de su amada y podía tropezar y volcar en aquellas piedras. Pero minutos después pensó que todo aquello era un disparate, y tuvo que volver y colocar de nuevo la piedra en el lugar que antes ocupaba en medio de la calle. Después de la partida de su amada se apoderó de él una *obsesión de comprensión*, que le hizo insoportable a los suyos, pues se obligaba a comprender exactamente cada una de las sílabas pronunciadas por los que a él se dirigían, como si de otro modo se le escapara un gran tesoro. En consecuencia, preguntaba y una y otra vez: «¿Qué has dicho?» Y cuando se lo repetían pretendía que la primera vez habían dicho otra cosa y permanecía insatisfecho.

Todos estos productos de la enfermedad dependen de un suceso que dominaba por entonces sus relaciones con su amada. Cuando a principios de verano se despidió de ella en Viena, interpretó cierta frase suya en el sentido de que ella trataba de negar ante la sociedad allí reunida sus relaciones de amistad con él, y ello le hizo sentirse desdichado. En la estación veraniega tuvo ocasión de explicarse con ella, y la señora pudo demostrarle que su intención con aquellas palabras, mal interpretadas por él, había sido la de evitarle quedar en ridículo. Nuestro sujeto volvió a sentirse dichoso. La obsesión de comprender alude directamente a este suceso, presentándose estructurada como si el paciente se hubiese dicho: Después de semejante experiencia, debes procurar no interpretar erróneamente las palabras de nadie si quieres ahorrarte muchos disgustos inútiles. Pero semejante propósito queda, no sólo generalizado, sino también —quizá a causa de la ausencia de la mujer amada— desplazado desde su persona a todas las demás, mucho menos interesantes. La obsesión puede haber surgido de la satisfacción que

las explicaciones de su amada despertaron en el sujeto, pero, indudablemente, expresa también, al mismo tiempo, algo distinto, pues culmina en dudas displacientes sobre la exacta reproducción de lo escuchado.

Los demás mandamientos obsesivos nos ponen sobre la pista de este otro elemento. La obsesión protectora puede sólo significar una reacción —remordimiento y penitencia— contra un impulso antitético, y, por tanto, hostil, orientado hacia la persona amada antes de sus explicaciones. La obsesión de contar que hubo de acometerle durante la tormenta queda interpretada, con ayuda del material ya acumulado, como una medida defensiva contra temores que significan un peligro de muerte. Por los análisis de las representaciones obsesivas primeramente citadas sabemos ya que los impulsos hostiles de nuestro paciente son singularmente violentos —como accesos de insensata cólera—, y hallamos luego que dicha cólera contra su amada continúa procurando, después de la reconciliación, sus aportaciones a los productos obsesivos. En la duda obsesiva de haber oído bien queda representada la duda, aún subsistente, de si realmente ha comprendido bien esta vez a su amada y puede interpretar justificadamente sus explicaciones como una prueba de cariño. En nuestro enamorado se libra un violento combate entre el amor y el odio, orientados ambos hacia la misma persona, y este combate queda plásticamente representado en el acto obsesivo, importante también como símbolo, de apartar del camino la piedra y anular luego aquel acto amoroso, llevando de nuevo el peligroso obstáculo al lugar que ocupaba, para que el coche de su amada tropiece en él y vuelque. Interpretaremos erróneamente esta segunda parte del acto obsesivo, considerándola tan sólo como una rectificación crítica de la actividad patológica, que es precisamente por lo que el mismo trata de pasar. El hecho de haber sido llevado a cabo también bajo una coerción obsesiva delata que es por sí mismo una parte de la actividad patológica, aunque condicionada por la antítesis del motivo de su primera parte.

Tales actos obsesivos en dos tiempos, cuya primera parte es anulada por la segunda, son típicos de la neurosis obsesiva. Naturalmente, son mal interpretados por el pensamiento consciente del enfermo, el cual los provee de una motivación secundaria, *racionalizándolos*. Pero su verdadero significado está en la representación del conflicto entre dos impulsos

antitéticos de aproximadamente igual magnitud y, que yo sepa, siempre de la antítesis de odio y amor. Presentan especial interés erótico porque nos muestran un nuevo tipo de la formación de síntomas. En vez de encontrar, como regularmente sucede en la histeria, una transacción en una sola representación matando así dos pájaros de un tiro, se satisface aquí a ambos elementos por separado, primero a uno y después a otro, aunque no sin llevar antes a cabo la tentativa de establecer una especie de enlace lógico entre los elementos antagónicos desprovisto a veces de toda lógica[1137]. (Cf. 'Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad'.)

El conflicto entre el amor y el odio halló todavía en nuestro paciente otros distintos medios expresivos. En la época en que volvió a sentirse religioso se impuso la obligación de rezar, y el tiempo que a ello dedicaba fue siendo cada vez más largo, prolongándose hasta hora y media, pues siempre se introducía en sus plegarias algo que las convertía en lo contrario. Si, por ejemplo, decía: «Dios le proteja», el espíritu maligno le añadía en el acto un 'no'[1138]. En una ocasión tuvo la idea de blasfemar, seguro de que también al hacerlo se introduciría en sus frases algo que las convertiría en lo contrario, ocurrencia en la cual se abrió paso la intención primitiva reprimida por la plegaria. En tal apuro, el sujeto halló la salida de abandonar sus rezos y sustituirlos por una breve fórmula formada con las primeras letras o las primeras sílabas de distintas oraciones, y las pronunciaba con tal rapidez, que nada podía introducirse en ella.

Una vez me relató un sueño que contenía la representación del mismo conflicto, transferida a mi persona. Mi madre había muerto. El sujeto quería darme el pésame, pero temía echarse a reír impertinentemente al expresarme su condolencia, cosa que ya le había sucedido otras veces. Prefirió entonces dejarme una tarjeta con las iniciales 'p. c'. (pour condoler) escritas en ella, pero al escribirlas se convirtieron en 'p. f'. (pour féliciter)[1139].

La pugna de sus sentimientos con respecto a su amada era demasiado clara para que pudiera escapar por completo a su percepción consciente, aunque de las manifestaciones obsesivas de la misma debemos deducir que no poseía idea exacta de la profundidad de sus impulsos negativos.

La señora de sus pensamientos había rechazado, diez años antes, su primera declaración amorosa, y a partir de aquella fecha el sujeto vivía,

alternativamente, períodos en los que creía amarla intensamente y otros en los que le inspiraba una absoluta indiferencia. Durante el curso del tratamiento, siempre que había de dar algún paso que le aproximaba a la meta de sus pretensiones, su resistencia se exteriorizaba habitualmente en la convicción de que en realidad no la quería, convicción que, sin embargo, no tardaba en desaparecer. En una ocasión en que cayó gravemente enferma, enfermedad que intensificó su interés por ella, surgió en el sujeto el deseo de que tal enfermedad la obligase a permanecer para siempre en el lecho. El paciente interpretó ingeniosamente tal idea en el sentido de que si deseaba verla siempre enferma, era para libertarse de la angustia insoportable que le producía el pensamiento de que una vez curada pudiese enfermar de nuevo[1140]. De cuando en cuando ocupaba su fantasía con sueños diurnos, que él mismo reconocía como fantasías vengativas y de los que se avergonzaba. Juzgando que su amada concedía gran valor a la posición social de sus pretendientes, fantaseaba que se había casado con un hombre que ocupaba un cargo oficial. Luego le era conferido a él un puesto análogo y ascendía rápidamente, hasta quedar muy por encima del otro. Un día aquel hombre cometía un acto punible y su antiguo amor se arrojaba a sus pies pidiéndole que salvase a su marido. Él se lo prometía y la revelaba que si en su día había aceptado un cargo oficial, era sólo por amor a ella, pues había previsto que llegaría un momento en el que podría serle útil. Ahora, una vez cumplida su misión, salvando a su marido, dimitiría inmediatamente.

En otras fantasías, en las que se le presentaba ocasión de hacer a su amada un importante servicio sin que la misma supiera que era a él a quien se lo debía, el paciente reconoció tan sólo el cariño que aquella mujer le inspiraba y no los sentimientos hostiles que aquel cariño mantenía reprimidos. Por lo demás, confesaba que en ciertas ocasiones sentía claros impulsos de causar algún mal a su adorada. Tales impulsos se apaciguaban, por lo general, en presencia de la misma y sólo lejos de ella surgían.

f) **La causa precipitante de la enfermedad**.

En una de las sesiones del tratamiento el paciente mencionó

incidentalmente un suceso en el que hube de reconocer en el acto el motivo precipitante de la enfermedad, o por lo menos, el motivo reciente de la explosión de la misma, surgida hacía seis años y subsistente todavía hoy. El sujeto no tenía la menor sospecha de haber mencionado algo importante ni recordaba haber concedido jamás valor ninguno a aquel suceso, que, por otro lado, no había olvidado tampoco nunca. Esta circunstancia exige un comentario teórico.

En la histeria es regla general que los motivos recientes de la enfermedad sucumben a la amnesia lo mismo que los sucesos infantiles con cuyo auxilio transforman aquéllos su energía afectiva en síntomas. En aquellos casos en que resulta imposible un olvido total, el motivo traumático reciente es atacado de todos modos por la amnesia y despojado por lo menos de sus principales elementos. En semejante amnesia vemos la prueba de una represión anterior. Otra cosa sucede generalmente en la neurosis obsesiva. Las premisas infantiles de la neurosis pueden haber sucumbido a una amnesia, incompleta a menudo muchas veces: pero, en cambio, los motivos recientes de la enfermedad aparecen conservados en la memoria. La represión ha utilizado aquí un mecanismo diferente y, en realidad, más sencillo. En lugar de olvidar el trauma, le ha despojado de su carga de afecto, de manera que en la conciencia queda tan sólo un contenido ideológico indiferente y juzgado insignificante. La diferencia está en el proceso psíquico que podemos construir detrás de tales fenómenos. Pero el resultado es casi el mismo, pues el contenido mnémico indiferente, sólo muy raras veces es reproducido y no desempeña papel alguno en la actividad mental consciente de la persona. Para diferenciar tales dos formas de la represión, podemos acogemos en un principio a la afirmación del paciente de que experimentaba la sensación de haber sabido siempre lo uno y, en cambio, haber olvidado lo otro desde hacía mucho tiempo[1141].

No es, pues, nada raro que los enfermos de neurosis obsesiva atormentados por autorreproches y que han enlazado sus afectos a motivos erróneos, comuniquen al médico los verdaderos, sin sospechar que sus reproches corresponden a ellos, hallándose tan sólo desconectados de los mismos. En estas ocasiones suelen exclamar, asombrados e incluso jactanciosos, que aquello no tiene para ellos la menor importancia. Así

sucedió en el primer caso de neurosis obsesiva que me procuró, hace ya muchos años, la comprensión de tal dolencia. El paciente, un funcionario que padecía innumerables preocupaciones, me llamó la atención por el hecho de que al satisfacerme los honorarios de cada consulta me entregaba siempre billetes de Banco tersos y limpios. En una de estas ocasiones le dije, bromeando, que su calidad de funcionario público se revelaba en aquellos flamantes billetes, directamente percibidos de las cajas del Estado, respondiéndome él que tales billetes no eran, en modo alguno, nuevos, sino que tenía la costumbre de limpiarlos y plancharlos en su casa, pues le daba remordimiento de conciencia entregar a alguien billetes sucios, en los que seguramente había de haber millones de microbios que podían causar graves daños a quien los recibiera. Por entonces vislumbraba ya oscuramente la relación de las neurosis con la vida sexual, y, en consecuencia, me atreví a interrogar al paciente sobre la suya. Su respuesta fue que no advertía en ella anormalidad ninguna ni sentía carencia de nada, y agregó la confesión siguiente: «Desempeño en muchas casas de la burguesía acomodada el papel de un viejo pariente amable y lo aprovecho para invitar de cuando en cuando a una muchacha joven a hacer una excursión por el campo, arreglándomelas de manera que perdamos el tren y tengamos que pasar la noche fuera de la ciudad. Desde luego, tomo dos cuartos; pero cuando la muchacha se acuesta entro en el suyo y la masturbo con mis dedos». «¿Y no teme usted causarle algún daño, infectándole los genitales con sus manos sucias?» El sujeto se mostró indignado. «¿Qué daño voy a causarles? A ninguna le ha sentado mal hasta ahora, y muchas de ellas están ahora casadas y me siguen tratando». Tomó muy a mal mi observación y no volvió a mi consulta. Por mi parte, pude explicarme su escrupulosidad en cuanto a los billetes y su falta de escrúpulo en cuanto a las muchachas confiadas a su custodia por un desplazamiento del afecto concomitante al reproche. La tendencia de tal desplazamiento era suficientemente visible: si dejaba el reproche allí donde era justificado, tenía que renunciar a una satisfacción sexual a la que le impulsaban, seguramente, enérgicas determinantes infantiles. Conseguía, pues, con tal desplazamiento una considerable ventaja.

Habremos de entrar detalladamente en la motivación de la enfermedad de nuestro sujeto. Su madre había sido educada en casa de un lejano pariente

suyo, propietario de una importante empresa industrial. Al casarse con ella, su padre entró al servicio de aquella empresa y su matrimonio le procuró así una posición desahogada. Por ciertas conversaciones familiares que el paciente hubo de escuchar, averiguó que su padre había hecho primeramente la corte a una preciosa muchacha de familia modesta, tiempo antes de conocer a su madre. Después de la muerte del padre, la madre le comunicó un día haber hablado de su porvenir con sus acaudalados parientes, y le reveló que uno de sus primos se había mostrado dispuesto a concederle la mano de su hija cuando terminara sus estudios. El ingreso en la rica empresa industrial mediante aquel matrimonio habría de asegurarle un brillante porvenir. Tales proyectos familiares hicieron surgir en él el conflicto de si debía permanecer fiel a la mujer que amaba, carente de fortuna, o si debía seguir las huellas de su padre casándose con la muchacha rica, bonita y distinguida que su familia le destinaba. Y este conflicto, que en realidad to era entre su amor y la voluntad de su padre, vivo aún en él, lo resolvió el sujeto enfermando, o mejor dicho: eludió, por medio de la enfermedad, la labor de resolverlo en la realidad[1142].

La prueba de esta interpretación la tenemos en el hecho de que el resultado principal de la enfermedad fue una tenaz incapacidad de trabajar que le obligó a demorar por un año la terminación de sus estudios. Ahora bien: aquello que se nos muestra como resultado de una enfermedad no es sino el propósito de la misma, y su resultado aparente es, en realidad, su causa y su motivo.

Naturalmente, mi explicación no fue aceptada en un principio por el sujeto. No podía creer que el plan matrimonial pudiera producir en él semejante efecto, pues en el momento en que se lo habían anunciado no le había hecho la menor impresión. Pero en el curso del tratamiento llegó a convencerse, por un camino singular, de la exactitud de mi hipótesis. Con auxilio de una fantasía de transferencia vivió como presente y actual algo pretérito y olvidado o de lo que no había llegado a tener conciencia. Después de un periodo harto oscuro e intrincado del tratamiento se reveló que había supuesto hija mía a una muchacha con la que se había cruzado una tarde en la escalera de mi casa. Habiéndole gustado aquella joven, imaginó que si yo me mostraba con él tan amable y paciente, era porque le quería para yerno,

fantasía en la cual elevó la distinción y la riqueza de mi casa hasta el nivel por él deseado. Pero contra semejante tentación pugnaba en él su inextinguible amor a la señora de sus pensamientos. Una vez que conseguimos dominar toda una serie de intensas resistencias y de amargos reproches le fue ya imposible eludir el efecto convincente de la perfecta analogía entre la transferencia fantaseada y la realidad pretérita. Reproduciré aquí uno de sus sueños de esta época para mostrar con un ejemplo el estilo de su representación: *Vea mi hija ante sí, pero en vez de ojos tiene dos pellas de estiércol*. Conociendo un poco el lenguaje de los sueños, resulta facilísima la traducción de éste: *El sujeto se casa con mi hija, no por sus bellos ojos, sino por su dinero*.

g) **El complejo paterno y la solución de la idea de las ratas**.

De la motivación de la enfermedad en su edad adulta partía un hilo que nos conducía a la infancia de nuestro paciente. Se hallaba en una situación tal como sabía o sospechaba que su padre se había hallado antes de su matrimonio, y le era posible así identificarse con él. Todavía en otra forma intervenía el padre fallecido en la reciente explosión de la enfermedad. El conflicto patológico era, en esencia, una lucha entre la voluntad superviviente del padre y la inclinación amorosa del paciente. Recordando las confesiones que el sujeto nos había hecho en las primeras sesiones del tratamiento, no podemos rechazar la sospecha de que aquella lucha venía de muy atrás, habiéndose iniciado ya en sus años infantiles.

Según todos los informes, el padre de nuestro enfermo había sido un hombre excelente. Antes de casarse había pertenecido al Ejército en calidad de suboficial y la vida militar había dejado en él como residuos una cierta dureza de expresión y un gran amor a la verdad. A más de aquellas virtudes que habitualmente atribuyen los epitafios a todos los fallecidos, entrañaba un excelente humor, cordialísimo, y una afable bondad para con todos sus semejantes. Este carácter no queda ciertamente, contradicho, sino más bien completado, por el hecho de que solía ser violento y fácilmente irritable, circunstancia que valió a sus hijos, mientras fueron pequeños y traviesos,

sensibles correctivos. Cuando los niños crecieron, el padre se diferenció de los demás en que no trató de elevarse a la categoría de autoridad intangible, sino que reveló a sus hijos, con bondadosa sinceridad, las pequeñas faltas y torpezas de su propia vida. No exageraba seguramente su hijo al manifestar que sus relaciones habían sido las de dos buenos amigos, salvo en un solo punto. De este punto debía depender que el niño pensara con intensidad indebida e inhabitual en la muerte de su padre, que tales ideas emergieran en el contenido lateral de sus ideas obsesivas infantiles y que llegara a desear que su padre muriera para que cierta muchachita, compadecida por su desgracia, se mostrase más cariñosa con él.

No cabe duda de que en el terreno de la sexualidad existía alguna diferencia entre el padre y el hijo, ni tampoco de que el padre había llegado a colocarse enfrente de la sensualidad precoz de su hijo. Años después de la muerte del padre, y cuando el hijo conoció por vez primera el placer del coito, surgió en él la idea de que aquel goce era algo tan extraordinario, que merecía la pena de asesinar a su padre para conseguirlo. Esta idea era al mismo tiempo un eco y una intensificación de sus ideas obsesivas infantiles. Poco tiempo antes de su muerte, el padre había tomado ya una actitud opuesta a la inclinación que más tarde hubo de dominar a su hijo. Observó que buscaba la compañía de aquella señora, y le aconsejó que se alejase de ella, diciéndole que de otro modo sólo conseguiría ponerse en ridículo.

A estos puntos de apoyo, perfectamente firmes, viene a añadirse otro cuando tenemos en cuenta la historia de la actividad sexual onanista de nuestro paciente. Hallamos en este terreno una diferencia de criterio entre los médicos y los enfermos. Estos últimos se muestran unánimes en considerar como raíz y fuente de todos sus padecimientos el onanismo, refiriéndose con él a la masturbación de la pubertad. Los médicos no saben a punto fijo, en general, qué juicio formar sobre él; pero influidos por la experiencia de que también la mayoría de los hombres normales ha pasado durante la pubertad por un período de onanismo, se inclinan casi todos a considerar exageradas las manifestaciones de los enfermos. A mi juicio tienen más bien razón en este punto los enfermos, que vislumbran algo perfectamente exacto, en tanto que los médicos corren el peligro de desatender algo esencial. No es, desde luego, en la forma que los enfermos lo entienden como el onanismo de la

pubertad, casi típico y general, puede ser hecho responsable de todos los trastornos neuróticos. Pero tal onanismo no es en realidad otra cosa que la reviviscencia del onanismo de la edad infantil, desatendido hasta ahora y que alcanza un punto culminante a los tres, los cuatro o los cinco años, y este onanismo es ciertamente la manifestación más precisa de la constitución sexual del niño, en la cual buscamos también nosotros la etiología de las neurosis ulteriores. Así, pues, los enfermos acusan realmente por tal camino indirecto a su sexualidad infantil, y en ello tienen razón que les sobra. En cambio, el problema del onanismo se hace insoluble cuando se quiere considerar a este último como una unidad clínica y se olvida que representa la derivación de los más diversos componentes sexuales y de las fantasías por ellas alimentadas. La nocividad del onanismo es sólo en muy pequeña parte autónoma, o sea condicionada por su propia naturaleza. Esencialmente coincide con la significación patógena de la vida sexual. El hecho de que tantos individuos toleren sin perturbación alguna el onanismo, esto es, cierto abuso de semejante actividad, nos demuestra que en ellos la constitución sexual y el curso de los procesos evolutivos de la vida sexual han permitido el ejercicio de la función bajo las condiciones culturales, mientras que otros, a causa de una constitución sexual desfavorable o de una perturbación del desarrollo, enferman en su sexualidad; esto es, no pueden llevar a cabo la represión y la sublimación de los componentes sexuales sin inhibiciones y producción de sustitutivos[1143].

La conducta de nuestro paciente en cuanto al onanismo había sido harto singular. No desarrolló onanismo ninguno en su pubertad y, por tanto, según determinadas esperanzas, hubiera tenido un derecho a permanecer exento de toda neurosis. En cambio, el impulso a la actividad onanista apareció en él a los veintiún años, *poco tiempo después de la muerte de su padre*. Después de cada satisfacción sexual de este género se sentía altamente avergonzado y tardó poco en suprimirla por completo. A partir de este momento el onanismo sólo volvió a surgir en él en raras y harto singulares ocasiones. Especialmente en momentos felices de su vida o bajo la impresión de pasajes singularmente bellos de sus lecturas. Por ejemplo, cuando en una hermosa tarde estival oyó tocar con gran maestría a un postillón su trompa de caza, hasta que un guardia le impidió continuar por estar prohibido hacerlo dentro de la ciudad.

Y otra vez, al leer en *Poesía y verdad* cómo el joven Goethe, poseído de amoroso entusiasmo, se libertó de la maldición que una mujer celosa había arrojado sobre la primera que después de ella besase sus labios. Durante mucho tiempo aquella maldición le había retenido supersticiosamente de besar a ninguna mujer, pero en aquella ocasión rompió el maléfico encanto que le encadenaba y besó amorosamente a su amada.

El mismo sujeto extrañaba que precisamente en aquellos momentos felices y elevados de su vida se sintiera impulsado a masturbarse. Mas por mi parte hube de hallar en aquellos dos ejemplos un elemento común: la prohibición y el hecho de infringir un mandato.

Al mismo contexto pertenece también su singular conducta en un período en el que se preparaba para unos exámenes que jugueteaba con la fantasía de que su padre vivía aún y podía tornar a su lado en cualquier momento. Por entonces se las arreglaba de manera que sus horas de estudio coincidieran con las últimas de la noche, y entre las doce y la una interrumpía su labor, abría la puerta que daba al pasillo, como si su padre se hallara esperando detrás de ella, y, una vez de nuevo en su cuarto, se ponía frente al espejo y contemplaba en él su pene desnudo. Pero esta absurda maniobra se nos hace comprensible teniendo en cuenta que se conducía como si esperase la visita de su padre a la hora tradicional de los aparecidos. En vida de su padre había sido más bien un mal estudiante, con lo cual le había disgustado e irritado, y ahora quería darle la satisfacción de que si su espíritu volvía a la tierra en aquellas horas nocturnas, le encontrase estudiando. Pero la otra parte de su manejo no podía proporcionar al padre satisfacción ninguna. Le desafiaba, pues, con ella y expresaba así, en un acto obsesivo que él mismo no comprendía, las dos caras de su conducta para con él, análogamente a como en otro acto obsesivo posterior ya mencionado, en el que quitaba y volvía a poner una piedra al paso de su amada, expresaba las dos facetas de su actitud para con ella.

Apoyándome en estos detalles y en otros semejantes, aventuré la hipótesis de que siendo niño, aproximadamente a los seis años, había cometido alguna falta sexual relacionada con el onanismo y había sido castigado violentamente por su padre. Este castigo habría puesto término, desde luego, al onanismo, mas, por otro lado, habría dejado en él un inextinguible rencor

contra el padre y fijado para siempre ya su papel de perturbador del goce sexual[1144]. Para mi gran sorpresa, el paciente me relató en el acto tal suceso de sus primeros años infantiles que le había sido contado más tarde por su madre, no habiendo sucumbido al olvido por enlazarse a él detalles singularísimos. Personalmente no recordaba en absoluto tal suceso, que le había sido relatado por su madre en la siguiente forma: Siendo todavía muy pequeño —la coincidencia del suceso con la enfermedad a la que sucumbió una hermana suya algo mayor que él permitía fijar exactamente la fecha— debió de hacerse culpable de alguna falta por la que el padre le castigó severamente. El castigo habría hecho surgir en él un intenso acceso de cólera, y mientras su padre le azotaba se debatía desesperadamente, insultándole con furia. Pero como todavía no sabía palabra ninguna realmente insultante, le había lanzado como tales los nombres de todos los objetos que conocía, llamándole lámpara, toalla, plato, etc. El padre, asustado ante aquel violento acceso, dejó de pegarle y dijo: «Este chico será un gran hombre o un gran criminal[1145]». El sujeto opina que la impresión de esta escena perduró largamente tanto en él como en su padre. Este último no volvió a pegarle, y él, por su parte, deriva de tal suceso gran parte de la transformación de su carácter, pues, temeroso de la magnitud que su cólera podía alcanzar, se había vuelto cobarde desde entonces. Por otra parte, durante toda su vida había tenido verdadero terror a los golpes, y cuando alguno de sus hermanos era en tal forma castigado, él se escondía siempre miedoso e indignado.

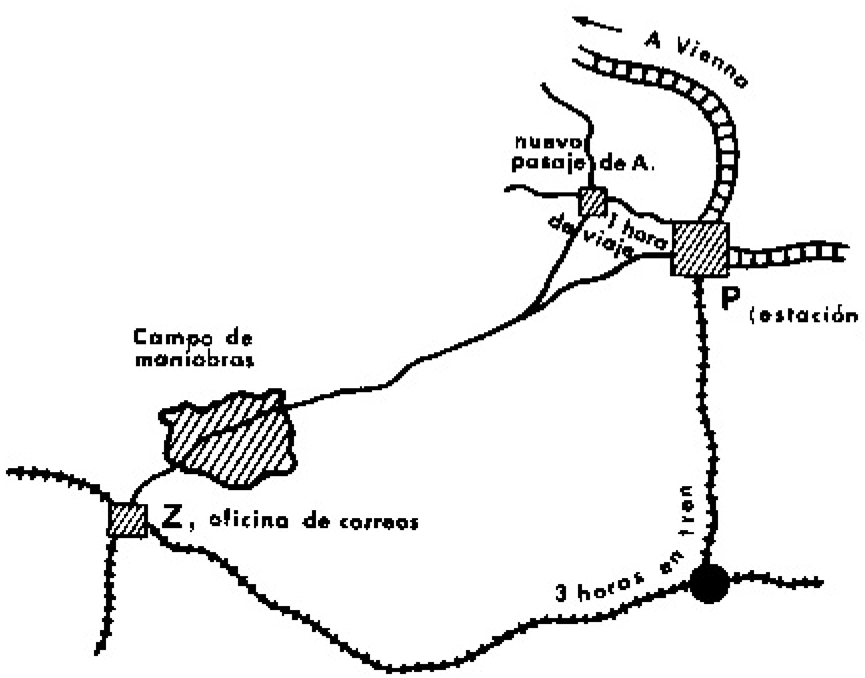
Una nueva investigación cerca de su madre procuró, a más de la confirmación de este relato, el detalle de que por entonces tenía el sujeto entre tres y cuatro años y que se había hecho acreedor al castigo por haber *mordido* a alguien. La madre no recordaba más detalles, y aunque no se atrevía a asegurarlo, creía que la persona mordida por el niño había sido la niñera encargada de su custodia. De sus palabras no podía deducirse que el delito infantil hubiese tenido el menor carácter sexual[1146].

Trasladando a la nota la discusión de esta escena infantil, haremos constar que su emergencia conmovió en un principio la negativa del paciente a aceptar la existencia de una hostilidad infantilmente adquirida y latente después contra el padre tan amado. Por mi parte había esperado que produjera en él un efecto más intenso, pues aquel suceso le había sido relatado también

con tanta frecuencia por su padre mismo que no podía entrañar la menor duda de su exactitud. Mas con aquella capacidad de prescindir de la lógica que tanto nos extraña siempre en los neuróticos obsesivos de aguda inteligencia, el sujeto continuó oponiendo a la fuerza probatoria de aquel relato él hecho de que él mismo no recordase en absoluto tal suceso. Así, pues, para llegar a la convicción de que su actitud con respecto al padre exigía aquel complemento inconsciente, tuvo que recorrer el doloroso camino de la transferencia. No tardó en llegar a injuriarme groseramente e injuriar a todos los míos en sus sueños, fantasías diurnas y ocurrencias, en tanto que intencionadamente nunca me manifestaba sino el mayor respeto. Cuando en las sesiones del tratamiento me comunicaba tales injurias, su actitud era la de un hombre desesperado: «¿Cómo es posible que usted consienta dejarse injuriar por un hombre despreciable como yo? Debe usted arrojarme de su casa. No merezco otra cosa». En estas ocasiones solía levantarse del diván y andar de un lado a otro por el cuarto, conducta que al principio motivó con fina sensibilidad, manifestando que le era imposible seguir cómodamente tendido mientras decía aquellas enormidades. Pero no tardó en hallar por sí mismo la explicación exacta; esto es, que se levantaba para alejarse de mí, temeroso de que le golpeara. Cuando permanecía sentado se conducía como alguien que trata de eludir, poseído de verdadero pánico, una violenta corrección; se llevaba las manos a la cabeza, se tapaba la cara con los brazos, se echaba hacia atrás con el rostro dolorosamente contraído, etc. Recordaba que su padre era fácilmente irritable y que en su violencia no sabía a veces hasta dónde podía llegar. En tan dolorosa escuela adquirió poco a poco la convicción que le faltaba y que cualquier otro sujeto no interesado personalmente hubiera adquirido en el acto, quedando entonces también abierto el camino para la solución de la idea de las ratas. En este punto culminante de la cura surgió una gran cantidad de material, retenido hasta entonces, que permitió ya una visión total del caso.

Como ya hube de anunciar, la exposición de este material ha de ser extremadamente abreviada y sintética. El primer enigma que se nos planteaba era el de por qué las dos intervenciones del capitán, el relato del tormento de las ratas y la invitación a devolver el dinero al teniente A, habían producido tan intensa excitación al sujeto y provocado en él reacciones patológicas tan

violentas. Era de suponer que nos hallábamos aquí ante un caso de *sensibilidad de complejo* y que tales relatos habían herido puntos hiperestésicos de su inconsciente. Así había sucedido, en efecto. Como siempre que entraba en contacto con la vida militar, el sujeto se hallaba en plena identificación inconsciente con su padre, el cual había servido en el Ejército varios años y solía relatar muchas anécdotas de aquella época. El azar, que ayuda en la producción de síntomas como el sentido literal de una palabra en los chistes, permitió que una de las pequeñas aventuras del padre tuviera con la invitación del capitán un elemento común. El padre había perdido en una ocasión, jugando a las cartas (*Spielratte*), una pequeña suma que le estaba confiada en su calidad de suboficial, y lo hubiera pasado mal si un camarada no se la hubiera prestado. Cuando abandonó el Ejército y llegó a una posición acomodada, buscó al bondadoso camarada para devolverle aquel dinero, pero no pudo encontrarle. Nuestro paciente no sabía a punto fijo si llegó a efectuar la restitución deseada. El recuerdo de esta falta juvenil de su padre le era penoso, ya que su inconsciente estaba lleno de dudas hostiles sobre las cualidades del mismo. Las palabras del capitán «Tienes que devolver al teniente A. las 3,80 coronas», sonaron en sus oídos como una alusión a aquella deuda no pagada de su padre.



En cambio, la noticia de que la empleada de la oficina postal de Z. había suplido el dinero, expresando halagadoramente su confianza en él, aunque no le conocía[1147], intensificó su identificación con su padre en otro sector. Pensó entonces que la linda hija del fondista de la pequeña localidad en la que se hallaba la oficina de Correos se había mostrado muy amable con los jóvenes oficiales y se propuso volver allí al terminar las maniobras para probar su suerte con la preciosa muchacha. Mas ahora aquella joven hallaba una rival en la empleada de Correos. El sujeto podía, pues, como su padre en la época anterior a su matrimonio, vacilar entre dos muchachas sin saber a cuál de ellas habría de dedicar sus atenciones al término de su servicio militar. Observamos ahora de repente que su singular indecisión de si debía encaminarse hacia Viena o volver a la localidad donde se hallaba la oficina de Correos y sus constantes tentativas de apearse del tren y tomar otro en dirección contraria no son tan disparatadas como al principio nos parecieron. Para su pensamiento consciente, la atracción de la localidad en la que se halla la oficina de Correos aparecía motivada por la necesidad de cumplir allí, con ayuda del teniente A., su juramento. En realidad, lo que le atraía a dicho lugar era la empleada postal, de la cual el teniente A. era tan sólo un fácil sustituto, ya que se había alojado en la misma localidad y se había ocupado personalmente del servicio postal militar. Cuando luego supo el paciente que el encargado de tal servicio no había sido el teniente A., sino el teniente B., incluyó también a éste en su combinación, y pudo entonces repetir en sus delirios relativos a los dos oficiales sus vacilaciones entre las dos muchachas que juzgaba favorables a su persona[1148].

En la aclaración de los efectos producidos por el relato que el capitán le hizo del tormento de las ratas habremos de seguir más de cerca el curso del análisis. Surgió primeramente una extraordinaria cantidad de material asociativo, sin que de momento se hiciera más transparente la situación del producto obsesivo. La idea del tormento de las ratas había excitado toda una serie de instintos y despertado una multitud de recuerdos, adquiriendo así las ratas, en el breve intervalo entre el relato del capitán y su advertencia de que debía devolver el dinero, toda una serie de significaciones simbólicas, a las cuales fueron agregándose otras muchas en lo sucesivo. Mi exposición de todo esto no puede ser sino muy incompleta. El tormento de las ratas despertó

ante todo el erotismo anal, que había desempeñado un importante papel en la infancia del sujeto, habiendo sido mantenido a través de años enteros por el prurito causado por las lombrices. Las ratas adquirieron así la significación de *dinero*[1149], relación que se mostró en la asociación *Raten* (plazos) a *Ratten* (ratas). El sujeto llegó a hacer de las ratas una verdadera voluta para su uso personal. Por ejemplo, cuando interrogado por él le manifesté el montante de mis honorarios por cada sesión del tratamiento, la asociación que a mis palabras surgió en él fue: «Tantos florines, tantas ratas», asociación que sólo seis meses después llegó a comunicarme. A este lenguaje quedó traducido paulatinamente todo el complejo económico enlazado a la herencia de su padre. Esto es, todas las ideas pertenecientes a tal complejo fueron incorporadas a la obsesión con ayuda de la asociación «ratas-plazos» y sometidas a lo inconsciente. Esta significación crematística de las ratas se apoyaba, además, en la invitación del capitán a devolver el importe del envío postal con ayuda de la asociación *Spielratte*, partiendo de la cual hallamos el acceso a la falta juvenil del padre.

La rata le era conocida, además, como portadora de peligrosas infecciones y podía ser, por tanto, utilizada como símbolo del miedo, tan justificado durante el servicio militar, a la *infección sifilítica*, detrás del cual se escondían toda clase de dudas sobre la conducta del padre durante su vida en el Ejército. En otro sentido, el mismo pene era también portador de la infección sifilítica, y de este modo la rata se convertía en órgano genital, significación a la que todavía podía aspirar por otra distinta circunstancia. El pene, y especialmente el de un niño pequeño, puede ser descrito como un gusano, y en el relato del capitán las ratas pasaban por el ano como en los años infantiles del sujeto sus parásitos intestinales. De este modo, la significación peneana de las ratas reposaba de nuevo en el erotismo anal. La rata es, además, un animal repugnante que se alimenta de excrementos y vive en las alcantarillas por las que corren los detritus[1150]. Es un tanto superfluo indicar de qué amplia difusión se hizo capaz el delirio de las ratas por medio de este nuevo significado. La asociación «tantas ratas-tantos florines» podía considerarse, por ejemplo, como la exacta definición de un oficio femenino que a él le repugnaba en extremo. En cambio, no es quizá indiferente que la sustitución del pene por la rata en el relato del capitán provocase en él la idea

de una situación de comercio sexual *per anum* que, referida a su padre y a la mujer amada, había de parecerle singularmente repulsiva. El hecho de que tal situación surgiera de nuevo en la amenaza obsesiva que emergió en él después de la invitación del capitán a que devolviera las 3,80 coronas al teniente Z. nos recuerda claramente cierta injuria muy usada entre los eslavos del Sur y que podemos encontrar reproducida en la *Anthropophyteia*, de F. S. Krauss. Todo este material y alguno más se interpoló, con la asociación encubridora referente al matrimonio ('heiraten') en el contexto referente a las ratas.

El hecho de que el relato del tormento de las ratas hubo de despertar en nuestro paciente todos los impulsos egoístas y sádicos prematuramente reprimidos queda testimoniado por su propio relato y por su mímica al desarrollarlo. Mas, a pesar de todo este rico material, la significación de su idea obsesiva no quedó aclarada hasta que un día emergió entre sus asociaciones «la mujer de las ratas», del *Pequeño Eyolf* de Ibsen, haciendo ya inevitable la conclusión de que en muchas de las formas de sus delirios obsesivos las ratas tenían también la significación de niños[1151]. Al investigar la génesis de esta nueva significación tropezamos en el acto con las raíces más antiguas e importantes. En una visita a la tumba de su padre había visto cruzar rápidamente por encima de ella un animal al que creyó una rata[1152]. En el acto supuso que salía de la tumba de su padre y acababa de saciar su hambre en el cadáver. De la representación de la rata es inseparable el detalle de que roe y muerde con dientes agudos[1153]. Pero la rata no se muestra sucia, glotona y agresiva sin castigo, pues como el sujeto había presenciado muchas veces con horror, es cruelmente perseguida y muerta por el hombre. Muchas veces había sentido compasión de aquellas pobres ratas. Pero él mismo había sido un animalito sucio y repugnante que mordía a los demás en sus accesos de furor y era violentamente castigado por ello. Hallaba así realmente su pareja en la rata[1154]. El Destino le lanzó de este modo, en el relato del capitán, una palabra estímulo de un complejo, y el sujeto no dejó de reaccionar a ella con su idea obsesiva.

Así, pues, las ratas eran niños, según sus primeras y más importantes experiencias. Y en este punto comunicó algo que había mantenido alejado durante mucho tiempo del contexto, pero que ahora aclaró por completo el

interés que debían de inspirarle los niños. La mujer a la que durante tantos años amaba sin poder decidirse a casarse con ella había sufrido la extirpación de ambos ovarios y estaba condenada, en consecuencia, a la esterilidad. Tal era realmente la causa de su indecisión, pues le gustaban extraordinariamente los niños.

Sólo entonces se nos hizo posible desentrañar el proceso impenetrable de la formación de su idea obsesiva. Con ayuda de las teorías sexuales infantiles y del simbolismo que ya nos es conocido desde la interpretación de los sueños logramos traducirlo todo con pleno sentido. Cuando en aquel descanso, a cuyo término el sujeto echó de menos sus gafas, le relató el capitán el tormento de las ratas se sintió tan sólo impresionado por el carácter cruelmente libidinoso de la situación imaginada. Pero en el acto se estableció la relación con aquella escena infantil en la que él mismo había mordido a alguien. Sustituyó al padre por el capitán capaz de defender tales castigos e hizo recaer sobre sí mismo, que por entonces se había rebelado contra la crueldad de su padre, una parte del rencor emergente. La idea incidentalmente surgida de que tal cosa pudiera suceder a la persona de su afecto habría de traducirse por el siguiente impulso optativo: «A ti es a quien debía sucederte algo semejante», impulso orientado contra el capitán, pero detrás de él ya contra su padre. Cuando luego, día y medio después[1155], le entregó el capitán el paquete postal a él dirigido y le advirtió que debía devolver al teniente A. las 3,80 coronas del reembolso, el sujeto sabía ya que su cruel superior se equivocaba y que sólo a la empleada de Correos debía agradecer el adelanto. Estuvo a punto de producirse en él una respuesta burlona y agresiva contra el capitán: «Sí; se las devolveré cuando las ranas críen pelo», respuesta que, naturalmente, hubo de retener. Pero surgiendo del complejo paterno estimulado entre tanto y del recuerdo de la repetida escena infantil, la respuesta que se formó fue la siguiente: «Sí; devolveré al teniente A. el dinero cuando mi padre o mi novia tengan hijos». O esta otra: «Tan cierto es que le devolveré el dinero como que mi padre y mi novia pueden tener hijos». Esto es, una afirmación burlona enlazada a una condición absurda e irrealizable[1156].

Pero de este modo había cometido ya el crimen de burlarse de las dos personas que le eran más queridas: su padre y su amada; tal crimen exigía un

castigo, y éste consistió en imponerse un juramento imposible de cumplir y que obedecía estrictamente a la invitación errónea de su superior: «Ahora tienes realmente que devolver al teniente A. el dinero». Poseído por una obediencia convulsiva, reprimió su perfecto conocimiento de que el capitán fundaba su invitación en una premisa errónea: «Sí; tienes que devolver al teniente A. el dinero, como te lo ha mandado la persona que representa a tu padre. Tu padre no puede equivocarse». Tampoco un rey puede equivocarse, y cuando interpela a un súbdito con un título que no le corresponde, es que se lo otorga ya para siempre.

Su conciencia no llega a tener sino muy vaga noticia de este proceso; pero la rebelión contra el mandato del capitán y su transformación en lo contrario se hallan también representados en ella. Primero, «No debes devolver el dinero, pues si no sucederá…» (El castigo de las ratas.) Y luego, el juramento antitético como castigo a la rebelión.

Representémonos aún la constelación en la cual tuvo lugar la formación de la gran idea obsesiva. El sujeto se hallaba libidinosamente predispuesto por su larga abstinencia y por la amable acogida que siempre dispensan las mujeres a los jóvenes oficiales; además, al salir de maniobras se hallaba un tanto disgustado con su amada. Tal intensificación de la libido le inclinó a reanudar su antigua pugna contra la autoridad de su padre y llegó incluso a pensar en la satisfacción sexual con otras mujeres. Las dudas en cuanto a las cualidades de su padre y la indecisión en cuanto al valor de la mujer amada quedaron también intensificadas. En tal estado de ánimo se dejó arrastrar a injuriar a ambos, y luego se castigó por ello. Cuando, al terminar las maniobras, vacila durante tanto tiempo entre salir para Viena o quedarse y cumplir su juramento, no hizo sino representar con ello en un solo conflicto los dos que desde siempre entrañaba: el de si debía o no obedecer a su padre y el de si había de permanecer o no fiel a su amada[1157].

Una palabra todavía sobre la interpretación del contenido de la sanción: «Si no, sufrirán los dos el tormento de las ratas». Tal sanción reposa en dos teorías sexuales infantiles, de las que ya hemos hablado en otro lugar[1158]. La primera de estas teorías es la de que los niños son paridos por el ano, y la segunda deduce, lógicamente, de tal posibilidad que los hombres pueden tener también niños como las mujeres. Según las reglas técnicas de la

interpretación de los sueños, el hecho de surgir por el ano puede ser representado por el hecho contrario de penetrar en el ano (como en el castigo de las ratas), y viceversa.

No es posible esperar, para tan graves ideas obsesivas, soluciones más sencillas, ni tampoco lograrlas por medios distintos. Con la solución que el análisis nos procuró quedó desvanecido el delirio de las ratas.

II) PARTE TEÓRICA

a) **Algunos caracteres generales de los productos obsesivos**[1159].

EN el año 1896 definimos las representaciones obsesivas como «reproches transformados que retornaban de la represión y se referían siempre a un acto sexual ejecutado con placer en los años infantiles». Esta definición nos parece hoy discutible en cuanto a su forma, aunque integra elementos exactos. Tendía demasiado a la unidad y tomaba como modelo el proceso de los neuróticos obsesivos mismos, los cuales, con su peculiar tendencia a la indeterminación, consideran unitariamente como «representaciones obsesivas» los más diversos productos psíquicos[1160]. Es realmente más correcto hablar de un «pensamiento obsesivo» y hacer resaltar que los productos obsesivos pueden equivaler a muy diversos actos psíquicos, pudiendo ser determinados como deseos, tentaciones, impulsos, reflexiones, dudas, mandatos y prohibiciones. Los enfermos entrañan, en general, una tendencia a desvanecer tal determinación y a presentar como representación obsesiva el contenido despojado de su índice de afecto. En una de las primeras sesiones del tratamiento nos ofreció nuestro paciente un ejemplo de tal elaboración de un deseo encaminado a rebajarlo a la calidad de mera «asociación mental».

Ha de reconocerse también que hasta ahora no ha podido ser estudiada con algún detenimiento la fenomenología del pensamiento obsesivo. En la

defensa secundaria que el enfermo desarrolla contra las «representaciones obsesivas» que han penetrado en su conciencia surgen productos que merecen un nombre especial. Recuérdense, por ejemplo, las series de ideas que ocupan a nuestro paciente durante su regreso de las maniobras. No son reflexiones puramente razonables que el sujeto opone a sus ideas obsesivas, sino algo como productos mixtos de ambas formas del pensamiento. Toman ciertas premisas de la obsesión por ellas combatidas y se sitúan (con los medios de la razón) en el terreno del pensamiento patológico. A mi juicio, tales productos merecen el nombre de «delirios». Un ejemplo que los lectores deberán interpolar en el lugar correspondiente del historial clínico aclarará por completo tal diferenciación. Cuando nuestro paciente desarrolló durante toda una temporada los insensatos manejos que en su lugar describimos prolongando el estudio hasta altas horas de la noche, abriendo la puerta de su cuarto al dar las doce para facilitar la entrada al espíritu de su padre, situándose luego ante el espejo y contemplando en él sus genitales, intentó apartar de sí aquella obsesión, pensando en lo que diría su padre si realmente se hallase aún en vida. Pero este argumento no tuvo eficacia ninguna mientras fue expuesto en esta forma razonable. La obsesión cesó tan sólo cuando el sujeto integró la misma idea en la forma de una amenaza delirante, diciéndose que si prolongaba tales insensateces, le sucedería a su padre algo malo en el más allá.

El valor de la diferenciación —justificada, desde luego— entre defensa primaria y secundaria queda, sin embargo, inesperadamente disminuido por el descubrimiento de que *los enfermos no conocen el texto verbal de sus propias representaciones obsesivas*. Esta afirmación parece paradójica, pero tiene pleno sentido. En efecto, durante el curso de un psicoanálisis se intensifica no sólo la valentía de los enfermos, sino también la de su enfermedad, la cual se aventura a exteriorizaciones más precisas. Sucede como si el paciente, que hasta entonces rehuía con miedo la percepción de sus productos patológicos, les dedicase ahora su atención y los experimentase más clara y detalladamente[1161].

Por dos caminos especiales podemos llegar, además, a un conocimiento más preciso de los productos obsesivos. En primer lugar, nos percatamos de que los sueños pueden ofrecernos el texto auténtico del producto obsesivo, el

cual sólo mutilado y deformado, como en un telegrama mal redactado, se nos ha dado a conocer en la vida despierta. Tales textos aparecen en el sueño como manifestaciones orales, contra la regla general de que las palabras contenidas en los sueños proceden siempre de las pronunciadas u oídas por el sujeto durante el día[1162]. En segundo lugar, la investigación analítica de un historial patológico nos lleva a la convicción de que, frecuentemente, varias ideas obsesivas sucesivas, pero de texto literal diferente, son, en el fondo, una sola y la misma. La idea obsesiva ha sido afortunadamente rechazada una primera vez y retorna luego deformada, no siendo ya reconocida y pudiendo ofrecer así mayor resistencia a la defensa. Pero la forma exacta es la primitiva, la cual muestra muchas veces sin velo alguno su sentido. Cuando, al cabo de penosa labor, conseguimos aclarar una idea obsesiva incomprensible no, es raro oír decir al enfermo que antes de la emergencia de la idea obsesiva propiamente dicha surgió en él una ocurrencia, una tentación o un deseo, como las que ahora le exponemos, pero que desaparecieron en seguida de su imaginación. Desgraciadamente, la exposición de los ejemplos de este género integrados en el historial de nuestro sujeto exigiría un lugar del que no disponemos en el presente estudio.

Así, pues, la «representación obsesiva» que pudiéramos calificar de «oficial» integra en la deformación sufrida con respecto a su texto primitivo las huellas de la defensa primaria. Su deformación la hace viable, pues el pensamiento consciente se ve obligado a interpretarla erróneamente en forma análoga a como interpreta el contenido manifiesto del sueño, el cual constituye el producto de una transacción y una deformación y queda interpretado erróneamente por el pensamiento despierto.

Tal interpretación errónea por parte del pensamiento consciente puede comprobarse no sólo en las ideas obsesivas mismas, sino también en los productos de la defensa secundaria (por ejemplo, en las fórmulas protectoras), hecho del que podemos exponer aquí dos acabados ejemplos: Nuestro paciente usaba como fórmula defensiva la palabra *über* (pero), rápidamente pronunciada y acompañada de un ademán de repulsa, y en una de las sesiones del tratamiento manifestó luego que dicha fórmula había sufrido en los últimos tiempos una variación, pues no decía ya *über*, sino *aber*. Interrogado por mí sobre el motivo de aquella transformación, indicó

que la *e* átona de la segunda sílaba no le ofrecía la menor garantía contra la temida aparición de algo ajeno y contradictorio, razón por la cual había decidido acentuarla. Esta explicación, correspondiente en un todo al estilo de la neurosis obsesiva, se demostró, sin embargo, inexacta, constituyendo, cuando más, una racionalización. En realidad, al pronunciar *abér* lo que hacía era asimilar dicha palabra a la de *Abwehr* (defensa), cuya significación psicoanalítica le era conocida por nuestras conversaciones teóricas sobre el tratamiento. Así, pues, el tratamiento había quedado aprovechado de un modo abusivo y delirante para robustecer una fórmula de defensa. Otra vez me habló de su palabra mágica principal, formada por él, para protegerse contra las tentaciones, con las iniciales de las oraciones más eficaces, y a la que añadía un fervoroso «amén». Pero no me es posible transcribir aquí dicha palabra, pues cuando el paciente me la reveló observé en el acto que no era sino un anagrama del nombre de la señora de sus pensamientos. Tal nombre contenía una *s* que el sujeto situaba al final e inmediatamente delante del «amén» agregado, formando así la palabra *Samen* (semilla, semen). Podemos, pues, decir que había reunido su semen con la mujer amada; esto es, que se había masturbado pensando en ella. Pero él mismo no había observado tan evidente relación, y la defensa se había dejado burlar por lo reprimido. Es éste, además, un excelente ejemplo de aquella regla según la cual los elementos que han de ser rechazados acaban por penetrar en aquello por lo que son rechazados.

Una vez sentado que las ideas obsesivas han experimentado una deformación, lo mismo que las ideas oníricas antes de pasar a ser el contenido del sueño, habrá de interesarnos averiguar la técnica de tal deformación, y nada se opondría a que expusiéramos aquí los distintos medios de la misma en una serie de ideas obsesivas traducidas e interpretadas. Pero tampoco podemos dar sino algunas muestras. No todas las ideas obsesivas de nuestro paciente eran tan complicadas y tan difíciles de interpretar como la del tormento de las ratas. En otras se había empleado una técnica muy sencilla, la de la deformación por omisión —la elipsis—, que tan excelente ayuda presta en la producción de los chistes y que también aquí cumplió su deber como medio defensivo contra la comprensión.

Una de sus ideas obsesivas más antiguas (equivalente a una advertencia o

una admonición) era, por ejemplo, la siguiente: *Si me caso con la mujer a la que amo, le sucederá a mi padre una desgracia (en el más allá).* Si interpolamos ahora los elementos intermedios omitidos descubiertos en el análisis, obtendremos el proceso mental siguiente: Si mi padre viviera, mi propósito de casarme con esa mujer le haría encolerizarse tanto como en aquella pretérita escena infantil, de manera que también yo me enfurecería de nuevo contra él y le desearía terribles males que la omnipotencia de mis deseos haría caer irremediablemente sobre él.

He aquí otro caso de elaboración elíptica de una advertencia o una prohibición ascética. Tenía una sobrinita a la cual quería mucho. Un día surgió en él la idea siguiente: *Si te permites realizar una vez más el coito, te sucederá a la pequeña Ella una desgracia* (se morirá). Interpolando to omitido, resulta el proceso siguiente: En todo coito, incluso con personal venal, has de pensar que, si te casas, el comercio sexual con tu mujer no tendrá jamás por consecuencia el nacimiento de un hijo (a causa de la esterilidad de su amada). Ello te dolerá tanto, que te hará envidiar a tu hermana por su pequeña Ella, y tu envidia acarreará la muerte de la niña[1163].

La elipsis, como técnica deformante, parece ser típica de la neurosis obsesiva, y por mi parte la he hallado también en las ideas obsesivas de otros pacientes. Recuerdo, sobre todo, un caso de duda especialmente transparente e interesante por presentar cierta analogía con la estructura de la representación de las ratas. Se trataba de una señora que padecía, sobre todo, de actos obsesivos. Paseaba con su marido por la ciudad de Nuremberg y entró con él en una tienda en la que compró diversos objetos para su hija, entre ellos un peine. El marido, a quien aquellas compras aburrían, la indicó haber visto antes, en el escaparate de un anticuario, unas monedas que le interesaban. Iría, pues, a comprarlas y volvería luego a recogerla a aquella tienda. Su mujer encontró demasiado prolongada su ausencia, y luego, al preguntarle a su retorno dónde se había demorado y decir él que precisamente en la tienda del anticuario, se vio asaltada por la duda atormentadora de si no había poseído, desde siempre, aquel mismo peine que había comprado para su hija. Naturalmente, la sujeto no pudo descubrir la sencilla relación existente entre tal idea obsesiva y la prolongada ausencia de su marido; pero nosotros vemos en el acto que se trata de una duda desplazada y podemos

completar su proceso mental inconsciente en la siguiente forma: Si he de creer que no has estado más que en la tienda del anticuario, también puedo creer que poseo hace ya muchos años este peine que acabo de comprar. Nos hallamos, pues, ante una equiparación irónica y burlona, análoga al proceso mental de nuestro paciente ante la advertencia del capitán: Sí; tan cierto es que devolveré el dinero al teniente A. como que mi padre y mi amada pueden tener hijos. En la señora de nuestro ejemplo, la duda dependía de sus celos inconscientes, los cuales la hacían suponer que su marido había aprovechado el intervalo para una visita galante.

Por esta vez no emprenderemos el estudio psicológico del pensamiento obsesivo, aunque nos proporcionaría seguramente valiosos resultados y contribuiría al esclarecimiento de nuestros conocimientos de la esencia de lo consciente y lo inconsciente más que el estudio de la histeria y de los fenómenos hipnóticos. Sería muy de desear que los filósofos y los psicólogos que desarrollan ingeniosas teorías sobre lo inconsciente, basándose en lo que sólo de oídas saben o en sus propias definiciones convencionales, estudiaran directamente los fenómenos del pensamiento obsesivo, estudio del que extraerían impresiones decisivas. Pudiera incluso exigírseles tal estudio previo si no fuera mucho más penoso que los métodos de trabajo a los que en general se atienen. Por mi parte me limitaré a indicar que aun en la neurosis obsesiva surgen ocasionalmente en la conciencia, y en forma pura y no deformada, los procesos anímicos inconscientes, que tal interrupción puede tener su punto de partida en los más distintos estadios del proceso mental inconsciente y que las representaciones obsesivas pueden ser reconocidas casi todas, en el momento de la irrupción, como productos existentes desde mucho tiempo atrás. De aquí el singular fenómeno de que al investigar la primera emergencia de una idea obsesiva en un sujeto neurótico se vea el mismo obligado a desplazarla cada vez más atrás en el curso del análisis, hallando siempre de nuevo primeras motivaciones de la misma.

b) **Algunas singularidades psíquicas de los neuróticos obsesivos: sus actitudes hacia la realidad, la superstición y la muerte**.

Me propongo estudiar aquí algunos caracteres anímicos de los enfermos de neurosis obsesiva, que no parecen importantes de por sí, pero que nos facilitan la comprensión de algo muy importante. Tales caracteres mostraban intenso relieve en mi paciente, pero sé muy bien que no deben ser atribuidos a su individualidad, sino a su padecimiento, y que son peculiares de un modo totalmente típico a otros neuróticos obsesivos.

Nuestro paciente se mostraba supersticioso en alto grado, aunque era un hombre de aguda inteligencia y amplia cultura y afirmaba a veces no hacer el menor caso de semejantes tonterías. Era, pues, supersticioso, y al mismo tiempo no lo era, diferenciándose así, distintamente, de los supersticiosos incultos que se sienten perfectamente de acuerdo con sus absurdas creencias. Parecía comprender que su superstición dependía de su pensamiento obsesivo, aunque a veces se mostraba totalmente identificado con ella. Esa conducta tan contradictoria y oscilante sólo me pareció admitir una determinada explicación. No vacilé, pues, en suponer que el sujeto poseía, con respecto a tales cuestiones, dos convicciones distintas y opuestas, y no tan sólo una opinión indeterminada. Oscilaba, pues, entre tales dos convicciones, y su decisión dependía en absoluto de su actitud del momento ante su neurosis. En cuanto llegaba a dominar una obsesión se burlaba de su credulidad, y nada le sucedía que pudiera preocuparle supersticiosamente; pero en cuanto volvía a hallarse bajo el dominio de una obsesión no solucionada aún —o lo que es lo mismo, de una resistencia— comenzaba a ocurrirle toda clase de singulares accidentes casuales que apoyaban su convicción supersticiosa.

De todos modos, la superstición de nuestro paciente era la de un hombre culto que prescindía de vejeces tales como el miedo a los viernes, al número 13, etcétera. Pero creía en los presagios y en los sueños proféticos, tropezaba siempre con aquellas personas en las que momentos antes había pensado sin saber por qué y recibía cartas de otras a las que había recordado horas antes, después de mucho tiempo de no haberse ocupado para nada de ellas. Con todo ello era lo suficientemente honrado, o mejor dicho, lo bastante fiel a sus convicciones oficiales, para no olvidar aquellos otros casos en los que no se habían confirmado presentimientos muy intensos, como una vez que salió de

veraneo con la seguridad de que no volvería vivo a Viena. Reconocía también que la inmensa mayoría de los presagios se referían a cosas carentes de importancia para su persona, y que cuando encontraba a algún conocido en el que sólo momentos antes había pensado, después de un largo olvido, tal encuentro no tenía luego consecuencia ninguna singular y confesaba que todo lo importante de su vida había ocurrido sin que presagio alguno lo anunciara; por ejemplo, la muerte de su padre. Pero todos estos argumentos no modificaban en nada la discordia de sus convicciones y demostraban tan sólo el carácter obsesivo de su superstición, deducible ya de sus oscilaciones de sentido idéntico a las de la resistencia.

No estaba yo, naturalmente, en situación de explicar racionalmente todas sus maravillosas historias pretéritas; pero en cuanto a las sucedidas durante el curso del tratamiento, pude demostrarle que él mismo colaboraba en la fabricación de tales milagros y logré hacerle ver los medios que en tal labor utilizaba. Tales medios eran la visión y la lectura indirectas, el olvido y, ante todo, los errores mnémicos. Al final, él mismo me ayudó a descubrir los pequeños trucos con los que producía tales milagros. Como interesantísima raíz infantil de su fe en los presentimientos y los presagios, descubrimos en una ocasión el recuerdo de que su madre, cuando se trataba de fijar la fecha de algo futuro, solía decir: «Tal día o tal otro no podré, porque tendré que guardar cama». Y, en efecto, siempre pasaba acostada tales fechas.

Es indudable que el sujeto sentía la necesidad de hallar en sus vivencias tales puntos de apoyo de su superstición, y que por tal motivo observaba tan atentamente las corrientes casualidades inexplicables de la vida cotidiana, y cuando aquéllas no bastaban, ayudaba al azar con su actividad inconsciente. En muchos otros neuróticos obsesivos he vuelto a hallar tal necesidad y sospecho su existencia en casi todos. Me parece claramente explicable por el mismo carácter psicológico de la neurosis obsesiva. Como ya hemos explicado antes, en esta perturbación la represión no se produce por medio de la amnesia, sino de la destrucción de las relaciones causales mediante la supresión de los afectos. Estas relaciones reprimidas parecen conservar una cierta energía admonitoria —a la que en otro lugar[1164] hemos comparado a una percepción endopsíquica—, pudiendo así ser incorporadas al mundo exterior, o sea proyectadas en él como testimonio de lo psíquico reprimido.

Otra necesidad anímica común a los neuróticos obsesivos, que entraña una cierta afinidad con la anterior, y cuya investigación nos adentra muy profundamente en la investigación de los instintos, es la necesidad de la inseguridad o de la duda. La creación de la inseguridad es uno de los métodos que la neurosis emplea para extraer al enfermo de la realidad y aislarle del mundo, tendencia integrada en toda perturbación psiconeurótica. Los enfermos realizan un esfuerzo evidente para eludir toda seguridad y poder permanecer en duda. Esta tendencia llega a exteriorizarse a veces en una antipatía a los relojes, los cuales aseguran, por lo menos, la determinación de la hora, y en hábiles manejos inconscientes encaminados a inutilizar tales instrumentos que hacen imposible la duda. Nuestro paciente mostraba especial destreza en eludir todas aquellas informaciones que pudieran llevarle a una solución de su conflicto. Así, desconocía en absoluto las circunstancias más importantes de la vida de su amada y pretendía ignorar el nombre del médico que la había operado y si la operación se había limitado a un solo ovario o había comprendido ambos.

La predilección que los neuróticos obsesivos muestran por la inseguridad y la duda constituye para ellos un motivo para adherir preferentemente sus pensamientos a aquellos temas en los que la inseguridad es generalmente humana y en los que nuestros conocimientos o nuestro juicio permanecen necesariamente expuestos a la duda. Tales temas son, ante todo, la paternidad, la duración de la vida, la supervivencia en el más allá y la memoria, a la que solemos dar fe sin poseer la menor garantía de su exactitud[1165].

La neurosis obsesiva utiliza ampliamente tal inseguridad de la memoria para la producción de síntomas. No tardaremos en ver cuál es el papel que la duración de la vida y la supervivencia en el más allá desempeñan en el pensamiento de los enfermos. Antes, y como transición adecuada, examinaremos todavía aquel rasgo supersticioso de nuestro paciente, que seguramente habrá despertado singular extrañeza en el lector al hallarlo mencionado en páginas anteriores.

Me refiero a la omnipotencia por él pretendida de sus ideas y sus sentimientos y de sus buenos y malos deseos. No es, ciertamente, pequeña la

tentación de considerar semejante idea como un delirio que traspasa los límites de la neurosis obsesiva; mas por mi parte he vuelto a hallar idéntica convicción en otro neurótico obsesivo, restablecido por completo ha largo tiempo, y que se conduce normalmente, y en realidad todos los neuróticos obsesivos se comportan como si compartieran tal convencimiento. Trataremos, pues, de aclarar semejante exageración. Suponiendo, por tanto, que en tal creencia se manifiesta honradamente un trozo de la primitiva manía infantil de grandeza, preguntamos a nuestro paciente en qué basaba su convicción, y el sujeto nos respondió acogiéndose a dos sucesos de su vida. Cuando fue por segunda vez a aquel balneario en el cual había encontrado antes un primer alivio a su dolencia, pidió la misma habitación que la primera vez había ocupado, y cuya situación había favorecido sus entrevistas con una de las enfermeras. Pero le dijeron que aquella habitación estaba ya ocupada por un anciano profesor, y ante aquella noticia, que disminuía tan considerablemente sus esperanzas de alivio, reaccionó con las palabras siguientes: «¡Así lo parta un rayo!» Quince días después despertó con la sensación de tener cerca de sí un cadáver, y al levantarse luego supo que el profesor había muerto, efectivamente, fulminado por el rayo y que su cadáver había sido traído a la habitación a la hora misma en que él había despertado. El otro suceso se refería a una muchacha mayor que él y de intensas necesidades sexuales, que en una ocasión le había hecho claramente la corte, llegando incluso a preguntarle si no la podía querer un poco. El sujeto le había respondido negativamente, y pocos días después supo que aquella muchacha se había tirado por un balcón. Se reprochó entonces su huraña conducta, diciéndose que había estado en sus manos conservar aquella vida con sólo demostrar a la muchacha un poco de afecto. De este modo fue como llegó a adquirir la convicción de omnipotencia de su amor y su odio. Sin negar la omnipotencia del amor… haremos resaltar que en ambos casos se trata de la muerte y aceptaremos la explicación, inmediata ya, que si nuestro paciente se ve obligado, como otros neuróticos obsesivos, a exagerar el efecto de sus sentimientos hostiles sobre el mundo exterior es porque gran parte del efecto psíquico interno de los mismos escapa a su conocimiento consciente. Su amor —o más bien su odio— es realmente poderoso, pues crea precisamente aquellas ideas obsesivas cuya procedencia no comprende el

sujeto y contra las cuales se defiende en vano[1166].

Nuestro paciente mostraba una relación peculiarísima con el tema de la muerte. Condolía cordialmente todas las muertes e iba a todos los entierros, hasta el punto de que sus hermanos se burlaban de él, diciéndole que era como los cuervos; pero, además, mataba de continuo en su fantasía a sus conocidos para poder exteriorizar a los supervivientes su cordial condolencia. La muerte de una hermana mayor, acaecida entre sus tres y cuatro años, desempeñó en sus fantasías papel importantísimo y se halla íntimamente relacionada con sus maldades infantiles de aquellos años. Sabemos también cuán precozmente le preocupó la idea de la muerte de su padre y debemos considerar su enfermedad misma como una reacción a tal suceso, obsesivamente deseado quince años antes. La singular extensión de sus temores obsesivos al más allá no es sino una compensación de aquellos deseos de muerte contra su padre. Emergió cuando la tristeza causada por la muerte de su padre quedó renovada año y medio después y tendía, en contra de la realidad y el deseo que se había exteriorizado antes en toda clase de fantasías, a negar y anular la muerte de su padre. La expresión «en el más allá» aparece traducida frecuentemente por el mismo sujeto en las palabras «si mi padre viviera».

Pero también la conducta de otros muchos neuróticos obsesivos, a los que el Destino no ha impuesto un primer encuentro con el fenómeno de la muerte en años tan tempranos, es, sin embargo, muy análoga a la de nuestro paciente. Sus pensamientos se ocupan incesantemente con la duración de la vida y la posible muerte de otras personas, y sus tendencias supersticiosas no tuvieron en un principio otro contenido ni tienen quizá, en general, otra procedencia. Pero, ante todo, precisan la posibilidad de la muerte para resolver los conflictos que ellos dejan insolucionados. Su carácter esencial es el de ser incapaces de toda decisión, sobre todo en las cuestiones amorosas. Aplazan indefinidamente toda resolución y, penetrados constantemente por la duda de por qué persona o por qué medida contra una persona han de decidirse, tienen su modelo en aquel antiguo tribunal alemán, cuyos pleitos terminaban siempre porque las partes litigantes morían antes que hubieran obtenido una sentencia. De este modo, en todo conflicto vital acechaba la muerte de una

persona importante, y casi siempre querida por ellos, sea de su padre o su madre, de un rival o de alguno de los objetos amorosos entre los que oscila su inclinación. Pero con este estudio del complejo de la muerte en la neurosis obsesiva penetramos ya en la vida instintiva de los neuróticos obsesivos, de la que ahora vamos a ocuparnos.

c) **La vida instintiva de los neuróticos obsesivos y los orígenes de la compulsión y la duda**.

Si queremos llegar al conocimiento de las fuerzas psíquicas cuya pugna ha generado esta neurosis, habremos de volver sobre aquello que el análisis de nuestro paciente nos descubrió en cuanto a los motivos de su enfermedad en la edad adulta y en la infancia. El sujeto enfermó a los veinte años, al ser situado ante la tentación de casarse con una mujer distinta de aquélla a la que venía amando desde tanto tiempo atrás, y esquivó la resolución de tal conflicto retrasando en cuanto de él dependía el cumplimiento de las condiciones previas a su emergencia, para lo cual le proporcionó los medios la neurosis. La vacilación entre la mujer amada y la otra puede ser reducida al conflicto entre la influencia del padre y la fidelidad de su amada; esto es, a la elección entre el padre y el objeto sexual, tal y como, según sus recuerdos y sus asociaciones obsesivas, se había desarrollado ya en su temprana infancia. Además, en todos los detalles de su vida se transparentaba claramente que, tanto en cuanto a su amada como en cuanto a su padre, existía en él una pugna entre el amor y el odio. Sus fantasías vengativas y los fenómenos obsesivos, tales como la obsesión de comprender o el acto de quitar una piedra del camino y volverla a poner, testimonian de la existencia de dicha pugna, normalmente comprensible hasta cierto grado, ya que la mujer amada le había dado motivos de hostilidad con su primera repulsa y su frialdad ulterior. Pero también en sus relaciones con su padre dominaba tal dualidad, según nos reveló la traducción de sus ideas obsesivas, y también el padre debía de haberle dado en su infancia motivos de hostilidad, como el análisis demostró luego casi indudablemente. Su relación con la mujer amada, mixta de cariño y de hostilidad, caía en su mayor parte bajo su percepción

consciente. Cuanto más se engañaba en cuanto a la magnitud y a la exteriorización de sus sentimientos negativos. En cambio, su hostilidad contra el padre, que en tiempo había sido intensamente consciente, yacía ahora reprimida desde mucho tiempo atrás, y sólo contra su más intensa resistencia pudo ser llevada de nuevo a la conciencia. En la represión del odio infantil contra el padre hemos de ver el proceso que obligó a entrar todo el suceso ulterior en el cuadro de la neurosis.

Estos conflictos sentimentales de nuestro paciente no son independientes entre sí, sino que se hallan soldados por parejas. El odio contra su amada hubo de sumarse a su adhesión al padre, e inversamente. Pero las dos corrientes contrapuestas subsistentes después de esta simplificación, o sea la pugna entre el padre y la amada y la antítesis de amor y odio existente en la relación del sujeto con cada una de tales personas, no tienen nada que ver una con otra, ni por su contenido ni por su génesis. El primero de ambos conflictos corresponde a la vacilación normal entre el hombre y la mujer como objetos de la elección amorosa, vacilación que es provocada en el niño por vez primera con la famosa pregunta habitual: «¿A quién quieres más: a papá o a mamá?», y que luego le acompaña a través de toda la vida, a pesar de todas las diferencias individuales en cuanto a la intensidad de los sentimientos y la fijación de los fines sexuales definitivos. Pero esta oposición pierde pronto, normalmente, su carácter de dilema, haciéndose posible la satisfacción simultánea de las exigencias desiguales de sus dos términos, aunque también en el hombre normal la mayor estimación de uno de los sexos suceda siempre a expensas del otro.

Más extraño nos parece el otro conflicto; esto es, el que se desarrolla entre el amor y el odio. Sabemos que un principio de enamoramiento es percibido muchas veces como odio, y que el amor que encuentra negada la satisfacción se torna fácilmente en odio, y los poetas nos aseguran que en estadios tempestuosos del enamoramiento pueden subsistir yuxtapuestos, como en una competición, ambos sentimientos contradictorios. Pero nos asombra encontrar una yuxtaposición crónica de amor y odio, muy intensos ambos y orientados hacia la misma persona. Habríamos esperado que el amor hubiera dominado al odio o hubiese sido devorado por él. Realmente, tal subsistencia de los contrarios sólo es posible bajo especiales condiciones

psicológicas y con la colaboración de lo inconsciente. El amor no ha podido extinguir el odio, sino tan sólo rechazarlo a lo inconsciente, instancia psíquica en la cual se encuentra a salvo de la acción de la conciencia y puede subsistir sin mengua alguna e incluso crecer. En tales circunstancias, el amor consciente suele alcanzar, a su vez, por reacción, especial intensidad para poder llevar a cabo constantemente y sin descanso la tarea de mantener en la represión a su contrario. Esta singular constelación de la vida amorosa parece tener su condición en una disociación muy temprana, acaecida en el período prehistórico infantil, de los dos elementos antitéticos, con represión de uno de ellos, generalmente el odio[1167].

La revisión de una serie de análisis de neuróticos obsesivos nos da la impresión de que esta relación dada en nuestro paciente entre el amor y el odio constituye uno de los caracteres más frecuentes y manifiestos de la neurosis obsesiva y, en consecuencia, uno de los más importantes. Pero, aunque habría de ser muy atractivo poder referir a la vida instintiva el problema de la «elección de neurosis», poseemos razones suficientes para eludir semejante tentación, y hemos de recordar que en todas las neurosis descubrimos como substratos de los síntomas los mismos instintos reprimidos. Además, el odio que el amor mantiene reprimido en lo inconsciente desempeña también un importantísimo papel en la patogénesis de la histeria y de la paranoia. No conocemos lo bastante la esencia del amor para sentir aquí afirmaciones precisas. Sobre todo, la relación de su factor negativo[1168] con el componente sádico de la libido nos es aún totalmente desconocida. Sólo a título de información provisional observaremos que en los casos de odio inconsciente por nosotros investigados se demostró que el componente sádico del amor había integrado constitucionalmente una elevada intensidad y, en consecuencia, había sido objeto de una represión prematura y demasiado fundamental, resultando así que los fenómenos neuróticos observados se derivaban, por un lado, del amor consciente intensificado por reacción, y por otro, del sadismo que continuaba actuando en lo inconsciente en calidad de odio.

Pero cualquiera que sea la forma en que haya de interpretarse esta singular relación del odio y el amor, su existencia queda indudablemente demostrada por el análisis de nuestro paciente, y es muy satisfactorio ver

cuán comprensibles se nos hacen los enigmáticos procesos de las neurosis obsesivas en cuanto los referimos a semejante factor. Si contra un amor intenso se alza un odio casi tan intenso como él, la consecuencia inmediata tiene que ser una parálisis parcial de la voluntad, una incapacidad de adoptar resolución alguna en cuanto a todos aquellos actos cuyo móvil haya de ser el amor. Pero, además, tal indecisión no permanece limitada por mucho tiempo a un solo grupo de actos, pues ¿qué actos de un enamorado no se relacionan con su motivo capital? A mayor abundamiento, la conducta sexual entraña un poder prototípico con el que actúa sobre las demás reacciones del hombre, modificándolas, y, por último, el carácter psicológico de la neurosis obsesiva tiende típicamente a hacer el mayor uso posible del mecanismo de *desplazamiento*. En consecuencia, la indecisión se extiende paulatinamente a toda la actividad del sujeto.

Con ello queda instaurado el régimen de la *obsesión* y de la *duda*, tal y como se nos muestra en la vida anímica de los neuróticos obsesivos.

La duda corresponde a la percepción interna de la indecisión que se apodera del enfermo, a consecuencia de la inhibición del amor por el odio, en cuanto el mismo se propone realizar algún acto. Duda, en realidad, de su propio amor, que debía ser para él, subjetivamente, lo más seguro, y esta duda se difunde sobre todo lo demás, desplazándose preferentemente sobre lo más nimio e indiferente[1169]. Aquel que duda de su amor tiene que dudar de todo lo demás, menos importante[1170].

Es ésta la misma duda que en las medidas de protección provoca la inseguridad del sujeto y los obliga a repetirlas una y otra vez para desvanecerla, consiguiendo al fin que tales actos de defensa resulten tan irrealizables como la resolución amorosa primitivamente inhibida. Al principio de mis investigaciones hube de aceptar otra derivación más general de la inseguridad de los neuróticos obsesivos, derivación que parecía adaptarse más fácilmente a lo normal. En efecto; cuando estamos redactando una carta y alguien nos dirige entre tanto una o más preguntas, sentimos después una inseguridad justificada en cuanto a lo que hemos escrito mientras nos hablaban y nos vemos obligados a releer la carta una vez terminada. Supuse, pues, que la inseguridad de los neuróticos obsesivos, por ejemplo, en sus oraciones, procedía de que mientras rezaban eran perturbados

incesantemente por fantasías inconscientes. Esta hipótesis era ya exacta y resulta fácilmente conciliable con las afirmaciones que anteceden. Es cierto que la inseguridad de haber llevado a cabo una medida de protección procede de las fantasías inconscientes perturbadoras; pero tales fantasías contienen, además, precisamente, al impulso contradictorio que había de ser rechazado por la oración. Así se evidencia en nuestro paciente en una ocasión en la cual la perturbación no permanece inconsciente, sino que es expresada en voz alta. Cuando quiere rezar, diciendo «Dios la proteja», emerge de pronto de lo inconsciente un «no» hostil, y el sujeto adivina que se trata de un trozo de una maldición. Si aquel «no» hubiera permanecido mudo, el sujeto habría continuado en estado de inseguridad y habría prolongado cada vez más sus rezos; pero en cuanto lo oyó, suprimió aquéllos en absoluto. Antes de hacerlo así había probado, como otros neuróticos obsesivos, toda clase de métodos para evitar la aparición del elemento contradictorio, abreviando sus oraciones o recitándolas rapidísimamente. Pero todas estas técnicas fracasan más tarde o más temprano, y en cuanto el impulso amoroso ha logrado realizar algo, después de desplazarse sobre un acto indiferente, es seguido por el impulso hostil que se esfuerza en anular su obra.

Cuando el neurótico obsesivo llega luego a darse cuenta de la inseguridad de la memoria, consigue extender generalmente, con su auxilio, la duda, incluso a los actos ya realizados, que carecieron de toda relación con el complejo del amor y el odio, y a todo su pasado.

Recuérdese el ejemplo de aquella señora que acababa de comprar un peine para su hija y que, al ser asaltada por una sospecha celosa contra su marido, empezó a dudar en el acto de si aquel peine no venía ya siendo suyo desde siempre. Es como si dijera abiertamente: «Si puedo dudar de tu amor (y ésta era tan sólo una proyección de sus dudas sobre su propio amor a su marido), puedo dudar de todo», revelándonos así el sentido oculto de la duda neurótica.

Pero la *obsesión* es una tentativa de compensar la duda y rectificar el insoportable estado de inhibición del que la misma testimonia. Cuando, al fin, y con ayuda del desplazamiento, consigue el enfermo llevar a una resolución el propósito inhibido, tal propósito ha de ser obligadamente realizado. No es ya, desde luego, el original, pero la energía estancada no renuncia a la

ocasión de hallar un exutorio en el acto sustitutivo. Se exterioriza, pues, en mandatos y prohibiciones, alternando el impulso amoroso y el hostil en la conquista del camino conducente a la derivación. La tensión que surge cuando el mandamiento obsesivo no debe ser ejecutado es intolerable, y el sujeto la percibe en forma de angustia intensísima. Pero el camino mismo que conduce a un acto sustitutivo desplazado sobre una minucia es tan ardientemente disputado, que dicho acto sólo puede ser realizado, en la mayoría de los casos, como medida de protección y en íntimo contacto con uno de los impulsos que han de ser rechazados.

Una especie de *regresión* sustituye, además, la resolución definitiva por actos preparatorios. El pensamiento reemplaza a la acción, y en cualquier estadio previo mental de la misma se impone, con poder obsesivo, en lugar del acto sustitutivo. Según que esta regresión del acto al pensamiento sea más o menos marcada, el caso de neurosis obsesiva toma el carácter de pensamiento obsesivo (representación obsesiva) o de acción obsesiva en sentido estricto. Estos actos obsesivos propiamente dichos sólo se hacen posibles por cumplirse en ellos una especie de reconciliación de los dos impulsos contrapuestos, mediante la formación de productos transaccionales. Los actos obsesivos se aproximan, en efecto, cada vez más, y con mayor precisión, cuanto más se prolonga la enfermedad, a los actos sexuales infantiles semejantes al onanismo. El sujeto llega así a realizar, en esta forma de la neurosis, actos amorosos; pero sólo con la ayuda de una nueva regresión, y no ya orientados hacia una persona, hacia el objeto del amor y el odio, sino actos autoeróticos, como en la infancia.

La regresión primera desde la acción al pensamiento es favorecida por otro de los factores participantes en la génesis de la neurosis. En los historiales de los enfermos hallamos regularmente la emergencia precoz y la represión prematura del instinto sexual visual y de saber, el cual regula también en nuestro paciente toda una parte de su actividad sexual infantil[1171].

Hemos apuntado ya la participación de los componentes sádicos en la génesis de la neurosis obsesiva. En aquellos sujetos en cuya constitución predomina el instinto de saber, el síntoma capital de la neurosis es siempre la cavilación obsesiva. La actividad mental misma queda sexualizada, pues el

placer sexual, referido habitualmente al contenido del pensamiento, pasa a recaer sobre el proceso intelectual, y la satisfacción alcanzada al llegar a un resultado mental es sentida como satisfacción sexual. Esta relación del instinto del saber con los procesos mentales le hace especialmente apropiado para atraer sobre el pensamiento, en las diversas formas de la neurosis obsesiva en las que participa, la energía que se esfuerza inútilmente en abrirse paso hasta la acción, allí donde se ofrece la posibilidad de una distinta clase de satisfacción. De este modo, el acto sustitutivo puede ser sustituido, a su vez, con ayuda del instinto de saber, por actos mentales preparatorios. El aplazamiento de la acción encuentra pronto un sustitutivo en la demora en el pensamiento, y todo el proceso queda transportado, con todas sus peculiaridades, a un nuevo terreno.

Con ayuda de las deducciones que anteceden podemos acaso aventurarnos ya a determinar el carácter psicológico, durante tanto tiempo buscado, que presta a los productos de la neurosis obsesiva su calidad obsesiva. Se hacen obsesivos aquellos procesos mentales que, a consecuencia de la inhibición antitética en el extremo motor de los sistemas mentales, son emprendidos con un desarrollo cualitativo y cuantitativo de energía destinado tan sólo, habitualmente, a la acción; esto es, aquellos *pensamientos que han de representar, regresivamente, actos*. No creo que haya de tropezar con graves contradicciones la hipótesis de que habitualmente, y por razones económicas, el pensamiento es impulsado por medio de desplazamientos de energía más pequeños que los consagrados a los actos destinados a la derivación y a la modificación del mundo exterior.

Aquello que irrumpe con energía sobrada en la conciencia como idea obsesiva hade quedar luego garantizado contra la acción destructora del pensamiento consciente. Sabemos ya que tal protección es conseguida por medio de la *deformación* que la idea obsesiva ha experimentado antes de hacerse consciente. Pero no es éste el único medio. Sólo muy raras veces se omite alejar a la idea obsesiva de la situación que presidió en génesis, y en la cual sería fácilmente accesible a la comprensión, a pesar de su deformación. Con tal propósito es creado, por un lado, un *intervalo* entre la situación patógena y la idea obsesiva consecutiva, intervalo que induce en error a la investigación causal del pensamiento consciente, y por otro, el contenido de

la idea obsesiva queda desligado de sus relaciones particulares por medio de una *generalización*.

La obsesión de comprensión de nuestro paciente nos ofrece un ejemplo de este orden, y otro quizá mejor una enferma que se prohibió llevar joya ninguna, aunque la motivación se refería a una sola joya que la sujeto había envidiado a su madre y esperaba heredar de ella. Por último, la idea obsesiva queda también protegida contra la labor de solución consciente por su expresión verbal indeterminada o equivoca. Tal expresión verbal, mal interpretada, puede quedar incorporada entonces a los delirios, y los sucesivos desarrollos o sustituciones de la obsesión se enlazarían al error de interpretación y no al texto auténtico. Pero puede observarse que tales delirios tienden constantemente a establecer nuevas relaciones con el contenido y el texto verbal de la obsesión no acogidos en el pensamiento consciente.

Para una única observación volveremos aún sobre la vida instintiva de la neurosis obsesiva. Nuestro paciente demostró ser también un 'renifleur' (*olfativo*). Según sus propias manifestaciones, durante su infancia conocía a las personas por el olor, como un perro, y las percepciones olfativas tenían todavía actualmente para él mayor significación que para los demás[1172]. También en otros enfermos, neuróticos obsesivos o histéricos, he observado algo análogo y he aprendido a tener en cuenta el papel desempeñado en la génesis de las neurosis por un placer olfativo sexual reprimido en la infancia[1173]. En general, puede plantearse la cuestión de si la disminución sufrida por el sentido del olfato al alejar el hombre su rostro del suelo y la consecutiva represión orgánicamente condicionada del placer olfativo no participan considerablemente en la capacitación del hombre para las enfermedades neuróticas. Ello nos explicaría cómo es que el incremento de la civilización exige represiones cada vez más extensas de la vida sexual. Sabido es qué íntima relación existe en la organización zoológica entre el instinto sexual y la función del órgano del olfato.

Para terminar, expresaré la esperanza de que mis comunicaciones, incompletas en todos sentidos, impulsarán a otros investigadores a profundizar en el estudio de la neurosis obsesiva con ánimo de lograr nuevos descubrimientos. A mi juicio, lo característico de esta neurosis, aquello que la

distingue de la histeria, no ha de buscarse en la vida instintiva, sino en las circunstancias psicológicas. No puedo abandonar a mi paciente sin hacer constar mi impresión de que se hallaba como disociado en tres personalidades, una inconsciente y dos preconscientes, entre las cuales podía oscilar su conciencia.

Su inconsciente integraba los impulsos violentos y perversos tempranamente reprimidos. En su estado normal era un hombre bondadoso, alegre, reflexivo, inteligente y despejado; pero en una tercera organización psíquica rendía culto a la superstición y a la ascesis, de manera que podía entrañar dos convicciones y dos concepciones del universo. Esta personalidad preconsciente entrañaba, sobre todo, los productos de la reacción a sus deseos reprimidos y no era difícil prever que, de haberse prolongado la enfermedad, hubiera acabado por devorar a la personalidad normal. Actualmente se me ha ofrecido la ocasión de investigar tales fenómenos en una paciente gravemente enferma de neurosis obsesiva y análogamente disociada en una personalidad tolerante y serena y otra sombría y ascética. La sujeto presenta la primera de tales personalidades como su yo oficial, pero vive dominada por la segunda. Ambas organizaciones psíquicas tienen acceso a su conciencia, y detrás de su personalidad ascética se oculta su inconsciente, totalmente desconocido para ella y compuesto de antiquísimos deseos ha largo tiempo reprimidos[1174].

XLII

OBSERVACIONES PSICOANALÍTICAS SOBRE UN CASO DE PARANOIA («DEMENTIA PARANOIDES») AUTOBIOGRÁFICAMENTE DESCRITO[1175]

1910 [1911]

(CASO «SCHREBER»)

LOS médicos que no ejercemos nuestra profesión en establecimientos de carácter público tropezamos con grandes dificultades para la investigación analítica de la paranoia. No podemos admitir en nuestra consulta a tales enfermos ni, en todo caso, retenerlos por mucho tiempo, pues no aplicamos nuestro tratamiento sino cuando esperamos obtener con él algún efecto terapéutico. En consecuencia, sólo en casos excepcionales he podido lograr una visión algo profunda de la estructura de la paranoia, bien porque la inseguridad del diagnóstico, no siempre fácil, justificara una tentativa analítica o porque los mismos familiares del enfermo hubieron de pedirme que le sometiera a tratamiento durante algún tiempo, a pesar de la seguridad del diagnóstico. Por lo demás, veo naturalmente numerosos enfermos paranoicos y dementes que me ilustran sobre la enfermedad tanto como a los demás psiquiatras. Pero ello no basta, en general, para deducir conclusiones psicoanalíticas.

La investigación psicoanalítica de la paranoia sería totalmente imposible si los enfermos no presentaran la peculiaridad de revelar espontáneamente, aunque alterado por la deformación, aquello que los demás neuróticos ocultan como su más íntimo secreto. Dado que los paranoicos no pueden ser obligados a vencer sus resistencias internas y sólo dicen lo que quieren decir, resulta factible sustituir en esta enfermedad el conocimiento personal del enfermo por la descripción escrita o impresa de su historial patológico. No creo, por tanto, inadecuado enlazar interpretaciones analíticas al historial patológico de un paranoico (*dementia paranoides*) al que jamás he visto, pero que ha escrito y publicado la historia de su enfermedad.

Trátase del doctor en Derecho Daniel Pablo Schreber, magistrado de los Tribunales de Sajonia, cuyas *Memorias de un neurótico* aparecieron en 1903, despertando, si mis informes son exactos, gran interés entre los psiquiatras. Es posible que el doctor Schreber viva todavía y, encontrándose ya muy alejado de los delirios que en 1903 describía, no le sean gratas estas observaciones sobre su libro. Pero en cuanto su personalidad actual se conserva idéntica a la anterior, ha de serme lícito invocar aquellos argumentos que él mismo, «hombre de inteligencia superior, entendimiento singularmente agudo y precisas dotes de observación[1176]», oponía a los esfuerzos realizados para hacerle desistir de la publicación de sus Memorias: «No se me ocultan los inconvenientes que parecen oponerse a la publicación de mi libro. El mayor de ellos estriba en la consideración debida a personas que viven todavía. Mas, por otro lado, creo muy conveniente para la ciencia y para el conocimiento de ciertas verdades religiosas hacer posible aún durante mi vida la observación de mi cuerpo y de mis destinos por personas peritas. Ante esta reflexión se desvanecen todas las consideraciones personales». En otro lugar de su libro manifiesta haberse decidido a publicarlo, aun cuando su médico, el doctor Flechsig, de Leipzig, le llevara ante los tribunales. En este punto atribuye a Fleschsig una serena comprensividad que ahora puedo yo atribuirle a él: «Espero —escribe— que el interés científico de mis Memorias venza en el doctor Flechsig posibles susceptibilidades personales».

Aunque en las páginas que siguen citaré textualmente aquellos pasajes de las Memorias que apoyan mis interpretaciones, ruego, sin embargo, al lector que repase primero, siquiera sea ligeramente, el libro de Schreber.

I) HISTORIAL CLÍNICO

EL doctor Schreber escribe: «Dos veces he estado enfermo de los nervios y ambas a consecuencia de un exceso de trabajo intelectual. La primera, siendo magistrado en Chemnitz, a consecuencia de la actividad desplegada en unas elecciones al Parlamento, y la segunda, a causa de la extraordinaria labor que hube de desarrollar al hacerme cargo del puesto de presidente del Tribunal de Dresden».

La primera enfermedad se inició en el otoño de 1884 y curó por completo a fines de 1885. Flechsig, en cuya clínica pasó el paciente seis meses, diagnosticó su enfermedad, en un certificado ulterior, como un grave acceso de hipocondría. El doctor Schreber asegura que esta enfermedad transcurrió «sin incidente alguno de carácter metafísico».

Ni las memorias del sujeto ni los certificados de los médicos en ellas transcritos nos informan suficientemente sobre su historia anterior ni sobre las circunstancias particulares de su vida. No me es siquiera posible indicar cuál era su edad al enfermar por vez primera, si bien el alto grado que ya ocupaba en la Magistratura antes de su segunda enfermedad puede servirnos para fijar aproximadamente un mínimo. Averiguamos que en la época de su *hipocondría* el doctor Schreber estaba casado hacía ya mucho tiempo. El mismo nos lo dice: «Más intensa aún fue la gratitud de mi mujer, que veía en el profesor Flechsig al hombre que le había devuelto a su marido, y tuvo así durante muchos años su retrato encima de su mesa de trabajo». Y más adelante: «Una vez curado de mi primera enfermedad, viví al lado de mi mujer ocho años felicísimos, ricos también en distinciones externas y sólo turbados por haberse malogrado repetidamente durante ellos nuestra esperanza de lograr descendencia».

En junio de 1893 le fue anunciado su próximo nombramiento de presidente del Tribunal de Dresden, cargo que ocupó el día primero de octubre del mismo año. En este intervalo[1177] tuvo varios sueños a los que sólo ulteriormente hubo de conceder importancia. Soñó repetidas veces que sufría una recaída en su antigua enfermedad neurótica, circunstancia que le apenaba tanto durante el sueño como luego al despertar le regocijaba verla desvanecida. Además, una mañana, en estado de duermevela, tuvo «la idea de

que debía de ser muy agradable ser una mujer en el momento del coito», idea que luego, con plena conciencia, rechazó indignado.

Su segunda enfermedad se inició a finales de octubre de 1893 con tenaces insomnios que le hicieron ingresar de nuevo en la clínica de Flechsig. Pero esta vez empeoró rápidamente en ella. Un certificado ulterior expedido por el director del sanatorio Sonnenstein describe el desarrollo de su dolencia: Al principio de su estancia en la clínica del doctor Flechsig, el enfermo manifestaba sobre todo ideas hipocondríacas, quejándose, por ejemplo, de que padecía reblandecimiento cerebral y afirmando que no tardaría en morir. Pero ya se mezclaban en el cuadro patológico algunas ideas de persecución fundadas en alucinaciones sensoriales que al principio parecieron emerger aisladas, en tanto se presentaba en el sujeto una intensa hiperestesia y una gran sensibilidad a la luz y al ruido. Más tarde se acumularon ya las alucinaciones visuales y auditivas hasta dominar por completo toda su sensibilidad y todo su pensamiento. Se creía muerto y putrefacto, o enfermo de la peste; se lamentaba de que su cuerpo era sometido a repugnantes manipulaciones y sufría, según manifiesta todavía actualmente, espantosos tormentos que soportaba por una causa sagrada. Las sugestiones patológicas absorbían al enfermo tan por completo, que permanecía horas enteras ensimismado e inmóvil (estupor alucinatorio), inaccesible a toda otra impresión, y, por otro lado, le atormentaban de tal modo, que deseaba la muerte; intentó ahogarse repetidamente en el baño y pedía de continuo «el ácido prúsico que le estaba destinado». Poco a poco, sus delirios fueron tomando un carácter místico y religioso; hablaba directamente con Dios, los demonios le hostigaban, veía «apariciones milagrosas», oía «música divina» y creía, por último, «vivir en otro mundo».

Agregamos que insultaba a diversas personas por las cuales se creía perseguido y perjudicado; pero ante todo a su médico anterior, Flechsig, al que calificaba de «asesino de almas» y del que se burlaba llamándole repetidamente «el pequeño Flechsig», acentuando intensamente la primera palabra. Se había trasladado desde Leipzig a la clínica Sonnenstein, de Pirna, en junio de 1894, y permaneció en ella hasta la estructuración definitiva de su estado. En el curso de los años siguientes se transformó el cuadro clínico en una forma que el doctor Weber, director del establecimiento, describe así:

«Sin entrar más minuciosamente en los detalles del curso de la enfermedad, nos limitaremos a indicar cómo en el desarrollo ulterior de la psicosis aguda inicial, que hubo de ser diagnosticada como una demencia alucinatoria, fue surgiendo cada vez más marcadamente, o, por decirlo así, cristalizando el cuadro clínico paranoico que hoy presenta el enfermo». Había edificado, en efecto, por un lado, un artificioso sistema de delirios que merece nuestro mayor interés, y por otro, había reconstruido su personalidad hasta el punto de mostrarse perfectamente capacitado para volver a la vida normal, presentando tan sólo algunos trastornos aislados.

El doctor Weber manifiesta en un certificado expedido en el año de 1899. «En la actualidad, el doctor Schreber, aparte de algunos síntomas psicomotores que incluso el observador más superficial ha de reconocer patológicos, no muestra signo alguno de demencia ni inhibición psíquica, y tampoco su inteligencia aparece visiblemente disminuida. Reflexiona bien, su memoria es excelente, dispone de un considerable acervo de conocimientos, no sólo en cuestiones jurídicas, sino también en muchos otros sectores, y puede exponerlos en procesos mentales perfectamente ordenados. Se interesa por la política, la ciencia, el arte, etcétera, y se ocupa continuamente de tales materias, sin que el observador ignorante de su enfermedad pueda reconocer en sus palabras sobre tales temas signo alguno de perturbación. Pero, con todo, el paciente se halla invadido por representaciones patológicamente condicionadas que han formado un sistema total, se hallan más o menos fijadas y no parecen accesibles a una rectificación por la aprehensión objetiva y el enjuiciamiento de las circunstancias reales».

El enfermo, aliviado hasta este punto, se consideraba ya capaz de volver a la vida activa e inició las gestiones necesarias para anular la declaración de su incapacidad y poder salir de la clínica. El doctor Weber se oponía a estos deseos y certificaba en contra de ellos; pero en su informe de 1900 no pudo ya menos de describir favorablemente la conducta y el estado de su paciente: «El que suscribe ha tenido durante nueve meses ocasión continuada de conversar diariamente, durante el almuerzo en la mesa redonda de la clínica, con el doctor Schreber sobre toda clase de cuestiones. Cualquiera que sea el tema de la conversación, y aparte, claro está, de sus ideas delirantes, el doctor Schreber revela, tanto en cuestiones políticas como en las referentes a la

administración de justicia, al arte y a la literatura, un intenso interés, profundos conocimientos, buena memoria, excelente juicio y sanas ideas morales. También en la conversación superficial con las señoras presentes se muestra amable y cortés, e incluso al tratar en forma humorística ciertas cuestiones revela siempre exquisito tacto, sin que jamás haya llevado a la conversación de la mesa cuestiones más bien propias de la visita médica». Incluso en un asunto de orden económico que atañía a los intereses de toda su familia intervino por entonces con pericia profesional y de un modo perfectamente adecuado.

En los repetidos escritos que el doctor Schreber dirigió en esta época a los tribunales en demanda de su libertad no negaba en absoluto su perturbación ni ocultaba su intención de dar a la publicidad sus Memorias. Muy al contrario, acentuaba el valor de sus meditaciones en cuanto a la vida religiosa y la imposibilidad de sustituirla por las doctrinas científicas modernas. Pero al mismo tiempo aducía la absoluta inocuidad de todos aquellos actos a los cuales se veía obligado por el contenido de su delirio. El ingenio y la extremada lógica de aquel hombre, sobre el cual pesaba un diagnóstico de paranoia, acabaron por darle la victoria. En julio de 1902 fue anulada su incapacitación, y al año siguiente aparecieron sus Memorias, si bien previamente sometidas a la censura oficial y con lamentables mutilaciones.

En la sentencia que devolvió al doctor Schreber la libertad aparece sintetizado en breves f rases el contenido de su sistema delirante: «Se consideraba llamado a redimir al mundo y devolverle la bienaventuranza perdida. Pero sólo podría conseguirlo después de haberse transformado en mujer».

El certificado expedido por el doctor Weber en 1899 integra una minuciosa descripción del delirio en su forma definitiva: «El sistema delirante del paciente culmina en la convicción de hallarse llamado a redimir al mundo y devolver a la Humanidad la bienaventuranza perdida. Afirma haber tenido conocimiento de tal destino por revelación divina, como las que recibían los profetas. Precisamente, los nervios sobreexcitados, como los suyos lo habían estado durante tanto tiempo, tenían la cualidad de atraer a Dios; pero sus revelaciones entrañaban cosas que no era posible expresar, o

sólo muy difícilmente, en el lenguaje humano, porque se hallaban fuera de toda experiencia humana, y sólo a él le habían sido comunicadas. El detalle más importante de su misión redentora era que había de *convertirse primeramente en mujer*. No era que él quisiese transformarse en mujer, se trataba de algo más coercitivo, de una “necesidad” fundada en el orden universal, y a la cual no podía él escapar, aunque personalmente le hubiera sido mucho más grato seguir siendo hombre y poder conservar así su elevada posición social. Pero la única manera de volver a conquistar el más allá para él mismo y para la Humanidad entera, era por medio de su transformación en mujer, transformación que se realizaría en él por un milagro divino, y al cabo de varios años o incluso decenios. Tenía la convicción de ser objeto exclusivo de milagros divinos, y con ello el hombre más singular que nunca había vivido sobre la tierra. Desde hacía muchos años experimentaba a cada hora y a cada minuto tales milagros de su propio cuerpo, y los comprobaba también por las voces que con él hablaban. En los primeros años de su enfermedad había sufrido, en distintos órganos de su cuerpo, modificaciones que habrían acarreado la muerte de cualquier otro individuo. Había vivido mucho tiempo sin estómago, sin intestinos, casi sin pulmones, con el tubo digestivo desgarrado, sin vejiga o con las costillas destrozadas, y algunas veces, al comer, se había tragado su propia laringe, etcétera. Pero divinos milagros (“rayos”) habían reconstruido, siempre de nuevo lo destruido, razón por la cual, mientras siguiera siendo un hombre, sería inmortal. Tales fenómenos amenazadores habían desaparecido tiempo atrás, surgiendo, en cambio, en primer término, su “femineidad”, resultado de un proceso evolutivo que había de precisar decenios enteros, si no siglos, para llegar a su definitivo perfeccionamiento, y cuyo fin no presenciaría seguramente ninguno de los hombres actualmente en vida. Experimentaba la sensación de que su cuerpo integraba ya “nervios femeninos”, de los cuales surgirían, por medio de la fecundación inmediata de Dios, nuevos hombres. Sólo entonces podría morir de muerte natural, después de haber conquistado de nuevo para sí y para todos los demás hombres la bienaventuranza. A veces le hablaban, además del sol, los árboles y los pájaros, que eran algo como “restos encantados de antiguas almas humanas”. Le hablaban en lenguaje humano, y por todas partes sucedían cosas maravillosas en torno suyo».

El interés del psiquiatra, práctico en cuanto a tales productos delirantes, queda generalmente agotado una vez que logra determinar la función del delirio y su influencia sobre la vida del paciente. Su asombro no constituye el principio de su comprensión. El psicoanalítico, en cambio, aporta de sus conocimientos de las psiconeurosis la sospecha de que también tales productos mentales, tan apartados del pensamiento habitual de los hombres y tan singulares, tienen su punto de partida en los impulsos más comprensibles y corrientes de la vida anímica, y quisiera llegar a conocer los motivos de semejante transformación y los caminos por los que la misma ha sido llevada a cabo. Guiado por esta intención, profundizará de buen grado en la historia evolutiva y en los detalles del delirio.

a) El certificado médico señala como los dos puntos capitales la *misión redentora* y la *transformación en mujer*. El delirio de redención es una fantasía con la cual estamos ya familiarizados, pues constituye frecuentemente el nódulo de la paranoia religiosa. Pero el complemento de que la redención ha de tener como premisa la transformación del sujeto en una mujer es inhabitual y harto extraño en sí, pues se aparta considerablemente del mito histórico que la fantasía del enfermo quiere reproducir. Nos inclinaremos quizá a suponer, con el certificado médico, que la ambición de desempeñar el papel redentor es el único móvil del complejo de delirios, no siendo la transformación en mujer más que un medio para tal fin. Aunque así se nos presenta luego en la forma definitiva del delirio, el estudio de las Memorias nos impone una interpretación distinta. Averiguamos, en efecto, que la transformación en mujer fue el delirio primario, siendo juzgada en un principio como una persecución y un grave daño, y que sólo de un modo secundario quedó enlazada con la misión redentora. Vemos también, indudablemente, que al principio había de tener lugar para un fin sexual y no al servicio de elevados propósitos. Nos hallamos, pues, ante una manía persecutoria sexual transformada ulteriormente en una manía religiosa de grandezas. El perseguidor era primero el médico del sujeto, el doctor Flechsig, sustituido luego por el mismo Dios.

Transcribiré aquí en toda su extensión los pasajes de las Memorias que

así lo prueben: «De este modo se tejió contra mí una conspiración (aproximadamente en marzo o abril de 1894) que se proponía, una vez reconocida o supuesta la incurabilidad de mi enfermedad nerviosa, entregarme a un hombre, de manera que mi alma quedara esclavizada al mismo y mi cuerpo —interpretando erróneamente la tendencia antes mencionada en la que reposa el orden universal— quedase transformado en un cuerpo femenino, sometido a aquel hombre[1178] para que lo gozase sexualmente y abandonado luego a la muerte y a la putrefacción.

En todo ello, y desde el punto de vista humano, que por entonces me dominaba aún preferentemente, era natural que yo viese siempre y únicamente mi verdadero enemigo en el profesor Flechsig o en su alma (más tarde se agregó a ella el alma de v. W., de la que más adelante trataremos) y considerase la omnipotencia divina como mi aliada natural, a la que recurrí en situación desesperada contra el profesor Flechsig y a la que, por tanto, creía deber apoyar con todos los medios imaginables y hasta con el sacrificio de mi propio ser. El hecho de que el mismo Dios pudiera ser cómplice, cuando no instigador del asesinato de mi alma y de la entrega de mi cuerpo prostituido, es una idea que se me ocurrió mucho más tarde, pues, en realidad, sólo emergió claramente en mi conciencia al escribir las presentes líneas.

Todas las tentativas de asesinar mi alma, despojarme de mi virilidad para fines contrarios al orden universal (esto es, para la satisfacción de los deseos sexuales de un hombre) y arruinar mi inteligencia, han fracasado. Del combate, tan desigual en apariencia, de un hombre solo y débil con Dios mismo, he salido vencedor, aunque al cabo de amargos sufrimientos y privaciones, y he vencido porque tenía en mi favor el orden universal».

En una nota describe luego la modificación ulterior del delirio de la transformación en mujer y de sus relaciones con Dios: «Más tarde explicaremos cómo mi transformación en mujer puede servir también para un fin conforme con el orden universal e incluso contener quizá la verdadera solución del conflicto».

Estas manifestaciones son decisivas para la interpretación del delirio de transformación en mujer y para la inteligencia general del caso. Añadiremos que las voces que el paciente oía no interpretaban nunca sino como una

afrenta sexual la transformación en mujer y se burlaban del enfermo por ella. «Los rayos de Dios[1179] creían poder burlarse de mí por la inminente pérdida de mi virilidad y mi transformación en “Miss Schreber”: ¡Vaya un señor magistrado que se deja j…! ¿No le dará a usted vergüenza presentarse luego ante su mujer?»

La naturaleza primaria de la fantasía de transformación en mujer y su independencia inicial de la idea de redención quedan testimoniadas, además, por la «idea» antes mencionada, emergida en estado de duermevela, según la cual debía ser muy hermoso ser una mujer en el momento del coito. Esta fantasía se hizo consciente en el período de incubación de la enfermedad y todavía antes de los efectos del exceso de trabajo en Dresden.

El mismo Schreber señalaba el mes de noviembre de 1895 como el período durante el cual se estableció la relación de la fantasía de transformación con la idea de redención, iniciándose así una reconciliación del sujeto con aquella primera idea. «Se me hizo ahora claramente consciente que el orden universal exigía me placiese o no, mi “desvirilización” y que razonablemente no me quedaba otro camino que familiarizarme con la idea de mi transformación en mujer. Como consecuencia de la “desvirilización” sólo podía pensarse en una fecundación por los rayos divinos, encaminada a la creación de nuevos hombres».

La transformación en una mujer fue el germen primero del producto delirante y resultó también el único elemento que sobrevivió al restablecimiento del sujeto y el único que supo conservar su puesto en la actividad real del restablecido. «Lo único que a los ojos de otros hombres puede pasar por irrazonable es el hecho, ya mencionado por los señores peritos, de que a veces se me encuentra ante el espejo, o en algún otro lugar, adornado con preseas femeninas (lazos, cadenas, etc.) y semidesnudo el torso. Pero esto sucede únicamente hallándome solo, y nunca, siempre que me es posible evitarlo, a la vista de otras personas». El señor magistrado confesaba tales jugueteos en una época (julio 1901) en la que encontraba la siguiente acertada expresión para definir su salud, prácticamente recobrada: «Ahora ya sé que las personas que veo ante mí no son “hombres hechos a la ligera”, sino verdaderos hombres, y que, por tanto, debo conducirme con ellos como un hombre razonable ha de conducirse en su trato con los demás».

En contraste con esta perduración de su fantasía de «desvirilización», el enfermo no llevó a cabo en favor del reconocimiento de su misión redentora más que la publicación de sus *Memorias*.

b) La actitud de nuestro paciente con respecto a Dios es tan singular y tan llena de circunstancias contradictorias, que hace falta gran confianza para conservar la esperanza de hallar aún, en su «demencia», un «método». Habremos, pues, de intentar orientarnos, con ayuda de sus Memorias, sobre su sistema teológico-psicológico y exponer, en su relación aparente (delirante), sus opiniones sobre *los nervios, la bienaventuranza, la jerarquía divina y las cualidades de Dios*. En todos los trozos de su teoría hallamos una mezcla singular de ingenio y vulgaridad y de elementos originales y prestados.

El alma humana está contenida en los *nervios* del cuerpo, que debemos representarnos como elementos de extraordinaria sutileza, comparable a finas hebras de seda. Algunos de estos nervios son adecuados para la recepción de las percepciones sensoriales; otros (*los nervios del entendimiento*) producen todo lo psíquico; cada uno de ellos *representa la total individualidad espiritual del hombre,* y su mayor o menor número influye tan sólo en el período de tiempo durante el cual pueden ser retenidas las impresiones[1180].

En tanto que los hombres se componen de cuerpo y nervios, Dios es, desde un principio, sólo nervio. El número de los nervios divinos no es, como el de los nervios humanos, limitado, sino infinito o eterno. Los nervios divinos poseen todas las propiedades de los humanos, pero en grado enormemente más intenso. En su capacidad de crear, esto es, de transformarse en todas las cosas posibles del mundo creado, se llaman *rayos*. Entre Dios y el cielo estrellado o el Sol existe una íntima relación[1181].

Después de la Creación, Dios se retiró a inmensa distancia del mundo y lo abandonó en general a sus leyes propias, limitándose a elevar hasta sí las almas de los muertos. Sólo excepcionalmente condescendía a ponerse en relación con algunos hombres de suprema inteligencia[1182] o intervenir con un milagro en los destinos del mundo. Conforme al orden universal, sólo después de la muerte se establece una relación regular entre Dios y las almas de los hombres[1183].

Cuando un hombre muere, las partes de su alma (nervios) son sometidas a un procedimiento de purificación, para ser luego incorporadas nuevamente a Dios como «la antesala del cielo». Fórmase así un giro eterno de las cosas conforme en un todo al orden universal. Cuando Dios crea algo, se despoja de una parte de sí mismo, pues da a una parte de sus nervios una forma distinta. Pero la pérdida que así experimenta en apariencia queda compensada cuando al cabo de siglos y milenios, los nervios, bienaventurados ya de los hombres muertos, le son de nuevo incorporados como «antesala del cielo».

Las almas, acentuadas por el proceso de purificación, gozan de bienaventuranza[1184]. «Su conciencia de sí mismas se ha debilitado entre tanto, y quedan fundidas con otras almas en unidades superiores. Almas importantes, como la de un Goethe o un Bismarck, conservan la conciencia de su identidad a través de muchos siglos, hasta que pueden desintegrarse en complejos de almas superiores (tales como los "rayos de Jehová" en la antigua religión judía y los "rayos de Zoroastro" en la religión persa). Durante la purificación, las almas aprenden el lenguaje en el que Dios mismo habla, el "lenguaje fundamental"; que es "un alemán algo anticuado, pero muy expresivo y caracterizado por una gran riqueza de eufemismos"».

Dios mismo no es un ser simple. «Por encima de las "antesalas del cielo" flotaba Dios, el cual, para distinguirlo de estos "reinos anteriores de Dios", es llamado también el "reino posterior de Dios". Los reinos posteriores de Dios se hallaban sometidos (y se hallan aún actualmente) a una singular división en dos partes, según la cual se distinguía un Dios inferior (Arimán) y un Dios superior (Ormuz)». Sobre la significación de esta división en dos partes, Schreber nos dice tan sólo que el Dios inferior favorecía preferentemente a los pueblos de raza morena (a los semitas), y el superior, a los pueblos rubios (a los arios). Pero tampoco es posible exigir a un hombre un conocimiento más detallado de tan elevadas cuestiones. Sin embargo, todavía averiguamos que «el Dios inferior y el superior, no obstante la unidad de la omnipotencia divina, han de ser considerados como seres distintos, cada uno de los cuales, y también en su relación entre sí, posee su egoísmo particular y su propio instinto de conservación, e intenta, por tanto, de continuo, desplazar al otro». Los dos seres divinos se condujeron, efectivamente, de muy distinto modo con el desgraciado Schreber durante el período agudo de su enfermedad[1185].

Schreber había sido durante su época de salud un escéptico en materia religiosa, y nunca había llegado a creer firmemente en la existencia de un Dios personal, circunstancia de la que él mismo extrae luego un argumento favorable a la plena realidad de su delirio[1186]. Pero cuando averiguamos lo que sigue sobre las cualidades de carácter del Dios de nuestro paciente, no podemos menos de pensar que la evolución en él provocada a este respecto por la enfermedad paranoica no fue, ciertamente, nada fundamental, y que en el nuevo redentor perdura gran parte del antiguo escéptico.

El orden universal presenta, en efecto, una falta, a consecuencia de la cual queda amenazada incluso la existencia misma de Dios. Por circunstancias que permanecen inexplicables, cuando *los nervios de los hombres vivos* llegan a un *alto grado de excitación*, ejercen tan intensa atracción sobre los nervios divinos, que al mismo Dios le es imposible sustraerse a ella, quedando así amenazada su propia existencia. Este caso, extraordinariamente raro, se dio con Schreber, y le ocasionó terribles sufrimientos, pues la imperiosa atracción que sus nervios sobreexcitados ejercían sobre los divinos despertó el instinto de conservación de Dios, y resultó que Dios se hallaba muy lejos de la perfección que las religiones le atribuyen. A través de todo el libro de Schreber resuena así la amarga acusación de que Dios, habituado tan sólo al trato con los muertos, no comprende a los vivos.

(Pág. 55): «Domina aquí un error fundamental, que desde entonces se extiende a través de toda mi vida, y consiste en que, según las normas del orden universal, Dios no conoce a los hombres vivos, ni necesita realmente conocerlos, ya que, conforme a tales normas, sólo con los cadáveres ha de tratar».

(Pág. 141): «Este hecho… depende nuevamente de que Dios no sabe tratar con los vivos, hallándose acostumbrado tan sólo a tratar con los cadáveres o, en todo caso, con los hombres dormidos y mientras sueñan».

(Pág. 246): «*Increible scritu*, nos inclinaríamos a añadir, y, sin embargo, todo ello es exacto, aunque los hombres hallarán incomprensible la idea de tan absoluta incapacidad de Dios para juzgar acertadamente a los vivos. Yo mismo he necesitado mucho tiempo para acostumbrarme a ella, aun después de haberla comprobado en innumerables observaciones directas».

Sólo a consecuencia de este desconocimiento divino de los hombres vivos

pudo suceder que Dios mismo fuera el instigador de la conspiración urdida contra Schreber, y que le creyera loco y le impusiera las más penosas pruebas. Para escapar a aquel juicio condenatorio de Dios, se sometió el sujeto a una penosa «obligación de pensar». «Cada vez que suspendía mi actividad mental, Dios creía extinguidas instantáneamente mis facultades intelectuales, iniciada la esperada ruina de mi razón (locura) y conseguida así la deseada posibilidad de alejarse».

Una de las cosas que más indignación despierta en nuestro paciente es la conducta de Dios en la cuestión de la necesidad o las ganas de defecar. El pasaje es tan característico, que habremos de citarlo íntegro. Para su mejor comprensión, adelantaremos que tanto los milagros como las voces emanan de Dios: esto es, de los rayos divinos.

(Pág. 255): «A causa de su significación característica, habré de dedicar aún a la interrogación antes citada: "¿Por qué no c… usted?", algunas observaciones, por indecente que sea el tema. Como todas las demás funciones de mi cuerpo, también las ganas de defecar son estimuladas en mí por un milagro. Ello sucede siendo impulsados los excrementos hacia adelante y luego, a veces, nuevamente hacia atrás, en los intestinos, o cuando yo he realizado el acto de la defecación y no queda material suficiente, ensuciando los escasos restos del contenido intestinal aún subsistentes los bordes de mi orificio anal. Trátese en todo ello de un milagro del Dios superior, milagro que se repite cotidianamente varias docenas de veces cuando menos y con el cual se enlaza la idea, incomprensible para los hombres y sólo explicable por el absoluto desconocimiento en que Dios está de las circunstancias orgánicas de los vivos, de que el acto de defecar es, en cierto modo, lo último; esto es, que con el estímulo milagroso de las ganas de defecar queda conseguida la destrucción de la razón y lograda la posibilidad de una retirada definitiva de los rayos. A mi juicio, para llegar a comprender la génesis de esta idea hemos de pensar en la existencia de una interpretación errónea de la significación simbólica del acto de la excreción; interpretación consistente en suponer que aquel que ha llegado a entrar, como yo, en íntima relación con los rayos divinos, tiene derecho en cierto modo a c… en el mundo entero.

Se exterioriza aquí, además, toda la perfidia de la conspiración urdida en

contra mía[1187]. Cada vez que las ganas de defecar son milagrosamente estimuladas en mí, quedan estimulados simultáneamente los nervios de alguna de las personas que me rodean para obligarla a ocupar el retrete e impedirme realizar el acto de la excreción. Es éste un fenómeno que he observado regularmente innumerables veces (millares de veces) durante los últimos años, siendo, por tanto, imposible que se trate de una mera coincidencia casual. La pregunta que entonces se me dirige: "¿Por qué no c… usted?", es contestada en la forma siguiente: "Porque soy así de tonto". La pluma se resiste a transcribir el formidable disparate en que Dios incurre, llevado por su desconocimiento de la naturaleza humana, al suponer que pueda haber un hombre que de puro tonto no pueda c…, cosa que hasta el último animal hace. Cuando al fin y al cabo realizo el acto de la defecación, para lo cual me sirvo generalmente de un cubo, ya que siempre encuentro ocupado el retrete, dicho acto me produce siempre una intensa voluptuosidad espiritual. El alivio de la presión provocada por los excrementos contenidos en los intestinos se refleja muy agradablemente en los nervios de la voluptuosidad, e igualmente sucede en el acto de la micción. Por este motivo, siempre, y sin excepción alguna hasta ahora, todos los rayos han estado unidos en los actos de la defecación y de la micción, razón por la cual cuando me dispongo a realizar tan naturales funciones se intenta siempre, aunque inútilmente en la mayoría de los casos, impedírmelo con el milagro contrario[1188]».

El singularísimo Dios de Schreber es incapaz de extraer lección ninguna de la experiencia. (Pág. 186): «Una cierta propiedad concomitante a la esencia de Dios parece impedir que el mismo extraiga de estos hechos enseñanza ninguna para lo futuro». Continúa, pues, imponiendo durante años enteros, sin la menor modificación, las mismas pruebas, los mismos milagros y las mismas voces al individuo por él perseguido, aunque el mismo acabe por aprender a eludirlos y burlarse de él.

(Pág. 333): «De todo ello se deduce que una vez que sus milagros han dejado de ejercer sobre mí su anterior afecto. Dios ha llegado a parecerme ridículo e infantil. De este modo, mi propia y legítima defensa me ha llevado alguna vez a burlarme de él en voz alta…»

Esta rebelión contra Dios encuentra, sin embargo, en Schreber una

corriente antitética, expresada en muchos pasajes de sus Memorias. (Pág. 333): «Sin embargo, he de hacer constar que se trata tan sólo de un episodio aislado que terminará con mi muerte, y, por tanto, sólo yo entre los hombres tengo derecho a burlarme de Dios. Para los demás, Dios ha de continuar siendo el Creador todopoderoso del cielo y de la tierra, la Causa primera de todas las cosas y el Salvador de su vida futura, y aunque algunas de las ideas religiosas actuales precisan ser rectificadas, merece su adoración y su mayor respeto». El sujeto intenta, pues, repetidamente una justificación de la conducta de Dios a su respecto, basándola, tan ingeniosamente como en todas las teodiceas, bien en la naturaleza general de las almas, bien en la necesidad en que Dios se ve de defenderse o en la influencia maléfica del alma del doctor Flechsig. Pero, en general, la enfermedad es considerada como una lucha del hombre Schreber contra Dios, lucha en la cual alcanza el hombre la victoria por tener en favor suyo el orden universal.

De los certificados médicos podría deducirse fácilmente que el caso de Schreber no era más que una forma corriente de la fantasía redentora. El interesado sería así el hijo de Dios, encargado de la misión de salvar al mundo de su miseria o de su inminente ruina, etc. No he querido, pues, dejar de exponer las peculiaridades de la relación del paciente con su Dios. La importancia que dicha relación integra para el resto de la Humanidad sólo raras veces es mencionada en las Memorias y únicamente al final de la cristalización del delirio. Consiste sencillamente en que ningún muerto podrá alcanzar la bienaventuranza en tanto que la persona de Schreber continúe atrayendo la parte principal de los rayos divinos. Tampoco la evidente identificación del sujeto con Jesucristo surgió hasta muy tarde (págs. 338 y 431).

Ninguna tentativa de explicación que no tenga en cuenta estas peculiaridades de su idea de Dios y esta mezcla de adoración y rebelión puede aspirar a ser exacta. Examinaremos ahora un tema íntimamente relacionado con Dios: el de la *bienaventuranza*.

La bienaventuranza es para Schreber «la vida ultraterrena» que las almas de los hombres alcanzan por su purificación después de la muerte. El sujeto la describe como un goce ininterrumpido enlazado a la visión de Dios. Tal concepción no entraña ciertamente nada original. En cambio, sí nos

sorprende la distinción que hace Schreber entre una bienaventuranza masculina y otra femenina: «La bienaventuranza masculina es más elevada que la femenina, la cual consiste predominantemente en una continua sensación de voluptuosidad». Otros pasajes proclaman la coincidencia de la bienaventuranza y la voluptuosidad sin hacer ya referencia alguna a las diferencias sexuales ni a la presencia de Dios como uno de los elementos de la bienaventuranza. Por ejemplo (pág. 51): «… con la naturaleza de los nervios de Dios, por efecto de los cuales la bienaventuranza consiste, si no exclusivamente, por lo menos en parte, en una intensa sensación de voluptuosidad…» Y más adelante (pág. 281): «La voluptuosidad debe ser interpretada como una parte de bienaventuranza anticipada en cierto modo al hombre y a otras criaturas vivas». Así, pues, la bienaventuranza celestial consistiría esencialmente en una continuación y una intensificación de la voluptuosidad terrena.

Esta concepción de la bienaventuranza no es uno de los fragmentos del delirio de Schreber procedentes de los primeros estadios de su enfermedad y eliminados luego como incompatibles. Todavía en sus escritos de 1901 acentúa el enfermo, como uno de sus grandes descubrimientos, el que «la voluptuosidad se halla en íntima relación, ignorada hasta ahora por los demás hombres, con la bienaventuranza de las almas de los muertos».

Averiguaremos también que esta «íntima relación» es la base en la que el enfermo funda su esperanza de una reconciliación final con Dios y un término de sus padecimientos. Los rayos divinos pierden su ánimo hostil en cuanto logran la seguridad de hallar en su cuerpo una voluptuosidad espiritual. El mismo Dios exige hallar en él la voluptuosidad, y amenaza con retirar sus rayos si el sujeto descuida su cultivo y no puede ofrecerle la que de él demanda (pág. 320).

Tan sorprendente sexualización de la bienaventuranza celestial nos produce la impresión de que el concepto schreberiano de la bienaventuranza ha nacido con la condensación de las dos significaciones capitales de la palabra alemana *selig (difunto y sensualmente dichoso)* y nos procura, además, la ocasión de someter a una prueba la relación de nuestro paciente con el erotismo general y con las cuestiones del goce sexual, pues nosotros los psicoanalíticos sustentamos hasta ahora la opinión de que las raíces de

toda enfermedad nerviosa y psíquica se hallan predominantemente en la vida sexual, opinión a la que hemos llegado unos por experiencia empírica y otros, además, por especulaciones teóricas.

Según las muestras del delirio de Schreber examinadas hasta ahora, podemos rechazar ya la posibilidad de que precisamente esta enfermedad paranoica pudiera demostrarse como el caso negativo durante tanto tiempo buscado, en el cual la sexualidad desempeñaría tan sólo un papel insignificante. En efecto, el mismo Schreber se expresa innumerables veces como si compartiera nuestras teorías, pues habla siempre simultáneamente de los trastornos nerviosos y episodios eróticos como si fuesen conceptos inseparables[1189].

Antes de su enfermedad, el magistrado Schreber era un hombre de severas costumbres. (Pág. 281): «Pocos hombres habrá —afirma él mismo, y no vemos razón ninguna para desconfiar aquí de sus declaraciones— que hayan sido educados en principios morales tan severos y hayan adaptado luego a ellos tan estrictamente su vida, sobre todo en cuanto a la sexualidad, ni que se hayan refrenado tanto en este orden de cosas». Pero después de los graves conflictos anímicos que se exteriorizaron en los fenómenos de la enfermedad, quedó totalmente modificada su actitud ante el erotismo. Llegó, en efecto, a descubrir que el cultivo de la voluptuosidad era para él un deber y que sólo cumpliéndolo podía dar solución favorable al conflicto en él surgido. Según le aseguraban sus voces, la voluptuosidad se había hecho «temerosa de Dios», y por su parte sólo lamentaba no poder dedicarse durante todo el día a su cultivo[1190].

Tales fueron las modificaciones que la enfermedad impuso a Schreber conforme a las dos direcciones principales de su delirio. Partiendo antes de la ascesis sexual y escéptico en cuanto a la existencia de Dios, la enfermedad le convirtió en un hombre creyente y entregado a la voluptuosidad. Pero lo mismo que su nueva fe era harto singular, también la parte de goce sexual por él conquistada entrañaba un carácter totalmente inhabitual. No era ya la libertad sexual masculina, sino un sentimiento sexual femenino, pues adoptaba una actitud femenina ante Dios, considerándose como su esposa[1191].

Ningún otro fragmento de su delirio es tratado tan minuciosamente por el

sujeto como su transformación en mujer. Los nervios por él aspirados adquieren en su cuerpo el carácter de nervios femeninos de la voluptuosidad y le prestan un aspecto más o menos femenino, dando sobre todo a su piel la tersura y la suavidad peculiares del sexo femenino (pág. 87). Le basta ejercer una ligera presión en cualquier lugar de su cuerpo para sentir debajo de su piel dichos nervios como conjunto de hebras o cuerdecillas sutilísimas, especialmente en el pecho, o sea en el lugar correspondiente a los senos femeninos (pág. 277). «Por medio de una presión ejercida sobre tales nervios consigo proporcionarme, sobre todo cuando al mismo tiempo pienso en algo femenino, una sensación de voluptuosidad correspondiente a la femenina». Sabe seguramente que tales nervios son, por su origen, antiguos nervios divinos que, al ser transferidos a su cuerpo, no han perdido su calidad de tales (pág. 279). Por medio de la *imaginación visual* le es posible procurarse y procurar a los *rayos* la impresión de que su cuerpo se halla provisto de senos femeninos y órganos genitales del mismo sexo. «Tanto me he acostumbrado imaginar que mi cuerpo posee un trasero femenino —*honny soit qui mal y pense*—, que siempre experimento tal impresión al inclinarme para coger algo». Llega incluso a afirmar decididamente que todo aquel que le viera desnudo de medio cuerpo arriba, sobre todo si la ilusión era auxiliada por algún adorno femenino, habría de experimentar la impresión de tener ante sí un *busto de mujer* (pág. 280). Pide ser reconocido por los médicos para que comprueben cómo todo su cuerpo está provisto, de pies a cabeza, de nervios de la voluptuosidad, cosa que a su juicio sólo sucede en el cuerpo de la mujer, mientras que el hombre sólo posee tales nervios en los órganos genitales y en las regiones inmediatas a los mismos (pág. 274). La voluptuosidad anímica que la acumulación de tales nervios desarrolla en él es tan intensa que, hallándose acostado, sólo precisa un pequeño esfuerzo de imaginación para obtener un goce sexual que le procura una idea muy precisa del placer sexual de la mujer en el coito (pág. 263).

Recordando el sueño que el sujeto tuvo durante el período de incubación de la enfermedad y antes de su traslado a Dresden, habremos de concluir que el delirio de su transformación en mujer no es más que la realización del contenido de aquel sueño. Por entonces el sujeto hubo de rechazar con viril indignación tal idea, y también luego, en su enfermedad, se resistió al

principio contra su realización, viendo en su transformación en mujer un atropello del que sus perseguidores querían hacerle objeto. Pero luego llegó un período (noviembre de 1895) en el cual comenzó a reconciliarse con aquella transformación de Dios. «Desde entonces he incluido con plena conciencia en mi programa el cultivo de la femineidad» (págs. 177 y 178).

Poco después llegó ya a la íntima convicción de que Dios mismo demandaba, para su propia satisfacción, su transformación en mujer.

(Pág. 281): «Pero en cuanto me hallo a solas con Dios —si me es permitido expresarme así —se me impone la necesidad de procurar por todos los medios posibles, y tanto con los mandatos de mi razón como con mis facultades imaginativas, que los rayos divinos reciban de mí, si no continuamente, por ser ello imposible al hombre, al menos a determinadas horas del día, la impresión de una mujer arrebatada por sensaciones voluptuosas.

»Por otro lado, Dios exige un *goce continuo* conforme a las condiciones que el orden universal impone a las almas y mi misión es ofrecérselo bajo la forma de un intenso desarrollo de voluptuosidad espiritual. Si ello me produce, además un placer sexual, creo tener derecho a considerarlo como una pequeña compensación de los tremendos padecimientos y privaciones que desde hace muchos años vienen siéndome impuestos».

(Pág. 284): «Basándome en todos estos descubrimientos, creo poder afirmar que Dios no se decidiría nunca a retirarse de mí, lo cual empeoraría considerablemente mi estado físico y me haría, además, entregarme sin la menor resistencia a desempeñar el papel de una mujer, que cohabitase conmigo mismo y a fijar de continuo mis ojos en el cuerpo de la mujer y contemplar constantemente imágenes femeninas, etc».

Los dos fragmentos capitales del delirio de Schreber, su transformación en mujer y su preferente situación ante Dios, aparecen enlazados en su sistema por su actitud femenina con respecto a Dios. Se nos impone, pues, la labor de establecer entre ambos fragmentos una relación *genética* esencial, pues si no, habríamos llegado con nuestras explicaciones del delirio de Schreber a la situación ridícula que Kant describe en su famosa comparación de la *Crítica de la razón pura*; esto es, a la del hombre que sostiene la vasija mientras el otro ordeña al macho cabrío.

II) TENTATIVAS DE INTERPRETACIÓN

POR dos lados podemos intentar aproximarnos a la comprensión de este historial patológico paranoico y descubrir en él los complejos y las fuerzas instintivas de la vida anímica que nos son ya familiares; partiendo de las manifestaciones delirantes del sujeto mismo y de los motivos de su enfermedad.

El primer camino nos tentaría una vez que C. G. Jung nos ha dado el brillante ejemplo de la interpretación de un caso grave de demencia precoz con manifestaciones sintomáticas extraordinariamente apartadas de lo normal. También la inteligencia y la franqueza del paciente habrían de hacernos más fácil la solución por este camino. No pocas veces nos proporciona él mismo la clave agregando, como incidentalmente, a una manifestación delirante una explicación, una cita o un ejemplo, o rebatiendo una analogía en él mismo emergente. En este último caso nos bastará prescindir del disfraz negativo, como estamos habituados a hacerlo en la técnica psicoanalítica, y considerar el ejemplo como lo auténtico y la cita o la confirmación como su fuente de origen para tener ante nosotros la traducción deseada del lenguaje paranoico al vulgar. Expondremos detalladamente un acabado ejemplo de esta técnica. Schreber se lamenta de las molestias que le causan los «pájaros encantados» o «pájaros parlantes», a los que adscribe toda una serie de singulares cualidades (págs. 208-214). Según él, están constituidos por restos de antiguas «antesalas del cielo»; esto es, de hombres que fueron bienaventurados, y son hostigados contra él cargados de cadaverina. Poseen la facultad de recitar «frases aprendidas de memoria, pero cuyo sentido no comprenden». Cada vez que descargan sobre él la cadaverina de que vienen cargados, esto es, cada vez que le recitan las frases que les han enseñado, se desvanecen en su alma con las palabras «¡Maldito bribón!» o «¡Maldito!», únicas cuyo sentido les es conocido. No comprenden el sentido de las palabras que pronuncian; pero poseen una sensibilidad natural para la homofonía de los sonidos, que tampoco necesita ser completa. Para ellos es indiferente que se diga:

’Santiago o Cartago’,

’Chinesentum o Jesús Cristo’,
’Abendrot [crepúsculo] o Atemnot [exhausto]’,
’Arimán o Ackermann [granjero]’.

Al leer esta descripción no podemos menos de pensar que con ella se alude a las muchachitas adolescentes, a las cuales se suele calificar, sin la menor galantería, de *pasitos* o atribuir *cabecitas de pájaro* y de las que se afirma que sólo deben repetir lo que a otros oyen, descubriendo, además, su incultura con el empleo equivocado de palabras extranjeras homófonas. El «¡Maldito bribón!», única cosa que dicen en serio, significaría entonces el comentario puesto por ellas al triunfo del joven que ha logrado impresionarlas. Y, en efecto, varias páginas más adelante tropezamos con unas cuantas frases de Schreber que confirman nuestra interpretación: «A muchas de estas almas de pájaros les di humorísticamente, para diferenciarlas, nombres de muchachas, ya que por su curiosidad y su tendencia a la voluptuosidad podían ser comparadas a muchachitas apenas adolescentes. Tales nombres femeninos fueron luego aceptados en parte por los rayos divinos y empleados por ellos para designar a las almas de pájaros correspondientes». Esta fácil interpretación de los «pájaros encantados» nos procura, además, un valioso apoyo para la explicación de las enigmáticas «antesalas del cielo».

No se me oculta que al extender nuestra labor psicoanalítica más allá de los casos típicos de interpretación nos es preciso usar de tacto exquisito y gran prudencia y que el lector sólo nos acompaña en cuanto se lo permite la familiaridad que ha llegado a adquirir con la técnica analítica. Hemos, pues, de procurar que a nuestro mayor esfuerzo de penetración no correspondía una disminución de la seguridad y la credibilidad de nuestras interpretaciones. En esta situación, unos investigadores extremarán la prudencia y otros la osadía, y sólo después de muchos tanteos y de un profundo conocimiento del sujeto se hará posible fijar los límites del derecho a interpretar. En la investigación del caso de Schreber se me impone la mayor prudencia por el hecho de que la resistencia desarrollada contra la publicación de las Memorias logró al menos sustraer a nuestro conocimiento una parte harto considerable del material, y seguramente la más importante para su inteligencia[1192]. Así, el capítulo

tercero del libro comienza con un anuncio prometedor: «Me propongo exponer aquí algunos sucesos acaecidos a *otros miembros de mi familia*, los cuales sucesos se relacionan probablemente con el proyectado asesinato de mi alma, y todos ellos presentan un sello más o menos enigmático, siendo difícilmente explicables con la sola ayuda de la experiencia humana» Pero poco después queda cortado con la frase siguiente: «La continuación del capítulo ha sido tachada por la censura por considerarla impublicable». Habré, pues, de declararme satisfecho si consigo referir con alguna seguridad el nódulo del delirio a un origen en motivos conocidos y humanos.

Con tal propósito expondremos ahora un detalle del historial patológico del que no se hace mención alguna en los certificados médicos, aunque el paciente hubo de presentarlo siempre en primer término. Me refiero a las relaciones de Schreber con su primer médico, el profesor Flechsig, de Leipzig.

Sabemos ya que el caso de Schreber mostró al principio el sello peculiar de la manía persecutoria, conservándolo hasta el primer viraje de la enfermedad, cuando el sujeto se reconcilió ya con la idea de su transformación en mujer. A partir de este momento, las persecuciones van haciéndose cada vez más soportables, y el hecho de que la transformación en mujer responda a un fin obediente a las normas del orden universal mitiga el ultraje que en sí encierra. Pero el autor de todas las persecuciones es Flechsig, el cual continúa siendo luego su instigador durante todo el curso de la enfermedad[1193].

Sobre el crimen de Flechsig y sobre los motivos que le impulsaron a cometerlo, el sujeto se expresa siempre con una indeterminación y una inaprehensibilidad que consideraremos testimonios de una elaboración delirante especialmente intensa, si se nos permite juzgar la paranoia conforme al modelo del sueño infinitamente mejor conocido. Flechsig ha asesinado el alma del enfermo o ha intentado un acto equivalente a los esfuerzos realizados por los demonios para apoderarse de la misma, acto que tenía quizá sus precedentes en sucesos acaecidos entre miembros ya difuntos de las familias de Flechsig y de Schreber. Nos complacería averiguar algo más sobre el sentido de este asesinato del alma, pero de nuevo hallamos vedado el acceso a las fuentes (pág. 28): «No me es posible decir más sobre la

naturaleza peculiar del asesinato del alma ni tampoco sobre la técnica del mismo. Únicamente podría añadir (sigue un pasaje impublicable)». A consecuencia de esta omisión no llegamos a averiguar a qué se alude realmente bajo el nombre de «asesinato del alma». Más adelante citaremos la única indicación que ha logrado escapar a la censura.

Sea como fuere, no tardó en iniciarse una evolución del delirio, que transformó las relaciones del enfermo con Dios sin modificar para nada las que mantenía con Flechsig. Si hasta entonces sólo en Flechsig había visto a su verdadero enemigo y había considerado a la omnipotencia divina como su más fiel aliada, a partir de este punto no pudo rechazar la idea de que el mismo Dios era cómplice, si no instigador, de la conspiración urdida contra él (pág. 59). Pero Flechsig continuó siendo el tentador a cuya influencia había sucumbido Dios (pág. 60). Había sabido escalar el cielo con toda su alma, o por lo menos, con una parte de la misma, y erigirse allí, sin haber tenido que pasar antes por la muerte y la purificación, en «jefe de los rayos» (pág. 56) [1194]. El alma de Flechsig conservó tal categoría, incluso cuando el enfermo se había trasladado ya de la clínica de Leipzig al sanatorio de Pierson. La influencia del nuevo ambiente se manifestó luego en el hecho de que el alma de v. W.[1195], enfermero jefe de aquel sanatorio, fue a unirse a la del doctor Flechsig en los delirios del enfermo. El alma de Flechsig pasó entonces por una «disociación», que alcanzó extraordinaria importancia, pues durante cierto período llegó a dividirse en cuarenta o cincuenta almas parciales, dos de las cuales, las almas importantes, eran designadas por el sujeto como el «Flechsig superior» y el «Flechsig medio» (pág. 111). Idéntica conducta siguió el alma de v. W. (el enfermero jefe). El enfermo se divertía mucho a veces viendo cómo tales dos almas disputaban entre sí, a pesar de su alianza, pues el orgullo aristocrático de la de v. W. chocaba con la pedantería universitaria de la de Flechsig (pág. 113). En las primeras semanas de su estancia en el sanatorio en Sonnenstein (verano de 1894), entró también en acción el alma del nuevo médico, el doctor Weber, y poco después se inició aquella evolución del delirio, en la que el sujeto llegó a reconciliarse con la idea de su transformación en mujer.

Durante esta enfermedad, diagnosticada de hipocondría y que, al parecer, se mantuvo dentro de los límites de una neurosis, fue Flechsig el médico del

sujeto. Schreber pasó por entonces seis meses en el sanatorio de la Universidad de Leipzig. Averiguamos que una vez restablecido conservó un excelente recuerdo de su médico: «Lo principal fue que al fin y al cabo curé por completo, después de un-largo viaje de convalecencia, quedando muy agradecido al profesor Flechsig, al cual manifesté después mi gratitud, satisfaciéndole cumplidos honorarios y haciéndole una visita». Es cierto que luego en sus Memorias no alaba ya Schreber sino con grandes restricciones su primer tratamiento por Flechsig; pero ello se explica fácilmente por el cambio ulterior de su actitud con respecto a él. La intensidad de su agradecimiento inicial al médico que le había curado se deduce claramente de la observación que continúa las palabras anteriormente transcritas: «Más cordial aún fue el agradecimiento de mi mujer, que veía en el profesor Flechsig al hombre que le había devuelto a su marido, y tuvo por tal razón, durante muchos años, su retrato encima de su mesa de escritorio» (pág. 36).

Siéndonos imposible averiguar la motivación de esta primera enfermedad, motivación cuyo conocimiento habría de sernos indispensable para la explicación de la segunda, mucho más grave, nos vemos obligados a penetrar ahora a la ventura en un terreno que nos es desconocido. Sabemos que en el período de incubación de la enfermedad (entre su nombramiento para Dresden y su toma de posesión, o sea de junio a octubre de 1893) tuvo el sujeto varios sueños, cuyo contenido era la recaída en su antigua enfermedad nerviosa. Además, hallándose una mañana en estado de duermevela, tuvo la sensación de que debía de ser muy hermoso ser una mujer en el momento del coito. Si relacionamos el contenido de aquellos sueños con el de esta fantasía, habremos de deducir que con el recuerdo de la enfermedad despertó también el del médico y que la actitud femenina de la fantasía se refirió desde un principio al mismo. O quizá el sueño del retorno de la enfermedad tuviese, en general, el sentido de un deseo nostálgico: «Quisiera volver a ver a Flechsig». Nuestra ignorancia del contenido psíquico de la primera enfermedad nos impide avanzar por este camino. Es muy posible que de aquel estado subsistiese aún una adhesión cariñosa al médico, la cual experimentase ahora, por razones desconocidas, una intensificación que la elevara a la categoría de inclinación erótica. Surgió en el acto, desde luego, una indignada repulsa de la fantasía femenina, impersonal aún —una verdadera «protesta viril», según

el término, aunque no en el sentido, de Alfredo Adler—; pero en la grave psicosis que no tardó en aparecer tal fantasía femenina se impuso por completo, y basta rectificar un poco la indeterminación paranoica de las manifestaciones de Schreber para adivinar que el enfermo temía ser objeto de abusos sexuales por parte del médico mismo. La motivación de esta enfermedad fue, pues, un avance de la libido homosexual, orientada, probablemente desde un principio, hacia el doctor Flechsig como objeto, y la resistencia contra este impulso libidinoso creó el conflicto del que surgieron los fenómenos patológicos.

Durante su última estancia en el sanatorio en Sonnestein, cuando Dios empezó a guardar mayores consideraciones al enfermo, tuvo efecto una *razzia* de aquellas almas tan desagradablemente multiplicadas, a consecuencia de la cual la de Flechsig subsistió luego en dos formas y la de v. W. en una. Esta última no tardó luego en desaparecer, y los dos fragmentos subsistentes del alma de Flechsig, que iban perdiendo lentamente su inteligencia y su poder, fueron entonces designados por el enfermo como el «Flechsig posterior» y «el partido del según como sea». Por el prólogo de las Memorias, la «Carta abierta al doctor Flechsig», sabemos que el alma de este último conservó hasta el final toda su importancia.

En esta singularísima carta el sujeto expresa la convicción de que el médico que le trataba había tenido también las mismas visiones que él, habiendo sido objeto de iguales revelaciones sobre cosas metafísicas, y añade la advertencia de que, por su parte, no tiene la menor intención de poner en tela de juicio la honorabilidad del mismo. Idéntica declaración es repetida luego, con toda seriedad y máximo interés, en páginas posteriores. Se ve claramente que el enfermo se esfuerza en separar el «alma Flechsig» del individuo vivo en igual nombre; esto es, en separar el Flechsig verdadero del que aparece en los delirios[1196].

Del estudio de una serie de casos de delirio persecutorio he extraído, y han extraído otros investigadores, la impresión de que la relación del enfermo con su perseguidor puede quedar explicada por medio de una sencilla fórmula[1197]. La persona a la que el delirio atribuye tan gran poder y tanta influencia, y en cuyas manos convergen todos los hilos de la conspiración, es siempre aquella misma que antes de la enfermedad integraba análoga

importancia para la vida sentimental del enfermo, o una sustitución de ella, fácilmente reconocible como tal. La importancia sentimental es proyectada como poder exterior y, en cambio, el tono sentimental queda transformado en su contrario. La persona odiada y temida ahora por su persecución es siempre una persona amada o respetada antes por el enfermo. La persecución estatuida por el delirio serviría, ante todo, para justificar la mutación de los sentimientos del sujeto.

Observemos ahora desde este punto de vista las relaciones anteriores del enfermo con su médico y posterior perseguidor, el doctor Flechsig. Sabemos ya que entre 1884 y 1885 padeció Schreber una primera enfermedad nerviosa, «que transcurrió sin incidente ninguno de carácter sobrenatural».

Mientras estaba en tal estado, descrito como 'hipocondría', y no habiendo superado su neurosis, Flechsig actuaba como su médico. Por esa época Schreber se internó por seis meses en la clínica de Leipzig. Sabemos que después de su recuperación tenía sentimientos cordiales hacia su médico. 'El asunto principal era que luego de un largo período de convalecencia, que lo dediqué a viajar, finalmente me mejoré, por lo que no debería sentir hacia el profesor Flechsig sino un vivo agradecimiento. Di clara señal de tal sentimiento tanto en una visita que le hice posteriormente como en lo que estimé ser un adecuado honorario'. En verdad, las alabanzas de Schreber hacia su primer tratamiento con Flechsig no estaban carentes de reservas, lo que llega a ser prontamente comprendido si consideramos que en el intertanto había invertido tal actitud. El pasaje que anotaremos testimonia el cálido sentimiento hacia el médico que lo trató en forma tan exitosa: "La gratitud de mi esposa era tal vez, aún más cordial, en tanto veía en el profesor Flechsig al hombre que le restituyó a su 'marido', de ahí que conservara por años su retrato sobre su escritorio".

Puesto que no podemos llegar a tener una comprensión interior sobre las causas de su primera crisis (conocimiento a no dudar indispensable para dilucidar la segunda y más grave crisis) tendremos que zambullirnos al azar en una concatenación desconocida de circunstancias. Durante el período de incubación de su enfermedad, según sabemos (esto es, entre junio de 1893, cuando fue designado para su nuevo cargo, y octubre siguiente, cuando tomó posesión de sus labores), soñó reiteradamente que le había vuelto su antigua

enfermedad. Una vez más, estando a medio dormir tuvo el sentimiento que después de todo sería grato ser una mujer copulando. Los sueños y la fantasía son relatadas por Schreber en inmediata sucesión. Si nosotros también juntamos sus contenidos podremos inferir que simultáneamente al recordar su enfermedad recordaba a su médico, y que la actitud femenina que tomaba en la fantasía correspondía a la original tenida hacia su médico. O que el sueño de retorno de su enfermedad correspondía a un echar de menos: ‘Desearía poder ver a Flechsig de nuevo’. Nuestro desconocimiento del contenido mental de la primera crisis nos impide proseguir en esa línea. Es posible que ese episodio dejara tras sí una sentida dependencia hacia su médico, y que ahora, por razones desconocidas se intensificaba hasta el punto de un deseo erótico. Tal fantasía femenina, que aún se mantenía en forma impersonal, fue enfrentada por un indignado repudio —una verdadera ‘protesta masculina’— en un sentido diferente al de Adler (según Adler la protesta masculina tiene un rol patogénico en el síntoma, en tanto que en este caso el paciente protesta contra un síntoma ya constituido cabalmente). Sin embargo, en el brote psicótico que sobrevino poco después la fantasía femenina ocupó el primer lugar. Requiere una leve corrección de la indefinición paranoica típica del lenguaje de Schreber para permitirnos adivinar el hecho que el paciente estaba temeroso de un abuso sexual a manos del propio médico. La causa estimulante de su enfermedad fue una irrupción de libido homosexual, y el propio doctor Flechsig fue probablemente el objeto de tal libido, y fue su lucha contra tales impulsos libidinales la causante del conflicto que terminó por producir los síntomas.

Haremos alto en este punto ante una poderosa ola de reproches y objeciones que nos amenaza. Todos aquellos que conocen la Psiquiatría actual esperarían ya verla aparecer de un momento a otro.

¿No es acaso una ligereza, una indiscreción y una calumnia acusar de homosexualidad a un hombre de tan relevantes cualidades morales como el magistrado Schreber? No; el enfermo ha comunicado a sus contemporáneos la fantasía de su transformación en una mujer, sobreponiéndose, por altos intereses científicos, a toda consideración personal. Nos ha dado así pleno derecho a ocuparnos de tal fantasía, y su traducción al lenguaje médico no ha añadido cosa alguna al contenido de la misma. Sí; pero al obrar así estaba

enfermo, y su delirio de ir transformándose en mujer era una idea morbosa. No lo hemos olvidado. Precisamente lo único de que hemos de ocuparnos es de la significación y el origen de tal idea morbosa. Nos remitiremos a su propia diferenciación entre el hombre Flechsig y el «alma Flechsig». Nada le reprochamos: ni que entrañara impulsos homosexuales ni que se esforzara en reprimirlos. Los psiquiatras podían aprender mucho de este enfermo viendo cómo dentro de su delirio mismo se esfuerza en no confundir el mundo de lo inconsciente con el de la realidad.

Pero ¿acaso consta expresamente en alguna parte que la temida transformación en mujer hubiera de ser en beneficio de Flechsig? Claro que no; pero no es fácil comprender que en unas Memorias destinadas a la publicidad y en las que no se quería ofender al hombre «Flechsig» había de eludirse una acusación directa. Ahora bien: los rodeos que semejante consideración imponen no logran encubrir el verdadero sentido de la inculpación, la cual se transparenta con toda claridad repetidas veces. Por ejemplo, en el pasaje siguiente: «De este modo se tramó contra mí un complot (aproximadamente en marzo o abril de 1894) encaminado, una vez reconocida o supuesta la incurabilidad de mi enfermedad nerviosa, a entregarme a un hombre, de manera que mi alma quedase esclavizada por el mismo, y mi cuerpo, transformado antes en un cuerpo femenino, entregado como tal a dicho hombre para que lo gozase». Parece superfluo hacer constar que nunca se nombra a persona ninguna por la que pudiéramos sustituir a Flechsig. Al final de la estancia del sujeto en la clínica de Leipzig surge en él el temor de ser «entregado a los enfermeros» para que abusen de él sexualmente. Su actitud femenina con respecto a Dios, abiertamente reconocida en la evolución posterior del delirio, desvanece toda posible duda sobre el papel atribuido inicialmente al médico. Otro de los reproches dirigidos a Flechsig resuena distintamente a través de todo el libro. Flechsig habría intentado asesinar su alma. Hemos vista ya que tampoco el enfermo sabe claramente en qué habría de consistir tal asesinato, pero también que se halla relacionado con detalles íntimos impublicables (cap. III). Un único guión nos permite aquí seguir adelante: el sujeto intenta aclarar la idea del asesinato del alma por medio de alusiones al *Fausto*, de Goethe; al *Manfredo*, de Byron, y al *Freichütz*, de Weber, y uno de estos ejemplos retorna luego en

otro pasaje. En efecto, al tratar de la disociación de Dios en dos personas, Schreber identifica al Dios inferior y al Dios superior con Arimán y Ormuz, respectivamente (pág. 19), y poco después escribe la siguiente observación: «Además, el nombre de Arimán aparece relacionado, por ejemplo, en el *Manfredo*, de Byron, con el asesinato de un alma». En el poema byroniano no hay nada análogo al pacto de Fausto con el demonio, ni el concepto de asesinato de un alma aparece una sola vez en él; pero su nódulo y su secreto es un incesto fraternal. En este punto se rompe ya el hilo que nos guiaba[1198].

Reservándonos el derecho de volver, en el curso de este estudio, sobre otras posibles objeciones, consideraremos suficientemente justificada por ahora nuestra hipótesis de que la base de la enfermedad de Schreber fue la brusca aparición de un impulso homosexual. Con esta hipótesis armoniza un detalle del historial patológico, inexplicable en otra forma: el sujeto sufrió una nueva «recaída nerviosa», decisiva para el curso de su enfermedad, en una ocasión en que su mujer había decidido ausentarse por breve plazo para atender al cuidado de su propia salud, pues hasta entonces había permanecido a su lado todo el tiempo que el régimen interior del sanatorio lo permitía. A su vuelta, después de una ausencia de cuatro días, le encontró lamentablemente transformado; tanto, que él mismo no deseaba ya verla. «Pasé por entonces una noche decisiva para mi ruina espiritual, pues durante ella tuve un número extraordinario de poluciones (quizá media docena)» (pág. 44). No es difícil adivinar que sólo de la presencia de su mujer podía extraer el sujeto influencias contrarias a la atracción de los hombres que le rodeaban, y teniendo en cuenta que las poluciones no son jamás posibles en el adulto sin una participación anímica, habremos de añadir a las de aquella noche toda una serie de fantasías homosexuales que permanecieron inconscientes.

Ignorando todo detalle de la histeria anterior a su enfermedad, no podemos adivinar por qué tal explosión de la libido homosexual surgió en el paciente precisamente en el intervalo entre su nombramiento para Dresden y su traslado allí. En general, el hombre oscila durante toda su vida entre sentimientos heterosexuales y homosexuales, y la privación o el desencanto en uno de tales sectores le impulsa hacia el otro. Nada de esto conocemos en cuanto a Schreber, pero no queremos dejar de llamar la atención de nuestros

lectores sobre un factor somático muy digno de tenerse en cuenta. Schreber tenía en esta época cincuenta y un años, encontrándose, por tanto, en aquella edad crítica para la vida sexual, en la cual, y después de una intensificación anterior, experimenta la función sexual de la mujer una regresión, de cuya influencia no parece tampoco estar excluido el hombre. Hay, pues, también para el hombre una edad climatérica, con su disposición consecutiva a la enfermedad[1199].

Imagino muy bien cuán aventurada ha de parecer la hipótesis de que un sentimiento de simpatía hacia un médico pueda aparecer de pronto, altamente intensificado, ocho años después[1200] y provocar una perturbación anímica tan grave. Pero, a mi juicio, no tenemos derecho a rechazar una tal hipótesis sólo por su inverosimilitud interna y sin comprobar antes hasta dónde puede conducirnos. La inverosimilitud puede ser tan sólo provisional y proceder de que la hipótesis de que se trate no se halle aún integrada en proceso lógico ninguno, siendo tan sólo la primera con que nos acercamos al problema. Para aquellos que no sepan mantener en suspenso su juicio y encuentren totalmente inaceptable nuestra hipótesis señalaremos una posibilidad que la despoja por completo de su carácter desconcertante. La simpatía hacia el médico puede proceder fácilmente de un «proceso de transferencia» por el cual haya quedado desplazada sobre la persona, indiferente en realidad, del médico la carga de afecto dada en el enfermo en cuanto a otra persona verdaderamente importante para él, de manera que el médico aparezca elegido como sustituido o subrogado de alguien más próximo al sujeto. O más concretamente aún: la personalidad del médico hubo de recordar al enfermo la de su hermano o su padre, a los que de este modo volvió a encontrar en él, y entonces no tiene nada de extraño que en determinadas circunstancias vuelva luego a aparecer en él la nostalgia de aquella persona sustitutiva y actúe con una violencia sólo explicable por su origen y por su significación primaria.

Para el mejor éxito de esta tentativa de explicación sería interesante saber sí al enfermar el sujeto vivía aún su padre, sí había tenido algún hermano y sí el mismo se hallaba por entonces entre los vivos o entre los difuntos. Me satisfizo, pues, encontrar en las Memorias, después de una larga rebusca, un pasaje en el cual el enfermo resuelve tales dudas (pág. 442): «La memoria de

mi padre y mi hermano me es tan sagrada como…» Así, pues, ambos habían muerto ya en la época de la segunda enfermedad y acaso cuando la primera.

No creo que debamos resistirnos más contra la hipótesis de que el motivo de la enfermedad fue la aparición de una fantasía optativa femenina (homosexual pasiva) que tenía su objeto en la persona del médico. Contra tal fantasía se alzó, por parte de la personalidad de Schreber, una intensa resistencia, y la defensa, que quizá hubiera podido adoptar otras formas distintas, escogió, por razones que desconocemos, la del delirio persecutorio. El hombre añorado se convirtió en perseguidor, y el contenido de la fantasía optativa, en el de la persecución. Sospechamos que también en cuanto a otros casos de delirio persecutorio ha de demostrarse aplicable esta interpretación esquemática. Pero el de Schreber se distingue de los demás en su evolución y en las transformaciones que durante ella experimenta.

La primera de tales transformaciones consiste en la sustitución de Flechsig por la propia persona de Dios, y al principio parece suponer una agudización del conflicto y un incremento de la persecución, ya intolerable; pero no tardamos en ver que en realidad prepara la segunda transformación, y con ella, la solución del conflicto. Si era totalmente imposible que el enfermo se reconciliara con la idea de verse convertido en mujer y prostituido al médico, la misión de ofrecer a Dios la voluptuosidad que el mismo busca no tropieza con la misma resistencia del *yo*. La transformación en mujer no es ya un ultraje, sino algo impuesto por la «ordenación del Universo», entra en una magna continuidad cósmica y tiene por objeto una nueva creación de la humanidad desgraciada. «Hombres nuevos creados por el espíritu de Schreber» venerarán en aquel infeliz perseguidor a su glorioso antepasado. Queda hallado así un expediente que satisface a las dos partes en conflicto. El *yo* es compensado por la manía de grandezas, y la fantasía optativa femenina se impone, habiéndose hecho aceptable. La lucha y la enfermedad pueden ya cesar. Sólo que la aprehensión de la realidad, robustecida entre tanto, obliga a desplazar a un lejano futuro la solución; esto es, a satisfacer con una realización que pudiéramos denominar «asintótica», del deseo[1201]. La transformación en mujer tendrá efecto en épocas muy lejanas y la personalidad del doctor Schreber permanecerá indestructible hasta entonces.

En los tratados de Psiquiatría se habla frecuentemente de una

transformación del delirio persecutorio en delirio de grandezas conforme a la trayectoria siguiente: El enfermo atacado primariamente por el delirio de ser perseguido por magnos poderes siente la necesidad de explicarse tal persecución y llegar así a suponer que él mismo es una elevada personalidad digna de tanto interés. La aparición del delirio de grandezas queda así atribuida a un proceso al cual damos nosotros el nombre de «racionalización», utilizando un acertado término de E. Jones. Pero, a nuestro juicio, no es nada psicológico atribuir a una racionalización consecuencias tan intensamente afectivas, y queremos hacer constar, por tanto, que nuestra opinión es muy distinta de esta que mencionan los tratados de Psiquiatría. Ante todo no afirmamos conocer la fuente del delirio de grandezas.

Volviendo al caso de Schreber, hemos de confesar que la explicación de la transformación de su manía tropieza con extraordinarias dificultades. ¿Por qué caminos y con qué medios tiene efecto la ascensión desde Flechsig hasta Dios? ¿De dónde extrae el sujeto el delirio de grandezas que tan afortunadamente facilita su reconciliación con las persecuciones, y permite al análisis la hipótesis de la fantasía optativa que ha de ser reprimida? Las Memorias nos proporcionan aquí un punto de apoyo al mostrarnos que «Flechsig» y «Dios» se hallan para el enfermo en una misma serie. Una fantasía le hace sorprender un diálogo en el que Flechsig se presenta a su mujer como el «dios Flechsig», haciendo que su interlocutora le tenga por loco. Más adelante nos llama la atención otro rasgo de los delirios del enfermo. Lo mismo que el perseguidor se divide a través de todo el delirio en dos personalidades, Flechsig y Dios, también el propio Flechsig se divide luego en otras dos, el Flechsig «superior» y el «medio», y Dios en el Dios «superior» y en «inferior». Y con respecto a Flechsig, la disociación va aún más allá en ulteriores estudios de la enfermedad. Tales disociaciones son muy características de la paranoia. La paranoia disocia, como la histeria condensa. O mejor dicho: la paranoia disocia de nuevo las condensaciones e identificaciones emprendidas en la fantasía inconsciente. Ahora bien: el hecho de que tal disociación se repita varias veces, como sucede en este caso, es, según C. G. Jung, un signo de la importancia de la persona de que se trata[1202]. Todas estas disociaciones de Flechsig y de Dios en varias personas significan, pues, lo mismo que la división del perseguidor en Flechsig y Dios.

Son dobletes de la misma circunstancia importante, tales como los que O. Rank ha descubierto en los mitos. Para la interpretación de todos estos detalles podemos apoyarnos en el hecho de la disociación del perseguidor en Flechsig y Dios y en la interpretación de la misma como una reacción paranoica a una identificación previa de ambos o a su pertenencia a la misma serie. En consecuencia, si el perseguidor Flechsig era al principio una persona amada, Dios no será tampoco más que el retorno de otra, también amada, pero probablemente más importante.

Continuando este proceso mental que nos parece justificado, habremos de decirnos que tal otra persona sólo puede ser el propio padre del sujeto, con lo cual correspondería claramente a Flechsig el papel de hermano (probablemente mayor)[1203]. La raíz de aquella fantasía femenina que tanta resistencia desencadenó en el enfermo sería, pues, la nostalgia, eróticamente intensificada, de su padre y de su hermano, nostalgia que, en cuanto a este último, quedó desplazada, por transferencia, sobre el médico Flechsig.

La introducción del padre en el delirio de Schreber sólo habrá de parecemos justificada en cuanto nos facilite la comprensión del caso y nos ayude a aclarar los detalles incomprensibles del mismo. Recordamos cuán singulares rasgos hallamos en el Dios schrebiano y en la actitud del sujeto con respecto a él, mezcla singular de violenta rebeldía y respetuosa veneración.

Dios, sometido a la influencia maléfica de Flechsig, no era capaz de extraer enseñanza ninguna de la experiencia, no conocía a los hombres vivos, porque sólo sabía tratar con cadáveres, y exteriorizaba su poder en una serie de milagros harto singular, pero estúpidos y pueriles.

Ahora bien: el padre del magistrado Schreber no había sido ningún hombre insignificante. La Memoria del doctor Daniel Gottlieb Moritz Schreber es conservada aún hoy en día por numerosas sociedades sajonas que llevan su nombre. Médico muy competente y estimado, su labor en pro del desarrollo armónico de la juventud, de la colaboración de la educación familiar con la escolar y de la importancia de los cuidados corporales y el ejercicio físico para la conservación de la salud, ejerció gran influencia sobre sus contemporáneos. De su fama como fundador de la gimnasia terapéutica en Alemania testimonia aún la difusión de las numerosas ediciones de su

Gimnasia médica.

Nada tiene de extraño que un tal padre fuera elevado a la categoría de Dios en el cariñoso recuerdo de su hijo, al que fue arrancado tempranamente por la muerte. Para nuestro sentir existe, desde luego, un abismo que no puede ser cegado entre la personalidad de Dios y la de cualquier hombre, por extraordinario que sea. Pero hemos de recordar que no siempre fue así: los dioses de los antiguos pueblos se hallaban humanamente más cercanos a ellos. Entre los romanos, el emperador muerto era deificado en toda regla. Vespasiano, activo e inteligente, dijo al caer enfermo: «¡Ay de mí! Creo que voy a convertirme en dios[1204]».

La actitud infantil del niño con respecto a su padre nos es ya conocida. Integra la misma reunión de sometimiento y rebeldía que hemos hallado en la relación de Schreber con su dios, y es el modelo indiscutible y fielmente copiado de esta última. El hecho de que el padre de Schreber fuera un médico muy estimado además, y venerado seguramente por sus parientes, nos explica las singulares características que el sujeto hace resaltar críticamente en su dios.

La más sangrienta burla de que puede hacerse objeto a un tal médico es afirmar que desconoce en absoluto a los vivos y sólo sabe tratar con cadáveres. En la naturaleza misma de Dios está el hacer milagros; pero también un médico los hace, en opinión de sus clientes, cuando lleva a cabo alguna curación extraordinaria. El hecho de que precisamente tales milagros, para los cuales ha proporcionado el material la hipocondría del enfermo, resulten luego tan inverosímiles, absurdos y, en parte, estúpidos, ha de hacernos recordar aquel principio de la interpretación onírica, según el cual el absurdo aparente en los sueños significa burla y desprecio. Idéntico papel representaría, pues, en la paranoia. Para otros reproches, por ejemplo, el de que Dios nos extrae de la experiencia enseñanza ninguna, podemos encontrar la explicación en aquella conducta infantil que devuelve en el acto y sin modificación alguna un reproche a la persona misma de quien emana, análogamente a como las voces citadas en las Memorias (pág. 23) hacen sospechar que la acusación del asesinato del alma, elevada contra Flechsig, fue, en un principio, una autoacusación.

Animados por las facilidades que la profesión paterna nos procura para la

explicación de las singulares cualidades del Dios de Schreber, no aventuraremos ahora a interpretar la extraña disociación del ser divino. Como ya vimos, el mundo divino se compone de «los reinos anteriores de Dios», llamados también «antesalas del cielo», en los cuales moran las almas de los hombres muertos, y del Dios «superior» y el «infierno», que forman juntos «los reinos posteriores de Dios». Aunque sabemos que no ha de sernos posible solucionar una condensación aquí existente, aprovecharemos, de todos modos, el detalle antes descubierto de que los «pájaros encantados», símbolos de adolescentes femeninas, proceden de las «antesalas del cielo», para interpretar los «reinos anteriores de Dios» y las «antesalas del cielo», como símbolos de la femineidad, y los «reinos posteriores de Dios» como símbolos de la virilidad. Si supiéramos seguramente que el difunto hermano de Schreber era mayor que él, podríamos ver en la disociación de Dios en un Dios inferior y otro superior la expresión del recuerdo de que después de la temprana muerte del padre ocupó, para el paciente, su puesto el hermano mayor.

Por último, queremos citar en este contexto al Sol, que tanta importancia hubo de adquirir, por medio de sus rayos, en la expresión del delirio. Schreber mantiene con el Sol relaciones singularísimas. El Sol habla con él en lenguaje humano, dándosele a conocer así como un ser vivo o como órgano de un ser superior oculto tras de él. Por uno de los certificados médicos averiguamos que el paciente le dirige, «a grandes gritos, insultos y amenazas[1205]», ordenándole que se oculte ante él. El mismo paciente nos comunica que el Sol palidece a su presencia[1206]. La participación del Sol en sus destinos se manifiesta en el hecho de mostrar importantes modificaciones en cuanto el mismo Schreber sufre alguna alteración, como sucedió, por ejemplo, durante las primeras semanas de su estancia en el sanatorio de Sonnestein. Una de sus manifestaciones nos facilita la interpretación de este mito solar, revelándonos que identifica al Sol con Dios, y tan pronto con el Dios inferior (Arimán)[1207] como con el superior (pág. 137): «Al día siguiente vi al Dios superior (Ormuz); pero esta vez no con mis ojos espirituales, sino con mis ojos físicos. Era el Sol; pero no el Sol en su apariencia habitual, familiar a todos los hombres, sino, etc». Obra, pues, lógicamente tratando al Sol como si fuese Dios mismo.

No puede hacérseme responsable de la monotonía de las soluciones psicoanalíticas si ahora afirmo que el Sol no es, nuevamente, más que un símbolo sublimado del padre. El simbolismo se sobrepone aquí al género gramatical, por lo menos en alemán, pues en la mayoría de los demás idiomas el Sol es del género masculino. Su compañera en este reflejo de la pareja parental es la «madre Tierra». En la solución psicoanalítica de las fantasías patógenas de sujetos neuróticos hallamos constantemente comprobada esta interpretación. Sólo una observación dedicaremos a su relación con los mitos cósmicos. Una de mis pacientes, que había perdido tempranamente a su padre e intentaba buscarlo en todos los elementos elevados de la Naturaleza, me hizo vislumbrar que el himno de Nietzsche *A la aurora*[1208] daba expresión a igual nostalgia. Otro enfermo, que contrajo su neurosis inmediatamente después de la muerte de su padre, y sufrió el primer acceso de angustia y vértigo en ocasión en que el Sol le iluminó con sus rayos cuando se hallaba cavando en su jardín con una pala, interpretó espontáneamente su acceso diciéndome que se había asustado al ser sorprendido por su padre mientras hundía en el cuerpo de su madre un instrumento agudo. Luego, al oponerle yo alguna tímida objeción, hizo más plausible su interpretación, comunicándome que ya en vida de su padre le había comparado con el Sol, aunque entonces tan sólo en sentido humorístico. Cada vez que se le preguntaba que dónde iba a pasar sus vacaciones su padre, él contestaba con las retumbantes palabras del «Prólogo en el Cielo» del *Fausto*, de Goethe:

> Und seine vorgeschrieb’ne Reise
> Vollendet er mit Donnergang.
> [Y con un pisar de trueno llevaba a cabo su viaje anunciado.]

En este enfermo, la actitud infantil ante el padre se impuso en dos distintas fases. Mientras el padre vivió, se mantuvo en franca y abierta rebeldía contra él, e inmediatamente después de su muerte contrajo una neurosis basada en una total sumisión esclavizada a su voluntad póstuma.

Así, pues, también en el caso de Schreber nos encontramos en el terreno familiar del complejo del padre[1209]. Si la lucha con Flechsig se presenta ante los mismos ojos del enfermo como un conflicto con Dios, nosotros habremos

de ver en este último un conflicto con el padre amado, conflicto cuyos detalles, que ignoramos, han determinado el contenido del delirio. No falta en él elemento ninguno del material que en tales casos es generalmente descubierto por el análisis. El padre aparece en estas vivencias infantiles como perturbador de la satisfacción sexual buscada por el niño, generalmente autoerótica[1210]. En el desenlace del delirio de Schreber, la tendencia sexual infantil alcanza un triunfo definitivo: la voluptuosidad se hace piadosa, y Dios mismo (el padre) la exige al enfermo. La amenaza paterna más temida, la de la castración, procuró el material de la primera fantasía optativa de la transformación en mujer rechazada al principio y aceptada luego. La alusión a una culpa, encubierta por el «asesinato del alma» como producto sustitutivo, resulta clarísima. El enfermero jefe es identificado con un antiguo vecino, el señor v. W., que, según las voces, le había acusado falsamente de onanismo. Las voces repiten el fundamento de la amenaza de castración diciendo: «Será usted castigado por haberse entregado a la voluptuosidad». Por último, la «obligación de pensar», a la que el enfermo se somete suponiendo que en cuanto suspendiera su actividad mental Dios le creería idiota y se retiraría de él. Es la reacción, que también nos es familiar por otros casos, contra la amenaza o el temor de que la actividad sexual, y especialmente el onanismo, puedan llevar a la locura[1211]. Dada la enorme cantidad de ideas delirantes hipocondríacas[1212] que el enfermo desarrolla, no debemos, acaso, dar gran importancia al hecho de que algunas de ellas coincidan literalmente con los temores hipocondríacos de los onanistas[1213].

Alguien que desarrollara en la interpretación mayor osadía que yo o a quien sus relaciones con la familia de Schreber le hubieran proporcionado mayor número de datos sobre las personas que le rodearon, el ambiente en que vivió y los pequeños sucesos de su vida, lograría fácilmente referir muchos de los detalles de su delirio a sus fuentes respectivas descubriendo así su sentido, a pesar de la censura a que fueron sometidas las Memorias. Por nuestra parte, nos vemos obligados a contentarnos con un vago esbozo del material infantil utilizado por la enfermedad paranoica para representar el conflicto actual.

Agregaremos aún algunas observaciones en cuanto a las bases del conflicto surgido en derredor de la fantasía optativa femenina. Sabemos que

hemos de llevar a cabo la tarea de relacionar la aparición de una fantasía optativa con una «privación» sufrida en la vida real. Ahora bien: el mismo Schreber nos confiesa una tal privación. Su matrimonio, feliz en todos los demás aspectos, no le proporcionó descendencia, privándole del hijo (varón) que le hubiera consolado de la pérdida de su padre y de su hermano y sobre el cual hubiera podido derivar su insatisfecha ternura homosexual. Su raza iba a extinguirse, y parece que el sujeto se hallaba orgulloso de su ascendencia y su familia (página 24): «Los Flechsig y los Schreber pertenecían ambos, según el término corriente, a "la más alta nobleza celestial". Los Schreber, especialmente, llevaban el título de "*margraves de* Turcia y de Tasmania", según una costumbre de las almas que las impulsa a adornarse con sonoros títulos mundanos[1214], obedeciendo a una especie de vanidad personal. Napoleón el *Grande* se divorció de Josefina, después de dolorosas luchas internas, por mostrarse ella incapaz de darle un heredero que continuara su dinastía[1215]. El doctor Schreber podía haber acariciado la fantasía de que si fuera una mujer, tendría seguramente hijos, y encontró así el camino para retroceder hasta la actitud femenina infantil con respecto al padre. El delirio, continuamente desplazado luego en el futuro, de que el mundo sería poblado por su transformación en mujer con "hombres nuevos creados por el espíritu de Schreber", estaba, pues, destinado a compensar su falta de hijos. Si los "homúnculos", que Schreber mismo encuentra tan enigmáticos, son niños, encontraremos ya muy comprensible que aparezcan reunidos en gran número en su cabeza, pues son realmente los "hijos de su espíritu[1216]"».

III) EL MECANISMO PARANOICO

HEMOS examinado hasta ahora el complejo paterno dominante en el caso de Schreber y la fantasía optativa central de la enfermedad. No hay en todo ello nada característico de la paranoia, nada que no podamos encontrar en otros casos de neurosis y no hayamos encontrado realmente en ellos. La peculiaridad de la paranoia (o de la demencia paranoide) reposa en algo distinto, en la forma singular de los síntomas, de la cual no habremos de

hacer responsables a los complejos, sino al mecanismo de la producción de síntomas o al de la represión. Diríamos que el carácter paranoico está en que la reacción del sujeto como defensa contra una fantasía optativa homosexual haya consistido precisamente en un tal delirio persecutorio.

Será, pues, muy significativo que la experiencia nos invite a atribuir precisamente a la fantasía optativa homosexual una relación íntima y quizá constante con la forma patológica. Desconfiado de mi propia experiencia, he investigado durante los últimos años, en cuanto a este punto y en unión de mis amigos los doctores Ç. G. Jung, de Zurich, y S. Ferenczi, de Budapest, toda una serie de casos de la paranoia en hombres y mujeres, de raza, profesión y posición social muy diferentes, cuyos historiales patológicos estudiamos, descubriendo, con sorpresa, cuán claramente dejaban ver todos ellos, en el punto central del conflicto patológico, la defensa contra el deseo homosexual, y cómo tales sujetos habían fracasado todos en el sojuzgamiento de su homosexualidad inconscientemente intensificada[1217]. No esperábamos de verdad tan preciso descubrimiento. Justamente en la paranoia no es nada evidente la etiología sexual, resaltando, en cambio, en su motivación, y sobre todo en cuanto al hombre, las contrariedades y las postergaciones sociales. Pero no hace falta profundizar gran cosa para reconocer que lo realmente eficaz en tales contrariedades de orden social es la participación de los componentes homosexuales de la vida sentimental. Mientras la actividad normal nos encubre la visión de las profundidades de la vida anímica, podemos dudar de que las relaciones sentimentales de un individuo con sus semejantes, en la vida social, integren, de hecho o genéticamente, relación alguna con el erotismo. Pero el delirio descubre regularmente tales relaciones y retrotrae los sentimientos sociales a sus raíces en deseos eróticos groseramente sexuales. Tampoco el doctor Schreber, cuyo delirio culmina en una evidente fantasía optativa homosexual, mostró en sus épocas de salud, según todos los informes, el menor indicio de homosexualidad en el sentido vulgar.

No creo superfluo, ni mucho menos injustificado, intentar aquí la demostración de que nuestro actual conocimiento de los procesos anímicos, conquistado por medio del psicoanálisis, puede procurarnos ya la comprensión del papel desempeñado por el deseo homosexual en la paranoia.

Investigaciones recientes[1218] han atraído nuestra atención sobre un estadio de la evolución de la libido, intermedio entre el autoerotismo y el amor objetal[1219]. Tal estadio ha sido designado con el nombre de *narcisismo*, y consiste en que el individuo en evolución, que va sintetizando en una unidad sus instintos sexuales entregados a una actividad autoerótica, para llegar a un objeto amoroso, se toma en un principio así mismo; esto es, toma a su propio cuerpo como objeto amoroso antes de pasar a la elección de una tercera persona como tal. Esta fase de transición entre el autoerotismo y la elección del objeto es quizá normalmente indispensable. Según parece, muchas personas se estancan en ella durante un espacio de tiempo habitualmente prolongado, y perdura, en gran parte, en los estadios ulteriores de la evolución. En el propio cuerpo elegido así como objeto amoroso pueden ser ya los genitales el elemento principal. El curso posterior de la evolución conduce a la elección de un objeto provisto de genitales idénticos a los propios, pasando, pues, por una elección homosexual de objeto antes de llegar a la heterosexualidad. En consecuencia suponemos que los ulteriores homosexuales manifiestos no han logrado libertarse de la condición de que el objeto elegido posea genitales idénticos a los propios, conducta en cuya determinación ejerce intensa influencia aquella teoría sexual infantil, según la cual los dos sexos poseen órganos genitales idénticos.

Una vez alcanzada la elección heterosexual de objeto, las tendencias homosexuales no desaparecen ni quedan en suspenso, sino que son simplemente desviadas del fin sexual y orientadas hacia otros nuevos. Se unen con elementos de los instintos del *yo*, para constituir con ellos los instintos sociales, y representar así la aportación del erotismo a la amistad, a la camaradería, a la sociabilidad y al amor general a la Humanidad. Por las relaciones sociales normales de los hombres no adivinaríamos nunca la magnitud de estas aportaciones procedentes de fuentes eróticas con inhibición de su fin sexual. A este contexto pertenece también el hecho de que precisamente los homosexuales manifiestos, y en primer término aquellos que rechazan toda actividad sexual, se caractericen por una intensa participación en los intereses generales de la Humanidad, surgidos de la sublimación del erotismo.

En mis *Tres ensayos para una teoría sexual* he manifestado la opinión de

que cada uno de los estadios de la evolución de la psicosexualidad integra una posibilidad *de fijación* y, con ella, de disposición a la neurosis. Aquellas personas que no han logrado salir por completo del estadio del narcisismo, integrando, por tanto, una fijación al mismo, que puede actuar en calidad de disposición a la enfermedad, corren peligro de que una crecida de la libido, que no encuentre otra derivación distinta, imponga a sus instintos sociales una sexualización y anule con ello las sublimaciones logradas en el curso de la evolución. A un tal resultado puede llevar todo aquello que provoque un retroceso de la libido, una regresión; esto es, tanto una intensificación colateral por desilusiones experimentada cerca de la mujer, como un retroceso directo por fracaso de las relaciones sociales con los hombres o una intensificación general de la libido, demasiado poderosa para encontrar derivación por los caminos ya abiertos, y que rompe, en consecuencia, los puntos débiles de los diques que trazan su curso. Habiendo descubierto en nuestros análisis que los paranoicos *intentan defenderse contra una tal sexualización de sus tendencias sociales,* se nos impone la hipótesis de que el punto débil de su evolución ha de buscarse en el camino que se extiende entre el autoerotismo, el narcisismo y la homosexualidad, lugar en el cual se hallaría localizada su disposición a la enfermedad, que acaso podamos determinar más precisamente aún. Habremos también de atribuir una análoga disposición a la *demencia precoz* de Kraepelin o *esquizofrenia* (según Bleuler), y esperamos lograr puntos de apoyo suficientes para fundamentar las diferencias existentes en la forma y el desenlace de ambas afecciones en diferencias correlativas de la fijación que genera la disposición.

Al considerar así la fantasía optativa homosexual de *amar al hombre* como el nódulo del conflicto dado en la paranoia masculina, no habremos de olvidar que para sentar definitivamente tan importante hipótesis considerábamos indispensable la investigación previa de un gran número de casos de todas las formas de la afección paranoica. Hemos, pues, de estar preparados a limitar eventualmente nuestra afirmación a un único tipo de la misma. De todos modos, resulta singular que todas las formas principales de la paranoia conocidas hasta ahora pueden ser consideradas como contradicciones a una única afirmación:

«Yo (un hombre) *le amo* (a un hombre)», e incluso agoten todas las formas posibles de dicha contradicción.

La afirmación «Yo le amo (al hombre)» queda contradicha:

a) Por el delirio persecutorio, el cual proclama:

«No le *amo*; le *odio*». Esta contradicción, que en lo inconsciente no podía aparecer formulada de otro modo, puede no hacerse consciente en la misma forma en el sujeto paranoico. El mecanismo de la producción de síntomas de la paranoia exige que la percepción interior, el sentimiento, sea sustituida por una percepción exterior, y de este modo, la frase «Yo le odio» se transforma, por medio de una *proyección*, en esta otra: «*El me odia* (me persigue), lo cual me da derecho a odiarle». El sentimiento impulsor inconsciente se muestra así como una consecuencia deducida de una percepción exterior:

«No le *amo*; le *odio*, porque me *persigue*».

La observación no deja lugar ninguno a dudas en cuanto a que el perseguidor es el hombre anteriormente amado.

b) La *erotomanía* elige otro distinto punto de ataque para la contradicción, y sólo así nos resulta comprensible:

«Yo no le amo a *él*; amo a *ella*».

Y el mismo incoercible impulso a la proyección impone a esta frase la transformación siguiente: «Advierto que *ella* me ama».

«Yo no le amo a *él*; la amo a *ella*, porque *ella me ama*». Muchos casos de erotomanía podían hacernos la impresión de fijaciones heterosexuales exageradas o deformadas si no observásemos que todos estos enamoramientos no se inician con la percepción interna de amar, sino con la de ser amado, procedente del exterior. Pero en esta forma de la paranoia puede hacerse consciente también la frase intermedia «*Yo la amo*», porque su oposición a la primera frase no es tan contradictoria ni tan inconciliable como la existente entre el amor y el odio. Siempre es, en efecto, posible amarla a ella, además de amarle a él. De este modo, puede suceder que la frase sustituida por proyección: «Ella me ama», aparece de nuevo en la frase del ‘lenguaje básico’: «Yo la amo».

c) La tercera forma posible de contradicción estaría en los celos

delirantes, cuyas formas características podemos estudiar en el hombre y en la mujer:

(α) Delirio celoso de los alcohólicos: El papel que el alcohol desempeña en esta afección es perfectamente comprensible. Sabemos que el alcohol suprime las inhibiciones y anula las sublimaciones. El hombre es impulsado muchas veces hacia el alcohol por la desilusión experimentada con las mujeres; pero ello no quiere decir generalmente, sino que busca la sociedad de los hombres, reunidos en la taberna o en el bar, de la cual extrae la satisfacción sentimental que en su hogar y con su mujer echa de menos. Si tales hombres son objeto entonces de una intensa carga libidinosa en su inconsciente, el sujeto se defenderá contra la misma por medio de la tercera clase de contradicción:

«No soy *yo* quien ama al hombre; es *ella* quien le ama». Y acusará de infidelidad a su mujer con todos los hombres a los que él se siente inclinado a amar.

La deformación provocada por la proyección falta aquí por innecesaria, pues al cambiar el sujeto amante queda ya, en todos modos, expulsado del *yo* el proceso. El hecho de que la mujer ame a otros hombres continúa siendo una circunstancia de la percepción exterior. En cambio, el que uno mismo no ame, sino que odie, o no ame a esta persona, sino a aquélla, son hechos de la percepción interior.

(β) Los celos delirantes de las mujeres siguen análoga trayectoria:

«No soy *yo* quien ama a las mujeres; es *él quien las ama*». A consecuencia de la intensificación de su narcisismo disponente y de su homosexualidad, la mujer celosa acusa de infidelidad a su marido con todas las mujeres que a ella misma le agradan. En la elección de los objetos amorosos atribuidos al hombre se patentiza la influencia de la época en que tuvo lugar la fijación, pues muchas veces son personas ancianas, inadecuadas ya para el amor y en las que la sujeto encarna a sus guardadoras, criadas y amigas de la infancia, o directamente a sus hermanas, en las que ya entonces veía competidoras.

Pudiera creerse que una frase compuesta únicamente de tres elementos,

como la de «Yo te amo», sólo habría de permitir tres formas de contradicción. Los celos delirantes contradicen al sujeto; el delirio persecutorio, al verbo, y la erotomanía, al complemento. Pero también es posible una cuarta modalidad de la contradicción consistente en la repulsa general de toda la frase:

«No amo en absoluto, no amo a nadie». Y dado que el sujeto ha de hacer algún uso de la libido, tal aserto parece psicológicamente equivalente a este otro: «Sólo me amo a mí mismo». Esta modalidad de la contradicción produciría, por tanto, el delirio de grandezas, en el que vemos una *supervaloración sexual del propio «yo»*, y que podemos situar al lado de la conocida supervaloración del objeto erótico[1220].

El hecho de que en la mayor parte de las formas de la afección paranoica distintas del delirio de grandezas pueda descubrirse cierto montante de este último, no deja de ser muy significativo para otro fragmento de la teoría de la paranoia. Tenemos derecho a suponer que el delirio de grandeza es, en general, infantil, quedando sacrificado luego a la sociedad en el curso ulterior de la evolución. Y, por otro lado, nada lo sojuzga con tanta intensidad como un enamoramiento que se apodere enérgicamente del individuo.

«Pues allí donde el amor despierta, muere el *yo*, déspota, sombrío[1221]».

Después de estas consideraciones sobre la inesperada significación de la fantasía optativa homosexual en cuanto a la paranoia, tornaremos a aquellos dos factores en los cuales hallamos desde un principio lo característico de tal afección: el mecanismo de la *producción de síntomas* y el de la *represión*.

No tenemos al principio derecho alguno a suponer que tales dos mecanismos sean idénticos, de manera que la producción de síntomas siga el mismo camino que la represión, aunque en dirección opuesta. Tal identidad no es tampoco muy verosímil. Pero preferimos aplazar hasta después de la investigación toda afirmación a este respecto.

En la producción de síntomas de la paranoia resalta, en primer término, aquel proceso que designamos con el nombre de proyección. En él es reprimida una percepción interna, y en sustitución suya surge en la conciencia su propio contenido, pero deformado y como percepción externa. En el delirio persecutorio, la deformación consiste en una transformación del afecto: aquello que había de ser sentido interiormente como amor es

percibido como odio procedente del exterior. Nos inclinaríamos a ver en este singular proceso el rasgo más importante de la paranoia si no recordásemos, en primer lugar, que la proyección no desempeña el mismo papel en todas las formas de dicha afección, y en segundo, que no sólo en ella surge en la vida anímica, sino también en otras circunstancias, e incluso participa regularmente en la determinación de nuestra actitud con respecto al mundo exterior. Aquel proceso normal en el que no buscamos en nosotros mismos, como habitualmente, las causas de ciertas impresiones sensoriales, sino que las desplazamos al exterior, merece también el nombre de proyección. Advertidos así de que la proyección plantea problemas psicológicos generales, nos decidiremos a aplazar su estudio y con él el del mecanismo de la producción de síntomas en la paranoia, y nos preguntaremos, en cambio, cuál es la idea que podemos formarnos del mecanismo de la represión en la paranoia. Anticiparemos que nuestra renuncia provisional aparece, además, justificada por el hecho de que la modalidad del proceso de represión se relaciona mucho más íntimamente con la evolución de la libido y de la disposición en ella dada que la modalidad de la producción de síntomas.

En el psicoanálisis hemos hecho surgir en general de la represión los fenómenos patológicos. Examinando más de cerca el proceso así denominado por nosotros, veremos que es posible dividirlo en tres fases precisamente diferenciales:

1.ª La primera fase consiste en la «fijación», premisa y condición de toda «represión». El hecho de la fijación puede ser definido diciendo que un instinto, o una parte de un instinto, no sigue la evolución prevista como normal y permanece, a causa de tal inhibición evolutiva, en un estadio infantil. La corriente libidinosa de que se trate conduce, con respecto a los productos psíquicos ulteriores, como una corriente reprimida y perteneciente al sistema de lo inconsciente. Ya hemos dicho que tales fijaciones de los instintos integran la disposición a enfermedades ulteriores, y podemos añadir que entrañan también, ante todo, la determinación del desenlace de la tercera fase de la represión.

2.ª La segunda fase de la represión es la represión propiamente dicha, a la que hasta ahora nos hemos referido preferentemente. Tiene su punto de partida en los sistemas del *yo*, más desarrollados y capaces de conciencia, y

puede ser descrita como un «impulso secundario». Hace la impresión de ser un proceso esencialmente activo, en tanto que la fijación representa una demora propiamente pasiva. Sucumben a la represión las ramificaciones psíquicas de aquellos instintos primariamente retrasados cuando su intensificación provoca un conflicto entre ellos y el *yo* (o los instintos del *yo*) o aquellas tendencias psíquicas contra las cuales surge, por otras causas, una intensa repugnancia. Ahora bien: tal repugnancia no tendría por consecuencia la represión si entre las tendencias ingratas destinadas a ser reprimidas y aquellas que ya lo están no se estableciera una relación. Allí donde así sucede, la repulsa de los sistemas conscientes y la atracción de los sistemas inconscientes actúan en el mismo sentido favorable a la represión. Los dos casos aquí diferenciados pueden hallarse menos separados en realidad, distinguiéndose tan sólo por un mayor o menor impulso en la aportación procurada por los instintos primariamente reprimidos.

3.ª La tercera fase y la más importante en cuanto a los fenómenos patológicos es la del fracaso de la represión, con la «irrupción» y el «retorno de lo reprimido». Esta irrupción tiene su punto de partida en el lugar de la fijación, y su contenido es una regresión de la evolución de la libido hasta dicho lugar.

Ya hemos hablado de la multiplicidad de las fijaciones. Hay tantas como estadios de la evolución de la libido. Ahora debemos prepararnos a encontrar análoga diversidad en los mecanismos de la represión propiamente dicha y en los de la irrupción (o la producción de síntomas) y podemos ya suponer de antemano que habrá de sernos imposible referirlos todos exclusivamente a la evolución de la libido.

Fácilmente se advierte que con estas consideraciones rozamos el problema de la elección de neurosis, el cual no puede ser atacado sin antes llevar a cabo una labor previa de otro orden. Recordando haber tratado ya de la fijación y demorado, en cambio, el estudio de la producción de síntomas, nos limitaremos a examinar la posibilidad de extraer del análisis del caso de Schreber algunos datos sobre los mecanismos de la represión propiamente dicha que actúan en la paranoia.

En el período culminante de la enfermedad surgió en Schreber, bajo la influencia de visiones que eran «en parte terroríficas y en parte de una

magnificencia indescriptible» (pág. 73), la convicción de una futura catástrofe que había de acabar con el mundo. Sus voces le decían que se había perdido la obra realizada en un pasado de catorce mil años y que la Tierra no duraría ya más que otros doscientos doce, y en la última época de su estancia en la clínica de Flechsig el enfermo creía ya cumplido dicho plazo. Se consideraba como el «único hombre verdadero superviviente», y las pocas formas humanas que aún veía el médico, los enfermeros y los pacientes, eran tan sólo «hombres encantados y hechos a toda prisa». Pero también se le imponía a veces la corriente contraria y afirmaba haber leído en un periódico la noticia de su muerte (pág. 81), pues se había dividido en una segunda forma inferior y había muerto en ella, apaciblemente, una tarde. De todos modos, la otra faceta de su delirio, que mantenía subsistente el *yo* y sacrificada al mundo demostró ser la más fuerte. Sobre la causa de la catástrofe que amenazaba al mundo, daba distintas explicaciones. Tan pronto pensaba en un retorno a los hielos perpetuos, provocado por la extinción del Sol, como en una destrucción por espantosos terremotos, adscribiéndose en este último caso el papel de autor responsable, como ya hubo de hacerlo otro «visionario» de nacionalidad portuguesa, con ocasión del terremoto que asoló a Lisboa en 1755 (pág. 91). O también veía a Flechsig el culpable, por haber difundido el espanto entre los hombres con sus artes mágicas, haber destruido las bases de la religión y haber provocado una nerviosidad y una inmoralidad generales, a consecuencia de las cuales habían caído sobre los hombres terribles epidemias (pág. 91). En todo caso, el fin del mundo era una consecuencia del conflicto surgido entre Flechsig y él, o, según mostró luego la etiología en la segunda fase del delirio, de su unión, indisoluble ya, con Dios, y, en definitiva, siempre la consecuencia necesaria de su enfermedad. Años después, cuando el doctor Schreber pudo reintegrarse a la vida social y no consiguió descubrir en los libros ni en los utensilios que manejaba nada compatible con la hipótesis de que hubiera transcurrido un magno período de la historia de la Humanidad, reconoció la imposibilidad de mantener su opinión (pág. 85): «No puedo menos de reconocer que, *vistas las cosas desde fuera*, todo sigue lo mismo que antes. Pero más adelante examinaremos *si no se ha cumplido en ellas una profunda modificación interior*». No podía dudar de que el mundo se había hundido durante su enfermedad y que el que ahora

veía ante sí no era ya el mismo.

No es raro hallar en otros historiales clínicos un análogo fin del mundo ocurrido durante el estadio tormentoso de la paranoia[1222]. Aplicando nuestra hipótesis sobre la carga de libido y dejándonos guiar por la estimación de los demás hombres como hombres hechos a la ligera, no nos es difícil encontrar la explicación de estas catástrofes[1223]. El enfermo ha retraído de las personas que le rodean y del mundo exterior en general la carga de libido que hasta entonces había orientado hacia ellos, y así todo ha llegado a serle indiferente y ajeno, teniendo que ser explicado, por una racionalización secundaria, como «encantado y hecho a toda prisa». El fin del mundo es la proyección de esta catástrofe interior; su mundo subjetivo se ha hundido desde que él le ha retirado su amor[1224].

Después de la maldición con la que Fausto se desliga del mundo, canta el coro de espíritus: «¡Ay! Con ímpetu poderoso has destruido el mundo bello. ¡Un semidiós lo ha derribado!… ¡Tú, el más grande de los hijos de la Tierra, constrúyelo de nuevo; constrúyelo de nuevo, más esplendoroso, en tu corazón!»

Y el paranoico vuelve, en efecto, a construirlo, no precisamente con mayor magnificencia, pero al menos en forma que pueda volver a vivir en él. Lo reconstruye con la labor de su delirio. *El delirio, en el cual vemos el producto de la enfermedad, es en realidad la tentativa de curación, la reconstrucción*. Ésta es conseguida mejor o peor después de la catástrofe, pero nunca completamente. El mundo ha sufrido «una profunda modificación interior», según las palabras del propio Schreber. Pero el hombre ha recobrado una relación con las personas y las cosas del mundo, relación a veces muy intensa, aunque de esperanzada y cariñosa se haya convertido acaso en hostil. Diremos, pues, que el proceso de represión propiamente dicho consiste acaso en que el sujeto retrae su libido de las personas y las cosas antes amadas. Tal proceso se desarrolla en silencio; no recibimos noticia alguna de él y nos vemos forzados a deducirlo de otros consecutivos. El que sí se hace advertir ruidosamente es el proceso de curación, que anula la represión y conduce de nuevo la libido a las personas de las que antes fue retirada. Este proceso curativo sigue en la paranoia el camino de la proyección. No era, por tanto, exacto decir que la sensación interiormente

reprimida es proyectada al exterior, pues ahora vemos más bien que lo interiormente reprimido retorna desde el exterior. La investigación fundamental del proceso de la proyección, antes aplazada, nos proporcionará ahora una definitiva certeza.

No nos contrariará comprobar que el conocimiento así logrado nos impone toda una serie de otras discusiones.

1.ª Una inmediata reflexión nos dice que la retracción de la libido no puede ser exclusiva de la paranoia ni tener siempre, dondequiera que se desarrolle, consecuencias tan funestas. Es muy posible que la retracción de la libido sea el mecanismo esencial y regular de toda represión; pero nada sabremos sobre este punto en tanto no hayamos sometido a una investigación análoga las demás afecciones en que la represión interviene. Lo indudable es que en la vida anímica normal (y no sólo en la melancolía) llevamos continuamente a cabo tales procesos, en los que la libido es retirada de personas o cosas, sin que por ello enfermemos. Cuando Fausto se desliga del mundo, maldiciéndolo, no resulta de ello una paranoia u otra neurosis, sino un estado psíquico especial. En consecuencia, la retracción de la libido no puede constituir por sí sola el elemento patógeno en la paranoia, debiendo existir un carácter especial que diferencie la retracción paranoica de la libido, de otras modalidades del mismo proceso. No es difícil suponer cuál pueda ser tal carácter. ¿Cuál es el empleo que recibe luego la libido retraída? Normalmente, buscamos en el acto una sustitución de la adherencia suprimida, y hasta lograr tal sustitución conservamos la libido retraída, flotando en la psique, en la que produce tensiones e influye sobre el estado de ánimo. En la histeria, el montante de libido retraída se transforma en inervaciones somáticas o en angustia. Pero en la paranoia tenemos un indicio clínico de que la libido retraída del objeto recibe un empleo especial. Recordamos que la mayor parte de los casos de paranoia integran cierto montante de delirio de grandezas, y que el delirio de grandezas puede constituir por sí solo una paranoia. Deduciremos, pues, que en la paranoia la libido libertada es acumulada al *yo*, siendo utilizada para engrandecerlo. Con ello queda alcanzado nuevamente el estadio del narcisismo que nos es ya conocido por el estudio de la evolución de la libido, y en el cual era el propio

yo el único objeto sexual, basándonos en este dato clínico, supusimos que los paranoicos integraban una *fijación al narcisismo*, y concluimos que el *retroceso desde la homosexualidad sublimada hasta el narcisismo revela el alcance de la regresión* característica de la paranoia.

2.ª En el historial clínico de Schreber (como en otros muchos) puede apoyarse una nueva objeción. Se dirá, en efecto, que el delirio persecutorio (contra Flechsig) surge evidentemente antes que la fantasía del fin del mundo, de manera que el supuesto retorno de lo reprimido precedería a la represión misma, lo cual resulta un contrasentido. Esta objeción nos obliga a descender de la consideración general al examen detallado de las circunstancias reales, mucho más complicadas ciertamente. Ha de reconocerse que una tal retracción de la libido puede ser tanto parcial, limitándose a un único complejo, como general. La solución parcial sería la más frecuente y serviría de introducción a la general, ya que al principio puede ser motivada, únicamente, por influencias de la vida. El proceso puede luego limitarse a esta solución parcial o llegar a la general, la cual se anuncia entonces claramente con el delirio de grandezas. En el caso de Schreber, la retracción de la libido de la persona de Flechsig pudo ser el proceso primario, seguido a poco por el delirio que devuelve a Flechsig la libido (aunque con signo negativo como sello de la represión habida) y anula así la obra de la represión. Pero ésta se lanza de nuevo al combate, utilizando ahora medios más enérgicos. En cuanto al objeto en torno al cual se desarrolla la lucha, llega a ser el más importante del mundo exterior y quiere atraer así, por un lado, toda la libido, mientras moviliza por otro contra él todas las resistencias, podemos comparar dicha pugna con una batalla campal, en cuyo curso la victoria de la represión se manifiesta en la convicción de que el mundo ha quedado destruido, subsistiendo tan sólo el propio *yo*. Considerando las artificiosas construcciones que el delirio de Schreber edifica en el terreno religioso (la jerarquía de Dios, las almas purificadas, las antesalas del cielo, el Dios inferior y el superior), podemos estimar qué riqueza de sublimación quedó destruida por la catástrofe de la retracción general de la libido.

3.ª Una tercera reflexión sugerida por las consideraciones aquí desarrolladas plantea la cuestión de si hemos de considerar la retracción general de la libido del mundo exterior como suficientemente eficaz para

explicar por sí sola el «fin del mundo», y si en este caso no bastarían las cargas del *yo* subsistentes para mantener la relación con el mundo exterior. Tendríamos entonces que hacer coincidir aquello que denominamos carga de libido (interés procedente de fuentes eróticas) con el interés en general, o admitir la posibilidad de que una amplia perturbación en la localización de la libido pueda provocar también una perturbación correlativa en las cargas del *yo*. Ahora bien, éstos son problemas para cuya solución carecemos aún de datos bastantes. Otra cosa sería si pudiésemos partir de una teoría de los instintos suficientemente afirmada. Pero, en realidad, no disponemos de nada semejante. Consideramos el instinto como el concepto límite de lo somático frente a lo anímico; vemos en él el representante psíquico de poderes orgánicos y admitimos la distinción corriente entre instintos del *yo* e instinto sexual, que nos parece coincidir con la dualidad biológica del individuo, el cual tiende a su propia conservación tanto como a la de la especie. Pero todo lo demás son hipótesis que construimos —y abandonamos, llegado el caso, sin la menor contrariedad— para orientarnos en la confusión de los más oscuros procesos anímicos, esperando precisamente que la investigación psicoanalítica de los procesos psíquicos patológicos nos impongan determinadas conclusiones en cuanto a los problemas de la teoría de los instintos. Dada la novedad de tales investigaciones, nuestra esperanza no ha podido cumplirse todavía. Pero no debemos perder de vista la posibilidad de que las perturbaciones de la libido influyan sobre las cargas del *yo*, ni tampoco la posibilidad inversa de una perturbación secundaria e inducida de los procesos de la libido por alteraciones anormales del *yo. Es* incluso verosímil que el carácter diferencial de la psicosis dependa de procesos de este género. Pero no es posible indicar todavía en qué medida puede aplicarse todo esto a la paranoia. Quisiéramos tan sólo hacer resaltar un único punto de vista. No es posible afirmar que el paranoico haya retraído por completo su interés del mundo exterior, ni siquiera en el período culminante de la represión, como hemos de admitirlo en otras formas distintas de la psicosis alucinatoria (en la amencia de Meynert). El sujeto percibe el mundo exterior y se da cuenta de sus modificaciones que estimulan en él tentativas de explicación (los hombres «apresuradamente hechos»), razón por la cual creo mucho más verosímil que la modificación de sus relaciones con el mundo

exterior sólo o predominante por la desaparición del interés libidinoso puede explicarse.

4.ª Dadas las próximas relaciones de la paranoia con la demencia precoz, no podemos menos de preguntarnos cómo una tal explicación de la primera de dichas dolencias ha de influir en la interpretación de la segunda. A mi juicio, Kraepelin obró acertadamente al fundir en una nueva unidad clínica, con la catatonia y otras formas, mucho de lo que antes se situaba bajo la rúbrica de la paranoia. Lo único que me parece inhábil es el nombre de demencia precoz dado a tal nueva unidad. También contra la denominación de esquizofrenia dada por Bleuler al mismo ciclo de formas puede objetarse que sólo olvidando el sentido literal de dicha palabra puede parecer adecuada a tal empleo. Es prejuzgar demasiado utilizar como denominación un carácter teóricamente postulado que ni siquiera es exclusivo de la afección denominada ni puede ser considerado, desde otros puntos de vista, como el más importante. Pero, después de todo, la denominación que se dé a un cuadro clínico no es cosa esencial. Más importante nos parece mantener la paranoia como tipo clínico independiente, aunque su cuadro aparezca frecuentemente complicado por rasgos esquizofrénicos, pues desde el punto de vista de la teoría de la libido podría diferenciarse en una distinta localización de la fijación dispositiva y en un distinto mecanismo del retorno (de la producción de síntomas) de la demencia precoz, con la cual comparte el carácter principal de la represión propiamente dicha, la retracción de la libido con regresión al *yo*. Me parecería lo más adecuado designar la demencia precoz con el nombre de *parafrenia*, el cual, siendo en sí de contenido indeterminado, expresa sus relaciones con la paranoia y, además, recuerda la *hebefrenia* en ella surgida. No importaría que tal nombre hubiese sido propuesto antes para cosas distintas, ya que tales empleos no han llegado a imponerse.

Abraham ha expuesto minuciosamente cómo en la demencia precoz resalta con especial precisión la retracción de la libido del mundo exterior. De este hecho deducimos nosotros la represión por retracción de la libido. También consideramos la fase de las alucinaciones tormentosas como un estadio de la pugna de la represión contra una tentativa de curación que intenta conducir de nuevo la libido a sus objetos. En los delirios y en las

estereotipias motoras de la enfermedad ha reconocido Jung, con extraordinaria agudeza analítica, los restos convulsivamente retenidos en las antiguas cargas de objeto. Esta tentativa de curación que el observador considera como la enfermedad misma no se sirve, como en la paranoia, de la proyección, sino del mecanismo alucinatorio (histérico). Es ésta una de las grandes diferencias que separan a la demencia precoz de la paranoia y puede ser objeto de una explicación genética desde otro punto de vista. El desenlace de la demencia precoz, cuando la afección no se mantiene demasiado parcial, nos ofrece la segunda diferencia. Tal desenlace es, en general, menos feliz que el de la paranoia, pues la victoria no acaba por ser, como en esta última, de la reconstrucción, sino de la regresión. La regresión no llega tan sólo hasta el narcisismo, que se manifiesta en el delirio de grandezas, sino el abandono total del amor objetivado y al retorno al autoerotismo infantil. La fijación dispositiva ha de ser, por tanto, muy anterior a la de la paranoia, correspondiendo al comienzo de la evolución, que tiende desde el autoerotismo al amor a un objeto. No es tampoco nada verosímil que los impulsos homosexuales que con tanta frecuencia y acaso regularmente hallamos en la paranoia desempeñen un papel análogamente importante en la etiología de la demencia precoz, mucho más limitada.

Nuestras hipótesis sobre las fijaciones dispositivas en la paranoia y la parafrenia nos hacen comprensible que un caso pueda comenzar con síntomas paranoicos y evolucionar, sin embargo, hasta la demencia; que los fenómenos paranoicos y esquizofrénicos se combinen en proporciones cualesquiera y que un cuadro clínico como el de Schreber, que merece el nombre de demencia paranoica, presente, por la aparición de la fantasía optativa y las alucinaciones, un carácter parafrénico, y por su motivación, el mecanismo de la proyección y su desenlace, un carácter paranoico. La evolución puede haber dejado tras de sí múltiples fijaciones que permitan sucesivamente la irrupción de la libido suprimida, facilitándole primeramente la última adquirida, y luego, en el curso posterior de la enfermedad, la originaria y más próxima al punto de partida. Quisiéramos saber a qué circunstancias debe este caso su desenlace relativamente favorable, pues no nos decidimos a atribuirlo exclusivamente a algo tan casual como a la «mejoría de traslado» que apareció al abandonar el enfermo la clínica de Flechsig[1225]. Pero

nuestro insuficiente conocimiento de los detalles íntimos de este historial clínico nos impide decidir en tan interesante cuestión. Sospechamos tan sólo que el acento esencialmente positivo del complejo paterno y la probable serenidad afectuosa de las relaciones mantenidas en años ulteriores con un padre excelente hicieron posible la reconciliación del sujeto con la fantasía homosexual y, en consecuencia, el desenlace análogo a su curación.

No temiendo a la crítica ni a la autocrítica, no tengo motivo ninguno para eludir la mención de una analogía que quizá perjudicase a nuestra teoría de la libido en el juicio de muchos lectores. Los «rayos de Dios», producto compuesto por una condensación de rayos solares, fibras nerviosas y espermatozoos, no son propiamente más que las cargas de libido objetivamente representadas y proyectadas al exterior y dan al delirio de Schreber una coincidencia singular con nuestra teoría. El hecho que el mundo haya de terminar porque el *yo* del enfermo acapara todos los rayos; la ulterior preocupación angustiada del sujeto, durante el proceso reconstructivo, de que Dios pueda desligarse de él retirando sus rayos, y otros varios detalles del delirio de Schreber, parecen casi percepciones endopsíquicas de los procesos supuestos por nosotros para la inteligencia de la paranoia. Pero uno de nuestros amigos, especialista en la materia, puede testimoniar de que nuestra teoría de la paranoia es muy anterior a la lectura del libro de Schreber. El porvenir decidirá si la teoría integra más delirio del que yo quisiera o el delirio más verdad de lo que otros creen hoy posible.

Por último, no quisiera terminar este trabajo, en el cual sólo ha de verse nuevamente un fragmento de una totalidad más importante, sin concretar los dos principios capitales a cuya demostración tiende nuestra teoría libidinosa de las neurosis y las psicosis: tales principios son que las neurosis surgen esencialmente del conflicto del *yo* con el instinto sexual, y que sus formas conservan las huellas de la evolución de la libido y del *yo*.

APÉNDICE

1911 [1912]

EN el estudio del historial clínico de Schreber me he limitado, de propósito, a un mínimum de interpretación, y confío en que todo lector familiarizado con el psicoanálisis habrá extraído del material comunicado más de lo que sobre él aparece dicho, no habiéndole sido difícil llegar a conclusiones que yo me he limitado a indicar.

Una afortunada casualidad que ha atraído la atención de otros autores sobre la autobiografía de Schreber deja adivinar cuánto puede extraerse aún del contenido simbólico de las fantasías y las ideas delirantes del inteligente paranoico[1226].

Un incremento casual de mis conocimientos, posterior a la publicación de mi trabajo sobre Schreber, me ha permitido penetrar mejor en una de sus afirmaciones delirantes y reconocer en ella multitud de relaciones mitológicas. Vimos ya las singulares relaciones que el enfermo mantenía con el Sol, y las explicamos como un símbolo sublimado del padre. El Sol habla con él en lenguaje humano y se le da así a conocer como un ser vivo. El enfermo le injuria y le amenaza y asegura que sus rayos palidecen ante él cuando habla en voz alta vuelto hacia ellos. Después de su curación se vanagloria de que puede mirar al Sol sin ser deslumbrado por él, cosa que, naturalmente, no le hubiese sido posible antes.

A este privilegio delirante de poder mirar al Sol sin ser deslumbrado se enlaza el interés mitológico. En su obra *Cultos, mitos y religiones* escribe S. Reinach que los antiguos naturalistas atribuían únicamente una tal facultad a las águilas, las cuales, como habitantes de las más altas capas atmosféricas, se hallaban íntimamente relacionadas con el cielo, el Sol y el rayo[1227]. Y las mismas fuentes nos informan también de que el águila somete a sus crías a una prueba antes de reconocerlas como legítimas. Si no consiguen mirar al Sol sin parpadear, son expulsadas del nido.

Sobre la significación de este mito zoológico no podemos abrigar la menor duda. Queda atribuida en él a los animales una costumbre humana. Lo que el águila hace así con sus crías es una ordalía, una prueba de legitimidad, tal y como las llevaban a cabo los más distintos pueblos antiguos. Así, los celtas que vivían en las márgenes del Rin confiaban a sus hijos recién nacidos a las aguas del río para convencerse de que eran realmente de su sangre, y los

psylos, antiguos pobladores de Trípoli, que se jactaban de descender de una pareja de serpientes, ponían en contacto a sus hijos con tales reptiles. Los legítimos no eran mordidos o se reponían rápidamente de las consecuencias de la mordedura. La premisa de estas pruebas nos adentra profundamente en el pensamiento *totémico* de los pueblos primitivos. El totem, el animal o la fuerza natural, pensaba en forma animista, en los que la tribu cree descender, respetan a los pertenecientes a ella como a hijos suyos y son adorados y eventualmente respetados por ellos como sus antepasados. Hallamos aquí muchas cosas extraordinariamente apropiadas, a mi juicio, para facilitarnos una comprensión psicoanalítica de los orígenes de la religión.

El águila que obliga a sus hijos a mirar al Sol y exige que no se muestren deslumbrados por su luz se conduce, pues, como un descendiente del Sol, que somete a sus hijos a una prueba de su legitimidad. Y cuando Schreber se jacta de que puede mirar al Sol sin ser castigado ni deslumbrado, vuelve a descubrir con ello la expresión mitológica de su relación filial con el Sol y nos confirma de nuevo en nuestra opinión de que su Sol es un símbolo del padre. Recordando que Schreber expresa libremente en su enfermedad el orgullo de su raza: «Los Schreber pertenecen a la más alta nobleza celestial», y que hemos hallado en su carencia de hijos un motivo humano de su fantasía optativa femenina, veremos ya claramente la relación de su privilegio delirante con los fundamentos de su enfermedad.

Este breve apéndice al análisis de un paranoico puede contribuir a demostrar cuán fundada es la afirmación de Jung de que las fuerzas productoras de mitos de la Humanidad no se han extinguido, sino que crean hoy en las neurosis los mismos productos psíquicos que en las épocas más antiguas. Retorné aquí sobre una alusión ya hecha en otro lugar[1228], insistiendo en que lo mismo puede decirse de las energías productoras de las religiones.

A mi juicio, no puede tardar en llegar el momento de ampliar un principio que nosotros los psicoanalíticos hemos sentado hace ya largo tiempo, agregando a su contenido individual ontogénico su complemento antropológico filogénico. Hemos dicho que en el sueño y en la neurosis volvemos a hallar al niño con todas las peculiaridades de su pensamiento y su vida afectiva. Agregaremos ahora que también encontramos en él al salvaje,

al hombre primitivo, tal y como se nos muestra a la luz de la Arqueología y la Etnología.

XLIII

PRÓLOGO PARA LA PRIMERA EDICIÓN DE LA «RECOPILACIÓN DE ENSAYOS SOBRE LA TEORÍA DE LAS NEUROSIS DE LOS AÑOS 1893 A 1906[1229]»

1906

CUMPLIENDO deseos reiteradamente expresados, me he resuelto a presentar a mis colegas una recopilación de los trabajos menores sobre las neurosis que he escrito desde el año 1893. Trátase de catorce ensayos, que en su mayoría tienen el carácter de comunicaciones preliminares, publicados en archivos científicos o en revistas médicas, hallándose tres de ellos en francés. Los dos últimos, exposiciones muy concisas de mi actual punto de vista sobre la etiología y la terapéutica de las neurosis, se encuentran en las conocidas obras de L. Löwenfeld *Die psychischen Zwangserscheinungen* («Los fenómenos obsesivos psíquicos»), 1904, y *Sexualleben und Nervenleiden* («La vida sexual y las afecciones nerviosas»), 4.ª edición, 1906, obras para las cuales los redacté a pedido del autor amigo.

Esta recopilación constituye el prolegómeno y el complemento de mis publicaciones de mayor envergadura que se refieren a los mismos temas (*Estudios sobre la histeria*, en colaboración con el doctor J. Breuer, de 1895; *La interpretación de los sueños*, de 1900; *Psicopatología de la vida*

cotidiana, de 1901 y 1904; *El chiste y su relación con el inconsciente*, de 1905; *Tres ensayos para la teoría sexual*, de 1905; *Análisis fragmentario de una histeria*, de 1905). El que haya encabezado los breves ensayos aquí reunidos con el necrologio de J. M. Charcot no sólo es un deber de gratitud, sino que también ha de recalcar el punto en el cual mi labor propia se apartó de la del maestro.

Quien esté familiarizado con el desarrollo del conocimiento humano no se extrañará al enterarse de que he superado en el ínterin una parte de las opiniones aquí expuestas, mientras que pude modificar otra parte de ellas. Con todo, he logrado mantener inalterada la parte mayor y sustancial, y en realidad nada hay en ellas que deba retirar por considerarlo totalmente erróneo y carente de valor.

XLIV

PRÓLOGO PARA UN LIBRO DE WILHELM STEKEL[1230]

1908

LAS investigaciones sobre la etiología y el mecanismo psíquico de las afecciones neuróticas que vengo realizando desde el año 1893, y que al principio sólo despertaron escaso interés entre los colegas, llegaron por fin a ser reconocidas por cierto número de estudiosos de las ciencias médicas, orientando además su atención hacia los métodos psicoanalíticos de estudio y tratamiento, a cuya aplicación debo los resultados obtenidos. El doctor W. Stekel, uno de los primeros colegas que pude iniciar en el conocimiento del psicoanálisis y que actualmente se halla familiarizado con su técnica a través de muchos años de práctica, se propone estudiar aquí un capítulo de la clínica de estas neurosis, basándose en mis concepciones y presentando al lector médico la experiencia adquirida con el método psicoanalítico. Aunque de buen grado asumo en el sentido mencionado la responsabilidad por su trabajo, me parece necesario declarar expresamente que ha sido muy escasa mi influencia directa en el presente libro sobre los estados nerviosos de angustia. Tanto las observaciones expuestas como todos los detalles de concepción e interpretación pertenecen exclusivamente al autor; sólo el término «histeria de angustia» se debe a mi iniciativa.

Puedo afirmar que la obra del doctor Stekel se funda en copiosa experiencia y que está destinada a actuar de estímulo para que otros médicos

confirmen con su propia labor nuestras concepciones sobre la etiología de dichos estados. En muchas de sus páginas este libro abre inesperadas perspectivas hacia las realidades de la existencia que suelen ocultarse tras los síntomas neuróticos. Seguramente convencerá a los colegas de que su posición ante las orientaciones y explicaciones aquí enunciadas necesariamente deberá repercutir sobre su entendimiento de estos fenómenos y sobre su acción terapéutica frente a los mismos.

Viena, Marzo 1908.

XLV

PRÓLOGO PARA UN LIBRO DE SANDOR FERENCZI[1231]

1909 [1910]

EL estudio psicoanalítico de las neurosis (multiples formas de nerviosidad psíquicamente condicionada) tiende a revelar la relación que estos trastornos guardan con la vida instintiva, con las restricciones que las exigencias de la cultura imponen a la misma, con la actividad imaginativa y onírica del individuo normal y con las creaciones del alma popular, manifestadas en la religión, en el mito y en los cuentos de hadas. El tratamiento psicoanalítico de los neuróticos, fundado en dicho método de investigación, plantea al médico y al paciente exigencias mucho mayores que los hasta ahora corrientes tratamientos medicamentosos, dietéticos, hidroterápicos y sugestivos, pero en cambio ofrece al enfermo una mejoría tanto más considerable y un fortalecimiento tan duradero frente a las tareas de la vida, que no es preciso extrañarse ante los incesantes progresos que este método terapéutico ha realizado, a pesar de la más violenta oposición.

El autor de los presentes trabajos, vinculado a mí por estrecha amistad y familiarizado como pocos con todas las dificultades que ofrecen los problemas psicoanalíticos, es el primer húngaro que emprende la tarea de interesar por el psicoanálisis a los médicos y a las personas cultas de su país mediante trabajos redactados en su lengua materna. Hago votos por que tal

empresa tenga éxito, ganando entre sus compatriotas nuevos colaboradores para este nuevo campo de estudio.

XLVI

PSICOANÁLISIS[1232]

1909 [1910]

CINCO CONFERENCIAS PRONUNCIADAS EN LA CLARK UNIVERSITY (ESTADOS UNIDOS)

PRIMERA CONFERENCIA

CONSTITUYE algo nuevo para mí, y que no deja de producirme cierta turbación, el presentarme ante un auditorio del continente americano, integrado por personas amantes del saber, en calidad de conferenciante. Dando por hecho que sólo a la conexión de mi nombre con el tema del psicoanálisis debo el honor de hallarme en esta cátedra, mis conferencias versarán sobre tal materia, y en ellas procuraré facilitaros, lo más sintéticamente posible, una visión total de la historia y desarrollo de dicho nuevo método investigativo y terapéutico.

Si constituye un mérito haber dado vida al psicoanálisis, no es a mí a quien corresponde atribuirlo, pues no tomé parte alguna en sus albores[1233]. No había yo terminado aún mis estudios y me hallaba preparando los últimos exámenes de la carrera cuando otro médico vienés, el doctor José Breuer[1234], empleó por vez primera este método en el tratamiento de una muchacha histérica (1880-1882). Vamos, pues, a ocuparnos, en primer lugar,

del historial clínico de esta enferma, el cual aparece expuesto con todo detalle en la obra que posteriormente, y con el título de *Estudios sobre la histeria*, publicamos el doctor Breuer y yo[1235].

Réstame hacer una observación antes de entrar en materia. He sabido, no sin cierto agrado, que la mayoría de mis oyentes no pertenece a la carrera de Medicina, y quiero disipar en ellos un posible temor, haciéndoles saber que para seguirme en lo que aquí he de exponerles no es necesaria una especial cultura médica. Caminaremos algún espacio al lado de los médicos, pero pronto nos separaremos de ellos para acompañar tan sólo al doctor Breuer en su propia y peculiarísima ruta.

La paciente del doctor Breuer, una muchacha de veintiún años y de excelentes dotes intelectuales, presentó en el curso de su enfermedad, que duró más de dos años, una serie de perturbaciones físicas y psíquicas merecedoras de la mayor atención. Padecía una parálisis rígida de la pierna y brazo derechos, acompañada de anestesia de los mismos y que temporalmente atacaba también a los miembros correspondientes del lado contrario. Además, perturbaciones del movimiento de los ojos y diversas alteraciones de la visión, dificultad de mantener erguida la cabeza, intensa «tussis nervosa», repugnancia a los alimentos, y una vez, durante varias semanas, incapacidad de beber, a pesar de la ardiente sed que la atormentaba. Sufría, por último, una minoración de la facultad de expresión, que llegó hasta la pérdida de la capacidad de hablar y entender su lengua materna, añadiéndose a todo esto estados de 'absence', enajenación, delirio y alteración de toda su personalidad, estados que más adelante examinaremos con todo detalle.

Ante un tal cuadro patológico os sentiréis inclinados, aun no siendo médicos, a suponer que se trata de una grave dolencia, probablemente cerebral, con pocas esperanzas de curación y conducente a un rápido y fatal desenlace. Mas dejad que un médico os diga que en una serie de casos con síntomas de igual gravedad puede estar muy justificada una distinta opinión, más optimista. Cuando un tal cuadro patológico se presenta en un individuo joven del sexo femenino, cuyos órganos vitales internos (corazón, riñón) no muestran anormalidad ninguna en el reconocimiento objetivo, pero que ha pasado, en cambio, por violentas conmociones *anímicas*, y cuando los

síntomas aislados se diferencian en ciertos sutiles caracteres, de la forma que generalmente presentan en las afecciones a que parecen corresponder, entonces los médicos no atribuyen una extrema gravedad al caso y afirman que no se trata de una dolencia cerebral orgánica, sino de aquel misterioso estado conocido desde el tiempo de los griegos con el nombre de *histeria*, y que puede fingir toda una serie de síntomas de una grave enfermedad. En estos casos el médico no considera amenazada la vida del paciente y hasta supone muy probable una completa curación. Pero no siempre es fácil distinguir una tal histeria de una grave dolencia orgánica. No creemos necesario explicar aquí cómo puede llevarse a cabo un diagnóstico diferencial de este género; bástanos la seguridad de que el caso de la paciente de Breuer era uno de aquéllos en los que ningún médico experimentado puede dejar de diagnosticar la histeria, enfermedad que, según consta en el historial clínico, atacó a la joven en ocasión de hallarse cuidando a su padre, al que amaba tiernamente, en la grave dolencia que le llevó al sepulcro. A causa de su propio padecimiento tuvo la hija que separarse de la cabecera del querido enfermo.

Hasta aquí nos ha sido provechoso caminar al lado de los médicos, mas pronto nos separaremos de ellos. No debéis creer que la esperanza de un enfermo en la eficacia del auxilio facultativo pueda aumentar considerablemente al diagnosticarse la histeria en lugar de una grave afección cerebral orgánica. Nuestra ciencia, que permanece aún hasta cierto punto impotente ante las graves dolencias cerebrales, no facilita tampoco grandes medios para combatir la histeria, y el médico tiene que abandonar a la bondadosa Naturaleza la determinación de la forma y momento en que ha de cumplirse su esperanza prognóstica[1236].

Así, pues, con el diagnóstico de la histeria varía muy poco la situación del enfermo; mas, en cambio, se transforma esencialmente la del médico. Es fácil observar que éste se sitúa ante el histérico en una actitud por completo diferente de la que adopta ante el atacado de una dolencia orgánica, pues se niega a conceder al primero igual interés que al segundo, fundándose en que su enfermedad es mucho menos grave, aunque parezca aspirar a que se le atribuya una igual importancia. El médico, al que sus estudios han dado a conocer tantas cosas que permanecen ocultas a los ojos de los profanos, ha

podido formarse, de las causas de las enfermedades y de las alteraciones que éstas ocasionan (por ejemplo, las producidas en el cerebro de un enfermo por la apoplejía o por un tumor), ideas que hasta cierto grado tienen que ser exactas, puesto que le permiten llegar a la comprensión de los detalles del cuadro patológico. Mas, ante las singularidades de los fenómenos histéricos, toda su ciencia y toda su cultura anatómico-fisiológica y patológica le dejan en la estacada. No llega a comprender la histeria y se halla ante ella en la misma situación que un profano, cosas todas que no pueden agradar a nadie que tenga en algún aprecio su saber. Los histéricos pierden, por tanto, la simpatía del médico, que llega a considerarlos como personas que han transgredido las leyes de su ciencia y adopta ante ellos la posición del creyente ante el hereje. Así, los supone capaces de todo lo malo, los acusa de exageración, engaño voluntario y simulación, y los castiga retirándoles su interés.

No mereció, por cierto, el doctor Breuer este reproche en el caso que nos ocupa. Aun cuando no halló al principio alivio alguno para su paciente, le dedicó, no obstante, todo su interés y toda su simpatía. A ello contribuyeron en gran manera las excelentes cualidades espirituales y de carácter de la paciente misma, de las que Breuer testimonia en su historial. Más la cuidadosa observación del médico halló pronto el camino por el que se hizo posible prestar a la enferma una primera ayuda.

Habíase observado que la paciente en sus estados de ‘absence’ y alteración psíquica acostumbraba murmurar algunas palabras que hacían el efecto de ser fragmentos arrancados de un contexto que ocupaba su pensamiento. El médico se hizo comunicar estas palabras, y sumiendo a la enferma en una especie de hipnosis, se las repitió para incitarla a asociar algo a ellas. Así sucedió, en efecto, y la paciente reprodujo ante el médico las creaciones psíquicas que la habían dominado en los estados de ausencia y se habían revelado fragmentariamente en las palabras pronunciadas. Tratábase de fantasías hondamente tristes y a veces de una poética belleza —sueños diurnos podríamos llamarlas—, que tomaban, en general, su punto de partida de la situación de una muchacha junto al lecho en que yacía su padre enfermo. Cuando la paciente había relatado de este modo cierto número de tales fantasías, quedaba como libertada de algo que la oprimía y retornaba a

la vida psíquica normal. Este bienestar, que duraba varias horas, desaparecía de costumbre al día siguiente para dar paso a una nueva ausencia, que podía hacerse cesar de igual manera, o sea provocando el relato de las fantasías nuevamente formadas. No había, pues, posibilidad de sustraerse a la idea de que la alteración psíquica que se revelaba en las ausencias no era sino una secuela de la excitación emanada de estas fantasías saturadas de efecto. La misma paciente, que en este período de su enfermedad presentaba la singularidad de no hablar ni entender su propio idioma, sino únicamente el inglés, dio al nuevo tratamiento el nombre de «talking cure» y lo calificó, en broma, de *chimney sweeping*.

Pronto pudo verse —y como casualmente— que por medio de este «barrido» del alma podía conseguirse algo más que una desaparición temporal de las perturbaciones psíquicas, pues se logró hacer cesar determinados síntomas siempre que en la hipnosis recordaba la paciente, entre manifestaciones afectivas, con qué motivo y en qué situación habían aparecido los mismos por vez primera. «Había habido durante el verano una época de un intensísimo calor y la enferma había padecido ardiente sed, pues sin que pudiera dar razón alguna para ello, se había visto de repente imposibilitada de beber. Tomaba en su mano el ansiado vaso de agua, y en cuanto lo tocaba con los labios lo apartaba de sí, como atacada de hidrofobia, viéndose además claramente que durante los segundos en que llevaba a cabo este manejo se hallaba en estado de ausencia. Para mitigar la sed que la atormentaba no vivía más que de frutas acuosas: melones, etc. Cuando ya llevaba unas seis semanas en tal estado, comenzó a hablar un día, en la hipnosis, de su institutriz inglesa, a la que no tenía gran afecto, y contó con extremadas muestras de asco que un día había entrado ella en su cuarto y había visto que el perrito de la inglesa, un repugnante animalucho, estaba bebiendo agua en un vaso; mas no queriendo que la tacharan de descortés e impertinente, no había hecho observación ninguna. Después de exteriorizar enérgicamente en este relato aquel enfado, que en el momento en que fue motivado tuvo que reprimir, demandó agua, bebió sin dificultad una gran cantidad y despertó de la hipnosis con el vaso en los labios. Desde este momento desapareció por completo la perturbación que le impedía beber[1237]».

Permitidme que me detenga unos momentos ante esta experiencia. Nadie había hecho cesar aún por tal medio un síntoma histérico, ni penetrado tan profundamente en la inteligencia de su motivación. Tenía, pues, que ser éste un descubrimiento de importantísimas consecuencias si se confirmaba la esperanza de que otros síntomas, quizá la mayoría, hubiesen surgido del mismo modo en la paciente y pudieran hacerse desaparecer por igual camino. No rehuyó Breuer la labor necesaria para convencerse de ello e investigó, conforme a un ordenado plan, la patogénesis de los otros síntomas más graves, confirmándose por completo sus esperanzas. En efecto, casi todos ellos se habían originado así como residuos o precipitados de sucesos saturados de afecto o, según los denominamos posteriormente, «traumas psíquicos», y el carácter particular de cada uno se hallaba en relación directa con el de la escena traumática a la que debía su origen. Empleando la terminología técnica, diremos que los síntomas se hallaban *determinados* por aquellas escenas cuyos restos en la memoria representaban, no debiendo, por tanto, ser considerados como rendimientos arbitrarios o misteriosos de la neurosis. Algo se presentó, sin embargo, con lo que Breuer no contaba. No siempre era un único suceso el que dejaba tras de sí el síntoma; en la mayoría de los casos se trataba de numerosos y análogos traumas repetidos, que se unían para producir tal efecto. Toda esta cadena de recuerdos patógenos tenía entonces que ser reproducida en orden cronológico y precisamente inverso; esto es, comenzando por los últimos y siendo imprescindible para llegar al primer trauma, con frecuencia el de más poderoso efecto, recorrer en el orden indicado todos los demás.

Seguramente esperaréis oír de mis labios otros ejemplos de motivación de síntomas histéricos, a más del ya expuesto de horror al agua producido por haber visto a un perro bebiendo en un vaso. Mas si he de circunscribirme a mi programa, tendre que limitarme a escasas pruebas. Así, relata Breuer que las perturbaciones ópticas de la paciente provenían de situaciones tales como la de que «hallándose con los ojos anegados en lágrimas, junto al lecho de su padre, le preguntó éste de repente qué hora era, y para poder verlo forzó la vista, acercando mucho a sus ojos el reloj, cuya esfera le apareció entonces de un tamaño extraordinario (macropsia y estrabismo convergente), o se esforzó en reprimir sus lágrimas para que el enfermo no las viera[1238]». Todas las

impresiones patógenas provenían, desde luego, de la época durante la cual tuvo que dedicarse a cuidar a su padre. «Una vez despertó durante la noche, llena de angustia por la alta fiebre que presentaba el enfermo y presa de impaciente excitación por la espera de un cirujano que para operarle había de llegar desde Viena. La madre se había ausentado algunos instantes y Ana se hallaba sentada junto a la cama, con el brazo derecho apoyado en el respaldo de la silla. Cayó en un estado de sueño despierto y vio cómo por la pared avanzaba una negra serpiente, que se disponía a morder al enfermo. (Es muy probable que en la pradera que se extendía tras la casa existieran algunas culebras de este género, cuya vista hubiera asustado a la muchacha en ocasiones anteriores y suministrase ahora el material de la alucinación.) Ana quiso rechazar al reptil, pero se sintió paralizada; su brazo derecho, que colgaba por encima del respaldo de la silla, había quedado totalmente "dormido", anestesiado y parético, y cuando fijó sus ojos en él se transformaron los dedos en pequeñas serpientes, cuyas cabezas eran calaveras (las uñas). Probablemente intentó rechazar al reptil con su mano derecha paralizada, y con ello entró la anestesia y parálisis de la misma en asociación con la alucinación de la serpiente. Cuando ésta hubo desaparecido quiso Ana, llena de espanto, ponerse a rezar, pero no le fue posible hallar palabras en ningún idioma, hasta que recordó una oración infantil que en inglés le habían enseñado, quedando desde este momento imposibilitada de pensar o hablar sino en tal idioma[1239]». Con el recuerdo de esta escena en una de las sesiones de hipnotismo cesó por completo la parálisis rígida del brazo derecho, que se mantenía desde el comienzo de la enfermedad, y quedó conseguida la total curación.

Cuando, bastantes años después, comencé yo a emplear el método investigativo y terapéutico de Breuer con mis propios enfermos, obtuve resultados que coincidieron en un todo con los suyos. Una señora de unos cuarenta años padecía un tic consistente en producir un ruido singular, castañeteando la lengua, siempre que se hallaba excitada y aun sin causa ninguna determinante. Tenía este tic su origen en dos sucesos que poseían un carácter común: el de haberse propuesto la paciente no hacer ruido alguno en determinado momento, viendo burlado su propósito e interrumpido el silencio, como si sobre ella actuara una voluntad contraria, por aquel mismo

castañeteo. La primera vez fue cuando, habiendo logrado dormir con gran trabajo a un hijo suyo que se hallaba enfermo, hizo intención de no producir ruido alguno que le despertara. La segunda tuvo lugar dando con sus dos hijos un paseo en coche, durante el cual estalló una tormenta que espantó a los caballos. En esta situación pensó también la señora que debía evitar todo ruido que excitase aún más a los asustados animales[1240].

Sirva este ejemplo como muestra de los muchos contenidos en nuestros *Estudios sobre la histeria*[1241].

Si me permitís una generalización, por otra parte inevitable en una exposición tan sintética como ésta, podremos resumir los conocimientos adquiridos hasta ahora en la siguiente fórmula: *Los enfermos histéricos sufren de reminiscencias*. Sus síntomas son residuos y símbolos conmemorativos de determinados sucesos (traumáticos). Quizá una comparación con otros símbolos conmemorativos de un orden diferente nos permita llegar a una más profunda inteligencia de este simbolismo. También las estatuas y monumentos con los que ornamos nuestras grandes ciudades son símbolos de esta clase. Si dais un paseo por Londres, hallaréis, ante una de sus mayores estaciones ferroviarias, una columna gótica ricamente ornamentada, a la que se da el nombre de Charing Cross. En el siglo XIII, uno de los reyes de la dinastía de Plantagenet mandó erigir cruces góticas en los lugares en que había reposado el ataúd en que eran conducidos a Westminster los restos de su amada esposa, la reina Eleonor. Charing Cross fue el último de estos monumentos que debían perpetuar la memoria del fúnebre cortejo[1242]. En otro lugar de la ciudad, no lejos del puente de Londres, existe otra columna más moderna, llamada simplemente «The Monument» por los londinenses y que fue erigida en memoria del gran incendio que estalló el año de 1666 en aquel punto y destruyó una gran parte de la ciudad. Estos monumentos son símbolos conmemorativos, al igual que los síntomas histéricos; hasta aquí parece justificada la comparación. Mas ¿qué diríais de un londinense que en la actualidad se detuviera lleno de tristeza ante el monumento erigido en memoria del entierro de la reina Eleonor, en lugar de proseguir su camino hacia sus ocupaciones, con la premura exigida por las presentes condiciones del trabajo, o de seguir pensando con alegría en la joven reina de su corazón? ¿Y qué pensaríais del que se parara a llorar ante

«el Monumento» la destrucción de su amada ciudad, reconstruida después con cien veces más esplendor? Pues igual a la de estos poco prácticos londinenses es la conducta de todos los histéricos y neuróticos: no sólo recuerdan dolorosos sucesos ha largo tiempo acaecidos, sino que siguen experimentando una intensa reacción emotiva ante ellos; les es imposible libertarse del pasado y descuidan por él la realidad y el presente. Tal fijación de la vida psíquica a los traumas patógenos es uno de los caracteres principales y más importantes, prácticamente, de la neurosis.

Creo muy justa la objeción que, sin duda, está surgiendo en vuestro espíritu al comparar mis últimas palabras con la historia clínica de la paciente de Breuer. En ésta todos los traumas provenían de la época en que tuvo que prestar sus cuidados a su padre enfermo, y sus síntomas no pueden ser considerados sino como signos conmemorativos de la enfermedad y muerte del mismo. Corresponden, por tanto, a un gran dolor experimentado por la paciente, y la fijación al recuerdo del fallecido padre, tan poco tiempo después de su muerte, no puede considerarse como algo patológico, sino que constituye un sentimiento normal en absoluto. Así, pues, concedo que tendréis razón en pensar que la fijación a los traumas no es, en la paciente de Breuer, nada extraordinario. Mas en otros casos, como el del tic por mí tratado, cuyos motivos de origen tuvieron lugar quince y diez años atrás, se muestra con\oda claridad este carácter de adherencia anormal al pasado, y en el caso de Breuer se hubiera también desarrollado probablemente tal carácter si la paciente no se hubiera sometido, tan poco tiempo después de haber experimentado los traumas y surgido los síntomas, al tratamiento catártico.

No hemos expuesto hasta ahora más que la relación de los síntomas histéricos con los sucesos de la vida del enfermo. Mas también de las observaciones de Breuer podemos deducir cuál ha de ser la idea que debemos formarnos del proceso de la patogénesis y del de la curación. Respecto al primero, hay que hacer resaltar el hecho de que la enferma de Breuer tuvo que reprimir, en casi todas las situaciones patógenas, una fuerte excitación, en lugar de procurarle su normal exutorio por medio de la correspondiente exteriorización afectiva en actos y palabras. En el trivial suceso del perro de su institutriz reprimió, por consideración a ésta, las manifestaciones de su

intensa repugnancia, y mientras se hallaba velando a su padre enfermo, cuidó constantemente de no dejarle darse cuenta de su angustia y sus dolorosos temores. Al reproducir después ante el médico estas escenas se exteriorizó con singular violencia, como si hasta aquel momento hubiese estado reservando y aumentando su intensidad el afecto en ellas inhibido. Se observó, además, que el síntoma que había quedado como resto de los traumas psíquicos llegaba a su máxima intensidad durante el período del tratamiento dedicado a descubrir su origen, logrado lo cual desaparecía para siempre y por completo. Por último, se comprobó que el recuerdo de la escena traumática, provocado en el tratamiento, resultaba ineficaz cuando por cualquier razón tenía lugar sin exteriorizaciones afectivas. El destino de estos afectos, que pueden considerarse como magnitudes desplazables, era, por tanto, lo que regía así la patogénesis como la curación. Todas estas observaciones nos obligaban a suponer que la enfermedad se originaba por el hecho de encontrar impedida su normal exteriorización los afectos desarrollados en las situaciones patógenas, y que la esencia de dicho origen consistía en tales afectos «estrangulados» eran objeto de una utilización anormal, perdurando en parte como duradera carga de la vida psíquica y fuentes de continua excitación de la misma, y en parte sufrieron una transformación en *inervaciones e inhibiciones* somáticas anormales, que vienen a constituir los síntomas físicos del caso. Este último proceso ha sido denominado por nosotros *conversión histérica*. Cierta parte de nuestra excitación anímica deriva ya normalmente por los caminos de la inervación física, dando lugar a lo que conocemos con el nombre de «expresión de las emociones». La conversión histérica exagera esta parte de la derivación de un proceso anímico saturado de afecto y corresponde a una nueva expresión de las emociones, mucho más intensa y dirigida por nuevos caminos. Cuando una corriente afluye a dos canales tendrá siempre lugar una elevación de nivel en uno de ellos, en cuanto en el otro tropiecen las aguas con algún obstáculo.

Observaréis que nos hallamos en camino de llegar a una teoría puramente psicológica de la histeria, teoría en la cual colocamos en primer término los procesos afectivos. Una segunda observación de Breuer nos fuerza a conceder una gran importancia a los estados de conciencia en la característica del proceso patológico. La enferma de Breuer mostraba muy diversas

disposiciones anímicas, estados de’absence’, enajenación y transformación del carácter, al lado de su estado normal. En este último no sabía nada de las escenas patógenas ni de su relación con sus síntomas, habiendo olvidado las primeras o, en todo caso, destruido la conexión patógena. Durante la hipnosis se conseguía, no sin considerable trabajo, hacer volver a su memoria tales escenas, y por medio de esta labor de hacerla recordar de nuevo se lograba la desaparición de los síntomas. Muy difícil sería hallar la justa interpretación de este hecho si las enseñanzas y experimentos del hipnotismo no nos facilitasen el camino. Por el estudio de los fenómenos hipnóticos nos hemos acostumbrado a la idea, extraña en un principio, de que en el mismo individuo son posibles varias agrupaciones anímicas, que pueden permanecer hasta cierto punto independientes entre sí, que no «saben nada» unas de otras y que atraen alternativamente a la conciencia. Tales casos, a los que se ha dado el nombre de *double conscience*, suelen aparecer también espontáneamente. Cuando en este desdoblamiento de la personalidad permanece constantemente ligada la conciencia a uno de los dos estados, se da a éste el nombre de estado psíquico *consciente*, y el de *inconsciente* al que queda separado de él. En los conocidos fenómenos de la llamada sugestión poshipnótica, en la cual el sujeto, impulsado por una incoercible fuerza, lleva a cabo, durante el estado normal posterior a la hipnosis, un mandato recibido en ella, se tiene un excelente ejemplo de las influencias que sobre el estado consciente puede ejercer el inconsciente, desconocido para él, y conforme a este modelo puede explicarse perfectamente el proceso de la histeria. Breuer se decidió a aceptar la hipótesis de que los síntomas histéricos surgían en tales estados anímicos, que denominó estados *hipnoides*. Aquellas excitaciones que se producen hallándose el sujeto en estos estados hipnoides se hacen fácilmente patógenas, dado que en ellas no existen condiciones favorables a una derivación normal de los procesos excitantes. Originan éstos entonces un inusitado producto —el síntoma—, que se incrusta como un cuerpo extraño en el estado normal, al que en cambio escapa el conocimiento de la situación patógena hipnoide. Allí donde perdura un síntoma hállase también una amnesia, una laguna del recuerdo, y el hecho de cegar esta laguna lleva consigo la desaparición de las condiciones de origen del síntoma.

Temo que esta parte de mi exposición no os haya parecido muy transparente. Pero habréis de tener en cuenta que se trata de difíciles concepciones que quizá no se puedan hacer mucho más claras, lo cual constituye una prueba de que nuestro conocimiento no ha avanzado aún mucho. La teoría de Breuer de los estados *hipnoides* ha resultado superflua y embarazosa, habiendo sido abandonada por el psicoanálisis actual. Más adelante veréis, aunque en estas conferencias no pueda insistir sobre ello y tenga que ceñirme a simples indicaciones, qué influencias y procesos había por descubrir tras de los límites, trazados por Breuer, de los estados hipnoides. Después de lo hasta ahora expuesto estará muy justificada en vosotros la impresión de que las investigaciones de Breuer no han podido daros más que una teoría muy poco completa y una insatisfactoria explicación de los fenómenos observados; pero las teorías completas no caen llovidas del cielo y hay que desconfiar más justificadamente aun cuando alguien nos presenta, desde los comienzos de sus investigaciones, una teoría sin fallo ninguno y bien redondeada. Una teoría así no podrá ser nunca más que hija de la especulación y no fruto de una investigación de la realidad, exenta totalmente de prejuicios.

SEGUNDA CONFERENCIA

AL mismo tiempo que Breuer ensayaba con su paciente la *talking cure,* comenzaba Charcot en París, con las histéricas de La Salpêtrière, aquellas investigaciones de las que había de surgir una nueva comprensión de esta enfermedad. Sus resultados no podían ser todavía conocidos en Viena por aquellos días. Mas cuando aproximadamente diez años después publicamos Breuer y yo una comunicación provisional sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos, fundada en los resultados obtenidos en la primera paciente que Breuer trató por el método catártico, nos hallamos por completo dentro de las investigaciones de Charcot. Nosotros considerábamos los sucesos patógenos vividos por nuestros enfermos, o sea los traumas psíquicos, como equivalentes a aquellos traumas físicos cuya

influencia en las parálisis histéricas había fijado Charcot, y la teoría de Breuer de los estados hipnoides no es otra cosa que un reflejo del hecho de haber reproducido Charcot artificialmente en la hipnosis tales parálisis traumáticas.

El gran investigador francés, del que fui discípulo en los años de 1885 y 86, no se hallaba inclinado a las teorías psicológicas. Su discípulo P. Janet fue el primero que intentó penetrar más profundamente en los singulares procesos psíquicos de la histeria, y nosotros seguimos su ejemplo, tomando como punto central de nuestra teoría el desdoblamiento psíquico y la pérdida de la personalidad. Según la teoría de P. Janet —muy influida por las doctrinas dominantes en Francia sobre la herencia y la degeneración—, la histeria es una forma de la alteración degenerativa del sistema nervioso, alteración que se manifiesta en una innata debilidad de la síntesis psíquica. Los enfermos histéricos serían incapaces, desde un principio, de mantener formando una unidad la diversidad de los procesos anímicos, siendo ésta la causa de su tendencia a la disociación psíquica. Si me permitís una comparación trivial, pero muy precisa, diré que el histérico de Janet recuerda a una mujer débil, que ha salido de compras y vuelve a su casa cargada de infinidad de paquetes que apenas puede sujetar con sus brazos. En esto se le escapa uno de los paquetes y cae al suelo. Al inclinarse para recogerlo deja caer otro, y así sucesivamente. Mas no está muy de acuerdo con esta supuesta debilidad anímica de los histéricos el hecho de que al lado de los fenómenos de debilitación de las funciones se observen en ellos, a modo de compensación, elevaciones parciales de la capacidad funcional. Durante el tiempo en que la paciente de Breuer había olvidado su lengua materna y todas las demás que poseía, excepto el inglés, alcanzó su dominio sobre este idioma un grado tal, que le era posible, teniendo delante un libro alemán, ir traduciéndolo al inglés con igual rapidez, corrección y facilidad que si se tratase de una lectura directa.

Cuando posteriormente emprendí yo la tarea de continuar por mi cuenta las investigaciones comenzadas por Breuer, llegué muy pronto a una idea muy distinta sobre la génesis de la disociación histérica (desdoblamiento de la conciencia). Dado que yo no partía de experimentos de laboratorio, como

P. Janet, sino de una labor terapéutica, tenía que surgir necesariamente una tal divergencia, decisiva para todo resultado.

A mí me impulsaba sobre todo la necesidad práctica. El tratamiento catártico, tal y como lo había empleado Breuer, tenía por condición sumir al enfermo en una profunda hipnosis, pues únicamente en estado hipnótico podía el paciente llegar al conocimiento de los sucesos patógenos relacionados con sus síntomas, conocimiento que se le escapaba en estado normal. Mas el hipnotismo se me hizo pronto enfadoso, por constituir un medio auxiliar en extremo inseguro y, por decirlo así, místico. Una vez experimentado que, a pesar de grandes esfuerzos, no lograba sumir en estado hipnótico más que a una mínima parte de mis enfermos, decidí prescindir del hipnotismo y hacer independiente de él el tratamiento catártico. No pudiendo variar a mi arbitrio el estado psíquico de la mayoría de mis pacientes, me propuse trabajar hallándose éstos en estado normal, empresa que en un principio parecía por completo insensata y carente de toda probabilidad de éxito. Se planteaba el problema de averiguar por boca del paciente algo que uno no sabía y que el enfermo mismo ignoraba. ¿Cómo podía conseguirse esto? Vino aquí en mi auxilio el recuerdo de un experimento singularísimo y muy instructivo que había yo presenciado en la clínica de Bernheim, en Nancy. Nos enseñaba Bernheim entonces que las personas a las que había sumido en un somnambulismo hipnótico y hecho ejecutar diversos actos, sólo aparentemente perdían, al despertar, el recuerdo de lo sucedido, siendo posible reavivar en ellas tal recuerdo hallándose en estado normal. Cuando se interrogaba al sujeto por los sucesos acaecidos durante su estado de somnambulismo, afirmaba al principio no saber nada; pero al no contentarse Bernheim con tal afirmación y apremiarle, asegurándole que no tenía más remedio que saberlo, lograba siempre que volvieran a su conciencia los recuerdos olvidados.

Este mismo procedimiento utilicé yo con mis pacientes. Cuando llegaba con alguno de ellos a un punto en que me manifestaba no saber ya más, le aseguraba yo que lo sabía y que no tenía más que tomarse el trabajo de decirlo, llegando hasta afirmarle que el recuerdo deseado sería el que acudiera a su memoria en el momento en que yo colocase mi mano sobre su frente. De este modo conseguí, sin recurrir al hipnotismo, que los enfermos

me revelasen todo lo necesario para la reconstitución del enlace entre las olvidadas escenas patógenas y los síntomas que quedaban como residuo de las mismas. Mas era éste un penosísimo procedimiento, que llegaba a ser agotador y no podía adoptarse como técnica definitiva.

No lo abandoné, sin embargo, antes de deducir, de las observaciones hechas en su empleo, conclusiones definitivas. Había logrado, en efecto, confirmar que los recuerdos olvidados no se habían perdido. Se hallaban a merced del enfermo y dispuestos a surgir por asociación con sus otros recuerdos no olvidados, pero una fuerza indeterminada se lo impedía, obligándolos a permanecer inconscientes. La existencia de esta fuerza era indudable, pues se sentía su actuación al intentar, contrariándola, hacer retornar a la conciencia del enfermo los recuerdos inconscientes. Esta fuerza que mantenía el estado patológico se hacía, pues, notar como una *resistencia* del enfermo.

En esta idea de la resistencia he fundado mi concepción de los procesos psíquicos en la histeria. Demostrado que para el restablecimiento del enfermo era necesario suprimir tales resistencias, este mecanismo de la curación suministraba datos suficientes para formarse una idea muy precisa del proceso patógeno. Las fuerzas que en el tratamiento se oponían, en calidad de resistencia, a que lo olvidado se hiciese de nuevo consciente, tenían que ser también las que anteriormente habían producido tal olvido y expulsado de la conciencia los sucesos patógenos correspondientes. A este proceso por mí supuesto le di el nombre de *represión*, considerándolo demostrado por la innegable aparición de la *resistencia*.

Mas aún podía plantearse el problema de cuáles eran estas fuerzas y cuáles las condiciones de la represión en la cual reconocemos ya el mecanismo patógeno de la histeria. Una investigación comparativa de las situaciones patógenas llegadas a conocer en el tratamiento catártico permitía resolver el problema. En todos estos casos se trataba del nacimiento de una optación contraria a los demás deseos del individuo y que, por tanto, resultaba intolerable para las aspiraciones éticas y estéticas de su personalidad. Originábase así un conflicto, una lucha interior, cuyo final era que la representación que aparecía en la conciencia llevando en sí el deseo,

inconciliable, sucumbía a la represión, siendo expulsada de la conciencia y olvidada junto con los recuerdos a ella correspondientes. La incompatibilidad de dicha idea con el *yo* del enfermo era, pues, el motivo de la represión, y las aspiraciones éticas o de otro género del individuo, las fuerzas represoras. La aceptación del deseo intolerable o la perduración del conflicto hubieran hecho surgir un intenso displacer que la represión ahorraba, revelándose así como uno de los dispositivos protectores de la personalidad anímica.

No expondré aquí más que uno sólo de los muchos casos por mí observados, mas en él pueden verse claramente las condiciones y ventajas de la represión, aunque, para no traspasar los límites que me he impuesto en estas conferencias, tenga también que reducir considerablemente la historia clínica y dejar a un lado importantes hipótesis. Una muchacha que poco tiempo antes había perdido a su padre, al que amaba tiernamente y al que había asistido con todo cariño durante su enfermedad —situación análoga a la de la paciente de Breuer—, sintió germinar en ella, al casarse su hermana mayor, una especial simpatía hacia su cuñado, sentimiento que pudo fácilmente ocultar y disfrazar detrás del natural cariño familiar. La hermana enfermó y murió poco después, en ocasión en que su madre y nuestra enferma se hallaban ausentes. Llamadas con toda urgencia, acudieron sin tener aún noticia exacta de la desgracia, cuya magnitud se les ocultó al principio. Cuando la muchacha se aproximó al lecho en que yacía muerta su hermana, surgió en ella, durante un instante, una idea que podría quizá expresarse con las siguientes palabras: *Ahora ya está él libre y puede casarse conmigo*. Debemos aceptar, sin duda alguna, que esta idea que reveló a la conciencia de la muchacha su intenso amor hacia su cuñado, amor que hasta entonces no había sido en ella claramente consciente, fue entregada en el acto a la represión por la repulsa indignada de sus otros sentimientos. La muchacha enfermó, presentando graves síntomas histéricos, y al someterla a tratamiento pudo verse que había olvidado en absoluto la escena que tuvo lugar ante el lecho mortuorio de su hermana y la perversa idea egoísta que en su imaginación surgió en aquellos instantes. Luego, en el curso del tratamiento, volvió a recordarla, reprodujo el momento patógeno, dando muestras de una inmensa emoción, y quedó curada por completo.

Quizá pueda presentaros más vivamente el proceso de la represión y su

necesaria relación con la resistencia por medio de un sencillo símil, que tomaré de las circunstancias en las que en este mismo momento nos hallamos. Suponed que en esta sala y entre el público que me escucha, cuyo ejemplar silencio y atención nunca elogiaré bastante, se encontrara un individuo que se condujese perturbadoramente y que con sus risas, exclamaciones y movimientos distrajese mi atención del desempeño de mi cometido hasta el punto de verme obligado a manifestar que me era imposible continuar así mi conferencia. Al oírme, pónense en pie varios espectadores, y después de una breve lucha arrojan del salón al perturbador, el cual queda, de este modo, expulsado o «reprimido», pudiendo yo reanudar mi discurso. Mas para que la perturbación no se repita en caso de que el expulsado intente volver a penetrar aquí, varios de los señores que han ejecutado mis deseos quedan montando una guardia junto a la puerta y se constituyen así en una «resistencia» subsiguiente a la represión llevada a cabo. Si denomináis lo «consciente» a esta sala y lo «inconsciente» a lo que tras de sus puertas queda, tendréis una imagen bastante precisa del proceso de la represión.

Veamos ahora claramente en qué consiste la diferencia entre nuestras concepciones y las de Janet. Nosotros no derivamos el desdoblamiento psíquico de una insuficiencia innata del aparato anímico para la síntesis, sino que lo explicamos dinámicamente por el conflicto de fuerzas psíquicas encontradas y reconocemos en él el resultado de una lucha activa entre ambas agrupaciones psíquicas. De nuestra teoría surgen numerosos nuevos problemas. En todo individuo se originan conflictos psíquicos y existe un esfuerzo del *yo* para defenderse de los recuerdos penosos, sin que, generalmente, se produzca el desdoblamiento psíquico. No puede, por tanto, rechazarse la idea de que para que el conflicto tenga la disociación por consecuencia, son necesarias otras condicionantes, y hemos de reconocer que con nuestra hipótesis de la represión no nos hallamos al final, sino muy al principio, de una teoría psicológica. Mas tened en cuenta que en estas materias no es posible avanzar sino paso a paso, debiéndose esperar que una más amplia y penetrante labor perfeccione en lo futuro los conocimientos adquiridos.

No debe intentarse examinar el caso de la paciente de Breuer desde el punto de vista de la represión. Su historia clínica no se presta a ello, por haberse logrado los datos que la componen por medio del hipnotismo, y sólo prescindiendo de éste es como podemos observar las resistencias y represiones y adquirir una idea exacta del verdadero proceso patógeno. El hipnotismo encubre la resistencia y proporciona acceso a determinado sector psíquico; pero, en cambio, hace que la resistencia se acumule en los límites de este sector, formando una impenetrable muralla que impide una más profunda penetración.

El más valioso resultado de las observaciones de Breuer fue el descubrimiento de la conexión de los síntomas con los sucesos patógenos o traumas, resultado que no debemos dejar ahora de considerar desde el punto de vista de la teoría de la represión. Al principio no se ve realmente cómo puede llegarse a la formación de síntomas partiendo de la represión. En lugar de exponer aquí una complicada serie de deducciones teóricas, volveré a hacer uso del símil que antes apliqué a dicho proceso. Suponed que con la expulsión del perturbador y la guardia situada a las puertas de la sala no terminara el incidente, pues muy bien podría suceder que el expulsado, lleno de ira y habiendo perdido toda clase de consideraciones, siguiera dándonos que hacer. No se encuentra ya entre nosotros y nos hemos librado de su presencia, de sus burlonas risas y de sus observaciones a media voz, pero la represión ha sido vana hasta cierto punto, pues el perturbador arma, desde fuera, un intolerable barullo, y sus gritos y puñetazos contra la puerta estorban mi conferencia más que en su anterior grosera conducta. En estas circunstancias, veríamos con gran alegría que, por ejemplo, nuestro digno presidente, el doctor Stanley Hall, tomando a su cargo el papel de mediador y pacificador, saliera a hablar con el intratable individuo y volviera a la sala pidiéndonos que le permitiésemos de nuevo entrar en ella y garantizándonos su mejor conducta. Confiados en la autoridad del doctor Hall, nos decidimos a levantar la represión, restableciéndose de este modo la paz y la tranquilidad. Es ésta una exacta imagen de la misión del médico en la terapia psicoanalítica de las neurosis.

Para expresarlo más directamente por medio de la investigación de los

histéricos y otros enfermos neuróticos llegamos al convencimiento de que en ellos ha *fracasado* la represión de la idea que entraña el deseo intolerable. Han llegado a expulsarla de la conciencia y de la memoria, ahorrándose así aparentemente una gran cantidad de dolor, pero el deseo reprimido perdura en lo inconsciente, espiando una ocasión de ser activado, y cuando ésta se presenta, sabe enviar a la conciencia una disfrazada e irreconocible *formación sustitutiva (Ersatzbildung)* de lo reprimido, a la que pronto se enlazan las mismas sensaciones displacientes que se creían ahorradas por la represión. Este producto sustitutivo de la idea reprimida —el síntoma— queda protegido de subsiguientes ataques de las fuerzas defensivas del *yo*, y en lugar de un conflicto poco duradero, aparece ahora un interminable padecimiento. En el síntoma puede hallarse, junto a los rasgos de deformación, un resto de analogía con la idea primitivamente reprimida; los caminos seguidos por la génesis del producto sustitutivo se revelan durante el tratamiento psicoanalítico del enfermo, y para la curación es necesario que el síntoma sea conocido de nuevo y por los mismos caminos, hasta la idea reprimida. Una vez reintegrado lo reprimido a la actividad anímica consciente, labor que supone el vencimiento de considerables resistencias, el conflicto psíquico que así queda establecido y que el enfermo quiso evitarse con la represión, puede hallar, bajo la guía del médico, una mejor solución que la ofrecida por el proceso represor. Existen varias de estas apropiadas soluciones que ponen un feliz término al conflicto y a la neurosis y que, en casos individuales, pueden muy bien ser combinadas unas con otras. Puede convencerse a la personalidad del enfermo de que ha rechazado injustificadamente el deseo patógeno y hacerle aceptarlo en todo o en parte; puede también dirigirse este deseo hacia un fin más elevado y, por tanto, irreprochable (*sublimación* de dicho deseo), y puede, por último, reconocerse totalmente justificada su reprobación, pero sustituyendo el mecanismo —automático y, por tanto, insuficiente— de la represión por una condenación ejecutada con ayuda de las más altas funciones espirituales humanas, esto es, conseguir su dominio consciente.

Perdonadme si no he conseguido exponeros con mayor claridad estos capitales puntos de vista del método terapéutico llamado *psicoanálisis*. Las

dificultades no estriban tan sólo en la novedad de la materia. Sobre la naturaleza de los deseos intolerables, que a pesar de la represión logran hacerse notar desde lo inconsciente y sobre las condiciones subjetivas o constitucionales que tienen que aparecer conjuntamente en una persona para que tengan lugar un tal fracaso de la represión y una formación sustitutiva o de síntomas, trataremos en conferencias sucesivas.

TERCERA CONFERENCIA

COMO no siempre es fácil decir la verdad, sobre todo cuando es preciso ser breve, me veo obligado hoy a rectificar una inexactitud en que incurrí en mi última conferencia. Dije que cuando habiendo renunciado al hipnotismo apremiaba a mis enfermos para que me comunicasen lo que se les ocurriera sobre la materia de que se trataba, indicándoles que sabían todo lo que suponían haber olvidado y que la idea que surgiese en ellos en aquel instante contendría seguramente lo buscado, había logrado, en efecto, que la primera ocurrencia del enfermo trajera consigo el elemento deseado, revelándose como la olvidada continuación del recuerdo, y esto no es cierto por completo; si así lo expuse, fue en aras de la brevedad. Realmente, sólo en los comienzos del tratamiento pude conseguir, con un simple apremio por mi parte, que se presentase el elemento olvidado. Al continuar con la misma técnica comenzaban siempre a aparecer ocurrencias que por carecer de toda conexión con la materia tratada no podían ser las buscadas y eran rechazadas como falsas por los enfermos mismos. Una mayor presión por mi parte resultaba ya inútil en estos casos y, por tanto, parecía constituir un error el haber abandonado el hipnotismo.

En esta perplejidad me acogí a un prejuicio cuya verificación científica fue llevada a cabo años después en Zurich por C. G. Jung y sus discípulos. Debo afirmar que a veces es muy útil abrigar prejuicios. Creía yo firmemente en la rigurosa determinación de los procesos anímicos y no me era posible aceptar que una ocurrencia exteriorizada por el enfermo, hallándose intensamente lija su atención en un tema dado, fuera por completo arbitraria y

exenta de toda relación con dicho tema, o sea con la idea olvidada que procurábamos hallar. Que tal ocurrencia no fuera idéntica a la representación buscada era cosa que podía explicarse satisfactoriamente por la situación psicológica supuesta. En los enfermos sometidos al tratamiento actuaban dos fuerzas contrarias; por un lado, su aspiración consciente a traer a la conciencia los elementos olvidados que existían en lo inconsciente; por otro, la resistencia que ya conocemos y que luchaba para impedir que lo reprimido o sus productos se hiciesen conscientes. Cuando esta resistencia era nula o muy pequeña, lo olvidado se hacía consciente sin deformación ninguna, hecho que incitaba a sospechar que la desfiguración de lo buscado sería tanto mayor cuanto más enérgica fuese la resistencia opuesta a que lo olvidado se hiciese consciente. La ocurrencia del enfermo, que se presentaba en lugar de lo buscado, habíase originado, pues, como un síntoma; era un nuevo y efímero producto artificial sustitutivo de lo reprimido y tanto menos análogo a ello cuanto mayor fuese la desfiguración que bajo el influjo de la resistencia hubiese experimentado. Mas, de todos modos, tendría que presentar cierta semejanza con lo buscado, en virtud de su naturaleza de síntoma y dada una resistencia no demasiado intensa, tenía que ser posible adivinar el oculto elemento buscado, partiendo de la ocurrencia manifestada por el enfermo. Esta ocurrencia debía ser, con respecto al elemento reprimido, algo como una alusión, como una expresión del mismo en lenguaje *indirecto*.

En la vida anímica normal conocemos casos en los que situaciones análogas a la aquí supuesta por nosotros producen parecidos resultados. Uno de estos casos es el del chiste. Los problemas de la técnica psicoanalítica me han hecho ocuparme también de la técnica de la formación del mismo. Expondré aquí un ejemplo de este género, relativo a un chiste formulado en lengua inglesa.

La anécdota es como sigue[1243]: Dos negociantes poco escrupulosos, que habían conseguido reunir una gran fortuna merced a una serie de osadas empresas, se esforzaban en hacerse admitir en la buena sociedad, y para conseguirlo les pareció un buen medio encargar sus retratos al pintor más distinguido y caro de la ciudad, cada obra del cual se consideraba como un acontecimiento en el mundo elegante. En una gran «soirée» expusieron

después los cuadros y condujeron al salón en el que se hallaban colgados, uno junto a otro, al crítico de arte más influyente y conocido, con objeto de hacerle pronunciar un juicio admirativo. El crítico contempló largo rato los retratos, movió después la cabeza como si echase algo de menos, e indicando con la mirada el espacio libre comprendido entre las dos obras de arte, se limitó a preguntar: «And where is the Saviour?»[1244]. Veo que os ha hecho reír este excelente chiste, en cuya inteligencia penetraremos ahora. Comprendemos que el crítico quiere decir: «Sois un par de bribones semejantes a aquéllos entre los cuales se crucificó al Redentor». Más no lo dice así, sino que sustituye esta frase por algo que al principio parece singularmente incongruente e inapropiado a las circunstancias, pero que en seguida reconocemos como una *alusión* a la injuria que tenía propósito de exteriorizar y como un sustitutivo de la misma, que no aminora en nada su valor. No podemos esperar que en el chiste aparezcan todas aquellas circunstancias que sospechamos existen en la génesis de la ocurrencia espontánea de nuestros pacientes, pero si queremos hacer resaltar la identidad de motivación entre el chiste y la ocurrencia. ¿Por qué no dice el crítico directamente a los dos bribones lo que desea decirles? Pues porque junto a su antojo de decírselo con toda claridad, en su propia cara, actúan en él muy buenos motivos contrarios. No deja de tener sus peligros el ofender a personas de las cuales se es huésped y que disponen de los forzudos puños de una numerosa servidumbre. Puede correrse aquella suerte que en mi anterior conferencia me sirvió de símil para aclarar el concepto de la «represión». Por este motivo no exterioriza el crítico directamente la injuria que se proponía expresar, sino que la lanza disfrazada y deformada como una alusión y un desahogo con el cual burla la coerción que pesa sobre su propósito. A la misma constelación se debe, a nuestro juicio, el hecho de que el paciente produzca, en lugar del elemento olvidado que se trata de hallar, una *ocurrencia sustitutiva (Ersatzeinfall)* más o menos deformada.

Es muy apropiado dar, siguiendo el ejemplo de la escuela de Zurich (Bleuler, Jung y otros), el nombre de *complejo* de una agrupación de elementos ideológicos conjugados y saturados de afecto. Vemos, pues, que cuando partimos, en el tratamiento de un enfermo, de lo último que recuerda

sobre un punto determinado, para buscar un complejo reprimido, tenemos todas las probabilidades de inferirlo si el sujeto pone a nuestra disposición una cantidad suficiente de sus espontáneas ocurrencias. Dejamos, por tanto, hablar al enfermo lo que quiera y nos atenemos firmemente a la presuposición de que no puede ocurrírsele cosa alguna que no dependa indirectamente del complejo buscado. Si este camino de hallar lo reprimido os parece demasiado prolijo, puedo, por lo menos, aseguraros que es el único practicable.

Al emplear esta técnica encontramos aún el obstáculo de que el paciente se detiene con frecuencia, comienza a vacilar y afirma que no sabe qué decir, ni se le ocurre cosa alguna. Si esto fuera exacto y tuviera razón el enfermo, nuestro procedimiento probaría ser insuficiente. Pero una más sutil observación muestra que tal falta de ocurrencias no aparece jamás en la práctica, produciéndose tan sólo su apariencia por el hecho de que el enfermo, influido por las resistencias disfrazadas bajo la forma de diversos juicios críticos sobre el valor de la idea que en él ha surgido, la retiene sin exteriorizarla o la rechaza. Contra esto hay el remedio de ponerle desde luego al tanto de que ha de sentirse inclinado a observar tal conducta durante el tratamiento y pedirle que no se ocupe de ejercer crítica alguna sobre sus ocurrencias. De manifestar, renunciando en absoluto a una selección crítica, todo aquello que a su imaginación acuda, aunque lo considere inexacto, sin conexión alguna con la cuestión tratada, o falto de sentido. Sobre todo, no deberá ocultar nada de aquello que se le ocurra y con lo que le sea desagradable ocupar su pensamiento. La obediencia a estos preceptos asegura la consecución del material que ha de ponernos sobre las huellas de los complejos reprimidos.

Este material de ocurrencias, que el enfermo rechaza despreciativamente cuando se halla bajo el influjo de la resistencia y no bajo el del médico, constituye para el investigador psicoanalítico el mineral del que, con ayuda de sencillas artes interpretativas, extrae su total contenido del valioso metal. Si queréis haceros con un rápido y provisional conocimiento de los complejos reprimidos de un enfermo, aunque sin penetrar en su ordenación ni en su enlace, podéis serviros del *experimento de asociación*, tal y como ha sido perfeccionado por Jung[1245] y sus discípulos. Este procedimiento procura al

investigador psicoanalítico iguales medios que el análisis cualitativo a los químicos; en la terapia de los enfermos neuróticos puede prescindirse de él, pero es, en cambio, totalmente indispensable para la demostración objetiva de los complejos y para la investigación de la psicosis, con tanto éxito emprendidas por la escuela de Zurich.

La interpretación de las ocurrencias que exterioriza el paciente cuando se somete a los preceptos psicoanalíticos capitales no es el único de nuestros medios técnicos para el descubrimiento de lo inconsciente. Al mismo fin conducen otros dos procedimientos: la interpretación de sus sueños y la evaluación de sus *actos fallidos (Fehihandlugen)* y *actos casuales (Zufallshandlugen)*.

Confieso a mi distinguido auditorio que he vacilado largo tiempo pensando si no sería mejor ofrecer aquí, en lugar de esta rápida y sintética visión sobre todo el campo del psicoanálisis, una detallada exposición de la *interpretación de los sueños*[1246]. Un motivo en apariencia secundario y puramente subjetivo me ha hecho desistir de ello. Parecíame inadecuado y casi escandaloso presentarme en calidad de «onirocrítico» ante personas de esta nación, orientada hacia fines prácticos, sin previamente hacerles saber la importancia a que puede aspirar tal anticuado y ridiculizado arte. La interpretación de los sueños es, en realidad, la Vía Regia para llegar al conocimiento de lo inconsciente y la base más firme del psicoanálisis, constituyendo al mismo tiempo un campo de experimentación, en el que todos podemos penetrar y adquirir nuevas e interesantísimas ideas. Cuando se me pregunta cómo se puede llegar a practicar el psicoanálisis, respondo siempre que por el estudio de los propios sueños. Con justo tacto han eludido hasta ahora los adversarios de nuestras teorías penetrar en la crítica de la interpretación de los sueños, o han pasado rápidamente sobre ella con las objeciones más superficiales. Mas si, por el contrario, llegáis a aceptar las soluciones que el psicoanálisis da al problema de la vida onírica, no presentarán ya dificultad ninguna a vuestros ojos las novedades que pensáis encierra nuestra disciplina.

Al estudiar los sueños no hay que olvidar que si nuestras producciones oníricas nocturnas presentan, por un lado, la mayor analogía exterior y el más

grande parentesco íntimo con las creaciones de la perturbación mental, por otro, en cambio, son compatibles con una total salud en la vida despierta. No constituye ninguna paradoja afirmar que quien se limite a mirar con asombro, sin intentar llegar a su comprensión, estas alucinaciones, delirios y modificaciones del carácter, que pudiéramos llamar «normales», no puede tampoco tener la menor probabilidad de comprender, más que de un modo totalmente profano, las formaciones anormales de los estados anímicos patológicos. Entre estos profanos podéis contar a casi todos los psiquiatras actuales. Seguidme ahora en una rápida excursión a través del campo de los problemas oníricos.

Cuando nos hallamos despiertos acostumbramos considerar tan despreciativamente nuestros sueños como el paciente las ideas que el investigador psicoanalítico le hace manifestar. Rechazándolos de nuestro pensamiento, los olvidamos generalmente en el acto y por completo. Nuestro desprecio se funda en el extraño carácter que presentan aun aquellos sueños que no son confusos ni descabellados y en el evidente absurdo e insensatez de otros, y nuestra repulsa se basa en las desenfrenadas tendencias, inmorales y desvergonzadas que, en algunos sueños, se manifiestan claramente. En cambio, el mundo antiguo no participó de este nuestro desprecio de los sueños, y en la actualidad tampoco las capas inferiores de nuestro pueblo se dejan engañar con respecto a la estimación que a los mismos debe concederse, y esperan de ellos, como los antiguos, la revelación del porvenir.

Por mi parte confieso que no hallo necesidad de hipótesis mística ninguna para cegar las lagunas de nuestro actual conocimiento y que, por tanto, no he podido hallar jamás nada que confirmara una naturaleza profética de los sueños. Hay muchas cosas de otro género, y también harto maravillosas, que decir sobre ellos.

En primer lugar, no todos los sueños son esencialmente extraños al sujeto que los ha tenido, ni confusos e incomprensibles para él. Examinando los sueños de los niños más pequeños, desde el año y medio de edad, se halla que son grandemente sencillos y fáciles de explicar. El niño pequeño sueña siempre la realización de deseos que han surgido en él el día anterior y que no ha satisfecho. No es necesario ningún arte interpretativo para hallar esta sencilla solución, sino únicamente averiguar lo que el niño hizo o dijo

durante el día anterior al sueño. La solución más satisfactoria del problema sería, ciertamente, que también los sueños de los adultos fueran, como los de los niños, realizaciones de sentimientos optativos provocados durante el día del sueño. Y así es en realidad. Las dificultades que es necesario vencer para llegar a esta solución van desapareciendo poco a poco, conforme se va haciendo más penetrante el análisis de los sueños.

La primera y más importante de las objeciones es la de que los sueños de los adultos presentan, en general, un contenido ininteligible que no deja reconocer el más pequeño indicio de una realización de deseos. La respuesta a tal objeción es la siguiente: Dichos sueños han sufrido una deformación; el proceso psíquico que entrañan hubiera debido hallar originariamente una muy diferente traducción verbal. Hay que diferenciar el *contenido manifiesto del sueño*, tal y como se recuerda con extrema vaguedad por la mañana y se reviste penosamente y con aparente arbitrariedad de palabras, de las *ideas latentes del sueño*, que permanecen en lo inconsciente. Esta deformación del sueño es el mismo proceso que expuse antes en la investigación de la formación de los síntomas histéricos, e indica que tanto en la formación de los sueños como en la de los síntomas actúa el mismo juego de fuerzas anímicas encontradas. El contenido manifiesto del sueño es el sustitutivo deformado de las ideas inconscientes del mismo, y esta deformación es obra de fuerzas defensivas del *yo*, resistencias que durante el estado de vigilia impiden por completo el acceso a la conciencia, a los deseos reprimidos de lo inconsciente, y que, debilitados cuando el sujeto duerme, conservan, sin embargo, energía suficiente para obligar a dichos deseos a envolverse en un disfraz. De este modo resulta tan difícil para el sujeto reconocer el sentido de sus sueños como para el histérico la relación y el significado de sus síntomas.

Que existen ideas latentes del sueño, y que entre ellas y el contenido manifiesto del mismo se mantiene, en efecto, la relación antes descrita, son extremos de los que nos convence el análisis de los sueños, análisis cuya técnica es idéntica a la psicoanalítica. Se prescinde por completo de la aparente conexión de los elementos en el sueño manifiesto y se reúnen todas las ocurrencias que, conforme a la regla psicoanalítica de libre asociación, vayan surgiendo ante cada uno de dichos elementos, considerados separadamente. Luego, por el examen del material así reunido, podremos

inferir las ideas latentes del sueño, de igual manera que por las ocurrencias del enfermo ante sus síntomas y recuerdos hemos adivinado sus ocultos complejos. En las ideas latentes del sueño así descubiertas puede verse siempre cuán justificado está igualar los sueños del adulto a los de los niños. Lo que ahora se sustituye, como verdadero sentido del sueño, al contenido manifiesto del mismo es siempre claramente comprensible; aparece ligado a las impresiones del día anterior y se revela como realización de un deseo insatisfecho. El sueño manifiesto, que es el que por nuestro recuerdo conocemos al despertar, no puede describirse más que como una realización *disfrazada* de deseos *reprimidos*.

Por medio de una labor sintética puede llegarse también al conocimiento del proceso de deformación, que convierte las ideas inconscientes del sueño en el contenido manifiesto del mismo, proceso al que damos el nombre de *elaboración del sueño* y que merece todo nuestro interés teorético, porque en él podremos estudiar, mejor que en ningún otro, qué insospechados procesos psíquicos son posibles en lo inconsciente, o dicho con mayor precisión, *entre* dos sistemas psíquicos separados: la conciencia y lo inconsciente. Entre estos nuevos procesos psíquicos se destacan el de la *condensación* y el del *desplazamiento*. La elaboración del sueño es un caso especial de las influencias recíprocas de diversas agrupaciones anímicas; esto es, de los resultados del desdoblamiento anímico, y parece en lo esencial idéntica a aquella labor de deformación que, dada una represión fracasada, transforma en síntomas los complejos reprimidos.

En el análisis de los sueños descubriréis con admiración la insospechada importancia del papel que desempeñan en el desarrollo del hombre las impresiones y los sucesos de la temprana infancia. En la vida onírica del hombre prolonga su existencia el niño, conservando bien sus peculiaridades y deseos, aun aquellos que han llegado a ser inutilizables en la vida adulta. Con el poder incoercible se presentarán ante nosotros las evoluciones, represiones, sublimaciones y reacciones por medio de las cuales ha surgido del niño, muy diferentemente dispuesto, el hombre llamado normal, sujeto, y en parte víctima, de la civilización tan penosamente alcanzada.

Quiero también llamaros la atención sobre el hecho de que en el análisis de los sueños hemos hallado que lo inconsciente se servía, sobre todo para la

representación de complejos sexuales, de un determinado simbolismo, variable en parte individualmente y en parte típicamente fijado, que parece coincidir con el simbolismo cuya existencia sospechamos detrás de nuestros mitos y leyendas. No sería imposible que estas últimas creaciones de los pueblos pudieran hallar su explicación partiendo de los sueños.

He de advertiros, por último, que no debéis dejaros extraviar por la objeción de que la existencia de pesadillas o sueños de angustia contradice nuestra concepción de los sueños como realización de deseos. Aparte de que también estos sueños angustiosos necesitan ser interpretados antes de poder pronunciarse sobre ellos, hay que hacer observar que, en general, la angustia no depende tan sencillamente del contenido del sueño como suele creerse, sin conocer ni tener en cuenta las condiciones de la angustia neurótica. La angustia es una de las reacciones defensivas del *yo* contra aquellos deseos reprimidos que han llegado a adquirir una gran energía, y es, por tanto, muy explicable su existencia en el sueño cuando la formación del mismo se ha puesto excesivamente al servicio de la realización de tales deseos reprimidos.

Vemos, pues, que la investigación de los sueños estaría ya justificada en sí por las conclusiones a que nos lleva sobre cuestiones que sin ella serían tan difíciles de conocer. Mas nosotros hemos llegado a ella en conexión con el tratamiento psicoanalítico de los neuróticos. Por lo dicho hasta ahora, podéis comprender fácilmente cómo la interpretación de los sueños, cuando no es dificultada en exceso por las resistencias del enfermo, conduce al conocimiento de los deseos ocultos y reprimidos del mismo y de los complejos que tales deseos sustentan. Podemos, pues, pasar ahora al tercer grupo de fenómenos anímicos, cuyo estudio ha llegado a ser un medio técnico para el psicoanálisis.

Son éstos los pequeños *actos fallidos* de los hombres, tanto normales como nerviosos; actos a los que no se acostumbra, en general, dar importancia ninguna: el olvido de cosas que podían saberse y que en realidad se saben en otros momentos (por ejemplo, el olvido temporal de los nombres propios); las equivocaciones orales, en las que con tanta frecuencia se incurre; los análogos errores cometidos en la escritura y en la lectura; los actos de aprehensión errónea, y la pérdida y rotura de objetos, etc., cosas todas a las que no se suele buscar una determinación psicológica y que se

dejan pasar considerándolas como sucesos casuales y resultantes de la distracción, falta de atención y otras condiciones análogas. A todo ello se agregan los actos y gestos que los hombres ejecutan sin darse cuenta, y, por tanto, claro está que sin atribuirles condición anímica alguna, tales como el juguetear con los objetos, tararear melodías, andarse en los vestidos o en alguna parte de la propia persona y otros manejos semejantes[1247]. Estas pequeñeces, *actos fallidos, sintomáticos y casuales*, no se hallan tan desprovistas de significación como parece aceptarse, en general, por un tácito acuerdo; muy al contrario, son extraordinariamente significativas y pueden ser fácil y seguramente interpretadas examinando la situación en la que se ejecutan; examen del que resulta que también constituyen manifestaciones de impulsos e intenciones que deben ser sustraídos a la propia conciencia o que proceden de los mismos complejos y deseos que hemos estudiado como creadores de los síntomas y plasmadores de los sueños. Merecen, por tanto, estos actos ser reconocidos como síntomas, y su observación puede conducir, como la de los sueños, al descubrimiento de los elementos ocultos de la vida anímica. Por ellos revela generalmente el hombre sus más íntimos secretos, y si aparecen con especiales facilidad y frecuencia hasta en individuos sanos, que han logrado llevar a cabo, con todo éxito, la represión de sus tendencias inconscientes, ello se debe a su futilidad y nimia apariencia. No obstante, pueden aspirar tales actos a una más alta valoración teórica, pues nos muestran que la represión y la formación de sustitutivos tienen también lugar en condiciones de salud normal.

Observaréis que el investigador psicoanalítico se caracteriza por una estricta fe en el determinismo de la vida psíquica. Para él no existe nada pequeño, arbitrario ni casual en las manifestaciones psíquicas; espera hallar siempre una motivación suficiente hasta en aquellos casos en que no se suele sospechar ni inquirir la existencia de la misma, y está incluso preparado a encontrar una *motivación múltiple* del mismo efecto psíquico, mientras que nuestra necesidad casual, que suponemos innata, se declara satisfecha con una única causa psíquica.

Reunid ahora todos los medios que para el descubrimiento de lo escondido, olvidado y reprimido en la vida psíquica poseemos: el estudio de

las ocurrencias del paciente provocadas por libre asociación, el de sus sueños y el de sus actos fallidos y sintomáticos; añadid a ello la valoración de otros fenómenos que aparecen durante el tratamiento psicoanalítico y sobre los que haré más adelante, al tratar de la «transferencia», algunas observaciones, y llegaréis conmigo a la conclusión de que nuestra técnica es suficientemente eficaz para poder cumplir su cometido, atraer a la conciencia el material psíquico patógeno, y poner así término a la dolencia provocada por la formación de síntomas sustitutivos. El que en el curso de nuestros esfuerzos terapéuticos logremos enriquecer y hacer más profundo nuestro conocimiento de la vida psíquica de los hombres, tanto normales como enfermos, no puede ciertamente ser considerado sino como un especial atractivo y una ventaja de esta labor.

No sé si abrigaréis la impresión de que la técnica a través de cuyo arsenal acabo de conduciros es de una extraordinaria dificultad. Mi opinión es la de que está proporcionada al objeto cuyo dominio ha de conseguir. Mas lo seguro es que no se trata de algo que pueda improvisarse, sino que tiene que ser aprendido al igual que la técnica histológica o quirúrgica. Quizá os asombre saber que en Europa hemos escuchado multitud de juicios sobre el psicoanálisis, pronunciados por personas que no conocen nada de nuestra técnica ni la han empleado jamás, y que, no obstante, nos pedían, como por burla, que les demostrásemos la exactitud de nuestros resultados. Entre estos impugnadores ha habido, ciertamente, personas a las que en otras materias no faltaba la lógica científica y que, por ejemplo, no hubieran rechazado el resultado de una investigación microscópica por el hecho de no ser apreciable dicho resultado sin aparato ninguno; a simple vista y directamente sobre el preparado anatómico, no hubieran pronunciado tampoco un juicio adverso antes de haber comprobado la cuestión por sí mismos con ayuda del microscopio. Mas, en lo tocante al psicoanálisis, hay que tener en cuenta que la aceptación de sus teorías tiene que luchar con circunstancias muy desfavorables. El psicoanálisis trata de conducir a un reconocimiento consciente los elementos reprimidos de la vida psíquica y aquellos que han de juzgarla son también hombres que poseen tales represiones y que quizá sólo a duras penas logran mantenerlas. De este modo tiene nuestra disciplina que despertar en ellos la misma resistencia que despierta en el enfermo, y que

fácilmente consigue disfrazarse de repulsa intelectual, y hace surgir argumentos análogos a aquellos que nosotros dominamos en nuestros pacientes por medio de la regla capital antes descrita. Como en los enfermos, hallamos también con frecuencia en nuestros adversarios una extraordinaria influenciación afectiva de la capacidad de juicio, en el sentido de una minoración de la misma. La soberbia de la conciencia que, por ejemplo, rechaza tan despreciativamente los sueños, pertenece a los más enérgicos dispositivos protectores previstos en general en todos nosotros contra la revelación de los complejos inconscientes, y ésta es la causa de que sea tan difícil hacer llegar a los hombres a la convicción de la realidad de lo inconsciente y darles a conocer algo nuevo que contradice su conocimiento consciente.

CUARTA CONFERENCIA

DESEARÉIS saber ahora qué es lo que con ayuda de los medios técnicos descritos hemos averiguado sobre los complejos patógenos y los deseos reprimidos de los neuróticos.

Ante todo una cosa: la investigación psicoanalítica refiere, con sorprendente regularidad, los síntomas patológicos del enfermo a impresiones de su vida erótica; nos muestra que los deseos patógenos son de la naturaleza de los componentes instintivos eróticos y nos obliga a aceptar que las perturbaciones del erotismo deben ser consideradas como las influencias más importantes de todas aquellas que conducen a la enfermedad. Y esto en ambos sexos.

Sé que esta afirmación no se acepta fácilmente. Hasta aquellos investigadores que siguen con buena voluntad mis trabajos psicológicos se hallan inclinados a opinar que exagero la participación etiológica de los factores sexuales y se dirigen a mí con la pregunta de por qué otros estímulos psíquicos no han de dar también motivo a los fenómenos de la represión y la formación de sustitutivos. A ello puedo contestar que ignoro por qué los estímulos no sexuales carecen de tales consecuencias y que no tendría nada

que oponer a que su actuación produjese resultados análogos a los de carácter sexual, pero que la experiencia demuestra que nunca adquieren tal significación e importancia y que lo más que hacen es secundar el efecto de los factores sexuales, sin jamás poder sustituirse a ellos. Este estado de cosas no fue afirmado por mí teóricamente; en 1895, cuando publiqué los estudios sobre la histeria, en colaboración con el doctor Breuer, no había yo llegado aún a este punto de vista, que he tenido forzosamente que aceptar más tarde, conforme mis experimentos iban haciéndose más numerosos y penetrando más en el corazón de la materia.

Entre vosotros, los que habéis acudido a estas conferencias, se hallan algunos de mis más íntimos amigos y discípulos, que me han acompañado en mi viaje hasta aquí. Interrogadlos, y oiréis de sus labios que también ellos acogieron al principio con absoluta incredulidad la afirmación de la decisiva importancia de la etiología sexual hasta que luego su propia labor analítica los obligó a aceptarla y hacerla suya.

La conducta de los enfermos no facilita ciertamente la aceptación de mi discutida teoría. En lugar de ayudarnos, proporcionándonos de buena voluntad datos sobre su vida sexual, intentan ocultar ésta por todos los medios. Los hombres no son generalmente sinceros en las cuestiones sexuales. No muestran a la luz su sexualidad, sino que la cubren con espesos mantos tejidos de mentiras, como si en el mundo de la sexualidad reinara un cruel temporal. Y no dejan de tener razón: en nuestro mundo civilizado, el sol y el viento no son nada favorables a la actividad sexual; ninguno de nosotros puede realmente mostrar a los demás su erotismo, libre de todo disfraz. Mas cuando los pacientes se dan cuenta de que pueden librarse de toda coerción durante el tratamiento, arrojan aquella mentirosa envoltura, y entonces es cuando se halla una en situación de formar juicio exacto sobre el discutido problema. Desgraciadamente, los médicos no ocupan con respecto a los demás hombres un lugar de excepción en lo relativo a la conducta personal ante los problemas de la vida sexual, y aun muchos de ellos caen dentro de aquella mezcla de gazmoñería y concupiscencia que en las cuestiones sexuales rige la conducta de la mayoría de los «hombres civilizados».

Continuemos ahora la exposición de nuestros resultados. En otra serie de

casos, la investigación psicoanalítica refiere los síntomas no a acontecimientos sexuales, sino a vulgares sucesos traumáticos. Mas esta diferenciación pierde toda su importancia por otro hecho. La labor analítica necesaria para la aclaración absoluta y la definitiva curación de un caso patológico no se detiene nunca en los sucesos del período de enfermedad, sino que llega en todos los casos hasta la pubertad y la temprana infancia del paciente, para tropezar allí con dos sucesos e impresiones determinantes de la posterior enfermedad. Sólo los sucesos de la infancia explican la extremada sensibilidad ante traumas posteriores, y únicamente por el descubrimiento y atracción a la conciencia de estas huellas de recuerdos, casi siempre olvidadas, adquirimos poder suficiente para hacer desaparecer los síntomas. Llegamos aquí al mismo resultado que en la investigación de los sueños; esto es, que son deseos duraderos y reprimidos de la niñez los que para la formación de síntomas han suministrado su energía, sin la cual la reacción a traumas posteriores hubiera tenido lugar normalmente. Y estos poderosos deseos de la niñez deben ser considerados siempre, y con una absoluta generalidad, como sexuales.

Ahora sí que estoy cierto de haber excitado vuestro asombro. ¿Hay, pues, una sexualidad infantil? —preguntaréis—. ¿No es más bien la infancia una edad caracterizada por la ausencia del instinto sexual? Nada de eso: el instinto sexual no entra de repente en los niños al llegar a la pubertad, como nos cuenta el Evangelio que el demonio entró en los cuerpos de los cerdos. El niño posee, desde un principio, sus instintos y actividades sexuales; los trae consigo al mundo, y de ellos se forma, a través de las numerosas etapas de una importantísima evolución, la llamada sexualidad normal del adulto. Ni siquiera es difícil observar las manifestaciones de esta actividad sexual infantil; por el contrario, más bien es necesario poseer cierto arte para dejarlas pasar inadvertidas o interpretarlas erróneamente.

Un favorable destino me ha puesto en situación de acogerme al testimonio de un compatriota vuestro. Indicaré aquí un trabajo del doctor Sanford Bell, publicado en 1902, en el *American Journal of Psychology*. Su autor es un antiguo discípulo de la Clark University, la misma institución en una de cuyas aulas nos hallamos hoy reunidos. En este trabajo, titulado *A preliminary study of the emotion of love between the sexes*, y aparecido tres

años antes de mi ‘Tres ensayos para una teoría sexual’ (Tomo IV de estas obras completas) dice el autor la misma cosa que yo acabo de exponeros: «La emoción del amor sexual no surge por vez primera en el período de la adolescencia, como se ha pensado hasta ahora[1248]». El doctor Sanford Bell ha trabajado en esta cuestión, muy a la americana, como diríamos en Europa, reuniendo, en el transcurso de quince años, nada menos que 2500 observaciones positivas, entre ellas 800 realizadas por él mismo. De los signos por los que se revelan tales enamoramientos infantiles, dice en su trabajo: «Observando sin prejuicio alguno estas manifestaciones en cientos de parejas de niños, no puede eludirse el atribuirles un origen sexual. El ánimo más deseoso de exactitud tiene que quedar satisfecho cuando a estas observaciones se agrega la confesión de aquellas personas que’ en su niñez han experimentado tal emoción con una elevada intensidad y cuyos recuerdos infantiles son relativamente precisos[1249]». Mas cuando el asombro de aquellos de entre vosotros que no quieren creer en la sexualidad infantil llegará a su grado máximo, será al oír que muchos de estos niños tempranamente enamorados no han pasado de la tierna edad de tres, cuatro y cinco años.

No me admiraría que estas observaciones de un compatriota vuestro consiguieran vuestro asentimiento con mayor facilidad que las mías. Por mi parte, he logrado, hace poco, deducir del análisis de un niño de cinco años[1250], que padecía una neurosis de angustia —análisis llevado a cabo por su mismo padre, conforme a las reglas psicoanalíticas—, un cuadro casi completo de las manifestaciones instintivas somáticas y de las producciones anímicas en un temprano estadio de la vida erótica infantil. Debo también haceros recordar que mi amigo el doctor C. G. Jung os leía hace pocas horas en esta misma sala las observaciones verificadas en el caso de una niña aún menor, que por el mismo motivo que mi paciente —el nacimiento de un hermanito— reveló emociones sensuales y formaciones de deseos y complejos totalmente análogos. No desespero, pues, de que lleguéis a familiarizaros con la idea, extraña al principio, de la sexualidad infantil, y quiero presentaros todavía el honroso ejemplo del psiquiatra de Zurich E. Bleuler, que aún no hace muchos años manifestaba «que no lograba comprender mis teorías sexuales» y que posteriormente ha confirmado en su

totalidad, por observaciones propias, mi concepción de la sexualidad infantil[1251].

Es muy explicable que, sean o no investigadores médicos, no quieran los hombres saber nada de la vida sexual del niño. Han olvidado su propia actividad sexual infantil, bajo la presión de la educación civilizadora, y no quieren que se les recuerde lo que han reprimido. Muy distintas serían las convicciones a que llegarían si comenzaran sus investigaciones con un autoanálisis, una revisión y una interpretación de sus recuerdos infantiles.

Rechazad vuestras dudas y seguidme en la aceptación de la existencia de una sexualidad infantil desde los primeros años[1252]. El instinto sexual del niño se nos revela como muy complejo, y es susceptible de una descomposición en numerosos elementos de muy diverso origen. Ante todo, es aún independiente de la procreación, a cuyo servicio entrará más tarde, y sirve, por lo pronto, para la consecución de sensaciones de placer, de muy diversos géneros, a las que por sus analogías y conexiones reunimos bajo la común consideración de placer sexual. La fuente principal del placer sexual infantil es el estímulo apropiado de determinadas partes del cuerpo, especialmente excitables; esto es, además de los genitales, la boca, el ano, la abertura del meato, y también la piel y otras superficies sensoriales. Dado que en esta primera fase de la vida sexual infantil la satisfacción es conseguida en el propio cuerpo y aparte de todo objeto exterior, la denominamos, conforme al término implantado por Havelock Ellis, fase del *autoerotismo*, y llamaremos *zonas erógenas* a las partes del cuerpo que intervienen en la consecución de placer. El «chupeteo» o succión productora de placer, observable en los niños más pequeños, es un buen ejemplo de una tal satisfacción autoerótica conseguida en una zona erógena. El primer observador científico de este fenómeno, un pediatra de Budapest llamado Lindner, lo interpretó ya como una satisfacción sexual y ha descrito minuciosamente su transición a otras más elevadas formas de la actividad sexual[1253]. Otra satisfacción sexual de esta edad infantil es aquel estímulo masturbatorio de los genitales, que tan gran importancia conserva para la vida posterior y que muchos individuos no logran jamás dominar. Junto a estas y otras actividades autoeróticas. se manifiestan muy tempranamente en el niño

aquellos componentes instintivos del placer sexual, o como nosotros acostumbramos decir, de la libido, que presuponen una persona exterior al sujeto. Estos instintos aparecen en dos formas, activa y pasiva, constituyendo pares antitéticos. Citaré entre ellos, como los de mayor importancia de este grupo el placer de causar dolor (sadismo), con su contrario pasivo (masoquismo), y el placer visual, de cuyas formas activa y pasiva surgen posteriormente el afán de saber y la tendencia a la exposición artística o teatral. Otras actividades sexuales del niño caen ya dentro de la *elección de objeto*, en la cual se convierte en elemento principal una segunda persona, que debe originariamente su importancia a consideraciones relativas al instinto de conservación. Sin embargo, la diferencia de sexos no desempeña aún en este período infantil un papel decisivo, y sin cometer injusticia alguna puede atribuirse a todos los niños una parte de disposición homosexual.

Esta desordenada vida sexual del niño, muy rica en contenido, pero disociada, y en la cual cada instinto busca por cuenta propia, independientemente de todos los demás, la consecución de placer, experimenta una síntesis y una organización en dos direcciones principales, de tal manera, que con el término de la pubertad queda, en la mayoría de los casos, completamente desarrollado el definitivo carácter sexual del individuo. Por un lado, se subordinan los diversos instintos a la primacía de la zona genital, con lo que toda la vida sexual entra al servicio de la procreación, y la satisfacción de dichos instintos queda reducida a la preparación y favorecimiento del acto sexual propiamente dicho. Por otro, la elección de objeto anula el autoerotismo, haciendo que en la vida erótica no quieran ser satisfechos sino en la persona amada todos los componentes del instinto sexual. Mas no todos los componentes instintivos originales son admitidos en esta definitiva fijación de la vida sexual. Y a antes de la pubertad han sido sometidos determinados instintos, bajo la influencia de la educación, a represiones extraordinariamente enérgicas y han aparecido potencias anímicas tales como el pudor, la repugnancia y la moral, que mantienen, como vigilantes guardianes, dichas represiones. Cuando luego, en la época de la pubertad, llega la marea alta de la necesidad sexual, encuentra en las citadas reacciones o resistencias diques que le marcan su entrada en los caminos, llamados normales, y la hacen imposible vivificar de nuevo los

instintos sometidos a la represión. Esta recae especialmente sobre los placeres infantiles coprófilos, o sea los relacionados con los excrementos, y, además, sobre la fijación a las personas de la primitiva elección de objeto.

Un principio de Patología general expresa que cada proceso evolutivo trae consigo los gérmenes de la disposición patológica, en cuanto puede ser obstruido o retrasado o no tener lugar sino incompletamente. Esto mismo es aplicable al tan complicado desarrollo de la función sexual, el cual no en todos los individuos se lleva a cabo sin tropiezo alguno, dejando, en estos casos, tras de sí ora anormalidades, ora una disposición a la posterior adquisición de enfermedades por el camino de la regresión. Puede suceder que no todos los instintos parciales se someten a la primacía de la zona genital, y entonces el instinto que ha quedado independiente constituye lo que llamamos una *perversión* y algo que puede sustituir el fin sexual normal por el suyo propio. Sucede muy frecuentemente, como ya hemos indicado, que el autoerotismo no es dominado por completo, defecto del cual dan testimonio, en tiempos posteriores, las más diversas perturbaciones. La original equivalencia de ambos sexos como objetos sexuales puede también mantenerse y resultar de ella una tendencia a la actividad homosexual en la vida adulta, tendencia que puede llegar en determinadas circunstancias a la homosexualidad exclusiva. Esta serie de perturbaciones corresponde a las inhibiciones directas del desarrollo de la función sexual y comprende las *perversiones* y el nada raro *infantilismo* general de la vida sexual.

La disposición a la neurosis debe derivarse también, pero con un camino distinto, de una perturbación del desarrollo sexual. Las neurosis son a las perversiones lo que en fotografía el negativo a la positiva. En ellas aparecen como sustentadores de los complejos y origen de los síntomas los mismos componentes instintivos que en las perversiones, pero en este caso actúan desde lo inconsciente. Han experimentado, pues, una represión; mas a pesar de la misma, pudieron afirmarse en lo inconsciente. El psicoanálisis nos permite reconocer que una manifestación extremadamente enérgica de estos instintos en épocas muy tempranas conduce a una especie de *fijación* parcial, que constituye un punto débil en el conjunto de la función sexual. Si el ejercicio de la función sexual normal encuentra luego algún obstáculo en la

madurez, la represión de la época evolutiva queda rota precisamente en aquellos puntos en los que han tenido lugar fijaciones infantiles.

Me objetaréis quizá ahora que nada de esto es sexualidad. Confieso que he usado esta palabra en un sentido mucho más amplio del que estáis acostumbrados a atribuirle. Pero es muy discutible si no sois vosotros los que la empleáis en un sentido demasiado estrecho cuando la limitáis a los dominios de la procreación. Haciéndolo así, sacrificáis la inteligencia de las perversiones y la conexión entre la perversión, la neurosis y la vida sexual normal, quedando imposibilitados de reconocer, según su verdadera importancia, los comienzos, fácilmente observables, de la vida erótica —somática y psíquica— de los niños. Pero os decidáis o no a dar un más amplio sentido de la palabra discutida, debéis tener siempre en cuenta que el investigador psicoanalítico concibe la sexualidad en aquel amplio sentido al que nos conduce la aceptación de la sexualidad infantil.

Volvamos de nuevo al desarrollo sexual del niño. Quédannos todavía por examinar en él algunos puntos, que antes, dedicada nuestra atención más a las manifestaciones somáticas que a las anímicas, de la vida sexual, dejamos escapar. La primitiva elección infantil del objeto, cuya naturaleza obedece a la impotencia del niño para valerse por sí solo, reclama todo nuestro interés. Dirígese, al principio, hacia los guardadores del infantil sujeto y luego, en seguida, hacia sus padres. Según me ha demostrado la observación directa de los niños confirmada por la investigación analítica de los adultos, la relación del niño con sus padres no está en ningún modo exenta de elementos de excitación sexual. El niño toma a sus dos progenitores, y especialmente a uno de ellos, como objeto de sus deseos eróticos, con lo cual no hace generalmente más que obedecer a un estímulo iniciado por sus mismos padres, cuya ternura posee los más claros caracteres de una actividad sexual, si bien desviada en sus fines. El padre prefiere en general a la hija, y la madre al hijo, y el niño reacciona a ello con el deseo, si es varón, de hallarse en el puesto de su padre, o en el de su madre si es hembra. Los sentimientos despertados en estas relaciones entre padres e hijos y en las de los hermanos entre sí no son sólo de naturaleza tierna y positiva, sino también negativos y hostiles. El complejo que de este modo se forma está destinado a una pronta

represión; pero ejerce luego, desde lo inconsciente, una magna y duradera influencia, y debemos manifestar nuestra sospecha de que, con sus ramificaciones, constituye el *complejo nódulo (Kernkomplex)* de todas y cada una de las neurosis, hallándonos preparados a encontrarlo con no menos eficacia en otros dominios de la vida psíquica. El mito del rey Edipo, que mata a su padre y toma a su madre por mujer, es una exposición aún muy poco disfrazada del deseo infantil ante el cual se alzan después, rechazándolo, las barreras del incesto. El Hamlet shakespeariano reposa sobre la misma base, aunque más encubierta, del complejo del incesto[1254].

En la época en que el niño está todavía dominado por el complejo nódulo aún no reprimido, dedica una importantísima parte de su actividad al servicio de los intereses sexuales; comienza a investigar de dónde vienen los niños, y utilizando los datos que a su observación se ofrecen, adivina de las circunstancias reales más de lo que los adultos pueden sospechar. Generalmente, lo que despierta su interés investigatorio es la amenaza material de la aparición de un nuevo niño, en el que al principio no ve más que un competidor. Bajo la influencia de los instintos parciales que en él actúan llega a formular numerosas *teorías sexuales infantiles*, tales como las de que ambos sexos poseen iguales genitales masculinos y que los niños se conciben comiendo y son paridos por el recto, y que el comercio sexual es un acto de carácter hostil, una especie de sojuzgamiento violento. Mas precisamente el incompleto desarrollo de su constitución sexual y la laguna que en sus conocimientos supone la ignorancia de la forma del aparato genital femenino (vagina) obligan al infantil investigador a abandonar su labor, considerándola inútil. El hecho mismo de esta investigación infantil, así como las pueriles teorías sexuales a que da lugar, presenta gran importancia como determinante para la formación del carácter del niño y del contenido de la neurosis que puede adquirir posteriormente.

Es inevitable y de todo punto normal que el niño haga de sus padres los objetos de su primera elección erótica. Pero su libido no debe permanecer fija en estos primeros objetos, sino tomarlos después únicamente como modelos y pasar de ellos a personas extrañas en la época de la definitiva elección de objeto. El *desligamiento* del niño de sus padres se convierte así en un indispensable deber educativo si el valor social del joven individuo no ha de

correr un serio peligro. Durante la época en la que la represión lleva a cabo la selección entre los instintos parciales de la sexualidad y después, cuando ha de debilitarse la influencia de los padres, la cual ha proporcionado la energía necesaria para estas represiones, recaen sobre la labor educativa importantes deberes, que actualmente no siempre son desempeñados de una manera comprensiva y libre de objeciones.

No vayáis quizá a juzgar que con estas discusiones sobre la vida sexual y la evolución psicosexual del niño nos hemos alejado mucho del psicoanálisis y de la labor curativa de las perturbaciones nerviosas. Si queréis, podéis describir exclusivamente el tratamiento psicoanalítico como una segunda educación dirigida al vencimiento de los restos de la infancia.

QUINTA CONFERENCIA

CON el descubrimiento de la sexualidad infantil y la referencia de los síntomas neuróticos a componentes instintivos eróticos, hemos llegado a establecer algunas inesperadas fórmulas sobre la esencia y las tendencias de las neurosis. Vemos que los hombres enferman cuando, a consecuencia de obstáculos exteriores o falta interna de adaptación, queda vedada para ellos la satisfacción de sus necesidades sexuales en la *realidad*, y vemos que entonces se *refugian en la enfermedad*, para hallar con su ayuda una satisfacción sustitutiva de la que les ha sido negada. Reconocemos que los síntomas patológicos contienen una parte de la actividad sexual del sujeto o a veces su vida sexual entera, y encontramos en el alejamiento de la realidad el propósito capital, pero también el daño principal de la enfermedad. Sospechamos que la resistencia que nuestros enfermos oponen a su restablecimiento no es de constitución simple, sino compuesta de varios motivos. No solamente se resiste el *yo* del enfermo a levantar las represiones por medio de las cuales ha realizado su evolución, sino que tampoco los instintos sexuales se resignan a prescindir de sus satisfacciones sustitutivas mientras permanezca aún inseguro si la realidad les ofrecerá o no algo mejor.

La fuga en que el sujeto abandona la insatisfactoria realidad para

refugiarse en aquello que por su nocividad biológica denominamos enfermedad, pero que jamás deja de ofrecer al enfermo un inmediato placer, se lleva a cabo por el camino de la *regresión*, del retorno, a fases tempranas de la vida sexual, a las que en su época no faltó satisfacción. Esta represión es aparentemente doble: *temporal*, en cuanto la libido, la necesidad erótica, retrocede a grados evolutivos temporalmente anteriores, y *formal*, en cuanto para la manifestación de esta necesidad se emplean los originales y primitivos medios expresivos psíquicos; mas ambos géneros de regresión se hallan orientados hacia la niñez y se reúnen para la constitución de un estado infantil de la vida sexual.

Cuanto más se penetra en la patogénesis de la enfermedad nerviosa, más se descubre la conexión de las neurosis con otras producciones de la vida psíquica humana, aun con las de un más alto valor. Nosotros, los hombres, con las grandes aspiraciones de nuestra civilización y bajo el peso de nuestras íntimas represiones, hallamos la realidad totalmente insatisfactoria y mantenemos, por tanto, una vida imaginativa, en la cual gustamos de compensar los defectos de la realidad por medio de la producción de realizaciones de deseos. Estas fantasías entrañan mucho de la propia esencia constitucional de la personalidad y también de los impulsos en ella reprimidos para su adaptación a la realidad. El hombre que alcanza grandes éxitos de su vida es aquel que por medio del trabajo logra convertir en realidad sus fantasías optativas. Donde esto fracasa a consecuencia de las resistencias del mundo exterior y de la debilidad del individuo, surge el apartamiento de la realidad; el individuo se retira a su satisfactoria fantasía y, en el caso de enfermedad, convierte su contenido en síntomas. Bajo determinadas condiciones favorables, le será aún posible hallar otro camino que, partiendo de dichas fantasías, le conduzca de nuevo a la realidad, salvándole de extrañarse de ella duraderamente por medio de la regresión a lo infantil. Cuando la persona enemistada con el mundo real posee aquello que llamamos *dotes artísticas* y cuya psicología permanece aún misteriosa para nosotros, puede transformar sus fantasías no en síntomas, sino en creaciones artísticas, escapar así a la neurosis y volver a encontrar por este camino indirecto la relación con la realidad[1255]. En los casos en que a una persistente rebelión contra el mundo real se une la falta o la insuficiencia de

estas preciosas dotes, resulta inevitable que la libido, siguiendo el origen de la fantasía, llegue por el camino de la regresión a la resurrección de los deseos infantiles y con ella a la neurosis. Este reemplaza en nuestros días al convento al cual acostumbraban antes retirarse aquellas personas desengañadas de la vida o que se sentían demasiado débiles para vivirla.

Permitidme que en este punto exponga el resultado capital conseguido por la investigación psicoanalítica de los neuróticos y que es el de que las neurosis no tienen un especial contenido psíquico que no pueda hallarse también en los individuos sanos, o como lo ha expresado C. G. Jung, que los neuróticos enferman a causa de los mismos complejos con los que luchamos los sanos. De circunstancias cuantitativas y de las relaciones de las fuerzas que combaten entre sí depende que la lucha conduzca a la salud, a la neurosis o a sublimaciones compensadoras.

Os he ocultado hasta ahora algo que constituye la más importante confirmación de nuestra hipótesis de las fuerzas instintivas sexuales de la neurosis. Siempre que sometemos a un nervioso al tratamiento psicoanalítico aparece en él el extraño fenómeno llamado *transferencia (Uebertragung)*, consistente en que el enfermo dirige hacia el médico una serie de tiernos sentimientos mezclados frecuentemente con otros hostiles, conducta sin fundamento alguno real y que, según todos los detalles de su aparición, tiene que ser derivada de los antiguos deseos imaginativos devenidos inconscientes. Así, pues, el enfermo vive, en su relación con el médico, aquella parte de su vida sentimental que ya no puede hacer volver a su memoria, y por medio de este vivir de nuevo en la «transferencia» es como queda convencido, tanto de la existencia como del poder de tales impulsos sexuales inconscientes. Los síntomas, que para emplear una comparación tomada de los dominios de la Química son los precipitados de anteriores sucesos eróticos (en el más amplio sentido), no pueden disolverse y ser transformados en otros productos psíquicos más que a la elevada temperatura de la transferencia. El médico desempeña en esta reacción, según acertadísima frase de S. Ferenczi[1256], el papel de *un fermento catalítico* que atrae temporalmente los afectos que en el proceso van quedando libres. El estudio de la transferencia nos proporciona también la clave para la

inteligencia de la sugestión hipnótica que en un principio empleamos con nuestros enfermos como medio técnico para la investigación de lo inconsciente. El hipnotismo se reveló entonces como un auxiliar terapéutico pero, en cambio, como un obstáculo para el conocimiento científico de la cuestión, pues si hacía desaparecer las resistencias en determinado campo, no evitaba que se alzasen de nuevo en los límites del mismo, formando impenetrables murallas que impedían todo nuevo avance. No hay que creer que el fenómeno de la transferencia, sobre el cual no puedo extenderme aquí mucho, desgraciadamente, sea un producto de la influenciación psicoanalítica. La transferencia surge espontáneamente en todas las relaciones humanas, lo mismo que en la del enfermo y el médico; es, en general, el verdadero vehículo de la influenciación terapéutica y actúa con tanta mayor energía cuanto menos se sospecha su existencia. Así, pues, no es el psicoanálisis el que la crea, sino que se limita a revelarla a la conciencia y se apodera de ella para dirigir los procesos psíquicos hacia el fin deseado. No puedo abandonar el tema de la transferencia sin hacer resaltar que este fenómeno es decisivo no sólo para la convicción del enfermo, sino también para la del médico. Sé que todos mis partidarios han llegado a convencerse de la exactitud de mis afirmaciones sobre la patogénesis de las neurosis precisamente por sus experiencias personales en lo referente a la transferencia, y comprendo muy bien que no se llegue a tal seguridad de juicio en tanto no haya efectuado uno por sí mismo psicoanálisis y haya tenido ocasión de observar directamente los efectos de dicho fenómeno.

A mi juicio existen, por parte del intelecto, dos obstáculos opuestos al reconocimiento de las ideas psicoanalíticas: en primer lugar, lo desacostumbrado de contar con una estricta y absoluta determinación de la vida psíquica, y en segundo, el desconocimiento de las peculiaridades que constituyen la diferencia entre los procesos anímicos inconscientes y los conscientes que no son familiares. Una de las más extendidas resistencias contra la labor psicoanalítica —tanto en los sanos como en los enfermos— se refiere al último de dichos factores. Se teme causar un daño con el psicoanálisis y se siente miedo de atraer a la conciencia del enfermo los instintos sexuales reprimidos, como si ello trajese consigo el peligro de que

dominasen en él a las aspiraciones éticas más elevadas y le despojasen de sus conquistas culturales. Se observa que el paciente presenta heridas en su vida anímica, pero se evita tocar a ellas para no aumentar sus sufrimientos. Podemos aceptar y proseguir esta analogía. Es indudablemente más piadoso no rozar las partes enfermas cuando con ello no se ha de hacer más que causar dolor. Pero el cirujano no prescinde de investigar el foco de la enfermedad cuando intenta una operación que ha de producir un restablecimiento duradero, y nadie pensará en culparle de los inevitables sufrimientos que el reconocimiento haya de causar ni de los fenómenos de reacción que surgen en el operado si con la intervención quirúrgica alcanza su propósito y consigue que después de una temporal agravación de su estado llegue el enfermo a una definitiva curación. Análogas son las circunstancias del psicoanálisis, y éste puede aspirar a ser considerado al igual de la cirugía. El aumento de dolor que pueda producir al enfermo durante el tratamiento es —dada una acertada técnica— infinitamente menor que el producido en una intervención quirúrgica, y considerando la gravedad del mal que de curar se trata, aparece como un elemento nada merecedor de tenerse en cuenta. El temido resultado final de una destrucción del carácter civilizado por los instintos liberados de la represión es totalmente imposible, pues este temor no tiene en cuenta algo que nuestra experiencia nos ha señalado con toda seguridad, y es que el poder anímico y somático de un deseo, cuando su represión ha fracasado, es mucho mayor siendo inconsciente que siendo consciente, de manera que con su atracción a la conciencia no se hace sino debilitario. El deseo inconsciente no es susceptible de ser influido y permanece independiente de toda circunstancia, mientras que el consciente es refrenado por todo lo igualmente consciente contrario a él. La labor psicoanalítica entra así como un ventajoso sustitutivo de la fracasada represión al servicio de las aspiraciones civilizadoras más elevadas y valiosas.

¿Cuáles son, pues, los destinos de los deseos inconscientes libertados por el psicoanálisis, y cuáles los caminos que seguimos para impedir que dañen la vida del paciente? Existen varias soluciones. El resultado más frecuente es el de que tales deseos quedan ya dominados, durante el tratamiento, por la actividad anímica correcta de los sentimientos más elevados a ellos

contrarios. La *represión* es sustituida por una *condenación* llevada a cabo con los medios más eficaces. Esto se hace posible por el hecho de que lo que se trata de hacer desaparecer son sólo consecuencias de anteriores estadios evolutivos del *yo*. El individuo no llevó a cabo anteriormente más que una represión del instinto inutilizable, porque en dicho momento no se hallaba él mismo sino imperfectamente organizado y era débil; mas en su actual madurez y fuerza puede, quizá, dominar a la perfección lo que le es hostil. Un segundo resultado de la labor psicoanalítica es el de que los instintos inconscientes descubiertos pueden ser dirigidos a aquella utilización que en un desarrollo no perturbado hubiera debido hallar anteriormente. La extirpación de los deseos infantiles no es, de ningún modo, el fin ideal del desarrollo. El neurótico ha perdido por sus represiones muchas fuentes de energía anímica, cuyo caudal le hubiese sido muy valioso para la formación de su carácter y para su actividad en la vida. Conocemos otro más apropiado proceso de la evolución, la llamada *sublimación*, por la cual no queda perdida la energía de los deseos infantiles, sino que se hace utilizable dirigiendo cada uno de los impulsos hacia un fin más elevado que el inutilizable y que puede carecer de todo carácter sexual. Precisamente los componentes del instinto sexual se caracterizan por esta capacidad de sublimación de cambiar su fin sexual por otro más lejano y de un mayor valor social. A las aportaciones de energía conseguidas de este modo para nuestras funciones anímicas debemos probablemente los más altos éxitos civilizados. Una represión prematura excluye la sublimación del instinto reprimido. Mas, una vez levantada la represión, queda libre de nuevo el camino para efectuar la sublimación.

No debemos, por último, omitir el tercero de los resultados posibles de la labor psicoanalítica. Cierta parte de los impulsos libidinosos reprimidos tiene derecho a una satisfacción directa, y debe hallarla en la vida. Nuestras aspiraciones civilizadoras hacen demasiado difícil la existencia a la mayoría de las organizaciones humanas, coadyuvando así al apartamiento de la realidad y a la formación de la neurosis sin conseguir un aumento de civilización por esta exagerada represión sexual. No debíamos engreírnos tanto como para descuidar por completo lo originariamente animal de nuestra naturaleza, ni debemos tampoco olvidar que la felicidad del individuo no puede ser borrada de entre los fines de nuestra civilización. La plasticidad de

los componentes sexuales, que se manifiesta en su capacidad de sublimación, puede constituir una gran tentación de perseguir, por medio de una sublimación progresiva, efectos civilizadores cada vez más grandes. Pero así como no contamos con transformar en nuestras máquinas más de una parte del calor empleado en trabajo mecánico útil, así tampoco debíamos aspirar a apartar de sus fines propios toda la energía del instinto sexual. No es posible conseguir tal cosa, y si la limitación de la sexualidad ha de llevarse demasiado lejos, traerá consigo todos los daños de un agotamiento de la tierra de cultivo.

No sé si consideraréis esta última observación como una exageración mía. Para daros una exacta representación indirecta de este mi convencimiento recurriré a relataros una historia de cuya moraleja podéis encargaros. La literatura alemana nombra una ciudad, la Schilda, a cuyos moradores se atribuye toda clase de ideas astutas. Cuéntase que poseían un caballo con cuyo trabajo y fuerza se hallaban muy contentos; pero que, según ellos, tenía el caro defecto de consumir demasiada avena en sus piensos. En vista de ello, decidieron quitarle poco a poco tan mala costumbre, disminuyendo diariamente su ración en una pequeña cantidad, hasta acostumbrarle a la abstinencia completa. Durante algún tiempo, la cosa marchó admirablemente; llegó un día en que el caballo no comió más que una brizna, y al siguiente debía ya trabajar sin pienso alguno. Mas he aquí que en la mañana de dicho día, el perverso animal fue hallado muerto, sin que los ciudadanos de Schilda pudiesen explicarse por qué.

Nosotros nos inclinaríamos a creer que el pobre caballo había muerto de hambre, y que sin una ración de avena no puede esperarse que ningún animal rinda trabajo alguno.

Debo agradeceros vuestra invitación y la atención con la que me habéis escuchado.

XLVII

EL PORVENIR DE LA TERAPIA PSICOANALÍTICA[1257]

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL SEGUNDO CONGRESO PSICOANALÍTICO PRIVADO, NURENBERG, MARZO 30 Y 31 DE 1910

1910

SIENDO predominantemente prácticos los fines que hoy nos reúnen, he elegido también para mi conferencia inicial un tema práctico y de interés profesional más que científico. Conozco vuestro juicio sobre los resultados de nuestra terapia y quiero suponer que la mayoría de vosotros ha superado ya las dos fases de su aprendizaje: la de entusiasmo ante la insospechada extensión de nuestra acción terapéutica y la de depresión ante la magnitud de las dificultades que se alzan en nuestro camino. Pero cualquiera que sea el punto de esta evolución al que hayáis llegado, me propongo hoy demostraros que nuestra aportación de nuevos medios contra las neurosis no ha terminado aún, y que nuestra intervención terapéutica ha de ampliar considerablemente su campo de acción en un próximo futuro.

Este incremento de nuestras posibilidades resultará de la acción conjunta de los tres factores siguientes:

1.Progreso interno.

2.Incremento de autoridad; y

3.Efecto general de nuestra labor.

Ad. 1. Por «progreso interno», entendemos: *a)* el de nuestros conocimientos, y *b)* el de nuestra técnica.

a) Progreso de nuestros conocimientos: Estamos aún muy lejos de saber todo lo necesario para llegar a la inteligencia del psiquismo inconsciente de nuestros enfermos. Naturalmente, todo progreso de nuestros conocimientos ha de suponer un incremento de poder para nuestra terapia. Mientras no comprendamos nada, nada podremos conseguir, y cuanto más vayamos aprendiendo a comprender, mayor será nuestro rendimiento terapéutico. En sus comienzos, la cura analítica era ingrata y agotadora. El paciente tenía que revelarlo todo por sí mismo, y la actuación del médico consistía en apremiarle de continuo. Hoy se hace más amable. Se compone de dos partes, de aquello que el médico adivina y comunica al enfermo y de la elaboración de lo que el enfermo le ha comunicado. El mecanismo de nuestra intervención médica resulta fácilmente comprensible. Procuramos al enfermo aquella representación consciente provisional que le permite hallar en sí, por analogía, la representación reprimida inconsciente, ayuda intelectual que le facilita el vencimiento de las resistencias entre lo consciente y lo inconsciente. Desde luego, no es éste el único mecanismo que empleamos en la cura analítica. Todos conocéis otro, mucho más poderoso, consistente en el aprovechamiento de la transferencia. En una *Metodología general del psicoanálisis*[1258] me propongo tratar en breve de todas estas cuestiones, tan importantes para la comprensión de la cura psicoanalítica. Ante vosotros no necesito salir al paso de la objeción de que nuestra práctica terapéutica, en su estado actual, no prueba concluyentemente la exactitud de nuestra hipótesis.

Todos sabéis muy bien que tales pruebas se nos ofrecen también en otro lado y que una intervención terapéutica no puede ser desarrollada como una investigación teórica.

Vais a permitirme una breve incursión en algunos sectores en los cuales nos queda mucho que aprender y aprendemos realmente cada día algo nuevo. Tenemos, ante todo, el simbolismo de los sueños y de lo inconsciente, tema violentamente discutido. El estudio de los símbolos oníricos realizado por nuestro colega W. Stekel, sin dejarse intimidar por la contradicción de nuestros adversarios, ha sido altamente meritorio. En este campo nos queda

aún mucho que aprender, y mi *Interpretación de los sueños*, escrita en 1899, espera del estudio de este simbolismo complementos muy importantes.

Quisiera deciros algunas palabras sobre estos símbolos últimamente descubiertos. Hace algún tiempo supe que un psicólogo nada favorable a nuestras hipótesis se había dirigido a uno de nosotros acusándonos de exagerar la secreta significación sexual de los sueños. Como prueba, alegaba que su sueño más frecuente era el de estar subiendo una escalera, sueño que no encubría seguramente nada sexual. Ante esta objeción, comenzamos a estudiar los sueños en que aparecían escaleras, rampas, etc., y no tardamos en fijar que la escalera (y todo lo análogo a ella) era un seguro símbolo del coito. No es difícil hallar la base de la comparación. En una graduación rítmica y haciéndose cada vez más agitada nuestra respiración, subimos a una altura, de la cual podemos luego descender rápidamente en un par de saltos. De este modo, el ritmo del coito reaparece en el acto de subir una escalera. No olvidemos tampoco los usos del lenguaje. Nos muestran, en efecto, que el verbo «subir» (*steigen*) es empleado directamente y sin modificación alguna como calificación sustantiva del acto sexual. Así, decimos que Fulano es «un viejo subidor» (*ein alter Steiger*) o que no hace más que «subir detrás de las mujeres» (*den Frauen nachsteigen*), En francés, el escalón es *la marche* y la locución un *vieux marcheur* coincide exactamente con la nuestra *eir alter Steiger*. La comisión que en este Congreso ha de nombrarse para hacerse cargo de la investigación de los simbolismos os presentará en su día el material onírico del que proceden estos símbolos recientemente descubiertos. Sobre otro símbolo muy interesante, el de la «salvación», y sobre la evolución de su sentido, hallaréis también datos suficientes en el segundo tomo de nuestro *Jahrbuch*. Por mi parte, no puedo ser más extenso sobre este tema, pues me faltaría tiempo para desarrollar otros puntos de mi conferencia.

Todos vosotros iréis comprobando, por experiencia propia, de qué distinto modo se enfrenta uno con un nuevo enfermo después de haber analizado unos cuantos casos patológicos típicos y haber penetrado hondamente en su estructura y su mecanismo. Suponed ahora que hubiésemos logrado encerrar las características de las distintas formas de neurosis en unas cuantas fórmulas sintéticas, como ya lo hemos conseguido con relación a los síntomas histéricos. Nuestro pronóstico adquiría mucha

mayor seguridad. Del mismo modo que el tocólogo deduce del examen de la placenta si la misma ha sido expulsada en totalidad o ha dejado tras de sí restos peligrosos, podríamos decir nosotros, independientemente del resultado inmediato de la cura y del estado momentáneo del enfermo, si nuestra labor había obtenido un éxito definitivo o eran de temer nuevos brotes patológicos o recaídas.

b) Pasemos ahora a las innovaciones en el campo de la técnica. Gran parte de ésta espera aún su fijación definitiva, y el resto comienza ahora a determinarse claramente. La técnica psicoanalítica se propone en el momento actual dos fines: ahorrar trabajo al médico y facilitar al enfermo un amplio acceso a su psiquismo inconsciente. Sabéis ya que nuestra técnica ha sufrido una transformación radical. En la época del tratamiento catártico, veía su fin en la explicación de los síntomas; más tarde nos apartamos de los síntomas y nos orientamos hacia el descubrimiento de los «complejos», según el término técnico creado por Jung, e insustituible ya. Por último, hoy en día encaminamos directamente nuestra labor hacia el descubrimiento y el vencimiento de las «resistencias» y confiamos justificadamente en que los complejos emergerán por sí mismos una vez reconocidas y vencidas las resistencias. En algunos de vosotros ha surgido luego la necesidad de poder reunir y clasificar estas resistencias. Os ruego que contrastéis ahora con vuestra experiencia analítica la síntesis siguiente, y veáis si está de acuerdo con ella. En los pacientes masculinos las resistencias más importantes al tratamiento parecen emanar del complejo del padre y expresarse en miedo al padre, hostilidad contra él y falta de confianza en él.

Otras innovaciones de la técnica se refieren a la persona misma del médico. Se nos ha hecho visible la «contra-transferencia» que surge en el médico bajo el influjo del enfermo sobre su sentir inconsciente, y nos hallamos muy inclinados a exigir, como norma general, el reconocimiento de esta «contra-transferencia» por el médico mismo y su vencimiento. Desde que la práctica psicoanalítica viene siendo ejercida ya por un número considerable de personas, las cuales cambian entre sí sus impresiones, hemos observado que ningún psicoanalítico llega más allá de cuanto se lo permiten sus propios complejos y resistencias, razón por la cual exigimos que todo

principiante inicie su actividad con un autoanálisis y vaya haciéndolo cada vez más profundo, según vaya ampliando su experiencia en el tratamiento de enfermos. Aquel que no consiga llevar a cabo semejante autoanálisis, puede estar seguro de no poseer tampoco la capacidad de tratar analíticamente a un enfermo.

También nos inclinamos ahora a reconocer que la técnica analítica ha de adoptar ciertas modificaciones, según la forma patológica de que se trate y los instintos predominantes en el sujeto. Nuestra terapia tuvo su punto de partida en la histeria de conversión. En la histeria de angustia (en las fobias) tenemos ya que modificar nuestros procedimientos, pues estos enfermos no pueden aportar el material decisivo para la curación de la fobia mientras se sienten protegidos por la observancia de la condición fóbica. Naturalmente, no es posible conseguir de ellos que desde el principio de la cura renuncien al dispositivo protector y laboren bajo la opresión de la angustia. Tenemos, pues, que auxiliarles, facilitándoles la traducción de su inconsciente hasta que se deciden a renunciar a la protección de la fobia y a exponerse a la angustia, muy mitigada ya. Conseguido esto, se nos hace asequible el material cuya elaboración ha de conducirnos a la solución de la fobia. En el tratamiento de las neurosis obsesivas serán también precisas otras modificaciones técnicas, sobre las cuales no podemos pronunciarnos todavía. Surgen aquí importantes interrogaciones, aún no resueltas, sobre la medida de satisfacción que podemos permitir, durante la cura, a los instintos combatidos del enfermo y sobre la diferencia que en este punto haya de hacerse, según se trate de instintos de naturaleza activa (sádica) o pasiva (masoquista).

Así, pues, cuando sepamos ya todo lo que ahora vislumbramos y hayamos llevado nuestra técnica hasta la perfección a que ha de conducirnos una más profunda observación de nuestros pacientes, nuestra actuación médica alcanzará una precisión y una seguridad poco corrientes en las demás especialidades médicas.

Ad. 2. Dije al principio que también podíamos esperar mucho del incremento de autoridad que habíamos de ir logrando con el tiempo. No creo necesario acentuar ante vosotros la importancia de la autoridad. Sabéis muy bien que la inmensa mayoría de los hombres es incapaz de vivir sin una

autoridad en la que apoyarse, ni siquiera de formar un juicio independiente. El extraordinario incremento de las neurosis desde que las religiones han perdido su fuerza puede darnos una medida de la inestabilidad interior de los hombres y de su necesidad de un apoyo. El empobrecimiento del *yo* a consecuencia del enorme esfuerzo de represión que la civilización exige a cada individuo puede ser una de las causas principales de este estado.

Esta autoridad y la enorme sugestión de ella emanada nos han sido adversas hasta ahora. Todos nuestros éxitos terapéuticos los hemos logrado en contra de tal sugestión, siendo ya de admirar que en semejantes circunstancias hayan podido alcanzarse resultados positivos. No intentaré describiros los encantos de aquellos tiempos en los que era yo el único representante del psicoanálisis. Los enfermos a los que aseguraba poder procurarles un duradero alivio de sus padecimientos advertían la modestia de mi instalación, pensaban en mi falta de renombre y de títulos honoríficos, y se decían, como ante un jugador arruinado que les ofreciese una martingala infalible, que de ser ciertas mis promesas habría de ser muy otra mi posición. Realmente, no era nada cómodo practicar operaciones psíquicas mientras el colega a quien correspondía la función de ayudante hallaba singular placer en escupir encima de la mesa de operaciones y los parientes del enfermo amenazaban al operador cada vez que saltaba la sangre o hacía el operador algún movimiento brusco. Una operación tiene que provocar necesariamente fenómenos de reacción, y en Cirugía nos hemos habituado ya a ellos hace mucho tiempo. Pero no se prestaba la menor fe a mis afirmaciones, ni siquiera la poca que hoy se presta a las de todos nosotros. En tales condiciones, no es de extrañar que fracasara alguna de mis intervenciones. Para estimar el seguro incremento de nuestras posibilidades terapéuticas una vez que obtengamos la confianza general, habréis de recordar la diferente situación de los ginecólogos de la Europa occidental con respecto a sus colegas de Turquía y de Oriente. Todo lo que el médico puede hacer en estos últimos países es tomar el pulso a la enferma, que le extiende el brazo a través de un agujero practicado en la pared. Naturalmente, el resultado terapéutico corresponde a esta inaccesibilidad del objeto. Nuestros adversarios occidentales pretenden reducirnos a una situación semejante en cuanto a la investigación psíquica de nuestros enfermos. En cambio, desde

que la sugestión de la sociedad empuja a las enfermas a la consulta del ginecólogo, se ha convertido éste en el auxiliar favorito de la mujer. No me digáis ahora que si la autoridad de la sociedad viene en nuestro auxilio y aumenta extraordinariamente nuestros éxitos, nada probará en favor de la exactitud de nuestras hipótesis, puesto que la sugestión lo puede supuestamente todo y nuestros éxitos serán entonces resultado suyo y no del psicoanálisis. Habréis de tener en cuenta que la sugestión actúa ahora a favor de los tratamientos hidroterápicos y eléctricos de las enfermedades nerviosas, sin que tales medidas consigan dominar las neurosis. Ya veremos si el tratamiento psicoanalítico alcanza mejores resultados en igualdad de condiciones.

Sin embargo, no debéis llevar muy lejos vuestras esperanzas. La sociedad no habrá de apresurarse a concedernos autoridad. Tiene que oponernos resistencia, pues la sometemos a nuestra crítica y la acusamos de tener gran parte de responsabilidad en la causación de las neurosis. Del mismo modo que nos atraemos la hostilidad del individuo al descubrir lo reprimido, la sociedad no puede pagarnos con simpatía la revelación de sus daños y de sus imperfecciones, y nos acusa de socavar los ideales, porque destruimos algunas ilusiones. Parece, pues, que la condición de la cual esperamos tan considerable incremento de nuestras posibilidades analíticas no ha de llegar jamás a cumplirse. Sin embargo, la situación no es tan desconsoladora como ahora pudiera creerse. Por muy poderosos que sean los afectos y los intereses de los hombres, lo intelectual también es un poder. No precisamente de aquellos que se imponen desde un principio, pero sí de los que acaban por vencer a la larga. Las verdades más espinosas acaban por ser escuchadas y reconocidas una vez que los intereses heridos y los afectos por ellos despertados han desahogado su violencia. Siempre ha pasado así, y las verdades indeseables que nosotros los psicoanalíticos tenemos que decir al mundo correrán la misma suerte. Pero hemos de saber esperar.

Ad. 3. He de explicaros, por último, lo que entiendo por «efecto general» de nuestra labor y por qué fundo en él alguna esperanza. Se da aquí una singular constelación terapéutica que no hallamos en ningún otro lugar, y que también a vosotros os parecerá extraña hasta que reconozcáis en ella algo que

ya os es familiar hace mucho tiempo. Sabéis muy bien que las psiconeurosis son satisfacciones sustitutivas deformadas de instintos cuya existencia tiene que ocultar el sujeto a los demás e incluso a su propia conciencia. La existencia de las psiconeurosis reposa en esta deformación y este desconocimiento. Con la solución del enigma por ellas planteado y la aceptación de la misma por el enfermo, quedan incapacitados para subsistir estos estados patológicos. En Medicina no hay apenas nada semejante. Sólo en las fábulas se nos habla de espíritus malignos cuyo poder queda roto en cuanto alguien averigua y pronuncia su nombre secreto.

Si sustituís ahora el individuo enfermo por la sociedad entera, compuesta de personas sanas y enfermas, y la curación individual por la aceptación general de nuestras afirmaciones, bastará una breve reflexión para haceros ver que semejante sustitución no varía en nada el resultado. El éxito que la terapia pueda obtener en el individuo habrá de obtenerlo igualmente en la colectividad. Los enfermos no podrán ya exteriorizar sus diversas neurosis —su exagerada ternura angustiada, destinada a encubrir el odio; su agorafobia, que delata su ambición defraudada; sus actos obsesivos, que representan reproches y medidas de seguridad contra sus propios propósitos malignos— en cuanto sepan que todos los demás, familiares o extraños, a los cuales quieren ocultar sus procesos anímicos, conocen perfectamente el sentido general de los síntomas y advierten que sus fenómenos patológicos pueden ser interpretados en el acto por todos. Pero el efecto no se limitaría a esta ocultación de los síntomas —imposible, además, a veces—, pues la necesidad de ocultarlos quita toda razón de ser a la enfermedad. La comunicación del secreto ha atacado la «ecuación etiológica», de la cual surgen las neurosis, en su punto más vital; ha hecho ilusoria la «ventaja de la enfermedad», y en consecuencia, el resultado final de la modificación introducida por la indiscreción del médico no puede ser más que la desaparición de la enfermedad.

Si esta esperanza os pareciera utópica, deberéis recordar que por este camino se viene consiguiendo realmente la supresión de fenómenos neuróticos, si bien sea en casos individuales. Pensad cuán frecuente era en épocas pasadas, entre las muchachas campesinas, la alucinación, consistente en ver aparecerse a la Virgen María. Mientras semejantes apariciones

tuvieron por consecuencia la afluencia de devotos al lugar de la visión, o incluso la erección de una capilla conmemorativa, el estado visionario de tales muchachas permaneció inasequible a toda influencia. Hoy, hasta la Iglesia misma ha modificado su actitud ante estas apariciones; permite que el médico y el gendarme visiten a la visionaria, y la Virgen se aparece mucho menos. O dejadme estudiar aquí con vosotros los mismos procesos que antes he proyectado en lo futuro, en una situación análoga, pero más vulgar y, por tanto, más visible. Suponed que un grupo de señoras y caballeros de la buena sociedad ha planeado una excursión a un parador campestre. Las señoras han convenido entre sí que cuando alguna de ellas se vea precisada a satisfacer una necesidad natural, dirá que va a coger flores. Pero uno de los caballeros sorprende el secreto, y en el programa impreso que han acordado repartir a los partícipes de la excursión incluye el siguiente aviso: «Cuando alguna señora necesite permanecer sola unos momentos, podrá avisarlo a los demás diciendo que va a coger flores». Naturalmente, ninguna de las excursionistas empleará ya la florida metáfora. ¿Cuál será la consecuencia? Que las señoras confesarán sin falso pudor, en el momento dado, sus necesidades naturales, y los caballeros no lo extrañarán lo más mínimo. Volvamos ahora a nuestro caso más serio. Un gran número de individuos, situados ante conflictos cuya solución se les hacía demasiado difícil, se han refugiado en la enfermedad, alcanzando con ella ventajas innegables, aunque demasiado caras a la larga. ¿Qué habrán de hacer estos hombres cuando las indiscretas revelaciones del psicoanálisis les impida la fuga, cerrándoles el camino de la enfermedad? Tendrán que conducirse honradamente, reconocer los instintos en ellos dominantes, afrontar el conflicto y combatir o renunciar sus deseos; y la tolerancia de la sociedad, consecuencia de la ilustración psicoanalítica, les prestará su apoyo.

Pero no debemos olvidar que tampoco es posible situarnos ante la vida como fanáticos higienistas o terapeutas. Hemos de confesarnos que esta profilaxis ideal de las enfermedades neuróticas no puede ser beneficiosa para todos. Muchos de los que hoy se refugian en la enfermedad no resistirían el conflicto en las condiciones por nosotros supuestas; sucumbirían rápidamente o causarían algún grave daño, cosas ambas más nocivas que su propia enfermedad neurótica.

Las neurosis poseen su función biológica, como dispositivos protectores, y su justificación social, *su ventaja*, no es siempre puramente subjetiva. ¿Quién de vosotros no ha tenido que reconocer alguna vez que la neurosis de un sujeto era el desenlace menos perjudicial de su conflicto? ¿Deberemos acaso ofrendar a la extinción de las neurosis tan duros sacrificios, cuando el mundo está lleno de tantas otras miserias ineludibles?

¿O deberemos, por el contrario, cesar en nuestra labor de descubrir el sentido secreto de las neurosis, considerándola peligrosa para el individuo y nociva para el funcionamiento de la sociedad, y renunciar a deducir de un descubrimiento científico sus consecuencias prácticas? Desde luego, no. Nuestro deber se orienta en la dirección opuesta. La *ventaja* de las neurosis es, en fin de cuentas, un daño, tanto para el individuo como para la sociedad, y el perjuicio que puede resultar de nuestras aclaraciones no ha de recaer sino sobre el individuo. El retorno de la sociedad a un estado más digno y más conforme con la verdad no se pagará muy caro en estos sacrificios.

Pero, sobre todo, todas las energías consumidas hoy en la producción de síntomas neuróticos al servicio de un mundo imaginario, aislado de la realidad, si no pueden ser atraídas a la vida real, reforzarán, por lo menos, el clamor en demanda de aquellas modificaciones de nuestra civilización en las que vemos la única salvación de nuestros sucesores.

Para terminar, quiero daros la seguridad de que cumplís vuestro deber en más de un sentido tratando psicoanalíticamente a vuestros enfermos. Además de laborar al servicio de la ciencia, aprovechando la única ocasión de penetrar en los enigmas de la neurosis, y además de ofrecer a vuestros enfermos el tratamiento más eficaz que por hoy poseemos contra sus dolencias, cooperáis a aquella ilustración de las masas de la cual esperamos la profilaxis más fundamental de las enfermedades neuróticas por el camino de la autoridad social.

XLVIII

EL PSICOANÁLISIS «SILVESTRE[1259]»

1910

HACE algunos días acudió a mi consulta, acompañada de una amiga, una señora que se quejaba de padecer estados de angustia. La enferma pasaba de los cuarenta y cinco años, pero aparecía bien conservada y se veía claramente que no había perdido aún su femineidad. Los estados de angustia habían surgido como consecuencia de su separación del marido, pero se habían hecho considerablemente más intensos desde que un médico joven al que hubo de consultar le había explicado que la causa de su angustia era de necesidad sexual. No podía prescindir del comercio masculino, y para recobrar la salud había de recurrir a una de las tres soluciones siguientes: reconciliarse con su marido, tomar un amante o satisfacerse por sí misma.

Esta opinión del médico había desvanecido en la paciente toda esperanza de curación, pues no quería reanudar su vida conyugal, y los otros dos medios repugnaban a su moral y a su religiosidad. El médico le había dicho que su diagnóstico se fundaba en mis descubrimientos científicos, y acudía a mí para que lo confirmase definitivamente. La amiga que venía acompañándola, una señora de más edad y aspecto poco saludable, me rogó que rebatiese la opinión de mi joven colega, seguramente errónea, pues, por su parte, había enviudado muchos años atrás y había podido conservarse irreprochablemente sin padecer su angustia.

Sin detenerme a describir la difícil situación en que me colocó esta visita, pasaré directamente a examinar y aclarar la conducta del colega que me había enviado a la enferma. Pero previamente he de hacer una advertencia importante, que espero sea aplicable a nuestro caso. Una larga experiencia médica me ha enseñado a no aceptar siempre, sin formación de causa, lo que los pacientes en general, y sobre todo los neuróticos, cuentan de su médico.

Cualquiera que sea el tratamiento que emplee, el neurólogo se atrae fácilmente la hostilidad del enfermo, e incluso tiene que resignarse, en muchos casos, a tomar sobre sí, por una especie de proyección, la responsabilidad de los deseos secretos reprimidos del enfermo. Luego, se da el hecho lamentable, pero muy característico, de que los otros médicos son quienes toman más en serio semejantes acusaciones.

Creo, pues, justificado suponer que también en esta ocasión hizo la enferma una transcripción tendenciosamente deformada de las afirmaciones de su médico, y que, por tanto, incurro en injusticia al enlazar precisamente a este caso mis observaciones sobre el psicoanálisis «silvestre». Pero con ellas creo evitar graves perjuicios a muchos otros enfermos.

Supongamos, pues, que el médico habló realmente como la enferma pretendía.

Todo el mundo presentará aquí una primera objeción crítica, alegando que cuando un médico considera necesario discurrir con una paciente sobre temas sexuales, lo debe hacer con el mayor tacto y máxima delicadeza. Pero estas exigencias coinciden con la observancia de ciertos preceptos *técnicos* del psicoanálisis, y, además el médico habría desconocido o interpretado mal toda una serie de doctrinas científicas del psicoanálisis, mostrando con ello haber avanzado muy poco en la comprensión de su naturaleza y sus fines.

Comencemos por examinar los errores científicos. Los consejos del médico revelan su concepto de la «vida sexual», concepto que coincide exactamente con el más vulgar, en el cual sólo se entiende por necesidad sexual la necesidad del coito o de actos análogos que provoquen el orgasmo y la eyaculación de materias sexuales. Pero el médico no podría ignorar que precisamente se suele hacer al psicoanálisis el reproche de extender el concepto de lo sexual mucho más allá de sus límites corrientes. El hecho en sí es cierto, y no hemos de entrar aquí a discutir si está justificado convertirlo en

un reproche. El concepto de lo sexual comprende en psicoanálisis mucho más. Esta extensión se justifica genéticamente. Adscribimos también a la «vida sexual» la actuación de todos aquellos sentimientos afectivos nacidos de la fuente de los impulsos sexuales primitivos, aunque tales impulsos hayan sufrido una inhibición de su fin primitivo sexual o lo hayan cambiado por otro ya no sexual. Por esta razón hablamos preferentemente de *p sic o sexualidad* y nos importa tanto que no se ignore ni se tenga en poco el factor anímico de la sexualidad. Sabemos también, hace ya mucho tiempo, que, dado un comercio sexual normal, puede existir, sin embargo, una insatisfacción anímica con todas sus consecuencias, y en nuestra labor terapéutica tenemos siempre presente que por medio del coito u otros actos sexuales no puede derivarse muchas veces más que una pequeña parte de las tendencias sexuales insatisfechas, cuyas satisfacciones sustitutivas combatimos bajo la forma de síntomas nerviosos.

Aquellos que no comparten esta afirmación psicoanalítica no tienen derecho a referirse a las doctrinas del psicoanálisis sobre la significación etiológica de la sexualidad. Acentuando exclusivamente en lo sexual el factor somático, se facilita extraordinariamente el problema; pero habrán de aceptar íntegramente la responsabilidad de su conducta.

En los consejos del joven médico se trasluce todavía otro segundo error, igualmente grave.

Es cierto que el psicoanálisis señala la insatisfacción sexual como causa de las enfermedades nerviosas. Pero ¿acaso no dice más que eso? ¿Se quiere prescindir, quizá por demasiado complicada, de su afirmación de que los síntomas nerviosos surgen de un conflicto entre dos poderes, la libido (exageradamente intensa casi siempre) y una repulsa sexual o una represión exageradamente severa? No olvidando este segundo factor, que no es, ciertamente, el segundo en importancia, es imposible creer que la satisfacción sexual pueda constituir en sí un remedio generalmente seguro contra las enfermedades nerviosas. Muchos de estos enfermos son, en general, incapaces de satisfacción o les es imposible hallarla en las circunstancias dadas. Si así no fuera, si no entrañaran violentas resistencias internas, la energía del instinto les señalaría el camino de la satisfacción, aunque el médico no lo hiciera. ¿Qué valor puede tener, por tanto, un consejo como el

que en este caso dio nuestro joven colega a su paciente?

Aunque tal consejo estuviera justificado científicamente, siempre sería irrealizable para ella. Si no sintiese una resistencia interior contra el onanismo y el amor extraconyugal, ya habría empleado tales medios mucho antes. ¿Cree acaso el médico que una mujer de más de cuarenta años ignora que puede tomar un amante? ¿O tiene, quizá, tan alta idea de su influencia que opina que sin su visto bueno no se decidiría a dar tal paso?

Todo esto parece muy claro; mas, sin embargo, ha de reconocerse la existencia de un factor que dificulta muchas veces pronunciar un juicio definitivo. Algunos de los estados nerviosos, las llamadas *neurosis actuales*, como la neurastenia típica y la neurosis de angustia pura, dependen evidentemente del factor somático de la vida sexual, sin que poseamos, en cambio, aún una idea precisa del papel que en ellos desempeñan el factor psíquico y la represión. En estos casos, el médico ha de emplear una terapia actual y tender a una modificación de la actividad sexual somática, y lo hará justificadamente si su diagnóstico es exacto. La señora que consultó al joven médico se quejaba, sobre todo, de estados de angustia, y el médico supuso, probablemente, que padecía una neurosis de angustia y creyó acertado recomendarle una terapia somática. ¡Otro cómodo error! El sujeto que padece de angustia no por ella ha de padecer necesariamente una neurosis de angustia. Semejante derivación verbal del diagnóstico es totalmente ilícita. Hay que saber cuáles son los fenómenos que constituyen la neurosis de angustia y distinguirlos de otros estados patológicos que también se manifiestan por la angustia. La señora de referencia padecía, a mi juicio, una *histeria de angustia*, y el valor de estas distinciones nosográficas está, precisamente, en indicar otra etiología y otra terapia. Un médico que hubiera tenido en cuenta la posibilidad de una tal histeria de angustia, no hubiera incurrido en el error de desatender los factores psíquicos tal y como se revela en la alternativa propuesta en nuestro caso.

Se da, además, el hecho singular de que en esta alternativa del seudoanalítico no queda lugar alguno para el psicoanálisis. La enferma no podía curar de su angustia más que volviendo al lado de su marido, tomando un amante o buscando la satisfacción en el onanismo. ¿Dónde interviene aquí el tratamiento psicoanalítico en el que vemos el remedio capital contra los

estados de angustia?

Llegamos ahora a los errores técnicos que nos descubre la conducta del médico en este caso. Hace ya mucho tiempo que se ha superado la idea, basada en una apariencia puramente superficial, de que el enfermo sufre a consecuencia de una especie de ignorancia, y que cuando se pone fin a la misma, comunicándole determinados datos sobre las relaciones causales de su enfermedad con su vida y sobre sus experiencias infantiles, etc., no tiene más remedio que curar. El factor patógeno no es la ignorancia misma, sino las *resistencias internas* de las cuales depende, que la han provocado y la hacen perdurar. La labor de la terapia es precisamente combatir estas resistencias. La comunicación de aquello que el enfermo ignora, por haberlo reprimido, no es más que una de las preparaciones necesarias para la terapia. Si el conocimiento de lo inconsciente fuera tan importante como suponen los profanos, los enfermos se curarían sólo con leer unos cuantos libros o asistir a algunas conferencias. Pero semejantes medidas ejercerán sobre los síntomas patológicos nerviosos la misma influencia que sobre el hambre, en tiempos de escasez, una distribución general de *menús* bellamente impresos en cartulina. Esta comparación puede aún llevarse más allá, pues la comunicación de lo inconsciente al enfermo tiene siempre por consecuencia una agudización de su conflicto y una agravación de sus dolencias.

Ahora bien: como el psicoanálisis no puede prescindir de tal comunicación prescribe su aplazamiento hasta que se hayan cumplido dos condiciones. En primer lugar, hasta que el enfermo mismo, convenientemente preparado, haya llegado a aproximarse suficientemente a lo reprimido por él, y en segundo, hasta que se encuentre lo bastante ligado al médico (*transferencia*) para que su relación afectiva con él le haga imposible una nueva fuga.

Sólo el cumplimiento de estas dos condiciones hace posible descubrir y dominar las resistencias que han conducido a la represión y a la ignorancia. Por tanto, la intervención psicoanalítica presupone un largo contacto con el enfermo, y toda tentativa de sorprender al enfermo en la primera consulta con la comunicación brusca de sus secretos, adivinados por el médico, es técnicamente condenable y atrae al médico la cordial enemistad del enfermo, desvaneciendo toda posibilidad de influencia. Sin contar con que muchas

veces se equivoca uno al adivinar y nunca puede adivinarlo todo.

Con estos precisos preceptos técnicos sustituye el psicoanálisis la demanda de aquel «tacto médico» inaprehensible, en el que se busca una facultad especial.

Así, pues, no basta al médico conocer algunos de los resultados del psicoanálisis. Tiene que haberse familiarizado con su técnica si quiere adaptar su actuación a los principios psicoanalíticos. Esta técnica no se puede aprender, hoy por hoy, en los libros. Ha de aprenderse, como tantas otras técnicas médicas, bajo la guía de aquellos que ya la dominan. No es, por tanto, indiferente para el enjuiciamiento del caso al que enlazamos estas observaciones el que yo no conociese al médico que hubo de dar los consejos reseñados ni hubiese oído jamás su nombre.

Ni para mí ni para mis amigos y colaboradores resulta grato monopolizar así el derecho a ejercer una técnica médica. Pero ante los peligros que puede traer consigo, tanto para nuestra causa como para los enfermos, el ejercicio de un psicoanálisis «silvestre», no nos queda otro camino. En la primavera de 1910 hemos fundado la Asociación Psicoanalítica Internacional que hace publicar los nombres de sus miembros, con objeto de poder rechazar toda responsabilidad derivada de la actuación de aquellos que no pertenecen a nuestro grupo y dan, sin embargo, a sus procedimientos médicos el nombre de psicoanálisis. En rigor, tales analíticos silvestres perjudican más a nuestra causa que a los enfermos mismos. He comprobado, en efecto, con frecuencia que semejante conducta inhábil, aunque en un principio agravase el estado del paciente, acababa por procurarle la curación. No siempre, pero sí muchas veces. Una vez que el enfermo ha maldecido suficientemente del médico y se sabe lejos ya de su influencia, comienzan a ceder sus síntomas o se decide a dar un paso que le aproxima a la curación. El alivio definitivo es atribuido entonces a una modificación «espontánea» o al tratamiento indiferente de un médico al que luego se ha dirigido el sujeto. Por lo que se refiere al caso de la señora cuyas acusaciones contra el médico acabamos de examinar, he de opinar que, a pesar de todo, el psicoanalítico silvestre hizo más en favor de su paciente que cualquier eminencia médica que le hubiera contado que padecía una «neurosis vasomotora».

La obligó a enfrentarse más o menos aproximadamente con la verdadera

base de su padecimiento, intervención que no dejará de producir consecuencias beneficiosas, a pesar de la oposición de la paciente. Pero se ha perjudicado a sí mismo y ha contribuido a intensificar los prejuicios que se alzan en el enfermo contra la actividad del psicoanalítico a causa de resistencias afectivas harto comprensibles. Y esto puede ser evitado.

XLIX

EJEMPLOS DE CÓMO LOS NEURÓTICOS REVELAN SUS FANTASÍAS PATÓGENAS[1260]

1910

A

HACE poco tuve ocasión de ver a un paciente de unos veinte años que presentaba un cuadro de demencia precoz (hebefrenia), diagnosticado también por otro médico. Al comienzo de su enfermedad, había presentado cambios periódicos de su estado de ánimo, alcanzó una notable mejoría y fue retirado por sus padres del sanatorio cuando se encontraba en tan favorable estado; durante más o menos una semana se lo festejó con toda clase de diversiones para celebrar su supuesta curación. Pasada esta semana sobrevino al punto una recaída. Al retornar al sanatorio contó que el médico de consulta que lo observara en el ínterin le había aconsejado «coqueteara un poco con su madre». No cabe duda que en esta deformación delirante de sus recuerdos expresaba la excitación que le había producido la reunión con su madre, motivo inmediato de su empeoramiento.

B

Hace más de diez años, en una época en que los resultados y las premisas del psicoanálisis sólo eran familiares a pocas personas, me narraron, de fuente fidedigna, el siguiente episodio: Una joven, hija de un médico, había enfermado de histeria, con síntomas locales; el padre negó la posibilidad de la histeria e hizo realizar diversos tratamientos somáticos, que dieron escaso resultado. Una amiga le preguntó cierta vez a la enferma: «¿Nunca pensó usted en consultar al doctor F…?» A lo cual respondióle ésta: «¿Para qué habría de hacerlo? Ya sé que me preguntaría: ¿No se le ocurrió a usted tener relaciones sexuales con su padre?» Considero superfluo afirmar que ni solía preguntar entonces tal cosa ni lo hago actualmente. Pero es notable que muchas cosas contadas por los pacientes como si fueran manifestaciones o actos de los médicos pueden ser comprendidas precisamente como revelaciones de sus propias fantasías patógenas.

L

UN RECUERDO INFANTIL DE LEONARDO DE VINCI[1261]

1910

I

CUANDO la investigación psicoanalítica, que en general se contenta con un material humano de nivel vulgar, pasa a recaer sobre una de las grandes figuras de la Humanidad no persigue, ciertamente, los fines que con tanta frecuencia le son atribuidos por los profanos. No tiende «a oscurecer lo radiante y derribar lo elevado[1262]», ni encuentra satisfacción ninguna en aminorar la distancia entre la perfección del grande hombre y la insuficiencia de su objeto humano acostumbrado. Por el contrario, abriga un extraordinario interés por todo aquello que tales modelos puedan descubrirle, y opina que nadie es tan grande que pueda avergonzarse de hallarse sometido a aquellas leyes que rigen con idéntico rigor tanto la actividad normal como la patológica. Leonardo de Vinci (1452-1519) fue ya admirado por sus contemporáneos como uno de los más grandes hombres del Renacimiento italiano; pero también les pareció ya enigmático, como aún nos lo parece a nosotros. Fue un genio poliforme, «cuyos límites sólo podemos sospechar, nunca fijar[1263]», y ejerció la más intensa influencia sobre la pintura de su época. En cambio, sólo en la época moderna se ha llegado a reconocer la

grandeza del investigador físico que se enlazaba en él al artista. Aunque nos ha legado obras maestras de la pintura, mientras que sus descubrimientos científicos permanecieron inéditos e inaprovechados, su desarrollo como investigador influyó constantemente sobre su desarrollo artístico, cortándolo con frecuencia grandemente y acabando por ahogarlo. Vasari le atribuye en su última hora palabras en las que había expresado su remordimiento por haber ofendido a Dios y a los hombres, no cumpliendo su misión en el arte, y aunque este relato de Vasari carece de verosimilitud, tanto exterior como interior, y pertenece a la leyenda que ya en tiempos del enigmático maestro comenzó a formarse en torno de su persona, constituye, sin embargo, un valioso testimonio del juicio que la misma merecía a los hombres de su época[1264].

¿Qué fue lo que alejó la personalidad de Leonardo de la comprensión de sus contemporáneos? Desde luego, no podemos suponer que fuera la multiplicidad de sus aptitudes y conocimientos lo que le permitió presentarse como citalista y constructor de nuevos instrumentos de música en la corte de Ludovico Sforza, sobrenombrado el *Moro*, duque de Milán, o escribir aquella notable carta en la que se vanagloriaba de sus conocimientos como arquitecto e ingeniero militar, pues la coincidencia de tan múltiples aptitudes en una sola persona era cosa corriente en los tiempos del Renacimiento, aunque de todas maneras fuera Leonardo uno de los más brillantes ejemplos de ella. No pertenecía tampoco a aquel tipo de hombres geniales que, habiendo sido poco favorecidos exteriormente por la Naturaleza, niegan, a su vez, todo valor a las formas exteriores de la vida, caen en un desconsolado pesimismo y rehúyen el trato social. Por el contrario, era esbelto y bien constituido, de rostro acabadamente bello y fuerza física nada común; encantador en su trato, elocuente, alegre y afable. Gustaba de rodearse de cosas bellas, se adornaba con magníficos trajes y estimaba todo refinamiento de la vida. Estos caracteres de Leonardo quedan evidenciados en unos párrafos de su *Tratado sobre la pintura*, en los que compara este arte con los demás y describe las molestias de la labor del escultor: «El escultor trabaja con el rostro envuelto en el polvillo del mármol, que le da todo el aspecto de un panadero. Sus vestidos se cubren de blancos trocitos de mármol, como si le hubiera nevado encima, y toda su casa está llena de polvo y de piedras. En cambio, el pintor

se nos muestra bien vestido y cómodamente sentado ante su obra, manejando el ligero pincel con los más alegres colores. Puede adornarse a su gusto y su casa está llena de bellas pinturas resplandeciente de limpieza. Con frecuencia se acompaña de músicos o lectores que recrean su espíritu, y ni el golpear del martillo ni ningún otro ruido viene a estorbar sus placeres[1265]».

Es muy posible que esta idea de un Leonardo radiante de alegría y entregado gozosamente al placer de vivir no responda exactamente sino al primer período de la vida del maestro. En épocas posteriores, cuando el ocaso de Ludovico Moro le obligó a salir de Milán, su campo de acción, y abandonar la segura posición de que en dicha ciudad gozaba, para llevar una vida errante, escasa en éxitos exteriores, hasta refugiarse en Francia, su último asilo, debió de ensombrecerse su ánimo y acentuarse algún rasgo extravagante de su ser. El olvido en que paulatinamente fue dejando su arte para interesarse tan sólo por las investigaciones científicas contribuyó no poco a hacer más profundo el abismo que de sus contemporáneos le separaba. Todos los experimentos con los que, a juicio de aquéllos, perdía lamentablemente el tiempo que hubiera empleado mejor pintando los cuadros que le eran encargados y enriqueciéndose así, como el Perugino, su antiguo condiscípulo, eran considerados como chifladuras, e incluso le hicieron sospechoso de dedicarse a la magia negra. Bajo este aspecto le comprendemos nosotros mejor, y por sus notas sabemos cuáles eran las artes que ejercía. En una época en la que la autoridad de la Iglesia comenzaba a ser sustituida por la de la Antigüedad, y en la que no se conocía aún la investigación exenta de prejuicios, fue Leonardo el precursor de Bacon y de Copérnico, e incluso su digno igual, y tenía que hallarse, por tanto, aislado entre sus contemporáneos. Cuando disecaba cadáveres de hombres o de caballos, construía aparatos para volar o estudiaba la alimentación de las plantas y los efectos que en días producían los venenos, se apartaba considerablemente de los comentadores de Aristóteles y se acercaba a los despreciados alquimistas, en cuyos laboratorios halló un refugio la investigación experimental durante estos tiempos adversos.

Consecuencia de todo esto fue que Leonardo llegó a no coger sino de mala gana los pinceles, dejando inacabadas en su mayor parte las pocas obras pictóricas que emprendía y sin que le preocuparan los destinos ulteriores de

las mismas. Esta conducta le fue ya reprochada por sus contemporáneos, para los cuales constituyó siempre un enigma.

Varios de los admiradores posteriores de Leonardo han intentado defenderle de este reproche de inconstancia, alegando que se trata de una peculiaridad general de los grandes artistas. También Miguel Ángel, activo e infatigable creador, dejó inacabadas muchas de sus obras, y sería, sin embargo, injusto tacharle de inconsciente. Por otra parte, muchos de los cuadros de Leonardo no se hallan tan inacabados como el mismo artista lo pretendía, pues lo que él consideraba aún como insatisfactoria encarnación de sus aplicaciones era ya para el profano una acabada obra de arte. El maestro concebía una suprema perfección que luego no le parecía hallar nunca en su obra. Por último, tampoco sería justo hacer responsable al artista del destino final de sus producciones.

Por muy fundamentales que aparezcan algunas de estas disculpas no logran eximir a Leonardo de toda responsabilidad. La penosa lucha con la obra, su abandono y la indiferencia con respecto a su destino subsiguiente pueden ser caracteres comunes a muchos artistas, pero Leonardo nos los muestra en su más alto grado. Solmi[1266] cita las siguientes manifestaciones de uno de sus discípulos: «Pareva che ad ogni ora tremasse quando si poneva a dipingere, e pero non diedi mai fine a alcuna cosa cominiciata, considerando la grandezza dell’arte tal che egli scorgeva errori in quelle cose che ad altri parevano miracoli». Sus últimos cuadros —la *Leda*, la *Madona de San Onofre*, el *Baco* y el *San Juan Bautista joven*— quedaron interminados, «come quasi intervenne di tutte le cose sue…» Lomazzo, que pintó una copia de la *Cena*, se refiere en un soneto a la conocida incapacidad de Leonardo para dar fin a una obra pictórica:

> *Protegen che il pennet di sue pitture*
> *nun levava, agguaglio il Vinci Divo,*
> *di cui opra non è finita pure*[1267].

La lentitud con que Leonardo trabajaba llegó a ser proverbial. En la *Cena* del convento de Santa Maria delle Grazie, de Milán, pintó durante tres años, después de haber empleado mucho tiempo en estudios preliminares. Un

contemporáneo, el cuentista Mateo Bandelli, fraile profeso a la sazón en dicho convento, nos refiere que Leonardo subía muchos días al andamio en las primeras horas de la mañana y trabajaba sin descanso hasta el anochecer, no acordándose siquiera de tomar alimento. En cambio, transcurrían luego semanas enteras sin que hiciera nada. En ocasiones se pasaba horas y horas sumido en hondas meditaciones delante de su obra, como sometiéndola a un riguroso examen. Otras veces acudía a toda prisa al convento desde el patio del castillo de Milán, en el que trabajaba en el modelo de la estatua ecuestre de Francisco Sforza, sólo para dar un par de pinceladas a una figura, marchándose en seguida[1268]. Vasari nos cuenta que en el retrato de Monna Lisa, esposa del florentino Francesco del Giocondo, trabajó durante cuatro años, sin llegar a darlo por terminado; detalle que queda confirmado por el hecho de no haberlo entregado a la persona que se lo encargó. Habiéndoselo llevado luego consigo a Francia, le fue comprado por el rey Francisco I, y constituye hoy uno de los más preciados tesoros del Louvre[1269].

Si a estas informaciones sobre los métodos de trabajo de Leonardo unimos el testimonio de los numerosos apuntes y estudios que de él se conservan y que varía hasta lo infinito los temas de cada uno de sus cuadros, habremos de reconocer que sería injusto tacharle de ligero o inconsciente. Observamos en él, por el contrario, una extraordinaria profundidad y una gran riqueza de posibilidades, entre las que vacila la definitiva elección del artista, elevadísimas aspiraciones apenas realizables y una intensa coerción de la ejecución que no llega a resultar explicable por la fatal impotencia del artista para conseguir plenamente su propósito ideal. La lentitud proverbial de Leonardo se demuestra como un síntoma de dicha coerción y un signo precursor de su ulterior abandono total de la pintura[1270], siendo también la que determinó el desdichado destino de un *Cenáculo*, del cual no podemos considerar a Leonardo por completo irresponsable. Leonardo no podía acostumbrarse a la pintura al fresco, que exige una labor continuada y rápida mientras se halla aún húmedo el fondo sobre el que han de extenderse los colores y, por tanto, empleó colores al óleo, que le permitían trabajar sin precipitarse, pero que se desprendieron del fondo sobre el que fueron extendidos y que los separaba del muro. Los defectos de este último y los destinos por que en el transcurso de los años fue pasando el local se

agregaron a tal circunstancia para decidir la pérdida del cuadro al parecer inevitable ya[1271].

Al fracaso de un análogo experimento técnico parece haber obedecido la pérdida del cuadro de la batalla de Anghiari que Leonardo pintó más tarde, compitiendo con Miguel Ángel, en la Sala de Consiglio, de Florencia, y que también dejó inacabado. Parece aquí como si un interés ajeno al arte, el del experimentador, hubiera robustecido el interés artístico, resultando después perjudicial para la obra de arte.

El carácter de Leonardo mostraba todavía algunos otros rasgos singulares y varias contradicciones evidentes. No puede negársele un cierto grado de inactividad e indiferencia. En una época en la que todo individuo aspiraba a conquistarse el más amplio campo de acción posible, aspiración que suponía una enérgica agresividad, se hacía notar Leonardo por su apacible natural y su empeño en evitar toda clase de competencias y disputas. Era bondadoso y afable para con todos, no probaba la carne porque creía injusto despojar de la vida a los animales, y uno de sus mayores placeres era dar libertad a los pájaros que compraba en el mercado[1272]. Condenaba la guerra y la efusión de sangre y declaraba no ver en el hombre el rey de la creación, sino la más temible de las fieras[1273]. Pero esta femenina delicadeza de su sensibilidad no le impedía acompañar a los condenados en el camino hacia el cadalso, para estudiar sus fisonomías, contraídas por la angustia, y dibujarlas en un álbum, ni tampoco inventar las más mortíferas armas de guerra y entrar al servicio de César Borgia como ingeniero militar. Parecía indiferente al bien y al mal y pedía que se le midiera con una medida especial. Acompañó a César Borgia, el más cruel y desleal de todos los caudillos, en su conquista de la Romaña, y en sus anotaciones no encontramos ni una sola línea dedicada a los sucesos de que en aquella expedición hubo de ser testigo. No sería, quizá, muy desacertado comparar aquí su actitud con la de Goethe durante la campaña de Francia.

Cuando en un ensayo biográfico se quiere llegar realmente a una profunda comprensión de la vida anímica del sujeto investigado, no se debe silenciar, como por discreción o hipocresía lo hacen la mayor parte de los biógrafos, las características sexuales del mismo. Poco es lo que sobre este punto conocemos de Leonardo; pero este poco, muy significativo. En una

época que veía luchar la sexualidad más ilimitada con la más rigurosa ascesis, era Leonardo un ejemplo de fría repulsa sexual, inesperada y singular en un artista pintor de la belleza femenina. Solmi[1274] cita de él la siguiente frase, que testimonia de su frigidez: «El acto del coito y todo lo que con él se enlaza es tan repugnante, que la Humanidad se extinguiría en breve plazo si dicho acto no constituyera una antiquísima costumbre y no hubiera aún rostros bellos y temperamentos sexuales». Los escritos que nos han legado, y que no tratan únicamente de elevados problemas científicos, sino que contienen asimismo cosas harto inocentes, apenas dignas de una tan grande inteligencia (una Historia Natural alegórica, fábulas de animales, profecías)[1275], son castos, e incluso podríamos decir abstinentes en un grado que nos asombraría hallar actualmente en una obra literaria. Eluden todo lo sexual tan decididamente como si sólo el Eros que conserva todo lo animado no fuera un tema digno del interés del investigador[1276]. Conocido es con cuánta frecuencia se complacen los grandes artistas en desahogar su fantasía en representaciones eróticas y hasta obscenas. En cambio, no poseemos de Leonardo sino algunos dibujos anatómicos de los genitales internos de la mujer, de la posición del feto en la matriz, etc[1277]..

Es muy dudoso que Leonardo tuviese nunca amorosamente entre sus brazos a una mujer. Tampoco sabemos que hubiera en su vida una pasión platónica, como la de Miguel Ángel por Vittoria Colonna. Hallándose aún en el taller de Verrocchio, su maestro, fue denunciado, en unión de otros varios jóvenes, por sospechas de homosexualidad, denuncia que terminó con una absolución. El motivo de tales sospechas fue, según parece, el servirse como modelo de un muchacho de dudosa fama[1278]. Siendo ya artista de renombre, se rodeaba de bellos adolescentes y jóvenes, a los que tomaba por discípulos. El último de éstos, Francesco Melzi, le acompañó a Francia, permaneció con él hasta su muerte y fue su heredero. Sin participar de la segura convicción de sus modernos biógrafos, que rechazan como una calumnia exenta de todo fundamento la posibilidad de una relación sexual entre el maestro y sus discípulos, nos parece lo más verosímil que las cariñosas relaciones de Leonardo con los jóvenes a los que aleccionaba en su arte y que, según costumbre de la época, compartían su vida, no llegaran jamás a adquirir un carácter sexual.

Ni en un sentido ni en otro puede atribuirse a Leonardo una actividad sexual muy intensa.

A nuestro juicio, no hay sino un solo camino que pueda llevarnos a la comprensión de la singularísima vida sentimental y sexual de Leonardo y de su doble naturaleza de artista e investigador. Que yo sepa, entre todos sus biógrafos, cuyos puntos de vista psicológicos difieren a veces grandemente, sólo uno, E. Solmi, se ha acercado a la solución del enigma. En cambio, un poeta que ha elegido a Leonardo para protagonista de una gran novela histórica, Dimitri Sergewitsch Merezhkovsky, ha fundado su obra en tal comprensión de aquel hombre extraordinario, y ha expresado en ella, inequívocamente, su concepción de la interesantísima figura del mismo, aunque no nos la presente encerrada en una seca fórmula, sino plásticamente expuesta en forma poética[1279]. Solmi dice sobre Leonardo: «Pero el insaciable deseo de penetrar en el conocimiento de todo lo que le rodeaba y hallar con fría reflexión el más profundo secreto de todo lo perfecto condenó la obra de Leonardo a permanecer siempre inacabada[1280]». En un trabajo incluido en las *Conferenze florentine* se cita una manifestación de Leonardo que constituye su profesión de fe y nos proporciona la clave de su personalidad:

Nessuna cosa si può amare nè odiare.se prima non si ha cognition di quella[1281].

Esto es: No se puede amar ni odiar nada si antes no se ha llegado a su conocimiento. Esta misma afirmación es repetida por Leonardo en su *Tratado de la pintura*, en un párrafo en el que parece defenderse del reproche de irreligiosidad:

«Pero aquellos que me critican deben enmudecer, pues tal conducta constituye el medio de llegar al conocimiento del creador de tantas maravillas y al camino que nos lleva a amar a tan grande inventor. El gran amor nace del gran conocimiento del objeto amado, y si este conocimiento del objeto es insuficiente, no se podrá amarla sino muy poco o nada…»

El valor de estas manifestaciones de Leonardo no reside en que nos comuniquen un importante hecho psicológico, pues lo que afirman es claramente falso, y Leonardo tenía que saberlo tan bien como nosotros. No es cierto que los hombres repriman su amor o su odio hasta después de haber

estudiado y descubierto la esencia del objeto al que tales efectos han de referirse. Por el contrario, aman impulsivamente, obedeciendo a motivos sentimentales, y la reflexión y la meditación no pueden sino debilitar los efectos de dichos motivos. Así, pues, Leonardo quería decir que aquello que los hombres llaman amor no es el amor justo y perfecto y que se *debía* amar reteniendo el afecto, sometiéndolo a un contraste intelectual y no dándole libre curso sino después de haber salido triunfante de tal examen. Con esto manifiesta, a nuestro juicio, que él se conduce así y que sería de desear que los demás imitasen esta conducta en sus amores y sus odios.

En realidad, parece haber seguido Leonardo esta norma durante toda su vida. Sus afectos se hallaban perfectamente domados y sometidos al instinto de investigación. No amaba ni odiaba, sino que se preguntaba cuál era el origen de aquello que había de amar u odiar y cuál su significación, de manera que al principio tenía que parecer indiferente al bien y al mal, a la belleza y la realidad. Durante esta labor de investigación desaparecían los signos precursores del amor o el odio; se transformaban éstos en interés intelectual. No se hallaba Leonardo desprovisto en absoluto de pasiones ni carecía del divino rayo, que mediata o inmediatamente es la fuerza impulsora —*il primo motare*— de toda actividad humana. Pero había convertido la pasión en ansia de saber y se entregaba a la investigación con la tenacidad, la continuidad y la profundidad que se derivan de la pasión. Luego, una vez llegado a la cima de la labor intelectual alcanzando el conocimiento, deja libre curso al afecto retenido durante el proceso intelectivo, como se deja volver a un río el agua tomada de él por un canal, después de haber utilizado su energía. Cuando desde la altura de un conocimiento puede abarcar ya su vista un amplio conjunto se entrega al pathos y ensalza con apasionadas palabras la magnificencia de aquel trozo de la creación que ha sometido a minucioso estudio, o dando a su admiración una forma religiosa, a su creador. Solmi ha visto muy acertadamente este proceso de transformación que en Leonardo se desarrolla. Después de citar un párrafo en el que Leonardo alaba la admirable necesidad de la naturaleza («O mirabile nécessita…»), dice; «Tale transfigurazione della scienza della natura in emozione, quasi direi, religiosa, é uno dei tratti caratteristii de' manoscritti vinciani e si trova cento volte espressa…»[1282].

Se ha sobrenombrado a Leonardo, por su anhelo investigador, tan insaciable como infatigable, el Fausto italiano. Pero prescindiendo de todas las consideraciones relativas a la nueva transformación del anhelo de saber en ansia de vivir, transformación que hemos de admitir como premisa de la tragedia de Fausto, queremos arriesgar la observación de que la evolución de Leonardo se acerca grandemente a la ideología de Spinoza.

Las transformaciones de la fuerza instintiva psíquica en diversas actividades no son realizables —del mismo modo que las transformaciones de las fuerzas físicas— sin una pérdida. El ejemplo de Leonardo nos advierte cuántas otras cosas hemos de perseguir en estos procesos. El aplazamiento del amor hasta después de haber adquirido el conocimiento se convierte en una sustitución. No se ama ni se odia bien cuando se ha llegado al conocimiento, pues entonces se permanece más allá del amor y del odio, y en lugar de amar no se ha hecho sino investigar. Por esta razón fue, quizá, la vida de Leonardo mucho más pobre en amor que las de otros grandes hombres. Las tormentosas pasiones que elevan y devoran, y a las cuales debieron otros lo mejor de su vida, parecen no haberle combatido jamás.

Pero aún podemos deducir otras consecuencias. Se ha investigado en lugar de obrar y crear. Aquel que ha comenzado a sospechar la magnificencia de la cohesión universal y sus inmutables leyes, pierde fácilmente su propio, pequeñísimo, *yo*. Sumido en la admiración y poseído de una verdadera humildad, olvida con demasiada facilidad que es por sí mismo una parte de aquellas fuerzas cuya actuación le maravilla y que puede intentar variar, en la medida de sus energías personales, una pequeñísima parte del necesario curso del mundo, de este mundo en el que lo pequeño no es menos maravilloso ni importante que lo grande.

Leonardo comenzó, quizá, a investigar, como opina Solmi[1283] impulsado por el deseo de perfeccionar su arte, estudiando las cualidades y leyes de la luz, los colores, las sombras y la perspectiva, con el fin de alcanzar la más alta maestría en la imitación de la Naturaleza y mostrar a los demás el camino que a ella podía conducirlos. Probablemente se formaba ya una idea exagerada del valor de estos conocimientos para el artista. Después, y siguiendo la orientación de las necesidades pictóricas, pasó a la investigación exterior de los objetos de la pintura, los animales, las plantas y

las proporciones del cuerpo humano, y luego a la de su estructura interna y sus funciones vitales, elementos que también se expresan en la apariencia y demandan del arte una representación. Por último, tomó en él esta tendencia enorme incremento, y rompiendo los lazos que aún ligaban su actividad investigadora con las aspiraciones de su arte, le llevó a descubrir las leyes generales de la mecánica, a adivinar la historia de las estratificaciones y petrificaciones del valle del Amo y a aquel culminante conocimiento que anotó con grandes letras en sus apuntaciones: «II sole non si muove». De este modo extendió sus investigaciones a casi todos los sectores de las Ciencias Naturales, y fue, en cada uno de ellos, un descubridor, o por lo menos, un precursor y un guía[1284]. Pero su anhelo de saber permaneció orientado hacia el mundo exterior, como si hubiera algo que le alejase de la investigación de la vida anímica del hombre. En la «Academia Vinciana», para la que dibujó emblemas artísticamente complicados, se concedió un lugar muy pequeño a la Psicología.

Cuando luego intentaba retornar desde la investigación al ejercicio de su arte tropezaba con la perturbación emanada de la nueva orientación de sus intereses y de la distinta naturaleza de la labor psíquica. La obra pictórica no constituía para él sino un problema a resolver, y su pensamiento, habituado a la interminable investigación de la Naturaleza, veía surgir detrás de este primer problema otros nuevos en infinita concatenación, siéndole ya imposible limitar sus aspiraciones, aislar la obra de arte y arrancarla de la amplia totalidad en que las había incluido.

El artista se sirvió al principio del investigador como de un precioso auxiliar, pero éste acabó por hacerse más fuerte que su señor y llegó a dominarle.

Cuando en el cuadro característico de una persona hallamos un instinto exageradamente desarrollado y dominando a todos los demás, como en Leonardo el ansia de saber, explicamos esta particularidad por una especial disposición individual, cuya condicionalidad, probablemente orgánica, nos es desconocida. Sin embargo, nuestros estudios psicoanalíticos de sujetos neuróticos nos inclinan a sentar dos hipótesis, que esperamos hallar confirmadas en cada caso particular. Creemos muy verosímil que dicho instinto dominante actuó ya en la más temprana infancia del individuo y que

su predominio quedó establecido por impresiones de dicha época. Asimismo admitimos que se incorporó como refuerzo energías instintivas originariamente sexuales, llegando a representar así posteriormente una parte de la vida sexual. Un individuo en el que se den estas circunstancias investigará, por ejemplo, con el mismo apasionado ardor que otros ponen en amar, y podrá sustituir así el amor por el estudio. No sólo en el instinto de investigación, sino también en la mayor parte de los demás casos de intensidad particular de un instinto, admitimos una intensificación sexual del mismo.

La observación de la vida cotidiana de los hombres nos muestra que en su mayoría consiguen derivar hacia su actividad profesional una parte muy considerable de sus fuerzas instintivas sexuales. El instinto sexual es particularmente apropiado para suministrar estas aportaciones, pues resulta susceptible de sublimación; esto es, puede sustituir un fin próximo por otros desprovistos de todo carácter sexual y eventualmente más valiosos. Consideramos demostrado este proceso cuando la historia infantil de una persona, esto es, la historia de su desarrollo psíquico, nos muestra que el instinto dominante se hallaba durante su infancia al servicio de intereses sexuales, y vemos una confirmación del mismo cuando en la vida sexual del adulto comprobamos una singular disminución, como si una parte de su actividad sexual hubiera quedado sustituida por la actuación del instinto dominante.

La aplicación de esta hipótesis a aquellos casos en los que el instinto dominante es el de investigación parece tropezar con particulares dificultades, dado que no creemos posible al principio atribuir al niño este instinto, ni tampoco grandes intereses sexuales. Del ansia de saber del niño testimonia su incansable preguntar, que tan enigmático parece al adulto mientras no se da cuenta de que todas estas preguntas no son sino rodeos en torno de una cuestión central y que no pueden tener fin porque el niño sustituye con ellas una única interrogación, que, sin embargo, no planteará jamás directamente. Cuando el niño llega a un período más avanzado de la infancia y ha ampliado sus conocimientos, se interrumpe con frecuencia, de repente, esta manifestación del ansia de saber. De todo esto nos proporciona una completa explicación la investigación psicoanalítica, mostrándonos que muchos niños,

quizá la mayoría, y desde luego los más inteligentes, atraviesan a partir de los tres años un estadio que podríamos calificar de período de la *investigación sexual infantil*. El deseo de saber no despierta, que sepamos, espontáneamente en los niños de esta edad, sino que es provocado por la impresión de un suceso importante: el nacimiento de un hermano o el temor a tal posibilidad, considerada por el niño como una amenaza de sus intereses egoístas. La investigación recae sobre el problema del origen de los niños, como si el infantil sujeto buscase el medio de evitar un tal indeseado acontecimiento. Averiguamos así con asombro que el niño rehúsa creer los datos que sobre esta materia le suelen ser proporcionados; por ejemplo, la fábula de la cigüeña, tan significativa mitológicamente, y que este acto de incredulidad inicia su independencia intelectual y a veces su oposición al adulto, al que no perdonará ya nunca su engaño. En adelante investiga por sus propios medios, adivina la residencia del niño en el seno materno, forja teorías sobre el origen de los niños, atribuyéndolo a los alimentos ingeridos por la madre y suponiendo que son paridos por el intestino, y sobre la intervención del padre, tan difícil de lijar para él, y sospecha ya la existencia del coito, que se le muestra como un acto violento y hostil. Pero como su propia constitución sexual no es apta aún para la procreación, su investigación del origen de los niños tiene que fracasar necesariamente y es abandonada con el convencimiento de que nunca conducirá a la solución deseada. La impresión de este fracaso de la primera tentativa de independencia intelectual parece ser muy duradera y deprimente[1285].

Una vez terminado este período de investigación sexual infantil, por un proceso de enérgica represión sexual surgen para los destinos ulteriores del instinto de investigación tres posibilidades diferentes, derivadas de su temprana conexión con intereses sexuales. La investigación puede, en primer lugar, compartir la suerte de la sexualidad, y entonces queda coartado, a partir de este momento, el deseo de saber y limitada la libre actividad de la inteligencia, quizá para toda la vida, tanto más cuanto que poco tiempo después queda establecida por la educación la intensa coerción religiosa del pensamiento. Es éste el tipo de la inhibición neurótica. Comprendemos muy bien que la debilidad intelectual así adquirida favorece considerablemente la aparición de la neurosis. En un segundo tipo, el desarrollo intelectual es

suficientemente enérgico para resistir la represión sexual que sobre él actúa. Algún tiempo después del fracaso de la investigación sexual infantil, la inteligencia, robustecida ya, recuerda su anterior conexión y ofrece su ayuda para eludir la represión sexual, y la investigación sexual reprimida retorna desde lo inconsciente en forma de obsesión investigadora, disfrazada y coartada, desde luego, pero lo bastante poderosa para sexualizar el pensamiento mismo y acentuar las operaciones intelectuales con el placer y la angustia de los procesos propiamente sexuales. La investigación se convierte aquí en actividad sexual, con frecuencia la única de este orden, y el sentimiento de la sublimación en ideas y de la claridad intelectual se sustituye a la satisfacción sexual. Pero el imperfecto carácter de la investigación retorna también en la imposibilidad de llegar a conclusión ninguna, y el sentimiento intelectual buscado, o sea el de alcanzar una solución, va alejándose cada vez más.

El tercer tipo, el más perfecto y menos frecuente, elude tanto la inhibición del pensamiento como la obsesión intelectual neurótica, merced a una disposición especial. La represión sexual tiene también efecto en este caso, pero no consigue transferir a lo inconsciente un instinto parcial del deseo sexual. Por el contrario, escapa la libido a la represión, sublimándose desde un principio en ansia de saber e incrementando el instinto de investigación, ya muy intenso de por sí. También aquí llega a hacerse obsesiva en cierto modo la investigación y a constituir un sustitutivo de la actividad sexual; mas por efecto de la completa diferencia de los procesos psíquicos desarrollados (la sublimación en lugar del retorno desde lo inconsciente) faltan el carácter neurótico y la adherencia a los complejos primitivos de la investigación sexual infantil, y el instinto puede actuar libremente al servicio del interés intelectual, atendiendo, sin embargo, simultáneamente a la represión sexual con la evitación de todo tema de este orden.

Si examinamos en Leonardo la coincidencia del instinto de investigación dominante con la disminución de su vida sexual, limitada a aquello que conocemos con el nombre de homosexualidad ideal, nos inclinaremos a considerarle como un modelo del tercero de los tipos antes detallados. La circunstancia de que después de la actuación infantil de su deseo de saber al servicio de intereses sexuales consiguiera sublimar la mayor parte de su

libido, convirtiéndola en instinto de investigación, constituiría el nódulo y el secreto de su personalidad; pero, naturalmente, no es nada fácil aportar una prueba de esta hipótesis. Para ello necesitaríamos llegar al conocimiento del desarrollo anímico de sus primeros años infantiles, y parece insensata toda esperanza de alcanzar tal conocimiento, pues los datos que sobre Leonardo poseemos son tan escasos como inciertos, y, además, se trata de un período cuyas circunstancias escapan siempre a la observación, aun tratándose de personas de nuestra misma generación.

Muy poco es lo que sabemos de la juventud de Leonardo. Nació el año de 1452 en la pequeña ciudad de Vinci, situada entre Florencia y Empoli. Su nacimiento fue ilegítimo, circunstancia que en aquella época no era considerada socialmente como una grave mácula. Su padre fue Ser Piero da Vinci, notario y descendiente de una familia de notarios y agricultores que tomaron su apellido de su ciudad natal. Su madre, de la que sólo sabemos que se llamaba Catalina, fue probablemente una humilde hija de labradores y casó más tarde con otro vecino de Vinci. En toda la vida de Leonardo volvemos a hallar noticia alguna sobre ella. Sólo al novelista Merezhkowsky supone haber vuelto a encontrar sus huellas. El único dato seguro sobre la infancia de Leonardo nos es proporcionado por un documento oficial del año 1457: un padrón de impuestos florentino, en el que se le incluye entre los miembros de la familia Vinci y se indica su edad de cinco años y su calidad de hijo ilegítimo de Ser Piero[1286]. Éste no tuvo hijos de su matrimonio con Donna Albiera, y merced a esta circunstancia, pudo Leonardo ser acogido y educado en la casa paterna, de la cual salió, ignoramos a qué edad, para entrar como aprendiz en el taller de Andrea del Verrocchio. En el año de 1472 aparece ya su nombre en la relación de los miembros de la *Compagniei del Pittori*. Esto es todo.

II

QUE yo sepa, sólo una vez incluye Leonardo en sus apuntaciones científicas algo referente a su infancia. En un lugar en el que trata del

vuelo de los buitres se interrumpe de repente para seguir un recuerdo de sus más tempranos años infantiles que surge en su memoria:

«Parece como si me hallara predestinado a ocuparme tan ampliamente del buitre, pues uno de los primeros recuerdos de mi infancia es el de que, hallándome en la cuna, se me acercó uno de estos animales, me abrió la boca con su cola y me golpeó con ella, repetidamente, entre los labios[1287]».

Nos hallamos, pues, ante un recuerdo infantil y por cierto singularísimo, lanío por su contenido como por la época en que es situado. No es quizá imposible que un individuo conserve recuerdos de la época de la lactancia, pero tampoco puede considerarse como cosa demostrada. De todos modos, el contenido de este recuerdo de Leonardo, o sea el hecho de que un buitre se acercase a su cuna y le abriera la boca con la cola, nos parece tan inverosímil y fabuloso, que nos inclinamos a aceptar una distinta hipótesis, con la que eludimos las dos dificultades antes indicadas. La escena con el buitre no constituiría un recuerdo de Leonardo, sino una fantasía ulterior transferida por él a su niñez[1288]. Los recuerdos infantiles de los hombres no tienen a veces otro origen. En lugar de reproducirse a partir del momento en que quedan impresos, como sucede con los recuerdos conscientes de la edad adulta, son evocados al cabo de mucho tiempo, cuando la infancia ha pasado ya, y aparecen entonces deformados, falseados y puestos al servicio de tendencias ulteriores, de manera que no resultan estrictamente diferenciables de las fantasías. Como mejor podemos explicarnos su naturaleza es pensando en el nacimiento de la crónica histórica en los pueblos antiguos. Mientras el pueblo fue pequeño y débil no pensó en escribir su historia y se consagró a labrar su suelo, a defender su existencia contra sus vecinos, a ampliar sus dominios y a enriquecerse. Fue ésta una época heroica y sin historia. Pero a ella sucedió otra en la que el pueblo adquirió ya conciencia de sí mismo, se sintió rico y poderoso y experimentó la necesidad de averiguar de dónde procedía y cómo había llegado a su estado actual. La Historia, que había comenzado por anotar simplemente los sucesos de la actualidad, dirigió entonces su mirada hacia el pasado, reunió tradiciones y leyendas, interpretó las supervivencias del pretérito en los usos y costumbres y creó así una historia del pasado prehistórico. Pero esta prehistoria habla de constituir, sin remedio, más bien una expresión de las opiniones y deseos contemporáneos

que una imagen del pasado, pues gran parte de éste había caído en el olvido, otra se conservaba deformada, muchas supervivencias se interpretaban equivocadamente bajo la influencia de las circunstancias del momento y sobre todo no se escribía la historia por motivos de ilustración objetiva, sino con el propósito de actuar sobre los contemporáneos. El recuerdo consciente que los hombres conservan de los sucesos de su madurez puede compararse a esta redacción de la Historia, y sus recuerdos infantiles corresponden, tanto por su origen como por su autenticidad, a la historia de la época primitiva de un pueblo, historia muy posterior a los hechos y tendenciosamente rectificada.

Si el relato de Leonardo no es, por tanto, sino una fantasía nacida en años posteriores, juzgaremos al principio que no vale la pena de dedicarle gran atención. Para su esclarecimiento podría bastarnos la tendencia, confesada por Leonardo, a dar a su estudio de los problemas del vuelo de las aves la importancia de una prescripción del Destino. Pero con esta valoración despectiva cometeríamos una injusticia análoga a la que constituiría rechazar ligeramente el material de leyendas, tradiciones e interpretaciones de la prehistoria de un pueblo. A pesar de sus deformaciones y sus errores, entraña dicho material la realidad del pasado y constituye aquello que el pueblo ha formado sobre la base de los acontecimientos de su época primitiva y bajo la influencia de motivos poderosos por entonces y muy importantes aún en la actualidad, y si pudiéramos deshacer, por el conocimiento de todas las fuerzas actuales, tales deformaciones, podríamos descubrir detrás del material legendario la verdad histórica. Igualmente sucede con los recuerdos infantiles o fantasías del individuo. No es indiferente lo que un hombre cree recordar de su niñez, pues detrás de los restos de recuerdos incomprensibles para el mismo sujeto se ocultan siempre preciosos testimonios de los rasgos más importantes de su desarrollo anímico[1289]. Poseyendo, como poseemos, en las técnicas psicoanalíticas excelentes medios auxiliares para extraer a la luz estos elementos ocultos, podemos emprender la tentativa de cegar la laguna existente en la historia de Leonardo por medio del análisis de su fantasía infantil. Si en esta tentativa no conseguimos llegar a una completa certidumbre, nos consolaremos pensando que ninguna de las investigaciones emprendidas hasta el día sobre la personalidad de Leonardo, tan elevada

como enigmática, ha tenido mejor fortuna. Considerando la fantasía antes relatada desde el punto de vista psicoanalítico, no nos parece ya tan singular. Recordamos, en efecto, haber encontrado muchas veces formaciones análogas, por ejemplo, en los sueños, de manera que podemos intentar traducir esta fantasía, de su lenguaje propio y peculiar, a un idioma generalmente comprensible. La traducción muestra entonces una orientación erótica. La cola —«coda»— es uno de los más conocidos símbolos y designaciones sustitutivas del miembro viril, no sólo en italiano, sino en otros muchos idiomas. La situación contenida en la fantasía —un buitre que abre los labios del niño con la cola, se la introduce en la boca y la mueve allí repetidamente— corresponde a la representación de una «fellatio», de un acto sexual en el que el miembro viril es introducido en la boca de la persona utilizada para lograr la satisfacción activa. Esta fantasía presenta un carácter singularmente pasivo y recuerda determinados sueños y fantasías de las mujeres o de los homosexuales pasivos (aquellos que desempeñan en el comercio sexual el papel femenino).

Ruego al lector que retenga por un momento su extrañeza y que no se niegue a seguir prestando oídos al psicoanálisis, indignado al ver que su primera aplicación a la materia infiere ya una imperdonable ofensa a la pura memoria de un elevado artista. En primer lugar, es indudable que tal indignación no le conducirá nunca al descubrimiento de lo que la fantasía infantil de Leonardo significa, y por otro lado, esta fantasía aparece inequívocamente confesada por Leonardo, y no nos resignamos a abandonar la esperanza —o si se quiere el prejuicio— de que posee un sentido, como todos los demás productos psíquicos, sueños, visiones o delirios. Por tanto, continuaremos prestando a la labor psicoanalítica, que aún no ha dicho su última palabra, toda la atención a que tiene derecho.

La inclinación a tomar en la boca el miembro del hombre y chuparlo, acto incluido por la sociedad burguesa entre las repugnantes perversiones sexuales, es, sin embargo, frecuentísima entre las mujeres de nuestra época —y como lo prueban las antiguas esculturas y pinturas también lo era entre la de tiempos pretéritos— y parece perder su carácter repulsivo para la mujer enamorada. El médico encuentra fantasías fundadas en esta inclinación incluso en mujeres que no han llegado al conocimiento de la posibilidad de

tal satisfacción sexual por la lectura de la *Psychopathia sexualis* de Krafft Ebing, o por otro medio cualquiera. Así, pues, parece que el sexo femenino llega a crear con especial facilidad tales fantasías optativas sin necesidad de auxilio ninguno exterior[1290]. La investigación nos muestra también que esta situación, tan implacablemente condenada, tiene un origen inocentísimo. No es sino la transformación de otra en la que todos nos hemos sentido felices y contentos; esto es, de aquélla en la que, siendo niños de pecho («esendo io in culla»), tomábamos en la boca el pezón de la madre o de la nodriza y chupábamos de él. La impresión orgánica de este nuestro primer goce de la vida debe de haber quedado indeleblemente impresa en el hombre. Cuando más tarde advierte el niño las ubres de las vacas, que por su función equivalen a los pezones y por su forma y situación en el bajo vientre recuerdan el pene, queda establecido el grado preliminar de la posterior formación de las repulsivas fantasías sexuales antes indicadas.

Comprendemos ahora por qué transfiere Leonardo el supuesto suceso del buitre a la época de su lactancia. Detrás de la fantasía no se esconde otra cosa que una reminiscencia del acto de mamar del seno materno o ser amamantado por la madre, bella escena humana que Leonardo, como tantos otros pintores, reprodujo en sus cuadros de la Virgen con el Niño. De todos modos, nos resulta aún incomprensible que esta reminiscencia, de igual importancia en ambos sexos, quedase transformada por Leonardo en una fantasía homosexual pasiva. Mas, por el momento, queremos prescindir de investigar la relación que puede unir la homosexualidad con el acto de mamar del pecho materno, y nos limitaremos a recordar que la tradición considera a Leonardo, realmente, como un hombre de sentimientos homosexuales. No nos importa en absoluto que la denuncia a la que antes nos referimos y de la que fue objeto Leonardo en sus años juveniles fuese o no justificada, pues lo que nos lleva a atribuir a una persona la inversión no es su real actividad sexual, sino su disposición sentimental.

Es otro rasgo incomprensible de la fantasía infantil de Leonardo el que atrae, ante todo, nuestra atención. Interpretamos la fantasía como una simbolización del acto de ser amamantado por la madre, y encontramos sustituida a ésta por un buitre. ¿De dónde procede este animal y cómo aparece incluido en el lugar en el que lo hallamos?

Surge en nosotros, ante esta interrogación, una ocurrencia, tan lejana a primera vista, que casi nos sentimos inclinados a renunciar a ella. En los jeroglíficos sagrados de los antiguos egipcios, la imagen correspondiente a la madre es siempre la del buitre[1291]. Los egipcios adoraban asimismo a una divinidad materna con cabeza de buitre o con varias cabezas, de las cuales una por lo menos era de buitre[1292]. El nombre de esta diosa se pronunciaba Mut, circunstancia que nos hace pensar en una posible conexión del mismo con nuestra palabra «madre» (*Mutter*), a menos que se trate de una similicadencia puramente casual. Hallamos, pues, que el buitre presenta realmente una relación con el concepto de madre, pero al principio no vemos cómo ha de auxiliarnos esta circunstancia en nuestra labor de interpretación, dado que no podemos atribuir a Leonardo tal conocimiento, pues la traducción de los jeroglíficos no se hizo posible hasta los descubrimientos de Francois Champollion (años 1790-1832)[1293].

Nos interesa también averiguar de qué manera llegaron los antiguos egipcios a elegir el buitre como símbolo de la maternidad. La religión y la cultura de este pueblo fue ya para los griegos y los romanos objeto de curiosidad científica, y mucho antes que nos fuera posible descifrar sus monumentos poseíamos gran número de datos sobre él, por obras de la antigüedad clásica llegaba hasta nosotros. Estas obras proceden, en parte, de autores conocidos, tales como Estrabón, Plutarco y Amimianus Marcellinus, y llevan otros nombres desconocidos, resultando así muy dudoso su origen y fecha. A esta última categoría pertenecen la *Hiorogliphyda* de Horapollo Nilo, y el libro de la sabiduría sacerdotal oriental conservado bajo el nombre divino de Hermes Trismegistos. Nos descubren estas fuentes que el buitre pasaba por ser el símbolo de la maternidad, a causa de la creencia de que no había más que buitres hembras y que esta especie de aves carecía de machos[1294]. La Historia Natural de los antiguos conocía asimismo una contraparticipación de esta limitación, pues sostenía que entre los escarabajos, adorados también por los egipcios como divinidades, no existían más que machos[1295].

Pero entonces, ¿cómo se llevaba a cabo la fecundación de los buitres, si no existían más que hembras? El libro de Horapollo[1296] nos allana esta dificultad, afirmando que, llegada una cierta época del año, se mantienen

estas aves inmóviles en el aire, abren la vagina y son fecundadas por el viento.

Hemos llegado ahora, de un modo inesperado, a considerar verosímil algo que poco tiempo antes rechazábamos como absurdo. Leonardo pudo conocer muy bien, en efecto, la fábula científica que llevó a los egipcios a representar con la imagen del buitre el concepto de madre, pues era un lector infatigable, cuyo interés se extendía a todos los dominios de la literatura y del saber. En el *Codex Atlanticus* poseemos una enumeración de los libros que poseía en una determinada época[1297], catálogo al que se agregan numerosas anotaciones sobre otros que había recibido prestados de sus amigos, y según los datos que Fr. Richter[1298] ha tomado de tales apuntaciones, apenas podemos formarnos una idea de la enorme extensión de sus lecturas. Entre tales libros no faltaban obras, tanto antiguas como contemporáneas, de Ciencias Naturales, y todos ellos existían ya impresos en aquella época, siendo, además, Milán, residencia de nuestro artista, el foco principal del naciente arte de imprimir en Italia.

Prosiguiendo nuestra investigación, tropezamos con un dato que hace pasar a la categoría de certidumbre la verosimilitud de que Leonardo conociera la leyenda del buitre. El erudito comentador de Horapollo pone al texto antes citado de este autor (pág. 172) la siguiente nota: «Caeterum hancfabulan de vulturibus cupide amplexi sunt Patres Ecclesiastici ut ita argumento ex rerum natura petito refutarent eos, qui Virginis partum negabant: itaque apud omnes fere hujus rei meutio occurrit».

Así, pues, la fábula de la unisexualidad y de la fecundación de los buitres no quedó ilimitada a una anécdota indiferente, como la de los escarabajos, pues los padres de la Iglesia se apoderaron de ella para utilizarla como argumento tomado de la Historia Natural contra los que dudaban de la Historia Sagrada. Si conforme a los datos más fidedignos de la antigüedad eran fecundados los buitres por el viento, ¿por qué no podía haber pasado una vez algo análogo a una hembra humana? Tal aplicación hacía que «casi todos» los padres de la Iglesia relatasen en sus escritos la fábula del buitre, y de este modo no podemos dudar ya de que por medio de tan poderosos patronos llegó también hasta Leonardo.

Así, pues, podemos representarnos ya la génesis de la fantasía de

Leonardo en la forma siguiente: Habiendo leído una vez en un padre de la Iglesia o en un libro de Historia Natural que todos los buitres eran hembras y se reproducían sin necesidad de la cooperación del macho, surgió en él un recuerdo que quedó transformado en la fantasía citada; pero cuyo significado era el de que también él había sido una tal cría de buitre, que había tenido madre, pero no padre, y a este recuerdo se añadió luego, en la única forma en la que tan tempranas impresiones pueden exteriorizarse, un eco del placer hallado en la succión del seno maternal. La relación de su fantasía con la representación de la Virgen amamantando al Niño, tan grata a todos los artistas, hubo de contribuir a hacerla grandemente valiosa e importante para Leonardo, pues mediante ella se identificaba con el Niño Jesús, consuelo y redentor de todos y no de una sola mujer.

Al analizar una fantasía infantil cualquiera tendemos a separar su contenido mnémico real de los factores posteriores que lo modifican y deforman. En el caso de Leonardo creemos haber llegado ahora al conocimiento de dicho contenido real. La sustitución de la madre por el buitre nos indica que el niño echó de menos al padre y se sintió solitario al lado de su madre abandonada. Su ilegitimo nacimiento constituye el punto de partida de su fantasía, pues sólo tal circunstancia podía llevarle a compararse con las crías de los buitres. Por otro lado, el único dato seguro que sobre su infancia poseemos es el de que a los cinco años residía ya en la casa paterna. Lo que no sabemos es cuándo fue acogido en ella, pues pudo ser pocos meses después de su nacimiento o algunas semanas antes de su inscripción en el documento antes citado. Pero la interpretación de la fantasía del buitre interviene aquí para mostrarnos que Leonardo no pasó los primeros y decisivos años de su vida con su padre y su madrastra, sino con su verdadera madre, pobre y abandonada, pudiendo así darse cuenta de la falta de su padre y echarle de menos. Parece éste un resultado insignificante y, sin embargo, arriesgado de nuestra labor psicoanalítica; pero profundizando más en él, ganará seguramente en importancia. Para conservación de las circunstancias reales que rodean la infancia de Leonardo. Según los datos que poseemos, su padre, Ser Piero da Vinci, se casó el año del nacimiento de Leonardo con la noble Donna Albiera. La esterilidad de este matrimonio hizo que Leonardo fuera acogido en la casa paterna o, mejor dicho, en la de su abuelo. Ahora

bien: no es de suponer que recién casada Donna Albiera, y no confirmada aún su esterilidad, fuera su marido a llevar a su lado un hijo ilegítimo. Es mucho más lógico que pasaran antes algunos años, y que, no habiendo obtenido en ellos el matrimonio la esperada descendencia, se decidiera a buscar una compensación, llamando al hogar al retoño ilegítimo, resolución a la que debieron de contribuir la belleza e inteligencia del niño. Con nuestra interpretación de la fantasía del buitre concuerda perfectamente el hecho de que Leonardo permaneciera por lo menos tres años, y quizá cinco, al lado de su madre, solitaria y abandonada, antes de pasar a la casa paterna, en la que encontró padre y madre. Pero ya era tarde. En los tres o cuatro primeros años de la vida quedan fijadas ciertas impresiones y establecidas ciertas formas de reacción ante el mundo exterior que no pueden ser despojadas ya de su importancia y sentido por ningún suceso ulterior.

Si es cierto que los incomprensibles recuerdos de la infancia y las fantasías que el hombre construye sobre ellos entrañan siempre los elementos más importantes de su desarrollo anímico, el hecho de haber pasado Leonardo los primeros años de su vida sin más compañía familiar que la de su madre, hecho cuya verosimilitud aparece robustecida por la fantasía del buitre, tuvo que ejercer una influencia decisiva sobre la estructuración de su vida interior. Entre los efectos de esta constelación no pudo faltar el de que al hallarse Leonardo en sus primeros años ante un problema más que los otros niños, comenzase a reflexionar con especial intensidad sobre tal enigma y se convirtiera de este modo, tempranamente, en un investigador atormentado por los grandes problemas de la procedencia de los niños y del papel que el padre desempeñaba en su nacimiento. La sospecha de esta conexión entre su investigación y su historia infantil le habría arrancado posteriormente la exclamación de que se hallaba destinado, desde un principio, a profundizar en los problemas del vuelo de las aves, puesto que, hallándose en la cuna, había ya sido visitado por un buitre. La labor de derivar la curiosidad orientada hacia el vuelo de las aves, de la investigación sexual infantil, constituirá una empresa posterior y fácilmente realizable.

III

EN la fantasía infantil de Leonardo representa el elemento buitre el contenido mnémico real. El contexto en el que Leonardo mismo incluye su fantasía arroja, como ya hemos visto, clara luz sobre la significación de dicho contenido para su vida posterior. Prosiguiendo nuestra labor de interpretación, tropezamos ahora con el singular problema de por qué fue transformado este contenido mnémico en una situación homosexual. La madre que amamanta su hijo —o, mejor dicho, de la que él mismo mama— es convertida en un buitre que introduce su cola en la boca del niño. Afirmamos que la «cola» del buitre tenía que ser, conforme a los usos del lenguaje vulgar, una designación sustitutiva del pene. Pero no comprendemos cómo la actividad de la fantasía pudo llegar a atribuir precisamente al pájaro maternal el signo de la virilidad, y este absurdo nos aleja de la posibilidad de reducir el producto fantástico a un sentido racional. Pero no debemos desmayar. Hemos forzado ya el sentido de innumerables sueños aparentemente absurdos. Esperemos, pues, que no ha de sernos más difícil conseguirlo en una fantasía infantil.

Recordando que no es conveniente examinar aisladamente un punto singular, nos apresuramos a agregar a él otro que aún encontramos más extraño.

La divinidad egipcia Mut, de cabeza de buitre, figura de carácter completamente impersonal, era fundida muchas veces con otras divinidades maternales de individualidad más viva, tales como Isis y Hathor; pero conservaba, no obstante, su existencia independiente y su culto particular. En el panteón egipcio se daba la peculiaridad de que los diversos dioses no quedaban sometidos a un sincretismo. Junto a la composición divina, perduraba la simple figura divina con toda su independencia. Casi todas las imágenes de Mut, la divinidad material de cabeza de buitre, aparecen provistas de un falo[1299]; su cuerpo, al que los senos caracterizan como femenino, mostraba también un genital masculino en erección.

Así, pues, hallamos en la diosa Mut la misma unión de caracteres maternales y masculinos que comprobamos en la fantasía de Leonardo. ¿Habremos de explicar esta coincidencia diciendo que Leonardo conocía

también, por sus estudios, la naturaleza andrógina del buitre maternal? Tal posibilidad es más que dudosa, pues las fuentes en que Leonardo podía documentarse no contenían nada referente a esta singularísima particularidad. Parece, pues, más natural referir la coincidencia a un motivo común, desconocido todavía. La Mitología nos enseña que la constitución andrógina, esto es, la reunión de los caracteres sexuales masculinos y femeninos, no se daba únicamente en la diosa Mut, sino también en otras divinidades, como Isis y Hathor, aunque, por lo que a estas últimas respecta, sólo quizá en cuanto participaban de la naturaleza maternal y se hallaban fundidas con Mut[1300]. Nos muestra, además, que también otras divinidades egipcias, tales como la Neith de Sais, de la que más tarde surgió la Athenea griega, eran concebidas primitivamente como andróginas, esto es, como hermafroditas, y que lo mismo sucedía con numerosas divinidades griegas, especialmente con las del círculo de Dionisos. e incluso con Afrodita, la diosa del amor, limitada después al sexo femenino. Los mitólogos intentan explicar la agregación del falo a las figuras femeninas de estas divinidades alegando que el atributo viril representaba la fuerza creadora original de la Naturaleza, y que tales divinidades hermafroditas expresaban la idea de que sólo la reunión de los atributos masculinos y femeninos podía constituir una imagen digna de la perfección divina. Pero ninguna de estas observaciones nos aclara el enigma psicológico de que la fantasía del hombre no repugne atribuir a una figura que ha de encarnar para ella la idea de la madre el signo de la potencia viril, contrario a la maternidad.

Las teorías sexuales infantiles nos proporcionan aquí la explicación buscada. Hay efectivamente en la vida individual una época en la que los genitales masculinos resultan armonizables con la representación de la madre. Cuando el niño dirige por vez primera su curiosidad a los enigmas de la vida sexual, queda dominado por un poderoso interés hacia sus propios genitales. Encuentra tan valiosa e importante esta parte de su cuerpo, que no puede creer carezcan de ella las personas que le rodean y a las que se encuentra semejante, y como no puede adivinar que existe otro tipo equivalente de formación genital, tiene que acogerse a la hipótesis de que todos, incluso las mujeres, poseen un miembro igual al suyo. Este prejuicio se impone tan enérgicamente al infantil investigador, que sus primeras observaciones

directas de los genitales de las niñas pequeñas, sus compañeras de juego, resultan insuficientes para destruirlo. La percepción directa le muestra desde luego que allí hay algo distinto de lo que él posee, pero no le es dado aceptar como contenido de su percepción la imposibilidad de encontrar en las niñas el miembro masculino. La carencia de este miembro es para él una representación inquietante e insoportable, y, por tanto, busca una explicación intermedia y opina que el miembro existe también en las niñas, pero aún muy pequeño y crecerá más adelante[1301]. Cuando tampoco esta hipótesis queda confirmada por las observaciones ulteriores, construye todavía otra distinta: Las niñas poseyeron también un miembro igual al suyo, pero les ha sido cortado, quedando en lugar una herida. Este progreso de la teoría utiliza ya experiencias propias, de carácter penoso; en el intervalo se ha visto el niño amenazado por sus familiares con la amputación de aquel órgano tan valioso si continúa dedicándole excesiva atención. Bajo la amenaza de la castración, transforma entonces su concepción de los genitales femeninos. En adelante temblará por su virilidad; pero al mismo tiempo despreciará a aquellas desgraciadas criaturas que, a su juicio, han sufrido ya el cruel castigo[1302]. Antes que el niño quede sometido al dominio del complejo de la castración, o sea en la época en que la mujer conserva aún para él todo su valor, comienza a exteriorizarse en él un intenso placer visual como actividad erótica instintiva. Desea ver los genitales de otras personas, al principio probablemente para compararlos con los suyos. La atracción erótica emanada de la persona de la madre culmina pronto en el deseo de su genital, que el niño supone ser un pene. Pero con el conocimiento posteriormente alcanzado de que la mujer no posee tal miembro, se transforma muchas veces este anhelo en su contrario, quedando sustituido por una repugnancia que en los años de la pubertad puede constituirse en causa de impotencia psíquica, misoginia y homosexualidad duradera. Pero la fijación al objeto antes intensamente anhelado, o sea el pene de la mujer, deja huellas indelebles en la vida anímica de aquellos niños en los que tal estadio de la investigación sexual infantil ha presentado una particular intensidad. El fetichismo, cuyo objeto es el pie o el calzado femenino, no parece considerar el pie sino como un símbolo sustitutivo del miembro de la mujer, adorado en edad temprana y echado de menos desde entonces. Los «cortadores de trenzas» desempeñan,

sin saberlo, el papel de personas que llevan a cabo en los genitales femeninos el acto de la castración.

No nos pondremos en situación de comprender las actividades de la sexualidad infantil y habremos de optar por declarar inaceptables estas observaciones, mientras no abandonemos el punto de vista de nuestro desprecio civilizado de los genitales y de las funciones sexuales. Si queremos llegar a la comprensión de la vida anímica infantil, habremos de buscar analogías primitivas, pues para nosotros son los genitales, hace ya una larga serie de generaciones, *las partes pudendas*, objeto de vergüenza, y dada una más madura represión sexual, incluso de repugnancia. Si echamos una amplia ojeada sobre la vida sexual de nuestro tiempo, y especialmente sobre la de aquellas clases sociales que son las sustentadoras de la civilización, nos sentiremos inclinados a afirmar que sólo contra su voluntad, y sintiéndose rebajados en su dignidad humana, se someten los hombres de hoy en día, en su mayor parte, a las leyes de la procreación. La concepción opuesta de la vida sexual se ha refugiado actualmente entre las clases populares más bajas y menos refinadas. En cambio, las superiores ocultan todo lo referente a la actividad sexual, como algo despreciable desde el punto de vista cultural. En las épocas primitivas de la raza humana no sucedía nada de esto. Los datos trabajosamente reunidos por los investigadores de la civilización nos proporcionan la certidumbre de que los genitales constituyeron primitivamente el orgullo y la esperanza de los hombres; fueron objeto de un culto divino y transfirieron su divinidad a todas las nuevas actividades humanas. De su esencia surgieron, por sublimación, innumerables dioses, y cuando la conexión de las religiones oficiales con la actividad sexual quedó ya oculta a la conciencia general, existieron cultos secretos, que se esforzaron en mantenerla viva entre un escaso número de iniciados. Por último, tanto elemento divino y santo se llegó a extraer de la sexualidad, que el agotado remanente se convirtió en objeto de desprecio. Pero dado el carácter indeleble de todas las huellas anímicas, no hemos de extrañar que incluso las formas más primitivas de adoración de los genitales hayan llegado hasta épocas muy recientes, y que los usos del idioma, las costumbres y las supersticiones de la Humanidad actual contengan supervivencias de todas las fases de este desarrollo evolutivo[1303].

Importantes analogías biológicas nos han preparado a encontrar que el desarrollo anímico del individuo repite abreviadamente el curso del desarrollo de la Humanidad, y no hallaremos inverosímil, por tanto, aquello que sobre la valoración infantil de los órganos genitales nos ha descubierto la investigación psicoanalítica del alma de los niños. La infantil hipótesis del pene materno es la fuente común a la que antes hubimos de referirnos y de la que se derivan tanto la constitución andrógina de las divinidades maternas, por ejemplo, la Mut egipcia, como la «cola» del buitre en la fantasía infantil de Leonardo. Al calificar de hermafroditas, en el sentido médico de la palabra, a estas imágenes de dioses, cometemos realmente una impropiedad. Ninguna de ellas reúne los genitales de ambos sexos, como algunos repulsivos fenómenos humanos. Se limitan a presentar, a más de los senos, atributos de la madre, los genitales masculinos, idénticamente a la primera representación infantil del cuerpo materno.

La Mitología conservó para los fieles esta singular constitución física de la madre, primitivamente fantaseada. La acentuación de la cola del buitre en la fantasía de Leonardo puede ser interpretada, por tanto, en la forma siguiente: En aquella época infantil en la que mi tierna curiosidad se dirigía hacia mi madre y le atribuía aún unos órganos genitales iguales a los míos… Hallamos aquí un nuevo testimonio de la temprana investigación sexual de Leonardo, decisiva, a nuestro juicio, para toda su vida ulterior.

Una breve reflexión nos advierte ahora que no debemos dar por terminado nuestro análisis de la fantasía infantil de Leonardo con el esclarecimiento del significado de la cola del buitre, pues contiene aún otras varias incógnitas. La más singular de todas ellas es la de sustituir el acto de mamar del seno materno por el hecho de ser amamantado, o sea una situación activa por otra pasiva, y de indudable carácter homosexual. Teniendo en cuenta la tradición histórica de que Leonardo se comportó durante toda su vida como un hombre de sentimientos homosexuales, se nos impone la interrogación de si esta fantasía no revela un enlace causal entre las relaciones infantiles de Leonardo con su madre y su posterior homosexualidad manifiesta, aunque ideal. No nos atreveríamos a deducir una tal conexión de los recuerdos deformados de Leonardo si las investigaciones psicoanalíticas de pacientes homosexuales no nos hubieran mostrado la

existencia real de tal relación, íntima y necesaria además.

Los homosexuales han emprendido en nuestros días una enérgica campaña contra la limitación que las leyes imponen a su actividad sexual y gustan de presentarse, por boca de sus representantes teóricos, como una especie sexual diferenciada desde un principio; esto es, como un grado sexual intermedio y un tercer sexo. Según ellos, son hombres cuyas condiciones orgánicas los obligan desde su nacimiento a gustar del hombre y a repeler, en cambio, a la mujer. Aunque por consideraciones de orden humanitario pudiéramos inclinarnos a suscribir sus peticiones, no debemos, en cambio, aceptar sus teorías, que han sido construidas sin tener en cuenta para nada la génesis psíquica de la homosexualidad. El psicoanálisis nos ofrece los medios de llenar esta laguna y contrastar las afirmaciones de los homosexuales. Le ha sido posible, en efecto, llevar a cabo esta labor en cierto número, aunque no muy amplio, de sujetos, y todas las investigaciones emprendidas hasta el momento han ofrecido el mismo sorprendente resultado[1304]. En todos los homosexuales sometidos al análisis se descubre un intensísimo enlace infantil, de carácter erótico y olvidado después por el individuo, a un sujeto femenino, generalmente a la madre; enlace provocado o favorecido por la excesiva ternura de la misma y apoyado después por un alejamiento del padre de la vida infantil del hijo. Sadger hace resaltar que las madres de sus pacientes homosexuales eran en muchos casos mujeres hombrunas, de enérgico carácter, que podían desplazar al padre de su puesto en la vida familiar o sustituirle. En mis observaciones he hallado también algunas veces estas mismas circunstancias; pero la relación causal a que nos venimos refiriendo se me ha mostrado aún con mucha mayor evidencia en aquellos casos en los que el padre falta desde un principio o murió dejando a su hijo en edad temprana y entregado, por tanto, a la influencia femenina. Llega incluso a parecer que la existencia de un padre enérgico garantiza al hijo la acertada decisión en su elección de objeto sexual, o sea la elección de un objeto sexual del sexo opuesto[1305].

Después de este estudio preliminar, surge una transformación, cuyo mecanismo nos es conocido, pero de la que ignoramos las fuerzas impulsoras. El amor a la madre no puede seguir ya el desarrollo consciente ulterior y sucumbe a la represión. El niño reprime el amor a su madre, sustituyéndose a

ella; esto es, identificándose con ella y tomando como modelo su propia persona, a cuya semejanza escoge sus nuevos objetos eróticos. De este modo, se transforma en homosexual o, mejor dicho, pasa al autoerotismo, dado que los niños objeto de su amor no son sino personas sustitutivas y reproducciones de su propia persona infantil, a las que ama como su madre le amó a él en sus primeros años. Decimos entonces que encuentra sus objetos eróticos por el camino del *narcisismo*, refiriéndonos a la leyenda griega de aquel adolescente llamado Narciso, al que nada era tan amado como su propia imagen, reflejada en el agua, y que fue transformado por los dioses en la bella flor que aún lleva su nombre[1306].

Reflexiones psicológicas más profundas justifican la afirmación de que el hombre convertido así en homosexual permanece fijado en lo inconsciente a la imagen mnémica de su madre. La represión del amor a la madre le hace conservar de un modo perdurable en su inconsciente este mismo amor, al que permanecerá fiel en adelante. Cuando parece perseguir con ardiente amor a otros muchachos, lo que hace es huir de las mujeres, que podían llevarle a incurrir en infidelidad. Determinadas observaciones directas nos han permitido demostrar que aquellos individuos que en apariencia sólo son sensibles a los encantos masculinos, se hallan sometidos, como los hombres normales, a la atracción emanada de la mujer; pero se apresuran siempre a transferir a un objeto masculino la excitación recibida del femenino, repitiendo así, de continuo, el mecanismo por el que adquirieron su homosexualidad.

Nada más lejos de nosotros que exagerar la importancia de estas aclaraciones de la génesis psíquica de la homosexualidad. Es indiscutible que se hallan en patente contradicción con las teorías oficiales de los homosexuales, pero sabemos que no son lo suficientemente amplias para facilitar una definitiva aclaración del problema. Aquello que por razones prácticas denominamos homosexualidad puede surgir de muy diversos procesos psicosexuales de coerción, y el proceso por nosotros descubierto no es quizá sino uno entre muchos, no refiriéndose sino a uno de los diversos tipos de «homosexualidad». Hemos de reconocer también que el número de los casos en los que pueden demostrarse las condiciones por nosotros señaladas supera considerablemente en nuestro tipo homosexual al de

aquellos otros en los que aparece realmente el efecto derivado, de manera que no podemos tampoco rechazar la colaboración de factores constitucionales desconocidos, de los cuales se suele derivar exclusivamente, en general, la homosexualidad. No hubiéramos tenido por qué penetrar en la génesis psíquica de la forma de homosexualidad por nosotros estudiada si no abrigásemos justificadísimas sospechas de que precisamente Leonardo, cuya fantasía infantil ha constituido nuestro punto de partida, perteneció a este tipo de homosexuales.

Por escasamente conocida que nos sea la conducta sexual del gran artista e investigador, hemos de considerar verosímil que sus contemporáneos no incurrieran en groseros errores al juzgar su personalidad. A la luz de esta tradición se nos muestra Leonardo como un hombre de actividad y necesidades sexuales en extremo reducidas, cual si una aspiración más elevada le hubiera sustraído a la general necesidad animal de los hombres.

Prescindiendo de la cuestión de si buscó alguna vez, y por qué camino, la satisfacción sexual directa, o si, por el contrario, huyó de ella en absoluto, tenemos derecho a buscar en él aquellas corrientes sentimentales que impulsan imperiosamente a otros a la acción, pues no podemos creer que exista una vida anímica humana en cuya estructura no participe la libido, o sea el ansia sexual en su más amplio sentido, aunque parezca muy alejada de su fin original o de toda realización práctica.

Lo único que podemos hallar en Leonardo son huellas de actividad sexual no transformada, pero estas huellas nos orientan ya en una dirección y nos permiten contarle entre los homosexuales. Los datos que de su vida poseemos hacen resaltar el hecho de que sólo admitía como discípulos niños y adolescentes de singular belleza, con los cuales se conducía bondadosamente, asistiéndolos por sí mismo cuando enfermaban, como una madre asiste a sus hijos y como su madre hubo de asistirle a él. Habiéndolos escogido por su belleza y no por su talento, ninguno de sus discípulos —Cesare de Sesto, G. Boltraffio, Andrea Salaino, Francesco Melzi, etc.— llegó a ser artista de renombre. En su mayoría no consiguieron adquirir una personalidad propia y desaparecieron sin legar a la historia del arte una fisonomía definida. Otros artistas que deben ser considerados como discípulos de Leonardo y continuadores de su técnica pictórica, así Luini y Bazzi, llamado el Sodoma,

no llegaron probablemente a conocerle.

Se nos objetará, sin duda, que el proceder de Leonardo para con sus discípulos carece de toda relación con motivo de orden sexual, no siendo lícito, por tanto, deducir de él peculiaridad ninguna de este género. Pero contra tal objeción alegamos que nuestra hipótesis aclara algunos singulares rasgos de la conducta del maestro, enigmáticos si no. Leonardo llevaba un libro de notas en el que escribía, de izquierda a derecha, sus apuntaciones íntimas. En este Diario se dirigía a sí mismo hablándose en segunda persona: «Estudia con el maestro Luca la multiplicación de las raíces[1307]». «Haz que te enseñe el maestro D'Abacco la cuadratura del círculo». O con ocasión de un viaje[1308]: «Salgo para Milán con objeto de ocuparme de mi jardín… Manda hacer dos sacos. Haz que te enseñe Boltraffio el tomo y graba en él una piedra». «Deja el libro al maestro Andrea il Tedesco[1309]». O un propósito de una significación totalmente distinta: «Tienes que hacer ver en tu trabajo que la Tierra es una estrella como la Luna o aproximadamente, y demostrar así la nobleza de nuestro mundo[1310]».

En este Diario, que por lo demás suele silenciar —como los de otros muchos mortales— los más importantes sucesos del día o dedicarles tan sólo dos palabras, hallamos algunas apuntaciones que aparecen citadas por todos los biógrafos de Leonardo, a causa de su extremada singularidad. Se refieren a pequeños gastos del maestro, y muestran tan minuciosa escrupulosidad, que parecen provenir de un severo padre de familia, excesivamente cuidadoso y ahorrativo, faltando, en cambio, toda indicación sobre el empleo de sumas más cuantiosas y no existiendo nada que nos pruebe que el artista era un hombre económico y cuidadoso de su dinero. Una de estas anotaciones corresponde a la compra de una capa destinada a su discípulo Andrea Salaino[1311]:

Brocado de plata.	15 liras	4 sueldos.	Cintas	— liras	9 sueldos.
Terciopelo rojo..	9 »	— »	Botones	— »	12 »

Una segunda nota, muy extensa y detallada, reúne todos los gastos que le había ocasionado otro discípulo[1312] por sus malas cualidades y su inclinación al robo. «El día 21 de abril de 1490 comencé este libro y

recomencé el caballo[1313]. Jacomo entró en mi casa el día de la Magdalena de 1490, a la edad de diez años. (Anotación marginal: Ladrón, mentiroso, terco, glotón.) Al segundo día le mandé cortar un par de camisas, unos pantalones y un jubón, y al sacar el dinero para pagar estos vestidos, me lo robó del bolsillo, siendo imposible hacérselo confesar, aunque me constaba con absoluta seguridad. (Nota marginal: 4 liras…) Luego continúa el relato de los crímenes del pequeño y termina con la cuenta siguiente: 'En el primer año: Una capa, 2 liras; 6 camisas, 4 liras; 3 jubones, 6 liras; 4 pares de medias, 7 liras, etc'.»[1314].

Los biógrafos de Leonardo, nada propicios a fijar su atención en sus pequeñas singularidades y debilidades, con el fin de llegar por medio de su análisis a la explicación de los enigmas de la vida anímica de su héroe, suelen aprovechar estas curiosas cuentas para exaltar la bondad y el cuidado de Leonardo con respecto a sus discípulos. Pero al obrar así, olvidan que lo singular y necesitado de explicación no es la conducta de Leonardo, sino el hecho de habernos dejado tales testimonios de ella. Siendo imposible atribuirle la intención de legar a la posteridad un testimonio de sus bondades, habremos de suponer que fue una causa de orden afectivo la que le movió a consignar tales anotaciones. No es fácil adivinar cuál fue esta causa, y no sabríamos formular hipótesis alguna si otras de las cuentas encontradas entre los papeles de Leonardo no arrojara viva luz sobre estas anotaciones, singularmente minuciosas y relativas al vestido de los discípulos, etc[1315].:

	Florines
Gastos por el entierro de Catalina	27
Dos libras de cera	18
Catafalco	4
Por llevar la cruz y colocarla	12
A los que llevaron el ataúd	8
A los cuatro sacerdotes y cuatro clérigos	20
Al campanero	2
Suma y sigue	91

		Florines
Suma anterior		91
A los sepultureros		16
Al empleado, por el permiso		1
SUMA		108
Gastos anteriores:		
Al médico	4	
Azúcar y luces	12	16
SUMMA SUMMARUM		124 *

*[1316]

El poda Merezhkovsky es el único autor que sabe decirnos quién era esta Catalina. De otras breves anotaciones deduce que la madre de Leonardo, la pobre labradora de Vinci, fue a Milán en 1493 para visitar a su hijo, hombre ya de cuarenta y un años, y enfermó durante su estancia en la ciudad. Leonardo la llevó al hospital, y cuando murió la enterró con todo decoro[1317].

Esta hipótesis del sutil novelista ruso carece de pruebas que abonen su exactitud; pero entraña tan alto grado de verosimilitud y se halla tan de acuerdo con todos los datos que poseemos sobre la vida sentimental de Leonardo, que nos inclinamos a suponerla cierta. Leonardo había logrado someter sus sentimientos al yugo de la investigación y coartar así su libre exteriorización, pero hubo también ocasiones en las que lo reprimido logró libertarse y surgir al exterior. La muerte de su madre habría sido una de estas ocasiones. La cuenta antes reproducida de los gastos motivados por el entierro de Catalina nos ofrece una manifestación, si bien deformada, hasta resultar irreconocible, del dolor experimentado por el artista ante la muerte de su madre. Tal deformación nos resulta incomprensible desde el punto de vista de los procesos anímicos normales. Pero bajo las condiciones anormales de la neurosis, y especialmente de la llamada neurosis obsesiva, hemos tropezado ya innumerables veces con procesos semejantes. Hemos visto, efectivamente, que bajo estas condiciones queda desplazada, sobre actos insignificantes e incluso pueriles, la manifestación de sentimientos muy intensos, pero que la represión ha hecho inconscientes. La acción de sentimientos antinómicos a éstos ha logrado debilitar hasta tal punto su manifestación, que su intensidad parece insignificante; pero en la imperiosa obsesión que impone el acto pueril en el que se exteriorizan, delata su verdadero poder, radicado en lo inconsciente y que la consciencia quisiera negar. Sólo tal coincidencia con los procesos de la neurosis obsesiva puede explicar la anotación hecha por Leonardo de los gastos del entierro de su madre. En su inconsciente se hallaba Leonardo ligado aún a su madre, como de niño lo estuvo, por una inclinación de matiz erótico. La energía contraria de la represión ulterior de este amor infantil no permitió que le fuera erigido en el Diario un más digno

monumento conmemorativo; pero el resultado transaccional de este conflicto neurótico tenía que hallar una exteriorización, y de este modo quedó anotada la cuenta, pasando a la posteridad como un detalle incomprensible.

No parece muy arriesgado aplicar este conocimiento, deducido de la cuenta del entierro, a las otras relativas a los gastos de los discípulos. Así, pues, también constituirían estas cuentas una exteriorización obsesiva y deformada de los escasos restos de sentimientos libidinosos, vivos aún en Leonardo. Su madre y sus discípulos, imágenes de su propia belleza infantil, habrían sido sus objetos sexuales —en tanto en cuanto la represión sexual que dominaba su personalidad permite una tal designación—, y la obsesión de anotar minuciosamente los gastos por ellos ocasionados constituiría la singular revelación de estos conflictos rudimentarios. Resultaría así que la vida erótica de Leonardo pertenecía realmente al tipo de homosexualidad cuya evolución psíquica conseguimos antes descubrir. La aparición de la situación homosexual en su fantasía del buitre se nos haría entonces comprensible, pues no significaría sino lo que antes hemos afirmado con respecto a dicho tipo, y su traducción sería la siguiente: Por mi relación erótica con respecto a mi madre he llegado a ser un homosexual[1318].

IV

LA fantasía de Leonardo continúa reteniendo nuestra atención. Con palabras que recuerdan claramente la descripción de un acto sexual —«*… e molle volte mi percuoterse con tal coda dentro alle labbra*»— acentúa nuestro héroe la intensidad de las relaciones eróticas entre la madre y el niño. No es difícil deducir de este enlace de la actividad de la madre (del buitre) con la acentuación de la zona bucal un segundo contenido mnémico de la fantasía, que podríamos traducir en la forma siguiente: Mi madre puso en mi boca infinidad de apasionados besos. La fantasía se halla, pues, compuesta de dos recuerdos: el de ser amamantado por la madre y el de ser besado por ella.

La bondadosa Naturaleza ha dado al artista la facultad de exteriorizar, por

medio de creaciones, sus más secretos sentimientos anímicos, ignorados incluso por él mismo, y esta exteriorización nos conmueve profundamente, sin que sepamos de dónde proviene tal emoción. En la obra de Leonardo habrá de existir, por tanto, algún testimonio de aquello que su memoria ha conservado como la impresión más poderosa de su infancia. Pero si reflexionamos por qué profundas transformaciones ha de pasar una impresión de la vida del artista antes de poder aportar algo a la obra de arte, habremos de confesarnos que precisamente en la obra de Leonardo resulta dificilísimo fijar con seguridad tales elementos.

Al pensar en las pinturas de Leonardo, recordamos todos la singular sonrisa, fascinadora y enigmática, que tanto nos encanta en los labios de sus figuras femeninas. Esta sonrisa inmóvil, dibujada en los largos y ondulados labios de tales figuras, resulta característica del maestro de Vinci y es conocida con el calificativo de «leonardesca[1319]». En el rostro bellamente singular de la florentina Monna Lisa de Giocondo ha fascinado e intrigado con máxima intensidad a los contempladores. Precisaba de una interpretación y ha encontrado infinitas, pero ninguna satisfactoria: *Voilà cuatre siècles bientôt que Monna Lisa fait perdre la tête à tous ceux qui parlent d'elle, après l'avoir logtemps regardée*[1320].

Muther[1321] escribe: «Aquello que fascina al espectador es el demoníaco encanto de esta sonrisa. Cientos de poetas y literatos han escrito sobre esta mujer, que tan pronto parece sonreímos seductoramente como dejar perderse en la lejanía una mirada fría y sin alma; pero ninguno ha descifrado su sonrisa ni interpretado sus pensamientos. Todo en este cuadro, incluso el paisaje, parece sumergido en una densa y ardorosa sensualidad».

Varios críticos han manifestado la sospecha de que en la sonrisa de la Gioconda se reúnen dos distintos elementos, y de este modo han visto en la expresión de la bella florentina la más perfecta reproducción de las antítesis que dominan la vida erótica de la mujer: la reserva y la seducción, la abnegada ternura y la imperiosa sexualidad, que considera al hombre como una presa a la que devora despiadadamente. Así escribe Müntz: *On sait quelle énigme indéchiffrable et passionante Monna Lisa Gioconda no cesse depuis bientôt quatre siècles de proposer aux admirateurs pressés devant ella. Jamais artiste (j'emprunte la plume du délicat écrivain qui se cache*

sons le pseudonyme de Pierre de Corlar) a-t-il traduit anisi l'essence même de la féminité: tendresse et coquetterie, pudeur et sourde volupté, tout le mystère d'un cœur qui se réserve, d'un cerveau qui réfléchit, d'une personnalité qui se garde et ne livre d'elle même que son rayonnement… El italiano Angelo Conti[1322] ve el cuadro del Louvre animado por un rayo de sol: *La donna sorrideva in una calma regale: i suoi instinti di conquista, dife roda, lutta l'eredità della specie, la volontà della seduzione e deliagguato, la grazia dell' inganne, la bontá che cela un proposito trudele, tutto ció appariva alternativamente e scompariva dietro il velo ridente e si fondera nel poema del suo sorriso… Buona e malvaggia, trudele e compassionevole, graziosa e felina, ella ridera*[1323]*….*

Leonardo trabajó por espacio de cuatro años, quizá desde 1503 a 1507, en este cuadro durante su segunda estancia en Florencia y contando ya más de medio siglo. Según las noticias de Vasari, buscó las artes más escogidas para entretener a su bella modelo y mantener en sus labios la enigmática sonrisa. De todos los delicados encantos que su pincel reprodujo sobre el lienzo, sólo muy pocos conserva el retrato en su estado actual. Mientras lo estuvo pintando pasó por ser lo más alto que el arte podía producir y, sin embargo, no llegó a satisfacer a Leonardo, que no lo consideró terminado, se negó a entregarlo a la persona que se lo había encargado y se lo llevó consigo a Francia, donde Francisco I, su protector, lo adquirió para el Louvre.

Dejando insolucionado el enigma Fisonómico de la Gioconda, consignaremos el hecho indudable de que su sonrisa fascinó al artista con no menos intensidad que a todos los que la han contemplado en los cuatrocientos años transcurridos desde entonces. La enigmática sonrisa retorna, a partir de este momento, en todos sus cuadros y en los de sus discípulos. Tratándose de un retrato, no podemos suponer que Leonardo prestó al rostro de la retratada un rasgo fisonómico tan expresivo sin que, en realidad, lo poseyera ella.

Habremos, pues, de admitir que Leonardo halló tal sonrisa en su modelo y quedó tan subyugado por su atractivo, que adornó con ella desde aquel momento todas las libres creaciones de su fantasía. Esta hipótesis aparece expresada por A. Konstantinowa en la forma siguiente[1324]:

«Durante el largo tiempo que el maestro dedicó al retrato de Monna Lisa, se infundió con una tan intensa participación del sentimiento en los encantos

de aquel rostro femenino, que los transfirió luego —especialmente la enigmática sonrisa y la singularísima mirada— a todos los rostros que más tarde hubo de pintar o dibujar. Así, volvemos a hallar tales rasgos peculiarísimos en el *San Juan Bautista* del Louvre, y sobre todo en *La Virgen con el Niño y Santa Ana*, conservada también en este mismo museo».

Pero también pudo ser otra la realidad. Algunos biógrafos de Leonardo han sentido la necesidad de fundamentar más profundamente la perdurable fascinación que la sonrisa de la Gioconda ejerció sobre el artista. Así, W. Pater, que ve en el retrato de Monna Lisa «la encarnación de toda la experiencia amorosa de la humanidad civilizada» y trata muy sutilmente de «aquella inexplicable sonrisa que en las figuras de Leonardo parece hallarse unida a un funesto presagio», nos muestra una diferente orientación, escribiendo[1325]:

«Además, es este cuadro un retrato. Podemos perseguir cómo desde su infancia se entreteje en la trama de sus sueños, hasta el punto de que si no encontramos testimonio ninguno en contra, concluiremos que constituía su ideal femenino, por fin hallado…»

Algo muy análogo piensa M. Herzfeld cuando dice que Leonardo se encontró a sí mismo en Monna Lisa, siéndole de este modo posible incluir tan gran parte de su propio ser en aquel cuadro, «cuyos rasgos yacían desde mucho tiempo atrás en el alma de Leonardo[1326]».

Intentaremos desarrollar estas indicaciones hasta lograr aclararlas por completo. Según ellas, la sonrisa de la Gioconda subyugó a Leonardo porque despertó en su alma algo que en ella dormía desde mucho tiempo atrás, probablemente un recuerdo, y este recuerdo era lo suficientemente importante para no volver ya a borrarse jamás, después de su resurrección, y obligar al artista a crearle continuas exteriorizaciones. La afirmación de Pater de que podemos perseguir cómo en los sueños de Leonardo se entreteje desde su infancia un rostro semejante al de la Monna Lisa, nos parece digna de crédito y debe ser interpretada literalmente.

Vasari menciona como primeros ensayos artísticos de Leonardo *teste di femmine che ridono*[1327]. El texto en el que hallamos este dato, nada sospechoso, puesto que nada tiende a demostrar, es el siguiente: … *facendo nella sua giovanezza di terra al cune teste di femmine che ridono, che vanno*

formale per l'arte di gesso, e parimente teste di putti chi parevano uscite di mano d'un maestro…

Vemos, pues, que su actividad artística comenzó con la representación de dos clases de objetos, los cuales han de recordarnos los dos órdenes de objetos sexuales deducidos por nosotros en el análisis de su fantasía. Si las bellas cabezas de niños eran repeticiones de su propia persona infantil, las mujeres sonrientes no podían ser sino repeticiones de Catalina, su madre, y comenzamos a sospechar la posibilidad de que la misma poseyera aquella sonrisa enigmática, perdida luego para el artista y que tanto le impresionó cuando volvió a hallarla en los labios de la dama florentina[1328].

La obra de Leonardo más inmediata cronológicamente a la Gioconda es el cuadro que representa a la Virgen con El Niño y Santa Ana. En él muestran los dos rostros femeninos la sonrisa «leonardesca». No se sabe de cierto cuánto tiempo antes o después del retrato de Monna Lisa comenzó Leonardo a pintar este cuadro. Dado que ambas obras le ocuparon durante varios años, hemos de admitir que trabajó en ambas simultáneamente. Lo que más se armonizaría con nuestra hipótesis sería que precisamente la profunda penetración de Leonardo en los rasgos fisonómicos de Monna Lisa le hubiese impelido a crear la composición de la Virgen con el Niño Jesús y Santa Ana, pues si la sonrisa de la Gioconda hizo surgir en él el recuerdo de su madre, es natural que este recuerdo le impulsase inmediatamente a crear una glorificación de la maternidad y a devolver a su madre la sonrisa que de nuevo había hallado en la esposa de Francesco de Giocondo. De este modo, habremos de transferir ahora nuestro interés desde el retrato de Monna Lisa a aquel otro cuadro no menos bello y conservado también en el Louvre.

Santa Ana con su hija y su nieto es un tema poco corriente en la pintura italiana; pero, además, la composición de Leonardo se aleja considerablemente de todas las conocidas. Muther escribe sobre ella[1329]:

«Algunos maestros, como Hans Fries, Holbein el Viejo y Girolano dai Libri, representaron a Santa Ana sentada junto a la Virgen y situaron al Niño entre ambas. Otros, como Jacobo Cornelisz, en el cuadro conservado en Berlín, componen una verdadera 'trinidad'; esto es, nos muestran a Santa Ana teniendo en brazos la pequeña figurita de la Virgen, la cual tiene a su vez en los suyos la del Niño Jesús, más pequeña aún. En el cuadro de Leonardo, la

Virgen aparece sentada en el regazo de Santa Ana, inclinada hacia adelante, tendiendo los brazos al Niño, que juega con un corderito. La abuela apoya en la cintura su único brazo visible y contempla con bienaventurada sonrisa a sus dos descendientes. La agrupación es, desde luego, un poco forzada. Pero la sonrisa que se refleja en los rostros de las dos figuras femeninas ha perdido, no obstante ser innegablemente la misma del retrato de Monna Lisa, todo su carácter inquietante y misterioso, no expresando sino ternura y serena bienaventuranza[1330]».

Examinando con profunda atención este cuadro logramos una repentina comprensión de su esencia. Sólo Leonardo podía pintarlo, como sólo él podía imaginar la fantasía del buitre. En él se halla representada la síntesis de su historia infantil y todos sus detalles pueden ser explicados por las impresiones más personales de la vida de Leonardo. En la casa paterna encontró, a más de una buena madrasta, Donna Albiera, una abuela, Nonna Lucía, la madre de su padre, que debió de consagrarle todo el tierno cariño que las abuelas sienten por sus nietos. Esta circunstancia le hizo ya, sin duda, familiar la representación de la infancia protegida por la madre y la abuela. Otro rasgo singular del cuadro al que nos venimos refiriendo adquiere ahora gran importancia. Santa Ana, la madre de la Virgen María y la abuela del Niño Jesús, que debía de ser ya una mujer entrada en años, aparece representada con rasgos juveniles de belleza aún no marchita, apenas más graves y maduros que los de su hija. Leonardo ha dado aquí al Niño Jesús dos madres: la que le tiende los brazos y otra que le contempla amorosamente desde el segundo término, y ha adornado a ambas con la sonrisa la felicidad maternal. Esta singularidad del cuadro no ha dejado de despertar el asombro de los críticos. Así, opina Muther, por ejemplo, que Leonardo repugnaba pintar la ancianidad con sus arrugas y surcos, razón por la cual convirtió a Santa Ana en una mujer de resplandeciente belleza. Pero no creemos que esta explicación pueda satisfacer a nadie. Otros autores se han acogido a negar que existe realmente entre las dos figuras femeninas tal igualdad de juventud. Mas la tentativa de explicación de Muther basta para demostrar que la figura de Santa Ana da, efectivamente, en este cuadro una impresión de rejuvenecimiento, independiente de todo prejuicio teórico[1331].

La infancia de Leonardo fue tan singular como este cuadro. Tuvo dos

madres: Catalina, la primera y verdadera, de cuyos brazos fue arrancado entre los tres y los cinco años, y Donna Albicra, mujer de su padre, que fue para él una madrastra más joven y delicada. Reuniendo este hecho de su niñez con el que mencionamos en primer lugar (la presencia de su madre y de su abuela) y condensándolos en una unidad mixta, dio forma a la composición de su cuadro. La figura maternal más alejada del niño corresponde, por su apariencia y su situación especial con respecto a aquél, a la primera madre de Leonardo, o sea a Catalina. Con la bienaventurada sonrisa de Santa Ana quiso quizá encubrir y negar el artista la envidia que la infeliz Catalina hubo de experimentar al verse obligada a ceder su hijo a la noble rival, como antes le había cedido al hombre amado[1332].

De este modo habríamos llegado, partiendo de otra obra de Leonardo, a la confirmación de nuestra hipótesis de que la sonrisa de la Gioconda despertó en el artista un recuerdo de la madre de sus primeros años infantiles. A partir de este momento, las madonnas y los retratos femeninos de los pintores italianos mostraron la humilde inclinación de la cabeza y la bienaventurada sonrisa singular de la pobre campesina, madre del magnífico artista florentino.

Al reproducir Leonardo en el rostro de Monna Lisa el doble sentido que esta sonrisa entrañaba, esto es (según las palabras de Pater), la promesa de una limitada ternura y al mismo tiempo un presagio amenazador, no hizo más que permanecer fiel al contenido de sus más tempranos recuerdos, pues el apasionado cariño de su madre le fue fatal, determinando su destino y las privaciones que había de sufrir. La violencia de las caricias maternales, transparentada en su fantasía del buitre, no era sino harto natural. La pobre madre abandonada tenía que agregar a su amor maternal el recuerdo de la ternura gozada en sus amores con Ser Piero y su deseo de nuevos goces eróticos, y se veía impulsada no sólo a compensarse a sí misma de la falta del amado, sino a compensar al niño de la del padre, acariciándole también por él. De este modo situó a su hijo, como todas las madres insatisfechas, en el lugar del marido y le despojó de una parte de su virilidad, provocando una maduración excesivamente precoz de su erotismo. El amor de la madre hacia el hijo al que amamanta y cuida es más profundo que su posterior afecto por el niño, ya en crecimiento. Su naturaleza es la de una relación amorosa

absolutamente satisfactoria, que no sólo colma todos los deseos anímicos, sino también todas las necesidades físicas, y si representa una de las formas de la felicidad que lo humano puede alcanzar, se debe, en gran parte, a la posibilidad de satisfacer, sin reproche alguno, sentimientos optativos ha largo tiempo reprimidos, y deben ser calificados de perversos[1333].

Aun en los matrimonios jóvenes más felices, siente el padre que su hijo ha llegado a ser su rival, y surge en él una perdurable hostilidad, profundamente arraigada en lo inconsciente, contra el preferido.

Cuando Leonardo, llegado al cénit de su vida, volvió a encontrar aquella bienaventurada sonrisa, que recordaba haber visto en los labios de su cariñosa madre, se encontraba ya, ha largo tiempo, bajo el dominio de una coerción que le prohibía volver a ansiar nunca más tales caricias de labios femeninos. Pero era pintor y se esforzó en crear de nuevo aquella sonrisa con sus pinceles, reproduciéndola en todos sus cuadros, y no sólo en aquellos que ejecutó por sí mismo, sino en los que hizo ejecutar bajo su dirección por sus discípulos, tales como la *Leda*, el *San Juan Bautista* y el *Baca*. Los dos últimos son variantes del mismo tipo. Muther dice: «Del asceta bíblico que se alimentaba de saltamontes ha hecho Leonardo un Baco, un Apollino, que nos contempla con mirada sensual y perturbadora, sonriendo enigmáticamente y cruzadas las piernas de mórbida carnación». Estos cuadros respiran un misticismo, en cuyos secretos apenas nos atrevemos a penetrar. Lo más que podemos intentar es establecer su conexión con las creaciones anteriores de Leonardo. Las figuras son de nuevo andróginas, pero ya no en el sentido de la fantasía del buitre. Son bellos adolescentes de suave morbidez y de formas afeminadas, que, en lugar de bajar los ojos, nos miran con una enigmática expresión de triunfo, como si supieran de una inmensa felicidad cuyo secreto guardan. La conocida sonrisa deja sospechar que se trata de un secreto amoroso. Con estas figuras superó, quizá, Leonardo el fracaso de su vida erótica, representando en la dichosa reunión de los caracteres masculinos y femeninos la realización de los deseos del niño, perturbado por la ternura materna.

V

ENTRE las anotaciones de los diarios de Leonardo hallamos una que atrae nuestra atención por la importancia de su contenido y por una ligera falta de redacción.

En julio de 1504 escribe:

Addi 9 de Luglio 1504, mercoledi, a ore 7, *morí Ser Piero da Vinci, notalio al palazzo del Potest à, mió padre, a ore* 7. *Erad'etá anni 80, lascio 10 figlioli maschi e 2 femmine*.

La anotación se refiere, pues, a la muerte del padre de Leonardo, y el ligero error de redacción consiste en la repetición de la hora del fallecimiento —*a ore 7*—, como si al terminar la frase hubiera olvidado Leonardo haber consignado ya al principio dicho dato. Es ésta una minucia que sólo al psicoanalista puede interesar y aprovechar, pues quien no lo sea la dejará pasar inadvertida, y al serle llamada la atención sobre ella, alegará que se trata de un ligero error en el que todos podemos incurrir por distracción o bajo los efectos de una emoción cualquiera, careciendo por lo demás de todo alcance y significación.

El psicoanalista piensa de otro modo. Para él no hay nada, por insignificante que aparezca, que no pueda constituir la expresión de procesos anímicos ocultos; ha averiguado, hace mucho tiempo, que tales olvidos y repeticiones son extraordinariamente significativos y que debemos quedar muy agradecidos a la *distracción* cuando permite la revelación de sentimientos ocultos de todo otro momento.

Afirmaremos, pues, que también esta anotación, como las referentes a Catalina y a los discípulos, corresponde a una ocasión en la que fracasó a Leonardo la represión de sus afectos, logrando así una expresión deformada, elementos rigurosamente ocultos durante largo tiempo. También su forma es análoga, mostrando igual pedantesco prurito de exactitud e igual predominio de los números[1334].

Tales repeticiones son calificadas por nosotros de *perseveraciones*, y constituyen un excelente medio auxiliar para revelar la acentuación afectiva. Recuérdense, por ejemplo, las coléricas palabras de San Pedro en el Paraíso dantesco contra su representante en la tierra (Canto XXVII, v. 22 a 25):

Quegil ch’usurpa in terra il luogo mió
Il luogo mio, il luogo mio, che vaca
Nella presenza del Figliuol di Dio
Fatto a del cimiterio mio cloaca.

Sin la coerción afectiva de Leonardo, la anotación en el Diario hubiera podido tomar la forma siguiente: «Hoy, a las siete, murió mi padre, Ser Piero da Vinci, mi pobre padre». Pero el desplazamiento de la perseverancia sobre el detalle más indiferente, esto es, sobre la hora del fallecimiento, despoja a la anotación de todo *pathos* y nos revela la existencia de algo que había de ser encubierto y reprimido.

Ser Piero da Vinci, notario y descendiente de notarios, era un hombre de gran energía vital, que le conquistó consideración y bienestar. Casó cuatro veces; sus dos primeras mujeres murieron sin haber tenido hijos, y cuando la tercera le dio en 1476 su primer descendiente legítimo, tenía ya Leonardo veinticuatro años y hacía mucho tiempo que había abandonado la casa paterna, trasladándose al taller del Verrocchio, su maestro. De la cuarta y última mujer, con la que casó siendo ya cincuentón, tuvo aún nueve hijos y dos hijas[1335].

El padre de Leonardo desempeñó también, desde luego, en el desarrollo psicosexual de su hijo, un papel importantísimo, y no solamente negativo, por su ausencia durante los primeros años infantiles del mismo, sino también directo e inmediato, por su ulterior presencia. Aquellos que de niños desean a su madre, entrañan inevitablemente la aspiración de llegar a ocupar el lugar del padre, se identifican con él en su fantasía y hacen luego de su vencimiento la labor de toda su vida. La orientación decisiva hacia la homosexualidad se verifica, como ya sabemos, en los años próximos a la pubertad. Cuando Leonardo llegó a ésta, la identificación con su padre perdió todo su significado para su vida sexual, pero continuó existiendo en otras actividades distintas, exentas de carácter erótico. Sabemos que gustaba del lujo y de los bellos vestidos, y que tenía criados y caballos, aunque, según cuenta Vasari, «no poseía bienes de fortuna y trabajaba poco». Tales gustos no pueden atribuirse únicamente a su sentido de la belleza, sino también a la obsesión de copiar y superar al padre. Éste había constituido para la pobre

muchacha campesina el prototipo de la distinción, y al hijo le quedaba el deseo de jugar a la nobleza y el impulso *to out-herod*; esto es, de demostrar al padre cuál era la verdadera distinción.

El artista se considera como el padre de sus creaciones estéticas. Para la actividad pictórica de Leonardo tuvo una fatal consecuencia su identificación con su padre. Creaba la obra y cesaba en el acto de ocuparse de ella, como su padre había hecho con él. La ulterior rectificación de esta conducta de su progenitor no podía ya modificar esta obsesión, derivada de las impresiones de los propios años infantiles, pues aquello que ha sido reprimido y permanece inconsciente no puede ya ser corregido por experiencias posteriores.

En el Renacimiento precisaba todo artista de un alto señor y protector, un *padrone*, que le encargaba trabajos y en cuyas manos reposaba su destino. Leonardo encontró su *padrone* en Ludovico Sforza, sobrenombrado el *Moro*, hombre ambicioso, amante del lujo y diplomáticamente disimulado, pero inconsciente y poco de fiar. En su corte, establecida en Milán, pasó Leonardo la época más brillante de su vida, desplegando libremente a su servicio su potencia creadora, de la que fueron testimonio el fresco de la *Cena* y la estatua ecuestre de Francisco Sforza. Antes que la estrella de Ludovico se ensombreciera, llevándole a morir en una prisión francesa, abandono Leonardo Milán, y cuando la desgracia de su protector llegó a sus oídos, escribió en su Diario: «El duque perdió sus estados, su fortuna y su libertad, y no llevó a término ninguna de sus obras». Es singular, y desde luego muy significativo, que Leonardo dirigiese aquí a su *padrone* el mismo reproche que la posteridad había de hacerle a él, como si quisiese echar sobre una persona perteneciente a la serie paterna la responsabilidad que le incumbía por dejar interminadas sus obras. De todos modos, el reproche que hace al duque se hallaba perfectamente justificado.

Pero si como artista le perjudicó su imitación de su padre, la rebelión contra el mismo constituyó la condición infantil de sus rendimientos como investigador, no menos importante. Según una bella comparación de Merezhkovsky, parecía un hombre que se ha despertado en la noche y vela en las tinieblas mientras los demás duermen. Su libertad intelectual le llevó a dejarnos en una atrevida frase la justificación de toda investigación

independiente: *Aquel que disputa alegando la autoridad, usa más de la memoria que de la inteligencia*. De este modo, fue el primer investigador físico moderno, y un sinnúmero de descubrimientos y anticipaciones premió en él al primer hombre que después de los griegos tenía el valor de acercarse a los secretos de la Naturaleza, apoyado únicamente en la observación y en su propio juicio. Pero cuando enseñaba a despreciar la autoridad y a rechazar la imitación de los *antiguos*, indicando de continuo el estudio de la Naturaleza como la fuente de toda verdad, no hacía sino repetir en la más elevada sublimación posible para el hombre la decisión que antes se impuso al niño, admirada ante el maravilloso espectáculo del mundo. Transportados desde la abstracción científica a la experiencia concreta individual, los antiguos y la autoridad corresponden al padre, y la Naturaleza, a la madre bondadosa y tierna que le había criado. Mientras que los demás humanos —y tanto hoy como en las épocas más primitivas— precisan imperiosamente de una autoridad en la que apoyarse, hasta el punto de que sienten vacilar el mundo entero cuando tal autoridad les parece amenazada, podía Leonardo prescindir por completo de semejante apoyo. Pero jamás le hubiera sido esto posible si en sus primeros años no hubiese aprendido a renunciar al padre. El atrevimiento y la independencia de su ulterior investigación científica presuponen una investigación sexual infantil no coartada por el padre, y la continúan, apartándola de la sexual.

Cuando un individuo ha escapado en su infancia, como Leonardo, a la intimación ejercida por el padre (frase agregada en 1925), y ha roto, en su actividad investigadora, las cadenas de la autoridad, no puede esperarse que permanezca dentro de una religión dogmática. El psicoanálisis nos ha descubierto una íntima conexión entre el complejo del padre y la creencia en Dios y nos ha mostrado que el Dios personal no es, psicológicamente, sino una superación del padre, revelándonos innumerables casos de sujetos jóvenes que pierden la fe religiosa en cuanto cae por tierra para ellos la autoridad paterna. En el complejo paterno-materno reconocemos, pues, la raíz de la necesidad religiosa. El Dios omnipotente y justo y la bondadosa Naturaleza se nos muestran como magnas sublimaciones del padre y de la madre, o mejor aún, como renovaciones y reproducciones de las tempranas representaciones infantiles de ambos. La religiosidad se refiere,

biológicamente, a la importancia y a la necesidad de protección del niño durante largos años. Cuando luego el adulto reconoce su abandono y su debilidad ante los grandes poderes de la vida, se siente en una situación análoga a la de su infancia y trata de consolarse por medio de la renovación regresiva de los poderes protectores infantiles. La protección que la fe religiosa ofrece a los creyentes contra la neurosis queda fácilmente explicada por el hecho de que los despoja del complejo paterno-materno, del que depende la conciencia de la culpabilidad —tanto individual como generalmente humana—, resolviéndolo para ellos, mientras que el incrédulo tiene que resolver por sí solo tal problema.

No parece que el ejemplo de Leonardo fuera contrario a esta concepción de la fe religiosa. Ya durante su vida se le acusó de incredulidad o —cosa equivalente en aquellos tiempos— de haber renegado la fe de Cristo, acusaciones que aparecen incluidas en la primera biografía de Leonardo, escrita por Vasari, el cual las suprimió luego en la segunda edición de sus *Vite*. Comprendemos muy bien que, ante la extraordinaria susceptibilidad de su época para todo lo referente a la religión, se abstuviera Leonardo de toda manifestación sobre su actitud con respecto al Cristianismo, incluso en sus anotaciones íntimas. Pero como investigador no se dejó inducir en error por los datos que sobre la creación del mundo consignan los Libros Sagrados. Así, discutió la posibilidad de un diluvio universal y contó, en Geología, por milenios, con igual libertad de espíritu que los hombres modernos.

Entre sus «profecías» hallamos algunas que tienen que ofender la sensibilidad de los creyentes cristianos. Por ejemplo, una de las referentes al culto a las imágenes:

«Los hombres hablarán a hombres que nada oyen, que tienen abiertos los ojos y no ven; hablarán con ellos y no recibirán respuesta; pedirán piedad a aquel que tiene oídos y no oye y encenderán luces ante un ciego».

O sobre las lamentaciones del Viernes Santo:

«En toda Europa llorarán innumerables pueblos la muerte de un solo hombre, acaecida en Oriente».

Se ha dicho que el arte de Leonardo despojó a las imágenes divinas de sus últimos restos de rigidez eclesiástica y las humanizó para representar en ellas elevadas sensaciones humanas. Muther le alaba, declarando que dominó un

ambiente espiritual de decadencia y devolvió a los hombres el derecho a la sensualidad y al alegre goce de la vida. En las notas que nos muestran a Leonardo sumido en la investigación de los grandes enigmas de la Naturaleza no faltan manifestaciones de admiración al creador, última causa de tales magnos misterios; pero nada nos indica que quisiera conservar una relación personal con dicho poder divino. Las frases en las que depositó la sabiduría de los últimos años de su vida respiran la resignación del hombre que se somete a la Αναγχη y las leyes de la Naturaleza, y no espera de la bondad o la gracia divinas atenuación ninguna. Es casi indudable que Leonardo superó tanto la religión dogmática como la personal, alejándose con su labor investigadora de la concepción cristiana del universo.

Nuestros conocimientos antes mencionados sobre el desarrollo de la vida anímica infantil nos conducen a la hipótesis de que también las primeras investigaciones infantiles de Leonardo recayeron sobre los problemas de la sexualidad. El mismo lo deja transparentar al enlazar su inclinación investigadora con la fantasía del buitre y acentuar el problema del vuelo de los pájaros como uno de los que habían de construir, por mandato del Destino, objeto especial de su estudio. Un pasaje harto oscuro de sus anotaciones, semejante a una profecía, y en el que trata del vuelo de los pájaros, testimonia cuánto interés afectivo entrañaba su deseo de volar:

«El gran pájaro emprenderá su vuelo desde el lomo de su gran cisne, colmando de admiración al universo, llenando con su fama todos los escritos y conquistando eterna gloria para el nido que le vio nacer[1336]». Probablemente esperaba llegar a volar alguna vez, y por los sueños realizadores de deseos de los hombres sabemos qué felicidad promete la realización de tal esperanza.

Mas ¿por qué sueñan tanto los hombres con poder volar? El psicoanálisis nos da la respuesta, mostrándonos que el volar o ser un pájaro no es sino el disfraz de un deseo distinto. La fábula de la cigüeña, con la que intentamos satisfacer la curiosidad infantil sobre el origen de los niños; los falos alados de los antiguos; el empleo, en alemán, de la palabra *voegeln* (de *Vogel*: pájaro) como designación corriente de la actividad sexual, y en italiano del sustantivo *ucello* (pájaro) para designar el miembro viril, son pequeños fragmentos de una amplia totalidad demostrativa de que el deseo de poder

volar en el sueño no significa sino el ansia de ser apto para la función sexual[1337]. Es éste un deseo que surge en nuestros más tempranos años infantiles. Cuando el adulto piensa en su infancia, se le aparece ésta como una edad dichosa, en la que gozaba del momento presente y avanzaba hacia el futuro sin que ningún deseo le atormentase. Tal representación le hace considerar dignos de envidia a los niños. Pero si éstos pudieran manifestarnos tempranamente su opinión, nos proporcionarían con seguridad datos muy diferentes. Parece, en efecto, que la infancia no es aquel dichoso idilio que luego imaginamos. Por el contrario, los niños se sienten fustigados durante toda su infancia por el deseo de llegar a ser mayores y poder hacer lo que los adultos. Este deseo domina todos sus juegos. Cuando en el curso de su investigación sexual sospecha el infantil sujeto que en este terreno, tan enigmático e importante para él, puede el adulto realizar algo muy especial, que a él le está prohibido incluso saber, experimenta un poderoso deseo de adquirir dicha capacidad y sueña con ella bajo el disfraz del vuelo o prepara este disfraz para sus sueños posteriores. Así, pues, la aviación, resuelta ya, por fin, en nuestros tiempos, posee también su raíz erótica.

Al confesarnos la atracción que el problema del vuelo ejerció sobre él desde su infancia, confirma Leonardo que su investigación sexual infantil se hallaba orientada hacia lo sexual, como ya nos lo hacen suponer nuestras observaciones directas de la infancia contemporánea. Por lo menos, este problema consiguió escapar a la represión que luego le apartó de la sexualidad. Desde los años infantiles hasta la época de la más completa madurez intelectual continuó orientando su interés, con ligeras modificaciones de sentido, hacia la misma cuestión, y es muy posible que el deseado arte permaneciera inaccesible para él tanto en su sentido sexual primario como en el mecánico, perdurando ambos deseos como irrealizables.

El gran Leonardo permaneció infantil durante toda su vida en diversos aspectos. Dícese que todos los grandes hombres tienen que conservar algo infantil. Llegado a la edad adulta, continuaba complaciéndose en pueriles juegos, circunstancia que le hacía aparecer inquietante e incomprensible a los ojos de sus contemporáneos. Viéndole preparar para las fiestas cortesanas y los solemnes recibimientos ingeniosísimos juguetes mecánicos, nos sentimos descontentos los que no quisiéramos que hubiese derrochado sus energías en

tales puerilidades; pero él parecía complacerse en ellas, pues Vasari nos cuenta que se entretenía con análogos pasatiempos, aun cuando ningún encargo le obligaba a ello. «Allí hizo una masa de cera y construyó con ella, cuando estaba fluida, delicadísimos animalillos, que volaban al llenarlos de aire, cayendo a tierra conforme se iban vaciando. A un singular lagarto que le trajo el viñador del Belvedere le hizo con la piel de otros animales de la misma clase, unas alas llenas de mercurio, que temblaban y se movían; luego le pintó ojos, le puso cuernos y barbas, lo domesticó y lo llevaba en una cajita, asustando con él a sus amigos[1338]». A veces le servían estos juegos para expresar profundos pensamientos. Así, «hacía desgrasar y lavar tan minuciosamente una tripa de carnero, que podía ocultarse en la palma de la mano; luego le aplicaba el tubo de un fuelle oculto en la cámara contigua, y cuando, moviendo el fuelle, la tripa se inflamaba, obligando a los presentes a refugiarse en un rincón, él la comparaba al genio, que, limitado primero a un pequeño espacio, crece luego cada vez más, llenando los ámbitos». De su gusto por tales pasatiempos testimonian también sus enigmas, escritos en forma de «profecías», y sus fábulas, composiciones muy ricas en ideas, pero carentes de gracia hasta un extremo singular.

Los juegos y extravagancias que Leonardo toleraba a su fantasía han inducido con gran frecuencia en grave error a sus biógrafos, desconocedores de esta característica del gran artista. Entre los manuscritos milaneses de Leonardo se encuentran, por ejemplo, borradores de cartas a «Diodario de Sorio (Siria), ministro del sagrado sultán de Babilonia», en las que se presenta Leonardo como ingeniero enviado a aquellos territorios del Oriente para llevar a cabo determinados trabajos, se defiende de un supuesto reproche de holganza, expone descripciones geográficas de ciudades y montañas y describe, por último, un importantísimo suceso, del que fue testigo durante su estancia en aquellos parajes[1339].

Basándose en estos manuscritos, quiso demostrar J. P. Richter, en 1881, que Leonardo estuvo en Oriente al servicio del sultán de Egipto, llegando incluso a convertirse a la fe mahometana. El artista vinciano había realizado este viaje en 1483; esto es, antes de su agregación a la corte del duque de Milán. Pero la crítica de otros autores ha demostrado fácilmente que estos supuestos testimonios de una estancia en Oriente no son sino fantasías del

joven Leonardo, creadas por él para su propio entretenimiento, y en las que daba libre curso a sus deseos de ver mundo y correr aventuras. También la Academia Vinciana, de cuya existencia no poseemos más datos que cinco o seis complicados emblemas dibujados por nuestro héroe, debió de ser uno de tales productos imaginativos. Vasari cita, en efecto, los emblemas, pero nada dice de la Academia[1340] Müntz, que reproduce en la cubierta de su gran obra sobre Leonardo uno de dichos emblemas, es de los pocos autores que creen en la existencia de tal institución.

Es muy probable que esta inclinación de Leonardo a los juegos y pasatiempos infantiles desapareciese en sus años de madurez y confluyera también en la actividad investigadora, que constituyó el último y más elevado desarrollo de su personalidad. Pero su larga duración puede enseñarnos cuán lentamente se arranca de su infancia aquel que ha alcanzado durante ella la más alta bienaventuranza erótica, jamás renovada después.

VI

SERÍA inútil pretender engañarse ocultándose que los lectores no gustan hoy de la Patografía. Su repulsa se disimula bajo el reproche de que la investigación patográfica de un grande hombre no conduce nunca a la inteligencia de su significación ni de su obra, siendo, por tanto, un inútil capricho estudiar en él cosas que podemos hallar en cualquier ente vulgar. Pero esta crítica es tan evidentemente injusta, que sólo como pretexto o encubrimiento de otras ideas distintas puede resultarnos comprensible. La Patografía no se propone hacer comprensible la obra del grande hombre y mal puede reprocharse a nadie el incumplimiento de algo que no ha prometido. Los verdaderos motivos de la oposición son muy distintos y los hallamos en cuanto reflexionemos que los biógrafos se muestran siempre singularmente fijados a su héroe. Con gran frecuencia lo han elegido impulsados por motivos puramente personales, de orden sentimental, que se lo hicieron simpático de antemano. De este modo se entregan a una labor de idealización, que aspiran a incluir al grande hombre en la serie de sus

modelos infantiles y quizá a resucitar en él la representación paterna infantil. En favor de este deseo, borran los rasgos individuales de su fisonomía, disimulan las huellas de sus luchas con resistencias interiores y exteriores, le despojan de toda debilidad e imperfección humanas y nos ofrecen entonces una helada figura ideal, ajena por completo a nosotros, en lugar del hombre al que podíamos sentirnos afines, siquiera fuese lejanamente. Esta conducta es muy de lamentar, pues con ella sacrifican la verdad a una ilusión y renuncian en favor de sus fantasías infantiles a una ocasión de penetrar en los más atractivos secretos de la naturaleza humana[1341]. Leonardo mismo, con su amor a la verdad y su deseo de saber, no hubiera rechazado la tentativa de deducir de las pequeñas rarezas y singularidades de su personalidad las condiciones de su desarrollo anímico e intelectual. La mejor manera de honrarle será obrar aquí como él hubiera obrado. En nada disminuiremos su grandeza estudiando los sacrificios que hubo de costarle el paso de la infancia a la madurez y reuniendo los factores que imprimieron a su persona el trágico estigma del fracasado.

Haremos constar especialmente que nunca hemos contado a Leonardo entre los neuróticos o «enfermos de los nervios», como impropiamente se los denomina. Aquellos que se lamentan de vernos aplicar al gran artista conocimientos de orden patológico, muestran hallarse limitados por prejuicios a los que hoy en día no se concede ya valor ninguno, muy justificadamente.

No creemos ya que la salud y la enfermedad, lo normal y lo nervioso, puedan ser precisamente diferenciados ni que los caracteres neuróticos deban ser considerados como prueba de inferioridad. Sabemos hoy que los síntomas neuróticos son formaciones sustitutivas de ciertos rendimientos de la represión que hemos de llevar a cabo en el curso de nuestro desarrollo desde el niño al hombre civilizado, y sabemos también que todos producimos tales formaciones sustitutivas y que sólo su número, intensidad y distribución justifican el concepto práctico de enfermedad y la deducción de una inferioridad constitucional. Por los pequeños rasgos que de la personalidad de Leonardo nos son conocidos, debemos considerarle próximo a aquel tipo neurótico que designamos con el nombre de «tipo obsesivo», comparando su actividad investigadora con la «rumiación obsesiva» del neurótico y sus

inhibiciones con las abulias del mismo.

El fin de nuestro trabajo era el esclarecimiento de las inhibiciones de la vida sexual y la actividad artística de Leonardo. Nos permitiremos, pues, reunir con tal objeto aquello que sobre el curso de su desarrollo psíquico hemos podido adivinar.

No hemos podido llegar al conocimiento de sus circunstancias hereditarias. En cambio, hemos comprobado que las circunstancias accidentales de su niñez ejercieron una profunda influencia perturbadora. Su nacimiento ilegítimo le sustrajo, quizá hasta los cinco años, a la influencia del padre, y le abandonó a la cariñosa seducción de la madre, cuyo único consuelo constituía. Las apasionadas caricias maternas provocaron en él una temprana madurez sexual y entró en una fase de actividad sexual infantil, de la cual no hemos logrado determinar con toda evidencia más que una única manifestación: la intensidad de su investigación sexual infantil. La tendencia al placer visual y el ansia de saber quedaron excitadas en grado sumo por sus tempranas impresiones infantiles; la zona erógena bucal recibió una acentuación que conservará ya para siempre. De su exagerada compasión posterior de los animales podemos deducir que durante este período infantil no careció de enérgicos rasgos contrarios, o sea de carácter sádico.

Un poderoso avance de la represión puso fin a este exceso infantil y determinó las disposiciones que habían de surgir en los años de la pubertad. El apartamiento de toda actividad groseramente sexual será el resultado más evidente de la transformación. Leonardo podrá vivir en completa abstinencia y hacer la impresión de un hombre asexual. Cuando las ondas de la excitación concomitante a la pubertad lleguen hasta el adolescente, no le harán, sin embargo, enfermar, obligándole a formaciones sustitutivas costosas y perjudiciales. La parte más considerable de la necesidad del instinto sexual podrá quedar sublimada merced al temprano predominio del ansia sexual de saber, en un deseo general de saber, y escapará así a la represión. Otra parte, mucho menos importante, de la libido permanecerá orientada hacia fines sexuales y representará la atrofiada vida sexual del adulto. A consecuencia de la represión del amor a la madre, quedará transformado este resto de libido en una disposición homosexual y se manifestará en forma de pederastia ideal. La fijación a la madre y a los dichosos recuerdos de su comercio con ella

quedará perdurablemente conservada en lo inconsciente, pero permanecerá, por lo pronto, inactiva. Así, pues, las aportaciones del instinto sexual a la vida anímica de Leonardo quedan repartidas entre la represión, la fijación y la sublimación.

Surgiendo de una oscura adolescencia, se nos aparece Leonardo como artista pintor y escultor, gracias a una capacidad específica, reforzada probablemente en los primeros años infantiles por la precoz aparición de la tendencia al placer visual. Nos complacería indicar en qué forma depende la actividad artística de los instintos primitivos anímicos, pero nuestros medios resultan insuficientes para ello. Por tanto, nos limitaremos a hacer constar el hecho indudable de que la actividad creadora del artista proporciona también una derivación a sus deseos sexuales y a recordar, por lo que a Leonardo respecta, las informaciones de Vasari sobre sus primeras tentativas artísticas: cabezas de mujeres sonrientes y de bellos muchachos, o sea representaciones de sus objetos sexuales. En los primeros años de su juventud parece trabajar Leonardo libre de toda coerción. Durante el tiempo en el que tomó a su padre como modelo de su conducta exterior, vivió Leonardo en Milán, donde el favor del Destino le hizo encontrar en Ludovico Moro una sustitución del padre, una época de viril fuerza creadora y de productividad artística. Pero pronto se confirmó en él la experiencia de que la represión casi completa de la vida sexual no ofrece las condiciones más favorables para el ejercicio de las tendencias sexuales sublimadas. El carácter prototípico de la vida sexual acaba por imponerse, comienzan a paralizarse la actividad y la capacidad de tomar rápidas resoluciones, y la tendencia a la indecisión y a la reflexión obsesiva se hace notar de un modo perturbador en la *Cena*, y determina, ejerciendo su influjo sobre la técnica, el fatal destino de la maravillosa obra de arte. Lentamente va desarrollándose en él un proceso sólo comparable a las regresiones de los neuróticos. El desarrollo de su personalidad, que a partir de la pubertad le llevó al arte, es alcanzado y dominado por aquel otro cuyas condiciones arraigan en su primera infancia y que le conduce a la investigación. La segunda sublimación de sus instintos eróticos cede el paso a la primera y primitiva, preparada por la primera represión. Leonardo pasa a ser un investigador, al principio en servicio de su arte, luego independientemente de él, y, por último, volviéndole la espalda. Con la

pérdida de su mecenas, sustitución del padre, y el progresivo entenebrecimiento de su vida, va haciéndose cada vez más amplia esta sustitución regresiva. El artista se hace *impacientíssimo al penello*[1342], como nos cuenta un enviado de Isabella d'Este, que deseaba poseer a toda costa un cuadro de su mano. Su pasado infantil ha adquirido dominio sobre él. Pero la actividad investigadora con la que sustituye la creación artística parece mostrar algunos rasgos que caracterizan la actuación de tendencias inconscientes —la insaciabilidad, la terquedad y la incapacidad de adaptarse a las circunstancias reales.

Llegado al cénit de su existencia, a los cincuenta años, edad en la que los caracteres sexuales de la mujer han sucumbido a un proceso regresivo, mientras que la libido del hombre arriesga aún, con frecuencia, un enérgico avance, para Leonardo por una nueva transformación. Capas aún más profundas de su contenido anímico devienen de nuevo activas, y esta nueva regresión favorece a su arte, que se hallaba en vías de atrofiarse. Leonardo encuentra a la mujer que despierta en él el recuerdo de la sonrisa bienaventurada y extáticamente sensual de la madre, y bajo la influencia de esta evocación, experimenta de nuevo el impulso que le guió al principio de sus tentativas artísticas, cuando creó las cabezas de mujeres sonrientes. Pinta la Monna Lisa, la Virgen con el Niño Jesús y Santa Ana y la serie de cuadros enigmáticos, caracterizados por la misteriosa sonrisa. Con ayuda de sus más primitivos sentimientos eróticos festeja el triunfo de dominar una vez más la coerción que pesó sobre su arte. Este último desarrollo se pierde, para nosotros, en las tinieblas de la ancianidad, que se aproxima ya al creador. Pero su intelecto se ha elevado antes a los más altos rendimientos de una concepción del universo que deja muy atrás a su época.

En los capítulos que anteceden hemos expuesto aquello que puede justificar una tal representación del curso evolutivo de Leonardo, así como nuestra división de su vida y nuestro esclarecimiento de su vacilación entre el arte y la ciencia. Si incluso por los partidarios y conocedores del psicoanálisis se nos objetará que no hemos hecho sino escribir una novela psicoanalítica, respondemos que no nos exageramos tampoco la seguridad de nuestros resultados. Como otros muchos, hemos sucumbido a la atracción ejercida por el grande y enigmático Leonardo, en cuya personalidad creemos advertir

poderosas pasiones instintivas que, sin embargo, no pueden manifestarse sino de un modo atenuadísimo.

Cualquiera que sea la verdad de la vida de Leonardo, no podemos abandonar nuestra tentativa de investigarla psicoanalíticamente antes de haber llevado a cabo una determinada labor. Hemos de trazar, en general, las fronteras que delimitan la función del psicoanálisis en la investigación biográfica, con objeto de que no se nos reproche como un fracaso la falta de algunos esclarecimientos. La investigación psicoanalítica dispone, como material, de las fechas biográficas del investigado, de los factores accidentales correspondientes a los acontecimientos exteriores y a las influencias del medio y de las reacciones conocidas del individuo. Apoyada en su conocimiento de los mecanismos psíquicos, intenta fundamentar su personalidad dinámicamente basándose en sus reacciones, y descubrir sus fuerzas anímicas instintivas originales, así como las transformaciones y evoluciones ulteriores de las mismas. Conseguido esto, queda aclarada la conducta vital de la personalidad, por la acción conjunta de la constitución y el destino, de fuerzas interiores y poderes exteriores. Cuando tal empresa no alcanza resultados indubitables, como quizá sucede en este caso de Leonardo, no debemos culpar al método empleado, tachándolo de insuficiente o defectuoso, sino a la inseguridad y deficiencia del material. Así, pues, el único culpable del fracaso es el investigador que ha obligado al psicoanálisis a pronunciarse sobre un material insuficiente.

Pero, aun disponiendo de un amplio material histórico y dominando el desarrollo de los mecanismos psíquicos, hay dos puntos importantísimos en los que la investigación psicoanalítica no puede esclarecernos la necesidad de que el individuo sea así, sin poder manifestarse en forma ninguna distinta. Por lo que a Leonardo respecta, hemos tenido que suponer que la circunstancia accidental de su ilegítimo nacimiento y la exagerada ternura de su madre ejercieron una influencia decisiva sobre la formación de su carácter y sobre su destino ulterior, en razón a que la represión sexual desarrollada después de esta fase infantil le llevó a la sublimación de la libido en ansia de saber, determinando la inactividad sexual de toda su vida ulterior. Pero esta represión consecutiva a las primeras satisfacciones eróticas de la infancia no hubiera debido tener efecto. En otro individuo no se habría desarrollado o

hubiera alcanzado mucha menor amplitud. Hemos de reconocer aquí un margen de libertad que el psicoanálisis no puede determinar.

Asimismo, tampoco se debe querer presentar el resultado de este avance represivo como el único posible. Otra persona no habría conseguido, probablemente, arrebatar a la represión la parte principal de la libido por medio de la sublimación en ansia de saber. Bajo iguales influencias que Leonardo hubiera adquirido una duradera perturbación de la actividad intelectual o una incoercible disposición a la neurosis obsesiva. Así, pues, el psicoanálisis no consigue darnos la explicación de dos peculiaridades de Leonardo: su especialísima tendencia a la represión de los instintos y su extraordinaria capacidad para sublimar los instintos primitivos.

Los instintos y sus transformaciones son lo último que el psicoanálisis puede llegar a conocer. A partir de este límite, cede el terreno a la investigación biológica. Tanto la tendencia a la represión como la capacidad de sublimación han de ser referidas a las bases orgánicas de carácter, sobre las cuales se eleva luego el edificio anímico. Dado que la actitud artística y la capacidad funcional se hallan íntimamente ligadas a la sublimación, hemos de confesar que también la esencia de la función artística nos es inaccesible psicoanalíticamente. La investigación biológica moderna se inclina a explicar los rasgos fundamentales de la constitución orgánica de un hombre por la mezcla de disposiciones masculinas y femeninas, en sentido material. La belleza física de Leonardo y la circunstancia de ser ambidextro se hallarían de acuerdo con una tal explicación. Pero no queremos abandonar el terreno de la investigación puramente psicológica. Nuestro fin continúa siendo la demostración del enlace existente entre los sucesos exteriores y las relaciones individuales por el camino de la actividad instintiva. Aunque el psicoanálisis no nos explica el hecho de la capacidad artística de Leonardo, nos proporciona, de todos modos, la inteligencia de las manifestaciones y limitaciones de tal capacidad. Parece, en efecto, que sólo un hombre de una vida infantil como la de Leonardo puede pintar la Monna Lisa y la Virgen con el Niño Jesús y Santa Ana y elevarse al mismo tiempo tan vertiginosamente en su actividad investigadora, como si la clave de todos sus rendimientos y también de su infortunio se hallase oculta en la fantasía infantil del buitre.

Pero ¿no deberemos acaso rechazar los resultados de una investigación que atribuye a los azares de la constelación paterno-materna una influencia tan decisiva sobre el destino de un hombre, y hace depender, por ejemplo, el de Leonardo de su nacimiento ilegitimo y de la esterilidad de Donna Albiera, su primera madrasta? No creo haya derecho a una tal repulsa. Considerando que el azar es indigno de decidir nuestro destino, no hacemos sino recaer en la concepción piadosa del universo, cuyo vencimiento preparó el mismo Leonardo al escribir que el sol no se movía. Naturalmente, nos irrita que durante nuestra temprana infancia, tan impotente y necesitada de auxilio, no seamos protegidos por un Dios de justicia o un bondadoso poder previsor contra tales influencias. Pero al pensar así olvidamos que realmente todo es casual en nuestra vida, desde nuestra génesis por el encuentro del espermatozoo y el óvulo, casualidad que por esta misma razón participa, sin embargo, en la normatividad y necesidad de la Naturaleza, faltándole únicamente una relación con nuestros deseos e ilusiones. La distribución de la determinación de nuestra vida entre las «necesidades» de nuestra constitución y los «accidentes» de nuestra infancia no se halla, quizá, fijamente establecida todavía; pero no podemos dudar de la importancia de nuestros primeros años infantiles. En general, mostramos aún poco respeto a la Naturaleza, que, según las oscuras palabras de Leonardo, análogas a otras del *Hamlet* shakesperiano, *la natura è piena d'infinité ragioni che non furono maiinisperienza*: «Cada una de las criaturas humanas corresponde a uno de los infinitos experimentos en los que estas *ragioni* intentan pasar a la experiencia».

LI

EL DOBLE SENTIDO ANTITÉTICO DE LAS PALABRAS PRIMITIVAS[1343]

1910

EN mi *Interpretación de los sueños* expuse como resultado incomprendido de la labor analítica una afirmación, que transcribiré como introducción a este ensayo.

«La conducta del sueño con respecto a la antítesis y a la contradicción es altamente singular. De la contradicción prescinde en absoluto, como si para él no existiera el 'no', y reúne en una unidad las antítesis o las representa con ella. Asimismo se toma la libertad de presentar un elemento cualquiera por el deseo contrario al mismo, resultando que al enfrentarnos con un elemento capaz de contrario no podemos saber nunca al principio si se halla contenido positiva o negativamente en las ideas latentes».

Los onirocríticos de la antigüedad parecen haber aplicado muy ampliamente la hipótesis de que una cosa puede representar en el sueño su antítesis. Esta posibilidad ha sido también reconocida ocasionalmente por algunos de aquellos investigadores modernos que conceden a los sueños sentido e interpretabilidad[1344]. No creo tampoco hallar contradictores ni supongo que la afirmación antes citada ha sido comprobada por cuantos me han seguido en el camino de una interpretación científica de los sueños.

La comprensión de la tendencia singular de la elaboración de los sueños a prescindir de la negación a expresar elementos antitéticos con el mismo

elemento de representación me ha sido facilitada últimamente por la lectura de un trabajo del filólogo K. Abel publicado primero en un folleto (1884) y recogido luego en la obra del mismo autor titulada *Sprachwissenschaftliche Abhandlungen*. El interés del tema justificará que transcribamos aquí literalmente (aunque omitiendo la mayoría de los ejemplos) los pasajes decisivos de dicho trabajo. Nos procuran, en efecto, el singular descubrimiento de que la práctica indicada de la elaboración del sueño coincide con una peculiaridad de las lenguas más antiguas.

Después de hacer resaltar la antigüedad de la lengua egipcia, cuyo desarrollo tuvo que ser muy anterior a las primeras inscripciones jeroglíficas, dice Abel (pág. 4):

«En la lengua egipcia, reliquia única de un mundo primitivo, hallamos cierto número de palabras con dos significados, uno de los cuales es precisamente la antítesis del otro. Imagínese, si es siquiera posible imaginarse tan evidente absurdo, que la palabra ‘fuerte’ significara en nuestra lengua alemana tanto ‘fuerte’ como ‘débil’; que la palabra ‘luz’ fuera empleada en Berlín tanto para designar la ‘luz’ como la ‘oscuridad’, y que un muniqués llamará a la cerveza ‘cerveza’, en tanto que otro empleara la misma palabra para designar el agua. Imagínese todo esto y se tendrá una idea de la extraña práctica a la que se entregaban habitualmente en su lenguaje los antiguos egipcios…» (Siguen varios ejemplos.)

(Página 7.) «Ante éstos y muchos otros casos análogos de significación antitética (véase el apéndice) no cabe duda de que por lo menos en un idioma ha habido muchísimas palabras que designaban una cosa y simultáneamente la antítesis de la misma. Por extraño que sea, estamos ante un hecho y hemos de contar con él».

El autor rechaza luego la explicación de esta circunstancia por homofonía casual, e igualmente la atribución de la misma a un nivel deficiente de la evolución intelectual de los egipcios.

(Página 9.) «Egipto no era en modo alguno la patria de lo absurdo, sino, muy al contrario, una de las primeras sedes de la evolución de la razón humana… Conocía una moral pura y digna y había ya formulado gran parte de los diez mandamientos cuando los pueblos a los que pertenece la civilización actual ofrecían aún sacrificios humanos a ídolos sanguinarios. Un

pueblo que encendió en épocas tan tenebrosas la antorcha de la justicia y la cultura no puede haber sido estúpido en su lenguaje y en su pensamiento cotidianos…»

Hombres que sabían fabricar el vidrio y levantar y mover, como con máquinas, enormes bloques de piedra hubieron de tener, sin duda alguna, agudeza suficiente para no ver una cosa simultáneamente como tal y como su contraria. Mas ¿cómo conciliar esta idea con el hecho de que los egipcios se permitieran un lenguaje contradictorio tan singular? ¿Con el hecho de que acostumbraran, en general, dar un solo y mismo substrato fonético a las ideas más antagónicas y a enlazar en una especie de unión indisoluble lo que más se oponía recíprocamente?

Antes de arriesgar un intento cualquiera de explicación hemos de tener aún en cuenta una exacerbación de este incomprensible procedimiento de la lengua egipcia. «De todas las excentricidades del vocabulario egipcio, la más extraordinaria es, quizá, la de poseer, además de aquellas palabras que reúnen significados antitéticos, otras compuestas, en las que aparecen unidos dos vocablos de significación contraria, formando un compuesto que posee tan sólo la significación de uno de sus elementos constituyentes. Así, pues, en este idioma extraordinario no sólo hay palabras que lo mismo significan ‘fuerte’ y ‘débil’, ‘mandar’ y ‘obedecer’, sino también palabras compuestas, tales como ‘viejo-joven’, ‘lejos-cerca’, ‘atar-desatar’, ‘fuera-dentro’…, las cuales, a pesar de su composición, que reúne lo más diverso, significan tan sólo ‘joven’, la primera; ‘cerca’, la segunda; ‘atar’, la tercera, y ‘dentro’, la cuarta… Resulta, por tanto, que en estas palabras compuestas se han reunido intencionadamente conceptos antitéticos; mas no para crear un tercer concepto, como sucede, por ejemplo, en chino, sino para expresar por medio de la palabra compuesta el significado de uno de sus elementos contradictorios, que aisladamente habría significado lo mismo…»

Sin embargo, la solución del enigma es más fácil de lo que parece. Nuestros conceptos nacen por comparación. «Si siempre fuera día claro, no distinguiríamos entre claridad y oscuridad y, por consiguiente, no poseeríamos el concepto de la claridad ni la palabra correspondiente…» «Todo en este mundo es relativo, y sólo tiene existencia independiente en cuanto es diferenciado de otras cosas y en sus relaciones con ellas…»

«Siendo así todo concepto la pareja de su antítesis, ¿cómo podría ser pensado por vez primera y comunicado a quienes intentaban pensarlo, si no es por comparación con su antítesis?»

(Página 15.) «No siendo posible concebir el concepto de la fuerza más que por contraposición a la debilidad, la palabra que designaba lo ‘fuerte’ integraba una reminiscencia a lo ‘débil’, por ser aquello merced a lo cual logró existencia. Tal palabra no designaba en realidad ni lo ‘fuerte’ ni lo ‘débil’, sino la relación entre ambos y la diferencia entre ambos, las cuales crearon igualmente lo uno y lo otro…» «El hombre no ha podido conquistar sus conceptos más antiguos y más simples si no es por contraposición a sus contrarios, y sólo paulatinamente ha aprendido a discriminar los dos elementos de la antítesis y a pensar el uno sin necesidad de una comparación consciente con el otro».

Dado que el lenguaje no sirve tan sólo para la expresión de los pensamientos propios, sino esencialmente para la comunicación de los mismos, podemos preguntarnos en qué forma el «egipcio primitivo» daba a conocer a sus semejantes «a cuál de los elementos del concepto ambiguo se refería en cada caso». En la escritura se hacía con ayuda de las llamadas imágenes «determinativas», las cuales, colocadas detrás de las letras, indicaban el sentido de las mismas, pero sin estar destinadas a la pronunciación.

(Página 18.) «Cuando la palabra egipcia *ken* debe significar ‘fuerte’, lleva detrás de su fonema, alfabéticamente escrito, la imagen de un hombre erguido y armado, y cuando la misma palabra ha de significar ‘débil’, sigue a las letras que representan el fonema la imagen de un hombre acurrucado y laxo. Análogamente, la mayoría de las demás palabras equívocas son acompañadas de imágenes aclaratorias».

Según Abel, en el lenguaje hablado servía el gesto para dar a la palabra pronunciada el sentido deseado.

Ajuicio de nuestro autor, es en las «raíces más antiguas» en las que se observa este fenómeno del doble sentido antitético. En el curso posterior de la evolución del lenguaje desapareció tal equívoco, y por lo menos en el antiguo egipcio se hace posible perseguir todas las transiciones sucesivas hasta la unidad de sentido del vocabulario moderno. «Las palabras que entrañaban

originalmente dos sentidos se dividen cada una en el lenguaje posterior en dos de sentido único, ocupando cada uno de los dos sentidos opuestos una suavización (modificación) distinta de la misma raíz». Así, ya en los jeroglíficos la palabra *ken*, «fuerte-débil», se disocia en *ken*, «fuerte», y *kan*, «débil». «Dicho de otro modo: los conceptos que sólo antitéticamente pudieron ser hallados se hacen ya con el tiempo lo bastante familiares al intelecto humano para otorgar a cada uno de sus dos elementos una existencia independiente y crear para cada uno su especial representación fonética».

La existencia de significados primitivos contradictorios, fácil de probar en la lengua egipcia, es demostrable también, según Abel, en las lenguas semitas y en las indoeuropeas. «No es posible determinar aún hasta qué punto puede darse este caso en otras familias idiomáticas, pues aunque el sentido contradictorio precisa haber estado en la mente de los individuos de todas las razas, no es inevitable que el mismo se haya hecho perceptible por doquier en los significados o se haya conservado en ellos».

Abel hace resaltar, además, que ya el filósofo Bain[1345], sin que al parecer tuviera conocimiento de los fenómenos efectivamente dados, y sólo por razones puramente teóricas, propugnó el doble sentido de las palabras como una necesidad lógica. El pasaje correspondiente (*Logic*, I, 54) comienza con las frases que siguen:

The essential relativity of all knowledge, thought or consciousness cannot hut show itself in language. If everything that we can know is viewed as a transition from somehing else, every experience must have two sides; and either every name must have a double meaning, or else for every meaning there must he two names.

Transcribiré del *Apéndice de ejemplos de antítesis egipcias, indogermánicas y árabes* algunos casos susceptibles de impresionar también a los que somos profanos en Filología: El latín *altus* es a la vez alto y profundo, y *sacer*, sagrado y maldito, subsistiendo, por tanto, aun en estos casos, la antítesis completa, sin modificación alguna de la palabra. La modificación fonética introducida para la separación de los contrarios queda ilustrada por ejemplos tales como *clamare* (gritar), *clam* (silencioso, callado), *siccus* (seco), *succus* (jugo). En alemán, la palabra *boden* significa aún hoy en día lo más alto y lo más bajo de la casa. A nuestro *bös* (malo) corresponde un

bass (bueno) en sajón antiguo, frente al inglés *bad* (malo). El inglés *to lock* (cerrar), frente al alemán *Lücke* (hueco) y *Loch* (agujero). El alemán *kleben* (pegar, adherir), frente al inglés *to cleave* (hendir, separar); alemán *stumm* (mudo) y *Stimme* (voz). De este modo, incluso la tan graciosa derivación *lucus a non lucendo* obtendría, quizá, un excelente sentido.

En su tratado sobre *El origen del lenguaje (l. c.,* pág. 305) llama Abel la atención sobre otras huellas de antiguas dificultades del pensamiento. Los ingleses dicen todavía hoy para expresar «sin» *without*, o sea *cosin*, y lo mismo los habitantes de la Prusia oriental (*milohne*). La palabra *with* misma, que hoy corresponde a nuestro «con», significó originariamente también «sin», como puede verse todavía por las palabras *withdraw* (marcharse) y *withhold* (sustraer). Este mismo cambio se nos muestra en las palabras alemanas *wider* (contra) y *wider* (unido a).

Para la comparación con la elaboración onírica tiene también importancia otra peculiaridad singularísima del antiguo egipcio. «En la lengua egipcia, las palabras pueden invertir —digamos, por lo pronto, aparentemente— no sólo el sentido, sino también el orden de los fonemas. Suponiendo, por ejemplo, que la palabra alemana *gut* (bueno) fuese egipcia, podría entonces significar lo mismo ‘bueno’ y ‘malo’ y pronunciarse indistintamente *gut y tug*. De estas metátesis, demasiado numerosas para explicarlas como simple casualidad, podemos hallar también cumplidos ejemplos en las lenguas arias y semitas. Limitándonos a las germánicas, tendremos: *Topf-pof, bot-tub, wait-täuwen, hurry-Ruhe, care-reck, Balken-klobe, club*. Y si traemos a colación las demás lenguas indogermánicas, el número de casos aumenta proporcionalmente: *capere-packen, ren-Niere, the leaf-folium, dum-a*, δυμος (en sánscrito*, mêdh, mûdha, Mut), Rauchen* (en ruso*, kur-it, kreischen to shriek*, etc».

Abel intenta explicar el fenómeno de la metátesis por una reduplicación de la raíz. En este punto no sería ya difícil seguir al filósofo. Recordamos los aficionados que son los niños a invertir en sus juegos las palabras, y cuán frecuentemente emplea la elaboración onírica la inversión de su material de representación para diversos fines. (En este último caso no es el orden de las letras lo que se invierte, sino el orden de sucesión de una serie de imágenes.) Así, pues, nos inclinaríamos más bien a atribuir la metátesis a un factor de alcance más profundo[1346].

En la coincidencia entre la peculiaridad de la elaboración de los sueños, expuesta al principio del presente trabajo, y la práctica de las lenguas, más antiguas, descubierta por los filólogos, debemos ver una confirmación de nuestra tesis del carácter regresivo y arcaico de la expresión de los pensamientos en el sueño. Y a nosotros, los psiquiatras, se nos impone, como una hipótesis irrechazable, la de que comprenderíamos mejor y traduciríamos más fácilmente el lenguaje de los sueños si conociéramos mejor la evolución del lenguaje hablado[1347].

LII

SOBRE UN TIPO ESPECIAL DE LA ELECCIÓN DE OBJETO EN EL HOMBRE[1348]

1910

HASTA ahora hemos abandonado a los poetas la descripción de las «condiciones eróticas» conforme a las cuales realizan los hombres su elección de objeto, e igualmente la de la forma en que llegan a armonizar con la realidad las exigencias de su fantasía. Los poetas reúnen, en efecto, ciertas condiciones que les capacitan para tal labor, poseyendo sobre todo sensibilidad para percibir los movimientos anímicos secretos de los demás y valor para dejar hablar en voz alta a su propio inconsciente. Pero, desde el punto de vista del conocimiento, el valor de sus descripciones queda muy disminuido por determinada circunstancia. El poeta se encuentra ligado a la condición de provocar un placer estético e intelectual, a más de ciertos efectos sentimentales, y, en consecuencia, no puede presentar la realidad tal y como se le ofrece, sino que se ve obligado a aislar algunos de sus fragmentos, a excluir de la totalidad los elementos indeseables, a introducir otros que completan el conjunto y a mitigar y suavizar las asperezas del mismo. Son éstos privilegios de la llamada «libertad poética». Pero, además, el poeta no puede dedicar sino muy escaso interés al origen y a la evolución de estados anímicos, que describe ya plenamente constituidos. Resulta, pues, inevitable que la ciencia entre también a manejar —con mano más torpe y menor consecución de placer— aquellas mismas materias cuya elaboración poética

viene complaciendo a los hombres desde hace milenios enteros. Todas estas observaciones habrán de justificar nuestra tentativa de someter también a una elaboración estrictamente científica la vida erótica humana. La ciencia constituye precisamente, la más completa renuncia al principio del placer de que es capaz nuestra actividad psíquica.

Los tratamientos psicoanalíticos nos ofrecen frecuente ocasión de acopiar datos sobre la vida erótica de los enfermos neuróticos, y durante esta labor recordamos que también en los individuos sanos de tipo medio, e incluso en personalidades sobresalientes, hemos observado o averiguado una conducta análoga. La acumulación de tales datos permite luego diferenciar más precisamente tipos aislados. Uno de estos tipos de la elección masculina de objeto amoroso merece ser descrito en primer término por serle característica toda una serie de «condiciones eróticas», cuya coincidencia, singularmente incomprensible a primera vista, queda fácilmente explicada en el análisis.

1. La primera de tales condiciones eróticas es de carácter específico; su descubrimiento presupone la existencia de los demás caracteres de este tipo. Es la que pudiéramos llamar condición del «perjuicio del tercero», y consiste en que el sujeto no elegirá jamás como objeto amoroso a una mujer que se halle aún libre; esto es, a una muchacha soltera o a una mujer independiente de todo lazo amoroso. Su elección recaerá, por el contrario, invariablemente, en alguna mujer sobre la cual pueda ya hacer valer un derecho de propiedad otro hombre; marido, novio o amante. Esta condición muestra a veces tal inflexibilidad, que una mujer indiferente al sujeto, o hasta despreciada por él mientras permaneció libre, pasa a constituirse en objeto de su amor en cuanto entable relaciones amorosas con otro hombre.

2. La segunda condición es quizá menos constante, pero no menos singular. El tipo cuya descripción nos proponemos surge de su coincidencia con la primera; coincidencia que no es, desde luego, obligada, pues dicha primera condición aparece también aislada en muchos casos. Esta segunda condición consiste en que la mujer casta e intachable no ejerce nunca sobre el sujeto aquella atracción que podría constituirla en objeto amoroso, quedando reservado tal privilegio a aquellas otras sexualmente sospechosas, cuya

pureza y fidelidad pueden ponerse en duda. Dentro de este carácter cabe toda una serie de matices, desde la casada ligeramente asequible al *flirt* hasta la cocota francamente entregada a la poligamia; pero el sujeto de nuestro tipo no renunciará jamás en su elección a algo de este orden. Exagerando un poco, podemos llamar a esta condición la del «amor a la prostituta».

La condición primera facilita la satisfacción de impulsos rivales y hostiles contra el hombre a quien se roba la mujer amada. La segunda, que exige la liviandad de la mujer, provoca los *celos*, que parecen constituir una necesidad para los amantes de este tipo. Sólo cuando pueden arder en celos alcanza su amor máxima intensidad y adquiere para ellos la mujer su pleno valor, por lo cual no dejarán nunca de aprovechar toda posible ocasión de vivir tan intensas sensaciones. Mas, para mayor singularidad, no es el poseedor legal de la mujer amada quien provoca sus celos, sino otras distintas personas, cuyo trato con el objeto de su amor pueda inspirarles alguna sospecha. En los casos extremos, el sujeto no muestra ningún deseo de ser el único dueño de la mujer y parece encontrarse muy a gusto en el *ménage à trois*. Uno de mis pacientes, a quien las infidelidades de su dama habían hecho sufrir lo indecible, no opuso objeción alguna a su matrimonio, e incluso coadyuvó a él con la mejor voluntad, no mostrando luego en muchos años celos ningunos del marido. Otro de los casos típicos por mí observados se mostró muy celoso del marido e incluso obligó a su amante a cesar todo comercio sexual con el mismo en su primer enamoramiento de este orden; pero luego, en otras numerosas pasiones análogas, se comportó ya como los demás sujetos de este tipo, no viendo en el esposo legítimo estorbo alguno.

Los apartados que siguen no se refieren ya a las condiciones exigidas al objeto erótico, sino a la conducta del amante para con él mismo.

3. En la vida erótica normal, el valor de la mujer es determinado por su integridad sexual y disminuye en razón directa de su acercamiento a la prostitución. Parece, pues, una singular anormalidad que los amantes de este tipo consideren como *objetos eróticos valiosísimos* precisamente aquellas mujeres cuya conducta sexual es, por lo menos, dudosa. En sus relaciones con mujeres de este orden ponen nuestros sujetos todas sus energías psíquicas, desinteresándose por completo de cuanto no se refiere a su amor.

Son, para ellos, las únicas mujeres a quienes se puede amar, y en cada una de sus pasiones de esta clase se juran observar una absoluta fidelidad al objeto amado, aunque luego no cumplan tan apasionado propósito. Estos caracteres de las relaciones amorosas descritas muestran claramente impreso un carácter obsesivo, *propio* por lo demás en cierto grado de todo enamoramiento. Pero de la fidelidad e intensidad de uno de estos enamoramientos no debe deducirse que llene la vida entera del sujeto o constituya en ella un caso único. Por lo contrario, en la vida de los individuos pertenecientes a este tipo se repiten tales enamoramientos con idénticas singularidades. Los objetos eróticos pueden llegar incluso a constituir *una larga serie*, sustituyéndose unos a otros conforme a circunstancias exteriores; por ejemplo, los cambios de residencia y de medio.

4. Uno de los caracteres más singulares de este tipo de amante es su tendencia a *salvar* a la mujer elegida. El sujeto tiene la convicción de ser necesario a su amada, que sin él perdería todo apoyo moral y descendería rápidamente a un nivel lamentable. La salva pues, no abandonándola, pase lo que pase. La intención redentora puede hallarse justificada algunas veces por la ligereza sexual de la mujer y por la amenaza que pesa sobre su posición social; pero surge igualmente y con idéntica intensidad en aquellos casos en los que no se dan tales circunstancias reales. Uno de los individuos de este tipo, que sabía conquistar a sus damas con perfectas artes de seducción e ingeniosa dialéctica, no retrocedía luego ante ningún esfuerzo para conservar a sus amantes en el camino de la «virtud», escribiendo para ello originales tratados de moral.

Si abarcamos ahora en una ojeada los distintos elementos del cuadro descrito, o sea las condiciones de falta de libertad y ligereza sexual de la amada, su alta valoración, la necesidad de sentir celos, la fidelidad, compatible, no obstante, con la sustitución de un objeto por otro en una larga serie, y, por último, la intención redentora, no supondremos probable que todos estos caracteres tengan su origen en una sola fuente. Y, sin embargo, la investigación psicoanalítica de la vida de estos sujetos no tarda en descubrirnos tal fuente común. Su elección de objeto, tan singularmente determinada, y su extraña conducta amorosa tienen el mismo origen psíquico

que la vida erótica del individuo normal. Se derivan de la fijación infantil del cariño a la persona de la madre y constituyen uno de los desenlaces de tal fijación. La vida erótica normal no muestra ya sino muy pocos rasgos que delaten el carácter prototípico de dicha fijación para la ulterior elección del objeto; por ejemplo, la predilección de los jóvenes por las mujeres maduras. En estos casos, la libido del sujeto se ha desligado relativamente pronto de la madre. Por el contrario, en nuestro tipo, la libido ha continuado aún ligada a la madre después de la pubertad, y durante tanto tiempo que los caracteres maternos permanecen impresos en los objetos eróticos ulteriormente elegidos, los cuales resultan así subrogados maternos fácilmente reconocibles. Se nos impone aquí la comparación con la estructura craneana del recién nacido, en la que se nos ofrece un vaciado de la pelvis materna.

Habremos de probar ahora que los rasgos característicos de nuestro tipo, tanto en lo que se refiere a las condiciones de su elección de objeto como a su conducta amorosa, proceden realmente de la constelación materna. Nada más fácil en cuanto a la primera condición, la de la dependencia previa de la mujer o del «tercero perjudicado». Es evidente que para el niño criado en familia la pertenencia de la madre al padre constituye un atributo esencial de la figura materna. Así, pues, el tercero «perjudicado» no es sino el padre mismo. Tampoco resulta difícil integrar en la constelación materna la exagerada valoración que lleva al sujeto a considerar único e insustituible el objeto de cada uno de sus amoríos; nadie ha tenido más de una madre, y nuestra relación con ella se basa en un hecho indubitable y que no puede repetirse.

Si los objetos eróticos elegidos por nuestro tipo han de ser, ante todo, subrogados de la figura materna, nos explicaremos asimismo su repetida sustitución en serie; tan incompatible, al parecer, con el firme propósito de fidelidad, característico de estos sujetos. El psicoanálisis nos enseña también en casos de distinto orden que aquellos elementos que actúan en lo inconsciente como algo insustituible suelen exteriorizar su actividad provocando la formación de series inacabables, puesto que ninguno de los subrogados proporciona la satisfacción anhelada. Así, el insaciable preguntar de los niños en una edad determinada depende de una sola interrogación, que no se atreven a formular, y la inagotable verbosidad de ciertos neuróticos es

producto del peso de un secreto que quiere surgir a la luz, pero que ellos no revelan, a pesar de todas las tentaciones.

En cambio, la segunda condición, esto es, la de liviandad del objeto elegido, no parece poder derivarse del complejo materno. El pensamiento consciente del adulto ve en la madre una personalidad de intachable pureza moral, y nada hay tan ofensivo cuando llega del exterior, o tan doloroso cuando surge en la conciencia íntima, como una duda sobre esta cualidad de la madre. Pero precisamente la decidida antítesis entre la «madre» y la «prostituta» ha de estimularnos a investigar la evolución y la relación inconsciente de estos dos complejos, pues sabemos ya de antiguo que en lo inconsciente suelen confundirse en uno sólo elementos que la conciencia nos ofrece antitéticamente disociados. Tal investigación nos conduce al período en que el niño llega ya a cierto conocimiento de la naturaleza de las relaciones sexuales de los adultos; período que situamos en los años inmediatamente anteriores a la pubertad. Revelaciones brutales, de franca tendencia despreciativa y rebelde, inician al infantil sujeto en el secreto de la vida sexual, destruyendo la autoridad de los adultos, incompatible con el descubrimiento de su vida sexual. Lo que más impresiona al niño es la aplicación de tales revelaciones a la vida de sus propios padres. Así, no es raro verle rechazar indignado tal posibilidad, diciendo a su iniciador: «Es posible que tus padres y otras personas hagan eso; pero los míos, no».

Como corolario casi regular de la «ilustración sexual» averigua el niño al mismo tiempo la existencia de ciertas mujeres que realizan profesionalmente el acto sexual, siendo por ello generalmente despreciadas. Al principio no comparte tal desprecio, y lo que experimenta es una mezcla de atracción y horror al darse cuenta de que también a él pueden iniciarle tales mujeres en la vida sexual, que suponía privilegio exclusivo de los «mayores». Cuando más tarde no puede ya mantener aquella primera duda que excluía a sus padres de las bajas normas de la actividad sexual, llega a decirse, con lógico cinismo, que la diferencia entre la madre y la prostituta no es, en último término, tan grande, puesto que ambas realizan el mismo acto. Las revelaciones sexuales han despertado en él las huellas mnémicas de sus impresiones y deseos infantiles más tempranos, reanimando consiguientemente determinados impulsos psíquicos. Comienza, pues, a desear a la madre, en el nuevo sentido

descubierto, y a odiar de nuevo al padre, como a un rival que estorba el cumplimiento de tal deseo. En nuestra terminología decimos que el sujeto queda dominado por el complejo de Edipo[1349]. El hecho de que la madre haya otorgado al padre el favor sexual le parece constituir algo como una imperdonable infidelidad. Cuando estos impulsos no se desvanecen rápidamente, su único desenlace posible es el de agotarse en fantasías que giran alrededor de la actividad sexual de la madre, y la tensión provocada por tales fantasías induce al sujeto a buscar su descarga en el onanismo. A causa de la constante actuación conjunta de los dos motivos impulsores, el deseo y la venganza, predominan las fantasías cuyo argumento es la infidelidad conyugal de la madre. El amante con quien la madre comete tales infidelidades presenta casi siempre los rasgos del propio Yo del niño, pero idealizado y situado en la edad del padre rival. Bajo el nombre común de «novela familiar» hemos visto en otro lugar[1350] los múltiples productos de esta actividad imaginativa y su entretejimiento con diversos intereses egoístas de este período de la vida individual. Ahora bien: una vez conocido este fragmento del desarrollo anímico, no puede parecemos ya contradictorio e incomprensible que la liviandad exigida del objeto como requisito de su elección se derive también directamente del complejo materno. El tipo de hombre al que nos venimos refiriendo se nos hace ahora comprensible como un resultado de la fijación del sujeto a las fantasías de su pubertad, las cuales logran hallar más tarde un acceso a la vida real. No creemos aventurado suponer que el onanismo practicado durante los años de la pubertad contribuye también considerablemente a la fijación de tales fantasías.

La tendencia a «redimir» a la mujer querida no parece enlazarse sino de un modo muy indirecto y superficial, de carácter consciente, con las citadas fantasías, que han llegado a conquistar el dominio de la vida erótica real. La inconsciencia y la infidelidad de la mujer amada la exponen a graves peligros, y es comprensible que el amante se esfuerce en preservarla de ellos guardando su virtud y oponiéndose a sus malas inclinaciones. Sin embargo, el estudio de los recuerdos encubridores, las fantasías y los sueños nos descubren también en este caso una acabada «racionalización» de un motivo inconsciente, equiparable a la esmerada elaboración secundaria de un sueño. En realidad, el «motivo de la redención» posee significación e historia

propias y es una ramificación independiente del complejo materno o, más exactamente, del complejo parental. Cuando el niño oye decir que *debe* su vida a sus padres o que su madre *le ha dado la vida*, surgen en él impulsos cariñosos unidos a otros antagónicos de afirmación personal independiente, impulsos que dan origen al deseo de corresponder a sus padres con un don análogo, pagando así la deuda con ellos contraída. Sucede como si el sujeto se dijera, movido por un sentimiento de rebeldía: «No necesito nada de mi padre y quiero devolverle todo lo que le he costado». Bajo el dominio de estos sentimientos, construye entonces la fantasía de *salvar a su padre de un peligro de muerte*, quedando así en paz con él, fantasía que suele desplazarse luego sobre la figura del emperador, el rey u otra elevada personalidad, quedando así capacitada para hacerse consciente e incluso para ser utilizada en la creación poética. Cuando la fantasía de salvación es aplicada al padre predomina francamente su sentido rebelde de independencia personal. En cambio, cuando se refiere a la madre toma, las más de las veces, su sentido cariñoso. La madre ha dado la vida al niño y no es fácil corresponder a este don singular con otro equivalente. Mas por medio de un ligero cambio de sentido, fácil en lo inconsciente y comparable a la difusión consciente de los conceptos, la salvación de la madre adquiere el sentido de regalarla o hacerle un niño; naturalmente, un niño en todo semejante al sujeto. Este cambio de sentido no es nada arbitrario, y el significado de la nueva modalidad de la fantasía de salvación no se aleja de su primitivo sentido tanto como a primera vista pudiera parecer. La madre le ha dado a uno una vida, la propia, y uno corresponde a este don dándole a ella otra vida, la de un niño en todo semejante a uno. El hijo muestra su agradecimiento deseando tener de su madre un hijo igual a él, lo que equivale a identificarse totalmente con el padre en la fantasía de la salvación. Este deseo del sujeto de *ser su propio padre* satisface todos sus instintos: los cariñosos, los de gratitud, los sensuales y los rebeldes. Tampoco el factor constituido por el «peligro» que justifica la salvación queda perdido en el cambio de sentido: el nacimiento mismo es el suceso peligroso en el cual es salvado el niño por los esfuerzos de la madre. El nacimiento, primer peligro de muerte para el individuo, se constituye en prototipo de todos los peligros ulteriores que nos producen angustia, siendo probablemente este suceso el que nos lega la expresión de

aquel afecto al que damos el nombre de miedo o de angustia. El Macduff de la leyenda escocesa, que no había nacido, habiendo sido arrancado del seno de su madre, no conocía por ello la angustia [*Macbeth*].

Artemidoro, el antiguo onirocrítico, estaba en lo cierto al afirmar que el sueño cambiaba de sentido según quien lo soñara. Conforme a las leyes que rigen la expresión de las ideas inconscientes, la «salvación» puede variar de significado según sea fantaseada por un hombre o por una mujer. Puede significar tanto engendrar un hijo (en el hombre) como parir un hijo (en la mujer).

Estos diversos significados de la «salvación» en los sueños y las fantasías se hacen más transparentes en aquellos procesos de este orden en los que interviene como elemento el agua. Cuando un hombre salva en sueños a una mujer de las aguas, quiere ello decir que la hace madre, lo cual equivale, según las observaciones precedentes, a hacerla *su* madre. Cuando una mujer salva a un niño de igual peligro, confiesa con ello, como la hija del Faraón en la leyenda de Moisés[1351], ser su madre.

En ocasiones, la fantasía de la «salvación», referida al padre, entraña también un sentido cariñoso. Quiere entonces expresar el deseo de tener al padre por hijo; esto es, de tener un hijo que se asemeje al padre. Así, pues, si la tendencia a salvar a la mujer amada constituye un rasgo esencial del tipo erótico aquí descrito, es precisamente a causa de las relaciones indicadas con el complejo parental.

No creo necesario justificar el método seguido en el presente estudio y consistente —como en el dedicado al erotismo anal— en destacar primero del material de observación tipos extremos y precisamente delimitados. En ambos sectores es mucho mayor el número de individuos que sólo muestran algunos rasgos aislados del tipo descrito o los muestran mucho más desdibujados. Naturalmente, sólo la exposición del conjunto total en el que aparecen integrados tales tipos hace posible su exacto estudio.

LIII

CONCEPTO PSICOANALÍTICO DE LAS PERTURBACIONES PSICÓGENAS DE LA VISIÓN[1352]

1910

QUISIÉRAMOS señalar, en el caso especial de las perturbaciones psicogénicas de la vision, las modificaciones introducidas en nuestra concepción de la génesis de tales afecciones por los resultados de la investigación psicoanalítica. La ceguera histérica es generalmente considerada como el prototipo de los trastornos visuales psicógenos, y después de las investigaciones de la escuela francesa —Charcot, Janet, Binet— se cree conocer perfectamente su génesis. En efecto, es posible provocar experimentalmente la ceguera en una persona asequible al somnambulismo. Sumiendo a tal persona en un profundo estado hipnótico y sugiriéndole la idea de que no ve ya nada con uno de sus ojos, se conducirá efectivamente como si aquel órgano hubiese perdido por completo sus facultades visuales, o como una histérica, aquejada de una perturbación óptica, espontáneamente desarrollada. Podemos, pues, reconstruir el mecanismo de la perturbación visual histérica espontánea conforme al modelo de la hipnótica sugerida. En la histérica, la idea de estar ciega no nace de la sugestión del hipnotizador, sino espontáneamente, o, según suele decirse, por autosugestión, y esta idea es en ambos casos tan fuerte que se convierte en realidad, del mismo modo que las alucinaciones, las parálisis y los demás fenómenos sugeridos.

Nada de esto parece muy inverosímil, y ha de satisfacer a todos aquellos que puedan sobreponerse a los múltiples enigmas escondidos detrás de los conceptos de hipnosis, sugestión y autosugestión plantea muchas interrogaciones. ¿Cuándo y bajo qué condiciones adquiere una representación la intensa energía necesaria para conducirse como una sugestión y transformarse, sin más, en realidad? Minuciosas investigaciones nos han demostrado que es imposible dar respuesta a esta interrogación sin el auxilio del concepto de lo «inconsciente». Muchos filósofos se rebelan contra la hipótesis de tal psiquismo inconsciente, porque no se han ocupado nunca de los fenómenos que la imponen. Pero a los psicopatólogos se les ha hecho ya inevitable laborar con procesos anímicos inconscientes, representaciones inconscientes, etc.

Ciertos ingeniosos experimentos han mostrado que los histéricos atacados de ceguera psicógena continúan viendo en cierto modo. Los estímulos ejercidos sobre el ojo ciego pueden determinar eficazmente ciertas consecuencias psíquicas, por ejemplo, provocar afectos, aunque éstos no resulten ser conscientes. Así, pues, los atacados de ceguera histérica sólo son ciegos para la conciencia; en lo inconsciente continúan viendo. Los descubrimientos de este orden son precisamente los que nos obligan a diferenciar los procesos anímicos en conscientes e inconscientes. ¿Cómo, pues, desarrolla el sujeto la «autosugestión» inconsciente de estar ciego, si precisamente en lo inconsciente continúa viendo?

A esta nueva interrogación contestan los investigadores de la escuela francesa declarando que en los enfermos predispuestos a la histeria preexiste una tendencia a la disociación —a la disolución de la coherencia del suceder psíquico—, a consecuencia de la cual algunos procesos inconscientes no se extienden hasta lo consciente. Sin entrar a determinar el valor de esta tentativa de explicación para la inteligencia de los fenómenos expuestos, pasaremos ahora a otro punto de vista. La identificación antes apuntada de la ceguera histérica con la provocada por sugestión no puede ya ser mantenida. Los histéricos no ciegan a causa de la representación autosugestiva correspondiente, sino a consecuencia de la disociación entre los procesos inconscientes y los conscientes en el acto de la visión; su idea de no ver es la expresión exacta de la situación psíquica y no la causa de tal situación.

Si se me reprocha la falta de claridad de la exposición precedente, no creo que haya de serme fácil defenderla. He intentado presentar una síntesis de las opiniones de diversos investigadores, y para conseguirlo he esquematizado quizá con exceso el material. Quería condensar en un compuesto unitario los conceptos en los que se ha basado la explicación de los trastornos psicógenos —la génesis de ideas extraordinariamente poderosas, la diferenciación de procesos anímicos, conscientes e inconscientes, y la hipótesis de la disociación psíquica—, labor en la que no podía por menos de fracasar, como han fracasado en ella los autores franceses con P. Janet a la cabeza. Rogando, pues, se excuse, a más de la oscuridad, la infidelidad de mi exposición, pasaré a relatar cómo el psicoanálisis nos ha conducido a una concepción más firme y más vital de las perturbaciones psicógenas de la visión.

El psicoanálisis acepta también las hipótesis de la disociación y de lo inconsciente; pero establece entre ellas una distinta relación. Nuestra disciplina es una concepción dinámica que refiere la vida anímica a un juego de fuerzas que se favorecen o estorban unas a otras. Cuando un grupo de representaciones permanece encerrado en lo inconsciente, no deduce de ello una incapacidad constitucional para la síntesis, manifiesta precisamente en esta disociación, sino afirma que una oposición activa de otros grupos de representaciones ha producido el aislamiento y la inconsciencia del grupo primero. Da al proceso que ha sometido a uno de los grupos a tal destino el nombre de «represión», y reconoce en él algo análogo a la condenación de un juicio en el terreno lógico. Por último, demuestran que tales represiones desempeñan un papel extraordinariamente importante en nuestra vida anímica, pudiendo fracasar frecuentemente el individuo y constituyendo este fracaso la premisa de la producción de síntomas.

Así, pues, si los trastornos psicógenos de la visión reposan, como hemos hallado, sobre el hecho de que ciertas representaciones enlazadas a la visión permanecen alejadas de la conciencia, la opinión psicoanalítica habrá de suponer que tales representaciones han entrado en pugna con otras más fuertes, a las que reunimos bajo el nombre del *yo* como concepto común, diferentemente compuesto en cada caso, y han sucumbido así a la represión. Pero ¿de dónde puede proceder tal pugna, conducente a la represión, entre el *yo* y ciertos grupos de representaciones? Esta interrogación no podía

plantearse antes del psicoanálisis, pues con anterioridad a ella no se sabía nada del conflicto psíquico ni de la represión. Nuestras investigaciones nos han permitido dar la respuesta demandada. Hemos dedicado atención a la significación de los instintos para la vida ideológica y hemos descubierto que cada instinto intenta imponerse, avivando las representaciones adecuadas a sus fines. Estos instintos no se muestran siempre compatibles unos con otros, y sus intereses respectivos entran muchas veces en conflicto. Las antítesis de las representaciones no son sino la expresión de las luchas entre los diversos instintos.

Muy importante para nuestra tentativa de explicación es la innegable oposición entre los instintos puestos al servicio de la sexualidad y de la consecución del placer sexual y aquellos otros cuyo fin es la conservación del individuo o instintos del *yo*[1353]. Siguiendo las palabras del poeta, podemos clasificar como «hambre» o como «amor» todos los instintos orgánicos que actúan en nuestra alma. Hemos perseguido el «instinto sexual» desde sus primeras manifestaciones en el niño hasta que alcanza su estructura definitiva, considerada como «normal», y hemos descubierto que se halla compuesto por numerosos «instintos parciales», adheridos a los estímulos de ciertas regiones del cuerpo; hemos visto también que estos diversos instintos han de pasar por una complicada evolución antes de poder subordinarse de un modo adecuado a los fines de la reproducción. La investigación psicológica de nuestro desarrollo cultural nos ha enseñado que la cultura nace esencialmente a expensas de los instintos sexuales parciales y que éstos han de ser sojuzgados, restringidos, transformados y orientados hacia fines más altos para establecer las construcciones anímicas culturales. Otro valiosísimo resultado de estas investigaciones fue el descubrimiento —que nuestros colegas se resisten aún a reconocer— de que aquellas enfermedades a las que se da el nombre de «neurosis» han de ser referidas a las múltiples formas del fracaso de estos procesos de transformación de los instintos sexuales parciales. El *yo* se siente amenazado por las aspiraciones de los instintos sexuales y se defiende de ellos por medio de represiones, las cuales no logran siempre el efecto deseado y tienen entonces por consecuencia la formación de peligrosos productos, sustitutivos de los reprimidos y de penosas reacciones del *yo*. De estas dos clases de fenómenos se compone aquello que llamamos

síntomas neuróticos.

Las consideraciones que preceden parecen habernos apartado considerablemente de nuestro tema, pero nos han facilitado una rápida visión de las relaciones de los estados patológicos neuróticos con nuestra vida anímica total.

Volvamos ahora a nuestro problema especial. Los instintos sexuales y los del *yo* tienen a su disposición los mismos órganos y sistemas orgánicos. El placer sexual no se enlaza exclusivamente con la función de los genitales. La boca sirve para besar tanto como para comer o para la expresión verbal, y los ojos no perciben tan sólo las modificaciones del mundo exterior importantes para la conservación de la vida, sino también aquellas cualidades de los objetos que los elevan a la categoría de objetos de la elección erótica, o sea sus «encantos». Ahora bien: es muy difícil servir bien simultáneamente a dos señores. Cuanto más estrecha relación adquiere uno de estos órganos de doble función con uno de los grandes instintos, más se rehúsa al otro. Este peligro tiene ya que conducir a consecuencias patológicas al surgir un conflicto entre los dos instintos fundamentales y proceder el *yo* a una represión del instinto sexual parcial correspondiente. Su aplicación a los órganos visuales y la visión resulta muy sencilla. Cuando el instinto sexual parcial que se sirve de la visión llega a provocar con sus exigencias la defensa de los instintos del *yo*, dando lugar a la represión de las representaciones en las cuales se manifiesta su tendencia, queda perturbada de un modo general la relación de los órganos visuales y de la visión con el *yo* y con la conciencia. El *yo* pierde su imperio sobre el órgano, el cual se pone por entero a la disposición del instinto sexual reprimido. Parece como si el *yo* llevara demasiado lejos la represión[1354], no queriendo tampoco ver desde que las tendencias sexuales se han impuesto a la visión. Mas, por nuestra parte, preferimos otra explicación que transfiere la actividad al otro instinto a la tendencia sexual visual reprimida. Este instinto reprimido se venga de la coerción opuesta a su desarrollo psíquico, intensificando su dominio sobre el órgano puesto a su servicio. La pérdida del dominio consciente del órgano es una sustitución nociva de la represión fracasada sólo a este precio posible.

Esta relación de los órganos de doble función con el *yo* consciente y con

la sexualidad reprimida es más perceptible que en los órganos de la visión, en los órganos motores; por ejemplo, cuando la mano que se proponía llevar a efecto una agresión sexual queda inmovilizada por una parálisis histérica y no puede ya realizar movimiento ninguno, como si persistiera siempre obstinadamente en la ejecución de aquella única inervación reprimida, o cuando los dedos de una persona que se ha impuesto la renuncia a la masturbación se niegan ya a ejecutar los ágiles movimientos exigidos por el piano o el violín.

Con respecto al órgano visual, traducimos nosotros los oscuros procesos psíquicos que presiden la represión del placer sexual visual y la génesis de la perturbación psicógena de la visión, suponiendo que en el interior del individuo se alza una voz punitiva que la dice: «Por haber querido hacer un mal uso de tus ojos, utilizándolos para satisfacer tu sexualidad, mereces haber perdido la vista», justificando así el desenlace del proceso. Interviene también aquí, en cierto modo, la idea del Tallón, resultando así que nuestra explicación de los trastornos visuales psicógenos coincide realmente con la que hallamos en mitos y leyendas. En la bella leyenda de lady Godiva, todos los vecinos se recluyen en sus casas y cierran sus ventanas para hacer menos penosa a la dama su exhibición, desnuda sobre un caballo, por las calles de la ciudad. El solo hombre que espía a través de las maderas de su ventana al paso de la desnuda belleza pierde, en castigo, la vista. No es éste el único ejemplo que nos hace sospechar que la neurosis encierra también la clave de la Mitología.

Se ha dirigido al psicoanálisis el injustificado reproche de conducir a teorías puramente psicológicas de los procesos sexuales. Y la acentuación del papel patógeno de la sexualidad, que no es, desde luego, un factor puramente psíquico, debería protegerla contra tal acusación. El psicoanálisis no olvida nunca que lo anímico reposa sobre lo orgánico, aunque no puede llevar su labor más que hasta esta base y no más allá. Así, está dispuesto a conceder y hasta a postular que no todos los trastornos visuales funcionales pueden ser psicógenos, como los provocados por la represión del placer erótico visual. Cuando un órgano que sirve a ambos instintos intensifica su función erógena, son de esperar, en general, modificaciones de la excitabilidad y de la inervación, que se manifestarán como trastornos de la función del órgano al

servicio del *yo*. Del mismo modo, cuando vemos que un órgano dedicado habitualmente a la percepción sensorial se conduce, por intensificación de su función erótica, como un genital, no excluiremos la posibilidad de modificaciones tóxicas del mismo. Para designar ambas clases de perturbaciones funcionales consiguientes a la intensificación erógena, o sea tanto las de origen fisiológico como las de origen tóxico, habremos de conservar, a falta de otro mejor, el antiguo nombre de «neurosis». Las perturbaciones neuróticas de la visión son, con respecto a las psicógenas, lo que en general las neurosis actuales a las psiconeurosis. Ahora bien: las perturbaciones psicógenas de la visión no se presentarán nunca sin aparecer acompañadas de otras neuróticas, y éstas, en cambio, sí pueden surgir aisladamente. Por desgracia, estos síntomas «neuróticos» han sido hasta hoy tan poco estudiados como poco comprendidos, pues no son inmediatamente accesibles al psicoanálisis, y los demás métodos de investigación han prescindido del punto de vista de la sexualidad.

Del psicoanálisis nace aún otra ruta mental orientada hacia la investigación orgánica. Podemos preguntarnos si el sojuzgamiento de los instintos sexuales parciales, impuesto por las influencias de la vida, es suficiente por sí solo para provocar los trastornos funcionales de los órganos o si han de preexistir además especiales circunstancias constitucionales que impulsen a los órganos a exagerar su papel erógeno y provoquen con ello la represión de los instintos. En estas circunstancias, tendríamos que estudiar la parte constitucional de la disposición a la adquisición de perturbaciones psicógenas y neuróticas. Es éste el factor que aplicado a la histeria le di el nombre provisional de «complacencia orgánica[1355]».

LIV

CONTRIBUCIONES AL SIMPOSIO SOBRE EL SUICIDIO[1356]

1910

I. COMENTARIOS PRELIMINARES

TODOS los presentes habrán escuchado con profunda satisfacción el alegato del educador que ha tomado la palabra para exonerar del peso de una acusación injustificada a la institución que le es más cara. Bien sé que, de todos modos, sentíanse ustedes reacios a creer con ligereza la acusación de que la escuela induciría a sus escolares al suicidio. No dejemos, sin embargo, que nos arrastre demasiado nuestra simpatía hacia la parte que ha sido aquí víctima de una injusticia. En efecto, no todos los argumentos del educador que me ha precedido en el uso de la palabra me parecen irrebatibles. Si las víctimas de los suicidios juveniles no se hallan sólo entre los escolares secundarios, sino también entre los aprendices de artes y oficios, y también en otros, tal circunstancia no basta para exonerar a la educación secundaria, sino que impone más bien la interpretación de que el colegio reemplaza ante sus educandos aquellos traumas que otros adolescentes experimentan en sus particulares condiciones de vida. La escuela secundaria, empero, ha de cumplir algo más que abstenerse simplemente de impulsar a los jóvenes al suicidio: ha de infundirles el placer de vivir y ofrecerles apoyo y asidero en

un período de su vida en el cual las condiciones de su desarrollo los obligan a soltar sus vínculos con el hogar paterno y con la familia. Me parece indudable que la educación secundaria no cumple tal misión y que en múltiples sentidos queda muy a la zaga de constituir un sucedáneo para la familia y despertar el interés por la existencia en el gran mundo. No es ésta la ocasión de plantear la crítica de la educación secundaria en su estado actual; séame permitido, sin embargo, destacar un único factor. La escuela nunca debe olvidar que trata con individuos todavía inmaduros, a los cuales no se puede negar el derecho de detenerse en determinadas fases evolutivas, por ingratas que éstas sean. No pretenderá arrogarse la inexorabilidad de la existencia; no querrá ser más que un jugar a la vida.

II. COMENTARIOS FINALES

TENGO la impresión de que, pese a todo el valioso material que aquí ha sido expuesto, no hemos podido llegar a una conclusión respecto del problema que más nos interesa. Queríamos averiguar ante todo cómo es posible que llegue a ser superado el poderosísimo instinto de vida; queríamos averiguar si ello es posible por el simple efecto de la libido defraudada, o si existe también una renuncia del *yo* a su conservación, emanada de motivos puramente yoicos. Quizá hayamos logrado responder a este interrogante psicológico porque no supimos encontrar un fructífero acceso al problema. A mi juicio, sólo es posible partir aquí del ya conocido estado clínico de la melancolía y de su comparación con el afecto del duelo. Ahora bien: los procesos afectivos en la melancolía, las vicisitudes que la libido experimenta en esta condición, nos son absolutamente desconocidos, y también el afecto permanente del duelo no ha podido ser librado todavía a la comprensión psicoanalítica. Aplacemos, pues, nuestro juicio hasta que la experiencia haya resuelto dicho problema[1357].

LV

LOS DOS PRINCIPIOS DEL FUNCIONAMIENTO MENTAL[1358]

1910-1911 (1911)

HEMOS advertido hace ya mucho tiempo que toda neurosis tiene la consecuencia de apartar al enfermo de la vida real, extrañándole de la realidad. Este hecho no hubo tampoco de escapar a la observación de P. Janet, el cual nos habla de una pérdida de la *fonction du réel*, como de un carácter especial de los neuróticos, aunque sin indicarnos el enlace de esta perturbación con las condiciones fundamentales de la neurosis[1359].

La introducción del proceso de la represión en la génesis de la neurosis nos ha permitido llegar al conocimiento de tal enlace. El neurótico se aparta de la realidad —o de un fragmento de la misma— porque se le hace intolerable. Ciertos casos de psicosis alucinatoria, en los cuales ha de ser negado aquel suceso que provocó la demencia (Griesinger), nos presentarán el tipo extremo de este apartamiento de la realidad. Pero todo neurótico se conduce idénticamente con un fragmento de la misma[1360]. Se nos plantea, pues, la labor de investigar la trayectoria de la relación del neurótico, y en general de todos los hombres, con la realidad, y acoger así, en el cuerpo de nuestras teorías, la significación psicológica del mundo exterior real.

En la psicología basada en el psicoanálisis nos hemos acostumbrado a tomar como punto de partida los procesos anímicos inconscientes, cuyas particularidades nos ha revelado el análisis, y en los que vemos procesos

primarios, residuos de una fase evolutiva en la que eran únicos. No es difícil reconocer la tendencia a que estos procesos primarios obedecen, tendencia a la cual hemos dado el nombre de principio del placer[1361]. Tienden a la consecución de placer, y la actividad psíquica se retrae de aquellos actos susceptibles de engendrar displacer (represión). Nuestros sueños nocturnos y nuestra tendencia general a sustraernos a las impresiones penosas son residuos del régimen de este principio y pruebas de su poder.

En *La interpretación de los sueños* expusimos ya nuestra hipótesis de que el estado de reposo psíquico era perturbado al principio por las exigencias imperiosas de las necesidades internas. En estos casos, lo pensado (lo deseado) quedaba simplemente representado en una alucinación, como hoy sucede con nuestras ideas oníricas[1362]. La decepción ante la ausencia de la satisfacción esperada motivó luego el abandono de esta tentativa de satisfacción por medio de alucinaciones, y para sustituirla tuvo que decidirse el aparato psíquico a representar las circunstancias reales del mundo exterior y tender a su modificación real. Con ello quedó introducido un nuevo principio de la actividad psíquica. No se representaba ya lo agradable, sino lo real, aunque fuese desagradable[1363]. Esta introducción del *principio de la realidad* trajo consigo consecuencias importantísimas.

1) Ante todo, las nuevas exigencias impusieron una serie de adaptaciones del aparato psíquico, sobre las cuales no podemos dar sino ligeras indicaciones, pues nuestro conocimiento es aún, en este punto, muy incompleto e inseguro.

La mayor importancia adquirida por la realidad externa elevó también la de los órganos sensoriales vueltos hacia el mundo exterior y la de la *conciencia*, instancia enlazada a ellos, que hubo de comenzar a aprehender ahora las cualidades sensoriales y no tan sólo las de placer y displacer, únicas interesantes hasta entonces. Se constituyó una función especial —la atención —, cuyo cometido consistía en tantear periódicamente el mundo exterior, para que los datos del mismo fueran previamente conocidos en el momento de surgir una necesidad interna inaplazable. Esta actividad sale al encuentro de las impresiones sensoriales en lugar de esperar su aparición. Probablemente se estableció también, al mismo tiempo, un sistema encargado

de anotar los resultados de esta actividad periódica de la conciencia, una parte de lo que llamamos *memoria*.

En lugar de la represión que excluía de toda carga psíquica una parte de las representaciones emergentes, como susceptibles de engendrar displacer, surgió el *discernimiento*, instancia imparcial propuesta a decidir si una representación determinada es verdadera o falsa, esto es, si se halla o no de acuerdo con la realidad, y que lo decide por medio de su comparación con las huellas mnémicas de la realidad.

La descarga motora, que durante el régimen del principio de la realidad había servido para descargar de los incrementos de estímulo el aparato psíquico, y había cumplido esta misión por medio de inervaciones transmitidas al interior del cuerpo (mímica, expresión de los afectos), quedó encargada ahora de una nueva función, siendo empleada para la modificación adecuada de la realidad y transformándose así en acción.

El aplazamiento, necesario ahora, de la descarga motora (de la acción) fue encomendado al proceso del *pensamiento*, surgido de la mera representación. Esta nueva instancia quedó adornada con cualidades que permitieron al aparato anímico soportar el incremento de la tensión de los estímulos durante el aplazamiento de la descarga. Mas para ello se hacía necesaria una transformación de las cargas libremente desplazables en cargas fijas, y esta transformación se consiguió mediante una elevación del nivel de todo el proceso de carga. El pensamiento era, probablemente, en un principio, inconsciente, en cuanto iba más allá de la presentación ideativa, y estaba dirigida a las relaciones entre impresiones de objetos, y sólo con su enlace a los restos verbales recibió otras cualidades perceptibles por la conciencia.

2) La tenaz adherencia a las fuentes de placer disponibles y la dificultad de renunciar a ellas parecen constituir una tendencia general de nuestro aparato anímico, tendencia que podríamos atribuir al principio económico del ahorro de energías. Con la instauración del principio de la realidad quedó disociada una cierta actividad mental que permanecía libre de toda confrontación con la realidad y sometida exclusivamente al principio del placer[1364]. Esta actividad es el fantasear, que ya se inicia en los juegos infantiles, para continuarse posteriormente como sueños diurnos

abandonando la dependencia de los objetos reales.

3) La sustitución del principio del placer por el principio de la realidad, con todas sus consecuencias psíquicas, expuesta aquí esquemáticamente en una única fórmula, no se desarrolla en realidad de una vez, ni tampoco simultáneamente en toda la línea, y mientras los instintos del *yo* van sufriendo esta evolución, se separan de ellos los instintos sexuales. Estos instintos observan al principio una conducta autoerótica, encuentran su satisfacción en el cuerpo mismo del sujeto, y de este modo no llegan nunca a sufrir la privación impuesta por la instauración del principio de la realidad. Cuando más tarde se inicia en ellos el proceso de la elección de objeto, no tarda en quedar interrumpido por el período de latencia, que retrasa hasta la pubertad el desarrollo sexual. Estos dos factores, autoerotismo y período de latencia, provocan un estacionamiento del desarrollo psíquico del instinto sexual y lo retienen aún por mucho tiempo bajo el dominio del principio del placer, al cual no logra sustraerse nunca en muchos individuos.

A consecuencia de todo esto se establece una relación más estrecha entre el instinto sexual y la fantasía, por un lado, y los instintos del *yo* y las actividades de la conciencia, por otro. Esta relación se hace muy íntima, tanto en los individuos sanos como en los neuróticos, no obstante ser de naturaleza *secundaria*, según resulta de estas deducciones de la psicología genética. La acción continuada del autoerotismo permite que la satisfacción en objetos sexuales imaginarios, más fácil y pronto, sea mantenida en sustitución de la satisfacción en objetos reales, más trabajosa y aplazada. La represión se mantiene omnipotente en el terreno de la fantasía y consigue inhibir las representaciones *in statu nascendi*, antes que puedan ser advertidas por la conciencia, cuando su carga de energía psíquica pudiera provocar displacer. Éste es el punto débil de nuestra organización psíquica y puede ser utilizado para someter de nuevo al principio del placer procesos mentales devenidos racionales ya. En consecuencia, uno de los elementos esenciales de la disposición psíquica a la neurosis es engendrado por el retraso en educar al instinto sexual en el respeto a la realidad y por las condiciones que han permitido tal retraso.

4) Así como el *yo* sometido al principio del placer no puede hacer más que *desear*, laborar por la adquisición del placer y eludir al displacer, el *yo*, regido por el principio de la realidad, no necesita hacer más que tender a lo útil y asegurarse contra todo posible daño[1365]. En realidad, la sustitución del principio del placer por el principio de la realidad no significa una exclusión del principio del placer, sino tan sólo un afianzamiento del mismo. Se renuncia a un placer momentáneo, de consecuencias inseguras, pero tan sólo para alcanzar por el nuevo camino un placer ulterior y seguro. Pero la impresión endopsíquica de esta sustitución ha sido tan poderosa, que se refleja en un mito religioso especial. La doctrina de que la renuncia —voluntaria o impuesta— a los placeres terrenales tendrá en el más allá su recompensa no es más que la proyección mística de esta transformación psíquica. Siguiendo consecuentemente este modelo, las *religiones* han podido imponer la renuncia absoluta al placer terrenal contra la promesa de una compensación en una vida futura. Pero no han conseguido derrocar el principio del placer El mejor medio para ello habrá de ser la *ciencia*, que ofrece también placer intelectual durante el trabajo y una ventaja práctica final.

5) La educación puede ser descrita como un estímulo al vencimiento del principio del placer y a la sustitución del mismo por el principio de la realidad. Tiende, por tanto, a procurar una ayuda al desarrollo del *yo*, ofrece una prima de atracción para conseguir este fin, el cariño de los educadores, y fracasa ante la seguridad del niño mimado de poseer incondicionalmente tal cariño y no poder perderlo en ningún modo.

6) El arte consigue conciliar ambos principios por su camino peculiar. El artista es, originariamente, un hombre que se aparta de la realidad, porque no se resigna a aceptar la renuncia a la satisfacción de los instintos por ella exigida en primer término, y deja libres en su fantasía sus deseos eróticos y ambiciosos. Pero encuentra el camino de retorno desde este mundo imaginario a la realidad, constituyendo con sus fantasías, merced a dotes especiales, una nueva especie de realidades, admitidas por los demás hombres como valiosas imágenes de la realidad. Llega a ser así realmente, en

cierto modo, el héroe, el rey, el creador o el amante que deseaba ser, sin tener que dar el enorme rodeo que supondría la modificación real del mundo exterior a ello conducente. Pero si lo consigue es tan sólo porque los demás hombres entrañan igual insatisfacción ante la renuncia impuesta por la realidad y porque esta satisfacción resultante de la sustitución del principio del placer por el principio de la realidad es por sí misma una parte de la realidad[1366].

7) En tanto que el *yo* realiza su evolución desde el régimen del principio del placer al del principio de la realidad, los instintos sexuales experimentan aquellas modificaciones que los conducen desde el autoerotismo primitivo, y a través de diversas fases intermedias, al amor objetal, en servicio de la función reproductora. Si es exacto que cada uno de los grados de estas dos trayectorias evolutivas pueden llegar a ser el substrato de una disposición a ulteriores afecciones neuróticas, podremos suponer que la forma de esta neurosis ulterior (la elección de neurosis) dependerá de la fase de la evolución del *yo* y de la libido en la que haya tenido efecto la inhibición del desarrollo, causa de la disposición. Los caracteres temporales de los dos desarrollos, aún no estudiados, y sus posibles desplazamientos recíprocos, presentan insospechada importancia.

8) El carácter más singular de los procesos inconscientes (reprimidos), carácter al que sólo con gran esfuerzo se acostumbra el investigador, consiste en que la realidad mental queda equiparada en ellos a la realidad exterior, y el mero deseo, al suceso que lo cumple, conforme en un todo al dominio del principio del placer. Por esto resulta tan difícil distinguir las fantasías de los recuerdos emergidos en la conciencia. Pero habremos de guardarnos muy bien de aplicar a los productos psíquicos reprimidos la valoración de la realidad y no conceder beligerancia alguna a las fantasías, en cuanto a la producción de síntomas, por no tratarse de realidades, como igualmente de buscar un origen distinto al sentimiento de culpabilidad, por no encontrar ningún delito real que lo justifique. Estamos obligados a servirnos de la moneda en curso en el país que exploramos, o sea en nuestro caso, de la *moneda neurótica*. Inténtese, por ejemplo, hallar la solución del sueño

siguiente: Un individuo, que había asistido a su padre durante la penosa enfermedad que le llevó a la muerte, relata que durante los meses siguientes al funesto desenlace soñó repetidas veces que su padre se hallaba de nuevo en vida y hablaba con él como de costumbre. Pero al mismo tiempo sentía, con dolorosa intensidad, que su padre había muerto ya, aunque él mismo no lo sabía. El único camino que puede conducirnos a la solución de este sueño es introducir algunas agregaciones a la última frase de su relato en la forma siguiente:…sentía con dolorosa intensidad que su padre había muerto ya («como él deseaba» o «a consecuencia de su deseo»), aunque él mismo no lo sabía («no sabía que el hijo había tenido tal deseo»). Las ideas latentes del sueño serían entonces las siguientes: constituía para él un recuerdo doloroso haber tenido que desear que la muerte viniera a poner término a los sufrimientos de su padre y hubiera sido terrible que el enfermo se hubiese dado cuenta de ello. Se trata, pues, del conocido caso en que el sujeto se hace a sí mismo los más duros reproches después de la pérdida de una persona querida, y el reproche retrocede en este ejemplo a la significación infantil del deseo de la muerte del padre.

Para disculpar los defectos del presente trabajo, más preparatorio que expositivo, no bastará quizá declararlos inevitables. Al referirnos a las consecuencias psíquicas de la adaptación al principio de la realidad hemos tenido que indicar opiniones que hubiéramos preferido reservar aún por algún tiempo, y cuya justificación ha de exigir considerable trabajo. Pero quiero esperar que los lectores benévolos advertirán sin dificultad dónde comienza también en este ensayo el régimen del principio de la realidad.

LVI

EL SIGNIFICADO DE LA ALITERACIÓN DE LAS VOCALES[1367]

1911

SEGURAMENTE se ha protestado con frecuencia contra la regla formulada por Stekel, de que en sueños y en ocurrencias los nombres que se ocultan tengan que ser sustituidos por otros que sólo tienen de común en aquéllos la sucesión de sus vocales. Sin embargo, la religión nos ofrece una notable analogía a esa regla. Entre los antiguos hebreos, el nombre de Dios era *tabú*; no se lo debía pronunciar ni escribir; ejemplo este de la particular importancia del nombre en las culturas arcaicas, que de ningún modo es el único. La prohibición era mantenida tan estrictamente, que también hoy se desconoce la vocalización del nombre divino.

Este nombre se pronuncia *Jehovah*, dándole los signos vocales del nombre Adonái («Señor»), no prohibido. (S. Reinach; *Cultes, Mythes et Religions*, lomo I, pág. 1, 1905.)

LVII

EL EMPLEO DE LA INTERPRETACIÓN DE LOS SUEÑOS EN EL PSICOANÁLISIS[1368]

1911

EL 'Zentralblatt für Psychoanalyse' no fue diseñado únicamente para mantener informados a sus lectores de los avances en el conocimiento psicoanalítico y así publicar relativamente cortas contribuciones sobre el particular; sino que trata, además, de cumplir objetivos dirigidos a presentar al estudiante un esquema claro de lo ya conocido, economizando así tiempo y esfuerzo a los principiantes de la práctica analítica, al ofrecerles instrucciones aptas para ellos. De aquí en adelante irán apareciendo en esta revista artículos de naturaleza didáctica no necesariamente novedosos.

El tema del presente ensayo.no es la técnica de la interpretación de los sueños. No vamos a exponer cómo ha de utilizarse su interpretación, sino tan sólo cuál es el uso que debe hacerse del arte onirocrítico en el tratamiento psicoanalítico de los enfermos. Existe, desde luego, más de un procedimiento; pero en cuanto se refiere a la técnica, es norma del psicoanálisis señalar siempre y con la máxima precisión las reglas deducidas de la investigación y la experiencia. Si hay, quizá, más de un camino bueno, hay también muchos malos, y la comparación de las distintas técnicas posibles habrá de ilustrarnos convenientemente, aunque no llegue a decidir nuestra elección a favor de un método determinado.

Al pasar de la interpretación de los sueños al tratamiento analítico,

conserva el principiante ante su interés hacia el contenido de los sueños y querrá, por tanto, interpretar, lo más acabadamente posible, todos aquellos que el enfermo le comunique. Pero no tardará en advertir que se encuentra ahora en circunstancias totalmente distintas y que, al intentar llevar a cabo sus propósitos de interpretación, contraría el curso deseable de la labor terapéutica. Si el primer sueño del paciente resultó acaso muy adecuado para enlazar a él las primeras aclaraciones que al mismo ha de suministrar, no tardan luego en surgir otros tan largos y oscuros que se hace imposible llevar a cabo su interpretación en una sola sesión del tratamiento, y si el médico la prosigue en los días siguientes, habrá de desatender los nuevos sueños que el enfermo vaya comunicándole, hasta acabar la interpretación iniciada. En algunos casos es tan rica la producción onírica y tan lento el progreso del enfermo en la comprensión de sus sueños, que el analítico no puede menos de pensar que semejante abundancia de material no es sino una manifestación de la resistencia, la cual utiliza para sus fines el descubrimiento de que la cura no puede abarcar la materia así suministrada. Pero, entre tanto, la cura queda muy detrás del presente y pierde su contacto con la actualidad. A esta técnica se opone la experiencia de que para el desarrollo del tratamiento es importantísimo conocer en todo momento la superficie psíquica del enfermo y hallarse orientado sobre los complejos y las resistencias que van siendo activados en él y sobre la reacción consciente que determinará su conducta. Este fin terapéutico no debe ser pospuesto casi nunca al interés que inspire al analítico la interpretación de los sueños.

Pero si hemos de atenernos a esta regla, ¿cómo utilizar entonces la interpretación onírica en el tratamiento analítico? Nos contentaremos con la interpretación que podamos lograr en una sola sesión, sin que nos preocupe no haber llegado a desentrañar por completo un sueño, y en lugar de continuarla al día siguiente la dejaremos en suspenso hasta el momento en que advirtamos que el enfermo no ha producido nada nuevo. Así, pues, tampoco en favor de una interpretación onírica olvidarse de tomar siempre lo que primero acude al pensamiento del sujeto. Si antes de terminar con un sueño surgen otros nuevos, nos dedicaremos a estos últimos, sin que nos remuerda desatender los anteriores, y cuando nos encontremos ante un sueño demasiado amplio y difuso, renunciaremos desde un principio a una

interpretación exhaustiva. En general, nos guardaremos de manifestar un interés especial en cuanto a la interpretación de los sueños y de despertar en el enfermo la creencia de que la labor analítica queda interrumpida, por falta de material, cuando no dispone de algún sueño, pues, de lo contrario, corremos el peligro de orientar la resistencia hacia la producción onírica y provocar un agotamiento de los sueños. El analizado debe estar convencido de que el análisis encuentra siempre material con el que continuar, aunque no aporte él sueño ninguno y cualquiera que sea la atención que a los mismos se dedique.

Se nos preguntará ahora si al someter el empleo de la interpretación onírica a todas estas restricciones no renunciamos a un material muy valioso para el descubrimiento de lo inconsciente. A esta interrogación responderemos que la pérdida no es tan grande como pudiera creerse antes de profundizar en la cuestión. Ha de tenerse en cuenta que en los casos graves de neurosis no puede esperarse nunca conseguir una interpretación exhaustiva de los sueños de alguna amplitud. Tales sueños se basan muchas veces en la totalidad del material patógeno del caso, material ignorado aún por el médico y el enfermo (sueños de programa y sueños biográficos), y equivalen a una traducción del contenido total de la neurosis al lenguaje onírico. Al intentar interpretar uno de estos sueños entrarán en actividad todas las resistencias dadas y aún no despertadas, y pondrán pronto un límite a toda penetración. La interpretación exhaustiva de un tal sueño coincide, en efecto, con el acabamiento total del análisis. Anotado al principio del análisis, no llegamos a comprenderlo por completo hasta después de terminado aquél, muchos meses después. Sucede aquí lo mismo que en la comprensión de un síntoma aislado (del síntoma principal, por ejemplo). Todo el análisis sirve para llegar a su explicación; pero durante el tratamiento hemos de intentar aprehender, sucesivamente, distintos fragmentos de su significado, hasta que se nos hace posible su síntesis. No podemos, pues, exigir más a la interpretación de un sueño emergido al principio del análisis, y habremos de declararnos satisfechos si la tentativa de interpretación nos descubre ya algo, aunque sólo sea un único impulso optativo patógeno.

Así, pues, al renunciar al propósito de una interpretación onírica completa, no renunciamos a nada posible ni tampoco perdemos,

generalmente, nada cuando interrumpimos la interpretación de un sueño para ocuparnos de otro más reciente. Algunos acabados ejemplos de sueños plenamente interpretados nos han enseñado que varias escenas sucesivas del mismo sueño pueden tener el mismo contenido, que va imponiéndose en ellas cada vez con mayor claridad. Hemos visto también que varios sueños soñados en la misma noche pueden no ser sino tentativas de representar el mismo contenido en forma distinta. Podemos asegurar, en general, que todo impulso optativo que hoy crea un sueño retornará en otros mientras no consiga ser comprendido y sustraído al dominio de lo inconsciente, y así, el mejor camino para completar la interpretación de un sueño consistirá muchas veces en dejarlo a un lado y dedicarse a otro nuevo, que habrá acogido el mismo material en forma quizá más asequible. Sé muy bien que no sólo el enfermo, sino también el médico, han de considerar aventurado prescindir de la orientación consciente en el tratamiento y abandonarse por completo a una guía que siempre ha de pareceros «casual». Pero puedo asegurar que nunca tenemos que arrepentimos de habernos decidido a confiar en nuestras propias afirmaciones teóricas y habernos forzado a no disputar a lo inconsciente la disposición de las líneas relacionadoras.

Abogamos, pues, porque la interpretación de los sueños no sea practicada en el tratamiento psicoanalítico por su propio exclusivo interés, sino que se someta su empleo a aquellas normas técnicas que regulan en general el desarrollo de la cura. Naturalmente, hay ocasiones en las que podemos apartarnos de esta conducta y dejarnos llevar, por algún trecho, de nuestro interés científico. Pero al obrar así debemos saber siempre lo que hacemos. Habremos de tener también en cuenta otro caso que viene surgiendo desde que hemos adquirido mayor confianza en nuestra comprensión del simbolismo de los sueños y nos sabemos más independientes de las ocurrencias espontáneas de los enfermos. Un onirocrítico especialmente hábil puede llegar a desentrañar todos los sueños del paciente sin necesidad de imponer al mismo una elaboración trabajosa y lenta de cada uno de ellos. Para un tal analista no existirá ya conflicto alguno entre las exigencias de la interpretación onírica y las de la terapia, y se inclinará a emplear a fondo, en todos los casos, la interpretación onírica y comunicar al paciente todo lo que sus sueños le hayan permitido adivinar, sin que el obrar así se desvíe

considerablemente de la dirección regular del tratamiento, como ya explicaremos en otra ocasión. Pero el analista principiante no debe tomar como modelo este caso excepcional.

Con respecto a los primeros sueños comunicados por el paciente en el tratamiento analítico, mientras ignora aún por completo la técnica de la interpretación onírica, todo analista puede conducirse como el onirocrítico experimentado antes expuesto. Estos sueños iniciales son aún muy ingenuos y descubren muchas cosas, semejándose en esta condición a los soñados por los «hombres sanos». Surge aquí la interrogación de si el médico debe o no traducir en el acto al enfermo lo que en sus sueños ha leído. Pero no es éste el lugar de responder a ella, pues se nos muestra subordinada a otra cuestión más amplia: la de fijar las fases del tratamiento en las que el enfermo debe ser iniciado en el conocimiento de su psiquismo inconsciente y la marcha que ha de seguirse en esta iniciación. Conforme va conociendo luego el sujeto la práctica de la interpretación onírica, van haciéndose más oscuros sus sueños. Todo conocimiento sobre el sueño sirve también de advertencia a la producción onírica.

En los trabajos «científicos» sobre los sueños, que a pesar de rechazar la interpretación onírica han recibido del psicoanálisis nuevo impulso, se concede una importancia excesiva a la conveniencia de conservar fielmente el texto del sueño, preservándolo de las deformaciones y mutilaciones que le imponen las horas siguientes a su desarrollo. También algunos psicoanalistas parecen no servirse muy consecuentemente de su conocimiento de las condiciones de la producción onírica, al recomendar al sujeto que fije por escrito todos sus sueños inmediatamente después de despertar. Esta medida carece de todo alcance en la terapia y, en cambio, los enfermos la aprovechan para perturbar su reposo nocturno y mostrar su celo en una cuestión en la que no puede ser de ninguna utilidad, pues semejante laboriosa conservación de un texto onírico, que en otro caso hubiera sido devorado por el olvido, no reporta ventaja ninguna al enfermo. Al proceder luego a su análisis, no se logra que enlace a dicho texto asociación ninguna, y el efecto es el mismo que si el sueño hubiese sucumbido al olvido.

El médico habrá averiguado, desde luego, en este caso, algo que de otro modo le hubiera escapado: pero el hecho de que el médico sepa algo no

equivale a que lo sepa el enfermo. En otro lugar estudiaremos la significación de esta diferencia en la técnica del psicoanálisis.

Mencionaré todavía otro tipo especial de sueños que, por sus condiciones, sólo pueden surgir en el curso de una cura psicoanalítica y suelen extrañar o inducir en error al médico. Son éstos los llamados sueños «corroborativos», fácilmente interpretables y cuya traducción nos ofrece solamente aquello mismo que la cura había deducido en los últimos días del material de ocurrencias diurnas. Parece así como si el enfermo hubiese tenido la amabilidad de producir, en forma de sueño, precisamente aquello que se le ha «sugerido» inmediatamente antes. Pero el analista experimentado se resiste a creer en tales amabilidades del enfermo; considera estos sueños como una grata confirmación de sus deducciones y comprueba que sólo aparecen bajo determinadas condiciones de la influencia ejercida por el tratamiento. La mayoría de los sueños se anticipan, por el contrario, a la cura y ofrecen así, una vez despojados de lo ya conocido y comprensible, una indicación más o menos precisa de algo que hasta entonces había permanecido oculto.

LVIII

LA DINÁMICA DE LA TRANSFERENCIA[1369]

1912

EL tema de la *transferencia*, tan difícilmente agotable, ha sido tratado recientemente aquí mismo[1370] por W. Stekel en forma descriptiva. Por mi parte quiero añadir algunas observaciones encaminadas a explicar por qué la transferencia surge necesariamente en toda cura psicoanalítica y cómo llega a desempeñar en el tratamiento el papel que todos conocemos.

Recordaremos, ante todo, que la acción conjunta de la disposición congénita y las influencias experimentadas durante los años infantiles determina, en cada individuo, la modalidad especial de su vida erótica, fijando los fines de la misma, las condiciones que el sujeto habrá de exigir en ella y los instintos que en ella habrá de satisfacer[1371].

Resulta, así, un clisé (o una serie de ellos), repetido, o reproducido luego regularmente, a través de toda la vida, en cuanto lo permiten las circunstancias exteriores y la naturaleza de los objetos eróticos asequibles, pero susceptible también de alguna modificación bajo la acción de las impresiones recientes.

Ahora bien: nuestras investigaciones nos han revelado que sólo una parte de estas tendencias que determinan la vida erótica han realizado una evolución psíquica completa. Esta parte, vuelta hacia la realidad, se halla a disposición de la personalidad consciente y constituye uno de sus

componentes. En cambio, otra parte de tales tendencias libidinosas ha quedado detenida en su desarrollo por el veto de la personalidad consciente y de la misma realidad y sólo ha podido desplegarse en la fantasía o ha permanecido confinada en lo inconsciente, totalmente ignorada por la conciencia de la personalidad. El individuo cuyas necesidades eróticas no son satisfechas por la realidad, orientará representaciones libidinosas hacia toda nueva persona que surja en su horizonte, siendo muy probable que las dos porciones de su libido, la capaz de conciencia y la inconsciente, participen en este proceso.

Es, por tanto, perfectamente normal y comprensible que la carga de libido que el individuo parcialmente insatisfecho mantiene esperanzadamente pronta se oriente también hacia la persona del médico. Conforme a nuestra hipótesis, esta carga se atendrá a ciertos modelos, se enlazará a uno de los clisés dados en el sujeto de que se trate o, dicho de otro modo, incluirá al médico en una de las «series» psíquicas que el paciente ha formado hasta entonces.

Conforme a la naturaleza de las relaciones del paciente con el médico, el modelo de esta inclusión habría de ser el correspondiente a la *imagen del padre* (según la feliz expresión de Jung)[1372]. Pero la transferencia no tiene que seguir obligadamente este prototipo, y puede establecerse también conforme a la imagen de la madre o del hermano, etc. Aquellas peculiaridades de la transferencia sobre el médico, cuya naturaleza e intensidad no pueden ya justificarse racionalmente, se nos hacen comprensibles al reflexionar que dicha transferencia no ha sido establecida únicamente por las representaciones libidinosas conscientes, sino también por las retenidas o inconscientes.

Nada más habría que decir sobre esta conducta de la transferencia si no permanecieran aún inexplicados dos puntos especialmente interesantes para el psicoanálisis. En primer lugar, no comprendemos por qué la transferencia de los sujetos neuróticos sometidos al análisis se muestra mucho más intensa que la de otras personas no analizadas, y en segundo, nos resulta enigmático porque al análisis se nos opone la transferencia como la resistencia más fuerte contra el tratamiento, mientras que fuera del análisis hemos de reconocerla como substrato del efecto terapéutico y condición del éxito. Podemos

comprobar, cuantas veces queramos, que cuando cesan las asociaciones libres de un paciente[1373], siempre puede vencerse tal agotamiento asegurándole que se halla bajo el dominio de una ocurrencia referente a la persona del médico. En cuanto damos esta explicación cesa el agotamiento o queda transformada la falta de asociaciones en una silenciación consciente de las mismas.

A primera vista parece un grave inconveniente del psicoanálisis el hecho de que la transferencia la palanca más poderosa de éxito, se transforme en él en el arma más fuerte de la resistencia. Pero a poco que reflexionemos desaparece, por lo menos, el primero de los dos problemas que aquí se nos plantean. No es cierto que la transferencia surja más intensa y desentrenada en el psicoanálisis que fuera de él. En los sanatorios en que los nerviosos no son tratados analíticamente, la transferencia muestra también máxima intensidad y adopta las formas más indignas, llegando, a veces, hasta el sometimiento más absoluto, y no siendo nada difícil comprobar su matiz erótico. Una sutil observadora, Gabriela Reuter, ha descrito esta situación, cuando apenas existía aún el psicoanálisis, en un libro muy notable, en el que revela, además, una penetrante visión de la naturaleza y la génesis de las neurosis[1374]. Así, pues, no debemos atribuir al psicoanálisis, sino a la neurosis misma, estos caracteres de la transferencia. En cambio, el segundo problema permanece aún en pie.

Vamos a aproximarnos a él, o sea a la cuestión de por qué la transferencia se nos opone, como resistencia’ en el tratamiento psicoanalítico. Representémonos la situación psicológica del tratamiento. Toda adquisición de una psiconeurosis tiene como premisa regular e indispensable el proceso descrito por Jung con el nombre de *introversión de la libido*[1375], proceso consistente en la disminución de la parte de libido capaz de conciencia y orientada hacia la realidad, y el aumento correlativo de la parte inconsciente, apartada de la realidad confinada en lo inconsciente y reducida, cuando más, a alimentar las fantasías del sujeto. La libido ha emprendido (total o fragmentariamente) una regresión y así ha reanimado las imágenes infantiles[1376]. En este camino es seguida por la cura analítica, que quiere descubrir la libido, hacerla de nuevo asequible a la conciencia y ponerla al servicio de la realidad. Allí donde la investigación analítica tropieza con la

libido, encastillada en sus escondites, tiene que surgir un combate. Todas las fuerzas que han motivado la regresión de la libido se alzarán, en calidad de resistencias, contra la labor analítica, para conservar la nueva situación, pues si la introversión o regresión de la libido no hubiese estado justificada por una determinada relación con el mundo exterior (generalmente por la ausencia de satisfacción), no hubiese podido tener efecto. Pero las resistencias que aquí tienen su origen no son las únicas, ni siquiera las más intensas. La libido puesta a disposición de la personalidad se hallaba siempre bajo la atracción de los complejos inconscientes (o mejor aún: de los elementos inconscientes de estos complejos) y emprendió la regresión al debilitarse la atracción de la realidad. Para libertarla tiene que ser vencida esta atracción de lo inconsciente, lo cual equivale a levantar la represión de los instintos inconscientes y de sus productos. De aquí es de donde nace la parte más importante de la resistencia, que mantiene tantas veces la enfermedad, aun cuando el apartamiento de la realidad haya perdido ya su razón de ser. El análisis tiene que luchar con las resistencias emanadas de estas dos fuentes, resistencias que acompañan todos sus pasos. Cada una de las ocurrencias del sujeto y cada uno de sus actos tiene que contar con la resistencia y se presenta como una transacción entre las fuerzas favorables a la curación y las opuestas a ella.

Si perseguimos un complejo patógeno desde su representación en lo consciente (representación visible como síntoma o totalmente inaparente) hasta sus raíces en lo inconsciente, no tardamos en llegar a una región en la cual se impone de tal modo la resistencia, que las ocurrencias inmediatas han de contar con ella y presentarse como una transacción entre sus exigencias y las de la labor investigadora. La experiencia nos ha mostrado ser éste el punto en que la transferencia inicia su actuación. Cuando en la materia del complejo (en el contenido del complejo) hay algo que se presta a ser transferido a la persona del médico, se establece en el acto esta transferencia, produciendo la asociación inmediata y anunciándose con los signos de una resistencia; por ejemplo, con una detención de las asociaciones. De este hecho deducimos que si dicha idea ha llegado hasta la conciencia con preferencia a todas las demás posibles, es porque satisface también a la resistencia. Este proceso se repite innumerables veces en el curso de un análisis. Siempre que nos

aproximamos a un complejo patógeno, es impulsado, en primer lugar, hacia la conciencia y tenazmente defendido aquel elemento del complejo que resulta adecuado para la transferencia[1377].

Una vez vencido éste, los demás elementos del complejo no crean grandes dificultades. Cuando más se prolonga una cura analítica y más claramente va viendo el enfermo que las deformaciones del material patógeno no constituyen por sí solas una protección contra el descubrimiento del mismo, más consecuentemente se servirá de una clase de deformación que le ofrece, sin disputa, máximas ventajas: de la deformación por medio de la transferencia, llegándose así a una situación en la que todos los conflictos han de ser combatidos ya sobre el terreno de la transferencia.

De este modo, la transferencia que surge en la cura analítica se nos muestra siempre, al principio, como el arma más poderosa de la resistencia y podemos deducir la conclusión de que la intensidad y la duración de la transferencia son efecto y manifestación de la resistencia. El mecanismo de la transferencia queda explicado con su referencia a la disposición de la libido, que ha permanecido fijada a imágenes infantiles. Pero la explicación de su actuación en la cura no la conseguimos hasta examinar sus relaciones con la resistencia.

¿De qué proviene que la transferencia resulte tan adecuada para constituirse en un arma de la resistencia? A primera vista no parece difícil la respuesta. Es indudable que la confesión de un impulso optativo ha de resultar más difícil cuando ha de llevarse a cabo ante la persona a la cual se refiere precisamente dicho impulso. Esta imposición provoca situaciones que parecen realmente insolubles, y esto es, precisamente, lo que quiere conseguir el analizado cuando hace coincidir con el médico el objeto de sus impulsos sentimentales. Pero una reflexión más detenida nos muestra que esta ventaja aparente no puede ofrecernos la solución del problema. Una relación de tierna y sumisa adhesión puede también ayudar a superar todas las dificultades de la confesión. Así, en circunstancias reales análogas, solemos decir: «Delante de ti no tengo por qué avergonzarme; a ti puedo decírtelo todo». La transferencia sobre el médico podría, pues, servir lo mismo para facilitar la confesión, y no podríamos explicaros por qué provoca una dificultad.

La respuesta a esta interrogación, repetidamente planteada ya aquí, no nos

es proporcionada por una más prolongada reflexión, sino por una observación que realizamos al investigar las distintas resistencias por transferencia durante la cura. Acabamos por advertir que, admitiendo tan sólo una «transferencia», no llegamos a comprender el aprovechamiento de la misma para la resistencia, y tenemos que decidirnos a distinguir una transferencia «positiva» y una «negativa», una transferencia de sentimientos cariñosos y otra de sentimientos hostiles, y examinar separadamente tales dos clases de la transferencia sobre el médico. La transferencia positiva se descompone luego, a su vez, en la de aquellos sentimientos amistosos o tiernos que son capaces de conciencia y en la de sus prolongaciones en lo inconsciente. Con respecto a estas últimas, demuestra el análisis que proceden de fuentes eróticas, y así hemos de concluir que todos los sentimientos de simpatía, amistad, confianza, etc., que entrañamos en la vida, se hallan genéticamente enlazados con la sexualidad, y por muy puros y asexuales que nos lo representemos en nuestra autopercepción consciente, proceden de deseos puramente sexuales, habiendo surgido de ellos por debilitación del fin sexual. Primitivamente no conocimos más que objetos sexuales, y el psicoanálisis nos muestra que las personas meramente estimadas o respetadas de nuestra realidad pueden continuar siendo, para nuestro psiquismo inconsciente, objetos sexuales.

La solución del enigma está, por tanto, en que la transferencia sobre el médico sólo resulta apropiada para constituirse en resistencia en la cura, en cuanto es transferencia negativa, o positiva de impulsos eróticos reprimidos. Cuando removemos la transferencia, orientando la conciencia sobre ella, no desligamos de la persona del médico más que estos dos componentes del sentimiento. El otro componente, capaz de conciencia y aceptable, subsiste y constituye también, en el psicoanálisis como en los demás métodos terapéuticos, uno de los substratos del éxito. En esta medida reconocemos gustosamente que los resultados del psicoanálisis reposan en la sugestión, siempre que se entienda por sugestión aquello que, con Ferenczi, vemos nosotros en él[1378]; el influjo ejercido sobre un sujeto por medio de los fenómenos de transferencia en él posibles. Paralelamente cuidamos de la independencia final del enfermo, utilizando la sugestión para hacerle llevar a cabo una labor psíquica que trae necesariamente consigo una mejora permanente de su situación psíquica.

Puede preguntarse aún por qué los fenómenos de resistencia de la transferencia surgen tan sólo en el psicoanálisis, y no en los demás tratamientos, por ejemplo, en los sanatorios. En realidad surgen también en estos casos, pero no son reconocidos como tales. La explosión de la transferencia negativa es incluso muy frecuente en los sanatorios, y el enfermo abandona el establecimiento, sin haber conseguido alivio alguno o habiendo empeorado, en cuanto surge en él esta transferencia negativa. La transferencia erótica no llega a presenciar tan grave inconveniente en los sanatorios, pues en lugar de ser descubierta y revelada es silenciada y disminuida, como en la vida social; pero se manifiesta claramente como una resistencia a la curación, no ya impulsando al enfermo a abandonar el establecimiento —por el contrario, lo retiene en él—, sino manteniéndole apartado de la vida real. Para la curación es totalmente indiferente que el enfermo domine en el sanatorio una cualquiera angustia o inhibición; lo que importa es que se liberte también de ella en la realidad de su vida.

La transferencia negativa merecería una atención más detenida de la que podemos concederle dentro de los límites del presente trabajo. En las formas curables de psiconeurosis coexiste con la transferencia afectiva, apareciendo ambas dirigidas simultáneamente, en muchos casos, sobre la misma persona, situación para la cual ha hallado Bleuler[1379] el término de «ambivalencia». Una tal ambivalencia sentimental parece ser normal hasta cierto grado, pero a partir de él constituye una característica especial de las personas neuróticas. En la neurosis obsesiva parece ser característica de la vida instintiva una prematura «disociación de los pares de antítesis» y representar una de sus condiciones constitucionales. La ambivalencia de las directivas sentimentales nos explica mejor que nada la facultad de los neuróticos de poner sus transferencias al servicio de la resistencia. Allí donde la facultad de transferencia se ha hecho esencialmente negativa, como en los paranoides, cesa toda posibilidad de influjo y de curación.

Pero con todas estas explicaciones no hemos examinado aún más que uno de los lados del fenómeno de la transferencia, y es necesario dedicar también alguna atención a otro de los aspectos del mismo. Quienes han apreciado exactamente cómo el analizado es apartado violentamente de sus relaciones reales con el médico en cuanto cae bajo el dominio de una intensa resistencia

por transferencia, cómo se permite entonces infringir la regla psicoanalítica fundamental de comunicar, sin crítica alguna, todo lo que acuda a su pensamiento, cómo olvida los propósitos con los que acudió al tratamiento y cómo le resultan ya indiferentes deducciones y conclusiones lógicas que poco antes hubieron de causarle máxima impresión; quienes han podido apreciar justamente todo esto sentirán la necesidad de explicárselo por la acción de otros factores distintos de los ya citados hasta aquí, y en efecto, tales factores existen, y no muy lejos; surgen nuevamente de la situación psíquica en la que la cura ha colocado el analizado.

En la persecución de la libido sustraída a la conciencia hemos penetrado en los dominios de lo inconsciente. Las reacciones que provocamos entonces muestran algunos de los caracteres peculiares a los procesos inconscientes, tal y como nos los ha dado a conocer el estudio de los sueños. Los impulsos inconscientes no quieren ser recordados, como la cura lo desea, sino que tienden a reproducir conforme a las condiciones características de lo inconsciente atemporalidad y su capacidad alucinatoria. El enfermo atribuye, del mismo modo que en el sueño, a los resultados del estímulo de sus impulsos inconscientes, actualidad y realidad; quiere dar alimento a sus pasiones sin tener en cuenta la situación real. El médico quiere obligarle a incluir tales impulsos afectivos en la marcha del tratamiento, subordinados a la observación reflexiva y estimarlos según su valor psíquico. Esta lucha entre el médico y el paciente, entre el intelecto y el instinto, entre el conocimiento y la acción, se desarrolla casi por entero en el terreno de los fenómenos de la transferencia. En este terreno ha de ser conseguida la victoria, cuya manifestación será la curación de la neurosis. Es innegable que el vencimiento de los fenómenos de la transferencia ofrece al psicoanalítico máxima dificultad; pero no debe olvidarse que precisamente estos fenómenos nos prestan el inestimable servicio de hacer actuales y manifiestos los impulsos eróticos ocultos y olvidados de los enfermos, pues, en fin de cuentas nadie puede ser vencido *in absentia o in effigie*.

LIX

CONSEJOS AL MÉDICO EN EL TRATAMIENTO PSICOANALÍTICO[1380]

1912

LAS reglas técnicas a continuación propuestas son el resultado de una larga experiencia. Se observará fácilmente que muchas de ellas concluyen en un único precepto. Espero que su observancia ahorrará a muchos analistas inútiles esfuerzos y los preservará de incurrir en peligrosas negligencias; pero también quiero hacer constar que si la técnica aquí aconsejada ha demostrado ser la única adecuada a mi personalidad individual, no es imposible que otra personalidad médica, distintamente constituida, se vea impulsada a adoptar una actitud diferente ante los enfermos y ante la labor que los mismos plantean.

a) La primera tarea que encuentra ante sí el analista que ha de tratar más de un enfermo al día es quizá la que parecerá más difícil. Consiste en retener en la memoria los innumerables nombres, fechas, detalles del recuerdo, asociaciones y manifestaciones patológicas que el enfermo va produciendo en el curso de un tratamiento prolongado meses enteros y hasta años, sin confundir este material con el suministrado por otros pacientes en el mismo período de tiempo o en otros anteriores. Cuando se tiene que analizar diariamente a siete u ocho enfermos, el rendimiento mnémico conseguido por el médico ha de despertar la admiración de los profanos —cuando no su

incredulidad— y, desde luego, su curiosidad por conocer la técnica que permite dominar un material tan amplio, suponiendo que habrá de servirse de algún medio auxiliar especial.

En realidad, esta técnica es muy sencilla. Rechaza todo medio auxiliar, incluso, como veremos, la mera anotación, y consiste simplemente en no intentar retener especialmente nada y acogerlo todo con una igual *atención flotante*. Nos ahorramos de este modo un esfuerzo de atención imposible de sostener muchas horas al día y evitamos un peligro inseparable de la retención voluntaria, pues en cuanto esforzamos voluntariamente la atención con una cierta intensidad comenzamos también, sin quererlo, a seleccionar el material que se nos ofrece: nos fijamos especialmente en un elemento determinado y eliminamos en cambio otro, siguiendo en esta selección nuestras esperanzas o nuestras tendencias. Y esto es precisamente lo que más debemos evitar. Si al realizar tal selección nos dejamos guiar por nuestras esperanzas, correremos el peligro de no descubrir jamás sino lo que ya sabemos, y si nos guiamos por nuestras tendencias, falsearemos seguramente la posible percepción. No debemos olvidar que en la mayoría de los análisis oímos del enfermo cosas cuya significación sólo *a posteriori* descubrimos.

Como puede verse, el principio de acogerlo todo con igual atención equilibrada es la contrapartida necesaria de la regla que imponemos al analizado, exigiéndole que nos comunique, sin crítica ni selección algunas, todo lo que se le vaya ocurriendo. Si el médico se conduce diferentemente, anulará casi por completo los resultados positivos obtenidos con la observación de la «regla fundamental psicoanalítica» por parte del paciente. La norma de la conducta del médico podría formularse como sigue: Debe evitar toda influencia consciente sobre su facultad retentiva y abandonarse por completo a su *memoria inconsciente*. O en términos puramente técnicos: Debe escuchar al sujeto sin preocuparse de si retiene o no sus palabras.

Lo que así conseguimos basta para satisfacer todas las exigencias del tratamiento. Aquellos elementos del material que han podido ser ya sintetizados en una unidad se hacen también conscientemente disponibles para el médico, y lo restante, incoherente aún y caóticamente desordenado, parece al principio haber sucumbido al olvido, pero emerge prontamente en la memoria en cuanto el analizado produce algo nuevo susceptible de ser

incluido en la síntesis lograda y continuarla. El médico acoge luego sonriendo la inmerecida felicitación del analizado por su *excelente memoria* cuando al cabo de un año reproduce algún detalle que probablemente hubiera escapado a la intención consciente de fijarlo en la memoria.

En estos recuerdos sólo muy pocas veces se comete algún error, y casi siempre en detalles en los que el médico se ha dejado perturbar por la *referencia a su propia persona*, apartándose con ello considerablemente de la conducta ideal del analista. Tampoco suele ser frecuente la confusión del material de un caso con el suministrado por otros enfermos. En las discusiones con el analizado sobre si dijo o no alguna cosa y en qué forma la dijo, la razón demuestra casi siempre estar de parte del médico[1381].

b) No podemos recomendar la práctica de tomar apuntes de alguna extensión, formar protocolos, etc., durante las sesiones con el analizado. Aparte de la misma impresión que produce en algunos pacientes, se oponen a ello las mismas razones que antes consignamos al tratar de la retención en la memoria. Al anotar o taquigrafiar las comunicaciones del sujeto realizamos forzosamente una selección perjudicial y consagramos a ello una parte de nuestra actividad mental, que encontraría mejor empleo aplicada a la interpretación del material producido. Podemos infringir sin remordimiento esta regla cuando se trata de fechas, textos de sueños o singulares detalles aislados, que pueden ser desglosados fácilmente del conjunto y resultan apropiados para utilizarlos independientemente como ejemplos.

Por mi parte, tampoco lo hago así, y cuando encuentro algo que puede servir como ejemplo, lo anoto luego de memoria, una vez terminado el trabajo del día. Cuando se trata de algún sueño que me interesa especialmente, hago que el mismo enfermo ponga por escrito su relato después de habérselo oído de palabra.

c) La anotación de datos durante las sesiones del tratamiento podía justificarse con el propósito de utilizar el caso para una publicación científica. En principio no es posible negar al médico tal derecho. Pero tampoco debe olvidarse que en cuanto se refiere a los historiales clínicos psicoanalíticos, los protocolos detallados presentan una utilidad mucho menor de lo que pudiera

esperarse. Pertenece, en último término, a aquella exactitud aparente de la cual nos ofrece ejemplos singulares la Psiquiatría moderna. Por lo general resultan fatigosos para el lector, sin que siquiera puedan darle en cambio la impresión de asistir al análisis. Hemos comprobado ya repetidamente que el lector, cuando quiere creer al analista, le concede también su crédito en cuanto a la elaboración a la cual ha tenido que someter su material, y si no quiere tomar en serio ni el análisis ni al analista, ningún protocolo, por exacto que sea, le hará la menor impresión. No parece ser éste el mejor medio de compensar la falta de evidencia que se reprocha a las descripciones psicoanalíticas.

d) La coincidencia de la investigación con el tratamiento es, desde luego, uno de los títulos más preciados de la labor analítica; pero la técnica que sirve a la primera se opone, sin embargo, al segundo a partir de cierto punto. Antes de terminar el tratamiento no es conveniente elaborar científicamente un caso y reconstruir su estructura e intentar determinar su trayectoria fijando de cuando en cuando su situación, como lo exigiría el interés científico. El éxito terapéutico padece en estos casos utilizados desde un principio para un fin científico y tratados en consecuencia. En cambio, obtenemos los mejores resultados terapéuticos en aquellos otros en los que actuamos como si no persiguiéramos fin ninguno determinado, dejándonos sorprender por cada nueva orientación y actuando libremente, sin prejuicio alguno. La conducta más acertada para el psicoanálisis consistirá en pasar sin esfuerzo de una actitud psíquica a otra, no especular ni cavilar mientras analiza y espera a terminar el análisis para someter el material reunido a una labor mental de síntesis. La distinción entre ambas actitudes carecería de toda utilidad si poseyéramos ya todos los conocimientos que pueden ser extraídos de la labor analítica sobre la psicología de lo inconsciente y la estructura de las neurosis, o, por lo menos, los más importantes. Pero actualmente nos encontramos aún muy lejos de tal fin y no debemos cerrarnos los caminos que nos permiten comprobar los descubiertos hasta ahora y aumentar nuestros conocimientos.

e) He de recomendar calurosamente a mis colegas que procuren tomar como modelo durante el tratamiento psicoanalítico la conducta del cirujano,

que impone silencio a todos sus afectos e incluso a su compasión humana y concentra todas sus energías psíquicas en su único fin: practicar la operación conforme a todas las reglas del arte. Por las circunstancias en las que hoy se desarrolla nuestra actividad médica se hace máximamente peligrosa para el analista una cierta tendencia afectiva: la ambición terapéutica de obtener con su nuevo método, tan apasionadamente combatido, un éxito que actúe convincentemente sobre los demás. Entregándose a esta ambición no sólo se coloca en una situación desfavorable para su labor, sino que se expone indefenso a ciertas resistencias del paciente, de cuyo vencimiento depende en primera línea la curación. La justificación de esta frialdad de sentimientos que ha de exigirse al médico está en que crea para ambas partes interesadas las condiciones más favorables, asegurando al médico la deseable protección de su propia vida afectiva y al enfermo el máximo auxilio que hoy nos es dado prestarle. Un antiguo cirujano había adoptado la siguiente divisa: *Je le pensai*, *Dieu le guérit*. Con algo semejante debía darse por contento el analítico.

f) No es difícil adivinar el fin al que todas estas reglas tienden de consuno. Intentan crear en el médico la contrapartida de la «regla psicoanalítica fundamental» impuesta al analizado. Del mismo modo que el analizado ha de comunicar todo aquello que la introspección le revela, absteniéndose de toda objeción lógica o afectiva que intente moverle a realizar una selección, el médico habrá de colocarse en situación de utilizar, para la interpretación y el descubrimiento de lo inconsciente oculto, todo lo que el paciente le suministra, sin sustituir con su propia censura la selección a la que el enfermo ha renunciado. O dicho en una fórmula: Debe orientar hacia lo inconsciente emisor del sujeto su propio inconsciente, como órgano receptor, comportándose con respecto al analizado como el receptor del teléfono con respecto al emisor. Como el receptor transforma de nuevo en ondas sonoras las oscilaciones eléctricas provocadas por las ondas sonoras emitidas, así también el psiquismo inconsciente del médico está capacitado para reconstruir, con los productos de lo inconsciente que le son comunicados, este inconsciente mismo que ha determinado las ocurrencias del sujeto.

Pero si el médico ha de poder servirse así de su inconsciente como de un instrumento, en el análisis ha de llenar plenamente por sí mismo una condición psicológica. No ha de tolerar en sí resistencia ninguna que aparte de su conciencia lo que su inconsciente ha descubierto, pues de otro modo introduciría en el análisis una nueva forma de selección y deformación mucho más perjudicial que la que podría producir una tensión consciente de su atención. Para ello no basta que sea un individuo aproximadamente normal, debiendo más bien exigírsele que se haya sometido a una purificación psicoanalítica y haya adquirido conocimiento de aquellos complejos propios que pudieran perturbar su aprehensión del material suministrado por los analizados. Es indiscutible que la resistencia de estos defectos no vencidos por un análisis previo descalifican para ejercer el psicoanálisis, pues, según la acertada expresión de W. Stekel, a cada una de las represiones no vencidas en el médico corresponde un *punto ciego* en su percepción analítica.

Hace ya años respondí a la interrogación de cómo podía llegarse a ser analista en los siguientes términos: por el análisis de los propios sueños. Esta preparación resulta desde luego suficiente para muchas personas, mas no para todas las que quisieran aprender a analizar. Hay también muchas a las cuales se hace imposible analizar sus sueños sin ayuda ajena. Uno de los muchos merecimientos contraídos por la escuela analítica de Zurich consiste en haber establecido que para poder practicar el psicoanálisis era condición indispensable haberse hecho analizar previamente por upa persona perita ya en nuestra técnica. Todo aquel que piense seriamente en ejercer el análisis debe elegir este camino, que le promete más de una ventaja, recompensándole con largueza del sacrificio que supone tener que revelar sus intimidades a un extraño. Obrando así, no sólo se conseguirá antes y con menor esfuerzo el conocimiento deseado de los elementos ocultos de la propia personalidad, sino que se obtendrán directamente y por propia experiencia aquellas pruebas que no puede aportar el estudio de los libros ni la asistencia a cursos y conferencias. Por último, la duradera relación espiritual que suele establecerse entre el analizado y su iniciador entraña también un valor nada despreciable.

Estos análisis de individuos prácticamente sanos permanecen, como es

natural, inacabados. Aquellos que sepan estimar el gran valor del conocimiento y el dominio de sí mismos en ellos obtenidos, continuarán luego, en un autoanálisis, la investigación de su propia personalidad y verán con satisfacción cómo siempre les es dado hallar, tanto en sí mismos como en los demás, algo nuevo. En cambio, quienes intenten dedicarse al análisis despreciando someterse antes a él, no sólo se verán castigados con la incapacidad de penetrar en los pacientes más allá de una cierta profundidad, sino que se expondrán a un grave peligro, que puede serlo también para otros. Se inclinarán fácilmente a proyectar sobre la ciencia como teoría general lo que una oscura autopercepción les descubre sobre las peculiaridades de su propia persona, y de este modo atraerán el descrédito sobre el método psicoanalítico e inducirán a error a los individuos poco experimentados.

g) Añadiremos aún algunas reglas con las que pasaremos de la actitud recomendable al médico al tratamiento de los analizados.

Resulta muy atractivo para el psicoanalítico joven y entusiasta poner en juego mucha parte de su propia individualidad para arrastrar consigo al paciente e infundirle impulso para sobrepasar los límites de su reducida personalidad. Podía parecer lícito, e incluso muy apropiado para vencer las resistencias dadas en el enfermo, el que el médico le permitiera la visión de sus propios defectos y conflictos anímicos y le hiciera posible equipararse a él, comunicándole las intimidades de su vida. La confianza debe ser recíproca, y si se quiere que alguien nos abra su corazón, debemos comenzar por mostrarle el nuestro.

Pero en la relación psicoanalítica suceden muchas cosas de un modo muy distinto a como sería de esperar según las premisas de la psicología de la conciencia. La experiencia no es nada favorable a semejante técnica afectiva. No es nada difícil advertir que con ella abandonamos el terreno psicoanalítico y nos aproximamos al tratamiento por sugestión. Alcanzamos así que el paciente comunique antes y con mayor facilidad lo que ya le es conocido y hubiera silenciado aún durante algún tiempo por resistencias convencionales. Mas por lo que respecta al descubrimiento de lo que permanece inconsciente para el enfermo, esta técnica no nos es de utilidad ninguna; incapacita al sujeto para vencer las resistencias más profundas y fracasa siempre en los

casos de alguna gravedad, provocando en el enfermo una curiosidad insaciable que le inclina a invertir los términos de la situación y a encontrar el análisis del médico más interesante que el suyo propio. Esta actitud abierta del médico dificulta asimismo una de las tareas capitales de la cura: la solución de la transferencia, resultando así que las ventajas que al principio pudo proporcionar quedan luego totalmente anuladas. En consecuencia, no vacilamos en declarar indeseable tal técnica. El médico debe permanecer impenetrable para el enfermo y no mostrar, como un espejo, más que aquello que le es mostrado. Desde el punto de vista práctico no puede condenarse que un psicoterapeuta mezcle una parte de análisis con algo de influjo sugestivo para conseguir en poco tiempo resultados visibles, como resulta necesario en los sanatorios; pero debe exigírsele que al obrar así sepa perfectamente lo que hace y reconozca que su método no es el psicoanálisis auténtico.

h) De la actuación educadora que sin propósito especial por su parte recae sobre el médico en el tratamiento psicoanalítico se deriva para él otra peligrosa tentación. En la solución de las inhibiciones de la evolución psíquica se le plantea espontáneamente la labor de señalar nuevos fines a las tendencias libertadas. No podremos entonces extrañar que se deje llevar por una comprensible ambición y se esfuerce en hacer algo excelente de aquella persona a la que tanto trabajo le ha costado libertar de la neurosis, marcando a sus deseos los más altos fines. Pero también en esta cuestión debe saber dominarse el médico y subordinar su actuación a las capacidades del analizado más que a sus propios deseos. No todos los neuróticos poseen una elevada facultad de sublimación. De muchos de ellos hemos de suponer que no hubieran contraído la enfermedad si hubieran poseído el arte de sublimar sus instintos. Si les imponemos una sublimación excesiva y los privamos de las satisfacciones más fáciles y próximas de sus instintos, les haremos la vida más difícil aún de lo que ya la sienten. Como médicos debemos ser tolerantes con las flaquezas del enfermo y satisfacernos con haber devuelto a un individuo —aunque no se trate de una personalidad sobresaliente— una parte de su capacidad funcional y de goce. La ambición pedagógica es tan inadecuada como la terapéutica. Pero, además, debe tenerse en cuenta que muchas personas han enfermado precisamente al intentar sublimar sus

instintos más de lo que su organización podía permitírselo, mientras que aquellas otras capacitadas para la sublimación la llevan a cabo espontáneamente en cuanto el análisis deshace sus inhibiciones. Creemos, pues, que la tendencia a utilizar regularmente el tratamiento analítico para la sublimación de instintos podrá ser siempre meritoria, pero nunca recomendable en todos los casos.

i) ¿En qué medida debemos requerir la colaboración intelectual del analizado en el tratamiento? Es difícil fijar aquí normas generales. Habremos de atenernos ante todo a la personalidad del paciente, pero sin dejar de observar jamás la mayor prudencia. Resulta equivocado plantear al analizado una labor mental determinada, tal como reunir sus recuerdos, reflexionar sobre un periodo determinado de su vida, etc. Por el contrario, tiene que aceptar algo que ha de parecerle muy extraño en un principio. Que para llegar a la solución de los enigmas de la neurosis no sirve de nada la reflexión ni el esfuerzo de la atención o la voluntad, y sí únicamente la paciente observancia de las reglas psicoanalíticas que le prohíben ejercer crítica alguna sobre lo inconsciente y sus productos. La obediencia a esta regla debe exigirse más inflexiblemente a aquellos enfermos que toman la costumbre de escapar a las regiones intelectuales durante el tratamiento y reflexionan luego mucho, y a veces muy sabiamente, sobre su estado, ahorrándose así todo esfuerzo por dominarlo. Por esta razón prefiero también que los pacientes no lean durante el tratamiento ninguna obra psicoanalítica; les pido que aprendan en su propia persona y les aseguro que aprenderán así mucho más de lo que pudiera enseñarles toda la bibliografía psicoanalítica. Pero reconozco que en las condiciones en que se desarrolla la cura en sanatorio puede ser conveniente servirse de la lectura para la preparación del analizado y la creación de una atmósfera propicia.

En cambio, no deberá intentarse jamás conquistar la aprobación y el apoyo de los padres o familiares del enfermo dándoles a leer una obra más o menos profunda de nuestra bibliografía. Por lo general, basta con ello para hacer surgir prematuramente la hostilidad de los parientes contra el tratamiento psicoanalítico de los suyos, hostilidad natural e inevitable más pronto o más tarde, resultando así que la cura no llega siquiera a ser iniciada.

Terminaremos manifestando nuestra esperanza de que la progresiva experiencia de los psicoanalíticos conduzca pronto a un acuerdo unánime sobre la técnica más adecuada para el tratamiento de los neuróticos. Por lo que respecta al tratamiento de los *familiares*, confieso que no se me ocurre solución alguna y que me inspira pocas esperanzas su tratamiento individual.

LX

LA INICIACIÓN DEL TRATAMIENTO[1382]

1913

SI intentamos aprender en los libros el noble juego del ajedrez, no tardaremos en advertir que sólo las aperturas y los finales pueden ser objeto de una exposición sistemática exhaustiva, a la que se sustrae, en cambio, totalmente la infinita variedad de las jugadas siguientes a la apertura. Sólo el estudio de partidas celebradas entre maestros del ajedrez puede cegar esta laguna. Pues bien: las reglas que podemos señalar para la práctica del tratamiento psicoanalítico están sujetas a idéntica limitación.

En el presente trabajo me propongo reunir algunas de estas reglas para uso del analítico práctico en la iniciación del tratamiento. Entre ellas hay algunas que pueden parecer insignificantes, y quizá lo sean. En su disculpa he de alegar que se trata de reglas de juegos que han de extraer su significación de la totalidad del plan. Pero además, las presento tan sólo como simples «consejos», sin exigir estrictamente su observancia. La extraordinaria diversidad de las constelaciones psíquicas dadas, la plasticidad de todos los procesos psíquicos y la riqueza de los factores que hemos de determinar se oponen también a una mecanización de la técnica y permiten que un procedimiento generalmente justificado no produzca en ocasiones resultado positivo alguno, o inversamente, que un método defectuoso logre el fin deseado. De todos modos, estas circunstancias no impiden señalar al médico normas generales de conducta.

Ya en otro lugar[1383] hemos consignado toda una serie de indicaciones relativas a la selección de los enfermos para el tratamiento analítico. No habré, pues, de repetirlas aquí, y sólo haré constar que en el intervalo han sido plenamente aceptadas por otros psicoanalíticos. Pero sí añadiré que ulteriormente he tomado la costumbre de advertir a aquellos enfermos sobre los cuales poseo pocos datos que, en principio, sólo provisionalmente, y por una o dos semanas, puedo encargarme de ellos, y de este modo, cuando me veo obligado a interrumpir el análisis, por estar contraindicado, ahorro al enfermo la penosa impresión de una tentativa de curación fracasada, pues considera el hecho como un mero sondeo realizado para llegar a conocer el caso y decidir si le es o no aplicable el psicoanálisis. Es éste el único medio de prueba de que disponemos, y no conseguiríamos nada intentado sustituirlo por una serie de interrogatorios que, además, nos llevarían el mismo tiempo o quizá más. Pero a la par que un ensayo previo, constituye la iniciación del análisis y ha de seguir por tanto, sus mismas normas. Sólo podremos diferenciarlo algo del análisis propiamente dicho dejando hablar preferentemente al enfermo y no suministrándole más explicaciones que las estrictamente indispensables para la continuación de su relato.

Esta iniciación del tratamiento con un período de prueba de algunas semanas tiene, además, una motivación diagnóstica. Muchas veces, al encontrarnos ante una neurosis con síntomas histéricos u obsesivos, no muy acentuada y relativamente reciente, esto es, ante una de aquellas formas de neurosis que consideramos más apropiadas para el tratamiento analítico, tenemos que preguntarnos, sin embargo, si no se tratará de un caso inicial de una demencia precoz (esquizofrenia, según Bleuler, o parafrenia, según mi propuesta), que al cabo de más o menos tiempo mostrará francamente todo el cuadro sintomático de esta afección. A mi juicio, la decisión no es en estos casos nada fácil. Sé que hay psiquiatras que rara vez vacilan en este diagnóstico diferencial, pero también estoy convencido de que se equivocan tan a menudo como los demás. Pero los errores de este género son mucho más fatales para el psicoanalítico que para el psiquiatra clínico, pues en ninguno de los dos casos posibles emprende éste nada decisivo; se expone solamente al peligro de cometer un error teórico, y su diagnóstico no tiene más que un interés académico. En cambio, si el psicoanalítico yerra en su

diagnóstico, incurrirá en una falta de carácter práctico, impondrá al enfermo un esfuerzo inútil y desacreditará su terapia. Si el enfermo no padece una histeria ni una neurosis obsesiva, sino una parafrenia, no podrá mantener el médico su promesa de curación y, por tanto, deberá poner de su parte todo lo posible para evitar un error de diagnóstico. En un tratamiento de ensayo, prolongado algunas semanas, puede ya tener ocasión de observar manifestaciones sospechosas que le determinen a no llevar más adelante la tentativa. Desgraciadamente, no puede tampoco afirmarse que tal ensayo nos facilite siempre un diagnóstico seguro; es tan sólo una precaución más[1384].

Las conferencias prolongadas con el enfermo antes de dar principio al tratamiento analítico, la sumisión anterior de aquél a otro método terapéutico y la existencia de una relación de amistad entre el médico y el enfermo determinan ciertas consecuencias desfavorables, a las que debemos estar preparados. Motivan, en efecto, que el enfermo se presente ante el médico en una actitud de transferencia ya definida, que el médico habrá de ir descubriendo poco a poco en lugar de encontrar ocasión de observar el crecimiento y la constitución de la transferencia desde su principio. El paciente nos lleva así durante cierto tiempo una ventaja que sólo a disgusto le concedemos en la cura.

Debe desconfiarse siempre de aquellos enfermos que nos piden un plazo antes de comenzar la cura. La experiencia nos ha demostrado que es inútil esperar su retorno al expirar la tregua acordada, incluso en aquellos casos en los que la motivación del aplazamiento, o sea la racionalización de su propósito de eludir el tratamiento, parecería plenamente justificada para un profano.

El hecho de que entre el médico y el paciente que va a ser sometido al análisis, o entre sus familias respectivas, existan relaciones de amistad o conocimiento, suscita también especiales dificultades. El psicoanalista del que se solicita que se encargue del tratamiento de la mujer o el hijo de un amigo, puede prepararse a perder aquella amistad, cualquiera que sea el resultado del análisis. No obstante, deberá sacrificarse si no encuentra un sustituto en el que pueda confiar.

Tanto los profanos como aquellos médicos que todavía confunden el psicoanálisis con un tratamiento de sugestión suelen atribuir gran importancia a las esperanzas que el paciente funde en el nuevo tratamiento. Juzgan que tal o cual enfermo no habrá de dar mucho trabajo, por entrañar una gran confianza en el psicoanálisis y estar convencido de su verdad y su eficacia. En cambio, tal otro suscitará graves dificultades, pues se trata de un escéptico que niega todo crédito a nuestros métodos y sólo se convencerá cuando experimente en si propio su eficacia. Pero, en realidad, la actitud del paciente significa muy poco; su confianza o desconfianza provisional no supone apenas nada, comparada con las resistencias internas que mantienen las neurosis. La confianza del paciente hace muy agradable nuestro primer contacto con él, y le damos, por ella, las más más rendidas gracias, pero al mismo tiempo le advertimos también que tan favorable disposición se estrellará seguramente contra las primeras dificultades emergentes en el tratamiento. Al escéptico le decimos que el análisis no precisa de la confianza del analizado y que, por tanto, puede mostrarse todo lo desconfiado que le plazca, sin que por nuestra parte hayamos de atribuir su actitud a un defecto de su capacidad de juicio, pues nos consta que no está en situación de poderse formar un juicio seguro sobre estas cuestiones; su desconfianza no es sino un síntoma como los demás suyos y no habrá de perturbar, de modo alguno, la marcha del tratamiento, siempre que, por su parte, se preste él a observar concienzudamente las normas del análisis.

Para las personas conocedoras de la esencia de la neurosis no constituirá sorpresa ninguna saber que también los individuos plenamente capacitados para someter a otros al análisis se conducen como cualquier mortal y pueden producir resistencias intensísimas en cuanto pasan a ser, a su vez, objeto de análisis. Estos casos nos procuran de nuevo una sensación de la tercera dimensión psíquica, y no encontramos nada sorprendente hallar arraigada la neurosis en estratos psíquicos a los que no ha descendido la ilustración psicoanalítica.

Otra de las cuestiones importantes que surgen al iniciar un análisis es la de concertar con el paciente las condiciones de tiempo y de dinero.

Por lo que se refiere al tiempo, sigo estrictamente y sin excepción alguna el principio de adscribir a cada paciente una hora determinada. Esta hora le pertenece por completo, es de su exclusiva propiedad y responde económicamente de ella, aunque no la utilice. Semejante condición, generalmente admitida en nuestra buena sociedad cuando se trata de un profesor de música o de idiomas, parecerá acaso muy dura en cuanto al médico y hasta incorrecta desde el punto de vista profesional. Se alegarán quizá las muchas casualidades que pueden impedir al paciente acudir a una misma hora todos los días a casa del médico y se pedirá que tengamos en cuenta las numerosas enfermedades intercurrentes que pueden inmovilizar al sujeto en el curso de un tratamiento analítico algo prolongado. Pero a todo ello habré de explicar que no hay la menor posibilidad de obrar de otro modo. En cuanto intentásemos seguir una conducta más benigna, las faltas de asistencia puramente «casuales» se multiplicarían de tal modo, que perderíamos sin fruto alguno la mayor parte de nuestro tiempo. Por el contrario, manteniendo estrictamente el severo criterio indicado, desaparecen por completo los obstáculos «casuales» que pudieran impedir al enfermo acudir algún día a la consulta y se hacen muy raras las enfermedades intercurrentes, resultando así que sólo muy pocas veces llegamos a gozar de un asueto retribuido que pudiera avergonzarnos. En cambio, podemos continuar seguidamente nuestro trabajo y eludimos la contrariedad de ver interrumpido el análisis en el momento en que prometía llegar a ser más interesante y provechoso. Unos cuantos años de practicar el psicoanálisis siguiendo estrictamente este principio de exigir a cada enfermo la retribución correspondiente a la hora que se le ha señalado, la utilice o no, nos convencen decisivamente de la importancia de la psicogenia en la vida cotidiana de los hombres, de la frecuencia de las «enfermedades falsas» y de la inexistencia del azar. En los casos de enfermedad orgánica indubitable, que el interés psíquico no puede, naturalmente, excluir, interrumpo el tratamiento y adjudico a otro paciente la hora que así me queda libre, a reserva de continuar el tratamiento del primero cuando cesa su enfermedad orgánica y puedo, por mi parte, señalarle otra hora.

Por lo general, trabajo diariamente con mis enfermos, excepción hecha de los domingos y las fiestas muy señaladas, viéndolos, por tanto, seis veces por

semana. En los casos leves, o cuando se trata de la continuación de un tratamiento ya muy avanzado, pueden bastar tres horas semanales. Fuera de este caso, la disminución de las sesiones de tratamiento resulta tan poco ventajosa para el médico como para el enfermo, debiendo rechazarse desde luego al principio del análisis. Una labor más espaciada nos impediría seguir paso a paso la vida actual del paciente, y la cura correría el peligro de perder su contacto con la realidad y desviarse por caminos laterales. De cuando en cuando tropezamos también con algún paciente al que hemos de dedicar más de una hora diaria, pues necesita ya casi este tiempo para desentumecerse y comenzar a mostrarse comunicativo. Aún cortas interrupciones oscurecen la labor (fines de semana).

Al principio del tratamiento suelen también dirigir los enfermos al médico una pregunta poco grata: ¿Cuánto habrá de durar el tratamiento? ¿Qué tiempo necesita usted para curarme de mi enfermedad? Cuando previamente le hemos propuesto comenzar con un período de ensayo, podemos eludir una respuesta directa a estas interrogaciones, prometiendo al sujeto que, una vez cumplido tal período, nos ha de ser más fácil indicarle la duración aproximada de la cura. Contestamos, pues, al enfermo como Esopo al caminante que le preguntaba cuánto tardaría en llegar al final de su viaje; esto es, invitándole a echar a andar, y le explicamos tal respuesta alegando que antes de poder determinar el tiempo que habrá de emplear en llegar a la meta necesitamos conocer su paso. Con esto, salvamos las primeras dificultades, pero la comparación utilizada no es exacta, pues el neurótico puede cambiar frecuentemente de paso y no avanzar sino muy lentamente a veces. En realidad, resulta imposible fijar de antemano la duración del tratamiento.

La ignorancia de los enfermos y la insinceridad de los médicos se confabulan para exigir del psicoanálisis los más desmedidos rendimientos en un mínimo de tiempo. Véase, si no, el siguiente extracto de una carta que me ha dirigido hace pocos días una señora rusa. Tiene cincuenta y tres años; viene enferma hace veintitrés, y desde hace diez se halla incapacitada para toda labor algo continuada. Los «tratamientos seguidos en diversos sanatorios» no han conseguido devolverla a la «vida activa». Espera obtener la curación por medio del psicoanálisis, sobre el cual le han llamado la atención sus lecturas. Pero su enfermedad ha costado ya tanto dinero a su

familia, que no podría prolongar su estancia en Viena más allá de dos meses. Además, tendrá que hacer sus comunicaciones por escrito, pues está segura de que el solo hecho de rozar sus complejos provocará en ella una explosión o la «hará enmudecer por algún tiempo». En general, no puede esperarse de nadie que levante con los dedos una pesada mesa como podría levantar un ligero escabel, ni que construya una casa de siete pisos en el mismo tiempo que una choza; pero cuando se trata de las neurosis, hasta las personas más inteligentes olvidan la proporcionalidad necesaria entre el tiempo, el trabajo y el resultado. Todo ello no es sino una consecuencia perfectamente comprensible de la profunda ignorancia general en cuanto a la etiología de las neurosis. Como no se sabe de dónde han venido, se supone que un buen día desaparecerán como vinieron.

Los médicos apoyan este feliz optimismo, e incluso los más eminentes estiman a veces muy por bajo la gravedad de las enfermedades neuróticas. Un colega que me honra con su amistad y que después de elaborar muchos años bajo distintas premisas científicas ha aceptado las del psicoanálisis, me escribía en una ocasión: «Lo que necesitamos es un tratamiento cómodo, breve y ambulatorio de las neurosis obsesivas». Como no podía satisfacerle, me disculpé, todo avergonzado, con la observación de que también los internistas se alegrarían mucho de poder hallar, para el cáncer o la tuberculosis, una terapia que reuniera tales ventajas.

Contestando ya directamente a la interrogación, declararemos que el psicoanálisis precisa siempre períodos prolongados, desde un semestre hasta un año cuando menos, y desde luego mucho más prolongados de lo que por lo general espera el enfermo. Estamos, pues, obligados a hacérselo saber así, antes que se decida definitivamente a someterse al tratamiento. Por mi parte, me parece lo más digno y también los más conveniente advertir desde un principio al enfermo las dificultades de la terapia analítica y los sacrificios que exige, evitando así que el día de mañana pueda reprocharnos haberle inducido a aceptar un tratamiento cuya amplitud e importancia ignoraba. Aquellos enfermos que ante estas noticias renuncian al tratamiento, habrían de mostrarse seguramente más tarde poco adecuados para el mismo, y de este modo realizamos ya desde un principio una selección muy conveniente. Con el progreso de la ilustración psicoanalítica de los enfermos va aumentando el

número de los que pasan esta prueba.

Por otra parte, rehusamos comprometer a los pacientes a seguir el tratamiento durante un período determinado y les permitimos abandonarlo cuando quieren, aunque sin ocultarles que la interrupción de la cura iniciada excluye todo posible resultado positivo y puede provocar un estado insatisfactorio, como una operación no llevada a término. En los primeros años de mi actividad psicoanalítica me era dificilísimo mover a los enfermos a proseguir el tratamiento. En cambio, hoy me es mucho más difícil obligarles a darlo por terminado.

La abreviación de la cura analítica continúa siendo una aspiración perfectamente justificada, a cuyo cumplimiento se tiende, según veremos, por diversos caminos. Desgraciadamente, se opone a ella un factor muy importante: la lentitud con que se cumplan las modificaciones anímicas algo profundas. Cuando situamos a los enfermos ante la dificultad que supone el largo tiempo necesario para el análisis, suele encontrar y proponernos una determinada solución. Dividen sus padecimientos en dos grupos, principal y secundario, incluyendo en el primero aquellos que les parecen más intolerables, y nos dicen: «Si logra usted librarme de tal o cual síntoma (por ejemplo, del dolor de cabeza o de una angustia determinada), ya veré yo de arreglármelas con los demás». Pero al pensar así estiman muy por alto el poder electivo del análisis. El médico analista puede, desde luego, alcanzar resultados positivos muy importantes, pero lo que no puede es determinar precisamente cuáles. Inicia un proceso, la resolución de las represiones existentes, y puede vigilarlo, propulsarlo, desembarazar de obstáculos su trayectoria, o también, en el peor caso, perturbarlo. Pero en general el proceso sigue, una vez iniciado, su propio camino, sin dejarse marcar una dirección, ni mucho menos la sucesión de los puntos que ha de ir atacando. De este modo, con el poder del analista sobre los fenómenos patológicos sucede aproximadamente lo mismo que con la potencia viril. El hombre más potente puede, desde luego, engendrar un ser completo, pero no hace surgir solamente en el organismo femenino una cabeza, un brazo o una pierna, ni siquiera determinar el sexo de la criatura. No hace tampoco más que iniciar un proceso extraordinariamente complicado y determinado por sucesos antiquísimos, proceso que termina con el parto. También la neurosis de un

individuo posee los caracteres de un organismo, y sus fenómenos parciales no son independientes entre sí, sino que se condicionan y se apoyan unos a otros. No se padece nunca más que una sola neurosis y no varias que hayan venido a coincidir casualmente en el mismo individuo. Un enfermo al que, siguiendo sus deseos, hubiéramos libertado de un síntoma intolerable, podría experimentar a poco la dolorosa sorpresa de ver intensificarse, a su vez, hasta lo intolerable, otro síntoma distinto, benigno hasta entonces. Todo aquel que quiera hacer lo más independiente posible de sus condiciones sugestivas (esto es, de sus condiciones de transferencia) el éxito terapéutico, obrará cuerdamente renunciando también a los indicios de influencia electiva de que el médico dispone. Para el psicoanalista, los pacientes más gratos habrán de ser aquellos que acuden a él en busca de la más completa salud posible y ponen a su disposición todo el tiempo que le sea preciso para conseguir su restablecimiento. Naturalmente, sólo pocos casos nos ofrecen condiciones tan favorables.

Otra de las cuestiones que deben ser resueltas al iniciar un tratamiento es la referente al dinero; esto es, al montante de los honorarios del médico. El analista no niega que el dinero debe ser considerado en primera línea como medio para la conservación individual y la adquisición de poderío, pero afirma, además, que en su valoración participan poderosos factores sexuales. En apoyo de esta afirmación puede alegar que el hombre civilizado actual observa en las cuestiones de dinero la misma conducta que en las cuestiones sexuales, procediendo con la misma doblez, el mismo falso pudor y la misma hipocresía. Por su parte, el analista no está dispuesto a incurrir en iguales vicios, sino a tratar ante el paciente las cuestiones de dinero con la misma sinceridad natural que quiere inculcarle en cuanto a los hechos de la vida sexual, y de este modo le demostrará ya desde un principio haber renunciado él mismo a un falso pudor, comunicándole espontáneamente en cuánto estima su tiempo y su trabajo. Una elemental prudencia le aconsejará luego no dejar que se acumulen grandes sumas, sino pasar su minuta a intervalos regulares (por ejemplo, mensualmente). Por otro lado, es bien sabido que la baratura de un tratamiento no contribuye en modo alguno a hacerlo más estimable a los enfermos. Esta conducta no es, desde luego, la habitual entre los neurólogos o

los internistas de nuestra sociedad europea. Pero el psicoanalista puede equipararse al cirujano, que también es sincero y exigente en estas cuestiones, porque posee, realmente, medios eficaces de curación. A mi juicio, es indudablemente más digno y más moral declarar con toda franqueza nuestras necesidades y nuestras aspiraciones a fingir un filantrópico desinterés, incompatible con nuestra situación económica, como aún es habitual entre los médicos, e indignarnos en secreto de la desconsideración y la tacañería de los enfermos o incluso criticarla en público. El analista podrá apoyar además sus pretensiones de orden económico en el hecho de que, trabajando intensamente, jamás puede llegar a ganar tanto como otros especialistas.

Por estas mismas razones podrá negarse también a todo tratamiento gratuito sin hacer excepción alguna en favor de parientes o colegas. Esta última determinación parece infringir los preceptos del compañerismo médico, pero ha de tenerse en cuenta que un tratamiento gratuito significa mucho más para el psicoanalítico que para cualquier otro médico, pues supone sustraerle por muchos meses una parte muy considerable de su tiempo retribuido (una séptima u octava parte). Un segundo tratamiento gratuito simultáneo le robaría ya una cuarta o una tercera parte de sus posibilidades de ganancia, lo cual podría ya equipararse a los efectos de un grave accidente traumático.

Habremos de preguntarnos, además, si la ventaja que procura al enfermo el tratamiento gratuito puede compensar en cierto modo el sacrificio del médico. Personalmente me creo autorizado a formular un juicio sobre esta cuestión, pues durante diez años he dedicado una hora diaria, y en alguna época dos, a tratamientos gratuitos, guiado por la idea de eludir todas las fuentes de resistencias posibles y facilitarme así la tarea de penetrar en la esencia de la neurosis. Pero esta conducta no me proporcionó en ningún caso las ventajas buscadas. El tratamiento gratuito intensifica enormemente algunas de las resistencias del neurótico; por ejemplo, en las mujeres jóvenes, la tentación integrada en la relación de transferencia, y en los hombres jóvenes, la rebeldía contra el deber de gratitud, rebeldía procedente del complejo del padre y que constituye uno de los más graves obstáculos a la influencia terapéutica. La ausencia de la compensación que supone el pago de honorarios al médico se hace sentir penosamente al enfermo; la relación entre

ambos pierde todo carácter real y el paciente queda privado de uno de los motivos principales para atender a la terminación de la cura.

Se puede no compartir la repugnancia ascética al dinero y deplorar, sin embargo, que la terapia analítica resulte casi inasequible a los pobres, y tanto por motivos externos como internos. Pero es cosa que no tiene gran remedio. Por otro lado, quizá acierte la afirmación corriente de que los hombres a quienes las duras necesidades de la vida imponen un rudo y constante trabajo, sucumben menos fácilmente a la neurosis. Ahora bien: la experiencia demuestra, en cambio, que cuando uno de tales individuos contrae una neurosis, no se deja ya sino difícilmente arrancar a ella, pues le presta grandes servicios en su lucha por la existencia y le procura una ventaja patológica secundaria demasiado importante. La neurosis le ayuda a lograr de los demás la compasión que antes no logró de ellos su miseria material y le permite eximirse a sí mismo de la necesidad de combatir su pobreza por medio del trabajo. Al atacar con medios puramente psicoterápicos la neurosis de un sujeto necesitado, advertimos en seguida que lo que él demanda en este caso es una terapia actual de muy distinto género, una terapia como la que nuestra leyenda nacional atribuye al emperador José II. Naturalmente, también entre estas personas encontramos a veces individuos muy estimables a quienes la desgracia ha vencido sin culpa alguna por parte de ellos y en los cuales no tropieza el tratamiento gratuito con los obstáculos antes indicados, obteniendo, por el contrario, resultados perfectos.

Para la clase media, el gasto que supone el tratamiento psicoanalítico sólo aparentemente puede resultar excesivo. Aparte de que un gasto relativamente moderado nunca puede significar nada frente a la salud y a la capacidad funcional, si comparamos las continuas expensas exigidas por el tratamiento no analítico de los neuróticos en sanatorios y consultas con el incremento de capacidad funcional y adquisitiva que los mismos experimentan al cabo de una cura psicoanalítica llevada a feliz término, podremos decir que el enfermo ha hecho todavía un buen negocio. Lo más costoso en esta vida es la enfermedad… y la tontería.

Antes de cerrar estas observaciones relativas a la iniciación de la cura analítica, diré aún algunas palabras sobre un cierto ceremonial que observamos en las sesiones del tratamiento. A este respecto, mantengo mi

consejo de hacer echarse al paciente en un diván, colocándose el médico detrás de él y fuera del alcance de su vista. Esta disposición tiene un sentido histórico, partiendo del cual se desarrolló el psicoanálisis. Pero merece conservarse por varias razones. En primer lugar, por un motivo personal que seguramente compartirá conmigo mucha gente. No resisto pasarme ocho o más horas al día teniendo constantemente clavada en mí la mirada de alguien. Pero, además, como en tanto que escucho al sujeto me abandono también por mi parte al curso de mis ideas inconscientes, no quiero que mi gesto procure al paciente materia de interpretaciones o influya sobre sus manifestaciones. Por lo general, el sujeto no se acomoda gustoso a esta disposición y se rebela contra ella, sobre todo cuando el instinto visual (*voyeurs*) desempeña un papel importante en su neurosis. Por mi parte, mantengo inflexiblemente la situación descrita, con la que me propongo y consigo evitar la inmixtión de la transferencia en las ocurrencias del enfermo, aislar la transferencia y hacerla surgir a su tiempo, como resistencia claramente delimitada. Sé que muchos analíticos obran en este punto de otro modo, pero no puedo decir si es porque realmente encuentran con ello alguna ventaja o sólo por el deseo de no hacer lo que otros.

Una vez reguladas en esta forma las condiciones de la cura, habremos de preguntarnos en qué punto y con qué materiales se ha de comenzar el tratamiento.

En general, no importa cuál sea la materia con la que iniciemos el análisis: la historia del paciente, sus recuerdos infantiles o el historial de su enfermedad. Lo único de que debemos cuidarnos es de empezar dejando hablar al enfermo sobre sí mismo, sin entrar a determinar su elección del punto de partida. Así, pues, nos limitaremos a decirle: «Antes que yo pueda indicarle nada, tengo que saber mucho sobre usted. Le ruego, por tanto, que me cuente lo que usted sepa de sí mismo».

De esta conducta pasiva inicial sólo hacemos una excepción en cuanto a la regla psicoanalítica fundamental a la que el paciente ha de atenerse y que comunicamos desde un principio: «Una advertencia aún, antes de empezar: su relato ha de diferenciarse de una conversación corriente en una cierta condición. Normalmente procura usted, como es natural, no perder el hilo de

su relato y rechazar todas las ocurrencias e ideas secundarias que pudieran hacerle incurrir en divagaciones impertinentes. En cambio, ahora tiene usted que proceder de otro modo. Advertirá usted que durante su relato acudirán a su pensamiento diversas ideas, que usted se inclinará a rechazar con ciertas objeciones críticas. Sentirá usted la tentación de decirse: "Esto o lo otro no tiene nada que ver con lo que estoy contando, o carece de toda importancia, o es un desatino, y, por tanto, no tengo para qué decirlo." Pues bien: debe usted guardarse de ceder a tales críticas y decirlo a pesar de sentirse inclinado a silenciarlo, o precisamente por ello. Más adelante conocerá usted, y reconocerá, la razón de esta regla, que es, en realidad, la única que habrá usted de observar. Diga usted, pues, todo lo que acude a su pensamiento. Condúzcase como un viajero que va junto a la ventanilla del vagón y describe a sus compañeros cómo el paisaje va cambiando ante sus ojos. Por último, no olvide usted nunca que ha prometido ser absolutamente sincero y no calle nunca algo porque le resulte desagradable comunicarlo[1385]».

Aquellos pacientes que creen conocer el punto de partida de su enfermedad, comienzan, por lo general, su relato con la exposición de los hechos en los que ven el motivo de sus dolencias; otros, que se dan cuenta de la relación de sus neurosis con sus experiencias infantiles, suelen empezar con una descripción de su vida, desde sus primeros recuerdos. En ningún caso debe, sin embargo, esperarse un relato sistemático, ni tampoco hacer nada por conseguirlo. Cada uno de los detalles de la historia habrá luego de ser relatado nuevamente, y sólo en estas repeticiones surgirán ya los elementos que permiten al paciente establecer relaciones importantes, cuya existencia ignora, sin embargo.

Hay pacientes que a partir de las primeras sesiones preparan previamente, con el mayor cuidado, lo que durante ellas han de decir, bajo pretexto de garantizar así un mejor aprovechamiento del tiempo. Pero en esta conducta se oculta una resistencia, disfrazada de celoso interés por el análisis. Aconsejaremos, pues, a los enfermos que prescindan de semejante preparación, cuyo sólo fin es impedir la emergencia de ocurrencias indeseadas[1386]. Aunque el enfermo crea sinceramente en la bondad de su propósito, la resistencia impondrá su intervención en la preparación intencional y logrará que el material más valioso eluda la comunicación. No

tardaremos luego en observar que el paciente encuentra aun otros métodos para sustraer al tratamiento el material pedido. Por ejemplo, hablará todos los días con algún amigo íntimo sobre la marcha de la cura, y dará salida en esta conversación a todas las ideas que luego habrían de asaltarle en presencia del médico. La cura adolece entonces de una grieta por la que se escapa precisamente lo mejor. No habremos, pues, de dilatarnos mucho en aconsejar al paciente que considera su cura analítica como un asunto reservado entre él y el médico, sin que deba poner al corriente de los detalles de la misma a ninguna otra persona, por familiar y curiosa que sea. En estadios ulteriores del tratamiento, el paciente deja de experimentar, por lo générai, semejantes tentaciones.

A aquellos enfermos que quieren mantener secreto el tratamiento, porque también han mantenido secreta su neurosis, no les opongo dificultad alguna, aunque tal condición impida que algunos de los más acabados éxitos terapéuticos lleguen a actuar convincentemente sobre la opinión general. Naturalmente, la decisión del enfermo en cuanto al secreto del tratamiento hace ya surgir a la luz un carácter de su historia íntima.

Aconsejando al enfermo en los comienzos de la cura que procure no confiar sino a limitadísimas personas o a ninguna, si es posible, la marcha y los detalles del tratamiento, lo protegemos también, en cierto modo, de las muchas influencias hostiles que intentarán apartarle del análisis. Más tarde, tales influencias resultan ya inofensivas y hasta útiles para hacer emerger resistencias que tendían a permanecer ocultas.

Cuando el enfermo requiere temporalmente, durante el tratamiento analítico, la aplicación de otra terapia, interna o especial, es más conveniente confiarla a un colega no analítico que tomarla también a nuestro cargo. La práctica de tratamientos combinados, en los casos de neurosis, con intensas concomitancias orgánicas, resulta casi siempre irrealizable. Los pacientes pierden su interés por el análisis en cuanto se les muestra más de un camino para llegar a la curación. Lo mejor es aplazar el tratamiento orgánico hasta terminar el psíquico, pues si se practica antes, es casi seguro que no se obtendrá con él resultado alguno.

Volvamos ahora a la iniciación del tratamiento. Algunas veces

encontraremos pacientes que comenzarán la cura objetando que no se les ocurre nada que contar, aunque tienen intacto ante sí todo el vasto dominio de la historia de su vida y de su enfermedad. Pero ni entonces, ni nunca luego, debemos ceder a su demanda de que les marquemos el tema sobre el que han de hablar. Hemos de tener siempre presente qué es lo que en estos casos se nos opone. Se trata de una intensa resistencia que ha avanzado hasta la primera línea, y lo mejor será aceptar el acto de desafío y atacarla animosamente. Nuestra afirmación, enérgicamente repetida, de que al principio de la cura no puede existir semejante falta de toda ocurrencia, tratándose, realmente, de una resistencia contra el análisis, obliga al paciente a iniciar sus confesiones con algo que ya sospechábamos o revela una parte de sus complejos. Habremos de considerar muy mal signo el que haya de confesarnos que ya al oírnos comunicarle la regla fundamental psicoanalítica se propuso reservar, a pesar de todo, determinadas cosas. Menos malo será que sólo tenga que confesarnos su desconfianza ante el análisis o las cosas que contra el mismo ha oído. Si niega estas posibilidades al exponérselas nosotros, le arrancaremos, en cambio, la confesión de haber silenciado en el análisis determinados pensamientos. Hubo de pensar en la cura misma, en el aspecto de la habitación, en los objetos que en ella había o en la situación de su propia persona, tendida allí sobre un diván; pero en vez de comunicar estos pensamientos, declaró que no se le ocurría nada. No es difícil interpretar esta clase de asociaciones; todo lo que se enlaza a la situación del tratamiento corresponde a una transferencia sobre la persona del médico, transferencia muy adecuada para constituirse una resistencia. En estos casos nos vemos obligados a comenzar con el descubrimiento de esta transferencia, y partiendo de ella, encontramos pronto el camino de acceso al material patógeno del enfermo.

Aquellas mujeres que, según toda la historia de su vida, se hallan preparadas a una agresión sexual y aquellos hombres que encierran intensos complejos homosexuales reprimidos son los que generalmente inician el análisis, alegando tal falta de ocurrencias.

Como la primera resistencia, también los primeros síntomas y actos casuales de los pacientes presentan singular interés y delatan uno de los complejos que dominan su neurosis. Un joven filósofo, muy inteligente y de

extraordinaria sensibilidad estética, se aseguró cuidadosamente la hebilla del pantalón antes de echarse en el diván al dar comienzo a la primera sesión del tratamiento, y corroboró luego la significación de este acto casual, revelando haber entrañado, en su pasado, refinadas tendencias coprófilas, como su ulterior esteticismo hacía esperar.

En igual situación, una muchacha se apresuró a estirarse afanosa la falda, tapándose los tobillos, que habían quedado visibles, y con ello reveló ya lo más importante que luego había de descubrir el análisis: el orgullo narcisista que su belleza le inspiraba y sus tendencias exhibicionistas.

Muchos pacientes se rebelan contra la indicación de acomodarse en el diván de espaldas a nosotros, y solicitan nuestro permiso para adoptar otra posición durante el tratamiento, en su mayor parte porque les desagrada no ver al médico. Desde luego, no accedemos jamás a ello; pero, en cambio, no podemos evitar que antes de comenzar «oficialmente» la sesión o después de declararla terminada, y cuando ya se han levantado del diván, nos dirijan algunas frases, arreglándoselas así para dividir el tratamiento en dos partes; una «oficial», durante la cual se muestran, por lo general, muy cohibidos, y otra «amistosa», en la que aparecen más desenvueltos y comunican toda clase de cosas que, para ellos, no corresponden ya al tratamiento. El médico no se acomoda por mucho tiempo a esta división; retiene también todo lo que el paciente le cuenta antes o después de la sesión, y utilizándolo analíticamente en la primera ocasión propicia, da al traste con la separación que el sujeto intentaba establecer, y que se basa también en una resistencia de transferencia.

En tanto que las comunicaciones y las ocurrencias del paciente se suceden sin interrupción, no debemos tocar para nada el tema de la transferencia, dejando esta labor, la más espinosa de todas las que se nos plantean en el análisis, para el momento en que la transferencia se haya convertido ya en resistencia.

Se nos preguntará ahora cuándo hemos de iniciar nuestras explicaciones al analizado, revelándole el oculto sentido de sus asociaciones e iniciándole en las hipótesis y los métodos técnicos del análisis.

Nuestra respuesta será la siguiente: Nunca antes de haberse establecido en el paciente una transferencia aprovechable, un *rapport* en toda regla con nosotros. El primer fin del tratamiento es siempre ligar al paciente a la cura y a la persona del médico. Para ello no hay más que dejarle tiempo. Si le demostramos un serio interés, apartamos cuidadosamente las primeras resistencias y evitamos ciertas torpezas posibles, el paciente establece en seguida, espontáneamente, tal enlace y agrega al médico a una de las imágenes de aquellas personas de las que estaba habituado a ser bien visto. En cambio, si adoptamos desde un principio una actitud que no sea esta de cariñoso interés y simpatía, y nos mostramos rígidamente moralizantes o aparecemos ante los ojos del paciente como representantes o mandatarios de otras personas (de su cónyuge o sus padres, por ejemplo), destruiremos toda posibilidad de semejante resultado positivo.

Estas indicaciones entrañan, naturalmente, la condenación de todo procedimiento que tienda a comunicar al paciente la traducción de sus síntomas en el acto de conseguir su interpretación o considere como un triunfo especial enfrentarle violentamente con tales «soluciones» en las primeras sesiones del tratamiento. Para un analítico experimentado no será difícil deducir ya los deseos retenidos del enfermo de la primera relación de sus dolencias y del historial de su enfermedad, pero se necesitará estar cegado por una indisculpable irreflexión y una ridícula vanidad para revelar a una persona a la que acabamos de conocer e ignorante aún de todas las hipótesis analíticas, que se halla dominada por una adherencia incestuosa a su madre, que abriga deseos de muerte contra su mujer, a la que supone amar, o que lleva en sí la intención de engañar a sus superiores, etcétera. He oído decir que existen analíticos que se vanaglorian de semejantes diagnósticos instantáneos y tratamientos rápidos, y debo precaver a todos contra tales ejemplos. Siguiéndolos, sólo conseguirá el médico desacreditarse y desacreditar nuestra causa, pues provocarán en los pacientes resistencias intensísimas, independientemente de que sus deducciones sean o no acertadas. O, mejor dicho, las resistencias provocadas serán tanto más intensas cuanto mayor haya sido el acierto deductivo. Por otra parte, el efecto terapéutico será, por lo general, nulo, y sólo se conseguirá alejar a los enfermos de todo tratamiento analítico. Todavía en estadios más avanzados

del tratamiento hemos de procurar no comunicar al paciente la solución de un síntoma o la traducción de un deseo hasta que comprendamos que está ya muy próximo a encontrarla por sí mismo. En épocas pasadas he tenido frecuente ocasión de comprobar que la comunicación prematura de una solución ponía un término, también prematuro, a la cura, tanto a consecuencia de las resistencias que de pronto despertaba como por el alivio concomitante a la solución.

Se nos objetará aquí que nuestra labor no es prolongar el tratamiento, sino llevarlo a término lo más rápidamente posible. El enfermo sufre a consecuencia de un desconocimiento y una incomprensión de sus procesos inconscientes, y nuestro deber sería desvanecer cuanto antes su ignorancia comunicándole en el acto nuestros descubrimientos.

Para responder a esta objeción nos es preciso aclarar previamente algunas cuestiones referentes a la significación del conocimiento y al mecanismo de la curación en el psicoanálisis.

En los primeros tiempos de la técnica analítica, y guiados por una actitud mental intelectualista, hubimos de considerar muy importante que el enfermo llegara al conocimiento de lo que antes olvidó por represión, y apenas establecimos una diferencia de valor entre su ilustración a este respecto y la nuestra propia. Así, teníamos por singular fortuna conseguir noticias sobre el trauma infantil por conducto distinto del paciente; esto es, por sus padres, sus guardadores o por la misma persona causante del trauma, cosa que se nos hizo posible alguna vez y nos apresurábamos a comunicar al paciente la noticia y las pruebas de su exactitud, con la seguridad de llevar así a un rápido desenlace la neurosis y el tratamiento. La ausencia de tal resultado positivo nos defraudaba intensamente. ¿Cómo era posible que el enfermo, conociendo ya su experiencia traumática, se condujese, no obstante, como si continuase sin saber nada de ella? El descubrimiento y la descripción del trauma reprimido no lograban siquiera provocar la emergencia de su recuerdo.

En un caso determinado, la madre de una muchacha histérica hubo de revelarme el suceso homosexual al que correspondía máxima influencia sobre

la fijación de los ataques de la sujeto. La madre misma había sorprendido la escena, pero la muchacha la había olvidado por completo, no obstante haberse desarrollado en los años inmediatos ya a la pubertad. Este caso me procura una importante experiencia. Cada vez que repetía el relato de la madre a la muchacha, sufría ésta un ataque histérico, y después del mismo demostraba haber olvidado de nuevo el suceso. No cabía duda de que la enferma manifestaba la más intensa resistencia al conocimiento que tratábamos de imponerle. Por último, simuló un idiotismo y una pérdida total de la memoria para protegerse contra mis revelaciones. De este modo tuvimos que resolvernos a dejar de conceder al conocimiento de la paciente la extrema importancia que veníamos atribuyéndole y a desplazar el acento sobre las resistencias que habían determinado en su día la ignorancia y se hallaban aún dispuestas a defenderla; resistencias contra las cuales resultaba impotente el conocimiento consciente, aun en aquellos casos en los que no era expulsado de nuevo.

La singular conducta de los enfermos que saben conciliar un conocimiento consciente con un desconocimiento del mismo elemento, permanece inexplicable para la psicología llamada normal. Para el psicoanálisis, que reconoce la existencia de un psiquismo inconsciente, no supone dificultad ninguna. Pero, por otra parte, el fenómeno descrito constituye uno de los mejores apoyos de una teoría que nos aproxima a los procesos anímicos tópicamente diferenciados. Los enfermos conocen los sucesos reprimidos en su pensamiento, pero éste carece de un enlace con el lugar en el cual se halla contenido de algún modo el recuerdo reprimido. Para que pueda iniciarse alguna modificación es necesario que el proceso mental consciente haya penetrado hasta aquel lugar y haya vencido las resistencias de la represión. Es como si un Gobierno decreta la aplicación de un criterio de benignidad al enjuiciamiento de delitos juveniles. En tanto el Ministerio de Justicia no haya comunicado a los tribunales la resolución del Gobierno y mientras los jueces y magistrados no se resuelvan a acatarla, las sentencias no acusarán modificación alguna. Haremos constar, sin embargo, como rectificación, que la revelación consciente de lo reprimido al enfermo no permanece totalmente sin efecto. Si no conseguimos con ella el fin deseado de poner un término a los síntomas, trae consigo, en cambio, otras

consecuencias. En un principio provocará resistencias; pero, una vez vencidas éstas, estimulará un proceso mental en cuyo curso surgirá por fin la acción esperada sobre el recuerdo inconsciente.

Es tiempo ya de revisar el juego de fuerzas que ponemos en actividad por medio del tratamiento. El primer motor de la terapia está en las dolencias del enfermo y en el deseo de curación por ellas engendrado. De la magnitud de esta fuerza motivacional hemos de sustraer algo que sólo en el curso del análisis descubrimos: ante todo, la ventaja secundaria de la enfermedad, pero la energía instintiva misma ha de ser conservada hasta el final del tratamiento. Todo alivio provoca una disminución de la misma. Mas por sí sola es incapaz de suprimir la enfermedad. Para ello faltan dos cosas: no conoce los caminos que han de seguirse para llegar a dicho fin ni genera tampoco las magnitudes de energía necesarias para luchar contra las resistencias.

Ambos defectos son compensados por el tratamiento analítico, el cual procura las magnitudes de energía necesarias para el vencimiento de las resistencias, movilizando las energías preparadas para la transferencia, informándole le señala los caminos por los que debe dirigir tales energías. La transferencia logra suprimir muchas veces por sí misma los síntomas patológicos, pero sólo provisionalmente, esto es, mientras ella misma existe. Pero esto constituirá un tratamiento sugestivo, nunca un psicoanálisis. El tratamiento merece tan sólo este último nombre cuando la transferencia ha empleado su intensidad para vencer las resistencias. Sólo entonces queda hecha imposible la enfermedad, aun cuando la transferencia sea suprimida como debe serlo.

En el curso del tratamiento despierta aún otro factor cooperador: el interés intelectual y la comprensión del enfermo. Pero este factor presenta escasa importancia comparado con las demás fuerzas en lucha, y su valor aparece constantemente amenazado por la obnubilación del juicio emanada de las resistencias. Así, pues, las nuevas fuentes de energía que el analista procura al enfermo nacen de la transferencia y de la instrucción de sus procesos psíquicos. Mas para iniciar esta última deberá esperar la aparición de la transferencia; ésta es la razón por la que debemos retener nuestra primera comunicación hasta establecer una fuerte transferencia. Y así, pudiéramos

agregar, procedamos con todas las subsiguientes comunicaciones. En cada caso debemos esperar hasta remover los trastornos de la transferencia debidos a las sucesivas emergencias de resistencias por transferencia.

LXI

EXPERIENCIAS Y EJEMPLOS DE LA PRÁCTICA ANALÍTICA[1387]

1913

LA recopilación de pequeñas aportaciones que aquí iniciamos con una primera serie exige algunas palabras introductorias. Naturalmente, los casos patológicos en los cuales el psicoanalista realiza sus observaciones no tienen todos el mismo valor para el acrecentamiento de su saber. Hay algunos que le obligan a aplicar cuanto sabe, sin permitirle aprender nada nuevo; otros, que le muestran lo ya conocido en expresión particularmente nítida y en hermoso aislamiento, de modo que no sólo debe a estos enfermos confirmaciones, sino también ampliaciones de sus conocimientos. Tenemos derecho a sospechar que los procesos psíquicos que queremos estudiar no son en los primeros casos distintos que en los segundos, pero preferimos describirlos en estos ejemplos favorables y transparentes. Por otra parte, la embriología también acepta que la división del huevo humano se realiza en los embriones pigmentados, desfavorables para la observación, de igual manera que en los transparentes, pobres en pigmento, que elige para efectuar sus observaciones.

Pero los múltiples ejemplos hermosos que confirman prácticamente los conocimientos del analista por lo general se pierden, dado que su inclusión en un texto a menudo debe ser diferida por mucho tiempo. Por eso es bastante útil disponer de un vehículo que permita publicar y llevar al conocimiento

general estas experiencias y ejemplos, sin aguardar a su elaboración desde puntos de vista más generales y superiores.

La sección aquí inaugurada tiene la finalidad de ofrecer un lugar para incluir este material. Convendrá ajustarse a la mayor parquedad; la agrupación y sucesión de los ejemplos son totalmente arbitrarias[1388].

(1) *Sueño con una causa precipitante no reconocida*

Un sujeto de buen dormir despierta una mañana en un lugar de veraneo en el Tirol con la idea de haber soñado que el Papa había muerto. No pudo encontrar la explicación. En el curso de la mañana del mismo día le dijo su esposa: «¿Escuchaste el espantoso ruido que hacían las campanas esta mañana temprano?» No las había oído, pero evidentemente que había soñado con eso. La interpretación que su sueño dio a las campanas fue su venganza sobre los piadosos tiroleses. Según los periódicos, el Papa estaba ligeramente enfermo en esa época. (Ejemplo incluido posteriormente por Freud en *La interpretación de los sueños*.)

(2) *La hora del día en los sueños*

A menudo éstas tienen que ver con la edad del sujeto en algún período muy especial de su infancia. En un sueño, las cinco y cuarto de la mañana significaba la edad de cinco años y tres meses, lo que era significativo, ya que ésa era la edad del sujeto al nacer su hermano menor. Hay muchos ejemplos por el estilo. (Este ejemplo y el siguiente también fueron incluidos en *La interpretación de los sueños*.)

(3) *Representación de edades en los sueños*

Una mujer sueña que iba caminando con dos pequeñas niñas cuyas edades diferían en quince meses. La sujeto fue incapaz de ubicar a ningún familiar o conocido a quienes calzara esa cifra. Se le ocurrió a ella misma que las dos niñas la representaban a ella en dos diferentes períodos traumáticos de

su niñez, separados por quince meses (a los tres años y medio y a los cuatro años y tres cuartos).

(4) *Posición al despertar de un sueño*

Una mujer soñó que estando acostada de espaldas presionaba las plantas de sus pies los de otra mujer. El análisis concluyó que probablemente ella estaba pensando en escenas de brincos, sustitución mnémica de visión del acto sexual. Al despertar se dio cuenta que, muy al contrario, yacía sobre su abdomen con los brazos cruzados, imitando así la posición del hombre y de su abrazo.

(5) *Dos piezas y una pieza*

El sujeto tuvo un sueño donde vio dos piezas (salón familiar) que se habían transformado en una sola. Nada actual. El sueño señalaba el genital femenino y el ano, que de niño consideraba como una sola área, el ‘culo’ (de acuerdo con la teoría infantil de la cloaca), y que ahora sabía de la existencia de dos cavidades y orificios separados. Se trataba de una representación invertida. (Este ejemplo y el siguiente también fueron incluidos en *La interpretación de los sueños*.)

(6) *El abrigo como símbolo*

En sueños de mujeres, el abrigo revela ser incuestionablemente un símbolo de hombre. Puede que contribuya a la relación la asonancia lingüística (‘mantel’, en alemán).

(7) *El caso de vergüenza por los pies*

Después de varios días de resistencia, la paciente comunica que se había enojado mucho porque un joven al que regularmente encontraba cerca del domicilio del médico y que siempre la miraba con admiración, la última vez

había echado una mirada despectiva a sus pies. En general no tiene ningún motivo para avergonzarse de éstos. La misma enferma trae la solución, después de confesar que había tomado al joven por el hijo del médico; es decir, en razón de su transferencia, por su hermano mayor. Sigue entonces el recuerdo de que a la edad de unos cinco años solía acompañar a su hermano al excusado, donde lo contemplaba al orinar. Presa de envidia por no poder hacerlo como él, cierto día intentó imitarlo (envidia fúlica), pero se mojó los zapatos y se enojó mucho cuando su hermano le hizo burlas por ello. El enojo se repitió durante mucho tiempo, cada vez que el hermano, queriéndole recordar aquel infortunado accidente, le miraba despectivamente los zapatos. Agregó que esta experiencia había determinado su conducta ulterior en la escuela. Cuando algo no le salía bien al primer intento, jamás podía resolverse a probarlo de nuevo, de modo que fracasó completamente en muchas asignaturas. He aquí un buen ejemplo de la determinación del carácter por el prototipo de la sexualidad.

(8) *Autocrítica de los neuróticos*

Siempre es notable y digno de particular atención cuando un neurótico suele insultarse a sí mismo, juzgarse despectivamente, etc. Frecuentemente se llega a comprenderlo, como en las autoacusaciones, aceptando una identificación con otras personas. En un caso, las circunstancias accesorias de la sesión analítica obligaron a explicar de otra manera esta conducta. Una joven que jamás se cansaba de asegurar que era poco inteligente, carente de talento, etc., sólo quería señalar con ello que era físicamente muy bella, y escondía esta jactancia tras aquella autocrítica. Por otra parte, también en este caso existía la alusión a las consecuencias perniciosas de la masturbación, alusión que se ha de sospechar en todos los ejemplos de esta índole.

(9) *Consideraciones de la representabilidad*

El soñante saca a una mujer de debajo de la cama (*zieht hervor*), vale decir la prefiere a otras (*Vorzug*). En otro sueño, el paciente, que es oficial,

está sentado a la mesa frente al emperador (*gegenueber sitzen*): se pone en oposición (*Gegensatz*) al emperador; es decir, al padre[1389]. Ambas representaciones plásticas fueron traducidas por el mismo paciente. (Este ejemplo y el siguiente, incluidos en *La interpretación de los sueños*.)

(10) *Sueños con personas muertas*

Si alguien sueña conversando o relacionándose con personas muertas, tiene a menudo el sentido de su propia muerte. Pero si en el mismo sueño recuerda que tal persona ya está muerta, el sujeto está rechazando la idea que eso signifique su propia muerte.

(11) *Sueños fragmentarios*

Éstos a menudo contienen únicamente los símbolos referentes al tema del sueño. Por ejemplo, en un sueño acaecido frente a impulsos homosexuales: ‘él iba a caminar a un lugar con alguien’… (confuso)… globos.

(12) *Aparición en el sueño de los síntomas de la enfermedad*

Los síntomas de la enfermedad (angustia, etc.) que aparecen en el sueño parecen querer decir, en general: «Por eso (por los elementos del sueño que antecede) he enfermado». Esta expresión onírica representa, pues, una continuación del análisis en el sueño.

LXII

LA «FAUSSE RECONNAISSANCE» («DEJA RACONTE») DURANTE EL PSICOANÁLISIS[1390]

1914

SUCEDE con frecuencia durante el análisis que al terminar de relatar el paciente algún recuerdo añade: «Pero esto ya se lo he contado a usted otra vez», mientras que, por nuestra parte, estamos seguros de acabárselo de oír por vez primera. Si así lo hacemos saber al paciente, insistirá repetidamente y con toda energía en su afirmación, declarándose dispuesto a jurarlo, etc. Pero con tales aseveraciones no hace sino confirmar nuestra convicción sobre la novedad de lo oído. Sería totalmente antipsicológico querer decir tal discusión insistiendo con mayor fuerza en nuestra seguridad e imponiendo nuestro convencimiento. Sabemos que este sentimiento de confianza en la fidelidad de la memoria carece de todo valor objetivo, y como necesariamente ha de estar equivocado uno de los dos, la paramnesia puede corresponder tanto al médico como al analizado. Después de reconocerlo así ante el paciente, interrumpimos la discusión y dejamos su decisión para más adelante.

En algunos, muy pocos, casos recordamos luego haber oído ya, en efecto, al enfermo el discutido relato y encontramos en el acto el motivo subjetivo, a veces muy lejano, que ha provocado el olvido temporal. Mas, por lo general, el equivocado es el paciente, y no nos es difícil llevarle a reconocer su error. La explicación de este fenómeno parece ser la de que el sujeto tuvo realmente

alguna vez la intención de contarnos aquello, e incluso se dispuso a iniciar en una ocasión, o quizá en varias, su relato; pero no llegó a cumplir nunca su propósito, por impedírselo una resistencia, y ahora confunde el recuerdo del propósito con el de su realización.

Dejando a un lado todos aquellos casos en los que puede caber alguna duda, haremos resaltar otros que entrañan un singular interés teórico. Con algunos sujetos comprobamos repetidamente que la afirmación de haber contado ya algo surge precisamente con especial tenacidad en ocasiones en las que es absolutamente imposible que estén en lo cierto. Lo que en estos casos suponen haber contado ya y reconocen ahora como algo pasado, que el médico debía saber tan bien como ellos, resultan ser recuerdos muy valiosos para el análisis, confirmaciones esperadas hace mucho tiempo o soluciones que ponen un término a una parte del análisis y a las que el médico hubiera enlazado seguramente penetrantes explicaciones. Ante estas circunstancias, el paciente concede pronto que su recuerdo debe de haberle engañado, aunque no logra explicarse la clara precisión del mismo.

El fenómeno que en estos casos nos ofrece el paciente merece el nombre de *fausse reconnaissance*, y es totalmente análogo a aquellos otros en los que experimentamos espontáneamente la sensación de habernos encontrado ya en aquella misma situación de haber vivido ya otra vez aquello (el fenómeno de *déjà vu*), sin que nos sea nunca posible confirmar nuestro convencimiento hallando en nuestra memoria la huella mnémica de aquella vez anterior. Como es sabido, este fenómeno ha producido una multitud de tentativas de explicación que podemos reunir en dos grupos[1391].

En el primero se da crédito a la sensación contenida en el fenómeno y se acepta que se trata realmente de un recuerdo; la cuestión estaría en averiguar de qué. En el segundo, mucho más nutrido, hallamos aquellas explicaciones en las cuales se supone más bien una ilusión de la memoria y a las cuales se plantea, por tanto, la labor de investigar cómo puede producirse tal fallo paremnésico de la función. Por lo demás, estas tentativas abarcan un amplio círculo de motivos, comenzando por la antiquísima teoría, atribuida a Pitágoras, de que el fenómeno de *déjà vu* contiene la prueba de una existencia individual anterior, siguiendo con la hipótesis anatómica de que el fenómeno depende de una disociación temporal de la actividad de los dos hemisferios

del cerebro (Wigan, 1860) y culminando en las teorías puramente psicológicas de la mayoría de los autores modernos, que ven en el *déjà vu* una manifestación de una debilidad de la percepción, y lo atribuyen a la fatiga, al agotamiento o a la distracción.

En 1904 ha dado Grasset[1392] al fenómeno de *déjà vu* una explicación que ha de contarse entre las del primer grupo. A su juicio, el fenómeno indica que el sujeto hizo anteriormente alguna vez una percepción *inconsciente* que sólo ahora ha llegado a la conciencia bajo la impresión de una nueva percepción análoga. Varios otros autores han aceptado esta explicación de Grasset y han señalado como base del fenómeno el recuerdo de un sueño olvidado. En ambos casos se trataría de la reviviscencia de una impresión inconsciente.

En la segunda edición de mi *Psicopatología de la vida cotidiana* (1907) incluí yo, sin conocer el trabajo de Grasset, o en todo caso sin mencionarlo, una idéntica explicación de la supuesta paramnesia. Para mi disculpa, he de alegar que mi teoría constituía el resultado de la investigación psicoanalítica de un caso de *déjà vu* experimentado veintiocho años atrás por una paciente mía. De esta investigación resultó que la situación en la que surgió el fenómeno era realmente muy adecuada para despertar el recuerdo de un suceso vivido anteriormente por la analizada. En la familia a la cual fue a visitar por entonces, teniendo doce años, había un hermano enfermo de muerte, y su propio hermano se había hallado pocos meses antes en igual peligro. Pero a este elemento común se enlazó en esta segunda situación una fantasía incapaz de conciencia —el deseo de que su hermano muriese—, y por esta razón no podía hacerse consciente la analogía entre ambas. La sensación de dicha analogía quedó sustituida por el fenómeno de haber vivido ya aquello, desplazándose la identidad desde el elemento común sobre la localidad.

Como es sabido, el nombre de *déjà vu* comprende toda una serie de fenómenos análogos: el *déjà entendu*, el *déjà éprouvé* y el *déjà senti*, etc. El caso que a continuación reproducimos constituye un *déjà raconté* que se derivaría, por tanto, de un propósito inconsciente no realizado.

Un paciente[1393] relata en el curso de sus asociaciones: «Tenía por entonces cinco años, y jugando con un cuchillo en el jardín me rebané el dedo

meñique… Bueno, creí que me lo había rebañado… Pero esto ya se lo he contado a usted otra vez».

Afirmo al paciente que no recuerdo haberle oído nada semejante. Insiste, cada vez más convencido, alegando estar plenamente seguro de no equivocarse. Por último, pongo fin a la discusión en la forma antes indicada y le pido que, de todos modos, me repita la historia. Ya veríamos después.

«Teniendo cinco años, estaba un día en el jardín con mi niñera, y jugaba con una navajita, clavándola en la corteza de uno de aquellos nogales que desempeñan también un papel en mi sueño[1394]. De repente advertí, con espanto indecible, que me había cortado de tal manera el dedo meñique (¿el derecho o el izquierdo?), que sólo permanecía unido a la mano por un trozo de piel. No sentía dolor ninguno, pero sí mucho miedo. Sin atreverme a decir nada a la niñera, sentada a poca distancia de mí, me desplomé sobre un banco y permanecí allí, incapaz de mirarme siquiera el dedo. Por fin, al cabo de un rato, me serené, me miré la mano y comprobé con asombro que no me había hecho herida ninguna».

Una vez terminado su relato, el paciente reconoció ya que no podía haberme contado antes aquella visión o alucinación. Comprendía muy bien que, por mi parte, no habría podido dejar pasar sin aprovecharla una tal prueba de la existencia del *miedo a la castración*.

Con esto quedó vencida su resistencia contra la aceptación del complejo de castración; pero preguntó: «¿Por qué he creído tan seguramente haberle contado ya este recuerdo?»

Luego recordamos ambos queen diversas ocasiones, pero siempre sin provecho alguno, había relatado los siguientes pequeños recuerdos:

«Cuando mi tío salió de viaje, nos preguntó a mi hermana y a mí qué queríamos que nos trajese. Mi hermana le pidió un libro y yo una navajita». Ahora reconocimos en esta ocurrencia, surgida meses antes, un recuerdo encubridor del recuerdo reprimido y una agregación al relato de la supuesta pérdida del dedo meñique (un indudable equivalente del pene), relato retenido por el influjo de la resistencia. La navaja que aparecía en el relato por tanto tiempo retenido era la que su tío le había traído realmente de su viaje.

Creo inútil añadir nada más a la interpretación de este pequeño suceso por

lo que se refiere a su aclaración del fenómeno de *fausse reconnaissance*. Con respecto al contenido de la visión del paciente he de observar que semejantes ilusiones alucinatorias no son nada raras en conexión con el complejo de la castración, pudiendo servir también para la corrección de percepciones indeseadas.

En 1911, una persona de formación universitaria, a la que no conozco, y cuya edad no puedo indicar, me escribió desde una ciudad alemana, poniendo a mi disposición el siguiente recuerdo infantil:

«Al leer su ensayo titulado *Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci*, las afirmaciones contenidas en las páginas 29 y 31 despertaron en mí intensa oposición. Su observación de que el niño se halla dominado por el interés hacia sus propios genitales me hizo pensar que, de tratarse de una ley general, era yo, en todo caso, una excepción. Las líneas siguientes, página 31 hasta el principio de la 32, me llenaron luego de asombro, de aquel asombro que se apodera de nosotros cuando se nos da a conocer algo completamente nuevo. Pero en medio de mi asombro, acudió a mí un recuerdo que me demostró —para mi mayor sorpresa— que todo aquello no debía cogerme realmente tan de nuevas. En efecto, durante la época en que me hallaba entregado de lleno a la 'Investigación sexual infantil', tuve ocasión de contemplar los genitales de una de mis compañeras de juego y *vi en ellos claramente un pene semejante al mío*. Poco después, la contemplación de las estatuas y las pinturas de desnudo me sumió de nuevo en confusiones y para escapar a esta discordia 'científica' imaginé el siguiente experimento: Apretando los muslos uno contra otro, sujetaba entre ellos mis genitales, haciéndolos desaparecer, y comprobaba entonces, con satisfacción, que de aquel modo se borraba toda diferencia entre mi propio desnudo y los desnudos femeninos. Así, pues, concluí que en estos últimos se hacía desaparecer, por medio de igual procedimiento, el órgano genital.

En este punto, acude a mí otro recuerdo que siempre ha tenido para mí gran importancia, por ser uno de los tres únicos que constituyen mi recuerdo total de mi madre, tempranamente fallecida. Mi madre está en pie delante del fregadero y lava en él unos vasos y otros cacharros, mientras yo juego en el mismo cuarto y cometo alguna travesura. En castigo, mi madre me propina unos cuantos palmetazos, y de pronto veo, con horror, que se me desprende el

dedo meñique y cae precisamente en el cubo. Como sé que mi madre está enfadada, no me atrevo a decirle nada y presencio con espanto cómo la criada se lleva a poco el cubo. Durante mucho tiempo tuve el convencimiento de haber perdido un dedo, probablemente hasta la época en que aprendí a contar.

He intentado muchas veces interpretar este recuerdo, de gran importancia para mí, por su relación con mi madre, pero ninguna de mis interpretaciones ha llegado a satisfacerme. Sólo ahora, después de la lectura de su trabajo, vislumbro una solución sencilla y satisfactoria del enigma».

Al final del tratamiento, y para satisfacción del médico, surge frecuentemente otra forma de *fausse reconnaissance*. Una vez que se logra la aceptación del suceso reprimido, de naturaleza real o psíquica, contra todas las resistencias, rehabilitándolo así, en cierto modo, suele exclamar el paciente: «Ahora tengo la sensación de haberlo sabido siempre». Con esto queda cumplida la labor psicoanalítica.

LXIII

RECUERDO, REPETICIÓN Y ELABORACIÓN[1395]

1914

NO me parece inútil recordar una y otra vez a los estudiosos las profundas modificaciones experimentadas por la técnica psicoanalítica desde sus primeros comienzos. Al principio, en la fase de la catarsis de Breuer, atendíamos directamente a la génesis de los síntomas y orientábamos toda nuestra labor hacia la reproducción de los procesos psíquicos de aquella situación inicial, para conseguir su derivación por medio de la actividad consciente. El recuerdo y la derivación por reacción eran los fines a los que entonces tendíamos con ayuda del estado hipnótico. Más tarde, cuando renunciamos a la hipnosis, se nos planteó la labor de deducir de las ocurrencias espontáneas del analizado aquello que no conseguía recordar. La resistencia había de ser burlada por la interpretación y la comunicación de sus resultados al enfermo. Conservamos, pues, la orientación primitiva de nuestra labor hacia las situaciones en las que surgieron los síntomas por vez primera y hacia aquellas otras que íbamos descubriendo detrás del momento en que emergía la enfermedad, pero abandonamos la derivación por reacción, sustituyéndola por la labor que el enfermo había de llevar a cabo para dominar la crítica contra sus asociaciones, en observancia de la regla psicoanalítica fundamental que le era impuesta. Por último, quedó estructurada la consecuencia técnica actual, en la cual prescindimos de una

orientación fija hacia un factor o un problema determinado, nos contentamos con estudiar la superficie psíquica del paciente y utilizamos la interpretación para descubrir las resistencias que en ella emergen y comunicárselas al analizado. Se establece entonces una nueva división del trabajo. El médico revela al enfermo resistencias que él mismo desconoce, y una vez vencidas éstas, el sujeto relata sin esfuerzo alguno las situaciones y relaciones olvidadas. Naturalmente, el fin de estas técnicas ha permanecido siendo el mismo: descriptivamente, la supresión de las lagunas del recuerdo; dinámicamente, el vencimiento de las resistencias de la represión.

Debemos conservar agradecimiento a la antigua técnica hipnótica por habernos presentado aislados y esquematizados los distintos procedimientos psíquicos del análisis. Sólo así hemos podido arriesgarnos luego a crear situaciones complicadas en el análisis, sin que el mismo perdiera para nosotros su transparencia.

La evocación de los recuerdos no suscitaba grandes dificultades en el tratamiento hipnótico primitivo. El paciente se transfería a una situación anterior que no parecía confundir nunca con la actual, comunicaba los procesos psíquicos a ella correspondientes en cuanto los mismos habían permanecido anormales y añadía todo lo que podía resultar de la traducción a lo consciente de los procesos inconscientes entonces.

Enlazaré aquí algunas observaciones que todo analítico habrá podido comprobar prácticamente. El olvido de impresiones, escenas y sucesos se reduce casi siempre a una «retención» de los mismos. Cuando el paciente habla de este material «olvidado», rara vez deja de añadir: «En realidad, siempre he sabido perfectamente todas estas cosas; lo que pasa es que nunca me he detenido a pensar en ellas», y muchas veces se manifiesta defraudado porque no se le ocurren suficientes cosas que pueda reconocer como «olvidadas» y en las que no ha vuelto a pensar desde que sucedieron. Este deseo queda a veces cumplido, sobre todo en las histerias de conversión. El «olvido» queda nuevamente restringido por la existencia de recuerdos encubridores. En algunos casos he experimentado la impresión de que la amnesia infantil, tan importante para nuestra teoría, es totalmente compensada por los recuerdos encubridores. En éstos no se conserva

únicamente una parte de nuestra vida infantil, sino todo lo que en ella tuvo importancia esencial. Trátase tan sólo de saberlo extraer de ellos por medio del análisis. En realidad, constituyen una representación tan suficiente de los años infantiles olvidados, como el contenido manifiesto del sueño lo es.de las ideas oníricas latentes.

El otro grupo de procesos psíquicos susceptibles de ser opuestos como actos puramente internos a las impresiones y los sucesos vividos, o sea el constituido por las fantasías, las asociaciones, los sentimientos, etc., ha de ser estudiado separadamente en cuanto a su relación con el olvido y el recuerdo. Sucede aquí muy frecuentemente que se «recuerda» algo que no pudo nunca ser «olvidado», pues nunca fue retenido ni llegó a ser consciente, y además, para el curso psíquico, parece totalmente indiferente que tal elemento fuera consciente y quedase luego olvidado o que no penetrase jamás hasta la conciencia. La convicción que el analizado adquiere en el curso del análisis es independiente de tal recuerdo.

Sobre todo en las diversas formas de la neurosis obsesiva, el olvido se limita a destruir conexiones, suprimir relaciones causales y aislar recuerdos enlazados entre sí.

Por lo general, resulta imposible despertar el recuerdo de una clase especial de sucesos muy importantes correspondientes a épocas muy tempranas de la infancia y vividos entonces sin comprenderlos, pero perfectamente interpretados y comprendidos luego por el sujeto. Su conocimiento nos es procurado por los sueños, y la estructura de la neurosis nos fuerza a admitirlos, pudiendo, además, comprobar que una vez vencidas sus resistencias, el analizado no emplea contra su aceptación la ausencia de la sensación de recordar (de la sensación de que algo nos era ya conocido). De todos modos, requiere este tema tanta prudencia crítica y aporta tantas cosas nuevas y desconcertantes, que preferimos reservarlo para un trabajo aislado[1396], en el que lo estudiaremos en material adecuado.

Con la nueva técnica, el curso del análisis se hace mucho más complicado y trabajoso; algunos casos ofrecen al principio la serena facilidad habitual en el tratamiento hipnótico, aunque no tarden en tomar otro rumbo, pero lo general es que las dificultades surjan desde un principio. Ateniéndonos a este

último tipo, para caracterizar la diferencia, podemos decir que el analizado no *recuerda* nada de lo olvidado o reprimido, sino que lo *vive de nuevo*. No lo reproduce como recuerdo, sino como acto; lo *repite* sin saber, naturalmente, que lo repite.

Por ejemplo: el analizado no cuenta que recuerda haberse mostrado rebelde a la autoridad de sus padres, sino que se conduce en esta forma con respecto al médico. No recuerda que su investigación sexual infantil fracasó, dejándole perplejo, sino que produce una serie de sueños complicados y ocurrencias confusas y se lamenta de que nada le sale bien y de que su destino es no conseguir jamás llevar a buen término una empresa. No recuerda haberse avergonzado intensamente de ciertas actividades sexuales y haber temido que los demás las descubriesen, sino que se avergüenza del tratamiento a que ahora se encuentra sometido y procura mantenerlo secreto, etc.

Sobre todo, no dejará de iniciar la cura con tal repetición. Con frecuencia, cuando hemos comunicado a un paciente de vida muy rica en acontecimientos y largo historial patológico la regla psicoanalítica fundamental y esperamos oír un torrente de confesiones, nos encontramos con que asegura no saber qué decir. Calla y afirma que no se le ocurre nada. Todo esto no es, naturalmente, más que la repetición de una actitud homosexual que se ofrece como resistencia a todo recuerdo. Mientras el sujeto permanece sometido al tratamiento no se libera de esta compulsión de repetir[1397], y acabamos por comprender que este fenómeno constituye su manera especial de recordar.

Como es natural, nos interesará, en primer término, la relación de esta repetición obsesiva con la transferencia y la resistencia. No tardamos en advertir que la transferencia no es por sí misma más que una repetición y la repetición, la transferencia del pretérito olvidado, pero no sólo sobre el médico, sino sobre todos los demás sectores de la situación presente. Tendremos, pues, que estar preparados a que el analizado se abandone a la obsesión repetidora que sustituye en él el impulso a recordar no sólo en lo que afecta a su relación con el médico, sino también en todas las demás actividades y relaciones simultáneas de su vida; por ejemplo: cuando durante el transcurso de la cura elige un objeto erótico, se encarga de una labor o

acomete una empresa. Tampoco resulta difícil reconocer la participación en la resistencia. Cuanto más intensa es ésta, más ampliamente quedará sustituido el recuerdo por la acción (repetición). La facilidad con la cual emergía en la hipnosis el recuerdo de lo olvidado, se debía precisamente a que el estado hipnótico anula de momento la acción de la resistencia. Cuando la cura comienza bajo el patrocinio de una transferencia positiva no muy acentuada, nos permite penetrar al principio, profundamente, en los recuerdos, como antes la hipnosis, y hasta los mismos síntomas patológicos permanecen acallados mientras tanto. Pero cuando en el curso ulterior del análisis se hace hostil o muy intensa esta transferencia, el recuerdo queda sustituido en el acto por la repetición, y a partir de este momento, las resistencias van marcando la sucesión de las repeticiones. El enfermo extrae del arsenal del pasado las armas con las cuales se defiende contra la continuación de la cura y de las cuales hemos de ir despojándole poco a poco.

Hemos visto ya que el analizado repite en lugar de recordar, y que lo hace bajo las condiciones de la resistencia. Vamos a ver ahora qué es realmente lo que repite. Pues bien: repite todo lo que se ha incorporado ya a su ser partiendo de las fuentes de lo reprimido: sus inhibiciones, sus tendencias inutilizadas y sus rasgos de carácter patológico. Y ahora observamos que al hacer resaltar la obsesión repetidora no hemos descubierto nada nuevo, sino que hemos completado y unificado nuestra teoría. Vemos claramente que la enfermedad del analizado no puede cesar con el comienzo del análisis y que no debemos tratarla como un hecho histórico, sino como una potencia actual. Poco a poco vamos atrayendo a nosotros cada uno de los elementos de esta enfermedad y haciéndolos entrar en el campo de acción de la cura, y mientras el enfermo los va viviendo como algo real, vamos nosotros practicando en ellos nuestra labor terapéutica, consistente, sobre todo, en la referencia del pasado.

La evocación de recuerdos durante la hipnosis tenía que producir la impresión de un experimento de laboratorio. La repetición en el tratamiento analítico, según la nueva técnica, supone evocar un trozo de vida real, y, por tanto, no puede ser innocua en todos los casos. A este punto viene a enlazarse todo el problema de la «agravación durante la cura», inevitable a veces.

La iniciación del tratamiento trae ya consigo una modificación de la

actitud consciente del enfermo ante su enfermedad. Generalmente, se ha limitado a dolerse de ella y a despreciarla, sin estimar debidamente su importancia; pero, por lo demás, ha continuado observando, con respecto a sus manifestaciones, la misma política de represión que antes en cuanto a sus orígenes. De este modo, puede muy bien no haber llegado aún a conocer precisamente las condiciones de su fobia, no haber advertido el contenido justo de sus ideas obsesivas o no haber aprehendido la verdadera intención de su impulso obsesivo. La cura no puede pasar por esto. El sujeto ha de tener el valor de ocupar su atención con los fenómenos de su enfermedad, a la cual no debe ya despreciar, sino considerar como un adversario digno, como una parte de su propio ser, fundada en motivos importantes y de la cual podrá extraer valiosas enseñanzas para su vida ulterior.

De esta forma preparamos desde un principio la reconciliación del sujeto con lo reprimido que se manifiesta en sus síntomas, pero, por otro lado, concedemos también a la enfermedad un cierto margen de tolerancia. Si esta nueva / relación con la enfermedad agudiza algunos conflictos y hace pasar a primera línea síntomas hasta entonces poco precisos, podemos consolar fácilmente al enfermo observándole que se trata de agravaciones necesarias, pero pasajeras, y que, en definitiva, no es posible vencer a un enemigo que se mantiene ausente o no está suficientemente próximo. Pero la resistencia puede aprovechar la situación para sus fines e intentar abusar de la tolerancia concedida a la enfermedad, y entonces parece decirnos: «Mira lo que sucede cuando me veo forzada a ocuparme de estas cosas. ¿Ves cómo estaba en lo cierto abandonándolas a la represión?»

Otro peligro es el de que en el curso de la cura lleguen también a ser reproducidos impulsos instintivos nuevos situados en estratos más profundos, que no habían emergido aún. Por último, aquellos actos que el paciente ejecuta fuera del campo de acción de la transferencia pueden acarrearle daños pasajeros e incluso ser elegidos de manera que anulen por completo el valor de la salud que el tratamiento tiende a restablecer.

No es difícil justificar la táctica que en esta situación ha de seguir el médico.

Su fin continúa siendo, como en un principio, la evocación del recuerdo, la reproducción en el terreno psíquico, aunque sabe muy bien que no ha de

serle posible conseguirlo por medio de la nueva técnica. Se dispondrá, pues, a iniciar con el paciente una continua lucha por mantener en el terreno psíquico todos los impulsos que aquél quisiera derivar hacia la motilidad, y considera cómo un gran triunfo de la cura conseguir derivar por medio del recuerdo algo que el sujeto tendía a derivar por medio de un acto. Cuando la adhesión producto de la transferencia integra ya algún valor, el tratamiento consigue impedir al paciente todos los actos de repetición algo importantes y utilizar *in status nascendi* el propósito de ejecutarlos como material para la labor terapéutica. La mejor manera de proteger al enfermo de los daños que puede acarrearle la ejecución de sus impulsos es comprometerle a no adoptar durante el curso del tratamiento ninguna resolución importante (elegir carrera o mujer, por ejemplo) y a esperar para ello el momento de la curación.

Al mismo tiempo, respetamos la libertad personal del paciente en cuanto sea compatible con estas precauciones; no le impedimos la ejecución de propósitos poco trascendentales, aunque se trate de evidentes simplezas y no olvidemos que sólo la propia y personal experiencia hace al hombre sabio. Hay también casos en los que nos es imposible disuadir al sujeto de acometer una empresa totalmente inadecuada a sus circunstancias y que sólo mucho después van madurando y haciéndose asequibles a la elaboración analítica. En ocasiones, sucede también que no nos da tiempo de imponer a los instintos impetuosos el freno de la transferencia o que el paciente rompe, en un acto de repetición, los lazos que le ligaban al tratamiento. Como caso extremo, citaremos el de una señora ya madura que había sufrido repetidamente estados de obnubilación, en los que abandonaba su casa y a su marido, sin que jamás hubiera podido alegar la existencia de un motivo consciente para tales fugas. Al iniciar el tratamiento analítico, mostraba una transferencia positiva bien desarrollada, pero esta transferencia creció de un modo inquietantemente rápido en los primeros días, y al cabo de una semana la paciente me «abandonó» también a mí, antes que yo hubiera tenido tiempo de hacerle alguna indicación que hubiese podido impedirle tal repetición.

Pero la mejor manera de refrenar la compulsión repetidora del enfermo y convertirla en un motivo de recordar la tenemos en el manejo de la transferencia. Reconociendo en cierto modo sus derechos y dejándola actuar libremente en un sector determinado, conseguimos hacerla inofensiva y hasta

útil. Le abandonamos, pues, la transferencia como un campo en el que puede desarrollarse con libertad casi completa y en el que cumplirá la función de hacer surgir ante nuestros ojos todos los instintos patógenos ocultos en la vida anímica del analizado. Cuando el paciente nos presta la mínima cooperación, consistente en respetar las condiciones de existencia del tratamiento, conseguimos siempre dar a todos los síntomas de la enfermedad una nueva significación basada en la transferencia y sustituir su neurosis vulgar por una neurosis de transferencia, de la cual puede ser curado por la labor terapéutica. La transferencia crea así una zona intermedia entre la enfermedad y la vida, y a través de esta zona va teniendo efecto la transición desde la primera a la segunda. El nuevo estado ha acogido todos los caracteres de la enfermedad, pero constituye una enfermedad artificial, asequible por todos lados a nuestra intervención. Al mismo tiempo, es también un trozo de vida real, pero provisorio y hecho posible por circunstancias especialmente favorables. De las reacciones de la repetición que surgen en la transferencia parten luego los caminos ya conocidos para la evocación de los recuerdos, los cuales surgen sin esfuerzo aparente una vez vencidas las resistencias.

Podía dar ya por terminada mi exposición si el título del presente ensayo no me obligase a describir aún otra parte de la técnica analítica. Como ya sabemos, el vencimiento de las resistencias se inicia revelando el médico al analizado la existencia y condición de las mismas, ignorada siempre por el sujeto. Ahora bien: parece ser que algunos analistas principiantes se inclinan a creer que esta labor inicial es toda la que han de llevar a cabo. En muchas ocasiones he sido llamado en consulta por médicos que se lamentaban de haber revelado al paciente su resistencia sin haber obtenido resultado positivo alguno, sino más bien una intensificación de la resistencia descubierta y una mayor complicación de la situación general. La cura parecía haber quedado estancada. Pero semejante temor resultaba siempre infundado. En realidad, la cura seguía su camino. Lo único que sucedía es que el médico había olvidado que la revelación de la resistencia no puede tener por consecuencia inmediata su desaparición. Ha de dejarse tiempo al enfermo para ahondar en la resistencia, hasta entonces desconocida para él, *elaborarla* y dominarla, continuando, a su pesar, el tratamiento conforme a la regla analítica

fundamental. Sólo al culminar esta labor llegamos a descubrir, en colaboración con el analizado, los impulsos instintivos reprimidos que alimentaban la resistencia. En todo esto, el médico no tiene que hacer más que esperar y dejar desarrollarse un proceso que no puede ser eludido ni tampoco siempre apresurado. No olvidándose de esto se ahorrará muchas veces el error de suponer fracasado el tratamiento, cuando el mismo sigue, en realidad, directamente su camino.

En la práctica esta elaboración de las resistencias puede constituir una penosa labor para el analizado y una dura prueba para la paciencia del médico. Pero también constituye parte de la labor que ejerce sobre el paciente mayor acción modificadora y la que diferencia al tratamiento analítico de todo influjo por sugestión. Teóricamente, podemos equipararla a la derivación por reacción de las magnitudes de afecto aprisionadas por la represión, proceso sin el cual no lograba eficacia alguna el tratamiento hipnótico.

LXIV

OBSERVACIONES SOBRE EL «AMOR DE TRANSFERENCIA[1398]»

1914 (1915)

TODO principiante en psicoanálisis teme principalmente las dificultades que han de suscitarle la interpretación de las ocurrencias del paciente y la reproducción de lo reprimido. Pero no tarda en comprobar que tales dificultades significan muy poco en comparación de las que surgen luego en el manejo de la transferencia.—

De las diversas situaciones a que da lugar esta fase del análisis, quiero describir aquí una, precisamente delimitada, que merece especial atención, tanto por su frecuencia y su importancia real como por su interés teórico. Me refiero al caso de que una paciente demuestre con signos inequívocos o declare abiertamente haberse enamorado, como otra mortal cualquiera, del médico que está analizándola. Esta situación tiene su lado cómico y su lado serio e incluso penoso, y resulta tan complicada, tan inevitable y tan difícil de resolver, que su discusión viene constituyendo hace mucho tiempo una necesidad vital de la técnica psicoanalítica. Pero, reconociéndolo así, no hemos tenido hasta ahora, absorbidos por otras cuestiones, un espacio libre que poder dedicarle, aunque también ha de tenerse en cuenta que su desarrollo tropieza siempre con el obstáculo que supone la discreción profesional, tan indispensable en la vida como embarazosa para nuestra disciplina. Pero en cuanto la literatura psicoanalítica pertenece también a la

vida real, surge aquí una contradicción insoluble. Recientemente he tenido que infringir ya en un trabajo los preceptos de la discreción para indicar cómo precisamente esta situación concomitante a la transferencia hubo de retrasar el desarrollo de la terapia analística en su primera década[1399].

Para el profano —y en psicoanálisis puede considerarse aún como tales a la inmensa mayoría de los hombres cultos— los sucesos amorosos constituyen una categoría especialísima, un capítulo de nuestra vida que no admite comparación con ninguno de los demás. Así, pues, al saber que la paciente se ha enamorado del médico opinará que sólo caben dos soluciones: o las circunstancias de ambos les permiten contraer una unión legítima y definitiva, cosa poco frecuente, o, lo que es más probable, tienen que separarse y abandonar la labor terapéutica comenzada. Existe, desde luego, una tercera solución, que parece además compatible con la continuación de la cura: la iniciación de unas relaciones amorosas ilegítimas y pasajeras; pero tanto la moral burguesa como la dignidad profesional del médico la hacen imposible. De todos modos, el profano demandará que el analista le presente alguna garantía de la exclusión de este último caso.

Es evidente que el punto de vista del analítico ha de ser completamente distinto.

Supongamos que la situación se desenlaza conforme a la segunda de las soluciones indicadas. El médico y la paciente se separan al hacerse manifiesto el enamoramiento de la primera y la cura queda interrumpida. Pero el estado de la paciente hace necesaria, poco después, una nueva tentativa con otro médico, y resulta que la sujeto acaba también por enamorarse de este segundo médico, e igualmente del tercero, etc. Este hecho, que no dejará de presentarse en algún caso, y en el que vemos uno de los fundamentos de la teoría psicoanalítica, entraña importantes enseñanzas, tanto para el médico como para la enferma.

Para el médico supone una preciosa indicación y una excelente prevención contra una posible transferencia recíproca, pronta a surgir en él. Le demuestra que el enamoramiento de la sujeto depende exclusivamente de la situación psicoanalítica y no puede ser atribuido en modo alguno a sus propios atractivos personales, por lo cual no tiene el menor derecho a envanecerse de aquella «conquista», según se la denominaría fuera del

análisis. Y nunca está de más tal advertencia. Para la paciente surge una alternativa: o renuncia definitivamente al tratamiento analítico o ha de aceptar, como algo inevitable, un amor pasajero por el médico que la trate[1400].

No duda que los familiares de la enferma se decidirán por la primera de estas posibilidades, como el analítico por la segunda. Pero, a mi juicio, es éste un caso en el que la decisión no debe ser abandonada a la solicitud cariñosa —y en el fondo celosa y egoísta— de los familiares. El interés de la enferma debe ser el único factor decisivo, pues el cariño de sus familiares no la curará jamás de su neurosis. El analista no necesitará imponerse, pero sí puede afirmarse indispensable para la consecución de ciertos resultados. Aquellos familiares de una paciente que hace suya la actitud de Tolstoi ante este problema pueden conservar tranquilos la posesión imperturbada de su mujer o de su hija, pero tendrán que resignarse a que también ella conserve su neurosis y la consiguiente alteración de su capacidad de amar. En último término, la situación es análoga a la que suscita un tratamiento ginecológico. El marido o el padre celoso se equivocan además por completo si creen que la paciente escapará al peligro de enamorarse del médico, confiando la curación de su neurosis a un tratamiento distinto del analítico. La única diferencia estará en que su enamoramiento, latente y no analizado, no suministrará jamás aquella contribución a la curación que de él sabría extraer el análisis.

Ha llegado a mí la noticia de que algunos médicos que practican el análisis suelen preparar a las pacientes a la aparición de la transferencia amorosa e incluso las inclinan a fomentarla «para que el análisis progrese». Difícilmente puede imaginarse técnica más desatinada. Con ella sólo consigue el médico arrancar al fenómeno la fuerza probatoria que supone su espontaneidad y crearse obstáculos que luego han de serle muy difíciles de vencer.

En un principio no parece, ciertamente, que el enamoramiento surgido en la transferencia pueda procurarnos nada favorable a la cura. La paciente, incluso la más dúctil hasta entonces, pierde de repente todo interés por la cura y no quiere ya hablar ni oír hablar más que de su amor, para el cual demanda correspondencia. No muestra ya ninguno de los síntomas que antes la

aquejaban, o no se ocupa de ellos para nada, y se declara completamente curada. La escena cambia totalmente, como si una súbita realidad hubiese venido a interrumpir el desarrollo de una comedia, como cuando en medio de una representación teatral surge la voz de «fuego». La primera vez que el médico se encuentra ante este fenómeno le es muy difícil no perder de vista la verdadera situación analítica y no incurrir en el error de creer realmente terminado el tratamiento.

Un poco de reflexión basta, sin embargo, para aprehender la situación verdadera. En primer lugar hemos de sospechar que todo aquello que viene a perturbar la cura es una manifestación de la resistencia y, por tanto, ésta tiene que haber participado ampliamente en la aparición de las exigencias amorosas de la paciente. Ya desde mucho tiempo antes veníamos advirtiendo en la sujeto los signos de una transferencia positiva, y pudimos atribuir, desde luego, a esta actitud suya con respecto al médico su docilidad, su aceptación de las explicaciones que le dábamos en el curso del análisis, su excelente comprensión y la claridad de inteligencia que en todo ello demostraba. Pero todo esto ha desaparecido ahora; la paciente aparece absorbida por su enamoramiento, y esta transformación se ha producido precisamente en un momento en el que suponíamos que la sujeto iba a comunicar o a recordar un fragmento especialmente penoso e intensamente reprimido de la historia de su vida. Por tanto, el enamoramiento venía existiendo desde mucho antes; pero ahora comienza a servirse de él la resistencia para coartar la continuación de la cura, apartar de la labor analítica el interés de la paciente y colocar al médico en una posición embarazosa.

Un examen más detenido de la situación nos descubre en ella la influencia de ciertos factores que la complican. Estos factores son, en parte, los concomitantes a todo enamoramiento, pero otros se nos revelan como manifestaciones especiales de la resistencia. Entre los primeros hemos de contar la tendencia de la paciente a comprobar el poder de sus atractivos, su deseo de quebrantar la autoridad del médico, haciéndole descender al puesto de amante, y todas las demás ventajas que trae consigo la satisfacción amorosa. De la resistencia podemos, en cambio, sospechar que haya utilizado la declaración amorosa para poner a prueba al severo analítico, que, de mostrarse propicio a abandonar su papel, habría recibido en el acto una dura

lección. Pero, ante todo, experimentamos la impresión de que actúa como un agente provocador, intensificando el enamoramiento y exagerando la disposición a la entrega sexual, para justificar luego, tanto más acentuadamente, la acción de la represión, alegando los peligros de un tal desenfreno. En estas circunstancias meramente accesorias, que pueden muy bien no aparecer en los casos puros, ha visto Alfred Adler el nódulo esencial de todo el proceso.

Pero ¿cómo ha de comportarse el analítico para no fracasar en esta situación, cuando tiene la convicción de que la cura debe ser continuada, a pesar de la transferencia amorosa y a través de la misma?

Me sería muy difícil postular ahora, acogiéndome a la moral generalmente aceptada, que el analista no debe aceptar el amor que le es ofrecido ni corresponder a él, sino, por el contrario, considerar llegado el momento de atribuirse ante la mujer enamorada la representación de la moral, y moverla a renunciar a sus pretensiones amorosas y a proseguir la labor analítica, dominando la parte animal de su personalidad.

Pero no me es posible satisfacer estas esperanzas y tampoco su primera como su segunda parte. La primera no, porque no escribo para la clientela, sino para los médicos, que han de luchar con graves dificultades, y, además, porque en este caso me es posible referir el precepto moral a su origen; esto es, a su educación a un fin. Por esta vez me encuentro, afortunadamente, en una situación en la que puedo sustituir el precepto moral por las conveniencias de la técnica analítica, sin que el resultado sufra modificación alguna.

Todavía he de negarme más resueltamente a satisfacer la segunda parte de las esperanzas indicadas. Invitar a la paciente a yugular sus instintos, a la renuncia y a la sublimación, en cuanto nos ha confesado su transferencia amorosa, sería un solemne desatino. Equivaldría a conjurar a un espíritu del Averno, haciéndole surgir ante nosotros, y despedirle luego sin interrogarle. Supondría no haber atraído lo reprimido a la conciencia más que para reprimirlo de nuevo, atemorizados. Tampoco podemos hacernos ilusiones sobre el resultado de un tal procedimiento. Contra las pasiones, nada se consigue con razonamientos, por elocuentes que sean. La paciente no verá más que el desprecio, y no dejará de tomar venganza de él.

Tampoco podemos aconsejar un término medio, que quizá alguien consideraría el más prudente, y que consistiría en afirmar a la paciente que correspondemos a sus sentimientos y eludir, al mismo tiempo, toda manifestación física de tal cariño, hasta poder encaminar la relación amorosa por senderos menos peligrosos y hacerla ascender a un nivel superior. Contra esta solución he de objetar que el tratamiento psicoanalítico se funda en una absoluta veracidad, a la cual debe gran parte de su acción educadora y de su valor ético, resultando harto peligroso apartarse de tal fundamento. Aquellos que se han asimilado verdaderamente la técnica analítica no pueden ya practicar el arte de engañar, indispensable a otros médicos, y suelen delatarse cuando en algún caso lo intentan con la mejor intención. Además, como exigimos del paciente la más absoluta veracidad, nos jugamos toda nuestra autoridad, exponiéndonos a que él mismo nos sorprenda en falta. Por último, la tentativa de fingir cariño a la paciente no deja de tener sus peligros. Nuestro dominio sobre nosotros mismos no es tan grande que descarte la posibilidad de encontrarnos de pronto con que hemos ido más allá de lo que nos habíamos propuesto. Así, pues, mi opinión es que no debemos apartarnos un punto de la neutralidad que nos procura el vencimiento de la transferencia recíproca.

Ya antes he dejado adivinar que la técnica analítica impone al médico el precepto de negar a la paciente la satisfacción amorosa por ella demandada. La cura debe desarrollarse en la abstinencia. Pero al afirmarlo así, no aludimos tan sólo a la abstinencia física ni tampoco a la abstinencia de todo lo que el paciente puede desear, pues esto no lo soportaría quizá ningún enfermo. Queremos más bien sentar el principio de que debemos dejar subsistir en los enfermos la necesidad y el deseo como fuerzas que han de impulsarle hacia la labor analítica y hacia la modificación de su estado, y guardarnos muy bien de querer amansar con subrogados las exigencias de tales fuerzas. Y, en realidad, lo único que podríamos ofrecer a la enferma serían subrogados, pues mientras no queden vencidas sus represiones, su estado la incapacita para toda satisfacción real.

Concedemos, desde luego, que el principio de que la cura analítica debe desarrollarse en la abstinencia va mucho más allá del caso particular aquí estudiado, y precisa de una discusión más detenida, en la que quedarían

fijados los límites de su posibilidad en la práctica. Mas, por ahora, eludiremos la cuestión para atenernos lo más estrictamente posible a la situación de la que hemos partido. ¿Qué sucedería si el médico se condujese de otro modo y utilizase la eventual libertad suya y de la paciente para corresponder al amor de esta última y satisfacer su necesidad de cariño?

Si al adoptar esta resolución lo hace guiado por el propósito de asegurarse así el dominio sobre la paciente, moverla a resolver los problemas de la cura y conseguir, por tanto, libertarla de su neurosis, la experiencia no tardará en demostrarle que ha errado por completo el cálculo. La paciente conseguiría su fin, y, en cambio, él no alcanzará jamás el suyo. Entre el médico y la enferma se habría desarrollado otra vez la divertida historia del cura y el agente de seguros. Un agente de seguros, muy poco dado a las cosas de la religión, cayó gravemente enfermo, y sus familiares llamaron a un sabio sacerdote para que intentara convertirle antes de la muerte. La conversación se prolonga tanto, que los parientes comienzan a abrigar alguna esperanza. Por último, se abre la puerta de la alcoba. El incrédulo no se ha convertido, pero el sacerdote vuelve a su casa asegurado contra toda clase de riesgos.

El hecho de que la paciente viera correspondidas sus pretensiones amorosas constituiría una victoria para ella y una total derrota para la cura. La enferma habría conseguido, en efecto, aquello a lo que aspiran todos los pacientes en el curso del análisis: habría conseguido repetir, realmente, en la vida, algo que sólo debía recordar, reproduciéndolo como material psíquico y manteniéndolo en los dominios anímicos[1401]. En el curso ulterior de sus relaciones amorosas manifestaría luego todas las inhibiciones y todas las reacciones patológicas de su vida erótica, sin que fuera posible corregirlas, y la dolorosa aventura terminaría dejándola llena de remordimiento y habiendo intensificado considerablemente su tendencia a la represión. Las relaciones amorosas ponen, en efecto, un término a toda posibilidad de influjo por medio del tratamiento analítico. La reunión de ambas cosas es algo imposible.

Así, pues, la satisfacción de las pretensiones amorosas de la paciente es tan fatal para el análisis como su represión. El camino que ha de seguir el analista es muy otro, y carece de antecedentes en la vida real. Nos guardamos de desviar a la paciente de su transferencia amorosa o disuadirla de ella, pero

también, y con igual firmeza, de toda correspondencia. Conservamos la transferencia amorosa, pero la tratamos como algo irreal, como una situación por la que se ha de atravesar fatalmente en la cura, que ha de ser referida a sus orígenes inconscientes y que ha de ayudarnos a llevar a la conciencia de la paciente los elementos más ocultos de su vida erótica, sometiéndolos así a su dominio consciente. Cuando más resueltamente demos la impresión de hallarnos asegurados contra toda tentación, antes podremos extraer de la situación todo su contenido analítico. La paciente cuya represión sexual no ha sido aún levantada, sino tan sólo relegada a un último término, se sentirá entonces suficientemente segura para comunicar francamente todas las fantasías de su deseo sexual y todos los caracteres de su enamoramiento, y partiendo de estos elementos nos mostrará el camino que ha de conducirnos a los fundamentos infantiles de su amor.

Con cierta categoría de mujeres fracasará, sin embargo, esta tentativa de conservar, sin satisfacerla, la transferencia amorosa, para utilizarla en la labor analítica. Son éstas las mujeres de pasiones elementales que no toleran subrogado alguno, naturalezas primitivas que no quieren aceptar lo psíquico por lo material. Estas personas nos colocan ante el dilema de corresponder a su amor o atraernos la hostilidad de la mujer despreciada. Ninguna de estas dos actitudes es favorable a la cura, y, por tanto, habremos de retirarnos sin obtener resultado alguno y reflexionando sobre el problema de cómo puede ser compatible la aptitud para la neurosis con una tan indomable necesidad de amor.

La manera de hacer aceptar poco a poco la concepción analítica a otras enamoradas menos violentas se habrá revelado, seguramente, en idéntica forma, a muchos analistas. Consiste, sobre todo, en hacer resaltar la innegable participación de la resistencia en aquel «amor». Un enamoramiento verdadero haría más dócil ala paciente, e intensificaría su buena voluntad en resolver los problemas de su caso, sólo porque el hombre amado lo pedía. Una mujer realmente enamorada anhelaría obtener la curación completa para alcanzar un mayor valor a los ojos del médico y preparar la realidad en la que poder desarrollar ya libremente su inclinación amorosa. Pero, en lugar de todo esto, la paciente se muestra caprichosa y desobediente; ha dejado de interesarse por el análisis y seguramente de creer en las afirmaciones del médico. Así,

pues, lo que hace no es sino manifestar una resistencia bajo la forma de enamoramiento, y sin tener siquiera en cuenta que de aquel modo coloca al médico en una situación muy embarazosa, pues si rechaza su pretendido amor, como se lo aconsejan su deber y su conocimiento de la situación real, dará pretexto a la paciente para hacerse la despreciada y eludir, en venganza, la curación que él podría ofrecerle, como ahora la elude con su enamoramiento.

Como segundo argumento contra la autenticidad de este amor aducimos la afirmación de que el mismo no presenta ni un solo rasgo nuevo nacido de la situación actual, sino que se compone, en su totalidad, de repeticiones y ecos de reacciones anteriores e incluso infantiles, y nos comprometemos a demostrárselo así a la paciente con el análisis detallado de su conducta amorosa.

Si a estos argumentos agregamos cierta paciencia, conseguiremos, casi siempre, dominar la difícil situación y continuar la labor analítica, cuyo fin más inmediato será el descubrimiento de la elección infantil de objeto y de las fantasías a ella enlazadas. Pero antes de seguir adelante quiero examinar críticamente los argumentos expuestos y plantear la interrogación de si decimos con ellos a la paciente toda la verdad o no son más que un recurso engañoso del que hemos echado mano para salir del mal paso. O dicho de otro modo: el enamoramiento que se hace manifiesto en la cura analítica, ¿no puede realmente ser tenido por verdadero?

A mi juicio, hemos dicho a la paciente la verdad, pero no toda la verdad, sin preocuparnos de lo que pudiera resultar. De nuestros dos argumentos, el más poderoso es el primero. La participación de la resistencia en el amor de transferencia es indiscutible y muy amplia. Pero la resistencia misma no crea este amor: lo encuentra ya ante sí, y se sirve de él, exagerando sus manifestaciones. No aporta, pues, nada contrario a la autenticidad del fenómeno. Nuestro segundo argumento es más débil; es cierto que este enamoramiento se compone de nuevas ediciones de rasgos antiguos y repite reacciones infantiles. Pero tal es el carácter esencial de todo enamoramiento. No hay ninguno que no repita modelos infantiles. Precisamente aquello que constituye su carácter obsesivo, rayano en lo patológico, procede de su condicionalidad infantil. El amor de transferencia presenta quizá un grado

menos de libertad que el amor corriente, llamado *normal*; delata más claramente su dependencia del modelo infantil y se muestra menos dúctil y menos susceptible de modificación; pero esto no es todo, ni tampoco lo esencial.

¿En qué otros caracteres podemos, pues, reconocer la autenticidad de un amor? ¿Acaso en su capacidad de rendimiento, en su utilidad para la consecución del fin amoroso? En este punto el amor de transferencia parece no tener nada que envidiar a los demás. Nos da la impresión de poder conseguirlo todo de él.

Resumiendo: no tenemos derecho alguno a negar al enamoramiento que surge en el tratamiento analítico el carácter del auténtico. Si nos parece tan poco normal, ello se debe principalmente a que también el enamoramiento corriente, ajeno a la cura analítica, recuerda más bien los fenómenos anímicos anormales que los normales. De todos modos, aparece caracterizado por algunos rasgos que le aseguran una posición especial: 1.° Es provocado por la situación analítica. 2.º Queda intensificado por la resistencia dominante en tal situación; y 3.° Es menos prudente, más indiferente a sus consecuencias y más ciego en la estimación de la persona amada que otro cualquier enamoramiento normal. Pero no debemos tampoco olvidar que precisamente estos caracteres divergentes de lo normal constituyen el nódulo esencial de todo enamoramiento.

Para la conducta del médico resulta decisivo el primero de los tres caracteres indicados. Sabiendo que el enamoramiento de la paciente ha sido provocado por la iniciación del tratamiento analítico de la neurosis, tiene que considerarlo como el resultado inevitable de una situación médica, análogo a la desnudez del enfermo durante un reconocimiento o a su confesión de un secreto importante. En consecuencia, le estará totalmente vedado extraer de él provecho personal alguno. La buena disposición de la paciente no invalida en absoluto este impedimento y echa sobre el médico toda la responsabilidad, pues éste sabe perfectamente que para la enferma no existía otro camino de llegar a la curación. Una vez vencidas todas las dificultades, suelen confesar las pacientes que al emprender la cura abrigaban ya la siguiente fantasía: «Si me porto bien, acabaré por obtener, como recompensa, el cariño del médico».

Así, pues, los motivos éticos y los técnicos coinciden aquí para apartar al

médico de corresponder al amor de la paciente. No cabe perder de vista que su fin es devolver a la enferma la libre disposición de su facultad de amar, coartada ahora por fijaciones infantiles, pero devolvérsela no para que la emplee en la cura, sino para que haga uso de ella más tarde, en la vida real, una vez terminado el tratamiento. No debe representar con ella la escena de las carreras de perros, en las cuales el premio es una ristra de salchichas, y que un chusco estropea tirando a la pista una única salchicha, sobre la cual se arrojan los corredores, olvidando la carrera y el copioso premio que espera al vencedor. No he de afirmar que siempre resulta fácil para el médico mantenerse dentro de los límites que le prescriben la ética y la técnica. Sobre todo para el médico joven y carente aún de lazos fijos. Indudablemente, el amor sexual es uno de los contenidos principales de la vida, y la reunión de la satisfacción anímica y física en el placer amoroso constituye, desde luego, uno de los puntos culminantes de la misma. Todos los hombres, salvo algunos obstinados fanáticos, lo saben así, y obran en consecuencia, aunque no se atreven a confesarlo. Por otra parte, es harto penoso para el hombre rechazar un amor que se le ofrece, y de una mujer interesante, que nos confiesa noblemente su amor, emana siempre, a pesar de la neurosis y la resistencia, un atractivo incomparable. La tentación no reside en el requerimiento puramente sensual de la paciente, que por sí solo quizá produjera un efecto negativo, haciendo preciso un esfuerzo de tolerante comprensión para ser disculpado como un fenómeno natural. Las otras tendencias femeninas, más delicadas, son quizá las que entrañan el peligro de hacer olvidar al médico la técnica y su labor profesional en favor de una bella aventura.

Y, sin embargo, para el analítico ha de quedar excluida toda posibilidad de abandono. Por mucho que estime el amor, ha de estimar más su labor de hacer franquear a la paciente un escalón decisivo de su vida. La enferma debe aprender de él a dominar el principio del placer y a renunciar a una satisfacción próxima, pero socialmente ilícita, en favor de otra más lejana e incluso incierta, pero irreprochable tanto desde el punto de vista psicológico como desde el social. Para alcanzar un tal dominio, ha de ser conducida a través de las épocas primitivas de su desarrollo psíquico y conquistar en este camino aquel incremento de la libertad anímica que distingue a la actividad

psíquica consciente —en un sentido sistemático— de la inconsciente.

De este modo, el psicoterapeuta ha de librar un triple combate: en su interior, contra los poderes que intentan hacerle descender del nivel analítico; fuera del análisis, contra los adversarios que le discuten la importancia de las fuerzas instintivas sexuales y le prohíben servirse de ellas en su técnica científica, y en el análisis, contra sus pacientes, que al principio se comportan como los adversarios, pero manifiestan luego la hiper-estimación de la vida sexual que los domina, y quieren aprisionar al médico en las redes de su pasión, no refrenada socialmente.

Los profanos, de cuya actitud ante el psicoanálisis hablé en un principio, tomarán seguramente pretexto de esta exposición sobre el amor de transferencia para llamar la atención de las gentes sobre los peligros de nuestro método terapéutico. El psicoanalista sabe que opera con fuerzas explosivas y que ha de observar la misma prudencia y la misma escrupulosidad que un químico en su laboratorio. Pero ¿cuándo se ha prohibido a un químico continuar trabajando en la obtención de materias explosivas indispensables, alegando el peligro de su labor? Es harto singular que el psicoanálisis haya de ir conquistando una tras otra todas las licencias concedidas hace ya mucho tiempo a las demás actividades médicas. Desde luego, no pretendo la supresión de los otros tratamientos más inocentes. Bastan en algunos casos, y en definitiva, para la sociedad humana es tan inútil el *furor sanandi* como cualquier otro fanatismo. Pero supone estimar muy por bajo el origen y la importancia práctica de las psiconeurosis creer posible vencerlas operando con medios sencillos e innocuos.

No; en la acción médica siempre quedará junto a la «medicina» un lugar para el *ferrum* y para el *ignis*[1402], y de este modo siempre será indispensable el psicoanálisis entero y verdadero, el que no se asusta de manejar las tendencias anímicas más peligrosas y dominarlas para el mayor bien del enfermo.

LXV

ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE EL CONCEPTO DE LO INCONSCIENTE EN EL PSICOANÁLISIS[1403]

1912

QUISIERA exponer en pocas palabras y lo más claramente posible qué sentido entraña en el psicoanálisis —y sólo en el psicoanálisis— la represión «inconsciente». Una representación —o cualquier otro elemento psíquico— puede hallarse ahora *presente* en mi conciencia, *desaparecer* de ella en el momento inmediato y emerger de nuevo, sin modificación alguna, después de un intervalo; mas no como consecuencia de una nueva percepción sensorial, sino del recuerdo, según la expresión corriente. Para explicarnos este hecho nos vemos obligados a suponer que también durante el intervalo hubo de hallarse tal representación presente en nuestro espíritu, aunque permanecía latente en la conciencia. Lo que no podemos representarnos es la forma en la que existía mientras se hallaba presente en la vida psíquica y latente en la conciencia.

Sale aquí a nuestro encuentro la hipótesis filosófica de que la representación latente no existió como objeto de la psicología, sino tan sólo como disposición física a la repetición del mismo fenómeno psíquico, esto es, de la representación de que se trate. Pero tal teoría, a más de traspasar los límites de la Psicología propiamente dicha, no hace sino eludir el problema, sosteniendo que «consciente» y «psíquico» son conceptos idénticos, e incurre

evidentemente en error al negar a la Psicología el derecho a explicar con sus propios medios auxiliares uno de sus hechos más corrientes.

Llamaremos, pues, «consciente» a la representación que se halla presente en nuestra conciencia y es objeto de nuestra percepción, y éste será por ahora el único y estricto sentido que atribuiremos a la expresión discutida. En cambio, denominaremos «inconsciente» a aquellas representaciones latentes de las que tenemos algún fundamento para sospechar que se hallan contenidas en la vida anímica, como sucedía en la memoria.

Una representación inconsciente será entonces una representación que no percibimos, pero cuya existencia estamos, sin embargo, prontos a afirmar, basándose en indicios y pruebas de otro orden.

Esta labor podría ser considerada como puramente descriptiva o clasificadora, si para formar nuestro juicio no dispusiéramos de otros datos que los hechos de la memoria o los de la asociación a través de elementos intermedios inconscientes. Pero el conocido experimento de la «sugestión posthipnótica» nos demuestra la extraordinaria importancia de la distinción entre *consciente* e *inconsciente*.

Este experimento, tal y como lo realizaba Bernheim, consiste en sumir a una persona en estado hipnótico, y hallándose así bajo influencia del médico, ordenarle la ejecución de cierto acto en determinado momento ulterior (por ejemplo, media hora después), despertándola luego de transmitirle la orden. Al despertar, parece el sujeto haber vuelto totalmente a la conciencia y a su sentido habitual, sin que conserve recuerdo alguno del estado hipnótico, no obstante lo cual, en el momento fijado surge en él el impulso a ejecutar el acto prescrito, que es realizado con plena conciencia, aunque sin saber por qué. Para describir este fenómeno habremos de decir que el propósito existe en forma *latente* o *inconsciente* en el ánimo del sujeto hasta el instante prefijado, llegado el cual pasa a hacerse consciente. Pero lo que en tal momento surge en la conciencia no es el propósito en su totalidad, sino tan sólo la representación del acto que de ejecutar se trata. Las demás ideas asociadas con esta representación —la orden, la influencia del médico y el recuerdo del estado hipnótico— permanecen todavía inconscientes.

Pero aún nos ofrece este experimento otras enseñanzas. Nos lleva, de una concepción puramente descriptiva del fenómeno, a una concepción *dinámica*

La idea del acto prescrito durante la hipnosis no se limita a devenir en un momento dado objeto de la conciencia, sino que se hace *eficaz*, circunstancia ésta la más singular de los hechos. Pasa a convertirse en acto en cuanto la conciencia advierte su presencia. Dado que el verdadero impulso a la acción es la orden del médico, no podemos por menos de suponer que también la idea de esta prescripción ha llegado a hacerse *eficaz*.

Sin embargo, esta última idea no es acogida en la conciencia, como sucede con la idea del acto de ella derivada, sino que permanece inconsciente, siendo así, a un mismo tiempo, *eficaz* e *inconsciente*.

La sugestión posthipnótica es un producto de laboratorio, un hecho artificialmente provocado. Pero si aceptamos la teoría de los fenómenos histéricos, iniciada por P. Janet y desarrollada por Breuer y por mí, se nos ofrece una multitud de hechos naturales que muestran todavía más clara y precisamente el carácter psicológico de la sugestión posthipnótica.

La vida anímica de los pacientes histéricos se nos muestra llena de ideas eficaces, pero inconscientes. De ellas proceden todos los síntomas. El carácter más singular del estado anímico histérico es, en efecto, el dominio de las representaciones inconscientes. Los vómitos de una paciente histérica pueden ser una consecuencia de su idea de que se halla encinta. Sin embargo, la sujeto no tiene conocimiento alguno de tal idea, aunque no sea difícil descubrirla en su vida anímica y hacerla emerger en su conciencia por uno de los procedimientos técnicos del psicoanálisis. Cuando se entrega a las convulsiones y gesticulaciones que constituyen su «ataque», no se representa siquiera conscientemente los actos que se propone, y observa quizá tales manifestaciones con los sentimientos de un espectador indiferente, no obstante lo cual puede el análisis demostrar que desempeña su papel en la reproducción dramática de una escena de su vida cuyo recuerdo es inconscientemente eficaz durante el ataque. El análisis descubre este mismo predominio de ideas inconscientes eficaces como el elemento esencial de la psicología de todas las demás formas de neurosis.

Nos enseña, pues, el análisis de los fenómenos neuróticos que una idea latente o inconsciente no es necesariamente débil y que la presencia de tal idea en la vida anímica es susceptible de pruebas indirectas indiscutibles, de un valor casi idéntico a la prueba directa suministrada por la conciencia. Nos

sentimos así autorizados a acordar nuestra clasificación con este aumento de nuestros conocimientos, introduciendo una diferenciación fundamental de las ideas latentes e inconscientes. Estábamos acostumbrados a pensar que toda idea latente lo era a consecuencia de su debilidad y se hacía consciente en cuanto adquiría fuerza. Mas ahora hemos llegado a la convicción de que existen ciertas ideas latentes que no penetran en la conciencia por fuertes que sean. Así, pues, denominaremos *pre conscientes* a las ideas latentes del primer grupo y reservaremos el calificativo de *inconscientes* (en su sentido propio) para las del segundo, que son las que hemos observado en las neurosis. La expresión *inconsciente*, que hasta aquí no hemos utilizado sino en sentido descriptivo, recibe ahora una significación más amplia. No designa ya tan sólo ideas latentes en general, sino especialmente las que presentan un determinado carácter dinámico, esto es, aquellas que, a pesar de su intensidad y eficacia, se mantienen lejos de la conciencia.

Antes de continuar nuestra exposición queremos salir al paso de dos objeciones que prevemos han de sernos opuestas en este punto. La primera sería la de que en lugar de agregarnos a la hipótesis de las ideas inconscientes, de las que nada sabemos, haríamos mejor en aceptar que la conciencia puede fragmentarse, de manera que algunas ideas u otros procesos psíquicos lleguen a formar una conciencia aparte, disociada del núcleo principal de la actividad psíquica y sustraída a ella. Conocidos casos patológicos, como el del doctor Azam, parecen muy apropiados para demostrar que la disociación de la conciencia no es ninguna imaginación fantástica.

Pero tal teoría se basa únicamente, a nuestro juicio, en el empleo equivocado de la palabra *consciente*. No tenemos derecho a extender el sentido de esta palabra hasta el punto de utilizarla para designar una conciencia de la que nada sabe su poseedor. Si para los filósofos resulta difícil creer en la existencia de un pensamiento inconsciente, más inaceptable ha de parecerles la existencia de una conciencia inconsciente. Los casos descritos como de disociación de la conciencia, así el del doctor Azam, pueden ser más bien considerados como casos de traslación de la conciencia, en los cuales esta función —o lo que sea— oscila entre dos distintos complejos psíquicos que devienen alternativamente conscientes e

inconscientes.

La segunda objeción que preveíamos era la de que aplicamos a la psicología de los normales consecuencias deducidas principalmente del estudio de estados patológicos y podemos destruirla con la simple exposición de un hecho cuyo conocimiento debemos al psicoanálisis. Ciertas perturbaciones funcionales que aparecen con extrema frecuencia en los individuos sanos, por ejemplo, los *lapsus linguae*, los errores de memoria, el olvido de nombres, etc., pueden ser referidos sin dificultad a la actuación de intensas ideas inconscientes, lo mismo que los síntomas neuróticos. En el curso de esta especulación hallaremos otro argumento aún más convincente.

La distinción de ideas preconscientes e inconscientes nos conduce a abandonar los dominios de la clasificación y a formarnos un juicio sobre las relaciones funcionales y dinámicas en la actividad psíquica. Hasta aquí hemos hallado un *preconsciente eficaz*, que se hace fácilmente conciencia, y un *inconsciente eficaz*, que permanece inconsciente y parece estar disociado de la conciencia.

No sabemos si estas dos clases de actividad psíquica son desde un principio idénticas o contrarias por esencia, pero podemos preguntarnos por qué pueden haberse diferenciado en el curso de los procesos psíquicos. El psicoanálisis nos da, sin vacilar, clara respuesta a esta interrogación. Para el producto de lo inconsciente eficaz no es imposible penetrar en la conciencia; mas este resultado requiere un cierto esfuerzo. Si intentamos conseguirlo en nosotros mismos, experimentamos la clara sensación de una *defensa* que ha de ser vencida, y cuando nos lo proponemos con un paciente, advertimos signos inequívocos de aquello que denominamos *resistencia*. Averiguamos así que la idea inconsciente es excluida de la conciencia por fuerzas vivas que se oponen a su recepción, no oponiendo, en cambio, obstáculo ninguno a las ideas preconscientes. El psicoanálisis demuestra que la repulsa de las ideas inconscientes es provocada exclusivamente por las tendencias encarnadas en su contenido. La teoría más inmediata y verosímil que podemos edificar en este estadio de nuestro conocimiento es la que sigue: lo inconsciente es una fase regular e inevitable de los procesos que cimentan nuestra actividad psíquica; todo acto psíquico comienza por ser inconsciente, y puede continuar siéndolo o progresar hasta la conciencia, desarrollándose según tropiece o no

con una resistencia. La diferenciación de actividad preconsciente y actividad consciente no es primaria, sino que se establece después de haber entrado en juego la *defensa*. Sólo entonces adquiere un valor teórico y práctico la diferencia entre ideas preconscientes, que surgen en la conciencia y pueden volver a ella en todo momento, e ideas inconscientes, a las que ello está vedado. El arte fotográfico nos ofrece una analogía de esta hipotética relación entre la actividad consciente y la inconsciente. El primer estadio de la fotografía es la negativa. Toda imagen fotográfica tiene que pasar por el proceso *negativo*, y algunas de estas negativas, que han resistido bien la prueba, son admitidas al *proceso positivo*, que acaba en la imagen perfecta.

Pero la diferenciación de actividad preconsciente e inconsciente y el conocimiento de la barrera que las separa no constituyen el último ni el más importante resultado de la investigación psicoanalítica de la vida anímica. Existe un producto psíquico que encontramos en las personas más normales y que, sin embargo, ofrece una singularísima analogía con los más extraños e intensos de la locura y que no ha sido para los filósofos más comprensible que la locura misma. Me refiero a los sueños. El psicoanálisis se basa en el análisis de los sueños; la interpretación onírica es la labor más completa que nuestra joven ciencia ha llevado a cabo hasta hoy. Un caso típico de formación onírica puede ser descrito del modo siguiente: la actividad anímica diurna ha despertado una serie de ideas que ha conservado algo de su eficacia, escapando así a la general anulación del interés que trae consigo el reposo y constituye la preparación espiritual del dormir. Esta serie de ideas consigue durante la noche ponerse en conexión con uno de los deseos inconscientes que desde la infancia del sujeto se hallan siempre presentes en su vida anímica, aunque por lo regular *reprimidos* y excluidos de la existencia consciente. Por medio de la energía que les presta este apoyo inconsciente recobran su eficacia las ideas residuales de la actividad diurna y quedan capacitadas para surgir en la conciencia bajo la forma de un sueño. Así, pues, han sucedido tres cosas:

1.ª Las ideas han experimentado una modificación, un disfraz y una deformación, que representan la participación de su aliado inconsciente.

2.ª Han conseguido ocupar la conciencia en una ocasión en la que la misma no debía haberles sido accesible.

3.ª Un fragmento de inconsciente ha logrado emerger en la conciencia, resultado que le hubiera sido imposible conseguir en toda otra circunstancia.

El psicoanálisis nos ha instruido en el arte de descubrir los «restos diurnos» y las *ideas latentes del sueño*. Por su comparación con el *contenido manifiesto del sueño* hemos podido formarnos un juicio sobre las transformaciones por las que dichos restos e ideas han pasado y la forma en que las mismas han llegado a efecto.

Las ideas latentes del sueño no se diferencian en nada de los productos de nuestra ordinaria actividad psíquica consciente. Puede aplicárseles el nombre de ideas preconscientes y, en efecto, pueden haber sido conscientes en un momento de la vida despierta. Mas por un enlace con las tendencias inconscientes, establecido durante la noche, quedaron asimiladas a ellas, rebajadas hasta cierto punto al estado de ideas inconscientes y sometidas a las leyes que rigen la actividad inconsciente. Se nos ofrece aquí la posibilidad de averiguar algo que ni la especulación ni ninguna otra fuente del conocimiento empírico nos hubieran permitido adivinar jamás; esto es, que las leyes de la actividad anímica inconsciente se diferencian en alto grado de aquellas que rigen la actividad anímica consciente. Una detallada labor nos lleva al conocimiento de las peculiaridades de lo *inconsciente*, y podemos esperar que mediante una más penetrante investigación de los procesos de la formación de los sueños alcanzaremos nuevos conocimientos.

Esta investigación no está aún llevada a término, y una exposición de los resultados obtenidos hasta ahora nos obligaría a entrar en los más complejos problemas de la interpretación onírica. Pero no quisiera terminar estas explicaciones sin indicar la transformación y el progreso de nuestra comprensión de lo inconsciente, que debemos al estudio psicoanalítico de los sueños.

Lo inconsciente nos pareció al principio tan sólo un enigmático carácter de un determinado proceso psíquico. Ahora significa ya algo más para nosotros, pues constituye un signo de que tal proceso participa de la naturaleza de una determinada categoría psíquica que nos es conocida por otros rasgos característicos de mayor importancia, y de que pertenece a un sistema de actividad psíquica digno de toda nuestra atención. El valor de lo inconsciente como elemento indicador sobrepasa extraordinariamente su

importancia como cualidad. Al sistema que se nos muestra caracterizado por el hecho de ser inconscientes todos y cada uno de los procesos que lo constituyen, lo designamos con el nombre de «lo inconsciente», a falta de otro término mejor y menos equívoco. Como fórmula de este sistema emplearemos la abreviatura *Inc*.

Éste es el tercero y más importante sentido que ha adquirido en el psicoanálisis la expresión «inconsciente».

LXVI

CONTRIBUCIONES AL SIMPOSIO SOBRE LA MASTURBACIÓN[1404]

1912

I. — INTRODUCCIÓN

LAS discusiones conducidas en la Asociación Psicoanalítica Vienesa nunca tienen por objeto abolir discrepancias o alcanzar decisiones. Amalgamados por idéntica concepción fundamental de los mismos hechos, los distintos oradores que en ella intervienen pueden permitirse la más tajante expresión de sus versiones individuales, sin tomar en cuenta la probabilidad de convertir a sus opiniones a los oyentes que discrepan de ellas. Es posible que en tal intercambio se produzca un desencuentro de las ideas y de las palabras; su efecto final consiste, empero, en que cada uno recibe, y puede a su vez transmitir, la más clara impresión de las opiniones discrepantes.

El simposio sobre la masturbación —del cual sólo se publican aquí algunos fragmentos— se extendió durante varios meses, consistiendo en la presentación de una ponencia por cada orador, a la cual se agregó en cada caso un exhaustivo debate. Únicamente las ponencias han sido incorporadas a esta publicación, no así las discusiones, tan pletóricas de nuevas ideas, en cuyo curso se expresaron y dirimieron las oposiciones planteadas. De otro

modo, este pequeño volumen habría alcanzado una extensión que hubiese dificultado sin duda su difusión y su influencia.

No considero necesario justificar la elección del tema en una época como ésta, en la cual se realiza por fin el intento de someter también los problemas de la vida sexual humana a la investigación científica. Las repeticiones de determinadas ideas y afirmaciones fueron inevitables, ya que las mismas corresponden a concordancias del pensamiento. Por otra parte, la dirección de este simposio no podía tratar de conciliar las numerosas discrepancias entre las concepciones de los ponentes ni tender a ocultarlas. Esperamos que ni las repeticiones ni las contradicciones afectarán el interés de los lectores.

En esta oportunidad nos animó el propósito de averiguar a qué caminos ha sido impulsado el estudio de los problemas de la masturbación por la aparición de los métodos y los procedimientos psicoanalíticos. El aplauso de los lectores, y quizá aún más claramente su censura, demostrarían hasta dónde hemos llegado a cumplir dicho propósito.

Viena, en el verano de 1912.

II. — CONCLUSIONES

LOS miembros más antiguos de nuestro círculo recordarán sin duda que hace ya varios años emprendimos el intento de llevar a cabo una discusión colectiva como ésta sobre el tema de la masturbación: un *Symposion*[1405], como lo llaman nuestros colegas norteamericanos. En esa oportunidad planteáronse discrepancias tan profundas entre las opiniones expuestas, que no pudimos resolvernos a publicar las minutas de la misma. Desde entonces nos hemos mantenido tanto aquellas personas como las que se les agregaron más recientemente en permanente contacto con los hechos de la experiencia, y mediante un continuo intercambio de ideas hemos logrado aclarar nuestras opiniones y fundarlas sobre una base común, a punto tal que la empresa abandonada entonces ya no nos parece hoy tan insuperable.

Tengo realmente la impresión de que nuestras concordancias con respecto

al tema de la masturbación son ahora más sólidas y más profundas que nuestras discrepancias, cuya existencia no cabe, empero, negar. Numerosas contradicciones aparentes obedecen sólo a la multiplicidad de los puntos de vista expuestos, tratándose en el fondo de opiniones fácilmente conciliables entre sí.

Permítaseme exponer ahora un resumen de aquellos puntos respecto de los cuales estamos de acuerdo y de aquellos otros en los que discrepamos.

Existe, sin duda, un *acuerdo* en lo siguiente:

a) Sobre la importancia de las fantasías que acompañan o reemplazan el acto masturbatorio.

b) Sobre la importancia del sentimiento de culpabilidad vinculado a la masturbación, cualquiera que sea su procedencia.

c) Sobre la imposibilidad de indicar una condición cualitativa para la nocividad de la masturbación (al respecto la unanimidad no es general).

Se han planteado *discrepancias de opinión no conciliadas*:

a) Respecto a la negación del factor somático en el efecto que ejerce la masturbación.

b) Respecto al rechazo, en principio, de toda consecuencia perjudicial de la masturbación.

c) Respecto a la procedencia del sentimiento de culpabilidad, que algunos quieren derivar directamente de la insatisfacción, mientras que otros hacen intervenir factores sociales, o la actitud respectiva de la personalidad.

d) Respecto al carácter ubicuo de la masturbación infantil.

Finalmente, subsisten considerables *incertidumbres*:

a) Sobre el mecanismo de la acción nociva de la masturbación, para el caso de que ésta deba ser aceptada.

b) Sobre las relaciones etiológicas entre la masturbación y las neurosis actuales.

El planteamiento de la mayoría de los puntos respecto de los cuales estamos en desacuerdo se lo debemos a la crítica de nuestro colega W. Stekel, fundada en una amplia y profunda experiencia personal. Es evidente que hemos dejado mucho por comprobar y por aclarar a una futura generación de observadores e investigadores, pero podemos consolarnos con la reflexión de que hemos trabajado honestamente y con vastas miras, allanando así caminos

que habrán de ser recorrido por investigación futura.

De mis propias contribuciones a los problemas que nos ocupan no cabe esperar demasiado. Todos ustedes conocen mi predilección por el estudio fragmentario de un tema, favoreciendo la insistencia respecto de aquellos puntos que considero más sólidamente establecidos. Nada nuevo tengo que aportar, ninguna solución; sólo repeticiones de algunas cosas ya afirmadas anteriormente, algunas defensas de esas viejas afirmaciones contra ataques emanados de vuestro medio, y por fin, unas pocas observaciones que se imponen por fuerza a todo oyente de los trabajos aquí expuestos.

Como se sabe, he diferenciado la masturbación, de acuerdo con la edad en que se produce, de la siguiente manera: 1) la masturbación del lactante, que comprende todas las maniobras autoeróticas al servicio de la satisfacción sexual; 2) la masturbación infantil, que surge directamente de aquélla y que ya se encuentra fijada a determinadas zonas erógenas: 3) la masturbación puberal, que sigue inmediatamente a la infantil, o se halla separada de ésta por el período de latencia. En algunas de las exposiciones que aquí he escuchado no se destaca suficientemente esta diferenciación cronológica. La pretendida unidad de la masturbación sugerida por la terminología médica ha inducido algunas afirmaciones de carácter general, cuando habría sido más acertado ajustarse a dicha diferenciación de acuerdo con los tres períodos de la vida arriba citados. Lamento asimismo que no hayamos podido considerar la masturbación de la mujer en la misma medida que la del hombre, y opino que aquélla bien merece un estudio especial, pues precisamente la masturbación femenina traduce con particular claridad las modificaciones condicionadas por la edad.

Abordo ahora las objeciones que Reitler fomuló contra mi argumento teleológico en favor del carácter ubicuo de la masturbación en el lactante. Confieso que me veo obligado a renunciar a este argumento. Si mi «teoría sexual» está destinada a tener todavía una edición más[1406], ya no contendrá la afirmación aquí objetada. Renunciaré a la pretensión de indagar los designios de la Naturaleza y me limitaré a describir los hechos reales.

Considero asimismo pleno de sentido y de importancia el comentario de Reitler acerca de que ciertos elementos característicos del aparato genital humano parecerían tener la finalidad de impedir el contacto sexual en la

infancia. De aquí arrancan, empero, mis reservas. La oclusión de la cavidad genital femenina y la inexistencia del hueso peneano que asegura la erección, son características anatómicas dirigidas únicamente contra el coito y no contra las excitaciones sexuales en general. A mi juicio, Reitler concibe de manera demasiado antropomórfica el finalismo de la naturaleza, como si en ella, igual que en las obras humanas, se tratara de la consecuente realización de un único propósito. Hasta donde llegamos a comprenderlos, en los procesos de la Naturaleza lo general es que toda una serie de tendencias finales transcurran paralelamente, sin abolirse las unas a las otras. Ya que pretendemos hablar de la Naturaleza en términos humanos, debemos decir que se nos presenta como algo que en el hombre calificaríamos de «inconsecuente». Creo, a mi vez, que Reitler debería dejar de insistir tanto en sus propios argumentos teleológicos. La aplicación de la teleología como hipótesis heurística está expuesta a reservas; frente a cada caso particular, nunca se sabe si se trata de una «armonía» o de una «disarmonía». Sucede lo mismo cuando queremos hincar un clavo en la pared: nunca sabemos si daremos con el ladrillo o con la juntura.

Respecto a la cuestión de las relaciones de la masturbación y las poluciones con la etología de la denominada neurastenia, me encuentro, como muchos de ustedes, en oposición a Stekel, sustentando aún contra éste mis anteriores opiniones, con una limitación que señalaré más adelante. No veo motivo alguno que pudiera inducirnos a abandonar la diferenciación de las neurosis actuales frente a las psiconeurosis, y sólo puedo calificar de tóxica la génesis de los síntomas en las primeras. A mi juicio, el colega Stekel en este caso realmente amplía demasiado la psicogénesis. Sigo concibiendo este asunto tal como lo comprendí hace ahora más de quince años: las dos neurosis actuales —la neurastenia y la neurosis de angustia (quizá haya que agregarle la hipocondría propiamente dicha como tercera neurosis actual)— constituyen la facilitación somática de las psiconeurosis, suministran el material excitativo que luego será seleccionado y revestido psíquicamente, de modo que, en términos generales, el núcleo del síntoma psiconeurótico —el grano de arena en el centro de la perla— está formado por una manifestación sexual somática. Todo esto es, sin duda, más evidente en la neurosis de angustia y en su relación con la histeria que en la

neurastenia, sobre la cual no se han emprendido todavía minuciosas investigaciones psicoanalíticas. Como todos hemos podido comprobarlo a menudo, en las neurosis de angustia se trata, en el fondo, de una partícula de la excitación del coito no derivada, que se manifiesta como síntoma ansioso o que establece el núcleo de una formación sintomática histérica.

El colega Stekel comparte con numerosos autores ajenos al psicoanálisis la tendencia a rechazar las diferenciaciones morfológicas que hemos establecido en el abigarrado conjunto de las neurosis, aplicándoles a todas un común denominador, como, por ejemplo, el de la psicastenia. A menudo hemos contradicho su opinión al respecto, y seguimos sustentando la esperanza de que las diferencias clínico-morfológicas habrán de demostrar aún su importancia como manifestaciones todavía incomprendidas de procesos esencialmente dispares. Si, con toda justicia, nos argumenta Stekel que en los denominados neurasténicos se ha encontrado siempre con los mismos complejos y conflictos que en los demás neuróticos, podemos responderle que este argumento no toca, evidentemente, la cuestión disputada. Hace tiempo sabemos que los mismos complejos y conflictos pueden encontrarse también en todos los seres sanos y normales. Más aún: nos hemos habituado a reconocer en todo individuo civilizado cierta medida de represión de impulsos perversos, de erotismo anal, homosexualidad, etcétera, así como una porción de complejos paternos, maternos y de otra índole, tal como en los análisis químicos elementales de un cuerpo orgánico podemos estar seguros de demostrar la presencia de los elementos carbono, oxígeno, hidrógeno, nitrógeno y algo de azufre. Lo que diferencia a los compuestos orgánicos entre sí es la proporción en que estos elementos se combinan y la estructura de las combinaciones que integran. Así, en los seres normales y en los neuróticos no se trata de la existencia de estos complejos y conflictos, sino de si han llegado a ser patógenos, y en caso afirmativo, de los mecanismos que para ello han puesto en juego.

Lo esencial de mis teorías sobre las neurosis actuales, que establecí en aquella oportunidad y que hoy sigo defendiendo, radica en la afirmación, basada en la experiencia, de que sus síntomas no pueden ser analíticamente descompuestos, como los psiconeuróticos. En otros términos, que la constipación, la cefalea, la fatiga de los denominados neurasténicos, no

permiten la reducción histórica o simbólica a vivencias efectivas, no pueden ser concebidas como satisfacciones sexuales sucedáneas, como transacciones entre impulsos instintivos opuestos; en suma, que no pueden ser interpretadas como los síntomas psiconeuróticos, por más que éstos se manifiesten en forma similar a aquéllos. No creo que esta regla llegue a ser refutada por medio del psicoanálisis. En cambio, concedo hoy —lo que entonces no podía creer— que un tratamiento analítico llegue a tener también indirectamente influencia terapéutica sobre los síntomas actuales, ya sea porque coloque al individuo enfermo en la situación de sustraerse a esta nocividad actual, modificando su régimen sexual. He aquí, evidentemente, prometedora perspectiva para nuestros afanes terapéuticos.

Sin embargo, si a la postre se me demostrara mi error en la cuestión teórica de las neurosis actuales, sabré consolarme con el progreso de nuestros conocimientos, que siempre debe desvalorizar el punto de vista del individuo. Se preguntarán ustedes por qué, si me anima tan loable reconocimiento de los inevitables límites de la propia infalibilidad, no me decido por transigir en seguida con las nuevas opiniones y prefiero repetir el tan conocido espectáculo del viejo que se aferra tenazmente a sus opiniones consagradas. Mi respuesta es que todavía no reconozco las pruebas objetivas a las cuales habría de ceder. En años anteriores mis opiniones experimentaron múltiples cambios que nunca vacilé en dar a publicidad. A raíz de muchos de estos cambios de opinión se me han hecho reproches que hoy se repetirán sin duda contra mi terquedad. No es que estos o aquellos reproches me intimiden, pero sé que tengo que cumplir un destino. No puedo rehuirlo ni necesito ir a su encuentro. He de mantenerme en su espera, y entre tanto sostendré frente a nuestra ciencia la misma actitud que he aprendido desde tiempo atrás.

Sólo a disgusto tomo posición frente al problema, tan extensamente tratado por ustedes, de los perjuicios que ocasionaría la masturbación, pues no es éste un planteamiento correcto de los problemas que nos ocupan. Es evidente, empero, que todos debemos opinar al respecto, pues al público no parece interesarle otra cosa en la cuestión del onanismo. Como ustedes recordarán, en una de nuestras primeras sesiones de discusión sobre este tema tuvimos entre nosotros como huésped a un distinguido pediatra de esta ciudad. ¿Qué pretendía saber de nosotros el colega en sus reiteradas

preguntas? Tan sólo en qué medida la masturbación sería dañina y por qué perjudicaría a unos y no a otros. Así, pues, nos vemos obligados a inquirir de nuestra ciencia una respuesta a dichas cuestiones prácticas.

Confieso que al respecto tampoco me es posible compartir el punto de vista de Stekel, a pesar de las muchas observaciones audaces y correctas que nos ha expuesto sobre el problema. Para él, la perniciosidad de la masturbación sería en realidad un prejuicio absurdo, que sólo nuestra propia estrechez mental nos impediría recusar por completo. Creo, sin embargo, que si enfrentamos el problema *sine ira et studio*[1407] —en la medida en que ellos nos es posible—, debemos expresar más bien que tal opinión contradice nuestras concepciones fundamentales sobre la etiología de las neurosis. La masturbación corresponde esencialmente a la actividad sexual infantil y luego a su perpetuación en años de mayor madurez. Derivamos las neurosis de un conflicto entre las tendencias sexuales del individuo y sus demás tendencias (yoicas). Podría aducirse aquí la opinión de que el factor patógeno de esta relación etiológica radicaría únicamente en la reacción del *yo* contra su sexualidad, pero con ello únicamente se afirmaría que cualquier persona podría quedar libre de neurosis con el simple recurso de satisfacer ilimitadamente sus tendencias sexuales. Sin embargo, sería evidentemente arbitrario y también inconveniente adoptar tal decisión sin conceder también a las propias tendencias sexuales su intervención en la patogenia. Si se admite, empero, que los impulsos sexuales pueden tener acción patógena, no es posible negarle tal carácter a la masturbación, que consiste sólo en la ejecución de tales impulsos instintivos sexuales. Es evidente que en todos los casos que parecen demostrar el carácter patógeno de la masturbación tal efecto podrá ser reducido más bien a los instintos que en ella se manifiestan y a las resistencias dirigidas contra estos instintos. La masturbación, en efecto, no es un término último, ni somática ni psicológicamente; no es un verdadero factor actuante, sino sólo la denominación de ciertas actividades; pero, a pesar de toda reducción conceptual, el juicio acerca de la etiología se aferra con justicia a dicha actividad. Tampoco debe olvidarse que no es posible equiparar la masturbación a la actividad sexual en general, pues sólo representa tal actividad con ciertas condiciones limitantes. Por tanto, sigue siendo posible que precisamente estas particularidades de la actividad

masturbatoria sean las portadoras de su acción patógena.

Así, una vez más nos vemos apartados de la argumentación y orientados nuevamente a la observación clínica, y ésta nos conmina a no borrar el tema «consecuencias perjudiciales de la masturbación». En todo caso, entre las neurosis nos hallamos con ejemplos en los cuales la masturbación ha sido perjudicial.

Este *daño* parece imponerse por tres caminos distintos:

a) Como un *daño orgánico*, ejercido a través de un mecanismo desconocido, debiendo tenerse en cuenta al respecto los criterios, tan a menudo mencionados aquí, de la frecuencia desmesurada y de la insuficiente satisfacción obtenida.

b) Por el *establecimiento de un prototipo psíquico*, al no existir la necesidad de modificar el mundo exterior para satisfacer una profunda necesidad. No obstante, en los casos en que se desarrolla una amplia reacción contra este prototipo, queda abierto el camino al florecimiento de las más valiosas cualidades de carácter.

c) Por la posibilidad de *\& fijación de fines sexuales infantiles* y de la permanencia en el infantilismo psíquico. Con ello está dada la predisposición a la neurosis. Como psicoanalistas, debemos conceder máximo interés a esta consecuencia de la masturbación, siendo de advertir que aquí nos referimos, naturalmente, sólo a la masturbación puberal y a la que se mantiene después de este período. Recordemos siempre qué importancia asume la masturbación como ejecutora de la fantasía, de ese reino intermedio que se ha intercalado entre la vida ajustada al principio del placer y la gobernada por el principio de la realidad; recordemos cómo la masturbación permite realizar, en la fantasía, desarrollos y sublimaciones sexuales que no representan progresos, sino sólo nocivas formaciones transaccionales. Es cierto que, según la importante argumentación de Stekel, la misma transacción puede neutralizar graves tendencias a la perversión y evita las consecuencias más funestas de la abstinencia.

Mi propia experiencia médica me impide excluir el debilitamiento

permanente de la potencia entre las consecuencias de la masturbación, aunque doy la razón a Stekel con respecto a la posibilidad de demostrar en gran número de casos su carácter meramente aparente. Esta consecuencia de la masturbación, empero, es la que no cabe incluir sin más ni más entre sus daños. En efecto, cierta atenuación de la potencia masculina y de la iniciativa brutal a ella vinculada es bastante valiosa desde el punto de vista cultural, pues facilita al individuo que vive en la cultura el cumplimiento de las virtudes de moderación y de constancia sexual que se le exigen. Por lo general, se comprueba que la virtud con plena potencia es una tarea ardua y difícil.

Si esta afirmación mía pareciese cínica, admítase que no he querido que fuera expresión de un cinismo. Sólo pretendo que sea un fragmento de seca descripción, sin importarme que despierte beneplácito o indignación. Sucede, simplemente, que la masturbación, como tantas otras cosas, tiene *les défauts de ses vertus*, y recíprocamente, *les vertus de ses défauts*. Siempre que se desmenuce un complicado fenómeno fáctico, y discerniendo con interés práctico unilateral su nocividad de su utilidad, habrá que atenerse a comprobaciones tan ingratas como ésta.

Creo, por otra parte, que conviene discernir las consecuencias perjudiciales de la masturbación que cabe calificar de *directas*, de las que surgen *indirectamente* de la resistencia y de la rebeldía del *yo* contra esa actividad sexual. No he aludido aquí a estas últimas repercusiones.

Agregaré algunas palabras inevitables con respecto a la segunda de las ingratas preguntas planteadas. Suponiendo que la masturbación pueda ser perjudicial, ¿en qué condiciones y en cuáles individuos demuestra ser nociva?

De acuerdo con la mayoría de ustedes, prefiero declinar una respuesta general a esta cuestión. En buena parte, ella coincide con el problema más amplio de cuándo la actividad sexual en general puede tornarse patógena para un individuo. Si deducimos esta coincidencia, quédanos la cuestión de detalle vinculada a las características particulares de la masturbación, en la medida en que ésta representa una forma particular de satisfacción sexual. Cabría repetir aquí cosas ya conocidas y expuestas en otro texto, como la influencia del factor cuantitativo y de la acción sinérgica de múltiples factores patógenos, pero, ante todo, deberíamos conceder un amplio margen a las

denominadas disposiciones constitucionales del individuo. Confesémonos, sin embargo, cuán ingrato resulta operar con éstas. La disposición individual suele ser deducida *ex postfacto*[1408]; sólo posteriormente, una vez que el sujeto ya ha enfermado, le adjudicamos tal o cual disposición. No tenemos ningún recurso para adivinarla anteriormente. Nos conducimos al respecto como aquel rey escocés de una novela de Víctor Hugo que se vanagloriaba de poseer un recurso infalible para reconocer la brujería. Hacía cocer a la inculpada en agua hirviendo y luego probaba el caldo. De acuerdo con el sabor, juzgaba: «Si, ésta era una bruja»; o bien: «No, ésta no era».

Podría señalarles todavía un tema que ha sido demasiado poco tratado en nuestras discusiones: el de la denominada masturbación inconsciente. Me refiero a la masturbación durante el dormir, en estados anormales, en el curso de ataques. Se recordará seguramente cuántos ataques histéricos reproducen el acto masturbatorio en forma oculta o disfrazada, después que el individuo ha renunciado a este tipo de satisfacción, y cuántos síntomas de las neurosis obsesivas tienden a sustituir y a repetir esta forma de actividad sexual prohibida otrora. Se puede hablar asimismo de un retorno terapéutico de la masturbación. Muchos habrán hecho, como yo la experiencia de que significa un gran progreso cuando el paciente, en el curso del tratamiento, vuelve a permitirse la masturbación, aunque sin tener el propósito de permanecer detenido en esta fase infantil. También cabe señalar aquí que precisamente un gran número de los más graves neuróticos no recuerdan haber tenido en las épocas históricas de su memoria contacto alguno con la masturbación, mientras que el psicoanálisis permite demostrar que dicha actividad sexual les fue familiar en los olvidados años de su temprana infancia.

Creo, sin embargo, que conviene interrumpir aquí mis disquisiciones, pues todos estamos de acuerdo en que el tema de la masturbación es poco menos que inagotable[1409].

LXVII

SOBRE UNA DEGRADACIÓN GENERAL DE LA VIDA ERÓTICA[1410]

1912

1

SI preguntamos a un psicoanalista cuál es la enfermedad para cuyo remedio se acude a él más frecuentemente, nos indicará — previa excepción de las múltiples formas de la angustia la impotencia psíquica. Esta singular perturbación ataca a individuos de naturaleza intensamente libidinosa y se manifiesta en que los órganos ejecutivos de la sexualidad rehúsan su colaboración al acto sexual, no obstante aparecer antes y después perfectamente intactos y a pesar de existir en el sujeto una intensa inclinación psíquica a realizar dicho acto. El primer dato para la comprensión de su estado lo obtiene el paciente al observar que el fallo no se produce sino con una persona determinada y nunca con otras. Descubre así que la inhibición de su potencia viril depende de alguna cualidad del objeto sexual, y a veces indica haber advertido en su interior un obstáculo, una especie de voluntad contraria, que se oponía con éxito a su intención consciente. Pero no le es posible adivinar en qué consiste tal obstáculo interno ni qué cualidad del objeto sexual es la que lo provoca. En esta perplejidad acaba por atribuir el primer fallo a una impresión «casual» y deduce erróneamente que su

repetición se debe a la acción inhibitoria del recuerdo de dicho primer fallo, constituido en representación angustiosa.

Sobre este tema de la impotencia psíquica existen ya varios estudios psicoanalíticos de diversos autores[1411]. Todo analista puede confirmar por propia experiencia médica las explicaciones en ellos ofrecidas. Se trata realmente de la acción inhibitoria de ciertos complejos psíquicos que se sustraen al conocimiento del individuo, material patógeno cuyo contenido más frecuente es la fijación incestuosa, no dominada, en la madre o la hermana. Fuera de estos complejos habrá de concederse atención a la influencia de las impresiones penosas accidentales experimentadas por el sujeto en conexión con su actividad sexual infantil y con todos aquellos factores susceptibles de disminuir la libido, que ha de ser orientada hacia el objeto sexual femenino[1412].

Al someter un caso de franca impotencia psíquica a un penetrante estudio psicoanalítico obtenemos sobre los procesos psicosexuales que en él se desarrollan los siguientes datos: el fundamento de la enfermedad es de nuevo, como muy probablemente en todas las perturbaciones neuróticas, una inhibición del proceso evolutivo que conduce a la libido hasta su estructura definitiva y normal. En el caso que nos ocupa no han llegado a fundirse las dos corrientes cuya influencia asegura una conducta erótica plenamente normal: la corriente «cariñosa» y la corriente «sensual».

De estas dos corrientes es la cariñosa la más antigua. Procede de los más tempranos años infantiles, se ha constituido tomando como base los intereses del instinto de conservación y se orienta hacia los familiares y los guardadores del niño. Integra desde un principio ciertas aportaciones de los instintos sexuales, determinados componentes eróticos más o menos visibles durante la infancia misma y comprobables siempre por medio del psicoanálisis en los individuos ulteriormente neuróticos. Corresponde a la *elección de objeto primario infantil*. Vemos por ella que los instintos sexuales encuentran sus primeros objetos guiándose por las valoraciones de los instintos del *yo*, del mismo modo que las primeras satisfacciones sexuales son experimentadas por el individuo en el ejercicio de las funciones somáticas necesarias para la conservación de la vida[1413]. El «cariño» de los padres y guardadores, que raras veces oculta por completo su carácter erótico

(«el niño, juguete erótico»), contribuye a acrecentar en el niño las aportaciones a las cargas psíquicas de los instintos del *yo*, intensificándolas en una medida susceptible de influir el curso ulterior de la evolución, sobre todo cuando concurren otras determinadas circunstancias.

Estas fijaciones cariñosas del niño perduran a través de toda la infancia y continúan incorporándose considerables magnitudes de erotismo, el cual queda desviado así de sus fines sexuales. Con la pubertad sobreviene luego la poderosa corriente «sensual», que no ignora ya sus fines. Al parecer, no deja nunca de recorrer los caminos anteriores, acumulando sobre los objetos de la elección primaria infantil magnitudes de libido mucho más amplias. Pero al tropezar aquí con el obstáculo que supone la barrera moral contra el incesto, erigida en el intervalo, tenderá a transferirse lo antes posible de dichos objetos primarios a otros, ajenos al círculo familiar del sujeto, con los cuales sea posible una vida sexual real. Estos nuevos objetos son elegidos, sin embargo, conforme al prototipo (la imagen) de los infantiles, pero con el tiempo atraen a sí todo el cariño ligado a los primitivos. El hombre abandonará a su padre y a su madre —según el precepto bíblico— para seguir a su esposa, fundiéndose entonces el cariño y la sensualidad. El máximo grado de enamoramiento sensual traerá consigo la máxima valoración psíquica. (La supervaloración normal del objeto sexual por parte del hombre.)

Dos distintos factores pueden provocar el fracaso de esta evolución progresiva de la libido. En primer lugar, el grado de *interdicción real* que se oponga a la nueva elección de objeto, apartando de ella al individuo. No tendrá, en efecto, sentido alguno decidirse a una elección de objeto cuando no es posible elegir o no cabe elegir nada satisfactorio. En segundo, el grado de *atracción* ejercido por los objetos infantiles que de abandonar se trata, grado directamente proporcional a la carga erótica de que fueron investidos en la infancia. Cuando estos factores muestran energía suficiente entra en acción el mecanismo general de la producción de las neurosis. La libido se aparta de la realidad, es acogida por la fantasía (introversión), intensifica las imágenes de los primeros objetos sexuales y se fija en ellos. Pero el obstáculo opuesto al incesto obliga a la libido orientada hacia tales objetos a permanecer en lo inconsciente. El onanismo, en el que se exterioriza la actividad de la corriente sensual, inconsciente ahora, contribuye a intensificar las indicadas fijaciones.

El hecho de que el progreso evolutivo de la libido, fracasado en la realidad, quede instaurado en la fantasía mediante la sustitución de los objetos sexuales primitivos por otros ajenos al sujeto en las situaciones imaginativas conducentes a la satisfacción onanista, no modifica en nada el estado de cosas. La sustitución permite el acceso de tales fantasías a la conciencia, pero no trae consigo proceso alguno en los destinos de la libido.

Puede suceder así que toda la sensualidad de un joven quede ligada en lo inconsciente a objetos incestuosos o, dicho en otros términos, fijada en fantasías incestuosas inconscientes. El resultado es entonces una impotencia absoluta, que en ocasiones puede quedar reforzada por una debilitación real, simultáneamente adquirida, de los órganos genitales.

La impotencia psíquica propiamente dicha exige premisas menos marcadas. La corriente sensual no ha de verse obligada a ocultarse en su totalidad detrás de la cariñosa, sino que ha de conservar energía y libertad suficientes para conquistar en parte el acceso a la realidad. Pero la actividad sexual de tales personas presenta claros signos de no hallarse sustentada por toda su plena energía instintiva psíquica, mostrándose caprichosa, fácil de perturbar, incorrecta, muchas veces, en la ejecución y poco placentera. Pero, sobre todo, se ve obligada a eludir toda aproximación a la corriente cariñosa, lo que supone una considerable limitación de la elección de objeto. La corriente sensual, permanecida activa, buscará tan sólo objetos que no despierten el recuerdo de los incestuosos prohibidos, y la impresión producida al sujeto por aquellas mujeres cuyas cualidades podrían inspirarle una valoración psíquica elevada no se resuelve en él en excitación sensual, sino en cariño eróticamente ineficaz. La vida erótica de estos individuos permanece disociada en dos direcciones, personificadas por el arte en el amor divino y el amor terreno (o animal). Si aman a una mujer, no la desean, y si la desean, no pueden amarla. Buscan objetos a los que no necesitan amar para mantener alejada su sensualidad de los objetos amados, y conforme a las leyes de la «sensibilidad del complejo» y del «retorno de lo reprimido», son víctimas del fallo singular de la impotencia psíquica en cuanto que el objeto elegido para eludir el incesto les recuerde en algún rasgo, a veces insignificante, el objeto que de eludir se trata.

Contra esta perturbación los individuos que padecen la disociación erótica

descrita se acogen principalmente a la *degradación* psíquica del objeto sexual, reservando para el objeto incestuoso y sus subrogados la supervaloración que normalmente corresponde al objeto sexual. Dada tal *degradación* del objeto, su sexualidad puede ya exteriorizarse libremente, desarrollar un importante rendimiento y alcanzar intenso placer. A este resultado contribuye aún otra circunstancia. Aquellas personas en quienes las corrientes cariñosa y sensual no han confluido debidamente viven, por lo general, una vida sexual poco refinada. Perduran en ellas fines sexuales perversos, cuyo incumplimiento es percibido como una sensible disminución de placer, pero que sólo parece posible alcanzar con un objeto sexual rebajado e inestimado.

Descubrimos ya los motivos de las fantasías descritas en un apartado anterior, en las cuales el adolescente rebaja a su madre al nivel de la prostituta. Tales fantasías tienden a construir, por lo menos en la imaginación, un puente sobre el abismo que separa las dos corrientes eróticas, y degradando a la madre, ganarla para objeto de la sensualidad.

2

Hemos desarrollado hasta aquí una investigación medicopsicológica de la impotencia psíquica, ajena en apariencia al título del presente estudio. Pronto se verá, sin embargo, que tal introducción nos era necesaria para llegar a nuestro verdadero tema.

Hemos reducido la impotencia psíquica a la no confluencia de las corrientes cariñosa y sensual en la vida erótica y hemos atribuido esta perturbación de la evolución normal de la libido al influjo de intensas fijaciones infantiles y al obstáculo opuesto luego, en realidad, a la corriente sensual por la barrera erigida contra el incesto en el período intermedio. Contra esta teoría cabe una importante objeción: nos da demasiado; nos explica por qué ciertas personas padecen impotencia psíquica, pero nos lleva a extrañar que alguien pueda escapar a tal dolencia. En efecto, puesto que los factores señalados —la intensa fijación infantil, la barrera erigida contra el

incesto y la prohibición opuesta al instinto sexual en los años inmediatos a la pubertad— son comunes a todos los hombres pertenecientes a cierto nivel cultural, sería de esperar que la impotencia psíquica fuese una enfermedad general de nuestra sociedad civilizada y no se limitase a casos individuales.

Podríamos inclinarnos a eludir tal conclusión acogiéndonos al factor cuantitativo de la causación de la enfermedad, o sea a aquella mayor o menor magnitud de las aportaciones de los distintos factores etiológicos, de la cual depende que se constituya o no un estado patológico manifiesto. Mas, aunque nada nos parece oponerse a esta conducta, no habremos de seguirla para rechazar la conclusión indicada. Por el contrario, queremos sentar la afirmación de que la impotencia psíquica se halla mucho más difundida de lo que se supone, apareciendo caracterizada por una cierta medida de esta perturbación la vida erótica del hombre civilizado.

Si damos al concepto de la impotencia psíquica un sentido más amplio, no limitándolo a la imposibilidad de llevar a cabo el acto sexual, no obstante la perfecta normalidad de los órganos genitales y la intención consciente de complacerse en él, habremos de incluir también entre los individuos aquejados de tal enfermedad a aquellos sujetos a los que designados con el nombre de psicoanestésicos, los cuales pueden realizar el coito sin dificultad alguna, pero no hallan en él especial placer, hecho bastante más frecuente de lo que pudiera creerse. La investigación psicoanalítica de estos casos tropieza con los mismos factores etiológicos descubiertos en la impotencia psíquica estrictamente considerada, pero no nos procura en un principio explicación alguna de las diferencias sintomáticas. Una analogía fácilmente justificable enlaza estos casos de anestesia masculina a los de frigidez femenina, infinitamente frecuentes, siendo el mejor camino para describir y explicar la conducta erótica de tales mujeres su comparación con la impotencia psíquica del hombre, mucho más ruidosa[1414].

Prescindiendo de tal extensión del concepto de la impotencia psíquica, y atendiendo tan sólo a las gradaciones de su sintomatología, no podemos eludir la impresión de que la conducta erótica del hombre civilizado presenta generalmente, hoy en día, el sello de la impotencia psíquica. Sólo en una limitada minoría aparecen debidamente confundidas las corrientes cariñosa y sexual. El hombre siente coartada casi siempre su actividad sexual por el

respeto a la mujer, y sólo desarrolla su plena potencia con objetos sexuales degradados, circunstancia a la que coadyuva el hecho de integrar en sus fines sexuales componentes perversos, que no se atreve a satisfacer en la mujer estimada. Sólo experimenta, pues, un pleno goce sexual cuando puede entregarse sin escrúpulo a la satisfacción, cosa que no se permitirá, por ejemplo, con la mujer propia. De aquí su necesidad de un objeto sexual rebajado, de una mujer éticamente inferior, en la que no pueda suponer repugnancias estéticas y que ni conozca las demás circunstancias de su vida, ni pueda juzgarle. A tal mujer dedicará entonces sus energías sexuales, aunque su cariño pertenezca a otra de tipo más elevado. Esta necesidad de un objeto sexual degradado, al cual se enlace fisiológicamente la posibilidad de una completa satisfacción, explica la frecuencia con que los individuos pertenecientes a las más altas clases sociales buscan sus amantes, y a veces sus esposas, en clases inferiores.

No creo aventurado hacer también responsable de esta conducta erótica, tan frecuente entre los hombres de nuestras sociedades civilizadas, a los dos factores etiológicos de la impotencia psíquica propiamente dicha: la intensa fijación incestuosa infantil y la prohibición real opuesta al instinto sexual en la adolescencia. Aunque parezca desagradable y, además, paradójico, ha de afirmarse que para poder ser verdaderamente libre, y con ello verdaderamente feliz en la vida erótica, es preciso haber vencido el respeto a la mujer y el horror a la idea del incesto con la madre o la hermana. Aquellos que ante esta exigencia procedan a una seria introspección descubrirán que, en el fondo, consideran el acto sexual como algo degradante, cuya acción impurificadora no se limita al cuerpo. El origen de esta valoración, que sólo a disgusto reconocerán, habrán de buscarlo en aquella época de su juventud en la que su corriente sensual, intensamente desarrollada ya, encontraba prohibida toda satisfacción, tanto en los objetos incestuosos como en los extraños.

También las mujeres aparecen sometidas en nuestro mundo civilizado a consecuencias análogas, emanadas de su educación y, además, a las resultantes de la conducta del hombre. Para ellas es, naturalmente, tan desfavorable que el hombre no desarrolle a su lado toda su potencia como que la supervaloración inicial del enamoramiento quede sustituida por el desprecio después de la posesión. Lo que no parece existir en la mujer es la

necesidad de rebajar el objeto sexual, circunstancia enlazada, seguramente, al hecho de no darse tampoco en ella nada semejante a la supervaloración masculina. Pero su largo apartamiento de la sexualidad y el confinamiento de la sensualidad en la fantasía tienen para ella otra importante consecuencia. En muchos casos no les es ya posible disociar las ideas de actividad sensual y prohibición, resultando así psíquicamente impotente, o sea frígida, cuando por fin le es permitida tal actividad. De aquí la tendencia de muchas mujeres a mantener secretas durante algún tiempo relaciones perfectamente lícitas, y para otras la posibilidad de sentir normalmente en cuanto la prohibición vuelve a quedar establecida, por ejemplo, en unas relaciones ilícitas. Infieles al marido, pueden consagrar al amante una fidelidad de segundo orden.

A mi juicio, este requisito de la prohibición, que aparece en la vida erótica femenina, puede equipararse a la necesidad de un objeto sexual degradado en el hombre. Ambos factores son consecuencia del largo intervalo exigido por la educación, con fines culturales, entre la maduración y la actividad sexual, y tienden igualmente a desvanecer la impotencia psíquica resultante de la no confluencia de las corrientes cariñosa y sensorial. El hecho de que las mismas causas produzcan en el hombre y en la mujer efectos tan distintos depende quizá de otra divergencia comprobable en su conducta sexual. La mujer no suele infringir la prohibición opuesta a la actividad sexual durante el período de espera, quedando así establecido en ella el íntimo enlace entre las ideas de prohibición y sexualidad. En cambio, el hombre infringe generalmente tal precepto, a condición de rebajar el valor del objeto, y acoge, en consecuencia, esta condición en su vida sexual ulterior.

Ante la intensa corriente de opinión que propugna actualmente la necesidad de una reforma de la vida sexual, no será quizá inútil recordar que la investigación psicoanalítica no sigue tendencia alguna. Su único fin es descubrir los factores que se ocultan detrás de los fenómenos manifiestos. Verá con agrado que las reformas que se intenten utilicen sus descubrimientos para sustituir lo perjudicial por lo provechoso. Pero no puede asegurar que tales reformas no hayan de imponer a otras instituciones sacrificios distintos y quizá más graves.

3

El hecho de que el refrenamiento cultural de la vida erótica traiga consigo una degradación general de los objetos sexuales nos mueve a transferir nuestra atención, desde tales objetos, a los instintos mismos. El daño de la prohibición inicial del goce sexual se manifiesta en que su ulterior permisión en el matrimonio no proporciona ya plena satisfacción. Pero tampoco una libertad sexual ilimitada desde un principio procura mejores resultados. No es difícil comprobar que la necesidad erótica pierde considerable valor psíquico en cuanto se le hace fácil y cómoda la satisfacción. Para que la libido alcance un alto grado es necesario oponerle un obstáculo, y siempre que las resistencias naturales opuestas a la satisfacción han resultado insuficientes, han creado los hombres otras, convencionales, para que el amor constituyera verdaderamente un goce. Esto puede decirse tanto de los individuos como de los pueblos. En épocas en las que la satisfacción erótica no tropezaba con dificultades (por ejemplo, durante la decadencia de la civilización antigua), el amor perdió todo su valor, la vida quedó vacía y se hicieron necesarias enérgicas reacciones para restablecer los valores afectivos indispensables. En este sentido puede afirmarse que la corriente ascética del cristianismo creó para el amor valoraciones psíquicas que la antigüedad pagana no había podido ofrendarle jamás. Esta valoración alcanzó su máximo nivel en los monjes ascéticos, cuya vida no era sino una continua lucha contra la tentación libidinosa.

En un principio nos inclinamos, desde luego, a atribuir las dificultades aquí emergentes a cualidades generales de nuestros instintos orgánicos. Es también exacto, en general, que la importancia psíquica de un instinto crece con su prohibición. Si sometemos, por ejemplo, al tormento del hambre a cierto número de individuos muy diferentes entre sí, veremos que las diferencias individuales irán borrándose con el incremento de la imperiosa necesidad, siendo sustituidas por las manifestaciones uniformes del instinto insatisfecho. Ahora bien: ¿puede igualmente afirmarse que la satisfacción de un instinto disminuya siempre tan considerablemente su valor psíquico? Pensemos, por ejemplo, en la relación entre el bebedor y el vino. El vino procura siempre al bebedor la misma satisfacción tóxica, tantas veces

comparada por los poetas a la satisfacción erótica y comparable realmente a ella, aun desde el punto de vista científico. Nunca se ha dicho que el bebedor se vea precisado a cambiar constantemente de bebida, porque cada una de ellas pierde, una vez gustada, su atractivo. Por el contrario, el hábito estrecha cada vez más apretadamente el lazo que une al bebedor con la clase de vino preferida. Tampoco sabemos que el bebedor sienta la necesidad de emigrar a un país en que el vino sea más caro o esté prohibido su consumo, para reanimar con tales incitantes el valor de su gastada satisfacción. Nada de esto sucede. Las confesiones de nuestros grandes alcohólicos, de Boecklin, por ejemplo, sobre su relación con el vino[1415], delatan una perfecta armonía, que podría servir de modelo a muchos matrimonios. ¿Por qué ha de ser entonces tan distinta la relación entre el amante y su objeto sexual?

A mi juicio, y por extraño que parezca, habremos de sospechar que en la naturaleza misma del instinto, sexual existe algo desfavorable a la emergencia de una plena satisfacción. En la evolución de este instinto, larga y complicada, destacan dos factores a los que pudiera hacerse responsables de tal dificultad. En primer lugar, a consecuencia del desdoblamiento de la elección de objeto y de la creación intermedia de la barrera contra el incesto, el objeto definitivo del instinto sexual no es nunca el primitivo, sino tan sólo un subrogado suyo. Pero el psicoanálisis nos ha demostrado que cuando el objeto primitivo de un impulso optativo sucumbe a la represión es reemplazado, en muchos casos, por una serie interminable de objetos sustitutivos, ninguno de los cuales satisface por completo. Esto nos explicaría la inconstancia en la elección de objeto, el «hambre de estímulos», tan frecuente en la vida erótica de los adultos.

En segundo lugar, sabemos que el instinto sexual se descompone al principio en una amplia serie de elementos —o, mejor dicho, nace de ella—, y que algunos de estos componentes no pueden ser luego acogidos en su estructura ulterior, debiendo ser reprimidos o destinados a fines diferentes. Trátase, sobre todo, de los componentes instintivos coprófilos, incompatibles con nuestra cultura estética desde el punto y hora, probablemente, en que la actitud vertical alejó del suelo nuestros órganos olfatorios, y, además, de gran parte de los impulsos sádicos adscritos a la vida erótica. Pero todos estos procesos evolutivos no van más allá de los estratos superiores de la

complicada estructura. Los procesos fundamentales que dan origen a la excitación erótica permanecen invariados. Lo excremental se halla ligado íntima e inseparablemente a lo sexual, y la situación de los genitales —*inter urinas et faeces*— continúa siendo el factor determinante invariable. Modificando una conocida frase de Napoleón el Grande, pudiera decirse que «la anatomía es el destino». Los genitales mismos no han seguido tampoco la evolución general de las formas humanas hacia la belleza. Conservan su animalidad primitiva, y en el fondo tampoco el amor ha perdido nunca tal carácter. Los instintos eróticos son difícilmente educados, y las tentativas de este orden dan tan pronto resultados exiguos como excesivos. No parece posible que la cultura llegue a conseguir aquí sus propósitos sin provocar una sensible pérdida de placer, pues la pervivencia de los impulsos no utilizados se manifiesta en una disminución de la satisfacción buscada en la actividad sexual.

Deberemos, pues, familiarizarnos con la idea de que no es posible armonizar las exigencias del instinto sexual con las de la cultura, ni tampoco excluir de estas últimas el renunciamiento y el dolor, y muy en último término el peligro de la extinción de la especie humana, víctima de su desarrollo cultural.

De todos modos, este tenebroso pronóstico no se funda sino en la sola sospecha de que la insatisfacción característica de nuestras sociedades civilizadas es la consecuencia necesaria de ciertas particularidades impuestas al instinto sexual por las exigencias de la cultura.

Ahora bien: esta misma incapacidad de proporcionar una plena satisfacción que el instinto sexual adquiere en cuanto es sometido a las primeras normas de la civilización es, por otro lado, fuente de máximos rendimientos culturales, conseguidos mediante una sublimación progresiva de sus componentes instintivos. Pues ¿qué motivo tendrían los hombres para dar empleo distinto a sus energías instintivas sexuales si tales energías, cualquiera que fuese su distribución, proporcionasen una plena satisfacción placiente? No podrían ya libertarse de tal placer, y no realizarían progreso alguno. Parece así que la inextinguible diferencia entre las exigencias de los dos instintos —el sexual y el egoísta— los capacita para rendimientos cada vez más altos, si bien bajo un constante peligro, cuya forma actual es la

neurosis, a la cual sucumben los más débiles.

La ciencia no se propone atemorizar, ni consolar tampoco. Mas, por mi parte, estoy pronto a reconocer que las conclusiones apuntadas, tan extremas, deberían reposar sobre bases más amplias, y que quizá otras orientaciones evolutivas de la Humanidad lograran corregir los resultados de las que aquí hemos expuesto aisladamente.

LXVIII

SOBRE LAS CAUSAS OCASIONALES DE LA NEUROSIS[1416]

1912

EN el presente estudio nos proponemos exponer, basándonos en la observación empírica, las modificaciones que deciden la emergencia de una enfermedad neurótica en los sujetos a ella predispuestos. Trátase, por tanto, en realidad, de las causas ocasionales en la enfermedad más que de sus formas. La presente exposición conjunta de las causas patológicas ocasionales se diferencia de otras análogas en el hecho de referir todas las modificaciones enumeradas a la libido del individuo. El psicoanálisis hubo de revelarnos ya en los destinos de la libido el factor decisivo de la salud y la enfermedad nerviosa. Tampoco tenemos por qué dedicar en este estudio lugar ninguno al concepto de la disposición, pues la investigación psicoanalítica nos ha hecho posible señalar la génesis de la disposición neurótica en la evolución de la libido y referir los factores que en ella actúan a variedades congénitas de la constitución sexual y a influjos del mundo exterior experimentados en la temprana infancia.

a) La ocasión más próxima y más fácilmente comprobable y comprensible de la emergencia de una enfermedad neurótica hemos de verla en aquel factor exterior, al que puede darse en general el nombre de *frustración*. El individuo conservaba la salud mientras su necesidad de amor

era satisfecha por un objeto real del mundo exterior, y contrae una neurosis en cuanto pierde tal objeto y no encuentra una sustitución del mismo. La felicidad coincide aquí con la salud, y la desgracia, con la neurosis. La cu ración depende, más que del médico, del Destino, que puede ofrecer al sujeto una sustitución de la satisfacción perdida.

Por tanto, la posibilidad de enfermar comienza para este tipo —en el que hemos de incluir a la mayoría de los hombres— con la abstinencia, circunstancia que nos da la medida de la importancia de las restricciones culturales de la satisfacción en la causación de las neurosis. La *frustración* ejerce una influencia patógena, provocando el estancamiento de la libido y sometiendo al individuo a una prueba, consistente en ver cuánto tiempo podrá resistir tal incremento de la tensión psíquica y qué caminos elegirá para descargarse de ella. Ante la *frustración* real de la satisfacción no existen sino dos posibilidades de mantenerse sano: transformar la tensión psíquica en una acción orientada hacia el mundo exterior, que acabe por lograr de él una satisfacción real de la libido, o renunciar a la satisfacción libidinosa, sublimar la libido estancada y utilizarla para alcanzar fines distintos de los eróticos y ajenos, por tanto, a la prohibición. El hecho de que la desdicha no coincida realmente con la neurosis, y el de que la *frustración* no sea el único factor que decida sobre la salud y la enfermedad del individuo a ella sujeto, nos indica que ambas posibilidades tienen efecto real en los destinos de los hombres. El efecto inmediato de la *frustración* es el de despertar la actividad de los factores dispositivos, ineficaces hasta entonces.

Cuando tales factores se hallan intensamente desarrollados surge el peligro de que la libido quede *introvertida*[1417]. Se aparta de la realidad, a la cual despoja la *frustración* de todo su valor, y se orienta hacia la vida de la fantasía, en la que crea nuevos deseos y reanima las huellas de deseos anteriores olvidados. A consecuencia de la íntima relación de la actividad imaginativa con el material infantil reprimido e inconsciente, existente en todo individuo, y merced al régimen de excepción del que goza la vida imaginativa con respecto a la «prueba de la realidad», la libido puede retroceder aún más atrás, encontrar regresivamente caminos infantiles y tender a los fines a ellos correspondientes. Cuando estas tendencias, incompatibles con el estado actual de la individualidad, adquieren suficiente

intensidad, surge el conflicto entre ellas, y la otra parte de la personalidad que ha permanecido en contacto con la realidad. Este conflicto se resuelve en una producción de síntomas desenlazándose así con la emergencia de una enfermedad manifiesta. El hecho de haber tenido todo este proceso su punto de partida en la *frustración* real se refleja una vez más en la circunstancia de que aquellos síntomas con los cuales se alcanza de nuevo el terreno de la realidad, no son sino satisfacciones sustitutivas.

b) El segundo tipo de la causa ocasional de la enfermedad no es en modo alguno tan evidente como el primero, y sólo pudo ser descubierto por medio de penetrantes estudios enlazados a la teoría de los complejos de la escuela de Zurich. El individuo no enferma aquí a consecuencia de una modificación del mundo exterior, que sustituye la prohibición a la satisfacción, sino a consecuencia de un esfuerzo interior para lograr la satisfacción accesible a la realidad. Enferma a consecuencia de una tentativa de adaptarse a la realidad y cumplir las exigencias reales, labor a la cual se oponen en él invencibles obstáculos internos.

Es conveniente diferenciar con toda exactitud estos dos tipos, con mayor precisión, desde luego, de la que la observación nos ofrece. En el primer tipo hallamos, ante todo, una modificación del mundo exterior, y en el segundo, una modificación interna. Según el tipo primero, se enferma a consecuencia de un suceso; según el segundo, a consecuencia de un proceso evolutivo. En el primer caso se plantea el problema de renunciar a la satisfacción, y el individuo enferma a causa de su incapacidad de resistencia; en el segundo caso, el problema planteado es el de cambiar una satisfacción por otra, y el sujeto fracasa en esta labor a causa de su propia falta de flexibilidad. En el segundo caso, el conflicto aparece planteado entre la tendencia del sujeto a continuar siendo idéntico a sí mismo y la de transformarse conforme a nuevas intenciones y nuevas exigencias de la realidad; en el caso primero no surge hasta que la libido ha elegido otras posibilidades de satisfacción que resultan incompatibles. El papel de conflicto y de la fijación anterior de la libido son en el segundo tipo mucho menos evidentes que en el primero, en el cual tales fijaciones inutilizables sólo pueden surgir a consecuencia de la *frustración* exterior.

Un joven que ha venido satisfaciendo su libido por medio de fantasías, cuyo desenlace era la masturbación, y que quiere ahora permutar este régimen, cercano al autoerotismo, por la elección real de objeto. Una muchacha que ha ofrendado todo su cariño al padre o al hermano, y que al ser pretendida por un hombre deberá transformar en conscientes sus deseos libidinosos, hasta entonces incestuosos e inconscientes. Una mujer que quisiera renunciar a sus tendencias polígamas y a sus fantasías de prostitución para constituirse en fiel compañera de su marido y madre intachable de su hijo. Todos estos sujetos enferman a causa de tan loables aspiraciones cuando las fijaciones anteriores de su libido son suficientemente fuertes para oponerse a un desplazamiento, actuando de nuevo aquí con carácter decisivo la disposición constitucional y las experiencias infantiles. Sufren, por decirlo así, el destino de aquel arbolito de la conocida fábula de Grimm que quiso tener otras hojas. Desde el punto de vista higiénico, que naturalmente no es el único al que aquí hemos de atender, habríamos de limitarnos a desearles que continuaran siendo tan faltos de desarrollo, tan inferiores y tan inútiles como lo eran antes de su enfermedad. La modificación a que tienden los enfermos, pero que no logran en absoluto o sólo muy incompletamente, supone regularmente un progreso en el sentido de la vida real. No sucede así desde el punto de vista ético:

Vemos, en efecto, que los hombres enferman con igual frecuencia cuando se apartan de un ideal que cuando se esfuerzan en alcanzarlo.

Fuera de estas diferencias, los dos tipos de adquisición de la enfermedad arriba descritos coinciden en lo esencial y pueden ser fácilmente fundidos en uno solo. La adquisición de la enfermedad a causa de la *frustración* queda también integrada en el punto[1] de vista de la incapacidad de adaptación a la realidad en aquellos casos en los que la realidad niega la satisfacción de la libido. La adquisición de la enfermedad bajo las circunstancias del segundo tipo nos conduce directamente a un caso especial de la *frustración*. La realidad no niega en él toda satisfacción, pero si aquella que el individuo declara ser la única posible para él, y la *frustración* no parte directamente del mundo exterior, sino primariamente de ciertas tendencias del *yo*, aunque siga siendo, de todos modos, el factor común y principal. A consecuencia del conflicto que surge inmediatamente en el segundo tipo, las dos clases de

satisfacción, tanto la habitual como aquella otra a la cual aspira el individuo, quedan igualmente coartadas, constituyéndose, como en el primer tipo, un estancamiento de la libido con todas sus consecuencias.

Los procesos psíquicos conducentes a la producción de síntomas resultan más claramente visibles en el segundo tipo, puesto que las fijaciones patógenas existían ya de antemano y no han tenido que constituirse.

En la mayoría de los casos existía ya una cierta introversión de la libido, y el hecho de que la evolución no haya recorrido aún todo su camino ahorra una parte de la regresión a lo infantil.

c) El tipo siguiente, que describiremos con el nombre de adquisición de la enfermedad por «inhibición del desarrollo», se nos muestra como una exageración del segundo tipo, o sea de la adquisición a causa de las *exigencias de la realidad*. Su diferenciación no responde a una necesidad teórica, pero sí a poderosos motivos prácticos, pues se trata de personas que enferman en cuanto traspasan la edad de la irresponsabilidad infantil, no habiendo alcanzado, por tanto, nunca una fase de salud; esto es, de una completa capacidad funcional y de goce. La parte esencial del proceso de la disposición se transparenta claramente en estos casos. La libido no ha abandonado nunca las fijaciones infantiles; las exigencias de la realidad no quedan planteadas de una vez al individuo total o parcialmente llegado a la maduración, sino que van emergiendo paralelamente al curso de su vida, variando naturalmente de continuo con la edad del sujeto. El conflicto cede su puesto a la insuficiencia; pero nuestra experiencia general nos fuerza a suponer también en estos casos una tendencia a dominar las fijaciones infantiles, pues en caso contrario el desenlace del proceso no sería nunca la neurosis, sino tan sólo un infantilismo estacionario.

d) Del mismo modo que el tercer tipo hubo de presentarnos casi aislada la disposición, el cuarto nos señala en primer término otro factor, cuya acción puede comprobarse en todos los casos, no siendo, por tanto, difícil confundirlo con otros. Vemos, en efecto, enfermar a individuos que venían gozando de plena salud, que no han visto alterada su vida por suceso ninguno nuevo y cuyas relaciones con el mundo exterior no han experimentado

modificación alguna, de manera que la adquisición de la enfermedad parece presentar en ellos un carácter espontáneo. Pero al examinar con mayor detención tales casos acabamos por descubrir la existencia de una modificación a la que hemos de atribuir máxima importancia en la adquisición de la enfermedad. A consecuencia de haber alcanzado el sujeto cierto período de su vida, y en conexión con determinados procesos biológicos regulares, la *cantidad* de libido integrada en su economía psíquica ha experimentado un incremento suficiente por sí solo para trastornar el equilibrio de la salud y establecer las condiciones de la neurosis. Como es sabido, este incremento de la libido, generalmente repentino, se enlaza con regularidad a la pubertad, a la menopausia y a determinadas edades de la mujer, pudiendo darse también en algunos sujetos otras periodicidades desconocidas. El factor primario es aquí el estancamiento de la libido, el cual se hace patógeno a consecuencia de la *frustración relativa*, impuesta por el mundo exterior, que habría permitido la satisfacción de aspiraciones libidinosas menos intensas. La libido, insatisfecha y estancada, puede forzar entonces los caminos de la regresión y provocar los mismos conflictos que la *frustración* externa absoluta. Se nos advierte así la imposibilidad de prescindir del factor cuantitativo en la investigación de las causas ocasionales de la neurosis. Todos los demás factores, la *frustración*, la fijación y la coerción del desarrollo, permanecen ineficaces mientras no actúan sobre la libido, provocando su estancamiento y elevando en cierta medida su nivel. Esta magnitud de la libido, que nos parece imprescindible para provocar una acción patógena, no es, desde luego, mensurable, y sólo nos es posible postularla una vez surgido el resultado patológico. Sólo en un sentido podemos determinarla más precisamente. Podemos suponer que no se trata de una cantidad absoluta, sino de la proporción entre el conjunto eficiente de libido y aquella cantidad de libido que el *yo* individual puede dominar; esto es, mantener en tensión, sublimar o utilizar directamente. De este modo un incremento relativo de la cantidad de la libido podrá provocar los mismos efectos que un incremento absoluto. Una debilitación del *yo* consecutiva a una enfermedad orgánica o motivada por una tensión de todas sus energías podrá, pues, provocar la emergencia de neurosis, que de otro modo hubieran permanecido latentes, a pesar de la disposición.

La importancia que hemos de reconocer a la cantidad de libido en la causación de la enfermedad coincide a maravilla con dos de los principios analíticos de la teoría de las neurosis. En primer lugar, con el de que las neurosis nacen del conflicto entre el *yo* y la libido, y en segundo, con el que afirma que entre las condiciones de la salud y las de la neurosis no existe diferencia cualitativa alguna, resultando que los sanos han de luchar también por alcanzar el dominio sobre su libido, si bien lo consiguen más perfectamente.

Sólo nos quedan ya por decir algunas palabras sobre la relación de los tipos descritos con nuestra experiencia clínica.

Considerando la serie de enfermos cuyo análisis nos ocupa actualmente, he de concluir que ninguno de ellos corresponde a uno de tales tipos de adquisición en forma pura. En todos ellos puede comprobarse más bien la acción conjunta de la frustración, la incapacidad de adaptación a las exigencias de la realidad y la inhibición del desarrollo. Por último, y como ya indicamos antes, no puede prescindirse en ningún caso de los efectos de la cuantía de libido. He comprobado también que en muchos de mis pacientes la enfermedad había surgido en distintas fases, separadas por intervalos de salud, y que cada una de estas fases podía referirse a un tipo distinto de adquisición. Así, pues, la diferenciación de los cuatro tipos descritos no tiene gran valor teórico. Trátase tan sólo de los distintos caminos conducentes a la constitución de cierta constelación patógena en la economía anímica, o sea de un estancamiento de la libido contra el cual el *yo* no posee medios suficientes para defenderse sin sufrir algún daño. Pero la situación misma sólo se hace patógena a consecuencia de un factor cuantitativo, no constituye en modo alguno una novedad para la vida anímica ni ha sido creada por la emergencia de una «causa patológica».

En cambio, si reconocemos a nuestra diferencia un cierto valor práctico. Los tipos descritos aparecen algunas veces en forma pura. El tercero y el cuarto no hubieran atraído nunca nuestra atención si no hubiera constituido para algunos individuos la única causa ocasional de su enfermedad. El primer tipo nos revela el poderoso influjo del mundo exterior, y el segundo, la influencia, no menos importante, de la idiosincrasia del individuo, que se opone a tal influjo. La Patología no podía resolver el problema de las causas

ocasionales de las neurosis mientras hubo de limitarse simplemente a investigar si tales afecciones eran de naturaleza *endógena* o *exógena*. A todas las observaciones que señalan la importancia de la abstinencia (en su más amplio sentido) como causa ocasional había que oponerles la objeción de que muchas personas soportaban sin enfermar los mismos destinos. Pero si quería considerar como factor esencial de la salud o la enfermedad la idiosincrasia del individuo, tropezaba con el hecho de que muchos individuos dotados de una idiosincrasia desfavorable podían mantenerse perfectamente sanos mientras les era permitido conservarla. El psicoanálisis nos ha conducido a prescindir de las estériles antítesis establecidas entre los factores externos y los internos, entre el destino del individuo y su constitución, y nos ha enseñado a ver la causa de la adquisición de las neurosis en una determinada situación psíquica susceptible de ser establecida por diversos caminos.

LXIX

UN SUEÑO COMO TESTIMONIO[1418]

1913

UNA señora aquejada de manía de la duda y de un ceremonial obsesivo exige a sus enfermeras que no la pierdan de vista ni por un solo instante, pues de lo contrario podría echarse a cavilar sobre alguna cosa prohibida que pudiera haber cometido en el ínterin. Cierta noche, estando recostada en su diván, cree advertir que la enfermera de turno se ha dormido. Preguntándole al punto si no la perdió de vista, aquélla se incorpora sobresaltada y le contesta: «No, por cierto». Con lo que la enferma ha encontrado motivo para una nueva duda, repitiendo su pregunta al cabo de un momento, sin que la muchacha deje de hacer protestas de su constante atención. Entonces entra otra sirvienta, trayéndole la cena.

Esto sucedió un viernes por la noche. A la mañana siguiente la enfermera le cuenta un sueño que disipa las dudas de la paciente.

Sueño: *Le han dejado un niño para cuidar; la madre se fue de viaje y el niño se le ha perdido. Yendo por la calle, pregunta a todo el mundo si por ventura le han visto. Así llega a un gran lago y lo cruza por una estrecha pasarela*. (A lo cual agrega más tarde: *En esta pasarela se le apareció de pronto, como un espejismo, la figura de otra enfermera.) Luego llega a una región que le parece familiar, donde se encuentra con una mujer a la que conoció de niña y que era entonces vendedora en un despacho de*

comestibles, habiéndose casado más tarde. A esa mujer, que está parada ante la puerta de su casa, le pregunta: «¿No vio usted al niño?» Pero ella no parece interesarse por su pregunta, refiriéndole en cambio que ahora está divorciada de su marido y agregando que tampoco en el matrimonio todo es felicidad. Entonces se despierta tranquilizada, pensando que el niño ya acabará por encontrarse en casa de alguna vecina.

Análisis: Mi paciente aceptó que este sueño debía referirse a la imputada distracción negada por su enfermera. Lo que ésta le había contado espontáneamente en relación con el sueño le permitió llegar a una interpretación prácticamente suficiente, aunque incompleta en muchas partes. En cuanto a mis informaciones, sólo me enteré de las comunicadas por mi paciente, sin tener oportunidad de conversar con la protagonista del sueño. Luego de exponer la interpretación de la primera, agregaré cuanto sea posible colegir fundándonos en nuestros conocimientos generales sobre las leyes de la elaboración onírica.

«La enfermera me dice que el niño del sueño le recuerda un caso cuya asistencia le resultó muy grata. Tratábase de un niño que había sufrido una oftalmía blenorrágica, estando privado de la visión. Pero la madre de este niño no se había ido de viaje, sino que participó en su cuidado. A mi vez, sé que mi marido, cuya opinión sobre esta enfermera es excelente, le encareció me atendiera bien durante su ausencia, prometiéndole ella que me cuidaría ¡como a un niño!»

Por otra parte, el análisis de nuestra paciente nos ha enseñado que con su exigencia de no quitarle los ojos de encima pretende a su vez colocarse en una situación infantil.

«El habérsele perdido el niño —prosigue mi paciente— significa que ha dejado de vigilarme, que me ha perdido de vista. He aquí su confesión de que realmente se durmió por un instante y de que luego me mintió».

La señora no logra explicarse la pequeña parte del sueño en que la muchacha pregunta por el niño a todos los que encuentra en su camino, pero da buena cuenta de los demás detalles contenidos en el sueño manifiesto.

«El gran lago le recuerda el Rin, pero agrega que aquél era mucho más vasto que este río. Luego recuerda que la noche anterior yo le había leído el

cuento de Jonás y la ballena, refiriéndole que yo misma había visto cierta vez una ballena en el canal de la Mancha. Creo que el lago representa el mar; es decir, una alusión a la leyenda de Jonás».

«También creo que el puente corresponde a cierta versión jocosa de la leyenda, escrita en un dialecto regional, En ella se cuenta cómo un maestro de religión narra a sus alumnos la maravillosa aventura de Jonás, objetando uno de los niños que eso no podría ser cierto, pues el señor maestro les habría enseñado en otra oportunidad que la ballena tiene fauces tan estrechas, que sólo puede tragar animalejos muy pequeños. El maestro sale del paso explicando que Jonás era un judío y que los judíos se meterían por todas partes. Mi enfermera es muy religiosa, pero propensa a dudas sobre la fe, de modo que me reproché porque mi lectura quizá habría podido despertarlas en su mente».

«En este puente angosto se le apareció, pues, la imagen de otra enfermera conocida. Me narró su historia, contándome que se había arrojado al Rin porque la despidieron de un puesto en que había cometido una falta[1419]. De modo que teme ser despedida por haberse dormido aquella noche. Por otra parte, a la mañana siguiente, después de haberme contado el sueño, se echó a llorar violentamente, y al preguntarle yo sobre el motivo, me respondió con cierta brusquedad: "¡Bien lo sabe usted, y ahora ya no tendrá confianza en mí!"».

Apareciendo esta enfermera ahogada, como un complemento del sueño, y como uno de particular nitidez, deberíamos haber aconsejado a nuestra paciente que comenzara la interpretación onírica por este punto. Además, según la narración de la protagonista, esta primera parte del sueño estaba dominada por intensa angustia, mientras que en la segunda comienza a tranquilizarse, despertando así.

«En el siguiente trozo del sueño —prosigue la paciente, improvisada psicoanalista— vuelvo a encontrar una prueba segura de que se refiere a lo sucedido el viernes por la noche, pues la mujer que había sido vendedora en un despacho de comestibles sólo puede representar a la muchacha que en aquella oportunidad entró trayéndome la cena. He de agregar que durante todo ese día mi enfermera se quejó de sentir náuseas. La pregunta que le dirige —"¿No vio usted al niño?"— seguramente se deriva de mi propia

pregunta acerca de si no me había perdido de vista, palabras que volví a enrostrarle cuando la sirvienta entró con mi cena».

También en el sueño se pregunta dos veces por el paradero del niño. El hecho de que la mujer no le responda, de que no se interese por la pregunta, quisiéramos interpretarlo como un menosprecio de la otra sirvienta a favor de la protagonista del sueño, que manifiesta en el mismo su superioridad sobre su colega, precisamente porque debe enfrentar el reproche de negligencia en sus deberes.

«La mujer que aparece en el sueño no está realmente divorciada de su marido. Toda esta parte tiene su origen en la historia de aquella otra sirvienta, a quien sólo el imperio de sus padres alejó —divorció— de un hombre que la pretendía. Lo de que tampoco en el matrimonio todo es felicidad, quizá represente una expresión de consuelo que ambas mujeres bien pueden haber pronunciado en alguna conversación. Este consuelo le servirá de modelo para el otro, el de que el niño ya acabará por encontrarse, con el cual concluye el sueño».

«Deduzco de este sueño que mi enfermera realmente se durmió aquella tarde, temiendo ser despedida por ello. En consecuencia, pude sobreponerme a la duda de si mi propia percepción había sido acertada. Además, agregó a la narración del sueño, que sentía no haber traído consigo algún libro de oniromancia, y al advertirle yo que esos libros no contienen sino las peores supersticiones, me respondió que, sin ser supersticiosa, debía reconocer que todas las desgracias sufridas en su vida le habían ocurrido los viernes. Por fin, mi enfermera me trata ahora bastante mal, mostrándose pusilánime, irritable y propensa a arrebatos».

Creo que deberemos acreditarle a mi paciente el haber interpretado y aprovechado correctamente el sueño de su enfermera. Como tan frecuentemente sucede al interpretar sueños en el psicoanálisis, esta tarea no sólo se basa en los resultados de la asociación, sino también sobre las circunstancias accesorias de la narración, en la conducta del protagonista antes y después del análisis onírico, así como en todo lo que exprese y revele más o menos simultáneamente con el sueño, es decir, en la misma sesión analítica. Si agregamos a todo lo mencionado la irritabilidad de la enfermera,

su alusión al funesto día viernes, etc., podremos confirmar el juicio de que el sueño contiene la confesión de haberse dormido realmente en la ocasión en que lo negara, temiendo que su ama la despidiese por ello[1420].

Pero este sueño, que para mi paciente sólo tenía importancia práctica, despierta en nosotros doble interés teórico. Es verdad que termina con una consolación, pero contiene esencialmente una *confesión* importante para las relaciones con su ama. ¿Cómo puede expresar el sueño —que ha de servir a la realización de deseos— una confesión que ni siquiera le conviene a su protagonista? ¿Acaso deberemos aceptar, junto a los sueños de deseo y de angustia, la existencia de sueños de confesión, de advertencia, de reflexión, de adaptación y otros por el estilo?

Ahora bien: reconozco que aún no he llegado a comprender por qué mi punto de vista, contrario a tales categorías, formulado en mi *interpretación tic los sueños*, es objeto de reservas por parte de tantos y, entre dios, tan calificados psicoanalistas. Id distinguir sueños de deseos, de confesión, de advertencia, de adaptación, etc., no me parece mucho más sensato que la forzosamente aceptada diferenciación de los especialistas médicos en ginecólogos, pediatras y odontólogos, entre otros. Me tomo la libertad de repetir aquí, muy sucintamente, los pasajes respectivos de *La interpretación de los sueños*[1421].

Como perturbadores del reposo y motivadores de los sueños pueden actuar los denominados «restos diurnos», procesos ideativos con carga afectiva, procedentes del día anterior al sueño, que han resistido en cierto grado a la atenuación general del reposo. Se pueden revelar estos restos diurnos reduciendo el sueño manifiesto a las ideas oníricas latentes; aquéllos forman parte de estas últimas, perteneciendo, pues, a las actividades —conscientes o mantenidas inconscientes de la vigilia, que pueden continuarse durante el reposo. Dada la multiplicidad de los procesos ideativos en lo consciente y en lo preconsciente, estos restos diurnos poseen las más diversas y múltiples significaciones, pudiendo consistir en deseos o temores no solucionados, así como en propósitos, reflexiones, advertencias, tentativas de adaptación a tareas inminentes, etc. En este sentido, ajustándose al contenido que los sueños presentan una vez interpretados, parecería justificado caracterizarlos según las categorías mencionadas; pero sucede que estos

restos diurnos, por sí solos, aún no constituyen el sueño, pues les falta precisamente el elemento más esencial de éste. De por sí, no son capaces de formar un sueño. En puridad, no representan sino el material psíquico para la elaboración onírica, tal como los casuales estímulos sensoriales y orgánicos, o las condiciones experimentalmente provocadas, constituyen su material somático. Adjudicarles el principal papel en la formación onírica significaría repetir en nueva versión el error preanalítico de explicar los sueños por un empacho gástrico o una magulladura cutánea. Tan acérrimos son los errores científicos y tal es su disposición a insinuarse bajo nuevo disfraz, cuando se los ha rechazado.

En la medida en que comprendemos la formación del sueño, hemos de afirmar que su factor esencial es un deseo inconsciente, por lo general infantil, pero actualmente reprimido, que puede manifestarse por medio de aquel material somático o psíquico (es decir, también por los restos diurnos), confiriéndoles con ello la energía necesaria para irrumpir en la consciencia, aun durante el reposo mental nocturno. El sueño siempre es la realización de *este* deseo inconsciente, cualquiera que sea su restante contenido: advertencia, reflexión, confesión o algún otro trozo de la profusa vida diurna preconsciente que haya llegado a la noche sin haber sido resuelto. *Este* deseo inconsciente es el que impone a la labor onírica su peculiar carácter de elaboración inconsciente de un material preconsciente. El psicoanalista sólo puede definir el sueño como un resultado de la elaboración onírica; no puede adjudicar las ideas oníricas latentes al sueño, sino a la ideación preconsciente, por más que sólo haya llegado a averiguarlas mediante la interpretación del sueño. (Aquí la elaboración secundaria por la instancia consciente es incluida en la elaboración onírica, pero esta concepción no precisa ser alterada si se la aísla, debiendo expresarse entonces que el sueño, en el sentido psicoanalítico, comprende la elaboración onírica propiamente dicha y la elaboración secundaria de su producto.) De estas consideraciones deducimos, en suma, que no es lícito equiparar el carácter realizador de deseos que tiene el sueño con su carácter de advertencia, confesión, tentativa de solución, etc., so pena de negar el punto de vista abismal frente a lo psíquico: es decir, el punto de vista psicoanalítico.

Volvamos ahora al sueño de la enfermera para demostrar en este ejemplo

el carácter profundo de la realización del deseo. Ya anticipamos que la interpretación efectuada por mi paciente no es completa, pues deja intactas las partes del contenido onírico que no se encontraban al alcance de su capacidad. Además, esta señora padece de una neurosis obsesiva, que, según mi impresión, dificulta notablemente el entendimiento de los símbolos oníricos, así como, por el contrario, la demencia precoz lo facilita.

Pero nuestro conocimiento del simbolismo onírico nos permite comprender las partes no interpretadas de este sueño y adivinar un sentido más profundo tras los elementos ya interpretados. No puede menos que sorprendernos el que una parte del material utilizado por la enfermera se origine en el complejo del parir y tener hijos. El gran curso de agua (el Rin, el canal donde fue vista la ballena) seguramente es el agua de la que proceden los niños: en efecto, la protagonista llega a sus orillas «en busca del niño». El mito de Jonás, contenido en la determinación del agua; la pregunta de cómo pudo Jonás (el niño) pasar por la estrecha hendidura, son elementos integrantes del mismo complejo. Por otra parte, la enfermera que por despecho se arrojó al Rin, que se sumergió en el agua, no dejó de hallar, en medio de su desesperación ante la vida, el consuelo simbólicamente sexual que le ofrecía la forma de muerte elegida. La pasarela donde se le aparece la figura de aquélla también es probablemente un símbolo genital, aunque he de confesar que todavía carecemos de su determinación exacta.

El deseo de tener un hijo vendría a ser, pues, el elemento inconsciente que ha formado el sueño, y en efecto, ningún otro podría ser más apto para consolar a la enfermera por la penosa situación que le enfrenta la realidad. «Me despedirán, perderé a mi paciente. Pero ¿qué me importa? Me procuraré, en cambio, un hijo propio, carnal[1422]». El trozo no interpretado, en el cual pregunta a cuantos encuentra en la calle por el paradero del niño, quizá también forme parte de esta relación; entonces tendríamos que interpretarlo así: aunque tuviera que ofrecerme en la calle, ya sabría cómo conseguir un hijo. Aquí se manifiesta de pronto una obstinación de la protagonista, hasta ahora encubierta, concordando con ella la confesión: «Pues bien: efectivamente cerré los ojos y comprometí la confianza en mí depositada, de modo que ahora perderé mi puesto. Pero ¿seré tan tonta que vaya a arrojarme al agua, como X? No; ni siquiera seguiré siendo una enfermera; me casaré,

seré esposa, tendré un hijo propio, y nadie podrá impedírmelo». Esta interpretación se justifica considerando que el «tener hijos» seguramente es la expresión infantil para el deseo de las relaciones sexuales, como, por otra parte, puede ser elegido por la consciencia para dar expresión eufémica a este deseo condenado.

Así, la confesión desfavorable para la protagonista, que seguramente estaría un tanto dispuesta a realizaría en la vida diurna, ha sido posibilitada en el sueño gracias a que un rasgo latente de su carácter la aprovechó para lograr la realización de un deseo infantil. Podemos sospechar que este rasgo del carácter está íntimamente vinculado, tanto en el tiempo como en su fondo, con el deseo del hijo y del placer sexual.

Nuevas informaciones proporcionadas por la paciente a la cual debo la primera parte de esta interpretación onírica me suministraron los siguientes datos inesperados sobre la vida de la enfermera. Antes de adoptar esta profesión quiso casarse con un hombre que la cortejaba asiduamente, pero renunció al proyecto debido a los reparos de su tía, con la que está ligada por una extraña relación, mezcla de dependencia y porfía. Esta parienta que le impidió casarse es, a su vez, superiora de una congregación de enfermeras; la soñante siempre la consideró como personaje ejemplar y está fijada a ella por consideraciones de herencia, pero se resistió a su voluntad, negándose a ingresar en la congregación a la cual su tía la había destinado. De modo que la terquedad expresada en el sueño está dirigida contra la tía. Hemos atribuido origen anal-erótico a este rasgo del carácter y, en efecto, advertimos que son intereses pecuniarios los factores que la colocan en dependencia de la tía. Recordemos también que los niños profesan la teoría anal del nacimiento.

Este factor de la terquedad infantil quizá nos suministre una relación más íntima entre la primera y la última escena del sueño. La antigua vendedora de comestibles que aparece en el sueño es, ante todo, la otra sirvienta de la señora, que entró en la habitación para traer la cena, precisamente cuando ésta la interrogaba. Pero al parecer está destinada a representar a cualquier competidora enemiga. Es menospreciada como nodriza, al no interesarse por el niño perdido, replicando con cuestiones que atañen a su vida personal. De modo que se desplaza a ella la negligencia en el trabajo que preocupa a la soñante en su sueño. A ella se le adjudica también el matrimonio desgraciado

y el divorcio que la soñante podría temer si se realizaran sus más íntimos deseos. Pero nosotros sabemos que es la tía quien ha separado a la protagonista de su novio. Así, esta «vendedora de comestibles» (elemento que no deja de tener significación simbólica infantil) se convierte en representante de la tía-superiora, por otra parte poco más vieja que la protagonista del sueño, y que ocupa frente a ésta el papel tradicional de la madre competidora. Esta interpretación es confirmada satisfactoriamente por la circunstancia de que el lugar «conocido» del sueño donde se encuentra con la persona de referencia parada ante la puerta de su casa es precisamente el lugar donde vive su tía.

Debido a la distancia que media entre el analista y el objeto del análisis, convendrá no penetrar más profundamente en la trama de este sueño. Con todo, cabe reconocer que, aun en los límites de lo accesible a la interpretación, ha demostrado contener cuantiosas confirmaciones de problemas ya resueltos y planteamientos de otros nuevos.

LXX

SUEÑOS CON TEMAS DE CUENTOS INFANTILES[1423]

1913

NADA tiene de sorprendente el que también el psicoanálisis pueda demostrarnos la importancia que nuestros cuentos populares han adquirido en la vida psíquica de nuestros niños. En algunas personas el recuerdo de sus cuentos favoritos sustituye los recuerdos de la propia infancia; los cuentos se han convertido, simplemente, en recuerdos encubridores.

Pero los elementos y las situaciones de estos cuentos también se encuentran con frecuencia en los sueños, y al tratar de interpretar los pasajes respectivos, los pacientes asocian los cuentos que para ellos vienen al caso. Quiero exponer aquí dos ejemplos de esta comprobación harto frecuente, pero sólo podré esbozar ligeramente las relaciones entre los cuentos y la historia infantil o la neurosis del soñante, exponiéndome al riesgo de destruir los nexos más valiosos para el analista.

I

Sueño de una mujer joven que hace pocos días recibió la visita de su

marido: *Se encuentra en un cuarto completamente castaño. Una pequeña puerta da a una escalera empinada por la cual entra al cuarto un curioso hombrecillo con cabellos blancos, calva y nariz roja, que se pone a bailotear ante ella con actitudes muy cómicas, yéndose luego escalera abajo. Está vestido con una prenda color gris que permite reconocer todas sus formas*. (Corrección: *Lleva un largo gabán negro y un pantalón gris*.)

ANÁLISIS: Los rasgos físicos del hombrecillo concuerdan fielmente con los de su suegro[1424]. Pero inmediatamente se le ocurre el cuento de *Rompelimpón*, que bailotea tan cómicamente como el hombrecillo del sueño, revelando así su nombre a la reina y perdiendo con ello su derecho al primer hijo de ésta, de modo que en su cólera termina por partirse en dos.

El día anterior al sueño, ella misma había sentido tal rabia contra su marido, que dijo: «Podría partirlo en dos».

El cuarto castaño comienza por ofrecer dificultades; sólo se le ocurre el comedor de la casa paterna, que está entablado en castaño, y luego algo acerca de esas camas en que resulta tan incómodo dormir en pareja. Hace unos días, girando la conversación acerca de camas en otros países, dijo alguna torpeza —según cree, inocentemente— que provocó las carcajadas de quienes la escuchaban.

El sueño ya es ahora comprensible. El cuarto castaño como la madera[1425] es ante todo una cama, y por su relación con el comedor, una cama matrimonial[1426]. De modo que ella se encuentra en la cama matrimonial. El curioso visitante ha de ser su joven marido, que al cabo de varios meses de ausencia habría vuelto junto a ella para desempeñar su papel en la cama matrimonial. Pero por el momento es el padre del marido, es decir, el suegro.

Tras esta primera interpretación hallamos un contenido más profundo, puramente sexual. El cuarto es ahora la vagina. (El cuarto viene a quedar dentro de ella, al revés de lo que sucede en el sueño.) El hombrecillo que gesticula y se conduce tan cómicamente es el pene; la puerta estrecha y la escalera empinada son confirmaciones que permiten interpretar esta escena como una representación del coito. En general, el niño suele ser un símbolo del pene, pero comprendemos que en este caso tiene pleno sentido el empleo

del padre para representar al pene.

La solución de los restantes elementos terminará por consolidar nuestra interpretación. El traje gris, transparente, lo explica ella misma como un preservativo, comunicándonos también que entre los motivos de este sueño se encuentra su preocupación anticoncepcional y sus cavilaciones sobre si esta visita del marido no le habría dejado el germen.de un segundo hijo.

El gabán negro: éste le viste muy bien a su marido; ella querría inducirlo a que siempre lo llevase puesto, en lugar de su traje común. Por consiguiente, en el gabán negro está su marido tal como desearía verlo. Gabán negro y pantalón gris; es decir, formado por dos capas distintas y superpuestas: «Así vestido quiero tenerte; así me agradas».

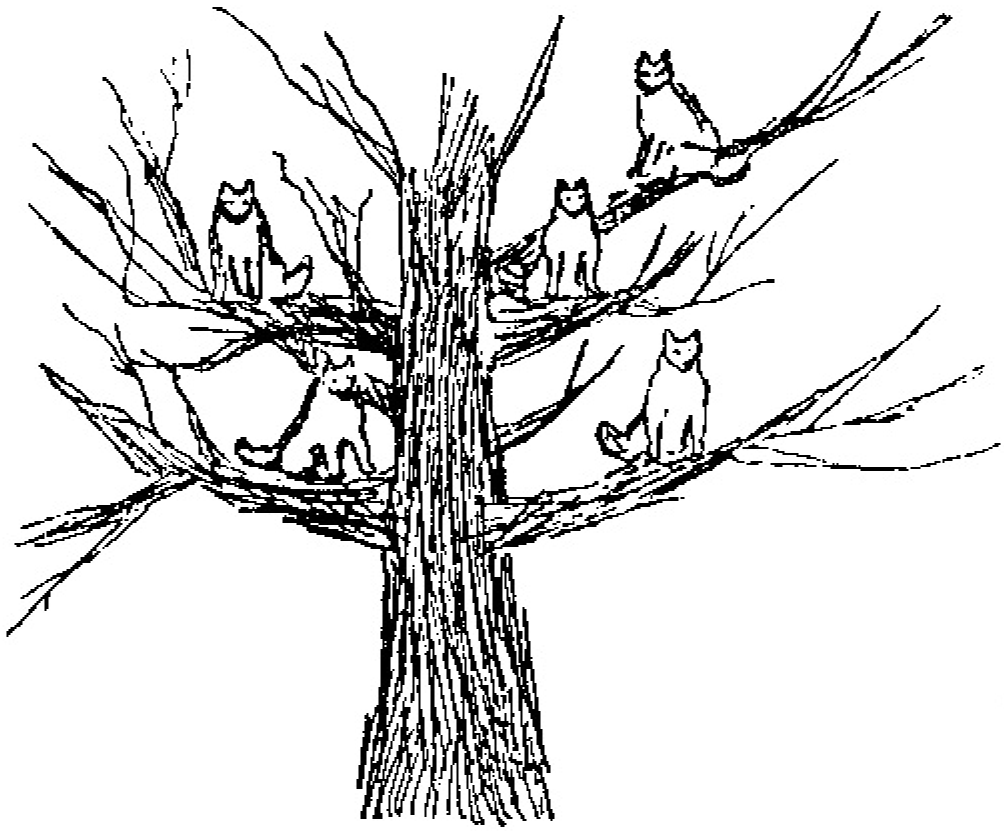
Rompelimpón está vinculado a las ideas actuales del sueño —a los restos diurnos— por medio de una hermosa formación antitética. En el cuento aparece para quitarle a la reina su primer hijo; el hombrecillo del sueño, en cambio, viene como padre, quizá por haberle traído un segundo hijo. Pero Rompelimpón también nos facilita el acceso a la capa más profunda, infantil, de las ideas oníricas. El gracioso hombrecillo cuyo nombre nadie conoce, cuyo secreto se querría desentrañar, el que sabe hacer tan extraordinarias tramoyas (en el cuento convierte la paja en oro); la rabia que se le tiene, o más bien a su propietario, por envidiarle su posesión; la envidia fálica de las niñas; todos éstos son elementos cuyas vinculaciones con los fundamentos de la neurosis sólo podemos apuntar en esta ocasión. También los cabellos cortados del hombrecillo que aparece en el sueño se relacionan seguramente con el tema de la castración.

Quizá sería posible obtener preciosas orientaciones para la interpretación de estos cuentos —tarea que aún tenemos por delante— prestando atención, en los ejemplos más claros de sueños con temas de cuentos infantiles, a la manera en que el soñante aprovecha el cuento y al puesto que se le adjudica en el contexto del sueño.

II

Un joven[1427] cuyos recuerdos infantiles tienen por punto de referencia el hecho de que sus padres se trasladaran de una finca que poseían a otra cuando aquél aún no contaba cinco años, refiere el siguiente sueño más temprano que pueda recordar, acaecido cuando todavía residían en la primera de las fincas:

«Soñé que era de noche y estaba acostado en mi cama (ésta tenía los pies junto a la ventana, a través de la cual se veía una fila de viejos nogales; sé que cuando tuve este sueño era invierno y de noche). De pronto la ventana se abre sola y veo, con gran sobresalto, que en el grueso nogal que se alza ante la ventana hay encaramados unos cuantos lobos blancos. Eran seis o siete, totalmente blancos, y parecían más bien zorros o perros ovejeros, pues tenían grandes colas, como los zorros, y las orejas enhiestas, como los perros cuando ventean algo. Presa de horrible miedo, sin duda de ser devorado por los lobos. eché a gritar… y me desperté: Mi niñera acudió para ver qué me había pasado, y tardé largo rato en convencerme de que sólo había sido un sueño: tan natural y claramente se me había aparecido la imagen de la ventana que se abría y de los lobos posados en el árbol. Por fin me tranquilicé, sintiéndome como salvado de un peligro, y volví a dormirme.



»La única acción del sueño fue la de abrirse la ventana, pues los lobos permanecían sentados, quietos e inmóviles, en las ramas del árbol, a derecha e izquierda del tronco, contemplándome. Parecía como si toda su atención estuviera fijada en mí. Creo que fue éste mi primer sueño de angustia. Tendría yo entonces tres o cuatro años; cinco a lo más. Desde esa noche hasta los once o los doce años siempre tuve miedo de ver algo terrible en sueños».

El paciente me trajo además un dibujo del árbol con los lobos que confirma su descripción. El análisis del sueño hace aparecer el siguiente material:

El soñante siempre vinculó este sueño con el recuerdo de que en aquellos años de su infancia sentía extraordinario miedo a la estampa de un lobo reproducida en un libro de cuentos. Su hermana, mayor y mucho más despierta que él, solía divertirse a costa suya exhibiéndole precisamente aquella estampa con cualquier pretexto, ante lo cual se echaba a gritar, horrorizado. En esa imagen el lobo estaba parado en dos patas, con una levantada, las garras extendidas y las orejas enderezadas. Cree recordar que la

imagen correspondía a una ilustración del cuento de *Caperucita Roja*.

¿Por qué son blancos los lobos de su sueño? Este detalle lo hace pensar en las grandes manadas de ovejas que pastaban en los prados cercanos a la finca. Su padre en ocasiones lo llevaba consigo cuando iba a visitar dichas manadas, favor que lo hacía sentirse encantado y orgulloso. Más tarde, en una fecha que, según los informes obtenidos, pudo ser poco antes del sueño, estalló una epidemia entre las ovejas. El padre hizo venir a un discípulo de Pasteur, que vacunó a los animales; pero éstos siguieron sucumbiendo después de la vacuna en número mayor aún que antes de la misma.

¿Cómo aparecen los lobos encaramados en el árbol? A esto asocia el paciente un cuento que había oído contar a su abuelo. No recuerda si fue antes o después del sueño, pero su contenido indicaría decididamente lo primero. El cuento rezaba así: Un sastre estaba trabajando en su cuarto, cuando se abrió de pronto la ventana y de un salto entró por ella un lobo. El sastre lo golpeó con la vara de medir…; no —rectifica en seguida—, lo tomó de la cola y se la arrancó de un tirón, logrando que el lobo huyese asustado. Poco después el sastre salió a pasear por el bosque y vio venir de pronto una manada de lobos, teniendo que subirse a un árbol para librarse de ellos. Al principio los lobos se quedaron confundidos, pero el mutilado, que estaba entre ellos y quería vengarse del sastre, propuso a los demás que se treparan unos encima de otros, hasta que el último alcanzase al sitiado, ofreciéndose él mismo —era un lobo viejo y fuerte— para servir de base y sostén a la pirámide. Los lobos siguieron su consejo, pero el sastre, que había reconocido a su mutilado visitante, gritó de pronto; «¡Agarrad al gris de la cola!» El lobo rabón se asustó tanto al recordar su aventura, que echó a correr e hizo caer a todos los demás.

En este cuento hallamos el antecedente del árbol en el cual aparecen encaramados los lobos en el sueño. Pero también contiene una alusión inequívoca al complejo de castración. El sastre mutiló al *viejo* lobo arrancándole la cola. Las largas colas de zorro que ostentan los lobos en el sueño seguramente son compensaciones de tal mutilación.

¿Por qué son seis o siete los lobos del sueño? El paciente parecía no poder contestar a esta pregunta, hasta que yo puse en duda que la estampa angustiante pudiese corresponder al cuento de *Caperucita Roja*. Este cuento,

en efecto, sólo da ocasión a dos ilustraciones: la del encuentro de Caperucita con el lobo en el bosque y la escena en la cual el lobo aparece acostado y con la cofia de la abuela puesta. Tras el recuerdo de aquella estampa debía ocultarse, pues, otro cuento. En efecto, no tardó en hallar que sólo podría tratarse del cuento de *El lobo y los siete cabritos*. En él aparece el número siete, pero también el seis, pues el lobo devora tan sólo a seis cabritos, ya que el séptimo se esconde en la caja del reloj. También el color blanco aparece en este cuento, pues el lobo se hace blanquear una pata por el panadero, después que los cabritos lo reconocieron por su pelaje gris en la primera visita. Ambos cuentos tienen, por lo demás, muchos elementos comunes. En ambos se encuentra el devorar, el cortar el vientre, la extracción de las personas devoradas y su sustitución por pesadas piedras; finalmente, en ambos el lobo malo termina por perecer. En el cuento de los cabritos aparece además el árbol, pues luego de su comida el lobo se tumba bajo un árbol y se echa a roncar.

Debido a una circunstancia particular, este sueño aún habrá de ocuparme en otra ocasión[1428], y entonces tendré oportunidad de completar su estudio y su interpretación. Trátase de un primer sueño de angustia recordado desde la infancia y cuyo contenido, relacionado con otros sueños que lo siguieron al poco tiempo, así como con ciertos acontecimientos de la niñez, despierta un particularísimo interés. Aquí nos limitaremos a la relación del sueño con dos cuentos que presentan amplias coincidencias: *Caperucita Roja* y *El lobo y los siete cabritos*. La impresión que estos cuentos le causaron se manifestó en el pequeño soñante por una verdadera zoofobia, que únicamente se diferenciaba de otros casos análogos porque el animal temido no era un objeto fácilmente accesible a la percepción (como, por ejemplo, el perro y el caballo), sino que tan sólo era conocido de oídas y por las estampas de un libro de cuentos.

Ya expondré en otra ocasión qué explicación tienen estas zoofobias y cuál es su significado. Mas me apresuro a adelantar que tal explicación concuerda perfectamente con el carácter fundamental que la neurosis de nuestro soñante reveló poseer en épocas posteriores de su vida. El miedo al padre había sido el motivo más poderoso de su enfermedad, y tanto su existencia como su conducta en el tratamiento estuvieron dominadas por su actitud ambivalente ante todo sustituto del padre.

Si para mi paciente el lobo había sido sólo el primer sustituto del padre, cabe preguntarse si el cuento del lobo que devora a los cabritos y el de *Caperucita Roja* tienen por contenido secreto algo distinto del miedo infantil al padre[1429]. Por otra parte, el padre de mi paciente tenía la costumbre del *regañeo cariñoso*, que tantas personas adoptan en la relación con sus hijos, y es posible que en los primeros años de la infancia, cuando jugaba y retozaba con el niño, ese padre, posteriormente tan severo, más de una vez lo haya amenazado en broma: «¡Te voy a comer!» Una de mis pacientes me narró cierta vez que sus dos hijos nunca habían podido tomar afecto al abuelo, pues éste solía amenazarlos en sus juegos cariñosos diciéndoles que les abriría el vientre.

LXXI

REPRESENTACIÓN DE LA «GRAN HAZAÑA» EN EL SUEÑO[1430]

1914

EL sujeto sueña que es una mujer grávida y que está tendido en la cama.

Su estado se le hace muy penoso, y exclama: «Antes que esto preteriría…» (en el análisis, después de recordar a una persona que lo había cuidado, agregó: «picar piedras»), A la cabecera de la cama cuelga un mapa cuyo borde inferior es mantenido tenso por un listón de madera (*Holzleiste*). El soñante arranca este listón (*Leiste*) tomándolo por los dos extremos; pero en vez de quebrarse en dos partes, se hiende longitudinalmente en dos. Con esto el sujeto se siente aliviado y también facilita el parto.

Sin ayuda alguna interpreta el arrancamiento del listón (*Leiste*) como una «gran hazaña» (*grosse Leistung*), por medio de la cual se libra de su desagradable situación (en el tratamiento), arrancándose a sí mismo de su actitud femenina. *Nada puede objetarse contra esta interpretación del sujeto; pero yo no la calificaría de «funcional» por el simple hecho de que sus ideas oníricas se refieran a su situación en el tratamiento. Tales ideas constituyen el «material» para la formación onírica, igual que todo lo demás. No llego a comprender por qué la actividad ideativa de un analizando no habría de referirse a su actitud en el tratamiento. La diferenciación del fenómeno «funcional» y del fenómeno «material», según Silberer, sólo tiene valor si*

existe —como en las conocidas autoobservaciones de este autor, al dormirse — la alternativa de que la atención se ocupe en un contenido ideacional dado, o bien en el estado psíquico del sujeto: pero no cuando este estado mismo constituye el contenido ideacional.

La interpretación del sueño no está, sin embargo, concluida: el detalle absurdo de que el listón no sólo se quiebra, sino que se hiende longitudinalmente, exige una explicación que no puede ser «funcional» y que resulta un tanto difícil hallar. El soñante concluye por recordar que la duplicación de algo, unida a su destrucción, alude a la castración. El sueño suele representar la castración por una pertinaz formación antinómica que responde al deseo, figurando no uno, sino dos símbolos fálicos. Por otra parte, la *Leiste* («listón» e «ingle») es una región del cuerpo vecina a los órganos genitales. Concretando su interpretación, el sujeto declara que en el sueño vence la amenaza de castración que lo ha llevado a la actitud femenina.

LXXII

DOS MENTIRAS INFANTILES[1431]

1913

ES explicable que los niños mientan, cuando no hacen sino imitarlas mentiras de los adultos. Pero cierto número de mentiras de los niños de excelente educación tienen un significado especial y debían hacer reflexionar a los padres, en lugar de indignarlos. Dependen de intensos motivos eróticos y pueden acarrear fatales consecuencias cuando provocan una mala inteligencia entre el infantil sujeto y la persona por él amada.

I

UNA niña de siete años, en su segundo año de escuela primaria, pide dinero a su padre para comprar pinturas con que teñir los huevos de Pascua. El padre rehúsa, alegando no tener dinero. Poco después renueva la niña su demanda, pero justificándola con la obligación de contribuir a una colecta escolar, destinada a adquirir una corona para los funerales de una persona real. Cada uno de los colegiales debe aportar cincuenta céntimos. El padre le da diez marcos. Paga la niña su aportación, deja nueve marcos sobre la mesa del despacho paterno y con los cincuenta céntimos restantes compra las pinturas deseadas, que esconde en el cajón de sus juguetes. Durante la comida, el padre le pregunta qué ha hecho con el dinero que falta y si no lo

ha empleado en las pinturas. Ella lo niega; pero su hermano, dos años mayor, la delata. Las pinturas son encontradas entre los juguetes. El padre, muy enfadado, abandona a la pequeña delincuente en manos de la madre, que le administra un severo correctivo. Luego, conmovida ante la intensa desesperación de la niña, la acaricia y sale con ella de paseo, para consolarla. Pero los efectos de este suceso, considerados por la paciente misma como «punto crítico» de su niñez, resultan ya inevitables. La sujeto, que hasta aquel día era una niña traviesa y voluntariosa, se hace tímida y hosca. Durante los preparativos de su boda es presa de incomprensibles arrebatos de cólera cada vez que su madre efectúa alguna compra para su nuevo hogar. Piensa que el dinero a tal efecto destinado es de su exclusiva propiedad, sin que nadie, fuera de ella, tenga derecho a administrarlo. De recién casada le repugna pedir a su marido dinero para sus gastos personales y establece una cuidadosa separación, innecesaria, entre el dinero de su marido y el «suyo». Durante el tratamiento sucede alguna vez que los envíos monetarios de su marido sufren retraso, dejándola sin dinero en una ciudad desconocida. Al darme una vez cuenta de ello le hago prometer que si volvía a encontrarse en tales circunstancias, aceptaría en mí el pequeño préstamo necesario para esperar sin apuros la llegada del giro. Me lo promete, pero al repetirse el hecho no mantiene la promesa y prefiere empeñar una joya. A mis reproches contesta que le es imposible aceptar de mí dinero alguno. La infantil apropiación de los cincuenta céntimos tenía un significado que el padre no podía sospechar. Algún tiempo antes de su ingreso en la escuela primaria había realizado la niña un acto singular, en el que también había intervenido dinero. Una vecina la había entregado una corta cantidad para que acompañara a un hijo suyo, más pequeño aún, a efectuar una compra. Realizada ésta, volvía a casa con el dinero sobrante; pero al ver en la calle a la criada de la vecina, arrojó al suelo las monedas. En el análisis de este acto, incomprensible para ella misma, surgió, como asociación espontánea, la idea de Judas, que arrojó los dineros recibidos por su traición. Declara tener la seguridad de haber oído relatar la historia de la Pasión antes de ir a la escuela. Pero ¿hasta qué punto está justificada su identificación con Judas?

A la edad de tres años y medio tuvo una niñera, a la que tomó inmenso cariño. Esta niñera entabló relaciones eróticas con un médico, a cuya consulta

acudía acompañando a la niña, la cual debió de ser testigo de distintos actos sexuales. No es seguro que viera al médico dar dinero a la muchacha; pero sí que esta última se aseguraba el silencio regalándole algunas monedas con las que adquirir golosinas al retornar a casa. También es posible que el mismo médico diera alguna vez dinero a la niña. Impulsada ésta por un sentimiento de celos, delató, sin embargo, un día los manejos de su guardadora. Al llegar a casa se puso a jugar con una moneda de cinco céntimos, tan ostensiblemente, que su madre hubo de interrogarla sobre la procedencia de aquel dinero. La niñera fue despedida.

El acto de tomar dinero de alguien adquirió para ella, desde muy temprano, la significación de la entrega física de las relaciones eróticas. Tomar dinero del padre equivalía a hacerle objeto de una declaración de amor. La fantasía de tener al padre por novio resulta tan seductora, que el deseo infantil de comprar pinturas con las que teñir los huevos de Pascua se sobrepuso fácilmente, con su ayuda, a la prohibición. Pero le era imposible confesar la apropiación del dinero. Tenía que negarla, porque el motivo del acto, inconsciente para ella misma, era inconfesable. El castigo impuesto por el padre constituía así una repulsa del cariño ofrecido, un doloroso desprecio, y quebrantó el ánimo de la niña. Durante el tratamiento surgió una intensa depresión, cuyo análisis condujo al recuerdo de lo anteriormente relatado al verme yo obligado a copiar el desprecio paterno, rogándole que no me trajese más flores.

Para el psicoanalista no es casi necesario acentuar que el pequeño suceso infantil integra uno de los frecuentes casos de persistencia del primitivo erotismo anal en la vida erótica ulterior. También el deseo de teñir de colores los huevos procede de la misma fuente.

II

UNA señora, gravemente enferma hoy a consecuencia de una dura frustración de la vida real, era de niña singularmente trabajadora, juiciosa y amante de la verdad, convirtiéndose luego en mujer de fina

sensibilidad y muy cariñosa para con su marido. Pero en una época aún más temprana, en los primeros años de su vida, había sido una criatura terca y descontentadiza, y durante el periodo de su transformación a una bondad y una escrupulosidad exagerada cometió algunas faltas, que luego, en los tiempos de su enfermedad, se reprochaba severamente, considerándolas como signos de una perversión fundamental. Sus recuerdos la acusaban de haberse hecho culpable por entonces de frecuentes mentiras. Una vez, camino del colegio, se vanaglorió una de sus condiscípulas de haber tenido aquel día hielo (*Eeis*-hielo-helado) en el almuerzo, contestando ella: «En casa lo tenemos todos los días». En realidad, no comprendía siquiera lo que podía significar tener hielo en el almuerzo, ni conocía el hielo más que en los largos bloques en que es repartido por los coches de la fábrica; pero suponía que las palabras de su compañera aludían a algo muy distinguido, y no quería ser menos.

Teniendo diez años le encargaron en la clase de dibujo que trazara a pulso una circunferencia. Pero ella hizo uso del compás, y de este modo trazó en seguida una curva perfecta, que enseñó, triunfante, a su vecina de clase. El profesor, que la oyó vanagloriarse, examinó el dibujo, y al descubrir en él las huellas del compás, la incitó a que confesara su engaño. La niña negó tenazmente, sin dejarse convencer por prueba alguna, y acabó encerrándose en un hosco mutismo. El profesor puso el hecho en conocimiento del padre; pero la buena conducta general de la muchacha los determinó a no dar al suceso consecuencia alguna.

Las dos mentiras de la niña dependían del mismo complejo. Siendo la mayor de cinco hermanas, había desarrollado desde muy temprano una adhesión extraordinariamente intensa a su padre, que luego, en años ulteriores, había de hacerla desdichada para toda su vida. Sin embargo, no pudo tardar en descubrir que su amado progenitor no poseía aquella grandeza que tan dispuesta estaba a atribuirle. Tenía que luchar con dificultades económicas y no era tan poderoso ni tan noble como ella había creído. Pero la sujeto no podía aceptar tal disminución de su ideal. Acumulando, según hábito femenino, toda su ambición en la persona del hombre amado, puso toda su alma en apoyar a su padre contra el mundo entero. De este modo mentía vanidosamente ante sus compañeras, para no disminuir a su padre.

Cuando, más tarde, aprendió a identificar la palabra *Eeis* (hielo) con la palabra *Glade* (helado), quedó abierto el camino por el cual el reproche dependiente de estas reminiscencias pudo convertirse en un temor angustioso a los fragmentos de vidrio (*Glace* = helado; *Glas* — vidrio).

El padre era un excelente dibujante y había despertado muchas veces el encanto y admiración de sus hijos con muestras de su talento. Identificándose con él, dibujó la niña en el colegio aquella circunferencia cuya perfección sólo podía lograr por medios engañosos. Fue como si quisiera dar a entender orgullosamente: «Fijaos las cosas que mi padre sabe hacer». El sentimiento de culpabilidad concomitante a su intensa inclinación hacia su padre halló una expresión en el engaño intentado, cuya confesión resultaba imposible por el mismo motivo del caso anterior, pues hubiera equivalido a la del amor incestuoso.

No deben, ciertamente, despreciarse estos episodios de la vida infantil. Sería un grave error fundar en tales delitos infantiles el propósito de un carácter inmoral. Dependen de los demás enérgicos motivos del alma infantil y anuncian las disposiciones a destinos ulteriores y a futuras neurosis.

LXXIII

LA DISPOSICIÓN A LA NEUROSIS OBSESIVA[1432]

Una aportación al problema de la elección de neurosis

1913

EL problema de por qué y cómo contrae un hombre una neurosis es ciertamente uno de los que el psicoanálisis habrá de resolver. Pero es muy probable que esta solución tenga como premisa la de otro problema, menos amplio, que nos plantea la interrogación de por qué tal o cual persona ha de contraer precisamente una neurosis determinada. Es éste el problema de la elección de neurosis.

¿Qué sabemos hasta ahora sobre esta cuestión? En realidad, sólo hemos podido establecer seguramente; un único principio. En las causas patológicas de la neurosis distinguimos dos clases: aquellas que el hombre trae consigo a la vida —causas constitucionales— y aquellas otras que la vida le aporta —causas accidentales—, siendo precisa, por lo general, la colaboración de ambos órdenes de causas para que surja la neurosis. Ahora bien: el principio antes enunciado afirma que la elección de la neurosis depende por completo de las causas constitucionales, o sea de la naturaleza de las disposiciones, careciendo, en cambio, de toda relación con los sucesos patógenos vividos por el individuo.

¿Dónde buscamos el origen de estas disposiciones? Hemos advertido que

las funciones psíquicas que en este punto hemos de tener en cuenta —ante todo, la función sexual, pero también diversas funciones importantes del *yo*— han de atravesar una larga y complicada evolución hasta llegar a su estado característico en el adulto normal. Suponemos ahora que estas evoluciones no se han desarrollado siempre tan irreprochablemente que la función total haya experimentado sin defecto alguno la correspondiente modificación progresiva. Allí donde una parte de dicha función ha permanecido retrasada en un estado anterior, queda creado lo que llamamos un «lugar de fijación», al cual puede retroceder luego la función en caso de enfermedad por perturbación exterior.

Nuestras disposiciones son, pues, inhibiciones de la evolución. La analogía con los hechos de la patología general de otras enfermedades nos confirma en esta opinión. Mas al llegar al tema de cuáles son los factores que pueden provocar tales perturbaciones de la evolución, la labor psicoanalítica hace alto y abandona este problema a la investigación biológica[1433].

Con ayuda de estas hipótesis nos atrevimos hace ya algunos años a enfrentarnos con el problema de la elección de neurosis. Nuestro método de investigación, consistente en deducir las circunstancias normales precisamente de sus perturbaciones, nos condujo a elegir un punto de ataque especialísimo e inesperado. El orden en el cual se exponen generalmente las formas principales de las psiconeurosis —histeria, neurosis obsesiva, paranoia, demencia precoz— corresponde (aunque no con absoluta exactitud) al orden temporal de la aparición de estas afecciones en la vida humana. Las formas patológicas histéricas pueden ser observadas ya en la primera infancia; la neurosis obsesiva revela, por lo corriente, sus primeros síntomas en el segundo periodo de la niñez (entre los seis y los ocho años); por último, las otras dos psiconeurosis, reunidas por mí bajo el nombre común de parafrenias, no emergen hasta después de la pubertad y en la edad adulta. Estas afecciones más tardías son las que primero se han hecho accesibles a nuestra investigación de las disposiciones conducentes a la elección de neurosis. Los singulares caracteres peculiares a ambas —el delirio de grandezas, el apartamiento del mundo de los objetos y la dificultad de conseguir la transferencia— nos han impuesto la conclusión de que su fijación dispositiva ha de ser buscada en un estadio de la evolución de la

libido anterior a la elección de objeto, o sea en la fase del autoerotismo y el narcisismo. Tales formas patológicas tardías se referirían, pues, a coerciones y fijaciones muy tempranas.

Parecía, por tanto, que la disposición a la histeria y a la neurosis obsesiva, las dos neurosis de transferencia propiamente dichas, con temprana producción de síntomas, habría de buscarse en fases aún anteriores de la evolución de la libido. Pero ¿en qué habría de consistir aquí la coerción de la evolución y, sobre todo, cuál podría ser la diferencia de fases que determinara la disposición a la neurosis obsesiva, en contraposición a la histeria? Pasó mucho tiempo sin que nos fuera posible averiguar nada sobre estos extremos, y hube de abandonar por estériles mis tentativas anteriormente iniciadas para determinar tales dos disposiciones, suponiendo que la histeria se hallaba condicionada por la pasividad y la neurosis obsesiva por la actividad del sujeto en sus experiencias infantiles.

Retornaremos, pues, al terreno de la observación clínica individual. Durante un largo período de tiempo he estudiado a una enferma cuya neurosis había seguido una trayectoria desacostumbrada. Comenzó, después de un suceso traumático, como una franca histeria de angustia, y conservó este carácter a través de algunos años. Pero un día se transformó de pronto en una neurosis obsesiva de las más graves. Tal caso había de ser muy significativo en más de un aspecto. Por un lado, podía aspirar al valor de un documento bilingüe y mostrar cómo un mismo contenido era expresado por cada una de ambas neurosis en un lenguaje diferente. Por otro, amenazaba contradecir nuestra teoría de la disposición por inhibición del desarrollo, si no queríamos decidirnos a aceptar que una persona podía traer consigo a la vida más de un único punto débil en la evolución de la libido. No creía yo que hubiera motivo alguno para rechazar esta última posibilidad; pero, de todos modos, esperaba con extraordinario interés la solución del caso patológico planteado.

Al llegar a ella en el curso del análisis hube de reconocer que el proceso patógeno se apartaba mucho de la trayectoria por mí supuesta. La neurosis obsesiva no era una nueva reacción al mismo trauma que había provocado primero la histeria de angustia, sino a un segundo suceso que había quitado al primero toda su importancia. (Tratábase, pues, de una excepción —discutible

aún, de todos modos— de aquel principio, antes expuesto, en el que afirmamos que la elección de neurosis era totalmente independiente de los sucesos vividos por el sujeto.)

Desgraciadamente, no me es posible exponer —por motivos evidentes— el historial clínico de este caso con todo el detalle que quisiera. Me limitaré, pues, a las indicaciones que siguen. La paciente había sido, hasta su enfermedad, una mujer feliz, casi por completo satisfecha. Abrigaba un ardiente deseo de tener hijos —motivado por la fijación de un deseo infantil —, y enfermó al averiguar que su marido, al que quería mucho, no podía proporcionarle descendencia. La histeria de angustia con la que reaccionó a esta privación correspondía, como la misma paciente aprendió pronto a comprender, a la repulsa de las fantasías de tentación, en las que emergía su deseo de tener un hijo. Hizo todo lo posible por no dejar adivinar a su marido que su enfermedad era una consecuencia de la privación a él imputable. Pero no hemos afirmado sin buenas razones que todo hombre posee en su propio inconsciente un instrumento con el que puede interpretar las manifestaciones de lo inconsciente en los demás; el marido comprendió, sin necesidad de confesión ni explicación algunas, lo que significaba la angustia de su mujer; sufrió, sin demostrarlo tampoco, una gran pesadumbre, y reaccionó, a su vez, en forma neurótica, fallándole por vez primera en su matrimonio la potencia genital al intentar el coito. Inmediatamente emprendió un viaje. La mujer creyó que el marido había contraído una impotencia duradera, y la víspera de su retorno produjo los primeros síntomas obsesivos.

El contenido de su neurosis consistía en una penosa obsesión de limpieza y en enérgicas medidas preventivas contra los daños con que su propia imaginaria maldad amenazaba a los demás, o sea en productos de una reacción contra impulsos *erótico-anales* y *sádicos*. Éstas fueron las formas en que hubo de manifestarse su necesidad sexual al quedar totalmente desvalorizada su vida genital por la impotencia del marido, único hombre posible para ella.

A este punto se enlaza nuestro pequeño avance teórico, que sólo en apariencia se basa sobre esta única observación, pues en realidad reúne una gran cantidad de impresiones anteriores, de las cuales sólo después de esta última pudo deducirse un conocimiento. Resulta, pues, que nuestro esquema

del desarrollo de la función libidinosa precisa de una nueva interpolación. Al principio distinguimos tan sólo la fase del autoerotismo, en la cual cada uno de los instintos parciales busca, independientemente de los demás, su satisfacción en el propio cuerpo del sujeto, y luego, la síntesis de todos los instintos parciales, para la elección de objeto, bajo la primacía de los genitales y en servicio de la reproducción. El análisis de las parafrenias nos obligó, como es sabido, a interpolar entre aquellos elementos un estadio de narcisismo, en el cual ha sido ya efectuada la elección del objeto, pero el objeto coincide todavía con el propio *yo*. Ahora vemos la necesidad de aceptar, aun antes de la estructuración definitiva, un nuevo estadio, en el cual los instintos parciales aparecen ya reunidos para la elección de objeto; y éste es distinto de la propia persona; pero la *primacía de las zonas genitales no se halla aún establecida*. Los instintos parciales que dominan esta organización *pregenital* de la vida sexual son más bien los erótico-anales y los sádicos.

Sé muy bien que toda afirmación de este orden despierta en un principio desconfianza y extrañeza. Sólo después de descubrir sus relaciones con nuestros conocimientos anteriores llegamos a familiarizarnos con ella, y muchas veces acaba por no parecemos sino una insignificante innovación, sospechada desde muy atrás. Iniciaremos, pues, con igual esperanza, la discusión de la «organización sexual pregenital».

a) El importantísimo papel que los impulsos de odio y erotismo anal desempeñan en la sintomatología de la neurosis obsesiva ha sido observado ya por muchos investigadores, habiendo sido objeto últimamente de un penetrante estudio por parte de E. Jones, 1913. Así resulta también de nuestra afirmación en cuanto tales instintos parciales son los que han vuelto a arrogarse en la neurosis la representación de los instintos genitales, a los que precedieron en la evolución.

En este punto viene a insertarse una parte del historial patológico de nuestro caso, a la que aún no nos hemos referido. La vida sexual de la paciente comenzó en la más tierna edad infantil con fantasías sádicas de flagelación. Después de la represión de estas fantasías se inició un período de latencia que se prolongó más de lo corriente y en el cual alcanzó la muchacha un alto desarrollo moral, sin que despertase en ella la sensibilidad sexual

femenina. Con su temprano matrimonio se inició para ella un período de actividad sexual normal, felizmente prolongado a través de una serie de años, hasta que la primera gran privación (el conocimiento de que su marido no podría darle hijos) trajo consigo la neurosis histérica. La subsiguiente desvalorización de su vida genital provocó la regresión de su vida sexual a la fase infantil del sadismo.

No es difícil determinar el carácter en que este caso de neurosis obsesiva se diferencia de aquellos otros, mucho más frecuentes, que comienzan en años más tempranos y transcurren luego en forma crónica, con exacerbaciones más o menos visibles. En estos otros casos, una vez establecida la organización sexual que contiene la disposición a la neurosis obsesiva, no es ya superada jamás; en nuestro caso ha sido sustituida por la fase evolutiva superior y vuelta luego a activar, por regresión, desde esta última.

b) Si queremos relacionar nuestra hipótesis con los hechos biológicos, no habremos de olvidar que la antítesis de masculino y femenino, introducida por la función reproductora, no puede existir aún en la fase de la elección pregenital de objeto. En su lugar hallamos la antítesis constituida por las tendencias de fin activo y las de fin pasivo, la cual irá luego a soldarse con la de los sexos. La actividad es aportada por el instinto general de aprehensión, al que damos el nombre de sadismo cuando lo hallamos al servicio de la función sexual, y que también está llamado a prestar importantes servicios auxiliares en la vida sexual normal plenamente desarrollada. La corriente pasiva es alimentada por el erotismo anal, cuya zona erógena corresponde a la antigua cloaca indiferenciada. La acentuación de este erotismo anal en la fase pregenital de la organización dejará en el hombre una considerable predisposición a la homosexualidad al ser alcanzada la fase siguiente de la función sexual, o sea la de la primacía de los genitales. La superposición de esta última fase a las anteriores y la modificación consiguiente de las cargas de libido plantean a la investigación analítica los más interesantes problemas.

Se puede esperar eludir todas las dificultades y complicaciones aquí emergentes negando la existencia de una organización pregenital de la vida sexual y haciendo coincidir y comenzar esta última con la función genital y

reproductora. De las neurosis se diría entonces, teniendo en cuenta los inequívocos resultados de la investigación analítica, que el proceso de la represión sexual las forzaba a expresar tendencias sexuales por medio de otros instintos no sexuales, o sea a sexualizar estos últimos por vía de compensación. Pero al obrar así abandona la observación el terreno psicoanalítico para volver a situar en el punto en que se hallaba antes del psicoanálisis, debiendo, por tanto, renunciar a la comprensión, por ella lograda, de la relación entre la salud, la perversión y la neurosis. El psicoanálisis exige el reconocimiento de los instintos sexuales parciales de las zonas erógenas y de la ampliación así establecida del concepto de «función sexual», en oposición al más estrecho de «función genital». Pero además la observación de la evolución normal del niño basta para rechazar tal tentación.

c) En el terreno del desarrollo del carácter hallamos las mismas energías instintivas cuya actuación descubrimos en las neurosis. Pero hay un hecho que nos permite establecer entre uno y otro caso una precisa distinción teórica. En el carácter falta algo peculiar, en cambio, al mecanismo de las neurosis: el fracaso de la represión y el retorno de lo reprimido. En la formación del carácter, la represión o no interviene para nada o alcanza por completo su fin de sustituir lo reprimido por productos o sublimaciones. De este modo, los procesos de la formación del carácter son mucho menos transparentes y accesibles al análisis que los neuróticos.

Pero precisamente en el terreno de la evolución del carácter hallamos algo comparable al caso patológico antes descrito: una intensificación de la organización sexual pregenital sádica y erótico-anal. Es sabido, y ha dado ya mucho que lamentar a los hombres, que el carácter de las mujeres suele cambiar singularmente al sobrevenir la menopausia y poner un término a su función genital. Se hacen regañonas, impertinentes y obstinadas, mezquinas y avaras, mostrando, por tanto, típicos rasgos sádicos y eróticos-anales, ajenos antes a su carácter. Los comediógrafos y los autores satíricos de todas las épocas han hecho blanco de sus invectivas a estas «viejas gruñonas», último avatar de la muchacha adorable, la mujer amante y la madre llena de ternura. Por nuestra parte comprendemos que esta transformación del carácter

corresponde a la regresión de la vida sexual a la fase pregenital sádico-anal, en la cual hemos hallado la disposición a la neurosis obsesiva. Esta fase sería, pues, no sólo precursora de la genital, sino también, en muchos casos, sucesora y sustitución suya, una vez que los genitales han cumplido su función.

La comparación de tal modificación del carácter con la neurosis obsesiva es interesantísima. En ambos casos nos hallamos ante un proceso regresivo. En el primero, regresión completa después de una acabada represión (o yugulación); en el segundo —el de la neurosis— conflicto, esfuerzo por detener la regresión, formación de productos de reacción contra la misma y de síntomas por transacción entre ambas partes y disociación de las actividades psíquicas en capaces de conciencia e inconscientes.

d) Nuestro postulado de una organización sexual pregenital resulta incompleto en dos aspectos. En primer lugar, se limita a hacer resaltar la primacía del sadismo y del erotismo anal, sin atender a la conducta de otros instintos parciales que habrían de integrar algo digno de investigación y mención. Sobre todo, el instinto de saber nos da la impresión de la neurosis obsesiva, siendo realmente, en el fondo, una hijuela sublimada y elevada a lo intelectual del instinto de dominio. Su repulsa en la forma de la duda ocupa en el cuadro de la neurosis obsesiva un importante lugar.

La segunda insuficiencia es más importante. Para referir a una trayectoria histórico-evolutiva la disposición a una neurosis es necesario tener en cuenta la fase de la evolución del *yo*, en la que surge la fijación, tanto como la de la evolución de la libido. Pero nuestro postulado no se ha referido más que a esta última y, por tanto, no contiene todo el conocimiento que podemos exigir. Los estadios evolutivos de los instintos del *yo* nos son hasta ahora muy poco familiares. No conozco sino una sola tentativa, muy prometedora, de acercarse a estos problemas: la llevada a cabo por Ferenzci en su estudio sobre el sentido de la realidad[1434]. No sé si parecerá muy atrevido afirmar, guiándonos por los indicios observados, que la anticipación temporal de la evolución del *yo* a la evolución de la libido ha de integrarse también entre los factores de la disposición a la neurosis obsesiva. Tal anticipación obligaría, por la acción de los instintos del *yo*, a la elección del objeto en un período en

que la función sexual no ha alcanzado aún su forma definitiva, dando así origen a una fijación en la fase del orden sexual pregenital. Si reflexionamos que los neuróticos obsesivos han de desarrollar una supermoral para defender su amor objetivado contra la hostilidad acechante detrás de él, nos inclinaremos a considerar como típica en la naturaleza humana cierta medida de tal anticipación de la evolución del yo y a encontrar basada la facultad de la génesis de la moral en el hecho de que, en el orden de la evolución, es el odio el precursor del amor. Quizá es éste el sentido de una frase de VV. Stekel, 1911, que me pareció en un principio incomprensible, y en la que se afirma que el sentimiento primario entre los hombres es el odio y no el amor.

e) Con respecto a la histeria, queda aún por indicar su íntima relación con la última fase del desarrollo de la libido, caracterizada por la primacía de los genitales y la introducción de la función reproductora. Este progreso sucumbe en la neurosis histérica a la represión, a la cual no se enlaza una regresión a la fase pregenital. La laguna resultante en la determinación de la disposición, a causa de nuestro reconocimiento de la evolución del *yo*, se hace aquí aún más sensible que en la neurosis obsesiva.

En cambio, no es difícil comprobar que también corresponde a la histeria una distinta regresión a un nivel anterior. La sexualidad del sujeto infantil femenino se encuentra, como ya sabemos, bajo el imperio de un órgano directivo masculino (el clítoris) y se conduce en muchos aspectos como la del niño. Un último impulso de la evolución, en la época de la pubertad, tiene que desvanecer esta sexualidad masculina y elevar a la categoría de zona erógena dominante la vagina, derivada de la cloaca. Pero es muy corriente que en la neurosis histérica de las mujeres tenga efecto una reviviscencia de esta sexualidad masculina reprimida, contra la cual se dirige luego una lucha de defensa por parte de los instintos aliados del *yo*. Pero me parece prematuro iniciar en este punto la discusión de los problemas de la disposición histérica.

LXXIV

TÓTEM Y TABÚ[1435]

ALGUNOS ASPECTOS COMUNES ENTRE LA VIDA MENTAL DEL HOMBRE PRIMITIVO Y LOS NEURÓTICOS

1912-3

PRÓLOGO

LOS cuatro ensayos que siguen, originalmente fueron publicados (con un título que ahora lo dejamos de subtítulo) en los primeros dos volúmenes de Imago, una publicación periódica dirigida por mí. Representan una primera tentativa de mi parte de aplicar el punto de vista y los hallazgos del psicoanálisis a problemas no resueltos de psicología social. De aquí que constituyen un contraste metodológico, por una parte, con el extenso trabajo de Wilhelm Wundt, el que aplica las hipótesis y métodos de trabajo de la psicología no analítica con iguales propósitos, y por otra parte, con los ensayos de la escuela de psicoanálisis de Zurich, que, al contrario, se esfuerza en resolver los problemas de la psicología individual con la ayuda de material derivado de la psicología social (Cf. Jung, 1912, 1913). Me adelanto en confesar que han sido estas dos fuentes los primeros estímulos que he recibido para mis propios ensayos.

Estoy plenamente consciente de las deficiencias de estos estudios. Sin mencionar aquellas propias de todo trabajo pionero, hay otras que requieren

una palabra aclaratoria. Los cuatro ensayos reunidos en estas páginas están orientados a despertar el interés de un amplio círculo de lectores ilustrados, pero, en verdad, no podrán ser comprendidos y apreciados excepto por aquellos pocos que ya no son extraños a la naturaleza esencial del psicoanálisis. Buscan llenar la brecha entre estudiantes de materias tales como antropología social, filología y folklore, por un lado, y psicoanalistas, por el otro. Sin embargo, no son capaces de dar a cada lado lo que les falta, a los primeros una iniciación adecuada en la nueva técnica psicológica o a los últimos un conocimiento suficiente del material que espera tratamiento. Por consiguiente, ellos deben conformarse con atraer la atención de las dos partes y de promover la creencia que una cooperación ocasional entre ellos no podría menos que ser beneficiosa para la investigación.

Se hallará que los dos temas principales de los que derivó el título del libro —Totems y tabúes— no han recibido igual trato. El análisis de los tabúes se ha adelantado en forma de intentar una segura y exhaustiva solución al problema. La investigación del totemismo no puede menos que declarar: ‘aquí está lo que el psicoanálisis ha podido contribuir para elucidar el problema del totem’. La diferencia estriba en el hecho que aún hay tabúes entre nosotros. Aunque expresados en forma negativa y dirigidos hacia otra materia, en su naturaleza psicológica no difieren del ‘imperativo categórico’ de Kant, que trabaja de manera compulsiva rechazando toda motivación consciente. Por el contrario, el totemismo es algo cercano a nuestras creencias contemporáneas, una institución religioso-social abandonada hace mucho como actual y reemplazada por nuevas formas. Dejó tras sí leves indicios en las religiones, ritos y costumbres de los pueblos civilizados contemporáneos y es objeto de modificaciones de largo alcance aún entre las razas donde mantiene su influencia.

Los avances sociales y técnicos en la historia humana han afectado a los tabúes mucho menos que al totemismo.

Un intento se ha hecho en este volumen para deducir el significado original del totemismo de los vestigios remantes de él en la niñez, de alusiones emergentes en el curso del desarrollo de nuestros propios hijos. La íntima relación entre totems y tabúes nos conduce un paso más allá en el camino hacia la hipótesis entregada en estas páginas; y si al final resulta que

estas hipótesis ofrecen una apariencia de algo muy improbable, no sería un argumento en contra de la posibilidad que se acercan bastante próximas a la realidad que resulta tan difícil de reconstruir.

Roma, septiembre de 1913.

PRÓLOGO PARA LA EDICIÓN HEBREA[1436]

A ninguno de los lectores de este libro le resultará fácil situarse en el clima emocional del autor, que no comprende la lengua sacra, que se halla tan alejado de la religión paterna como de toda otra religión, que no puede participar en los ideales nacionalistas y que, sin embargo, nunca ha renegado de la pertenencia a su pueblo, que se siente judío y no desea que su naturaleza sea otra. Si alguien le preguntara: «Pero ¿qué hay en ti aún de judío, si has renunciado a tantos elementos comunes con tu pueblo?», le respondería: «Todavía muchas cosas; quizá todo lo principal». Mas por ahora le sería imposible captar esto, lo esencial, con claras palabras; seguramente llegará alguna vez a ser accesible a la indagación científica.

Para semejante autor, pues, es un suceso de índole muy especial si su libro es vertido al hebreo y puesto en manos de lectores para los cuales este idioma representa una *lengua* viva. Tanto más es ello así, cuanto que se trata de un libro que estudia el origen de la religión y de la moral, pero que no reconoce un punto de vista judío ni acepta restricciones favorables al judaismo. El autor confía empero en que ha de concordar con sus lectores en la convicción de que la ciencia, libre de prejuicios, de ningún modo puede quedar ajena al espíritu del nuevo judaismo.

Viena, diciembre de 1930.

I
EL HORROR AL INCESTO

EL camino recorrido por el hombre de la Prehistoria en su desarrollo nos es conocido por los monumentos y utensilios que nos ha legado, por los restos de su arte, de su religión y de su concepción de la vida, que han llegado hasta nosotros directamente o transmitidos por la tradición en las leyendas, los mitos y los cuentos, y por las supervivencias de su mentalidad, que nos es dado volver a hallar en nuestros propios usos y costumbres. Además, este hombre de la Prehistoria es aún, en cierto sentido, contemporáneo nuestro. Existen, en efecto, actualmente hombres a los que consideramos mucho más próximos a los primitivos de lo que nosotros lo estamos, y en los que vemos los descendientes y sucesores directos de aquellos hombres de otros tiempos. Tal es el juicio que nos merecen los pueblos llamados salvajes y semisalvajes, y la vida psíquica de estos pueblos adquiere para nosotros un interés particular cuando vemos en ella una fase anterior, bien conservada, de nuestro propio desarrollo.

Partiendo de este punto de vista, y estableciendo una comparación entre la psicología de los pueblos primitivos tal como la Etnografía nos la muestra y la psicología del neurótico, tal y como surge de las investigaciones psicoanalíticas, descubriremos entre ambas numerosos rasgos comunes y nos será posible ver a una nueva luz lo que de ellas nos es ya conocido.

Por razones tanto exteriores como interiores escogeremos para esta comparación las tribus que los etnógrafos nos han descrito como las más salvajes, atrasadas y miserables, o sea las formadas por los habitantes primitivos del más joven de los continentes (Australia), que ha conservado, incluso en su fauna, tantos rasgos arcaicos desaparecidos en todos los demás.

Los aborígenes de Australia son considerados como una raza aparte, sin ningún parentesco físico ni lingüístico con sus vecinos más cercanos, los pueblos melanesios, polinesios y malayos. No construyen casas ni cabañas sólidas, no cultivan el suelo, no poseen ningún animal doméstico, ni siquiera el perro, e ignoran incluso el arte de la alfarería. Se alimentan exclusivamente de la carne de toda clase de animales y de raíces que arrancan de la tierra. No tienen ni reyes ni jefes, y los asuntos de la tribu son resueltos por la asamblea de los hombres adultos. Es muy dudoso que pueda atribuírseles una religión rudimentaria bajo la forma de un culto tributado a seres superiores. Las tribus

del interior del continente, que a consecuencia de la falta de agua se ven obligadas a luchar contra condiciones de vida excesivamente duras, se nos muestran en todos los aspectos más primitivas que las tribus vecinas a la costa.

No podemos esperar, ciertamente, que estos miserables caníbales desnudos observen una moral sexual próxima a la nuestra o impongan a sus instintos sexuales restricciones muy severas. Mas, sin embargo, averiguamos que se imponen la más rigurosa interdicción de las relaciones sexuales incestuosas. Parece que incluso toda su organización social se halla subordinada a esta intención o relacionada con la realización de la misma. En lugar de todas aquellas instituciones religiosas y sociales de que carecen, hallamos en los australianos el sistema del *totemismo*. Las tribus australianas se dividen en grupos más pequeños —clanes—, cada uno de los cuales lleva el nombre de su *totem*.

¿Qué es un totem? Por lo general, un animal comestible, ora inofensivo, ora peligroso y temido, y más raramente una planta o una fuerza natural (lluvia, agua) que se hallan en una relación particular con la totalidad del grupo. El tótem es, en primer lugar, el antepasado del clan, y en segundo, su espíritu protector y su bienhechor, que envía oráculos a sus hijos y los conoce y protege aun en aquellos casos en los que resulta peligroso. Los individuos que poseen el mismo tótem se hallan, por tanto, sometidos a la sagrada obligación, cuya violación trae consigo un castigo automático de respetar su vida y abstenerse de comer su carne o aprovecharse de él en cualquier otra forma.

El carácter totémico no es inherente a un animal particular o a cualquier otro objeto único (planta o fuerza natural), sino a todos los individuos que pertenecen a la especie del totem. De tiempo en tiempo se celebran fiestas en las cuales los asociados del grupo totémico reproducen o imitan, por medio de danzas ceremoniales, los movimientos y particularidades de su totem.

El tótem se transmite hereditariamente, tanto por línea paterna como materna. Es muy probable que la transmisión materna haya sido en todas partes la primitiva, reemplazada más tarde por la transmisión paterna. La subordinación al tótem constituye la base de todas las obligaciones sociales del australiano, sobrepasando por un lado la subordinación a la tribu y

relegando, por otro, a un segundo término el parentesco de sangre[1437].

El tótem no se halla ligado al suelo ni a una determinada localidad. Los miembros de un mismo tótem pueden vivir separados unos de otros y en paz con individuos de tótem diferente[1438].

Vamos a señalar ahora aquella particularidad del sistema totémico por la que el mismo interesa más especialmente al psicoanalítico. En casi todos aquellos lugares en los que este sistema se halla en vigor comporta la ley según la cual *los miembros de un único y mismo tótem no deben entrar en relaciones sexuales y, por tanto, no deben casarse entre sí*. Es ésta la ley de la *exogamia*, inseparable del sistema totémico.

Esta interdicción, rigurosamente observada, es muy notable. Carece de toda relación lógica con aquello que sabemos de la naturaleza y particularidades del totem, y no se comprende cómo ha podido introducirse en el totemismo. No extrañamos, pues, ver admitir a ciertos autores que la exogamia no tenía al principio, lógicamente, nada que ver con el totemismo, sino que fue agregada a él en un momento dado, cuando se reconoció la necesidad de dictar restricciones matrimoniales. De todos modos, ya sea íntimo y profundo o puramente superficial el enlace existente entre la exogamia y el totemismo, el hecho es que existe un tal enlace y se nos muestra extremadamente sólido.

Intentaremos comprender la significación de esta prohibición con ayuda de algunas consideraciones.

a) La violación de esta prohibición no es seguida de un castigo automático, por decirlo así, del culpable, como lo son las violaciones de otras prohibiciones totémicas (la de comer la carne de animal totem, por ejemplo); pero es vengada por la tribu entera, como si se tratase de alejar un peligro que amenazara a la colectividad o las consecuencias de una falta que pesase sobre ella. He aquí una cita, tomada por Frazer, que nos muestra con qué severidad castigan tales violaciones estos salvajes, a los que desde nuestro punto de vista ético hemos de considerar, en general, como altamente inmorales:

«En Australia, las relaciones sexuales con una persona de un clan prohibido son regularmente castigadas con la muerte. Poco importa que la mujer forme parte del mismo grupo local o que pertenezca a otra tribu y haya

sido capturada en una guerra; el individuo del mismo tótem que entra en comercio sexual con ella es perseguido y muerto por los hombres de su clan, y la mujer comparte igual suerte. Sin embargo, en algunos casos, cuando ambos han conseguido sustraerse a la persecución durante cierto tiempo, puede ser olvidada la ofensa. En las raras ocasiones en que el hecho de que nos ocupamos se produce en la tribu Ta-ta-thi, de Nueva Gales del Sur, el hombre es condenado a muerte, y la mujer, mordida y acribillada a lanzazos hasta dejarla casi expirante. Si no se la mata en el acto, es por considerar que ha sido forzada. Esta prohibición se extiende incluso a los amores ocasionales, y toda violación es considerada como una cosa nefasta y merecedora del castigo de muerte».

b) Teniendo en cuenta que también las aventuras amorosas anodinas, esto es, aquéllas no seguidas de procreación, son idénticamente castigadas, habremos de deducir que la prohibición no se ha inspirado en razones de orden práctico.

c) Siendo el tótem hereditario, y no sufriendo modificación alguna por el hecho del matrimonio, es fácil darse cuenta de las consecuencias de esta prohibición en el caso de herencia materna. Si, por ejemplo, el hombre forma parte de un clan cuyo tótem es el canguro y se casa con una mujer cuyo tótem es el emúo (especie de avestruz), los hijos, varones o hembras, tendrán todos el tótem de la madre. Un hijo nacido de este matrimonio se hallará, pues, en la imposibilidad de entablar relaciones incestuosas con su madre y su hermana, pertenecientes al mismo clan[1439].

d) Pero basta un poco de atención para darse cuenta de que la exogamia inherente al sistema totémico tiene otras consecuencias y persigue otros fines que la simple previsión del incesto con la madre y la hermana. Prohíbe, en efecto, al hombre la unión sexual con cualquier otra mujer de su grupo; esto es, con un cierto número de mujeres a las que no se halla enlazado por relación alguna de consanguinidad, pero que, sin embargo, son consideradas como consanguíneas suyas. La justificación psicológica de esta restricción, que va más allá de todo lo que puede serle comparado en los pueblos civilizados, no resulta evidente a primera vista. Creemos tan sólo comprender

que en esta prohibición se toma muy en serio el papel del tótem (animal) como antepasado. Aquellos que descienden del mismo tótem son consanguíneos y forman una familia en el seno de la cual todos los grados de parentesco, incluso los más lejanos, son considerados como un impedimento absoluto de la unión sexual.

De este modo resulta que tales salvajes parecen obsesionados por un extraordinario horror al incesto, horror enlazado a circunstancias particulares que no llegamos a comprender por completo y a consecuencia de las cuales queda reemplazado el parentesco de la sangre por el parentesco totémico. No debemos exagerar, sin embargo, esta oposición entre los dos géneros de parentesco, y hemos de tener muy presente siempre el hecho de que el incesto real no constituye sino un caso especial de las prohibiciones totémicas.

¿Cómo ha llegado a ser reemplazada la familia verdadera por el grupo totémico? Es éste un enigma cuya solución obtendremos quizá una vez que hayamos llegado a comprender íntimamente la naturaleza del totem. Hemos de pensar que, dada una cierta libertad sexual no limitada por los lazos conyugales, era necesario establecer alguna ley que detuviese al individuo ante el incesto. Por tanto, no sería inútil observar que las costumbres de los australianos implican determinadas condiciones sociales y ciertas circunstancias solemnes en las que no es reconocido el derecho exclusivo de un hombre sobre la mujer considerada como su esposa legítima.

El lenguaje de estas tribus australianas —así como el de la mayoría de los pueblos totémicos— presenta una particularidad relacionada, desde luego, con este hecho. Las designaciones de parentesco de que se sirven no se refieren a las relaciones entre dos individuos, sino entre un individuo y un grupo. Según la expresión de L. H. Morgan, forman tales designaciones un sistema *clasificador*. Significa esto que un individuo llama «padre» no solamente al que le ha engendrado, sino también a todos aquellos hombres que, según las costumbres de la tribu, habrían podido desposar a su madre y llegar a serlo efectivamente, y «madre», a toda mujer que sin infringir los usos de la tribu habría podido engendrarle. Asimismo llama «hermano» y «hermana» no solamente a los hijos de sus verdaderos padres, sino también a todos los de aquellas otras personas que hubieran podido serlo, etc.

Los nombres de parentesco que los australianos se dan entre si no

designan, pues, necesariamente un parentesco de sangre, como sucede en nuestro lenguaje, y representan más bien relaciones sociales que relaciones físicas. En nuestras *nursery*, en las que los niños dan el nombre de tíos y tías a todos los amigos y amigas de sus padres, encontramos algo parecido a este sistema clasificador, y asimismo cuando empleamos tales designaciones en un sentido figurado, hablando de «hermanos en Apolo» o «hermanas en Cristo».

La explicación de estas costumbres idiomáticas, que tan singulares nos parecen, se deduce fácilmente cuando las consideramos como supervivencias y caracteres de la institución que el Rvdo. L. Fison ha llamado *matrimonio de grupo*, y en virtud de la cual un cierto número de hombres ejerce derechos conyugales sobre un cierto número de mujeres. Los hijos nacidos de este matrimonio de grupo tienen, naturalmente, que considerarse unos a otros como hermanos, aunque puedan no tener todos la misma madre y considerar a todos los hombres del grupo como sus padres.

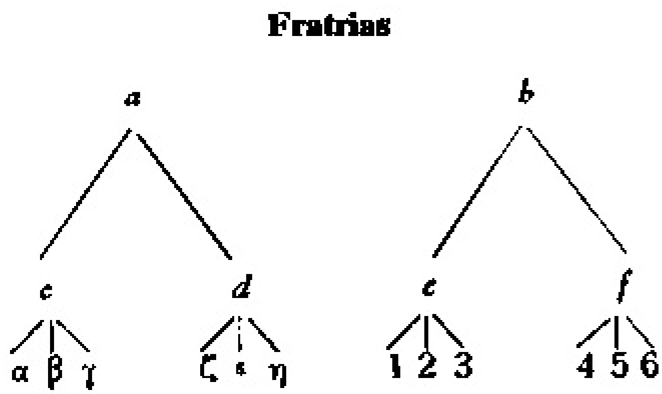
Aunque determinados autores, como Westermack, en *Historia del matrimonio humano*[1440], rehúsan admitir las consecuencias que otros han deducido de los nombres usados para designar los parentescos de grupo, los investigadores que han estudiado más detenidamente a los salvajes australianos están de acuerdo en ver en los nombres de parentesco clasificador una supervivencia de la época en la que se hallaba en vigor el matrimonio de grupo, y según Spencer y Gillen[1441], existiría aún actualmente en las tribus de los urabuna y de los dieri una cierta forma de matrimonio de grupo. Así, pues, este matrimonio habría precedido en estos pueblos al individual y no desapareció sin dejar huellas en el lenguaje y en las costumbres.

Sustituyendo ahora el matrimonio individual por el matrimonio de grupo, se nos hace ya comprensible el rigor, en apariencia excesivo, de la prohibición del incesto que en estos pueblos observamos. La exogamia totémica, esto es, la prohibición de relaciones sexuales entre miembros del mismo clan, se nos muestra como el medio más eficaz para impedir el incesto de grupo, medio que fue establecido y adoptado en dicha época y ha sobrevivido mucho tiempo a las razones motivo de su nacimiento.

Aunque de este modo creemos haber descubierto las razones de las

restricciones matrimoniales existentes entre los salvajes de Australia, hemos de tener en cuenta que las circunstancias reales presentan una complejidad bastante mayor, inexplicable a primera vista. No existen, en efecto, sino muy pocas tribus australianas que no conozcan otras prohibiciones que las determinadas por los límites totémicos. La mayoría se hallan organizadas en tal forma, que se subdividen, en primer lugar, en dos secciones, a las que se da el nombre de clases matrimoniales (las «fratrías» [phratries] de los autores ingleses). Cada una de estas clases es exógama y se compone de un cierto número de grupos totémicos. Generalmente se subdividen cada clase en dos subclases (subfratrias), y de este modo toda la tribu se compone de cuatro subclases, resultando que las subclases ocupan un lugar intermedio entre las fratrías y los grupos totémicos.

El esquema típico de la organización de una tribu australiana puede, por tanto, representarse en la forma siguiente:



Los dos grupos totémicos quedan reunidos en cuatro subclases y dos clases. Todas las subdivisiones son exógenas. (El número de los tótem es escogido arbitrariamente.) La subclase *c* forma una unidad exógama con la subclase *e*, y la subclase *d* con la *f*. El resultado obtenido por estas instituciones y, por consiguiente, su tendencia, no es nada dudoso. Sirven para introducir una nueva limitación de la elección matrimonial y de la libertad sexual. Si no hubiera más que los doce grupos totémicos, cada miembro de su grupo (suponiendo que cada grupo se compusiese del mismo número de individuos) podría escoger entre las once dozavas partes de las mujeres de la tribu. La existencia de las dos fratrías limita el número de

mujeres que pueden elegir cada hombre a seis dozavas partes; esto es, a la mitad. Un hombre perteneciente al tótem α no puede casarse sino con una mujer que forme parte de los grupos uno a seis. La introducción de las dos subclases limita de nuevo la elección, dejándola reducida a tres dozavas partes; esto es, a la cuarta parte de la totalidad. Así, un hombre del tótem α no puede escoger mujer sino entre aquellas de los totems cuatro, cinco y seis.

Las relaciones históricas que existen entre las clases matrimoniales, de las que ciertas tribus cuentan hasta ocho, y los grupos totémicos no están aún dilucidadas. Vemos únicamente que tales instituciones persiguen el mismo fin que la exogamia totémica y tienden incluso a ir más allá. Pero mientras que la exogamia totémica presenta todas las apariencias de una institución sagrada, de origen y desarrollo desconocido, o sea de una costumbre, la complicada institución de las clases matrimoniales, con sus subdivisiones y las condiciones a ellas enlazadas, parece ser el producto de una legislación consciente e intencional que se hubiera propuesto reforzar la prohibición del incesto, probablemente ante un comienzo de la debilitación de la influencia totémica. Y mientras que el sistema totémico constituye, como ya hemos visto, la base de todas las demás obligaciones sociales y restricciones morales de la tribu, el papel de la fratría se limita en general a la sola reglamentación de la elección matrimonial.

En el curso del desarrollo ulterior del sistema de las clases matrimoniales aparece una tendencia a ampliar la prohibición que recae sobre el incesto natural y el de grupo, haciéndola extensiva a los matrimonios entre parientes de grupo más lejanos, conducta idéntica a la de la Iglesia católica cuando extendió la prohibición que recaía sobre los matrimonios entre hermanos y hermanas, a los matrimonios entre primos, inventando, para justificar su medida, grados espirituales de parentesco[1442].

No tenemos interés ninguno en intentar orientarnos en las complicadas y confusas discusiones que se han desarrollado sobre el origen y la significación de las clases matrimoniales y de sus relaciones con el totem. Nos bastará señalar el cuidado extraordinario con que los australianos y otros pueblos salvajes velan por el cumplimiento de la prohibición del incesto[1443]. Podemos incluso decir que estos salvajes son más escrupulosos en esta cuestión que nosotros mismos. Es posible que, hallándose más sujetos a las

tentaciones, precisen de una protección más eficaz contra ellas.

Pero el horror al incesto que caracteriza a estos pueblos no se ha satisfecho con crear las instituciones que acabamos de describir y que nos parecen dirigidas principalmente contra el incesto de grupo. Hemos de añadir a ellas toda una serie de «costumbres» destinadas a impedir las relaciones sexuales individuales entre parientes próximos y que son observadas con un religioso rigor. No es posible dudar del fin que tales costumbres persiguen. Los autores ingleses las designan con el nombre de «avoidances» (lo que debe ser evitado), y no son privativas de los pueblos totémicos australianos. Pero habré de rogar al lector que se satisfaga con algunos extractos fragmentarios de los abundantes documentos que poseemos sobre este tema.

En la Melanesia recaen tales prohibiciones restrictivas sobre las relaciones del hijo con la madre y las hermanas. Así, en Lepers Island, una de las Nuevas Hébridas, el hijo que ha llegado a una cierta edad abandona el hogar materno y se va a vivir a la casa común (club), en la que duerme y come. Puede visitar todavía su casa para reclamar en ella su alimento; pero cuando su hermana se halla presente, debe retirarse sin comer. En el caso contrario puede tomar su comida sentado cerca de la puerta. Si el hermano y la hermana se encuentran por azar fuera de la casa, debe la hermana huir o esconderse. Cuando el hermano reconoce en la arena las huellas del paso de una de sus hermanas, no debe seguirlos. Igual prohibición se aplica a la hermana. El hermano no puede siquiera nombrar a su hermana y debe guardarse muy bien de pronunciar una palabra del lenguaje corriente cuando dicha palabra forma parte del nombre de la misma. Esta prohibición entra en vigor después de la ceremonia de la pubertad y debe ser observada durante toda la vida. El alejamiento de madre e hijo aumenta con los años, y la reserva observada por la madre es mayor aún que la impuesta al hijo. Cuando le lleva algo de comer, no le entrega directamente los alimentos, sino que los pone en el suelo ante él. No le habla jamás familiarmente, y al dirigirse a él, le dice usted en lugar de tú (entiéndase naturalmente las palabras correspondientes a nuestro usted y nuestro tú). Las mismas costumbres se hallan en vigor en Nueva Caledonia. Cuando un hermano y una hermana se encuentran, se esconde esta última entre los arbustos, y el hermano pasa sin

volverse hacia ella[1444].

En la península de las Gacelas, en Nueva Bretaña, la hermana casada no puede dirigir ya la palabra a su hermano, y en lugar de pronunciar su nombre tiene que designarle por medio de una perífrasis[1445].

En Nuevo Mecklenburgo se aplica esta misma prohibición no solamente entre hermano y hermana, sino entre primo y prima. No deben acercarse uno a otro, ni darse la mano, ni hacerse regalos, y cuando quieren hablarse, deben hacerlo a algunos pasos de distancia. El incesto con la hermana es condenado con la horca[1446].

En las islas Fidji son especialmente rigurosas estas prohibiciones y se aplican no solamente a los parientes consanguíneos, sino también a los hermanos y hermanas de grupo. Nos asombra también averiguar que estos salvajes conocen orgías sagradas en el curso de las cuales realizan precisamente las uniones sexuales más estrictamente prohibidas. Pero quizá esta misma contradicción puede darnos la clave de la prohibición[1447]. Entre los battas de Sumatra se extienden las prohibiciones a todos los grados de parentesco algo próximo. Sería, por ejemplo, escandaloso que un batta acompañase a su hermana a una reunión. Un hermano batta se siente confuso en presencia de su hermana, incluso habiendo en derredor de ellos otras personas. Cuando un hermano entre en la casa, la hermana o hermanas prefieren retirarse. Igualmente, el padre no permanece nunca a solas con su hija, ni una madre con su hijo. El misionero holandés que relata estas costumbres añade que, por desgracia, están justificadas, pues se admite generalmente por este pueblo que una conversación a solas entre un hombre y una mujer ha de llevarlos fatalmente a una ilícita intimidad, y como se hallan amenazados de los peores castigos y de la$ más graves consecuencias cuando se hacen culpables de relaciones sexuales con parientes próximos, no es sino muy natural que piensen en preservarse por medio de prohibiciones de este género de toda posible tentación[1448].

Entre los barongos de la bahía de Delangoa, en África, se imponen al hombre las prescripciones más severas con respecto a su cuñada; esto es, a la mujer del hermano de su esposa. Cuando un hombre encuentra en algún lado a dicha persona peligrosa para él, la evita cuidadosamente. No se atreve a comer en el mismo plato que ella, y no le habla sino temblando. No se decide

a entrar en su cabaña y la saluda con voz temblorosa[1449].

Entre los akamba (o wacamba) del este africano inglés existe una prohibición que hubiéramos esperado hallar más frecuentemente. Durante el período comprendido entre la pubertad y el matrimonio deben las jóvenes solteras eludir cuidadosamente a su padre. Se ocultan cuando le encuentran en la calle, no se sientan jamás a su lado y observan esta costumbre hasta los esponsales. A partir del día de su matrimonio quedan libres de toda prohibición las relaciones entre ellas y el padre[1450].

La prohibición más extendida, severa e interesante, incluso para los pueblos civilizados, es la que recae sobre las relaciones entre yerno y suegra. Existe en todos los pueblos australianos, pero se la ha hallado también en los pueblos melanesios y polinesios, y entre los negros africanos en general, allí donde encontramos algunas huellas del totemismo y aun en algunos pueblos en los que no nos es posible descubrirlas. En algunos de estos pueblos hallamos prohibiciones análogas referentes a las relaciones anodinas entre una mujer y su suegro, pero estas prohibiciones son menos constantes y severas que las anteriormente citadas. En algunos casos aislados se refieren a ambos suegros.

Como por lo que respecta a la prohibición de las relaciones entre suegra y yerno nos interesa menos la difusión etnográfica que el contenido y el propósito de la prohibición, continuaremos limitándonos a citar algunos ejemplos. En las islas Bango son muy severas y crueles tales prohibiciones. El yerno y la suegra deben evitar aproximarse el uno al otro. Cuando por casualidad se encuentran en el camino, la suegra debe apartarse y volver la espalda hasta que el yerno haya pasado, o inversamente.

En Vanua Lava (Port Patterson), el yerno no entrará en la playa si por ella ha pasado su suegra antes que la marea haya hecho desaparecer en la arena la huella de los pasos de la misma. Sin embargo, pueden hablarse a cierta distancia, pero les está prohibido a ambos pronunciar el nombre del otro[1451].

En las islas Salomón, el hombre casado no debe ver ni hablar a su suegra. Cuando la encuentra, finge no conocerla y echa a correr con toda la rapidez posible para esconderse[1452].

Entre los zulúes existe la costumbre de que el hombre se avergüence de su suegra y haga todo lo posible para huir de su compañía. No entra en la

cabaña hallándose ella dentro, y cuando se encuentran, debe esconderse uno de ellos entre los arbustos. El hombre puede también taparse la cara con el escudo. Cuando no le es posible evitarse ni esconderse, anuda la mujer a la cabeza un tallo de hierba como signo de acatamiento al ceremonial. Las relaciones entre ellos se efectúan por medio de una tercera persona o hablándose en voz alta, separados por un obstáculo natural, el recinto del kraal, por ejemplo. Ninguno de ellos debe pronunciar el nombre del otro[1453].

Entre los basoga, tribu negra que habita en la región de las fuentes del Nilo, el hombre no puede hablar a su suegra sino hallándose la misma en otra habitación de la casa y oculta a sus ojos. Este pueblo tiene un tal horror al incesto, que lo castiga incluso entre los animales domésticos[1454].

Mientras que la intención y la significación de las demás prohibiciones concernientes a las relaciones entre parientes no provoca la menor duda, siendo interpretadas por todos los observadores como medidas preservativas del incesto, no sucede lo mismo con las interdicciones que tienen por objeto las relaciones con la suegra, interdicciones a las que ciertos autores han dado una interpretación en absoluto diferente. Se ha encontrado con razón inconcebible que todos estos pueblos manifiesten un gran temor ante la tentación personificada por una mujer ya madura, que sin ser la madre del individuo de que se trate, pudiera, sin embargo, considerarle como hijo suyo[1455].

Idéntica objeción se ha opuesto a la teoría de Fison, según la cual obedecerían estas prohibiciones a la necesidad de llenar la laguna que en ciertos sistemas de clase matrimoniales supone la posibilidad del matrimonio entre yerno y suegra.

Sir John Lubbock (en su obra *Origin of Civilization*) hace remontar al rapto primitivo (*mariage by capture*) esta actitud de la suegra con respecto al yerno. «Mientras existió realmente el rapto de mujeres, no podían los suegros ver a su yerno, el raptor, con buenos ojos. Pero al cesar esta forma de matrimonio, no dejando tras de sí sino sus símbolos, quedó simbolizada a su vez dicha mala voluntad, y la costumbre de que nos ocupamos ha persistido incluso después de haber sido olvidado su origen». Crawley ha demostrado fácilmente que esta tentativa de explicación no tiene en cuenta la realidad de

los hechos.

E. B. Taylor opina que la actitud de la suegra con respecto al yerno no es sino una forma del no reconocimiento (*cutting*) de este último por la familia de su mujer. El hombre es considerado como un extranjero hasta el nacimiento de su primer hijo. Salvo con relación a aquellos casos en los que, realizada esta condición, no termina la prohibición indicada, resulta inadmisible esta interpretación de Taylor, pues no explica que haya habido necesidad de fijar de una manera precisa la naturaleza de las relaciones entre yerno y suegra, dejando, por tanto, a un lado el factor sexual y no teniendo en cuenta el sagrado temor que parece manifestarse en tales mandamientos prohibitivos[1456].

Una mujer zulú, preguntada por las razones de la prohibición, dio la siguiente respuesta, dictada por un sentimiento de delicadeza: «El hombre no debe ver los senos que han alimentado a su mujer[1457]».

Sabido es que incluso en los pueblos civilizados constituyen las relaciones entre yerno y suegra uno de los lados más espinosos de la organización familiar. No existe ciertamente entre los pueblos blancos de Europa y de América prohibición alguna relativa a estas relaciones; pero se evitarían muchos conflictos y molestias si tales prohibiciones existieran, aun a título de costumbres, sin que determinados individuos se vieran obligados a establecerlas para su uso personal. Más de un europeo se sentirá inclinado a ver un acto de alta sabiduría en las prohibiciones opuestas por los pueblos salvajes a la relación entre dichas dos personas de parentesco tan cercano. No puede dudarse de que la situación psicológica del yerno y la suegra entraña algo que favorece la hostilidad y hace muy difícil su vida en común. La generalidad con la que se hace objeto preferente de chistes y burlas a estas relaciones constituiría ya una prueba de que entrañan elementos decididamente opuestos. A mi juicio, trátase aquí de relaciones «ambivalentes», compuestas a la vez de elementos afectuosos y elementos hostiles.

Algunos de estos afectos resultan fácilmente inexplicables. Por parte de la suegra hay el sentimiento de separarse de su hija, la desconfianza hacia el extraño al que la misma se ha entregado y la tendencia a imponer, a pesar de todo, su autoridad, como lo hace en su propia casa. Por parte del yerno hay la

decisión de no someterse más a ninguna voluntad ajena, los celos de aquellas personas que gozaron antes que él de la ternura de su mujer y —*last but not least*— el deseo de no dejarse turbar en la ilusión que le hace conceder un valor exagerado a las cualidades de su joven mujer. En la mayoría de los casos es la suegra la que disipa esta ilusión, pues le recuerda a su mujer por los numerosos rasgos que con ella tiene comunes, faltándole, en cambio, la belleza, la juventud y la espontaneidad de alma que le hace amar a la hija.

El conocimiento de los sentimientos ocultos que el examen psicoanalítico de los hombres nos proporciona nos permite añadir otros motivos a aquellos que acabamos de enumerar. La mujer encuentra en el matrimonio y en la vida de familia la satisfacción de sus necesidades psicosexuales, pero al mismo tiempo no deja tampoco de hallarse amenazada constantemente del peligro de insatisfacción procedente de la cesación prematura de las relaciones conyugales y del vacío afectivo que en ella puede resultar. La mujer que ha logrado descendencia se preserva, al envejecer, de este peligro, por su identificación por sus retoños y la parte activa que toma en la vida afectiva de los mismos. Suele decirse que los padres se rejuvenecen junto a sus hijos. Es ésta, en efecto, una de las ventajas más preciadas que a ellos deben. La mujer sin hijos se encuentra así privada de uno de sus mejores consuelos y compensaciones de las privaciones a las que ha de resignarse en su vida conyugal. La identificación afectiva con la hija llega en algunas madres hasta compartir el amor de la misma hacia su marido, circunstancia que en los casos más agudos conduce a graves formas de neurosis, a consecuencia de la violenta resistencia psíquica que contra tal inclinación afectiva se desarrolla en la sujeto.

La tendencia a este enamoramiento de suegra a yerno es harto frecuente y puede manifestarse tanto positivamente como en una forma negativa. Sucede, en efecto, muchas veces que la sujeto dirige hacia su yerno los componentes hostiles y sádicos de la excitación erótica, con objeto de reprimir más seguramente los elementos contrarios, prohibidos.

La actitud del hombre con respecto a la suegra queda complacida por sentimientos análogos, pero procedentes de otras fuentes. El camino de la elección de objeto le ha conducido desde la imagen de su madre, y quizá también desde la de su hermana, a su objeto actual. Huyendo de todo

pensamiento o intención incestuosos, ha transferido su amor, o si se quiere, sus preferencias, desde las dos personas amadas en su infancia, a una persona extraña formada a imagen de las mismas. Pero posteriormente viene la suegra a sustituir a su propia madre y madre de su hermana, y el sujeto siente nacer y crecer en él la tendencia a sumirse de nuevo en la época de sus primeras elecciones amorosas, mientras que todo él se opone a tal tendencia. El horror que el incesto le inspira exige que no recuerde la genealogía de su elección amorosa. La existencia real y actual de la suegra, a la que no ha conocido desde su infancia, y cuya imagen no actúa, por tanto, sobre él desde su inconsciente, le hace fácil la resistencia. Un cierto matiz de irritación y de odio que discernimos en la complejidad de sus sentimientos nos permite suponer que la suegra representa realmente para el yerno una tentación incestuosa. Por otra parte, sucede frecuentemente que el hombre se enamora de su futura suegra antes de transferir su inclinación a la hija.

Nada, a mi juicio, nos impide admitir que es este factor incestuoso el que ha motivado entre los salvajes las prohibiciones que recaen sobre las relaciones entre yerno y suegra. De este modo, nos inclinamos a aceptarla opinión de Fison, que no ve en tales prohibiciones sino una protección contra el incesto posible. Lo mismo podríamos decir de todas aquellas otras prohibiciones referentes a las relaciones entre parientes consanguíneos o políticos. No existiría sino la sola diferencia de que en el primer caso, siendo directo el incesto, podría ser consciente la intención preservadora, mientras que en el segundo, que comprende las relaciones entre yerno y suegra, no sería el incesto sino una tentación fantaseada de fases intermedias inconscientes.

Este horror de los salvajes al incesto es conocido desde hace mucho tiempo y no precisa de ulterior interpretación, razón por la cual no nos ha dado gran ocasión de mostrar que la aplicación de los métodos psicoanalíticos arroja nueva luz sobre los hechos de la psicología de los pueblos. Todo lo que podemos agregar a la teoría reinante es que el temor al incesto constituye un rasgo esencialmente infantil y concuerda sorprendentemente con lo que sabemos de la vida psíquica de los neuróticos. El psicoanálisis nos ha demostrado que el primer objeto sobre el que recae la

elección sexual del joven es de naturaleza incestuosa condenable, puesto que tal objeto está representado por la madre o por la hermana, y nos ha revelado también el camino que sigue el sujeto, a medida que avanza en la vida, para sustraerse a la atracción del incesto. Ahora bien: en el neurótico hallamos regularmente restos considerables de infantilismo psíquico, sea por no haber logrado libertarse de las condiciones infantiles de la psicosexualidad, sea por haber vuelto a ellas (detención del desarrollo o regresión). Tal es la razón de que las fijaciones incestuosas de la libido desempeñen de nuevo o continúen desempeñando el papel principal de su vida psíquica inconsciente. De este modo, llegamos a ver en la actitud incestuosa con respecto a los padres el *complejo nuclear* de la neurosis.

Esta concepción del papel del incesto en la neurosis tropieza naturalmente con la incredulidad general de los hombres adultos y normales, oponiéndose a ella igual resistencia que, por ejemplo, a los trabajos de Otto Rank, en los que se indica ampliamente el papel que el incesto desempeña en las creaciones poéticas y se demuestra cuán ricos materiales ofrecen a la poesía sus innumerables variaciones y deformaciones. Nos vemos obligados a admitir que esta resistencia proviene, sobre todo, de la profunda aversión que el hombre experimenta por sus deseos incestuosos de épocas anteriores, total y profundamente reprimidos en la actualidad. Así, pues, no carece de importancia el poder demostrar que los pueblos salvajes experimentan aún de un modo peligroso, hasta el punto de verse obligados a defenderse contra ellos, con medidas excesivamente rigurosas, los deseos incestuosos destinados a sumirse un día en lo inconsciente.

II
EL TABÚ Y LA AMBIVALENCIA DE LOS SENTIMIENTOS

I Tabú es una palabra polinesia, cuya traducción se nos hace difícil porque no poseemos ahora la noción correspondiente. Esta noción fue aún familiar a los romanos, cuya *sacer* equivalía al *tabú* de los polinesios. El

ἁγος de los griegos y el *kadesh* de los hebreos debieron de poseer el mismo sentido que el *tabú* de los polinesios y otras expresiones análogas usadas por multitud de pueblos de América, África (Madagascar) y del Asia septentrional y central.

Para nosotros, presenta el tabú dos significaciones opuestas: la de lo sagrado o consagrado y la de lo inquietante, peligroso, prohibido o impuro. En polinesio, lo contrario de tabú es *noct*, o sea lo ordinario, lo que es accesible a todo el mundo. El concepto de tabú entraña, pues, una idea de reserva, y, en efecto, el tabú se manifiesta esencialmente en prohibiciones y restricciones. Nuestra expresión «temor sagrado» presentaría en muchas ocasiones un sentido coincidente con el de tabú.

Las restricciones tabú son algo muy distinto de las prohibiciones puramente morales o religiosas. No emanan de ningún mandamiento divino, sino que extraen de sí propias su autoridad. Se distinguen especialmente de las prohibiciones morales por no pertenecer a un sistema que considere necesarias en un sentido general las abstenciones y fundamente tal necesidad. Las prohibiciones tabú carecen de todo fundamento. Su origen es desconocido. Incomprensibles para nosotros, parecen naturales a aquello que viven bajo su imperio.

Wundt[1458] dice que el tabú es el más antiguo de los códigos no escritos de la Humanidad, y la opinión general lo juzga anterior a los dioses y a toda religión.

Siéndonos precisa una imparcial descripción del tabú, si hemos de someterlo al examen psicoanalítico, extractaremos aquí lo que sobre él dice Northcote W. Thomas, en el artículo correspondiente de la *Enciclopedia Británica*[1459].

«La palabra tabú no designa en rigor más que las tres nociones siguientes: *a)* el carácter sagrado (o impuro) de personas u objetos, *b)* La naturaleza de la prohibición que de este carácter emana; y *c)* La santidad (o impurificación) resultante de la violación de la misma. Lo contrario de tabú es en polinesio *noa*; esto es, lo corriente, ordinario y común».

«Desde un más amplio punto de vista, pueden distinguirse varias clases de tabú: 1.º Un tabú *natural* o directo, producto de una fuerza misteriosa

(mana) inherente a una persona o a una cosa. 2.º Un tabú *transmitido* o indirecto, emanado de la misma fuerza, pero que puede ser: *a)* Adquirido; o *b)* Transferido por un sacerdote, un jefe o cualquier otra persona; y 3.º Un tabú intermedio entre los dos que anteceden, cuando se dan en él ambos factores, por ejemplo, en la apropiación de una mujer por un hombre».

«Los fines del tabú son muy diversos. Así (A): los tabú directos cumplen las siguientes funciones: 1.º Proteger a ciertos personajes importantes —jefes, sacerdotes, etc.— y preservar los objetos valiosos de todo daño posible. 2.º Proteger a los débiles —mujeres, niños y hombres vulgares— contra el poderoso *mana* (fuerza mágica) de los sacerdotes y los jefes. 3.º Preservar al sujeto de los peligros resultantes del contacto con cadáveres, de la absorción de determinados alimentos, etcétera. 4.º Precaver las perturbaciones que puedan sobrevenir en determinados actos importantes de la vida, tales como el nacimiento, la iniciación de los adolescentes, el matrimonio, las funciones sexuales, etc. 5.º Proteger a los seres humanos contra el poder o la cólera de los dioses o de los demonios[1460]; y 6.º Proteger a los niños que van a nacer y a los recién nacidos de los peligros que a causa de la relación simpática que los une a sus padres pudieran éstos atraer sobre ellos realizando determinados actos o absorbiendo ciertos alimentos que habrían de comunicarles especialísimas cualidades (B): Otro de los fines del tabú es proteger la propiedad del sujeto —sus campos, herramientas, etc.— contra los ladrones.

»El castigo de la violación de un tabú quedaba abandonado primitivamente a una fuerza interior que habría de actuar de un modo automático. El tabú se vengaba a sí mismo. Más tarde, cuando empezó a constituirse la representación de la existencia de seres superiores demoniacos o divinos, se enlazó a ella el tabú y se supuso que el poder de tales seres superiores desencadenaba automáticamente el castigo del culpable. En otros casos, y probablemente a consecuencia de un desarrollo ulterior de dicha noción, tomó a su cargo la sociedad el castigo del atrevido, cuya falta atraía el peligro sobre sus semejantes. De este modo también los primeros sistemas penales de la Humanidad resultan enlazados con el tabú».

«Aquel que ha violado un tabú adquiere por este hecho tal cualidad. Determinados peligros resultantes de la violación pueden ser conjurados mediante actos de penitencia y ceremonias de purificación».

«El tabú se supone emanado de una especial fuerza mágica inherente a ciertos espíritus y personas y susceptible de transmitirse en todas direcciones por la mediación de objetos inanimados. Las personas y las cosas tabú pueden ser comparadas a objetos que han recibido una carga eléctrica; constituyen la sede de una terrible fuerza que se comunica por el contacto y cuya descarga trae consigo las más desastrosas consecuencias cuando el organismo que la provoca no es lo suficientemente fuerte para resistirla. Por tanto, las consecuencias de la violación de un tabú no dependen tan sólo de la intensidad de la fuerza mágica inherente al objeto tabú, sino también de la intensidad del mana que en el impío se opone a esta fuerza. Así, los reyes y sacerdotes poseen una fuerza extraordinaria, y aquellos súbditos que entrasen en contacto inmediato con ellos, pagarían su atrevimiento con la vida. En cambio, un ministro u otra persona dotada de un mana superior al corriente puede comunicarse con ellos sin peligro, y tales personas intermediarias resultan por su parte accesibles a sus subordinados sin peligro para estos últimos. La importancia de un tabú transmitido depende también del mana de la persona de que procede. Un tabú transmitido por un rey o por un sacerdote es más eficaz que el transmitido por un hombre ordinario».

La transmisibilidad del tabú es probablemente lo que ha dado nacimiento a la creencia de la posibilidad de eludirlo por medio de ceremonias de expiación.

«Existen tabús permanentes y tabús temporales. Los sacerdotes y los jefes, así como los muertos y todo lo que con ellos se relaciona, pertenecen a la primera clase. Los tabús pasajeros se enlazan a ciertos estados y actividades, tales como la menstruación y el parto, el estado del guerrero antes y después de la expedición, la caza y la pesca, etc. Hay también tabús generales que, a semejanza de un interdicto del Papa, pueden ser suspendidos sobre una extensa región y mantenidos durante muchos años».

Creo adivinar la impresión de mis lectores, suponiendo que después de haber leído estas citas no se encuentran más instruidos que antes sobre la naturaleza del tabú y el lugar que deben concederle entre sus conocimientos. Ello depende, desde Luego, de la insuficiencia de mis informaciones, en las que he prescindido de todo lo referente a las relaciones del tabú con la

superstición, la creencia en la inmortalidad del alma y la religión. Pero una exposición más detallada de aquello que sobre el tabú sabemos no habría de servir sino para complicar más la cuestión, ya de por sí harto oscura. Dejaremos, pues, sentado que se trata de una serie de limitaciones a las que se someten los pueblos primitivos, ignorando sus razones y sin preocuparse siquiera de investigarlas, pero considerándolas como cosa natural y perfectamente convencidos de que su violación les atraería los peores castigos. Existen relatos fidedignos de casos en los que la infracción involuntaria de alguna de estas prohibiciones ha sido seguida efectivamente de un castigo automático. Así, el inocente malhechor que sin saberlo ha comido carne de un animal tabú, cae, al darse cuenta de su crimen, en una profunda depresión, da por segura su muerte en breve plazo y acaba realmente por morir. Las prohibiciones recaen en su mayoría sobre la absorción de alimentos, la realización de ciertos actos y la comunicación con ciertas personas. Determinados tabús nos parecen racionales, pues tienden a imponer abstenciones y privaciones. En cambio, otros recaen sobre nimiedades exentas de toda significación, y no podemos considerarlos sino como una especie de ceremonial. Todas estas prohibiciones parecen reposar sobre una teoría, según la cual dependería su necesidad de la existencia de determinadas personas o cosas que entrañarían una fuerza peligrosa, transmisible por el contacto como un contagio. Algunas de ellas poseerían dicha fuerza en un grado mayor que otras, y el peligro sería directamente proporcional a la diferencia de tales cargas. Lo más singular de todo esto es que aquellos que tienen la desgracia de violar una de tales prohibiciones se convierten, a su vez, en prohibidos e interdictos, como si hubieran recibido la totalidad de la carga peligrosa. Esta fuerza es inherente a todas las personas que presentan alguna particularidad —los reyes, los sacerdotes, los recién nacidos—, y también a todos los estados excepcionales —la menstruación, el parto, la pubertad— o misteriosos —la enfermedad y la muerte— y a todo aquello que por la facultad de difusión y contagio queda relacionado con ellos.

Son calificados de tabú todos los lugares, personas, objetos y estados que entrañan la misteriosa propiedad antes expuesta o son fuente de ella. Asimismo, las prohibiciones en ella basadas, y, por último, conforme al

sentido literal de la palabra, todo aquello que es sagrado o superior al nivel vulgar, y a la vez peligroso, impuro o inquietante.

La palabra «tabú» y el sistema que designa expresa un conjunto de hechos psíquicos cuyo sentido nos escapa, haciéndonos suponer que sólo después de un penetrante examen de la creencia en los espíritus y en los demonios, característica de estas civilizaciones primitivas, nos será posible aproximarnos a su inteligencia.

Mas ¿por qué dedicar nuestro interés a este enigma del tabú? A mi juicio, no sólo porque todo problema psicológico merece que se intente su solución, sino también por otras razones. Sospechamos, en efecto, que el tabú de los polinesios no nos es tan ajeno como al principio lo parece y que la esencia de las prohibiciones tradicionales y éticas, a las que por nuestra parte obedecemos, pudiera poseer una cierta afinidad con este tabú primitivo, de manera que el esclarecimiento del mismo habría, quizá, de proyectar alguna luz sobre el oscuro origen de nuestro propio «imperativo categórico».

Así, pues, nos interesará profundamente la concepción que del tabú haya podido formarse un investigador tan autorizado como W. Wundt, y tanto más cuanto que nos promete «explorar hasta las últimas raíces de la idea de tabú[1461]».

La noción del tabú, dice Wundt, «comprende todos los usos en los que se manifiesta el temor inspirado por determinados objetos relacionados con las representaciones del culto y por los actos con ellos enlazados[1462]».

Y en otro lugar: «Si entendemos por tabú, conforme al sentido general de la palabra, toda prohibición impuesta por el uso y la costumbre o expresamente formulada en leyes, de tocar un objeto, aprovecharse de él o servirse de ciertas palabras prohibidas…», habremos de reconocer que no existe un solo pueblo ni una sola fase de la civilización en los que no se haya dado una tal circunstancia.

Explica después Wundt por qué le parece más adecuado estudiar la naturaleza del tabú en las condiciones primitivas de los salvajes australianos que en la civilización superior de los pueblos polinesios, y divide las prohibiciones tabú en los primeros en tres clases, según se refieran a animales, a hombres o a objetos inanimados. El tabú de los animales, que

consiste esencialmente en la prohibición de matarlos y consumir su carne, constituye el nódulo del *totemismo*. El tabú de los hombres presenta un carácter esencialmente diferente, hallándose limitado, de antemano, a circunstancias excepcionales de la vida del sujeto. Así, los adolescentes son tabú durante las ceremonias de su iniciación y las mujeres durante la menstruación e inmediatamente después del parto. Son también tabú los niños recién nacidos, los enfermos, y, sobre todo, los muertos. Los objetos de que un hombre se sirve constantemente, sus vestidos, sus útiles de trabajo y sus armas, son también tabú para los demás. El nuevo nombre que el adolescente recibe en el momento de su iniciación a la madurez constituye en Australia su propiedad más personal, y, por tanto, es tabú y debe ser mantenido secreto. Los tabús de tercera categoría, o de aquellos que se refieren a árboles, plantas, casas y localidades, son más variables y no parecen hallarse sometidos sino a una sola regla: la de ser tabú todo aquello que por cualquier razón inspira temor o inquietud.

Las modificaciones que el tabú presenta en los pueblos de una cultura algo más avanzada, tales como los de la Polinesia y del archipiélago malayo, han sido reconocidas por el mismo Wundt como puramente superficiales. La mayor diferenciación social en ellos existente se manifiesta en el hecho de que sus reyes, jefes y sacerdotes ejercen un tabú particularmente eficaz y se hallan asimismo más obligados y limitados que los demás, por restricciones de este género.

Pero las fuentes verdaderas del tabú deben ser buscadas más profundamente que en los intereses de las clases privilegiadas; «nacen en el lugar de origen de los instintos más primitivos y a la vez más duraderos del hombre; esto es, *en el temor a la acción de fuerzas demoniacas*[1463]». «No siendo, originariamente, sino una objetivación del temor al poder demoniaco que suponía oculto en el objeto tabú, prohíbe el tabú irritar a dicha potencia y ordena apaciguar la cólera del demonio y evitar su venganza siempre que se ha llevado a cabo una violación, intencionada o no».

Poco a poco va constituyéndose el tabú en un poder independiente, desligado del demonio, hasta que llega a convertirse en una prohibición impuesta por la tradición y la costumbre, y, en último término, por la ley. «Pero el mandamiento tácito disimulado detrás de las prohibiciones tabú, las

cuales varían con las circunstancias de lugar y tiempo, es originariamente el que sigue: "Guárdate de la cólera de los demonios"».

Nos enseña así Wundt que el tabú es una manifestación y una consecuencia de la creencia de los pueblos primitivos en los poderes demoniacos. Ulteriormente se habría desligado el tabú de esta raíz y habría continuado constituyendo un poder, simplemente en virtud de una especie de inercia psíquica, formando así la raíz de nuestras propias prescripciones morales y de nuestras leyes. Aunque la primera de estas afirmaciones no despierta en nosotros objeción ninguna, creo interpretar el sentimiento general de mis lectores manifestándome defraudado por estas explicaciones de Wundt.

Explicar así el tabú no es remontarse hasta las fuentes mismas de su concepto y mostrar sus últimas raíces. Ni el mundo ni los demonios pueden ser considerados en Psicología como causas primeras, más allá de las cuales sea imposible remontarse. Otra cosa sería si los demonios tuvieran una existencia real, pero sabemos que no son —como tampoco los dioses— sino creaciones de las fuerzas psíquicas del hombre. Tanto unos como otros han surgido de algo anterior a ellos.

Sobre la doble significación del tabú expresa Wundt ideas muy importantes, pero no del todo claras. A su juicio, la idea primitiva del tabú no entrañaba una separación de los conceptos de *sagrado* e *impuro*, razón por la cual carecen en ella tales conceptos de la significación que luego adquirieron al ser opuestos uno al otro. El hombre, el animal o el lugar sobre el que recae un tabú son demoniacos, pero no sagrados, y, por tanto, tampoco impuros, en el sentido ulterior de esta palabra. Precisamente a esta significación indiferente e intermedia de lo demoniaco, esto es, la de aquello que no debe tocarse, es a la que mejor se adapta la expresión tabú, pues hace resaltar un carácter que permanece común a lo sagrado y a lo impuro a través de todos los tiempos: el temor a su contacto. Pero esta comunidad persistente de un carácter importante constituye un indicio de la existencia de una primitiva coincidencia de ambos conceptos, coincidencia que bajo ulteriores circunstancias fue siendo sustituida por una diferenciación, a consecuencia de la cual se estableció la antítesis que luego presentan entre sí. La creencia, inherente al tabú primitivo, en un poder demoniaco oculto en determinados

objetos y que castiga el uso de los mismos o simplemente el contacto con ellos, embrujando al culpable, no es, en efecto, sino el temor objetivado. Este temor no ha pasado todavía por el desdoblamiento en *veneración* y *execración* que luego experimenta en fases más avanzadas.

Pero ¿cómo se produce este desdoblamiento? Según Wundt, por medio del paso de las prescripciones tabú, desde la creencia en los demonios a la creencia en los dioses. La oposición de sagrado e impuro coincide con la sucesión de dos fases mitológicas, la primera de las cuales no desaparece por completo al ser dominada por la segunda, sino que sigue subsistiendo a su lado en una situación cada vez más inferior, hasta perder por completo la estimación de que un día gozó y convertirse en algo despreciable. En la Mitología se realiza siempre la ley de que una fase ulterior, dominada y reprimida por otra, se mantiene, por el hecho mismo de su represión, al lado de la dominante, en una situación de inferioridad y transformándose lo que en ella era venerado en objeto de execración[1464].

Las restantes consideraciones de Wundt se refieren a las relaciones de las representaciones de tabú con la purificación y con la víctima expiatoria.

II Aquel que aborde el problema del tabú hallándose familiarizado con el psicoanálisis, esto es, con la investigación de la parte inconsciente de nuestra vida psíquica, habrá de darse cuenta, después de una breve reflexión, de que los fenómenos del mismo no le son desconocidos. Sabe, en efecto, el de personas que se han creado por sí mismas prohibiciones tabú individuales y que las observan tan rigurosamente como el salvaje las restricciones de su tribu o de su organización social, y si no estuviese habituado a designar a tales personas con el nombre de *neuróticos obsesivos*, hallaría muy adecuado el nombre de *enfermedad del tabú* para caracterizar sus estados. Ahora bien: la investigación psicoanalítica de esta enfermedad obsesiva le ha proporcionado un tan rico acervo de conocimientos sobre ella y sobre su etiología clínica y los elementos esenciales del mecanismo psicológico, que no podrá privarse de aplicar tales conocimientos al esclarecimiento de los fenómenos correlativos de la psicología de los pueblos. Habremos de formular, sin embargo, una reserva con respecto a esta tentativa. La analogía entre el tabú y la obsesión patológica puede muy bien ser puramente exterior.

La Naturaleza gusta, en efecto, de servirse de las mismas formas en conexiones biológicas muy distintas. Así, hay formas de ramas en corales, las plantas, determinados cristales y algunos precipitados químicos. Sería, pues, poco prudente y harto ligero deducir de estas coincidencias, dependientes de una analogía de las condiciones mecánicas, una afinidad interna. Habremos, pues, de conservar presente esta reserva, aunque no por ella debamos renunciar a la comparación intentada.

La primera y más evidente analogía que con tal tabú presentan estas prohibiciones obsesivas (en los neuróticos) es la carencia de toda motivación y el enigma de sus orígenes. Surgieron repentinamente un día, y desde entonces se ve obligado el sujeto a observarla bajo la coerción de una irreprimible angustia. En estos casos resulta absolutamente superfina una amenaza exterior de castigo, pues el sujeto posee una convicción interior (una conciencia) de que la violación de la prohibición traería consigo una terrible desgracia. Lo más que estos enfermos obsesionados pueden comunicarnos es que experimentan un indefinible presentimiento de que la violación traería consigo un grave perjuicio para una de las personas que los rodean, pero son incapaces de precisar la naturaleza del mismo. Además, tampoco nos proporcionan, por lo general, estas vagas informaciones con ocasión de las prohibiciones mismas, sino que las enlazan a los actos de expiación y defensa de los que más adelante trataremos.

La prohibición central y principal de esta neurosis es, como en el tabú, la del contacto, carácter al que debe el nombre de *délire du toucher*, con el que suele ser designada. Pero la prohibición no recae tan sólo sobre el contacto físico, sino que se extiende a todos los actos que definimos con la expresión figurada «ponerse en contacto con algo». Todo aquello que orienta las ideas del sujeto hacia lo prohibido, esto es, todo lo que provoca un contacto puramente mental o abstracto con ella, queda tan prohibido como el contacto material directo. En el tabú hemos hallado también esta misma extensión.

La intención de algunas de estas prohibiciones y prescripciones obsesivas nos resulta comprensible. En cambio, otras nos parecen inexplicables, estúpidas y absurdas. A estas últimas les damos el nombre de «ceremoniales». Idéntica diferenciación se nos ha revelado en las costumbres

tabú.

Las prohibiciones obsesivas son susceptibles de grandes desplazamientos y utilizan todo género de enlaces para extenderse de un objeto a otro y hacerlo a su vez *imposible*, según la expresión de una de mis enfermas. De este modo, acaba muchas veces por resultar «imposible» el mundo entero, Los enfermos obsesionados se conducen como si las personas y las cosas *imposibles* fueran fuentes de un peligroso contagio. Estos mismos caracteres de contagiosidad y transmisibilidad se nos mostraron antes como inherentes al tabú. Sabemos también que aquel que ha violado un tabú, tocando algo que entrañaba dicha condición, se hace a su vez tabú, y nadie debe entrar ya en contacto con él.

Expondré aquí dos ejemplos de transmisión (o más bien de desplazamiento) de la prohibición. Uno de ellos está tomado de la vida de los maorí y el otro de una observación clínica de una de mis enfermas, atacada de una neurosis obsesiva.

«Un jefe maorí no intentará jamás reanimar el fuego con su aliento, pues su aliento sagrado comunicaría su fuerza al fuego, el fuego a la vasija colocada sobre él, la vasija a los alimentos que en ella cuecen, y los alimentos a la persona que los consumiere, lo cual traería consigo la muerte de la persona que hubiere comido los alimentos preparados en la vasija calentada sobre el fuego y reanimado con el aliento del jefe, sagrado y peligroso[1465]».

Por lo que a mi enferma respecta, exige que un objeto que su marido acaba de comprar sea alejado de la casa, sin lo cual le será imposible residir en ella, pues ha oído decir que dicho objeto ha sido comprado en una tienda situada, por ejemplo, en la calle de los Ciervos. Ahora bien: una de sus amigas, que reside en una lejana ciudad y a la que conoció en otros tiempos, de soltera, es actualmente la señora de Ciervo. Esta amiga es hoy, para ella, *imposible* o tabú, y el objeto comprado aquí en Viena resulta tan tabú como la amiga misma, con la cual no quiere tener relación ninguna.

Del mismo modo que las prohibiciones tabú, las prohibiciones obsesivas aportan a la vida del sujeto enormes privaciones y restricciones, pero algunas de estas prohibiciones pueden ser levantadas merced a la realización de determinados actos, que tienen también, a su vez, un carácter obsesivo, y son, incontestablemente, actos de arrepentimiento, expiación, purificación y

defensa. El más corriente de estos actos obsesivos es la ablución (ablución obsesiva). También una parte de las prohibiciones tabú puede ser sustituida —o expiada en caso de violación— por un *ceremonial* semejante, y también suele ser el agua lustral el medio preferido.

Resumiendo ahora los puntos en los que más claramente se manifiesta la coincidencia de los síntomas de la neurosis obsesiva con las prohibiciones tabú, hallamos que son en número de cuatro: 1.º La falta de motivación de las prohibiciones; 2.° Su imposición por una necesidad interna; 3.° Su facultad de desplazamiento y contagio, y 4.º La causación de actos ceremoniales y de prescripciones, emanados de las prohibiciones mismas.

Ahora bien: el psicoanálisis nos ha descubierto el desarrollo clínico y el mecanismo psíquico de la neurosis obsesiva. Como ejemplo del primero expondremos el historial clínico de un caso típico de *délire du toucher*: En la más temprana infancia del sujeto se manifestó un intenso *placer* táctil, cuyo fin se hallaba harto más especializado de lo que pudiera esperarse. A este placer no tardó en oponerse, *desde el exterior*, una prohibición de realizar los actos con él ligados[1466], prohibición que fue obedecida por apoyarse en importantes fuerzas interiores[1467], merced a las cuales se demostró más vigorosa que la tendencia que aspiraba a manifestarse en el contacto. Pero a causa de la constitución psíquica primitiva del niño no consiguió la prohibición suprimir la tendencia. Su resultado fue tan sólo el de reprimirla y confiar el placer táctil en lo inconsciente. Pero tanto la prohibición como las tendencias continuaron subsistiendo: la tendencia, por no haber sido suprimida, sino tan sólo reprimida, y la prohibición, porque sin ella hubiera penetrado la tendencia en la conciencia y habría impuesto su realización. De este modo quedó creada una situación intencionada, una fijación psíquica, y todo el desarrollo ulterior de la neurosis se deriva de este duradero conflicto ante la prohibición y la tendencia.

El carácter principal de la constelación psíquica así fijada reside en aquello que, según la acertada expresión de Bleuler, podríamos llamar la actitud *ambivalente* del sujeto con respecto al objeto, o más bien el acto prohibido. Experimenta de continuo el deseo de realizar dicho acto —al tocamiento—, pero le retiene siempre el horror que el mismo le inspira. Esta

oposición de las dos corrientes no resulta fácilmente solucionable, pues la localización de las mismas en la vida psíquica excluye toda posibilidad de encuentro. Mientras que la prohibición es claramente consciente, la tendencia prohibida, que perdura insatisfecha, es por completo inconsciente y el sujeto la desconoce en absoluto. Si así no fuera, no podría la ambivalencia mantenerse durante tanto tiempo ni producir las manifestaciones a que acabamos de referirnos.

En la historia clínica antes resumida señalamos como factor decisivo la prohibición impuesta al sujeto en sus más tempranos años infantiles. Ulteriormente, en toda la evolución de la neurosis pasa a desempeñar este papel principal el mecanismo de la represión sobrevenida en dicha época de la vida.

A consecuencia de esta represión, que se muestra enlazada con un proceso de olvido (amnesia), permanece ignorada la motivación de la prohibición devenida consciente, y todas las tentativas encaminadas a descubrirla tienen necesariamente que fracasar, faltas de un punto de apoyo en el que basarse. La prohibición debe su energía —su carácter obsesivo— precisamente a sus relaciones con su contrapartida inconsciente —el deseo oculto insatisfecho—, o sea una necesidad interior ignorada por la conciencia. La transmisibilidad y la facultad de expansión de la prohibición reflejan un proceso por el que pasa el deseo inconsciente y cuyo desarrollo es favorecido por las condiciones psicológicas de lo inconsciente. La tendencia prohibida se desplaza de continuo para escapar a la interdicción que sobre ella pesa e intenta reemplazar lo que le está vedado por objetos y actos sustitutivos. Pero la prohibición sigue estos desplazamientos y recae sucesivamente sobre todos los nuevos fines elegidos por el deseo. A cada nuevo avance de la libido reprimida responde la prohibición con una nueva exigencia. La coerción recíproca de las dos fuerzas en pugna crea la necesidad de una derivación —de una disminución de la tensión existente—, necesidad en la que hemos de ver la motivación de los actos obsesivos. En la neurosis se nos revelan estos actos como transacciones, constituyendo, por una parte, testimonios de arrepentimiento y esfuerzos de expiación, y, por otra, actos sustitutivos con los que la tendencia intenta compensar la privación de lo prohibido.

Es ley de la neurosis que tales actos obsesivos vayan entrando cada vez más al servicio del deseo y aproximándose así paulatinamente al acto primitivo prohibido.

Intentemos ahora analizar el tabú como si fuera de igual naturaleza que las prohibiciones obsesivas de nuestros enfermos. Sabemos de antemano que muchas de las prohibiciones tabú de que habremos de ocuparnos son de naturaleza secundaria, desplazada y deformada, y que deberemos declararnos satisfechos si conseguimos proyectar alguna luz sobre las más primitivas e importantes. Por último, nos damos perfecta cuenta de que las diferencias entre la situación del salvaje y la del neurótico son suficientemente hondas para excluir la posibilidad de una completa coincidencia de las prohibiciones tabú con las obsesivas.

Una vez consignadas estas indispensables reservas, habremos de decirnos que no tendría objeto ninguno interrogar a los salvajes sobre la motivación verdadera de sus prohibiciones, o sea sobre la génesis del tabú, pues, según nuestras hipótesis, ha de serles imposible proporcionarnos información alguna sobre tal motivación, inconsciente en ellos. Ahora bien: por lo que sabemos de las prohibiciones obsesivas, podemos reconstituir la historia del tabú en la forma que sigue: Los tabús serían prohibiciones antiquísimas impuestas desde el exterior a una generación de hombres primitivos, a los que fueron quizá inculcadas por una generación anterior. Estas prohibiciones recayeron sobre actividades a cuya realización tendía intensamente el individuo, y se mantuvieron luego de generación en generación, quizá únicamente por medio de la tradición transmitida por la autoridad paterna y social. Pero también puede suponerse que se *organizaron* en una generación posterior, como una parte de propiedad psíquica heredada. Comprenderán nuestros lectores que no es posible decidir, para esclarecer el tema que nos ocupa, si existen o no *ideas innatas* de este género, ni si tales ideas han determinado la fijación de tal tabú por sí solas o con el auxilio de la educación. Pero de la conservación del tabú hemos de deducir que la primitiva tendencia a realizar los actos prohibidos perdura aún hoy en día en los pueblos salvajes y semisalvajes, en los que hallamos tales prohibiciones. Así, pues, estos pueblos han adoptado ante sus prohibiciones tabú una *actitud*

ambivalente. En su inconsciente, no desearían nada mejor que su violación, pero al mismo tiempo sienten temor a ella. La temen precisamente porque la desean, y el temor es más fuerte que el deseo. Este deseo es, en cada caso individual, inconsciente, como en el neurótico.

Las dos prohibiciones tabú más antiguas e importantes aparecen entrañadas en las leyes fundamentales del totemismo: respetar al animal tótem y evitar las relaciones sexuales con los individuos de sexo contrario, pertenecientes al mismo totem.

Tales debieron ser, por tanto, los dos placeres más antiguos e intensos de los hombres. De momento nos resulta esto incomprensible y, por tanto, no podemos verificar nuestras hipótesis en ejemplos de este género, mientras el sentido y el origen del sistema totémico continúen siéndonos totalmente desconocidos. Pero aquellos que se hallan al corriente de los resultados de la investigación psicoanalítica del individuo encontrarán en el enunciado mismo de los dos tabús, y en su coincidencia, una alusión a aquello que los psicoanalíticos consideran como el centro de la vida optativa infantil y el nódulo de la neurosis.

La variedad de los fenómenos tabú, que ha provocado los ensayos de clasificación antes citados, queda sustituida, para nosotros, por una unidad en cuanto consideremos como base del tabú un acto prohibido, a cuya realización impulsa una enérgica tendencia localizada en lo inconsciente.

Sin comprenderlo, sabemos que todo aquel que realiza el acto prohibido viola el tabú y se hace tabú a su vez. Pero ¿cómo conciliamos este hecho con aquellos otros que nos muestran que el tabú no recae tan sólo sobre las personas que han realizado lo prohibido, sino también sobre otras que se encuentran en situaciones especiales, sobre estas actuaciones mismas y sobre objetos inanimados? ¿Cuál puede ser esta peligrosa propiedad que permanece siempre semejante a sí misma en circunstancias tan diversas? Únicamente la de atizar los deseos del hombre e inducirle en la *tentación* de infringir la prohibición.

El hombre que ha infringido un tabú se hace tabú a su vez, porque posee la facultad peligrosa de incitar a los demás a seguir su ejemplo. Resulta, pues, realmente *contagioso*, por cuanto dicho ejemplo impulsa a la imitación, y, por tanto, debe ser evitado a su vez.

Pero también, sin haber infringido un tabú, puede un hombre llegarlo a ser de un modo permanente o temporal, por encontrarse en una situación susceptible de excitar los deseos prohibidos de los demás o hacer nacer en ellos el conflicto entre los dos factores de su ambivalencia. La mayor parte de los estados y situaciones excepcionales pertenecen a esta categoría y poseen esta peligrosa fuerza. Todos envidian al rey o al jefe por las prerrogativas de que goza, y quisieran llegar a ocupar su puesto. El cadáver, el recién nacido y la mujer en sus estados de enfermedad son susceptibles de atraer, por su indefensión, al individuo que acaba de llegar a la madurez y ve en ella una fuente de nuevos goces. Por tal motivo son tabú todas estas personas y todos estos estados, pues no conviene favorecer ni alentar la tentación.

Comprendemos también ahora por qué las fuerzas «mana» de personas distintas se neutralizan, en parte, recíprocamente. El tabú de un rey es demasiado fuerte para el súbdito, porque la diferencia social que los separa es inmensa. Pero un ministro puede asumir, entre ellos, el papel de mediador inofensivo. Traduciendo esto del lenguaje tabú al de la psicología normal, obtendremos la siguiente fórmula: El súbdito evita el contacto con el rey por la intensa tentación que le supondría; en cambio, los altos dignatarios no son susceptibles de inspirarse tanta envidia, pues les es dado esperar igualarse algún día a ellos, y, por tanto, pueden tratarle sin temor alguno a la tentación. La envidia que el ministro pudiera abrigar, por su parte, con respecto al rey queda mitigada por la conciencia de su propio poder personal. De este modo, las pequeñas diferencias de la fuerza que impele a la tentación son menos de temer que las grandes.

Vemos también claramente por qué la transgresión de determinadas prohibiciones tabú trae consigo un peligro social y constituye un crimen que debe ser castigado o expiado por todos los miembros de la sociedad, si no quieren sufrir todas sus consecuencias.

Este peligro surge realmente en cuanto sustituimos los deseos inconscientes por impulsos conscientes, y consiste en la posibilidad de la imitación, que tendría por consecuencia la disolución de la sociedad. Dejando impune la violación, advertirán los demás su deseo de hacer lo mismo que el infractor.

Nada hay que deba extrañarnos en el hecho de que en la prohibición tabú

desempeñe el contacto el mismo papel que en el *délire du toucher*, aunque el sentido oculto de la primera no pueda ser en ningún modo tan especial como en la neurosis. El contacto es el comienzo de toda tentativa de apoderarse de una persona o de una cosa, dominarla y lograr de ella servicios excluidos y personales.

Hemos explicado el poder contagioso inherente al tabú por la facultad que posee de inducir en tentación e impeler a la imitación. Esto no parece armonizarse con la circunstancia de que el poder contagioso del tabú se manifieste, sobre todo, en su transmisión a objetos inanimados.

Esta transmisibilidad del tabú queda reflejada en la neurosis por la tendencia del deseo inconsciente a desplazarse de continuo sobre nuevos objetos, utilizando los caminos de la asociación. Comprobamos así que a la peligrosa fuerza mágica del *mana* corresponden dos distintas *facultades* más reales: la propiedad de recordar al hombre sus deseos prohibidos y la de impulsarle a satisfacer su deseo violando la prohibición. Pero estas dos funciones se funden de nuevo en una sola, en cuanto admitimos que la vida psíquica primitiva se halla constituida de manera que el despertar del recuerdo del acto prohibido determina el de la tendencia a llevar a cabo dicho acto. Siendo así, coincidirían de nuevo el recuerdo y la tentación. Hemos de reconocer igualmente que cuando el ejemplo de un hombre que ha transgredido una prohibición induce a otro hombre a cometer la misma falta es porque la desobediencia de la prohibición se ha propagado como un mal contagioso, en la misma forma que el tabú se transmite de una persona a un objeto y de este objeto a otro.

El que la violación de un tabú pueda ser rescatada, en algunos casos, por una expiación o penitencia que significa la *renunciación* a un bien o a una libertad, nos da la prueba de que la obediencia a la prescripción tabú era en sí misma una renunciación a algo que hubiéramos deseado con gusto. La inobservancia de una renunciación es expiada por una renunciación distinta. Por lo que concierne al ceremonial tabú, deduciremos de todo esto que el arrepentimiento y la expiación son ceremonias más primitivas que la purificación.

Resumamos ahora lo que para la inteligencia del tabú hemos deducido de

su comparación con la prohibición obsesiva del neurótico. El tabú es una prohibición muy antigua, impuesta desde el exterior (por una autoridad) y dirigida contra los deseos más intensos del hombre. La tendencia a transgredirla persiste en lo inconsciente. Los hombres que obedecen al tabú observan una actitud ambivalente con respecto a aquello que es tabú. La fuerza mágica atribuida al tabú se reduce a su poder de inducir al hombre en tentación: se comporta como un contagio, porque el ejemplo es siempre contagioso y porque el deseo prohibitivo se desplaza en lo inconsciente sobre otros objetos. La expiación de la violación de un tabú por renunciamiento prueba que es un renunciamiento lo que constituye la base del tabú.

III Quisiéramos saber ahora qué valor positivo hemos de atribuir a nuestra comparación del tabú con la neurosis y a la concepción del tabú que de la misma puede decirse. Para que un tal valor exista será necesario que nuestra concepción ofrezca una ventaja imposible de obtener por otro camino; esto es, que nos aproxime a la inteligencia del tabú más que ninguna otra. En las consideraciones que anteceden poseemos ya una prueba de tal condición, pero queremos reforzarla, continuando nuestra investigación con el examen detallado de las diversas prohibiciones y costumbres tabú.

En lugar de este camino podríamos seguir también el de investigar si una parte de las premisas que hemos extendido desde la neurosis al tabú o de las consecuencias deducidas de esta extensión puede ser demostrada directamente por el examen de los dos fenómenos del tabú. Habremos, pues, de decidir en qué dirección proseguiremos nuestras investigaciones. La afirmación antes consignada de que el tabú procede de una antiquísima prohibición, impuesta primitivamente desde el exterior, es, desde luego, indemostrable. Así, pues, nos dedicaremos más bien a investigar si el tabú se halla verdaderamente subordinado a aquellas mismas condiciones psicológicas cuya existencia hemos descubierto en las neurosis obsesivas, por medio del estudio analítico de los síntomas y, sobre todo, por el de los actos obsesivos, las medidas de defensa, las prescripciones obsesivas. Hemos hallado que estos actos, medidas y prescripciones presentan caracteres que nos autorizan a considerarlos como derivaciones de tendencias o sentimientos *ambivalentes*, correspondiendo unas veces simultáneamente al deseo y al

contradeseo y hallándose otras predominantemente al servicio de una de las dos tendencias opuestas. Por tanto, si consiguiéramos descubrir también esta ambivalencia y este conflicto entre dos tendencias opuestas en las prescripciones tabú o señalar entre ellas algunas que, como los actos obsesivos, constituyeran una manifestación simultánea de las dos tendencias, quedaría demostrada la coincidencia del tabú con la neurosis obsesiva, por lo menos en su parte fundamental.

Como ya hemos dicho antes, las dos principales prescripciones tabú resultan inaccesibles a nuestro análisis, por hallarse enlazadas al totemismo. Otras prescripciones son de origen secundario, y, como tales, no pueden interesarnos. El tabú ha acabado por constituir en los pueblos de que nos ocupamos la forma general de la legislación, y ha entrado al servicio de tendencias sociales más recientes que el tabú mismo. Tal es, por ejemplo, el caso de los tabús impuestos por los jefes y los sacerdotes para perpetuar sus propiedades y privilegios. De todos modos, queda aún un importante grupo de prescripciones, que podemos someter a vuestro examen. Tales son, principalmente, los tabús relativos: *a)* a los *enemigos; b)* a los *jefes*, y *c)* a los *muertos*. Los materiales referentes a esta cuestión se nos ofrecen en la excelente colección reunida por J. G. Frazer, y publicada en su gran obra *The goldem bough*[1468].

a) *Conducta para con los enemigos*. —Si nos sentimos inclinados a atribuir a los sujetos salvajes una implacable crueldad con respecto a sus enemigos, queda remos sorprendidos al averiguar que la consumación de un homicidio les impone como consecuencia la observación de determinadas prescripciones, que forman parte de las costumbres tabú. Tales prescripciones pueden ser fácilmente agrupadas en cuatro categorías, según exijan: 1.º, la reconciliación con el enemigo muerto; 2.º, restricciones; 3.º, actos de expiación o de purificación del matador, o 4.º, determinadas prácticas ceremoniales. Lo incompleto de nuestras informaciones no nos permite fijar con exactitud si esas costumbres tabú son o no generales en los pueblos de que nos ocupamos, circunstancia, además, carente de interés para nuestros fines. De todos modos, podemos admitir que se trata de costumbres harto extendidas, y no de fenómenos aislados.

Las costumbres de *reconciliación* observadas en la isla de Timor después del retorno victorioso de una horda guerrera con las cabezas de los enemigos muertos, son particularmente interesantes, a causa de las severas restricciones impuestas, como más adelante veremos, a los jefes de la expedición. Al retorno triunfal de los guerreros se ofrecen sacrificios para apaciguar las almas de los enemigos, que si no, atraerían las desgracias sobre los vencedores, y se ejecuta una danza acompañada de un cántico en el que se llora al enemigo muerto y se implora su perdón: «No te encolerices contra nosotros porque tenemos aquí con nosotros tu cabeza. Si la suerte no nos hubiera sido favorable, serían probablemente nuestras cabezas las que se hallarían hoy expuestas en tu pueblo. Te hemos ofrecido sacrificios para apaciguarte, y ahora tu espíritu debe hallarse contento y dejarnos en paz. ¿Por qué has sido nuestro enemigo? ¿No habríamos hecho mejor permaneciendo amigos? Tu sangre no hubiera sido vertida ni cortada tu cabeza[1469]».

Idéntica costumbre se observa entre los palúes de las islas Célebes. Las gallas ofrecen en sacrificio a los espíritus sus enemigos muertos antes de entrar en su pueblo natal. (Según Paulitschke: *Etnographie Nordostafrikas*.)

Otros pueblos han hallado el medio de convertir a sus enemigos muertos en amigos, guardianes y protectores. Este medio consiste en tratar con todo cariño las cabezas cortadas, costumbre de la que se vanaglorian determinadas tribus salvajes de Borneo. Cuando los dayaks de la costa de Sarawak traen consigo, al volver de una expedición, la cabeza de un enemigo, la tratan durante meses enteros con toda clase de amabilidades, dedicándole los nombres más dulces y cariñosos que el lenguaje posee, introduciéndole en la boca los mejores bocados de su comida, golosinas y cigarros, y rogándole encarecidamente que olvide a sus antiguos amigos y conceda todo su amor a sus nuevos huéspedes, pues forma ahora parte de su casa. Se equivocaría aquel que en esta macabra costumbre, tan horrible para nosotros, viera una intención irónica[1470].

Varios exploradores han señalado el duelo que ciertas tribus salvajes de América del Norte observan en honor del enemigo muerto y escalpado. A partir del día en que un choctaw ha muerto a un enemigo, comienza para él un período de duelo, que se extiende a través de meses enteros y durante el cual se impone graves restricciones. Lo mismo sucede entre los indios

dakotas. Después de haber conmemorado con el luto a sus propios muertos —relata un observador—, los osagos llevan luto al enemigo, como si hubiera sido un amigo[1471].

Antes de hablar de las restantes costumbres tabú referentes a los enemigos, debemos precavernos contra una posible objeción. Las razones que dictan estas prescripciones de reconciliación, se nos dirá, con Frazer y otros, son harto sencillas, y no tienen nada que ver con la ambivalencia. Tales pueblos se hallan dominados por el temor supersticioso a los espíritus de los muertos, temor que la antigüedad clásica conoció también, y que ha sido luego llevado a la escena por el gran dramaturgo inglés en las alucinaciones de *Macbeth* y de *Ricardo III*. De esta superstición se deducirán lógicamente todas las prescripciones de reconciliación, así como también las restricciones y las expiaciones de que más adelante trataremos. En favor de tal concepción testimoniarían asimismo las ceremonias que hemos reunido en el cuarto grupo, las cuales habrán de ser interpretadas como esfuerzos encaminados a alejar a los espíritus de los muertos, que persiguen a sus matadores[1472]. Por último, los salvajes mismos confiesan su miedo a los espíritus de los enemigos muertos y atribuyen a él tales costumbres tabú.

Esta objeción parece, en efecto, naturalísima, y si fuera indiscutible podríamos ahorrarnos nuestra tentativa de explicación. Más tarde nos ocuparemos por extenso de ella, limitándonos aquí a ponerle la concepción que se desprende de las premisas que han servido de punto de partida a nuestras precedentes consideraciones sobre el tabú. De todas estas prescripciones extraemos la conclusión de que en la actitud con respecto al enemigo se manifiestan otros sentimientos distintos de los de simple hostilidad. Vemos en ellas manifestaciones de arrepentimiento, de homenaje al enemigo y de remordimiento por haberlo matado. Se diría que mucho antes de toda legislación recibida de manos de un dios conocían ya estos salvajes el mandamiento de no matar y sabían que la violación de este mandamiento había de traer consigo un castigo.

Pero volvamos a las otras categorías de prescripciones tabú. Las *restricciones* impuestas al matador victorioso son muy frecuentes y, la

mayoría de las veces, muy rigurosas. En la isla de Timor el jefe de la expedición no puede volver a su casa directamente, sino que se le reserva una cabaña particular, en la que pasa dos meses realizando diferentes prácticas de purificación. Durante este intervalo le está prohibido ver a su mujer y alimentarse por sí mismo, teniendo otra persona que darle de comer[1473]. En algunas tribus da yak los hombres que retornan de una expedición victoriosa han de permanecer aislados del resto de la población durante varios días, debiendo abstenerse de determinados alimentos, así como de tocar objetos de hierro y de ver a sus mujeres. En la isla de Logea, cerca de Nueva Guinea, los hombres que han matado a uno o varios enemigos se encierran durante una semana en su casa, evitan toda relación con sus mujeres y sus amigos, no tocan con sus manos la comida y se alimentan únicamente de vegetales preparados para ellos en recipientes especiales. Para justificar esta última restricción, se dice que no deben oler el vaho de la sangre de los muertos, pues si así lo hicieran enfermarían y morirían. En la tribu toaripí o montumotú (Nueva Guinea), el hombre que ha matado a otro no puede acercarse a su mujer ni tocar los alimentos con sus dedos y recibe un alimento especial de manos de otras personas, durando este régimen hasta la luna nueva siguiente.

La obra de Frazer incluye una multitud de casos de restricciones impuestas al matador victorioso. No mees posible citarlos todos aquí, pero indicaré algunos ejemplos más, cuyo carácter tabú resalta con una evidencia particular y en los cuales aparece asociada la restricción con la expiación, la purificación y el ceremonial.

Entre los monumbos de la Nueva Guinea alemana, aquel que ha matado a un enemigo en un combate se hace «impuro» y su estado es designado con la misma palabra que sirve para designar el de la mujer después del parto o durante la menstruación. Por espacio de muchos días permanece confinado en la casa de reunión de los hombres, y los demás habitantes de su aldea se reúnen en derredor suyo y celebran su victoria con danzas y cánticos. No debe tocar a nadie, ni siquiera a su mujer o a sus hijos, pues si lo hiciera se vería cubierto en el acto de úlceras y abscesos. Por último, es purificado por medio de abluciones y otras ceremonias.

Entre los natchez de América del Norte, los jóvenes guerreros que habían conquistado su primer *scalp* eran sometidos, durante seis meses, a determinadas privaciones. No podían acostarse con sus mujeres ni comer carne, y todo su alimento consistía en pescado y tortas de maíz. Cuando un choctaw había dado muerte y escalpado a un enemigo, tenía que guardarle luto durante un mes y le estaba prohibido peinarse hasta transcurrir este plazo. Si le picaba la cabeza, no debía rascarse con la mano, sino sirviéndose de una varita.

Cuando un indio pima mataba a un apache, tenía que someterse a rigurosas ceremonias de purificación y de expiación. Durante un período de ayuno, que duraba dieciséis días, no podía probar la carne ni la sal, ni tampoco mirar al fuego o dirigir la palabra a alguien. Vivía sólo en el bosque, servido por una vieja que le traía un poco de alimento, se bañaba con frecuencia en el río más próximo y, como señal de duelo, llevaba en la cabeza una pella de arcilla. Llegado el día decimoséptimo, se verificaba la ceremonia pública de la purificación solemne del homicida y de sus armas. Como los indios pima tomaban el tabú del homicidio mucho más en serio que sus enemigos y no aplazaban, como éstos, la expiación y la purificación hasta el final de la campaña, puede decirse que su moralidad y su piedad eran para ellos una causa de inferioridad militar. A pesar de su extraordinaria bravura, constituyeron una ayuda muy poco eficaz para los americanos en sus luchas contra los apaches.

A pesar de todo el interés que presentaría un examen más profundo de los detalles y variaciones de las ceremonias de expiación y purificación prescritas después del asesinato de un enemigo, daré aquí por terminada mi exposición por considerarla suficiente para el fin que persigo. Añadiré tan sólo que en el aislamiento temporal o permanente al que en nuestros días es sometido el verdugo profesional se nos muestra todavía una huella de tales instituciones. La condición del «hombre libre» publú hagman en la sociedad medieval nos permite formarnos una idea muy aproximada del tabú de los salvajes[1474].

En la explicación corriente de todas estas prescripciones de reconciliación, restricción, expiación y purificación aparecen combinados dos principios: la extensión del tabú del muerto a todo lo que ha entrado en contacto con él y el temor al espíritu del muerto. Pero no se determina —y

sería además empresa harto difícil de conseguir— cómo deben combinarse tales dos factores para explicar el ceremonial, ni si poseen un valor igual o si uno de ellos ha de ser considerado como primario y el otro como secundario.

A tal opinión oponemos nosotros la nuestra, según la cual todas estas prescripciones se desprenden de la ambivalencia de sentimientos con respecto al enemigo.

b) *El tabú de los soberanos*. —La actitud de los pueblos primitivos hacia sus jefes, reyes y sacerdotes se halla regida por dos principios que parecen complementarse más que contradecirse. El súbdito debe preservarse de ellos y debe protegerlos[1475]. Estos dos fines quedan cumplidos por medio de una multitud de prescripciones tabú. Sabemos ya por qué es necesario preservarse de los señores: son portadores de aquella fuerza mágica misteriosa y peligrosa que, como una carga eléctrica, se comunica por contacto y determina la muerte y la perdición de aquel que no se halla protegido por una carga equivalente. Por tanto, se evita todo contacto directo o indirecto con la peligrosa santidad, y para aquellos casos en los que este contacto no puede ser eludido, se ha inventado un ceremonial destinado a alejar las consecuencias temidas. Así, los nubas del África oriental creen que morirán si penetran en la casa de su rey-sacerdote, pero que pueden escapar a este peligro si al entrar descubren su hombro izquierdo y obtienen que el rey lo toque con su mano. De este modo se llega al singular resultado de que el contacto del rey se convierte en un medio de curación y protección contra los males resultantes de dicho contacto mismo; mas habremos de observar que el contacto curativo es el iniciado por el rey y dependiente de su regia voluntad, mientras que el peligroso es el resultante de la iniciativa del súbdito. Así, pues, la cualidad del contacto del rey se halla condicionada por la actitud del súbdito —activa o pasiva— con respecto a la regia persona.

Para hallar ejemplos del poder curativo del contacto real no necesitamos buscarlos entre los salvajes. En una época no muy lejana ejercían este poder los reyes de Inglaterra para curar las escrófulas, que por tal razón eran llamadas *the king’s evil* (la enfermedad real). Ni la reina Isabel ni ninguno de sus sucesores renunciaron a tal prerrogativa real, y se cuenta que Carlos I curó en 1633, de una sola vez. cien enfermos. Posteriormente, bajo el reinado

de su hijo Carlos II, el vencedor de la gran Revolución inglesa, alcanzó esta curación de las escrófulas por el contacto del rey su más amplio florecimiento. Cuéntase, en efecto, que durante su reinado curó Carlos II a más de cien mil escrofulosos. La afluencia de enfermos era tan grande, que varios de ellos murieron una vez ahogados entre la multitud. El escéptico Guillermo III de Orange, rey de Inglaterra, después de la expulsión de los Estuardos, desconfiaba de la realidad de tal poder, y la única vez que consintió en ejercer la regia función curativa lo hizo diciendo a los enfermos: «Que Dios os dé mejor salud y os haga más razonables[1476]».

He aquí algunos testimonios del terrible efecto del contacto activo, aunque no intencionado, con el rey o con algo que le pertenece: Un jefe de Nueva Zelanda, hombre de elevado rango y de gran santidad, abandona un día en la calle los restos de su comida. Un esclavo joven, robusto y hambriento, que los ve al pasar, se apresura a comerlos; pero en cuanto ha acabado el último bocado, un asustado espectador le advierte el crimen que acaba de cometer, y el esclavo, que era un guerrero fuerte y valeroso, cae por tierra ante el anuncio de su culpabilidad, es presa de terribles convulsiones y muere al anochecer del día siguiente[1477]. Una mujer maorí ha comido algunas frutas, y averigua luego que procedían de un determinado lugar sobre el que el tabú recaía. En el acto exclama que el espíritu del jefe al que ha infligido tal ofensa la hará morir. El hecho ocurrió por la tarde, y al mediodía siguiente había muerto[1478]. El eslabón de un jefe maorí causó una vez la muerte de varias personas. El jefe lo había perdido; otros lo recogieron y se sirvieron de él para encender sus pipas. Cuando averiguaron quién era el propietario del eslabón, murieron todos de miedo.

Nada tiene, pues, de extraño que se haya hecho sentir la necesidad de aislar a personas tan peligrosas como los jefes y los sacerdotes y rodearlas de una muralla que las hace inaccesibles a los demás. En nuestros actuales ceremoniales de corte podemos ver aún vestigios de esta muralla compuesta de prescripción tabú.

Pero la mayoría de estos tabús de los altos personajes no se deja reducir a la necesidad de protegerse contra ellos. A la creación del tabú y al establecimiento de la etiqueta de corte ha contribuido aún otra necesidad: la de proteger a las personas privilegiadas contra los peligros que las amenazan.

La necesidad de proteger al rey contra todos los peligros imaginables emana de la enorme importancia del papel que desempeña en la vida de sus súbditos. Rigurosamente hablando, es su persona la que rige la marcha del mundo. Su pueblo debe estarle reconocido no solamente por la lluvia y la luz del sol, que hacen crecer los frutos de la tierra, sino también por el viento que trae los navíos a la costa y por el suelo firme que los hombres huellan bajo sus pies[1479].

Estos reyezuelos salvajes poseen una plenitud de poder y una facultad de dispensar la felicidad propias únicamente de dioses, y cuya realidad sólo los más serviles cortesanos fingirán aceptar en fases más avanzadas de la civilización.

Existe una manifiesta contradicción entre esta omnipotencia de la persona real y la creencia según la cual precisaría ser protegida cuidadosamente contra los peligros que la amenazan; pero de estas contradicciones está llena la actitud de los salvajes con respecto a sus reyes. Estos pueblos creen necesario vigilar a sus reyes para que empleen convenientemente sus fuerzas, pero no están nada seguros de sus buenas intenciones ni de su lealtad. En la motivación de las prescripciones tabú referentes al rey se transparenta cierta desconfianza: «La idea de que la monarquía primitiva es siempre la despótica —escribe Frazer— no queda confirmada por las monarquías de que veníamos hablando. Por el contrario, no vive en ellas el monarca sino para sus súbditos; su vida no tiene valor más que mientras cumple las obligaciones de su cargo y regula el curso de su naturaleza para el bien de su pueblo. A partir del momento en el que descuida o cesa de cumplir tales obligaciones, se transforma en odio y desprecio la atención, la fidelidad y la veneración religiosa de que gozaba, siendo expulsado vergonzosamente y pudiendo estimarse dichoso cuando consigue salvar su vida».

Adorado hoy como un dios, puede ser muerto mañana como un criminal. Pero en este cambio de actitud no tenemos derecho a ver una prueba de inconstancia ni una contradicción. Por el contrario, permanece el pueblo lógico hasta el fin. Si su rey es su dios —piensan—, debe mostrarse también su protector, y desde el momento en que no quiere protegerlos, debe ceder su puesto a otro más inclinado a hacerlo; pero mientras responde a lo que de él

esperan, los cuidados que se le dedican son ilimitados y se le obliga a cuidarse a sí mismo con igual celo. Un tal rey vive como encerrado en un sistema de ceremonias y etiquetas y preso de una red de costumbres e interdicciones que no tiene por objeto elevar su dignidad, ni mucho menos aumentar su bienestar, sino únicamente impedirle cometer actos susceptibles de perturbar la armonía de la Naturaleza y provocar así su propia pérdida, la de su pueblo y la del mundo entero. Lejos de serle beneficiosas y agradables tales prescripciones, le privan de toda libertad, y pretendiendo proteger su vida, hacen de ella una carga y una tortura.

Uno de los ejemplos más impresionantes de un semejante encadenamiento y prisión de un monarca sagrado nos es ofrecido por la vida que llevaba en otros tiempos el mikado japonés. He aquí lo que sobre ella nos dice un relato de hace más de dos siglos[1480]. «El mikado considera incompatible con su dignidad y su carácter sagrado el tocar el suelo con sus pies. De este modo, cuando tiene que ir a alguna parte se hace llevar a hombros de sus servidores. Pero aún conviene menos que su persona sea expuesta al aire libre, y es rehusado al sol el honor de iluminar su cabeza. Se atribuye a todas las partes de su cuerpo un carácter tan sagrado, que no deben ser nunca cortados sus cabellos ni su barba, ni tampoco sus uñas. Mas para que no padezca en absoluto de cuidados se le lava por la noche mientras duerme, y aquello que se quita a su cuerpo en este estado es considerado como un robo, que no puede ser atentatorio a su dignidad ni a su santidad. En épocas pasadas debía permanecer todas las mañanas, durante algunas horas, sentado en su trono, con la corona imperial sobre su cabeza y sin mover los brazos, las piernas, la cabeza o los ojos, pues solamente así se pensaba que podía mantener la paz y la tranquilidad del imperio. Si por desgracia se volvía de un lado o del otro, o si su mirada no se dirigía durante un cierto tiempo sino sobre una única parte de su imperio, podía resultar para el país una guerra, un hambre, una peste, un incendio u otra calamidad que habría de devastarlo».

Algunos de los tabús a que son sometidos los reyes bárbaros recuerdan las restricciones impuestas a los homicidas. En Shark Point, cerca del cabo Padrón, en la Baja Guinea (oeste africano), un rey-sacerdote kukuló vive sólo en un bosque. No puede tocar a ninguna mujer ni abandonar su casa, ni

siquiera levantarse de su trono sobre el cual duerme sentado. Si se acostase, cesaría de soplar el viento, perturbando la navegación. Su función consiste en apaciguar las tempestades y cuidar, en general, del mantenimiento del estado normal de la atmósfera[1481]. Cuanto más poderoso es un rey de Loango —dice Bastián—, más numerosos son los tabús que debe observar, El sucesor al trono es sometido a ellos desde la infancia, pero los tabús se acumulan en derredor suyo a medida que va avanzando en la vida, y cuando llega al trono se halla literalmente asfixiado bajo su número.

El lugar de que disponemos no nos permite (ni tampoco lo exige nuestro fin) dar una descripción detallada de los tabús inherentes a la dignidad de rey o de sacerdote. Digamos tan sólo que las restricciones relativas al movimiento y al género de alimentación desempeñan entre estos tabús el papel principal. Para demostrar hasta qué punto son tenaces las costumbres enlazadas a estas personas privilegiadas, citaremos dos ejemplos de ceremonial tabú tomados de pueblos civilizados; esto es, que han alcanzado fases de cultura más elevadas.

El *Flamen Dialis*, el gran sacerdote de Júpiter en la Roma antigua, tenía que observar un extraordinario número de tabús. No podía montar a caballo, ni ver un caballo ni un hombre armado, ni llevar anillo ninguno que no estuviese roto, ni ningún nudo en su vestidura; no podía tocar la harina de trigo, ni la masa fermentada, ni tampoco designar por su nombre ni la cabra, ni el perro, ni la carne cruda, ni las habas, ni la hiedra; sus cabellos no podían ser cortados sino por un hombre libre que utilizase para ello un cuchillo de bronce, y debían ser enterrados, como igualmente las cortaduras de sus uñas, bajo un árbol sagrado; no podía tocar a los muertos y le estaba prohibido salir al aire libre con la cabeza descubierta. Su mujer, la Flaminica, se halla sometida a su vez a prescripciones particulares: en determinadas escaleras no podía subir más de los tres primeros peldaños y ciertos días de fiesta le estaba prohibido peinar su cabello; el cuero de su calzado no debía provenir de un animal muerto de muerte natural, sino de un animal sacrificado; el hecho de haber oído el trueno la hacía impura, y su impureza duraba hasta después de haber ofrecido un sacrificio de expiación[1482].

Los antiguos reyes de Irlanda se hallaban sometidos a una serie de singularísimas restricciones, cuya observancia constituía una fuente de

beneficios para el país, e inversamente, su transgresión, una fuente de desgracias. La enumeración completa de estos tabús se halla en el *Book of Rights* cuyos ejemplares manuscritos más antiguos datan de 1390 y 1418. Las prohibiciones son detalladísimas y recaen sobre ciertos actos en lugares y momentos determinados: En tal ciudad no debe el rey permanecer un cierto día de la semana; no debe franquear tal río a tal hora; no debe acampar más de nueve días en tal llanura, etc[1483]..

La severidad de las prescripciones tabú impuestas a los reyes-sacerdotes ha tenido en muchos pueblos salvajes una consecuencia muy importante desde el punto de vista histórico, y particularmente interesante desde nuestro propio punto de vista actual. La dignidad sacerdotal y real ha dejado de ser deseable. Así, en Cambodia, donde hay un rey del fuego y un rey del agua, se ha visto el pueblo forzado a imponer coactivamente la aceptación de estas dignidades. En Nine o Savage Island, isla coralífera del océano Pacífico, la monarquía se ha extinguido prácticamente, pues nadie se mostraba dispuesto a asumir las funciones reales, cargadas de responsabilidades y peligros. En ciertos países del oeste africano se celebra inmediatamente después de la muerte del rey un consejo secreto, con el fin de designarle sucesor. Aquel sobre el que recae la elección es aprisionado, atado y vigilado en la casa del fetiche, hasta que se declara dispuesto a aceptar la corona. En ciertas ocasiones, el presunto sucesor al trono halla el medio de sustraerse al honor que se le quiere imponer. Cuéntase, por ejemplo, de un jefe que tenía la costumbre de llevar sobre sí día y noche sus armas, con el fin de poder resistir, por la fuerza, a toda tentativa de entronizamiento[1484]. Entre los rasgos de Sierra Leona era tan grande la resistencia a la aceptación de la dignidad real, que la mayor parte de las tribus quedaron obligadas a confiarla a extranjeros.

Frazer ve en estas circunstancias la causa del desdoblamiento progresivo de la realeza sacerdotal primitiva en un poder temporal y un poder espiritual. Agobiados bajo la carga de su santidad, han llegado los reyes a ser incapaces de ejercer efectivamente el poder y se han visto obligados a abandonar los cargos administrativos a personajes menos importantes, pero activos y enérgicos, y sin pretensión alguna a los honores de la dignidad real. De este modo es como se habían formado los soberanos temporales, mientras los

reyes tabú continuaban ejerciendo la supremacía espiritual, que llegó a ser, de hecho, insignificante. La historia del Japón antiguo nos ofrece una exacta confirmación de esta manera de ver.

Ante este cuadro de las relaciones entre el hombre primitivo y sus soberanos surge en nosotros la esperanza de que el paso desde su descripción a su comprensión psicoanalítica no ha de sernos muy difícil. Tales relaciones son excesivamente complicadas y no carecen de contradicciones. Se concede a los soberanos grandes prerrogativas, paralelas a las prescripciones tabú impuestas a los hombres vulgares. Son personajes privilegiados, tienen derecho a hacer lo que a los demás les está prohibido y a gozar de aquello que para los demás es inaccesible; pero la misma libertad que se les reconoce se halla limitada por otros tabús que no pesan sobre los individuos ordinarios. Tenemos, pues, aquí una posición, casi una contradicción, entre una mayor libertad y una mayor restricción relativas a las mismas personas. Por otro lado, se les atribuye un poder mágico extraordinario, y se teme, por esta razón, todo contacto con sus personas o con los objetos que les pertenecen, considerando al mismo tiempo dicho contacto como fuente posible de los más benéficos efectos, circunstancia que a primera vista se nos muestra como una nueva contradicción, especialmente flagrante. Pero sabemos ya que sólo es en apariencia. El contacto del rey es benéfico cuando su iniciativa parte de la regia voluntad, con un propósito benévolo, y únicamente resulta peligroso cuando es provocado, independientemente de la voluntad del rey, por el hombre común, sin duda porque podría ocultar una intención agresiva. Otra contradicción menos fácil de explicar es la de que, no obstante atribuir al soberano un amplio poder sobre las fuerzas de la Naturaleza, se crea el pueblo obligado a protegerle con particular solicitud de los peligros que pudieran amenazarle, como si su poder, capaz de tantas cosas, fuera impotente para asegurar su propia protección. La desconfianza que los salvajes abrigan de que sus reyes empleen verdaderamente su poder en bien de su pueblo y para su propia conservación, desconfianza que los mueve a vigilarlos de continuo, constituye también un carácter singularísimo y desconcertante de las relaciones de estos pueblos primitivos con sus soberanos. A esta tutela del rey y a la protección de sus súbditos contra los

peligros que de la persona real puedan emanar, responde simultáneamente la etiqueta tabú a la que es sometida la vida del monarca.

La explicación más natural de estas relaciones tan cumplidas y llenas de contradicciones entre los salvajes y sus soberanos puede parecemos la siguiente: por razones dependientes de la superstición y de otras causas, manifiestan los salvajes en su actitud con respecto a sus reyes diversas tendencias, llevando cada una de ellas a su extremo, sin consideración a las restantes e independientemente de ellas, y de este hecho nacen todas las contradicciones señaladas, que no repugnan al intelecto del salvaje más que al del hombre civilizado las entrañadas por la religión o por los deberes de fidelidad a un soberano.

No debemos rechazar, desde luego, esta explicación, pero la técnica psicoanalítica habrá de permitirnos penetrar más profundamente en esta cuestión y nos aproximará al conocimiento de la naturaleza de tales relaciones, tan diversas. Sometiendo al análisis la situación antes descrita, como si se tratase del cuadro sintomático de una neurosis, nos detendremos al principio en el exceso de inquieta solicitud que hallamos en el fondo del ceremonial tabú. Un tal exceso de cariño es un fenómeno corriente en la neurosis, sobre todo en la neurosis obsesiva, elegida por nosotros como término de comparación, y su origen ha llegado a hacérsenos perfectamente comprensible. Este exceso aparece siempre en aquellos casos en los que junto al cariño predominante, existe una corriente contraria, inconsciente, de hostilidad, o sea siempre que nos hallamos ante un caso típico de ambivalencia afectiva. La hostilidad queda entonces ahogada por un desmesurado incremento del cariño, el cual se manifiesta en forma de angustiosa solicitud y se hace obsesivo, pues de otro modo no sería capaz de cumplir su función de mantener reprimida la corriente contraria inconsciente. Todos los psicoanalíticos han comprobado con qué seguridad puede descomponerse siempre, de este modo, la ternura exageradamente apasionada e inquieta, aun en aquellas circunstancias que lo hacen más inverosímil; por ejemplo, en las relaciones entre madre e hijo o entre cónyuges muy unidos. Por lo que concierne al trato aplicado a las personas privilegiadas, podemos admitir, en consecuencia, que junto a la veneración e idolización de que se las hace objeto existe una intensa corriente contraria, y que, por tanto, también se

trata aquí, como esperábamos, de una ambivalencia afectiva. La desconfianza, que se nos muestra como un factor incontestable de la motivación de los tabús impuestos a los reyes, no sería sino una manifestación más directa de la misma hostilidad inconsciente. Dadas las variadas formas que afectan al desenlace de este conflicto en los diferentes pueblos, no nos sería difícil hallar ejemplos en los que la prueba de esta hostilidad se nos mostrase con particular evidencia. Frazer[1485] nos relata que los salvajes *timmes* de Sierra Leona se han reservado el derecho de moler a golpes al rey electo la víspera de su coronación, y tan concienzudamente ejercen este derecho constitucional, que el desdichado soberano suele a veces no sobrevivir mucho tiempo a su advenimiento al trono. De este modo los personajes importantes de la tribu tienen la costumbre de elevar a la dignidad real al hombre contra el que experimentan alguna enemistad. Pero incluso en estos casos clarísimos, la hostilidad, lejos de confesarse como tal, se disimula bajo las apariencias del ceremonial.

Otro rasgo de la actitud del hombre primitivo con respecto a sus soberanos recuerda un proceso muy frecuente en la neurosis y que aparece particularmente acentuado en el llamado «delirio persecutorio». Este rasgo consiste en exagerar con exceso la importancia de una persona determinada y atribuirle un poder increíblemente ilimitado, con el fin de poder echar sobre ella, con cierta justificación, la responsabilidad de todo lo desagradable y penoso que al enfermo sucede. A decir verdad, no proceden de otro modo los salvajes con respecto a su rey cuando, habiéndole atribuido el poder de provocar o hacer cesar la lluvia, regular el brillo del sol, la dirección del viento, etc., le destronan o le matan, porque la Naturaleza ha defraudado su esperanza de una caza abundante o una buena cosecha. El cuadro que el paranoico reproduce en su delirio de persecución es el de las relaciones entre el niño y su padre. El hijo atribuye, en efecto, a su padre una parecida omnipotencia, y puede comprobarse que su ulterior desconfianza con respecto a él se halla en proporción directa con el grado de poder que antes le ha atribuido. Cuando un paranoico reconoce a su perseguidor en una de las personas que le rodean, la promueve con este hecho a la categoría de padre; esto es, la sitúa en condiciones que le permiten hacerle responsable de todas las desgracias imaginarias de que es víctima. Esta segunda analogía entre el

salvaje y el neurótico nos muestra hasta qué punto la actitud del primero con respecto a su rey puede constituir una derivación de la actitud infantil del hijo con respecto a su padre.

Pero los argumentos más poderosos en favor de nuestro punto de vista, fundado en una comparación entre las prescripciones tabú y los síntomas de las neurosis, nos son proporcionados por el ceremonial tabú mismo, cuyo importante papel en las funciones soberanas hemos indicado en los párrafos que anteceden. El doble sentido de este ceremonial y su origen en tendencias equivalentes se nos mostrará con toda evidencia si consentimos en admitir que se propone desde un principio producir los efectos por los que se manifiesta. Este ceremonial no sirve únicamente para distinguir a los reyes y elevarlos por encima de todos los demás mortales, sino que transforma su vida en un infierno, convirtiéndola en una carga insoportable, y les impone una servidumbre mucho más onerosa que la de sus súbditos. Nos aparece, pues, como la exacta pareja del acto obsesivo de la neurosis, en el que la tendencia reprimida y la represora hallan una satisfacción simultánea y común. El acto obsesivo es *aparentemente* un acto de defensa contra lo prohibido, pero podemos afirmar que no es *en realidad* sino la reproducción de lo prohibido. La «apariencia» se refiere a la vida psíquica consciente, y la «realidad», a la vida inconsciente. De este modo, el ceremonial tabú de los reyes es, en apariencia, una expresión del más profundo respeto y un medio de procurar al rey la más completa seguridad, pero en realidad es un castigo por dicha elevación y una venganza que los súbditos se toman del rey por los honores que le han concedido. Sancho Panza tiene ocasión de experimentar por sí mismo, mientras es gobernador de su ínsula, hasta qué punto es exacta esta concepción del ceremonial. Es posible que si los reyes y los soberanos actuales quisieran hacernos sus confesiones, nos aportarían nuevas pruebas en favor de este punto de vista (ver *Don Quijote*, de Cervantes).

Mas ¿por qué la actitud afectiva hacia el soberano comporta un elemento tan poderoso de hostilidad inconsciente? La interrogación es muy interesante, pero su solución iría más allá de los límites de este trabajo. A nuestra anterior alusión al complejo paternal de la infancia añadiremos ahora que el examen de la historia primitiva de la monarquía podría aportarnos una respuesta decisiva a esta interrogación. Según las explicaciones de Frazer, harto

impresionantes, pero poco probatorias a juicio del mismo autor, los primeros reyes eran extranjeros, a los que después de un breve período de reinado se sacrificaba a la divinidad en medio de solemnes fiestas[1486]. En los mitos del cristianismo encontramos aún el eco de esta evolución de la realeza.

c) *El tabú de los muertos*. —Sabemos ya que los muertos son poderosos soberanos; quizá nos asombre averiguar hasta que son también considerados como enemigos.

Manteniendo nuestra comparación con el contagio podemos decir que el tabú de los muertos muestra en la mayor parte de los pueblos primitivos una particular virulencia. Este tabú se manifiesta, primeramente, en las consecuencias que el contacto con los muertos trae consigo y en el trato especial de que son objeto las personas afines al individuo fallecido. Entre los maoríes, aquellos que han tocado a un muerto o asistido a un entierro se hacen extraordinariamente «impuros» y son privados de toda comunicación con sus semejantes, quedando, por decirlo así, «boicoteados». Un hombre contaminado por el contacto de un muerto no puede entrar en una casa ni tocar a una persona o un objeto sin hacerlos impuros. No debe tampoco tocar el alimento con sus manos, cuya impureza las hace impropias para todo uso. La comida es colocada a sus pies, en el suelo, y tiene que comer como buenamente pueda, utilizando tan sólo sus labios y sus dientes y con las manos cruzadas a la espalda. Algunas veces le está permitido hacerse dar de comer por otra persona, la cual debe cumplir este cometido con cuidado de no tocar al desdichado tabú, y queda sometida a restricciones no menos rigurosas. En todas las aldeas maoríes suele haber un individuo que vive abandonado y miserable, al margen de la sociedad, y se mantiene a duras penas de escasas limosnas. Sólo éste puede aproximarse, a una distancia igual a la longitud de un brazo, o aquellos que han tributado a un muerto los últimos homenajes. Cuando el período de aislamiento llega a su fin y puede el hombre impuro comunicar de nuevo con sus semejantes, es destruida toda la vajilla de la que se ha servido durante el período peligroso y desechados todos sus vestidos[1487].

Las costumbres tabú impuestas a consecuencia del contacto material con un muerto son iguales en toda la Polinesia, toda la Melanesia y una parte de

África. La más importante de estas costumbres consiste en la prohibición de tocar los alimentos y la necesidad consiguiente de hacerse dar de comer por otras personas. Debía anotarse el hecho de que en la Polinesia y quizá también en las islas de Ha way, quedan los reyes-sacerdotes sometidos a las mismas restricciones durante el ejercicio de sus funciones sagradas. En Tonga, la duración y el rigor de la prohibición varían con la fuerza tabú inherente al muerto y al individuo que se ha hallado en contacto con él. Aquel que toca el cadáver de un jefe se hace impuro por diez meses; pero si es jefe, a su vez, no dura su impureza sino tres, cuatro o cinco meses, según el rango del difunto. Sin embargo, cuando se trata del cadáver de un jefe supremo divinizado, la duración del tabú es de diez meses, incluso para los más grandes jefes supervivientes. Los salvajes creen que aquellos que infringen estos tabús enferman y mueren, y su fe es tan firme, que, según relata su observador, no se han atrevido jamás a intentar comprobarla[1488].

Análogas en sus rasgos esenciales, pero mucho más interesantes para nosotros, son las restricciones tabú a que se hallan sujetas las personas cuyo contacto con el muerto debe comprenderse en el sentido figurado de la palabra; esto es, los familiares del difunto. Si en las prescripciones antes citadas no hemos visto sino la expresión típica de la virulencia y del poder de propagación del tabú, estas otras de que ahora vamos a ocuparnos nos permiten ya entrever los motivos del mismo, y tanto los aparentes como los más profundos y verdaderos.

Entre los shuswap de la Columbia británica, los viudos y las viudas deben vivir aislados durante el período de luto, no deben tocar con sus manos su cabeza ni su cuerpo, y todos los utensilios de que se sirven quedan sustraídos al uso de los demás. Ningún cazador se aproximará a la choza habitada por una de tales personas, pues esto le traería desgracia, y si la sombra de la persona que guarda un luto se proyectase sobre él, caería enfermo. Las personas que guardan luto duermen sobre haces de ramas espinosas y forman con ellas una cerca en derredor de su lecho. Esta última práctica tiene por objeto mantener alejado el espíritu del muerto. Más significativa aún es la costumbre de ciertas tribus norteamericanas, según la cual debe la viuda llevar durante un cierto tiempo después de la muerte de su marido un vestido en forma de pantalón y tejido de hierbas secas, con objeto de alejar de ella el

espíritu del difunto. Estas costumbres nos autorizan a pensar que incluso en el sentido figurado es concebido siempre el contacto como «material», pues suponen que el espíritu del muerto no se separó de sus familiares supervivientes y continúa flotando en derredor de ellos durante todo el período de luto.

Entre los agutainos, habitantes de Palaban, en las islas Filipinas, no debe la viuda abandonar su cabaña durante los siete u ocho días subsiguientes a la muerte del marido sino por la noche, cuando no se expone a encontrar a nadie. Aquel que la ve queda amenazado de muerte inmediata, y para evitarlo, advierte ella a todos su proximidad golpeando los árboles con un bastón de madera. Los árboles así golpeados se secan y mueren. Otra observación nos muestra en qué consiste el peligro inherente a las viudas. En el distrito de Mekeo, en la Nueva Guinea británica, pierde el viudo todos sus derechos civiles y vive durante algún tiempo al margen de la sociedad. No puede cultivar la tierra ni mostrarse en público, ni tampoco pisar la aldea ni la calle, y vaga como una fiera por entre las hierbas o los matorrales, con objeto de poderse ocultar fácilmente en cuanto vea a alguien, sobre todo si es a una mujer. Este detalle nos permite ver en la *tentación* el principal peligro inherente al viudo o a la viuda. El hombre que ha perdido a su mujer debe protegerse contra toda tentación de reemplazarla, y la viuda debe luchar contra igual deseo, tanto más cuanto que no poseyendo dueño alguno es susceptible de despertar los deseos de otros hombres. Todo abandono de este género sería un acto contrario al sentido del luto y habría de despertar la cólera del espíritu[1489].

Una de las costumbres tabú más singulares, pero también más instructivas, entre las que se refieren al luto de los primitivos, consiste en la prohibición de pronunciar el nombre del muerto. Esta costumbre se halla en extremo difundida, presenta numerosas variantes y ha tenido importantísimas consecuencias.

Además de los pueblos australianos y los polinesios, en los cuales se han conservado inmejorablemente las costumbres tabú, observan también esta prohibición otros tan lejanos entre sí y tan diferentes como los samoyedos de Siberia y los todas de la India meridional, los mogoles de Tartaria y los

tuaregs del Sahara, los ainos del Japón y los añambas y los nandi del África central, los tinguanes.de Filipinas y los habitantes de las islas de Nicobar, Madagascar y Borneo[1490]. En algunos de estos pueblos no rige tal prohibición más que durante el período del luto. Otros la conservan permanentemente. De todos modos, siempre va atenuándose con el transcurso del tiempo.

La prohibición de pronunciar el nombre del muerto es observada generalmente con extraordinario rigor. Ciertas tribus sudamericanas consideran que el pronunciar el nombre de un difunto ante sus familiares supervivientes es infligirles una grave ofensa y aplican al ofensor una pena no menos rigurosa que la señalada para el asesinato[1491]. No es fácil comprender, a primera vista, la razón de la severidad de tal prohibición, pero los peligros enlazados al acto correlativo han hecho nacer una multitud de expedientes muy interesantes y significativos desde diversos puntos de vista. Los massai de África recurren al de cambiar el nombre del difunto inmediatamente después de su muerte, pudiendo designarle así sin temor, pues todas las prohibiciones no se refieren sino a su nombre anterior. Al obrar de esta forma presuponen que el espíritu no conoce ni averiguará nunca su nuevo nombre. Las tribus australianas de Adelaida y Encounter-Bay llevan más lejos sus precauciones, pues todas las personas de nombre igual o muy parecido al del difunto toman otro distinto. A veces siguen también esta conducta los parientes del muerto, aunque sus nombres no recuerden en nada el del mismo. Así sucede, por ejemplo, en determinadas tribus de Victoria y de América del Norte. Entre los guaycurus del Paraguay daba el jefe nombres distintos a todos los miembros de la tribu en estas tristes ocasiones, y cada individuo respondía en adelante al que le había correspondido sin vacilación alguna, como si le hubiese llevado siempre[1492]. Cuando el difunto llevaba un nombre idéntico al de un animal o un objeto, algunos de estos pueblos juzgaban necesario dar a dicho animal o dicho objeto otro nuevo, con el fin de que nada pudiese recordarles en la conversación al fallecido. De esta costumbre resultan continuas variaciones del vocabulario, que dificultaban extraordinariamente la labor de los misioneros, sobre todo en aquellos pueblos en los que el tabú de los nombres poseía un carácter permanente. Durante los siete años que el misionero Dobrizhoffer pasó entre los abipones

del Uruguay cambiaron por tres veces los nombres del jaguar, el cocodrilo, las espinas y el sacrificio de los animales[1493]. Este horror a pronunciar un nombre que perteneció a un difunto se extiende, como en ondas concéntricas, y hace que se evite hablar de todo aquello en lo que el muerto intervino, proceso de supresión que trae consigo la grave consecuencia de privar de tradición y de recuerdos históricos a estos pueblos, dificultando así enormemente la investigación de su historia primitiva. Algunos han adoptado, sin embargo, costumbres compensadoras. Una de ellas consiste en resucitar los nombres de los muertos después de un largo período de duelo, dándolos a los recién nacidos, a los cuales se considera entonces como reencarnaciones de aquéllos.

Estos tabús nominales se nos mostrarán menos singulares si pensamos que los salvajes ven en el nombre una parte esencial y una propiedad importantísima de la personalidad y que atribuyen un pleno valor objetivo a las palabras. Como en otra parte lo he demostrado, nuestros hijos proceden exactamente del mismo modo, pues no admiten nunca la existencia de la simple analogía verbal, exenta de toda significación, sino que deducen de ella lógicamente la de una más profunda coincidencia entre los objetos que las palabras análogas designan. El mismo adulto civilizado, si analiza ciertas singularidades de su actitud con respecto a los nombres propios, comprobará sin dificultad que no se halla tan lejos como se cree de enlazar a ellos un valor esencial, y hallará que el suyo se encuentra íntimamente fundido con su persona. Nada tiene de extraño, en estas condiciones, que la práctica psicoanalítica halle con tanta frecuencia ocasión de insistir en la importancia de los nombres en el pensamiento inconsciente[1494]. Los neuróticos obsesivos se comportan con respecto a ellos del mismo modo que los salvajes, hecho que habríamos podido prever de antemano. Muestran, como en general todos los neuróticos, una total *sensibilidad de complejo* con respecto al enunciado o la percepción auditiva de determinadas palabras y nombres, y derivan de su actitud para con su propio nombre un gran número de rigurosas coerciones. Una de estas enfermas tabú por mí tratadas había tomado el partido de no escribir nunca su nombre por miedo a que cayese entre las manos de alguien, que de este modo entraría en posesión de una parte de su personalidad. En sus desesperados esfuerzos para defender contra

las tentaciones de su propia imaginación se impuso la regla de *no entregar nada de su propia persona*, a la que identificaba en primer lugar con su nombre y en segundo con su escritura. De este modo terminó por renunciar a escribir en absoluto.

Así, pues, no extrañamos ya que los salvajes vean en el nombre una parte de la persona y lo engloben en el tabú concerniente al difunto. Pero el hecho de pronunciar el nombre del muerto puede referirse también al contacto con el mismo.

Por tanto, deberemos abordar ahora el problema más amplio de por qué razón este contacto es objeto de un tabú tan riguroso.

Lo que primero se nos ocurre es atribuirlo al horror instintivo inspirado por el cadáver y sus alteraciones anatómicas. A esta razón podríamos añadir la deducida del duelo en el que la muerte de una persona sume a su familia y a los que le rodean. Sin embargo, el horror que inspira el cadáver no basta evidentemente para esclarecer todos los detalles de las prescripciones tabú, y el luto no nos explica por qué la enunciación del nombre del muerto constituye una grave ofensa para los supervivientes. Aquellos que lloran a un muerto gustan de evocarle en sus conversaciones y procuran conservar vivo su recuerdo durante el mayor tiempo posible. Las particularidades de las costumbres tabú deben, pues, de obedecer a otras razones y responder a intenciones basadas en fines distintos, y precisamente los tabús nominales son los que nos revelan tales razones.

Pero aunque no existieran estos usos, los datos proporcionados por los salvajes que guardan un luto bastarían para proporcionarnos el esclarecimiento buscado.

Los salvajes no intentan disimular, en efecto, el *miedo* que les inspira el posible retorno del espíritu del difunto y recurren a multitud de ceremonias destinadas a mantenerlo a distancia y expulsarle[1495]. El acto de pronunciar el nombre de un muerto les parece constituir un conjuro cuyo efecto no puede ser otro que el de provocar la presencia del espíritu del mismo[1496]. El temor a dicha presencia les hace evitar todo lo que pueda motivarla y adoptar las más diversas medidas para eludir sus efectos. Se disfrazan para que el espíritu no pueda reconocerlos[1497], deforman sus nombres o el del difunto y se enfurecen contra el extranjero sin escrúpulos que, pronunciando el nombre de

un muerto, le hace surgir entre los vivos. Resulta imposible sustraerse a la conclusión de que sufren, para servirnos de la expresión de Wundt, del miedo que les inspira «el alma del difunto convertida en demonio[1498]».

Aceptando esta opinión nos agregaríamos a la concepción de Wundt que, como ya sabemos, explica el tabú por el temor a los demonios.

La hipótesis en la que se basa esta teoría, o sea la de que la persona querida desaparecida se transforma desde el momento mismo de su muerte en un demonio del cual no pueden esperar los supervivientes sino hostilidad y cuyas malas disposiciones intentan alejar por todos los medios posibles, resulta tan singular, que nos cuesta gran trabajo admitirla. Pero todos o casi todos los autores competentes están de acuerdo en atribuir a los primitivos esta creencia. Westermarck, que, a nuestro juicio, concede muy poca importancia al tabú, dice en un capitulo, consagrado a la actitud con respecto a los muertos, de su obra *Ursprung und Entwickelung der Mor albe grife*: «Los hechos que conozco me autorizan a formular la conclusión general de que los muertos son considerados casi siempre más como enemigos que como amigos, y que Jevons y Grant Allen se equivocan cuando afirman que antiguamente se creía que los muertos no mostraban mala voluntad sino para con los extranjeros, velando en cambio con paternal solicitud sobre sus descendientes y sobre los miembros de su clan[1499]».

R. Kleinpaul ha intentado explicar en una obra muy sugestiva la actitud de los pueblos primitivos con respecto a sus muertos, utilizando las supervivencias de la antigua creencia animista entre los pueblos civilizados[1500]. Este autor llega también a la conclusión de que los muertos intentan atraer a los vivos con respecto a los cuales abrigan intenciones homicidas. Los muertos matan; nuestra *actual* representación de la muerte bajo la forma de un esqueleto muestra que la muerte misma no es sino un hombre muerto. El vivo no se sentía al abrigo de la persecución del muerto sino cuando se hallaba separado de él por una corriente de agua, razón a la cual obedeció la costumbre de enterrar a los muertos en islas o en la margen opuesta de un río. Una ulterior atenuación de esta creencia limitó la maldad de los espíritus a aquéllos a los que se podía reconocer cierto derecho a la cólera y al rencor, esto es, a los de los hombres asesinados, que perseguían sin cesar a sus asesinos, o a los de aquellos que habían fallecido sin satisfacer

un intenso deseo; por ejemplo, los prometidos muertos antes de la boda. Pero primitivamente —piensa Kleinpaul— todos los muertos eran vampiros y todos perseguían, llenos de cólera, a los vivos, sin pensar más que en perjudicarlos y quitarles la vida. El cadáver es lo que ha proporcionado siempre la primera noción de un espíritu maléfico.

La hipótesis de que los muertos más queridos se transforman en demonios hace surgir, naturalmente, otra interrogación: la de cuáles fueron las razones que impelieron a los primitivos a atribuir a sus muertos tal transformación afectiva, convirtiéndolos en demonios. Westermarck cree que no es difícil responder a esta interrogación[1501]: «Siendo la muerte la mayor desgracia que puede caer sobre el hombre, se piensa que los muertos han de hallarse descontentos de su suerte. Según la concepción de los pueblos primitivos, no se muere sino de muerte violenta, causada por la mano del hombre o por un sortilegio; así, pues, el alma tiene que hallarse llena de cólera y ávida de venganza. Se supone además que, celosa de los vivos y queriendo volver a la sociedad de los antiguos parientes, intenta provocar su muerte haciéndoles enfermar, único medio que posee de realizar su deseo de unión. En el miedo instintivo que las almas de los muertos inspiran, miedo derivado a su vez de la angustia que experimentamos ante la muerte, hemos de ver otra explicación de la maldad atribuida a los espíritus».

El estudio de las perturbaciones psiconeuróticas nos pone sobre las huellas de una explicación más amplia, que engloba la dada por Westermarck.

Cuando una mujer ha perdido a su marido o una hija a su madre, sucede con frecuencia que los supervivientes pasan a ser presa de penosas dudas, a las que calificamos de *reproches obsesivos*, y se preguntan si no habrán contribuido por alguna negligencia o imprudencia a la muerte de la persona amada. Ni el recuerdo de haber asistido al enfermo con la mayor solicitud ni los argumentos objetivos más convincentes contrarios a la penosa acusación bastan para poner fin al tormento del sujeto, tormento que constituye quizá una expresión patológica del duelo y va atenuándose con el tiempo.

La investigación psicoanalítica de estos casos nos ha revelado las razones secretas de tal sufrimiento. Hemos descubierto, en efecto, que tales reproches obsesivos no carecen hasta cierto punto de justificación, siendo esta

circunstancia la que les permite resistir victoriosamente todas las objeciones y todas las protestas. No quiere esto decir que la persona de que se trate sea realmente culpable de la muerte de su pariente o haya cometido alguna negligencia para con él, como el reproche obsesivo pretende. Significa únicamente que la muerte del mismo ha procurado la satisfacción de un deseo inconsciente del sujeto, que si hubiera sido suficientemente poderoso hubiese provocado dicha muerte. Contra este deseo inconsciente es contra lo que el reproche reacciona después de la muerte del ser amado. En casi todos los casos de intensa fijación del sentimiento a una persona determinada hallamos tal hostilidad inconsciente disimulada detrás de un tierno amor. Trátase aquí del caso clásico y prototípico de ambivalencia de la afectividad humana. Esta ambivalencia es más o menos pronunciada según los individuos. Normalmente no suele ser lo bastante fuerte para provocar los reproches obsesivos de que tratamos. Pero en los casos que alcanza un grado muy pronunciado se manifiesta precisamente en las relaciones del sujeto con las personas que le son más queridas y allí donde menos podía esperársele. La disposición de la neurosis obsesiva, que con tanta frecuencia nos ha servido ya de término de comparación en la discusión sobre la naturaleza del tabú, nos parece caracterizada por un grado particularmente pronunciado de esta ambivalencia afectiva individual.

Conocemos ahora el factor susceptible de proporcionarnos la explicación tanto del pretendido demonismo de las almas de las personas muertas recientemente como de la necesidad en que los supervivientes se hallan de defenderse contra la hostilidad de dichas almas. Si admitimos que la vida afectiva de los primitivos es ambivalente en un grado semejante al que la investigación psicoanalítica nos fuerza a atribuir a la de los neuróticos obsesivos, se nos hará comprensible que después de una dolorosa pérdida surja en los primeros una reacción contra la hostilidad dada en su inconsciente, análoga a la que en los segundos se manifiesta por medio de los reproches obsesivos; pero esta hostilidad penosamente sentida en lo inconsciente como satisfacción producida por la muerte del ser amado alcanza en el primitivo un destino diferente, pues queda exteriorizada y atribuida al muerto mismo. Este proceso de defensa, muy frecuente tanto en la vida psíquica normal como en la patológica, es el que conocemos con el

nombre de proyección. El superviviente se niega a haber experimentado nunca un sentimiento hostil con respecto a la persona querida muerta y piensa que es el alma de la misma la que ahora abriga este sentimiento contra él. El carácter de castigo y de remordimiento que esta reacción afectiva presenta se manifestará, a pesar de la defensa por medio de la proyección, en forma de privaciones y restricciones que el sujeto se impondrá, disfrazándolas en parte bajo la forma de medidas de protección contra el demonio hostil.

Comprobamos así una vez más que el tabú ha nacido en el terreno de una ambivalencia afectiva. También el tabú de los muertos procede de una oposición entre el dolor consciente y la satisfacción inconsciente ocasionados por la muerte. Dado este origen de la cólera de los espíritus, se comprende que sean los supervivientes más próximos al difunto y aquéllos a los que éste quiso más los que deban temer, sobre todo, su rencor.

Las prescripciones tabú presentan aquí, como los síntomas de la neurosis, una doble significación; por un lado, y con las restricciones que imponen al sujeto, constituyen una manifestación de su dolor ante la muerte de un ser amado, pero por otro dejan transparentar aquello mismo que querrían encubrir, o sea la hostilidad hacia el muerto, hostilidad a la que dan ahora un carácter de legítima defensa. Hemos visto que determinadas prohibiciones tabú se explican por el temor de la tentación. La indefensión del muerto podría incitar al sujeto a satisfacer el sentimiento de hostilidad que con respecto a él abriga y la prohibición se halla destinada precisamente a oponerse a tal tentación.

Westermarck tiene, sin embargo, razón cuando afirma que el salvaje no hace diferencia alguna entre la muerte violenta y la muerte natural. Para el pensamiento inconsciente la muerte natural es también un producto de la violencia: son en este caso los malos deseos los que matan. (Cf. cap. 3, pág. 459 y sigs.) Aquellos que se interesan por el origen y la significación de los sueños referentes a la muerte de parientes próximos y queridos (padres, hermanos y hermanas) hallarán que el soñador, el niño y el salvaje se conducen de una manera absolutamente idéntica con respecto al muerto en virtud de la ambivalencia afectiva que les es común.

En los párrafos que anteceden nos hemos declarado opuestos a una concepción de Wundt, según la cual no sería el tabú, sino la expresión del

temor que los demonios inspiran, y, sin embargo, acabamos de hacer nuestra la explicación que refiere el tabú de los muertos al temor que inspira el alma de los mismos, convertida en demonio. Esto pudiera parecer una contradicción, pero nada nos será más fácil que resolverla. Hemos aceptado la concepción de los demonios, pero sin ver en ella un elemento psicológico irreductible, pues penetrando más allá de este elemento concebimos a los demonios como proyecciones de los sentimientos hostiles que los supervivientes abrigan hacia los muertos.

Una vez firmemente establecido este punto de vista, pretendemos que tales sentimientos de carácter doble, esto es, a la vez cariñosos y hostiles, intentan manifestarse y exteriorizarse simultáneamente, en el momento de la muerte, bajo la forma de dolor y de satisfacción. El conflicto entre esos dos sentimientos opuestos se hace inevitable, y como uno de ellos, la hostilidad, es en gran parte inconsciente, no puede el conflicto resolverse por una sustracción de las dos intensidades con aceptación consciente de la diferencia, como en aquellos casos en los que perdonamos a una persona amada una injusticia de la que no se ha hecho culpable para con nosotros. El proceso termina más bien con la intervención de un mecanismo psíquico particular, designado habitualmente en el psicoanálisis con el nombre de *proyección*. La hostilidad de la que no sabemos ni queremos saber nada es proyectada desde la percepción interna al mundo exterior, o sea desligada de la persona misma que la experimenta y atribuida a otra. No somos ya nosotros los supervivientes, los que nos sentimos satisfechos de vernos desembarazados de aquel que ya no existe. Por lo contrario, lloramos su muerte. En cambio, él se ha convertido en un demonio maléfico, al que regocijaría nuestra desgracia y que intenta hacernos perecer. Así, pues, tenemos que defendernos contra él. De este modo vemos que los supervivientes no se libran de una opresión interior sino cambiándola por una coerción de origen externo.

Sin duda, esta proyección, merced a la cual se transformaba al difunto en un maléfico enemigo, puede hallar su justificación en el recuerdo de determinadas manifestaciones hostiles que realmente se ha tenido que reprocharle; por ejemplo, su severidad, su tiranía o su injusticia, o cualquiera de los muchos actos de este género que forman el segundo plano de todas las

relaciones humanas, incluso de las más cariñosas. Pero sería adoptar una explicación excesivamente simplista ver en este factor una razón suficiente para justificar la creación de demonios por el proceso de la proyección. Las faltas de que se han hecho culpables durante su vida aquellos que ya no existen pueden explicar ciertamente, hasta un determinado punto, la hostilidad de los supervivientes, pero no la hostilidad atribuida a los muertos, y, además, estaría muy mal escogido el momento de la muerte para hacer revivir el recuerdo de todos los reproches que creemos tener derecho a dirigirles. No podemos, pues, dejar de ver en la hostilidad inconsciente el motivo constante y decisivo de la actitud de que nos ocupamos. Estos sentimientos hostiles con respecto a los parientes más próximos y queridos podían muy bien permanecer latentes mientras dichos parientes se hallaban en vida; esto es, no revelarse a la conciencia directa o indirectamente por una formación sustitutiva cualquiera. Pero esta situación no puede subsistir después de la muerte de las personas a la vez amadas y odiadas, y el conflicto toma entonces, necesariamente, un carácter agudo. El dolor nacido de un incremento de ternura se rebela, por un lado, cada vez más, contra la hostilidad latente, y no puede, por otro, admitir que tal hostilidad engendre un sentimiento de satisfacción. De este modo queda constituida la represión de la hostilidad inconsciente por medio de la proyección, y surge el ceremonial, en el que se exterioriza el temor del castigo por parte de los demonios. Luego, a medida que el sujeto se aleja del momento de la muerte, pierde el conflicto cada vez más su intensidad inicial, llegando así la debilitación e incluso el olvido de los tabús relativos a los muertos.

IV Después de haber explorado de este modo el terreno en el que han nacido los tabús relativos a los muertos, vamos a enlazar a los resultados obtenidos algunas observaciones que pueden presentar gran importancia para la inteligencia del tabú en general.

La proyección de la hostilidad inconsciente sobre los demonios, que caracteriza al tabú de los muertos, no es sino uno de los numerosos procesos del mismo género a los que hemos de atribuir una gran influencia sobre la formación de la vida psíquica primitiva. En el caso que nos interesa, la proyección sirve para resolver un conflicto afectivo, misión que desempeña

igualmente en un gran número de situaciones psíquicas conducentes a la neurosis. Pero la proyección no es únicamente un medio de defensa. La observamos asimismo en casos en los que no existe conflicto. La proyección al exterior de percepciones interiores es un mecanismo primitivo al que se hallan también sometidas nuestras percepciones sensoriales y que desempeña, por tanto, un papel capital en nuestro modo de representación del mundo exterior. En condiciones todavía insuficientemente elucidadas, nuestras percepciones interiores de procesos afectivos e intelectuales son, como las percepciones sensoriales, proyectadas de dentro afuera y utilizadas para la conformación del mundo exterior en lugar de permanecer localizadas en nuestro mundo interior. Desde el punto de vista genético se explica esto, quizá, por el hecho de que primitivamente la función de la atención no era ejercida sobre el mundo interior, sino sobre las excitaciones procedentes del exterior, y no recibía de los procesos endopsíquicos otros datos que los correspondientes a los desarrollos de placer y displacer. Sólo después de la formación de un lenguaje abstracto es cuando los hombres han llegado a ser capaces de enlazar los restos sensoriales de las representaciones verbales a procesos internos, y entonces es cuando han comenzado a percibir, poco a poco, estos últimos. Hasta este momento habían construido los hombres primitivos su imagen del mundo, proyectando al exterior sus percepciones internas, imagen que nuestro mayor conocimiento de la vida interior nos permite ahora traducir al lenguaje psicológico.

La proyección al exterior de las tendencias perversas del individuo y su atribución a demonios forman parte de un sistema del que hablaremos en el capítulo siguiente y al que se puede dar el nombre de «concepción animista del mundo». Al realizar esta labor, habremos de fijar los caracteres psicológicos de este sistema y buscar puntos de apoyo, para su explicación, en el análisis de los sistemas que volvemos a hallar en las neurosis. Por ahora nos limitaremos a indicar que el proceso conocido con el nombre de «elaboración secundaria» del contenido de los sueños constituye el prototipo de la formación de todos estos sistemas. Además, no debemos olvidar que, a partir del momento de la formación del sistema, hallamos dos distintas derivaciones para todo acto sometido al juicio de la conciencia: una derivación sistemática y una derivación real, pero inconsciente[1502].

Wundt[1503] hace observar que «entre los actos que los mitos de todos los pueblos atribuyen a los demonios predominan los *maléficos*, resultando evidente, por tanto, que en las creencias de los pueblos son los demonios maléficos más antiguos que los benéficos». Es muy posible que la idea del demonio emane en general de las relaciones entre los muertos y los supervivientes. La ambivalencia inherente a estas relaciones se manifiesta en el curso ulterior del desarrollo humano por dos corrientes opuestas, pero procedentes de la misma fuente: el temor a los demonios y a los aparecidos y el culto a los antepasados[1504]. En la influencia ejercida por el duelo sobre la formación de la creencia en los demonios tenemos una prueba incontestable de que los mismos son concebidos siempre como los espíritus de personas muertas *recientemente*. El duelo tiene que desempeñar una misión psíquica definida, que consiste en desligar de los muertos los recuerdos y esperanzas de los supervivientes. Obtenido este resultado se atenúa el dolor, y con él el remordimiento, los reproches y, por tanto, el temor al demonio. Entonces aquellos mismos espíritus que han sido temidos como demonios se convierten en objeto de sentimientos más amistosos, siendo venerados como antepasados, cuyo socorro se invoca en toda ocasión.

Si seguimos la evolución de las relaciones' entre los supervivientes y los muertos, comprobaremos que su ambivalencia disminuye considerablemente con el tiempo. Actualmente es fácil reprimir, sin gran esfuerzo psíquico, la inconsciente hostilidad, aún subsistente, hacia los muertos. Allí donde anteriormente existía una lucha entre el odio satisfecho y el dolorido cariño, se eleva hoy, como una formación cicatricial, la piedad: *De mortuis nil nisi bonum*. Sólo los neuróticos perturban todavía el dolor que les causa la pérdida de un pariente próximo con accesos de reproches obsesivos, en los cuales descubre el psicoanálisis las huellas de la ambivalencia afectiva de otros tiempos. Cuáles han sido los caminos seguidos por esta evolución y qué intervención han podido tener en ella determinadas transformaciones constitucionales y una mejora real de las relaciones familiares, son cuestiones que no podemos elucidar dentro de los límites del presente trabajo. Pero sí nos es dado admitir ya, como un hecho cierto, que *en la vida psíquica del primitivo desempeña la ambivalencia un papel infinitamente mayor que en la*

del hombre civilizado de nuestros días. La disminución de esta ambivalencia ha tenido por corolario la desaparición progresiva del tabú, que no es sino un síntoma de transacción entre las dos tendencias en conflicto. Por lo que concierne a los neuróticos, los cuales se ven obligados a reproducir esta lucha y el tabú que de ella resulta, diríamos que han nacido con una constitución arcaica, representativa de un resto atávico cuya compensación, impuesta por las conveniencias de la vida civilizada, los fuerza a un enorme gasto de energía psíquica.

Habremos de recordar aquí las confusas y oscuras indicaciones que Wundt ha dado (véanse las páginas que preceden) sobre la doble significación de la palabra «tabú»: sagrado e impuro. A su juicio, la palabra «tabú» no significaba primitivamente ni lo sagrado ni lo impuro, sino sencillamente lo demoníaco, aquello con lo que no se debía entrar en contacto. De este modo hace resaltar un importante carácter, común a ambas nociones, lo cual probaría que entre lo impuro y lo sagrado existió al principio una coincidencia, que sólo más tarde cedió el paso a una diferenciación.

En oposición a esta teoría de Wundt nos autorizan a deducir nuestras anteriores consideraciones que la palabra «tabú» presentó desde un principio la doble significación antes citada, sirviendo para designar una cierta ambivalencia y todo aquello que de tal ambivalencia se deducía o a ella se enlazaba. La misma palabra «tabú» es una palabra ambivalente, y creemos que si su sentido hubiera sido acertadamente establecido, se habría podido deducir de él sin dificultad aquello que sólo después de largas investigaciones hemos llegado a obtener; esto es, que la prohibición tabú debe ser concebida como resultado de una ambivalencia afectiva. El estudio de los idiomas más antiguos nos ha demostrado la existencia de muchas palabras de este género, que servían para expresar simultáneamente dos nociones opuestas, siendo ambivalentes en cierto sentido, aunque no en el mismo que la palabra «tabú[1505]». Ciertas modificaciones fonéticas impresas a estas palabras primitivas de doble sentido han servido más tarde para crear una expresión verbal particular para cada uno de los sentidos opuestos que en ellas aparecían reunidos.

La palabra «tabú» ha corrido una suerte distinta: paralelamente a la

importancia de la ambivalencia que designaba, fue disminuyendo su valor, y acabó por desaparecer completamente del vocabulario. Espero poder demostrar más adelante que los destinos de esta noción se enlazan a una gran transformación histórica, y que la palabra «tabú», utilizada al principio para designar relaciones humanas perfectamente definidas y caracterizadas por una gran ambivalencia afectiva, ha sido extendida ulteriormente a la designación de otras relaciones análogas.

Si no nos equivocamos, el análisis de la naturaleza del tabú es muy apropiado para proyectar una cierta luz sobre la naturaleza y el origen de la conciencia. Sin violentar las nociones, puede hablarse de una conciencia tabú y de un remordimiento tabú resultantes de la transgresión de un tabú, La conciencia tabú constituye, probablemente, la forma más antigua de la conciencia moral.

La conciencia es la percepción interna de la repulsa de determinados deseos. Pero su particular característica es que esta repulsa no tiene necesidad de invocar razones ningunas y posee una plena seguridad de si misma. Este carácter resalta con más claridad aún en la conciencia de la culpabilidad; esto es, en la percepción y la condena de actos que hemos llevado a cabo bajo la influencia de determinados deseos. Lina motivación de esta condena parece absolutamente superflua. Todo aquel que posee una conciencia debe hallar en sí mismo la justificación de dicha condena y debe verse impulsado por una fuerza interior a reprocharse y reprochar a los demás determinados actos. Pero esto es. precisamente, lo que caracteriza la actitud del salvaje con respecto al tabú, el cual no es sino un mandamiento de su conciencia cuya transgresión es seguida por un espantoso sentimiento de culpabilidad, tan natural como desconocido en su origen[1506].

Así, pues, también la conciencia nace de una ambivalencia afectiva inherente a determinadas relaciones humanas y tiene por condición aquella misma que hemos asignado al tabú y a la neurosis obsesiva, o sea lo de que uno de los dos términos de la oposición permanezca inconsciente y quede mantenido en estado de represión por el otro, obsesivamente dominante. Esta conclusión queda confirmada por un gran número de datos que el análisis de las neurosis nos ha proporcionado. Hemos hallado, efectivamente, en primer

lugar, que el neurótico obsesivo sufre de escrúpulos morbosos que aparecen como síntomas de la reacción, por la que el enfermo se rebela contra la tentación que le espía en lo inconsciente y que a medida que la enfermedad se agrava se amplifican hasta agobiarle bajo el peso de una falta que considera inexpiable. Puede incluso arriesgarse la afirmación de que si no nos fuera posible descubrir el origen de la conciencia por el estudio de la neurosis obsesiva, habríamos de renunciar para siempre a toda esperanza de descubrirlo. Ahora bien: en el individuo neurótico nos es posible descubrir este origen, y, por tanto, habremos de esperar que llegaremos un día a este mismo resultado por lo que a los pueblos concierne.

En segundo lugar comprobamos que la conciencia presenta una gran afinidad con la angustia, hasta el punto de que podemos describirla sin vacilar como una «conciencia angustiante». Ahora bien: sabemos que la angustia nace en lo inconsciente. La psicología de las neurosis nos ha demostrado que cuando ha tenido efecto una represión de deseos, queda transformada en angustia la libido de los mismos. A propósito de esto recordaremos que en la conciencia hay también algo desconocido e inconsciente; esto es, las razones de la represión y de la repulsa de determinados deseos. Este inconsciente desconocido es lo que determina el carácter angustioso de la conciencia.

Dado que el tabú se manifiesta principalmente por prohibiciones, podríamos suponer, sin necesidad de buscar confirmación alguna en la investigación de las neurosis, que tenía su base en deseos positivos. No vemos, en efecto, qué necesidad habría de prohibir lo que nadie desea realizar; aquello que se halla severamente prohibido tiene que ser objeto de un deseo. Si aplicamos este razonamiento a nuestros primitivos, habremos de concluir que se hallan literalmente perseguidos por la tentación de matar a sus reyes y a sus sacerdotes cometer incestos o maltratar a sus muertos. Esto resulta poco verosímil y se nos mostrará totalmente absurdo cuando lo apliquemos a los casos en los que nosotros mismos creemos oír distintamente la voz de la conciencia. En estos casos afirmamos, desde luego, con una inquebrantable seguridad, que no experimentamos la menor tentación de transgredir mandamientos como el de «no matarás», y que la sola idea de una transgresión semejante nos inspira horror.

Si concedemos a este testimonio de nuestra conciencia la importancia a

que aspira, todo mandamiento —tanto la prohibición tabú como nuestras prescripciones morales— resultará superfluo, se nos hará inexplicable el hecho mismo de la conciencia y desaparecerá toda relación entre la moral, el tabú y la neurosis. De este modo, nos hallaremos en la situación de aquellos que rehúsan aplicar a la solución del problema los puntos de vista del psicoanálisis.

Pero teniendo en cuenta uno de los hechos que nuestras investigaciones psicoanalíticas de los sueños de personas sanas nos han revelado, o sea que la tentación de matar es más fuerte en nosotros de lo que creemos y que se manifiesta por efectos psíquicos, aun cuando escape a nuestra conciencia; y habiendo reconocido que las prohibiciones obsesivas de determinados neuróticos no son sino precauciones y castigos que los enfermos se infligen a sí mismos porque sienten con una acrecentada energía la tentación de matar, podremos volver a aceptar de nuevo la proposición antes formulada; esto es, la de que siempre que exista una prohibición ha debido de ser motivada por un deseo y admitiremos que esta tendencia a matar existe realmente en lo inconsciente y que el tabú, como el mandamiento moral, lejos de ser superfluo, se explica y se justifica por una actitud ambivalente, con respecto al impulso al homicidio.

El carácter fundamental de esta actitud ambivalente, o sea el de que el deseo positivo es inconsciente, nos hace entrever nuevas perspectivas y nuevas posibilidades de explicación. Los procesos psíquicos de lo inconsciente, lejos de ser por completo idénticos a los de nuestra vida consciente, gozan de determinadas libertades, harto apreciables, rehusadas a estos últimos. Un impulso inconsciente no ha nacido necesariamente allí donde vemos que se manifiesta, sino que puede provenir de una fuente por completo distinta, haber recaído al principio sobre otras personas y otras relaciones y no hallarse en el lugar en el que comprobamos su presencia, sino merced a mecanismos de *desplazamiento*. Dada la indestructibilidad y la incorregibilidad de los procesos inconscientes, pueden, además, haberse transportado, desde una época a la que se hallaban apropiados, hasta otra época y otras circunstancias ulteriores, en las cuales parecen singulares y fuera de lugar sus manifestaciones. No son éstas sino ligerísimas indicaciones, pero su aplicación a cada paso dado demostrará toda la

importancia que entrañan, por la luz que logran proyectar sobre la historia del desarrollo de la civilización.

Antes de dar por terminadas estas consideraciones dejaremos consignada una observación a título de preparación a ulteriores investigaciones. Sin dejar de afirmar la identidad de naturaleza de la prohibición tabú y del mandamiento moral, comprobamos que existe entre una y otra una diferencia psicológica. Si el mandamiento moral no afecta ya a la forma del tabú, ello obedece únicamente a un cambio sobrevenido en las condiciones y particularidades de la ambivalencia.

Hasta el momento, nos hemos dejado guiar en la consideración psicoanalítica de los fenómenos tabú, por las analogías que existen entre estos fenómenos y las manifestaciones de la neurosis obsesiva. No debemos olvidar, sin embargo, que el tabú no es una neurosis, sino una formación social. Habremos, pues, de indicar en qué consiste la diferencia que los separa.

De nuevo tomaré aquí como punto de partida un hecho aislado y único. La transgresión de un tabú tiene por sanción un castigo, casi siempre una grave enfermedad o la muerte. Sólo aquel que se ha hecho culpable de tal transgresión es amenazado por este castigo. En la neurosis obsesiva suceden las cosas de muy distinto modo. Cuando el enfermo se halla a punto de llevar a cabo algo que le está prohibido, teme el castigo, pero no para sí mismo, sino para otra persona sobre la que el enfermo no nos da dato alguno preciso, pero que el análisis revela ser una de aquellas que le son más próximas y queridas. La neurosis se comporta, pues, con esta ocasión de un modo altruista, y el primitivo, de un modo egoísta. Únicamente cuando la transgresión de un tabú no es automáticamente seguida, de un modo espontáneo, por el castigo del culpable, es cuando los salvajes sienten despertarse en ellos el sentimiento colectivo de que los amenaza un peligro y se apresuran a aplicar por sí mismos el castigo que no se ha producido espontáneamente. No nos será difícil explicar el mecanismo de tal solidaridad. No obedece sino al temor, al ejemplo contagioso, al impulso a la imitación, y, por tanto, a la naturaleza infecciosa del tabú. Cuando un individuo ha conseguido satisfacer un deseo reprimido, todos los demás

miembros de la colectividad deben de experimentar la tentación de hacer otro tanto; para reprimir esta tentación es necesario castigar la audacia de aquél cuya satisfacción se envidia, y sucede, además, con frecuencia, que el castigo mismo proporciona a los que la imponen la ocasión de cometer a su vez, bajo el encubrimiento de la expiación, el mismo acto impuro. Es éste uno de los principios fundamentales del orden penal humano, y se deriva, naturalmente, de la identidad de los deseos reprimidos en el criminal y en aquellos que se hallan encargados de vengar a la sociedad ultrajada.

El psicoanálisis confirma aquí la opinión de las personas piadosas que pretenden que todos somos grandes pecadores. ¿Cómo explicaremos ahora esta inesperada nobleza del neurótico que no teme nada por sí mismo y lo teme todo por la persona amada? El examen analítico muestra que esta nobleza no es de naturaleza primaria. Al principio de su enfermedad, el enfermo teme, lo mismo que el salvaje, la amenaza del castigo por sí mismo; tiembla, pues, por su propia vida, y sólo más tarde es cuando el temor de la muerte aparece desplazado sobre otra persona. Este proceso es un tanto complicado, pero podemos abarcar todas sus fases. Como base de la prohibición hallamos generalmente un mal deseo, un deseo de muerte, formulado contra una persona amada. Este deseo es reprimido por una prohibición; pero ésta queda enlazada a un determinado acto, que a consecuencia de un desplazamiento se sustituye al primitivo, orientado contra la persona amada, y queda amenazado con la pena de muerte. Pero el proceso pasa por un desarrollo ulterior, a consecuencia del cual el deseo de muerte formulado contra la persona amada es reemplazado por el temor de verla morir. Así, pues, al dar prueba de un cariñoso altruismo no hace el neurótico sino *compensar* su actitud verdadera, que es un brutal egoísmo. Si damos el nombre de *sociales* a aquellos sentimientos referentes a otras personas en los que no se mezcla elemento sexual alguno, podemos decir que la desaparición de estos factores sociales constituye un rasgo fundamental de la neurosis, rasgo que en una fase ulterior queda encubierto por una especie de supercompensación.

Sin extendernos sobre el origen de estas tendencias sociales y sobre sus relaciones con las demás tendencias fundamentales del hombre, queremos hacer resaltar, apoyándonos en un ejemplo, el segundo carácter fundamental

de la neurosis. En sus manifestaciones exteriores presenta el tabú máxima semejanza con el *délire du toucher* de los neuróticos. Ahora bien: en este delirio se trata regularmente de la prohibición de contactos sexuales, y el psicoanálisis ha demostrado de un modo general que las tendencias que en las neurosis sufren una derivación y un desplazamiento son de origen sexual. En el tabú, el contacto prohibido no tiene, según toda evidencia, una significación únicamente sexual; lo que está prohibido es el hecho de afirmar, imponer o hacer valer la propia persona. Con la prohibición de tocar al jefe o los objetos con los cuales se halla él mismo en contacto, se intenta inhibir un impulso manifestado en otras ocasiones por la vejatoria vigilancia del jefe e incluso por los malos tratos corporales que les son infligidos antes de su coronación. Vemos, pues, que el predominio de las tendencias sexuales sobre las tendencias sociales constituye un rasgo característico de la neurosis; pero estas mismas tendencias sociales no han nacido sino de la mezcla de elementos egoístas con elementos eróticos.

Nuestra comparación entre el tabú y la neurosis obsesiva revela ya las relaciones existentes entre las diversas formas de neurosis y las formaciones sociales y, al mismo tiempo, la importancia que presenta el estudio de la psicología de las neurosis para la inteligencia del desarrollo de la civilización.

Las neurosis presentan, por una parte, sorprendentes y profundas analogías con las grandes producciones sociales del arte, la religión y la filosofía, y, por otra, se nos muestran como deformaciones de dichas producciones. Podríamos casi decir que una histeria es una caricatura de una obra de arte, que una neurosis obsesiva es una caricatura de una religión y que un delirio paranoico es una caricatura de un sistema filosófico deformado. Tales deformaciones se explican en último análisis por el hecho de que las neurosis son formaciones asociales que intentan realizar con medios particulares lo que la sociedad realiza por medio del esfuerzo colectivo. Analizando las tendencias que constituyen la base de las neurosis, hallamos que las tendencias sexuales desempeñan un papel decisivo, mientras que las formaciones sociales a que antes hemos aludido reposan sobre tendencias nacidas de una reunión de factores egoístas y factores eróticos. La necesidad sexual es impotente para unir a los hombres, como lo hacen las exigencias de la conservación. La satisfacción sexual es, ante todo, una

cuestión privada e individual.

Desde el punto de vista genético, la naturaleza social de la neurosis se deriva de su tendencia original a huir de la realidad, que no ofrece satisfacciones, para refugiarse en un mundo imaginario lleno de atractivas promesas. En este mundo real, del que el neurótico huye, reina la sociedad humana con todas las instituciones creadas por el trabajo colectivo, y volviendo la espalda a esta realidad, se excluye por sí mismo el neurótico de la comunidad humana.

III
ANIMISMO, MAGIA Y OMNIPOTENCIA DE LAS IDEAS

I Todos los trabajos encaminados a aplicar a las ciencias morales los puntos de vista del psicoanálisis han de adolecer inevitablemente de una cierta insuficiencia. Por tanto, no aspiran sino a estimular a los especialistas y a sugerirles ideas que puedan utilizar en sus investigaciones. Tal insuficiencia ha de hacerse notar particularmente en un capítulo destinado a tratar de aquel inmenso dominio que designamos con el nombre de «animismo[1507]».

En el sentido estricto de la palabra, el animismo es la teoría de las representaciones del alma; en el sentido amplio, la teoría de los seres espirituales en general. Distínguese, además, el animatismo, o sea la doctrina de la vivificación de la Naturaleza, que se nos muestra inanimada. A esta doctrina se enlazan, por último, el animalismo y el manismo. El término «animismo», que servía antiguamente para designar un sistema filosófico determinado, parece haber recibido su significación actual de E. B. Tylor[1508].

Lo que ha provocado la creación de todos estos términos es el conocimiento que hemos adquirido de la forma singularísima en que los pueblos primitivos desaparecidos o aún existentes concebían o conciben el mundo y la Naturaleza. Tales pueblos primitivos pueblan el mundo de un infinito número de seres espirituales, benéficos o maléficos, a los cuales atribuyen la causación de todos los fenómenos naturales y por los que creen animados no sólo el reino vegetal y el animal, sino también el mineral, en apariencia inerte. Un tercer elemento, y quizá el más importante de esta primitiva *filosofía de la Naturaleza*, nos parece ya menos singular, pues aunque hemos limitado extraordinariamente la existencia de los espíritus y nos explicamos los procesos naturales por la acción de fuerzas físicas impersonales, no nos es aún muy ajeno. Los primitivos creen, en efecto, en una igual *animación* de los seres humanos, suponiendo que las personas

contienen almas que pueden abandonar su residencia y transmigrar a otros hombres. Estas almas constituyen la fuente de las actividades espirituales y son, hasta cierto punto, independientes de los cuerpos. La representación primitiva de las almas las suponía muy semejantes a los individuos, y sólo después de una larga evolución han quedado despojadas de todo elemento material, adquiriendo un alto grado de *espiritualización*[1509].

La mayoría de los autores se inclina a admitir que estas representaciones de las almas constituyen el nódulo primitivo del sistema animista, que los espíritus no corresponden sino a las almas que han llegado a hacerse independientes y que también las almas de los animales, de las plantas y de las cosas fueron concebidas a semejanza de las almas humanas.

¿Cómo llegaron los hombres primitivos a las concepciones fundamentales singularmente dualistas en las que reposa el sistema animista? Se supone que fue por la observación de los fenómenos del reposo (con el sueño) y de la muerte y por el esfuerzo realizado para explicar tales estados, tan familiares a todo individuo. El punto de partida de esta teoría debió de ser principalmente el problema de la muerte. La persistencia de la vida, o sea la inmortalidad, era para el primitivo lo natural y lógico. La representación de la muerte es muy posterior. No ha sido aceptada sino después de muchas vacilaciones, y aun hoy en día carece para nosotros de todo sentido.

El problema de cuál ha podido ser la participación de otras observaciones y experiencias, tales como las relativas a las imágenes oníricas, a las sombras y a las imágenes reflejadas por los espejos, etc., en la elaboración de las teorías animistas, ha provocado numerosas discusiones, que no han dado aún resultado positivo alguno[1510].

La formación de las representaciones de las almas como reacción del primitivo a los fenómenos exteriores que se ofrecían a su reflexión, y la ulterior transferencia de dichas representaciones a los objetos del mundo exterior, parece perfectamente natural y nada enigmática. Refiriéndose al hecho de que en los pueblos más diversos y en las épocas más diferentes hallamos una coincidencia de estas representaciones, dice Wundt que las mismas son el producto psicológico necesario de la conciencia creadora de los mitos y que el animismo primitivo debe ser considerado como la expresión espiritual del *estado natural dé la Humanidad*, en la medida en que

este estado es accesible a nuestra observación[1511]. En la *Natural History*, de Hume, encontramos ya una justificación de la animación de lo inanimado: *There is an universal tendency amog mankind to conceive all beings like themselves and to transfer to every object those qualities with which they are familiarly acquainted and of which they are intimately conscious*[1512].

El animismo es un sistema intelectual. No explica únicamente tales o cuales fenómenos particulares, sino que permite concebir el mundo como una totalidad. Si hemos de dar fe a los investigadores, la Humanidad habría conocido sucesivamente, a través de los tiempos, tres de estos sistemas de pensamiento, tres grandes concepciones del universo: la concepción *animista* (mitológica), la *religiosa* y la *científica*. De todos estos sistemas es quizá el animismo el más lógico y completo. Ahora bien: esta primera concepción humana del universo es una teoría psicológica. Sería ir más allá de nuestros límites demostrar lo que de ellas subsiste aún en la vida actual, bien bajo la forma degradada de superstición, bien como fondo vivo de nuestro idioma, de nuestras creencias y de nuestra filosofía.

En esta sucesión de las tres concepciones del mundo se funda la afirmación de que el animismo, sin ser todavía una religión, implica ya las condiciones preliminares de todas las religiones que ulteriormente hubieron de surgir. Es también evidente que el mito reposa sobre elementos animistas. Pero las relaciones entre el mito y el animismo no han sido aún suficientemente elucidadas.

II Nuestra labor psicoanalítica elegirá un diferente punto de partida. Sería erróneo suponer que los hombres se vieron impulsados a la creación de sus primeros sistemas cósmicos por una pura curiosidad intelectual, por la sola ansia de saber. La necesidad práctica de someter al mundo debió de participar, indudablemente, en estos esfuerzos. Así, pues, no nos sorprende averiguar que el sistema animista aparece acompañado de una serie de indicaciones sobre la forma en que debemos comportarnos para dominar a los hombres, a los animales y a las cosas; o, mejor dicho, a los espíritus de los hombres, de los animales y de las cosas. Este sistema de indicaciones, conocido con el nombre de «hechicería y magia», es considerado por S. Reinach[1513] como la estrategia del animismo. Por mi parte, prefiero

compararlo a su técnica, como hacen Hubert y Mauss[1514].

¿Puede establecerse una distinción de principio entre la hechicería y la magia? Desde luego, si hacemos abstracción, un poco arbitrariamente, de las vacilaciones del lenguaje usual.

La hechicería se nos muestra entonces esencialmente como el arte de influir sobre los espíritus, tratándolos como en condiciones idénticas se trataría a una persona humana; esto es, apaciguándolos y atrayéndolos o intimidándolos, despojándolos de su poder y sometiéndolos a nuestra voluntad: todo ello por medio de procedimientos cuya eficacia se halla comprobada en las relaciones humanas. La magia es algo diferente, pues en el fondo hace abstracción de los espíritus y no se sirve del método psicológico corriente, sino de procedimientos especiales. No es difícil descubrir que la magia constituye la parte más primitiva e importante de la técnica animista, pues entre los medios utilizados para influir sobre los espíritus hallamos procedimientos mágicos[1515] y, además, la encontramos aplicada en casos en los que aún no parece haber tenido efecto la espiritualización de la Naturaleza.

La magia responde a fines muy diversos, tales como los de someter los fenómenos de la Naturaleza a la voluntad del hombre, protegerlo de sus enemigos y de todo género de peligros y darle el poder de perjudicar a los que le son hostiles. Pero el principio sobre el que reposa la acción mágica, o, mejor dicho, el principio de la magia, es tan evidente, que ha sido reconocido por todos los autores, y podemos expresarlo de un modo claro y conciso utilizando la fórmula de E. B. Tylor (aunque prescindiendo de la valoración que dicha fórmula implica): *Mistaking an ideal connection for a real one* («Tomar por error una relación ideal por una relación real»). Vamos a demostrar esta circunstancia en dos grupos de actos mágicos.

Uno de los procedimientos mágicos más generalmente utilizados para perjudicar a un enemigo consiste en fabricar su efigie con materiales de cualquier naturaleza y sin que la semejanza sea requisito indispensable, pudiéndose también «decretar» que un objeto cualquiera constituirá tal efigie. Todo lo que a la misma se inflija recaerá sobre la persona cuya representación constituye, y bastará herir una parte de la primera para que enferme el órgano correspondiente de la segunda. Esta misma técnica mágica

puede emplearse también con fines benéficos y piadosos, tales como el de proteger a un dios contra los malos demonios. Así escribe Frazer[1516]:

«Todas las noches, cuando Ra, el dios del sol (entre los antiguos egipcios), volvía a su residencia en el inflamado Occidente, tenía que sostener una encarnizada lucha contra un ejército de demonios conducidos por Apepi, su mortal enemigo. Ra luchaba contra ellos toda la noche, y a veces las potencias de las tinieblas conseguían ensombrecer el cielo con negras nubes y debilitar la luz del sol, incluso durante el día. Con el fin de ayudar al dios, se celebraba cotidianamente, en su templo de Tebas, la siguiente ceremonia: Se fabricaba con cera una imagen de Apepi, al que se daba la forma de un horrible cocodrilo o de una serpiente de innumerables anillos y se escribía encima, con tinta verde, el nombre del maléfico espíritu. Colocada esta figura en una vaina de papiro, sobre la cual se trazaba la misma inscripción, era envuelta en negros cabellos y después escupía encima el sacerdote, le cortaba con un cuchillo de sílex, la arrojaba al suelo y la pisaba con su pie izquierdo. Por último, terminaba la ceremonia quemando la figura en una hoguera alimentada con determinadas plantas. Destruido Apepi, todos los demonios de su séquito sufrían sucesivamente la misma suerte. Este servicio divino, que iba acompañado de ciertos discursos rituales, se celebraba ordinariamente por la mañana, al mediodía y por la noche; pero podía ser repetido en cualquier momento del día, cuando rugía la tormenta, llovía a torrentes o se mostraba el cielo oscurecido por negras nubes. Los perversos enemigos de Ra experimentaban los efectos del castigo, infligido a sus imágenes, del mismo modo que si tal castigo les hubiese sido aplicado directamente. Huían y el dios del sol triunfaba de nuevo[1517]».

Los actos mágicos fundados en estos mismos principios y motivados por iguales representaciones son innumerables. Citaré dos de ellos que han desempeñado siempre un papel importante en los pueblos primitivos y se conservan aún, en parte, en el mito y el cuitó de pueblos más avanzados. Trátase de las prácticas mágicas destinadas a provocarla lluvia y a lograr una buena cosecha. Se provoca la lluvia por medios mágicos, imitándola y reproduciendo artificialmente las nubes y la tempestad. Diríase que los que ruegan «juegan a la lluvia». Los ainos japoneses, por ejemplo, creen provocar la lluvia vertiendo agua a través de un cedazo y paseando procesionalmente

por el pueblo una gran artesa provista de vela y remos, como si fuese un barco. La fertilidad de la tierra queda mágicamente asegurada ofreciéndole el espectáculo de relaciones sexuales. Así, para no citar sino un ejemplo entre mil, en determinadas regiones de las islas de Java, cuando se aproxima el momento de la floración del arroz, los labradores y las labradoras van por las noches a los campos, con el fin de estimular, mediante su ejemplo, la fecundidad del suelo y garantizar una buena cosecha[1518]. Por el contrario, las relaciones sexuales incestuosas son temidas y malditas a consecuencia de su nefasta influencia sobre la fertilidad del suelo y la abundancia de la cosecha[1519].

En este primer grupo pueden incluirse, igualmente, determinadas prescripciones negativas, o sea medidas mágicas de precaución. Cuando una parte de los habitantes de un pueblo dayak va a la caza del jabalí, aquellos que permanecen en el pueblo no deben tocar con sus manos el aceite ni el agua, pues la inobservancia de esta precaución ablandaría los dedos de los cazadores, los cuales dejarían escapar así fácilmente su presa[1520]. Asimismo, cuando un cazador gilyak sigue en el bosque la pista de una pieza, está prohibido a los hijos que deja en casa trazar dibujos sobre la madera o la arena, pues si lo hicieran, los senderos del bosque se confundirían como las líneas del dibujo, y el cazador no encontraría ya su camino para volver al hogar[1521]. El hecho de que la distancia no signifique obstáculo ninguno para la eficacia de actos mágicos como los últimamente citados y otros muchos, siendo considerada, por tanto, la telepatía como un fenómeno natural, no nos plantea, como carácter peculiar de la magia, problema ninguno.

No podemos, en efecto, dudar de que el factor al que se atribuye máxima eficacia en todos estos actos mágicos es la *analogía* entre el acto realizado y el fenómeno cuya producción se desea. Por tal razón, denomina Frazer a esta clase de magia *magia imitativa* u *homeopática*. Si queremos que llueva, habremos de hacer algo que imite la lluvia o la recuerde. En una fase de civilización más avanzada se reemplazará este procedimiento mágico por procesiones en derredor de un templo y rogativas a los santos en él venerados, y más adelante aún, se renunciará igualmente a esta técnica religiosa para investigar por medio de qué acciones sobre la atmósfera misma resultará posible provocar la lluvia.

En un segundo grupo de actos mágicos, el principio de la semejanza es reemplazado por otro, que los ejemplos siguientes nos revelarán sin dificultad.

Para perjudicar a un enemigo se puede utilizar aún otro procedimiento, consistente en procurarse algunos cabellos suyos, limaduras de sus uñas o incluso jirones de sus vestidos, y someterlos a manejos hostiles o vejatorios. La posesión de estos objetos equivale al dominio de la persona de que provienen, la cual experimenta todos los efectos del mal que se inflige a los mismos. Según los primitivos, constituye el nombre una parte esencial de la personalidad. Así, pues, el conocimiento del nombre de una persona o de un espíritu procura ya un cierto poder sobre ellos. De aquí todas las singulares precauciones y restricciones que deben observarse en el uso de los nombres, y de las que ya hemos enumerado algunas en el capítulo dedicado al tabú. En estos casos queda reemplazada la analogía por la *sustitución de la parte al todo*.

El canibalismo de los primitivos presenta una análoga motivación sublimada. Absorbiendo por la ingestión partes del cuerpo de una persona, se apropia el caníbal las facultades de que la misma se hallaba dotada, creencia a la que obedecen también las diferentes precauciones y restricciones a las que el régimen alimenticio queda sometido entre los primitivos. Una mujer encinta se abstendrá de comer la carne de determinados animales, cuyos caracteres indeseables, por ejemplo, la cobardía, podrían transmitirse al hijo que lleva en su seno. La eficacia del acto mágico no queda disminuida en modo alguno por la separación sobrevenida entre el todo y la parte, ni tampoco porque el contacto entre la persona y un objeto dado no haya sido sino instantáneo. Así, podemos perseguir a través de milenios enteros, la creencia de la relación mágica entre la herida y el arma que la produjo. Cuando un melanesio consigue apoderarse del arco cuya flecha le ha herido, lo deposita cuidadosamente en un sitio fresco, creyendo disminuir con ello la inflamación de la llaga. Pero si el arco queda entre las manos de los enemigos, éstos lo depositarán seguramente en lugar inmediato al fuego, con el fin de agravar dicha inflamación. En su *Historia Natural* (XXVIII) aconseja Plinio que cuando nos arrepentimos de haber causado mal a alguien, debemos escupir en la mano que ha causado el mal, acto que calmará

inmediatamente el dolor de la víctima. Francisco Bacon menciona en su *Natural History* la creencia, muy extendida, de que para curar una herida basta engrasar el arma que la produjo. Algunos labradores ingleses siguen aún hoy en día tal receta, y cuando se han herido con una hoz, procuran conservar ésta en un perfecto estado de limpieza, con lo cual creen evitar la supuración de la herida. En junio de 1912 contaba un periódico local inglés que una mujer llamada Matilde Henry, de Norwich, se había introducido en un talón un clavo de hierro, y que, sin dejar que le examinaran el pie ni siquiera quitarse la media, mandó a su hija que metiera el clavo en aceite, esperando librarse así de toda complicación. A los pocos días moría del tétanos por no haber desinfectado la herida.

Los ejemplos de este último grupo son ejemplos de *magia contagiosa* a la que Frazer distingue de la *magia imitativa*. Lo que confiere eficacia a la magia contagiosa no es ya la analogía, sino la relación en el espacio; esto es, la contigüidad, y su representación o su recuerdo. Mas como la analogía y la contigüidad son los dos principios esenciales de los procesos de asociación, resulta que todo el absurdo de las prescripciones mágicas queda explicado por el régimen de la asociación de ideas. Vemos, pues, cuán verdadera es la definición que Tylor ha dado de la magia, definición que ya citamos antes: *Mistaking an ideal connection for a real one*. Frazer la define aproximadamente en los mismos términos: *Men mistook the order of their ideas for the order of nature, and hence imagined that the control which they have, or seem to have, over their thoughts, permitted them to exercise a corresponding control over things*[1522].

Extrañaremos, pues, al principio, ver que ciertos autores rechazan por insatisfactoria esta luminosa explicación de la magia[1523]. Pero reflexionando un poco hallamos justificada su objeción de que la teoría que sitúa la asociación en la base de la magia explica únicamente los caminos por ella seguidos, sin informarnos sobre lo que constituye su esencia misma; esto es, sobre las razones que impulsan al hombre primitivo a reemplazar las leyes naturales por leyes psicológicas. La intervención de un factor dinámico se nos hace aquí indispensable; pero mientras que la investigación de este factor induce en error a los críticos de la teoría de Frazer, nos resulta, en cambio,

difícil dar una explicación satisfactoria de la magia profundizando en la teoría de la asociación.

Consideramos, en primer lugar, el caso más simple e importante de la magia imitativa. Según Frazer, puede ésta ser practicada aisladamente, mientras que la magia contagiosa presupone siempre la imitativa[1524]. Los motivos que impulsan al ejercicio de la magia resultan fácilmente reconocibles. No son otra cosa que los deseos humanos. Habremos únicamente de admitir que el hombre primitivo tiene una desmesurada confianza en el poder de sus deseos. En el fondo, todo lo que intenta obtener por medios mágicos no debe suceder sino porque él lo quiere. De este modo, no tropezamos al principio sino con el deseo.

Con respecto al niño, que se encuentra en condiciones psíquicas análogas, pero no posee aún las mismas aptitudes motoras, hemos admitido antes que comienza por procurar a sus deseos una satisfacción verdaderamente alucinatoria, haciendo nacer la situación satisfactoria por medio de excitaciones centrífugas de sus órganos sensoriales[1525]. El adulto primitivo encuentra ante sí otro camino. A su deseo se enlaza un impulso motor, la voluntad, y esta voluntad, que, entrando luego al servicio del deseo, será lo bastante fuerte para cambiar la faz de la tierra, es utilizada para lograr la satisfacción por una especie de alucinación motora. Esta *representación* del deseo satisfecho puede ser comparada al *juego* de los niños, que reemplaza en éstos a la técnica puramente sensorial de la satisfacción. Si el juego y la representación imitativa bastan al niño y al primitivo, no es por su sobriedad y modestia (en el sentido actual de estas palabras) ni por una resignación procedente de la conciencia de su impotencia real. Trátase de una secuela naturalísima del exagerado valor que atribuyen a su deseo, a la voluntad que de él depende y a los caminos que han emprendido. Con el tiempo, se desplaza el acento psíquico desde los motivos del acto mágico hasta sus medios e incluso hasta el acto mismo. Sería quizá más exacto decir que son precisamente dichos medios los que revelan por vez primera al primitivo el exagerado valor que enlaza a sus actos psíquicos. Parece entonces como si fuese el acto mágico lo que impone la realización de lo deseado, por su analogía con ello. En la fase animista del pensamiento no existe aún ocasión de evidenciar objetivamente la situación real, cosa que se hace ya posible en

fases ulteriores, en las que continúan practicándose los mismos procedimientos; pero comienza ya a surgir el fenómeno psíquico de la duda, como manifestación de una tendencia a la represión.

Entonces admiten ya los hombres que de nada sirve invocar a los espíritus si no se tiene la fe, y que la fuerza mágica de la oración permanece ineficaz si no es dictada por una piedad verdadera[1526].

La posibilidad de una magia contagiosa basada en la asociación por contigüidad nos muestra que la valoración psíquica del deseo y de la voluntad se ha extendido a todos los actos psíquicos subordinados a esta última. Resulta de esto una sobreestimación general de todos los procesos psíquicos. Las cosas se borran ante sus representaciones, y se supone que todos los cambios impresos a éstas alcanzan necesariamente a aquéllas, y que las relaciones existentes entre las segundas deben existir igualmente entre las primeras. Como el pensamiento no conoce las distancias y reúne en el mismo acto de conciencia las cosas más alejadas en el espacio y en el tiempo, también el mundo mágico franqueará telepáticamente las distancias espaciales, y tratará las relaciones pasadas como si fuesen actuales. La imagen refleja del mundo interior se superpone en la época animista a la imagen que actualmente nos formamos del mundo exterior y la oculta a los ojos del sujeto. Haremos resaltar asimismo el hecho de que los dos principios de la asociación, la semejanza y la contigüidad, encuentran su síntesis en una unidad superior: el *contacto*. La asociación por contigüidad equivale a un contacto directo. La asociación por analogía es un contacto en el sentido figurado de la palabra. La posibilidad de designar con la misma palabra tales dos clases de asociación indica ya la identidad del proceso psíquico. Esta misma extensión de la noción de contacto se nos reveló antes en el análisis del tabú[1527].

III Esta expresión «omnipotencia de las ideas» la debo a un enfermo muy inteligente que padecía de representaciones obsesivas, y que, una vez curado, merced al psicoanálisis, dio pruebas de clara inteligencia y buen sentido. Forjó esta expresión para explicar todos aquellos singulares e inquietantes fenómenos que parecían perseguirle, y con él a todos aquellos que sufrían de su misma enfermedad. Bastábale pensar en una persona para encontrarla en el

acto, como si la hubiera invocado. Si un día se le ocurría solicitar noticias de un individuo al que había perdido de vista hacía algún tiempo, era para averiguar que acababa de morir, de manera que podía creer que dicha persona había atraído telepáticamente su atención, y cuando sin mal deseo ninguno maldecía de una persona cualquiera, vivía a partir de aquel momento en el perpetuo temor de averiguar la muerte de dicha persona y sucumbir bajo el peso de la responsabilidad contraída.

Con respecto a la mayor parte de estos casos, pudo explicarse por sí mismo en el curso del tratamiento cómo se había producido la engañosa apariencia y lo que él había añadido por su parte para dar más fuerza a sus supersticiosos temores[1528]. Todos los enfermos obsesivos son supersticiosos como éste, y casi siempre en contra de sus más arraigadas convicciones.

La conversación de la «omnipotencia de las ideas» se nos muestra en la neurosis obsesiva con mayor claridad que en ninguna otra, por ser aquélla en la que los resultados de esta primitiva manera de pensar logran aproximarse más a la conciencia. Sin embargo, no podemos ver en la «omnipotencia de las ideas» el carácter distintivo de esta neurosis, pues el examen analítico nos lo revela también en las demás. En todas ellas es la realidad intelectual, y no la exterior, lo que rige la formación de síntomas. Los neuróticos viven en un mundo especial, en el que, para emplear una expresión de que ya me he servido en otras ocasiones, sólo la *moneda neurótica* se cotiza. Quiero decir con esto que los neuróticos no atribuyen eficacia sino a lo intensamente pensado y representado afectivamente, considerando como cosa secundaria su coincidencia con la realidad. El histérico reproduce en sus accesos y fija por sus síntomas sucesos que no se han desarrollado sino en su imaginación, aunque en último análisis se refieran a sucesos reales o constituidos con materiales de este género. Así, pues, interpretaríamos equivocadamente el sentimiento de culpabilidad que pesa sobre el neurótico si lo quisiéramos explicar por faltas reales. Un neurótico puede sentirse agobiado por un sentimiento de culpabilidad que sólo encontraríamos justificado en un asesino varias veces reincidente, y haber sido siempre, sin embargo, el hombre más respetuoso y escrupuloso para con sus semejantes. Mas, no obstante, posee dicho sentimiento una base real. Fúndase, en efecto, en los intensos y frecuentes deseos de muerte que el sujeto abriga en lo inconsciente contra sus

semejantes. No carece, pues, de fundamento, en cuanto no tenemos en cuenta los hechos reales, sino las intenciones inconscientes. La omnipotencia de las ideas, o sea el predominio concedido a los procesos psíquicos sobre los hechos de la vida real, muestra así la ilimitada influencia sobre la vida afectiva de los neuróticos y sobre todo aquello que de la misma depende. Al someterle al tratamiento psicoanalítico, que convierte en consciente a lo inconsciente, observamos que no le es posible creer en la absoluta libertad de las ideas y que teme siempre manifestar sus malos deseos, como si la exteriorización de los mismos hubiera de traer consigo fatalmente su cumplimiento. Esta actitud y las supersticiones que dominan su vida nos muestran cuán próximo se halla al salvaje, que creen poder transformar el mundo exterior sólo con sus ideas.

Los actos obsesivos primarios de estos neuróticos son propiamente de naturaleza mágica. Cuando no actos de hechicería, son siempre actos de contrahechicería, destinados a alejar las amenazas de desgracia que atormentan al sujeto al principio de su enfermedad. Siempre que me ha sido posible penetrar en el misterio, he comprobado que la desgracia que el enfermo esperaba no era sino la muerte. Según Schopenhauer, el problema de la muerte se alza en el umbral de toda filosofía. Sabemos ya que la creencia en el alma y en el demonio, característica del animismo, se ha formado bajo la influencia de las impresiones que la muerte produce en el hombre. Es difícil saber si estos primeros actos obsesivos o de defensa se hallan sometidos al principio de la analogía y del contraste, pues, dadas las condiciones de la neurosis, aparecen generalmente deformados, por su desplazamiento sobre una minucia, sobre un acto por completo insignificante[1529]. También las fórmulas de defensa de la neurosis obsesiva hallan su pareja en las fórmulas de la hechicería y de la magia. La historia de la evolución de los actos obsesivos puede describirse en la forma siguiente: Tales actos, al principio muy lejanos a lo sexual, comienzan por constituir una especie de conjuro destinado a alejar los malos deseos y acaban siendo una sustitución del acto sexual prohibido, imitándolo con la mayor fidelidad posible.

Si aceptamos la evolución antes descrita de las concepciones humanas del

mundo, según la cual la fase *animista* fue sustituida por la *religiosa*, y ésta, a su vez, por la *científica*, nos será también fácil seguir la evolución de la «omnipotencia de las ideas» a través de estas fases. En la fase animista se atribuye el hombre a sí mismo la omnipotencia: en la religiosa, la cede a los dioses, sin renunciar de todos modos seriamente a ella, pues se reserva el poder de influir sobre los dioses, de manera a hacerlos actuar conforme a sus deseos. En la concepción científica del mundo no existe ya lugar para la omnipotencia del hombre, el cual ha reconocido su pequeñez y se ha resignado a la muerte y sometido a todas las demás necesidades naturales. En nuestra confianza en el poder de la inteligencia humana, que cuenta ya con las leyes de la realidad, hallamos todavía huellas de la antigua fe en la omnipotencia.

Remontando el curso de la historia, del desarrollo de las tendencias libidinosas, desde las formas que las mismas afectan en la edad adulta hasta sus primeros comienzos en el niño, establecimos en un principio una importante distinción, que dejamos expuesta en nuestros *Tres ensayos sobre una teoría sexual* (1905)[1530]. Las manifestaciones de los instintos sexuales pueden ser reconocidas desde un principio; pero en sus más tempranos comienzos no se hallan aún orientadas hacia ningún objeto exterior. Cada uno de los componentes instintivos de la sexualidad labora por su cuenta en busca del placer, sin preocuparse de los demás, y halla su satisfacción en el propio cuerpo del individuo. Es ésta la fase del *autoerotismo*, a la cual sucede la de la *elección del objeto*.

Un estudio más detenido ha hecho resaltar la utilidad e incluso la necesidad de intercalar entre estas dos fases una tercera, o, si se prefiere, de descomponer en dos la primera, o sea la del autoerotismo. En esta fase intermedia, cuya importancia se impone cada vez más a la investigación, las tendencias sexuales, antes independientes unas de otras, aparecen reunidas en una unidad y han hallado su objeto, el cual no es, de todos modos, un objeto exterior ajeno al individuo, sino su propio *yo*, constituido ya en esta época. Teniendo en cuenta ciertas fijaciones patológicas de este estado, que más tarde observamos, hemos dado a esta nueva fase el nombre de *narcisismo*. El sujeto se comporta como si estuviese enamorado de sí mismo, y los instintos del *yo* y los deseos libidinosos no se revelan aún a nuestro análisis con una

diferenciación suficiente.

Aunque no nos hallemos todavía en situación de dar una característica suficientemente precisa de esta fase narcisista, en la que los instintos sexuales, hasta entonces disociados, aparecen fundidos en una unidad y toman como objeto al *yo*, no dejamos de presentir que tal organización narcisista no habrá ya de desaparecer nunca por completo. El hombre permanece hasta cierto punto narcisista, aun después de haber hallado para su libido objetos exteriores; pero los revestimientos de objeto que lleva a cabo son como emanaciones de la libido que reviste su *yo* y pueden volver a él en todo momento.

El estado conocido con el nombre de enamoramiento, tan interesante desde el punto de vista psicológico, y que constituye como el prototipo normal de la psicosis, corresponde al grado más elevado de tales emanaciones con relación al nivel del amor a sí mismo.

Nada parece más natural que enlazar al narcisismo, como su característica esencial, el alto valor —exagerado desde nuestro punto de vista— que el primitivo y el neurótico atribuyen a los actos psíquicos. Diremos, pues, que en el primitivo se halla el pensamiento aún fuertemente sexualizado. A esta circunstancia se debe tanto la creencia en la omnipotencia de las ideas como la convicción de la posibilidad de dominar el mundo, convicción que no queda destruida por las innumerables experiencias cotidianas susceptibles de advertir al hombre del lugar exacto que ocupa en él. El neurótico nos muestra, por un lado, que una parte muy considerable de esta actitud primitiva perdura en él como constitucional, y por otro, que la represión sexual por la que ha pasado ha determinado una nueva sexualización de sus procesos intelectuales. Los efectos psíquicos tienen que ser los mismos en ambos casos de sobrecarga libidinosa del pensamiento; esto es, tanto en la primitiva como en la regresiva, y estos efectos son el narcisismo intelectual y la omnipotencia de las ideas[1531].

Si aceptamos que la omnipotencia de las ideas constituye un testimonio en favor del narcisismo, podemos intentar establecer un paralelo entre el desarrollo de la concepción humana del mundo y el de la libido individual.

Hallamos entonces que tanto temporalmente como por su contenido corresponden la fase animista al narcisismo, la fase religiosa a la de la

elección de objeto caracterizado por la fijación de la libido a los padres y la fase científica a aquel estado de madurez en el que el individuo renuncia al principio del placer, y subordinándose a la realidad, busca su objeto en el mundo exterior[1532].

El arte es el único dominio en el que la «omnipotencia de las ideas» se ha mantenido hasta nuestros días. Sólo en el arte sucede aún que un hombre atormentado por los deseos cree algo semejante a una satisfacción y que este juego provoque —merced a la ilusión artística— efectos afectivos, como si se tratase de algo real. Con razón se habla de la magia del arte y se compara al artista a un hechicero. Pero esta comparación es, quizá, aún más significativa de lo que parece. El arte, que no comenzó en modo alguno siendo «el arte por el arte», se hallaba al principio al servicio de tendencias hoy extinguidas en su mayoría, y podemos suponer que entre dichas tendencias existía un cierto número de intenciones mágicas[1533].

IV El primero de los sistemas cósmicos edificados por la Humanidad, o sea el animismo, fue, como ya hemos visto, un sistema psicológico. En su cimentación no precisó para nada de la ciencia, pues la ciencia no interviene sino cuando nos hemos dado cuenta de que no conocemos el mundo, y tenemos, por tanto, que buscar los caminos susceptibles de conducirnos a tal conocimiento. Mas para el hombre primitivo era el animismo una concepción inmediata y natural. Sabía que las cosas de que el mundo se compone eran semejantes al hombre; esto es, a su propia conciencia de sí mismo. No debe, pues, sorprendernos hallar que el hombre primitivo transfiere al mundo exterior la estructura de su propia psiquis[1534], y habremos de emprender la tentativa de volver a situar en el alma humana aquello que el animismo nos enseña sobre la naturaleza de las cosas.

La técnica del animismo, o sea la magia, nos revela clara y precisamente la intención de imponer a los objetos de la realidad exterior las leyes de la vida psíquica, proceso en el que no tienen que desempeñar todavía papel ninguno los espíritus, los cuales pueden, en cambio, ser también objeto de procedimientos mágicos. Los principios sobre los que la magia reposa son, pues, más primitivos y antiguos que la teoría de los espíritus, nódulo del animismo. Nuestra concepción psicoanalítica coincide en este punto con una

teoría de R. R. Marett, que admite una fase *preanimista* del animismo, fase que aparece perfectamente caracterizada con el nombre de *animatismo* (una especie de hilozoísmo universal). Poco más es lo que puede decirse sobre el preanimismo, pues no se ha encontrado aún pueblo ninguno al que falte la creencia en los espíritus[1535].

Mientras que la magia utiliza aún en su totalidad la omnipotencia de las ideas, el animismo cede una parte de esta omnipotencia a los espíritus, abriendo así el camino a la religión. Pero ¿qué es lo que hubo de impulsar al primitivo a esta primera renunciación? No puede pensarse que fuera el descubrimiento de la inexactitud de sus principios, pues conservó la técnica mágica.

Los espíritus y los demonios no son, como en otro lugar lo indicamos, sino las proyecciones de sus tendencias afectivas[1536]. El primitivo personifica estas tendencias y puebla el mundo con las encarnaciones así creadas, de igual manera que Schreber, ese inteligente paranoico, encontró una reflexión de sus acercamientos y alejamientos libidinosos en las vicisitudes de sus confabulados 'rayos de Dios'[1537]. De este modo vuelve a hallar en el exterior sus propios procesos psíquicos.

No vamos a emprender aquí la tarea (como lo llevé a cabo en mi trabajo sobre Schreber) de resolver el problema de los orígenes de la tendencia a proyectar al exterior determinados procesos psíquicos. Sin embargo, admitiremos que esta tendencia queda acentuada cuando la proyección implica la ventaja de un alivio psíquico. Esta ventaja es indudable en los casos de conflicto entre las tendencias que aspiran a la omnipotencia. El proceso patológico de la paranoia utiliza realmente el mecanismo de la proyección para resolver estos conflictos surgidos en la vida psíquica. Ahora bien: el caso tipo de los conflictos de este género es el que surge entre los dos términos de una oposición; esto es, el de la actitud ambivalente, antes minuciosamente analizado por nosotros al examinar la situación de las personas que lloran la muerte de un pariente querido. Este caso nos parece particularmente apropiado para motivar la creación de formaciones proyectivas. Nos hallamos aquí de acuerdo con la opinión de aquellos autores que consideran a los espíritus maléficos como los primeramente nacidos y

hacen remontar la creencia en el alma a las impresiones que la muerte provoca en los supervivientes. No situamos, sin embargo, en primer término, como dichos autores lo hacen, el problema intelectual que la muerte plantea a los vivos, sino que vemos en el conflicto afectivo que tal situación crea a los supervivientes la fuerza que impulsa al hombre a reflexionar e investigar.

La primera creación teórica de los hombres, esto es, la de los espíritus, provendría, pues, de la misma fuente que las primeras restricciones morales a las que los mismos se someten, o sea las prescripciones tabú. Pero la identidad de origen no implica, en ningún modo, una simultaneidad de aparición. Si la situación de los supervivientes con respecto a los muertos fue realmente lo que hizo reflexionar al hombre y le obligó a ceder a los espíritus una parte de su omnipotencia y sacrificar una parte de su libertad de acción, podemos decir que estas formaciones sociales representan un primer reconocimiento de la Ἀνάγκαιη, (necesidad) que se opone al narcisismo humano. El primitivo se inclinaría ante la fatalidad de la muerte con el mismo gesto por el que parece negarla.

Prosiguiendo el análisis de nuestras hipótesis, podríamos preguntarnos cuáles son los elementos esenciales de nuestra propia estructura psicológica que retornan y se reflejan en las formaciones proyectivas de las almas y de los espíritus. No puede negarse que la representación primitiva del alma coincide en sus rasgos esenciales con la ulterior del alma inmaterial, considerando, como ésta, que las personas y las cosas se hallan compuestas de dos elementos diferentes, entre los cuales aparecen distribuidas las diversas cualidades y modificaciones de la totalidad. Esta dualidad primitiva —para servirnos de la expresión de Herbert Spencer[1538]— es ya idéntica a aquel dualismo que se manifiesta en la corriente diferenciación de cuerpo y alma y cuyas indestructibles expresiones verbales reconocemos en la descripción del furioso o del demente como hombre que está «fuera de sí» o que «no está en sí[1539]».

Lo que así proyectamos, idénticamente al primitivo, en la realidad exterior, no puede ser sino nuestro conocimiento de que junto a un estado en el que una cosa es percibida por los sentidos y la conciencia, esto es, junto a un estado en el que una cosa dada se halla *presente*, existe otro en el que esta

misma cosa no es sino *latente*, aunque susceptible de volver a hacerse presente. Dicho de otro modo: lo que proyectamos es nuestro conocimiento de la coexistencia de la percepción y el recuerdo, o, generalizando, de la existencia de procesos psíquicos *inconscientes*, a más de los *conscientes*[1540]. Podría decirse que el *espíritu* de una persona o de una cosa se reduce, en último análisis, a la propiedad que las mismas poseen de constituirse en objeto de un recuerdo o de una representación, cuando se hallan sustraídos a la percepción directa.

Ni en la representación primitiva del *alma*, ni tampoco en la moderna, podemos esperar hallar aquella precisa delimitación que la ciencia actual establece entre las actividades psíquicas inconscientes y conscientes. El alma animista reúne más bien las propiedades de ambas instancias. Su fluidez, su movilidad y su facultad de abandonar un cuerpo y tomar posesión de un modo permanente o pasajero de otro distinto, son caracteres que recuerdan la naturaleza de la conciencia. Pero la forma en que se mantiene oculta detrás de las manifestaciones de la personalidad hace pensar en lo inconsciente. Hoy en día no atribuimos ya la inmutabilidad y la indestructibilidad a los procesos conscientes, sino a los inconscientes, y consideramos a estos últimos como los verdaderos sustentadores de la actividad psíquica.

Hemos dicho antes que el animismo es un sistema intelectual y la primera teoría completa del mundo, y queremos ahora deducir algunas consecuencias de la concepción psicoanalítica de tal sistema. Nuestra experiencia cotidiana es muy apropiada para recordarnos a cada instante sus principales particulares. Soñamos durante la noche, y hemos aprendido a interpretar nuestros sueños. Sin renegar de su naturaleza, pueden los sueños mostrarse confusos e incoherentes, pero pueden también imitar el orden de las impresiones de la vida real, deduciendo un suceso de otro y estableciendo una correlación entre diferentes partes de su contenido, aunque nunca hasta el punto de no presentar algún absurdo o alguna incoherencia. Sometiendo un sueño a la interpretación, averiguamos que la disposición inconstante e irregular de sus partes constitutivas no presenta importancia ninguna para su comprensión. Lo esencial en el sueño son las ideas latentes, y estas ideas poseen siempre un sentido, son coherentes y se hallan dispuestas conforme a

un cierto origen. Pero su orden y su disposición difieren totalmente de los del contenido manifiesto por nosotros recordado. La conexión de las ideas latentes ha desaparecido o ha sido sustituida por otra distinta en el contenido manifiesto. Además de la condensación de los elementos oníricos, ha tenido efecto, casi siempre, una nueva ordenación de los mismos, más o menos independientes de la primitiva. Por último, aquello que la elaboración onírica ha hecho de las ideas latentes ha pasado por un nuevo proceso —el llamado *elaboración secundaria*—, dirigido a desterrar la incoherencia resultante de la elaboración onírica y sustituirla por un nuevo *sentido*. Este nuevo sentido, establecido por la elaboración secundaria, no es ya el sentido de las ideas latentes.

La elaboración secundaria del producto de la elaboración onírica constituye un excelente ejemplo de la naturaleza y las exigencias de un sistema. Una función intelectual que nos es inherente exige de todos aquellos objetos de nuestra percepción o nuestro pensamiento, de los que llega a apoderarse, un mínimo de unidad, de coherencia y de inteligibilidad, y no teme establecer relaciones inexactas cuando por circunstancias especiales no consigue aprehender las verdaderas. Esta formación de sistemas se nos muestran no sólo en los sueños, sino también en las fobias y las ideas obsesivas y en determinadas formas del delirio. En la paranoia constituye el rasgo más evidente y dominante del cuadro patológico. Tampoco en las demás formas de neuropsicosis puede quedar desatendido. En todos estos casos nos es fácil demostrar que ha tenido efecto una *nueva ordenación* de los materiales psíquicos, correspondiente a un nuevo fin, y a veces forzada, aunque comprensible si nos colocamos en el punto de vista del sistema. Lo que mejor caracteriza entonces a este último es que cada uno de sus elementos deja transparentar, por lo menos, dos motivaciones, una de las cuales reposa en los principios que constituyen la base del sistema (y puede, por tanto, presentar todos los caracteres de la locura), y otra, oculta, que debe ser considerada como la única eficaz y real.

He aquí, a título de ilustración, un ejemplo tomado de la neurosis. En el capítulo sobre el tabú he mencionado de pasada a una enferma cuyas interdicciones obsesivas presentaban una singularísima semejanza con el tabú de los maoríes. La neurosis de esta mujer se hallaba orientada contra su

marido y culminaba en la repulsa del deseo inconsciente de la muerte del mismo. Sin embargo, en su fobia, manifiesta y sistemática, no piensa la paciente para nada en su marido, el cual aparece eliminado de sus cuidados y preocupaciones conscientes. Lo que la paciente teme es oír hablar de la muerte en general. Un día oyó a su marido encargar que mandasen afilar sus navajas de afeitar a una determinada tienda. Impulsada por una singular inquietud, fue la paciente a ver el lugar en el que dicha tienda se hallaba situada, y a la vuelta de su viaje de exploración exigió de su marido que se desprendiese para siempre de sus navajas, pues había descubierto que al lado de la tienda en la que iban a ser afiladas existía una funeraria. De este modo creó su intención un enlace indisoluble entre las navajas de afeitar y la idea de la muerte. Ésta es la motivación sistemática de la prohibición. Pero podemos estar seguros de que aun sin el descubrimiento de la macabra vecindad hubiera vuelto la enferma a su casa en la misma disposición de ánimo. Para ello le hubiera bastado encontrar en su camino un entierro, una persona de luto o ver una corona fúnebre. La red de las condiciones se hallaba suficientemente extendida para que la presa cayera en ella, fuese como fuese. Sólo de la sujeto dependía aprovechar o no las ocasiones que habían de presentarse.

Sin temor a equivocarnos podemos admitir que en otros casos cerraba los ojos ante tales ocasiones, y entonces decía que «el día había sido bueno». Asimismo adivinamos fácilmente la causa real de la prohibición relativa a las navajas de afeitar. Tratábase de un acto de defensa contra el placer que la paciente experimentaba ante el pensamiento de que al servirse de las navajas recientemente afiladas podía su marido cortarse fácilmente el cuello.

Exactamente del mismo modo podemos reconstruir y detallar una perturbación de la deambulación, una abasia o una agorafobia, en los casos en que uno de estos síntomas ha conseguido sustituir o un deseo inconsciente y a la defensa contra el mismo. Todas las demás fantasías inconscientes o reminiscencias eficaces del enfermo utilizan entonces tal exutorio para imponerse, a título de manifestaciones sintomáticas, y entrar en el cuadro formado por la perturbación de la deambulación, afectando relaciones aparentemente racionales con los demás elementos. Sería, pues, una empresa vana y absurda querer deducir, por ejemplo, la estructura sintomática y los

detalles de una agorafobia del principio fundamental de la misma.

La coherencia y el rigor de las relaciones no son sino aparentes. Una observación más penetrante descubrirá en ellas, como en la formación de la fachada de un sueño, las mayores inconsecuencias y arbitrariedades. Los detalles de tal fobia sistemática toman su motivación real de razones ocultas, que pueden no tener nada que ver con la perturbación de la deambulación. A esta circunstancia se debe también que las manifestaciones de estas fobias difieran tan profunda y radicalmente de una persona a otra.

Volviendo al sistema que aquí nos interesa más particularmente, o sea al del animismo, podemos concluir, por lo que de otros sistemas psicológicos sabemos, que tampoco entre los primitivos es la «superstición» la motivación única o necesaria de las prohibiciones y costumbres tabú. Habremos, pues, de investigar los motivos ocultos que en el fondo puedan constituir su base real. Bajo el reinado de un sistema animista, toda prescripción y toda actividad tienen que presentar una justificación sistemática que denominaremos «supersticiosa»; pero la «superstición» es, como la «angustia», el «sueño» o el «demonio», una de aquellas construcciones provisoras que caen por tierra ante la investigación psicoanalítica. Desplazando estas construcciones, colocadas a manera de pantalla entre los hechos y el conocimiento, comprobados que la vida psíquica y la cultura de los salvajes se hallan aún muy lejos de haber sido estimadas en su verdadero valor.

Si consideramos la represión de tendencias como una medida del nivel de cultura, nos veremos obligados a reconocer que incluso bajo el sistema animista ha habido progresos y desarrollos que han sido tratados con un injustificado desprecio, por atribuirles una motivación supersticiosa. Cuando oímos referir que los guerreros de una tribu salvaje se imponen antes de entrar en campaña severas medidas de castidad y pureza[1541], nos inclinamos en el acto a juzgar que si se desembarazan de sus impurezas es para hacerse menos vulnerable a la influencia mágica de sus enemigos y que, por tanto, su abstinencia no es motivada sino por razones supersticiosas. Pero el hecho de la represión de determinadas tendencias queda subsistente, y comprenderemos mejor estos casos, admitiendo que si el guerrero se impone todas estas restricciones es por una razón de equilibrio, pues sabe que se hallará pronto en situación de ofrecerse la más completa satisfacción de sus

tendencias crueles y hostiles, satisfacción que le estaba prohibido buscar en tiempo ordinario. Lo mismo sucede con los numerosos casos de restricción sexual que nos imponemos mientras nos hallamos consagrados a trabajos que traen consigo una cierta responsabilidad[1542]. Por mucho que se dé a estas prohibiciones una explicación extraída de las relaciones mágicas, no deja de saltar a la vista su razón fundamental. Trátase de realizar una economía de fuerzas por medio de la renuncia a la satisfacción de determinadas tendencias, y si queremos admitir a todo precio la racionalización mágica de la prohibición, no debemos echar a un lado tampoco su raíz higiénica. Cuando los hombres de una tribu salvaje son convocados para la caza, la pesca, la guerra o la cosecha de plantas preciosas, sus mujeres, que permanecen en el hogar, quedan sometidas durante la expedición a numerosas y graves restricciones, a las que los mismos salvajes atribuyen una favorable acción a distancia sobre el resultado de la expedición. Pero no es necesaria gran clarividencia para darse cuenta de que esta acción a distancia no es otra que la ejercida sobre el pensamiento de los ausentes y que detrás de todos estos disfraces se disimula un excelente conocimiento psicológico, o sea el de que los hombres no trabajarán con todas sus energías sino hallándose completamente seguros de la conducta de sus mujeres, que permanecen solas y sin que nadie las vigile en el hogar. A veces oímos expresar directamente y sin ninguna motivación psicológica la idea de que la infidelidad de la mujer puede anular por completo el trabajo responsable del hombre ausente.

Las innumerables prescripciones tabú a las que son sometidas las mujeres de los salvajes durante la menstruación aparecen motivadas por el temor supersticioso a la sangre, y es ésta, desde luego, una razón real. Pero sería injusto no tener en cuenta las intenciones estéticas o higiénicas, a cuyo servicio resulta hallarse este temor; intenciones que han debido disimularse en todos los casos bajo disfraces mágicos.

Advertimos perfectamente que con estas tentativas de explicación nos exponemos al reproche de atribuir al salvaje actual una sutileza psíquica que traspasa los límites de lo verosímil. Pienso, sin embargo, que con la psicología de los pueblos que han permanecido en la fase animista podría sucedemos lo que con la vida anímica infantil, cuya riqueza y sutileza no han sido justamente estimadas durante mucho tiempo por la falta de comprensión

de los adultos.

Voy a mencionar aún un grupo de prescripciones tabú, inexplicables hasta el presente, y lo hago porque tales prescripciones aportan una confirmación resplandeciente de la interpretación psicoanalítica. En muchos pueblos salvajes se halla prohibido conservar en la casa, en determinadas circunstancias, armas cortantes e instrumentos puntiagudos[1543]. Frazer cita una superstición alemana, según la cual no se debe colocar o mantener un cuchillo con el filo de la hoja dirigida hacia arriba, pues Dios y los ángeles podrían herirse. ¿Cómo no ver en este tabú una alusión a ciertos actos sintomáticos que podríamos hallarnos tentados de cometer con ayuda del arma cortante y bajo la influencia de malas inclinaciones inconscientes?

IV
EL RETORNO INFANTIL AL TOTEMISMO

DEL psicoanálisis, que ha sido el primero en descubrir la constante determinación de los actos y productos psíquicos, no es de temer que se vea tentado de retraer a una sola fuente un fenómeno tan complicado como la religión. Cuando, por deber o por necesidad, se ve obligado a mostrarse unilateral y a no hacer resaltar sino una sola fuente de esta institución, no pretende afirmar que tal fuente sea única ni que ocupe el primer lugar entre las demás. Sólo una síntesis de los resultados obtenidos en las diferentes ramas de la investigación podrá decidir la importancia relativa que debe ser atribuida en la génesis de la religión al mecanismo que a continuación vamos a intentar describir. Pero tal labor sobrepasaría tanto los medios de que el investigador psicoanalítico dispone como el fin que persigue.

I En el capítulo 1) de este apartado establecimos la noción del totemismo.

Hemos visto que el totemismo es un sistema que en algunos pueblos primitivos de Australia, América y África reemplaza a la religión y constituye la base de la organización social. Sabemos que en 1869 atrajo el escocés

MacLennan, por vez primera, la atención general sobre los fenómenos del totemismo, considerados hasta entonces como simples curiosidades, expresando la opinión de que muchos usos y costumbres existentes en diferentes sociedades antiguas y modernas debían ser considerados como supervivencias de una época totémica. Desde esta fecha ha reconocido la ciencia la importancia del totemismo en toda su amplitud. Como una de las últimas opiniones formuladas sobre esta cuestión citaré la que Wundt expresa en sus *Elementos de la psicología de los pueblos* (1912): «Teniendo en cuenta todos estos hechos, podemos admitir, sin temor a apartarnos demasiado de la verdad, que la cultura totémica ha constituido en todas partes una fase preliminar del desarrollo ulterior y un estado de transición entre la humanidad primitiva y la época de los héroes y de los dioses» (pág. 139).

El fin que en el presente ensayo perseguimos nos obliga a estudiar más detenidamente los caracteres del totemismo. Por razones que más tarde comprenderá el lector prefiero seguir aquí la exposición desarrollada por S. Reinach, que en 1900 formuló el siguiente *Código del totemismo* en doce artículos, especie de catecismo de la religión totemista[1544];

1. Ciertos animales no deben ser muertos ni comidos. Los hombres mantienen en cautividad individuos de estas especies animales y los rodean de cuidados.

2. Un animal muerto accidentalmente hace llevar luto a la tribu y es enterrado con iguales honores que un miembro de la misma.

3. La prohibición alimenticia no recae algunas veces sino sobre una cierta parte del cuerpo del animal.

4. Cuando se impone la necesidad de matar a un animal habitualmente respetado, se excusa la tribu cerca de él y se intenta atenuar, por medio de toda clase de artificios y expedientes, la violencia del tabú; esto es, el asesinato.

5. Cuando el animal es sacrificado ritualmente, es solemnemente llorado.

6. En ciertas ocasiones solemnes y en determinadas ceremonias religiosas se revisten los individuos con la piel de determinados animales. Entre los pueblos que viven aún bajo el régimen del totemismo se utiliza para estos usos la piel del totem.

7. Existen tribus e individuos que se dan el nombre de los animales totem.

8. Muchas tribus se sirven de imágenes de animales como símbolos heráldicos y ornan con ellas sus armas de caza o de guerra. Los hombres se dibujan o tatúan en sus cuerpos las imágenes de estos animales.

9. Cuando el tótem es un animal peligroso y temido, se admite que respeta a los miembros del clan que lleva su nombre.

10. El animal tótem defiende y protege a los miembros del clan.

11. El animal tótem predice el porvenir a sus fieles y les sirve de guía.

12. Los miembros de una tribu totemista creen con frecuencia hallarse enlazados al animal tótem por un origen común.

Para apreciar en su valor este catecismo de la religión totémica es necesario saber que Reinach ha incluido en él todos los signos y todos los fenómenos de supervivencia, en los que se basan los autores para afirmar la existencia, en un momento dado, del sistema totémico. La actitud particular del autor con respecto al problema se manifiesta en que prescinde, hasta cierto punto, de los rasgos esenciales del totemismo. Más adelante veremos, en efecto, que las dos proposiciones fundamentales del catecismo totémico relega una a último término y omite la otra por completo.

Para formarnos una idea exacta de los caracteres del totemismo nos dirigiremos a un autor que ha consagrado a este tema una obra en cuatro volúmenes, en los cuales nos ofrece una completísima colección de observaciones y una detenida y profunda discusión de los problemas que las mismas plantean. Aunque nuestra investigación psicoanalítica nos haya conducido a resultados distintos de los suyos, no olvidaremos nunca lo mucho que a Frazer debemos ni el placer y las enseñanzas que la lectura de su obra fundamental, *Totemism and Exogamy*, nos ha proporcionado[1545].

«Un tótem —escribía Frazer en su primer trabajo (*Totemism*, Edimburgo, 1887), reproducido luego en el primer volumen de su gran obra *Totemism and Exogamy*—, es un objeto material al que el salvaje testimonia un supersticioso respeto porque cree que entre su propia persona y cada uno de los objetos de dicha especie existe una particularísima relación. Esta relación entre un hombre y su tótem es siempre recíproca. El tótem protege al hombre, y el hombre manifiesta su respeto hacia el tótem en diferentes modos; por

ejemplo, no matándole cuando es un animal o no cogiéndole cuando es una planta. El tótem se distingue del fetiche en que no es nunca un objeto único, como este último, sino una especie animal o vegetal; con menos frecuencia, una clase de objetos inanimados, y más raramente aún, una clase de objetos artificialmente fabricados».

Pueden distinguirse, por lo menos, tres variedades de totem:

1. El tótem del clan, que se transmite hereditariamente de generación en generación.

2. El tótem particular a un sexo; esto es, perteneciente a todos los miembros varones o hembras de una tribu dada, con exclusión de los miembros del sexo opuesto.

3. El tótem individual, que pertenece a una sola persona y no se transmite a sus descendientes.

Las dos últimas variedades presentan una importancia insignificante comparadas con el tótem de la tribu. Aparecieron muy posteriormente a éste y no son sino formaciones accesorias.

El tótem de la tribu (o del clan) es venerado por un grupo de hombres y mujeres que llevan su nombre, se consideran como descendientes de un antepasado común y se hallan estrechamente ligados unos a otros por deberes comunes y por la creencia en el tótem común.

El totemismo es un sistema a la vez religioso y social. Desde el punto de vista religioso consiste en las relaciones de respeto y de mutua consideración entre el hombre y el totem. Desde el punto de vista social, en obligaciones de los miembros del clan entre sí y con respecto a otras tribus. En el curso del desarrollo ulterior del totemismo muestran estos dos aspectos una tendencia a separarse uno de otro. El sistema social sobrevive con frecuencia al religioso, e inversamente hallamos restos del totemismo en la religión de países en los cuales ha desaparecido ya el sistema social fundado en el totemismo. Dada nuestra ignorancia de los orígenes del totemismo, no podemos determinar con certidumbre la modalidad de las relaciones primitivamente existentes entre tales dos sectores, religioso y social. Es, sin embargo, muy verosímil que se hallasen al principio inseparablemente ligados uno al otro. Dicho en otros términos, cuanto más nos remontamos en el curso del desarrollo totémico, más claramente comprobamos que los miembros de la tribu se consideran

pertenecientes a la misma especie que el totem, y que su actitud con respecto al mismo no difiere en nada de la que observan con respecto a los demás miembros de su tribu.

En su descripción especial del totemismo como sistema religioso nos enseña Frazer que los miembros de una tribu se nombran según el tótem y *creen también, en general, que descienden de él*. De esta creencia resulta que no cazan al animal totem, no lo matan ni lo comen, y se abstienen de todo otro uso del tótem cuando el mismo no es un animal, La prohibición de matar y comer el tótem no es el único tabú que a él se refiere. A veces está también prohibido tocarle e incluso mirarle o pronunciar su nombre. La transgresión de estas prohibiciones del tabú, protectoras del totem, es castigada automáticamente con graves enfermedades o con la muerte[1546].

El clan sustenta y mantiene en cautividad, con gran frecuencia, individuos de la raza totem[1547]. Un animal tótem es llorado y enterrado como un miembro del clan cuando es encontrado muerto. En aquellas ocasiones en que se ven forzados a matar un animal totem, lo hacen observando un ritual de excusa y ceremonias de expiación.

La tribu espera de su tótem protección y respeto. Cuando el mismo es un animal peligroso (animal de presa o serpiente venenosa), se le supone incapaz de perjudicar a sus camaradas humanos, y cuando esta creencia queda contradicha, es la víctima expulsada de la tribu. Los juramentos —piensa Frazer— eran, al principio, ordalías, y así, se sometía a la decisión del tótem la resolución de cuestiones delicadas, tales como las de descendencia o autenticidad. El tótem auxilia a los hombres en las enfermedades y dispensa al clan presagios y advertencias. La aparición de un animal tótem cerca de una casa era considerada con frecuencia como el anuncio de una muerte, suponiéndose que el tótem venía a buscar a su pariente[1548].

En muchas circunstancias importantes, el miembro del clan procura acentuar su parentesco con el totem, haciéndose exteriormente semejante a él; esto es, cubriéndose con la piel del animal o haciéndose tatuar en el cuerpo la imagen del mismo, etc. En los sucesos solemnes, tales como el nacimiento, la iniciación de los adolescentes y los entierros, se exterioriza en palabras y actos esta identificación con el totem. Para ciertos fines mágicos y religiosos se bailan danzas, en el curso de las cuales todos los miembros de la tribu se

cubren con la piel de su tótem e imitan los ademanes que le caracterizan. Hay, en fin, ceremonias en el curso de las cuales es solemnemente sacrificado el animal[1549].

El lado social del totemismo se expresa sobre todo en un determinado mandamiento, rigurosísimo, y en una amplia restricción. Los miembros de un clan totémico se consideran como hermanos y hermanas, obligados a ayudarse y protegerse recíprocamente. Cuando un miembro del clan es muerto por un extranjero, toda la tribu de que el asesino forma parte es responsable de su acto criminal, y el clan a que pertenecía la víctima exige solidariamente la expiación de la sangre vertida. Los lazos totémicos son más fuertes que los de familia en el sentido que actualmente les atribuimos y no coinciden con ellos, pues el tótem se transmite generalmente por línea materna, siendo muy probable que la herencia paterna no existiese al principio en absoluto.

La restricción tabú correlativa consiste en que los miembros del mismo clan totémico no deben contraer matrimonio entre sí y deben abstenerse en general de todo contacto sexual. Nos hallamos aquí en presencia de la *exogamia*, el famoso y enigmático corolario del totemismo. A ella hemos consagrado ya todo el primer capítulo de la presente obra y, por tanto, nos limitaremos a recordar: primero, que es un efecto del pronunciado horror que el incesto inspira al salvaje; segundo, que se nos hizo comprensible como prevención contra el incesto en los matrimonios de grupo, y tercero, que primitivamente se halla encaminada a preservar del incesto a la generación joven, y sólo después de un cierto desarrollo llega a constituir también una traba para las generaciones anteriores[1550].

A esta exposición del totemismo, debida a Frazer y una de las primeras en la literatura sobre este tema, añadiremos algunos extractos de otra más reciente. En sus *Elementos de psicología de los pueblos*, publicados en 1912, escribe Wundt (pág. 116): «El animal tótem es considerado como el animal antepasado del grupo correspondiente. *Tótem* es, pues, por un lado, una designación de grupo, y, por otro, un nombre patronímico, presentando también, en esta última acepción, una significación mitológica. Todas estas significaciones del concepto de tótem están, sin embargo, muy lejos de

hallarse rigurosamente delimitadas. En ciertos casos retroceden a último término algunas de ellas, convirtiéndose entonces los tótem en una simple nomenclatura de las divisiones del clan, mientras que en otros pasa, en cambio, a primer término la representación relativa a la descendencia o a la significación ritual del totem… La noción del tótem sirve de base a la *subdivisión interior y a la organización del clan*. Estas normas y su profundo arraigo en las creencias y los sentimientos de los miembros del clan hicieron que el animal tótem no fuera considerado al principio únicamente como el nombre de un grupo de miembros de una tribu, sino casi siempre también como el antepasado de dichos miembros… De este modo llegaron tales animales antepasados a ser objeto de un culto… Este culto se exterioriza en determinadas ceremonias y solemnidades, pero sobre todo en la actitud individual con respecto al totem. El carácter totémico no era privativo de un animal único, sino de todos los pertenecientes a una especie determinada. Salvo en ciertas circunstancias excepcionales, estaba rigurosamente prohibido comer de la carne del animal totem. Esta interdicción presenta una importante contrapartida en el hecho de que en determinadas ocasiones solemnes, y observando un cierto ceremonial, era muerto y comido el animal totem…» «… El aspecto social más importante de esta divisa totémica de la tribu consiste en las normas morales que de ella resultan con respecto a las relaciones de los grupos entre sí. Las más importantes de estas normas son las que se refieren a las relaciones matrimoniales. Así resulta que dicha división de la tribu implica un importante fenómeno que aparece por vez primera en la época totemista: la exogamia».

Haciendo abstracción de todas las modificaciones y atenuaciones ulteriores, podemos considerar como característicos del totemismo primitivo los siguientes rasgos esenciales: *Los tótem no eran primitivamente sino animales y se los consideraba como los antepasados de las tribus respectivas. El tótem no se transmitía sino por línea materna. Estaba prohibido matarlo o comer de él*, cosa que para el hombre primitivo significaba lo mismo. Por último, *los miembros de una división totémica se veían rigurosamente prohibidos a todo contacto sexual con los del sexo opuesto pertenecientes al mismo clan*[1551].

Extrañamos, pues, que en el *código del totemismo formulado* por Reinach aparezca omitido uno de los dos tabú capitales, la exogamia, y no se mencione el otro, el carácter ancestral del animal totem, sino de pasada. Pero si hemos preferido a otras esta exposición de Reinach, autor que, por otra parte, ha contribuido muy meritoriamente al esclarecimiento de estas cuestiones, ha sido sobre todo para preparar a nuestros lectores a las divergencias de opinión que habremos de encontrar en los autores a los que acudiremos ahora en demanda de aclaraciones.

II Conforme se fue haciendo más evidente que el totemismo representaba una fase normal de toda cultura, fue también imponiéndose la necesidad de llegar a su inteligencia y elucidar el enigma de su naturaleza. Todo es enigmático en el totemismo, pero hemos de ver sus problemas capitales en los relativos a los orígenes de la genealogía totémica, a la motivación de la exogamia y del tabú del incesto por ella representado y a las relaciones entre la genealogía y la exogamia; esto es, entre la organización totémica y la prohibición del incesto. Nuestra inteligencia de la singular institución totémica habrá de ser a la vez histórica y psicológica y esclarecer tanto las condiciones en las que se ha desarrollado como las necesidades psíquicas del hombre, de las que constituye una expresión.

Habrá de extrañar a nuestros lectores averiguar que para contestar a estas interrogaciones se han situado los investigadores en puntos de vista muy diferentes y que sus resultados muestran grandes divergencias. De este modo, todo lo que pudiera afirmarse sobre el totemismo y la exogamia es aún inseguro. El mismo cuadro que antes hemos desarrollado guiándonos por un trabajo de Frazer publicado en 1897 tiene el inconveniente de expresar un arbitrario prejuicio de dicho autor, y seguramente sería hoy rectificado por el mismo, que no tuvo nunca reparo en modificar sus conclusiones cuando un nuevo conocimiento lo exigía[1552].

Parece natural admitir que si lográsemos aproximarnos más a los orígenes del totemismo y de la exogamia, no nos sería ya nada difícil penetrar en la esencia de ambas instituciones. Mas para juzgar acertadamente nuestra situación ante estas materias habremos de conservar siempre presente la observación de Andrew Lang de que tampoco los pueblos primitivos han

conservado las formas originales de dichas instituciones ni las condiciones de su formación, de manera que nos vemos obligados a suplir con hipótesis las lagunas que la observación directa ha de presentar necesariamente[1553]. Entre las tentativas de explicación desarrolladas hasta ahora hay algunas que el psicólogo tiene que rechazar desde el primer momento como inadecuadas por ser demasiado racionalistas y no tener en cuenta el lado afectivo de la materia o parecer basadas en premisas aún no confirmadas por la observación. Otras, por último, se apoyan en materiales que podrían ser interpretados más justificadamente en un distinto sentido. No es, en general, difícil refutar las diferentes opiniones expuestas, pues, como siempre sucede, muestran los autores un mayor acierto en las críticas de que se hacen objeto unos a otros que en la parte positiva de sus trabajos. El resultado final de sus consideraciones sobre cada uno de los puntos tratados suele ser, en la mayoría de ellos, un *non liquet*. Así, pues, no extrañaremos comprobar que en las obras más recientes sobre estas materias, de las que sólo habremos de citar aquí una pequeña parte, se manifiesta una tendencia cada día mayor a declarar imposible la solución general de los problemas totémicos. (Véase, por ejemplo, el estudio de B. Goldenweiser en el *Journal of Amer*. *Folklore*, XXIII, 1910; trabajo resumido en el *Britannica Year Book*, 1913). En la mención de tales hipótesis contradictorias habré de permitirme prescindir de su orden cronológico.

a) *El origen del totemismo*.

El problema de los orígenes del totemismo puede ser formulado también en la forma siguiente: ¿Cómo llegaron los hombres primitivos a denominarse (y denominar a sus tribus) con los nombres de animales, plantas y objetos inanimados[1554]?.

El escocés MacLennan[1555], al que debe la ciencia el descubrimiento del totemismo y de la exogamia, se abstuvo de pronunciarse sobre los orígenes del totemismo. Según una comunicación de A. Lang[1556], se inclinó durante mucho tiempo a referir el totemismo a las costumbres del tatuaje. Las teorías enunciadas hasta ahora sobre los orígenes del totemismo pueden dividirse en tres grupos: α) las teorías nominalistas; β) las teorías sociológicas, y Ï) las teorías psicológicas.

α) *Las teorías nominalistas*.

El contenido de estas teorías justifica, como lo verá el que siguiere leyendo, su clasificación bajo el título.

Garcilaso de la Vega, descendiente de los incas del Perú, que escribió en el siglo XVII la historia de su pueblo, retrajo lo que sabía de los fenómenos totémicos a la necesidad de las tribus de distinguirse unas de otras por sus nombres[1557]. Dos siglos más tarde volvemos a hallar la misma opinión en la *Etnología*, de A. K. Klane, autor que ve el origen del tótem en las armas heráldicas adoptadas por los individuos, familias y tribus para distinguirse entre sí[1558].

Max Müller ha expresado también este punto de vista en sus *Contributions to the Science of Mythology*[1559]. Según él, un tótem sería: 1.º, una insignia del clan; 2.º, un nombre del clan; 3.º, el nombre de un antecesor del clan; 4.º, el nombre de un objeto venerado por el clan. En 1900 escribía J. Pikier: «Los hombres reconocieron la necesidad de dar a cada colectividad y a cada individuo un nombre permanente, fijado por la escritura… El totemismo no nació, pues, de una necesidad religiosa, sino de una necesidad prosaica y práctica. El nódulo del totemismo, esto es, la denominación, constituye una consecuencia de la técnica de la escritura primitiva. El carácter del tótem es también el de los signos gráficos, fáciles de reproducir. Pero una vez que los salvajes se dieron el nombre de un animal, dedujeron de ello la idea de un parentesco con el mismo[1560]».

Herbert Spencer[1561] atribuía igualmente a la denominación el papel decisivo en la formación del totemismo. Según él, habría habido ciertos individuos que por presentar determinadas cualidades recibieron nombre de animales y adquirieron de este modo títulos honoríficos o sobrenombres que transmitieron después a su descendencia. A causa de la indeterminación de los idiomas primitivos, las generaciones ulteriores habrían interpretado estos nombres como un testimonio de su descendencia de dichos animales, quedando así transformado el totemismo, a consecuencia de una errónea interpretación, en un culto a los antepasados.

Lord Averbury (más conocido con el nombre de sir John Lubbock) explica exactamente del mismo modo, aunque sin insistir en el error de

interpretación, el origen del totemismo. Si queremos explicar el culto de los animales, dice, no debemos olvidar la frecuencia con que los hombres suelen tomar nombres zoológicos. Los hijos o los partidarios de un hombre que haya recibido el nombre de *oso* o de *león*, convirtieron, naturalmente, este nombre en nombre de familia o de tribu, resultando así que el animal mismo llegó luego a ser objeto de un cierto respeto y hasta de un culto.

Contra esta teoría que deduce los nombres totémicos de los individuales, formula Fison una objeción, al parecer irrefutable[1562]. Invocando las informaciones que sobre Australia poseemos, muestra que el tótem es siempre una designación de un grupo de hombres y nunca la de un individuo. Si el tótem hubiese sido primitivamente el nombre de un individuo, no habría podido transmitirse jamás a los hijos, dado el régimen de sucesión materna.

Todas estas teorías que acabamos de citar son, además, manifiestamente insuficientes. Explican por qué las tribus primitivas llevan nombres de animales, más no, en cambio, la importancia que esta denominación ha adquirido para ellas, o sea el sistema totémico. La teoría más notable de este grupo es la desarrollada por Lang en sus obras *Social origins* (1903) y *The secret of the totem* (1905). Esta teoría considera también la denominación como el nódulo del problema, pero hace intervenir a dos interesantes factores psicológicos y pretende resolver así, de un modo definitivo, el enigma del totemismo.

Según Lang, importa poco de qué modo llegaron los clanes a darse nombres de animales. Basta con admitir que hubo un día en el que advirtieron que llevaban tales nombres, sin que supieran determinar la causa. *El origen de los mismos había sido olvidado*. Entonces habrían intentado obtener una explicación especulativa de su denominación, y dada la importancia que atribuían a los nombres, tenían que llegar necesariamente a todas las ideas contenidas en el sistema totémico. Los nombres no eran para los primitivos, como tampoco lo son para los salvajes de nuestros días, e incluso para nuestros niños[1563], algo convencional e indiferente, sino atributos significativos y esenciales. El nombre de un individuo es una de las partes esenciales de su persona y quizá incluso de su alma. El hecho de llevar el mismo nombre que un animal dado debió de inclinar al primitivo a admitir un importante y misterioso enlace entre su persona y la especie animal cuyo

nombre llevaba. ¿Y qué otro enlace hubiera podido concebir sino la consanguinidad? Pero admitido éste, fundándolo en la identidad de nombre, todas las prescripciones totémicas, incluso la exogamia, habían de derivarse de él como consecuencia directa del tabú de consanguinidad.

«No more than these three things —a group animal name of unknown origin; belief in a trascendental connection between all bearers, human and bestial, of the same name; and belief in the blood superstition— was needed to give rise to all the totemic creeds and practices, including exogamy». (*Secret of the totem*, página 126.)

La explicación de Lang es, por decirlo así, de dos tiempos. La primera parte de su teoría deduce el sistema totémico, con una necesidad psicológica, de la existencia del nombre totémico, partiendo de la hipótesis del olvido del origen de dicho nombre. La segunda procura descubrir tal origen, y, como pronto veremos, es de naturaleza muy diferente.

Esta segunda parte no se aleja, en efecto, gran cosa de las demás teorías nominalistas. La necesidad práctica de distinguirse obligó, según ella, a las tribus a atribuirse denominaciones diferentes, y cada una de ellas se atuvo preferentemente a aquella que las demás le daban. Este *naming from without* constituye la característica de la teoría de Lang. El hecho de que fueran nombres de animales los adoptados no tiene por qué extrañarnos, tanto menos cuanto que tales denominaciones zoológicas no podían ser consideradas por los hombres primitivos como un baldón o una burla. Lang cita, además, numerosos casos de épocas históricas más próximas, en los que nombres dados a título de burla fueron gustosamente aceptados por los interesados (’Les Gueux’, los *whigs* y los *lories*). La hipótesis de que el origen del nombre totémico fue olvidado en el curso de los tiempos enlaza esta segunda parte de la teoría de Lang a la primera, precedentemente expuesta.

β) *Las teorías sociológicas*.

S. Reinach, que ha investigado con éxito las supervivencias del sistema totémico en el culto y las costumbres de períodos posteriores, pero que ha dejado pasar inadvertido desde el principio el carácter ancestral del animal totem, afirma en una de sus obras que el tótem no es, a su juicio, sino «una hipertrofia del instinto social[1564]».

Tal es también la idea en que se basa la obra de E. Durkheim (1912) titulada *Les formes élémentaires de la vie religieuse. Le système totémique en Australie*. El tótem no sería, según Durkheim, sino el representante visible de la religión social de estos pueblos y encarnaría a la colectividad, la cual sería el verdadero objeto del culto.

Otros autores han buscado argumentos más concretos en apoyo de esta tesis que atribuye a las tendencias sociales un papel predominante en la formación de las instituciones totémicas. Así, A. C. Haddon supone que toda tribu primitiva se alimentaba al principio de una sola especie de animales o plantas, e incluso comerciaba quizá con ella, utilizándola como medio de cambio contra productos proporcionados por otras tribus. Era, pues, natural que esta tribu acabase por ser conocida para los demás bajo el nombre del animal que desempeñaba en su vida tan importante papel. Al mismo tiempo debió de nacer en ella una familiaridad particular con el animal de referencia y una especie de interés hacia él, fundado únicamente en la más elemental y más urgente de las necesidades humanas, o sea en el hambre[1565].

A esta teoría, la más racionalista de todas las relativas al totemismo, se ha objetado que el régimen de alimentación que supone no ha sido comprobado en ninguna parte entre los primitivos y no ha existido probablemente jamás. Los salvajes son omnívoros, y tanto más cuanto más bajo es su nivel de cultura. Por otro lado, no se comprende cómo este régimen exclusivo hubiera podido dar origen a una actitud casi religiosa con respecto al tótem y culminante en una abstención absoluta del alimento preferido.

La primera de las tres teorías que Frazer ha formulado sobre el origen del totemismo es una teoría psicológica. Más adelante hablaremos de ella.

La segunda, de la que vamos ahora a ocuparnos, le fue sugerido por un importante trabajo de dos investigadores sobre los indígenas de la Australia Central[1566].

Spencer y Guillen describían en su obra toda una serie de singularísimas instituciones, costumbres y creencias observadas en un grupo de tribus conocidas con el nombre de nación arunta, y Frazer se adhirió a su conclusión, según la cual debían ser consideradas tales singularidades como rasgos de un estado primario, resultando así susceptibles de informarnos sobre el sentido primero y auténtico del totemismo.

Las particularidades observadas en la tribu arunta (una parte de la nación arunta) son las siguientes:

1.ª Los aruntas presentan la división en clanes totémicos; pero el tótem no es transmitido por herencia, sino determinado individualmente (ya veremos en qué forma).

2.ª Los clanes totémicos no son exógamos, y las restricciones matrimoniales se hallan fundadas, en esta minuciosísima división, en clases matrimoniales que nada tienen que ver con el totem.

3.ª La función del clan totémico consiste en la realización de una ceremonia, cuyo fin es el de provocar, por medios esencialmente mágicos, la multiplicación del objeto totémico comestible (esta ceremonia se llama *intichiuma*).

4.ª Los aruntas sustentan una teoría singular sobre la concepción y la resurrección. Pretenden que los espíritus de los muertos pertenecientes al mismo tótem esperan su resurrección reunidos en ciertos lugares de su territorio y se introducen en el cuerpo de las mujeres que pasan por dichos lugares. Al nacer un niño indica la madre el lugar en el que cree haberlo concebido, y el tótem del niño es determinado conforme a esta indicación.

Admiten, además, que los espíritus, tanto los de los muertos como los de los resucitados, se hallan ligados a ciertos amuletos de piedra de una forma particular (llamados «churinga»), que se hallan en dichos lugares.

Dos hechos parecen haber sugerido a Frazer la opinión de que las instituciones de los arunta representan la forma más antigua del totemismo. En primer lugar, la existencia de ciertos mitos que afirman que los antecesores de los arunta se alimentaron regularmente de su tótem y no se casaron jamás sino con mujeres pertenecientes al mismo tótem que ellos. En segundo, la importancia aparentemente secundaria que los arunta atribuyen al acto sexual en su teoría de la concepción. Estos hombres, que no han reconocido que la fecundación es consecuencia de las relaciones sexuales, pueden ser considerados, justificadamente, como los más primitivos entre todos los actualmente existentes.

Tomando como base de su opinión sobre el totemismo la ceremonia *intichiuma*, creyó ver Frazer el sistema totémico a una luz completamente nueva, bajo el aspecto de una organización puramente práctica, destinada a

combatir las necesidades más naturales del hombre. (Véase la opinión de Haddon anteriormente expuesta)[1567]. El sistema totémico se le apareció, simplemente, como una «cooperative magic» en gran escala. Los primeros formaban, por decirlo así, una asociación mágica de producción y consumo. Cada clan totémico se encargaba de asegurar la abundancia de cierto artículo alimenticio. Cuando el tótem no era ya un animal comestible, sino un animal feroz o una fuerza natural, la lluvia, el viento, etc., se encargaba el clan correspondiente de ocuparse de este orden de fenómenos para alejar sus efectos perjudiciales. Cada uno de los clanes ejercía sus funciones en beneficio de todos los demás. Como el clan no debía comer de su tótem o sólo podía probarlo en determinadas ocasiones, se dedicaba a provisionar de él a los demás, que le proporcionaban, a cambio, aquello de que se habían encargado, conforme a su deber totémico social. A la luz de esta teoría, fundada en la ceremonia *intichiuma*, supuso Frazer que, deslumbrados por la prohibición de comer del animal totem, habían dejado inadvertido hasta entonces los investigadores el aspecto social del problema; esto es, el mandamiento de velar porque los demás no carecieran del tótem comestible.

Frazer admitió la tradición arunta de que todos los clanes totémicos se alimentaron originariamente de su totem, sin restricción alguna. Pero después tropezó con grandes dificultades para la comprensión del desarrollo ulterior, en el que el clan se contentaba con procurar a los demás el totem, renunciando por su parte a alimentarse de él. Supuso entonces que tal restricción no fue dictada por un respeto de orden religioso, sino que obedeció quizá a la observación de que ningún animal se alimentaba con la carne de los de su misma especie. De esta observación habrían deducido los primitivos que la infracción de tal costumbre podía debilitar su identificación con el tótem y disminuir el poder que deseaban adquirir y conservar sobre él. Tal restricción podía también explicarse por el deseo de hacer propicio al animal totem, respetándolo. De todos modos, no se hacía Frazer ilusiones sobre las dificultades con las que tal teoría tropezaba[1568], como tampoco se atrevió a pronunciarse sobre la forma en que la costumbre de contraer matrimonio dentro de la tribu, afirmada por la mencionada leyenda arunta, hubo de transformarse después en la exogamia.

La teoría de Frazer, fundada en el *intichiuma*, presupone y admite la

naturaleza primitiva de las instituciones aruntas. Ahora bien: parece imposible mantener esta afirmación ante las objeciones que le han sido opuestas por Durkheim[1569] y Lang[1570]. Los arunta se presentan, por el contrario, como la más desarrollada de las tribus australianas, y parecen hallarse más bien en una fase de disolución que en el principio del totemismo. Los mitos, que tan profunda impresión hicieron a Frazer, por proclamar, contrariamente a las instituciones hoy en vigor, la libertad de comer del tótem y contraer matrimonio en el interior del clan totémico, deben ser consideradas como fantasías optativas proyectadas en el pasado; esto es, como un mito análogo al de la edad de oro.

Ï) *Las teorías psicológicas*.

La primera teoría formulada por Frazer, antes de conocer las observaciones de Spencer y Gillen, es de carácter psicológico y se basa en la creencia en el «alma exterior[1571]». El tótem representaría un refugio en el que el alma sería depositada para sustraerla a los peligros que pudieran amenazarla. Cuando el primitivo había confiado su alma a su totem, se hacía invulnerable y se guardada, naturalmente, de causar el menor daño al portador de la misma; pero como no sabía cuál de los individuos de la especie animal totémica era tal portador, tomaba el partido de respetar a la especie entera. Más tarde renunció Frazer, por sí mismo, a enlazar el sistema totémico a la creencia en las almas.

Cuando llegaron a su conocimiento las observaciones de Spencer y Gillen, formuló una segunda teoría —la sociológica antes analizada—, pero tampoco ésta consiguió satisfacerle definitivamente, pues reconoció que el motivo atribuido en ella al totemismo era demasiado racionalista y suponía una organización social en exceso complicada para ser primitiva[1572]. Las asociaciones cooperativas mágicas se le mostraron entonces más bien como frutos tardíos que como gérmenes del totemismo, y buscó, por tanto, detrás de ellas un factor más sencillo, una superstición primitiva de la que fuese posible derivar el totemismo, hallándolo en la singularísima teoría de los arunta sobre la concepción.

Los arunta suprimen, como ya indicamos, toda relación entre la concepción y el acto sexual. Cuando una mujer se siente fecundada, es que en

el momento en que experimenta dicha sensación ha habido un espíritu que aspiraba a la resurrección y que ha abandonado su residencia para introducirse en el cuerpo de dicha mujer, la cual le dará a luz, como hijo suyo. Tal hijo tendrá el tótem de los espíritus que esperan su resurrección en la misma residencia de aquel que en él ha encarnado. Esta teoría no puede, desde luego, explicar el totemismo, puesto que supone ya la existencia del tótem; pero si retrocedemos un poco más y admitimos que la mujer creía desde un principio que el animal, la planta, la piedra o el objeto que ocupaba su pensamiento en el instante en que se sintió fecundada había penetrado realmente en ella, para nacer después en forma humana, quedará realmente justificada, por esta creencia de la madre, la identidad del hombre con su totem, y todas las prohibiciones totémicas, con exclusión de la exogamia, podrán ser deducidas de ella. En estas condiciones es natural que el hombre se niegue a comer el animal o la planta totem, pues ello significaría comerse a sí mismo. Pero de cuando en cuando se sentirá dispuesto a consumir ceremoniosamente un poco de su totem, con el fin de reforzar de este modo su identidad con él, identidad que constituye la parte esencial del totemismo. Las observaciones de W. H. R. Rivers sobre los naturales de las islas de Banko parecen demostrar, en efecto, la identificación directa del hombre con su totem, basada en una análoga teoría de la concepción[1573].

La última fuente del totemismo consistiría, pues, en la ignorancia en que se encuentran los salvajes de la forma en la que los hombres y los animales procrean y perpetúan su especie, y sobre todo del papel que el macho desempeña en la fecundación. Esta ignorancia ha podido ser favorecida por el largo intervalo que separa el acto de la fecundación del nacimiento del niño (o del momento en que la madre advierte los primeros movimientos del feto). El totemismo sería así una creación del espíritu femenino y no del masculino y tendría su fuente en los «antojos» de la mujer encinta. «Todo lo que ha impresionado la imaginación de una mujer en aquel misterioso momento de su vida en el que sintió que era madre ha podido ser, en efecto, fácilmente identificado por ella con el niño que llevaba en su seno. Estas ilusiones maternales, tan naturales y, según parece, tan universales pueden muy bien haber sido la raíz del totemismo[1574]».

La objeción principal que puede oponerse a esta tercera teoría de Frazer

es la misma que fue formulada contra su segunda teoría, o sea contra la sociológica. Los arunta parecen hallarse muy lejos de los comienzos del totemismo. Su negación de la paternidad no parece reposar en una ignorancia primitiva. En muchos casos conocen incluso la herencia por línea paterna. Diríase más bien que han sacrificado la paternidad a una especie de especulación destinada a asegurar el culto a los espíritus de los antepasados[1575]. Haciendo del mito de la inmaculada concepción una teoría general, no han dado mayor prueba de ignorancia de las condiciones de la procreación que los pueblos de la antigüedad en la época del nacimiento de los mitos cristianos.

El holandés G. A. Wilken ha propuesto otra explicación del origen del totemismo, enlazándolo con la creencia en la transmigración de las almas. «El animal al que según la creencia general pasaban las almas de los muertos se convertía así en un pariente por consanguinidad, esto es, en un antepasado, y era venerado corno tal». Sin embargo, es más bien la creencia en la transmigración de las almas la que podría explicarse por el totemismo, y no éste por ella[1576].

Otra teoría del totemismo ha sido formulada por varios excelentes etnólogos americanos, tales como Fr, Boas. Hill-Tout y otros. Apoyándose en observaciones realizadas en tribus totémicas americanas, afirma esta teoría que el tótem tiene su origen en un espíritu tutelar, concebido en un sueño a un antepasado de la tribu y transmitido por éste a su posteridad. Pero ya indicamos anteriormente las dificultades que se oponen a la explicación de los orígenes del totemismo por la transmisión hereditaria e individual. Además, las observaciones realizadas en Australia no justifican en ningún modo tal relación de origen entre el tótem y un espíritu tutelar[1577].

La teoría psicológica más reciente, esto es, la de Wundt, considera como decisivos los dos hechos siguientes: El de que el objeto totémico más primitivo y difundido sea el animal y el de que los animales totémicos más extendidos sean aquéllos a los que se atribuye un alma[1578]. Ciertos animales, como las serpientes, los pájaros, los lagartos y los ratones, parecen muy apropiados, por su gran movilidad, su poder de volar y otras propiedades que inspiran sorpresa u horror, para constituirse en portadores de las almas que han abandonado los cuerpos. El animal totémico sería, pues, un producto

de los avatares zoológicos del alma humana. Así, pues, el totemismo, según Wundt, se enlazaría directamente con la creencia en las almas; esto es, con el animismo.

b) y c) *El origen de la exogamia y sus relaciones con el totemismo*.

Aun habiendo citado con algún detalle las teorías relativas al totemismo, temo no haber dado una idea suficiente de ellas a causa de las abreviaciones a las que me he visto obligado a recurrir. Mas por lo que concierne a las cuestiones de que ahora vamos a ocuparnos, creo poder permitirme, en interés del lector mismo, ser aún más conciso, pues las discusiones surgidas sobre la exogamia de los pueblos totémicos son particularmente numerosas, complicadas y hasta confusas, y para el fin que en el presente estudio perseguimos ha de bastarnos recoger algunas líneas directivas de las mismas, remitiendo, por lo demás, a aquellos que deseen formarse una idea más profunda de la cuestión a las obras especiales que ya hemos tenido frecuente ocasión de citar.

La actitud de un autor ante los problemas enlazados con la exogamia depende naturalmente, hasta cierto punto, de sus simpatías por una de las diversas teorías totémicas. Algunas de las explicaciones expuestas carecen de toda relación con la exogamia, como si se tratase de dos instituciones por completo diferentes. De este modo nos hallamos ante dos concepciones, una de las cuales se ajusta a las apariencias primitivas y ve en la exogamia una parte especial del sistema totémico, mientras que la otra niega tal enlace y no cree sino en una coincidencia accidental de estos dos rasgos de las civilizaciones primitivas. En sus trabajos más recientes ha adoptado Frazer sin reservas este último punto de vista.

«Debo rogar al lector —dice— que tenga siempre presente el hecho de que las dos instituciones, el totemismo y la exogamia, son fundamentalmente distintas por su origen y su naturaleza, aunque se entrecrucen y se mezclen accidentalmente con un gran número de tribus». (*Totemism and Exogamy*, I, prefacio, página xii.)

Este autor nos pone directamente en guardia contra el punto de vista opuesto, en el que ve una fuente de dificultades y de interpretaciones erróneas. Contrariamente a Frazer, han hallado otros autores el medio de ver

en la exogamia una consecuencia necesaria de las ideas fundamentales del totemismo. Durkheim[1579] expone en sus trabajos que el tabú enlazado al tótem debía implicar necesariamente la prohibición del contacto sexual con las mujeres pertenecientes al mismo totem. El tótem es de la misma sangre que el hombre, y, por tanto, el tabú de la sangre tiene que prohibir necesariamente (refiriéndose en particular a la desfloración y a la menstruación) las relaciones sexuales con una mujer del mismo totem[1580]. A. Lang, de acuerdo con Durkheim en este punto, llega incluso a opinar que no es necesario invocar el tabú de la sangre para motivar la prohibición de las relaciones sexuales con mujeres de la misma tribu[1581]. El tabú totémico general, que prohíbe, por ejemplo, sentarse a la sombra del árbol tabú, bastaría para ello. Como más adelante veremos, sustenta aún este mismo autor otra teoría diferente sobre los orígenes de la exogamia, dejando, por cierto, en la oscuridad la relación que puede unir a esta segunda teoría con la precedentemente expuesta. Por lo que concierne a la sucesión en el tiempo, opina la mayoría de los autores que el totemismo es anterior a la exogamia[1582].

Entre las teorías que tienden a explicar la exogamia independientemente del totemismo no recogeremos sino aquellas que representan las diferentes actitudes de los autores con respecto al problema del incesto.

MacLennan[1583] ha explicado muy ingeniosamente la exogamia por la supervivencia de costumbres que parecen revelar la existencia en una época más antigua del rapto de mujeres. Admitía este autor que en las épocas más primitivas existía la costumbre general de procurarse mujeres robándolas a tribus extranjeras, y que poco a poco se fue haciendo cada vez más excepcional el matrimonio con mujeres de la propia tribu, acabando por quedar prohibido[1584]. En su obra busca la razón de la exogamia en la penuria de mujeres de que estas tribus primitivas sufrían, a consecuencia de la costumbre que en ellas reinaba de matar a la mayoría de los nacidos de sexo femenino inmediatamente después de su nacimiento. No hemos de ocuparnos aquí de comprobar si los hechos reales confirman estas hipótesis de MacLennan, pues nos basta advertir que incluso admitiendo tales hipótesis no queda explicado por qué a los hombres de la tribu habrían de hacerse inaccesibles las pocas mujeres de su clan, ni por qué el autor deja a un lado

por completo el problema del incesto[1585]. Opuestamente a este punto de vista y manifiestamente con mucha más razón han visto otros investigadores en la exogamia una institución destinada a preservar del incesto al individuo[1586].

Si tenemos en cuenta la creciente complicación de las restricciones matrimoniales australianas, habremos de compartir la opinión de Morgan, Baldwin Spencer, Frazer y Howitt[1587], según la cual mostrarían estas medidas las huellas de una intención consciente deliberada (*deliberate design*, según Frazer) y habría alcanzado realmente el fin que se proponía. «Es imposible explicar de otra manera en todos sus detalles un sistema a la vez tan complejo y tan regular[1588]».

Resulta muy interesante comprobar que las primeras restricciones consecutivas a la introducción de las clases matrimoniales recaían sobre la libertad sexual de la generación joven, esto es, sobre el incesto entre hermanos y hermanas y entre hijos y madres, mientras que el incesto entre padres e hijas no fue suprimido sino por prohibiciones ulteriores.

Pero atribuyendo las restricciones sexuales exógamas a intenciones legisladoras, no se explica por qué motivo han sido creadas tales instituciones. ¿De dónde viene en último análisis el horror al incesto, que debe ser considerada como la raíz misma de la exogamia? Evidentemente no basta explicar la fobia del incesto por una aversión instintiva a las relaciones sexuales entre parientes cercanos, o sea por el hecho mismo del horror al incesto, pues la experiencia social nos muestra que, a pesar de tal instinto, el incesto está muy lejos de ser un fenómeno raro, incluso en nuestras sociedades modernas, y la experiencia histórica nos enseña que los matrimonios incestuosos eran obligatorios para determinadas personas privilegiadas.

Westermack[1589] explica la fobia del incesto diciendo que «aquellas personas de sexo diferente que viven juntas desde su infancia experimentan una aversión innata a entrar en relaciones sexuales, y como entre estas personas existe generalmente un parentesco de sangre, halla este sentimiento en la costumbre y en la ley su expresión natural, que es la de la prohibición de las relaciones sexuales entre parientes cercanos». Flavelock Ellis niega el carácter instintivo de esta aversión, pero se aproxima, sin embargo, al punto

de vista de Westermack, diciendo en sus *Studies in the psychology of sex*: «El hecho de que el instinto sexual no se manifieste normalmente entre hermanos y hermanas o entre muchachos y muchachas que han vivido juntos desde su infancia no constituye sino un fenómeno negativo, debido a que en tales circunstancias faltan las condiciones necesarias para despertar el instinto de la cópula… En las personas que han vivido juntas desde su infancia ha embotado la costumbre todos los estímulos que la vista, el oído y el contacto pueden provocar y ha creado entre estas personas un estado de inclinación exento de deseos, incapacitando a dichos estímulos para provocar la excitación erótica necesaria a la producción de la tumescencia genésica».

Nos parece harto singular que al hablar de la aversión innata a las reacciones sexuales experimentada por las personas que han vivido juntas desde su infancia vea al mismo tiempo Westermack en esta tendencia una expresión psíquica del hecho biológico de que los matrimonios consanguíneos son perjudiciales para la especie. Es difícil admitir que un instinto biológico de este género se equivoque en su manifestación psicológica hasta el punto de prohibir, no ya las relaciones sexuales entre parientes consanguíneos, perjudiciales para la especie, sino aquellas otras, totalmente inofensivas desde este punto de vista, entre miembros de una familia o de una misma tribu. No puedo menos de reproducir aquí la crítica que Frazer opone a la afirmación de Westermack. Encuentra, en efecto, inconcebible que la sensibilidad sexual no se oponga en absoluto hoy en día a las relaciones de este género entre personas que han vivido en familia, mientras que el horror al incesto, que, según Westermack, no sería sino un efecto de dicha oposición, es actualmente más intenso que nunca. Más profundas aún son las siguientes observaciones de Frazer, que cito aquí textualmente, porque concuerdan en sus puntos esenciales con los argumentos desarrollados por nosotros en el capítulo sobre el tabú:

«No acertamos a ver por qué un instinto humano profundamente arraigado habría de necesitar ser reforzado por una ley. No hay ley para ordenar al hombre que coma y beba o para prohibirle introducir sus manos en el fuego. Los hombres comen, beben y mantienen sus manos lejos del fuego instintivamente, por temor a los castigos naturales y no legales que se atraerían conduciéndose en contra de su instinto. La ley no prohíbe sino

aquello que los hombres serían capaces de realizar bajo el impulso de algunos de sus instintos. Lo que la Naturaleza misma prohíbe y castiga no tiene necesidad de ser prohibido y castigado por la ley. Asimismo podemos admitir sin vacilación que los crímenes prohibidos por una ley son crímenes que muchos hombres realizarían fácilmente por inclinación natural. Si las malas inclinaciones no existieran, no habría crímenes, y si no hubiera crímenes, no habría tampoco necesidad de prohibirlos. De este modo, resulta que en lugar de deducir de la prohibición legal del incesto la existencia de una aversión natural hacia el mismo, deberíamos más bien deducir la de un instinto natural que impulsara al incesto, admitiendo asimismo que si la ley reprueba este instinto, como tantos otros instintos naturales, es porque los hombres civilizados se han dado cuenta de que su satisfacción habría de ser perjudicial desde el punto de vista social[1590]».

A esta notable argumentación de Frazer puedo añadir por mi parte que las experiencias del psicoanálisis muestran la imposibilidad de la existencia de una aversión innata a las relaciones incestuosas. El psicoanálisis nos enseña, por el contrario, que los primeros deseos sexuales del hombre son siempre de naturaleza incestuosa, y que estos deseos reprimidos desempeñan un papel muy importante como causas determinantes de las neurosis ulteriores.

Es, pues, necesario abandonar la concepción que ve en la fobia del incesto un instinto innato, e igualmente otra teoría de la prohibición del incesto, que cuenta con numerosos partidarios; esto es, la de que los pueblos primitivos habrían dictado tal prohibición con pleno conocimiento de causa después de advertir los peligros inherentes a los matrimonios consanguíneos desde el punto de vista de la procreación. Las objeciones que surgen contra esta tentativa de explicación son numerosísimas[1591]. En primer lugar, y aparte de que la prohibición del incesto debe ser muy anterior a la cría de animales domésticos, en la que el hombre hubiera podido advertir los efectos de los cruces consanguíneos sobre las cualidades de la raza, la naturaleza perjudicial de estos efectos se halla aún en nuestros días muy lejos de ser admitida y es muy difícil de demostrar por lo que al hombre respecta. En segundo, todo lo que sabemos sobre los salvajes actuales hace muy inverosímil la hipótesis de que sus antepasados más lejanos llegaran a preocuparse de poner a su posterioridad al abrigo de los efectos perjudiciales

de las uniones consanguíneas. Resulta casi ridículo atribuir a estos hombres, incapaces de toda previsión y que vivían al día, motivos higiénicos y eugénicos que apenas se tienen en cuenta en nuestra civilización actual[1592]. Puede, por último, objetarse que no basta atribuir la prohibición de las uniones consanguíneas a razones higiénicas y puramente prácticas para explicar la profunda aversión que existe contra el incesto en nuestras sociedades modernas. Por otro lado, y como ya lo hemos indicado en otro lugar, esta fobia del incesto es aún más viva y fuerte en los pueblos primitivos hoy existentes que en los pueblos civilizados[1593].

Así, pues, cuando creíamos poder elegir, también para la explicación de la fobia del incesto, entre causas sociológicas, biológicas y psicológicas, nos vemos obligados, a fin de cuentas, a suscribir la resignada confesión de Frazer: «Ignoramos el origen de la fobia del incesto y no sabemos siquiera en qué dirección debemos buscarlo. Ninguna de las soluciones propuestas hasta ahora nos parece satisfactoria[1594]».

Debo mencionar aún una última tentativa de explicación del origen del incesto que difiere totalmente de aquéllas de que nos hemos ocupado hasta aquí, y podría ser calificada de histórica.

Se enlaza esta tentativa a una hipótesis de Darwin sobre el estado social primitivo de la Humanidad. De las costumbres de los monos superiores dedujo este autor que el hombre vivió también primitivamente en pequeñas hordas, dentro de las cuales quedaba impedida la promiscuidad sexual por los celos del macho más viejo y robusto: «Por lo que sabemos de los celos de todos los mamíferos, muchos de los cuales se nos muestran armados de órganos especiales destinados a la lucha contra sus competidores, podemos concluir, en efecto, que la promiscuidad general de los sexos en el estado de naturaleza es un hecho muy poco probable… Pero si, remontándonos suficientemente en el tiempo, juzgamos las costumbres sociales humanas conforme a la esencia del hombre actual, la conclusión que se nos aparece como más probable es la de que los hombres vivieron primitivamente en pequeñas sociedades, teniendo generalmente cada uno una sola mujer, y a veces, si poseía un alto grado de poderío, varias, que defendía celosamente contra todos los demás hombres. Asimismo pudo no ser el hombre un animal

social y vivir, sin embargo, como el gorila, con varias mujeres de su exclusiva pertenencia. En los grupos de estos animales se ha comprobado siempre, efectivamente, la presencia de un único macho adulto. Cuando el gorila joven llega a un cierto estadio de su crecimiento, lucha con los demás por el dominio absoluto del grupo, y después de matarlos o expulsarlos se constituye en jefe supremo» (Doctor Savage, en el *Boston Journal of Natur. Hist.*, V, 1845-1847). Los jóvenes machos así eliminados y errantes de lugar en lugar, considerarán a su vez, como un deber, cuando lleguen a conquistar una hembra, impedir las uniones consanguíneas demasiado íntimas entre los miembros de una misma familia[1595].

Atkinson[1596] parece haber sido el primero en reconocer que las condiciones que Darwin asigna a la horda primitiva implican la exogamia de los varones jóvenes. Cada uno de estos desterrados podía fundar una horda análoga en el interior de la cual quedaba garantizada y mantenida por sus celos la prohibición de las relaciones sexuales. De este modo acabaron tales condiciones por engendrar la regla que hoy en día se nos muestra como ley consciente, o sea la prohibición de las relaciones sexuales entre miembros de la misma horda. Después de la introducción del totemismo se transformó esta prohibición en la de las relaciones sexuales en el interior del totem.

A. Lang[1597] se ha adherido a esta explicación de la exogamia. Pero en la misma obra se muestra también partidario de otra teoría, la de Durkheim, que ve en la exogamia una consecuencia de las leyes totémicas. No es fácil conciliar los dos puntos de vista, pues, según el primero, habría existido la exogamia antes que el totemismo, y según el segundo, sería un efecto de éste[1598].

III Sólo el psicoanálisis proyecta alguna luz sobre estas tinieblas.

La actitud del niño con respecto a los animales presenta numerosas analogías con la del primitivo. El niño no muestra aún vestigio ninguno de aquel orgullo que mueve al adulto civilizado a trazar una precisa línea de demarcación entre su individuo y los demás representantes del reino animal. Por el contrario, considera a los animales como iguales suyos, y la confesión franca y sincera de sus necesidades le hace sentirse incluso más próximo al animal que al hombre adulto, al cual encuentra indudablemente enigmático.

En este perfecto acuerdo entre el niño y el animal, surge a veces una singular perturbación. El niño comienza de repente a sentir miedo de ciertos animales y a evitar el contacto e incluso la vista de todos los representantes de una especie dada. Se nos presenta entonces el cuadro clínico de la *zoofobia*, una de las afecciones psiconeuróticas más frecuentes de esta edad y quizá la forma más temprana de este género de enfermedades. La fobia recae, por lo regular, sobre animales hacia los que el niño había testimoniado hasta entonces un vivo interés, y no presenta relación ninguna con un determinado animal particular. La elección del animal objeto de la fobia aparece harto limitada en nuestras grandes ciudades, y, por tanto, encontramos con gran frecuencia como tales objetos los caballos, los perros y los gatos; más raras veces, los pájaros, y, en cambio, muy repetidamente, animales de pequeñas dimensiones, tales como los escarabajos y las mariposas. Asimismo pueden constituirse en objeto de una fobia animales que el niño no conoce sino por sus libros de estampas o por los cuentos que ha oído relatar.

La determinación de la forma en que se han llevado a cabo estas inusitadas elecciones del animal objeto de la fobia sólo raras veces se consigue. Al doctor K. Abraham (1914) debemos la comunicación de un caso en el que el niño explicó por sí mismo su miedo a las avispas diciendo que le hacían pensar en el tigre, animal muy temible, según le habían contado.

Las zoofobias de los niños no han sido aún objeto de un detenido examen analítico, no obstante merecerlo en alto grado. Ello depende, quizá, de las dificultades inherentes a la realización de análisis con sujetos de tan poca edad. No podemos, por tanto, afirmar haber llegado al conocimiento del sentido general de estas enfermedades, sentido que, por otra parte, no creemos puede ser unitario. Sin embargo, algunas de estas fobias, relativas a animales de crecido tamaño, se han mostrado accesibles al análisis y han revelado su enigma al investigador. En todas ellas se nos ha revelado, sin excepción, que cuando el infantil sujeto pertenece al sexo masculino, se refiere su angustia a su propio padre, aunque haya sido desplazada sobre el animal objeto de la fobia.

Todo psicoanalítico ha tenido ocasión de observar casos de este género y recogido en ellos iguales impresiones, a pesar de lo cual son muy poco numerosas las publicaciones detalladas sobre este tema, circunstancia

puramente accidental, y de la que sería erróneo concluir que nuestra afirmación no se apoya sino en observaciones aisladas. El doctor Wulff, de Odesa[1599], es uno de los autores que con mayor inteligencia se han ocupado de las neurosis infantiles. En una de sus comunicaciones, en la que desarrolla el historial clínico de un niño de nueve años, encontramos la descripción de una fobia de los perros, padecida por el infantil sujeto cuando apenas acababa de cumplir los cuatro. Cuando veía un perro por la calle, se echaba a llorar y gritaba: «¡No me cojas, perrito!; seré bueno». Por ser bueno entendía «no volver a tocar el violín», esto es, no masturbarse[1600].

En el curso de su estudio hace Wulff el siguiente resumen de este caso: Su fobia de los perros no es, en el fondo, sino el miedo que su padre le inspira, desplazado sobre dichos animales, pues la singular exclamación «¡Perrito, seré bueno!» (esto es, «no me masturbaré»), se dirige propiamente a su padre, que es quien le ha prohibido la masturbación. Más adelante consigna este autor en una nota una indicación que no se halla completamente de acuerdo con nuestras observaciones, y testimonia, además, de la frecuencia de estos casos: «Estas fobias (fobias de los caballos, de los perros, de las gallinas y de otros animales domésticos) son tan frecuentes en el niño como el *pavor nocturnus*, y el análisis nos revela siempre su origen en el desplazamiento sobre un animal del miedo que el padre o la madre inspiran al infantil sujeto. Lo que no puedo afirmar es si la fobia de los ratones y las ratas, tan difundida, presenta o no el mismo mecanismo».

En el primer volumen de la revista titulada *Jahrbuch für psychoanalistiche und psychopatologische Forschungen* tengo publicado un «Análisis de una fobia de un niño de cinco años[1601]», cuyo historial clínico me fue amablemente comunicado por el padre del sujeto. Se trataba de un miedo tal a los caballos, que el niño se negaba a salir a la calle y temía incluso que llegasen hasta su habitación para morderle. Esta temida agresión debía constituir el castigo de su deseo de que el caballo cayese (muriese). Cuando se logró apaciguar el temor que al niño inspiraba su padre, pudo observarse que luchaba contra el deseo de la ausencia (la partida, la muerte) del mismo, pues veía en él un rival que le disputaba los favores de la madre, hacia la que se orientaban vagamente sus primeros impulsos sexuales. Se hallaba, pues, en aquella típica disposición del sujeto infantil masculino que

ha sido designada por nosotros con el nombre de «complejo de Edipo», y en la que vemos el complejo central de la neurosis. El análisis de este niño, al que llamaremos Juanito, nos reveló una nueva circunstancia, muy interesante desde el punto de vista del totemismo, pues vimos que había desplazado sobre el animal una parte de los sentimientos que su padre le inspiraba.

El análisis nos descubre todos los trayectos asociativos, tanto los de contenido importante como los accidentales, a lo largo de los cuales se efectúa tal desplazamiento, y nos permite adivinar los motivos de este último. El odio nacido de la rivalidad con el padre no ha podido desarrollarse libremente en la vida psíquica del niño, por oponerse a él el cariño y la admiración preexistentes en la misma. El niño se encuentra, pues, en una disposición afectiva equívoca —ambivalente— con respecto a su padre, y mitiga el conflicto resultante de tal actitud desplazando sus sentimientos hostiles y temerosos sobre un subrogado de la persona paterna. Pero este desplazamiento no consigue resolver la situación, estableciendo una definida separación entre los sentimientos cariñosos y los hostiles. Por el contrario, persisten el conflicto y la ambivalencia, pero referidos ahora al objeto del desplazamiento. Así, comprobamos que no es sólo miedo lo que los caballos inspiran a Juanito, sino también respeto e interés. Una vez apaciguados sus temores, se identificó con el temido animal y jugaba a correr y saltar como un caballo, mordiendo a su padre. En otro período de mejoría de la fobia identificó sin temor alguno a sus padres con otros distintos animales de crecido tamaño[1602].

No podemos menos de reconocer en estas zoofobias infantiles ciertos rasgos del totemismo, aunque bajo un aspecto negativo. Sin embargo, debemos a S. Ferenczi la interesantísima observación de un caso singular, que puede ser considerado como una manifestación de totemismo positivo en un niño[1603]. En el pequeño Arpad, cuya historia nos relata Ferenczi, las tendencias totémicas no surgen en relación directa con el complejo de Edipo, sino basadas en la premisa narcisista del mismo, o sea en el miedo a la castración. Pero leyendo atentamente el historial clínico de Juanito, antes mencionado, hallamos también en él numerosos testimonios de que el padre era admirado como poseedor de órganos genitales de gran volumen, y temido al mismo tiempo como una amenaza para los órganos genitales del niño.

Tanto en el complejo de Edipo como en el complejo de la castración desempeña el padre el mismo papel, o sea el de un temido adversario de los intereses sexuales infantiles, que amenaza al niño con el castigo de castrarle o el sustitutivo de arrancarle los ojos[1604].

Teniendo el pequeño Arpad dos años y medio, se puso un día a orinar en el gallinero de su residencia veraniega, y hubo una gallina que le picó o intentó picarle en el pene. Cuando al año siguiente volvió al mismo lugar, se imaginó ser él mismo una gallina, mostró un vivísimo interés, casi exclusivo, por el gallinero y todo lo que en él sucedía, y cambió su lenguaje humano por el piar y el cacarear del corral. En la época a la que la observación se refiere tenía ya cinco años y había vuelto a hallar su idioma, pero no hablaba sino de las gallinas y otros volátiles. No conocía ningún otro juguete y no cantaba sino canciones en las que se trataba de estos animales. Su actitud con respecto a su animal tótem era claramente ambivalente, componiéndose de un odio y un amor desmesurados. Su juego preferido era el de presenciar o simular el sacrificio de una gallina o un pollo. «Constituía para él una fiesta asistir al sacrificio de estas aves, y era capaz de bailar durante horas enteras en derredor del cadáver, presa de una gran excitación». Después besaba y acariciaba al animal muerto o limpiaba y cubría de besos las imágenes de gallinas que él mismo había maltratado antes.

El pequeño Arpad se cuidó por sí mismo de no dejar la menor duda sobre el sentido de su singular actitud. En ocasiones sabía traducir sus deseos del lenguaje totémico al vulgar: «Mi padre es el gallo —dijo un día—. Ahora soy pequeño y soy un pollito; pero cuando sea mayor seré una gallina, y cuando sea "más mayor" aún seré un gallo». Otra vez se negó de repente a comer «madre asada» (por analogía con la gallina asada). Por último, solía amenazar clara y frecuentemente a los demás con la castración, transfiriendo así las amenazas de este género que a él mismo se le hacían a consecuencia de sus prácticas onanistas.

La causa del interés que le inspiraba todo lo que en el corral sucedía no presenta para Ferenczi la menor duda: «Las relaciones sexuales entre el gallo y la gallina, la puesta de los huevos y la salida del pollito» satisfacían su curiosidad sexual, orientada realmente hacia la vida familiar humana. Concibiendo de este modo los objetos de sus deseos, conforme a lo que había

visto en el gallinero, dijo un día a una vecina: «Me casaré contigo, con tu hermana, con mis tres primas y con la cocinera… O no; mejor con mi madre que con la cocinera».

Más adelante completaremos el examen de esta observación. Por ahora nos limitaremos a hacer resaltar dos interesantes coincidencias de nuestro caso con el totemismo; la completa identificación con el animal totémico[1605] y la actitud ambivalente con respecto a él. Basándonos en estas observaciones nos creemos autorizados para sustituir en la fórmula del totemismo —por lo que al hombre se refiere— el animal totémico por el padre. Pero, una vez efectuada tal sustitución, nos damos cuenta de que no hemos realizado nada nuevo ni dado, en verdad, un paso muy atrevido, pues los mismos primitivos proclaman esta relación, y en todos aquellos pueblos en los que hallamos aún vigente el sistema totémico es considerado el tótem como un antepasado. Todo lo que hemos hecho no es sino tomar en su sentido literal una manifestación de estos pueblos que ha desconcertado siempre a los etnólogos, los cuales la han eludido, relegándola a un último término. El psicoanálisis nos invita, por el contrario, a recogerla y enlazar a ella una tentativa de explicación del totemismo.

El primer resultado de nuestra sustitución es ya de por sí muy interesante. Si el animal totémico es el padre, resultará, en efecto, que los dos mandamientos capitales del totemismo, esto es, las dos prescripciones tabú que constituyen su nódulo, o sea la prohibición de matar al tótem y la de realizar el coito con una mujer perteneciente al mismo totem, coincidirán en contenido con los dos crímenes de Edipo, que mató a su padre y casó con su madre, y con los dos deseos primitivos del niño, cuyo renacimiento o insuficiente represión forman quizá el nódulo de todas las neurosis. Si esta semejanza no es simplemente un producto del azar, habrá de permitirnos proyectar cierta luz sobre los orígenes del totemismo en remotísimas épocas, esto es, nos permitirá hacer verosímil la hipótesis de que el sistema totémico constituye un resultado del complejo de Edipo, como la zoofobia de Juanito o la perversión del pequeño Arpad[1606]. Para establecer esta verosimilitud vamos a estudiar a continuación una particularidad aún no mencionada del sistema totémico, o como pudiéramos decir, de la religión totémica.

IV Físico, filólogo, exegeta bíblico, inteligencia tan universal como clarividente y exenta de prejuicios, W. Robertson Smith expone en su obra sobre la religión de los semitas, publicada cinco años después de su muerte, en 1899[1607], la opinión de que una ceremonia singular, la llamada *comida totémica*, formó desde un principio parte integrante del sistema totémico. Para apoyar esta hipótesis no disponía sino de un solo dato; una descripción, procedente del siglo V de nuestra era, de un acto de dicho género; pero, no obstante, supo darle un alto grado de verosimilitud mediante el análisis de la naturaleza del sacrificio entre los antiguos semitas. Como el sacrificio supone la existencia de una divinidad, el proceso lógico seguido por Robertson es una inducción, cuyo punto de partida se halla en una fase superior del culto religioso, y el de llegada en el más primitivo estadio del totemismo.

Intentaremos extractar aquí aquellos pasajes de la excelente obra de Robertson que más pueden interesarnos para el fin del presente estudio, o sea los relativos al origen y a la significación del rito del sacrificio, prescindiendo de los detalles del mismo, a veces en extremo interesantes, y de todo lo referente a su desarrollo ulterior. Creemos un deber advertir al lector que nuestro extracto no puede reflejar apenas la lucidez y la fuerza demostrativa del original.

Expone Robertson que el sacrificio sobre el altar constituía la parte esencial del ritual de las religiones antiguas. Dado que en todas ellas desempeña idéntico papel puede referirse su nacimiento a causas generales, que produjeron en todas partes los mismos efectos.

El sacrificio, el acto sagrado por excelencia (*sacrificium*, ιερονργκχ), no tenía, sin embargo, al principio la significación que adquirió en épocas posteriores, o sea la de una ofrenda hecha a la divinidad para aplacarla o conseguir su favor. (El empleo profano de esta palabra se halla basado en su sentido secundario, que es el de desinterés, abnegación y olvido de sí mismo.) Todo nos hace suponer que el sacrificio no era primitivamente sino *un acto de camaradería (fellowship) social entre la divinidad y sus adoradores*, un acto de comunión de los fieles con su dios.

Ofrecíanse en sacrificio manjares y bebidas; el hombre sacrificaba a su dios aquello de que él mismo se alimentaba: carne, cereales, frutas, vino y aceite, no existiendo restricciones ni excepciones sino con respecto a la carne.

Los animales ofrecidos en sacrificio eran consumidos a la vez por el dios y por sus adoradores, y únicamente las ofrendas vegetales se reservaban al dios, sin participación del hombre. Es indudable que los sacrificios de animales son los más antiguos y fueron al principio únicos. La ofrenda de vegetales tuvo como fuente la de las primicias de todos los frutos, y representaba un tributo pagado al dueño del suelo. Pero los sacrificios de animales son anteriores a la agricultura.

Ciertas supervivencias lingüísticas muestran de un modo irrebatible que la parte del sacrificio destinada al dios era considerada al principio como su alimento real. Pero esta representación llegó a hacerse incompatible con la progresiva desmaterialización de la naturaleza de la divinidad, y se creyó eludirla no asignando a la divinidad sino la parte líquida de la comida. El uso del fuego permitió más tarde preparar los alimentos humanos en una forma más apropiada a la esencia divina, y la carne sacrificada fue quemada sobre el altar, ascendiendo su humo a las moradas celestes. Como brebaje, se ofrecía primeramente al dios la sangre del animal sacrificado, sustituida luego en épocas posteriores por el vino, al cual se consideraba como la «sangre de la vid», nombre que aún le dan los poetas de nuestros días.

La forma más antigua del sacrificio, anterior a la agricultura y al uso del fuego, era, pues, el sacrificio animal, en el que la carne y la sangre eran consumidas en común por el dios y sus adoradores, siendo requisito esencial que cada partícipe recibiese su porción.

Tales sacrificios constituían una ceremonia pública y una fiesta celebrada por el clan entero. La religión era, en general, algo común, y el deber religioso, una obligación social. Los sacrificios y las fiestas coincidían en todos los pueblos, pues cada sacrificio comportaba una fiesta y no había fiesta sin sacrificio. El sacrificio-fiesta era una ocasión de elevarse alegremente por encima de los intereses egoístas y hacer resaltar los lazos que unían a los miembros de la comunidad entre sí y con la divinidad.

La fuerza moral de la comida pública de sacrificio reposaba en representaciones muy antiguas, relativas a la significación del acto de comer y beber en común. Comer y beber con otra persona era a la vez un símbolo de la comunidad social y un medio de robustecerla y contraer obligaciones recíprocas. La comida de sacrificio expresaba directamente el hecho de la

comensalidad del dios y de sus adoradores, y esta «comensalidad» implicaba todas las demás relaciones que se suponían existentes. Ciertas costumbres, que aún hallamos en vigor entre los árabes del desierto, muestran que lo que daba a la comida en común esta fuerza de unión no era un factor religioso, sino el mismo acto de comer. Aquellos que han compartido con tales beduinos un poco de comida o han bebido leche de sus rebaños no tienen ya que temer nada de ellos, y pueden por el contrario, contar con su ayuda y con su protección, aunque no indefinidamente, sino sólo durante el tiempo que el alimento ingerido permanece en el cuerpo. Resulta, pues, que el lazo de la comunidad es concebido de una manera puramente realista, y precisa para ser duradero de la repetición del acto que lo origina.

Mas ¿por qué causa se atribuye esta fuerza de unión al acto de comer y beber en compañía? En las sociedades más primitivas no existe sino un solo lazo que ligue sin condiciones ni excepciones: la comunidad de clan (*kinship*). Los miembros de esta comunidad son solidarios unos de otros. Un *kin* es un grupo de personas cuya vida forma tal unidad física, que puede considerarse a cada una de ellas como un fragmento de una vida común. Así, cuando un miembro del *kin* muere de muerte violenta, no dicen los demás: «Ha sido vertida la sangre de Fulano», sino «Ha sido vertida nuestra sangre». La frase hebrea con la que se reconoce el parentesco de tribu dice: «Tú eres hueso de mis huesos y carne de mi carne». *Kinship* significa, pues, formar parte de una sustancia común. De este modo, la *kinship* no aparece fundada únicamente en el hecho de ser el individuo una parte de la sustancia de la madre de que ha nacido y de la leche que le ha alimentado, sino que se adquiere o se refuerza posteriormente por la absorción de alimentos, con los que el sujeto mantiene y renueva su cuerpo. Participando de una comida con la divinidad, se expresaba la convicción de que se era de la misma sustancia que ella, pues no se compartía nunca una comida con aquellos que eran considerados como extranjeros.

La comida de sacrificio era, pues, primitivamente una comida solemne que reunía a los miembros del clan o de la tribu, conforme a la ley de que sólo los miembros del clan podían comer reunidos. En nuestras sociedades modernas la comida reúne a los miembros de la familia, pero en la comida de sacrificio no desempeñaba ésta papel ninguno. La *kinship* es una institución

anterior a la vida de familia. Las más antiguas familias que conocemos se componían regularmente de personas unidas por diferentes órdenes de parentesco. Los hombres casaban con mujeres pertenecientes a otros clanes, y como los hijos quedaban adscritos al clan de la madre, no existía ningún parentesco de tribu entre el padre y los demás miembros de su familia. En tales familias no se celebraban, pues, comidas comunes. Todavía actualmente comen los salvajes por separado, pues las prohibiciones religiosas del totemismo relativas a los alimentos les hace imposible comer con sus mujeres y sus hijos.

Volvamos ahora nuestra atención al animal del sacrificio. Sabemos ya que no había reunión de la tribu sin el sacrificio de un animal; pero también, y esto es muy importante, que ningún animal doméstico podía ser sacrificado sino con ocasión de uno de estos sucesos solemnes. Fuera de ellos, se alimentaba el pueblo con frutas, caza y leche, pero ciertos escrúpulos religiosos prohibían matar un animal doméstico para el consumo personal. Es innegable, dice Robertson Smith, que todo sacrificio era primitivamente un sacrificio colectivo del clan y que la *muerte de la víctima* pertenecía originalmente a *los actos prohibidos al individuo y sólo justificados cuando la tribu entera asumía la responsabilidad*. No existe entre los primitivos sino una única categoría de actos a los que pueda aplicarse tal característica; esto es, aquellos que se refieren al carácter sagrado de la sangre común de la tribu. Una vida que ningún individuo puede suprimir y que no puede ser sacrificada sino con el consentimiento y la participación de todos los miembros del clan, ocupa el mismo lugar que la vida de los miembros del clan mismo. La regla de que todo invitado a la comida del sacrificio ha de gustar de la carne del animal sacrificado tiene igual significación que la prescripción según la cual un miembro de la tribu que ha incurrido en falta ha de ser ejecutado por la tribu entera. En otros términos, el animal sacrificado era tratado como un miembro de la tribu, y *la comunidad que ofrecía el sacrificio, su dios, y el animal sacrificado eran de la misma sangre* y miembros de un único y mismo clan.

Apoyándose en numerosos datos, identifica Robertson Smith al animal sacrificado con el antiguo animal totémico. En la antigüedad había dos especies de sacrificios: los de animales domésticos cuya carne era

generalmente consumida, y los sacrificios extraordinarios de animales prohibidos como impuros. Una investigación más detenida nos revela que estos animales impuros eran animales sagrados adscritos particularmente a determinados dioses, a los que eran sacrificados y con los cuales fueron primitivamente idénticos. Al ofrendarlos en sacrificio hacían resaltar los fieles, por diversos medios, su parentesco con ellos y con el dios al que eran sacrificados. Pero en épocas más antiguas no existía aún esta diferenciación entre sacrificios ordinarios y sacrificios «místicos». Todos los animales eran entonces sagrados y se hallaba prohibido comerlos, salvo en ocasiones solemnes y con la participación de la tribu entera. La muerte del animal era asimilada a la de un individuo de la tribu y había de ser realizada observando iguales precauciones y garantías contra todo reproche.

El aprovechamiento de animales domésticos y los progresos de la ganadería parecen haber traído consigo en todas partes el fin del totemismo puro de los tiempos primitivos[1608]. Pero las huellas del carácter sagrado de los animales domésticos que hallamos en las religiones «pastorales» evidencian el primitivo carácter totémico de los mismos. Muy avanzada ya la época clásica, prescribían algunos ritos que el sacrificador huyera una vez consumado el sacrificio como si hubiese de sustraerse a un castigo. En Grecia se hallaba muy difundida la creencia de que el sacrificio de un buey constituía un verdadero crimen, y ciertas fiestas atenienses —las *bouphonias* —, en las que se sacrificaban animales de esta especie, eran seguidas de un verdadero proceso, sometiéndose a interrogatorio a todos los partícipes, los cuales se manifestaban de acuerdo en echar la culpa al cuchillo, que era arrojado al mar.

A pesar del temor que protegía la vida del animal sagrado, como si fuese un miembro de la tribu, se imponía de cuando en cuando la necesidad de sacrificarlo solemnemente en presencia de toda la comunidad y distribuir su carne y su sangre entre los miembros de la tribu. El motivo que dictaba estos actos nos revela el sentido más profundo del sacrificio. Sabemos que en épocas posteriores toda comida hecha en común y toda participación en la misma sustancia creaban, al penetrar en los cuerpos, un lazo sagrado entre los comensales; pero en tiempos más remotos no era atribuida esta significación sino a la consumición en común de la carne del animal sagrado. *El misterio*

sagrado de la muerte del animal se justifica por el hecho de que solamente con ella puede establecerse el lazo que une a los partícipes entre sí y con su dios[1609].

Este lazo no es otro que la vida misma del animal sacrificado, la vida que reside en su carne y en su sangre y se comunica por medio de la comida de sacrificio a todos aquellos que en ellos toman parte. Esta representación continúa constituyendo la base de todos los *pactos de sangre* hasta épocas bastante recientes. La concepción eminentemente realista de la comunidad de sangre como una identidad de sustancia explica por qué se juzgaba necesario renovar de cuando en cuando esta identidad por el procedimiento puramente físico de la comida de sacrificio.

Interrumpimos aquí la comunicación del razonamiento de Robertson Smith para resumir lo más brevemente posible su sustancia y su nódulo. Con el nacimiento de la idea de la propiedad privada fue concebido el sacrificio como un don hecho a la divinidad, como la transferencia a ésta de una parte de la propiedad del hombre. Pero esta interpretación no explica todas las particularidades del ritual del sacrificio. En los tiempos más remotos poseía el animal del sacrificio por sí mismo un carácter sagrado. Su vida era intangible y no podía ser despojado de ella sino con la participación y bajo la responsabilidad de toda la tribu en presencia del dios, con objeto de conseguir la sustancia sagrada, cuya absorción había de reforzar la identidad material de los miembros de la tribu entre sí y con la divinidad. El sacrificio era un sacramento: la víctima, un miembro del clan, y, en realidad, el antiguo animal totémico el mismo dios primitivo, cuyo sacrificio y absorción reforzaban la identidad de los miembros de la tribu con la divinidad.

De este análisis del sacrificio dedujo Robertson Smith que la muerte y absorción periódicas del tótem en las épocas que precedieron al *culto de divinidades antropomórficas* constituían un importantísimo elemento de la religión totémica. El ceremonial de una comida totémica de este género se halla, a su juicio, detallado en una descripción de un sacrificio de época posterior. St. Nilus habla del rito seguido en sus sacrificios por los beduinos del desierto de Sinai a finales del siglo IV de nuestra era. La víctima, un camello, era colocada sobre un grosero altar de piedra, y el jefe de la tribu, después de hacer dar a los asistentes tres vueltas en derredor del ara

entonando cánticos rituales, le infería la primera herida y bebía con avidez la sangre que de ella manaba. A continuación se arrojaba la tribu entera sobre el animal, y cada uno cortaba con su espada un pedazo de la carne aún palpitante, consumiéndolo en el acto. Tan rápidamente sucedía todo ello, que en el breve intervalo entre la salida de la estrella matutina, a la cual era ofrecido el sacrificio, y el momento en que dicho astro comenzaba a palidecer ante los rayos del sol naciente, desaparecía por completo el animal sacrificado, hasta el punto de no quedar de él ni carne, ni huesos, ni piel, ni entrañas. Este rito bárbaro que, según todas las probabilidades, se remonta a una época muy antigua, no era, como parecen demostrarlo otros testimonios, una costumbre aislada, sino la forma primitiva general del sacrificio totémico, sometida luego, en el curso de los tiempos, a las más diversas atenuaciones.

Muchos autores han rehusado adscribir a la concepción de la comida totémica importancia alguna, alegando que no resulta confirmada por la observación directa de pueblos en plena fase totémica. Pero Robertson ha citado varios casos en los que la significación sacramental del sacrificio parece indudable, como, por ejemplo, los sacrificios humanos en los aztecas y otros, que recuerdan las condiciones de la comida totémica, tales como los sacrificios de osos en la tribu de los osos de los ouataouak de América o las fiestas de osos entre los ainos del Japón.

Frazer relata detalladamente estos casos y otros análogos en las dos partes últimamente publicadas de su gran obra[1610]. Una tribu india de California, que adora a una gran ave de presa (el cóndor), mata todos los años en el curso de una solemne ceremonia un individuo de esta especie, después de lo cual es llorada la víctima y conservada su piel y sus plumas. Los indios zuni de Nuevo Méjico proceden del mismo modo con su tortuga sagrada.

En la ceremonia *intichiuma* de las tribus de Australia Central se ha observado una particularidad que confirma las hipótesis de Robertson Smith. Toda tribu que recurre a procedimientos mágicos para garantizar la multiplicación de su totem, del cual no tiene, sin embargo, el derecho de gustar por sí sola, es obligada en el curso de la ceremonia a absorber un pedazo de su tótem antes que las demás tribus puedan tocar en él. El más interesante ejemplo de ingestión sacramental de un totem, intangible en circunstancias ordinarias, nos es proporcionado según Frazer, por los beni del

África Occidental y se enlaza al ceremonial de inhumación existente en estas tribus[1611].

Por nuestra parte, nos agregamos a la opinión de Robertson Smith, según la cual la muerte sacramental y la consumición en común del animal totémico, intangible en tiempo normal, deben ser consideradas como caracteres importantísimos de la religión totémica[1612].

V Representémonos ahora la escena de la comida totémica, añadiendo a ella algunos rasgos verosímiles que no hemos podido tener antes en cuenta. En una ocasión solemne mata el clan cruelmente a su animal totémico y lo consume crudo —sangre, carne y huesos—. Los miembros del clan se visten para esta ceremonia de manera a parecerse al totem, cuyos sonidos y movimientos imitan, como si quisieran hacer resaltar su identidad con él. Saben que llevan a cabo un acto prohibido individualmente a cada uno, pero que está justificado desde el momento en que todos toman parte de él, pues, además, nadie tiene derecho a eludirlo. Una vez llevado a cabo el acto sangriento, es llorado y lamentado el animal muerto. El duelo que esta muerte provoca es dictado e impuesto por el temor de un castigo, y tiene, sobre todo, por objeto, según la observación de Robertson Smith referente a una ocasión análoga, sustraer al clan a la responsabilidad contraída[1613].

Pero a este duelo sigue una regocijada fiesta en la que se da libre curso a todos los instintos y quedan permitidas todas las satisfacciones. Entrevemos aquí sin dificultad la naturaleza y la esencia misma de la *fiesta*.

Una fiesta es un exceso permitido y hasta ordenado, una violación solemne de una prohibición. Pero el exceso no depende del alegre estado de ánimo de los hombres, nacido de una prescripción determinada, sino que reposa en la naturaleza misma de la fiesta, y la alegría es producida por la libertad de realizar lo que en tiempos normales se halla rigurosamente prohibido.

Pero ¿qué significa el duelo consecutivo a la muerte del animal totémico y que sirve de introducción a esta alegre fiesta? Si la tribu se regocija del sacrificio del totem, que es un acto ordinariamente prohibido, ¿por qué lo llora al mismo tiempo?

Sabemos que la absorción del tótem santifica a los miembros de la tribu y

refuerza la identidad de cada uno de ellos con los demás y de todos con el tótem mismo. El hecho de haber absorbido la vida sagrada, encarnada en la sustancia del totem, explica la alegría de los miembros de la tribu, con todas sus consecuencias.

El psicoanálisis nos ha revelado que el animal totémico es, en realidad, una sustitución del padre, hecho con el que se armoniza la contradicción de que estando prohibida su muerte en época normal se celebre como una fiesta su sacrificio y que después de matarlo se lamente y llore su muerte. La actitud afectiva ambivalente, que aún hoy en día caracteriza el complejo paterno en nuestros niños y perdura muchas veces en la vida adulta, se extendería, pues, también al animal totémico considerado como sustitución del padre.

Confrontando nuestra concepción psicoanalítica del tótem con el hecho de la comida totémica y con la hipótesis darviniana del estado primitivo de la sociedad humana, se nos revela la posibilidad de llegar a una mejor inteligencia de estos problemas y entrevemos una hipótesis que puede parecer fantástica, pero que presenta la ventaja de reducir a una unidad insospechada series de fenómenos hasta ahora inconexas.

La teoría darviniana no concede, desde luego, atención ninguna a los orígenes del totemismo. Todo lo que supone es la existencia de un padre violento y celoso, que se reserva para sí todas las hembras y expulsa a sus hijos conforme van creciendo. Este estado social primitivo no ha sido observado en parte alguna. La organización más primitiva que conocemos, y que subsiste aún en ciertas tribus, consiste en *asociaciones de hombres* que gozan de iguales derechos y se hallan sometidos a las limitaciones del sistema totémico, ajustándose a la herencia por línea materna. ¿Puede esta organización provenir de la postulada por la hipótesis de Darwin? Y en caso afirmativo, ¿qué camino ha seguido tal derivación?

Basándose en la fiesta de la comida totémica, podemos dar a estas interrogaciones la respuesta siguiente: Los hermanos expulsados se reunieron un día, mataron al padre y devoraron su cadáver, poniendo así un fin a la existencia de la horda paterna[1614]. Unidos, emprendieron y llevaron a cabo lo que individualmente les hubiera sido imposible. Puede suponerse que lo que les inspiró el sentimiento de su superioridad fue un progreso de la

civilización quizá, el disponer de un arma nueva. Tratándose de salvajes caníbales era natural que devorasen el cadáver. Además, el violento y tiránico padre constituía seguramente el modelo envidiado y temido de cada uno de los miembros de la asociación fraternal, y al devorarlo se identificaban con él y se apropiaban una parte de su fuerza. La comida totémica, quizá la primera fiesta de la Humanidad, sería la reproducción conmemorativa de este acto criminal y memorable que constituyó el punto de partida de las organizaciones sociales, de las restricciones morales y de la religión[1615].

Para hallar verosímiles estas consecuencias haciendo abstracción de sus premisas, basta admitir que la horda fraterna rebelde abrigaba con respecto al padre aquellos mismos sentimientos contradictorios que forman el contenido ambivalente del complejo paterno en nuestros niños y en nuestros enfermos neuróticos. Odiaban al padre que tan violentamente se oponía a su necesidad de poderío y a sus exigencias sexuales, pero al mismo tiempo le amaban y admiraban. Después de haberle suprimido y haber satisfecho su odio y su deseo de identificación con él, tenían que imponerse en ellos los sentimientos cariñosos, antes violentamente dominados por los hostiles[1616]. A consecuencia de este proceso afectivo surgió el remordimiento y nació la consciencia de la culpabilidad, confundida aquí con él, y el padre muerto adquirió un poder mucho mayor del que había poseído en vida, circunstancias todas que comprobamos aún hoy en día en los destinos humanos. Lo que el padre había impedido anteriormente, por el hecho mismo de su existencia, se lo prohibieron luego los hijos a sí mismos en virtud de aquella «obediencia retrospectiva» característica de una situación psíquica que el psicoanálisis nos ha hecho familiar. Desautorizaron su acto, prohibiendo la muerte del totem, sustitución del padre, y renunciaron a recoger los frutos de su crimen, rehusando el contacto sexual con las mujeres, accesibles ya para ellos. De este modo es como la *consciencia de la culpabilidad* del hijo engendró los dos tabúes fundamentales del totemismo, los cuales tenían que coincidir con los deseos reprimidos del complejo de Edipo. Aquel que infringía estos tabúes se hacía culpable de los dos únicos crímenes que preocupaban a la sociedad primitiva[1617].

Los dos tabúes del testimonio, con los cuales se inicia la moral humana, no poseen igual valor psicológico. Sólo uno de ellos, el respeto al animal

totémico, reposa sobre móviles afectivos; el padre ha sido muerto y no hay ya nada que pueda remediarlo prácticamente. En cambio, el otro tabú, la prohibición del incesto, presenta también una gran importancia práctica. La necesidad sexual, lejos de unir a los hombres, los divide. Los hermanos, asociados para suprimir al padre, tenían que convertirse en rivales al tratarse de la posesión de las mujeres. Cada uno hubiera querido tenerlas todas para sí, a ejemplo del padre, y la lucha general que de ello hubiese resultado habría traído consigo el naufragio de la nueva organización. En ella no existía ya ningún individuo superior a los demás por su poderío que hubiese podido asumir con éxito el papel de padre. Así, pues, si los hermanos querían vivir juntos, no tenían otra solución que instituir —después de haber dominado quizá grandes discordias— la prohibición del incesto, con la cual renunciaban todos a la posesión de las mujeres deseadas, móvil principal del parricidio. De este modo salvaban la organización que los había hecho fuertes y que reposaba, quizá, sobre sentimientos y prácticas homosexuales, adquiridos durante la época de su destierro. Quizá de esta situación es de lo que nació el *derecho materno* descrito por Bachofen y que existió hasta el día en que fue reemplazado por la organización de la familia patriarcal.

Al otro tabú, esto es, el destinado a proteger la vida del animal totémico, se enlaza, en cambio, la aspiración del totemismo a ser considerado como la primera tentativa de una religión. El animal tótem se presentaba al espíritu de los hijos como la sustitución natural y lógica del padre y la actitud que una necesidad interna les imponía con respecto al mismo expresaba algo más que la simple necesidad de manifestar su arrepentimiento. Mediante esta actitud con respecto al subrogado del padre podía intentarse apaciguar el sentimiento de culpabilidad que los atormentaba y llevar a efecto una especie de reconciliación con su víctima. El sistema totémico era como un contrato otorgado con el padre y por el que éste prometía todo lo que la imaginación infantil puede esperar de tal persona —su protección y su cariño—, a cambio del compromiso de respetar su vida; esto es, de no renovar con él el acto que costó la vida al padre verdadero. En el totemismo había también, sin duda, un intento de justificación: «Si el padre nos hubiera tratado como nos trata el totem, no habríamos sentido jamás la tentación de matarle». De este modo contribuyó el totemismo a mejorar la situación y a hacer olvidar el suceso al

que debía su origen.

Este proceso dio nacimiento a ciertos rasgos que luego hallamos como determinantes del carácter de la religión. La religión totémica surgió de la consciencia de la culpabilidad de los hijos y como una tentativa de apaciguar este sentimiento y reconciliarse con el padre por medio de la obediencia retrospectiva. Todas las religiones ulteriores se demuestran como tentativas de solucionar el mismo problema, tentativas que varían según el estado de civilización en el que son emprendidas y los caminos que siguen en su desarrollo, pero que no son sino reacciones idénticamente orientadas al magno suceso con el que se inicia la civilización y que no ha dejado de atormentar desde entonces a la Humanidad.

Ya en esta época presenta el totemismo un rasgo que la religión ha conservado luego fielmente. La tensión de la ambivalencia era demasiado grande para poder ser compensada por medio de una organización cualquiera, o, dicho de otro modo, las condiciones psicológicas no eran nada favorables a la supresión de estas oposiciones afectivas. El caso es que la ambivalencia inherente al complejo paterno perdura tanto en el totemismo como en las religiones ulteriores. La religión del totemismo no abarca solamente las manifestaciones de arrepentimiento y las tentativas de reconciliación, sino que sirve también para conservar el recuerdo del triunfo conseguido sobre el padre. La satisfacción emanada de este triunfo conduce a la institución de la comida totémica, fiesta conmemorativa con ocasión de la cual quedan levantadas todas las prohibiciones impuestas por la obediencia retrospectiva y convierte en un deber la reproducción del parricidio en el sacrificio del animal totémico, siempre que el beneficio adquirido a consecuencia de tal crimen, o sea la asimilación y la aprobación de las cualidades del padre, amenaza desaparecer y desvanecerse bajo la influencia de nuevas transformaciones de la vida. No habrá de sorprendernos comprobar que este factor de la hostilidad filial vuelve a surgir a veces, bajo los más singulares disfraces y transformaciones, en ulteriores productos religiosos.

Si hasta aquí hemos perseguido y comprobado en la religión y en la moral las consecuencias de la corriente afectiva cariñosa con respecto al padre transformada en remordimientos, no podemos dejar de reconocer, sin embargo, que la victoria corresponde a las tendencias hostiles que impulsaron

a los hermanos al parricidio. A partir de este momento, las tendencias sociales de los hermanos, en las cuales reposa la gran transformación, conservan durante mucho tiempo la más profunda influencia sobre el desarrollo de la sociedad, manifestándose en la santificación de la sangre común, o sea en la afirmación de la solidaridad de todas las vías del mismo clan. Asegurándose así, recíprocamente, la vida, se obligan los hermanos a no tratarse jamás uno a otro como trataron al padre. A la prohibición de matar al totem, que es de naturaleza religiosa, se añade ahora otra de carácter social, la del fratricidio, y transcurrirá mucho tiempo antes que esta prohibición llegue a constituir, sobrepasando los límites del clan, el breve y preciso mandamiento de «no matarás». En un principio es sustituida la horda paterna por el clan fraterno, garantizado por los lazos de la sangre. La sociedad reposa entonces sobre la responsabilidad común del crimen colectivo, la religión sobre la consciencia de la culpabilidad y El remordimiento, y la moral, sobre las necesidades de la nueva sociedad y sobre la expiación exigida por la consciencia de la culpabilidad.

Contrariamente a las concepciones modernas del sistema totémico y de acuerdo con otras anteriores, nos revela, pues, el psicoanálisis una íntima conexión entre el totemismo y la exogamia, y asigna a ambos un origen simultáneo.

VI Obedeciendo a múltiples y poderosos motivos, habré de abstenerme de la tentativa de describir aquí el desarrollo ulterior de las religiones, desde su comienzo en el totemismo hasta su estado actual. Me limitaré, pues, a perseguir en el complicado tejido de tal desarrollo dos hilos que surgen con particular evidencia: el tema del sacrificio totémico y la actitud del hijo con respecto al padre[1618].

Robertson Smith nos ha mostrado que en la forma primitiva del sacrificio retorna la comida totémica. El sentido del acto es en ambos casos el mismo: la santificación por la participación en la comida común. En el sacrificio perdura igualmente el sentimiento de la culpabilidad, que no puede ser apaciguado sino por la solidaridad de todos los participantes. Como nuevo elemento, hallamos, en cambio, a la divinidad del clan, que asiste, invisible, al sacrificio y toma parte en la comida, al mismo título que los miembros de

la tribu, los cuales se identifican con ella por la absorción de la carne del animal sacrificado. Mas ¿cómo llega el dios a ocupar esta situación, que en un principio le era ajena?

La respuesta podía ser la de que en el intervalo había surgido —sin que sepamos de dónde— la idea de Dios, idea que se habría apoderado de toda la vida religiosa, de manera que la comida totémica habría quedado obligada, como todo lo que quería subsistir, a adaptarse al nuevo sistema. Pero la investigación psicoanalítica del individuo nos ha evidenciado que el mismo concibe a Dios a imagen y semejanza de su padre carnal, que su actitud personal con respecto a Dios depende de la que abriga con relación a dicha persona terrenal y que, en el fondo, no es Dios sino una sublimación del padre. También aquí, como antes en el totemismo, nos aconseja el psicoanálisis que creamos a los fieles que nos hablan de Dios como de un padre celestial, lo mismo que en épocas remotas hablaron del tótem como de su antepasado. Si los datos del psicoanálisis merecen, en general, ser tomados en consideración, habremos de admitir que, sin perjuicio de aquellos otros orígenes y significaciones posibles de Dios sobre los cuales no puede proyectar nuestra disciplina luz ninguna, tiene que ser muy importante la participación de la idea de padre en la idea de Dios. Pero siendo así, figuraría el padre doblemente en el sacrificio primitivo, primero como dios y luego como víctima del sacrificio[1619]. Habremos, pues, de preguntarnos síes realmente posible esta noble representación, y en caso afirmativo, qué sentido hemos de atribuirle.

Sabemos que entre el dios y el animal sagrado (totem, animal destinado al sacrificio) existen múltiples relaciones: 1.ª, a cada dios es consagrado generalmente un animal y a veces varios; 2.ª, en ciertos sacrificios particularmente sagrados —los que antes denominamos «místicos»— es precisamente el animal consagrado al dios el que le es ofrecido en sacrificio; 3.ª, el dios era adorado con frecuencia bajo la imagen de un animal, o, dicho de otro modo, ciertos animales continuaron siendo objeto de un culto divino mucho tiempo después del totemismo; 4.ª, en los mitos se transforma el dios con frecuencia en un animal, y muchas veces, precisamente en el que le está consagrado. Parecería, pues, natural admitir que el dios no es sino el animal totémico mismo del cual habría nacido en una fase ulterior del sentimiento

religioso. La reflexión de que por su parte es el tótem una sustitución del padre, nos evita toda más amplia discusión. Así, pues, el tótem sería la primera forma de tal sustitución del padre, y el dios, otra posterior y más desarrollada en la que el padre habría recobrado la figura humana. Esta nueva creación, nacida de la raíz de toda la formación religiosa, o sea de la *añoranza del padre*, habría llegado a ser posible, una vez que con el transcurso del tiempo sobrevinieron modificaciones esenciales en la actitud con respecto al padre y quizá también con respecto al animal.

Aun prescindiendo del comienzo de un extrañamiento psíquico del animal y de la descomposición del totemismo, efecto de la domesticación, no resulta difícil establecer cuáles fueron tales modificaciones. La situación creada por la supresión del padre entrañaba un elemento que con el transcurso del tiempo había de provocar un extraordinario incremento de la añoranza final. Los hermanos, que se habían reunido para consumar el parricidio, abrigaban todos el deseo de llegar a ser iguales al padre y lo manifestaron absorbiendo en la comida totémica partes del cuerpo del animal sustitutivo. Pero a consecuencia de la presión que el clan fraterno ejercía sobre todos y cada uno de sus miembros, hubo de permanecer insatisfecho tal deseo. Nadie podía ni debía alcanzar ya nunca la omnipotencia del padre, objeto de los deseos de todos. De este modo, la hostilidad contra el padre que impulsó a su asesinato fue extinguiéndose en el transcurso de un largo período de tiempo para ceder su puesto al amor y dar nacimiento a un ideal cuyo contenido era la omnipotencia y falta de limitación del padre primitivo combatido un día, y la disposición a someterse a él. La primitiva igualdad democrática de todos los miembros de la tribu no pudo ser mantenida a la larga, a causa de los profundos cambios sobrevenidos en el estado de civilización, y entonces surgió una tendencia a resucitar el antiguo ideal del padre, elevando a la categoría de dioses a hombres que se habían demostrado superiores a los demás. Actualmente nos parece inconcebible que un hombre pueda llegar a ser dios y que un dios pueda morir, pero la antigüedad clásica admitía sin esfuerzo alguno estas representaciones[1620]. La elevación a la categoría de dios del padre antiguamente asesinado, al que la tribu hacía remontar su origen, constituía una tentativa de expiación mucho más seria de lo que antes lo fue el contrato con el totem.

Lo que no nos es posible indicar es el lugar que corresponde en esta evolución a las grandes divinidades maternas, que precedieron quizá en todas partes a los dioses padres. Parece, en cambio, cierto que la transformación de la actitud con respecto al padre no se limitó al orden religioso, sino que se extendió, como era lógico, al otro sector de la vida humana sobre el que también había influido la supresión del padre, esto es, a la organización social. Con la institución de las divinidades paternas fue transformándose paulatinamente la sociedad huérfana de padre hasta adoptar el orden patriarcal. La familia pasó a constituir una reproducción de la horda primitiva antigua y devolvió al padre gran parte de sus antiguos derechos. Hubo, pues, nuevamente padres, pero las conquistas sociales del clan fraternal no se perdieron y la distancia de hecho que existió entre el nuevo padre de familia y el padre soberano absoluto de la horda primitiva era lo bastante grande para garantizar la persistencia de la necesidad religiosa y del amor filial, siempre despierto e insatisfecho.

Así, pues, en la escena del sacrificio ofrecido al dios de la tribu se halla realmente presente el padre, a doble título; como dios y como víctima del sacrificio. Pero en nuestra tentativa de llegar a la inteligencia de esta situación debemos ponernos en guardia contra aquellas interpretaciones superficiales que tienden a mostrárnosla como una simple alegoría, sin tener para nada en cuenta la estratificación histórica. La doble presencia del padre corresponde a dos significaciones sucesivas de la escena, en la cual han hallado una expresión plástica de la actitud ambivalente con respecto al padre y el triunfo de los sentimientos cariñosos del hijo sobre sus sentimientos hostiles. La derrota del padre y su profunda humillación han proporcionado los materiales para la representación de su supremo triunfo. La general importancia adquirida por el sacrificio depende de que otorga al padre satisfacción por la violencia de que fue objeto, precisamente con el mismo acto que perpetúa la memoria de tal violencia.

Más tarde pierde el animal su carácter sagrado y desaparecen las relaciones entre el sacrificio y la fiesta totémica. El sacrificio se convierte en una simple ofrenda a la divinidad, esto es, en un acto de desinterés y de renunciamiento en favor suyo. Dios aparece ya tan por encima de los hombres, que éstos no pueden comunicar con él sino por mediación de sus

sacerdotes. Simultáneamente surgen en la organización social reyes revestidos de un carácter divino que extienden al estado el sistema patriarcal. Observamos, pues, que el padre, restablecido en sus derechos, se venga cruelmente de su antigua derrota elevando a un grado máximo el poder de la autoridad. Los hijos aprovechan estas nuevas circunstancias para eludir aún más su responsabilidad por el crimen cometido. No son ya ellos, en efecto, los responsables del sacrificio; es Dios mismo quien lo exige y ordena.

A esta fase pertenecen los mitos en los que el mismo dios da muerte al animal que le está consagrado, esto es, se da muerte a sí mismo, negación extrema del gran crimen que ha señalado los comienzos de la sociedad y el nacimiento de la conciencia de la responsabilidad. No resulta difícil reconocer una segunda significación del sacrificio. Expresa éste, también, en efecto, la satisfacción por haber abandonado el culto del tótem a cambio del tributado a una divinidad, esto es, de haber establecido una sustitución del padre superior a la totémica. La traducción simplemente alegórica de la escena a la que nos venimos refiriendo coincide aquí en cierto modo con su interpretación psicoanalítica al pretender que dicha escena está destinada a mostrar que el dios ha superado la parte animal de su ser[1621].

Sería, sin embargo, erróneo creer que los sentimientos hostiles pertenecientes al complejo paterno enmudecen por completo en esta época del restablecimiento de la autoridad del padre. Por el contrario, las primeras fases del régimen de las dos nuevas formaciones sustitutivas del padre, esto es, de los dioses y de los reyes, son las que nos ofrecen las manifestaciones más acentuadas de esta ambivalencia, que permanece característica de la religión.

En su obra *The golden hough* ha emitido Frazer la hipótesis de que los primeros reyes de las tribus latinas eran extranjeros que desempeñaban el papel de una divinidad, siendo sacrificados solemnemente como tales en una fiesta determinada. El sacrificio anual de un dios parece haber sido un rasgo característico de las religiones semitas. El ceremonial de los sacrificios humanos efectuados en los más diversos puntos de la Tierra habitada muestra innegablemente que las víctimas eran sacrificadas a título de representantes de la divinidad, y esta costumbre se mantiene aún en épocas muy posteriores, con la única diferencia de que los hombres vivos quedan reemplazados por

modelos inanimados (maniquíes-muñecos). El sacrificio divino teoantrópico, del que desgraciadamente no puedo tratar aquí tan detalladamente como antes del sacrificio animal, proyecta una viva luz sobre el pasado y nos revela el sentido de las formas de sacrificio más antiguas. Nos muestra con toda certidumbre que la víctima era siempre la misma: el dios al que se tributaba culto, o sea, en último análisis, el padre. La cuestión de las relaciones entre los sacrificios animales y los hombres encuentra ahora una sencilla solución. El sacrificio animal primitivo se hallaba ya destinado a reemplazar un sacrificio humano, la solemne muerte del padre, y cuando la representación sustitutiva del padre hubo recobrado los rasgos humanos, pudo transformarse de nuevo el sacrificio animal en un sacrificio humano.

El recuerdo del primer gran acto de sacrificio se demostró, pues, indestructible, a pesar de todos los esfuerzos realizados para borrarlo de la memoria, y precisamente cuando los hombres quisieron distanciarse más de sus motivos, hubo de surgir su exacta reproducción en la forma del sacrificio divino. No creo necesario exponer aquí cuáles fueron las evoluciones —racionalizaciones— del pensamiento religioso que hicieron posible este retorno. Robertson Smith, muy alejado de nuestra referencia del sacrificio al magno suceso de la historia primitiva de la Humanidad, indica que las ceremonias de las fiestas con las que los antiguos semitas celebraban la muerte de una divinidad eran explicadas como la *conmemoración de una tragedia mítica* y que las lamentaciones de duelo no poseían el carácter de una expresión espontánea, sino que parecían haber sido impuestas y ordenadas por el temor a la cólera divina[1622]. Esta interpretación nos parece exacta, y los sentimientos de los fieles aparecen explicados por la situación que en el fondo entrañaba la ceremonia.

Admitamos ahora como un hecho comprobado que los dos factores determinantes, los sentimientos rebeldes del hijo y la conciencia de su culpabilidad, no desaparecen jamás en el desarrollo ulterior de las religiones. Toda tentativa de solución del problema religioso, esto es, de conciliación de los dos poderes psíquicos opuestos, acaba por ser abandonada, probablemente bajo la influencia combinada de las transformaciones de la civilización, los sucesos históricos y las modificaciones psíquicas internas.

La tendencia del hijo a ocupar el lugar del dios padre se exterioriza cada

vez con mayor claridad. La introducción de la agricultura aumentó en la familia patriarcal la importancia del hijo, el cual se permite nuevas manifestaciones de su libido incestuosa, que encuentra una satisfacción simbólica en el cultivo de la madre tierra. Nacen entonces las figuras divinas de Attis, Adonis, Tammuz y otras, espíritus de la vegetación y divinidades juveniles que gozan de los favores amorosos de las divinidades maternas y realizan con ellas el incesto, desafiando al padre. Pero la conciencia de la culpabilidad, no mitigada por estas creaciones, se expresa en los mitos que asignan a los jóvenes amantes una corta vida o los castigan con la castración o la cólera de la ofendida divinidad paterna, representada bajo la forma de un animal. Adonis es muerto por un jabalí, el animal sagrado de Afrodita. Attis, el amante de Cibeles, muere castrado[1623]. Las lamentaciones que siguen a la muerte de estos dioses y la alegría que saluda su resurrección han pasado a constituir parte integrante del ritual de otra divinidad solar, predestinada a más duradero reinado.

Cuando el cristianismo comenzó a introducirse en el mundo antiguo tropezó con la competencia de otra religión, la de Mithra, y durante algún tiempo vaciló la victoria entre ambas divinidades.

El rostro nimbado de luz de la juvenil divinidad persa ha permanecido impenetrable para nuestra inteligencia. Las imágenes de esculturas de Mithra que nos lo muestra sacrificando bueyes nos autorizan quizá a deducir que representaba al hijo que llevó a cabo por sí solo el sacrificio del padre y redimió así a los hermanos de la culpa común que sobre ellos pesaba desde el crimen primitivo. Pero había aún otro camino para atenuar tal conciencia de la culpabilidad, y este otro camino es el que Cristo fue el primero en seguir. Sacrificando su propia vida redimió a todos sus hermanos del pecado original.

La doctrina del pecado original es de origen *órfico*. Quedó conservada en los misterios y pasó de ellos a las escuelas filosóficas de la antigüedad griega[1624]. Los hombres eran descendientes de los titanes que mataron y descuartizaron a Dionisos-Zagreos, y el peso de este crimen gravitaba sobre ellos. En un fragmento de Anaximandro leemos que la unidad del mundo quedó destruida por un crimen primitivo y que todo lo que de él resultó debía soportar perdurablemente el castigo[1625]. Si bien el acto de los titanes

recuerda, por los detalles de la asociación de la colectividad, el asesinato y el descuartizamiento, el sacrificio totémico descrito por St. Nilus —así como otros muchos mitos de la antigüedad, entre ellos el de Orfeo mismo—, nos desorienta, en cambio, la circunstancia de que el dios asesinado por los titanes era una divinidad juvenil.

En el mito cristiano, el pecado original de los hombres es indudablemente un pecado contra Dios Padre. Ahora bien: si Cristo redime a los hombres del pecado original sacrificando su propia vida, habremos de deducir que tal pecado era un asesinato. Conforme a la Ley de Tallón, profundamente arraigada en el alma humana, el asesinato no puede ser redimido sino con el sacrificio de otra vida. El holocausto de la propia existencia indica que lo que se redime es una deuda de sangre[1626]. Y si este sacrificio de la propia vida procura la reconciliación con Dios Padre, el crimen que se trata de expiar no puede ser sino el asesinato del padre.

Así, pues, en la doctrina cristiana confiesa la Humanidad más claramente que en ninguna otra su culpabilidad, emanada del crimen original, puesto que sólo en el sacrificio de un hijo ha hallado expiación suficiente. La reconciliación con el padre es tanto más sólida cuanto que simultáneamente a este sacrificio se proclama la total renunciación a la mujer, causa primera de la rebelión primitiva. Pero aquí se manifiesta una vez más la fatalidad psicológica de la ambivalencia. Con el mismo acto con el que ofrece al padre la máxima expiación posible alcanza también el hijo el fin de sus deseos contrarios al padre, pues se convierte a su vez en dios al lado del padre, o más bien en sustitución del padre. La religión del hijo sustituye a la religión del padre, y como signo de esta sustitución se resucita la antigua comida totémica; esto es, la comunión, en la que la sociedad de los hermanos consume la carne y la sangre del hijo —no ya las del padre—, santificándose de este modo e identificándose con él. Nuestra mirada persigue a través de los tiempos la identidad de la comida totémica con el sacrificio de animales, el sacrificio humano teoantrópico y la eucaristía cristiana y reconoce en todas estas solemnidades la consecuencia de aquel crimen que tan agobiadoramente ha pesado sobre los hombres y del que, sin embargo, tienen que hallarse tan orgullosos. La comunión cristiana no es en el fondo sino una nueva supresión del padre, una repetición del acto necesitado de expiación. Observamos ahora

cuán acertada es la afirmación de Frazer de que la «comunión cristiana ha absorbido y se ha asimilado un sacramento mucho más antiguo que el cristianismo[1627]».

VII Un acontecimiento como la supresión del padre por la horda fraterna tenía que dejar huellas imperecederas en la historia de la Humanidad y manifestarse en formaciones sustitutivas, tanto más numerosas cuanto menos grato era su recuerdo directo[1628]. Resistiendo a la tentación de perseguir tales huellas, fácilmente evidenciables en la Mitología, pasaré a otro terreno, explorado ya por S. Reinach en su interesantísimo ensayo sobre la muerte de Orfeo[1629].

En la historia del arte griego hallamos una situación que presenta singulares analogías, al par que profundas diferencias, con la escena de la comida totémica descrita por Robertson Smith. Me refiero a la situación que nos muestra la tragedia griega en su forma primitiva. Un cierto número de personas reunidas bajo un nombre colectivo e idénticamente vestidas —el coro— rodea al actor que encarna la figura del héroe, primitivamente el único personaje de la tragedia, y se muestra dependiente de sus palabras y sus actos. Más tarde se agregó a éste un segundo actor, y luego un tercero, destinados a servir de comparsas al héroe o a representar partes distintas de su personalidad. Pero el carácter del héroe y su posición con respecto al coro permanecieron inalterados. El héroe de la tragedia debía sufrir, y tal es aún hoy en día el contenido principal de una tragedia. Ha echado sobre sí la llamada *culpa trágica*, cuyos fundamentos resultan a veces difícilmente determinables, pues con frecuencia carece de toda relación con la moral corriente. Casi siempre consistía en una rebelión contra una autoridad divina o humana y el coro acompañaba y asistía al héroe con su simpatía, intentando contenerle, advertirle y moderarle, y le compadecía cuando, después de llevar a cabo su audaz empresa, hallaba el castigo considerado como merecido.

Mas ¿por qué debe sufrir el héroe de la tragedia y qué significa la *culpa trágica*? Debe sufrir porque es el padre primitivo, el héroe de la gran tragedia primera, la cual encuentra aquí una reproducción tendenciosa. La culpa trágica es aquella que el héroe debe tomar sobre sí para redimir de ella al coro. La acción desarrollada en la escena es una deformación refinadamente

hipócrita de la realidad histórica. En esta remota realidad fueron precisamente los miembros del coro los que causaron los sufrimientos del héroe. En cambio, la tragedia le atribuye por entero la responsabilidad de sus sufrimientos, y el coro simpatiza con él y compadece su desgracia. El crimen que se le imputa, la rebelión contra una poderosa autoridad, es el mismo que pesa, en realidad, sobre los miembros del coro; esto es, sobre la horda fraterna. De este modo queda promovido el héroe —aun contra su voluntad— en redentor del coro.

Habiendo sido los sufrimientos de Dionisos, el divino macho cabrío, y las lamentaciones de su cortejo de machos cabríos identificados con él, el argumento preferido de la tragedia griega primitiva, no podemos extrañar que este drama, que había perdido ya por completo su vitalidad en el transcurso de los tiempos, la recobrase totalmente en la Edad Media, apoderándose de la Pasión de Cristo.

De la investigación que hasta aquí hemos desarrollado en la forma más sintética posible podemos deducir como resultado que en el complejo de Edipo coinciden los comienzos de la religión, la moral, la sociedad y el arte, coincidencia que se nos muestra perfectamente de acuerdo con la demostración aportada por el psicoanálisis de que este complejo constituye el nódulo de todas las neurosis, en cuanto hasta ahora nos ha sido posible penetrar en la naturaleza de estas últimas[1630]. Nos ha sorprendido en extremo haber podido hallar también para estos problemas de la vida anímica de los pueblos una solución partiendo de un único punto de vista concreto, tal como la actitud con respecto al padre. Pero quizá nos sea posible todavía enlazar a él otro problema psicológico. Hemos tenido ya frecuentes ocasiones de señalar la ambivalencia afectiva; esto es, la coincidencia de odio y amor con respecto a las mismas personas, en la raíz de importantes formaciones de la civilización, pero ignoramos totalmente sus orígenes. Podemos suponer que constituye un fenómeno fundamental de nuestra vida afectiva y también es posible que fuera ajena primitivamente a la misma y hubiese sido adquirida por la Humanidad como una consecuencia del complejo paterno, o sea de aquél en el que la investigación psicoanalítica del individuo encuentra aún hoy en día dicha ambivalencia en su más elevada expresión[1631].

Antes de terminar quiero advertir al lector que, a pesar de la concordancia de los resultados obtenidos en nuestras investigaciones, y que convergen todas hacia un solo y único punto, no nos ocultamos en modo alguno las incertidumbres inherentes a nuestras premisas y las dificultades con que tropieza la aceptación de nuestros resultados, que seguramente han surgido ya en el ánimo de nuestros lectores.

No puede haberse ocultado a nadie que postulamos la existencia de un alma colectiva en la que se desarrollan los mismos procesos que en el alma individual. Admitimos que la conciencia de la culpabilidad emanada de un acto determinado ha persistido a través de milenios enteros, conservando toda su eficacia en generaciones que nada podían saber ya de dicho acto, y reconocemos que un proceso afectivo que pudo nacer en una generación de hijos maltratados por su padre ha subsistido en nuevas generaciones sustraídas a dicho mal trato por la supresión del padre tiránico. Estas hipótesis parecen susceptibles de despertar graves objeciones, y es preferible cualquier otra explicación que no tuviera necesidad de apoyarse en ellas.

Pero una más detenida reflexión mostrará al lector que no es únicamente nuestra la responsabilidad de tales atrevimientos. Sin la hipótesis de un alma colectiva y de una continuidad de la vida afectiva de los hombres que permita despreciar la interrupción de los actos psíquicos individuales resultantes de la desaparición de la existencia no podría existir la psicología de los pueblos. Si los procesos psíquicos de una generación no prosiguieran desarrollándose en la siguiente, cada una de ellas se vería obligada a comenzar desde un principio el aprendizaje de la vida, lo cual excluiría toda posibilidad de progreso en este terreno. En relación con este particular se nos plantean dos nuevas interrogaciones, relativas, respectivamente, a la amplitud que debemos atribuir a la continuidad psíquica dentro de estas series de generaciones y a los medios y caminos de que se sirve cada generación para transmitir a la siguiente sus estados psíquicos. Estos dos problemas no han recibido aún solución satisfactoria, y la comunicación directa o la tradición no constituyen tampoco una explicación suficiente. En general, la psicología de los pueblos se preocupa muy poco de averiguar por qué medios queda constituida la necesaria continuidad de la vida psíquica en las generaciones

sucesivas. Tal continuidad queda asegurada en parte por la herencia de disposiciones psíquicas, las cuales precisan, sin embargo, de ciertos estímulos en la vida individual para desarrollarse. En este sentido es como habremos quizá de interpretar las palabras del poeta: «Aquello que has heredado de tus padres, conquístalo para poseerlo[1632]». El problema se nos mostraría aún más intrincado si pudiéramos reconocer la existencia de hechos psíquicos susceptibles de sucumbir a una represión que no dejase la menor huella de ellos. Pero sabemos que no existen hechos de esta clase. Las más intensas represiones dejan tras de sí formaciones sustitutivas deformadas, las cuales originan a su vez determinadas reacciones. Habremos, pues, de admitir que ninguna generación posee la capacidad de ocultar a la siguiente hechos psíquicos de cierta importancia. El psicoanálisis nos ha enseñado, en efecto, que el hombre posee en su actividad espiritual inconsciente un aparato que le permite interpretar las reacciones de los demás; esto es, rectificar y corregir las deformaciones que sus semejantes imprimen a la expresión de sus impulsos afectivos. Merced a esta comprensión inconsciente de todas las costumbres, ceremonias y prescripciones que la actitud primitiva con respecto al padre hubo de dejar tras de sí, es quizá como las generaciones ulteriores han conseguido asimilarse la herencia afectiva de las que precedieron.

Las concepciones psicoanalíticas nos permiten echar por tierra otra objeción. Hemos concebido las primeras prescripciones y restricciones de orden moral como reacción a un acto que proporcionó a sus autores la noción de crimen. Arrepintiéndose de la comisión de dicho acto, decidieron excluir su repetición y renunciar a los beneficios que el mismo podría haberles procurado. Esta fecunda conciencia de la culpabilidad no se ha extinguido aún entre nosotros. Volvemos a hallarla especialmente y con una eficacia asocial entre los neuróticos, en los que produce nuevos preceptos morales y continuas restricciones a título de expiación de los crímenes cometidos y de precaución contra la ejecución de otros nuevos. Pero cuando investigamos en estos neuróticos los actos que han despertado tales reacciones, quedamos defraudados. La conciencia de su culpabilidad no se basa en actos ningunos, sino en impulsos y sentimientos orientados hacia el mal, pero que jamás se han traducido en una acción. La conciencia de la culpabilidad que agobia a estos enfermos se basa en realidades puramente psíquicas y no en realidades

materiales. Los neuróticos se caracterizan por situar la realidad psíquica por encima de la material, reaccionando a las ideas como los hombres normales reaccionan tan sólo a las realidades.

¿No podía acaso haber sucedido algo análogo entre los primitivos? Podemos atribuirles, justificadamente, una extraordinaria sobreestimación de sus actos psíquicos como fenómeno parcial de su organización narcisista[1633]. Por tanto, los simples impulsos hostiles contra el padre y la existencia de la fantasía optativa de matarle y devorarle hubieran podido bastar para provocar aquella reacción moral que ha creado el totemismo y el tabú. De este modo eludiríamos la necesidad de hacer remontar los comienzos de nuestra civilización, que tan justificado orgullo nos inspira, a un horrible crimen, contrario a todos nuestros sentimientos. El encadenamiento causal que se extiende desde tales comienzos hasta nuestros días no quedaría interrumpido por este hecho, pues la realidad psíquica bastaría para explicar todas las consecuencias indicadas. Se nos objetará que la transformación social de la horda paterna en el clan fraterno constituye, sin embargo, un hecho incontestable. El argumento, aunque fuerte, no es, sin embargo, decisivo. La transformación de la sociedad pudo efectuarse en una forma menos violenta y contener de todos modos las condiciones necesarias para la manifestación de la reacción moral. Mientras se hizo sentir la opresión ejercida por el antepasado primitivo, los sentimientos hostiles contra él se hallaban justificados, y el remordimiento por ellos causado hubo de esperar una época distinta para manifestarse. Igualmente inconsistente es la otra objeción, según la cual todo lo deducido de la actitud ambivalente con respecto al padre, o sea al tabú, y las prescripciones relativas al sacrificio, presentaría los caracteres de la más concreta y profunda realidad. Pero el ceremonial y las inhibiciones de nuestros neuróticos atormentados por ideas obsesivas presentan también tales caracteres, no obstante lo cual permanecen siempre dentro de la realidad psíquica, no pasando nunca de proyectos jamás traducidos en hechos concretos. Habremos, pues, de guardarnos de aplicar al mundo del primitivo y del neurótico, rico únicamente en sucesos interiores, el desprecio que nuestro mundo prosaico, lleno de valores materiales, experimenta por las ideas y los deseos puros.

Nos hallamos aquí ante una cuestión difícil de decidir. Comenzaremos,

sin embargo, por declarar que la diferencia indicada, que algunos podrían hallar fundamental, carece a nuestro juicio de toda relación con la esencia del tema discutido. Si los deseos y los impulsos presentan para el primitivo un valor de hechos, sólo de nosotros depende intentar comprender esta concepción, en lugar de obstinarnos en corregirla conforme a nuestro propio modelo. Intentaremos, pues, formarnos una idea precisa de la neurosis, puesto que es ella la que ha hecho surgir en nosotros las dudas que acabamos de señalar. No es cierto que los neuróticos obsesivos, que en nuestros días sufren la presión de una supermoral, no se defiendan sino contra la realidad psíquica de las tentaciones y se castiguen tan sólo por impulsos no traducidos en actos. Tales tentaciones e impulsos entrañan una gran parte de realidad histórica. Estos hombres no conocieron en su infancia sino malos impulsos, y en la medida en que sus recursos infantiles se lo permitieron, los tradujeron más de una vez en actos. Durante su infancia pasaron, en efecto, por un período de maldad, por una fase de perversión, preparatoria y anunciadora de la fase supermoral ulterior. La analogía entre el primitivo y el neurótico se nos muestra, pues, mucho más profunda si admitimos que la realidad psíquica, cuya estructura conocemos, ha coincidido también al principio, en el primero, con la realidad concreta; esto es, si suponemos que los primitivos llevaron a cabo aquello que según todos los testimonios tenían intención de realizar.

Sin embargo, no debemos dejarnos influir con exceso en nuestros juicios sobre los primitivos por la analogía con los neuróticos. Es preciso tener también en cuenta las diferencias reales. Cierto es que ni el salvaje ni el neurótico conocen aquella precisa y decidida separación que establecemos entre el pensamiento y la acción. En el neurótico, la acción se halla completamente inhibida y reemplazada totalmente por la idea. Por el contrario, el primitivo no conoce trabas a la acción. Sus ideas se transforman inmediatamente en actos. Pudiera incluso decirse que la acción reemplaza en él a la idea. Así, pues, sin pretender cerrar aquí con una conclusión definitiva y cierta la discusión cuyas líneas generales hemos esbozado antes, podemos arriesgar la proposición siguiente: ‘en el principio era la acción’[1634].

LXXV

MÚLTIPLE INTERÉS DEL PSICOANÁLISIS[1635]

1913

CAPITULO I

Interés psicológico del psicoanálisis

EL psicoanálisis es un procedimiento médico que aspira a la curación de ciertas formas de la nerviosidad (neurosis). En un trabajo publicado en 1910 hube ya de describir la evolución del psicoanálisis desde su punto de partida en el método *catártico*, de J. Breuer, y sus relaciones con las teorías de Charcot y P. Janet[1636].

Como ejemplos de las formas patológicas accesibles al psicoanálisis pueden ser citadas las convulsiones e inhibiciones de la histeria y los diversos síntomas de la neurosis obsesiva (actos e ideas obsesivas). Trátase de estados que desaparecen a veces espontáneamente y responden de un modo caprichoso, hasta ahora inexplicado, a la influencia personal del médico. En las formas graves de las perturbaciones mentales propiamente dichas no alcanza el psicoanálisis resultado positivo alguno. Pero tanto en las psicosis como en las neurosis nos facilita por vez primera en la historia de la Medicina una visión de los orígenes y el mecanismo de estas enfermedades.

Esta importancia médica del psicoanálisis no justificaría la tentativa de presentarla en un círculo de hombres de estudio interesados por la síntesis de las ciencias, y mucho menos cuando tal empresa habría de parecer prematura mientras una gran parte de los psiquiatras y neurólogos continúe mostrándose opuesto al nuevo método terapéutico y rechace tanto sus hipótesis como sus resultados. Si, no obstante, considero legítima esta tentativa es porque el psicoanálisis aspira a interesar a hombres de ciencia distintos de los psiquiatras, pues se extiende a otros varios sectores científicos diferentes y establece entre ellos y la patología de la vida psíquica relaciones insospechadas.

Dejaré, pues, a un lado, por ahora, el interés médico del psicoanálisis y trataré de demostrar, con una serie de ejemplos, mis anteriores asertos sobre nuestra joven ciencia.

Tanto en el hombre normal como en los enfermos tropezamos con una serie de expresiones mímicas y verbales y con numerosos productos mentales que no han llegado a ser hasta ahora objeto de la Psicología por haberlos considerado meramente como resultados de una perturbación orgánica o de una disminución anormal de la capacidad funcional del aparato anímico. Me refiero a las funciones fallidas (equivocaciones orales o en la escritura, olvidos, etc.), a los actos casuales y a los sueños de los normales y a los ataques convulsivos, delirios, visiones, ideas y actos obsesivos de los neuróticos. Estos fenómenos —en cuanto no han pasado, como las funciones fallidas, totalmente inadvertidos— se ha venido adscribiendo a la Patología, esforzándose en hallarles explicaciones *fisiológicas* que jamás han resultado satisfactorias. El psicoanálisis ha demostrado, en cambio, que todos estos fenómenos pueden ser explicados e integrados en el conjunto conocido del suceder psíquico por medio de hipótesis de naturaleza puramente psicológica. Nuestra disciplina ha restringido así el radio de acción de la Fisiología, conquistando, en cambio, para la Psicología una parte considerable de la Patología. La máxima fuerza probatoria corresponde aquí a los fenómenos normales, sin que pueda acusarse al psicoanálisis de transferir a lo normal conocimientos extraídos del material patológico, pues aporta sus pruebas independientemente unas de otras en cada uno de dichos sectores y muestran

así que los procesos normales y los llamados patológicos siguen las mismas reglas.

De los fenómenos normales a que nos venimos refiriendo, esto es, de los observables en hombres normales, dedicaremos atención preferente a dos: las funciones fallidas y los sueños.

Las funciones fallidas, o sea el olvido ocasional de palabras y nombres, el de propósitos, las equivocaciones orales en la lectura y la escritura, el extravío de objetos, la pérdida definitiva de los mismos determinados errores contrarios a nuestro mejor conocimiento, algunos gestos y movimientos habituales; todo esto que reunimos bajo el nombre común de funciones fallidas del hombre sano y normal ha sido, en general, muy poco atendido por la Psicología, atribuyéndose a la «distracción» y considerándose derivado de la fatiga, de la falta de atención o de un afecto accesorio de ciertos leves estados patológicos. La investigación analítica ha demostrado con suficiente certeza que tales factores últimamente citados constituyen, todo lo más, circunstancias favorables a la producción de los fenómenos de referencia, pero nunca condiciones indispensables de la misma. Las funciones fallidas son verdaderos fenómenos psíquicos y entrañan siempre un sentido y una tendencia, constituyendo la expresión de determinadas intenciones, que a consecuencia de la situación psicológica dada no encuentran otro medio de exteriorizarse. Tal situación, es, por lo general, la correspondiente a un conflicto psíquico y en ella queda privada de expresión directa y derivada por caminos indirectos la tendencia vencida. El individuo que comete el acto fallido puede darse cuenta de él y puede conocer separadamente la tendencia reprimida que en su fondo existe, pero ignora, en cambio, casi siempre y hasta que el análisis se lo revela, la relación causal existente entre la tendencia y el acto. Los análisis de las funciones fallidas son, muchas veces, fáciles y rápidos. Una vez advertido el fallo por el sujeto, su primera ocurrencia suele traer consigo la explicación buscada.

Los actos fallidos constituyen el material más cómodo para confirmar las hipótesis psicoanalíticas. En un trabajo que data de 1904 he reunido numerosos ejemplos de este orden, con su interpretación correspondiente, colección que ha sido luego aumentada por las aportaciones de otros

observadores[1637].

El motivo que más frecuentemente nos mueve a reprimir una intención, obligándola así a contentarse con hallar expresión indirecta en un acto fallido, es la evitación de displacer. De este modo olvidamos tenazmente un nombre propio cuando abrigamos hacia la persona a quien corresponde un secreto enfado o dejamos de realizar propósitos que sólo a disgusto hubiéramos llevado a cabo, forzados, por ejemplo, por las conveniencias sociales. Perdemos un objeto cuando nos hemos enemistado con la persona a quien nos recuerda o que nos lo ha regalado. Tomamos un tren equivocado cuando emprendemos el viaje a disgusto y hubiéramos querido permanecer en donde estábamos a trasladarnos a lugar distinto. Donde más claramente se nos muestra la evitación de displacer como causa de estos fallos funcionales es en el olvido de impresiones y experiencias, circunstancia observada ya por autores preanalíticos. La memoria es harto parcial y presenta una gran disposición a excluir de la reproducción aquellas impresiones a las que va unido un afecto penoso, aunque no siempre lo consiga.

En otros casos el análisis de un acto fallido resulta menos sencillo y conduce a soluciones menos transparentes a causa de la intervención de un proceso, al que damos el nombre de *desplazamiento*. Así, cuando olvidamos el nombre de una persona contra la cual nada tenemos, el análisis nos hace ver que dicho nombre ha despertado asociativamente el recuerdo de otra persona de nombre igual o semejante que nos inspira disgusto. El olvido del nombre de la persona inocente ha sido consecuencia de tal relación, resultando así que la intención de olvidar ha sufrido una especie de desplazamiento a lo largo de un determinado camino asociativo.

La intención de evitar displacer no es la única causa de los actos fallidos. El análisis descubre en muchos casos otras tendencias que, habiendo sido reprimidas en la situación correspondiente, han tenido que manifestarse como perturbaciones de una función. Así, las equivocaciones orales delatan muchas veces pensamientos que el sujeto quería mantener ocultos a su interlocutor. Varios grandes poetas han comprendido este sentido de tales equivocaciones y las han empleado en sus obras. La pérdida de objetos valiosos resulta ser muchas veces un sacrificio, encaminado a alejar una desgracia temida, no siendo ésta la única superstición que aún se impone a los hombres cultos bajo

la forma de un acto fallido. El extravío temporal de objetos no es, por lo común, sino la realización inconsciente del deseo de verlos desaparecer, y su rotura, la de sustituirlos por otros mejores.

La explicación psicoanalítica de las funciones fallidas trae consigo, no obstante la insignificancia de esos fenómenos, cierta modificación de nuestra concepción del mundo. Hallamos, además, que el hombre normal aparece movido por tendencias contradictorias con mucha mayor frecuencia de lo que sospechábamos. El número de acontecimientos a los que damos el nombre de «casuales» queda considerablemente limitado. En cierto modo resulta consolador pensar que la pérdida de objetos no constituye casi nunca una casualidad, y que nuestra torpeza no es muchas veces sino un disfraz de intenciones ocultas. Mucha mayor importancia entraña el descubrimiento analítico de una participación inconfesada de la propia voluntad del sujeto en numerosos accidentes graves, que de otro modo hubieran sido adscritos a la casualidad. Este hallazgo del psicoanálisis viene a hacer aún más espinosa la diferenciación entre la muerte por accidente casual y el suicidio, tan difícil ya en la práctica.

La explicación de los actos fallidos presenta, desde luego, un innegable valor teórico por la sencillez de la solución y la frecuencia de tales fenómenos en el hombre normal. Pero como el resultado del psicoanálisis no es comparable en importancia al obtenido en la aplicación de la misma a otro fenómeno distinto de la vida anímica de los hombres sanos. Me refiero a la interpretación de los sueños, con la cual comienza el psicoanálisis a situarse enfrente de la ciencia oficial. La investigación médica considera los sueños como un fenómeno puramente somático, desprovisto de todo sentido y significación, no viendo en ello sino la reacción del órgano anímico, dormido a estímulos somáticos, que le fuerzan a despertar parcialmente. El psicoanálisis, superando la singularidad, la incoherencia y el absurdo del fenómeno onírico, lo eleva a la categoría de un acto psíquico que posee sentido e intención propios y ocupa un lugar en la vida anímica del individuo. Para ella, los estímulos somáticos no son sino uno de los materiales que la formación de los sueños elabora. Entre estas dos concepciones de los sueños no hay acuerdo posible. En contra de la concepción fisiológica, testimonia su

infertilidad. A favor del psicoanálisis puede aducirse el haber traducido con pleno sentido y aplicado al descubrimiento de la más íntima vida anímica del hombre millares de sueños.

En un trabajo publicado en 1900 he tratado el importantísimo tema de la interpretación de los sueños, teniendo luego la satisfacción de comprobar que casi todos mis colaboradores en la investigación psicoanalítica han confirmado y propulsado, con sus propias aportaciones, las teorías por mí iniciadas en el mismo[1638]. Hoy en día se reconoce unánimemente que la interpretación de los sueños es la piedra angular de la labor psicoanalítica y que sus resultados constituyen la más importante aportación del psicoanálisis a la Psicología.

No me es posible exponer aquí la técnica por medio de la cual se llega a la interpretación de los sueños, ni tampoco fundamentar los resultados a los que ha conducido la elaboración psicoanalítica de los mismos. Habré, pues, de limitarme a señalar algunos nuevos conceptos, comunicar los resultados analíticos y acentuar su importancia para la psicología normal.

Así, pues, el psicoanálisis nos enseña lo siguiente: Todo sueño posee un sentido; su singularidad procede de las deformaciones que ha sufrido la expresión del mismo; su absurdo es intencionado y expresa la burla, el insulto y la contradicción; su incoherencia es diferente para la interpretación. Lo que del sueño recordamos al despertar no es sino su contenido manifiesto. Aplicando a este contenido manifiesto la técnica interpretadora, llegamos a las ideas latentes que se esconden detrás de él, confiándole su representación. Estas ideas latentes no son ya singulares, incoherentes ni absurdas, sino elementos plenamente significativos de nuestro pensamiento despierto. El proceso que ha transformado las ideas latentes del sueño en el contenido manifiesto del mismo es designado por nosotros con el nombre de *elaboración del sueño*, y es el que lleva a cabo la deformación, a consecuencia de la cual no reconocemos ya en el contenido del sueño las ideas del mismo.

La elaboración onírica es un proceso de un orden desconocido antes en Psicología y presenta un doble interés. En primer lugar nos descubre procesos nuevos, tales como la *condensación* (de representaciones) y el *desplazamiento* (del acento psíquico desde una representación a otra), que no

hemos hallado en el pensamiento despierto o sólo como base de los llamados errores mentales. Pero, además, nos permite adivinar en la vida anímica un dinamismo cuya acción permanecía oculta a nuestra percepción consciente. Advertimos que existe en nosotros una *censura*, una instancia examinadora que decide si una representación emergente debe o no llegar a la conciencia, y excluye inexorablemente, dentro de su radio de acción, todo lo que puede producir displacer o despertarlo de nuevo. Recordaremos que tanto esta tendencia a evitar el displacer provocado por el recuerdo como de los conflictos surgidos entre las tendencias de la vida anímica encontramos ya indicios en el análisis de las funciones fallidas.

El estudio de la elaboración de los sueños nos impone una concepción de la vida psíquica que parece resolver las cuestiones más discutidas de la Psicología. La elaboración onírica nos obliga a suponer la existencia de una actividad psíquica *inconsciente* más amplia e importante que la enlazada a la conciencia, y ya conocida y explorada. (Sobre este punto retornaremos al ocuparnos del interés filosófico del psicoanálisis.) Asimismo nos permite llevar a cabo una articulación del aparato psíquico en varias instancias o sistemas, y demuestra que en el sistema de la actividad anímica inconsciente se desarrollan procesos de naturaleza muy distintos a la de los que son percibidos en la conciencia.

La función de la elaboración onírica no es sino la de mantener el estado de reposo. «El sueño (fenómeno onírico) es el guardián del estado de reposo». Por su parte, las ideas del sueño pueden hallarse al servicio de las más diversas funciones anímicas. La elaboración onírica cumple su cometido, representando realizado, en forma alucinatoria, un *deseo* emergente de las ideas del sueño.

Puede decirse sin temores que el estudio psicoanalítico de los sueños ha procurado la primera visión de una psicología abismal o psicología de lo inconsciente no sospechada hasta ahora[1639]. La psicología normal habrá, pues, de sufrir modificaciones fundamentales para armonizarse con estos nuevos conocimientos.

No nos es posible llevar a cabo, dentro de los límites de este trabajo, una exposición completa del interés psicológico de la interpretación de los sueños. Dejando bien afirmado que los sueños son un fenómeno pleno de

sentido, y como tal *objeto de la Psicología*, pasaremos a ocuparnos de los descubrimientos aportados a la Psicología por el psicoanálisis en el terreno patológico.

Si las novedades psicológicas deducidas del estudio de los sueños y de las funciones fallidas poseen existencia y valores reales, habrán de ayudarnos a la explicación de otros fenómenos. Así sucede, en efecto, y el psicoanálisis ha demostrado que las hipótesis de la actividad anímica inconsciente, la censura y la represión, la deformación y la producción de sustitutivos, deducidas del análisis de aquellos fenómenos normales, nos facilitan por vez primera la comprensión de toda una serie de fenómenos patológicos, proporcionándonos, por decirlo así, la clave de todos los enigmas de la psicología de las neurosis. Los sueños se constituyen de este modo en prototipo normal de todos los productos psicopatológicos y su comprensión nos descubre los mecanismos psíquicos de las neurosis y psicosis.

Partiendo de sus investigaciones sobre los sueños ha podido edificar el psicoanálisis una psicología de las neurosis, que una continuada labor va haciendo cada vez más completa. Para la demostración aquí intentada del interés psicológico de nuestra disciplina, sólo precisamos tratar con cierta amplitud dos puntos de aquel magno conjunto: la demostración de que muchos fenómenos de la Patología que se creía deber explicar fisiológicamente son actos psíquicos, y la de que los procesos que producen los resultados anormales pueden ser atribuidos a fuerzas motoras psíquicas.

Aclaremos la primera de estas afirmaciones con algunos ejemplos. Los ataques histéricos han sido reconocidos, hace ya mucho tiempo, como signos de una elevada excitación emotiva y equiparados a las explosiones de afecto. Charcot intentó encerrar la diversidad de sus formas en fórmulas descriptivas. J. Janet descubrió la representación inconsciente que actúa detrás de estos ataques. El psicoanálisis ha visto en ellos representaciones mímicas de escenas vividas o fantaseadas que ocupan la imaginación del enfermo sin que el mismo tenga conciencia de ellas. El sentido de tales pantomimas queda velado a los ojos del espectador por medio de condensaciones y deformaciones de los actos representados. Este punto de vista resulta aplicable a todos los demás síntomas típicos de los enfermos histéricos.

Todos ellos son, en efecto, representaciones mímicas o alucinatorias, de fantasías que dominan inconscientemente su vida emotiva, y significan una satisfacción de secretos deseos reprimidos. El carácter atormentador de estos síntomas procede del conflicto interior provocado en la vida anímica de tales enfermos por la necesidad de combatir dichos impulsos optativos inconscientes.

En otra afección neurótica —la neurosis obsesiva— quedan sujetos los pacientes a la penosa ejecución de un ceremonial sin sentido aparente, constituido por la repetición de actos totalmente indiferentes, tales como los de lavarse o vestirse, la obediencia a preceptos insensatos o la observación de misteriosas inhibiciones. Para la labor psicoanalítica constituyó un triunfo llegar a demostrar que todos estos actos obsesivos, hasta los más insignificantes, poseen pleno sentido y reflejan por medio de un material indiferente los conflictos de la vida, la lucha entre las tentaciones y las coerciones morales, el mismo deseo rechazado y los castigos y penitencias con los que se quiere compensar. En otra distinta forma de la misma enfermedad padece el sujeto ideas penosas, representaciones obsesivas cuyo contenido se le impone imperiosamente, acompañadas de afectos cuya naturaleza e intensidad no corresponden casi nunca al contenido de las ideas obsesivas. La investigación analítica ha demostrado aquí que tales afectos se hallan perfectamente justificados, correspondiendo a reproches basados, por lo menos, en una *realidad psíquica*. Pero las ideas adscritas a dichos afectos no son ya las primitivas, sino otras distintas, enlazadas a ellos por un desplazamiento (sustitución) de algo reprimido. La reducción de estos desplazamientos abre el camino hasta el conocimiento de las ideas reprimidas y nos demuestra que el enlace del afecto y la representación es perfectamente adecuado.

En otra afección nerviosa, la incurable demencia precoz (parafrenia, esquizofrenia), en la cual los enfermos muestran una absoluta indiferencia, hallamos frecuentemente como únicos actos ciertos movimientos y gestos, uniformemente repetidos, a los que se ha dado el nombre de «estereotipias». La investigación analítica de tales actos (llevada a cabo por C. G. Jung) ha permitido reconocer en ellos residuos de actos mímicos plenos de sentido, por medio de los cuales se creaban antes una expresión los impulsos

optativos que dominaban al sujeto. La aplicación de las hipótesis analíticas a los discursos más absurdos y a las actitudes y gestos más singulares de estos enfermos ha permitido su comprensión y su integración en la vida anímica conjunta del sujeto.

Análogamente sucede con los delirios, alucinaciones y sistemas delirantes de otros diversos enfermos mentales. Allí donde parecía reinar la más singular arbitrariedad ha descubierto la labor psicoanalítica una norma, un orden y una coherencia. Las más diversas formas patológicas psíquicas han sido reconocidas como resultados de procesos idénticos en el fondo, susceptibles de ser aprehendidos y descritos por medio de conceptos psicológicos. En todas partes hallamos la actuación del *conflicto psíquico* descubierto en la elaboración de los sueños: la *represión* de determinados impulsos instintivos, rechazados a lo inconsciente por otras fuerzas psíquicas; los *productos reactivos* de las fuerzas represoras y los *productos sustitutivos* de las fuerzas reprimidas, pero no despojadas totalmente de su energía. Por todas partes también encontramos en estos procesos aquellos otros —la condensación y el desplazamiento— que nos fueron dados a conocer por el estudio de los sueños. La diversidad de las formas patológicas observadas en la clínica de Psiquiatría depende de otros dos factores: de la multiplicidad de los mecanismos psíquicos de que dispone la labor de la represión y de la multiplicidad de las disposiciones historicoevolutivas que permiten a los impulsos reprimidos llegar a constituirse en productos sustitutivos.

Una buena mitad de la labor psiquiátrica es encomendada por el psicoanálisis a la Psicología. Pero constituirá un grave error suponer que el análisis aspira a una concepción puramente psicológica de las perturbaciones anímicas. No puede desconocer que la otra mitad de la labor psiquiátrica tiene por contenido la influencia de factores orgánicos (mecánicos, tóxicos, infecciosos) sobre el aparato anímico. En la etiología de los trastornos psíquicos no admite, ni aun para los más leves, como lo son las neurosis un origen puramente psicógeno, sino que busca su motivación en la influenciación de la vida anímica por un elemento indudablemente orgánico, del que más adelante trataremos.

Los resultados psicoanalíticos, susceptibles de alcanzar una importante

significación para la Psicología general, son demasiado numerosos para que podamos detallarlos en este breve trabajo. Únicamente citaremos, sin detenernos en su examen, dos puntos determinados: el modo inequívoco en que el psicoanálisis reclama para los procesos afectivos la primacía en la vida anímica y su demostración de que en el hombre normal se da, lo mismo que en el enfermo, una insospechada perturbación y obnubilación afectiva del intelecto.

CAPITULO II

El interés del psicoanálisis para las ciencias no psicológicas

A) *Interés filológico.*

AL postular el interés filológico del psicoanálisis voy seguramente más allá de la significación usual de la palabra «Filología», o sea «ciencia del lenguaje», pues bajo el concepto de lenguaje no me refiero tan sólo a la expresión del pensamiento en palabras, sino también al lenguaje de los gestos y a todas las demás formas de expresión de la actividad anímica, como, por ejemplo, la escritura. Ha de tenerse en cuenta que las interpretaciones del psicoanálisis son, en primer lugar, traducciones de una forma expresiva extraña a nosotros a otra familiar a nuestro pensamiento. Cuando interpretamos un sueño no hacemos sino traducir del «lenguaje del sueño» al de nuestra vida despierta un cierto contenido mental (las ideas latentes del sueño). Al efectuar esta labor aprendemos a conocer las peculiaridades de aquel lenguaje onírico, y experimentamos la impresión de que pertenece a un sistema de expresión altamente arcaico. Así, se observa que la negación no encuentra jamás en él una expresión especial directa, y que un mismo elemento sirve de representación a ideas antitéticas. O dicho de otro modo: en el lenguaje de los sueños los conceptos son todavía ambivalentes; reúnen en sí significaciones opuestas, condición que, según las hipótesis de los

filólogos, presentaban también las más antiguas raíces de las lenguas históricas[1640]. Otro carácter singular de nuestro lenguaje onírico es el frecuentísimo empleo de símbolos, circunstancia que permite en una cierta medida una traducción del contenido del sueño, sin el auxilio de las asociaciones individuales. La esencia de estos símbolos no ha sido aún totalmente aprehendida por la investigación; trátase de sustituciones y comparaciones, basadas en analogías claramente visibles en algunos casos, mientras que en otros escapa por completo a nuestra percepción consciente el eventual *tertium comparationis*. Estos últimos símbolos serían precisamente los que habrían de proceder de las fases más primitivas del desarrollo del lenguaje y de la formación de conceptos. En el sueño son predominantemente los órganos y las funciones sexuales lo que experimenta una representación simbólica en vez de directa. El filólogo Hans Sperber, de Upsala, ha intentado probar en un reciente trabajo que aquellas palabras que designaban primitivamente actividades sexuales han experimentado, merced a tales procesos comparativos, numerosos cambios de sentido[1641].

Teniendo en cuenta que los medios de representación del sueño son principalmente imágenes visuales y no palabras, habremos de equipararlo más adecuadamente a un sistema de escritura que a un lenguaje. En realidad, la interpretación de un sueño es una labor totalmente análoga a la de descifrar una antigua escritura figurada, como la de los jeroglíficos egipcios. En ambos casos hallamos elementos no destinados a la interpretación, o respectivamente, a la lectura, sino a facilitar, en calidad de determinativos, la comprensión de otros elementos. La múltiple significación de diversos elementos del sueño encuentran también su reflejo en estos antiguos sistemas gráficos, lo mismo que la omisión de ciertas relaciones que en uno y otro caso han de ser deducidas del contexto.

Si una tal concepción de la representación del sueño no ha sido aún ampliamente desarrollada, ha sido tan sólo porque el psicoanalista carece de aquellos conocimientos que el filólogo podría aplicar a un tema como el de los sueños.

Puede decirse que el lenguaje de los sueños es la forma expresiva de la actividad anímica inconsciente; pero lo inconsciente habla más de un solo dialecto. Entre las variadas condiciones psicológicas que caracterizan y

diferencian entre sí las distintas formas de neurosis, hallamos también constantes cambios de la expresión de los impulsos anímicos inconscientes. Mientras que el lenguaje anímico de la histeria coincide por completo con el lenguaje figurado de los sueños, las visiones, etc., tropezamos, en cambio, con productos idiomáticos especiales para el lenguaje ideológico de la neurosis obsesiva y de las parafrenias (demencia precoz y paranoia), productos que en toda una serie de casos podemos ya comprender y relacionar entre sí. Aquello que una histérica representa por medio de *vómitos* se exteriorizará en las enfermas de neurosis obsesivas por medio de penosas medidas preventivas contra la *infección* y en las parafrénicas por medio de la acusación o la sospecha de que se trata de envenenarlas. Lo que así encuentra tan diversa expresión no es sino el deseo reprimido y rechazado a lo inconsciente de *engendrar en su seno un hijo*, o, correlativamente, la defensa de la paciente contra tal deseo.

B) *Interés filosófico*.

En cuanto la Filosofía tiene como base la Psicología, habrá de atender ampliamente a las aportaciones psicoanalíticas a dicha ciencia y reaccionar a este nuevo incremento de nuestros conocimientos como viene reaccionando a todos los progresos importantes de las ciencias especiales. El descubrimiento de las actividades anímicas inconscientes ha de obligar muy especialmente a la Filosofía a tomar su partido, y en caso de inclinarse del lado del psicoanálisis, a modificar sus hipótesis sobre la relación entre lo psíquico y lo físico, hasta que correspondan a los nuevos descubrimientos. Los filósofos se han ocupado, desde luego, repetidamente del problema de lo inconsciente, pero adoptando, en general —salvo contadas excepciones—, una de las dos posiciones siguientes: o han considerado lo inconsciente como algo místico, inaprehensible e indemostrable, cuya relación con lo anímico permanecía en la oscuridad, o han identificado lo psíquico con lo consciente, deduciendo luego de esta definición que algo que era inconsciente no podía ser psíquico ni, por tanto, objeto de la Psicología. Estas actitudes proceden de haber enjuiciado los filósofos lo inconsciente sin conocer antes los fenómenos en la actividad anímica inconsciente y, en consecuencia, sin sospechar su

extraordinaria afinidad con los fenómenos conscientes, ni los caracteres que de ellos los diferencian. Si después de adquirir un tal conocimiento de los fenómenos inconscientes mantiene aún alguien la identificación de lo consciente con lo psíquico, y niega, por tanto, a lo inconsciente todo carácter anímico, no habremos ya de objetarle sino que tal diferenciación no tiene nada de práctica, toda vez que, partiendo de su íntima relación con lo consciente, resulta fácil describir lo inconsciente y seguir sus desarrollos, cosa imposible de conseguir, por lo menos hasta ahora, partiendo del proceso físico. Lo inconsciente debe, pues, permanecer siendo considerado como objeto de la Psicología.

Todavía existe otro aspecto desde el cual puede la Filosofía recibir el impulso del psicoanálisis, y es pasando a ser objeto de la misma. Los sistemas y teorías filosóficas son obra de un limitado número de personas de individualidad sobresaliente, y la Filosofía es la disciplina en la que mayor papel desempeña la personalidad del hombre de ciencia. Ahora bien: el psicoanálisis nos permite dar una psicografía de la personalidad (véase luego su interés sociológico). Nos enseña a conocer las unidades afectivas —los complejos dependientes de los instintos— que hemos de presuponer en todo individuo, y nos inicia en el estudio de las transformaciones y los resultados finales generados por estas fuerzas instintivas. Descubre las relaciones existentes entre las disposiciones constitucionales de la persona, sus destinos y los rendimientos que puede alcanzar merced a dotes especiales. Ante la obra artística le es posible adivinar, con más o menos seguridad, la personalidad que tras de ella se esconde, y de este modo puede descubrir la motivación subjetiva e individual de las teorías filosóficas, surgidas de una labor lógica imparcial, y señalar a la critica los puntos débiles del sistema. Esta crítica no es ya cometido del psicoanálisis, pues, naturalmente, la determinación psicológica de una teoría no excluye su corrección científica.

C) *Interés biológico*.

El psicoanálisis no ha tenido, como otras ciencias modernas, la suerte de ser acogida con un esperanzado interés por parte de aquéllos a quienes preocupan los progresos del conocimiento. Durante mucho tiempo se le negó

toda atención, y cuando no fue ya posible desoírla, los que se habían tomado el trabajo de someterla a un detenido enjuiciamiento la hicieron objeto de una violenta hostilidad, dependiente de razones afectivas. La causa de tan contraria acogida ha sido el descubrimiento hecho por nuestra disciplina en sus primeros objetos de investigación de que las enfermedades nerviosas eran la expresión de un trastorno de la *función sexual*, descubrimiento que la condujo a consagrarse a investigar dicha función, tanto tiempo desatendida. Ahora bien: cualquiera que se mantenga fiel al principio de que los juicios científicos no deben sufrir la influencia de las actitudes afectivas, habrá de reconocer a esta orientación investigadora del psicoanálisis un alto interés biológico, viendo en las resistencias a ella opuestas una nueva prueba de sus afirmaciones.

El psicoanálisis ha hecho justicia a la función sexual humana, investigando minuciosamente su extraordinaria importancia para la vida anímica y práctica, importancia señalada ya por muchos poetas y algunos filósofos, pero jamás reconocida por la ciencia. Tal investigación exigía como premisa una ampliación del concepto de la sexualidad, indebidamente restringido, justificada por determinadas transgresiones sexuales (las llamadas perversiones) y por la conducta del niño. Se demostró imposible seguir afirmando la asexualidad de la infancia hasta la repentina eclosión de los impulsos sexuales en la época de la pubertad. Una observación imparcial y libre de prejuicios probó, por el contrario, sin dificultad que el sujeto humano infantil entraña intereses y actividades sexuales en todos los períodos de esta época de su existencia y desde el principio de la misma. La importancia de esta sexualidad infantil no queda disminuida por el hecho de no ser posible trazar con plena seguridad su contorno, diferenciándola en todos sus puntos de la actividad asexual del niño. Ha de tenerse en cuenta que se trata de algo muy distinto de la sexualidad llamada «normal» del adulto. Su contenido entraña los gérmenes de todas aquellas actividades sexuales que oponemos luego en calidad de perversiones a la vida sexual normal, pareciéndonos incomprensibles y viciosas. De la sexualidad infantil surge la norma del adulto a través de una serie de procesos evolutivos, asociaciones, disociaciones y represiones, que jamás se desarrollan de un modo idealmente perfecto y dejan tras de sí, a consecuencia de tal imperfección, disposiciones

a una represión de la función de estados patológicos.

La sexualidad infantil posee otras dos cualidades muy interesantes biológicamente. Se muestra compuesta por una serie de instintos parciales ligados a determinadas regiones del soma —zonas erógenas—, algunas de las cuales surgen desde un principio, formando pares antitéticos, esto es, como instintos con fin activo y pasivo. Del mismo modo que en los posteriores estados de apetencia sexual no son meramente los órganos sexuales de la persona amada, sino todo su cuerpo, lo que se constituye en objeto sexual, resultan ser en el niño punto de origen de excitación sexual y de producción de placer sexual ante un estímulo adecuado, no sólo los genitales, sino también otras distintas partes del soma. Estrechamente enlazado a éste, hallamos el segundo carácter peculiar de la sexualidad infantil —su ligazón inicial a las funciones encaminadas a la conservación. tales como la ingestión de alimentos, la excreción, y, probablemente también, la inervación muscular y la actividad sensorial—.

Al estudiar con auxilio del psicoanálisis la sexualidad del adulto y observar a la luz de los conocimientos así adquiridos la vida del niño, no se nos muestra ya la sexualidad como una función encaminada tan sólo a la reproducción y equivalente a las funciones digestivas, respiratorias, etc., sino como algo mucho más independiente, opuesto más bien a todas las demás actividades del individuo y que sólo por una complicada evolución, muy rica en restricciones, es forzada a entrar en la liga de la economía individual. El caso, teóricamente muy posible, de que los intereses de estas tendencias sexuales no coincidan con los de la conservación individual, aparece realizado en el grupo patológico de las neurosis, pues la última fórmula en que el psicoanálisis ha concretado la esencia de las neurosis afirma que el conflicto original del que surgen las neurosis es el nacido entre los instintos mantenedores del *yo* y los instintos sexuales. Las neurosis corresponden a un vencimiento más o menos parcial del *yo* por la sexualidad, después de haber fracasado al *yo* su tentativa de dominar la sexualidad.

Durante nuestra labor psicoanalítica hemos creído necesario mantenernos alejados de los puntos de vista biológicos y no utilizarlos tampoco para fines eurísticos, con el fin de evitar errores en la apreciación imparcial de los resultados analíticos. Pero una vez terminada dicha labor, habremos de

buscar su confirmación biológica, y nos satisface verla conseguida en varios puntos esenciales. La antítesis entre los instintos del *yo* y el instinto sexual, a la que hubimos de referir la génesis de las neurosis, se prolonga al terreno biológico, como antítesis entre los instintos encaminados a la conservación del individuo y otros puestos al servicio de la continuación de la especie. En la Biología tropezamos con la idea más amplia del plasma germinativo inmortal, del que dependen, como órganos sucesivamente desarrollados, los individuos perecederos, idea que nos facilita, por fin, la exacta comprensión del papel desempeñado por las fuerzas instintivas sexuales en la fisiología y la psicología del ser individual.

A pesar de nuestros esfuerzos por evitar en nuestra labor psicoanalítica términos y puntos de vista biológicos, no podemos menos de emplearlos ya en la descripción de los fenómenos por nosotros estudiados. El concepto de «instinto» se nos impone como concepto límite entre las concepciones psicológica y biológica, y hablamos de cualidades y tendencias anímicas «masculinas» y «femeninas», aunque las diferencias de sexo no pueden aspirar, en realidad, a una característica psíquica especial. Aquello que en la vida llamamos masculino o femenino se reduce, para la consideración psicológica, a los caracteres de actividad y pasividad, esto es, a cualidades que no pueden atribuirse a los instintos mismos, sino a sus fines. En la constante comunidad de tales instintos «activos» y «pasivos» en la vida anímica se refleja la bisexualidad de los individuos, postulado clínico del psicoanálisis.

Me satisfará haber logrado llamar la atención con estas consideraciones sobre la amplia mediación que el psicoanálisis establece entre la Biología y la Psicología.

D) *El interés del psicoanálisis para la historia de la evolución*.

No todo análisis de fenómenos psicológicos merece el nombre de psicoanálisis. Esta última significa algo más que la descomposición de fenómenos compuestos en otros más simples; consiste en una reducción de un producto psíquico a otros que le han precedido en el tiempo y de los cuales se ha desarrollado. El método médico psicoanalítico no conseguiría

suprimir un solo síntoma patológico si no investigara su génesis y su desarrollo, y de este modo el psicoanálisis hubo de orientarse desde un principio hacia la investigación de procesos evolutivos. Así, descubrió primero la génesis de los síntomas neuróticos y en su ulterior progreso hubo de ampliar su radio de acción a otros productos psíquicos y realizar con ellos la labor de una psicología genética.

El psicoanálisis se ha visto obligado a deducir la vida anímica del adulto de la del niño, dando así razón a la afirmación de que el niño es el padre del hombre. Ha perseguido la continuidad de la psique infantil con la del adulto, pero también las transformaciones y alteraciones que en tal trayectoria tienen efecto. La memoria de la mayor parte de los hombres presenta una laguna en lo que se refiere a los primeros años de su vida infantil, de la cual sólo conservamos algunos recuerdos fragmentarios. Puede afirmarse que el psicoanálisis ha llenado tal laguna, suprimiendo esta amnesia infantil de los hombres (cf. el interés pedagógico).

Al profundizar en la vida anímica infantil hemos realizado algunos singulares descubrimientos. Así, pudimos confirmar algo ya sospechado, la extraordinaria importancia que para toda la ulterior orientación del hombre tienen las impresiones de su infancia, y muy especialmente las recibidas en sus primeros años. Tropezamos aquí con una paradoja psicológica que sólo deja de serlo para la concepción psicoanalítica, pues resulta que tales impresiones, de máxima importancia, no aparecen contenidas en la memoria en los años ulteriores. Pero precisamente en lo que respecta a la vida sexual ha sido donde el psicoanálisis ha logrado fijar con más precisa claridad la ejemplaridad e indelebilidad de los más tempranos sucesos de la vida humana. El *on revient toujours à ses premiers amours* no es sino una tímida verdad. Los múltiples enigmas de la vida erótica del adulto no se resuelven sino teniendo en cuenta los factores infantiles del amor. Para la teoría de estos efectos ha de tenerse en cuenta que las primeras experiencias infantiles del individuo no son fruto único del azar, sino que corresponden también a las primeras actividades de las disposiciones instintivas constitucionales con que ha venido al mundo.

Otro de nuestros descubrimientos más sorprendente fue el de que, a pesar de la ulterior evolución, ninguno de los productos psíquicos infantiles ha

sucumbido en el adulto. Todos los deseos, impulsos instintivos, modos de reacción y disposiciones del niño subsisten en el adulto, y pueden volver a aparecer bajo constelaciones adecuadas. No han quedado destruidos, sino simplemente sepultados por la superposición de otros estratos psíquicos. Constituye así un carácter particular del pretérito anímico el no ser devorado por sus propias secuelas, como el pasado histórico. Por el contrario, subsiste al lado de aquello que de él ha surgido en una simultaneidad, bien meramente virtual, bien por completo real. Prueba de esta afirmación es que los sueños del hombre normal reavivan todas las noches su carácter infantil y retrotraen toda su vida anímica a un grado infantil. Esta misma regresión al infantilismo psíquico tiene efecto también en las neurosis y psicosis, cuyas singularidades han de ser descritas en su gran mayoría, como arcaísmos psíquicos. La energía que los restos infantiles hayan conservado en la vida anímica nos da la medida de la disposición a la enfermedad, pasando ésta a constituir así, para nosotros, la expresión de una inhibición del desarrollo. Aquello que en el material psíquico del hombre ha permanecido infantil y se halla reprimido como inutilizable, constituye el nódulo de su inconsciente, y creemos poder seguir en la historia de la vida de nuestros pacientes cómo este inconsciente, retenido por las fuerzas represoras, espía el momento de entrar en actividad y aprovecha las ocasiones que para ello se le presentan cuando las formaciones psíquicas posteriores y más elevadas no consiguen dominar las dificultades del mundo real.

En los últimos años ha caído el psicoanálisis en que el principio de que «la ontogenia es una repetición de la filogenia» podía ser también aplicable a la vida anímica[1642], y de esta reflexión ha surgido una nueva ampliación del interés de nuestra disciplina.

E) *El interés del psicoanálisis para la historia de la civilización.*

La comparación de la infancia del individuo con la historia primitiva de los pueblos se ha demostrado muy fructífera bajo distintos aspectos, no obstante tratarse de una labor científica apenas comenzada. La concepción psicoanalítica viene a constituir aquí un nuevo instrumento de trabajo. La aplicación de sus hipótesis a la psicología de los pueblos permite plantear

nuevos problemas y contemplar a una nueva luz los ya investigados, cooperando a su solución.

En primer lugar, parece muy posible aplicar la concepción psicoanalítica obtenida en el estudio de los sueños a los productos de la fantasía de los pueblos, tales como los mitos y las fábulas[1643]. Hace ya tiempo que se labora en la interpretación de tales productos, sospechándose que entrañan un «sentido oculto», encubierto por diversas transformaciones y modificaciones. El psicoanálisis aporta a esta labor la experiencia extraída de su investigación de los sueños y de las neurosis, mediante la cual ha de serle posible descubrir los caminos técnicos de tales deformaciones. Pero, además, puede revelar en toda una serie de casos los motivos ocultos que han desviado al mito de su sentido original. No ve el primer impulso a la formación de mitos en una necesidad teórica de explicación de los fenómenos naturales o de justificación de preceptos culturales o usos devenidos incomprensibles, sino que lo busca en aquellos mismos «complejos» psíquicos y en aquellas mismas tendencias afectivas, cuya existencia hubo de comprobar como base de los sueños y de la formación de síntomas.

Esta misma transferencia de sus puntos de vista, hipótesis y conocimientos capacita al psicoanálisis para arrojar luz vivísima sobre los orígenes de nuestras grandes instituciones culturales, tales como la religión, la moral, el derecho y la filosofía[1644]. Investigando aquellas primitivas situaciones psicológicas, en las que pudo surgir el impulso a tales creaciones, se le hace posible rechazar alguna tentativa de explicación basada en una provisionalidad psicológica y sustituirla por una visión más profunda.

El psicoanálisis establece una íntima relación entre todos estos rendimientos del individuo y de las colectividades, al postular para ambos la misma fuente dinámica. Parte de la idea fundamental de que la función capital del mecanismo psíquico es descargar el ser de las tensiones generadas en él por las necesidades. Una parte de esta labor se soluciona por medio de la satisfacción extraída del mundo exterior, y para este fin se hace preciso el dominio del mundo real. Pero otra parte de tales necesidades, y entre ellas esencialmente ciertas tendencias afectivas, se ve siempre negada por la realidad toda satisfacción. Esta circunstancia da origen a la segunda parte de la labor antes indicada, consistente en procurar a las tendencias insatisfechas

una distinta descarga. Toda historia de la civilización es una exposición de los caminos que emprenden los hombres para dominar sus deseos insatisfechos, según las exigencias de la realidad y las modificaciones en ella introducidas por los progresos técnicos.

La investigación de los pueblos primitivos nos muestra a los hombres entregados en un principio a una fe infantil en la omnipotencia[1645] y nos proporciona la explicación de toda una serie de productos anímicos, revelándolos como esfuerzos encaminados a negar los fracasos de tal omnipotencia y a mantener así a la realidad lejos de toda influencia sobre la vida afectiva, en tanto no es posible dominarla mejor y utilizarla para la satisfacción. El principio de la evitación de displacer rige la actividad humana hasta que es sustituida por el de la adaptación al mundo exterior, mucho más conveniente al individuo. Paralelamente al dominio progresivo del hombre sobre el mundo exterior, se desarrolla una evolución de su concepción del Universo, que va apartándose cada vez más de la primitiva fe en la omnipotencia y se eleva, desde la fase animista hasta la científica, a través de la religiosa. En este conjunto entran el mito, la religión y la moralidad, como tentativas de lograr una comprensión de la inlograda satisfacción de deseos.

El conocimiento de las enfermedades neuróticas del individuo ha facilitado mucho la comprensión de las grandes instituciones sociales, pues las neurosis mismas se nos revelan como tentativas de resolver individualmente aquellos problemas de la compensación de los deseos, que habrían de ser resueltos socialmente por las instituciones. La desaparición del factor social y el predominio del factor sexual convierten estas soluciones neuróticas en caricaturas inutilizables para cosa distinta de nuestra aclaración de estos importantes problemas.

F) *El interés del psicoanálisis para la Estética.*

El psicoanálisis ha logrado resolver también satisfactoriamente algunos de los problemas enlazados al arte y al artista. Otros escapan por completo a su influjo. Reconoce también en el ejercicio del arte una actividad encaminada a la mitigación de deseos insatisfechos, y ello, tanto en el mismo artista creador como luego en el espectador de la obra de arte. Las fuerzas

impulsoras del arte son aquellos mismos conflictos que conducen a otros individuos a la neurosis y han movido a la sociedad a la creación de sus instituciones. El problema del origen de la capacidad artística creadora no toca resolverlo a la Psicología. El artista busca, en primer lugar, su propia liberación, y lo consigue comunicando su obra a aquellos que sufren la insatisfacción de iguales deseos[1646]. Presenta realizadas sus fantasías; pero si éstas llegaran a constituirse en una obra de arte, es mediante una transformación que mitiga lo repulsivo de tales deseos, encubre el origen personal de los mismos y ofrece a los demás atractivas primas de placer, ateniéndose a normas estéticas. Para el psicoanálisis resulta fácil descubrir, al lado de la parte manifiesta del goce artístico, otra parte latente, mucho más activa, procedente de las fuentes ocultas de la liberación de los instintos. La relación entre las impresiones infantiles y los destinos del artista y sus obras, como reacciones a tales impulsos, constituye uno de los objetos más atractivos de la investigación analítica[1647].

Por lo demás, la mayoría de los problemas de la creación y el goce artístico esperan aún ser objeto de una labor que arroje sobre ellos la luz de los descubrimientos analíticos y les señale su puesto en el complicado edificio de las compensaciones de los humanos deseos. A título de realidad convencionalmente reconocida, en la cual, y merced a la ilusión artística, pueden los símbolos y los productos sustitutivos provocar afectos reales, forma el arte un dominio intermedio entre la realidad, que nos niega el cumplimiento de nuestros deseos, y el mundo de la fantasía, que nos procura su satisfacción, un dominio en el que conservan toda su energía las aspiraciones a la omnipotencia de la Humanidad primitiva.

G) *Interés sociológico*.

El psicoanálisis ha hecho desde luego objeto de su investigación la psique individual; pero en esta labor no podían escaparle los fundamentos afectivos de la relación del individuo con la sociedad. Ha hallado así que los sentimientos sociales reciben una aportación de carácter erótico, cuya superacentuación y ulterior represión vienen a constituirse en características de un determinado grupo de perturbaciones anímicas. Asimismo ha

reconocido, en general, el carácter asocial de las neurosis, que tienden todas a expulsar al individuo de la sociedad, sustituyendo el asilo que antes le brindaba el claustro por el aislamiento que la enfermedad trae consigo. El intenso sentimiento de culpabilidad, dominante en tantas neurosis, resulta ser a sus ojos una modificación social de la angustia erótica.

Por otra parte, ha descubierto el psicoanálisis cuán ampliamente participan las circunstancias y exigencias sociales en la etiología de la neurosis. Las fuerzas que producen la limitación y la represión de los instintos por el *yo* nacen esencialmente de la docilidad del mismo con respecto a las exigencias culturales sociales. Aquella misma constitución y aquellas mismas experiencias infantiles, que habrían de conducir al individuo a la neurosis, no lograrán tal efecto cuando no existe dicha docilidad o no sean planteadas tales exigencias en el círculo social en el que el individuo vive. La vieja afirmación de que la nerviosidad era un producto de la civilización tiene, por lo menos, una parte de verdad. La educación y el ejemplo sitúan al individuo joven ante las exigencias culturales. En aquellos casos en que la represión de los instintos llega a efecto en él, con independencia de los dos factores citados, habremos de suponer que la exigencia primitiva ha llegado a convertirse, al fin, en una propiedad hereditaria organizada del hombre. El niño, que produce espontáneamente represiones de instintos, no haría con ello sino repetir una parte de la historia de la civilización. Lo que hoy constituye una restricción interna fue en un tiempo sólo externa, impuesta quizá por las circunstancias de la época, resultando así que también lo que hoy se plantea ante cada individuo como exigencia cultural externa podrá convertirse un día en disposición interna a la represión.

H) *Interés pedagógico*.

El máximo interés del psicoanálisis para la Pedagogía se apoya en un principio, demostrado hasta la evidencia. Sólo puede ser pedagogo quien se encuentre capacitado para infundirse en el alma infantil, y nosotros, los adultos, no comprendemos nuestra propia infancia. Nuestra amnesia infantil es una prueba de cuán extraños a ello hemos llegado a ser. El psicoanálisis ha

descubierto los deseos, productos mentales y procesos evolutivos de la infancia. Todos los esfuerzos anteriores fueron incompletos y erróneos a más no poder, como consecuencia de haber dado de lado por completo al inestimable factor de la sexualidad en sus manifestaciones somáticas y anímicas. El escéptico asombro con que son acogidos los descubrimientos más evidentes del psicoanálisis en esta cuestión de la infancia —los referentes al complejo de Edipo, el narcisismo, las disposiciones perversas, el erotismo anal y la curiosidad sexual— dan idea de la distancia que separa nuestra vida anímica, nuestras valoraciones e incluso nuestros procesos mentales de los de los del niño normal.

Cuando los educadores se hayan familiarizado con los resultados del psicoanálisis, le será más fácil reconciliarse con determinadas fases de la evolución infantil, y entre otras cosas, no correrán el peligro de exagerar la importancia de los impulsos instintivos perversos o asociales que el niño muestre. Por el contrario, se guardarán de toda tentativa de yugular violentamente tales impulsos al saber que tal procedimiento de influjo puede producir resultados tan indeseables como la pasividad ante la perversión infantil, tan temida por los pedagogos. La represión violenta de instintos enérgicos, llevada a cabo desde el exterior, no produce nunca en los niños la desaparición ni el vencimiento de tales instintos, y sí tan sólo una represión, que inicia una tendencia a ulteriores enfermedades neuróticas. El psicoanálisis tiene frecuente ocasión de comprobar la gran participación que una educación inadecuadamente severa tiene en la producción de enfermedades nerviosas o con qué pérdidas de la capacidad de rendimiento y de goce es conquistada la normalidad exigida. Pero también puede enseñar cuán valiosas aportaciones proporcionan estos instintos perversos y asociales del niño a la formación del carácter cuando no sucumben a la represión, sino que son desviados por medio del proceso llamado *sublimación*, de sus fines primitivos y dirigidos hacia otros más valiosos. Nuestras mejores virtudes han nacido, en calidad de reacciones y sublimaciones, sobre el terreno de las peores disposiciones.

La educación debería guardarse cuidadosamente de cegar estas preciosas fuentes de energía y limitarse a impulsar aquellos procesos por medio de los cuales son dirigidas tales energías por buenos caminos. Una educación

basada en los conocimientos psicoanalíticos puede constituir la mejor profilaxia individual de las neurosis (cf. los trabajos del doctor Oskar Pfister, Zurich).

No podía plantearme en este trabajo la labor de exponer a un público científico el alcance y el contenido del psicoanálisis, con todas las hipótesis, problemas y resultados del mismo. Me bastará haber indicado claramente para cuántos sectores científicos resultan interesantes sus investigaciones y cuán numerosas relaciones comienzan a establecer con los mismos.

LXXVI

EL TEMA DE LA ELECCIÓN DE UN COFRECILLO[1648]

1913

I

DOS escenas de Shakespeare me han procurado recientemente ocasión de plantear y resolver un pequeño problema.

La primera pertenece a *El mercader de Venecia*, y es aquélla en que los pretendientes eligen uno de los tres cofrecillos propuestos. La bella e inteligente Porcia se halla obligada, por la voluntad de su padre, a no casarse sino con aquel de sus pretendientes que acierte en la elección. Los tres cofrecillos son, respectivamente, de oro, plata y plomo, y uno de ellos, el que otorga la victoria, guarda un retrato de Porcia: Dos pretendientes han fracasado ya en la prueba. Uno había elegido el cofrecillo de oro, y el otro, el de plata. Basanio, el tercero, se decide por el de plomo, y con ello logra a Porcia, cuyo amor le pertenecía ya antes de la prueba. Cada uno de los pretendientes ha razonado su elección en un discurso en el que ha ensalzado el metal preferido, rebajando los otros dos. Tal justificación se hace más difícil para Basanio, el pretendiente afortunado; lo que puede decir para ensalzar el plomo frente al oro y la plata es poco y parece forzado. Si en la práctica analítica nos halláramos ante un discurso así, sospecharíamos la

existencia de motivos secretos detrás de una justificación tan insatisfactoria.

Shakespeare no inventó esta prueba de la elección de un cofrecillo, sino que la tomó de una narración de la *Gesta Romanorum*, en la cual es realizada por una muchacha para lograr por esposo al hijo del emperador[1649]. También en este caso es el tercer metal, el plomo, el que trae la dicha. No es difícil adivinar que nos hallamos ante un tema muy antiguo, cuyos orígenes e interpretación será interesante buscar. Ya una primera hipótesis de lo que puede significar la elección entre el oro, la plata y el plomo queda confirmada por una manifestación de E. Stucken[1650], el cual ha tratado también este tema dentro de un más amplio contexto. Dice así: «Quiénes son los tres pretendientes de Porcia nos lo revela la elección que cada uno de ellos hace: el príncipe de Marruecos, que se decide por el cofrecillo de oro, es el sol; el príncipe de Aragón, que elige el de plata, es la luna, y Basanio, que prefiere el de plomo, es el doncel estelar». En apoyo de esta interpretación cita Stucken un episodio de la epopeya nacional estona —el Kalewipoeg—, en el que los tres pretendientes se presentan sin disfraz alguno en su calidad de donceles del sol, la luna y las estrellas («el hijo primogénito de la estrella polar»), y de nuevo es este último el que acierta en la prueba y conquista la mano de la dama.

Así, pues, resulta que nuestro pequeño problema nos ha conducido de nuevo a un mito astral. Pero no podemos dar por terminada con esta aclaración nuestra labor investigadora. No compartimos, en efecto, la opinión de algunos mitológicos, según los cuales los mitos fueron leídos en el cielo. Por el contrario, juzgamos más bien, con Otto Rank[1651], que fueron proyectados en el cielo después de haber nacido en otro lugar y bajo condiciones puramente humanas. Y este contenido humano es lo que en ellos nos interesa.

Consideremos de nuevo nuestro tema. Tanto en la epopeya estona como en la narración de la *Gesta Romanorum* se trata de la elección de una muchacha entre tres pretendientes. Tal es también, al parecer, el tema de la escena de *El mercader de Venecia*; pero en esta última surge al mismo tiempo algo como una inversión del tema; un hombre elige entre tres cofrecillos. Si tuviéramos que habérnoslas con un sueño, pensaríamos en el acto que los cofrecillos son también mujeres, símbolo de la parte esencial de

la mujer, lo mismo que las cajas, estuches, cestos, etc. Si nos permitimos suponer que en el mito existe también tal sustitución simbólica, la escena de los cofrecillos de *El mercader de Venecia* resultará realmente, como sospechábamos, una inversión del tema tratado en el Kalewipoeg y en el relato de la *Gesta Romanorum*. Y entonces habremos despojado a nuestro tema de sus vestiduras astrales, y hallaremos que trata un motivo puramente humano: la elección de un hombre entre tres mujeres.

Pero tal es también el contenido de otra escena de Shakespeare, perteneciente a uno de sus dramas más conmovedores. No se trata en ella de la elección de esposa; sin embargo, aparece enlazada a la de *El mercader* por múltiples afinidades secretas. El anciano rey Lear decide repartir en vida su reino entre sus tres hijas proporcionalmente al amor que manifiesten tenerle. Las dos mayores, Gonerila y Regañía, rivalizan en ponderar su cariño filial; mas la tercera, Cordelia, se niega a seguir su ejemplo. El rey habría debido reconocer y premiar aquel amor inefable; pero yerra en sus juicios, rechaza a Cordelia y divide su reino entre las otras dos, para desgracia suya y de todos. ¿No es ésta de nuevo una escena de elección entre tres mujeres, de las cuales es la menor la más excelente?

Fácilmente recordamos otras escenas de los mitos, las fábulas y la literatura, que tienen por contenido esta misma situación: el pastor Paris se ve obligado a elegir entre tres diosas y declara a la tercera la más bella. La Cenicienta es también la menor de tres hermanas, y el hijo del rey la elige con preferencia a las otras dos. En la fábula de Apuleyo, Psiquis es la menor de tres hermanas. Adorada como encarnación terrenal de Afrodita, Psiquis se ve tratada por esta diosa como la Cenicienta por su madrastra y obligada como ella, a separar por clases las diversas simientes mezcladas en un montón, tarea que ambas consiguen llevar a cabo con la ayuda de unos animalitos (palomas en la Cenicienta y hormigas en la fábula de Psiquis)[1652]. No sería difícil hallar aún otras variantes del mismo tema en las que se conservarán los mismos rasgos esenciales.

Por nuestra parte, nos limitaremos a los casos de Cordelia, Afrodita, la Cenicienta y Psiquis. Las cuatro mujeres, de las cuales la tercera es la más excelente, deben suponerse en algún modo afines, ya que nos son presentadas siempre como hermanas. No es contrario a esta hipótesis el hecho de que en

el caso del rey Lear se trate de las tres hijas del sujeto elector, pues ello responde tan sólo a la ancianidad del mismo. A un anciano no se le puede hacer fácilmente elegir de otro modo entre tres mujeres; por eso se convierte a ésta en sus hijas.

Ahora bien: ¿quiénes son estas tres hermanas y por qué la elección ha de recaer siempre en la tercera? Si pudiéramos dar respuesta a esta interrogación, habríamos hallado la interpretación buscada. Antes nos hemos servido ya en una ocasión de la técnica psicoanalítica cuando interpretamos los tres cofrecillos como representación simbólica de tres mujeres. Si ahora nos aventuramos de nuevo a emplear el mismo procedimiento, emprenderemos un camino que al principio nos llevará a lo imprevisto e incomprensible, y luego, por un rodeo, quizá a un fin satisfactorio.

No puede menos de extrañarnos que la tercera y más excelente mujer posea en varios casos, a más de su belleza, otras determinadas singularidades. Trátase de cualidades que parecen tender a cualquier unidad, aunque, desde luego, no hemos de esperar encontrarlas igualmente señaladas en todos los casos: Cordelia se muestra hermética y sin brillo, como el plomo; permanece en silencio; «ama y calla». La Cenicienta se esconde y hace que sea muy difícil encontrarla. No será ilícito, quizá, equiparar en estos casos la ocultación al silencio. De todos modos, éstos son sólo dos casos de los cinco propuestos. Pero resulta que también en otros dos hallamos algo semejante, si bien levemente indicado. Hemos comparado antes a Cordelia con el plomo. Pues bien: de este metal dice Basanio en el breve parlamento con que motiva su elección: *Thy paleness moves me more than eloquence (plainnes*, según otra lectura).

O sea, tu sencillez me es más grata que la naturaleza chillona de los otros dos metales. El oro y la plata son «chillones»: el plomo, en cambio, es mudo, justamente como Cordelia, que «ama y calla».

Las antiguas narraciones griegas del juicio de Paris no dicen nada de tal reserva de Afrodita. Cada una de las tres diosas habla al joven pastor e intenta decidir su elección con gratas promesas. Pero en una elaboración moderna de la misma escena surge singularmente aquel rasgo de la tercera, que en los otros casos nos ha llamado la atención. En el libreto de Offenbach *La bella Helena*, París, después de hablarnos de las promesas de las otras dos

divinidades, nos cuenta cómo se condujo Afrodita en aquel concurso de belleza:

> Y la tercera sí, la tercera—,
> en pie al lado de las otras, permanecería *muda*.
> A ella le di la manzana, etc.

Si nos decidimos a ver concentradas en la «mudez» las peculiaridades de la tercera, hallaremos que el psicoanálisis nos dice que la mudez es, en los sueños, una representación usual de la muerte[1653].

Hace ya más de diez años, un hombre muy inteligente me comunicó un sueño que se proponía utilizar como prueba de la naturaleza telepática de los fenómenos oníricos. Vio en él a un amigo suyo, del cual no había tenido noticias hacía mucho tiempo, y le reprochó su silencio. El amigo no le respondió. Después supo que, aproximadamente en la misma época en que él había tenido aquel sueño, su amigo se había suicidado. Prescindiendo del problema de la telepatía, lo que sí parece indudable es que la mudez se hizo en este sueño representación de la muerte. También la ocultación, la imposibilidad de encontrar a alguien, como por tres veces le sucede con Cenicienta al príncipe, es, en el sueño, un símbolo indiscutible de la muerte, e igualmente la palidez extremada, a la cual alude la *paleness* del plomo en una de las lecturas del texto shakesperiano[1654]. La introducción de estas interpretaciones del lenguaje de los sueños a la forma expresiva del mito que nos ocupa se nos hará mucho más fácil si logramos hacer verosímil que también en otros productos, distintos de los sueños, el silencio debe ser interpretado como un signo de muerte.

Elegiremos para tal objeto uno de los cuentos de Grimm, titulado *Los doce hermanos*. Un rey y una reina tenían doce hijos, varones todos. Entonces dijo el rey que si su decimotercer retoño era una niña, haría matar a todos sus hermanos, y en espera del nacimiento de la niña hizo construir doce ataúdes. Pero los doce hijos, ayudados por la madre, huyeron a un bosque y juraron matar a cualquier muchacha que cayera en sus manos.

La reina da, efectivamente, a luz una niña, la cual, al cabo del tiempo, averigua que tenía doce hermanos. Decide salir en su busca, y encuentra, por

fin, en el bosque, al menor, el cual la reconoce, pero quisiera ocultarla a causa de su juramento. La hermana dice: «No me importa morir si con ello puedo salvar a mis doce hermanos». Mas éstos la acogen cariñosamente, y la muchacha se queda a vivir con ellos y gobierna su casa.

En el jardín que rodea la casa crecen doce lirios: la muchacha los corta para ofrecer uno de ellos a cada uno de sus hermanos. Pero, en el mismo instante, se convierten éstos en cuervos y desaparecen con la casa y el jardín. Los cuervos son aves funerarias, y la muerte de los doce hermanos por su hermana queda representada de nuevo por la corta de las flores, como antes por los ataúdes y por la desaparición de los hermanos. La muchacha, nuevamente dispuesta a salvar de la muerte a sus hermanos, averigua que para conseguirlo deberá enmudecer durante siete años, y se somete a tan dura prueba, que llega incluso a poner en peligro su vida; esto es, muere ella misma por sus hermanos, según lo prometió antes de encontrarlos. A los siete años de silencio absoluto consigue, por fin, desencantar a los cuervos.

Idénticamente, en el cuento de los *Seis cisnes*, los seis hermanos, transformados en cisnes, son desencantados, o sea resucitados, por el silencio de su hermana. La muchacha ha resuelto salvar a sus hermanos, «aunque le cueste la vida», y pone también en peligro su existencia, siendo ya esposa del rey, por no querer quebrantar su silencio para rechazar falsas acusaciones.

Los cuentos populares nos procurarían seguramente más amplias pruebas de que el silencio ha de ser entendido como representación de la muerte. Si nos es lícito seguir la dirección marcada por estos indicios, la tercera de aquellas hermanas, entre las cuales se ha de elegir, sería una muerta. Pero también puede ser algo diferente: la muerte misma o la diosa de la muerte. A consecuencia de un desplazamiento nada raro, las cualidades que una divinidad otorga a los hombres son atribuidas a la misma. Este desplazamiento nos extrañará ahora menos tratándose de la diosa de la muerte, ya que en la interpretación y en la presentación modernas, aquí anticipadas, la muerte no es más que un muerto.

Pero si la tercera de las hermanas es la muerte, sabemos ya también quiénes son todas ellas. Son las hermanas del Destino, las Moiras, Parcas o Normas; la tercera de las cuales se llama Atropos, la implacable.

II

DEJEMOS de momento a un lado la cuestión de cómo hemos de integrar en nuestro mito la interpretación buscada y acudamos a los mitólogos para documentarnos sobre la función y el origen de las diosas del destino.

La mitología griega más antigua conoce tan sólo una Μοῖρα como personificación del destino ineluctable (en Homero).

La evolución de esta única Moira hasta una asociación fraterna de tres divinidades (más raramente de dos) se cumplió probablemente por asimilación a otras figuras divinas, afines a las Moiras: las Charitas y las Horas.

Las Horas fueron originariamente las divinidades de las aguas celestes, las que distribuían la lluvia y el rocío, y también de las nubes, de las cuales caen las lluvias. Y como las nubes eran consideradas como un tejido, se atribuyó a estas diosas la condición de hilanderas, que luego pasó a las Moiras. En los países mediterráneos, miniados por el sol, la fertilidad del suelo depende de la lluvia, por cuyo motivo las Horas se convirtieron en ellos en diosas de la vegetación. A ellas se debían la belleza de las flores y la abundancia de los frutos, y se las adornó con múltiples rasgos amables y graciosos. Luego pasaron a ser las representantes divinas de las estaciones del año, a lo cual podríamos atribuir, acaso, su número trino, si el carácter sagrado del número tres no fuera ya suficiente para explicarlo. Pues estos pueblos antiguos no distinguían, al principio, más que tres estaciones: invierno, primavera y verano. El otoño fue agregado luego, en época grecorromana, y entonces el arte aumentó también a cuatro, en sus plásticas, el número de las Horas.

La relación de las Horas con el tiempo se conservó siempre intacta; como antes las épocas del año, presidieron luego las divisiones del día y les dieron su nombre. Las Normas de la mitología alemana, afines en su esencia a las Horas y a las Moiras, revelan ya, en su nombre, su significación temporal. Pero no podía menos de suceder que la esencia de estas divinidades fuera más profundamente aprehendida y preferida a la normatividad del curso del tiempo. Las Horas pasaron de este modo a ser las guardadoras de la ley

natural y de aquel orden sagrado que hace retornar en la Naturaleza las mismas cosas en sucesión inmutable.

Este conocimiento de la Naturaleza influyó sobre la concepción de la vida humana. El mito de la Naturaleza se transformó en el mito del hombre, y las diosas del tiempo pasaron a ser las diosas del destino. Esta faceta de las Horas halló su expresión primera en las Moiras, que guardan el orden necesario en la vida humana tan implacablemente como las Horas la normatividad de la Naturaleza. El ineluctable rigor de la ley y la relación con la muerte y con la caducidad, que habían sido evitados a las amables figuras de las Horas, imprimieron su sello a las Moiras, como si el hombre sólo sintiera toda la gravedad de la ley natural al tener que subordinar a ella su propia persona.

Los nombres de las tres hilanderas han sido también interpretados por los mitólogos. Laquesis parece representar «lo casual dentro de la normatividad del Destino[1655]»; Atropos, lo ineluctable, la muerte; Cloto, la disposición congénita fatal.

Ya es tiempo de que retornemos al tema de la elección entre tres hermanas, cuya interpretación intentamos. Pero observamos, con profundo disgusto, cuán incomprensibles se nos hacen las situaciones propuestas al aplicar a ellas la interpretación hallada y qué contradicciones surgen con el contenido aparente de las mismas. La tercera de las hermanas debe ser, según nuestra interpretación, la diosa de la muerte, la muerte misma, y resulta que en el juicio de París es la diosa del amor; en la fábula de Apuleyo, una belleza comparable a Afrodita; en *El mercader*, una mujer bellísima e inteligentísima, y en *El rey Lear*, la única hija fiel. No parece posible imaginar una contradicción más completa. Y, sin embargo, aún se nos muestra mayor cuando observamos que en todas y en cada una de las situaciones examinadas, la elección, no obstante ser totalmente libre, va a recaer, según nuestra interpretación, en la muerte, que nadie suele elegir de grado.

Pero las contradicciones de cierto género, las sustituciones de un elemento por su antítesis más completa, no suscitan a la interpretación psicoanalítica serias dificultades. No alegaremos en este caso que las antítesis son frecuentemente representadas en la forma expresiva de lo inconsciente y

de los sueños por un solo y mismo elemento. Pero pensaremos que en la vida anímica hay motivos que provocan la sustitución de un elemento por su contrario, y orientaremos nuestra labor precisamente hacia el descubrimiento de tales motivos. La creación de las Moiras fue el resultado de un atisbo, que reveló al hombre cómo él era también una parte de la Naturaleza, y se hallaba sometido, por tanto, a la ley inmutable de la muerte. Pero algo debió de rebelarse en él contra este sometimiento, pues el hombre sólo muy a disgusto renuncia a su situación excepcional. Ahora bien; sabemos que el sujeto humano emplea la actividad de su fantasía para satisfacer aquellos deseos que la realidad deja incumplidos.

Yasí, su fantasía se rebeló contra el conocimiento, encarnado en el mito de las Moiras, y creó, derivándolo de él, otro mito, en el que la diosa de la Muerte quedó sustituida por la diosa del Amor o por figuras humanas a ella equiparables. La tercera hermana no fue ya la muerte, sino la más bella y mejor de las mujeres, la más codiciable y más digna de ser amada; sustitución que no fue, técnicamente, nada difícil, pues estaba preparada por una antigua ambivalencia y se cumplió siguiendo una relación antiquísima que ni entonces ni en mucho tiempo podía estar olvidada.

La misma diosa del Amor, que pasó ahora a ocupar el puesto de la diosa de la Muerte, había sido antaño idéntica con ella. Todavía la Afrodita griega no carecía totalmente de relaciones con el Averno, aunque ya hubiera traspasado desde mucho antes su función ctónica a otra deidades: a Persófone, la trimorfa Artemisa-Hécate. Todas las grandes divinidades maternales de los pueblos orientales parecen haber sido tanto genitrices como destructoras; diosas de la vida y de la generación y, al mismo tiempo, de la muerte. De este modo, la sustitución por una antítesis optativa en nuestro tema se refiere regresivamente a una identidad primordial.

Esta misma consideración nos resuelve el problema de la procedencia de la elección en el mito de las tres hermanas. En esta circunstancia cumple de nuevo una inversión optativa. La elección sustituye a la necesidad, a la fatalidad.

Yasí, el hombre supera la muerte, que su pensamiento ha tenido que admitir. No puede imaginarse un mayor triunfo de la realización de deseos. Se elige allí donde en realidad se obedece a una coerción ineludible, y la

elegida no es la muerte espantable y temida, sino la más bella y más codiciable de las mujeres.

Una consideración más detenida nos muestra, además, que las deformaciones del mito primitivo no son lo bastante fundamentales para no delatarse en ciertos residuos. La elección libre entre las tres hermanas no es, en realidad, una libre elección, pues tiene que recaer necesariamente en la tercera si no se quiere que suscite, como en *El rey Lear*, toda clase de desgracias.

La más bella y mejor que ha ocupado el lugar de la diosa de la Muerte ha conservado rasgos inquietantes que nos permiten adivinar lo encubierto[1656].

Hasta aquí hemos seguido la trayectoria del mito y de su transformación, y esperamos haber señalado los motivos secretos de esta última. Ahora nos interesará examinar el empleo del tema por el poeta. Experimentamos la impresión de que el poeta lleva a cabo una reducción del tema al mito primitivo, de suerte que el sentido conmovedor de este último, debilitado por la deformación, se nos hace de nuevo perceptible. Por medio de esta reducción de la deformación, represión parcial a lo originario, conseguiría el poeta el profundo efecto que en nosotros suscita.

Para evitar interpretaciones erróneas, he de advertir que no me propongo en modo alguno discutir que el drama del rey Lear tiende a ilustrar las dos sabias doctrinas en la vida a nuestros derechos y a nuestros bienes ni dar tampoco crédito alguno a la adulación. Estas y otras admoniciones se desprenden realmente del drama; pero me parece absolutamente imposible explicar el poderoso efecto de *El rey Lear* por la impresión de este contenido ideológico, o suponer limitados los motivos personales del poeta a la intención de exponer tales doctrinas. Tampoco la explicación de que el poeta ha querido presentarnos la tragedia de la ingratitud, cuyas mordeduras sentía él en su propio cuerpo, o la de que el efecto del drama reposaría tan sólo en el factor puramente formal de sus galas artísticas, sustituyen, a nuestro juicio, la comprensión que nos facilita el estudio del tema de la elección entre las tres hermanas.

Lear es un anciano. Y ya hicimos observar que ésta es la razón de que las tres hermanas aparezcan convertidas en sus tres hijas. La relación paternal, de la que podían fluir tantos y tan fértiles impulsos dramáticos, no es utilizada

más allá del drama. Pero Lear no es tan sólo un anciano, sino un moribundo. La singular premisa del reparto de la herencia pierde así todo carácter extraño. Pero este hombre acechado por la muerte se resiste a renunciar al amor de la mujer; quiere oír cuánto es amado. Recuérdese ahora la conmovedora escena final del drama, una de las cumbres más elevadas de la dramaturgia moderna: Lear aparece trayendo en brazos el cadáver de Cordelia. Cordelia es la muerte. Si invertimos la situación, se nos hace en el acto comprensible y familiar. Es la diosa de la Muerte, que lleva en sus brazos al héroe muerto en el combate, como la valquiria de la mitología alemana. La eterna sabiduría, bajo las vestiduras del mito primitivo, aconseja al anciano que renuncie al amor y elija la muerte, reconciliándose con la necesidad de morir.

El poeta trae a nosotros el antiguo tema, haciendo que sea un anciano, un moribundo, el que lleva a cabo la elección entre las tres hermanas. La elaboración regresiva que así emprende con el mito, deformado por una transformación optativa, deja traslucir el antiguo sentido del mismo, hasta el punto de hacernos posible también, acaso, una interpretación superficial, alegórica, de las tres figuras femeninas del tema. Podríamos decir que para el hombre existen tres relaciones inevitables con la mujer, aquí representadas: la madre, la compañera y la destructora. O las tres formas que adopta la imagen de la madre en el curso de vida: la madre misma, la amada, elegida a su imagen, y, por último, la madre tierra, que la acoge de nuevo en su seno.

Pero el anciano busca en vano el amor de la mujer, tal como primero lo obtuvo de su madre, y sólo la tercera de las mujeres del Destino, la muda diosa de la Muerte, le tomará en sus brazos.

LXXVII

EL «MOISÉS» DE MIGUEL ÁNGEL[1657]

1913 [1914]

HE de confesar, ante todo, que soy profano en cuestión de arte. El contenido de una obra de arte me atrae más que sus cualidades formales y técnicas, a las que el artista concede, en cambio, máxima importancia. Para muchos medios y efectos del arte me falta, en realidad, la comprensión debida. Y quiero hacerlo constar así para asegurar a mi intento presente una acogida benévola.

Pero las obras de arte ejercen sobre mí una poderosa acción, sobre todo las literarias y las escultóricas, y más rara vez, las pictóricas. En consecuencia, me he sentido impulsado a considerar muy detenidamente algunas de aquellas obras que tan profunda impresión me causaban, y he tratado de aprehenderlas a mi manera; esto es, de llegar a comprender lo que en ellas producía tales efectos. Y aquellas manifestaciones artísticas (la Música, por ejemplo) en que esta comprensión se me niega, no me produce placer alguno. Una disposición racionalista o acaso analítica se rebela en mí contra la posibilidad de emocionarme sin saber por qué lo estoy y qué es lo que me emociona.

Todo esto ha orientado mi atención hacia el hecho, aparentemente paradójico, de que precisamente algunas de las creaciones artísticas más acabadas e impresionantes escapan a nuestra comprensión. Las admiramos y nos sentimos subyugados por ellas, pero no sabemos qué es lo que

representan. Carezco de lecturas suficientes para saber si este hecho ha sido ya observado, o si ha habido o no algún crítico de arte que haya encontrado en semejante perplejidad de nuestra inteligencia comprensiva una de las condiciones capitales de los más poderosos efectos que una obra de arte puede suscitar. De todos modos, a mi habría de serme muy difícil aceptar como verdadera semejante condición.

Y no es que los peritos en arte o los entusiastas no encuentren palabras cuando nos ponderan una de estas obras de arte. Muy al contrario, encuentran incluso demasiado. Pero, generalmente, ante estas creaciones magistrales del artista dice cada uno algo distinto, y nadie algo que resuelva el enigma planteado al admirador ingenuo. Lo que tan poderosamente nos impresiona no puede ser, a mi juicio, más que la intención del artista, en cuanto el mismo ha logrado expresarla en la obra y hacérnosla aprehensible. Sé muy bien que no puede tratarse tan sólo de una aprehensión meramente intelectual; ha de ser suscitada también nuevamente en nosotros aquella situación afectiva, aquella constelación psíquica que engendró en el artista la energía impulsora de la creación. Mas ¿por qué no ha de ser posible determinar la intención del artista y expresarla en palabras, como cualquier otro hecho de la vida psíquica? En cuanto a las grandes obras de arte, acaso no puede hacerse sin auxilio del análisis. La obra misma tiene que facilitar este análisis si es la expresión eficiente en nosotros de las intenciones y los impulsos del artista. Y para adivinar tal intención habremos de poder descubrir previamente el sentido y el contenido de lo representado en la obra de arte; esto es, habremos de poderla interpretar. Es, pues, posible que una obra de arte precise de interpretación, y que sólo después de la misma pueda yo saber por qué he experimentado una impresión tan poderosa. Abrigo incluso la esperanza de que esta impresión no sufrirá minoración alguna, una vez llevado a buen término el análisis.

Consideremos ahora, por ejemplo, el *Hamlet*, una de las obras maestras de Shakespeare, representada por vez primera hace ya más de trescientos años[1658]. Examinadas las investigaciones psicoanalíticas de que se ha hecho objeto a esta obra cumbre de la literatura dramática, soy de opinión que sólo el psicoanálisis ha conseguido resolver el enigma del efecto que la misma produce al referir su argumento al tema de Edipo. Pero antes, ¡qué multitud

de tentativas de interpretación, incompatibles entre sí, y qué diversidad de opiniones sobre el carácter del protagonista y las intenciones del autor! ¿Qué ha querido presentarnos Shakespeare? ¿Un enfermo, un insuficiente o un idealista demasiado bueno para el mundo real? ¡Y cuántas de estas interpretaciones nos dejan completamente fríos, puesto que en nada contribuyen a la explicación del efecto de la obra, sugiriéndonos así que su encanto reposa tan sólo en los pensamientos integrados en el diálogo y en las excelencias del estilo! Y, sin embargo, estas mismas tentativas de interpretación, ¿no demuestran, acaso, que se siente una necesidad de hallar otra fuente distinta de aquel efecto?

Otra de estas magnas y enigmáticas obras de arte es la estatua marmórea de *Moisés*, erigida por Miguel Ángel en la iglesia de San Pietro in Vincoli, de Roma y destinada originariamente por el artista al gigantesco monumento funerario que había de guardar los restos del soberano pontífice Julio II[1659]. Todo juicio laudatorio sobre esta obra de arte (por ejemplo, el de Hermann Grimm, según el cual es «la corona de la escultura moderna») me causa íntima satisfacción, pues ninguna otra escultura me ha producido jamás tan poderoso efecto. Cuantas veces he subido la empinada escalinata que conduce desde el feísimo Corso Cavour a la plaza solitaria, en la que se alza la abandonada iglesia, he intentado siempre sostener la mirada colérica del héroe bíblico, y en alguna ocasión me he deslizado temeroso fuera de la penumbra del interior, como si yo mismo perteneciera a aquéllos a quienes fulminan sus ojos; a aquella chusma, incapaz de mantenerse fiel a convicción ninguna, que no quería esperar ni confiar, y se regocijaba ruidosamente al obtener de nuevo la ilusión del ídolo.

Mas ¿por qué califico de enigmática esta plástica? Es indudable que representa a Moisés, el legislador de los judíos, con las tablas de la Ley. Pero esto es lo único seguro. Recientemente (1912), un crítico de arte, Max Suverlandt, ha podido decir lo que sigue: «Sobre ninguna obra de arte han recaído juicios tan contradictorios como sobre este *Moisés*. Ya en la simple interpretación de la figura hallamos las mayores contradicciones…» Sobre la base de una colección de juicios, reunida por mí hace años, expondré cuáles son las dudas que se enlazan a la interpretación de la figura de Moisés, y no creo que haya de serme muy difícil mostrar cómo detrás de tales dudas se

ocultan los elementos esenciales y mejores para la comprensión de esta obra de arte[1660].

CAPÍTULO I

EL *Moisés* de Miguel Ángel se nos muestra sentado, con el tronco de frente y la cabeza y la mirada vueltas hacia la izquierda; el pie derecho descansa sobre el suelo, en tanto que el izquierdo se alza apoyado solamente en los dedos; el brazo derecho se halla en contacto con las tablas de la Ley y una parte de la barba, y el izquierdo reposa sobre el regazo. Si quisiéramos dar una descripción más detallada, tendríamos que adelantar mucho de lo que luego nos proponemos exponer. Las descripciones de los críticos son, en general, singularmente inexactas. Lo que no han comprendido, lo han percibido también —o lo han expresado— inexactamente. H. Grimm dice que la mano derecha, «bajo cuyo brazo reposan las tablas de la Ley, ase las barbas». Y lo mismo W. Lübke: «Irritado, se agarra con la mano derecha la caudalosa barba…»; Springer; «Moisés aprieta contra su cuerpo una de sus manos (la izquierda) y se coge con la otra, como inconscientemente, la barba ondulante». C. Justi encuentra que los dedos de la mano derecha juguetean con la barba «como el hombre civilizado, en momento de excitación, con la cadena del reloj». También Müntz hace resaltar este ademán de juguetear con la barba, H. Thode habla de la «posición serenamente firme de la mano derecha sobre las tablas de la Ley». Ni siquiera en la mano derecha reconoce un ademán de excitación, como Justi y Boito pretenden. «La mano permanece tal como estaba, asiendo la barba, antes que el titán volviera la cabeza a la izquierda». Jakob Burckhardt pretende que «el famoso brazo izquierdo no hace en el fondo más que apretar la barba contra su cuerpo».

Si ya estas descripciones generales no coinciden, la discrepancia en la interpretación de rasgos aislados de la estatua no tendrá por qué asombrarnos. Por mi parte, creo imposible caracterizar la expresión fisonómica de Moisés mejor que Thode, el cual lee en ella una «mezcla de cólera, dolor y desprecio: la cólera, en el entrecejo contraído; el dolor, en la mirada, y el desprecio, con

el resalto del labio inferior y en las comisuras de la boca, echadas hacia abajo». Pero otros admiradores han debido de ver la estatua con ojos muy distintos. Así, Dupaty opina; *Ce front auguste semble n'être qu'un voile transparent qui couvre à peine un esprit inmense*[1661]. En cambio, Lübke dice: «Sería inútil buscar en la cabeza la expresión de una poderosa inteligencia; sólo la capacidad de una enorme cólera, de una energía arrolladora, se expresa en su ceño fruncido». Guillaume (1876) se aleja todavía más en la interpretación de la expresión fisonómica, pues no encuentra en ella agitación ninguna, «sólo orgullosa sencillez, dignidad espiritual y la energía de la fe. La mirada de Moisés penetra en el futuro, prevé la duración de su raza y la inmutabilidad de su ley». Muy análogamente dice Müntz: «La mirada de Moisés va más allá del género humano; se pierde en aquellos misterios que él fue el único en guardar». Y para Steinemann, este Moisés «no es ya el legislador inflexible ni el temible enemigo del pecado, contra el cual fulmina su cólera digna de Jehová, sino el sumo sacerdote, en el que los años no dejan huella alguna y que, bendiciendo y profetizando, bañada la frente por un fulgor de eternidad, se despide para siempre de su pueblo».

Ha habido también otros a los que el *Moisés* de Miguel Ángel no les decía nada, y fueron lo bastante sinceros para manifestarlo así. Tal es, por ejemplo, un articulista de la *Quarterly Review* (1858): *There is an absence of meaning in the general conception, which precludes the idea of a self-sufficing whole*. Y nos extraña comprobar, por ultimo, que otros no han hallado en el *Moisés* nada admirable, y se han alzado contra él, reprochando la brutalidad de la figura y la animalidad de la cabeza. Lo que el maestro dejó aquí escrito en la piedra, ¿lo escribió realmente con letra tan imprecisa o tan equívoca que puede hacer posibles lecturas tan diferentes?

Pero hay otra interrogación a la que se subordinan fácilmente las dudas apuntadas. ¿Quiso Miguel Ángel crear en este *Moisés* una obra de carácter y expresión, ajena al tiempo, o ha representado al héroe bíblico en un momento determinado y muy importante de su vida? La mayoría de los críticos se decide por esto último e indica también la escena de la vida de Moisés que el artista ha plasmado eternalmente. Tal escena sería aquélla en que a su descenso del Sinai, donde ha recibido de manos de Dios las tablas de la Ley,

advierte Moisés que los judíos han construido entre tanto un becerro de oro, en derredor del cual danzan jubilosos. Este cuadro es el que sus ojos contemplan y el que suscita en él los sentimientos que sus rasgos expresan y que habrán de impulsarle, en el acto, a obrar con máxima energía. Miguel Ángel ha elegido el instante de la última vacilación, de la calma precursora de la tempestad. En el instante inmediato. Moisés se erguirá violento —el pie izquierdo se alza ya del suelo—, arrojará de sus manos, quebrándolas, las tablas de la Ley y descargará su ira sobre los apóstatas.

En el detalle de esta interpretación difieren nuevamente sus mantenedores:

J. Burckhardt: «Moisés aparece representado en el momento en que advierte la adoración del becerro de oro y va a alzarse irritado. Late en su figura la preparación a un movimiento violentísimo, que la potencia física de su figura hace terriblemente amenazador».

W. Lübke: «Como si sus ojos, que fulminan rayos, acabaran de descubrir la adoración del becerro de oro, un impulso interior recorre violentamente toda la figura. Estremecido, se coge con la mano derecha la barba caudalosa, cual si quisiera dominar aún por un momento su impulso para darle curso después con más terrible energía».

Springer se adhiere a esta opinión, no sin formular cierta reserva, sobre la cual habremos de volver más adelante:

«Penetrado de energía y de celo, el héroe domina con inmenso esfuerzo su agitación interior… Por eso imaginamos involuntariamente una escena dramática y juzgamos que Moisés está representado en el momento en que advierte la adoración del becerro de oro y va a alzarse ardiendo en cólera. Sin embargo, no creemos fácil que esta hipótesis coincida con la verdadera intención del artista, y que la figura de *Moisés*, lo mismo que las otras cinco estatuas sedentes del proyectado monumento funerario, habían de producir un efecto predominantemente decorativo; pero sí podemos considerarla como una prueba concluyente de la plenitud de vida y la esencia personalísima de la figura de Moisés».

Algunos autores, que no se deciden precisamente por la escena del becerro de oro, coinciden, sin embargo, con esta hipótesis en el punto esencial de que Moisés aparece representado en el momento de alzarse y

pasar a la acción.

Hermann Grimm: «La figura aparece penetrada de una elevación, de una conciencia de la propia personalidad y de un sentimiento tales, como si este hombre dispusiera de los rayos del cielo; pero se dominará, antes de desencadenarlos, en espera de que los enemigos a los que quiere exterminar se atrevan a atacarle. Está sentado como disponiéndose a alzarse, con la cabeza orgullosamente erguida, con la mano, bajo cuyo brazo reposan las tablas de la Ley, asida a la barba que fluye caudalosa sobre su pecho, con las aletas de la nariz muy abiertas y con una boca en cuyos labios parecen temblar las palabras».

Heath Wilson dice que Moisés ha visto algo que ha captado su atención y se dispone a levantarse bruscamente, pero vacila todavía. La mirada, en la que se mezclan la indignación y el desprecio, puede aún transformarse en compasiva.

Wolfflin habla de «movimiento inhibido». El motivo de la inhibición yace aquí en la voluntad de la persona misma; es el último instante de contención antes de iniciar una acción violenta; esto es, antes de ponerse bruscamente en pie.

C. Justi ha sido quien más minuciosamente ha razonado la interpretación según la cual Moisés acaba de advertir la adoración del becerro de oro, y refiere a ella detalles de la estatua no observados antes. Nos hace notar la posición singular, en efecto, de las dos tablas de la Ley en vías de resbalar al asiento: «Así, pues, o Moisés mira en dirección al lugar desde el cual llegan a él los rumores, o es la visión misma del sacrilegio la que le hiere como un golpe conmocionante. Estremecido de horror y de dolor, se ha dejado caer en su asiento[1662]. Había permanecido cuarenta días y cuarenta noches en la cima de la montaña. Un suceso de magnas proporciones, un gran destino, un gran delito o incluso una gran felicidad puede ser, desde luego, percibido en un instante; pero no aprehendido en cuanto a su esencia, su alcance y sus secuelas. Por un instante le parece destruida su obra y desespera de aquel pueblo. En tal momento, la agitación interior se delata en pequeños movimientos involuntarios. Deja que las tablas de la Ley, que mantenía en su mano derecha, resbalen hasta quedar de canto sobre el asiento de piedra, sujetas con el antebrazo contra el costado. La mano, en cambio, se acerca al

pecho y a la barba, y al girar la cabeza hacia la derecha, tira de la barba hacia la izquierda, alterando la simetría del frondoso ornato masculino; parece como si los dedos juguetearan con la barba, como el hombre civilizado, en momento de agitación, con la cadena del reloj. La izquierda se hunde en el ropaje del regazo (en el Antiguo Testamento son las entrañas la sede de los afectos). Pero la pierna izquierda aparece ya echada hacia atrás, y adelantada la derecha; en el momento inmediato, Moisés se levantará airado, la energía psíquica pasará de la sensación a la voluntad, el brazo derecho se moverá, las tablas de la Ley caerán al suelo y ríos de sangre lavarán la afrenta de la apostasía…» «No es éste aún el momento de tensión del hecho. Domina todavía, casi paralizante, el dolor anímico».

Muy análogamente se expresa Fritz Knapp, salvo que sustrae la situación inicial a la reserva que antes expusimos, y analiza más consecuentemente el movimiento indicado de las tablas: «Moisés, que acababa de hallarse a solas con Dios, se ve distraído por rumores humanos. Oye ruido; los cánticos que acompañan las danzas le arrancan de sus ensueños. Su cabeza y sus ojos se vuelven hacia el ruido. Sobresalto, cólera, toda la furia de hirvientes pasiones recorren la figura gigantesca. Las tablas de la Ley comienzan a resbalar de sus manos, y caerán, quebrándose, al suelo al levantarse bruscamente la figura, para lanzar a las masas apóstatas tonantes palabras de cólera… Este momento de máxima tensión es el elegido». Knapp acentúa, pues, la preparación a la acción, y niega la representación de la inhibición inicial por una agitación demasiado intensa.

No negaremos que ciertas tentativas de interpretación, tales como las de Justi y Knapp, últimamente mencionadas, tienen algo extraordinariamente atractivo. Deben este carácter a la circunstancia de que no se limitan a la impresión de conjunto de la figura, sino que pasan a analizar caracteres aislados de la misma, que otros observadores, dominados y como paralizados por la impresión general, han omitido considerar. El giro resuelto de la cabeza y de los ojos hacia la izquierda, en tanto que el resto de la figura aparece de frente, concuerda con la hipótesis de que en aquella dirección se ve algo que atrae de pronto la atención del sedente. El pie izquierdo, alzado, no permite apenas otra interpretación que la de una disposición a levantarse[1663], y la singularísima posición de las tablas, que son algo

sacratísimo y no pueden ser figuradas en cualquier lugar, como un aditamento sin importancia, encuentra una excelente explicación en la hipótesis de que resbalan a consecuencia de la excitación de su portador, y acabarán por caer al suelo. Así, pues, sabríamos que esta estatua de Moisés le representa en determinado momento importante de su vida, y no corremos tampoco peligro de equivocarnos en cuanto al momento de que se trata.

Pero dos observaciones de Thode nos arrebatan lo que ya creíamos haber logrado. Declara, en efecto, que para él las tablas de la Ley no están en trance de resbalar, sino perfectamente quietas, y hace notar «la posición resueltamente inmóvil de la mano derecha sobre las tablas, puestas de canto». Si ahora consideramos nosotros este detalle de la estatua, habremos de reconocer sin reserva alguna que Thode está en lo cierto. Las tablas de la Ley están firmemente sujetas y no corren peligro alguno de resbalar. La mano derecha las apoya o se apoya en ellas. Lo cual no explica desde luego su posición, pero sí la invalida para la interpretación de Justi y de otros.

Una segunda observación resulta aún más decisiva. Thode recuerda que «esta figura fue proyectada como elemento de una serie de seis y que aparece representada en posición sedente. Ambas circunstancias contradicen la hipótesis de que Miguel Ángel quiso fijar un momento histórico determinado. Pues en cuanto a lo primero, la tarea de presentar figuras sedentes yuxtapuestas como tipos de la naturaleza humana (*vita activa*, *vita contemplativa*) excluye la idea de distintos acontecimientos históricos. Y con respecto a la segunda, la posición sedente, condicionada por la concepción artística total del monumento, contradice el carácter de aquel acontecimiento; esto es, del descenso desde el Sinai al campamento».

Hagamos nuestras estas observaciones de Thode. A mi juicio, podremos darles aún más fuerza. El *Moisés* debía adornar, con otras cinco estatuas (tres en un proyecto posterior), el basamento del sepulcro. Su pareja inmediata hubiera debido ser un San Pablo. Dos de las otras, la *Vida activa* y la *Vida contemplativa*, fueron erigidas personificándolas en Leah y Rachel, en el monumento que hoy vemos lamentablemente disminuido. Pero fueron representadas en pie. Tal pertenencia de la figura de Moisés a un conjunto hace imposible la hipótesis de que la figura hubiera de suscitar en el espectador la idea de que iba a levantarse en el acto para entregarse a una

acción violenta. Si las figuras restantes no aparecían también representadas en igual actitud de preparación a la acción lo cual es muy inverosímil—, había de hacer pésima impresión que precisamente aquella otra pudiera sugerirnos la idea de que iba a abandonar su puesto y a sus compañeros, o sea a sustraerse a su misión en el conjunto del monumento. Ello daría lugar a una evidente incoherencia que no debemos atribuir, sin vernos necesariamente forzados a ello, al gran escultor. Una figura dotada de tal movimiento sería absolutamente incompatible con el estado de ánimo que todo el monumento funerario debía despertar.

Así, pues, este Moisés no debe querer levantarse; tiene que poder permanecer en soberana calma, como las demás figuras y como la proyectada estatua del Papa mismo (que Miguel Ángel no llegó a realizar). Pero entonces el Moisés que contemplamos no puede ser la representación del hombre poseído de cólera, que, al descender del Sinai, ve a su pueblo entregado a la apostasía y arroja contra el suelo, quebrándolas, las tablas de la Ley. Y, realmente, recuerdo yo mi decepción cuando en anteriores visitas a la iglesia de San Pietro in Vincoli me senté ante la estatua, esperando ver cómo se alzaba violenta, arrojaba las tablas al suelo y descargaba su cólera. Nada de ello sucedió; por el contrario, la piedra se hizo cada vez más inmóvil; una calma sagrada, casi agobiante, emanó de ella, y sentí necesariamente que allí estaba representado algo que podría permanecer inmutable, que aquel Moisés permanecería allí eternamente sentado y encolerizado.

Ahora bien: si tenemos que renunciar a la interpretación de la estatua como representación del instante inmediato a la descarga activa de la cólera provocada por la adoración del becerro de oro, apenas nos queda ya otro camino que el de aceptar una de las concepciones que quieren ver en este Moisés una figura de carácter. El menos arbitrario de estos juicios y el mejor fundado en el análisis de los motivos del movimiento de la figura parece ser el de Thode: «En este caso, como siempre, se trata para él de crear un tipo de carácter. Crea la figura de un apasionado guía de la Humanidad, el cual, consciente de su divina misión legisladora, tropieza con la resistencia incomprensiva de los hombres. Para caracterizar a tal hombre de acción, el único medio hábil era hacer visible la energía de su voluntad, y esto era posible por medio de la representación intuitiva de un movimiento que

penetrara la serenidad aparente, tal como se manifiesta en el giro de la cabeza, la tensión de los músculos y la posición de la pierna izquierda. Son éstos los mismos fenómenos que comprobamos en la figura de Giuliano, el *vis activus* de la capilla de los Médicis. Esta característica general se hace más profunda por la acentuación del conflicto en que tal genio reformador de la Humanidad entra con la generalidad; los efectos de la cólera, el desprecio y el dolor llegan a una expresión típica. Sin ellos era imposible hacer intuible la naturaleza de tal superhombre. Lo que Miguel Ángel ha creado no es una imagen histórica, sino un tipo de carácter de insuperable energía, dando forma a los rasgos descritos en la Biblia, a sus propias vivencias inferiores, a impresiones emanadas de la personalidad de Julio II y también, a mi juicio, a otras procedentes de la actividad combativa de Savonarola».

Al lado de estas disquisiciones podemos situar quizá una observación de Knackfuss, según el cual, el secreto capital del efecto que el Moisés produce reside en el contraste artístico entre el fuego interior y la serenidad exterior de la actitud.

Por mi parte, no encuentro en mí nada que se rebele contra la explicación de Thode, pero sí echo de menos algo. Acaso la necesidad de una relación más íntima entre el estado de ánimo del héroe y el contraste de «serenidad aparente» y «agitación interior» expresado en su actitud.

CAPÍTULO II

MUCHO antes de toda actividad psicoanalítica supe que un crítico de arte ruso, Iván Lermolieff, cuyos primeros trabajos publicados en alemán datan de los años 1874 a 1876, había provocado una revolución en las galerías de pinturas de Europa, revisando la atribución de muchos cuadros a diversos pintores, enseñando a distinguir con seguridad las copias de los originales y estableciendo, con las obras así libertadas de su anterior clasificación, nuevas individualidades artísticas. A estos resultados llegó prescindiendo de la impresión de conjunto y acentuando la importancia característica de los detalles secundarios, de minucias tales como la estructura

de las uñas de los dedos, el pabellón de la oreja, el nimbo de las figuras de santos y otros elementos que el copista descuida imitar y que todo artista ejecuta en una forma que le es característica. Me interesó luego mucho averiguar que detrás del seudónimo ruso se había ocultado un médico italiano llamado Morelli, muerto en 1891, cuando ocupaba un puesto en el Senado de su patria. A mi juicio, su procedimiento muestra grandes afinidades con el psicoanálisis. También el psicoanálisis acostumbra deducir de rasgos poco estimados o inobservados, del residuo —el «*refuse*» de la observación—, cosas secretas o encubiertas.

Pues bien: en dos partes de la figura de Moisés hallamos detalles que hasta ahora no han sido atendidos, ni siquiera exactamente descritos. Son éstos la posición de la mano derecha y la de las tablas de la Ley. Puede decirse que esta mano media de un modo singularísimo, forzado y necesitado de explicación, entre las tablas y… la barba del héroe encolerizado. Se ha dicho que hunde sus dedos entre la barba, que juguetea con los rizos de la misma mientras apoya el borde del dedo meñique en las tablas. Pero esto no es exacto. Vale la pena examinar más cuidadosamente lo que hacen los dedos de esta mano derecha y describir con exactitud la frondosa barba con la cual entran en contacto[1664].

Vemos entonces, con toda claridad, lo siguiente: el pulgar de esta mano queda oculto, y el índice, y sólo él, entra en contacto eficaz con la barba. Pero se hunde tan profundamente en las blandas masas pilosas, que éstas sobresalen del nivel del dedo, por encima y por debajo de él. Los otros tres dedos, doblados por sus falanges, se apoyan en el pecho, y el último rizo de la derecha, que continúa hasta más abajo de ellos, no hace más que rozarlos. Se han sustraído, por decirlo así, al contacto de la barba. No puede, por tanto, decirse que la mano derecha juguetea con la barba o se hunde en ella; lo único exacto es que el dedo índice aparece colocado sobre una parte de la barba y produce en ella una profunda depresión. Apretar un dedo contra la barba es, ciertamente, un ademán singular y difícilmente comprensible.

La tan admirada barba de Moisés cae desde las mejillas, al labio superior y la barbilla, en multitud de rizos, cuyo curso podemos distinguir, sin embargo, por separado. Uno de los rizos extremos del lado derecho parte de la mejilla y llega al borde superior del dedo índice, por el cual queda sujeto.

Podemos suponer que se desliza hacia abajo, entre el índice y el pulgar oculto. El rizo correspondiente del lazo izquierdo fluye, casi sin desviación, hasta muy abajo del pecho. La espesa masa de cabellos que va desde este último rizo hasta la línea media ha corrido una suerte singularísima. No puede seguir el movimiento de la cabeza hacia la izquierda y se ve obligada a formar una curva blandamente enrollada, un fragmento de guirnalda, que cruza por encima de la masa de cabellos interiores de la derecha. Es sujetada, en efecto, por la presión del índice derecho, aunque ha nacido a la izquierda de la línea media, y constituye, en realidad, la parte principal de la mitad izquierda de la barba. De este modo, la masa principal de la barba aparece llevada a la derecha, aunque la cabeza se vuelva resueltamente hacia la izquierda. En el lugar en que se hunde el índice derecho se ha formado algo como un remolino de cabellos: rizos de la parte izquierda se superponen a otros de la derecha, comprimidos por el dedo índice. Sólo más allá de este lugar surgen ya libres las masas de cabellos, desviadas de su dirección para caer perpendiculares hasta que sus extremos son acogidos por la mano izquierda, que reposa, abierta, sobre el regazo.

No confío nada en la claridad de mi descripción, ni quiero aventurar juicio alguno sobre si el artista nos ha hecho realmente fácil la solución del indicado remolino de la barba. Pero, fuera de esta duda, queda subsistente el hecho de que la presión del índice de la mano derecha recae principalmente sobre mechones de la mitad izquierda de la barba, y que esta presión impide que la barba siga el movimiento de la cabeza y de los ojos hacia la izquierda. Podemos, pues, preguntarnos qué significa esta disposición y a qué motivos obedece. Si hubieron de ser, realmente, razones de línea y espacio las que movieron al artista a llevar hacia la derecha la masa fluyente de la barba de la figura que mira hacia la izquierda, ¿no parece, acaso, la presión de un único dedo un medio singularmente inadecuado para lograr tal efecto? Y a aquel que por una razón cualquiera se ha recogido a un lado la barba, ¿se le ocurriría realmente luego sujetar una de las mitades de la misma por encima de la otra mitad con la presión de un solo dedo? Pero quizá estos pequeños detalles no significan nada en el fondo, y estamos fatigando nuestro pensamiento con cosas que al artista le eran indiferentes.

Prosigamos, sin embargo, nuestro análisis bajo la premisa de que también

estos detalles entrañan un sentido. Hallamos entonces una solución que suprime las dificultades y nos deja vislumbrar un sentido nuevo. El hecho de que en la figura de Moisés los rizos *izquierdos* de la barba aparezcan sujetos por la presión del índice *derecho*, puede, quizá, ser explicado como resto de un contacto de la mano derecha con la mitad izquierda de la barba, contacto que en un instante anterior al representado habría sido mucho más estrecho. La mano derecha había asido mucho más enérgicamente la barba, llegando hasta el borde izquierdo de la misma, y al retraerse a la posición que en la estatua vemos, la siguió una parte de la barba, dando así testimonio del movimiento ejecutado. La guirnalda que la barba forma sería la huella de la trayectoria seguida por dicha mano.

Habríamos inducido así un movimiento regresivo de la mano derecha. Esta hipótesis nos impone ineludiblemente otras varias. Nuestra fantasía completa el proceso, del cual sería una parte el movimiento atestiguado por la huella dejada en la barba, y nos conduce de nuevo, sin esfuerzo, a la interpretación según la cual, hallándose Moisés en actitud reposada, se vio sobresaltado por el clamor del pueblo y la vista del becerro de oro. Se hallaba tranquilamente sentado, mirando de frente, con la barba descendiendo recta sobre el pecho y sin que la mano derecha tuviera probablemente contacto ninguno con ella. En esto llegan a sus oídos los clamores del pueblo; vuelve la cabeza y la mirada hacia el lugar en que resuenan; contempla la escena y se da cuenta en el acto de lo que sucede. La indignación y la cólera se apoderan de él, y quisiera saltar de su asiento para castigar a los sacrílegos, aniquilándolos.

Entre tanto, su furia, que se sabe aún alejada de su objeto, se dirige, en un ademán, contra el propio cuerpo. La mano impaciente dispuesta a la acción ase la barba, que había seguido el movimiento de la cabeza, y la aprieta convulsivamente, entre el pulgar y la palma, con los dedos cerrados, gesto de una fuerza y una violencia que recuerdan otras creaciones de Miguel Ángel. Pero luego, no sabemos aún cómo ni por qué, hay una transición: la mano derecha, adelantada y hundida en la barba, retrocede rápidamente, soltando su presa; los dedos se separan de la barba; pero se habían hundido tan profundamente en ella, que al retirarse arrastran consigo un gran mechón hacia la derecha, donde queda cruzado, bajo la presión de uno de los dedos, el

superior, y más extendido, por encima de los mechones de la derecha. Y esta nueva posición, que sólo por su derivación de la inmediatamente anterior se nos hace comprensible, queda ya mantenida.

Reflexionemos ahora. Hemos supuesto que la mano derecha no estaba al principio en contacto ninguno con la barba; que luego, en un momento de máxima tensión, avanzó hacia la izquierda asiendo la barba, y que, por último, volvió atrás, llevándose consigo una parte de la misma. Hemos movido esta mano como si dispusiéramos libremente de ella. Pero ¿nos es lícito obrar así? ¿Está, en realidad, totalmente libre esta mano? ¿No tiene que mantener o sostener las tablas de la Ley, estándole así vedadas, por su importantísima misión, tales excursiones mímicas? Y, además, ¿qué puede hacerla retroceder, si para abandonar su posición inicial ha obedecido a un poderoso motivo?

He aquí nuevas dificultades. Pues la mano derecha está indudablemente en conexión con las tablas de la Ley. Y tampoco podemos negar que nos falta un motivo que pudiera provocar el retroceso supuesto. Pero ¿y si las dos dificultades se resolvieran recíprocamente y dieran entonces un proceso comprensible, sin la menor laguna? ¿Si precisamente algo que sucede con las tablas nos explicara el movimiento de la mano?

En estas tablas echamos de ver algo que hasta ahora no se ha juzgado, por lo visto, digno de observación. Se dice que la mano se apoya en las tablas, o bien que las sostiene. Vemos, en efecto, sin dificultad las dos tablas rectangulares, juntas y puestas de canto. Pero si las consideramos más detenidamente, hallamos que su borde inferior es distinto del superior y aparece oblicuamente inclinado hacia adelante. El borde superior es rectilíneo, y, en cambio, el inferior muestra, en su parte anterior, un saliente, a manera de un pequeño cuerno, y precisamente con él es con lo que las tablas tocan el asiento de piedra. ¿Cuál puede ser la significación de este detalle, inexactamente reproducido, por cierto, en la copia en yeso existente en la Academia de Artes Plásticas de Viena? Es casi indudable que tal saliente designa el borde superior con relación a la escritura de las tablas. Sólo el borde superior de estas tablas rectangulares suele estar redondeado o rebajado. Así, pues, en la estatua de Moisés, las tablas de la Ley aparecen cabeza abajo, lo cual es ciertamente una singular disposición de tan sagrados

objetos. Aparecen cabeza abajo y casi balanceadas sobre una punta. ¿Qué factor formal puede contribuir a esta disposición? ¿O también este detalle hubo de ser indiferente para el artista?

Surgen en este punto las hipótesis de que también las tablas han llegado a esta posición a consecuencia de un movimiento ya cumplido; que tal movimiento dependió del cambio de lugar de la mano derecha, antes incluido, y que obligó a su vez a aquella mano a su posterior retroceso. Los procesos cumplidos por la mano y las tablas se reúnen en la unidad siguiente. En un principio, cuando la figura se hallaba tranquilamente sentada, sostenía derechas las tablas bajo el brazo derecho. La mano derecha asía sus bordes inferiores, y encontraba al hacerlo un apoyo en el saliente, dirigido hacia adelante. Esta mayor facilidad para su sostén explica la posición invertida de las tablas. Luego llegó el momento en que la tranquilidad fue perturbada por el ruido. Moisés volvió la cabeza, y al ver la escena movió el pie izquierdo, disponiéndose a alzarse; la mano soltó las tablas y avanzó hacia la izquierda y hacia arriba, asiendo la barba como para desahogar su violencia en el propio cuerpo. Las tablas quedaron entonces confiadas a la presión del brazo derecho, que debía apretarlas contra el pecho. Pero esta sujeción no fue suficiente, y empezaron a resbalar hacia adelante y hacia abajo; el borde superior, antes horizontal, se dirigió también hacia adelante y hacia abajo, y el inferior, privado de su sostén, se acercó con su punta anterior al asiento de piedra. Un momento más y las tablas habrían basculado sobre su nuevo punto de apoyo, dando en el suelo con el borde, antes anterior, y rompiéndose. *Para evitarlo*, la mano derecha retrocede, soltando la barba, parte de la cual es arrastrada sin querer en el movimiento; alcanza aún las tablas, y se apoya cerca de su esquina posterior, ahora superior. De este modo, el conjunto que constituyen la barba, la mano y las tablas, descansando sobre una esquina, singularmente forzado, al parecer, se deriva del movimiento apasionado de la mano y de sus evidentes consecuencias. Si se quieren borrar las huellas del movimiento ejecutado, tendremos que levantar el ángulo anterior superior de las tablas y hacerlo retroceder hasta el plano de la figura, y con ello separar del asiento el ángulo anterior inferior (con el saliente), bajar la mano y situarla cogiendo el borde inferior de las tablas, que habrá quedado en posición horizontal[1665].

Condivi, un contemporáneo de Miguel Ángel, dijo: «Moisés, el caudillo de los hebreos, aparece sentado en la actitud de un sabio, absorto en hondas meditaciones: *sujeta debajo del brazo derecho las tablas de la Ley*, y apoya la barbilla en la mano izquierda (!), como alguien que está fatigado y lleno de preocupaciones». Nada de esto se ve en la estatua de Miguel Ángel; pero coincide casi por entero con la hipótesis, en la que se basa W. Lübke, coincidiendo con otros observadores: «Estremecido, se coge con la mano derecha la barba, caudalosa…» Lo cual es inexacto en cuanto a la estatua misma, pero coincide con nuestro juicio. Justi y Knapp han visto, como ya antes indicamos, que las tablas están en vías de resbalar y corren peligro de quebrarse. Thode hubo de rectificarles, haciendo ver que las tablas están seguramente sujetas por la mano derecha; pero estarían en lo cierto si su descripción no se refiriera a la estatua, sino a nuestro estadio intermedio. Diríase que estos autores habrían prescindido de la visión directa de la estatua e iniciado sin darse cuenta un análisis de los motivos de movimiento de la misma; análisis que los habría conducido a las mismas premisas que nosotros hemos sentado más conscientemente y con mayor precisión.

CAPÍTULO III

SI no me engaño mucho, ha de sernos permitido ahora cosechar el fruto de nuestros esfuerzos. Hemos visto a cuántos de los que han contemplado detenidamente la estatua y meditado sobre la impresión que en ellos despertaba se les ha impuesto la interpretación de que Moisés aparecía representado en ella bajo los efectos de la visión de la apostasía de su pueblo. Pero esta interpretación hubo de ser abandonada, pues tenía su continuación en la expectativa de que Moisés había de alzarse en el instante inmediato, quebrar las tablas y llevar a cabo la obra de la venganza, lo cual contradecía el destino de la estatua como elemento del sepulcro de Julio II, junto con otras cinco, u otras tres figuras sedentes. Ahora podemos ya recoger esta interpretación antes abandonada, pues nuestro Moisés no se alzará ya airado ni arrojará lejos de sí las tablas. Lo que en él vemos no es la introducción a

una acción violenta, sino el residuo de un movimiento ya ejecutado. Poseído de cólera, quiso alzarse y tomar venganza, olvidando las tablas; pero ha dominado la tentación y permanece sentado, domada su furia y traspasado de dolor, al que se mezcla el desprecio. No arrojará ya las tablas, quebrándolas contra la piedra, pues precisamente a causa de ellas ha dominado su ira, refrenando para salvarlas su apasionado impulso. Cuando en el primer momento se abandonó a su violenta indignación hubo de descuidar su custodia, soltando de ella la mano con que las sujetaba. Entonces, las tablas empezaron a resbalar y corrieron peligro de quebrarse contra el suelo. Esto le sirvió de advertencia. Pensó en su misión, y renunció por ella a la satisfacción de su deseo. Su mano retrocedió y salvó las tablas, que resbalaban, antes que pudieran caer. En esta actitud permaneció ya quieto, y así le ha eternizado Miguel Ángel.

Si recorremos de arriba abajo la figura, hallamos en ella sucesivamente los rasgos que siguen: En los gestos del rostro se reflejan los deseos, que llegaron a ser dominantes; en la parte media de la figura aparecen visibles los indicios del movimiento reprimido, y, por último, el pie muestra aún la postura inicial de la acción propuesta. Resulta así como si el dominio de la pasión desencadenada por la apostasía de su pueblo, hubiera seguido una trayectoria vertical de arriba abajo. El brazo izquierdo, del que aún no hemos hablado, parece exigir su parte en nuestra interpretación. La mano correspondiente reposa sobre el regazo y parece acariciar los extremos de la barba. Da la impresión de querer borrar la violencia, con la que un momento antes la ha mesado la otra mano.

Se nos opondrá en este punto una objeción. No es éste el Moisés de la Biblia, el cual se encolerizó verdaderamente y arrojó las tablas contra el suelo, quebrándolas. Sería otro Moisés completamente distinto, creado por el artista, el cual se habría permitido enmendar los textos sagrados y falsear el carácter del hombre sublime. ¿Podemos, acaso, suponer a Miguel Ángel capaz de semejantes libertades, rayanas en el sacrilegio?

Los pasajes de la Sagrada Escritura, en los que se describe la conducta de Moisés en la escena de la adoración del becerro de oro, dicen así:

(Libro II de Moisés, capítulo 32.) «7. Entonces Jehová dijo a Moisés: ‘Anda desciende, porque tu pueblo, que sacaste de tierra de Egipto, se ha

corrompido'.—(8) Presto se han apartado del camino que yo les mandé, y se han hecho un becerro de fundición, y lo han adorado, y han sacrificado a él, y han dicho. 'Israel: Éstos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto'.—(9) Dijo más Jehová a Moisés: 'Yo he visto a este pueblo, que por cierto es pueblo de dura cerviz'.—(10) Ahora, pues, déjame que se encienda mi furor en ellos y los consuma; y a ti yo te pondré sobre gran gente.—(11) Entonces Moisés oró a la faz de Jehová, su Dios, y dijo: '¡Oh Jehová! ¿Por qué se encenderá tu furor en tu pueblo, que Tú sacaste de la tierra de Egipto con gran fortaleza y con mano fuerte?'…

(14) Entonces Jehová se arrepintió del mal que dijo que había de hacer a su pueblo.—(15) Y volvióse Moisés, y descendió del monte, trayendo en su mano las dos tablas del testimonio; las tablas, escritas por ambos lados; de una parte y de otra estaban escritas.—(16) Y las tablas eran obra de Dios, y la escritura era escritura de Dios, grabada sobre las tablas.—(17) Y oyendo Josué el clamor del pueblo, que gritaba, dijo a Moisés: 'Alarido de pelea hay en el campo'.—(18) Y él respondió: 'No es eco de algazara de fuertes, ni eco de alaridos de flacos; algazara de cantar oigo yo'.—(19) Y aconteció que como llegó él al campo y vio el becerro y las danzas, enardeciósele la ira a Moisés, y arrojó las tablas de sus manos, y quebrólas al pie del monte.—(20) Y tomó el becerro que habían hecho, y quemólo en el fuego, y moliólo hasta reducirlo a polvo, que esparció sobre las aguas, y diolo a beber a los hijos de Israel…

(30) Y aconteció que al día siguiente dijo Moisés al pueblo: 'Vosotros habéis cometido un gran pecado; mas yo subiré ahora a Jehová; quizá le aplacaré acerca de vuestro pecado'.—(31) Entonces volvió Moisés a Jehová y dijo: 'Ruégote, pues este pueblo ha cometido un gran pecado, porque se hicieron dioses de oro'.— (32) 'Que perdones ahora su pecado, y si no léeme ahora de tu libro que has escrito'. (33) Y Jehová respondió a Moisés: 'Al que pecare contra Mí, a éste raeré yo de mi libro'.—(34), Ve, pues, ahora; lleva a este pueblo donde te he dicho; he aquí mi ángel; irá delante de ti; que en el día de mi visitación yo visitaré en ellos su pecado,—(35) Y Jehová hirió al pueblo, porque habían hecho el becerro que formó Aarón».

La influencia de la crítica bíblica moderna nos hace imposible leer estos pasajes sin encontrar en ellos señales de una síntesis poco hábil de varias

fuentes. En el versículo octavo, el Señor mismo comunica a Moisés que su pueblo se ha apartado del camino recto y se ha hecho un ídolo. Moisés ruega por los pecadores. Pero en el versículo (18) se conduce ante Josué como si no supiera nada, y en el (19) arde en ira al contemplar la escena de idolatría. En el versículo (14) ha logrado ya el perdón de Dios para su pueblo pecador, pero en el (31) y siguientes sube de nuevo a la montaña para implorar tal perdón; informa al Señor de la apostasía del pueblo, y recibe la seguridad de que el castigo será aplazado. El versículo (35) se refiere a un castigo del pueblo por Dios, del que nada se dice cuando ya en los versículos del (20) al (30) se ha descrito el juicio y la sentencia, que el mismo Moisés ha hecho cumplir. Sabido es que las partes históricas de este libro, que trata del Exodo, aparecen plagadas de incongruencias y contradicciones aún más palmarias.

Para los hombres del Renacimiento no existía, naturalmente, tal actitud crítica ante los textos bíblicos; tenían que suponer coherente el relato, y hallaron entonces acaso que no ofrecía un buen punto de apoyo al arte escultórico. El Moisés del pasaje de la Biblia había sido ya informado de la idolatría de su pueblo, y había optado por la benignidad y el perdón; no obstante, sucumbía luego a un ataque de ira a la vista del becerro de oro y de la multitud danzando jubilosa en derredor del mismo. No sería, pues, de extrañar que el artista, cuyo propósito era representar la reacción del héroe a esta dolorosa sorpresa, hubiera prescindido del texto bíblico por motivos internos. Tales desviaciones de la literalidad de la Sagrada Escritura por motivos más fútiles no era nada inhabitual ni estaban vedadas al artista. Un famoso cuadro del Parmigiano, conservado en su ciudad natal, nos muestra a Moisés sentado en la cumbre de una montaña y en el momento de arrojar contra el suelo las tablas de la Ley, aunque el versículo bíblico dice textualmente: «… y quebrólas al pie del monte». Ya la representación de un Moisés sedente se desvía del texto bíblico y parece dar más bien la razón a aquellos críticos según los cuales la estatua de Miguel Ángel no intenta reproducir momento alguno determinado de la vida del héroe.

Más importante que la infidelidad para con el texto sagrado es quizá la transformación introducida por Miguel Ángel, según nuestra interpretación, en el carácter de Moisés. Según el testimonio de la tradición. Moisés era un hombre iracundo y sujeto a bruscas explosiones de cólera. En uno de tales

ataques de santa ira había dado muerte a un egipcio que maltrataba a un israelita, a consecuencia de lo cual tuvo que huir al desierto. Y en otra explosión análoga de afecto quebró contra el suelo las dos tablas que Dios mismo había escrito. Al informarnos de esos rasgos de carácter, la tradición es seguramente imparcial y ha conservado la impresión de una magna personalidad que existió un día. Pero Miguel Ángel ha puesto en el sepulcro de Julio II otro Moisés, superior al histórico o tradicional. Ha elaborado el tema de las tablas quebradas y no hace que las quiebre la cólera de Moisés, sino, por el contrario, que el temor de que las tablas se quiebren apacigüe tal cólera o, cuando menos, la inhiba en el camino hacia la acción. Con ello ha integrado algo nuevo y sobrehumano en la figura de Moisés, y la enorme masa corporal y la prodigiosa musculatura de la estatua son tan sólo un medio somático de expresión del más alto rendimiento psíquico posible a un hombre, del vencimiento de las propias pasiones en beneficio de una misión a la que se ha consagrado.

En este punto llega a su fin nuestra interpretación de la estatua de Miguel Ángel. Puede aún suscitarse la cuestión de cuáles fueron los motivos que actuaron en el artista para hacerle destinar el Moisés —y un Moisés así transformado— al sepulcro del Papa Julio II. Se ha indicado repetidamente que tales motivos deben ser buscados en el carácter del Papa y en las relaciones de Miguel Ángel con él. Julio II era afín de Miguel Ángel en cuanto aspiraba a realizar algo magno. Era un hombre de acción, y conocemos cuál era el fin al que apuntaba: aspiraba a realizar la unidad de Italia bajo la soberanía del Papado. Lo que sólo varios golpes después hubo de ser logrado por la acción conjunta de varias potencias, quiso conseguirlo él sólo en el corto espacio de tiempo y de soberanía que le era acordado, impacientemente y por medios violentos. Supo estimar a Miguel Ángel como a un igual, pero le hizo también sufrir muchas veces con su violencia y su desconsideración. El artista conocía también lo extremado de sus aspiraciones, y su naturaleza, profundamente reflexiva, le hizo quizá sospechar el fracaso al que ambos estaban condenados. Y así eligió su Moisés para el sepulcro del Papa como un reproche al difunto Pontífice y una admonición a sí mismo, elevándose con tal crítica por encima de su propia naturaleza.

CAPÍTULO IV

EN el año 1863, un inglés, W. Watkiss Lloyd, consagró un librito al *Moisés* de Miguel Ángel[1666]. Cuando conseguí hacerme con esta obra, de sólo 46 páginas, su contenido despertó en mí sentimientos muy varios, dándome ocasión de comprobar una vez más personalmente qué indignos motivos infantiles coadyuvan a nuestra labor al servicio de una gran causa. Lamenté que Lloyd hubiera anticipado tanto de lo que yo estimaba como resultado de mis propios esfuerzos, y sólo en segunda instancia pude alegrarme de la inesperada corroboración que me ofrecía. Aunque en cierto punto decisivo se separan nuestros caminos.

Lloyd fue el primero en observar que las descripciones de la estatua eran, en general, inexactas; que Moisés no se dispone a levantarse; que la mano derecha no ase la barba, y que sólo su dedo índice reposa aún sobre ella. Y vio también, cosa más importante, que la actitud de la figura sólo puede ser explicada por su referencia a un instante anterior, no representado, y que la superposición de la parte izquierda de la barba sobre los rizos de la derecha indica que la mano derecha y la mitad izquierda de la barba han estado, inmediatamente antes, en Íntimo contacto. Pero emprende otro camino para reconstruir esta relación necesaria y no supone que la mano avanzó hacia la parte izquierda de la barba, sino que esta última se hallaba antes junto a la mano. Hemos de representarnos, dice, que «un momento antes del repentino giro hacia la izquierda, la cabeza de la estatua se hallaba vuelta hacia la derecha por encima de la mano que sostenía y sostiene las tablas de la Ley». La presión de la palma de la mano sobre las tablas hace que los dedos permanezcan naturalmente abiertos bajo los rizos de la barba, y la rápida vuelta de la cabeza hacia la izquierda tiene por consecuencia que una parte de los rizos quede retenida, durante unos instantes, por la mano que ha permanecido quieta, formándose así aquella guirnalda de rizos, que debe ser considerada como una huella del movimiento cumplido.

De la otra posibilidad de un acercamiento anterior de la mano y la barba prescinde Lloyd a causa de una reflexión que demuestra cuán próximo anduvo a nuestra interpretación. No era posible que el profeta, incluso en el momento de máxima agitación, adelantara la mano para ladear así su barba,

pues en tal caso la posición de los dedos había sido muy otra, y además, las tablas de la Ley, mantenidas tan sólo por la presión de la mano, habrían caído al suelo a consecuencia de tal movimiento, a no ser que se supusiera a la figura, para retenerlas, un ademán tan violento y forzado que el solo hecho de atribuírsela constituiría una profanación.

No es difícil advertir cuál es la omisión en que Lloyd incurre. Ha interpretado acertadamente las singularidades de la barba como signo de un movimiento cumplido, pero luego omite aplicar la misma conclusión a los detalles, no menos forzados, de la posición de las tablas. Utiliza tan sólo los indicios que de la posición de la barba se desprenden, y no, en cambio, los que nos proporcionan las tablas, cuya situación supone que fue la inicial. De este modo se cierra el camino de una interpretación como la nuestra, que utiliza ciertos detalles insignificantes para llegar a una sorprendente interpretación de toda la figura y de sus propósitos.

Pero ¿y si ambos hubiéramos errado? ¿Si hubiéramos dado señalada importancia a detalles que fueron para el artista indiferentes, habiéndolos plasmado así arbitrariamente o sólo obedeciendo a motivos formales, sin encerrar en ellos secreto alguno? ¿Si hubiéramos corrido la suerte de tantos intérpretes, que creen ver claramente lo que el artista no ha pretendido, consciente ni inconscientemente, crear? Sobre esto no me es posible decidir. No sé decir si es lícito atribuir tal ingenuidad a un artista como Miguel Ángel, en cuyas obras luchan por lograr expresión tantas ideas, y ello precisamente ante los rasgos singulares y extraños de la estatua de Moisés. Por último, puede añadirse sinceramente que la culpa de esta inseguridad debe compartirla, con el intérprete, el artista. Miguel Ángel ha llegado muchas veces en sus creaciones al límite más extremo de lo que el arte puede expresar; quizá en el *Moisés* no consiguiera plenamente su intención, si ésta fue la de dejar adivinar la tempestad de una violenta agitación por las señales que después de su curso hubo de dejar en la calma.

APÉNDICE

1927

VARIOS años después de la aparición de mi ensayo sobre el *Moisés* de Miguel Ángel, publicado en 1914 por la revista *Imago*, la amabilidad de E. Jones hizo llegar a mis manos un número del *Burlington Magazine for Connoisseurs* (núm. CCXVII, volumen XXXVIII, abril 1921), que atrajo de nuevo mi interés sobre la interpretación por mí propuesta de tal obra de arte. Este número de la mencionada revista integra un breve artículo de H. P. Mitchell sobre dos bronces del siglo XII, conservados en el Ashmolean Museum, de Oxford, y atribuidos a un gran artista de aquella época: Nicolás de Verdún. Del cual existen otras creaciones en Tournay, Arrás y Klosterneuburg, cerca de Viena, y en Colonia la que se considera como su obra maestra: *El arca de los Reyes Magos*.

Una de las dos estatuillas estudiadas por Mitchell es un *Moisés* (de unos 23 centímetros de altura), indudablemente caracterizado por las tablas de la Ley, visible a su izquierda. También este Moisés se nos muestra sentado y envuelto en un manto de múltiples pliegues; su rostro ofrece una expresión apasionadamente movida, quizá dolorosa, y su mano derecha ase la larga barba y aprieta sus rizos entre el pulgar y la palma como con unas tenazas, ejecutando, por tanto, el mismo movimiento supuesto en el citado ensayo, como estudio preliminar de aquella actitud en la que hoy vemos petrificado al *Moisés* de Miguel Ángel.

Una ojeada a la reproducción adjunta nos hará ver la diferencia capital entre las dos representaciones, separadas por más de tres siglos. El *Moisés* del artista de Lorena sostiene las tablas por su borde superior con su mano izquierda y las apoya sobre la rodilla; si transferimos las tablas al otro lado y las confiamos al brazo derecho, tendremos la situación inicial correspondiente al *Moisés* de Miguel Ángel. Y si mi concepción del gesto de asirse la barba es admisible, el *Moisés* del año 1180 reproducirá un instante de la tempestad de afectos, y en cambio, la estatua de San Piero in Vincoli, la calma después de la tempestad.

Creo que el hallazgo aquí comunicado incrementa la verosimilitud de la interpretación por mí intentada en 1914.

Quizá algún crítico de arte pueda llenar el intervalo temporal entre el *Moisés* de Nicolás de Verdún y el del maestro del Renacimiento italiano con la indicación de otros tipos de Moisés intermedios.

LXXVIII

SOBRE LA PSICOLOGÍA DEL COLEGIAL[1667]

1914

EXTRAÑO sentimiento le embarga a uno cuando en años tan avanzados de la vida se ve una vez más en el trance de tener que redactar una «composición de idioma alemán» para el colegio. No obstante, se obedece automáticamente, como aquel viejo soldado licenciado de filas que al oír la orden de «¡firmes!» no puede menos de llevar las manos a la faltriquera, dejando caer al suelo sus bártulos. Es curioso el buen grado con que acepto la tarea, cual si durante el último medio siglo nada importante hubiera cambiado. Sin embargo, he envejecido en este lapso; me encuentro a punto de llegar a sexagenario, y tanto las sensaciones de mi cuerpo como el espejo me muestran inequívocamente cuán considerable es la parte de mi llama vital que ya se ha consumido.

Hace unos diez años aún podía tener instantes en que de pronto volvía a sentirme completamente joven. Cuando, ya barbicano y cargado con todo el peso de una existencia burguesa, caminaba por las calles de la ciudad natal, podía suceder que me topara inesperadamente con uno u otro caballero anciano, pero bien conservado, al que saludaba casi humildemente, reconociendo en él a un antiguo profesor del colegio. Pero luego me detenía y, ensimismado, lo seguía con la mirada: ¿Realmente es él, o sólo alguien que se le asemeja a punto de confusión? ¡Cuán joven parece aún, y tú ya estás tan viejo! ¿Cuántos años podrá contar? ¿Es posible que estos hombres, que otrora

representaron para nosotros a los adultos, sólo fuesen tan poco más viejos que nosotros?

El presente quedaba entonces como oscurecido ante mis ojos, y los años de los diez a los dieciocho volvían a surgir de los recovecos de la memoria, con todos sus presentimientos y desvaríos, sus dolorosas trasmutaciones y sus éxitos jubilosos, con los primeros atisbos de culturas desaparecidas —un mundo que, para mí al menos, llegó a ser más tarde un insuperable medio de consuelo ante las luchas de la vida—; por fin, surgían también los primeros contactos con las ciencias, entre las cuales creíamos poder elegir aquélla que agraciaríamos con nuestros por cierto inapreciables servicios. Y yo creo recordar que durante toda esa época abrigué la vaga premonición de una tarea que al principio sólo se anunció calladamente, hasta que por fin la pude vestir, en mi composición de bachillerato, con las solemnes palabras de que en mi vida querría rendir un aporte al humano saber.

Llegué, pues, a médico, o más propiamente a psicólogo, y pude crear una nueva disciplina psicológica —el denominado «psicoanálisis»— que hoy embarga la atención y suscita alabanzas y censuras de médicos e investigadores oriundos de los más lejanos países, aunque, desde luego, preocupa mucho menos a los de mi propia patria.

Como psicoanalista, debo interesarme más por los procesos afectivos que por los intelectuales; más por la vida psíquica inconsciente que por la consciente. La emoción experimentada al encontrarme con mi antiguo profesor del colegio me conmina a una primera confesión: no sé qué nos embargó más y qué fue más importante para nosotros: si la labor con las ciencias que nos exponían o la preocupación con las personalidades de nuestros profesores. En todo caso, con éstos nos unía una corriente subterránea jamás interrumpida, y en muchos de nosotros el camino a la ciencia sólo pudo pasar por las personas de los profesores: muchos quedaron detenidos en este camino y a unos pocos —¿por qué no confesarlo?— se les cerró así para siempre.

Los cortejábamos o nos apartábamos de ellos; imaginábamos su probablemente inexistente simpatía o antipatía; estudiábamos sus caracteres y formábamos o deformábamos los nuestros, tomándolos como modelos. Despertaban nuestras más potentes rebeliones y nos obligaban a un

sometimiento completo; atisbábamos sus más pequeñas debilidades y estábamos orgullosos de sus virtudes, de su sapiencia y su justicia. En el fondo, los amábamos entrañablemente cuando nos daban el menor motivo para ello; mas no sé si todos nuestros maestros lo advirtieron. Pero no es posible negar que teníamos una particularísima animosidad contra ellos, que bien puede haber sido incómoda para los afectados. Desde un principio tendíamos por igual al amor y al odio, a la crítica y a la veneración. El psicoanálisis llama «ambivalente» a esta propensión por las actitudes antagónicas; tampoco se ve en aprietos al tratar de demostrar el origen de semejante ambivalencia afectiva.

En efecto, nos ha enseñado que las actitudes afectivas frente a otras personas, actitudes tan importantes para la conducta ulterior del individuo, quedan establecidas en una época increíblemente temprana. Ya en los primeros seis años de la infancia el pequeño ser humano ha fijado de una vez por todas la forma y el tono afectivo de sus relaciones con los individuos del sexo propio y del opuesto; a partir de ese momento podrá desarrollarlas y orientarlas en distintos sentidos, pero ya no logrará abandonarlas. Las personas a las cuales se ha fijado de tal manera son sus padres y sus hermanos. Todos los hombres que haya de conocer posteriormente serán, para él, personajes sustitutivos de estos primeros objetos afectivos (quizá, junto a los padres, también los personajes educadores), y los ordenará en series que parten, todas, de las denominadas *imágenes* del padre, de la madre, de los hermanos, etc. Estas relaciones ulteriores asumen, pues, una especie de herencia afectiva, tropiezan con simpatías y antipatías en cuya producción escasamente han participado; todas las amistades y vinculaciones amorosas ulteriores son seleccionadas sobre la base de las huellas mnemónicas que cada uno de aquellos modelos primitivos haya dejado.

Pero de todas las *imágenes* de la infancia, por lo general extinguidas ya en la memoria, ninguna tiene para el adolescente y para el hombre mayor importancia que la del padre. El imperio de lo orgánico ha impuesto a esta relación con el padre una ambivalencia afectiva cuya manifestación más impresionante quizá sea el mito griego del rey Edipo. El niño pequeño se ve obligado a amar y admirar a su padre, pues éste le parece el más fuerte, bondadoso y sabio de todos los seres; la propia figura de Dios no es sino una

exaltación de esta *imago* paterna, tal como se da en la más precoz vida psíquica infantil. Pero muy pronto se manifiesta el cariz opuesto de tal relación afectiva. El padre también es identificado como el todopoderoso perturbador de la propia vida instintiva; se convierte en el modelo que no sólo se querría imitar, sino también destruir para ocupar su propia plaza. Las tendencias cariñosas y hostiles contra el padre subsisten juntas, muchas veces durante toda la vida, sin que la una logre superar a la otra. En esta simultaneidad de las antítesis reside la esencia de lo que denominamos «ambivalencia afectiva».

En la segunda mitad de la infancia se prepara un cambio de esta relación con el padre, cambio cuya magnitud no es posible exagerar. El niño comienza a salir de su cuarto de juegos para contemplar el mundo real que lo rodea, y debe descubrir entonces cosas que minan la primitiva exaltación del padre y que facilitan el abandono de este primer personaje ideal. Comprueba que el padre ya no es el más poderoso, el más sabio y el más acaudalado de los seres; comienza a dejar de estar conforme con él; aprende a criticarle y a situarle en la escala social, y suele hacerle pagar muy cara la decepción que le produjera. Todas las esperanzas que ofrece la nueva generación —pero también todo lo condenable que presenta— se originan en este apartamiento del padre.

En esta fase evolutiva del joven hombre acaece su encuentro con los maestros. Comprenderemos ahora la actitud que adoptamos ante nuestros profesores del colegio. Estos hombres, que ni siquiera eran todos padres de familia, se convirtieron para nosotros en sustitutos del padre. También es ésta la causa de que, por más jóvenes que fuesen, nos parecieran tan maduros, tan remotamente adultos. Nosotros les transferíamos el respeto y la veneración ante el omnisapiente padre de nuestros años infantiles, de manera que caíamos en tratarlos como a nuestros propios padres. Les ofrecíamos la ambivalencia que adquiriéramos en la vida familiar, y con ayuda de esta actitud luchábamos con ellos como habíamos luchado con nuestros padres carnales. Nuestra conducta frente a nuestros maestros no podría ser comprendida, ni tampoco justificada, sin considerar los años de la infancia y el hogar paterno.

Pero como colegiales también tuvimos otras experiencias no menos

importantes con los sucesores de nuestros hermanos, es decir, con nuestros compañeros. Estas empero han de quedar para otra ocasión, pues el jubileo del colegio orienta hacia los maestros la totalidad de nuestros pensamientos.

LXXIX

HISTORIA DEL MOVIMIENTO PSICOANALÍTICO[1668]

1914

«FLUCTUAT NEC MERGITUR»

(EN EL ESCUDO DE ARMAS DE LA CIUDAD DE PARÍS)

I

SIENDO el propósito del presente trabajo trazar la historia del movimiento psicoanalítico, no habrá de extrañar su carácter subjetivo ni la preponderancia en él de mi propia persona. El psicoanálisis es, en efecto, obra mía. Durante diez años fui el único en ocuparme de él, y todo el disgusto que su aparición provocó cayó sobre mí, haciéndome contemporáneo de las más diversas y violentas críticas. Todavía hoy, no siendo ya el único psicoanalista, me creo con derecho a sostener que nadie puede saber mejor que yo lo que es el psicoanálisis, en qué se diferencia de los demás procesos de investigación psíquica y qué es lo que puede acogerse bajo su nombre o debe ser excluido de él.

Cuando en 1909, y desde la cátedra de una Universidad americana, se me ofreció la primera ocasión de hablar públicamente sobre el psicoanálisis,

declaré, movido por la importancia del momento para mis aspiraciones, no haber sido yo quien diera la vida al psicoanálisis. Tal merecimiento había sido conquistado por otro —por el doctor José Breuer— en una época en la que yo me hallaba entregado a preparación de mis exámenes finales (1880-82)[1669]. Posteriormente, varios benévolos amigos míos me han reprochado haber dado con tales palabras una expresión desmesurada a mi agradecimiento hacia el doctor Breuer. Hubiera debido presentar, según lo había hecho en otras ocasiones anteriores, el «método catártico» de Breuer como un estadio preanalítico, situando el punto de partida del psicoanálisis en mi abandono de la técnica hipnótica y mi introducción de las asociaciones espontáneas del enfermo. A mi juicio, es indiferente iniciar la historia del psicoanálisis con el método catártico o sólo con mi ulterior modificación del mismo. Toco esta cuestión, nada interesante, tan sólo porque algunos adversarios del psicoanálisis suelen acordarse ocasionalmente de que este arte no fue iniciado por mí, sino por Breuer. Esto no sucede, claro está, sino cuando su situación les permite reconocer algo estimable en nuestra disciplina, pues en caso contrario el psicoanálisis es indiscutiblemente obra mía. No he sabido nunca que la considerable participación correspondiente a Breuer en el psicoanálisis haya atraído sobre él su parte de críticas y reproches. Pero habiendo reconocido hace ya mucho tiempo como destino inevitable del psicoanálisis el de excitar la contradicción y el disgusto de los hombres, me he decidido a considerarme como el único autor responsable de sus caracteres fundamentales. Añadiré con satisfacción que ninguna de estas tentativas de disminuir mi participación en el tan despreciado análisis ha partido nunca de Breuer mismo ni ha podido envanecerse de su apoyo.

El contenido del descubrimiento de Breuer ha sido expuesto ya tantas veces, que podemos omitir aquí su detallada descripción. Recordaremos tan sólo su principio fundamental, que hacía depender los síntomas de los histéricos de escenas impresionantes, pero olvidadas, de su vida (traumas): la terapia, fundada en este principio, consistente en hacer que el paciente recordase y reprodujese tales sucesos en la hipnosis (catarsis), y la teoría, consiguientemente deducida, de que tales síntomas correspondían al empleo anormal de magnitudes de excitación no derivadas (conversión). Al tratar Breuer, en su aportación teórica al trabajo que titulamos *Estudios sobre la*

histeria[1670], del tema de la conversión, hubo de añadir siempre entre paréntesis mi nombre, como si dicha primera tentativa de explicación teórica fuese de mi exclusiva propiedad espiritual. Por mi parte, creo que tal exclusividad no va más allá del nombre dado al proceso de referencia, pues su concepción fue resultado de la labor común.

Como también es sabido, después de su primera experiencia abandonó Breuer durante varios años el tratamiento catártico, no volviendo a ocuparse de él hasta darle yo nueva ocasión para ello a mi regreso de la clínica de Charcot. Dedicado a la medicina interna, su amplia clientela agotaba su tiempo. Por mi parte, había seguido a disgusto la carrera de Medicina; pero en aquel período existían para mí poderosos motivos de esforzarme en hallar medio de aliviar el estado de los enfermos nerviosos o llegar, por lo menos, a la comprensión de sus dolencias. Me había asimilado la terapia física, y me hallaba perplejo ante los desengaños que me proporcionaba la «electroterapia», de W. Erb, tan rica en consejos e indicaciones. A la ausencia de los éxitos prometidos por esta terapia debo seguramente no haber sido el primero en formular el juicio, postulado luego por Moebius, de que los resultados obtenidos por el tratamiento eléctrico de los trastornos nerviosos eran obra exclusiva de la sugestión. Por esta época parecía ofrecérsenos una sustitución suficiente de la fracasada terapia eléctrica en el tratamiento por medio de sugestiones durante un profundo estado hipnótico del enfermo, método que me fue dado a conocer por las impresionantes demostraciones de Liébault y Bernheim. Pero la investigación en la hipnosis, en la que Breuer me inició, había de ofrecerme, con su eficacia automática y su inmediata satisfacción de la curiosidad científica, más atractivos que la violenta y monótona prohibición sugestiva, la cual excluía toda posibilidad de investigación.

Se nos ha presentado últimamente como una de las más recientes conclusiones del psicoanálisis el precepto de situar el conflicto actual y el motivo de la enfermedad en el primer término del análisis. No de otro modo obrábamos Breuer y yo al comenzar a aplicar el método catártico. Orientábamos directamente la atención del enfermo sobre la escena traumática, en la cual había surgido el síntoma, e intentábamos adivinar el conflicto psíquico en ella latente y liberar el afecto reprimido. En esta labor

descubrimos aquel factor característico de los procesos psíquicos de las neurosis, al que luego di yo el nombre de «regresión». Las asociaciones del enfermo retrocedían desde la escena que de aclarar se trataba a sucesos anteriores, y forzaban a nuestro análisis, encaminado a rectificar el presente, a ocuparse del pasado. Esta regresión nos fue conduciendo cada vez más atrás. Al principio parecía detenerse en la época de la pubertad; pero después ciertos fracasos y determinadas lagunas en la comprensión del caso atrajeron al análisis hasta los años anteriores a dicho período, inaccesibles hasta entonces a toda clase de investigación. Esta dirección regresiva llegó a constituir un importante carácter del análisis, pues se demostró que el psicoanálisis no conseguía explicar nada actual, sino refiriéndolo a algo pretérito, e incluso que todo suceso patógeno supone otro anterior, que, no siéndolo por sí mismo, presta dicho carácter al suceso ulterior. Era, sin embargo, tan grande la tentación de permanecer en el motivo actual conocido, que todavía hube de ceder a ella en análisis posteriores. En el tratamiento de la enferma a la que hemos dado el nombre de «Dora[1671]» me era conocida la escena que había motivado la explosión de la enfermedad actual. Infinitas veces me esforcé en llevar al análisis dicho suceso, no consiguiendo nunca sino la misma breve descripción incompleta. Sólo después de un largo rodeo, que atravesaba la más temprana infancia de la paciente, surgió un sueño en cuyo análisis fueron recordados los detalles olvidados de la escena investigada, con lo cual se hizo posible la comprensión y la solución del conflicto actual.

Basta este ejemplo para demostrar cuán erróneo es el precepto antes citado y cuán lamentable regresión científica constituye su consejo de prescindir de la regresión de la técnica psicoanalítica.

La primera diferencia entre Breuer y yo surgió en una cuestión relativa al íntimo mecanismo psíquico de la histeria. Breuer se inclinaba hacia una teoría que podía aún ser calificada de fisiología. Quería explicar la disociación anímica de los histéricos por la falta de intercomunicación de diversos estados psíquicos (o como aún decíamos por entonces, estados de conciencia), y creó así la teoría de los «estados hipnoides», cuyos resultados quedaban enquistados, como cuerpos extraños no asimilados, en la «conciencia despierta». Por mi parte, menos científicamente orientado,

presentía por todas partes tendencias e inclinaciones análogas a las de la vida cotidiana y concebía incluso la misma disociación psíquica como el resultado de un proceso de repulsa, al que di por entonces el nombre de «defensa», y luego, el de «represión». Sin embargo, hice una efímera tentativa de conciliar ambos mecanismos; pero como la experiencia me mostraba siempre una misma y sola cosa, hube de oponer a la teoría de los «estados hipnoides» mi teoría de la defensa.

De todos modos, estoy completamente seguro de que esta diferencia de criterio no influyó para nada en nuestra separación, acaecida poco después. Tuvo ésta más profundos motivos; pero se efectuó de un modo que me impidió por entonces explicármelo, no lográndolo sino mucho después, guiado por seguros indicios que fueron llegando a mi conocimiento. De su primera famosa paciente había dicho Breuer que el elemento sexual se hallaba en ella singularmente poco desarrollado, no habiendo aportado nunca factor alguno a su rico cuadro patológico. Siempre me ha asombrado que los críticos no hayan opuesto con más frecuencia este aserto de Breuer a mi afirmación de la etiología sexual de las neurosis, y todavía hoy no sé si debo ver en esta omisión una prueba de su discreción o simplemente de su ligereza. Aquellos que lean de nuevo el historial clínico de Breuer a la luz de la experiencia conquistada en los últimos veinte años no errarán seguramente la significación del simbolismo de las serpientes, la rigidez y la paralización del brazo, y teniendo en cuenta la situación de la paciente junto al lecho de su padre, enfermo, adivinarán con facilidad la verdadera interpretación de tales productos sintomáticos. Su juicio sobre el papel desempeñado por la sexualidad en la vida anímica de aquella muchacha diferirá entonces considerablemente del de su médico. Breuer disponía para el restablecimiento de los enfermos de un intensísimo *rapport* sugestivo, en el que podemos ver precisamente el prototipo de aquello que nosotros denominamos «transferencia». Pues bien: tengo poderosas razones para sospechar que después de la supresión de todos los síntomas hubo de descubrir Breuer, por nuevos indicios, la motivación sexual de dicha transferencia, escapándole, en cambio, la naturaleza general de tal fenómeno, y viéndose así impulsado a cortar el tratamiento. Sobre estas circunstancias no me ha comunicado nunca Breuer dato alguno directo, pero sí me ha proporcionado en diversas

ocasiones puntos de apoyo suficientes para justificar mis sospechas. Cuando más tarde fui sosteniendo yo, cada vez con mayor decisión, la importancia de la sexualidad en la causación de las neurosis, fue él el primero en mostrarme aquellas reacciones de disgustada repulsa que ulteriormente habían de hacérseme tan familiares, pero en las que no había reconocido aún mi inexorable destino.

El hecho de la transferencia cariñosa u hostil, de franco carácter sexual, emergente en todo tratamiento neurótico, a pesar de no ser deseada ni provocada por ninguna de las dos partes, me ha parecido siempre la prueba más incontrastable de que las fuerzas impulsoras de la neurosis tienen su origen en la vida sexual. Este argumento no ha sido aún seriamente examinado, pues de lo contrario no quedaría ya a la investigación camino que elegir. Para mi propia convicción resulta decisivo, al lado y por encima de los resultados especiales de la labor analítica.

La reflexión de que luchaba por una idea nueva y original me consolaba de la mala acogida dispensada a mi teoría de la etiología sexual de la neurosis, incluso en el estrecho círculo de mis amistades. Pero un día surgieron en mí algunos recuerdos que turbaron dicha satisfacción, proporcionándome, en cambio, una interesante visión del origen de nuestra labor creadora y de la naturaleza de nuestro saber. La idea de que se me hacía responsable no había nacido en mi cerebro. Me había sido comunicada por tres personas, cuya opinión podía constar con mi más profundo respeto. Estas tres personas eran el mismo Breuer, Charcot y el ginecólogo de nuestra Universidad, Chrobak, quizá el más sobresaliente de nuestros médicos vieneses. Los tres me habían transmitido un conocimiento que, en rigor, no poseían. Dos de ellos negaron los hechos cuando más tarde quise recordárselos. El tercero, Charcot, hubiera seguido probablemente igual conducta si me hubiera sido dado verle de nuevo. Por lo que a mí respecta, dichas tres sugestiones idénticas, incomprensiblemente recibidas, durmieron en mí años enteros, para despertar luego un día bajo la forma de una idea aparentemente original.

Recién ingresado yo como interno en el hospital, acompañaba a Breuer en un paseo por la ciudad cuando se le acercó un individuo, solicitando hablar

con él urgentemente. Me separé un poco de Breuer, y al terminar éste su diálogo, me comunicó, con su acostumbrada amabilidad instructiva, que se trataba del marido de una de sus pacientes, el cual le había traído noticias de ella. La mujer —añadió— había comenzado a conducirse en sociedad de un modo tan singular, que la familia, suponiéndola neurótica, había decidido encargarle de su tratamiento. «Pero en estos casos —concluyó— se trata siempre de *secretos de alcoba*». Y al preguntarle yo, asombrado, qué es lo que quería decir con aquellas palabras, insistió: «Sí, secretos del lecho conyugal», extrañando que la cosa me hubiera parecido tan inaudita.

Años después, en una de las reuniones nocturnas a las que Charcot invitaba a sus discípulos y amigos, me encontraba yo cerca del venerado maestro, a quien Brouardel parecía relatar alguna historia interesante de su práctica médica de aquel día. Al principio no puse cuidado, pero poco a poco fue ligando mi atención el relato. Un joven matrimonio de lejana procedencia oriental: la mujer, gravemente doliente; el marido, impotente o muy torpe. *Tâchez donc* —oí repetir a Charcot—, *je vous assure, vous y arriverez*. Brouardel, que hablaba en voz más baja, debió de expresar entonces su asombro de que en tales circunstancias surgieran síntomas como los que presentaba su enferma, replicando Charcot vivamente: *Mais, dans des cas pareils, c'est toujours la chose génitale, toujours…, toujours…, toujours*. Y al hablar así cruzó sus manos sobre el vientre y movió dos o tres veces el cuerpo con su peculiar vivacidad. Recuerdo que durante un momento quedé poseído del más profundo asombro y me dije: «Pero si lo sabe, ¿por qué no lo dice nunca?» Sin embargo, olvidé pronto esta impresión; la anatomía cerebral y la producción experimental de parálisis histéricas absorbieron todo mi interés.

Un año después comenzaba yo como «docente» mi actividad médica en Viena y poseía, en lo referente a la etiología de las neurosis, toda la inocencia y la ignorancia que pueden exigirse a un médico de formación académica, cuando recibí un amigable aviso de Chrobak, encargándome de una paciente suya, a la que no podía dedicar ya tiempo suficiente por haber sido nombrado profesor de la Universidad. Llegué antes que él a casa de la enferma y supe que padecía de absurdos ataques de angustia, cuyo alivio sólo se conseguía informándola minuciosamente del lugar en que su médico se hallaba a cada

momento del día. Al llegar Chrobak, me llevó a un lado y me informó de que la angustia de la paciente procedía de ser aún «virgo intacta», no obstante dieciocho años de matrimonio. El marido era absolutamente impotente. No quedaba, pues, al médico otro camino que el de cubrir con su reputación la desgracia conyugal y resignarse a que se dijera de él, encogiéndose de hombros: «Tampoco éste ha logrado nada en tantos años de tratamiento». La única receta para esta dolencia —terminó Chrobak— nos es bien conocida pero no podemos prescribirla. Hela aquí:

Rp. *Penis normalis*
dosim
¡Repetatur!

Nunca había oído yo tal receta, y tuve que contenerme para no dejar ver a mi favorecedor la mala impresión que me causaba su cinismo.

No he revelado el noble origen de la idea escandalosa, para echar sobre otros la responsabilidad a ella inherente. Sé muy bien que una cosa es expresar una idea bajo la forma de una pasajera observación, y otra tomarla en serio, conducirla a través de todos los obstáculos y conquistarle un puesto entre las verdades reconocidas. Hay aquí la misma diferencia que entre un leve *flirt* y un matrimonio con todos sus deberes y dificultades. *Epouser les idées de…* es, por lo menos en francés, un giro usual.

Entre los demás factores aportados por mí al método catártico y que lo transformaron en el psicoanálisis, señalaré la teoría de la represión y de la resistencia, el descubrimiento de la sexualidad infantil, la interpretación de los sueños y su aplicación a la investigación de lo inconsciente.

En la teoría de la represión mi labor fue por completo independiente. No sé de ninguna influencia susceptible de haberme aproximado a ella, y durante mucho tiempo creí también que se trataba de una idea original, hasta el día en que O. Rank nos señaló un pasaje de la obra de Schopenhaeur *El mundo como voluntad y representación*, en el que se intenta hallar una explicación de la demencia[1672]. Lo que el filósofo de Dantzig dice aquí sobre la resistencia opuesta a la aceptación de una realidad penosa coincide tan por completo con el contenido de mi concepto de la represión, que una vez más

debo sólo a mi falta de lectura el poder atribuirme un descubrimiento. No obstante, son muchos los que han leído el pasaje citado y nada han descubierto. Quizá me hubiese sucedido lo mismo si en mis jóvenes años hubiera tenido más afición a la lectura de autores filosóficos. Posteriormente me he privado de propósito del alto placer de leer a Nietzsche para evitar toda idea preconcebida en la elaboración de las impresiones psicoanalíticas. Ello me obliga a estar dispuesto —y lo estoy gustosamente— a renunciar a toda prioridad en aquellos frecuentes casos en los que la trabajosa investigación psicoanalítica no puede hacer más que confirmar la visión intuitiva del filósofo.

La teoría de la represión, piedra angular del edificio del psicoanálisis, no es en sí más que la expresión teórica de una experiencia comparable siempre que se emprende el análisis de un neurótico sin el auxilio de la hipnosis. Se advierte entonces, sin excepción alguna, una resistencia que se opone a la labor analítica y provoca, para hacerla fracasar, amnesias parciales. La hipnosis encubre esta resistencia, por lo cual la historia del psicoanálisis verdaderamente dicho no comienza sino con la innovación técnica constituida por la renuncia a la hipnosis. La repercusión teórica de la coincidencia afectiva de esta resistencia con una amnesia conduce luego fatalmente a la peculiarísima concepción psicoanalítica, tan distinta de las especulaciones filosóficas sobre lo inconsciente. Puede, por tanto, decirse que la teoría psicoanalítica es una tentativa de hacer comprensibles dos hechos —la transferencia y la resistencia—, que surgen de un modo singular e inesperado al intentar referir los síntomas patológicos de un neurótico a sus fuentes en la vida del mismo. Toda investigación que reconozca estos dos hechos y los tome como punto de partida de su labor podrá ser denominada psicoanálisis, aun cuando llegue a resultados distintos de los míos. Mas quienes ataquen otras facetas del problema y rechacen las dos premisas indicadas no escaparán al reproche de usurpación de la propiedad, con un intento de *mimikry*, si persisten en llamarse psicoanalíticos.

La teoría de la represión y la resistencia no pertenecen en modo alguno a las hipótesis del psicoanálisis, sino a sus resultados. Existen hipótesis análogas, de naturaleza generalmente psicológica y biológica, y sería adecuado tratar de ellas en otro lugar; pero la teoría de la represión es un

resultado de la labor psicoanalítica, legítimamente conquistado como extracto teórico de incontables experiencias.

Otro resultado semejante, pero obtenido en época muy posterior, ha sido el descubrimiento de la sexualidad infantil, de la cual nada habló el análisis en su primera época de tanteos investigadores. En un principio, sólo se advirtió que era necesario referir al pasado el efecto de las impresiones actuales. Pero el investigador «halló más de lo que deseaba encontrar». Atraídos cada vez más atrás en el pasado, creímos primero poder detenernos, por fin, en la pubertad, época del despertar tradicional de los impulsos sexuales. Vana esperanza; las huellas que perseguíamos continuaban hasta los primeros años infantiles. En este nuestro camino regresivo hubimos de superar un error que hubiera podido ser fatal a nuestra joven investigación. Bajo la influencia de la teoría traumática de la histeria, enlazada a los descubrimientos de Charcot, era fácil inclinarse a dar crédito e importancia etiológica a las manifestaciones en que los enfermos mismos atribuían sus síntomas a experiencias sexuales pasivas sufridas en su primera infancia; esto es, a una temprana seducción. Cuando esta etiología naufragó a causa de su propia inverosimilitud y de su choque contra precisas circunstancias opuestas, pasamos por una fase de perplejidad. El análisis nos había conducido por un camino correcto hasta tales traumas sexuales infantiles, que, sin embargo, no eran ciertos. Habíamos, pues, perdido el contacto con la realidad. Por entonces estuve a punto de abandonarlo todo, como Breuer, mi ilustre predecesor, cuando hizo su indeseado descubrimiento, Si persistí en mi labor fue, quizá, porque ya no me era posible comenzar otra. Por último, se me impuso la reflexión de que el mero hecho de no haber visto confirmadas mis hipótesis no debía desalentarme, siendo mucho más razonable proceder a su revisión. Si los histéricos refieren sus síntomas a traumas por ellos inventados, habremos de tener en cuenta este nuevo hecho de su imaginación de escenas traumáticas, y conceder a la realidad psíquica un lugar al lado de la realidad práctica. No tardamos, pues, en descubrir que tales fantasías se hallaban destinadas a encubrir la actividad autoerótica de los primeros años infantiles, disimulándola y elevándola a una categoría superior. Detrás de estas fantasías apareció entonces la vida sexual infantil en toda su amplitud.

En esta actividad sexual de los primeros años infantiles pudo por fin señalarse un puesto a la constitución innata. La disposición y la experiencia se fundieron aquí en una unidad etiológica indisoluble, siendo elevadas por la disposición a la categoría de traumas productores de excitación y fijación, impresiones que de otro modo hubieran sido innocuas, y despertando las experiencias factores dispositivos que sin ellas hubieran dormido largo tiempo, permaneciendo, quizá, sin desarrollar. Abraham dijo luego (1907) la última palabra sobre la cuestión de la etiología traumática al indicar cuán favorable es precisamente la peculiarísima constitución sexual del niño a la producción de experiencias sexuales de una especial naturaleza, o sea de traumas[1673].

Mis afirmaciones sobre la sexualidad del niño se basaban al principio casi exclusivamente en los resultados regresivos del análisis de adultos, no habiendo tenido aún ocasión de realizar observaciones directas en sujetos infantiles. Constituyó, pues, un triunfo obtener, años después, la confirmación de la mayoría de mis deducciones por medio de la observación directa y el análisis de sujetos infantiles en años muy tempranos. Un triunfo que fue disminuyendo paulatinamente ante la reflexión de que el descubrimiento realizado debía, en realidad, avergonzarnos, pues cuanto más nos entregábamos a la observación del niño, más evidente se hacía y más inexplicable la general ceguera anterior.

De todos modos, ha de tenerse en cuenta que una tan segura convicción de la existencia y la significación de la sexualidad infantil no puede adquirirse más que por el camino del análisis y retrocediendo desde los síntomas y las singularidades de los neuróticos hasta sus últimas fuentes, cuyo descubrimiento explica lo que de ellos es explicable y permite modificar lo que admite una modificación. Comprendo que se obtengan resultados distintos, como recientemente C. G. Jung, cuando se quiere llegar a la comprensión de la vida del niño partiendo de una represión preconcebida de la naturaleza del instinto sexual. Tal representación ha de ser necesariamente arbitraria o depender de reflexiones ajenas a la cuestión, y corre el peligro de no resultar adecuada al sector al que quiere aplicarse. El camino analítico conduce también, desde luego, a ciertas últimas dificultades y oscuridades en lo que respecta a la sexualidad y a su relación con la vida total del individuo;

pero tales dificultades no pueden ser resueltas por la especulación, y su solución ha de esperarse de otras observaciones o de observaciones realizadas en sectores distintos.

Sobre la interpretación de los sueños puedo concretarme a breves indicaciones. Su idea nació en mí como fruto primero de la innovación técnica de sustituir la hipnosis por las asociaciones libres, innovación a la que me decidí siguiendo una oscura intuición. Mi curiosidad científica no se hallaba orientada desde un principio hacia la comprensión de los sueños. No sé tampoco de influencia ninguna que orientase mi interés en tal sentido. Antes de mi separación de Breuer, apenas había tenido tiempo de comunicarle una vez, y de pasada, que había llegado a poder traducir los sueños. A consecuencia de la trayectoria seguida en este descubrimiento, fue el simbolismo del lenguaje onírico lo último que en los sueños se me hizo accesible, pues las asociaciones del sujeto proporcionan muy pocos datos para el conocimiento de los símbolos. Habiendo tenido siempre la costumbre de estudiar directamente las cosas antes de recurrir a los libros, pude establecer fijamente el simbolismo de los sueños antes que el libro de Schemer me orientara en este sentido. En toda su amplitud no he estudiado este medio expresivo de los sueños, sino algo después, bajo la influencia, en parte, de los trabajos de W. Stekel, tan meritorios en un principio como luego descuidados. La íntima relación de la interpretación psicoanalítica de los sueños con la onirocrítica de la antigüedad, tan estimada en su época, no se me hizo presente hasta muchos años después. La parte más singular e importante de mi teoría de los sueños, la referencia de la deformación onírica a un conflicto interior, o sea a una especie de hipocresía íntima, aparece expuesta también por un autor ajeno a la Medicina, aunque no a la Filosofía, el famoso ingeniero J. Popper, que publicó en 1899, bajo el seudónimo de *Lynkeus*, un libro titulado *Fantasías de un realista*.

La interpretación de los sueños fue para mí un consuelo y un apoyo en aquellos primeros años difíciles, en los que, habiendo de dominar simultáneamente la técnica, la clínica y la terapia de las neurosis, me hallaba totalmente aislado y temía, a veces, perder la orientación y la seguridad en medio de la maraña de problemas y la acumulación de dificultades en que me

debatía. La prueba de mi hipótesis de que una neurosis tenía que hacerse comprensible por medio del análisis, se dilataba de un modo desesperante en muchos enfermos. En cambio, los sueños, que podían ser considerados como elementos análogos a los síntomas, me ofrecían una constante confirmación de mi hipótesis. Estos últimos resultados positivos me permitieron vencer el desaliento. De esta época procede mi costumbre de medir la comprensividad de un investigador psicológico por su actitud ante los problemas de la interpretación de los sueños, y he observado con satisfacción que la mayoría de los adversarios del psicoanálisis ha evitado pisar este terreno o se ha comportado harto inhábilmente cuando se ha arriesgado a penetrar a él. Mi propio análisis, cuya necesidad se me hizo pronto evidente, lo llevé a cabo con auxilio de una serie de sueños propios, que me condujeron a través de todos los acontecimientos de mis años infantiles, y aún hoy en día mantengo la opinión de que, tratándose de un hombre de sueños frecuentes y no demasiado anormal, puede bastar esta clase de análisis[1674].

Con el desarrollo de esta historia genética creo haber mostrado, mejor que con una exposición sistemática, lo que el psicoanálisis es. Al principio no me di cuenta de la especial naturaleza de mis descubrimientos. Sin titubear un solo instante, sacrifiqué en mi naciente reputación médica la afluencia de enfermos nerviosos a mi consulta, investigando consecuentemente la causación sexual de sus neurosis, tenacidad que me proporcionó, en cambio, datos suficientes para fijar definitivamente mi convicción de la importancia práctica del factor sexual. También sin el menor recelo tomé parte en las sesiones de la asociación psiquiátrica de Viena, presidida entonces por Krafft-Ebbing, pensando que el interés y la consideración de mis colegas me indemnizaría de mis voluntarias pérdidas materiales. Expuse mis descubrimientos, considerándolos como aportaciones científicas ordinarias y esperando que los demás los acogiesen como tales. Pero el silencio que se mantenía al terminar mis conferencias, el vacío que se formó en torno de mi persona y varias indicaciones que a mi fueron llegando, me hicieron comprender poco a poco que las afirmaciones sobre el papel de la sexualidad en la etiología de la neurosis no podían contar con ser tratadas como las demás aportaciones. Me di así cuenta de pertenecer en adelante a aquellos

que «han turbado el sueño del mundo», según la expresión de Hebbel, no pudiendo ya esperar objetividad ni consideración alguna. Mas como mi convicción de la exactitud general de mis observaciones y conclusiones iba siendo mayor cada día, y no carecía tampoco, precisamente, de valor moral ni de confianza en mi propio juicio, no podía ser dudosa mi resolución. Me decidí, pues, a creer que había tenido la fortuna de descubrir algo de singularísima importancia, y me dispuse a aceptar el destino enlazado a tales descubrimientos.

Este destino me lo representaba en la siguiente forma: El positivo resultado terapéutico del nuevo procedimiento me permitiría subsistir, pero la ciencia no tendría durante mi vida noticia alguna de mí. Algunos decenios después de mi muerte tropezaría, inevitablemente, otro investigador con aquellas cosas rechazadas ahora por inactuales, conseguiría su reconocimiento y haría honrar mi nombre como el de un precursor necesariamente desgraciado. Entre tanto —Robinsón en mi isla desierta—, me las arreglé lo más cómodamente posible. Ahora, cuando desde la confusión y el barullo del presente vuelvo la vista hacia aquellos años solitarios, se me aparecen éstos como una bella época heroica. Mi *splendid isolation* de entonces presentaba sus ventajas y sus encantos. No tenía que leer obligatoriamente nada ni que escuchar a adversarios mal informados; no me hallaba sometido a influencia ninguna ni había nada que me forzase a apresurar mi labor. Durante este tiempo aprendí a domar toda inclinación especulativa y a revisar —según el inolvidable consejo de mi maestro Charcot— una y otra vez las mismas cosas, hasta que comenzasen por sí mismas a decirme algo. Mis publicaciones, para las cuales hallé, no sin algún trabajo, un editor, podían permanecer retrasabas con respecto al avance de mis conocimientos y ser aplazadas sin perjuicio alguno, toda vez que no existía ninguna «prioridad» dudosa que defender. Así, *La interpretación de los sueños*, terminada en mi pensamiento a principios de 1896, no fue traslada a las cuartillas hasta el verano de 1899. El tratamiento de «Dora» se dio por terminado a fines de 1899, y su historial clínico, escrito en las dos semanas siguientes, no vio la luz hasta 1905. Entre tanto, mis trabajos no eran siquiera citados en las bibliografías de las revistas profesionales, o cuando se les concedía un puesto en ellas, era para rechazar sus ideas con un aire de

superioridad compasiva e irónica. De cuando en cuando algún colega emitía en sus publicaciones un juicio sobre mis teorías, siempre muy breve y nada adulador: insensatas, extremas, muy extrañas… Una vez, un ayudante de la clínica de Viena en la que daba yo mi ciclo semestral de conferencias me pidió permiso para asistir a las mismas. Me escuchó atentamente, sin decir nada; pero al finalizar la última lección se ofreció a acompañarme, y por el camino me confesó haber escrito, con el conocimiento de su jefe, un libro contra mis teorías, las cuales le habían convencido ahora por completo. Antes de ponerse a escribir había preguntado en la clínica si para acabar de documentarse debía leer *La interpretación de los sueños*, pero le habían dicho que no valía la pena. A continuación comparó mi teoría tal y como ahora había llegado a comprenderla y por la firmeza de su estructura interna con la Iglesia católica. En interés de su salvación eterna, quiero creer que estas manifestaciones respondían a un sentimiento verdadero. Por último, acabó lamentándose de que fuese tarde para introducir alguna modificación en su libro, terminado ya de imprimir.

Este colega no ha considerado necesario dar a conocer más tarde al público su cambio de opinión sobre el psicoanálisis, prefiriendo acompañar con burlonas glosas su desarrollo desde las columnas de la revista médica en que se halla encargado de la crítica de libros.

Mi susceptibilidad personal quedó embotada, para ventaja mía, en estos años. Si mi espíritu no llegó a quedar amargado para siempre, lo debí a una circunstancia con cuyo auxilio no han podido contar todos los investigadores solitarios. Sin tal ayuda se atormentan éstos buscando el origen de la indiferencia o la repulsa de sus contemporáneos, y ven en ellas una penosa contradicción en la seguridad de sus propias convicciones. En cambio, no tenía yo por qué atormentarme en tal sentido, pues la teoría psicoanalítica me permitía interpretar dicha conducta de mis coetáneos como una necesaria consecuencia de las hipótesis analíticas fundamentales. Si era exacto que los hechos por mí descubiertos en el análisis eran mantenidos lejos de la conciencia de los enfermos por resistencias afectivas internas, tales resistencias habrían de surgir también en los hombres sanos, al serles comunicados desde fuera lo reprimido, no siendo de extrañar que supieran luego motivar, por medio de una fundamentación intelectual, la repulsa

afectivamente ordenada. Esto último sucedía también en los enfermos, y los argumentos por éstos esgrimidos —«los argumentos son tan comunes como las moras», dice Falstaff (Enrique IV)— eran exactamente los mismos, y no muy agudos, ciertamente. La única diferencia estaba en que con los enfermos se disponía de medios de presión para hacerles reconocer y superar sus resistencias, auxilio que nos faltaba en el caso de nuestros adversarios presuntamente sanos.

El modo de obligar a estos últimos a un examen desapasionado y científico de la cuestión constituía un problema cuya solución parecía deberse dejar al tiempo. En la historia de la ciencia se ha podido comprobar, efectivamente, que una misma afirmación, rechazada al principio, ha sido después aceptada sin necesidad de nuevas pruebas.

Ahora bien: no esperará nadie que en estos años, durante los cuales fui el único representante del psicoanálisis, se desarrollara en mí un particular respeto al juicio del mundo ni una tendencia a la flexibilidad intelectual.

II

A partir de 1902 se congregó en derredor mío cierto número de médicos más jóvenes, con el propósito manifiesto de aprehender, ejercitar y difundir el psicoanálisis. El estímulo había partido de uno de mis colegas, que había experimentado en su propia persona la eficacia de la terapia analítica. Este pequeño grupo inicial acudía a mi casa determinadas noches, discutía conforme a ciertas reglas acordadas y procuraba orientarse en el nuevo campo de la investigación y atraer a él el interés de otros. Un día recibimos un manuscrito firmado por Otto Rank, ex alumno de la Escuela de Artes y Oficios. La extraordinaria comprensividad que en dicho trabajo se revelaba nos llevó a mover a su autor a terminar sus estudios de segunda enseñanza, ingresar en la Universidad y dedicarse a las aplicaciones no médicas del psicoanálisis.

Nuestra pequeña asociación adquirió así su laborioso y concienzudo secretario, y yo, el más fiel de mis auxiliares y colaboradores[1675].

El pequeño círculo así iniciado adquirió pronto más amplitud y cambió varias veces de composición en el curso de los años siguientes. Por la riqueza y la variedad de dotes de sus miembros, podía ser comparado, sin desventaja, con el estado mayor de cualquier profesor clínico. Desde un principio formaron parte de él aquellas personalidades que más tarde han desempeñado en la historia del movimiento analítico papeles importantes, aunque no siempre satisfactorios. Pero en aquella época no podía prever yo un tal desarrollo. Debía darme por contento, y creo haber puesto de mi parte todo lo posible para hacer accesibles a los demás mis conocimientos y mi experiencia. Surgieron, sin embargo, dos circunstancias que constituían un mal presagio, y que acabaron por distanciarme internamente del grupo. No conseguí, en efecto, establecer entre sus miembros aquel acuerdo que debe reinar entre hombres consagrados a una misma ardua labor, ni tampoco ahogar las disputas sobre prioridad, a las que el trabajo común daba frecuente ocasión. Las dificultades particularmente grandes de la enseñanza práctica del psicoanálisis, a las cuales se deben muchas de las desavenencias actuales, no tardaron en hacerse sentir en la naciente Asociación Psicoanalítica Privada de Viena. Yo mismo no me atrevía a exponer una técnica aún inacabada y una teoría en constante desarrollo con la autoridad que hubiera sido necesaria para apartar a los demás de ciertos caminos equivocados, cuyo final ha sido, en algunos casos, errores definitivos. La independencia del trabajador intelectual y su pronto desligamiento del maestro son siempre convenientes desde el punto de vista psicológico, pero desde el punto de vista científico sólo significa una ventaja cuando el discípulo posee ciertas cualidades personales no demasiado frecuentes. El psicoanálisis hubiera necesitado, precisamente, una severa disciplina preparatoria. Pero reconociendo el valor que suponía consagrarse a algo tan depreciado y falto de porvenir, hube de inclinarme a dejar pasar a los miembros de la Asociación algunas cosas que en otras circunstancias me hubieran causado vivo disgusto. Nuestro círculo comprendía, además, no sólo médicos, sino también otras personas cultas que habían visto en el psicoanálisis algo importante: escritores, artistas, etc. *La interpretación de los sueños*, el libro sobre *El chiste…* y otros trabajos míos habían mostrado desde un principio que las teorías del psicoanálisis no podían permanecer limitadas al campo de la Medicina, sino que eran

susceptibles de aplicación a otras diversas ciencias del espíritu.

A partir de 1907 cambió de pronto, inesperadamente, la situación. Se advirtió que el psicoanálisis había ido despertando calladamente un considerable interés y contaba ya con muchos partidarios, e incluso con personalidades científicas dispuestas a confesarlo. Una carta de Bleuler me había anticipado ya que mis trabajos eran estudiados y aplicados en Burgholzli. En enero de 1807 acudió a Viena por vez primera un miembro de la clínica de Zurich, el doctor M. Eitingon[1676], seguido pronto de otros visitantes, que iniciaron un vivo intercambio de ideas. Por último sobrevino la invitación de C. G. Jung, entonces aún adjunto en Burgholzli, para celebrar en Salzburgo, durante la primavera de 1908, una reunión que había de congregar a los amigos del psicoanálisis residentes en Viena, Zurich y otros puntos. De este primer Congreso psicoanalítico surgió la fundación de la revista *Jahrburch für psychoanalytische und psychopathologische Forschung*, editada por Bleuler y Freud y dirigida por Jung, publicación cuyo primer número apareció en 1909. En esta revista se desarrolló una íntima labor común entre Viena y Zurich.

Repetidas veces he reconocido con agradecimiento los grandes méritos contraídos por la escuela psiquiátrica de Zurich, muy especialmente por Bleuler y Jung, en la difusión del psicoanálisis, y todavía hoy, que tanto han variado las cosas, no vacilo en hacerlo de nuevo. No debe creerse, sin embargo, que la agregación de la escuela de Zurich fuera exclusivamente lo que atrajo la atención del mundo científico sobre el psicoanálisis. El periodo de latencia había pasado ya, y nuestra disciplina iba siendo en todas partes objeto de un creciente interés. Pero en todos los demás lugares, el resultado de tal interés no fue al principio sino una apasionada repulsa, mientras que en Zurich reinó, desde luego, un acuerdo positivo. En ningún otro sitio existía tampoco un grupo tan compacto de partidarios ni podía establecerse una clínica pública puesta al servicio del psicoanálisis o encontrarse un profesor clínico que acogiese la teoría psicoanalítica como parte integrante de la enseñanza psiquiátrica. Los zuriqueses constituyeron así un núcleo escogido dentro de la legión combatiente por el reconocimiento del psicoanálisis. Sólo en su residencia había ocasión de aprender y practicar el nuevo arte. La mayoría de mis actuales partidarios y colaboradores han llegado a mí pasando

antes por Zurich, incluso aquellos que se hallaban geográficamente más cerca de Viena que de Suiza. Viena ocupa una situación excéntrica con respecto a la Europa occidental, sede de los grandes centros de cultura, y se halla, además, hace ya muchos años, bajo el peso de graves prejuicios, que la han hecho disminuir en la consideración cultural. En Suiza, nación de fina sensibilidad espiritual, confluyen representantes de las naciones más significadas, y un foco de infección en ella surgido tenía que ser de extrema importancia para la difusión de una epidemia psíquica, calificativo aplicado por Hoche (Friburgo) a nuestra teoría.

Según el testimonio de un colega que siguió el desarrollo analítico en Burghölzli, puede afirmarse que el psicoanálisis despertó allí el interés desde muy temprano. En un trabajo de Jung sobre los fenómenos ocultos, publicado en 1902, se encuentra ya una primera mención de la interpretación de los sueños. Entre 1903 y 1904 ocupaba ya el psicoanálisis, según mi comunicante, un lugar principal. Iniciadas las relaciones personales entre Viena y Zurich, se formó también en Burghölzli, a mediados de 1907, una asociación privada, cuyos miembros examinaban y discutían en reuniones periódicas los problemas del psicoanálisis. En la unión celebrada entre las escuelas de Viena y Zurich no fueron los suizos la parte simplemente receptora, pues aportaron, a su vez, una labor científica muy respetable, cuyos resultados fueron muy útiles al psicoanálisis. Su interpretación psicoanalítica del experimento de asociación iniciado por la escuela de Wundt les permitió dar al mismo inesperadas aplicaciones, haciendo posible hallar una rápida confirmación experimental de hechos psicoanalíticos y demostrar a los principiantes circunstancias que los analíticos mismos sólo de oídas conocían. Fue éste el primer puente construido entre la psicología experimental y el psicoanálisis.

El experimento de asociación facilita en el tratamiento psicoanalítico un previo análisis cualitativo del caso; pero no constituye aportación ninguna esencial a la técnica, y puede prescindirse perfectamente de él en la práctica del análisis. Mucho más importante fue otro distinto rendimiento de la escuela de Zurich o de sus dos directores, Bleuler y Jung. El primero demostró la posibilidad de explicar toda una serie de casos puramente psiquiátricos por la intervención de procesos semejantes a los descritos por el

psicoanálisis en su explicación de los sueños y de las neurosis («mecanismos freudianos»), y Jung aplicó con éxito el método de interpretación analítico a los fenómenos más extraños y oscuros de la demencia precoz, evidenciando que tales fenómenos tenían su origen en la vida y las preocupaciones de los enfermos. A partir de aquí se hizo ya imposible a los psiquiatras seguir ignorando el psicoanálisis. La gran obra de Bleuler sobre la esquizofrenia (1911), en la cual aparecen situadas a un mismo nivel las opiniones psicoanalíticas y las clínico-sistemáticas, acabó de asegurar el éxito.

No quiero dejar de señalar una diferencia de orientación que ya se hacía notar por entonces entre ambas escuelas. En 1897 había yo publicado ya el análisis de un caso de esquizofrenia; pero mostrando éste un marcado sello paranoico, no podía su análisis anticipar la impresión causada luego por los de Jung. Ahora bien: lo importante para mí no hubo de ser entonces la interpretabilidad de los síntomas, sino el mecanismo psíquico de la enfermedad y, sobre todo, la coincidencia de este mecanismo con el de la histeria, ya conocido. Las diferencias entre ambos quedaban aún por entonces en la oscuridad, pues en aquella época tendía yo principalmente a una libidoterapia de las neurosis, que había de explicar todos los fenómenos neuróticos y psicóticos, atribuyéndolos a destinos anormales de la libido, o sea al hecho de haber sido ésta desviada de su empleo normal. Este punto de vista escapó a los investigadores suizos. Que yo sepa, sostiene todavía Bleuler hoy en día la causación orgánica de las formas de la demencia precoz, y Jung, cuyo libro sobre esta enfermedad apareció en 1907, defendió en 1908, en el Congreso de Salzburgo, la teoría tóxica de la misma, que va más allá de la teoría de la libido, aunque sin excluirla. En esta misma cuestión ha naufragado luego (1912), sirviéndose con exceso de la materia que antes no había querido utilizar.

Una tercera aportación de la escuela suiza, atribuible quizá exclusivamente a Jung, no es, a mi juicio, tan valiosa como creen algunos, más alejados que yo de la cuestión. Me refiero a la doctrina de los *complejos*, fruto de los *Estudios diagnósticos de asociación* (1906-1910). No ha dado nacimiento a una teoría psicológica ni ha podido ser integrada sin violencia en el conjunto de las doctrinas psicoanalíticas. En cambio, la palabra «complejo» ha adquirido derecho de ciudadanía en el psicoanálisis, en

calidad de término muy adecuado, y a veces imprescindible, para la síntesis descriptiva de hechos psicológicos. Ninguno de los demás nombres creados por las necesidades psicoanalíticas ha adquirido tan amplia popularidad ni ha sido tampoco tan equivocadamente empleado, con daño de otros conceptos más sutiles. Así se comenzó a hablar entre los psicoanalíticos del «retorno del complejo», cuando se trataba en realidad del «retorno de lo reprimido», sustituyéndose también incorrectamente por este término el de «resistencia».

A partir de 1907 y en los años siguientes a la unión de las escuelas de Viena y Zurich fue adquiriendo el psicoanálisis el extraordinario incremento que hoy conserva y del que testimonian tanto la difusión de las publicaciones a ella referentes y el número creciente de médicos que la practican o quieran aprenderla, como los numerosos ataques de que es objeto en congresos y asociaciones. Ha llegado hasta los países más lejanos, sobresaltando a los psiquiatras y despertando el interés de los hombres cultos en general y de los investigadores de otras ramas científicas. Havelock Ellis, que había seguido con simpatía sus progresos, aunque sin declararse nunca partidario suyo, escribió en 1911, en una Memoria enviada al Congreso Médico de Australasia: *Freuds psychoanalysis is now championed and carried out not only in Austria and in Switzerland, but in the United States, in England, in India, in Canada and, I doubt not in Australasia*[1677].

Un médico —probablemente alemán— de Chile defendió en el Congreso Médico Internacional de Buenos Aires, en 1910, la existencia de la sexualidad infantil, y encomió los resultados de la terapia psicoanalítica en los síntomas obsesivos[1678]. Un neurólogo inglés de la India central —Berkeley Hill (1924)— nos comunicó, por conducto de otro distinguido colega, de regreso a Europa, que los hindúes mahometanos, a los cuales aplicaba el análisis, mostraban una etiología de sus neurosis idéntica a la de nuestros pacientes europeos.

La introducción del psicoanálisis en Norteamérica tuvo efecto de un modo particularmente honorífico. En el otoño de 1909 fuimos invitados Jung y yo por Stanley Hall, presidente de la Clark University de Worcester (Boston), a tomar parte en las fiestas organizadas con motivo del vigésimo aniversario de dicha institución, pronunciando una serie de conferencias en

idioma alemán. Con gran sorpresa comprobamos que todos los miembros de aquella Universidad pedagógico-filosófica, pequeña, pero altamente considerada, conocían los trabajos psicoanalíticos y los habían dado a conocer a sus alumnos. Así, pues, en la pudibunda América podían discutirse y examinarse científicamente con toda libertad, por lo menos dentro de los círculos académicos, cosas que en la vida individual eran objeto de violenta repulsa. Las cinco conferencias que hube de improvisar en Worcester aparecieron luego, traducidas al inglés, en el *American Journal of Psychology*, y poco después, en una edición alemana titulada *Lieber Psychoanalyse*[1679]. Jung habló sobre sus estudios diagnósticos de asociación y sobre los «conflictos del alma infantil». Al terminar nuestras intervenciones se nos honró con el título de «doctores en ambos derechos». El psicoanálisis se halló representado en estas fiestas por cinco personas, pues además de Jung y de mí acudieron Ferenczi, que me acompañó en mi viaje; Ernest Jones, que por entonces, y antes de trasladarse a Londres, pertenecía a la Universidad de Toronto (Canadá), y A. Brill, que ejercía ya en Nueva York la práctica psicoanalítica.

De los conocimientos personales que hube de hacer en Worcester, el más importante fue el de James J. Putnarn, profesor de Neuropatología de la Universidad de Harvard, que, habiendo expresado años atrás opiniones contrarias al psicoanálisis, se reconcilió ahora rápidamente con él y comenzó a recomendarlo a sus compatriotas en conferencias tan sustanciosas como bellas. El respeto que en América inspiraba a su persona por sus altas dotes morales y su valeroso amor a la verdad hizo mucho bien al psicoanálisis y le protegió contra los ataques, a los que pronto hubiera sucumbido[1680]. Putnam ha cedido después con exceso a la magna necesidad ética y filosófica de su naturaleza, exigiendo al psicoanálisis una actuación —a mi juicio imposible — en el sentido de una determinada concepción universal de carácter ético-filosófico. De todos modos continúa siendo el principal apoyo del movimiento psicoanalítico en Norteamérica.

Brill y Jones adquirieron también los más grandes merecimientos en la difusión de este movimiento, presentando una y otra vez en sus trabajos, a los ojos de sus compatriotas, los hechos fundamentales de la vida cotidiana: el sueño y la neurosis. Brill ha reforzado esta campaña con su propia actividad

médica y con la traducción de mis escritos; Jones, con instructivas conferencias y brillantes discusiones en los congresos americanos[1681].

La faltado una arraigada tradición científica y la menor rigidez de la autoridad oficial han sido decisivamente ventajosas para el estímulo, iniciado en América por Stanley Hall. Otra circunstancia característica fue la de que los profesores y directores de los manicomios mostraran desde un principio por el análisis un interés tan grande como el de los médicos independientes. Mas por ellos mismos es evidente que la lucha por el psicoanálisis ha de decidirse allí donde ha surgido la mayor resistencia, o sea en los viejos centros de cultura.

Entre los países europeos, Francia es hasta ahora el que menos acogedor se muestra al psicoanálisis, no obstante existir meritorios trabajos del zuriqués A. Maeder, que ofrecen al lector francés un cómodo acceso a sus doctrinas. Los primeros signos de interés surgieron fuera de la capital. Morichau-Beauchant (Poitiers) fue el primer francés que confesó públicamente el psicoanálisis. Régis y Hesnard (Burdeos) han intentado recientemente (1913) disipar los prejuicios de sus compatriotas contra nuestras teorías con una minuciosa exposición de las mismas, no siempre comprensiva, sobre todo en lo que respecta al simbolismo. En París parece reinar aún la convicción, tan elocuentemente expresada por Janet en el Congreso Médico Internacional de Londres (1913) de que todo lo bueno del psicoanálisis no hace sino repetir, con escasas modificaciones, las opiniones de Janet mismo, siendo absolutamente rechazable lo demás. En este mismo Congreso tuvo Janet que tolerar una serie de rectificaciones por parte de E. Jones, el cual le demostró su escaso conocimiento de la materia. No obstante, nos es imposible olvidar, aun rechazando las aspiraciones en tal ocasión manifestadas, los grandes merecimientos de Janet en la psicología de las neurosis.

Tampoco en Italia ha alcanzado el movimiento psicoanalítico la importancia que parecía presagiar su iniciación. No así en Holanda, donde la actuación de varias personalidades científicas que nos honraban con su amistad facilitó desde un principio la difusión analítica. Van Emden, Van Ophuijsen, Van Renterghem (*Freud en zijn School*) y los dos Stärckes actúan allí teórica y prácticamente con éxito[1682]. El interés de los círculos

científicos de Inglaterra hacia el psicoanálisis se ha desarrollado muy lentamente; pero todo hace creer que el gran sentido práctico de los ingleses y su apasionado amor a la justicia harán alcanzar a nuestra disciplina en los países británicos un espléndido florecimiento.

En Suecia, P. Bjerre, continuador de la actividad médica de Wetterstrand, ha sustituido, por lo menos temporalmente, la sugestión hipnótica por el tratamiento psicoanalítico. R. Vogt (Cristiania) acogió ya el psicoanálisis en su obra *Psykiatriens grundtraek* (1907), resultando así que el primer tratado de Psiquiatría, en el que se ha dado cabida a las teorías analíticas, ha sido escrito en Noruega. En Rusia es generalmente conocida nuestra disciplina y gozan de gran difusión sus teorías. Casi todos mis trabajos, así como los de otros partidarios del análisis, se hallan traducidos al ruso. Sin embargo, no se ha llegado aún en este país a un conocimiento realmente profundo del psicoanálisis. Las aportaciones de los médicos rusos a este sector son hasta ahora insignificantes. Solamente Odesa posee en la persona de M. Wulff un verdadero analítico. La introducción del psicoanálisis en la ciencia y en la literatura polacas ha sido obra casi exclusiva de L. Jekels. Hungría, tan íntimamente enlazada a Austria desde el punto de vista geográfico como ajeno a ella científicamente, no nos ha aportado hasta ahora más que un solo colaborador: S. Ferenczi; pero tal, que vale por una asociación entera[1683].

Para descubrir la situación del psicoanálisis en Alemania bastará hacer constar que ocupa el punto central de la discusión científica y despierta, tanto entre los médicos como entre los profanos, vivas manifestaciones contrarias, que hasta ahora no se han acallado, repitiéndose siempre de nuevo con intensificaciones periódicas. Ninguna institución pedagógica oficial ha acogido hasta ahora el psicoanálisis, y son todavía muy pocos los médicos que lo practican. Sólo dos establecimientos médicos —el de Binswanger, en Kreuzlingen (Suiza alemana), y el de Marcinowsky, en Holstein— le han abierto hasta el día sus puertas. En el terreno crítico de Berlín se afirma uno de los más ilustres representantes del psicoanálisis: el doctor K. Abraham, antiguo ayudante de Bleuler. Este estancamiento del movimiento psicoanalítico en Alemania podría extrañar si no advirtiésemos que la anterior descripción no refleja más que la apariencia externa. No debe exagerarse, en efecto, la importancia de la actitud adoptada por los representantes oficiales

de la ciencia, los directores de establecimientos médicos y sus respectivos estados mayores. Es comprensible que nuestros adversarios eleven la voz, guardando en cambio nuestros partidarios un tímido silencio. Algunos de estos últimos, cuyas primeras aportaciones parecían muy prometedoras, se han visto obligados a ceder a la presión de las circunstancias, retirándose de la lucha. Pero el movimiento psicoanalítico continúa progresando en silencio: adquiere cada vez más partidarios entre los psiquiatras y los profanos; aporta a la literatura analítica un número creciente de lectores, y obliga así a los adversarios a tentativas de defensa cada vez más violentas. Durante éste sólo año he leído una docena de veces, en artículos referentes a la celebración de ciertos congresos o a la aparición de determinadas publicaciones, la noticia de que el psicoanálisis había muerto, habiendo sido definitivamente vencido y deshecho. La respuesta hubiera sido semejante al telegrama dirigido por Mark Twain al periódico que había dado la noticia de su muerte: «La noticia de mi fallecimiento es considerablemente exagerada». Después de cada uno de estos funerales ha reclutado el psicoanálisis nuevos partidarios o creado nuevos órganos de difusión.

Simultáneamente a la descrita expansión espacial del psicoanálisis ha tenido efecto una expansión de su contenido, habiendo extendido sus ramificaciones a otros campos científicos distintos de la Psiquiatría y la Neurología. La existencia de un excelente trabajo de Rank y Sachs (en las *Grenzfragen* de Löwenfeld), relativo precisamente a estos rendimientos de la labor analítica, me evita una descripción detallada de este sector del movimiento psicoanalítico. Trátase, además, de investigaciones apenas iniciadas, y a veces de meros propósitos. Nadie podrá, sin embargo, acusarnos con justicia de descuidar esta nueva labor. Son muchos los problemas planteados y muy pocos los investigadores, habiendo éstos de atender, además, a su propia especialidad, y no pasando en tales nuevos campos de la categoría de meros aficionados. Estos investigadores, procedentes del psicoanálisis, no ocultan ciertamente su falta de preparación con respecto al terreno por ellos invadido, y su pretensión se limita a mostrar a los especialistas respectivos un nuevo camino de investigación y a demostrarles las ventajas que pueden extraer aplicando en su labor la técnica y las hipótesis psicoanalíticas. Si los resultados obtenidos presentan ya

importancia nada despreciable, se debe, en primer lugar, a la fertilidad de los métodos analíticos, y en segundo, al hecho de existir ya algunos investigadores que sin ser médicos se han consagrado a la aplicación del psicoanálisis a las ciencias del espíritu.

La mayoría de estas aplicaciones han sido iniciadas siguiendo estímulos contenidos en mis primeros trabajos analíticos. La investigación analítica de los nerviosos y de los síntomas neuróticos de los normales me obligó a suponer la existencia de relaciones psicológicas que habían de traspasar los límites del terreno en el que se habían dado a conocer. El análisis nos proporcionó de este modo no sólo la explicación de sucesos patológicos, sino también su conexión con la vida anímica normal, descubriéndonos relaciones insospechadas entre la Psiquiatría y las demás diversas ciencias, cuyo contenido era una actividad psíquica. Así, el análisis de ciertos sueños típicos facilitó la comprensión de algunos mitos y fábulas. Riklin y Abraham siguieron esta indicación e iniciaron la investigación de los mitos; labor llevada luego a su perfección en los trabajos de Rank sobre Mitología, a los cuales nada puede oponer el más escrupuloso especialista. El estudio del simbolismo de los sueños condujo a los problemas de la Mitología, el folklore y las abstracciones religiosas. En uno de los congresos psicoanalíticos[1684] causó profunda impresión una Memoria, presentada por un discípulo de Jung, sobre la coincidencia de las fantasías esquizofrénicas con las cosmogonías de épocas y pueblos primitivos. En ciertos trabajos de Jung, encaminados a establecer una relación entre la neurosis y las fantasías religiosas y mitológicas, ha sido también objeto de una elaboración muy interesante, aunque no siempre indiscutible, el material mitológico.

Otro nuevo camino condujo a nuestros investigadores desde la investigación de los sueños al análisis de las creaciones poéticas, y luego, al del poeta y el artista mismos, descubriéndose que los sueños inventados por los poetas se comportan frecuentemente, con respecto al análisis, como sueños genuinos[1685]. La concepción de la actividad anímica inconsciente facilitó una primera representación de la esencia de la labor poética y creadora, y el estudio de los impulsos instintivos, llevado a cabo en el análisis de las neurosis, nos permitió descubrir las fuentes de la creación artística y planteó los problemas de cómo reacciona el artista a tales estímulos y con qué

medios disfraza su reacción. (Rank: *El artista* (1907) diversos análisis de personalidades poéticas, publicados por Sadger (1909), Reik y otros; mi trabajo sobre *Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci*[1686]; el análisis de Segantini, por Abraham (1911) etc.) Naturalmente, tampoco faltó aquí la crítica negativa de los desconocedores del psicoanálisis, expresada con la misma incomprensividad y el mismo apasionamiento que en las cuestiones psicoanalíticas fundamentales. Desde un principio era de esperar que a cualquier campo que se dirigiese el psicoanálisis había de tropezar con la resistencia de sus ocupantes, si bien tales tentativas invasoras no han despertado aún en todos los terrenos la atención que habrán de despertar en lo futuro. Entre las aplicaciones estrictamente literarias del análisis ocupa el primer lugar la obra fundamental de Rank sobre el motivo del incesto, cuyo contenido puede contar con despertar máximo disgusto. En las ciencias filosóficas e históricas existen aún pocos trabajos de base analítica. La primera tentativa de atacar los problemas planteados por la psicología de las religiones ha sido llevado a cabo, precisamente por mí, en 1907, con una comparación entre el ceremonial religioso y el neurótico. El doctor Pfister pastor de Zurich, ha referido en su estudio sobre la piedad del conde de Zinzendorf (y en otros ensayos) el fanatismo religioso a un erotismo perverso. En cambio, los últimos trabajos de la escuela de Zurich muestran más bien como contrapartida intencionada una impregnación del análisis por representaciones religiosas.

En mi obra *Totem y tabú*[1687] he intentado aplicar el análisis a la investigación de ciertos problemas de la psicología de los pueblos, que conducen inmediatamente a los orígenes de nuestras más importantes instituciones culturales —el orden social, la moral y la religión— y a los de la prohibición del incesto y la conciencia ética. Por ahora no es aún posible precisar hasta qué punto resistirán un examen crítico los resultados obtenidos en esta investigación.

Mi libro sobre el «chiste[1688]» dio un primer ejemplo de la aplicación del pensamiento analítico a temas estéticos. Esta labor espera aún continuadores, que seguramente habrían de obtener en tal terreno una rica cosecha. Todas estas aplicaciones analíticas se hallan faltas de investigadores procedentes del sector correspondiente, y para atraerlos fundó H. Sachs en 1912 la revista

Imago, de cuya redacción forma también parte Rank. Hitschmann y Winterstein han iniciado, por su parte, la labor de proyectar la luz de los conocimientos analíticos sobre los sistemas filosóficos y la personalidad de sus autores, tarea que hemos de desear sea continuada y profundizada.

Los revolucionarios descubrimientos del psicoanálisis sobre la vida anímica del niño, el papel desempeñado en ella por los impulsos sexuales (Hug-Hellmuth) y los destinos de estos elementos de la sexualidad, inútiles para la reproducción, hablan de orientar pronto nuestra atención hacia la Pedagogía c incitarnos a situar en primer término de este sector científico puntos de vista analítico. Al doctor Pfister, pastor de Zurich, corresponde el merecimiento de haber iniciado, con honrado entusiasmo, esta aplicación del psicoanálisis, dándolo a conocer a los pedagogos y a todos aquellos que tienen cura de almas («Die psychoanalytische Methode», publicado en el primer tomo del *Paedagogium*, de Meumann y Mesmer, 1913). Su actuación ha tenido resultados positivos, atrayendo el interés de un considerable número de pedagogos suizos. Varios de sus colegas comparten también probablemente sus convicciones, pero han preferido mantener un prudente silencio. Una parte de los analíticos vieneses parece haber llegado, a su retirada del psicoanálisis, a una pedagogía médica (Adler y Furtmüller, *Heilen und Bilden*, 1914).

Con estas indicaciones incompletas he intentado señalar la plenitud de relaciones, aún indeterminable, surgida entre el psicoanálisis médico y otros sectores de la ciencia. Hay materia para la labor de toda una generación de investigadores, y no dudo que tal labor quedará realizada de una vez vencidas las resistencias opuestas al psicoanálisis en sus terrenos de origen[1689].

Me parece inútil e inadecuado trazar ahora la historia de dichas resistencias. No es ciertamente muy halagüeña para los hombres de ciencia de nuestros días. Pero sí quiero añadir en el acto que nunca se me ha ocurrido tratar violenta o despreciativamente a los adversarios del psicoanálisis sólo por su calidad de tales, con la única excepción de algunos aventureros, pescadores de río revuelto, de los que surgen siempre en ocasiones de lucha en ambas partes combatientes. He sabido explicarme la conducta de mis adversarios y he tenido en cuenta que el psicoanálisis hace brotar lo peor de

cada individuo. Pero resolví no contestar y retraer a los demás, dentro de mi círculo de influencia, de toda polémica, dadas las especiales circunstancias del combate desarrollado en torno al psicoanálisis, me parecía muy dudosa la utilidad de una discusión pública o literaria, estaba seguro de hallarme en minoría en los congresos y reuniones y no abrigaba gran confianza en la equidad ni en la distinción de mis señores adversarios.

La observación demuestra que sólo contadísimas personas logran conservar su educación; no hablemos ya de su objetividad en las discusiones científicas, y por mi parte nada me ha inspirado nunca tanto horror como las disputas científicas. Esta actitud mía ha sido quizá erróneamente interpretada, teniéndome por tan bondadoso o tan intimidado, que no era preciso guardarme consideración alguna. Se equivocan los que así piensan. Sé encolerizarme e insultar también como cualquiera; lo que no sé es dar forma literaria a la expresión de estos afectos y, por tanto, he preferido abstenerme.

Desde cierto punto de vista, quizá hubiera sido mejor haber dado libre curso a mis propias pasiones y a las de mis amigos. Todos conocemos la curiosa teoría que intenta explicar la génesis del psicoanálisis por la influencia del ambiente vienés. Janet no despreció hacer uso de ella en 1913, a pesar de hallarse orgulloso seguramente de su origen parisiense y no poder aspirar París a ser considerado como una ciudad de más severa moral que Viena. Dicha teoría pretende que el psicoanálisis, y correlativamente la afirmación de que las neurosis dependen de perturbaciones de la vida sexual, no puede haber nacido sino en una ciudad como Viena, en la que reina un ambiente de sexualidad e inmoralidad ajeno a otras ciudades, no siendo nuestra disciplina sino una proyección teórica de aquellas peculiares condiciones de la vida vanesa. No soy, ciertamente, un apasionado localista; pero la teoría descrita me ha parecido particularmente insensata, tan insensata que me ha inclinado repetidas veces a suponer que el reproche dirigido a Viena no era sino la representación eufemística de otro distinto reproche que no se quería expresar públicamente. Si las circunstancias alegadas hubieran sido las contrarias, todavía tendría la explicación un matiz lógico. Suponiendo que existe una ciudad cuyos habitantes se impusiesen particulares limitaciones de la satisfacción sexual y mostrasen al mismo tiempo, una especial tendencia a graves enfermedades neuróticas, tales

circunstancias podrían, en rigor, sugerir a un observador la idea de unir ambos hechos y derivar uno de otro. Pero no es éste el caso de Viena. Los vieneses no son ni más abstinentes ni más nerviosos que los demás habitantes de las grandes ciudades. Las relaciones sexuales son en Viena francas, y la mojigatería, menor que en las ciudades del Occidente y del Norte, tan orgullosas de su castidad. Estas peculiaridades vienesas habrían de equivocar al supuesto observador más bien que iluminarle sobre la causación de las neurosis.

Pero la ciudad de Viena ha dicho también todo lo posible por negar su participación en la génesis del psicoanálisis. En ningún otro punto se hace tan claramente perceptible al analítico la hostil indiferencia de los centros de cultura.

Quizá tenga yo en esto parte de culpa por mi política contraria a toda amplia publicidad. Si hubiese provocado o permitido que el psicoanálisis ocupase a las asociaciones médicas vienesas en ruidosas sesiones, en las cuales se hubieran descargado todas las pasiones y hubiesen hallado expresión suficiente todos los reproches y las invectivas que unos contra otros llevamos en el pensamiento, quizá se hubiese levantado ya el destierro del psicoanálisis y no sería éste extranjero aún en su patria. Pero habiendo seguido la conducta opuesta, puedo decir, con el Wallenstein schilleriano, que «los vieneses no me han perdonado el haberles privado de un espectáculo».

La labor —imposible para mí— de demostrar, *suaviter in modo*, a nuestros adversarios su injusticia y sus arbitrariedades ha sido luego honrosamente realizada por Bleuler en su libro *Die Psychoanalyse Freud, Verteidigung un kritische Bermerkungen* (1910). Un encomio mío a este trabajo crítico sería tan natural, que quiero apresurarme a exponer lo que en él no me satisface. Me parece todavía parcial, demasiado considerado para las faltas de los adversarios y excesivamente severo para los errores de nuestros partidarios. Esta circunstancia puede explicar también por qué el juicio de un psiquiatra tan respetado y de competencia e independencia tan indudables no ha ejercido mayor influjo sobre sus colegas. El autor de la *Afectividad* (1906) no puede extrañar que el efecto de una obra no responda a su valor argumental, sino a su tono afectivo. Otra parte de este efecto —el

correspondiente a los partidarios del psicoanálisis— la ha destruido más tarde el propio Bleuer al mostrar en su *Critica de la teoría freudiana* (1913) el reverso de su actitud ante el psicoanálisis. Destruye en ella tanta parte del edificio psicoanalítico, que los adversarios pueden estar contentos del auxilio que les presta este partidario nuestro. Como base de estos nuevos juicios no invoca Bleuler nuevos argumentos ni observaciones más correctas, sino tan sólo su propio conocimiento, cuya insuficiencia no reconoce ya como en trabajos anteriores. Pareció, pues, amenazar aquí al psicoanálisis una dolorosísima pérdida. Pero en sus últimas manifestaciones (*Die Krittiken der Schizophrenie*, 1914) se alza Bleuler contra los ataques que se la han dirigido por su integración del psicoanálisis en su libro sobre la esquizofrenia: «Pienso —dice— que las diversas psicologías construidas hasta hoy para la explicación de los síntomas y los estados patológicos psicógenos han dado escasísimo rendimiento, y que, en cambio, la psicología abismal constituye una parte de aquella psicología aún por crear que el médico precisa para comprender y curar a sus enfermos. Llego incluso a opinar que en mi *Esquizofrenia* he dado algún paso hacia tal comprensión. Las dos primeras afirmaciones son exactas; la última puede ser equivocada».

Dado que con las palabras «psicología abismal» no puede aludirse sino al psicoanálisis, podemos declararnos contentos, por ahora, con tal confesión.

III

Mach es Kurz!
Am Jüngsten; Tag isfs nur ein Furz!
GOETHE[1690]

DOS años después del primero se celebró en Nuremberg el segundo Congreso psicoanalítico privado (1910). En el intervalo, las impresiones de mi viaje a América, la creciente hostilidad de los países germanos y el inesperado refuerzo que nos aportaba la escuela de Zurich me habían inspirado un propósito, que llevé a cabo en este segundo Congreso.

Pensaba organizar el movimiento psicoanalítico, trasladar a Zurich su centro y darle un director que se cuidase de su porvenir. Esta iniciativa mía ha despertado tanta oposición entre los mismos partidarios del psicoanálisis, que me parece conveniente exponer ahora con más detalles sus motivos, esperando quedar justificado, aunque algún día llegue a demostrarse que no obré prudentemente.

A mi juicio, la centralización del movimiento en Viena constituía una rémora. Un lugar como Zurich, situado en el corazón de Europa y en el cual existía un profesor académico que había abierto su clínica al psicoanálisis, me parecía mucho más conveniente. Veía, además, un segundo obstáculo en mi propia persona, difícil de situar justamente entre el favor de mis partidarios y el odio de mis enemigos. Tan pronto se me comparaba con Colón, Darwin o Kepler, como se veía en mí un caso de demencia. Me proponía, pues, relegar a segundo término tanto mi persona como la ciudad cuna del psicoanálisis. Lejos ya de la juventud, me abrumaba verme obligado a tomar la dirección del movimiento analítico. Pero éste no podía tampoco prescindir, a mi juicio, de una personalidad directora, pues me constaban los errores que acechaban al investigador en los comienzos de su actividad analítica y esperaba poder evitarlos erigiendo tal autoridad, pronta siempre a aconsejar y a orientar a los principiantes. Esta investidura, que había recaído inevitablemente sobre mí en un principio por el peso natural de quince años de experiencia, debía ser transferido ahora a una persona más joven. Siendo Bleuler de mi misma edad, la elección había de recaer sobre C. G. Jung, en cuyo favor hablaban sus extraordinarias dotes, sus numerosas aportaciones al psicoanálisis, su situación independiente y la impresión de segura energía que producía su persona. Parecía, además, dispuesto a entablar conmigo relaciones de amistad personal y a renunciar, por consideración a mí, a ciertos prejuicios de raza que hasta entonces había abrigado.

No sospechaba yo que, a pesar de todas las ventajas indicadas, había de resultar mi elección desdichadísima por recaer sobre una persona tan incapaz de soportar la autoridad de otra como de imponer la suya, y cuya energía se consagraba por entero a la más desconsiderada persecución de sus propios intereses.

Creía asimismo necesario dar al núcleo analítico la forma de una

asociación oficial para evitar los abusos que sabían habían de cometerse a la sombra del psicoanálisis en cuanto éste adquiriese popularidad. Debía existir entonces una organización revestida de autoridad suficiente para delimitar el campo de nuestra disciplina y declarar ajenos a ella tales abusos. En las reuniones de los grupos locales que compondrían la asociación internacional se enseñaría la práctica del psicoanálisis, y los médicos que aspirasen a ejercerla podrían seguir así una preparación, quedando garantizada, en cierto modo, su posterior actividad. También me parecía conveniente que los partidarios del psicoanálisis pudieran tratarse y apoyarse mutuamente en el seno de una asociación, toda vez que la ciencia oficial había opuesto su veto a nuestra disciplina, declarando el boicot a los médicos y a los establecimientos que la practicasen.

Estos propósitos, los únicos que me guiaban en la fundación de la Asociación Psicoanalítica Internacional, excedían, por lo visto, de lo posible. Así como a mis adversarios se les impuso la imposibilidad de atajar el nuevo movimiento, hubo de imponérseme luego a mí la de dirigirlo por el camino que deseaba verle seguir. Sin embargo, mi proposición, expuesta por Ferenczi en Nuremberg, fue aceptada, siendo elegido presidente Jung, que designó a Riklin para el puesto de secretario, y acordándose la publicación de una revista que facilitase la comunicación del órgano central con los grupos locales.

Los fines de la asociación se concretaron en la forma siguiente: «Estudio y promoción de la ciencia psicoanalítica fundada por Freud, tanto en su calidad de Psicología pura como en su aplicación a la Medicina y a las ciencias del espíritu, y mutuo apoyo de los asociados en cuanto a la adquisición y difusión de los conocimientos psicoanalíticos». El proyecto fue objeto de viva oposición por parte de los vieneses, expresando Adler, apasionadamente, su temor de que no se intentase sino «una censura y una restricción de la libertad científica»; pero terminaron por ceder a cambio de que la sede de la asociación no se fijase definitivamente en Zurich y variase con la residencia del presidente, elegido cada dos años.

En el mismo Congreso se constituyeron tres grupos locales: el de Berlín, bajo la presidencia de Abraham; el de Zurich, presidido por el mismo Jung, presidente electo de la asociación, y el de Viena, cuya presidencia cedí a

Adler. Posteriormente habría de constituirse en Budapest un cuarto grupo. Bleuler, que no había podido asistir al Congreso por hallarse enfermo, opuso algunas dificultades a ingresar en la asociación, se dejó convencer después de una conversación conmigo; pero no tardó en separarse a causa de ciertas diferencias surgidas en Zurich, quedando así rota la relación entre el grupo local de Zurich y el establecimiento médico de Burghölzli.

Otra consecuencia del Congreso de Nuremberg fue la fundación de la revista *Zentralblatt für Psychoanalyse*, para la cual se unieron Adler y Stekel. Originariamente tenía este proyecto una franca tendencia oposicionista y entrañaba el propósito de reconquistar para Viena la hegemonía, amenazada por la elección de Jung. Pero cuando los dos fundadores tropezaron con la dificultad de hallar un editor y acudieron a mí asegurándome sus intenciones pacíficas, en prenda de las cuales me concedieron un derecho de veto, tomé a mi cargo la publicación del nuevo órgano, cuyo primer número apareció en septiembre de 1910.

El tercer Congreso psicoanalítico se celebró en Weimar (1911) y superó a los precedentes en armonía e interés científico. J. Putnam, que asistió a su celebración, expresó luego en América su satisfacción y su respeto ante *the mental attitude* de los participantes y citó una de las frases que hube de dirigirles: «Habéis aprendido a soportar un trozo de verdad[1691]». Realmente todo individuo que hubiera asistido a otros congresos científicos tenía que recibir del nuestro una impresión favorable a la asociación psicoanalítica. En los dos congresos anteriores, presididos por mí, había yo dejado a los conferenciantes todo el tiempo necesario para explanar sus comunicaciones, abandonando al cambio de ideas privado la discusión de las mismas. En Weimar, y bajo la presidencia de Jung, se inició la discusión de cada Memoria inmediatamente después de su lectura, procedimiento que todavía no trajo consigo perturbación alguna.

Muy distinto cuanto ofreció el cuarto Congreso, celebrado en Munich dos años después (1913). Dirigido por Jung de un modo violento e incorrecto, los conferenciantes vieron limitado su tiempo y las discusiones ahogaron casi las Memorias. El malicioso Hoche, al que un perverso capricho del azar había llevado a hospedarse en la misma casa en que los analíticos celebraban sus sesiones, tuvo ocasión de convencerse de lo absurdo de su comparación de

nuestro núcleo con una secta fanática que seguía dignamente a su jefe. Después de fatigosos debates, nada satisfactorios, fue reelegido Jung para la presidencia de la Asociación Psicoanalítica Internacional, puesto que aceptó, no obstante haber negado su confianza las dos quintas partes de los presentes. Al separarnos no sentíamos ciertamente la necesidad de vernos de nuevo.

El estado de la Asociación Psicoanalítica Internacional era en la época de este Congreso el siguiente: Los grupos locales de Viena, Berlín y Zurich se hallaban ya constituidos desde el Congreso de Nuremberg, en 1910. En mayo de 1911 se fundó un nuevo grupo en Munich bajo la presidencia del doctor L. Seif. En este mismo año surgió también el primer núcleo local americano con el nombre de The New York Psychoanalytic Society, presidido por A. Brill. En el Congreso de Weimar se dio el visto bueno a la fundación de un segundo grupo americano, que se constituyó en el transcurso del año siguiente. Este grupo, que tomó el título de American Psychoanalytic Association, comprendía miembros canadienses y americanos y eligió presidente a Putnam y secretario a E. Jones. Poco antes del Congreso de Munich, quedó formado otro grupo en Budapest, presidido por Ferenczi, y poco después fundaba E. Jones en Inglaterra, donde había trasladado su residencia, el primer grupo inglés. El número total de los miembros de los ocho grupos locales existentes en esta fecha no puede, desde luego, servir de base para calcular la cantidad de discípulos y partidarios no organizados con que ya contaba nuestra disciplina.

También merece una breve mención el desarrollo de la literatura periódica psicoanalítica. La primera publicación de este orden consagrada al análisis fueron los *Schriften zur angewandten Seelenkunden*, que vienen publicándose sin periodicidad fija desde 1907 y alcanzan hoy su número 15 (editados primero por H. Heller y luego por F. Deuticke, ambos en Viena). En esta publicación han aparecido trabajos míos (1 y 7) y de Riklin, Jung, Abraham (4 y 11), Rank (5 y 13), Sadger, Pfister, M. Graf, Jones (10 y 13), Storfer y Hug-Hellmuth[1692]. La fundación de *Imago*, de la que luego hablaremos, ha disminuido un tanto el valor de este género de publicaciones. Después del Congreso de Salzburgo (1908) nació el *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen*. que vivió cinco años dirigido por Jung y renace ahora a la publicidad, con distinto director y

bajo el nuevo título de *Jahrbuch der Psychoanalyse*. No será ya, como en los últimos años, un mero archivo de trabajos de un mismo orden, sino que examinará y comunicará cuanto surja en el campo del psicoanálisis[1693]. La *Zentralblatt für Psychoanalyse*, proyectada, como ya indicamos, por Adler y Stekel, a raíz de la fundación de la Asociación Internacional (Nuremberg, 1910), ha pasado en poco tiempo por muy diversos destinos. Ya el número décimo de su primer año publicó la noticia de que el doctor Adler había decidido separarse de la redacción, a causa de diferencias surgidas por el editor, asumiendo la dirección el doctor Stekel (1911). En el Congreso de Weimar se elevó esta publicación a la categoría de órgano oficial de la Asociación Internacional, que sería remitido a todos los socios mediante una elevación de la cuota anual; pero a partir del tercer número del segundo año (1912) quedó Stekel como único responsable de su contenido, pues su conducta pública difícilmente imaginable, me obligó a cesar en mi calidad de editor y a crear a toda prisa un nuevo órgano del psicoanálisis: la *Internationale Zeitschrift für ärtzliche Psychoanalyse*. Con la ayuda de casi todos los colaboradores y del nuevo editor, H. Heller, pudo aparecer el primer número de esta revista en enero de 1913, sustituyendo a la *Zentralblatt* como órgano oficial de la Asociación Psicoanalítica Internacional.

Entre tanto, y a principios de 1912, había sido fundada por los doctores Hans Sachs y Otto Rank una nueva revista, titulada *1mago* (H. Heller, Viena), consagrada exclusivamente a las aplicaciones del psicoanálisis a las ciencias del espíritu. *Imago* se encuentra hoy en la mitad de su tercer año y ha sabido despertar un creciente interés, incluso en núcleos ajenos al análisis médico[1694].

Aparte de estas cuatro publicaciones periódicas (*Schriften zur angewandten Seelenkunde*, *Jahrbuch*, *Internationale Zeistchrift* e *Imago*), existen otras, tanto alemanas como extranjeras, que publican trabajos a los cuales se ha de señalar un puesto en la bibliografía psicoanalítica. El *Journal of Abnormal Psychology*, publicado por Morton Prince, contiene regularmente tantas y tan interesantes colaboraciones analíticas, que debe ser considerado como representación principal de la literatura analítica en América. En 1913 han creado White y Jelliffe, en Nueva York, una nueva revista consagrada exclusivamente al psicoanálisis (*The psychoanalytic*

Review) y encaminada a obviar la dificultad que el idioma alemán supone para la mayor parte de los médicos americanos a quienes interesan nuestras teorías[1695].

He de ocuparme ahora de dos defecciones habidas en el movimiento psicoanalítico, y habidas, la primera, entre la fundación de la Asociación en 1910 y el Congreso de Weimar en 1911, y la segunda, después de este último, surgiendo luego en el de Munich (1913). Mi conocimiento de los procesos que se desarrollan en los individuos sometidos al tratamiento psicoanalítico hubiera debido evitarme, en realidad, el desengaño que tales defecciones me produjeron. Me explicaba, desde luego, que se emprendiera la fuga a la primera tentativa de aproximación a las desagradables verdades analíticas y sabía que su comprensión era obstruida en un principio por las propias represiones del sujeto. Pero no esperaba que personas llegadas ya a una profunda comprensión del análisis renunciaran de repente a ella o pudieran perderla. Sin embargo, mi experiencia cotidiana con los enfermos me venía demostrando de continuo que la reflexión total del conocimiento analítico puede partir de cualquier estrato, por profundo que sea, en cuanto existe en él una resistencia especialmente enérgica. Aun cuando después de una penosa labor hayamos llegado a conseguir que uno de estos enfermos comprenda ya partes del saber analítico y las maneje como conocimientos propios, hemos de estar siempre preparados a verle despreciar, bajo la presión de la resistencia, todo lo aprendido y comenzar a defenderse de nuevo, como en los peores días iniciales. Me quedaba todavía por aprender que los analistas podían conducirse también exactamente como los enfermos sometidos al análisis.

No es labor fácil ni envidiable escribir la historia de estas dos defecciones, pues por un lado me faltan enérgicos impulsos personales —no esperé nunca agradecimiento ni soy tampoco especialmente vengativo—, y por otro, sé que me expongo con ello a las invectivas de adversarios poco considerados y ofrezco a los enemigos del análisis el ansiado espectáculo de cómo «se desgarran entre sí los psicoanalíticos». Habiéndome dominado siempre enérgicamente para no pelear con adversarios ajenos al análisis, me veo obligado ahora a aceptar el combate con personas que figuraron entre los

partidarios de nuestra disciplina y con otras que aún aspiran a ser consideradas como tales. Pero no tengo elección: callar sería comodidad o cobardía y perjudicaría más al psicoanálisis que revelar públicamente los daños sufridos. Todo aquel que haya seguido otros movimientos científicos sabe muy bien que casi siempre suelen surgir en ellos disensiones y perturbaciones. Quizá en algunos de estos movimientos se haya puesto más cuidado en mantener secretos tales trastornos. El psicoanálisis, que niega muchos ideales convencionales, es también más sincero en estas cuestiones.

Otra sensible circunstancia, que viene a hacer más penosa mi labor defensiva, es la de serme imposible eludir por completo un esclarecimiento analítico de los dos movimientos adversos. Ahora bien: el análisis no se presta a usos polémicos. Presupone la aquiescencia total del analizado y la existencia de un superior y un subordinado. De este modo, quien emprenda un análisis con fines polémicos habrá de esperar que el analizado vuelva a su vez contra él, el análisis, tomando así la discusión un cariz que excluye toda posibilidad de convencer a una tercera persona imparcial. Por tanto, limitaré el empleo del análisis, y con él la indiscreción y la agresión, a un estricto mínimo y advierto que no baso en este medio una crítica científica. No tengo que habérmelas con el eventual contenido de verdad de las teorías que de rechazar se trata ni me propongo rebatirlas. Esta labor se queda para otros autorizados psicoanalistas y ha sido ya en parte realizada. Quiero tan sólo mostrar que dichas teorías se oponen —y en qué puntos— a los principios fundamentales del análisis y no pueden, por tanto, acogerse bajo su nombre. Necesito, púes, únicamente el análisis para hacer comprensible cómo tales divergencias pudieron surgir precisamente en analistas, y claro está que en algunos puntos habré también de defender, con observaciones puramente críticas, el buen derecho del psicoanálisis.

El psicoanálisis ha hallado como primera labor la explicación de las neurosis. Ha tomado como puntos de partida dos hechos: la resistencia y la transferencia, y teniendo en cuenta un tercer hecho, la amnesia, ha dado su explicación en las teorías de la represión, de las fuerzas instintivas sexuales de la neurosis y de lo inconsciente. No ha aspirado nunca a ofrecer una teoría completa de la vida psíquica humana, limitándose a demandar que sus aportaciones fueran utilizadas para completar y corregir los conocimientos

conquistados en otros terrenos. La teoría de Alfredo Adler va mucho más allá; quiere hacer comprensibles la conducta y el carácter de los hombres al mismo tiempo y por el mismo medio que sus enfermedades neuróticas y psicóticas. En realidad, resulta más adecuada a cualquier otro sector que al de la neurosis, y si lo sitúa en primer término es tan sólo por motivos dependientes de la historia de su génesis. Durante muchos años he tenido ocasión de estudiar al doctor Adler, y siempre he reconocido en él dotes muy importantes, sobre todo en el orden especulativo. Como prueba de las «persecuciones» de que afirma haber sido objeto por mi parte puedo citar el hecho de haberle confiado, al fundarse nuestra asociación, la dirección del grupo local de Viena. Sólo ante la insistente demanda de la totalidad de los asociados de este grupo me decidí a ocupar de nuevo la presidencia en los debates científicos. Cuando reconocí sus escasas dotes para la comprensión del material inconsciente, esperé que sabría, en cambio, descubrir nuevas conexiones entre el psicoanálisis, la psicología y las bases biológicas de los procesos instintivos, esperanza que justificaban en cierto modo sus valiosos trabajos sobre la inferioridad orgánica. Realmente, ha llegado a rendir una labor de este orden, pero su obra parece hallarse destinada únicamente a demostrar que el psicoanálisis se equivoca en todo, no siendo la teoría analítica de la importancia de las fuerzas instintivas sexuales más que un resultado de su credulidad ante las manifestaciones de los neuróticos. Del motivo personal de su trabajo puede también hablarse públicamente, pues él mismo lo ha revelado, diciendo en presencia de unos cuantos miembros del grupo vienés: «¿Cree usted, acaso, que es un gran placer para mí permanecer toda mi vida bajo su sombra?» No encuentro reprochable que un hombre joven confiese francamente una ambición que de todos modos habría de descubrirse como uno de los móviles de su labor. Pero aun bajo el dominio de tal motivo debía evitarse caer en aquello que los ingleses, con su fino tacto social, califican de *unfair*, adjetivo cuyo único equivalente en alemán es mucho menos correcto. De la imposible que ha sido para Adler no traspasar tales límites testimonian su indómita manía de prioridad y la mezquina malevolencia que deforma su labor científica. En la Asociación Psicoanalítica de Viena le hemos oído reclamar para sí la prioridad con respecto a los puntos de vista de la «unidad de las neurosis» y la «concepción dinámica» de

las mismas, pretensión que hubo de sorprenderme extraordinariamente, pues creía haber expuesto tales principios antes de conocer a Adler.

Estas aspiraciones de Adler han tenido, por otra parte, una consecuencia beneficiosa para el análisis. Cuando las divergencias de criterio por él manifestadas me obligaron a separarle de la redacción de nuestro órgano periódico, se separó también de la Asociación y fundó una nueva, que adoptó en un principio, con dudoso gusto, el título de «Asociación de Psicoanálisis Libre». Mas para las gentes ajenas al psicoanálisis es, por lo visto, tan difícil aprehender las diferencias existentes entre las ideas de dos psicoanalistas como para nosotros, europeos, darnos cuenta de los matices que diferencian los rostros de dos individuos de raza amarilla. El psicoanálisis «libre» permaneció bajo la sombra de la «oficial» u «ortodoxa», no siendo considerada sino como una rama de la misma. Adler dio entonces un paso muy de agradecerse. Rompió toda relación con el psicoanálisis y dio a su teoría el nombre de «psicología individual». Hay en la Tierra sitio para todos, y nada puede oponerse a quienes quieran y puedan vagar por ella con plena independencia. En cambio, no es agradable seguir viviendo bajo un mismo techo con gentes con las cuales no nos entendemos ya y a las que no podemos aguantar. La «psicología individual» de Adler es ahora una de las muchas orientaciones psicológicas contrarias al psicoanálisis, para el cual resulta indiferente su posterior evolución.

La teoría adleriana fue, desde un principio, un «sistema», categoría que el psicoanálisis ha evitado siempre cuidadosamente. Es también un excelente ejemplo de una «elaboración secundaria», como la que el pensamiento despierto lleva a cabo por el material de los sueños. Sustituido éste en el caso de Adler por el que constituye el fruto de los estudios psicoanalíticos, es aprehendido desde el punto de vista del *yo*, subordinado a las categorías propias del mismo, traducido y, exactamente como sucede en la formación de los sueños, erróneamente interpretado. Además, la teoría de Adler aparece menos caracterizada por lo que afirma que por lo que niega, componiéndose de tres elementos de valor muy desigual: las excelentes aportaciones a la psicología del *yo*, las traducciones —superfluas, pero admisibles— de los hechos psicoanalíticos a la nueva jerga adleriana y las deformaciones y disociaciones de tales hechos en cuanto no se adaptan a las hipótesis del *yo*.

El psicoanálisis ha reconocido siempre el valor de los elementos primeramente citados, aunque no tenía por qué dedicarles atención especial, pues lo que verdaderamente le interesa es demostrar que a todas las tendencias del *yo* se mezclan componentes libidinosos, y la teoría de Adler acentúa, en cambio, lo contrario: la adición egoísta a los impulsos instintivos libidinosos. Nada habríamos de objetar a esta divergencia si Adler no la utilizase para negar siempre, en favor de los componentes de los instintos del *yo*, el impulso libidinoso. Su teoría sigue así la conducta de todos los enfermos y de nuestro propio pensamiento consciente, llevando a cabo una «racionalización» según término de Jones— encaminada a encubrir el motivo inconsciente. Tan consecuente es aquí Adler, que llega incluso a ver el móvil principal del acto sexual en la intención de mostrar a la mujer su dueño y señor de estar *encima*. Ignoro si también en sus escritos se ha atrevido a sostener estas monstruosidades.

El psicoanálisis descubrió tempranamente que todo síntoma neurótico debe su existencia a una transacción. Tiene, por tanto, que satisfacer también en algún modo las aspiraciones del *yo* represor ofreciéndole alguna ventaja, pues, si no, sucumbiría al mismo destino que el impulso instintivo original. A estas circunstancias nos referimos al hablar de la «ventaja de la enfermedad», y aún podríamos distinguir de la ventaja primaria ofrecida al *yo* con la génesis misma del síntoma, otra «secundaria» que, si el síntoma ha de subsistir y afirmarse, viene a agregarse a la primera en apoyo de otras intenciones del *yo*. El análisis sabe, también hace ya mucho tiempo, que la supresión de esta ventaja de la enfermedad o su cesación a consecuencia de una modificación real constituyen uno de los mecanismos de la curación del síntoma. Sobre estas relaciones, fácilmente perceptibles, recae en la teoría de Adler el acento principal, olvidándose por completo de que el *yo* se limita innumerables veces a hacer de necesidad-virtud, tolerando el síntoma que le es impuesto en gracia a la utilidad que le aporta. De este modo acepta, por ejemplo, la angustia como medio preventivo. El *yo* desempeña en tales casos el ridículo papel de los payasos del circo, que tratan de imponer a los espectadores la convicción de que todo lo que sucede en la pista es en obediencia a sus órdenes. Pero sólo los niños más pequeños se dejan engañar.

El segundo de los componentes de la teoría adleriana es propiedad

absoluta del psicoanálisis, que ha de defenderlo como tal. Está constituido en su totalidad por conocimientos psicoanalíticos extraídos por Adler de todas las fuentes accesibles, durante diez años de labor común y acumulados luego a su propiedad por medio de un simple cambio de nomenclatura. Así, el término «aseguramiento» me parece mejor que el de «medida protectora» usado por mí; pero no lo encuentro un nuevo sentido. Análogamente, para ver surgir en las afirmaciones de Adler rasgos de antiguo conocidos bastará colocar en lugar de las palabras «fingido», «ficticio» y «ficción» los términos originales «fantaseado» y «fantasía», por ellas sustituidos. El psicoanálisis acentuará esta identidad, aun cuando Adler no hubiese tomado parte durante muchos años en los trabajos comunes.

La parte tercera de la teoría adleriana, o sea la constituida por la deformación y el cambio de sentido de los hechos analíticos inadaptables en su significación original, es la que separa definitivamente del análisis la «psicología individual». La idea directiva del sistema de Adler es la de que el factor dominante que se revela bajo la forma de la «protesta masculina» en la conducta, el carácter y la neurosis es el propósito de autoafirmación del individuo, su «voluntad de poderío». Pero esta protesta masculina, el motor adleriano, no es sino la represión, desligada de su mecanismo psicológico y además sexualizada, circunstancia esta última que armoniza muy poco con la tan ensalzada supresión del papel atribuido a la sexualidad en la vida anímica. La protesta masculina existe, desde luego; mas al constituirla en motor del suceder anímico se ha adjudicado a la observación el papel de trampolín utilizado para tomar impulso, pero totalmente abandonado al elevarse. Examinemos, por ejemplo, una de las situaciones básicas del deseo infantil: la observación por el niño del acto sexual entre adultos. El análisis revela entonces en aquellas personas cuya historia ha de ocupar luego el médico que durante dichos momentos se apoderan del infantil espectador masculino dos impulsos: el activo, de ocupar el lugar del hombre, y el contrario, pasivo, de identificarse con la mujer. Sólo el primero puede ser subordinado a la protesta masculina si hemos de conceder un sentido a tal concepto. Pero precisamente es el segundo, ignorado por Adler o indiferente para él, el que entraña mayor importancia para la neurosis posterior. Adler se ha asimilado de tal manera la celosa limitación del *yo*, que sólo tiene en cuenta aquellos

impulsos instintivos que el *yo* reconoce y propulsa. La neurosis en la cual se oponen al *yo* los impulsos instintivos queda así fuera de su círculo visual.

Donde Adler incurre en un mayor apartamiento de la realidad de la observación y en más graves confusiones de concepto es en la tentativa de enlazar el principio fundamental de su teoría a la vida anímica del niño, tentativa que los resultados analíticos hacían inexcusable. Los sentidos biológico, social y psicológico de lo «masculino» y lo «femenino» quedan aquí fundidos en un estéril producto mixto. Es inaceptable y contrario a toda observación que el sujeto infantil —masculino o femenino— llegue a basar su plan de vida en una depreciación original del sexo femenino y a proponerse como línea directiva el deseo de ser un hombre completo. En un principio no sospechaba siquiera la importancia de la diferencia de sexo, partiendo más bien de la hipótesis de que ambos sexos poseen el mismo órgano genital (el masculino). No inicia su investigación sexual con el problema de las diferencias sexuales ni abriga nada semejante a una depreciación social de la mujer. Hay mujeres en cuya neurosis no ha desempeñado papel ninguno el deseo de ser un hombre. Lo que de protesta masculina puede comprobarse en estos casos resulta fácil de referir a la perturbación del narcisismo primitivo por la amenaza de castración, o, correlativamente, a las primeras coerciones de la actividad sexual. Todas las disputas sobre la psicogénesis de las neurosis vienen siempre a dirimirse en el terreno de las neurosis infantiles. La descomposición minuciosa de una temprana neurosis infantil pone fin a todos los errores sobre la etiología de las neurosis y a todas las dudas concernientes a la intervención de los instintos sexuales. De este modo, se vio obligado Adler, en su crítica de los *Conflictos del alma infantil*, de Jung, a suponer que quizá el padre había ordenado unitariamente el material del caso[1696].

No quiero dedicar más espacio al aspecto biológico de la teoría adleriana ni investigar si la inferioridad orgánica real o el sentimiento subjetivo de la misma —no se sabe bien cuál de los dos— puede verdaderamente constituir la base del sistema de Adler. Me limitaré a indicar que la neurosis sería entonces un resultado secundario de la inferioridad en general, hipótesis totalmente contradicha por la observación, la cual nos muestra que una inmensa mayoría de los individuos feos, deformes, contrahechos o miserables

no reacciona a su desgracia enfermando de neurosis. Dejo también a un lado el singular recurso de trasladar la inferioridad al sentimiento infantil arbitrario, que nos revela el disfraz bajo el cual reaparece en la psicología individual, el infantilismo, tan acentuado por el análisis. En cambio, quiero hacer resaltar cómo se desvanecen en la teoría de Adler todas las conquistas psicológicas del psicoanálisis. Lo inconsciente surge aún en el «carácter nervioso» como una especialidad psicológica, pero sin ninguna relación con el sistema. Siguiendo una trayectoria lógica, ha declarado luego Adler que para él es indiferente que una representación sea consciente o inconsciente. La teoría de la represión no ha hallado tampoco en él comprensión alguna. Así, en un artículo sobre una conferencia dada en la Asociación Psicoanalítica Vienesa (febrero de 1911) escribe lo siguiente: «El enfermo no había reprimido su libido, contra la cual trataba continuamente de asegurarse…»[1697]. Y poco después pronunció, en el curso de un debate en la misma Asociación, las palabras que siguen: «Cuando preguntamos de dónde procede la represión, se nos contesta que de la civilización; pero si luego interrogamos sobre el origen de esta última, se nos indica la primera. No se trata, pues, sino de un juego de palabras». Una pequeñísima parte del ingenio empleado por Adler para revelar las artes defensivas de su «carácter nervioso» hubiera sido suficiente para demostrarle la poca consistencia de tal argumentación. Basta advertir que la civilización reposa sobre las represiones de generaciones anteriores y que a cada nueva generación se le plantea la labor de conservar tal civilización, llevando a cabo las mismas represiones. Recordamos aquí a un niño que se echó a llorar, quejándose de que se burlaban de él, porque al preguntar de dónde venían los huevos se le respondió que de las gallinas, y cuando luego preguntó de dónde venían las gallinas, le contestaron que de los huevos. Y, sin embargo, su informador le había contestado la verdad, y no con un juego de palabras.

Igualmente lamentable y vacío es todo lo que dice Adler sobre los sueños. El fenómeno onírico fue para él primero un cambio desde la línea femenina a la masculina, lo cual no es sino una traducción de nuestra teoría del cumplimiento de deseos en el sueño, al lenguaje de la «protesta masculina». Más tarde halla la esencia del sueño en el hecho de que por medio de él consigue el hombre, inconscientemente, lo que conscientemente le está

velado. También corresponde a Adler la prioridad en la confusión del sueño con las ideas oníricas latentes, confusión sobre la que reposa el descubrimiento de su «tendencia prospectiva». Posteriormente, ha venido a agregársele Maeder. Ambos olvidan gustosamente que toda interpretación de un sueño, el cual no ofrece en su forma manifiesta nada comprensible, reposa sobre la aplicación de aquella misma onirocrítica, cuyas premisas y consecuencias discuten. De la resistencia sabe Adler decir que sirve para la oposición del enfermo contra el médico. Esto es indudablemente cierto, pues equivale a decir que la resistencia sirve para la resistencia. Lo que no explica, por no interesar sin duda al *yo*, es cómo y por qué apoyan sus fenómenos las intenciones del enfermo. Los mecanismos de los síntomas y los fenómenos y los fundamentos de la diversidad de las enfermedades y de las manifestaciones patológicas quedan totalmente desatendidos, puesto que todo ello se adscribe por igual a la protesta masculina, a la autoafirmación y a la intensificación de la personalidad. El sistema queda así listo. Ha exigido una extraordinaria labor de adaptación, pero, en cambio, no ha suministrado ni una sola observación nueva. Creo haber demostrado que es absolutamente ajeno al psicoanálisis.

Siguiendo el sistema adleriano, la vida se nos aparece totalmente basada en el instinto de agresión, sin dejar lugar alguno al amor. Podría extrañar que una tan desconsoladora concepción del mundo haya encontrado partidarios; pero no debe olvidarse que la Humanidad, abrumada por el yugo de sus necesidades sexuales, está pronta a aceptarlo todo de quien maneje el señuelo del «vencimiento de la sexualidad».

El movimiento divergente de Adler tuvo efecto antes del Congreso de Weimar (1911), iniciándose después de esta fecha el de los suizos. Como primeros signos del mismo surgieron ciertas manifestaciones de Riklin en artículos publicados fuera de los órganos analíticos, dándose así el caso singular de que el mundo, ajeno a nuestra disciplina, se enterara antes que nosotros de que el psicoanálisis había superado ya algunos lamentables errores que lo desacreditaban. En 1912 se vanagloriaba Jung en una carta de que sus modificaciones del análisis habían logrado vencer las resistencias de muchas personas que antes no querían saber nada de él. A esta carta, escrita

desde América, respondí que no veía motivo ninguno de vanagloria en su conducta, pues cuantas más fueran las verdades psicoanalíticas, tan trabajosamente conquistadas, que sacrificase, más completamente vería desaparecer la resistencia. La modificación de que tan orgullosos se mostraban los suizos no consistía nuevamente sino en la desvalorización teórica del factor sexual. Confieso que desde un principio vi en este «progreso» una excesiva adaptación a las exigencias de la actualidad.

Los dos movimientos retrógrados, divergentes del psicoanálisis, que ahora comparamos muestran también la analogía de aspirar a un prejuicio favorable invocando en su auxilio ciertas razones *sub specie aeternitatis*. En Adler desempeñan este papel la relatividad de todo conocimiento y el derecho de la personalidad a conformar individual y artísticamente la materia del saber. Jung hace una llamada al derecho histórico de la juventud a romper las cadenas que quisiera imponerle la vejez, apegada a sus concepciones. Estos argumentos merecen algunas palabras en contrario. La relatividad de nuestro conocimiento es un reparo que puede ser opuesto a cualquier ciencia. Es fruto de conocidas corrientes reaccionarias del presente, hostiles a la ciencia, y trata de arrogarse una superioridad a la que no es posible aspirar. Ninguno de nosotros puede predecir cuál será el juicio definitivo de la Humanidad sobre nuestra labor teórica. Se han dado casos en los que la repulsa de tres generaciones ha sido corregida por la siguiente y sustituida por una total aceptación. El individuo no puede hacer más que defender con todas sus energías su convicción, basada en la experiencia, después de oír cuidadosamente su propia voz crítica y con alguna atención la de sus adversarios. Llevemos adelante con máxima honradez nuestra labor y no nos atribuyamos una función enjuiciadora, reservada a un lejano fruto. No es leal acentuar en las cuestiones científicas la influencia del arbitrio personal. Haciéndolo en lo que respecta al psicoanálisis, se le quiere negar la categoría de ciencia, categoría que ya se rebaja mucho al tener en cuenta tal influencia. Todos aquellos que concedan al pensamiento científico un alto valor buscarán más bien medios para limitar la educación personal en aquellos puntos en que pueda resultar excesivo su influjo. Pero ya es tiempo de recordar lo superfluo del celo defensivo que venimos desarrollando. Tales argumentos de Adler carecen de toda seriedad. Son empleados contra el

adversario, pero respetan las teorías propias. Ni siquiera han retenido a los partidarios de Adler de festejarle como un Mesías, para cuyo advenimiento había sido preparada la Humanidad por tales y cuales precursores. Y el Mesías no es ya, ciertamente, nada relativo.

El argumento de Jung *ad captandam benevolentiam* se basa en la hipótesis, demasiado optimista, de que el progreso de la Humanidad, de la civilización y del saber ha seguido siempre una línea ininterrumpida. Como si no hubiera habido nunca epígonos, ni reacciones y restauraciones, ni generaciones que han renunciado regresivamente a las conquistas de otras anteriores. Los caracteres especiales de la modificación del psicoanálisis, llevada a cabo por Jung —su aproximación al punto de vista de la masa y su renuncia a una innovación poco grata—, le vedan, desde luego, toda aspiración a ser considerada como un hecho libertador juvenil. Lo decisivo en este punto no es la edad del autor, sino el carácter del hecho.

De los dos movimientos aquí examinados es, desde luego, el de Adler el más importante. Radicalmente falso, presenta, en cambio, consecuencia y coherencia extraordinarias y se basa todavía en una teoría de los instintos. Por el contrario, la modificación de Jung ha relajado la conexión de los fenómenos con la vida instintiva, resultando, además, según lo han hecho resaltar todos sus críticos (Abraham, Ferenczi, Jones), tan oscura, opaca y confusa, que ha sido mal interpretada y no se sabe aún cómo llegar a su exacta comprensión. Por último, nos es presentada en formas muy diversas, bien cómo «una pequeñísima divergencia que no justifica el griterío elevado en derredor suyo» (Jung), bien como una revelación que inicia una nueva época para el psicoanálisis e incluso, en general, una nueva concepción del Universo.

Bajo la impresión del desacuerdo entre las manifestaciones privadas y las públicas del movimiento dirigido por Jung habremos de preguntarnos qué es lo que de ella corresponde a la propia confusión y qué a la insinceridad. Pero habrá de reconocerse que los partidarios de la nueva doctrina se encuentran en una situación difícil. Combaten ahora cosas que antes defendieron; mas no como consecuencia de nuevas observaciones que hubieran podido ilustrarlos, sino de un mero cambio de interpretación, que les hace ver ahora tales cosas de un modo diferente. Por esta razón no quieren romper sus relaciones con el

psicoanálisis, como representantes del cual se dieron a conocer al mundo, y prefieren anunciar que el psicoanálisis ha cambiado. En el Congreso de Munich me vi obligado a desvanecer estas sombras, declarando que no reconocía las innovaciones de los suizos como continuación y desarrollo legítimos del psicoanálisis por mí iniciado. Críticos ajenos a nuestro movimiento (como Furtmüller) habían ya observado antes esta situación, y Abraham acierta al afirmar que Jung se halla en plena divergencia del psicoanálisis. Todo el mundo tiene derecho a pensar y escribir lo que quiera, pero no a presentarlo como cosa distinta de lo que realmente es.

Así como la investigación adleriana trajo al psicoanálisis algo nuevo, un trozo de psicología del *yo*, y quiso hacerse pagar demasiado caro tal presente, con la renuncia a todas las teorías analíticas fundamentales, así también ha querido enlazar Jung y sus partidarios a una nueva adquisición para el psicoanálisis su lucha contra el mismo. Han perseguido minuciosamente (tarea en la cual los precedió Pfister) cómo el material de representaciones sexuales extraído del complejo familiar y de la elección incestuosa de objeto es utilizado para representar los más altos intereses éticos y religiosos de los hombres, aclarando así un caso importante de sublimación de las fuerzas instintivas sádicas y de conversión de las mismas en tendencias que no pueden ya ser llamadas sexuales. Este resultado se hallaba de perfecto acuerdo con las esperanzas contenidas en el psicoanálisis y hubiera podido armonizarse muy bien con nuestra concepción de que el sueño y la neurosis nos muestran la solución regresiva de esta sublimación, como en general de todas las sublimaciones. Pero entonces el mundo entero hubiera clamado con indignación que se trataba de sexualizar la religión y la ética. No puedo menos de pensar que los descubridores no se sintieron con fuerzas para resistir tal indignación, quizá también latente en ellos. La prehistoria teológica de muchos suizos no es tan poco indiferente para su actitud ante el análisis como la socialista de Adler para el desarrollo de su «psicología individual».

Ello nos recuerda la famosa historia del reloj de Mark Twain y la manifestación de asombro con que termina: *And he used to wonder what became of all the unsuccessful tinkers, and gunsmiths, and shoemakers and blacksmiths; but nobody could ever tell him*.

Entre tanto, ahora en el camino de las comparaciones, supondré la existencia en un grupo social de un aventurero que se jacta de pertenecer a una nobilísima familia residente en un lugar lejano. De repente, se descubre que sus padres viven en un villorrio próximo y son gente muy modesta. El aventurero encuentra aún una salida. No puede negar a sus padres, pero insiste en que son descendientes de una antigua y noble casa venida a menos, y logra proveerlos de un árbol genealógico expedido por un rey de armas complaciente. No de otro modo se han tenido que conducir los suizos. Si la ética y la religión no podían ser sexualizadas, sino que eran originalmente algo «más elevado», pareciendo, por otro lado, indiscutible que sus representaciones tenían su origen en los complejos familiar y de Edipo, no había ya sino una salida, consistente en afirmar que tales complejos no tenían el sentido que aparentaban, sino otro más alto, «anagógico» (según la denominación de Silberer), adaptable a los procesos mentales abstractos de la ética y de la mística religiosa.

No me sorprenderá volver a oír que no he comprendido el contenido ni la intención de las doctrinas de la nueva escuela de Zurich. Pero lo que me interesa es prevenirme por anticipado contra la posibilidad de que me sean achacadas las opiniones insertadas en las publicaciones de esta escuela y totalmente contrarias a mi teoría. Además, sólo teniendo en cuenta el proceso antes indicado me es posible llegar a una comprensión de la teoría de Jung y aprehenderla en conjunto. La intención de suprimir los caracteres repulsivos que puedan presentar los complejos familiares, para no volver a encontrarlos en la ética ni en la religión, resplandece en todas las modificaciones introducidas por Jung en el psicoanálisis. La libido sexual ha sido sustituida por un concepto abstracto, que continúa siendo tan misterioso e inaprehensible para el sabio como para el lego. El complejo de Edipo toma un mero carácter «simbólico», la madre significa en él lo inasequible, aquello a lo que hemos de renunciar en interés de la civilización. El padre, asesinado en el mito de Edipo, es el «padre interior», del que tenemos que libertarnos para llegar a ser independiente. Con el tiempo experimentarán, seguramente, análogos cambios de sentido otros elementos del material de representaciones sexuales. En lugar del conflicto entre tendencias eróticas repulsivas para el *yo* y la afirmación de éste, surge el conflicto entre «labor vital» y la «inercia

psíquica», correspondiendo la conciencia de culpabilidad neurótica al reproche de no llevar a cabo dicha labor. De este modo queda creado un nuevo sistema ético-religioso, que, como el de Adler, cambia el sentido de los resultados analíticos o prescinde de ellos. En realidad, se ha escogido en la sinfonía del suceder universal un par de tonos civilizados, y se ha desatendido de nuevo la poderosa melodía primitiva de los instintos.

Para sostener este sistema era necesario prescindir de la observación y de la técnica psicoanalítica. En ocasiones, el entusiasmo hacia creación tan sublime lo ha llevado incluso a despreciar toda lógica científica, como cuando ya no encuentra Jung el complejo de Edipo suficientemente «específico» para la etiología de las neurosis, y reconoce tal condición a la inercia, o sea a la cualidad más general de los cuerpos animados e inanimados. Ha de observarse aquí que el complejo de Edipo no representa sino un contenido que pone a prueba las energías psíquicas del individuo, no siendo por sí mismo una energía como la «inercia psíquica». La investigación individual había demostrado, y demostrará siempre de nuevo, que los complejos sexuales subsisten siempre con su pleno sentido primitivo en el sujeto. En consecuencia, se prescindió de ella y se sustituyeron sus resultados por juicios apoyados en la investigación de los pueblos. Asimismo, como donde más peligro había de tropezar con el sentido original y desnudo de los complejos caprichosamente interpretados era en la temprana infancia del individuo, se instituyó para la terapia el precepto de detenerse lo menos posible en tal pretérito, concediendo máxima importancia al retorno al conflicto actual, en el que lo esencial no habrá de ser, desde luego, lo causal y personal, sino lo general, o sea el incumplimiento de la labor vital. Pero, por otra parte, hemos oído que el conflicto actual del neurótico sólo llega a ser comprensible y soluble cuando se le refiere a la prehistoria del enfermo, siguiendo el camino recorrido por su libido en la génesis de la enfermedad.

Gracias a los datos que la experiencia directa de un paciente me ha proporcionado puedo describir aquí la forma adoptada bajo tales tendencias por la terapia de la nueva escuela de Zurich. «No se atendía para nada al pasado ni a la transferencia. En aquellas ocasiones en que yo creía aprehender algo de esta última, me era presentada como un puro símbolo libidinoso. Las enseñanzas morales eran bellísimas, y yo las seguía fielmente, pero no

avanzaba un solo paso. Esto me era, naturalmente, mucho más desagradable que a él; pero ¿qué le iba a hacer?… En lugar de libertarme analíticamente, cada sesión del tratamiento me aportaba nuevas exigencias durísimas, de cuyo cumplimiento se hacía depender la curación de la neurosis; por ejemplo, concentración interior por medio de la introversión, meditación religiosa, nueva vida común con mi mujer, etc. Tales exigencias acababan por ser superiores a mis fuerzas, tendiendo, en definitiva, a una transformación radical de mi personalidad interior. Salía uno del análisis como un mísero pecador atormentado por el remordimiento y lleno de los mejores propósitos, pero presa también del más profundo desaliento. Lo que se me prescribía hubiera podido aconsejármelo cualquier sacerdote; pero ¿y la fuerza necesaria para cumplirlo?» El paciente hubo de advertir que había oído hablar de la necesidad previa de un análisis del pasado y de la transferencia, pero se le respondió que ya se había hecho bastante en este sentido. El resultado negativo obtenido me hace pensar que no se había hecho lo suficiente. La otra parte del tratamiento, que no merece en absoluto el nombre de psicoanálisis, no obtuvo mejor éxito. Asombra pensar que los zuriqueses hayan necesitado rodear por Viena para llegar a la cercana ciudad de Berna, donde Dubois cura las neurosis por medio de un indulgente estímulo ético[1698].

La completa divergencia de esta nueva orientación con respecto al psicoanálisis se muestra también en lo referente a la represión, apenas mencionada ya en los trabajos de Jung; en el desconocimiento de la importancia de los sueños, a los que confunde, como Adler, con sus ideas latentes, renunciando así a la psicología onírica; en la incomprensión de lo inconsciente y, en general, en todos los puntos esenciales de nuestra disciplina. Cuando oímos decir a Jung que el complejo de incesto es tan sólo *simbólico*, careciendo de la existencia *real*, y que el salvaje no siente deseo alguno que le impulse hacia su vieja ascendiente, y prefiere una mujer joven y bonita, nos inclinamos a suponer que los términos «simbólicos» y «sin existencia real» no significan sino aquello que en psicoanálisis calificamos de «inconscientemente existente», atendiendo a sus manifestaciones y efectos patógenos, y para aclarar la aparente contradicción.

Si tenemos en cuenta que el sueño es algo distinto de las ideas oníricas

latentes que elabora, no extrañaremos que los enfermos sueñen con aquello de que los enfermos sueñen con aquello de que se les habla durante el tratamiento, sea la «labor vital» o el «estar arriba o abajo». Es, desde luego, posible orientar en una dirección determinada los sueños de los analizados, como también lo es influir sobre los de cualquier individuo por medio de estímulos aplicados con un fin experimental.

Puede, pues, determinarse una parte del material que surge en los sueños; pero esta circunstancia no cambia nada en el mecanismo ni en la esencia del fenómeno onírico. No creo tampoco que los sueños llamados «biográficos» surjan fuera del análisis. En cambio, si analizamos sueños anteriores al análisis atendemos a lo que el sujeto añade a los estímulos procedentes de la cura o podemos evitar plantearlos tales tareas, adquirimos la convicción de lo ajena que es al sueño la labor de surgir tentativas de solución de la labor vital. El sueño no es sino una forma del pensamiento, cuya comprensión no se puede extraer nunca del contenido de sus ideas. El único camino para llegar a ella es el examen de la elaboración onírica.

No es difícil destruir prácticamente las afirmaciones de Jung, en cuanto significan una mala interpretación o una divergencia del psicoanálisis. Todo análisis bien realizado, y muy especialmente los de los sujetos infantiles, refuerzan las convicciones, en las que se basa la teoría psicoanalítica, y rechazan las modificaciones de los sistemas de Adler y de Jung. Este último efectuó y publicó en la época anterior a su separación uno de estos análisis de niños. Veremos si lleva a cabo ahora una nueva interpretación del mismo con ayuda de otra «dirección unitaria de los hechos» (según la expresión de Adler, con referencia a esta cuestión).

La teoría de que la representación sexual de ideas «más elevadas» en el sueño y en la neurosis no constituye sino una forma de expresión arcaica, resulta naturalmente inconciliable con el hecho de que tales complejos sexuales demuestren ser en la neurosis los portadores de las magnitudes de libido sustraídas a la vida real. Una mera jerga sexual no podría motivar modificación ninguna de la economía de la libido. El mismo Jung confiesa aún esta circunstancia en su *Exposición de la teoría analítica*, y formula como labor terapéutica la de despojar a estos complejos de su carga de libido. Pero esto no se consigue desatendiéndolos e impulsando al sujeto a una

sublimación, sino ocupándose penetrantemente de ellos y haciéndolos conscientes en toda su amplitud. El primer fragmento de la realidad que el enfermo ha de tener en cuenta es precisamente su enfermedad. Los esfuerzos que se hagan por sustraerle a esta labor suponen una incapacidad del médico para ayudarle a vencer las resistencias o un miedo del mismo a los resultados de tal tarea.

Con su «modificación» del psicoanálisis nos ofrece Jung la pareja del famoso cuchillo de Lichtemberg: ha cambiado la hoja y ha puesto un mango nuevo. Mas porque éste lleva la misma quiere hacernos creer que se trata del cuchillo primitivo.

Creo haber demostrado, por el contrario, que la nueva teoría, que quisiera sustituir al psicoanálisis, supone un desgaje de la misma y un abandono total del análisis. Se temerá, quizá, que esta defección puede serle más perjudicial que otras, por tratarse de personas que han desempeñado un papel tan importante en el movimiento y tanto han contribuido a su progreso. Por mi parte, no siento tal temor.

Los hombres son fuertes mientras representan una idea fuerte; impotentes, cuando se oponen a ella. El psicoanálisis resistirá esta pérdida y la compensará con la conquista de otros partidarios. Séame permitido terminar con el deseo de que el Destino otorgue una cómoda ascensión a todos aquéllos a quienes se ha hecho desagradable la permanencia en el infierno del psicoanálisis. Y puedan los demás continuar tranquilamente su labor en lo profundo.

Febrero, 1914.

LXXX

CARTA AL DOCTOR FRIEDRICH S. KRAUSS SOBRE LA «ANTHROPOPHYTEIA[1699]»

1910

Muy apreciado doctor:

Pregúntame usted qué valor científico puede pretender, a mi juicio, la recopilación de bromas, chistes, chanzas y otras expresiones de índole erótica. Sé que usted no ha vacilado en justificar tal tarea compiladora, pidiéndome tan sólo que corrobore, desde el punto de vista del psicólogo, la utilidad y hasta la ineludible necesidad de semejante material.

Quisiera hacer valer aquí, ante todo, dos puntos de vista. Las chanzas y los dichos eróticos que usted nos ofrece recopilados en los volúmenes de la *Anthropophyteia* sólo fueron creados y transmitidos porque produjeron placer, tanto a sus narradores como a quienes los escucharon. No es difícil adivinar cuáles de los componentes del instinto sexual, tan intrincadamente complejo, fueron satisfechos con ello. Estas historietas nos dicen directamente cuáles instintos parciales de la sexualidad se han conservado en determinado grupo de seres, en quienes son particularmente útiles para lograr el placer, confirmando así de perfecta manera las conclusiones a las que nos ha llevado el estudio psicoanalítico de los individuos neuróticos. Permítame usted señalar el ejemplo más importante de esta especie. El psicoanálisis nos indujo a sostener que la zona anal —normalmente y aun en individuos no perversos— es el asiento de una sensibilidad *erógena*, y que en ciertas

relaciones actúa enteramente como un órgano genital. Tanto médicos como psicólogos prorrumpían en violenta indignación cuando se les hablaba de un erotismo anal y del carácter anal derivado de éste. La *Anthropophyteia* viene a colaborar aquí con el psicoanálisis, al demostrar cuán generalmente los hombres están fijados con placer a esa región del cuerpo, a sus actividades y aun al producto de su función. Si no fuese así, todas estas historias despertarían repugnancia en quienes las escuchan, o bien la masa entera del pueblo debería ser *perversa* desde el punto de vista de una *psychopathia sexualis* moralizante. No resultaría difícil demostrar también en otros ejemplos cuán valioso para el conocimiento de la psicología sexual es el material recogido por los autores de la *Anthropophyteia*. Su valor quizá aún sea acrecentado por la circunstancia —que en sí misma no representa una ventaja— de que los compiladores ignoran los resultados teóricos del psicoanálisis y reúnen el material sin dejarse guiar por determinados puntos de vista.

Otra ventaja psicológica de índole más amplia deriva muy especialmente de los chistes eróticos en sentido estricto, como también del chiste en general. En mi estudio sobre el chiste[1700] señalé que la revelación de lo inconsciente, por lo general reprimido, puede convertirse bajo determinadas circunstancias en fuente de placer, y con ello en una técnica para la creación de chistes. Actualmente denominamos *complejo* en psicoanálisis a una trama de representaciones con sus afectos correspondientes, y estamos dispuestos a declarar que muchos de los chistes más apreciados son *chistes por complejos*, debiendo también su efecto liberante y jocoso a la hábil revelación de los complejos normalmente reprimidos. Demostrar dicho aserto con ejemplos adecuados nos llevaría demasiado lejos en esta ocasión, pero podemos afirmar, como resultado de nuestro estudio, que los chistes eróticos y de otra índole que circulan en el pueblo son excelentes recursos auxiliares para investigar la vida psíquica inconsciente del hombre, tal como lo son los sueños, los mitos y las leyendas, a cuyo aprovechamiento ya se dedica el psicoanálisis.

Por consiguiente, podemos abrigar la esperanza de que el valor que el folklore tiene en la vida psíquica será reconocido cada vez más claramente y que las vinculaciones entre esta investigación y el psicoanálisis serán mucho

más íntimas en un futuro próximo.

Salúdale, apreciado doctor, con particular estima, su

FREUD

Junio 26, 1910.

LXXXI

«¡GRANDE ES DIANA EFESIA!»[1701]

1911

LA antigua ciudad griega de Éfeso, en Asia Menor, cuyas ruinas han motivado precisamente tan meritorios estudios de la escuela arqueológica austríaca, era principalmente renombrada en la antigüedad por su magnífico templo consagrado a Artemisa (Diana). Emigrantes jónicos se apoderaron, posiblemente en el siglo VIII, de la ciudad, habitada desde tiempo atrás por tribus asiáticas, descubriendo en ella el culto de una antigua divinidad materna que quizá haya llevado el nombre de Oupis y a la cual identificaron con Artemisa, deidad de las regiones de que eran oriundos. Según el testimonio de las excavaciones, en el curso de los siglos se elevaron en el mismo lugar varios sucesivos templos en honor de la divinidad. Fue el cuarto de estos templos el que en el año 356, en la misma noche en que nació Alejandro Magno, quedó destruido por un incendio ocasionado por Eróstrato, el alucinado. Fue reconstruido con mayor esplendor aún. Con su abigarrado tráfico de sacerdotes, magos, peregrinos; con sus tiendas, en las que se ofrecían amuletos, recuerdos, exvotos, la gran ciudad comercial de Éfeso podía compararse a la moderna Lourdes.

Hacia el año 54 de nuestra era el apóstol Pablo llegó a Éfeso y permaneció allí varios años predicando, haciendo milagros y conquistando una numerosa grey entre el pueblo. Perseguido y acusado por los judíos, separóse de ellos y fundó una comunidad autónoma de cristianos. La difusión

de sus doctrinas comenzó a perjudicar al gremio de los orfebres, que habían fabricado para los creyentes y peregrinos de todo el mundo los recuerdos del lugar sagrado, las pequeñas imágenes de Artemisa y de su templo[1702]. Pablo era un judío demasiado rígido para permitir que la vieja divinidad subsistiera con otro nombre junto a la suya; para rebautizarla, como los conquistadores jónicos habían procedido con la diosa Oupis. Así, los piadosos artífices y artistas de la ciudad debían temer por su diosa, a la vez que por su pan. Se rebelaron, y al grito incesantemente repetido de «¡Grande es Diana Efesia!», recorrieron la calle principal Arcadiana hasta el teatro, donde su dirigente, Demetrio, pronunció un discurso incendiario contra los judíos y contra Pablo. Sólo con grandes esfuerzos las autoridades lograron aplacar la rebelión, aseverando al pueblo que la majestad de la magna diosa era intocable y que estaría por encima de todo ataque[1703].

La congregación de Éfeso, fundada por Pablo, no le mantuvo fidelidad durante mucho tiempo. Cayó bajo la influencia de Juan, un hombre cuya personalidad ha planteado los más arduos problemas a la crítica. Quizá fuera el redactor del Apocalipsis, plagado de invectivas contra el apóstol Pablo. La tradición lo unificó con el apóstol Juan, a quien se atribuye el cuarto Evangelio. De acuerdo con este Evangelio, Jesús en la cruz habría gritado a su discípulo predilecto, señalándole a María: «Ve, ésa es tu madre», y desde ese momento Juan llevó consigo a María. Por tanto, si Juan se dirigió a Éfeso, también María habría llegado con él allí. Así, en Éfeso erigióse, junto a la iglesia del apóstol, la primera basílica en loor de la nueva deidad materna de los cristianos, de la cual se hallan ya testimonios en el siglo IV. La ciudad había recuperado a su magna diosa, sin que, salvo el nombre, cambiara mucho en las condiciones anteriores; también los orfebres volvieron a encontrar trabajo, confeccionando imágenes del templo y de la divinidad para los nuevos peregrinos; sólo la función de Artemisa, expresada en su atributo, el Koupotpios, transfirióse a un santo Artemidorus, que asistía a las mujeres en los dolores del parto.

Luego sobrevino la conquista de la ciudad por las fuerzas del Islam y finalmente su decadencia y devastación, cuando las arenas cegaron el cauce del río. La gran diosa de Éfeso, empero, no renunció con ello a sus pretensiones. Aún en nuestros días se le apareció, en la forma de la Santa

Virgen, a Katharina Emmerich, una pía muchacha alemana de Dülmen, describiéndole su viaje a Éfeso, el mobiliario de la casa que allí había habitado y en la cual murió, la forma de su lecho, etc. Y la casa y la cama halláronse, en efecto, tal como la doncella las había descrito, y una vez más son la meta de peregrinación para legiones de creyentes.

(Según F. Sartiaux: *Villes mon es d'Asie mineure*, París, 1911.)

LXXXII

PREFACIO PARA UN LIBRO DE OSKAR PFISTER[1704]

1913

El psicoanálisis germinó en el terreno de la medicina como un método terapéutico para ciertos trastornos nerviosos que se llamaron «funcionales» y que fueron reconocidos, con certeza confirmada, como consecuencias de perturbaciones de la vida afectiva. El psicoanálisis cumple su objetivo de eliminar las manifestaciones de estos trastornos, es decir, los síntomas, basándose en el supuesto de que éstos no son los únicos resultados posibles y definitivos de ciertos procesos psíquicos, de modo que procura revelar en la memoria la historia evolutiva de estos síntomas, reavivar los procesos que los originaron y someterlos luego a la guía del médico para llevarlos a una solución más favorable. El psicoanálisis persigue los mismos objetivos terapéuticos que el tratamiento hipnótico preconizado por *Liébault* y *Bernheim*, que conquistó un lugar en la técnica neuropsiquiátrica luego de arduas y prolongadas luchas. Pero el psicoanálisis penetra mucho más profundamente en la estructura del mecanismo psíquico, tratando de obtener influjos permanentes y modificaciones definitivas de sus objetos.

En su época, el tratamiento sugestivo hipnótico sobrepasó rápidamente los límites del campo de la aplicación médica, colocándose al servicio de la educación de la juventud. Si hemos de dar crédito a las comunicaciones respectivas, demostró ser un recurso eficaz para la eliminación de trastornos

infantiles, de hábitos orgánicos molestos y de rasgos del carácter que resistían a otros recursos. Nadie se indignó ni se admiró entonces por esa ampliación de sus aplicaciones, que, sin embargo, sólo hemos llegado a comprender plenamente gracias a la investigación psicoanalítica. En efecto, hoy sabemos que los síntomas mórbidos muchas veces no son sino formaciones sustitutivas de tendencias perniciosas, es decir, inútiles, y que las condiciones genéticas de esos síntomas se establecen en los años infantiles y juveniles —precisamente en la época durante la cual el ser humano es objeto de la educación—, ya se expresen dichas enfermedades en la juventud o sólo en una época ulterior de la vida.

Ahora bien: la educación y la terapia guardan cierta relación recíproca. La educación procura que determinadas disposiciones y tendencias del niño no se conviertan en algo que pueda resultar pernicioso para el individuo o para la sociedad. La terapia entra en acción cuando esas disposiciones ya han desembocado en los síntomas mórbidos; pues la otra solución posible, la de que las disposiciones estériles del niño no conduzcan a las formaciones sustitutivas de los síntomas, sino a perversiones directas del carácter, es casi inaccesible al tratamiento y por lo general también se sustrae al influjo del pedagogo. La educación es una profilaxia destinada a evitar ambas soluciones, tanto la neurosis como la perversión; la psicoterapia pretende reducir la más influible de ambas, efectuando una especie de reeducación.

Teniendo en cuenta esta situación, plantéasenos la pregunta de si no habríamos de aplicar el psicoanálisis a los fines de la educación, tal como en su oportunidad se aplicó la sugestión hipnótica. Las ventajas de tal utilización serían obvias. Por una parte, el pedagogo, con su conocimiento de las disposiciones humanas generales de la infancia, está preparado para adivinar cuáles de las tendencias infantiles amenazan llevar a un resultado inconveniente, y si el psicoanálisis ejerce influencia sobre tales orientaciones evolutivas, puede aplicarlo *antes* de que se manifiesten los signos de una evolución nociva. Por consiguiente, con ayuda del análisis puede obrar profilácticamente sobre el niño aún sano. Por otra parte, está en la situación de observar los *primeros* indicios de una evolución hacia la neurosis o la perversión, protegiendo al niño contra las agravaciones ulteriores en una época en que, debido a múltiples factores, jamás llegaría a la observación del

médico. Cabe suponer que tal actividad psicoanalítica del pedagogo —y del sacerdote, que en los países protestantes ocupa una posición equivalente— debería suministrar resultados inapreciables y podría obviar muchas veces la intervención del médico.

Sólo hemos de preguntarnos si el ejercicio del psicoanálisis no presupone una preparación médica inaccesible al pedagogo y al sacerdote, y si no existen otros factores que se oponen al propósito de poner la técnica psicoanalítica en manos que no sean las del médico. Confieso que no veo ningún obstáculo al respecto. El ejercicio del psicoanálisis exige mucho menos una instrucción médica que preparación psicológica y claridad de la visión intelectual; por otra parte, la inmensa mayoría de los médicos no se hallan preparados para la práctica del psicoanálisis y han fracasado completamente en la apreciación de este método terapéutico. El pedagogo y el sacerdote están obligados, por las exigencias de sus profesiones, a las mismas consideraciones, escrúpulos y reservas que el médico acostumbra cumplir, y en lo restante, su dedicación a la juventud quizá los haga aún más aptos para la comprensión de su vida psíquica. Sin embargo, en ambos casos la garantía de una aplicación innocua del método analítico sólo puede ofrecerla la propia personalidad del analista.

La aproximación al terreno de la patología psíquica obligará al pedagogo psicoanalizante a familiarizarse con los conocimientos psiquiátricos más elementales y a recurrir al consejo médico cuando la apreciación y el pronóstico del trastorno parezcan dudosos. En una serie de casos, el éxito sólo podrá ser alcanzado mediante la cooperación entre el pedagogo y el médico.

En un único y determinado sentido, la responsabilidad del educador quizá sea aún mayor que la del médico. Por lo general, éste se enfrenta con formaciones psíquicas ya establecidas, rígidas, y la personalidad acabada del enfermo opone un límite a sus esfuerzos terapéuticos, pero también una seguridad para la independencia del paciente. En cambio, el pedagogo trabaja con un material plástico, accesible a cualquier impresión, y deberá imponerse el compromiso de no plasmar la joven vida psíquica de acuerdo con sus propios ideales personales, sino más bien ajustándose a las disposiciones y posibilidades particulares del objeto.

Anhelamos que la aplicación del psicoanálisis al servicio de la pedagogía no tarde en cumplir las esperanzas que pedagogos y médicos pueden poner en él. Un libro como el de Pfister, que pretende llevar el análisis al conocimiento de los pedagogos, podrá contar entonces con la gratitud de las generaciones venideras.

Viena, Febrero 1913.

LXXXIII

PRÓLOGO PARA UN LIBRO DE MAXIM STEINER[1705]

1913

El autor de esta breve monografía dedicada a la patología y al tratamiento de la impotencia psíquica masculina pertenece al reducido grupo de médicos que advirtieron tempranamente la importancia del psicoanálisis para sus respectivas especialidades, y que desde entonces no han cejado en el propósito de perfeccionarse en su teoría y técnica. Ya sabemos que sólo una pequeña parte de los padecimientos neuróticos —reconocidos ahora como consecuencias de trastornos de la función sexual— son estudiados en la neuropatología propiamente dicha. En su mayor parte son incluidos entre las enfermedades del órgano afectado por el trastorno neurótico. Sólo es práctico y natural que también el tratamiento de estos síntomas o síndromes pase a manos del especialista, único que puede establecer el diagnóstico diferencial frente a una afección orgánica, que en las formas mixtas puede discernir la participación del elemento orgánico frente a la del neurótico, y que en general logra esclarecer la mutua interacción de ambos factores patógenos. Pero si las enfermedades orgánicas «nerviosas» no han de ser tratadas como meros apéndices de los procesos materiales de los mismos órganos, siendo objeto de un menosprecio que de ningún modo merecen, dada su frecuencia y su importancia práctica, entonces el especialista —ya lo sea del estómago, del corazón o del aparato urogenital— deberá tener la capacidad de aplicar en su

terreno los conocimientos y las técnicas del psiquiatra, además de sus propios conocimientos médicos generales y especiales.

Se habrá alcanzado un gran progreso terapéutico cuando el especialista deje de despedir al enfermo que sufre un proceso orgánico nervioso con la escueta información: «Usted no tiene nada; sólo está un poco nervioso»; o quizá con el consejo no más favorable: «Vea usted al psiquiatra para que le prescriba un ligero tratamiento hidroterápico». Además, seguramente será más justificado exigir al especialista que comprenda y sepa tratar los procesos nerviosos que corresponden a su terreno, en lugar de pedir al psiquiatra que se convierta en especialista universal de todos los órganos en los cuales las neurosis pueden manifestar sus síntomas. Por consiguiente, podemos concebir, proféticamente, que sólo las neurosis con síntomas fundamentalmente psíquicos seguirán formando el dominio del psiquiatra.

Según esperamos, tampoco está lejana la época en que se generalice la convicción de que no es posible comprender y tratar ningún trastorno neurótico sin acudir a los puntos de mira y muchas veces también a la técnica del psicoanálisis. Declarar esto puede parecer hoy una presuntuosa exageración, pero me atrevo a predecir que está destinada a convertirse en un lugar común. En todo caso, el autor del presente trabajo podrá ostentar el galardón de no haber aguardado a que llegara esa época para dar entrada al psicoanálisis en la terapia de los trastornos nerviosos que caen en el campo de su especialidad.

Viena, Marzo 1913.

LXXXIV

PRÓLOGO PARA UN LIBRO DE JOHN GREGORY BOURKE[1706]

1913

Cuando en 1885 hallábame en Paris como discípulo de Charcot, además de las conferencias del maestro ejercieron sobre mí máxima atracción las demostraciones y clases de Brouardel, quien solía enseñarnos, con el material de autopsias de la morgue, cuántas cosas dignas de que el médico las conozca existen, aunque la ciencia no se avenga a considerarlas. Repasando cierta vez los signos que permiten deducir la posición social, el carácter y la procedencia del cadáver anónimo, oíle decir: *Les genoux sales sont le signe d'une jeune fille honnête*. ¡Consideraba las rodillas sucias como prueba de la virtud femenina!

Más tarde, cuando la labor psicoanalítica me permitió conocer las formas en que el hombre civilizado enfrenta actualmente el problema de su carnalidad, tuve múltiples ocasiones para advertir que la limpieza corporal se vincula mucho más fácilmente al pecado que a la virtud. Sin duda, el hombre se siente avergonzado de cuanto pueda recordarle con excesiva claridad su índole animal. Pretende imitar a los «ángeles perfcctísimos», que en la escena final de *Fausto* se lamentan porque

> Nos queda un terreno resto
> que llevamos con vergüenza,

y aunque fuera de asbesto,
no sería más limpio.

Pero los hombres, viéndose obligados a quedar muy lejos de semejante perfección, apelaron al recurso de negar en lo posible ese incómodo resto terreno; de negarlo entre sí, aunque todos saben que el prójimo también lo lleva; además, prefieren sustraerlo a la atención y al cuidado que podría exigir como parte integrante de nuestro ser. Seguramente habría sido mejor admitirlo y perfeccionarlo en la medida que su índole permita.

No es nada simple la tarea de abarcar o describir las consecuencias que para la cultura ha tenido semejante actitud ante el «vergonzoso resto terreno», en cuyo núcleo cabe ubicar las funciones *sexuales* y *excrementicias*. Destaquemos tan sólo la consecuencia que más nos interesa aquí, es decir, la de que a la ciencia le ha sido vedado ocuparse con tales manifestaciones de la vida humana, pues quien estudie estos asuntos será considerado casi tan «indecente» como el que efectivamente realiza lo indecente.

Sin embargo, el psicoanálisis y la ciencia del folklore no se han dejado arredrar por estas prohibiciones, de tal modo que pudieron enseñarnos muchas cosas indispensables para el conocimiento del hombre. Limitándonos en esta oportunidad a los descubrimientos referentes a la escatología, podemos mencionar, como resultado principal de la investigación psicoanalítica, el hecho de que la criatura humana está obligada a repetir durante las primeras etapas de su desarrollo aquellos cambios de la actitud del hombre frente a lo escatológico, que probablemente se produjeron cuando el *Homo sapiens* se liberó de la madre tierra. En los primeros años de la infancia no existe ningún indicio de vergüenza por las funciones excrementicias, de repugnancia ante los excrementos. El niño pequeño les concede profundo interés, igual que a otras excreciones de su cuerpo; siente gran placer en ocuparse con ellos y sabe derivar múltiples goces de esta ocupación. Como partes integrantes de su cuerpo y como productos de su organismo, los excrementos participan en el aprecio —denominado por nosotros «narcisístico»— que el niño dedica a cuanto pertenece a su persona. Así, se siente orgulloso de sus excreciones, las utiliza al servicio de su autoafirmación frente a los adultos. Bajo la influencia de la educación, las

tendencias y los instintos *coprófilos* son reprimidos poco a poco. El niño aprende a ocultarlos, a avergonzarse de ellos y a sentir repugnancia ante sus objetos. Pero, en sentido estricto, esta repugnancia jamás llega a grado tal que afecte las excreciones propias, sino que se limita al rechazo de esos productos cuando proceden del prójimo. El interés que hasta ahora se dirigió a los excrementos es derivado hacia otros objetos; por ejemplo, de las materias fecales al dinero, que sólo ulteriormente adquiere para el niño una significación propia. De la represión que sufren esas tendencias coprófilas surgen o se refuerzan importantes componentes de la formación del carácter.

El psicoanálisis agrega que el interés excrementicio del niño no está separado al principio de sus intereses sexuales; el divorcio de ambos sólo se produce más tarde y no pasa de ser incompleto; la unidad original, establecida por la anatomía del cuerpo humano, se expresa aun en el adulto normal a través de múltiples manifestaciones. Finalmente, no hemos de olvidar que estas evoluciones, como otras cualesquiera, jamás pueden llevar a un resultado perfecto: una parte de las antiguas preferencias se conserva; una porción de las tendencias coprófilas actúa también en la vida ulterior y se traduce en las neurosis, las perversiones, los vicios y las costumbres de los adultos.

La investigación folklórica emprendió rutas muy distintas en su estudio, y sin embargo, arribó a los mismos resultados que la labor psicoanalítica. Nos muestra cuán incompleta fue la represión de las tendencias coprófilas en los distintos pueblos y en las diferentes épocas; cuán próxima a las actitudes infantiles es la conducta ante las sustancias excrementicias en otros niveles culturales. Pero también nos demuestra la persistencia del primitivo interés coprófilo, realmente inextinguible, al exponer ante nuestra mirada atónita la multiformidad de sus aplicaciones en la magia, las costumbres populares, los ritos religiosos y las artes médicas, aplicaciones que confieren nueva expresión al antiguo aprecio de las excreciones humanas. También parece haberse mantenido plenamente el vínculo de ese terreno con la vida sexual. A todas luces, este avance de nuestros conocimientos no puede representar ningún peligro para nuestra moralidad.

Lo mejor y más cuantioso que conocemos sobre el papel de las excreciones en la vida del hombre se encuentra compilado en el libro de J. G.

Bourke: *Scatologie Rites of all Nations* («Ritos escatológicos de todos los pueblos»). Por consiguiente, la tarea de llevar esta obra al conocimiento de los lectores alemanes no sólo es osada, sino también altamente meritoria.

LXXXV

HISTORIA DE UNA NEUROSIS INFANTIL

(CASO DEL «HOMBRE DE LOS LOBOS»)[1707]

1914 [1918]

I. Observaciones preliminares.

EL caso clínico que nos disponemos exponer —aunque de nuevo tan sólo fragmentariamente— se caracteriza por toda una serie de particularidades que habremos de examinar previamente[1708]. Trátase de un hombre joven que enfermó a los dieciocho años, inmediatamente después de una infección blenorrágica, y que al ser sometido, varios años después, al tratamiento psicoanalítico se mostraba totalmente incapacitado. Durante los diez años anteriores a su enfermedad, su vida había sido aproximadamente normal y había llevado a cabo sus estudios de segunda enseñanza sin grandes trastornos. Pero su infancia había sido dominada por una grave perturbación neurótica que se inició en él, poco antes de cumplir los cuatro años, como una histeria de angustia (zoofobia), se transformó luego en una neurosis obsesiva de contenido religioso y alcanzó con sus ramificaciones hasta los diez años del sujeto.

En el presente ensayo nos ocuparemos tan sólo de esta neurosis infantil. A pesar de haber sido expresamente autorizados por el paciente, hemos rehusado publicar el historial completo de su enfermedad, su tratamiento y su

curación, considerándolo técnicamente irrealizable e inadmisible desde el punto de vista social. Con ello desaparece también toda posibilidad de mostrar la conexión de su enfermedad infantil con su posterior dolencia definitiva, sobre la cual podemos sólo indicar que el sujeto pasó a causa de ella años enteros en sanatorios alemanes, en los cuales se calificó su estado de «locura maniaco-depresiva». Este diagnóstico hubiera sido exacto aplicado al padre del paciente, cuya vida, intensamente activa, hubo de ser perturbada por repetidos accesos de grave depresión. Pero en el hijo no me fue posible observar, en varios años de tratamiento, cambio alguno de estado de ánimo que por su intensidad o las condiciones de su aparición pudiera justificarlo.

A mi juicio, este caso, como muchos otros diversamente diagnosticados por la Psiquiatría clínica, debe ser considerado como un estado consecutivo de una neurosis obsesiva llegada espontáneamente a una curación incompleta.

Mi exposición se referirá, pues, tan sólo a una neurosis infantil analizada no durante su curso, sino quince años después, circunstancia que tiene sus ventajas y sus inconvenientes. El análisis llevado a cabo en el sujeto neurótico infantil parecerá, desde luego, más digno de confianza, pero no puede ser muy rico en contenido. Hemos de prestar al niño demasiadas palabras y demasiados pensamientos, a pesar de lo cual no lograremos quizá que la consciencia penetre hasta los estratos psíquicos más profundos. El análisis de una enfermedad infantil por medio del recuerdo que de ella conserva el sujeto adulto y maduro ya intelectualmente no presenta tales limitaciones, pero habremos de tener en cuenta la deformación y la rectificación que el propio pasado experimenta al ser contemplado desde años posteriores. El primer caso proporciona quizá resultados más convenientes, pero el segundo es mucho más instructivo.

De todos modos, podemos afirmar que los análisis de neurosis infantiles integran un alto interés teórico. Contribuyen a la exacta comprensión de las neurosis de los adultos, tanto como los sueños infantiles a la interpretación de los sueños ulteriores. Mas no porque sean más transparentes ni más pobres en elementos. La dificultad de infundirse en la vida anímica infantil hace que supongan una ardua tarea para el médico. Pero la falta de las estratificaciones

posteriores permite que lo esencial de la neurosis se transparente sin dificultad. La resistencia contra los resultados del psicoanálisis ha tomado actualmente una nueva forma. Hasta ahora nuestros adversarios se contentaban con negar la realidad de los hechos afirmados por el análisis, claro está que sin tomarse el trabajo de comprobarla. Este procedimiento parece ahora irse agotando lentamente. Y es sustituido por el de reconocer los hechos, pero interpretándolos de manera que supriman las conclusiones que de ellos se deducen, eludiendo así una vez más las novedades contra las cuales se alza la resistencia. Pero el estudio de las neurosis infantiles prueba la inanidad de semejantes tentativas de interpretación tendenciosa. Muestra la participación predominante de las fuerzas instintivas libidinosas, tan discutidas, en la estructuración de la neurosis y revela la ausencia de las remotas tendencias culturales, de las que nada sabe aún el niño y que, por tanto, nada pueden significar para él.

Otro rasgo que recomienda a nuestra atención el análisis que aquí vamos a exponer se relaciona con la gravedad de la dolencia y la duración de su tratamiento. Los análisis que consiguen en breve plazo un desenlace favorable pueden ser muy halagüeños para el amor propio del terapeuta y demostrar a las claras la importancia terapéutica del psicoanálisis; pero, en cambio, no favorecen de ninguna manera el progreso de nuestros conocimientos científicos, pues nada nuevo nos enseñan. Nos han llevado tan rápidamente a un resultado favorable porque ya sabíamos de antemano lo que era necesario hacer para alcanzarlo. Sólo aquellos análisis que nos oponen dificultades especiales y cuya realización nos lleva mucho tiempo pueden enseñarnos algo nuevo. Únicamente en estos casos conseguimos descender a los estratos más profundos y primitivos de la evolución anímica y extraer de ellos la solución de los problemas que plantean las estructuras ulteriores. Nos decimos entonces que sólo aquellos análisis que tan profundamente penetran merecen en rigor el nombre de tales. Claro está que su único caso no nos instruye sobre todo lo que quisiéramos saber. O mejor dicho, podría instruirnos sobre todo ello si nos fuera posible aprehenderlo todo, sin que la limitación de nuestra propia percepción nos obligara a contentarnos con poco.

El presente caso no dejó nada que desear en cuanto a tales dificultades fructíferas. Los primeros años de tratamiento apenas consiguieron

modificación alguna. Una afortunada constelación permitió, sin embargo, que todas las circunstancias externas hicieran posible la continuación de la tentativa terapéutica. En circunstancias menos favorables hubiera sido necesario suspender el tratamiento al cabo de algún tiempo. En cuanto a la actitud del médico, puedo sólo decir que en tales casos debe mantenerse tan ajeno al tiempo como lo es lo inconsciente y saber renunciar a todo efecto terapéutico inmediato si quiere descubrir y conseguir positivamente algo. Asimismo, pocos casos exigen por parte del enfermo y de sus familiares tanta paciencia, docilidad, comprensión y confianza. Para el analista ha de decirse que los resultados conquistados después de tan largo trabajo en uno de estos casos habrán de permitirle abreviar esencialmente la duración de otro tratamiento ulterior de un caso análogamente grave y dominar así progresivamente, luego de haberse sometido a ella una vez, la indiferencia de lo inconsciente en cuanto al tiempo.

El paciente del cual nos disponemos a tratar permaneció durante mucho tiempo atrincherado en una actitud de indiferente docilidad. Escuchaba y comprendía, pero no se interesaba por nada. Su clara inteligencia se hallaba como secuestrada por las fuerzas instintivas que regían su conducta en la escasa vida exterior de que aún era capaz. Fue necesaria una larga educación para moverle a participar independientemente en la labor analítica, y cuando a consecuencia de este esfuerzo surgieron las primeras liberaciones desvió por completo su atención de la tarea para evitar nuevas modificaciones y mantenerse cómodamente en la situación creada. Su temor a una existencia independiente y responsable era tan grande, que compensaba todas las molestias de su enfermedad. Sólo encontramos un camino para dominarlo. Hube de esperar hasta que la ligazón a mi persona llegó a ser lo bastante intensa para compensarlo y entonces puse en juego este factor contra el otro.

Decidí, no sin calcular antes la oportunidad, que el tratamiento había de terminar dentro de un plazo determinado, cualquiera que fuese la fase a la que hubiera llegado. Estaba decidido a observar estrictamente dicho plazo, y el paciente acabó por advertir la seriedad de mi propósito. Bajo la presión inexorable de semejante apremio cedieron su resistencia y su fijación a la enfermedad, y el análisis proporcionó entonces, en un plazo desproporcionadamente breve, todo el material, que permitió la solución de

sus inhibiciones y la supresión de sus síntomas. De esta última época del análisis, en la cual desapareció temporalmente la resistencia y el enfermo producía la impresión de una lucidez que generalmente sólo se consigue en la hipnosis, proceden todas las aclaraciones que me permitieron llegar a la comprensión de su neurosis infantil.

De este modo, el curso del tratamiento ilustró el principio ha largo tiempo sentado por la técnica analítica de que la longitud del camino que el análisis haya de recorrer con el paciente y la magnitud del material que por este camino haya de ser dominado no significan gran cosa en comparación con la resistencia que haya de surgir durante tal labor, y sólo han de tenerse en cuenta en tanto son proporcionales a la misma. Sucede en esto lo que ahora, en tiempo de guerra, cuando un ejército necesita semanas y meses enteros para avanzar una distancia que en tiempo de paz puede recorrerse en pocas horas de tren y que poco tiempo antes ha sido recorrido efectivamente por el ejército contrario en unos cuantos días.

Una tercera peculiaridad del análisis que aquí nos proponemos exponer ha dificultado también considerablemente mi decisión de publicarlo. Sus resultados han coincidido con nuestros conocimientos anteriores o se han enlazado perfectamente a ellos. Pero algunos detalles me han parecido tan singulares e inverosímiles, que me han asaltado escrúpulos de exigir a otros su admisión. En consecuencia, he invitado al paciente a someter a una severa crítica sus recuerdos; mas por su parte no encontró en ellos nada inverosímil. Los lectores pueden estar seguros por lo menos de que sólo expongo aquello que surgió ante mí como vivencia independiente y no influida por mi expectativa. Por tanto, sólo me queda remitirme a la sabia afirmación de que entre el Cielo y la Tierra hay muchas más cosas de las que nuestra filosofía supone. Quien supiera excluir más fundamentalmente aún sus propias convicciones descubriría seguramente más cosas.

II. Exposición general del ambiente del paciente y de la historia clínica.

NO me es posible exponer el historial de mi paciente en forma puramente histórica ni tampoco en forma puramente pragmática; no puedo desarrollar exclusivamente una historia del tratamiento ni tampoco una historia de la enfermedad, sino que me veo obligado a combinar ambas entre sí. Como es sabido, no hemos hallado aún medio alguno de que la exposición de un análisis refleje y lleve al ánimo del lector la convicción de él resultante. Tampoco un acta detallada del curso de las sesiones del tratamiento resolvería tal problema, y, además, la técnica psicoanalítica excluye su redacción ante el enfermo. En consecuencia no publicamos estos análisis para convencer a quienes hasta ahora se han mostrado opuestos a nuestras teorías, sino para procurar nuevos datos a aquellos investigadores a quienes una labor directa con los enfermos ha llevado ya a una convicción.

Empezaré por describir el ambiente en que el sujeto vivió de niño y comunicar aquella parte de su historia infantil que me fue dado averiguar desde un principio sin gran riesgo y que luego no logró en varios años complemento ni aclaración algunos.

Sus padres se habían casado jóvenes y fueron felices hasta que las enfermedades empezaron a ensombrecer su vida, pues la madre contrajo una afección abdominal, y el padre empezó a sufrir accesos de depresión que le obligaron a ausentarse del hogar familiar. La calidad psíquica de la dolencia paterna hizo que el sujeto no se diese cuenta de ella hasta mucho después. En cambio, sí se le reveló en años muy tempranos el mal estado de salud de su madre, que le impedía ocuparse asiduamente de sus hijos. Un día, seguramente antes de cumplir los cuatro años, la oyó quejarse al médico de sus dolencias, y tan impresas se le quedaron sus palabras, que muchos años después las repitió literalmente, aplicándolas a sus propios trastornos. No era hijo único, pues tenía una hermana dos años mayor que él precozmente inteligente y perversa, que desempeñó un importantísimo papel en su vida.

Por su parte se hallaba encomendado a los cuidados de una niñera, mujer del pueblo, anciana ya y nada instruida, que le consagraba infatigable ternura, pues constituía para ella el sustituto de un hijo que había perdido en edad temprana. La familia vivía en una finca durante el invierno y pasaba en otra los veranos. El día en que sus padres vendieron las dos fincas y se trasladaron a la ciudad cercana, a ambas dividió en dos períodos la infancia del sujeto.

Durante el primero solían pasar largas temporadas con ellos, en alguna de las fincas, distintos parientes: los hermanos del padre, las hermanas de la madre, con sus hijos y los abuelos maternos. Durante el verano, sus padres solían ausentarse por unas cuantas semanas. Un recuerdo encubridor le mostraba al lado de su niñera contemplando cómo se alejaba el coche que conducía a sus padres y a su hermana y volviendo luego tranquilamente a casa cuando el carruaje se hubo perdido de vista. En la época de este recuerdo debía de ser aún muy pequeño[1709]. Al verano siguiente, sus padres dejaron también en casa a su hermana y tomaron una institutriz inglesa, a la que encomendaron la guarda de ambos niños.

En años posteriores sus familiares le relataron muchos detalles de su infancia[1710], de los cuales ya recordaba él espontáneamente algunos, aunque no pudiera situarlos en fechas determinadas o relacionadas entre sí. Uno de estos recuerdos, repetidamente evocados por sus familiares con ocasión de su posterior enfermedad, nos da a conocer ya el problema, cuya solución habrá de ocuparnos. Según él, el sujeto había sido al principio un niño apacible y dócil, hasta el punto de que los suyos se decían que él había debido ser la niña y su hermana mayor el niño. Pero al regresar sus padres de una de sus excursiones veraniegas le hallaron completamente cambiado. Se mostraba descontento, excitable y rabioso; todo le irritaba, y en tales casos gritaba y pateaba salvajemente. Ello sucedió en aquél mismo verano en que los niños quedaron confiados a la institutriz inglesa, la cual demostró ser una mujer arbitraria e insoportable y aficionada, además, a la bebida. En consecuencia, la madre se inclinó a atribuir a su influjo la alteración del carácter de su hijo, suponiendo que la forma en que le había tratado era la causa de su excitación. La abuela materna, que había pasado el verano con los niños, opinó, en cambio, con mayor clarividencia, que la irritabilidad de su nieto había sido provocada por la discordia surgida entre la inglesa y la niñera, pues la institutriz había insultado varias veces a la anciana criada, llamándola bruja, y la había echado repetidamente de la habitación donde los niños estaban. En estas escenas el niño se había puesto siempre al lado de su amada *chacha* y había mostrado su odio a la institutriz. En consecuencia, la inglesa fue despedida a poco de volver los padres; pero su desaparición no modificó ya la excitación del niño.

El paciente conserva el recuerdo de esta ingrata época. Afirma que el primero de aquellos accesos de cólera surgió en él por no haber recibido dobles regalos el día de Nochebuena, que era al mismo tiempo su cumpleaños. Sus exigencias y su insoportable susceptibilidad no perdonaba siquiera a su *chacha*, a la que quizá atormentaba más que a nadie. Pero esta fase de alteración de su carácter aparece indisolublemente enlazada en sus recuerdos con muchos otros fenómenos singulares y morbosos que no acierta a ordenar cronológicamente. De este modo confunde todos los hechos a continuación expuestos, que no pudieron ser simultáneos y resultan, además, contradictorios en un solo y único período: el de «cuando todavía estaba en la primera finca», de la cual salieron, según cree, poco después de cumplir él los cinco años. Relata así haber padecido por entonces intensos miedos, que su hermana aprovechaba para atormentarle. Había en la casa un libro de estampas, una de las cuales representaba a un lobo andando en dos pies. Cuando el niño veía aquella estampa, comenzaba a gritar, enloquecido por el miedo de que el lobo se fuese a él y le comiese, y la hermana sabía arreglárselas de modo que la encontrase a cada paso, gozándose en su terror. También otros animales grandes y pequeños le daban miedo. Una vez corría detrás de una mariposa amarilla, intentando cogerla (indudablemente se trataba de una 'Schwalbenschwanz'), cuando, de repente, le invadió un intenso miedo a aquel animal y se echó a llorar, abandonando su persecución. También los escarabajos y las orugas le daban miedo y asco. Pero recordaba al mismo tiempo que algunas veces se gozaba en atormentarlos, cortándolos en pedazos. Los caballos le inspiraban igualmente cierto temor. Cuando veía pegar a alguno de estos animales, gritaba temeroso, y en una ocasión tuvieron que sacarle del circo por este mismo motivo. Pero otras veces le era grato imaginar que él mismo pegaba a un caballo. Su memoria de tales hechos no era lo bastante precisa para permitirle discernir si estas modalidades contradictorias de su conducta para con los animales fueron realmente simultáneas o se sustituyeron sucesivamente unas por otras y en qué orden. No podía tampoco decir si este período de excitación fue sustituido por una fase de enfermedad o se prolongó a través de esta última. De todos modos, las confesiones que siguen justifican la hipótesis de que en aquellos años padeciera una evidente neurosis obsesiva. Contaba, en efecto, que durante un

largo período se había mostrado extraordinariamente piadoso. Antes de dormirse tenía que rezar largo rato y santiguarse numerosas veces, y muchas noches daba la vuelta a la alcoba con una silla, en la que se subía para besar devotamente todas las estampas religiosas que colgaban de las paredes. Con este piadoso ceremonial no armonizaba en absoluto —o quizá armonizaba muy bien— otro recuerdo referente a la misma época, según el cual se complacía muchas veces en pensamientos blasfemos que surgían en su imaginación como inspirados por el demonio. Así, cuando pensaba en Dios asociaba automáticamente a tal concepto las palabras *cochino* o *basura*. En el curso de un viaje a un balneario alemán se vio atormentado por la obsesión de pensar en la Santísima Trinidad cada vez que veía en el camino tres montones de estiércol de caballo o de otra basura cualquiera. Por entonces llevaba también a cabo un singular ceremonial cuando veía gente que le inspiraba compasión: mendigos, inválidos y ancianos. En tales ocasiones tenía que espirar ruidosamente el aire aspirado, con lo cual creía conjurar la posibilidad de verse un día como ellos, o, en otras circunstancias, retener durante el mayor tiempo posible el aliento. Naturalmente, me incliné a suponer que estos síntomas, claramente correspondientes a una neurosis obsesiva, pertenecían a un período y a un grado evolutivo posteriores al miedo y las crueldades contra los animales.

Los años posteriores del paciente se caracterizaron por una profunda alteración de sus relaciones afectivas con su padre, al que, después de repetidos accesos de depresión, le era imposible ocultar los aspectos patológicos de su carácter. En los primeros años de su infancia tales relaciones habían sido, en cambio, extraordinariamente cariñosas, y así lo recordaba claramente el niño. El padre le quería mucho y gustaba de jugar con él, que por su parte se sentía orgulloso de su progenitor y manifestaba su deseo de llegar a ser algún día «un señor como su papá». La *chacha* le había dicho que su hermana era sólo de su madre, y, en cambio, él sólo de su padre, revelación que le llenó de contento. Pero al término de su infancia los lazos afectivos que a su padre le unían desaparecieron casi por completo, pues le irritaba y le entristecía verle preferir claramente a su hermana. Posteriormente, su relación filial quedó regida por el miedo al padre como factor dominante.

Hacia los ocho años desaparecieron todos los fenómenos que el paciente integraba en aquella fase de su vida, que se inició con la alteración de su carácter. No desaparecieron bruscamente, sino que fueron espaciándose cada vez más, hasta desvanecerse por completo, proceso que el sujeto atribuye a la influencia de los maestros y tutores que sustituyeron a su servidumbre femenina. Vemos, pues, que los problemas cuya solución se plantea en este caso al análisis son, a grandes trazos, los de descubrir de dónde provino la súbita alteración del carácter del niño, qué significación tuvieron su fobia y sus perversidades, cómo llegó a su religiosidad obsesiva y cuál es la relación que enlaza a todos estos fenómenos. Recordaré de nuevo que nuestra labor terapéutica se refería directamente a una posterior enfermedad neurótica reciente y que sólo era posible obtener algún dato sobre aquellos problemas anteriores cuando el curso del análisis nos distraía por algún tiempo del presente, obligándonos a dar un rodeo a través de la historia infantil del sujeto.

III. La seducción y sus consecuencias inmediatas.

NUESTRAS primeras sospechas se orientaron, como era natural, hacia la institutriz inglesa, durante cuya estancia en la finca había surgido la alteración del carácter del niño. El sujeto comunicó dos recuerdos encubridores, incomprensibles en sí, que a ella se referían. Tales recuerdos eran los siguientes: En una ocasión en que la institutriz los precedía se había vuelto hacia ellos y les había dicho: «Mirad mi colita». Y otra vez, yendo en coche, el viento le había arrebatado el sombrero para máximo regocijo de los dos hermanos. Ambos recuerdos aludían al complejo de la castración y permitían arriesgar la hipótesis de que una amenaza dirigida por la institutriz al niño hubiera contribuido considerablemente a la génesis de su posterior conducta anormal.

No es nada peligroso comunicar tales construcciones a los analizados, pues aunque sean erróneas no perjudican en nada el análisis, y claro está que sólo las comunicamos cuando integran una posibilidad de aproximación a la

realidad. Efecto inmediato de la comunicación de esta hipótesis fueron unos cuantos sueños, cuya interpretación total no logramos alcanzar, pero que parecían desarrollarse todos en derredor del mismo contenido. Tratábase en ellos, en cuanto era posible comprenderlos, de actos agresivos del niño contra su hermana o contra la institutriz y de enérgicos regaños y castigos recibidos a consecuencia de tales agresiones. Como si hubiera querido…, después del baño…, desnudar a su hermana…, quitarle las envolturas…, o los velos…, o algo semejante. No nos fue posible desentrañar con seguridad el contenido de estos sueños; pero la impresión de que en ellos era elaborado siempre el mismo material en formas distintas nos reveló la verdadera condición de las supuestas reminiscencias en ellos integradas. No podía tratarse más que de fantasías imaginadas por el sujeto sobre su infancia probablemente durante la pubertad, y que ahora habían vuelto a aparecer en forma difícilmente reconocible.

Su significación se nos reveló luego, de una sola vez, cuando el paciente recordó de pronto que, «siendo todavía muy pequeño y hallándose aún en la primera finca», su hermana le había inducido a realizar actos de carácter sexual. Surgió primero el recuerdo de que al hallarse juntos en el retrete le invitaba a mostrarse recíprocamente el trasero, haciéndolo ella la primera, y poco después apareció ya la escena esencial de seducción con todos sus detalles de tiempo y lugar. Era en primavera y durante una ausencia del padre. Los niños jugaban, en el suelo, en una habitación contigua a la de su madre. La hermana le había cogido entonces el miembro y había jugueteado con él mientras le contaba, como para justificar su conducta, que la *chacha* hacía aquello mismo con todo el mundo; por ejemplo, con el jardinero, al que colocaba cabeza abajo y le cogía luego los genitales.

Tales hechos nos facilitan la comprensión de las fantasías antes deducidas. Estaban destinadas a borrar de la memoria del sujeto un suceso que más tarde hubo de parecer ingrato a su amor propio masculino y alcanzaron tal fin, sustituyendo la verdad histórica por un deseo antitético. Conforme a tales fantasías, no había desempeñado él con su hermana el papel pasivo, sino que, por el contrario, se había mostrado agresivo queriendo ver desnuda a su hermana, y siendo rechazado y castigado, lo cual había provocado en el aquellos accesos de cólera de los que tanto hablaba la

tradición familiar. Resulta también muy adecuado entretejer en estas fantasías a la institutriz, a la cual había sido atribuida por la madre y la abuela la culpa principal de sus accesos de cólera. Tales fantasías correspondían, pues, exactamente a aquellas leyendas con las cuales una nación ulteriormente grande y orgullosa intenta encubrir la mezquindad de sus principios.

En realidad, la institutriz no podía haber tenido en la seducción y en sus consecuencias más que una participación muy remota. Las escenas con la hermana se desarrollaron durante la primavera inmediatamente anterior al verano, durante el cual quedaron encomendados los niños a los cuidados de la inglesa. La hostilidad del niño contra la institutriz surgió más bien de otro modo. Al insultar a la niñera llamándola bruja, la institutriz quedó equiparada, en el ánimo del sujeto, a su propia hermana, que había sido la primera en contarle de su querida *chacha* cosas monstruosas e increíbles, y tal equiparación le permitió exteriorizar contra la inglesa la hostilidad que, según veremos luego, se había desarrollado en él contra su hermana a consecuencia de la seducción.

Interrumpiré ahora, por breve espacio, la historia infantil de mi paciente para examinar la personalidad de su hermana, su evolución y sus destinos ulteriores y la influencia que sobre él ejerció. Le llevaba dos años y le precedió siempre en el curso del desarrollo intelectual. Después de una niñez indómita y marcadamente masculina, su inteligencia realizó rápidos y brillantes progresos, distinguiéndose por su penetración y su precisa visión de la realidad. Durante sus estudios mostró predilección por las ciencias naturales; pero componía también poesías que el padre juzgaba excelentes. Muy superior en inteligencia a sus numerosos pretendientes, solía burlarse de ellos y nunca llegó a tomar en serio a alguno. Pero recién cumplidos los veinte años comenzó a dar signos de depresión, lamentándose de no ser suficientemente bonita, y acabó eludiendo por completo el trato social. A su vuelta de un viaje en compañía de una señora amiga de la familia, contó cosas absolutamente inverosímiles, tales como la de haber sido maltratada por su acompañante; pero, sin embargo, permaneció afectivamente fijada a ella. Poco después, en un segundo viaje se envenenó y murió lejos de su casa. Probablemente su afección correspondía al comienzo de una demencia

precoz. Vemos en ella un testimonio de la evidente herencia neuropática de la familia y no ciertamente el único. Un tío suyo, hermano de su padre murió después de largos años de una vida extravagante, de cuyos detalles podía deducirse que padecía una grave neurosis obsesiva. Y muchos parientes colaterales suyos mostraron y muestran trastornos nerviosos menos graves.

Para nuestro paciente, su hermana fue durante toda su infancia —dejando aparte el hecho de la iniciación sexual— una peligrosa competidora en la estimación de sus padres, y su superioridad, implacablemente ostentada, le agobió de continuo con su peso. La envidiaba, sobre todo, la admiración que su padre mostraba ante su gran capacidad, en tanto que él, intelectualmente cohibido por su neurosis obsesiva, tenía que contentarse con una estimación mucho más tibia. A partir de sus catorce años comenzaron a mejorar las relaciones de ambos hermanos, pues su análoga disposición espiritual y su común oposición contra los padres acabaron por establecer entre ellos una afectuosa camaradería. En la tormentosa excitación sexual de su pubertad, el sujeto intentó aproximarse físicamente a su hermana, y cuando ésta le hubo rechazado con tanta decisión como habilidad, se volvió en el acto hacia una muchachita campesina que servía en la casa y llevaba el mismo nombre que su hermana. Con ello dio un paso decisivo para su elección heterosexual de objeto, pues todas las muchachas de las que posteriormente hubo de enamorarse, con evidentes indicios de obsesión muchas veces, fueron igualmente criadas, cuya ilustración e inteligencia habían de ser muy inferiores a la suya. Ahora bien: si todos estos objetos eróticos eran sustitutivos de su hermana, no conseguida, habremos de reconocer como factor decisivo de su elección de objeto una tendencia a rebajar a su hermana y a suprimir aquella superioridad intelectual suya, que tanto le había atormentado en un período de su vida.

A motivos de este género, nacidos de la voluntad de poderío del instinto de afirmación del individuo, ha subordinado también Alfredo Adler, como todo lo demás, la conducta sexual de los hombres. Sin llegar a negar la importancia de tales motivos de poderío y privilegio, no he logrado tampoco convencerme jamás de que pueden desempeñar el papel dominante y exclusivo que les es atribuido. Si no hubiera llevado hasta el fin el análisis de mi paciente, la observación de este caso me hubiera obligado a rectificar tales

prejuicios en el sentido propugnado por Adler. Por el término de este análisis trajo consigo, inesperadamente nuevo material, del cual resultó nuevamente que los motivos de poderío (en nuestro caso la tendencia al rebajamiento) sólo habían determinado la elección de objeto en el sentido de una aportación y una racionalización, en tanto que la determinación auténtica y más profunda me permitió mantener mis convicciones anteriores.

El paciente manifestó que al recibir la noticia de la muerte de su hermana no había experimentado el menor dolor. Imponiéndose signos exteriores de duelo se regocijaba fríamente en su interior de haber llegado a ser el único heredero de la fortuna familiar. Por esta época llevaba ya varios años enfermo de su reciente neurosis. Pero confieso que este dato me hizo vacilar durante mucho tiempo en el diagnóstico del caso. Era de esperar, desde luego, que el dolor producido por la pérdida de la persona más querida de su familia quedase inhibido en su exteriorización por el efecto continuado de los celos que aquélla le inspiraba y por la intervención de su enamoramiento incestuoso, reprimido e inconsciente. Pero no me resignaba a renunciar al hallazgo de un sustitutivo de la explosión de dolor inhibida. Por fin lo hallamos en una manifestación afectiva que el sujeto no había logrado explicar. Pocos meses después de la muerte de su hermana hizo él un viaje a la ciudad donde la misma había muerto, buscó en el cementerio la tumba de un gran poeta que por entonces encarnaba su ideal y vertió sobre ella amargas lágrimas. A él mismo le extrañó y le desconcertó tal reacción, pues sabía que desde la muerte de aquel poeta por él venerado había transcurrido ya más de un siglo y sólo la comprendió al recordar que el padre solía comparar las poesías de la hermana muerta con las de aquel gran poeta. Un error cometido por el sujeto en sus comunicaciones posteriores me facilitó ahora la interpretación de aquel acto piadoso aparentemente dedicado al poeta. Había manifestado, en efecto, varias veces que su hermana se había pegado un tiro, y tuvo luego que rectificar diciendo ser más cierto que se había envenenado. Ahora bien: el poeta llorado había muerto en un desafío a pistola.

Vuelvo ahora a la historia del hermano, que a partir de aquí habré de exponer en forma más pragmática. Pudimos fijar con precisión que la edad del sujeto cuando su hermana comenzó su iniciación sexual, era la de tres

años y tres meses. Las escenas descritas se desarrollaron, como ya hemos dicho, en la primavera de aquel mismo año en que los padres, al regresar en otoño de su viaje veraniego encontraron al niño completamente transformado. Habremos, pues, de inclinarnos a relacionar dicha transformación con el despertar de su actividad sexual, acaecida en el intervalo.

¿Cómo reaccionó el niño a la seducción de su hermana mayor? Con una decidida repulsa, como ya sabemos; pero tal repulsa se refería tan sólo a la persona y no a la cosa. La hermana no le era grata como objeto sexual, probablemente porque su actitud ante ella se encontraba ya determinada en un sentido hostil por su competencia en el cariño de los padres. Eludió, pues, sus tentativas de aproximación sexual, que no tardaron así en cesar por completo. Pero, en cambio, trató de sustituir la persona de su hermana por otra más querida, y las revelaciones de aquélla, que había intentado justificar su proceder con el supuesto ejemplo de la *chacha*, orientaron su elección hacia esta última. En consecuencia, comenzó a juguetear con su miembro ante la *chacha*, conducta en la que hemos de ver una tentativa de seducción, como en la mayor parte de aquellos casos en los que los niños no ocultan el onanismo. Pero la *chacha* le defraudó, poniendo cara seria y declarando que aquello no estaba bien y que a los niños que lo hacían se les quedaba en aquel sitio una «herida».

Los efectos de esta revelación, equivalente a una amenaza de castración, actuaron en muchas direcciones, en las cuales habremos de seguir sus huellas. En primer lugar, su cariño por la *chacha* experimentó con ello un rudo golpe. En el momento mismo de su desilusión no pareció enfadado con ella; pero más tarde, cuando empezaron sus accesos de cólera, se demostró que le guardaba rencor. Ahora bien: uno de los rasgos característicos de su conducta consistía en que antes de abandonar una localización de su libido, imposible de sostener por más tiempo, la defendía siempre tenazmente, y así, cuando surgió en escena la institutriz e insultó a la *chacha*, echándola del cuarto y queriendo destruir su autoridad, el sujeto exageró su cariño a la insultada y mostró su desvío y su enfado contra la inglesa. Pero, de todos modos, comenzó a buscar secretamente otro objeto sexual. La seducción le había dado el fin sexual pasivo de que le tocaran los genitales. Más adelante

veremos de quién quería él conseguirlo y qué caminos le condujeron a tal elección.

Como era de esperar, sus primeras excitaciones sexuales iniciaron su investigación sexual, y no tardó en planteársele el problema de la castración. Por esta época pudo observar a dos niñas, su hermana y una amiguita suya, mientras estaban orinando. Su penetración natural hubiera debido hacerle deducir de esta percepción visual el verdadero estado de cosas; pero, en lugar de ello, se condujo en aquella forma que ya nos es conocida por el análisis de otros niños. Rechazó la idea de que tal percepción confirmaba las palabras de la *chacha* en cuanto a la «herida» y se la explicó diciéndole que aquello era «el trasero de delante» de las niñas. Pero tal explicación no bastó para alejar de su pensamiento el tema de la castración. En consecuencia, continuó extrayendo de cuanto oía y veía alusiones a dicho tema; por ejemplo, cuando la institutriz, muy dada a fantasías terroríficas, le dijo que unas barritas de caramelo eran pedazos del cuerpo de una serpiente, hecho que le recordó un relato de su padre, según el cual, habiendo encontrado una culebra en un paseo por el campo, la había matado cortándola en pedazos con su bastón; o cuando le leyeron el cuento del lobo que quiso pescar peces en invierno utilizando la cola como cebo, hasta que se le heló y se le cayó al agua. Así, pues, daba vueltas en su pensamiento al tema de la castración, pero no creía aún en la posibilidad de ser víctima de ella, y, por tanto, no le inspiraba miedo. Los cuentos que en esta época llegó a conocer le plantearon otros problemas sexuales. En la *Caperucita Roja* y en *El lobo y las siete cabritas*, los niños o las cabritas eran extraídos del vientre del lobo. Consiguientemente, o el lobo pertenecía al sexo femenino o también los varones podían albergar niños en el vientre. Este problema no llegó a obtener solución por aquella época. Además, durante el período de esta investigación sexual, el lobo no le inspiraba aún miedo.

Una de las comunicaciones del paciente nos facilita la comprensión de la alteración de su carácter surgida durante la ausencia de sus padres y remotamente enlazada con la seducción. Cuenta que después de la repulsa y la amenaza de la *chacha* abandonó muy pronto el onanismo. *La vida sexual iniciada bajo la dirección de la zona genital había, pues, sucumbido a una inhibición exterior, cuya influencia la retrotrajo a una fase anterior*

correspondiente a la organización pregenital. A consecuencia de esta supresión del onanismo, la vida sexual del niño tomó un carácter sádico-anal, y el infantil sujeto se hizo irritable, insoportable y cruel, satisfaciéndose en tal forma con los animales y las personas. Su objeto principal fue su amada *chacha*, a la que sabía atormentar hasta hacerla llorar, vengándose así de la repulsa recibida y satisfaciendo simultáneamente sus impulsos sexuales en la forma correspondiente a la fase regresiva. Comenzó a hacer objeto de crueldades a animales pequeños, cazando moscas para arrancarles las alas y pisoteando a los escarabajos, y se complacía en la idea de maltratar también a animales más grandes; por ejemplo, a los caballos. Tratábase, pues, de actividades plenamente sádicas de signo positivo. Más tarde hablaremos de los impulsos anales correspondientes a esta época.

Facilitó grandemente el análisis el hecho de que en la memoria del paciente apareciera también el recuerdo de ciertas fantasías correspondientes a la misma época, pero de un género totalmente distinto, en las que se trataba de niños que eran objeto de malos tratos, consistentes principalmente en golpearles el pene. La personalidad de tales objetos anónimos quedó aclarada por otra fantasía en la que el heredero del trono era encerrado en un calabozo y fustigado. El heredero del trono era, evidentemente, el sujeto mismo. Resultaba, pues, que en tales fantasías el sadismo primario de nuestro paciente se había vuelto contra su propia persona, transformándose en masoquismo. El detalle de que los golpes recayeran preferentemente sobre el miembro viril nos permite concluir que en tal transformación intervino ya una consciencia de culpabilidad relacionada con el onanismo.

El análisis no dejó lugar alguno a dudas en cuanto a que tales tendencias pasivas hubieran de aparecer al mismo tiempo que las activas sádicas o inmediatamente después de ellas[1711]. Así corresponde la *ambivalencia* del enfermo, extraordinariamente clara, intensa y persistente, que se exteriorizó aquí por vez primera en el desarrollo idéntico de los pares de instintos parciales antitéticos. Tal circunstancia continuó luego siendo característica en el sujeto; tan característica como la anteriormente mencionada de que en realidad ninguna de las posiciones de su libido desaparecía nunca por completo, al surgir otras distintas, sino que subsistía junto a ellas, permitiéndole una continua oscilación que se demostró inconciliable con la

adquisición de un carácter fijo.

Las tendencias masoquistas del sujeto nos conducen a un punto distinto cuya solución hemos omitido hasta ahora, ya que sólo el análisis de la fase inmediatamente ulterior nos lo descubre con plena certeza. Dijimos que, después de ser rechazado por la *chacha*, el sujeto desligó de ella sus esperanzas libidinosas y eligió otra persona como objeto sexual. Pues bien: tal persona fue la de su padre, ausente por entonces. A esta elección fue seguramente llevado por una coincidencia de distintos factores, casuales muchos de ellos, como el recuerdo del encuentro con la serpiente, a la que había partido en pedazos. Pero, ante todo renovaba con ella su primera y más primitiva elección de objeto, llevada a cabo correlativamente al narcisismo del niño pequeño, por el camino de la identificación. Hemos oído ya que el padre había sido su ideal y que, al preguntarle lo que quería ser, acostumbraba responder que un señor como su papá. Este objeto de identificación de su tendencia activa pasó a ser, en la fase sádico-anal el objeto sexual de una tendencia pasiva. Parece como si la seducción de que su hermana le había hecho objeto le hubiera impuesto el papel pasivo y le hubiera dado un fin sexual pasivo. Bajo la influencia continuada de este suceso, recorrió luego el camino desde la hermana y pasando por la *chacha* hasta el padre, o sea desde la actitud pasiva con respecto a la mujer hasta la actitud pasiva con respecto al hombre, hallando, además, en él un enlace con su fase evolutiva espontánea anterior. El padre volvió así a ser su objeto; la identificación quedó sustituida, como correspondía a un estadio superior de la evolución, por la elección de objeto, y la transformación de la actitud activa en una actitud pasiva fue el resultado y el signo de la seducción acaecida en el intervalo: en la fase sádica no le habría sido, naturalmente, tan fácil llegar a una actitud activa con respecto al padre prepotente. Cuando el padre regresó a finales de verano o principios de otoño, los accesos de cólera del niño hallaron una nueva finalidad. Contra la *chacha* habían servido para fines sádicos activos; contra el padre perseguían propósitos masoquistas. Exteriorizando su maldad, obligaba al padre a castigarle y pegarle, esto es, a procurarle la deseada satisfacción sexual masoquista. Así, pues, sus accesos de cólera no eran sino tentativas de seducción. Correlativamente a la motivación del masoquismo, hallaba también en tales castigos la satisfacción

de su sentimiento de culpabilidad. Recuerdo cómo en uno de tales accesos de cólera redobló sus gritos al ver acercarse a su padre. Pero el padre no le pegó, sino que intento apaciguarle, jugando a la pelota con la almohada de su camita.

No sé con cuánta frecuencia tendrían sus padres ocasión de recordar esta relación típica ante la inexplicable conducta del niño. El niño que se conduce tan indómitamente confiesa con toda evidencia que desea atraerse un castigo. Busca simultáneamente en la corrección el apaciguamiento de su consciencia de culpabilidad y la satisfacción de sus tendencias sexuales masoquistas.

La posterior aclaración de nuestro caso la debemos a la precisa aparición del recuerdo de que todos los síntomas de angustia y miedo se agregaron a la alteración del carácter justamente después de un cierto suceso. Antes del mismo el sujeto no había sentido nunca miedo, y sólo después de él comenzó ya a atormentarle. Fue posible fijar exactamente la fecha de ese cambio en los días inmediatamente anteriores a aquél en que cumplió los cuatro años. La época infantil de la que hemos de ocuparnos queda así dividida, por este punto de referencia, en dos fases: un primer período de maldad y perversidad, desde la seducción, acaecida cuando el niño tenía tres años y tres meses, hasta su cuarto cumpleaños, y otro, sucesivo y más prolongado, en el que predominan los signos de la neurosis. Y el suceso que nos permite llevar a cabo esta división no es un trauma exterior, sino un sueño del que el sujeto despertó presa de angustia.

IV. El sueño y la escena primordial.

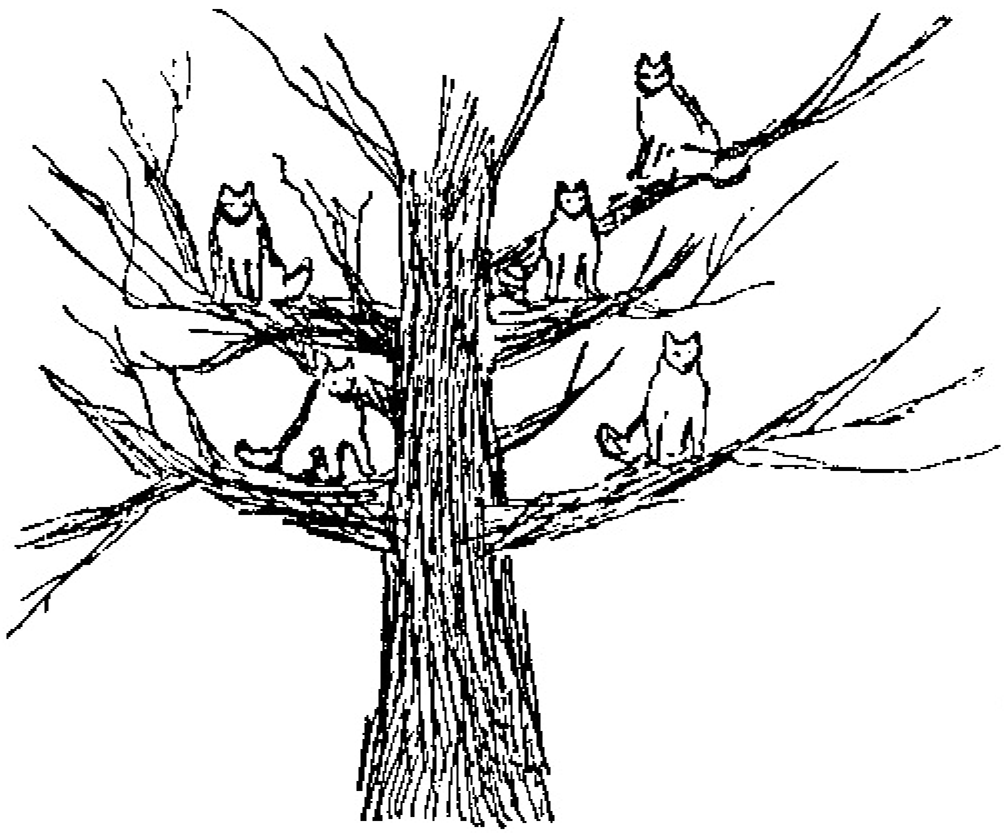
YA he publicado este sueño en otro lugar (‘Sueños con temas de cuentos infantiles’, 1913), en relación a la cantidad de material en el derivado de cuentos infantiles. Comenzaré repitiendo lo que escribí en esa ocasión:

«*Soñé que era de noche y estaba acostado en mi cama (mi cama tenía los pies hacia la ventana, a través de la cual se veía una hilera de viejos nogales. Sé que cuando tuve este sueño era una noche de invierno). De pronto, se abre sola la ventana, y veo, con gran sobresalto, que en las ramas del grueso*

nogal que se alza ante la ventana hay encaramados unos cuantos lobos blancos. Eran seis o siete, totalmente blancos, y parecían más bien zorros o perros de ganado, pues tenían grandes colas como los zorros y enderezaban las orejas como los perros cuando ventean algo. Presa de horrible miedo, sin duda de ser comido por los lobos, empecé a gritar…, y desperté. Mi niñera acudió para ver lo que me pasaba, y tardé largo rato en convencerme de que sólo había sido un sueño: tan clara y precisamente había visto abrirse la ventana y a los lobos posados en el árbol. Por fin me tranquilicé sintiéndome como salvado de un peligro, y volví a dormirme.

El único movimiento del sueño fue el de abrirse la ventana, pues los lobos permanecieron quietos en las ramas del árbol, a derecha e izquierda del tronco, y mirándome. Parecía como si toda su atención estuviera fija en mí. Creo que fue éste mi primer sueño de angustia. Tendría por entonces tres o cuatro años, cinco a lo más. Desde esta noche hasta mis once o doce años tuve siempre miedo de ver algo terrible en sueños».

El sujeto dibujó la imagen de su sueño tal y como la había descrito. El análisis nos procuró el material siguiente:



El sujeto ha relacionado siempre este sueño con su recuerdo de que en aquellos años de su infancia le inspiraba intenso miedo una estampa de un libro de cuentos en la que se veía un lobo. Su hermana, mayor que él y de inteligencia mucho más desarrollada, se gozaba en hacerle encontrar a cada paso, y cuando menos lo esperaba, aquella estampa, ante la cual empezaba a llorar y gritar, presa de intenso miedo. La estampa representaba un lobo andando en dos pies, con las garras extendidas hacia adelante y enderezadas las orejas. Cree recordar que correspondía al cuento de la *Caperucita Roja*.

¿Por qué eran blancos los lobos de su sueño? Este detalle le hace pensar en los grandes rebaños de ovejas que pastaban en los prados cercanos a la finca. Su padre le llevaba algunas veces consigo cuando iba a visitar dichos rebaños favor que el pequeño sujeto agradecía encantado y orgulloso. Más tarde —según los informes obtenidos, pudo ser poco tiempo antes del sueño — estalló entre las ovejas una mortal epizootia. El padre hizo venir a un discípulo de Pasteur, que vacunó a los animales; pero éstos siguieron sucumbiendo a la enfermedad, a pesar de la vacuna y en mayor número aún

que antes de la misma.

¿Cómo aparecen los lobos subidos en el árbol? Con esta idea asocia el sujeto un cuento que había oído contar a su abuelo. No recuerda si fue antes o después de su sueño; pero el contenido del relato testimonia claramente en favor de lo primero. Tal cuento fue el siguiente: un sastre estaba trabajando en su cuarto, cuando se abrió de pronto la ventana y entró por ella un lobo. El sastre le golpeó con la vara de medir… O mejor dicho —rectifica en el acto el paciente—, le cogió por la cola y se la arrancó de un tirón, logrando así que el lobo huyese asustado. Días después, cuando el sastre paseaba por el bosque, vio venir hacia él una manada de lobos y tuvo que subirse a un árbol para librarse de ellos. Los lobos se quedaron al principio sin saber qué hacer; pero aquél a quien el sastre había arrancado la cola, deseoso de vengarse de él, propuso a los demás que se subieran unos encima de otros hasta que el último alcanzase al sitiado, ofreciéndose él mismo a servir de base y de sostén a los demás. Los lobos siguieron su consejo; pero el sastre, que había reconocido a su mutilado visitante, gritó de pronto: «¡Cogedle de la cola!», y el lobo rabón se asustó tanto al recuerdo de su desgraciada aventura, que echó a correr e hizo caer a los demás.

Este cuento integra el antecedente del árbol en el cual aparecen encaramados los lobos en el sueño. Pero también contiene una alusión inequívoca al complejo de la castración. El sastre mutiló al viejo lobo arrancándole la cola. Las largas colas de zorro que los lobos ostentan en el sueño son seguramente compensaciones de tal mutilación.

¿Por qué son seis o siete los lobos? El paciente pareció no poder responder a esta interrogación hasta que yo puse en duda que la estampa que le daba miedo pudiera corresponder al cuento de la *Caperucita Roja*. Este cuento no da, en efecto, ocasión más que a dos ilustraciones correspondientes, respectivamente, al encuentro de la Caperucita con el lobo en el bosque y a la escena en la que el lobo aparece acostado y con la cofia de la abuela puesta. Detrás del recuerdo de aquella estampa debía, pues, de ocultarse otro cuento. Así orientado, el sujeto no tardó en hallar que tal cuento sólo podía ser el del lobo y las siete cabritas. En él aparece el número siete, pero también el seis, pues el lobo devora tan sólo a seis cabritas, ya que la séptima se esconde en la caja del reloj. También el color blanco aparece en

este cuento, pues el lobo se hace blanquear una pata por el panadero para evitar que las cabritas vuelvan a reconocerle, como otra vez anterior, al mostrársele en su pelaje gris. Ambos cuentos tienen, por lo demás, muchos puntos comunes. En ambos hallamos que el lobo devora a alguien y que luego le abren el vientre, sacando a las personas o a los animales devorados y sustituyéndolos por piedras, y también acaban los dos con la muerte de la malvada fiera. En el cuento de las siete cabritas aparece, además, un árbol, pues luego de comerse a las cabritas, el lobo se tumba a dormir a la sombra de un árbol y ronca desaforadamente.

A causa de una circunstancia particular habremos de volver a ocuparnos en otro lugar de este sueño, y entonces completaremos su estudio y su interpretación. Trátase de un primer sueño de angustia soñado en la infancia, y cuyo contenido, relacionado con otros sueños inmediatamente sucesivos y con ciertos acontecimientos de la niñez del sujeto, despierta un especialísimo interés. De momento nos limitaremos a la relación del sueño con dos cuentos que presentan amplias coincidencias: la *Caperucita Roja* y El lobo y las siete cabritas. La impresión que estos cuentos causaron al infantil sujeto se exteriorizó en una verdadera zoofobia que sólo se diferenció de otros casos análogos en que el objeto temido no era un animal fácilmente accesible a la percepción del sujeto (como, por ejemplo, el perro o el caballo), sino tan sólo conocido de oídas y por las estampas del libro de cuentos.

Ya expondremos en otra ocasión qué explicación tienen estas zoofobias y cuál es su significación. Por lo pronto, sólo anticiparemos que tal explicación armoniza perfectamente con el carácter principal de la neurosis de nuestro sujeto en épocas posteriores de su vida. El motivo capital de su enfermedad había sido el miedo a su padre, y tanto su vida como su conducta en el tratamiento se mostraban regidas por su actitud ambivalente ante todo sustitutivo del padre.

Si para nuestro paciente el lobo era tan sólo un primer sustituto del padre habremos de preguntarnos si el cuento del lobo que devora a las cabritas y el de la *Caperucita Roja* integran, como contenido secreto, algo distinto del miedo infantil al padre[1712]. Además, el padre de nuestro paciente, como tantos otros adultos tenía la costumbre de amenazar en broma a los niños, y

seguramente en sus juegos con su hijo durante la más temprana infancia del mismo hubo de decirle más de una vez cariñosamente: «Te voy a comer». Otro de mis pacientes me contó en una ocasión que sus dos hijos no habían podido nunca tomar cariño al abuelo porque cuando jugaba con ellos solía asustarlos en broma diciéndoles que les iba a abrir la tripita para ver lo que tenían dentro.

Dejando a un lado todo lo que pueda anticipar nuestro aprovechamiento de este sueño en la labor analítica, tornaremos a su interpretación directa. He de hacer constar que tal interpretación fue tarea de varios años. El paciente comunico este sueño en la primera época del tratamiento y no tardó en compartir mi convicción de que precisamente detrás de él se ocultaba la causa de su neurosis infantil. En el curso del tratamiento volvimos repetidamente sobre él; pero sólo en los últimos meses de la cura conseguimos desentrañarlo por completo, y por cierto merced a la espontánea labor del paciente. Éste había hecho resaltar siempre dos factores de su sueño que le habían impresionado más que todo el resto. En primer lugar, la absoluta inmovilidad de los lobos, y en segundo, la intensa atención con la que todos ellos le miraban. También la tenaz sensación de realidad con la que terminó el sueño le parecía digna de atención.

A esta última sensación enlazaremos nuestra labor interpretadora. Por nuestra experiencia de la interpretación onírica sabemos que tal sensación de realidad entraña una determinada significación. Nos revela que en el material latente del sueño hay algo que aspira a ser recordado como real, esto es, que el sueño se refiere a un suceso realmente acaecido y no sólo fantaseado. Naturalmente, sólo puede tratarse de la realidad de algo desconocido, de manera que la convicción por ejemplo, de que el abuelo había contado realmente la historia del sastre y el lobo o de haber oído leer el cuento de la *Caperucita Roja* o el de *El lobo y las siete cabritas*, no podía nunca reflejarse en la sensación de realidad prolongada después del sueño. Éste parecía aludir a un suceso cuya realidad era acentuada así en contraposición a la irrealidad de los cuentos.

Si detrás del contenido del sueño habíamos de suponer existente una tal escena desconocida, o sea olvidada en el momento del sueño, tal escena debía de haber sido muy anterior. El sujeto nos dice que en la época de su sueño

tenía tres o cuatro años, cinco a lo más, y por nuestra parte podemos añadir que el sueño le recordó algo que había de pertenecer a una época todavía más temprana.

El descubrimiento del contenido de tal escena debía sernos facilitado por aquello que el sujeto hacia resaltar en el contenido onírico manifiesto, o sea por el atento mirar de los lobos y su inmovilidad. Esperamos, naturalmente, que este material reproduzca con una deformación cualquiera el material desconocido de la escena buscada, deformación que tal vez pueda consistir en una transformación en lo contrario.

De la materia prima que el primer análisis del sueño hubo de suministrarnos podían deducirse varias conclusiones. Detrás de la mención de los rebaños de ovejas debían buscarse las pruebas de la investigación sexual infantil, cuyas interrogaciones podía ver satisfechas el sujeto en sus visitas con el padre a los rediles, pero también indicios de miedo a la muerte, ya que las ovejas habían sucumbido en su mayor parte a la epizootia. El elemento más acusado del sueño, o sea la situación de los lobos en las ramas del árbol, conducía directamente al relato del abuelo, en el cual sólo su relación con el tema de la castración podía ser lo apasionante y el estímulo del sueño.

Del primer análisis incompleto del sueño dedujimos, además, que el lobo era una sustitución del padre, de manera que este primer sueño de angustia habría exteriorizado aquel miedo al padre, que desde entonces había de dominar la vida del sujeto. Tal conclusión no era aún, en modo alguno, obligada. Pero si reunimos como resultado del análisis provisional todo lo que se deduce del material proporcionado por el sujeto, dispondremos ya de los siguientes fragmentos para la reconstrucción:

Un suceso real —acaecido en época muy temprana— el acto de mirar fijamente —inmovilidad— problemas sexuales —castración— el padre —algo terrible.

Un buen día el sujeto inició espontáneamente la continuación de la interpretación de su sueño. Opinaba que aquel fragmento del mismo en que la ventana se abría sola no quedaba totalmente explicado por su relación con la ventana detrás de la cual trabajaba el sastre del cuento y por la que entraba el lobo. A su juicio, debía tener otro sentido: el de que él mismo abría de repente los ojos. Quería, pues, decir que estando dormido había despertado de

pronto y había visto algo: el árbol con los lobos. Nada podía objetarse contra tal interpretación que además podía servir de base a nuevas deducciones. Había despertado y había visto algo. La fija contemplación atribuida en el sueño a los lobos debía más bien ser atribuida al propio sujeto. Resultaba, por tanto, que en un detalle decisivo se había cumplido una inversión, la cual, además, aparecía ya anunciada por otra integrada en el contenido onírico manifiesto que mostraba a los lobos encaramados en las ramas, mientras que en el relato del abuelo estaban abajo y no podían subir al árbol.

¿Y si también el otro detalle acentuado por el sujeto se hallara deformado por una inversión? Entonces, en lugar de inmovilidad (los lobos se mantenían quietos mirándole fijamente, pero sin moverse) se trataría de un agitado movimiento. Así, pues, el sujeto habría despertado de repente y habría visto ante sí una escena muy movida, que contempló con intensa atención. En el primer caso la deformación habría consistido en una transposición de sujeto y objeto, actividad y pasividad, ser mirado en vez de mirar, y en el segundo en una transformación en lo antitético; inmovilidad en lugar de movimiento.

Otra asociación que emergió de repente nos procuró una nueva aproximación a la inteligencia del sueño. El árbol era el árbol de Navidad. El sujeto recordaba ahora haber soñado aquello pocos días antes de Nochebuena, hallándose agitado por la expectación de los regalos que iba a recibir. Como el día de Nochebuena era también su cumpleaños, pudimos ya fijar, con toda seguridad, la fecha del sueño y de la transformación de la cual fue el punto de partida. Había sido poco antes de cumplir los cuatro años. El infantil sujeto se había acostado excitado por la expectación que despertaba en él la proximidad del día que había de traerle dobles regalos. Sabemos que en tales circunstancias los niños anticipan fácilmente en sus sueños el cumplimiento de sus deseos. Así, pues, en el de nuestro paciente era ya Nochebuena y el contenido del sueño le mostraba colgados del árbol los regalos a él destinados. Pero tales regalos se habían convertido en lobos, y en el sueño terminó sintiendo el niño miedo a ser devorado por el lobo (probablemente por el padre) y refugiándose al amparo de la niñera. El conocimiento de su evolución sexual anterior al sueño nos hace posible cegar la laguna existente en el mismo y aclarar la transformación de la satisfacción en angustia. Entre los deseos productores del sueño hubo de ser el más fuerte

el de la satisfacción sexual que por entonces ansiaba recibir de su padre. La intensidad de tal deseo consiguió reavivar la huella mnémica, olvidada hacía ya mucho tiempo de una escena en la que él mismo presenciaba cómo su padre procuraba a alguien satisfacción sexual, y el resultado de esta evolución fue la aparición del miedo-terror ante el cumplimiento de su deseo, represión del impulso representado por el mismo y, en consecuencia, huida lejos del padre y junto a la niñera, menos peligrosa.

La significación que de este modo integraba para él el día de Nochebuena se había conservado en el pretendido recuerdo de haber sufrido el primer acceso de cólera a causa de no haberle satisfecho los regalos recibidos en tal fecha. Este recuerdo integraba elementos exactos e inexactos y no podía ser aceptado como verdadero sin alguna modificación, pues según las repetidas manifestaciones de sus familiares, la alteración del carácter del sujeto se había hecho ya notar a principios de otoño, o sea mucho antes de Nochebuena. Pero lo esencial de las relaciones entre la insatisfacción erótica, la cólera y el día de Nochebuena había sido conservado en el recuerdo.

Ahora bien: ¿cuál podía ser la imagen conjurada por la actuación nocturna del deseo sexual, con poder suficiente para apartar, temeroso, al sujeto del cumplimiento de sus deseos? De acuerdo con el material suministrado por el análisis tal imagen había de llenar una condición, pues tenía que ser adecuada para fundamentar el convencimiento de la existencia de la castración. El miedo a la castración fue luego el motor de la transformación de los efectos.

Llega aquí el punto en el que he de separarme del curso del análisis y temo sea también aquél en que abandone por completo la confianza del lector.

Lo que aquella noche hubo de ser activado en el caso de las huellas de impresiones inconscientes, fue la imagen de un coito entre los padres del sujeto, realizado en circunstancias no del todo habituales y especialmente favorables para la observación. El repetido retorno del sueño durante el curso del tratamiento, en innumerables variantes y nuevas ediciones que fueron siendo sucesivamente explicadas por el análisis, nos permitió ir obteniendo poco a poco respuestas satisfactorias a todas las interrogaciones que a dicha escena hubieron de enlazarse. Resultó así, en primer lugar, que la edad del

niño cuando la sorprendió era la de año y medio[1713]. Padecía entonces de una fiebre palúdica, cuyos accesos retornaban diariamente a una hora determinada[1714]. A partir de sus diez años comenzó a padecer, por temporadas, depresiones que se iniciaban a primera hora de la tarde y alcanzaban su máximo nivel hacia las cinco. Este síntoma subsistía aún en la época del tratamiento analítico. Tales accesos de depresión sustituían a los de fiebre o postración sufridos en aquella pasada época infantil, y las cinco de la tarde había de ser la hora en que por entonces alcanzaba la fiebre su máximo nivel o aquélla en que el infantil sujeto sorprendió el coito de sus padres, si es que coincidieron ambas[1715]. A causa probablemente de su enfermedad, sus padres le habían acogido en su alcoba conyugal. Tal enfermedad, comprobada también por la tradición familiar, nos inclina a situar el acontecimiento en el verano y suponer así para el sujeto, nacido el día de Nochebuena, una edad de n + 1 ½ años. Dormía, pues, en su camita, colocada en la alcoba de sus padres, y despertó, acaso por la subida de la fiebre, avanzada ya la tarde y quizá precisamente a las cinco, hora señalada después de sus accesos de depresión. Con nuestra hipótesis de que se trataba de un caluroso día de verano armoniza el hecho de que los padres se hubiesen retirado a dormir la siesta y se hallasen medio desnudos encima de la cama[1716]. Cuando el niño despertó fue testigo de un *coitus a tergo* repetido por tres veces[1717], pudo ver los genitales de su madre y los de su padre y comprendió perfectamente el proceso y su significación[1718]. Por último, interrumpió el comercio de sus padres en una forma de que más adelante hablaremos.

En el fondo, no tiene nada de extraordinario, ni hace la impresión de ser el producto de una acalorada fantasía, el que un matrimonio joven, casado pocos años antes, se acaricie durante las horas de la siesta en una calurosa tarde de verano sin tener en cuenta la presencia de un niño de año y medio, dormido tranquilamente en su cuna. A mi juicio, se trata de algo trivial y cotidiano, sin que tampoco la postura elegida para el coito tenga nada de extraño, tanto más cuanto que del material probatorio no puede deducirse que el mismo fuese realizado todas las veces en la postura indicada. Una sola vez hubiera bastado para procurar al espectador ocasión de observaciones que otra postura de los actores hubiera dificultado o incluso excluido. El

contenido mismo de esta escena no puede constituir, pues, un argumento contra su verosimilitud, la cual se fundará más bien en otras tres circunstancias diferentes: Primera, que un niño de la temprana edad de año y medio pueda acoger las percepciones de un proceso tan complicado y conservarlas tan fielmente en su inconsciente; segunda, que luego, a los cuatro años de edad, sea posible una elaboración *a posteriori* de las impresiones recibidas, destinada a facilitar su comprensión, y tercera, que exista un procedimiento susceptible de hacer conscientes de un modo coherente y convincente los detalles de una tal escena, vivida y comprendida en semejantes circunstancias[1719].

Examinaremos cuidadosamente estas y otras objeciones, asegurando al lector que, por nuestra parte, adoptamos una actitud no menos crítica que él ante la hipótesis de que el niño pudiera realizar una tal observación, pero rogándole que se decida con nosotros a aceptar *provisionalmente* la realidad de la escena. Queremos primero continuar el estudio de las relaciones de esta *escena primaria*[1720] con el sueño, los síntomas y la historia del paciente. Perseguiremos por separado los efectos emanados de su contenido esencial y los que tienen su punto de partida en una de sus impresiones visuales.

Tal impresión visual es la correspondiente a las posturas que el niño vio adoptar a la pareja parental: erguido el padre, y agachada, en posición animal, la madre. Hemos visto ya que en el período de miedo infantil del sujeto solía asustarle su hermana mostrándole una estampa del libro de cuentos, en la que aparecía el lobo andando en dos pies, con las garras extendidas y las orejas enderezadas. Durante el tratamiento se tomó el trabajo de rebuscar en las librerías de viejo hasta que encontró aquel libro de cuentos de su infancia, y reconoció la estampa que tanto le asustaba en una ilustración del cuento del lobo y las siete cabritas. Opinaba que la postura del lobo en aquella estampa había podido recordarle la de su padre en la escena primaria. Tal estampa fue, de todos modos, el punto de partida de ulteriores medios. Cuando teniendo ya siete u ocho años le comunicaron que al día siguiente vendría a darle clase un nuevo profesor, soñó por la noche que tal profesor, en figura de león, y en la misma postura que el lobo en la famosa estampa, se acercaba rugiendo a su cama y de nuevo despertó, presa de angustia. Como el sujeto había dominado ya su fobia al lobo, se hallaba en situación de elegir un nuevo animal en

calidad de objeto de angustia, y en aquel sueño ulterior elevó al anunciado profesor a la categoría de sustituto del padre.

En los últimos años de su infancia, todos y cada uno de sus profesores desempeñaron este mismo papel de sustitutos del padre, siendo investidos de la influencia paterna, tanto para el bien como para el mal.

El destino deparó al sujeto una ocasión singular de reavivar su fobia al lobo en su época de estudiante de segunda enseñanza y convertir en punto de partida de graves inhibiciones la relación que dicha fobia entrañaba en su fondo. En efecto, el profesor encargado de la clase de latín se llamaba Lobo. El sujeto se sintió intimidado por él desde un principio, y cuando luego se atrajo una grave reprensión por haber cometido en una traducción latina una falta absolutamente estúpida, no logró ya libertarse de un intenso miedo a aquel profesor; miedo que no tardó en extenderse a todos los demás. También el motivo que le atrajo la reprensión citada se relacionaba con sus complejos. Tratábase, en efecto, de traducir la palabra latina *filius*, y el sujeto lo hizo con la palabra francesa *fils*, en lugar de emplear el término correspondiente de su lengua materna. Y es que el lobo era todavía el padre[1721].

El primero de los «síntomas pasajeros[1722]» que el paciente produjo en el tratamiento se refería aún a la fobia al lobo y al cuento de *El lobo y las siete cabritas*. En la habitación en que se desarrollaron las primeras sesiones del tratamiento había un gran reloj de caja frente al paciente, que se hallaba tendido en un diván, casi de espaldas al lugar que yo ocupaba, y me extrañó comprobar que el sujeto volvía de cuando en cuando la cara hacia mí con expresión amable, como tratando de congraciarse conmigo, y miraba después el reloj. Por entonces supuse que mostraba así el deseo de ver terminada pronto la hora del tratamiento, pero mucho tiempo después el sujeto mismo me habló de aquellos manejos suyos, y me procuró su explicación, recordando que la menor de las siete cabritas se escondía en la caja del reloj, mientras que sus hermanas eran devoradas por el lobo. Quería, pues, decirme por entonces: «Sé bueno conmigo. ¿Debo acaso tenerte miedo? ¿Me comerás? ¿Tendré que huir de ti y esconderme, como la cabrita más joven, en la caja del reloj?».

El lobo que le daba miedo era, indudablemente, el padre, pero su miedo al lobo se hallaba ligado a la condición de que el mismo se mostrara en posición

erecta. Su memoria le recordaba con toda precisión que otras estampas que representaban al lobo andando a cuatro pies o metido en la cama, como en la ilustración de la *Caperucita Roja*, no le habían asustado nunca. No fue ciertamente menor la importancia adquirida por la postura que, según nuestra reconstrucción de la escena primaria, había visto adoptar a la mujer, pero tal importancia permaneció limitada al terreno sexual.

El fenómeno más singular de su vida erótica ulterior a la pubertad consistía en accesos de enamoramiento sexual obsesivo, que aparecían y desaparecían en sucesión enigmática, desencadenando en él una gigantesca energía, incluso en períodos de inhibición, y escapando por completo a su dominio. Una interesantísima relación me obliga a aplazar el estudio completo de estos enamoramientos obsesivos, pero puedo ya anticipar que se hallaban enlazados a una determinada condición, oculta a su consciencia, y que sólo durante la cura apareció en ella.

La mujer tenía que mostrársele en la postura que en la escena primordial hemos adscrito a la madre. Desde su pubertad veía el máximo atractivo femenino en unas redondas nalgas opulentas, y la cohabitación, en postura distinta del *coitus a tergo*, no le proporcionaba casi placer. Cabe aquí la objeción de que semejante preferencia sexual es un carácter general de las personas inclinadas a la neurosis obsesiva, no estando, pues, justificada su derivación de una impresión particular de la infancia. Pertenece al cuadro de la disposición erótico-anal, contándose entre aquellos rasgos arcaicos que caracterizan a tal constitución. En el coito *more ferarum* podemos ver, en efecto, la forma más antigua de la cohabitación desde el punto de vista filogénico. Más adelante volveremos sobre este punto, cuando hayamos expuesto el material referente a su condición erótica inconsciente.

Continuemos, pues, el examen de las relaciones entre el sueño y la escena primaria. Según nuestras esperanzas, el sueño debía mostrar al niño, excitado por el próximo cumplimiento de sus deseos en la Nochebuena, la imagen de la satisfacción sexual procurada por el padre, tal y como él la había visto en aquella escena primordial y como modelo de la propia satisfacción que él deseaba recibir del mismo. Pero en lugar de esa imagen aparece el material del cuento que su abuelo le había contado poco antes: el árbol, los lobos y la falta de cola, representada en forma de supercompensación por las colas

frondosas de los supuestos lobos. Nos falta aquí un enlace, un puente asociativo que nos conduzca desde el contenido de la historia primordial al del cuento del lobo, y tal enlace nos es procurado de nuevo por la postura y sólo por ella. En el cuento del abuelo, el lobo rabón invita a los demás a *subirse encima de él*. Este detalle despertó el recuerdo de la imagen de la escena primaria, y por este camino pudo ya quedar representado el material de la escena primordial por el del cuento del lobo, siendo sustituida al mismo tiempo en la forma deseada la cifra dual de los padres por la pluralidad de los lobos.

Por último, la adaptación del material del cuento del sastre y el lobo al contenido del cuento de las siete cabritas, del que tomó el número siete, impuso una nueva modificación al contenido onírico[1723].

La transformación del material —escena primordial, cuento del lobo, cuento de las siete cabritas— refleja la progresión del pensamiento durante la elaboración del sueño: deseo de alcanzar la satisfacción sexual con ayuda del padre —reconocimiento de la condición de la castración, a ella enlazada—, miedo al padre.

A mi juicio, queda así exhaustivamente aclarado el sueño de angustia, soñado por nuestro sujeto a los cuatro años[1724].

Después de lo anteriormente expuesto puedo ya concretar a breves indicaciones sobre el efecto patógeno de la escena primaria y la alteración que su despertar provocó en la evolución sexual del sujeto. Perseguiremos tan sólo aquel efecto que el sueño exterioriza.

Más adelante nos explicaremos que de la escena primordial no emanase una sola corriente sexual, sino toda una serie de ellas, como en una fragmentación de la libido. Habremos además de tener en cuenta que la «activación» de esta escena (evito intencionadamente emplear la palabra «recuerdo») provoca los mismos efectos que si fuera un suceso reciente. La escena actúa *a posteriori*, sin haber perdido nada de su lozanía en el intervalo entre el año y medio y los cuatro años.

Quizá encontremos más adelante un nuevo punto de apoyo para demostrar que ya en la época de su percepción, o sea a partir del año y medio del sujeto, provocó determinados efectos.

Cuando el paciente profundizaba en la situación de la escena primordial

extraía a la luz las siguientes autopercepciones:

Había supuesto al principio que el proceso observado era un acto violento, pero tal hipótesis no armonizaba con la expresión placentera que había advertido en el rostro de su madre, debiendo así reconocer que se trataba de una satisfacción[1725]. Lo esencialmente nuevo que la observación del comercio sexual de sus padres hubo de procurarle fue el convencimiento de la realidad de la castración, cuya posibilidad había ocupado ya antes sus pensamientos. (La vista de las dos niñas orinando, la amenaza de la *chacha*, la interpretación dada por la institutriz a los caramelos de colores, el recuerdo de que su padre había cortado en pedazos a una culebra.) Pues ahora veía con sus propios ojos la herida, de la que la *chacha* le había hablado, y comprendía que su existencia era condición indispensable del comercio sexual con el padre. No podía ya, por tanto, confundirla con el trasero como cuando vio orinar a las niñas[1726].

El desenlace de su sueño fue un acceso de angustia, del que no logró tranquilizarse hasta que tuvo junto a sí a su *chacha*. Huyó, pues, lejos de su padre, refugiándose al amparo de la niñera. Tal angustia era una repulsa del deseo de que su padre le procurara la satisfacción sexual, deseo que le había inspirado el sueño. Su exteriorización en el miedo de ser devorado por el lobo era tan sólo una mutación —regresiva, como más adelante veremos del deseo de servir de objeto sexual al padre; esto es, de ser satisfecho por él como su madre. Su último fin sexual, la actitud pasiva con respecto al padre, había sucumbido a una represión, siendo sustituido por el miedo al padre bajo la forma de la fobia al lobo.

¿Cuál podría ser la fuerza motora de esta represión? Conforme a la situación general, no podría ser más que la libido-genital narcisista, que se resistía, en calidad de preocupación de perder su miembro viril, contra una satisfacción, de la cual parecía condición indispensable la renuncia al mismo. Del narcisismo amenazado extrajo el sujeto la virilidad con la cual se defendió contra la actitud pasiva con respecto al padre.

Vemos ahora que en este punto de nuestra exposición hemos de modificar nuestra terminología. Durante su sueño el sujeto había analizado una nueva fase de su organización sexual. Las antítesis sexuales habían sido para él hasta entonces actividad y pasividad. Su fin sexual era desde la seducción un

fin pasivo: el de que le tocaran los genitales, y luego se transformó, por regresión al estadio anterior de la organización sádico-anal, en el fin masoquista de ser castigado y golpeado, siéndole indiferente alcanzarlo con el hombre o con la mujer. De este modo el sujeto había pasado desde la *chacha* hasta su padre, sin tener para nada en cuenta la diferencia de sexo; había pedido a la *chacha* que le tocase el miembro, y había querido irritar a su padre para que le castigase. En todo esto no intervenía para nada el órgano genital. En la fantasía de ser golpeado en el pene se exteriorizó aún la relación, encubierta por la regresión. La «activación» de la escena primaria en el sueño le retrotrajo entonces a la organización genital. Descubrió la vagina y la significación biológica de los conceptos masculino y femenino, y comprendió ya que activo era igual que masculino, y pasivo, lo mismo que femenino. Su fin sexual pasivo se hubiera tenido que convertir entonces en un fin femenino y tomar como expresión la de servir de objeto sexual al padre en lugar de la de ser golpeado por él en el miembro o en el trasero. Este fin femenino sucumbió a la represión y tuvo que dejarse sustituir por el miedo al lobo.

Hemos de interrumpir aquí la discusión de su evolución sexual hasta que posteriores estadios de su historia arrojen nueva luz sobre éstos, más tempranos. En cuanto a la fobia al lobo añadiremos todavía que tanto el padre como la madre eran lobos para el sujeto. La madre era el lobo castrado, que deja que los demás se suban encima de él, y el padre, el lobo que sobre él se subía. Pero su miedo no se refería, como ya le hemos oído asegurar, más que al lobo en posición erecta, o sea al padre. Ha de extrañarnos además que el miedo, con el que se desenlazó el sueño, tuviera un modelo en el relato del abuelo. En éste el lobo castrado que ha dejado subirse encima de él a los demás es acometido por el miedo en cuanto se le recuerda su carencia de cola. Parece, pues, que el sujeto hubo de identificarse durante el proceso del sueño con la madre castrada, y se resistía luego contra tal identificación. Daremos de este punto una traducción, que suponemos exacta: '*Si quieres ser sexualmente satisfecho por tu padre, tienes que dejarte castrar, como tu madre, y eso no puedes quererlo*'. Trátase, pues, de una clara protesta de la masculinidad. Pero habremos de tener en cuenta que la evolución sexual del caso que aquí perseguimos tiene para nuestra investigación la gran desventaja

de haber sido múltiplemente perturbada. Es influida primero decisivamente por la seducción y desviada luego por la observación del coito, que actúa *a posteriori* como una segunda seducción.

V. Discusión.

SE ha dicho que el oso polar y la ballena no pueden hacer la guerra porque, hallándose confinados cada uno en su elemento, les es imposible aproximarse. Pues bien: idénticamente imposible me es a mí discutir con aquellos psicólogos y neurólogos que no reconocen las premisas del psicoanálisis y consideran artificiosos sus resultados. En cambio, se ha desarrollado en los últimos años una oposición por parte de otros investigadores, que, por lo menos a su propio juicio, permanecen dentro del terreno del análisis y que no niegan su técnica ni sus resultados, pero se creen con derecho a deducir del mismo material conclusiones distintas y someterlo a distintas interpretaciones.

Ahora bien: la contradicción teórica es casi siempre infructuosa. En cuanto empezamos a alejarnos del material básico corremos peligro de emborracharnos con nuestras propias afirmaciones y acabar defendiendo opiniones que toda observación hubiera demostrado errónea. Me parece, pues, mucho más adecuado combatir las teorías divergentes contrastándolas con casos y problemas concretos.

He dicho antes que seguramente se tacharán de inverosímiles las siguientes circunstancias: Primera, que un niño de la temprana edad de año y medio pueda acoger las percepciones de un proceso tan complicado y conservarlas tan fácilmente en su inconsciente; segunda, que luego, a los cuatro años de edad, sea posible una elaboración *a posteriori* de las impresiones recibidas destinadas a facilitar su comprensión, y tercera, que existe un procedimiento susceptible de hacer consciente de un modo coherente y convincente los detalles de una escena vivida y comprendida en semejantes circunstancias.

La última cuestión es puramente de hecho. Quien se tome el trabajo de

llevar el análisis a tales profundidades, por medio de la técnica prescrita, se convencerá de que existe un tal procedimiento; en cambio, quien así no lo haga e interrumpa el análisis en un estrato cualquiera más próximo a la superficie, habrá renunciado al mismo tiempo a toda posibilidad de encontrarlo. Pero con esto no queda resuelta la interpretación de lo alcanzado por medio del análisis abisal.

Las otras dos objeciones se apoyan en una valoración insuficiente de las impresiones de la temprana infancia, de las cuales no se acepta que puedan producir efectos tan duraderos. Tales objeciones quieren buscar casi exclusivamente la motivación de las neurosis en los conflictos más serios de la vida posterior y suponen que la importancia de la niñez no es fingida en el análisis por la inclinación de los neuróticos a expresar sus intereses presentes en reminiscencia y símbolos de su más lejano pasado. Con tal estimación del factor infantil desaparecían muchas de las peculiaridades más íntimas del análisis, pero también, por otro lado, gran parte de lo que crea resistencia contra ellos y le enajena la confianza de los profanos.

Ponemos, pues, a discusión la teoría de que aquellas escenas de la más temprana infancia, a cuyo conocimiento llegamos en todo análisis exhaustivo de una neurosis, por ejemplo, en el de nuestro caso, no serían reproducciones de sucesos reales a los que pudiéramos atribuir una influencia sobre la conformación de la vida posterior y sobre la producción de síntomas, sino fantasías provocadas por estímulos pertenecientes a la edad adulta destinadas a una representación en cierto modo simbólica de deseos e intereses reales y que deben su génesis a una tendencia regresiva, a un desvío de las tareas del presente. Siendo así, resultaría posible prescindir de todas las desconcertantes hipótesis analíticas sobre la vida anímica y la función intelectual de los años en su más temprana infancia.

En favor de esta teoría hablan no sólo el deseo que a todos nos es común de hallar una racionalización y una simplificación de nuestra difícil labor, sino también ciertos factores efectivos. Y también podemos librarla desde un principio de una objeción que habría de surgir precisamente en el ánimo del analista práctico. Hemos de confesar, en efecto, que el hecho de que tal concepción de estas escenas infantiles se demostrase exacta, no traería consigo modificación alguna inmediata en la práctica del análisis. Una vez

que el neurótico entraña la perniciosa particularidad de apartar su interés del presente y adherirlo a tales sustituciones regresivas, producto de su fantasía, no podemos hacer más que seguirle en su camino y llevar a su consciencia dichos productos inconscientes; pues, aunque carezcan de todo valor de realidad, son para nosotros muy valiosos como substratos actuales del interés por el enfermo, interés que queremos apartar de ellos para orientarlo hacia las tareas del presente. Por tanto, el análisis seguiría exactamente el mismo curso de aquellos otros en los que el analista, ingenuo y confiado, cree verdaderas tales fantasías. La diferencia surgirá tan sólo al final del análisis, una vez descubiertas las fantasías de referencia. Diríamos entonces al enfermo: «Su neurosis ha transcurrido como si en sus años infantiles hubiera usted recibido tales impresiones y hubiese luego edificado sobre ellas. Pero reconocerá usted que ello no es posible. Se trataba simplemente de productos de su actividad imaginativa destinados a apartarle a usted de tareas reales que le planteaba la vida. Ahora investigaremos cuáles eran tales tareas y qué caminos de enlace han existido entre las mismas y sus fantasías». A esta solución de las fantasías infantiles podría luego seguir una segunda fase del tratamiento orientada ya hacia la vida real.

Técnicamente, sería imposible hacer más corto este camino, o sea modificar el curso hasta ahora habitual de la cura psicoanalítica. Si no hacemos conscientes al enfermo tales fantasías en toda su amplitud, no podremos facilitarle la libre disposición del interés a ellas ligado. Si le apartamos de ellas en cuanto llegamos a sospechar su existencia y vislumbrar sus contornos generales, no haremos más que apoyar la obra de la represión, por la cual han llegado a ser inaccesibles a todos los esfuerzos del enfermo. Y si las despojamos prematuramente de su valor, comunicando, por ejemplo, al sujeto que se tratará tan sólo de fantasías carentes de toda significación real, no lograremos nunca su colaboración para llevarlas hasta su consciencia. Así, pues, procediendo correctamente, la técnica analítica no experimentará modificación alguna, cualquiera que sea el valor que se conceda a las escenas infantiles discutidas.

Hemos dicho que la concepción de estas escenas como fantasía regresiva puede alegar en su apoyo ciertos factores afectivos. Ante todo, el siguiente: Estas escenas infantiles no son reproducidas en la cura como recuerdos: son

resultados de la construcción. Seguramente, habrá alguien que crea ya resuelto el problema con esta sola confesión.

Pero no quisiera ser mal interpretado. Todo analista sabe muy bien y ha comprobado infinitas veces que, en una cura llevada a buen término, el paciente comunica multitud de recuerdos espontáneos de sus años infantiles, de cuya aparición —o, mejor quizá, de cuya primera aparición— el médico no se siente en modo alguno responsable, ya que nunca ha orientado al enfermo con ninguna tentativa de reconstrucción hacia tales contenidos. Estos recuerdos, antes inconscientes, no tienen siquiera que ser verdaderos; pueden serlo, pero muchas veces han sido deformados contra la verdad y entretejidos con elementos fantaseados, como sucede con los llamados recuerdos encubridores, los cuales se conservan espontáneamente. Quiero decir tan sólo que estas escenas como la de nuestro sujeto, pertenecientes a tan temprana época infantil, con tal contenido y de tan extraordinaria significación en la historia del caso, no son generalmente reproducidas como recuerdos, sino que han de ser adivinadas —construidas— paso a paso y muy laboriosamente de una suma de alusiones e indicios.

Ahora bien: no soy de opinión que estas escenas tengan que ser necesariamente fantasías porque no sean evocadas como recuerdos. Me parece por completo equivalente al recuerdo el hecho de que sean sustituidas como en nuestro caso por sueños cuyos análisis nos conducen regularmente a la misma escena y que reproducen, transformándolos infatigablemente, todos y cada uno de los fragmentos del contenido de la misma. El soñar es también un recordar aunque bajo las condiciones del estado de reposo y de la producción onírica. Por este retorno en los sueños me explico que en el paciente mismo se forme paulatinamente una firme convicción de la realidad de las escenas primarias, convicción que no cede en absoluto a la fundada en el recuerdo[1727].

Sin embargo, mis adversarios no han de verse obligados a abandonar la lucha ante este argumento, dándola ya por perdida, pues, como es sabido, existe la posibilidad de orientar los sueños de un tercero[1728]. Y de este modo, la convicción del analizador puede ser un resultado de la sugestión, para la que aún se sigue buscando un papel en el juego de fuerzas del tratamiento analítico. El psicoterapeuta de la antigua escuela sugeriría a su

paciente que había recobrado la salud, dominando sus inhibiciones, etc. Y, en cambio, el psicoanalítico le sugeriría haber tenido de niño tal o cual vivencia que ahora le era preciso recordar para curarse. Tal sería la sola diferencia entre ambos.

Habremos de hacer constar que esta última tentativa de explicación de nuestros adversarios reduce la significación de las escenas infantiles mucho más de lo que en un principio parecía su propósito. Dijeron, en efecto, que no eran realidades, sino fantasías, y ahora resulta que no se trata siquiera de fantasías del enfermo, sino del mismo analista, el cual se las impone al analizado por medio de determinados complejos personales. Claro está que el analista que se oiga hacer este reproche evocará, para su tranquilidad, cuán poco a poco ha ido tomando cuerpo la construcción de aquella fantasía supuestamente inspirada por él al enfermo, cuán independiente del estímulo médico se ha demostrado en muchos puntos su conformación, cómo a partir de una cierta fase del tratamiento pareció converger todo hacia ella, cómo luego, en la síntesis, emanaron de ellas los más diversos y singulares efectos y cómo en aquella única hipótesis hallaron su solución los grandes y pequeños problemas y singularidades del historial de la enfermedad, y hará constar que no se reconoce penetración suficiente para descubrir un suceso que por sí solo pueda llenar todas estas condiciones. Pero tampoco este alegato hará efecto alguno a los contradictores, que no han vivido por sí mismos el análisis. Seguirán diciendo que el psicoanalítico se engaña refinadamente a sí mismo, y éste los acusará, por su parte, de falta absoluta de penetración, sin que sea posible llegar a decisión alguna.

Examinaremos ahora otro de los factores favorables a la concepción contraria de las escenas infantiles construidas. Es el siguiente: Todos los procesos alegados para la explicación de tales productos discutidos como fantasías existen realmente, y ha de reconocerse su importancia. El desvío del interés de las tareas de la vida real[1729], la existencia de fantasías como productos sustitutivos de los actos omitidos, la tendencia regresiva que se manifiesta en tales creaciones —regresiva en más de un sentido, en cuanto se inician simultáneamente un apartamiento de la vida y un retorno al pasado—; todo ello es exacto y puede comprobarse regularmente por medio del análisis. En consecuencia, es de esperar que baste también para aclarar las supuestas

reminiscencias infantiles discutidas, y de acuerdo con los principios económicos de la ciencia, tal explicación habría de ser preferida a otra para la cual fuesen necesarias nuevas y desconcertantes hipótesis.

Me permito llamar aquí la atención de mis lectores sobre el hecho de que las objeciones formuladas hasta hoy contra el psicoanálisis siguen, generalmente, la forma de tomar la parte por el todo. Se extrae de un conjunto altamente compuesto una parte de los factores eficientes, se los proclama verdaderos y se niega luego, en favor suyo, la otra parte y el todo. Examinando más de cerca qué grupo ha sido objeto de semejante preferencia, hallamos que es siempre aquel que integra lo ya conocido por otros caminos a lo que más fácilmente puede enlazarse a ello. Jung elige así la actualidad y la regresión, y Adler los motivos egoístas. En cambio, es abandonado y rechazado como erróneo cuanto de nuevo y de peculiarmente propio integra el análisis. Por este camino es por el que resulta más fácil rechazar los progresos revolucionarios del incómodo psicoanálisis.

No será inútil acentuar que ninguno de los factores en los que nuestros contrarios apoyan su concepción de las escenas infantiles ha tenido que ser enseñado por Jung como una novedad. El conflicto actual, el apartamiento de la realidad, la satisfacción sustitutiva en la fantasía y la regresión al material del pasado; todo ello ha constituido desde siempre, precisamente en el mismo ajuste y quizá con menos modificaciones terminológicas, una parte integrante de mi propia teoría. Pero no la constituye toda, sino tan sólo el fragmento que integra aquella parte de la motivación que colabora en la producción de las neurosis, actuando desde la realidad como punto de partida y en dirección regresiva. Junto a ella he dejado lugar suficiente para una segunda influencia progresiva que actúa partiendo de las impresiones infantiles, muestra el camino a la libido que se retira de la vida y hace comprensible la regresión a la infancia, inexplicable de otro modo. Así, pues, según mi teoría, los dos factores colaboran en la producción de síntomas. Pero existe aún una colaboración anterior que me parece igualmente importante, pues la *influencia de la infancia se hace ya sensible en la situación inicial de la producción de las neurosis, en cuanto determina, de un modo decisivo, si el individuo ha de fracasar en la superación de los problemas reales de la vida y en qué lugar ha de fracasar*.

Se discute, pues, la importancia del factor infantil. Nuestra labor consistirá en hallar un ejemplo práctico que pueda demostrar tal importancia sin dejar lugar alguno de duda. Tal ejemplo es precisamente el caso patológico que aquí vamos exponiendo tan detalladamente y que se caracteriza por la particularidad de que a la neurosis de la edad adulta precedió una neurosis padecida en tempranos años infantiles. Precisamente por esta circunstancia he elegido este caso para su comunicación. Si alguien quisiera rechazarlo por el hecho de no parecerle suficientemente importante la zoofobia para reconocerla como una neurosis independiente, habremos de señalarle que a tal fobia se enlazaron sin intervalo alguno un ceremonial obsesivo y actos e ideas del mismo carácter, de los cuales trataremos en los capítulos siguientes del presente estudio.

Una enfermedad neurótica en el cuarto o quinto año de la infancia demuestra ante todo, que las vivencias infantiles bastan por sí solas para producir una neurosis, sin que sea necesaria la huida ante una labor planteada por la vida. Se objetará que también al niño le son planteadas de continuo tareas a las que acaso quisiera escapar. Exacto; pero la vida de un niño antes de su época escolar es fácil de revisar y puede investigarse si existió en ella una «tarea» determinante de la causación de la neurosis. Pero sólo descubrimos impulsos instintivos cuya satisfacción es imposible al niño, incapaz también todavía para sojuzgarlos, y las fuentes de las cuales manan dichos impulsos.

La enorme abreviación del intervalo entre la explosión de la neurosis y la época de las vivencias infantiles discutidas permite, como era de esperar, reducir a un minimum la parte regresiva de la causación y presenta a la vista, sin velo alguno, la parte progresiva de la misma, la influencia de impresiones anteriores. Esperamos que el presente historial clínico ilustre claramente tal circunstancia. Y todavía por otras razones la neurosis infantil da a la cuestión de la naturaleza de las escenas primarias, o sea de las vivencias infantiles más tempranas descubiertas en el análisis, una respuesta decisiva.

Si suponemos como premisa indiscutida que una tal escena primaria ha sido irreprochablemente desarrollada desde el punto de vista técnico, que es indispensable para la solución sintética de todos los enigmas que nos plantea el cuadro de síntomas de la enfermedad infantil y que todos los efectos

emanan de ella como a ella han llevado todos los hilos del análisis, tal escena no podrá ser, en cuanto a su contenido, más que la reproducción de una realidad vivida por el niño. Pues el niño, lo mismo que el adulto, sólo puede producir fantasías con material adquirido en alguna parte. Ahora bien: los caminos de tal adquisición se hallan en parte cerrados al niño (por ejemplo, la lectura), y el tiempo de que dispone para ella es corto y puede ser investigado fácilmente en busca de las fuentes correspondientes.

En nuestro caso, la escena primordial contiene la imagen del comercio sexual entre los padres y en una postura especialmente favorable para ciertas observaciones. Nada testimoniaría suficientemente en favor de la realidad de esta escena si se tratara de un enfermo cuyos síntomas, o sea los efectos de la misma, hubieran aparecido en cualquier momento de su vida adulta. Tal enfermo puede haber adquirido en los más distintos momentos del largo intervalo las impresiones, representaciones y conocimientos que luego, transformados en una imagen fantástica, son proyectados regresivamente sobre su infancia y adheridos a sus padres. Pero cuando los efectos de una tal escena aparecen teniendo el sujeto cuatro o cinco años, es preciso que el niño la haya presenciado en edad aún más temprana. Y entonces quedan en pie todas las conclusiones desconcertantes a las que nos ha llevado el análisis de la neurosis infantil. Es como si alguien quisiera suponer que el paciente no sólo había fantaseado inconscientemente la escena primaria, sino que había confabulado también la alteración de su carácter, su miedo al lobo y su obsesión religiosa, hipótesis abiertamente contradicha por la idiosincrasia del sujeto y por el testimonio directo de sus familiares. Así, pues, no veo posibilidad alguna de llegar a otra conclusión: O el análisis que tiene en su neurosis infantil su punto de partida es, en general, un desatino o todo sucedió exactamente tal y como lo hemos expuesto.

Hubo de extrañarnos también la circunstancia equívoca de que la preferencia del paciente por las nalgas femeninas y por el coito en aquella postura en que las mismas resaltan más especialmente, pareciera exigir en este caso una derivación de la observación del coito parental, siendo así que se trataba de un rasgo general de las constituciones arcaicas predispuestas a la neurosis obsesiva. Mas ahora hallamos una sencilla explicación que soluciona la contradicción, mostrándonosla como una superdeterminación. La

persona a quien el sujeto vio realizar el coito en tal postura era su propio padre, del cual podía muy bien haber heredado tal preferencia constitucional. Ni la posterior enfermedad del padre ni la historia de la familia contradicen tal hipótesis, pues, como ya hemos dicho, un hermano del padre murió en un estado que había de ser considerado como el desenlace de una grave neurosis obsesiva.

A este respecto, recordamos que la hermana del sujeto, al seducirle cuando tenía tres años y tres meses, lanzó contra la honrada y anciana niñera la singular calumnia de que ponía a los hombres cabeza abajo y les cogía después los genitales. En este punto hubo de imponérsenos la idea de que quizá también la hermana hubiera presenciado en años igualmente tempranos la misma escena que luego su hermano, habiendo extraído de ellas el estímulo a colocar a los actores cabeza abajo en el acto sexual. Esta hipótesis nos señalaría también una de las fuentes de su propia precocidad sexual.

[Primitivamente no abrigaba la intención de continuar más allá de este punto la discusión del valor real de las «escenas primarias», pero como en el entretanto he tenido ocasión de tratar este tema en mis conferencias de *Lecciones introductorias al Psicoanálisis*, en un más amplio contexto y ya sin intención polémica, sería muy dado a malas interpretaciones que omitiera la aplicación de los puntos de vista allí determinantes al caso que aquí nos ocupa. Así, pues, continuaré el presente estudio complementando y rectificando, cuando sea necesario, lo anteriormente expuesto. Es posible todavía una distinta concepción de la escena primaria en que el sueño se basa, concepción que se aparta mucho de la conclusión antes sentada y que nos allana algunas dificultades. De todos modos, la teoría que quiere dejar reducidas las escenas infantiles a símbolos regresivos no habrá de ganar nada con esta modificación. Por el contrario, creo que ha de quedar definitivamente refutada por este análisis de una neurosis infantil, como habría de serlo por cualquier otro.

Opino, en efecto, que también podemos explicarnos el estado de cosas en la forma siguiente: No nos es posible renunciar a la hipótesis de que el niño hubo de observar un coito cuya vista le inspiró la convicción de que la castración podía ser algo más que una amenaza desprovista de sentido. Y por otro lado, la importancia que luego demostraran entrañar las actitudes del

hombre y de la mujer en cuanto al desarrollo de angustia y como condición erótica nos impone la conclusión de que hubo de tratarse de un *coitus a tergo, more ferarum*. Pero hay, en cambio, otro factor que no es tan indispensable y puede ser abandonado. No fue, quizá, un coito de los padres, sino un coito entre animales el que el niño observó y desplazó luego sobre los padres, como si hubiera deducido que tampoco los padres lo hacían de otro modo.

En favor de esta hipótesis testimonia, sobre todo, el hecho de que los lobos del sueño fueron, en realidad, perros de ganado y aparecieron también como tales en el dibujo del paciente. Poco tiempo antes del sueño el niño había sido llevado varias veces por su padre a visitar los rebaños donde pudo ver tales perros blancos y de gran tamaño y observarlos probablemente también en el acto del coito. Con esta circunstancia puede relacionarse también la triple repetición que el paciente asignó al acto sin motivación ninguna, suponiendo conservado en su memoria el hecho de haber sorprendido en tres distintas ocasiones a los perros del ganado en tal situación. Lo que luego se agregó a ello en la excitada expectación de la noche de su sueño fue la transferencia de la huella mnémica recientemente adquirida, con *todos* sus detalles, sobre los padres, y esta transferencia fue ya lo que provocó los intensos afectos que sabemos. Se desarrolló entonces una comprensión *a posteriori* de aquellas impresiones recibidas quizá pocas semanas antes, proceso que todos conocemos por haberlo experimentado con nosotros mismos. La transferencia de los perros en el acto del coito, sobre los padres, no fue llevada a cabo por el sujeto mediante un proceso deductivo verbal, sino buscando en su memoria el recuerdo de una escena real en la cual aparecieran juntos sus padres y que pudiera fundirse con la situación del coito. Tal escena podía reproducir fielmente todos los detalles descubiertos en el análisis del sueño, pero haber sido totalmente inocente, consistiendo tan sólo en que una tarde de verano y durante su enfermedad el niño habría despertado y visto a sus padres ante sí vestidos con blancos trajes estivales. Todo el resto lo habría añadido, tomándolo de las observaciones realizadas en las visitas a los rebaños el ulterior deseo del sujeto, poseído por la curiosidad sexual de sorprender también a sus padres en el acto del coito, y entonces la escena así fantaseada desplegó todos los efectos reseñados, los mismos exactamente que si hubiera sido real y no artificialmente construida con dos

elementos, anterior e indiferente el uno, y posterior y muy impresionante el otro.

Vemos en el acto cuán disminuido queda así el margen de credulidad que se nos achaca. No necesitamos ya suponer que los padres realizaron el coito en presencia de un hijo suyo, aunque fuera muy pequeño, cosa que para muchos de nosotros constituía una imagen displaciente, y el intervalo entre la escena primaria y sus efectos queda también muy abreviado, comprendiendo tan sólo unos cuantos meses del cuarto año del sujeto sin llegar ya a los primeros oscuros años de la infancia. En la conducta del niño que transfiere a sus padres lo observado en los perros y se asusta del lobo en lugar de asustarse de su padre no queda ya apenas nada desconcertante. Se encuentra, en efecto, en aquella fase de su concepción del universo a la que en nuestro apartado IV de estas Obras Completas (*Tótem y tabú*), hemos calificado de retorno al totemismo. La teoría que intenta explicar las escenas primordiales de la neurosis como fantasías regresivas de épocas posteriores parece hallar un firme apoyo en nuestra observación, no obstante la temprana edad de nuestro neurótico (cuatro años). A pesar de ella ha conseguido sustituir una impresión recibida a los cuatro años por un trauma imaginario supuestamente experimentado cuando tenía año y medio. Pero esta regresión no nos parece enigmática ni tendenciosa. La escena que se trataba de construir había de llenar ciertas condiciones que, dadas las circunstancias de la vida del sujeto, sólo podían haberse cumplido en aquella temprana edad; por ejemplo, la de hallarse durmiendo en la alcoba de sus padres.

Las observaciones que siguen, extraídas de los resultados analíticos de otros casos, habrán de constituir para la mayoría de nuestros lectores la prueba decisiva de la exactitud de esta nueva concepción. La aparición en el análisis de enfermos neuróticos, de una tal escena —sea recuerdo real o fantasía— en la que el sujeto sorprende un coito entre sus padres no es verdaderamente nada insólito. Es muy posible que el análisis de sujetos no neuróticos nos la descubriera con igual frecuencia y acaso forma parte del acervo mnémico general, consciente o inconsciente. Pero siempre que el análisis me ha conducido hasta una tal escena ha integrado ésta la misma peculiaridad que tanto nos extrañó en el caso de nuestro paciente: la de referirse a un *coitus a tergo*, único que permite al espectador la inspección de

los genitales. En estos casos no dudamos ni un solo momento de que se trata de una fantasía, estimulada, quizá regularmente, por la observación del comercio sexual entre los animales. Y aún hay más: he hecho constar que mi exposición de la escena primordial permanecerá incompleta, pues me reservaba para más adelante comunicar en qué forma perturbó el niño el coito de los padres. Añadiré ahora que también la forma de tal perturbación es en todos los casos la misma.

Supongo que en todo esto me habré expuesto a graves sospechas por parte de los lectores de este historial clínico. Si poseía tales argumentos favorables a una semejante interpretación de la «escena primordial», ¿cómo pude echar sobre mí la responsabilidad de aceptar otra de aspecto tan absurdo? ¿O acaso es que sólo en el intervalo entre la primera redacción del historial clínico y este complemento es cuando he descubierto aquellos nuevos datos que me han obligado a esta rectificación de mi interpretación inicial y no quería confesarlo por algún motivo? Confesaré, en cambio, otra cosa, y es que me propongo cerrar por ahora la discusión sobre el valor real de la escena primaria con un *non liquet*[1730]. No hemos llegado aún al término de este historial, y en su curso posterior habrá de surgir un factor que perturbará la seguridad de lo que ahora creemos poder regocijarnos. Entonces sólo me quedará remitir a los lectores a aquellos pasajes de mis *Lecciones introductorias al psicoanálisis*, en los cuales he estudiado el problema de las fantasías o escenas primarias.]

VI. La neurosis obsesiva.

POR tercera vez sufrió el sujeto un influjo que modificó su evolución en forma decisiva. Cuando llegó a los cuatro años y medio sin que su estado de irritabilidad y de miedo continuo hubiera mejorado, la madre decidió enseñarle la Historia Sagrada con la esperanza de distraerle así y reanimarle. Y, en efecto, lo consiguió, pues la iniciación de los dogmas religiosos puso un término a la fase de angustia; pero, en cambio, trajo consigo una sustitución de los síntomas de angustia por síntomas obsesivos.

Si hasta entonces le había costado trabajo conciliar el sueño porque temía soñar cosas terribles, como en aquella noche próxima a la Navidad, ahora tenía que besar, antes de acostarse, todas las estampas de santos que colgaban de las paredes de su alcoba y trazar innumerables cruces sobre su propia persona y su cama.

La niñez del sujeto se nos muestra ya claramente dividida en los siguientes períodos: En primer lugar, la época prehistórica hasta la seducción (a los tres años y tres meses), época a la cual pertenece la escena primordial; en segundo, el período de alteración del carácter hasta el sueño de angustia (a los cuatro años), en tercero, la zoofobia hasta la iniciación religiosa (a los cuatro años y medio), y a partir de aquí, la fase de neurosis obsesiva hasta los diez años. Ni la naturaleza de las circunstancias ni tampoco la de nuestro paciente, caracterizada, al contrario, por la conservación de todo lo antecedente y la coexistencia de las más distintas corrientes, hubieron de permitir una sustitución instantánea y precisa de una fase por la siguiente. La irritabilidad no desapareció al surgir la angustia y se extendió luego, disminuyendo paulatinamente a través de la época de fervor religioso. En cambio, en esta última fase no aparece ya para nada la fobia al lobo. La neurosis obsesiva mostró un curso discontinuo; el primer acceso fue el más largo y el más intenso, surgiendo luego otros a los ocho y a los diez años del sujeto y siempre después de sucesos visiblemente relacionados con el contenido de la neurosis. La madre le relataba por sí misma la Historia Sagrada y hacía además que la *chacha* le leyera trozos del libro y le enseñara las ilustraciones. Naturalmente, dedicaron máxima atención a la historia de la Pasión La *chacha*, mujer tan piadosa como supersticiosa, le procuraba las explicaciones que demandaba, teniendo que oír y satisfacer todas las objeciones y las dudas de pequeño crítico. Si las luchas internas que entonces comenzaron a conmoverle tuvieron como desenlace una victoria de la fe, ello se debió considerablemente a la influencia de la *chacha*.

Aquello que el sujeto me relató en calidad de recuerdo de sus reaccione a la iniciación religiosa despertó al principio en mí una absoluta incredulidad pues juzgaba que tales pensamientos no podían ser nunca los de un niño de cuatro años y medio a cinco, y supuse que desplazaba a esta lejana época de su pasado ideas procedentes de las reflexiones de su edad adulta, cercana ya a

los treinta años[1731]. Pero el paciente rechazó con toda precisión semejante hipótesis y, como en otras muchas ocasiones, no pudimos llegar a un acuerdo sobre este punto hasta que la relación de las ideas recordadas con los síntomas contemporáneos a las mismas, así como su interpolación en su evolución sexual, me obligó a darle crédito. Y hube de decirme también que precisamente aquellas críticas de las doctrinas religiosas, que yo me resistía a atribuir a un niño, sólo eran ya sostenidas por una minoría de adultos cada vez más pequeña y en trance de desaparecer.

Comenzaré por exponer sus recuerdos y sólo después buscaré el camino que ha de llevarnos a la comprensión de los mismos.

Como ya hemos dicho, la impresión que el contenido de la Historia Sagrada produjo al infantil sujeto no fue al principio nada grata. Comenzó por extrañar el carácter pasivo de Cristo en su martirio y luego todo el conjunto de su historia, y orientó sus más severas críticas contra Dios Padre. Siendo omnipotente, era culpa suya que los hombres fuesen malos y atormentasen a sus semejantes, yendo luego por ello al infierno. Debía haberlos hecho buenos y, por tanto, era responsable de todo el mal y de todos los tormentos. El mandamiento de tender una mejilla cuando había sido uno abofeteado en la otra le resultaba incomprensible así como que Cristo hubiese deseado que apartase de El aquel cáliz, e igualmente que no hubiera sucedido ningún milagro para demostrar que era realmente el Hijo de Dios. Su penetración, así despertada, supo buscar, con implacable rigor, los puntos débiles del poema sagrado.

Pero no tardaron en agregarse a esta crítica racionalista cavilaciones y dudas que nos revelan la colaboración de impulsos secretos. Una de las primeras preguntas que dirigió a la *chacha* fue la de si Cristo tenía también un trasero. La *chacha* le respondió que Cristo había sido Dios y hombre al mismo tiempo y que en su calidad de hombre había tenido y hecho lo mismo que los demás humanos. Aquello no satisfizo al niño, pero supo consolarse diciéndose que el trasero era tan sólo una continuación de las piernas. El miedo, apenas mitigado, de verse obligado a rebajar a la sagrada persona de Cristo, emergió de nuevo al ocurrírsele la pregunta de si también Cristo se hallaba sujeto a la necesidad de defecar. No se atrevió a plantear a la *chacha* tal interrogación, pero encontró por sí solo una salida mejor que la que su

niñera hubiese hallado, pues se dijo que si Cristo había hecho vino de la nada, podía convertir también en nada la comida y librarse así de toda necesidad de excreción.

Volviendo sobre un fragmento anteriormente examinado de su evolución sexual, nos aproximaremos a la comprensión de estas cavilaciones. Sabemos que después de la repulsa de la *chacha* y de la consecutiva represión de la naciente actividad genital, su vida sexual se había desarrollado en las direcciones del sadismo y el masoquismo. Maltrataba y atormentaba a los animales pequeños y construía fantasías cuyo contenido era tan pronto el de que el mismo golpeaba a un caballo como el de que el heredero del trono era maltratado[1732]. En el sadismo mantenía su primitiva identificación con el padre, y en el masoquismo le elegía como objeto sexual. Se hallaba en aquella fase de la organización pregenital en la que vemos la disposición a la neurosis obsesiva. El efecto del sueño que le situó bajo el influjo de la escena primordial le había permitido llevar a cabo un avance hacia la organización genital y transformar su masoquismo con respecto al padre en una actitud femenina para con él, o sea en homosexualidad. Pero el sueño no trajo consigo tal avance, sino que se resolvió en angustia. La relación con el padre, que desde el fin sexual de ser maltratado por él, debía haberle llevado al fin inmediato de servirle de objeto sexual como mujer, quedó retrotraída, por la intervención de su virilidad narcisista, a un estadio aún más primitivo, y disociada, pero no resueltas, por un desplazamiento sobre una sustitución del padre, aparente en calidad de miedo a ser devorado por el lobo. Sólo afirmando la coexistencia de las tres tendencias sexuales orientadas hacia el padre, lograremos, quizá, reflejar exactamente la situación. A partir del sueño, el sujeto era en su inconsciente homosexual, mientras que en su neurosis permanecía en el nivel del canibalismo y en tanto seguía dominando el conjunto su anterior actitud masoquista. Las tres corrientes tenían fines sexuales pasivos. El objeto era uno, como era una la tendencia sexual, pero ambos habían experimentado una disociación hacia tres distintos niveles.

El conocimiento de la Historia Sagrada le procuró la posibilidad de sublimar la actitud masoquista predominante con respecto a su padre. Pasó a ser Cristo, personificación que le fue muy facilitada por el hecho de haber nacido en Nochebuena. Con ello había llegado a ser algo grande y, además

circunstancia sobre la que al principio no recayó aún acento suficiente —un hombre. En la duda de si Cristo podía tener un trasero se transparenta la actitud homosexual reprimida, pues tal cavilación no podía significar más que la duda de si podría ser utilizado por su padre como una mujer, como la madre en la escena primordial. La solución de las otras ideas obsesivas nos conformará luego esta interpretación. A la represión de la homosexualidad pasiva correspondió entonces la preocupación de que era condenable mezclar a la sagrada persona de Cristo tales suposiciones. Se esforzaba, pues, en mantener alejada su nueva sublimación de los complementos emanados de las fuentes de lo reprimido. Pero no lo consiguió.

No comprendemos todavía por qué se rebelaba también contra el carácter pasivo de Cristo y contra los malos tratos que su padre le imponía, comenzando así a renegar, incluso en su sublimación, de su idea masoquista, hasta entonces mantenida. Podemos suponer que este segundo conflicto fue especialmente favorable a la aparición de las ideas obsesivas humillantes del primer conflicto (entre la corriente masoquista dominante y la corriente homosexual reprimida), pues es natural que en un conflicto anímico se sumen todas las tendencias de un mismo signo, aunque procedan de las más distintas fuentes. Nuevas comunicaciones nos revelarán el motivo de su rebeldía, y con él el de la crítica ejercida sobre la religión.

También su investigación sexual había extraído ciertas ventajas del conocimiento de la Historia Sagrada. Hasta entonces no había tenido razón ninguna para suponer que los niños venían tan sólo de la mujer. Por el contrario, su *chacha* le había hecho creer que él era sólo de su padre, y su hermana sólo de su madre y ésta más íntima relación con su padre le había sido muy valiosa. Pero ahora oyó que María era la madre de Dios. En consecuencia, los niños venían de la mujer y no era posible sostener las afirmaciones de la *chacha*. Además, los relatos de la Historia Sagrada le confundían en cuanto a quién era realmente el padre de Cristo. Se inclinaba a creer que José; pero la *chacha* le decía que José había sido tan sólo *como* el padre y que el verdadero padre había sido Dios, y semejante explicación no le sacaba de dudas. Comprendía tan sólo que la relación entre padre e hijo no era tan íntima como él se había figurado siempre.

El niño intuía en cierto modo la ambivalencia sentimental con respecto al

padre integrada en todas las religiones y atacaba a la suya por la relajación de aquella relación con el padre. Como era natural, su oposición dejó pronto de ser una duda de la verdad de la doctrina y se orientó, en cambio, directamente contra la persona de Dios. Dios había tratado dura y cruelmente a su Hijo y no se mostraba mejor con los hombres. Había sacrificado a su Hijo y exigido lo mismo de Abraham. El sujeto comenzó, pues, a temer a Dios.

Si él era Cristo, su padre era Dios. Pero el Dios que la religión le imponía no era una sustitución satisfactoria del padre, al que él había amado y del cual no quería que le despojasen. Su amor a este padre creó su penetración crítica. Tuvo que atravesar aquí un tardío estadio de su desligamiento del padre.

De su antiguo amor a su padre, manifiesto ya en época muy temprana, fue, pues, de donde extrajo la energía para atacar a Dios y la penetración para desarrollar su crítica de la religión. Mas, por otro lado, tal hostilidad contra el nuevo Dios no era un acto primero, pues tenía su prototipo en un impulso hostil al padre, surgido bajo la influencia del sueño de angustia, y no era, en el fondo, más que una reviviscencia del mismo. Los dos impulsos sentimentales antitéticos que habían de regir toda su vida ulterior coincidieron aquí, para el combate de ambivalencia, en el tema de la religión. Lo que de este combate resultó en calidad de síntoma, las ideas blasfemas y la obsesión de asociar siempre la idea de Dios con las de «basura» o «cochino», era, por tal razón, el auténtico resultado de una transacción, como nos lo demostrará el análisis de estas ideas en relación con el erotismo anal.

Otros síntomas obsesivos distintos, de modalidad menos típica, se refieren, con idéntica seguridad, al padre, pero deja reconocer también la conexión de la neurosis obsesiva con los sucesos casuales anteriores.

Entre los ceremoniales piadosos con los que al fin purgó sus blasfemias, contaba también el mandamiento de respirar de un modo solemne en determinadas circunstancias. Cuando se santiguaba, tenía siempre que aspirar o espirar profundamente el aire. En su idioma, una sola palabra reúne los significados de «aliento» y «espíritu». Tenía, pues, que aspirar profundamente el Espíritu Santo o espirar los malos espíritus de los que había oído hablar o leído[1733]. A tales malos espíritus atribuía también aquellas ideas blasfemas por las que tantas penitencias había de imponerse. Pero también se veía obligado a espirar profundamente cuando veía a un anciano,

a un hombre y, en general, gente inválida contrahecha y digna de lástima, sin que supiera cómo enlazar ya con los espíritus tal conducta. Únicamente se daba cuenta de que lo hacía para no verse como aquellos infelices.

Posteriormente, el análisis nos reveló, con motivo de un sueño, que la obsesión de espirar profundamente cuando veía a alguien digno de lástima había surgido en él cuando ya tenía seis años, y se hallaba relacionada con su padre. Hacía muchos meses que los niños no habían visto a su padre, cuando un día les anuncio su madre que iba a llevarlos consigo a la ciudad para hacerles ver algo que les alegraría mucho. Y, en efecto, los llevó al sanatorio en el que se hallaba su padre, cuyo mal aspecto inspiró gran compasión al sujeto. El padre era, pues, también el prototipo de todos los inválidos, mendigos y ancianos, ante los cuales tenía él que espirar profundamente, como en otros casos es el de las formas imprecisas que los niños ven en estados de miedo o de las burlescas caricaturas que dibujan. En otro lugar veremos que esta actitud compasiva se relaciona con un detalle especial de la escena primordial, detalle tardíamente surgido en la neurosis obsesiva.

El propósito de no verse como aquellas personas dignas de lástima, que motivaba su obsesión de espirar profundamente a su vista, era, pues, la antigua identificación con el padre, transformada en sentido negativo. Pero con ello copiaba también a su padre en sentido positivo, pues el acto de respirar con fuerza era una imitación de la agitada respiración observada en su padre durante el coito[1734]. Así, pues, el Espíritu Santo debía su origen a este signo de la agitación sexual masculina. La represión convirtió este aliento en el mal espíritu, para el cual existía también otra genealogía: el paludismo o malaria (aria=aire) que el sujeto había padecido en la época de la escena primaria.

La repulsa de estos malos espíritus correspondía a un rasgo evidentemente ascético que se exteriorizó también en otras reacciones. Cuando el sujeto oyó que Cristo había introducido a unos espíritus malignos en los cuerpos de unos puercos, los cuales se arrojaron luego por un precipicio, recordó que su hermana se había caído una vez a la playa desde un pretil. Era, pues, también un espíritu maligno y una puerca. Partiendo de aquí, un breve camino le llevó a la asociación Dios-cochino. También su padre mismo se le había mostrado dominado por la sensualidad. Cuando supo la

historia del primer hombre la encontró análoga a sus propios destinos, y en sus conversaciones con la *chacha* se fingió, hipócritamente, asombrado de que Adán se hubiera dejado arrastrar a la desgracia por una mujer, prometiendo que, por su parte, no se casaría jamás. En esta época se manifestó intensamente su enemistad contra las mujeres, consecutiva a la seducción de que le había hecho objeto su hermana. Tal hostilidad había aún de perturbar frecuentemente su vida erótica. Su hermana fue así, para él, durante mucho tiempo, la encarnación de la tentación y del pecado. Cuando se confesaba, se sentía puro y libre de toda culpa. Pero en seguida le parecía que su hermana acechaba la ocasión de volverle a inducir en pecado, y antes que pudiese darse cuenta provocaba una violenta disputa con ella, pecando así realmente. Se veía, pues, obligado a reproducir así, siempre de nuevo, el hecho de la seducción. Por otra parte, aunque sus ideas blasfemas le remordían extraordinariamente, nunca las había hecho objeto de confesión.

Hemos penetrado inadvertidamente en el cuadro sintomático de los años posteriores de la neurosis obsesiva y, por tanto, informaremos ya a nuestros lectores sobre su desenlace, salvando toda la plenitud de cosas incluidas en el intervalo. Sabemos ya que, aparte de su estado permanente, experimentaba, temporalmente, agravaciones, una de ellas circunstancia que aún no puede sernos transparente, con ocasión de haber muerto en su misma calle un niño con el cual podía identificarse. Al cumplir los diez años, fue confiado a un preceptor alemán que no tardó en adquirir sobre él extraordinaria influencia. Resulta muy instructivo averiguar que toda su piedad desapareció, para no volver nunca ya, cuando en sus conversaciones con el preceptor se dio cuenta de que aquel sustitutivo del padre no concedía valor alguno a la devoción ni creía en la verdad de las doctrinas religiosas. Su fervor religioso desapareció con su adhesión al padre, sustituto ahora por un nuevo padre más asequible. De todos modos, tal desaparición no tuvo efecto sin una última intensificación de la neurosis obsesiva, de la cual recuerda especialmente el sujeto la obsesión de pensar en la Santísima Trinidad cada vez que veía en el arroyo tres montones de estiércol o de basura. Sabemos que el paciente no cedía jamás a ningún estímulo nuevo sin llevar antes a cabo una última tentativa de retener aquellos que había perdido su valor. Cuando su preceptor le invitó a renunciar a sus crueldades contra los animales, cesó efectivamente

en ella; pero no sin antes llevar a cabo, concienzudamente, una última matanza cruenta de orugas. Todavía en el tratamiento psicoanalítico se conducía así, desarrollando siempre una «reacción negativa» pasajera. Después de cada solución intentaba por algún tiempo negar su efecto con una agravación del síntoma correspondiente. Sabido es que los niños se conducen generalmente en esta forma ante toda prohibición. Cuando se los regaña, a causa, por ejemplo, de un ruido insoportable que están haciendo, lo repiten todavía una vez más antes de cesar en él, aparentando así haber cesado por su voluntad después de haberse rebelado contra la prohibición.

Bajo la influencia del preceptor alemán se desarrolló una nueva y mejor sublimación de su sadismo, el cual había llegado por entonces a predominar sobre el masoquismo, como correspondía a la proximidad de la pubertad. El sujeto comenzó a apasionarse por la carrera militar, por los uniformes, las armas y los caballos, y alimentaba con tales ideas continuos sueños diurnos. De este modo llegó a libertarse, por la influencia de aquel hombre, de sus actitudes pasivas y a emprender caminos casi normales. Como eco de su adhesión a su preceptor, que no tardó en separarse de él, le quedó una preferencia por todo lo alemán (médicos, establecimientos y mujeres) sobre lo de su patria (representación del padre), circunstancia que facilitó considerablemente la transferencia en la cura.

A la época anterior a su liberación por el preceptor alemán pertenece un sueño que citaremos por haber permanecido olvidado hasta su aparición en el curso del tratamiento. Se había visto en él a caballo y perseguido por una gigantesca oruga. En este sueño reconoció el sujeto una alusión a otro perteneciente a una época muy anterior a la llegada del profesor alemán y que ya habíamos interpretado mucho tiempo antes. En este otro sueño anterior había visto al demonio, vestido de negro, en aquella misma actitud que tiempo atrás le había asustado tanto en el lobo y en el león, y señalándole con el dedo extendido un gigantesco caracol. No tardó en adivinar que aquel demonio pertenecía a un conocido poema y que el sueño mismo era una elaboración de un cuadro muy conocido que representa al demonio en una escena de amor con una muchacha. El caracol sustituía a la mujer como símbolo exquisitamente femenino. Guiándonos por el ademán indicador del demonio, nos fue fácil descubrir el sentido del sueño: el sujeto añoraba a

alguien que le proporcionase las últimas enseñanzas que aún le faltaban sobre el enigma del comercio sexual, como antes en la escena primordial le había procurado su padre las primeras.

El otro sueño ulterior, en el que el símbolo femenino había sido sustituido por el masculino, le recordaba un determinado suceso acaecido poco antes del mismo. Una tarde que paseaba a caballo por la finca pasó al lado de un campesino dormido en el suelo y acompañado Por un niño que debía de ser su hijo. Este último despertó a su padre y le dijo algo que le hizo levantarse y ponerse a insultar y a perseguir a nuestro sujeto, el cual tuvo que picar espuelas para librarse de él. Además de este recuerdo, asoció al sueño el de que en la misma finca había árboles completamente blancos por estar plagados de nidos de orugas. De lo que el sujeto huyó realmente fue de la realización de la fantasía de que el hijo dormía con su padre, y el recuerdo de los árboles blancos fue evocado para restablecer un enlace con el sueño de angustia de los lobos blancos encaramados en el nogal. Se trataba, pues, de una explosión directa de angustia ante aquella actitud femenina con respecto al hombre, contra la cual se había protegido primero con la sublimación religiosa y había pronto de protegerse, mucho más eficazmente aún, con la sublimación militar.

Pero constituiría un grave error suponer que después de la cesación de los síntomas obsesivos no quedó ya efecto alguno permanente de la neurosis obsesiva. El proceso había conducido a una victoria de la fe religiosa sobre la rebelión crítica e investigadora y había tenido como premisa la represión de la actitud homosexual. De ambos factores resultaron daños duraderos. La actividad intelectual quedó gravemente dañada después de esta primera importante derrota. El sujeto no mostró ya deseo alguno de aprender, ni tampoco aquella penetración con la que antes, en la temprana edad de cinco años, había analizado las doctrinas religiosas. La represión de la homosexualidad predominante acaecida durante el sueño de angustia, reservó para lo inconsciente aquel importantísimo impulso, conservándole así su primitiva orientación final, y le sustrajo a todas las sublimaciones a las que de ordinario se presta. Faltaban, pues, a paciente todos los intereses sociales que dan un contenido a la vida. Sólo cuando la cura psicoanalítica consiguió la supresión de tal encadenamiento de la homosexualidad pudo mejorar la

situación, y fue muy interesante experimentar con el sujeto —sin advertencia alguna directa del médico— cómo cada fragmento libertado de la libido homosexual buscaba un empleo en la vida y una adhesión a las grandes tareas colectivas de la Humanidad.

VII. El erotismo anal y el complejo de la castración.

HE de rogar a mis lectores que recuerden el hecho de que esta historia de una neurosis infantil constituye, por decirlo así, un producto secundario obtenido en el curso del análisis de una enfermedad padecida por el sujeto en su edad adulta. Hubimos, pues, de reconstruir con fragmentos aún más pequeños de los que por lo general, se ofrecen a la síntesis. Esta labor, no excesivamente difícil por lo demás, encuentra un límite natural al tratarse de concentrar en el plano de la descripción un producto multidimensional. He de contentarme, por tanto, con presentar fragmentos inconexos que luego el lector podrá ajustar, formando con ellos un todo unitario y armónico. La neurosis obsesiva descrita nació como ya hemos hecho constar varias veces, en el terreno de una constitución sádico-anal. Hasta ahora, no hemos tratado más que de uno de sus factores principales, el sadismo, y de sus transformaciones, dejando a un lado todo lo referente al erotismo anal, con la intención, que ahora cumplimos, de reunirlo en una exposición de conjunto.

Los analistas comparten unánimemente, y hace ya mucho tiempo, la opinión de que los múltiples impulsos instintivos reunidos bajo el nombre de erotismo anal integran extremada importancia para la conformación de la vida sexual y de la actividad anímica en general. También se hallan igualmente de acuerdo en que una de las manifestaciones más importantes del erotismo transformado procedente de esta fuente se nos ofrece en la valoración personal del dinero valiosa materia que en el curso de la vida ha atraído a sí el interés psíquico primitivamente orientado hacia el excremento, o sea hacia el producto de la zona anal Nos hemos habituado a referir al placer excremental el interés por el dinero en cuanto dicho interés es de naturaleza libidinosa y no racional, y a exigir de hombre normal que

mantenga libre de influencias libidinosas su relación con el dinero y se atenga en ella a normas deducidas de la realidad.

Tal relación hubo de mostrar graves trastornos en nuestro paciente durante el período de su enfermedad en la edad adulta, constituyendo una de las causas más importantes de su incapacidad. Las herencias sucesivas, su padre y su tío le habían procurado un capital considerable; concedía gran valor a que se le supiera rico y le ofendía que se dudase de su fortuna. Pero no sabía a cuánto ascendía ésta ni lo que de ella gastaba o ahorraba. Era muy difícil decidirse a calificarle de avaro o de pródigo, pues tan pronto se conducía de un modo como de otro y nunca en forma que pudiera indicar un propósito consecuente. Por ciertos rasgos singulares, que más adelante expondremos, se le hubiera podido tomar por un ricachón vanidoso que veía en su riqueza el mayor merecimiento de su personalidad y anteponía siempre el dinero al sentimiento. Pero, en cambio, no estimaba a los demás en proporción a su riqueza, y en muchas ocasiones se mostraba más bien modesto, generoso y compasivo. Era, pues, evidente que e] dinero había sido sustraído a su disposición consciente y significaba para él algo distinto.

Ya hicimos constar en otra ocasión que nos parecía muy extraña la forma en que se había consolado de la pérdida de su hermana, que en los últimos años había llegado a ser su mejor camarada, pensando en que su muerte le evitaba tener que partir con ella la herencia de sus padres. Más singular era quizá la serenidad con la que así lo reconocía, como si no se diese cuenta de la mezquindad que tal confesión revelaba. El análisis le rehabilitó, mostrando que el dolor por la muerte de su hermana había sufrido un desplazamiento, pero ello hacía más incomprensible aún que hubiese querido hallar en el incremento de su fortuna una compensación.

A él mismo le parecía enigmática su conducta en otro caso. A la muerte del padre, la fortuna familiar quedó repartida entre su madre y él. La madre le administraba, y el propio sujeto reconocía que complacía sus peticiones económicas con irreprochable generosidad. Sin embargo, toda conversación entre ellos sobre cuestiones de dinero terminaban por parte de él con violentos reproches, en los que acusaba a su madre de no quererle, de proponerse ahorrar a costa suya y de desearle la muerte para disponer independientemente de todo el dinero. En estas ocasiones, la madre

proclamaba llorosa su desinterés hasta que su hijo se avergonzaba, y afirmaba con toda razón no haber pensado jamás realmente tales cosas de ella, pero con la seguridad de repetir la misma escena en la ocasión siguiente.

El hecho de que el excremento hubo de tener para él mucho tiempo antes del análisis la significación de dinero, se desprende de toda una serie de incidentes, dos de los cuales expondremos aquí. En un período en que su intestino permanecía aún totalmente ajeno a sus padecimientos, visitó un día en una gran ciudad a un primo suyo, que vivía estrechamente. Después de su visita se reprochó no haberse ocupado hasta entonces de procurar algún dinero a aquel pariente suyo, e inmediatamente sufrió «el apretón más grande de su vida». Dos años después comenzó realmente a pasar una renta a aquel primo suyo. Otra vez, teniendo dieciocho años, y en ocasión de hallarse preparando el examen de madurez, fue a visitar a uno de sus compañeros de estudio para tomar, de acuerdo con él, aquellas precauciones que su miedo a fallar (‘Durchfall’)[1735] les aconsejaba. Decidieron, pues, sobornar al bedel encargado de la vigilancia de los candidatos, y la parte con que nuestro paciente contribuyó a la suma necesaria fue, naturalmente, la mayor. De vuelta a su casa pensó que daría con gusto aún más dinero con tal de que en el examen no se le escapara ningún disparate, y, efectivamente, antes de llegar a la puerta de su casa se le escapó algo distinto[1736].

No habrá de sorprendernos descubrir que en su enfermedad posterior padeció trastornos intestinales muy tenaces, aunque sujetos a oscilaciones, dependientes de variadas circunstancias. Cuando acudió a mi consulta, se había habituado a las irrigaciones, que le eran practicadas por uno de sus criados, y pasaba meses enteros sin defecar espontáneamente ni una sola vez, salvo cuando experimentaba una determinada excitación, que tenía la virtud de restablecer por algunos días la normalidad de su actividad intestinal. Se quejaba principalmente de que el mundo se le mostraba envuelto en un velo o de hallarse separado del mundo por un velo. Y este velo se rasgaba tan sólo en el momento en que la irrigación le hacía descargar el intestino, después de lo cual se sentía de nuevo bueno y sano[1737].

El especialista al cual envié al paciente para que dictaminara sobre el estado de su intestino tuvo la suficiente penetración para declarar que sus trastornos obedecían a causas funcionales o quizá psíquicas, y abstenerse de

toda medicación enérgica. Pero ninguna medicación ni régimen alguno provocaron el menor alivio. Durante los años del tratamiento analítico, el sujeto no logró hacer una sola deposición espontánea (dejando a un lado las provocadas por aquellas repentinas influencias antes mencionadas), pero afortunadamente se dejó convencer de que toda medicación intensa de aquel órgano empeoraría su estado, y se contentó con lograr una evacuación o dos semanales por medio de irrigaciones o laxantes.

En esta discusión de los trastornos intestinales de nuestro paciente he concedido a su estado patológico en la edad adulta un lugar más amplio del que hasta ahora he venido otorgándole en la exposición de su neurosis infantil. Y lo he hecho así por dos razones: en primer lugar, porque los síntomas intestinales correspondientes a la neurosis infantil continuaron, con escasas modificaciones, en la enfermedad ulterior, y en segundo, porque tales síntomas intestinales desempeñaron un papel capital al término del tratamiento.

Sabemos ya la importancia que integra la duda para el médico que analiza una neurosis obsesiva. Constituye el arma más fuerte del enfermo y el medio preferido por su resistencia. Merced a esta duda pudo conseguir nuestro paciente, atrincherado en una respetuosa indiferencia, que todos los esfuerzos terapéuticos resbalaran durante años enteros sobre él. No experimentaba el menor alivio ni había medio alguno de convencerle. Por último, descubrí la importancia que para mis propósitos entrañaban los trastornos intestinales. Representaban, en efecto, aquella parte de histeria que hallamos regularmente en el fondo de toda neurosis obsesiva. Prometí al sujeto el total restablecimiento de su actividad intestinal; hice surgir a plena luz con tal promesa su incredulidad, y tuve luego la satisfacción de ver desvanecerse sus dudas cuando el intestino comenzó a «intervenir» en nuestra labor, y acabó por recobrar en el curso de unas cuantas semanas su función normal, durante tanto tiempo perdida.

Volveremos ahora a la infancia del paciente, y dentro de ella, a un período en el que el excremento no podía tener aún para él la significación de dinero.

El sujeto había comenzado a padecer en edad muy temprana trastornos intestinales, y especialmente el más frecuente y más normal en el niño: la

incontinencia. Pero estamos indudablemente en lo cierto rechazando para estos sucesos más tempranos toda explicación patológica, y viendo tan sólo en ellos una demostración del propósito de no dejar que le estorbaran o impidiesen la consecución del placer, enlazado a la función excremental. Hasta mucho después de los comienzos de su enfermedad posterior conservó el paciente aquella intensa complacencia en los chistes y las imágenes anales, que corresponden en general a la rudeza natural de algunas clases sociales.

En la época en que estuvo confiado a los cuidados de la institutriz inglesa sucedió varias veces que la *chacha* y él tuvieron que compartir la alcoba de aquella odiada mujer. La *chacha* observó entonces con clara comprensión que precisamente aquellas noches ensuciaba el niño su cama, accidente que no solía ya sucederle. Y es que en tales ocasiones el niño no lo consideraba vergonzoso, sino como una manifestación de rebeldía contra la institutriz.

Un año después (teniendo cuatro años y medio), o sea durante el período de miedo, se ensució un día en los pantalones, y esta vez sí se avergonzó intensamente, hasta el punto de que mientras se le limpiaba exclamó, con dolorido acento, que le era imposible vivir así. Hemos, pues, de deducir que en el intervalo había tenido efecto en él un cambio, sobre cuya pista nos pone su dolorida lamentación. Resultó que aquella triste frase la había oído antes a otra persona. En una ocasión, su madre le había llevado consigo a la estación del ferrocarril, acompañando al médico que había venido a reconocerla[1738]. Durante el camino se había quejado de sus dolores y sus hemorragias, y había pronunciado aquellas mismas palabras —«Así me es imposible vivir»—, sin la menor sospecha de que el niño, al que llevaba de la mano, había de conservarlas en su memoria. Por tanto, aquel lamento, que el sujeto hubo de repetir luego innumerables veces en su enfermedad posterior, significada una identificación con su madre.

No tardó el paciente en recordar un elemento intermedio, cuya falta se advertía entre los dos sucesos relatados, tanto cronológicamente como en cuanto al contenido. Al principio de su período de miedo, su madre había advertido repetidamente a todos los de la casa la necesidad de observar las precauciones debidas para que los niños no enfermaran de disentería, enfermedad de la que existían muchos casos en las cercanías de la finca. El niño preguntó qué enfermedad era aquélla, y cuando le dijeron que en la

disentería salía sangre con el excremento, se asustó mucho y afirmó que así le estaba pasando a él. Tuvo miedo de morir de disentería; pero el examen cuidadoso de sus excrementos le convenció de que se había equivocado y no tenía nada que temer. En tal temor quiso imponerse la identificación con la madre, de cuyas hemorragias había sabido el niño por su conversación con el médico. En su posterior tentativa de identificación (a los cuatro años y medio) faltó el detalle de la sangre, y de este modo, el sujeto no comprendió ya su intensa reacción al incidente y la atribuyó a la vergüenza, sin saber que su motivación verdadera era el miedo a la muerte, el cual se exteriorizó, sin embargo, claramente en su lamento.

La madre, enferma temía en aquel tiempo tanto por sí misma como por sus hijos, y es muy probable que el temor del niño se apoyase no sólo en sus motivos propios, sino también en la identificación con su madre.

Ahora bien: ¿qué podía significar tal identificación?

Entre el atrevido empleo de la incontinencia, a los tres años y medio, y el espanto que a los cuatro años y medio le produjo, se desarrolló el sueño, con el que comenzó su período de miedo, y que le procuró una comprensión *a posteriori* de la escena vivida al año y medio, y la explicación del papel correspondiente a la mujer en el acto sexual. No es nada aventurado relacionar con esta magna transformación la de su conducta en cuanto al acto de defecar. La disentería era seguramente para él la enfermedad de la que había oído quejarse a su madre y con la que era imposible vivir. Así, pues, para él, su madre padecía una dolencia intestinal y no genital. Bajo la influencia de la escena primordial dedujo que la madre había enfermado por aquello que el padre había hecho con ella[1739], y su miedo a echar sangre al defecar, o sea a estar tan enfermo como su madre, era la repulsa de su identificación con su madre en aquella escena sexual; la misma repulsa con la que había despertado de su sueño. Pero la angustia era también la prueba de que en la elaboración ulterior de la escena primordial se había sustituido él a su madre, envidiándole aquella relación con el padre.

El órgano en el cual podía manifestarse la identificación con la mujer y, por tanto, la actitud pasiva homosexual con respecto al hombre era la zona anal. Los trastornos funcionales de esta zona habían adquirido así la significación de impulsos eróticos femeninos, y la conservaron durante la

enfermedad posterior.

En este punto debemos atender a una objeción, cuya discusión puede contribuir considerablemente a explicarnos la situación, aparentemente confusa. Se nos ha impuesto la hipótesis de que durante su sueño comprendió el sujeto que la mujer estaba castrada, teniendo en lugar de miembro viril una herida, que servía para el comercio sexual, y siendo así la castración condición indispensable de la femineidad, y hemos supuesto también que esta amenaza de perder el pene le había llevado a reprimir su actitud femenina con respecto al hombre, despertando entonces con miedo de sus ensoñaciones homosexuales. ¿Cómo se compadece esta interpretación del comercio sexual, este reconocimiento de la existencia de la vagina, con la elección del intestino para la identificación con la mujer? ¿No reposarán acaso los síntomas intestinales sobre la concepción, probablemente anterior y opuesta por completo al miedo a la castración, de que el final del intestino era el lugar del comercio sexual?

Existe desde luego la contradicción señalada, y las dos teorías opuestas son inconciliables. Pero la cuestión está tan sólo en si realmente es necesario que sean compatibles. Nuestra extrañeza procede de que siempre nos inclinamos a tratar los procesos anímicos inconscientes en la misma forma que los conscientes olvidando la profunda diversidad de ambos sistemas psíquicos.

Cuando la agitada expectación del sueño de Nochebuena le surgió la imagen observada (o construida) de un coito entre sus padres, surgió seguramente en primer término la antigua interpretación del comercio sexual, según la cual el lugar que acogía el pene era el final del intestino. ¿Qué otra cosa podía haber creído cuando a la edad de año y medio fue espectador de aquella escena[1740]?. Pero luego vinieron los nuevos sucesos, acaecidos a los cuatro años. Las vivencias correspondientes al intervalo y a los indicios sobre la posibilidad de la castración despertaron y arrojaron una duda sobre la «teoría de la cloaca» aproximándole al descubrimiento de la diferencia de los sexos y del papel sexual de la mujer. Pero el sujeto se condujo en esto como todos los niños cuando se les procura una explicación indeseada, sexual o no. Rechazó lo nuevo en nuestro caso por motivos dependientes del miedo a la castración y conservó lo antiguo. Se decidió por el intestino y contra la

vagina del mismo modo y por análogos motivos a como después hubo de tomar partido en contra de Dios y a favor de su padre. La nueva explicación fue rechazada y mantenida la antigua teoría, la cual suministró entonces el material de aquella identificación con la mujer, surgida luego en forma de miedo a morir de una enfermedad intestinal y de las primeras preocupaciones religiosas sobre si Cristo había tenido un trasero, etc., por otra parte, sería equivocado creer que el nuevo descubrimiento permaneció ineficaz; por el contrario, desarrolló un efecto extraordinariamente intenso, convirtiéndose en un motivo de mantener reprimido el proceso onírico y excluido de toda ulterior elaboración consciente. Pero con ello se agotó su eficacia y no ejerció ya influencia alguna en la decisión del problema sexual. Constituyó desde luego una contradicción que después de aquel momento subsistiera aún el miedo a la castración, al lado de la identificación con la mujer por medio del intestino; pero se trata sólo de una contradicción lógica, que no supone gran cosa en este terreno. Todo el proceso resulta más bien característico de la forma de laborar de lo inconsciente. Una represión es algo muy distinto de una repulsa.

Cuando estudiamos la génesis de la fobia al lobo, investigamos los efectos de la nueva concepción del acto sexual. Ahora que investigamos los trastornos de la actividad intestinal nos hallamos en el terreno de la antigua teoría de la cloaca. Los dos puntos de vista permanecen separados por un estadio de la represión. La actitud femenina con respecto al hombre, rechazada por la represión, se refugia en el cuadro de síntomas intestinales y se manifiesta en los frecuentes estreñimientos, diarreas y dolores de vientre de los años infantiles. Las fantasías sexuales ulteriores, basadas ya en conocimientos sexuales exactos, pueden así manifestarse ya de un modo regresivo como trastornos intestinales. Pero no las comprendemos hasta que descubrimos el cambio de significación experimentado por el excremento después de los primeros tiempos infantiles[1741].

En un pasaje anterior silencié un fragmento del contenido de la escena primaria, que ahora voy a exponer. El niño interrumpió por fin el coito de sus padres con una deposición, que podía justificar su llanto. En apoyo de esta adición pueden alegarse los mismos argumentos que antes expusimos en la discusión del contenido restante de la escena. El paciente aceptó este acto

final por mí construido y pareció confirmarlo con «síntomas pasajeros». En cambio, hube de retirar otra adición, consistente en suponer que el padre, molesto por la interrupción, había dado libre expresión a su enfado, pues el material del análisis no mostró reacción alguna a ella.

Aquel detalle últimamente agregado no puede situarse naturalmente en el mismo plano que el contenido restante de la escena. No se trata en él de una impresión externa, cuyo retorno ha de esperarse en multitud de signos ulteriores, sino de una reacción personal del niño. Su ausencia o su inclusión ulterior en el proceso de la escena no traerían consigo modificación alguna del conjunto. Y su interpretación no ofrece lugar alguno a dudas; significa una excitación de la zona anal (en el más amplio sentido). En otros casos análogos una tal observación del comercio sexual hubo de terminar con el acto de la micción, y un adulto experimentaría en igual circunstancia una erección. El hecho de que nuestro infantil sujeto produjera como signo de su excitación sexual una deposición debe ser considerado como un carácter de su constitución sexual congénita. Toma en el acto una actitud pasiva, mostrándose más inclinado a una posterior identificación con la mujer que con el hombre.

En estas circunstancias emplea el sujeto el contenido intestinal como siempre los niños en una de sus primeras y más primitivas significaciones. El excremento es el primer *regalo*, la primera prueba del cariño del niño, una parte del propio cuerpo, de la cual se separa en favor de una persona querida[1742]. Su empleo en calidad de signo de rebeldía, como en el caso de nuestro sujeto a los tres años y medio y contra la institutriz inglesa, es tan sólo la transformación negativa de aquella anterior significación de regalo. El *grumus merdae*, que los ladrones dejan a veces en el lugar del delito, parece reunir ambas significaciones: la burla y la indemnización, expresada en forma regresiva. Siempre que es alcanzado un estadio superior, el inferior puede continuar siendo utilizado en sentido negativo y rebajado. La represión encuentra su expresión en la antítesis[1743].

En un estadio ulterior de la evolución sexual, el excremento adquiere la significación del «niño». El niño es parido por el ano, como el excremento. La significación de regalo del excremento permite fácilmente esta transformación. En el lenguaje corriente, los hijos son considerados también

como un regalo, y las mujeres dicen frecuentemente «haber regalado un niño a su marido»; pero los usos en lo inconsciente tienen igualmente en cuenta el otro aspecto de esta relación, según el cual la mujer ha «recibido» del hombre un hijo como regalo.

La significación de dinero del excremento parte también, en otra dirección de su significación de regalo.

Aquel temprano recuerdo, encubridor de nuestro enfermo, según el cual había producido un primer acceso de cólera por no haber recibido en Nochebuena regalos suficientes, nos descubre ahora su más profundo sentido. Lo que echaba de menos era la satisfacción sexual, que aún interpretaba en sentido anal. Su investigación sexual se hallaba orientada en este sentido antes del sueño, y había comprendido durante el proceso del mismo que el acto sexual resolvía el enigma de la procedencia de los niños. Ya antes de su sueño le disgustaban los niños pequeños. Una vez había encontrado en su camino a un pajarillo, implume aún, caído del nido, y había huido, asqueado y temeroso, creyéndole una criatura humana. El análisis demostró que todos los animales pequeños, orugas o insectos, a los que hacía encarnizada guerra, tenían para él la significación de niños pequeños[1744]. Su relación con su hermana mayor le había dado ocasión de reflexionar largamente sobre las relaciones de los niños mayores con los pequeños, y la afirmación de la *chacha* de que su madre le quería tanto porque era el más pequeño le había procurado un motivo perfectamente comprensible para desear no ser sucedido por otro niño menor. Bajo la influencia del sueño que le presentó el coito de los padres experimentó una reviviscencia su miedo a semejante posibilidad.

Así, pues, habremos de añadir a las corrientes sexuales que ya conocemos otra nueva, emanada, como las demás, de la escena primordial, reproducida en el sueño. En la identificación con la mujer (con la madre) se halla dispuesto a regalar a su padre un niño, y siente celos de su madre, que ya lo ha hecho, y volverá quizá a hacerlo. Por un rodeo, que atraviesa el punto de partida común de la significación de regalo, puede ahora el dinero incorporarse la significación del niño y llegar así a constituirse en expresión de la satisfacción femenina (homosexual). Este proceso se desarrolló en nuestro paciente en ocasión de hallarse con su hermana en un sanatorio alemán, y ver que el padre le entregaba dos billetes de Banco. Este hecho

despertó los celos del sujeto, que en su fantasía había sospechado siempre de las relaciones de su padre con su hermana, y en cuanto se quedó a solas con ella le exigió que le entregase su parte de aquel dinero, y ello con tal violencia y tales reproches, que la hermana se echó a llorar y le entregó la totalidad. Pero no había sido únicamente el dinero real lo que le había excitado, sino más aún el niño que significaba, o sea la satisfacción sexual anal, recibida del padre. En consecuencia, sus mezquinos pensamientos a la muerte de su hermana sólo significaban en realidad lo siguiente: Ahora soy el único hijo, y mi padre no puede querer a nadie más que a mí. Pero el fondo homosexual de esta reflexión, absolutamente capaz de consciencia, era tan intolerable, que hubo de ser disfrazada de codicia para gran alivio del sujeto.

Lo mismo sucedía cuando después de muerto su padre dirigía el sujeto a su madre aquellos injustos reproches de que prefería el dinero a su propio hijo, y le engañaba por él. Sus antiguos celos de que quisiera a otro niño más que a él y la posibilidad de que tuviera otro hijo, le obligaban a dirigirle acusaciones, cuya injusticia reconocía él mismo.

Este análisis de la significación del excremento nos explica que las ideas obsesivas, que enlazaban a Dios con las heces, significaban algo más que la ofensa blasfema que él veía en ellas. Eran más bien resultados auténticos de un proceso de transacción, en los que participaba, por un lado, una corriente cariñosa y respetuosa, y por otro, una corriente hostil e insultante. En la asociación obsesiva «Dios-basura» se fundía la antigua significación de regalo, negativamente rebajada, con la significación de niño, posteriormente desarrollada en ella. En la última queda expresada una ternura femenina, una disposición a renunciar a su virilidad, a cambio de poder ser amado como una mujer. Esto es precisamente aquel impulso hostil a Dios, expresado con palabras inequívocas en el sistema delirante del paranoico Schreber.

Cuando más adelante expongamos las últimas soluciones de los síntomas de nuestro paciente, quedará demostrado nuevamente cómo sus trastornos intestinales se habían puesto al servicio de la corriente homosexual y habían expresado su actitud femenina con respecto al padre. Una nueva significación del excremento nos abrirá ahora camino hacia la investigación del complejo de la castración.

Al excitar la mucosa intestinal erógena, la masa fecal desempeña el papel

de un órgano activo, conduciéndose como el pene con respecto a la mucosa vaginal, y constituye como un antecedente del mismo en la época de la cloaca. Por su parte, la excreción del contenido intestinal en favor de otra persona (por cariño a ella) constituye el prototipo de la castración, siendo el primer caso de renuncia a una parte del propio cuerpo[1745] con el fin de conquistar el favor de una persona querida. El amor narcisista al propio pene no carece, pues, de una aportación del erotismo anal. El excremento, el niño y el pene forman así una unidad, un concepto inconsciente —*sitvenia verbo*—: el del niño separable del cuerpo. Por estos caminos de enlace pueden desarrollarse desplazamientos e intensificaciones de la carga de libido, muy importantes para la Patología, y que el análisis descubre.

La posición inicial de nuestro paciente ante el problema de la castración nos es ya conocida. La rechazó y permaneció en el punto de vista del comercio por el ano. Al decir que la rechazó nos referimos a que no quiso saber nada de ella en el sentido de la represión. Tal actitud no suponía juicio alguno sobre su existencia, pero equivalía a hacerla inexistente. Ahora bien: esta posición no pudo ser la definitiva, ni siquiera durante los años de su neurosis infantil. Más tarde hallamos, en efecto, pruebas de que el sujeto llegó a reconocer la castración como un hecho. También en este punto hubo de conducirse conforme a aquel rasgo característico de su personalidad, que tan difícil nos hace la exposición de su caso. Se había resistido al principio y había cedido luego; pero ninguna de estas reacciones había suprimido la otra, y al final coexistían en él dos corrientes antitéticas, una de las cuales rechazaba la castración, en tanto que la otra estaba dispuesta a admitirla, consolándose con la femineidad como compensación.

Y también la tercera, la más antigua y profunda, que se había limitado a rechazar la castración sin emitir juicio alguno sobre su realidad, podía ser activada todavía. De este mismo paciente he relatado en otro lugar[1746] una alucinación que tuvo a los cinco años, y a la que añadiré aquí un breve comentario:

«Teniendo cinco años jugaba en el jardín, al lado de mi niñera, tallando una navajita en la corteza de uno de aquellos nogales, que desempeñaban también un papel en mi sueño[1747]. De pronto observé, con terrible

sobresalto, que me había cortado el dedo meñique de la mano (¿derecha o izquierda?) de tal manera, que sólo permanecía sujeto por la piel. No sentía dolor ninguno, pero sí un miedo terrible. No me atreví a decir nada a la niñera, que estaba a pocos pasos de mí, me desplomé en el banco más próximo y permanecí sentado, incapaz de mirarme el dedo. Por último, me tranquilicé, me miré el dedo y vi que no tenía en él herida alguna».

Sabemos que a los cuatro años y medio, y después de trabar conocimiento con la Historia Sagrada, se inició en él aquella intensa labor mental, que culminó en su devoción obsesiva.

Podemos, pues, suponer que la alucinación expuesta se desarrolló en el período en que el sujeto se decidió a reconocer la realidad de la castración, constituyendo quizá la exteriorización de aquel paso decisivo. También la pequeña rectificación del paciente tiene cierto interés. El hecho de que alucinase el mismo suceso temeroso que el Tasso hace vivir a su héroe Tancredo en *La Jerusalén libertada* justifica la interpretación de que también para el pequeño paciente era el árbol una mujer. Desempeñaba, pues, el papel del padre, y relacionaba las hemorragias de su madre con la castración de las mujeres, con la «herida» por él comprobada.

El estímulo de esta alucinación partió de un relato, según el cual un pariente suyo había nacido con seis dedos en los pies, y sus padres le habían cortado en el acto los dedos sobrantes con un hacha. Así, pues, las mujeres no tenían pene porque se lo cortaban al nacer. Por este camino aceptó el sujeto en la época de la neurosis obsesiva lo que ya había averiguado durante el proceso del sueño, y rechazado entonces por medio de la represión. Tampoco la circuncisión, ritual de Cristo, como en general de todos los judíos, podía serle desconocida después de la lectura de la Historia Sagrada y de sus conversaciones sobre ella.

Es indudable que el padre se convirtió para él en esta época en aquella persona temida, que amenaza llevar a cabo la castración. El Dios cruel, con el que por entonces luchaba el niño, que hacía caer en pecado a los hombres para castigarlos luego, y sacrificaba a su hijo y a los hijos de los hombres, proyectaba su carácter sobre el padre, a quien, por otra parte, intentaba el sujeto defender contra aquel Dios. El niño tenía que llenar aquí un esquema

filogénico, y lo consiguió, aunque sus vivencias personales no parezcan demostrarlo. Las amenazas de castración por él experimentadas habían partido más bien de personas femeninas[1748], pero esta circunstancia no pudo demorar por mucho tiempo el resultado final. Al fin y al cabo fue el padre de quien temió la castración, venciendo así en este punto la herencia filogénica a la vivencia accidental. En la prehistoria de la Humanidad hubo de ser seguramente el padre el que aplicó la castración como castigo, mitigándola después, hasta dejarla reducida a la circuncisión.

Cuanto más amplia se hacía en el curso del proceso de la neurosis obsesiva la represión de su sexualidad, tanto más natural había de serle atribuir al padre, el verdadero representante de la actividad sexual, tales propósitos malignos.

La identificación del padre con el castrador[1749] adquirió considerable importancia como fuente de una hostilidad inconsciente, llevada hasta el deseo de su muerte, y de los sentimientos de culpabilidad, surgidos como reacción a la misma. En todo esto, su conducta era normal; esto es, idéntica a la de todo neurótico poseído por un complejo de Edipo positivo. Lo singular fue luego la coexistencia de una corriente antitética, en la cual era más bien el padre el castrado, y le inspiraba como tal profunda compasión.

En el análisis del ceremonial respiratorio, que se le imponía a la vista de personas inválidas o miserables, hemos podido demostrar que también este síntoma se refería al padre, el cual le había inspirado lástima cuando fue a visitarle al sanatorio. El análisis permitió perseguir aún más atrás este proceso. En época muy temprana, probablemente anterior a la seducción, había en la finca un pobre jornalero, encargado de subir el agua a la casa. Este individuo no podía hablar, y se decía que era porque le habían cortado la lengua, aunque lo probable es que se tratase de un sordomudo. El pequeño le quería mucho y le compadecía de todo corazón, y cuando aquel pobre jornalero murió, le buscaba en el cielo[1750].

Éste fue, pues, el primer inválido que le inspiró lástima; pero, además, según el contexto en el que apareció incluido y el momento de su aparición en el análisis, hubo de ser también una sustitución del padre.

El análisis enlazó a él el recuerdo de otros criados que le habían sido simpáticos, y de los que recordaba que estaban enfermos o eran judíos

(circuncisión). También el criado que ayudó a limpiarle cuando a los cuatro años y medio se ensució en los pantalones era un judío, que estaba tísico, y por el que sentía gran compasión.

Todos estos individuos pertenecen al período anterior a su visita al padre en el sanatorio; esto es, anterior a la producción de síntomas, o sea al ceremonial respiratorio, destinado más bien a evitar una identificación con las personas compadecidas. El análisis se orientó luego de repente, con motivo de un sueño, hacia la época prehistórica, haciéndole sentar la afirmación de que en el coito de la escena primordial había observado la desaparición del pene, compadeciéndose por ello del padre, y alegrándose al verlo reaparecer. Así, pues, un nuevo impulso afectivo, nacido de esta escena. El origen narcisista de la compasión se nos muestra aquí con toda evidencia.

VIII. Complementos de la época primordial y solución.

SUCEDE en muchos análisis que al acercarnos a su término surge de pronto nuevo material mnémico cuidadosamente ocultado hasta entonces. O también que el sujeto lanza con acento indiferente una observación aparentemente nimia a la que luego se agrega algo que despierta ya la atención del médico hasta hacerle reconocer en aquel insignificante fragmento de recuerdo la clave de los enigmas más importantes integrados en la neurosis del enfermo.

En los comienzos del análisis había relatado mi paciente un recuerdo procedente de la época en que sus accesos de cólera terminaban en ataques de angustia. Dicho recuerdo era el de haber perseguido un día a una mariposa de grandes alas con rayas amarillas y terminadas en unos salientes puntiagudos, hasta que, de repente, al verla posada en una flor, le había invadido un miedo terrible a aquel animalito y había huido de él llorando y gritando.

Este recuerdo volvió a surgir repetidamente en el análisis, demandando una explicación que en mucho tiempo no obtuvo. Habíamos de suponer de antemano que un tal detalle no había sido conservado por sí mismo en la memoria, sino que representaba, en calidad de recuerdo encubridor, algo más

importante con lo cual se hallaba enlazado en algún modo. El paciente explicó un día que en su idioma la palabra mariposa —*babuschka*— quería decir también «madrecita», y que, en general, había visto siempre en las mariposas mujeres y muchachas y en los insectos y las orugas muchachos. Así, pues, en aquella escena de miedo debía de haber despertado el recuerdo de una mujer. Por mi parte, propuse la posibilidad de que las rayas amarillas de las alas de la mariposa le hubieran recordado el traje de una mujer determinada, solución totalmente errónea, como luego se verá, pero que no quiero silenciar, para demostrar con un ejemplo cuán poco contribuye en general la iniciativa del médico a la solución de los problemas planteados, siendo así totalmente injusto hacer responsable a su fantasía y a la sugestión por él ejercida sobre el paciente de los resultados del análisis.

A propósito de algo absolutamente distinto y muchos meses después, observó el paciente que lo que le había inspirado miedo había sido el movimiento de la mariposa abriendo y cerrando las alas cuando estaba posada en la flor. Tal movimiento habría sido como el de una mujer al abrirse de piernas formando con ellas la figura de una V, o sea la de un cinco en números romanos, alusión a la hora en que desde sus años infantiles y todavía en la actualidad solía acometerle un acceso de depresión.

Era ésta una ocurrencia en la que jamás hubiera yo caído y tanto más valiosa cuanto que el proceso de asociación en ella integrado presentaba un carácter absolutamente infantil. He observado, en efecto, con frecuencia, que la atención de los niños es más fácilmente captada por el movimiento que por las formas en reposo, y que los sujetos infantiles basan con gran frecuencia en tales movimientos asociaciones que nosotros los adultos no establecemos.

Durante algún tiempo no volvió a surgir alusión ninguna a este pequeño problema. Haremos constar tan sólo la hipótesis de que los salientes puntiagudos de las alas de la mariposa pudieran haber tenido la significación de símbolos genitales.

Al cabo de algún tiempo surgió en el sujeto una especie de recuerdo, tímido e impreciso, de que antes de la *chacha* debía de haber habido en la casa otra niñera, que le quería mucho y cuyo nombre coincidía con el de su madre. Seguramente, el niño correspondió a su cariño, tratándose así de un primer amor perdido. No tardamos en sospechar de consuno que a la persona

de aquella primera niñera debía de enlazarse algo que más tarde había adquirido considerable importancia.

Posteriormente rectificó el sujeto este recuerdo. Aquella niñera no podía haberse llamado como su madre, pero el hecho de haberlo creído así erróneamente probaba que en su memoria la había fundido con ella. Su verdadero nombre había surgido ahora en su memoria por un camino indirecto. Había recordado de pronto una habitación del piso alto de la primera finca, en la cual se almacenaba la fruta recogida, y entre ella una cierta clase de peras de excelente sabor, muy grandes y con rayas amarillas en la cáscara. En su idioma, la palabra correspondiente a «pera» es *gruscha*, y Gruscha era también el nombre de aquella niñera.

Quedaba así claramente demostrado que detrás del recuerdo encubridor de la mariposa perseguida se escondía el de la niñera. Pero las rayas amarillas no pertenecían a su vestido, sino a la cáscara de la pera que llevaba su mismo nombre. Ahora bien: ¿de dónde podía proceder el miedo aparecido al ser activado su recuerdo? La hipótesis más próxima habría sido la de que el niño habría observado en ella por vez primera el movimiento de las piernas que había descrito refiriéndolo a la V, signo del número cinco en la escritura romana, movimiento que hace accesibles los genitales. Mas, por nuestra parte, preferimos ahorrarnos esta hipótesis y esperar la aparición de nuevo material.

No tardó, efectivamente, en surgir el recuerdo de una escena, harto incompleto, pero muy preciso. Gruscha estaba arrodillada en el suelo, teniendo a su lado un cubo lleno de agua y una escobilla de sarmientos, y se burlaba del niño o le reprendía.

Los datos obtenidos en el curso del análisis nos permitieron cegar las lagunas que este recuerdo presentaba. Al principio del tratamiento, el sujeto me había hablado de uno de sus enamoramientos obsesivos, cuyo objeto había sido aquella misma muchacha campesina que a sus dieciocho años le había contagiado la enfermedad[1751] en la cual habríamos de ver la causa incidental de su neurosis posterior. En este primer período del análisis se había resistido singularmente a comunicar el nombre de aquella mujer, resistencia tanto más de extrañar cuanto que se presentaba aislada, pues el sujeto se mostraba generalmente dócil a los preceptos analíticos

fundamentales. Pero en cuanto a este detalle, se limitaba a afirmar que le avergonzaba comunicar dicho nombre, por ser tan exclusivamente propio de las clases bajas, que ninguna muchacha distinguida se llamaba así. Tal nombre, que acabé por averiguar, era el de Matrona. Tenía, pues, un sentido maternal. La vergüenza que su evocación causaba al sujeto estaba claramente fuera de lugar. El hecho mismo de que sus enamoramientos tuviesen siempre como objetivo muchachas de las clases más bajas no le avergonzaba, y sí tan sólo aquel nombre. Si la aventura con Matrona integraba algún elemento común con la escena en la que Gruscha aparecía fregando, la vergüenza del sujeto podía referirse a este otro suceso anterior.

En otra ocasión había dicho el paciente que la historia de Juan Huss le había impresionado mucho, quedando fija especialmente su atención en los haces de sarmientos que el pueblo añadía a la pira en la que había de ser quemado. Ahora bien: la simpatía hacia Huss despierta en nosotros una determinada sospecha, pues la hemos hallado con frecuencia en pacientes juveniles y siempre hemos descubierto para ella idéntica explicación. Uno de tales pacientes había incluso compuesto un drama, cuyo argumento era la vida y muerte de Juan Huss, habiéndolo empezado a escribir el mismo día que le había arrebatado la mujer a la que amaba en secreto. La muerte en la hoguera hace de Huss, como de otros que sufrieron igual suplicio, un héroe preferido de aquellos sujetos que padecieron de neurosis en su infancia. Nuestro paciente enlazaba los haces de sarmiento de la hoguera de Huss con la escobilla que utilizaba la niñera para fregar.

Todo este material permitió cegar fácilmente las lagunas que presentaba el recuerdo de la escena con Gruscha. Al ver a la muchacha fregando el suelo, el sujeto se había puesto a orinar ante ella, que le dirigió entonces, seguramente en broma, una amenaza de castración[1752].

No sé si los lectores habrán adivinado ya el motivo que me ha impulsado a exponer tan detalladamente este episodio infantil[1753]. Establece, en efecto, un enlace importantísimo entre la escena primaria y la posterior obsesión erótica que tan decisiva llegó a ser para los destinos del sujeto, introduciendo, además, una condición erótica que explica dicha obsesión.

Al ver a la muchacha fregando en el suelo arrodillada y en una posición que hacía resaltar sus nalgas volvió a encontrar en ella la postura adoptada

por su madre en la escena del coito. De este modo, la muchacha pasó a ser su madre, y la activación de aquella imagen pretérita[1754] despertó en él una excitación sexual que le llevó a conducirse con la criada como en la escena primaria el padre, cuya actividad no podía el niño haber comprendido por entonces más que como una micción. Su acto de orinar en el suelo fue, pues, realmente una tentativa de seducción, y la muchacha respondió a él con una amenaza de castración, como si lo hubiera comprendido así.

La obsesión emanada de la escena primaria se transfirió a esta escena con Gruscha y siguió actuando merced al nuevo impulso en ella recibido. Pero la condición erótica experimentó una modificación que testimonia la influencia de la segunda escena, pues quedó transferida desde la postura de la mujer a su actividad en la misma. Esta modificación se nos hace evidente, por ejemplo, en el incidente con Matrona. El sujeto paseaba por el pueblo perteneciente a la finca (a la segunda) y vio a la orilla de un estanque una muchacha campesina que lavaba arrodillada en una piedra, enamorándose inmediatamente de ella con violencia incoercible, aunque ni siquiera había podido verle aún la cara. Su postura y su actividad la habían hecho ocupar el lugar de Gruscha. Comprendemos ahora cómo la vergüenza, concomitante al contenido de la escena con Gruscha, pudo luego enlazarse al nombre de Matrona.

Otro acceso de enamoramiento, sufrido por el sujeto en años anteriores, muestra con mayor claridad aún la influencia coercitiva de la escena con Gruscha. Una joven campesina que servía en la casa había despertado su agrado desde tiempo atrás; pero el sujeto había logrado siempre dominarse, hasta que un día se sintió profundamente enamorado al verla fregando el suelo, con el cubo de agua y la escoba a su lado, como aquella otra muchacha de su infancia.

Hasta su misma definitiva elección de objeto, tan importante para su vida ulterior, se demuestra, por ciertas circunstancias íntimas que nos es imposible detallar aquí, dependiente de la misma condición erótica; esto es, como una ramificación de la obsesión que dominaba su elección amorosa, partiendo de la escena primaria y a través de la escena con Gruscha. Ya hemos observado en otro lugar la tendencia de nuestro paciente a rebajar a sus objetos amorosos y hemos visto en ella una reacción contra el agobio de la

superioridad de su hermana. Pero también prometimos por entonces demostrar que tal motivo no había sido el único determinante, sino que encubría una determinación más profunda por motivos puramente eróticos. El recuerdo de la niñera fregando el suelo, y rebajada así, por lo menos en cuanto a la postura, nos descubrió tal motivación. Todos los objetos eróticos posteriores fueron sustituciones de éste, del cual la casualidad había hecho a su vez una primera sustitución de la madre. La primera ocurrencia del paciente ante el problema del miedo a la mariposa se nos revela *a posteriori* como una lejana alusión a la escena primordial (la hora de las cinco). La relación de la escena de Gruscha con la amenaza de castración quedó confirmada por un sueño singularmente significativo, cuya interpretación halló el mismo paciente. Dijo, en efecto: «He soñado que un hombre arrancaba las alas a una 'Espe'». «¿A una 'Espe'? —le pregunté—. ¿Qué quiere decir usted con esto?». «Sí; a ese insecto que tiene el cuerpo a rayas amarillas, y cuyos aguijonazos son muy dolorosos». Tiene que ser una alusión a Gruscha, a la 'wespe' (avispa) con rayas amarillas. «A una 'wespe' (avispa) querrá usted decir». «¡Ah! ¿Se llama 'wespe' (avispa)? Creía que el nombre era simplemente 'Espe'». (El sujeto aprovechaba, como otros muchos, su desconocimiento de mi idioma para encubrir sus actos sintomáticos.) Pero entonces ese 'Espe' soy yo: S. P.[1755] (sus iniciales). La 'Espe' es naturalmente una avispa mutilada, y el sueño manifiesta así claramente que el sujeto se venga de Gruscha por su amenaza de castración.

El acto realizado por el niño de dos años y medio en la escena con Gruscha es el primer efecto visible de la escena primordial; nos presenta al sujeto como una reproducción de su padre y nos descubre una tendencia evolutiva, orientada en aquella dirección, que más adelante habrá de merecer la calificación de masculina. Pero la seducción le reduce a una pasividad, preparada ya de todos modos por su conducta como espectador del comercio sexual entre sus padres.

En este período del tratamiento experimentamos la impresión de que la solución de la escena con Gruscha, esto es, de la primera vivencia que el sujeto podía recordar y había recordado sin que yo lo esperase ni le ayudara a ello marcaba el término favorable de la cura, pues a partir de tal momento desapareció toda resistencia, y nuestra tarea quedó reducida a reunir datos y

ajustarlos. La antigua teoría traumática, basada en impresiones de la terapia psicoanalítica, volvía de pronto a demostrarse valedera.

Por puro interés crítico intenté todavía imponer al paciente una vez más una interpretación distinta y más admisible de su historia. Según ella, no se podía dudar de la realidad de la escena con Gruscha; pero tal escena no supondría nada por sí misma y habría sido identificada *ex post facto* por regresión por los sucesos de su elección de objeto, la cual se habría transferido desde su hermana a las criadas por el influjo de su tendencia a rebajar al objeto erótico. En cambio, la observación del coito habría sido tan sólo una fantasía construida en años ulteriores y cuyo nódulo histórico había sido el hecho de haber presenciado como una irrigación o incluso el de haber sido él mismo objeto de ella. Algunos de mis lectores opinarán probablemente que sólo con esta hipótesis llegué a aproximarme en realidad a la comprensión del caso. Pero el paciente me miró atónito y con cierto desprecio al exponerle yo tal interpretación y no volvió a reaccionar a ella. Por mi parte, ya he expuesto en páginas anteriores mis propios argumentos contra una tal racionalización.

Ahora bien: la escena con Gruscha no contiene tan sólo las condiciones decisivas de la elección de objeto del paciente, preservándonos así del error de conceder un valor excesivo a la significación de la tendencia a rebajar a la mujer. Integra también una justificación de mi conducta anterior al resistirme a ver la única solución posible en una referencia de la escena primordial a la observación de un coito animal realizada por el sujeto poco antes de su sueño.

La escena con Gruscha había emergido espontáneamente en la memoria del paciente, sin intervención alguna por mi parte. El miedo ante la mariposa amarilla, que a ella hemos referido, demostró que había tenido un importante contenido o, por lo menos, que había sido posible adscribir *a posteriori* a su contenido una tal importancia. Tal contenido importante faltaba en la reminiscencia del sujeto; pero pudo ser descubierto e integrado en ella, completándola mediante las asociaciones que a ella enlazó el paciente y las conclusiones que de las mismas dedujimos. Resultó entonces que el miedo a la mariposa era totalmente análogo al miedo al lobo, tratándose en ambos casos de miedo a la castración, referido primero a la persona que había sido la

primera en proferir la amenaza correspondiente y transferido luego a aquella otra a la cual había de enlazarse conforme al prototipo filogénico. La escena con Gruscha se había desarrollado teniendo el sujeto dos años y medio, y, en cambio, aquella otra en la que había sentido miedo de la mariposa amarilla era seguramente posterior al sueño de angustia. No era difícil comprender que el reconocimiento posterior de la posibilidad de la castración había desarrollado *a posteriori* la angustia, tomándola de la escena con Gruscha; pero esta escena misma no contenía nada repulsivo ni inverosímil, sino tan sólo detalles triviales de los que no había por qué dudar. Nada nos invitaba, pues, a reducirla a una fantasía del niño, ni tampoco parece posible hacerlo.

Surge ahora la cuestión de si en el acto de orinar llevado a cabo por el niño ante la muchacha que fregaba el suelo arrodillada podemos ver una prueba de excitación sexual. Tal excitación testimoniaría entonces de la influencia de una impresión anterior que podía ser tanto la realidad de la escena primordial como una observación de un coito animal realizado antes de los dos años y medio. ¿O acaso la situación descrita era absolutamente inocente y por completo casual la micción del niño, habiendo sido ulteriormente sexualizada la escena en su memoria después de haber reconocido como muy importantes otras situaciones análogas?

Sobre este punto no me atrevo a sentar conclusión ninguna. He de hacer constar que considero ya un alto merecimiento del psicoanálisis haber podido llegar a plantear semejantes interrogaciones. Pero no puedo negar que la escena con Gruscha, el papel que a la misma correspondió en el análisis y los efectos que de ella emanaron sobre la vida del sujeto sólo quedan satisfactoriamente explicados admitiendo la realidad de la escena primordial, que, a otros efectos, no importan tanto considerar como una fantasía.

Además tal escena no integra en el fondo nada imposible, y la hipótesis de su realidad es perfectamente conciliable con la influencia estimulante de las observaciones hechas en los animales, a los cuales aluden los perros de ganado aparentes en el sueño.

De esta conclusión poco satisfactoria pasaremos a otra cuestión que ya examinamos en nuestras *Lecciones introductorias al psicoanálisis*. Quisiéramos saber si la escena primaria fue una fantasía o una vivencia real; pero el ejemplo de otros casos análogos nos muestra que, en último término,

no es nada importante tal decisión. Las escenas de observación del coito entre los padres, de seducción en la infancia y de amenazas de castración son, indudablemente, un patrimonio heredado, una herencia filogénica, pero pueden constituir también una propiedad adquirida por vivencia personal. En nuestro caso, la seducción del paciente por su hermana mayor era una realidad indiscutible. ¿Por qué no había de serlo también la observación del coito entre sus padres?

Vemos, pues, en la historia primordial de la neurosis que el niño recurre a esta vivencia filogénica cuando su propia vivencia personal no resulta suficiente. Llena las lagunas de la verdad individual con la verdad prehistórica y sustituye su propia experiencia por la de sus antepasados. En el reconocimiento de esta herencia filogénica estoy de perfecto acuerdo con Jung (*Psicología de los procesos inconscientes*, 1917; obra que no pudo ya influir en absoluto sobre mis *Lecciones introductorias al psicoanálisis*); pero creo erróneo, desde el punto de vista del método, recurrir a la filogenia antes de haber agotado las posibilidades de la ontogenia. No veo por qué se quiere negar a la prehistoria infantil una significación que se concede gustosamente a la ascendencia del sujeto. Es indudable que los motivos y los productos filogénicos precisan por sí mismos de una explicación que la infancia individual puede suministrarlos en toda una serie de casos. Por último, no me asombra que la conversación de las mismas condiciones haga renacer orgánicamente en el individuo lo que dichas condiciones crearon en épocas anteriores y se ha transmitido luego hereditariamente como disposición a su nueva adquisición.

En el intervalo entre la escena primaria y la seducción (entre el año y medio y los tres años y tres meses) hemos de interpolar aún al jornalero mudo que fue para el sujeto una sustitución del padre, como Gruscha una sustitución de la madre. Creo injustificado hablar aquí de una tendencia al rebajamiento, aunque hallamos representados a los dos elementos de la pareja parental por personas sirvientes. El niño se sobrepone a las diferencias sociales, que aún significan muy poco para él, y sitúa en el mismo plano que a sus padres a aquellas personas de inferior condición que también le demuestran cariño. Tampoco interviene para nada esta tendencia en lo que se refiere a la sustitución de los padres por animales, pues el niño no tiene aún

por qué sentir la inferioridad de los mismos.

A la misma época pertenece también un oscuro indicio de una fase en la que el sujeto no quería comer más que golosinas, hasta el punto que se llegó a temer por su salud. Le contaron entonces la historia de un tío suyo que se había negado asimismo a comer y había muerto muy joven de pura debilidad, y le revelaron igualmente que a los tres meses de edad había estado él tan enfermo (¿de una pulmonía?), que ya le habían hecho una mortaja. De este modo consiguieron asustarle hasta que volvió a consentir en comer; y en años posteriores a su infancia llegó incluso a exagerar la ingestión de alimentos para protegerse contra la muerte. El miedo a la muerte, que por entonces le habían hecho sentir para su bien, apareció luego nuevamente cuando la madre trató de preservarle de la disentería y provocó más tarde aún un acceso de neurosis obsesiva. Vamos a tratar de descubrir sus orígenes y su significación en épocas posteriores.

A nuestro juicio, la negativa a comer integra la significación de un primer acceso de neurosis, de manera que tal perturbación, la fobia al lobo y la devoción obsesiva, formarían la serie completa de las enfermedades infantiles que produjeron la disposición al derrumbamiento neurótico en los años posteriores a la pubertad. Se me objetará que son muy pocos los niños que no pasan alguna vez por un período de falta de apetito o de zoofobia. Pero este argumento no es muy útil. Estoy dispuesto a afirmar que toda neurosis de un adulto se basa en una neurosis infantil que no ha sido suficientemente intensa para llamar la atención de sus familiares y ser reconocida como tal. La importancia teórica de las neurosis infantiles para la concepción de las enfermedades que tratamos como neurosis y queremos derivar exclusivamente de las influencias de la vida posterior queda robustecida por tal objeción. Si nuestro paciente no hubiera mostrado, además de su falta de apetito y su zoofobia, su devoción obsesiva, su historia no se diferenciaría mucho de la de los demás humanos, y nosotros careceríamos aún de materiales valiosísimos que nos pueden evitar en adelante errores tan fáciles como graves.

El análisis sería insatisfactorio si no nos procurara la comprensión de aquel lamento en que el paciente sintetizaba sus padecimientos. Era el de que el mundo se le aparecía envuelto en un velo, y nuestra experiencia

psicoanalítica rechaza la posibilidad de que tales palabras carezcan de significación, habiendo sido casualmente elegidas. Tal velo no se desgarraba más que en una situación; esto es, cuando el contenido intestinal salía a través del ano con ayuda de una irrigación. El sujeto se sentía entonces de nuevo bueno y sano y volvía a ver claramente el mundo durante un breve espacio de tiempo. La interpretación de este «velo» fue tan ardua como la del miedo a la mariposa, tanto más cuanto que el sujeto no mantenía fijamente tal representación, sino que la sustituía por un sentimiento indefinido de oscuridad o de tinieblas y por otras cosas igualmente inaprehensibles.

Sólo poco antes del término de la cura recordó haber oído que había nacido «cubierto[1756]». Se tenía, pues, por un ser especialmente afortunado, al que nada malo podía pasar, confianza que sólo le abandonó cuando contrajo la blenorragia y hubo de reconocerse vulnerable. Aquella grave ofensa inferida a su narcisismo provocó su derrumbamiento y su caída en la neurosis. Con ello repitió un mecanismo que ya se había desarrollado en él una vez. También su fobia al lobo había surgido al enfrentarse con la posibilidad de una castración, a la cual equiparó luego la blenorragia.

La «cofia de buena suerte» con la que había nacido era, pues, el velo que le ocultaba el mundo y le ocultaba a él para el mundo. Su lamento es, en realidad, el cumplimiento de una fantasía optativa que le muestra devuelto nuevamente al claustro materno, o sea la fantasía optativa de la huida del mundo. Su traducción sería la siguiente: «Soy tan desdichado en la vida, que tengo que refugiarme de nuevo en el claustro materno».

Pero ¿qué pueden significar los hechos de que este velo simbólico, que había sido real en una ocasión, se desgarrase en el momento de la deposición, conseguida con ayuda de una irrigación, y que su enfermedad cesara bajo tal condición? El análisis nos permite responder lo siguiente: Cuando el velo de su nacimiento se desgarra, vuelve el sujeto a ver el mundo y nace así de nuevo. El excremento es el niño en el cual nace el sujeto, por segunda vez, a una vida mejor. Tal sería, pues, la fantasía del nuevo nacimiento sobre la cual ha llamado Jung la atención y a la que atribuye importancia predominante en la vida optativa de los neuróticos.

Todo esto estaría muy bien si bastara con ello. Pero ciertos detalles de la situación y la necesidad de un enlace con el historial particular del paciente

nos obligan a continuar la interpretación. El nuevo nacimiento tiene por condición que la irrigación le sea administrada por otro hombre (al cual le obligó luego la necesidad a sustituirse), y esta condición sólo puede significar que el sujeto se ha identificado con su madre, que el auxiliar desempeña el papel del padre y que la irrigación repite la cópula cuyo fruto es la deposición, el niño excremental, o sea el paciente mismo. La fantasía del nuevo nacimiento aparece pues, íntimamente enlazada con la condición de la satisfacción sexual por el hombre. La traducción sería ahora la siguiente: Sólo cuando le es dado sustituir a la mujer, o sea a su madre, para hacerse satisfacer por el padre y darle un hijo es cuando desaparece su enfermedad. En consecuencia, la fantasía del nuevo matrimonio era tan sólo, en este caso, una reproducción mutilada y censurada de la fantasía optativa homosexual.

Examinando más detenidamente la situación, observamos que el enfermo no hace sino repetir en esta condición de su curación la situación de la escena primordial: Por entonces quiso sustituirse a la madre, y como ya supusimos antes, produjo, en la misma escena, el niño excremental, hallándose todavía fijado a aquella escena, decisiva para su vida sexual, y cuyo retorno en el sueño de los lobos marcó el comienzo de su enfermedad. El desgarramiento del velo es análogo al hecho de abrir los ojos y al de abrirse la ventana. La escena primordial ha quedado transformada en una condición de su curación.

Aquello que su lamento representa y aquello que es representado por la excepción del mismo puede ser fundido en una unidad que nos revela entonces todo su sentido. El sujeto desea volver al claustro materno, pero no tan sólo para volver luego a nacer, sino para ser alcanzado en él, ocasión del coito, por su padre, recibir de él la satisfacción y darle un hijo.

Ser parido por el padre, como al principio supuso; ser sexualmente satisfecho por él y darle un hijo, a costa de esto último, de su virilidad y expresado en el lenguaje del erotismo anal: con estos deseos queda cerrado el círculo de la fijación al padre y encuentra la homosexualidad su expresión suprema y más íntima[1757].

Creo que el presente ejemplo arroja también luz sobre el sentido y el origen de las fantasías de volver al claustro materno y ser parido de nuevo. La primera nace frecuentemente, como en nuestro caso, de la adhesión al padre. El sujeto desea hallarse en el claustro materno para sustituir a la madre en el

coito y ocupar su lugar en cuanto al padre. La fantasía del nuevo nacimiento es, probablemente siempre una atenuación, un eufemismo, por decirlo así, de la fantasía del coito incestuoso con la madre o, para emplear el término propuesto por H. Silberer una abreviatura *anagógica* de la misma. El sujeto desea volver a la situación durante la cual se hallaba en los genitales de la madre, deseo en el cual se identifica el hombre con su propio pene y se deja representar por él. En este punto se nos revelan ambas fantasías como antítesis en las cuales se expresará, según la actitud masculina o femenina del sujeto correspondiente, el deseo del coito con el padre o con la madre. No puede rechazarse la posibilidad de que en el lamento y en la condición de curación de nuestro paciente aparezcan unidas ambas fantasías y, por tanto, ambos deseos incestuosos.

Quiero intentar, una vez más, interpretar los últimos resultados del análisis conforme a las teorías de nuestros contradictores: El paciente llora su huida del mundo en una fantasía típica de retorno al claustro materno y ve tan sólo una posibilidad de curación en un nuevo nacimiento, expresando éste en síntomas anales, correlativamente a su disposición predominante. Conforme al prototipo de la fantasía anal del nuevo nacimiento ha construido una escena infantil que repite sus deseos con medios expresivos simbólicos arcaicos. Sus síntomas se encadenan entonces como si emanaran de una tal escena primordial. Tuvo que decidirse a todo este retroceso porque la vida le planteó una labor para cuya solución era demasiado indolente o porque tenía razones suficientes para desconfiar de su inferioridad y creía hallar máxima protección por medio de tales manejos.

Todo esto estaría muy bien si el infeliz no hubiera tenido ya a los cuatro años un sueño con el que empezó su neurosis, que fue estimulado por el cuento del sastre y el lobo y cuya interpretación hace necesaria la hipótesis de una tal escena primaria. Ante estos hechos, pequeños pero inatacables, se estrellan, desgraciadamente, las facilidades que intentan proporcionarnos las teorías de Jung y de Adler. En la situación dada, la fantasía del nuevo nacimiento me parece constituir una derivación de la escena primaria, en lugar de ser, inversamente, tal escena un reflejo de aquella fantasía. Quizá podamos también suponer que el paciente era por entonces, cuatro años después de su llegada al mundo, demasiado joven para desearse ya un nuevo

nacimiento. Pero creo más prudente retirar este último argumento, pues mis propias observaciones demuestran que hasta ahora se ha estimado muy por debajo a los niños y que no sabemos aún de lo que son capaces[1758].

IX. Síntesis y problemas.

NO sé si mis lectores habrán conseguido formarse, con la exposición hasta aquí desarrollada del análisis de este caso, una idea clara de la génesis y la evolución de la enfermedad de mi paciente. Temo que no haya sido así. Pero, aunque en general no suelo defender mi parte expositiva, en este caso he de alegar circunstancias atenuantes. La descripción de fases tan tempranas y tan profundas de la vida anímica constituye una tarea jamás emprendida hasta ahora, y a mi juicio es mejor llevarla a cabo imperfectamente que no huir ante ella, huida que habría de traer consigo, además, determinados peligros. Vale más, por tanto, demostrar valientemente que la consciencia de nuestras inferioridades no ha bastado para apartarnos de tan ardua labor.

Por otra parte, el caso no era especialmente favorable. La posibilidad de estudiar al niño por medio del adulto, a la cual debimos la riqueza de datos sobre la infancia, hubo de ser apagada con una ingrata fragmentación del análisis y las consiguientes imperfecciones de la exposición. La idiosincrasia del paciente y los rasgos de carácter que debía a su nacionalidad, distinta de la nuestra, hicieron muy trabajosa la empatía, y el contraste entre su personalidad, afable y dócil, de aguda inteligencia y pensamiento elevado, y su vida instintiva, totalmente indomada, nos impuso una prolongada labor preparatoria y educativa que dificultó la visión de conjunto. Pero de aquel carácter del caso que más arduos problemas hubo de plantear a su exposición es totalmente irresponsable el paciente. Hemos conseguido diferenciar en la psicología del adulto los procesos anímicos en conscientes e inconscientes y describir claramente ambas especies. En cambio, tratándose del niño, es dificilísima tal distinción, siéndonos casi imposible diferenciar lo consciente de lo inconsciente. Procesos que han llegado a predominar y que por su

conducta posterior han de ser considerados equivalentes a los conscientes no lo han sido, sin embargo, nunca en el niño. No es difícil comprender por qué: lo consciente no ha adquirido todavía en el niño todos sus caracteres, se halla en pleno desarrollo y no posee aún la capacidad de concretarse en representaciones verbales. La confusión de que regularmente nos hacemos culpables entre el fenómeno de aparecer en la consciencia como percepción y la pertenencia a un sistema psíquico supuesto que podríamos determinar en una forma cualquiera convencional, pero al que nos hemos decidido a llamar también consciencia (el sistema Cc), es absolutamente inocente en la descripción psicológica del adulto, pero puede inducirnos a graves errores cuando se trata de la psicología infantil. Tampoco la introducción del sistema «preconsciente» nos presta aquí ningún auxilio, pues el sistema preconsciente del niño no coincide obligadamente con el del adulto. Habremos, pues, de satisfacernos con darnos clara cuenta de la oscuridad reinante en este terreno.

Es indudable que un caso como el que aquí describimos podría dar pretexto a discutir todos los resultados y problemas del psicoanálisis, pero ello constituiría una labor interminable y absolutamente injustificada. Hemos de decirnos que un solo caso no puede proporcionarnos todos los conocimientos y soluciones deseados y habremos de contentarnos con utilizarlo en aquellos aspectos que más claramente nos muestre. En general, la labor explicativa del psicoanálisis es harto limitada. Lo único que ha de explicar son los síntomas, descubriendo su génesis, pues en cuanto a los mecanismos psíquicos y los procesos instintivos, a los que así somos conducidos no se tratará de explicarlos, sino de describirlos. Para extraer de las conclusiones sobre estos dos últimos puntos nuevas generalidades son necesarios muchos casos como el presente, correcta y profundamente analizados. Y no es fácil encontrarlos, pues cada uno de ellos representa el trabajo de muchos años. En este terreno sólo muy lentamente puede progresarse. No será, pues, imposible la tentación del contentarse con «rascar» ligeramente la superficie psíquica de un cierto número de sujetos y sustituir la labor restante por la especulación situada bajo el signo de una cualquiera doctrina filosófica. En favor de este procedimiento pueden alegarse necesidades prácticas, pero las necesidades científicas no quedan satisfechas con ningún subrogado.

Voy a intentar una revisión sintética de la evolución sexual de mi paciente, partiendo de los más tempranos indicios. Lo primero que de él averiguamos es la perturbación de su apetito, la cual interpretamos, apoyándonos en otros casos, pero con máximas reservas, como el resultado de un proceso de carácter sexual. La primera organización sexual aprehensible es, para nosotros, aquélla a la que hemos calificado de «oral» o «caníbal» y en la que la excitación sexual se apoya aún en el instinto de alimentación. No esperamos hallar manifestaciones directas de esta clase, pero sí indicios de ellas en las perturbaciones eventualmente surgidas. La perturbación del instinto de alimentación, que naturalmente puede tener también otras causas, nos demuestra entonces que el organismo no ha podido llegar a dominar la excitación sexual. El fin sexual de esta fase no podía ser más que el canibalismo, la ingestión de alimentos; en nuestro paciente tal fin exterioriza, por regresión desde una fase superior, el miedo a ser devorado por el lobo. Este miedo hubimos de traducirlo por el de servir de objeto sexual a su padre. Sabido es que años posteriores —tratándose de muchachas, en la época de la pubertad o poco después— existe una neurosis que expresa la repulsa sexual por medio de la anorexia, debiendo ser relacionada, por tanto, con esta fase oral de la vida sexual. En el punto culminante del paroxismo amoroso («¡Te comería!») y en el trato cariñoso con los niños pequeños, en el cual el adulto se comporta también como un niño, surge de nuevo el fin erótico de la organización oral. Ya hemos expuesto en otra ocasión la hipótesis de que el padre de nuestro paciente acostumbraba dirigir a su hijo tales amenazas humorísticas, jugando con él a ser el lobo o un perro que iba a devorarle. El paciente confirmó la sospecha con su singular conducta durante la transferencia. Cuantas veces retrocedía ante las dificultades de la cura, refugiándose en la transferencia, amenazaba con la decoración, y luego con toda serie de malos tratos, lo que constituía tan sólo una expresión de cariño.

Los usos del lenguaje han tomado de esta fase oral la sexualidad de determinados gritos y califican así de «apetitoso» a un objeto erótico o de «dulce» a la persona amada. Recordaremos aquí que nuestro pequeño paciente no quería comer más que cosas dulces. Las golosinas y los bombones representan habitualmente en el sueño caricias conducentes a la

satisfacción sexual.

Parece ser que a esta fase corresponde también (naturalmente en caso de perturbación) una angustia que aparece como miedo a la muerte y puede adherirse a todo aquello que es mostrado al niño como adecuado. En nuestro paciente fue utilizada para la superación de su anorexia e incluso para la supercompensación de la misma. El hecho de que la observación de la cópula de sus padres, de la que tantos efectos posteriores hubieron de emanar, fuera anterior al período de anorexia, nos descubre su posible fuente. Podemos quizá suponer que apresuro los procesos de la maduración sexual y desarrollo así efectos directos, aunque inaparentes.

Sé también, naturalmente, que es posible explicar de otro modo más sencillo el cuadro sintomático de este período el miedo al lobo y la anorexia —sin recurrir a la sexualidad ni a un estadio de organización pregenital. Quien no vea inconveniente alguno en prescindir de los signos de la neurosis y de la continuidad de los fenómenos preferiría sin duda tal explicación, y nada podemos hacer para evitarlo. Es muy difícil llegar a conclusión alguna convincente sobre estos comienzos de la vida sexual por caminos distintos de los indirectos por nosotros utilizados.

La escena de Gruscha (a los dos años y medio) nos muestra a nuestro infantil paciente al principio de una evolución que puede ser calificada de normal, con la sola salvedad de su precocidad: identificación con el padre y erotismo uretral en representación de la masculinidad. Se halla por completo bajo la influencia de la escena primaria. Hasta ahora hemos atribuido a la identificación con el padre un carácter narcisista; pero teniendo en cuenta el contenido de la escena primaria, hemos de reconocer que corresponde ya al estadio de la organización genital. El genital masculino ha empezado a desempeñar su papel y lo continúa bajo la influencia de la seducción por la hermana.

Pero experimentamos la impresión de que la seducción no sólo propulsa la evolución, sino que también la perturba y la desorienta, dándole un fin sexual pasivo, inconciliable en el fondo con la acción del genital masculino. Ante el primer obstáculo exterior, o sea la amenaza de castración de la *chacha* (a los tres años y medio), se derrumba la organización genital, insegura todavía, y vuelve, por regresión, al estadio anterior de la

organización sádico-anal, que en otro caso hubiera quizá transcurrido con indicios tan leves como en otros niños.

La organización sádico-anal es fácil de reconocer como una continuación de la oral. La violenta actividad muscular en cuanto al objeto que la caracteriza tiene su razón de ser como acto preparatorio de la ingestión, la cual desaparece luego como fin sexual. El acto preparatorio se convierte en un fin independiente. La novedad con respecto al estadio anterior consiste esencialmente en que el órgano pasivo, separado de la zona bucal, se desarrolla en la zona anal. De aquí a ciertos paralelos biológicos o a la teoría de las organizaciones humanas pregenitales como residuos de dispositivos que en algunas especies zoológicas se conservan aún, no hay ya más que un paso. La constitución del instinto de investigación por la síntesis de sus componentes es también de este estadio. El erotismo anal no se hace notar aquí claramente. Bajo la influencia del sadismo, el excremento ha trocado su significación cariñosa por una significación ofensiva. En la transformación del sadismo en masoquismo interviene un sentimiento de culpabilidad que indica procesos evolutivos desarrollados en esferas distintas de la sexual.

La seducción prolonga su influencia manteniendo la pasividad del fin sexual. Transforma ahora una gran parte del sadismo en masoquismo, su antítesis pasiva. Es dudoso que pueda atribuirse por entero a ella la pasividad, pues la reacción del niño de año y medio a la observación del coito fue ya pasiva. La coexistencia sexual se manifestó en una disposición en la que también hemos de distinguir, de todos modos, un elemento activo. Al lado del masoquismo, que domina su corriente sexual y se manifiesta en fantasía, sigue subsistente el sadismo, el cual se descarga en las crueldades de que el sujeto hace víctima a los animales. Su investigación sexual comenzó a partir de la seducción y se ocupó esencialmente de dos problemas: el de la procedencia de los niños y el de la posibilidad de la castración, entretejiéndose con las manifestaciones de sus instintos y dirigiendo sus tendencias sádicas hacia los animales pequeños, como representantes de los niños pequeños.

Hemos llevado la descripción hasta las proximidades del cuarto cumpleaños del sujeto, fecha en la cual el sueño de los lobos activa la observación del coito parental realizado al año y medio y hace que desarrolle

a posteriori sus efectos. Los procesos que a partir de este momento se desarrollan escapan en parte a nuestra aprehensión, y tampoco nos es posible describirlo satisfactoriamente. La activación de la imagen que ahora, en un estadio más avanzado de la evolución intelectual, puede ya ser comprendida, actúa como un suceso reciente, pero también como nuevo trauma, como una intervención ajena análoga a la seducción. La organización genital interrumpida es continuada de nuevo, pero el progreso realizado en el sueño no puede ser conservado. Sucede más bien que un proceso comparable tan sólo a una represión determina la repulsa de los nuevos descubrimientos y su sustitución por una fobia.

La organización sádico-anal subsiste, pues, también en la fase ahora iniciada de la zoofobia, mezclándose a ella fenómenos de angustia. El niño continúa su actividad sádica al mismo tiempo que su actividad masoquista pero reacciona con angustia a una parte de las mismas. La transformación del sadismo en su antítesis realiza probablemente en este período nuevos progresos.

Del análisis del sueño de angustia deducimos que la represión se enlaza al descubrimiento de la castración. Lo nuevo es rechazado porque su admisión supondría la pérdida del pene. Una reflexión más detenida nos hace descubrir lo siguiente: Lo reprimido es la actitud homosexual en el sentido genital, que se había formado bajo la influencia del descubrimiento. Pero tal actitud permanece conservada para lo inconsciente, constituyendo un estrato aislado y más profundo. El móvil de esta represión parece ser la virilidad narcisista de los genitales, la cual promueve un conflicto preparado desde mucho tiempo atrás, con la pasividad del fin sexual homosexual. La represión, es, por tanto, un resultado de la masculinidad.

Nos inclinaríamos quizá a modificar desde este punto de partida toda una parte de la teoría psicoanalítica. Parece, en efecto, evidente que es el conflicto entre las tendencias masculinas y las femeninas, o sea la bisexualidad, lo que engendra la represión y la producción de la neurosis. Pero esta deducción es incompleta. Una de las dos tendencias sexuales en conflicto se halla de acuerdo con el *yo*, pero la otra contraría el interés narcisista y sucumbe por ello a la represión. Así, pues, también es en este caso el *yo* la instancia que desencadena la represión en favor de una de las tendencias sexuales. En otros

casos no existe un tal conflicto entre la masculinidad y la femineidad, habiendo tan sólo una tendencia sexual, que quiere ser admitida, pero que tropieza con determinados poderes del *yo*, y es, por tanto, rechazada. Más frecuentes que los conflictos nacidos dentro de la sexualidad misma son los que surgen entre la sexualidad y las tendencias morales del *yo*. En nuestro caso falta un tal conflicto moral. La acentuación de la bisexualidad como motivo de la represión sería, por tanto insuficiente, y, en cambio, la del conflicto entre el *yo* y la libido explica todos los procesos.

A la teoría de la «protesta masculina», tal y como la ha desarrollado Adler, se puede objetar que la represión no toma siempre el partido de la masculinidad en contra de la femineidad. Pues en toda una serie de casos es la masculinidad la que queda sometida a la represión por el mandamiento del *yo*.

Además, una detenida investigación del proceso de la represión en nuestro caso negaría que la masculinidad narcisista fuera el único motivo. La actitud homosexual nacida durante el sueño es tan intensa, que el *yo* del pequeño sujeto no consigue dominarla y se defiende de ella por medio de la represión, auxiliado tan sólo por la masculinidad narcisista del genital. Sólo para evitar interpretaciones erróneas haremos constar que todas las tendencias narcisistas parten del *yo* y permanecen en él, y que las represiones son dirigidas sobre cargas de objeto libidinosas. Pasaremos ahora desde el proceso de la represión, cuya exposición exhaustiva no hemos quizá logrado, al estado resultante del sueño. Si hubiera sido realmente la masculinidad la que hubiese vencido a la homosexualidad (femineidad) durante el proceso del sueño, tendríamos que hallar como dominante una tendencia sexual activa de franco carácter masculino, pero no hallamos el menor indicio de ella. Lo esencial de la organización sexual no ha sufrido cambio alguno, y la fase sádico-anal subsiste y continúa siendo la dominante. La victoria de la masculinidad se muestra tan sólo en que el sujeto reacciona con angustia a los fines sexuales pasivos de la organización predominante (masoquistas, pero no femeninos). No existe ninguna tendencia sexual masculina victoriosa, sino tan sólo una tendencia pasiva y una resistencia contra la misma.

Imagino las dificultades que plantea al lector la precisa distinción inhabitual, pero imprescindible, de activo-masculina y pasivo-femenina, y no

ahorraré, por tanto, repeticiones. El estado posterior al sueño puede, pues, ser descrito de la siguiente forma: Las tendencias sexuales han quedado disociadas; en lo inconsciente ha sido alcanzado el estadio de la organización genital y se ha constituido una homosexualidad muy intensa. Sobre ella subsiste (virtualmente en lo consciente) la anterior tendencia sexual sádica y predominantemente masoquista, y el *yo* ha cambiado por completo de actitud en cuanto a la sexualidad se halla en plena repulsa sexual y rechaza con angustia los fines masoquistas predominantes, como quien reaccionó a los más profundos homosexuales en la génesis de una fobia. Así, pues, el resultado del sueño no fue tanto la victoria de una corriente masculina como la reacción contra una corriente femenina y otra pasiva. Sería harto forzado adscribir a esta reacción el carácter de la masculinidad, pues el *yo* no integra corrientes sexuales, sino tan sólo el interés de su propia conservación y del mantenimiento de su narcisismo.

Examinemos ahora la fobia. Ha nacido en el nivel de la organización genital y muestra el mecanismo, relativamente sencillo, de una histeria de angustia. El *yo* se protege, por medio del desarrollo de angustia, de aquello en lo que ve un peligro poderoso, o sea de la satisfacción homosexual. Pero el proceso de una represión deja tras de sí una huella evidente. El objeto al que se ha enlazado el fin sexual temido tiene que hacerse representar por otro ante la consciencia, y de este modo lo que llega a hacerse consciente no es el miedo al *padre*, sino el miedo al *lobo*. Pero la producción de la fobia no se satisface con éste sólo contenido, pues el lobo queda sustituido tiempo después por el león. Con las tendencias sádicas contra los animales pequeños concurre una fobia a ellos, como representantes de los competidores del sujeto; esto es, de los hermanitos que su madre puede darle.

La génesis de la fobia a la mariposa es especialmente interesante, constituyendo como una repetición del mecanismo que engendró en el sueño la fobia del lobo. Un estímulo casual activa una vivencia pretérita: la escena con Gruscha, cuya amenaza de castración se demuestra eficaz *a posteriori*, en tanto que al suceder realmente no causó impresión alguna al sujeto[1759].

Puede decirse que la angustia que entra en la formación de estas fobias es miedo a la castración. Esta afirmación no contradice la teoría de que la angustia surgió de la represión de la libido homosexual. En ambas

afirmaciones aludimos al mismo proceso, en el que el *yo* retrae de las tendencias optativas homosexuales un montante de libido, que queda convertido en angustia flotante y es enlazado luego a las fobias. Sólo que en la primera afirmación figura también el motivo que impulsa al *yo*.

Una reflexión más detenida nos descubre que esta primera enfermedad de nuestro paciente (dejando aparte la anorexia) no se limita a la fobia, sino que ha de ser considerada como una verdadera histeria, a la que, además de los síntomas de angustia, corresponden fenómenos de conversión. Una parte de la tendencia homosexual es conservada en el órgano correspondiente, y el intestino se conduce a partir de este momento, e igualmente en la época ulterior, como un órgano histérico. La homosexualidad, inconsciente y reprimida, se ha refugiado en el intestino. Precisamente esta parte de histeria nos presta luego, en la solución de la enfermedad ulterior, los mejores servicios.

No ha de faltarnos tampoco decisión para atacar las circunstancias, más complicadas aún, de la neurosis obsesiva. Revisemos una vez más la situación: Tenemos una corriente sexual masoquista predominante, otra reprimida homosexual y un *yo*, dominado por la repulsa histérica. ¿Cuáles son los procesos que transforman este estado en el de la neurosis obsesiva?

La transformación no sucede espontáneamente, por evolución interna, sino que es provocada por una influencia externa. Su resultado visible es que la relación con el padre, la cual había hallado hasta entonces una exteriorización en la fobia al lobo, se manifiesta ahora en una devoción obsesiva. No podemos dejar de consignar que el proceso que se desarrolla en este paciente nos procura una inequívoca confirmación de una de las hipótesis incluidas en el *Tótem y tabú* sobre la relación del animal totémico con la divinidad[1760]. Afirmamos entonces que la representación de la divinidad no constituía un desarrollo del totem, sino que surgía independientemente de él y para sustituirlo de la raíz común a ambos. El totem sería la primera sustitución del padre, y el dios, a su vez, una sustitución posterior, en la que el padre volvía a encontrar su figura humana. Así lo hallamos también en nuestro paciente. Atraviesa en la fobia al lobo el estadio de la sustitución totémica del padre, que luego se interrumpe, y es sustituido, a consecuencia de nuevas relaciones entre el sujeto y el padre, por

una fase de fervor religioso.

La influencia que provoca este cambio es la iniciación del sujeto en las doctrinas de la religión y en la Historia Sagrada, iniciación que alcanza los resultados educativos deseados. La organización sexual sádico-masoquista es llevada paulatinamente a un fin; la fobia al lobo desaparece rápidamente, y en lugar de la repulsa temerosa de la sexualidad surge una forma más elevada del sojuzgamiento de la misma. El fervor religioso llega a ser el poder dominante en la vida del niño. Pero estas superaciones no son conseguidas sin lucha, la cual se exterioriza en las ideas blasfemas y provoca una exageración obsesiva del ceremonial religioso.

Prescindiendo de estos fenómenos patológicos, podemos decir que la religión ha cumplido en este caso cuanto le corresponde en la educación del individuo. Ha domado las tendencias sexuales del sujeto, procurándoles una sublimación y una localización firmísima; ha desvalorizado sus relaciones familiares, y ha puesto fin con ello a un aislamiento peligroso, abriéndole el camino hacia la gran colectividad humana. El niño, salvaje antes y atemorizado, se hizo así sociable, educable y moral.

El motor principal de la influencia religiosa fue la identificación con la figura de Cristo, facilitada por el azar de su nacimiento en el día de Nochebuena. El amor a su padre, cuya exageración había hecho necesaria la represión, encontró aquí, por fin, una salida en una sublimación ideal. Siendo Cristo, podía el sujeto amar a su padre, que era, por tanto, Dios, con un fervor que, tratándose del padre terrenal, no hubiera encontrado descargo posible. Los caminos por los cuales el sujeto podía testimoniar dicho amor le eran indicados por la religión y no se adhería a ellos la consciencia de culpabilidad, inseparables de las tendencias eróticas individuales. Si la corriente sexual más profunda, precipitada ya como homosexualidad inconsciente, podía aún ser depurada, la tendencia masoquista, más superficial, encontró sin grandes renunciamientos una sublimación, incomparable en la historia de la pasión de Cristo, que para honrar y obedecer a su divino Padre se había dejado martirizar y sacrificar. La religión cumplió así su obra en el pequeño descarriado mediante una mezcla de satisfacción, sublimación y apartamiento de lo sexual por medio de procesos puramente espirituales y facilitándole, como a todo creyente, una relación con la

colectividad social.

La resistencia inicial del sujeto contra la religión tuvo tres distintos puntos de partida. En primer lugar, conocemos ya por otros ejemplos su característica resistencia a toda novedad. Defendía siempre toda la posición de su libido, impulsado por el miedo de la pérdida que había de traer consigo su abandono, y desconfiando de la posibilidad de hallar una compensación en la nueva. Es ésta una importante peculiaridad psicológica fundamental, de la que he tratado en mis *Tres ensayos para una teoría sexual,* calificándola de capacidad de *fijación*. Jung ha querido hacer de ella, bajo el nombre de «inercia» psíquica, la causa principal de todos los fracasos de los neuróticos. Equivocadamente, a mi juicio, pues va mucho más allá, y desempeña también un papel principalísimo en la vida de los sujetos no neuróticos. La movilidad o la adhesividad de las cargas de energía, libidinosas o de otro género, son caracteres propios de muchos normales y ni siquiera de todos los neuróticos. Hasta ahora no han sido relacionados con otros, siendo así como números primos, sólo por si mismos divisibles. Sabemos tan sólo que la movilidad de las cargas psíquicas disminuye singularmente con la edad del sujeto, procurándonos así una indicación sobre los límites de la influencia psicoanalítica. Pero hay personas en las cuales esta plasticidad psíquica traspasa los límites de edad, y en cambio otras que la pierden en edad muy temprana. Tratándose de neuróticos, hacemos el ingrato descubrimiento de que, dadas las condiciones aparentemente iguales, no es posible lograr en unos modificaciones que en otros hemos conseguido fácilmente. De modo tal que al considerar la conversión de energía psíquica debemos hacer uso del concepto de ‘eutropía’ con no menor razón que con la energía física, lo que se opone a la pérdida de lo que ya ha ocurrido.

Un segundo punto de ataque le fue procurado por el hecho de que las mismas doctrinas religiosas no tienen como base una relación unívoca con respecto a Dios Padre, sino que se desarrollan bajo el signo de la ambivalencia que presidió su génesis. El sujeto advirtió pronto esta ambivalencia, descubriendo en el que le ayudó mucho la suya propia, tan desarrollada, y enlazó a ella aquellas penetrantes críticas, que tanto nos maravilló hallar en un niño de cinco años. Pero el factor más importante fue desde luego un tercero, a cuya acción hubimos de atribuir los resultados

patológicos de su pugna contra la religión. La corriente que le impulsaba hacia el hombre, y que había de ser sublimada por la religión, no estaba ya libre, sino acaparada en parte por la represión, y con ello sustraída a la sublimación y ligada a su primitivo fin sexual. Merced a esta conexión la parte reprimida tendía a abrirse camino hacia la parte sublimada o a relajarla hasta sí. Las primeras cavilaciones, relativas a la personalidad de Cristo, contenían ya la pregunta de si aquel hijo sublime podía también satisfacer la relación sexual con el padre tal y como la misma se conservaba en lo inconsciente del sujeto. La repulsa de esta tendencia no tuvo otro resultado que el de hacer surgir ideas obsesivas, aparentemente blasfemas, en las cuales se imponía el amor físico a Dios bajo la forma de una tendencia o rebajar su personalidad divina. Una violenta pugna defensiva contra estos productos de transacción hubo de llevar luego al sujeto a una exageración obsesiva de todas aquellas actividades, en las cuales había de encontrar la devoción, el amor puro a Dios: un exutorio trazado de antemano. Por último, triunfó la religión; pero su base instintiva se demostró incomparablemente más fuerte que la adhesividad de sus sublimaciones, pues en cuanto la vida procuró al sujeto una nueva sustitución del padre, cuya influencia se orientó en contra de la religión, fue ésta abandonada y sustituida por otra cosa. Recordemos aún la interesantísima circunstancia de que el fervor religioso surgiera bajo la influencia de las mujeres (la madre y la niñera) y fuera, en cambio, una influencia masculina la que liberase de él al sujeto.

La génesis de la neurosis obsesiva, sobre la base de la organización sexual sádico-anal confirma por completo lo que en otro lugar hemos expuesto (sobre la disposición a la neurosis obsesiva). Pero la preexistencia de una intensa histeria hace menos transparente en este aspecto nuestro caso. Cerraremos la revisión de la evolución sexual de nuestro paciente arrojando alguna luz sobre las transformaciones ulteriores de la misma. Con la pubertad surgió en él la corriente normal masculina, intensamente sexual y con el fin sexual correspondiente a la organización genital; corriente cuyos destinos hubieron de regir ya su vida hasta su posterior enfermedad. Esta corriente se enlazó directamente a la escena con Gruscha, tomó de ella el carácter de un enamoramiento obsesivo y tuvo que luchar con las inhibiciones, emanadas de los residuos de las neurosis infantiles. El sujeto conquistó, por fin, la plena

masculinidad con una violenta irrupción hacia la mujer. En adelante conservó este objeto sexual; pero su posesión no le regocijaba, pues una intensa inclinación hacia el hombre, absolutamente inconsciente ahora, y que reunía en sí todas las energías de las fases anteriores, le apartaba de continuo del objeto femenino y le obligaba a exagerar en los intervalos su dependencia de la mujer. Durante el tratamiento se lamentó de que no podía resistir a las mujeres, y toda nuestra labor tendió a descubrir su relación inconsciente con el hombre. Su infancia se había caracterizado por la oscilación entre la actividad y la pasividad; su pubertad, por la dura conquista de la masculinidad, y el período de su enfermedad, por la conquista del objeto de la corriente masculina. La causa precipitante de su enfermedad no cuenta entre los «tipos de enfermedad neurótica» que hemos podido reunir como casos especiales de la «frustración», y nos advierte así la existencia de una laguna en dicha serie. El sujeto enfermó cuando una afección orgánica genital activó su miedo a la castración, hirió su narcisismo y le obligó a perder su confianza en una predilección personal del Destino. Enfermó, pues, a causa de una «frustración[1761]» narcisista. Esta prepotencia de su narcisismo armonizaba perfectamente con los demás signos de una evolución sexual inhibida, con el hecho que su elección erótica heterosexual no concentrase en sí, a pesar de toda su energía, más que muy pocas corrientes psíquicas, y con el de que la actitud homosexual, mucho más cercana al narcisismo, se afirmase en él con tal tenacidad como poder inconsciente. Naturalmente, en semejantes perturbaciones la cura psicoanalítica no puede conseguir una transformación instantánea equivalente al resultado de una evolución normal, sino tan sólo suprimir obstáculos y hacer accesibles los caminos para que las influencias de la vida puedan conseguir una evolución mejor orientada.

Como particularidades de su psiquismo, descubiertas por la cura psicoanalítica, pero no del todo aclaradas y que, por tanto, no pudieron ser directamente influidas, señalaremos las siguientes: la tenacidad ya mencionada de la fijación, el extraordinario desarrollo de la inclinación a la ambivalencia y, como tercer rasgo de una constitución que hemos de calificar de arcaica, la capacidad de mantener yuxtapuestas y capaces de función las cargas libidinosas más heterogéneas y contradictorias. Una constante oscilación entre las mismas, que durante mucho tiempo pareció excluir toda

solución y todo progreso, domina el cuadro patológico de su enfermedad posterior, del cual sólo podemos dar aquí breves detalles. Era éste, sin duda alguna, un rasgo característico de su sistema inconsciente, que se había extendido en él hasta los procesos conscientes; pero el sujeto lo mostraba tan sólo en los resultados de los movimientos afectivos, pues en el terreno puramente lógico revelaba más bien una especial habilidad para el descubrimiento de las contradicciones y las antítesis. De este modo, su vida anímica nos hacía una impresión semejante a la que nos produce la antigua religión egipcia, la cual nos resulta incomprensible porque conserva los estadios evolutivos junto a los productos finales.

Terminamos aquí lo que nos proponíamos comunicar sobre este caso patológico. Sólo dos de los numerosos problemas que sugiere me parecen dignos de especial mención. El primero se refiere a los elementos filogénicos congénitos, los cuales cuidan, como «categorías» filosóficas, de la distribución de las impresiones de la vida y son, a mi juicio, residuos de la historia de la civilización humana. El complejo de Edipo, que comprende la relación del niño con sus padres, es el más conocido de estos esquemas. Allí donde las vivencias no se adaptan al esquema hereditario, se inicia una elaboración de las mismas por la fantasía, labor que sería muy interesante perseguir individualmente. Precisamente estos casos son muy apropiados para demostrarnos la existencia independiente del esquema. Podemos observar con frecuencia que el esquema logra la victoria sobre la vivencia individual, como sucede en nuestro caso cuando el padre llega a ser el castrador y el peligro que amenaza a la sexualidad infantil, a pesar de la existencia de un complejo de Edipo totalmente inverso. Las contradicciones entre la vivencia y el esquema parecen procurar rico material a los conflictos infantiles.

El segundo problema se halla próximo a éste, pero es mucho más importante. Considerando la conducta del niño de cuatro años ante la escena primaria reactivada[1762] y recordando las reacciones mucho más simples del niño de año y medio, al presenciar dicha escena, no podemos rechazar la hipótesis de la actuación de una especie de conocimiento previo, difícilmente determinable, semejante a una preparación a la comprensión[1763]. Es

totalmente imposible imaginar en qué puede consistir este factor, y lo único que podemos hacer es compararlo al más amplio conocimiento instintivo de los animales.

Si en el hombre existiera también un tal patrimonio instintivo, no tendríamos por qué asombrarnos de que se refiera especialmente a los procesos de la vida sexual, aunque claro está que no habría de limitarse a ellos. Este elemento instintivo sería el nódulo de lo inconsciente, una actividad mental primitiva destronada y sustituida por la razón humana posteriormente adquirida; pero que conservaría muchas veces, y quizá en todos los casos, el poder de rebajar hasta su nivel procesos anímicos más elevados. La represión sería el retorno a este estadio instintivo; el hombre pagaría con su capacidad para la neurosis aquella magna adquisición y testimoniaría con la posibilidad de las neurosis, de la existencia del grado primitivo anterior instintivo. La importancia de los tempranos sueños infantiles reposaría en que procurarían a este inconsciente una materia que le protegería de ser suprimido por la evolución posterior.

Sé que estas hipótesis que acentúan el factor hereditario, filogénicamente adquirido, de la vida anímica han sido ya repetidamente propuestas e incluso que existiera cierta tendencia a concederles un lugar en la investigación psicoanalítica. Por mi parte, sólo me parecen admisibles en el momento en que el psicoanálisis llega a las huellas de lo hereditario después de haber penetrado a través de los estratos de lo individualmente adquirido.

Adición de 1923: «Reuniremos aquí la cronología de los sucesos mencionados en este historial:

—El sujeto nace el día de Nochebuena.

—Al año y medio: Malaria. Observación del coito de los padres o de aquella escena inocente en la que se hallaban juntos, y en la que el sujeto integró más tarde la fantasía del coito.

—Poco antes de los dos años y medio: Escena con Gruscha.

—A los dos años y medio: Recuerdo encubridor de la partida de los padres con la hermana. Le muestra sólo con la *chacha* y niega así a Gruscha y a la hermana.

—Antes de los tres años y tres meses: Lamentación de la madre ante el médico.

—A los tres años y tres meses: Comienzo de la seducción por su hermana y, poco después, amenaza de castración por parte de la *chacha*.

—A los tres años y medio: La institutriz inglesa. Comienzo de la alteración del carácter.

—A los cuatro años: Sueño de los lobos. Génesis de la fobia.

—A los cuatro años y medio: Influencia de la Historia Sagrada. Aparición de los síntomas obsesivos.

—Poco antes de los cinco años: Alucinación de la mutilación del dedo.

—A los cinco años: Partida de la primera finca.

—Después de los seis años: Visita al padre enfermo.

—A los ocho y a los diez años: Ultimas explosiones de la neurosis obsesiva.

—[A los diecisiete años: Crisis precipitada por la gonorrea.]

—[A los veintitrés años: Comienzo del tratamiento (Febrero 1910).]

—[Término del tratamiento, Julio 1914.]

—[Segundo tratamiento, Noviembre 1919 a Febrero 1920.]

—[Tercer tratamiento con la Doctora Ruth Mack Brunswick, Octubre 1926 a Febrero 1927][1764].

Mi exposición habrá revelado al lector que el paciente era de nacionalidad rusa. Le di de alta, completamente curado a mi juicio, pocas semanas antes de la inesperada explosión de la guerra mundial, y no volví a verle hasta que azares de la guerra abrieron a las potencias centrales el acceso a la Rusia meridional. Vino entonces a Viena y me informó de que inmediatamente después del término de la cura había surgido en él un impulso a libertarse de la influencia del médico. En unos cuantos meses de labor conseguimos luego dominar un último fragmento de la transferencia, no superado aún. Desde entonces, el paciente, que había perdido en la guerra su patria, su fortuna y toda relación con sus familiares, se ha sentido normal y se ha conducido irreprochablemente.

Es muy posible que su misma desgracia haya contribuido a afirmar su restablecimiento, satisfaciendo su sentimiento de culpabilidad[1765]».

LXXXVI

COMUNICACIÓN DE UN CASO DE PARANOIA CONTRARIO A LA TEORÍA PSICOANALÍTICA[1766]

1915

HACE algunos años un conocido abogado solicitó mi dictamen sobre un caso, que le ofrecía algunas dudas. Una señorita había acudido a él en demanda de protección contra las persecuciones de que era objeto por parte de un hombre con el que había mantenido relaciones amorosas. Afirmaba que dicho individuo había abusado de su confianza en él para hacer tomar por un espectador oculto fotografías mientras se hacían el amor, pudiendo ahora exhibir tales fotografías y desconceptuarla, a fin de obligarla a dejar su colocación. El abogado poseía experiencia suficiente para vislumbrar el carácter morboso de tal acusación; pero opinaba que en la vida ocurren muchas cosas que juzgamos increíbles y estimaba que el dictamen de su psiquiatra podía ayudarle a desentrañar la verdad. Después de ponerme en antecedentes del caso quedó en volver a visitarme acompañado de la demandante.

(Antes de continuar mi relato quiero hacer constar que he alterado en él, hasta hacerlo irreconocible, el *milieu* en el que se desarrolló el suceso cuya investigación nos proponemos, pero limitando estrictamente a ello la obligada deformación del caso. Me parece, en efecto, una mala costumbre deformar, aunque sea por los mejores motivos, los rasgos de un historial

patológico, pues no es posible saber de antemano cuál de los aspectos del caso será el que atraiga preferentemente la atención del lector de juicio independiente y se corre el peligro de inducir a este último a graves errores.)

La paciente, a la que conocí poco después, era una mujer de treinta años, dotada de una belleza y un atractivo nada vulgares. Parecía mucho más joven de lo que reconocía ser y se mostraba delicadamente femenina. Con respecto al médico, adoptaba una actitud defensiva, sin tomarse el menor trabajo por disimular su desconfianza. Obligada por la insistencia de su abogado a nuestra entrevista, me relató la siguiente historia, que me planteó un problema del que más adelante habré de ocuparme. Ni su expresión ni sus manifestaciones emotivas denotaban la violencia que hubiera sido de esperar en ella al verse forzada a exponer sus asuntos íntimos a personas extrañas. Se hallaba exclusivamente dominada por la preocupación que habían despertado en su ánimo aquellos sucesos.

Desde años atrás estaba empleada en una importante empresa, en la que desempeñaba un cargo de cierta responsabilidad a satisfacción completa de sus jefes. No se había sentido nunca atraída por amoríos o noviazgos y vivía tranquilamente con su anciana madre, cuyo único sostén era. Carecía de hermanos y el padre había muerto hacía muchos años. En la última época se había acercado a ella otro empleado de la misma casa, hombre muy culto y atractivo, al que no pudo negar sus simpatías. Circunstancias de orden exterior hacían imposible un matrimonio; pero el hombre rechazaba la idea de renunciar por tal imposibilidad a la unión sexual, alegando que sería insensato sacrificar a una mera convención social algo por ambos deseado, a lo cual tenía perfecto derecho, y que sólo podía hacer más elevada y dichosa su vida. Ante su promesa de evitarle todo peligro, accedió, por fin, nuestra sujeto a visitar a su enamorado en su pisito de soltero. Después de mutuos besos y abrazos, se hallaba ella en actitud abandonada, que permitía admirar parte de sus bellezas, cuando un ruidito seco vino a sobresaltarla. Dicho ruido parecía haber partido del lugar ocupado por la mesa del despacho, colocada oblicuamente ante la ventana. El espacio libre entre ésta y la mesa se hallaba velado en parte por una pesada cortina. La sujeto contaba haber preguntado en el acto a su amigo la significación de aquel ruido, que el interrogado atribuyó a un reloj colocado encima de la mesa. Por mi parte, me permitiré

enlazar más adelante con esta parte del relato una determinada observación.

Al salir la sujeto de casa de su amigo encontró en la escalera a dos individuos que murmuraron algo a su paso. Uno de estos desconocidos llevaba un paquete de la forma de una cajita. Este encuentro la impresionó, y ya en el camino hacia su casa elaboró la combinación de que aquella cajita podía muy bien haber sido un aparato fotográfico: el individuo, un fotógrafo, que durante su estancia en la habitación de su amigo había permanecido oculto detrás de la cortina, y el ruidito por ella advertido, el del obturador de la máquina al ser sacada la fotografía una vez que su enamorado hubo establecido la situación comprometedora que quería fijar en la placa. A partir de aquí no hubo ya medio de desvanecer sus sospechas contra su amigo, al que persiguió de palabra y por escrito con la demanda de una explicación que tranquilizara sus temores, oponiendo ella, por su parte, la más absoluta incredulidad a sus afirmaciones sobre la sinceridad de sus sentimientos y la falta de fundamento de aquellas sospechas. Por último acudió al abogado, le relató su aventura y le entregó las cartas que con tal motivo había recibido del querellado. Posteriormente pude leer alguna de estas cartas que me produjeron la mejor impresión; su contenido principal era el sentimiento de que un acuerdo amoroso tan bello hubiese quedado destruido por aquella «desdichada idea enfermiza».

No creo necesario justificar mi opinión, favorable al acusado. Pero el caso presentaba para mí un interés distinto del puro diagnóstico. En los estudios psicoanalíticos se había afirmado que el paranoico luchaba contra una intensificación de sus tendencias homosexuales, lo cual indicaba en el fondo una elección narcisista de objeto, afirmándose, además, que el perseguidor era, en último término, la persona amada o antiguamente amada. De la reunión de ambos asertos resulta que el perseguidor habrá de pertenecer al mismo sexo que el perseguido. Cierto es que no habíamos atribuido una validez general y sin excepciones a este principio de la homosexualidad como condición de la paranoia pero lo que nos había retenido había sido tan sólo la consideración de no haber contado todavía con un número suficiente de observaciones. Por lo demás tal principio pertenecía a aquellos que a causa de ciertas relaciones sólo adquieren plena significación cuando pueden aspirar a una validez general. En la literatura psiquiátrica no faltan, ciertamente, casos

en los cuales el enfermo se creía per seguido por personas de otro sexo; pero la lectura de tales casos no producía desde luego, la misma impresión que el verse directamente ante uno de ellos. Todo aquello que mis amigos y yo habíamos podido observar y analizar había confirmado sin dificultades la relación de la paranoia con la homosexualidad. En cambio, el caso que nos ocupa contradecía abiertamente tal hipótesis. La joven parecía rechazar el amor hacia un hombre, convirtiéndole en su perseguidor, sin que existiera el menor indicio de una influencia femenina ni de una defensa contra un lazo homosexual.

Ante este estado de cosas, lo más sencillo era renunciar a derivar generalmente de la homosexualidad, el delirio persecutorio y abandonar todas las deducciones enlazadas con este principio. O de lo contrario, agregarse a la opinión del abogado y reconocer, como él, en el caso un suceso real, exactamente interpretado por la sujeto, y no una combinación paranoica. Por mi parte, vislumbré una tercera salida, que en un principio aplazó la decisión. Recordé cuántas veces se juzga erróneamente a los enfermos psíquicos por no haberse ocupado de ellos con el detenimiento necesario y no haber reunido así sobre su caso datos suficientes. Por tanto, declaré que me era imposible emitir aún un juicio y rogué a la sujeto que me visitase otra vez para relatarme de nuevo el suceso más ampliamente y con todos sus detalles accesorios, desatendidos quizá en su primera exposición. Por mediación del abogado conseguí la conformidad de la sujeto, poco inclinada a repetir su visita. El mismo abogado facilitó mi labor, manifestando que consideraba innecesaria su asistencia a la nueva entrevista.

El segundo relato de la paciente no contradijo al primero, pero lo completó de tal modo, que todas las dudas y todas las dificultades quedaron desvanecidas. Ante todo resultó que no había ido a casa de su amigo una sola vez, sino dos. En su segunda visita fue cuando advirtió el ruido que provocó sus sospechas. La primera había omitido mencionarla antes porque no le parecía ya nada importante. En ella no había ocurrido, efectivamente, nada singular, pero sí al otro día. La sección en que la sujeto prestaba sus servicios se hallaba a cargo de una señora de edad, a la que describió diciendo que tenía el pelo blanco, como su madre. La paciente se hallaba acostumbrada a ser tratada muy cariñosamente por esta anciana directora y se tenía por

favorita suya. Al día siguiente de su primera visita al joven empleado entró éste en la sección para comunicar a la directora algún asunto del servicio, y mientras hablaba con ella en voz baja surgió de pronto en nuestra sujeto la convicción de que le estaba relatando su aventura de la víspera e incluso la de que mantenía con aquella señora desde mucho tiempo atrás unas relaciones amorosas, de las que ella ni se había dado cuenta hasta aquel día. Así, pues, su maternal directora lo sabía ya todo. Durante el resto del día, la actitud y las palabras de la anciana confirmaron sus sospechas, y en cuanto le fue posible acudió a su amigo para pedirle explicaciones de aquella delación. Su enamorado rechazó, naturalmente, con toda energía tales acusaciones, que calificó de insensatas, y esta vez consiguió desvanecer las ideas delirantes, hasta el punto de que algunas semanas después consintió ella en visitarle de nuevo en su casa. El resto nos es ya conocido por el primer relato de la paciente.

Los nuevos datos aportados desvanecen, en primer lugar, toda duda sobre la naturaleza patológica de la sospecha. Reconocemos sin dificultad que la anciana directora, de blancos cabellos, es una sustitución de la madre; que el hombre amado es situado, a pesar de su juventud, en lugar del padre, y que el poderío del complejo materno es el que obliga a la sujeto a suponer la existencia de un amorío entre dos protagonistas tan desiguales, no obstante la inverosimilitud de tal sospecha. Pero con ello desaparece también la aparente contradicción de las teorías psicoanalíticas, según las cuales el desarrollo de un delirio persecutorio presupone la existencia de una intensa ligazón homosexual. El perseguidor primitivo, la instancia a cuyo influjo quiere escapar la sujeto, no es tampoco en este caso el hombre, sino la mujer. La directora conoce las relaciones amorosas de la joven, las condena y le da a conocer este juicio adverso por medio de misteriosos signos. La ligazón al propio sexo se opone a los esfuerzos de adoptar como objeto amoroso un individuo del sexo contrario. El amor a la madre toma la representación de todas aquellas tendencias que en calidad de «conciencia moral» quieren detener a la joven sus primeros pasos por el camino, múltiplemente peligroso, hacia la satisfacción sexual normal, y consigue, en efecto, destruir su relación con el hombre.

Al estorbar o detener la actividad sexual de la hija cumple la madre una

función normal, diseñada ya en las relaciones infantiles, fundada en enérgicas motivaciones inconscientes y sancionada por la sociedad. A la hija compete desligarse de esta influencia y decidirse, sobre la base de una amplia motivación racional, por una medida personal de permisión o privación del goce sexual. Si en esta tentativa de libertarse sucumbe a la enfermedad neurótica, es que integraba un complejo materno excesivamente intenso por lo regular y seguramente indominado, cuyo conflicto con la nueva corriente libidinosa se resolverá según la disposición favorable, en una u otra forma de neurosis. En todos los casos, los fenómenos de la reacción neurótica serán determinados no por la relación presente con la madre actual, sino por las relaciones infantiles con la imagen materna primitiva.

De nuestra paciente sabemos que había perdido a su padre hacía muchos años, y podemos suponer que no habría permanecido alejada de los hombres hasta los treinta años si no hubiese encontrado un firme apoyo en una intensa adhesión sentimental a su madre. Pero este apoyo se convierte para ella en una pesada cadena en cuanto su libido comienza a tender hacia el hombre a consecuencia de una apremiante solicitación. La sujeto intenta entonces libertarse de su ligazón homosexual. Su disposición de la que no necesitamos tratar aquí permite que ello suceda en la forma de la producción de un delirio paranoico. La madre se convierte así en espía y perseguidora hostil. Como tal podría aún ser vencida si el complejo materno no conservase poder suficiente para lograr el propósito, en él integrado, de alejar del hombre a la sujeto. Al final de este conflicto resulta, pues, que la enferma se ha alejado de su madre y no se ha aproximado al hombre. Ambos conspiran ahora contra ella. En este punto, el enérgico esfuerzo del hombre consigue atraerla a sí decisivamente. La sujeto vence la oposición de la madre y accede a conceder al amado una nueva cita. La madre no interviene ya en los acontecimientos sucesivos. Habremos, pues, de retener el hecho de que en esta fase el hombre no se convierte en perseguidor directamente, sino a través de la madre y a causa de sus relaciones con la madre, a la cual correspondió en el primer delirio el papel principal.

Podría creerse que la resistencia había sido definitivamente dominada y que la joven, ligada hasta entonces a la madre, había conseguido ya amar a un hombre. Pero a la segunda cita sucede un nuevo delirio, que utiliza

hábilmente algunos accidentes casuales para destruir aquel amor y llevar así adelante la intención del complejo materno. De todos modos, continuamos extrañando que la sujeto se defienda contra el amor de un hombre por medio de un delirio paranoico. Pero antes de entrar a esclarecer esta cuestión dedicaremos unos instantes a aquellos accidentes fortuitos en los que se apoya el segundo delirio, orientado exclusivamente contra el hombre.

Medio desnuda sobre el diván y tendida al lado del amado, oye de repente la sujeto un ruido semejante a un chasquido, una percusión o un latido, cuya causa no conoce, imaginándola luego, al encontrar en la escalera de la casa a dos hombres, uno de los cuales lleva algo como una cajita cuidadosamente empaquetada. Adquiere entonces la convicción de que su amigo la ha hecho espiar y fotografiar durante su amoroso *tête-à-tête*. Naturalmente, estamos muy lejos de pensar que si aquel desdichado ruido no se hubiera producido tampoco hubiera surgido el delirio paranoico. Por lo contrario, reconocemos en este accidente casual algo necesario que había de imponerse tan obsesivamente como la sospecha de una *liaison* entre el hombre amado y la anciana directora elevada a la categoría de subrogado materno. La sorpresa del comercio sexual entre el padre y la madre es un elemento que sólo muy raras veces falta en el acervo de las fantasías inconscientes, revelables por medio del análisis en todos los neuróticos y probablemente en todas las criaturas humanas. A estos productos de la fantasía referentes a sorprender el acto sexual de los padres, a la seducción, a la castración, etc., les damos el nombre de *fantasías primarias*, y dedicaremos en otro lugar a su origen y a su relación con la vida individual un detenido estudio. El ruido casual desempeña, pues, tan sólo el papel de un agente provocador que activa la fantasía típica de la sorpresa del coito entre los padres, integrada en el complejo parental. Es incluso dudoso que podamos calificarlo de «casual». Según hubo de advertirme O. Rank, constituye más bien un requisito necesario de la fantasía de la sorpresa del coito de los padres y repite el ruido en que se delata la actividad sexual de los mismos o aquél con el que teme descubrirse el infantil espía. Reconocemos ya ahora el terreno que pisamos. El amado continúa siendo un subrogado del padre, y el lugar de la madre ha sido ocupado por la propia sujeto. Siendo así, el papel de espía ha de ser adjudicado a una persona extraña. Se nos hace visible la forma en que nuestra

heroína se ha liberado de su dependencia homosexual de su madre. Lo ha conseguido por medio de una pequeña regresión. En lugar de tomar a la madre como objeto amoroso, se ha identificado con ella, ocupando su lugar. La posibilidad de esta regresión descubre el origen narcisista de su elección homosexual de objeto y con ello su disposición a la paranoia. Podría trazarse un proceso mental conducente al mismo resultado que la siguiente identificación: si mi madre hace esto, también yo lo puedo hacer; tengo el mismo derecho que ella.

En el examen de los accidentes casuales del caso podemos avanzar aún algo más, aunque sin exigir que el lector nos acompañe, pues la falta de más profunda investigación analítica nos impide abandonar aquí el terreno de las probabilidades. La enferma había afirmado en nuestra primera entrevista que en el acto de advertir el ruido había inquirido sus causas y que su amigo lo había atribuido a un pequeño reloj colocado encima de la mesa. Por mi parte, me tomo la libertad de considerar esta parte del relato de la paciente como un error mnémico. Me parece mucho más probable que no manifestara reacción alguna a la percepción del ruido, el cual sólo adquirió para ella un sentido después de su encuentro con los dos desconocidos en la escalera. La tentativa de explicación referente al reloj debió de ser arriesgada más tarde por el amigo, que quizá no había advertido el tal ruidito, al ser atormentado por las sospechas de la joven. «No sé lo que puedes haber oído; quizá el reloj de la mesa, que hace a veces un ruido como el que me indicas». Esta estimación ulterior de las impresiones y este desplazamiento de los recuerdos son, precisamente, muy frecuentes en la paranoia y característicos de ella. Pero como no he hablado nunca con el protagonista de esta historia ni pude tampoco proseguir el análisis de la joven, me es imposible probar mi hipótesis.

Todavía podía aventurarme a avanzar más en el análisis de la «casualidad» supuestamente real. Para mí no existió en absoluto ruido alguno. La situación en que la sujeto se encontraba justificaba una sensación de latido o percusión en el clítoris, y esta sensación fue proyectada luego por ella al exterior, como percepción procedente de un objeto. En el sueño se da una posibilidad análoga. Una de mis pacientes histéricas relataba un breve sueño al que no conseguía asociar nada. El sueño consistía tan sólo en que oía

llamar a la puerta del cuarto despertándola tal llamada. No había llamado nadie, pero en las noches anteriores la paciente había sido despertada por repetidas poluciones y le interesaba despertar al iniciarse los primeros signos de excitación genital. La llamada oída en el sueño correspondía, pues, a la sensación de latido del clítoris. Este mismo proceso de proyección es el que sustituimos en nuestra paranoia a la percepción de un ruido casual. Naturalmente, no puedo garantizar que la enferma, para quien yo no era sino un extraño, cuya intervención le era impuesta por su abogado, fuera completamente sincera en su relato de lo acaecido en sus dos citas amorosas, pero la unicidad de la contracción del clítoris coincide con su afirmación de que no llegó a entregarse por completo a su enamorado. En la repulsa final del hombre intervino así, seguramente, a más de la «conciencia», la falta de satisfacción.

Volvamos ahora al hecho singular de que la sujeto se defienda contra el amor a un hombre por medio de la producción de un delirio paranoico. La clave de esta singularidad nos es ofrecida por la misma trayectoria evolutiva del delirio. Éste se dirigía originariamente, como era de esperar, contra una mujer; pero después se *efectuó sobre el terreno mismo de la paranoia el avance desde la mujer al hombre como objeto*. Este progreso no es corriente en la paranoia, en la cual hallamos generalmente que el perseguido permanece fijado a la misma persona y, por tanto, al mismo sexo a que se refería su elección amorosa, anterior a la transformación paranoica. Pero no es imposible en la enfermedad neurótica. El caso objeto del presente trabajo ha de constituir, pues, el prototipo de otros muchos. Fuera de la paranoia existen numerosos procesos análogos que no han sido reunidos aún desde este punto de vista, y entre ellos, algunos generalmente conocidos. El neurasténico, por ejemplo, queda imposibilitado, por su adhesión inconsciente a objetos eróticos incestuosos, para elegir como objeto de su amor a una mujer ajena a los mismos, viendo así limitada su actividad sexual a los productos de su fantasía. Pero en tales productos realiza el progreso vedado, pudiendo sustituir en ellos la madre o la hermana por objetos ajenos al circuito incestuoso, y como tales objetos no tropiezan ya con la oposición de la censura, su elección se hace consciente en las fantasías.

Al lado de los fenómenos del progreso, integrado desde el nuevo terreno

conquistado generalmente por regresión, vienen a situarse los esfuerzos emprendidos en algunas neurosis por reconquistar una posición en la libido, ocupada en tiempos y perdida luego. Estas dos series de fenómenos no pueden apenas separarse conceptualmente. Nos inclinamos demasiado a suponer que el conflicto existente en el fondo de la neurosis queda terminado con la producción de síntomas. En realidad continúa aún después de ella, surgiendo en ambos campos nuevos elementos instintivos que prosiguen el combate. El mismo síntoma llega a constituirse en objeto de la lucha. Tendencias que quieren afirmarlo se miden con otras que se esfuerzan por suprimirlo y por restablecer la situación anterior. Muchas veces se buscan medios y caminos para desvalorizar el síntoma, intentando conquistar en otros sectores lo perdido y prohibido por el síntoma. Estas circunstancias arrojan cierta luz sobre la teoría de C. G. Jung, según la cual la condición fundamental de la neurosis es una singular inercia psíquica que se resiste a la transformación y al progreso. Esta inercia es realmente harto singular. No es de carácter general, sino especialísimo, y no impera por sí sola en su radio de acción, sino que lucha en él con tendencias al progreso y al restablecimiento, que no reposan tampoco después de la producción de síntomas de la neurosis. Al investigar el punto de partida de tal inercia especial se revela ésta como manifestación de conexiones muy tempranamente constituidas y difícilmente solubles de algunos instintos con las impresiones del sujeto y con los objetos en ellas dados: conexiones que detuvieron la evolución de tales instintos. O dicho de otro modo: esta «inercia psíquica» especializada no es sino una distinta denominación, apenas mejor de aquello que en psicoanálisis conocemos con el nombre de «fijación».

LXXXVII

INTRODUCCIÓN AL NARCISISMO[1767]

1914

I

EL término narcisismo procede de la descripción clínica, y fue elegido en 1899 por Paul Näcke[1768] para designar aquellos casos en los que individuo toma como objeto sexual su propio cuerpo y lo contempla con agrado, lo acaricia y lo besa, hasta llegar a una completa satisfacción. Llevado a este punto, el narcisismo constituye una perversión que ha acaparado toda la vida sexual del sujeto, cumpliéndose en ella todas las condiciones que nos ha revelado el estudio general de las perversiones.

La investigación psicoanalítica nos ha descubierto luego rasgos de esta conducta narcisista en personas aquejadas de otras perturbaciones; por ejemplo según Sadger, en los homosexuales, haciéndonos, por tanto, sospechar que también en la evolución sexual regular individuo se dan ciertas localizaciones narcisistas de la libido[1769]. Determinadas dificultades del análisis de sujeto neuróticos nos habían impuesto ya esta sospecha, pues una de las condicione que parecían limitar eventualmente la acción psicoanalítica era precisamente tal conducta narcisista del enfermo. En este sentido, el narcisismo no sería ya una perversión sino el complemento libidinoso del egoísmo del instinto de conservación; egoísmo que atribuimos

justificadamente, en cierta medida a todo ser vivo.

La idea de un narcisismo primario normal acabó de imponérsenos en la tentativa de aplicar las hipótesis de la teoría de la libido a la explicación de los demencia precoz (Kraepelin) o esquizofrenia (Bleuler). Estos enfermos, a los que yo he propuesto calificar de *parafrénicos*, muestran dos características principales: el delirio de grandeza y la falta de todo interés por el mundo exterior (personas y cosas). Esta última circunstancia los sustrae totalmente a influjo del psicoanálisis, que nada puede hacer así en su auxilio. Pero el apartamiento del parafrénico ante el mundo exterior presenta caracteres peculiarísimos que será necesario determinar. También el histérico o el neurótico obsesivo pierden su relación con la realidad, y, sin embargo, el análisis nos demuestra que no han roto su relación erótica con las personas y las cosas. La conservan en su fantasía; esto es, han sustituido los objetos reales por otros imaginarios, o los han mezclado con ellos, y, por otro lado, han renunciado a realizar los actos motores necesarios para la consecución de sus fines en tales objetos. Sólo a este estado podemos denominar con propiedad ‘introversión’ de la libido, concepto usado indiscriminadamente por Jung. El parafrénico se conduce muy diferentemente. Parece haber retirado realmente su libido de las personas y las cosas del mundo exterior, sin haberlas sustituido por otras en su fantasía. Cuando en algún caso hallamos tal sustitución, es siempre de carácter secundario y corresponde a una tentativa de curación, que quiere volver a llevar la libido al objeto[1770].

Surge aquí la interrogación siguiente: ¿Cuál es en la esquizofrenia el destino de la libido retraída de los objetos? La megalomanía, característica de estos estados, nos indica la respuesta, pues se ha constituido seguramente a costa de la libido objetal. La libido sustraída al mundo exterior ha sido aportada al *yo*, surgiendo así un estado al que podemos dar el nombre de *narcisismo*. Pero la misma megalomanía no es algo nuevo, sino como ya sabemos, es la intensificación y concreción de un estado que ya venía existiendo, circunstancia que nos lleva a considerar el narcisismo engendrado por el arrastrar a sí catexis objetales, como un narcisismo secundario, superimpuestas a un narcisismo primario encubierto por diversas influencias.

Hago constar de nuevo que no pretendo dar aquí una explicación del problema de la esquizofrenia, ni siquiera profundizar en él, limitándome a

reproducir lo ya expuesto en otros lugares, para justificar una introducción del narcisismo.

Nuestras observaciones y nuestras teorías sobre la vida anímica de los niños y de los pueblos primitivos nos han suministrado también una importante aportación a este nuevo desarrollo de la teoría de la libido. La vida anímica infantil y primitiva muestra, en efecto, ciertos rasgos que si se presentaran aislados habrían de ser atribuidos a la megalomanía: una hiperestimación del poder de sus deseos y sus actos mentales la «omnipotencia de las ideas» una fe en la fuerza mágica de las palabras y una técnica contra el mundo exterior: la «magia», que se nos muestra como una aplicación consecuente de tales premisas megalómanas[1771]. En el niño de nuestros días, cuya evolución nos es mucho menos transparente, suponemos una actitud análoga ante el mundo exterior. Nos formamos así la idea de una carga libidinosa primitiva del *yo*, de la cual parte de ella se destina a cargar los objetos; pero que en el fondo continúa subsistente como tal viniendo a ser con respecto a las cargas de los objetos lo que el cuerpo de un protozoo con relación a los seudópodos de él destacados. Esta parte de la localización de la libido tenía que permanecer oculta a nuestra investigación inicial, al tomar ésta su punto de partida en los síntomas neuróticos. Las emanaciones de esta libido, las cargas de objeto, susceptibles de ser destacadas sobre el objeto o retraídas de él, fueron lo único que advertimos, dándonos también cuenta, en conjunto, de la existencia de una oposición entre la libido del *yo* y la libido objetal. Cuando mayor es la primera, tanto más pobre es la segunda. La libido objetal nos parece alcanzar su máximo desarrollo en el amor, el cual se nos presenta como una disolución de la propia personalidad en favor de la carga de objeto, y tiene su antítesis en la fantasía paranoica (o auto percepción) del «fin del mundo[1772]». Por último, y con respecto a la diferenciación de las energías psíquicas, concluimos que en un principio se encuentran estrechamente unidas, sin que nuestro análisis pueda aún diferenciarla, y que sólo la carga de objetos hace posible distinguir una energía sexual, la libido, de una energía de los instintos del *yo*.

Antes de seguir adelante he de resolver dos interrogaciones que nos conducen al nódulo del mismo tema. Primera: ¿Qué relación puede existir

entre el narcisismo, del que ahora tratamos, y el autoerotismo, que hemos descrito como un estado primario de la libido[1773]? Segunda: si atribuimos al *yo* una carga primaria de libido, ¿para qué precisamos diferenciar una libido sexual de una energía no sexual de los instintos del *yo*? ¿La hipótesis básica de una energía psíquica unitaria no nos ahorraría acaso todas las dificultades que presenta la diferenciación entre energía de los instintos del *yo* y libido del *yo*, libido del *yo* y libido objetal? Con respecto a la primera pregunta, haremos ya observar que la hipótesis de que en el individuo no existe, desde un principio, una unidad comparable al *yo*, es absolutamente necesaria. El *yo* tiene que ser desarrollado. En cambio, los instintos autoeróticos son primordiales. Para constituir el narcisismo ha de venir a agregarse al autoerotismo algún otro elemento, un nuevo acto psíquico.

La invitación a responder de un modo decisivo a la segunda interrogación ha de despertar cierto disgusto en todo analista. Repugnamos, en efecto, abandonar la observación por discusiones teóricas estériles; pero, de todos modos, no debemos sustraernos a una tentativa de explicación. Desde luego, representaciones tales como la de una libido del *yo*, una energía de los instintos del *yo*, etc., no son ni muy claras ni muy ricas en contenido, y una teoría especulativa de estas cuestiones tendería, ante todo, a sentar como base un concepto claramente delimitado. Pero, a mi juicio, es precisamente ésta la diferencia que separa una teoría especulativa de una ciencia basada en la interpretación de la empiria. Esta última no envidiará a la especulación el privilegio de un fundamento lógicamente inatacable, sino que se contentará con ideas iniciales nebulosas, apenas aprehensibles, que esperará aclarar o podrá cambiar por otras en el curso de su desarrollo. Tales ideas no constituyen, en efecto, el fundamento sobre el cual reposa tal ciencia, pues la verdadera base de la misma es únicamente la observación. No forman la base del edificio, sino su coronamiento, y pueden ser sustituidas o suprimidas sin daño alguno.

El valor de los conceptos de libido del *yo* y libido objetal reside principalmente en que proceden de la elaboración de los caracteres íntimos de los procesos neuróticos y psicóticos. La división de la libido es una libido propia del *yo* y otra que inviste los objetos es la prolongación inevitable de una primera hipótesis que dividió los instintos en instintos del *yo* e instintos

sexuales. Esta primera división me fue impuesta por el análisis de las neurosis puras de transferencia (histeria y neurosis obsesiva), y sólo sé que todas las demás tentativas de explicar por otros medios estos fenómenos han fracasado rotundamente.

Ante la falta de toda teoría de los instintos, cualquiera que fuese su orientación, es lícito, e incluso obligado, llevar consecuentemente adelante cualquier hipótesis, hasta comprobar su acierto o su error. En favor de la hipótesis de una diferenciación primitiva de instintos sexuales e instintos del *yo* testimonian diversas circunstancias, además de su utilidad en el análisis de las neurosis de transferencia. Concedemos, desde luego, que este testimonio no podría considerarse definitivo por sí sólo, pues pudiera tratarse de una energía psíquica indiferente, que sólo se convirtiera en libido en el momento de investir el objeto. Pero nuestra diferenciación corresponde, en primer lugar, a la división corriente de los instintos en dos categorías fundamentales: hambre y amor. En segundo lugar, se apoya en determinadas circunstancias biológicas. El individuo vive realmente una doble existencia, como fin en sí mismo y como eslabón de un encadenamiento al cual sirve independientemente de su voluntad, si no contra ella. Considera la sexualidad como uno de sus fines propios, mientras que, desde otro punto de vista, se advierte claramente que él mismo no es sino un agregado a su plasma germinativo, a cuyo servicio pone sus fuerzas, a cambio de una prima de placer, que no es sino el substrato mortal de una sustancia inmortal quizá. La separación establecida entre los instintos sexuales y los instintos del *yo* no haría más que reflejar esta doble función del individuo. En tercer lugar, habremos de recordar que todas nuestras ideas provisorias psicológicas habrán de ser adscritas alguna vez a substratos orgánicos, y encontraremos entonces verosímil que sean materias y procesos químicos especiales los que ejerzan la acción de la sexualidad y faciliten la continuación de la vida individual en la de la especie. Por nuestra parte, atendemos también a esta probabilidad, aunque sustituyendo las materias químicas especiales por energías psíquicas especiales.

Precisamente porque siempre procuro mantener apartado de la Psicología todo pensamiento de otro orden, incluso el biológico, he de confesar ahora que la hipótesis de separar los instintos del *yo* de los instintos sexuales, o sea

la teoría de la libido, no tiene sino una mínima base psicológica y se apoya más bien en fundamento biológico. Así, pues, para no pecar de inconsciente, habré de estar dispuesto a abandonar esta hipótesis en cuanto nuestra labor psicoanalítica nos suministre otra más aceptable sobre los instintos. Pero hasta ahora no lo ha hecho. Puede ser también que la energía sexual, la libido, no sea, allá en el fondo, más que un producto diferencial de la energía general de la psique. Pero tal afirmación no tiene tampoco gran alcance. Se refiere a cosas tan lejanas de los problemas de nuestra observación y tan desconocidas, que se hace tan ocioso discutirla como utilizarla. Seguramente esta identidad primordial es de tan poca utilidad para nuestros fines analíticos como el parentesco primordial de todas las razas humanas para la prueba de parentesco exigida por la autoridad judicial para adjudicar una herencia. Estas especulaciones no nos conducen a nada positivo; pero como no podemos esperar a que otra ciencia nos procure una teoría decisiva de los instintos, siempre será conveniente comprobar si una síntesis de los fenómenos psicológicos puede arrojar alguna luz sobre aquellos enigmas biológicos fundamentales. Sin olvidar la posibilidad de errar, habremos, pues, de llevar adelante la hipótesis, primeramente elegida, de una antítesis de instintos del *yo* e instintos sexuales, tal y como nos la impuso el análisis de las neurosis de transferencia, y ver si se desarrollan sin obstáculos y puede ser aplicada también a otras afecciones; por ejemplo, a la esquizofrenia.

Otra cosa sería, naturalmente, si se demostrara que la teoría de la libido ha fracasado ya en la explicación de aquella última enfermedad. C. G. Jung lo ha afirmado así[1774], obligándome con ello a exponer prematuramente observaciones que me hubiese gustado reservar aún algún tiempo. Hubiera preferido seguir hasta su fin el camino iniciado en el análisis del caso Schreber sin haber tenido que exponer antes sus premisas. Pero la afirmación de Jung es por lo menos prematura y muy escasas las pruebas en que la apoya. En primer lugar, aduce equivocadamente mi propio testimonio, afirmando que *yo* mismo he declarado haberme visto obligado a ampliar el concepto de la libido ante las dificultades del análisis del caso Schreber (esto es, a abandonar su contenido sexual), haciendo coincidir la libido con el interés psíquico en general. En una acertada crítica del trabajo de Jung ha demostrado ya Ferenczi[1775] lo erróneo de esta interpretación. Por mi parte

sólo he de confirmar lo dicho por Ferenczi y repetir que jamás he expresado tal renuncia a la teoría de la libido. Otro de los argumentos de Jung, el de que la pérdida de la función normal de la realidad sólo puede ser causa de la retracción de la libido no es un argumento, sino una afirmación gratuita; *it begs the question* (escamotea el problema) y ahorra su discusión, pues lo que precisamente habría que investigar es si tal retracción es posible y en qué forma sucede. En su inmediato trabajo importante[1776] se aproxima mucho Jung a la solución indicada por mí largo tiempo antes: «De todos modos, hay que tener en cuenta —como ya lo hace Freud en el caso Schreber— que la introversión de la *libido sexual* conduce a una carga libidinosa del *yo*, la cual produce probablemente la pérdida del contacto con la realidad. La posibilidad de explicar en esta forma el apartamiento de la realidad resulta harto tentadora». Pero contra lo que era de esperar después de esta declaración, Jung no vuelve a ocuparse grandemente de tal posibilidad, y pocas páginas después la excluye, observando que de tal condición «surgirá quizá la psicología de un anacoreta ascético, pero no una demencia precoz». La inconsistencia de este argumento queda demostrada con indicar que tal anacoreta, «empeñado en extinguir toda huella de interés sexual» (pero «sexual» sólo en el sentido vulgar de la palabra), no tendría por qué presentar siquiera una localización anormal de la libido. Puede mantener totalmente apartado de los humanos su interés sexual y haberlo sublimado, convirtiéndolo en un intenso interés hacia lo divino, lo natural o lo animal, sin haber sucumbido a una introversión de la libido sobre sus fantasías o a una vuelta de la misma al propio *yo*. A nuestro juicio, Jung olvida por completo en esta comparación la posibilidad de distinguir un interés emanado de fuentes eróticas y otro de distinta procedencia. Por último, habremos de recordar que las investigaciones de la escuela Suiza, no obstante sus merecimientos, sólo han logrado arrojar alguna luz sobre dos puntos del cuadro de la demencia precoz: sobre la existencia de los complejos comunes a los hombres sanos y a los neuróticos y sobre la analogía de sus fantasías con los mitos de los pueblos, sin que hayan podido conseguir una explicación del mecanismo de la enfermedad. Así, pues, podremos rechazar la afirmación de Jung de que la teoría de la libido ha fracasado en su tentativa de explicar la demencia precoz, quedando, por tanto, excluida su aplicación a las neurosis.

II

EL estudio directo del narcisismo tropieza aún con dificultades insuperables. El mejor acceso indirecto continúa siendo el análisis de las parafrenias. Del mismo modo que las neurosis de transferencia nos han facilitado la observación las tendencias instintivas libidinosas, la demencia precoz y la paranoia habrán de procurarnos una retrospección de la psicología del *yo*. Habremos, pues, de deducir nuevamente de las deformaciones e intensificaciones de lo patológico lo normal, aparentemente simple. De todos modos, aún se nos abren algunos otros caminos de aproximación al conocimiento del narcisismo. Tales caminos son la observación de la enfermedad orgánica, de la hipocondría y de la vida erótica de los sexos.

Al dedicar mi atención a la influencia de la enfermedad orgánica sobre la distribución de la libido sigo un estímulo de mi colega el doctor S. Ferenczi. Todos sabemos, y lo consideramos natural, que el individuo aquejado de un dolor o un malestar orgánico cesa de interesarse por el mundo exterior, en cuanto no tiene relación con su dolencia. Una observación más detenida nos muestra que también retira de sus objetos eróticos el interés libidinoso, cesando así de amar mientras sufre. La vulgaridad de este hecho no debe impedirnos darle una expresión en los términos de la teoría de la libido. Diremos, pues, que el enfermo retrae a su *yo* sus cargas de libido para destacarlas de nuevo hacia la curación. 'Concentrándose está su alma', dice Wilhelm Busch del poeta con dolor de muelas, 'en el estrecho hoyo de su molar'. La libido y el interés del *yo* tienen aquí un destino común y vuelven a hacerse indiferenciables. Semejante conducta del enfermo nos parece naturalísima, porque estamos seguros de que también ha de ser la nuestra en igual caso. Esta desaparición de toda disposición amorosa, por intensa que sea, ante un dolor físico, y su repentina sustitución por la más completa indiferencia, han sido también muy explotadas como fuentes de comicidad.

Análogamente a la enfermedad, el sueño significa también una retracción narcisista de las posiciones de la libido a la propia persona o, más exactamente, sobre el deseo único y exclusivo de dormir. El egoísmo de los sueños tiene quizá en esto su explicación. En ambos casos vemos ejemplos de

modificaciones de la distribución de la libido consecutivas a una modificación del *yo*.

La hipocondría se manifiesta, como la enfermedad orgánica, en sensaciones somáticas penosas o dolorosas, y coincide también con ella en cuanto a la distribución de la libido. El hipocondriaco retrae su interés y su libido con especial claridad esta última —de los objetos del mundo exterior y los concentra ambos sobre el órgano que le preocupa. Entre la hipocondría y la enfermedad orgánica observamos, sin embargo, una diferencia: en la enfermedad, las sensaciones dolorosas tienen su fundamento en alteraciones comprobables, y en la hipocondría, no. Pero, de acuerdo con nuestra apreciación general de los procesos neuróticos, podemos decidirnos a afirmar que tampoco en la hipocondría deben faltar tales alteraciones orgánicas. ¿En qué consistirán, pues?

Nos dejaremos orientar aquí por la experiencia de que tampoco en las demás neurosis faltan sensaciones somáticas displacientes comparables a las hipocondriacas. Ya en otro lugar hube de manifestarme inclinado a asignar a la hipocondría un tercer lugar entre las neurosis actuales, al lado de la neurastenia y la neurosis de angustia. No nos parecía exagerado afirmar que a todas las demás neurosis se mezcla también algo de hipocondría. Donde mejor se ve esta inmixtión es en la neurosis de angustia con su superestructura de histeria. Ahora bien: en el aparato genital externo en estado de excitación tenemos el prototipo de un órgano que se manifiesta dolorosamente sensible y presenta cierta alteración, sin que se halle enfermo, en el sentido corriente de la palabra. No está enfermo y, sin embargo, aparece hinchado, congestionado, húmedo, y constituye la sede de múltiples sensaciones. Si ahora damos el nombre de «erogeneidad» a la facultad de una parte del cuerpo de enviar a la vida anímica estímulos sexualmente excitantes, y recordamos que la teoría sexual nos ha acostumbrado hace ya mucho tiempo a la idea de que ciertas otras partes del cuerpo —las zonas *erógenas*— pueden representar a los genitales y comportarse como ellos, podremos ya aventurarnos a dar un paso más y decidirnos a considerar la erogeneidad como una cualidad general de todos los órganos, pudiendo hablar entonces de la intensificación o la disminución de la misma en una

determinada parte del cuerpo. Paralelamente a cada una de estas alteraciones de la erogeneidad en los órganos, podría tener efecto una alteración de la carga de libido en el *yo*. Tales serían, pues, los factores básicos de la hipocondría, susceptibles de ejercer sobre la distribución de la libido la misma influencia que la enfermedad material de los órganos.

Esta línea del pensamiento nos llevaría a adentrarnos en el problema general de las neurosis actuales, la neurastenia y la neurosis de angustia, y no sólo en el de la hipocondría. Por tanto, haremos aquí alto, pues una investigación puramente psicológica no debe adentrarse tanto en los dominios de la investigación fisiológica. Nos limitaremos a hacer constar la sospecha de que la hipocondría se halla, con respecto a la parafrenia, en la misma relación que las otras neurosis actuales con la histeria y la neurosis obsesiva, dependiendo, por tanto, de la libido del *yo*, como las otras de la libido objetal. La angustia hipocondriaca seria la contrapartida, en la libido del *yo*, de la angustia neurótica. Además, una vez familiarizados con la idea de enlazar el mecanismo de la adquisición de la enfermedad y de la producción de síntomas en las neurosis de transferencia —el paso de la introversión a la regresión—, a un estancamiento de la libido objetal[1777], podemos aproximarnos también a la de un estancamiento de la libido del *yo* y relacionarlo con los fenómenos de la hipocondría y la parafrenia.

Naturalmente nuestro deseo de saber nos planteará la interrogación de por qué tal estancamiento de la libido en el *yo* ha de ser sentido como displacentero. De momento quisiera limitarme a indicar que el displacer es la expresión de un incremento de la tensión, siendo, por tanto, una cantidad del suceder material la que aquí, como en otros lados, se transforma en la cualidad psíquica del displacer. El desarrollo de displacer no dependerá, sin embargo, de la magnitud absoluta de aquel proceso material, sino más bien de cierta función específica de esa magnitud absoluta. Desde este punto, podemos ya aproximarnos a la cuestión de por qué la vida anímica se ve forzada a traspasar las fronteras del narcisismo e investir de libido objetos exteriores. La respuesta deducida de la ruta mental que venimos siguiendo sería la de que dicha necesidad surge cuando la carga libidinosa del *yo* sobrepasa cierta medida. Un intenso egoísmo protege contra la enfermedad; pero, al fin y al cabo, hemos de comenzar a amar para no enfermar y

enfermamos en cuanto una frustración nos impide amar. Esto sigue en algo a los versos de Heine acerca una descripción que hace de la psicogénesis de la Creación: (dice Dios) ‘La enfermedad fue sin lugar a dudas la causa final de toda la urgencia por crear. Al crear *yo* me puedo mejorar, creando me pongo sano’.

A nuestro aparato psíquico lo hemos reconocido como una instancia a la que le está encomendado el vencimiento de aquellas excitaciones que habrían de engendrar displacer o actuar de un modo patógeno. La elaboración psíquica desarrolla extraordinarios rendimientos en cuanto a la derivación interna de excitaciones no susceptibles de una inmediata descarga exterior o cuya descarga exterior inmediata no resulta deseable. Mas para esta elaboración interna es indiferente, en un principio, actuar sobre objetos reales o imaginarios. La diferencia surge después, cuando la orientación de la libido hacia los objetos irreales (introversión) llega a provocar un estancamiento de la libido. La megalomanía permite en las parafrenias una análoga elaboración interna de la libido retraída al *yo*, y quizá sólo cuando esta elaboración fracasa es cuando se hace patógeno el estancamiento de la libido en el *yo* y provoca el proceso de curación que se nos impone como enfermedad.

Intentaré penetrar ahora algunos pasos en el mecanismo de la parafrenia, reuniendo aquellas observaciones que me parecen alcanzar ya alguna importancia. La diferencia entre estas afecciones y las neurosis de transferencia reside, para mí, en la circunstancia de que la libido, libertada por la frustración, no permanece ligada a objetos en la fantasía, sino que se retrae al *yo*. La megalomanía corresponde entonces al dominio psíquico de esta libido aumentada y es la contraparte a la introversión sobre las fantasías en las neurosis de transferencia. Correlativamente, al fracaso de esta función psíquica correspondería la hipocondría te la parafrenia, homóloga a la angustia de las neurosis de transferencia. Sabemos ya que esta angustia puede ser vencida por una prosecución de la elaboración psíquica, o sea: por conversión, por formaciones reactivas o por la constitución de un dispositivo protector (fobias). Ésta es la posición que toma en las parafrenias la tentativa de restitución, proceso al que debemos los fenómenos patológicos manifiestos. Como la parafrenia trae consigo muchas veces —tal vez la mayoría— un desligamiento sólo parcial de la libido de sus objetos, podrían

distinguirse al —su cuadro tres grupos de fenómenos: 1.º. Los que quedan en un estado de normalidad o de neurosis (fenómenos residuales); 2.º. Los del proceso patológico (el desligamiento de la libido de sus objetos, la megalomanía, la perturbación afectiva, la hipocondría y todo tipo de regresión), y 3.º. Los de la restitución, que ligan nuevamente la libido a los objetos, bien a la manera de una histeria (demencia precoz o parafrenia propiamente dicha), bien a la de una neurosis obsesiva (paranoia). Esta nueva carga de libido sucede desde un nivel diferente y bajo distintas condiciones que la primaria. La diferencia entre las neurosis de transferencia en ella creadas y los productos correspondientes del *yo* normal habrían de facilitarnos una profunda visión de la estructura de nuestro aparato anímico.

La vida erótica humana, con sus diversas variantes en el hombre y en la mujer, constituye el tercer acceso al estudio del narcisismo. Del mismo modo que la libido del objeto encubrió al principio a nuestra observación la libido del *yo*, tampoco hasta llegar a la elección del objeto del lactante (y del niño mayor), hemos advertido que el mismo toma sus objetos sexuales de sus experiencias de satisfacción. Las primeras satisfacciones sexuales autoeróticas son vividas en relación con funciones vitales destinadas a la conservación. Los instintos sexuales se apoyan al principio en la satisfacción de los instintos del *yo*, y sólo ulteriormente se hacen independientes de estos últimos. Pero esta relación se muestra también en el hecho de que las personas a las que ha estado encomendada la alimentación, el cuidado y la protección del niño son sus primeros objetos sexuales, o sea, en primer lugar, la madre o sus subrogados. Junto a este tipo de la elección de objeto, al que podemos dar el nombre de tipo de apoyo (o anaclítico[1778]) (Anlehnungstypus), la investigación psicoanalítica nos ha descubierto un segundo tipo que ni siquiera sospechábamos. Hemos comprobado que muchas personas, y especialmente aquéllas en las cuales el desarrollo de la libido ha sufrido alguna perturbación (por ejemplo, los perversos y los homosexuales), no eligen su ulterior objeto erótico conforme a la imagen de la madre, sino conforme a la de su propia persona. Demuestran buscarse a sí mismos como objeto erótico, realizando así su elección de objeto conforme a un tipo que podemos llamar ‘narcisista’. En esta observación ha de verse el

motivo principal que nos ha movido a adoptar la hipótesis del narcisismo.

Pero de este descubrimiento no hemos concluido que los hombres se dividan en dos grupos, según realicen su elección de objeto conforme al tipo de apoyo o al tipo narcisista, sino que hemos preferido suponer que el individuo encuentra abiertos ante sí dos caminos distintos para la elección de objeto, pudiendo preferir uno de los dos. Decimos, por tanto, que el individuo tiene dos objetos sexuales primitivos: él mismo y la mujer nutriz, y presuponemos así el narcisismo primario de todo ser humano, que eventualmente se manifestará luego, de manera destacada en su elección de objeto.

El estudio de la elección de objeto en el hombre y en la mujer nos descubre diferencias fundamentales, aunque, naturalmente, no regulares. El amor completo al objeto, conforme al tipo de apoyo, es característico del hombre. Muestra aquella singular hiperestimación sexual, cuyo origen está, quizá, en el narcisismo primitivo del niño, y que corresponde, por tanto, a una transferencia del mismo sobre el objeto sexual. Esta hiperestimación sexual permite la génesis del estado de enamoramiento, tan peculiar y que tanto recuerda la compulsión neurótica; estado que podremos referir, en consecuencia, a un empobrecimiento de la libido del *yo* en favor del objeto. La evolución muestra muy distinto curso en el tipo de mujer más corriente y probablemente más puro y auténtico. En este tipo de mujer parece surgir, con la pubertad y por el desarrollo de los órganos sexuales femeninos, latentes hasta entonces, una intensificación del narcisismo primitivo, que resulta desfavorable a la estructuración de un amor objetal regular y acompañado de hiperestimación sexual. Sobre todo en las mujeres bellas nace una complacencia de la sujeto por sí misma que la compensa de las restricciones impuestas por la sociedad a su elección de objeto. Tales mujeres sólo se aman, en realidad, a sí mismas y con la misma intensidad con que el hombre las ama. No necesitan amar, sino ser amadas, y aceptan al hombre que llena esta condición. La importancia de este tipo de mujeres para la vida erótica de los hombres es muy elevada, pues ejercen máximo atractivo sobre ellos, y no sólo por motivos estéticos, pues por lo general son las más bellas, sino también a consecuencia de interesantísimas constelaciones psicológicas. Resulta, en efecto, fácilmente visible que el narcisismo de una persona ejerce

gran atractivo sobre aquellas otras que han renunciado plenamente al suyo y se encuentran pretendiendo el amor del objeto. El atractivo de los niños reposa en gran parte en su narcisismo, en su actitud de satisfacerse a sí mismos y de su inaccesibilidad, lo mismo que el de ciertos animales que parecen no ocuparse de nosotros en absoluto, por ejemplo, los gatos y las grandes fieras. Análogamente, en la literatura, el tipo de criminal célebre y el del humorista acaparan nuestro interés por la persistencia narcisista con la que saben mantener apartado de su *yo* todo lo que pudiera empequeñecerlo. Es como si los envidiásemos por saber conservar un dichoso estado psíquico, una inatacable posesión de la libido, a la cual hubiésemos tenido que renunciar por nuestra parte. Pero el extraordinario atractivo de la mujer narcisista tiene también su reverso; gran parte de la insatisfacción del hombre enamorado, sus dudas sobre el amor de la mujer y sus lamentaciones sobre los enigmas de su carácter tienen sus raíces en esa incongruencia de los tipos de elección de objeto.

Quizá no sea inútil asegurar que esta descripción de la vida erótica femenina no implica tendencia ninguna a disminuir a la mujer. Aparte de que acostumbro mantenerme rigurosamente alejado de toda opinión tendenciosa, sé muy bien que estas variantes corresponden a la diferenciación de funciones en un todo biológico extraordinariamente complicado. Pero, además, estoy dispuesto a reconocer que existen muchas mujeres que aman conforme al tipo masculino y desarrollan también la hiperestimación sexual correspondiente.

También para las mujeres narcisistas y que han permanecido frías para con el hombre existe un camino que las lleva al amor objetal con toda su plenitud. En el hijo al que dan la vida se les presenta una parte de su propio cuerpo como un objeto exterior, al que pueden consagrar un pleno amor objetal, sin abandonar por ello su narcisismo. Por último, hay todavía otras mujeres que no necesitan esperar a tener un hijo para pasar del narcisismo (secundario) al amor objetal. Se han sentido masculinas antes de la pubertad y han seguido, en su desarrollo, una parte de la trayectoria masculina, y cuando esta aspiración a la masculinidad queda rota por la madurez femenina, conservan la facultad de aspirar a un ideal masculino, que en realidad, no es más que la continuación de la criatura masculina que ellas mismas fueron.

Cerraremos estas observaciones con una breve revisión de los caminos de

la elección de objeto. Se ama:

1.º. Conforme al tipo narcisista:
   a) Lo que uno es (a sí mismo).
   b) Lo que uno fue.
   c) Lo que uno quisiera ser.
   d) A la persona que fue una parte de uno mismo.

2.º. Conforme al tipo de apoyo (o anaclítico):
   a) A la mujer nutriz.
   b) Al hombre protector.

Y a las personas sustitutivas que de cada una de estas dos parten en largas series. El caso *c)* del primer tipo habrá de ser aún justificado con observaciones ulteriores.

En otro lugar y en una relación diferente habremos de estudiar también la significación de la elección de objeto narcisista para la homosexualidad masculina.

El narcisismo primario del niño por nosotros supuesto, que contiene una de las premisas de nuestras teorías de la libido, es más difícil de aprehender por medio de la observación directa que de comprobar por deducción desde otros puntos. Considerando la actitud de los padres cariñosos con respecto a sus hijos, hemos de ver en ella una reviviscencia y una reproducción del propio narcisismo, abandonado mucho tiempo ha. La hiperestimación, que ya hemos estudiado como estigma narcisista en la elección de objeto, domina, como es sabido, esta relación afectiva. Se atribuyen al niño todas las perfecciones, cosa para la cual no hallaría quizá motivo alguno una observación más serena, y se niegan o se olvidan todos sus defectos. (Incidentemente se relaciona con esto la repulsa de la sexualidad infantil.) Pero existe también la tendencia a suspender para el niño todas las conquistas culturales, cuyo reconocimiento hemos tenido que imponer a nuestro narcisismo, y a renovar para él privilegios renunciados hace mucho tiempo. La vida ha de ser más fácil para el niño que para sus padres. No debe estar sujeto a las necesidades reconocidas por ellos como supremas de la vida.

La enfermedad, la muerte, la renuncia al placer y la limitación de la propia voluntad han de desaparecer para él, y las leyes de la naturaleza, así como las de la sociedad, deberán detenerse ante su persona. Habrá de ser de nuevo el centro y el nódulo de la creación: *His Majesty the Baby*, como un día lo estimamos ser nosotros. Deberá realizar los deseos incumplidos de sus progenitores y llegar a ser un grande hombre o un héroe en lugar de su padre, o, si es hembra, a casarse con un príncipe, para tardía compensación de su madre. El punto más espinoso del sistema narcisista, la inmortalidad del *yo*, tan duramente negada por la realidad conquista su afirmación refugiándose en el niño. El amor parental, tan conmovedor y tan infantil en el fondo, no es más que una resurrección del narcisismo de los padres, que revela evidentemente su antigua naturaleza en ésta su transformación en amor objetal.

III

LAS perturbaciones a las que está expuesto el narcisismo primitivo del niño, las reacciones con las cuales se defiende de ellas el infantil sujeto y los caminos por los que de este modo es impulsado, constituyen un tema importantísimo, aún no examinado, y que habremos de reservar para un estudio detenido y completo. Por ahora podemos desglosar de este conjunto uno de sus elementos más importantes, el «complejo de la castración» (miedo a la pérdida del pene en el niño y envidia del pene en la niña), y examinarlo en relación con la temprana intimidación sexual. La investigación psicoanalítica que nos permite, en general, perseguir los destinos de los instintos libidinosos cuando éstos, aislados de los instintos del *yo*, se encuentran en oposición a ellos, nos facilita en este sector ciertas deducciones sobre una época y una situación psíquica en las cuales ambas clases de instintos actúan en un mismo sentido e inseparablemente mezclados como intereses narcisistas. De esta totalidad ha extraído A. Adler su «protesta masculina», en la cual ve casi la única energía impulsora de la génesis del carácter y de las neurosis, pero que no la funda en una tendencia narcisista, y,

por tanto, aún libidinosa, sino en una valoración social.

La investigación psicoanalítica ha reconocido la existencia y la significación de la «protesta masculina» desde un principio, pero sostiene, contra Adler, su naturaleza narcisista y su procedencia del complejo de castración. Constituye uno de los factores de la génesis del carácter y es totalmente inadecuada para la explicación de los problemas de las neurosis, en las cuales no quiere ver Adler más que la forma en la que sirven a los instintos del *yo*. Para mí resulta completamente imposible fundar la génesis de la neurosis sobre la estrecha base del complejo de castración, por muy poderosamente que el mismo se manifieste también en los hombres bajo la acción de las resistencias opuestas a la curación. Por último, conozco casos de neurosis en los cuales la «protesta masculina» o, en nuestro sentido el complejo de castración, no desempeña papel patógeno alguno o no aparece en absoluto.

La observación del adulto normal nos muestra muy mitigada su antigua megalomanía y muy desvanecidos los caracteres infantiles de los cuales dedujimos su narcisismo infantil. ¿Qué ha sido de la libido del *yo*? ¿Habremos de suponer que todo su caudal se ha gastado en cargas de objeto? Esta posibilidad contradice todas nuestras deducciones. La psicología de la represión nos indica una solución distinta.

Hemos descubierto que las tendencias instintivas libidinosas sucumben a una represión patógena cuando entran en conflicto con las representaciones éticas y culturales del individuo. No queremos en ningún caso significar que el sujeto tenga un mero conocimiento intelectual de la existencia de tales ideas sino que reconoce en ellas una norma y se somete a sus exigencias. Hemos dicho que la represión parte del *yo*, pero aún podemos precisar más diciendo que parte de la propia autoestimación del *yo*. Aquellos mismos impulsos, sucesos, deseos e impresiones que un individuo determinado tolera en sí o, por lo menos, elabora conscientemente, son rechazados por otros con indignación o incluso ahogados antes que puedan llegar a la consciencia. Pero la diferencia que contiene la condición de la expresión puede ser fácilmente expresada en términos que faciliten su consideración desde el punto de vista de la teoría de la libido. Podemos decir que uno de estos

sujetos ha construido en sí un ideal, con el cual compara su *yo* actual, mientras que el otro carece de semejante formación de ideal. La formación de un ideal sería, por parte del *yo*, la condición de la represión.

A este *yo* ideal se consagra el amor de sí mismo de que en la niñez era objeto el *yo* real. El narcisismo aparece desplazado sobre este nuevo *yo* ideal, adornado, como el infantil, con todas las perfecciones. Como siempre en el terreno de la libido, el hombre se demuestra aquí, una vez más, incapaz de renunciar a una satisfacción ya gozada alguna vez. No quiere renunciar a la perfección de su niñez, y ya que no pudo mantenerla ante las enseñanzas recibidas durante su desarrollo y ante el despertar de su propio juicio, intenta conquistarla de nuevo bajo la forma del ideal del *yo*. Aquello que proyecta ante sí como su ideal es la sustitución del perdido narcisismo de su niñez, en el cual era él mismo su propio ideal.

Examinemos ahora las relaciones de esta formación de un ideal con la sublimación. La sublimación es un proceso que se relaciona con la libido objetal y consiste en que el instinto se orienta sobre un fin diferente y muy alejado de la satisfacción sexual. Lo más importante de él es el apartamiento de lo sexual. La idealización es un proceso que tiene efecto en el objeto, engrandeciéndolo y elevándolo psíquicamente, sin transformar su naturaleza. La idealización puede producirse tanto en el terreno de la libido del *yo* como en el de la libido objetal. Así, la hiperestimación sexual del objeto es una idealización del mismo. Por consiguiente, en cuanto la sublimación describe algo que sucede con el instinto y la idealización algo que sucede con el objeto, se trata entonces de dos conceptos totalmente diferentes.

La formación de un ideal del *yo* es confundida erróneamente, a veces, con la sublimación de los instintos. El que un individuo haya trocado su narcisismo por la veneración de un ideal del *yo*, no implica que haya conseguido la sublimación de sus instintos libidinosos. El ideal del *yo* exige por cierto esta sublimación, pero no puede imponerla. La sublimación continúa siendo un proceso distinto, cuyo estímulo puede partir del ideal, pero cuya ejecución permanece totalmente independiente de tal estímulo. Precisamente en los neuróticos hallamos máximas diferencias de potencial entre el desarrollo del ideal del *yo* y el grado de sublimación de sus primitivos instintos libidinosos, y, en general, resulta más difícil convencer a

un idealista de la inadecuada localización de su libido que a un hombre sencillo y mesurado en sus aspiraciones. La relación de la formación de ideal y la sublimación respecto a la causación de la neurosis es también muy distinta. La producción de un ideal eleva, como ya hemos dicho, las exigencias del *yo* y favorece más que nada la represión. En cambio, la sublimación representa un medio de cumplir tales exigencias sin recurrir a la represión.

No sería de extrañar que encontrásemos una instancia psíquica especial encargada de velar por la satisfacción narcisista procedente del ideal del *yo* y que, en cumplimiento de su función, vigile de continuo el *yo* actual y lo compare con el ideal. Si tal instancia existe[1779], no nos sorprenderá nada descubrirla, pues reconoceremos en el acto en ella aquello a lo que damos el nombre de *conciencia (moral)*. El reconocimiento de esta instancia nos facilita la comprensión del llamado delirio de autorreferencia o, más exactamente, de ser observado, tan manifiesto en la sintomatología de las enfermedades paranoicas y que quizá puede presentarse también como perturbación aislada o incluida en una neurosis de transferencia. Los enfermos se lamentan entonces de que todos sus pensamientos son descubiertos por los demás y observados y espiados sus actos todos. De la actuación de esta instancia les informan voces misteriosas, que les hablan característicamente en tercera persona. («Ahora vuelve él a pensar en ello; ahora se va».) Esta queja de los enfermos está perfectamente justificada y corresponde a la verdad. En todos nosotros, y dentro de la vida normal, existe realmente tal poder, que observa, advierte y critica todas nuestras intenciones. El delirio de ser observado representa a este poder en forma regresiva, descubriendo con ello su génesis y el motivo por el que el enfermo se rebela contra él.

El estímulo para la formación del ideal del *yo*, cuya vigilancia está encomendada a la conciencia, tuvo su punto de partida en la influencia crítica ejercida, de viva voz, por los padres, a los cuales se agrega luego los educadores, los profesores y, por último, toda la multitud innumerable de las personas del medio social correspondiente (los compañeros, la opinión pública).

De este modo son atraídas a la formación del ideal narcisista del *yo*

grandes magnitudes de libido esencialmente homosexual y encuentran en la conservación del mismo una derivación y una satisfacción. La institución de la conciencia fue primero una encarnación de la crítica parental y luego de la crítica de la sociedad, un proceso como el que se repite en la génesis de una tendencia a la represión, provocada por una prohibición o un obstáculo exterior. Las voces, así como la multitud indeterminada, reaparecen luego en la enfermedad, y con ello, la historia evolutiva de la conciencia regresivamente reproducida. La rebeldía contra esta instancia censora proviene de que el sujeto (correlativamente al carácter fundamental de la enfermedad) quiere desligarse de todas estas influencias, comenzando por la parental, y retira de ellas la libido homosexual. Su conciencia se le opone entonces en una manera regresiva, como una acción hostil orientada hacia él desde el exterior.

Las lamentaciones de los paranoicos demuestran también que la autocrítica de la conciencia coincide, en último término, con la autoobservación en la cual se basa. La misma actividad psíquica que ha tomado a su cargo la función de la conciencia se ha puesto también, por tanto, al servicio de la introspección, que suministra a la filosofía material para sus operaciones mentales. Esta circunstancia no es quizá indiferente en cuanto a la determinación del estímulo de la formación de sistemas especulativos que caracteriza a la paranoia[1780].

Será muy importante hallar también en otros sectores indicios de la actividad de esta instancia crítica observadora, elevada a la categoría de conciencia y de introspección filosófica. Recordaré, pues, aquello que H. Silberer ha descrito con el nombre de «fenómeno funcional» y que constituye uno de los escasos complementos de valor indiscutible aportados hasta hoy a nuestra teoría de los sueños. Silberer ha mostrado que, en estados intermedios entre la vigilia y el sueño, podemos observar directamente la transformación de ideas en imágenes visuales; pero que, en tales circunstancias, lo que surge ante nosotros no es, muchas veces, un contenido del pensamiento, sino del estado en el que se encuentra la persona que lucha con el sueño. Asimismo ha demostrado que algunas conclusiones de los sueños y ciertos detalles de los mismos corresponden exclusivamente a la autopercepción del estado de reposo o del despertar. Ha descubierto, pues, la participación de la

autopercepción —en el sentido del delirio de observación paranoica— en la producción onírica. Esta participación es muy inconstante. Para mí hubo de pasar inadvertida, porque no desempeña papel alguno reconocido en mis sueños. En cambio, en personas de dotes filosóficas y habituadas a la introspección, se hace quizá muy perceptible.

Recordaremos haber hallado que la producción onírica nace bajo el dominio de una censura que impone a las ideas latentes del sueño una deformación. Pero no hubimos de representarnos esta censura como un poder especial, sino que denominamos así aquella parte de las tendencias represoras dominantes en el *yo* que aparecía orientada hacia las ideas del sueño. Penetrando más en la estructura del *yo*, podemos reconocer también en el ideal del *yo* y en las manifestaciones dinámicas de la conciencia este censor del sueño. Si suponemos que durante el reposo mantiene aún alguna atención, comprenderemos que la premisa de su actividad, la autoobservación y la autocrítica, puedan suministrar una aportación al contenido del sueño, con advertencias tales como «ahora tiene demasiado sueño para pensar» o «ahora despierta[1781]».

Partiendo de aquí podemos intentar un estudio de la autoestimación en el individuo normal y en el neurótico.

En primer lugar, la autoestimación nos parece ser una expresión de la magnitud del *yo*, no siendo el caso conocer cuáles son los diversos elementos que van a determinar dicha magnitud. Todo lo que una persona posee o logra, cada residuo del sentimiento de la primitiva omnipotencia confirmado por su experiencia, ayuda a incrementar su autoestimación.

Al introducir nuestra diferenciación de instintos sexuales e instintos del *yo*, tenemos que reconocer en la autoestimación una íntima relación con la libido narcisista. Nos apoyamos para ello en dos hechos fundamentales: el de que la autoestimación aparece intensificada en las parafrenias y debilitada en las neurosis de transferencia, y el de que en la vida erótica el no ser amado disminuye la autoestimación, y el serlo, la incrementa. Ya hemos indicado que el ser amado constituye el fin y la satisfacción en la elección narcisista de objeto.

No es difícil, además, observar que la carga de libido de los objetos no

intensifica la autoestimación. La dependencia al objeto amado es causa de disminución de este sentimiento: el enamorado es humilde. El que ama pierde, por decirlo así, una parte de su narcisismo, y sólo puede compensarla siendo amado. En todas estas relaciones parece permanecer enlazada la autoestimación con la participación narcisista en el amor.

La percepción de la impotencia, de la imposibilidad de amar, a causa de perturbaciones físicas o anímicas, disminuye extraordinariamente la autoestimación. A mi juicio, es ésta una de las causas del sentimiento de inferioridad del sujeto en las neurosis de transferencia. Pero la fuente principal de este sentimiento es el empobrecimiento del *yo*, resultante de las grandes cargas de libido que le son sustraídas, o sea el daño del *yo* por las tendencias sexuales no sometidas ya a control ninguno.

A. Adler ha indicado acertadamente que la percepción por un sujeto de vida psíquica activa de algunos defectos orgánicos, actúa como un estímulo capaz de rendimientos, y provoca, por el camino de la hipercompensación, un rendimiento más intenso. Pero sería muy exagerado querer referir todo buen rendimiento a esta condición de una inferioridad orgánica primitiva. No todos los pintores padecen algún defecto de la visión, ni todos los buenos oradores han comenzado por ser tartamudos. Existen también muchos rendimientos extraordinarios basados en dotes orgánicas excelentes. En la etiología de las neurosis, la inferioridad orgánica y un desarrollo imperfecto desempeña un papel insignificante, el mismo que el material de la percepción corriente actual en cuanto a la producción onírica. La neurosis se sirve de ella como de un pretexto, lo mismo que de todos los demás factores que pueden servirle para ello. Si una paciente nos hace creer que ha tenido que enfermar de neurosis porque es fea, contrahecha y sin ningún atractivo, siendo así imposible que nadie la ame, no tardará otra en hacernos cambiar de opinión mostrándonos que permanece tenazmente refugiada en su neurosis y en su repulsa sexual, no obstante ser extraordinariamente deseable y deseada. Las mujeres histéricas suelen ser, en su mayoría, muy atractivas o incluso bellas, y, por otro lado, la acumulación de fealdad y defectos orgánicos en las clases inferiores de nuestra sociedad no contribuye perceptiblemente a aumentar la incidencia de las enfermedades neuróticas en este medio.

Las relaciones de la autoestimación con el erotismo (con las cargas

libidinosas de objeto) pueden encerrarse en las siguientes fórmulas. Deben distinguirse dos casos, según que las cargas de libido sean ego-sintónicas o hayan sufrido, por lo contrario, una represión. En el primer caso (dado un empleo de la libido aceptado por el *yo*), el amor es estimado como otra cualquier actividad del *yo*. El amor en sí, como anhelo y como privación, disminuye la autoestimación, mientras que ser amado o correspondido, habiendo vuelto el amor a sí mismo, la posesión del objeto amado, la intensifica de nuevo. Dada una represión de la libido, la carga libidinosa es sentida como un grave vaciamiento del *yo*, la satisfacción del amor se hace imposible, y el nuevo enriquecimiento del *yo* sólo puede tener efecto retrayendo de los objetos la libido que los investía.

La vuelta de la libido objetal al *yo* y su transformación en narcisismo representa como si fuera de nuevo un amor dichoso, y por otro lado, es también efectivo que un amor dichoso real corresponde a la condición primaria donde la libido objetal y la libido del *yo* no pueden diferenciarse.

La importancia del tema y la imposibilidad de lograr de él una visión de conjunto justificarán la agregación de algunas otras observaciones, sin orden determinado.

La evolución del *yo* consiste en un alejamiento del narcisismo primario y crea una intensa tendencia a conquistarlo de nuevo. Este alejamiento sucede por medio del desplazamiento de la libido sobre un ideal del *yo* impuesto desde el exterior, y la satisfacción es proporcionada por el cumplimiento de este ideal.

Simultáneamente ha destacado el *yo* las cargas libidinosas de objeto. Se ha empobrecido en favor de estas cargas, así como del ideal del *yo*, y se enriquece de nuevo por las satisfacciones logradas en los objetos y por el cumplimiento del ideal.

Una parte de la autoestima es primaria: el residuo del narcisismo infantil; otra procede de la omnipotencia confirmada por la experiencia (del cumplimiento del ideal); y una tercera, de la satisfacción de la libido objetal.

El ideal del *yo* ha conseguido la satisfacción de la libido en los objetos bajo condiciones muy difíciles, renunciando a una parte de la misma, considerada rechazable por su censor. En aquellos casos en los que no ha

llegado a desarrollarse tal ideal, la tendencia sexual de que se trate entra a formar parte de la personalidad del sujeto en forma de perversión. El ser humano cifra su felicidad en volver a ser su propio ideal una vez más como lo era en su infancia, tanto con respecto a sus tendencias sexuales como a otras tendencias.

El enamoramiento consiste en una afluencia de la libido del *yo* al objeto. Tiene el poder de levantar represiones y volver a instituir perversiones. Exalta el objeto sexual a la categoría de ideal sexual. Dado que tiene afecto, según el tipo de elección de objeto por apoyo, y sobre la base de la realización de condiciones eróticas infantiles, podemos decir todo lo que cumple estas condiciones eróticas es idealizado.

El ideal sexual puede entrar en una interesante relación auxiliar con el ideal del *yo*. Cuando la satisfacción narcisista tropieza con obstáculos reales, puede ser utilizado el ideal sexual como satisfacción sustitutiva. Se ama entonces, conforme al tipo de la elección de objeto narcisista. Se ama a aquello que hemos sido y hemos dejado de ser o aquello que posee perfecciones de que carecemos. La fórmula correspondiente sería: es amado aquello que posee la perfección que le falta al *yo* para llegar al ideal. Este caso complementario entraña una importancia especial para el neurótico, en el cual ha quedado empobrecido el *yo* por las excesivas cargas de objeto e incapacitado para alcanzar su ideal. El sujeto intentará entonces retornar al narcisismo, eligiendo, conforme al tipo narcisista, un ideal sexual que posea las perfecciones que él no puede alcanzar. Ésta sería la curación por el amor, que el sujeto prefiere, en general, a la analítica. Llegará incluso a no creer en la posibilidad de otro medio de curación e iniciará el tratamiento con la esperanza de lograrlo en ella, orientando tal esperanza sobre la persona del médico. Pero a este plan curativo se opone, naturalmente, la incapacidad de amar del enfermo, provocada por sus extensas represiones. Cuando el tratamiento llega a desvanecer un tanto esta incapacidad surge a veces un desenlace indeseable; el enfermo se sustrae a la continuación del análisis para realizar una elección amorosa y encomendar y confiar a la vida en común con la persona amada el resto de la curación. Este desenlace podría parecernos satisfactorio si no trajese consigo, para el sujeto, una invalidante dependencia de la persona que le ha prestado su amoroso auxilio.

Del ideal del *yo* parte un importante cambio para la comprensión de la psicología colectiva. Este ideal tiene, además de su parte individual, su parte social: es también el ideal común de una familia, de una clase o de una nación. Además de la libido narcisista, atrae a sí gran magnitud de la libido homosexual, que ha retornado al *yo*. La insatisfacción provocada por el incumplimiento de este ideal deja eventualmente en libertad un acopio de la libido homosexual, que se convierte en consciencia de culpa (angustia social). La consciencia de culpa fue, originariamente, miedo al castigo de los padres o, más exactamente, a perder el amor de los mismos. Más tarde, los padres quedan sustituidos por un indefinido número de compañeros. La frecuente causación de la paranoia por una mortificación del *yo*; esto es, por la frustración de satisfacción en el campo del ideal de *yo*, se nos hace así comprensible, e igualmente la coincidencia de la idealización y la sublimación en el ideal del *yo* como la involución de las sublimaciones y la eventual transformación de los ideales en trastornos parafrénicos.

LXXXVIII

SOBRE LAS TRANSMUTACIONES DE LOS INSTINTOS Y ESPECIALMENTE DEL EROTISMO ANAL[1782]

[1915] (1917)

FUNDADO en mis observaciones psicoanalíticas, expuse hace años la sospecha de que la coincidencia de tres condiciones de carácter —*el orden, la tacañería y la obstinación*— en un mismo individuo indicaba una acentuación de los componentes erótico-anales, agotada luego al avanzar la evolución sexual en la constitución de tales reacciones predominantes del *yo*[1783].

Me interesaba entonces, ante todo, dar a conocer una relación comprobada en múltiples análisis y no me ocupé gran cosa de su desarrollo teórico. De entonces acá he comprobado casi generalmente mi opinión de que todas y cada una de las tres condiciones citadas, la avaricia, la minuciosidad y la obstinación, nacen de estas fuentes o, dicho de un modo más prudente y exacto, reciben de ellas importantísimas aportaciones. Aquellos casos a los cuales imponía la coincidencia de los tres rasgos mencionados un sello especial (carácter anal) eran sólo casos extremos, en los cuales la relación que venimos estudiando se revela incluso a la observación menos penetrante.

Algunos años después, guiado por la imperiosa coerción de una experiencia psicoanalítica que se imponía a toda duda, deduje, de la amplia

serie de impresiones acumuladas, que en la evolución de la libido anterior a la fase de la primacía genital habíamos de suponer la existencia de una «organización pregenital», en la que el sadismo y el erotismo anal desempeñan los papeles directivos[1784].

La interrogación sobre los destinos ulteriores de los instintos eróticos anales se nos planteaba ya aquí de un modo ineludible. ¿Qué suerte corrían, una vez despojados de su significación en la vida sexual, para la constitución de la organización genital definitiva? ¿Continuaban existiendo sin modificación alguna, pero en estado de represión? ¿Sucumbían a la sublimación o se asimilaban transformándose en rasgos de carácter? ¿O eran acogidos en la nueva estructura de la sexualidad determinada por la primacía genital? O, mejor, no siendo probable uno sólo de estos destinos el único abierto al erotismo anal, ¿en qué forma y medida participan estas diversas posibilidades en la suerte del erotismo anal?, cuyas fuentes orgánicas por supuesto que no quedaron sepultadas por la constitución de la organización genital.

Parecía que no habríamos de carecer de material para dar respuesta a estas interrogaciones, puesto que los procesos de evolución y transformación correspondientes tenían que haberse desarrollado en todas las personas objeto de la investigación psicoanalítica. Pero este material es tan poco transparente y la multiplicidad de sus aspectos produce tal confusión, que aun hoy en día me es imposible ofrecer una solución completa del problema, pudiendo sólo aportar algunos elementos para la misma. Al hacerlo así no habré de eludir las ocasiones que buenamente se me ofrezcan de mencionar otras transmutaciones de instintos ajenos al erotismo anal. Por último, haremos constar, aunque casi nos parece innecesario, que los procesos evolutivos que pasamos a describir han sido deducidos —como siempre, en el psicoanálisis — de las regresiones a ellos impuestas por los procesos neuróticos.

Como punto de partida, podemos elegir la impresión general de que los conceptos de *excremento, dinero, regalo, niño* y *pene* no son exactamente discriminados y sí fácilmente confundidos en los productos de lo inconsciente. Al expresarnos así sabemos, desde luego, que transferimos indebidamente a lo inconsciente términos aplicados a otros sectores de la vida anímica, dejándonos seducir por las comodidades que las comparaciones nos

procuran. Repetiremos, pues, en términos más libres de objeción, que tales elementos son frecuentemente tratados en lo inconsciente como equivalentes o intercambiables.

La relación entre «niño» y «pene» es la más fácil de observar. No puede ser indiferente que ambos conceptos puedan ser sustituidos en el lenguaje simbólico del sueño y en el de la vida cotidiana por un símbolo común. El niño es, como el pene, «el pequeño» (*das Kleine*). Sabido es que el lenguaje simbólico se sobrepone muchas veces a la diferencia de sexos. El «pequeño», que originariamente se refería al miembro viril, ha podido, pues, pasar secundariamente a designar los genitales femeninos.

Si investigamos hasta una profundidad suficiente la neurosis de una mujer, tropezamos frecuentemente con el deseo reprimido de poseer, como el hombre, un pene. A este deseo lo denominamos 'envidia del pene' y se le incluye en el complejo de castración. Un fracaso accidental de su vida, consecuencia muchas veces de esta misma disposición masculina, ha vuelto a activar este deseo infantil y lo ha convertido por medio de un flujo retrógrado de la libido, en sustentáculo principal de los síntomas neuróticos. En otras mujeres no llegamos a descubrir huella alguna de este deseo de un pene, apareciendo, en cambio, el de tener un hijo, deseo este último cuyo incumplimiento puede luego desencadenar la neurosis. Es como si estas mujeres hubieran comprendido —cosa imposible en la realidad— que la naturaleza ha dado a la mujer los hijos como compensación de todo lo demás que hubo de negarle. Por último, en una tercera clase de mujeres averiguamos que abrigaron sucesivamente ambos deseos. Primero quisieron poseer un pene como el hombre, y en una época ulterior, pero todavía infantil, se sustituyó en ellas a ese deseo el de tener un hijo. No podemos rechazar la impresión de que tales diferencias dependen de factores accidentales de la vida infantil —la falta de hermanos o su existencia, el nacimiento de un hermanito en época determinada, etc.—, de manera que el deseo de poseer un pene sería idéntico, en el fondo, al de tener un hijo.

No nos es difícil indicar el destino que sigue el deseo infantil de poseer un pene cuando la sujeto permanece exenta de toda perturbación neurótica en su vida ulterior. Se transforma entonces en el de encontrar marido, aceptando así al hombre como un elemento accesorio inseparable del pene. Esta

transformación inclina a favor de la función sexual femenina un impulso originariamente hostil a ella, haciéndose así posible a estas mujeres una vida erótica adaptada a las normas del tipo masculino del amor a un objeto, la cual puede coexistir con la de tipo femenino propiamente, derivada del narcisismo. Pero ya hemos visto que en otros casos es el deseo de un hijo el que trae consigo la transición desde el amor a sí mismo narcisista al amor a un objeto. Así, pues, también en este punto puede quedar el niño representado por el pene.

He tenido varias ocasiones de conocer sueños femeninos subsiguientes a un primer contacto sexual. Estos sueños descubrían siempre el deseo de conservar en el propio cuerpo el miembro masculino, correspondiendo, por tanto, aparte de su base libidinosa, a una pasajera regresión desde el hombre al pene como objeto deseado. Nos inclinaremos seguramente a referir de un modo puramente racional el deseo orientado hacia el hombre al deseo de tener un hijo, ya que alguna vez ha de comprender la sujeto que sin la colaboración del hombre no puede alcanzar tal deseo. Pero lo que al parecer sucede es que el deseo cuyo objeto es el hombre nace independientemente del de tener un hijo, y que cuando emerge, obedeciendo a motivos comprensibles pertenecientes por completo a la psicología del *yo*, se asocia a él como refuerzo libidinoso inconsciente el antiguo deseo de un pene.

La importancia del proceso descrito reside en que transmuta en femineidad una parte de la masculinidad narcisista de la joven mujer, haciéndola inofensiva para la función sexual femenina.

Por otro camino se hace también utilizable en la fase de la primacía genital una parte del erotismo de la fase pregenital. El niño es considerado aún como un «mojón» (cf. el análisis de Juanito), como algo expulsado del cuerpo por el intestino. Cierta cantidad de catexis libidinosa ligada originalmente al contenido intestinal puede por extensión de esto aplicarse al recién nacido. El lenguaje corriente nos ofrece un testimonio de esta identidad en la expresión «*regalar* un niño» (*ein Kind schenken*). El excremento es, en efecto, el primer *regalo* infantil. Constituye una parte del propio cuerpo, de la cual el niño de pecho sólo se separa a ruegos de la persona amada o espontáneamente para demostrarle su cariño, pues, por lo

general, no ensucia a las personas extrañas. (Análogas reacciones, aunque menos intensas, se dan con respecto a la orina.) En la defecación se plantea al niño una primera decisión entre la disposición narcisista y el amor a un objeto. Expulsará dócilmente los excrementos como «sacrificio» al amor o los retendrá para la satisfacción autoerótica y más tarde para la afirmación de su voluntad personal. Con la adopción de esta segunda conducta quedará constituida la *obstinación* (el desafío), que, por tanto, tiene su origen en una persistencia narcisista en el erotismo anal.

La significación más inmediata que adquiere el interés por el excremento no es probablemente la de *oro-dinero*, sino la de *regalo*. El niño no conoce más dinero que el que le es regalado; no conoce dinero propio, ni ganado ni heredado. Como el excremento es su primer regalo, transfiere fácilmente su interés desde esta materia a aquella nueva que le sale al paso en la vida como el regalo más importante. Aquellos que duden de la exactitud de esta derivación del regalo pueden consultar la experiencia adquirida en sus tratamientos psicoanalíticos, estudiando los regalos que hayan recibido de sus enfermos y las tempestuosas transferencias que pueden provocar al hacer algún regalo al paciente.

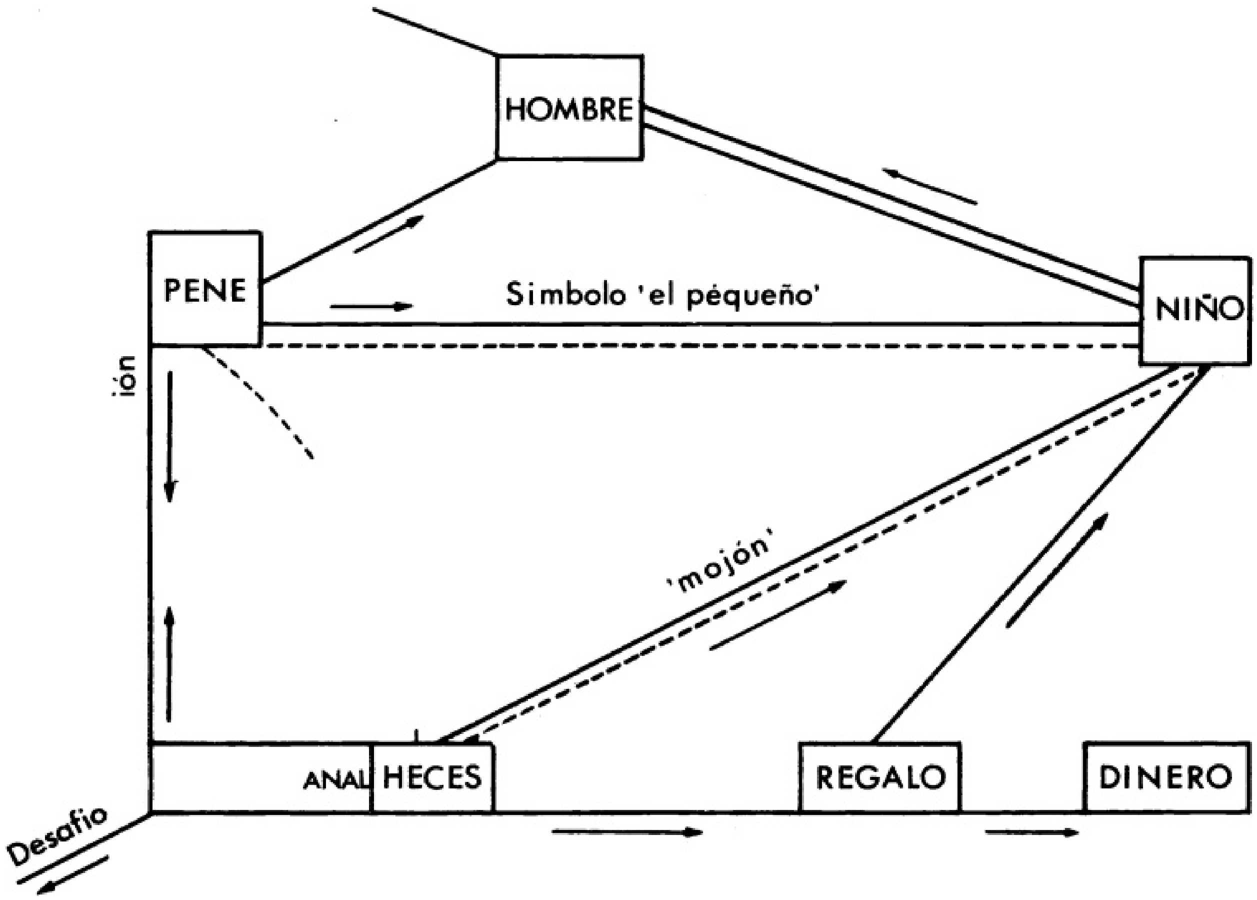
Así, pues, el interés por los excrementos persiste, en parte, transformado en interés por el dinero y es derivado, en su otra parte, hacia el deseo de un niño. En este último deseo coinciden un impulso erótico anal y un impulso genital (envidia del pene). Pero el pene tiene también una significación erótico-anal independiente del deseo de un niño. La relación entre el pene y la cavidad mucosa por él ocupada y estimulada preexiste ya en la fase pregenital sádico-anal. La masa fecal —o «barra» fecal, según expresión de uno de mis pacientes— es, por decirlo así, el primer pene, y la mucosa por él excitada, la del intestino ciego, representa la mucosa vaginal. Hay sujetos cuyo erotismo anal ha persistido invariado e intenso hasta los años inmediatos a la pubertad (hasta los diez o los doce años). Por ellos averiguamos que ya durante esta fase pregenital habían desarrollado en fantasías y juegos perversos una organización análoga a la genital, en la cual el pene y la vagina aparecen representados por la masa fecal y el intestino. En otros individuos —neuróticos obsesivos— puede comprobarse el resultado de una degradación regresiva de la organización genital, consistente en transferir a lo anal todas

las fantasías primitivamente genitales, sustituyendo el pene por la masa fecal, y la vagina, por el intestino.

Cuando la evolución sigue su curso normal y desaparece el interés por los excrementos, la analogía orgánica expuesta actúa, transfiriendo al pene tal interés. Al llegar luego el sujeto, en su investigación sexual infantil, a la teoría de que los niños son paridos por el intestino, queda constituido el niño en heredero principal del erotismo anal, pero su predecesor fue siempre el pene, tanto en este sentido como en otro distinto.

Seguramente no les ha sido posible a mis lectores retener todas las múltiples relaciones expuestas entre los elementos de la serie excremento-pene-niño. Por tanto, y para reunir tales relaciones en una visión de conjunto, intentaremos una representación gráfica en cuya explicación podamos examinar de nuevo, pero en distinto orden de sucesión, el material estudiado.

Desgraciadamente, este medio técnico auxiliar no es lo bastante flexible para nuestros propósitos o no sabemos nosotros servirnos bien de él. Así, pues, he de rogar que no se planteen al esquema anterior demasiadas exigencias.



Del erotismo anal surge para fines narcisistas el desafío como importante reacción del *yo* contra las exigencias de los demás. El interés dedicado al excremento se transforma en interés hacia el regalo y, más tarde, hacia el dinero. Con el descubrimiento del pene nace en las niñas la envidia del mismo, la cual se transforma luego en deseo del hombre, como poseedor de un pene. Pero antes el deseo de poseer un pene se ha transformado en deseo de tener un niño, o ha surgido este deseo en lugar de aquél. La posesión de un símbolo común («el pequeño») señala una analogía orgánica entre el pene y el niño (línea de trazos). Del deseo de un niño parte luego un camino racional (línea doble), que conduce al deseo del hombre. Ya hemos examinado la significación de esta transmutación del instinto.

En el hombre se hace mucho más perceptible otro fragmento del proceso, que surge cuando la investigación sexual del niño le lleva a comprobar la falta del pene en la mujer. El pene queda así reconocido como algo separable del cuerpo y relacionado, por analogía, con el excremento, primer trozo de

nuestro cuerpo al que tuvimos que renunciar. El antiguo desafío anal entra de este modo en la constitución del complejo de la castración. La analogía orgánica, a consecuencia de la cual el contenido intestinal se constituyó en precursor del pene durante la fase pregenital, no puede entrar en cuenta como motivo. Pero la investigación sexual del niño le procura una sustitución psíquica. Al parecer, el niño es reconocido por la investigación sexual como un 'mojón' y es revestido de un poderoso interés erótico-anal. Esta misma fuente aporta al deseo de un niño un segundo incremento cuando la experiencia social enseña que el niño puede ser interpretado como prueba de amor y como un regalo. Los tres elementos —masa fecal, pene y niño— son cuerpos sólidos que excitan al entrar o salir por una cavidad mucosa (el intestino ciego y la vagina, cavidad como arrendada a él, según una acertada expresión de Lou Andreas-Salomé)[1785]. De este estado de cosas, la investigación infantil sólo puede llegar a conocer que el niño sigue el mismo camino que la masa fecal, pues la función del pene no es generalmente descubierta por la investigación infantil. Pero es interesante ver cómo una coincidencia orgánica llega a manifestarse también en lo psíquico, después de tantos rodeos, como una identidad inconsciente.

LXXXIX

LOS INSTINTOS Y SUS DESTINOS[1786]

1915

HEMOS oído expresar más de una vez, la opinión de que una ciencia debe hallarse edificada sobre conceptos fundamentales, claros y precisamente definidos. En realidad, ninguna ciencia ni aun la más exacta, comienza por tales definiciones. El verdadero principio de la actividad científica consiste más bien, en la descripción de fenómenos, que luego son agrupados, ordenados y relacionados entre sí.

Ya en esta descripción se hace inevitable aplicar al material determinadas ideas abstractas, extraídas de diversos sectores y, desde luego, no únicamente de la observación del nuevo conjunto de fenómenos descrito. Más imprescindibles aún resultan tales ideas —los ulteriores principios fundamentales de la ciencia— en la subsiguiente elaboración de la materia. Al principio, han de presentar un cierto grado de indeterminación y es imposible hablar de una clara delimitación de su contenido. Mientras permanecen en este estado, nos concertamos sobre su significación por medio de repetidas referencias al material del que parecen derivadas, pero que en realidad, les es subordinado. Presentan, pues, estrictamente consideradas, el carácter de convenciones, circunstancia en la que todo depende de que no sean elegidas arbitrariamente sino que se hallen determinadas por importantes relaciones con la materia empírica, relaciones que creemos adivinar antes de hacérsenos asequibles su conocimiento y demostración. Sólo después de una

más profunda investigación del campo de fenómenos de que se trate, resulta posible precisar más sus conceptos fundamentales científicos y modificarlos progresivamente, de manera a extender en gran medida su esfera de aplicación, haciéndolos así irrebatibles. Éste podrá ser el momento de concretarlos en definiciones. Pero el progreso del conocimiento no tolera tampoco la inalterabilidad de las definiciones. Como nos lo evidencia el ejemplo de la Física, también los «conceptos fundamentales» fijados en definiciones experimentan una perpetua modificación de contenido.

Un semejante principio básico convencional, todavía algo oscuro, pero del que no podemos prescindir en Psicología, es el del *instinto* [‘*Trieb*’]. Intentaremos establecer su significación, aportándole contenido desde diversos sectores.

En primer lugar, desde el campo de la *Fisiología*. Esta ciencia nos ha dado el concepto del estímulo y el esquema de reflejos, concepto según el cual, un estímulo aportado *desde* el exterior al tejido vivo (de la substancia nerviosa) es derivado *hacia* el exterior, por medio de la acción. Esta acción logra su fin sustrayendo la substancia estimulada a la influencia del estímulo, alejándola de la esfera de actuación del mismo.

¿Cuál es, ahora, la relación del «instinto» con el «estímulo»? Nada nos impide subordinar el concepto de instinto al de estímulo. El instinto sería entonces, un estímulo para lo psíquico. Mas en seguida advertimos la improcedencia de equiparar el instinto al estímulo psíquico. Para lo psíquico existen evidentemente otros estímulos distintos de los instintivos y que se comportan más bien de un modo análogo a los fisiológicos. Así, cuando la retina es herida por una intensa luz, no nos hallamos ante un estímulo instintivo. Sí, en cambio, cuando se hace perceptible la sequedad de las mucosas bucales o la irritación de las del estómago[1787].

Tenemos ya material bastante para distinguir los estímulos instintivos de otros (fisiológicos) que actúan sobre lo anímico. En primer lugar, los estímulos instintivos no proceden del mundo exterior sino del interior del organismo. Por esta razón, actúan diferentemente sobre lo anímico y exigen, para su supresión, distintos actos. Pero además, para dejar fijadas las características esenciales del estímulo, basta con admitir que actúa como un impulso único, pudiendo ser, por lo tanto, suprimido mediante un único acto

adecuado, cuyo tipo será la fuga motora ante la fuente de la cual emana. Naturalmente, pueden tales impulsos repetirse y sumarse, pero esto no modifica en nada la interpretación del proceso ni las condiciones de la supresión del estímulo. El instinto, en cambio, no actúa nunca como una fuerza de impacto *momentánea* sino siempre como una fuerza *constante*. No procediendo del mundo exterior sino del interior del cuerpo, la fuga es ineficaz contra él. Al estímulo instintivo lo denominaremos mejor *necesidad* y lo que suprime esta necesidad es la *satisfacción*. Ésta puede ser alcanzada únicamente por una transformación adecuada de la fuente de estímulo interna.

Coloquémonos ahora en la situación de un ser viviente, desprovisto casi en absoluto de medios de defensa y no orientado aún en el mundo, que recibe estímulos en su substancia nerviosa. Este ser llegará muy pronto a realizar una primera diferenciación y a adquirir una primera orientación. Por un lado, percibirá estímulos a los que le es posible substraerse mediante una acción muscular (fuga) y atribuirá estos estímulos al mundo exterior. Pero también percibirá otros, contra los cuales resulta ineficaz una tal acción y que conservan, a pesar de la misma, su carácter constantemente apremiante. Estos últimos constituirán un signo característico del mundo interior y una demostración de la existencia de necesidades instintivas. La substancia perceptora del ser viviente hallará así, en la eficacia de su actividad muscular, un punto de apoyo para distinguir un «exterior» de un «interior».

Encontramos, pues, la esencia del instinto, primeramente en sus caracteres principales, su origen de fuentes de estímulo situadas en el interior del organismo y su aparición como fuerza constante, y derivamos de ella otra de sus cualidades, la ineficacia de la fuga para su supresión. Pero durante estas reflexiones, hubimos de descubrir algo que nos fuerza a una nueva confesión. No sólo aplicamos a nuestro material determinadas convenciones, como conceptos fundamentales, sino que nos servimos, además, de algunas complicadas *hipótesis* para guiarnos en la elaboración del mundo de fenómenos psicológicos. Ya hemos delineado antes en términos generales, la más importante de estas hipótesis; quédanos tan sólo hacerla resaltar expresamente. Es de naturaleza *biológica*, labora con el concepto de la tendencia (eventualmente con el de la adecuación) y su contenido es como

sigue: el sistema nervioso es un aparato al que compete la función de *suprimir los estímulos* que hasta él llegan o reducirlos a su mínimo nivel, y que si ello fuera posible, quisiera mantenerse libre de todo estímulo. Admitiendo interinamente esta idea, sin parar mientes en su indeterminación, atribuiremos en general, al sistema nervioso, la labor del vencimiento de los estímulos. Vemos entonces, cuánto complica el sencillo esquema fisiológico de reflejos la introducción de los instintos. Los estímulos exteriores no plantean más problema que el de sustraerse a ellos, cosa que sucede por medio de movimientos musculares, uno de los cuales acaba por alcanzar tal fin y se convierte entonces, como el más adecuado, en disposición hereditaria. En cambio, los estímulos instintivos nacidos en el interior del soma no pueden ser suprimidos por medio de este mecanismo. Plantean, pues, exigencias mucho más elevadas al sistema nervioso, le inducen a complicadísimas actividades, íntimamente relacionadas entre sí, que modifican ampliamente el mundo exterior hasta hacerle ofrecer la satisfacción a la fuente de estímulo interna, y manteniendo una inevitable aportación continua de estímulos, le fuerzan a renunciar a su propósito ideal de conservarse alejado de ellos. Podemos, pues, concluir, que los instintos y no los estímulos externos son los verdaderos motores de los progresos que han llevado a su actual desarrollo al sistema nervioso, tan inagotablemente capaz de rendimiento. Nada se opone a la hipótesis de que los instintos mismos son, por lo menos en parte, residuos de efectos estimulantes externos, que en el curso de la filogénesis, actuaron modificativamente sobre la substancia viva.

Cuando después hallamos que toda actividad, incluso la del aparato anímico más desarrollado, se encuentra sometida al principio del *placer*, o sea, que es regulada automáticamente por sensaciones de la serie «placer-displacer», nos resulta ya difícil rechazar la hipótesis inmediata de que estas sensaciones reproducen la forma en la que se desarrolla el vencimiento de los estímulos, y seguramente en el sentido de que la sensación de displacer se halla relacionada con un incremento del estímulo y la de placer con una disminución del mismo. Mantendremos la amplia indeterminación de esta hipótesis hasta que consigamos adivinar la naturaleza de la relación entre la serie «placer-displacer» y las oscilaciones de las magnitudes de estímulo que

actúan sobre la vida anímica. Desde luego, han de ser posibles muy diversas y complicadas relaciones de este género.

Si consideramos la vida anímica desde el punto de vista biológico, se nos muestra el «instinto» como un concepto límite, entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos procedentes del interior del cuerpo, que arriban al alma, y como una magnitud de la exigencia de trabajo impuesta a lo anímico a consecuencia de su conexión con lo somático.

Podemos discutir ahora algunos términos empleados en relación con el concepto de instinto, tales como perentoriedad, fin, objeto y fuente del instinto.

Por *perentoriedad* (‘*Drang*’) de un instinto se entiende su factor motor, esto es, la suma de fuerza o la cantidad de exigencia de trabajo que representa. Este carácter perentorio es una cualidad general de los instintos, e incluso constituye la esencia de los mismos. Cada instinto es una magnitud de actividad, y al hablar, negligentemente, de instintos pasivos, se alude tan sólo a instintos de fin pasivo.

El *fin* (‘*Ziel*’) de un instinto es siempre la satisfacción, que sólo puede ser alcanzada por la supresión del estado de excitación de la fuente del instinto. Pero aun cuando el fin último de todo instinto es invariable, puede haber diversos caminos que conduzcan a él, de manera, que para cada instinto, pueden existir diferentes fines próximos susceptibles de ser combinados o sustituidos entre sí. La experiencia nos permite hablar también de instintos «coartados en su fin», esto es, de procesos a los que se permite avanzar un cierto espacio hacia la satisfacción del instinto, pero que experimentan luego una inhibición o una desviación. Hemos de admitir, que también con tales procesos se halla enlazada una satisfacción parcial.

El *objeto* (‘*Objekt*’) del instinto es aquél en el cual, o por medio del cual, puede el instinto alcanzar su satisfacción. Es lo más variable del instinto, no se halla enlazado a él originariamente, sino subordinado a él a consecuencia de su adecuación al logro de la satisfacción. No es necesariamente algo exterior al sujeto sino que puede ser una parte cualquiera de su propio cuerpo y es susceptible de ser sustituido indefinidamente por otro, durante la vida del instinto. Este desplazamiento del instinto desempeña importantísimas

funciones. Puede presentarse el caso de que el mismo objeto sirva simultáneamente a la satisfacción de varios instintos (el caso de la *confluencia de los instintos*, según Alfred Adler). Cuando un instinto aparece ligado de un modo especialmente íntimo y estrecho al objeto, hablamos de una *fijación* de dicho instinto. Esta fijación tiene efecto con gran frecuencia, en períodos muy tempranos del desarrollo de los instintos y pone fin a la movilidad del instinto de que se trate, oponiéndose intensamente a su separación del objeto.

Por *fuente* (‘*Quelle*’) del instinto se entiende aquel proceso somático que se desarrolla en un órgano o una parte del cuerpo y es representado en la vida anímica por el instinto. Se ignora si este proceso es regularmente de naturaleza química o puede corresponder también al desarrollo de otras fuerzas, por ejemplo, de fuerzas mecánicas. El estudio de las fuentes del instinto no corresponde ya a la psicología. Aunque el hecho de nacer de fuentes somáticas sea en realidad lo decisivo para el instinto, éste no se nos da a conocer en la vida anímica sino por sus fines. Para la investigación psicológica no es absolutamente indispensable un más preciso conocimiento de las fuentes del instinto y muchas veces pueden ser reducidas éstas del examen de los fines del instinto.

¿Habremos de suponer que los diversos instintos procedentes de lo somático y que actúan sobre lo psíquico se hallan también caracterizados por *cualidades* diferentes y actúan por esta causa, de un modo cualitativamente distinto, en la vida anímica? A nuestro juicio, no. Bastará, más bien, admitir, simplemente, que todos los instintos son cualitativamente iguales y que su efecto no depende sino de las magnitudes de excitación que llevan consigo y quizá de ciertas funciones de esta cantidad. Las diferencias que presentan las funciones psíquicas de los diversos instintos, pueden atribuirse a la diversidad de las fuentes de estos últimos. Más adelante, y en una distinta relación, llegaremos, de todos modos, a aclarar lo que el problema de la cualidad de los instintos significa.

¿Cuántos y cuáles instintos habremos de contar? Queda abierto aquí un amplio margen a la arbitrariedad, pues nada podemos objetar a aquellos que hacen uso de los conceptos de instinto de juego, de destrucción o de

sociabilidad cuando la materia lo demanda y lo permite la limitación del análisis psicológico. Sin embargo, no deberá perderse de vista la posibilidad de que estos motivos de instinto, tan especializados, sean susceptibles de una mayor descomposición en lo que a las fuentes del instinto se refiere, resultando, así, que sólo los instintos primitivos e irreductibles podrían aspirar a una significación.

Por nuestra parte, hemos propuesto distinguir dos grupos de estos instintos primitivos: el de los *instintos del yo o instintos de conservación* y el de los *instintos sexuales*. Esta división no constituye una hipótesis necesaria, como la que antes hubimos de establecer sobre la tendencia biológica del aparato anímico. No es sino una construcción auxiliar, que sólo mantendremos mientras nos sea útil y cuya sustitución por otra no puede modificar sino muy poco, los resultados de nuestra labor descriptiva y ordenadora. La ocasión de establecerla ha surgido en el curso evolutivo del psicoanálisis, cuyo primer objeto fueron las psiconeurosis, o más precisamente, aquel grupo de psiconeurosis a las que damos el nombre de «neurosis de transferencia» (la histeria y la neurosis obsesiva), estudio que nos llevó al conocimiento de que en la raíz de cada una de tales afecciones, existía un conflicto entre las aspiraciones de la sexualidad y las del *yo*. Es muy posible que un más penetrante análisis de las restantes afecciones neuróticas (y ante todo de las psiconeurosis narcisistas, o sea de las esquizofrenias), nos imponga una modificación de esta fórmula y con ella, una distinta agrupación de los instintos primitivos. Mas, por ahora, no conocemos tal nueva fórmula ni hemos hallado ningún argumento desfavorable a la oposición de instintos del *yo* e instintos sexuales.

Dudo mucho que la elaboración del material psicológico pueda proporcionarnos datos decisivos para la diferenciación y clasificación de los instintos. A los fines de esta elaboración, parece más bien necesario, aplicar al material, determinadas hipótesis sobre la vida instintiva, y sería deseable, que tales hipótesis pudieran ser tomadas de un sector diferente y transferidas luego al de la psicología. Aquello que en esta cuestión nos suministra la biología no se opone ciertamente a la diferenciación de instintos del *yo* e instintos sexuales. La biología enseña que la sexualidad no puede equipararse a las demás funciones del individuo, dado que sus tendencias van más allá del

mismo y aspiran a la producción de nuevos individuos, o sea a la conservación de la especie.

Nos muestra, además, como igualmente justificadas, dos distintas concepciones de la relación entre el *yo* y la sexualidad: una para la cual es el individuo lo principal, la sexualidad una de sus actividades y la satisfacción sexual una de sus necesidades; y otra, que considera al individuo como un accesorio temporal y pasajero del plasma germinativo casi inmortal, que le fue confiado por la generación. La hipótesis de que la función sexual se distingue de las demás por un quimismo especial, aparece también integrada, según creo, en la investigación biológica de Ehrlich.

Dado que el estudio de la vida instintiva desde la consciencia presenta dificultades casi insuperables, continúa siendo la investigación psicoanalítica de las perturbaciones anímicas, la fuente principal de nuestro conocimiento. Pero, correlativamente al curso de su desarrollo, no nos ha suministrado, hasta ahora, el psicoanálisis, datos satisfactorios más que sobre los instintos sexuales, por ser éste el único grupo de instintos que le ha sido posible aislar y considerar por separado en las psiconeurosis. Con la extensión del psicoanálisis a las demás afecciones neuróticas, quedará también cimentado seguramente, nuestro conocimiento de los instintos del *yo*, aunque parece imprudente esperar hallar en este campo de investigación, condiciones análogamente favorables a la labor observadora.

De los instintos sexuales podemos decir, en general, lo siguiente: son muy numerosos, proceden de múltiples y diversas fuentes orgánicas, actúan al principio independientemente unos de otros y sólo ulteriormente quedan reunidos en una síntesis más o menos perfecta. El fin al que cada uno de ellos tiende es la consecución del *placer del órgano*, y sólo después de su síntesis entran al servicio de la *procreación*, con lo cual se evidencian entonces, generalmente, como instintos sexuales. En su primera aparición, se apoyan ante todo en los instintos de conservación, de los cuales no se separan luego sino muy poco a poco, siguiendo también en el hallazgo de objeto, los caminos que los instintos del *yo* les marcan. Parte de ellos permanece asociada a través de toda la vida, a los instintos del *yo*, aportándoles componentes libidinosos, que pasan fácilmente inadvertidos durante la función normal y sólo se hacen claramente perceptibles en los estados

patológicos. Se caracterizan por la facilidad con la que se reemplazan unos a otros y por su capacidad de cambiar indefinidamente de objeto. Estas últimas cualidades les hacen aptos para funciones muy alejadas de sus primitivos actos finales (es decir, capaces de *sublimación*).

Siendo los instintos sexuales aquéllos en cuyo conocimiento hemos avanzado más, hasta el día, limitaremos a ellos nuestra investigación de los destinos por los cuales pasan los instintos en el curso del desarrollo y de la vida. De estos destinos, nos ha dado a conocer, la observación, los siguientes:

La transformación en lo contrario.
La orientación contra la propia persona.
La represión.
La sublimación.

No proponiéndonos tratar aquí de la sublimación, y exigiendo la represión capítulo aparte, quédannos tan sólo la descripción y discusión de los dos primeros puntos. Por motivos que actúan en contra de una continuación directa de los instintos, podemos representarnos también sus destinos como modalidades de la *defensa* contra ellos.

La *transformación en lo contrario* se descompone, al someterla a un detenido examen, en dos distintos procesos, la transición de un instinto *desde la actividad a la pasividad*, y la *inversión de contenido*. Estos dos procesos, de esencia totalmente distinta, habrán de ser considerados separadamente.

Ejemplos del primero son los pares antitéticos «sadismo-masoquismo» y «placer visual-exhibición». La transformación en lo contrario alcanza sólo a los *fines* del instinto. El fin activo —atormentar, ver— es sustituido por el pasivo —ser atormentado, ser visto—. La transformación de contenido se nos muestra en el caso de la conversión del amor en odio.

La *orientación contra la propia persona* queda aclarada en cuanto reflexionamos que el masoquismo no es sino un sadismo dirigido contra el propio *yo* y que la exhibición entraña la contemplación del propio cuerpo. La observación analítica demuestra de un modo indubitable, que el masoquista comparte el goce activo de la agresión a su propia persona y el exhibicionista el resultante de la desnudez de su propio cuerpo. Así, pues, lo esencial del

proceso es el cambio de *objeto*, con permanencia del mismo fin.

No puede ocultársenos, que en estos ejemplos coinciden la orientación contra la propia persona y la transición desde la actividad a la pasividad. Por lo tanto, para hacer resaltar claramente las relaciones, resulta precisa una más profunda investigación.

En el par antitético «sadismo-masoquismo» puede representarse el proceso en la forma siguiente:

a) El sadismo consiste en la violencia ejercida contra una tercera persona como objeto.

b) Este objeto es abandonado y sustituido por la propia persona. Con la orientación contra la propia persona, queda realizada también la transformación del fin activo del instinto en un fin pasivo.

c) Es buscada nuevamente como objeto una tercera persona, que a consecuencia de la transformación del fin tiene que encargarse del papel de sujeto.

El caso *c)* es el de lo que vulgarmente se conoce con el nombre de masoquismo. También en él es alcanzada la satisfacción por el camino del sadismo primitivo, transfiriéndose imaginativamente el *yo* a su lugar anterior, abandonado ahora al sujeto extraño. Es muy dudoso que exista una satisfacción masoquista más directa. No parece existir un masoquismo primitivo no nacido del sadismo en la forma descrita[1788]. La conducta del instinto sádico en la neurosis obsesiva, demuestra que la hipótesis de la fase *b)* no es nada superflua. En la neurosis obsesiva hallamos la orientación contra la propia persona sin la pasividad con respecto a otra. La transformación no llega más que hasta la fase *b)*. El deseo de atormentar se convierte en autotormento y autocastigo, no en masoquismo. El verbo activo no se convierte en pasivo, sino en un verbo reflexivo intermedio.

Para la concepción del sadismo hemos de tener en cuenta que este instinto parece perseguir, a más de su fin general (o quizá mejor: dentro del mismo) un especialísimo acto final. Además de la humillación y el dominio, el causar dolor. Ahora bien, el psicoanálisis parece demostrar que el causar dolor no se halla integrado entre los actos finales primitivos del instinto. El niño sádico no atiende a causar dolor ni se lo propone expresamente. Pero una vez llegada a efecto la transformación en masoquismo, resulta el dolor muy

apropiado para suministrar un fin pasivo masoquista, pues todo nos lleva a admitir, que también las sensaciones dolorosas, como en general todas las displacientes se extienden a la excitación sexual y originan un estado placiente, que lleva al sujeto a aceptar de buen grado el displacer del dolor. Una vez que el experimentar dolor ha llegado a ser un fin masoquista, puede surgir también el fin sádico de causar dolor, y de este dolor goza también aquel que lo inflige a otros, identificándose, de un modo masoquista, con el objeto pasivo. Naturalmente, aquello que se goza en ambos casos no es el dolor mismo, sino la excitación sexual concomitante, cosa especialmente cómoda para el sádico. El goce del dolor sería, pues, un fin originariamente masoquista, pero que sólo dado un sadismo primitivo puede convertirse en fin de un instinto.

Para completar nuestra exposición añadiremos que la *compasión* no puede ser descrita como un resultado de la transformación de los instintos en el sadismo sino como una *formación reactiva contra el instinto*. Más adelante examinaremos esta distinción.

La investigación de otro par antitético, de los instintos cuyo fin es la contemplación y la exhibición («voyeurs» y exhibicionistas, en el lenguaje de las perversiones), nos proporciona resultados distintos y más sencillos. También aquí podemos establecer las mismas fases que en el caso anterior:

a) La contemplación como actividad orientada hacia un objeto ajeno.

b) El abandono del objeto, la orientación del instinto de contemplación hacia una parte de la propia persona, y con ello, la transformación en pasividad y el establecimiento del nuevo fin: el de ser contemplado.

c) El establecimiento de un nuevo sujeto al que la persona se muestra, para ser por él contemplada.

Es casi indudable que el fin activo aparece antes que el pasivo, precediendo la contemplación a la exhibición. Pero surge aquí una importante diferencia con el caso del sadismo, diferencia consistente en que en el instinto de contemplación, hallamos aún una fase anterior a la señalada con la letra *a)*. El instinto de contemplación es, en efecto, autoerótico, al principio de su actividad; posee un objeto, pero lo encuentra en el propio cuerpo. Sólo más tarde es llevado (por el camino de la comparación) a cambiar este objeto por uno análogo del cuerpo ajeno [fase *a)*]. Esta fase preliminar es interesante por

surgir de ella las dos situaciones del par antitético resultante, según el cambio tenga efecto en un lugar o en otro. El esquema del instinto de contemplación podría establecerse como sigue:

a) Contemplar un órgano sexual = Ser contemplado el órgano sexual propio.

b) Contemplar un objeto ajeno (Placer visual activo).

c) Ser contemplado el objeto propio por persona ajena (Exhibicionismo).

Una tal fase preliminar no se presenta en el sadismo, el cual se orienta desde un principio hacia un objeto ajeno. De todos modos, no sería absurdo deducirla de los esfuerzos del niño que quiere hacerse dueño de sus miembros[1789].

A los dos ejemplos de instintos que aquí venimos considerando, puede serles aplicada la observación de que la transformación de los instintos por cambio de la actividad en pasividad y orientación a la propia persona, nunca se realiza en la totalidad del movimiento instintivo. El anterior sentido activo del instinto, continúa subsistiendo en cierto grado junto al sentido pasivo ulterior, incluso en aquellos casos en los que el proceso de transformación del instinto ha sido muy amplio. La única afirmación exacta sobre el instinto de contemplación, sería la de que todas las fases evolutivas del instinto, tanto la fase preliminar autoerótica como la estructura final activa y pasiva, continúan existiendo conjuntamente, y esta afirmación se hace indiscutible cuando en lugar de los actos instintivos tomamos como base de nuestro juicio el mecanismo de la satisfacción. Quizá resulte aún justificada otra distinta concepción y descripción. La vida de cada instinto puede considerarse dividida en diversos impulsos, temporalmente separados e iguales, dentro de la unidad de tiempo (arbitraria), impulsos semejantes a sucesivas erupciones de lava. Podemos, así, representarnos, que la primera y primitiva erupción del instinto, continúa, sin experimentar transformación ni desarrollo ningunos. El impulso siguiente experimentaría, en cambio, desde su principio, una modificación, quizá la transición a la pasividad, y se sumaría con este nuevo carácter al anterior, y así sucesivamente. Si consideramos entonces los movimientos instintivos, desde su principio hasta un punto determinado, la descrita sucesión de los impulsos tiene que ofrecernos el cuadro de un determinado desarrollo del instinto.

El hecho de que en tal época ulterior del desarrollo se observe, junto a cada movimiento instintivo, su contrario (pasivo), merece ser expresamente acentuado con el nombre de «ambivalencia», acertadamente introducido por Bleuler.

La subsistencia de las fases intermedias y el examen histórico de la evolución del instinto nos han aproximado a la inteligencia de esta evolución. La amplitud de la ambivalencia varía mucho, según hemos podido comprobar, en los distintos individuos, grupos humanos o razas. Los casos de amplia ambivalencia en individuos contemporáneos, pueden ser interpretados como casos de herencia arcaica, pues todo nos lleva a suponer, que la participación de los movimientos instintivos no modificados, en la vida instintiva, fue en épocas primitivas, mucho mayor que hoy.

Nos hemos acostumbrado a denominar *narcicismo* la temprana fase del *yo* durante la cual se satisfacen autoeróticamente los instintos sexuales del mismo, sin entrar, de momento, a discutir la relación entre autoerotismo y narcisismo. De este modo, diremos que la fase preliminar del instinto de contemplación, en la cual el placer visual tiene como objeto el propio cuerpo, pertenece al narcisismo y es una formación narcisista. De ella se desarrolla el instinto de contemplación activo, abandonando el narcisismo; en cambio, el instinto de contemplación pasivo conservaría el objeto narcisista. Igualmente, la transformación del sadismo en masoquismo, significa un retorno al objeto narcisista, mientras que en ambos casos es sustituido el sujeto narcisista por identificación con otro *yo* ajeno. Teniendo en cuenta la fase preliminar narcisista del sadismo, antes establecida, nos acercamos así al conocimiento, más general, de que la orientación de los instintos contra el propio *yo* y la transición de la actividad a la pasividad dependen de la organización narcisista del *yo* y llevan impreso el sello de esta fase. Corresponden quizá a las tentativas de defensa realizadas con otros medios, en fases superiores del desarrollo del *yo*.

Recordemos aquí que hasta ahora sólo hemos traído a discusión los dos pares antitéticos «sadismo-masoquismo» y «placer visual-exhibición». Son éstos los instintos sexuales ambivalentes mejor conocidos. Los demás componentes de la función sexual ulterior no son aún suficientemente asequibles al análisis para que podamos discutirlos de un modo análogo.

Podemos decir de ellos, en general, que actúan *autoeróticamente*, esto es, que su objeto desaparece ante el órgano que constituye su fuente y coincide casi siempre con él. Aunque el objeto del instinto de contemplación es también, al principio, una parte del propio cuerpo, no es, sin embargo, el ojo mismo, y en el sadismo, la fuente orgánica, probablemente la musculatura capaz de acción, señala directamente otro objeto distinto, aunque también en el propio cuerpo. En los instintos autoeróticos es tan decisivo el papel de la fuente orgánica, que según una hipótesis de P. Federn y L. Jekels, la forma y la función del órgano deciden la actividad o pasividad del fin del instinto.

La transformación de un instinto en su contrario (material) no se observa sino en un único caso: en la conversión del *amor en odio* o viceversa. Estos dos sentimientos aparecen también muchas veces orientados conjuntamente hacia un solo y mismo objeto, ofreciéndonos así el más importante ejemplo de ambivalencia.

Este caso del amor y el odio adquiere un especial interés, por la circunstancia de eludir su inclusión en nuestra exposición de los instintos. No puede dudarse de la íntima relación entre estos dos contrarios sentimentales y la vida sexual, pero hemos de resistirnos a considerar el amor como un particular instinto parcial de la sexualidad. Preferiríamos ver en él la expresión de la tendencia sexual total, pero tampoco acaba esto de satisfacernos y no sabemos cómo representarnos la antítesis material de esta tendencia.

El amor es susceptible de tres antítesis y no de una sola. Aparte de la antítesis «amar-odiar», existe la de «amar-ser amado», y además, el amor y el odio, tomados conjuntamente, se oponen a la indiferencia. De estas tres antítesis, la segunda —«amar-ser amado»— corresponde a la transición de la actividad a la pasividad y puede ser referida, como el instinto de contemplación, a una situación fundamental, la de *amarse a sí mismo*, situación que es, para nosotros, la característica del narcisismo. Según que el objeto o el sujeto sean cambiados por otros ajenos, resulta la tendencia final activa del amor o la pasiva del ser amado, próxima al narcisismo.

Quizá nos aproximaremos más a la comprensión de las múltiples antítesis del amor, reflexionando que la vida anímica es dominada en general, por tres

polarizaciones, esto es, por las tres antítesis siguientes:

Sujeto (yo) - Objeto (mundo exterior).

Placer-Displacer.

Activo-Pasivo.

La antítesis *yo-no-yo* (exterior) (sujeto-objeto) es impuesta al individuo muy tempranamente, como ya indicamos, por la experiencia de que puede hacer cesar, mediante una acción muscular, los estímulos exteriores, careciendo, en cambio, de toda defensa contra los estímulos interiores. Ante todo, conserva una absoluta soberanía en lo referente a la función intelectual y crea, para la investigación, la situación fundamental que no puede ser ya modificada por ningún esfuerzo. La polarización «placer-displacer» acompaña a una serie de sensaciones, cuya insuperada importancia para la decisión de nuestros actos (voluntad) hemos acentuado ya. La antítesis «activo-pasivo» no debe confundirse con la de «*yo*-sujeto-exterior-objeto». El *yo* se conduce pasivamente con respecto al mundo exterior en tanto en cuanto recibe de él estímulos, y activamente cuando a dichos estímulos reacciona. Sus instintos le imponen una especialísima actividad con respecto al mundo exterior de manera que, acentuando lo esencial, podríamos decir lo siguiente: el *yo*-sujeto es pasivo con respecto a los estímulos exteriores y activo por sus propios instintos. La antítesis «activo-pasivo» se funde luego con la de «masculino-femenino», que antes de esta fusión, carecía de significación psicológica. La unión de la actividad con la masculinidad y de la pasividad con la femineidad nos sale al encuentro como un hecho biológico, pero no es en ningún modo tan regularmente total y exclusiva como se está inclinado a suponer.

Las tres polarizaciones anímicas establecen entre sí importantes conexiones. Existe una situación primitiva psíquica en la cual coinciden dos de ellas. El *yo* se encuentra originariamente, al principio de la vida anímica, revestido de instintos y es, en parte, capaz de satisfacer sus instintos en sí mismo. A este estado le damos el nombre de narcisismo y calificamos de autoerótica a la posibilidad de satisfacción correspondiente[1790]. El mundo exterior no atrae a sí, en esta época, interés ninguno (en términos generales) y es indiferente a la satisfacción. Así, pues, durante ella, coincide el *yo*-sujeto con lo placiente y el mundo exterior con lo indiferente (o displaciente a

veces, como fuente de estímulos). Si definimos, por lo pronto, el amor como la relación del *yo* con sus fuentes de placer, la situación en la que el *yo* se ama a sí mismo con exclusión de todo otro objeto y se muestra indiferente al mundo exterior, nos aclarará la primera de las relaciones antitéticas en las que hemos hallado al «amor».

El *yo* no precisa del mundo exterior en tanto en cuanto es autoerótico, pero recibe de él objetos a consecuencia de los procesos de los instintos de conservación y no puede por menos de sentir como displacientes, durante algún tiempo, los estímulos instintivos interiores. Bajo el dominio del principio del placer se realiza luego en él un desarrollo ulterior. Acoge en su *yo* los objetos que le son ofrecidos en tanto en cuanto constituyen fuentes de placer y se los introyecta (según la expresión de Ferenczi), alejando, por otra parte, de sí, aquello que en su propio interior constituye motivo de displacer. (Véase más adelante, el mecanismo de la proyección).

Pasamos así, desde el primitivo *yo* real, que ha diferenciado el interior del exterior conforme a exactos signos objetivos, a un *yo* de placer, que antepone a todo, el carácter placiente. El mundo exterior se divide para él en una parte placiente, que se incorpora, y un resto, extraño a él. Ha separado del propio *yo*, una parte, que arroja al mundo exterior y percibe como hostil a él. Después de esta nueva ordenación queda nuevamente establecida la coincidencia de las dos polarizaciones, o sea la del *yo*-sujeto con el placer y la del mundo exterior con el displacer (antes indiferencia).

Con la entrada del objeto en la fase del narcisismo primario alcanza también su desarrollo la segunda contradicción del amor y el odio.

El objeto es aportado primeramente al *yo*, como ya hemos visto, por los instintos de conservación, que lo toman del mundo exterior, y no puede negarse que también el primitivo sentido del odio es el de la relación contra el mundo exterior, ajeno al *yo* y aportador de estímulos. La indiferencia se subordina al odio, como un caso especial, después de haber surgido primeramente como precursora del mismo. Lo exterior, el objeto y lo odiado habrían sido, al principio, idénticos. Cuando luego se demuestra el objeto como fuente de placer, es amado, pero también incorporado al *yo*, de manera que para el *yo* de placer, purificado, coincide de nuevo el objeto con lo ajeno y odiado.

Observamos también ahora, que así como el par antitético «amor-indiferencia» refleja la polarización «*yo*-mundo exterior», la segunda antítesis «amor-odio» reproduce la polarización «placer-displacer», enlazada con la primera. Después de la sustitución de la fase puramente narcisista por la fase objetiva, el placer y el displacer significan relaciones del *yo* con el objeto. Cuando el objeto llega a ser fuente de sensaciones de placer, surge una tendencia motora, que aspira a acercarlo e incorporarlo al *yo*. Hablamos entonces de la «atracción» ejercida por el objeto productor de placer y decimos que lo «amamos». Inversamente, cuando el objeto es fuente de displacer, nace una tendencia que aspira a aumentar su distancia del *yo*, repitiendo con él la primitiva tentativa de fuga ante el mundo exterior emisor de estímulos. Sentimos la «repulsa» del objeto y lo odiamos, odio que puede elevarse hasta la tendencia a la agresión contra el objeto y el propósito de suprimirlo.

En último término, podríamos decir que el instinto «ama» al objeto al que tiende para lograr su satisfacción. En cambio, nos parece extraño e impropio oír que un instinto «odia» a un objeto, y de este modo caemos en la cuenta de que los conceptos de amor y odio no son aplicables a las relaciones de los instintos con sus objetos, debiendo ser reservadas para la relación del *yo* total con los objetos. Pero la observación de los usos del lenguaje, tan significativos siempre, nos muestra una nueva limitación de la significación del amor y el odio. De los objetos que sirven a la conservación del *yo* no decimos que los amamos, sino acentuamos que precisamos de ellos, añadiendo quizá una relación distinta por medio de palabras expresivas de un amor muy disminuido, tales como las de agradar, gustar, etcétera.

Así, pues, la palabra amar se inscribe cada vez más en la esfera de la pura relación de placer del *yo* con el objeto y se fija, por último, a los objetos estrictamente sexuales y a aquellos otros que satisfacen las necesidades de los instintos sexuales sublimados. La separación entre instintos del *yo* e instintos sexuales, que hemos impuesto a nuestra psicología, demuestra así hallarse en armonía con el espíritu de nuestro idioma. El hecho de que no acostumbramos a decir que un instinto sexual ama a su objeto y veamos el más adecuado empleo de la palabra «amar» en la relación del *yo* con un objeto sexual, nos enseña que su empleo en tal relación comienza únicamente

con la síntesis de todos los instintos parciales de la sexualidad, bajo la primacía de los genitales y al servicio de la reproducción.

Es de observar, que en el uso de la palabra «odiar» no aparece ninguna relación tan íntima con el placer sexual y la función sexual; por el contrario, la relación de displacer parece ser aquí la única decisiva. El *yo* odia, aborrece y persigue con propósitos destructores a todos los objetos que llegan a suponerle una fuente de sensaciones de displacer, constituyendo una privación de la satisfacción sexual o de la satisfacción de necesidades de conservación. Puede incluso afirmarse, que el verdadero prototipo de la relación de odio no procede de la vida sexual sino de la lucha del *yo* por su conservación y afirmación.

La relación entre el odio y el amor, que se nos presentan como completas antítesis materiales, no es, pues, nada sencilla. El odio y el amor no han surgido de la disociación de un todo original, sino que tienen diverso origen y han pasado por un desarrollo distinto y particular a cada uno, antes de constituirse en antítesis bajo la influencia de la relación «placer-displacer».

Se nos plantea aquí la labor de reunir todo lo que sobre la génesis del amor y el odio sabemos.

El amor procede de la capacidad del *yo* de satisfacer autoeróticamente, por la adquisición de placer orgánico, una parte de sus movimientos instintivos. Originariamente narcisista, pasa luego a los objetos que han sido incorporados al *yo* ampliado y expresa la tendencia motora del *yo* hacia estos objetos considerados como fuentes de placer. Se enlaza íntimamente con la actividad de los instintos sexuales ulteriores y, una vez realizada la síntesis de estos instintos, coincide con la totalidad de la tendencia sexual. Mientras los instintos sexuales pasan por su complicado desarrollo, aparecen fases preliminares del amor en calidad de fines sexuales interinos. La primera de estas fases es la *incorporación* o *ingestión*, modalidad del amor que resulta compatible con la supresión de la existencia particular del objeto y puede, por lo tanto, ser calificada de ambivalente. En la fase superior de la organización pregenital sádicoanal, surge la aspiración al objeto en la forma de impulso al dominio, impulso para el cual es indiferente el daño o la destrucción del objeto. Esta forma y fase preliminar del amor apenas se diferencia del odio en su conducta para con el objeto. Hasta el establecimiento de la organización

genital, no se constituye el amor en antítesis del odio.

El odio es, como relación con el objeto, más antiguo que el amor. Nace de la repulsa primitiva del mundo exterior emisor de estímulos, por parte del *yo* narcisista. Como expresión de la reacción de displacer provocada por los objetos, permanece siempre en íntima relación con los instintos de conservación del *yo*, de manera que los instintos del *yo* y los sexuales entran fácilmente en una oposición, que reproduce la del amor y el odio. Cuando los instintos del *yo* dominan la función sexual, como sucede en la fase de la organización sádicoanal, prestan al fin del instinto los caracteres del odio.

La historia de la génesis y de las relaciones del amor nos hace comprensible su frecuentísima ambivalencia, o sea la circunstancia de aparecer acompañado de sentimientos de odio orientados contra el mismo objeto. El odio mezclado al amor procede en parte, de las fases preliminares del amor, no superadas aún por completo, y en parte, de reacciones de repulsa de los instintos del *yo*, los cuales pueden alegar motivos reales y actuales en los frecuentes conflictos entre los intereses del *yo* y los del amor. Así, pues, en ambos casos, el odio mezclado puede retrotraerse a la fuente de los instintos de conservación del *yo*. Cuando la relación amorosa con un objeto determinado queda rota, no es extraño ver surgir el odio en su lugar, circunstancia que nos da la impresión de una transformación del odio en amor. Más allá de esta descripción nos lleva ya la teoría de que en tal caso, el odio realmente motivado es reforzado por la regresión del amor a la fase preliminar sádica, de manera que el odio recibe un carácter erótico, produciéndose la continuidad de una relación amorosa.

La tercera antítesis del amor, o sea la transformación de amar en ser amado, corresponde a la influencia de la polarización de actividad y pasividad y queda subordinada al mismo juicio que los casos del instinto de contemplación y del sadismo.

Sintetizando, podemos decir que los destinos de los instintos consisten esencialmente en que *los impulsos instintivos son sometidos a las influencias de las tres grandes polarizaciones que dominan la vida anímica*. De estas tres polarizaciones podríamos decir que la de «actividad-pasividad» es la *biológica*; la de «*yo*-mundo exterior» la *real*; y la de «placer-displacer» la *económica*.

Otro de los destinos de los instintos —la represión— merece capítulo aparte.

XC

LA REPRESIÓN[1791]

1915

OTRO de los destinos de un instinto puede ser el de tropezar con resistencias que aspiren a despojarle de su eficacia. En circunstancias cuya investigación nos proponemos emprender a seguidas, pasa el instinto al estado de *represión*. Si se tratara del efecto de un estímulo interior, el medio de defensa más adecuado contra él, sería la fuga. Pero tratándose del instinto, la fuga resulta ineficaz, pues el *yo* no puede huir de sí mismo. Más tarde, el juicio de repudio del instinto (condena), constituyen para el individuo un excelente medio de defensa contra él[1792]. La represión, concepto cuya fijación ha hecho posible el psicoanálisis[1793], constituye una fase preliminar de la condena, una noción intermedia entre la condena y la fuga.

No es fácil deducir teóricamente la posibilidad de una represión. ¿Por qué ha de sucumbir a un tal destino un sentimiento instintivo? Para ello habría de ser condición indispensable que la consecución del fin del instinto produjese displacer en lugar de placer, caso difícilmente imaginable, pues la satisfacción de un instinto produce siempre placer. Habremos, pues, de suponer que existe un cierto proceso, por el cual el placer producto de la satisfacción queda transformado en displacer.

Para mejor delimitar el contorno de la represión, examinaremos previamente algunas otras situaciones de los instintos. Puede suceder que un

estímulo exterior llegue a hacerse interior —por ejemplo, corroyendo y destruyendo un órgano— y pase así a constituir una nueva fuente de perpetua excitación y aumento constante de la tensión. Tal estímulo adquirirá de este modo, una amplia analogía con un instinto. Sabemos ya, que en este caso, experimentamos *dolor*. Pero el fin de este pseudoinstinto es tan sólo la supresión de la modificación orgánica y del displacer a ella enlazado. La supresión del dolor no puede proporcionar otro placer de carácter directo. El dolor es imperativo. Sólo sucumbe a los efectos de una supresión tóxica o de la influencia ejercida por una desviación psíquica.

El caso del dolor no es lo bastante transparente para auxiliarnos en nuestros propósitos. Tomaremos, pues, el de un estímulo instintivo, por ejemplo, el hambre, que permanece insatisfecho. Tal estímulo se hace entonces imperativo, no es atenuable sino por medio del acto de la satisfacción y mantiene una constante tensión de la necesidad. No parece existir aquí nada semejante a una represión.

Así, pues, tampoco hallamos el proceso de la represión en los casos de extrema tensión producida por la insatisfacción de un instinto. Los medios de defensa de que el organismo dispone contra esta situación habrán de ser examinados en un distinto contexto.

Ateniéndonos ahora a la experiencia clínica que la práctica psicoanalítica nos ofrece, vemos que la satisfacción del instinto reprimido sería posible y placiente en sí, pero inconciliable con otros principios y aspiraciones. Despertaría, pues placer en un lugar y displacer en otro. Por lo tanto, será condición indispensable de la represión el que el motivo de displacer adquiera un poder superior al del placer producido por la satisfacción. El estudio psicoanalítico de las neurosis de transferencia nos lleva a concluir que la represión no es un mecanismo de defensa originariamente dado sino que, por el contrario, no puede surgir hasta después de haberse establecido una precisa separación entre la actividad anímica consciente y la inconsciente. *La esencia de la represión consiste exclusivamente en rechazar y mantener alejados de lo consciente a determinados elementos*. Este concepto de la represión tendrá su complemento en la hipótesis de que antes de esta fase de la organización anímica, serían los restantes destinos de los instintos —la transformación en lo contrario y la orientación contra el propio sujeto— lo

que regiría la defensa contra los sentimientos instintivos.

Suponemos también, entre la represión y lo inconsciente, una tal correlación, que nos vemos obligados a aplazar el adentrarnos en la esencia de la primera hasta haber ampliado nuestro conocimiento del tren de instancias psíquico y de la diferenciación entre lo consciente y lo inconsciente. Por ahora, sólo podemos presentar en forma puramente descriptiva algunos caracteres, clínicamente descubiertos, de la represión, a riesgo de repetir, sin modificación alguna, mucho de lo ya expuesto en otros lugares.

Tenemos, pues, fundamentos, para suponer una primera fase de la represión, una *represión primitiva*, consistente en que la representación psíquica del instinto, se ve negado el acceso a la consciencia. Esta negativa produce una *fijación*, o sea que la representación de que se trate perdura inmutable a partir de este momento, quedando el instinto ligado a ella. Todo ello depende de cualidades, que más adelante examinaremos, de los procesos inconscientes.

La segunda fase de la represión, o sea la *represión propiamente dicha*, recae sobre ramificaciones psíquicas de la representación reprimida o sobre aquellas series de ideas, procedentes de fuentes distintas, pero que han entrado en conexión asociativa con dicha representación. A causa de esta conexión sufren tales representaciones el mismo destino que lo relativamente reprimido. Así, pues, la represión propiamente dicha es un proceso secundario. Sería equivocado limitarse a hacer resaltar la repulsa, que partiendo de lo consciente actúa sobre el material que ha de ser reprimido. Es indispensable tener también en cuenta la atracción que lo primitivamente reprimido ejerce sobre todo aquello, con lo que le es dado entrar en contacto. La tendencia a la represión no alcanzaría jamás sus propósitos si estas dos fuerzas no actuasen de consuno y no existiera algo primitivamente reprimido, que se halla dispuesto a acoger lo rechazado por lo consciente.

Bajo la influencia del estudio de las psiconeurosis, que nos descubre los efectos más importantes de la represión, nos inclinaríamos a exagerar su contenido psicológico y a olvidar que no impide a la representación del instinto perdurar en lo inconsciente, continuar organizándose, crear

ramificaciones y establecer relaciones. La represión no estorba sino la relación con un sistema psíquico: con el de lo consciente.

El psicoanálisis nos revela todavía algo distinto y muy importante para la comprensión de los efectos de la represión en las psiconeurosis. Nos revela que la representación del instinto se desarrolla más libre y ampliamente cuando ha sido sustraída, por la represión, a la influencia consciente. Crece entonces, por decirlo así, en la oscuridad, y encuentra formas extremas de expresión, que cuando las traducimos y comunicamos a los neuróticos tienen que parecerles completamente ajenas a ellos y les atemorizan, reflejando una extraordinaria y peligrosa energía del instinto. Esta engañosa energía del instinto es consecuencia de un ilimitado desarrollo de la fantasía y del estancamiento consecutivo a la negativa de la satisfacción. Este último resultado de la represión nos indica dónde hemos de buscar su verdadero sentido.

Retornando ahora a la opinión contraria, afirmaremos que ni siquiera es cierto que la represión mantiene alejadas de la consciencia a todas las ramificaciones de lo primitivamente reprimido. Cuando tales ramificaciones se han distanciado suficientemente de la representación reprimida, bien por deformación, bien por el número de miembros interpolados, encuentran ya libre acceso a la consciencia. Sucede como si la resistencia de lo consciente contra dichas ramificaciones fuera una función de su distancia de lo primitivamente reprimido. En el ejercicio de la técnica psicoanalítica, invitamos al paciente a producir aquellas ramificaciones de lo reprimido, que por su distancia o deformación pueden eludir la censura de lo consciente. No otra cosa son las ocurrencias espontáneas que demandamos del paciente, con renuncia a todas las representaciones finales conscientes y a toda crítica, ocurrencias con las cuales reconstituimos una traducción consciente de la representación reprimida. Al obrar así, observamos que el paciente puede tejer una tal serie de ocurrencias, hasta que en su discurso, tropieza con una idea en la cual la relación con lo reprimido actúa ya tan intensamente, que el sujeto tiene que repetir su tentativa de represión. También los síntomas neuróticos tienen que haber cumplido la condición antes indicada, pues son ramificaciones de lo reprimido, que consiguen por fin, con tales productos, el prohibido acceso a la consciencia.

No es posible indicar, en general, la amplitud que han de alcanzar la deformación y el alejamiento de lo reprimido para lograr vencer la resistencia de lo consciente. Tiene aquí efecto una sutil valoración, cuyo mecanismo se nos oculta, pero cuya forma de actuar nos deja adivinar que se trata de hacer alto ante una determinada intensidad de la carga de lo inconsciente, traspasada la cual se llegaría a la satisfacción. La represión labora, pues, de un modo *altamente individual*. Cada una de las ramificaciones puede tener su destino particular, y un poco más o menos de deformación hace variar por completo el resultado. Observamos, asimismo, que los objetos preferidos de los hombres, sus ideales, proceden de las mismas percepciones y experiencias que los más odiados y no se diferencian originariamente de ellos sino por pequeñas modificaciones. Puede incluso suceder, como ya lo hemos observado al examinar la génesis del fetiche[1794], que la primitiva representación del instinto quede dividida en dos partes, una de las cuales sucumbe a la represión, mientras que la restante, a causa precisamente de su íntima conexión con la primera, pasa a ser idealizada.

Una modificación de las condiciones de la producción de placer y displacer, da origen, en el otro extremo del aparato, al mismo resultado que antes atribuimos a la mayor o menor de formación. Existen diversas técnicas, que aspiran a introducir en el funcionamiento de las fuerzas psíquicas, determinadas modificaciones, a consecuencia de las cuales, aquello mismo que en general produce displacer, produzca también placer alguna vez, y siempre que entra en acción uno de tales medios técnicos, queda suprimida la represión de una representación de un instinto, a la que se hallaba negado el acceso a lo consciente. Estas técnicas no han sido detenidamente analizadas, hasta ahora, más que en el chiste[1795]. Por lo general, el levantamiento de la represión es sólo pasajero, volviendo a quedar establecida al poco tiempo.

De todos modos, estas observaciones bastan para llamarnos la atención sobre otros caracteres del proceso represivo. La represión no es tan sólo *individual*, sino también *móvil* en alto grado. No debemos representarnos su proceso como un acto único, de efecto duradero, semejante, por ejemplo, al de dar muerte a un ser vivo. Muy al contrario, la represión exige un esfuerzo continuado, cuya interrupción la llevaría al fracaso, haciendo preciso un nuevo acto represivo. Habremos, pues, de suponer que lo reprimido ejerce

una presión continua en dirección de lo consciente, siendo, por lo tanto, necesaria, para que el equilibrio se conserve, una constante presión contraria. El mantenimiento de una represión supone, pues, un continuo gasto de energía, y su levantamiento significa, económicamente, un ahorro. La movilidad de la represión encuentra, además, una expresión en los caracteres psíquicos del dormir (estado de reposo), único estado que permite la formación de sueños. Con el despertar, son emitidas nuevamente las cargas de represión, antes retiradas.

Por último, no debemos olvidar que el hecho de comprobar que un sentimiento instintivo se halla reprimido, no arroja sino muy escasa luz sobre el mismo. Aparte de su represión, puede presentar otros muy diversos caracteres, ser inactivo, esto es, poseer muy escasa energía psíquica, o poseerla en diferentes grados y hallarse, así, capacitado para la actividad. Su entrada en actividad no tendrá por consecuencia el levantamiento directo de la represión, pero estimulará todos aquellos procesos que terminan en el acceso a la consciencia por caminos indirectos. Tratándose de ramificaciones no reprimidas de lo inconsciente, la magnitud de la activación o de la *carga* (*catexis*) [*Besetzung*] psíquica define el destino de cada representación. Sucede todos los días, que una tal ramificación permanece sin reprimir mientras integra alguna energía, aunque su contenido sea susceptible de originar un conflicto con lo conscientemente dominante. En cambio, el factor *cuantitativo* es decisivo para la aparición del conflicto. En cuanto la representación repulsiva en el fondo, traspasa un cierto grado de energía, surge el conflicto, y la entrada en actividad de dicha representación trae consigo la represión. Así, pues, el incremento de la carga de energía produce, en todo lo que a la represión se refiere, los mismos efectos que la aproximación a lo inconsciente. Paralelamente, la disminución de dicha carga equivale al alejamiento de lo inconsciente o a la deformación. Es perfectamente comprensible, que las tendencias represoras encuentren en la atenuación de lo desagradable, un sustitutivo de su represión.

Hasta aquí, hemos tratado de la represión de una representación del instinto, entendiendo como tal una idea o grupo de ideas, a las que el instinto confiere un cierto montante de energía (libido, interés). La observación clínica nos fuerza a descomponer lo que hasta ahora hemos concebido

unitariamente, pues nos muestra, que a más de la idea, hay otro elemento, diferente de ella en absoluto, que también representa al instinto y sucumbe a la represión. A este otro elemento de la representación psíquica le damos el nombre de *montante de afecto* y corresponde al instinto en tanto en cuanto se ha separado de la idea y encuentra una expresión adecuada a su cantidad en procesos que se hacen perceptibles a la sensación a título de afectos. De aquí en adelante, cuando describamos un caso de represión, tendremos que perseguir por separado lo que la represión ha hecho de la idea y lo que ha sido de la energía instintiva a ella ligada.

Pero antes, quisiéramos decir algo en general, sobre ambos destinos, labor que se nos hace posible en cuanto conseguimos orientarnos un poco. El destino general de la idea que representa al instinto no puede ser sino el de desaparecer de la consciencia, si era consciente, o verse negado el acceso a ella, si estaba en vías de llegarlo a ser. La diferencia entre ambos casos carece de toda importancia. Es, en efecto, lo mismo, que expulsemos de nuestro despacho o de nuestra antesala a un visitante indeseado, o que no le dejemos traspasar el umbral de nuestra casa[1796]. El destino del factor cuantitativo de la representación del instinto puede ser triplemente vario. El instinto puede quedar totalmente reprimido y no dejar vestigio alguno observable; puede aparecer bajo la forma de un afecto cualquiera, y puede ser transformado en angustia. Estas dos últimas posibilidades nos fuerzan a considerar la *transmutación* de las energías psíquicas de los instintos en *afectos*, y especialmente en *angustia*, como un nuevo destino de los instintos.

Recordamos que el motivo y la intención de la represión eran evitar el displacer. De ello se deduce, que el destino del montante de afecto del representante [Repräsentanz], es mucho más importante que el de la idea [Vorstellung], circunstancia decisiva para nuestra concepción del proceso represivo. Cuando una represión no consigue evitar el nacimiento de sensaciones de displacer o de angustia, podemos decir que ha fracasado, aunque haya alcanzado su fin en lo que respecta a la idea. Naturalmente, la represión fracasada ha de interesarnos más que la conseguida, la cual escapa casi siempre a nuestro estudio.

Intentaremos ahora penetrar en el conocimiento del mecanismo del

proceso de la represión, y sobre todo, averiguar si es único o múltiple y si cada una de las psiconeurosis no se halla quizá caracterizada por un peculiar mecanismo de represión. Pero ya al principio de esta investigación, tropezamos con espinosas complicaciones. El único medio de que disponemos para llegar al conocimiento del mecanismo de la represión, es deducirlo de los resultados de la misma. Si limitamos la investigación a los resultados observables en la parte ideológica de la representación, descubrimos que la represión crea regularmente un *producto sustitutivo*. Habremos, pues, de preguntarnos cuál es el mecanismo de esta formación de sustitutivos y si no deberemos distinguir también, aquí, diversos mecanismos. Sabemos ya, que la represión deja *síntomas* detrás de sí. Se nos plantea, pues, el problema de si podemos hacer coincidir la formación de sustitutivos con la de síntomas, y en caso afirmativo, el mecanismo de esta última con el de la represión. Hasta ahora, todo nos lleva a suponer que ambos mecanismos difieren considerablemente y que no es la represión misma la que crea formaciones sustitutivas y síntomas. Estos últimos deberían su origen, como signos de un *retorno de lo reprimido*[1797], a procesos totalmente distintos. Parece también conveniente someter a investigación los mecanismos de la formación de sustitutivos y de síntomas antes que los de la represión.

Es evidente, que la especulación no tiene ya aquí aplicación ninguna y debe ser sustituida por el cuidadoso análisis de los resultados de la represión observables en las diversas neurosis. Sin embargo, me parece prudente aplazar también esta labor, hasta habernos formado una idea satisfactoria de la relación de lo consciente con lo inconsciente. Ahora bien, para no abandonar la discusión que antecede sin concretarla en deducción alguna, haremos constar: 1.º, que el mecanismo de la represión no coincide, en efecto, con los mecanismos de la formación de sustitutivos; 2.º, que existen muy diversos mecanismos de formación de sustitutivos; y 3.º, que los mecanismos de la represión poseen, por lo menos, un carácter común: la *sustracción de la carga de energía* (o *libido*, cuando se trata de instintos sexuales).

Limitándonos a las tres psiconeurosis más conocidas, mostraremos en unos cuantos ejemplos, cómo los conceptos por nosotros introducidos encuentran su aplicación al estudio de la represión.

Comenzando por la *histeria de angustia,* elegiremos un ejemplo, excelentemente analizado, de *zoofobia*[1798]. El sentimiento instintivo que en este caso sucumbió a la represión, fue una actitud libidinosa del sujeto con respecto a su padre, acompañada de miedo al mismo. Después de la represión, desapareció este sentimiento de la consciencia, y el padre cesó de hallarse integrado en ella como objeto de la libido. En calidad de sustitutivo, surgió, en su lugar, un animal, más o menos apropiado para constituirse en objeto de angustia. El producto sustitutivo de la parte ideológica se constituyó, por *desplazamiento* a lo largo de un conjunto determinado en una cierta forma, y la parte cuantitativa no desapareció sino que se transformó en angustia, resultando de todo esto un miedo al lobo, como sustitución de la aspiración erótica relativa al padre. Naturalmente, las categorías aquí utilizadas, no bastan para aclarar ningún caso de neurosis, por sencillo que sea, pues siempre han de tenerse en cuenta otros distintos puntos de vista.

Una represión como la que tuvo efecto en este caso de zoofobia, ha de considerarse totalmente fracasada. Su obra aparece limitada al alejamiento y sustitución de la representación, faltando todo ahorro de displacer. Por esta causa, la labor de la neurosis no quedó interrumpida sino que continuó en un segundo tiempo, hasta alcanzar su fin más próximo e importante, culminando en la formación de una tentativa de fuga, en la *fobia* propiamente dicha y en una serie de precauciones destinadas a excluir el desarrollo de angustia. Una investigación especial nos descubrirá luego por qué mecanismo alcanza la fobia su fin.

El cuadro de la verdadera *histeria de conversión* nos impone otra concepción distinta del proceso represivo. Su carácter más saliente es, en este caso, la posibilidad de hacer desaparecer por completo el montante de afecto. El enfermo observa entonces, con respecto a sus síntomas, aquella conducta que Charcot ha denominado «la belle indiference des hystériques». Otras veces no alcanza esta represión un tan completo éxito, pues se enlazan al síntoma sensaciones penosas o resulta imposible evitar un cierto desarrollo de angustia, el cual activa, por su parte, el mecanismo de la formación de la fobia. El contenido ideológico de la representación del instinto es substraído por completo a la consciencia y como formación sustitutiva —y al mismo tiempo como síntoma— hallamos una inervación de extraordinaria energía —

somática en los casos típicos—, inervación de naturaleza sensorial unas veces y motora otras, que aparece como excitación o como inhibición. Un detenido examen nos demuestra que esta inervación tiene efecto en una parte de la misma representación reprimida del instinto, la cual ha atraído a sí, como por una *condensación*, toda la carga. Estas observaciones no entrañan, claro está, todo el mecanismo de una histeria de conversión. Principalmente habremos de tener, además, en cuenta el factor de la regresión, del cual trataremos en otro lugar.

La represión que tiene efecto en la histeria, puede considerarse por completo fracasada, si nos atenemos exclusivamente a la circunstancia de que sólo es alcanzada por medio de amplias formaciones de sustitutivos. Pero, en cambio, su verdadera labor, o sea la supresión del montante de afecto, queda casi siempre, perfectamente conseguida. El proceso represivo de la histeria de conversión termina con la formación de síntomas y no necesita continuar en un segundo tiempo —o en realidad ilimitadamente—, como en la histeria de angustia.

Otro aspecto completamente distinto presenta la represión en la *neurosis obsesiva*, tercera de las afecciones que aquí comparamos. En estas psiconeurosis no sabemos, al principio, si la representación que sucumbe a la represión es una tendencia libidinosa o una tendencia hostil. Tal inseguridad proviene de que la neurosis obsesiva tiene, como premisa, una regresión, que sustituye la tendencia erótica por una tendencia sádica. Este impulso hostil contra una persona amada, es lo que sucumbe a la represión, cuyos efectos varían mucho de su primera fase a su desarrollo ulterior. Al principio, logra la represión un éxito completo; el contenido ideológico es rechazado y el afecto obligado a desaparecer. Como producto sustitutivo, surge una modificación del *yo*, consistente en el incremento de la conciencia moral, modificación que no podemos considerar como un síntoma. La formación de sustitutivos y la de síntomas se muestran aquí separadas y se nos revela una parte del mecanismo de la represión. Ésta ha realizado, como siempre, una sustracción de libido, pero se ha servido, para este fin, de la *formación reactiva*, por medio de la intensificación de una antítesis. La formación de sustitutivos tiene, pues, aquí el mismo mecanismo que la represión, y coincide en el fondo, con ella, pero se separa cronológicamente, como es comprensible de la

formación de síntomas.

Es muy probable que la relación de ambivalencia en la que está incluido el impulso sádico que ha de ser reprimido, sea la que haga posible todo el proceso. Pero esta represión, conseguida al principio, no logra mantenerse, y en su curso ulterior, va aproximándose cada vez más al fracaso. La ambivalencia, que hubo de facilitar la represión por medio de la formación de reacciones, facilita también, luego el retorno de lo reprimido. El afecto desaparecido retorna transformado en angustia social, escrúpulos y reproches sin fin, y la representación rechazada es *sustituida* por el *producto de un desplazamiento*, que recae, con frecuencia, sobre elementos mínimos e indiferentes. La mayor parte de las veces no se descubre tendencia ninguna a la reconstitución exacta de la representación reprimida. El fracaso de la represión del factor cuantitativo, afectivo, hace entrar en actividad aquel mecanismo de la fuga por medio de precauciones y prohibiciones, que ya descubrimos en la formación de la fobia histérica. Pero la representación continúa viéndose negado el acceso a la consciencia, pues de este modo, se consigue evitar la acción, paralizando el impulso. Por lo tanto, la labor de la represión en la neurosis obsesiva, termina en una vana e inacabable lucha.

De la serie de comparaciones que antecede, extraemos la convicción de que para llegar al conocimiento de los procesos relacionados con la represión y la formación de síntomas neuróticos, son precisas más amplias investigaciones. La extraordinaria trabazón de los múltiples factores a los que ha de atenderse impone a nuestra exposición una determinada pauta. Habremos, pues, de hacer resaltar sucesivamente los diversos puntos de vista y perseguirlos por separado, a través de todo el material, mientras su aplicación sea fructuosa. Cada una de estas etapas de nuestra labor resultará incompleta, aisladamente considerada, y presentará algunos lugares oscuros, correspondientes a sus puntos de contacto con las cuestiones aún inexploradas, pero hemos de esperar que la síntesis final de todas ellas arroje clara luz sobre los complicados problemas investigados.

XCI

LO INCONSCIENTE[1799]

1915

EL psicoanálisis nos ha revelado, que la esencia del proceso de la represión no consiste en suprimir y destruir una idea que representa al instinto, sino en impedirle hacerse consciente. Decimos, entonces, que dicha idea es «inconsciente», y tenemos pruebas de que aun siéndolo, puede producir determinados efectos, que acaban por llegar a la consciencia. Todo lo reprimido tiene que permanecer inconsciente, pero queremos dejar sentado, desde un principio, que no forma, por sí sólo, todo el contenido de lo inconsciente. Lo reprimido es, por lo tanto, una parte de lo inconsciente.

¿Cómo llegar al conocimiento de lo inconsciente? Sólo lo conocemos como consciente, esto es, después que ha experimentado una transmutación o traducción a lo consciente. La labor psicoanalítica nos muestra cotidianamente la posibilidad de una tal traducción. Para llevarla a cabo, es necesario que el analizado venza determinadas resistencias, las mismas, que a su tiempo, reprimieron el material de que se trate, rechazándolo de lo consciente.

I. **Justificación de lo inconsciente**

ESDE muy diversos sectores se nos ha discutido el derecho de aceptar la

D existencia de un psiquismo inconsciente y de laborar científicamente con esta hipótesis. Contra esta opinión podemos argüir, que la hipótesis de la existencia de lo *inconsciente es necesaria y legítima*, y además, que poseemos múltiples *pruebas* de su exactitud. Es *necesaria*, porque los datos de la consciencia son altamente incompletos. Tanto en los sanos como en los enfermos, surgen con frecuencia, actos psíquicos, cuya explicación presupone otros de los que la consciencia no nos ofrece testimonio alguno. Actos de este género son, no sólo los fallos y los sueños de los individuos sanos, sino también todos aquellos que calificamos de síntomas y de fenómenos obsesivos en los enfermos.

Nuestra cotidiana experiencia personal nos muestra ocurrencias, cuyo origen desconocemos, y resultados de procesos mentales, cuya elaboración ignoramos. Todos estos actos conscientes resultarán faltos de sentido y coherencia si mantenemos la teoría de que la totalidad de nuestros actos psíquicos ha de sernos dada a conocer por nuestra consciencia y, en cambio, quedarán ordenados dentro de un conjunto coherente e inteligible si interpolamos entre ellos los actos inconscientes, deducidos. Esta adquisición de sentido y coherencia constituye, de por sí, motivo justificado para traspasar los límites de la experiencia directa. Y si luego comprobamos, que tomando como base la existencia de un psiquismo inconsciente podemos estructurar una actividad eficacísima, por medio de la cual influimos adecuadamente sobre el curso de los procesos conscientes, tendremos una prueba irrebatible de la exactitud de nuestra hipótesis. Habremos de situarnos, entonces, en el punto de vista de que no es sino una pretensión insostenible el exigir que todo lo que sucede en lo psíquico haya de ser conocido a la consciencia.

También podemos aducir, en apoyo de la existencia de un estado psíquico inconsciente, el hecho de que la consciencia sólo integra en un momento dado, un limitado contenido, de manera que la mayor parte de aquello que denominamos conocimiento consciente tiene que hallarse, de todos modos, durante extensos períodos, en estado de latencia, vale decir, en un estado de inconsciencia psíquica. La negación de lo inconsciente resulta incomprensible en cuanto volvemos la vista a todos nuestros recuerdos latentes. Se nos opondrá aquí la objeción de que estos recuerdos latentes no

pueden ser considerados como psíquicos, sino que corresponden a restos de procesos somáticos, de los cuales puede volver a surgir lo psíquico. No es difícil argüir a esta objeción, que el recuerdo latente es, por lo contrario, un indudable residuo de un proceso *psíquico*. Pero es aún más importante darse cuenta de que la objeción discutida reposa en una asimilación de lo consciente a lo psíquico. Y esta asimilación es, o una *petitio principii*, que no deja lugar a la interrogación de si todo lo psíquico tiene también que ser consciente, o una pura convención. En este último caso resulta, como toda convención, irrebatible, y sólo nos preguntamos si resulta en realidad tan útil y adecuada, que hayamos de agregarnos a ella. Pero podemos afirmar, que la equiparación de lo psíquico con lo consciente es por completo inadecuada. Destruye las continuidades psíquicas, nos sume en las insolubles dificultades del paralelismo psicofísico, sucumbe al reproche de exagerar sin fundamento alguno la misión de la consciencia, y nos obliga a abandonar prematuramente el terreno de la investigación psicológica, sin ofrecernos compensación ninguna en otros sectores.

Por otra parte, es evidente que la discusión de si hemos de considerar como estados anímicos inconscientes o como estados físicos los estados latentes de la vida anímica, amenaza convertirse en una mera cuestión de palabras. Así, pues, es aconsejable situar en primer término aquello que de la naturaleza de tales estados nos es seguramente conocido. Ahora bien los caracteres físicos de estos estados nos son totalmente inaccesibles; ninguna representación fisiológica ni ningún proceso químico pueden darnos una idea de su esencia. En cambio, es indudable que representan amplio contacto con los procesos anímicos conscientes. Una cierta elaboración permite incluso transformarnos en tales procesos o sustituirlos por ellos y pueden ser descritos por medio de todas las categorías que aplicamos a los actos psíquicos conscientes tales como representaciones, tendencias, decisiones, etc. De muchos de estos estados podemos incluso decir, que sólo la ausencia de la consciencia los distingue de los conscientes. No vacilaremos, pues, en considerarlos como objetos de la investigación psicológica, íntimamente relacionados con los actos psíquicos conscientes.

La tenaz negativa a admitir el carácter psíquico de los actos anímicos latentes se explica por el hecho de que la mayoría de los fenómenos de

referencia no han sido objeto de estudio fuera del psicoanálisis. Aquellos que desconociendo los hechos patológicos, consideran como casualidad los actos fallidos y se agregan a la antigua opinión de que «los sueños son vana espuma», no necesitan ya sino pasar por alto algunos enigmas de la psicología de la consciencia, para poder ahorrarse el reconocimiento de una actividad psíquica inconsciente. Además, los experimentos hipnóticos, y especialmente la sugestión posthipnótica, demostraron ya, antes del nacimiento del psicoanálisis, la existencia y la actuación de lo anímico inconsciente.

La aceptación de lo inconsciente es además perfectamente *legítima*, en tanto en cuanto al establecerla no nos hemos separado un ápice de nuestro método deductivo, que consideramos correcto. La consciencia no ofrece al individuo más que el conocimiento de sus propios estados anímicos. La afirmación de que también los demás hombres poseen una consciencia es una conclusión que deducimos «per analogiam», basándonos en sus actos y manifestaciones perceptibles y con el fin de hacernos comprensible su conducta. (Más exacto, psicológicamente, será decir que atribuimos a los demás, sin necesidad de una reflexión especial, nuestra propia constitución, y, por lo tanto, también nuestra consciencia, y que esta identificación es un *sine qua non* de nuestra comprensión.) Esta conclusión —o esta identificación— hubo de extenderse antiguamente desde el *yo*, no sólo a los demás hombres, sino también a los animales, plantas, objetos inanimados y al mundo en general, y resultó utilizable mientras la analogía con el *yo* individual fue suficientemente amplia, dejando luego de ser adecuada conforme «lo demás» fue separándose del *yo*. Nuestra crítica actual duda en lo que respecta a la consciencia de los animales, la niega a las plantas y relega al misticismo la hipótesis de una consciencia de lo inanimado. Pero también allí donde la tendencia originaria a la identificación ha resistido el examen crítico, esto es, en nuestros semejantes, la aceptación de una consciencia reposa en una deducción y no en una irrebatible experiencia directa como la de nuestro propio psiquismo consciente.

El psicoanálisis no exige sino que apliquemos también este procedimiento deductivo a nuestra propia persona, labor en cuya realización no nos auxilia, ciertamente, tendencia constitucional alguna. Procediendo así, hemos de

convenir en que todos los actos y manifestaciones que en nosotros advertimos, sin que sepamos enlazarlos con el resto de nuestra vida activa, han de ser considerados como si pertenecieran a otra persona y deben ser explicados por una vida anímica a ella atribuida. La experiencia muestra también que, cuando se trata de otras personas, sabemos interpretar muy bien, esto es, incluir en la coherencia anímica, aquellos mismos actos a los que negamos el reconocimiento psíquico cuando se trata de nosotros mismos. La investigación es desviada, pues, de la propia persona, por un obstáculo especial, que impide su exacto conocimiento.

Este procedimiento deductivo aplicado no sin cierta resistencia interna, a nuestra propia persona, no nos lleva al descubrimiento de un psiquismo inconsciente sino a la hipótesis de una segunda consciencia reunida en nosotros, a la que nos es conocida. Pero contra esta hipótesis hallamos en seguida justificadísimas objeciones. En primer lugar, una consciencia de la que nada sabe el propio sujeto, es algo muy distinto de una consciencia ajena, y ni siquiera parece indicado entrar a discutirla, ya que carece del principal carácter de tal. Aquellos que se han resistido a aceptar la existencia de un psiquismo inconsciente, menos podrán admitir la de una *consciencia inconsciente*. Pero además, nos indica el análisis, que los procesos anímicos latentes deducidos, gozan entre sí de una gran independencia, pareciendo no hallarse relacionados ni saber nada unos de otros. Así, pues, habríamos de aceptar no sólo una segunda consciencia, sino toda una serie ilimitada de estados de consciencia, ocultos a nuestra percatación e ignorados unos a otros. Por último, ha de tenerse en cuenta —y éste es el argumento de más peso— que según nos revela la investigación psicoanalítica, una parte de tales procesos latentes posee caracteres y particularidades que nos parecen extraños, increíbles y totalmente opuestos a las cualidades por nosotros conocidas, de la consciencia. Todo esto nos hace modificar la conclusión del procedimiento deductivo que hemos aplicado a nuestra propia persona, en el sentido de no admitir ya en nosotros la existencia de una segunda consciencia, sino la de actos carentes de consciencia. Asimismo, habremos de rechazar, por ser incorrecto y muy susceptible de inducir en error, el término «subconsciencia». Los casos conocidos de «double conscience» (disociación de la consciencia) no prueban nada contrario a nuestra teoría, pudiendo ser

considerados como casos de disociación de las actividades psíquicas en dos grupos, hacia los cuales se orienta alternativamente la consciencia.

El psicoanálisis nos obliga, pues, a afirmar, que los procesos psíquicos son inconscientes y a comparar su percepción por la consciencia con la del mundo exterior por los órganos sensoriales. Esta comparación nos ayudará, además, a ampliar nuestros conocimientos. La hipótesis psicoanalítica de la actividad psíquica inconsciente, constituye, en un sentido, una continuación del animismo, que nos mostraba por doquiera, fieles imágenes de nuestra consciencia, y en otro, la de la rectificación llevada a cabo por Kant, de la teoría de la percepción externa. Del mismo modo que Kant nos invitó a no desatender la condicionalidad subjetiva de nuestra percepción y a no considerar nuestra percepción idéntica a lo percibido incognoscible, nos invita el psicoanálisis a no confundir la percepción de la consciencia con el proceso psíquico inconsciente, objeto de la misma. Tampoco lo psíquico necesita ser en realidad tal como lo percibimos. Pero hemos de esperar que la rectificación de la percepción interna no oponga tan grandes dificultades como la de la externa y que el objeto interior sea menos incognoscible que el mundo exterior.

II. **La multiplicidad de sentido de lo inconsciente y el punto de vista tópico**

ANTES de continuar, queremos dejar establecido el hecho, tan importante como espinoso, de que la inconsciencia no es sino uno de los múltiples caracteres de lo psíquico, no bastando, pues, por sí solo, para formar su característica. Existen actos psíquicos de muy diversa categoría, que, sin embargo, coinciden en el hecho de ser inconscientes. Lo inconsciente comprende, por un lado actos latentes y temporalmente inconscientes, que fuera de esto, en nada se diferencian de los conscientes, y por otro, procesos tales como los reprimidos, que si llegaran a ser conscientes presentarían notables diferencias con los demás de este género.

Si en la descripción de los diversos actos psíquicos pudiéramos prescindir por completo de su carácter consciente o inconsciente, y clasificarlos

atendiendo únicamente a su relación con los diversos instintos y fines, a su composición y a su pertenencia a los distintos sistemas psíquicos subordinados unos a otros, lograríamos evitar todo error de interpretación. Pero no siéndonos posible proceder en esta forma, por oponerse a ello varias e importantes razones, habremos de resignarnos al equívoco que ha de representar el emplear los términos «consciente» e «inconsciente» en sentido descriptivo unas veces, y otras, cuando sean expresión de la pertenencia a determinados sistemas y de la posesión de ciertas cualidades, en sentido sistemático. También podríamos intentar evitar la confusión, designando los sistemas psíquicos reconocidos, con nombres arbitrarios que no aludiesen para nada a la consciencia. Pero antes de hacerlo así, habríamos de explicar en qué fundamos la diferenciación de los sistemas, y en esta explicación nos sería imposible eludir el conocimiento, que constituye el punto de partida de todas nuestras investigaciones. Nos limitaremos, pues, a emplear un sencillo medio auxiliar consistente en sustituir, respectivamente, los términos «consciencia» e «inconsciente», por las fórmulas *Cc*. e *Inc*., siempre que usemos estos términos en sentido sistemático.

Pasando ahora a la exposición positiva, afirmaremos que según nos demuestra el psicoanálisis, un acto psíquico pasa generalmente por dos estados o fases, entre los cuales se halla intercalada una especie de examen (censura). En la primera fase, es inconsciente y pertenece al sistema *Inc*. Si al ser examinado por la censura es rechazado, le será negado el paso a la segunda fase, lo calificaremos de «reprimido» y tendrá que permanecer inconsciente. Pero si sale triunfante del examen, pasará a la segunda fase y a pertenecer al segundo sistema, o sea al que hemos convenido en llamar sistema *Cc*. Sin embargo, su relación con la consciencia no quedará fijamente determinada por tal pertenencia. No es todavía consciente, pero *sí capaz de consciencia* (según la expresión de J. Breuer). Quiere esto decir, que bajo determinadas condiciones, puede llegar a ser sin que a ello se oponga resistencia especial alguna, objeto de la consciencia. Atendiendo a esta capacidad de consciencia, damos también al sistema *Cc*. el nombre de «preconsciente». Si más adelante resulta que también el acceso de lo preconsciente a la consciencia se halla codeterminado por una cierta censura, diferenciaremos más precisamente entre sí los *Prec*. y *Cc*. Mas por lo pronto,

nos bastará retener que el sistema *Prec*. comparte las cualidades del sistema *Cc*. y que la severa censura ejerce sus funciones en el paso desde el *Inc*. al *Prec*. (o *Cc*.).

Con la aceptación de éstos (dos o tres) sistemas psíquicos, se ha separado el psicoanálisis un paso más de la psicología descriptiva de la consciencia, planteándose un nuevo acervo de problemas y adquiriendo un nuevo contenido. Hasta aquí se distinguía principalmente de la psicología por su concepción *dinámica* de los procesos anímicos, a la cual viene a agregarse ahora su aspiración a atender también a la *tópica psíquica* y a indicar dentro de qué sistema o entre qué sistemas se desarrolla un acto psíquico cualquiera. Esta aspiración ha valido al psicoanálisis el calificativo de *psicología de las profundidades* (*Tiefenpsychologie*). Más adelante hemos de ver cómo todavía integra otro interesantísimo punto de vista.

Si queremos establecer seriamente una *tópica* de los actos anímicos, habremos de comenzar por resolver una duda que en seguida se nos plantea. Cuando un acto psíquico (limitándonos aquí a aquellos de la naturaleza de una representación), pasa del sistema *Inc*. al sistema *Cc*. ¿hemos de suponer que con este paso se halla enlazada una nueva fijación, o como pudiéramos decir, una segunda inscripción de la representación de que se trate, inscripción que de este modo podrá resultar integrada en una nueva localidad psíquica, y junto a la cual continúa existiendo la primitiva inscripción inconsciente? ¿O será más exacto admitir que el paso de un sistema a otro consiste en un cambio de estado, que tiene efecto en el mismo material y en la misma localidad? Esta pregunta puede parecer abstrusa, pero es obligado plantearla si queremos formarnos una idea determinada de la tópica psíquica, esto es, de la tercera dimensión psíquica. Resulta difícil de contestar, porque va más allá de lo puramente psicológico y entra en las relaciones del aparato anímico con la anatomía. La investigación científica ha demostrado irrebatiblemente la existencia de tales relaciones, mostrando que la actividad anímica se halla enlazada a la función del cerebro como a ningún otro órgano. Más allá todavía —y aún no sabemos cuánto—, nos lleva al descubrimiento del valor desigual de las diversas partes del cerebro y sus particulares relaciones con partes del cuerpo y actividades espirituales determinadas. Pero todas las tentativas realizadas para fijar, partiendo del descubrimiento antes

citado, una localización de los procesos anímicos, y todos los esfuerzos encaminados a imaginar almacenadas las representaciones en células nerviosas, y trasmitidos los estímulos a lo largo de fibras nerviosas, han fracasado totalmente. Igual suerte correría una teoría que fijase el lugar anatómico del sistema *Cc*., o sea de la actividad anímica consciente en la corteza cerebral, y transfiriese a las partes subcorticales del cerebro los procesos inconscientes. Existe aquí una solución de continuidad, cuya supresión no es posible llevar a cabo, por ahora, ni entra tampoco en los dominios de la psicología. Nuestra tópica psíquica no tiene, *de momento*, nada que ver con la anatomía, refiriéndose a regiones del aparato anímico, cualquiera que sea el lugar que ocupen en el cuerpo, y no a localidades anatómicas.

Nuestra labor, en este aspecto es de completa libertad y puede proceder conforme vayan marcándoselo sus necesidades. De todos modos, no deberemos olvidar que nuestras hipótesis no tienen, en un principio, otro valor que el de simples esquemas aclaratorios. La primera de las dos posibilidades que antes expusimos, o sea la de que la fase consciente de la representación significa una nueva inscripción de la misma en un lugar diferente, es, desde luego, la más grosera, pero también la más cómoda. La segunda hipótesis, o sea la de un cambio de estado meramente funcional, es *a priori* más verosímil, pero menos plástica y manejable. Con la primera hipótesis —tópica— aparecen enlazadas la de una separación tópica de los sistemas *Inc*. y *Cc*., y la posibilidad de que una representación exista simultáneamente en dos lugares del aparato psíquico, e incluso pase regularmente del uno al otro, sin perder, eventualmente, su primera residencia o inscripción.

Esto parece extraño, pero podemos alegar en su apoyo determinadas impresiones que recibimos durante la práctica psicoanalítica. Cuando comunicamos a un paciente una representación por él reprimida en su día y adivinada por nosotros, esta revelación no modifica en nada, al principio, su estado psíquico. Sobre todo, no levanta la represión ni anula sus efectos, como pudiera esperarse, dado que la representación antes inconsciente ha devenido consciente. Por el contrario, sólo se consigue al principio una nueva repulsa de la representación reprimida. Pero el paciente posee ya,

efectivamente, en dos distintos lugares de su aparato anímico y bajo dos formas diferentes, la misma representación. Primeramente posee el recuerdo consciente de la huella auditiva de la representación tal y como se la hemos comunicado, y además tenemos la seguridad de que lleva en sí, bajo su forma primitiva, el recuerdo inconsciente del suceso de que se trate. El levantamiento de la represión no tiene efecto, en realidad, hasta que la representación consciente entra en contacto con la huella mnémica inconsciente después de haber vencido las resistencias. Sólo el acceso a la consciencia de dicha huella mnémica inconsciente puede acabar con la represión. A primera vista parece esto demostrar que la representación consciente y la inconsciente son diversas inscripciones, tópicamente separadas, del mismo contenido. Pero una reflexión más detenida nos prueba que la identidad de la comunicación con el recuerdo reprimido del sujeto es tan sólo aparente. El haber oído algo y el haberlo vivido, son dos cosas de naturaleza psicológica totalmente distinta, aunque posean igual contenido.

No nos es factible, de momento, decidir entre las dos posibilidades indicadas. Quizá más adelante hallemos factores que nos permitan tal decisión, o descubramos que nuestro planteamiento de la cuestión ha sido insuficiente y que la diferenciación de las representaciones consciente e inconsciente ha de ser determinada en una forma completamente distinta.

III. **Sentimientos inconscientes**

HABIENDO limitado nuestra discusión a las representaciones, podemos plantear ahora una nueva interrogación, cuya respuesta ha de contribuir al esclarecimiento de nuestras opiniones teóricas. Dijimos que había representaciones conscientes e inconscientes. ¿Existirán también impulsos instintivos, sentimientos y sensaciones inconscientes, o carecerá de todo sentido aplicar a tales elementos dichos calificativos?

A mi juicio, la antítesis de «consciente» e «inconsciente» carece de aplicación al instinto. Un instinto no puede devenir nunca objeto de la consciencia. Únicamente puede serlo la idea que lo representa. Pero tampoco en lo consciente puede hallarse representado más que por una idea. Si el

instinto no se enlazara a una idea ni se manifestase como un estado afectivo, nada podríamos saber de él. Así, pues, cuando empleando una expresión inexacta, hablamos de impulsos instintivos, inconscientes o reprimidos no nos referimos sino a impulsos instintivos, cuya representación ideológica es inconsciente.

Pudiera creerse igualmente fácil, dar respuesta a la pregunta de si, en efecto, existen sensaciones, sentimientos y afectos inconscientes. En la propia naturaleza de un sentimiento, está el ser percibido, o sea, conocido por la consciencia. Así, pues, los sentimientos, sensaciones y afectos, carecerían de toda posibilidad de inconsciencia. Sin embargo, en la práctica psicoanalítica, acostumbramos a hablar de amor, odio y cólera inconscientes, e incluso empleamos la extraña expresión de «consciencia inconsciente de la culpa», o la paradójica de «miedo inconsciente». Habremos, pues, de preguntarnos, si con estas expresiones no cometemos una inexactitud mucho más importante que la de hablar de «instintos inconscientes».

Pero la situación es, aquí, completamente distinta. Puede suceder, en primer lugar, que un afecto o sentimiento sea percibido, pero erróneamente interpretado. Por la represión de su verdadera representación, se ha visto obligado a enlazarse a otra idea, y es considerado, entonces, por la consciencia, como una manifestación de esta última. Cuando reconstituimos el verdadero enlace, calificamos de «inconsciente» el sentimiento primitivo, aunque su afecto no fue nunca inconsciente y sólo su representación sucumbió al proceso represivo. El uso de las expresiones «afecto inconsciente» y «sentimiento inconsciente», se refiere, en general, a los destinos que la represión impone al factor cuantitativo del movimiento instintivo. (Véase nuestro estudio de la represión). Sabemos que tales testimonios son en número de tres: el afecto puede perdurar total o fragmentariamente como tal; puede experimentar una transformación en otro montante de afecto, cualitativamente distinto, sobre todo en angustia, o puede ser reprimido, esto es, coartado en su desarrollo. (Estas posibilidades pueden estudiarse más fácilmente quizá, en la elaboración onírica, que en las neurosis). Sabemos también, que la coerción del desarrollo de afecto es el verdadero fin de la represión, y que su labor queda incompleta cuando dicho fin no es alcanzado. Siempre que la represión consigue impedir el desarrollo

de afecto, llamamos *inconscientes* a todos aquellos afectos que reintegramos a su lugar al deshacer la labor represiva. Así, pues, no puede acusársenos de inconsecuentes en nuestro modo de expresarnos. De todas maneras, al establecer un paralelo con la representación inconsciente surge la importante diferencia de que dicha representación perdura, después de la represión y en calidad de producto real, en el sistema *Inc*., mientras que al afecto inconsciente, sólo corresponde, en este sistema, una posibilidad de agregación, que no pudo llegar a desarrollarse. Así, pues, aunque nuestra forma de expresión sea irreprochable, no hay estrictamente hablando, afectos inconscientes, como hay representaciones inconscientes. En cambio, puede haber muy bien en el sistema *Inc*. productos afectivos que, como otros, llegan a ser conscientes. La diferencia procede, en su totalidad, de que las representaciones son cargas psíquicas y en el fondo cargas de huellas mientras que los afectos y los sentimientos corresponden a procesos de descarga cuyas últimas manifestaciones son percibidas como sensaciones. En el estado actual de nuestro conocimiento de los afectos y sentimientos no podemos expresar más claramente esta diferencia.

La comprobación de que la represión puede llegar a coartar la transformación del impulso instintivo en una manifestación afectiva, presenta para nosotros un particular interés. Nos revela, en efecto, que el sistema *Cc*. regula normalmente la afectividad y el acceso a la motilidad, y eleva el valor de la represión, mostrándonos, que no sólo excluye de la consciencia a lo reprimido, sino que le impide también provocar el desarrollo de afecto y estimular la actividad muscular. Invirtiendo nuestra exposición, podemos decir que mientras el sistema *Cc*. regula la afectividad y la motilidad, calificamos de normal el estado psíquico de un individuo. Sin embargo, no puede ocultársenos una cierta diferencia entre las relaciones del sistema dominante con cada uno de los dos actos afines de descarga[1800]. En efecto, el dominio de la motilidad contingente por el sistema *Cc*. se halla firmemente arraigado; resiste los embates de la neurosis y sólo sucumbe ante la psicosis. En cambio, el dominio que dicho sistema ejerce sobre el desarrollo de afecto, es mucho menos consistente. Incluso en la vida normal, puede observarse una constante lucha de los sistemas *Cc*. e *Inc*., por el dominio de la afectividad, delimitándose determinadas esferas de influencia y mezclándose las energías

actuantes.

La significación del sistema *Cc*. (*Prec*.) con respecto al desarrollo de afecto y a la acción, nos descubre la de la representación sustitutiva en la formación de la enfermedad. El desarrollo de afecto puede emanar directamente del sistema *Inc*., y en este caso, tendrá siempre el carácter de angustia, la cual es la sustitución regular de los afectos reprimidos. Pero con frecuencia, el impulso instintivo tiene que esperar a hallar en el sistema *Cc*. una representación sustitutiva, y entonces se hace posible el desarrollo de afecto, partiendo de dicha sustitución consciente cuya naturaleza marcará al afecto su carácter cualitativo.

Hemos afirmado que en la represión queda separado el afecto, de su representación, después de lo cual, sigue cada uno de estos elementos su destino particular. Esto es indiscutible desde el punto de vista descriptivo, pero, en realidad, el afecto no surge nunca hasta después de conseguida una nueva representación en el sistema *Cc*.

IV. **Tópica y dinámica de la represión**

HEMOS llegado a la conclusión de que la represión es un proceso que recae sobre representaciones y se desarrolla en la frontera entre los sistemas *Inc*. y *Cc*. (*Prec*.) Vamos ahora a intentar describirlo más minuciosamente. Tiene que efectuarse en él una *sustracción* de carga psíquica, pero hemos de preguntarnos en qué sistema se lleva a cabo esta sustracción y a qué sistema pertenece la carga substraída.

La representación reprimida conserva en el sistema *Inc*., su capacidad de acción; debe, pues, conservar también su carga. Por lo tanto, lo substraído habrá de ser algo distinto. Tomemos el caso de la represión propiamente dicha, tal y como se desarrolla en una representación preconsciente o incluso consciente. En este caso, la represión no puede consistir sino en que la carga (pre)consciente, perteneciente al sistema *Prec*., es substraída a la representación. Ésta queda entonces descargada, recibe una carga emanada del sistema *Inc*., o conserva la carga *Inc*. que antes poseía. Así, pues, hallamos, aquí, una sustracción de la carga preconsciente, una conservación

de la inconsciente, o una sustitución de la primera por la segunda. Vemos, además, que hemos basado, sin intención aparente, esta observación, en la hipótesis de que el paso desde el sistema *Inc*. a otro inmediato, no sucede por una nueva inscripción, sino por un cambio de estado, o sea, en este caso, por una transformación de la carga. La hipótesis funcional ha derrotado aquí, sin esfuerzo, a la tópica.

Este proceso de la sustracción de la libido, no es, sin embargo, suficiente, para explicarnos otro de los caracteres de la represión. No comprendemos por qué la representación que conserva su carga o recibe otra nueva, emanada del sistema *Inc*., no habría de renovar la tentativa de penetrar en el sistema *Prec*., valiéndose de su carga. Habría, pues, de repetirse en ella, la sustracción de libido, y este juego continuaría indefinidamente, pero sin que su resultado fuese el de la represión. Este mecanismo de la sustracción de la carga preconsciente fallaría también si se tratase de la represión primitiva, pues en ella nos encontramos ante una representación inconsciente, que no ha recibido aún carga ninguna del sistema *Prec*. y a la que, por lo tanto, no puede serle substraída una tal carga.

Necesitaríamos, pues, aquí, de otro proceso, que en el primer caso, mantuviese la represión, y en el segundo, cuidase de constituirla y conservarla, proceso que no podemos hallar sino admitiendo una *contracarga* por medio de la cual se protege el sistema *Prec*. contra la presión de la representación inconsciente. En diversos ejemplos clínicos, veremos cómo se manifiesta esta contracarga, que se desarrolla en el sistema *Prec*. y constituye, no sólo la representación del continuado esfuerzo de una represión primitiva, sino también la garantía de su duración. La contracarga es el único mecanismo de la represión primitiva. En la represión propiamente dicha, se agrega a él la sustracción de la carga *Prec*. Es muy posible, que precisamente la carga substraída a la representación sea la empleada para la contracarga.

Poco a poco, hemos llegado a introducir, en la exposición de los fenómenos psíquicos, un tercer punto de vista, agregando, así, al *dinámico* y al *tópico*, el *económico*, el cual aspira a perseguir los destinos de las magnitudes de excitación y a establecer una estimación, por lo menos relativa, de los mismos. Considerando conveniente distinguir con un nombre

especial, este último sector de la investigación psicoanalítica, denominaremos «metapsicológica[1801]» a aquella exposición en la que consigamos describir un proceso psíquico conforme a sus relaciones *dinámicas*, *tópicas* y *económicas*. Anticiparemos, que dado el estado actual de nuestros conocimientos, sólo en algunos lugares aislados, conseguiremos desarrollar una tal exposición.

Comenzaremos por una tímida tentativa de llevar a cabo una descripción metapsicológica del proceso de la represión en las tres neurosis de transferencia conocidas. En ella, podemos sustituir el término «carga psíquica» por el de «libido», pues sabemos ya, que dichas neurosis dependen de los destinos de los instintos sexuales.

En la histeria de angustia, se desatiende, con frecuencia, una primera fase del proceso, perfectamente visible, sin embargo, para un observador cuidadoso. Consiste esta fase en que la angustia surge sin que se haya percibido el objeto que la origina. Hemos de suponer, pues, que en el sistema *Inc*. existía un sentimiento erótico, que aspiraba a pasar al sistema *Prec*., pero la carga de que tal sentimiento fue objeto, por parte de este sistema, se retiró de él, como en un intento de fuga, y la carga inconsciente de libido de la representación rechazada fue derivada en forma de angustia.

Al repetirse, eventualmente, el proceso, se dio un primer paso hacia el vencimiento del penoso desarrollo de angustia. La carga en fuga pasó a una representación sustitutiva, asociativamente enlazada a la representación rechazada, pero substraída, por su alejamiento de ella, a la represión (sustitución por desplazamiento) y permitió una racionalización del desarrollo de angustia, aún incoercible. La representación sustitutiva desempeña entonces, para el sistema *Cc*., (*Prec*.), el papel de una contracarga, asegurándolo contra la emergencia de la representación reprimida, en el sistema *Cc*., y constituyendo, por otro lado, el punto de partida de un desarrollo de angustia, incoercible ya. La observación clínica nos muestra, por ejemplo, que el niño enfermo de zoofobia siente angustia en dos distintas condiciones: primeramente, cuando el impulso erótico reprimido experimenta una intensificación, y en segundo lugar, cuando es percibido el animal productor de angustia. La representación sustitutiva se conduce en el primer

caso, como un lugar de transición desde el sistema *Inc*. al sistema *Cc*., y en el otro, como una fuente independiente de la génesis de angustia. La extensión del dominio del sistema *Cc*. suele manifestarse en que la primera forma de excitación de la representación sustitutiva deja su lugar, cada vez más ampliamente, a la segunda. El niño acaba, a veces, por conducirse como si no entrañara inclinación ninguna hacia su padre, se hubiese libertado de él en absoluto, y tuviera realmente miedo al animal. Pero este miedo, alimentado por la fuente instintiva inconsciente, se muestra superior a todas las influencias emanadas del sistema *Cc*. y delata, de este modo, tener su origen en el sistema *Inc*.

La contracarga emanada del sistema *Cc*. lleva, pues, en la segunda fase de la histeria de angustia, a la formación de un sustitutivo.

Este mismo mecanismo encuentra poco después una distinta aplicación. Como ya sabemos, el proceso represivo no termina aquí, y encuentra un segundo fin en la coerción del desarrollo de angustia emanado de la sustitución. Esto sucede en la siguiente forma: todos los elementos que rodean a la representación sustitutiva y se hallan asociados con ella, reciben una carga psíquica de extraordinaria intensidad, que les confiere una especial sensibilidad. De este modo, la excitación de cualquier punto de la muralla defensiva formada en torno de la representación sustitutiva, por tales elementos, provoca, por el enlace asociativo de los mismos con dicha representación, un pequeño desarrollo de angustia, que da la señal para coartar, por medio de una nueva fuga, la continuación de dicho desarrollo. Cuanto más lejos de la sustitución temida se hallan situadas las contracargas sensibles y vigilantes, más precisamente puede funcionar el mecanismo que ha de aislar a la representación sustitutiva y protegerla contra nuevas excitaciones. Estas precauciones no protegen, naturalmente, más que contra aquellas excitaciones que llegan desde el exterior y por el conducto de la percepción, a la representación sustitutiva, pero no contra la excitación instintiva, que partiendo de la conexión con la representación reprimida, llega a la sustitutiva. Comienzan, pues, a actuar cuando la sustitución se ha arrogado por completo la representación de lo reprimido y nunca constituyen una plena garantía. A cada intensificación de la excitación instintiva, tiene que avanzar un tanto la muralla protectora que rodea a la representación

sustitutiva. Esta construcción, queda establecida también, de un modo análogo, en las demás neurosis, y la designamos con el nombre de «fobia». Las precauciones, prohibiciones y privaciones, características de la histeria de angustia, son la expresión de la fuga ante la carga consciente de la representación sustitutiva.

Considerando el proceso en su totalidad, podemos decir, que la tercera fase repite con mayor amplitud la labor de la segunda. El sistema *Cc*. se protege ahora, contra la actividad de la representación sustitutiva, por medio de la contracarga de los elementos que le rodean, como antes se protegía, por medio de la carga de la representación sustitutiva, contra la emergencia de la representación reprimida. La formación de sustitutivos por desplazamiento, queda continuada en esta forma. Al principio, el sistema *Cc*. no ofrecía sino un único punto —la representación sustitutiva— accesible al impulso instintivo reprimido; en cambio, luego, toda la construcción exterior fóbica constituye un campo abierto de '*enclave*' a las influencias inconscientes. Por último, hemos de hacer resaltar el interesantísimo punto de vista de que por medio de todo el mecanismo de defensa puesto en actividad, queda proyectado al exterior el peligro instintivo. El *yo* se conduce como si la amenaza del desarrollo de angustia no procediese de un impulso instintivo sino de una percepción y puede, por lo tanto, reaccionar contra esta amenaza exterior, por medio de las tentativas de fuga que suponen las precauciones de la fobia. En este proceso represivo, se consigue poner un dique a la génesis de angustia, pero sólo a costa de graves sacrificios de la libertad personal. Ahora bien, el intento de fuga ante una aspiración instintiva, es en general, inútil, y el resultado de la fuga fóbica es siempre insatisfactorio.

Gran parte de las circunstancias observadas en la histeria de angustia se repite en las otras dos neurosis. Podemos, pues, limitarnos a señalar las diferencias y a examinar la misión de la contracarga. En la histeria de conversión, es transformada la carga instintiva de la representación reprimida en una inervación del síntoma. Hasta qué punto y bajo qué condiciones queda avenada la representación inconsciente por esta descarga, siéndole ya posible cesar en su aspiración hacia el sistema *Cc*., son cuestiones que habremos de reservar para una investigación especial de la histeria. La función de la contracarga que parte del sistema *Cc*. (*Prec*.) resalta claramente en la histeria

de conversión y se nos revela en la formación de síntomas. La contracarga es la que elige el elemento de la representación del instinto en el que ha de ser concentrada toda la carga del mismo. Este fragmento elegido para síntoma cumple la condición de dar expresión, tanto al fin optativo del movimiento instintivo como a la aspiración defensiva o punitiva del sistema *Cc*. Por lo tanto, es traducido y mantenido por ambos lados, como la representación sustitutiva de la histeria de angustia. De esta circunstancia podemos deducir que el esfuerzo represivo del sistema *Cc*. no necesita ser tan grande como la energía de carga del síntoma, pues la intensidad de la representación se mide por la contracarga empleada, y el síntoma no se apoya solamente en la contracarga sino también en la carga instintiva condensada en él y emanada del sistema *Inc*.

Con respecto a la neurosis obsesiva, bastará añadir una sola observación a las ya expuestas. En ella se nos muestra más visiblemente que en las otras neurosis la contracarga del sistema *Cc*. Esta contracarga, organizada como una formación reactiva, es que lleva a cabo la primera represión y en la que tiene efecto, después, la emergencia de la representación reprimida. Del predominio de la contracarga y de la falta de derivación, depende, a nuestro juicio, que la obra de la represión aparezca menos conseguida en la histeria de angustia y en la neurosis obsesiva que en la histeria de conversión.

V. **Cualidades especiales del sistema** *Inc*.

LA diferenciación de los dos sistemas psíquicos adquiere una nueva significación cuando nos damos cuenta de que los procesos del sistema *Inc*. muestran cualidades que no volvemos a hallar en los sistemas superiores inmediatos.

El nódulo del sistema *Inc*. está constituido por representaciones de instintos, que aspiran a derivar su carga, o sea por impulsos optativos. Estos impulsos instintivos se hallan coordinados entre sí y coexisten sin influir unos sobre otros ni tampoco contradecirse. Cuando dos impulsos optativos, cuyos fines nos parecen inconciliables, son activados al mismo tiempo, no se anulan recíprocamente sino que se unen para formar un fin intermedio, o sea una

transacción.

En este sistema no hay negación ni duda alguna, ni tampoco grado ninguno de seguridad. Todo esto es aportado luego por la labor de la censura que actúa entre los sistemas *Inc*. y *Prec*. La negación es una sustitución de la represión. En el sistema *Inc*. no hay sino contenidos más o menos enérgicamente cargados [«catectizados» («besetzt»), (Nota del E.)].

En cambio, reina en él una mayor movilidad de las intensidades de carga. Por medio del proceso del *desplazamiento*, puede una representación transmitir a otra todo el montante de su carga, y por el de la *condensación*, acoger en sí toda la carga de varias otras. A mi juicio, deben considerarse estos dos procesos como caracteres del llamado *proceso psíquico primario*. En el sistema *Prec*. domina el *proceso secundario*[1802]. Cuando tal proceso primario recae sobre elementos del sistema *Prec*., lo juzgamos «cómico» y despierta la risa.

Los procesos del sistema *Inc*. se hallan *fuera de tiempo*, esto es, no aparecen ordenados cronológicamente, no sufren modificación ninguna por el transcurso del tiempo y carecen de toda relación con él. También la relación temporal se halla ligada a la labor del sistema *Cc*.

Los procesos del sistema *Inc*. carecen también de toda relación con la *realidad*. Se hallan sometidos al principio del placer y su destino depende exclusivamente de su fuerza y de la medida en que satisfacen las aspiraciones de la regulación del placer y el displacer.

Resumiendo, diremos que los caracteres que esperamos encontrar en los procesos pertenecientes al sistema *Inc*. son la *falta de contradicción*, el *proceso primario* (movilidad de las cargas), la *independencia del tiempo* y *la sustitución de la realidad exterior por la psíquica*[1803].

Los procesos inconscientes no se nos muestran sino bajo las condiciones del fenómeno onírico y de las neurosis, o sea cuando los procesos del sistema *Prec*., superior al *Inc*. son transferidos, por una regresión, a una fase anterior. De por sí, son incognoscibles e incapaces de existencia, pues el sistema *Inc*. es cubierto muy pronto por el *Prec*., que se apodera del acceso a la consciencia y a la motilidad. La descarga del sistema *Inc*. tiene lugar por medio de la inervación somática y el desarrollo de afecto, pero también estos medios de descarga le son disputados como ya sabemos, por el sistema *Prec*.

Por sí solo no podría el sistema *Inc*. provocar en condiciones normales, ninguna acción muscular adecuada, con excepción de aquellas organizadas ya como reflejos.

La completa significación de los caracteres antes descritos del sistema *Inc*., se nos revelaría en cuanto los comparásemos con las cualidades del sistema *Prec*.; pero esto nos llevaría tan lejos, que preferimos aplazar dicha comparación hasta ocuparnos del sistema superior[1804]. Así, pues, sólo expondremos ahora lo más indispensable.

Los procesos del sistema *Prec*. muestran ya, sean conscientes o sólo capaces de consciencia, una coerción de la tendencia a la descarga de las representaciones cargadas. Cuando el proceso pasa de una representación a otra, conserva la primera una parte de su carga, y sólo queda desplazado un pequeño montante de la misma. Los desplazamientos y condensaciones quedan excluidos o muy limitados. Esta circunstancia ha impulsado a J. Breuer a admitir dos diversos estados de la energía de carga en la vida anímica. Un estado tónicamente fijo y otro libremente móvil que aspira a la descarga. A mi juicio, representa esta diferenciación nuestro más profundo conocimiento de la esencia de la energía nerviosa y no veo cómo podría prescindirse de él. Sería una urgente necesidad de la exposición metapsicológica, aunque quizá todavía una empresa demasiado atrevida, proseguir la discusión partiendo de este punto.

Al sistema *Prec*. le corresponden, además, la constitución de una capacidad de relación entre los contenidos de las representaciones, de manera que puedan influirse entre sí, la ordenación temporal de dichos contenidos, y la introducción de una o varias censuras del examen de la realidad y del principio de la realidad. También la memoria consciente parece depender por completo del sistema *Prec*. y debe distinguirse de las huellas mnémicas en las que se fijan los sucesos del sistema *Inc*., pues corresponden verosímilmente a una inscripción especial, semejante a la que admitimos al principio y rechazamos después, para la relación de la represión consciente con la inconsciente. Encontraremos también aquí el medio de poner fin a nuestra vacilación en la calificación del sistema superior, al cual llamamos ahora tan pronto sistema *Prec*. como sistema *Cc*.

No debemos apresurarnos, sin embargo, a generalizar lo que hasta aquí

hemos descubierto sobre la distribución de las funciones anímicas entre los dos sistemas. Describimos las circunstancias tal y como se nos muestran en sujetos adultos, en los cuales el sistema *Inc*. no funciona, estrictamente considerado, sino como una fase preliminar de la organización superior. El contenido y las relaciones de este sistema durante el desarrollo individual, y su significación en los animales, no pueden ser deducidos de nuestra descripción, sino de una investigación especial.

Asimismo, debemos hallarnos preparados a encontrar en el hombre, condiciones patológicas, en las cuales los dos sistemas modifican su contenido y sus caracteres o los cambian entre sí.

VI. **Comunicaciones entre ambos sistemas**

SERÍA erróneo representarse que el sistema *Inc*. permanece inactivo y que toda la labor psíquica es efectuada por el sistema *Prec*., resultando así, el sistema *Inc*., un órgano rudimentario, residuo del desarrollo. Igualmente sería equivocado suponer, que la relación de ambos sistemas se limita al acto de la represión, en el cual el sistema *Prec*. arrojaría a los abismos del sistema *Inc*. todo aquello que le pareciese perturbador. Por el contrario, el sistema *Inc*. posee una gran vitalidad, es susceptible de un amplio desarrollo y mantiene una serie de otras relaciones con el *Prec*., entre ellas la de cooperación. Podemos, pues, decir, sintetizando, que el sistema *Inc*. continúa en ramificaciones, siendo accesible a las influencias de la vida, influyendo constantemente sobre el *Prec*. y hallándose, por su parte, sometido a las influencias de éste.

El estudio de las ramificaciones del sistema *Inc*. defraudará nuestra esperanza de una separación esquemáticamente precisa entre los dos sistemas psíquicos. Esta decepción hará considerar insatisfactorios nuestros resultados y será probablemente utilizada para poner en duda el valor de nuestra diferenciación de los procesos psíquicos. Pero hemos de alegar, que nuestra labor no es sino la de transformar en una teoría los resultados de la observación y que nunca nos hemos obligado a construir, de buenas a primeras, una teoría absolutamente clara y sencilla. Así, pues, defenderemos

sus complicaciones mientras demuestren corresponder a la observación, y continuaremos esperando llegar con ella a un conocimiento final de la cuestión, que siendo sencillo en sí, refleje, sin embargo, las complicaciones de la realidad.

Entre las ramificaciones de los impulsos inconscientes, cuyos caracteres hemos descrito, existen algunas que reúnen en sí las determinaciones más expuestas. Por un lado, presentan un alto grado de organización, se hallan exentas de contradicciones, han utilizado todas las adquisiciones del sistema *Cc*. y apenas se diferencian de los productos de este sistema, pero en cambio, son inconscientes e incapaces de consciencia. Pertenecen, pues, *cualitativamente*, al sistema *Prec*.; pero *efectivamente*, al *Inc*. Su destino depende totalmente de su origen, y podemos compararlas con aquellos mestizos, semejantes en general, a los individuos de la raza blanca, pero que delatan su origen mixto, por diversos rasgos visibles, y quedan así excluidos de la sociedad y del goce de las prerrogativas de los blancos. Aquellos productos de la fantasía de los normales y de los neuróticos, que reconocimos como fases preliminares de la formación de sueños y de síntomas, productos que a pesar de su alto grado de organización permanecen reprimidos y no pueden, por lo tanto, llegar a la consciencia, son formaciones de este género. Se aproximan a la consciencia y permanecen cercanos a ella, sin que nada se lo estorbe, mientras su carga es poco intensa, pero en cuanto ésta alcanza una cierta intensidad, quedan rechazados. Ramificaciones de lo inconsciente, igualmente organizadas, son también las formaciones sustitutivas, pero éstas consiguen el acceso a la consciencia merced a una relación favorable, por ejemplo, merced a su coincidencia con una contracarga del sistema *Prec*.

Investigando más detenidamente, en otro lugar[1805], las condiciones del acceso a la consciencia, lograremos resolver muchas de las dificultades que aquí se nos oponen. Para ello, creemos conveniente invertir el sentido de nuestro examen, y si hasta ahora hemos seguido una dirección ascendente, partiendo del sistema *Inc*. y elevándonos hacia el sistema *Cc*., tomaremos ahora a este último, como punto de partida. Frente a la consciencia, hallamos la suma total de los procesos psíquicos, que constituyen el reino de lo preconsciente. Una gran parte de lo preconsciente procede de lo inconsciente, constituye una ramificación de tal sistema y sucumbe a una censura antes de

poder hacerse consciente. En cambio, otra parte de dicho sistema *Prec*. es capaz de consciencia sin previo examen por la censura. Queda aquí, contradicha, una de nuestras hipótesis anteriores. En nuestro estudio de la represión, nos vimos forzados a situar entre los sistemas *Inc*. Y *Prec*. la censura, que decide el acceso a la consciencia, y ahora encontramos una censura entre el sistema *Prec*. y el *Cc*. Pero no deberemos ver en esta complicación, una dificultad, sino aceptar que a todo paso desde un sistema al inmediatamente superior, esto es, a todo progreso hacia una fase más elevada de la organización psíquica, corresponde una nueva censura. La hipótesis de una continua renovación de las inscripciones, queda de este modo anulada.

La causa de todas estas dificultades, es que la consciencia, único carácter de los procesos psíquicos que nos es directamente dado, no se presta, en absoluto, a la distinción de sistemas. La observación nos ha mostrado que lo consciente no es siempre consciente, sino latente también durante largos espacios de tiempo, y además, que muchos de los elementos que comparten las cualidades del sistema *Prec*. no llegan a ser conscientes. Más adelante, hemos de ver asimismo, que el acceso a la consciencia queda limitado por determinadas orientaciones de su atención. La consciencia presenta de este modo, con los sistemas y con la represión, relaciones nada sencillas.

En realidad, sucede que no sólo permanece ajeno a la consciencia lo psíquico reprimido, sino también una parte de los sentimientos que dominan a nuestro *yo*, o sea la más enérgica antítesis funcional de lo reprimido. Por lo tanto, si queremos llegar a una consideración metapsicológica de la vida psíquica, habremos de aprender a emanciparnos de la significación del síntoma «consciencia».

Mientras no llegamos a emanciparnos en esta forma, queda interrumpida nuestra generalización, por continuas excepciones. Vemos, en efecto, que ciertas ramificaciones del sistema *Inc*[1806]. devienen conscientes, como formaciones sustitutivas y como síntomas, generalmente después de grandes deformaciones, pero muchas veces, conservando gran cantidad de los caracteres que provocan la represión, y encontramos que muchas formaciones preconscientes permanecen inconscientes, a pesar de que por su naturaleza, podrían devenir conscientes. Habremos, pues, de admitir, que vence en ellas

la atracción del sistema *Inc*., resultando así, que la diferencia más importante, no debe buscarse entre lo consciente y lo preconsciente, sino entre lo preconsciente y lo inconsciente. Lo inconsciente es rechazado por la censura al llegar a los límites de lo preconsciente, pero sus ramificaciones pueden eludir esta censura, organizarse en alto grado y llegar en lo preconsciente hasta una cierta intensidad de la carga, traspasada la cual intentan imponerse a la consciencia, siendo reconocidas como ramificaciones del sistema *Inc*. y rechazadas hasta la nueva frontera de la censura entre el sistema *Prec*. y el *Cc*. La primera censura funciona, así, contra el sistema *Inc*., y la última contra las ramificaciones preconscientes del mismo. Parece como si la censura hubiera avanzado un cierto estadio en el curso del desarrollo individual.

En la práctica psicoanalítica, se nos ofrece la prueba irrebatible de la existencia de la segunda censura, o sea de la situada entre los sistemas *Prec*. y *Cc*. Invitamos al enfermo a formar numerosas ramificaciones del sistema *Inc*., le obligamos a dominar las objeciones de la censura contra el acceso a la consciencia, de estas formaciones preconscientes, y nos abrimos, por medio del vencimiento de esta censura, el camino que ha de conducirnos al levantamiento de la represión, obra de la censura anterior. Añadiremos aún la observación de que la existencia de la censura entre el sistema *Prec*. y el *Cc*. nos advierte que el acceso a la consciencia no es un simple acto de percepción sino, probablemente, también una sobrecarga, o sea un nuevo progreso de la organización psíquica.

Volviéndonos hacia la relación del sistema *Inc*. con los demás sistemas, y menos para establecer nuevas afirmaciones, que para no dejar de consignar determinadas circunstancias evidentes, vemos que en las raíces de la actividad instintiva, comunican ampliamente los sistemas. Una parte de los procesos aquí estimulados pasa por el sistema *Inc*. como por una fase preparatoria y alcanza en el sistema *Cc*. el más alto desarrollo psíquico, mientras que la otra queda retenida como *Inc*. Lo *Inc*. es también herido por los estímulos procedentes de la percepción. Todos los caminos que van desde la percepción al sistema *Inc*. permanecen regularmente libres y sólo los que parten del sistema *Inc*., y conducen más allá del mismo son los que quedan cerrados por la represión.

Es muy singular y digno de atención, el hecho de que el sistema *Inc*. de

un individuo pueda reaccionar al de otro, eludiendo absolutamente el sistema *Cc*. Este hecho merece ser objeto de una penetrante investigación, encaminada, principalmente, a comprobar si la actividad preconsciente queda también excluida en tal proceso, pero de todos modos, es irrebatible como descripción.

El contenido del sistema *Prec*. (o *Cc*.) procede, en parte, de la vida instintiva (por mediación del sistema *Inc*.), y, en parte, de la percepción. No puede determinarse hasta qué punto los procesos de este sistema son capaces de ejercer, sobre el sistema *Inc*., una influencia directa. La investigación de casos patológicos muestra con frecuencia una independencia casi increíble del sistema *Inc*. La característica de la enfermedad es, en general, una completa separación de las tendencias y una ruina absoluta de ambos sistemas. Ahora bien: la cura psicoanalítica se halla fundada en la influencia del sistema *Cc*. sobre el sistema *Inc*. y muestra, de todos modos, que tal influencia no es imposible, aunque sí difícil. Las ramificaciones del sistema *Inc*., que establecen una medición entre ambos sistemas, nos abren, como ya hemos indicado, el camino que conduce a este resultado. Podemos, sin embargo, admitir, que la modificación espontánea del sistema *Inc*. por parte del sistema *Cc*. es un proceso penoso y lento.

La cooperación entre un sentimiento preconsciente y otro inconsciente o incluso intensamente reprimido, puede surgir cuando el sentimiento inconsciente es capaz de actuar en el mismo sentido que una de las tendencias dominantes. En este caso, queda levantada la represión y permitida la actividad reprimida, a título de intensificación de la que el *yo* se propone. Lo inconsciente es admitido por el *yo* únicamente en esta constelación, pero sin que su represión sufra modificación alguna. La obra que el sistema *Inc*. lleva a cabo en esta cooperación, resulta claramente visible. Las tendencias intensificadas se conducen, en efecto, de un modo diferente al de las normales, capacitan para funciones especialmente perfectas y muestran ante la contradicción una resistencia análoga a la de los síntomas obsesivos.

El contenido del sistema *Inc*. puede ser comparado a una población primitiva psíquica. Si en el hombre existe un acervo de formaciones psíquicas heredadas, o sea algo análogo al instinto animal, ello será lo que constituya el nódulo del sistema *Inc*. A esto se añaden después los elementos rechazados

por inútiles durante el desarrollo infantil, elementos que pueden ser de naturaleza idéntica a lo heredado. Hasta la pubertad no se establece una precisa y definitiva separación del contenido de ambos sistemas.

VII. **El reconocimiento de lo inconsciente**

TODO lo que hasta aquí hemos expuesto sobre el sistema *Inc*. puede extraerse del conocimiento de la vida onírica y de la neurosis de transferencia. No es, ciertamente, mucho; nos parece en ocasiones oscuro y confuso, y no nos ofrece la posibilidad de incluir el sistema *Inc*. en un contexto conocido o subordinado a él. Pero el análisis de una de aquellas afecciones, a las que damos el nombre de psiconeurosis narcisistas, nos promete proporcionarnos datos, por medio de los cuales podremos aproximarnos al misterioso sistema *Inc*. y llegar a su inteligencia.

Desde un trabajo de Abraham (1908), que este concienzudo autor llevó a cabo por indicación mía, intentamos caracterizar la «dementia praecox» de Kraepelin (la esquizofrenia de Bleuler), por su conducta con respecto a la antítesis del *yo* y el objeto. En las neurosis de transferencia (histerias de angustia y de conversión y neurosis obsesiva) no había nada que situase en primer término esta antítesis. Comprobamos que la falta de objeto traía consigo la eclosión de la neurosis; que ésta integraba la renuncia al objeto real, y que la libido sustraída al objeto real retrocedía hasta un objeto fantástico y desde él hasta un objeto reprimido (introversión). Pero la carga de objeto queda tenazmente conservada en estas neurosis, y una sutil investigación del proceso represivo, nos ha forzado a admitir que dicha carga perdura en el sistema *Inc*., a pesar de la represión, o más bien, a consecuencia de la misma. La capacidad de transferencia, que utilizamos terapéuticamente en estas afecciones, presupone una carga de objeto no estorbada.

A su vez, el estudio de la esquizofrenia nos ha impuesto la hipótesis de que después del proceso represivo, no busca la libido sustraída ningún nuevo objeto, sino que se retrae al *yo*, quedando así suprimida la carga de objeto y reconstituido un primitivo estado narcisista, carente de objeto. La incapacidad de transferencia de estos pacientes, dentro de la esfera de acción del proceso

patológico, su consiguiente inaccesibilidad terapéutica, su singular repulsa del mundo exterior, la aparición de indicios de una sobrecarga del propio *yo* y, como final, la más completa apatía, todos estos caracteres clínicos parecen corresponder, a maravilla, a nuestra hipótesis de la cesación de la carga de objeto. Por lo que respecta a la relación con los dos sistemas psíquicos, han comprobado todos los investigadores que muchos de aquellos elementos que en las neurosis de transferencia nos vemos obligados a buscar en lo inconsciente, por medio del psicoanálisis, son conscientemente exteriorizados en la esquizofrenia. Pero al principio, no fue posible establecer, entre la relación del *yo* con el objeto y las relaciones de la consciencia, una conexión inteligible.

Esta conexión se nos reveló después, de un modo inesperado. Se observa en los esquizofrénicos, sobre todo durante los interesantísimos estadios iniciales, una serie de modificaciones del *lenguaje*, muchas de las cuales merecen ser consideradas desde un determinado punto de vista. La expresión verbal es objeto de un especial cuidado, resultando 'pomposa' y 'altiva'. Las frases experimentan una particular desorganización de su estructura, que nos las hace ininteligibles, llevándonos a creer faltas de todo sentido las manifestaciones del enfermo. En éstas, aparece con frecuencia, en primer término, una alusión a órganos somáticos o a sus inervaciones. Observamos, además, que en estos síntomas de la esquizofrenia, semejantes a las formaciones sustitutivas histéricas o de la neurosis obsesiva, muestra, sin embargo, la relación entre la sustitución y lo reprimido, peculiaridades que en las dos neurosis mencionadas, nos desorientarían.

El doctor V. Tausk (Viena), ha puesto a mi disposición algunas de sus observaciones de casos de esquizofrenia en su estadio inicial, observaciones que presentan la ventaja de que el enfermo mismo proporcionaba aún la explicación de sus palabras. Exponiendo dos de estos ejemplos, indicaremos cuál es nuestra opinión sobre este punto concreto, para cuyo esclarecimiento puede cualquier observador acoplar sin dificultad alguna, material suficiente.

Uno de los enfermos de Tausk, una muchacha que acudió a su consulta poco después de haber regañado con su novio, exclama:

«*Los ojos no están bien, están torcidos*», explica luego, por sí misma, esta frase, añadiendo en lenguaje ordenado, una serie de reproches contra el

novio: «Nunca ha podido comprenderle. Cada vez se le muestra distinto. Es un hipócrita, un ‘ojo torcido’, que “la ha vuelto los ojos del revés” haciéndole ver “torcidamente” todas las cosas».

Estas manifestaciones añadidas por la enferma a su primera frase ininteligible, tienen todo el valor de un análisis, pues contienen una equivalencia de la misma en lenguaje perfectamente comprensible, y proporcionan, además, el esclarecimiento de la génesis y la significación de la formación verbal esquizofrénica. Coincidiendo con Tausk, haremos resaltar, en este ejemplo, el hecho de que la relación del contenido con un órgano del soma (en este caso con el de la visión) llega a arrogarse la representación de dicho contenido en su totalidad. La frase es esquizofrénica presenta así un carácter hipocondríaco, constituyéndose en *lenguaje de órgano*.

Otra expresión de la misma enferma: «Está en la iglesia y siente, de pronto, un impulso *a colocarse de otro modo, como si colocara a alguien, como si la colocaran a ella*».

A continuación de esta frase, desarrolla la paciente su análisis, por medio de una serie de reproches contra el novio: «Es muy ordinario y la ha hecho ordinaria a ella, que es de familia fina. La ha hecho igual a él, haciéndola creer que él le era superior, y ahora ha llegado a ser ella como él, porque creía que llegaría a ser mejor si conseguía igualarse a él. *Él se ha colocado en un lugar que no le correspondía* y ella es ahora como él (identificación), pues *él la ha colocado en un lugar que no la corresponde*».

El movimiento de «colocarse de otro modo», observa Tausk, es una representación de la palabra «fingir» (*sich stellen* = colocarse; *verstellen* = fingir) y de la identificación con el novio. Hemos de hacer resaltar aquí, nuevamente, el predominio de aquel elemento del proceso mental, cuyo contenido es una inervación somática (o más bien, su sensación). Además, una histérica hubiera torcido *en realidad* convulsivamente los ojos, en el primer caso, y en el segundo, habría realizado el movimiento indicado, en lugar de sentir el *impulso* a realizarlo o la *sensación* de llevarlo a cabo, y sin poseer, en ninguno de los dos casos, pensamiento consciente alguno, enlazado con el movimiento ejecutado, ni ser capaz de exteriorizarlo después.

Estas dos observaciones testimonian de aquello que hemos denominado

lenguaje hipocondríaco o de los órganos, pero, además, atraen nuestra atención sobre un hecho que puede ser comprobado a voluntad, por ejemplo, en los casos reunidos en la monografía de Bleuler, y concretado en una fórmula. En la esquizofrenia, quedan sometidas las *palabras* al mismo proceso que forma las imágenes oníricas partiendo de las ideas latentes del sueño, o sea al *proceso psíquico primario*. Las palabras quedan condensadas y se transfieren sus cargas unas a otras, por medio del desplazamiento. Este proceso puede llegar hasta conferir a una palabra, apropiada para ello, por sus múltiples relaciones, la representación de toda la serie de ideas. Los trabajos de Breuler, Jung y sus discípulos, ofrecen material más que suficiente para comprobar esta afirmación[1807].

Antes de deducir una conclusión de estas impresiones examinaremos la extraña y sutil diferencia existente entre las formaciones sustitutivas de la esquizofrenia y las de la histeria y la neurosis obsesiva. Un enfermo, al que actualmente tengo en tratamiento, se hace la vida imposible, absorbido por la preocupación que le ocasiona el supuesto mal estado de la piel de su cara, pues afirma tener en el rostro multitud de profundos agujeros, producidos por granitos o «espinillas». El análisis demuestra que hace desarrollarse, en la piel de su rostro, un complejo de castración. Al principio no le preocupaban nada tales granitos y se los quitaba apretándolos entre las uñas, operación en la que, según sus propias palabras, le proporcionaba gran contento «ver cómo brotaba algo» de ellos. Pero después, empezó a creer que en el punto en que había tenido una de estas «espinillas», le quedaba un profundo agujero, y se reprochaba duramente haberse estropeado la piel, con su manía de «andarse siempre tocando». Es evidente que el acto de reventarse los granitos de la cara, haciendo surgir al exterior su contenido, es, en este caso, una sustitución del onanismo. El agujero resultante de este manejo, correspondía al órgano genital femenino, o sea al cumplimiento de la amenaza de castración provocada por el onanismo (o la fantasía correspondiente). Esta formación sustitutiva presenta, a pesar de su carácter hipocondríaco, grandes analogías con una conversión histérica y, sin embargo, experimentamos la sensación de que en este caso debe desarrollarse algo distinto y que una histeria de conversión no podría presentar jamás tales productos sustitutivos. Un histérico no convertirá nunca un agujero tan pequeño como el dejado por la

extracción de una «espinilla», en símbolo de la vagina, a la que comparará, en cambio, con cualquier objeto que circunscriba una cavidad. Creemos, también, que la multiplicidad de los agujeros le impediría igualmente tomarlos como símbolo del genital femenino. Lo mismo podríamos decir de un joven paciente, cuya historia clínica relató el doctor Tausk hace ya años, ante la Sociedad Psicoanalítica de Viena. Este paciente se conducía en general, como un neurótico obsesivo, necesitaba largas horas para asearse y vestirse, etc. Pero presentaba el singularísimo rasgo de explicar espontáneamente, sin resistencia alguna, la significación de sus inhibiciones. Así, al ponerse los calcetines, le perturbaba la idea de tener que estirar las mallas del tejido, produciendo en él pequeños orificios, cada uno de los cuales constituía para él el símbolo del genital femenino. Tampoco este simbolismo es propio de un neurótico obsesivo. Uno de estos neuróticos, que padecía de igual dificultad al ponerse los calcetines, halló, una vez vencidas sus resistencias, la explicación de que el pie era un símbolo del pene y el acto de ponerse sobre él, el calcetín, una representación del onanismo, viéndose obligado a ponerse y quitarse una y otra vez el calcetín, en parte para completar la imagen de la masturbación y en parte para anularla.

Estos extraños caracteres de la formación sustitutiva y del síntoma en la esquizofrenia, dependen del predominio de la relación verbal sobre la objetiva. Entre el hecho de extraerse una «espinilla» de la piel, y una eyaculación, existe muy escasa analogía, y menos aún entre los infinitos poros de la piel y la vagina. Pero en el primer caso «brota» en ambos actos, algo, y al segundo puede aplicarse la cínica frase de que «un agujero es siempre un agujero». La semejanza de la expresión verbal y no la analogía de las cosas expresadas, es lo que ha decidido la sustitución. Así, pues, cuando ambos elementos —la palabra y el objeto— no coinciden, se nos muestra la formación sustitutiva esquizofrénica distinta de la que surge en las neurosis de transferencia.

Esta conclusión nos obliga a modificar nuestra hipótesis de que la carga de objetos queda interrumpida en la esquizofrenia y a reconocer que continúa siendo mantenida la carga de las imágenes *verbales* de los objetos. La representación consciente del objeto queda así descompuesta en dos elementos: *la imagen verbal* y *la de cosa*, consistente esta última en la carga,

no ya de huellas mnémicas objetivas directas, sino de huellas mnémicas más lejanas, derivadas de las primeras. Creemos descubrir aquí, cuál es la diferencia existente entre una representación consciente y una representación inconsciente. No son, como supusimos, distintas inscripciones del mismo contenido en diferentes lugares psíquicos, ni tampoco diversos estados funcionales de la carga, en el mismo lugar. Lo que sucede es que la representación consciente integra la representación objetiva más la correspondiente representación verbal, mientras que la inconsciente es tan sólo la representación objetiva. El sistema *Inc*. contiene las cargas objetivas de los objetos, o sea las primeras y verdaderas cargas de objeto. El sistema *Prec*. nace a consecuencia de la sobrecarga de la representación objetiva por su conexión con las representaciones verbales a ella correspondientes. Habremos de suponer, que estas sobrecargas son las que traen consigo una más elevada organización psíquica y hacen posible la sustitución del proceso primario por el proceso secundario, dominante en el sistema *Prec*. Podemos ahora expresar más precisamente qué es lo que la represión niega a las representaciones rechazadas, en la neurosis de transferencia. Les niega la traducción en palabras, las cuales permanecen enlazadas al objeto. La representación no concretada en palabras, o el acto psíquico no traducido, permanecen entonces, reprimidos, en el sistema *Inc*.

He de hacer resaltar, que este conocimiento, que hoy nos hace inteligible uno de los más singulares caracteres de la esquizofrenia, lo poseíamos hace ya mucho tiempo. En las últimas páginas de nuestra «Interpretación de los sueños», publicada en 1900, exponíamos ya, que los procesos mentales, esto es, los actos de carga más alejados de las percepciones, carecen, en sí, de cualidad y de consciencia, y sólo por la conexión con los restos de las percepciones *verbales*, alcanzan su capacidad de devenir conscientes. Las representaciones verbales, nacen, por su parte, de la percepción sensorial, en la misma forma que las representaciones objetivas, de manera que podemos preguntarnos por qué las representaciones objetivas no pueden devenir conscientes por medio de *sus* propios restos de percepción. Pero probablemente, el pensamiento se desarrolla en sistemas tan alejados de los restos de percepción primitivos, que no han recibido ninguna de sus cualidades, y precisan, para devenir conscientes, de una intensificación, por

medio de nuevas cualidades. Asimismo, pueden ser provistas de cualidades, por su conexión con palabras, aquellas cargas a las que la percepción no pudo prestar cualidad alguna, por corresponder, simplemente, a *relaciones* entre las representaciones de objetos. Estas relaciones concretadas en palabras, constituyen un elemento principalísimo de nuestros procesos mentales. Comprendemos que la conexión con representaciones verbales no coincide aún con el acceso a la consciencia, sino que se limita a hacerlo posible, no caracterizando, por lo tanto, más que al sistema *Prec*. Pero observamos, que con estas especulaciones, hemos abandonado nuestro verdadero tema, entrando de lleno en los problemas de lo preconsciente y lo inconsciente, que será más adecuado reservar para una investigación especial[1808].

En la esquizofrenia, que solamente rozamos aquí en cuanto nos parece indispensable para el conocimiento de lo inconsciente, surge la duda de si el proceso represivo que en ella se desarrolla tiene realmente algún punto de contacto con la represión de las neurosis de transferencia. La fórmula de que la represión es un proceso que se desarrolla entre los sistemas *Inc*. y *Prec*. (o *Cc*.) y cuyo resultado es la distanciación de la consciencia, precisa ser modificada si ha de comprender también los casos de demencia precoz y otras afecciones. Pero la tentativa de fuga del *yo*, que se exterioriza en la sustracción de la carga consciente, sigue siendo un elemento común [a ambos tipos de neurosis]. La observación más superficial nos enseña, por otro lado, que esta fuga del *yo* es fundamental en las neurosis narcisistas.

Si en la esquizofrenia consiste esta fuga en la sustracción de la carga instintiva de aquellos elementos que representan a la idea *inconsciente* del objeto, puede parecernos extraño que la parte de dicha representación correspondiente al sistema *Prec*. —las representaciones verbales a ella correspondientes— haya de experimentar una carga más intensa. Sería más bien de esperar, que la representación verbal hubiera de experimentar, por constituir la parte preconsciente, el primer impulso de la represión, resultando incapaz de carga una vez llegada la represión a las representaciones objetivas inconscientes. Esto parece difícilmente comprensible, pero se explica en cuanto reflexionamos que la carga de la representación verbal no pertenece a la labor represiva sino que constituye la primera de aquellas tentativas de restablecimiento o de curación que dominan tan singularmente el cuadro

clínico de la esquizofrenia. Estos esfuerzos aspiran a recobrar los objetos perdidos, y es muy probable que, con este propósito, tomen el camino hacia el objeto *pasando* por la parte verbal del mismo. Pero al obrar así, tienen que contentarse con las palabras en lugar de los objetos. Nuestra actividad anímica se mueve generalmente en dos direcciones opuestas, partiendo de los instintos, a través del sistema *Inc*., hasta la labor mental consciente, o por un estímulo externo, a través de los sistemas *Cc*. y *Prec*., hasta las cargas *Inc*. del *yo* y de los objetos. Este segundo camino tiene que permanecer transitable a pesar de la represión y se halla abierto hasta un cierto punto a los esfuerzos de la neurosis por recobrar sus objetos. Cuando pensamos abstractamente, corremos el peligro de desatender las relaciones de las palabras con las representaciones objetivas inconscientes, y no puede negarse que nuestro filosofar alcanza entonces una indeseada analogía de expresión y de contenido con la labor mental de los esquizofrénicos. Por otro lado, podemos decir que la labor mental de los esquizofrénicos se caracteriza por el hecho de manejar lo concreto como abstracto.

Si con las consideraciones que preceden hemos llegado a un exacto conocimiento del sistema *Inc*. y a determinar concretamente la diferencia entre las representaciones conscientes y las inconscientes, nuestras sucesivas investigaciones sobre otros diversos puntos aún no esclarecidos, habrán de conducirnos de nuevo a las conclusiones deducidas.

XCII

ADICIÓN METAPSICOLÓGIGA A LA TEORÍA DE LOS SUEÑOS[1809]

1915 (1917)

HEMOS de comprobar repetidamente cuán ventajoso es, para nuestra investigación, comparar entre sí determinados estados y fenómenos, que podemos considerar como modelos normales de ciertas afecciones patológicas. A este género pertenecen ciertos estados afectivos, como la aflicción y el enamoramiento, y otros de diferente naturaleza, entre los cuales citaremos el estado de reposo (dormir) y el fenómeno onírico.

Al acostarse con el propósito de dormir, se despoja el hombre de todas aquellas envolturas que encubren su cuerpo y de aquellos objetos que constituyen un complemento de sus órganos somáticos o una sustitución de partes de su cuerpo, esto es, de los lentes, la peluca, la dentadura postiza, etc., y obra igualmente con su psiquismo, renunciando a la mayoría de sus adquisiciones psíquicas y reconstituyendo, de este modo, en ambos sentidos, la situación que hubo de ser el punto de partida de su desarrollo vital. El dormir es, somáticamente, un retorno a la estancia en el seno materno, con todas sus características de quietud, calor y ausencia de estímulo. Muchos hombres llegan incluso a tomar durante su sueño, la posición fetal. El estado psíquico del durmiente se caracteriza por un retraimiento casi absoluto del mundo circunambiente y la cesación de todo interés hacia él.

Cuando investigamos los estados psiconeuróticos, nos vemos impulsados

a acentuar, en cada uno de ellos, las llamadas *regresiones temporales*, o sea el montante del retroceso que le es particular, hacia las más tempranas fases del desarrollo. Distinguimos dos de estas regresiones: la del desarrollo del *yo* y la del desarrollo de la libido. Esta última, llega, en el estado de reposo, hasta la reconstitución del *narcisismo primitivo*, y la primera, hasta la fase de la *satisfacción alucinatoria de deseos*.

Todo lo que sabemos de los caracteres psíquicos del estado de reposo, lo hemos averiguado en el estudio de los sueños. Éstos no nos muestran al hombre durmiendo, pero no pueden por menos de delatarnos algunos de los caracteres del estado de reposo. La observación nos ha descubierto algunas peculiaridades del fenómeno onírico, que al principio nos parecían ininteligibles, pero que luego hemos llegado a comprender perfectamente. Así, sabemos que el sueño es absolutamente egoísta y que la persona que en sus escenas desempeña el principal papel, es siempre la del durmiente. Esta circunstancia se deriva, naturalmente, del narcisismo del estado de reposo.

El narcisismo y el egoísmo son la misma cosa. La única diferencia está en que con el término de «narcisismo», acentuamos que el egoísmo es también un fenómeno libidinoso. O dicho de otro modo: el narcisismo puede ser considerado como el complemento libidinoso del egoísmo. También se nos hace comprensible la capacidad diagnóstica del sueño, que nos descubre, durante el reposo, los síntomas de una enfermedad en sus comienzos, síntomas que pasaban inadvertidos durante la vigilia. El fenómeno onírico amplifica, en efecto, hasta lo gigantesco, todas las sensaciones somáticas. Esta amplificación es de naturaleza hiponcondríaca, presupone que toda la carga psíquica ha sido retraída del mundo exterior y acumulada en el *yo*, y permite descubrir en el sueño, modificaciones somáticas, que durante la vigilia hubieran *permanecido* aún inadvertidas por algún tiempo.

Un sueño constituye la señal de que ha surgido algo que tendía a perturbar el reposo, y nos da a conocer la forma en que esta perturbación puede ser rechazada. El durmiente sueña en lugar de despertar bajo los efectos de la perturbación, resultando así el sueño un guardián del reposo. En lugar del estímulo interior que aspiraba a atraer la atención del sujeto, ha surgido un suceso exterior —el fenómeno onírico— cuyas aspiraciones han quedado satisfechas. Un sueño es, pues, una *proyección* al exterior, de un

proceso interior. Recordamos haber hallado ya en otro lugar, la proyección, entre los medios de defensa. También el mecanismo de la fobia histérica culminaba en el hecho de que el individuo podía protegerse, por medio de tentativas de fuga contra un peligro exterior, surgido en lugar de un estímulo instintivo interno. Pero hemos de aplazar el estudio detenido de la proyección hasta llegar al análisis de aquella afección narcisista en la que este mecanismo desempeña un principalísimo papel[1810].

Veamos cómo puede quedar perturbada la intención de dormir. La perturbación puede proceder de una excitación interior o de un estímulo exterior. Atenderemos en primer lugar, al caso menos transparente y más interesante, de la perturbación emanada del interior. La experiencia nos muestra, que los estímulos del sueño son restos diurnos, cargas mentales que no se han prestado a la general sustracción de las cargas y han conservado, a pesar de ella, una cierta medida de interés libidinoso o de otro género cualquiera. Así, pues, hallamos aquí una primera excepción del narcisismo del estado de reposo, excepción que da lugar a la elaboración onírica. Los restos diurnos se nos dan a conocer en el análisis, como ideas oníricas latentes, y tenemos que considerarlos, por su naturaleza y su situación, como representaciones preconscientes, pertenecientes al sistema *Prec*.

El subsiguiente esclarecimiento de la formación de los sueños no deja de oponernos determinadas dificultades. El narcisismo del estado de reposo significa la sustracción de la carga de todas las representaciones objetivas, y tanto de la parte inconsciente de las mismas como de su parte preconsciente. Así, pues, cuando comprobamos que determinados restos diurnos han permanecido cargados, no podemos inclinarnos a admitir que han adquirido durante la noche energía suficiente para atraer la atención de la consciencia. Más bien supondremos que la carga que conservan es mucho más débil que la que poseían durante el día. El análisis nos evita aquí más amplias especulaciones, demostrándonos, que estos restos diurnos tienen que recibir un refuerzo, emanado de las fuentes instintivas inconscientes, para poder surgir como formadores de sueños. Esta hipótesis no ofrece, al principio, dificultad ninguna, pues hemos de suponer, que la censura situada entre el sistema *Prec*. y el *Inc*. se halla muy disminuida durante el reposo, quedando, por lo tanto, muy facilitada la relación entre ambos sistemas.

Sin embargo, surge aquí una objeción que no podemos silenciar. Si el estado de reposo narcisista ha tenido por consecuencia el retraimiento de todas las cargas de los sistemas *Inc*. y *Prec*., faltará también la posibilidad de que los restos diurnos preconscientes sean intensificados por los impulsos instintivos inconscientes, los cuales han cedido también sus cargas al *yo*. La teoría de la formación de los sueños muestra, aquí, una evidente contradicción que sólo podremos salvar modificando nuestra hipótesis sobre el narcisismo del estado de reposo.

Esta hipótesis restrictiva queda también irrebatiblemente demostrada en la «demencia precoz», y su contenido no puede ser sino el de que la parte reprimida del sistema *Inc*. no obedece a los deseos de dormir emanados del *yo*, conserva su carga, total o fragmentariamente, y conquista, a consecuencia de la represión, una cierta independencia. Correlativamente, habría de ser mantenido, durante la noche, un cierto montante del esfuerzo de represión (de la contracarga), para eludir el peligro instintivo, aunque la oclusión de todos los caminos que conducen al desarrollo de afecto y a la motilidad, tiene que disminuir considerablemente el nivel de la contracarga necesaria. Así, pues, describiríamos en la forma siguiente, la situación que conduce a la formación de sueños: el deseo de dormir intenta retraer todas las cargas emanadas del *yo* y constituir un narcisismo absoluto. Este propósito no puede ser conseguido sino a medias, pues lo reprimido del sistema *Inc*. no obedece al deseo de dormir. Por lo tanto, tiene que ser mantenida también una parte de la contracarga, y la censura entre el sistema *Inc*. y el *Prec*. ha de permanecer vigilante aunque no tanto como durante el día. En la esfera de acción del *yo*, quedan despojados de sus cargas todos los sistemas.

Cuanto más fuertes son las cargas instintivas inconscientes más incompleto será el reposo. Existe también un caso extremo, en el cual el *yo* abandona su deseo de dormir, por sentirse incapaz de coartar los impulsos libertados durante el sueño, o dicho de otro modo, renuncia a dormir por miedo a sus sueños.

Más adelante, estimaremos en toda su amplia importancia, la hipótesis de la desobediencia de los impulsos reprimidos. Por ahora, nos limitaremos a proseguir nuestro examen de la formación de los sueños.

Como segunda excepción del narcisismo consignaremos la posibilidad

antes citada, de que también algunas de las ideas diurnas preconscientes opongan resistencia y conserven una parte de su carga. Ambos casos pueden ser, en el fondo, idénticos. La resistencia de los restos diurnos puede depender de su conexión, existente ya en la vigilia, con impulsos inconscientes. Pero también puede suceder algo menos sencillo, o sea que los restos diurnos no despojados totalmente de su carga, se pongan en relación con lo reprimido, durante el estado de reposo, merced a la mayor facilidad de comunicación entre los sistemas *Prec*. e *Inc*. En ambos casos tiene efecto el mismo progreso decisivo de la formación onírica, esto es, queda constituido el deseo onírico preconsciente, que *da expresión, con el material de los restos diurnos preconscientes, al impulso inconsciente*. Este deseo onírico debe ser distinguido de los restos diurnos. No existía en la vigilia y puede mostrar ya el carácter irracional que todo lo inconsciente manifiesta cuando lo traducimos a lo consciente. El deseo onírico no debe tampoco ser confundido con los sentimientos optativos que pueden existir entre las ideas preconscientes (latentes) del sueño. Pero cuando tales deseos aparecen integrados en dicho material, se asocia a ellos, intensificándolos.

Examinemos ahora los destinos subsiguientes de este impulso optativo, representante de una tendencia instintiva inconsciente, que se ha formado, como deseo onírico (fantasía realizadora de deseos) en el sistema *Prec*. Este impulso podría hallar su satisfacción por distintos caminos. Podría seguir el que consideramos normal durante la vigilia, o sea pasar desde el sistema *Prec*. a la consciencia, o crearse una descarga motora directa, eludiendo el sistema *Cc*. Pero la observación nos muestra que sigue un tercer camino, totalmente inesperado. En el primer caso, se convertiría en una idea delirante, cuyo contenido sería la realización del deseo, pero esto no sucede nunca durante el estado de reposo. (Aunque nos hallamos todavía muy poco familiarizados con las condiciones metapsicológicas de los procesos anímicos, podemos quizá deducir, de este hecho, que la descarga total de un sistema lo hace poco sensible a los estímulos). El segundo caso, o sea el de la descarga motora directa, debería quedar excluido por el mismo principio, pues el acceso a la motilidad se halla normalmente más allá de la censura de la consciencia, pero puede presentarse, excepcionalmente, constituyendo el *sonambulismo*. Ignoramos en qué condiciones surge esta posibilidad y a qué

obedece su poca frecuencia. Pero lo que realmente sucede en los sueños es algo tan singular como imprevisto. El proceso nacido en el sistema *Prec*. e intensificado por el sistema *Inc*., toma un camino regresivo a través del sistema *Inc*., en dirección a la percepción que tiende a la consciencia. Esta regresión es la tercera fase de la formación onírica y la calificamos de *tópica*, para diferenciarla de la *temporal*, antes mencionada. Ambas regresiones no coinciden necesariamente siempre, pero sí en el caso presente. La regresión de la excitación desde el sistema *Prec*. hasta la percepción, a través del sistema *Inc*., es al mismo tiempo, un retorno a la fase de la realización alucinatoria de deseos.

Por la interpretación de los sueños, conocemos de qué modo se desarrolla la regresión de los restos diurnos preconscientes en la elaboración onírica. Las ideas quedan transformadas en imágenes, predominantemente visuales, o sea reducidas las representaciones verbales a las objetivas correspondientes, como si todo el proceso se hallase dominado por la tendencia a la representabilidad. Una vez realizada la regresión, queda en el sistema *Inc*., una serie de cargas de recuerdos objetivos, sobre las cuales actúa el proceso psíquico primario hasta formar, por medio de su condensación y desplazamiento, el contenido manifiesto del sueño. Las representaciones verbales existentes entre los restos diurnos no son tratadas como representaciones verbales y sometidas a los efectos de la condensación y el desplazamiento, más que cuando constituyen residuos actuales y recientes de *percepciones* y no una exteriorización de *pensamientos*. De aquí, la afirmación desarrollada en nuestra «Interpretación de los sueños» y demostrada luego hasta la evidencia, de que las palabras y frases integradas en el contenido del sueño no son de nueva formación sino que constituyen una imitación de las palabras pronunciadas el día inmediatamente anterior, o, correspondientes a impresiones recibidas, durante el mismo, en la lectura, conversación, etcétera. Es harto singular la poca firmeza con que la elaboración onírica retiene las representaciones verbales, hallándose siempre dispuesta a cambiar unas palabras por otras, hasta encontrar aquella expresión que ofrece mayores facilidades para la representación plástica[1811].

Se nos revela aquí, la diferencia decisiva entre la elaboración onírica y la esquizofrenia. En ésta, son elaboradas, por el proceso primario, las palabras

mismas en las que aparece expresada la idea preconsciente, mientras que la elaboración onírica no recae sobre las palabras sino sobre las representaciones objetivas a que las mismas son previamente reducidas. El sueño conoce una regresión tópica. En cambio, la esquizofrenia, no. En el sueño, no se opone obstáculo ninguno a la relación entre las cargas (*Prec*.) de las palabras y las cargas (*Inc*.) de los objetos, relación absolutamente coartada en la esquizofrenia. La interpretación onírica disminuye, sin embargo, el alcance de esta diferencia. Al revelarnos, en su labor interpretadora, el curso de la elaboración de los sueños, explorando los caminos que conducen desde las ideas latentes a los elementos del sueño, descubriendo el aprovechamiento de los equívocos verbales e indicando los puentes de palabras, tendidos entre diversos sectores del material, hace la interpretación onírica una impresión tan pronto chistosa como esquizofrénica, y nos impulsa a olvidar que todas las operaciones verbales no son, para el sueño, sino una preparación de la regresión a los objetos.

El final del proceso onírico consiste en que el contenido ideológico, regresivamente transformado y convertido en una fantasía optativa, se hace consciente bajo la forma de una percepción sensorial, transformación durante la cual recibe la elaboración secundaria a la que es sometida toda percepción. Decimos entonces, que el deseo onírico es *alucinado*, y su cumplimiento encuentra, como tal alucinación, completo crédito. Esta parte final de la formación de los sueños presenta ciertos puntos oscuros, para cuyo esclarecimiento vamos a comparar el sueño con los estados patológicos afines.

La formación de la fantasía optativa y su regresión a la alucinación constituyen los elementos más importantes de la elaboración onírica, pero no le son exclusivamente peculiares. Por el contrario, los hallamos igualmente en dos estados patológicos: en la demencia aguda alucinatoria (la «amencia» de Meynert) y en la fase alucinaría de la esquizofrenia. El delirio alucinatorio de la amencia es una fantasía optativa claramente visible, y a veces, tan completamente ordenada como un bello sueño diurno. Pudiera hablarse en general de una *psicosis de deseo alucinatoria* y reconocerla tanto en el sueño como en la amencia. Existen también sueños, que no consisten sino en fantasías optativas de amplio contenido y nada deformadas. La fase

alucinatoria de la esquizofrenia no ha sido tan detenidamente estudiada. Parece ser, generalmente, de naturaleza compuesta, pero podría corresponder a una nueva tentativa de restitución, que tendería a devolver a las representaciones objetivas la carga libidinosa[1812]. Los demás estados alucinatorios que observamos en diversas afecciones patológicas, no pueden ser integrados en este paralelo, por carecer nosotros de experiencia propia sobre ellos y sernos imposible utilizar la de otros.

La psicosis optativa alucinatoria —en el sueño o en otro estado cualquiera— realiza dos funciones nada coincidentes. No sólo lleva a la consciencia deseos ocultos o reprimidos, sino que los representa como satisfechos y encuentra completo crédito. No puede afirmarse que los deseos inconscientes hayan de ser tenidos por realidades una vez que han logrado hacerse conscientes, pues nuestro juicio es muy capaz de distinguir las realidades, incluso de deseos y representaciones tan intensos como éstos. En cambio parece justificado admitir que la creencia en la realidad se halla ligada a la percepción sensorial. Cuando una idea ha encontrado el camino regresivo que conduce hasta las huellas mnémicas inconscientes de los objetos y desde ellas, hasta la percepción, reconocemos su percepción como real. Así, pues, la alucinación tendría como premisa obligada, la regresión. El mecanismo de esta última se nos revela fácilmente en el fenómeno onírico. La regresión de las ideas preconscientes del sueño hasta las imágenes mnémicas de las cosas, se nos revela, en efecto, como una consecuencia de la atracción que estas representaciones instintivas inconscientes —por ejemplo, los recuerdos reprimidos de sucesos vividos— ejercen sobre las ideas concretadas en palabras. Pero observamos en seguida, que seguimos aquí una falsa pista. Si el misterio de la alucinación no fuera otro que el de la regresión, toda regresión suficientemente intensa, habría de producir una alucinación con creencia en su realidad, y conocemos casos en los que una reflexión regresiva lleva a la consciencia imágenes mnémicas visuales muy precisas, que, sin embargo, no consideramos ni un solo instante como percepciones reales. Podríamos también representarnos, que la elaboración onírica avanza hasta tales imágenes mnémicas, haciendo conscientes las que eran inconscientes y presentándonos una fantasía optativa, que sentimos placenteramente, pero en la que no reconocemos la satisfacción real del deseo. La alucinación tiene,

pues, que ser algo más que la animación regresiva de las imágenes mnémicas *Inc*. en sí.

Es de una gran importancia práctica distinguir las percepciones, de las representaciones intensamente recordadas. Toda nuestra relación con el mundo exterior, o sea con la realidad, depende de esta capacidad. Hemos admitido la ficción de que no siempre la poseíamos, y de que, al principio de nuestra vida anímica, provocábamos la alucinación del objeto satisfactorio cuando sentíamos su necesidad. Pero la imposibilidad de conseguir por este medio la satisfacción, hubo de movernos muy pronto a crear un dispositivo, con cuyo auxilio conseguimos diferenciar una tal percepción optativa de una satisfacción real. O dicho de otro modo: abandonamos la satisfacción alucinatoria de deseos y establecimos una especie de *examen de la realidad*.

Nos preguntaremos ahora en qué consiste este examen de la realidad y cómo la psicosis optativa alucinatoria del sueño y de la «amencia» consiguen suprimirlo y reconstituir la antigua forma de la satisfacción.

La respuesta a esta interrogación se nos revela en cuanto emprendemos la labor de determinar más minuciosamente el tercero de nuestros sistemas psíquicos, el sistema *Cc*., que hasta ahora no hemos diferenciado con gran precisión del sistema *Prec*. Ya en *La interpretación de los sueños*, hemos tenido que considerar la percepción consciente como la función de un sistema especial, al que atribuimos determinadas cualidades y al que añadiremos ahora, justificadamente, otros distintos caracteres. Este sistema, al que dimos el nombre de sistema P., lo haremos coincidir ahora con el sistema *Cc*., de cuya labor depende la percatación. Pero ni aun así coincide por completo el hecho de la consciencia con la pertenencia a un sistema, pues ya hemos visto, que nos es imposible reconocer un lugar psíquico en el sistema *Cc*. o en el P.

Aplazando la resolución de esta dificultad hasta entrar de lleno en la investigación del sistema *Cc*., nos limitaremos a anticipar la hipótesis de que la alucinación consiste en una carga del sistema *Cc*. (*P*.), carga que no es efectuada, como normalmente, desde el exterior, sino desde el interior, y que tiene por condición el avance de la regresión hasta este sistema, pasando así por alto el examen de la realidad[1813].

En páginas anteriores[1814] y al tratar de los instintos y sus destinos, admitimos que el organismo, inerme en sus comienzos, pudo crearse, por

medio de sus percepciones, una primera orientación en el mundo, distinguiendo un «exterior» y un «interior», por la diversa relación de estos elementos con su acción muscular. Aquellas percepciones que le era posible suprimir por medio de un acto muscular, eran reconocidas como exteriores y reales. En cambio, cuando tales actos se demostraban ineficaces, es que se trataba de una percepción interior, a la que se negaba la realidad. La posesión de este medio de caracterizar la realidad es valiosísima para el individuo, que encuentra en él un arma de defensa contra ella y quisiera disponer de un poder análogo contra las exigencias perentorias de sus instintos. Por esta razón, se esfuerza tanto en *proyectar* al exterior aquello que en su interior le es motivo de displacer.

Esta función de la orientación en el mundo por medio de la distinción de un «exterior» y un «interior», hemos de adscribirla, exclusivamente, al sistema *Cc*. (P.). Este sistema tiene que disponer de una inervación motora, por medio de la cual comprueba si la percepción puede o no ser suprimida. El *examen de la realidad* no necesita ser cosa distinta de este dispositivo[1815]. Por ahora, nada más podemos decir, pues la naturaleza y la función del sistema *Cc*. nos son insuficientemente conocidas. El examen de la realidad forma parte, como las *censuras* que ya conocemos, de las *grandes instituciones del yo*. Dejándolo así establecido, esperaremos que el análisis de las afecciones narcisistas nos ayude a descubrir otras de estas instituciones.

En cambio, la patología nos revela ya de qué modo puede ser interrumpido o anulado el examen de la realidad, circunstancia que se nos muestra en la amencia o psicosis optativa, más claramente que en el sueño. La amencia es la reacción a una pérdida afirmada por la realidad, pero que ha de serle negada al *yo*, que no podría soportarla. En este caso, el *yo* interrumpe su relación con la realidad y sustrae, al sistema de las percepciones *Cc*., su carga, o mejor dicho, una carga cuya especial naturaleza habrá de ser aún objeto de investigación. Con este apartamiento de la realidad, queda interrumpido su examen y las fantasías optativas no reprimidas y completamente conscientes pueden penetrar en el sistema y son reconocidas como una realidad más satisfactoria.

La amencia nos ofrece el interesante espectáculo de una disociación entre el *yo* y uno de sus órganos, precisamente aquel que con más fidelidad le

servía y se hallaba más íntimamente ligado a él[1816].

Aquello que en la amencia lleva a cabo la represión, es realizado en el sueño, por la renuncia voluntaria. El estado de reposo no quiere saber nada del mundo exterior y retrae las cargas de los sistemas *Cc*., *Prec*., e *Inc*. en tanto en cuanto los elementos en ellos integrados obedecen al deseo de dormir. Con la falta de carga del sistema *Cc*., cesa la posibilidad de un examen de la realidad, y las excitaciones independientes del estado de reposo, que toman el camino de la regresión, lo encontrarán libre hasta el sistema *Cc*., en el cual pasarán por realidades indiscutibles[1817].

La psicosis alucinatoria de la demencia precoz, no puede, pues, pertenecer a los síntomas iniciales de la misma, y sólo surgirá cuando el *yo* del enfermo llega a una tal descomposición, que el examen de la realidad no evita ya el proceso alucinatorio.

Por lo que respecta a la psicología de los procesos oníricos, concluimos que todos los caracteres esenciales del sueño son determinados por la condición del estado de reposo. Aristóteles tuvo razón al decir que el fenómeno onírico constituía la actividad anímica del durmiente. Ampliando esta afirmación, diremos nosotros que el fenómeno onírico es un residuo de la actividad anímica del durmiente, permitido por el hecho de no haberse logrado totalmente el establecimiento del estado narcisista de reposo. Esto no parece muy distinto de lo que los psicólogos y filósofos vienen, desde siempre, afirmando, pero se funda en opiniones muy diferentes sobre la estructura y la función del aparato anímico, opiniones que presentan, sobre las anteriores, la ventaja de conducirnos a la inteligencia del fenómeno onírico en todas sus particularidades.

Consideraremos, por último, la significación que una *tópica* del proceso de la represión puede tener para nuestro conocimiento del mecanismo de las perturbaciones anímicas. En el sueño, la sustracción de la carga psíquica (libido, interés) alcanza por igual a todos los sistemas; en las neurosis de transferencia, es retraída la carga *Prec*.; en la esquizofrenia, la del sistema *Inc*.; y en la amencia, la del sistema *Cc*.

XCIII

DUELO Y MELANCOLÍA[1818]

1915 [1917]

DESPUÉS de habernos servido del sueño como modelo normal de las perturbaciones anímicas narcisistas, vamos a intentar *esclarecer la esencia de la melancolía*, comparándola con el duelo, afecto normal paralelo a ella. Pero esta vez hemos de anticipar una confesión, que ha de evitarnos conceder un valor exagerado a nuestros resultados. La melancolía, cuyo concepto no ha sido aún fijamente determinado, ni siquiera en la psiquiatría descriptiva, muestra diversas formas clínicas, a las que no se ha logrado reducir todavía a una unidad y entre las cuales hay algunas que recuerdan más las afecciones somáticas que las psicógenas. Abstracción hecha de algunas impresiones asequibles a todo observador, se limita nuestro material a un pequeño número de casos sobre cuya naturaleza psicógena, no cabía duda. Así, pues, nuestros resultados no aspiran a una validez general, pero nos consolaremos pensando, que con nuestros actuales medios de investigación, no podemos hallar nada que no sea *típico*, si no de toda una clase de afecciones, por lo menos de un grupo más limitado.

Las múltiples analogías del cuadro general de la melancolía con el del duelo justifican un estudio paralelo de ambos estados[1819]. En aquellos casos en los que nos es posible llegar al descubrimiento de las causas que los han motivado, las hallamos también coincidentes. El duelo es, por lo general, la reacción a la pérdida de un ser amado o de una abstracción equivalente: la

patria, la libertad, el ideal, etcétera. Bajo estas mismas influencias, surge en algunas personas, a las que por lo mismo, atribuimos una predisposición morbosa, la melancolía, en lugar del duelo. Es también muy notable, que jamás se nos ocurra considerar el duelo como un estado patológico y someter al sujeto afligido a un tratamiento médico, aunque se trata de un estado que le impone considerables desviaciones de su conducta normal. Confiamos, efectivamente, en que al cabo de algún tiempo, desaparecerá por sí solo, y juzgamos inadecuado e incluso perjudicial, perturbarlo.

La melancolía se caracteriza psíquicamente por un estado de ánimo profundamente doloroso, una cesación del interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de amar, la inhibición de todas las funciones, y la disminución del amor propio. Esta última se traduce en reproches y acusaciones de que el paciente se hace objeto a sí mismo y puede llegar incluso a una delirante espera de castigo. Este cuadro se nos hace más inteligible cuando reflexionamos que el duelo muestra también estos caracteres, a excepción de uno solo: de la perturbación del amor propio. El duelo intenso, reacción a la pérdida de un ser amado, integra el mismo doloroso estado de ánimo, la cesación del interés por el mundo exterior —en cuanto no recuerda a la persona fallecida—, la pérdida de la capacidad de elegir un nuevo objeto amoroso —lo que equivaldría a sustituir al desaparecido—, y el apartamiento de toda función no relacionada con la memoria del ser querido. Comprendemos que esta inhibición y restricción del *yo* es la expresión de su entrega total al duelo. En realidad, si este estado no nos parece patológico, es tan sólo porque nos lo explicamos perfectamente.

Aceptamos también el paralelo a consecuencia del cual calificamos de «doloroso» el estado de ánimo del duelo. Su justificación se nos evidenciará cuando lleguemos a caracterizar económicamente el dolor.

Mas ¿en qué consiste la labor que el duelo lleva a cabo? A mi juicio, podemos describirla en la forma siguiente: el examen de la realidad ha mostrado que el objeto amado no existe ya, y demanda que la libido abandone todas sus relaciones con el mismo. Contra esta demanda surge una resistencia naturalísima, pues sabemos que el hombre no abandona gustoso ninguna de las posiciones de su libido, aun cuando les haya encontrado ya una sustitución. Esta resistencia puede ser tan intensa que surjan el

apartamiento de la realidad y la conservación del objeto, por medio de una psicosis de deseo alucinatoria. (Cf. el estudio que precede). Lo normal es que el respeto a la realidad obtenga la victoria. Pero su mandato no puede ser llevado a cabo inmediatamente y sólo es realizado de un modo paulatino, con gran gasto de tiempo y de energía psíquica, continuando mientras tanto la existencia psíquica del objeto. Cada uno de los recuerdos y esperanzas que constituyen un punto de enlace de la libido con el objeto, es sucesivamente sobrecargado, realizándose en él la sustracción de la libido. No nos es fácil indicar, por qué la transacción que supone esta lenta y paulatina realización del mandato de la realidad, ha de ser tan dolorosa. Tampoco deja de ser singular que el doloroso displacer que trae consigo, nos parezca natural y lógico. Al final de la labor del duelo vuelve a quedar el *yo* libre y exento de toda inhibición.

Apliquemos ahora a la melancolía lo que del duelo hemos averiguado. En una serie de casos, constituye también, evidentemente, una reacción a la pérdida de un objeto amado. Otras veces, observamos que la pérdida es de naturaleza más ideal. El objeto no ha muerto, pero ha quedado perdido como objeto erótico (el caso de la novia abandonada). Por último, en otras ocasiones, creemos deber mantener la hipótesis de una tal pérdida, pero no conseguimos distinguir claramente lo que el sujeto ha perdido y hemos de admitir que tampoco a éste le es posible concebirlo conscientemente. A este caso podría reducirse también aquél en el que la pérdida, causa de la melancolía, es conocida al enfermo, el cual sabe a *quién* ha perdido, pero no *lo que* con él ha perdido. De este modo, nos veríamos impulsados a relacionar la melancolía con una pérdida de objeto substraída a la consciencia, diferenciándose así del duelo, en el cual, nada de lo que respecta a la pérdida es inconsciente.

En el duelo, nos explicamos la inhibición y la falta de interés, por la labor de duelo que absorbe el *yo*. La pérdida desconocida, causa de la melancolía, tendría también, como consecuencia, una labor interna análoga, a la cual habríamos de atribuir la inhibición que tiene efecto en este estado. Pero la inhibición melancólica nos produce una impresión enigmática, pues no podemos averiguar, qué es lo que absorbe tan por completo al enfermo. El melancólico muestra, además, otro carácter, que no hallamos en el duelo, una

extraordinaria disminución de su amor propio, o sea un considerable empobrecimiento de su *yo*. En el duelo el mundo aparece desierto y empobrecido ante los ojos del sujeto. En la melancolía es el *yo* lo que ofrece estos rasgos a la consideración del paciente. Éste nos describe su *yo* como indigno de toda estimación, incapaz de rendimiento valioso alguno, y moralmente condenable. Se dirige amargos reproches, se insulta y espera la repulsa y el castigo. Se humilla ante todos los demás y compadece a los suyos, por hallarse ligados a una persona tan indigna. No abriga idea ninguna de que haya tenido efecto en él una modificación, sino que extiende su crítica al pasado y afirma no haber sido nunca mejor. El cuadro de esta manía de empequeñecimiento se completa con insomnios, inapetencia y un sojuzgamiento, muy singular desde el punto de vista psicológico, del instinto que fuerza a todo lo animado a mantenerse en vida.

Tanto científica como terapéuticamente, sería infructuoso contradecir al enfermo, cuando expresa tales acusaciones contra su *yo*. Debe de tener cierta razón y describirnos algo, que es en realidad, como a él le parece. Así, muchos de sus datos, tenemos que confirmarlos, inmediatamente, sin restricción alguna. Es, realmente, tan incapaz de amor, de interés y de rendimiento como dice, pero todo esto es secundario y constituye, según sabemos, un resultado de la ignorada labor que devora a su *yo* y que podemos comparar a la labor del duelo. En otras de sus acusaciones, nos parece también tener razón, comprobando tan sólo, que percibe la verdad más claramente que otros sujetos, no melancólicos. Cuando en su autocrítica se describe como un hombre pequeño, egoísta, insincero y carente de ideas propias, preocupado siempre en ocultar sus debilidades, puede, en realidad, aproximarse considerablemente al conocimiento de sí mismo, y en este caso, nos preguntamos por qué ha tenido que enfermar, para descubrir tales verdades, pues es indudable que quien llega a una tal valoración de sí propio —análoga a la que el príncipe Hamlet se aplicaba y aplicaba a todos los demás[1820]—; es indudable, repetimos, que quien llega a una tal valoración de sí propio y la manifiesta públicamente, está enfermo, ya diga la verdad, ya se calumnie más o menos. No es tampoco difícil observar que entre la intensidad de la autocrítica del sujeto y su justificación real, según nuestra estimación del mismo, no existe correlación alguna. Una mujer, que antes de

enfermar de melancolía, ha sido siempre honrada, hacendosa y fiel, no hablará luego, mejor, de sí misma, que otra paciente, a la que nunca pudimos atribuir tales cualidades, e incluso habrá tenido más probabilidades de enfermar de melancolía. Por último, comprobamos el hecho singular de que el enfermo melancólico no se conduce tampoco como un individuo normal agobiado por los remordimientos. Carece, en efecto, de todo pudor ante los demás, sentimiento que caracteriza el remordimiento normal. En el melancólico, observamos el carácter contrario, o sea el deseo de comunicar a todo el mundo sus propios defectos, como si en este rebajamiento hallara una satisfacción.

Así, pues, carece de importancia que el paciente tenga o no razón en su autocrítica y que ésta coincida más o menos con nuestra propia opinión de su personalidad. Lo esencial es que describe exactamente su situación psicológica. Ha perdido la propia estimación y debe de tener razones para ello. Pero, admitiéndolo así, nos hallamos ante una contradicción, que nos plantea un complicado enigma. Conforme a la analogía de esta enfermedad con el duelo, habríamos de deducir, que el paciente ha sufrido la pérdida de un objeto, pero de sus manifestaciones inferimos que la pérdida ha tenido efecto en su propio *yo*.

Antes de ocuparnos de esta contradicción, consideraremos la perspectiva que la afección del melancólico nos abre en la constitución del *yo* humano. Vemos, en efecto, cómo una parte del *yo* se sitúa enfrente de la otra y la valora críticamente, como si la tomara por objeto. Subsiguientes investigaciones nos confirman que la instancia crítica disociada aquí del *yo*, puede demostrar igualmente, en otras distintas circunstancias, su independencia, y nos proporcionan base suficiente para distinguirla del *yo*. Es ésta la instancia a la que damos corrientemente el nombre de *conciencia moral*. Pertenece, con la censura de la consciencia y el examen de la realidad, a las grandes instituciones del *yo*, y puede enfermar por sí sola, como más adelante veremos. En el cuadro de la melancolía resalta el descontento con el propio *yo*, sobre todas las demás críticas posibles. La deformidad, la fealdad, la debilidad y la inferioridad social no son tan frecuentemente, objeto de la autovaloración del paciente. Sólo la pobreza o la ruina ocupa entre las afirmaciones o temores del enfermo, un lugar preferente.

Una observación nada difícil nos lleva luego al esclarecimiento de la contradicción antes indicada. Si oímos pacientemente las múltiples acusaciones del melancólico, acabamos por experimentar la impresión de que las más violentas resultan, con frecuencia, muy poco adecuadas a la personalidad del sujeto, y en cambio, pueden adaptarse, con pequeñas modificaciones, a otra persona, a la que el enfermo ama, ha amado o debía amar. Siempre que investigamos estos casos queda confirmada tal hipótesis, que nos da la *clave* del cuadro patológico, haciéndonos reconocer, que los reproches con los que el enfermo se abruma, corresponden en realidad, a otra persona, a un objeto erótico, y han sido vueltas contra el propio *yo*.

La mujer que compadece a su marido por hallarse ligado a un ser tan inútil como ella, reprocha, en realidad, al *marido*, su inutilidad, cualquiera que sea el sentido que dé a esta palabra. No podemos extrañar que entre estos reproches correspondientes a otra persona y vueltos hacia el *yo*, existan algunos referentes realmente al *yo*, reproches cuya misión es encubrir los restantes y dificultar el conocimiento de la verdadera situación. Estos reproches proceden del pro y el contra del combate amoroso que ha conducido a la pérdida erótica. También la conducta de los enfermos, se nos hace ahora más comprensible. Sus lamentos son acusaciones; no se avergüenzan ni se ocultan, porque todo lo malo que dicen de sí mismos se refiere, en realidad, a otras personas, y se hallan muy lejos de testimoniar, con respecto a los que les rodean, la humildad y obediencia que correspondería a tan indignas personas como afirman ser, mostrándose, por el contrario, sumamente irritables y susceptibles y como si estuvieran siendo objeto de una gran injusticia. Todo esto, sólo es posible porque las reacciones de su conducta moral parten aún de la constelación anímica de la rebelión, convertida en disociación melancólica por un cierto proceso.

Fácilmente podemos reconstituir éste. Al principio, existía una elección de objeto, o sea un enlace de la libido a una persona determinada. Por la influencia de una *ofensa real* o de un *desengaño*, inferido por persona amada, surgió una conmoción de esta relación objetiva, cuyo resultado no fue el normal, o sea la sustracción de la libido de este objeto y su desplazamiento hacia uno nuevo, sino otro muy distinto, que parece exigir, para su génesis, varias condiciones. La carga del objeto demostró ser poco resistente y quedó

abandonada, pero la libido libre no fue desplazada sobre otro objeto sino retraída al *yo*, y encontró en éste una aplicación determinada, sirviendo para establecer una *identificación* del *yo* con el objeto abandonado. La sombra del objeto cayó así sobre el *yo*, que a partir de este momento pudo ser considerado como una instancia especial, como un objeto y, en realidad, como el objeto abandonado. De este modo, se transformó la pérdida del objeto en una pérdida del *yo*, y el conflicto entre el *yo* y la persona amada, en una discordia entre la crítica del *yo* y el *yo* modificado por la identificación.

No es difícil adivinar algunos de los resultados y condiciones de este proceso. Por un lado, tiene que haber existido una enérgica fijación al objeto erótico y por otro, en contradicción con la misma, una escasa resistencia de la carga de objeto. Esta contradicción parece exigir según una acertadísima observación de Rank, que la elección de objeto haya tenido efecto sobre una base narcisista, de manera, que en el momento en que surja alguna contrariedad, pueda la carga de objeto retroceder al narcisismo. La identificación narcisista con el objeto se convierte entonces en un sustitutivo de la carga erótica, a consecuencia de la cual no puede ser abandonada la relación erótica, a pesar del conflicto con la persona amada. Esta sustitución del amor al objeto, por una identificación, es un importante mecanismo de las afecciones narcisistas. K. Landauer lo ha descubierto recientemente en el proceso curativo de una esquizofrenia. Corresponde, naturalmente, a la *regresión* de un tipo de la elección de objeto al narcisismo primitivo. En otro lugar, hemos expuesto ya, que la identificación es la fase preliminar de la elección de objeto y la primera forma, ambivalente en su expresión, utilizada por el *yo*, para distinguir a un objeto. Quisiera incorporárselo y correlativamente a la fase oral o caníbal del desarrollo de la libido, ingiriéndolo, o sea devorándolo. A esta relación refiere acertadamente Abraham, la inapetencia que surge en los graves estados de melancolía.

La conclusión a que nos lleva esta teoría, o sea la de que la predisposición a la melancolía, o una parte de ella, depende del predominio del tipo narcisista de la elección de objeto, no ha sido aún confirmada por la investigación. Al iniciar el presente estudio, reconocimos ya la influencia del material empírico en el que podíamos basarlo. Pero si nos fuera lícito suponer que nuestras deducciones coincidían con la realidad, no vacilaríamos en

integrar entre las características de la melancolía, la regresión de la carga del objeto a la fase oral de la libido, perteneciente aún al narcisismo. Las identificaciones con el objeto no son tampoco raras en las neurosis de transferencia, constituyendo, por el contrario, un conocido mecanismo de la formación de síntomas, sobre todo en la histeria. Pero entre la identificación narcisista y la histérica, existe la diferencia de que en la primera, es abandonada la carga del objeto, mantenida en cambio, en la segunda, en la cual produce efectos limitados generalmente a determinadas acciones e inervaciones. De todos modos, también en las neurosis de transferencia, es la identificación, expresión de una comunidad, que puede significar amor. La identificación narcisista es la más primitiva y nos conduce a la inteligencia de la identificación histérica, menos estudiada.

Así, pues, la melancolía toma una parte de sus caracteres, del duelo, y otra, del proceso de la regresión de la elección de objeto narcisista, al narcisismo. Por un lado, es, como el duelo, una reacción a la pérdida real del objeto erótico, pero además, se halla ligada a una condición que falta en el duelo normal, o la convierte en duelo patológico cuando se agrega a ella. La pérdida del objeto erótico constituye una excelente ocasión para hacer surgir la ambivalencia de las relaciones amorosas. Dada una predisposición a la neurosis obsesiva, la ambivalencia presta al duelo una estructura patológica, y la obliga a exteriorizarse en el reproche de haber deseado la pérdida del objeto amado o incluso ser culpable de ella. En tales depresiones obsesivas, consecutivas a la muerte de personas amadas, se nos muestra la obra que puede llevar a cabo, por sí solo, el conflicto de la ambivalencia, cuando no existe, simultáneamente, la retracción regresiva de la libido. Las causas de la melancolía van más allá del caso transparente de la pérdida por muerte del objeto amado, y comprenden todos los casos de ofensa, postergación y desengaño, que pueden introducir en la relación con el objeto, una antítesis de amor y odio, o intensificar una ambivalencia preexistente. Esta ambivalencia, de origen real unas veces y constitutivo otras, ha de tenerse muy en cuenta entre las premisas de la melancolía. Cuando el amor al objeto, amor que ha de ser conservado no obstante el abandono del objeto, llega a refugiarse en la identificación narcisista, recae el odio sobre este objeto sustitutivo, calumniándolo, humillándolo, haciéndole sufrir y encontrando en

este sufrimiento una satisfacción sádica. El tormento, indudablemente placiente, que el melancólico se inflige a sí mismo, significa, análogamente a los fenómenos correlativos de la neurosis obsesiva, la satisfacción de tendencias sádicas y de odio[1821], orientadas hacia un objeto, pero retrotraídas al *yo*. En ambas afecciones, suele el enfermo conseguir, por un camino indirecto, su venganza de los objetos primitivos, y atormentar a los que ama, por medio de la enfermedad, después de haberse refugiado en ésta, para no tener que mostrarles, directamente, su hostilidad. La persona que ha provocado la perturbación sentimental del enfermo y hacia la cual se halla orientada su enfermedad, suele ser una de las más íntimamente ligadas a ella. De este modo, la carga erótica del melancólico, experimenta un doble destino. Una parte de ella retrocede hasta la identificación, y la otra hasta la fase sádica, bajo el influjo de la ambivalencia.

Este sadismo nos aclara el enigma de la tendencia al suicidio, que tan interesante y tan peligrosa hace a la melancolía. Hemos reconocido como estado primitivo y punto de partida de la vida instintiva un tan extraordinario egoísmo del *yo*, y comprobamos en la angustia provocada por una amenaza de muerte, la liberación de un tan enorme montante de libido narcisista, que no comprendemos cómo el *yo* puede consentir en su propia destrucción. Sabíamos, ciertamente, que ningún neurótico experimenta impulsos al suicidio que no sean impulsos homicidas, orientados primero hacia otras personas y vueltos luego contra el *yo*, pero continuábamos sin comprender por medio de qué juego de fuerzas podían convertirse tales impulsos en actos. El análisis de la melancolía nos muestra ahora, que el *yo* no puede darse muerte sino cuando el retorno de la carga del objeto le hace posible tratarse a sí mismo como un objeto, esto es, cuando puede dirigir contra sí mismo la hostilidad hacia un objeto, hostilidad que representa la reacción primitiva del *yo* contra los objetos del mundo exterior. (Cf. *Los instintos y sus destinos*). Así, en la regresión de la elección narcisista de objeto, queda el objeto abandonado mas a pesar de ello, ha demostrado ser más poderoso que el *yo*. En el suicidio y en el enamoramiento extremo —situaciones opuestas—, queda el *yo* igualmente dominado por el objeto, si bien en forma muy distinta.

Parece también justificado derivar uno de los caracteres más singulares de

la melancolía —el miedo a la ruina y al empobrecimiento— del erotismo anal, desligado de sus relaciones y transformado regresivamente.

La melancolía nos plantea aún otras interrogaciones, cuya solución nos es imposible alcanzar por ahora. Comparte con el duelo el carácter de desaparecer al cabo de cierto tiempo, sin dejar tras sí grandes modificaciones. En el duelo, explicamos este carácter, admitiendo que era necesario un cierto espacio de tiempo para la realización paulatina del mandato de la realidad, labor que devolvía al *yo* la libertad de su libido, desligándola del objeto perdido. En la melancolía, podemos suponer al *yo*, entregado a una labor análoga, pero, ni en este caso ni en el del duelo, logramos llegar a una comprensión económica del proceso. El insomnio de la melancolía testimonia quizá de la rigidez de este estado, o sea de la imposibilidad de que se lleve a cabo la retracción general de las cargas, necesaria para el establecimiento del estado de reposo. El complejo melancólico se conduce como una herida abierta. Atrae a sí, de todos lados, energías de carga (a las cuales hemos dado, en las neurosis de transferencia, el nombre de «contracargas») y alcanza un total empobrecimiento del *yo*, resistiéndose a su deseo de dormir. En el cotidiano alivio del estado melancólico durante las horas de la noche, debe de intervenir un factor probablemente somático, inexplicable desde el punto de vista psicógeno. A estas reflexiones viene a agregarse la pregunta de si la pérdida del *yo*, no bastaría por sí sola, sin intervención ninguna del sujeto, para engendrar la melancolía. Igualmente, habremos de plantearnos el problema de si un empobrecimiento tóxico directo de la libido del *yo* podría ser suficiente para provocar determinadas formas de la afección melancólica.

La peculiaridad más singular de la melancolía, es su tendencia a transformarse en manía, o sea en un estado sintomáticamente opuesto. Sin embargo, no toda melancolía sufre esta transformación. Algunos casos no pasan de recidivas periódicas, cuyos intervalos muestran, cuanto más, un ligerísimo matiz de manía. Otros presentan aquella alternativa regular de fases melancólicas y maníacas, que constituye la locura cíclica. Excluiríamos estos casos de la concepción psicógena, si precisamente para muchos de ellos no hubiera hallado el psicoanálisis una solución y una terapéutica. Estamos, pues, obligados a extender a la manía, nuestra explicación analítica de la

melancolía.

No podemos comprometernos a alcanzar en esta tentativa, un resultado completamente satisfactorio. Probablemente, no lograremos sin una primera orientación. Disponemos, para ella, de dos puntos de apoyo, consistente el primero en una impresión derivada de la práctica psicoanalítica, y el segundo, en una experiencia general de orden económico. La impresión, comunicada ya por diversos observadores psicoanalíticos, es la de que el contenido de la manía es idéntico al de la melancolía. Ambas afecciones lucharían con el mismo «complejo», el cual sojuzgaría al *yo* en la melancolía y quedaría sometido o apartado por el *yo*, en la manía. El otro punto de apoyo, es la experiencia de que todos los estados de alegría, júbilo y triunfo, que nos muestran el paralelo normal de la manía, presentan la misma condicionalidad económica. Trátase en ellos, de una influencia que hace de repente, superfluo un esfuerzo psíquico sostenido durante largo tiempo o constituido en obediencia a un hábito, quedando entonces tal esfuerzo disponible para las más diversas aplicaciones y posibilidades de descarga. Este caso se da, por ejemplo, cuando un pobre diablo es obsequiado por la fortuna con una herencia, que habrá de libertarle de su crónica lucha por el pan cotidiano; cuando una larga y penosa pugna se ve coronada por el éxito; cuando logramos desembarazarnos de una coerción que venía pesando sobre nosotros hace largo tiempo, etc. Todas estas situaciones se caracterizan por un alegre estado de ánimo, por los signos de descarga de la alegría y por una intensa disposición a la actividad, caracteres que son también de los de la manía y constituyen la antítesis de la depresión e inhibición propias de la melancolía. Podemos, pues, atrevernos a decir, que la manía no es sino un tal triunfo, salvo que el *yo* ignora nuevamente el objeto sobre el cual lo ha conseguido. La intoxicación alcohólica, que pertenece a la misma clase de estados, en tanto es uno de elación, puede explicarse de la misma forma. Aquí, probablemente por toxinas, hay una suspensión del gasto de energía de represión. La opinión popular gusta afirmar que una persona en estado maníaco de este tipo encuentra tal placer del movimiento y la acción porque está muy ‘alegre’. Esta relación falsa debe ser corregida. La verdad es que la condición económica en la mente del sujeto, como ya hemos visto más arriba, ha sido cumplida, y ésta es la razón por la que, por un lado, está de tan buen

ánimo, y por el otro, tan desinhibido en la actividad.

Si estos dos puntos de apoyo los colocamos juntos, veremos lo que sigue.

Resulta, pues, que en la manía, tiene que haber dominado el *yo* la pérdida del objeto (o el duelo producido por dicha pérdida o quizá al objeto mismo), quedando así disponible todo el montante de contracarga que el doloroso sufrimiento de la melancolía había atraído del *yo* y ligado. El maníaco nos evidencia su emancipación del objeto que le hizo sufrir, emprendiendo con ansia, nuevas cargas de objeto.

Esta explicación parece plausible, pero en primer lugar, no es aún suficientemente precisa, y en segundo, hace surgir más problemas y dudas de los que por ahora nos es posible resolver. De todos modos, no queremos eludir su discusión, aunque no esperemos llegar por ella a un completo esclarecimiento.

El duelo normal supera también la pérdida del objeto y absorbe, mientras dure, igualmente todas las energías del *yo*. Mas ¿por qué no surge en ella ni el más leve indicio de la condición económica necesaria para la emergencia de una fase de triunfo consecutiva a su término? No nos es posible dar respuesta a esta objeción, refleja nuestra impotencia para indicar por qué medios económicos lleva a cabo el duelo su labor. Quizá pueda auxiliarnos aquí una nueva sospecha. La realidad impone a cada uno de los recuerdos y esperanzas que constituyen puntos de enlace de la libido con el objeto, su veredicto de que dicho objeto no existe ya, y el *yo*, situado ante la interrogación de si quiere compartir tal destino, se decide, bajo la influencia de las satisfacciones narcisista de la vida, a abandonar su ligamen con el objeto destruido. Podemos, pues, suponer, que este abandono se realiza tan lenta y paulatinamente, que al llegar a término, ha agotado el esfuerzo necesario para tal labor[1822].

Al emprender una tentativa de desarrollar una descripción de la labor de la melancolía, partiendo de nuestra hipótesis sobre la labor del duelo, tropezamos en seguida, con una dificultad. Hasta ahora, no hemos atendido apenas en la melancolía, al punto de vista tópico, ni nos hemos preguntado en qué sistemas psíquicos se desarrolla la labor de la melancolía. Habremos pues, de investigar cuál es la parte de los procesos de esta afección, que se desarrolla en las cargas de objeto inconscientes, y cuál en la sustitución de las

mismas en el *yo*, por identificación.

Es fácil decir que la representación inconsciente del objeto es abandonada por la libido. Pero, en realidad, esta idea se halla representada por innumerables impresiones (huellas inconscientes de las mismas), y la realización de la sustracción de la libido no puede ser un proceso momentáneo, sino, como en el duelo, un proceso lento y paulatino. No podemos determinar si comienza simultáneamente en varios lugares o sigue un cierto orden progresivo. En los análisis se observa, que tan pronto queda activado un recuerdo como otro y que las lamentaciones del enfermo, fatigosas por su monotonía, proceden sin embargo, cada vez, de una distinta base inconsciente. Cuando el objeto no posee para el *yo* una importancia tan grande, intensificada por mil conexiones distintas, no llega su pérdida a ocasionar un estado de duelo o de melancolía. La realización paulatina del desligamiento de la libido, es, por lo tanto, un carácter común del duelo y la melancolía, se basa probablemente en las mismas circunstancias económicas y obedece a las mismas tendencias.

Pero la melancolía posee, como ya hemos visto, un contenido más amplio que el duelo normal. En ella, la relación con el objeto queda complicada por la ambivalencia. Ésta puede ser constitucional, o sea depender de cada una de las relaciones eróticas del *yo*, o proceder de los sucesos que traen consigo la amenaza de la pérdida del objeto. Así, pues, las causas estimulantes de la melancolía son más numerosas que las del duelo, el cual sólo es provocado, en realidad, por la muerte del objeto. Trábanse así, en la melancolía, infinitos combates aislados en derredor del objeto, combates en los que el odio y el amor luchan entre sí, el primero para desligar a la libido del objeto, y el segundo, para evitarlo. Estos combates aislados se desarrollan en el sistema *Inc*., o sea en el reino de las huellas mnémicas objetivas. En este mismo sistema se desarrollan también las tentativas de desligamiento del duelo, pero en este caso, no hay nada que se oponga al acceso de tales procesos a la consciencia, por el camino normal a través del sistema *Prec*. Este camino queda cerrado para la labor melancólica, quizá a causa de numerosos motivos aislados o de la acción conjunta de los mismos. La ambivalencia constitutiva pertenece de por sí a lo reprimido y los sucesos traumáticos en los que ha intervenido el objeto, pueden haber activado otros elementos reprimidos. Así,

pues, la totalidad de estos combates provocados por la ambivalencia queda substraída a la consciencia hasta que llega el desenlace característico de la melancolía. Este desenlace consiste, como sabemos, en que la carga de libido amenazada abandona por fin el objeto, pero sólo para retraerse a aquel punto del *yo* del que había emanado. El amor elude de este modo, la supresión, refugiándose en el *yo*. Después de esta regresión de la libido, puede hacerse consciente el proceso y se representa a la consciencia como un conflicto entre una parte del *yo* y la instancia crítica.

Así, pues, lo que la consciencia averigua de la labor melancólica, no es la parte esencial de la misma, ni tampoco aquélla a la que podemos atribuir una influencia sobre la solución de la enfermedad. Vemos que el *yo* se humilla y se encoleriza contra sí mismo, pero no sabemos cuáles pueden ser las consecuencias de este proceso ni cómo modificarlo. Por analogía con el duelo podemos atribuir a la parte *inconsciente* de la labor melancólica una tal influencia modificadora. Del mismo modo que el duelo mueve al *yo* a renunciar al objeto, comunicándole su muerte y ofreciéndole, como premio, la vida, para decidirle, así disminuye cada uno de los combates provocados por la ambivalencia, la fijación de la libido al objeto, desvalorizándolo y en definitiva, asesinándolo. Es muy posible que el proceso llegue a su término en el sistema *Inc*., una vez apaciguada la cólera del *yo* o abandonado el objeto por considerarlo carente ya de todo valor. Ignoramos cuál de estas dos posibilidades pone fin regularmente, o con mayor frecuencia, a la melancolía, y cómo este final influye sobre el curso subsiguiente del caso. El *yo* puede gozar quizá de la satisfacción de reconocerse superior al objeto.

Sin embargo, ni aun aceptando esta concepción de la labor melancólica, conseguimos llegar al completo esclarecimiento deseado. Nuestra esperanza de derivar de la ambivalencia, la condición económica del nacimiento de la manía al término de la melancolía, podía fundarse en analogías comprobadas en otros sectores, pero tropezamos con un hecho que nos obliga a abandonarla. De las tres premisas de la melancolía: la pérdida del objeto, la ambivalencia y la regresión de la libido al *yo*, volvemos a hallar las dos primeras en los reproches obsesivos consecutivos al fallecimiento de una persona. En este caso, la ambivalencia constituye el motor del conflicto, y comprobamos, que acabado el mismo, no surge el menor indicio de manía.

De este modo, hemos de reconocer que el tercer factor es el único eficaz. Aquella acumulación de carga, ligada al principio, que se libera al término de la melancolía y hace posible la manía, tiene que hallarse relacionada con la regresión de la libido al narcisismo. El conflicto que surge en el *yo* y que la melancolía sustituye por la lucha en derredor del objeto, tiene que actuar como una herida dolorosa, que exige una contracarga extraordinariamente elevada. Pero creemos conveniente hacer aquí alto y aplazar la explicación de la manía hasta haber llegado al conocimiento de la naturaleza económica del *dolor físico*, y después, a la del *dolor psíquico*, análogo a él. Sabemos ya, en efecto, que la coherencia de los complicados problemas anímicos nos obliga a abandonar sin terminarla, cada una de nuestras investigaciones parciales, hasta tanto que los resultados de otra nos auxilien en su continuación[1823].

XCIV

CONSIDERACIONES DE ACTUALIDAD SOBRE LA GUERRA Y LA MUERTE[1824]

1915

I. **Nuestra decepción ante la guerra**

ARRASTRADOS por el torbellino de esta época de guerra, sólo unilateralmente informados, a distancia insuficiente de las grandes transformaciones que se han cumplido ya o empiezan a cumplirse y sin atisbo alguno del futuro que se está estructurando, andamos descaminados en la significación que atribuimos a las impresiones que nos agobian y en la valoración de los juicios que formamos. Quiere parecernos como si jamás acontecimiento alguno hubiera destruido tantos preciados bienes comunes a la Humanidad, trastornado tantas inteligencias, entre las más claras, y rebajado tan fundamentalmente las cosas más elevadas. ¡Hasta la ciencia misma ha perdido su imparcialidad desapasionada! Sus servidores, profundamente irritados, procuran extraer de ella armas con que contribuir a combatir al enemigo. El antropólogo declara inferior y degenerado al adversario, y el psiquiatra proclama el diagnóstico de su perturbación psíquica o mental. Pero, probablemente, sentimos con desmesurada intensidad la maldad de esta época y no tenemos derecho a compararla con la de otras que no hemos vivido.

El individuo que no ha pasado a ser combatiente, convirtiéndose con ello en una partícula de la gigantesca maquinaria guerrera, se siente desorientado

y confuso. Habrá, pues, de serle grata toda indicación que le haga más fácil orientarse de nuevo, por lo menos en su interior. Entre los factores responsables de la miseria anímica que aqueja a los no combatientes, y cuya superación les plantea tan arduos problemas, quisiéramos hacer resaltar dos, a los que dedicaremos el presente ensayo: la decepción que esta guerra ha provocado y el cambio de actitud espiritual ante la muerte al que —como todas las guerras— nos ha forzado.

Cuando hablamos de una decepción ya sabe todo el mundo a la que nos referimos. No es preciso ser un fanático de la compasión; puede muy bien reconocerse la necesidad biológica y psicológica del sufrimiento para la economía de la vida humana y condenar, sin embargo, la guerra, sus medios y sus fines y anhelar su término. Nos decíamos, desde luego, que las guerras no podrían terminar mientras los pueblos vivieran en tan distintas condiciones de existencia, en tanto que la valoración de la vida individual difiera tanto de unos a otros y los odios que los separan representaran fuerzas instintivas anímicas tan poderosas. Estábamos, pues, preparados a que la Humanidad se viera aún, por mucho tiempo, envuelta en guerras entre los pueblos primitivos y los civilizados, entre las razas diferenciadas por el color de la piel e incluso entre los pueblos menos evolucionados o involucionados de Europa. Pero de las grandes naciones de raza blanca, señoras del mundo, a las que ha correspondido la dirección de la Humanidad, a las que se sabía al cuidado de los intereses mundiales y a las cuales se deben los progresos técnicos realizados en el dominio de la Naturaleza, tanto como los más altos valores culturales, artísticos y científicos; de estos pueblos se esperaba que sabrían resolver de otro modo sus diferencias y sus conflictos de intereses. Dentro de cada una de estas naciones se habían prescrito al individuo elevadas normas morales, a las cuales debía ajustar su conducta si quería participar en la comunidad cultural. Tales preceptos, rigurosísimos a veces, le planteaban cumplidas exigencias, una amplia autolimitación y una acentuada renuncia a la satisfacción de sus instintos. Ante todo, le estaba prohibido servirse de las extraordinarias ventajas que la mentira y el engaño procuran en la competencia con los demás. El Estado civilizado consideraba estas normas morales como el fundamento de su existencia, salía abiertamente en su defensa apenas alguien intentaba infringirlas e incluso declaraba ilícito

someterlas siquiera al examen de la razón crítica. Era, pues, de suponer que él mismo quería respetarlas y que no pensaba intentar contra ellas nada que constituyera una negación de los fundamentos de su misma experiencia. Por último, pudo observarse cómo dentro de estas naciones civilizadas había insertos ciertos restos de pueblos que eran, en general, poco gratos y a los que, por lo mismo, sólo a disgusto y con limitaciones se los admitía a participar en la obra de cultura común, para la cual se habían demostrado, sin embargo, suficientemente aptos. Pero podía creerse que los grandes pueblos mismos habían adquirido comprensión suficiente de sus elementos comunes y tolerancia bastante de sus diferencias para no fundir ya en uno solo, como sucedía en la antigüedad clásica, los conceptos de «extranjero» y «enemigo».

Confiando en este acuerdo de los pueblos civilizados, innumerables hombres se expatriaron para domiciliarse en el extranjero y enlazaron su existencia a las relaciones comerciales entre los pueblos amigos. Y aquéllos a quienes las necesidades de la vida no encadenaban constantemente al mismo lugar podían formarse, con todas las ventajas y todos los atractivos de los países civilizados, una nueva patria mayor, que recorrían sin trabas ni sospechas. Gozaban así de los mares grises y los azules, de la belleza de las montañas nevadas y las verdes praderas, del encanto de los bosques norteños y de la magnificencia de la vegetación meridional, del ambiente de los paisajes sobre los que se ciernen grandes recuerdos históricos y de la serenidad de la Naturaleza intacta. Esta nueva patria era también para ellos un museo colmado de todos los tesoros que los artistas de la Humanidad civilizada habían creado y legado al mundo desde muchos años atrás. Al peregrinar de una en otra sala de este magno museo podían comprobar imparcialmente cuán diversos tipos de perfección habían creado la mezcla de sangres, la Historia y la peculiaridad de la madre Tierra entre sus compatriotas de la patria mundial. Aquí se había desarrollado, en grado máximo, una serena energía indomable; allá, el arte de embellecer la vida; más allá, el sentido del orden y de la ley o alguna otra de las cualidades que han hecho del hombre el dueño de la Tierra.

No olvidemos tampoco que todo ciudadano del mundo civilizado se había creado un «Parnaso» especial y una especial «Escuela de Atenas». Entre los grandes pensadores, los grandes poetas y los grandes artistas de todas las

naciones había elegido aquéllos a los que creía deber más y había unido en igual veneración a los maestros de su mismo pueblo y su mismo idioma y a los genios inmortales de la Antigüedad. Ninguno de estos grandes hombres le había parecido extraño a él porque hubiera hablado otra lengua: ni el incomparable investigador de las pasiones humanas, ni el apasionado adorador de la belleza, ni el profeta amenazador, ni el ingenioso satírico, y jamás se reprochaba por ello haber renegado de su propia nación ni de su amada lengua materna.

El disfrute de la comunidad civilizada quedaba perturbado en ocasiones por voces premonitoras que recordaban cómo, a consecuencia de antiguas diferencias tradicionales, también entre los miembros de la misma eran inevitables las guerras. Voces a las que nos resistíamos a prestar oídos. Pero aun suponiendo que tal guerra llegara, ¿cómo se le representaba a uno? Como una ocasión de mostrar los progresos alcanzados por la solidaridad humana desde aquella época en que los griegos prohibieron asolar las ciudades pertenecientes a la Confederación, talar sus olivares o cortarles el agua. Como un encuentro caballeresco que quisiera limitarse a demostrar la superioridad de una de las partes evitando en lo posible graves daños que no hubieran de contribuir a tal decisión y respetando totalmente al herido que abandona la lucha y al médico y al enfermero dedicados a su curación. Y, desde luego, con toda consideración a la población no beligerante, a las mujeres, alejadas del oficio de la guerra, y a los niños, que habrían de ser más adelante, por ambas partes, amigos y colaboradores. E igualmente, con pleno respeto a todas las empresas e instituciones internacionales en las que habían encarnado la comunidad cultural de los tiempos pacíficos.

Tal guerra habría ya integrado horrores suficientes y difíciles de soportar, pero no habría interrumpido el desarrollo de las relaciones éticas entre los elementos individuales de la Humanidad, los pueblos y los Estados.

La guerra, en la que no queríamos creer, estalló y trajo consigo una terrible decepción. No es tan sólo más sangrienta y más mortífera que ninguna de las pasadas, a causa del perfeccionamiento de las armas de ataque y defensa, sino también tan cruel, tan enconada y tan sin cuartel, por lo menos, como cualquiera de ellas. Infringe todas las limitaciones a las que los pueblos se obligaron en tiempos de paz —el llamado Derecho Internacional

— y no reconoce ni los privilegios del herido y del médico, ni la diferencia entre los núcleos combatientes y pacíficos de la población, ni la propiedad privada. Derriba, con ciega cólera, cuanto le sale al paso, como si después de ella no hubiera ya de existir futuro alguno ni paz entre los hombres. Desgarra todos los lazos de solidaridad entre los pueblos combatientes y amenaza dejar tras de sí un encono que hará imposible, durante mucho tiempo, su reanudación.

Ha hecho, además, patente el fenómeno, apenas concebible, de que los pueblos civilizados se conocen y comprenden tan poco, que pueden revolverse, llenos de odio y de aborrecimiento, unos contra otros. Y el de que una de las grandes naciones civilizadas se ha hecho universalmente tan poco grata, que ha podido arriesgarse la tentativa de excluirla, como «bárbara», de la comunidad civilizada, no obstante tener demostrada, hace ya mucho tiempo, con las más espléndidas aportaciones, su íntima pertenencia a tal comunidad. Abrigamos la esperanza de que una Historia imparcial aportará la prueba de que precisamente esta nación, en cuyo idioma escribimos y por cuya victoria combaten nuestros seres queridos, es la que menos ha transgredido las leyes de la civilización. Pero ¿quién puede, en tiempos como éstos, erigirse en juez de su propia causa?

Los pueblos son representados hasta cierto punto por los Estados que constituyen, y estos Estados, a su vez, por los Gobiernos que los rigen. El ciudadano individual comprueba con espanto en esta guerra algo que ya vislumbró en la paz; comprueba que el Estado ha prohibido al individuo la injusticia, no porque quisiera abolirla, sino porque pretendía monopolizarla, como el tabaco y la sal. El Estado combatiente se permite todas las injusticias y todas las violencias, que deshonrarían al individuo. No utiliza tan sólo contra el enemigo la astucia permisible (*ruses de guerre*), sino también la mentira a sabiendas y el engaño consciente, y ello es una medida que parece superar la acostumbrada en guerras anteriores. El Estado exige a sus ciudadanos un máximo de obediencia y de abnegación, pero los incapacita con un exceso de ocultación de la verdad y una censura de la intercomunicación y de la libre expresión de sus opiniones, que dejan indefenso el ánimo de los individuos así sometidos intelectualmente, frente a toda situación desfavorable y todo rumor desastroso. Se desliga de todas las

garantías y todos los convenios que habían concertado con otros Estados y confiesa abiertamente su codicia y su ansia de poderío, a las que el individuo tiene que dar, por patriotismo, su visto bueno.

No es admisible la objeción de que el Estado no puede renunciar al empleo de la injusticia, porque tal renuncia le colocaría en situación desventajosa. También para el individuo supone una desventaja la sumisión a las normas morales y la renuncia al empleo brutal del poderío, y el Estado sólo muy raras veces se muestra capaz de compensar al individuo todos los sacrificios que de él ha exigido. No debe tampoco asombrarnos que el relajamiento de las relaciones morales entre los pueblos haya repercutido en la moralidad del individuo, pues nuestra conciencia no es el juez incorruptible que los moralistas suponen, es tan sólo, en su origen, «angustia social», y no otra cosa. Allí donde la comunidad se abstiene de todo reproche, cesa también la yugulación de los malos impulsos, y los hombres cometen actos de crueldad, malicia, traición y brutalidad, cuya posibilidad se hubiera creído incompatible con su nivel cultural.

De este modo, aquel ciudadano del mundo civilizado al que antes aludimos se halla hoy perplejo en un mundo que se le ha hecho ajeno, viendo arruinada su patria mundial, asoladas las posesiones comunes y divididos y rebajados a sus conciudadanos.

Podemos, sin embargo, someter a una consideración crítica tal decepción y hallaremos que no está, en rigor, justificada, pues proviene del derrumbamiento de una ilusión. Las ilusiones nos son gratas porque nos ahorran sentimientos displacientes y nos dejan, en cambio, gozar de satisfacciones. Pero entonces habremos de aceptar sin lamentarnos que alguna vez choquen con un trozo de realidad y se hagan pedazos.

Dos cosas han provocado nuestra decepción en esta guerra: la escasa moralidad exterior de los Estados, que interiormente adoptan el continente de guardianes de las normas morales, y la brutalidad en la conducta de los individuos de los que no se había esperado tal cosa como copartícipes de la más elevada civilización humana.

Empecemos por el segundo punto e intentemos concretar en una sola frase, lo más breve posible, la idea que queremos criticar. ¿Cómo nos representamos en realidad el proceso por el cual un individuo se eleva a un

grado superior de moralidad? La primera respuesta será, quizá, la de que el hombre es bueno y noble desde la cuna. Por nuestra parte, no hemos de entrar a discutirla. Pero una segunda solución afirmará la necesidad de un proceso evolutivo y supondrá que tal evolución consiste en que las malas inclinaciones del hombre son desarraigadas en él y sustituidas, bajo el influjo de la educación y de la cultura circundante, por inclinaciones al bien. Y entonces podemos ya extrañar sin reservas que en el hombre así educado vuelva a manifestarse tan eficientemente el mal.

Ahora bien: esta segunda respuesta integra un principio que hemos de rebatir. En realidad, no hay un *exterminio del mal*. La investigación psicológica —o, más rigurosamente, la psicoanalítica— muestra que la esencia más profunda del hombre consiste en impulsos instintivos de naturaleza elemental, iguales en todos y tendentes a la satisfacción de ciertas necesidades primitivas. Estos impulsos instintivos no son en sí ni buenos ni malos. Los clasificamos, y clasificamos así sus manifestaciones, según su relación con las necesidades y las exigencias de la comunidad humana. Debe concederse, desde luego, que todos los impulsos que la sociedad prohíbe como malos —tomemos como representación de los mismos los impulsos egoístas y los crueles— se encuentran entre tales impulsos primitivos.

Estos impulsos primitivos recorren un largo camino evolutivo hasta mostrarse eficientes en el adulto. Son inhibidos, dirigidos hacia otros fines y sectores, se amalgaman entre sí, cambian de objeto y se vuelven en parte contra la propia persona. Ciertos productos de la reacción contra algunos de estos instintos fingen una transformación intrínseca de los mismos, como si el egoísmo se hubiera hecho compasión y la crueldad altruismo. La aparición de estos productos de la reacción es favorecida por la circunstancia de que algunos impulsos instintivos surgen casi desde el principio, formando parejas de elementos antitéticos, circunstancia singularísima y poco conocida, a la que se ha dado el nombre de *ambivalencia de los sentimientos*. El hecho de este género más fácilmente observable y comprensible es la frecuente coexistencia de un intenso amor y un odio intenso en la misma persona. A lo cual agrega el psicoanálisis que ambos impulsos sentimentales contrapuestos toman muchas veces también a la misma persona como objeto.

Sólo una vez superados todos estos *destinos del instinto* surge aquello que

llamamos el carácter de un hombre, el cual, como es sabido, sólo muy insuficientemente puede ser clasificado con el criterio de *bueno o malo*. El hombre es raras veces completamente bueno o malo; por lo general, es *bueno* en unas circunstancias y *malo* en otras, o *bueno* en unas condiciones exteriores y decididamente *malo* en otras. Resulta muy interesante observar que la preexistencia infantil de intensos impulsos *malos* es precisamente la condición de un clarísimo viraje del adulto hacia el *bien*. Los mayores egoístas infantiles pueden llegar a ser los ciudadanos más altruistas y abnegados; en cambio, la mayor parte de los hombres compasivos, filántropos y protectores de los animales fueron en su infancia pequeños sádicos y torturadores de cualquier animalito que se ponía a su alcance.

La transformación de los instintos *malos* es obra de dos factores que actúan en igual sentido, uno interior y otro exterior. El factor interior es el influjo ejercido sobre los instintos malos —egoístas— por el erotismo; esto es, por la necesidad humana de amor en su más amplio sentido. La unión de los componentes eróticos transforma los instintos egoístas en instintos sociales. El sujeto aprende a estimar el sentirse amado como una ventaja por la cual puede renunciar a otras. El factor exterior es la coerción de la educación, que representa las exigencias de la civilización circundante, y es luego continuada por la acción directa del medio civilizado. La civilización ha sido conquistada por obra de la renuncia a la satisfacción de los instintos y exige de todo nuevo individuo la repetición de tal renuncia. Durante la vida individual se produce una transformación constante de la coerción exterior en coerción interior. Las influencias de la civilización hacen que las tendencias egoístas sean convertidas, cada vez en mayor medida, por agregados eróticos, en tendencias altruistas sociales. Puede, por último, admitirse que toda coerción interna que se hace sentir en la evolución del hombre fue tan sólo originalmente, esto es, en la historia de la Humanidad, coerción exterior. Los hombres que nacen hoy traen ya consigo cierta disposición a la transformación de los instintos egoístas en instintos sociales como organización heredada, la cual, obediente a leves estímulos, lleva a cabo tal transformación. Otra parte de esta transformación de los instintos tiene que ser llevada a cabo en la vida misma. De este modo, el individuo no se halla tan sólo bajo la influencia de su medio civilizado presente, sino que está

sometido también a la influencia de la historia cultural de sus antepasados.

Si a la aptitud que un hombre entraña para transformar los instintos egoístas, bajo la acción del erotismo, la denominamos ‘disposición a la cultura’, podremos afirmar que tal disposición se compone de dos partes: una innata y otra adquirida en la vida, y que la relación de ambas entre sí y con la parte no transformada de la vida instintiva es muy variable. En general, nos inclinamos a sobreestimar la parte innata y corremos, además, el peligro de sobreestimar también la total ‘disposición a la cultura’ en relación con la vida instintiva que ha permanecido primitiva: esto es, somos inducidos a juzgar a los hombres «mejores» de lo que en realidad son. Existe aún, en efecto, otro factor que enturbia nuestro juicio y falsea, en un sentido favorable, el resultado.

Los impulsos instintivos de otros hombres se hallan, naturalmente, sustraídos a nuestra percepción. Los deducimos de sus actos y de su conducta, los cuales referimos a *motivaciones* procedentes de su vida instintiva. Tal deducción yerra necesariamente en un gran número de casos. Los mismos actos «buenos», desde el punto de vista cultural, pueden proceder unas veces de motivos «nobles» y otras no. Los moralistas teóricos llaman «buenos» únicamente a aquellos actos que son manifestaciones de impulsos instintivos buenos y niegan tal condición a los demás. En cambio, la sociedad, guiada por fines prácticos, no se preocupa de tal distinción: se contenta con que un hombre oriente sus actos y su conducta conforme a los preceptos culturales y no pregunta por sus motivos.

Hemos visto que la *coerción exterior* que la educación y el mundo circundante ejercen sobre el hombre provoca una nueva transformación de su vida instintiva, en el sentido del bien, un viraje del egoísmo al altruismo. Pero no es ésta la acción necesaria o regular de la coerción exterior. La educación y el ambiente no se limitan a ofrecer primas de amor, sino también recompensas y castigos. Pueden hacer, por tanto, que el individuo sometido a su influjo se resuelva a obrar bien, en el sentido cultural, sin que se haya cumplido en él un ennoblecimiento de los instintos, una mutación de las tendencias egoístas en tendencias sociales. El resultado será, en conjunto, el mismo; sólo en circunstancias especiales se hará patente que el uno obra siempre bien porque sus inclinaciones instintivas se lo imponen, mientras que

el otro sólo es bueno porque tal conducta cultural provoca ventajas a sus propósitos egoístas, y sólo en tanto se las procura y en la medida en que se las procura. Pero nosotros, con nuestro conocimiento superficial del individuo, no poseeremos medio alguno de distinguir entre ambos casos, y nuestro optimismo nos inducirá seguramente a exagerar sin medida el número de los hombres transformados en un sentido cultural.

La sociedad civilizada, que exige el bien obrar, sin preocuparse del fundamento instintivo del mismo, ha ganado, pues, para la obediencia o la civilización a un gran número de hombres que no siguen en ello a su naturaleza. Animada por este éxito se ha dejado inducir a intensificar en grado máximo las exigencias morales, obligando así a sus participantes a distanciarse aún más de su disposición instintiva. Estos hombres se ven impuesta una yugulación continuada de los instintos, cuya tensión se manifiesta en singularísimos fenómenos de reacción y compensación. En el terreno de la sexualidad, que es donde menos puede llevarse a cabo tal yugulación, se llega así a los fenómenos de reacción de las enfermedades neuróticas. La presión de la civilización en otros sectores no acarrea consecuencias patológicas, pero se manifiesta en deformaciones del carácter y en la disposición constante de los instintos inhibidos a abrirse paso, en ocasión oportuna, hasta la satisfacción. El sujeto así forzado a reaccionar permanentemente en el sentido de preceptos que no son manifestación de sus tendencias instintivas vive, psicológicamente hablando, muy por encima de sus medios y puede ser calificado, objetivamente, de hipócrita, se dé o no clara cuenta de esta diferencia, y es innegable que nuestra civilización actual favorece con extraordinaria amplitud este género de hipocresía. Podemos arriesgar la afirmación de que se basa en ella y tendría que someterse a hondas transformaciones si los hombres resolvieran vivir con arreglo a la verdad psicológica. Hay, pues, muchos más hipócritas de la cultura que hombres verdaderamente civilizados, e incluso puede plantearse la cuestión de si una cierta medida de hipocresía cultural no ha de ser indispensable para la conservación de la cultura, puesto que la capacidad de cultura de los hombres del presente no bastaría quizá para llenar tal función. Por otro lado, la conservación de la civilización sobre tan equívoco fundamento ofrece la perspectiva de iniciar, con cada nueva generación, una más amplia

transformación de los instintos, como substrato de una civilización mejor.

Las disquisiciones que preceden nos procuran ya el consuelo de comprobar que nuestra indignación y nuestra dolorosa decepción ante la conducta incivilizada de nuestros conciudadanos mundiales son injustificadas en esta guerra. Se basan en una ilusión a la que nos habíamos entregado. En realidad, tales hombres no han caído tan bajo como temíamos, porque tampoco se habían elevado tanto como nos figurábamos. El hecho de que los pueblos y los Estados infringieran, unos para con otros, las limitaciones morales, ha sido para los hombres un estímulo comprensible a sustraerse por algún tiempo al agobio de la civilización y permitir una satisfacción pasajera a sus instintos retenidos. Y con ello no perdieron, probablemente, su moralidad relativa dentro de su colectividad nacional.

Pero aún podemos penetrar más profundamente en la comprensión de la mudanza que la guerra ha provocado en nuestros antiguos compatriotas y al intentarlo así hallamos algo que nos aconseja no hacernos reos de injusticia para con ellos. En efecto, las evoluciones anímicas integran una peculiaridad que no presenta ningún otro proceso evolutivo. Cuando una aldea se hace ciudad o un niño se hace hombre, la aldea y el niño desaparecen absorbidos por la ciudad y por el hombre. Sólo el recuerdo puede volver a trazar los antiguos rasgos en la nueva imagen; en realidad, los materiales o las formas anteriores han sido desechados y sustituidos por otros nuevos. En una evolución anímica sucede muy otra cosa. A falta de términos de comparación, nos limitaremos a afirmar que todo estadio evolutivo anterior persiste al lado del posterior surgido de él; la sucesión condiciona una coexistencia, no obstante ser los mismos los materiales en los que se ha desarrollado toda la serie de mutaciones. El estado anímico anterior pudo no haberse manifestado en muchos años; a pesar de ello, subsiste, ya que en cualquier momento puede llegar a ser de nuevo forma expresiva de las fuerzas anímicas, y precisamente la única, como si todas las evoluciones ulteriores hubieran quedado anuladas o deshechas. Esta plasticidad extraordinaria de las evoluciones anímicas no es, sin embargo, ilimitada; podemos considerarla como una facultad especial de involución —de regresión—, pues sucede, a veces, que un estadio evolutivo ulterior y superior que fue abandonado no puede ya ser alcanzado de nuevo. Pero los

estados primitivos pueden siempre ser reconstituidos; lo anímico primitivo es absolutamente imperecedero.

Las llamadas enfermedades mentales tienen que despertar en el profano la impresión de que la vida mental e intelectual ha quedado destruida. En realidad, la destrucción atañe tan sólo a adquisiciones y evoluciones ulteriores. La esencia de la enfermedad mental consiste en el retorno a estados anteriores de la vida afectiva y de la función. El estado de reposo al que aspiramos todas las noches nos ofrece un excelente ejemplo de plasticidad de la vida anímica. Desde que hemos aprendido a traducir incluso los sueños más absurdos y confusos, sabemos que al dormirnos nos despojamos de nuestra moralidad, tan trabajosamente adquirida, como de un vestido, y sólo al despertar volvemos a envolvernos en ella. Este desnudamiento es, naturalmente, innocuo, ya que el dormir nos paraliza y nos condena a la inactividad. Sólo los sueños pueden darnos noticia de la regresión de nuestra vida afectiva a uno de los primeros estadios evolutivos. Así, por ejemplo, resulta singular que todos nuestros sueños sean regidos por motivos puramente egoístas. Uno de mis amigos ingleses[1825] sostenía una vez esta afirmación en una reunión científica en América, y una de las señoras presentes le objetó que tal cosa sucedería quizá en Austria, pero que de sí misma y de sus conocidos podía afirmar que también en los sueños *ellos* eran altruistas. Mi amigo, aun cuando pertenecía también a la raza inglesa, rechazó enérgicamente la objeción, fundado en su experiencia personal en el análisis de los sueños. En éstos, las damas de elevados pensamientos americanas son tan egoístas como las austríacas.

Así, pues, la transformación de los instintos, sobre la cual reposa nuestra capacidad de civilización, puede quedar anulada de un modo temporal o permanente. Desde luego, las influencias emanadas de la guerra cuentan entre aquellos poderes que pueden provocar una tal involución, por lo cual no nos es lícito negar a todos aquellos que hoy se conducen como seres incivilizados la disposición a la cultura, y podemos esperar que sus instintos volverán a ennoblecerse en tiempos más serenos.

Pero hemos descubierto también en nuestros conciudadanos mundiales otro síntoma que no nos ha sorprendido y asustado menos que su descenso tan dolorosamente sentido, de la altura ética que habían alcanzado. Nos

referimos a la falta de penetración que se revela en los mejores cerebros, a su cerrazón y su impermeabilidad a los más vigorosos argumentos y a su credulidad, exenta de crítica, para las afirmaciones más discutibles. Todo esto compone, desde luego, un cuadro tristísimo, y queremos hacer constar que no vemos —como lo haría un ciego partidario— todos los defectos intelectuales en uno sólo de los dos lados. Pero este fenómeno es aún más fácil de explicar y menos alarmante que el anteriormente discutido. Los psicólogos y los filósofos nos han enseñado, hace ya mucho tiempo, que hacemos mal en considerar nuestra inteligencia como una potencia independiente y prescindir de su dependencia de la vida sentimental. Nuestro intelecto sólo puede laborar correctamente cuando se halla sustraído a la acción de intensos impulsos emocionales; en el caso contrario, se conduce simplemente como un instrumento en manos de una voluntad y produce el resultado que esta última le encarga. Así, pues, los argumentos lógicos serían impotentes contra los intereses afectivos, y por eso controversias apoyadas en razones —las cuales, según Falstaff[1826], son tan comunes como las zarzamoras— es tan estéril en el mundo de los intereses. La experiencia psicoanalítica ha subrayado enérgicamente esta afirmación. Puede mostrar, a cada paso, que los hombres más inteligentes se conducen de pronto ilógicamente, como deficientes mentales, en cuanto el conocimiento exigido tropieza en ellos con una resistencia sentimental, si bien recobran luego todo su entendimiento una vez superada tal resistencia. La ceguera lógica que esta guerra ha provocado en los mejores de nuestros conciudadanos del mundo es, pues, un fenómeno secundario, una consecuencia de la excitación sentimental, y es de esperar que esté destinado a desaparecer con ella.

Si de este modo volvemos de nuevo a comprender a nuestros conciudadanos mundiales, cuya conducta hubo de parecernos en un principio tan inexplicable, soportaremos más fácilmente la decepción que las naciones, colectivas individualidades de la Humanidad, nos han procurado, pues a las naciones sólo podemos plantearles exigencias mucho más modestas. Reproducen, quizá, la evolución de los individuos y se nos muestran en el presente en estadios muy primitivos de la organización, en formación de unidades superiores. Correlativamente, el factor educativo de la coerción moral exterior, que tan eficiente hallamos en el individuo, es en ellas apenas

perceptible todavía. Habíamos esperado que de la magna comunidad de intereses creada por el comercio y la producción resultaría el principio de tal coerción; mas parece ser que, por ahora, los pueblos obedecen mucho más a sus pasiones que a sus intereses. Cuando más, se sirven de sus intereses para *racionalizar* sus pasiones; anteponen sus intereses a fin de poder dar razones para la satisfacción de sus pasiones. Por qué las colectivas individualidades, las naciones, se desprecian, se odian y se aborrecen unas a otras, incluso también en tiempos de paz, es, desde luego, enigmático. Por lo menos, para mí. En este caso sucede precisamente como si todas las conquistas morales de los individuos se perdieran al diluirse en una mayoría de los hombres o incluso tan sólo en unos cuantos millones, y sólo perdurasen las actitudes anímicas más primitivas, las más antiguas y más rudas. Estas lamentables circunstancias serán, quizá, modificadas por evoluciones posteriores. Pero un poco más de veracidad y de sinceridad en las relaciones de los hombres entre sí y con quienes los gobiernan deberían allanar el camino hacia tal transformación.

II. **Nuestra actitud ante la muerte**

EL segundo factor del cual deduzco que hoy nos sentimos desorientados en este mundo, antes tan bello y familiar, es la perturbación de la actitud que hasta ahora veníamos observando ante la muerte.

Esta actitud no era sincera. Nos pretendíamos dispuestos a sostener que la muerte era el desenlace natural de toda vida, que cada uno de nosotros era deudor de una muerte a la Naturaleza y debía hallarse preparado a pagar tal deuda, y que la muerte era cosa natural, indiscutible e inevitable. Pero, en realidad, solíamos conducirnos como si fuera de otro modo. Mostramos una patente inclinación a prescindir de la muerte, a eliminarla de la vida. Hemos intentado silenciarla e incluso decimos, con frase proverbial, que pensamos tan poco en una cosa como en la muerte. Como en nuestra muerte, naturalmente. La muerte propia es, desde luego, inimaginable, y cuantas veces lo intentamos podemos observar que continuamos siendo en ello meros espectadores. Así, la escuela psicoanalítica ha podido arriesgar el aserto de

que, en el fondo, nadie cree en su propia muerte, o, lo que es lo mismo, que en lo inconsciente todos nosotros estamos convencidos de nuestra inmortalidad.

En cuanto a la muerte de los demás, el hombre civilizado evitará cuidadosamente hablar de semejante posibilidad cuando el destinado a morir puede oírle. Sólo los niños infringen esta restricción y se amenazan sin reparo unos a otros con las probabilidades de morir, e incluso llegan a enfrentar con la muerte a una persona amada, diciéndole por ejemplo: «Querida mamá, cuando te mueras, yo haré esto o lo otro». El adulto civilizado no acogerá gustoso entre sus pensamientos el de la muerte de otra persona, sin tacharse de insensibilidad o de maldad, a menos que su profesión de médico o abogado, etc., le obligue a tenerla en cuenta. Y mucho menos se permitirá pensar en la muerte de otro cuando tal suceso comporte para él una ventaja en libertad, fortuna o posición social. Naturalmente, esta delicadeza nuestra no evita las muertes, pero cuando éstas llegan nos sentimos siempre hondamente conmovidos y como defraudados en nuestras esperanzas. Acentuamos siempre la motivación casual de la muerte, el accidente, la enfermedad, la infección, la ancianidad, y delatamos así nuestra tendencia a rebajar a la muerte de la categoría de una necesidad a la de un simple azar. Una acumulación de muerte nos parece siempre algo sobremanera espantoso. Ante el muerto mismo adoptamos una actitud singular, como de admiración a alguien que ha llevado a cabo algo muy difícil. Le eximimos de toda crítica; le perdonamos, eventualmente, todas sus faltas, disponemos que de *mortuis nil nisi bonum*, y hallamos justificado que en la oración fúnebre y en la inscripción sepulcral se le honre y ensalce. La consideración al muerto —que para nada la necesita— está para nosotros por encima de la verdad, y para la mayoría de nosotros, seguramente también por encima de la consideración a los vivos.

Esta actitud convencional del hombre civilizado ante la muerte queda complementada por nuestro derrumbamiento espiritual cuando la muerte ha herido a una persona amada, el padre o la madre, el esposo o la esposa, un hijo, un hermano o un amigo querido. Enterramos con ella nuestras esperanzas, nuestras aspiraciones y nuestros goces; no queremos consolarnos y nos negamos a toda sustitución del ser perdido. Nos conducimos entonces

como los ‘asras’, que mueren cuando mueren aquéllos a quienes aman.

Esta actitud nuestra ante la muerte ejerce, empero, una poderosa influencia sobre nuestra vida. La vida se empobrece, pierde interés, cuando la puesta máxima en el juego de la vida, esto es, la vida misma, no debe ser arriesgada. Se hace entonces tan sosa y vacía como un *flirt* americano, del cual se sabe desde un principio que a nada habrá de conducir, a diferencia de una intriga amorosa continental de la cual los dos protagonistas han de tener siempre presente la posibilidad de graves consecuencias. Nuestros lazos sentimentales, la intolerable intensidad de nuestra pena, nos inclinan a rehuir nosotros y a evitar a los nuestros todo peligro. Excluimos así de la vida toda una serie de empresas, peligrosas desde luego, pero inevitables, tales como las incursiones aéreas, las expediciones a tierras lejanas y los experimentos con sustancias explosivas. Nos paraliza la preocupación de quién sustituirá al hijo al lado de la madre, al esposo junto a la esposa y al padre para con los hijos, si sucediere una desgracia. La tendencia a excluir la muerte de la cuenta de la vida trae consigo otras muchas renuncias y exclusiones. Y, sin embargo, el lema de la Confederación hanseática reza: *Navigare necesse est, vivere non necesse!* (Navegar es necesario; no es necesario vivir.)

Entonces habrá de suceder que buscaremos en la ficción, en la literatura y en el teatro una sustitución de tales renuncias. En estos campos encontramos aún hombres que saben morir e incluso matar a otros. Sólo en ellos se nos cumple también la condición bajo la cual podríamos reconciliarnos con la muerte; esto es, la de que detrás de todas las vicisitudes de la vida conservásemos todavía otra vida intangible. Es demasiado triste que en la vida pueda pasar como en el ajedrez, en el cual una mala jugada puede forzarnos a dar por perdida la partida, con la diferencia de que en la vida no podemos empezar luego una segunda partida de desquite. En el campo de la ficción hallamos aquella pluralidad de vidas que nos es precisa. Morimos en nuestra identificación con el protagonista, pero le sobrevivimos y estamos dispuestos a morir otra vez, igualmente indemnes, con otro protagonista.

Es evidente que la guerra tiene que aventar esta consideración convencional de la muerte. La muerte no se deja ya negar; tenemos que creer en ella. Los hombres mueren de verdad, y no ya aisladamente sino muchos, decenas de millares, y a veces, en un día. Y no es ya tampoco una casualidad.

Desde luego, parece todavía casual que una bala hiera al uno o al otro; pero la acumulación pone un término a la impresión de casualidad. La vida se ha hecho de nuevo interesante; ha recibido de nuevo su pleno contenido.

En este punto habríamos de establecer una división en dos grupos, separando a aquellos que dan su vida en el combate de aquellos otros que han permanecido en casa y sólo sufren el temor de perder a algún ser querido, por herida, enfermedad o infección. Sería, ciertamente, muy interesante estudiar las transformaciones que se cumplen en la psicología de los combatientes, pero los datos que sobre ello poseo son muy escasos. Habré, pues, de limitarme al segundo grupo, al que yo mismo pertenezco. Ya he dicho que a mi juicio nuestra desorientación actual y la parálisis de nuestra capacidad funcional tiene su origen en la imposibilidad de mantener la actitud que veníamos observando ante la muerte, sin que hasta ahora hayamos encontrado otra nueva. Quizá podamos lograrlo orientando nuestra investigación psicológica hacia otras dos actitudes ante la muerte: hacia aquella que podemos atribuir al hombre primordial, al hombre de la Prehistoria, y hacia aquella otra que se ha conservado en todos nosotros, pero escondida e invisible para nuestra consciencia, en estratos profundos de nuestra vida anímica.

Desde luego, nuestro conocimiento de la actitud del hombre prehistórico ante la muerte se deriva tan sólo de inducciones e hipótesis; pero, a mi juicio, tales medios nos procuran datos suficientemente seguros.

Tal actitud fue harto singular. Nada unitaria, más bien plagada de contradicciones. Por un lado, el hombre primordial tomó en serio la muerte, la reconoció como supresión de la vida y se sirvió de ella en este sentido; mas por otro, hubo de negarla y la redujo a la nada. Esta contradicción se hizo posible por cuanto el hombre primordial adoptó ante la muerte de los demás, el extraño o el enemigo, una actitud radicalmente distinta de la que adoptó ante la suya propia. La muerte de los demás le era grata; suponía el aniquilamiento de algo odiado, y el hombre primordial no tenía reparo alguno en provocarla. Era, por cierto, un ser extraordinariamente apasionado, más cruel y más perverso que otros animales. Se complacía en matar, considerándolo como cosa natural. No tenemos por qué atribuirle el instinto que impide a otros animales matar a seres de su misma especie y devorarlos.

En la historia primordial de la Humanidad domina, en efecto, la muerte violenta. Todavía hoy, la Historia Universal que nuestros hijos estudian no es en lo esencial, más que una serie de asesinatos de pueblos. El oscuro sentimiento de culpabilidad que pesa sobre la Humanidad desde los tiempos primitivos, y que en algunas religiones se ha condensado en la hipótesis de una culpa primaria, de un pecado original, no es probablemente más que la manifestación de una culpa de sangre que el hombre primordial echó sobre sí. En mi libro *Tótem y tabú*[1827], siguiendo las indicaciones de W. Robertson Smith, Atkinson y Darwin, he intentado inferir la naturaleza de esta culpa primaria y opino que todavía la doctrina cristiana actual nos hace posible inducirla. Si el Hijo de Dios tuvo que sacrificar su vida para redimir a la Humanidad del pecado original, este pecado tuvo que ser, según la ley del Talión, una muerte, un asesinato. Sólo esto podía exigir como penitencia el sacrificio de una vida. Y si el pecado original fue una culpa contra Dios Padre, el crimen más antiguo de la Humanidad tuvo que ser un parricidio, la muerte del padre primordial de la primitiva horda humana, cuya imagen mnémica fue transfigurada en divinidad[1828].

La muerte propia era, seguramente, para el hombre primordial, tan inimaginable e inverosímil como todavía hoy para cualquiera de nosotros. Pero a él se le planteaba un caso en el que convergían y chocaban las dos actitudes contradictorias ante la muerte, y este caso adquirió gran importancia y fue muy rico en lejanas consecuencias. Sucedió cuando el hombre primordial vio morir a alguno de sus familiares, su mujer, su hijo o su amigo, a los que amaba, seguramente como nosotros a los nuestros, pues el amor no puede ser mucho más joven que el impulso asesino. Hizo entonces, en su dolor, la experiencia de que también él mismo podía morir, y todo su ser se rebeló contra ello; cada uno de aquellos seres amados era, en efecto, un trozo de su propio y amado yo. Mas, por otro lado, tal muerte le era, sin embargo, grata, pues cada una de las personas amadas integraban también algo ajeno y extraño a él. La ley de la ambivalencia de los sentimientos, que aún domina hoy en día nuestras relaciones sentimentales con las personas que nos son amadas, regía más ampliamente en los tiempos primitivos. Y así, aquellos muertos amados eran, sin embargo, también extraños y enemigos que habían despertado en él sentimientos enemigos[1829].

Los filósofos han afirmado que el enigma intelectual que la imagen de la muerte planteaba al hombre primordial hubo de forzarle a reflexionar, y fue así el punto de partida de toda reflexión. A mi juicio, los filósofos piensan en este punto demasiado filosóficamente, no toman suficientemente en consideración los motivos primariamente eficientes. Habremos, pues, de limitar y corregir tal afirmación. Ante el cadáver del enemigo vencido, el hombre primordial debió de saborear su triunfo, sin encontrar estímulo alguno a meditar sobre el enigma de la vida y la muerte. Lo que dio su primer impulso a la investigación humana no fue el enigma intelectual, ni tampoco cualquier muerte, sino el conflicto sentimental emergente a la muerte de seres amados, y, sin embargo, también extraños y odiados. De este conflicto sentimental fue del que nació la Psicología. El hombre no podía ya mantener alejada de sí la muerte, puesto que la había experimentado en el dolor por sus muertos; pero no quería tampoco reconocerla, ya que le era imposible imaginarse muerto. Llegó, pues, a una transacción: admitió la muerte también para sí, pero le negó la significación de su aniquilamiento de la vida, cosa para la cual le habían faltado motivos a la muerte del enemigo. Ante el cadáver de la persona amada, el hombre primordial inventó los espíritus, y su sentimiento de culpabilidad por la satisfacción que se mezclaba a su duelo hizo que estos espíritus primigenios fueran perversos demonios, a los cuales había que temer. Las transformaciones que la muerte acarrea le sugirieron la disociación del individuo en un cuerpo y una o varias almas, y de este modo su ruta mental siguió una trayectoria paralela al proceso de desintegración que la muerte inicia. El recuerdo perdurable de los muertos fue la base de la suposición de otras existencias y dio al hombre la idea de una supervivencia después de la aparente muerte.

Estas existencias posteriores fueron sólo al principio pálidos apéndices de aquella que la muerte cerraba; fueron existencias espectrales, vacías y escasamente estimadas hasta épocas muy posteriores. Recordemos lo que el alma de Aquiles responde a Ulises:

«Preferiría labrar la tierra como jornalero, ser un hombre necesitado, sin patrimonio ni bienestar propio, a reinar sobre la muchedumbre desesperanzada de los muertos». (*Odisea*, XI, 484-491.)

O en la vigorosa versión, amargamente parodística, de Heinrich Heine:

«El más insignificante filisteo vivo de Stuckert junto al Neckar, es mucho más feliz que yo, el pélida, el héroe muerto, el príncipe de las sombras del Averno».

Sólo más tarde consiguieron las religiones presentar esta existencia póstuma como la más valiosa y completa, y rebajar la vida terrenal a la categoría de una mera preparación. Y, consecuentemente, se prolongó también la vida en el pretérito, inventándose las existencias anteriores, la transmigración de las almas y la reencarnación, todo ello con la intención de despojar a la muerte de su significación de término de la existencia. Tan tempranamente empezó ya la negación de la muerte, negación a la cual hemos calificado de actitud convencional y cultural.

Ante el cadáver de la persona amada nacieron no sólo la teoría del alma, la creencia en la inmortalidad y una poderosa raíz del sentimiento de culpabilidad de los hombres, sino también los primeros mandamientos éticos. El mandamiento primero y principal de la conciencia alboreante fue: «No matarás». El cual surgió como reacción contra la satisfacción del odio, oculta detrás de la pena por la muerte de las personas amadas, y se extendió paulatinamente al extraño no amado, y, por último, también al enemigo.

En este último caso, el «no matarás» no es ya percibido por el hombre civilizado. Cuando la cruenta lucha actual haya llegado a decisión, cada uno de los combatientes victoriosos retornará alegremente a su hogar, al lado de su mujer y de sus hijos, sin que conturbe su ánimo el pensamiento de los enemigos que ha matado peleando cuerpo a cuerpo o con las armas de largo alcance. Es de observar que los pueblos primitivos aún subsistentes, los cuales se hallan desde luego más cerca que nosotros del hombre primitivo, se conducen en este punto muy de otro modo o se han conducido en tanto que no experimentaron la influencia de nuestra civilización. El salvaje —australiano, bosquimano o habitante de la Tierra del Fuego— no es en modo alguno un asesino sin remordimientos. Cuando regresa vencedor de la lucha no le es lícito pisar su poblado, ni acercarse a su mujer, hasta haber expiado sus homicidios guerreros con penitencias a veces muy largas y penosas. Las razones de esta superstición no son difíciles de puntualizar: el salvaje teme aún la venganza del espíritu del muerto. Pero los espíritus de los enemigos muertos no son más que la expresión de los remordimientos del matador;

detrás de esta superstición se oculta una sensibilidad ética que nosotros, los hombres civilizados, hemos perdido[1830].

Aquellas almas piadosas que quisieran sabernos apartados de todo contacto con lo malo y lo grosero deducirán, seguramente, de la temprana aparición y la energía de la prohibición de matar, conclusiones satisfactorias sobre la fuerza de los impulsos éticos innatos en nosotros. Desgraciadamente, este argumento constituye una prueba aún más decisiva en contrario. Una prohibición tan terminante sólo contra un impulso igualmente poderoso puede alzarse. Lo que ningún alma humana desea no hace falta prohibirlo[1831]; se excluye automáticamente. Precisamente la acentuación del mandamiento «No matarás» nos ofrece la seguridad de que descendemos de una larguísima serie de generaciones de asesinos, que llevaban el placer de matar, como quizá aún nosotros mismos, en la masa de la sangre. Las aspiraciones éticas de los hombres, de cuya fuerza e importancia no hay por qué dudar, son una adquisición de la historia humana y han llegado a ser luego, aunque por desgracia en medida muy variable, propiedad heredada de la Humanidad actual.

Dejemos ahora al hombre primitivo y volvámonos hacia lo inconsciente de nuestra propia vida anímica. Con ello entramos de lleno en el terreno de la investigación psicoanalítica, único método que alcanza tales profundidades. Preguntamos: ¿Cómo se conduce nuestro inconsciente ante el problema de la muerte? La respuesta ha de ser: Casi exactamente lo mismo que el hombre primitivo. En este aspecto, como en muchos otros, el hombre prehistórico pervive inmutable en nuestro inconsciente. Así, pues, nuestro inconsciente no cree en la propia muerte, se conduce como si fuera inmortal. Lo que llamamos nuestro inconsciente —los estratos más profundos de nuestra alma, constituidos por impulsos instintivos— no conoce, en general, nada negativo, ninguna negación —las contradicciones se funden en él— y, por tanto, no conoce tampoco la muerte propia, a la que sólo podemos dar un contenido negativo. En consecuencia, nada instintivo favorece en nosotros la creencia en la muerte. Quizá sea éste el secreto del heroísmo. El fundamento racional del heroísmo reposa en el juicio de que la vida propia no puede ser tan valiosa como ciertos bienes abstractos y generales. Pero, a mi entender, lo que más frecuentemente sucede es que el heroísmo instintivo e impulsivo

prescinde de tal motivación y menosprecia el peligro diciéndose sencillamente: «No puede pasarme nada» como en la comedia de Anzengruber «Steinklopferhanns». O en todo caso, la motivación indicada sirve tan sólo para desvanecer las preocupaciones que podrían inhibir la reacción heroica correspondiente a lo inconsciente. El miedo a la muerte, que nos domina más frecuentemente de lo que advertimos, es, en cambio, algo secundario, procedente casi siempre del sentimiento de culpabilidad.

Por otro lado, aceptamos la muerte cuando se trata de un extraño o un enemigo, y los destinamos a ella tan gustosos y tan sin escrúpulos como el hombre primordial. En este punto aparece, sin embargo, una diferencia que habremos de considerar decisiva en la realidad. Nuestro inconsciente no lleva al asesinato se limita a pensarlo y desearlo. Pero sería equivocado rebajar con exceso esta realidad psíquica, por comparación con la realidad del hecho. Es, en efecto, harto importante y trae consigo graves consecuencias. Nuestros impulsos instintivos suprimen constantemente a todos aquellos que estorban nuestro camino, nos han ofendido o nos han perjudicado. La exclamación «¡Así se lo lleve el diablo!», que tantas veces acude a nuestros labios como una broma con la que encubrimos nuestro mal humor, y que, en realidad, quiere decir «¡Así se lo lleve la muerte!», es, en nuestro inconsciente, un serio y violento deseo de muerte. Nuestro inconsciente asesina, en efecto, incluso por pequeñeces. Como la antigua ley draconiana de Atenas, no conoce, para toda clase de delitos, más pena que la de muerte, y ello con una cierta lógica, ya que todo daño inferido a nuestro omnipotente y despótico *yo* es, en el fondo, un *crimen laesae majestatis*.

Así, pues, también nosotros mismos juzgados por nuestros impulsos instintivos, somos, como los hombres primitivos, una horda de asesinos. Por fortuna tales deseos no poseen la fuerza que los hombres de los tiempos primitivos les atribuían aún[1832], de otro modo la Humanidad, los hombres más excelsos y sabios y las mujeres más amorosas y bellas juntos al resto habría perecido hace ya mucho tiempo, víctima de las maldiciones recíprocas.

Estas tesis que el psicoanálisis formula atrae sobre ella la incredulidad de los profanos, que la rechazan como una simple calumnia insostenible ante los asertos de la consciencia, y se las arreglan hábilmente para dejar pasar inadvertidos los pequeños indicios con los que también lo inconsciente suele

delatarse a la consciencia. No estará, por tanto, fuera de lugar hacer constar que muchos pensadores, en cuyas opiniones no pudo haber influido el psicoanálisis, han denunciado claramente la disposición de nuestros pensamientos secretos a suprimir cuanto supone un obstáculo en nuestro camino, con un absoluto desprecio a la prohibición de matar. Un solo ejemplo, que se ha hecho famoso bastará:

En *Le père Goriot* alude Balzac a un pasaje de Juan Jacobo Rousseau, en el cual se pregunta al lector qué haría si, con sólo un acto de su voluntad, sin abandonar París ni, desde luego, ser descubierto, pudiera hacer morir en Pekín a un viejo mandarín, cuya muerte habría de aportarle grandes ventajas. Y deja adivinar que no considera nada segura la vida del anciano dignatario. La frase *tuer son mandarin* ha llegado a ser proverbial como designación de tal disposición secreta, latente aún en los hombres de hoy.

Hay también toda una serie de anécdotas e historietas cínicas que testimonian en igual sentido. Así, la del marido que dice a su mujer: «Cuando uno de nosotros muera, yo me iré a vivir a París». Estos chistes cínicos no serían posibles si no tuvieran que comunicar una verdad negada y que no nos es lícito reconocer como tal cuando es expuesta en serio y sin velos. Sabido es que en broma se puede decir todo, hasta la verdad. Como al hombre primitivo, también a nuestro inconsciente se le presenta un caso en el que las dos actitudes opuestas ante la muerte, chocan y entran en conflicto, la que la reconoce como aniquilamiento de la vida y la que la niega como irreal. Y este caso es el mismo que en la época primitiva: la muerte o el peligro de muerte de una persona amada, el padre o la madre, el esposo o la esposa, un hermano, un hijo o un amigo querido. Estas personas son para nosotros, por un lado, un patrimonio íntimo, partes de nuestro propio *yo*; pero también son, por otro lado, parcialmente, extraños o incluso enemigos. Todos nuestros cariños, hasta los más íntimos y tiernos, entrañan, salvo en contadísimas situaciones, un adarme de hostilidad que puede estimular al deseo inconsciente de muerte. Pero de esta ambivalencia no nacen ya, como en tiempos remotos, el animismo y la ética, sino la neurosis, la cual nos permite también adentrarnos muy hondamente en la vida psíquica normal. Los médicos que practicamos el tratamiento psicoanalítico nos hemos, así, enfrentado muy frecuentemente con el síntoma de una preocupación

exacerbada por el bien de los familiares del sujeto, o con autorreproches totalmente infundados, consecutivos a la muerte de una persona amada. El estudio de estos casos no nos ha dejado lugar a dudas en cuanto a la difusión y la importancia de los deseos inconscientes de muerte.

Al profano le horroriza la posibilidad de tales sentimientos, y da a esta repugnancia el valor de un motivo legítimo para acoger con incredulidad las afirmaciones del psicoanálisis. A mi juicio, sin fundamento alguno. Nuestra tesis no apunta a rebajar la vida afectiva ni tiene, en modo alguno, consecuencia tal. Tanto nuestra inteligencia como nuestro sentimiento se resisten, desde luego, a acoplar de esta suerte el amor y el odio; pero la Naturaleza, laborando con este par de elementos antitéticos, logra conservar siempre despierto y lozano el amor para asegurarlo contra el odio, al acecho siempre detrás de él. Puede decirse que las más bellas floraciones de nuestra vida amorosa las debemos a la reacción contra los impulsos hostiles que percibimos en nuestro fuero interno.

En resumen: nuestro inconsciente es tan inaccesible a la idea de la muerte propia, tan sanguinario contra los extraños y tan ambivalente en cuanto a las personas queridas, como lo fue el hombre primordial. ¡Pero cuánto nos hemos alejado de este estado primitivo en nuestra actitud cultural y convencional ante la muerte!

No es difícil determinar la actuación de la guerra sobre esta dicotomía. Nos despoja de las superposiciones posteriores de la civilización y deja de nuevo al descubierto al hombre primitivo que en nosotros alienta. Nos obliga de nuevo a ser héroes que no pueden creer en su propia muerte; presenta a los extraños como enemigos a los que debemos dar o desear la muerte, y nos aconseja sobreponernos a la muerte de las personas queridas. Pero acabar con la guerra es imposible; mientras las condiciones de existencia de los pueblos sean tan distintas, y tan violentas las repulsiones entre ellos, tendrá que haber guerras. Y entonces surge la interrogación. ¿No deberemos acaso ser nosotros los que cedamos y nos adaptemos a ella? ¿No habremos de confesar que con nuestra actitud civilizada ante la muerte nos hemos elevado una vez más muy por encima de nuestra condición y deberemos, por tanto, renunciar a la mentira y declarar la verdad? ¿No sería mejor dar a la muerte, en la realidad y en nuestros pensamientos, el lugar que le corresponde y dejar volver a la

superficie nuestra actitud inconsciente ante la muerte, que hasta ahora hemos reprimido tan cuidadosamente?

Esto no parece constituir un progreso, sino más bien, en algunos aspectos, una regresión; pero ofrece la ventaja de tener más en cuenta la verdad y hacer de nuevo más soportable la vida. Soportar la vida es, y será siempre, el deber primero de todos los vivientes. La ilusión pierde todo valor cuando nos lo estorba.

Recordamos la antigua sentencia *Si vis pacem, para bellum*. Si quieres conservar la paz, prepárate para la guerra.

Sería de actualidad modificarlo así: *Si vis vitam, para morten*. Si quieres soportar la vida, prepárate para la muerte.

XCV

LO PERECEDERO[1833]

1915 (1916)

HACE algún tiempo me paseaba yo por una florida campiña estival[1834], en compañía de un amigo taciturno y de un joven pero ya célebre poeta[1835] que admiraba la belleza de la naturaleza circundante, mas sin poder solazarse con ella, pues le preocupaba la idea de que todo ese esplendor estaba condenado a perecer, de que ya en el invierno venidero habría desaparecido, como toda belleza humana y como todo lo bello y noble que el hombre haya creado y pudiera crear. Cuanto habría amado y admirado, de no mediar esta circunstancia, parecíale carente de valor por el destino de perecer a que estaba condenado.

Sabemos que esta preocupación por el carácter perecedero de lo bello y perfecto puede originar dos tendencias psíquicas distintas. Una conduce al amargado hastío del mundo que sentía el joven poeta; la otra, a la rebeldía contra esa pretendida fatalidad. ¡No! ¡Es imposible que todo ese esplendor de la Naturaleza y del arte, de nuestro mundo sentimental y del mundo exterior, realmente esté condenado a desaparecer en la nada! Creerlo sería demasiado insensato y sacrílego. Todo eso ha de poder subsistir en alguna forma, sustraído a cuanto influjo amenace aniquilarlo.

Mas esta pretensión de eternidad traiciona demasiado claramente su filiación de nuestros deseos como para que pueda pretender se le conceda valía de realidad. También lo que resulta doloroso puede ser cierto; por eso

no pude decidirme a refutar la generalidad de lo perecedero ni a imponer una excepción para lo bello y lo perfecto. En cambio, le negué al poeta pesimista que el carácter perecedero de lo bello involucrase su desvalorización.

Por el contrario, ¡es un incremento de su valor! La cualidad de perecedero comporta un valor de rareza en el tiempo. Las limitadas posibilidades de gozarlo lo tornan tanto más precioso. Manifesté, pues, mi incomprensión de que la caducidad de la belleza hubiera de enturbiar el goce que nos proporciona. En cuanto a lo bello de la Naturaleza, renace luego de cada destrucción invernal, y este renacimiento bien puede considerarse eterno en comparación con el plazo de nuestra propia vida. En el curso de nuestra existencia vemos agotarse para siempre la belleza del humano rostro y cuerpo, mas esta fugacidad agrega a sus encantos uno nuevo. Una flor no nos parece menos espléndida porque sus pétalos sólo estén lozanos durante una noche. Tampoco logré comprender por qué la limitación en el tiempo habría de menoscabar la perfección y belleza de la obra artística o de la producción intelectual. Llegue una época en la cual queden reducidos a polvo los cuadros y las estatuas que hoy admiramos: sucédanos una generación de seres que ya no comprendan las obras de nuestros poetas y pensadores; ocurra aun una era geológica que vea enmudecida toda vida en la tierra…, no importa; el valor de cuanto bello y perfecto existe sólo reside en su importancia para nuestra percepción; no es menester que la sobreviva y, en consecuencia, es independiente de su perduración en el tiempo.

Aunque estos argumentos me parecían inobjetables, pude advertir que no hacían mella en el poeta ni en mi amigo. Semejante fracaso me llevó a presumir que éstos debían estar embargados por un poderoso factor afectivo que enturbiaba la claridad de su juicio, factor que más tarde creí haber hallado. Sin duda, la rebelión psíquica contra la aflicción, contra el duelo por algo perdido, debe haberles malogrado el goce de lo bello. La idea de que toda esta belleza sería perecedera produjo a ambos, tan sensibles, una sensación anticipada de la aflicción que les habría de ocasionar su aniquilamiento, y ya que el alma se aparta instintivamente de todo lo doloroso, estas personas sintieron inhibido su goce de lo bello por la idea de su índole perecedera.

Al profano le parece tan natural el duelo por la pérdida de algo amado o

admirado, que no vacila en calificarlo de obvio y evidente. Para el psicólogo, en cambio, esta aflicción representa un gran problema, uno de aquellos fenómenos que, si bien incógnitos ellos mismos, sirven para reducir a ellos otras incertidumbres. Así, imaginamos poseer cierta cuantía de capacidad amorosa —llamada «libido»— que al comienzo de la evolución se orientó hacia el propio *yo*, para más tarde —aunque en realidad muy precozmente— dirigirse a los objetos, que de tal suerte quedan en cierto modo incluidos en nuestro *yo*. Si los objetos son destruidos o si los perdemos, nuestra capacidad amorosa (libido) vuelve a quedar en libertad, y puede tomar otros objetos como sustitutos, o bien retornar transitoriamente al *yo*. Sin embargo, no logramos explicarnos —ni podemos deducir todavía ninguna hipótesis al respecto— por qué este desprendimiento de la libido de sus objetos debe ser, necesariamente, un proceso tan doloroso. Sólo comprobamos que la libido se aferra a sus objetos y que ni siquiera cuando ya dispone de nuevos sucedáneos se resigna a desprenderse de los objetos que ha perdido. He aquí, pues, el duelo.

La plática con el poeta tuvo lugar durante el verano que precedió a la guerra. Un año después se desencadenó ésta y robó al mundo todas sus bellezas. No sólo aniquiló el primor de los paisajes que recorrió y las obras de arte que rozó en su camino, sino que también quebró nuestro orgullo por los progresos logrados en la cultura, nuestro respeto ante tantos pensadores y artistas, las esperanzas que habíamos puesto en una superación definitiva de las diferencias que separan a pueblos y razas entre sí. La guerra enlodó nuestra excelsa ecuanimidad científica, mostró en cruda desnudez nuestra vida instintiva, desencadenó los espíritus malignos que moran en nosotros y que suponíamos domeñados definitivamente por nuestros impulsos más nobles, gracias a una educación multisecular. Cerró de nuevo el ámbito de nuestra patria y volvió a tornar lejano y vasto el mundo restante. Nos quitó tanto de lo que amábamos y nos mostró la caducidad de mucho que creíamos estable.

No es de extrañar que nuestra libido, tan empobrecida de objetos, haya ido a ocupar con intensidad tanto mayor aquellos que nos quedaron; no es curioso que de pronto haya aumentado nuestro amor por la patria, el cariño por los nuestros y el orgullo que nos inspira lo que poseemos en común. Pero

esos otros bienes, ahora perdidos, ¿acaso quedaron realmente desvalorizados ante nuestros ojos sólo porque demostraran ser tan perecederos y frágiles? Muchos de nosotros lo creemos así; pero injustamente, según pienso una vez más. Me parece que quienes opinan de tal manera y parecen estar dispuestos a renunciar de una vez por todas a lo apreciable, simplemente porque no resultó ser estable, sólo se encuentran agobiados por el duelo que les causó su pérdida. Sabemos que el duelo, por más doloroso que sea, se consume espontáneamente. Una vez que haya renunciado a todo lo perdido se habrá agotado por sí mismo y nuestra libido quedará nuevamente en libertad de sustituir los objetos perdidos por otros nuevos, posiblemente tanto o más valiosos que aquéllos, siempre que aún seamos lo suficientemente jóvenes y que conservemos nuestra vitalidad. Cabe esperar que sucederá otro tanto con las pérdidas de esta guerra. Una vez superado el duelo, se advertirá que nuestra elevada estima de los bienes culturales no ha sufrido menoscabo por la experiencia de su fragilidad. Volveremos a construir todo lo que la guerra ha destruido, quizá en terreno más firme y con mayor perennidad.

XCVI

CARTA A LA DOCTORA VON HUG-HELLMUTH[1836]

(1915)

ESTE diario íntimo es una pequeña joya. Realmente, creo que jamás ha sido posible escrutar con tal claridad y verismo las conmociones psíquicas que caracterizan el desarrollo de la niña de nuestro nivel social y cultural, en los años de la prepubertad. Cómo surgen del egoísmo infantil los sentimientos, hasta que llegan a su madurez social; cómo son al principio las relaciones con los padres y los hermanos, hasta ganar paulatinamente en gravedad e intimidad; cómo se inician y se quiebran las amistades; cómo el cariño busca tanteando sus primeros objetos, y, ante todo, cómo surge el misterio de la vida sexual, primero nebulosamente esfumado, para apoderarse luego de toda el alma infantil; cómo sufre el ser joven bajo la consciencia de su secreto saber, para sobreponerse poco a poco: todo esto logra expresión tan encantadora, tan natural y tan seria en estas anotaciones espontáneas, que ha de inspirar el mayor interés a pedagogos y psicólogos.

… Creo que usted tiene el deber de entregar este diario al conocimiento público. Mis lectores le quedarán agradecidos por ello…

XCVII

LECCIONES INTRODUCTORIAS AL PSICOANÁLISIS[1837]

1915-1917 [1916-1917]

PRÓLOGO DE 1917

LA obra presente que se dio a la publicidad con el título de *Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse* no está destinada a competir con las ya existentes exposiciones de conjunto de rama científica (Hitschmann), Freuds Neurosenlehre, 2a edición, 1913; Pfister, *Die psychoanalitische Methode*, 1913; Leo Kaplan, *Grundzüge der Psychoanalyse*, 1914; Régis et Hesnard. *La Psychoanalyse des névroses et des psychoses*, París, 1914; Adolf F. Meijer, *De Behandeling van Zenuwzieken door Psycho-Analyse*, Amsterdam, 1915. Constituye una fiel reproducción de las conferencias que durante los cursos de 1915-16 y 1916-17 pronuncié ante un auditorio compuesto de médicos y profanos de uno y otro sexo.

Esta génesis de mi libro explicará a los lectores las peculiaridades que el mismo presenta, algunas de las cuales les han de parecer un tanto singulares. No era posible observar en la exposición de la materia sobre la que dichas conferencias versaban la serena frialdad de una exposición científica, pues se trataba, sobre todo, de mantener despierta la atención de mis oyentes durante

las dos largas horas consagradas a cada lección. El cuidado de producir un efecto inmediato me obligó a tratar repetidamente algunos de los temas más importantes, estudiándolos, por ejemplo, primero, al hablar de la interpretación de los sueños, y luego otra vez en la exposición de los problemas de la neurosis. Análogamente, la ordenación de las materias hizo que algunos puntos de gran importancia, entre ellos el relativo a lo inconsciente, no pudiesen ser desarrollados sin solución de continuidad hasta agotarlos, sino que tuvieron que ser abandonados y vueltos a tratar varias veces conforme se nos iba presentando ocasión de agregar nuevos datos para su inteligencia.

Aquellos lectores familiarizados ya con la literatura psicoanalítica encontrarán en esta «Introducción» escasas novedades, pues la mayor parte de lo que aquí exponemos ha de serles conocido por la lectura de otras de nuestras obras, más ampliamente detalladas. No obstante, la necesidad de completar y reunir en un todo acabado y concreto la materia aquí tratada ha obligado al autor a introducir en algunos capítulos de este libro (los referentes a la etiología de la angustia y a las fantasías histéricas) materiales inéditos hasta el momento.

Viena, Primavera de 1917.

FREUD.

PRÓLOGO PARA LA EDICIÓN HEBREA[1838]

1930

ESTAS conferencias fueron pronunciadas en los años 1916 y 1917; reflejaban con regular fidelidad el estado en que a la sazón se encontraba la joven ciencia y contenían mucho más de lo que su título denotaba. En efecto, no sólo ofrecían una introducción al psicoanálisis, sino también la mayor parte de su contenido total. Es natural que hoy ya no

ocurra lo mismo. En el ínterin, la teoría ha efectuado progresos, incorporando fundamentales capítulos, como la división de la personalidad en un *yo*, un *super-yo* y un *ello*; una fundamental modificación de la teoría de los instintos, nuevos conocimientos sobre el origen de la conciencia y del sentimiento de culpabilidad. Por tanto, las conferencias se han tornado incompletas en grado sumo, y sólo ahora han adquirido realmente el carácter de una mera «introducción». En otro sentido, sin embargo, tampoco hoy se hallan superadas o anticuadas, pues cuanto ellas exponen, salvo pocas modificaciones, se acepta y enséñase todavía en todas las escuelas psicoanalíticas.

Al público de habla hebrea, y en especial a la juventud ávida de saber, este libro le presenta el psicoanálisis vestido con el ropaje de aquella antiquísima lengua que por voluntad del pueblo judío ha sido despertada a nueva vida. El autor se imagina perfectamente la ardua labor que el traductor ha debido cumplir para lograrlo, y no necesita reprimir la duda de si Moisés y los profetas habrían encontrado comprensibles estas conferencias hebreas. A sus descendientes empero —entre los cuales él mismo se cuenta—, a quienes el presente libro está destinado, el autor les ruega que, después de las primeras sensaciones de crítica y desagrado, no se precipiten a una reacción de rechazo total. El psicoanálisis trae tantas cosas nuevas, entre ellas tantas que contradicen las convicciones tradicionales y que ofenden los sentimientos más profundamente arraigados, que inevitablemente ha de suscitar oposición. Mas si se contiene el juicio definitivo y se deja que actúe sobre uno la totalidad del psicoanálisis, quizá se alcance la convicción de que estas cosas nuevas, tan indeseables, son dignas de saberse y son imprescindibles para comprender el alma y la existencia del hombre.

Viena, Diciembre de 1930.

PARTE I

1915 [1916]

LECCIÓN I. INTRODUCCIÓN

Señoras y señores:

IGNORO cuántos de mis oyentes conocerán —por sus lecturas o simplemente de oídas— las teorías psicoanalíticas. Mas el título dado a esta serie de conferencias, «Lecciones introductorias al psicoanálisis», me obliga a conducirme como si no poseyerais el menor conocimiento sobre esta materia y hubierais de ser iniciados, necesariamente, en sus primeros elementos.

Debo suponer, sin embargo, que sabéis que el psicoanálisis constituye un especial tratamiento de los enfermos de neurosis. Pero como en seguida os demostraré con un ejemplo sus caracteres esenciales son en un todo diferentes de los peculiares a las restantes ramas de la Medicina, y a veces resultan por completo opuestos a ellos. Generalmente, cuando sometemos a un enfermo a una técnica médica desconocida para él, procuramos disminuir a sus ojos los inconvenientes de la misma y darle la mayor cantidad posible de seguridades respecto al éxito del tratamiento. A mi juicio, obramos cuerdamente conduciéndonos así, pues este proceder aumenta las probabilidades de éxito. En cambio, al someter a un neurótico al tratamiento psicoanalítico procedemos de muy distinta forma, pues le enteramos de las dificultades que el método presenta, de su larga duración y de los esfuerzos y

sacrificios que exige, y en lo que respecta al resultado le hacemos saber que no podemos prometerle nada con seguridad y que el éxito dependerá de su comportamiento, su inteligencia, su obediencia y su paciente sumisión a los consejos del médico. Claro es que esta conducta del médico psicoanalítico obedece a razones de gran peso, cuya importancia comprenderéis más adelante.

Os ruego que no me toméis a mal el que al principio de mis lecciones observe con vosotros esta misma norma de conducta, tratándoos como el médico trata al enfermo neurótico que acude a su consulta. Mis primeras palabras han de equivaler al consejo de que no vengáis a oírme por segunda vez, pues en ellas os señalaré la inevitable imperfección de una enseñanza del psicoanálisis y las dificultades que se oponen a la formación de un juicio personal en estas materias. Os mostraré también cómo la orientación de vuestra cultura personal y todos los hábitos de vuestro pensamiento os han de inclinar en contra del psicoanálisis, y cuántas cosas deberéis vencer en vosotros mismos para dominar tal hostilidad. Naturalmente, no puedo predeciros lo que estas conferencias os harán avanzar en la comprensión del psicoanálisis; pero sí puedo, en cambio, aseguraros que vuestra asistencia a las mismas no ha de capacitaros para emprender una investigación o un tratamiento psicoanalítico. Por otro lado, si entre vosotros hubiera alguien que no se considerase satisfecho con adquirir un superficial conocimiento del psicoanálisis y deseara entrar en contacto permanente con él, trataría yo de disuadirle de tal propósito, advirtiéndole de los sinsabores que la realización del mismo habría de acarrearle. En las actuales circunstancias, la elección de esta rama científica supone la renuncia a toda posibilidad de éxito universitario, y aquel que a ella se dedique, prácticamente se hallará en medio de una sociedad que no comprenderá sus aspiraciones y que, considerándole con desconfianza y hostilidad, desencadenará contra él todos los malos espíritus que abriga en su seno. Del número de estos malos espíritus podéis formaros una idea sólo con observar los hechos a que ha dado lugar la guerra que hoy devasta a Europa.

Sin embargo, hay siempre personas para las cuales todo nuevo conocimiento posee un invencible atractivo, a pesar de los inconvenientes que el estudio del mismo pueda traer consigo. Así, pues, veré con gusto

retornar a estas aulas a aquellos de vosotros en quienes tal curiosidad científica venza toda otra consideración; mas, de todos modos, era un deber mío haceros las advertencias que anteceden sobre las dificultades inherentes al estudio del psicoanálisis.

La primera de tales dificultades surge en lo relativo a la enseñanza, al entrenamiento en psicoanálisis. En la enseñanza médica estáis acostumbrados a ver directamente aquello de que el profesor os habla en sus lecciones. Veis la preparación anatómica, el precipitado resultante de una reacción química o la contracción de un músculo por el efecto de la excitación de sus nervios. Más tarde se os pone en presencia del enfermo mismo y podéis observar directamente los síntomas de su dolencia, los productos del proceso morboso y, en muchos casos, incluso el germen provocador de la enfermedad. En las especialidades quirúrgicas asistís a las intervenciones curativas e incluso tenéis que ensayaros personalmente en su práctica. Hasta en la misma Psiquiatría, la observación directa de la conducta del enfermo y de sus gestos, palabras y ademanes os proporciona un numeroso acervo de datos que se grabarán profundamente en vuestra memoria. De este modo, el profesor de Medicina es constantemente un guía y un intérprete que os acompaña como a través de un museo, mientras vosotros entráis en contacto directo con los objetos y creéis adquirir por la propia percepción personal la convicción de la existencia de nuevos hechos.

Por desgracia, en el psicoanálisis no hallamos ninguna de tales facilidades de estudio. El tratamiento psicoanalítico aparece como un intercambio de palabras entre el paciente y el analista. El paciente habla, relata los acontecimientos de su vida pasada y sus impresiones presentes, se queja y confiesa sus deseos y sus emociones. El médico escucha, intenta dirigir los procesos mentales del enfermo, le moviliza, da a su atención determinadas direcciones, le proporciona esclarecimientos y observa las reacciones de comprensión o rechazo que de esta manera provoca en él. Las personas que rodean a tales enfermos, y a las cuales sólo lo groseramente visible y tangible logra convencer de la bondad de un tratamiento, al que considerarán inmejorables si trae consigo efectos teatrales semejantes a los que tanto éxito logran al desarrollarse en la pantalla cinematográfica, no prescinden nunca de

expresar sus dudas de que ‘por medio de una simple conversación entre el médico y el enfermo pueda conseguirse algún resultado’. Naturalmente, es este juicio tan ininteligible como falto de lógica, y los que así piensan son los mismos que aseguran que los síntomas del enfermo son simples «imaginaciones». Las palabras, primitivamente, formaban parte de la magia y conservan todavía en la actualidad algo de su antiguo poder. Por medio de palabras puede un hombre hacer feliz a un semejante o llevarle a la desesperación; por medio de palabras transmite el profesor sus conocimientos a los discípulos y arrastra tras de sí el orador a sus oyentes, determinando sus juicios y decisiones. Las palabras provocan afectos emotivos y constituyen el medio general para la influenciación recíproca de los hombres. No podremos, pues, despreciar el valor que el empleo de las mismas pueda tener en la psicoterapia, y asistiríamos con interés, en calidad de oyentes, a las palabras que transcurren entre el analista y su paciente.

Pero tampoco esto nos está permitido. La conversación que constituye el tratamiento psicoanalítico es absolutamente secreta y no tolera la presencia de una tercera persona. Puede, naturalmente, presentarse a los alumnos, en el curso de una lección de Psiquiatría, un sujeto neurasténico o histérico; el mismo se limitará a comunicar aquellos síntomas en los que su dolencia se manifiesta pero nada más. Las informaciones imprescindibles para el análisis no las dará más que al médico, y esto únicamente en el caso de que sienta por él una particular ligazón emocional. El paciente enmudecerá en el momento en que al lado del médico surja una tercera persona indiferente. Lo que motiva esta conducta es que aquellas informaciones se refieren a lo más íntimo de su vida anímica a todo aquello que como persona social independiente tiene que ocultar a los ojos de los demás, y aparte de esto, a todo aquello que ni siquiera querría confesarse a sí mismo.

Así, pues, no podréis asistir como oyentes a un tratamiento psicoanalítico, y de este modo nunca os será posible conocer el psicoanálisis sino de oídas, en el sentido estricto de esta locución. Una tal carencia de informaciones directas ha de colocaros en situación poco corriente para formar un juicio sobre nuestra disciplina; juicio que, dadas las circunstancias señaladas, habrá de depender del grado de confianza que os merezca aquel que os informa.

Suponed por un momento que habéis acudido no a una conferencia sobre

Psiquiatría, sino a una lección de Historia, y que el conferenciante os habla de la vida y de los hechos guerreros de Alejandro Magno. ¿Qué razones tendréis en este caso para creer en la veracidad de su relato? A primera vista, la situación parece aún más desfavorable que en la enseñanza del psicoanálisis, pues el profesor de Historia no tomó tampoco parte en las expediciones militares de Alejandro, mientras que el psicoanalista os habla, por lo menos, de cosas en las que él mismo ha desempeñado un papel. Pero en las lecciones de Historia se da una circunstancia que os permite dar fe, sin grandes reservas, a las palabras del conferenciante. Éste puede citaros los relatos de antiguos escritores contemporáneos a los hechos objeto de su lección, o, por lo menos, bastante próximos a ellos; esto es, referirse a los libros de Diodoro, Plutarco, Arriano, etcétera, y puede presentaros asimismo reproducciones de las medallas y estatuas de Alejandro y haceros ver una fotografía del mosaico pompeyano que representa la batalla de Issos. Claro es que todos estos documentos no demuestran, estrictamente considerados, sino que ya generaciones anteriores creyeron en la existencia de Alejandro y en la realidad de sus hechos heroicos, y en esta circunstancia podríais fundar de nuevo una crítica escéptica, alegando que no todo lo que sobre Alejandro se ha relatado es verosímil ni puede demostrarse detalladamente. Sin embargo, no puedo admitir que tras de una lección de este género salieseis del aula dudando todavía de la realidad de Alejandro Magno. Vuestra aceptación de los hechos expuestos en la conferencia obedecerá en este caso a dos principales reflexiones: la primera será la de que el conferenciante no tiene motivo alguno para haceros admitir como real algo que él mismo no considera así, y en segundo lugar, todos los libros de Historia a los que podáis ir en busca de una confirmación os relatarán los hechos, aproximadamente, en la misma forma. Si a continuación emprendéis el examen de las fuentes históricas más antiguas, deberéis tener en cuenta idénticos factores; esto es, los móviles que han podido guiar a los autores en su exposición y la concordancia de sus testimonios. En el caso de Alejandro, el resultado de este examen será seguramente tranquilizable. No así cuando se trate de personalidades tales como Moisés o Nimrod. Volviendo ahora a las dudas que puedan surgir en vosotros con respecto al grado de confianza merecido por el informante psicoanalítico, os indicaré que más adelante

tendréis ocasión de apreciarlas en su justo valor.

Me preguntaréis ahora —y muy justificadamente por cierto— cómo no existiendo verificación objetiva del psicoanálisis ni posibilidad alguna de demostración, puede hacerse el aprendizaje de nuestra disciplina y llegar a la convicción de la verdad de sus afirmaciones. Este aprendizaje no es, en efecto, fácil, y son muy pocos los que han podido aprenderlo correctamente; pero, naturalmente, existen un camino y un método posibles. El psicoanálisis se aprende, en primer lugar, por el estudio de la propia personalidad, estudio que, aunque no es rigurosamente lo que acostumbramos calificar de autoobservación, se aproxima bastante a este concepto. Existe toda una serie de fenómenos anímicos muy frecuentes y generalmente conocidos, que, una vez iniciados en los principios de la técnica analítica, podemos convertir en objetos de interesantes autoanálisis, los cuales nos proporcionarán la deseada convicción de la realidad de los procesos descritos por el psicoanálisis y de la verdad de sus afirmaciones. Mas los progresos que por este camino pueden realizarse son harto limitados, y aquellos que quieran avanzar más rápidamente en el estudio de nuestra disciplina lo conseguirán, mejor que por ningún otro medio, dejándose analizar por un psicoanalista competente. De este modo, al mismo tiempo que experimentan en su propio ser los efectos del psicoanálisis, tendrán ocasión de iniciarse en todas las sutilezas de su técnica. Claro es que este medio de máxima excelencia no puede ser utilizado sino por una sola persona y nunca por una sala completa de alumnos.

Aún existe para vuestro acceso al psicoanálisis una segunda dificultad, pero ésta no es ya inherente a la esencia de nuestra disciplina, sino que depende exclusivamente de los hábitos mentales que habéis adquirido en el estudio de la Medicina. Vuestra preparación médica ha dado a vuestra actividad mental una determinada orientación, que la aleja en gran manera del psicoanálisis. Se os ha habituado a fundar en causas anatómicas las funciones orgánicas y sus perturbaciones y a explicarlas desde los puntos de vista químico y físico, concibiéndolas biológicamente; pero nunca ha sido dirigido vuestro interés a la vida psíquica, en la que, sin embargo, culmina el funcionamiento de este nuestro organismo, tan maravillosamente complicado. Resultado de esta preparación es que desconocéis en absoluto la disciplina

mental psicológica y os habéis acostumbrado a mirarla con desconfianza, negándole todo carácter científico y abandonándola a los profanos, poetas, filósofos y místicos. Mas con tal conducta establecéis una desventajosa limitación de vuestra actividad médica, pues el enfermo os presentará, en primer lugar, como sucede en todas las relaciones humanas, su *façade* psíquica, y temo que para vuestro castigo os veáis obligados a dejarles a aquellos que con tanto desprecio calificáis de profanos, naturalistas y místicos, una gran parte del influjo terapéutico que desearíais ejercer.

No desconozco la disculpa que puede alegarse para excusar esta laguna de vuestra preparación. Fáltanos aún aquella ciencia filosófica auxiliar que podía ser una importante ayuda para vuestros propósitos médicos. Ni la Filosofía especulativa, ni la Psicología descriptiva, ni la llamada Psicología experimental, ligada a la Fisiología de los sentidos, se hallan, tal y como son enseñadas en las universidades, en estado de proporcionarnos dato ninguno útil sobre las relaciones entre lo somático y lo anímico y ofrecernos la clave necesaria para la comprensión de una perturbación cualquiera de las funciones anímicas. Dentro de la Medicina, la Psiquiatría se ocupa, ciertamente, de describir las perturbaciones psíquicas por ella observadas y de reunirlas formando cuadros clínicos; mas en sus momentos de sinceridad los mismos psiquiatras dudan de si sus exposiciones puramente descriptivas merecen realmente el nombre de ciencia. Los síntomas que integran estos cuadros clínicos nos son desconocidos en lo que respecta a su origen, su mecanismo y su recíproca conexión y no corresponden a ellos ningunas modificaciones visibles del órgano anatómico del alma, o corresponden modificaciones que no nos proporcionan el menor esclarecimiento. Tales perturbaciones anímicas no podrán ser accesibles a una influencia terapéutica más que cuando constituyan efectos secundarios de una cualquiera afección orgánica.

Es ésta la laguna que el psicoanálisis se esfuerza en hacer desaparecer, intentando dar a la Psiquiatría la base psicológica de que carece y esperando descubrir el terreno común que hará inteligible la reunión de una perturbación somática con una perturbación anímica. Con este objeto tiene que mantenerse libre de toda hipótesis de orden anatómico, químico o fisiológico extraño a su peculiar esencia y no laborar más que con conceptos auxiliares puramente

psicológicos, cosa que temo contribuya no poco a hacer que os parezca aún más extraño de lo que esperabais.

Encontramos, por último, una tercera dificultad, de la que no haré responsable a vuestra posición personal ni tampoco a vuestra preparación científica. Dos afirmaciones del psicoanálisis son principalmente las que causan mayor extrañeza y atraen sobre él la desaprobación general. Tropieza una de ellas con un prejuicio intelectual y la otra con un prejuicio estético y moral. No conviene, ciertamente, despreciar tales prejuicios, pues son residuos de pasadas fases, muy útiles, y hasta necesarias, de la evolución humana, y poseen un considerable poder, hallándose sostenidos por fuerzas afectivas que hacen en extremo difícil el luchar contra ellos.

La primera de tales extrañas afirmaciones del psicoanálisis es la de que los procesos psíquicos son en sí mismos inconscientes, y que los procesos conscientes no son sino actos aislados o fracciones de la vida anímica total. Recordad con relación a esto que nos hallamos, por el contrario, acostumbrados a identificar lo psíquico con lo consciente, considerando precisamente la consciencia como la característica *definicional* de lo psíquico y Psicología como la ciencia de los contenidos de la consciencia. Esta ecuación nos parece tan natural, que creemos hallar un absurdo manifiesto en todo aquello que la contradiga. Sin embargo, el psicoanálisis se ve obligado a oponerse en absoluto a esta identidad de lo psíquico y lo consciente. Para él lo psíquico son procesos de la naturaleza de los sentimientos, del pensamiento y de la voluntad, y afirma que existen un pensamiento inconsciente y una voluntad inconsciente.

Ya con esta definición y esta afirmación se enajena el psicoanálisis, por adelantado, la simpatía de todos los partidarios del tímido cientificismo y atrae sobre sí la sospecha de no ser sino una fantástica ciencia esotérica ansiosa por construir misterios y pescar en las aguas turbias. Naturalmente, vosotros no podéis comprender aún con qué derecho califico de prejuicio un principio de una naturaleza tan abstracta como el de que «lo anímico es lo consciente», y no podéis adivinar por qué caminos se ha podido llegar a la negación de lo inconsciente —suponiendo que exista— y qué ventajas puede proporcionar una tal negación. A primera vista parece por completo ociosa la

discusión de si se ha de hacer coincidir lo psíquico con lo consciente, o, por el contrario, extender los dominios de lo primero más allá de los límites de la consciencia; no obstante, puedo aseguraros que la aceptación de los procesos psíquicos inconscientes inicia en la ciencia una nueva orientación decisiva.

Esta primera afirmación —un tanto osada— del psicoanálisis posee un íntimo enlace, que ni siquiera sospecháis, con el segundo de los principios esenciales que el mismo ha deducido de sus investigaciones. Contiene este segundo principio la afirmación de que determinados impulsos instintivos, que únicamente pueden ser calificados de sexuales, tanto en el amplio sentido de esta palabra como en su sentido estricto, desempeñan un papel, cuya importancia no ha sido hasta el momento suficientemente reconocida, en la causación de las enfermedades nerviosas y psíquicas y, además, coadyuvan con aportaciones nada despreciables a la génesis de las más altas creaciones culturales, artísticas y sociales del espíritu humano.

Mi experiencia me ha demostrado que la aversión suscitada por este resultado de la investigación psicoanalítica constituye la fuente más importante de las resistencias con las que la misma ha tropezado. ¿Queréis saber qué explicación damos a este hecho? Creemos que la cultura ha sido creada obedeciendo al impulso de las necesidades vitales y a costa de la satisfacción de los instintos, y que es de continuo creada de nuevo, en gran parte, del mismo modo, pues cada individuo que entra en la sociedad humana repite, en provecho de la colectividad, el sacrificio de la satisfacción de sus instintos. Entre las fuerzas instintivas así sacrificadas desempeñan un importantísimo papel los impulsos sexuales, los cuales son aquí objeto de una sublimación; esto es, son desviados de sus fines sexuales y dirigidos a fines socialmente más elevados, faltos ya de todo carácter sexual. Pero esta organización resulta harto inestable; los instintos sexuales quedan insuficientemente domados y en cada uno de aquellos individuos que han de coadyuvar a la obra civilizadora perdura el peligro de que los instintos sexuales resistan tal trato. Por su parte, la sociedad cree que el mayor peligro para su labor civilizadora sería la liberación de los instintos sexuales y el retorno de los mismos a sus fines primitivos y, por tanto, no gusta de que se le recuerde esta parte, un tanto escabrosa, de los fundamentos en los que se basa, ni muestra interés ninguno en que la energía de los instintos sexuales

sea reconocida en toda su importancia y se revele, a cada uno de los individuos que constituyen la colectividad social, la magnitud de la influencia que sobre sus actos pueda ejercer la vida sexual. Por el contrario, adopta un método de educación que tiende, en general, a desviar la atención de lo referente a la vida sexual. Todo esto nos explica por qué la sociedad se niega a aceptar el resultado antes expuesto de las investigaciones psicoanalíticas y quisiera inutilizarlo, declarándolo repulsivo desde el punto de vista estético, condenable desde el punto de vista moral y peligroso por todos conceptos. Mas no es con reproches de este género como se puede destruir un resultado objetivo de un trabajo científico. Para que una controversia tenga algún valor habrá de desarrollarse dentro de los dominios intelectuales. Ahora bien: dentro de la naturaleza humana se halla el que nos inclinamos a considerar equivocado lo que nos causaría displacer aceptar como cierto, y esta tendencia encuentra fácilmente argumento para rechazar, en nombre del intelecto, aquello sobre lo que recae. De esta forma convierte la sociedad lo desagradable en equivocado; discute las verdades del psicoanálisis con argumentos lógicos y objetivos, pero que proceden de fuentes emocionales; y opone estas objeciones, en calidad de prejuicios contra toda tentativa de refutación.

Por nuestra parte, podemos afirmar que al formular el principio de que tratamos no hemos tenido en vista finalidad tendenciosa alguna. Nuestro único fin era el de exponer un hecho que creemos haber establecido con toda seguridad al cabo de una cuidadosa labor. Creemos, pues, deber protestar contra la mezcla de tales consideraciones prácticas en la labor científica, y lo haremos, desde luego, aun antes de investigar si los temores que estas consideraciones tratan de imponernos son o no justificados.

Tales son algunas de las dificultades con las que tropezaréis si queréis dedicaros al estudio del psicoanálisis, dificultades que ya son harto considerables para el principio de una labor científica. Si su perspectiva no os asusta, podremos continuar estas lecciones.

LECCIÓN II. LOS ACTOS FALLIDOS

Señoras y señores:

COMENZAREMOS esta segunda lección no con la exposición de nuevas hipótesis, sino con una investigación, eligiendo como objeto de la misma determinados fenómenos muy frecuentes y conocidos, pero insuficientemente apreciados, que no pueden considerarse como producto de un estado patológico, puesto que son observados en toda persona normal. Son estos fenómenos aquéllos a los que nosotros damos el nombre de *funciones fallidas* (*Fehlleistungen*) o *actos fallidos* (Fehlhandlungen), y que se producen cuando una persona dice una palabra por otra (*Versprechen*=equivocación oral), escribe cosa distinta de lo que tenía intención de escribir (*Verschreiben*=equivocación en la escritura), lee en un texto impreso o manuscrito algo distinto de lo que en el mismo aparece (*Verlesen*=equivocación en la lectura o falsa lectura), u oye cosa diferente de lo que se dice (*Verhören*=falsa audición), claro es que sin que en este último caso exista una perturbación orgánica de sus facultades auditivas. Otra serie de estos fenómenos se basa en el *olvido*; pero no en un olvido duradero, sino temporal; por ejemplo, cuando no podemos dar con un *nombre* que nos es, sin embargo, conocido, y que reconocemos en cuanto otra persona lo pronuncia o logramos hallar por nosotros mismos al cabo de más o menos tiempo, o cuando olvidamos llevar a cabo un *propósito* que luego recordamos y que, por tanto, sólo hemos olvidado durante determinado intervalo. En un tercer grupo de estos fenómenos falta este carácter temporal; por ejemplo, cuando no logramos recordar el lugar en que hemos guardado o colocado un objeto o *perdemos* algo definitivamente. Trátase aquí de olvidos muy distintos de los que generalmente sufrimos en nuestra vida cotidiana y que nos asombran e irritan en vez de parecernos perfectamente comprensibles.

A estos casos se suma una gran cantidad de pequeños fenómenos conocidos bajo diversos nombres, y entre ellos determinados *errores* en los que vuelve a aparecer el carácter temporal, como, por ejemplo, cuando durante algún tiempo nos representamos determinadas cosas de una manera distinta a como antes sabíamos que eran y como tiempo después

confirmaremos que en realidad son.

Todos estos pequeños accidentes, que poseen un íntimo parentesco, como se nos muestra ya en el hecho de que los nombres con que (en alemán) los calificamos tienen común el prefijo ver, son, en su mayoría, insignificantes, de corta duración y escasa importancia en la vida cotidiana. Sólo en muy raros casos llega alguno de ellos (por ejemplo; la pérdida de objetos) a alcanzar alguna trascendencia práctica. Esta falta de trascendencia hace que no despierten nuestra atención ni den lugar más que a efectos de muy escasa intensidad.

Sobre estos fenómenos versarán varias de las conferencias que ante vosotros me propongo pronunciar aunque estoy seguro de que el solo enunciado de este propósito ha de despertar en vosotros un sentimiento de decepción. «Existen —pensaréis—, así en el extenso mundo exterior como en el más restringido de la vida psíquica, tantos oscuros problemas y tantas cosas extraordinarias y necesidades de un esclarecimiento en el campo de las perturbaciones psíquicas, que parece realmente frívolo y caprichoso prodigar el esfuerzo y el interés en tales nimiedades. Si pudierais explicarnos por qué un hombre cuyos órganos visuales y auditivos aparecen totalmente normales llega a ver en pleno día cosas inexistentes, o por qué otros se creen de repente perseguidos por aquellas mismas personas que hasta el momento le inspiraban mayor cariño, o construyen en su pensamiento, con sorprendente ingeniosidad, absurdos delirios que un niño hallaría desatinados, entonces diríamos que el psicoanálisis merecía todo nuestro respeto y atención. Pero si el psicoanálisis no puede hacer otra cosa que investigar por qué un orador de banquete comete un *lapsus linguae*, por qué una buena ama de casa no consigue encontrar sus llaves, o tantas otras futilidades del mismo género, entonces, realmente, nos parece que hay problemas más interesantes a los que podríamos dedicar nuestro tiempo y nuestro interés».

Mas a esto os respondería yo: Tened paciencia; vuestra crítica es totalmente equivocada. Cierto es que el psicoanálisis no puede vanagloriarse de no haber dedicado jamás su atención a nimiedades, pues, por el contrario, los materiales que somete a observación son, en general, aquellos sucesos inaparentes que las demás ciencias desprecian, considerándolos en absoluto

insignificantes. Pero ¿no confundiréis en vuestra crítica la importancia de los problemas con la apariencia exterior de los signos en que se manifiestan? ¿No hay acaso cosas importantísimas que en determinadas condiciones y momentos sólo se delatan por signos exteriores debilísimos? Sin dificultad ninguna podría citaros numerosas situaciones de este género. ¿De qué mínimos signos deducís los jóvenes haber conquistado la inclinación de una muchacha? ¿Esperaréis acaso una declaración amorosa o un apasionado abrazo, u os bastará desde luego con una simple mirada apenas perceptible para una tercera persona, un fugitivo ademán o la prolongación momentánea de un amistoso apretón de manos? Y cuando el magistrado emprende una investigación criminal, ¿necesita acaso para fijar la personalidad del delincuente encontrar en el lugar del crimen la fotografía y las señas del mismo, dejadas por él amablemente para evitar trabajo a la justicia, o se contenta con sutiles e imprecisas huellas que sirvan de base a su labor investigadora? Vemos, pues, que no tenemos derecho alguno a despreciar los pequeños signos, y que tomándolos en consideración pueden servirnos de guía para realizar importantes descubrimientos. También yo, como vosotros, soy de la opinión de que los grandes problemas del mundo y de la ciencia son los que tienen preferente derecho a nuestra atención; pero resulta, en general, de escasísima utilidad formular el decidido propósito de dedicarnos por entero a la investigación de alguno de estos grandes problemas, pues en cuanto queremos poner en práctica tal decisión hallamos que no sabemos cómo orientar los primeros pasos de nuestra labor investigadora. En toda labor científica es mucho más racional someter a observación aquello que primeramente encuentra uno bajo sus miradas, esto es, aquellos objetos cuya investigación nos resulta fácil. Si esta primera investigación se lleva a cabo seriamente, sin prejuicio alguno, pero también sin esperanzas exageradas, y si, además, nos acompaña la suerte, puede suceder que merced a la conexión que enlaza todas las cosas entre sí, y claro es que también lo pequeño con lo grande, la labor emprendida con tan modestas pretensiones nos abra un excelente acceso al estudio de los grandes problemas.

Con estos argumentos creo haber contestado a vuestras objeciones y conseguido, al mismo tiempo, que no me neguéis vuestra atención durante las lecciones que dedique a tratar de los actos fallidos del hombre normal,

fenómenos tan insignificantes al parecer.

Como primera providencia, nos dirigiremos a alguien totalmente extraño al psicoanálisis, y le preguntaremos cuál es la explicación que da a la producción de estos hechos. Seguramente comenzará por respondernos que tales fenómenos no merecen esclarecimiento alguno, pues se trata únicamente de pequeños accidentes casuales. Mas ¿qué es lo que con esta frase quiere significar? ¿Querrá acaso afirmar que existen sucesos tan insignificantes que se encuentran fuera del encadenamiento de la fenomenología universal y que lo mismo hubieran podido no producirse? Pero el romper de este modo el determinismo natural, aunque sea en un solo punto, trastornaría toda la concepción científica del mundo (*Weltanschauung*). Debemos, pues, hacer ver a quien así nos contesta todo el alcance de su afirmación y mostrarle que la concepción religiosa del mundo se conduce más consecuentemente cuando sostiene que un gorrión no cae de un tejado sin una intervención particular de la voluntad divina. Supongo que ante este argumento no intentará ya nuestro amigo deducir la consecuencia lógica de su primera respuesta, sino que se rectificará, diciendo que si él se dedicara a la investigación de estos pequeños fenómenos, acabaría por encontrarles una explicación, pues se trata, sin duda, de pequeñas desviaciones de la función anímica o inexactitudes del mecanismo psíquico, cuyas condiciones habrían de ser fácilmente determinables. Un sujeto que, en general, hable correctamente, puede muy bien cometer equivocaciones orales en los casos siguientes: 1.º., cuando se halle ligeramente indispuesto o fatigado; 2.º., cuando se halle sobreexcitado; 3.º., cuando se halle excesivamente absorbido por cuestiones diferentes a aquéllas a las que sus palabras se refieren. Estas afirmaciones pueden ser fácilmente confirmadas. Las equivocaciones orales se producen con particular frecuencia cuando nos hallamos fatigados, cuando padecemos un dolor de cabeza o en las horas que preceden a una jaqueca. En estas mismas circunstancias se produce también fácilmente el olvido de nombres propios, hasta el punto de que muchas personas reconocen en tal olvido la inminencia de una jaqueca[1839]. Del mismo modo, cuando nos hallamos sobreexcitados, confundimos fácilmente ya no sólo las palabras, sino también las *cosas*, haciéndonos reos de actos de aprehensión errónea, y los olvidos de proyectos

y otra gran cantidad de actos no intencionados se hacen particularmente frecuentes cuando nos hallamos distraídos, esto es, cuando nuestra atención se halla concentrada sobre otra cosa. Un conocido ejemplo de tal distracción nos es ofrecido por aquel profesor del *Fliegende Blätter*[1840] que olvida su paraguas y se lleva un sombrero que no es suyo, porque su pensamiento se halla absorto en los problemas que se propone tratar en un próximo libro. Por propia experiencia conocemos todos los casos de olvido de propósitos o promesas, motivados por haberse producido, después de concebir los primeros o formular las segundas, sucesos que han orientado violentamente nuestra atención hacia otro lado.

Todo esto lo encontramos perfectamente comprensible y nos parece hallarse protegido contra cualquier objeción; mas, por otro lado, no presenta a primera vista todo el interés que quizá esperábamos. Sin embargo, examinando más penetrantemente estas explicaciones de los actos fallidos, hallaremos que las condiciones que se indican como determinantes de tales fenómenos no son todas de una misma naturaleza. La indisposición y los trastornos circulatorios proporcionan un fundamento fisiológico para la alteración de las funciones normales; pero, en cambio, la excitación, la fatiga y la distracción son factores de naturaleza distinta y a los que podríamos calificar de psicofisiológicos. Fácilmente podemos construir una teoría de su actuación. La fatiga, la distracción y quizá también la excitación general producen una dispersión de la atención que puede muy bien aminorar, hasta hacerla por completo insuficiente, la cantidad de la misma dirigida sobre la función de referencia, la cual puede entonces quedar fácilmente perturbada o ser realizada inexactamente. Una ligera indisposición o modificaciones circulatorias del órgano nervioso central pueden ejercer idéntico efecto, influyendo del mismo modo sobre el factor regulador, o sea sobre la distribución de la atención. Trataríase, pues, en todos los casos de efectos consecutivos a perturbaciones de la atención producidas por causas orgánicas o psíquicas.

Mas todo esto no parece aportar gran cosa a nuestro interés psicoanalítico. Podríamos, pues, sentirnos inclinados de nuevo a renunciar a nuestra labor; pero examinando más penetrantemente tales observaciones, nos daremos cuenta de que no todos los caracteres de los actos fallidos

pueden explicarse por medio de esta teoría de la atención. Observaremos, sobre todo, que tales actos y tales olvidos se producen también en personas que, lejos de hallarse fatigadas, distraídas o sobreexcitadas, se encuentran en estado normal, y que solamente *a posteriori*, esto es, precisamente después del acto fallido, es cuando se atribuye a tales personas una sobreexcitación que las mismas niegan en absoluto. La afirmación que pretende que el aumento de atención asegura la ejecución adecuada de una función, y, en cambio, cuando dicha atención queda disminuida, aparece el peligro de perturbaciones e inexactitudes de todo género, nos parece un tanto simplista. Existe un gran número de actos que ejecutamos automáticamente o con escasísima atención, circunstancias que en nada perjudican a la más precisa ejecución de los mismos. El paseante que apenas se da cuenta de la dirección en que marcha, no por ello deja de seguir el camino acertado, y llega al fin propuesto sin haberse perdido. El pianista ejercitado deja, sin pensar en ello, que sus dedos recorran precisamente las teclas debidas. Claro es que puede equivocarse; mas si su actividad automática hubiera de aumentar las probabilidades de error, sería natural que fuera el virtuoso, cuyo juego ha llegado a ser, a consecuencia de un largo ejercicio, puramente automático, el más expuesto a incurrir en errores. Mas, por el contrario, vemos que muchos actos resultan particularmente acertados cuando no son objeto de una atención especial, y que el error se produce, en cambio, cuando precisamente nos interesa de una manera particular lograr una perfecta ejecución, esto es, cuando no existe desviación alguna de la atención. En estos casos podría decirse que el error es efecto de la «excitación»; pero no comprendemos por qué esta última no habría más bien de intensificar nuestra atención sobre un acto al cual ligamos tanto interés. Cuando en un discurso importante o en una negociación verbal comete alguien un *lapsus* y dice lo contrario de lo que quería decir, cae en un error que no puede explicarse fácilmente por la teoría psicofisiológica ni tampoco por la de la atención.

Los actos fallidos se muestran además acompañados por un sinnúmero de pequeños fenómenos secundarios que nos parecen incomprensibles y a los que las explicaciones intentadas hasta el momento no han conseguido aún aproximar a nuestra inteligencia. Cuando, por ejemplo, hemos olvidado temporalmente una palabra, nos impacientamos e intentamos recordarla, sin

darnos punto de reposo hasta hallarla. ¿Por qué el sujeto a quien tanto contraría este olvido logra tan raramente, a pesar de su intenso deseo, dirigir su atención sobre la palabra, que, como suele decirse, «tiene en la punta de la lengua» y que reconoce en el acto que otra persona la pronuncia ante él? Hay también casos en los que los actos fallidos se multiplican, se encadenan unos con otros y se reemplazan recíprocamente. Olvidamos por primera vez una cita y formamos el decidido propósito de no olvidarla en la ocasión siguiente; pero, llegada ésta, nos equivocamos al anotar la hora convenida. Mientras que por toda clase de rodeos intentamos recordar una palabra olvidada, huye de nuestra memoria una segunda palabra que nos hubiera podido ayudar a encontrar la primera, y mientras nos dedicamos a buscar esta segunda palabra, se nos olvida una tercera, y así sucesivamente. Análogos fenómenos suelen producirse en las erratas tipográficas, las cuales pueden considerarse como actos fallidos del cajista. En una ocasión apareció una de tales erratas persistentes en un periódico socialdemócrata. En la crónica de cierta solemnidad oficial podía leerse: «Entre los asistentes se encontraba S. A. el *Kornprinz*» (en lugar de *Kronprinz*). Al día siguiente rectificó el periódico, confesando su error anterior y diciendo: «Nosotros queríamos decir, naturalmente, el *Knorprinz*». En estos casos se echa la culpa, generalmente, a un diablo juguetón que presidiría los errores tipográficos o al duende de la caja, expresiones todas que van más allá del alcance de una simple teoría psicofisiológica de la errata de imprenta.

Ignoro si os es también conocido el hecho de que la equivocación oral puede ser provocada por algo que pudiéramos calificar de sugestión. A este propósito existe la siguiente anécdota: Un actor inexperimentado se encargó, en una representación de *La doncella de Orleáns*, del importantísimo papel de anunciar al rey que el condestable (Connétable) le devolvía su espada (Schwert). Mas durante el ensayo general un bromista se entretuvo en intimidar al novicio actor apuntándole, en lugar de la frase que tenía que decir, la siguiente: «El confortable (Komfortable) devuelve su caballo (Pferd)». Naturalmente, el pesado bromista consiguió un maligno propósito, y en la representación el novel actor pronunció, en efecto, la frase, modificada, que le había sido apuntada en lugar de la que debía decir, a pesar de que varias veces se le había advertido la posibilidad de tal equivocación, o

quizá precisamente por ello mismo.

Todos estos pequeños rasgos de los actos fallidos no quedan ciertamente explicados por la teoría antes expuesta de la desviación de la atención; pero esto no quiere decir que tal teoría sea falsa. Para satisfacernos por completo le falta quizá algún complemento. Pero también muchos de los actos fallidos pueden ser considerados desde otros diferentes puntos de vista.

De todos los actos fallidos, los que más fácilmente se prestan a nuestros propósitos explicativos son las *equivocaciones orales* y las que cometemos en la escritura o la lectura. Comenzaremos, pues, por examinar las primeras, y recordaremos, ante todo, que la única interrogación que hasta ahora hemos planteado y resuelto a su respecto era la de saber cuándo y en qué condiciones se cometían. Una vez resuelta esta cuestión, habremos de consagrarnos a investigar lo referente a la forma y efectos de la equivocación oral, pues en tanto que no hayamos dilucidado estos problemas y explicado el efecto producido por las equivocaciones orales, seguiremos teniendo que considerarla, desde el punto de vista psicológico, como fenómenos casuales, aunque les hayamos encontrado una explicación fisiológica. Es evidente que cuando cometemos un *lapsus* puede éste revestir muy diversas formas, pues en lugar de la palabra justa podemos pronunciar mil otras inapropiadas o imprimir a dicha palabra innumerables deformaciones. De este modo, cuando en un caso particular elegimos entre todos estos *lapsus* posibles uno determinado, tenemos que preguntarnos si habrá razones decisivas que nos impongan tal elección o si, por el contrario, se tratará únicamente de un hecho accidental y arbitrario.

Dos autores, Meringer y Mayer, filólogo el primero y psiquiatra el segundo, intentaron en 1895 atacar por este lado el problema de las equivocaciones orales, y han reunido un gran número de ejemplos, exponiéndolos, en un principio, desde puntos de vista puramente descriptivos. Claro es que, obrando de este modo, no han aportado explicación ninguna de dicho problema, pero sí nos han indicado el camino que puede conducirnos a tal esclarecimiento. Estos autores ordenan las deformaciones que los *lapsus* imprimen al discurso intencional en las categorías siguientes: interversiones, anticipaciones, ecos, fusiones

(contaminaciones) y sustituciones. Expondré aquí algunos ejemplos de estos grupos. Existe interversión cuando alguien dice «la *Milo de Venus*» en lugar de «la *Venus de Milo*», y anticipación en la frase «Sentí un *pech*…, digo, un *peso* en el *pecho*». Un caso de eco sería el conocido brindis: «Ich fordere Sie auf, auf das Wohl unseres Chefs *aufzustoßen*» [«Lo(s) invito a *eructar* a la salud de nuestro jefe», en lugar de «Lo(s) invito a *brindar* (*anstoßen*) a la salud de nuestro jefe» —Nota del T.—]. Estas tres formas de la equivocación oral no son muy frecuentes, siendo mucho más numerosos aquellos otros casos en los que la misma surge por una fusión o contracción. Un ejemplo de esta clase es el de aquel joven que abordó a una muchacha en la calle con las palabras: «Si usted me lo permite señorita, desearía acompañarla (*begleiten*)», pero en vez de este verbo *begleiten*(*acompañar*) formó uno nuevo (*begleitdigen*), compuesto del primero y *beleidigen* (*ofender*). En la palabra mixta resultante aparece claramente, a más de la idea de *acompañar*, la de *ofender*, y creemos, desde luego, que el galante joven no obtendría con su desafortunada frase un gran éxito. Como caso de sustitución citan Meringer y Mayer la siguiente frase: «Metiendo los preparados en el *buzón* (*Briefkasten*)…», en lugar de «en el horno de incubación» (*Brütkasten*).

El intento de explicación que los dos autores antes citados creyeron poder deducir de su colección de ejemplos me parece por completo insuficiente. A su juicio, los sonidos y las sílabas de una palabra poseen valores diferentes, y la inervación de un elemento poseedor de un valor elevado puede ejercer una influencia perturbadora sobre las de los elementos de un menor valor. Esto no sería estrictamente cierto más que para aquellos casos, muy poco frecuentes, de anticipaciones y ecos, pues en las equivocaciones restantes no interviene para nada este hipotético predominio de unos sonidos sobre otros. Los *lapsus* más corrientes son aquéllos en los que se reemplaza una palabra por otra que presentan cierta semejanza con ella, y esta semejanza parece suficiente a muchas personas para explicar la equivocación. Así la cometida por un catedrático que al querer decir en su discurso de presentación: «No soy el llamado (Ich bien nicht *geeignet*) a hacer el elogio de mi predecesor en esta cátedra», se equivocó y dijo: «No estoy *inclinado* (Ich bin nicht geneigt), etc».. O la de otro profesor que dijo: «En lo que respecta al aparato genital femenino, no hemos logrado, a pesar de muchas *tentaciones*…, perdón,

tentativas…».

Pero la equivocación oral más frecuente y la que mayor impresión produce es aquella que consiste en decir exactamente lo contrario de lo que queríamos. Las relaciones tonales y los efectos de semejanza quedan ya aquí muy alejados de toda posible intervención, y en su lugar aparece, en el mecanismo de la equivocación, la estrecha afinidad existente entre los conceptos opuestos y la proximidad de los mismos en la asociación psicológica. De este género de equivocaciones poseemos ejemplos históricos. Así aquel presidente de la Cámara austro-húngara que abrió un día la sesión con las palabras siguientes: «Señores diputados: Hecho el recuento de los presentes y habiendo suficiente número, se *levanta* la sesión».

Cualquier otra fácil asociación, susceptible de surgir inoportunamente en determinadas circunstancias, puede producir efectos análogos a los de la relación de los contrarios. Cuéntase, por ejemplo, que en una fiesta celebrada con ocasión de la boda de una hija de Helmholz con el hijo del conocido inventor y gran industrial W. Siemens, el famoso fisiólogo Dubois-Reymond terminó su brillante brindis con un viva a la nueva firma industrial «Siemens y *Halske*», título de la sociedad industrial ya existente. La equivocación se explica por la costumbre de referirse a la citada firma industrial, popular en Berlín.

Así, pues, a las relaciones tonales y a la semejanza de las palabras habremos de añadir la influencia de la asociación de estas últimas. Pero tampoco esto es suficiente. Existe toda una serie de casos en los que la explicación del *lapsus* observado no puede conseguirse sino teniendo en cuenta la frase que ha sido enunciada o incluso tan sólo pensada anteriormente. Nos hallaremos, por tanto, ante un nuevo caso de eco, semejante a los citados por Meringer; pero la acción perturbadora sería ejercida aquí desde una distancia mucho mayor. Mas debo confesaros que con todo lo que antecede me parece habernos alejado más que nunca de la comprensión del acto fallido de la equivocación oral.

No creo, sin embargo, incurrir en error diciendo que los ejemplos de equivocación oral citados en el curso de la investigación que precede dejan una nueva impresión merecedora de que nos detengamos a examinarlos.

Hemos investigado, en primer lugar, las condiciones en las cuales se produce de un modo general la equivocación oral, y después las influencias que determinan tales deformaciones de la palabra, pero no hemos examinado aún el efecto del *lapsus* en sí mismo e independientemente de las circunstancias en que se produce. Si, por fin, nos decidimos a hacerlo así, deberemos tener el valor de afirmar que en algunos de los ejemplos citados la deformación en la que el *lapsus* consiste presenta un sentido propio. Esta afirmación implica que el efecto de la equivocación oral tiene, quizá, un derecho a ser considerado como un acto psíquico completo, con su fin propio, y como una manifestación de contenido y significación peculiares. Hasta aquí hemos hablado siempre de actos *fallidos*; pero ahora nos parece ver que tales actos se presentan algunas veces como totalmente *correctos*, sólo que sustituyendo a los que esperábamos o nos proponíamos.

Este sentido propio del acto fallido aparece en determinados casos en una manera evidente e irrecusable. Si las primeras palabras del presidente de la Cámara son para levantar la sesión en lugar de para declararla abierta, nuestro conocimiento de las circunstancias en las que esta equivocación se produjo nos inclinará a atribuir un pleno sentido a este acto fallido. El presidente no espera nada bueno de la sesión, y le encantaría poder levantarla inmediatamente. No hallamos, pues, dificultad ninguna para descubrir el sentido de esta equivocación. Análogamente sencilla resulta la interpretación de los dos ejemplos que siguen: Una señora quiso alabar el sombrero de otra, y le preguntó en tono admirativo: «¿Y ha sido usted misma quien ha adornado ese sombrero?». Mas al pronunciar la palabra *adornado* (*aufgeputzt*) cambió la *u* de la última sílaba en *a*, formando un verbo relacionado íntimamente con la palabra *Patzerei* (facha). Toda la ciencia del mundo no podrá impedirnos ver en este *lapsus* una revelación del oculto pensamiento de la amable señora: «Ese sombrero es una facha». Una casada joven, de la que se sabía que ordenaba y mandaba en su casa como jefe supremo, me relataba un día que su marido, sintiéndose enfermo, había consultado al médico sobre el régimen alimenticio más conveniente para su curación, y que el médico le había dicho que no necesitaba observar régimen especial ninguno. «Así, pues —añadió—, puede comer y beber lo que *yo quiera*». Esta equivocación muestra claramente todo un enérgico programa

conyugal.

Si conseguimos demostrar que las equivocaciones orales que presentan *un sentido*, lejos de constituir una excepción, son, por el contrario, muy frecuentes, este sentido, del que hasta ahora no habíamos tratado en nuestra investigación de los actos fallidos, vendrá a constituir el punto más importante de la misma y acaparará todo nuestro interés, retrayéndolo de otros extremos. Podremos, pues, dar de lado todos los factores fisiológicos y psicofisiológicos y consagrarnos a investigaciones puramente psicológicas sobre el sentido de los actos fallidos; esto es, sobre su significación y sus intenciones. Con este objeto someteremos a observación desde este punto de vista el mayor acervo posible de material investigable.

Mas antes de iniciar esta labor quiero invitaros a acompañarme en una corta digresión. Más de una vez se han servido diversos poetas de la equivocación oral y de otros actos fallidos como medios de representación poética. Éste solo hecho basta para probarnos que el poeta considera el acto fallido (por ejemplo, la equivocación oral) como algo pleno de sentido, pues lo hace producirse intencionadamente, dado que no podemos pensar que se ha equivocado al escribir su obra y deja luego que su equivocación en la escritura subsista, convirtiéndose en una equivocación oral de su personaje. Por medio de tales errores quiere el poeta indicarnos alguna cosa que podremos fácilmente averiguar, pues veremos en seguida si la equivocación se encamina a hacernos ver que el personaje que la comete se halla distraído, fatigado o amenazado de un ataque de jaqueca. Claro es que no deberemos dar un valor exagerado al hecho de que los poetas empleen la equivocación oral como un acto pleno de sentido, pues, en realidad, podía la misma no tenerlo sino en rarísimas excepciones o ser, en general, una pura casualidad psíquica, y deber en estos casos su significación a la exclusiva voluntad del poeta, que, haciendo uso de un perfecto derecho, la espiritualizaría, dándole un sentido determinado para ponerla al servicio de sus fines artísticos. Mas, sin embargo, no nos extrañaría tampoco que, inversamente, nos proporcionaran los poetas, sobre la equivocación oral, un mayor esclarecimiento que el que pudiéramos hallar en los estudios de los filólogos y psiquiatras.

Un ejemplo de equivocación oral lo encontramos en el Wallenstein, de Schiller («Los Piccolomini», acto primero, escena tercera). En la escena precedente Max Piccolomini, lleno de entusiasmo, se ha declarado decidido partidario del duque, anhelando la llegada de la bendita paz, cuyos encantos le fueron descubiertos en un viaje en que acompañó al campamento a la hija de Wallenstein. A continuación comienza la escena quinta:

«QUESTENBERG. —¡Ay de nosotros! ¿A esto hemos llegado? ¿Vamos, amigo mío, a dejarle marchar en ese error sin llamarle de nuevo y abrirle los ojos en el acto?

OCTAVIO. —(*Saliendo de profunda meditación*.) Ahora acaba él de abrírmelos a mí y veo más de lo que quisiera ver.

QUESTENBERG. —¿Qué es ello, amigo mío?

OCTAVIO. —¡Maldito sea el tal viaje!

QUESTENBERG. —¿Por qué? ¿Qué sucede?

OCTAVIO. —Venid. Tengo que perseguir inmediatamente la desdichada pista. Tengo que observarla con mis propios ojos. Venid. (*Quiere hacerle salir*.)

QUESTENBERG. —¿Por qué? ¿Dónde?

OCTAVIO. —(*Apresurado*.) Hacia ella.

QUESTENBERG. —Hacia…

OCTAVIO. —(*Corrigiéndose*.) Hacia el duque, vamos».

Octavio quería decir: «Hacia él, hacia el duque». Pero comete un *lapsus* y revela a los espectadores, con las palabras «hacia ella» que ha adivinado cuál es la influencia que hace ansiar la paz al joven guerrero.

O. Rank ha descubierto en Shakespeare un ejemplo, aún más impresionante, de este mismo género. Hállase este ejemplo en *El mercader de Venecia* y en la célebre escena en la que el feliz amante debe escoger entre tres cofrecillos que Porcia le presenta. Lo mejor será copiar la breve exposición que Rank hace de este pasaje:

«Otro ejemplo de equivocación oral delicadamente motivado, utilizado con gran maestría técnica por un poeta y similar al señalado por Freud en el *Wallenstein*, de Schiller, nos enseña que los poetas conocen muy bien la significación y el mecanismo de esta función fallida, y suponen que también los conoce o los comprenderá el público. Este ejemplo lo hallamos en *El*

mercader de Venecia (acto tercero, escena segunda), de Shakespeare. Porcia, obligada por la voluntad de su padre a tomar por marido a aquel de sus pretendientes que acierte a escoger una de las tres cajas que le son presentadas, ha tenido hasta el momento la fortuna de que ninguno de aquellos amadores que no le eran gratos acertase en su elección. Por fin, encuentra en Bassanio el hombre a quien entregaría gustosa su amor, y entonces teme que salga también vencido en la prueba. Quisiera decirle que, aun sucediendo así, puede estar seguro de que ella le seguirá amando, pero su juramento se lo impide. En este conflicto interior le hace decir el poeta a su afortunado pretendiente:

»Quisiera reteneros aquí un mes o dos antes de que aventurarais la elección de que dependo. Podría indicaros cómo escoger con acierto. Pero si así lo hiciera sería perjura, y no lo seré jamás. Por otra parte, podéis no obtenerme, y si esto sucede, haríais arrepentirme, lo cual sería un pecado, de no haber faltado a mi juramento. ¡Mal hayan vuestros ojos! Se han hecho dueños de mi ser y *lo han dividido en dos partes, de las cuales la una es vuestra y la otra es vuestra, digo mía; mas siendo mía, es vuestra, y así soy toda vuestra*».

Así, pues, aquello que Porcia quería tan sólo indicar ligeramente a Bassanio, por ser algo que en realidad debía callar en absoluto, esto es, que ya antes de la prueba le amaba y era toda suya, deja el poeta, con admirable sensibilidad psicológica, que aparezca claramente en la equivocación, y por medio de este artificio consigue calmar tanto la insoportable incertidumbre del amante como la similar tensión del público sobre el resultado de la elección.

Observamos también con qué sutileza acaba Porcia por conciliar las dos manifestaciones contenidas en su equivocación y por suprimir la contradicción que existe entre ellas, dando, sin embargo, libre curso a la expresión de su promesa: «Mas siendo mía, es vuestra, y así soy toda vuestra». Con una sutil observación ha descubierto también, ocasionalmente, un pensador muy alejado de los estudios médicos el sentido de una función fallida, ahorrándonos el trabajo de buscarlo por nuestra cuenta. Todos conocéis al ingenioso satírico Lichtenberg (1732-1799), del que Goethe decía que cada uno de sus chistes escondía un problema. Precisamente en un chiste

de este autor aparece la solución del problema que nos ocupa, pues refiriéndose a un erudito en una de sus chistosas y satíricas ocurrencias, dice que a fuerza de haber leído a Homero había acabado por leer *Agamenón* siempre que encontraba escrita ante sus ojos la palabra *angenommen* (*admitido*). Y ésta es precisamente toda la teoría de la equivocación en la lectura.

En la próxima lección examinaremos la cuestión de saber si podemos ir de acuerdo con los poetas en esta concepción de las funciones fallidas.

LECCIÓN III. LOS ACTOS FALLIDOS (*Cont.*)

Señoras y señores:

EN la lección que antecede hubimos de considerar la función fallida en sí e independientemente de su relación con la función intencional por ella perturbada. Obrando así, recibimos la impresión de que tales funciones fallidas parecían delatar, en determinados casos, un sentido propio, y nos dijimos que si esto pudiera demostrarse en gran escala, habría de resultar para nosotros mucho más interesante la investigación de dicho sentido que la de las circunstancias en las que las funciones fallidas se producen.

Pongámonos de acuerdo una vez más sobre lo que entendemos por el «sentido» de un proceso psíquico. Con esta palabra nos referimos exclusivamente a la intención a que dicho proceso sirve y a su posición dentro de una serie psíquica. En la mayoría de nuestras investigaciones podemos, por tanto, sustituir el término «sentido» por los de «intención» o «tendencia». Así, pues, la primera interrogación que al llegar a este punto de nuestra labor se nos plantea es la de si esta intención que hemos creído hallar en las funciones fallidas no es, quizá, sino una engañosa apariencia de las mismas o una pura imaginación nuestra.

Para comprobarlo, continuaremos nuestra investigación de los casos de equivocación oral, sometiendo a detenido examen un mayor número de ejemplos de este género. En esta parte de nuestra labor hemos de encontrar categorías enteras de casos en los que la intención o sentido de la

equivocación se muestra con evidente claridad. Entre ellos tenemos, ante todo, aquéllos en los que el sujeto expresa todo lo contrario de lo que se proponía. Así, aquel presidente de la Cámara austríaca que queriendo abrir la sesión la declaró levantada. No hay aquí equívoco posible. El sentido y la intención de este error oral son, desde luego, que lo que el sujeto deseaba realmente era levantar la sesión, pues incluso pudiéramos alegar que es él mismo quien con sus palabras nos revela su intención. Os ruego que no perturbéis por ahora mi conferencia presentándome la objeción de que sabemos, desde luego, que no quería cerrar la sesión, sino, por el contrario, abrirla, y que el mismo sujeto a quien en esta cuestión tenemos que reconocer como la última y más elevada instancia nos confirmaría, si le interrogáramos, que su intención era la contraria de la que sus palabras revelaron. Además, presentando esta objeción, olvidaríais que hemos convenido a examinar ante todo la función fallida en sí e independientemente de su relación con el propósito perturbado, relación que ya investigaremos más adelante, y os haríais reos de una falta de lógica con la que escamotearíais el problema que precisamente hemos puesto sobre el tapete.

En otros casos en los que la equivocación oral no consiste en decir todo lo contrario de lo que se pensaba, puede, sin embargo, surgir del *lapsus* un sentido antitético. Así, en el ejemplo antes citado del catedrático que en su discurso de toma de posesión dijo: «No estoy inclinado (*geneigt*) a hacer el elogio de mi estimado predecesor», queriendo decir: «No soy el llamado» (*geeignet*); «inclinado»; pero, sin embargo, la equivocación da a la frase un sentido totalmente contrario al que el orador quería manifestar.

Podremos hallar también numerosos ejemplos en los que el *lapsus* añade al sentido intencional un segundo sentido, haciendo que la frase se nos muestra como una contracción, una abreviación o una condensación de varias otras. Tal es el caso de aquella señora de enérgico carácter que al ser interrogada por el dictamen que el médico había expuesto después de reconocer a su marido, dijo que este último podría, sin inconveniente alguno, comer y beber lo que ella quisiera, *lapsus* que equivale a la confesión siguiente: «Mi marido podrá comer y beber lo que él quiera; pero él no quiere nunca más que lo que yo le mando».

Las equivocaciones orales se nos muestran con mucha frecuencia como

abreviaciones de este mismo género. Así, un profesor de Anatomía que después de su lección sobre la cavidad nasal pregunta a sus oyentes si le han comprendido, y tras de recibir una general respuesta afirmativa, prosigue diciendo: «No lo creo, pues las personas que comprenden verdaderamente estas cuestiones relacionadas con la anatomía de la cavidad nasal pueden contarse, aun en una gran ciudad de más de un millón de habitantes, con un solo dedo… perdón con los dedos de una sola mano». La frase abreviada tiene aquí también su sentido: quiere decir lo que piensa realmente el profesor, esto es, que allí no hay más que una sola persona que comprenda aquellas cuestiones.

Enfrente de estos grupos de casos en los que la función fallida muestra patentemente su propio sentido, aparecen otros en los que la equivocación no presenta ningún sentido aparente y que, por tanto, contradicen nuestras esperanzas. Cuando alguien destroza, equivocándose, un nombre propio o yuxtapone una serie de sonidos desacostumbrados, cosa, por cierto, muy frecuente, parece quedar rechazada decisivamente nuestra hipótesis de que todos los actos fallidos poseen un sentido propio. Mas un detenido examen de estos ejemplos acaba por demostrarnos que también es posible llegar a la comprensión de tales deformaciones y que la diferencia existente entre estos oscuros casos y los que anteriormente hemos expuesto no es, ni con mucho, tan grande como a primera vista parece.

En una ocasión pregunté a un amigo mío por el estado de su caballo, que se hallaba enfermo, y obtuve la siguiente respuesta: «Sí, esto *drurará* (*draut*) quizá todavía un mes». La *r* sobrante de *dauert* (*durará*) me pareció incomprensible, y llame la atención de mi amigo sobre su *lapsus*, respondiéndome que al oír mi pregunta había pensado que aquello era una *triste* (*traurige*) historia. Así, pues, el encuentro de las dos palabras durará y triste había motivado el equivocado *drurará*[1841].

Otra persona relataba un día ciertos hechos que calificaba de *cochinerías* (*Schweinereien*); mas no queriendo pronunciar esta palabra, dijo: «Entonces se descubrieron determinados hechos…». Pero al pronunciar la palabra *Vorschein*, que aparece en esta frase, se equivocó y pronunció *Vorschwein*, palabra nacida de la unión de la que intentaba pronunciar con la que quedaba latente en su pensamiento[1842].

Recordad ahora el caso de aquel joven, queriendo pedir a una señora permiso para acompañarla, formó una palabra mixta compuesta de los verbos *acompañar* y *ofender* (*begleiten* y *beleidigen*). De estos ejemplos podéis deducir que también tales casos más oscuros de la equivocación oral pueden explicarse por el encuentro o *interferencia* de dos distintos propósitos. La diferencia que entre ambos géneros de ejemplos hallamos obedecería exclusivamente al hecho de que la intención latente sustituye unas veces por completo a la manifiesta, como en aquellos *lapsus* en los que el sujeto dice todo lo contrario de lo que se proponía, mientras que otras tiene que contentarse con deformar o modificar dicha intención manifiesta, dando origen a creaciones mixtas que pueden resultar más o menos plenas de sentido.

Creemos haber penetrado ahora en el secreto de un gran número de equivocaciones, y manteniéndonos dentro de este punto de vista, nos será posible comprender otros grupos de actos fallidos que hasta el momento nos parecían enigmáticos. En la deformación de nombres no podemos, por ejemplo, admitir que se trate siempre de una concurrencia de dos nombres a la vez semejantes y diferentes. Pero tampoco en estos casos resulta difícil descubrir la segunda intención. Con gran frecuencia realizamos la deformación de un nombre expresamente, sin que la misma sea debida a equivocación ninguna, y lo que obrado así nos proponemos es dar a dicho nombre una expresión malsonante o que nos recuerde un objeto bajo y vulgar. Es éste un género de insulto muy difundido y al que el hombre educado aprende pronto a renunciar, aunque a disgusto, pues con frecuencia lo utiliza aún para la formación de «chistes», claro es que del más bajo ingenio. Podremos, pues, admitir que en las equivocaciones de esta clase existe también tal intención injuriosa que se manifiesta en la deformación del nombre. Análoga explicación habremos de dar más adelante a determinados casos de la equivocación oral de efecto cómico o absurdo. Recordemos aquí el conocido brindis: «Lo(s) exhorto a *eructar* a la salud de nuestro jefe» (en lugar de *brindar*: «Ich fordere Sie auf, auf das Wohl unseres Chefs *aufzustoßen*»), ejemplo en el que una solemne situación queda perturbada por la irrupción de una palabra que despierta una representación desagradable.

Recordando la forma de ciertas frases expresamente injuriosas, tenemos

que admitir que en la equivocación del orador pugna por manifestarse una tendencia contraria al sentimiento de respeto y afecto que el mismo se proponía expresar, tendencia que pudiéramos traducir, aproximadamente, como sigue: «No creáis que todo esto que estoy diciendo es en serio. La prosperidad de nuestro jefe me tiene absolutamente sin cuidado». Idéntica explicación es aplicable a aquellas equivocaciones orales que convierten en obscenas frases o palabras por completo inocentes; así, en los ejemplos de Meringer y Mayer decir *Apopos* en vez de *À propos* [‘*Popo*’, designación dada al trasero de los niños], y *Eischeißweibchen* en vez de *Eiweißscheibchen* [‘mujercita-caga-huevos’, en vez de ‘tajaditas de clara de huevo’].

Esta tendencia a transformar intencionadamente en obscenidades palabras inocentes se observa en muchas personas que obran así por el placer de producir un efecto chistoso, y, por tanto, cada vez que oímos una de estas deformaciones deberemos averiguar si su autor ha querido hacer un chiste o la ha dejado escapar por equivocación.

Así, pues, habríamos resuelto con relativa facilidad el problema de los actos fallidos. No son casualidades, sino importantes actos psíquicos que tienen su sentido y deben su génesis a la acción conjunta o quizá, mejor dicho, a la oposición de dos intenciones diferentes. Mas como tengo la seguridad de que en vosotros habrá surgido un cúmulo de interrogaciones y dudas que deberé contestar y desvanecer, respectivamente, antes que podamos dejar establecido de un modo definitivo este primer resultado de nuestra labor, estoy dispuesto a discutir por orden y sucesivamente todas las objeciones que me presentéis, pues no es mi intención impulsaros a una decisión poco madurada.

De antemano conozco las interrogaciones que estáis pensando plantearme: la explicación dada a la equivocación oral, ¿se aplica a todos los casos de este género o sólo a determinado número de ellos? Y esta misma teoría, ¿podría también ampliarse a los numerosos géneros restantes de funciones fallidas, tales como las equivocaciones en la lectura y en la escritura, los olvidos, los actos de aprehensión errónea, la pérdida de objetos, etcétera? ¿Cuál puede ser el papel que desempeñan en presencia de la naturaleza psíquica de las funciones fallidas la fatiga, la excitación, las

distracciones o las perturbaciones de la atención? Además, teniendo en cuenta que de las dos tendencias concurrentes de la función fallida una es simple patente y la otra no, ¿qué camino habrá de seguir para adivinar esta última? Y una vez que creamos haberla adivinado, ¿cómo demostrar que no sólo es lo más probable, sino la única verdadera?

¿Os queda aún algo que preguntar? Si no, continuaré yo por mi cuenta esta serie de interrogaciones.

Os recordaré que, realmente, las funciones fallidas nos interesan poco de por sí, y que si las investigamos es con la esperanza de que su estudio nos proporcione datos para el conocimiento del psicoanálisis. Por tanto, la interrogación que realmente debemos plantearnos es la de cuáles son estos propósitos o tendencias que pueden estorbar a otros de tal manera, y cuáles las relaciones que existen entre las tendencias perturbadoras y las perturbadas. Vemos, pues, que cuando hemos llegado a resolver el problema que primero nos planteábamos nos hallamos aún por completo al principio de nuestra labor.

Examinaremos la primera pregunta, esto es, la de si la explicación que hemos dado es aplicable a todos los casos de equivocación oral. A mi juicio, sí, pues para todo ejemplo de este género que sometamos al análisis hallaremos igual solución. Sin embargo, no es posible demostrar tampoco que la equivocación no pueda producirse sin que en ella intervenga este mecanismo. Mas desde el punto de vista teórico, esto nos importa bien poco, pues las conclusiones que nos proponemos formular, concernientes a la introducción al psicoanálisis, permanecen intactas, aunque —cosa desde luego inverosímil— escapara una minoría de casos de equivocación oral a nuestra teoría explicativa. A la segunda interrogación que nos planteamos, o sea la de si debemos extender a otras variedades de las funciones fallidas los resultados que hemos obtenido al examinar la equivocación oral, contestaremos desde luego en sentido afirmativo. Por vosotros mismos os convenceréis de mi perfecto derecho a hacerlo así cuando lleguemos al examen de los ejemplos de equivocación en la escritura, actos de aprehensión errónea, etc. Mas, por razones técnicas, os propongo que dilatemos esta labor hasta que hayamos profundizado algo más en el problema de las equivocaciones orales.

Una vez admitido el mecanismo psíquico de las equivocaciones orales que acabamos de describir, la cuestión del papel que desempeñan aquellos factores a los cuales han concedido los que en la investigación de estas materias hubieron de precedernos una primordial importancia, o sea las perturbaciones circulatorias, la fatiga, la excitación, la distracción y los trastornos de la atención, merece un penetrante examen. Habréis de observar que no rechazamos en absoluto la actuación de estos factores. Además, no es muy frecuente que el psicoanálisis rechace lo que otros investigadores afirman, pues, generalmente, no hace más que agregar nuevas deducciones; pero resulta a veces que aquello que antes había pasado inadvertido y que el psicoanálisis añade es precisamente lo más esencial de la cuestión investigada. La influencia de las disposiciones fisiológicas resultantes de la indisposición, de los trastornos circulatorios y de los estados de agotamiento, sobre la producción de las equivocaciones orales, debe ser reconocida sin reservas. Nuestra experiencia personal y cotidiana basta desde luego para hacer evidente tal influencia. Mas todo esto no aporta esclarecimiento alguno, pues tales estados no constituyen condición necesaria de la función fallida.

La equivocación oral se produce asimismo en plena salud y completa normalidad. Estos factores somáticos no tendrán, pues, otra significación que la de facilitar y favorecer el mecanismo particular de *lapsus* oral. En una obra anterior me he servido para ilustrar estas relaciones de una comparación que reproduciré aquí, pues no encuentro otra más acertada. Supongamos que atravesando en una noche oscura un paraje desierto soy atacado por un ladrón que me despoja de mi reloj y mi dinero, y supongamos que después de haber sido robado de esta manera por un malhechor cuyo rostro no he podido ver, vaya yo a presentar una denuncia a la comisaría más próxima, diciendo: «La soledad y la oscuridad acaban de robarme mis alhajas». El comisario podría entonces responderme: «Me parece que hace usted mal en explicar el hecho de esa manera tan ultramecanista; mejor será representarnos la situación de la manera siguiente: Protegido por la oscuridad y favorecido por la soledad, un ladrón desconocido le ha despojado a usted de los objetos de valor que llevaba encima. Lo que, a mi juicio, importa más, en su caso, es volver a encontrar al ladrón, y solamente entonces tendremos algunas probabilidades de recuperar los objetos robados».

Los factores psicofisiológicos, tales como la excitación, la distracción y los trastornos de la atención, nos prestan muy escasa ayuda para el esclarecimiento de las funciones fallidas, pues el problema que éstas nos plantean es precisamente el de averiguar qué es lo que en cada caso ha dado origen a la excitación y a la particular desviación de la atención. Por otra parte, hemos de reconocer que las influencias tonales, las semejanzas verbales y las asociaciones corrientes de las palabras no dejan de poseer cierta importancia. Todos estos factores facilitan la equivocación, indicándole el camino que debe seguir. Pero el que hallemos ante nosotros un camino, ¿quiere acaso decir que hayamos de seguirlo? Nada de eso, pues será necesario todavía un móvil que nos decida a emprenderlo y una fuerza que nos impulse. Tales relaciones tonales y tales semejanzas verbales se limitan, pues, del mismo modo que las disposiciones físicas, a favorecer la equivocación oral, pero no constituyen desde luego una explicación de la misma. Pensad que en la enorme mayoría de los casos nuestro discurso oral no se halla perturbado en ningún modo por el hecho de que las palabras que empleamos recuerden otras por asonancia, se hallen íntimamente ligadas a sus contrarios o, por último, provoquen asociaciones habituales. En rigor, podríamos decir, con el filósofo Wundt, que la equivocación oral se produce cuando, a consecuencia de un agotamiento corporal, la tendencia a la asociación vence todas las demás intenciones del discurso. Esta explicación sería perfecta si no se hallara contradicha por la experiencia misma, que muestra, en una serie de casos, la ausencia de factores corporales, y en otros, la de asociaciones susceptibles de favorecer la equivocación oral.

Entre vuestras interrogaciones encuentro particularmente interesante la que se refiere a cómo es posible fijar las dos tendencias interferentes. No sospecháis probablemente las graves consecuencias que esta pregunta puede tener según sea la respuesta que a ella se dé. Una de estas tendencias, la perturbada, es indudablemente conocida por el sujeto de la función fallida. Las dudas o vacilaciones no pueden, pues, nacer más que en lo que se refiere a la otra, o sea a la tendencia perturbadora. Ahora bien: hemos dicho ya, y seguramente no lo habéis olvidado, que existe toda una serie de casos en los que esta última tendencia es igualmente manifiesta y nos es revelada por el efecto de la equivocación, siempre que nos atrevamos a considerar este efecto

independientemente de toda otra circunstancia. Recordemos la equivocación en la que el presidente de la Cámara dice todo lo contrario de lo que debía decir; es evidente que quiere abrir la sesión, pero no lo es menos que le agradaría levantarla. Es esto hasta tal punto inequívoco, que toda otra interpretación resultaría superflua. Mas en otros casos, en los que la tendencia perturbadora no hace sino deformar la tendencia primitiva, sin manifestarse ella por su cuenta, ¿cómo podremos deducirla de la deformación producida?

En una primera serie de casos podemos realizarlo con gran sencillez y seguridad, obrando en la misma forma que para establecer la tendencia perturbada, la cual nos es revelada por la misma persona que ha sufrido la equivocación, al rectificar ésta y restablecer el sentido verdadero. Así, en el ejemplo antes citado: «Esto *drurará*…, digo, *durará* quizá todavía un mes». Del mismo modo podremos, en este caso, hacernos *comunicar* la tendencia perturbadora interrogando al sujeto por el motivo de su equivocación. Recordaréis, sin duda, que su respuesta fue la de que había pensado simultáneamente que «aquello era una *triste* historia», quedando así explicada su equivocación por la interferencia de las palabras «durará» y «triste». En otro ejemplo, el del *lapsus* «Vorschwein», nos manifestó el sujeto haber querido decir «Schweinereien» (cochinerías), pero que no queriendo emplear una palabra tan malsonante, dirigió su discurso en distinto sentido. También en este caso hemos conseguido determinar la tendencia perturbadora con igual seguridad que la perturbada. Vemos, pues, que en estos ejemplos, escogidos intencionadamente por mí entre aquéllos cuya comunicación y solución se deben a personas extrañas por completo al psicoanálisis, ha sido necesaria cierta intervención para hallar su esclarecimiento. Ha habido necesidad de interrogar al sujeto sobre el motivo de la equivocación y sobre lo que de la misma pensaba, pues si no, hubiera continuado hablando sin fijarse en su equivocación, ni tomarse el trabajo de explicarla. Pero, interrogados, hemos visto que la explicaban, y precisamente con la primera idea que a su mente acudía. Esta pequeña intervención y sus resultados es ya psicoanálisis, pues constituye el modelo, en pequeño, de la investigación psicoanalítica que más adelante expondremos.

Será quizá una extrema desconfianza mía sospechar que en el momento mismo en que el psicoanálisis surge ante vosotros, se afirma simultáneamente

vuestra resistencia contra ella; mas me figuro ver en vosotros el deseo de objetarme que la explicación dada al *lapsus* oral por la misma persona que lo ha cometido carece de fuerza probatoria, que pensáis que, hallándose la misma naturalmente dispuesta a obedecer a la invitación que le hacemos de explicar su equivocación, nos comunicará la primera cosa que acuda a su imaginación y que le parezca apropiada para proporcionar el esclarecimiento pedido. De este modo, nada nos asegura que esta explicación sea la verdadera dado que a la imaginación de la persona interrogada hubiera podido acudir igualmente otra idea distinta, tan apropiada, si no más, para explicar la equivocación cometida.

¡Es curioso el escaso respeto que manifestáis ante los hechos psíquicos! Imaginad que alguno de vosotros, habiendo emprendido el análisis químico de una sustancia, llegara al resultado de que en la composición de la misma entraba cierto número de miligramos de uno de sus elementos constitutivos y dedujera de este resultado determinadas conclusiones. ¿Creéis que habrá algún químico al que se le ocurra rechazar estas conclusiones bajo el pretexto de que la sustancia aislada hubiera podido tener igualmente otro peso distinto? Lo que sucederá es que todos y cada uno se inclinarán ante el hecho de que el peso encontrado es el efectivo y tomarán sin vacilación alguna este hecho como base y punto de partida de ulteriores investigaciones. ¡En cambio, cuando nos hallamos en presencia del hecho psíquico constituido por una idea determinada surgida en el espíritu de una persona a la que hemos interrogado, ya no aplicamos esta regla y decimos que dicha persona hubiera podido tener lo mismo otra idea distinta! Poseéis la ilusión de la existencia de una libertad psíquica y no queréis renunciar a ella. Por mi parte siento mucho ser, en esta ocasión, totalmente contrario a vuestras opiniones.

Es posible que cedáis a mis razones en este punto concreto, pero sólo para renovar vuestra resistencia a la aceptación de otros de los que acabo de exponer. De este modo, continuaríais vuestra crítica, diciendo: «Comprendemos que la técnica especial del psicoanálisis consiste en obtener de las propias palabras del sujeto analizado la solución de los problemas de que se ocupa. Examinemos, pues, aquel otro ejemplo en el que el orador de un banquete invita a su auditorio a *eructar* a la prosperidad de su jefe. En este caso, decís que la intención perturbadora que se opone a la expresión del

afectuoso respeto que el orador quería manifestar es de carácter injurioso. Pero esto no pasa de ser una interpretación puramente personal vuestra, fundada en observaciones *exteriores* a la equivocación. Interrogad ahora al sujeto y veréis cómo no confesará nunca haber tenido tal intención injuriosa, sino que la negará con toda energía. ¿Por qué no abandonar en este caso vuestra indemostrable interpretación ante la irrefutable negativa del interesado?».

Esta vez sí habéis hallado un argumento consistente. Me imagino al orador desconocido como un joven estudioso de brillante porvenir, discípulo preferido y auxiliar de aquel jefe en cuyo honor se da el banquete. Mi insistente interrogatorio sobre si no ha sentido alguna resistencia interior cuando se disponía a invitar a los circunstantes a mostrar su afecto y respeto al festejado le impacienta e irrita hasta hacerle exclamar con indignado acento: «Le ruego que cese en sus impertinentes preguntas. Sus infundadas sospechas pueden causar un grave perjuicio en mi carrera. Si he dicho *eructar* (*aufstoßen*) en lugar de *brindar* ([*an*]*stoßen*), es porque ya dos veces en la misma frase había repetido la preposición *auf*. Mi equivocación obedece a lo que Meringer llama un eco y no necesita de otra interpretación. ¿Me entiende usted? Pues basta». Mas esta reacción del sujeto nos parece en extremo violenta y su negativa excesivamente enérgica. Vemos que no podemos extraer revelación ninguna del sujeto, pero también que se manifiesta harto interesado personalmente en que no se halle sentido alguno a su función fallida. También vosotros pensaréis quizá, que hace mal en mostrarse tan grosero a propósito de una investigación puramente teórica pero al fin y al cabo —añadiréis— el interesado tiene que saber mejor que nadie lo que ha querido y lo que no ha querido decir.

¿Lo creéis así? Pues bien: para nosotros esto constituye aún un problema.

Esta vez sí que creéis poder confundirme fácilmente: «He aquí vuestra técnica —os oigo decir—. Cuando una persona que ha sufrido una equivocación, dice, explicándola, algo que os conviene, declaráis que su testimonio es el supremo y decisivo. Mas si lo que dice la persona interrogada no se adapta a vuestros propósitos, entonces pretendéis que su explicación no tiene valor ninguno y que no es digna de fe».

En realidad, es esto lo que parece deducirse de mis palabras, pero puedo

presentaros un caso análogo en el que sucede algo igualmente extraordinario. Cuando un acusado confiesa su delito, el juez acepta su confesión, no dando, en cambio, fe ninguna a sus negativas, sistema que, a pesar de posibles errores, hemos de aceptar obligadamente si no queremos hacer imposible toda administración de justicia.

Pero ¿podemos acaso considerarnos como jueces y ver un reo en la persona que ha sufrido la equivocación? ¿Es que ésta constituye un delito?

Quizá no debamos rechazar por completo esta comparación. Mas ved las profundas diferencias que se revelan en cuanto profundizamos, por poco que sea, en los problemas, tan inocentes a primera vista, que surgen de la investigación de las funciones fallidas, diferencias que no sabemos todavía suprimir. Os propondré una transacción provisional fundada precisamente en esta comparación con el juez y con el acusado. Tenéis que concederme que el sentido de un acto fallido no admite la menor duda cuando es el analizado mismo quien lo admite. En cambio, yo os concederé que la prueba directa del sentido sospechado resulta imposible de obtener cuando el analizado rehúsa toda información o cuando no nos es posible someterle a un interrogatorio. En estos casos quedamos reducidos, como en los sumarios judiciales, a contentarnos con indicios que harán nuestra decisión más o menos verosímil, según las circunstancias. Por razones prácticas, el tribunal debe declarar culpable a un acusado, aunque no posea como prueba sino simples presunciones. Esta necesidad no existe para nosotros, pero tampoco debemos renunciar a la utilización de indicios parecidos. Sería un error creer que una ciencia no se compone sino de tesis rigurosamente demostradas y sería una injusticia exigir que así fuera. Tal exigencia es signo de temperamentos que tienen necesidad de autoridad y buscan reemplazar el catecismo religioso por otro de orden científico. El catecismo de la ciencia no entraña sino muy pocas proposiciones apodícticas. La mayor parte de sus afirmaciones presenta solamente ciertos grados de probabilidad, y lo propio del espíritu científico es precisamente saber contentarse con estas aproximaciones a la certidumbre y poder continuar el trabajo constructor, a pesar de la falta de últimas pruebas.

Mas en los casos en que el analizado mismo no puede suministrarnos información alguna sobre el sentido de la función fallida, ¿dónde encontraremos los puntos de apoyo necesarios para nuestra interpretación y

los indicios que nos permitan demostrarla? Varias son las fuentes que pueden suministrárnoslo. En primer lugar, podemos deducirlos por analogía con otros fenómenos distintos de la función fallida, procedimiento que hemos utilizado ya antes de afirmar que la deformación de un nombre por equivocación involuntaria posee el mismo sentido injurioso que el que tendría una deformación intencional. Igualmente podemos hallar los puntos de apoyo y los indicios que precisamos en el conocimiento de la situación psíquica en la que se produce el acto fallido y en el del carácter de la persona que lo lleva a cabo y de las impresiones que la misma pudo recibir antes de realizarlo, pues dicho acto pudiera muy bien constituir la reacción del sujeto a tales impresiones. En la mayoría de los casos establecemos, desde luego, nuestra interpretación de la función fallida guiándonos por principios generales, y buscamos después la confirmación de tal hipótesis interpretativa por medio de la investigación de la situación psíquica. Algunas veces tenemos también que esperar para obtener la confirmación buscada a que se realicen determinados sucesos que el acto fallido parece anunciarnos.

No me será fácil aportar muchas pruebas de estas últimas afirmaciones mientras permanezca limitado a los dominios de la equivocación oral, aunque en ellos podamos encontrar también algunos buenos ejemplos. El joven que deseando acompañar a una dama se ofreció a efectuar algo entre acompañarla y *ofenderla* es ciertamente un tímido, y de la señora cuyo marido podía comer y beber lo que *ella* quisiera, me consta que es una de aquellas mujeres enérgicas que saben mandar en su casa. Podemos citar también el caso siguiente: En una junta general de la asociación «Concordia», un joven socio pronunció un violento discurso de oposición, en el curso del cual interpeló a los *miembros de la Comisión de gobierno interior* (*Ausschußmitglieder*) con el nombre de *miembros del Comité de préstamos* (*Vorschußmitglieder*). Hemos de presumir que su oposición tropezó en él con una tendencia perturbadora, relacionada probablemente con una cuestión de préstamo. Y, en efecto, supimos poco después que nuestro orador tenía constantes apuros monetarios y acababa de hacer a la sociedad una nueva demanda de este género. La intención perturbadora se hallaría, pues, fundada en la idea siguiente: «Harías bien en mostrarte moderado en tu discurso de oposición, pues te diriges a personas que pueden concederte o rehusarte el préstamo que

has solicitado».

Más adelante, cuando lleguemos a abordar el vasto dominio de las restantes funciones fallidas, podré presentaros una numerosa selección de estas pruebas indiciarias.

Cuando alguien olvida o, a pesar de todos sus esfuerzos, no retiene sino muy difícilmente un nombre que, sin embargo, le es familiar, tenemos derecho a suponer que abriga algún resentimiento con el sujeto a que dicho nombre corresponde, y que, por tanto, no gusta de pensar en él. Ved, si no, en el ejemplo que sigue la situación psíquica en la que el acto fallido se produjo.

«Cierto señor Y se enamoró, sin ser correspondido, de una muchacha que poco tiempo después contrajo matrimonio con el señor X. Aunque Y conoce a X hace ya mucho tiempo, y hasta tiene con él relaciones comerciales, olvida de continuo su nombre, y cuando quiere escribirle tiene que acudir a alguien que se lo recuerde». Es evidente que Y no quiere saber nada de su feliz rival. «Nicht gedacht soll seiner werden[1843]».

Otro caso: Una señora pide a su médico noticias de una amiga común, pero al hacerlo la designa con su nombre de soltera, pues ha olvidado por completo el apellido de su marido. Interrogada sobre este olvido, declara que ve con disgusto el matrimonio de su amiga, pues el marido le es profundamente antipático[1844].

Como más adelante hemos de tratar con todo detalle de los numerosos problemas que suscita el olvido de nombres, nos consagraremos ahora a examinar lo que por el momento nos interesa más especialmente, esto es, la situación psíquica en la que el olvido, en general, se produce.

El olvido de intenciones o propósitos puede atribuirse de una manera general a la acción de una corriente contraria que se opone a la realización de los mismos, opinión que no es privativa de los partidarios del psicoanálisis, sino que es la que profesa todo el mundo en la vida corriente, aunque luego, en teoría, se niegue a admitirla. Así, el personaje que para excusarse ante un demandante alega haber olvidado su pretensión y la promesa que dio de complacerle, hallará una completa incredulidad por parte del peticionario, el cual pensará siempre que no quieren cumplirle la promesa dada. A esta concepción del olvido obedece también que el mismo no nos sea tolerado en determinadas circunstancias de la vida, en las que la diferencia entre la

concepción popular y la psicoanalítica de las funciones fallidas desaparece por completo. Imaginad una señora que recibiera a sus invitados con estas palabras: «¡Cómo! ¿Era hoy cuando usted debía venir? ¿Creerá usted que había olvidado haberle invitado para hoy?». O figuraos también el caso de un joven que tiene que dar explicaciones a su amada por haber olvidado acudir a una cita. Antes que confesar tal olvido inventará los obstáculos más inverosímiles, que después de haberle hecho imposible acudir exactamente a la hora convenida le han impedido hasta el momento excusarse o dar alguna explicación de su ausencia. Tampoco en la vida militar exime del castigo la excusa de olvido, cosa que todos encontramos plenamente justificada. Vemos, pues, que en determinados casos se admite por todo el mundo que las funciones fallidas tienen un sentido y se sabe muy bien cuál es éste. Mas siendo así, ¿por qué no somos suficientemente lógicos para ampliar esta manera de ver a las restantes funciones fallidas, sin restricción alguna? Naturalmente, también esto tiene su explicación.

Si el sentido que presenta el olvido de propósitos no es dudoso ni aun para los profanos, no constituirá sorpresa ninguna para vosotros el observar que los poetas utilizan este acto fallido con la misma intención. Los que hayáis visto representar o hayáis leído la obra de B. Shaw titulada *César y Cleopatra*, recordaréis, sin duda, la última escena, en la que César, a punto de partir, se manifiesta preocupado por la idea de un propósito que había concebido, pero del que no puede acordarse. Por último, vemos que tal propósito era el de despedirse de Cleopatra. Por medio de este pequeño artificio, quiere el poeta atribuir al gran César una superioridad que no poseía y a la que él mismo no aspiró jamás, pues por las fuentes históricas sabemos muy bien que César había hecho venir a Cleopatra a Roma y que la bella reina habitó en esta ciudad con su hijo Cesarión hasta el asesinato de César, consumado el cual huyó a otros lugares.

Los casos de olvido de proyectos son, en general, tan claros que no podemos utilizarlos para el fin que perseguimos, o sea el de deducir de la situación psíquica indicios que nos revelen el sentido de la función fallida. Así, pues, dirigiremos nuestra atención a un acto fallido, particularmente oscuro y harto equívoco: la pérdida de objetos y la imposibilidad de encontrar aquellos que estamos seguros de haber colocado en algún lugar. Os parecerá

inverosímil que nuestra intención desempeñe cierto papel en la pérdida de objetos, accidente que a menudo nos causa gran disgusto; mas existen numerosas observaciones como la siguiente: Un joven perdió un lápiz al que tenía gran cariño. La víspera había recibido de su cuñado una carta que terminaba con las siguientes palabras: «Además, no tengo ni ganas ni tiempo de favorecer tu ligereza y tu haraganería». El lápiz era precisamente un regalo de tal cuñado, coincidencia que nos permite afirmar que la intención de desembarazarse del objeto perdido hubo de desempeñar un papel en la pérdida del mismo[1845]. Los casos de este género son muy frecuentes. Perdemos algo cuando regañamos con aquellos que nos lo han dado y no queremos ya que nada nos lo recuerde. O también cuando se desvanece el afecto que teníamos a tales objetos y queremos reemplazarlos por otros más nuevos o mejores. A esta misma actitud con respecto al objeto responde también el hecho de dejarlo caer, romperlo o estropearlo. De este modo, no podemos considerar como una simple casualidad el que un escolar pierda, rompa o destroce sus objetos de uso corriente, tales como su reloj o su cartera, la víspera precisamente del día de su cumpleaños.

Todo aquel que se haya encontrado con frecuencia en la penosa situación de no poder encontrar un objeto que sabe haber colocado en un lugar del que no logra acordarse, se resistirá a atribuir a una intención cualquiera tan molesto accidente, y, sin embargo, no son raros los casos en que las circunstancias concomitantes de una pérdida de este género revelan una tendencia a alejar provisionalmente o de un modo durable el objeto de que se trata. Citaré uno de estos casos, que es, quizá, el más acabado de todos los conocidos o publicados hasta el día. Un joven me contaba, recientemente: «Hace varios años tuve algún disgusto con mi mujer, a la que encontraba demasiado indiferente, y aunque reconocía sus otras excelentes cualidades, vivíamos sin recíproca ternura. Un día, al volver de paseo, me trajo un libro que había comprado por creer que debía interesarme. Le di las gracias por esta muestra de atención y lo guardé, siéndome después imposible encontrarlo. Así pasaron varios meses, durante los cuales recordé de cuando en cuando el libro perdido y lo busqué inútilmente. Cerca de seis meses después enfermó mi madre, a la que yo quería muchísimo y que vivía en una casa aparte de la nuestra. Mi mujer fue a su domicilio a cuidarla. El estado de

la enferma se agravó y dio ocasión a que mi mujer demostrase lo mejor de sí misma. Agradecido y entusiasmado por su conducta, regresé una noche a mi casa y sin intención determinada, pero con seguridad de sonámbulo, fui a mi mesa de trabajo y abrí uno de sus cajones, encontrando encima de todo lo que contenía el extraviado y tan buscado libro».

Desaparecido el motivo de la pérdida, se hace posible hallar el objeto temporalmente extraviado.

Pudiera multiplicar hasta lo infinito los ejemplos de este género, pero debo imponerme un límite. En mi obra titulada *Psicopatología de la vida cotidiana* encontraréis una abundante casuística[1846] puesta al servicio del estudio de las funciones fallidas. Mas de todos los análisis de estos ejemplos se deduce idéntica conclusión. Todos ellos demuestran que las funciones fallidas tienen un sentido e indican los medios de llegar al conocimiento del mismo por el examen de las circunstancias que acompañan su aparición. Dado que nuestro propósito no es, por ahora, sino el de extraer del estudio de estos fenómenos los elementos de una preparación al psicoanálisis, he tratado de ser lo más sintético posible y sólo me resta hablaros de las observaciones referentes a los actos fallidos acumulados y combinados y de aquellas otras relativas a la confirmación de nuestras hipótesis interpretativas por sucesos posteriores.

Los actos fallidos acumulados y combinados constituyen ciertamente la más bella floración de su especie. Si se hubiera tratado solamente de mostrar que los actos fallidos pueden tener un sentido, habríamos limitado desde un principio a éstos nuestro estudio, pues su sentido es tan evidente que se impone a la vez a la inteligencia más obtusa y al espíritu más crítico. La acumulación de las manifestaciones revela una tenacidad muy difícil de atribuir al azar, pero que cuadra muy bien con la hipótesis de un designio. Por último, la sustitución de determinados actos fallidos por otros nos muestra que lo importante y lo esencial de los mismos no debe buscarse en su forma ni en los medios de que se sirve sino en la intención a cuyo servicio están, intención que puede ser alcanzada por los más diversos caminos. Voy a citaros un caso de olvido repetido: E. Jones cuenta que por razones que ignora, dejó una vez, durante varios días, sobre su mesa de despacho una

carta que había escrito. Por fin se decidió a expedirla, pero le fue devuelta por las oficinas de Correos, pues había olvidado escribir las señas. Habiendo reparado este olvido, volvió a echar la carta al correo, pero esta vez olvidó poner el sello. Tal repetición del acto fallido le obligó a confesarse que en el fondo no quería expedir la carta de referencia.

En el caso que a continuación exponemos hallamos combinado un acto de aprehensión errónea de un objeto con un extravió temporal del mismo. Una señora hizo un viaje a Roma con su cuñado, un célebre pintor. Éste fue muy festejado por los alemanes residentes en dicha ciudad, y, entre otros regalos, recibió una antigua medalla de oro. La señora observó con disgusto que su cuñado no sabía apreciar el valor de aquel artístico presente. Días después llegó a Roma su hermana para reemplazarla al lado de su marido y ella volvió a su casa. Al deshacer la maleta vio con sorpresa que, sin darse cuenta, había introducido en ella la preciada medalla, e inmediatamente escribió a su cuñado comunicándoselo y anunciándole que al día siguiente se la restituiría, enviándosela a Roma. Pero cuando quiso hacerlo halló que la había guardado tan bien, que por más que hizo no le fue posible encontrarla, dándose entonces cuenta de lo que significaba su «distracción», o sea del deseo de guardar para sí la bella medalla[1847].

Ya expuse anteriormente un ejemplo de combinación de un olvido con un error, ejemplo en el que el sujeto olvidaba primero una cita, y hallándose decidido a no olvidarla otra vez, acudía a ella, en efecto, pero a hora distinta de la señalada. Un caso totalmente análogo me ha sido relatado por el propio sujeto del mismo, un buen amigo mío que se interesa a la vez por las cuestiones científicas y las literarias: «Hace algunos años —me dijo— me presté a ser elegido miembro de cierta sociedad literaria creyendo que ésta me ayudaría a lograr fuese representado un drama del que yo era autor, y aunque no me interesaban gran cosa, asistía con regularidad a las sesiones que dicha sociedad celebraba todos los viernes. Hace algunos meses quedó asegurada la representación de uno de mis dramas en el teatro F., y desde entonces olvidé siempre acudir a las referidas sesiones. Cuando leí el libro de usted sobre estas cuestiones, me avergoncé de mi olvido, reprochándome haber abandonado a mis consocios ahora que ya no necesitaba de ellos, y resolví no dejar de asistir a la reunión del viernes siguiente. Recordé de continuo este

propósito hasta que llegó el momento de realizarlo y me dirigí hacia el domicilio social. Al llegar ante la puerta del salón de actos me sorprendió verla cerrada. La reunión se había celebrado ya, y nada menos que dos días antes. Me había equivocado de día y había ido en domingo».

Sería harto atractivo reunir aquí otras varias observaciones de este género mas prefiero limitarme, por ahora, a las ya expuestas y presentaros otros casos de distinta naturaleza, o sea aquéllos en que nuestra interpretación debe esperar a ser confirmada por sucesos posteriores.

La condición principal de estos casos es, naturalmente, la de que la situación psíquica actual nos sea desconocida o se muestre inaccesible a nuestra investigación. Nuestra interpretación no poseerá entonces más valor que el de una simple hipótesis a la que ni aun nosotros mismos podemos conceder gran importancia. Pero posteriormente sucede algo que nos muestra cuán acertada fue desde un principio nuestra interpretación hipotética. Una vez me hallaba yo en casa de un matrimonio recién casado, y la mujer me contó riendo que al día siguiente de su regreso del viaje de novios había ido a buscar a su hermana soltera para, mientras su marido se hallaba ocupado en sus negocios, salir con ella de compras como antes de casada acostumbraba hacerlo. De repente había visto venir a un señor por la acera opuesta, y llamando la atención de su hermana, le había dicho: «Mira, ahí va el señor L»., olvidando que el tal era su marido desde hacía algunas semanas. Al oír esto sentí un escalofrío, pero por entonces no sospeché que pudiera constituir un dato sobre el porvenir de los cónyuges. Años después recordé esta pequeña historia cuando supe que el tal matrimonio había tenido un desdichadísimo fin.

A. Maeder cuenta que una señora que la víspera de su boda olvidó ir a probarse el traje nupcial y sólo se acordó de que tenía que hacerlo a las ocho de la noche, cuando ya la modista desesperaba de poder tener el traje por la mañana siguiente. Maeder ve una relación entre este hecho y el divorcio de dicha señora al poco tiempo. Por mi parte conozco a una señora, actualmente separada de su marido, que aun antes de su divorcio acostumbraba equivocarse y firmar con su nombre de soltera los documentos referentes a la administración de sus bienes. Sé también de otras muchas mujeres casadas que en el viaje de novios perdieron su anillo de boda, accidente al que

sucesos posteriores han dado luego una inequívoca significación. Expondré, por último, un clarísimo ejemplo más. Cuéntase que un célebre químico alemán olvidó el día y la hora en que debía celebrarse su matrimonio y se encerró en su laboratorio en lugar de acudir a la iglesia. En este caso, el interesado obedeció esta advertencia interior, y contentándose con una única tentativa, continuó soltero hasta su muerte en edad muy avanzada.

Sin duda se os habrá ocurrido pensar que en todos estos ejemplos el acto fallido equivale a las *ominao*, presagios a que los antiguos daban tan gran importancia. Y, realmente, una gran parte de estos presagios no eran más que actos fallidos; por ejemplo, cuando alguien tropezaba o caía. Otros, sin embargo, tenían el carácter de suceso objetivo y no el de acto subjetivo; pero no os podéis figurar hasta qué punto se hace difícil determinar si un suceso pertenece a la primera o a la segunda de estas categorías. La acción sabe disfrazarse muchas veces de suceso pasivo.

Cualquiera de nosotros que tenga tras de sí una experiencia algo larga ya de la vida, puede decir que, sin duda, se hubiera ahorrado muchas desilusiones y muchas dolorosas sorpresas si hubiera tenido el valor y la decisión de interpretar los pequeños actos fallidos que se producen en las relaciones entre los hombres como signos premonitorios de intenciones que no le son reveladas. Mas la mayor parte de las veces no nos atrevemos a llevar a cabo tal interpretación, pues tememos caer en la superstición pasando por encima de la ciencia. Además, no todos los presagios se realizan, y cuando comprendáis mejor nuestras teorías, veréis que tampoco es necesaria una tan completa realización.

LECCIÓN IV. LOS ACTOS FALLIDOS (Cont.)

Señoras y señores:

DE la labor hasta aquí realizada podemos deducir que los actos fallidos tienen un sentido, conclusión que tomaremos como base de nuestras subsiguientes investigaciones. Haremos resaltar una vez más que no afirmamos, ni para los fines que perseguimos nos es necesario afirmar, que

todo acto fallido sea significativo, aunque consideraríamos muy probable esta hipótesis. Pero nos basta con hallar que tal sentido aparece con relativa frecuencia en las diferentes clases de actos fallidos. Además, estas diversas clases ofrecen, por lo que respecta a este punto de vista, grandes diferencias. En las equivocaciones orales, escritas, etc., pueden aparecer casos de motivación puramente fisiológica, cosa, en cambio, poco probable en aquellas otras variantes de la función fallida que se basan en el olvido (olvido de nombres y propósitos, imposibilidad de encontrar objetos que uno mismo ha guardado, etc.). Sin embargo, existe un caso de pérdida en el que parece no intervenir intención alguna. Los errores que cometemos en nuestra vida cotidiana no pueden ser juzgados conforme a estos puntos de vista más que hasta cierto límite. Os ruego conservéis en vuestra memoria estas limitaciones para recordarlas cuando más adelante expliquemos cómo los actos fallidos son actos psíquicos resultantes de la interferencia de dos intenciones.

Es éste el primer resultado del psicoanálisis. La Psicología no ha sospechado jamás, hasta el momento, tales interferencias ni la posibilidad de que las mismas produjeran fenómenos de este género. Así, pues, el psicoanálisis ha extendido considerablemente la amplitud del mundo de los fenómenos psíquicos y ha conquistado para la Psicología dominios que anteriormente no formaban parte de ella.

Detengámonos todavía unos instantes en la afirmación de que los actos fallidos son «actos psíquicos» y veamos si la misma expresa algo más de lo que ya anteriormente dijimos, o sea que dichos actos poseen un sentido.

A mi juicio, no tenemos necesidad ninguna de ampliar el alcance de tal afirmación, pues ya nos parece de por sí harto indeterminada y susceptible de equivocadas interpretaciones. Todo lo que puede observarse en la vida anímica habrá de designarse eventualmente con el nombre de fenómeno psíquico. Mas para fijar de un modo definitivo esta calificación habremos de investigar si la manifestación psíquica dada es un efecto directo de influencias somáticas orgánicas y materiales, caso en el cual caerá fuera de la investigación psicológica, o si, por el contrario, se deriva directamente de otros procesos anímicos, más allá de los cuales comienza la serie de las influencias orgánicas. A esta última circunstancia es a la que nos atenemos

para calificar a un fenómeno de proceso psíquico y, por tanto, es más apropiado dar a nuestro principio la forma siguiente: el fenómeno es significativo y posee un ‘sentido’, entendiendo por ‘sentido’, un ‘significado’, una ‘intención’, una ‘tendencia’ y una ‘localización en un contexto psíquico continuo’.

Hay otros muchos fenómenos que se aproximan a los actos fallidos, pero a los que no conviene ya esta denominación, y son los que llamamos *actos casuales y sintomáticos* (*Zufalls-und Symptomhandlungen*). También estos actos se muestran, como los fallidos, inmotivados y faltos de trascendencia, apareciendo, además, claramente superfluos. Pero lo que en rigor los distingue de los actos fallidos propiamente dichos es la ausencia de otra intención distinta a aquélla con la que tropiezan y que por ellos queda perturbada.

Se confunden, por último, con los gestos y movimientos encaminados a la expresión de las emociones. A estos actos casuales pertenecen todos aquellos pequeños actos, en apariencia carentes de objeto, que solemos realizar, tales como andar en nuestros propios vestidos o en determinadas partes del cuerpo, juguetear con los objetos que se hallan al alcance de nuestras manos, tararear o silbar automáticamente una melodía, etc. El psicoanálisis afirma que todos estos actos poseen un sentido y pueden interpretarse del mismo modo que los actos fallidos, esto es, como pequeños indicios reveladores de otros procesos psíquicos más importantes. Habremos, pues, de concederles la categoría de actos psíquicos completos.

A pesar del interés que el examen de esta nueva ampliación del campo de los fenómenos psíquicos no dejaría de presentar, prefiero no detenerme en él y reanudar el análisis de los actos fallidos, los cuales nos plantean con mucha mayor precisión los problemas más importantes del psicoanálisis.

Entre las interrogaciones que hemos formulado a propósito de las funciones fallidas, las más interesantes —que, por cierto, no hemos resuelto aún— son las siguientes: hemos dicho que los actos fallidos resultan de la interferencia de dos intenciones diferentes, una de las cuales puede calificarse de perturbada y la otra de perturbadora. Las intenciones perturbadas no plantean ningún problema. En cambio, por lo que respecta a las

perturbadoras, quisiéramos saber de qué género son tales intenciones capaces de perturbar otras y cuál es la relación que con estas últimas las enlaza.

Permitid que escoja de nuevo la equivocación oral como representativa de toda la especie de los actos fallidos y que responda en primer lugar a la segunda de las interrogaciones planteadas.

En la equivocación oral puede haber, entre la intención perturbadora y la perturbada, una relación de contenido, y en tal caso la primera contendrá una contradicción, una rectificación o un complemento de la segunda; pero puede también suceder que no exista relación alguna entre los contenidos de ambas tendencias, y entonces el problema se hace más oscuro e interesante.

Los casos que ya conocemos y otros análogos nos permiten comprender sin dificultad la primera de estas relaciones.

En casi todos los casos en los que la equivocación nos hace decir lo contrario de lo que queríamos, la intención perturbadora es, en efecto, opuesta a la perturbada, y el acto fallido representa el conflicto entre las dos tendencias inconciliables. Así, el sentido de la equivocación del presidente de la Cámara puede traducirse en la frase siguiente: «Declaro abierta la sesión, aunque preferiría suspenderla». Un diario, acusado de haberse vendido a una fracción política, se defendió en un artículo que terminaba con las palabras que siguen:

«Nuestros lectores son testigos de que hemos defendido siempre el bien general de la manera más *desinteresada*». Pero el redactor a quien se confió esta defensa escribió: «de la manera más *interesada*», equivocación que, a mi juicio, revela su verdadero pensamiento: «No tengo más remedio que escribir lo que me han encargado, pero sé que la verdad es muy distinta». Un diputado que se proponía declarar la necesidad de decir al emperador toda la verdad, *sin consideraciones* (*rückhaltlos*), advirtió en su interior una voz que le aconsejaba no llevar tan lejos su audacia y cometió una equivocación en la que el «sin consideraciones» (rückhaltlos), quedó transformado en «*sin columna vertebral*» (*rückgratlos*), o sea «*doblando el espinazo*[1848]».

En los casos que ya conocéis y que nos producen la impresión de contracciones y abreviaciones, se trata de rectificaciones, agregaciones o continuaciones con las que una segunda tendencia logra manifestarse al lado de la primera. «Se han *producido* hechos (*zum Vorschein gekommen*) que yo

calificaría de cochinerías (*Schweinereien*)»; resultado: «zum *Vorschwein* gekommen». «Las personas que comprenden estas cuestiones pueden contarse por los *dedos de una mano*; pero no, no existe, a decir verdad, más que una sola persona que las comprenda»; resultado: «Las personas que las comprenden pueden ser contadas con *un* sólo *dedo*». O también: «Mi marido puede comer y beber lo que él quiera; pero como en él mando yo…, podrá comer y beber lo que yo quiera». Como se ve, en todos estos casos la equivocación se deriva directamente del contenido mismo de la intención perturbada o se halla en conexión con ella.

Otro género de relación que descubrimos entre las dos intenciones interferentes nos parece un tanto extraño. Si la intención perturbadora no tiene nada que ver con el contenido de la perturbada, ¿qué origen habremos de atribuirle y cómo nos explicaremos que surja como perturbación de otra intención determinada? La observación —único medio de hallar respuesta a estas interrogaciones— nos permite darnos cuenta de que la perturbación proviene de una serie de ideas que había preocupado al sujeto poco tiempo antes y que interviene en el discurso de esta manera particular, independientemente de que haya hallado o no expresión en el mismo. Trátese, pues, de un verdadero eco, pero que no es producido siempre o necesariamente por las palabras anteriormente pronunciadas. Tampoco falta aquí un enlace asociativo entre el elemento perturbado y el perturbador pero en lugar de residir en el contenido es puramente artificial y su constitución resulta a veces muy forzada.

Expondré un ejemplo de este género, muy sencillo y observado por mí directamente. Durante una excursión por los Dolomitas encontré a dos señoras que vestían trajes de turismo. Fui acompañándolas un trozo de camino y conversamos de los placeres y molestias de las excursiones a pie. Una de las señoras confesó que este ejercicio tenía su lado incómodo. «Es cierto —dijo— que no resulta nada agradable sentir sobre el cuerpo, después de haber estado andando el día entero, la blusa y la camisa empapadas en sudor». En medio de esta frase tuvo una pequeña vacilación, que venció en el acto. Luego continuó y quiso decir: «Pero cuando se llega a casa y puede uno cambiarse de ropa…», mas en vez de la palabra «*Hause*» (*casa*) se equivocó y pronunció la palabra *Hose* (*calzones*). La señora había tenido claramente el

propósito de hacer una más completa enumeración de las prendas interiores, diciendo blusa, camisa y pantalones, y por razones de conveniencia social había retenido el último nombre. Pero en la frase de contenido independiente que a continuación pronunció se abrió paso, contra su voluntad, la palabra inhibida, surgiendo en forma de desfiguración de la palabra *Hause*.

Podemos ahora abordar la interrogación principal cuyo examen hemos eludido por tanto tiempo, o sea la de cuáles son las intenciones que se manifiestan, de una manera tan extraordinaria, como perturbaciones de otras. Trátase evidentemente de intenciones muy distintas, pero en las que intentaremos descubrir algunos caracteres comunes. Si examinamos con este propósito una serie de ejemplos, veremos que los mismos pueden dividirse en tres grupos. En el primero reuniremos aquellos casos en los que la tendencia perturbadora es conocida por el sujeto de la equivocación y se le ha revelado además con anterioridad a la misma. Así, en el ejemplo «*Vorschwein*» confiesa el sujeto no sólo haber pensado que aquellos hechos merecían ser calificados de «cochinerías» (*Schweinereien*), sino también haber tenido la intención —que después reprimió— de manifestar verbalmente tal juicio peyorativo.

El segundo grupo comprenderá aquellos casos en los que la persona que comete la equivocación reconoce en la tendencia perturbadora una tendencia personal, mas ignora que la misma se hallaba ya en actividad en ella antes de la equivocación. Acepta, pues, nuestra interpretación de esta última, pero no se muestra sorprendida por ella. En otros actos fallidos encontraremos ejemplos de esta actitud más fácilmente que en las equivocaciones orales. Por último, el tercer grupo entraña aquellos casos en los que el sujeto protesta con energía contra la interpretación que le sugerimos, y no contento con negar la existencia de la intención perturbadora antes de la equivocación, afirma que tal intención le es ajena en absoluto. Recordad el brindis del joven orador que propone *eructar* a la prosperidad de su jefe y la respuesta un tanto grosera que hube de escuchar cuando revelé al equivocado orador su intención perturbadora. Sobre la manera de concebir este caso no hemos podido ponernos todavía de acuerdo. Por lo que a mí concierne, la protesta del sujeto de la equivocación no me inquieta en absoluto ni me impide mantener mi

interpretación; pero vosotros, impresionados por la resistencia del interesado, os preguntáis, sin duda, si no haríamos mejor en renunciar a buscar la interpretación de los casos de este género y considerarlos actos puramente fisiológicos en el sentido prepsicoanalítico. Sospecho qué es lo que os lleva a pensar así. Mi interpretación representa la hipótesis de que la persona que habla puede manifestar intenciones que ella misma ignora, pero que yo puedo descubrir guiándome por determinados indicios, y vaciláis en aceptar esta suposición tan singular y tan preñada de consecuencias. Comprendo vuestras dudas; mas he de indicaros que si queréis permanecer consecuentes con vuestra concepción de los actos fallidos, fundada en tan numerosos ejemplos, no debéis vacilar en aceptar esta última hipótesis, por desconcertante que os parezca. Si esto es imposible, no os queda otro camino que renunciar también a la comprensión, tan penosamente adquirida, de dichos actos.

Detengámonos aún un instante en lo que enlaza a los tres grupos que acabamos de establecer; esto es, en aquello que es común a los tres mecanismos de la equivocación oral. Afortunadamente, nos hallamos en presencia de un hecho irrefutable. En los dos primeros grupos, la tendencia perturbadora es reconocida por el mismo sujeto, y, además, en el primero de ellos, dicha tendencia se revela inmediatamente antes de la equivocación. Pero lo mismo en el primer grupo que en el segundo, *la tendencia de que se trata se encuentra rechazada, y como la persona que habla se ha decidido a no dejarla surgir en su discurso, incurre en la equivocación; esto es, la tendencia rechazada se manifiesta a pesar del sujeto, sea modificando la expresión de la intención por él aceptada, sea confundiéndose con ella o tomando su puesto*. Tal es el mecanismo de la equivocación oral.

Mi punto de vista me permite explicar por el mismo mecanismo los casos del tercer grupo. Para ello no tendré más que admitir que los tres grupos que hemos establecido se diferencian entre sí por el distinto grado de repulsa de la intención perturbadora. En el primero, esta intención existe y es percibida por el sujeto antes de hablar, siendo entonces cuando se produce la repulsa, de la cual la intención se venga con el *lapsus*. En el segundo, la repulsa es más adecuada, y la intención resulta ya imperceptible antes de comenzar el discurso, siendo sorprendente que una tal represión, harto profunda, no impida, sin embargo, a la intención intervenir en la producción del *lapsus*.

Pero esta circunstancia nos facilita, en cambio, singularmente, la explicación del proceso que se desarrolla en el tercer grupo y nos da valor para admitir que en el acto fallido pueda manifestarse una tendencia rechazada desde largo tiempo atrás, de manera que el sujeto la ignora totalmente y obra con absoluta sinceridad al negar su existencia. Pero, incluso dejando a un lado el problema relativo al tercer grupo, no podéis menos de aceptar la conclusión que se deduce de la observación de los casos anteriores, o sea la de que *la supresión de la intención de decir alguna cosa constituye la condición indispensable de la equivocación oral*.

Podemos afirmar ahora que hemos realizado nuevos progresos en la comprensión de las funciones fallidas. Sabemos no sólo que son actos psíquicos poseedores de un sentido y una intención y resultantes de la interferencia de dos intenciones diferentes, sino también que una de estas intenciones tiene que haber sufrido antes del discurso cierta repulsa para poder manifestarse por la perturbación de la otra. Antes de llegar a ser perturbadora, tiene que haber sido a su vez perturbada. Claro es que con esto no logramos todavía una explicación completa de los fenómenos que calificamos de funciones fallidas, pues vemos en el acto surgir otras interrogaciones y presentimos, en general, que cuanto más avanzamos en nuestra comprensión de tales fenómenos, más numerosos serán los problemas que ante nosotros se presentan. Podemos preguntar, por ejemplo, por qué ha de ser tan complicado el proceso de su génesis. Cuando alguien tiene la intención de rechazar determinada tendencia, en lugar de dejarla manifestarse libremente, debíamos encontrarnos en presencia de uno de los dos casos siguientes: o la repulsa queda conseguida, y entonces nada de la tendencia perturbadora podrá surgir al exterior, o, por el contrario, fracasa, y entonces la tendencia de que se trate logrará manifestarse franca y completamente. Pero las funciones fallidas son resultado de transacciones en las que cada una de las dos intenciones se impone en parte y en parte fracasa, resultando así que la intención amenazada no queda suprimida por completo, pero tampoco logra —salvo en casos aislados— manifestarse sin modificación alguna. Podemos, pues, suponer que la génesis de tales efectos de interferencia o transacción exige determinadas condiciones particulares, pero no tenemos la más pequeña idea de la naturaleza de las mismas, ni creo tampoco que un

estudio más penetrante y detenido de los actos fallidos logre dárnosla a conocer. A mi juicio, ha de sernos de mayor utilidad explorar previamente otras oscuras regiones de la vida psíquica, pues en las analogías que esta exploración nos revele hallaremos valor para formular las hipótesis susceptibles de conducirnos a una explicación más completa de los actos fallidos. Pero aún hay otra cosa: el laborar guiándose por pequeños indicios, como aquí lo hacemos, trae consigo determinados peligros. Precisamente existe una enfermedad psíquica, llamada *paranoia combinatoria*, en la que los pequeños indicios son utilizados de una manera ilimitada, y claro es que no puede afirmarse que las conclusiones basadas en tales fundamentos presenten una garantía de exactitud. De estos peligros no podremos, por tanto, preservarnos, sino dando a nuestras observaciones la más amplia base posible, esto es, comprobando que las impresiones que hemos recibido en el estudio de los actos fallidos se repiten al investigar otros diversos dominios de la vida anímica.

Vamos, pues, a abandonar aquí el análisis de los actos fallidos. Mas quiero haceros previamente una advertencia. Conservad en vuestra memoria, a título de modelo, el método seguido en el estudio de estos fenómenos, método que habrá ya revelado a vuestros ojos cuáles son las intenciones de nuestra psicología. No queremos limitarnos a describir y clasificar los fenómenos; queremos también concebirlos como indicios de un mecanismo que funciona en nuestra alma y como la manifestación de tendencias que aspiran a un fin definido y laboran unas veces en la misma dirección y otras en direcciones opuestas. Intentamos, pues, formarnos una *concepción dinámica* de los fenómenos psíquicos, concepción en la cual los fenómenos observados pasan a segundo término, ocupando el primero las tendencias de las que se los supone indicios.

No avanzaremos más en el estudio de los actos fallidos; pero podemos emprender aún una rápida excursión por sus dominios, excursión en la cual encontraremos cosas que ya conocemos y descubriremos otras nuevas. Durante ella nos seguiremos ateniendo a la división en tres grupos que hemos establecido al principio de nuestras investigaciones, o sea: 1.º., la equivocación oral y sus subgrupos (equivocación en la escritura, en la lectura

y falsa audición); 2.º., el olvido, con sus subdivisiones correspondientes al objeto olvidado (nombres propios, palabras extranjeras, propósitos e impresiones); 3.º., los actos de término erróneo, la imposibilidad de encontrar un objeto que sabemos haber colocado en un lugar determinado y los casos de pérdida definitiva. Los errores no nos interesan más que en tanto en cuanto tienen una conexión con el olvido o con los actos de término erróneo.

A pesar de haber tratado detenidamente de la *equivocación oral*, aún nos queda algo que añadir sobre ella. Con esta función fallida aparecen enlazados otros pequeños fenómenos afectivos, que no están por completo desprovistos de interés. No se suele reconocer gustosamente haber cometido una equivocación, y a veces sucede que no se da uno cuenta de los propios *lapsus*, mientras que raramente se nos escapan los de los demás. Obsérvese también que la equivocación oral es hasta cierto punto contagiosa, y que no es fácil hablar de equivocaciones sin comenzar a cometerlas por cuenta propia. Las equivocaciones más insignificantes, precisamente aquellas tras de las cuales no se oculta proceso psíquico ninguno, responden a razones nada difíciles de descubrir. Cuando a consecuencia de cualquier perturbación sobrevenida en el momento de pronunciar una palabra dada emite alguien brevemente una vocal larga, no deja nunca de alargar, en cambio, la vocal breve inmediata, cometiendo así un nuevo *lapsus* destinado a compensar el primero. Del mismo modo, cuando alguien pronuncia impropia o descuidadamente un diptongo, intentará corregirse pronunciando el siguiente como hubiera debido pronunciar el primero, cometiendo así una nueva equivocación compensadora. Diríase que el orador tiende a mostrar a su oyente que conoce a fondo su lengua materna y no quiere que se le tache de descuidar la pronunciación. La segunda deformación, compensadora, tiene precisamente por objeto atraer la atención del oyente sobre la primera y mostrarle que el sujeto se ha dado cuenta del error cometido. Las equivocaciones más simples, frecuentes e insignificantes, consisten en contracciones y anticipaciones que se manifiestan en partes poco aparentes del discurso. Así, en una frase poco larga suele cometerse la equivocación de pronunciar anticipadamente la última palabra de las que se pensaban decir, error que da la impresión de cierta impaciencia por acabar la frase y

testimonia, en general, cierta repugnancia del sujeto a comunicar el contenido de su pensamiento o simplemente a hablar. Llegamos de este modo a los casos límites, en los que desaparecen las diferencias entre la concepción psicoanalítica de la equivocación oral y su concepción fisiológica ordinaria. En estos casos existe, a nuestro juicio, una tendencia que perturba la intención que ha de ser expuesta en el discurso, pero que se limita a dar fe de su existencia sin revelar sus particulares intenciones. La perturbación que provoca sigue entonces determinadas influencias tonales o afinidades asociativas y podemos suponerla encaminada a desviar la atención de aquello que realmente quiere el sujeto decir. Pero ni esta perturbación de la atención ni estas afinidades asociativas bastan para caracterizar la naturaleza del proceso, aunque sí testimonian de la existencia de una intención perturbadora. Lo que no podemos lograr en estos casos es formarnos una idea de la naturaleza de dicha intención observando sus efectos, como lo conseguimos en otras formas más acentuadas de la equivocación oral.

Los *errores en la escritura* que ahora abordamos presentan tal analogía con las equivocaciones orales, que no pueden proporcionarnos nuevos puntos de vista. Sin embargo, quizá nos sea provechoso espigar un poco en este campo. Las pequeñas equivocaciones, tan frecuentes en la escritura, las contracciones y anticipaciones testimonian manifiestamente nuestra poca gana de escribir y nuestra impaciencia por terminar. Otros efectos más pronunciados permiten ya reconocer la naturaleza y la intención de la tendencia perturbadora. En general, cuando en una carta hallamos un *lapsus calami* podemos deducir que la persona que la ha escrito no se hallaba por completo en su estado normal; pero no siempre nos es dado establecer qué es lo que le sucedía. Análogamente a las equivocaciones orales, las cometidas en la escritura son rara vez advertidas por el sujeto. A este respecto resulta muy interesante observar los siguientes hechos: hay personas que tienen la costumbre de releer antes de expedirlas las cartas que han escrito. Otras no tienen esta costumbre; pero cuando alguna vez lo hacen por casualidad hallan siempre alguna grave equivocación que corregir. ¿Cómo explicar este hecho? Diríase que estas personas obran como si supieran que han cometido alguna equivocación al escribir. ¿Deberemos creerlo así realmente?

A la importancia práctica de las *equivocaciones en la escritura* aparece ligado un interesante problema. Recordáis, sin duda, el caso de aquel asesino que, haciéndose pasar por bacteriólogo, se procuraba en los Institutos científicos cultivos de microbios patógenos grandemente peligrosos y utilizaba tales cultivos para suprimir por este método ultramoderno a aquellas personas cuya desaparición le interesaba. Un día, este criminal envió a la Dirección de uno de dichos Institutos una carta, en la cual se quejaba de la ineficiencia de los cultivos que le habían sido enviados; pero cometió un *lapsus calami*, y en lugar de las palabras «en mis ensayos con ratones y conejos de Indias», escribió «en mis ensayos sobre personas humanas». Este error extrañó a los médicos del Instituto de referencia pero no supieron deducir de él, que yo sepa, consecuencia alguna. Ahora bien, ¿no creéis que los médicos hubieran obrado acertadamente considerando este error como una confesión e iniciando una investigación que habría evitado a tiempo los criminales designios del asesino? ¿No encontráis que en este caso la ignorancia de nuestra concepción de las funciones fallidas ha motivado una omisión infinitamente lamentable? Por mi parte estoy seguro de que tal equivocación me hubiera parecido harto sospechosa; pero su aprovechamiento en calidad de confesión tropieza con obstáculos de extrema importancia. La cosa no es tan sencilla como parece. La equivocación en la escritura constituye un indicio incontestable, mas no basta por sí sola para justificar la iniciación de un proceso criminal. Cierto es que este *lapsus* testimonia de que el sujeto abrigaba la idea de infectar a sus semejantes, pero no nos permite decidir si se trata de un proyecto malvado o de una fantasía sin ningún alcance práctico. Es incluso posible que el hombre que ha cometido tal equivocación al escribir encuentre los mejores argumentos subjetivos para negar semejante fantasía y rechazarla como totalmente ajena a él. Más adelante comprenderéis mejor las posibilidades de este género, cuando tratemos de la diferencia que existe entre la realidad psíquica y la realidad material. Mas todo esto no obsta para que se trate, en este caso, de un acto fallido que ulteriormente adquirió insospechadamente importancia.

En los *errores de lectura* nos encontramos en presencia de una situación psíquica totalmente diferente a la de las equivocaciones orales o escritas. Una

de las dos tendencias concurrentes queda reemplazada en este caso por una excitación sensorial, circunstancia que la hace, quizá, menos resistente. Aquello que tenemos que leer no es una emanación de nuestra vida psíquica, como lo son las cosas que nos proponemos escribir. Por esta razón, los errores en la lectura consisten casi siempre en una sustitución completa. La palabra que habríamos de leer queda reemplazada por otra, sin que exista necesariamente una relación de contenido entre el texto y el efecto del error, pues la sustitución se verifica generalmente en virtud de una simple semejanza entre las dos palabras. El ejemplo de Lichtenberg de leer *Agamenón* en lugar de *angenommen* (*aceptado*) es el mejor de todo este grupo. Si se quiere descubrir la tendencia perturbadora causa del error, debe dejarse por completo a un lado el texto falsamente leído e iniciar el examen analítico con las dos interrogaciones siguientes: 1.º ¿Cuál es la primera idea que acude al espíritu del sujeto y que se aproxima más al error cometido? 2.º ¿En qué circunstancias ha sido cometido tal error? A veces, el conocimiento de la situación basta para explicar el error. Ejemplo: un individuo que experimentó cierta necesidad natural hallándose paseando por las calles de una ciudad extranjera, vio en un primer piso de una casa una gran muestra con la inscripción *Closethaus* (*W. C.*) y tuvo tiempo de asombrarse de que la muestra estuviese en un primer piso, antes de observar que lo que en ella debía leerse no era lo que él había leído, sino *Corsethaus* (*Corsetería*). En otros casos, la equivocación en la lectura, precisa, por ser independiente del contenido del texto, de un penetrante análisis, que no podrá llevarse a cabo acertadamente más que hallándose muy ejercitado en la técnica psicoanalítica y teniendo completa confianza en ella. Pero la mayoría de las veces es más fácil obtener la explicación de un error en la lectura. Como en el ejemplo antes citado de Lichtenberg, la palabra sustituida revela sin dificultad el círculo de ideas que constituye la fuente de la perturbación. En estos tiempos de guerra, por ejemplo, solemos leer con frecuencia aquellos nombres de ciudades y de generales o aquellas expresiones militares que oímos constantemente cada vez que nos encontramos ante palabras que con éstas tienen determinada semejanza. Lo que nos interesa y preocupa nuestro pensamiento sustituye así en la lectura a lo que nos es indiferente, y los reflejos de nuestras ideas perturban nuestras nuevas percepciones.

Las equivocaciones en la lectura nos ofrecen también abundantes ejemplos, en los que la tendencia perturbadora es despertada por el mismo texto de nuestra lectura, el cual queda entonces transformado, la mayor parte de las veces, por dicha tendencia en su contrario. Trátase casi siempre en estos casos de textos cuyo contenido nos causa displacer, y el análisis nos revela que debemos hacer responsable de nuestra equivocación en su lectura al intenso deseo de rechazar lo que en ellos se afirma.

En las falsas lecturas que mencionamos en primer lugar, y que son las más frecuentes, no desempeñan sino un papel muy secundario aquellos dos factores a los que en el mecanismo de las funciones fallidas tuvimos que atribuir máxima importancia. Nos referimos al conflicto entre dos tendencias y a la repulsa de una de ellas, repulsa de la que la misma se resarce por el efecto del acto fallido. No es que las equivocaciones en la lectura presenten caracteres opuestos a los de estos factores; pero la influencia del contenido ideológico que conduce al error de lectura es mucho más patente que la represión que dicho contenido hubo de sufrir anteriormente.

En las diversas modalidades del acto fallido provocado por el olvido es donde estos dos factores aparecen con mayor precisión. El *olvido de propósitos* es un fenómeno cuya interpretación no presenta dificultad ninguna, hasta el punto de que, como ya hemos visto, no es rechazada siquiera por los profanos. La tendencia que perturba un propósito consiste siempre en una intención contraria al mismo; esto es, en una volición opuesta, cuya única singularidad es la de escoger este medio disimulado de manifestarse en lugar de surgir francamente. Pero la existencia de esta volición contraria es incontestable, y algunas veces conseguimos también descubrir parte de las razones que la obligan a disimularse, medio por el cual alcanza siempre, con el acto fallido, el fin hacia el que tendía, mientras que, presentándose como una franca contradicción, hubiera sido seguramente rechazada. Cuando en el intervalo que separa la concepción de un propósito de su ejecución se produce un cambio importante de la situación psíquica, que hace imposible dicha ejecución, no podremos calificar ya de acto fallido el olvido del propósito de que se trate. Este olvido no nos admira ya, pues nos damos cuenta de que hubiera sido superfluo recordar el propósito, dado que

la nueva situación psíquica ha hecho imposible su realización. El olvido de un proyecto no puede ser considerado como un acto fallido más que en los casos en que no podemos creer en un cambio de dicha situación.

Los casos de olvido de propósitos son, en general, tan uniformes y transparentes, que no presentan ningún interés para nuestra investigación. Sin embargo, el estudio de este acto fallido puede enseñarnos algo nuevo con relación a dos importantes cuestiones. Hemos dicho que el olvido, y, por tanto, la no ejecución de un propósito, testimonia de una volición contraria hostil al mismo. Esto es cierto; pero, según nuestras investigaciones, tal volición contraria puede ser directa o indirecta. Para mostrar qué es lo que entendemos al hablar de voluntad contraria indirecta expondremos unos cuantos ejemplos. Cuando una persona olvida recomendar un protegido suyo a una tercera persona, su olvido puede depender de que su protegido le tiene en realidad sin cuidado y que, por tanto, no tiene deseo ninguno de hacer la recomendación que le ha de favorecer. Ésta será, por lo menos, la interpretación que el demandante dará al olvido de su protector. Pero la situación puede ser más complicada. La repugnancia a realizar su propósito puede provenir en el protector de una causa distinta, relacionada no con el demandante, sino con aquella persona a la que se ha de hacer la recomendación. Vemos, pues, que también en estos casos tropieza con graves obstáculos el aprovechamiento práctico de nuestras interpretaciones. A pesar de acertar en su interpretación del olvido, corre el protegido el peligro de caer en una exagerada desconfianza y mostrarse injusto para con su protector. Análogamente, cuando alguien olvida una cita a la que prometió y se propuso acudir, el fundamento más frecuente de tal olvido debe buscarse en la escasa simpatía que el sujeto siente por la persona con la que ha quedado citado. Pero en estos casos puede también demostrar el análisis que la tendencia perturbadora no se refiere a dicha persona, sino al lugar en el que la cita debía realizarse, lugar que quisiéramos evitar a causa de un penoso recuerdo a él ligado. Otro ejemplo. Cuando olvidamos expedir una carta, la tendencia perturbadora puede tener su origen en el contenido de la misma; pero puede también suceder que dicho contenido sea por completo inocente y provenga el olvido de algo que en la carta recuerde a otra anterior que ofreció realmente motivos suficientes y directos para la aparición de la tendencia

perturbadora. Podremos decir entonces que la volición contraria se ha transferido desde la carta anterior, en la cual se hallaba justificada, a la carta actual, en la que no tiene justificación alguna. Vemos así que debemos proceder con gran precaución y prudencia hasta en las interpretaciones aparentemente más exactas, pues aquello que desde el punto de vista psicológico presenta un solo significado, puede mostrarse susceptible de varias interpretaciones desde el punto de vista práctico.

Fenómenos como estos que acabamos de describir han de pareceros harto extraordinarios, y quizá os preguntéis si la voluntad contraria indirecta no imprime al proceso un carácter patológico. Por el contrario, puedo aseguraros que este proceso aparece igualmente en plena y normal salud. Mas entendámonos: no quisiera que, interpretando mal mis palabras, las creyerais una confesión de la insuficiencia de nuestras interpretaciones analíticas. La indicada posibilidad de múltiples interpretaciones del olvido de propósitos subsiste solamente en tanto que no hemos emprendido el análisis del caso y mientras nuestras interpretaciones no se basen sino en hipótesis de orden general. Una vez realizado el análisis con el auxilio del sujeto, vemos siempre, con certeza más que suficiente, si se trata de una voluntad contraria directa y cuál es la procedencia de la misma.

Abordemos ahora otra cuestión diferente: Cuando en un gran número de casos hemos comprobado que el olvido de un propósito obedece a una voluntad contraria, nos sentimos alentados para extender igual solución a otra serie de casos en los que la persona analizada, en lugar de confirmar la voluntad contraria por nosotros deducida, la niega rotundamente. Pensad en los numerosos casos en los que se olvida devolver los libros prestados y pagar facturas o préstamos. En estas circunstancias habremos de atrevernos a afirmar al olvidadizo que su intención latente es la de conservar tales libros o no satisfacer sus deudas. Claro es que lo negará indignado; pero seguramente no podrá darnos otra distinta explicación de su olvido. Diremos entonces que el sujeto tiene realmente las intenciones que le atribuimos, pero que no se da cuenta de ellas, siendo el olvido lo que a nosotros nos las ha revelado. Observaréis que llegamos aquí a una situación en la cual nos hemos encontrado ya una vez. Si queremos dar todo su desarrollo lógico a nuestras interpretaciones de los actos fallidos, cuya exactitud hemos comprobado en

tantos casos, habremos de admitir obligadamente que existen en el hombre tendencias susceptibles de actuar sin que él se dé cuenta. Pero formulando este principio, nos situamos enfrente de todas las concepciones actualmente en vigor, tanto en la vida práctica como en la ciencia psicológica.

El *olvido de nombres propios y palabras extranjeras* puede explicarse igualmente por una intención contraria, orientada directa o indirectamente contra el nombre o la palabra de referencia. Ya en páginas anteriores os he citado varios ejemplos de repugnancia directa a ciertos nombres y palabras. Pero en este género de olvidos la causación indirecta es la más frecuente y no puede ser establecida, la mayor parte de las veces, sino después de un minucioso análisis. Así, en la actual época de guerra, durante la cual nos estamos viendo obligados a renunciar a tantas de nuestras inclinaciones afectivas, ha sufrido una gran disminución, a causa de las más singulares asociaciones, nuestra facultad de recordar nombres propios. Recientemente me ha sucedido no poder reproducir el nombre de la inofensiva ciudad morava de *Bisenz*, y el análisis me demostró que no se trataba en absoluto de una hostilidad mía contra dicha ciudad y que el olvido era motivado por la semejanza de su nombre con el del palacio *Bisenzi*, de Orvieto, en el que repetidas veces había yo pasado días agradabilísimos. Como motivo de esta tendencia opuesta al recuerdo de un nombre hallamos aquí, por vez primera, un principio que más tarde nos revelará toda su enorme importancia para la causación de síntomas neuróticos. Trátase de la repugnancia de la memoria a evocar recuerdos que se hallan asociados con sensaciones displacientes y cuya evocación habría de renovar tales sensaciones. En esta tendencia a evitar el displacer que pueden causar los recuerdos u otros actos psíquicos, en esta fuga psíquica ante el displacer, hemos de ver el último motivo eficaz, no solamente del olvido de nombres, sino también en muchas otras funciones fallidas, tales como las torpezas o actos de término erróneo, los errores, etc. El olvido de nombres parece quedar particularmente facilitado por factores psicofisiológicos y surge, por tanto, aun en aquellos casos en los que no interviene ningún motivo de displacer. En aquellos sujetos especialmente inclinados a olvidar los nombres, la investigación analítica nos revela siempre que si determinados nombres escapan a la memoria de los mismos, no es tan

sólo porque les sean desagradables o les recuerden sucesos displacientes, sino también porque pertenecen, en su psiquismo, a otros ciclos de asociaciones con los cuales se hallan en relación más estrecha. Diríase que tales nombres son retenidos por estos ciclos y se niegan a obedecer a otras asociaciones circunstanciales. Recordando los artificios de que se sirve la mnemotecnia, observaréis, no sin alguna sorpresa, que ciertos nombres quedan olvidados a consecuencia de las mismas asociaciones que se establecen intencionadamente para preservarlos del olvido. El olvido de nombres propios, los cuales poseen, naturalmente, un distinto valor psíquico para cada sujeto, constituye el caso más típico de este género. Tomad, por ejemplo, el nombre de Teodoro. Para muchos de vosotros no presentará ningún significado particular. En cambio, para otros será el nombre de su padre, de un hermano, de un amigo o hasta el suyo propio. La experiencia analítica os demostrará que los primeros no corren riesgo alguno de olvidar que cierta persona extraña a ellos se llama así, mientras que los segundos mostrarán siempre una tendencia a rehusar a un extraño un nombre que les parece reservado a sus relaciones íntimas. Teniendo, además, en cuenta que a este obstáculo asociativo puede añadirse la acción del principio del displacer y la de un mecanismo indirecto, podréis haceros una idea exacta del grado de complicación que presenta la causación del olvido temporal de un nombre. Mas, sin embargo, un detenido análisis puede siempre desembrollar todos los hilos de esta complicada trama.

El *olvido de impresiones y de sucesos vividos* muestra con más claridad, y de una manera más exclusiva que el olvido de los nombres, la acción de la tendencia que intenta alejar del recuerdo todo aquello que puede sernos desagradable. Claro es que este olvido no puede ser incluido entre las funciones fallidas más que en aquellos casos en los que, observando a la luz de nuestra experiencia cotidiana, nos parece sorprendente e injustificado; por ejemplo, cuando recae sobre impresiones demasiado recientes o importantes o sobre aquellas otras cuya ausencia determinaría una laguna en un conjunto del cual guardamos un recuerdo perfecto. Las causas del olvido, en general, y especialmente del de aquellos sucesos que, como los que vivimos en nuestros primeros años infantiles, han tenido que dejar en nosotros una profundísima

impresión, constituyen un problema de orden totalmente distinto, en el que la defensa contra las sensaciones de displacer desempeña, desde luego, cierto papel, pero no resulta suficiente para explicar el fenómeno en su totalidad. Lo que, desde luego, constituye un hecho incontestable es que las impresiones displacientes son olvidadas con facilidad. Este fenómeno, comprobado por numerosos psicólogos, causó al gran Darwin una impresión tan profunda, que se impuso la regla de anotar con particular cuidado las observaciones que parecían desfavorables a su teoría de que, como tuvo ocasión de confirmarlo repetidas veces, se resistían a imprimirse en su memoria.

Aquellos que oyen hablar por primera vez del olvido como medio de defensa contra los recuerdos displacientes, raramente dejan de formular la objeción de que, conforme a su propia experiencia, son más bien los recuerdos desagradables (por ejemplo, los de ofensas o humillaciones) los que más difícilmente se borran, tornando sin cesar contra el imperio de nuestra voluntad y torturándonos de continuo. El hecho es exacto, pero no así la objeción en él fundada. Debemos acostumbrarnos a tener siempre en cuenta, pues es algo de capital importancia, el hecho de que la vida psíquica es un campo de batalla en el que luchan tendencias opuestas, o para emplear un lenguaje menos dinámico, un compuesto de contradicciones y de pares antinómicos. De este modo, la existencia de una tendencia determinada no excluye la de su contraria. En nuestro psiquismo hay lugar para ambas, y de lo que se trata únicamente es de conocer las relaciones que se establecen entre tales tendencias opuestas y los efectos que emanan de cada una de ellas.

La *pérdida de objetos y la imposibilidad de encontrar aquéllos* que sabemos haber colocado en algún lugar nos interesan particularmente a causa de las múltiples interpretaciones de que son susceptibles como funciones fallidas y de la variedad de tendencias a las cuales obedecen. Lo que es común a todos estos casos es la voluntad de perder, diferenciándose unos de otros en la razón y el objeto de la pérdida. Perdemos un objeto cuando el mismo se ha estropeado por el mucho uso, cuando pensamos reemplazarlo por otro mejor, cuando ha cesado de agradarnos, cuando procede de una persona con la cual nos hemos disgustado o cuando ha llegado a nuestras manos en circunstancias desagradables que no queremos recordar. Idénticos

fines pueden atribuirse a los hechos de romper, deteriorar o dejar caer un objeto. Asimismo parece ser que en la vida social se ha demostrado que los hijos ilegítimos y aquellos que el padre se ve obligado a reconocer son mucho más delicados y sujetos a enfermedades que los legítimos, resultado que no hay necesidad de atribuir a la grosera táctica de los «fabricantes de ángeles», pues se explica perfectamente por cierta negligencia en su cuidado y custodia. La conservación de los *objetos* podría muy bien tener igual explicación que, en este caso, la de los hijos.

También en otras muchas ocasiones se pierden objetos que conservan todo su valor, con la sola intención de sacrificar algo a la suerte y evitar de esta manera otra pérdida que se teme. El análisis demuestra que esta manera de conjurar la suerte es aún muy común entre nosotros y que, por tanto, nuestras pérdidas constituyen a veces un sacrificio voluntario. En otros casos pueden asimismo ser expresión de un desafío o una penitencia. Vemos, pues, que la tendencia a desembarazarnos de un objeto, perdiéndolo, puede obedecer a numerosísimas y muy lejanas motivaciones.

Análogamente a los demás errores utilizamos también, a veces, los *actos de término erróneo* o *torpezas* (*Vergreifen*) para realizar deseos que debíamos rechazar. En estos casos se disfraza la intención bajo la forma de una feliz casualidad. Citaremos como ejemplo el caso de uno de nuestros amigos que, debiendo hacer una visita desagradable en los alrededores de la ciudad, se equivocó al cambiar de tren en una estación intermedia y subió en uno que le reintegró al punto de partida. Suele también ocurrir que cuando, durante el curso de un viaje, deseamos hacer una parada incompatible con nuestras obligaciones, en un punto intermedio, perdemos un tren como por casualidad o equivocamos un transbordo, error que nos impone la detención que deseábamos. Puedo relataros asimismo el caso de uno de mis enfermos al cual tenía yo prohibido que hablara a su querida por teléfono, y que cada vez que me telefoneaba pedía «por error» un número equivocado, y precisamente el de su querida. Otro caso interesante y que, revelándonos los preliminares del deterioro de un objeto, muestra palpablemente una importancia práctica, es la siguiente observación de un ingeniero:

«Hace algún tiempo trabajaba yo con varios colegas de la Escuela

Superior en una serie de complicados experimentos sobre la elasticidad, labor de la que nos habíamos encargado voluntariamente, pero que empezaba a ocuparnos más tiempo de lo que hubiésemos deseado. Yendo un día hacia el laboratorio en compañía de mi colega F., expresó éste lo desagradable que era para él, aquel día, verse obligado a perder tanto tiempo, teniendo mucho trabajo en su casa. Yo asentía a sus palabras y añadí en broma, haciendo alusión a un accidente sucedido la semana anterior: ‘Por fortuna es de esperar que la máquina falle otra vez y tengamos que interrumpir el experimento. Así podremos marcharnos pronto’. En la distribución del trabajo tocó a F. regular la válvula de la prensa esto es, ir abriéndola con prudencia para dejar pasar poco a poco el líquido presionador desde los acumuladores al cilindro de la prensa hidráulica. El director del experimento se hallaba observando el manómetro, y cuando éste marcó la presión deseada, gritó: ‘¡Alto!’ Al oír esta voz de mando, cogió F. la válvula y le dio vuelta con toda su fuerza hacia la izquierda (todas las válvulas, sin excepción, se cierran hacia la derecha). Esta falsa maniobra hizo que la presión del acumulador actuara de golpe sobre la prensa, cosa para lo cual no estaba preparada la tubería, e hiciera estallar una unión de ésta, accidente nada grave para la máquina, pero que nos obligó a abandonar el trabajo por aquel día y regresar a nuestras casas.

Resulta, además, muy característico el hecho de que algún tiempo después, hablando de este incidente, no pudo F. recordar las palabras que le dije al dirigirnos juntos al laboratorio, palabras que yo recordaba con toda seguridad».

Casos como éste nos sugieren la sospecha de que si las manos de nuestros criados se transforman tantas veces en instrumentos destructores de los objetos que poseemos en nuestra casa, ello no obedece siempre a una inocente casualidad.

De igual manera podemos también preguntarnos si es por puro azar por lo que nos hacemos daño a nosotros mismos y ponemos en peligro nuestra personal integridad. El análisis de observaciones de este género habrá de darnos la solución de estas interrogaciones.

Con lo que hasta aquí hemos dicho sobre las funciones fallidas no queda,

desde luego, agotado el tema, pues aún habríamos de investigar y discutir numerosos puntos. Mas me consideraría satisfecho si con lo expuesto hubiera conseguido haceros renunciar a vuestras antiguas ideas sobre esta materia y disponeros a aceptar las nuevas.

Por lo demás, no siento ningún escrúpulo en abandonar aquí el estudio de las funciones fallidas sin haber llegado a un completo esclarecimiento de las mismas, pues dicho estudio no habría de proporcionarnos la demostración de todos nuestros principios y nada hay que nos obligue a limitar nuestras investigaciones haciéndolas recaer únicamente sobre los materiales que las funciones fallidas nos proporcionan. El gran valor que los actos fallidos presentan para la consecución de nuestros fines consiste en que, siendo grandemente frecuentes y no teniendo por condición estado patológico ninguno, todos podemos observarlos con facilidad en nosotros mismos. Para terminar quiero únicamente recordaros una de vuestras interrogaciones, que he dejado hasta ahora sin respuesta: Dado que, como en numerosos ejemplos hemos podido comprobar, la concepción vulgar de las funciones fallidas se aproxima a veces considerablemente a la que en estas lecciones hemos expuesto, conduciéndose los hombres en muchas ocasiones como si adivinaran el sentido de las mismas, ¿por qué se considera tan generalmente a estos fenómenos como accidentales y faltos de todo sentido, rechazando con la mayor energía su concepción psicoanalítica?

Tenéis razón: es éste un hecho harto singular y necesitado de explicación. Mas en lugar de dárosla, desde luego, prefiero iros exponiendo aquellos datos cuyo encadenamiento os llevará a deducir dicha explicación por vosotros mismos y sin que preciséis para nada de mi ayuda.

PARTE II

LOS SUEÑOS

1915-6 [1916]

LECCIÓN V. 1. DIFICULTADES Y PRIMERAS APROXIMACIONES

Señoras y señores:

SE descubrió un día que los síntomas patológicos de determinados sujetos o nerviosos poseían un sentido[1849], descubrimiento que constituyó la base y el punto de partida del tratamiento psicoanalítico. En este tratamiento se observó, después, que los enfermos incluían entre sus síntomas algunos de sus sueños, y esta inclusión fue lo que hizo suponer que dichos sueños debían poseer igualmente su sentido propio.

Mas, en lugar de seguir aquí este orden histórico, comenzaremos nuestra exposición por el extremo opuesto, considerando la demostración de tal sentido de los sueños como una labor preparatoria para el estudio de las neurosis. Esta inversión de orden expositivo está perfectamente justificada, pues no solamente constituye el estudio de los sueños la mejor preparación al de las neurosis, sino que el fenómeno onírico es por sí mismo un síntoma neurótico que presenta, además, la inapreciable ventaja de poder ser observado en todo el mundo, incluso en los individuos de salud normal. Aun cuando todos los hombres gozasen de perfecta salud, podríamos llegar por el

examen de sus sueños a deducir casi todas las conclusiones a las que el análisis de las neurosis nos han conducido.

De este modo llegan a ser los sueños objeto de la investigación psicoanalítica, y nos hallamos de nuevo en estas lecciones ante un fenómeno vulgar, al que, como sucedía con las funciones fallidas, con las cuales tiene, además, el carácter común de manifestarse incluso en los individuos más normales, se considera generalmente desprovisto de todo sentido e importancia práctica. Pero los sueños se presentan a nuestro estudio en condiciones más desfavorables que las funciones fallidas. Se hallaban éstas descuidadas por la ciencia, que jamás se había dignado dirigir su atención sobre ellas; pero el consagrarse a su estudio no constituía nada vergonzoso, e incluso podía disculparse, alegando que si bien hay cosas más importantes, pudiera ser, sin embargo, que la investigación de los actos fallidos proporcionase algunos resultados de interés. En cambio, el dedicarse a investigar los sueños es considerado no sólo como una ocupación falta de todo valor práctico y absolutamente superfluo, sino como un pasatiempo censurable anticientífico y revelador de una tendencia al misticismo.

Parece, en general, inverosímil que un médico se consagre al estudio de los sueños cuando la Neuropatología y la Psiquiatría ofrecen tantos fenómenos infinitamente más serios: tumores, a veces del volumen de una manzana, que comprimen el órgano de la vida psíquica, y hemorragias e inflamaciones crónicas, en el curso de las cuales pueden observarse, por medio del microscopio, las alteraciones de los tejidos. Junto a estos fenómenos, resultan los sueños algo tan insignificante, que no merece el honor de llegar a constituirse en objeto de una investigación.

Trátase, además, de un objeto cuyo carácter desafía todas las exigencias de la ciencia exacta y sobre el cual el investigador no posee certeza alguna. Una idea fija, por ejemplo, se presenta a nuestros ojos con toda claridad y mostrando un contorno preciso y bien delimitado: «Yo soy el emperador de la China», proclama en voz alta el enfermo. En cambio, los sueños no son a veces ni siquiera susceptibles de ser fijados en una ordenada exposición. Cuando alguien nos refiere un sueño, no poseemos garantía ninguna de la exactitud de su relato, y nada nos prueba que no lo deforma al comunicarlo o añade a él detalles imaginarios procedentes de la imprecisión de su recuerdo.

Además, la mayoría de los sueños escapa al recuerdo, y no quedan de ellos en la memoria del sujeto sino fragmentos insignificantes. Parece, pues, imposible que sobre la interpretación de estos materiales quiera fundarse una psicología científica o un método terapéutico.

Sin embargo, debemos desconfiar de aquellos juicios que muestran una clara exageración, y es evidente que las objeciones contra el sueño, como objeto de investigación, van demasiado lejos. Los sueños, se dice, tienen una importancia insignificante. Ya hemos respondido a una objeción de este mismo género a propósito de los actos fallidos. Dijimos entonces que cosas de gran importancia pueden no manifestarse sino por muy pequeños indicios. Por otra parte, la indeterminación que tanto se reprocha a los sueños constituye un carácter peculiar de los mismos, y habremos de aceptarla sin protesta, pues, como es natural, no podemos prescribir a las cosas el carácter que deban presentar. Además, hay también sueños claros y definidos, y fuera de esto, la investigación psiquiátrica recae con frecuencia sobre objetos que presentan igual indeterminación. Así sucede en numerosos casos de representaciones obsesivas, de las cuales se ocupan, sin embargo, los psiquiatras más respetables y eminentes. Recuerdo aún el último caso que de este género se me presentó en el ejercicio de mi actividad profesional. La enferma comenzó por declararme lo siguiente: «Siento como si hubiera causado un daño a un ser vivo. ¿A un niño? No. Más bien a un perro. Tengo la impresión de haberlo arrojado desde un puente o haberlo hecho sufrir de otra manera cualquiera». Podemos evitar el inconveniente resultante de la incertidumbre de los recuerdos referentes al sueño establecido, que no debe ser considerado como tal, sino lo que el sujeto nos relata, haciendo abstracción de todo aquello que él mismo ha podido olvidar o deformar en su recuerdo. Por último, indicaremos que no es lícito afirmar de un modo general que el sueño es un fenómeno sin importancia. Todos sabemos por propia experiencia que la disposición psíquica en la que despertamos después de un sueño puede mantenerse durante todo un día. Los médicos conocen casos en los que una enfermedad psíquica ha comenzado por un sueño y en los que el enfermo ha retenido una idea fija procedente del mismo. Cuéntase también que varios personajes históricos hallaron en sus sueños estímulos para llevar a cabo determinados actos de gran trascendencia. Resulta, pues,

un tanto extraño este desprecio que en los círculos científicos se profesa con respecto al sueño.

En este desprecio veo yo una reacción contra la importancia exagerada que a los fenómenos oníricos se dio en tiempos antiguos. La reconstrucción del pasado no es, desde luego, cosa fácil, pero podemos admitir sin vacilación que nuestros antepasados de hace tres mil años o más soñaban de la misma manera que nosotros. Sabemos asimismo que todos los pueblos antiguos han atribuido a los sueños un importante valor, y los han considerado como prácticamente utilizables, hallando en ellos indicaciones relativas al futuro y dándoles el significado de presagios. En Grecia y otros pueblos orientales resultaba tan imposible una campaña militar sin intérpretes oníricos como hoy resultaría sin los medios de observación que la aviación proporciona.

Cuando Alejandro Magno emprendió su expedición de conquista llevaba en su séquito a los más reputados onirocríticos. La ciudad de Tiro, que en aquella época se hallaba situada todavía en una isla, oponía al monarca una tan pertinaz resistencia, que Alejandro había decidido ya levantar el sitio, cuando una noche vio en sueños a un sátiro entregado a una danza triunfal. Habiendo dado parte de su sueño a un individuo, éste lo interpretó como el seguro anuncio de una victoria próxima, y Alejandro Magno ordenó, en consecuencia el asalto que rindió a la ciudad. Los etruscos y los romanos se servían de otros métodos de adivinar el porvenir; pero la interpretación de los sueños continuó siendo cultivada, y gozó de gran predicamento durante la época grecorromana. De la literatura que a esta cuestión se refiere ha llegado, por lo menos, hasta nosotros una obra capital: el libro de Artemidoro de Dalcis, escrito probablemente en la época del emperador Adriano. Lo que no puedo indicaros es cómo se produjo la decadencia del arte de interpretar los sueños y cómo éstos cayeron en un total descrédito. A mi juicio, no podemos atribuir tal decadencia y tal descrédito a los efectos del progreso intelectual, pues la sombría Edad Media conservó fielmente cosas harto más absurdas que la antigua interpretación de los sueños. El hecho es que el interés por los sueños degeneró poco a poco en superstición y halló su último refugio en el pueblo inculto. El último abuso que de la interpretación onírica ha llegado hasta nuestros días consiste en tratar de deducir de los sueños los números que saldrán premiados en las loterías. En compensación, la ciencia exacta

actual se ha ocupado de los sueños repetidas veces, pero siempre con la intención de aplicar a ellos teorías fisiológicas. Los médicos veían, naturalmente, en los sueños no un acto psíquico, sino la manifestación, en la vida anímica, de excitaciones somáticas. Binz declara en 1879 que los sueños son un «proceso corporal, inútil siempre, patológico con frecuencia, y que con respecto al alma universal y a la inmortalidad es lo que una llanura arenosa y estéril al éter azul que la domina desde inmensa altura». Maury compara los sueños a las contracciones desordenadas del baile de San Vito, que contrastan con los movimientos coordinados del hombre normal, y una vieja comparación asimila los sueños a los sonidos «que produce un individuo profano en música recorriendo con sus diez dedos las teclas del piano».

Interpretar significa hallar un sentido oculto, y, naturalmente, no puede hablarse de nada semejante desde el momento en que se desprecia de este modo el valor de los sueños. Leed la descripción que de los mismos hace Wundt, Jordl y otros filósofos modernos. Todos ellos se limitan a enumerar los puntos en los que el fenómeno onírico se desvía del pensamiento despierto y a hacer resaltar la descomposición de las asociaciones, la supresión del sentido crítico, la eliminación de todo conocimiento y todos los demás signos en los que se puede fundar un juicio adverso a toda la importancia a que dicho fenómeno pudiera aspirar. La única contribución interesante que para el conocimiento de los sueños nos ha sido proporcionada por la ciencia exacta se refiere a la influencia que sobre su contenido ejercen las excitaciones corporales que se producen durante el reposo nocturno. Un autor noruego recientemente fallecido, J. Mourly Vold, nos ha dejado dos grandes volúmenes de investigaciones experimentales sobre los sueños y relativas casi exclusivamente a los efectos producidos por el desplazamiento de los miembros del durmiente. Estos trabajos son justamente apreciados como modelo de investigación exacta sobre los sueños. Mas ¿qué diría la ciencia exacta al saber que queremos intentar descubrir el sentido de los sueños? Quizá se ha pronunciado ya la ciencia sobre esta cuestión, pero no hemos de dejarnos desalentar por su juicio. Puesto que los actos fallidos pueden tener un sentido que la investigación exacta ni siquiera sospechaba, nada se opone a que también lo tengan los sueños. Hagamos, pues, nuestro el

prejuicio de los antiguos y del pueblo, y sigamos las huellas de los primitivos onirocríticos.

Pero ante todo debemos orientarnos en nuestra labor y pasar revista a los dominios del sueño. ¿Qué es un sueño? Resulta difícil responder a esta pregunta con una definición, y, por tanto, no intentaremos construirla, pues se trata, además, de algo que todo el mundo conoce. Sin embargo, deberíamos, por lo menos, hacer resaltar los caracteres esenciales de este fenómeno. Mas ¿dónde encontrarlos? Existen tantas diferencias de toda clase dentro de los límites del objeto de nuestra labor, que tendremos que considerar como caracteres esenciales de los sueños aquellos que resulten comunes a todos ellos. Ahora bien: el primero de tales caracteres comunes a todos los sueños es el de que cuando soñamos nos hallamos dormidos. Es evidente, pues, que los sueños son una manifestación de la vida psíquica durante el reposo[1850], y que si esta vida ofrece determinadas semejanzas con la de la vigilia, también se separa de ella por considerables diferencias. Tal era ya la definición de Aristóteles. Es posible que entre el sueño y el estado de reposo existan relaciones aún más estrechas. Muchas veces es un sueño lo que nos hace despertar, y otras se inicia el mismo inmediatamente antes de un despertar espontáneo o cuando hay algo que viene a interrumpir violentamente nuestro reposo. De este modo, el fenómeno onírico se nos muestra como un estado intermedio entre el reposo y la vigilia, planteándonos, ante todo, el problema de la naturaleza del acto de dormir.

Es éste un problema fisiológico o biológico aún muy discutido y discutible. No podemos decidir todavía nada con respecto a él; pero, a mi juicio, podemos intentar caracterizar el reposo desde el punto de vista psicológico. El reposo es un estado en el que el durmiente no quiere saber nada del mundo exterior habiendo desligado del mismo todo su interés. Retirándonos precisamente del mundo exterior, y protegiéndonos contra las excitaciones que de él proceden, es como nos sumimos en el reposo. Nos dormimos cuando nos hallamos fatigados del mundo exterior y de sus excitaciones, y durmiéndonos, le decimos: «Déjame en paz, pues quiero dormir». Por el contrario, el niño suele decir: «No quiero irme a dormir todavía; no estoy fatigado; quiero jugar aún otro poco». La tendencia

biológica del reposo parece, pues, consistir en el descanso, y su carácter psicológico, en la extinción del interés por el mundo exterior. Uno de los caracteres de nuestra relación con este mundo, al cual hemos venido sin una expresa voluntad por nuestra parte, es el de que no podemos soportarlo de una manera ininterrumpida, y, por tanto, tenemos que volvernos a sumir temporalmente en el estado en que nos hallábamos antes de nacer, en la época de nuestra existencia intrauterina. Por lo menos, nos creamos condiciones por completo análogas a la de esta existencia, o sean las de calor, oscuridad y ausencia de excitaciones. A más de esto, muchos de nosotros se envuelven estrechamente en las sábanas y dan a su cuerpo, durante el reposo, una actitud similar a la del feto en el seno materno. Diríase que aún en el estado adulto no pertenecemos al mundo sino en dos terceras partes de nuestra individualidad, y que en otra tercera parte es como si todavía no hubiéramos nacido. En estas condiciones, cada despertar matinal es para nosotros como un nuevo nacimiento, y cuando nuestro reposo ha sido tranquilo y reparador, decimos al despertar, que nos encontramos como si acabáramos de nacer. Claro es que al decir esto nos hacemos, sin duda, una idea muy falsa de la sensación general de recién nacido, pues es sospechable que éste se sienta muy a disgusto. Mas también llamamos, con igual impropiedad, al acto del nacimiento, «ver por primera vez la luz del día».

Si la naturaleza del reposo es la que acabamos de exponer, el fenómeno onírico, lejos de deber formar parte de él, se nos muestra más bien como un accesorio inoportuno. Tal es, en efecto, la opinión general, según la cual el reposo sin sueño es el más reparador y el único verdadero. Durante el descanso no debe subsistir actividad psíquica ninguna, y sólo cuando no hemos conseguido alcanzar por completo el estado de reposo fetal perdurarían en nosotros restos de dicha actividad, los cuales constituirían precisamente los sueños. Mas, siendo así, no necesitaríamos buscar en ellos sentido alguno. En las funciones fallidas, la situación era distinta, pues se trataba de actividades correspondientes a la vida despierta. Pero cuando dormimos después de haber conseguido suprimir nuestra actividad psíquica con excepción de algunos restos, no hay razón ninguna para que los mismos posean un sentido, el cual nos sería, además, imposible utilizar, dado que la mayor parte de nuestra vida psíquica se halla dormida. No podría, pues,

tratarse sino de reacciones convulsiformes o de fenómenos psíquicos provocados directamente por un estímulo somático. Los sueños no serían, por tanto, sino restos de la actividad psíquica del estado de vigilia, susceptibles de perturbar el reposo, y tendríamos que abandonar esta cuestión, como extraña al alcance del psicoanálisis.

Pero, aun suponiendo que el sueño sea útil, no por eso deja de existir y podríamos, por lo menos, intentar explicarnos tal existencia. ¿Por qué la vida psíquica no duerme? Hay, sin duda, algo que se opone a su reposo. Sobre ella actúan estímulos a los que tiene que reaccionar. Así, pues, los sueños no serán otra cosa que la forma que el alma tiene de reaccionar durante el estado de reposo a las excitaciones que sobre ella actúan, deducción que abre un camino a nuestra comprensión del fenómeno onírico. Habremos, pues, de investigar en diferentes sueños cuáles son las excitaciones que tienden a perturbar el reposo y a las que el durmiente reacciona por medio del fenómeno onírico.

Las consideraciones que anteceden nos han llevado a descubrir el primer carácter común de los sueños. Pero éstos presentan todavía un segundo carácter de este género, que resulta harto más difícil de establecer y describir. Los procesos psicológicos del reposo difieren por completo de los de la vida despierta. En el estado de reposo asistimos a muchos sucesos en cuya realidad creemos mientras dormimos, aunque lo único real que en ellos hay es, quizá, la presencia de una excitación perturbadora. Dichos sucesos se nos presentan predominantemente en forma de imágenes visuales, acompañadas algunas veces de sentimientos ideas e impresiones. Pueden, pues, intervenir en nuestros sueños sentidos diferentes del de la vista, pero siempre dominan en ellos las imágenes visuales. De este modo, parte de la dificultad con la que tropezamos para exponerlos en un relato verbal proviene de tener que traducir las imágenes en palabras. «Podría dibujaros mi sueño —dice, con frecuencia, el sujeto—, pero no sé cómo contároslo». No se trata aquí, en realidad, de una actividad psíquica *reducida* como lo es la del débil mental comparada con la del hombre de genio, sino de algo *cualitativamente* diferente, sin que pueda decirse en qué consiste tal diferencia. Fechner formula en una de sus obras la hipótesis de que la escena en la que se desarrollan los sueños (en el

alma) no es la misma de las representaciones de la vida despierta, hipótesis que nos desorienta y nos parece incomprensible; pero que expresa muy bien aquella impresión de extrañeza que nos deja la mayor parte de los sueños. Tampoco la comparación de la actividad onírica con los efectos obtenidos en un piano por una mano inexperta en música resulta ya aplicable, pues el instrumento musical producirá, siempre que una mano recorra al azar su teclado, los mismos sonidos, sin reunirlos nunca en una melodía. Para lo sucesivo habremos de tener siempre bien presente el segundo carácter común que aquí hemos establecido, aunque permanezca oscuro e incomprendido.

¿Tendrán todavía los sueños otros caracteres comunes? Por mi parte, no he podido hallar más y no encuentro ya entre ellos sino diferencias, tanto en lo que concierne a su duración aparente como a su precisión, a la intervención de las emociones, a la persistencia, etc. Todo esto se muestra muy diferente de lo que pudiéramos esperar si no se tratase más que de una defensa forzada momentánea y espasmódica, contra una excitación. Por lo que respecta a lo que pudiéramos calificar de dimensiones de los sueños, existen algunos muy breves, que se componen de una sola o muy pocas imágenes y no contienen sino una idea o una palabra, y hay otros cuyo contenido es extraordinariamente amplio y que se desarrollan como verdaderas novelas, durando en apariencia largo tiempo. Hay sueños tan precisos como los sucesos de la vida real, tanto que al despertar tenemos necesidad de cierto tiempo para darnos cuenta de que no se ha tratado sino de un sueño. En cambio, hay otros indeciblemente débiles y borrosos, e incluso en un solo y único sueño se encuentran a veces partes de una gran precisión al lado de otras inaprehensiblemente vagas. Existen sueños llenos de sentido, o por lo menos coherentes, y hasta ingeniosísimos y de una fantástica belleza. Otros, en cambio, son embrollados, estúpidos, absurdos y extravagantes. Algunos nos dejan por completo fríos, mientras que otros despiertan todas nuestras emociones y nos hacen experimentar dolor hasta el llanto, angustia que nos hace despertar, asombro, admiración, etc. La mayor parte de los sueños quedan olvidados inmediatamente después del despertar, o, si se mantienen vivos durante el día, palidecen cada vez más, y al llegar la noche presentan grandes lagunas. Por el contrario, ciertos sueños (por ejemplo, los

de los niños) se conservan tan bien, que los recordamos, a veces al cabo de treinta años, como si de una impresión recentísima se tratase. Algunos se producen una sola y única vez, y otros surgen repetidamente en la misma persona sin sufrir modificación alguna o con ligeras variantes. Vemos, pues, que este mínimo fragmento de actividad psíquica dispone de un repertorio colosal y es apto para recrear todo lo que el alma crea en su actividad diurna; mas sus creaciones son siempre distintas de las de la vida despierta.

Podríamos intentar explicar todas estas variedades de los sueños suponiendo corresponden a los diversos estadios intermedios entre el reposo y la vigilia, o sea a diversos grados del reposo incompleto. Pero si así fuera, a medida que el rendimiento onírico nos mostrase un mayor valor, un contenido más rico y una precisión más grande, deberíamos darnos cuenta, cada vez con más claridad, de su carácter de sueño, pues en los de este género la vida psíquica nocturna se aproxima mucho a la del estado de vigilia, y sobre todo no deberían aparecer en ellos, al lado de fragmentos precisos y razonables, otros por completo nebulosos y absurdos, seguidos a su vez por nuevos fragmentos precisos. Admitir la explicación que acabamos de enunciar sería atribuir a nuestra alma la facultad de cambiar la profundidad de su reposo con una velocidad y una facilidad inadmisibles. Podemos, pues, rechazar tal explicación, demasiado fácil para problema tan complicado.

Renunciaremos por ahora, y hasta nueva orden, a investigar el *sentido* de los sueños, para intentar, partiendo de los caracteres comunes a todos ellos, llegar a una mejor comprensión de los mismos. De las relaciones que existen entre los sueños y el estado de reposo hemos deducido que el sueño es una reacción a un estímulo perturbador de dicho reposo. Como ya indicamos, es éste el único punto en el que la Psicología experimental puede prestarnos su concurso, proporcionándonos la prueba de que las excitaciones producidas durante el reposo aparecen en el fenómeno onírico. Conocemos gran número de investigaciones sobre esta cuestión, incluyendo las últimas de Mourly-Vold antes mencionadas, y todos nosotros hemos tenido ocasión de confirmar esta circunstancia por medio de observaciones personales. Citaré aquí algunas experiencias de este género, escogidas entre las más antiguas. Maury llevó a cabo varias de ellas en su propia persona. Haciéndole oler, mientras se

hallaba durmiendo, agua de Colonia, soñó que se encontraba en El Cairo, en la tienda de Juan María Farina, hecho con el que se enlazó después de una serie de extravagantes aventuras. Otra vez, pellizcándole ligeramente en la nuca, soñó que se aplicaba una cataplasma y con un médico que le había cuidado en su infancia. Por último, en otro experimento se le vertió una gota de agua sobre la frente y soñó que se encontraba en Italia, sudaba mucho y bebía vino blanco de Orvieto.

Aquello que más nos impresiona en estos sueños provocados experimentalmente lo hallaremos, quizá, con una mayor precisión en otra serie de sueños obtenidos por medio de un estímulo artificial. Nos referimos a tres sueños comunicados por un sagaz observador, Hildebrandt, todos los cuales constituyen reacciones al ruido producido por el timbre de un despertador:

«En una mañana de primavera paseo a través de los verdes campos en dirección a un pueblo vecino, a cuyos habitantes veo dirigirse, vestidos de fiesta y formando numerosos grupos, hacia la iglesia, con el libro de misa en la mano. Es, en efecto, domingo, y la primera misa debe comenzar dentro de pocos minutos. Decido asistir a ella; pero como hace mucho calor, entro, para reposar, en el cementerio que rodea la iglesia. Mientras me dedico a leer las diversas inscripciones funerarias oigo al campanero subir al campanario y veo en lo alto del mismo la pequeña campana pueblerina que debe anunciar dentro de poco el comienzo del servicio divino. Durante algunos instantes la campana permanece inmóvil; pero luego comienza a moverse, y de repente sus sones llegan a hacerse tan claros y agudos, que ponen fin a mi sueño. Al despertar oigo a mi lado el timbre del despertador».

«Otra combinación: Es un claro día de invierno, y las calles se hallan cubiertas por una espesa capa de nieve. Tengo que tomar parte en un paseo en trineo, pero me veo obligado a esperar largo tiempo antes que se me anuncie que el trineo ha llegado y espera a la puerta. Antes de subir a él hago mis preparativos, poniéndome el gabán de pieles e instalando en el fondo del coche un calentador. Por fin subo al trineo, pero el cochero no se decide a dar la señal de partida a los caballos. Sin embargo, éstos acaban por emprender la marcha, y los cascabeles de sus colleras, violentamente sacudidos, comienzan a sonar; pero con tal intensidad, que el cascabeleo rompe instantáneamente la

telaraña de mi sueño. También esta vez se trataba simplemente del agudo timbre de mi despertador».

«Tercer ejemplo: Veo a una criada pasar por un corredor hacia el comedor, llevando una pila de varias docenas de platos. La columna de porcelana me parece a punto de perder el equilibrio. ‘Ten cuidado —advierto a la criada—; vas a tirar todos los platos’. La criada me responde, como de costumbre, que no me preocupe, pues ya sabe ella lo que se hace; pero su respuesta no me impide seguirla con una mirada inquieta. En efecto, al llegar a la puerta del comedor tropieza, y la frágil vajilla cae, rompiéndose en mil pedazos sobre el suelo y produciendo un gran estrépito, que se sostiene hasta hacerme advertir que se trata de un ruido persistente, distinto del que la porcelana ocasiona al romperse y parecido más bien al de un timbre. Al despertar compruebo que es el ruido del despertador».

Estos tres interesantes sueños se nos muestran plenos de sentido y, al contrario de lo que generalmente sucede, en extremo coherentes. Por tanto, no les pondremos tacha alguna. Su rasgo común consiste en que la situación se resuelve siempre por un ruido que el durmiente reconoce, al despertar, ser el ocasionado por el timbre del despertador. Vemos, pues, cómo un sueño se produce, pero aún observamos algo más. El sujeto no reconoce en su sueño el repique del despertador —el cual para nada interviene, además, en el sueño —, sino que reemplaza dicho ruido por otro e interpreta de un modo diferente cada vez la excitación que interrumpe su reposo. ¿Por qué así? Es ésta una interrogación para la que no hallamos respuesta por ahora; diríase que se trata de algo arbitrario. Pero comprender el sueño sería precisamente poder explicar por qué el sujeto escoge precisamente tal ruido y no tal otro para explicar la excitación provocada por el despertador. Puédese igualmente objetar a los experimentos de Maury que, si bien vemos manifestarse la excitación en el sueño, no llegamos a explicarnos por qué se manifiesta en una forma determinada, que nada tiene que ver con la naturaleza de la excitación. Además, en los sueños de Maury aparecen enlazados con el efecto directo de la excitación numerosos efectos secundarios, tales como las extravagantes aventuras del sueño provocado por el agua de Colonia, aventuras que resultan imposibles de explicar.

Ahora bien: observad que es también en los sueños que acaban en el

despertar del sujeto en los que más fácilmente logramos establecer la influencia de las excitaciones interruptoras del reposo. En la mayoría de los demás casos, nuestra misión será harto más difícil. No siempre nos despertamos después de un sueño, y cuando por la mañana recordamos el sueño de aquella noche, nos ha de ser imposible volver a encontrar la excitación que quizá había actuado durante el reposo. Por mi parte, sólo una vez, y merced a circunstancias particulares, he conseguido comprobar *a posteriori* una excitación sonora de este género. En un balneario del Tirol desperté una mañana con la convicción de haber soñado que el Papa había muerto. Mientras intentaba explicarme este sueño me preguntó mi mujer si había oído, al amanecer, un formidable repique de todas las iglesias y capillas de los alrededores. No había oído nada, pues mi reposo es harto profundo; pero estas palabras de mi mujer me permitieron comprender mi sueño. Mas ¿cuál es la frecuencia de estas excitaciones que inducen al durmiente a soñar sin que más tarde le sea posible obtener la menor información con respecto a ellas? Nada podemos determinar a este respecto, pues cuando la excitación no puede ser comprobada al despertar, resulta generalmente imposible hallar indicio alguno que nos permita deducir su efectividad. Además, no tenemos por qué detenernos en la discusión del valor de las excitaciones exteriores desde el punto de vista de la perturbación que las mismas aportan al reposo, pues sabemos que no pueden explicarnos sino solamente un pequeño fragmento del sueño y no toda la reacción que lo constituye.

Sin embargo, no resulta esto razón suficiente para abandonar toda esta teoría, susceptible, además, de un importante desarrollo. Poco importa, en el fondo, la causa que perturba el reposo e incita al fenómeno onírico. Si esta causa no es siempre una excitación sensorial procedente del exterior, puede tratarse también de una excitación cenestésica procedente de los órganos internos. Esta última hipótesis parece muy probable y responde a la concepción popular sobre la génesis de los sueños. Así, habréis oído decir muchas veces que los sueños provienen del estómago. Pero también en este caso puede suceder, desgraciadamente, que una excitación cenestésica que ha actuado durante la noche no deje por la mañana huella alguna y quede, por tanto, oculta a toda investigación. No queremos, sin embargo, despreciar las excelentes y numerosas experiencias que testimonian en favor de la conexión

de los sueños con las excitaciones internas. Constituye, en general, un hecho incontestable que el estado de los órganos internos es susceptible de influir sobre los sueños. Las reacciones que existen entre el contenido de determinados sueños y la acumulación de orina en la vejiga o la excitación de los órganos genitales no pueden dejar de reconocerse. Mas de estos casos evidentes se pasa a otros en los que el contenido del sueño no nos autoriza sino a formular la hipótesis, más o menos justificada, de que tales excitaciones cenestésicas hayan podido intervenir en su génesis, pues sólo hallamos en dicho contenido algunos elementos que podemos considerar como una elaboración, una representación o una interpretación de excitaciones de dicho género. Scherner, que se ha ocupado mucho de los sueños (1861), defendió particularmente esta motivación de los mismos por excitaciones procedentes de los órganos internos, y ha citado en apoyo de su tesis algunos bellos ejemplos. En uno de ellos ve «frente a frente, en actitud de lucha, dos filas de bellos muchachos de cabellos rubios y pálido rostro, que al poco tiempo se precipitan unos sobre otros, atacándose mutuamente, para separarse luego de nuevo, volver a su posición primitiva y recomenzar otra vez el combate. La primera interpretación que para este sueño hallamos es la de que las dos hileras de muchachos son una representación simbólica de las dos filas de dientes, interpretación que queda confirmada por el hecho de que el durmiente se ve poco después extrayéndose una larga muela de la mandíbula». No menos plausible se nos muestra la explicación que atribuye a una irritación intestinal un sueño en el que el autor vio «largos corredores sinuosos y estrechos». Podemos, pues, admitir con Scherner que el sueño busca, ante todo, representar el órgano que envía la excitación por objetos a él semejante.

Debemos, pues, hallarnos dispuestos a conceder que las excitaciones internas son susceptibles de desempeñar, con respecto a los sueños, la misma misión que las procedentes del exterior. Desgraciadamente, su valoración se encuentra sujeta a las mismas objeciones. En un gran número de casos, la interpretación de un sueño por una excitación interna es insegura o indemostrable, y sólo ciertos sueños permiten sospechar la participación en su génesis de excitaciones procedentes de un órgano interno. Por último, al igual de la excitación sensorial externa, la excitación de un órgano interno no

explica del sueño más que aquello que corresponde a la reacción directa al estímulo, y nos deja en la incertidumbre en lo que respecta a la procedencia de los restantes elementos del sueño.

Observemos, sin embargo, una particularidad de la vida onírica que podemos deducir del estudio de estas excitaciones. El sueño no reproduce fielmente el estímulo, sino que lo elabora, lo designa por una alusión, lo incluye en un conjunto determinado o lo reemplaza por algo distinto. Esta parte de la elaboración del sueño tiene que atraer intensamente nuestro interés por ser la que más puede aproximarnos al conocimiento del fenómeno onírico. Aquello que realizamos estimulados por determinadas circunstancias puede muy bien rebasar los límites de las mismas. El *Macbeth*, de Shakespeare, es una obra de circunstancias, escrita con ocasión del advenimiento de un rey que fue el primero que reunió sobre su cabeza las coronas de los tres países británicos. Pero esta circunstancia histórica no agota, ni mucho menos, el contenido de la obra, ni explica su grandeza y sus enigmas. Análogamente, puede ser que las excitaciones exteriores e interiores que actúan sobre el durmiente no sirvan sino como instigadoras del sueño, sin revelarnos nada de su esencia.

El segundo carácter común a todos los sueños, o sea su singularidad psíquica, es, en primer lugar, harto difícil de comprender, y, además, no ofrece punto de apoyo alguno para ulteriores investigaciones. La mayor parte de las veces los sucesos de que el sueño se compone tienen forma visual, y las excitaciones no nos dan una explicación de este hecho. Lo que en el sueño experimentamos, ¿es realmente la excitación? Y de ser así, ¿por qué el sueño es predominantemente visual, cuando la excitación ocular no aparece como estímulo del sueño sino en rarísimos casos? Y cuando soñamos con una conversación o un discurso, ¿puede acaso probarse que durante el reposo ha llegado a nuestros oídos un diálogo o cualquier otro ruido semejante? He de permitirme rechazar enérgicamente esta hipótesis.

Puesto que los caracteres comunes a todos los sueños no nos son de utilidad ninguna para la explicación de los mismos, seremos quizá más afortunados llamando en nuestro auxilio a las diferencias que los separan. Los sueños son con frecuencia desatinados, embrollados y absurdos, pero

también los hay llenos de sentido, precisos y razonables. Intentaremos ver si estos últimos permiten explicar los primeros. Con este objeto voy a comunicaros el último sueño razonable que me ha sido relatado y que fue soñado por un joven: «Paseando por la calle Kärntnerstraße, me encuentro a F., al que acompaño algunos momentos. Luego entro en el restaurante. Dos señoras y un caballero vienen a sentarse a mi mesa. Al principio me contraría su presencia y no quiero mirarlos; mas, por último, levanto los ojos y veo que son muy elegantes». El sujeto de este sueño manifiesta con relación al mismo que la tarde inmediatamente anterior había pasado en realidad por la calle Kärntnerstraße y había encontrado a F. La otra parte del sueño no constituye ya una reminiscencia directa, pero presenta cierta analogía con un suceso del que el sujeto fue protagonista en una época anterior. He aquí otro sueño de este género soñado por una señora: «Su marido le pregunta si no hay que afinar el piano». Ella responde: «Es inútil, pues de todas maneras habrá que cambiar la piel». Este sueño reproduce sin grandes modificaciones una conversación que la señora ha tenido con su marido en el día que precedió al sueño. Veamos ahora qué es lo que estos dos sueños, un tanto sobrios, nos enseñan. Ante todo observamos que en ellos se nos muestran reproducciones de sucesos de la vida diurna o elementos con ella enlazados. Si pudiéramos decir otro tanto de todos los sueños, habríamos obtenido ya un resultado harto apreciable. Pero no es éste el caso, y la conclusión que acabamos de formular no se aplica sino a un pequeño número de sueños. En la mayor parte de éstos no encontramos nada que tenga conexión con el estado de vigilia y permanecemos siempre en la ignorancia de los factores determinantes de los sueños absurdos y desatinados. Sabemos tan sólo que nos hallamos en presencia de un nuevo problema. Queremos saber no solamente lo que un sueño significa, sino también cuándo, como en los casos que acabamos de citar, posee una precisa significación, por qué y con qué fin reproduce el sueño un suceso conocido y acaecido recientemente.

Os hallaréis, sin duda, como yo me hallo, fatigados de proseguir nuestra investigación por este camino. Vemos que todo el interés que consagramos a un problema será inútil mientras ignoremos en qué dirección habremos de buscar su solución, orientación de la que hasta ahora carecemos en nuestra

labor investigadora. La Psicología experimental no nos aporta sino algunos, muy pocos, datos, aunque ciertamente preciosos, sobre el papel de las excitaciones en la iniciación de los sueños. De la Filosofía podemos solamente esperar que nos muestre de nuevo desdeñosamente la insignificancia intelectual de nuestro objeto, y tampoco podemos ni queremos tomar nada de las ciencias ocultas. La Historia y la sabiduría de los pueblos nos dicen, en cambio, que el sueño posee todo el sentido e importancia de una anticipación del porvenir, cosa difícil de aceptar y de imposible demostración. Así, pues, nuestros primeros esfuerzos han sido por completo baldíos y sólo han servido para colocarnos en una situación de penosa perplejidad.

Mas, contra todo lo que pudiéramos esperar, hallamos un auxilio en algo correspondiente a un sector que aún no habíamos examinado. El lenguaje, que no debe nada a la casualidad, sino que constituye, por decirlo así, la cristalización de los conocimientos acumulados; el lenguaje, decimos, que no debe, sin embargo, ser utilizado sin precauciones, nos habla de «sueños diurnos» (*Tagträume*), esto es, de aquellos productos de la imaginación —fenómenos muy generales— que se observan tanto en las personas sanas como en los enfermos y que cada uno puede fácilmente estudiar en sí mismo. Lo más singular de estas producciones imaginarias es el hecho de haber recibido el nombre de sueños diurnos, pues no presentan ninguno de los dos caracteres comunes a los sueños propiamente dichos. Como lo indica su nombre, no tiene relación alguna con el estado de reposo, y por lo que respecta al segundo de los caracteres comunes señalados, observamos que en estas producciones imaginativas no se trata de sucesos ni de alucinaciones, sino de representaciones, pues sabemos que fantaseamos y no vemos nada, sino que lo pensamos. Estos sueños diurnos aparecen en la edad que precede a la pubertad —muchas veces ya en la segunda infancia— y se conservan hasta la edad madura y en algunos casos hasta la más avanzada vejez. El contenido de estas fantasías obedece a una motivación harto transparente. Trátase de escenas y sucesos en los cuales el egoísmo, la ambición, la necesidad de potencia o los deseos eróticos del soñador hallan satisfacción. En los jóvenes dominan los sueños de ambición, y en las mujeres, que ponen toda la suya en los éxitos amorosos, ocupan el primer lugar los sueños

eróticos. Pero, con la mayor frecuencia, se advierte también la necesidad erótica en el segundo término de los sueños masculinos. Todos los éxitos y hechos heroicos de estos soñadores no tienen por objeto sino conquistarles la admiración y los favores de las mujeres.

Aparte de esto, los sueños diurnos son muy variados y sufren diversas suertes. Muchos de ellos son abandonados y sustituidos al cabo de poco tiempo, mientras que otros se conservan y desarrollan formando largas historias que van adaptándose a las modificaciones de la vida del sujeto, marchando, por decirlo así, con el tiempo, y recibiendo de él la marca que testimonia la influencia de cada situación. Estos sueños diurnos son la materia bruta de la producción poética, pues sometiéndolos a determinadas transformaciones y abreviaciones, y revistiéndolos con determinados ropajes, es como el poeta crea las situaciones que incluye luego en sus novelas, sus cuentos o sus obras teatrales.

Pero es siempre el soñador en persona quien, directamente o por identificación manifiesta con otro, es el héroe de sus sueños diurnos, los cuales deben, quizá, su nombre al hecho de que, en lo que concierne a sus relaciones con la realidad, no deben ser considerados como más reales que los sueños propiamente dichos. Puede ser también que esta comunidad de nombre repose sobre un carácter psíquico que no conocemos todavía. Por último, es también posible que nos equivoquemos al atribuir tal importancia a esta comunidad de nombres. Problemas son éstos que quizá más adelante podamos dilucidar.

LECCIÓN VI.
2. CONDICIONES Y TÉCNICAS DE LA INTERPRETACIÓN

Señoras y señores:

DE las condiciones expuestas en la lección anterior se deduce que si deseamos avanzar en nuestra investigación de los sueños, necesitamos

ante todo hallar un nuevo camino y un nuevo método. Para conseguirlo voy a haceros una proposición harto sencilla: Admitamos como punto de partida de la labor que vamos a emprender ahora la hipótesis de que los sueños no son un fenómeno *somático*, sino *psíquico*. Ya sabéis lo que esto significa, pero preguntaréis, quizá, qué es lo que nos autoriza a aceptar tal hipótesis. En realidad, nada; pero tampoco tropezamos con razón alguna que nos lo prohíba.

La situación en que ante estos problemas nos hallamos es la siguiente: Si los sueños son un fenómeno somático, no presentarán para nosotros interés alguno. No pueden interesarnos más que admitiendo que se trata de un fenómeno psíquico. Laboremos, pues, partiendo de esta hipótesis, y por las conclusiones que obtengamos juzgaremos si debemos mantenerla y adoptarla, a su vez, como un resultado. Obrando así no nos proponemos fines distintos de aquéllos a que en general aspira toda ciencia. Queremos llegar a la comprensión de los fenómenos, enlazarlos unos con otros y, como último resultado, ampliar lo más posible nuestro poder sobre ellos.

Continuaremos, pues, nuestro trabajo, admitiendo que el sueño es un fenómeno psíquico. Pero, desde este punto de vista, tenemos que considerarlo como una manifestación, para nosotros incomprensible, del durmiente. Ahora bien: ¿qué haríais vosotros ante una manifestación mía que juzgarais incomprensible? Sin duda, me interrogaríais. Y entonces, ¿por qué no hemos de hacer lo mismo con respecto al durmiente? ¿Por qué no *preguntarle a él mismo lo que su sueño significa*?

Recordad que ya nos hemos hallado anteriormente en una situación parecida, al investigar algunos casos de equivocación oral. Uno de éstos fue el de aquel sujeto que, al decir «Es sind da Dinge zum Vorschein gekommen» (Aparecieron entonces ciertos hechos…), introdujo en su frase la palabra mixta *Vorschwein*, compuesta de *Vorschein* y *Schweinereien* (cochinerías). Al oír tal equivocación, le preguntamos, o, mejor dicho, le preguntaron personas por completo ajenas al psicoanálisis, lo que con aquella expresión ininteligible quería manifestar, respondiendo el interesado que había tenido la intención de calificar aquellos hechos como *cochinerías* (*Schweinereien*); pero que pareciéndole poco correcta tal expresión, hubo de reprimirla, cosa que, como hemos visto, no consiguió sino a medias. Ya al

exponer este caso os adelanté que su análisis, tal y como lo habíamos verificado, constituía el prototipo de toda investigación psicoanalítica; pero supongo que ahora comprenderéis más claramente cómo la técnica del psicoanálisis consiste, sobre todo, en hacer resolver, en lo posible, por el mismo sujeto del análisis, los problemas que se plantea. De este modo será el propio sujeto del sueño el que deberá decirnos lo que éste significa.

Mas al aplicar esta técnica a los sueños tropezamos con graves complicaciones. En las funciones fallidas hallamos, al principio, cierto número de casos que no presentaban a la aplicación de la misma obstáculo ninguno, seguidos luego de otros en los que el sujeto interrogado se negaba a hacer manifestación alguna, y llegaba hasta rechazar con indignación la respuesta que le sugeríamos. En cambio, en los sueños faltan totalmente los casos de la primera categoría. El sujeto nos dice siempre que no sabe nada de lo que le preguntamos, y no puede tampoco recusar nuestra interpretación, porque no tenemos ninguna que proponerle. ¿Deberemos, pues, renunciar a toda tentativa? No sabiendo nada el propio sujeto y no poseyendo nosotros elemento alguno de información, que tampoco puede sernos proporcionado por una tercera persona, parece que no nos queda esperanza alguna de éxito, mas no por ello hemos de renunciar a nuestro propósito. Yo os aseguro que es posible y hasta muy probable que el durmiente sepa, a pesar de todo, lo que significa su sueño; *pero no sabiendo que lo sabe, cree ignorarlo*.

Me diréis, sin duda, que introduzco aquí una nueva hipótesis, la segunda ya desde el comienzo de nuestras investigaciones sobre los sueños, y que obrando de este modo disminuyo considerablemente el valor de los resultados a que dichas investigaciones nos conduzcan. Primera hipótesis: el sueño es un fenómeno psíquico; segunda, se realizan en nosotros hechos psíquicos que conocemos sin saberlo, etc. Bastará —añadiréis— con tener en cuenta la inverosimilitud de estas dos hipótesis para desinteresarse por completo de las conclusiones que de ellas pueden deducirse.

Son éstas, efectivamente, dificultades con las que tropieza toda sincera exposición de nuestra disciplina y que yo prefiero no ocultaros. Al anunciar una serie de conferencias con el título de *Lecciones introductorias al psicoanálisis*, no he abrigado ni por un momento el propósito de presentaros

una exposición *ad usum delphini*, esto es, una exposición de conjunto que disimulase las dificultades, llenase las lagunas existentes y corriera un velo sobre las dudas, para haceros creer concienzudamente que habíais aprendido algo nuevo. Nada de eso; precisamente porque sois novicios en estas materias, he querido presentaros nuestra ciencia tal y como es, con sus desigualdades y asperezas, sus aspiraciones y sus dudas. Sé muy bien que lo mismo sucede en toda otra ciencia, y sobre todo, que no puede suceder de otra manera en los principios de cualquier disciplina, y sé asimismo que la enseñanza trata casi siempre de disimular al principio a los estudiantes las dificultades y las imperfecciones de la materia enseñada. Mas esta conducta no puede seguirse en el psicoanálisis. Así, pues, he formulado realmente dos hipótesis, de las cuales una cae dentro de la otra, y si este hecho os parece inadmisible o estáis habituados a mayores certidumbres y a deducciones más elegantes, podéis dispensaros de seguirme, e incluso creo que haríais bien en abandonar por completo el estudio de los problemas psicológicos, pues es de temer que no encontréis en él aquellos caminos exactos y seguros, únicos que estáis dispuestos a seguir. Además, es inútil que una ciencia que tiene algo que enseñar busque oyentes y partidarios. Sus resultados habrán de ser siempre sus mejores defensores, y podrá, por tanto, esperar que los mismos hayan conseguido forzar la atención.

Pero a aquellos de entre vosotros que sigan dispuestos a acompañarme en esta ardua labor de investigación, he de advertirles que mis dos hipótesis no poseen igual valor. La primera, aquella según la cual el sueño sería un fenómeno psíquico, es la que nos proponemos demostrar con el resultado de nuestra labor, pues la segunda ha sido ya demostrada en otro sector científico diferente, y, por tanto, nos limitaremos a utilizarla aquí para la solución de los problemas de que ahora tratamos. Mas ¿dónde se ha demostrado que existe un conocimiento del que, sin embargo, no tenemos la menor noticia, como es el de que del sueño atribuimos aquí al sujeto del mismo? Sería éste un hecho interesantísimo y susceptible de modificar por completo nuestra concepción de la vida psíquica, hecho cuya definición se nos muestra como una *contradicción in adjecto*, pero que no tendría por qué permanecer oculto, como parece estarlo, a juzgar por lo poco generalizado que se halla su conocimiento. Trátase, además, de algo patentísimo y que si no ha atraído

hasta ahora el interés que merece, es tan sólo por la dificultad que los nuevos conocimientos tienen que vencer para imponerse a las opiniones corrientes sobre estos problemas psicológicos, opiniones fundadas, por lo general, en juicios formulados por personas ajenas a las observaciones y experiencias más decisivas sobre estas materias.

La demostración de que hablamos ha sido realizada en el campo de los fenómenos hipnóticos. Asistiendo en 1889 a los impresionantes estudios prácticos de Liébault y Bernheim, en Nancy, fui testigo del siguiente experimento. Sumido un individuo en estado de sonambulismo, se le hacía experimentar toda clase de alucinaciones. Luego, al despertar, parecía no saber nada de lo sucedido durante su sueño hipnótico, y a la petición directa de Bernheim de participarle dichos sucesos, comenzaba por responder que no se acordaba de nada. Pero Bernheim insistía, y le aseguraba que sabía lo que le preguntaba y que debía recordarlo. Comenzaba entonces el sujeto a vacilar en su negativa, reflexionaba, y acababa por recordar, como a través de un sueño, la primera sensación que le había sido sugerida, y luego sucesivamente las restantes, haciéndose cada vez más precisos y completos los recuerdos, hasta emerger sin la menor laguna. Ahora bien: no habiendo informado nadie al sujeto de aquellos sucesos acaecidos durante su sueño hipnótico y que al principio negaba reconocer, podemos deducir con absoluta justificación que en todo momento poseía un perfecto conocimiento de ellos. Lo que sucedía es que le eran inaccesibles, y no sabiendo que los conocía, creía ignorarlos por completo. Trátase, pues, de una situación totalmente análoga a la que atribuimos al sujeto del sueño.

Este hecho que acabamos de establecer os sorprenderá, sin duda, y os hará preguntarme por qué no he recurrido a la misma demostración cuando, al tratar de los actos fallidos, llegamos a atribuir al sujeto que había cometido la equivocación intenciones verbales que ignoraba y negaba haber tenido. Desde el momento en que alguien cree no saber nada de sucesos cuyo recuerdo lleva, sin embargo, en sí, no es inverosímil que ignore muchos otros de sus procesos psíquicos. «Este argumento —añadiríais— nos hubiera impresionado, ciertamente, y nos hubiera ayudado a comprender las funciones fallidas». Es cierto que hubiera podido recurrir a él en las lecciones que preceden, pero he querido reservarlo para otra ocasión en la que me

parecía más necesario. Las funciones fallidas nos han dado por sí mismas parte de su explicación, y además nos indicaron ya la necesidad de admitir, en nombre de la unidad fenoménica, la existencia de procesos psíquicos ignorados por el sujeto. Para los sueños nos íbamos a hallar, en cambio, obligados a buscar la explicación fuera de los mismos, y aparte de esto, me figuraba, justificadamente, que encontraríais más admisible en este sector que en el de las funciones fallidas la aportación de un elemento procedente del estudio de los fenómenos hipnóticos. El estado en el que llevamos a cabo un acto fallido debe pareceros normal y sin semejanza alguna con el hipnótico, mientras que, por el contrario, existe una analogía muy precisa entre el estado hipnótico y el estado de reposo, condición indispensable de los sueños.

Solemos, en efecto, calificar la hipnosis de sueño artificial, y para sumir en estado hipnótico a una persona le ordenamos que duerma. Además, las sugestiones de que hacemos objeto al sujeto hipnotizado son perfectamente comparables a los sueños del estado de reposo natural, y la situación psíquica presenta en ambos casos una real analogía. En el reposo natural desviamos nuestra atención de todo el mundo exterior, cosa que también sucede en el sueño hipnótico, excepción hecha de la relación que continúa subsistiendo entre el sujeto y su hipnotizador. El llamado *sueño de nodriza*, durante el cual permanece ésta en conexión con el niño que tiene a su cuidado, y sólo por él puede ser despertado, constituye un perfecto paralelo, dentro de lo normal, con el sueño hipnótico. No hay, pues, atrevimiento ninguno en transferir al reposo normal una peculiaridad de la hipnosis. Vemos, de este modo, que no carece por completo de base, la hipótesis según la cual el sujeto del sueño posee un conocimiento del mismo, pero un conocimiento que le es, por el momento, inaccesible. Anotemos, por último, que se inicia aquí un tercer camino de acceso al estudio de los sueños; el primero nos fue marcado por las excitaciones interruptoras del reposo; el segundo, por los sueños diurnos, y ahora los sueños sugeridos del estado hipnótico nos indican el tercero.

Después de estas consideraciones podemos, quizá, volver a emprender nuestra labor con mayor confianza. Creyendo ya muy verosímil que el sujeto del sueño tenga un conocimiento del mismo, nuestra labor se limitará a hacerle hallar tal conocimiento y comunicárnoslo. No le pedimos que nos

revele en seguida el sentido de su sueño, pero sí le suponemos capaz de encontrar tanto el origen del mismo como el círculo de ideas e intereses de que proviene. En los casos de actos fallidos, y particularmente en el ejemplo de equivocación oral (*Vorschwein*), solicitamos del interesado que nos dijera cómo había llegado a dejar escapar aquella palabra, y la primera idea que acudió a su mente trajo consigo dicha explicación. Para el sueño seguiremos una técnica muy sencilla, calcada sobre este modelo. Pediremos al sujeto que nos explique cómo ha llegado a soñar tal o cual cosa, y consideraremos su primera respuesta como una explicación, sin tener en cuenta las diferencias que pueden existir entre los casos en los que el sujeto cree saber y aquellos otros en que manifiesta ignorarlo todo y tratando unos y otros como partes de una sola y única categoría.

Esta técnica es ciertamente muy sencilla, pero temo que provoque en vosotros una enérgica oposición. Observaréis, sin duda, que es ésta una nueva hipótesis, la tercera ya y la más inverosímil de todas. «¿Cómo es posible —me diréis— que, interrogado el sujeto por lo que a propósito de su sueño se le ocurre, sea precisamente la primera idea que a su imaginación acuda lo que constituya la explicación buscada? A lo mejor, puede no ocurrírsele nada, o algo que no tenga la menor conexión con lo que de investigar se trata. No vemos en qué podéis fundar tal esperanza, y nos parece que dais muestras de una excesiva credulidad en una cuestión en que un poco más de espíritu crítico sería harto indicado. Además, un sueño no puede ser comparado a una equivocación única, puesto que se compone de numerosos elementos. Y siendo así, ¿a cuál de las ocurrencias del sujeto habremos de atenernos?».

Tenéis razón en todo aquello que en vuestras objeciones resulte secundario. Un sueño se distingue, en efecto, de una equivocación por la multiplicidad de sus elementos, y la técnica debe tener en cuenta esta diferencia. Por tanto, os propondré descomponer el sueño en sus elementos y examinar aisladamente cada uno de ellos, restableciendo de este modo la analogía con la equivocación. Tenéis igualmente razón al decir que, interrogado a propósito de cada elemento de sus sueños, el sujeto puede responder que no recuerda nada. Sin embargo, hay casos, y más tarde los conoceréis, en los que podemos utilizar esta respuesta y observaréis la curiosa circunstancia de que estos casos son precisamente aquéllos en los

que, en lugar del sujeto, es el analizador el que a ellos asocia bien definidas ocurrencias. Pero, en general, cuando el sujeto del sueño nos comunica que no tiene idea ninguna sobre el mismo, le contradiremos con insistencia, y asegurándole que una tal falta de ideas es imposible, acabaremos por lograr un completo éxito, pues producirá una ocurrencia cualquiera, y, sobre todo, nos comunicará con especial facilidad determinadas informaciones que podemos calificar de históricas. Nos participará, por ejemplo, algo que le sucedió el día anterior (como en los dos sueños sobrios que citamos en la lección precedente), o nos dirá que determinado elemento del sueño le recuerda un suceso reciente. Procediendo así, observaremos que el enlace de los sueños con las impresiones recibidas durante los últimos días anteriores a ellos es mucho más frecuente de lo que al principio creímos. Por último, conservando siempre el sueño como punto de partida, recordará el sujeto sucesos más lejanos y a veces pertenecientes a épocas muy pasadas.

En lo que no tenéis razón es en lo esencial de vuestras objeciones. Os equivocáis de medio a medio al pensar que obro arbitrariamente cuando admito que la primera idea del sujeto debe procurarme aquello que busco o ponerme sobre sus huellas, y también al decir que dicha idea puede ser una cualquiera, sin relación alguna con lo investigado, siendo un exceso de confianza el esperar que dicha relación exista. Ya antes me permití una vez reprocharos vuestra creencia, profundamente arraigada, en la libertad y la espontaneidad psicológicas, y os dije que semejante creencia es por completo anticientífica y debe desaparecer ante la reivindicación de un determinismo psíquico. Cuando el sujeto interrogado expresa una idea dada, nos encontramos en presencia de un hecho ante el cual debemos inclinarnos. Mas al hablar así no me limito a oponer una teoría a otra, pues es posible demostrar que la idea producida por el sujeto interrogado no presenta nada de arbitrario ni de indeterminado, y posee realmente una relación con lo que se trata de hallar. Puedo incluso aducir —aunque no constituye un hecho de gran trascendencia— que, según he oído hace poco, la Psicología experimental ha proporcionado igualmente pruebas de este género.

Os ruego ahora que, dada la importancia de lo que voy a exponeros, me concedáis toda vuestra atención. Cuando yo pido a alguien que me diga lo

que se le ocurre con respecto a determinado elemento de su sueño, solicito de él que se abandone a la libre asociación, *conservando siempre una representación inicial*. Esto exige una orientación particular de la atención, muy diferente y hasta exclusiva de aquella que corresponde a la reflexión. Algunos sujetos hallan fácilmente esta orientación, y, en cambio, otros dan pruebas de una increíble torpeza. Ahora bien: la libertad de asociación presenta todavía un grado superior, que aparece cuando abandonamos incluso tal representación inicial y no fijamos sino el género y la especie de la idea, invitando, por ejemplo, al sujeto a pensar libremente un nombre propio o un número. En estos casos la ocurrencia espontánea del sujeto debería ser aún más arbitraria e imprevisible que la que en nuestra técnica utilizamos. Sin embargo, puede demostrarse que la misma se halla siempre rigurosamente determinada por importantes dispositivos internos, que en el momento en que actúan nos son tan desconocidos como las tendencias perturbadoras de los actos fallidos y las provocadoras de los actos casuales.

He realizado numerosos experimentos de este género sobre los nombres y los números pensados al azar, y otros han repetido tras de mí iguales análisis, muchos de los cuales han sido publicados. Para realizar tales experimentos se procede despertando a propósito del nombre pensado asociaciones continuadas, las cuales no son ya por completo libres, sino que poseen un enlace, como las ideas evocadas a propósito de los elementos del sueño. Prosiguiendo así hasta que el estímulo a formar tales asociaciones queda agotado, lograremos descubrir tanto la motivación como el significado de la libre evocación del nombre o número de que se trate. Estos análisis dan siempre los mismos resultados, recaen sobre casos muy numerosos y diferentes y necesitan amplios desarrollos. Las asociaciones a los números libremente pensados son, quizá, las más probatorias. Se desarrollan con una tal rapidez y tienden hacia un fin oculto con una certidumbre tan incomprensible, que nos producen verdadero asombro. No os comunicaré aquí más que un solo ejemplo de análisis de una evocación espontánea de un nombre, análisis que por su escaso desarrollo resulta de fácil exposición.

Hablando un día de esta cuestión a un joven cliente, formulé el principio de que, a pesar de todas las apariencias de arbitrariedad, cada nombre libremente pensado se halla determinado estrictamente por las circunstancias

en que surge, la idiosincrasia del sujeto del experimento y su situación momentánea. Viendo que dudaba de ello, le propuse realizar en el acto un análisis de este género, y como sabía que era harto mujeriego, creí que, invitado a pensar libremente un nombre de mujer, la única dificultad que encontraría sería la de escoger entre muchos. Convino en ello; mas, para mi sorpresa, y sobre todo para la suya, en lugar de abrumarme con una avalancha de nombres femeninos permaneció mudo durante unos momentos y me confesó después que sólo un nombre acudía en aquel instante a su imaginación: el de *Alvina*. «Es sorprendente —le dije—; pero ¿qué es lo que en la imaginación de usted se enlaza con este nombre? ¿Cuántas mujeres conoce usted que se llamen así?». Pues bien: no conocía a ninguna mujer que así se llamara ni veía nada que en su imaginación se hallase ligado a tal nombre. Pudiera, pues, creerse que el análisis había fracasado; mas lo cierto es que habíamos logrado con él un completo éxito y no necesitábamos ya de ningún dato más para hallar la motivación y el significado de la ocurrencia. Veámoslo. Mi joven cliente era excesivamente rubio, y en el curso del tratamiento le había dicho yo muchas veces, bromeando, que parecía *albino*. Además, nos habíamos ocupado, precisamente en los días anteriores a este experimento, en establecer lo que de femenino había en su propia constitución. Era, pues, él mismo aquella *Alvina* que en tales momentos resultaba ser la mujer para él más interesante.

Análogamente, las melodías que acuden a nuestra imaginación sin razón aparente se revelan en el análisis como determinadas por cierta serie de ideas de la cual forman parte y que tienen motivo justificado para ocupar nuestro pensamiento, aunque nada sepamos de la actividad que en el mismo desarrollan. Resulta fácilmente demostrable que la evocación, en apariencia involuntaria, de tales melodías se halla en conexión con el texto o la procedencia de las mismas. Claro es que esta afirmación no puede extenderse a los individuos entendidos en música, con los que no he tenido ocasión de realizar análisis ninguno y en los cuales el contenido musical de una melodía puede constituir razón suficiente para su evocación. Pero los casos de la primera categoría son, desde luego, más frecuentes. Conozco a un joven que durante algún tiempo se hallaba literalmente obsesionado por la melodía, por cierto encantadora, del aria de París en *La belle Hélène*, obsesión que perduró

hasta el día en que el análisis le reveló la lucha que en su alma se verificaba entre una idea y una Elena.

Así, pues, si las ideas que surgen libremente se hallan de este modo condicionadas y forman parte de determinado conjunto, tendremos derecho a concluir que aquellas otras que tienen ya una conexión que las enlaza a una representación inicial pueden presentar idénticos caracteres. El análisis muestra, en efecto, que, además de poseer dicha conexión, se halla bajo la dependencia de determinados *complejos*, esto es, conjuntos de ideas e intereses saturados de afecto, cuya intervención permanece ignorada, o sea inconsciente, por el momento.

Las ocurrencias de este modo dependientes han sido y son objeto de investigaciones experimentales muy instructivas y que han desempeñado en la historia del psicoanálisis un papel harto considerable. La escuela de Wundt inició el experimento llamado de asociación, en el que el sujeto del mismo es invitado a responder lo más rápidamente posible, con una *reacción* cualquiera, a la palabra que se le dirige a título de *estímulo*. De este modo podemos estudiar el intervalo que transcurre entre el estímulo y la reacción, la naturaleza de la respuesta dada a título de reacción, los errores que pueden producirse en la repetición ulterior del mismo experimento, etc. Bajo la dirección de Bleuler y Jung ha obtenido la escuela de Zurich la explicación de las reacciones que se producen en el curso del experimento de asociación, pidiendo al sujeto del mismo que hiciera más explícitas sus reacciones, con ayuda de asociaciones suplementarias, cuando en aquéllas aparecía alguna singularidad. Por este medio se descubrió que dichas reacciones singulares se hallaban determinadas con absoluto rigor por los complejos del sujeto, descubrimiento con el que Bleuler y Jung tendieron por vez primera un puente desde la psicología experimental al psicoanálisis.

Ante estos argumentos podréis decirme: «Reconocemos ahora que las ocurrencias espontáneas son determinadas y no arbitrarias, como antes creíamos. Reconocemos igualmente la determinación de aquellas ideas que surgen enlazadas con los elementos de los sueños, pero no es esto lo que nos interesa. Pretendéis que la idea que nace a propósito del elemento del sueño es determinada por un segundo término psíquico, que nos es desconocido, de

dicho elemento. Y esto es precisamente lo que no nos parece aún demostrado. Prevemos que la idea que surge en relación con un elemento de un sueño revelará hallarse determinada por uno de los complejos del durmiente. Pero ¿cuál es la utilidad de esta observación? En lugar de ayudarnos a comprender el sueño nos proporciona únicamente, como el experimento de asociación, el conocimiento de tales complejos, mas no nos revela lo que los mismos tienen que ver con el sueño».

Tenéis razón, pero hay una cosa en que no os habéis fijado, y que es precisamente el motivo que me ha impedido tomar el experimento de asociación como punto de partida de esta exposición. En este experimento somos, en efecto, nosotros los que escogemos arbitrariamente uno de los factores determinantes de la reacción, o sea la palabra-estímulo. La reacción aparece entonces como un enlace entre la palabra-estímulo y el complejo que la misma despierta en el sujeto del experimento. En cambio, en el sueño la palabra-estímulo queda reemplazada por algo que procede de la vida psíquica del durmiente, aunque de fuentes por él ignoradas, y este *algo* pudiera muy bien ser, a su vez, producto de un complejo. Así, pues, no es aventurado admitir que las ideas ulteriores que se enlazan a los elementos de un sueño se hallan también determinadas por el complejo correspondiente a dicho elemento y pueden, en consecuencia, ayudarnos a descubrir tal complejo.

Permitidme mostraros con un ejemplo que las cosas suceden realmente de este modo. El olvido de nombres propios implica operaciones que constituyen un excelente modelo de aquellas que hemos de realizar en el análisis de un sueño, con la única reserva de que en los casos de olvido se halla reunido en una sola y misma persona aquello que en la interpretación onírica aparece distribuido entre dos distintas. Cuando momentáneamente hemos olvidado un nombre, no por ello dejamos de poseer la certidumbre de que lo conocemos, certidumbre que el sujeto del sueño no poseerá sino después que le ha sido inspirada por un medio indirecto, esto es, por el experimento de Bernheim. Pero el nombre olvidado y sin embargo conocido no nos es accesible. Por muchos esfuerzos que hagamos para evocarlo no lograremos conseguirlo. Lo que sí podremos, en cambio, es evocar siempre en lugar del nombre olvidado aquel o aquellos nombres sustitutivos que acudan espontáneamente a nuestra imaginación, circunstancia que hace

evidente la analogía de esta situación con la que se da en el análisis de un sueño. El elemento del sueño no es tampoco algo auténtico, sino tan sólo un sustitutivo de algo que no conocemos y que el análisis debe revelarnos. La única diferencia que existe entre las dos situaciones es la de que en el olvido de un nombre reconocemos inmediatamente, sin vacilar, que los nombres, evocados no son sino sustitutivos, mientras que en lo que concierne al elemento del sueño no llegamos a esta convicción sino después de largas y penosas investigaciones. También en los casos de olvido de nombres tenemos un medio de hallar el nombre verdadero olvidado y sumido en lo inconsciente. Cuando, concretando nuestra atención sobre los nombres sustitutivos, hacemos surgir con relación a ellos otras ideas, llegamos siempre, después de rodeos más o menos largos, hasta el nombre olvidado y observamos que tanto los nombres sustitutivos espontáneamente surgidos como aquellos que hemos provocado por asociación, se enlazan estrechamente al nombre olvidado y son determinados por el mismo.

He aquí un análisis de este género. Observo un día haber olvidado el nombre del pequeño país situado en la Riviera y cuya ciudad más conocida es Montecarlo. Decidido a recordarlo, paso revista a todo lo que de tal país conozco y pienso en el príncipe Alberto, de la casa de Lusignan, en sus matrimonios, en su pasión por la oceanografía y en otras muchas cosas relacionadas con el territorio cuyo nombre ha huido de mi memoria, pero todo en vano. Ceso, pues, de reflexión y dejo que en lugar del nombre olvidado surjan nombres sustitutivos. Estos nombres se suceden rápidamente. Primero, *Montecarlo*, y después, *Piamonte*, *Albania*, *Montevideo* y *Colico*. En esta serie de palabras, Albania se impone la primera a mi atención, pero es reemplazada en el acto por *Montenegro*, a causa, quizá, del contraste entre blanco y negro. Observo después que cuatro de estos nombres sustitutivos contienen la sílaba *mon*, y en el acto encuentro la palabra olvidada, o sea *Mónaco*. Los nombres sustitutivos fueron, pues, realmente, derivados del nombre olvidado, del cual reproducen los cuatro primeros la primera sílaba y el último la yuxtaposición de las sílabas y la última de ellas. Al mismo tiempo descubrí la razón que me había hecho olvidar momentáneamente el nombre de Mónaco. La palabra que había ejercido la acción inhibidora era *München*, que no es sino la versión alemana de *Mónaco*.

Presenta, desde luego, este ejemplo un extraordinario interés, pero resulta demasiado sencillo. En otros olvidos de nombres, en los que nos vemos obligados a hacer surgir, a propósito de los primeros nombres sustitutivos, una más amplia serie de ocurrencias, aparece con mucha mayor claridad la analogía de estos casos con los de interpretación onírica. Puedo también citaros algún ejemplo de tales olvidos más complicados. Un extranjero me invitó un día a beber con él un vino italiano que le había parecido excelente en ocasiones anteriores; mas cuando llegamos al café no consiguió recordar el nombre del vino que tenía intención de ofrecerme. Después de oír una larga serie de nombres sustitutivos que mi compañero produjo en lugar del nombre olvidado, creí poder deducir que el olvido era efecto de una inhibición ejercida por el recuerdo de una cierta *Eduvigis*, y cuando así se lo comuniqué, me confirmó que, efectivamente, la primera vez que había bebido aquel vino fue en compañía de una mujer que llevaba dicho nombre. Una vez hecho el descubrimiento de la causa inhibitoria, halló en seguida el tan buscado nombre del vino que quería ofrecerme. Añadiré aquí que en la época en que esto sucedió mi amigo había contraído un feliz matrimonio y no recordaba con gusto aquella época anterior de su vida a la que pertenecían sus relaciones con la tal Eduvigis.

Lo que es posible cuando se trata del olvido de un nombre debe serlo igualmente cuando queremos interpretar un sueño. Sobre todo, debemos poder hacer accesibles los elementos ocultos e ignorados con ayuda de asociaciones enlazadas a la sustitución tomada como punto de partida. Conforme al ejemplo que el olvido de nombres nos proporciona, tenemos que admitir que las asociaciones enlazadas al elemento de un sueño son determinadas tanto por este elemento mismo como por su segundo término inconsciente. Si esta hipótesis demuestra ser exacta, nuestra técnica hallará en ella determinada justificación.

LECCIÓN VII.
3. CONTENIDO MANIFIESTO E IDEAS LATENTES DEL SUEÑO

Señoras y señores:

HABRÉIS observado que nuestro estudio de las funciones fallidas nos ha sido muy provechoso. Partiendo de las hipótesis que conocéis, hemos obtenido en él dos resultados importantes: una concepción del elemento del sueño y una técnica de interpretación onírica. Con respecto al elemento del sueño hemos descubierto que carece de autenticidad y no es sino un sustitutivo de algo ignorado por el sujeto del mismo, o mejor dicho, de algo de que dicho sujeto posee conocimiento, pero un conocimiento inaccesible para él, como lo es el de las tendencias perturbadoras para los sujetos de las funciones fallidas. Avanzando ahora en nuestra labor, esperamos poder extender esta concepción a la totalidad del sueño, o sea al conjunto de elementos. Por otra parte, la técnica de interpretación que hemos llegado a establecer consiste en hacer surgir, por asociación con cada uno de dichos elementos, otros productos sustitutivos, de los cuales podemos deducir el oculto sentido buscado.

Os propongo ahora operar una modificación de nuestra terminología con el solo objeto de dar a nuestros movimientos un poco más de libertad. En lugar de decir oculto, inaccesible e inauténtico, diremos en adelante, con expresión mucho más exacta, inaccesible a la consciencia del durmiente, o *inconsciente*. Como en el caso de una palabra olvidada o de la tendencia perturbadora que provoca un acto fallido, no se trata aquí sino de cosas *momentáneamente inconscientes*. Cae, pues, de su peso que los elementos mismos del sueño y las representaciones sustitutivas obtenidas por asociación habrán de ser denominadas *conscientes*, por contraste con dicho inconsciente momentáneo. Esta terminología no implica aún ninguna construcción teórica. El empleo de la palabra *inconsciente*, a título de descripción exacta y fácilmente inteligible, resulta irreprochable.

Si extendemos nuestro punto de vista desde el elemento aislado al sueño total, hallaremos que este último constituye, como tal totalidad, una sustitución deformada de un suceso inconsciente cuyo descubrimiento es la misión que atañe a la interpretación onírica.

De este hecho se derivan inmediatamente tres reglas esenciales, a las que debemos ceñirnos en nuestra labor de interpretación:

1.ª El aspecto exterior que un sueño nos ofrece no tiene que preocuparnos para nada, puesto que, sea inteligible o absurdo, claro o embrollado, no constituye en ningún modo lo inconsciente buscado. Más tarde veremos que esta regla tiene, sin embargo, una limitación.

2.ª Nuestra labor debe reducirse a despertar representaciones sustitutivas en derredor de cada elemento, sin reflexionar sobre ellas o buscar si contienen algo exacto, ni tampoco preocuparnos de averiguar si nos alejan del elemento del sueño y hasta qué punto.

3.ª Debe esperarse hasta que lo inconsciente oculto y buscado surja espontáneamente, como sucedió con la palabra *Mónaco* en el ejemplo de olvido antes citado.

Comprendemos ahora cuán poco importa saber en qué medida, grande o pequeña, y con qué grado de seguridad o de incertidumbre nos acordamos de un sueño, pues el que recordamos no constituye aquello que buscamos, sino tan sólo su sustitución deformada, que debe permitirnos, con ayuda de las demás imágenes sustitutivas provocadas, descubrir la esencia misma del fenómeno onírico y convertir en consciente lo inconsciente. Si nuestros recuerdos han sido infieles, ello se debe a que la formación sustitutiva por ellos constituida ha sufrido una nueva deformación que a su vez puede ser motivada.

Objeto de esta labor de interpretación puede ser tanto los sueños propios como los ajenos, resultando quizá más instructivo el análisis de los primeros, pues en ellos se nos impone con mayor energía la certeza de los resultados obtenidos. Mas en cuanto emprendemos esta labor interpretativa, observamos los obstáculos que a ella se oponen. A nuestra imaginación acuden ocurrencias suficientes, pero no dejamos que surjan todas con absoluta libertad, como si algo nos impusiera una labor crítica y seleccionadora. De algunas de ellas pensamos que no tienen nada que ver con nuestro sueño, y otras las encontramos absurdas, secundarias o insignificantes, resultando que antes que nuestras ocurrencias hayan tenido tiempo de precisarse claramente, las ahogamos o eliminamos con tales objeciones. Vemos, pues, que, por un lado, nos atenemos demasiado a la representación inicial, y por otro, perturbamos el resultado de la libre asociación con una selección indebida. Cuando en lugar de interpretar nosotros mismos nuestros sueños los hacemos

interpretar por otros, aparece un nuevo motivo que nos impulsa a realizar dicha perturbadora selección, pues algunas de las ideas que acuden a nuestra mente nos resultan difíciles o desagradables de comunicar a otra persona y resolvemos silenciarlas.

Es evidente que estas objeciones que a propósito de nuestras ocurrencias surgen en nosotros constituyen una amenaza para el buen éxito de nuestra labor. Debemos, pues, hacer todo lo posible para preservarnos contra ellas. Cuando se trata de nuestros propios sueños, lo lograremos tomando la firme decisión de no ceder a su influjo, y cuando hayamos de interpretar un sueño ajeno, impondremos al sujeto, como regla inviolable, la de no rehusar la comunicación de ninguna idea, aunque la encuentre insignificante, absurda, ajena al sueño o desagradable de comunicar. La persona cuyo sueño queremos interpretar prometerá obedecer a esta regla, pero habremos de alejar de nosotros toda molestia si vemos que no mantiene su promesa. Muchos creerán, en este caso, que a pesar de todas las insistentes seguridades que han dado al sujeto, no han logrado convencerle de la utilidad que para el fin buscado presenta la libre asociación y supondrán necesario comenzar por conquistar su adhesión teórica, haciéndole leer determinadas obras o asistir a determinadas conferencias susceptibles de convencerle de la verdad de nuestras ideas sobre la libre asociación. Pero haciendo esto se cometerá un grave error, y para no caer en él bastará pensar que, aunque nosotros nos hallamos seguros de nuestra convicción, no por ello dejamos de ver surgir en nosotros, contra determinadas ideas, las mismas objeciones críticas, las cuales no desaparecen sino ulteriormente, como en una segunda instancia.

En lugar de impacientarnos ante la desobediencia del sujeto del sueño, podemos utilizar estos casos para extraer de ellos nuevas enseñanzas, tanto más importantes cuanto que no nos hallábamos preparados a su aparición. Comprendemos ahora que la labor de interpretación se realiza contra determinada *resistencia*, que halla su expresión en las objeciones críticas de que hablábamos y es independiente de las convicciones teóricas del sujeto. Pero aún aprendemos algo más. Observamos que estas objeciones críticas no se hallan jamás justificadas y que, por el contrario, las ideas que el sujeto quisiera reprimir así revelan ser *siempre y sin excepción* las más importantes y decisivas desde el punto de vista del descubrimiento de lo inconsciente.

Una objeción de este género constituye, por decirlo así, un distintivo de la idea a la que acompaña.

Esta resistencia es un fenómeno totalmente nuevo que hemos descubierto merced a nuestras hipótesis, pero que no se hallaba implícito en las mismas. La sorpresa que su descubrimiento nos produce no nos es, por cierto, nada agradable, pues sospechamos que no ha de facilitar precisamente nuestra labor y que incluso pudiera inducirnos a abandonar nuestra investigación de estos problemas, al ver que para esclarecer una cosa tan poco importante como los sueños tropezamos con tan inmensas dificultades técnicas. Mas, por otra parte también puede ser que tales dificultades sirvan para estimularnos, haciéndonos sospechar que la labor emprendida ha de merecer el esfuerzo que de nosotros exige. Siempre que intentamos penetrar, desde la sustitución constituida por el elemento del sueño, en lo inconsciente que tras del mismo se esconde, tropezamos con tales dificultades, circunstancia que nos da derecho a pensar que detrás de tal sustitución se esconde algo importante, pues de otro modo no podríamos comprender la utilidad de aquellos obstáculos que tienden a mantener oculto lo que nuestra investigación trata de descubrir. Cuando un niño no quiere abrir su mano para mostrarnos lo que en ella encierra, es que seguramente esconde algo que no debiera haber cogido.

Al introducir en nuestra exposición la representación dinámica de una resistencia, hemos de advertir que se trata de un factor cuantitativamente variable. En el curso de nuestra labor interpretadora hallaremos, por tanto, resistencias de muy diferente intensidad, hecho con el que quizá podamos relacionar otra de las particularidades que en dicha labor se nos harán patentes. En efecto hallaremos algunos casos en los que una sola idea o un pequeño número de ellas bastarán para conducirnos desde el elemento del sueño a su substrato inconsciente mientras que en otros tendremos necesidad, para llegar a este resultado, de alinear largas cadenas de asociaciones y vencer numerosas objeciones críticas. Diremos, pues, y probablemente con razón, que tales diferencias corresponden a las intensidades variables de la resistencia. Cuando ésta es poco considerable la distancia que separa al sustitutivo del substrato inconsciente es mínima; en cambio, una resistencia enérgica trae consigo deformaciones considerables de dicho substrato, circunstancia que necesariamente ha de aumentar su distancia de aquella que

en el sueño lo sustituye.

Será, quizá, ya tiempo de realizar un ensayo práctico de nuestra técnica de interpretación para ver si confirma las esperanzas que en ella hemos cifrado. Mas ¿qué sueño habremos de escoger para tal ensayo? No podéis figuraros hasta qué punto esta elección resulta difícil para mí, y no puedo tampoco haceros comprender, por ahora, en qué reside tal dificultad.

Debe de haber, ciertamente, sueños que en conjunto no han sufrido una gran deformación, y lo mejor sería comenzar por ellos. Pero ¿cuáles son los sueños menos deformados? ¿Acaso aquellos razonables y nada confusos de los cuales os he citado ya dos ejemplos? Nada de eso; el análisis demuestra, precisamente, que tales sueños han sufrido una deformación extraordinaria. Por otro lado, si renunciando a toda condición particular escogiera yo el primer sueño que a mi recuerdo acudiese, quedaríais probablemente, defraudados. Pudiera ser que, habiendo de anotar y examinar a propósito de cada elemento de dicho sueño una considerable cantidad de ocurrencias, nos viésemos imposibilitados de adaptar nuestra labor a los límites dentro de los que hemos de mantenernos en estas lecciones. Transcribiendo el relato que de su sueño nos hace el interesado y registrando después todas las ideas que a propósito del mismo surgen en su imaginación, sucede, muchas veces, que esta última relación alcanza una longitud varias veces superior al texto del sueño. Será, pues, lo más indicado elegir, para analizarlos aquí, varios sueños breves, de los cuales pueda confirmar cada uno, por lo menos, alguna de nuestras afirmaciones. En espera de que una mayor experiencia en estas cuestiones nos muestre, más adelante, dónde podemos hallar sueños poco deformados, comenzaremos por seguir este procedimiento.

Pero aún se nos ofrece otro medio de hacer más sencilla nuestra labor. En lugar de intentar la interpretación de sueños enteros, nos contentaremos, por ahora, con analizar tan sólo elementos aislados de los mismos con objeto de ver, en una serie de ejemplos bien escogidos, cómo la aplicación práctica de nuestra técnica nos consigue la interpretación deseada.

a) Una señora cuenta que siendo niña soñó repetidamente que *Dios usaba un puntiagudo gorro de papel*. Este absurdo sueño, que nos parece imposible

de comprender sin el auxilio de la sujeto, queda por completo explicado al relatarnos la señora que cuando era niña le ponían con frecuencia, al ir a comer un gorro de este género para quitarle su fea costumbre de arrojar furtivas ojeadas a los platos de sus hermanos con el fin de asegurarse que no se les servía más comida que a ella. Así, pues, el gorro aquel tenía una misión parecida a las orejeras que se ponen a los caballos para limitar su campo de visión lateral. Esta información, que pudiéramos calificar de histórica, fue obtenida sin dificultad ninguna y con ella y una sola ocurrencia de la sujeto quedó completada la interpretación de todo este breve sueño. En efecto, al preguntar a la señora qué era lo que de su sueño pensaba, obtuvimos la siguiente respuesta: «Como me habían dicho por entonces que Dios lo sabía y veía todo, mi sueño no podía significar sino que como Dios mismo, yo lo sabía y lo veía todo, aun cuanto trataban de impedírmelo». Pero este ejemplo es quizá excesivamente sencillo.

b) Una paciente escéptica tiene un sueño un poco más largo que el anterior, en el curso del cual le hablan varias personas haciéndole grandes elogios de mi libro sobre el chiste. Después, en el mismo sueño, se hace mención de un *canal, quizá de otro libro en el que se habla de un canal o de algo que tiene alguna relación con un canal…; no puede decir más…; sus recuerdos del sueño son muy confusos*.

Esperaréis, quizá, que hallándose tan indeterminado el elemento canal, escapara a toda interpretación. Cierto es que la misma tropieza en este caso con algunas dificultades, pero éstas no son debidas a la impresión del elemento analizado, pues lo que sucede es que tanto esta imprecisión como aquellas dificultades provienen de una causa común. A la imaginación de la sujeto no acudió por el momento idea ninguna a propósito del concepto «canal», y, naturalmente, tampoco a mí se me ocurría nada sobre él. Pero más tarde, al siguiente día de este primer intento de interpretación, recordó algo que, a su juicio, poseía quizá una relación con dicho elemento de su sueño. Tratábase de un chiste que había oído contar. En un barco destinado al servicio entre Dover y Calais entabló un conocido escritor conversación con un inglés, citando éste, en el curso del diálogo, la conocida frase de que «de lo sublime a lo ridículo no hay sino un paso», a lo cual respondió el escritor:

«Sí, el Paso de Calais», juego de palabras con el que da a entender que halla a Francia sublime y ridícula a Inglaterra. Pero el Paso de Calais es un *canal*, el canal de la Mancha.

Anticipándome a la interrogación que, sin duda, estáis pensando dirigirme sobre qué relación puedo hallar entre este recuerdo evocado por la sujeto y el sueño cuya interpretación buscamos, os diré que no sólo existe tal relación, sino que dicho recuerdo nos proporciona íntegramente la solución deseada. ¿O es que dudáis de que el mismo existiese antes del sueño como substrato inconsciente del elemento «canal» y creáis que ha sido aprovechado después para proporcionar una apariencia de interpretación? Nada de eso; la ocurrencia de la sujeto testimonia precisamente del escepticismo que, a pesar de una naciente e involuntaria convicción, abriga con respecto a nuestras teorías, y esta resistencia es con seguridad el motivo común del retraso con que surgió la ocurrencia y de la impresión del elemento correspondiente. Ahora vemos ya con toda claridad la relación que existe entre el elemento del sueño y su substrato inconsciente. El primero es como un fragmento del segundo o como una alusión al mismo, y lo que motiva su apariencia totalmente incomprensible es su aislamiento de dicho substrato.

c) Uno de mis pacientes tiene en una ocasión un sueño bastante largo: *Varios miembros de su familia se hallan sentados en derredor de una mesa, que tiene una forma particular*, etc. A propósito de esta mesa, recuerda el sujeto haber visto un mueble muy semejante en casa de una familia conocida. A esta primera ocurrencia se enlaza luego la de que en dicha familia no son precisamente muy cordiales las relaciones entre el padre y el hijo. Por último, confiesa el sujeto que algo análogo le ocurre también a él con su padre. Así, pues, la introducción de la mesa en el sueño servía para designar este paralelo.

La persona que tuvo este sueño se hallaba, desde tiempo atrás, familiarizada con las exigencias de la interpretación onírica. No siendo así, hubiera, quizá, extrañado que un detalle tan insignificante como la forma de una mesa se convirtiese en objeto de investigación. Pero no debe olvidarse que para nosotros no hay en el sueño nada accidental o indiferente, y que precisamente por la elucidación de tales detalles, en apariencia tan

insignificantes y no motivados, es como llegamos a obtener las informaciones que nos interesan. Lo que quizá os asombre todavía es que la elaboración del sueño que nos ocupa haya elegido la mesa para expresar la idea del sujeto de que en su casa sucede lo mismo que en la de aquella otra familia. Mas también os explicaréis esta particularidad cuando sepáis que el apellido de dicha familia era el de *Tischler* (carpintero, palabra derivada de *Tisch*, mesa). Observaréis ahora cuán indiscretos nos vemos obligados a ser cuando queremos comunicar la interpretación de algún sueño, circunstancia que constituye una de las dificultades con las cuales tropezamos, como ya os anuncié anteriormente, para elegir ejemplos con que ilustrar nuestras explicaciones. Me hubiera sido fácil reemplazar este ejemplo por otro, pero es probable que no hubiera evitado la indiscreción cometida más que al precio de otra indiscreción diferente.

Creo indicado introducir ya en mi exposición dos términos de los que nos hubiéramos podido servir hace mucho tiempo. Llamaremos *contenido manifiesto* del sueño a aquello que el mismo desarrolla ante nosotros, e *ideas latentes del sueño* a aquello que permanece oculto y que intentamos descubrir por medio del análisis de las asociaciones que surgen en el sujeto a propósito de su sueño. Examinaremos, pues, ahora las relaciones que en los sueños antes analizados aparecen entre el contenido manifiesto y las ideas latentes, relaciones que pueden ser muy diversas. En los ejemplos *a)* y *b)*, el elemento manifiesto resulta ser un fragmento, aunque pequeñísimo, de las ideas latentes. Una parte del gran conjunto psíquico formado por las ideas inconscientes del sueño ha surgido en el sueño manifiesto, constituyendo un fragmento del mismo. En otros casos, dicha parte de las ideas latentes surge también en el sueño manifiesto como una alusión, un símbolo o una abreviación de estilo telegráfico. A la labor interpretadora incumbe completar este fragmento o desentrañar la alusión, cosa que hemos conseguido con particular éxito en el caso *b)*. La sustitución por un fragmento o una alusión constituye, pues, uno de los métodos de deformación empleados por la elaboración onírica. En el sueño hallamos aún otra distinta particularidad que los ejemplos que siguen nos mostrarán con mayor claridad y precisión.

d) El sujeto del sueño *hace salir de detrás de una cama a una señora a la que conoce*. La primera idea que en el análisis acude a su imaginación nos proporciona el sentido de este elemento del sueño, el cual quiere decir que el sujeto *da a esta señora la preferencia* (juego de palabras: *hacer salir-hervorziehen; preferencia-Vorzug*).

e) Otro individuo sueña que su *hermano se halla encerrado en un baúl*. La primera idea reemplaza el baúl por un armario (*Schrank*), y la siguiente nos da en seguida la interpretación del sueño: su hermano *restringe sus gastos* (*schränkt sich ein*).

f) El sujeto del sueño *sube a una montaña, desde la cual descubre un panorama extraordinariamente amplio*. Tan comprensible y natural resulta este sueño, que nos parece no necesitar de interpretación ninguna, debiendo limitarse nuestro análisis a averiguar a qué recuerdo del sujeto se halla enlazado y cuál es el motivo que lo ha hecho surgir. Mas esta primera impresión es totalmente errónea, pues a pesar de su aparente claridad se halla este sueño tan necesitado de interpretación como los más embrollados y confusos. En efecto, lo que en el análisis acude a la imaginación del sujeto no es el recuerdo de ascensiones realizadas por él anteriormente, sino el de uno de sus amigos, editor de una *revista* (*Rundschau*) que se ocupa de nuestras relaciones con los más lejanos países. El pensamiento latente del sueño consiste, pues, en este caso, en la identificación del sujeto del mismo con *aquel que pasa revista al espacio que le rodea* (*Rundschauer*).

Hallamos aquí un nuevo género de relación entre el elemento manifiesto y el elemento latente del sueño. El primero, más que una deformación del segundo, es una representación del mismo, o sea su imagen plástica y concreta derivada de la forma de expresión verbal. Claro es que, en último término, también esto constituye una deformación, pues cuando pronunciamos una palabra hemos olvidado ya hace mucho tiempo la imagen concreta que la ha dado origen, siéndonos, por tanto, imposible reconocerla cuando en su lugar se nos presenta dicha imagen. Si tenéis en cuenta que el sueño manifiesto se compone principalmente de imágenes visuales y sólo rara vez de ideas y palabras, comprenderéis la particular importancia que esta

relación posee en la formación de los sueños. Veréis también que de este modo resulta posible crear en el sueño manifiesto y para toda una serie de pensamientos abstractos imágenes sustitutivas nada incompatibles con la latencia en que dichos pensamientos deben ser conservados. Es esta misma técnica de los jeroglíficos que componemos por puro pasatiempo. Observamos además que estas representaciones plásticas poseen en el sueño, con gran frecuencia, un marcado carácter «chistoso». Pero la procedencia de este singular carácter constituye un problema cuya investigación no podemos abordar en estas lecciones.

También he de pasar, por ahora, en silencio un cuarto género de relación entre el elemento latente y el elemento manifiesto, relación de la que ya os hablaré cuando se nos revele por sí misma en la aplicación de nuestra técnica. Mi enumeración no será, pues, completa, pero de todos modos bastará para nuestras actuales necesidades.

¿Tendréis ahora valor para abordar la interpretación de un sueño completo? Ensayémoslo, con el fin de ver si nos hallamos suficientemente preparados para emprender esta labor. Escogeré un sueño que, sin ser de los más oscuros, presenta todas las características de esta clase de fenómenos con la mayor agudeza posible:

Una señora joven, casada hace varios años, tiene el sueño siguiente: *Se halla en el teatro con su marido. Una parte del patio de butacas esta desocupada. Su marido le cuenta que Elisa L. y su prometido hubieran querido venir también al teatro, pero no habían conseguido sino muy malas localidades —tres por un florín cincuenta céntimos— y no quisieron tomarlas. Ella piensa que el no haber podido ir aquella noche al teatro no es ninguna desgracia*.

Lo primero que la sujeto del sueño nos comunica a propósito del mismo nos demuestra que el estímulo que lo hizo surgir aparece claramente en el contenido manifiesto. Su marido le había contado, en efecto, que Elisa L., una amiga suya de su misma edad, acababa de desposarse. El sueño constituye, pues, una reacción a esta noticia. Sabemos ya que en muchos casos es fácil hallar el estímulo del sueño en los sucesos del día que le precedió y que los analizados indican sin dificultad alguna esta filiación. En

este ejemplo el sujeto nos proporcionó informaciones del mismo género con respecto a otros elementos del contenido manifiesto. Así, el detalle de la ausencia de espectadores en una parte del patio de butacas constituye una alusión a un suceso real de la semana precedente. Habiéndose propuesto asistir a cierta representación, había comprado las localidades con tanta anticipación, que tuvo que pagar un sobreprecio. Mas luego, cuando llegó con su marido al teatro, advirtió que sus precauciones habían sido inútiles; *pues una parte del patio de butacas se hallaba casi vacío*. Por tanto, no hubiera perdido nada comprando los billetes el mismo día de la representación, y su marido la embromó por su exagerada impaciencia. Otro de los detalles del sueño, la suma de un florín cincuenta céntimos, tiene su origen en un suceso totalmente distinto y sin relación alguna con lo que acabamos de exponer, pero constituye también una alusión a una noticia que la señora recibió el día mismo del sueño. Su cuñada, habiendo recibido de su marido la suma de ciento cincuenta florines como regalo, no tuvo mejor ocurrencia (la muy estúpida) que correr a la joyería y comprarse una joya que le costó toda la suma recibida. Sobre el origen del número *tres* que aparece en el sueño (tres localidades) no acierta a decirnos nada la sujeto, a menos que veamos una explicación en el dato de que aquella amiga que acababa de desposarse es tan sólo *tres* meses más joven que ella, que, sin embargo, se halla casada ya hace diez años. Por último, al querer hallar la explicación del absurdo de tomar tres billetes para dos personas, la sujeto rehúsa ya todo nuevo esfuerzo de memoria y toda nueva información.

Pero lo poco que nos ha dicho basta para descubrirnos las ideas latentes de su sueño. Lo que primeramente debe atraer nuestra atención es que las informaciones que a propósito de su sueño nos han dado nos proporcionan repetidamente detalles del orden temporal que establecen una analogía entre dos diferentes partes del mismo. Había pensado en los billetes *demasiado pronto* y los había comprado *con excesiva anticipación*, de manera que tuvo que pagarlos más caros. Su cuñada se había *apresurado* igualmente a correr a la joyería para comprarse una joya, como si temiera *perderla*. Si a las nociones tan acentuadas de *demasiado pronto, con anticipación,* añadimos el hecho que ha servido de pretexto al sueño, la información de que su amiga, que tan sólo tiene tres meses *menos* de edad que ella, se halla prometida a un

hombre honrado y distinguido, más por la crítica reprobatoria dirigida contra su cuñada, que había obrado absurdamente al *apresurarse* tanto, descubriremos que las ideas latentes del sueño, de las cuales el contenido manifiesto no es sino una mala sustitución deformada, son las que siguen:

«Fue un *desatino* apresurarme tanto en casarme. Por el ejemplo de Elisa veo que no hubiera perdido nada esperando». (El apresuramiento queda representado por su conducta al adquirir las localidades y la de su cuñada en la compra de la joya. El concepto de matrimonio encuentra su sustitución en el hecho de haber ido con su marido al teatro.) Esta idea sería la principal. Aunque con menos seguridad, pues carecemos ya de indicaciones de la sujeto, podríamos añadir a esta idea principal la siguiente: «Por el mismo dinero hubiera podido encontrar uno cien veces mejor». (Ciento cincuenta florines forman una suma cien veces superior a un florín cincuenta céntimos.) Si reemplazamos la palabra *dinero* por la palabra *dote*, el sentido de la última frase sería el de que con una buena dote se compra un marido. La joya y las malas localidades del teatro serían entonces las nociones que vendrían a sustituir a la de marido. Nos interesaría todavía más saber si el elemento «tres billetes» se refiere igualmente a un hombre, pero nada nos permite ir tan lejos. Hemos encontrado solamente que el sueño analizado expresa la escasa *estimación* de la mujer por su marido y su remordimiento por *haberse casado tan pronto*.

A mi juicio, el resultado de esta primera interpretación de un sueño, más que satisfacernos, ha de causarnos sorpresa y confusión, pues nos ofrece demasiadas cosas a la vez, circunstancia que dificulta enormemente nuestra orientación. No pudiendo, desde luego, agotar las enseñanzas que de este análisis se desprenden, nos apresuraremos a extraer de él aquellos datos que consideremos como nuevas e irrefutables aportaciones a nuestro conocimiento del fenómeno onírico.

Lo primero que atrae nuestra atención es que, siendo la noción de apresuramiento la más acentuada en las ideas latentes, no aparezca el menor rastro de ella en el sueño manifiesto. Sin el análisis no habríamos sospechado jamás que esta noción desempeñaba un papel en el sueño. Parece, pues, posible que precisamente el nódulo central de las ideas inconscientes no aparezca en el contenido manifiesto, circunstancia que ha de imprimir una

modificación profunda a la impresión que deja el sueño en conjunto. Hallamos, además, en este sueño un detalle absurdo: «Tres por un florín cincuenta céntimos», y en las ideas del sueño descubrimos la proposición siguiente: «Fue un *absurdo* (casarse tan pronto)». ¿Puede negarse absolutamente que la idea *fue un absurdo* se halle representada por la introducción de un elemento absurdo en el sueño manifiesto? Por último, un examen comparativo nos revela que las relaciones entre los elementos manifiestos y los latentes se hallan muy lejos de ser sencillas. Es muy raro que cada elemento manifiesto corresponda a otro latente, y las relaciones entre uno y otro campo son más bien relaciones de conjunto, pudiendo un elemento manifiesto reemplazar a varios elementos latentes y un elemento latente ser reemplazado por varios elementos manifiestos.

Sobre el sentido de sueño y sobre la actitud de la sujeto con respecto al mismo podríamos decir también cosas sorprendentes. La sujeto confirma nuestra interpretación, pero se muestra asombrada por ella. Ignoraba que tuviera en tan poca estima a su marido y desconoce las razones por las cuales ha adoptado esta actitud. Quedan todavía aquí muchos puntos incomprensibles. Creo, pues, decididamente, que no nos hallamos todavía en circunstancias de poder emprender la interpretación de los sueños y que tenemos necesidad de una mayor preparación.

LECCIÓN VIII.
4. LOS SUEÑOS INFANTILES

Señoras y señores:

CREO advertir que he avanzado quizá con excesiva rapidez en mi exposición y que, por tanto, convendrá que retrocedamos un poco. Antes de emprender nuestro último intento de vencer por medio de la técnica de interpretación las dificultades producidas por la deformación onírica, nos dijimos que lo mejor sería eludir tales dificultades, no sometiendo por lo pronto a interpretación más que aquellos sueños en los cuales —suponiendo que existan— la deformación es muy pequeña o falta en absoluto. Claro es

que obrando de este modo seguiremos una dirección opuesta a la del desarrollo de nuestros conocimientos en estas materias, pues, en realidad, sólo después de una consecuente aplicación de la técnica interpretativa a los sueños deformados y de un análisis completo de los mismos fue cuando llegamos a darnos cuenta de la existencia de sueños no deformados.

Este género de sueños podemos observarlo en los niños. Los sueños infantiles son breves, claros, coherentes, fácilmente inteligibles e inequívocos y, sin embargo, son sueños. Mas no creáis que todos ellos presentan estas características, pues la deformación onírica aparece muy pronto y conocemos sueños de niños de cinco a ocho años que presentan ya todos los caracteres de los más tardíos. Sin embargo, limitando nuestras observaciones a la edad comprendida entre los comienzos de la actividad psíquica y el cuarto y quinto año, hallamos toda una serie de sueños que presentan un carácter que pudiéramos llamar infantil. Estos sueños de tipo infantil siguen presentándose aisladamente en niños de mayor edad, y aun algunas veces y bajo determinadas circunstancias en personas adultas.

Del análisis de estos sueños infantiles podemos deducir fácilmente con gran seguridad conclusiones, a nuestro juicio, decisivas y de una validez general sobre la naturaleza del fenómeno onírico:

1.ª Para comprender estos sueños no hay necesidad de análisis ni de técnica interpretativa. Por tanto, no someteremos a interrogatorio ninguno al infantil sujeto; pero, en cambio, habremos de añadir al relato que de su sueño nos hace algunos datos históricos, pues existe siempre algún suceso, acaecido en el día anterior al sueño, que nos proporciona la explicación del mismo, mostrándolo como una reacción del estado de reposo a dicho suceso de la vida despierta.

Citemos algunos ejemplos en los que apoyaremos luego nuestras ulteriores conclusiones:

a) Un niño de veintidós meses es encargado de ofrecer a un tío suyo un cestillo de cerezas. Naturalmente, lo hace muy a disgusto, a pesar de las promesas de que podrá probar, en recompensa, la fruta ofrecida. Al día siguiente cuenta haber soñado que se *comía todas las cerezas*.

b) Una niña de tres años y tres meses había hecho durante el día su primera travesía por el lago, que debió de parecerla corta, pues rompió en

llanto cuando la hicieron desembarcar. A la mañana siguiente relató que por la noche había navegado sobre el lago, esto es, que había continuado su interrumpido paseo y —podemos añadir por nuestra cuenta— sin que esta vez viniese nadie a acortar la duración de su placer.

c) Un niño de cinco años y tres meses tomó parte en una excursión a pie a Escherntal, cerca de Hallstatt. Había oído decir que Hallstatt se hallaba al pie de la *Dachstein*, y esta montaña parecía interesarle mucho. Desde su residencia en Aussee, se veía muy bien la Dachstein y podía distinguirse, con ayuda del telescopio, la *Simonyhütte*, cabaña emplazada en su cima. El niño había mirado varias veces por el telescopio, pero no sabemos con qué resultado. La excursión comenzó alegremente, mostrando el niño gran entusiasmo y aguda curiosidad. Cada vez que aparecía a su vista una nueva montaña, preguntaba si era la Dachstein; pero a medida que fue recibiendo respuestas negativas, se fue desanimando y terminó por enmudecer y rehusar tomar parte en una pequeña ascensión que los demás hicieron para ver una cascada. Sus acompañantes le creyeron fatigado; pero al día siguiente contó, lleno de alegría, haber soñado *que subían a la Simonyhütte*. Así, pues, lo que de la excursión le ilusionaba era visitar dicho punto. Por todo detalle dio el de que había oído decir que para llegar a la cabaña conocida con el nombre indicado hay que subir escaleras durante seis horas.

Estos tres sueños bastan para proporcionarnos todas las informaciones que pudiéramos desear.

2.ª Observamos que estos sueños infantiles no se hallan desprovistos de sentido y que son *actos psíquicos inteligibles y completos*. Recordando ahora la opinión que los médicos sustentan sobre los sueños, y sobre todo su comparación con los sonidos que los dedos de un profano en música arrancan al piano al recorrer al azar su teclado, advertiréis la evidente contradicción que existe entre tales opiniones y los caracteres de los sueños infantiles. Pero sería también harto singular que el niño pudiese realizar, durante el estado de reposo, actos psíquicos completos y, en cambio, el adulto tuviese que limitarse, en iguales condiciones, a meras reacciones convulsiformes, tanto más cuanto que el reposo del niño es mucho más completo y profundo.

3.ª Estos sueños infantiles que no han sufrido deformación no precisan de labor interpretativa alguna, y en ellos coinciden el contenido manifiesto y el

latente. *La deformación onírica no constituye, pues, un carácter natural del sueño*. Espero que esta circunstancia facilite vuestra comprensión del fenómeno onírico. Debo, sin embargo, advertiros que, reflexionando más penetrantemente sobre esta cuestión, nos veremos obligados a conceder incluso a estos sueños una pequeña deformación, o sea a reconocer cierta diferencia entre el contenido manifiesto y las ideas latentes.

4.ª El sueño infantil es una reacción a un suceso del día anterior que deja tras de sí un deseo insatisfecho, y *trae consigo la realización directa y no velada de dicho deseo*. Recordad ahora lo que antes dijimos sobre la misión de las excitaciones somáticas, externas e internas, consideradas como perturbadoras del reposo y productoras del fenómeno onírico. En relación con ellas hemos observado hechos totalmente ciertos, pero sólo un escaso número de sueños podía ser explicado por actuación. En estos sueños infantiles, tan perfectamente inteligibles, podemos afirmar, sin temor ninguno a equivocarnos, que nada en absoluto indica una posible acción de tales excitaciones somáticas. Mas no por ello habremos de abandonar por completo la teoría que atribuye la génesis de los sueños a procesos excitativos. Lo que sí haremos será recordar que las excitaciones perturbadoras del reposo pueden ser no sólo somáticas, sino también psíquicas, y que precisamente estas últimas son las que con más frecuencia perturban el reposo del adulto, pues le impiden realizar la condición psíquica del mismo; esto es, la abstracción de todo interés por el mundo exterior. Cuando el adulto no concilia el sueño es porque vacila en interrumpir su vida activa y su labor mental sobre aquello que le ha ocupado en el estado de vigilia. En el niño, esta excitación psíquica perturbadora del reposo es proporcionada por el deseo insatisfecho, al cual reacciona con el sueño.

5.ª Partiendo de esta observación, llegamos, por el camino más corto, a determinadas conclusiones sobre la función del sueño. Como reacción a la excitación psíquica, debe el sueño tener la función de alejar tal excitación, con el fin de que el reposo pueda continuar. Ignoramos aún por qué medio dinámico realiza el sueño esta función; pero podemos decir, desde ahora, que lejos de ser, como suele considerársele, *un perturbador del reposo, es un fiel guardián del mismo*, defendiéndolo contra todo aquello que puede perturbarlo. Cuando creemos que sin el sueño hubiéramos dormido mejor,

nos equivocamos profundamente, pues, en realidad, sin el auxilio del sueño no hubiéramos dormido en absoluto y es a él a quien debemos el reposo de que hemos gozado. Claro es que no ha podido evitar ocasionarnos determinadas perturbaciones, pero hemos de tener en cuenta que también el más fiel y discreto de los vigilantes nocturnos habrá de verse obligado a producir algún ruido al perseguir a aquellos que con sus escándalos hubieran perturbado nuestro descanso en un grado mucho mayor.

6.ª La circunstancia de ser el deseo el estímulo del sueño y su realización el contenido del mismo, constituye uno de los caracteres fundamentales del fenómeno onírico. Otro carácter no menos constante consiste en que el sueño no expresa simplemente un pensamiento optativo, sino que muestra el deseo, realizándose en forma de un suceso psíquico alucinatorio. El deseo estimulador de uno de los sueños antes expuestos puede encerrarse en la frase *Yo quisiera navegar por el lago*, y en cambio, el contenido de dicho sueño podría traducirse en esta otra: *Yo navego por el lago*. Persiste, pues, hasta en estos sencillos sueños infantiles una diferencia entre el sueño latente y el manifiesto, o sea una deformación del pensamiento latente del sueño, constituida por la *transformación del pensamiento en suceso vivido*. En la interpretación del sueño precisa, ante todo, deshacer la labor de esta transformación. Si demostramos que es éste un carácter general del fenómeno onírico, el fragmento de sueño citado anteriormente: «Veo a mi hermano encerrado en un baúl», no deberá ya traducirse por «Mi hermano restringe sus gastos», sino por *Yo quisiera que mi hermano restringiese*, etc. De los caracteres generales del sueño que acabamos de hacer resaltar, el segundo tiene más probabilidades de ser aceptado sin oposición. En cambio, sólo después de investigaciones más amplias y minuciosas podremos demostrar que el estímulo del sueño habrá de ser siempre un deseo y no una preocupación, un proyecto o un reproche; pero esto no influye para nada en el otro de los caracteres fijados, o sea el de que el sueño, en lugar de reproducir pura y simplemente la excitación, la suprime, la aleja y la agota por una especie de asimilación vital.

7.ª Partiendo de estos dos caracteres del sueño, podemos continuar la comparación del mismo con la función fallida. En esta última distinguimos una tendencia perturbadora y otro perturbada, siendo el acto fallido mismo

una transacción entre tales dos tendencias. Idéntico esquema podemos establecer para el sueño. En éste, la tendencia perturbada no puede ser otra que la tendencia a dormir. En cambio, la perturbadora queda reemplazada por la excitación psíquica, o sea, puesto que hasta ahora no conocemos otra excitación de este género capaz de perturbar el reposo, por el deseo que exige ser satisfecho. Así, pues, también el sueño sería en estos casos el resultado de una transacción. Sin dejar de dormir satisfacemos un deseo, y satisfaciéndolo podemos continuar durmiendo. Ambas instancias quedan, pues, en parte satisfechas y en parte contrariadas.

8.ª Recordad ahora la esperanza que concebimos anteriormente de poder utilizar, como vía de acceso a la inteligencia de los problemas oníricos, el hecho de que ciertos productos muy transparentes de la imaginación han recibido el nombre de *sueños diurnos o despiertos* (*Tagträume*). En efecto, estos sueños diurnos no son otra cosa que el cumplimiento de deseos ambiciosos y eróticos que nos son bien conocidos; pero estas realizaciones de deseos, aunque vivamente representadas en nuestra fantasía, no toman jamás la forma de sucesos alucinatorios.

Resulta, pues, que de los dos caracteres del fenómeno onírico antes indicados sólo el que no habíamos llegado aún a demostrar evidentemente es el que aparece en estos «sueños diurnos», mientras que el otro desaparece en absoluto, mostrándosenos así dependiente por completo del estado de reposo e irrealizable en la vida despierta. De estas observaciones tenemos que deducir que el lenguaje corriente parece haber sospechado que el principal carácter de los sueños consiste en la realización de deseos. Digamos de pasada que si los sucesos vividos en el sueño no constituyen sino un género especial de ideación, hecho posible por las condiciones del estado de reposo, esto es, un «ensoñar o fantasear nocturno», comprenderemos que el proceso de la formación onírica tenga por efecto el de suprimir la excitación nocturna y satisfacer el deseo, pues también el «soñar despierto» implica la satisfacción de deseos y obedece exclusivamente a esta causa.

Otras locuciones usuales expresan también el mismo sentido. Todo el mundo conoce proverbios como los siguientes: «El cerdo sueña con bellotas y el ganso con el maíz», o la pregunta: «¿Con qué sueña la gallina? Con los granos de trigo». De este modo, descendiendo aún más bajo que nosotros,

esto es, desde el niño al animal, el proverbio ve también en el contenido del sueño la satisfacción de una necesidad. Muy numerosas son las expresiones que implican igual sentido, tales como «bello como un sueño», «yo no hubiera soñado jamás cosa semejante» o «es una cosa que ni siquiera se me podía haber ocurrido en sueños». Hay aquí por parte del lenguaje corriente una evidente parcialidad. Existen también sueños que aparecen acompañados de angustia y otros cuyo contenido es penoso o indiferente; pero estos sueños no han recibido hospitalidad alguna en el lenguaje. Hablamos, sin duda, de «malos sueños», pero el sueño por antonomasia no es, para el lenguaje, sino aquel que produce la dulce satisfacción de un deseo. No hay, en efecto, proverbio alguno en el cual se nos diga que el puerco o el ganso sueña con el matarife.

Hubiera sido, sin duda, incomprensible que los autores que se han ocupado del sueño no hubieran advertido que su principal función consistía en la realización de deseos, y claro es que han indicado con gran frecuencia este carácter, pero nadie tuvo jamás la idea de reconocerle un alcance general y considerarlo como la piedra angular de la explicación del sueño. Sospechamos, y más adelante volveremos sobre ello, qué es lo que les ha impedido obrar así.

Pensad en las preciosas informaciones que hemos podido obtener casi sin ningún trabajo mediante el examen de los sueños infantiles. Hemos visto que la función del sueño es guardar y proteger el reposo, que el mismo resulta del encuentro de dos tendencias opuestas, una de las cuales, la necesidad de dormir, permanece constante, mientras que la otra intenta satisfacer una excitación psíquica. Poseemos, pues, la prueba de que el sueño es un acto psíquico representativo y conocemos sus dos principales caracteres: realización de deseos y vida psíquica alucinatoria. Al adquirir todas estas nociones hemos podido olvidar que nos ocupábamos de psicoanálisis, pues fuera de su enlace con los actos fallidos no tenía nuestra labor nada de específica. Cualquier psicólogo, aun ignorando totalmente las premisas del psicoanálisis, hubiera podido dar esta explicación de los sueños infantiles. ¿Por qué, pues, ninguno lo ha hecho así?

Si no existieran más sueños que los infantiles, el problema quedaría

resuelto y nuestra investigación terminada, sin que hubiéramos tenido necesidad de interrogar al soñador ni tampoco de hacer intervenir lo inconsciente y recurrir a la libre asociación. Mas nuestra labor ha de ser proseguida. Hemos comprobado ya repetidas veces que ciertos caracteres, a los cuales habíamos comenzado por atribuir un alcance general, no pertenecían en realidad más que a cierta categoría y a cierto número de sueños. Trátase, pues, de saber si los caracteres generales que nos ofrecen los sueños infantiles son más estables y si pertenecen igualmente a los sueños menos transparentes, cuyo contenido manifiesto no presenta relación ninguna con la supervivencia de un deseo diurno. Conforme a nuestro modo de ver, estos otros sueños han sufrido una deformación considerable, circunstancia que no nos permite resolver inmediatamente el problema que plantean. Entrevemos también que para explicar esta deformación no será necesario recurrir a la técnica psicoanalítica, de la cual hemos podido prescindir cuando se trataba del conocimiento de los sueños infantiles.

Existe, sin embargo, un grupo de sueños no deformados que, al igual de los infantiles, se nos muestran como realizaciones de deseos. Son éstos los sueños que durante toda la vida son provocados por imperiosas necesidades orgánicas, tales como el hambre, la sed y la necesidad sexual, y que, por tanto, constituyen realizaciones de deseos correspondientes a reacciones o excitaciones internas. Un caso de este género es el de una niña de diecinueve meses que tuvo un sueño compuesto por una lista de platos a la cual añadió ella su nombre (Ana F… fresas, frambuesas, tortilla, papa). Este sueño es una reacción a la dieta a la que la niña había sido sometida durante el día, a consecuencia de una indigestión atribuida al abuso de las fresas y frambuesas. Del mismo modo, la abuela de esta niña, cuya edad, añadida a la de su nieta, daba un total de setenta años, habiéndose visto obligada, a consecuencia de perturbaciones orgánicas ocasionadas por un riñón flotante, a abstenerse de alimentación durante un día entero, soñó a la noche siguiente que se hallaba invitada a comer en casa de unos amigos y que le ofrecían un suculento almuerzo. Las observaciones efectuadas en prisioneros privados de alimento o en personas que en el curso de viaje o expediciones se han encontrado sometidas a duras privaciones muestran que en estas circunstancias todos los sueños tienen por objeto la satisfacción de

necesidades que no pueden ser satisfechas en la realidad. En su libro *Antartic* (vol. I, pág. 336), Otto Nordenskjöld habla así de la tripulación que había invernado con él: «Nuestros sueños, que no habían sido nunca tan vivos y numerosos como entonces, eran muy significativos, pues indicaban claramente la dirección de nuestras ideas. Hasta aquellos de nuestros camaradas que en la vida normal no soñaban sino excepcionalmente nos relataban todas las mañanas largas historias cuando nos reuníamos para cambiar nuestras últimas experiencias extraídas del mundo imaginativo de los sueños. Todas ellas se referían al mundo de la relación social, del que tan alejados nos hallábamos, pero también con frecuencia a nuestra situación de momento. Comer y beber eran los centros en derredor de los cuales gravitaban casi siempre nuestros sueños. Uno de mis camaradas, que tenía la especialidad de soñar con grandes banquetes, se mostraba encantado cuando podía anunciarnos por la mañana que había saboreado una comida compuesta de tres platos. Otro soñaba con montañas de tabaco, y otro, por último, veía en sus sueños avanzar a nuestro barco con las velas hinchadas sobre el mar libre. Uno de estos sueños merece mención especial: El cartero trae el correo y explica largamente por qué ha tardado tanto en llegar hasta nosotros. Se equivocó en la distribución, y sólo con mucho trabajo logró volver a hallar las cartas erróneamente entregadas. Naturalmente, nos ocupábamos en nuestros sueños de cosas aún más imposibles; pero en todos los que yo he tenido y en aquellos que me han sido relatados por mis camaradas podía observarse una singular pobreza de imaginación. Si todos estos sueños hubiesen podido ser anotados, tendríamos una colección de documentos de un gran interés psicológico. Mas se comprenderá fácilmente lo encantadores que resultaban para nosotros tales sueños, que podían ofrecernos lo que más ardientemente deseábamos». Citaré aquí también unas palabras de Du Prel: «Mungo Park, llegado en su viaje a través del África a un extremo estado de debilidad por la carencia de alimentos, soñaba todas las noches con los fructíferos valles de su país natal. Asimismo, el Barón Trenck, atormentado por el hambre, se veía sentado en una cervecería de Magdeburgo ante una mesa colmada de los más suculentos manjares, y Jorge Back, que tomó parte en la primera expedición de Franklin, soñaba siempre con grandes comidas durante los días en que estuvo próximo a la muerte por inanición».

Aquellos que habiendo cenado manjares muy cargados de especies, sienten durante la noche una sensación de sed, sueñan, con gran facilidad, que beben copiosamente. Como es natural, el sueño no suprime las sensaciones más o menos intensas de hambre o de sed, y al despertar nos sentimos hambrientos o sedientos y nos vemos obligados a comer o beber. Así, pues, desde el punto de vista práctico el servicio que rinden estos sueños es insignificante, pero no es menos manifiesto que su misión es la de mantener el reposo contra la excitación que impulsa al sujeto a despertar. Cuando se trata de necesidades de pequeña intensidad, los sueños de satisfacción ejercen, con frecuencia, una acción eficaz.

Igualmente, bajo la influencia de la excitación sexual procura el sueño satisfacciones que presentan particularidades dignas de ser anotadas. Dependiendo la necesidad sexual menos estrechamente de su objeto que el hambre y la sed de los suyos respectivos, puede recibir, merced a la emisión involuntaria del líquido espermático, una satisfacción real, y a consecuencia de determinadas dificultades en lo que respecta a las relaciones con el objeto, y de las que más tarde trataremos, sucede con frecuencia que el sueño que acompaña a la sensación real presenta un contenido vago o deformado. Esta particularidad de los sueños en que se producen emisiones involuntarias de esperma hace que los mismos se presten muy bien, según la observación de Rank, para el estudio de la deformación onírica. Todos los sueños de adultos que tienen por objeto necesidades encierran, además de la satisfacción, algo distinto que proviene de fuentes de excitación puramente psíquicas y tiene necesidad, para ser comprendido, de una interpretación.

No afirmamos, sin embargo, que los sueños de tipo infantil de los adultos, o sea aquellos que constituyen la satisfacción no deformada de un deseo, no se presenten sino como reacciones a las necesidades imperiosas que antes hemos enumerado. Conocemos también sueños de adultos que, a pesar de presentar aquellos caracteres de brevedad y precisión peculiares a estos sueños de tipo infantil, proceden de fuentes de excitación incontestablemente psíquicas. Tales son, por ejemplo, los sueños de impaciencia. Después de haber hecho los preparativos de un viaje o tomado todas las disposiciones para asistir a un espectáculo que particularmente nos interesa, a una conferencia o a una reunión, se suele soñar que el fin que nos proponíamos ha

llegado y que asistimos al teatro o conversamos con la persona que proyectábamos ver. De este género son también los sueños justificadamente denominados «sueños de pereza» de aquellas personas que, gustando de prolongar su reposo, sueñan que se han levantado ya y se están vistiendo o que se hallan entregadas a sus ocupaciones, cuando en realidad continúan durmiendo y testimonian de este modo que prefieren haberse levantado en sueños que realmente. El deseo de dormir, que, como hemos visto, participa normalmente en la formación de los sueños, se manifiesta con extrema claridad en los de este género, de los cuales incluso constituye el factor esencial. Así, pues, la necesidad de dormir ocupa justificadamente un lugar al lado de las otras grandes necesidades orgánicas.

En un cuadro de Schwind que se encuentra en la galería Schack en Munich, nos muestra la poderosa intuición del pintor el origen de un sueño reducido a su situación dominante. Nos presenta este cuadro el sueño de un prisionero, sueño que, naturalmente, no puede tener otro contenido que el de la evasión. Pero lo que se halla perfectamente visto en esta composición pictórica es que la evasión debe efectuarse por la ventana, pues es por ella por la que penetra la excitación luminosa que pone término al sueño del prisionero. Los duendecillos, montados unos sobre otros, representan las actitudes sucesivas que el prisionero debería tomar para alcanzar la ventana, y a menos que no me engañe y atribuya al pintor intenciones que no tenía, me parece que el duende que forma el vértice de la pirámide y lima los barrotes de la reja, haciendo así aquello que el prisionero sería feliz de poder realizar, presenta una semejanza singular con este último.

En todos los demás sueños, salvo en los infantiles y en los de tipo infantil, la deformación constituye, como ya hemos dicho, un obstáculo a nuestra labor. No podemos ver, desde luego, si también ellos representan realizaciones de deseos, como nos hallamos inclinados a creer. Su contenido manifiesto no nos revela nada sobre la excitación psíquica a la que deben su origen, y nos es imposible probar que tienden igualmente a alejar o a anular tal excitación. Estos sueños deben ser interpretados, esto es, traducidos, y su deformación debe hacerse desaparecer reemplazando su contenido manifiesto por su contenido latente. Sólo entonces podremos juzgar si los datos

aplicables a los sueños infantiles lo son igualmente a todos los sueños, sin excepción.

LECCIÓN IX.
5. LA CENSURA DEL SUEÑO

Señoras y señores:

EL estudio de los sueños infantiles nos ha revelado la génesis, la esencia y la función del sueño. Es éste *un medio de supresión de las excitaciones psíquicas que acuden a perturbar el reposo, supresión que se efectúa por medio de la satisfacción alucinatoria*. Por lo que respecta a los sueños de los adultos, no hemos podido explicar hasta ahora más que un único grupo; esto es, el formado por aquellos que presentan lo que hemos calificado de «tipo infantil». Nada sabemos de los demás sueños de los adultos, y hasta pudiéramos decir que permanecen aún incomprensibles para nosotros. Sin embargo, hemos obtenido un resultado provisional cuyo valor no debemos despreciar, y que es el siguiente: siempre que un sueño nos resulta perfectamente inteligible, se nos revela como una satisfacción alucinatoria de un deseo. Es ésta una coincidencia que no puede ser ni accidental ni indiferente.

Cuando nos encontramos en presencia de un sueño de otro género admitimos, fundándonos en diversas reflexiones y por analogía con la concepción de las funciones fallidas, que constituye una sustitución deformada de un contenido que nos es desconocido y al cual habremos de reducirlo. Así, pues, la labor que se nos plantea inmediatamente será la de analizar o comprender tal *deformación* del sueño.

Esta deformación onírica es la que da al sueño su singular apariencia y nos lo hace ininteligible. Muchas cosas hemos de averiguar sobre ella. En primer lugar, su origen y su dinamismo, y luego su efecto y su mecanismo de actuación. Podemos decir también que la deformación del sueño es un producto de la elaboración onírica. Vamos, pues, a describir esta elaboración y a reducirla a las fuerzas que en ella actúan.

Voy a presentaros un sueño que ha sido consignado por una señora perteneciente a nuestro círculo psicoanalítico y cuyo sujeto[1851] es otra señora, ya de edad, muy estimada y culta. De este sueño no se ha hecho análisis ninguno pues nuestra informadora pretende que para las personas peritas en psicoanálisis no era necesario. El sujeto mismo del sueño no lo ha interpretado, pero lo ha juzgado y condenado como si hubiera sabido hacerlo. He aquí la opinión que sobre el mismo hubo de expresar: «Parece mentira que una mujer de cincuenta años como yo, y que día y noche no tiene otra preocupación que la de su hijo, tenga un sueño tan horrible y estúpido».

Oíd ahora el relato de este sueño, al que pudiéramos dar el título de «sueño de los servicios de amor»: La señora entra en el hospital militar N. y manifiesta al centinela que desea hablar al médico director (al que da un nombre desconocido) para ofrecerle sus servicios en el hospital. Diciendo esto, acentúa la palabra ‘servicios’ de tal manera, que el centinela comprende en seguida que se trata de ‘servicios de amor’. Al ver que es una señora de edad, la dejan pasar después de alguna vacilación; pero en lugar de llegar hasta el despacho del médico director, entra en una gran habitación sombría, en la que se hallan varios oficiales y médicos militares, sentados o de pie en derredor de una larga mesa. La señora comunica su oferta a un médico, que la comprende desde las primeras palabras. He aquí el texto de las mismas, tal como la señora lo pronunció en su sueño: «Yo y muchas otras mujeres casadas y solteras de Viena estamos dispuestas, con todo militar, sea oficial o soldado». Tras de estas palabras oye (siempre en sueños) un murmullo, pero la expresión, en parte confusa y en parte maliciosa, que se pinta en los rostros de los oficiales le prueba que los circunstantes comprenden muy bien lo que quiere decir. La señora continúa: «Sé que nuestra decisión puede parecer un tanto singular, pero es completamente seria. Al soldado no se le pregunta tampoco en tiempos de guerra si quiere o no morir». A esta declaración sigue un penoso silencio. El médico mayor rodea con su brazo la cintura de la señora y le dice: «Mi querida señora, suponed que llegásemos realmente a este punto…». (Murmullos) La señora se liberta del abrazo, aunque pensando que lo mismo da aquel que otro cualquiera, y responde: «Dios mío: yo soy una vieja y puede que jamás me encuentre ya en ese caso. Sin embargo, habrá

que organizar las cosas con cierto cuidado y tener en cuenta la edad, evitando que una mujer ya vieja y un muchacho joven… (Murmullos); sería horrible». El médico mayor: «La comprendo a usted perfectamente». Algunos oficiales, entre los cuales se encuentra uno que le había hecho la corte en su juventud, se echa a reír y la señora expresa su deseo de ser conducida ante el médico director, al que conoce, con el fin de poner en claro todo aquello; pero advierte, con gran sorpresa, que ignora el nombre de dicho médico. Sin embargo, aquel otro al que se ha dirigido anteriormente le muestra con gran cortesía y respeto una escalera de hierro, estrecha y en espiral, que conduce a los pisos superiores y le indica que suba hasta el segundo. Mientras sube oye decir a un oficial: «Es una decisión colosal. Sea joven o vieja la mujer de que se trate, a mi no puede menos de inspirarme respeto». Con la consciencia de realizar un deber sube la señora por una escalera interminable.

El mismo sueño se reproduce luego dos veces más en el espacio de pocas semanas y con algunas modificaciones, que, según la apreciación de la señora, eran insignificantes y perfectamente absurdas.

Este sueño se desarrolla en la misma forma que una fantasía diurna, no presenta sino escasa discontinuidad, y algunos detalles de su contenido hubieran podido ser esclarecidos si se hubiera abierto una información, cosa que, como os he dicho antes, no se llevó a cabo. Pero lo más singular y de mayor interés para nosotros es que presenta varias lagunas, no en su recuerdo, sino en su propio contenido. Por tres veces parece éste extinguirse, siendo ahogadas cada una de ellas las palabras de la señora por un murmullo. No habiéndose efectuado análisis alguno, no tenemos, en realidad, derecho a pronunciarnos sobre su sentido. Mas, sin embargo, hay en este sueño alusiones, como la implícita en las palabras «servicios de amor», que autorizan a deducir determinadas conclusiones, y sobre todo los fragmentos del discurso que procede inmediatamente a los murmullos no pueden ser completados sino en un solo y determinado sentido. Haciéndolo así, vemos que el contenido manifiesto se nos muestra como una fantasía en la que el sujeto se halla decidido, en cumplimiento de un patriótico deber, a poner su persona a la disposición de los soldados y oficiales, para la satisfacción de las necesidades amorosas de los mismos, idea de las más atrevidas y modelo de

invención audazmente libidinosa. Mas esta idea o fantasía no se exterioriza en el sueño, pues allí donde el contexto parece implicar una tal confesión queda ésta reemplazada, en el contenido manifiesto, por un murmullo indistinto que la borra o suprime.

Sospecháis, sin duda, que precisamente lo indecoroso de estos pasajes es lo que motiva su supresión. Pero ¿dónde encontráis algo muy análogo? Hoy en día no tenéis que buscar mucho para hallarlo. Abrid cualquier diario político y encontraréis, en todas sus planas, interrupciones del texto, que dejan en blanco el papel. Todos sabemos que estos blancos corresponden a una supresión ordenada por la censura, pues en ellos debían figurar noticias o comentarios que, no habiendo sido aprobados por las autoridades superiores, han tenido que ser suprimidos, y siempre lamentamos tales supresiones, pues sospechamos que los pasajes suprimidos podían ser muy bien los más interesantes.

Esta censura es ejercida otras veces en el momento mismo de redactar la noticia o comentario. El periodista que los redacta, previendo que determinados pasajes habrían de tropezar con el veto de la censura, los atenúa previamente modificándolos o rozando solamente con alusiones lo que, por decirlo así, acude a los puntos de su pluma. El diario aparece entonces sin blancos, pero determinadas perífrasis y oscuridades os revelarán fácilmente los esfuerzos que el autor ha hecho para escapar a la censura oficial, imponiéndose a sí mismo una propia censura previa.

Mantengamos esta analogía. Decimos que ciertos pasajes del discurso de la señora quedan omitidos o son ahogados por un murmullo y que, por tanto, han sido también víctimas de una censura. Hablamos, pues, directamente de una *censura del sueño*, a la cual debe atribuirse determinada misión en la deformación de los fenómenos oníricos. Siempre que el sueño manifiesto presenta lagunas, debemos atribuirlas a la intervención de esta censura onírica. Podemos, incluso, ir más lejos y decir que siempre que nos hallamos ante un elemento del sueño particularmente débil, indeterminado y dudoso, habiendo, en cambio, otros que han dejado un claro y preciso recuerdo, debemos admitir que el primero ha sufrido la acción de la censura. Pero ésta se manifiesta raras veces de un modo tan abierto, o como pudiéramos decir,

tan ingenuo, como en el sueño de que nos ocupamos. Con mayor frecuencia se ejerce siguiendo la segunda de las modalidades indicadas, esto es, imponiendo atenuaciones, aproximaciones y alusiones al pensamiento verdadero.

La censura onírica se ejerce también conforme a una tercera modalidad, para la cual no encuentro analogía alguna en el campo de la censura periodística pero que podemos observar claramente en el único sueño que hasta ahora hemos analizado. Recordáis, sin duda, el sueño en el que figuraban «tres malas localidades de un teatro por un florín cincuenta céntimos». En las ideas latentes de este sueño, el elemento «apresuradamente, demasiado pronto» ocupaba el primer plano. Fue un absurdo casarse *tan pronto*; fue igualmente absurdo procurarse billetes del teatro *con tanta anticipación*, y fue ridículo el *apresuramiento* de la cuñada en gastar su dinero para comprarse una alhaja. De este elemento central de las ideas del sueño no pasó nada al sueño manifiesto, en el cual todo gravitaba en torno del hecho de ir al teatro y sacar los billetes. Por este desplazamiento del centro de gravedad y esta arbitraria reunión de los elementos del contenido, el sueño manifiesto se hace tan dispar del sueño latente, que es imposible sospechar al primero a través del segundo. Este desplazamiento del centro de gravedad constituye uno de los principales medios por los cuales se efectúa la deformación de los sueños y es lo que imprime a los mismos aquel carácter singular que los presenta a los ojos del mismo sujeto como algo ajeno totalmente a su propia personalidad.

Así, pues, los efectos de la censura y los medios de que dispone la deformación de los sueños son la omisión, la modificación y la arbitraria agrupación de los materiales. La censura misma es la causa principal o una de las principales causas de la deformación onírica, cuyo examen nos ocupa ahora. En cuanto a la modificación y a la arbitraria agrupación de los materiales, las reunimos dentro del concepto de *desplazamiento*.

Después de estas indicaciones sobre los efectos de la censura de los sueños, pasaremos a ocuparnos de su dinamismo. Espero que no toméis esta expresión en un sentido excesivamente antropomórfico, representándoos al censor onírico bajo la forma de un hombrecillo severo o de un duende alojado

en un departamento del cerebro, desde el cual ejerce sus funciones censoras. No debéis dar tampoco a la palabra «dinamismo» un sentido excesivamente localizante, figurándoos un centro cerebral del que manaría la influencia censuradora, la cual podría ser suprimida por una lesión o una ablación de dicho centro. Limitaos a ver en esta palabra un término que resulta cómodo para designar una relación dinámica y no nos impide investigar por qué tendencias y sobre qué tendencias se ejerce dicho influjo. No nos sorprendería averiguar que ya anteriormente nos ha sucedido hallarnos en presencia de la censura onírica sin quizá darnos cuenta de lo que se trataba.

Así es, en efecto. Recordad el sorprendente descubrimiento que efectuamos cuando comenzamos a aplicar nuestra técnica de la libre asociación. Sentimos entonces que una *resistencia* se oponía a nuestros esfuerzos de pasar del elemento del sueño al elemento inconsciente, del cual es aquél una sustitución. Esta resistencia, dijimos, puede variar de intensidad, siendo unas veces prodigiosamente elevada y otras insignificantes. En este último caso, nuestra labor de interpretación no tiene que franquear sino muy escasas etapas, pero cuando la resistencia se hace mayor, nos vemos obligados a seguir, partiendo del elemento del sueño, largas cadenas de asociaciones que nos alejan mucho de él y tenemos que vencer en este largo camino todas las dificultades que se nos presentan bajo la forma de objeciones críticas contra las ideas que surgen en el sujeto. Esto, que en nuestra labor de interpretación aparecía como una resistencia, debemos trasladarlo a la elaboración onírica, en la cual constituye aquello que hemos convenido en calificar de «censura», pues la resistencia y la interpretación no son otra cosa que la objetividad de la censura onírica. Vemos así que la censura no limita su función a determinar una deformación del sueño, sino que actúa de una manera permanente e ininterrumpida, con el fin de mantener y conservar la deformación producida. Además, del mismo modo que la resistencia con la cual tropezábamos en la interpretación variaba de intensidad de un elemento a otro, la deformación producida por la censura difiere también en los diversos elementos de un mismo sueño. Si comparamos el sueño manifiesto y el sueño latente, observaremos que determinados elementos latentes han sido completamente eliminados, que otros han sufrido modificaciones más o menos importantes, y otros, por

último, han pasado al contenido manifiesto del sueño sin haber sufrido modificación alguna y ganado, quizá, en intensidad.

Pero queríamos saber por qué y contra qué tendencias se ejerce la censura. A esta interrogación, que es de una importancia fundamental para la inteligencia del sueño y quizá hasta para la de la vida humana en general, se obtiene fácil respuesta recorriendo la serie de sueños que han podido ser sometidos a interpretación. Las tendencias que ejerce la censura son aquellas que el sujeto reconoce como suyas en la vida despierta y con las cuales se encuentra de acuerdo. Podéis estar convencidos de que cuando rehusáis dar vuestra aquiescencia a una interpretación correcta de uno de vuestros sueños, las razones que os dictan tal negativa son las mismas que presiden a la censura y a la deformación oníricas haciendo necesaria tal interpretación. Pensad solamente en el sueño de nuestra buena señora quincuagenaria. Sin haberlo interpretado lo halla ya horrible, pero aún se desolaría más si la señora v. Hug le hubiera comunicado alguno de los datos obtenidos por la interpretación que en este caso se imponía, y precisamente este juicio condenatorio es el que ha hecho que las partes más indecorosas del sueño se hallen reemplazadas en él por un murmullo.

Las tendencias contra las cuales se dirige la censura de los sueños deben ser descritas, en principio, colocándonos desde el punto de vista de la instancia representada por la censura. Podremos decir entonces que se trata de tendencias reprensibles e indecentes desde el punto de vista ético, estético y social, y que son cosas en las que no nos atrevemos a pensar o en las cuales no pensamos sino con horror. Estos deseos censurados y que reciben en el sueño una expresión deformada son, ante todo, manifestaciones de un egoísmo sin límites ni escrúpulos. No existe, además, sueño ninguno en el que el *yo* del sujeto no desempeñe el papel principal, aunque sepa disimularse muy bien en el contenido manifiesto. Este «sacro egoísmo» del sueño no carece ciertamente de relación con nuestra disposición al reposo, que consiste precisamente en el desligamiento de todo interés por el mundo exterior.

Desembarazado el *yo* de toda ligadura moral, cede asimismo a todas las exigencias del instinto sexual, a aquellas que nuestra educación estética ha condenado desde hace mucho tiempo y a aquellas otras que se hallan en

oposición con todas las reglas de restricción moral. La busca del placer, o como nosotros decimos, la *libido*, escoge en los sueños sus objetos, sin tropezar con resistencia ninguna, y los escoge preferentemente entre los prohibidos. No elige solamente la mujer ajena, sino también los objetos a los cuales el acuerdo unánime de la humanidad ha revestido de un carácter sagrado: el hombre hace recaer su elección sobre su madre o su hermana y la mujer sobre su padre o su hermano. (Así, el sueño de los «servicios amorosos» resulta plenamente incestuoso, pues la libido de la sujeto se dirige en él, incontestablemente, hacia su propio hijo.) Estos deseos que creemos ajenos a la naturaleza humana, se muestran, sin embargo, suficientemente intensos para provocar sueños. El odio se manifiesta en ellos francamente, y los deseos de venganza y de muerte contra aquellas personas a las que mayor afecto tenemos en nuestra vida —parientes, hermanos, hermanas, esposos e hijos— se hallan muy lejos de ser manifestaciones excepcionales en los sueños. Estos deseos censurados parecen surgir de un verdadero infierno, y al descubrirlos en nuestras interpretaciones, realizadas en la vida despierta, toda censura nos parece poco para conseguir mantenerlos encadenados.

Pero este perverso contenido no debe ser imputado al sueño mismo. No debéis olvidar que el sueño cumple con una función inofensiva y hasta útil, consistente en defender al reposo contra todas las causas de perturbación. Tal perversidad no es inherente a la naturaleza misma del sueño, pues no ignoráis que hay sueños en los cuales podemos reconocer la satisfacción de deseos legítimos y de necesidades orgánicas imperiosas. Estos últimos sueños no sufren además deformación alguna ni la necesitan para nada, pues pueden cumplir su función sin ofender en lo más mínimo a las tendencias morales y estéticas del *yo*. Sabed igualmente que la deformación del sueño se realiza en función de dos factores, siendo tanto más pronunciada cuanto más reprensible es el deseo que ha de sufrir la censura y más severas las exigencias de ésta en un momento dado. Por esta razón, una muchacha bien educada y de rígido pudor deformará, imponiéndolas una censura implacable, las tentaciones sentidas en el sueño, mientras que tales tentaciones nos parecerán a nosotros, médicos, deseos inocentemente libidinosos, opinión que la propia interesada compartirá algunos años después.

Además, no tenemos razones suficientes para indignarnos a propósito de

este resultado de nuestra labor interpretativa. Creo que aún no hemos llegado a comprenderla bien, pero ya desde ahora tenemos el deber de preservarla contra determinados ataques. No es difícil hallar sus puntos débiles. Nuestras interpretaciones oníricas han sido realizadas bajo la reserva de un determinado número de hipótesis, pues hemos supuesto que el sueño, en general, tiene un sentido, que debemos atribuir al reposo normal, procesos psíquicos inconscientes análogos a aquellos que se manifiestan en el sueño hipnótico y que todas las ideas que surgen a propósito de los sueños son determinadas. Si partiendo de estas hipótesis hemos llegado, en nuestras interpretaciones de sueños, a resultados plausibles, tendremos derecho a asentar la conclusión de que tales hipótesis que nos han servido de punto de partida responden a la realidad de los hechos; pero ante los resultados que hemos obtenido efectivamente es muy posible que más de uno nos diga que siendo los mismos imposibles y absurdos, o por lo menos harto inverosímiles, anulan las hipótesis que les sirven de base. O el sueño no es un fenómeno psíquico o el estado normal no trae consigo ningún proceso inconsciente o, por último, la técnica psicoanalítica resulta equivocada en alguno de sus puntos. ¿No son acaso estas conclusiones mucho más sencillas y satisfactorias que todos los horrores que decimos haber descubierto partiendo de nuestras hipótesis? Concederemos, en efecto, que son más sencillas y satisfactorias, pero esto no quiere decir que sean más exactas.

Tengamos paciencia y esperemos, para entrar en su discusión, a haber completado nuestro estudio. De aquí a entonces dejaremos que la crítica que se eleva contra la interpretación onírica vaya intensificando su energía. Importa muy poco que los resultados de nuestras interpretaciones sean escasamente satisfactorios y agradables, mas existe un argumento crítico de mayor solidez, y es el de que los sujetos a los que ponemos al corriente de las tendencias optativas que de la interpretación de sus sueños extraemos, rechazan dichos deseos y tendencias con la mayor energía y apoyándose en razones de gran peso. «¿Cómo —dice uno— queréis demostrarme, deduciéndolo de mis sueños, que lamento las cantidades que he gastado para dotar a mis hermanas y educar a mi hermano? Pero ¿no estáis viendo que trabajo con todo entusiasmo para sacar adelante a mi familia y no tengo otro interés en la vida que el cumplimiento de mi deber para con ella, como así lo

prometí, en calidad de hermano mayor, a mi pobre madre?». O también: «¿Osáis pretender que deseo la muerte de mi marido? ¡Qué absurdo! Aunque no me creáis, os diré que no sólo constituimos un matrimonio de los más felices sino que su muerte me privaría de todo lo que en el mundo poseo». Por último, nos dirán otros: «Pero ¿tenéis la audacia de decir que deseo sexualmente a mi hermana? ¡Qué ridícula pretensión! No sólo no vivimos juntos, sino que ni siquiera me intereso por ella como hermano, pues estamos reñidos y hace muchos años que no hemos cruzado palabra». Si estos individuos se contentaran con no confirmar o negar las tendencias que les atribuimos, podríamos decir todavía que se trataba de cosas que ignoran, pero lo que llega a ser desconcertante es que pretenden sentir deseos totalmente opuestos a aquellos que les atribuimos al interpretar sus sueños y que les es posible demostrarnos el predominio de tales deseos opuestos en toda su conducta en la vida. ¿No sería, pues, tiempo ya de renunciar de una vez para siempre a nuestra labor de interpretación, cuyos resultados nos han llevado al absurdo?

Nada de eso. Tampoco este argumento logra, como no lo lograron los anteriores, resistir a nuestra crítica. Supuesto que en la vida psíquica existen tendencias inconscientes, ¿qué prueba puede deducirse contra ellas de la existencia de tendencias diametralmente opuestas en la vida consciente? Para todas ellas hay quizá lugar en nuestro psiquismo, en el cual pueden muy bien convivir las más radicales antinomias y hasta es muy posible que el predominio de una tendencia sea precisamente la condición de la represión en lo inconsciente de aquella que es contraria a ella.

Queda, sin embargo, la objeción, según la cual los resultados de la interpretación de los sueños no serían ni sencillos ni alentadores. Desde luego; pero si sólo lo sencillo os atrae, no lograréis resolver ninguno de los problemas relativos a los sueños, pues cada uno de estos problemas nos sitúa desde el principio ante circunstancias complicadísimas. Mas, por lo que respecta al carácter poco alentador de nuestros resultados, debo deciros que os equivocáis dejándoos guiar por la simpatía o antipatía en vuestros juicios científicos. Los resultados de la interpretación de los sueños os parecen poco agradables y hasta vergonzosos y repulsivos. Pero ¿qué importancia tiene esto? ‘Ça n’empêche pas d’exister’, oí decir en un caso análogo a mi maestro

Charcot, cuando siendo yo un joven médico asistía a sus experimentos clínicos. Es preciso tener la humildad de reprimir nuestras simpatías y antipatías si queremos conocer la realidad de las cosas de este mundo. Si un físico os demostrara que la vida orgánica debe extinguirse sobre la Tierra en un plazo muy próximo, ¿le responderíais acaso que esta extinción no era posible por constituir una perspectiva excesivamente desalentadora? Creo más bien que guardaríais silencio hasta que otro físico consiguiese demostraros que la conclusión del primero reposaba sobre una falsa hipótesis y cálculos equivocados. Rechazando lo que os es desagradable, reproducís el mecanismo de la formación de los sueños en lugar de intentar comprenderlo y dominarlo.

Ante estos argumentos os decidiréis quizá a hacer abstracción del carácter repulsivo de los deseos censurados de los sueños y esgrimiréis, en cambio, el argumento de que resulta inverosímil que el mal ocupe tan amplio lugar en la constitución del hombre. Pero ¿es que vuestra propia experiencia os autoriza a serviros de este argumento? No me refiero a la opinión que podáis tener de vosotros mismos; pero ¿acaso vuestros superiores y vuestros competidores os han dado siempre pruebas de una gran benevolencia? ¿Habéis hallado siempre en vuestros enemigos una tan exquisita caballerosidad y un tal desinterés en los que os rodean, que creáis deber protestar contra la parte que asignamos al mal egoísta de la naturaleza humana? ¿No sabéis acaso hasta qué punto la mayoría de los humanos es incapaz de dominar sus pasiones en cuanto se trata de la vida sexual o ignoráis que todos los excesos y todas las inmoralidades que soñamos por las noches son diariamente cometidas y degeneran con frecuencia en crímenes reales? ¿Qué otra cosa hace el psicoanálisis sino confirmar la vieja máxima de Platón de que los buenos son aquellos que se contentan con soñar lo que los malos efectúan realmente?

Y ahora, apartándonos de lo individual, recordad la gran guerra que acaba de devastar a Europa y pensad en toda la bestialidad, toda la ferocidad y toda la mentira que la misma ha desencadenado sobre el mundo civilizado. ¿Creéis que un puñado de ambiciosos y de gobernantes sin escrúpulos hubiera bastado para desencadenar todos estos malos espíritus sin la complicidad de millones de dirigidos? Y ante estas circunstancias, ¿tendréis aún valor para romper una lanza en favor de la exclusión del mal de la constitución física del

hombre? Me objetaréis que este juicio mío sobre la guerra es unilateral, pues la misma ha hecho surgir también lo más bello y noble de la naturaleza humana: el heroísmo, el espíritu de sacrificio y el sentimiento de solidaridad social. Sin duda, pero no debéis haceros culpables de la injusticia que con tanta frecuencia se ha cometido para con el psicoanálisis, reprochándole negar una cosa por la única razón de sostener ella una afirmación contraria. Nunca hemos abrigado la intención de negar las nobles tendencias de la naturaleza humana ni intentado rebajar su valor. Ya habéis visto que si os he hablado de los malos deseos censurados en el sueño, también lo he hecho de la censura que reprime estos deseos, haciéndolos irreconocibles. Si insistimos sobre lo que de malo hay en el hombre, es únicamente porque hay otros que lo niegan, conducta que, lejos de contribuir a mejorar la naturaleza humana, no logra sino hacérnosla ininteligible. Renunciando a la apreciación ética unilateral es como tendremos probabilidades de hallar la fórmula que exprese exactamente las relaciones que existen entre lo que hay de bueno y lo que hay de malo en nuestro humano ser.

Atengámonos, pues, a este punto de vista. Aun cuando hallemos harto singulares los resultados de nuestra labor de interpretación de los sueños, no deberemos abandonarlos. Quizá más tarde nos sea posible aproximarnos a su inteligencia por un distinto camino, mas por el momento tenemos que mantener la afirmación siguiente: la deformación onírica es una consecuencia de la censura de las tendencias confesadas del *yo* ejercida contra tendencias y deseos indecorosos que surgen en nosotros durante el reposo nocturno. Por qué estos deseos y tendencias nacen durante la noche y de dónde provienen son interrogaciones que dejaremos abiertas en espera de nuevas investigaciones.

Pero sería injusto por nuestra parte no hacer resaltar sin más dilación otro resultado de nuestra labor investigadora. Los deseos que surgiendo nocturnamente vienen a perturbar nuestro reposo nos son desconocidos. Ignoramos su existencia hasta después de verificar la interpretación de nuestros sueños. Puede, pues, calificárselos provisionalmente de inconscientes, en el sentido corriente de la palabra. Mas debemos deciros que son más interinamente inconscientes, pues como en muchos casos hemos

observado, el sujeto los niega aun después que la interpretación los ha hecho manifiestos. Nos hallamos aquí en la misma situación que cuando interpretamos el *lapsus* «aufstossen», en el que el orador indignado, nos afirmaba que ignoraba haber tenido jamás un sentimiento irrespetuoso hacia su jefe. Ya en esta ocasión pusimos en duda el valor de tal afirmación y admitimos tan sólo que el orador podía no tener consciencia de la realidad en él de un tal sentimiento. La misma situación se reproduce siempre que interpretamos un sueño muy deformado, circunstancia que tiene necesariamente que aumentar su importancia para nuestra concepción. Habremos, pues, de admitir que en la vida psíquica existen procesos y tendencias que generalmente ignoramos y de los que quizá nunca hemos tenido la menor noticia. De este modo adquiere a nuestros ojos lo inconsciente un distinto sentido. El factor actualidad o momentaneidad deja de ser uno de sus caracteres fundamentales y descubrimos que lo inconsciente puede serlo de una manera *permanente* y no significar tan sólo algo *momentáneamente latente*.

Claro es que tendremos que volver a estas consideraciones en páginas posteriores y reanudarlas con mayor detalle.

LECCIÓN X.
6. EL SIMBOLISMO EN EL SUEÑO

Señoras y señores:

HEMOS hallado que la deformación que nos impide comprender el sueño es efecto de una censura que ejerce su actividad sobre los deseos inaceptables inconscientes. Pero, naturalmente, no hemos afirmado que la censura sea el único factor productor de tal deformación, y, en efecto, un más detenido estudio del fenómeno onírico nos permite comprobar la existencia de otros varios factores que coadyuvan al mismo fin. Equivale esto a afirmar que aunque la censura quedase eliminada de la elaboración onírica, no por ello resultarían los sueños más inteligibles ni coincidiría el sueño manifiesto con las ideas latentes.

Estos otros factores que contribuyen a oscurecer y deformar los sueños se nos revelan al examinar una laguna de nuestra técnica. Ya anteriormente os confesé que los sujetos analizados no logran a veces asociar idea ninguna a determinados elementos de su sueño, y aunque este hecho no se confirma en todos los casos en que el sujeto lo alega al comenzar el análisis, pues con gran frecuencia se acaba por lograr, a fuerza de perseverancia e insistencia, que surjan las asociaciones buscadas, lo cierto es que algunas veces falta toda asociación, o provocadas con gran trabajo, no rinden los resultados que esperábamos. Cuando este hecho se produce en el curso de un tratamiento psicoanalítico, adquiere una importancia particular, de la que no podemos ocuparnos aquí, pero suele también surgir en la interpretación de sueños de personas normales o en la de los nuestros propios, y en estos casos acabamos por observar que tal carencia de asociaciones se manifiesta siempre con relación a ciertos elementos del sueño y descubrimos que no se trata de una insuficiencia accidental o excepcional de la técnica, sino de un fenómeno regido por determinadas leyes.

En estos casos sentimos la tentación de interpretar por nosotros mismos tales elementos «mudos» del sueño, efectuando su traducción por nuestros propios medios, y siempre que llevamos a cabo una tal interpretación nos parece obtener un satisfactorio esclarecimiento de estos sueños que antes se nos mostraban incomprensibles e incoherentes. La repetición de este satisfactorio resultado en un gran número de casos análogos acaba por dar a este nuevo procedimiento de interpretación, que comenzó constituyendo una tímida tentativa, la necesaria seguridad.

Expongo esto de un modo algo esquemático pero la enseñanza admite las exposiciones de este género cuando sin deformar la cuestión logran simplificarla.

Procediendo de este modo llegamos a obtener para toda una serie de elementos oníricos traducciones constantes, como aquellas que nuestros populares «libros de los sueños» dan para todas las cosas soñadas. Sucede, pues, aquí todo lo contrario de lo que antes comprobamos en la técnica de asociación, la cual no nos ofrece jamás tales traducciones constantes.

Vais a decirme que este procedimiento de interpretación os parece todavía más inseguro y objetable que aquel que se apoya en las libres ocurrencias del

sujeto. Mas interviene aquí un segundo factor. Cuando después de repetidos análisis de este género conseguimos reunir un número bastante considerable de tales traducciones constantes, advertimos que desde un principio hubiéramos podido sostener la posibilidad de llevar a cabo esta parte de la labor de interpretación fundándonos en conocimientos propios y sin que, por tanto, nos fuera necesario recurrir a las asociaciones del sujeto para llegar a la comprensión de determinados elementos de su sueño.

Más adelante veremos en qué se basa tal posibilidad.

A esta relación constante entre el elemento del sueño y su traducción le damos el nombre de *relación simbólica*, puesto que el elemento mismo viene a constituir un *símbolo* de la idea onírica inconsciente que a él corresponde. Recordáis, sin duda, que investigando anteriormente la relación existente entre los elementos del sueño y sus substratos, establecimos que la misma podía ser de tres distintos géneros, pues el elemento podía constituir una parte de su substrato inconsciente, una alusión al mismo o, por último, su representación plástica. A continuación os anuncié que aún existía un cuarto género de relación, que por entonces no definí, y que es el que acabamos de establecer, o sea la relación simbólica. Con ella se enlazan varias interesantísimas cuestiones, de las que vamos a ocuparnos antes de entrar en la exposición de nuestras particulares observaciones sobre el simbolismo, materia que constituye quizá el capítulo más atractivo de la teoría de los sueños.

Haremos, ante todo, observar que siendo los símbolos traducciones permanentes, realizan hasta cierto punto el ideal de la antigua interpretación de los sueños —y también el de la moderna popular—; ideal de que nuestra técnica nos había alejado considerablemente. Por medio de estos símbolos se nos hace posible, en determinadas circunstancias, interpretar un sueño sin interrogar al sujeto, el cual, además, no sabría decirnos nada sobre ellos. Cuando llegamos a conocer los más usuales símbolos oníricos y, además, en cada caso, la personalidad del sujeto, las circunstancias en las que vive y las impresiones tras de las cuales ha aparecido su sueño, nos hallamos con frecuencia en situación de interpretar dicho sueño sin ninguna dificultad; esto es, de traducirlo, por decirlo así, a libro abierto. Un semejante virtuosismo es

muy apropiado para halagar al intérprete e impresionar al sujeto y constituye un descanso bienhechor de los penosos interrogatorios necesarios en otros sueños. Mas no debéis dejaros seducir por esta facilidad. Nuestra misión no consiste en ejecutar brillantes habilidades. La interpretación basada en el conocimiento de los símbolos no constituye una técnica que pueda reemplazar a aquella que se funda en la asociación, ni siquiera compararse a ella, y no es sino un complemento de la misma, a la que proporciona rico acervo de datos. Además, muchas veces nos falta el conocimiento de la situación psíquica del sujeto y el de los sucesos diurnos que hayan podido provocar su sueño, pues los sueños cuya interpretación hemos de emprender no son siempre los de personas a las que tratamos íntimamente. En estos casos, sólo las ocurrencias y asociaciones del sujeto podrán proporcionarnos el necesario conocimiento de lo que hemos convenido en denominar «situación psíquica».

Un hecho por todos conceptos singular, y que no podemos por menos de señalar aquí, es la general y encarnizada resistencia con que ha tropezado esta concepción simbólica de las relaciones entre los sueños y lo inconsciente. Incluso personas reflexivas y de gran autoridad, que no formulaban contra el psicoanálisis ninguna objeción de principio, han rehusado seguirlo por este camino, actitud tanto más singular cuanto que el simbolismo no es una característica exclusiva de los sueños y que su descubrimiento no es obra del psicoanálisis, el cual ha realizado otros muchos más sorprendentes. Si a todo precio queremos situar en la época moderna el descubrimiento del simbolismo onírico, deberemos considerar como su autor al filósofo K. A. Scherner (1861). El psicoanálisis se ha limitado a proporcionar una confirmación de las teorías de este autor, aunque introduciendo en ellas profundas modificaciones.

Desearéis, sin duda, saber algo de la naturaleza del simbolismo onírico y examinar algunos ejemplos del mismo. Muy gustoso os comunicaré aquello que sé sobre estas cuestiones, pero he de preveniros que nuestra inteligencia de las mismas no se halla todo lo avanzada que fuera de desear.

La esencia de la relación simbólica es una comparación, pero no una comparación cualquiera. Sospechamos, en efecto, que ésta ha de requerir determinadas condiciones, aunque no podamos decir cuáles. No todo aquello

con lo que podemos comparar un objeto o un proceso aparece en el sueño como un símbolo de los mismos. Por otro lado, el sueño, lejos de representar por este medio todo lo que a ello se presta, no lo hace sino con determinados elementos de las ideas latentes. Existe, pues, una doble limitación paralela. Aparte de esto, debemos también convenir en que la noción de símbolo no se halla todavía precisamente delimitada y se confunde con las de sustitución, representación, etc., llegando incluso a aproximarse a la de alusión. En ciertos símbolos, la comparación en que se fundan resulta evidente; pero hay otros a propósito de los cuales nos vemos obligados a preguntarnos dónde debemos buscar el «tertium comparationis» o factor común de la presunta comparación. A veces logramos hallarlo después de una detenida y penetrante reflexión, pero otras permanece inencontrable. Además, si el símbolo es una comparación, parece singular que la asociación no consiga descubrírnosla y que el mismo sujeto del sueño no la conozca, a pesar de servirse de ella. Más aún: es muy extraño que el sujeto no se muestre siquiera dispuesto a reconocer dicha comparación cuando la misma le es comunicada por el analizador.

Veis así que la relación simbólica es una comparación de un género harto particular, cuyo fundamento escapa todavía a nuestra comprensión. Quizá más adelante hallaremos algunos datos que nos proporcionen un mayor esclarecimiento.

Los objetos que hallan en el sueño una representación simbólica son poco numerosos. El cuerpo humano en su totalidad; los padres, hijos, hermanos y hermanas, y el nacimiento, la muerte, la desnudez y algunas cosas más. La casa es lo que constituye la única representación típica; esto es, regular, de la totalidad de la persona humana, hecho que fue ya reconocido por Scherner, que quiso atribuirle una importancia de primer orden, a nuestro juicio equivocada. Con frecuencia nos vemos, en sueños, resbalar a lo largo de fachadas de casas, y durante este descenso experimentamos unas veces sensaciones placenteras y otras angustiosas. Las casas de muros lisos representan hombres, y aquellas que muestran salientes y balcones a los cuales podemos agarrarnos, son mujeres. Los padres aparecen simbolizados en el sueño por el *emperador* y la *emperatriz* y el rey y la reina u otros

personajes eminentes, desarrollándose de este modo los sueños en los que figuran los padres en una atmósfera de respeto y solemnidad. Menos tiernos son los sueños en los que figuran los hijos, hermanos o hermanas, los cuales tienen por símbolo *pequeños animales y parásitos*. El nacimiento es casi siempre representado por una acción en la que el *agua* es el factor principal: soñamos muchas veces que nos arrojamos al agua o que salimos de ella y que salvamos a una persona de morir ahogada o somos a nuestra vez salvados, acción significativa de la existencia de una relación maternal entre dicha persona y el sujeto. La muerte inminente es reemplazada en el sueño por la *partida* o *por un viaje en ferrocarril*, y estar ya muertos, por diversos indicios oscuros y siniestros. La desnudez es simbolizada por *trajes* y *uniformes*. Observaréis que en muchos de estos ejemplos se desvanecen los límites entre la representación simbólica y la alusiva.

Contrastando con la escasa amplitud de la enumeración que precede, ha de sorprendernos la extraordinaria riqueza de símbolos existente para representar los objetos y contenidos de otro distinto círculo. En éste, el círculo de la vida sexual, de los órganos genitales, de los procesos sexuales y del comercio sexual. La mayoría de los símbolos oníricos son símbolos sexuales. Pero hallamos aquí una desproporción considerable. Mientras que los contenidos que han de ser simbolizados son muy poco numerosos, los símbolos que los designan lo son extraordinariamente, de manera que cada objeto puede ser expresado por muchos símbolos, que tienen casi todos el mismo valor. Sin embargo, en el curso de la interpretación experimentamos una sorpresa desagradable. Contrariamente a las imágenes oníricas representativas, en extremo variadas, las interpretaciones de los símbolos son extraordinariamente monótonas. Es éste un hecho que decepciona a todos aquellos que tienen ocasión de advertirlo, pero no está en nuestras manos remediarlo.

Siendo hoy la primera vez que en estas lecciones os hablo de contenidos de la vida sexual, debo deciros cómo pienso tratar aquí estas materias. El psicoanálisis no tiene razón alguna para hablar encubiertamente o contentarse con alusiones; no se avergüenza en modo alguno de ocuparse de este importante tema y encuentra perfectamente correcto llamar a las cosas por su

nombre, pues considera que es éste el mejor medio de preservarse contra posibles pensamientos perturbadores. El hecho de hallarme aquí ante un auditorio mixto no modifica en nada esta cuestión. Lo mismo que no existe una ciencia *ad usum delphini*, no debe tampoco haberla para uso de las jóvenes ingenuas, y las señoras que observo entre los concurrentes han querido, sin duda, mostrar con su presencia que quieren ser tratadas, desde el punto de vista científico, de una manera igual que los hombres.

El sueño posee, pues, para los genitales masculinos, un gran número de representaciones que podemos considerar como simbólicas, y en las cuales el factor común de la comparación es casi siempre evidente. Para la totalidad del aparato genital masculino, el símbolo de mayor importancia es el sagrado número 3. La parte principal y la más interesante para los dos sexos del aparato genital del hombre, esto es, el pene, halla en primer lugar sus sustituciones simbólicas en objetos que se le asemejan por su forma, tales como *bastones, paraguas, tallos, árboles*, etc., y después en objetos que tienen, como él, la facultad de poder penetrar en el interior de un cuerpo y causar heridas: armas puntiagudas de toda clase, *cuchillos, puñales, lanzas, sables*, o también *armas de fuego*, tales como *fusiles* o *pistolas*, y más particularmente aquella que por su forma se presta con especialidad a esta comparación, o sea el *revólver*. En las pesadillas de las muchachas, la persecución por un hombre armado con un cuchillo o un arma de fuego desempeña un principal papel. Es éste, quizá, el caso más frecuente del simbolismo de los sueños, y su interpretación no presenta dificultad ninguna. No menos comprensible es la representación del miembro viril por objetos de los que mana agua: *grifos, jarros* y *surtidores*, o por otros que son susceptibles de alargarse, tales como *lámparas de suspensión, lápices mecánicos*, etc. El hecho de que los *lápices*, los *palilleros*, las *limas* para las uñas, los martillos y otros *instrumentos* sean incontestablemente representaciones simbólicas del órgano sexual masculino, depende también de una concepción fácilmente comprensible del mismo.

La singular propiedad que éste posee de poder erguirse en contra de la ley de gravedad, propiedad que forma una parte del fenómeno de la erección, ha creado su representación simbólica por *globos, aviones* y, recientemente, por

los *dirigibles Zeppelin*. Pero el sueño conoce todavía un medio distinto, mucho más expresivo, de simbolizar la erección, pues convierte al órgano sexual en lo más esencial de la persona misma y la hace *volar* toda entera. No os asombraréis, por tanto, de oír de aquellos sueños, a veces tan bellos, que todos conocemos y en los cuales el vuelo desempeña un papel tan importante, deben ser interpretados como fundados en una excitación sexual general, o sea en el fenómeno de la erección. Entre los psicoanalistas, ha sido P. Federn el que ha establecido esta interpretación, basándose en pruebas irrefutables; pero, además, un hombre de ciencia tan imparcial y extraño al psicoanálisis —del que quizá no tenía la menor noticia— como Mourly-Vold ha llegado a las mismas conclusiones después de sus experimentos, que consistían en dar a los brazos y a las piernas, durante el sueño, posiciones artificiales. No me objetéis el hecho de que las mujeres pueden igualmente soñar que vuelan. Recordad más bien que nuestros sueños quieren ser realizaciones de deseos, y que el deseo, consciente o inconsciente, de ser un hombre no es nada raro en la mujer. Aquellos de entre vosotros que se hallen algo versados en Anatomía no hallarán nada asombroso que la mujer pueda realizar este deseo en sueños provocados por sensaciones de erección análogas a las del hombre. La mujer posee, en efecto, en su aparato genital, un pequeño miembro semejante al pene viril, y este pequeño miembro, el clítoris, desempeña en la infancia y en la edad que precede a las relaciones sexuales el mismo papel que su homólogo masculino.

Entre los símbolos masculinos menos comprensibles citaremos los *reptiles* y los *peces*, pero sobre todo el famoso símbolo de la *serpiente*. Ignoramos por qué el *sombrero* y el *abrigo* han llegado a recibir, como símbolos oníricos, igual aplicación. No resulta, en efecto, nada fácil de adivinar, pero tal significación simbólica ha sido incontestablemente comprobada. Podemos, por último, preguntarnos si la sustitución del órgano sexual masculino por otros miembros, tales como el *pie* o la *mano*, debe igualmente ser considerada como simbólica. Creo que examinando el conjunto del sueño y teniendo en cuenta los órganos correspondientes de la mujer, nos veremos casi siempre obligados a admitir esta significación.

El aparato genital de la mujer es representado simbólicamente por todos los objetos cuya característica consiste en circunscribir una cavidad en la cual

puede alojarse algo: *minas, fosas, cavernas, vasos y botellas, cajas* de todas formas, *cofres, arcas, bolsillos*, etc. El *barco* forma igualmente parte de esta serie. Ciertos símbolos, tales como *armarios, estufas,* y sobre todo *habitaciones*, se refieren más bien al útero materno que al aparato sexual propiamente dicho. El símbolo *habitación* se aproxima aquí al de *casa*, y *puerta* y *portal* se convierten en símbolos que designan el acceso del orificio sexual. También tienen una significación simbólica de mujer materias tales como la *madera* y el *papel*, y ciertos objetos construidos con las mismas, tales como la *mesa* y el *libro*. Entre los animales, los *caracoles* y las conchas bivalvas son incontestablemente símbolos femeninos. Citemos todavía entre los órganos del cuerpo, la boca, como símbolo del orificio genital, y entre los edificios, la *iglesia* y la *capilla*. Veis, pues, que todos estos símbolos no son igualmente inteligibles.

Los senos, que pueden considerarse como una parte del aparato genital femenino, y otros hemisferios más amplios del cuerpo de la mujer, hallan su representación simbólica en las *manzanas*, los *melocotones* y las frutas en general. El cabello que guarnece el aparato genital en los dos sexos es descrito en el sueño bajo el aspecto de un *bosque* o un *matorral*. La complicada topografía del aparato genital femenino hace que nos lo representemos frecuentemente con un *paisaje* con rocas, bosques y aguas, quedando, en cambio, simbolizado el imponente mecanismo del aparato genital del hombre por toda clase de *máquinas* difíciles de describir.

Otro interesante símbolo del aparato genital de la mujer es el de la *cajita de joyas. Joyas* y *tesoro* son cariñosos calificativos que incluso en el sueño dirigimos a la persona amada. Las *golosinas* sirven con frecuencia para simbolizar el goce sexual. La satisfacción sexual obtenida sin el concurso de una segunda persona es simbolizada por toda clase de *juegos* y por el acto de tocar el *piano*. El *resbalamiento*, el *descenso brusco* y el *arrancamiento* de *una rama* son representaciones claramente simbólicas del onanismo. Otra representación particularmente singular es la *caída* o *extracción de una muela*, representación indudable de la castración, considerada como un castigo de las prácticas solitarias. Los símbolos oníricos destinados a representar más particularmente las relaciones sexuales son menos numerosos de lo que hubiéramos creído, a juzgar por lo que hasta ahora

sabemos. Como pertenecientes a esta categoría pueden citarse las actividades rítmicas, tales como el *baile*, la *equitación* y la *ascensión*, y también determinados accidentes violentos, como el de ser *atropellado por un vehículo*. Añadiremos todavía ciertas *actividades manuales* y, naturalmente, la *amenaza con un arma*.

La aplicación y la traducción de estos símbolos son menos sencillas de lo que quizá suponéis. Tanto en una como en otra surgen numerosas circunstancias inesperadas. Una de ellas —que nunca hubiéramos sospechado — es la de que las diferencias sexuales suelen aparecer apenas acentuadas en estas representaciones simbólicas. Muchos símbolos designan un órgano genital en general, sin distinguir si es masculino o femenino. A esta clase de símbolos pertenecen aquéllos en los que figura un niño *pequeño*, el hijo pequeño o la hija pequeña del sujeto. Otras veces sirve un símbolo predominantemente masculino para designar una parte del aparato genital femenino, e inversamente. Todo esto resulta incomprensible mientras no nos hallamos al corriente del desarrollo de las representaciones sexuales de los hombres. Sin embargo, en ciertos casos, esta ambigüedad de los símbolos puede no ser sino aparente, y los símbolos más marcados, tales como *bolsillo, arma y caja*, carecen de tal aplicación bisexual.

Comenzando no por lo que los símbolos representan, sino por los símbolos en sí mismos, quiero pasar revista a los dominios de los cuales los tomamos, investigación tras de la cual os expondré algunas consideraciones relativas principalmente a aquéllos cuyo factor común permanece ininteligible. Un símbolo oscuro de este género es el *sombrero*, y quizá todo otro cubrecabezas en general símbolo que la mayor parte de las veces tiene significación masculina; pero algunas, en cambio, femenina; igualmente sirve el *abrigo* para designar a un hombre, aunque con frecuencia desde un punto de vista diferente del sexual y sin que sepamos por qué. La *corbata* de nudo, que no es una prenda propia de la mujer, es manifiestamente un símbolo masculino. La *ropa blanca* y el *lienzo*, en general, son símbolos femeninos. Los *trajes* y *uniformes* se hallan destinados, como ya sabemos, a expresar la desnudez y las formas del cuerpo. La *bota* y la *zapatilla* designan simbólicamente los órganos genitales de la mujer. Ya hemos hablado de

ciertos símbolos enigmáticos, pero seguramente femeninos, tales como la *mesa* y la *madera*. La *escalera*, la *rampa* y el acto de subir por ellas son, desde luego, de las relaciones sexuales. Reflexionando detenidamente, hallamos en ellos, como factor común, el ritmo de la ascensión, y quizá también el incremento de la excitación; esto es, la opresión que sentimos a medida que alcanzamos una mayor altura.

Ya antes mencionamos el *paisaje* como representación del aparato genital de la mujer. *Montaña* y *roca* son símbolos del miembro masculino, y *jardín*, en cambio, lo es con gran frecuencia de los órganos genitales de la mujer. El *fruto* designa no al niño, sino a los senos. Los *animales salvajes* sirven para representar, ante todo, a los hombres sexualmente excitados y después a los malos instintos y a las pasiones. Las *flores* designan los órganos genitales de la mujer, y más especialmente la virginidad. Recordad, a este propósito, que las flores son efectivamente los órganos genitales de las plantas.

Ya conocemos el símbolo *habitación*, que, desarrollándose, da a las ventanas y accesos de la misma la significación de los orificios del cuerpo humano. La habitación *abierta* y la habitación *cerrada* forman parte del mismo simbolismo, y la *llave* que abre es incontestablemente un símbolo masculino.

Tales son los materiales que entran en la composición del simbolismo de los sueños, aunque nuestra exposición no ha sido, ni mucho menos, completa y pudiera ampliarse tanto en extensión como en profundidad. Pero creo que mi enumeración ha de pareceros más que suficiente, y hasta es posible que os haga exclamar con indignación: «Oyéndoos parece que vivimos en un mundo de símbolos sexuales. Todos los objetos que nos rodean, todos los trajes con que nos cubrimos y todas las cosas que tomamos en nuestra mano no son, a vuestro juicio, sino símbolos sexuales». Convengo en que se trata de cosas un tanto asombrosas y que nos plantean múltiples interrogaciones, entre ellas la de cómo podemos conocer la significación de los símbolos de los sueños cuando el sujeto de los mismos no nos proporciona sobre ellos información ninguna o sólo harto insuficiente.

A esta interrogación contestaré que dicho conocimiento lo extraemos de diversas fuentes, tales como las fábulas, los mitos, el folklore o estudio de las

costumbres, usos, proverbios y cantos de los diferentes pueblos, y, por último, del lenguaje poético y del lenguaje común. En todos estos sectores encontramos el mismo simbolismo, que comprendemos a menudo sin la menor dificultad.

Examinando estas fuentes una tras otra, descubrimos en ellas un tal paralelismo con el simbolismo onírico, que nuestras interpretaciones adquieren en este examen comparativo una gran certidumbre.

El cuerpo humano, hemos dicho, se halla con frecuencia representado, según Scherner, por el símbolo de la casa, el cual, al desarrollarse, se extiende a las ventanas y puertas, convirtiéndolas en representaciones de los accesos a las cavidades del cuerpo, y a las fachadas, lisas o provistas de salientes y balcones que pueden servir de asidero. Este simbolismo aparece igualmente en el lenguaje vulgar, pues solemos saludar a nuestros antiguos amigos con el apelativo de «altes Haus» (vieja casa), o para indicar que alguien se halla un poco trastornado decimos que *tiene desalquilado el piso de arriba*.

A primera vista parece extraño que los padres aparezcan representados en los sueños bajo el aspecto de una pareja real o imperial. Pero en seguida hallamos un símbolo paralelo en los cuentos infantiles. ¿No creéis que, en efecto, en muchos cuentos que comienzan por la frase «Esto era una vez un *rey* y una *reina*» nos hallamos igualmente ante una sustitución simbólica de la frase «Esto era una vez un *padre* y una *madre*»? En la vida familiar se califica cariñosamente a los niños de príncipes, y al primogénito se le da el título de príncipe heredero. En cambio, a los niños pequeños los calificamos, en broma, de *gusanillos*. Por último, el rey mismo se hace llamar *padre de la nación*.

Pero volvamos al símbolo «casa» y a sus derivados. Cuando en un sueño utilizamos los salientes de las casas como asidero, tenemos que ver en esto una reminiscencia de la conocidísima reflexión que la gente del pueblo formula al encontrar una mujer de senos muy desarrollados: «Ésa tiene donde *agarrarse*». En la misma ocasión, la gente del pueblo suele decir también: «Es ésa una mujer que tiene mucha *madera* delante de su casa», como si quisiera confirmar nuestra interpretación que ve en la *madera* un símbolo femenino y materno.

Sólo invocando en nuestra ayuda a la Filología comparada podremos hallar la razón que ha convertido el concepto *madera* en símbolo femenino y materno. Nuestra palabra alemana Holz (madera) tendría la misma raíz que la palabra griega λγη, que significa materia o materia bruta. Pero sucede con frecuencia que una palabra genérica acabe por designar un objeto particular. Así, existe en el Atlántico una isla llamada *Madeira*, nombre debido a los extensos bosques que la poblaban al ser descubierta por los navegantes portugueses. Ahora bien: *madeira* significa, en portugués, madera, palabra derivada de la latina *materia*, que significa *materia en general*, y es, a su vez, un derivado de *mater* (madre). La materia de que una cosa está hecha es la parte que de sí misma debe a la aportación materna, antigua concepción que se perpetúa en el uso simbólico de *madera* por *mujer* y *madre*.

El nacimiento se halla regularmente expresado en el sueño por la intervención del agua; nos sumergimos en el agua o salimos de ella, lo cual quiere decir que parimos o somos paridos. Mas habéis de observar que este símbolo posee un doble enlace con la realidad biológica: en primer lugar —y ésta es la relación más lejana y primitiva—, todos los mamíferos terrestres, incluso los ascendientes del hombre, descienden de animales acuáticos; pero, además, todo mamífero y todo ser humano pasa la primer fase de su existencia en el agua, pues su vida embrionaria transcurre en el líquido placentario del seno materno. De este modo, el nacimiento equivale a salir del agua. No afirmo que el durmiente sepa todo esto, pero sí que no tiene necesidad ninguna de saberlo. Incluso una infantil explicación del nacimiento, que a todos nos ha sido dada cuando niños, y en la que interviene también el agua, no influye, a mi juicio, para nada en la formación del símbolo que nos ocupa. Es esta explicación la de que los niños son traídos por una cigüeña que los encuentra en los estanques, los ríos o los pozos. Uno de mis pacientes me contó que, siendo niño, oyó relatar esta historia y desapareció de su casa durante toda una tarde, hasta que sus padres acabaron por encontrarle al borde de un estanque, inclinado sobre el agua e intentando ver en el fondo a los niños que de allí sacaba la cigüeña.

En los mitos relativos al nacimiento del héroe, que O. Rank ha sometido a un análisis comparado (el más antiguo es el referente al nacimiento del rey Sargón de Agade en el año 2800 antes de Jesucristo), la inmersión en el agua

y el salvamento desempeñan un papel predominante, y Rank ha establecido que estas representaciones míticas del nacimiento son semejantes a las que el fenómeno onírico emplea generalmente. Cuando en nuestros sueños salvamos a una persona de las aguas, hacemos de nosotros su madre o simplemente una madre. Análogamente, en la persona que salva a un niño de igual peligro nos presenta el mito a la madre del salvado. Existe una anécdota bien conocida en la que un pequeño judío inteligente, preguntado sobre quién fue la madre de Moisés, contestó sin vacilar que la princesa, y al objetarle que ésta no había hecho más que salvarle de las aguas, respondió: «Eso es lo que ella dice», mostrando así que había encontrado la significación exacta del mito.

La partida simboliza en el sueño la muerte. Del mismo modo, cuando un niño pide noticias de una persona que no ha visto hace mucho tiempo, se le contesta habitualmente, si se trata de una persona fallecida, que la misma ha emprendido un *viaje*. Pero también en este caso he de afirmar que el símbolo onírico no tiene nada que ver con esta explicación infantil. El poeta se sirve de la misma relación simbólica cuando habla del más allá como de un país inexplorado del que ningún *viajero* retorna, y hasta en nuestras conversaciones cotidianas hablamos a veces del último viaje. Todos los conocedores de los antiguos ritos saben que la representación de un viaje al país de la muerte formaba parte de la religión del antiguo Egipto, y aun han llegado hasta nosotros numerosos ejemplares del «libro de los muertos» que, como un Baedecker, acompañaba a la momia en este viaje. Desde que los lugares de sepultura han sido separados de las habitaciones de los vivos, este último viaje del muerto ha llegado a ser una realidad.

Tampoco el simbolismo genital es exclusivo del sueño. A todos nosotros nos ha sucedido alguna vez en la vida llevar nuestra falta de cortesía hasta el extremo de calificar a una mujer de *vieja caja* ('alte Schachtel'), sin saber quizá que diciendo esto nos servíamos de un símbolo genital. En el Nuevo Testamento se dice que la mujer es un *vaso* débil, y los libros sagrados de los judíos se hallan en su poético estilo llenos de expresiones tomadas del simbolismo sexual, que no han sido siempre exactamente comprendidas y cuya interpretación (por ejemplo, la del *Cantar de los Cantares*) ha dado motivo a numerosos errores. En la literatura hebrea posterior se encuentra muy frecuentemente el símbolo que representa a la mujer como una casa cuya

puerta corresponde al orificio genital. Así, en los casos de pérdida de la virginidad se lamenta el marido de haber hallado la *puerta abierta*. La representación de la mujer por el símbolo «mesa» es también frecuente en esta literatura. La mujer dice de su marido: «Le preparé la mesa, *pero él la volcó*». Los niños deformes nacen por haber *volcado la mesa* su padre. Estas informaciones que aquí expongo las he tomado de una monografía de L. Levy, de Brünn, sobre el simbolismo sexual en la Biblia y en el Talmud.

Los etimologistas han hecho verosímil la hipótesis de que el *barco* constituye una representación simbólica de la mujer. La palabra *Schiff* (barco), que servía primitivamente para designar un vaso de arcilla, no sería, en realidad, sino una modificación de la palabra *Schaff* (escudilla). La leyenda griega de Periandro de Corinto y su mujer, Melisa, nos confirma que el *horno* es un símbolo de la mujer y del útero. Según nos cuenta Heródoto, el tirano Periandro asesinó a su mujer, a la que amaba ardientemente, en un arrebato de celos. Habiendo luego conjurado su sombra, se le apareció una vaga forma femenina, y para convencerle de que era el espíritu de su muerta esposa, le recordó que *había metido su pan en un horno frío,* velada expresión alusiva a un acto de Periandro que ninguna otra persona podía conocer. En la *Anthropophyteia*, publicada por F. S. Krauss, que constituye un inagotable manantial de informaciones sobre todo lo referente a la vida sexual de los pueblos, leemos que en determinadas regiones de Alemania se dice de las mujeres que acaban de parir que *se les ha derrumbado el horno*. La preparación del fuego, con todo lo que a la misma se enlaza, se halla profundamente penetrada del simbolismo sexual. La llama simboliza siempre el órgano genital del hombre, y el hogar, el regazo femenino.

Si halláis sorprendente que los paisajes sirven con tanta frecuencia, en los sueños, para representar simbólicamente el aparato genital de la mujer, acudid a los mitologistas y veréis cuán importantísimo papel ha desempeñado siempre la *madre tierra* en las representaciones y los cultos de los pueblos antiguos y hasta qué punto la concepción de la agricultura ha sido determinada por ese simbolismo. Las razones que en los sueños hacen del concepto «habitación» la representación simbólica de la mujer pueden derivarse fácilmente del lenguaje vulgar, pues en alemán decimos muchas veces *Frauenzimmer*(*habitación de la mujer*) en sustitución de *Frau* (mujer),

reemplazando de este modo a la persona humana por el lugar que le está destinado. Del mismo modo hablamos de la *Sublime Puerta*, designando con esta expresión al sultán de Turquía o a su Gobierno. También la palabra *Faraón*, que servía para designar a los soberanos del antiguo Egipto, significaba *patio grande*. (En el antiguo Oriente, los patios dispuestos entre las dobles puertas de la ciudad eran lugares de reunión análogamente a las plazas de mercado en el mundo clásico.) Creo, sin embargo, que esta filiación es un tanto superficial, y a mi juicio, si «habitación» ha llegado a constituir un símbolo femenino, es por el hecho de que la mujer misma constituye el espacio en que el ser humano habita durante su vida intrauterina. El símbolo «casa» nos es ya conocido desde este punto de vista, y la Mitología y el estilo poético nos autorizan a admitir como otras representaciones simbólicas de la mujer las de *castillos, fortaleza* y *ciudad*.

Así, pues, para admitir esta filiación del símbolo que nos ocupa, sólo nos faltará comprender si personas de idioma distinto del alemán utilizan en sus sueños el concepto habitación como símbolo femenino, y creo recordar que en un gran número de pacientes extranjeros tratados por mí en estos últimos años sucedía así en efecto, a pesar de que en sus idiomas respectivos la palabra «mujer» carecía de relación alguna con lo de «habitación», no existiendo tampoco locución alguna que aproximara ambos conceptos como en alemán sucede (*Frauenzimmer* por *Frau*). Todavía existen otros indicios de que la relación simbólica puede rebasar los límites lingüísticos, hecho que ha sido ya reconocido por el onirocrítico Schubert (1814). Debo decir, sin embargo, que ninguno de mis pacientes ignoraba totalmente la lengua alemana, de manera que habremos de aplazar toda conclusión definitiva sobre este punto concreto hasta que psicoanalistas extranjeros puedan darnos datos de observaciones efectuadas en sujetos ignorantes del alemán.

De las representaciones simbólicas del órgano sexual masculino no hay una sola que no se encuentre expresada en el lenguaje corriente o en el poético e incluso a veces en las obras de los poetas de la antigüedad clásica. Entre estas representaciones figuran no solamente los símbolos que se manifiestan en los sueños, sino también otros, como, por ejemplo, diversas herramientas, y principalmente el arado. Además, la representación simbólica del órgano sexual masculino se relaciona con un dominio muy extenso y

discutido, del cual, por razones de economía, queremos mantenernos alejados. Únicamente haremos algunas observaciones a propósito de uno sólo de estos símbolos extraordinarios: el constituido por el número 3. Dejando a un lado la cuestión de si es a tal relación simbólica a lo que este número debe su carácter sagrado, la verdad es que, si ciertos objetos compuestos de tres partes (por ejemplo, los tréboles de tres hojas) han pasado a la categoría de figuras heráldicas y de emblemas, ello ha sido únicamente a causa de su significación simbólica. Así, la flor de lis francesa, de tres ramas, y el *triquedro* (tres piernas semidobladas partiendo de un centro común), singular blasón de dos islas tan alejadas una de otra como Sicilia y la de Man, no son, a mi juicio, sino reproducciones simbólicas y estilizadas del aparato genital del hombre. Las reproducciones del órgano sexual masculino eran consideradas en la antigüedad como poderosos medios preservadores (apotropeicos) de los maleficios, y quizá constituye una supervivencia de esta superstición el hecho de que incluso en nuestros días todos los amuletos usuales no son otra cosa que símbolos genitales o sexuales. Examinad una colección de estos amuletos, que suelen llevarse como pequeños dijes o colgantes, y encontraréis, entre ellos, un trébol de cuatro hojas, un cerdo, una seta, una herradura, una escalera y un deshollinador. El trébol de cuatro hojas reemplaza al más propiamente simbólico de tres. El cerdo es un antiguo símbolo de la fecundidad. La seta lo es incontestablemente del pene e incluso existen algunas que, como el *Phallus impudicus*, deben su nombre a su gran semejanza con el órgano sexual del hombre. La herradura reproduce los contornos del orificio genital de la mujer y el deshollinador que lleva la escalera debe el haber entrado a formar parte de la colección al hecho de ejercer una de aquellas profesiones que comportan actos a los que el vulgo suele comparar las relaciones sexuales (véase *Anthropophyteia*). Por último, la escalera nos es ya conocida como elemento del simbolismo sexual de los sueños, circunstancia apoyada también por el lenguaje vulgar, pues (en alemán) solemos emplear el verbo subir en un sentido sexual, hablando de *subir detrás de las mujeres* (*Den Frauen nachsteigen*), calificando de *viejo subidor* (alter Steiger) a los viejos vividores. En francés, idioma en el que la palabra alemana *Stufe* (*escalón*) se traduce por la palabra «marche», se llama a un viejo juerguista *vieux marcheur*. El hecho de que muchos animales

verifiquen el coito *subiendo* o montándose sobre la hembra no es, sin duda, extraño a esta aproximación.

El arrancamiento de una rama como representación simbólica del onanismo no corresponde solamente a las locuciones vulgares con que (en alemán) se designa el acto de la masturbación, sino que posee también numerosas analogías mitológicas. Mas lo que resulta especialmente singular es la representación del onanismo, o más bien de la castración considerada como un castigo de este pecado, por la caída o la extracción de una muela, pues en la Antropología hallamos un paralelo a esta representación, paralelo que pocos de los que han tenido un tal sueño deben de conocer. No creo equivocarme viendo en la circuncisión practicada en tantos pueblos un equivalente o un sucedáneo de la castración. Sabemos, además, que ciertas tribus primitivas de Australia practican la circuncisión a título de rito de la pubertad (para celebrar la entrada del joven en la edad viril), mientras que otras tribus cercanas a éstas reemplazan la circuncisión por la extracción de un diente.

Con estos ejemplos daré por terminada mi exposición, pero he de advertiros que me he limitado a presentaros algunas muestras del simbolismo onírico, pues nuestro conocimiento del mismo es bastante más amplio, y si nosotros, que no podemos considerarnos sino como meros aficionados en las cuestiones relativas a la Mitología, la Lingüística, la Antropología y el folklore, hemos logrado, sin embargo, reunir una tan interesante colección de símbolos, podéis figuraros lo que sería la que formaran los especialistas en estas materias.

Pero, de todos modos, lo expuesto en esta lección basta para permitirnos deducir determinadas conclusiones, que, sin agotar el tema, nos dan hartos motivos de reflexión.

Observamos, en primer lugar, que el sujeto del sueño dispone de una forma de expresión simbólica de la que no sólo no tiene el menor conocimiento en la vida despierta, sino que tampoco le es posible reconocerla cuando le es comunicada por otra persona, hecho que nos produce igual asombro que si un día nos enterásemos que nuestra criada, de la que sabemos que ha nacido en una aldea de Bohemia y no ha hecho jamás ninguna clase de

estudios, comprendía el sánscrito. Nuestras concepciones psicológicas no pueden proporcionarnos aquí luz ninguna. Lo único que podremos decir es que el conocimiento que del simbolismo posee el sujeto es inconsciente; esto es, forma parte de su vida psíquica inconsciente. Pero esta explicación no nos saca de dudas. Hasta ahora no nos habíamos visto obligados a admitir más que tendencias inconscientes, o sea tendencias que ignoramos durante un lapso de tiempo más o menos largo. Pero esta vez se trata de algo más, se trata de conocimientos inconscientes, de relaciones inconscientes entre ciertas ideas y de comparaciones inconscientes entre diversos objetos, a consecuencia de los cuales uno de dichos objetos pasa a instalarse de un modo permanente en el lugar correspondiente al otro. Resulta además, que estas comparaciones no son para cada caso diferentes, sino que se hallan establecidas de un modo fijo y dispuestas para ser utilizadas. Prueba de ello es que son siempre idénticas en las personas más distintas y subsisten quizá a pesar de las diferencias de lenguaje.

¿De dónde puede, pues, provenir nuestro conocimiento de tales relaciones simbólicas? El lenguaje corriente no nos proporciona sino una muy pequeña parte, y las numerosas analogías que podemos hallar en otros campos son casi siempre ignoradas por el sujeto del sueño, habiendo sido necesaria una paciente labor para reunir las que hasta aquí hemos expuesto.

En segundo lugar, estas relaciones simbólicas no son algo privativo del sujeto del sueño ni tampoco constituyen una característica de la elaboración onírica en la que hallan su expresión, pues sabemos que los mitos y las fábulas, el pueblo en sus proverbios y sus cantos, el lenguaje corriente y la fantasía poética utilizan igual simbolismo. De este modo, no constituyendo los símbolos oníricos sino una pequeña provincia del extenso reino del simbolismo, no ha de ser lo más indicado atacar el problema general partiendo de la investigación de los sueños. Muchos de los símbolos empleados en otros sectores no se manifiestan en los sueños o sólo muy raras veces. Por otro lado, los símbolos oníricos pertenecen muchas veces exclusivamente al sueño, y otras no se los encuentra sino muy rara vez en sectores distintos. Estas circunstancias hacen que experimentemos la impresión de hallarnos ante una primitiva forma de expresión, desaparecida, de la que sólo quedan algunos restos diseminados en diferentes sectores y

conservados en formas ligeramente modificadas. Recuerdo, en este punto, la fantasía de un interesante alienado que llegó a imaginar la existencia de un «idioma fundamental», del cual todas estas relaciones simbólicas eran, a su juicio, supervivencias.

En tercer lugar, ha de pareceros sorprendente que el simbolismo no sea en todos los demás sectores necesario y únicamente sexual, mientras que en los sueños sirven los símbolos casi exclusivamente para la expresión de objetos y relaciones sexuales. Tampoco esto resulta fácil de explicar. ¿Será quizá que símbolos primitivamente sexuales recibieron después una aplicación distinta que poco a poco fue despojándolos de su carácter simbólico hasta dejarlos adscritos a otro género de representación? Mas es evidente que mientras permanezcamos limitados a la investigación del simbolismo onírico, nos ha de ser imposible conseguir la solución de estos problemas. Nos contentaremos, por tanto, con mantener la hipótesis de que entre todos los símbolos propiamente dichos y lo sexual existe una íntima relación.

Sobre este punto concreto hemos de citar aquí una reciente e importantísima aportación. Un filólogo, H. Sperber, de Upsala, ajeno a nuestra labor psicoanalítica, ha formulado la teoría de que las necesidades sexuales han intervenido esencialmente en la génesis y la evolución de la expresión oral. Los primeros sonidos articulados sirvieron para comunicar las ideas y llamar al objeto sexual. El desarrollo ulterior de las raíces de la lengua acompañó la organización del trabajo en la humanidad primitiva. Los trabajos eran efectuados en común y con el acompañamiento de expresiones orales rítmicamente repetidas, resultando así un desplazamiento del interés sexual sobre el trabajo. Diríase que el hombre primitivo no se resignó al trabajo sino haciéndolo equivalente y sustitutivo de la actividad sexual. De este modo, la palabra lanzada durante el trabajo en común tenía dos sentidos, uno que expresaba el acto sexual y otro el trabajo activo que era asimilado a dicho acto. Poco a poco, la palabra se desligó de su significación sexual para enlazarse definitivamente al trabajo. Análogamente sucedió en generaciones ulteriores, las cuales, después de inventar nuevas palabras de significación sexual, las aplicaron a nuevos géneros de trabajo. En esta forma se habrían constituido numerosas raíces, que todas tuvieron un origen sexual, pero perdieron luego su significación primitiva. Si la teoría cuyo esquema

acabamos de trazar es exacta, nos ofrecerá una posibilidad de llegar a la inteligencia del simbolismo de los sueños. Nos explicaremos, sobre todo, por qué el sueño, que conserva algo de estas primitivas condiciones, presenta tantos símbolos referentes a la vida sexual y por qué de un modo general las armas y herramientas son símbolos masculinos, mientras que las telas y los objetos elaborados lo son femeninos. La relación simbólica sería, pues, una supervivencia de la antigua identidad de las palabras. Objetos que antiguamente tuvieron el mismo nombre que aquellos otros referentes al sector y a la vida genitales, aparecerían ahora en los sueños a título de símbolos de dicha esfera y dicha vida.

Todas estas analogías evocadas a propósito del simbolismo de los sueños os permitirán formaros una idea de aquellas especialísimas características del psicoanálisis que la convierten en una disciplina de interés general, cosa que no sucede ni a la Psicología ni a la Psiquiatría. La labor psicoanalítica nos pone en relación con una gran cantidad de otras ciencias mentales, tales como la Mitología, la Lingüística, el folklore, la psicología de los pueblos y la ciencia de las religiones, ciencias todas cuyas investigaciones pueden proporcionarnos los más preciosos datos. Así, pues, no extrañaréis que el movimiento psicoanalítico haya creado un órgano consagrado exclusivamente al estudio de estas relaciones: la revista *Imago*, fundada en 1912 y dirigida por Hans Sachs y Otto Rank. En todas estas relaciones con las demás ciencias, el psicoanálisis da más que recibe. Los resultados, a veces harto extraños, anunciados por el psicoanálisis, se hacen más aceptables al ser confirmados por las investigaciones efectuadas en otros sectores, pero nuestra disciplina es la que proporciona los métodos técnicos y establece los puntos de vista, cuya aplicación a las otras ciencias produce tan fructíferos resultados. La investigación psicoanalítica descubre en la vida psíquica del individuo humano hechos que nos permiten resolver más de un enigma de la vida colectiva de los hombres o, por lo menos, fijar su verdadera naturaleza.

No os he dicho aún en qué circunstancias podemos obtener la visión más profunda de este presunto «idioma fundamental», ni cuál es el dominio que de él ha conservado los restos más numerosos. Hasta tanto lleguéis a conocer esta circunstancia, os será imposible daros cuenta de toda la importancia de nuestro estudio. Ahora bien: este dominio es el de las neurosis, y sus

materiales se hallan constituidos por los síntomas y otras manifestaciones de los sujetos nerviosos, síntomas y manifestaciones cuya explicación y tratamiento constituye precisamente el objeto del psicoanálisis.

Mi cuarto punto de vista nos hace retornar, por tanto, a nuestro punto de partida y nos orienta en la dirección que nos ha sido trazada. Hemos dicho que, aun cuando no existiera la censura de los sueños, no nos resultarían éstos más inteligibles, pues tendríamos entonces que resolver el problema, consistente en traducir el lenguaje simbólico del sueño a aquel otro que corresponde a nuestro pensamiento despierto. El simbolismo es, pues, otro factor de deformación de los sueños, independiente de la censura; pero podemos suponer que esta última encuentra muy cómodo servirse de él, puesto que concurre al mismo fin que ella persigue, o sea el de convertir el sueño en algo extraño o incomprensible.

El estudio ulterior del sueño puede llevarnos a descubrir todavía otro factor de la deformación, pero no quiero abandonar aquí la cuestión del simbolismo sin recordaros una vez más la actitud enigmática que las personas cultas han creído deber adoptar ante ellas; actitud de absoluta resistencia, a pesar de que la realidad del simbolismo se ha demostrado con absoluta certidumbre en el mito, la religión, el arte y el idioma, factores todos que se hallan plenos de símbolos. ¿Deberemos acaso ver nuevamente la razón de esta actitud en las relaciones que hemos establecido entre el simbolismo de los sueños y la sexualidad?

LECCIÓN XI.
7. LA ELABORACIÓN ONÍRICA

Señoras y señores:

SI habéis conseguido formaros una idea de la censura onírica y de la representación simbólica, estaréis en situación de comprender la mayor parte de los sueños, aunque, desde luego, sin conocer todavía a fondo el mecanismo de la deformación de los mismos. Para llegar a esta inteligencia del fenómeno onírico podéis ya serviros de dos técnicas que se completan mutuamente, pues provocaréis la aparición de recuerdos y ocurrencias en el sujeto hasta que podáis llegar desde la sustitución al substrato mismo del sueño y reemplazaréis los símbolos conforme a vuestro conocimiento personal de este género de representación por el significado que les corresponda. En el curso de esta labor tropezaréis con determinadas dificultades, que os harán vacilar; pero de ellas ya trataremos más adelante.

Podemos ahora retornar a una labor que ya antes intentamos llevar a cabo y tuvimos que abandonar por no disponer de los medios precisos: la de investigar las relaciones exteriores entre los elementos del sueño y sus substratos. En dicha primera tentativa logramos, sin embargo, establecer que tales relaciones se presentaban en número de cuatro: relación de una parte al todo, aproximación o alusión, relación simbólica y representación verbal plástica. Una vez en posesión de los medios necesarios, reanudaremos esta investigación en más amplia escala, comparando el contenido manifiesto del sueño en conjunto con el sueño latente tal y como la interpretación nos lo revela.

Espero que no confundiréis ya nunca el sueño manifiesto y el sueño latente. Observando siempre esta distinción habréis avanzado en la inteligencia de los sueños más que la mayor parte de los lectores de mi obra sobre los mismos. Permitidme, por último, recordaros que damos el nombre de *elaboración* del sueño (*Traumarbeit*) a la labor que transforma el sueño latente en sueño manifiesto, y labor de *interpretación*, a aquella otra que

persigue el fin contrario, o sea el de llegar desde el contenido manifiesto a las ideas latentes, destejiendo la trama urdida por la elaboración. Los sueños de tipo infantil, en los cuales hemos reconocido sin esfuerzo realizaciones de deseos, no por ello han dejado de sufrir una cierta elaboración, consistente en la transformación del deseo en realidad, y casi siempre la de las ideas en imágenes visuales. En estos casos no es necesaria una interpretación, pues basta simplemente con llevar a cabo la transformación inversa. En otros sueños se añaden a estos efectos de la elaboración otros nuevos que constituyen lo que denominamos «deformación onírica», la cual es, a su vez, descifrable por medio de nuestra técnica de interpretación.

Habiendo tenido ocasión de comparar un gran número de interpretaciones oníricas, me hallo en situación de exponeros en forma sintética lo que la elaboración realiza con los materiales de las ideas latentes del sueño. Sin embargo, os ruego que no os precipitéis a deducir conclusiones de lo que voy a deciros, pues ello no es sino una descripción que demanda ser escuchada con una atención reflexiva.

El primer efecto de la elaboración onírica es la *condensación*, efecto que se nos muestra en el hecho de que el contenido manifiesto del sueño es más breve que el latente, constituyendo, por tanto, una especie de traducción abreviada del mismo. Esta condensación, que sólo falta en algunos, muy pocos, sueños, alcanza a veces una considerable intensidad. En cambio, no hallaremos nunca el caso contrario; esto es, el de que el sueño manifiesto sea más extenso que el latente y posea un más rico contenido. La condensación se realiza por uno de los tres procedimientos siguientes: 1.º. Determinados elementos latentes quedan simplemente eliminados. 2.º. El sueño manifiesto no recibe sino fragmentos de ciertos complejos del latente. 3.º. Elementos latentes que poseen rasgos comunes aparecen fundidos en el sueño manifiesto.

Si os parece mejor, podemos reservar el término condensación exclusivamente para este último procedimiento. Sus efectos son muy fáciles de demostrar. Rememorando vuestros propios sueños, encontraréis en seguida casos de condensación de varias personas en una sola. Una persona compuesta de este género tiene el aspecto de A, se halla vestida como B, hace

algo que nos recuerda a C, y con todo esto sabemos que se trata de D. En esta formación mixta se halla naturalmente, acentuando un carácter o tributo común a las cuatro personas. De igual manera podemos formar un compuesto de varios objetos o lugares, siempre que los mismos posean uno o varios rasgos comunes que el sueño latente acentuará de un modo particular. Fórmase aquí algo como una noción nueva y efímera que tiene, como nódulo, al elemento común. De la superposición de las unidades fundidas en un todo compuesto resulta, en general, una imagen de vagos contornos, análoga a la que obtenemos impresionando varias fotografías sobre la misma placa.

La elaboración onírica debe hallarse muy interesada en la producción de estas formaciones compuestas, que es fácil observar que los imprescindibles rasgos comunes son creados expresamente allí donde en realidad no existen, efectuándose esta creación muchas veces por medio de la elección de una determinada forma verbal para la expresión de una idea. Conocemos ya condensaciones y formaciones compuestas de este género, pues al tratar de la equivocación oral examinamos algunos casos en los que desempeñaban un importante papel. Recordad, por ejemplo, aquel joven que quiso *begleitdigen* (palabra compuesta de *begleiten-acompañar* y *beleidigen-ofender*) a una señorita. Existen, además, chistes cuya técnica se reduce a una condensación de este género. Pero haciendo abstracción de estos casos, podemos afirmar que el proceso que nos ocupa se nos muestra como algo en extremo singular. La formación de personas compuesta en los sueños halla ciertamente un paralelo en determinadas creaciones de nuestra fantasía, la cual funde a menudo en una unidad elementos heterogéneos; así, los centauros y los animales legendarios de la mitología antigua y de los cuadros de Böcklin; pero la fantasía «creadora» es incapaz de inventar nada y se contenta con reunir elementos de diversa naturaleza. Por otro lado, el proceso de la elaboración presenta la particularidad de que los materiales de que dispone son ideas, algunas de las cuales pueden ser repulsivas e inaceptables, pero que se hallan todas correctamente formadas y expresadas. La elaboración onírica da a estas ideas otra forma, y resulta singular e inexplicable que en esta especie de traducción o transcripción a una distinta lengua o escritura se sirva de la fusión y de la combinación. Una traducción procura, generalmente, respetar las particularidades del texto y no confundir las

semejanzas. Por lo contrario, la elaboración se esfuerza en condensar dos ideas diferentes buscando, como en un retruécano, una palabra de varios sentidos, en la cual puedan encontrarse unidas las dos ideas. No os aconsejo que intentéis deducir por ahora una conclusión de esta particularidad. Contentaos interinamente con saber que existe y puede llegar a alcanzar una gran importancia para la concepción de la elaboración onírica.

Aunque la condensación contribuye a la oscuridad del sueño, no nos parece que sea un efecto de la censura, y más bien la referiremos a causas mecánicas y económicas. Pero, no obstante, es utilizada por la censura para sus fines particulares.

La condensación puede producir extraordinarios efectos, tales como el de reunir en un sueño manifiesto dos series de ideas latentes por completo heterogéneas, resultando así que podemos obtener una interpretación aparentemente justa de un sueño sin advertir la posibilidad de lo que pudiéramos llamar una interpretación en segundo grado.

Uno de los efectos de este proceso es también el de complicar las relaciones entre los elementos del sueño latente y los del manifiesto, haciendo que un solo elemento manifiesto pueda corresponder simultáneamente a varios elementos latentes y que un elemento latente pueda participar en varios manifiestos, formando así una sólida trabazón. Al interpretar los sueños advertimos, además, que las ideas que surgen a propósito en un elemento manifiesto no aparecen en ordenada sucesión.

Vemos, pues, que la transcripción que de las ideas latentes realiza la elaboración onírica es de un género poco común. No es ni una traducción literal ni una selección conforme a determinadas reglas, como cuando sólo reproducimos las consonantes de una palabra omitiendo las vocales, y tampoco podemos decir que se trate de una representación de varios elementos por uno escogido entre ellos. Nos hallamos ante algo muy diferente y mucho más complicado.

Un segundo efecto de la elaboración onírica consiste en el *desplazamiento*, el cual, afortunadamente, nos es ya algo conocido, pues sabemos que es por completo obra de la censura de los sueños. El desplazamiento se manifiesta de dos maneras: haciendo que un elemento

latente quede reemplazado no por uno de sus propios elementos constitutivos, sino por algo más lejano a él; esto es, por una alusión, o motivando que el acento psíquico quede transferido de un elemento importante a otro que lo es menos, de manera que el sueño recibe un diferente centro y adquiere un aspecto que nos desorienta.

La sustitución por una alusión existe igualmente en nuestro pensamiento despierto, aunque con algunas diferencias. En el pensamiento despierto, la alusión ha de ser fácilmente inteligible y debe haber entre ella y la idea sustituida una relación de contenido. También el chiste se sirve con frecuencia de la alusión, sin atenerse ya a la condición asociativa entre los contenidos y reemplazando esta asociación por una asociación externa inhabitual fundada en la semilicadencia, en la multiplicidad de sentidos de algunas palabras, etc.; pero observa, sin embargo, rigurosamente la condición de inteligibilidad, pues no causaría efecto «chistoso» ninguno si no pudiésemos llegar sin dificultad desde la alusión al objeto de la misma. En cambio, la alusión del desplazamiento onírico se sustrae a estas dos limitaciones. No presenta sino relaciones por completo exteriores y muy lejanas con el elemento al que reemplaza, y resulta de este modo ininteligible, mostrándosenos, en su interpretación, como un chiste fracasado y traído por los cabellos. La censura de los sueños no alcanza su fin más que cuando consigue hacer inaccesible el camino que conduce de la alusión a su substrato.

El desplazamiento del acento psíquico es un proceso nada habitual en la expresión de nuestros pensamientos y del que sólo nos servimos alguna vez cuando queremos producir un efecto cómico. Para darnos idea de la desorientación que ocasiona, os recordaré una conocida anécdota: Había en un pueblo un herrero que se hizo reo de un sangriento crimen. El tribunal decidió que dicho crimen debía ser castigado; pero como el herrero era el único del pueblo, y, en cambio, había tres sastres, se ahorcó a uno de éstos en sustitución del criminal.

El tercer efecto de la elaboración onírica es, desde el punto de vista psicológico, el más interesante. Consiste en la transformación de las ideas en imágenes visuales. Esto no quiere decir que todos los elementos del contenido latente sufran esta transformación, pues muchas de las ideas que

integran dicho contenido conservan su forma y aparecen como tales ideas o como conocimientos en el sueño manifiesto. Por otro lado, no es la de imágenes visuales la única forma que las ideas pueden revestir. Mas, de todos modos, resulta que dichas imágenes constituyen lo esencial de la formación de los sueños. Esta parte de la elaboración es la más constante, y para elementos aislados del sueño conocemos ya la «representación verbal plástica».

Es evidente que este efecto no resulta fácil de obtener. Para haceros una idea de las dificultades que presenta, imaginaos que habéis emprendido la tarea de reemplazar el artículo de fondo de un diario político por una serie de ilustraciones; esto es, de sustituir los caracteres de imprenta por signos figurados. Os será fácil y hasta cómodo reemplazar por imágenes las personas y los objetos concretos de que dicho artículo trate; pero tropezaréis con grandes dificultades en cuanto abordéis la representación completa de palabras abstractas o de aquellas partes del discurso que expresan la relación entre las ideas, tales como las partículas, conjunciones, etc. Para las palabras abstractas podéis serviros de toda clase de artificios. Intentaréis, por ejemplo, transcribir el texto del artículo en una distinta forma verbal, quizá poco corriente, pero que contenga más elementos concretos y susceptibles de representación. Recordaréis entonces que la mayor parte de las palabras abstractas son palabras que fueron anteriormente concretas e intentaréis remontaros siempre que podáis a dicho sentido concreto primitivo. De este modo os encantará, por ejemplo, poder representar la posesión (*besitzen*) de un objeto por su significación concreta, que es la de hallarse sentado sobre él (*daraufsitzen*). No de otro modo procede la elaboración onírica, y comprenderéis que en estas condiciones no ha de ser muy justo exigir a sus resultados una gran precisión. Así, pues, habréis de permitir sin protesta que dicha elaboración reemplace un objeto tan difícil de expresar por medio de imágenes concretas, como el adulterio (*Ehebruch*-ruptura de matrimonio) por una fractura de una pierna (*Beinbruch*)[1852]. Conociendo estos detalles, podréis corregir hasta cierto punto las torpezas de la escritura figurada cuando la misma haya de reemplazar a la escritura verbal.

Pero cuando se trata de partes del discurso que expresan relaciones entre las ideas, tales como «porque» o «a causa de», etc., carecemos de estos

medios auxiliares y nos será, por tanto, imposible transformar en imágenes estos elementos del texto. Del mismo modo, queda reducido, por la elaboración onírica, el contenido de las ideas de los sueños a su primera materia, constituida por objetos y actividades. Habremos, pues, de contentarnos con hallar la posibilidad de traducir por medio de una mayor sutileza de las imágenes las relaciones que no son susceptibles de una representación concreta, procedimiento análogo al que utiliza la elaboración, la cual consigue expresar determinadas partes del contenido de las ideas latentes por medio de cualidades formales del sueño manifiesto, tales como su mayor o menor oscuridad, su división en varios fragmentos, etc. El número de sueños parciales en los que se descompone un sueño corresponde, en general, al número de temas principales o series de ideas del contenido latente. Un breve sueño preliminar desempeña, con relación al sueño principal subsiguiente, el papel de una introducción o una motivación, y una idea latente secundaria que viene a añadirse a las principales queda reemplazada, en el sueño manifiesto, por un cambio general. Vemos, pues, que la forma de escena intercalada en el conjunto particular de cada sueño posee especial importancia, y exige ya por sí sola una interpretación. Aquellos sueños que se producen en una misma noche presentan con frecuencia idéntico significado y testimonian de un esfuerzo encaminado a dominar en sus grados sucesivos una excitación de creciente intensidad. Por último, también en un solo sueño puede ser representado un elemento de difícil transcripción por símbolos múltiples.

Prosiguiendo esta comparación de las ideas latentes con los sueños manifiestos que las reemplazan, realizamos toda una serie de inesperados descubrimientos, entre ellos el singularísimo de que también el absurdo y el desatino de los sueños poseen su particular significación. Es éste el punto en el que la oposición entre la concepción médica y la psicoanalítica de los sueños alcanza su máxima intensidad.

Conforme a la primera, el sueño es absurdo por haber perdido la actividad psíquica que le da origen toda facultad crítica. Por lo contrario, según nuestra concepción, el sueño se hace absurdo cuando ha de expresar en su contenido manifiesto una crítica o juicio, que, formando parte del contenido latente,

tachan algo de absurdo o desatinado. En un sueño que ya conocéis —el de los tres billetes de teatro por un florín cincuenta céntimos— hallamos un acabado ejemplo de este género. El juicio formulado en él era el siguiente: «Fue un absurdo casarse tan pronto».

Observamos también, en el curso de nuestra labor interpretadora, qué es lo que corresponde a las dudas e incertidumbres que con tanta frecuencia manifiesta el sujeto sobre si un cierto elemento ha entrado o no a formar realmente parte de su sueño. Estas dudas y vacilaciones no encuentran, por lo general, nada que a ellas corresponda en las ideas latentes y son tan sólo un efecto de la censura, debiendo relacionarse con una tentativa parcialmente conseguida de supresión o represión.

Otro sorprendente descubrimiento es el de la forma en la que la elaboración trata a las antítesis integradas en el contenido latente. Sabemos ya que las analogías y coincidencias existentes dentro de dicho contenido son sustituidas, en el sueño manifiesto, por condensaciones. Pues bien: con las antítesis sucede algo idéntico, y son, por tanto, expresadas por el mismo elemento manifiesto. De este modo, todo elemento manifiesto susceptible de poseer un contrario puede aparecer empleado tanto en su propio sentido como en el opuesto, y a veces en ambos simultáneamente. El sentido total del sueño orientará en estos casos nuestra interpretación. Tan singular procedimiento nos explica que en los sueños no hallemos nunca representada, inequívocamente por lo menos, la negación absoluta.

Este extraño mecanismo de la elaboración encuentra una feliz analogía en la evolución del idioma. Muchos filólogos afirman que en las lenguas más antiguas las antítesis fuerte-débil, claro-oscuro y grande-pequeño eran expresadas por el mismo radical (*la oposición de sentido en las palabras primitivas*). Así, en el egipcio primitivo «Ken» significaba fuerte y débil. Para evitar las equivocaciones que podían resultar del empleo de tales palabras ambivalentes se recurría, en el lenguaje oral, a una entonación o a un gesto que variaban con el sentido que se quería dar a la palabra y en la escritura se añadía a la misma un *determinativo*; esto es, una imagen no destinada a ser pronunciada. «Ken», en su significado de fuerte, se escribía añadiendo a la palabra una imagen que representaba la figura de un hombre

en pie, y cuando su significado era el de débil, se añadía a la misma la figura de un hombre en cuclillas. Sólo en épocas posteriores llegó a obtenerse, por ligeras modificaciones de la palabra ambivalente primitiva, una designación especial para cada uno de los comentarios que englobaba.

De este modo se llegó a desdoblar ken (fuerte-débil) en ken-fuerte y ken-débil. Varias lenguas más jóvenes y hasta algunas de las actuales han conservado numerosas huellas de esta primitiva oposición de sentidos.

Os citaré aquí algunos ejemplos que tomo de la obra de K. Abel (1884):

El latín presenta las palabras ambivalentes que a continuación transcribimos: *altus* (alto-profundo); *sacer* (sagrado-maldito).

Y los siguientes casos de modificaciones del mismo radical: *clamare* (gritar), *clam* (silencioso-sereno, secreto); *siccus* (seco), *succus* (jugo).

En alemán: *Stimme* (voz), *stumm* (mudo).

La comparación de idiomas afines proporciona numerosos ejemplos del mismo género:

Inglés: *lock* (cerrar), alemán *Loch* (agujero), *Lücke* (vacío-solución de continuidad).

Inglés: *cleave* (hendir), alemán: *kleben* (pegar).

La palabra inglesa *without*, cuyo sentido literal es *con-sin*, no se emplea hoy sino en el sentido de *sin*, pero las palabras compuestas *withdraw* y *withold* prueban que la palabra *with* fue empleada para designar no solamente una suma sino también una sustracción. Lo mismo sucede con la palabra alemana *wieder*.

Todavía otra particularidad de la elaboración onírica encuentra un paralelo en el desarrollo del lenguaje. En el antiguo egipcio, como en otras lenguas más recientes, sucede a veces que el orden de sucesión de los sonidos de las palabras se invierte sin que el sentido cambie. He aquí algunos ejemplos de este género, sacados de la comparación del inglés con el alemán.

Topf (puchero) —*pot; boat* (barco) —*tub; hurry* (apresurarse) —*Ruhe* (reposo); *Balken* (viga) —*Kloben* (leña) y *club; wait* (esperar) — *täuwen*.

Y comparando el latín y el alemán:

Capere (coger) —*packen; ren* (riñón) —*Niere*.

Inversiones de este género se producen en el sueño en varias formas diferentes. Conocemos ya la inversión del sentido; esto es, la sustitución de

un elemento por su contrario. Pero, además, se producen en los sueños inversiones de la situación y de las relaciones entre dos personas, como si todo sucediese en un «mundo al revés». En el sueño es con frecuencia la liebre la que trata de cazar al cazador. La sucesión de los acontecimientos queda también invertida muchas veces, de manera que la serie antecedente o causal se sitúa después de aquella que normalmente debería seguirle. Es esto algo semejante a cuando, en las representaciones de aficionados o cómicos de la legua, cae muerto en escena el protagonista antes que entre bastidores suene el disparo que debía matarle. Hay también sueños en los que el orden de los elementos queda totalmente invertido, y, por tanto, si queremos hallar su sentido, habremos de comenzar nuestra interpretación por el último de dichos elementos y terminarla por el primero. Recordaréis, sin duda, que en nuestro estudio sobre el simbolismo de los sueños demostramos que sumergirse o caer en el agua significaba lo mismo que salir de ella, esto es, parir o nacer, y que gatear por una escala o subir una escalera tenía el mismo sentido que descender por ellas. Fácilmente se observan las ventajas que la deformación de los sueños puede extraer de una tal libertad de representación.

Estas particularidades de la elaboración onírica deben ser consideradas como rasgos *arcaicos*, pues son igualmente inherentes a los antiguos sistemas de expresión; esto es, a las antiguas lenguas y escrituras, en las que originan las mismas dificultades. De estas dificultades trataremos más adelante en relación con determinadas observaciones críticas.

Para terminar, formularemos algunas consideraciones suplementarias. En la elaboración onírica se trata evidentemente de transformar en imágenes sensoriales, y con preferencia visuales, las ideas latentes verbalmente concebidas. Ahora bien: todas nuestras ideas tienen como punto de partida tales imágenes sensorias. Sus primeros materiales y sus fases preliminares fueron impresiones sensoriales, o más exactamente, las imágenes mnémicas de dichas impresiones. Sólo más tarde se enlazaron palabras a estas imágenes y se reunió las palabras en ideas. La elaboración hace, pues, sufrir a las ideas una marcha *regresiva*, un desarrollo retrógrado, y en el curso de esta regresión debe desaparecer todo lo que la evolución de las imágenes mnémicas y su transformación en ideas ha podido aportar a título de nuevas

adquisiciones.

Tal sería, pues, el mecanismo de la elaboración onírica. Ante los procesos que su examen nos ha revelado, nuestro interés por el sueño manifiesto ha tenido que pasar a un segundo término. Mas como el sueño manifiesto es lo único que conocemos de un modo directo, habré de consagrarle aún algunas observaciones.

Es muy natural que el sueño manifiesto vaya perdiendo a nuestros ojos en importancia. Ya nos importa muy poco que se halle bien compuesto o que parezca disociado en una serie de imágenes aisladas sin conexión alguna. Aun aquellas veces en que presenta una apariencia significativa sabemos que ésta debe su origen a la deformación y que su relación orgánica con el contenido interno del sueño puede ser tan escasa como la existente entre la fachada de una iglesia italiana y su estructura y planta. Sin embargo, hay sueños en los que, reproduciendo esta fachada, sin deformarlo o deformándolo apenas, un elemento constitutivo importante de las ideas latentes llega a poseer por sí misma un sentido. Pero es éste un hecho imposible de comprobar hasta después de haber efectuado la interpretación del sueño de que se trata y averiguado así el grado de deformación a que ha sido sometido. Análoga duda surge en aquellos casos en los que dos elementos del sueño se nos muestran íntimamente relacionados. De este hecho puede deducirse la conclusión de que los elementos correspondientes del sueño latente deben de hallarse igualmente próximos, pero también puede suceder que a esta íntima relación manifiesta corresponda una total disociación latente.

Debemos guardarnos, en general, de querer explicar una parte del contenido manifiesto por el resto del mismo, como si el sueño se hallase concebido coherentemente y formase una representación pragmática, pues, por lo contrario, semeja más bien, en la mayoría de los casos, a un mosaico hecho con fragmentos de diferentes piedras reunidas por un cemento y en el que los dibujos resultantes no corresponden a los contornos de ninguno de sus elementos constitutivos. Existe, en efecto, una *elaboración secundaria de los sueños*, que se encarga de transformar en un todo aproximadamente coherente los datos más inmediatos del sueño, pero que lo hace ordenando los

materiales conforme a un sentido independiente e introduciendo complementos allí donde lo cree necesario.

Por otra parte, no hay que exagerar la importancia de la elaboración ni atribuirle un excesivo alcance. Su actividad se limita a los efectos que hemos enumerado, condensar, desplazar, realizar la representación plástica y someter después la totalidad a una elaboración secundaria, es todo lo que la elaboración onírica puede hacer y nada más. Los juicios, las apreciaciones críticas, el asombro y las conclusiones que aparecen en los sueños no son jamás los efectos de la elaboración y sólo raras veces de una reflexión sobre el sueño; en la mayoría de los casos son fragmentos de ideas latentes que han pasado al sueño manifiesto después de haber sufrido determinadas modificaciones y una cierta adaptación del mismo. La elaboración no puede tampoco componer discursos. Aparte de algunas raras excepciones las frases que en el sueño oímos o pronunciamos son ecos o yuxtaposiciones de palabras oídas o pronunciadas en el día que precedió al sueño y han sido introducidas en las ideas latentes como materiales del sueño o estímulos del mismo. Los cálculos escapan igualmente a la competencia de la elaboración, y aquellos que en el sueño encontramos son casi siempre yuxtaposiciones de cifras y simulaciones de cálculos totalmente desprovistas de sentido, o también simples copias de operaciones efectuadas en las ideas latentes. Dadas estas circunstancias, no debe asombrarnos ver que el interés que habíamos dedicado a la elaboración se aparta ahora de ella para dirigirse a las ideas latentes, que más o menos deformadas se transparentan en el sueño manifiesto. Pero será equivocado exagerar este cambio de orientación hasta el punto de sustituir, en las consideraciones teóricas, al sueño mismo por sus ideas latentes y referir a estas últimas cosas que sólo al primero resultan aplicables. Es singular que se haya podido abusar de los datos del psicoanálisis para establecer esta confusión. El «sueño» no es otra cosa que el resultado de la elaboración, o sea la *forma* que la misma imprime a las ideas latentes.

La elaboración onírica es un proceso de singularísima naturaleza, sin paralelo alguno en la vida psíquica. Sus condensaciones, desplazamientos y transformaciones regresivas de las ideas en imágenes son novedades cuyo descubrimiento constituye ya de por sí una generosa recompensa de los

trabajos psicoanalíticos. Por las analogías que la elaboración muestra con procesos pertenecientes a otros dominios científicos, habréis podido además comprobar las interesantísimas relaciones de los estudios psicoanalíticos con diversas cuestiones aparentemente muy lejanas a ellos, tales como la evolución del lenguaje y del pensamiento. Pero cuando os daréis cuenta de toda la importancia de estos nuevos conocimientos será al saber que los procesos de la elaboración onírica constituyen el prototipo de aquellos que presiden la génesis de los síntomas neuróticos.

Claro está que no nos es posible abrazar con un solo golpe de vista todas las consecuencias que la Psicología puede extraer de estos trabajos. Por tanto, me limitaré a llamaros la atención sobre las nuevas pruebas que hemos podido obtener en favor de la existencia de actos psíquicos inconscientes —las ideas latentes del sueño no son otra cosa— y sobre el insospechado auxilio que la interpretación de los sueños nos procura para el conocimiento de la vida psíquica inconsciente.

En la próxima lección analizaré ante vosotros algunos pequeños ejemplos de sueños, con objeto de haceros ver en detalle lo que hasta ahora no he presentado sino de una manera sintética y general a título de preparación.

LECCIÓN XII.
8. ANÁLISIS DE ALGUNOS EJEMPLOS DE SUEÑOS

Señoras y señores:

NO os llaméis a engaño si en lugar de invitaros a asistir a la interpretación de un sueño extenso y acabado me limito una vez más a presentaros fragmentos de interpretaciones. Me diréis, sin duda, que tras de una tan detenida preparación tenéis ya derecho a ser tratados con más confianza y que después de la feliz interpretación de tantos miles de sueños debería haberse podido reunir, hace ya mucho tiempo, una colección de excelentes ejemplos que nos ofrecieran todas las pruebas deseadas en favor de la totalidad de nuestras afirmaciones sobre la elaboración onírica y las ideas latentes. Así debiera ser, en efecto, pero he de advertiros que a la

realización de vuestro deseo se oponen numerosas dificultades.

Ante todo, he de indicaros que no existen personas que hagan de la interpretación de los sueños su ocupación principal. Mas entonces, ¿cuándo tenemos oportunidad de interpretar un sueño?

En ocasiones nos ocupamos sin intención ninguna especial de los sueños de una persona amiga o analizamos durante una temporada los nuestros propios con el fin de ejercitarnos en la técnica psicoanalítica, pero la mayoría de las veces se trata de sueños de personas nerviosas sometidas al tratamiento analítico. Estos últimos sueños constituyen un excelente material nada inferior al que nos proporcionan los de personas sanas, pero la técnica del tratamiento nos obliga a subordinar su interpretación a las exigencias terapéuticas y a abandonar muchos de ellos en cuanto logramos extraer los datos de que para el tratamiento precisamos. Algunos de los sueños que se producen durante la cura escapan a una interpretación completa, pues habiendo surgido del conjunto total de los materiales psíquicos que aún ignoramos, no podemos comprenderlos sino una vez terminado el tratamiento. La comunicación de estos sueños necesitaría ser precedida de una exposición detallada de los misterios de la neurosis, labor que no entra en nuestros propósitos, dado que consideramos aquí el estudio de los sueños como una preparación al de las neurosis.

Ante estas circunstancias opinaréis quizá que debemos renunciar a esta clase de sueños para limitarnos a la explicación de los nuestros propios o de los de personas de salud normal. Pero también esto resulta imposible, dado el contenido de uno y otros. No podemos confesarnos en público ni tampoco revelar lo que sabemos de aquellas personas que en nosotros han puesto su confianza, con toda la franqueza y sinceridad que exigiría una interpretación completa de los sueños, los cuales, como sabéis, proceden de lo más íntimo de nuestra personalidad.

Aparte de esta dificultad para procurarnos materiales, existe aún otra razón que se opone a la comunicación de los sueños. Si éstos aparecen ya a los ojos del sujeto mismo como algo singular y extraño, mucho más lo han de ser para aquellos que no conocen a la persona que los ha soñado. Nuestra literatura no carece de excelentes análisis completos de sueños y yo mismo he publicado algunos en los historiales clínicos de varios de mis pacientes.

Pero de todas las interpretaciones publicadas, la más bella es la realizada por O. Rank de dos sueños de una muchacha, íntimamente enlazados uno con otro. Su exposición no ocupa sino dos páginas, y en cambio, su análisis, setenta y seis. Para abordar un análisis de este género en mi actual exposición me sería preciso cerca de un semestre. Cuando emprendemos la interpretación de un sueño un poco extenso y considerablemente deformado, precisamos tantos esclarecimientos, tenemos que anotar tantas ocurrencias y recuerdos del sujeto y se nos imponen tantas digresiones, que la exposición de la labor interpretadora alcanzaría una excesiva amplitud y no llegaría a satisfacer vuestros deseos. Debo, pues, rogaros que os contentéis con aquello que podamos obtener más fácilmente, esto es, con la comunicación de pequeños fragmentos de sueños de personas neuróticas, fragmentos cuyo examen e interpretación pueden confirmar aisladamente varias de nuestras afirmaciones. Lo que de estos sueños se presta más fácilmente a la demostración es el simbolismo onírico y determinadas particularidades de la representación regresiva. En cada uno de los sueños que a continuación voy a exponeros comunicaré las razones por las que me parecen merecer ser publicados.

1.º. Comenzaremos por un sueño que se compone tan sólo de dos breves imágenes: *su tío fuma un cigarrillo a pesar de ser sábado. —Una mujer le besa y le acaricia como si fuera hijo suyo*.

A propósito de la primera imagen, el sujeto, que es judío, nos comunica que su tío, hombre piadoso, no ha cometido jamás, ni es, en general, capaz de cometer el pecado de fumar en sábado. La mujer que figura en la segunda imagen le sugiere exclusivamente el recuerdo de su madre. Existe, desde luego, una relación entre estas dos imágenes o ideas, pero a primera vista no sospechamos cuál puede ser. Como el sujeto excluye en absoluto la realidad del acto de su tío, nos inclinamos a reunir las dos imágenes por una relación de dependencia temporal: «En el caso en que mi tío, tan piadoso, se decidiera a fumar un cigarrillo en sábado, podría yo dejarme acariciar por mi madre». Esto significa que las caricias entre madre e hijo constituyen algo tan poco permitido como para un judío piadoso el fumar en sábado. Ya os he dicho, y sin duda lo recordaréis, que en la elaboración del sueño todas las relaciones

entre las ideas oníricas quedan suprimidas, siendo éstas reducidas al estado de primera materia y hallándose a cargo de la interpretación el reconstruir las relaciones desaparecidas.

2.º. Tras de mis publicaciones sobre los sueños he llegado a ser, hasta cierto punto, un consultor oficial sobre todo lo relativo al fenómeno onírico, y recibo, desde hace muchos años, cartas de las más diversas procedencias, en las cuales se me comunican sueños o se me pide mi opinión sobre ellos. Naturalmente, agradezco que se me envíen materiales suficientes para hacer posible la interpretación o que se me propongan por el sujeto proyectos de la misma. A esta categoría pertenece el sueño siguiente, que me ha sido comunicado en 1910 por un estudiante de Medicina muniqués. Lo cito aquí para demostraros cuán difícil es, en general, comprender un sueño mientras el sujeto del mismo no nos proporciona todas las informaciones necesarias. Al mismo tiempo, voy a evitaros incurrir en un grave error, pues sospecho que os halláis inclinados a considerar como la interpretación ideal de los sueños aquella que se base en la de los símbolos y a colocar en segundo plano la técnica fundada en las asociaciones del sujeto.

13 de julio de 1910: Cerca ya de la mañana sueño lo siguiente: *Desciendo en bicicleta por las calles de Tubinga y un «basset» negro se precipita tras de mí y me muerde en el talón. Bajo de la bicicleta un poco más lejos, y sentándome en una gradería comienzo a defenderme contra el furioso animal, que se niega a soltar su presa*. (Ni la mordedura ni la escena que le sigue me hacen experimentar sensación ninguna desagradable.) *Frente a mí se hallan sentadas dos señoras de edad que me miran con aire burlón. Al llegar el sueño a este punto me despierto, y como ya me ha sucedido más de una vez, en el mismo momento de pasar del sueño al estado de vigilia, todo mi sueño se me aparece con perfecta claridad*.

Los símbolos nos prestarían aquí muy escaso auxilio. Pero el sujeto nos comunica lo siguiente: «Desde hace algún tiempo estoy enamorado de una muchacha que no conozco sino por haberla encontrado a menudo en la calle, aunque no he tenido jamás ocasión de aproximarme a ella. Me hubiera satisfecho grandemente que esta ocasión me hubiese sido proporcionada por el *basset*, pues tengo gran cariño a los animales y creo haber adivinado el

mismo sentimiento en la muchacha». Añade después que este cariño a los animales le ha llevado a intervenir varias veces, causando la sorpresa de los transeúntes, para separar a perros que se peleaban, y nos dice también que la muchacha de la que se había enamorado iba siempre acompañada por un perro como el de su sueño. Pero en el contenido manifiesto de este último desaparece la joven y sólo queda el perro asociado a su aparición. Es posible que las señoras que en el sueño se burlan del durmiente constituyan una sustitución de la muchacha, pero las informaciones del sujeto no bastan para aclarar este punto. El hecho de verse en el sueño montando en bicicleta constituye la reproducción directa de la situación recordada, pues en realidad las veces que había hallado en su camino a la joven del *basset* iba él en bicicleta.

3.º. Cuando alguien pierde a una persona querida, suele tener, durante largo tiempo, singulares sueños, en los cuales hallamos las transacciones más sorprendentes entre la certidumbre de la muerte y la necesidad de hacer revivir a la persona fallecida. Unas veces se halla ésta muerta, pero continúa, sin embargo, viva, pues no sabe que ha fallecido y sólo fallecería «por completo» en el momento en que lo supiese, y otras está medio viva y medio muerta, distinguiéndose cada uno de estos estados por signos particulares. Erraríamos calificando de absurdos estos sueños, pues la resurrección no es más inadmisible en ellos que, por ejemplo, en los cuentos, los cuales nos la presentan como un suceso muy corriente. De mis análisis de estos sueños he deducido que son susceptibles de una explicación racional y que el piadoso deseo de hacer revivir al muerto sabe satisfacerse por los medios más extraordinarios. Voy a citaros un sueño de este género, que parece extraño y absurdo y cuyo análisis os revelará mucho de lo que nuestras consideraciones teóricas han podido haceros prever. Es el sueño de un individuo cuyo padre había muerto algunos años antes.

El padre ha muerto, pero ha sido exhumado y tiene mala cara. Permanece en vida desde su exhumación, pero el sujeto hace todo lo posible para que no lo advierta. (Al llegar a este punto pasa el sueño a otras cosas aparentemente muy alejadas de su principio.)

La muerte del padre sabemos que es real; en cambio, su exhumación no

corresponde a realidad ninguna, como tampoco los detalles ulteriores del sueño, pero el sujeto nos cuenta que «cuando volvió del entierro de su padre sintió un agudo dolor de muelas, y queriendo aplicar a la muela enferma el precepto de la religión judía que dice: 'Cuando una muela te hace sufrir, arráncala', fue a casa del dentista. Mas éste le dijo: 'No hay necesidad de sacarle a usted la muela con tanta premura. Es preciso tener paciencia. Por lo pronto voy a ponerle a usted algo que le quite el dolor y mate el nervio. Vuelva usted dentro de tres días; le extraeré entonces el nervio muerto, y podrá conservar la muela'».

Al llegar a este punto del análisis, exclamó de repente el sujeto que sin duda aquella «extracción» era lo que correspondía a la exhumación de su padre en el sueño.

Veamos si esta interpretación es la acertada. En parte, sí, pero sólo en parte, pues no es la muela lo que debía ser extraído, sino únicamente el nervio. Mas es ésta una de las numerosas imprecisiones que con gran frecuencia se observan en los sueños. En este caso habría el sujeto realizado una condensación, fundiendo en un solo elemento al fallecido padre y a la muela muerta, pero conservada. Nada de extraño tiene que de esta condensación haya resultado en el sueño manifiesto un absurdo, pues todo lo que de la muela puede decirse no resulta aplicable al padre. Pero ¿cuál será entonces el «tertium comparationis» entre el padre y la muela, que ha hecho posible tal condensación? La existencia de una relación entre los elementos condensados es casi indudable, pues el sujeto mismo nos dice que sabe que cuando soñamos perder una muela es señal de que pronto fallecerá algún miembro de nuestra familia.

Sabemos que esta interpretación popular es inexacta o sólo es exacta en un sentido especial, y por tanto observaremos con asombro que este mismo tema vuelve a aparecer detrás de todos los demás fragmentos del contenido de este sueño.

Sin que a ello le solicitemos, continúa el sujeto, en el análisis, hablándonos de la enfermedad y muerte de su padre, así como también de su actitud para con el mismo. La enfermedad del padre había durado largo tiempo, y la asistencia y tratamiento había costado al hijo mucho dinero. Sin embargo, él no se había quejado jamás ni manifestado la menor impaciencia

o deseo de que llegase el final de todo aquello. Por lo contrario, se vanagloria de haber sentido siempre por su padre un cariño extraordinario y de haberse conformado estrictamente, en sus relaciones con él, a las piadosas prescripciones de la ley judía. Pero advertimos una contradicción entre estas manifestaciones y las ideas relacionadas con el sueño. El sujeto ha identificado la muela y el padre. La primera debía ser arrancada conforme a la ley judía, que ordena hacerlo así en el instante en que nos causa dolor o desagrado. En cambio, para con su padre debía conducirse, en obediencia, a otro principio de la misma ley, de un modo totalmente contrario, esto es, aceptando con resignación los gastos y contrariedades y rechazando toda intención hostil contra el objeto causa del dolor. ¿No sería mucho más completa la semejanza entre las dos situaciones si el hijo hubiese sentido, con respecto al padre, idénticos impulsos que con respecto a la muela, esto es, si hubiese deseado que la muerte viniera a poner fin a la existencia inútil, dolorosa y costosa del mismo?

Por mi parte, estoy persuadido de que tales fueron, en efecto, los sentimientos de nuestro sujeto durante la penosa enfermedad de su padre, y creo firmemente que sus vivas protestas de cariño filial no tenían otro objeto que desviar su pensamiento del recuerdo de tales sentimientos reprochables. En las situaciones de este género, se experimenta generalmente el deseo de que la muerte llegue a ponerles término; pero este deseo se disfraza de cariñosa piedad y se manifiesta en la reflexión de que lo mejor que puede desearse al enfermo es que deje de sufrir. Observad, sin embargo, que hemos traspasado aquí el límite de las ideas latentes. La primera parte de las mismas no fue ciertamente inconsciente, sino durante poco tiempo, esto es, durante la formación del sueño, mientras que los sentimientos hostiles contra el padre debían de existir en estado inconsciente desde largo tiempo atrás, quizá desde la misma infancia del sujeto, siendo tan sólo durante la enfermedad cuando hallaron una ocasión para insinuarse tímidamente en la consciencia, después de sufrir una considerable deformación. Esto mismo lo podemos también afirmar, y todavía con mayor seguridad, de otras de las ideas latentes que han contribuido a constituir el contenido del sueño. En éste no se descubre huella ninguna de sentimientos hostiles contra el padre del sujeto; pero si, generalizando, buscamos en la vida infantil la raíz de una tal hostilidad de los

hijos contra el padre, recordaremos que ya en estos tempranos años surge en los primeros el temor al segundo, temor basado en la coerción que el mismo ejerce sobre las primeras actividades sexuales del muchacho y que, por razones sociales, es mantenida luego, incluso en los años siguientes a la pubertad. A esta causa obedece también, en nuestro caso, la actitud del sujeto con respecto a su padre, pues a su cariño filial se mezclaban sentimientos de temor y respeto originados por la temprana coerción que el mismo había ejercido sobre su actitud sexual.

Los restantes detalles del sueño manifiesto se explican por el complejo del onanismo. El detalle *tiene mala cara* (*Er sieht schlecht aus*) puede ser una reminiscencia de lo que el dentista dijo al sujeto sobre lo feo que haría la mella que habría de quedar al extraer la muela enferma (*Es wird schlecht aussehen*), pero se refiere también a la *mala cara* (*schlechtes Aussehen*) con la que el adolescente delata o teme delatar su exagerada actividad sexual. No sin cierto alivio para su propia conciencia traslada el sujeto, en el contenido manifiesto del sueño, la «mala cara», a su padre, por medio de una de aquellas inversiones de que ya os he hablado, características de la elaboración onírica. El que el padre continúe viviendo después de su exhumación corresponde tanto al deseo de resurrección como a la promesa del dentista de que quizá no haya necesidad de extraer la muela. La frase «El sujeto hace todo lo posible para que (el padre) *no lo advierta*» es de una gran sutileza, pues tiene por objeto sugerirnos la falsa conclusión de que constituye un indicio de la realidad, o sea del fallecimiento del padre. Pero la única interpretación acertada de este elemento nos la proporciona de nuevo el complejo de onanismo, pues comprendemos fácilmente que el joven *haga todo lo posible* por ocultar a su padre su vida sexual. Recordad, por último, que siempre que hemos emprendido la investigación de un sueño estimulado por un dolor de muelas, nos hemos visto obligados a recurrir, para interpretarlo, al complejo de onanismo y al temido castigo por esta práctica contra naturaleza.

Comprenderéis ahora cómo ha podido formarse este sueño que tan ininteligible parecía. Para darle origen han concurrido muy diversos procesos, verificándose una condensación singular y engañosa, un desplazamiento de todas las ideas fuera del centro de gravedad del contenido latente y una

creación de varias formaciones sustitutivas que han tomado el lugar de aquellas ideas del sueño que poseían una mayor profundidad y se hallaban más lejanas en el tiempo.

4.º. Ya varias veces hemos intentado abordar aquellos sueños sobrios y triviales que no contienen nada absurdo o extraño, pero que nos hacen preguntarnos por qué razón soñamos cosas tan indiferentes. Voy ahora a citaros un nuevo ejemplo de este género: tres sueños enlazados unos con otros y soñados por una muchacha en una misma noche.

a) *Atraviesa el salón de su casa y se da con la cabeza contra la araña que pende del techo, haciéndose sangre*. Ningún recuerdo ni reminiscencia de suceso alguno real surgen a propósito de este sueño en la imaginación de la sujeto, y las indicaciones que ésta nos proporciona versan sobre temas muy diferentes. «No sabéis —nos dice— cómo se me está cayendo el pelo en estos días. Mi madre me dijo ayer que, si continuaba así, mi cabeza quedaría pronto tan monda como un trasero».

La cabeza aparece, pues aquí como un símbolo de la parte opuesta del cuerpo, y siendo también evidente la significación simbólica de la araña, dado que todos los objetos alargados son símbolos del órgano sexual masculino, habremos de deducir que se trata de una hemorragia de la parte inferior del tronco a consecuencia de una herida ocasionada por el pene. Esta circunstancia podría interpretarse en varios sentidos, pero las restantes informaciones de la sujeto nos muestran que el contenido latente de su sueño es la creencia, muy generalizada en las muchachas aún no llegadas a la pubertad, de que las reglas son provocadas por las relaciones sexuales con el hombre.

b) *Ve en la viña una fosa profunda que sabe proviene de haber arrancado un árbol*. A este propósito observa la sujeto que le *faltaba* el árbol. Quiere decir, con esto, que no lo vio en su sueño, pero este modo de expresarse es idéntico al que serviría para manifestar una distinta idea que la interpretación simbólica nos revela con toda certidumbre. El sueño se refiere, en efecto, a otra teoría sexual infantil, según la cual las niñas poseen al principio los mismos órganos sexuales que los niños, perdiéndolos después por castración (arrancamiento de un árbol).

c) *Se halla ante el cajón de su escritorio, cuyo contenido le es tan familiar, que nota en seguida la menor intervención de una mano ajena*. El cajón del escritorio es, como todo cajón, caja o arca, la representación simbólica del órgano sexual femenino. La sujeto sabe que las huellas de las relaciones sexuales (según su creencia, también en los tocamientos) son fácilmente reconocibles, creencia que le ha procurado grandes preocupaciones. A mi juicio, lo más importante de estas tres sueños son los *conocimientos* sexuales de la sujeto, la cual recuerda la época de sus reflexiones infantiles sobre los misterios de la vida sexual.

5.º. Veamos otro sueño simbólico. Pero esta vez habré de exponer brevemente, antes de entrar en el análisis, la situación psíquica del sujeto. Un individuo que ha pasado una noche de amor con una mujer habla de esta última como de una de aquellas naturalezas maternales en las que el sentimiento amoroso se funda exclusivamente en el deseo de tener un hijo. Pero las circunstancias en que su encuentro ha tenido lugar han sido tales, que el sujeto se ha visto obligado a tomar precauciones contra un posible embarazo de su amante, y ya sabemos que la principal de estas precauciones consiste en impedir que el líquido seminal penetre en los órganos genitales de la mujer. Al despertar de aquella noche, cuenta la señora el siguiente sueño:

Un oficial, tocado con una gorra encarnada, la persigue por la calle. Ella echa a correr por una cuesta arriba, llega sin aliento a su casa, entra a y cierra la puerta con llave. El oficial queda fuera, y mirando ella por el ventanillo, le ve sentado en un banco y llorando.

En la persecución por el oficial con la gorra encarnada y en la anhelante fuga de la sujeto, cuesta arriba, reconoceréis sin esfuerzo la representación del acto sexual. El hecho de que la sujeto *se encierre* para librarse de su obstinado perseguidor nos presenta un ejemplo de aquellas inversiones que tan frecuentemente se producen en los sueños, pues, en realidad, había sido el hombre el que se había sustraído a la perfección del acto sexual realizado. Del mismo modo desplaza también la sujeto su tristeza, atribuyéndola a su compañero, y es a el al que ve llorar en el sueño, llanto que constituye igualmente una alusión a la emisión de esperma.

Habéis sin duda oído decir que, según el psicoanálisis, todos los sueños

tienen una significación sexual, pero ahora podréis observar por vosotros mismos hasta qué punto este juicio es equivocado. Conocéis ya sueños que son realizaciones de deseos, otros en los que se trata de la satisfacción de las necesidades más fundamentales, como el hambre, la sed y el ansia de libertad, y, por último, los que hemos denominado sueños de comodidad y de impaciencia, y otros puramente avariciosos o egoístas. Lo que sí es indiscutible y debéis tener siempre presente como uno de los resultados de la investigación psicoanalítica es que los sueños que aparecen considerablemente deformados son en su mayoría —aunque tampoco siempre— la expresión de deseos sexuales.

6.º. Tengo motivos especiales para acumular aquí numerosos ejemplos de empleo de los símbolos en los sueños. Ya en mis primeras lecciones os dije cuán difícil era, en la enseñanza del psicoanálisis, proporcionar pruebas que demuestren nuestras teorías, conquistándonos la convicción de nuestros oyentes, afirmación cuya verdad habréis podido confirmar repetidas veces. Pero existe entre las diversas proposiciones del psicoanálisis un enlace tan íntimo, que la convicción adquirida sobre un único punto puede extenderse a una gran parte de la totalidad. Pudiera decirse del psicoanálisis que basta con entregarle un dedo para que se tome toda la mano. De este modo, aquellos que llegan a comprender y aceptar la explicación de los actos fallidos se ven obligados, si no quieren hacerse reos de una falta de lógica, a admitir todo el resto. En el simbolismo de los sueños se nos ofrece otro de tales puntos fácilmente accesibles. Voy, pues, a continuar ocupándome de esta cuestión, exponiéndoos el sueño, ya publicado, de una mujer perteneciente a la clase popular y casada con un agente de Policía, persona que, como es natural, no ha oído hablar jamás del simbolismo onírico ni del psicoanálisis. Vosotros mismos juzgaréis si la interpretación de este sueño con el auxilio de símbolos sexuales puede ser considerada como arbitraria y forzada.

… *Alguien se introdujo entonces en la casa, y llena ella de angustia, llamó a un agente de Policía. Pero éste, de acuerdo con dos ladrones, había entrado en una iglesia a la que daba acceso una pequeña escalinata. Detrás de la iglesia había una montaña cubierta, en su cima, de espeso bosque. El agente de Policía llevaba casco, gola y capote. Su barba era poblada y*

negra. Los dos vagabundos que tranquilamente le acompañaban llevaban a la cintura unos delantales abiertos en forma de sacos. De la iglesia a la montaña se extendía un camino bordeado de matorrales que se iban haciendo cada vez más espesos, hasta convertirse en un verdadero bosque al llegar a la cima[1853].

Recordaréis aquí sin esfuerzo alguno los símbolos empleados. Los órganos genitales masculinos se hallan representados por la reunión de tres personas, y los femeninos, por un paisaje, compuesto de una capilla, una montaña y un bosque. Los escalones que dan acceso a la iglesia constituyen un símbolo del acto sexual, y aquello que en el sueño aparece como una montaña, lleva en Anatomía el mismo nombre: Monte de Venus.

7.º. He aquí otro sueño que debe ser interpretado con ayuda de los símbolos y es harto instructivo y probatorio por ser el sujeto mismo el que ha traducido todos sus símbolos, a pesar de no poseer el menor conocimiento teórico de la interpretación onírica, circunstancia nada frecuente y cuyas condiciones nos son aún muy poco conocidas.

Pasea con su padre por un lugar que seguramente es el Prater, pues se ve la rotonda, y delante de ella, un pequeño edificio anejo, al que se halla amarrado un globo cautivo medio deshinchado. Su padre le interroga sobre la utilidad de todo aquello, pregunta que le asombra, pero a la cual da, sin embargo, la explicación pedida. Llegan después a un patio sobre cuyo suelo se extiende una gran plancha de hojalata. El padre quiere cortar un pedazo de ella, pero antes mira en derredor suyo para cerciorarse de que nadie puede verle. El sujeto le dice entonces que basta con prevenir al guarda para poder llevarse todo lo que se quiera. Partiendo de este patio, desciende una escalera a una fosa, cuyas paredes se hallan acolchadas en la misma forma que las cabinas telefónicas. Al extremo de esta fosa se encuentra una larga plataforma, tras de la cual comienza otra fosa idéntica…

El sujeto interpreta por sí mismo: «La rotonda representa mis órganos genitales, y el globo cautivo que se encuentra ante ella no es otra cosa que mi pene, cuya facultad de erección ha disminuido desde hace algún tiempo». O más exactamente traducido; la rotonda es la región anal —que ya el niño considera generalmente como una parte del aparato genital—, y el pequeño

anejo que se alza ante esta rotonda y al cual se halla sujeto el globo cautivo representa los testículos. En el sueño le pregunta su padre qué es lo que todo aquello significa; esto es, cuáles son el fin y la función de los órganos genitales. Sin riesgo de equivocarnos podemos invertir la situación y admitir que realmente es el hijo el que interroga. No habiendo planteado nunca el padre en la vida real semejante interrogación al hijo, debe considerarse esta idea como un deseo o interpretarla condicionalmente; esto es, en la forma que sigue: «Si yo hubiera pedido a mi padre informaciones relativas a los órganos sexuales…». Más adelante hallaremos la continuación y el desarrollo de esta idea.

El patio sobre cuyo suelo se halla extendida la plancha de hojalata no debe ser considerado en esencia como un símbolo, pues forma parte del local en que el padre ejerce su comercio. Por discreción he reemplazado por la hojalata el artículo en que realmente comercia el padre sin cambiar en nada más el texto del sueño. El sujeto del mismo, que ayuda a su padre en los negocios, ha visto desde el primer día con gran repugnancia lo incorrecto de algunos de los procedimientos en los que en gran parte reposa el beneficio obtenido. Así, pues, podemos dar a la idea que antes dejamos interrumpida la continuación siguiente: «Si yo hubiera preguntado a mi padre…, me hubiera engañado, como engaña a sus clientes». El deseo del padre de cortar y llevarse un pedazo de la plancha de hojalata pudiera ser una representación por su falta de honradez comercial, pero el sujeto mismo del sueño nos da otra explicación distinta, revelándonos que es un símbolo del onanismo, interpretación que coincide con nuestro conocimiento de los símbolos y con el hecho de que el secreto en que se han de realizar las prácticas masturbadoras quede expuesto en el sueño por la idea contraria, pues el hijo dice al padre que si quiere arrancar un pedazo de hojalata, debe hacerlo abiertamente pidiendo permiso al guarda. Tampoco nos extraña ver al hijo atribuir al padre las prácticas masturbatorias, del mismo modo que le ha atribuido la interrogación en la primera escena del sueño. La fosa acolchada es interpretada por el sujeto del sueño como una evocación de la vagina con sus suaves y blancas paredes, interpretación a la que por nuestra cuenta añadiremos que el descenso a la fosa significa como en otros casos el acto de subir a alguna parte: la realización del coito.

La circunstancia de que la primera fosa se hallaba seguida de una larga plataforma, al final de la cual comenzaba otra nueva fosa, nos la explica el sujeto por un detalle biográfico. Después de haber tenido frecuentes relaciones sexuales se halla privado de ellas por una enfermedad que le impide realizar el coito, y espera que un tratamiento a que se ha sometido le devuelva su perdido vigor.

8.º. Los dos sueños que siguen fueron soñados por un extranjero de disposiciones poligámicas muy pronunciadas. Los cito aquí para mostraros que es siempre el *yo* del soñador el que aparece en el sueño, aun cuando permanezca oculto o disimulado en el contenido manifiesto. Las maletas que figuran en estos sueños son símbolos femeninos.

a) Se halla próximo a partir y manda a la estación, en un coche, su equipaje, compuesto por un gran número de maletas, entre las cuales descuellan dos de gran tamaño y forradas de negro, análogas a las que usan los viajantes para llevar las muestras. El sujeto dice a alguien, con tono consolador: «Éstas no van más que hasta la estación».

El sujeto viaja, en efecto, con mucho equipaje, pero, además, relató durante el tratamiento un gran número de aventuras amorosas. Las dos maletas negras corresponden a dos mujeres morenas que desempeñan actualmente en su vida un papel de gran importancia. Una de ellas quería seguirle a Viena, pero a mi instancia le telegrafió que se abstuviera de hacer tal viaje.

b) Una escena en la aduana: *Uno de sus compañeros de viaje abre su baúl y dice, mientras fuma negligentemente un cigarrillo: «Ahí dentro no hay nada», El aduanero parece creerle, pero comienza a registrar y encuentra algo cuya importación se halla totalmente prohibida. El viajero dice entonces con resignación: «¡Qué le vamos a hacer!».* El viajero es el sujeto mismo del sueño, y el aduanero, yo. Generalmente muy sincero en sus confesiones, ha querido ocultarme las relaciones que acaba de iniciar con una señora, pues suponía, con razón, que dicha señora no me era desconocida. En su sueño ha transferido a un tercero la penosa situación de aquel que es cogido en una mentira, y ésta es la razón de que no figure personalmente en él.

9.º. He aquí un ejemplo de un símbolo que aún no he mencionado en estas lecciones: *Encuentra a su hermana en compañía de dos amigas, hermanas también entre sí. Tiende la mano a estas últimas, y en cambio a su hermana no.*

Este sueño no se enlaza a ningún suceso real, pero los recuerdos del sujeto le conducen a una época en la que por vez primera observó que los senos femeninos se desarrollan muy lentamente, y se preguntó cuál podía ser la causa. Las dos hermanas de sus sueños representan, pues, dos senos femeninos que cogería gustoso con su mano, siempre que no fueran los de su hermana.

10.º. He aquí un ejemplo de simbolismo de la muerte en el sueño: *Pasa sobre un puente de hierro muy elevado con dos personas a las que conoce pero cuyo nombre ha olvidado al despertar. De repente desaparecen sus acompañantes y ve ante sí una figura espectral que lleva un gorro en la cabeza y va vestida con un traje de lienzo. Le pregunto si es el repartidor de telégrafos… No. Luego si es el cochero. No. Continúa después su camino.* Experimenta todavía antes de despertar una gran angustia, e incluso una vez despierto prolonga su sueño imaginando que el puente de hierro se hunde y le precipita consigo al abismo.

Aquellas personas que el sujeto de un sueño no reconoce en el mismo o cuyo nombre dice haber olvidado al despertar son casi siempre individuos de su familia o intimidad. El sujeto de este sueño tiene un hermano y una hermana, y si desea o ha deseado alguna vez su muerte, es justo que experimente por su parte el miedo a la misma. Con respecto al repartidor de telégrafos, observa el interesado en el análisis que los que tal oficio ejercen suelen ser siempre portadores de malas noticias. Mas, por el uniforme que el extraño individuo vestía, podía también ser un farolero, los cuales, como sabemos, no se hallan encargados solamente de encender los faroles, sino también de apagarlos, siendo en esto semejantes al genio de la muerte, que apaga la antorcha de la vida. A la idea de «cochero» asocia el recuerdo del poema de Uhland sobre las travesías del rey Carlos, y evoca a este propósito un peligroso viaje por mar que efectuó con dos camaradas, y durante el cual desempeñó igual papel que el rey en el poema citado. Con relación al puente

de hierro recuerda un grave accidente acaecido poco tiempo antes y el absurdo aforismo chistoso que dice que la vida es un puente colgante.

11.º. Otro ejemplo de representación simbólica de la muerte: *Un caballero desconocido deja para él una tarjeta de visita con bordes de luto.*

12.º. El sueño siguiente, que tiene entre sus antecedentes un estado neurótico, habrá de interesarnos por diversas circunstancias: *El sujeto viaja en ferrocarril. El tren se detiene en pleno campo. Pensando que se trata de un accidente y que es necesario ponerse en salvo, atraviesa todos los departamentos del convoy y mata a todos aquéllos con quienes tropieza: conductor, fogonero, revisor,* etc.

Con este sueño se enlaza el recuerdo de un relato oído a un amigo suyo: En un departamento reservado de un tren italiano, en el que era conducido un loco al manicomio, se dejó entrar por equivocación a otro viajero, que fue asesinado por el enfermo.

El sujeto del sueño se identifica, pues, con este loco, y justifica su acto por la representación obsesiva que le atormenta de cuando en cuando de que debe «suprimir a todos los testigos». Pero después, en el curso del análisis, halla una mejor motivación, que nos revela el punto de partida de su sueño. La víspera había visto en el teatro a una joven con la que se habría casado ya si no le hubiese dado motivo de celos. Pero teniendo en cuenta la gran intensidad que éstos han alcanzado en él, habría sido realmente una locura llegar a casarse con ella. Piensa, pues, el sujeto que su amada le inspira tan escasa confianza que si se hubiera casado hubiera tenido que matar por celos a todos aquellos que hubiera encontrado en su camino. Sabemos ya que el atravesar una serie de habitaciones (en este caso de vagones) es un símbolo del matrimonio.

A propósito de la detención del tren en pleno campo y del temor de un accidente, nos relata el sujeto que un día que viajaba realmente en ferrocarril paró el tren de súbito entre dos estaciones. Una señora joven, que se hallaba a su lado, declaró que iba probablemente a producirse un choque con otro tren, y que en este caso la primera precaución que debe tomarse es poner las piernas en alto. Esta idea de «las piernas en alto» desempeñó también un

papel importante en las numerosas excursiones campestres que hizo el sujeto con la joven citada, durante la dichosa época de sus primeros amores, circunstancia que constituye una nueva prueba de que necesitaría estar loco para casarse ahora con ella.

A pesar de todo esto, el conocimiento que yo tenía de la situación me permite afirmar que el deseo de cometer tal locura continuaba a pesar de todo persistiendo en él.

LECCIÓN XIII.
9. RASGOS ARCAICOS E INFANTILISMO DEL SUEÑO

Señoras y señores:

UNO de los resultados obtenidos en nuestras investigaciones nos reveló que bajo la influencia de la censura comunica la elaboración onírica a las ideas latentes una particular forma expresiva. Las ideas latentes son iguales a aquéllas de que en nuestra vida despierta tenemos perfecta consciencia, pero la expresión que en el sueño revisten presentan numerosos rasgos que nos son ininteligibles. Ya hemos dicho que esta forma expresiva retrocede a estados muy pretéritos de nuestro desarrollo intelectual, esto es, el lenguaje figurado, a las relaciones simbólicas y quizá a condiciones que existieron antes del desarrollo de nuestro lenguaje abstracto. En esta circunstancia es en la que nos hemos fundado para calificar de *arcaico* o *regresivo* el género de expresión de la elaboración onírica.

Podemos, pues, deducir que un estudio más profundo y detenido de la elaboración ha de proporcionarnos interesantísimos datos sobre los orígenes poco conocidos de nuestro desarrollo intelectual. En realidad, espero que así sea, pero es ésta una labor que no ha sido aún emprendida. La elaboración onírica nos hace retornar a una doble prehistoria: en primer lugar, a la prehistoria individual, o sea a la infancia, y después, en tanto en cuanto todo individuo reproduce abreviadamente en el curso de su infancia el desarrollo de la especie humana, a la prehistoria filogénica. No creo imposible que llegue a conseguirse algún día fijar qué parte de los procesos psíquicos

latentes corresponde a la prehistoria individual y cuál otra a la prehistoria filogénica. Por lo pronto, creo que podemos considerar justificadamente la relación simbólica de que en el curso de estas lecciones hemos hablado y que el individuo no ha aprendido jamás a establecer como un legado filogénico.

Pero no es éste el único carácter arcaico del sueño. Todos conocéis, por propia experiencia, la singular amnesia infantil, o sea el hecho comprobado de que los cinco, seis u ocho primeros años de la vida no dejan como los sucesos de años posteriores una huella más o menos precisa en nuestra memoria. Existen ciertamente algunos individuos que pueden vanagloriarse de una continuidad mnémica que se extiende a través de toda la vida desde sus primeros comienzos, pero el caso contrario, aquél en el que la memoria del sujeto adolece de extensas lagunas, es el más frecuente y casi general. A mi juicio, no ha despertado este hecho toda la atención que merece. A la edad de dos años, el niño sabe ya hablar con bastante perfección, y poco después nos muestra que sabe también orientarse en situaciones psíquicas complicadas, y manifestar sus ideas y sentimientos por medio de palabras y actos que los que le rodean habrán de recordarle en años posteriores, pues él los olvidará por completo, a pesar de que la memoria es o debiera ser en los tempranos años infantiles, en los que se halla menos recargada, más sensible y apta para su misión retentiva. Por otra parte, nada nos autoriza a considerar la función de la memoria como una función psíquica especialmente elevada y difícil; suele, por lo contrario, suceder que personas de muy bajo nivel intelectual poseen esta facultad en alto grado.

A esta particularidad se añade la de que tal carencia de recuerdos sobre los primeros años infantiles no es ni mucho menos completa, pues en la memoria del adulto quedan algunas claras huellas de esta época, correspondientes casi siempre a impresiones plásticas, aunque con la singularidad de que no hay nada que a primera vista justifique su conservación con preferencia a otras. De las impresiones que recibimos en épocas posteriores de nuestra vida realiza nuestra memoria una selección, conservando las más importantes y dejando perderse el resto. Mas con los recuerdos que de nuestra infancia conservamos sucede algo muy distinto. Estos recuerdos no corresponden necesariamente a sucesos importantes de dicho período de nuestra vida, ni siquiera a sucesos que pudieron parecernos

importantes desde el punto de vista infantil. Son, por lo contrario, tan triviales e insignificantes que nos preguntamos con asombro por qué razón han sido precisamente los que han escapado al olvido. Ya en una ocasión anterior intenté resolver el enigma de la amnesia infantil y de los restos de recuerdos conservados a pesar de la misma, y llegué a la conclusión de que también la memoria del niño efectúa una labor de selección, conservando tan sólo lo importante; mas por medio de los procesos que os son ya conocidos, el de condensación y, sobre todo, el de desplazamiento, quedan dichos recuerdos importantes sustituidos en la memoria del sujeto por otros que lo parecen menos. Basándome en esta circunstancia he dado a estos recuerdos infantiles el nombre de *recuerdos encubridores* (*Deckerinnerungen*). Un penetrante análisis de los mismos nos permite descubrir tras de ellos lo importante olvidado.

En la terapéutica psicoanalítica nos hallamos siempre ante la necesidad de llenar las lagunas que presentan los recuerdos infantiles, y cuando el tratamiento da resultados aproximadamente satisfactorios, esto es, en un gran número de casos, conseguimos hacer surgir el contenido de los años infantiles encubierto por el olvido. Las impresiones de este modo reconstituidas no han sido nunca realmente olvidadas; lo que sucede es que han pasado a lo inconsciente, haciéndose latentes e inaccesibles fuera del análisis. Sin embargo, suelen a veces emerger espontáneamente en relación con ciertos sueños, mostrándosenos así la vida onírica capaz de hallar el camino de acceso a estos sucesos infantiles latentes. La literatura sobre los sueños nos muestra acabados casos de este género, y yo mismo he podido aportar un ejemplo personal. Una noche soñé con una persona que me había prestado un servicio y cuya figura se me apareció con gran precisión y claridad. Era un hombre de escasa estatura, gordo, tuerto y con la cabeza metida entre los hombros. Del contexto de mi sueño deduje que aquel hombrecillo era un médico. Felizmente pude preguntar a mi madre, que vivía todavía, cuál era el aspecto exterior del médico de mi ciudad natal, de la que salí a la edad de tres años, y supe que, en efecto, era tuerto, pequeño, gordo y tenía la cabeza metida entre los hombros. Me reveló, además, mi madre en qué ocasión olvidada por mí me había prestado este médico sus servicios. Vemos, pues, que este acceso a los materiales olvidados de los primeros años

de la infancia constituye un nuevo rasgo arcaico del sueño.

Idéntica explicación puede aplicarse a otro de los enigmas con los cuales tropezamos en el curso de estas investigaciones. Recordaréis, sin duda, el asombro que experimentasteis cuando os expuse la prueba de que los sueños son estimulados por deseos sexuales, fundamentalmente perversos, y a veces de una tan desenfrenada licencia, que han hecho necesaria la institución de una censura y una deformación onírica. Cuando llegamos a comunicar al sujeto la interpretación de un sueño de este género no deja nunca de hacer constar su protesta contra la misma, pero aun en los casos más favorables, es decir, en aquéllos en que acepta tal interpretación, pregunta siempre de dónde puede proceder un tal deseo que tan incompatible con su carácter y tan contrario al conjunto de sus tendencias y sentimientos le parece, interrogación cuya respuesta no tenemos por qué dilatar. Tales perversos deseos tienen sus raíces en el pasado, muchas veces en un pasado harto próximo, resultando posible demostrar que en dicho pretérito fueron conocidos y conscientes. Así, una señora cuyo sueño entrañaba el deseo de que muriese su hija, de diecisiete años de edad, encontró, guiada por nosotros, que hubo una época de su vida en la que realmente deseó dicha muerte. Su hija era el fruto de un desgraciado matrimonio al que el divorcio puso término. Hallándose todavía encinta, tuvo la señora, a consecuencia de una violenta escena con su marido, un tal acceso de cólera, que, perdiendo todo el dominio de sí misma, comenzó a golpearse el vientre con intención de ocasionar la muerte a la hija que en su seno llevaba. Muchas madres que aman hoy con gran ternura a sus hijos, y hasta les demuestran un exagerado cariño, no los concibieron sino a disgusto y desearon su muerte antes del parto, llegando algunas hasta intentar criminales prácticas abortivas que, afortunadamente, no dieron resultado alguno. Resulta, pues, que el deseo expresado por algunos sueños de ver morir a una persona amada, deseo que tan inexplicablemente parece al sujeto en la época en que tiene un tal sueño, se remonta a una época pretérita de sus relaciones con dicha persona.

En otro de los sueños de este género que hemos tenido ocasión de interpretar resultaba que el sujeto deseaba la muerte de su hijo mayor y más querido. Naturalmente, rechazó al principio la idea de haber abrigado nunca tal deseo, pero en el curso del análisis hubo de recordar que teniendo su hijo

pocos meses y hallándose él descontento de su matrimonio, pensó repetidas veces que si aquel pequeño ser, por el que aún no sentía cariño alguno, llegaba a morir, podría él recuperar su libertad y haría de la misma un mejor uso. Idéntico origen puede demostrarse para un gran número de análogos sentimientos de odio que no son sino recuerdos de algo que en un pretérito más o menos lejano fue consciente y desempeñó un importante papel en la vida psíquica. Me diréis que cuando no ha habido modificación alguna en la actitud del sujeto con respecto a una persona y cuando esta actitud ha sido siempre benévola, tales deseos y tales sueños no debieran existir. Por mi parte, estoy dispuesto a admitir esta condición, pero he de recordaros que a lo que en los sueños hemos de atender no es al contenido manifiesto, sino el sentido que el mismo adquiere después de la interpretación. Puede, por tanto, suceder que el sueño manifiesto que nos presenta la muerte de una persona amada signifique algo totalmente distinto y se haya servido de triste acontecimiento tan sólo a título de disfraz o utilice a dicha persona como engañadora sustitución de otra.

Pero esta misma circunstancia despertará en vosotros una interrogación mucho más importante. Me observaréis, en efecto, que incluso admitiéndolo que este deseo de muerte haya existido y sea confirmado por el sujeto al evocar sus recuerdos, ello no constituye explicación ninguna. Un tal deseo, vencido ha largo tiempo, no puede ya existir en lo inconsciente sino como un simple recuerdo desprovisto de afecto, nunca como un enérgico sentimiento. Nada nos prueba, en realidad, que posea fuerza ninguna. Mas entonces, ¿por qué es evocado por el sueño? Encuentro esta interrogación perfectamente justificada, pero un intento de responder a ella nos llevaría muy lejos y nos obligaría a adoptar una actitud determinada sobre uno de los puntos más importantes de la teoría de los sueños. Hallándonos obligados a permanecer dentro de los límites de nuestra exposición, habremos de abstenernos por el momento de entrar en el esclarecimiento de este problema y contentarnos con haber demostrado el hecho de que dichos deseos ahogados desempeñan el papel de estímulos del sueño. Proseguiremos, pues, nuestra investigación, encaminándola ahora a descubrir si también otros malos deseos tienen igualmente su origen en el pasado del individuo.

Limitémonos, por lo pronto, a los deseos de muerte, que la mayor parte de las veces son inspirados por el limitado egoísmo del sujeto. Es muy fácil demostrar que este deseo constituye un frecuentísimo estímulo de sueños. Siempre que alguien estorba nuestro camino en la vida (y todos sabemos cuán frecuente es este caso en las complicadísimas condiciones de nuestra vida actual), el sueño se muestra dispuesto a suprimirlo, aunque la persona que ha de ser suprimida sea el padre, la madre, un hermano, una hermana, un esposo o una esposa. Esta maldad que en los sueños demuestra la naturaleza humana hubo ya de asombrarnos y provocar nuestra resistencia a admitir sin reservas la verdad de este resultado de la interpretación onírica. Pero en el momento en que se nos reveló que debíamos buscar el origen de tales deseos en el pretérito, descubrimos en seguida el período del pasado individual en el que los mismos y el feroz egoísmo que suponen no tienen nada desconcertante. Es, en efecto, el niño en sus primeros años, que, como hemos visto, quedan más tarde velados por la amnesia, el que da con frecuencia pruebas del más alto grado de este egoísmo y presenta siempre, durante el resto de la infancia, marcadísimas supervivencias del mismo. En la primera época de su vida, el niño concentra toda su facultad de amar en su propia persona, y sólo más tarde es cuando aprende a amar a los demás y a sacrificarles una parte de su yo. Incluso el cariño que parece demostrar desde un principio a las personas que le cuidan y guardan no obedece sino a razones egoístas, pues necesita imprescindiblemente de ellas para subsistir, y pasará mucho tiempo hasta que logre hacerse independiente en él el amor del egoísmo. Puede decirse, por tanto, que en realidad es *el egoísmo lo que le enseña a amar*.

Desde este punto de vista resulta muy instructiva la comparación entre la actitud del niño con respecto a sus hermanos y hermanas y aquella que observa para con sus padres. El niño no ama necesariamente a sus hermanos y hermanas, y con harta frecuencia abriga hacia ellos sentimientos hostiles, considerándolos como competidores, actitud que se mantiene muchas veces sin interrupción durante largos años hasta la pubertad y aun después de ella. En ocasiones queda reemplazada o, más bien, encubierta, por sentimientos más cariñosos; pero, de un modo general, la actitud hostil es la primitiva, y se

nos muestra con toda evidencia en los niños de dos años y medio a cinco con motivo del nacimiento de un nuevo hermano o una nueva hermana, los cuales reciben casi siempre una acogida nada amistosa. En estas ocasiones no es nada raro oír expresar al niño su protesta y el deseo de que la cigüeña vuelva a llevarse al recién nacido. Posteriormente aprovechará todas las ocasiones para denigrar al intruso, y llegará a veces hasta atentar directamente contra él. Cuando la diferencia de edad es menor, se encuentra ya el niño, al despertar su actividad psíquica, con la presencia del hermanito, y le acepta sin resistencia, como un hecho inevitable y consumado. En los casos en que dicha diferencia es, por lo contrario, más considerable, puede despertar el recién nacido determinadas simpatías, siendo considerado como un objeto interesante —una muñeca viva—. Por último, cuando entre los hermanos hay ya un intervalo de ocho o más años, suelen surgir en los mayores, y sobre todo en las niñas, sentimientos de maternal solicitud. De todos modos, creo sinceramente que cuando en un sueño descubrimos el deseo de ver morir a un hermano o a una hermana, no tenemos por qué asombrarnos y calificarlo de enigmático, pues sin gran trabajo se suele hallar la fuente del mismo en la primera infancia, y con alguna frecuencia en épocas más *tardías* de la vida en común.

Difícilmente se encontrará una *nursery* sin conflictos violentos entre sus habitantes, motivados por el deseo de cada uno de monopolizar en provecho propio la ternura de los padres, la posesión de los objetos y el espacio disponible. Los sentimientos hostiles se dirigen tanto hacia los hermanos menores como hacia los mayores. Ha sido, creo, Bernard Shaw quien ha dicho que si hay un ser al que una joven inglesa odie más que a su madre, es, seguramente, su hermana mayor. Mas en esta observación hay algo que nos desconcierta. Podemos en rigor concebir todavía el odio y la competencia entre hermanos y hermanas. Lo que no llegamos a explicarnos es que entre el padre y los hijos o entre la madre y las hijas puedan también surgir tales sentimientos hostiles.

Los hijos manifiestan ciertamente un mayor cariño hacia sus padres que hacia sus hermanos, circunstancia conforme en todo a nuestra concepción de las relaciones familiares, pues la falta de cariño entre padres e hijos nos parece mucho más contra naturaleza que la enemistad entre hermanos y

hermanas. Pudiéramos decir que el cariño entre padres e hijos ha sido revestido por nosotros de un carácter sagrado que, en cambio, no hemos concedido a las relaciones fraternales. Y, sin embargo, la observación cotidiana nos demuestra cuán frecuentemente quedan las relaciones sentimentales entre padres e hijos muy por debajo del ideal marcado por la sociedad y cuánta hostilidad suelen entrañar, hostilidad que se manifestaría al exterior sin la intervención inhibitoria de determinadas tendencias afectivas. Las razones de este hecho son, generalmente, conocidas: trátase, ante todo, de una fuerza que tiende a separar a los miembros del mismo sexo dentro de una familia; esto es, a la hija de la madre y al hijo del padre. La hija encuentra en la madre una autoridad que coarta su voluntad y se halla encargada de la misión de imponerle el renunciamiento a la libertad sexual exigido por la sociedad. Esto, sin hablar de aquellos casos, nada raros, en los que entre madre e hija existe una especie de rivalidad o de verdadera competencia. Algo idéntico, pero de una intensidad aún mayor, sucede entre el padre y los hijos. Para el hijo representa el padre la personificación de la coerción social impacientemente soportada. El padre se opone a la libre voluntad del hijo cerrándole el acceso a los placeres sexuales y a la libre posesión de la fortuna familiar. La espera de la muerte del padre se eleva en el sucesor al trono a una verdadera altura trágica. En cambio, las relaciones entre padres e hijas y entre madres e hijos parecen más francamente amistosas. Sobre todo, en la relación de madre e hijo, y en su recíproca, es donde hallamos los más puros ejemplos de una invariable ternura exenta de toda consideración egoísta.

Os preguntaréis, sin duda, por qué os hablo de estas cosas tan triviales y generalmente conocidas. Lo hago porque existe una fuerte tendencia a negar su importancia en la vida y a considerar que el ideal social es seguido y obedecido siempre y en todos los casos. Es preferible que, en lugar del cínico, sea el psicólogo el que diga la verdad, y conviene, además, hacer constar que la negación de la existencia de tales sentimientos hostiles sólo se mantiene con respecto a la vida real, pues a la poesía narrativa y dramática se las deja toda libertad para servirse de situaciones originales por la perturbación del ideal social sobre las relaciones familiares.

No habremos, por tanto, de extrañar que en muchas personas revela el

sueño el deseo de ver morir al padre o a la madre, siendo lo más frecuente que los hijos deseen lo primero y las hijas lo segundo, y debemos incluso admitir que este deseo existe igualmente en la vida despierta, llegando a veces hasta hacerse consciente cuando puede disimularse detrás de un distinto motivo, como sucedía en uno de los sueños citados anteriormente (número 3), en el que el deseo de ver morir al padre se disfrazaba de compasión por sus sufrimientos. Es raro que la hostilidad domine exclusivamente en estas situaciones, pues casi siempre se esconde detrás de sentimientos más tiernos, que la mantienen reprimida, y se ve obligada a esperar que un sueño venga a aislarla. Aquello que tras este proceso toma en el sueño exageradas proporciones, disminuye de nuevo después que la interpretación lo ha hecho entrar en el conjunto vital (H. Sachs). Pero tales deseos de muerte se nos revelan también en casos en los que la vida no les ofrece ningún punto de apoyo y en los que el hombre despierto no consiente jamás en confesarlas. Esto se explica por el hecho de que el motivo más profundo y habitual de la hostilidad, sobre todo entre personas del mismo sexo, surge ya en la primera instancia, pues no es otro que la competencia amorosa, con especial acentuación del carácter sexual. Ya en los primeros años infantiles comienza el hijo a sentir por la madre una particular ternura. La considera como cosa suya y ve en el padre una especie de competidor que le disputa la posesión. Análogamente considera la niña a su madre como alguien que estorba sus cariñosas relaciones con el padre y ocupa un lugar que la hija quisiera monopolizar. Determinadas observaciones nos muestran a qué tempranísima edad debemos hacer remontarse esta actitud, a la que hemos dado el nombre de *complejo de Edipo* por aparecer realizados, con muy ligeras modificaciones, en la leyenda que a Edipo tiene por protagonista los dos deseos extremos derivados de la situación del hijo; esto es, los de matar al padre y desposar a la madre. No quiero con esto afirmar que el complejo de Edipo agote todo lo que se relaciona con la actitud recíproca de padres e hijos, pues esta actitud puede ser mucho más complicada. Por otra parte, puede el complejo mismo hallarse más o menos acentuado y hasta sufrir una inversión, pero de todas maneras constituye siempre un factor regular y muy importante de la vida psíquica infantil, y si algún riesgo corremos en su estimación, será más bien el de darle menos valor del que

efectivamente posee que el de exagerar su influencia y efectos. Además, sucede muchas veces que los niños llegan a adoptar la actitud correspondiente al complejo de Edipo por reacción al estímulo de sus mismos padres, los cuales se dejan guiar, en sus predilecciones, por la diferencia sexual que impulsa al padre a preferir a la hija, y a la madre a preferir al hijo, o hacer que el padre haga recaer sobre la hija, y la madre sobre el hijo, el afecto que uno u otro cesan de hallar en el hogar conyugal.

No puede afirmarse que el mundo haya agradecido a la investigación psicoanalítica su descubrimiento del complejo de Edipo, el cual provocó, por lo contrario, la resistencia más encarnizada, y aun aquellos que omitieron sumarse a la indignada negación de la existencia de una tal relación sentimental prohibida o «tabú», han compensado su falta dando al complejo que la representa interpretaciones que la despojaban de todo su valor. Por mi parte, yo permanezco inquebrantablemente convencido de que no hay nada que negar ni atenuar, siendo necesario que nos familiaricemos con este hecho que la misma leyenda griega reconoce como una fatalidad ineluctable. Resulta, por otra parte, interesante que este complejo de Edipo, al que se quisiera eliminar de la vida real, queda, en cambio, abandonado a la libre disposición de la poesía. O. Rank ha demostrado, en un concienzudo estudio, que el complejo de Edipo ha sido un rico manantial de la inspiración para la literatura dramática, la cual nos lo presenta en infinidad de formas y lo ha hecho pasar por toda clase de modificaciones, atenuaciones y deformaciones, análogas a las que realiza la censura onírica que ya conocemos. Podremos, pues, atribuir también al complejo de Edipo incluso a aquellos sujetos que han tenido la dicha de evitar, en años posteriores a la infancia, todo conflicto con sus padres. En íntima conexión con él descubrimos, por último, otro complejo, al que llamaremos *complejo de castración*, y que es una reacción a las trabas que el padre impone a la actividad sexual precoz de su hijo.

Habiendo sido conducidos por las investigaciones que preceden al estudio de la vida psíquica infantil, podemos abrigar la esperanza de que el mismo nos proporcione también una explicación del origen de los restantes deseos prohibidos que se manifiestan en los sueños, o sea de los sentimientos sexuales excesivos. Impulsados de este modo a estudiar igualmente la vida

sexual del niño, llegamos a observar los hechos siguientes: Constituye, ante todo, un gran error negar la realidad de una vida sexual infantil y admitir que la sexualidad no aparece sino en el momento de la pubertad, esto es, cuando los órganos genitales alcanzan su pleno desarrollo. Por el contrario, el niño posee, desde un principio, una amplia vida sexual que difiere en diversos puntos de la vida sexual ulterior considerada como normal. Aquello que en la vida del adulto calificamos de «perverso» se aparta de lo normal por el desconocimiento de la diferencia específica (del abismo que separa al hombre del animal), la transgresión de los límites establecidos por la repugnancia, el incesto (prohibición de intentar satisfacer los deseos sexuales en personas a las que nos unen lazos de consanguinidad) y la homosexualidad y por la transferencia de la función genital a otros órganos y partes del cuerpo. Todos estos límites, lejos de existir desde un principio, son edificados, poco a poco, en el curso del desarrollo y de la educación. El niño los desconoce por completo. Ignora que existe entre el hombre y el animal un abismo infranqueable, y sólo más tarde adquiere el orgullo con que el hombre se opone a la bestia. Tampoco manifiesta, al principio, repugnancia alguna por los excrementos, repugnancia que irá adquiriendo después, poco a poco, bajo el influjo de la educación. Lejos de sospechar las diferencias sexuales, cree que ambos sexos poseen genitales idénticos, y sus primeros impulsos de carácter esencial y sus primeras curiosidades de este género recaen sobre aquellas personas que tiene más próximas y que, por otras razones, le son más queridas, tales como los padres, hermanos y guardadores. Por último, se manifiesta en él un hecho que volvemos a encontrar en el momento cumbre de las relaciones amorosas, o sea el de que no es únicamente en los órganos genitales donde sitúa la fuente del placer que espera, sino que otras distintas partes de su cuerpo aspiran en él a una igual sensibilidad, proporcionando análogas sensaciones de placer y pudiendo desempeñar de este modo el papel de órganos genitales. El niño puede, pues, presentar lo que llamaríamos una «perversidad polimórfica», y si todas estas tendencias no se advierten en él sino como débiles indicios, ello se debe, de una parte, a su menor intensidad en comparación con la que alcanzan en una edad más avanzada, y de otra, a que la educación reprime con la mayor energía, conforme van apareciendo todas las manifestaciones sexuales del niño. Esta supresión pasa después, por

decirlo así, de la práctica a la teoría y los adultos se esfuerzan en no darse cuenta de una parte de las manifestaciones sexuales del niño y en despojar el resto de las mismas, con ayuda de determinadas interpretaciones, de su naturaleza sexual. Hecho esto, nada más fácil que negar la totalidad de tales fenómenos. Pero lo curioso es que los que sostienen esta negativa son con frecuencia los mismos que en la *nursery* truenan contra todas las «mañas» sexuales de los niños, cosa que no les impide, una vez ante su mesa de trabajo, defender a capa y espada la pureza sexual de la infancia. Siempre que los niños son abandonados a sí mismos o sufren influencias desmoralizantes, podemos observar en ellos manifestaciones, a veces muy pronunciadas, de perversidad sexual. Sin duda tienen razón los adultos en no tomar demasiado en serio tales «niñerías», dado que el niño no es responsable de sus actos ni puede ser juzgado por el tribunal de las costumbres o el de las leyes, pero de todos modos resultará siempre que tales cosas existen y poseen su importancia, tanto como síntoma de una constitución congénita como a título de antecedentes y factores de la orientación del desarrollo posterior, revelándonos, además, datos muy interesantes sobre la vida sexual infantil y con ellos sobre la vida sexual humana en general. De este modo, si volvemos a hallar todos estos deseos perversos detrás de nuestros sueños deformados, ello significará solamente que también en este dominio ha llevado a cabo el sueño una regresión al estado infantil.

Entre estos deseos prohibidos merecen especial mención los incestuosos; esto es, los deseos sexuales dirigidos hacia los padres, hermanos y hermanas. Conocéis ya la aversión que la sociedad humana experimenta, o por lo menos promulga, con respecto al incesto y qué fuerza coercitiva poseen las prohibiciones contra el mismo. Los hombres de ciencia se han esforzado en hallar las razones de esta fobia al incesto. Unos han visto en su prohibición una representación psíquica de la selección natural, puesto que las relaciones sexuales entre parientes consanguíneos habrían de tener por consecuencia una degeneración de los caracteres raciales. Otros, en cambio, han pretendido que la vida en común practicada desde la más tierna infancia, desvía nuestros deseos sexuales de las personas con las que nos hallamos en contacto permanente. Pero tanto en un caso como en otro, el incesto se hallaría eliminado automáticamente y entonces no habría habido necesidad de recurrir

a severas prohibiciones, las cuales testimonian más bien de una fuerte inclinación a cometerlo. Las investigaciones psicoanalíticas han establecido de un modo incontestable que el amor incestuoso es el más primitivo y existe de una manera regular, siendo solamente más tarde cuando tropieza con una oposición cuyo origen podemos hallar en la psicología individual.

Recapitulemos ahora los datos que para la comprensión del sueño nos ha proporcionado el estudio de la psicología infantil. No solamente hemos hallado que los materiales de que se componen los sucesos olvidados de la vida infantil son accesibles al sueño, sino que hemos visto, además, que la vida psíquica de los niños, con todas sus particularidades, su egoísmo, sus tendencias incestuosas, etc., sobrevive en lo inconsciente y emerge en los sueños, los cuales nos hacen retornar cada noche a la vida infantil. Constituye esto una confirmación de que *lo inconsciente de la vida psíquica no es otra cosa que lo infantil*. La penosa impresión que nos deja el descubrimiento de la existencia de tantos rasgos malignos de la naturaleza humana comienza ahora a atenuarse. Estos rasgos, tan terriblemente perversos, son simplemente lo inicial, primitivo e infantil de la vida psíquica, elementos que podemos hallar en estado de actividad en el niño, pero que pasan inadvertidos a causa de sus pequeñas dimensiones, aparte de que, en muchos casos, no los tomamos en serio, por no ser muy elevado el nivel moral que al niño exigimos. Al retroceder los sueños hasta esta fase, parecen hacer surgir a la luz aquello que de más perverso hay en nuestra naturaleza, pero esto no es sino una engañosa apariencia que no debe alarmarnos. En realidad, somos mucho menos perversos de lo que hubimos de inclinarnos a creer después de estudiar la interpretación onírica.

Puesto que las tendencias que se manifiestan en los sueños no son sino supervivencias infantiles y un retorno a los principios de nuestro desarrollo moral, y puesto que el sueño nos transforma, por decirlo así, en niños, desde el punto de vista de la inteligencia y del sentimiento, no tenemos ya razón plausible alguna para avergonzarnos de estos malignos sueños. Pero como lo racional no forma sino una parte de la vida psíquica, la cual encierra en sí muchos otros elementos que nada tienen de racionales, resulta que, sin embargo, experimentamos una irracional vergüenza de nuestros sueños de

este género. Por esta razón los sometemos a la censura y nos avergüenza y contraría el que uno de estos deseos prohibidos consiga penetrar hasta la consciencia bajo una forma suficientemente inalterada para poder ser reconocido. En algunos casos llegamos incluso a avergonzarnos de nuestros sueños deformados, como si los comprendiésemos. Recordad el indignado juicio que la buena señora que tuvo el sueño de los «servicios de amor» hizo recaer sobre el mismo, aun no conociendo su interpretación psicoanalítica. No podemos, pues considerar resuelto el problema, y es posible que prosiguiendo nuestro estudio sobre los perversos elementos que se manifiestan en los sueños lleguemos a formarnos una distinta idea y a establecer una diferente apreciación de la naturaleza humana.

Como resultado de nuestra investigación hemos obtenido dos nuevos datos pero vemos en seguida que los mismos constituyen el punto de partida de nuevos enigmas y nuevas vacilaciones. Nos damos cuenta, en primer lugar, de que la regresión que caracteriza a la elaboración onírica no es únicamente formal, sino también material. No satisfecha con dar a nuestras ideas una forma de expresión primitiva, despierta asimismo las particularidades de nuestra vida psíquica primitiva, o sea la antigua preponderancia del *yo*, las tendencias iniciales de nuestra vida sexual y hasta nuestro primitivo bagaje intelectual, si es que se nos permite considerar como tal la relación simbólica. En segundo lugar, observamos que todo este primitivo infantilismo, que en épocas anteriores ejerció una total hegemonía, debe ser localizado actualmente en lo inconsciente, circunstancia que modifica y amplía las nociones que de esta instancia psíquica poseemos. Lo inconsciente no es ya tan sólo aquello que se encuentra en un momentáneo estado de latencia, sino que forma un dominio psíquico particular, con sus tendencias optativas propias, su privativo modo de expresión y mecanismos psíquicos particulares. Pero las ideas latentes del sueño que nos han sido reveladas por la interpretación onírica no forman parte de este dominio y podríamos tenerlas igualmente en la vida despierta. Sin embargo, son inconscientes. ¿Cómo resolver una tal contradicción? Comenzamos a sospechar que nos ha de ser preciso efectuar aquí una diferenciación. Algo que proviene de nuestra vida consciente y que participa de sus caracteres — los «restos diurnos»— se asocia a algo que proviene del dominio de lo

inconsciente, y de esta asociación resulta el sueño.

La elaboración onírica se efectúa entre estos dos grupos de elementos, y la influencia ejercida por lo inconsciente sobre los restos diurnos contiene quizá la condición de la regresión. Es ésta la idea más adecuada que, en tanto que exploramos otros dominios psíquicos, podemos formarnos de la naturaleza del sueño. Pero no se halla lejano el momento de aplicar al carácter inconsciente de las ideas latentes del sueño una distinta calificación que permita diferenciarlo de los elementos inconscientes procedentes del dominio de lo infantil.

Naturalmente, podemos plantearnos todavía las siguientes interrogaciones: ¿Qué es lo que impone a la actividad psíquica esta regresión durante el sueño? ¿Por qué no suprime dicha actividad las excitaciones perturbadoras del sueño sin la ayuda de una tal regresión? Y si para ejercer la censura se halla obligada a disfrazar las manifestaciones del sueño, dándoles una expresión primitiva actualmente incomprensible, ¿para qué le sirve hacer revivir las tendencias psíquicas, los deseos y los rasgos característicos desvanecidos hace largo tiempo, o dicho de otra manera, de qué le sirve añadir la regresión material a la regresión formal? La única respuesta susceptible de satisfacernos sería la de que es éste el único medio de formar un sueño y que desde el punto de vista dinámico resulta imposible concebir de un modo distinto la supresión del estímulo perturbador del reposo. Pero dado el estado actual de nuestros conocimientos, no tenemos todavía el derecho de dar tal respuesta.

LECCIÓN XIV.
10. REALIZACIONES DE DESEOS

Señoras y señores:

¿HABRÉ de recordaros una vez más el camino que hemos ya recorrido? ¿Habré de recordaros cómo, habiendo tropezado en la aplicación de nuestra técnica con la deformación onírica, nos decidimos a prescindir momentáneamente de ella y pedir a los sueños infantiles datos

decisivos sobre la naturaleza del fenómeno onírico? ¿Debo, por último, recordaros cómo una vez en posesión de los resultados de estas investigaciones atacamos directamente la deformación de los sueños cuyas dificultades hemos ido venciendo una por una? Mas llegados a este punto, nos vemos obligados a convenir en que lo que hemos obtenido siguiendo el primero de estos caminos no concuerda por completo con los resultados que las investigaciones efectuadas en la segunda dirección nos han proporcionado. Así, pues, nuestra labor más inmediata será la de confrontar estos dos grupos de resultados y ponerlos de acuerdo.

Por ambos lados hemos visto que la elaboración onírica consiste esencialmente en una transformación de ideas en sucesos alucinatorios. Esta transformación constituye ya de por sí un hecho enigmático, pero se trata de un problema de Psicología general, del cual no tenemos para qué ocuparnos aquí. Los sueños infantiles nos han demostrado que la elaboración tiende a suprimir, por la realización de un deseo, una excitación que perturba el reposo. De la deformación de los sueños no podíamos decir lo mismo antes de haber aprendido a interpretar éstos. Pero desde un principio esperamos poder deducir los sueños deformados al mismo punto de vista que los infantiles. La primera realización de esta esperanza nos ha sido proporcionada por el descubrimiento de que, en rigor, todos los sueños son sueños infantiles, pues todos ellos laboran con materiales infantiles y tendencias y mecanismos de este género. Y puesto que consideramos como resuelta la cuestión de la deformación onírica, nos queda únicamente por investigar si la concepción de la realización de deseos se aplica igualmente a los sueños deformados.

En páginas anteriores hemos sometido a interpretación una serie de sueños sin tener en cuenta el punto de vista de la realización de deseos, y, por tanto, tengo la convicción de que más de una vez os habéis preguntado: Pero ¿qué se ha hecho de aquella realización de deseos que antes se nos presentó «como el fin de la elaboración onírica»? Esta interrogación posee una gran importancia, pues es la que generalmente nos plantean nuestros críticos profanos. Como ya sabéis, la Humanidad experimenta una aversión instintiva hacia todas las novedades intelectuales, siendo una de las manifestaciones de esta aversión el hecho de que cada novedad queda en el acto reducida a su

más pequeña amplitud y como condensada en una fórmula. Para la nueva teoría de los sueños la fórmula corriente es la de «realización de deseos». Habiendo oído decir que el sueño es una realización de deseos, puede preguntarse en seguida dónde se halla tal realización. Pero al mismo tiempo que se plantea suele ya resolverse esta interrogación en sentido negativo, sin esperar más amplias explicaciones. Fundándose en el recuerdo de innumerables experiencias personales, en las que el displacer más profundo y hasta la más desagradable angustia han aparecido ligados a los sueños, declaran nuestros críticos que las afirmaciones de la teoría psicoanalítica sobre los mismos son por completo inverosímiles. A esta objeción nos es fácil responder que en los sueños deformados puede no ser evidente la realización de deseos, debiendo ser buscada y resultando muchas veces imposible de demostrar sin una previa interpretación del sueño. Sabemos igualmente que los deseos de estos sueños deformados son deseos prohibidos y reprimidos por la censura, deseos cuya existencia constituye precisamente la causa de la deformación onírica y lo que motiva la intervención de la instancia censora. Pero es difícil hacer entrar en la cabeza del crítico profano la evidente verdad de que no se puede buscar la realización de deseos en un sueño sin antes haberlo interpretado. Nuestro crítico olvidará constantemente esta verdad, mas su actitud negativa ante la teoría de la realización de deseos no es en el fondo sino una consecuencia de la censura onírica, pues viene a sustituir en su psiquismo a los deseos censurados de los sueños y es un efecto de la negación de los mismos.

Tendremos, naturalmente, que explicarnos la existencia de tantos sueños de contenido penoso y en particular la de los sueños de angustia o pesadillas. Nos hallamos aquí por vez primera ante el problema de los sentimientos en el sueño, problema que merecería ser estudiado por sí mismo. Desgraciadamente, no podemos efectuar aquí tal estudio. Si el sueño es una realización de deseos, no debiera provocar sensaciones penosas. En esto parecen tener razón los críticos profanos. Pero existen tres complicaciones en las cuales no han pensado.

(1) En primer lugar, puede suceder que la elaboración onírica no consiga crear plenamente una realización de deseos y pase, por tanto, al contenido

manifiesto un resto de los afectos dolorosos de las ideas latentes. El análisis deberá entonces mostrarnos —y en efecto nos lo muestra en cada caso de este género— que las ideas latentes eran aún mucho más dolorosas que el sueño formado a sus expensas. En estos sueños admitimos que la elaboración onírica no ha alcanzado el fin que se proponía, del mismo modo que aquellos sueños en los que soñamos beber no logran su objeto de dominar la excitación producida por la sed y acabamos por tener que despertarnos para beber realmente. Mas, sin embargo, hemos tenido un sueño verdadero y que no ha perdido nada de su carácter de tal por no haber conseguido constituir la realización del deseo. Debemos, pues, reconocerlo así, y decir: *Ut desint vires, tamen est laudanda voluntas*[1854]. Si el deseo no ha sido satisfecho, no por ello la intención deja de ser laudable. Estos fracasos de la elaboración onírica no son nada raros. Lo que a ellos contribuye es que los afectos son a veces harto resistentes y, por tanto resulta muy difícil, para la elaboración, modificarlos en el sentido deseado. Sucede así que, aun habiendo conseguido la elaboración transformar en una realización de deseos el contenido doloroso de las ideas latentes, el sentimiento displaciente que acompaña a las mismas pasa sin modificación ninguna al sueño manifiesto. En los sueños de este género existe, pues, un completo desacuerdo entre el afecto y el contenido manifiesto, circunstancia en la que se fundan muchos críticos para negarles un carácter de realización de deseos, alegando que incluso un contenido inofensivo puede aparecer acompañado de un sentimiento de displacer. Frente a esta incomprensiva objeción haremos constar que precisamente en esta clase de sueños es en lo que la tendencia a la realización de deseos se manifiesta con más claridad, pues aparece totalmente aislada. El error proviene de que aquellos que no conocen la neurosis se imaginan que existe entre el contenido y el afecto una íntima conexión, y no comprenden que un contenido pueda quedar modificado sin que lo sea a la vez la manifestación afectiva que le corresponde.

(2) Otra circunstancia mucho más importante, que el profano omite tener en cuenta, es la que sigue: una realización de deseos debiera ser, desde luego, una causa de placer. Mas ¿para quién? Naturalmente, para aquel que abriga tal deseo. Ahora bien: sabemos que la actitud del sujeto con respecto a sus

deseos es una actitud harto particular, pues los rechaza, los censura y no quiere saber nada de ellos. Resulta, pues, que la realización de los mismos no puede procurarle placer alguno, sino todo lo contrario, y la experiencia nos muestra que este afecto contrario, que permanece aún inexplicado, se manifiesta en forma de angustia. En su actitud ante los deseos de sus sueños, el durmiente se nos muestra, por tanto, como compuesto de dos personas diferentes, pero unidas, sin embargo, por una íntima comunidad. En vez de entrar en una detallada explicación de este punto concreto os recordaré un conocido cuento en el que hallamos una idéntica situación. Un hada bondadosa promete a un pobre matrimonio la realización de sus tres primeros deseos. Encantado de la generosidad del hada se dispone el matrimonio a escoger con todo cuidado, pero la mujer, seducida por el olor de unas salchichas que en la cabaña vecina están asando desea comer un par de ellas, y en el acto aparecen sobre la mesa, quedando cumplido el primer deseo. Furioso, el marido pide que las salchichas aquellas vayan a colgar de las narices de su imbécil mujer, deseo que es cumplido en el acto, como el segundo de los tres concedidos. Inútil deciros que esta situación no resulta nada agradable para la mujer, y como, en el fondo, su marido se siente unido a ella por el cariño conyugal, el tercer deseo ha de ser el de que las salchichas vuelvan a quedar sobre la mesa. Este cuento nos muestra claramente cómo la realización de deseos puede constituir una fuente de placer para una de las dos personalidades que al sujeto hemos atribuido y de displacer para la otra, cuando ambas no se hallan de acuerdo.

No nos será difícil llegar ahora a una mejor comprensión de las pesadillas. Utilizaremos todavía una nueva observación y nos decidiremos luego en favor de una hipótesis, en apoyo de la cual podemos alegar más de un argumento. La observación a que me refiero es la de que las pesadillas muestran con frecuencia un contenido exento de toda deformación; esto es, un contenido que, por decirlo así, ha escapado a la censura. La pesadilla es muchas veces una realización no encubierta de un deseo, pero de un deseo que, lejos de ser bien acogido por nosotros, es rechazado y reprimido. La angustia que acompaña a esta realización toma entonces el puesto de la censura. Mientras que el sueño infantil podemos decir que es la abierta realización de un deseo admitido, y del sueño ordinario, que es la realización

encubierta de un deseo reprimido, no podemos definir la pesadilla sino como la franca realización de un deseo reprimido, y la angustia constituye una indicación de que tal deseo se ha mostrado más fuerte que la censura y se ha realizado o se hallaba en vías de realización, a pesar de la misma. Fácilmente se comprende que para el sujeto que se sitúa en tal punto de vista de la censura, una tal realización ha de ser obligadamente un manantial de dolorosas sensaciones y le ha de hacer colocarse en una actitud defensiva. El sentimiento de angustia que entonces experimentamos en el sueño podemos decir que es un reflejo de la angustia que sentimos ante la fuerza de determinados deseos que hasta el momento habíamos conseguido reprimir.

Lo que para las pesadillas no deformadas resulta verdadero, debe de serlo también para aquellas que han sufrido una deformación parcial y para todos los demás sueños desagradables, cuyas penosas sensaciones se aproximan más o menos a la angustia. La pesadilla es seguida generalmente por un sobresaltado despertar, quedando interrumpido nuestro reposo antes que el deseo reprimido del sueño haya alcanzado, en contra de la censura, su completa realización. En estos casos, el sueño no ha podido cumplir su función, pero esto no modifica en nada su peculiar naturaleza. En efecto, comparamos al sueño con un vigilante nocturno encargado de proteger nuestro reposo contra posibles perturbaciones; pero también los vigilantes despiertan al vecindario cuando se sienten demasiado débiles para alejar sin ayuda ninguna la perturbación o el peligro. Esto no obstante, conseguimos muchas veces continuar durmiendo aun en el momento en que el sueño comienza a hacerse sospechoso y a convertirse en pesadilla. En tales casos, solemos decirnos, sin dejar de dormir: «No es más que un sueño», y proseguimos nuestro reposo.

Mas ¿cuándo adquiere el deseo onírico una potencia tal que le permite salir victorioso de la censura? Esta circunstancia puede depender tanto del deseo como de la censura misma. Por razones desconocidas, puede el deseo adquirir, desde luego, en un momento dado, una intensidad extraordinaria, pero tenemos la impresión de que más frecuentemente es a la censura a la que se debe este desplazamiento de las relaciones recíprocas entre las fuerzas actuantes. Sabemos ya que la intensidad de la censura es muy variable y que cada elemento es tratado con muy distinto rigor. A estas observaciones

podemos ahora añadir la de que dicha variabilidad va aún mucho más lejos y que la censura no aplica siempre igual rigor al mismo elemento reprensible. Si alguna vez le sucede hallarse impotente ante un sueño que intenta dominarla por sorpresa, utiliza, en efecto, de la deformación, el último arbitrio de que dispone, poniendo fin al reposo por medio de la angustia.

Al llegar a este punto de nuestra exposición advertimos que ignoramos aún por qué estos deseos reprimidos se manifiestan precisamente durante la noche como perturbadores de nuestro reposo. Para resolver esta interrogación hemos de fundarnos en la especial naturaleza del estado de reposo. Durante el día se hallan dichos deseos sometidos a una rigurosa censura que les prohíbe, en general, toda manifestación exterior. Pero durante la noche esta censura, como muchos otros intereses de la vida psíquica, queda suprimida o por lo menos considerablemente disminuida en provecho del deseo onírico. A esta disminución de la censura durante la noche es a lo que dichos deseos prohibidos deben la posibilidad de manifestarse. Muchos individuos nerviosos, atormentados por el insomnio, nos han confesado que al principio era el mismo voluntario, pues el miedo a los sueños, esto es, a las consecuencias del relajamiento de la censura que el reposo trae consigo, hacía que prefieran permanecer despiertos. Fácilmente se ve que tal supresión de la censura no constituye una grosera falta de previsión. El estado de reposo paraliza nuestra motilidad, y nuestras perversas intenciones, aun cuando entran en actividad, no llegarán nunca a producir cosa distinta de los sueños, los cuales son prácticamente inofensivos. Esta tranquilizadora circunstancia queda expresada en la razonable observación que el durmiente se hace de que todo aquello no es más que un sueño, observación que forma parte de la vida nocturna, pero no de la vida onírica: «Esto no es más que un sueño, y puesto que no puede pasar de ahí, dejémoslo hacer y continuemos durmiendo».

(3) Si, en tercer lugar, recordáis la analogía que hemos establecido entre el durmiente que lucha contra sus deseos y un ficticio personaje compuesto de dos individualidades distintas, pero estrechamente ligadas una a otra, observaréis, sin esfuerzo, que existe otra razón para que la realización de un deseo pueda ser considerada como algo extraordinariamente desagradable, o sea como un castigo. Retornemos a nuestro cuento de los tres deseos. La

aparición de las salchichas sobre la mesa constituye la realización directa del deseo de la primera persona, esto es, de la mujer; la adherencia de las mismas a la nariz de la imprudente son la realización del deseo de la segunda persona, o sea del marido, pero constituye asimismo el castigo infligido a la mujer por su absurdo deseo. Más adelante, al ocuparnos de las neurosis hallaremos la motivación del tercero de los deseos de que el cuento nos habla. Refiriéndome ahora al punto concreto del castigo, he de indicaros que en la vida psíquica del hombre existe un gran número de tendencias punitivas muy enérgicas a las que hemos de atribuir la motivación de la mayor parte de los sueños displacientes. Me objetaréis aquí que, admitiendo todo esto, nuestra famosa realización de deseos queda reducida a su más mínima expresión; pero examinando los hechos con un mayor detenimiento comprobaréis lo equivocado de vuestra crítica. Dada la variedad (de la cual ya trataremos más tarde) que la naturaleza del sueño podría revestir —y que según algunos autores reviste, en efecto—, nuestra definición (realización de un deseo, de un temor o de un castigo) resulta verdaderamente limitada. Debemos, además, tener en cuenta que el temor o la angustia es algo por completo opuesto al deseo y que los contrarios se encuentran muy próximos unos de otros en la asociación, e incluso llegan a confundirse, como ya sabemos, en lo inconsciente. Además el castigo es por sí mismo la realización de un deseo: el de aquella parte de la doble personalidad del durmiente que se halla de acuerdo con la censura.

Observaréis que no he hecho la menor concesión a vuestras objeciones contra la teoría de la realización de deseos. Pero tengo el deber, que no quiero eludir, de mostraros que cualquier sueño deformado no es otra cosa que una tal realización. Recordad el ejemplo que interpretamos en una de las lecciones anteriores y a propósito del cual hemos descubierto tantas cosas interesantes; me refiero al sueño que gravitaba en torno de tres malas localidades de un teatro por un florín cincuenta céntimos. Una señora a la cual su marido anuncia aquel mismo día que su amiga Elisa, tan sólo tres meses menor que ella, se ha prometido a un hombre honrado y digno, sueña que se encuentra con su esposo en el teatro. Una parte del patio de butacas se halla casi vacía. Su marido le dice que Elisa y su prometido hubieran querido

venir también al teatro, pero que no pudieron hacerlo por no haber encontrado sino tres localidades muy malas por un florín cincuenta céntimos. Ella piensa que no ha sido ninguna desgracia no poder venir aquella noche al teatro. En este sueño descubrimos que las ideas latentes se refieren al remordimiento de la señora por haberse casado demasiado pronto y a su falta de estimación por su marido. Veamos ahora cómo estas melancólicas ideas han sido elaboradas y transformadas en la realización de un deseo y dónde aparecen sus huellas en el contenido manifiesto. Sabemos ya que el elemento «demasiado pronto, apresuradamente», ha sido eliminado del sueño por la censura. El patio de butacas medio vacío constituye una alusión a él. El misterioso «3 por un florín cincuenta céntimos» nos resulta ahora más comprensible gracias a nuestro posterior estudio del simbolismo onírico[1855]. El 3 representa realmente en este sueño a un hombre, y el elemento manifiesto en que aparece puede traducirse sin dificultad para la idea de comprarse un marido con su dote. («Con mi dote hubiera podido comprarme un marido diez veces mejor».) El matrimonio queda claramente reemplazado por el hecho de ir al teatro, y el «tomar con demasiada anticipación los billetes» viene a sustituirse a la idea «me he casado demasiado pronto», sustitución motivada directamente por la realización de deseos. La sujeto de este sueño no se ha sentido nunca tan poco satisfecha de su temprano matrimonio como el día en que supo la noticia de los desposorios de su amiga. Hubo, sin embargo, un tiempo en el que tenía a orgullo el hallarse prometida y se consideraba superior a su amiga Elisa. Constituye, en efecto, un hecho muy corriente el de que las jóvenes ingenuas manifiesten su alegría, en los meses que preceden al matrimonio, ante la proximidad de la época en que podrán asistir a toda clase de espectáculos, sobre todo a aquellos que de solteras les estaban prohibidos. Se transparenta en este hecho una curiosidad, que seguramente fue, en sus principios, de naturaleza sexual y recaía con especialidad sobre la vida sexual de los propios padres, curiosidad que constituyó en este caso uno de los más enérgicos motivos que impulsaron a nuestra heroína a su temprano matrimonio. De este modo es como el «ir al teatro» llega en el sueño a constituir una sustitución representativa del «estar casada». Lamentando ahora su temprano matrimonio, se transporta la señora a la época en que el mismo constituía para ella la realización de un deseo,

permitiéndole satisfacer su curiosidad visual, y guiada por este deseo de una época pasada, reemplaza el hecho de hallarse casada por el de asistir al teatro.

No puedo ser acusado de haber escogido, ciertamente, el ejemplo más cómodo para demostrar la existencia de una oculta realización de deseos. Mas el procedimiento que nos permite llegar a descubrir tales realizaciones es análogo en todos los sueños deformados. No pudiendo emprender aquí ningún otro análisis de este género, he de limitarme a aseguraros que nuestra investigación quedaría en todo caso coronada por el más completo éxito. Sin embargo, quiero consagrar aún algunos momentos a este punto especial de nuestra teoría; pues sé por experiencia que es uno de los más expuestos a los ataques de la crítica y a la incomprensión. Pudierais, además, creer que el añadir que el sueño puede ser, además de la realización de un deseo, la de un angustioso temor o de un castigo, he retirado una parte de mi primera tesis, y juzgar favorable la ocasión para arrancarme otras concesiones. Por último, quiero evitar que, como otras varias veces, se me reproche el exponer demasiado sucintamente, y por tanto de un modo muy poco persuasivo, aquello que a mí me parece evidente.

Muchos de aquellos que me han seguido en la interpretación de los sueños y han aceptado los resultados obtenidos se detienen al llegar a la realización de deseos y me preguntan: Admitiendo que el sueño tiene siempre un sentido y que este sentido puede ser revelado por la técnica psicoanalítica, ¿cuál es la razón de que contra toda evidencia deba hallarse siempre moldeado en la fórmula de la realización de un deseo? ¿Por qué el pensamiento nocturno no habría de tener, a su vez, sentidos tan variados y múltiples como el diurno? O dicho de otra manera, ¿por qué el sueño no habría de corresponder unas veces a un deseo realizado, o como nos habéis expuesto, a un temor o un castigo, y otras, en cambio, a un proyecto, una advertencia, una reflexión con sus argumentos en pro y en contra, un reproche, un remordimiento, una tentativa de prepararse a un trabajo inmediato, etc. ? ¿Por qué habría de expresar siempre y únicamente un deseo o todo lo más su contrario?

Pudiera suponerse que una divergencia sobre ese punto carece de importancia, siempre que sobre los demás se esté de acuerdo, y que habiendo

hallado el sentido del sueño y establecido el medio de descubrirlo, resulta en extremo secundaria la cuestión de fijar estrictamente dicho sentido. Pero esto constituye un grave error. Una mala inteligencia sobre este punto ataca a la esencia misma de nuestro conocimiento de los sueños y anula el valor del mismo para la inteligencia de la neurosis.

Volvamos, pues, a nuestra interrogación de por qué un sueño no ha de corresponder a cosa distinta de la realización de un deseo. Mi primera respuesta será la que en todos estos casos acostumbro formular: ignoro por qué razón no sucede así, y por mi parte no tendría ningún inconveniente en que así fuera, pero la realidad es distinta y nos obliga a rechazar una tal concepción de los sueños, más amplia y cómoda que la que aquí sostenemos. En segundo lugar, tampoco me es ajena la hipótesis de que el sueño puede corresponder a diversas operaciones intelectuales. En una historia clínica publicada por mí se halla incluida la interpretación de un sueño que, después de repetirse tres noches consecutivas, no volvió a presentarse, y mi explicación de esta particularísima circunstancia es la de que este sueño correspondía a un proyecto, ejecutado el cual no tenía ya razón ninguna para continuar reproduciéndose. Posteriormente he hecho también público el análisis de otro sueño que correspondía a una confesión. Pero entonces, ¿cómo puedo contradecirme y afirmar que el sueño no es siempre sino un deseo realizado?

Lo hago así para alejar el peligro de una ingenua incomprensión que podría destruir por completo el fruto de los esfuerzos realizados para alcanzar la inteligencia del sueño, incomprensión que confunde el sueño con las ideas oníricas latentes y atribuye al primero algo que sólo a las segundas pertenece. Es exacto que el sueño puede representar todo aquello que antes hemos enumerado y sustituirlo: proyectos, advertencias, reflexiones, preparativos, intentos de resolver un problema, etc., pero un atento y detenido examen os hará observar que nada de esto resulta cierto con respecto a las ideas latentes, de cuya transformación ha nacido el contenido manifiesto. La interpretación onírica nos ha mostrado que el pensamiento inconsciente del hombre se ocupa con tales proyectos y reflexiones, con los que la elaboración onírica forma después los sueños.

Sólo si esta elaboración no os interesa y la elimináis por completo para no

atender sino a la ideación inconsciente del hombre, es como podréis decir que el sueño corresponde a un proyecto, una advertencia, etc. Este procedimiento se sigue con gran frecuencia en la actividad psicoanalítica cuando se trata de destruir la forma que ha revestido el sueño y sustituirla por las ideas latentes que le han dado origen.

Se nos revela, pues, en el examen particular de las ideas latentes que todos aquellos actos psíquicos tan complicados que antes hemos enumerado pueden realizarse fuera de la consciencia; resultado tan magnífico como desorientante.

Pero, volviendo a la multiplicidad de los sentidos que los sueños pueden poseer, os he de indicar que no tenéis derecho a hablar de una tal multiplicidad sino sabiendo que os servís de una fórmula que no puede hacerse extensible a la esencia del fenómeno onírico. Al hablar de «sueños», habréis de referiros siempre al sueño manifiesto, esto es, al producto de la elaboración onírica, o todo lo más a esta elaboración misma, o sea al proceso psíquico que, sirviéndose de las ideas latentes, forma el sueño manifiesto. Cualquier otro empleo que deis a dicho término podrá crear graves confusiones. Cuando, en cambio, queráis referiros a las ideas latentes que se ocultan detrás del contenido manifiesto, decidlo directamente y no contribuyáis a complicar el problema —ya harto intrincado— con un error de concepto o una expresión imprecisa. Las ideas latentes son la materia prima que la elaboración onírica transforma en el contenido manifiesto. Deberéis, por tanto, evitar toda confusión entre esta materia y la labor que le imprime una forma determinada, pues si no, ¿qué ventaja lleváis a aquellos que no conocen más que al producto de dicha elaboración y no pueden explicarse de dónde proviene y cómo se constituye?

El único elemento esencial del sueño se halla constituido por la elaboración, la cual actúa sobre la materia ideológica. Aunque en determinados casos prácticos nos veamos obligados a prescindir de este hecho, no nos es posible ignorarlo en teoría. La observación analítica muestra igualmente que la elaboración no se limita a dar a estas ideas la forma de expresión arcaica o regresiva que conocéis, sino que, además, añade siempre a ellas algo que no pertenece a las ideas latentes del día, pero que constituye, por decirlo así, la fuerza motriz de la formación del sueño. Este indispensable

complemento es el deseo, también inconsciente, para cuya realización sufre el contenido del sueño todas las transformaciones de que ya hemos hablado.

Limitándonos a tender en el sueño a las ideas por él representadas, podemos, desde luego, atribuirle las más diversas significaciones, tales como las de una advertencia, un proyecto, una preparación, etc., pero al mismo tiempo será siempre la realización de un deseo inconsciente, y considerado como un producto de la elaboración, no será nunca cosa distinta de una tal realización. Así, pues, un sueño no es nunca exclusivamente un proyecto, una advertencia, etc., sino siempre un proyecto o una advertencia que han recibido, merced a un deseo inconsciente, una forma de expresión arcaica y han sido transformados para servir a la realización de dicho deseo. Uno de estos caracteres, la realización de deseos, es constante. En cambio, el otro puede variar e incluso ser también a veces un deseo, caso en el que el sueño representará un deseo latente del día, realizado con ayuda de un deseo inconsciente.

Todo esto me parece fácilmente comprensible, pero no sé si he logrado exponéroslo con suficiente claridad. Además, tropiezo para su demostración con dos graves dificultades. En primer lugar, sería necesario realizar un gran número de minuciosos análisis y, por otro lado, resulta que esta cuestión, la más espinosa e importante de nuestra teoría de los sueños, no puede ser expuesta de un modo convincente sino relacionándola con algo de lo que aún no hemos tratado. La íntima conexión que une a todas las cosas entre sí hace que no se pueda profundizar en la naturaleza de una de ellas sin antes haber sometido a investigación aquellas otras de naturaleza análoga. Siendo así, y desconociendo todavía por completo aquellos fenómenos que se aproximan más al sueño, o sea los síntomas neuróticos, debemos contentarnos por ahora con los resultados logrados hasta el momento. Por tanto, me limitaré, mientras adquirimos los datos necesarios para continuar nuestra investigación, a elucidar aquí un ejemplo más y someterlo a vuestra consideración.

Examinaremos nuevamente aquel sueño del que ya varias veces nos hemos ocupado, o sea el de las tres localidades de un teatro por un florín cincuenta céntimos. Puedo aseguraros que la primera vez que lo escogí como

ejemplo fue sin ninguna intención especial. Sabéis ya que las ideas latentes de este sueño son el sentimiento por haberse casado tan pronto, despertado por la noticia del próximo matrimonio de su amiga, el desprecio hacia su propio marido y la sospecha de que hubiera podido encontrar uno mejor si hubiera querido esperar. Conocéis también el deseo que con todas estas ideas ha formado un sueño, y que es la afición de los espectáculos y a frecuentar los teatros, ramificación probable a su vez de la antigua curiosidad de enterarse de lo que sucede al contraer matrimonio. En los niños recae generalmente esta curiosidad sobre la vida sexual de sus padres. Trátase, pues, de una curiosidad de carácter infantil, o sea de una tendencia cuyas raíces alcanzan a los primeros años de la vida del sujeto. Mas la noticia recibida por la señora en el día anterior a su sueño no proporcionaba pretexto alguno para despertar su tendencia al placer visual, sino únicamente sus remordimientos por haberse casado tan pronto. La tendencia optativa no formaba parte, al principio, de las ideas latentes y, por tanto, pudimos realizar la interpretación de este sueño sin tenerla para nada en cuenta. Pero, por otro lado, la contrariedad de la sujeto por haberse casado tan pronto no era suficiente por sí sola para producir el sueño. Sólo después de haber despertado el antiguo deseo de ver lo que sucedía al casarse es cuando la idea «fue un absurdo casarme tan pronto» adquirió capacidad para originar un sueño. Una vez conseguido esto formó dicho deseo el contenido manifiesto del sueño, reemplazando el matrimonio por el hecho de ir al teatro y presentando al sueño como la realización de un antiguo deseo: «Yo podré ya ir al teatro y ver todo aquello que antes me estaba prohibido y que para ti sigue estándolo. Voy a casarme dentro de poco, y, en cambio, tú tienes todavía que esperar». De este modo, la situación actual quedó transformada en su contraria y sustituida una reciente decepción por un triunfo pretérito. Al mismo tiempo aparecen mezcladas en el sueño la satisfacción de la afición de la sujeto a los espectáculos y una satisfacción egoísta procurada por el triunfo sobre una competidora. Esta satisfacción es la que determina el contenido manifiesto del sueño, en el que vemos realmente que la sujeto se halla en el teatro mientras que su amiga no ha podido lograr acceso a él. Sobre esta situación de satisfacción se acumulan luego, como modificaciones sin relación con ella e incomprensibles, aquellos fragmentos del contenido del

sueño detrás de los cuales se disimulan todavía las ideas latentes. La interpretación debe hacer caso omiso de todo aquello que sirve para representar la realización de deseos y reconstituir, guiándose por los elementos que a dicha realización se superponen, las dolorosas ideas latentes de este sueño.

La nueva consideración que me proponía someteros se halla destinada a atraer vuestra atención sobre las ideas latentes que ahora hemos colocado en primer término. Os ruego no olvidéis que tales ideas son inconscientes en el sujeto, perfectamente inteligibles y coherentes, resultando explicables como naturales reacciones al estímulo del sueño, y pueden, por último, tener el mismo valor que cualquier otra tendencia psíquica u operación intelectual.

Denominando ahora a estas ideas *restos diurnos* (*Tagesreste*) en un sentido más riguroso que el que antes dábamos a esta calificación y sin que nos importe ya que el sujeto las confirme o no como tales restos, estableceremos una distinción entre restos diurnos e ideas latentes, dando este nombre a todo aquello que averiguamos por medio de la interpretación y reservando el de «restos diurnos» para una parte especial del conjunto de tales ideas. Diremos entonces que a los restos diurnos ha venido a agregarse algo que pertenecía también a lo inconsciente, o sea un deseo intenso, pero reprimido, y que este deseo es lo que ha hecho posible la formación del sueño. La acción ejercida por él sobre los restos diurnos crea un nuevo acervo de ideas latentes, y precisamente aquellas que no pueden ya ser consideradas como racionales y explicables en la vida despierta.

Para ilustrar las relaciones que existen entre los restos diurnos y el deseo inconsciente me he servido ya repetidas veces de una comparación que habré de reproducir aquí. Cada empresa tiene necesidad de un capitalista que subvenga a los gastos y de un socio industrial que organice y dirija la explotación. En la formación de un sueño, el deseo inconsciente desempeña siempre el papel de capitalista, siendo el que proporciona la energía psíquica necesaria para la misma. El socio industrial queda representado por el resto diurno que dirige el empleo de dicha energía. Ahora bien: en ciertos casos es el mismo capitalista quien puede organizar la empresa y poseer los conocimientos especiales que exige su realización y en otros es el socio

industrial el que dispone del capital necesario para montar el negocio. Esto simplifica la situación práctica; pero hace, en cambio, más difícil su comprensión teórica. Reconociéndolo así, descompone siempre la economía política esta doble personalidad y considera separadamente los elementos que la integran restableciendo la situación fundamental que ha servido de punto de partida a nuestra comparación. Idénticas variantes, cuyas modalidades podéis deducir por vosotros mismos, se producen en la formación de los sueños.

No quiero pasar adelante sin antes contestar a una importantísima interrogación que sospecho ha de haber surgido en vosotros hace ya largo tiempo. «Los restos diurnos —preguntáis—, ¿son verdaderamente inconscientes en el mismo sentido que el deseo inconsciente, cuya intervención es necesaria pare hacerlos aptos para provocar un sueño?». Nada más justificado que esta pregunta, pues, como con razón sospecháis al plantearla, se refiere a la esencia misma del problema que investigamos. Pues bien: los restos diurnos no son inconscientes en el mismo sentido que el deseo que los capacita para formar un sueño. Este deseo pertenece a otro inconsciente distinto; esto es, a aquel que reconocimos como de origen infantil y al que hallamos provisto de especialísimos mecanismos. Sería muy indicado diferenciar estas dos variedades de inconsciente, dando a cada una su especial calificación; mas para hacerlo así esperamos a familiarizarnos con la fenomenología de las neurosis. Si ya se tachan de fantásticas nuestras teorías porque admitimos la existencia de un sistema inconsciente figuraos lo que de ellas se dirá viendo que ya no nos basta con uno solo, y afirmamos que aún existe otro más.

Detengámonos, pues, aquí. De nuevo os he expuesto cosas incompletas; pero de todos modos, creo muy satisfactoria la idea de que estos conocimientos son susceptibles de un ulterior desarrollo que será efectuado un día, sea por nuestros propios trabajos, sea por los de aquellos que en el estudio de estas materias nos sucedan. Además, lo que hasta ahora hemos averiguado me parece ya lo bastante nuevo y sorprendente para compensar nuestra labor de investigación.

LECCIÓN XV.
11. INCERTIDUMBRES Y CRÍTICAS

Señoras y señores:

NO quiero abandonar el tema de los sueños sin antes ocuparme de las principales dudas a que las nuevas teorías expuestas en las páginas que preceden pueden dar motivo. Muchas de tales vacilaciones deben de haber surgido ya, durante el curso de estas conferencias, en el ánimo de aquellos que las han seguido con alguna atención.

1.º. Tendréis quizá la impresión de que, aun aplicando correctamente nuestra técnica, adolecen de una tal inseguridad los resultados de la interpretación onírica, que no es posible realizar una reducción cierta del sueño manifiesto a las ideas latentes. En apoyo de vuestra opinión alegaréis, en primer lugar, que no sabemos nunca si un elemento dado del sueño debe ser comprendido en su sentido estricto o en sentido simbólico, pues los objetos empleados a título de símbolos no por ello pierden su significación propia. No pudiéndonos apoyar en circunstancia objetiva ninguna para decidir sobre este punto, quedaría la interpretación abandonada al arbitrio del intérprete. Además, a consecuencia de la fusión de los contrarios que la elaboración onírica efectúa no se sabe nunca de un modo cierto si un elemento determinado del sueño debe ser interpretado en sentido negativo o en sentido positivo, ni si lo debemos aceptar tal y como aparece en el contenido manifiesto o sustituirlo por su contrario, circunstancia que somete de nuevo el resultado a nuestro arbitrio. En tercer lugar, y dada la frecuencia de las inversiones en el sueño, puede el intérprete considerar como una de ellas cualquier fragmento del contenido manifiesto. Por último, invocaréis el hecho de haber oído decir que raras veces puede afirmarse con certeza que la interpretación hallada es la única posible, y que siendo así, corremos el riesgo de aceptar una que no es sino aproximadamente verosímil. La conclusión que de todo esto deduciréis será lo que de en estas condiciones queda abandonado al arbitrio del intérprete un campo de acción demasiado amplio, incompatible con la certidumbre objetiva de los resultados. O también podéis suponer que

el error no depende del sueño y que las insuficiencias de nuestra interpretación provienen de la inexactitud de nuestras teorías e hipótesis.

Las observaciones consignadas son innegablemente ciertas; pero no creo que justifican las conclusiones que de ellas deducís, y según las cuales la interpretación onírica tal y como la practicamos queda abandonada a la arbitrariedad, haciendo dudar los defectos que sus resultados presentan de la eficacia de nuestro procedimiento y de la verdad de las teorías en que se basa. Si en lugar de hablar del arbitrio del intérprete dijeseis que la interpretación depende de la habilidad, de la experiencia y de la inteligencia del mismo, tendría que sumarme a vuestra opinión. El factor personal no puede ser eliminado, por lo menos cuando nos hallamos ante los más intrincados problemas de la interpretación. Pero esto sucede igualmente en toda práctica científica. Nada puede impedir que unos profesionales manejen con más perfección que otros una determinada técnica, cualquiera que ésta sea. Sin embargo, la arbitrariedad que en la interpretación onírica, por ejemplo, en la traducción de los símbolos, parece existir, queda siempre neutralizada por completo, pues los lazos existentes entre las ideas del sueño y entre el sueño mismo y la vida del sujeto y, además, toda la situación psíquica en la que el sueño aparece, permiten escoger una sola de las interpretaciones posibles y rechazar todas las demás por no tener relación alguna con el caso de que se trata. Por otro lado, la conclusión en que deducís, de las imperfecciones de la interpretación, la inexactitud de nuestras hipótesis, pierde toda su fuerza en cuanto observamos que la indeterminación del sueño constituye precisamente uno de sus necesarios caracteres.

He dicho anteriormente, y sin duda lo recordaréis, que la elaboración onírica da a las ideas latentes una forma de expresión primitiva, análoga a la escritura figurada. Pues bien: todos estos primitivos sistemas de expresión presentan tales indeterminaciones y dobles sentidos, y no por ello tenemos derecho a poner en duda la posibilidad de su empleo. Sabéis ya que la reunión de los contrarios que la elaboración onírica realiza es semejante a lo que se denomina «oposición de sentido de las palabras primitivas» en las lenguas más antiguas. El lingüista K. Abel (1884), al que debemos este punto de vista, nos previene contra la creencia de que las frases en que se empleaban tales palabras ambivalentes poseyeran por ello un doble sentido,

pues el orador podía disponer de la entonación y del gesto para indicar el sentido deseado, el cual quedaba, además, determinado por el contexto del discurso. En la escritura, en la que no caben los recursos del gesto y la entonación, se fijaba el sentido por medio de un signo figurado independiente de la pronunciación. Así, a la palabra egipcia *ken* se le agregaba en la escritura jeroglífica la figura de un hombre en pie o perezosamente acurrucado, según había de significar «fuerte» o «débil». De este modo se evitaban las equivocaciones, a pesar de la multiplicidad de sentido de los sonidos verbales y los signos.

Los antiguos sistemas de expresión (por ejemplo, las escrituras de estas lenguas primitivas) presentan numerosas indeterminaciones que no toleraríamos en nuestras lenguas actuales. Así, en determinadas escrituras semíticas sólo se designan las consonantes de las palabras, correspondiendo al lector la labor de colocar las vocales omitidas, guiándose por su conocimiento del idioma y por el sentido total. La escritura jeroglífica procedía de un modo análogo, circunstancia que nos impide llegar al conocimiento de la pronunciación del egipcio primitivo. En la escritura sagrada de los egipcios hallamos todavía otras indeterminaciones, pues quedaba al arbitrio del sujeto el ordenar las imágenes de derecha a izquierda o de izquierda a derecha, y en la lectura hemos de atenernos al precepto de seguir la dirección de los rostros de las figuras, pájaros, etcétera. Pero el escritor podía también ordenar los signos figurados en un sentido vertical, y cuando se trataba de hacer inscripciones sobre pequeños objetos, determinadas consideraciones de estética o simetría podían llevarle a adoptar cualquier otra sucesión de signos. Por último, lo que más nos desorienta en la escritura jeroglífica es el hecho de que la misma ignora la separación de las palabras. Los signos se suceden sobre el papiro a igual distancia unos de otros, y nunca se sabe si un signo determinado forma todavía parte del que le precede o constituye el comienzo de una palabra nueva. No sucede así en la escritura cuneiforme persa, en la cual las palabras quedan separadas por una cuña oblicua.

La lengua y la escritura chinas, muy antiguas, son todavía empleadas en la actualidad por cuatrocientos millones de hombres. No creáis que yo las domine; pero sí me he documentado sobre ellas con la esperanza de hallar en

sus particularidades algunas analogías con las indeterminaciones de los sueños, esperanza que se ha confirmado plenamente. La lengua china se halla, en efecto, llena de tales indeterminaciones. Conocido es que se compone de un gran número de sonidos monosilábicos que pueden ser pronunciados tanto aisladamente como combinándolos por parejas. Uno de los principales dialectos chinos posee cerca de 400 sílabas de esta clase, pero como su vocabulario consta de unas cuatro mil palabras, resulta que a cada sílaba corresponden diez significaciones, y dado que el contexto no permite siempre adivinar aquella que la persona que pronuncia una sílaba dada quiere dar a entender al oyente, ha habido necesidad de inventar una gran cantidad de medios destinados a evitar los errores. Entre estos medios citaremos la asociación de dos sílabas en una sola palabra y la pronunciación de la misma sílaba en cuatro tonos diferentes. Una circunstancia aún más interesante para nuestra comparación es la de que esta lengua no posee gramática. No existe una sola de sus palabras monosilábicas de la que podamos decir si es sustantivo, adjetivo o verbo, ni tampoco recibe ninguna de las modificaciones destinadas a expresar el género, el número, el tiempo y el modo. Se nos muestra, pues, este idioma como reducido a su materia prima, estado muy semejante al que presenta nuestro lenguaje abstracto después de sufrir la disociación a que la elaboración onírica le somete eliminando la expresión de las relaciones. En la lengua china queda abandonada la determinación del sentido, en todos los casos ambiguos, a la inteligencia del oyente auxiliada por el contexto. Así, he anotado, como ejemplo, un proverbio chino cuya traducción literal es la siguiente: «Poco que ver, mucho que maravillosos».

Este proverbio no es difícil de comprender. Puede significar que «cuanto menos cosas se han visto, más ocasiones encuentra uno de maravillarse», o que «hay mucho que admirar para aquel que ha visto poco». Naturalmente no puede hablarse de una elección entre estas dos traducciones, que sólo gramaticalmente difieren. Sin embargo, se nos asegura que, a pesar de tales indeterminaciones, la lengua china constituye un excelente medio para la expresión del pensamiento. Así, pues, la indeterminación no trae consigo necesariamente la multiplicidad de sentidos.

Cierto es que, por otro lado, debemos reconocer que en lo que concierne al sistema de expresión del sueño, la situación es mucho menos favorable que

en el caso de las lenguas y escrituras antiguas, pues éstas se hallan, después de todo, destinadas a servir de instrumento de comunicación; esto es, calculadas para ser comprendidas cualesquiera que sean los medios que a ellos coadyuven, carácter de que el sueño carece en absoluto. El sueño no se propone decir nada a nadie, y lejos de ser un instrumento de comunicación, se halla destinado a permanecer incomprendido. No debemos, pues, asombrarnos ni dejarnos inducir en error, aunque resultara que un gran número de polivalencias e imprecisiones del sueño escapase a toda determinación. El único resultado seguro del paralelo que entre el fenómeno onírico y los idiomas más antiguos hemos llevado a cabo es el de que las indeterminaciones que se han querido utilizar como un argumento contra el acierto de nuestras interpretaciones oníricas son normalmente inherentes a todos los primitivos sistemas de expresión.

El grado de comprensibilidad real del sueño no puede ser determinado sino por la experiencia práctica. A mi juicio, es harto elevado, y los resultados obtenidos por los analíticos que han seguido una buena disciplina confirman en absoluto mi opinión. El público, en general, se complace siempre en oponer un escepticismo despreciativo a las dificultades e incertidumbres de una nueva contribución científica; conducta, a mi entender, injusta. Muchos de vosotros ignoráis quizá que al comenzar a descifrarse las inscripciones babilónicas se produjo uno de estos movimientos de escepticismo. Hubo incluso un tiempo en el que la opinión pública llegó hasta a tachar de bromistas a los descifradores de inscripciones cuneiformes y a calificar de charlatanería todas las investigaciones de este género. Pero, en 1857, la Royal Asiatic Society llevó a cabo una prueba decisiva. Invitó a cuatro de los más eminentes especialistas, Rawlinson, Hincks, Fox Talbot y Oppert, a dirigirle, bajo sobre lacrado, cuatro traducciones independientes de una inscripción cuneiforme que acababa de ser descubierta, y después de haber comparado las cuatro lecturas, pudo declarar que coincidían suficientemente para justificar una absoluta confianza en los resultados anteriormente obtenidos. Las burlas de los profanos fueron entonces extinguiéndose poco a poco, y el desciframiento de los documentos cuneiformes prosiguió efectuándose con una seguridad cada día mayor.

2.º. Otra serie de objeciones se basa en la impresión, que también habréis experimentado, de que muchas de las soluciones que nos hallamos obligados a aceptar a consecuencia de nuestras interpretaciones parecen artificiales y traídas por los cabellos, y a veces hasta cómicas y chistosas. Las objeciones de este género son tan frecuentes, que la única dificultad para exponer alguna de ellas es la de elegir. Escogeré, pues, al azar la última que ha llegado hasta mi conocimiento. En la libre Suiza, un director de instituto ha sido recientemente declarado cesante por haberse ocupado del psicoanálisis. Naturalmente, protestó contra esta arbitraria medida, y un periódico de Berna publicó el informe de las autoridades escolares a consecuencia del cual se había decretado la cesantía, informe del que me limitaré a copiar aquí aquello que al psicoanálisis se refiere: «Además, muchos de los ejemplos incluidos en el libro citado del doctor Pfister muestran un carácter rebuscado y artificioso. Es verdaderamente singular que un director del instituto acepte, sin crítica alguna, tales afirmaciones y apariencias de prueba». Éste es el tono del informe que se quiere hacer aceptar como decisión de una serena e imparcial autoridad; pero a mi juicio, es más bien tal imparcialidad la que puede calificarse de mera apariencia artificiosa.

Resulta verdaderamente divertido ver la rapidez y la seguridad con la que algunos sujetos se pronuncian sobre el tan espinoso problema de la psicología de lo inconsciente, fundándose tan sólo en su primera impresión. Pareciendo las interpretaciones rebuscadas y forzadas o simplemente desagradables, se deduce que tienen que ser falsas y que la labor verificada por el psicoanalítico carece de todo valor. Ni un solo minuto acude a su espíritu la idea de que puede haber importantes razones para que las interpretaciones presenten tal apariencia y que, por tanto, puede ser interesante investigar cuáles son dichas razones.

Las afirmaciones a las que más particularmente se contrae la crítica a que nos estamos refiriendo son las relativas a los resultados del desplazamiento, que, como ya sabéis, constituye el factor más poderoso de la censura onírica, la cual lo utiliza para crear aquellas formaciones sustitutivas que hemos descubierto como alusiones. Pero se trata de alusiones difíciles de reconocer como tales, siendo muy difícil llegar hasta su substrato, al cual se enlazan por

medio de asociaciones externas en extremo singulares y a veces por completo desusadas. En todos estos casos nos hallamos ante algo que debe permanecer oculto, fin al cual tiende la censura. Ahora bien: cuando sabemos que una cosa ha sido escondida, no debemos esperar encontrarla en el lugar en que normalmente debía hallarse. La policía que actualmente tiene a su cargo la vigilancia de las fronteras es, desde este punto de vista, mucho más inteligente que las autoridades escolares suizas, pues no se contenta con registrar las carteras y los bolsillos de los viajeros sospechosos, sino que supone que los presuntos espías o contrabandistas pueden haberse ocultado el cuerpo del delito en aquellos lugares en que menos puede esperarse hallarlo, por ejemplo, entre las suelas de su calzado. Si los objetos escondidos son descubiertos, se dirá que ha costado trabajo buscarlos, pero no que el registro ha sido infructuoso.

Admitiendo que pueda haber entre un elemento latente del sueño y su sustitución manifiesta las conexiones más lejanas y singulares, y hasta cómicas y aparentemente chistosas, no hacemos sino conformarnos a la experiencia adquirida en un gran número de interpretaciones, cuya solución nos ha sido impuesta por circunstancias objetivas, pues es muy raro que la misma quede abandonada por completo al libre arbitrio del intérprete, el cual, además, sería incapaz de descubrir en algunos casos el enlace que existe entre un elemento latente y su sustitución manifiesta. Pero el sujeto nos proporciona unas veces la traducción completa, merced a una idea que acude directamente a su imaginación a propósito del sueño (cosa muy hacedera para él, puesto que es en su propia persona donde se ha producido dicha formación sustitutiva), y pone otras a nuestra disposición tantos y tan excelentes materiales, que la solución, lejos de exigir una penetración particular, se impone por sí misma. En aquellas ocasiones en que el sujeto no acude en nuestra ayuda por alguno de estos dos medios, el elemento manifiesto dado permanecerá incomprensible para nosotros. Permitidme que os cite un caso que he tenido ocasión de observar recientemente. Una de mis pacientes perdió a su padre mientras se hallaba ella sometida al tratamiento psicoanalítico, y desde este momento aprovecha toda ocasión para evocar en sueños al muerto. En uno de estos sueños se le aparece su padre y le dice: *Son las doce y cuarto, las doce y media, la una menos cuarto*, palabras a

propósito de las cuales recordó mi paciente que su padre gustaba de que todos sus hijos acudiesen con gran puntualidad a las horas de comer. Este recuerdo poseía, desde luego, una relación con el elemento del sueño al que se refería, pero no hacía posible formular conclusión alguna sobre el origen del mismo. Mas, por otro lado, los resultados que durante aquellos días rendía el tratamiento permitían deducir que una determinante actitud crítica cuidadosamente reprimida de la paciente con respecto a su amado y venerado padre no era por completo ajena a la producción del sueño. Continuando la evocación de sus recuerdos, en apariencia cada vez más alejados de su sueño, relató la sujeto haber tomado parte la víspera en una conversación sobre Psicología, en la que uno de sus parientes había dicho que «*el hombre primitivo* (*der Urmensch*) alienta aún en todos nosotros». Este recuerdo es el que nos da la buscada clave. La frase de su pariente fue para la señora una excelente ocasión de resucitar a su padre en sueños, transformándole en el *hombre-reloj* (*Uhrmensch*) y haciéndole anunciar los cuartos de la hora meridiana.

Hay aquí, evidentemente, algo que hace pensar en un juego de palabras, circunstancia que en muchas ocasiones ha hecho que se atribuyan al intérprete tales ingeniosidades, cuyo autor es el propio sujeto del sueño. Existen todavía otros ejemplos en los cuales no resulta nada fácil decidir si nos hallamos en presencia de un chiste o de un sueño. Pero recordaréis que a propósito de algunas equivocaciones orales surgieron en nosotros las mismas dudas. Un individuo cuenta haber soñado que iba en el automóvil de su tío y que éste le daba un beso. Apenas iniciado el análisis, nos da el sujeto mismo la interpretación de su sueño, el cual entraña la idea de «autoerotismo» (término tomado de la teoría de la libido y que significa la satisfacción erótica sin participación de un objeto exterior). ¿Debemos acaso pensar que el sujeto se ha permitido burlarse de nosotros presentándonos como un sueño algo que no constituye sino un juego de palabras perfectamente consciente? A mi juicio, no. Pero si el sueño ha existido realmente, ¿de qué proviene una tan singular semejanza con el juego de palabras? Esta interrogación me ha hecho apartarme ocasionalmente de mis estudios acostumbrados para someter a una minuciosa y penetrante investigación el chiste mismo[1856]. Como resultado de este estudio hemos descubierto que la génesis del chiste es un proceso en

el que una serie de ideas preconscientes queda abandonada a la elaboración inconsciente, de la cual surge después en calidad de chiste. Bajo la influencia de lo inconsciente sufre dicha serie de ideas la acción de los mecanismos peculiares de lo inconsciente; esto es, de la condensación y del desplazamiento, procesos cuya actuación hemos comprobado también en la elaboración onírica. A este hecho es al que debemos atribuir exclusivamente la semejanza que en algunos casos encontramos entre el chiste y el sueño. Pero el «chiste onírico» constituye un fenómeno intencionado que, por razones que un detenido estudio del chiste nos ha revelado, no nos proporciona aquella aportación de placer inherente al chiste real. El «chiste onírico» nos parece «malo» y no nos mueve a risa.

Nos aproximamos aquí a la primitiva y clásica interpretación de los sueños que al lado de gran cantidad de material inutilizable nos ha legado muchas excelentes interpretaciones de un insuperable acierto. Una de éstas es la que de un sueño de Alejandro Magno citan con algunas variantes Plutarco y Artemidoro de Dalcis. En la época en que asediaba a la ciudad de Tiro, sin lograr vencer su encarnizada resistencia (322 antes de J. C.), vio el rey en sueños un sátiro danzando. El adivino Aristandro, que formaba parte del cortejo real, interpretó este sueño descomponiendo la palabra *satyros* σα Τνροε (Tiro es tuyo) y creyó, por tanto, poder prometer al rey la toma de la ciudad. A consecuencia de esta interpretación, que a pesar de su artificiosa apariencia era innegablemente exacta, decidió Alejandro continuar el sitio, que ya pensaba levantar, y acabó por conquistar la plaza.

3.º. Os habrá impresionado, sin duda, averiguar que también personas que en calidad de psicoanalistas se han ocupado durante mucho tiempo de la interpretación onírica han formulado después objeciones contra nuestra concepción de los sueños. Pero lo singular hubiera sido que un tan rico venero de nuevos errores hubiese quedado sin explotar, y de este modo los errores de concepto en que tales psicoanalistas han incurrido y las indebidas generalizaciones que han llevado a cabo han engendrado afirmaciones tan equivocadas como las que se fundan en la concepción médica del sueño. Una de tales afirmaciones os es ya conocida. Se pretende en ella que los sueños constituyen tentativas de adaptación al presente y de ejecución de futuras

obligaciones, persiguiendo, por tanto, una «tendencia prospectiva» (A. Maeder). Ya hemos demostrado que esta teoría reposa en una confusión entre el sueño y las ideas latentes del mismo y que, en consecuencia, elimina por completo la elaboración onírica. En tanto en cuanto se propone caracterizar la vida anímica inconsciente, a la que las ideas latentes pertenecen, no es esta teoría ni nueva ni completa, pues la actividad psíquica inconsciente se ocupa de muchas cosas más que de la preparación del porvenir. En otra confusión aún mayor se halla fundada la afirmación de que detrás de cada sueño se esconde la «cláusula de la muerte». No sé exactamente lo que tal fórmula puede significar, pero supongo que se deriva de una confusión entre el sueño y la personalidad total del sujeto.

Como muestra de una injustificada generalización, deducida de unos cuantos casos efectivos, citaré la teoría según la cual todo sueño es susceptible de dos interpretaciones: la psicoanalítica, tal y como en estas lecciones la hemos expuesto, y la denominada anagógica, que hace abstracción de los deseos y tiende a la representación de las funciones psíquicas superiores (H. Silberer). Existen, desde luego, sueños de este género; pero sería inútil que intentaseis extender esta concepción, aunque sólo fuese a una parte de los fenómenos oníricos. Después de todo lo que en estas lecciones habéis oído, os parecerá también inconcebible la afirmación de que todos los sueños son bisexuales y deben ser interpretados en el sentido de una interferencia entre las tendencias masculinas y las femeninas (A. Adler). Existen, naturalmente, algunos sueños aislados de este género, y más tarde veréis que presentan idéntica estructura que determinados síntomas histéricos. Si menciono todos estos descubrimientos de nuevos caracteres generales de los sueños, es para poneros en guardia contra ello o, por lo menos, para no dejaros duda alguna de mi opinión sobre los mismos.

4.º. Se ha intentado asimismo atacar el valor objetivo de la investigación onírica alegando que los pacientes sometidos al tratamiento psicoanalítico adaptan sus sueños a las teorías favoritas de sus médicos y que de este modo pretenden unos que en sus sueños dominan las tendencias sexuales, mientras que otros presentan especialmente sueños de ambición o de palingenesia (W. Stekel). Pero esta observación pierde también todo valor en cuanto

reflexionamos que los hombres soñaban ya antes de la existencia de un tratamiento psicoanalítico que pudiese guiar sus sueños y que los pacientes sometidos actualmente a dicho tratamiento también solían soñar antes de acudir al médico. Además, lo que en ella hay de verdad es algo natural y lógico que en nada contradice a nuestra teoría de los sueños. En efecto, los restos diurnos que suscitan el sueño proceden de los intereses intensos de la vida despierta.

De este modo, si las palabras y los estímulos del médico adquieren para el analizado una cierta importancia, entrarán a formar parte del círculo de los restos diurnos y podrán, análogamente a los demás intereses afectivos aún no satisfechos del día, proporcionar excitaciones psíquicas para la formación de un sueño y actuar en idéntica forma que las excitaciones somáticas que influyen sobre el durmiente durante el reposo. Al igual de los demás estímulos de los sueños, las ideas despertadas por el médico pueden aparecer en el sueño manifiesto o ser descubiertas en el contenido latente. Por otro lado, sabemos también que es posible provocar los sueños experimentalmente, o dicho con más exactitud, introducir en un sueño una parte de los materiales de que el mismo ha de componerse. En estas influencias ejercidas sobre los pacientes desempeña el análisis un papel idéntico al del hombre de ciencia que emprende un experimento, actuando, por ejemplo, como Mourly-Vold cuando hacía adoptar a los sujetos de sus investigaciones determinadas posturas al ir a entregarse al reposo.

Puede alguna vez sugerirse al sujeto que sueñe *con* algo determinado, pero es imposible actuar sobre *lo* que va a soñar. El mecanismo de la elaboración onírica y el deseo inconsciente del sueño escapan a toda influencia extraña. Ya al examinar los sueños provocados por una excitación somática hubimos de reconocer que la peculiar naturaleza y la autonomía de la vida onírica se revelan en la relación con la que el sueño responde a las excitaciones somáticas y psíquicas que recibe. Vemos, pues, que la objeción de que aquí nos ocupamos y que quisiera poner en duda la objetividad de la investigación onírica se halla también basada en una confusión: la del sueño con sus materiales.

Es esto todo lo que sobre los problemas de la vida onírica me proponía exponeros. Adivináis, sin duda, que he omitido muchas cosas y habréis

asimismo advertido que me he visto obligado a interrumpirme muchas veces antes de agotar la materia tratada. Pero estos defectos de mi exposición dependen de las relaciones existentes entre los fenómenos del sueño y las neurosis. Hemos investigado el sueño a título de introducción al estudio de las neurosis, procedimiento, desde luego, mucho más correcto y conveniente que el inverso; pero así como la inteligencia de los sueños prepara para la comprensión de las neurosis, no pueden, a su vez, los primeros revelarnos todos sus secretos sino cuando hemos llegado a adquirir un exacto conocimiento de los fenómenos neuróticos.

Ignoro lo que de todo esto pensaréis; pero puedo aseguraros que no lamento, en ningún modo, haber despertado vuestro interés por los problemas del sueño y haber consagrado a su estudio una parte tan considerable del tiempo de que disponemos, pues no existe ningún otro sector cuyo estudio pueda proporcionar tan rápidamente la convicción de la exactitud de los principios psicoanalíticos. Así, para demostrar que los síntomas de un caso patológico neurótico poseen un sentido, sirven a una intención y se explican por la historia del paciente, son necesarios varios meses y a veces años enteros de asidua y paciente labor. En cambio, el obtener idénticos resultados en un sueño que al principio nos parece confuso e incomprensible es tan sólo cuestión de algunas horas y nos permite alcanzar simultáneamente una confirmación de todas las hipótesis del psicoanálisis sobre la inconsciencia de los procesos psíquicos, los especiales mecanismos a los que tales procesos obedecen y las tendencias que en ellos se manifiestan. Y si a la perfecta analogía que existe entre la formación de un sueño y la de un síntoma neurótico añadimos la rapidez de la transformación que hace del soñador un sujeto despierto y razonable, adquiriremos también la certidumbre de que la neurosis reposa igualmente en una alteración de las relaciones que existen normalmente entre las energías de los diferentes poderes de la vida anímica.

PARTE III

TEORÍA GENERAL DE LAS NEUROSIS

1916-7 [1917]

LECCIÓN XVI.
PSICOANÁLISIS Y PSIQUIATRÍA

Señoras y señores:

CONSTITUYE para mí un verdadero placer veros de nuevo en estas aulas y reanudar ante vosotros la serie de lecciones comenzada en el curso pasado. Durante él os expuse la concepción psicoanalítica de los actos fallidos y los sueños, y en el actual quisiera iniciaros en la comprensión de los síntomas neuróticos, que, como no tardaréis en descubrir, poseen, con aquellos otros, numerosos caracteres comunes. Mas, antes de entrar en materia, debo advertiros que al tratar de los fenómenos neuróticos no podré suponeros colocados, con respecto a mí, en la misma actitud que en mis anteriores lecciones. En todas ellas hube, en efecto, de constreñirme a no avanzar un solo paso sin antes ponerme de acuerdo con mi auditorio, y de este modo discutí ampliamente con vosotros, examiné todas aquellas objeciones que podíais presentarme y os consideré como representantes de la «sana razón humana», viendo en vosotros la instancia decisiva. Es ésta una conducta que ahora, y por una sencillísima razón, no puedo seguir observando. Los actos fallidos y los sueños eran fenómenos que todos

conocíais, y podíamos admitir que poseíais o podíais llegar a poseer sobre ellos la misma experiencia que yo. Pero el sector de los fenómenos neuróticos os es ajeno; no siendo médicos, la primera y única fuente de conocimiento de que por el momento disponéis será la exposición que aquí me propongo desarrollar, y a ella habréis de ateneros sin que siquiera os sea dado criticarla, pues todo juicio, por acertado que parezca, carece de validez cuando recae sobre una materia que no se domina a fondo.

No creáis, sin embargo, que quiera dar a estas conferencias un tono dogmático ni que intente exigiros una incondicional adhesión. Nada de eso; lejos de querer imponeros convicción alguna, me bastará con estimular vuestro pensamiento y desvanecer algunos prejuicios. Por el momento, y dado que vuestra carencia de preparación no os permite someter a juicio alguno mis afirmaciones, no podréis admitirlas desde luego, pero tampoco os será lícito rechazarlas de plano. Habréis, pues, de limitaros a escucharme atentamente, dejando que aquello que voy a exponeros actúe sobre vuestra inteligencia.

No es nada fácil llegar a una convicción determinada, y sucede muchas veces que aquellas convicciones que adquirimos sin esfuerzo se nos muestren luego desprovistas de todo valor y consistencia. Sólo el que, como yo, ha dedicado años enteros de paciente labor a una determinada materia y ha obtenido en su investigación, repetidamente, los mismos nuevos y sorprendentes resultados, tendrá el derecho de poseer una convicción sobre el objeto de su estudio. En el terreno intelectual, las convicciones rápidas, las conversaciones instantáneas y las negociaciones impulsivas, no tienen razón alguna de ser. El «flechazo» o enamoramiento fulminante es algo que cae por completo fuera de los dominios científicos.

Considerándolo así, no exigimos nunca de nuestros pacientes una adhesión convencida a las teorías psicoanalíticas. Por el contrario, una tal adhesión nos los hace, más bien, sospechosos, y de este modo, la actitud que preferimos verles adoptar es la de un benévolo escepticismo. Así, pues, he de aconsejaros que dejéis madurar lentamente en vosotros la concepción psicoanalítica al lado de la vulgar o psicológica, hasta el momento en que se presente ocasión de que una y otra pueden entrar en relación, valorándose mutuamente y asociándose para dar origen a una concepción definitiva.

Por otra parte, os equivocaríais considerando la concepción psicoanalítica que aquí voy exponiéndoos como un sistema especulativo, pues se trata, en primer lugar, de una viva experiencia, fruto de la observación directa, y luego, de la elaboración reflexiva de los resultados de la misma. Sólo los futuros progresos de la ciencia podrán decirnos con seguridad si tal elaboración ha sido suficiente y acertada; mas lo que sí puedo hacer constar desde ahora es que las observaciones en que se basa reposan, a su vez, en una intensa y profunda labor de cerca de veinticinco años alcanzada a bien avanzada edad [sesenta años].

Es, sin embargo, esta última circunstancia la que parecen ignorar o no querer tener en cuenta nuestros adversarios, los cuales suelen prescindir por completo de este origen de nuestras afirmaciones y juzgarlas como si se tratase de algo meramente subjetivo a lo que fuese lícito oponer diferentes opiniones personales no basadas en una labor de investigación equivalente. Esta actitud, que me ha parecido siempre un tanto incomprensible, depende quizá de que los médicos no acostumbran prestar la necesaria atención a sus pacientes neuróticos, y haciendo caso omiso de sus manifestaciones, se privan de una importantísima fuente de conocimiento. Pero he de advertiros que en las lecciones que hoy iniciamos me propongo con toda firmeza no entrar en discusión polémica alguna. No creo en la verdad de aquella máxima que pretende que de la discusión nace la luz, máxima que me parece ser un producto de la sofística griega y pecar, como ella, por la atribución de un exagerado valor a la dialéctica.

Por lo que a mí respecta, estimo que lo que denominamos polémica científica es algo por completo estéril y tiende siempre a revestir su carácter personal. Hasta hace algunos años podía vanagloriarme de no haber entablado en toda mi vida sino una sola discusión con un hombre de ciencia (Löwenfeld, de Munich), discusión cuyo resultado fue el de convenir nuestro antagonismo en una firme voluntad que dura todavía. Mas como no siempre se puede estar seguro de un tan agradable desenlace, no he querido, durante mucho tiempo, volver a discutir con nadie.

Juzgaréis quizá que semejante repugnancia a toda polémica es testimonio de una impotencia para rebatir las objeciones que se nos oponen o de una extrema obstinación. Mas habréis de reconocer que cuando, después de una

ímproba labor, se ha llegado a adquirir una convicción determinada, está más que justificada una enérgica resistencia a abandonarla. Sin embargo, he de hacer constar que en más de una ocasión he rectificado mis opiniones sobre importantes extremos de mis teorías o las he reemplazado por otras que mi labor de investigación me demostraba más acertadas, y claro es que en todos y cada uno de estos casos he hecho inmediatamente públicos tales cambios de actitud. Mas lo curioso es que un tan sincero proceder me ha sido, en general, adverso. Muchos de mis contradictores han pasado por alto estas modificaciones, y hay todavía quienes critican en mi obra puntos de vista abandonados por mí hace ya mucho tiempo. En cambio, me reprochan otros el haberme rectificado, tomándolo como un signo de versatilidad y alegando que aquel que ha modificado ya una vez sus opiniones no merece confianza ninguna, pues nada asegura que sus últimas afirmaciones no han de ser también equivocadas. Por otro lado, aquellos que mantienen invariablemente una conclusión determinada son tachados de ciega obstinación. Ante este contradictorio proceder de la crítica, la mejor solución es hacer caso omiso de ella y no dejarnos guiar sino por nuestros propios juicios. Así, pues, nada ha de impedirme en lo sucesivo modificar y corregir mis opiniones conforme a los progresos de mi experiencia. De todos modos, debo advertiros que en lo fundamental de mis teorías no he hallado aún, ni espero hallar en lo futuro, nada que rectificar.

En esta nueva serie de conferencias me propongo exponer, como ya antes hube de anunciaros, la concepción psicoanalítica de los fenómenos neuróticos. Esta exposición puede enlazarse sin dificultad alguna a la que en el curso anterior efectuamos de los actos fallidos y los sueños, y, por tanto, elegiré como punto de partida un acto sintomático que he visto realizar a muchas de las personas que acuden a mi consulta. Aquellos sujetos que visitan al médico con la única intención de desahogarse, relatándoles en un cuarto de hora todas las miserias de su vida, más o menos larga, pero sin propósito de someterse a tratamiento curativo alguno, no interesan al psicoanalista, el cual tampoco puede desembarazarse, en conciencia, de tales enfermos —como lo hacen otros médicos menos profundamente conocedores de estas cuestiones— diciéndoles que están perfectamente y recetándoles una ligera cura hidroterápica. Así, uno de nuestros colegas, al que se preguntó qué

hacía con los pacientes de este género que acudían a su consulta, respondió, encogiéndose de hombros, que les imponía una multa de un determinado número de coronas. No es, por tanto, de extrañar que la consulta de un psicoanalista, aun del de mayor clientela, sea, en general, poco visitada. A pesar de esto, yo he hecho colocar una doble puerta entre mi sala de espera y mi gabinete de consulta, precaución cuyo objeto no es difícil de adivinar. Pues bien: sucede muchas veces que los clientes que hago pasar de la primera a la segunda de estas habitaciones olvidan cerrar tras ellos las dos puertas. En cuanto lo advierto, y cualquiera que sea la calidad social de la persona, no dejo nunca de hacerle observar, con enfado, su negligencia y rogarle que la repare. Me diréis que esto constituye una pedantería llevada al exceso, tanto más cuanto que en ocasiones se trata de enfermos nerviosos que repugnan tocar los picaportes y dejan gustosos, a los que los acompañan, el cuidado de abrir y cerrar las puertas. Pero en la mayor parte de estos casos mi severa actitud tiene perfecta justificación, pues aquellos que dejan abiertas las puertas al entrar en el gabinete del médico son gente mal educada que no merece ser acogida con amabilidad. No vayáis a creer que se trata de un absurdo prejuicio mío, y dejad que os explique el porqué de mi afirmación. Los clientes no cometen esta falta más que cuando se hallan solos en la sala de espera y no dejan a nadie en ella al pasar a un gabinete, pues en el caso contrario comprenden muy bien que su propio interés es evitar que otras personas escuchen su conversación con el médico y no olvidan nunca cerrar cuidadosamente ambas puertas.

Vemos, por tanto, que esta negligencia de los pacientes, lejos de ser accidental, se halla perfectamente determinada y no carece de sentido ni de importancia, pues revela su actitud con respecto al médico. Aquellos que olvidan cerrar las puertas tras de sí, al entrar en el gabinete de consulta, son pacientes para los cuales la mejor garantía es el renombre mundano de que el médico goce, y quieren ser deslumbrados por el lujo de su instalación y lo concurrido de su consulta. Probablemente han telefoneado con anterioridad preguntando a qué hora pueden ser recibidos, e imaginan hallar ante la puerta una larga cola de clientes. De este modo, cuando entran en la sala de espera y la ven vacía y, además, muy modestamente amueblada, quedan tan defraudados, que pierden en el acto todo respeto hacia el médico… y dejan

abiertas las puertas tras de sí, como queriendo decirle: «Para qué cerrar, si no hay nadie en la sala de espera ni es probable que nadie entre en ella mientras yo esté en el gabinete de consulta». En un tal estado de ánimo llegarían estos pacientes a dar prueba de una absoluta incorrección, durante la visita, si el médico no tuviera la precaución de imponerse a ellos duramente desde las primeras palabras.

El análisis de este pequeño acto sintomático no os enseña nada que ya no sepáis, o sea que el mismo no es accidental, que posee un móvil, un sentido y una intención, y que forma parte de un conjunto psíquico definido, constituyendo un indicio de un importante estado de alma. Pero lo más importante es que se trata de un proceso ajeno por completo a la consciencia del actor, pues ni uno sólo de los pacientes que dejan las dos puertas abiertas confesaría haber querido testimoniarme su desprecio por medio de una negligencia. Es muy probable que más de uno conviniera en haber experimentado un sentimiento de decepción al entrar en la sala de espera; pero la conexión entre esta impresión y el acto sintomático subsiguiente escapa siempre a la consciencia del sujeto.

Voy ahora a hacer un paralelo entre este pequeño acto sintomático y una observación clínica. Para ello escogeré un caso que he tenido ocasión de tratar recientemente, y que se presta a una breve exposición dentro de la amplitud exigida por toda comunicación de este género.

Un joven oficial del ejército aprovechó una licencia para venir a mi casa y encargarme de someter a tratamiento a su suegra, la cual, a pesar de vivir en condiciones felicísimas, envenenaba su existencia y la de todos los suyos con una absurda obsesión. Cuando la enferma acudió a mi consulta, vi que se trataba de una señora de cincuenta y tres años, muy bien conservada, amable y sencilla. Sin hacerse rogar me relató la historia siguiente: Vive en el campo con su marido, director de una gran fábrica. Su vida conyugal ha sido felicísima, y nunca ha tenido nada que reprochar a su esposo, que la colma de cariñosas atenciones. Se casaron por amor hace treinta años, y desde el día de la boda ni una sola discordia ni un solo motivo de celos han venido a perturbar la paz del matrimonio. Sus dos hijos se han casado a completa satisfacción de todos, y su marido, queriendo cumplir hasta el fin sus deberes

de padre de familia, no ha consentido todavía en retirarse de los negocios. Pero hace un año se produjo un hecho incomprensible, que ella misma no acierta a explicarse. Habiendo recibido una carta anónima que acusaba a su marido de mantener relaciones amorosas con una joven, un incoercible impulso interior la llevó a prestar fe a aquella calumnia, y desde que recibió el anónimo ha visto desvanecerse toda su apacible felicidad. Las circunstancias que rodearon la recepción de la calumniosa denuncia fueron las siguientes: Una criada, a la que la señora de que tratamos admitía con exceso en su intimidad, perseguía con un odio feroz a otra joven que, siendo de igual modestísimo nacimiento, había logrado crearse una posición mucho mejor, pues en lugar de entrar a servir había obtenido, tras de una rápida preparación comercial, un empleo en la fábrica. Poco después, cuando la guerra obligó a incorporarse a filas a la mayor parte del personal masculino, llegó la joven a ocupar un puesto de importancia, adquiriendo derecho a habitar en las dependencias de la fábrica y siendo tratada con toda clase de consideraciones por los jefes de la misma. Esta elevación de su antigua compañera despertó en la criada una tremenda envidia. Así las cosas, le habló un día su señora de un individuo, ya de cierta edad, al que habían invitado recientemente a comer y del que se sabía que se hallaba separado de su mujer y vivía con una querida. Nuestra enferma, sin saber a punto fijo por qué, dijo entonces a su criada que para ella no habría desgracia más terrible que averiguar que su marido la engañaba…, y al siguiente día recibió por correo la carta anónima, en que con letra contrahecha se le anunciaba la fatal noticia. La señora sospechó en el acto que el anónimo era obra de su perversa criada, pues la persona a la que en él se denunciaba como querida del marido no era otra que la joven empleada a la que aquélla odiaba. Pero aunque la señora adivinó en seguida la intriga y poseía bastante experiencia para saber cuán poca confianza merecen tales cobardes delaciones, no por ello dejó de experimentar una profunda impresión. Sufrió una terrible crisis de excitación y envió a buscar a su marido, al que dirigió los más amargos reproches. El marido rechazó con toda calma la acusación e hizo lo mejor que en estos casos puede hacerse. Avisó al médico de la familia y de la fábrica, y entre todos intentaron calmar a la infeliz señora. La actitud ulterior del matrimonio fue de una gran sensatez. La criada quedó despedida, y la presunta querida

continuó en su puesto. Nuestra enferma pretende desde entonces haber recobrado por completo su tranquilidad y no creer ya en la verdad de la anónima denuncia; pero esta calma no es ni profunda ni duradera, pues le basta encontrar en la calle a la joven calumniada u oír pronunciar su nombre para ser presa de una nueva e intensa crisis de excitación.

Tal es el historial de esta buena señora. No era necesario poseer una gran experiencia psiquiátrica para comprender que, al contrario de otros enfermos nerviosos, se hallaba más bien inclinada a atenuar su caso o, como solemos decir los neurólogos, a disimular, aunque sin conseguir jamás desvanecer su creencia en la acusación formulada en el anónimo.

¿Qué actitud será la del psiquiatra ante un caso de este género? Podemos suponer la que adoptaría con respecto al acto sintomático de aquellos pacientes que dejan abierta tras de sí las puertas de la sala de espera, pues sabemos que en dicho acto no vería sino un accidente desprovisto de todo interés psicológico. Pero esta actitud es insostenible ante un caso de celos morbosos. El acto sintomático puede parecernos indiferente; mas el síntoma se nos impone siempre como un fenómeno importante y de innegable trascendencia, tanto desde el punto de vista subjetivo como desde el objetivo. Así, en el caso que nos ocupa, no sólo trae consigo intensos sufrimientos para el paciente, sino que amenaza destruir la felicidad de una familia. No será, pues, posible para el psiquiatra prescindir de dedicarle todo su interés, y conforme a los métodos usuales, intentará, en primer lugar, caracterizarlo por una de sus propiedades esenciales. No puede decirse que la idea que atormenta a la enferma sea absurda en sí misma. Es muy frecuente, en efecto, que hombres casados y ya de edad madura sostengan una querida joven. Pero lo que sí es absurdo es su credulidad, no teniendo, como no tiene, fuera de las afirmaciones del anónimo, motivo alguno para dudar de la fidelidad de su cariñoso marido. Sabe también que la anónima denuncia no merece confianza alguna, y posee clarísimos indicios de que no se trata sino de una vengativa calumnia. Dadas todas estas circunstancias, debería decirse que sus celos carecen de todo fundamento, y, en efecto, lo piensa así; pero, a pesar de ello, continúa sufriendo como si poseyese pruebas irrefutables de la traición de su marido. La Psiquiatría ha convenido en calificar de delirios las ideas de este género, refractarias a los argumentos lógicos y extraídos de la más inmediata

realidad. Así, pues, la buena señora sufre de *celos delirantes,* constituyendo ésa la característica esencial de su caso patológico.

Tras de esta primera conclusión aumenta nuestro interés psiquiátrico. Si un delirio resiste a las pruebas extraídas de la realidad, ello debe de obedecer a que su origen es totalmente ajeno a la misma. Mas entonces, ¿cuál podrá ser su procedencia? Y siendo muy variable el contenido de los delirios, ¿por qué, en nuestro caso, se halla constituido precisamente por celos? Por último, ¿en qué persona se desarrollan tales delirios, y con especialidad el delirio de celos? Mucho nos agradaría saber lo que de todo esto piensa el psiquiatra; pero nuestra curiosidad queda por completo defraudada. De todas las interrogaciones que sobre este caso nos hemos planteado, sólo una le interesa. Investigará los antecedentes familiares del sujeto y nos dará *quizá* la respuesta de que los delirios se producen en aquellas personas que acusan, en sus antecedentes hereditarios, análogos trastornos u otro género cualquiera de perturbaciones psíquicas, cosa que equivale a decir que si el sujeto ha desarrollado una idea delirante, es porque poseía una predisposición hereditaria a tal enfermedad. Esta respuesta es, sin duda, interesante; pero no satisface todos nuestros deseos ni agota tampoco la motivación del presente caso patológico. No creemos poder admitir que el hecho de aparecer el delirio de celos, en lugar de otro cualquiera de distinto contenido, sea indiferente, arbitrario e inexplicable, ni tampoco que interpretando en sentido negativo el principio de la omnipotencia de las leyes hereditarias, se llegue a concluir que desde el momento en que un alma se halla predispuesta a ser presa de un delirio carecen de toda importancia los sucesos susceptibles de actuar sobre ella. Extrañaréis, sin duda, que la Psiquiatría científica rehúse proporcionarnos más informaciones sobre estas materias; pero habéis de tener en cuenta que aquel que da más de lo que tiene no es un hombre honrado, y que el psiquiatra no posee medio alguno de penetrar más profundamente en la interpretación de los casos de este género, hallándose, por tanto, obligado a limitarse a formular el diagnóstico y a establecer, a pesar de su copiosa experiencia, un pronóstico muy incierto sobre la marcha ulterior de la enfermedad.

Pero ¿acaso puede el psicoanálisis proporcionarnos una más amplia explicación? Ciertamente, y espero poder demostraros que incluso en un caso

tan difícilmente accesible como el que nos ocupa es nuestra disciplina capaz de descubrir datos susceptibles de hacernos llegar a su inteligencia. Recordad, ante todo, el hecho, insignificante en apariencia, de que, en realidad, ha sido la misma paciente la que ha provocado la redacción del anónimo, punto de partida de su delirio, pues advirtió el día antes a la joven intrigante que su mayor desgracia sería saber que su marido tenía una querida. Diciendo esto, hizo surgir, indudablemente, por vez primera en la imaginación de la criada la idea del anónimo. El delirio se hace así, hasta cierto punto, independiente de la carta, y ha debido existir anteriormente en la enferma a título de temor o quizá de deseo. Añadid a esto los siguientes pequeños indicios que nos fue dado descubrir después de dos horas de análisis: la paciente se encontraba muy poco dispuesta a obedecer cuando al terminar el relato de su historia le rogué que me participase otras ideas y recuerdos que pudieran hallarse relacionados con ella. Pretendía no tener nada más que decir, y al cabo de dos horas hubo necesidad de poner fin al análisis, puesto que la paciente declaraba sentirse completamente bien y estar segura de haberse desembarazado para siempre de su patológica idea, declaración que le fue dictada, indudablemente por el temor de verme proseguir el análisis. Sin embargo, durante dichas dos horas hubo de dejar escapar algunas observaciones que autorizaban y hasta imponían una determinada interpretación, mediante la cual quedaba claramente definida la génesis de su idea delirante. La paciente escondía un intenso amor hacia un joven —aquél su yerno a cuya instancia había acudido a mi consulta—; pero no se daba perfecta cuenta de este sentimiento, pues, además de que apenas era consciente en ella, los lazos de parentesco que la unían al amado hicieron que su pasión amorosa no encontrase grandes dificultades para revestir el disfraz de una lícita ternura familiar. Dada la experiencia que sobre las situaciones de este género hemos adquirido en la práctica psicoanalítica, podemos penetrar sin dificultad en la vida psíquica de esta honrada mujer y excelente madre de familia.

El amor que su yerno le había inspirado era demasiado monstruoso e imposible para poder abrirse camino hasta su consciencia; pero manteniéndose en estado inconsciente, ejercía sobre su vida psíquica una intensa presión. Necesitaba, pues, hallar un exutorio, y lo encontró, en efecto,

utilizando el mecanismo de desplazamiento, proceso que participa siempre en la génesis de los celos delirantes. Si su marido incurriese a su vez en la gravísima falta de enamorarse de alguien mucho más joven que él, se vería ella libre del remordimiento y de su infidelidad. Esta idea fija era para la señora como un bálsamo calmante aplicado sobre una ardiente llaga. Su propia pasión no había llegado a abrirse paso hasta su consciencia; pero, en cambio, el desplazamiento de la misma sobre su marido, proceso que tan gran alivio le proporcionaba, sí llegó a hacerse consciente, e incluso en una forma obsesiva y delirante. De este modo, todos los argumentos que contra la idea fija pudieron oponerse tenían que ser necesariamente baldíos, pues no se dirigían contra el verdadero estado de cosas, sino contra su imagen refleja, a la cual comunicaba aquél toda su energía, permaneciendo oculto e inatacable en lo inconsciente.

Recapitulemos los datos que hemos podido obtener por medio de este breve y difícil esfuerzo psicoanalítico y que nos permitirán quizá llegar a la comprensión del caso patológico que hubo de motivarlo, suponiendo, naturalmente, que hayamos procedido con acierto en su análisis, cosa de la que no podéis vosotros ser jueces. Primer dato: el delirio no es ya algo absurdo e incomprensible, sino que presenta un sentido y se halla bien motivado, formando parte de un suceso afectivo sobrevenido en la vida del paciente. Segundo dato: esta idea delirante corresponde a la necesaria reacción a un proceso psíquico inconsciente que determinados indicios nos han hecho posible descubrir, y debe precisamente a una tal conexión con dicho proceso su carácter delirante y su resistencia a todos los argumentos proporcionados por la lógica y la realidad, llegando incluso a constituir algo deseado por el sujeto, como una especie de consuelo y alivio. Tercer dato: si la víspera de recibir el anónimo hizo la señora a su criada la confidencia que ya conocéis, es incontestable que la impulsó a ello el secreto sentimiento que hacia su yerno alimentaba, sentimiento que forma algo como el segundo término de su enfermedad. Vemos, por tanto, que este caso presenta, con el acto sintomático anteriormente analizado, importantes analogías en lo que se refiere al esclarecimiento del sentido o intención y a las relaciones con un inconsciente daño en la situación.

Claro es que con eso no hemos resuelto todas las interrogaciones que

podemos plantearnos a propósito de este caso, pues son muchos los problemas que entraña. Algunos de ellos no tienen aún solución posible, y otros no han podido ser resueltos por las circunstancias harto desfavorables en que el análisis hubo de realizarse. Así, podemos preguntarnos todavía por qué una mujer tan feliz en su matrimonio llega a enamorarse de su yerno y por qué el exutorio necesario a este sentimiento reprimido toma, en lugar de otra forma cualquiera, la de un reflejo o una proyección de su propio estado sobre su marido. Contra lo que pudiéramos creer, no son estas interrogaciones ociosas y arbitrarias, e incluso poseemos ya algunos datos que hacen posible una respuesta. En primer lugar, nuestra enferma se encuentra en la edad crítica, la cual trae consigo una súbita e indeseada exaltación de la necesidad sexual. Este hecho podría, en rigor, bastar para explicar todo el resto. Pero también es posible que el excelente y fiel marido no se hallase ya desde hace algunos años en posesión de una potencia sexual proporcionada a las necesidades de su mujer, mejor conservada. Sabemos por experiencia que estos maridos, cuya fidelidad no tiene necesidad de ninguna otra explicación, se distinguen precisamente por el tierno cariño que muestran a sus mujeres y por una indulgencia poco común con respecto a los trastornos nerviosos de las mismas. Por último, puede también no ser indiferente que el amor patológico de esta señora haya venido a recaer precisamente sobre el joven marido de su hija. Una intensa pasión erótica de una madre hacia su hija, sentimiento que podría reducirse, en último análisis, a la constitución sexual de la primera, halla a veces en tales transformaciones el medio de continuar subsistiendo. A este propósito habré de recordaros que las relaciones eróticas entre suegra y yerno han sido siempre consideradas como particularmente abyectas y eran objeto en los pueblos primitivos de un rigurosísimo *tabú*[1857]. Mas a pesar de esto, suelen superar, manifestándose ora en sentido positivo, ora en el negativo, la medida socialmente deseable. No habiendo conseguido realizar un completo análisis de este caso, no puedo indicaros ahora cuál de los factores antes detallados intervino en la génesis del mismo, ni tampoco si actuaron dos de ellos o todos tres conjuntamente.

Advierto en este instante que estoy hablándoos de algo para cuya comprensión no os halláis preparados. Mas si lo he hecho así ha sido con

objeto de establecer un paralelo entre la Psiquiatría y el psicoanálisis. Y ahora os pregunto: ¿Habéis observado que exista una contradicción entre ambos? La Psiquiatría no aplica los métodos técnicos del psicoanálisis ni intenta enlazar algo a la idea delirante, satisfaciéndose con mostrarnos en la herencia un factor etiológico general y lejano, en lugar de dedicarse a la investigación de causas más especiales y próximas. Pero ¿acaso constituye esto una contradicción? Nada de eso; por el contrario, el psicoanálisis y la Psiquiatría se completan uno a otra, hallándose en una relación semejante a la que existe entre el factor hereditario y el suceso psíquico, los cuales, lejos de excluirse, recíprocamente colaboran del modo más eficaz a la obtención del mismo resultado. Me concederéis, por tanto, que en la naturaleza de la labor psiquiátrica no hay nada que pueda servir de argumento contra la investigación psicoanalítica. Es el psiquiatra y no la psiquiatría, lo que se opone al psicoanálisis, el cual es a aquélla, aproximadamente, lo que la Histología es a la Anatomía, ciencias de las cuales estudia una las formas exteriores de los órganos y la otra los tejidos y las células de que los mismos se componen. Una contradicción entre estos dos órdenes de estudios, continuación uno del otro, es inconcebible. La Anatomía constituye hoy la base de la Medicina científica, pero hubo un tiempo en el que la disección de cadáveres humanos, practicada con el fin de estudiar la estructura interna del cuerpo, se hallaba prohibida, del mismo modo que hoy en día se juzga casi condenable dedicarse al psicoanálisis para investigar el funcionamiento íntimo de la vida psíquica. Todo nos lleva, sin embargo, a creer que no puede tardar ya en imponerse la convicción de que una psiquiatría verdaderamente científica ha de poseer un profundo conocimiento de los misteriosos procesos inconscientes que se desarrollan en nuestro psiquismo.

Nuestra disciplina psicoanalítica, tan combatida, posee quizá entre vosotros algunos partidarios que verían con gusto su consagración como método terapéutico, y sabiendo que los medios psiquiátricos de que hasta ahora disponemos no tienen acción ninguna sobre las ideas fijas, esperan que el psicoanálisis, al que es conocido el mecanismo de los síntomas a ellas correspondientes, será quizá más afortunado. Pues bien: desgraciadamente, no es así, y su impotencia actual ante estas afecciones es idéntica a la del resto de los métodos terapéuticos. Merced al psicoanálisis, llegamos a

descubrir lo que en la vida psíquica del enfermo se ha desarrollado; pero no poseemos medio alguno de hacérselo comprender al enfermo mismo.

Ya os advertí que en el caso de que en esta primera lección nos hemos ocupado me fue imposible llevar el análisis más allá de los primeros estratos. Pero ¿puede acaso hacerse de esta circunstancia un argumento para afirmar que en tales casos debe abandonarse todo análisis como totalmente estéril? A mi juicio, no. Tenemos el derecho, e incluso el deber, de proseguir estas investigaciones, sin preocuparnos de su utilidad inmediata. Al llegar a su término, por ahora indeterminable, todos aquellos conocimientos que hayamos logrado adquirir en nuestro camino, por mínimos que parezcan, se encontrarán transformados en poder terapéutico. Por otro lado, aunque ante otras afecciones nerviosas y psíquicas demostrara el psicoanálisis una igual impotencia que con respecto a las ideas delirantes, no por ello dejaría de hallarse perfectamente justificado como medio insustituible de investigación científica.

Por si tal impotencia existiera en realidad, tampoco podría practicarse nuestra disciplina como método investigatorio, pues los sujetos humanos que constituyen nuestro material de estudio se hallan dotados de voluntad propia, y para prestarse a ayudarnos tienen necesidad de motivos personales que a ello los impulsen. En caso contrario, nos rehusarán siempre su colaboración. Por tanto, he de hacer constar, como término de esta primera lección, que existen amplios grupos de perturbaciones nerviosas cuya comprensión resulta fácilmente transformable en poder terapéutico, y que en estas afecciones, difícilmente accesibles por otros caminos, logra el psicoanálisis obtener resultados nada inferiores a aquellos que se obtienen en cualquier otra rama de la terapia interna.

LECCIÓN XVII.
EL SENTIDO DE LOS SÍNTOMAS

Señoras y señores:

EN la lección que antecede hube de exponeros cómo la Psiquiatría clínica prescinde de la forma aparente y del contenido de los síntomas, mientras que, en cambio, el psicoanálisis dedica atención principal a ambos elementos, y ha sido de este modo el primero en establecer que todo síntoma posee un sentido y se halla estrechamente enlazado a la vida psíquica del enfermo.

El sentido de los síntomas neuróticos fue descubierto por el doctor J. Breuer mediante el estudio y la acertadísima derivación de un caso de histeria (1880-1882), que se ha hecho célebre en los fastos de la Medicina. Cierto es que P. Janet realizó, independientemente de Breuer, idéntico descubrimiento, y que incluso le pertenece la prioridad de publicación, pues Breuer no comunicó sus observaciones sino diez años más tarde (1893-95), en la época de su colaboración conmigo; pero, en último término, es indiferente establecer a cuál de los dos corresponde la prioridad en el hallazgo. En todo descubrimiento suele participar, generalmente, más de una persona, y no siempre el éxito acompaña a quien realmente debiera. Así, América no ha recibido su nombre de Colón, su verdadero descubridor. Además, si a eso fuéramos, habríamos de hacer constar que antes que Breuer y Janet formuló ya el gran psiquiatra Leuret la opinión de que si supiéramos traducir los delirios de los alienados, encontraríamos que poseían un sentido. Por mi parte, confieso que durante mucho tiempo he estado dispuesto a atribuir a Janet los mayores merecimientos en la explicación de los síntomas neuróticos, por concebirlos como manifestaciones de «ideas inconscientes» que dominarían a los enfermos. Pero más tarde se ha expresado sobre este punto con tan exageradas reservas, que parece haber querido dar a entender que lo inconsciente no era para él sino un concepto auxiliar sin realidad alguna efectiva *une façon de parler*; inútil rectificación que le ha perjudicado extraordinariamente, aminorando en gran manera sus méritos científicos. Personalmente, puedo decir que desde ella me resultan incomprensibles las restantes deducciones de este autor.

Así, pues, los síntomas neuróticos poseen —como los actos fallidos y los sueños— un sentido propio y una íntima relación con la vida de las personas en las que surgen. Por medio de algunos ejemplos espero facilitaros la comprensión de este importante punto de vista, cuya general efectividad no

puede, como es natural, ser objeto en estas lecciones de una prueba total. Pero aquellos que quieran convencerse de la verdad de mi afirmación sobre el sentido inherente a todo síntoma no tienen sino realizar por sí mismos una cantidad suficiente de observaciones directas. Por determinadas razones, los ejemplos que a continuación voy a exponeros no están tomados de la histeria, sino de otra neurosis harto singular y en el fondo muy análoga, sobre la cual habré de deciros previamente algunas palabras a título de introducción.

Esta neurosis, a la que denominamos *neurosis obsesiva*, no es tan generalmente conocida como la histeria, pues se comporta mucho más discretamente, renunciando casi por completo a todo género de manifestaciones somáticas y concentrando todos los síntomas en el dominio psíquico. La neurosis obsesiva y la histeria han sido, entre todas las formas de la enfermedad neurótica, aquéllas cuyo estudio ha constituido la primera base del psicoanálisis, y cuyo tratamiento ha proporcionado y proporciona a nuestra terapia sus mayores éxitos. Especialmente, la primera de dichas perturbaciones, que no presenta aquella misteriosa extensión de lo psíquico a lo somático, característica de la histeria, ha sido objeto, por parte de nuestra disciplina, de un más completo esclarecimiento, demostrándose que presenta con mucha mayor precisión determinados caracteres de las enfermedades neuróticas.

Los enfermos de neurosis obsesiva muestran, generalmente, las siguientes manifestaciones: experimentan impulsos extraños a su personalidad; se ven obligados a realizar actos cuya ejecución no les proporciona placer ninguno, pero a los cuales no pueden sustraerse, y su pensamiento se halla invariablemente fijo a ideas ajenas a su interés normal. Tales ideas (representaciones obsesivas) pueden carecer por sí mismas de todo sentido o ser tan sólo indiferentes para el individuo al que se imponen; pero lo más frecuente es que sean totalmente absurdas. De todos modos, y cualquiera que sea el carácter que presenten, constituyen siempre el punto de partida de una intensa actividad intelectual que agota al enfermo, el cual se ve constreñido, contra todo el torrente de su voluntad, a cavilar incesantemente en derredor de tales ideas, como si se tratase de sus asuntos personales más importantes. Los impulsos que el enfermo experimenta pueden presentar también, en

ocasiones, un carácter infantil y desatinado, pero la mayor parte de las veces poseen un contenido temeroso, sintiéndose el enfermo incitado a cometer graves crímenes, de los que huye horrorizado, defendiéndose contra la tentación por medio de toda clase de prohibiciones, renunciamientos y limitaciones de su libertad.

Conviene hacer constar que tales crímenes y malas acciones no llegan jamás a ser siquiera iniciados, pues la fuga y la prudencia acaban siempre por imponerse. Los actos que el enfermo lleva realmente a cabo, esto es, los actos obsesivos, son siempre inocentes e insignificantes, consistiendo de ordinario, en repeticiones u ornamentaciones ceremoniosas de los actos más corrientes de la vida cotidiana.

Resulta de este modo que los actos más necesarios, tales como los de acostarse, lavarse, vestirse o salir de paseo, se convierten en problemas complicadísimos, apenas solubles.

Las representaciones, impulsos y actos patológicos no aparecen mezclados en idéntica proporción en cada forma y caso de neurosis obsesiva, pues casi siempre es uno sólo de estos factores el que domina en el cuadro sintomático y caracteriza a la enfermedad; pero todas las formas y todos los casos tienen innegables rasgos comunes.

Trátase, ciertamente, de una singular dolencia. La fantasía más extravagante de un psiquiatra no hubiera conseguido nunca imaginar nada semejante, y si no tuviéramos ocasión de ver continuamente casos de este género, no creeríamos en su existencia. No supongáis, sin embargo, contribuir al alivio del enfermo aconsejándole que se distraiga, deseche sus ideas absurdas y piense, en su lugar, en algo razonable. El enfermo mismo quisiera hacer aquello que le aconsejáis, pues presenta una perfecta lucidez, comparte vuestra opinión sobre sus síntomas obsesivos e incluso la formula espontáneamente antes que vosotros; pero nada le es posible hacer para mejorar su estado. Aquellos actos que la neurosis obsesiva impone al paciente se hallan sostenidos por una energía para la cual no encontramos comparación ninguna en la vida normal. El enfermo no puede hacer otra cosa que desplazar o sustituir su obsesión, reemplazando una idea absurda por otra que quizá lo es menos, cambiando de precauciones y prohibiciones o variando de ceremonial. Puede desplazarse la coerción, pero no suprimirla.

Esta capacidad de desplazamiento de los síntomas, desde su forma primitiva a otra muy alejada y diferente, constituye uno de los principales caracteres de la neurosis obsesiva, dolencia en la cual descubrimos, además, la singularísima circunstancia de que las oposiciones (polaridades) que llenan la vida psíquica se muestran particularmente acentuadas. Junto a la obsesión de contenido negativo o positivo vemos aparecer, en el terreno intelectual, un estado de duda que, extendiéndose sobre las cosas generalmente más ciertas y seguras, provoca en el sujeto una perpetua indecisión, despojándole de toda su energía y haciéndole imponerse inhibiciones cada vez más rigurosas. Este cuadro sintomático resulta tanto más singular cuanto que los neuróticos obsesivos suelen haber sido antes, por lo general, personas de carácter enérgico, a veces de una gran tenacidad, y siempre de un nivel intelectual superior al vulgar. En la mayoría de los casos presentan, además, una alta disciplina moral, llevada hasta el escrúpulo, y una extrema corrección. Podéis, pues, imaginar la difícil labor que es necesario llevar a cabo para orientarse en este contradictorio conjunto de rasgos de carácter y síntomas patológicos. Por tanto, no aspiramos, en un principio, sino a un modestísimo resultado, esto es, al de conseguir comprender e interpretar algunos de los síntomas de esta enfermedad.

Antes de entrar en el fondo de la cuestión querréis, sin duda, saber cuál es la actitud que la Psiquiatría adopta ante los problemas de la neurosis obsesiva. Muy poco es lo que sobre este punto puede comunicaros, pues dicha disciplina se limita a distribuir calificativos a las diferentes obsesiones y a sostener que los sujetos portadores de los síntomas de las mismas son siempre «degenerados», afirmación nada satisfactoria, pues lejos de constituir un esclarecimiento, no pasa de ser una estimación de carácter peyorativo, de la que habremos de deducir que aquellos individuos que salen del nivel vulgar son campo abonado para el desarrollo de toda clase de singularidades.

En realidad, es innegable que las personas susceptibles de presentar tales síntomas han de haber recibido de la Naturaleza una constitución diferente de la del resto de los humanos. Pero ¿por qué razón ha de considerárselos más «degenerados» que a los demás nerviosos, tales como los histéricos o los enfermos de psicosis? La característica establecida por la Psiquiatría resulta, evidentemente, demasiado general, y hasta nos inclinaremos a rechazarla

totalmente al observar que individuos de un gran valor social pueden presentar los mismos síntomas. Generalmente, sabemos muy poco de la vida íntima de nuestros grandes hombres, cosa debida tanto a su propia discreción como a la falta de sinceridad de sus biógrafos. Pero cuando tropezamos con un fanático de la verdad como Emilio Zola, que pone ante nosotros toda su vida sin el menor fingimiento, vemos cuántas costumbres obsesivas suelen atormentar a tales hombres de alta mentalidad[1858].

Para estos neuróticos de elevada intelectualidad ha creado la Psiquiatría la categoría de los «degenerados superiores». Está bien; pero el psicoanálisis nos ha descubierto que es posible hacer desaparecer definitivamente estos singulares síntomas obsesivos, como hacemos desaparecer muchas otras dolencias en sujetos que nadie ha pensado en calificar de «degenerados». Por mi parte, puedo asegurar que he conseguido más de una vez este halagüeño resultado.

Pasaré ahora a citaros dos ejemplos de análisis de un síntoma obsesivo. El primero de ellos data de hace ya muchos años, pero no he encontrado otro más reciente que siendo de igual interés se preste mejor a ser expuesto en estas lecciones. El segundo, en cambio, es de fecha muy próxima. Dado que los casos de este género exigen ser expuestos en su totalidad y sin omitir un solo detalle, serán éstos los dos únicos ejemplos que podré comunicaros aquí en apoyo de mis afirmaciones sobre esta parte de la investigación psicoanalítica.

Una señora de treinta años, aproximadamente, que sufría de fenómenos obsesivos muy graves y a la que hubiera yo quizá logrado aliviar sin un pérfido accidente que destruyó toda mi labor y del que ya os hablaré en otra ocasión, ejecutaba varias veces al día, entre otros muchos, el singular acto obsesivo siguiente: Corría desde su alcoba a un gabinete continuo, se colocaba en un lugar determinado, delante de la mesa que ocupaba el centro de la habitación, llamaba a su doncella, le daba una orden cualquiera o la despedía sin mandarle nada y volvía después, con igual precipitación, a la alcoba.

Este manejo no constituye, ciertamente, un grave síntoma patológico, pero sí es lo bastante singular para excitar nuestra curiosidad.

Afortunadamente, pudo proporcionarnos su explicación —de un modo irrefutable— la paciente misma, sin la menor intervención por nuestra parte, pues de otra forma nos hubiese sido imposible dar con el sentido de su acto obsesivo o siquiera proponer una interpretación del mismo. Siempre que le habíamos preguntado por qué llevaba a cabo aquel extraño manejo y qué significación podía tener, nos había contestado que lo ignoraba en absoluto; pero un día, después de lograr vencer en ella un grave escrúpulo de conciencia, encontró de repente la explicación buscada y nos relató los hechos a los que el misterioso síntoma se enlazaba. Más de diez años atrás había contraído matrimonio con un hombre que le llevaba muchos años y que durante la noche de bodas demostró una total impotencia. Toda la noche la pasó corriendo de su cuarto al de su mujer para renovar sus tentativas, pero sin obtener éxito ninguno. A la mañana siguiente, dijo contrariado: «Me avergüenza que la criada que va a venir a hacer la cama pueda adivinar lo que ha sucedido», y cogiendo un frasco de tinta roja que por azar se hallaba en el cuarto lo vertió en las sábanas; pero no precisamente en el sitio en que hubieran debido encontrarse las manchas de sangre. Al principio, no llegué a comprender qué relación podía existir entre este recuerdo y el acto obsesivo de mi paciente, pues el paso repetido de una habitación a otra y la aparición de la doncella eran los únicos extremos que el mismo tenía comunes con el supuesto antecedente real. Pero entonces me llevó la enferma a la segunda habitación, y colocándome ante la mesa me hizo descubrir en el tapete que la cubría una gran mancha roja y me explicó que se situaba junto a la mesa en una posición tal, que la criada no podía por menos de ver la mancha. Ante este nuevo detalle no había ya posibilidad de duda sobre la estrecha relación existente entre la escena de la noche de bodas y el acto obsesivo actual. Pero además nos ofrece este caso otras interesantísimas observaciones.

Ante todo, es evidente que la enferma se identifica con su marido y reproduce su conducta durante la noche de bodas, imitando su paso de una habitación a otra. Para que tal identificación sea completa, habremos además de admitir que reemplaza el lecho y las sábanas por la mesa y el tapiz que la cubre, sustitución que podría parecernos arbitraria si no conociésemos ya, por haberlo estudiado a fondo en la primera serie de estas lecciones, el simbolismo onírico. Pero sabemos que la mesa es muchas veces, en nuestros

sueños una representación del lecho, y que mesa y lecho son, a la par, símbolos del matrimonio, pudiendo, por tanto, reemplazarse indistintamente entre sí.

Todo esto parece demostrar que el acto obsesivo de esta enferma posee un sentido, constituyendo una representación y una repetición de la escena anteriormente descrita. Pero nada nos obliga a declararnos satisfechos con esta apariencia de prueba, pues sometiendo a un examen más detenido las relaciones entre el suceso real y el acto obsesivo obtendremos quizá interesantes informaciones sobre hechos más lejanos y sobre la intención del acto mismo. El nódulo de este último consiste, evidentemente, en el hecho de hacer venir a la criada y atraer su atención sobre la roja mancha, contrariamente a los deseos del marido después del desgraciado intento de simulación. De este modo se conduce la paciente —siempre en representación de su marido— como si no tuviera que temer la entrada de la doncella, dado que la mancha cae sobre el lugar debido. Vemos, pues, que no se contenta con reproducir la escena real, sino que la ha continuado y corregido, perfeccionándola. Pero al hacerlo así rectifica también aquel otro penoso accidente que obligó al marido a recurrir a la tinta roja; esto es, a su total impotencia. De todo eso habremos de deducir que el acto obsesivo de nuestra enferma presenta el siguiente sentido: «Mi marido no tenía por qué avergonzarse ante nadie, pues no era impotente». El deseo que encierra esta idea es presentado por la enferma como realizado en un acto obsesivo, análogamente a como sucede en los sueños, y obedece a la tendencia de la buena señora a rehabilitar a su esposo.

En apoyo de lo que antecede podría citaros todo lo que de esta paciente sé; o mejor dicho, son todas las circunstancias de su vida las que nos imponen una tal interpretación de su acto obsesivo, ininteligible por sí mismo. Separada de su marido hace varios años, lucha contra la idea de solicitar sea anulado su matrimonio; mas por determinados escrúpulos de conciencia no se decide a ello, y sintiéndose obligada a permanecer fiel, vive en el más absoluto retiro. Para alejar toda tentación, llega incluso a rehabilitarle y engrandecerle en su fantasía. Pero aún hay más. El verdadero y profundo secreto de su enfermedad consiste en que por medio de la misma protege a su marido contra las murmuraciones y le hace posible vivir separado de ella sin

que nadie sospeche la causa real de la separación. Vemos, pues, cómo el análisis de un inocente acto obsesivo puede hacernos penetrar directamente hasta el más profundo nódulo de un caso patológico y revelarnos, al mismo tiempo, una gran parte del misterio de la neurosis de obsesión. Si me he detenido a exponeros minuciosamente este ejemplo, ha sido por aparecer reunidas en él condiciones características que no en todos es posible encontrar. Su interpretación fue descubierta por la enferma misma, fuera de toda dirección ajena y mediante el establecimiento de una relación entre sus síntomas y un suceso real perteneciente no a un olvidado período de su vida infantil, sino a su plena madurez; suceso que ha dejado una precisa huella en su memoria. Todas las objeciones que la crítica dirige generalmente contra nuestras interpretaciones de síntomas se estrellan contra éste sólo caso, pero claro es que no siempre tenemos una tal fortuna.

Algunas palabras todavía antes de pasar a otro ejemplo: seguramente habréis extrañado que un acto obsesivo, tan insignificante en apariencia, nos haya llevado a cosa tan íntima de la existencia de la sujeto como la historia de su noche de bodas, y os preguntaréis, además, si el hecho de pertenecer tales intimidades precisamente a la vida sexual ha de considerarse o no como un simple azar desprovisto de toda trascendencia. Claro es que esta circunstancia ha podido depender de la naturaleza particular del caso escogido como primer ejemplo; pero, de todos modos, quisiera que no sentarais conclusión alguna antes de oír el que a continuación voy a exponeros y que presenta características por completo diferentes, pues constituye una muestra de una categoría harto frecuente, o sea de un ceremonial inherente al acto de acostarse.

Trátase de una bella muchacha de diecinueve años, hija única y muy superior a sus padres, tanto en instrucción como en agilidad intelectual. De niña presentaba un carácter salvaje y orgulloso, y durante sus últimos años, sin causa exterior aparente, había llegado a mostrarse patológicamente nerviosa. Da prueba de una particular hostilidad contra su madre y se manifiesta descontenta, deprimida, e inclinada a la indecisión y a la duda, hasta el punto de no poder atravesar sola las plazas ni las calles un poco anchas. Nos hallamos aquí ante un complicado estado patológico,

susceptible, por lo menos, de dos diagnósticos: el de agorafobia y el de neurosis obsesiva. Pero sin detenernos a discutir este punto concreto, pasaremos a lo que verdaderamente nos interesa en esta enferma, o sea el ceremonial que lleva a cabo al acostarse y con el que causa la desesperación de sus padres. Puede decirse que, en un cierto sentido, todo sujeto normal tiene su ceremonial para acostarse o precisa para conciliar el sueño del cumplimiento de determinadas condiciones, pues ha rodeado el paso del estado de vigilia al de reposo de ciertas formalidades que ha de reproducir exactamente cada noche. Pero todos los requisitos de que el hombre sano rodea su sueño son tan racionales como fácilmente comprensibles, y cuando las circunstancias exteriores le imponen alguna modificación, se adapta a ella sin trabajo ni pérdida de tiempo. En cambio, el ceremonial patológico carece de flexibilidad; sabe imponerse al precio de los mayores sacrificios, ocultándose detrás de fundamentos en apariencia racionales, y examinado superficialmente, no parece diferenciarse del ceremonial normal sino por una exagerada minuciosidad. Pero un más detenido examen nos mostrará siempre que el ceremonial patológico trae consigo requisitos que ninguna razón justifica y otros francamente antirracionales. Nuestra enferma explica sus precauciones nocturnas alegando que para dormir bien tiene necesidad de un silencio absoluto y se ve obligada, por tanto, a limitar todo lo que pudiera producir un ruido. Con este fin, toma todas las noches, antes de acostarse, las precauciones siguientes: en primer lugar, para el reloj de pared que hay en el cuarto y hace transportar a otra habitación distante todos los demás relojes, sin exceptuar siquiera uno pequeño de pulsera, metido dentro de su estuche; en segundo lugar, reúne sobre su escritorio todos los floreros y jarrones, de manera que ninguno de ellos pueda caer y romperse durante la noche, turbando así su reposo. Sabe perfectamente que la necesidad de proteger su descanso no justifica estas medidas sino en apariencia, pues se da cuenta de que el pequeño reloj de pulsera, metido dentro de su estuche, no podría ser causa de perturbación alguna, tanto más cuanto que nadie ignora que el tictac regular y monótono de un reloj, lejos de perturbar el sueño, la favorece. Conviene, además, en que el temor de que los floreros y jarrones caigan espontáneamente al suelo, produciendo ruido, es por completo inverosímil. Los restantes detalles del ceremonial carecen ya de toda relación con el

absoluto silencio que dice serle necesario para conciliar el sueño. Así, exige, entre otras cosas, que la puerta que separa su alcoba de la de sus padres quede entreabierta, y para obtener este resultado la inmoviliza con ayuda de diversos objetos, precaución que en vez de evitar posibles ruidos es, por el contrario, susceptible de producirlos. Pero la parte más importante del ceremonial se refiere al lecho mismo. La almohada larga no debe tocar a la cabecera y el pequeño almohadón superior ha de quedar dispuesto en rombo sobre dicha almohada, reclinando luego la enferma su cabeza en este almohadón y precisamente en el sentido del diámetro longitudinal del rombo. Por último, ha de sacudir el edredón, de manera que todo su contenido vaya a acumularse en su parte inferior formando un promontorio, pero inmediatamente deshace su labor, igualándolo de nuevo.

Os haré gracia de los demás detalles, a veces muy minuciosos, de este ceremonial, los cuales, sobre no enseñarnos nada nuevo, nos alejarían considerablemente del fin que nos proponemos. Pero he de advertiros que la realización del mismo resulta mucho más complicada de lo que pudiera creerse. La enferma teme siempre no haberlo llevado a cabo con todo el cuidado necesario, y revisa y repite indefinidamente cada uno de los actos de que se compone, a medida que sus dudas van recayendo sobre ellos. De este modo resulta que tales manejos duran una o dos horas, durante las cuales ni la muchacha ni sus atemorizados padres pueden conciliar el sueño.

El análisis de este ceremonial no ha sido tan fácil como el del acto obsesivo de nuestra anterior enferma, pues me vi obligado a guiar a la muchacha y a proponerle proyectos de interpretación que rechazaba invariablemente con una negativa categórica o no acogía sino con una despreciativa duda. Pero a esta primera reacción negativa siguió un período durante el cual, mostrándose interesada por las hipótesis de interpretación que se le proponían, reunía las asociaciones que con respecto a ellas surgían en su imaginación, comunicaba sus recuerdos y establecía relaciones entre ellos y sus síntomas, acabando por aceptar nuestra explicación de estos últimos, aunque sometiéndola previamente a una elaboración personal. A medida que esta labor iba cumpliéndose en ella, se fue haciendo menos meticulosa en la ejecución de sus actos obsesivos, y antes del término del tratamiento llegó a abandonar todo su ceremonial.

He de advertiros también que la labor psicoanalítica, tal como hoy en día la practicamos, no se ocupa sucesivamente de cada uno de los síntomas particulares hasta su completa elucidación. Por lo contrario, nos veremos a cada instante en la necesidad de abandonar un tema dado; pero ello no nos preocupa lo más mínimo, pues estamos seguros de volver a hallarlo al abordar el examen de cualquiera de los restantes elementos del caso. La interpretación de síntomas que a continuación voy a exponeros es, por tanto, una síntesis de resultados cuya consecución fue interrumpida varias veces por otros trabajos diferentes, y duró de este modo varios meses.

Nuestra enferma comenzó por comprender que si le resultaba imposible dejar un reloj en su cuarto durante la noche, era por constituir para ella dicho objeto un símbolo genital femenino. El reloj de pared, del que conocemos todavía otras interpretaciones simbólicas, asume este papel a causa de la periódica seguridad de su funcionamiento. Cuando una mujer quiere acentuar la regularidad de sus menstruos, suele decir que «anda como un reloj». Pero lo que nuestra enferma temía sobre todo era ser perturbada en su sueño por el tictac de la maquinaria, ruido que puede ser considerado como una representación simbólica de los latidos del clítoris en los momentos de excitación sexual. En efecto: nuestra enferma había sido despertada repetidas veces por esta penosa sensación y el temor a la misma, o sea a la erección del clítoris, era lo que la obligaba a alejar de su alcoba todos los relojes en marcha.

Los floreros y los jarrones son, como todos los recipientes, símbolos femeninos. Así, pues, la precaución de colocarlos durante la noche en sitio desde el que no pudiesen caer y romperse no se hallaba desprovista de sentido. Conocida es la costumbre, nada rara, de romper un cacharro o un plato en la ceremonia de los esponsales y repartir los fragmentos entre los asistentes, costumbre que, colocándonos en el punto de vista de una organización matrimonial premonogámica, podemos interpretar como un renunciamiento de los circunstantes a los derechos que cada uno podía o debía tener sobre la desposada.

A esta parte del ceremonial de nuestra enferma asociaba la misma un recuerdo y varias ideas. Siendo aún niña, iba un día con un vaso en la mano y cayó al suelo, hiriéndose en un dedo con un cristal y sangrando

abundantemente. Más tarde, al llegar a la pubertad, tuvo conocimiento de los hechos referentes a las relaciones sexuales, y quedó obsesionada por el temor angustioso de no sangrar en la noche de bodas, circunstancia que haría dudar a su marido de su virginidad. Sus precauciones contra la rotura de los floreros y jarrones de su alcoba constituyen, pues, una especie de reacción contra todo el complejo relacionado con la virginidad y la hemorragia consecutiva al primer contacto sexual, reacción de protesta que se dirige tanto contra el temor de sangrar como contra el opuesta de no sangrar.

Vemos, pues, que el deseo de prevenir todo ruido, con el cual explica la muchacha estas precauciones, no tiene, en realidad, relación ninguna con ellas.

La paciente misma adivinó el sentido central de su ceremonial un día en que tuvo la súbita comprensión del motivo por el que no quería que la almohada tocase la cabecera del lecho. «La almohada-decía —es siempre mujer, y la pared vertical del lecho es hombre». Quería, pues, y por una especie de acto mágico, separar al hombre de la mujer, esto es, impedir a sus padres todo contacto sexual. Mucho antes de haber establecido su ceremonial había intentado ya alcanzar idéntico fin de una manera más directa, simulando miedo o utilizando un miedo real, para obtener que la puerta que separaba la alcoba de la de sus padres quedase abierta durante la noche, medida que conservó luego en el ceremonial que nos ocupa. De este modo se proporcionaba un medio de espiar a sus padres, y a fuerza de estar en constante vigilancia, contrajo un insomnio que duró varios meses. No contenta con perturbar así la vida de sus padres, iba algunas veces a instalarse entre ambos en el lecho conyugal, acto con el que conseguía realmente separar la «almohada» de la «cabecera». Cuando alcanzó ya una edad en la que no podía acostarse con sus padres sin molestarlos y hallarse molesta ella misma, se ingenió todavía para simular un incoercible miedo, con el fin de obtener que la madre le cediese su sitio junto al padre y fuera a ocupar su cama de soltera. Esta situación constituyó seguramente el punto de partida de algunas de las fantasías cuya huella encontramos en el ceremonial.

El acto de sacudir el edredón, que, como la almohada, es también un símbolo femenino, hasta que, reuniéndose todas sus plumas en su parte inferior formase una especie de bolsa, posee también un sentido: el de

embarazar a la mujer. Pero nuestra paciente no dejaba de disipar en el acto este simbólico embarazo, pues había vivido durante muchos años con el temor de que le naciese un hermano que hubiese dado al traste con su privilegiada posición de hija única. Por otro lado, si la almohada grande, símbolo femenino, representaba a su madre, el pequeño almohadón de encima tenía que ser representación de su propia persona. Más entonces, ¿por qué había de quedar este almohadón dispuesto en sentido romboidal y colocar luego ella encima su cabeza en la dirección del diámetro longitudinal del mismo? La paciente cayó en seguida en que el rombo es la elemental forma geométrica con la que se suele representar en los gráficos callejeros el genital femenino abierto. Así, pues, se adjudicaba ella el papel masculino, reemplazando con su cabeza el miembro viril. (Cf. «La decapitación como representación simbólica de la castración».)

Me diréis que es triste que en la imaginación de una muchacha virgen puedan germinar tales cosas. Convengo en ello; pero no debéis olvidar que en esta triste verdad no me cabe responsabilidad alguna, pues me he limitado a interpretar los signos en que se manifiesta. Los ceremoniales que acabo de describiros son siempre fenómenos de extraordinaria singularidad. Sin embargo, con respecto al caso presente no podréis menos de reconocer que existe una estrecha correspondencia entre sus elementos y las fantasías que la interpretación nos revela. Pero lo que más me interesa es que hayáis observado claramente en este ejemplo cómo estos ceremoniales son cristalización, no de una sola y única fantasía, sino de varias, muy distintas, aunque convergentes en un punto dado. Por último, habréis también advertido que las formalidades del ceremonial analizado traducían los deseos sexuales de un sentido tan pronto positivo, a modo de sustitutivos, como negativo, a título de medios de defensa.

El análisis de este ceremonial hubiera podido proporcionarnos todavía más amplios resultados si hubiésemos relacionado con él todos los demás síntomas que la enfermedad presentaba, pero esta labor carecía de conexión con el fin que nos habíamos propuesto. Contentaos, pues, con saber que esta muchacha experimentaba por su padre una atracción erótica cuyos principios se remontaban a su niñez, hecho en el que habremos quizá de ver el motivo de su actitud hostil hacia su madre. Resulta, por tanto, que también el análisis

de este síntoma nos ha introducido en la vida sexual de la enferma, circunstancia que hallaremos cada vez menos sorprendente a medida que vayamos conociendo mejor el sentido y la intención de los síntomas neuróticos.

En los dos ejemplos analizados habréis podido observar que, al igual de los actos fallidos y los sueños, también los síntomas neuróticos poseen un sentido que los enlaza estrechamente a la vida íntima de los enfermos. Cierto es que no puedo pediros que consideréis suficiente prueba de esta afirmación los dos casos expuestos, pero, en cambio, vosotros no podéis exigirme que os exponga aquí un número ilimitado de ejemplos hasta que lleguéis a un tal convencimiento, pues la necesaria minuciosidad de este género de comunicaciones haría necesario un curso semestral de cinco horas por semana, sólo para elucidar este punto concreto de la teoría de la neurosis. Habré de limitarme, por tanto a estas dos pruebas en favor de mi afirmación, remitiendo a aquellos que deseen conocer un mayor número de casos a la literatura existente sobre esta cuestión, y especialmente a las clásicas interpretaciones de síntomas efectuadas por J. Breuer, a las interesantísimas explicaciones de los oscuros síntomas de la demencia precoz, publicadas por C. G. Jung en la época en que este autor no era todavía más que psicoanalista y no pretendía arrogarse la categoría de profeta, y, por último, a los estudios publicados en nuestras revistas psicoanalíticas. Las investigaciones de este género son precisamente muy numerosas, pues el análisis, la interpretación y la traducción de los síntomas neuróticos han atraído siempre el interés de los psicoanalistas hasta el punto de hacerles descuidar todos los demás problemas de las neurosis.

Aquellos de entre vosotros que quieran imponerse este trabajo de documentación quedarán seguramente impresionados por la amplitud y la fuerza probatoria del material reunido sobre esta materia; pero al mismo tiempo tropezarán con una dificultad: Sabemos que el sentido de un síntoma reside en una relación del mismo con la vida íntima del enfermo. Cuanto más individualizado se halla un síntoma, más fácil resulta establecer dicha relación. La labor que nos incumbe, cuando nos hallamos ante una idea desprovista de sentido o de un acto sin objeto, será, por tanto, la de descubrir

la situación pretérita en la que tales ideas o actos poseyeron sentido y objeto, respectivamente. El acto obsesivo de aquella enferma que se colocaba delante de la mesa de su gabinete y hacía acudir a la doncella constituye el prototipo de este género de síntomas. Pero con gran frecuencia hallamos también síntomas que poseen un carácter totalmente distinto y a los que hemos de considerar como típicos de la enfermedad, pues son aproximadamente los mismos en todos los casos y no presentan diferencias individuales, o sólo tan poco definidas, que se hace muy difícil enlazarlos a la vida individual de los enfermos y referirlos a situaciones vividas. Ya el ceremonial de nuestra segunda enferma presenta muchos de estos rasgos típicos, aunque también nos muestra rasgos individuales suficientes para hacer posible lo que pudiéramos llamar interpretación *histórica* del caso. Mas todos estos enfermos de neurosis obsesiva poseen una tendencia a repetir determinados actos, aislándolos de los restantes de su vida cotidiana y dándoles un ritmo distinto. La mayoría de ellos muestran un excesivo afán de limpieza. Los enfermos atacados de agorafobia (topofobia-miedo del espacio), dolencia que no entra ya en el cuadro de la neurosis obsesiva, sino en el de la histeria de angustia (*Angsthysterie*), reproducen en sus cuadros nosológicos, con una monotonía a veces fatigosa, idénticos rasgos: miedo de los lugares cerrados, de los grandes espacios descubiertos y de las calles y avenidas que se extienden hasta perderse de vista, creyéndose, en cambio, protegidos, cuando son acompañados por una persona conocida u oyen detrás de ellos el ruido de un coche. Pero sobre este fondo uniforme, cada enfermo presenta sus condiciones individuales, o como pudiéramos decir, sus fantasías, que son a veces diametralmente opuestas en los diversos casos. Unos temen las calles estrechas y otros las anchas; unos no pueden andar por la calle más que cuando hay poca gente, y otros, por lo contrario, sólo se sienten a gusto entre la multitud. Del mismo modo la histeria, a pesar de toda su riqueza en rasgos individuales, presenta numerosísimos caracteres generales y típicos que hacen muy difícil la retrospección histórica. No olvidemos, sin embargo, que estos síntomas típicos son los que nos sirven de guía para fijar el diagnóstico. Si en un caso dado de histeria hemos conseguido enlazar un síntoma típico con un suceso personal o una serie de sucesos personales análogos (por ejemplo, relacionar una serie de vómitos histéricos con determinadas

impresiones de repugnancia), nos desorientará ver que el análisis de otro caso de síntomas idénticos refiere los vómitos a la influencia presunta de sucesos personales de una naturaleza por completo diferente. En tales casos, nos inclinamos a admitir que los síntomas, o sea, en este ejemplo, los vómitos histéricos, poseen causas que permanecen ocultas, no siendo los datos históricos revelados por el análisis sino pretextos accidentales que en el momento de presentarse son aprovechados por la necesidad interna existente.

Llegamos así a la desalentadora conclusión de que si bien podemos obtener una explicación satisfactoria del sentido de los síntomas neuróticos individuales, guiándonos por su relación con los sucesos vividos por el enfermo, en cambio, todo nuestro arte interpretativo es insuficiente para descubrirnos el significado de los síntomas típicos, mucho más frecuentes. Además, habréis de tener en cuenta que no os he expuesto aún todas las dificultades con que tropezamos cuando queremos perseguir rigurosamente la interpretación histórica de los síntomas, exposición de la que quiero abstenerme de momento, mas no porque intente presentaros esta cuestión más fácil de lo que en realidad es, sino porque no me parece conveniente provocar confusiones y desalientos en vosotros desde el comienzo de vuestros estudios comunes. Cierto es que nos hallamos todavía al principio del camino que ha de llevarnos a la comprensión de lo que los síntomas significan, pero debemos atenernos provisionalmente a los resultados obtenidos y no avanzar sino progresivamente hacia lo desconocido. Trataré, pues, de mitigar la mala impresión que mis anteriores palabras hayan podido causaros, haciéndoos saber que entre las dos categorías de síntomas —individuales y típicos— no puede existir una diferencia fundamental. Demostrado que los síntomas individuales dependen incontestablemente de los sucesos vividos por el enfermo, podemos admitir que también los síntomas típicos pueden ser reducidos a su vez a sucesos igualmente típicos; esto es, comunes a todos los hombres. Los rasgos restantes que observamos regularmente en las neurosis pueden ser reacciones generales que la naturaleza misma de las alteraciones patológicas impone al enfermo, tales como la repetición y la duda de la neurosis obsesiva. En realidad, no tenemos razón ninguna para desalentarnos antes de conocer los resultados a que nuestra investigación ha de llevarnos más adelante.

En la teoría de los sueños tropezamos con una idéntica dificultad, de la que no tuve ocasión de hablaros en nuestras anteriores lecciones sobre el fenómeno onírico. El contenido manifiesto de los sueños, que sometido al análisis nos da los resultados que ya conocéis, es infinitamente vario y presenta grandes diferencias individuales.

Pero junto a esta variedad existen sueños que pueden ser igualmente calificados de típicos y se producen de un modo idéntico en todos los hombres, presentando un contenido uniforme que opone a la interpretación iguales dificultades que los síntomas antes detallados. Estos sueños son aquéllos en que experimentamos la sensación de caer o planear en el espacio, volamos, nadamos, nos vemos privados de movimientos o desnudos, y otros varios de carácter angustioso. Su interpretación es en cada sujeto diferente, y no nos proporciona explicación alguna sobre la regular identidad de su contenido ni sobre su carácter típico. Pero en ellos observamos también un fondo común mezclado con rasgos individuales, y es muy probable que los progresos de nuestra investigación nos permitan incluirlos en la concepción de la vida onírica que del estudio de los sueños restantes hemos deducido.

LECCIÓN XVIII.
LA FIJACIÓN AL TRAUMA. LO INCONSCIENTE

Señoras y señores:

EN mi pasada conferencia os anuncié que para continuar la labor que aquí venimos desarrollando no tomaríamos ya como punto de partida nuestras dudas y vacilaciones, sino los resultados positivos obtenidos. Comenzaremos, pues, por examinar dos interesantísimas conclusiones que se deducen de los dos análisis antes expuestos.

Primera. Las dos pacientes nos producen la impresión de hallarse, por decirlo así, fijadas a un determinado fragmento de su pasado, siéndoles imposible desligarse de él y mostrándose, por tanto, ajenas al presente y al porvenir. Se han sumido en la enfermedad como antes se sumergían en el claustro aquellas personas que no se sentían con fuerzas para afrontar una vida desgraciada o difícil. Nuestra primera enferma vio destrozada su vida por la no consumación de su matrimonio, y expresa en sus síntomas tanto sus agravios contra su marido como aquellos sentimientos que la impulsan a disculparle, rehabilitarle y lamentar su pérdida. Aunque joven y deseable, recurre a toda clase de precauciones reales e imaginarias (mágicas) para conservarle su fidelidad. Rehúsa todo trato social, descuida su tocado, experimenta dificultad para levantarse del sillón en que se halla sentada, vacila cuando tiene que firmar con su nombre de soltera y es incapaz de hacer regalo ninguno a nadie, bajo el pretexto de que nadie debe recibir nada de ella.

En nuestra segunda paciente —la joven del ceremonial—, el factor que hubo de actuar sobre su existencia, desviándola del curso normal, fue una inclinación erótica hacia su padre, surgida en ella antes de la pubertad. De su estado patológico ha deducido la conclusión de que no puede casarse mientras no se cure, pero creemos más que justificada la sospecha de que, por lo contrario, es para no casarse y poder permanecer junto a su padre por lo

que ha enfermado.

No siendo esta extraña y desventajosa actitud de nuestras dos pacientes ante la vida un particularísimo rasgo personal, sino un carácter general y de gran trascendencia práctica de la neurosis, habremos de preguntarnos cómo, por qué caminos y en virtud de qué motivos llegan los enfermos a adoptarla. La primera enferma histérica que Breuer trató se hallaba igualmente fijada a la época durante la cual hubo de asistir a su padre en la enfermedad que le llevó al sepulcro. Después, y a pesar de la curación de su histeria, renunció, hasta cierto punto, a la existencia, pues no obstante haber recobrado la salud y el ejercicio regular de todas sus funciones se sustrajo al destino normal de la mujer[1859]. El análisis de todos y cada uno de estos casos nos demuestra que los enfermos han retrocedido, con sus síntomas y las consecuencias que de los mismos se derivan, a un período de su vida pretérita, eligiendo casi siempre una fase muy precoz de la misma, su primera infancia, y a veces, aunque parezca ridículo, el período en el que aún eran niños de pecho.

Las neurosis traumáticas, de las que tantos casos hemos observado durante la pasada guerra, presentan una cierta analogía con los casos de que aquí venimos ocupándonos: estas neurosis, que también se dan en tiempos de paz, como consecuencia de catástrofes ferroviarias u otros accidentes cualesquiera que hayan puesto en peligro la vida del sujeto, no pueden, en el fondo, asimilarse a las neurosis espontáneas, objeto habitual de la investigación y la terapia analítica, y por razones que espero poder exponeros algún día, no nos ha sido todavía posible someterlas a nuestros puntos de vista. Pero existe, sin embargo, un extremo en el que coinciden ambos géneros de neurosis, pues en las traumáticas hallamos como base de la enfermedad una fijación del sujeto al accidente sufrido. Los pacientes reproducen regularmente en sus sueños la situación traumática, y en aquellos casos que se presentan acompañados de accesos histeriformes, susceptibles de análisis, puede comprobarse que cada acceso corresponde a un retorno total del sujeto a dicha situación. Diríase que para el enfermo no ha pasado aún en el momento del trauma, y que sigue siempre considerándolo como presente, circunstancia que merece todo nuestro interés, pues nos muestra el camino hacia una teoría, que pudiéramos calificar de *económica*, de los procesos psíquicos. En realidad, ya el término «traumático» no posee sino un

tal sentido económico, pues lo utilizamos para designar aquellos sucesos que, aportando a la vida psíquica, en brevísimos instantes, un enorme incremento de energía, hacen imposible la supresión o asimilación de la misma por los medios normales y provocan de este modo duraderas perturbaciones del aprovechamiento de la energía.

La semejanza descubierta entre ambas dolencias neuróticas nos induce a considerar también como traumáticos los sucesos a los que nuestros enfermos de neurosis espontánea parecen haber quedado fijados. Obtenemos así una etiología extraordinariamente sencilla para esta neurosis, pues podremos asimilarla a una enfermedad traumática y explicar su patogénesis por la incapacidad del paciente para reaccionar normalmente a un suceso psíquico de un carácter afectivo muy pronunciado. Es éste el mismo punto de vista que en 1893-95 expusimos Breuer y yo en la fórmula que encerraba los resultados de nuestras nuevas observaciones. A él se adapta perfectamente el primero de los casos analizados en el capítulo anterior, o sea el de la joven enferma separada de su marido. No habiendo cicatrizado en ella la herida moral que le infirió la no consumación de su matrimonio, permanece como suspensa del trauma experimentado. Pero ya en nuestro segundo ejemplo —el de la muchacha eróticamente fijada a su padre— hallamos que nuestra fórmula no es lo suficientemente comprensiva. El enamoramiento infantil de una niña por su padre es un sentimiento tan corriente y tan generalmente dominado, que el calificativo de «traumático» correría, si lo aplicásemos a este caso, el peligro de perder toda significación. Además, el historial de esta enferma nos muestra que su primera fijación erótica transcurrió sin daño alguno hasta parecer extinguida y sólo muchos años después volvió a surgir, manifestándose en los síntomas de la neurosis obsesiva. Advertimos, pues, en este caso un más amplio contenido de condiciones patógenas y una mayor complicación, pero creemos también que nada habremos de hallar en él que pueda invalidar el punto de vista traumático.

Creo conveniente abandonar aquí el camino por el que con las anteriores consideraciones nos hemos internado, y que por el momento no nos lleva a conclusión alguna. Para poder continuar por él habremos de ampliar previamente nuestros conocimientos. Mientras tanto, me limitaré a indicaros que la fijación a una fase determinada del pasado traspasa los límites de la

neurosis. Toda neurosis comporta una fijación de este género, pero no toda fijación conduce necesariamente a la neurosis, se confunde con ella o se introduce en su curso. En la tristeza, que trae consigo un total desligamiento del presente y del porvenir, hallamos un manifiesto ejemplo de una tal fijación afectiva del pasado. Pero incluso los menos versados en estas cuestiones advierten una clarísima diferencia entre la tristeza y la neurosis. En cambio, existen ciertas neurosis que pueden ser consideradas como una forma patológica de la tristeza.

Nos sucede también a veces hallar individuos que a consecuencia de un suceso traumático que ha conmovido lo que hasta el momento constituía la base misma de su vida caen en un profundo abatimiento y llegan a renunciar a todo interés por el presente y el futuro, quedando fijadas al pasado todas sus facultades anímicas. Pero no por ello puede decirse que estos desgraciados sean neuróticos. Vemos, pues, que no debemos conceder un exagerado valor a este carácter de la neurosis, cualesquiera que sean sus efectos y la regularidad con que se manifieste.

Pasemos ahora a examinar el segundo resultado de nuestros análisis. A propósito de nuestra primera enferma, hicimos observar cuán desprovisto de sentido se hallaba el acto obsesivo que llevaba a cabo y cuáles eran los recuerdos íntimos de su vida que con él enlazaba. A continuación investigamos las relaciones que podrían existir entre este acto y dichos recuerdos, y descubrimos la intención del primero guiándonos por la naturaleza de los segundos. Pero al llegar a este punto de nuestra labor, pasamos por alto un detalle que merece toda nuestra atención. Mientras la enferma estuvo repitiendo su acto obsesivo, no sabía que al realizarlo se refería a un suceso de su vida. No siéndole conocido el lazo existente entre el acto y dicho suceso, decía verdad al afirmar que ignoraba los móviles que la impulsaban a obrar. Mas un día, bajo la influencia del tratamiento, tuvo la revelación de dicho enlace y pudo comunicárnoslo, aunque ignorando todavía la intención al servicio de la cual realizaba su acto obsesivo y que no era otra sino la de corregir un penoso suceso pretérito y rehabilitar a su marido, al que seguía amando. Sólo después de una larga y penosa labor llegó a comprender que tal intención podía ser la única causa determinante de su acto obsesivo.

De la relación con la escena que siguió a la desdichada noche de bodas y de móviles de la enferma, inspirados en su cariño conyugal, es de lo que dedujimos aquello que hemos convenido en considerar como el «sentido» del acto obsesivo. Pero mientras ejecutaba éste, tal sentido le era desconocido, tanto en lo referente al origen del acto como en lo concerniente a su fin. Resulta, pues, que actuaban en ella procesos psíquicos de los que el acto obsesivo era un producto. Este producto era percibido normalmente por la enferma, pero ninguna de las condiciones psíquicas previas del mismo llegaba a su conocimiento consciente. Comportábase, pues, exactamente como aquel hipnotizado al que Bernheim ordenó abrir un paraguas en la clínica cinco minutos después de despertar, y que una vez despierto ejecutó esta orden sin poder explicar los motivos de su acto. A este género de situaciones es al que nos referimos cuando hablamos de *procesos psíquicos inconscientes*, y creemos poder afirmar rotundamente que no es posible definirlas de una manera científica más correcta. Si alguien lo logra, renunciaremos voluntariamente a la hipótesis de los procesos psíquicos inconscientes, pero de aquí a entonces habremos de mantenerla y acogeremos con un resignado encogimiento de hombros la objeción de que lo inconsciente carece de toda realidad científica, no siendo sino un concepto auxiliar o *une façon de parler*, objeción inconcebible en el caso que nos ocupa, puesto que este inconsciente, cuya realidad se quiere negar, produce efectos de una realidad tan palpable y evidente como el acto obsesivo.

En el caso de nuestra segunda paciente, la situación es, en el fondo, idéntica. La sujeto creó un principio según el cual no debía la almohada tocar a la cabecera del lecho, y obedece a este principio sin conocer su origen y sin saber lo que significa ni tampoco a qué fuentes debe su poder. El enfermo puede no dar importancia a tales principios o puede también rebelarse, indignado, contra ellos y proponerse desobedecerlos; todo ello no posee la menor importancia desde el punto de vista de la ejecución del acto obsesivo. Se siente impulsado a obedecer, y es inútil que se pregunte por qué. En estos síntomas de la neurosis obsesiva, representaciones e impulsos que surgen de no se sabe dónde, mostrándose refractarios a todas las influencias de la vida normal y siendo considerados por el enfermo mismo como energías omnipotentes llegadas de un modo extraño o como espíritus inmortales que

vienen a mezclarse al tumulto de la vida humana, hemos de reconocer desde luego un clarísimo indicio de la existencia de un particular sector de la vida anímica aislado de todo el resto de la misma. Tales síntomas y representaciones nos conducen infaliblemente a la convicción de la existencia de lo inconsciente psíquico, y ésta es la razón de que la psiquiatría clínica, que no conoce sino una psicología de lo consciente, no sepa salir del apuro sino declarando que dichas manifestaciones no son otra cosa que productos de degeneración. Claro es que las representaciones y los impulsos obsesivos no son inconscientes por sí mismos, siendo objeto, como la realización de los actos obsesivos, de la percepción consciente. Para llegar a constituirse en síntomas han necesitado antes penetrar hasta la consciencia, pero las condiciones psíquicas previas a las cuales se hallan sometidos, así como los conjuntos en los que nuestra interpretación nos permite ordenarlos si son inconscientes, por lo menos hasta el momento en que las hacemos llegar a la consciencia del enfermo por medio de nuestra labor de análisis.

Si a todo esto agregamos que el estado de cosas comprobado en nuestros dos análisis se repite en la sintomatología de todas las afecciones neuróticas, que los enfermos ignoran siempre y sin excepción alguna el sentido de sus síntomas, y que el análisis revela, en todo caso, que tales síntomas son producto de procesos inconscientes, los cuales pueden, sin embargo, ser hechos conscientes en determinadas y muy diversas condiciones favorables, comprenderéis sin esfuerzo que el psicoanálisis no puede prescindir de la hipótesis de lo inconsciente y que nos hayamos acostumbrados a manejar este elemento como algo perfectamente concreto. Comprenderéis también cuán poco competentes son en estas cuestiones todos aquellos que no conocen lo inconsciente sino a título de noción y no han practicado nunca análisis ni interpretado jamás un sueño o buscado el sentido y la interpretación de síntomas neuróticos. Digámoslo una vez más: la sola posibilidad de atribuir, mediante la interpretación analítica, un sentido a los síntomas neuróticos, constituye ya una prueba irrefutable de la existencia de procesos psíquicos inconscientes o, si lo preferís, de la necesidad de admitir la existencia de estos procesos.

Pero no es esto todo. Otro descubrimiento de Breuer, más importante aún, a mi juicio, que el primero, y realizado sin colaboración ajena, amplía

considerablemente nuestro conocimiento de las relaciones existentes entre lo inconsciente y los síntomas neuróticos. El sentido de los síntomas es, desde luego, inconsciente, pero, además, existe, entre esta inconsciencia y la aparición o persistencia de los síntomas una relación de exclusión recíproca. Vais a comprender en seguida lo que esto significa. De conformidad con las teorías de Breuer, afirmo, a mi vez, lo siguiente: siempre que nos hallamos en presencia de un síntoma, debemos deducir la existencia en el enfermo de procesos inconscientes que contienen precisamente el sentido de dicho síntoma. Y al contrario. Es necesario que tal sentido sea inconsciente para que el síntoma se produzca. Los procesos conscientes no engendran síntomas neuróticos; pero, además, en el momento mismo en que procesos inconscientes se hacen conscientes, desaparecen los síntomas. Hallamos, pues aquí, un nuevo procedimiento terapéutico, o sea un medio de lograr la desaparición de los síntomas. El mismo Breuer obtuvo de este modo la curación del caso de histeria a que antes nos hemos referido y fijó la técnica por medio de la cual se conseguía atraer a la consciencia del enfermo los procesos inconscientes que contenían el sentido de sus síntomas y provocar, por tanto, la desaparición de estos últimos.

Este descubrimiento de Breuer no fue resultado de una especulación lógica, sino de una afortunada observación directa favorecida por la colaboración de la enferma misma. En lugar de intentar comprenderlo, relacionándolo con algo ya conocido, os aconsejo que lo aceptéis como un hecho fundamental que trae consigo la explicación de otros muchos. Por tanto, habréis de permitirme que os facilite su inteligencia exponiéndolo en otra forma distinta.

El síntoma se forma como sustitución de algo que no ha conseguido manifestarse al exterior. Ciertos procesos psíquicos que hubieran debido desarrollarse normalmente hasta llegar a la consciencia, han visto interrumpido o perturbado su curso por una causa cualquiera, y obligados a permanecer inconscientes, han dado, en cambio, origen al síntoma. Existe, pues, una especie de permuta que la terapia de los síntomas neuróticos habrá de deshacer.

El descubrimiento de Breuer constituye aún hoy en día la base del tratamiento psicoanalítico. El principio de que los síntomas desaparecen en

cuanto sus previas condiciones inconscientes son atraídas a la consciencia del sujeto ha sido confirmado por todas las investigaciones ulteriores, a pesar de las singularísimas e inesperadas complicaciones con las que tropezarnos al querer llevar a cabo su aplicación práctica. La eficacia de nuestra terapia no va más allá de la medida en la que le es posible transformar lo inconsciente en consciente.

Permitidme aquí una breve digresión encaminada a poneros en guardia contra la aparente facilidad de esta labor terapéutica. Por lo que hemos expuesto pudiera creerse que la neurosis no es sino la consecuencia de una especie de ignorancia de ciertos procesos psíquicos que debían ser conocidos por el sujeto, definición que se aproximaría mucho a la teoría socrática según la cual el vicio mismo es un efecto de la ignorancia. Ahora bien: un médico acostumbrado a practicar análisis no hallará, generalmente, dificultad ninguna para descubrir los procesos psíquicos de los que un enfermo no tiene consciencia, y siendo así, debería poder restablecer sin esfuerzo a su paciente, desvaneciendo su ignorancia por la comunicación de lo que a él le ha sido posible descubrir. Por lo menos la parte relativa al sentido inconsciente de los síntomas quedaría fácilmente resuelta de este modo, pues claro es que sobre la parte restante, o sea sobre las relaciones entre los síntomas y los sucesos vividos, no puede el médico proporcionar grandes aclaraciones, dado que no conoce dichos sucesos y tiene que esperar que el enfermo los recuerde y le hable de ellos. Pero incluso sobre este punto es posible obtener, en ciertos casos, las informaciones deseadas por un camino indirecto interrogando a los familiares del enfermo, los cuales, hallándose al corriente de la vida del mismo, podrán muchas veces indicar aquellos sucesos que sobre ella han podido actuar a modo de traumas y referirse incluso a acontecimientos que el enfermo ignora por haberse producido en una época muy temprana de su vida. Combinando estos dos procedimientos debería, pues, alcanzarse, en poco tiempo y con un mínimo de esfuerzo, el resultado apetecido, o sea el de atraer a la consciencia del enfermo sus procesos psíquicos inconscientes.

Desgraciadamente, la realidad práctica es muy distinta y nos muestra que puede haber géneros muy diversos de conocimiento y que no todos poseen un mismo valor psicológico. ‘Hay fagots y fagots’, como decía Molière. El conocimiento del médico no es el mismo que el del enfermo y no puede tener

iguales efectos. Cuando el médico comunica al paciente sus descubrimientos no obtiene resultado positivo ninguno, o mejor dicho, el único resultado que obtiene consiste no en suprimir los síntomas, sino en iniciar el análisis, cuyos primeros datos son proporcionados a veces por las contradicciones y negativas del paciente. Éste sabe ya algo que hasta el momento ignoraba, o sea que sus síntomas poseen un sentido, pero su conocimiento de dicho sentido continúa siendo tan absolutamente nulo como antes. Vemos, por tanto, que existen varios géneros de ignorancia, mas para determinar en qué consisten tales diferencias será necesario esperar a que nuestros conocimientos psicológicos alcancen una mayor profundidad. De todos modos, nuestra afirmación de que los síntomas desaparecen en cuanto su sentido se hace consciente, no por ello resulta menos verdadera. Lo que sucede es que el conocimiento de dicho sentido debe hallarse basado en una transformación interna del enfermo, transformación que sólo mediante una labor psíquica continuada y orientada hacia un fin determinado puede llegar a conseguirse. Nos hallamos aquí en presencia de problema que concretaremos dentro de poco en una *dinámica* de la formación de síntoma.

Quisiera saber si esto no os parece demasiado oscuro y complicado y si no os desoriento y confundo al reiterar con tanta frecuencia aquello mismo que acabo de exponer, rodear cada afirmación de toda clase de limitaciones y abandonar un camino a poco de iniciado. Sentiría que fuese así, pero no gusto de simplificar a expensas de la verdad y no veo inconveniente alguno en que os deis cuenta de que la materia aquí tratada presenta múltiples facetas y una extrema complicación. Pienso, además, que no hay mal ninguno en exponeros sobre cada punto concreto más de lo que por el momento puede seros útil, pues sé muy bien que cada oyente o lector somete a una orientación en su pensamiento a aquello que le es comunicado y abrevia la exposición simplificándola y seleccionando lo que le parece digno de conservar en su memoria. De este modo resulta innegable que hasta una cierta medida, cuanto más cosas se exponen, más queda en los oyentes. Espero, por tanto, que no obstante todos los accesorios con que he creído deber sobrecargar mi exposición, habréis conseguido formaros una clara idea de la parte esencial de la misma, esto es, de lo relativo al sentido de los síntomas, a lo inconsciente y a las relaciones existentes entre tales elementos.

Y habréis comprendido también que nuestros esfuerzos ulteriores tenderán a dos fines distintos: averiguar cómo los hombres enfermos contraen neurosis que a veces duran toda la vida, cuestión que constituye un problema clínico, e investigar, en segundo lugar, cómo los síntomas patológicos se desarrollan partiendo de las condiciones de la neurosis, cuestión que constituye un problema de dinámica psíquica. Debe, además, de existir un punto en el que estos dos problemas se encuentren.

No quisiera avanzar más por hoy, pero como aún nos queda algún tiempo aprovechable, lo utilizaré para atraer vuestra atención sobre otro carácter de nuestros dos análisis, del que más adelante habremos de ocuparnos con todo detenimiento. Me refiero a las lagunas de la memoria o amnesias. Ya os hice observar que la actuación del tratamiento psicoanalítico podría resumirse en la siguiente fórmula: transformar en consciente todo lo inconsciente patogénico. Pero quizá os extrañe averiguar que esta fórmula puede ser reemplazada por esta otra: llenar todas las lagunas de la memoria de los enfermos, o sea suprimir sus amnesias. Siendo equivalentes los contenidos de estas fórmulas, habremos de deducir que las amnesias de los neuróticos se hallan íntimamente relacionadas con la producción de sus síntomas. Sin embargo, recordando nuestro primer análisis, me observaréis que nada hay en él que justifique tal afirmación. La enferma, lejos de haber olvidado la escena a la que se enlaza su acto obsesivo, guarda de ella el más vivo recuerdo, y en la génesis de su síntoma no encontramos tampoco olvido ninguno. Menos precisa, pero totalmente análoga, es la situación psíquica de nuestra segunda enferma, la joven del ceremonial obsesivo. También ella recuerda claramente, aunque con cierta vacilación y muy a disgusto, su conducta anterior cuando insistía para que la puerta que separaba su alcoba de la de sus padres permaneciese abierta toda la noche o para que su madre le cediese su sitio en el lecho conyugal. Lo único que pudiera parecernos singular es que la primera enferma, a pesar de haber llevado a cabo su acto obsesivo un número incalculable de veces, no haya tenido jamás la menor idea de las relaciones del mismo con el suceso acaecido la noche de bodas y que el recuerdo de este suceso no haya surgido en ella ni aun en el momento en que por un interrogatorio directo se la invitaba a buscar los motivos de dicho acto. Lo

mismo podemos decir de la muchacha, la cual relaciona, además, su ceremonial y las circunstancias que lo provocaron con una misma situación reproducida cada noche. En ninguno de estos casos se trata de una amnesia propiamente dicha, o sea de una pérdida de recuerdos, pero sí existe la ruptura de una conexión que debería traer consigo la reproducción del suceso, o sea su reaparición en la memoria. Una tal perturbación de esta facultad resulta suficiente en la neurosis obsesiva. En cambio, la histeria se caracteriza, la mayor parte de las veces, por amnesias de gran amplitud. El análisis de los síntomas histéricos revela, sin excepción alguna, toda una serie de impresiones de la vida pretérita que el enfermo confirma haber olvidado hasta el momento. Esta serie de impresiones olvidadas se extiende, por un lado, hasta los primeros años de la vida, de modo que la amnesia histérica puede ser considerada como una continuación directa de la amnesia infantil, que oculta, incluso a los sujetos más normales, las primeras fases de su vida anímica. Pero, además, averiguamos con asombro que también los sucesos más recientes de la vida de los enfermos pueden sucumbir al olvido, y especialmente aquellos que han favorecido la iniciación de la enfermedad o la han intensificado.

Con gran frecuencia desaparecen del recuerdo de tales sucesos recientes importantísimos detalles, o son éstos sustituidos por falsos recuerdos. También suele suceder casi siempre que, próximo ya el término del análisis, comiencen a surgir recuerdos de sucesos recentísimos, cuya retención había dejado grandes lagunas en el contexto total.

Estas perturbaciones de la memoria son, como ya hemos dicho, características de la histeria, enfermedades que presenta también, a título de síntomas, estados (crisis de histerismo) que no deja generalmente huella ninguna en la memoria. Nada de esto puede, en cambio, observarse en la neurosis obsesiva, y, por tanto, habremos de deducir que tales amnesias constituyen un carácter psicológico de la alteración histérica y no un rasgo común a todas las neurosis. Pero esta diferencia pierde parte del valor que pudiéramos atribuirle ante la consideración siguiente: al hablar del «sentido» de un síntoma nos referimos tanto a su procedencia (¿de dónde?) como a su fin (¿a dónde?) u objeto (¿para qué?); esto es, tanto a las impresiones y sucesos a que debe su origen como a la intención a cuyo servicio se ha

colocado. El origen de un síntoma (¿de dónde?) se reduce de este modo a impresiones procedentes del exterior, que han sido necesariamente conscientes, en un momento dado, pero que han devenido luego inconscientes a consecuencia del olvido en que hubieron de caer. El fin del síntoma, o sea su tendencia (¿a dónde?), es, por lo contrario, en todos los casos, un proceso endopsíquico que ha podido ser consciente alguna vez, pero que puede también haber permanecido oculto siempre en lo inconsciente. Carece, por tanto, de importancia el que la amnesia pueda recaer también sobre los orígenes del síntoma, esto es, sobre los sucesos en los que el mismo se basa, pues los factores que determinan la dependencia del síntoma con relación a lo inconsciente son exclusivamente su fin y su tendencia, factores que desde un principio han podido ser inconscientes.

Esta importancia que a lo inconsciente concedemos en la vida psíquica del hombre ha sido lo que ha hecho surgir contra el psicoanálisis las más encarnizadas críticas. Mas no creáis que esta resistencia que se opone a nuestras teorías en este punto concreto es debida a la dificultad de concebir lo inconsciente o la relativa insuficiencia de nuestros conocimientos sobre este sector de la vida anímica. A mi juicio, procede de causas más profundas. En el transcurso de los siglos han infligido la ciencia a la *naïve* autoestima de los hombres dos graves mortificaciones. La primera fue cuando mostró que la Tierra, lejos de ser el centro del Universo, no constituía sino una parte insignificante del sistema cósmico, cuya magnitud apenas podemos representarnos. Este primer descubrimiento se enlaza para nosotros al nombre de Copérnico, aunque la ciencia alejandrina anunció ya antes algo muy semejante. La segunda mortificación fue infligida a la Humanidad por la investigación biológica, la cual ha reducido a su más mínima expresión las pretensiones del hombre a un puesto privilegiado en el orden de la creación, estableciendo su ascendencia zoológica y demostrando la indestructibilidad de su naturaleza animal. Esta última transmutación de valores ha sido llevada a cabo en nuestros días bajo la influencia de los trabajos de Carlos Darwin, Wallace y sus predecesores, y a pesar de la encarnizada oposición de la opinión contemporánea. Pero todavía espera a la megalomanía humana una tercera y más grave mortificación cuando la investigación psicológica

moderna consiga totalmente su propósito de demostrar al *yo* que ni siquiera es dueño y señor en su propia casa, sino que se halla reducido a contentarse con escasas y fragmentarias informaciones sobre lo que sucede fuera de su consciencia en su vida psíquica. Los psicoanalistas no son ni los primeros ni los únicos que han lanzado esta llamada a la modestia y al recogimiento, pero es a ellos a los que parece corresponder la misión de defender este punto de vista con mayor ardor, y aducir en su apoyo un rico material probatorio, fruto de la experiencia directa y al alcance de todo el mundo. De aquí la resistencia general que se alza contra nuestra disciplina y el olvido de todas las reglas de la cortesía académica, de la lógica y de la imparcialidad en el que caen nuestros adversarios. Mas a pesar de todo esto, aún nos hemos visto obligados, como no tardaréis en saber, a perturbar todavía más y en una forma distinta la tranquilidad del mundo.

LECCIÓN XIX.
RESISTENCIA Y REPRESIÓN

Señoras y señores:

PARA progresar en nuestra inteligencia de las neurosis precisamos de nuevos datos. Voy, pues, a exponeros dos interesantísimas observaciones, que al ser publicadas por vez primera despertaron general sorpresa.

Primera. Los enfermos cuya curación emprendemos intentando libertarlos de sus síntomas oponen siempre a nuestra labor terapéutica, y a través de toda la duración del tratamiento, una enérgica y tenaz resistencia. Es éste un hecho tan singular, que no extrañamos la incredulidad con que suele acogerse su exposición y, por tanto, nos guardamos muy bien de comunicarlo a los familiares del enfermo, pues correríamos el peligro de que nuestras indicaciones fuesen consideradas como una prudente medida preventiva, encaminada a justificar de antemano la larga duración del tratamiento o su posible fracaso. Tampoco el paciente reconoce su resistencia como tal y

constituye ya un éxito hacerle darse cuenta de ella. Tanto para él como para los que le rodean tiene que resultar ridículamente inverosímil la idea de que pueda haber alguien que, atormentado por determinados síntomas y dispuesto a toda clase de sacrificios con tal de verlos desaparecer se coloque, no obstante, al lado de su enfermedad y en contra de aquellos que acuden a librarle de ella. Y, sin embargo, nada más exacto. Ante la objeción de inverosimilitud recordaremos un hecho análogo muy frecuente. No es nada raro ver individuos que, sufriendo de un terrible dolor de muelas, no se deciden a acudir al dentista, o le oponen una violenta resistencia cuando trata de atenazar la muela enferma con la llave liberadora.

La resistencia del enfermo adopta las más diversas y sutiles formas, cambia continuamente de apariencia y se hace a veces muy difícil de reconocer. Por tanto, el médico deberá hallarse constantemente sobre aviso y desconfiar de todos los actos y manifestaciones del paciente. En la terapia psicoanalítica aplicamos aquella misma técnica que os di a conocer al tratar de la interpretación de los sueños. Invitamos al enfermo a situarse en un estado de serena autoobservación y a comunicarnos todas las percepciones internas que de este modo efectúe —sentimientos, ideas y recuerdos—, en el mismo orden en que se le vayan presentando. Le rogaremos, además, expresamente, que no ceda a ningún motivo que pudiera dictarle una selección o una exclusión de determinadas percepciones, aunque las mismas le parezcan *desagradables* o *indiscretas*, *poco importantes* o *demasiado absurdas* para ser comunicadas. Por último, le advertiremos que no deberá pasar en ningún momento de la superficie de su consciencia, haciendo caso omiso de toda crítica que en él se eleve contra los resultados de su autoobservación, y le aseguraremos que el éxito y, sobre todo, la duración del tratamiento dependen de la fidelidad con la que se conforme y adapte a esta regla fundamental del análisis. Por la aplicación de esta técnica a la interpretación de los sueños sabemos ya que precisamente aquellas ideas y recuerdos que más dudas y objeciones despiertan en el sujeto son las que encierran, por lo general, los materiales más susceptibles de ayudarnos a descubrir lo inconsciente.

El primer resultado que obtenemos al formular esta regla fundamental de nuestra técnica es el de despertar contra ella la resistencia del enfermo, el cual

intentará sustraerse a sus mandamientos por todos los medios posibles. Tan pronto afirmará que no se le ocurre nada que comunicarnos como alegará una imposibilidad de orientarse en el cúmulo de ideas que surgen en su imaginación. Comprobaremos después, con desagrado, que, a pesar de nuestras advertencias, cede a aquellas objeciones críticas contra las que hubimos de prevenirle, delatándose por las prolongadas pausas que intercala en sus manifestaciones, y acabando por confesar que le es imposible comunicarnos lo que se le ocurre, por tratarse de cosas demasiado íntimas o concernientes a una tercera persona, a la que no sería correcto poner en evidencia. Otras veces argüirá que se trata de algo tan insignificante, estúpido y absurdo, que no puede creer tenga la menor relación con nuestros propósitos terapéuticos, y de este modo, continuará variando sus objeciones hasta lo infinito, obligándonos a recordarle que si le hemos dicho que había de comunicarnos *todo* lo que en su pensamiento surgiese, es porque considerábamos indebida y perjudicial la más mínima excepción.

Difícilmente encontraremos un enfermo que no haya intentado silenciar todo un sector de su vida psíquica con el fin de hacerlo inaccesible al análisis. Uno de mis pacientes, persona de altas dotes intelectuales, me ocultó, de este modo, durante semanas enteras, unas relaciones amorosas, y cuando le reproché tal infracción a la sagrada regla psicoanalítica, se defendió alegando haber creído que aquello no podía interesar a nadie más que a él. Pero el tratamiento psicoanalítico no admite este derecho de asilo. Inténtese, por ejemplo, decretar que en una ciudad como Viena no podrá prenderse a nadie en lugares tales como el Gran Mercado o la catedral de San Esteban, y resultará inútil todo esfuerzo que se haga para capturar a cualquier malhechor, pues podemos estar seguros de que ninguno saldría de dichos asilos. En otro caso, había yo creído poder conceder un tal derecho de excepción a un individuo de cuyo restablecimiento dependían cuestiones de general importancia y al que un juramento oficial impedía revelar muchas cosas que ocupaban su imaginación. Después de vencer infinitas dificultades, terminó el tratamiento a satisfacción del enfermo, pero yo quedé mucho menos satisfecho de los resultados obtenidos, y me prometí no emprender nunca un nuevo ensayo de este género en iguales condiciones.

Los neuróticos obsesivos llegan a hacer casi inaplicable este regla técnica,

exagerando sus escrúpulos de conciencia y sus vacilaciones, y los enfermos de histeria de angustia consiguen incluso reducirla al absurdo, no confesando sino ideas, sentimientos y recuerdos cuya falta de relación con lo buscado desorienta totalmente nuestra labor. Pero no entra en mis intenciones exponeros al detalle todas estas dificultades técnicas. Básteos saber que cuando por fin conseguimos, a fuerza de energía y perseverancia, imponer al enfermo una cierta obediencia a nuestra regla fundamental, la resistencia vencida por este lado se transporta en el acto a otro terreno distinto, produciéndose una resistencia *intelectual* que combate con ayuda de los más diversos argumentos, y se apodera de las dificultades e inverosimilitudes que el pensamiento normal, pero mal informado, descubre en las teorías analíticas. Escuchamos entonces de boca del enfermo todas las críticas y objeciones que en la literatura científica constan contra nosotros y que, a su vez, nos eran ya familiares antes de su publicación, por haberlas oído exponer a pacientes anteriores. Como veis, trátase de una verdadera tempestad en un vaso de agua. Pero el enfermo consiente en oírnos, y se presta a que le instruyamos, refutando sus objeciones e indicándole los trabajos de que puede extraer una completa información. Se halla dispuesto a hacerse partidario de nuestras teorías, pero a condición de que el análisis no intervenga en su caso para nada, singular actitud que habremos de rechazar como una manifestación de la resistencia, encaminada a desviarnos de nuestra labor terapéutica. En los neuróticos obsesivos, la resistencia se sirve de una táctica especial. El enfermo no pone obstáculo ninguno a nuestra labor analítica, haciéndonos creer que vamos obteniendo un rápido esclarecimiento de su caso patológico; pero al cabo de algún tiempo nos damos cuenta de que a dicho esclarecimiento no corresponde como debiera una marcada atenuación de los síntomas, y descubrimos que la resistencia se ha refugiado en el estado de duda característico de la neurosis obsesiva, y burla, atrincherada en esta oculta posición, todos nuestros ataques. El enfermo piensa, aproximadamente, lo que sigue: «Todo esto es muy interesante y merece ser seguido con la mayor atención. Si fuera verdad, cambiaría seguramente el curso de mi enfermedad, pero no creo que lo sea, y mientras no me convenza para nada puede influir en ella». Esta situación dura, a veces, largo tiempo, hasta que nos es posible atacar a la resistencia en su refugio

mismo e iniciar de este modo la lucha decisiva.

Las resistencias intelectuales no son las peores y logramos siempre vencerlas. Pero permaneciendo dentro del cuadro del análisis halla el enfermo medio de suscitar resistencias contra las que la lucha resulta extraordinariamente difícil. En lugar de recordar, *repite* aquellos sentimientos y actitudes de su vida pretérita, que por medio de la *transferencia* pueden ser utilizados como procedimientos de resistencia contra el médico y el tratamiento. Los enfermos de sexo masculino reproducen generalmente, en estos casos, los sentimientos que abrigaron hacia su propio padre, pero sustituyendo a éste la persona del médico, y convierten así en resistencia determinados caracteres de la relación filial o resultante de ella, tales como el deseo de independencia, el amor propio que impulsa al hijo a igualar o sobrepasar a su padre y la repugnancia a echar sobre sí, una vez más, en la vida, el peso del agradecimiento. Por momentos experimentamos la impresión de que el propósito de confundir al médico, hacerle sentir su impotencia y triunfar sobre él, supera en el enfermo a la intención mejor y más lógica de ver curada su enfermedad. Las mujeres muestran, a su vez, una gran maestría para utilizar como procedimiento de resistencia la transferencia sobre el médico de sentimientos cariñosos de acentuado carácter erótico. Cuando esta tendencia llega a alcanzar una cierta intensidad, pierde la enferma todo interés por el tratamiento y olvida todas las obligaciones a que prometió someterse en sus comienzos. Por otro lado, los celos, que no dejan nunca de presentarse, y la decepción que causa a la paciente la cortés frialdad que el médico opone a sus sentimientos no pueden sino contribuir a perturbar las serenas relaciones personales que deben existir entre médico y sujeto y a eliminar de este modo uno de los más poderosos factores del análisis.

Sin embargo, no debemos condenar irrevocablemente las resistencias de este género, pues, a pesar de todo, contienen siempre importantísimos datos de la vida pretérita del enfermo, y nos lo revelan, además, de una forma tan convincente, que constituyen uno de los mejores elementos auxiliares del análisis, siempre que por medio de una acertada técnica se las sepa orientar favorablemente. Pero, de todos modos, se observa que estos elementos comienzan siempre por ponerse al servicio de la resistencia, y no exteriorizan sino una fachada hostil al tratamiento. Puede también decirse que se trata de

caracteres o cualidades peculiares al *yo* del enfermo, que han sido movilizados para combatir aquellas modificaciones que el tratamiento aspira a conseguir. Estudiando estos caracteres nos damos cuenta de que se han formado en relación con las condiciones de las neurosis y por reacción contra sus exigencias. Podemos, pues, considerarlos como latentes, en sentido de que no se hubieran jamás presentado, o no se hubieran presentado con la misma intensidad fuera de la neurosis. Pero no creáis que la aparición de estas resistencias pueda amenazar la eficacia del tratamiento analítico, pues no constituye nada imprevisto para el analista. Por el contrario, contamos con ellas, y únicamente nos desagradan cuando no logramos provocarlas con una precisión suficiente y hacerlas inteligibles al enfermo. Finalmente, llegamos a darnos cuenta de que la supresión de estas resistencias constituye la más importante función del análisis, y al mismo tiempo la única parte de nuestra labor, que si logramos llevarla a buen puerto, podrá darnos la certidumbre de haber prestado al enfermo un verdadero servicio.

A todo esto habréis de añadir que el paciente aprovecha cualquier ocasión de relajar su esfuerzo, utilizando con este fin los accidentes que puedan sobrevenir durante el tratamiento, los sucesos exteriores susceptibles de distraer su atención, las opiniones adversas al análisis formuladas por alguna persona de su intimidad, una enfermedad orgánica accidental o surgida a título de complicación de la neurosis, y, en último término, incluso la misma mejoría de su estado. Añadid todo esto, y tendréis un cuadro, si no completo, muy aproximado de las formas y medios de resistencia con los que nos vemos obligados a luchar durante todo el análisis. Me he detenido a exponeros tan al detalle esta parte de nuestras investigaciones por ser precisamente el conocimiento de la resistencia opuesta por el enfermo a la supresión de sus síntomas lo que ha servido de base a nuestra concepción dinámica de las neurosis. Breuer y yo comenzamos por practicar la psicoterapia por medio del hipnotismo. La primera enferma de Breuer no fue tratada sino en estado de sugestión hipnótica, y yo continué después aplicando este procedimiento a mis enfermos. Con la ayuda del hipnotismo resulta el tratamiento analítico mucho más breve, fácil y agradable que actualmente, pero sus resultados eran inseguros y nada duraderos, razón por la cual me decidí a prescindir de él en absoluto, y vi entonces claramente

cómo durante todo el tiempo en que hubimos de recurrir a su ayuda fue imposible llegar al conocimiento de la dinámica de estas enfermedades. En efecto, el estado hipnótico ocultaba la resistencia a la percepción del médico. Bajo la presión de la hipnosis, la resistencia dejaba libre un determinado sector, en el que el análisis podía actuar con todo desembarazo, pero, en cambio, se acumulaba en los límites de dicho sector, haciéndose impenetrable. La actuación del hipnotismo, con respecto a la resistencia, resultaba así muy semejante a las que atribuimos a la duda de la neurosis obsesiva. Creo, por tanto, tener un pleno derecho a proclamar que el psicoanálisis propiamente dicho no data sino del momento en que renuncié a recurrir a la sugestión hipnótica.

Pero aunque la comprobación de este fenómeno haya alcanzado una tan importante significación, será prudente preguntarnos si quizá no procedemos con alguna ligereza al considerar como resistencia muchas de las exteriorizaciones de nuestros enfermos. Pudieran existir casos de neurosis en los que la carencia de asociaciones obedeciese a causas distintas, y tampoco es imposible que los argumentos que sobre este punto concreto se nos oponen merezcan ser tomados en consideración, siendo nosotros los que obramos equivocadamente al rechazar la crítica intelectual de nuestros analizados, aplicándola al cómodo calificativo de resistencia. Pero debo advertiros que este juicio no ha sido formulado por nosotros sino después de una larga e intensa labor y después de haber tenido ocasión de observar a cada uno de estos enfermos críticos en el momento de aparición de una resistencia y después de la desaparición de la misma. Sucede, además, que la resistencia cambia constantemente de intensidad, pues aumenta siempre que se aborda un tema nuevo, alcanza su grado máximo en el momento más interesante de la elaboración del mismo y baja de nuevo al quedar agotado. Lo que nunca hemos llegado a provocar, a menos de haber incurrido en graves errores de técnica, ha sido el máximo de resistencia de que el enfermo resulta capaz. De este modo, nos ha sido posible adquirir la convicción de que los pacientes abandonan y vuelven a adoptar su actitud crítica un número incalculable de veces durante el curso del análisis. Cuando nos hallamos a punto de atraer a la consciencia un nuevo fragmento, particularmente penoso, del material inconsciente, su criticismo alcanza el más alto grado y todo aquello que de

nuestras teorías ha llegado a aceptar y comprender hasta el momento queda anulado en un instante. En su tendencia a la contradicción a todo precio puede incluso llegar a presentar el cuadro completo de la imbecilidad afectiva. Pero si podemos ayudarle a vencer esta resistencia, recobrará el dominio sobre sus ideas y su facultad de comprender. Su crítica no es, por tanto, una función independiente y, como tal, digna de respeto, sino un arma de su situación afectiva dirigida por su resistencia. Contra aquello que no le conviene se defiende con agudo ingenio y gran espíritu crítico; pero, en cambio, da muestras de la mayor y más ingenua credulidad cuando se trata de aceptar algo que se acomoda a sus intenciones. Puede ser que esto mismo se verifique también en todo hombre normal, y que si esta subordinación del intelecto a la vida afectiva se nos muestra con mayor precisión en el analizado, sea únicamente por la presión que sobre él ejerce el análisis.

¿Cómo explicamos este hecho de que el enfermo se defienda con tanta energía contra la supresión de sus síntomas y el restablecimiento del curso normal de sus procesos psíquicos? Nos decimos que estas fuerzas que se oponen a la modificación del estado patológico deben de ser las mismas que anteriormente hubieron de provocarlo. Durante la construcción de sus síntomas algo debió de tener lugar que ahora nosotros podemos reconstruir, de las propias experiencias durante la resolución de sus síntomas. Sabemos ya, desde las observaciones de Breuer, que la existencia del síntoma tiene por condición el que un proceso psíquico no haya podido llegar a su fin normal de manera a poder hacerse consciente. El síntoma viene entonces a sustituir a aquella parte evolutiva del proceso que ha quedado obstruida. Estas observaciones nos revelan el lugar en que debemos situar aquella actuación de una energía cuya existencia sospechábamos. Contra la penetración del proceso psíquico hasta la consciencia ha debido de elevarse una violenta oposición, que le ha forzado a permanecer inconsciente, adquiriendo como tal la capacidad de engendrar síntomas. Idéntica oposición se manifiesta en el curso del tratamiento contra los esfuerzos encaminados a transformar lo inconsciente en consciente, y esta oposición es la que advertimos en calidad de resistencia. A este proceso patógeno, que se manifiesta a nuestros ojos por el intermedio de la resistencia, es al que damos el nombre de «represión».

Intentaremos ahora formarnos una idea más precisa de este proceso de represión, que constituye la condición preliminar de la formación de síntomas y es a la vez algo para lo que no conocemos analogía ninguna. Tomemos como modelo un impulso, o sea un proceso psíquico dotado de una tendencia a transformarse en acto. Sabemos que este impulso puede ser rechazado y condenado y que por este hecho queda despojado de la energía de que podía disponer y deviene impotente. Pero puede persistir a título de recuerdo, dado que todo el proceso de su enjuiciamiento y condena se desarrolla bajo la intervención consciente del *yo*. Si este mismo impulso sucumbiera a la represión, la situación sería muy distinta, pues el impulso conservaría su energía, pero no dejaría tras de sí ningún recuerdo, y el proceso mismo de la represión se llevaría a cabo sin conocimiento del *yo*.

Vemos, pues, que esta comparación no nos aproxima en ningún modo a la inteligencia de la naturaleza de la represión. Con objeto de conseguir la comprensión de este proceso os expondré ahora aquellas representaciones teóricas que han demostrado ser las únicas utilizables para enlazar el concepto de represión a una imagen definida. Ante todo, es necesario que sustituyamos al sentido descriptivo de la palabra «inconsciente» su sentido sistemático o, dicho de otra manera, es preciso que nos decidamos a reconocer que la consciencia o la inconsciencia de un proceso psíquico no son sino una de las propiedades del mismo, sin que, además, hayan de ser como tales obligadamente unívocas. Cuando un proceso permanece inconsciente, su separación de la consciencia constituye, quizá, tan sólo un indicio de la suerte que ha corrido, pero nunca esta suerte misma. Para hacernos una idea exacta de éste su destino admitimos que todo proceso psíquico —salvo una excepción, de la que más tarde hablaremos— existe al principio en una fase o estadio inconsciente, pasando después a la fase consciente, del mismo modo que una imagen fotográfica comienza por ser negativa y no llega a constituir la imagen verdadera sino después de haber pasado a la fase positiva. Ahora bien: así como no todos los negativos llegan necesariamente a ser positivados, tampoco es obligado que todo proceso psíquico inconsciente haya de transformarse en consciente.

Diremos, pues, que todo proceso forma parte primeramente del sistema

psíquico de lo inconsciente y puede después, bajo determinadas circunstancias, pasar al sistema de lo consciente.

La representación más grosera de estos sistemas —o sea la espacial— es la que nos resulta más cómoda. Asimilaremos, pues, el sistema de lo inconsciente a una gran antecámara, en la que se acumulan, como seres vivos, todas las tendencias psíquicas. Esta antecámara da a otra habitación más reducida, una especie de salón, en el que habita la consciencia; pero ante la puerta de comunicación entre ambas estancias hay un centinela que inspecciona a todas y cada una de las tendencias psíquicas, les impone su censura e impide que penetren en el salón aquellas que caen en su desagrado. Que el centinela rechace a una tendencia dada desde el umbral mismo del salón o que la haga retroceder después de haber penetrado en él son detalles exentos de toda importancia y dependientes tan sólo de la mayor o menor actividad y perspicacia que el mismo despliegue. Esta imagen tiene para nosotros la ventaja de permitirnos desarrollar nuestra nomenclatura técnica. Las tendencias que se encuentran en la antecámara reservada a lo inconsciente escapan a la vista de la consciencia recluida en la habitación vecina, y, por tanto, tienen en un principio que permanecer inconscientes. Cuando después de haber penetrado hasta el umbral son rechazadas por el vigilante, es que son incapaces de devenir conscientes, y entonces las calificamos de *reprimidas*. Pero tampoco aquellas otras a las que el vigilante ha permitido franquear el umbral se han hecho por ello conscientes necesariamente, pues esto no podrá suceder más que en los casos en que hayan conseguido atraer sobre sí la mirada de la consciencia. Llamaremos, pues, a esta segunda habitación sistema de lo *preconsciente*. De este modo conserva la percatación su sentido puramente descriptivo. La esencia de la represión consiste en el obstáculo infranqueable que el centinela opone al paso de una tendencia dada, de lo inconsciente a lo preconsciente. Y este mismo centinela es el que se nos muestra en forma de resistencia cuando intentamos poner fin a la represión por medio del análisis.

Me diréis, sin duda, que estas representaciones son tan groseras como fantásticas y nada propias de una exposición científica. Convengo en que, efectivamente, adolecen del primero de los defectos señalados, y añadiré que no las creo, además, completamente exactas. Así, pues, tengo ya preparado

algo que las sustituya con ventaja, aunque no pueda garantizaros que no siga pareciéndonos fantástico. Entre tanto, habréis de concederme que estas representaciones auxiliares, de las que tenemos un ejemplo en el muñeco de Ampre nadando en el circuito eléctrico, no son, ni mucho menos, despreciables, en tanto en cuanto constituyen un medio auxiliar para la comprensión de determinadas observaciones. Puedo aseguraros que nuestra grosera hipótesis de las dos habitaciones con un centinela vigilando a la puerta de comunicación entre ambas, y la consciencia como espectadora al fondo de la segunda estancia, nos da una idea muy aproximada de la situación real, y quisiera también que convinierais en que nuestros términos *inconsciente*, *preconsciente* y *consciente* prejuzgan menos y se justifican más que otros muchos propuestos o ya en uso, tales como *subconsciente, paraconsciente, intraconsciente*, etc.

Pero aún podéis hacerme una observación mucho más importante. Podéis, en efecto, advertirme que la organización del aparato psíquico, admitida por nosotros para la explicación de los síntomas neuróticos, habrá de poseer una validez general y servirnos también para el esclarecimiento de la función normal. Exacto. No me es posible, por el momento, entrar en el examen de esta extensión de nuestra hipótesis a la vida anímica normal, pero sí quiero hacer resaltar el extraordinario incremento que experimenta nuestro interés por la psicología de la formación de síntomas, ante la esperanza de que el estudio de las circunstancias patológicas nos aproxime al conocimiento del devenir psíquico normal oculto hasta ahora a nuestros ojos.

Todo esto que acabo de exponeros sobre los dos sistemas psíquicos, sus relaciones recíprocas y los lazos que les unen a la consciencia, ¿no os recuerda algo ya conocido? A poco que reflexionéis os daréis cuenta de que el centinela que hemos colocado entre lo inconsciente y lo preconsciente no es otra cosa que una personificación de la *censura*, a la que en nuestra primera serie de conferencias vimos dedicada a la formación del sueño manifiesto. Los restos diurnos, a los que reconocimos como estímulos del sueño, eran, según nuestra concepción del fenómeno onírico, materiales inconscientes que, habiendo sufrido durante el estado de reposo nocturno la influencia de deseos inconscientes y reprimidos, se asocian a ellos y forman, con su colaboración y merced a la energía de que se hallan dotados, el sueño

latente. Bajo el dominio del sistema inconsciente, los materiales preconscientes sufren una elaboración constituida por una condensación y un desplazamiento, elaboración que no suele observarse sino excepcionalmente en la vida psíquica normal, o sea en el sistema preconsciente. Estas diferencias en el funcionamiento de los dos sistemas fue lo que nos sirvió para caracterizarlos, considerando únicamente como un indicio de la pertenencia de un proceso a uno u otro de ellos su relación con la consciencia, la cual no es sino una prolongación de lo preconsciente. Ahora bien: el sueño no es ya un fenómeno patológico y se realiza en todo hombre normal dentro de las condiciones que caracterizan al estado de reposo. Nuestra hipótesis sobre la estructura del aparato psíquico, hipótesis que engloba en la misma explicación la formación del sueño y la de los síntomas neuróticos, puede extenderse, según todas las probabilidades, a la vida psíquica normal.

Es esto todo lo que por el momento puedo deciros sobre la represión, proceso que no es sino una *precondición* de la formación de síntomas. Sabemos que el síntoma es un sustitutivo de algo que la represión impide manifestarse. Pero del conocimiento de este proceso a la comprensión de la formación sustitutiva hay una considerable distancia. La represión nos plantea ya por sí misma los problemas de cuáles son las tendencias psíquicas que a ella sucumben y cuáles las fuerzas que la imponen y los motivos a que obedece. Para responder a estas interrogaciones no disponemos por ahora sino de un único elemento. Nuestras anteriores investigaciones nos han demostrado que la resistencia es un producto de las fuerzas del *yo*, esto es, de sus cualidades características, tanto conocidas como latentes. Son, pues, estas mismas fuerzas y cualidades las que deben de haber determinado la represión, o por lo menos, haber contribuido a producirla. El resto nos es todavía desconocido.

En este punto acude a prestarnos su auxilio la segunda de las observaciones de que antes os he hablado. El análisis nos permite definir de un modo general la intención a cuyo servicio se hallan colocados los síntomas neuróticos. No es esto, además, nada nuevo para vosotros, pues ya pudisteis observarlo en los casos de neurosis que hemos sometido a

investigación. Ahora bien: podéis alegar que dos únicos análisis no constituyen prueba suficiente y exigirme que os demuestre mi afirmación en un número ilimitado de ejemplos. Pero esto es imposible. Habré, pues, de aconsejaros nuevamente que recurráis a la observación directa o prestéis fe a la afirmación unánime de todos los psicoanalistas.

Recordaréis, sin duda, que en los dos casos cuyos síntomas hemos sometido a un detenido examen nos ha hecho penetrar el análisis en la vida íntima sexual de los enfermos. Además, en el primero de ellos hemos reconocido de un modo particularmente preciso la intención o la tendencia de los síntomas investigados. En cambio, en el segundo es posible que dicha intención o tendencia haya quedado oculta por algo de lo que ya tendremos ocasión de hablar más adelante. Todos los demás casos que sometiésemos al análisis nos revelarían exactamente los mismos datos, pues en todos ellos llegaríamos al conocimiento de los deseos sexuales del enfermo y de los sucesos de este mismo orden que han dejado una huella en su vida, imponiéndonos la conclusión de que todos los síntomas de los neuróticos obedecen a idéntica tendencia; esto es, a la satisfacción de los deseos sexuales. Los síntomas tienden a la satisfacción sexual del enfermo y constituyen una sustitución de la misma cuando el enfermo carece de ella en la vida normal.

Recordad el acto obsesivo de nuestra primera paciente. Tratábase de una mujer privada de su marido, al que ama en extremo, pero cuya vida no puede compartir a causa de sus defectos y debilidades. No obstante, debe continuar siéndole fiel y no intenta reemplazarle por otro hombre. Su síntoma obsesivo le procura aquello a lo que aspira, pues por medio de él rehabilita a su marido, negando y corrigiendo sus debilidades y, ante todo, su impotencia. Este síntoma no es, en el fondo, como los sueños, sino una satisfacción de un deseo erótico. A propósito de nuestra segunda enferma, habréis podido observar, por lo menos, que su ceremonial se encaminaba a oponerse a las relaciones sexuales de sus padres, con el fin de hacer imposible el nacimiento de un nuevo hijo. Habréis visto, igualmente, que por medio de este ceremonial tendía, en el fondo, nuestro enfermo a sustituir a su madre. Trátase, pues, aquí como en el primer caso, de la supresión de obstáculos que se oponen a la satisfacción sexual y de la realización de deseos eróticos. De

aquella complicación a que antes aludimos nos ocuparemos muy en breve.

Con el fin de justificar las restricciones que a continuación he de imponer a la generalidad de los principios expuestos, quiero atraer ahora vuestra atención sobre el hecho de que todo lo que aquí afirmo sobre la represión, la formación de los síntomas y su significado ha sido deducido del análisis de tres formas de neurosis —la histeria de angustia, la histeria de conversión y la neurosis obsesiva—, y no se aplica en principio más que a ellas. Estas tres afecciones, que acostumbramos reunir en un mismo grupo bajo el nombre genérico de *neurosis de transferencia,* circunscriben igualmente el dominio en que puede ejercerse la terapia psicoanalítica. Las demás neurosis no han sido objeto, por parte del psicoanálisis, de estudios tan penetrantes y profundos, e incluso hemos dejado de ocuparnos de uno de sus grupos ante la imposibilidad de toda intervención terapéutica. No debéis olvidar que el psicoanálisis es una ciencia aún muy joven, que para prepararse a ejercerla es necesaria una penosa y duradera labor, y que hasta hace poco tiempo no contaba sino con un sólo partidario.

Pero en la actualidad se manifiesta un general deseo de penetrar y comprender la naturaleza de aquellas otras afecciones distintas de las neurosis de transferencia, y espero poder exponeros todavía el desarrollo que experimentan nuestras hipótesis y resultados al ser aplicados a estos nuevos materiales, y mostraros cómo de estos nuevos estudios no ha surgido refutación alguna de nuestras primeras conclusiones. Una nueva observación, referente a las tres neurosis de transferencia, realza aún más el valor de los síntomas. El examen comparativo de las causas ocasionales de estas tres enfermedades da un resultado que puede resumirse en la fórmula siguiente: Los enfermos atacados por ellas sufren de una *frustración,* por rehusarles la realidad de la satisfacción de sus deseos sexuales. Como veis, el acuerdo entre estos dos resultados es perfecto y nos muestra una vez más que los síntomas son una satisfacción sustitutiva destinada a reemplazar a aquella que resulta imposible en la vida normal.

Ciertamente, pueden oponerse todavía numerosas objeciones al principio de que los síntomas neuróticos son satisfacciones sexuales sustitutivas. De dos de estas objeciones quiero ocuparme en el acto. Si hubierais sometido directamente al examen psicoanalítico un cierto número de enfermos, me

diríais quizá en tono de reproche: «Existe una serie de casos en que vuestra afirmación no se confirma, pues los síntomas parecen presentar en ellos una tendencia contraria, consistente en excluir o suprimir la satisfacción sexual». No voy por ahora a negar la exactitud de vuestra interpretación. Pero aquellos estados que constituyen el objeto de los estudios psicoanalíticos son generalmente más complicados de lo que quisiéramos, aunque claro es que si no lo fueran, no habría necesidad de una disciplina especial para elucidarlos. Ciertos fragmentos del ceremonial de nuestra segunda enferma muestran, en efecto, este carácter ascético y hostil a la satisfacción sexual, por ejemplo, cuando aleja de su habitación toda clase de relojes, acto mágico con el que imagina evitarse las erecciones nocturnas, o cuando quiere impedir la caída y rotura de floreros y jarrones, esperando con este acto preservar su virginidad. En otros casos de ceremonial inherente al acto de acostarse que he tenido ocasión de analizar, este carácter negativo se mostraba mucho más pronunciado, y algunos de ellos se componían por entero de medidas preservativas contra los recuerdos y las tentaciones sexuales. Pero el psicoanálisis nos ha mostrado más de una vez que las antítesis no equivalen siempre a una contradicción. Pudiéramos ampliar nuestro principio diciendo que los síntomas tienden unas veces a procurar una satisfacción sexual al sujeto y otras a preservarle contra la misma, predominando en la histeria el carácter positivo, o sea el de satisfacción, y el negativo o ascético en la neurosis obsesiva. Si los síntomas pueden servir tanto a la satisfacción sexual como a su contrario, éste su doble destino o bipolaridad se explica perfectamente por uno de los engranajes de su mecanismo, del que no hemos tenido todavía ocasión de hablar. Los síntomas son, ante todo, como más adelante veremos, efectos de transacciones resultantes de la interferencia de las tendencias opuestas, y expresan tanto lo que ha sido reprimido como lo que ha constituido la causa de tal represión y ha contribuido de esta manera a su génesis. La sustitución puede efectuarse más en provecho de una de estas tendencias que de la otra, y raras veces se hace en provecho de una sola. En la histeria, las dos intenciones se expresan, la mayor parte de las veces, por un único síntoma, y, en cambio, en la neurosis obsesiva existe una separación entre ambas, consistente en que el síntoma aparece en dos tiempos; esto es, se compone de dos actos que se llevan a cabo sucesivamente y se anulan uno al

otro.

Menos fácil nos será disipar otra de nuestras dudas. Pasando revista a un cierto número de interpretaciones de síntomas, os mostraréis quizá inclinados a concluir que constituye un abuso teórico el querer explicaros todos por la satisfacción sustitutiva de deseos sexuales, y haréis resaltar que estos síntomas no ofrecen a la satisfacción ningún elemento real, limitándose la mayor parte de las veces a reanimar una sensación o a representar una imagen fantástica perteneciente a un complejo sexual. Hallaréis, además, que la pretendida satisfacción sexual presenta con gran frecuencia un carácter pueril e indigno, se aproxima a un acto masturbatorio o recuerda aquellas sucias prácticas que prohibimos ya a los niños. Pero, sobre todo, manifestaréis vuestro asombro ante el hecho de considerar como una satisfacción sexual algo que no debía ser descrito sino como una satisfacción de deseos crueles o repugnantes y a veces contra la naturaleza. Sobre estos últimos puntos no nos será posible ponernos de acuerdo mientras no hayamos sometido a un profundo examen la vida sexual del hombre y no hayamos definido qué es lo que podemos permitirnos considerar como sexual sin riesgo de equivocarnos.

LECCIÓN XX.
LA VIDA SEXUAL HUMANA

Señoras y señores:

A primera vista parece que todo el mundo se halla de acuerdo sobre el sentido de «lo sexual», asimilándolo a lo indecente: esto es, aquello de que no debe hablarse entre personas correctas. Hasta mis oídos ha llegado la curiosa anécdota siguiente: Los alumnos de un célebre psiquiatra, queriendo convencer a su maestro de que los síntomas de los histéricos poseían, con extraordinaria frecuencia, un carácter sexual, le condujeron ante el lecho de una histérica, cuyos accesos simulaban, innegablemente, el parto. Mas el profesor exclamó con aire despectivo: «Está bien; pero el parto no tiene nada de sexual». En efecto: un parto no es siempre un acto incorrecto y poco decoroso.

Extrañaréis, sin duda, que me permita bromear sobre cosas tan serias. Pero he de advertiros que no se trata únicamente de una chanza más o menos ingeniosa, pues, en realidad, resulta muy difícil delimitar con exactitud el contenido del concepto de «lo sexual». Lo más acertado sería decir que entraña todo aquello relacionado con las diferencias que separan los sexos; mas esta definición resultaría tan imprecisa como excesivamente comprensiva. Tomando como punto central el acto sexual en sí mismo, podría calificarse de sexual todo lo referente a la intención de procurarse un goce por medio del cuerpo y, en particular, de los órganos genitales del sexo opuesto, o sea todo aquello que tiende a conseguir la unión de los genitales y la realización del acto sexual. Sin embargo, esta definición tiene también el defecto de aproximarnos a aquellos que identifican lo sexual con lo indecente y hacernos convenir con ellos en que el parto no tiene nada de sexual. En cambio, considerando la procreación como el nódulo de la sexualidad, se corre el peligro de excluir del concepto definido una gran cantidad de actos, tales como la masturbación o el mismo beso, que, presentando un indudable carácter sexual, no tienen la procreación como fin. Estas dificultades con que tropezamos para establecer el concepto de lo sexual surgen en todo intento de definición y, por tanto, no deben sorprendernos con exceso. Lo que sí sospechamos es que en el desarrollo de la noción de «lo sexual» se ha producido algo cuya consecuencia podemos calificar utilizando un excelente neologismo de H. Silberer, de «error por encubrimiento» (*Überdeckungsfehler*).

Sin embargo, tampoco sería justo decir que carecemos de toda orientación sobre lo que los hombres denominan «sexual». Una definición que tenga a la vez en cuenta la oposición de los sexos, la consecución de placer, la función procreadora y el carácter indecente de una serie de actos y de objetos que deben ser silenciados; una tal definición, repetimos, puede bastar para todas las necesidades prácticas de la vida; pero resulta insuficiente desde el punto de vista científico, pues merced a minuciosas investigaciones, que han exigido por parte de los sujetos examinados un generoso desinterés y un gran dominio de sí mismos, hemos podido comprobar la existencia de grupos enteros de individuos cuya vida sexual difiere notablemente de la considerada

como «normal». Algunos de estos «perversos» han suprimido, por decirlo así, de su programa la diferencia sexual, y sólo individuos de su mismo sexo pueden llegar a constituirse en objeto de sus deseos sexuales. El sexo opuesto no ejerce sobre ellos atracción sexual ninguna, y en los casos extremos llegan a experimentar por los órganos genitales contrarios una invencible repugnancia.

Estos individuos, que, naturalmente, han renunciado a toda actividad procreadora, reciben el nombre de homosexuales o invertidos y son hombres o mujeres que muchas veces, aunque no siempre, han recibido una esmerada educación, poseen un nivel moral o intelectual muy elevado y no presentan, fuera de esta triste anomalía, ninguna otra tara. Por boca de sus representantes en el mundo científico se dan a sí mismos la categoría de una variedad humana particular, de un «tercer sexo», que puede aspirar a los mismos derechos que los otros dos, pretensión cuyo examen crítico tendremos quizá ocasión de hacer más adelante. Han tratado, también, de hacer creer que constituyen una parte selecta de la Humanidad; pero lo cierto es que la proporción de individuos carentes de todo valor es, entre ellos, idéntica a la que se da en el resto de los grupos humanos de diferentes normas sexuales. Estos «perversos» se comportan, por lo menos con respecto a su objeto sexual, aproximadamente del mismo modo que los normales con respecto al suyo; pero existe todavía una amplia serie de anormales cuya actividad sexual se aparta cada vez más de aquello que un hombre de sana razón estima deseable. Por su variedad y singularidad, no podríamos compararlos sino a los monstruos deformes y grotescos que en el cuadro de P. Brueghel acuden a tentar a San Antonio, o a los olvidados dioses y creyentes que Gustavo Flaubert hace desfilar en larga procesión ante su piadoso eremita. Tan abigarrada multitud exige una clasificación, sin la cual nos sería imposible orientarnos. Así, pues, los dividimos en dos grupos: aquellos que, como los homosexuales, se distinguen del hombre normal por el *objeto* de sus deseos sexuales, y aquellos otros que tienden a un *fin* sexual distinto del normalmente aceptado. Al primer grupo pertenecen aquellos que han renunciado a la cópula de los órganos genitales opuestos y reemplazan en su acto sexual los genitales de su pareja por otra parte o región del cuerpo de la misma. Poco importa que esta parte o región se preste mal, por su estructura,

al acto intentado; los individuos de este grupo prescinden de toda consideración de este género y traspasan los límites de la repugnancia, sustituyendo la vagina por la boca o el ano. A continuación, y dentro del mismo grupo, hallamos otros sujetos que encuentran la satisfacción de sus deseos en los órganos genitales, mas no a causa de la función sexual de los mismos, sino por otras funciones que por razones anatómicas o de proximidad les son inherentes. Todo el interés sexual de estos individuos queda monopolizado por las funciones de la excreción. Vienen después otros perversos que han renunciado ya por completo a los órganos genitales como objetos de satisfacción sexual y han elevado a esta categoría a otras partes del cuerpo totalmente diferentes, tales como los senos, los pies o los cabellos femeninos. Otros no intentan ya satisfacer su deseo sexual con ayuda de una región cualquiera del cuerpo femenino, sino que se contentan con una parte del vestido, un zapato, una prenda interior, etc., y reciben así el calificativo de «fetichistas». Por último, citaremos aquellos que desean al objeto sexual en su totalidad; pero exigen determinados requisitos, singulares o aterradores, hasta el punto de no ser capaces de gozar sino cuerpos muertos, aberración que los lleva hasta el asesinato. Pero basta de tales horrores.

El otro gran grupo de perversos se compone, en primer lugar, de individuos cuyo fin sexual es algo, normalmente considerado, como un mero acto preparatorio del fin verdadero. Inspeccionan, palpan y tocan a la persona de sexo opuesto, buscan entrever las partes escondidas e íntimas de su cuerpo o descubren sus propias partes pudendas con la secreta esperanza de obtener una reciprocidad. Vienen después los enigmáticos sadistas, que no conocen otro placer que el de infligir a su objeto dolores y sufrimientos de toda clase, desde la simple humillación a las graves lesiones corporales, y paralelamente a éstos, aparecen los masoquistas, cuyo único goce consiste en recibir del objeto amado todas las humillaciones y sufrimientos en forma simbólica o real. Otros, por último, presentan una asociación o entrecruzamiento de varias de estas tendencias anormales. Para terminar, añadiremos que cada uno de los dos grandes grupos de que acabamos de ocuparnos se subdivide en otros dos. La primera de estas subdivisiones comprende a los individuos que buscan la satisfacción sexual de la realidad, y la segunda, a aquellos otros que se contentan simplemente con representarse en su imaginación dicha

satisfacción y sustituyen el objeto real por sus fantasías.

Que todos estos horrores o extravagancias representan realmente la actividad sexual de estos individuos es algo que no admite la menor duda, pues no sólo son concebidos por ellos como tal actividad, sino que desempeñan en su vida idéntico papel que la normal satisfacción sexual en la nuestra y su consecución les impulsa a sacrificios iguales y a veces mucho mayores que a los normales la de sus deseos. Examinando estas aberraciones, tanto al detalle como en conjunto, pueden descubrirse los extremos en que las mismas se aproximan al estado normal y aquellos otros en que de él se apartan. Adviértase asimismo que el carácter de indecencia inherente a la actividad sexual llega aquí a su máximo grado.

Y ahora, ¿qué actitud deberemos adoptar con respecto a estas formas extraordinarias de la satisfacción sexual? Declarar que nos hallamos indignados, manifestar nuestra aversión personal y asegurar que jamás compartiremos tales vicios son cosas que no significan nada y que, además, nadie nos exige. Trátase, después de todo, de un orden de fenómenos que solicita nuestra atención con los mismos títulos que otro cualquiera. Escudarse en la afirmación de que se trata de hechos rarísimos y excepcionales es exponerse a un rotundo mentís. Los fenómenos de que nos ocupamos son, por el contrario, muy frecuentes y se hallan harto difundidos. Ahora bien: si se nos alega que no tratándose, en último análisis, sino de desviaciones y perversiones del instinto sexual, no debemos dejarnos inducir por ellas en error por lo que respecta a nuestro modo de concebir la vida sexual en general, nuestra respuesta sería inmediata. Mientras no hayamos comprendido estas formas patológicas de la sexualidad y mientras no hayamos establecido sus relaciones con la vida sexual normal, nos será igualmente imposible llegar a la inteligencia de esta última. Nos hallamos, pues, ante una urgente labor teórica, que consistirá en justificar la posibilidad de las perversiones de que hemos hablado y establecer sus relaciones con la sexualidad llamada normal.

En esta labor nos auxiliarán una observación teórica y dos nuevos resultados experimentales: la primera es de Ivan Bloch, que, rectificando la concepción de todas estas perversiones como «estigmas de degeneración»,

hace observar que tales desviaciones del fin sexual y tales actitudes perversas con respecto al objeto han existido en todas las épocas conocidas y en todos los pueblos, tanto en los más primitivos como en los más civilizados, y han gozado a veces de completa tolerancia y general aceptación. Los dos nuevos resultados a que nos referimos han sido obtenidos en el curso de investigaciones psicoanalíticas de sujetos neuróticos, y son de tal naturaleza, que pueden orientar de una manera decisiva nuestra concepción de las perversiones sexuales.

Los síntomas neuróticos —hemos dicho— son satisfacciones sustitutivas, y ya hube de indicaros que la confirmación de este principio por medio del análisis de los síntomas tropezaría con graves dificultades. En efecto: para poder dar a los síntomas esta categoría tenemos que incluir en el concepto de «satisfacción sexual» la de los deseos sexuales llamados perversos, pues el análisis nos impone con sorprendente frecuencia una tal interpretación. La pretensión de los homosexuales o invertidos a ser considerados como seres excepcionales cae por su base en cuanto descubrimos que no existe un solo neurótico en el cual no podamos probar la existencia de tendencias homosexuales, y que gran número de síntomas neuróticos no son otra cosa que la expresión de esta inversión latente. Aquellos que se dan a sí mismos el nombre de homosexuales no son sino los invertidos conscientes y manifiestos, y su número es insignificante al lado de los homosexuales *latentes*. De este modo nos encontramos obligados a ver en la homosexualidad una ramificación casi regular de la vida erótica y a concederle una importancia cada vez más considerable, aunque claro es que nada de esto anula las diferencias existentes entre la vida sexual normal y la homosexualidad manifiesta. La importancia de esta última se mantiene intacta, pero, en cambio, disminuye mucho su valor teórico. Con respecto a una cierta afección que no podemos ya incluir entre las neurosis de transferencia —la paranoia—, llegamos incluso a averiguar que es siempre consecuencia de una defensa contra impulsos homosexuales de extrema intensidad. Recordaréis quizá todavía que una de las enfermas cuyo análisis expusimos en lecciones anteriores suplantaba, en su acto obsesivo, a un hombre, a su propio marido, del que vivía separada. Una tal producción de

síntomas simulatorios de la actividad masculina es muy frecuente en las enfermas neuróticas, y aunque no podamos incluirla en el cuadro de la homosexualidad, lo cierto es que presenta una estrecha relación con las condiciones de la misma.

Sabido es que la neurosis histérica puede provocar la aparición de síntomas en todos los sistemas orgánicos, perturbando así todas las funciones. Pues bien: el análisis nos revela que tales síntomas no son sino manifestaciones de aquellas tendencias llamadas «perversas», que intentan sustituir los órganos genitales por otros de distinta función, comportándose entonces estos últimos como genitales sustitutivos. La sintomatología de la histeria es precisamente lo que nos ha llevado a la conclusión de que todos los órganos del soma pueden desempeñar una función sexual erógena, a más de su propia función normal, quedando ésta perturbada cuando aquélla alcanza una cierta intensidad.

Innumerables sensaciones e inervaciones, que a título de síntomas histéricos se localizan en órganos aparentemente ajenos a la sexualidad, nos revelan de este modo su verdadera naturaleza de satisfacciones de deseos sexuales perversos, satisfacciones en las que los órganos distintos de los genitales han asumido la función sexual. Dentro de un tal estado de cosas comprobamos la extraordinaria frecuencia con que los órganos de absorción de alimentos y los de excreción llegan a constituirse en portadores de excitaciones sexuales. Es éste un hecho que ya hemos observado en las perversiones, con la diferencia de que en ellas se nos muestra con toda claridad y sin error posible, mientras que en la histeria debemos comenzar por la interpretación de los síntomas y relegar después las tendencias sexuales perversas a lo inconsciente, en lugar de atribuirlas a la consciencia del individuo.

De los numerosos cuadros sintomáticos que la neurosis obsesiva puede presentar, los más importantes son los provocados por la presión de las tendencias sexuales intensamente sádicas, o sea perversas, con respecto a su fin. De conformidad con la estructura de la neurosis obsesiva, sirven estos síntomas de medios de *defensa* contra tales deseos y expresan así la lucha entre la voluntad de satisfacción y la voluntad de defensa. Pero la satisfacción misma, en lugar de producirse directamente, halla medio de manifestarse en

la conducta de los enfermos por los caminos y medios más alejados y se vuelve preferentemente contra la persona misma del paciente, haciéndole infligirse toda clase de torturas. Otras formas de esta neurosis, aquellas que podemos denominar escrutadoras, corresponden a una sexualización excesiva de actos que en los casos normales no son sino preparatorios de la satisfacción sexual, tales como los de ver, tocar y registrar. La enorme importancia del miedo del tacto y de la obsesión de limpieza encuentran aquí una completa explicación. Una insospechada cantidad de actos obsesivos resulta no ser sino modificación o repetición disfrazada del onanismo, el cual acompaña, como acto único y uniforme, a las formas más variadas del fantasear sexual.

No me sería difícil ampliar la enumeración de los lazos que ligan la perversión a la neurosis; mas para nuestros fines creo suficiente lo expuesto hasta aquí. Debemos, sin embargo, guardarnos, después de esta explicación, del significado de los síntomas, de exagerar la frecuencia y la intensidad de las tendencias perversas en el hombre. Me habéis oído antes decir que la privación de una normal satisfacción sexual puede engendrar una neurosis. Pero en estos casos sucede, además, que la necesidad sexual se desvía hacia los caminos de satisfacción perversa, proceso que más adelante habré de exponeros con mayor detalle. De todos modos, comprenderéis ya sin dificultad que, merced a un tal estancamiento «colateral», muestran las tendencias perversas una mayor intensidad que si a la satisfacción sexual normal no se hubiera opuesto obstáculo alguno en la realidad. Una análoga influencia actúa también sobre las perversiones *manifiestas*, las cuales son provocadas o favorecidas en ciertos casos por aquellas invencibles dificultades con que a consecuencia de circunstancias pasajeras o de condiciones sociales permanentes se dificulta la satisfacción sexual normal. Claro es que tales tendencias perversas son, en otros casos, independientes de dichas circunstancias susceptibles de favorecerlas y constituyen, para los individuos en que se manifiestan, la forma normal de su vida sexual.

Habréis experimentado quizá la impresión de que, lejos de elucidar las relaciones existentes entre la sexualidad normal y la perversa, no hemos hecho sino complicarlas. Mas a poco que reflexionéis, habréis de convenir en que si es cierto que la restricción o privación efectiva de una satisfacción

sexual normal es susceptible de hacer surgir tendencias perversas en personas que jamás las manifestaron, habremos de admitir que dichas personas poseían una predisposición a tales perversiones, o si lo preferís, que las mismas existían en ellas en estado latente.

Este hecho nos lleva al segundo de los nuevos resultados a que antes hube de referirme. La investigación psicoanalítica se ha visto obligada a dirigir también su atención sobre la vida sexual infantil, pues los recuerdos y asociaciones que surgen en la imaginación de los enfermos durante el análisis de sus síntomas alcanzan siempre hasta sus primeros años infantiles. Todas las hipótesis que hemos formulado sobre este hecho concreto han sido confirmadas, punto por punto, en la observación directa de sujetos infantiles. Por último, hemos llegada a comprobar que todas las tendencias perversas tienen sus raíces en la infancia y que los niños llevan en sí una general predisposición a las mismas, manifestándolas dentro de la medida compatible con la inmadura fase de la vida en que se hallan; esto es, que la sexualidad perversa no es otra cosa sino la sexualidad infantil ampliada y descompuesta en sus tendencias constitutivas.

Todo lo que antecede habrá transformado, sin duda alguna, vuestra idea sobre las perversiones y no podéis ya negar sus relaciones con la vida sexual del hombre. ¡Mas al precio de cuánta sorpresa y cuánta penosa decepción! Seguramente os inclinaréis al principio a negarlo todo, tanto que los niños posean algo que merezca el nombre de vida sexual como la exactitud de las observaciones psicoanalíticas y mi derecho a hallar en la conducta de los niños una afinidad con aquello que, a título de perversión, condenamos en los adultos. Permitidme, pues, que, en primer lugar, os exponga las razones de vuestra resistencia, y a continuación os daré a conocer la totalidad de mis conclusiones.

Pretender que los niños no tienen vida sexual —excitaciones sexuales, necesidades sexuales y una especie de satisfacción sexual— y que esta vida despierta en ellos bruscamente a la edad de doce a catorce años, es, en primer lugar cerrar los ojos ante evidentísimas realidades y, además, algo tan inverosímil y hasta disparatado, desde el punto de vista biológico, como lo sería afirmar que nacemos sin órganos genitales y carecemos de ellos hasta la

pubertad. Lo que en los niños despierta en esta edad es la función reproductora, la cual se sirve, para realizar sus fines, del material somático y psíquico ya existente. Pensando de otro modo caéis en el error de confundir sexualidad y reproducción y os cerráis todo acceso a la comprensión de la sexualidad, de las perversiones y de la neurosis. Pero, además, se trata de un error tendencioso que tiene un singularísimo origen. Pensáis así, precisamente, por haber pasado por la edad infantil y haber sufrido durante ella la influencia de la educación.

En efecto, la sociedad considera como una de sus esenciales misiones educativas la de lograr que el instinto sexual encuentre, al manifestarse en el sujeto como una necesidad de procreación, una voluntad individual obediente a la coerción social que lo refrene, limitándolo y dominándolo. Al mismo tiempo se halla también interesada en que el desarrollo completo de la necesidad sexual quede retardado hasta que el niño haya alcanzado un cierto grado de madurez intelectual, pues con la total aparición del instinto sexual queda puesto un fin a toda influencia educativa. Si la sexualidad se manifestase demasiado precozmente, rompería todos los diques y anularía toda la obra de la civilización, fruto de una penosa y larga labor. La misión de refrenar la necesidad sexual no es jamás fácil, y al realizarla se peca unas veces por exceso y otras por defecto. La base sobre la que la sociedad reposa es en último análisis de naturaleza económica; no poseyendo medios suficientes de subsistencia para permitir a sus miembros vivir sin trabajar, se halla la sociedad obligada a limitar el número de los mismos y a desviar su energía de la actividad sexual hacia el trabajo. Nos hallamos aquí ante la eterna necesidad vital, que, nacida al mismo tiempo que el hombre, persiste hasta nuestros días.

La experiencia ha debido demostrar a los educadores que la misión de someter la voluntad sexual de la nueva generación no es realizable más que cuando, sin esperar la explosión tumultuosa de la pubertad, se comienza a influir sobre los niños desde muy temprano, sometiendo a una rigurosa disciplina, desde los primeros años, su vida sexual, la cual no es sino una preparación a la del adulto, y prohibiéndoles entregarse a ninguna de sus infantiles actividades sexuales. Siendo el fin ideal a que han tendido todos los educadores el de dar a la vida infantil un carácter sexual, se ha llegado a creer

realmente, al cabo del tiempo, en una tal a sexualidad, y esta creencia ha pasado a constituirse en teoría científica. Así las cosas, y para evitar ponerse en contradicción con las propias opiniones y propósitos, cierra todo el mundo los ojos ante la actividad sexual infantil o le da —conforme a las teorías científicas— una distinta significación. El niño es considerado, sin excepción alguna, como la más completa representación de la pureza y la inocencia, y todo aquel que se atreve a juzgarlo diferentemente es acusado de sacrilegio y de atentado contra los más tiernos y respetables sentimientos de la Humanidad.

Los niños son los únicos a quienes estas convenciones no logran engañar, pues, a pesar de ellas, hacen valer con toda ingenuidad sus derechos animales, mostrando a cada instante que la pureza es algo de lo que aún no tienen la menor idea. Y resulta harto singular ver cómo sus guardadores, que niegan en redondo la existencia de una sexualidad infantil, no por ello renuncian a la educación, y condenan con la mayor severidad, a título de «malas mañas» del niño, las manifestaciones mismas de aquello que se resisten a admitir. Es, además, extraordinariamente interesante, desde el punto de vista teórico, el hecho de que los cinco o seis primeros años de la vida, esto es, la edad con respecto a la que el juicio de una infancia asexual resulta más equivocada, quedan envueltos luego, para una inmensa mayoría, por una nebulosa amnesia, que sólo la investigación analítica consigue disipar, pero que ya antes se mostró permeable para ciertas formaciones oníricas.

Voy ahora a exponeros aquello que el estudio de la vida sexual del niño nos revela más evidentemente. Para mayor claridad habréis de permitirme introducir en mi exposición el concepto de la libido. Con esta palabra designamos aquella fuerza en que se manifiesta el instinto sexual análogamente a como en el hombre se exterioriza el instinto de absorción de alimentos. Otras nociones, tales como las de excitación y satisfacción sexual, no precisan de esclarecimiento ninguno. Como por lo que sigue habréis de ver —y quizá lo utilicéis como argumento en contra mía—, la interpretación tiene que intervenir muy ampliamente en lo relativo a la actividad sexual del niño de pecho. Estas interpretaciones se consiguen sometiendo, en la

investigación analítica, los síntomas del sujeto a un análisis regresivo. Las primeras manifestaciones de la sexualidad aparecen en el niño de pecho enlazadas a otras funciones vitales. El principal interés infantil del sujeto recae sobre la absorción de alimentos, y cuando después de mamar se queda dormido sobre el seno de su madre, presenta una expresión de euforia idéntica a la del adulto después del orgasmo sexual. Claro es que esto no bastaría para justificar conclusión alguna. Pero observamos asimismo que el niño de pecho se halla siempre dispuesto a comenzar de nuevo la absorción de alimentos, y no porque sienta ya el estímulo del hambre, sino por el acto mismo que la absorción trae consigo. Decimos entonces que «chupetea», y el hecho de que ejecutando este acto se duerma de nuevo con expresión bienaventurada nos muestra que la acción de chupetear le ha procurado por sí misma una satisfacción. Por último, acaba generalmente por no poder ya conciliar el sueño sin haber antes chupado algo. El primero que afirmó la naturaleza sexual de este acto fue un pediatra de Budapest, el doctor Lindner, y aquellas personas que teniendo niños a su cuidado no intenta adoptar actitud teórica ninguna, parecen ser de igual opinión, pues se dan perfecta cuenta de que este acto no sirve sino para procurarse un placer, ven en él una mala costumbre, y cuando el niño no quiere renunciar espontáneamente a ella intentan quitársela por medio de la asociación de impresiones desagradables. Averiguamos así que el niño de pecho realiza actos que no sirven sino para procurarle un placer y creemos que ha comenzado a experimentar este placer con ocasión de la absorción de alimentos, pero que después ha aprendido a separarlo de dicha condición. Esta sensación de placer la localizamos con la zona bucolabial, y designamos esta zona con el nombre de zona erógena, considerando el placer procurado por el acto de chupar como un placer sexual. Más adelante tendremos ocasión de discutir la legitimidad de estas calificaciones.

Si el niño de pecho fuera capaz de comunicar sus sensaciones, declararía, desde luego, que el acto de mamar del seno materno constituye el más importante de su vida. Diciendo esto no se equivocaría grandemente, pues por medio de él satisface a un tiempo dos grandes necesidades de su vida. No sin cierta sorpresa averiguamos, por medio del psicoanálisis, cuán profunda es la importancia psíquica de este acto, cuyas huellas persisten luego durante

toda la vida. Constituye, en efecto, el punto de partida de toda la vida sexual y el ideal jamás alcanzado, de toda satisfacción sexual ulterior, ideal al que la imaginación aspira en momentos de gran necesidad y privación. De este modo forma el pecho materno el primer objeto del instinto sexual y posee, como tal, una enorme importancia, que actúa sobre toda ulterior elección de objetos y ejerce en todas sus transformaciones y sustituciones una considerable influencia, incluso sobre los dominios más remotos de nuestra vida psíquica. Pero al principio no tarda el niño en abandonar el seno materno y reemplazarle por una parte de su propio cuerpo, dedicándose a chupar su dedo pulgar o su misma lengua. De este modo se procura placer sin tener necesidad del consentimiento del mundo exterior, y al recurrir a una segunda zona de su cuerpo intensifica, además, el estímulo de la excitación. Todas las zonas erógenas no son igualmente eficaces, y, por tanto, resulta un acontecimiento de gran importancia en la vida del niño, como lo informa Lindner, el hecho de tropezar, a fuerza de explorar su propio cuerpo, con una región particularmente excitable del mismo; esto es, con los órganos genitales, encontrando así el camino que acabará por conducirle al onanismo.

Dando al chupeteo toda su importancia y significación, descubrimos dos esenciales caracteres de sexualidad infantil. Enlázase ésta especialmente a la satisfacción de las grandes necesidades orgánicas y se comporta, además, de un modo *autoerótico*; esto es, halla sus objetos en el propio cuerpo del sujeto. Aquello que se nos ha revelado con máxima claridad en la absorción de alimentos se reproduce parcialmente en excreciones. Deduciremos, pues, que el niño experimenta una sensación de placer al realizar la eliminación de la orina y de los excrementos y que, por tanto, tratará de organizar estos actos de manera que la excitación de las zonas erógenas a ellos correspondientes le procuren el mayor placer posible. Al llegar a este punto, toma para el niño el mundo exterior —según la sutil observación de Lou Andreas-Salomé— un carácter hostil a su rebusca de placer y le hace presentir, en lo futuro, luchas exteriores e interiores. En efecto, para obtener su renuncia a estas fuentes de goce se inculca al infantil sujeto la convicción de que todo lo relacionado con tales funciones es indecente y debe permanecer secreto, obligándole de este modo a renunciar al placer en nombre de la dignidad social. El niño no experimenta al principio repugnancia alguna por sus excrementos, a los que

considera como una parte de su propio cuerpo, se separa de ellos contra su voluntad y los utiliza como primer «regalo», con el que distingue a aquellas personas a las que aprecia particularmente. E incluso después que la educación ha conseguido desembarazarle de estas inclinaciones, transporta sobre los conceptos «regalo» y «dinero» el valor que antes concedió a los excrementos, mostrándose, en cambio, particularmente orgulloso de aquellos éxitos que enlaza al acto de orinar.

Siento que hacéis un esfuerzo sobre vosotros mismos para no interrumpirme y gritar: «¡Basta de horrores! ¡Pretender que la defecación es una fuente de satisfacción sexual utilizada ya por el niño de pecho y que los excrementos son una sustancia preciosa y el ano una especie de órgano sexual! No podremos creerlo jamás y comprendemos por qué los pediatras y los pedagogos no quieren saber nada del psicoanálisis ni de sus resultados». Calmaos. Habéis olvidado que si os he hablado de hechos de la vida sexual infantil, ha sido con ocasión de las perversiones sexuales. ¿Acaso no sabéis que en las relaciones sexuales de numerosos adultos, tanto homosexuales como heterosexuales, reemplaza realmente el ano a la vagina? ¿Y no sabéis también que existen individuos para los cuales la defecación constituye durante toda su vida una fuente de voluptuosidad, a su juicio nada despreciable? En cuanto al interés que suscita el acto de la defecación y al placer que se puede experimentar asistiendo a la realización de este acto por segunda persona, no tenéis para informaros más que dirigiros a los niños mismos cuando en una edad más avanzada puedan ya comunicar sus impresiones y sentimientos. Claro es que no debéis comenzar por intimidarlos, pues comprenderéis que haciéndolo así no obtendréis de ellos el menor dato. Con respecto a las demás cosas aquí expuestas y a las que os resistís a prestar fe, puedo remitiros a los resultados del análisis y de la observación directa de los niños, pero me he de permitir indicaros que es necesaria muy mala voluntad para no ver los hechos de que acabo de hablaros o darles una distinta explicación. No extraño en modo alguno que encontréis sorprendente la afinidad que afirmamos existe entre la actividad sexual infantil y las perversiones, mas habéis de tener en cuenta que tal afinidad es naturalísima. Si el niño posee una vida sexual, ha de ser sinceramente de naturaleza perversa, puesto que, salvo algunos vagos indicios, carece de todo

aquello que hace de la sexualidad una función procreadora, siendo precisamente este desconocimiento del fin esencial de la sexualidad —la procreación— lo que caracteriza a las perversiones. Calificamos, en efecto, de perversa toda actividad sexual que, habiendo renunciado a procreación, busca el placer como un fin independiente de la misma. De este modo la parte más delicada y peligrosa del desarrollo de la vida sexual es la referente a su subordinación a los fines de la procreación. Todo aquello que se produce antes de este momento, se sustrae a dicho fin o sirve únicamente para procurar placer, recibe la denominación peyorativa de *perverso*, y es, a título de tal, condenado.

Dejadme, en consecuencia, proseguir mi rápida exposición de la sexualidad infantil. Aquello que antes os he expuesto con referencia a los órganos de absorción de alimentos y a los de excreción podría ser completo por el examen de las demás zonas erógenas del soma. La vida sexual de un niño comporta una serie de tendencias parciales que actúan independientemente unas de otras y utilizan para conseguir placer tanto el cuerpo mismo del sujeto como objetos exteriores. Entre los órganos sobre los cuales se ejerce la actividad sexual no tardan en ocupar el primer lugar los genitales, y existen hombres que desde la masturbación infantil hasta la inevitable masturbación de la pubertad no han conocido jamás otra fuente de goce que sus propios órganos genitales, situación que a veces persiste bastante más allá de los años púberes. Este tema de la masturbación no es, por cierto, fácilmente agotable, pues se presta a múltiples y variadas consideraciones.

A pesar de mi deseo de abreviar lo más posible mi exposición, me hallo obligado a deciros aún algunas palabras sobre la *curiosidad* o *investigación sexual de los niños,* muy característica de la sexualidad infantil y extraordinariamente importante desde el punto de vista de la sintomatología de las neurosis. La curiosidad sexual infantil comienza en hora muy temprana, a veces antes de los tres años, y no tiene como punto de partida las diferencias que separan los sexos, diferencias que no existen para el niño, el cual atribuye a ambos idénticos órganos genitales masculinos. Cuando un niño descubre en su hermana o en otra niña cualquiera la existencia de la vagina, comienza por negar el testimonio de sus sentidos, pues no puede

figurarse que un ser humano se halle desprovisto de un órgano al que él mismo atribuye un tan importante valor. Más tarde rechaza asustado la posibilidad que se le revela, comienza a experimentar los efectos de determinadas amenazas que le fueron dirigidas anteriormente, con ocasión de la excesiva atención que consagraba a su pequeño miembro viril, y cae de esta manera bajo el dominio de aquello que nosotros llamamos *complejo de castración*, cuya constitución influirá sobre su carácter si continúa poseyendo una salud normal, sobre sus neurosis si las contrae y sobre sus resistencias cuando es sometido a un tratamiento psicoanalítico. Por lo que respecta a las niñas, sabemos que consideran como un signo de inferioridad la ausencia de un pene largo y visible, que envidian a los niños la posesión de este órgano, envidia de la cual nace en ellas el deseo de ser hombres, y que este deseo forma después parte de la neurosis provocada por los fracasos que puedan llegar a sufrir en el cumplimiento de su misión femenina. El clítoris desempeña, además, en la niña pequeña el papel de pene, siendo la sede de una excitabilidad particular y el órgano dispensador de la satisfacción autoerótica. La transformación de la niña en mujer se caracteriza ante todo por el desplazamiento total de esta sensibilidad desde el clítoris a la entrada de la vagina. En los casos de anestesia llamada sexual de las mujeres conserva el clítoris intacta su sensibilidad.

El interés sexual infantil se dirige más bien, en primer término, sobre el problema de saber de dónde vienen los niños; esto es, sobre el problema que constituye el fondo de la interrogación planteada por la esfinge tebana, y este interés es despertado la mayoría de las veces por el temor egoísta que suscita el posible nacimiento de un hermanito. La respuesta habitual de los adultos, esto es, la de que quien trae a los niños es la cigüeña, suele ser acogida, más frecuentemente de lo que se cree, con una gran incredulidad, aun por los niños más pequeños. La impresión de ser engañado por los adultos contribuye mucho al aislamiento del niño y al desarrollo de su independencia. Pero el infantil sujeto no puede resolver este problema por sus propios medios. Su constitución sexual, insuficientemente desarrollada todavía, opone límites a su facultad de conocer. Admite al principio que los niños nacen a consecuencia de la absorción con los alimentos de determinadas sustancias especiales e ignora todavía que únicamente las mujeres pueden

tener niños. Sólo más tarde averigua este hecho, y entonces relega al dominio de las fábulas la explicación que hace depender la venida de los niños de la absorción de un determinado alimento. En años posteriores, pero inmediatos, el niño se da ya cuenta de que el padre desempeña un determinado papel en la aparición de los hermanitos, pero no le es posible todavía definir en qué consiste esta intervención. Si por azar llega a sorprender un acto sexual, ve en él una tentativa de violencia, un brutal cuerpo a cuerpo, que le hace formar una falsa concepción sádica del coito. Sin embargo, no establece inmediatamente una relación entre este acto y la llegada de nuevos niños y aunque advierte huellas de sangre en el lecho y en la ropa interior de su madre, no ve en ellas más que una prueba de las violencias que su padre le ha hecho sufrir. Más tarde comienza a sospechar que el órgano genital del hombre desempeña un papel esencial en la cuestión que tanto le preocupa, pero sigue sin poder asignar a este órgano otra función que la de evacuar la orina.

Los niños creen desde el principio unánimemente que el parto se produce por el ano, y sólo cuando su interés se desvía de este órgano es cuando abandonan la teoría y la reemplazan por otra, según la cual nace el niño por el ombligo materno, que se abre para dejar paso al nuevo ser. Por último, sitúan en la región del esternón, entre ambos senos, el sitio por donde el recién nacido hace su aparición. De este modo es como el niño va aproximándose al conocimiento de los hechos sexuales o, extraviado por su ignorancia, pasa a su lado sin advertirlos, hasta que, en los años inmediatamente anteriores a la pubertad, recibe de ellos una explicación incompleta y deprimente, que actúa muchas veces sobre él como un intenso traumatismo.

Habréis oído decir que para mantener sus afirmaciones sobre la causalidad sexual de las neurosis y sobre la importancia sexual de los síntomas da el psicoanálisis a la noción de lo sexual una extensión exagerada. Pero, a mi juicio, os encontráis ya en situación de juzgar si esta extensión resulta realmente injustificada. No hemos ampliado la noción de la sexualidad más que lo imprescindiblemente necesario para incluir en ella la vida sexual de los perversos y de los niños, o dicho de otra manera, no hemos hecho otra cosa que restituir a dicho concepto su verdadera amplitud. Aquello que fuera del psicoanálisis se entiende por sexualidad es una sexualidad

extraordinariamente restringida y puesta al servicio de la procreación; esto es, tan sólo aquello que se conoce con el nombre de vida sexual normal.

LECCIÓN XXI.
DESARROLLO DE LA LIBIDO Y ORGANIZACIONES SEXUALES

Señoras y señores:

TENGO la impresión de no haber conseguido convenceros, como era mi deseo, de la importancia de las perversiones para nuestra concepción de la sexualidad. Voy, pues, a precisar y completar en lo posible lo que sobre este tema hube de exponeros en la lección anterior.

Nuestra modificación del concepto de sexualidad, que tan violentas críticas nos ha valido, no reposa única y exclusivamente en los datos adquiridos por medio de la investigación de las perversiones. El examen de la sexualidad infantil ha contribuido aún en mayor medida a imponernos tal modificación, y sobre todo la perfecta concordancia de los resultados de ambos estudios ha sido para nosotros algo definitivo y convincente. Pero las manifestaciones de la sexualidad infantil, evidentes en los niños ya un poco crecidos, parecen, en cambio, perderse al principio en una vaga indeterminación. Aquellos que no quieren tener en cuenta el desarrollo evolutivo y las relaciones analíticas rehusarán a tales manifestaciones todo carácter sexual y las atribuirán más bien un carácter indiferente. No debéis olvidar que por el momento no disponemos de una característica generalmente aceptada que nos permita afirmar la naturaleza sexual de un proceso, pues ya vimos que, so pena de tolerar una exagerada restricción de la sexualidad, no podíamos considerar como tal característica la pertenencia del proceso de que se trate a la función procreadora. Los criterios biológicos, tales como las periodicidades de veintitrés y veintiocho días establecidos por W. Fliess, son aún muy discutibles, y ciertas particularidades químicas que en los procesos sexuales nos ha hecho sospechar nuestra labor esperan todavía

quien las descubra. Por el contrario, las perversiones sexuales de los adultos son algo concreto e inequívoco. Como su misma denominación, generalmente admitida, lo indica, forman parte innegable de la sexualidad, y considerándolas o no como estigmas degenerativos, nadie se ha atrevido todavía a situarlas fuera de la fenomenología de la vida sexual. Su sola existencia nos permite ya afirmar que la sexualidad y la reproducción no coinciden, pues es universalmente conocido que todas las perversiones niegan en absoluto el fin de la procreación.

Podemos establecer a este propósito un interesante paralelo. Mientras que para una inmensa mayoría lo *consciente* es idéntico a lo *psíquico*, nos hemos visto nosotros obligados a ampliar este último concepto y a reconocer la existencia de un psiquismo que no es consciente. Pues bien: con la identidad que muchos establecen entre lo *sexual y aquello que se relaciona con la procreación* o sea lo *genital*, sucede algo muy análogo, dado que no podemos menos de admitir la existencia de algo sexual que no es genital ni tiene nada que ver con la procreación. Entre estos dos conceptos no existe sino una analogía puramente formal, falta de toda base consistente.

Pero si la existencia de las perversiones sexuales aporta a esta discusión un argumento decisivo, no deja de ser un tanto singular que no se haya podido llegar todavía a un acuerdo. Ello se debe indudablemente a que el riguroso anatema que pesa sobre las prácticas perversas se extiende también al terreno teórico y se opone al estudio científico de las mismas. Diríase que la gente ve en las perversiones algo no solamente repugnante, sino también peligroso, y se conduce como si temiera caer en la tentación y abrigara en el fondo una secreta envidia a los perversos, semejante a la que el severo Landgrave confiesa en la célebre parodia del *Tannhäuser*:

«¡En Venusberg olvidó el honor y el deber! —¡Ay! A nosotros no nos suceden esas cosas». En realidad, los perversos no son más que unos pobres diablos que pagan muy duramente la satisfacción alcanzada a costa de mil penosos esfuerzos y sacrificios.

Aquello que, a pesar de la extrema singularidad de su objeto y de su fin, da a la actividad perversa un carácter incontestablemente sexual es la circunstancia de que el acto de la satisfacción perversa comporta casi siempre un orgasmo completo y una emisión de esperma. Claro que únicamente en las

personas adultas, pues en el niño el orgasmo y la emisión de esperma no son todavía posibles y quedan reemplazados por fenómenos a los que no siempre podemos atribuir con seguridad un carácter sexual.

Para completar mi exposición demostrativa de la importancia de las perversiones sexuales debo añadir aún lo siguiente: a pesar de todo el desprecio que sobre tales perversiones pesa, y a pesar de la absoluta separación que se quiere establecer entre ellas y la actividad sexual normal, no podemos menos de reconocer que la vida sexual de los individuos más normales aparece casi siempre mezclada con algún rasgo perverso. Ya el beso puede ser calificado de acto perverso, pues consiste en la unión de dos zonas bucales erógenas y no en la de los órganos sexuales opuestos. Sin embargo, no se le ha ocurrido aún a nadie condenarlo como una perversión, y es incluso tolerado en la escena a título de velada expresión del acto sexual, a pesar de que al alcanzar una alta intensidad puede provocar —y provoca realmente en muchas ocasiones— el orgasmo y la emisión de esperma, quedando así transformado en un completo acto perverso. Por otro lado, es del dominio general que para muchos individuos el contemplar y palpar el objeto sexual constituye una condición indispensable del goce sexual, mientras que otros muerden y pellizcan cuando su excitación genésica llega al máximo grado, y sabemos también que para el amante no es siempre de los genitales del objeto amado, sino de otra cualquier región del cuerpo del mismo, de donde emana la máxima excitación. Esta serie de observaciones que podría ampliarse hasta lo infinito, nos muestra lo absurdo que sería excluir de la categoría de los normales y considerar como perversas a aquellas personas que presentan aisladamente tales tendencias. En cambio, vamos viendo cada vez con mayor claridad que el carácter esencial de las perversiones no consiste en sobrepasar el fin sexual o reemplazar los órganos genitales por otros, ni siquiera en el cambio de objeto, sino más bien en su exclusividad, carácter que las hace incompatibles con el acto sexual como función procreadora. Desde el momento en que los actos perversos se subordinan a la realización del acto sexual normal a título de preparación o intensificación del mismo, sería injusto seguir calificándolos de perversiones, y claro es que la solución de continuidad que separa a la sexualidad normal de la sexualidad perversa queda muy disminuida merced a los hechos de este

género. Deduciremos, pues, sin violencia ninguna, que la sexualidad normal es un producto de algo que existió antes que ella, y a expensas de lo cual hubo de formarse, eliminando como inaprovechables algunos de sus componentes y conservando otros para subordinarlos a un nuevo fin, o sea el de la procreación.

Antes de utilizar los conocimientos que acabamos de adquirir sobre las perversiones para adentrarnos, provistos de nuevos datos y esclarecimientos, en el estudio de la sexualidad infantil, quiero atraer vuestra atención sobre una importante diferencia que existe entre dichas perversiones y esta sexualidad. La sexualidad perversa se halla generalmente centralizada de una manera perfecta. Todas las manifestaciones de su actividad tienden hacia el mismo fin, que con frecuencia es único, pues suele predominar una sola de sus tendencias parciales, excluyendo a todas las demás o subordinándolas a sus propias intenciones. Desde este punto de vista no existe entre la sexualidad normal y la perversa otra diferencia que la de las tendencias parciales respectivamente dominantes, diferencia que trae consigo la de los fines sexuales. Puede decirse que tanto en una como en otra existe una tiranía bien organizada, siendo únicamente distinto el partido que la ejerce. Por el contrario, la sexualidad infantil, considerada en conjunto, no presenta ni centralización ni organización, pues todas las tendencias parciales gozan de iguales derechos y cada una busca el goce por su propia cuenta. Tanto la falta como la existencia de una centralización se hallan en perfecto acuerdo en el hecho de ser las dos sexualidades, la perversa y la normal, derivaciones de la infantil. Existen, además, casos de sexualidad perversa que presentan una semejanza todavía mayor con la sexualidad infantil en el sentido de que numerosas tendencias parciales persiguen o, mejor dicho, continúan persiguiendo sus fines independientemente unas de otras. Pero en estos casos será más justo hablar de infantilismo sexual que de perversión.

Así preparados, podemos abordar la discusión de una propuesta que no dejará de hacérsenos. Seguramente se nos dirá: «¿Por qué os obstináis en dar el nombre de sexualidad a estas manifestaciones de la infancia, indefinibles según vuestra propia confesión, y de las que sólo mucho más tarde surge algo evidentemente sexual? ¿No sería preferible que, contentándonos con la

descripción fisiológica, dijeseis simplemente que en el niño de pecho se observan actividades, tales como el ‘chupeteo’ y la retención de los excrementos, que demuestran una tendencia a la consecución de placer por mediación de determinados órganos, ‘placer de órgano’? Diciendo esto evitaríais herir los sentimientos de vuestros oyentes y lectores con la atribución de una vida sexual a los niños apenas nacidos». Ciertamente, no tengo objeción alguna que oponer a la posibilidad de la consecución de placer por mediación de un órgano cualquiera, pues sé que el placer más intenso, o sea el que procura el coito, no es sino un placer concomitante de la actividad de los órganos sexuales. Pero ¿sabríais decirme cuándo reviste este placer local, indiferente al principio, el carácter sexual que presenta luego en las fases evolutivas ulteriores? ¿Poseemos acaso un más completo conocimiento del placer local de los órganos que de la sexualidad? A todo esto me responderéis que el carácter sexual aparece precisamente cuando los órganos genitales comienzan a desempeñar su misión; esto es, cuando lo sexual coincide y se confunde con lo genital, y refutaréis la objeción que yo pudiera deducir de la existencia de las perversiones, diciéndome que, después de todo, el fin de la mayor parte de las mismas consiste en obtener el orgasmo genital, aunque por un medio distinto de la cópula de los órganos genitales. Eliminando así de la característica de lo sexual las relaciones que presentan con la procreación —incompatibles con las perversiones—, mejoráis, en efecto, considerablemente, vuestra posición, pues hacéis pasar la procreación a un segundo término y situáis en el primero la actividad genital pura y simple. Mas entonces las divergencias que nos separan son menores de lo que pensáis. ¿Cómo interpretáis, sin embargo, las numerosas observaciones que muestran que los órganos genitales pueden ser sustituidos por otros en la consecución de placer, como sucede en el beso normal, en las prácticas perversas de los libertinos y en la sintomatología de los histéricos? Sobre todo, en esta última neurosis sucede muy a menudo que diversos fenómenos de excitación, sensaciones e inervaciones, y hasta los procesos de la erección, aparecen desplazados desde los órganos genitales a otras regiones del cuerpo, a veces muy alejadas de ellos; por ejemplo, la cabeza y el rostro. Convencidos así de que nada os queda que podáis conservar como característico de aquello que llamáis sexual, os hallaréis obligados a seguir mi

ejemplo y a extender dicha denominación a aquellas actividades de la primera infancia, encaminadas a la consecución del placer local que determinados órganos pueden procurar.

Por último, acabaréis por darme toda la razón si tenéis en cuenta las dos consideraciones siguientes: como ya sabéis, si calificamos de sexuales las dudosas e indefinibles actividades infantiles encaminadas a la consecución de placer, es porque el análisis de los síntomas nos ha conducido hasta ella a través de materiales de naturaleza incontestablemente sexual. Me diréis que de este carácter de los materiales que el análisis nos ha proporcionado no puede deducirse que las actividades infantiles de referencia sean igualmente sexuales. De acuerdo. Pero examinemos, sin embargo, un caso análogo. Imaginad que no tuviéramos ningún medio de observar el desarrollo de dos plantas dicotiledóneas, tales como el peral y el haba, a partir de sus semillas respectivas, pero que en ambos casos pudiéramos perseguir tal desarrollo en sentido inverso; esto es, partiendo del individuo vegetal totalmente formado y terminado en el primer embrión con sólo dos cotiledones. Estos últimos parecen indiferenciados e idénticos en los dos casos. ¿Deberemos por ello concluir que se trata de una identidad real y que la diferencia específica existente entre el peral y el haba no aparece sino más tarde, durante el crecimiento? ¿No será acaso más correcto, desde el punto de vista biológico, admitir que tal diferencia existe ya en los embriones, a pesar de la identidad aparente de los cotiledones? Pues esto y no otra cosa es lo que hacemos al calificar de sexual el placer que al niño de pecho procuran determinadas actividades.

En cuanto a saber si todos los placeres procurados por los órganos deben ser calificados de sexuales, o si existe, al lado del placer sexual, un placer de una naturaleza diferente, es cosa que no podemos discutir aquí. Sabemos aún muy poco sobre el placer procurado por los órganos y sobre sus condiciones, y no es nada sorprendente que nuestro análisis regresivo llegue en último término a factores todavía indefinibles.

Una observación más. Bien considerado, vuestra afirmación de la pureza sexual infantil no ganaría en consistencia aunque llegaseis a convencerme de que existen excelentes razones para no considerar como sexuales las actividades del niño de pecho, pues en una época inmediatamente posterior,

esto es, a partir de los tres años, la vida sexual del infantil sujeto se nos muestra con absoluta evidencia. Los órganos genitales se hacen susceptibles de erección y se observa, con gran frecuencia, un período de onanismo infantil, o sea de satisfacción sexual. Las manifestaciones psíquicas y sociales de la vida sexual no se prestan ya a equivoco ninguno; la elección de objeto, la preferencia afectiva por determinadas personas, la decisión en favor de un sexo con exclusión del otro y los celos, son hechos que han sido comprobados por observadores imparciales, ajenos al psicoanálisis y anteriores a él, y pueden volver a serlo por todo observador de buena voluntad.

Me diréis que jamás habéis puesto en duda el precoz despertar de la ternura, pero no dudáis de que posea un carácter sexual. Es cierto, pues a la edad de tres a ocho años los niños han aprendido ya a disimular este carácter, pero observando con atención descubriréis numerosos indicios de las intenciones sexuales de esta ternura, y aquello que escape a vuestra observación directa se revelará fácilmente después de una investigación analítica. Los fines sexuales de este período de la vida se enlazan estrechamente a la exploración sexual que preocupa a los niños durante la misma época, y de la cual ya os he citado algunos ejemplos. El carácter perverso de alguno de estos fines se explica, naturalmente, por la falta de madurez constitucional del niño, ignorante aún del fin del acto genésico.

Entre los seis y los ocho años sufre el desarrollo sexual una detención o regresión, que en los casos socialmente más favorables merece el nombre de período de latencia. Esta latencia puede también faltar, y no trae consigo ineluctablemente una interrupción completa de la actividad y de los intereses sexuales. La mayor parte de los sucesos y tendencias psíquicas anteriores al período de latencia sucumben entonces a la amnesia infantil y caen en aquel olvido de que ya hemos hablado y que nos oculta toda nuestra primera infancia. La labor de todo psicoanálisis consiste en hacer revivir el recuerdo de este olvidado período infantil, olvido que no podemos menos de sospechar motivado por los comienzos de la vida sexual contenidos en tal período, y que es, por tanto, un efecto de la represión.

A partir de los tres años, la vida sexual del niño presenta multitud de

analogías con la del adulto y no se distingue de ésta sino por la ausencia de una sólida organización bajo la primacía de los órganos genitales, por su carácter innegablemente perverso, y, naturalmente, por la menor intensidad general del instinto. Pero las fases más interesantes, desde el punto de vista teórico, del desarrollo sexual o, mejor dicho, del desarrollo de la libido, son aquellas que preceden a este período. Dicho desarrollo se lleva a cabo con tal rapidez, que la observación directa no hubiera, probablemente, conseguido nunca fijar sus fugitivas imágenes. Solamente merced al estudio psicoanalítico de las neurosis ha sido posible descubrir fases todavía más primitivas del desarrollo de la libido. Sin duda no son éstas sino puras especulaciones, pero el ejercicio práctico del psicoanálisis nos mostrará su necesidad. Pronto comprenderéis por qué la patología puede descubrir aquí hechos que necesariamente pasan inadvertidos en circunstancias normales.

Podemos ahora darnos cuenta del aspecto que reviste la vida sexual del niño antes de la afirmación de la primacía de los órganos genitales, primacía que se prepara durante la primera época infantil anterior al período de latencia y comienza luego a organizarse sólidamente a partir de la pubertad. Existe durante todo este primer período una especie de organización más laxa, a la que daremos el nombre de *pregenital*, pero en esta fase no son las tendencias genitales parciales, sino las *sádicas* y *anales* las que ocupan el primer término. La oposición entre *masculino* y *femenino* no desempeña todavía papel alguno, y en su lugar hallamos la oposición entre *activo* y *pasivo*, a la que podemos considerar como precursora en las actividades de esta fase, y considerado desde el punto de vista de la fase genital, presenta un carácter masculino, se nos revela como expresión de un instinto de dominio que degenera fácilmente en crueldad. A la zona erógena del ano, importantísima durante toda esta fase, se enlazan tendencias de fin pasivo, los deseos de ver y saber se afirman imperiosamente y el factor genital no interviene en la vida sexual más que como órgano de excreción de la orina. No son los objetos lo que falta a las tendencias parciales de estas fases, pero estos objetos no se reúnen necesariamente para formar uno solo. La organización sádico-anal constituye la última fase preliminar anterior a aquélla en la que se afirma la primacía de los órganos genitales. Un estudio un poco profundo muestra cuántos elementos de esta fase preliminar entran

en la constitución del aspecto definitivo ulterior y por qué motivos llegan las tendencias parciales a situarse en la nueva organización genital[1860]. Más allá de la fase sádico-anal del desarrollo de la libido advertimos un estado de organización aún más primitivo, en el que desempeña el papel principal la zona erógena bucal. Podéis comprobar que la característica de este estadio es aquella actividad sexual que se manifiesta en el chupeteo y admiraréis la profundidad y el espíritu de observación de los antiguos egipcios, cuyo arte representa a los niños —entre otros a Horus, el dios infantil— con un dedo en la boca. Abraham nos ha revelado recientemente, en un interesantísimo estudio, cuán profundas huellas deja en toda la vida sexual ulterior esta primitiva fase oral.

Temo que todo lo que acabo de decir sobre las organizaciones sexuales os haya fatigado en lugar de instruiros. Es posible que yo haya detallado con exceso; pero tened paciencia; en las aplicaciones que de lo que acabáis de oír haremos ulteriormente tendréis ocasión de daros cuenta de toda su gran importancia. Mientras tanto, dad por seguro que la vida sexual, o como nosotros decimos, la función de la libido, lejos de aparecer de una vez y lejos de desarrollarse permaneciendo semejante a sí misma, atraviesa una serie de fases sucesivas entre las cuales no existe semejanza alguna, presentando, por tanto, un desarrollo que se repite varias veces, análogo al que se extiende desde la crisálida a la mariposa. El punto máximo de este desarrollo se halla constituido por la subordinación de todas las tendencias sexuales parciales bajo la primacía de los órganos genitales; esto es, por la sumisión de la sexualidad a la función procreadora. Al principio, la vida sexual presenta una total incoherencia, hallándose compuesta de un gran número de tendencias parciales que ejercen su actividad independientemente unas de otras en busca del placer local procurado por los órganos. Esta anarquía se halla mitigada por las predisposiciones a las organizaciones pregenitales que desembocan en la fase sádico-anal, pasando antes por la fase oral, que es la más primitiva. Añadid a esto los diversos procesos, todavía insuficientemente conocidos, que aseguran el paso de una fase de organización a la fase siguiente y superior. Próximamente veremos la importancia que puede tener, desde el punto de vista de la concepción de la neurosis, este largo y gradual desarrollo de la libido.

Por hoy vamos a examinar todavía una distinta faceta de este desarrollo, o sea la relación existente entre las tendencias parciales y el objeto; o, mejor dicho, echaremos una ojeada sobre este desarrollo para detenernos más largamente en uno de sus resultados, bastante tardíos. Hemos dicho que algunos de los elementos constitutivos del instinto sexual poseen desde el principio un objeto que mantiene con toda energía. Tal es el caso de la tendencia a dominar (sadismos) y de los deseos de ver y de saber. Otros, que se enlazan más manifiestamente a determinadas zonas erógenas del cuerpo, no tienen un objeto sino al principio, mientras se apoyan todavía en las funciones no sexuales y renuncian a él cuando se desligan de estas funciones. De este modo, el primer objeto del elemento bucal del instinto sexual se halla constituido por el seno materno, que satisface la necesidad de alimento del niño. El elemento erótico, que extraía su satisfacción del seno materno, conquista su independencia con el «chupeteo», acto que le permite desligarse de un objeto extraño y reemplazarlo por un órgano o una región del cuerpo mismo del niño. La tendencia bucal se hace, pues, *autoerótica*, como lo son desde el principio las tendencias anales y otras tendencias erógenas. El desarrollo ulterior persigue, para expresarnos lo más brevemente posible, dos fines: primero, renunciar al autoerotismo, esto es, reemplazar el objeto que forma parte del cuerpo mismo del individuo por otro que le sea ajeno y exterior; segundo, unificar los diferentes objetos de las distintas tendencias y reemplazarlas por un solo y único objeto. Este resultado no puede ser conseguido más que cuando tal objeto único es completo y semejante al del propio cuerpo, y a condición de que un cierto número de tendencias queden eliminadas como inutilizables.

Los procesos que terminan en la elección de un objeto son harto complicados y no han sido aún descritos de un modo satisfactorio. Nos bastará con hacer resaltar el hecho de que cuando el ciclo infantil que precede al período de latencia se encuentra ya próximo a su término, el objeto elegido sigue siendo casi idéntico al del placer bucal del período precedente. Este objeto, si no es ya el seno materno, es, sin embargo, siempre la madre. Decimos, pues, de ésta que es el primer *objeto de amor*. Hablamos, sobre todo, de amor cuando las tendencias psíquicas del deseo sexual pasan a ocupar el primer plano, mientras que las exigencias corporales o sexuales,

que forman la base de este instinto, se hallan reprimidas o momentáneamente olvidadas.

En la época en que la madre llega a constituir un objeto de amor, el trabajo psíquico de la represión ha comenzado ya en el niño, trabajo a consecuencia del cual una parte de sus fines sexuales queda sustraída a su consciencia. A esta elección que hace de la madre un objeto de amor se enlaza todo aquello que bajo el nombre de «complejo de Edipo» ha adquirido una tan considerable importancia en la explicación psicoanalítica de las neurosis y ha sido quizá una de las causas determinantes de la resistencia que se ha manifestado contra el psicoanálisis.

Escuchad un pequeño sucedido que se produjo durante la última guerra.

Uno de los más ardientes partidarios del psicoanálisis se hallaba movilizado como médico de una región de Polonia y llamó la atención de sus colegas por los inesperados resultados que obtuvo en el tratamiento de un enfermo. Preguntado, declaró que se servía de los métodos psicoanalíticos, y se mostró dispuesto a iniciar en ellos a sus colegas, los cuales convinieron en reunirse todas las noches para que les fuera instruyendo en las misteriosas teorías del análisis. Todo fue bien durante un cierto tiempo, hasta el día en que nuestro psicoanalista llegó a hablar a sus oyentes del complejo de Edipo. Mas entonces se levantó un superior, y manifestando su indignación ante aquellas enormidades que se trataba de hacer creer a honrados padres de familia que se hallaban combatiendo por su patria, prohibió la continuación de las conferencias, viéndose obligado nuestro partidario a pedir su traslado a otro sector.

Desearéis, sin duda, averiguar de una vez en qué consiste ese terrible complejo de Edipo. Su propio nombre os permite ya sospecharlo, pues todos conocéis la leyenda griega del rey Edipo, que, habiendo sido condenado por el Destino a matar a su padre y desposar a su madre, hace todo lo que es posible para escapar a la predicción del oráculo, pero no lo consigue, y se castiga, arrancándose los ojos, cuando averigua que, sin saberlo, ha cometido los dos crímenes que le fueron predichos. Supongo que muchos de vosotros habréis experimentado una intensa emoción en la lectura de la tragedia en que Sófocles ha tratado este argumento. La obra del poeta ático nos expone cómo

el crimen cometido por Edipo va revelándose poco a poco en una investigación artificialmente retardada y reanimada sin cesar merced a nuevos indicios, proceso muy semejante al del tratamiento psicoanalítico. En el curso del diálogo sucede que Yocasta, la madre-esposa, cegada por el amor, se opone a la prosecución de la labor investigadora, invocando para justificar su oposición el hecho de que muchos hombres han soñado que cohabitaban con su madre, pero que los sueños no merecen consideración alguna. Nosotros, por nuestra parte, no despreciamos los sueños, sobre todo los típicos, o sea aquellos que son soñados por muchos hombres, y nos hallamos persuadidos de que el relatado por Yocasta se enlaza íntimamente con el contenido de la leyenda.

Es singular que la tragedia de Sófocles no provoque en el lector la menor indignación y que, en cambio, las inofensivas teorías psicoanalíticas sean objeto de tan enérgicas repulsas. El *Edipo* es, en el fondo, una obra inmoral, pues suprime la responsabilidad del hombre, atribuye a las potencias divinas la iniciativa del crimen y demuestra que las tendencias morales del individuo carecen de poder para resistir a las tendencias criminales. Entre las manos de un poeta como Eurípides, enemigo de los dioses, la tragedia de Edipo hubiera sido un arma poderosa contra la divinidad y contra el destino, pero el creyente Sófocles evita esta posible interpretación de su obra por medio de una piadosa sutileza, proclamando que la suprema moral exige la obediencia a la voluntad de los dioses aun cuando éstos ordenen el crimen. A mi juicio, es esta conclusión uno de los puntos más débiles de la tragedia, aunque no influya en el efecto total de la misma, pues el lector no reacciona a esta moral, sino al oculto sentido de la leyenda, y reacciona como si encontrase en sí mismo, por autoanálisis, el complejo de Edipo, como si reconociese en la voluntad de los dioses y en el oráculo representaciones simbólicas de su propio inconsciente y como si recordase con horror haber experimentado alguna vez el deseo de alejar a su padre y desposar a su madre. La voz del poeta parece decirle: «En vano te resistes contra tu responsabilidad y en vano invocas todo lo que has hecho para reprimir estas intenciones criminales. Tu falta no se borra con ello, pues tales impulsos perduran aún en tu inconsciente, sin que hayas podido destruirlos». Contienen estas palabras una indudable verdad psicológica. Aun cuando el individuo que ha conseguido

reprimir estas tendencias en lo inconsciente cree poder decir que no es responsable de las mismas, no por ello deja de experimentar esta responsabilidad como un sentimiento de culpa, cuyos motivos ignora.

En este complejo de Edipo debemos ver también, desde luego, una de las principales fuentes del sentimiento de remordimiento que atormenta con tanta frecuencia a los neuróticos. Pero aún hay más: en un estudio sobre los comienzos de la religión y la moral humanas, publicado por mí en 1913, con el título de *Tótem y tabú*, formulé la hipótesis de que es el complejo de Edipo el que ha sugerido a la Humanidad, en los albores de su historia, la consciencia de su culpabilidad última fuente de la religión y de la moral. Podría deciros muchas cosas sobre esta cuestión, pero prefiero no tocarla por ahora, pues una vez iniciada resulta muy difícil de abandonar y nos apartaría con exceso del camino de nuestra exposición.

¿Qué es lo que del complejo de Edipo puede revelarnos la observación directa del niño en la época de la elección de objeto anterior al período de latencia? Vemos fácilmente que el pequeño hombrecito quiere tener a la madre para sí solo, que la presencia del padre le contraría, que se enfurruña cuando el mismo da a la madre muestras de ternura y que no esconde su satisfacción cuando su progenitor se halla ausente o parte de viaje. A veces, llega incluso a expresar de viva voz sus sentimientos y promete a la madre casarse con ella. Me diréis, quizá, que todo esto resulta insignificante comparado con las hazañas de Edipo; pero, a mi juicio, se trata de hechos totalmente equivalentes, aunque sólo en germen. Con frecuencia nos desorienta la circunstancia de que el mismo niño da pruebas, en otras ocasiones, de una gran ternura para con el padre; pero estas actitudes sentimentales opuestas, o más bien ambivalentes, que en el adulto entrarían fatalmente en conflicto, se concilian muy bien y durante largo tiempo en el niño, del mismo modo que en épocas posteriores continúan perdurando lado a lado en lo inconsciente. Diríamos, quizá, que la actitud del niño se explica por motivos egoístas y no autoriza, en ningún modo, la hipótesis de un complejo erótico, dado que siendo la madre quien vela y satisface todas las necesidades del niño, ha de tener éste un máximo interés en que ninguna otra persona se ocupe de él. Esto es, ciertamente, verdadero; pero advertimos

enseguida que en esta situación, como en muchas otras análogas, el interés egoísta no constituye sino un punto de apoyo de la actividad erótica. Cuando el niño manifiesta, con respecto a la madre, una curiosidad sexual nada disimulada; cuando insiste para dormir durante la noche a su lado, quiere asistir a su tocado e incluso pone en práctica medios de seducción que no escapan a la madre, la cual los comenta entre risas, la naturaleza erótica de la adherencia a la madre parece fuera de duda. No hay que olvidar que la madre rodea de iguales cuidados a sus hijas, sin provocar el mismo efecto, y que el padre rivaliza con frecuencia con ella en atenciones para con el niño, sin lograr nunca adquirir a los ojos de éste igual importancia. En concreto, no hay argumento crítico con la ayuda del cual pueda eliminarse de la situación la preferencia sexual. Desde el punto de vista del interés egoísta, no sería ni siquiera inteligente, por parte del niño, el no adherirse sino a una sola persona, esto es, a la madre, cuando podría tener fácilmente a su devoción dos en vez de una sola, o sea el padre y la madre.

Observaréis que no he expuesto aquí más que la actitud del niño con respecto al padre y a la madre. La de la niña es, excepción hecha de las modificaciones necesarias, por completo idéntica. La tierna afección por el padre, la necesidad de apartar a la madre, cuya presencia es considerada como molesta y una coquetería que dispone ya de todas las sutilezas femeninas, forman en la niña un cuadro encantador que nos hace olvidar la gravedad y las peligrosas consecuencias posibles de esta situación infantil. Añadamos, desde luego, que los mismos padres ejercen con frecuencia un influjo decisivo sobre la adquisición, por sus hijos, del complejo de Edipo, cediendo, por su parte, a la atracción sexual, circunstancia a la que se debe que en las familias de varios hijos prefiera el padre manifiestamente a las hijas, mientras que la madre dedica toda su ternura a los varones. A pesar de su importancia, no constituye, sin embargo, este factor un argumento contra la naturaleza espontánea del complejo de Edipo en el niño. Cuando la familia crece por el nacimiento de otros niños, se convierte este complejo, ampliándose, en el complejo familiar. Los hijos mayores ven en el nacimiento de nuevos hermanos una amenaza a sus derechos adquiridos, y, por tanto, acogen a los nuevos hermanos o hermanas con escasa benevolencia y el formal deseo de verlos desaparecer, sentimientos de odio que llegan a ser

expresados verbalmente por los niños con mucha mayor frecuencia que los inspirados por el complejo paternal. Cuando el mal deseo del niño se realiza y la muerte hace desaparecer rápidamente a aquellos que habían sido considerados como intrusos, puede comprobarse, con ayuda de un análisis posterior, la importancia que este suceso tiene para el niño, a pesar de que a veces puede no conservar el más pequeño recuerdo de él. Relegado al segundo plano por el nacimiento de un hermano o una hermana, y casi abandonado en los primeros días, el niño olvida difícilmente este abandono, que puede hacer surgir en él importantes modificaciones de carácter y constituir el punto de partida de una disminución de su cariño hacia su madre. Hemos dicho ya que las investigaciones sobre la sexualidad, con todas sus consecuencias, se enlazan precisamente a esta dolorosa aventura infantil. A medida que los hermanos y las hermanas van siendo mayores, cambia para con ellos la actitud del niño, el cual llega incluso a trasladar a la hermana el amor que antes experimentaba hacia la madre, cuya infidelidad le ha herido tan profundamente. Ya en la *nursery* puede verse nacer entre varios hermanos que rodean a una hermana más pequeña estas situaciones de hostil rivalidad que en la vida ulterior desempeñan un tan importante papel. La niña, en cambio, sustituye al padre, que ya no testimonia hacia ella la misma ternura que antes por el hermano mayor, o reemplaza con su hermana pequeña el niño que había deseado tener de su padre.

Tales son los hechos que la observación directa de niños y la interpretación imparcial de sus recuerdos espontáneos nos han revelado con absoluta evidencia. Resulta, pues, que el lugar que cada hijo ocupa en una familia numerosa constituye un importantísimo factor para la conformación de su vida ulterior y una circunstancia que debe tenerse en cuenta en toda biografía. Pero —cosa mucho más importante—, ante estas explicaciones que obtenemos sin esfuerzo ninguno, no podréis por menos de recordar con risa todos los esfuerzos que la ciencia ha hecho para explicar la prohibición del incesto, llegando hasta decirnos que la vida en común durante la infancia anula la atracción sexual que sobre el niña pudieran ejercer los miembros de su familia de sexo distinto, y también que la tendencia biológica a evitar los cruces consanguíneos halla su complemento psíquico en el innato horror al incesto. Al decir esto, se olvida que si la tentación incestuosa hallase

realmente en la naturaleza obstáculos infranqueables, no hubiera nunca habido necesidad de prohibirla, tanto por leyes implacables como por las costumbres. La verdad es totalmente opuesta. El primer objeto sobre el que se concentra el deseo sexual del hombre es siempre de naturaleza incestuosa —la madre o la hermana—, y solamente a fuerza de severísimas prohibiciones es como se consigue reprimir esta inclinación infantil. En los primitivos todavía existentes, esto es, en los pueblos salvajes, las prohibiciones del incesto son aún más severas que entre nosotros, y Th. Reik ha mostrado recientemente, en un brillante estudio que los ritos de la pubertad que existen entre los salvajes y representan una resurrección tienen por objeto romper el lazo incestuoso que liga al niño con su madre y efectuar su reconciliación con el padre.

La Mitología nos muestra que los hombres no vacilan en atribuir a los dioses el incesto, y la historia antigua nos enseña que el matrimonio incestuoso con la hermana era entre los antiguos faraones y entre los incas peruanos un mandamiento sagrado, siendo considerado como un privilegio prohibido al común de los mortales. Observamos también que los dos grandes crímenes de Edipo —el asesinato de su padre y el incesto materno— aparecen ya condenados por la primera institución religiosa y social de los hombres, o sea el totemismo.

Pasemos ahora de la observación directa del niño al examen analítico del adulto neurótico y veamos cuáles son los datos que el análisis puede proporcionarnos para llegar a un más profundo conocimiento del complejo de Edipo. El análisis nos presenta este complejo tal y como la leyenda nos lo expone, mostrándonos que cada neurótico ha sido por sí mismo una especie de Edipo, cosa que viene a ser igual, que se ha convertido por reacción, en un Hamlet. La representación analítica del complejo de Edipo es, naturalmente, una ampliación del esquema infantil antes expuesto. El odio hacia el padre y el deseo de verle morir quedan abiertamente evidenciados, y el cariño hacia la madre confiesa su fin de poseerla por esposa. ¿Tenemos acaso el derecho de atribuir a la tierna infancia estos crudos y extremos sentimientos, o es el análisis mismo lo que nos induce en error? Esto último pudiera ser cierto, pues siempre que una persona habla del pasado, aunque se trate de un

historiador, debemos tener en cuenta todo aquello que del presente o de un más próximo pretérito intercala involuntariamente en el período de que se ocupa, cuya descripción queda de este modo falseada. En los enfermos neuróticos no parece esta confusión entre el pasado y el presente ser por completo intencionada, y más adelante habremos de ver los motivos a que obedece e investigar el proceso de tal «fantasear retrospectivo». Descubrimos también, sin esfuerzo, que el odio hacia el padre queda intensificado por numerosos motivos correspondientes a épocas y circunstancias posteriores, y que los deseos sexuales que tienen a la madre por objeto revisten formas que debían ser todavía desconocidas y ajenas al niño. Pero sería un vano esfuerzo querer explicar el complejo de Edipo, en su totalidad, por dicho «fantasear retrospectivo» y referirlo así a épocas posteriores, pues el análisis nos muestra siempre la existencia del nódulo infantil, tal y como los hallamos en la observación directa del niño y acompañado de un número más o menos considerable de elementos accesorios.

El hecho clínico que se nos revela detrás de la forma analíticamente establecida del complejo de Edipo presenta una gran importancia práctica. Averiguamos que en la época de la pubertad, cuando el instinto sexual se afirma con toda su energía, reaparece la antigua elección incestuosa de objeto, revistiendo de nuevo un carácter libidinoso. La elección infantil de objeto no fue más que un tímido preludio de la que luego se realiza en la pubertad; pero, no obstante, marcó a esta última su orientación de un modo decisivo. Durante esta fase se desarrollan procesos afectivos de una gran intensidad, correspondientes al complejo de Edipo o a una reacción contra él; pero las premisas de estos procesos quedan sustraídas, en su mayor parte, a la consciencia, por su carácter inconfesable. Más tarde, a partir de esta época, el individuo humano se halla ante la gran labor de desligarse de sus padres, y solamente después de haber llevado a cabo esta labor podrá cesar de ser un niño y convertirse en miembro de la comunidad social. La labor del hijo consiste en desligar de su madre sus deseos libidinosos, haciéndolos recaer sobre un objeto real no incestuoso, reconciliarse con el padre, si ha conservado contra él alguna hostilidad, o emanciparse de su tiranía cuando por reacción contra su infantil rebelión se ha convertido en un sumiso esclavo del mismo. Es ésta una labor que se impone a todos y cada uno de los

hombres, pero que sólo en muy raros casos consigue alcanzar un término ideal; esto es, desarrollarse de un modo perfecto, tanto psicológica como socialmente. Los neuróticos fracasan por completo en ella, permanecen sometidos toda su vida a la autoridad paterna y son incapaces de trasladar su libido a un objeto sexual no incestuoso. En este sentido es como el complejo de Edipo puede ser considerado como el nódulo de las neurosis.

Adivináis, sin duda, que prescindo aquí de un gran número de importantes detalles, tanto prácticos como teóricos, relativos al complejo de Edipo. No insistiré más sobre sus variantes y su posible inversión. Sólo os diré, por lo que respecta a sus relaciones más lejanas, que ha constituido una abundante fuente de producción poética. Otto Rank ha mostrado en un libro meritorio que los dramaturgos de todos los tiempos han extraído sus materiales poéticos principalmente del complejo de Edipo y del complejo de incesto, en todas sus variantes, más o menos veladas. Por último, os advertiré que los dos deseos criminales que forman parte de este complejo han sido reconocidos, largo tiempo antes del psicoanálisis, como los deseos representativos de la vida instintiva sin freno. En el diálogo del célebre enciclopedista Diderot, titulado *El sobrino de Rameau*, hallaréis las interesantísimas frases siguientes: *Si le petit sauvage était abandonné à lui même, qu'il conservât toute son imbécillité et qu'il réunît au peu de raison de l'enfant au berceau la violence des passions de l'homme de trente ans, il tordrait le cou à son père et coucherait avec sa mère*.

Existe aún algo que no debemos omitir. No en vano nos ha hecho pensar en los sueños la esposa-madre de Edipo. Recordaréis, sin duda, que nuestros análisis oníricos nos revelaron que los deseos de los que los sueños surgen eran con frecuencia de naturaleza perversa o incestuosa, o revelaban una insospechada hostilidad hacia personas muy próximas y amadas.

Pero entonces no llegamos a explicarnos el origen de tales malignas tendencias, origen que ahora se nos muestra con absoluta evidencia. Trátase de productos de la libido y de revestimiento de objeto que, datando de la primera infancia y habiendo desaparecido ha largo tiempo de la consciencia, revelan todavía su existencia durante la noche y se muestran aún capaces de una determinada actuación. Ahora bien: dado que estos sueños perversos,

incestuosos y crueles son comunes a todos los hombres y no constituyen, por tanto, un monopolio de los neuróticos, podremos concluir que el hombre normal ha pasado también, en su desarrollo, a través de las perversiones y revestimientos de objetos característicos del complejo de Edipo, constituyendo éste el camino evolutivo normal y no presentando los neuróticos sino una ampliación de aquello que el análisis de los sueños nos revela igualmente en los hombres de completa salud. A esta razón se debe, en gran parte, el que hayamos hecho preceder en estas lecciones el estudio de los sueños al de las neurosis.

LECCIÓN XXII.
PUNTOS DE VISTA DEL DESARROLLO Y DE LA REGRESIÓN. ETIOLOGÍA

Señoras y señores:

HEMOS visto ya que la función de la libido pasa por un largo desarrollo hasta llegar a la fase llamada normal, o sea aquélla en la que entra al servicio de la procreación. En la presente conferencia me propongo exponeros la significación que para la etiología de las neurosis posee esta circunstancia.

Creo hallarme de completo acuerdo con las enseñanzas de la patología general, admitiendo que dicho desarrollo comporta dos peligros: el de *inhibición* y el de la *regresión*. Quiere esto decir que, dada la tendencia a variar, propia de los procesos biológicos, puede suceder que no todas las fases preparatorias transcurran con absoluta corrección y lleguen a su término definitivo, pues ciertas partes de la función pueden estancarse de una manera duradera en alguna de estas tempranas fases y obstruir así la marcha total del desarrollo.

Busquemos en otros dominios algún proceso análogo. Cuando todo un pueblo abandona los lugares en que habita para buscar nuevas tierras en que establecerse, hecho que se produjo frecuentemente en las épocas primitivas

de la historia humana, no llega nunca en su totalidad al nuevo país. Aparte de otras causas de eliminación, debió de suceder, frecuentemente, que pequeños grupos o asociaciones de emigrantes se fueran fijando en diversos lugares del camino, mientras que el grueso del pueblo continuaba su marcha. O para elegir una comparación más próxima: las glándulas seminales de los mamíferos superiores, originariamente situadas en lo más profundo de la cavidad abdominal sufren en un momento dado de la vida intrauterina un desplazamiento que las transporta al extremo inferior del tronco y casi a flor de piel. A consecuencia de esta emigración, existe un gran número de individuos en los que una de dichas glándulas ha permanecido en la cavidad abdominal o se ha localizado definitivamente en el canal inguinal que ambas deben franquear normalmente, pudiendo suceder asimismo que este canal quede abierto en vez de cerrarse después del paso de las glándulas, como sucede en los casos normales. En el primer trabajo científico que, siendo aún un joven estudiante, realicé bajo la dirección de Von Brücke, hube de ocuparme del origen de las raíces nerviosas posteriores de la médula en un pescado de forma aún muy arcaica, y hallé que las fibras nerviosas de dichas raíces emergían de grandes células situadas en la corteza posterior de la sustancia gris, circunstancia que no se observa ya en otros vertebrados. Pero no tardé en descubrir que tales células nerviosas aparecían también fuera de la sustancia gris y se extendían a lo largo de todo el trayecto que conduce hasta el ganglio llamado espinal de la raíz posterior, descubrimiento del que hube de deducir que las células de dichas masas ganglionares han emigrado de la médula espinal para situarse a lo largo del trayecto radicular de los nervios. Esta emigración ha sido confirmada por la historia de la evolución; pero en el pequeño pescado objeto de mi estudio aparecía de una manera evidente, pues el trayecto recorrido quedaba marcado por las células escalonadas en el camino. Un reflexivo examen de estas comparaciones os revelará los defectos de que adolecen y, por tanto, creo que lo mejor será exponeros ya directamente el pensamiento psicoanalítico sobre esta cuestión.

En toda tendencia sexual puede, a nuestro juicio, darse el caso de que algunos de los elementos que la componen permanezcan estancados en fases evolutivas anteriores, cuando otros han alcanzado ya el fin propuesto. Claro es que concebimos cada una de estas tendencias como una corriente que

avanza sin interrupción desde el comienzo de la vida, y que al descomponerla, como lo hacemos, en varios impulsos sucesivos usamos de un procedimiento hasta cierto punto artificial. La impresión que, sin duda, experimentáis de que todas estas representaciones precisan de más amplio esclarecimiento es perfectamente justa; pero tal labor habría de llevarnos demasiado lejos. Me limitaré, pues, a indicaros por el momento que tal estancamiento de una tendencia parcial en una temprana fase del desarrollo es lo que hemos convenido en denominar técnicamente *fijación*.

El segundo peligro de tal desarrollo gradual es el de que aquellos elementos que no han experimentado fijación alguna emprenden, en cambio, una marcha retrógrada y vuelven así a fases anteriores, proceso al que damos el nombre de *regresión*, y que se verifica cuando una tendencia llegada ya a un avanzado estadio de su desarrollo tropieza en el ejercicio de su función, esto es, en el logro de la satisfacción que constituye su fin, con graves obstáculos exteriores. Todo hace creer que fijación y regresión no son independientes una de otra. Cuanto más considerable haya sido la fijación durante el curso del desarrollo, más dispuesta se hallará la función a eludir las dificultades exteriores por medio de la regresión, retrocediendo hasta los elementos fijados, y menos capacidad de resistencia poseerá, al llegar a puntos avanzados de su desarrollo, para vencer los obstáculos exteriores que se opongan a la definitiva perfección del mismo. Un pueblo que al emigrar vaya dejando en su camino fuertes destacamentos, retrocederá en su busca en cuanto sufra una derrota o tropiece con un enemigo superior, y al mismo tiempo tendrá tantas más probabilidades de ser derrotado y tener que recurrir a tal retirada cuanto mayores sean las fuerzas que ha dejado atrás.

Para la acertada inteligencia de las neurosis importa mucho no perder de vista esta relación entre la fijación y la regresión, pues poseemos en ella un importantísimo punto de apoyo para el examen que de la etiología de dichas afecciones nos proponemos emprender.

Pero antes quiero deciros aún algunas palabras sobre la regresión. Dado nuestro conocimiento del desarrollo de la función de la libido, no os sorprenderá oír que existen dos clases de regresión: retorno a los primeros objetos que la libido hubo de revestir, objetos que, como ya sabemos, son de naturaleza incestuosa, y retroceso de toda la organización sexual a fases

anteriores. Ambos géneros de regresión aparecen en las neurosis de transferencia y desempeñan en su mecanismo un importantísimo papel, observándose sobre todo, y con una monótona regularidad, el retorno a los primeros objetos de la libido. Aún podríamos ampliar considerablemente nuestras consideraciones sobre las regresiones de la libido si pudiéramos detenernos a examinar los procesos que de esta naturaleza se efectúan en otro grupo de neurosis —las llamadas narcisistas—, pero es ésta una labor que no entra por ahora en el cuadro de nuestros propósitos. Sólo os diré que estas afecciones nos revelan nuevos procesos evolutivos de la función de la libido y nos muestran, por tanto, nuevas especies de regresión.

Creo importante poneros sin más tardanza en guardia contra una posible confusión entre *regresión* y *represión* y ayudaros a obtener una precisa idea de las relaciones existentes entre ambos conceptos. Represión es —como sin duda recordáis— aquel proceso merced al cual un acto susceptible de devenir consciente y que, por tanto, forma parte del sistema preconsciente, deviene inconsciente y es retrotraído así a este último sistema. Hay también represión cuando el acto psíquico inconsciente no es siquiera admitido en el vecino sistema preconsciente, sino por el contrario, rechazado por la censura al llegar a los umbrales de la preconsciencia. No existe, pues, entre el concepto de represión y el de sexualidad relación alguna, hecho que os ruego no dejéis nunca de tener en cuenta. La represión es un proceso puramente psicológico, que caracterizaremos aún mejor calificándolo de *tópico*. Queremos con esto decir que posee una relación con nuestra metáfora de los compartimientos psíquicos o, renunciando a esta grosera representación auxiliar, con la estructura del aparato psíquico, constituido por varios sistemas diferentes.

La comparación que de estos dos procesos hemos emprendido nos muestra que hasta ahora sólo hemos empleado la palabra «regresión» en un especialísimo sentido. Dando a este término su significación general, esto es, la de retorno desde una fase evolutiva superior a otra inferior, puede incluso quedar subordinada la *represión* a la *regresión*, pues el primero de estos procesos puede también ser descrito como un retorno a una fase anterior en el desarrollo de un acto psíquico. Pero en la represión no nos interesa especialmente esta dirección retrógrada, pues hallamos también represión, en el sentido *dinámico*, cuando un acto psíquico es retenido en la fase inferior

constituida por lo inconsciente. La represión es un concepto puramente descriptivo. Hasta ahora, al hablar de regresión y establecer las relaciones de la misma con el retorno de la libido a fases anteriores de su desarrollo, esto es, a algo que difiere totalmente de la represión, y es por completo independiente de ella. Tampoco podemos afirmar que la regresión de la libido sea un proceso puramente psicológico y no sabríamos asignarle una localización determinada en el aparato psíquico. Aunque ejerce sobre la vida psíquica una profundísima influencia, el factor que domina en ella es el orgánico.

Estas especulaciones os parecerán, sin duda, harto áridas. Pero su aplicación clínica puede hacérnoslas más comprensibles. La histeria y la neurosis obsesiva son —como ya sabéis— las dos afecciones principales del grupo de las neurosis de transferencia. En la histeria existe siempre una regresión de la libido a los primeros objetos sexuales de naturaleza incestuosa, pero falta todo retorno a una fase primaria de la organización sexual, siendo, en cambio, la represión la que desempeña en el mecanismo de esta enfermedad el papel principal. Si me permitís completar con una construcción teórica el inatacable conocimiento que hemos logrado adquirir de la histeria, podré describiros la situación en la forma siguiente: La reunión de las tendencias parciales bajo la primacía de los órganos genitales queda conseguida, pero las consecuencias que de esta unión se derivan tropiezan con la resistencia del sistema preconsciente, enlazado a la consciencia. La organización genital resulta, pues, válida para lo inconsciente, mas no para lo preconsciente, y esta repulsa por parte del sistema preconsciente motiva la aparición de un cuadro que presenta ciertas analogías con el estado anterior a la primacía de los órganos genitales, pero que, en realidad, es algo muy distinto. De las dos regresiones de la libido, aquella que se dirige hacia una fase anterior de la organización sexual es, desde luego, la más interesante. Pero como en la histeria falta esta última regresión y como toda nuestra concepción de las neurosis se resiente aún de la influencia del estudio de la histeria, llevado a cabo con anterioridad, la importancia de la regresión de la libido no se nos ha mostrado sino muy posteriormente a la de la represión.

Debemos, pues, esperar que nuestros puntos de vista encuentren nuevas

ampliaciones y modificaciones cuando, además de la histeria y de la neurosis obsesiva, incluyamos en nuestra investigación las neurosis narcisistas.

Al contrario de lo que sucede en la histeria, el proceso que en la neurosis obsesiva presenta mayor importancia y regula la aparición de los síntomas es la regresión de la libido a la fase preliminar sádico-anal. El impulso amoroso tiene que presentarse en estos casos bajo una máscara sádica, y la representación obsesiva «quisiera matarte» no significa otra cosa —una vez despojada de determinados agregados, no accidentales, sino indispensables— que «quisiera gozarte». Añadid a esto que simultáneamente se ha verificado una regresión con respecto al objeto y que, por tanto, tales impulsos vienen a recaer sobre las personas más próximas y amadas, y tendréis una idea del horror que en el enfermo han de despertar tales representaciones obsesivas y de cuán ajenas ha de considerarlas a su percepción consciente. También la represión desempeña en estas neurosis un importantísimo papel, pero que resulta muy difícil de precisar y definir en una exposición tan sintética y rápida como la que aquí me veo obligado a haceros. La regresión de la libido no podría producir nunca por sí sola y sin el acompañamiento de la represión una neurosis, sino que conduciría únicamente a una perversión. Vemos, pues, que la represión es el proceso más propio de la neurosis y aquel que mejor la caracteriza. Más adelante tendré, quizá, ocasión de exponeros lo que sobre el mecanismo de las perversiones hemos averiguado, y entonces veréis que se trata de algo mucho más complicado de lo que generalmente se supone.

Espero que me perdonaréis la amplitud con que he tratado de la fijación y la regresión de la libido cuando sepáis que todo lo que sobre estas cuestiones os he expuesto constituye una preparación al estudio de la etiología de las neurosis. Sobre esta etiología no os he dado, hasta ahora, sino un único dato: el de que los hombres enferman de neurosis cuando ven negada la posibilidad de satisfacer su libido, o sea —empleando el mismo término de que antes hube de servirme— por frustración, siendo los síntomas un sustitutivo de la satisfacción denegada. Naturalmente, no quiere esto decir que toda privación de la satisfacción libidinosa convierta en neurótico al individuo sobre el que recae, sino tan sólo que el factor privación existe en todos los casos de neurosis analizados. Por tanto, vemos que nuestro principio no es reversible,

y supongo os habréis dado también cuenta de que no constituye por sí solo un total esclarecimiento del misterio de la etiología de las neurosis, sino solamente la expresión de una de sus condiciones esenciales.

Ignoramos todavía si para la discusión ulterior de este principio deberemos insistir principalmente sobre la naturaleza de la frustración, o sobre la idiosincrasia del sujeto que la sufre, pues la privación sólo raras veces resulta completa y absoluta, y para devenir patógena tiene que recaer sobre aquella forma de satisfacción que el sujeto exige y es la única de la que es capaz. Hay, en general, numerosos medios que permiten soportar sin peligro de neurosis la privación de satisfacción libidinosa y conocemos individuos capaces de infligirse esta privación sin daño alguno. No son felices, y añoran de continuo la satisfacción de lo que se ven privados, pero no caen enfermos. Debemos, además, tener en cuenta que las tendencias sexuales son —si me es permitido expresarme así— extraordinariamente *plásticas*. Pueden reemplazarse recíprocamente, y una sola puede asumir la intensidad de las demás, resultando de este modo que cuando la realidad rehúsa la satisfacción de una de ellas existe una posible compensación en la satisfacción de otra. Podemos, pues, compararlas a una red de canales comunicantes, y esto a pesar de su subordinación a la primacía genital, dos características difíciles de conciliar. Además, tanto las tendencias parciales de la sexualidad como la corriente sexual resultante de su síntesis, poseen una gran facilidad para variar de objeto, cambiando uno de difícil acceso por otro más asequible, propiedad que constituye una fuente de resistencia a la acción patógena de una privación. Entre estos factores que oponen una acción que pudiéramos calificar de profiláctica a la nociva de las privaciones existe uno que ha adquirido una particular importancia social, y consiste en que una vez que la tendencia sexual ha renunciado al placer parcial o al que procura el acto de la procreación, reemplaza tales fines por otro que presenta con ellos relaciones de origen, pero que ha cesado de ser sexual para hacerse social. Damos a este proceso el nombre de «sublimación», y efectuándolo así, nos adherimos a la opinión general que concede un valor más grande a los fines sociales que a los sexuales, considerando a estos últimos, en el fondo, como egoístas. La sublimación no es, además, sino un caso especial del apoyo de tendencias sexuales en otras no sexuales. Más adelante trataré de esta

cuestión con un mayor detalle.

Supondréis, quizá, que merced a todos estos medios que permiten soportar la privación pierde ésta toda su importancia. Pero, en realidad, no sucede así, y la frustración conserva toda su fuerza patógena. Los medios que a ella oponemos son, generalmente, insuficientes, y el grado de insatisfacción de la libido que el hombre puede soportar es limitado. La plasticidad y la movilidad de la libido no alcanzan en todos los hombres un igual nivel, y la sublimación no puede nunca suprimir sino una parte de la libido, existiendo, además, muchos sujetos que no poseen la facultad de sublimar sino en grado muy restringido. La principal de estas restricciones es aquella que recae sobre la movilidad de la libido, pues limita extraordinariamente el número de fines y objetos que pueden proporcionar al individuo la necesaria satisfacción. Recordando que un desarrollo incompleto de la libido comporta numerosas fijaciones muy variadas de la misma a fases anteriores a la organización y a objetos primitivos, fases y objetos que la mayor parte de las veces no son ya capaces de procurar una satisfacción real, reconoceréis que la fijación de la libido constituye, después de la frustración, un importantísimo factor etiológico de las neurosis, hecho que podemos esquematizar diciendo que la fijación de la libido constituye en la etiología de las neurosis el factor interno, o sea la predisposición, y, en cambio, la frustración, el factor accidental externo.

Se me presenta aquí una excelente ocasión, que no quiero desaprovechar, para aconsejaros os abstengáis de intervenir en una superflua discusión que sobre estas materias se ha desarrollado. El mundo científico acostumbra tomar una parte de la verdad y sustituirla a la verdad completa, discutiendo luego todo el resto, no menos verdadero, en favor del fragmento desglosado. Por medio de este procedimiento han surgido diversas ramificaciones del movimiento psicoanalítico, ramificaciones que aceptan únicamente las tendencias egoístas y niegan las sexuales, no reconocen la influencia de la vida pretérita del sujeto, sino tan sólo la de los deberes reales, impuestos por la sociedad, etc. De un modo análogo se ha hecho también objeto de controversia la cuestión a que ahora nos referimos más especialmente, y se discute si las neurosis son enfermedades *exógenas* o *endógenas*, consecuencia necesaria de una determinada constitución o producto de ciertas

acciones traumáticas nocivas, planteándose asimismo el problema de si son motivadas por la fijación de la libido y otras particularidades de la constitución sexual o por la influencia de la frustración. Mas tales dilemas poseen tan escaso sentido como este otro que yo podría plantearos: ¿El niño nace por haber sido procreado por el padre o por haber sido concebido por la madre? Naturalmente, nos responderéis que ambas condiciones son igualmente indispensables. Pues bien: en la etiología de la neurosis sucede algo muy análogo, si no idéntico. Desde el punto de vista etiológico, las enfermedades neuróticas pueden ordenarse en una serie en la que los dos factores, constitución sexual e influencias exteriores, o si se prefiere, fijación de la libido y frustración, se hallan representados de tal manera, que cuando uno de ellos crece, el otro disminuye. En uno de los extremos de esta serie se hallan los casos límites de los cuales podemos afirmar con perfecta seguridad que, dado el anormal desarrollo de la libido del sujeto, habría éste enfermado siempre, cualesquiera que fuesen los sucesos exteriores de su vida y aunque ésta se hallase totalmente desprovista de accidentes. Al otro extremo hallamos los casos de los que, por el contrario, podemos decir que el sujeto hubiera escapado, desde luego, a la neurosis si no se hubiera encontrado en una determinada situación. En los casos intermedios nos hallamos en presencia de combinaciones tales, que a una mayor predisposición, dependiente de la constitución sexual, corresponde una parte menor de influencias nocivas sufridas durante el curso de la vida, e inversamente. En estos sujetos, la constitución sexual no habría producido la neurosis sin la intervención de influencias nocivas, y estas influencias no habrían sido seguidas de un efecto traumático si las condiciones de la libido hubieran sido diferentes. Podría quizá conceder en esta serie un cierto predominio a la predisposición, pero una tal concesión por parte mía habría de depender siempre de los límites que convinierais en asignar a la nerviosidad.

Para facilitar nuestra labor de exposiciones daremos a estas series el nombre de «series complementarias». Más adelante tendremos ocasión de establecer otras análogas[1861].

La tenacidad con que la libido se adhiere a determinados objetos y orientaciones, o sea lo que pudiéramos llamar su *viscosidad*, se nos muestra como un factor independiente que varía en cada individuo, y cuyas normas

nos son totalmente desconocidas. No debemos despreciar como desprovista de importancia la intervención de este factor en la etiología de las neurosis, pero tampoco habremos de considerar demasiado íntima su relación con esta etiología. Tal viscosidad de la libido —dependiente de causas ignoradas— aparece también ocasionalmente en individuos normales y se nos muestra, asimismo a título de factor determinante, en personas que forman una categoría opuesta a la de los neuróticos, esto es, en los perversos.

Ya antes del psicoanálisis (Binet) era conocida la posibilidad de descubrir en la anamnesis de los perversos la huella de una temprana impresión que trajo consigo una orientación anormal del objeto y desviaciones a las que la libido del perverso quedó después fijada durante toda la vida. Con gran frecuencia resulta imposible determinar qué es lo que capacita a tales impresiones para ejercer sobre la libido una atracción tan irresistible. Voy a relataros un caso observado por mí mismo. Un hombre al que los órganos genitales y todos los demás encantos de la mujer dejan hoy indiferente, pero que experimenta, en cambio, una excitación sexual irresistible a la vista de un pie calzado en determinada forma, recuerda una escena de su infancia, que desempeñó un papel decisivo en la fijación de su libido. Teniendo seis años de edad, se hallaba un día sentado sobre un taburete, junto a su institutriz, que se disponía a darle lección de inglés. La institutriz, una solterona seca y fea, con acuosos ojos azules y nariz respingona, se había herido en un pie y lo tenía apoyado sobre una silla y calzado con una zapatilla de terciopelo, quedando la pierna cuidadosa y decentemente oculta entre las faldas.

Pues bien: los pies delgados y de salientes tendones, como el de la fea institutriz, es lo que llegó a ser para nuestro sujeto, después de un tímido ensayo de normal actividad sexual, durante su pubertad, el único objeto sexual, objeto cuya atracción se hace irresistible cuando la persona correspondiente muestra algún otro parecido con la institutriz inglesa. Esta fijación de la libido ha hecho de nuestro sujeto, no un neurótico, sino un perverso, o sea lo que denominamos un fetichista del pie. Como veis, aunque la fijación excesiva y precoz de la libido constituye un factor etiológico indispensable de las neurosis, su acción se extiende más allá del cuadro de estas afecciones. Resulta, pues, que tampoco la fijación puede considerarse como el factor etiológico decisivo.

El problema de la determinación de la neurosis parece de este modo complicarse. La investigación psicoanalítica nos revela, en efecto, un nuevo factor, que no figura en nuestra serie etiológica y que aparece con máxima evidencia en aquellas personas cuya salud se ve perturbada de repente por una dolencia neurótica. En estos sujetos descubrimos siempre indicios de una oposición de deseos o, siguiendo nuestra acostumbrada forma de expresión, de un *conflicto* psíquico. Una parte de la personalidad manifiesta determinados deseos, y otra parte se opone y los rechaza. Sin un conflicto de este género no existe neurosis, circunstancia que no habrá ya de extrañaros, pues sabéis que nuestra vida psíquica se halla constantemente removida por conflictos cuya solución nos incumbe hallar. Mas para que semejante conflicto devenga patógeno han de concurrir ciertas condiciones particulares, y, por tanto, habremos de preguntarnos cuáles son estas condiciones, entre qué fuerzas psíquicas se desarrollan tales conflictos patógenos y cuáles son las relaciones que existen entre el conflicto y los demás factores determinantes.

Espero poder dar a estas interrogaciones respuestas satisfactorias, aunque abreviadas y esquemáticas. El conflicto es provocado por la frustración, la cual obliga a la libido, que carece de satisfacción, a buscar otros objetos y caminos, siendo condición indispensable que tales nuevos caminos y objetos provoquen el desagrado de una cierta fracción de la personalidad, la cual impone su veto, en un principio, al nuevo modo de satisfacción. A partir de este punto se inicia el proceso de la formación de síntomas, proceso que más adelante investigaremos y las tendencias libidinosas rechazadas consiguen manifestarse por caminos indirectos, aunque no sin ceder en cierto modo a las exigencias de los elementos hostiles, aceptando determinadas deformaciones y atenuaciones. Tales caminos indirectos son los de la formación de síntomas, viniendo estos últimos a constituir la satisfacción nueva o sustitutiva que la privación ha hecho necesaria.

La importancia del conflicto psíquico se manifiesta aun en el hecho de que para que una frustración *exterior* se haga patógena es necesario que se añada a ella una frustración *interior*. Claro es que cada una de estas frustraciones —exterior e interior— se refiere a objetos diferentes y sigue camino distinto. La frustración exterior aleja determinada posibilidad distinta,

estallando entonces el conflicto en derredor de esta última. Si doy aquí a mi exposición una forma particular, ello obedece al oculto sentido implícito de su contenido y que no es otra cosa que la posibilidad de que en las épocas primitivas del desarrollo humano hayan sido determinadas las abstenciones interiores por reales obstáculos exteriores.

Pero ¿cuáles son las fuerzas de las que emanan la oposición a la tendencia libidinosa; esto es, cuál es la otra parte actuante en el conflicto patógeno? Tales fuerzas son —en sentido general— las tendencias no sexuales, a las que designamos con el nombre genérico de «instintos del *yo*». El psicoanálisis de las neurosis de transferencia no nos ofrece medio alguno de aproximarnos a su comprensión, y sólo nos es dado llegar a un cierto conocimiento de su naturaleza por las resistencias que se oponen al análisis. El conflicto patógeno surge, por tanto, entre los instintos del *yo* y los instintos sexuales. En determinados casos experimentamos la impresión de que se trata de un conflicto entre diferentes tendencias puramente sexuales, apariencia que no contradice en nada nuestra afirmación, pues de las dos tendencias sexuales en conflicto, una es siempre ‘ego-sintónica’, por decirlo así, mientras que la otra provoca la defensa del *yo*. Volvemos, pues, al conflicto entre el *yo* y la sexualidad.

Siempre que el psicoanálisis ha considerado un suceso psíquico como un producto de tendencias sexuales, se le ha objetado, con indignación, que el hombre no se compone exclusivamente de sexualidad; que existen en la vida psíquica tendencias e intereses distintos de los sexuales y que no debemos derivarlo todo de la sexualidad, etc. Por una vez, nos satisface en extremo hallarnos de acuerdo con nuestros adversarios. En efecto, el psicoanálisis no ha olvidado jamás que existen también fuerzas instintivas no sexuales; se basa precisamente en la definida separación existente entre los instintos sexuales y los instintos del *yo*, y ha afirmado, contra todas las objeciones, que las neurosis no son producto exclusivo de la sexualidad, sino del conflicto entre ésta y el *yo*. En su labor de analizar y definir la misión de los instintos sexuales, tanto en la vida normal como en circunstancias patológicas, no ha tropezado con nada que le incite a negar la existencia y significación de los instintos del *yo*, y si se ha ocupado, en primer lugar, de los instintos sexuales, ha sido por ser éstos los que en las neurosis demuestran una más precisa

significación.

Tampoco es exacto pretender que el psicoanálisis no se interesa por la parte no sexual de la personalidad. La separación entre el *yo* y la sexualidad es precisamente lo que por vez primera nos ha hecho ver con toda evidencia que los instintos del *yo* sufren a su vez un significativo desarrollo que no es ni totalmente independiente de la libido ni se halla exento por completo de reacción contra ella. En honor a la verdad, hemos de confesar que el desarrollo del *yo* nos es mucho menos conocido que el de la libido, mas esperamos que el estudio de las neurosis narcisistas nos permita penetrar en la estructura del *yo*. Ferenczi ha llevado ya a cabo una interesante tentativa de establecer teóricamente las fases de dicho desarrollo, y poseemos, por lo menos, dos sólidos puntos de apoyo para formular un juicio sobre el mismo. Sería inexacto decir que los intereses libidinosos de una persona son desde un principio y necesariamente contrarios a sus intereses de autoconservación, pues lo que sucede es que el *yo* tiende a adaptarse a su organización sexual en todas y cada una de las etapas de su desarrollo. La sucesión de las diferentes fases evolutivas de la libido se realiza probablemente conforme a un programa preestablecido; mas no puede negarse que puede ser influida por el *yo*, debiendo existir un cierto paralelismo y una cierta concordancia entre las fases del desarrollo del *yo* y las de la libido y pudiendo nacer un factor patógeno de la perturbación de esta concordancia. Mucho nos interesaría determinar cómo se comporta el *yo* en aquellos casos en los que la libido experimenta una fijación a una fase dada de su desarrollo. El *yo* puede adaptarse a esta fijación, haciéndose perverso, o sea infantil, en proporción directa a la importancia de la misma, pero puede también rebelarse contra ella, y sufre entonces una represión correlativa a la fijación de la libido.

Veamos, pues, que el tercer factor de la etiología de las neurosis, *la tendencia a los conflictos*, depende tanto del desarrollo del *yo* como del de la libido, descubrimiento que completa nuestra concepción de la determinación de las dolencias neuróticas, cuyas condiciones etiológicas serán, aparte de la frustración, como factor de orden general, la fijación de la libido, que marca la orientación de la enfermedad y la tendencia al conflicto, derivada del desarrollo del *yo*, que ha rechazado los sentimientos libidinosos. La situación no es, pues, tan complicada ni tan difícil de comprender como sin duda os

pareció en un principio, aunque bueno será advertiros que todavía nos queda mucho que hablar sobre esta cuestión. A lo ya dicho habremos de añadir todavía importantísimas consideraciones, y sobre todo habremos de someter a un análisis más profundo muchos de los puntos ya examinados.

Para mostraros la influencia que el desarrollo del *yo* ejerce sobre la constitución del conflicto, y, por tanto, sobre la determinación de las neurosis, os expondré un ejemplo que, aunque imaginario, no es nada inverosímil, y que me ha sido inspirado por el título de una comedia de Nestroy: *En el bajo y en el principal*. En el bajo habita el portero, y en el principal, el propietario de la casa, persona rica y estimada. Ambos tienen hijos, y supondremos que la hija del propietario no encuentra dificultad alguna para jugar, sin que nadie la vigile, con la hija del portero. Puede entonces suceder que los juegos de estas niñas lleguen a tomar un carácter erótico, esto es, sexual, mostrándose una a otra los órganos genitales y procurándose recíprocamente una excitación de los mismos. La hija del propietario, que, a pesar de sus cinco o seis años, ha podido tener ocasión de realizar determinadas observaciones sobre la sexualidad de los adultos, puede muy bien desempeñar en nuestra historia el papel de corruptora. Aun cuando estos juegos no duran mucho tiempo, bastan para activar en las dos niñas ciertas tendencias sexuales, que, una vez terminados dichos juegos, continúan manifestándose durante algunos años por la masturbación. Hasta aquí marchan paralelos los destinos de nuestras dos protagonistas, pero el desenlace es diferente para cada una. La hija del portero se entregará a la masturbación hasta la aparición de los menstruos renunciará después sin gran dificultad a ella, tomará un amante, tendrá quizá un hijo, emprenderá una carrera cualquiera y llegará acaso a ser una artista conocida, acabando, de este modo, en aristócrata. Es posible también que su destino sea menos brillante, pero de todos modos vivirá el resto de su vida sin resentirse del ejercicio precoz de su sexualidad ni contraer neurosis ninguna. Muy distinto será el destino de la hija del propietario. Aun antes de salir de la infancia, experimentará el sentimiento de haber hecho algo malo, renunciará en seguida, pero después de una terrible lucha, a la satisfacción masturbadora y guardará de ella un recuerdo y una impresión deprimentes. Más tarde,

cuando, llegada a la pubertad, comiencen a revelársele las circunstancias del comercio sexual, rechazará con una intensa repugnancia —cuya causa no acertará a explicarse— todo nuevo conocimiento sobre esta cuestión y preferirá permanecer en la ignorancia. Probablemente se sentirá de nuevo dominada por una irresistible tendencia a la masturbación de la que no se atrevería a lamentarse. Más tarde, a la edad en que las mujeres comienzan a pensar en el matrimonio, contraerá una neurosis que cerrará su acceso a la vida normal y destruirá todas sus esperanzas de felicidad. El análisis de esta neurosis nos mostrará que la enferma, joven educada, inteligente e idealista, ha reprimido por completo sus tendencias sexuales, inconscientes en ella, pero íntimamente enlazadas a los insignificantes juegos de la infancia.

La diferencia que existe entre estos dos destinos, a pesar de la identidad de los sucesos iniciales, depende de que el *yo* de una de nuestras protagonistas ha experimentado un determinado desarrollo, y en cambio, el de la otra, no. Para la hija del portero, la actividad sexual ha sido en todo momento algo natural y lícito. En cambio, la hija del propietario ha sufrido la influencia de la educación que ha inspirado a su *yo* ideales de pureza y continencia incompatibles con la actividad sexual, quedando debilitado merced a esta formación intelectual su interés por la misión que se halla llamada a desempeñar como mujer. Tal desarrollo moral e intelectual, superior al de su camarada de juegos infantiles, es lo que ha provocado el conflicto en que se halla con las exigencias de su sexualidad.

Quiero insistir aún sobre un segundo punto de la evolución del *yo*, tanto por determinadas perspectivas, muy vastas, que su conocimiento puede abrir ante nosotros, como porque las conclusiones que de este examen vamos a deducir justifican nuestra afirmación de que existe una definida separación entre las tendencias del *yo* y las sexuales, separación difícil de observar a primera vista. Para formular un juicio sobre estos dos desarrollos —el del *yo* y el de la libido— hemos de admitir una premisa que hasta ahora no hemos tenido suficientemente en cuenta. Ambos desarrollos no son, en el fondo, sino legado y repeticiones abreviadas de la trayectoria evolutiva que la Humanidad entera ha recorrido a partir de sus orígenes y a través de un largo espacio del tiempo. Este origen *filogénico* del desarrollo de la libido resulta, a

nuestro juicio, fácilmente reconocible. Recordad que en determinados animales se halla el aparato genital íntimamente relacionado con la boca, es inseparable del aparato de excreción o aparece enlazado a los órganos de movimiento, circunstancias todas de las que hallaréis una interesante exposición en el libro de W. Bölsche. Vemos, por tanto, que la organización sexual de los animales puede limitarse a cualquier fijación perversa. En el hombre resulta más difícil de comprobar este punto de vista filogénico, pues sucede que aquellas particularidades que en el fondo son heredadas resultaban también adquiridas de nuevo en el curso del desarrollo individual, a causa probablemente de que las condiciones que impusieron anteriormente la adquisición de una particularidad dada persisten todavía y continúan ejerciendo su acción sobre todos los individuos sucesivos. Podríamos decir que estas condiciones que primitivamente fueron creadoras se han convertido en evocadoras. Es, además, incontestable que la marcha del desarrollo predeterminado pueda quedar perturbada y modificada en cada individuo por influencias exteriores recientes. Lo que sí conocemos, desde luego, es la fuerza que ha impuesto a la Humanidad este desarrollo, y cuya acción continúa ejerciéndose en la misma dirección. Esta fuerza es nuevamente la frustración, impuesta por la realidad o, para llamarla con su verdadero nombre, la necesidad, que es un carácter esencial de la vida. La Αναγκη (Ananke), severa educadora a la que el hombre debe mucho, es la que con su rigor ha motivado efectos nocivos en los neuróticos, pero es éste un peligro inherente a toda educación. Proclamando que la necesidad vital constituye el motor del desarrollo, no disminuimos en absoluto la importancia de las «tendencias evolutivas internas» cuando la existencia de éstas se deja comprobar.

Ahora bien: conviene observar que las tendencias sexuales y las de autoconservación no se conducen de igual manera con respecto a la necesidad real. Los instintos de conservación y todo lo que con ellos se relaciona son más fácilmente educables y aprenden tempranamente a plegarse a la necesidad y a conformar su desarrollo a las indicaciones de la realidad, cosa concebible, dado que no pueden procurarse de otro modo los objetos de que precisan y sin los que el individuo corre el peligro de perecer. Las tendencias sexuales, que no tienen al principio necesidad ninguna de objeto e incluso

ignoran esta necesidad, son más difíciles de educar. Viviendo una existencia que podríamos calificar de parasitaria, asociada a la de otros órganos del soma, y siendo susceptibles de hallar una satisfacción autoerótica sin salir del cuerpo mismo del individuo, escapan a la influencia educadora de la necesidad real, y en la mayor parte de los hombres guardan, en determinadas circunstancias, durante toda la vida, este carácter arbitrario, caprichoso, refractario y enigmático.

Añadid a esto que el individuo deja de ser accesible a la educación, precisamente en el momento en que sus necesidades sexuales alcanzan su intensidad definitiva. Los educadores conocen ya esta circunstancia, y es quizá de esperar que los resultados del psicoanálisis les mueven a desplazar la más intensa presión educadora sobre la época en que realmente puede resultar eficaz; esto es, sobre la primera infancia. El sujeto infantil llega a su completa formación a la edad de cuatro o cinco años, y en adelante se limita a manifestar lo adquirido hasta dicha edad.

Para hacer resaltar toda la significación de la diferencia que hemos establecido entre los dos grupos de instintos, habremos de introducir en nuestra exposición una de aquellas consideraciones a las que convinimos en calificar de «económicas», abordando así uno de los dominios más importantes, pero desgraciadamente más oscuros, del psicoanálisis. Nos planteamos, en efecto, el problema de averiguar si la labor de nuestro aparato psíquico tiende a la consecución de un propósito fundamental cualquiera, problema al que respondemos, en principio, afirmativamente, añadiendo que, según todas las apariencias, nuestra actividad psíquica tiene por objeto procurarnos placer y evitarnos displacer, hallándose automáticamente regida por el *principio del placer*. Mucho nos interesaría averiguar cuáles son las condiciones del placer y del displacer, mas carecemos de elementos para llegar a este conocimiento. Lo único que podemos afirmar es que el placer se halla en relación con la disminución, atenuación o extinción de las magnitudes de excitación acumuladas en el aparato psíquico, mientras que el dolor va paralelo al aumento o exacerbación de dichas excitaciones. El examen del placer más intenso accesible al hombre, esto es, del placer experimentado en la realización del acto sexual, no nos permite duda alguna sobre este punto. Dado que en estos actos acompañados de placer se trata de

los destinos de grandes magnitudes de excitación o de energía psíquica, damos a las consideraciones con ellos relacionadas el nombre de *económicas*. Observamos asimismo que la labor que incumbe al aparato psíquico y la función que el mismo ejerce pueden ser también descritas de una manera más general que insistiendo sobre la adquisición del placer. Puede decirse que el aparato psíquico sirve para dominar y suprimir las excitaciones e irritaciones de origen externo e interno. Por lo que respecta a las tendencias sexuales, es evidente que desde el principio al fin de su desarrollo constituyen un medio de adquisición de placer, función que cumplen sin la menor discontinuidad. Tal es igualmente al principio el objetivo de las tendencias del *yo*; pero bajo la presión de la necesidad, gran educadora, acaban éstas por reemplazar el principio del placer por una modificación. La misión de desviar el dolor se les impone con la misma urgencia que la de adquirir el placer, y el *yo* averigua que es indispensable renunciar a la satisfacción inmediata, diferir la adquisición de placer, soportar determinados dolores y renunciar, en general, a ciertas fuentes de placer. Así educado, el *yo*, se hace razonable y no se deja ya dominar por el principio del placer, sino que se adapta al *principio de la realidad*, que en el fondo tiene igualmente por fin el placer; pero un placer que, si bien diferido y atenuado, presenta la ventaja de ofrecer la certidumbre que le procuran el contacto con la realidad y la adaptación a sus exigencias.

El paso del principio del placer al principio de la realidad constituye uno de los progresos más importantes del desarrollo del *yo*. Sabemos ya que los instintos sexuales no franquean sino tardíamente y como forzados y constreñidos estas fases del desarrollo del *yo*, y más tarde veremos qué consecuencias pueden deducirse para el hombre de estas relaciones más laxas que existen entre su sexualidad y la realidad exterior. Si el *yo* del hombre experimenta un desarrollo y tiene, al igual de su libido, su historia evolutiva, no puede ya sorprendernos la existencia de regresiones del *yo* a fases anteriores de su desarrollo, regresiones cuya influencia en la etiología y curso de las enfermedades neuróticas habremos de examinar detenidamente.

LECCIÓN XXIII.

VÍAS DE FORMACIÓN DE SÍNTOMAS

Señoras y señores:

PARA el profano son los síntomas lo que constituye la esencia de la enfermedad, y, por tanto, la considerará curada en el momento en que los mismos desaparecen. En cambio, el médico establece una precisa distinción entre ambos conceptos y pretende que la desaparición de los síntomas no significa, en modo alguno, la curación de la enfermedad. Mas como lo que de ésta queda, después de dicha desaparición, es tan sólo la facultad de formar nuevos síntomas, podremos adoptar provisionalmente el punto de vista del profano y admitir que analizar los síntomas equivale a comprender la enfermedad.

Los síntomas —y, naturalmente, no hablamos aquí sino de los síntomas psíquicos (psicógenos) y de la enfermedad psíquica— son actos nocivos o, por lo menos, inútiles, que el sujeto realiza muchas veces contra toda su voluntad y experimentando sensaciones displacientes o dolorosas. Su daño principal se deriva del esfuerzo psíquico, que primero exige su ejecución y luego la lucha contra ellos; esfuerzo que en una amplia formación de síntomas agota la energía psíquica del enfermo y le incapacita para toda otra actividad. Resulta, pues, esta incapacidad dependiente de las magnitudes de energía dadas en cada caso, y de este modo reconocemos que el «estar enfermo» es un concepto esencialmente práctico. Mas si nos colocamos en un punto de vista teórico y hacemos abstracción de tales magnitudes, podremos decir que todos somos neuróticos, puesto que todos, hasta los más normales, llevamos en nosotros las condiciones de la formación de síntomas.

De los síntomas neuróticos sabemos ya que son efecto de un conflicto surgido en derredor de un nuevo modo de satisfacción de la libido. Las dos fuerzas opuestas se reúnen de nuevo en el síntoma, reconciliándose, por decirlo así, mediante la transacción constituida por la formación de síntomas, siendo esta doble sustentación de los mismos lo que nos explica su capacidad de resistencia. Sabemos también que una de las dos fuerzas en conflicto es la libido insatisfecha, alejada de la realidad y obligada a buscar nuevos modos

de satisfacción. Cuando ni aun sacrificando su primer objeto y mostrándose dispuesta a sustituirlo por otro logra la libido vencer la oposición de la realidad, recurrirá, en último término, a la regresión y buscará su satisfacción en organizaciones anteriores y en objetos abandonados en el curso de su desarrollo. Lo que la atrae por el camino de la regresión son las fijaciones que fue dejando en sus diversos estadios evolutivos.

La ruta que conduce a la perversión se separa claramente de la que termina en la neurosis. Cuando las regresiones no despiertan ninguna oposición por parte del *yo*, no aparece la neurosis y la libido logra una satisfacción. Pero cuando el *yo*, que regula no solamente la consciencia, sino también los accesos a la inervación motriz, y, por consiguiente, la posibilidad de realización de las tendencias psíquicas; cuando el *yo*, repetimos, no acepta estas regresiones, surge el conflicto. La libido encuentra cerrado el camino y se ve obligada a buscar, conforme a las exigencias del principio del placer, un distinto exutorio para su reserva de energía. Deberá, pues, separarse del *yo*, y lo conseguirá apoyándose en las fijaciones que fue dejando a lo largo del camino de su desarrollo y contra las que el *yo* hubo de protegerse por medio de represiones. Ocupando en su marcha regresiva estas posiciones reprimidas, se hace la libido independiente del *yo* y renuncia a toda la educación que bajo su influencia hubo de recibir. Con la esperanza de hallar la buscada satisfacción, pudo dejarse guiar durante algún tiempo; pero bajo la doble presión de la frustración interior y exterior se insubordina contra toda tutela y añora la felicidad de los tiempos pasados. Las representaciones a las que la libido aplica desde este momento su energía forman parte del sistema de lo inconsciente y se hallan sometidas a los procesos propios del mismo, o sea, en primer lugar, a la condensación y al desplazamiento. Nos hallamos aquí ante una situación idéntica a la de la formación de los sueños. Así como en esta última tropieza el sueño formado en lo inconsciente con un fragmento de actividad preconsciente que le impone su censura y le obliga a una transacción, cuyo resultado es el sueño manifiesto, así también la representación libidinosa inconsciente se ve obligada a someterse en cierto grado al poder del *yo* preconsciente. La oposición que contra ella ha surgido en el *yo* la fuerza entonces a aceptar una forma expresiva transaccional, surgiendo así el síntoma como un producto considerablemente deformado de

una realización de deseos libidinosos inconscientes, producto equívoco que presenta dos sentidos totalmente contradictorios. Mas en este último punto se nos muestra una precisa diferencia entre la formación de los sueños y la de los síntomas, pues en la primera la intención preconsciente no tiende sino a proteger el sueño y a impedir que llegue hasta la consciencia aquello que pudiera perturbarlo, pero no opone al deseo inconsciente una rotunda negativa. Esta tolerancia queda justificada por el menor peligro de la situación, dado que el estado de reposo basta por sí solo para impedir toda comunicación con la realidad.

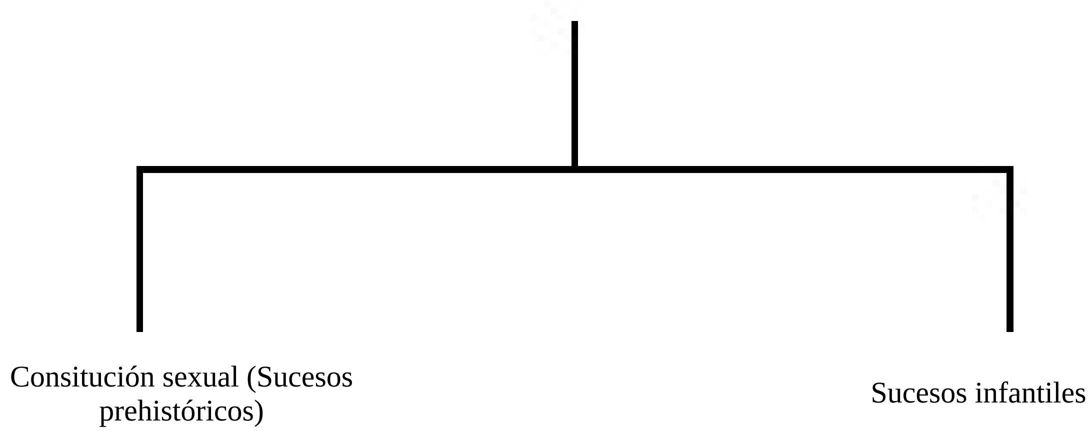
Vemos, pues, que merced a la existencia de fijaciones puede la libido escapar a las circunstancias creadas por el conflicto. El revestimiento regresivo de tales fijaciones permite eludir la represión y conduce a una derivación —o satisfacción— de la libido dentro de las condiciones establecidas en la transacción. Por medio de este rodeo a través de lo inconsciente y de las antiguas fijaciones consigue llegar la libido a una satisfacción real, aunque extraordinariamente limitada y apenas reconocible. Permitidme haceros dos observaciones a propósito de este resultado. En primer lugar, quiero llamaros la atención sobre la íntima conexión existente entre la libido y lo inconsciente, por una parte, y entre el *yo*, la consciencia y la realidad por otra, aunque al principio no se hallen esos factores ligados entre sí por ningún lazo. En segundo lugar, he de advertiros que todas estas consideraciones y las que a continuación voy a exponeros se refieren únicamente a la formación de los síntomas en la neurosis histérica.

Mas ¿dónde encuentra la libido las fijaciones de que precisa para abrirse paso a través de las represiones? Indudablemente, en las actividades y los sucesos de la sexualidad infantil, en las tendencias parciales abandonadas y en los primitivos objetos infantiles. A todo esto es a lo que retorna la libido en su marcha regresiva. La época infantil nos muestra aquí una doble importancia. Durante ella manifiesta el niño por vez primera aquellos instintos y tendencias que aporta al mundo a título de disposiciones innatas, y experimenta, además, determinadas influencias exteriores que despiertan la actividad de otros de sus instintos, dualidad que creo perfectamente justificado establecer, dado que la manifestación de las disposiciones innatas

es algo por completo evidente y que la hipótesis —fruto de la experiencia psicoanalítica— de que sucesos puramente accidentales, sobrevenidos durante la infancia, son susceptibles de motivar fijaciones de la libido, no tropieza tampoco con dificultad teórica ninguna. Las disposiciones constitucionales son incontestablemente efectos lejanos de sucesos vividos por nuestros ascendientes; esto es, caracteres adquiridos un día y transmitidos luego por herencia. Esta última no existiría si antes no hubiese habido adquisición, y no podemos admitir que la facultad de adquirir nuevos caracteres susceptibles de ser transmitidos por herencia termine precisamente en la generación de que nos ocupamos. A nuestro juicio, es equivocado minorar la importancia de los sucesos acaecidos durante la infancia del sujeto y acentuar, en cambio, la de los correspondientes a la vida de sus antepasados o a su propia madurez. Por el contrario, habremos de conceder a los sucesos infantiles una particularísima significación, pues por el hecho de producirse en una época en la que el desarrollo del sujeto se halla todavía inacabado, traen consigo más graves consecuencias y son susceptibles de una acción traumática. Los trabajos de Roux y otros hombres de ciencia sobre la mecánica del desarrollo nos han mostrado que la más mínima lesión —un simple pinchazo con una aguja— infligida al embrión durante la división celular puede producir gravísimas perturbaciones del desarrollo. La misma lesión infligida a la larva o al animal perfecto no produce ningún efecto perjudicial.

La fijación de la libido del adulto, introducida por nosotros en la ecuación etiológica de la neurosis, a título de representante del factor constitucional, puede descomponerse ahora en dos nuevos factores: la disposición hereditaria y la disposición adquirida en la primera infancia. Como sé que los esquemas son siempre bien acogidos por todos aquellos que tratan de aprender algo, resumiré estas relaciones en la forma siguiente:

Causación de la neurosis	=	Disposición por fijación de la libido	+	Sucesos accidentales [del adulto] (traumáticos)



La constitución sexual hereditaria ofrece una gran variedad de disposiciones según la tendencia parcial que aisladamente o en unión de otras presenta máxima energía. En asociación con los sucesos de la vida infantil forma la constitución sexual una nueva «serie complementaria» totalmente análoga a aquélla cuya existencia hemos comprobado como resultado de la asociación entre la disposición del adulto y los sucesos accidentales de su vida. En ambas series encontramos los mismos casos extremos y las mismas relaciones de sustitución, planteándosenos el problema de si la más singular de las regresiones de la libido, esto es, su regresión a una cualquiera de las tempranas fases de la organización sexual, no se halla quizá condicionada, principalmente, por el factor constitucional hereditario. Pero creo conveniente diferir la respuesta a esta interrogación hasta el momento en que podamos referirnos a una más amplia serie de formas de la enfermedad neurótica.

La investigación psicoanalítica nos ha mostrado que la libido de los neuróticos se halla íntimamente enlazada a los sucesos de su vida sexual infantil y de este modo parece prestar a tales sucesos una enorme importancia con respecto a la vida del hombre y a la adquisición, por el mismo, de enfermedades nerviosas. Esta importancia es, incontestablemente, muy grande mientras no tenemos en cuenta sino la labor terapéutica; pero haciendo abstracción de ella advertiremos sin esfuerzo que corremos el peligro de ser víctimas de un error y formarnos de la vida una concepción unilateral fundada demasiado exclusivamente en la situación neurótica. La importancia de los sucesos infantiles resulta disminuida por el hecho de que la libido no retorna a ellos, en su movimiento regresivo, sino después de haber sido expulsada de sus posiciones más avanzadas. Ante esta

circunstancia, la conclusión que parece imponerse es la de que los sucesos infantiles no han tenido en la época en que se produjeron significación alguna y sólo regresivamente han llegado a adquirirla. Recordaréis que en la discusión del complejo de Edipo nos encontramos ya ante una análoga alternativa.

Pero tampoco esta vez nos ha de resultar difícil llegar a una definitiva conclusión. La observación según la cual el revestimiento libidinoso, y, por tanto, la importancia patógena de los sucesos de la vida infantil queda considerablemente intensificado por la regresión de la libido, es desde luego justa, pero podría inducirnos en error si la aceptásemos por sí sola y sin tener en cuenta otros factores de los que no se puede prescindir. Hallamos, en primer lugar y de una manera indiscutible, que los sucesos de la vida infantil poseen su importancia propia y la manifiestan ya en la infancia. Existen neurosis infantiles en las que la regresión en el tiempo no desempeña sino un insignificante papel o no se produce en absoluto, apareciendo la enfermedad inmediatamente después de un suceso traumático. Análogamente a como el estudio de los sueños infantiles nos condujo a la inteligencia del fenómeno onírico en los adultos, puede también la investigación de las neurosis de la infancia ahorrarnos más de un error en la comprensión de las neurosis que atacan al sujeto en épocas más avanzadas de su vida. Tales neurosis infantiles son mucho más frecuentes de lo que se cree, pero suelen pasar inadvertidas, siendo consideradas como signos de perversidad o mala educación que los guardadores del niño se esfuerzan en reprimir. De todos modos, no resulta difícil descubrirlas *a posteriori*, por medio de un examen retrospectivo; y su forma más corriente es la *histeria de angustia*, afección de la que ya trataremos en lecciones posteriores. Cuando en una de las fases más avanzadas de la vida surge la neurosis, nos revela siempre el análisis que se trata de la consecuencia directa de una dolencia infantil del mismo género, dolencia que no se manifestó por entonces sino velada y esquemáticamente. Pero, como ya hemos dicho, existen casos en que esta neurosis infantil perdura, sin solución alguna de continuidad, a través de toda la vida del sujeto. Directamente —esto es, en los propios sujetos infantiles— hemos podido realizar algunos análisis de este género de neurosis, pero la mayor parte de las veces hemos tenido que conformarnos con deducir su existencia

del examen de una neurosis adulta.

No podemos menos de reconocer que sería inexplicable tan regular retorno de la libido a la época infantil si en este período no existiese algo que ejerciera atracción sobre ella. La fijación a ciertos puntos de la trayectoria evolutiva carecería de todo contenido si no la concibiésemos como cristalización de una determinada cantidad de energía libidinosa. Debo, por último, advertiros que entre la intensidad y el efecto patógeno de los sucesos de la vida infantil e iguales caracteres de los correspondientes a la vida adulta existe una relación de complemento recíproco idéntica a la que comprobamos en las series precedentemente estudiadas. Hay casos en los que el principal factor etiológico se halla constituido por los sucesos sexuales de la infancia, cuyo efecto traumático no precisa para manifestarse de condición especial ninguna, aparte de los inherentes a la constitución sexual media y a la falta de madurez infantil. Pero, en cambio, existen otros en los que la etiología de la neurosis debe ser buscada únicamente en los conflictos posteriores, reduciéndose a un efecto de la regresión la importancia que en el análisis parecen presentar los sucesos infantiles. Son éstos los dos puntos extremos de la «inhibición del desarrollo» y de la «regresión», pudiendo existir entre ellos los grados de la combinación de ambos factores.

Estos hechos presentan considerable interés para la Pedagogía, una de cuyas misiones es la de prevenir las neurosis, interviniendo desde muy temprano en el desarrollo sexual del niño. Concentrando toda nuestra atención sobre los sucesos sexuales de la infancia, pudiéramos creer cumplida la misión de prevenir las enfermedades nerviosas con sólo retardar el desarrollo sexual y evitar al niño impresiones de este orden. Pero sabemos ya que las condiciones determinantes de la neurosis son mucho más complicadas y no dependen de un único factor. Una rigurosa vigilancia ejercida sobre el niño no resulta, ni mucho menos, suficiente para alcanzar el fin profiláctico deseado, pues, aparte de carecer de toda influencia sobre el factor constitucional, tropieza con más dificultades de las que los educadores suponen y comporta dos graves peligros. Sobrepasa el fin propuesto, favoreciendo una exagerada represión sexual que puede ser de muy perjudiciales consecuencias, y lanza al niño a la vida sin medio alguno de defensa contra el embate de las tendencias sexuales que la pubertad habrá de

traer consigo. Las ventajas de la profilaxis sexual de la infancia son, por tanto, más que dudosas, y de este modo habremos de buscar en otra diferente actuación inmediata un curso más seguro de prevenir las neurosis.

Pero volvamos ahora a los síntomas, que, como hemos visto, crean una sustitución de la satisfacción denegada, por medio del retroceso de la libido, a fases anteriores, circunstancia que trae consigo el retorno a los objetos u organizaciones característicos de dichas fases. Sabemos ya que el neurótico se halla ligado a un determinado período de su vida pretérita durante el cual no se hallaba su libido privada de satisfacción y se sentía, por tanto, feliz. Retrocederá, pues, en su pasado, hasta la época en que aún se hallaba en la lactancia, época que se representará conforme a sus recuerdos o a la idea que posteriormente se haya formado de ella y el síntoma reproducirá entonces, en una forma cualquiera, la infantil satisfacción libidinosa, aunque deformada por la censura, producto del conflicto, acompañada generalmente por sensaciones de dolor y asociada a factores correspondientes a la ocasión que ha provocado la enfermedad. Esta satisfacción que el síntoma procura es de una singularísima naturaleza. Desde luego, el sujeto no la siente como tal, sino, por el contrario, como algo doloroso y lamentable, transformación que no es sino un efecto natural del conflicto psíquico, bajo la presión del cual hubo de formarse el síntoma. Aquello que en épocas anteriores fue para el individuo una satisfacción, despierta hoy su repugnancia. Conocemos un ejemplo muy instructivo de esta transformación de sensaciones. El mismo niño que antes lactaba con avidez del seno materno manifiesta algunos años más tarde una considerable aversión por la leche, aversión que llega a constituirse en invencible repugnancia cuando la leche o la bebida mezclada con leche aparecen cubiertas por una ligera membrana, no siendo quizá muy atrevido su poner que esta membrana despierta en el niño el recuerdo del seno materno antes tan ardientemente deseado. De todos modos, habremos de tener en cuenta que, con anterioridad a esta transformación, ha tenido efecto el destete, suceso que ejerce sobre el niño una intensa acción traumática.

Existen todavía otras razones por las que los síntomas nos resultan incomprensibles como medios de alcanzar la satisfacción libidinosa. No recuerdan en nada aquello de lo que normalmente solemos esperar una

satisfacción, y haciendo abstracción del objeto, renuncian a toda relación con la realidad exterior. Estas particularidades las interpretamos como una consecuencia de renunciamiento al principio de la realidad y del retorno al principio del placer; pero hay aquí también el retorno a aquel amplio autoerotismo que procuró al instinto sexual sus primeras satisfacciones. Los síntomas sustituyen una modificación del mundo exterior por una modificación somática, o sea una acción exterior por una acción interior, un acto por una adaptación, circunstancia que desde el punto de vista filogénico corresponde también a una importantísima regresión. No comprenderemos bien todo esto sino después de llegar al conocimiento de un nuevo dato que más adelante deduciremos de nuestras investigaciones analíticas sobre la formación de los síntomas. Habremos de recordar además, que a esta formación cooperan los mismos procesos inconscientes que a la de los sueños; esto es, la condensación y el desplazamiento. Como el sueño presenta el síntoma algo en estado de realización, procurando una satisfacción al modo infantil; pero mediante una condensación llevada al último extremo puede esta satisfacción quedar limitada a una sola sensación o inervación, y mediante un desplazamiento igualmente extremado puede asimismo quedar restringida a un pequeñísimo fragmento de todo el complejo libidinoso. No es por tanto, de extrañar que hallemos ciertas dificultades para reconocer en el síntoma la satisfacción libidinosa que suponemos constituye.

Os he anunciado un nuevo dato sobre esta cuestión. Trátase en efecto, de algo no solamente nuevo, sino sorprendente y maravilloso. Sabéis ya que, partiendo del análisis de los síntomas, llegamos al conocimiento de sucesos de la vida infantil a los cuales se halla fijada la libido, y que constituyen el nódulo de las manifestaciones sintomáticas. Pero lo asombroso es que estas escenas infantiles no son siempre verdaderas. Podemos afirmar, en efecto, que en su mayor parte son falsas, y en algunos casos incluso directamente contrarias a la verdad histórica. Más que otro cualquier argumento, resulta apropiado este dato para hacer desconfiar de la labor analítica que ha llegado a un resultado semejante o de la buena fe del enfermo, sobre cuyas manifestaciones reposa todo el edificio del análisis y toda la comprensión de la neurosis. Trátase, además, de algo susceptible de sumirnos en la mayor

confusión. Si los sucesos infantiles averiguados por medio del análisis fueran siempre reales, experimentaríamos la sensación de movernos sobre un terreno sólido. Si fueran siempre falsos y se revelaran en todo caso como invenciones o fantasías de los enfermos, no nos quedaría otro remedio que abandonar este terreno movedizo y buscar otro más consistente. Pero no nos hallamos en ninguna de estas dos circunstancias. Los sucesos infantiles evocados o reconstituidos por el análisis son tan pronto incontestablemente falsos como no menos incontestablemente reales, y en la mayoría de los análisis se presentan como una mezcla de verdad y mentira. Los síntomas pueden, por tanto, corresponder, ora a sucesos que han acaecido realmente, y a los cuales debemos reconocer una influencia sobre la fijación de la libido; ora a fantasías de los enfermos, carentes de toda actuación etiológica. Resulta en extremo difícil orientarse en esta complicada situación. El único punto de referencia lo hallamos quizá en un análogo estado de cosas que descubrimos en una fase anterior de nuestra investigación psicoanalítica. Vimos, en efecto, que determinados recuerdos infantiles, que los hombres conservan siempre en su consciencia, sin que para atraerlos a ella haya habido precisión de análisis ninguno, podían también demostrarse como inexactos o, por lo menos, como una mezcla de mentira y realidad. De este modo, nos cabe el consuelo de que la desagradable sorpresa a la que nuestras investigaciones sobre los síntomas nos han conducido no es imputable a defectos del análisis, sino a peculiaridades del enfermo.

Baste reflexionar un poco para comprender que lo que en esta situación nos desorienta es el desprecio de la realidad y el hecho de no tener para nada en cuenta la diferencia que existe entre realidad e imaginación. Nos sentimos inclinados a reprochar al enfermo el habernos hecho prestar oído a sus invenciones y apreciamos la realidad como algo muy alejado de la imaginación y de muy distinto valor. Este último punto de vista es también el del pensamiento normal del enfermo.

Al oírle comunicarnos los materiales disimulados tras de sus síntomas y que han de conducirnos a situaciones optativas modeladas sobre los sucesos de la vida infantil, comenzamos siempre por preguntarnos si se trata de hechos reales o imaginarios. Pero más adelante hallamos indicios que nos permiten resolver esta cuestión en uno u otro sentido, planteándosenos

entonces la labor de poner al enfermo al corriente de la solución hallada, labor que no deja de traer consigo ciertas dificultades. Si desde un principio le decimos que se ha dedicado a relatarnos aquellos sucesos imaginarios con los que se encubre a sí propio la historia de su infancia, obrando así como todos y cada uno de los pueblos, los cuales constituyen con leyendas la historia de su olvidado pretérito, comprobaremos que su interés en proseguir hablando sobre el tema de que se trate disminuye súbitamente, resultado que contraría nuestros deseos. Querrá también volver a la realidad y manifestará su desprecio por las cosas imaginarias. Mas si para lograr nuestras intenciones terapéuticas mantenemos al sujeto en la convicción de que sus relatos reproducen exactamente los sucesos reales de su infancia, nos exponemos a que nos reproche más tarde nuestro error y se burle de nuestra presunta credulidad. Por otro lado, le costará mucho trabajo comprender nuestra proposición de colocar en un mismo plano la realidad y la fantasía y prescindir de toda preocupación sobre si aquellos sucesos de su vida infantil que nos ha relatado y tratamos de eludir pertenecen a la primera o la segunda de estas categorías.

Y, sin embargo, es ésta la única actitud recomendable con respecto a las producciones psíquicas, pues tales producciones son, a su vez, reales en un determinado sentido. Siempre quedará, en efecto, el hecho real de que el enfermo ha creado dichos sucesos imaginarios, y desde el punto de vista de la neurosis posee este hecho la misma importancia que si el contenido de tales fantasías fuera totalmente real. Estas fantasías poseen, pues, una realidad *psíquica* en contraste con la realidad *material*, y poco a poco vamos llegando a comprender que *en el mundo de las neurosis la realidad que desempeña el papel predominante es la realidad psíquica*.

Entre los sucesos que figuran en todas o casi todas las historias infantiles de los neuróticos hay algunos cuya particularísima importancia los hace dignos de especial mención. Estos hechos son el haber sorprendido a los padres realizando el coito, la seducción por una persona adulta y la amenaza de castración. Sería un error suponer que no se trata aquí sino de cosas imaginarias sin ninguna base real, pues, por lo contrario, resulta posible en un gran número de casos comprobar la efectividad de estos hechos interrogando

a los parientes más ancianos del enfermo. Así, es muy frecuente averiguar que, siendo niño, comenzó a jugar, sin ocultarse, con su órgano genital, y fue amenazado por sus padres o guardadores con la amputación del pene o de la mano pecadora. La realidad de esta amenaza es muchas veces confirmada por los mismos que la profirieron, pues creen haber obrado acertadamente intimidando así al niño.

Algunos enfermos conservan de ella un recuerdo consciente y correcto, sobre todo aquellos que al ser amenazados tenían ya alguna edad. Cuando la persona que la profiere es del sexo femenino, designa siempre como ejecutor al padre o al médico. En el célebre *Struwwelpeter*, del pediatra Hoffmann, obra cuyo encanto está en la profunda comprensión de los complejos de la infancia, tanto sexuales como de otro género, la castración se halla reemplazada por la amputación del pulgar, operación con la que se amenaza al niño para quitarle la costumbre del «chupeteo». No obstante, es inverosímil que la amenaza de castración sea tan frecuente como del análisis de los neuróticos pudiera deducirse, y, por tanto, habremos de suponer que el niño la imagina basándose, primero, en determinadas alusiones, sabiendo, en segundo lugar, que la satisfacción autoerótica se halla prohibida, y, por último, bajo la impresión que le ha dejado el descubrimiento del órgano genital femenino. Tampoco es nada inverosímil que aun en las familias no proletarias haya podido el niño, al que se cree incapaz de comprender y recordar determinados actos, ser testigo del comercio sexual entre sus padres u otras personas adultas, y que habiendo comprendido más tarde lo que hubo de ver, haya entonces reaccionado *in retrospect* a la impresión recibida. Pero cuando al descubrir las relaciones sexuales de las que ha podido ser testigo da detalles demasiado minuciosos para proceder de la observación real, o las describe, cosa que sucede con gran frecuencia, como relaciones *more ferarum*, no podemos dudar de que se trata de una fantasía basada en la observación de la cópula entre animales (los perros) y motivada por la insatisfacción escopofílica del niño, exacerbada durante los años de la pubertad.

El caso más extremo de este género es aquella fantasía en la que el sujeto pretende haber observado el coito de sus padres hallándose todavía en el seno materno. La fantasía relativa a la seducción presenta un interés particular,

pues muchas veces no se trata de un hecho imaginario, sino del recuerdo de un suceso real, aunque, por fortuna, no tan frecuente como por los resultados del análisis pudiera creerse. La seducción por niños de igual o mayor edad que el seducido es mucho más frecuente que la efectuada por personas adultas, y cuando una niña acusa en el análisis como seductor a su propio padre, cosa nada rara, no cabe duda alguna sobre el carácter imaginario de tal acusación, ni tampoco sobre los motivos que la determinan. Inventando una falsa seducción, trata el niño de encubrir el período autocrático de su actividad sexual, y al crear un imaginativo objeto de su deseo sexual durante este lejano período de su infancia, se ahorra la vergüenza de confesar haberse entregado a la masturbación. No creáis, sin embargo, que el abuso sexual cometido con niños por sus padres o parientes más próximos sea un hecho perteneciente por completo al dominio de la fantasía. La mayoría de los psicoanalistas han tenido, entre sus enfermos, casos en los que este abuso ha existido realmente y pudo ser confirmado de una manera indiscutible. Pero, en general, se comprobó también que fue realizado en una época mucho más tardía de la que el sujeto fijaba.

Experimentamos la impresión de que todos estos sucesos de la vida infantil constituyen un elemento necesario e indispensable de la neurosis, pues cuando no corresponden a la realidad, son creados imaginativamente. De todas maneras, el resultado es el mismo, y no hemos podido observar todavía diferencia alguna entre los efectos de los sucesos reales de este género y los producidos por las creaciones imaginativas homólogas. Hallamos aquí nuevamente una relación de complemento, y, por cierto, la más singular de todas las que hasta ahora conocemos. La primera interrogación que se nos plantea es la referente al origen de la necesidad de estas invenciones y a la procedencia de los materiales que las constituyen. No podemos dudar de los móviles a que obedecen, pero sí habremos de intentar explicarnos por qué hallamos siempre invenciones de idéntico contenido. Sé muy bien que la respuesta que puedo daros a esta interrogación os parecerá harto atrevida. A mi juicio, tales fantasías, a las que, en unión de otras varias, creo poder calificar de «primitivas», constituyen un patrimonio filogénico. Por medio de ellas vuelve el individuo a la vida primitiva, cuando la suya propia ha llegado a ser excesivamente rudimentaria.

Es, además, posible que todo lo que el sujeto nos relata como fantasías durante el análisis, o sea la seducción infantil, la excitación sexual a la vista del comercio carnal de los padres y la amenaza de la castración, o más bien, la castración; es posible, repito, que todas estas invenciones fueran en épocas lejanas, en las fases primitivas de la familia humana, realidades concretas, y que dando libre curso a su imaginación no haga el niño sino llenar, con ayuda de la verdad prehistórica, lagunas de la verdad individual. Se experimenta, pues, la impresión de que la psicología de las neurosis es susceptible de proporcionarnos, sobre las fases primitivas de la evolución humana, datos más numerosos y exactos que ninguna de las restantes fuentes de que disponemos.

Las cuestiones examinadas en los párrafos que anteceden nos obligan a detener nuestra atención en el problema del origen y carácter de aquella actividad espiritual que denominamos «fantasía», actividad que, como sabéis, goza de alta estimación, aunque no hayamos podido todavía localizarla exactamente en la vida psíquica. He aquí lo que sobre ella puedo deciros: Bajo la influencia de la necesidad exterior, llega el hombre a adquirir poco a poco una exacta noción de lo real y adaptar su conducta a aquello que hemos convenido en denominar «principio de la realidad», adaptación que le fuerza a renunciar, provisional o permanentemente, a diversos objetos y fines de sus tendencias hedonistas, incluyendo entre ellas la tendencia sexual. Pero todo renunciamiento al placer ha sido siempre doloroso para el hombre, el cual no lo lleva a cabo sin asegurarse cierta compensación. Con este fin, se ha reservado una actividad psíquica, merced a la cual todas las fuentes de placer y todos los medios de adquirir placer a los cuales ha renunciado continúan existiendo bajo la forma que les pone al abrigo de las exigencias de la realidad y de aquello que denominamos «prueba de la realidad». Toda tendencia reviste en seguida la forma que la representa como satisfecha; y no cabe duda de que complaciéndonos en las satisfacciones imaginarias de nuestros deseos, experimentamos un placer, aunque no lleguemos a perder la consciencia de su irrealidad. En la actividad de su fantasía continúa gozando el individuo de una libertad a la que la coerción exterior le ha hecho renunciar, en realidad, hace ya mucho tiempo. No bastándole la escasa

satisfacción que puede arrancar a la vida real, se entrega a un proceso, merced al cual puede comportarse alternativamente como un animal, sólo obediente a sus instintos, y como un ser razonable. «Es imposible prescindir de construcciones auxiliares», dice Th. Fontane en una de sus obras. La creación del reino psíquico de la fantasía halla su completa analogía en la institución de «parques naturales», allí donde las exigencias de la agricultura, de las comunicaciones o de la industria amenazan con destruir un bello paisaje. En estos parques se perpetúan intactas las bellezas naturales que en el resto del territorio se ha visto el hombre obligado a sacrificar —muchas veces con disgusto— a fines utilitarios, y en ellos debe todo tanto lo útil como lo perjudicial, crecer y expandirse sin coerción de ningún género. El reino psíquico de la fantasía constituye uno de estos parques naturales sustraído al principio de la realidad.

Los productos más conocidos de la fantasía son los «sueños diurnos» de los que ya hemos hablado: satisfacciones imaginarias de deseos ambiciosos o eróticos y tanto más completas y espléndidas cuanto más necesaria es en la realidad la modestia y la resignación. En estos sueños diurnos se nos muestra claramente la esencia misma de la felicidad imaginaria, que consiste en hacer independiente la adquisición del placer del sentimiento de la realidad. Sabemos, además, que tales fantasías constituyen el nódulo y el prototipo de los sueños nocturnos, los cuales no son en el fondo otra cosa que un sueño diurno dotado de una mayor maleabilidad por la libertad nocturna de las tendencias y deformado por el aspecto nocturno de la actividad psíquica. Por último, he de recordaros que el sueño diurno no es necesariamente consciente, existiendo sueños diurnos inconscientes susceptibles de originar tantos sueños nocturnos como síntomas neuróticos.

Las consideraciones que siguen nos ayudarán a comprender el papel que la fantasía desempeña en la formación de síntomas. Dijimos antes que en 106 casos de frustración, vuelve la libido a ocupar, por regresión, posiciones pretéritas que abandonó en su marcha progresiva, aunque dejando en ellas determinadas adherencias. Sin retirar nada de esta afirmación ni rectificarla en ningún modo, la completaremos ahora con un nuevo elemento. Si la libido halla sin dificultad el camino que ha de conducir a tales puntos de fijación es porque no ha llegado a abandonar totalmente aquellos objetos y orientaciones

que en su marcha progresiva fue dejando atrás. Estos objetos y orientaciones, o sus derivados, persisten todavía con cierta intensidad en las representaciones de la fantasía, y de este modo bastará con que la libido entre de nuevo en contacto con tales representaciones para que, desde luego, halle el camino que ha de conducirla a todas las fijaciones reprimidas. Las fantasías a que nos referimos han gozado siempre de cierta tolerancia, y por muy opuestas que hayan sido a las tendencias del *yo*, no han llegado a entrar en el conflicto con él mientras ha ido cumpliéndose una determinada condición de naturaleza *cuantitativa*. Pero esa condición queda ahora perturbada por el reflujo de la libido a dichas fantasías, cuyo acervo de energía queda así aumentado hasta tal punto, que comienza a manifestar una tendencia a la realización, surgiendo entonces, inevitablemente, el conflicto con el *yo*. Cualquiera que sea el sistema psíquico —preconsciente o consciente— al que pertenezcan, sucumben ahora a la represión por parte del *yo* y quedan sometidas a la atracción de lo inconsciente. Estas fantasías devenidas inconscientes son el punto de apoyo que utiliza la libido para remontarse hasta sus orígenes en lo inconsciente; esto es, hasta sus propios puntos de fijación.

La regresión de la libido a la fantasía constituye una etapa intermedia en el camino que conduce a la formación de síntomas, etapa que merece una especial denominación. Jung propuso a este efecto la de *introversión*, acertadísima a nuestro juicio, pero incurrió luego en error dándole una segunda significación apropiada. Por nuestra parte, designamos exclusivamente con el nombre de introversión al alejamiento de la libido de las posibilidades de satisfacción real y su desplazamiento sobre fantasías consideradas hasta el momento como inofensivas. Un introvertido no es todavía un neurótico; pero se encuentra ya en una situación de equilibrio inestable y manifestará síntomas neuróticos con ocasión del primer desplazamiento de energías que en él se verifique, a menos que su libido reprimida halle un diferente exutorio. El carácter irreal de la satisfacción neurótica y la desaparición de la diferencia entre fantasía y realidad, quedan, en cambio, determinados por la permanencia en la fase de la introversión.

Habréis observado, sin duda, que en mis últimas explicaciones he introducido en el encadenamiento etiológico un nuevo factor: la cantidad, o

sea la magnitud de las energías, factor cuya actuación habremos de examinar desde muy diversos puntos de vista.

El análisis puramente cualitativo en las condiciones etiológicas no llega a agotar la materia, cosa que equivale a afirmar que la concepción puramente *dinámica* de los procesos psíquicos que nos ocupan resulta insuficiente, siendo preciso considerarlos también desde el punto de vista *económico*. Debemos, pues, decirnos que el conflicto entre dos tendencias no surge sino a partir del momento en que los revestimientos alcanzan una cierta intensidad, aunque desde largo tiempo atrás existan las necesarias condiciones de contenido. La importancia patógena de los factores constitucionales dependen asimismo del predominio cuantitativo de una determinada tendencia parcial en la disposición constitucional y puede incluso afirmarse que todas las predisposiciones humanas son cualitativamente idénticas y no difieren entre sí más que por sus proporciones cuantitativas. No menos decisivo es este factor cuantitativo en lo que respecta a la capacidad de resistencia del sujeto contra la neurosis. Todo depende, en efecto, de la *cantidad* de libido inempleada que el sujeto pueda mantener en estado de suspensión y de la *parte más o menos considerable* de esta libido que el mismo sea capaz de desviar de la sexualidad y orientar hacia la sublimación. El último fin de la actividad psíquica, que desde el punto de vista cualitativo puede ser descrito como una tendencia a conseguir el placer y evitar el dolor, se nos muestra, considerado desde el punto de vista económico, como un esfuerzo encaminado a dominar las magnitudes de excitación actuantes sobre el aparato psíquico e impedir el dolor que pudiera resultar de su estancamiento.

Es todo esto lo que me proponía deciros sobre la formación de síntomas en las neurosis; pero quiero insistir una vez más, y en forma más explícita, sobre la circunstancia de que todo lo dicho no se refiere sino a la formación de síntomas en la histeria. Ya en la neurosis obsesiva nos hallamos ante un diferente estado de cosas, aunque los hechos fundamentales continúan siendo los mismos. Las resistencias a los impulsos derivados de las tendencias, resistencias de las cuales hemos hablado a propósito de la histeria, pasan en la neurosis obsesiva a ocupar el primer plano y a dominar el cuadro clínico por medio de las llamadas «formaciones reaccionales».

Análogas diferencias y otras más profundas aparecen en las demás neurosis, en las que aún no hemos llevado a término nuestras investigaciones sobre sus correspondientes mecanismos de formación de síntomas.

Antes de terminar esta conferencia, quisiera llamaros todavía la atención sobre una de las facetas más interesantes de la vida de la fantasía. Se trata de la existencia de un camino de retorno desde la fantasía a la realidad. Este camino no es otro que el del arte. El artista es, al mismo tiempo, un introvertido próximo a la neurosis. Animado de impulsos y tendencias extraordinariamente enérgicos, quisiera conquistar honores, poder, riqueza, gloria y amor. Pero le faltan los medios para procurarse esta satisfacción y, por tanto, vuelve la espalda a la realidad, como todo hombre insatisfecho, y concentra todo su interés, y también su libido, en los deseos creados por su vida imaginativa, actitud que fácilmente puede conducirle a la neurosis. Son, en efecto, necesarias muchas circunstancias favorables para que su desarrollo no alcance ese resultado, y ya sabemos cuán numerosos son los artistas que sufren inhibiciones parciales de su actividad creadora a consecuencia de afecciones neuróticas. Su constitución individual entraña seguramente una gran actitud de sublimación y una cierta debilidad para efectuar las represiones susceptibles de decidir el conflicto. Pero el artista vuelve a encontrar el camino de la realidad en la siguiente forma: desde luego, no es el único que vive una vida imaginativa. El dominio intermedio de la fantasía goza del favor general de la Humanidad, y todos aquellos que sufren de cualquier frustración acuden a buscar en ella una compensación y un consuelo. La diferencia está en que los profanos no extraen de las fuentes de la fantasía sino un limitadísimo placer, pues el carácter implacable de sus represiones los obliga a contentarse con escasos sueños diurnos que, además, no son siempre conscientes. En cambio, el verdadero artista consigue algo más. Sabe dar a sus sueños diurnos una forma que los despoja de aquel carácter personal que pudiera desagradar a los extraños y los hace susceptibles de constituir una fuente de goce para los demás. Sabe embellecerlos hasta encubrir su equívoco origen y posee el misterioso poder de modelar los materiales dados hasta formar con ellos una fidelísima imagen de la representación existente en su imaginación enlazando de este modo a su

fantasía inconsciente una suma de placer suficiente para disfrazar y permitir, por lo menos de un modo interino, las represiones. Cuando el artista consigue realizar todo esto, procura a los demás el medio de extraer nuevo consuelo y nuevas compensaciones de las fuentes de goce inconscientes, devenidas inaccesibles para ellos. De este modo logra atraerse el reconocimiento y la admiración de sus contemporáneos y acaba por conquistar, merced a su fantasía, aquello que antes no tenía sino una realidad imaginativa: honores, poder y amor de las mujeres.

LECCIÓN XXIV.
EL ESTADO NEURÓTICO CORRIENTE

Señoras y señores:

DESPUÉS del considerable avance que con las últimas conferencias hemos dado a nuestra labor expositiva, quiero abandonar por un momento la materia para dirigirme directamente a vosotros. Sé, desde luego, que os halláis descontentos. Os habéis formado una idea distinta de lo que debía ser una «Introducción al Psicoanálisis», y no esperabais oír la exposición de una teoría, sino la de una serie de ejemplos extraídos de la vida real. Me diréis asimismo que en una ocasión, cuando os expuse el paralelo anecdótico titulado *En el bajo y en el principal*, llegasteis a comprender, sin esfuerzo, algo de la etiología de las neurosis, pero que lamentáis que se tratase de una anécdota imaginativa y no de una observación real. Igualmente, cuándo al principio de esta serie de conferencias os di a conocer dos interesantes casos clínicos, revelándoos, en cada uno de ellos, la relación de los síntomas con la vida del enfermo y haciéndoos asistir después a la desaparición de dichos síntomas, pudisteis ver con toda claridad el «sentido» de los mismos. Esperabais, pues, verme perseverar en este camino; pero, por el contrario, me he dedicado a desarrollar ante vosotros extensas y complicada teorías, nunca completas, manejando conceptos en cuyo conocimiento no os había aún hecho penetrar, pasando de la concepción descriptiva a la concepción dinámica y de ésta a la «económica», y dejándoos en la duda de si cada uno de los términos técnicos por mí empleados correspondía a una noción distinta o si existían algunos que, poseyendo idéntico significado, no eran aplicados alternativamente sino por razones eufónicas. Por último, os he presentado puntos de vista tan vastos como los del principio del placer, el principio de la realidad y el patrimonio hereditario filogénico, y en lugar de mostraros el acceso a una disciplina, he hecho desfilar ante vosotros algo que a medida que yo lo iba evocando se alejaba de vuestra inteligencia.

¿Por qué no he iniciado la introducción a la teoría de las neurosis por la exposición de aquello que sobre ellas os es ya conocido y ha suscitado desde hace largo tiempo vuestro interés? ¿Por qué no he comenzado por hablaros de la naturaleza particular de los neuróticos, de sus incomprensibles reacciones a la vida de relación social y a las influencias exteriores, de su irritabilidad y de su falta de previsión y adaptación? ¿Por qué no os he conducido poco a poco desde la inteligencia de las formas simples, que pueden observarse todos los días, a la de los problemas relacionados con las manifestaciones más extremas y enigmáticas de la neurosis?

Reconozco lo acertado de éstas vuestras observaciones, y no tengo la pretensión de presentaros los defectos de mi arte expositiva como méritos particulares de la misma. Llegaré incluso a concederos que una distinta forma de exposición hubiera sido quizá más provechosa para vosotros, y en realidad mi intención era la de seguir un diferente sistema en estas lecciones; pero no siempre resulta fácil realizar nuestros propósitos, por razonables que sean, pues la materia misma que de desarrollar se trata impone un determinado curso y nos desvía de nuestras primeras intenciones. Incluso una labor tan sencilla, aparentemente, como la de ordenar un material que conocemos a fondo no depende siempre de nuestra exclusiva voluntad, sino que va realizándose por sí misma, dejándonos reducidos a investigar, *a posteriori*, por qué en nuestra exposición han ido ordenándose los materiales en una forma dada, con preferencia a otra cualquiera. En nuestro caso, una de las razones a que quizá obedece el curso seguido es la de que el título de «Introducción al Psicoanálisis» no resulta ya apropiado para la parte de nuestra exposición referente a las neurosis. La introducción al psicoanálisis se contrae más bien al estado de los actos fallidos y los sueños, pues la teoría de las neurosis constituye ya el psicoanálisis mismo. De todos modos, no creo que me hubiera sido posible daros a conocer en tan poco tiempo el contenido de la teoría de las neurosis empleando una forma menos sintética y condensada. Se trataba de daros una idea de conjunto del sentido y de la importancia de los síntomas y del mecanismo y condiciones interiores y exteriores de su formación, y esto es lo que he intentado conseguir en mis explicaciones, pues ello constituye por el momento el nódulo de lo que el psicoanálisis puede enseñaros, aunque todavía nos queda mucho que decir

sobre la libido y su desarrollo y también sobre el desarrollo del *yo*. Las premisas de nuestra técnica y las nociones de lo inconsciente y de la represión (de la resistencia) nos son ya conocidas, por lo que sobre ellas os expuse en mi primera serie de conferencias. Más adelante, en una de las próximas lecciones, os señalaré la dirección en que la labor psicoanalítica continúa su progreso orgánico. Por lo pronto, no os he ocultado que todas nuestras deducciones no han sido extraídas sino de un solo grupo de afecciones nerviosas: esto es, de las llamadas neurosis de transferencia, y que incluso al analizar el mecanismo de la formación de síntomas me he atenido exclusivamente a la neurosis histérica. Resulta, pues, que, aun suponiendo que no haya logrado con mi exposición haceros adquirir un sólido y detallado conocimiento de estas materias, siempre os habré dado una exacta idea de los medios con los que el psicoanálisis labora, de los problemas que se plantea y de los resultados que he obtenido.

He supuesto que hubierais deseado verme comenzar la exposición de las neurosis por la descripción de la conducta de los sujetos neuróticos ante la vida, de los sufrimientos que su enfermedad les causa y de la forma en que se defienden contra ella o a ella se adaptan. Es ésta, desde luego, una materia interesante, instructiva y nada difícil de exponer, pero hubiera sido peligroso comenzar por ella. De hacerlo así, habríamos corrido el peligro de no llegar a descubrir lo inconsciente, dejar pasar inadvertida la gran importancia de la libido y apreciar los hechos de un modo idéntico a como lo hace el *yo* del enfermo, al cual no podemos considerar como juez imparcial, pues siendo el *yo* el poder que niega lo inconsciente y lo reprime, no está capacitado para formular un juicio equitativo. Entre los objetos reprimidos, figuran en primera línea las exigencias sexuales rechazadas, y, por tanto, no podremos nunca formarnos una idea de su magnitud e importancia ateniéndonos al concepto de que de ellos posee el *yo*. Desde el momento en que descubrimos el proceso de la represión, vemos la imposibilidad de aceptar como juez del litigio a ninguna de las dos partes litigantes, y mucho menos a la que aparece como victoriosa. Sabemos ya, en efecto, que todo lo que el *yo* podría decirnos habría de inducirnos en error. Si hemos de creer sus manifestaciones, fue siempre y en toda ocasión activo, habiendo creado, por propia voluntad, sus

síntomas. Pero nos consta que muchas veces hubo de mantenerse en absoluta pasividad, actitud que trata de ocultar a nuestros ojos, aunque algunas veces —así, en las neurosis obsesivas— no consiga ni siquiera iniciar tal intento y se vea obligado a confesar la existencia de fuerzas extrañas que se le imponen y contra las que le cuesta enorme esfuerzo defenderse.

Aquellos que sin desalentarse ante estas advertencias acepten como verdaderas las falsas indicaciones del *yo*, eludirán con gran facilidad todos los obstáculos que se oponen a la interpretación psicoanalítica de lo inconsciente, de la sexualidad y de la pasividad del *yo*, y podrán afirmar, como lo hace A. Adler, que el carácter «neurótico» es la causa de la neurosis y no su efecto, pero no podrán explicar el menor detalle de la formación de síntomas ni interpretar el sueño más insignificante.

Vais a preguntarme si no sería posible reconocer la parte que corresponde al *yo* en los estados neuróticos y en la formación de síntomas sin dejar de lado, de una manera demasiado flagrante, los factores descubiertos por el psicoanálisis. Interrogación a la que os responderé que ello debe ser ciertamente posible y llegará un día en que se realice, pero que dada la orientación seguida por nuestra disciplina, no debe ser ésta su labor inicial. Lo que sí podemos es predicar el momento en que el psicoanálisis habrá de dedicarse a ella. Existen neurosis en las que el *yo* participa con mucha mayor intensidad que en aquellas que hemos estudiado hasta el momento. Son éstas las neurosis que denominamos «narcisistas», cuyo examen analítico nos permitirá determinar con toda certidumbre e imparcialidad la participación del *yo* en la participación de las afecciones neuróticas.

Existe, sin embargo, una determinada relación del *yo* con su neurosis, que por su evidencia podemos ya desde un principio tomar en consideración. No parece faltar en ningún caso; pero donde con mayor precisión se nos muestra es en una enfermedad a cuya inteligencia no hemos llegado aún: en la *neurosis traumática*. Habéis de saber que en la determinación y el mecanismo de todas las formas posibles de neurosis hallamos siempre la intervención de los mismos factores, variando únicamente la importancia de cada uno de ellos con respecto a la formación de síntomas. Sucede con estos elementos lo que con los actores de una compañía teatral, los cuales tienen

marcado cada uno su empleo especial —galán, joven, graciosa, barba, etc.—; pero, llegado el día de su beneficio, escogen siempre un papel de naturaleza distinta. De este modo resulta que en la histeria se nos muestran con mayor evidencia que en ninguna otra neurosis las fantasías que se convierten en síntomas; en las neurosis obsesivas son las resistencias y las formaciones reaccionales lo que predomina en el cuadro sintomático; en la paranoia ocupa el primer lugar, a título de delirio, aquello que al estudiar los sueños calificamos de *elaboración secundaria*, y así sucesivamente.

Desde este punto de vista descubrimos en las neurosis traumáticas, y sobre todo en las provocadas por los horrores de la guerra, un móvil personal egoísta, utilitario y defensivo, que es incapaz de crear por sí solo la enfermedad, pero que contribuye a la aparición de la misma y la mantiene una vez surgida. Este motivo intenta proteger el *yo* contra los peligros cuya amenaza ha constituido la causa ocasional de la enfermedad y hará imposible la curación mientras que el enfermo no se halle garantizado contra el retorno de dichos peligros o no haya recibido una compensación por haberse expuesto a ellos.

Tal interés del *yo* en el nacimiento y la persistencia de la neurosis no es privativo de los trastornos traumáticos, sino común a todas las dolencias neuróticas. Ya hube de indicaros que el *yo* coadyuva a la persistencia del síntoma, pues halla en éste algo que ofrece satisfacción a sus tendencias represoras. Además, la solución del conflicto por medio de la formación de síntomas es la más cómoda y mejor adaptada al principio del placer, pues ahorra al *yo* una penosa y considerable labor interna. Hay casos en los que incluso el mismo médico se ve obligado a convenir en que la neurosis constituye la solución más inofensiva, y desde el punto social, más ventajosa, de un conflicto, pronunciándose, por tanto, en favor de aquella misma enfermedad que ha sido llamada a combatir. No es esto cosa que deba asombrarnos sobre manera, pues el médico sabe que hay en el mundo otras miserias distintas de la enfermedad neurótica y otros sufrimientos quizá más reales y todavía más rebeldes, y sabe también que la necesidad puede obligar a un hombre a sacrificar su salud cuando este sacrificio individual puede evitar una inmensa desgracia de la que sufrirían muchos otros. Si de este modo se ha podido decir que el neurótico *se refugia en la enfermedad para*

escapar a un conflicto, hay que convenir en que en determinados casos se halla justificada esta fuga, y el médico, si se da cuenta de la situación, debería retirarse en silencio y con todos los respetos.

Pero hagamos abstracción de estos casos excepcionales. En los ordinarios, el hecho de refugiarse en la neurosis procura al *yo* una determinada ventaja de orden interno y naturaleza patológica, ventaja a la que en determinadas ocasiones se añade otra de orden exterior, cuyo valor real es muy variable. Tomemos el ejemplo más frecuente de este género. Una mujer a la que su marido maltrate y explote sin consideración alguna se refugiará en la neurosis cuando a ello coadyuve su constitución, cuando sea demasiado cobarde o demasiado honrada para mantener un secreto comercio con otro hombre, cuando no sea bastante fuerte para desafiar los prejuicios sociales y separarse de su marido, cuando no experimente el deseo de rehacer su vida o buscar un marido mejor y cuando, además, le impulse, a pesar de todo, su instinto sexual hacia su verdugo. La neurosis constituirá para esta mujer un arma defensiva y hasta un instrumento de venganza. De su matrimonio no le estaba permitido lamentarse y, en cambio, de su enfermedad puede hacerlo. Hallando en el médico un poderoso auxiliar, obliga a su marido, que en circunstancias normales no tenía para ella consideración ninguna, a respetarla, a hacer gastos considerables y a permitirse ausentarse de su casa y escapar por algunas horas a la tiranía conyugal. En los casos en que la ventaja exterior o accidental que la enfermedad procura de este modo al *yo* es considerable y no puede ser reemplazada por ninguna otra más real, el tratamiento de la neurosis corre el peligro de no tener eficacia alguna.

Vais a objetarme que estas ventajas procuradas por la enfermedad constituyen un argumento favorable a la concepción que antes rechazamos, y según la cual es el *yo* el que crea y quiere la neurosis. Nada de eso: los hechos que acabo de relataros no son, en todo caso, más que una prueba de que el *yo* se complace en la neurosis, y no habiendo podido evitarla, la utiliza del mejor modo posible. En la medida en que la neurosis presenta ventajas, el *yo* se acomoda a ella sin esfuerzo, pero al lado de tales ventajas existen también graves daños. Resulta así, generalmente, que el *yo* realiza un mal negocio dejándose sumir en la neurosis, pues paga demasiado cara la atenuación del conflicto y no consigue sino cambiar los sufrimientos que el

mismo le infligía por las sensaciones de dolor inherentes a los síntomas, sensaciones que traen consigo una mayor magnitud de displacer. En esta situación intentará el *yo* desembarazarse de lo que los síntomas tienen de doloroso sin renunciar a las ventajas que saca de la enfermedad, pero todos sus esfuerzos serán baldíos, circunstancia demostrativa de que su actividad no es tan completa como él mismo suponía.

En el tratamiento de los neuróticos puede comprobarse sin dificultad que aquellos enfermos que más se lamentan de su padecimiento no son luego los que menores resistencias oponen a nuestra labor terapéutica. Más bien al contrario. Pero comprenderéis fácilmente que todo aquello que contribuye a aumentar las ventajas del estado patológico tiene que intensificar la resistencia de la represión y agravar las dificultades terapéuticas. A la ventaja que procura el estado patológico, y que nace, por decirlo así, con el síntoma, debemos añadir otra nueva que se manifiesta más tarde. Cuando una organización psíquica, tal como la enfermedad, se ha mantenido durante un cierto tiempo, acaba por comportarse como una entidad independiente, manifestando una especie de instinto de conservación y estableciendo un *modus vivendi* con los demás sectores de la vida psíquica, incluso con aquellos que en el fondo le son hostiles. De este modo encuentra siempre ocasión de mostrarse de nuevo útil y aprovechable, llegando a desempeñar una *función secundaria* muy apropiada para consolidar y proteger su existencia. A título de aclaración os expondré un ejemplo extraído de la vida cotidiana: un honrado obrero que gana su vida con su trabajo queda inválido a consecuencia de un accidente profesional. Imposibilitado ya para trabajar, ve asegurada en parte su existencia por la pequeña renta que le pasa el patrono a cuyo servicio se hallaba cuando le ocurrió el accidente, y aprende, además, a utilizar su desgracia para dedicarse a la mendicidad. Resulta, pues, que su actual vida miserable reposa sobre el mismo hecho que puso término a su honrado pasar anterior. Poniendo término a su invalidación, le quitaríais sus medios de subsistencia, y, por tanto, habréis primero de comprobar su capacidad para retornar a su antiguo trabajo. Aquello que en la neurosis corresponde a este aprovechamiento secundario de la enfermedad puede ser considerado como una ventaja *secundaria* que viene a añadirse a la primaria.

Sin embargo, he de advertiros de un modo general que no debéis estimar

muy por bajo la importancia práctica de la ventaja procurada por el estado patológico, pero tampoco dejar que influya con exceso en la concepción teórica. Abstracción hecha de las excepciones antes reconocidas, nos recuerda esta ventaja los ejemplos de inteligencia de los animales que Oberländer ilustró en el *Fliegende Blätter*:

Un árabe, montado en su camello, pasa por un estrecho sendero tallado en una abrupta montaña. En una revuelta del camino se halla de repente ante un león dispuesto a saltar sobre él. La montaña a un lado y al otro un abismo, cierran toda salida. No hay tampoco tiempo de volver grupas y huir del peligro. El árabe se ve perdido. Pero el camello, más inteligente, encuentra el medio de burlar al león, arrojándose con su jinete al abismo, donde ambos quedan destrozados. De este mismo género es la ayuda que al enfermo presta la neurosis. Es muy posible que la solución del conflicto por la formación de síntomas no constituya sino un proceso automático, estimulado por la inferioridad del individuo ante las exigencias de la vida y en el que el hombre renuncia a utilizar sus mejores y más elevadas energías. Pero si hubiera posibilidad de escoger, debería preferirse la derrota heroica; esto es, la consecutiva a un noble cuerpo a cuerpo con el Destino.

Debo exponeros todavía las demás razones por las que no he comenzado mi exposición de la teoría de las neurosis con la relativa al estado neurótico corriente. Creéis, quizá, que si he procedido así ha sido porque de otro modo hubiera encontrado más dificultades para establecer la etiología sexual de las neurosis. Nada de eso. En las neurosis de transferencia es necesario comenzar por la interpretación de los síntomas para poder llegar a tal etiología y, en cambio, en las formas ordinarias de las neurosis llamadas *actuales*, la importancia etiológica de la vida sexual aparece con particular evidencia. Hace ya más de veinte años que hube de llegar a esta conclusión al preguntarme por qué los médicos nos obstinamos en dejar a un lado, al examinar a nuestros enfermos nerviosos, su actividad sexual. Por aquel entonces sacrifiqué a estas investigaciones la simpatía de que gozaba cerca de los enfermos, pero no fue muy fácil comprobar que una vida sexual normal excluye toda posibilidad de contraer neurosis alguna de las llamadas *actuales*. Cierto es que esta afirmación borra las diferencias individuales y adolece de

la vaguedad inherente al concepto de «lo normal»; pero, de todos modos, posee todavía un valor de orientación. En la época a que me estoy refiriendo llegué incluso a establecer relaciones específicas entre determinadas formas de nerviosidad y ciertas perturbaciones sexuales particulares, y estoy convencido de que hoy en día volvería a realizar idénticas observaciones si dispusiese de un análogo conjunto de enfermos que someter a observación. Con gran frecuencia llegué a comprobar que individuos limitados a una satisfacción sexual incompleta (por ejemplo, la masturbación manual), habían contraído una forma determinada de neurosis actual, y que esta forma era reemplazada por otra distinta cuando el sujeto adoptaba un régimen sexual diferente, aunque legalmente poco recomendable. De este modo me fue posible adivinar las transformaciones de la vida sexual del enfermo por los cambios y reflejos de su estado patológico y adquirí asimismo la costumbre de mantener mis hipótesis y perseverar hasta vencer la insinceridad del enfermo y arrancarle una completa confesión, aunque el resultado fuera que mis clientes me abandonasen para dirigirse a otros médicos que ponían menor insistencia en informarse sobre su vida sexual.

No pudo tampoco pasarme inadvertido que la etiología del estado patológico no se refería siempre, obligadamente, a la vida sexual. Unos sujetos enferman, en efecto, a consecuencia de una perturbación sexual; pero, en cambio, otros se ven atacados de una dolencia neurótica después de pérdidas pecuniarias importantes o de una grave enfermedad orgánica. La explicación de esta variedad no se nos ha mostrado sino más tarde, cuando comenzamos a entrever las relaciones recíprocas, hasta entonces solamente sospechadas, entre el *yo* y la libido, pero ha ido completándose y haciéndose cada vez más satisfactoria a medida que nuestro conocimiento de dichas relaciones ha ganado en profundidad. Para que una persona enferme de neurosis es necesario que su *yo* haya perdido la facultad de reprimir la libido en una forma cualquiera. Cuando más fuerte es el *yo*, más fácil le será llevar a cabo tales represiones. Toda debilitación de sus energías, cualquiera que sea la causa a que obedezca, traerá consigo efectos idénticos a los provocados por el exagerado crecimiento de las exigencias de la libido, y hará, por tanto, posible el nacimiento de una neurosis. Entre el *yo* y la libido existen todavía otras relaciones más íntimas, cuyo examen dejaremos para más adelante, pues

carecen de conexión con el punto concreto de que nos ocupamos. Lo que por el momento resulta más importante e instructivo para nosotros es que en todos los casos, y cualquiera que sea el motivo ocasional de la enfermedad, son los síntomas proporcionados por la libido, circunstancia que testimonia de un aprovechamiento anormal de la misma.

Debo atraer ahora vuestra atención sobre la diferencia fundamental que existe entre los síntomas de las neurosis actuales y los correspondientes a las psiconeurosis, grupo este último al que pertenecen las neurosis de transferencia, cuyo estudio venimos realizando. En muchos casos se derivan los síntomas de la libido, constituyendo aprovechamientos anormales de la misma, a título de satisfacciones sustitutivas; pero los síntomas de las neurosis actuales —pesadez de cabeza, sensación de dolor, irritación de un órgano, debilitación o inhibición de una función— carecen de «sentido»; esto es, de significación psíquica. No sólo limitan al cuerpo su campo de exteriorización —conducta idéntica a la de los síntomas histéricos—, sino que constituyen procesos exclusivamente somáticos, en cuya génesis faltan todos aquellos complicados mecanismos psíquicos que antes examinamos. Corresponde, pues, en realidad, al concepto que durante mucho tiempo se ha tenido de los síntomas psicoanalíticos. Pero entonces, ¿cómo es posible que constituyan aprovechamientos de la libido, la cual es, como ya hemos visto, una fuerza psíquica? Muy sencillo. Permitidme evocar una de las primeras objeciones que se opusieron a nuestra disciplina. Decíase que el psicoanálisis perdía el tiempo queriendo establecer una teoría puramente psicológica de los fenómenos neuróticos, labor estéril por completo, dado que las teorías psicológicas no podrían jamás proporcionarnos la explicación de una enfermedad. Pero al esgrimir este argumento se olvidaba que la función sexual no es ni puramente psíquica ni puramente somática, sino que ejerce a la vez su influencia sobre la vida anímica y sobre la vida corporal. Si hemos reconocido en los síntomas de las psiconeurosis manifestaciones psíquicas de perturbaciones sexuales, no podemos ya asombrarnos de hallar en las neurosis actuales los efectos somáticos directos de dichas perturbaciones.

Para la concepción de estas últimas neurosis nos proporciona la clínica médica una preciosa indicación, que ha sido ya tomada en cuenta por diversos autores. Las neurosis actuales manifiestan en todos los detalles de su

sintomatología, así como en su peculiar cualidad de influir sobre todos los sistemas orgánicos y sobre todas las funciones, una incontestable analogía en los estados patológicos ocasionados por la acción crónica de sustancias tóxicas exteriores o por la supresión brusca de las mismas, esto es, con las intoxicaciones y los estados de abstinencia. El parentesco entre estos dos grupos de afecciones resulta todavía más íntimo cuando se trata de estados patológicos que, como la enfermedad de Basedow, atribuimos a la acción de sustancias tóxicas no procedentes del exterior y ajenas al organismo, sino producto de los procesos químicos del soma. A mi juicio, nos impone estas analogías la conclusión de que las neurosis actuales son consecuencia de perturbaciones del metabolismo de las sustancias sexuales, sea que la producción de toxinas resulte superior a la que el individuo puede soportar, sea que determinadas condiciones internas o incluso psíquicas perturben el adecuado aprovechamiento de dichas sustancias. La sabiduría popular ha profesado siempre estas ideas sobre la naturaleza del deseo sexual, diciendo que el amor es una «embriaguez», que el enamoramiento puede ser provocado por determinadas bebidas o «filtros», hipótesis con la que cambia el origen del agente, de endógeno en exógeno. Con este motivo podríamos recordar aquí la existencia de zonas erógenas y la afirmación de que la excitación sexual puede nacer en los más diversos órganos. Fuera de esto, el término «metabolismo sexual» o «quimismo de la sexualidad» es para nosotros un término sin contenido. No sabemos nada sobre tal materia ni podemos siquiera decidir si existen dos sustancias diferentes, a las que, respectivamente, calificaríamos de «masculina» y «femenina», o si se trata de una sola toxina sexual, causa de todas las excitaciones de la libido. El edificio teórico del psicoanálisis creado por nosotros no es, en realidad, sino una superestructura que habremos de asentar algún día sobre una firme base orgánica. Mas, por el momento, no tenemos posibilidad de hacerlo.

Lo que caracteriza al psicoanálisis como ciencia no es la materia de que trata, sino la técnica que emplea. Sin violentar su naturaleza, puede ser aplicada tanto a la historia de la civilización, a la ciencia de las religiones y a la Mitología como a la teoría de las neurosis. Su único fin y su única función consisten en descubrir lo inconsciente en la vida psíquica. Los problemas que se enlazan a las neurosis actuales, cuyos síntomas son, probablemente,

consecuencia de lesiones tóxicas directas, no se prestan al estudio psicoanalítico, el cual no puede proporcionar ningún esclarecimiento sobre ellos y debe, por tanto, resignar esta labor en manos de la investigación medicobiológica. Si os hubiese prometido una «Introducción a la teoría de la neurosis», hubiese debido comenzar por las formas más simples de las neurosis actuales para llegar a las afecciones psíquicas más complicadas, consecutivas a las perturbaciones de la libido. Éste hubiera sido, indudablemente, el orden más natural. A propósito de las primeras, hubiera debido presentaros todo aquello que nuestra labor de investigación nos ha descubierto, y una vez llegado a la psiconeurosis, os hubiera hablado del psicoanálisis como del medio técnico auxiliar más importante de todos aquéllos de que disponemos para esclarecer estos estados. Pero mi intención era exponeros una «Introducción al Psicoanálisis», y siendo éste el título de mis conferencias, me interesaba mucho más daros una idea del psicoanálisis que haceros adquirir determinados conocimientos sobre la neurosis. Este propósito me dispensaba de colocar, en primer término las neurosis actuales, materia perfectamente estéril desde el punto de vista del psicoanálisis. Creo haber seguido de este modo el camino más ventajoso para vosotros, pues el psicoanálisis merece, por sus profundas premisas y sus múltiples relaciones, el interés de toda persona culta, y, en cambio, la teoría de las neurosis no es sino un capítulo de la Medicina, semejante a muchos otros.

Sin embargo, tenéis derecho a esperar que dediquemos también cierto interés a las neurosis actuales, y realmente nos hallamos obligados a hacerlo así, aunque no sea más que por las estrechas relaciones clínicas que con la psiconeurosis presentan. Por tanto, os diré que distinguimos tres formas puras de neurosis actuales: la *neurastenia*, la *neurosis de angustia* y la *hipocondría*. Esta división ha provocado, desde luego, numerosas objeciones. Los nombres que la constituyen son de uso corriente, pero las cosas que designan son indeterminadas e inciertas. Hay incluso médicos que se oponen a toda clasificación del mundo caótico de los fenómenos neuróticos y a todo establecimiento de unidades clínicas y de individualidades patológicas, llegando hasta rechazar la división en neurosis actuales y psiconeurosis. A mi juicio, van estos médicos demasiado lejos y no siguen el camino que conduce

al progreso. Cierto es que estas formas de neurosis sólo raras veces se presentan aisladas, apareciendo casi siempre combinadas entre sí o con una afección psiconeurótica, pero esta circunstancia no nos autoriza a renunciar a su división. Pensad tan sólo en la diferencia que la Mineralogía establece entre la oritognosia y la geognosia. Los minerales son descritos como individuos, sin duda por la circunstancia de presentarse con frecuencia como cristales precisamente circunscritos y separados de lo que los rodea. Las rocas, en cambio, se componen de conjuntos de minerales, cuya asociación, lejos de ser accidental, se halla determinada por las condiciones de su formación. Nuestra teoría de las neurosis no posee aún un suficiente conocimiento del punto de partida del desarrollo para construir algo análogo a la geognosia. Pero obramos seguramente con acierto comenzando por aislar de la totalidad las entidades clínicas que conocemos y que, por su parte, pueden ser comparadas a los minerales.

Entre los síntomas de la neurosis actuales y los de la psiconeurosis existe una relación interesantísima que nos proporciona una importante contribución al conocimiento de la formación de los síntomas psiconeuróticos. Sucede, en efecto, que el síntoma de la neurosis actual constituye con frecuencia el nódulo y la fase preliminar del síntoma psiconeurótico. Esta relación se nos muestra con particular evidencia entre la neurastenia y aquella neurosis de transferencia a la que damos el nombre de histeria de conversión entre la neurosis de angustia y la histeria de angustia y entre la hipocondría y aquellas formas de que más adelante hablaremos, designándolas bajo el nombre de parafrenias (demencia precoz y paranoia). Tomemos como ejemplo el dolor de cabeza o los dolores lumbares histéricos. El análisis nos demuestra que por la condensación y el desplazamiento han llegado a ser estos dolores una satisfacción sustitutiva de toda una serie de fantasías o recuerdos libidinosos. Pero hubo un tiempo en que eran reales, siendo un síntoma directo de una intoxicación sexual, o sea la expresión somática de una excitación libidinosa. No pretendemos que todos los síntomas histéricos contengan un nódulo de este género; pero, de todos modos, es éste un caso particularmente frecuente, y la histeria utiliza con gran preferencia, para la formación de sus síntomas, todas las influencias normales y patológicas que la excitación libidinosa ejerce sobre el soma. Desempeñan

éstas entonces el papel de los granos de arena que las ostras perlíferas van recubriendo con su nacarada secreción. Los pasajeros signos de excitación sexual que acompañan al acto sexual son, igualmente, utilizados por la psiconeurosis como un apropiadísimo material para la formación de síntomas.

Existe aún otro análogo proceso que presenta un interés particular desde el punto de vista del diagnóstico y del tratamiento. En aquellas personas que, aunque predispuestas a la neurosis, no la han contraído aún, puede a veces una alteración somática patológica —por inflamación o lesión— despertar la elaboración de síntomas, convirtiéndose el síntoma proporcionado por la realidad en representante de todas las fantasías inconscientes que espiaban la primera ocasión de manifestarse. En los casos de este género puede el médico seguir los diferentes tratamientos: intentará suprimir la base orgánica sin cuidarse de las manifestaciones neuróticas que en ella se sustentan o, por el contrario, combatir la neurosis ocasionalmente surgida sin atender a la causa orgánica que le ha servido de pretexto. De la eficacia de cada uno de estos procedimientos podremos juzgar por los efectos que se obtengan, pero es muy difícil establecer reglas generales para estos casos mixtos.

LECCIÓN XXV. LA ANGUSTIA

Señoras y señores:

LA exposición que sobre la nerviosidad común desarrollé en mi última conferencia debió de pareceros tan incompleta como insuficiente. Me doy cuenta perfecta de ello, y pienso que lo que más ha debido de asombraros es no encontrar en ella nada referente a la «angustia», síntoma del que se queja la mayoría de los nerviosos como de su más terrible sufrimiento. Esta angustia puede, en efecto, revestir extraordinaria intensidad e impulsar al enfermo a cometer las mayores insensateces. Merece, pues, ser objeto de un detenido examen en capítulo aparte.

No creo tener necesidad de definir la angustia. Todos vosotros habéis experimentado, aunque sólo sea una vez en la vida, esta sensación, o, dicho

con mayor exactitud, este estado afectivo. Y, sin embargo, nadie se ha preocupado hasta el día de investigar por qué son precisamente los nerviosos los que con más frecuencia y mayor intensidad sufren de este estado de angustia. Quizá se haya encontrado natural esta circunstancia, como lo muestra la general costumbre de emplear indiferentemente, como sinónimos, los términos «nervioso» y «angustiado». Pero al hacerlo así se comete un grave error, pues hay individuos «angustiados» que no padecen neurosis ninguna, y, en cambio, neuróticos que no presentan entre sus síntomas el de la propensión a la angustia.

De todos modos, lo cierto es que el problema de la angustia constituye un punto en el que convergen los más diversos e importantes problemas y un enigma cuya solución habrá de proyectar intensa luz sobre toda nuestra vida psíquica. No afirmaré poder daros una solución completa, pero ya supondréis que el psicoanálisis ha dedicado toda atención a este problema y trata de resolverlo, como ha resuelto tantos otros, por medios diferentes de los empleados por la medicina académica. Esta concentra todo su interés en la investigación del determinismo anatómico de la angustia, y declarando que se trata de una irritación de la *medula oblongata*, diagnostica una neurosis del *nervus vagus*. El bulbo o médula alargada es, desde luego, algo muy serio. Por mi parte, he dedicado a su estudio mucho tiempo de intensa labor. Pero hoy en día debo confesar que desde el punto de vista de la comprensión psicológica de la angustia nada me es más indiferente que el conocimiento del trayecto nervioso seguido por las excitaciones que de él emanan.

Ante todo, debo indicaros que se puede tratar extensamente de la angustia sin relacionarla para nada con los estados neuróticos. Existe, en efecto, una *angustia real*, independiente por completo de la *angustia neurótica*, y que se nos muestra como algo muy racional y comprensible, pudiendo ser definida como una reacción a la percepción de un peligro exterior, esto es, de un daño esperado y previsto. Esta reacción aparece enlazada al reflejo de fuga y podemos considerarla como una manifestación del instinto de conservación. Mas ¿ante qué objetos y en qué situaciones se produce la angustia? Ello depende, naturalmente, de los conocimientos del individuo y de su sentimiento de potencia ante el mundo exterior. El miedo que al salvaje

inspira la vista de un cañón y la angustia que experimenta ante un eclipse solar nos parecen naturales. En cambio, el europeo, que sabe manejar las armas de fuego y predecir el eclipse, no experimenta en ninguno de los dos casos la menor angustia. A veces, lo que produce esta sensación es, por lo contrario, el saber demasiado, pues entonces prevemos el peligro mucho antes de su llegada. De este modo, el salvaje experimentará miedo al advertir en el bosque la huella de un peligroso animal, huella que para el europeo carecerá de toda significación, y el marino observará con terror una pequeña nube, anuncio de ciclón, mientras que el pasajero no verá en ella amenaza ninguna.

Reflexionando más detenidamente, nos vemos obligados a reconocer que nuestro juicio sobre la racionalidad y la adaptación a un fin de la angustia real debe ser sometido a una revisión. La única actitud racional ante la amenaza de un peligro consistiría en comparar nuestras propias fuerzas con la gravedad de dicha amenaza y decidir después si el miedo más eficaz de escapar al peligro es la fuga, la defensa o incluso el ataque. En esta actitud no hay lugar alguno para la angustia, lo cual no puede influir en el desarrollo de los hechos, constituyendo, en cambio, un nuevo peligro para el sujeto, pues cuando alcanza una cierta intensidad llega a paralizar toda acción de defensa, impidiendo incluso la fuga. Generalmente, la reacción a un peligro es un compuesto de sentimiento de angustia y acción defensiva. El animal asustado experimenta angustia y huye; pero únicamente la fuga responde a un fin, mientras que la angustia carece de él en absoluto. Estas consideraciones nos inclinan a ver en la angustia algo incongruente y desprovisto de todo fin. Pero analizando la situación a que da origen, lograremos quizá formarnos una más exacta idea de su naturaleza. Lo primero que en tal situación observamos es que el sujeto se halla preparado a la aparición del peligro, circunstancia que se manifiesta en el incremento de la atención sensorial y de la tensión motriz. Este estado de espera y de preparación es incontestablemente favorable, y su falta traería consigo graves consecuencias para el sujeto. De él se deriva, por una parte, la acción motora que va desde la fuga a la defensa activa, y por otra, aquello que experimentamos como un estado de angustia. Cuanto más restringido es el desarrollo de la angustia, más rápida y racionalmente se lleva a cabo la transformación del estado de preparación ansiosa en acción.

Resulta, pues, que el estado de preparación ansiosa es útil y ventajoso mientras que el desarrollo de angustia se nos muestra siempre como perjudicial y contrario al fin.

No me parece necesario entrar aquí en la discusión de si el lenguaje corriente designa o no con las palabras «angustia», «miedo» y «susto» la misma cosa. A mi juicio, la angustia se refiere tan sólo al estado, haciendo abstracción de todo objeto, mientras que en el miedo se halla precisamente concentrada la atención sobre una determinada causa objetiva. La palabra «susto» me parece, en cambio, poseer una significación especialísima y designar, sobre todo, el efecto de un peligro al que no nos hallábamos preparados por un previo estado de angustia. Puede decirse, por tanto, que el hombre se defiende contra el susto por medio de la angustia.

Resulta de todos modos que el uso corriente da a la palabra «angustia» una vaga e indeterminada significación susceptible de múltiples interpretaciones. La mayor parte de las veces se entiende por angustia el estado subjetivo provocado por la percepción del desarrollo de angustia, estado que se considera como de carácter afectivo. Ahora bien: ¿qué es lo que desde el punto de vista dinámico consideramos como un estado afectivo? Algo muy complicado. Un estado afectivo comprende, ante todo, determinadas inervaciones o descargas, y además ciertas sensaciones. Estas últimas son de dos clases: percepciones de acciones motoras realizadas, y sensaciones directas de placer y displacer que imprimen al estado afectivo lo que pudiéramos llamar su tono fundamental. No creo, sin embargo, que con estas consideraciones hayamos agotado todo lo que sobre la naturaleza de los estados afectivos puede decirse. En algunos de ellos creemos poder remontarnos más allá de estos elementos y reconocer que el nódulo en derredor del cual ha cristalizado la totalidad se halla constituido por la repetición de cierto suceso importante y significativo vivido por el sujeto. Este suceso puede no ser sino una impresión muy pretérita, de un carácter muy general, y perteneciente a la prehistoria de la especie y no a la del individuo. Para que me comprendáis mejor os diré que el estado afectivo presenta la misma estructura que la crisis de histeria, y es, como ella, el residuo de una reminiscencia. Podemos comparar, por tanto, la crisis de histeria a un estado afectivo individual de nueva formación y considerar el

estado afectivo normal como la expresión de una histeria genérica que ha llegado a ser hereditaria.

No creáis que este conocimiento de los estados afectivos es patrimonio reconocido de la Psicología normal. Trátase, por lo contrario, del resultado exclusivo de las investigaciones psicoanalíticas. Lo que la Psicología nos dice sobre dichos estados, por ejemplo, la teoría de James-Lange, resulta para nosotros, psicoanalistas, tan incomprensible que ni siquiera podemos entrar a discutirlo. Sin embargo, he de hacer constar que tampoco nosotros nos hallamos plenamente seguros de la exactitud de nuestros conocimientos sobre esta materia. La labor de investigación que a ella hemos dedicado no constituye todavía sino un primer intento de orientarnos en tan oscuro dominio. Hecha esta advertencia, continuaré mi exposición. Creemos saber qué temprana impresión es la que reproduce el estado afectivo caracterizado por la angustia y nos decimos que el *acto de nacer* es el único en el que se da aquel conjunto de afectos de displacer, tendencias de descarga y sensaciones físicas que constituye el prototipo de la acción que un grave peligro ejerce sobre nosotros, repitiéndose en nuestra vida como un estado de angustia. La causa de la angustia que acompañó al nacimiento fue el enorme incremento de la excitación, incremento consecutivo a la interrupción de la renovación de la sangre (de la respiración interna). Resulta, pues, que la primera angustia fue de naturaleza tóxica. La palabra «angustia» (del latín *angustiae*, estrechez; en alemán, *Angst*), hace resaltar precisamente la opresión o dificultad para respirar que en el nacimiento existió como consecuencia de la situación real y se reproduce luego casi regularmente en el estado afectivo homólogo. Es también muy significativo el hecho de que este primer estado de angustia corresponda al momento en que el nuevo ser es separado del cuerpo de su madre. Naturalmente, poseemos el convencimiento de que la predisposición a la repetición de este primer estado de angustia ha quedado incorporada a través de un número incalculable de generaciones al organismo humano, de manera que ningún individuo puede ya escapar a dicho estado afectivo, aunque, como el legendario Macduff, haya sido «arrancado de las entrañas de su madre»; esto es, aunque haya venido al mundo de un modo distinto del nacimiento natural. En cambio, ignoramos cuál ha podido ser el prototipo del estado de angustia en animales distintos de los mamíferos y cuál

es el conjunto de sensaciones que en estos seres corresponde a nuestra angustia.

Tendréis quizá curiosidad por saber cómo hemos podido llegar a la idea de que es el acto del nacimiento el que constituye la fuente y el prototipo del estado afectivo caracterizado por la angustia. La especulación no ha contribuido casi en absoluto a tal hallazgo, pues en cierto modo fue el ingenuo pensamiento popular lo que orientó al mío en una tal dirección. Un día —hace ya muchos años— nos hallábamos reunidos en un restaurante varios jóvenes médicos de hospital y el interno de la sala de obstetricia nos relató una divertida anécdota de la que había sido testigo en los últimos exámenes de comadronas. Una de las aspirantes a este título, preguntada por lo que significaba la presencia de meconio en las aguas durante el parto, respondió sin vacilar que ello probaba que el niño experimentaba angustia. Esta respuesta hizo reír a los examinadores, y la alumna fue suspendida; mas, por lo que a mí respecta, tomé en silencio su partido y comencé a sospechar que la pobre mujer había tenido la justa intuición de una importantísima relación.

Pasemos ahora a la angustia neurótica. ¿Cuáles son las nuevas manifestaciones y relaciones que la angustia nos muestra en estos enfermos? Sobre este tema hay mucho que decir. En primer lugar hallamos en los neuróticos un estado general de angustia, esto es, una angustia que podríamos calificar de flotante, dispuesta a adherirse al contenido de la primera representación adecuada. Esta angustia influye sobre los juicios del sujeto, elige las esperas y espía atentamente toda ocasión que pueda justificarla, mereciendo de este modo el calificativo de angustia de espera, o espera ansiosa, que hemos convenido en asignarle. Las personas atormentadas por esta angustia prevén siempre las eventualidades más terribles, ven en cada suceso accidental el presagio de una desdicha y se inclinan siempre a lo peor cuando se trata de un hecho o suceso inseguro. La tendencia a esta espera de la desdicha es un rasgo de carácter propio de gran número de individuos que fuera de esto no presentan ninguna enfermedad, siendo considerados como gente de humor sombrío o pesimista. Pero cuando esta angustia de espera alcanza ya cierta intensidad, corresponde casi siempre a una afección

nerviosa a la que he dado el nombre de *neurosis de angustia* y situado entre las neurosis actuales.

Una segunda forma de la angustia presenta, inversamente a aquella que acabo de describir, conexiones más bien psíquicas y aparece asociada a determinados objetos y situaciones. Es ésta la angustia que caracteriza a las diversas «fobias» tan numerosas como singulares. El eminente psicólogo americano Stanley Hall se ha tomado recientemente el trabajo de presentarnos toda la serie de estas fobias bajo nuevos nombres griegos, relación que semeja la de las plagas de Egipto, con la diferencia de que el número de las fobias excede considerablemente de diez[1862]. Oíd todo lo que puede llegar a objeto o contenido de una fobia: la oscuridad, el aire libre, los espacios descubiertos, los gatos, las arañas, las orugas, las serpientes, los ratones, las tormentas, las puntas agudas, la sangre, los espacios cerrados, las multitudes humanas, la soledad, el paso por puentes, las travesías por mar, los viajes en ferrocarril, etc. Al intentar orientarnos en este caso, vemos la posibilidad de distinguir tres grupos. Algunos de estos objetos o situaciones tienen algo de siniestros incluso para nosotros los normales, pues nos recuerdan un peligro, razón por la cual no nos parecen incomprensibles las fobias correspondientes, aunque sí exagerada su intensidad. Así, experimentamos casi todos un sentimiento de repulsión a la vista de las serpientes, hasta el punto de que puede decirse que esta fobia es generalmente humana. Carlos Darwin ha descrito de una manera impresionante la angustia que, aun hallándose protegido por un grueso cristal, experimentó a la vista de uno de estos reptiles que se dirigía hacia él. En un segundo grupo ordenamos los casos en los que existe todavía un peligro; pero tan lejano, que no acostumbramos normalmente tenerlo en cuenta. Sabemos, en efecto, que un viaje en ferrocarril puede exponernos a accidentes que evitaríamos permaneciendo en casa, y sabemos que el barco en que vamos puede naufragar, pero no por ello dejamos de viajar sin experimentar angustia ninguna ni pensar siquiera en tales peligros. Es igualmente cierto que caeríamos al agua si el puente que cruzamos se hundiese en aquel momento pero esto ocurre tan raras veces, que semejante idea no tiene por qué preocuparnos. También la soledad trae consigo determinados peligros y está justificado que procuremos evitarla en ciertas circunstancias, pero ello no

quiere decir que no podamos, bajo ningún pretexto y en ninguna ocasión, soportarla un momento. Todo esto se aplica igualmente a las multitudes, a los espacios cerrados, a las tormentas, etc. Lo que en estas fobias de los neuróticos nos parece extraño, no es tanto su contenido como su intensidad. La angustia que causan es absolutamente incoercible. A veces llegamos a sospechar que, aunque los neuróticos declaran provocada su angustia por objeto y situaciones que en determinadas circunstancias pueden motivar igualmente la del hombre normal, no son en el fondo tales objetos y situaciones a los que su angustia es imputable.

Queda todavía un tercer grupo de fobias que escapan por completo a nuestra comprensión. Cuando vemos a un hombre maduro y robusto experimentar angustia al tener que atravesar una calle o una plaza de su ciudad natal, cuyos más ocultos rincones le son familiares, o vemos a una mujer de apariencia normal dar muestras de un insensato terror porque un gato ha rozado la fimbria de su falda o ha visto cruzar un ratón ante su paso, ¿cómo podemos establecer una relación entre la angustia del sujeto y un peligro que, sin embargo, existe evidentemente para él? Por lo que respecta a las fobias que tienen por objeto determinados animales, es indudable que no puede tratarse de una exageración de antipatías generalmente humanas, pues tenemos la prueba contraria en el hecho de que numerosas personas no pueden pasar al lado de un gato sin llamarle ni acariciarle. El ratón, tan temido por las mujeres, ha prestado su nombre a una expresión cariñosa muy corriente, y se da el caso de que una muchacha a la que encanta oírse llamar «mi querido ratoncito» por su novio, grita horrorizada en cuanto ve a uno de los graciosos animalitos de este nombre. Por lo que respecta a los individuos que experimentan la angustia de las calles y plazas, no hallamos otro medio de explicar su estado sino diciendo que se conducen como niños. La educación trata de hacer comprender al niño que tales situaciones constituyen un peligro para él, que, por tanto, no debe afrontarlas yendo solo. De igual manera se conducen los agorófobos, que, incapaces de atravesar sin compañía una calle, no experimentan la menor angustia cuando alguien cruza con ellos.

Las dos formas de angustia que acabamos de describir, esto es, la angustia de espera, libre de toda conexión, y la angustia asociada a las fobias, son independientes una de otra. No puede decirse que una de ellas represente

una fase muy avanzada de la otra, y sólo de un modo excepcional y como accidental aparecen alguna vez conjuntamente. El más intenso estado de angustia general no se manifiesta fatalmente por medio de fobias y, en cambio, personas cuya vida se halla envenenada por la agorafobia, permanecen totalmente exentas de la angustia de espera, fuente de pesimismo. Se ha demostrado que determinadas fobias, tales como la del espacio, la del ferrocarril, etc., no se adquieren más que en la edad madura, constituyendo una grave enfermedad, mientras que otras, tales como la de la oscuridad, la de los animales y la de la tormenta, pueden existir desde los primeros años de la vida y pasan como singularidades o extravagancias del sujeto. Cuando un individuo presenta una fobia de este último grupo, podemos sospechar justificadamente que posee todavía otras más del mismo género. Debo añadir que situamos todas estas fobias en el cuadro de la histeria de angustia; esto es, que las consideramos como enfermedades muy afines a la histeria de conversión.

La tercera forma de la angustia neurótica nos plantea un enigma presentando una absoluta carencia de relación entre la angustia y un peligro cuya amenaza la justifique. En la histeria, por ejemplo, acompaña esta angustia a los demás síntomas histéricos o surge en una excitación cualquiera que nos hacía esperar una manifestación afectiva, pero no la de la angustia. Por último, puede también producirse sin causa ninguna aparente y en una forma incomprensible, tanto para nosotros como para el enfermo, constituyendo un acceso espontáneo y libre, sin que exista peligro alguno o pretexto de peligro cuya exageración pudiera haberlo provocado. En el curso de estos accesos espontáneos comprobamos que el conjunto al que damos el nombre de estado de angustia es susceptible de disociación. El acceso puede ser reemplazado en su totalidad por un único pero muy intenso síntoma —temblores, vértigos, palpitaciones u opresión—, faltando o apareciendo apenas marcado aquel sentimiento general característico de la angustia. Y sin embargo, estos estados, a los que damos el nombre de «equivalentes de la angustia», deben ser asimilados a ella desde todos los puntos de vista, tanto clínicos como etiológicos.

Surgen aquí dos interrogaciones: ¿existe un enlace cualquiera entre la

angustia neurótica, en la que el peligro no desempeña papel ninguno o sólo mínimo, y la angustia real, que es siempre y esencialmente una reacción a un peligro? ¿Y cómo hemos de comprender esta angustia neurótica? Quisiéramos, ante todo, salvar el principio de que cada vez que esta angustia se presenta debe de existir algo que la provoca.

La observación clínica nos proporciona un cierto número de elementos susceptibles de ayudarnos a comprender la angustia neurótica, elementos cuya significación quiero analizar ante vosotros.

a) No es difícil establecer que la angustia de espera o estado de angustia general depende íntimamente de ciertos procesos de la vida sexual, o más exactamente, de ciertas aplicaciones de la libido. El caso más sencillo e instructivo de este género es el de las personas que se exponen a una excitación frustrada; es decir, aquéllas en las que violentas excitaciones sexuales no hallan una derivación suficiente ni llegan a un término satisfactorio. Tal es, por ejemplo, el caso de los hombres durante los noviazgos y de las mujeres cuyos maridos no poseen una potencia sexual normal o abrevian o hacen abortar, por precaución, el acto sexual. En estas circunstancias desaparece la excitación libidinosa para dejar paso a la angustia, tanto en la forma de angustia de espera como en las de accesos o sus equivalentes. La interrupción del acto sexual, como medida preventiva del embarazo de la mujer, constituye, cuando se convierte en régimen sexual normal, una frecuentísima causa de neurosis de angustia, sobre todo en las mujeres, hasta el punto de que siempre que nos hallamos ante un caso de este género habremos de pensar, ante todo, en la posibilidad de una tal etiología. Procediendo así tendremos numerosas ocasiones de comprobar que la neurosis de angustia desaparece en cuanto el sujeto renuncia a la restricción sexual.

La relación existente entre esta restricción y los estados de angustia ha sido reconocida incluso por medios ajenos al psicoanálisis, pero también se ha intentado subvertirla alegando que las personas que la practican son precisamente aquellas que poseen una previa disposición a la angustia. Esta hipótesis queda, sin embargo, desmentida en forma categórica por la actitud de la mujer, cuya actuación sexual es de naturaleza esencialmente pasiva, siendo el hombre quien la determina y dirige. Cuanto más ardiente sea el

temperamento de una mujer, y sea ésta, en consecuencia, más inclinada a las relaciones sexuales y más capaz de hallar en ellas una amplia satisfacción, más enérgicamente reaccionará al *coitus interruptus* por manifestaciones de angustia, reacción que no tendrá, en cambio, efecto en las mujeres atacadas de anestesia sexual o poco libidinosas.

La abstinencia sexual, tan calurosamente preconizada en nuestros días por los médicos, no favorece, naturalmente, la producción de estados de angustia más que en aquellos casos en los que la libido, privada de derivación satisfactoria, alcance un cierto grado de intensidad y no queda descargada en su mayor parte por la sublimación. El curso del estado patológico depende siempre de factores cuantitativos. Pero aun en aquellos casos en los que no se trata de una enfermedad, sino tan sólo del carácter personal del sujeto, observamos sin esfuerzo que la restricción sexual es propia de individuos de carácter indeciso y asustadizo, resultando incompatible, en cambio, con la intrepidez y la osadía. Por diversas que sean las restricciones y complicaciones que las numerosas influencias de la vida civilizada pueden imponer a estas relaciones entre el carácter y la vida sexual, nunca deja de comprobarse que la angustia y la restricción sexual son directamente proporcionales.

No os he comunicado aún la totalidad de las observaciones que confirman esta relación entre la libido y la angustia. Entre ellas está la referente al influjo ejercido en la producción de las enfermedades caracterizadas por la angustia por aquellas fases de la vida que, como la pubertad y la menopausia, favorecen la exaltación de la libido. En ciertos estados de excitación puede también observarse directamente la combinación de angustia y de libido y la sustitución final de ésta por aquélla. De tales hechos sacamos una doble impresión: ante todo, nos parece observar que se trata de una acumulación de libido, cuyo curso normal es obstruido, y en segundo lugar, que los procesos a los que asistimos son únicamente de naturaleza somática. En un principio no vemos cómo la angustia nace de la libido y sólo comprobamos que ésta ha desaparecido y que su lugar ha sido ocupado por la angustia.

b) El análisis de las psiconeurosis, y más esencialmente el de la histeria, nos proporciona otra indicación importantísima. Sabemos ya que en esta enfermedad aparece con frecuencia la angustia acompañando a los síntomas,

pero observamos también una angustia independiente de los mismos y que se manifiesta como un estado permanente o en forma de accesos. Los enfermos no saben decir por qué experimentan angustia, y a consecuencia de una elaboración secundaria fácil de observar enlazan su estado a las fobias más corrientes, tales como las de la muerte, de la locura o de un ataque de apoplejía. Cuando analizamos la situación que ha engendrado la angustia o los síntomas a que acompaña, llegamos casi siempre a descubrir la corriente psíquica normal que no ha alcanzado su fin y ha sido reemplazada por el fenómeno de angustia. O para expresarnos de otra manera: volvemos a construir el proceso inconsciente como si no hubiera sufrido una represión y hubiese proseguido sin obstáculo su desarrollo hasta llegar a la consciencia. Este proceso hubiera sido acompañado por un cierto estado afectivo, y nos sorprende comprobar que este estado afectivo, concomitante a la evolución normal, es siempre sustituido, después de la represión, por angustia, cualquiera que sea su calidad propia. Así, pues, cuando nos hallamos en presencia de un estado de angustia histérica, tenemos derecho a suponer que su complemento inconsciente se halla constituido por un sentimiento de la misma naturaleza —angustia, vergüenza, confusión—, por una excitación positivamente libidinosa o por un sentimiento hostil y agresivo, como el furor o la cólera. La angustia constituye, pues, la moneda corriente por la que se cambia o pueden cambiarse todas las excitaciones afectivas cuando su contenido de representaciones ha sucumbido a la representación.

c) Un tercer dato nos es proporcionado por el examen de aquellos enfermos que ejecutan actos obsesivos, enfermos a los que la angustia respeta en absoluto mientras obedecen a su obsesión. Pero cuando intentamos impedirles la realización de dichos actos —abluciones, ceremoniales, etc.—, o cuando por si mismos se atreven a renunciar a ellos, experimentan una terrible angustia que los obliga a ceder de nuevo en su enfermedad. Comprendemos entonces que la angustia se hallaba disimulada detrás del acto obsesivo y que éste no era llevado a cabo sino como un medio de sustraerse a ella. Así, pues, si la angustia no se manifiesta al exterior en la neurosis obsesiva, es por haber sido reemplazada por los síntomas. En la histeria hallamos también una idéntica relación como resultado de la represión, apareciendo la angustia aisladamente o acompañando a los

síntomas, o produciéndose un conjunto de síntomas más completo y carente de angustia. Podemos, pues, decir de una manera abstracta que los síntomas no se forman sino para impedir el desarrollo de la angustia, que sin ellos sobrevendría inevitablemente. Esta concepción sitúa la angustia en el centro mismo del interés que nos inspiran los problemas relativos a las neurosis.

Nuestras observaciones sobre las neurosis de angustia nos llevaron a la conclusión de que la desviación de la libido de su aplicación normal, desviación que engendra la angustia, constituye el resultado final de procesos puramente somáticos. El análisis de la histeria y de las neurosis obsesivas nos ha permitido completar esta conclusión, mostrándonos que desviación y angustia pueden resultar igualmente de una negativa a intervenir de los factores psíquicos. A esto se reducen todos nuestros conocimientos sobre la génesis de la angustia neurótica, sin que veamos tampoco, por ahora, medio posible de ampliarlos.

Otro de los problemas que nos habíamos propuesto esclarecer, esto es, el de fijar las conexiones existentes entre la angustia neurótica resultante de una aplicación anormal de la libido y la angustia real que corresponde a una reacción a un peligro, parece aún más intrincado. Experimentamos la impresión de que se trata de cosas completamente heterogéneas, pero no poseemos medio alguno que nos permita distinguir en nuestra sensación estas dos angustias una de otra.

Sin embargo, tomando como punto de partida nuestra afirmación —tantas veces repetida— de la existencia de una oposición entre el yo y la libido, acabamos por descubrir la conexión buscada. Sabiendo que el desarrollo de angustia es la reacción del yo ante el peligro y constituye la señal para la fuga, nada puede impedirnos admitir, por analogía, que también en la angustia neurótica busca el yo escapar a las exigencias de la libido y se comporta con respecto a este peligro interior del mismo modo que si de un peligro exterior se tratase. Este punto de vista justificaría la conclusión de que siempre que existe angustia hay algo que la ha motivado; pero aún podemos llevar más allá el paralelo iniciado. Del mismo modo que la tendencia a huir ante un peligro exterior queda anulada por la decisión de hacerle frente y la adopción de las necesarias medidas de defensa, así también es interrumpido

el desarrollo de angustia por la formación de síntomas.

Pero el deseado esclarecimiento de las relaciones existentes entre la angustia y los síntomas tropieza ahora con una nueva dificultad. La angustia, que significa una huida del yo ante su libido, es, sin embargo, engendrada por esta última. Este hecho, que dista mucho de ser evidente, es, sin embargo, real, y nos recuerda la necesidad de no olvidar que la libido de una persona es algo inherente a la misma y no puede oponerse a ella como un factor externo. Lo que aún permanece oscuro para nosotros es la dinámica tópica del desarrollo de la angustia, o sea la cuestión de saber cuáles son las energías psíquicas gastadas en estas ocasiones y cuáles los sistemas psíquicos de que provienen. No me es posible prometeros una solución definitiva de estas interrogaciones; pero llamando en auxilio de nuestra labor especulativa a la observación directa y a la investigación psicoanalítica, procederemos al examen de dos interesantes cuestiones susceptibles de proporcionarnos algún esclarecimiento: la génesis de la angustia en los niños y la procedencia de la angustia neurótica asociada a las fobias.

La angustia infantil es algo muy frecuente, resultando harto difícil diagnosticar si se trata de angustia neurótica o real y quedando incluso anulado el valor de esta diferenciación por la actitud del niño. No nos asombra, en efecto, que el niño experimente angustia al hallarse ante personas, situaciones y objetos que le son desconocidos, y nos explicamos esta reacción por su debilidad y su ignorancia. Le atribuimos, pues, una intensa tendencia a la angustia real, tendencia que no tendríamos inconveniente en considerar como innata, a título de predisposición hereditaria. Siendo así, no haría el niño sino reproducir la actitud del hombre primitivo, que por su ignorancia y falta de medios de defensa hubo de experimentar angustia ante todo aquello que resultaba nuevo para él. Aún hoy en día hallamos esta actitud en los salvajes, a los cuales inspiran el más profundo terror cosas familiares ya para el hombre civilizado e incapaces de provocar en él la menor angustia. No nos extrañaría, por tanto, descubrir que por lo menos una parte de las fobias infantiles son idénticas a las que podemos suponer que padecía el hombre primitivo.

Por otro lado, no podemos menos de advertir que no todos los niños se

hallan sujetos a la angustia en la misma medida, y que aquellos que manifiestan una angustia particular ante toda clase de objetos y de situaciones, son precisamente los futuros neuróticos. La disposición neurótica se traduce, pues, también en una tendencia acentuada a la angustia real, mostrándose la angustia como el estado primario e imponiéndose la conclusión de que si el niño, y más tarde el adulto, experimentan angustia ante la intensidad de su libido, es por hallarse predispuesto a angustiarse por todo. Esta conclusión nos llevaría a negar que la angustia pueda ser un producto de la libido, y tomándola como punto de partida de una investigación de las condiciones de la angustia real, llegaríamos a la teoría de que la causa primera de la neurosis no es otra que la consciencia de la propia debilidad e impotencia —o el sentimiento de inferioridad, según término de A. Adler— cuando esta consciencia persiste en el sujeto más allá de la época infantil.

Todo el razonamiento que antecede parece tan sencillo como atractivo, mas su único resultado sería el de desplazar el enigma de la nerviosidad. La persistencia del sentimiento de inferioridad y, por consiguiente, de la condición de la angustia y de la formación de síntomas, nos parece algo tan seguro e inevitable, que si aceptásemos la teoría antes expuesta, lo enigmático y necesitado de explicación no sería la nerviosidad, sino lo que consideramos como estado de salud normal. Pero la observación directa de la angustia infantil nos revela que al principio sólo la presencia de personas extrañas es susceptible de provocar este estado en el niño, el cual no experimenta, en cambio, sensación angustiosa ninguna en situaciones en las que tales personas no intervienen. Por lo que respecta a los objetos, únicamente más tarde comienzan a ser susceptibles de provocar dicha sensación en el infantil sujeto. Pero si el niño experimenta angustia a la vista de personas extrañas, no es porque les atribuya malas intenciones ni porque, comparando su propia debilidad a la potencia de las mismas, vea en ellas un peligro para su existencia, su seguridad y su euforia. Este tipo del niño desconfiado, que vive con el constante temor de una agresión, y al que todo parece hostil, no pasa de ser una equivocada construcción teórica. Es mucho más exacto afirmar que si el niño se asusta a la vista de rostros extraños, es porque espera siempre ver el de su madre, persona familiar y amada, y la

tristeza y decepción que experimenta se transforman en angustia. Trátase pues, de una libido que se hace inutilizable, y que no pudiendo ser mantenida en suspensión, halla su derivación en la angustia. No constituye, ciertamente, una casualidad el que en esta situación característica de la angustia infantil se encuentre reproducida la condición del primer estado de angustia que acompaña al acto del nacimiento, o sea a la separación de la madre.

Las primeras fobias de situaciones que observamos en el niño son las que se refieren a la oscuridad y la soledad. La primera persiste a veces durante toda la vida, y la ausencia de la persona amada que cuida al niño, esto es, de la madre, es común a ambas. Un niño, angustiado por hallarse en la oscuridad, se dirige a su tía, que se encuentra en una habitación vecina, y le dice: «Tía, háblame; tengo miedo». «¿Y de qué te sirve que te hable, si de todas maneras no me ves?». «Hay más luz cuando alguien habla», responde el niño. La tristeza que se experimenta en la oscuridad se transforma de este modo en angustia ante la oscuridad. Por tanto, resulta inexacto afirmar que la angustia neurótica es un fenómeno secundario y un caso especial de la angustia real, pues la observación directa del niño nos muestra algo que, conduciéndose como angustia real, tiene con la angustia neurótica un esencialísimo rasgo común: la procedencia de una libido inempleada. El niño no parece hallarse sujeto a la verdadera angustia real sino en un mínimo grado. En todas las situaciones que pueden convertirse más tarde en condiciones de fobias, tales como la altura, el viaje en ferrocarril o en barco, etc., no manifiesta el niño angustia ninguna, hallándose tanto más protegido contra ella cuanto mayor es su ignorancia. Hubiera sido deseable que hubiese recibido en herencia un mayor número de instinto de preservación de la vida, pues ello facilitaría extraordinariamente la labor de las personas encargadas de vigilarle e impedirle exponerse a peligros sucesivos. Pero en realidad el niño comienza por tener de sus fuerzas una idea exagerada, y se conduce sin experimentar angustia porque ignora el peligro. Corre al borde del agua, sube a las balaustradas de las ventanas, juega con objetos cortantes y con fuego; esto es, hace todo aquello que puede perjudicarle y preocupar a los que lo rodean. Sólo a fuerza de educación acaban los adultos por despertar en el niño la angustia real, pues, naturalmente, no puede permitirse que se instruya por experiencia personal.

Si hay niños que han experimentado la influencia de esta educación por la angustia en una medida tal que acaban por encontrar por sí mismos peligros de los que no se les ha hablado y contra los que no se les había puesto en guardia, ello depende de que su constitución trae consigo una necesidad libidinosa más pronunciada o de que desde muy temprano han contraído malas costumbres en lo que concierne a la satisfacción libidinosa. Nada de extraño tiene que estos niños lleguen a ser más tarde neuróticos, pues, como ya sabemos, lo que más facilita el nacimiento de una neurosis es la incapacidad de soportar durante un período de tiempo más o menos largo una considerable represión de la libido. Observaréis que en estas consideraciones reconoceremos toda la importancia del factor constitucional, importancia que, por otra parte, jamás hemos discutido. A lo que sí nos oponemos es a que se prescinda de los restantes factores, atendiendo únicamente al constitucional, o a que se sitúe a éste en primer término en aquellos casos en los que tanto la observación directa como el análisis demuestran que carecen de toda intervención o no desempeña sino un secundario papel.

Así, pues, la observación directa del estado de angustia en los niños nos ha llevado a las siguientes conclusiones: la angustia infantil no tiene casi ningún punto de contacto con la angustia real y se aproxima, por lo contrario, considerablemente a la angustia neurótica de los adultos. Como ésta, debe su origen a la libido inempleada y constituye el objeto erótico de que carece por un objeto o una situación exteriores.

El análisis de las fobias no nos descubre ya grandes novedades, pues su desarrollo es idéntico al de la angustia infantil. La libido inempleada sufre en ellas una incesante transformación en angustia real aparente y el más mínimo peligro queda así capacitado para constituir un sustitutivo de las exigencias libidinosas. Esta concordancia entre las fobias y la angustia infantil no puede ya sorprendernos, pues las fobias infantiles no son únicamente el prototipo de aquellas otras más tardías que incluimos en el cuadro de la histeria de angustia, sino también su condición directa previa y su estado preliminar. Toda fobia histérica se remonta a una angustia infantil y la continúa aun cuando posea distinto contenido y deba, por tanto, recibir una diferente denominación. Las dos enfermedades no difieren entre sí más que desde el

punto de vista del mecanismo. En el adulto no basta, para que la angustia se transforme en libido, el que ésta permanezca momentáneamente inempleada, pues el adulto ha aprendido hace ya mucho tiempo a mantener su libido en suspensión o a darle distinto empleo. Pero cuando la libido forma parte de un proceso psíquico que ha sucumbido a la represión, reaparecen las circunstancias dadas anteriormente en el niño, el cual no sabía aún establecer diferencia alguna entre lo consciente y lo inconsciente y esta regresión hacia la fobia infantil proporciona a la libido un medio cómodo de transformarse en angustia. Recordáis, sin duda, cuán ampliamente hemos tratado en estas conferencias de la represión; pero nuestra labor sobre esta materia se ha dirigido siempre a perseguir los destinos de las representaciones que a dicho proceso sucumbían, por ser este punto el más fácil de dilucidar y exponer. En cambio, hemos dejado siempre a un lado lo referente a la suerte corrida por el estado afectivo asociado a la representación reprimida, y solamente ahora averiguamos que el primer destino de este estado afectivo consiste en sufrir la transformación en angustia, cualquiera que hubiese podido ser su cualidad en condiciones normales. Esta transformación del estado afectivo constituye la parte más importante del proceso de represión, pero también la más difícil de elucidar, dado que no podemos afirmar la existencia de estados afectivos inconscientes, del mismo modo que afirmamos la de representaciones de este orden. Las representaciones permanecen idénticas a sí mismas, sean o no conscientes, y podemos muy bien indicar lo que corresponde a una representación inconsciente. Pero un estado afectivo es un proceso de descarga y debe ser juzgado de muy distinta manera que una representación. Sin haber analizado y elucidado a fondo nuestras premisas relativas a los procesos psíquicos, no nos es posible indicar qué es lo que en lo inconsciente corresponde al estado afectivo. Es ésa además, una labor que no podemos emprender aquí, pero por lo pronto mantendremos nuestra hipótesis de que el desarrollo de la angustia se halla íntimamente enlazado al sistema de lo inconsciente.

Os indiqué antes que la transformación de angustia, o, más exactamente, la descarga bajo la forma de angustia, constituye el primero de los destinos reservados de la libido reprimida, y debo ahora añadir que no es éste ni su único destino ni su destino definitivo. En el curso de las neurosis aparecen

procesos que tienden a obstruir este desarrollo de la angustia y lo logran de diferentes modos. En las fobias, por ejemplo, se distinguen claramente dos fases del proceso neurótico. La primera es la de la represión de la libido y su transformación en angustia, fase que queda ligada a un peligro exterior. Durante la segunda se van constituyendo todos los medios de defensa destinados a impedir un contacto con este peligro, que queda tratado como un hecho exterior. La represión corresponde a una tendencia de fuga del yo ante la libido considerada como un peligro; y así, pues, la fobia viene a constituir una especie de defensa contra el peligro exterior que reemplaza ahora a la temida libido. La falta de resistencia del sistema de defensa empleado en las fobias depende de que la fortaleza, inexpugnable desde el exterior, no lo es, en cambio, desde el interior. La proyección al exterior del peligro representado por la libido no puede jamás conseguirse de una manera perfecta, y por esta razón existen en las demás neurosis otros sistemas de defensa contra el posible desarrollo de la angustia. Es éste un capítulo muy interesante de la psicología de la neurosis, pero desgraciadamente no podemos abordarlo en estas lecciones, pues además de que nos llevaría muy lejos, se trata de materias cuya comprensión exige conocimientos especiales muy profundos. Por tanto, me limitaré a añadir a lo ya expuesto una única observación. Os he hablado de una contracarga a la que el yo recurre en los casos de represión, carga que se halla obligado a mantener sin solución de continuidad para que la represión perdure. Pues bien: esta misma defensa es la que tiene a su cargo la creación de los diversos medios de protección contra el desarrollo de angustia subsiguiente al proceso represor.

Pero volvamos a las fobias. Creo haberos demostrado que, interesándonos tan sólo por su contenido y limitándonos a investigar por qué un objeto o una situación llegan a convertirse en objeto de una fobia, no nos es posible llegar más que a un deficientísimo conocimiento de estos singulares fenómenos. El contenido de una fobia es a la misma, aproximadamente, lo que al sueño su fachada manifiesta. Bajo determinadas reservas, podemos admitir que entre tales contenidos existen algunos que, como lo ha demostrado Stanley Hall, se hallan capacitados desde luego por herencia filogénica para convertirse en objeto de angustia, hipótesis confirmada por el hecho de que muchos de estos objetos no presentan con el peligro sino relaciones puramente simbólicas.

Las consideraciones que anteceden nos han revelado la esencial importancia que en la psicología de la neurosis presenta el problema de la angustia y nos han mostrado la estrecha relación existente entre el desarrollo de angustia, la libido y el sistema de lo inconsciente. Sólo una laguna observamos aún en nuestra teoría: la relativa al hecho —difícilmente contestable— de tener que admitir la angustia real como una manifestación de los instintos de conservación del yo.

LECCIÓN XXVI.
LA TEORÍA DE LA LIBIDO Y EL NARCISISMO

Señoras y señores:

VARIAS veces, la última en ocasión muy reciente, hemos tenido que ocuparnos de la diferenciación entre instintos del *yo* e instintos sexuales. Ya en un principio nos demostró la represión que tales dos clases de instintos podían entrar en conflicto y que a consecuencia del mismo quedaban derrotadas los sexuales y obligadas a emprender rodeos regresivos para alcanzar una satisfacción compensadora de su derrota. Hemos visto después que ambos grupos de instintos se comportan distintamente ante la necesidad, gran educadora, y siguen, por tanto, distintos caminos en su desarrollo, mostrando asimismo muy distintas relaciones con el principio de la realidad. Por último, creemos observar que los instintos sexuales poseen una más íntima conexión que los del *yo* con el estado afectivo de angustia, observación que aparece robustecida por la interesantísima circunstancia de que la no satisfacción del hambre y de la sed, los dos más elementales instintos de conservación, no trae jamás consigo la transformación de dichos instintos en angustia, mientras que, como ya sabemos, la transformación en angustia de la libido insatisfecha es uno de los fenómenos más conocidos y frecuentemente observados.

Nuestro derecho a establecer una distinción entre los instintos del *yo* y los instintos sexuales es en absoluto incontestable, pues nace de la existencia

misma del instinto sexual como actividad particular del individuo. La única interrogación que podría planteársenos sería la referente a la importancia que a dicha diferenciación atribuimos, pero a esta interrogación no podemos responder hasta después de haber establecido las diferencias que en sus manifestaciones somáticas y psíquicas muestran los instintos sexuales con respecto a los demás instintos que a ellos oponemos y haber fijado la importancia de los efectos que de dichas diferencias se derivan. Naturalmente, no poseemos base alguna para afirmar que entre ambos grupos de instintos exista una diferencia de naturaleza. Tanto uno como otro designan fuentes de energía del individuo y la cuestión es saber si estos dos grupos no forman en el fondo más que uno —y en este caso, cuándo ha tenido efecto la separación que ahora advertimos— o son, por el contrario, de esencia en absoluto diferente; esta cuestión repetimos, no puede basarse en nociones abstractas, sino en hechos biológicos. Pero sobre este punto concreto poseemos conocimientos aún muy insuficientes, y aunque lográramos ampliarlos, ello no habría de fomentar en gran medida nuestra labor analítica.

Tampoco ganaríamos nada acentuando —como lo hace Jung— la primitiva unidad de todos los instintos y dando el nombre de «libido» a la energía que se manifiesta en cada uno de ellos; pues dada la imposibilidad de eliminar de la vida psíquica la función sexual, nos veríamos obligados a hablar de una libido sexual y de una libido asexual, desnaturalizando así el término «libido», que, como lo hemos hecho hasta ahora, debe ser reservado a las fuerzas instintivas de la vida sexual.

Opino, pues, que la cuestión de saber hasta qué punto conviene llevar la separación entre instintos sexuales e instintos derivados del instinto de conservación, no presenta significación ninguna para el psicoanálisis, el cual carece, además, de competencia para resolverla. En cambio, la Biología nos proporciona ciertos datos que permiten atribuir a dicha dualidad una profunda importancia. La sexualidad es, en efecto, la única de las funciones del organismo animado que, traspasando los límites individuales asegura el enlace del individuo con la especie. Es indudable que el ejercicio de esta función no resulta siempre, como el de las restantes, útil y provechoso para el sujeto, sino que, por el contrario, le expone, a cambio del extraordinario

placer que puede procurarle, a graves peligros, fatales a veces para su existencia. Además, creemos muy probable que para la transmisión de una parte de la vida individual a individuos posteriores, a título de disposición, sean necesarios especialísimos procesos metabólicos. Por último, el ser individual, para el que lo primero y más importante es su propia persona, y que no ve en su sexualidad sino un medio de satisfacción, como tantos otros, no es, desde el punto de vista biológico, sino un episodio aislado dentro de una serie de generaciones, una efímera excrecencia de un protoplasma virtualmente inmortal y el usufructuario de un fideicomiso destinado a sobrevivirle.

Para la explicación psicoanalítica de las neurosis no tienen, sin embargo, utilidad ninguna estas consideraciones de tan gran alcance. El examen separado de los instintos sexuales y de los instintos del *yo* nos ha permitido llegar a la comprensión de las neurosis de transferencia, afecciones que hemos podido reducir al conflicto entre los instintos sexuales y los derivados del instinto de conservación, o para expresarnos en términos biológicos, aunque menos precisos, al conflicto entre el *yo* como ser individual e independiente y el *yo* considerado como miembro de una serie de generaciones. Es de creer que este desdoblamiento no existe sino en el hombre, siendo éste, por tanto, el único ser que ofrece un terreno abonado a la neurosis. El desarrollo excesivo de su libido y la riqueza y variedad que a consecuencia del mismo presenta su vida psíquica, parecen haber creado las condiciones del conflicto a que nos referimos, condiciones que, evidentemente, son también las que han permitido al hombre elevarse sobre el nivel animal. Resulta, por tanto, que nuestra predisposición a la neurosis no es sino el reverso de nuestros dones puramente humanos. Pero dejemos aquí estas especulaciones, que no pueden sino alejarnos de lo que constituye nuestra labor inmediata.

La posibilidad de distinguir, por sus manifestaciones, los instintos del *yo* y los sexuales, constituyó el punto de partida de nuestra labor investigadora. En las neurosis de transferencia pudimos llevar a cabo esta diferenciación sin dificultad alguna. Dimos el nombre de «libido» a los revestimientos o catexis de energía que el *yo* destaca hacia los objetos de sus deseos sexuales y el de «interés» a todos los demás que emanan de los instintos de conservación.

Persiguiendo todos los revestimientos libidinosos a través de sus transformaciones, hasta su destino final, pudimos adquirir una primera noción del funcionamiento de las fuerzas psíquicas. Las neurosis de transferencia nos ofrecieron un excelente material de estudio. Pero el mismo yo, con su naturaleza compuesta de diferentes organizaciones, su estructura y su funcionamiento, permaneció oculto a nuestros ojos, quedándonos únicamente la esperanza de que el análisis de otras perturbaciones neuróticas pudiese proporcionarnos algunos datos sobre estas cuestiones.

Hace ya largo tiempo que comenzamos a extender nuestras teorías psicoanalíticas a estas otras afecciones neuróticas, distintas de la neurosis de transferencia. Así, formuló K. Abraham, en 1908, y después de un intercambio de ideas conmigo, el principio de que el carácter esencial de la demencia precoz (situada entre las psicosis) consiste en *la ausencia de revestimiento libidinoso de los objetos*. Suscitada después la cuestión de cuáles podían ser los destinos de la libido de los pacientes con demencia precoz, desviada de todo objeto, la resolvió Abraham afirmando que dicha libido se retraía al *yo*, siendo este retorno reflejo, la fuente de la megalomanía de la demencia precoz, manía de grandezas que puede compararse a la supervaloración que en la vida erótica recae sobre el objeto. Resulta, pues, que la comparación con la vida erótica normal fue lo que por vez primera nos condujo a la inteligencia de un rasgo de una psicosis.

Estas primeras concepciones de Abraham se han mantenido intactas en el psicoanálisis y han pasado a constituir la base de nuestra actitud con respecto a la psicosis. Poco a poco nos hemos ido familiarizando con la idea de que la libido que hallamos adherida a los objetos, y que es la expresión de un esfuerzo por obtener una satisfacción por medio de los objetos, puede también abandonarlos y reemplazarlos por el *yo*. La palabra *narcisismo*, que empleamos para designar este desplazamiento de la libido, la hemos tomado de Paul Näcke, autor que da este nombre a una perversión en la que el individuo muestra para su propio cuerpo la ternura que normalmente reservamos para un objeto exterior.

Continuando el desarrollo de esta concepción, nos dijimos que tal capacidad de la libido para fijarse al propio cuerpo y a la propia persona del sujeto en lugar de ligarse a un objeto exterior no puede constituir un suceso

excepcional e insignificante, siendo más bien probable que el narcisismo sea el estado general y primitivo del que ulteriormente, y sin que ello implique su desaparición, surge el amor a objetos exteriores. Además, por nuestro conocimiento del desarrollo de la libido objetal, sabemos que muchos instintos sexuales reciben al principio una satisfacción que denominamos autoerótica, esto es, una satisfacción cuya fuente es el cuerpo mismo del sujeto, siendo precisamente esta aptitud para el autoerotismo lo que explica el retraso con que la sexualidad se adapta al principio de la realidad inculcado por la educación. Resulta, pues, que el autoerotismo es la actividad sexual de la fase narcisista de ubicación de la libido.

De este modo llegamos a formarnos, de las relaciones entre la libido del *yo* y la libido objetal una idea que puedo haceros fácilmente comprensible por medio de una comparación con la Zoología. Como sabéis, existen seres vivos elementales [amebas] que no son sino una esferilla de sustancia protoplásmica apenas diferenciada. Estos seres emiten prolongaciones llamadas seudópodos, en los que irrigan su sustancia vital, pero pueden también retirar estas prolongaciones y volver a ser de nuevo un glóbulo. Ahora bien: nosotros asimilamos la emisión de prolongaciones a la afluencia de la libido a los objetos, mientras que su masa principal permanece en el *yo*, y admitimos que en circunstancias normales la libido del *yo* se transforma con facilidad en libido objetal e inversamente.

Con ayuda de estas representaciones nos es posible explicar, o por lo menos describir en el lenguaje de la teoría de la libido, un gran número de estados psíquicos que deben ser considerados como una parte de la vida normal, estados tales como la conducta psíquica durante el enamoramiento, las enfermedades orgánicas y el reposo nocturno. Con respecto a este último, admitimos que se basaba en un aislamiento con relación al mundo exterior y en la subordinación al deseo de dormir, y descubrimos que todas las actividades psíquicas nocturnas que se manifiestan en el fenómeno onírico se hallan al servicio de dicho deseo y son determinadas y dominadas por móviles egoístas. Situándonos ahora en el punto de vista de la teoría de la libido, deducimos que el dormir es un estado en el que todas las catexis de objetos libidinales como egoístas, se retiran de ellos y vuelven al *yo*, hipótesis que arroja clara luz sobre el bienestar procurado por el sueño y sobre la

naturaleza de la fatiga. El cuadro del feliz aislamiento de la vida intrauterina, cuadro que el durmiente evoca ante nuestros ojos cada noche, se encuentra así completado desde el punto de vista psíquico. En el durmiente aparece reproducido el primitivo estado de distribución de la libido; esto es, el narcisismo absoluto, estado en el que la libido y el interés del *yo*, unidos e indiferenciables, existen en el mismo *yo*, que se basta a sí mismo.

Surgen en este punto dos nuevas observaciones. En primer lugar: ¿cómo diferenciar los conceptos «narcisismo» y «egoísmo»? A mi juicio, el primero es el complemento libidinoso del segundo. Al hablar de egoísmo no pensamos sino en lo que es útil para el individuo. En cambio, cuando nos referimos al narcisismo incluimos la satisfacción libidinosa. Prácticamente, esta distinción entre el narcisismo y egoísmo puede llevarse muy lejos. Se puede ser absolutamente egoísta sin dejar por ello de ligar grandes cantidades de energía libidinosa a determinados objetos, en tanto en cuanto la satisfacción libidinosa procurada por los mismos constituye una de las necesidades del *yo*. El egoísmo cuidará entonces de que la búsqueda de estos objetos no perjudique al *yo*. Asimismo podemos ser egoístas y presentar simultáneamente un grado muy pronunciado de narcisismo; esto es, una mínima necesidad de objetos, sea desde el punto de vista de la satisfacción sexual directa, o sea en lo que concierne a aquellas aspiraciones máximas derivadas de la necesidad sexual que acostumbramos oponer, en calidad de amor, a la sensualidad pura. En todas estas circunstancias, el egoísmo se nos muestra como el elemento indiscutible y constante y, en cambio, el narcisismo como el elemento variable. Lo contrario del egoísmo, o sea el *altruismo*, lejos de coincidir con la subordinación de los objetos a la libido, se distingue por la ausencia total del deseo de satisfacciones sexuales. Solamente en el amor absoluto coincide el altruismo con la concentración de la libido sobre el objeto sexual. Este atrae generalmente así una parte del narcisismo, circunstancia en la que se manifiesta aquello que podemos denominar «supervaloración sexual» del objeto. Si a esto se añade aún la transfusión altruista del egoísmo al objeto sexual, se hace éste extremadamente poderoso y podemos decir que ha absorbido al *yo*. Creo no equivocarme que os parecerá refrescante alejarse de esta árida digresión

científica si les presento una poética representación de la diferencia económica entre lo que es el narcisismo y el enamoramiento. Cito unos versos del «Westöstlicher Diwan» de Goethe[1863]:

ZULEIKA

Pueblo, siervos y señores
proclaman, a no dudar,
que la dicha más cumplida
de los hijos de la tierra
es la personalidad
Si a sí mismo se conserva
el hombre, todo va bien,
cualquier sino es tolerable,
y todo puede perderse
si sigue siendo quien es.

HATEM

Puede que cierto sea.
Así la gente dice,
mas yo no opino igual,
porque sólo en Zuleika
la dicha puedo hallar.
Cuan bien me mira ella[1864]
valor adquiere mi yo,
mas si la espalda me vuelve[1865]
dejo de ser lo que soy.
Si no me amara, ya Hatem
de ser quien es dejara,
mas yo entonces, en el cuerpo

de su amado me entraría[1866].

La segunda de las observaciones a que antes hube de referirme constituye un complemento de la teoría del sueño. No podremos explicarnos la génesis del mismo si no admitimos que lo inconsciente reprimido se ha hecho hasta cierto punto independiente del *yo*, no sometiéndose ya al deseo de dormir y manteniendo sus revestimientos propios aun en aquellos casos en que todos los demás revestimientos de objetos dependientes del *yo* quedan acaparados en provecho del reposo, en la medida misma en la que se hallan ligados a los objetos. Sólo así nos es posible comprender que este inconsciente pueda aprovechar la supresión o la disminución nocturna de la censura y apoderarse de los restos diurnos para constituir, con los materiales que los mismos le proporcionan, un prohibido deseo onírico. Por otro lado, puede ser que los restos diurnos deban, por lo menos en parte, su poder de resistencia contra la libido acaparada por el reposo a la circunstancia de hallarse ya previamente en relación con lo inconsciente reprimido. Es éste un importante carácter dinámico que habremos de introducir *a posteriori* en nuestra concepción de la formación de los sueños.

Una afección orgánica, una irritación dolorosa o una inflamación de un órgano crean un estado, a consecuencia del cual queda la libido desligada de sus objetos; retorna al *yo*, manifestándose como una catexis reforzada del órgano enfermo. Podemos incluso arriesgar la afirmación de que en estas condiciones, el desligamiento de la libido de sus objetos es aún más evidente que el del interés egoísta con respecto al mundo exterior. Esta circunstancia nos aproxima a la inteligencia de la hipocondría, afección en la que un órgano preocupa igualmente al *yo*, sin que advirtamos en él enfermedad ninguna.

Pero quiero resistir a la tentación de adentrarme más por este camino y analizar otras distintas situaciones, que las hipótesis del retorno de la libido objetal al *yo* podrían hacernos inteligibles, pues me parece más urgente rebatir dos objeciones que sin duda han surgido en vuestra imaginación. Deseáis saber, en primer término, por qué al hablar de sueño, de la enfermedad y de otras situaciones análogas establezco siempre una distinción

entre libido e interés, o sea entre los instintos sexuales y los del *yo*, cuando para interpretar las observaciones realizadas basta admitir la existencia de una sola y única energía que, pudiendo desplazarse libremente, se enlaza tan pronto al objeto como al *yo* y entra al servicio de toda clase de instintos. En segundo lugar, extrañáis oírme considerar como fuente de un estado patológico el desligamiento de la libido del objeto, siendo así que estas transformaciones de la libido objetal en libido del *yo*, o generalizando más, en energía del *yo*, forman parte de los procesos normales de la dinámica psíquica, procesos que se reproducen cotidiana y nocturnamente.

Vuestra primera objeción posee una apariencia de verdad. El examen de los estados de reposo, de enfermedad y de enamoramiento no nos hubiera conducido nunca por sí sólo a la distinción entre una libido del *yo* y una libido objetal o entre la libido y el interés. Pero olvidáis las investigaciones que nos sirvieron de punto de partida y a cuya luz consideramos ahora las situaciones psíquicas de que se trata. El examen del conflicto, del que nacen las neurosis de transferencia, es lo que nos ha enseñado a distinguir entre libido e interés y, por consiguiente, entre los instintos sexuales y los instintos de conservación, siéndonos ya imposible renunciar a tal diferenciación. La hipótesis de que la libido objetal puede transformarse en libido del *yo*, y, por tanto, la necesidad de contar con una libido del *yo*, nos ha parecido la única explicación verosímil del enigma de las neurosis llamadas narcisistas —por ejemplo, la demencia precoz— y de las semejanzas y diferencias que existen entre estas neurosis, la histeria y las obsesiones. Nuestra labor actual se limita a aplicar a la enfermedad, al dormir y al enamoramiento aquello que en otras investigaciones hemos confirmado de un modo irrefutable. Vamos, pues, a proseguir estas aplicaciones, con el fin de ver hasta dónde puede llevarnos. La única proposición que no se deriva directamente de nuestra experiencia analítica es la de que la libido permanece siempre idéntica a sí misma, se aplique a los objetos o al propio yo del sujeto, no pudiendo jamás transformarse en interés egoísta. Lo mismo puede decirse de este último; pero esta afirmación equivale a la distinción, sometida ya por nosotros a un riguroso examen crítico, entre los instintos sexuales y los instintos del *yo*, distinción que por razones de heurística nos hemos decidido a mantener hasta que podamos refutarla.

Vuestra segunda objeción es igualmente justa, pero se halla erróneamente orientada. Sin duda, el retorno hacia el *yo* de la libido desligada de los objetos no es directamente patógeno, pues vemos producirse este fenómeno siempre antes del sueño y seguir una marcha inversa después de despertar. La ameba esconde sus prolongaciones para sacarlas de nuevo en la primera ocasión; pero cuando un determinado proceso, muy enérgico, obliga a la libido a abandonar los objetos, nos hallamos ante un caso muy distinto. La libido, devenida narcisista, no puede ya encontrar de nuevo el camino que conduce a los objetos, y esta disminución de su movilidad es lo que resulta patógeno. Diríase que la acumulación de la libido narcisista no puede ser soportada por el sujeto sino hasta un determinado nivel, y podemos además suponer que si la libido acude a revestir objetos, es porque el *yo* ve en ello un medio de evitar los efectos patológicos que produciría un estancamiento de la misma. Si en nuestras intenciones entrase la de ocuparnos más en detalle de la demencia precoz, os mostraría que el proceso, a consecuencia del cual la libido, desligada de los objetos, halla obstruido el camino cuando quiere volver a ellos, se aproxima al de represión y puede ser considerado como paralelo al mismo, siendo casi idénticas sus condiciones. En ambos procesos parece existir el mismo conflicto entre las mismas fuerzas, y si el resultado es distinto al que, por ejemplo, observamos en la histeria, ello no puede depender sino de una diferencia en la disposición del sujeto. En los enfermos de los que aquí nos ocupamos, el punto débil del desarrollo de la libido corresponde a otra fase; y la fijación decisiva, que, como os indiqué en lecciones anteriores, es condición de la formación de síntomas, queda también desplazada, situándose probablemente en la fase del narcisismo primitivo, al que la demencia precoz retorna en su estadio final. Resulta harto singular que nos veamos obligados a admitir, para la libido de todas las neurosis narcisistas, puntos de fijación correspondientes a fases evolutivas mucho más precoces que en la histeria o en la neurosis obsesiva. Pero ya os expuse que las nociones que hemos adquirido en nuestro estudio de las neurosis de transferencia nos permiten orientarnos también en las neurosis narcisistas, mucho más graves desde el punto de vista práctico. Ambas afecciones poseen numerosos rasgos comunes, hasta el punto de que podemos afirmar que en el fondo se trata de un solo campo de fenómenos.

Así, pues, os daréis fácilmente cuenta de las dificultades con que tienen que tropezar aquellos que emprenden la explicación de estas enfermedades, ajenas ya a los dominios de la Psiquiatría, sin llevar a este trabajo un conocimiento analítico de las neurosis de transferencia.

El cuadro sintomático, muy variable, de la demencia precoz no se compone únicamente de los síntomas derivados del desligamiento de la libido de sus objetos y de su acumulación en el *yo* como libido narcisista. Una gran parte de él se halla constituida por otros fenómenos relativos a los esfuerzos de la libido por retornar a los objetos, y correspondientes, por tanto, a una tentativa de restablecimiento o curación[1867]. Estos últimos síntomas son incluso los más evidentes e inoportunos. En ocasiones presentan una incontestable semejanza con los de la histeria, y menos frecuentemente con los de la neurosis obsesiva; pero su naturaleza es diferente a la de unos y otros. En la demencia precoz parece como si en sus esfuerzos por retornar a los objetos, esto es, a las imágenes de los objetos, consiguiese la libido volver a adherirse a ellos; pero en realidad lo único que de ellos logra aprehender es una vana sombra; esto es, las imágenes verbales que les corresponden. No puedo extenderme más sobre esta materia, pero estimo que esta conducta de la libido en sus aspiraciones de retorno al objeto es lo que nos permite darnos cuenta de la verdadera diferencia que existe entre una idea consciente y una idea inconsciente.

Con las consideraciones que preceden os he introducido en el dominio en el que la labor analítica está llamada a realizar sus próximos progresos. Desde que nos hemos familiarizado con el manejo de la noción de «libido del *yo*», se nos han hecho accesibles las neurosis narcisistas y se nos ha planteado la labor de hallar una explicación dinámica de estas enfermedades, completando al mismo tiempo nuestro conocimiento de la vida psíquica por una más profunda comprensión del *yo*. La psicología del *yo* que intentamos edificar no debe basarse sobre los datos de nuestra introspección, sino como la teoría de la libido, sobre el análisis de las perturbaciones y destrozos del *yo*. De todos modos, es posible cuando hayamos terminado esta labor quede disminuido a nuestros ojos el valor de los conocimientos que sobre los destinos de la libido nos ha proporcionado el estudio de las neurosis de transferencia. A las

neurosis narcisistas escasamente podemos aplicar la técnica que tan excelentes resultados nos dio en las de transferencia, y voy a deciros el porqué inmediatamente. Siempre que intentamos adentrarnos en el estudio de ellas vemos alzarse ante nosotros un muro que nos cierra el paso. En las neurosis de transferencia recordaréis que tropezamos también con resistencias, pero pudimos ir dominándolas poco a poco. En cambio, en las neurosis narcisistas la resistencia resulta invencible, y lo más que podemos hacer es echar una mirada por encima del muro que nos detiene y espiar lo que al otro lado del mismo sucede. Nuestros métodos técnicos usuales deben, pues, ser reemplazados por otros, pero ignoramos todavía si nos será posible operar esta sustitución. Cierto es que en lo que a estos enfermos respecta no carecemos de materiales que someter a investigación, pues manifiestan su estado de muy variadas maneras, aunque no sea siempre bajo la forma de respuestas a nuestros interrogatorios, en cuyo caso nos vemos reducidos a interpretar tales manifestaciones con ayuda de los conocimientos que el estudio de los síntomas de las neurosis de transferencia nos ha proporcionado. La analogía entre ambas enfermedades es suficiente para garantizarnos al principio un resultado positivo. Queda por verse cuán lejos nos puede conducir esta técnica.

Nuestra labor de investigación tropieza aún con otras dificultades. Las afecciones narcisistas y las psicosis con ellas ligadas no manifestarán su secreto sino a observadores entrenados en el estudio analítico de las neurosis de transferencia; pero nuestros psiquiatras no son estudiantes de psicoanálisis, y nosotros, psicoanalistas, no examinamos sino muy pocos casos psiquiátricos. Tenemos necesidad de una generación de psiquiatras que haya estudiado el psicoanálisis a título de ciencia preparatoria. Actualmente vemos surgir en América un movimiento de este género, pues eminentes psiquiatras americanos inician a sus alumnos en las teorías psicoanalíticas, y los directores de sanatorios y manicomios, tanto privados como públicos, se esfuerzan en observar a sus enfermos a la luz de estas teorías. De todos modos, también nosotros hemos conseguido echar una mirada por encima de la muralla narcisista, y hemos visto algo que voy a exponeros seguidamente.

La enfermedad conocida como paranoia, esto es, la locura sistemática

crónica, ocupa en los intentos de clasificación de la Psiquiatría moderna un lugar incierto. Sin embargo, resulta indudable su parentesco con la demencia precoz, hasta el punto de que en una ocasión he creído poder reunir la paranoia y la demencia precoz bajo la denominación común de parafrenia. Atendiendo a sus diversas formas, se ha dividido la paranoia en megalomanía, manía persecutoria, erotomanía, delirio de celos, etc.; pero la Psiquiatría no nos proporciona el menor esclarecimiento sobre ninguna de ellas. Por mi parte, quiero exponeros una tentativa, aunque insuficiente, de lograr un tal esclarecimiento, deduciendo un síntoma de otro por un proceso intelectual. El enfermo que en virtud de una disposición primaria se cree perseguido, deduce de esta persecución la conclusión de que es un personaje importante, deducción que da origen a su manía de grandezas. Para nuestra concepción analítica la manía de grandezas es la consecución inmediata de la ampliación del *yo* por toda la cantidad de energía libidinosa retirada de los objetos, y constituye un narcisismo secundario sobrevenido como consecuencia del despertar del narcisismo primitivo, que es el de la primera infancia. Pero una observación que hube de realizar en los casos de manía persecutoria me orientó en un nuevo rumbo. Pude comprobar, en efecto, que en la gran mayoría de los casos el supuesto perseguidor pertenecía al mismo sexo que el perseguido y era precisamente la persona a la que el enfermo mostraba antes mayor afecto, siendo también posible la sustitución de esta persona por otra que con ella presentase determinadas afinidades conocidas. Así, el padre podía ser sustituido por el maestro o por un superior cualquiera. De estas observaciones, cuyo número fue aumentando, deduje la conclusión de que la *paranoia persecutoria* es una forma patológica en la que el individuo se defiende contra una tendencia homosexual que se ha hecho excesivamente enérgica. La transformación de la ternura en odio, transformación que, como sabemos puede constituir una grave amenaza contra la vida del objeto a la vez amado y odiado, corresponde en estos casos a la transformación de la tendencia libidinosa en angustia, que constituye una consecución regular del proceso de represión. Voy a exponeros uno de los últimos casos de este género por mí examinados. Un joven médico fue condenado a la pena de destierro por haber amenazado de muerte a un hijo de un catedrático que hasta entonces había sido su mejor amigo. Nuestro

enfermo atribuía a éste su antiguo amigo intenciones verdaderamente diabólicas y un poder demoníaco y le acusaba de todas las desgracias que durante los últimos años habían caído sobre su familia y de todos sus reveses personales. No contentos con esto, el perverso amigo y su padre habían provocado la guerra y facilitado la invasión de los rusos. Nuestro enfermo hubiera arriesgado su vida mil veces para lograr la desaparición de aquel malhechor, pues se halla persuadido de que su muerte pondría fin a todas sus desgracias; mas, sin embargo el cariño que profesa a su antiguo amigo es todavía tan intenso, que paralizó su mano un día en que hubiera podido matarle de un disparo de revolver. En las breves conversaciones que tuve con el enfermo averigüé que sus relaciones de amistad con el supuesto perseguidor databan de sus primeros años de colegio y habían traspasado, por lo menos una vez, los límites de la amistad, pues una noche que durmieron juntos llegaron a realizar un completo acto sexual. Nuestro paciente no ha experimentado jamás hacia las mujeres los sentimientos correspondientes a su edad. Mantuvo relaciones con una bella y distinguida muchacha; pero notando ésta la frialdad de su prometido, rompió con él al poco tiempo. Bastantes años después se inició su perturbación psíquica repentinamente, en ocasión de haber logrado por vez primera satisfacer por completo a una mujer. En el momento en que ésta le abrazaba con reconocimiento y abandono, experimentó nuestro enfermo un súbito e intenso dolor, como si le seccionasen el cráneo de una cuchillada. Más tarde nos explicó él mismo este dolor, diciendo que no podía compararlo sino al que experimentaríamos si se nos saltase la tapa de los sesos para dejar al descubierto el cerebro, como suele hacerse en las autopsias o en algunas trepanaciones de gran extensión. Como su amigo se había especializado en la anatomía patológica, dedujo el enfermo que aquella mujer había sido una enviada suya, y a partir de este día comprendió claramente que todas las demás persecuciones de que se le hacía víctima eran provocadas por su antiguo amigo.

La existencia de casos en los que el perseguidor no pertenece al mismo sexo que el perseguido parece contradecir nuestra explicación por la defensa contra una libido homosexual. Pero en un examen clínico muy reciente[1868] hemos tenido ocasión de deducir de esta aparente contradicción una confirmación de nuestro punto de vista. La paciente, que se decía perseguida

por un hombre al que había concedido dos amorosas citas, había, en realidad, comenzado por dirigir su manía contra una mujer que en su pensamiento había sustituido a su madre. Solamente después de la segunda cita fue cuando consiguió desligar su manía de la mujer para hacerla recaer sobre el hombre. Resulta, pues, que también en este caso, como en el primero de que os he hablado, se halló primitivamente realizada la condición de igualdad de sexos. En la queja que formuló ante su abogado y ante su médico no mencionó la enferma esta fase preliminar de su locura, circunstancia que proporcionaba un aparente mentís a nuestra concepción de la paranoia.

La elección homosexual de objeto se halla originariamente más próxima al narcisismo que la elección heterosexual, circunstancia que facilita en gran manera el retorno al narcisismo cuando el sujeto se ve en el caso de rechazar una violenta tendencia homosexual indeseada. Hasta el momento no se me ha presentado ocasión de hablaros de los fundamentos de la vida amorosa tal y como nosotros, psicoanalistas, los concebimos, y tampoco puedo ahora dedicarme a cegar por completo tal laguna. Todo lo que puedo deciros es que la elección de objeto y la continuación del desarrollo de la libido después de la fase narcisista pueden efectuarse según dos tipos diferentes. Según el *tipo narcisista*, quedando reemplazado el *yo* del sujeto por otro *yo* que se le asemeja lo más posible, según el *tipo ligazón* o apoyo, siendo elegidas como objetos de la libido aquellas personas que se han hecho indispensables para el sujeto por haberse venido procurando la satisfacción de las restantes necesidades vitales. Una fuerte fijación de la libido a la elección narcisista de objeto debe considerarse como parte integrante de la predisposición a la homosexualidad manifiesta.

Recordaréis que en la primera lección de este año académico [Lección XVI] les relaté el caso de una mujer enferma con delirios de celos. Tendréis, sin duda, curiosidad por saber cómo explicamos los delirios desde el punto de vista psicoanalítico. Desgraciadamente, es muy poco lo que sobre este tema puedo deciros. La inaccesibilidad de los delirios a la acción de los argumentos lógicos y de la experiencia real se explica, del mismo modo que en las obsesiones, por su relación con los elementos inconscientes representados y mantenidos por el delirio o por la obsesión. Las dos enfermedades difieren entre sí desde los puntos de vista tópico y dinámico.

Como en la paranoia, hemos hallado también en la melancolía, en la que incidentalmente se han descrito varias formas clínicas, un aspectos que nos permite echar una ojeada a su estructura interna, y hemos comprobado que los implacables reproches con que los melancólicos se abruman a sí mismos van dirigidos en realidad contra otra persona; esto es, contra el objeto sexual, que el enfermo ha perdido o ha dejado ya de estimar por sus propias culpas. De esta circunstancia deducimos que si bien ha retirado el melancólico su libido del objeto, se ha verificado, en cambio, un proceso —la «identificación narcisista»—, a resultas del cual ha quedado dicho objeto incorporado al *yo*, o sea proyectado sobre él. De este proceso no puedo daros aquí una descripción tópico-dinámica en toda regla y sí tan sólo una sintética representación. El propio *yo* del sujeto recibe en estos casos el tratamiento que correspondería al objeto abandonado y sufre todas aquellas agresiones y venganzas que el sujeto reserva para aquél. Las tendencias de los melancólicos al suicidio queda de este modo explicada, pues mediante él suprime el enfermo, simultáneamente, su propio yo y el objeto a la vez amado y odiado. Tanto en la melancolía como en las demás afecciones narcisistas se manifiesta de un modo muy pronunciado un rasgo de la vida afectiva, al que damos, desde Bleuler, el nombre de *ambivalencia*, y que no es sino la existencia, en una misma persona, de sentimientos opuestos, amistosos y hostiles, con relación a otra. Desgraciadamente, no he tenido ocasión en el curso de estas lecciones de hablaros más detalladamente de esta ambivalencia de los sentimientos.

Al lado de la identificación narcisista existe una identificación histérica que conocemos desde mucho antes. Por medio de algunos ejemplos quisiera poderos mostrar las diferencias existentes entre ambas, pero no disponemos de tiempo para ello. En cambio, puedo exponeros sobre las formas periódicas y cíclicas de la melancolía algo que seguramente os interesará. En condiciones favorables, que yo he visto en dos ocasiones, resulta posible impedir, merced al tratamiento analítico aplicado en los intervalos libres de toda crisis, el retorno del estado melancólico, tanto en la misma tonalidad afectiva como en la tonalidad opuesta, circunstancia demostrativa de que en la melancolía y en la manía se trata de una forma especial de solución de un conflicto cuyos elementos son exactamente los mismos que en las demás

neurosis. Vemos, pues, que el psicoanálisis está llamado a recoger en estos dominios un importantísimo acervo de nuevos datos.

En ocasión anterior hube de indicaros que por medio del análisis de las afecciones narcisistas esperábamos llegar al conocimiento de la composición de nuestro *yo* y al de las instancias que lo constituyen, conocimiento en el que realmente hemos comenzado a iniciarnos. Del análisis del delirio de observación hemos creído poder concluir la existencia en el *yo* de una instancia que observa, critica y compara infatigablemente, oponiéndose así a la otra parte del *yo*. Por esta razón estimamos que el enfermo nos revela una verdad, a la que no ha dado hasta ahora toda la importancia que merece, cuando se lamenta de que cada uno de sus pasos es espiado, y denunciado y criticado cada uno de sus pensamientos. Su único error consiste en considerar esta desagradable intervención como algo ajeno y exterior a su persona. El sujeto advierte en sí la actuación de una instancia que compara su *yo* actual y cada una de sus manifestaciones con un *yo ideal* forjado por él mismo en el curso de su desarrollo. A mi juicio, la creación de este *yo* ideal obedece al propósito de restablecer aquella autosatisfacción que era inherente al narcisismo primario infantil y que tantas perturbaciones y contrariedades ha experimentado después. La instancia autoobservadora nos es ya conocida. Es el censor del *yo*, o sea la conciencia, y la misma que ejerce durante la noche la censura onírica y de la que parten las represiones de deseos inadmisibles. Disociándose en el delirio de observación, nos revela sus orígenes en las influencias ejercidas por los padres, los educadores y el ambiente social y en la identificación con alguna de las personas que el sujeto ha tomado en su vida como modelo.

Tales serían algunos de los resultados obtenidos merced a la aplicación del psicoanálisis a las enfermedades narcisistas. Reconozco que no son muy numerosos y que carecen de aquella precisión que sólo cuando llegamos a familiarizarnos con un nuevo objeto de estudio podemos obtener. Todos ellos los debemos a la utilización del concepto de libido del *yo* o libido narcisista, que nos ha permitido extender a las neurosis narcisistas los datos que nos había proporcionado el estudio de las de transferencia. Preguntaréis, sin duda, si no sería posible llegar a subordinar a la teoría de la libido todas las perturbaciones de las afecciones narcisistas y de las psicosis, y si, en fin de

cuentas, no es el factor libidinoso de la vida psíquica el único responsable de la enfermedad, sin que podamos invocar una alteración en el funcionamiento de los instintos de conservación. Pero no me parece urgente encontrar respuesta a esta interrogación, y, sobre todo, creo que debemos esperar a que los progresos de la investigación científica nos permitan intentar resolverla con mayores garantías de éxito. No me extrañaría nada descubrir que el poder patógeno constituye efectivamente un privilegio de las tendencias libidinosas y que la teoría de la libido triunfa en toda la línea desde las neurosis actuales más simples hasta la enajenación psicótica más grave de la personalidad. ¿No sabemos acaso que lo que caracteriza a la libido es su negativa a someterse a la realidad cósmica a Ananke? Desde luego, me parece muy verosímil que los instintos del *yo*, arrastrados por los impulsos patógenos de la libido, experimenten a su vez perturbaciones funcionales, y si algún día se descubre que en las psicosis graves puede también presentar los instintos del *yo* perturbaciones primarias, no veré en este hecho una desviación de la dirección general de nuestras investigaciones. Pero, por lo menos para vosotros, es ésta una cuestión que el porvenir aclarará.

Permitidme solamente volver un momento a la angustia para disipar una última oscuridad que sobre ella hemos dejado. Dijimos que, dadas las relaciones que existen entre la angustia y la libido, no nos parecía admisible que la angustia real ante un peligro sea la manifestación de los instintos de conservación. ¿No pudiera ser igualmente que el estado afectivo caracterizado por la angustia tomase sus elementos no de los instintos egoístas del *yo*, sino de la libido del mismo? Sucede que el estado de angustia es, en el fondo, irracional, y ésta su irracionalidad se hace patente en cuanto alcanza un nivel un poco elevado. En estos casos, la angustia llega a perturbar la acción, sea de la fuga o de la defensa, que es la única racional y susceptible de asegurar la conservación. De este modo, atribuyendo la parte afectiva de la angustia real a la libido del *yo*, y la acción que se manifiesta en esta ocasión al instinto conservador del *yo*, alejamos todas las dificultades teóricas. Supongo que no creeréis seriamente que huimos porque sentimos angustia. Nada de eso. Experimentamos angustia y huimos por un mismo motivo, derivado de la percepción del peligro. Hombres que han corrido grandes

peligros cuentan que no han experimentado la menor angustia, sino que han obrado simplemente y con toda serenidad en defensa de su vida. He aquí ciertamente una reacción por completo racional.

LECCIÓN XXVII. LA TRANSFERENCIA

Señoras y señores:

VIENDO ya próximo el fin de estas conferencias, esperáis, sin duda, oírme tratar de aquella terapia en la que reposa la posibilidad de practicar el psicoanálisis. No puedo, en efecto, eludir este tema, pues si así lo hiciera, os dejaría en la ignorancia de un nuevo hecho, sin cuyo conocimiento resultaría harto incompleta vuestra inteligencia de las enfermedades investigadas en el curso de estas lecciones.

Sé que no esperáis que os inicie en la forma de practicar el análisis con un fin terapéutico. Lo que deseáis es conocer, de un modo general, los medios de que la terapia psicoanalítica se sirve y los resultados que obtiene. Reconociendo que vuestro deseo se halla perfectamente justificado, no voy sin embargo, a satisfacerlo por medio de una exposición directa, sino que me limitaré a proporcionaros datos suficientes para que por vosotros mismos podáis deducir una respuesta a vuestras interrogaciones.

Reflexionad un poco. Conocéis ya las condiciones esenciales de la enfermedad y los factores que actúan sobre el sujeto después de enfermar. ¿Qué acción terapéutica puede ser posible en estas circunstancias? En primer lugar, nos hallamos ante la predisposición hereditaria, factor en cuya importancia insistimos poco los psicoanalistas, porque ya otros se encargan de hacerlo por nosotros, y nada tenemos que agregar por nuestra cuenta. Pero esto no quiere decir que no reconozcamos toda su enorme significación. Como terapeutas, hemos tenido ocasión de comprobar el poder de la disposición, no habiéndonos sido posible modificarla en lo más mínimo y permaneciendo, por tanto, para nosotros como algo dado, que limita y restringe nuestra actuación. Hallamos después la influencia de los sucesos infantiles tempranos, influencia a la que atendemos preferentemente en el

análisis. Estos sucesos infantiles pertenecen al pasado y nada puede ya deshacerlos. Por último, y reunidas en el concepto de «frustración real», se nos muestran todas aquellas desgraciadas circunstancias de la vida que nos imponen una privación de amor, pobreza, las discordias familiares, una elección enferma de pareja conyugal, desfavorables circunstancias sociales y la presión exigente de los estándares éticos sobre el individuo. Cada uno de estos elementos señala un camino a la intervención terapéutica; mas para que esta intervención diera algún resultado, tendría que ser semejante a la que, según la popular leyenda vienesa, ejerció el emperador José; esto es, tendría que provenir de un poderoso personaje ante cuya voluntad se doblegasen los hombres y desapareciesen las dificultades. No es éste ciertamente nuestro caso. Pobres, sin poder personal ninguno y obligados a ganarnos el sustento en el ejercicio de nuestra profesión, no podemos ni siquiera prestar asistencia gratuita a un cierto número de enfermos —como otros médicos con otros métodos terapéuticos lo hacen—, pues nuestra terapéutica demanda mucho tiempo y es muy laboriosa como para que eso sea posible. Quizá creáis ver en uno de los factores antes detallados el punto de apoyo que necesitamos para ejercer nuestra influencia curativa. Pensáis, en efecto, que si la limitación ética impuesta por la sociedad es responsable de la privación de que el enfermo sufre, podrá el tratamiento aliviarle, incitándole directamente a traspasar dicha limitación, y a procurarse satisfacción y salud, negándose a conformar su conducta a un ideal al que la sociedad concede un gran valor, pero en el que no siempre se inspira el individuo. Equivaldría esto a afirmar que se puede recobrar la salud viviendo sin restricciones la propia vida sexual. Si el tratamiento analítico implicase un consejo de este género, merecería ciertamente el reproche de ser opuesto a la moral general, que lo que se le ha dado al individuo ha sido sacado de la comunidad. Pero todo esto es absolutamente erróneo. El consejo de vivir sin traba alguna nuestra vida sexual no interviene para nada en la terapia psicoanalítica. Como ya os he indicado, existe en el enfermo un tenaz conflicto entre la tendencia libidinosa y la represión sexual, o sea entre su lado sensual y su lado ascético, y este conflicto no se resuelve, ciertamente, ayudando a uno de tales factores a vencer al otro. En los neuróticos, es el ascetismo la instancia victoriosa, y a consecuencia de esta victoria se ve obligada la sexualidad a buscar una

compensación en la formación de síntomas. Si, por el contrario, procurásemos la victoria a la sensualidad, sería la represión sexual la que intentaría compensarse del mismo modo al ser descartada, es decir, con síntomas. Así, pues, ninguna de estas dos soluciones puede poner término al conflicto interior, dado que siempre quedará insatisfecho uno de los elementos que lo provocaron. Por otro lado, son muy raros los casos en que el conflicto es tan débil que la intervención del médico basta para resolverlo, y, a decir verdad, estos casos no precisan de un tratamiento psicoanalítico. Las personas sobre las que el médico podría ejercer una influencia de este género obtendrían fácilmente idéntico resultado sin la intervención del mismo. Cuando un joven abstinente se decide a entregarse a una relación sexual ilegítima, o cuando una mujer insatisfecha busca una compensación en otro hombre, no suelen haber esperado para hacerlo la autorización del médico, ni siquiera la de sus analistas.

Al tratar de esta cuestión no suele tenerse en cuenta una importantísima circunstancia: la de que el conflicto patógeno de los neuróticos no es comparable a una lucha normal entre tendencias psíquicas y sobre un mismo terreno psicológico. En los neuróticos, la lucha se desarrolla entre fuerzas que han llegado a la fase de lo preconsciente y lo consciente, y otras que no han pasado el límite de lo inconsciente. Resulta, pues, que los adversarios se hallan situados en distintos planos como el oso polar con la ballena, según una familiar analogía; y, por tanto, es imposible toda solución hasta que se logra ponerlos frente a frente, labor que, a mi juicio, es la que solamente corresponde efectuar a la terapéutica.

Puedo, además, aseguraros que estáis en un error si creéis que aconsejar y guiar al sujeto en las circunstancias de su vida forma parte de la influencia psicoanalítica. Por el contrario, rechazamos siempre que nos es posible este papel de mentores, y nuestro sólo deseo es el de ver al enfermo adoptar por sí mismo sus decisiones. Así, pues, le exigimos siempre que retrase hasta el final del tratamiento toda decisión importante sobre la elección de una carrera, la iniciación de una empresa comercial, el casamiento o el divorcio. Convenid que no es esto lo que pensabais. Sólo cuando nos hallamos ante personas muy jóvenes o individuos muy desamparados o inestables nos resolvemos a asociar a la misión del médico la del educador. Pero entonces,

conscientes de nuestra responsabilidad, actuamos con todas las precauciones necesarias.

De la energía con que me defiendo contra el reproche de que el tratamiento psicoanalítico impulsa al enfermo a vivir sin freno alguno su vida sexual, haríais mal en deducir que nuestra influencia se ejerce en provecho de la moral convencional. Esta intención nos es tan ajena como la primera. No somos reformadores, sino observadores; pero lo que nadie puede impedirnos es que nuestra observación posea un carácter crítico. Por tanto, no podemos tomar la defensa de la moral sexual convencional y aprobar la forma en que la sociedad intenta resolver, en la práctica, el problema de la vida sexual. Podemos decir a la sociedad que lo que ella llama su moral cuesta más sacrificios de lo que vale, y que sus procedimientos carecen tanto de sinceridad como de prudencia. Estas críticas las formulamos claramente ante los pacientes, acostumbrándolos así a reflexionar sin prejuicios sobre los hechos sexuales como sobre cualquier otro género de realidades, y cuando, terminado el tratamiento, recobran su independencia y se deciden, por su propia voluntad, en favor de una solución intermedia entre la vida sexual sin restricciones y el ascetismo absoluto, nuestra conciencia no tiene nada que reprocharnos, pues nos decimos que aquel que después de haber luchado contra sí mismo consigue elevarse hasta la verdad, se encuentra al abrigo de todo peligro de inmoralidad y puede permitirse tener para su uso particular una escala de valores morales muy diferente de la admitida por la sociedad. Debemos guardarnos, además, de exagerar la participación de la abstinencia en la producción de las neurosis. Solamente en un pequeño número de casos consigue el sujeto poner fin, por medio de la iniciación de unas relaciones sexuales que no perturben mucho a la situación patógena derivada de la privación y de la acumulación de la libido.

Como veis, no puede explicarse el efecto terapéutico del psicoanálisis por la autorización de prescindir de toda restricción sexual. Al tratar de disipar este vuestro error, creo haberos sugerido una orientación más acertada. La utilidad del psicoanálisis —pensáis ahora— se deriva, sin duda, del hecho de reemplazar lo inconsciente por lo consciente. Exacto, atrayendo lo inconsciente a la consciencia, levantamos las represiones, anulamos las

precondiciones que presiden la formación de síntomas y transformamos el conflicto patógeno en un conflicto normal que acabará por hallar alguna solución. Nuestra actuación se limita a provocar en el enfermo esta simple modificación psíquica, y cuanto más completa sea ésta, mayor será el efecto terapéutico. Igualmente, en los casos en que no podemos suprimir una represión (u otro proceso psíquico del mismo género) resulta por completo ineficaz nuestra intervención.

El fin que en nuestra labor perseguimos puede expresarse por medio de diversas fórmulas, tales como las de: transformación de lo inconsciente en consciente, levantamiento de las represiones, llenar las lagunas mnésicas. Todo ello viene a ser lo mismo. Pero esta afirmación os dejará quizá insatisfechos. Os habíais formado de la curación de un neurótico una idea distinta, figurándoos que después de haberse sometido al penoso trabajo de un psicoanálisis se convertía en otro hombre, y he aquí que os afirmo que su curación consiste en que tiene un poco más de consciente y un poco menos de inconsciente que antes. Mas, a mi juicio, no dais la importancia debida a una tal transformación interna. El neurótico curado se ha transformado, en efecto, en otro hombre; pero en el fondo sigue, naturalmente, siendo el mismo; esto es, el que hubiera podido ser independientemente del tratamiento en condiciones más favorables, y esto ya es mucho. Teniendo, además, en cuenta la penosa labor que es necesario llevar a cabo para obtener esta modificación tan insignificante en apariencia de la vida psíquica del hombre, no dudaréis ya de la importancia de esta diferencia de niveles psíquicos que conseguimos producir.

Quiero hacer ahora una pequeña digresión para preguntaros si sabéis qué es lo que se denomina una terapéutica causal. Llamamos así a un método terapéutico que, en lugar de atacar las manifestaciones de una enfermedad, busca suprimir las causas de la misma. Ahora bien: la terapéutica psicoanalítica, ¿es o no una terapéutica causal? La respuesta a esta interrogación no es nada sencilla, pero nos ofrece quizá la ocasión de darnos cuenta de la inutilidad de plantearnos tal problema de esta manera. En la medida en que la terapéutica analítica no tiene por fin inmediato la supresión de los síntomas, se comporta como terapéutica causal; pero considerada desde un distinto punto de vista, se nos muestra como no causal. Desde hace

mucho tiempo hemos seguido el encadenamiento de las causas más allá de las represiones hasta las disposiciones instintivas, sus intensidades relativas en la constitución del individuo y las desviaciones que presentan con respecto a su desarrollo normal. Suponed ahora que podamos intervenir por procedimientos químicos en este mecanismo, aumentando o disminuyendo la cantidad de libido existente en el momento dado o reforzando un instinto a expensas de otro. Esto sería una terapéutica causal en el sentido propio de la palabra, terapéutica en provecho de la cual habría llevado a cabo nuestro análisis una previa e independiente labor de reconocimiento. Pero no pudiendo intentar por ahora ejercer una influencia de este género sobre los procesos de la libido, nuestro tratamiento psíquico se dirige sobre otro anillo de la cadena, anillo que no forma parte de las raíces visibles de los fenómenos, pero que se halla, sin embargo, muy alejado de los síntomas y nos ha sido hecho accesible a consecuencia de circunstancias muy especiales.

¿Qué deberemos hacer para reemplazar en nuestros enfermos lo inconsciente por lo consciente? Creímos, en un momento, que ello era muy sencillo y que nos bastaba descubrir lo inconsciente y ponerlo ante la vista del enfermo, pero hoy sabemos que esto era un error de corto de vista. El conocimiento que el sujeto posee de su propio inconsciente no equivale al que nosotros hemos llegado a adquirir, y cuando le comunicamos este último, no lo *sustituye* al suyo, sino que lo sitúa *al lado* del mismo. Debemos, por tanto, formarnos de lo inconsciente del sujeto una representación *tópica* y buscar en sus recuerdos el lugar en que a consecuencia de una represión ha podido constituirse. Una vez suprimida dicha represión, la sustitución de lo inconsciente por consciente puede llevarse a cabo sin dificultad alguna. Mas ¿cómo levantar tales represiones? Nuestra labor llega aquí a una segunda etapa. Primero está la búsqueda de la represión y a continuación la supresión de la resistencia que mantiene la represión.

La supresión de la resistencia se lleva a cabo por el mismo procedimiento; esto es, procediendo primero a descubrirla y atrayendo sobre ella la atención del enfermo, pues se deriva también de una represión, sea de aquella misma que intentamos resolver o de otra anterior. Resistencia que ha sido creada por una contracarga destinada a conseguir la represión de la tendencia reprochable e indeseada. Por tanto, llevaremos ahora a efecto

aquello que al principio nos propusimos; esto es, interpretaremos, descubriremos y comunicaremos al enfermo los resultados que obtengamos, pero esta vez ya en lugar y momento favorables. La contracarga o la resistencia no forma parte de lo inconsciente, sino del *yo* —nuestro colaborador—, aun en los casos en que aquélla no es consciente. Trátase aquí de la doble significación que podemos dar a lo inconsciente, considerándolo como fenómeno o como sistema. Esto parece dificultoso y oscuro; ¿pero, es que no estamos repitiendo algo que ya hemos dicho antes? Hace mucho que nos hemos preparado para ello. Esperamos que la resistencia desaparezca en el momento en que nuestra interpretación le descubra el *yo*, y en estos casos laboremos con las siguientes fuerzas motivacionales: Contamos, ante todo, con el deseo que el enfermo abriga de recobrar la salud, deseo que le ha decidido a entrar en colaboración con nosotros; y contamos, además, con su inteligencia, a la que proporcionamos el apoyo de nuestra interpretación. Es, en efecto, indudable que la inteligencia del sujeto podrá reconocer más fácilmente la resistencia y hallar la traducción correspondiente a lo que ha sido reprimido si le proporcionamos previamente la representación de aquello que debe reconocer y encontrar. Si os digo que miréis al cielo para ver un globo, lo encontraréis antes que si me limito a indicaros que levantéis los ojos sin precisaros aquello que sobre vuestras cabezas se cierne. Del mismo modo, el estudiante que mira por primera vez a través de un microscopio no ve nada si el profesor no le dice lo que debe ver, aunque esté ahí y sea visible.

Volvamos ahora al terreno de los hechos. En un gran número de enfermedades nerviosas, tales como las histerias, las neurosis de angustia y las neurosis obsesivas, nuestras premisas demuestran ser ciertas. Buscando la represión de esta forma, descubriendo las resistencias y señalando lo que es reprimido, llegaríamos a buen término nuestra labor; la cual es: vencer los resistencias, levantar la represión y transformar en consciente el material inconsciente. En esta labor experimentamos la clara impresión de que, a propósito de cada una de las resistencias que de vencer se trata, se desarrolla en la mente del enfermo una violenta lucha, una lucha psíquica normal sobre un mismo terreno psicológico y entre motivaciones contrarias; esto es, entre fuerzas que tienden a mantener la contracarga y otras que impulsan a

abandonarla. Las primeras motivaciones son las primitivas; esto es, aquellas que han provocado la represión, y entre las últimas se encuentran algunas recientemente surgidas y que parecen tender a resolver el conflicto en el sentido que deseamos. Hemos conseguido de este modo reanimar el antiguo conflicto que produjo la represión y someter a una revisión el proceso a que la misma pareció dar fin. Para lograr esta revisión indicamos al enfermo que la anterior solución fue causa de su enfermedad y le prometemos que otra nueva y distinta le hará recobrar la salud. Por último, le hacemos ver que desde aquel rechazo primitivo han variado extraordinariamente y en un sentido favorable todas las circunstancias. En la época en que la enfermedad se formó, el *yo* era débil e infantil y tenía quizá razones suficientes para proscribir las exigencias de la libido como una fuente de peligros. Pero hoy es más fuerte y más experimentado y posee, además, en el médico un fiel colaborador. Por tanto, podemos esperar que el conflicto reavivado tenga una solución más favorable que en la época en que terminó en la represión y como ya hemos dicho, el éxito que obtenemos en las histerias, las neurosis de angustia y las neurosis obsesivas justifica en principio nuestras esperanzas.

Existen, sin embargo, enfermedades en las que ante idénticas condiciones patológicas fracasan por completo nuestros procedimientos terapéuticos. Trátase igualmente en ellas de un conflicto primitivo entre el *yo* y la libido, conflicto que ha conducido también a una represión, aunque ésta pueda caracterizarse tópicamente de un modo distinto. Nos es asimismo posible descubrir en la vida de los enfermos los puntos en los que las represiones se produjeron; aplicamos al sujeto iguales procedimientos, le hacemos idénticas promesas, le ayudamos del mismo modo ofreciéndole representaciones anticipatorias; y una vez más el tiempo transcurrido entre las represiones y el presente favorece un resultado diferente del conflicto. Pues bien; a pesar de todo esto, no conseguimos levantar una sola resistencia ni suprimir una sola represión. Estos enfermos, paranoicos melancólicos o dementes precoces permanecen no afectados del todo y son refractarios al tratamiento psicoanalítico. ¿Cuál puede ser la explicación de esto? No porque carezcan de inteligencia. Cierto es que el éxito del tratamiento exige que el enfermo alcance cierto nivel intelectual; pero los paranoicos, por ejemplo, llegan incluso a sobrepasarlo en sus ingeniosísimas combinaciones. Tampoco nos es

posible atribuir nuestro fracaso a la ausencia de alguna de las fuerzas instintivas auxiliares, pues los melancólicos poseen —al contrario de los paranoicos— perfecta consciencia de hallarse enfermos y sufrir gravemente, sin que esto les haga más accesibles al tratamiento psicoanalítico. Ante estos hechos, que no resultan inexplicables, surge en nosotros la duda de si no habremos comprendido acertadamente las condiciones del éxito obtenido en el tratamiento de las demás neurosis.

Limitándonos a la histeria y a las neurosis de angustia, no tardamos en descubrir un segundo hecho totalmente inesperado. Advertimos, en efecto, que los enfermos de este género se comportan con respecto a nosotros de un modo singularísimo. Creímos haber pasado revista a todos los factores que habíamos de tener en cuenta en el curso del tratamiento y haber precisado nuestra situación con respecto al paciente hasta dejarla reducida a un cálculo matemático, pero ahora nos damos cuenta de que en este cálculo se ha introducido un nuevo elemento inesperado. Pudiendo este elemento presentarse bajo muy diversas formas, os describiré por ahora sus aspectos más frecuentes y más fácilmente inteligibles.

Comprobamos ante todo que el enfermo, al que sólo la solución de sus dolorosos conflictos debiera preocupar, manifiesta un particular interés por la persona de su médico. Todo lo que a éste concierne le parece poseer más importancia que sus propios asuntos y distrae su atención de su enfermedad. De este modo, resulta que las relaciones que se establecen entre el médico y el enfermo son durante algún tiempo muy agradables. El enfermo se muestra afable y dócil, se esfuerza en testimoniar su reconocimiento siempre que puede y revela sutilezas y cualidades de su carácter, que quizá no nos hubiésemos detenido a buscar. Esta conducta acaba por conquistarle las simpatías del médico, el cual bendice el azar que le ha proporcionado ocasión de acudir en ayuda de una persona tan digna de interés. Si alguna vez habla con los familiares del enfermo, advertirá, encantado, que la simpatía que el mismo le inspira obtiene una total reciprocidad. En su casa no cesa el enfermo de elogiar al médico, en el que descubre todos los días nuevas cualidades. «Está muy entusiasmado con usted. Tiene en usted una ciega confianza, y todo lo que usted le dice es para él el Evangelio», os dirán las personas que le rodean. E incluso alguna de ellas más avispada exclamará:

«Nos tiene ya aburridos de tanto hablar de usted».

Es de suponer que el médico será lo bastante modesto para no ver en todas estas alabanzas sino una expresión del contenido que procura al enfermo la esperanza de curación y un efecto de la ampliación de su horizonte intelectual a consecuencia de las sorprendentes perspectivas que el tratamiento abre ante sus ojos. En estas condiciones realiza el análisis grandes progresos; pues el sujeto comprende las indicaciones que se le sugieren, profundiza en los problemas que ante él hace surgir el tratamiento, produce con fluente abundancia recuerdos y asociaciones y asombra al médico con la seguridad y acierto en sus interpretaciones, satisfaciéndole, además, por la buena voluntad con que acepta las novedades psicológicas que le son comunicadas, novedades que en la mayoría de los normales despiertan la más viva oposición. A esta favorable actitud del enfermo durante el trabajo analítico corresponde una evidente mejoría objetiva en todos los aspectos del estado patológico.

Pero el buen tiempo no puede durar siempre, y llega un día en que el cielo se nubla, comienzan a surgir dificultades en el curso del tratamiento, y el enfermo pretende que ya no acude a su mente idea ninguna. Experimentamos entonces la clara impresión de que no se interesa ya por la labor emprendida, se sustrae a la recomendación que le ha sido hecha de decir todo aquello que a su imaginación acudiese sin dejarse perturbar por ninguna consideración crítica y se conduce como si no estuviera en tratamiento y no hubiera firmado un pacto con el médico, mostrándose preocupado por algo que no quiere revelar. Es ésta una peligrosa situación para el tratamiento, y nos hallamos ante una violenta resistencia. ¿Qué es lo que ha sucedido?

Cuando hallamos el medio de esclarecer de nuevo la situación, comprobamos que la causa de la perturbación reside en un profundo e intenso cariño que del paciente ha surgido hacia el médico, sentimiento que no aparece justificado ni por la actitud de aquél ni por las relaciones que se han establecido entre los dos durante el tratamiento. La forma en la que esta ternura se manifiesta y los fines que persigue dependen, naturalmente, de las circunstancias personales de ambos protagonistas. Si se trata de una paciente joven y el médico lo es también, experimentaremos la impresión de que por parte de la primera se trata de un enamoramiento normal, encontraremos

natural que una joven se enamore de un hombre con el que permanece a solas largos ratos, dialogando sobre sus más íntimos asuntos, y al que admira por la superioridad que le confiere su papel de poderoso auxiliar contra su enfermedad, olvidando que se trata de una neurótica en la que sería más lógico esperar una perturbación de la capacidad de amar. Cuando más se apartan de este caso hipotético las circunstancias personales de médico y enfermo, más nos asombrará hallar, a pesar de todo, en el segundo, idéntica actitud afectiva. Pase todavía cuando se trata de una joven casada, que, víctima de un matrimonio desgraciado, experimenta una seria pasión por su médico, soltero, y se halla pronta a obtener su divorcio y casarse con él, o, en último término, si hubiese serios obstáculos sociales llegar a ser su querida. Estas cosas suceden también fuera del psicoanálisis. Pero en los casos de que nos ocupamos oímos expresar a mujeres, tanto casadas como solteras, manifestaciones que revelan una singularísima actitud ante el problema terapéutico, pues pretenden haber sabido siempre que no podían curarse sino por el amor y haber tenido la certidumbre, desde el comienzo del tratamiento, de que la relación con el médico que las trataba les procuraría por fin aquello que la vida les había rehusado hasta entonces. Esta esperanza es lo que les ha dado fuerzas para superar las dificultades del tratamiento y, además —añadimos nosotros—, lo que ha aguzado su inteligencia, facilitándoles la comprensión de nuestras opiniones, tan contrarias a las normas generales. Tal confesión de las pacientes nos produce extraordinario asombro, pues echa por tierra todos nuestros cálculos. ¿Será posible que hayamos dejado pasar inadvertido hasta ahora un hecho de tan enorme importancia?

Así es, en efecto, y cuanto más amplia se hace nuestra experiencia, menos podemos oponernos a esta humillante rectificación de nuestras pretensiones científicas. Al principio pudimos creer que el análisis tropezaba con una perturbación provocada por un suceso accidental sin relación ninguna con el tratamiento propiamente dicho; pero cuando vemos reproducirse regularmente, en cada nuevo caso, este amor del enfermo hacia el médico y lo vemos manifestarse incluso en las condiciones más desfavorables y aun en aquéllos, casos en que resulta grotesco, esto es cuando se trata de una paciente de avanzada edad o de un anciano médico de blanca y venerable barba —casos en los que, a nuestro juicio, no puede haber atractivo ninguno

ni fuerza de seducción posible—, entonces nos vemos obligados a abandonar la idea de un perturbado azar y a reconocer que se trata de un fenómeno que presenta las más íntimas relaciones con la naturaleza misma del estado patológico.

Este nuevo hecho, que tan a disgusto nos vemos obligados a aceptar, lo designamos con el nombre de «transferencia». Trataríase, pues, de una transferencia de sentimientos sobre la persona del médico, pues no creemos que la situación creada por el tratamiento pueda justificar la génesis de los mismos. Sospechamos más bien que toda esta disposición afectiva tiene un origen distinto; esto es, que existía en el enfermo en estado latente y ha sufrido una transferencia sobre la persona del médico con ocasión del tratamiento analítico. La transferencia puede manifestarse como una apasionada exigencia amorosa o en formas más mitigadas. Ante un médico entrado en años, la joven paciente puede no experimentar el deseo de entregarse a él, sino el de que la considere como una hija predilecta, pues su tendencia libidinosa puede moderarse y convertirse en una aspiración a una inseparable amistad ideal exenta de todo carácter sensual. Algunas mujeres llegan incluso a sublimar la transferencia y modelarla hasta hacerla en cierto modo viable. En cambio, otras la manifiestan en su forma más cruda y primaria, la mayor parte de las veces irrealizable, pero en el fondo se trata siempre del mismo fenómeno, que tiene, en todos los casos, idéntico origen.

Antes de preguntarnos dónde conviene situar este nuevo hecho me habéis de permitir que complete su descripción. ¿Qué sucede en los casos en que los pacientes pertenecen al sexo masculino? Pudiera creerse que escapan a la intervención de la diferencia sexual o de la atracción sexual. Pues bien, en ellos sucede exactamente lo mismo que en las pacientes femeninas. Los sujetos masculinos presentan igual adhesión al médico, se forman también una exagerada idea de sus cualidades, dan muestras de intenso interés por todo lo que al mismo se refiere y se manifiestan celosos de todos aquellos cercanos al médico en la vida real. Las formas sublimadas de la transferencia de hombre a hombre son tanto más frecuentes, y tanto más raras las exigencias sexuales directas, cuanto menor es la importancia de la homosexualidad manifiesta en relación a las otras vías de aprovechamientos de estos componentes instintivos. En sus pacientes masculinos observa de

este modo el médico, con mayor frecuencia que en los femeninos, una forma de expresión de la transferencia que a primera vista os parecerá hallarse en contradicción con todo lo que hasta el presente hemos descrito. Esta forma de transferencia es la hostil o *negativa*.

Debo indicaros, ante todo, que la transferencia se manifiesta en el paciente desde el principio del tratamiento y constituye durante algún tiempo el más firme apoyo de la labor terapéutica. No la advertimos ni necesitamos ocuparnos de ella mientras su acción es favorable al análisis, pero en cuanto se transforma en resistencia nos vemos obligados a dedicarle toda nuestra atención y comprobamos que su posición con respecto al tratamiento ha variado por completo. Esta variación puede orientarse en dos direcciones contrarias: Primera, los sentimientos amorosos derivados de la transferencia pueden adquirir tal intensidad y manifestar tan a las claras su origen sexual, que lleguen a provocar la aparición de una oposición interna a ella. Y segunda, puede también tratarse de una transferencia de sentimientos hostiles. Generalmente, estos sentimientos hostiles surgen con posterioridad a los amorosos; pero a veces aparecen también simultáneamente a ellos, ofreciéndonos entonces una excelente imagen de aquella ambivalencia sentimental que domina en la mayor parte de nuestras relaciones íntimas con los demás. Los sentimientos hostiles indican, al igual de los amorosos, una adherencia sentimental, idénticamente a como la obediencia y la rebelión son indicios de signo contrario de una misma dependencia real, aunque con un signo negativo en vez de positivo antes de ella. Resulta, pues, incontestable que tales sentimientos hostiles hacia el médico merecen igualmente el nombre de transferencia, dado que la situación creada por el tratamiento no proporciona pretexto alguno suficiente para su formación. Esta necesidad en que nos vemos de admitir una transferencia negativa nos prueba que nos hemos engañado en nuestros juicios sobre la transferencia positiva o de sentimientos de ternura.

El origen de la transferencia, su posible aprovechamiento en beneficio de nuestros fines terapéuticos, la naturaleza de las dificultades que opone a nuestra labor y los medios que hemos de emplear para dominarlas son cuestiones a tratarse en detalle en una guía técnica de análisis y cuyo estudio no puedo emprender en esta conferencia con toda la amplitud que por su

importancia merecen. Me limitaré, pues, a haceros algunas breves observaciones sobre ellas. Claro es que no cedemos a las exigencias que la transferencia inspira al enfermo, pero ello no quiere decir que debamos acogerlas hostilmente ni mucho menos rechazarlas con indignación. El medio de vencer la transferencia es demostrar al enfermo que sus sentimientos no son producto de la situación del momento ni se refieren, en realidad, a la persona del médico, sino que repiten una situación anterior de su vida. De este modo le forzamos a remontarse desde esta repetición al recuerdo de los sucesos originales. Conseguido esto, la transferencia cariñosa y hostil que parecía amenazar gravemente el éxito del tratamiento nos proporciona ahora fácil acceso a los más íntimos sectores de la vida psíquica convirtiéndose en la mejor herramienta terapéutica.

Con algunas nuevas consideraciones quisiera disipar la extrañeza que ha de haberos producido este inesperado fenómeno. No debemos olvidar que la enfermedad del paciente cuyo análisis emprendemos no constituye algo acabado e inmutable, sino que se halla siempre en vías de crecimiento y desarrollo, como un ser viviente. La iniciación del tratamiento no pone fin a este desarrollo; pero una vez que la acción terapéutica domine al paciente, podemos comprobar que la enfermedad cambia bruscamente de orientación, refiriendo ahora todas sus manifestaciones a la relación entre médico y enfermo. Así, pues, la transferencia es comparable a la capa vegetal existente entre la corteza y la madera de los árboles, capa que constituye el punto de partida de la formación de nuevos tejidos y del aumento de espesor del tronco. Cuando la transferencia llega a adquirir esta intensidad, impone a nuestra investigación y elaboración de los recuerdos del paciente un considerable retraso. Resulta, en efecto, que no nos hallamos ya ante la enfermedad primitiva, sino ante una nueva neurosis transformada que ha venido a sustituir a la primera. Pero esta nueva edición de la antigua dolencia ha nacido ante los ojos del médico, el cual se halla, además, situado en el propio nódulo central de la misma, y podrán, por tanto, orientarse más fácilmente. Todos los síntomas del enfermo pierden en estos casos su primitiva significación y adquieren un nuevo sentido dependiente de la transferencia, desapareciendo a veces aquellos que no han sido susceptibles de una tal modificación. La curación de esta nueva neurosis artificial coincide

con la de la neurosis primitiva, objeto verdadero del tratamiento, quedando así conseguidos nuestros propósitos terapéuticos. El sujeto que consigue normalizar y liberar de la acción de las tendencias reprimidas sus relaciones con el médico mostrará esta misma normalidad en todos los actos de su vida, una vez terminado el tratamiento.

En las histerias, histerias de angustia y neurosis obsesivas es donde la transferencia presenta esta importancia extraordinaria e incluso central, desde el punto de vista del tratamiento, razón por la cual reunimos estas afecciones bajo el nombre común de *neurosis de transferencia*. Para todos aquellos que, habiendo practicado el psicoanálisis, han conseguido formarse una exacta noción de la transferencia, no puede existir ya la menor duda sobre la naturaleza libidinosa de las tendencias que en los síntomas de estas neurosis se manifiestan. Podemos, pues, decir que el descubrimiento de la transferencia ha confirmado definitivamente nuestra convicción de que los síntomas constituyen satisfacciones libidinosas sustitutivas.

Se nos plantea ahora la labor de rectificar nuestra anterior concepción dinámica del proceso de curación y armonizarla con los nuevos conocimientos adquiridos. Cuando llega para el enfermo el momento de comenzar la lucha normal contra las resistencias que el análisis le ha revelado, precisa de un poderoso impulso que decida el combate en el sentido que deseamos; esto es, en el de la curación, pues en caso contrario podría repetirse la primitiva solución del conflicto y volver a quedar reprimido en lo inconsciente todo aquello que habíamos logrado atraer a la consciencia. El factor que decide el resultado no es ya la introspección intelectual del enfermo, facultad que carece de energía y de libertad suficientes para ello, sino únicamente su actitud con respecto al médico. Si su transferencia lleva el signo positivo, revestirá al médico de una gran autoridad y considerará sus indicaciones y opiniones como dignas de crédito. En cambio, aquellos enfermos en que ésta no existe o cuya transferencia es negativa, no prestan al médico la menor atención. La creencia en el terapeuta reproduce aquí la historia misma de su desarrollo. Fruto exclusivo del amor, no tuvo al principio necesidad ninguna de argumentos, y sólo mucho después concede a éstos importancia bastante para someterlos a un examen crítico: cuando son formulados por personas amadas. Los argumentos que no tienen por corolario

el hecho de emanar de personas amadas, no ejercen ni han ejercido jamás la menor influencia en la vida de la mayor parte de los humanos. De este modo, resulta que el hombre no es, en general, accesible por su lado intelectual, sino en proporción a su capacidad de revestimiento libidinoso de objetos; razón por la cual, podemos afirmar que el grado de influencia que la más acertada técnica analítica puede ejercer sobre él, depende por completo de la medida de su narcisismo, barrera contra tal influencia.

Todo hombre normal posee la facultad de concentrar catexis de objeto libidinosas sobre personas, y la inclinación a la transferencia comprobada por nosotros en las neurosis anteriormente citadas no constituye sino una extraordinaria intensificación de esta facultad general. Como es natural, éste tan difundido e importantísimo rasgo del carácter humano ha sido ya advertido y apreciado en todo su valor por algunos investigadores. Así, Bernheim dio pruebas de una gran penetración fundando su teoría de los fenómenos hipnóticos en el principio de que todos los hombres son, en una cierta medida, «sugestionables», particularidad que no es sino la tendencia a la transferencia, concebida en una forma algo limitada; esto es, sin considerar la transferencia negativa. Sin embargo, no pudo nunca explicar este autor la naturaleza ni la génesis de la sugestión. Para él constituye ésta un hecho fundamental, cuyos orígenes no tenía necesidad de explicar, y no vio tampoco el lazo de dependencia existente entre la sugestionabilidad y la sexualidad, o sea la actividad de la libido. Por lo que a nosotros respecta, nos damos cuenta de que si antes excluimos la hipnosis de nuestra técnica analítica, redescubrimos ahora la sugestión bajo la forma de transferencia.

Creo deber interrumpirme aquí y cederos la palabra para permitiros expresar una objeción que, sin duda, se agita impetuosamente en vuestro pensamiento: «Acabáis, pues, por confesar —me diréis— que laboráis con ayuda de la sugestión, como todos los partidarios del hipnotismo. Hace mucho tiempo que lo sospechábamos. Mas entonces, ¿de qué os sirven la evocación de los recuerdos del pasado, el descubrimiento de lo inconsciente, la interpretación y la retraducción de las deformaciones, labor que supone un enorme gasto de energía, de tiempo y de dinero, si el único factor eficaz resulta ser la sugestión? ¿Por qué no sugerís directamente contra los

síntomas, como otros honrados hipnotizadores lo hacen? Y luego si, queriendo excusaros de haber verificado un tan largo rodeo, alegáis los numerosos e importantes descubrimientos psicológicos que decís haber realizado y que la sugestión directa no hubiera hecho posibles, ¿quién nos garantiza la verdad de estos descubrimientos? ¿No pueden acaso ser también un efecto de la sugestión y que forzáis al paciente ir a donde queréis y a lo que os parece cierto?».

Estas objeciones que me planteáis presentan un enorme interés y exigen una respuesta; pero aplazaré su discusión para mi próxima conferencia, pues en la presente quiero dejar cumplida la promesa, con que la inicié, de haceros comprender, con auxilio del fenómeno de la transferencia, por qué todos nuestros esfuerzos terapéuticos fracasan en las neurosis narcisistas.

Nada más sencillo de explicar. Diré en pocas palabras cómo se resuelve e enigma y cómo ajustan cada uno de los elementos. La observación nos muestra que los enfermos atacados de neurosis narcisista carecen de la facultad de transferencia o sólo la poseen como residuos insignificantes. Estos enfermos rechazan la intervención del médico, pero no con hostilidad, sino con indiferencia, razón por la cual no son accesibles a su influjo. Lo que él les dice los deja fríos, no les causa mayor impresión. Resulta de este modo que el proceso por el que conseguimos la curación, y que consiste en reavivar el conflicto patógeno y vencer la resistencia opuesta por la represión, no puede tener efecto en estos pacientes. Permanecen como siempre son. Por propia iniciativa intentan ellos repetidamente modificar su estado, en procura de mejoría, pero estas tentativas no conducen sino a nuevos efectos patológicos. Nada podemos, por tanto, hacer en su favor.

Fundándonos en los datos clínicos que nos han sido proporcionados por nuestros enfermos de este género, podemos afirmar que en ellos ha debido descartarse las catexis de objeto y la libido de los objetos transformarse en libido del *yo*, siendo éste el carácter que diferencia a esta neurosis de las que constituyen el grupo antes examinado (histeria, neurosis angustiosa y neurosis obsesiva). Ahora bien: la forma en que la misma se conduce ante nuestros intentos terapéuticos confirma nuestro punto de vista. No presentando el fenómeno de la transferencia, permanecen inaccesibles a nuestros esfuerzos y no resultan curables por nosotros.

LECCIÓN XXVIII. LA TERAPIA ANALÍTICA

Señoras y señores:

SABÉIS ya cuál es la materia que hoy vamos a tratar. Me habéis preguntado, en efecto, cómo, reconociendo que nuestra influencia reposaba esencialmente sobre la transferencia; esto es, sobre la sugestión, no nos servíamos directamente de esta última en nuestra terapia analítica, y habéis afirmado, además, que la capital importancia asignada a la sugestión no puede por menos de haceros dudar de la objetividad de nuestros descubrimientos psicológicos. A todo esto he prometido contestaros detalladamente.

La sugestión directa es aquella que se encamina contra la manifestación de los síntomas y constituye un combate entre nuestra autoridad y las razones del estado patológico. Recurriendo a ella, prescindimos en absoluto de tales razones y no exigimos del enfermo sino que cese de manifestarlas por medio de síntomas. Poco importa entonces que sumamos o no al paciente en la hipnosis. Con su habitual perspicacia observó ya Bernheim que la sugestión constituye la esencia de los fenómenos del hipnotismo, no siendo la hipnosis sino un efecto de la misma, o sea un estado sugerido. Fundándose en esta razón, practicó preferentemente la sugestión en estado de vigilia, procedimiento por medio del cual pueden alcanzarse iguales resultados que por el de la sugestión durante el sueño hipnótico.

¿Qué es lo que en esta cuestión os interesa más: los datos experimentales o las consideraciones teóricas?

Empezaremos por los primeros. Personalmente he sido alumno de Bernheim, a cuyas explicaciones asistí en Nancy el año 1889, y del que he traducido al alemán el libro sobre la sugestión. Durante años enteros apliqué a mi vez el tratamiento hipnótico, combinándolo primero con la sugestión prohibitiva y después con la exploración interrogando al enfermo por el método de Breuer.

Poseo, por tanto, experiencia suficiente para hablar de los efectos del tratamiento hipnótico o sugestivo. Un viejo aforismo médico afirma que una

terapéutica ideal debe obrar rápidamente, producir resultados seguros y no causar molestias al enfermo. Pues bien: el método de Bernheim llenaba por lo menos dos de estas condiciones. Mucho más rápido que el procedimiento analítico, no imponía al paciente la menor fatiga ni le ocasionaba perturbación alguna. En cambio, para el médico se hacía, a la larga, monótono tener que recurrir en todos los casos a un mismo procedimiento para poner fin a la existencia de síntomas variadísimos, y esto sin poder llegar nunca a darse cuenta de la significación y efecto de cada uno, labor nada científica y más bien semejante a la magia, al exorcismo o la prestidigitación. Claro es que esta falta de atractivo de la labor terapéutica no significaba nada ante el interés del enfermo. Pero por otro lado resultaba que el método de que nos ocupamos carecía en absoluto de seguridad. Aplicable a unos pacientes, no lo era, en cambio, a otros, y esta misma arbitraria inseguridad se reflejaba en sus resultados, los cuales carecían, además, de duración. Poco tiempo después de dar por terminado el tratamiento solía sufrir el enfermo una recaída o se veía atacado por otra enfermedad del mismo género. En estos casos podía recurrirse de nuevo al hipnotismo; pero competentes hombres de ciencia habían hecho observar que con el frecuente empleo de este medio se corría el peligro de anular la independencia del enfermo, creando un hábito semejante al de los narcóticos. Por otro lado, aun en aquellos casos, muy poco frecuentes, en los que nuestra labor alcanzaba un éxito completo y definitivo, permanecíamos en la ignorancia de los factores a que el mismo se debía. En una ocasión pude observar que la reproducción de un grave estado patológico, y cuya curación habíamos conseguido después de un corto tratamiento hipnótico, coincidió con la emergencia en la enferma de sentimientos hostiles hacia mi persona. Reanudando el tratamiento, logré una nueva curación, aún más completa que la primera, en cuanto me fue dado hacer que la paciente se reconciliara conmigo; pero, al poco tiempo, una nueva aparición de los sentimientos hostiles trajo consigo una segunda recaída. Otra de mis enfermas, cuyas crisis nerviosas había yo logrado suprimir por largas temporadas mediante la hipnoterapia, se arrojó súbitamente a mi cuello en ocasión de hallarme dedicado a prestarle mis cuidados durante un acceso particularmente rebelde. Hechos de este género nos obligan, lo queramos o no, a plantearnos el

problema de la naturaleza y el origen de la autoridad sugestiva.

Todos estos conocimientos experimentales nos muestran que renunciando a la sugestión directa no nos privamos de nada indispensable. Permitidme ahora formular sobre este tema algunas consideraciones. La aplicación de la hipnoterapia no impone a médico y paciente sino un mínimo esfuerzo, y se armonizan a maravilla con aquella opinión que sobre las neurosis profesa aún la mayoría de los médicos, opinión que les hace decir a sus pacientes neuróticos: «No tiene usted nada, pues se trata de perturbaciones puramente nerviosas, de las que puedo libertarle en pocos minutos y con sólo algunas palabras». Pero nuestro punto de vista de las leyes energéticas rechaza la posibilidad de desplazar sin esfuerzo una enorme masa, atacándola directamente y sin ayuda de un herramental apropiado, labor tan imposible de realizar en las neurosis como en la mecánica. Sin embargo, me doy cuenta que este argumento no es intachable. Existe eso que se llama *efecto de gatillo*.

Los conocimientos que merced al psicoanálisis hemos adquirido nos permiten describir las diferencias que existen entre la sugestión hipnótica y la sugestión psicoanalítica en la forma siguiente: La terapéutica hipnótica intenta encubrir y disfrazar algo existente en la vida psíquica. Por el contrario, la terapéutica analítica intenta hacerlo emerger clara y precisamente, y suprimirlo después. La primera actúa como un procedimiento cosmético; la segunda, como un procedimiento quirúrgico. Aquélla utiliza la sugestión para prohibir los síntomas y reforzar las represiones, pero deja intactos todos los procesos que han conducido a la formación de síntomas. Inversamente, la terapéutica analítica intenta, al encontrarse ante conflictos que han engendrado síntomas, remontarse hasta la misma raíz y se sirve de la sugestión para modificar en el sentido deseado el destino de estos conflictos. La terapéutica hipnótica deja al enfermo en una absoluta pasividad, no suscita en él modificación alguna y, por tanto, no le provee tampoco de medio alguno de defensa contra una nueva causa de perturbaciones patológicas. El tratamiento analítico impone al médico y al enfermo penosos esfuerzos que tienden a levantar resistencias internas; pero una vez dominadas éstas, queda la vida psíquica del paciente modificada de un modo duradero, transportada a

un grado evolutivo superior y protegida contra toda nueva posibilidad patógena. Esta lucha contra las resistencias constituye la labor esencial del tratamiento analítico e incumbe al enfermo mismo, en cuya ayuda acude el médico auxiliándole con la sugestión, que actúa sobre él en un sentido *educativo*. De este modo, se ha dicho, muy justificadamente, que el tratamiento psicoanalítico es una especie de *posteducación*.

Creo haberos hecho comprender en qué se diferencia de la hipnoterapia nuestro procedimiento de aplicar la sugestión. Reducida ésta a la transferencia, vemos claramente las razones a que obedecen tanto la arbitraria inseguridad del tratamiento hipnótico como la exactitud del analítico, en el que pueden ser calculados hasta los últimos efectos. En la aplicación de la hipnosis dependemos de la capacidad de transferencia del enfermo y nos es imposible ejercer el menor influjo sobre tal capacidad. La transferencia del individuo que vamos a hipnotizar puede ser negativa, o, lo que es más general, ambivalente. Asimismo puede el sujeto hallarse protegido por determinadas disposiciones particulares contra toda transferencia. Pero nada de esto nos es dado averiguar en la hipnoterapia. En cambio, con el psicoanálisis laboramos sobre la misma transferencia, suprimimos todo lo que a ella se opone y perfeccionamos nuestro principal instrumento de trabajo, siéndonos así posible extraer un provecho mucho más considerable del poder de la sugestión, la cual no queda ya al capricho del enfermo, sino que es dirigida por nosotros tanto como alcance ser accesible a su influjo.

Me diréis ahora que lo importante no es el nombre que demos a la fuerza motriz de nuestro análisis —transferencia o sugestión—, sino el indudable peligro existente de que la influencia ejercida sobre el sujeto quite todo valor objetivo a nuestros descubrimientos. Aquello que resulta provechoso desde el punto de vista terapéutico puede, en cambio, ser contrario a la investigación. Es ésta la objeción que con mayor frecuencia se opone al psicoanálisis, y debemos convenir en que, aun siendo errónea, no podemos, sin embargo, rechazarla como absurda. Pero si fuera acertada, quedaría reducido el psicoanálisis a un tratamiento sugestivo particularmente eficaz, y sus afirmaciones sobre las influencias vitales, la dinámica psíquica y lo inconsciente carecerían de todo valor. Así piensan, en efecto, nuestros

adversarios, para los que nuestras interpretaciones de los sucesos sexuales —cuando no estos sucesos mismos— no son sino un exclusivo producto de nuestra corrompida imaginación, sugerido luego por nosotros al sujeto. Es más fácil refutar estas reflexiones recurriendo a la experiencia que por medio de consideraciones teóricas. Todos aquellos que han practicado el psicoanálisis conocen muy bien la imposibilidad de sugestionar a los enfermos hasta tal punto. No es, desde luego, difícil hacerles aceptar una determinada teoría y compartir un error del médico. Comportándose el paciente como cualquier otro sujeto, por ejemplo, un alumno [frente a su profesor], pero en este caso se habrá influido únicamente sobre su inteligencia y no sobre su enfermedad. La solución de sus conflictos y la supresión de sus resistencias no se consiguen más que cuando les hemos proporcionado representaciones anticipatorias que en ellos coinciden con la realidad. Aquello que en las hipótesis del médico no corresponde a esta realidad, queda espontáneamente eliminado en el curso del análisis y debe ser retirado y reemplazado por hipótesis más exactas. Por medio de una técnica apropiada intentamos siempre evitar posibles éxitos prematuros de la sugestión; pero aun en los casos en que éstos llegan a presentarse, ello no supone mal ninguno, pues nunca nos contentamos con los primeros resultados obtenidos ni damos por terminado el análisis hasta esclarecer totalmente el caso, cegar todas las lagunas mnémicas y descubrir las causas desencadenantes de las represiones. En los resultados obtenidos con excesiva rapidez vemos más bien un obstáculo que una ayuda de nuestra labor analítica; los destruimos, resolviendo la transferencia sobre la que reposan. Siendo realmente este último rasgo lo que diferencia el tratamiento analítico del puramente sugestivo y aleja de los resultados obtenidos por el análisis la sospecha de no ser sino efectos de la sugestión. En otros tratamientos sugestivos, la transferencia es cuidadosamente respetada y no sufre modificación alguna. Por el contrario, el tratamiento analítico tiene por objeto la transferencia misma, a la que procura disectar cualquiera que sea la forma que revista. Por último al final de todo tratamiento analítico la transferencia debe ser liberada. De este modo, el éxito de nuestra labor no reposa sobre la sugestión pura y simple, sino sobre los resultados obtenidos merced a la misma, o sea sobre la supresión de las resistencias interiores y sobre las

modificaciones internas alcanzadas en el enfermo.

En contra de la génesis de sugestiones aisladas actúa también el hecho de que durante el tratamiento tenemos que luchar sin descanso contra resistencias que saben transformarse en transferencias negativas (hostiles). Además, muchos de los resultados del análisis que pudiéramos suponer producto de la sugestión quedan confirmados en otro terreno libre de toda sospecha. Sobre los dementes precoces y los paranoicos no puede, en efecto, ejercerse influencia sugestiva ninguna, y sin embargo, lo que estos enfermos nos relatan sobre sus traducciones de símbolos y sus fantasías coinciden por completo con los resultados de nuestras investigaciones sobre lo inconsciente en las neurosis de transferencia y corrobora así la exactitud objetiva de nuestras discutidas interpretaciones. Concediendo en esta cuestión un amplio margen de confianza al psicoanálisis, no creo podáis caer en error.

Completaremos ahora la exposición del mecanismo de la curación, expresándola en las fórmulas de la teoría de la libido. El neurótico es incapaz de gozar y de obrar; de gozar, porque su libido no se halla dirigida sobre ningún objeto real; de obrar, porque se halla obligado a gastar toda su energía para mantener a su libido en estado de represión y protegerse contra sus asaltos. No podrá curar más que cuando el conflicto entre su *yo* y su libido haya terminado y tener de nuevo el *yo* la libido a su disposición. La misión terapéutica consiste, pues, en desligar la libido de sus ataduras actuales, sustraídas al *yo*, y ponerla nuevamente al servicio de este último. Mas ¿dónde se halla localizada la libido del neurótico? La respuesta a esta interrogación no es nada difícil de encontrar. La libido del neurótico se halla adherida a los síntomas, los cuales procuran al sujeto una satisfacción sustitutiva, la única por el momento posible. Habremos, pues, de apoderarnos de los síntomas y hacerlos desaparecer, labor que es precisamente la que el enfermo demanda de nosotros. Para ello nos es necesario remontarnos hasta sus orígenes, despertar el conflicto a que deben sus génesis y orientarlo hacia una distinta solución, haciendo actuar aquellas fuerzas motivacionales que en la época en que los síntomas nacieron no se hallaban a disposición del enfermo. Esta revisión del proceso que culminó en la represión no se guía sino fragmentariamente por las huellas que dicho proceso dejó tras de sí. La labor

principal es la de crear, partiendo de la actitud del enfermo con respecto al médico, esto es, de la transferencia, nuevas ediciones de los antiguos conflictos. En éstas, tenderá el enfermo a conducirse de igual manera que en el conflicto primitivo; pero nosotros, haciendo actuar en él todas sus fuerzas psíquicas disponibles; le haremos llegar a una diferente solución. La transferencia se convierte en este modo en el campo de batalla sobre el cual deben combatir todas las fuerzas en lucha.

Toda la libido y todo lo que se le opone se hayan concentradas en la actitud del enfermo con respecto al médico, produciéndose inevitablemente una separación entre los síntomas y la libido, y quedando los primeros despojados de todo revestimiento libidinoso. En lugar de la enfermedad propiamente dicha aparece una nueva artificialmente provocada; esto es, la enfermedad de la transferencia, y los objetos tan variados como irreales de la libido quedan sustituidos por uno solo, aunque igualmente fantástico: la persona del médico. Pero la sugestión a la que el médico recurre lleva la lucha que se desarrolla en derredor de ese objeto a la más elevada fase psíquica, de manera que no nos hallamos ya sino ante un conflicto psíquico normal. Evitando una nueva represión, ponemos término a la separación entre el *yo* y la libido, y restablecemos la unidad psíquica de la persona. Cuando la libido se desliga por fin del objeto pasajero que supone la persona del médico, no puede ya retornar a sus objetos anteriores y se mantiene a disposición del *yo*. Las potencias con las que hemos tenido que combatir durante esta labor terapéutica son, por un lado, la antipatía del *yo* hacia determinadas orientaciones de la libido, antipatía que se manifiesta en la tendencia a la represión; y por otro, la fuerza de adherencia, o como pudiéramos decir, la *viscosidad* de la libido, que no abandona voluntariamente los objetos sobre los cuales ha llegado alguna vez a catectizar.

La labor terapéutica puede, pues, descomponerse en dos fases: en la primera, toda la libido se desliga de los síntomas para fijarse y concentrarse en las transferencias. En la segunda se desarrolla el combate en derredor del nuevo objeto, del cual acabamos por desligar la libido. Este resultado favorable no podrá obtenerse más que consiguiendo, durante este nuevo conflicto, impedir una nueva represión, a favor de la cual escaparía otra vez

la libido del *yo* al refugiarse en lo inconsciente, represión que es evitada por la modificación que el *yo* ha sufrido bajo la influencia de la sugestión médica. Merced al trabajo de interpretación que transforma lo inconsciente en consciente, se amplía el *yo* a expensas de dicho inconsciente, haciéndose, bajo la influencia de los consejos que recibe, más conciliador con respecto a la libido, y disponiéndose a concederle una determinada satisfacción. Los rechazos que el enfermo experimentaba ante las exigencias de la libido se atenúan al mismo tiempo, merced a la posibilidad en que el mismo encuentra de disponer de parte de ella por la sublimación. Cuanto más próximas a esta descripción ideal resulten la evolución y la sucesión de los procesos en el curso del tratamiento psicoanalítico, mayor será el éxito de éste, que, en cambio, puede quedar limitado tanto por la insuficiente movilidad de la libido, que no se deja fácilmente desligar de los objetos a los que se ha fijado, como por la rigidez del narcisismo, que no admite la transferencia de un objeta a otro sino hasta un cierto límite. Lo que quizá os podrá facilitar la comprensión de la dinámica del proceso curativo es el hecho de que interceptamos toda la libido que se había sustraído al dominio del *yo*, atrayendo sobre nosotros, con ayuda de la transferencia, una parte de la misma.

Las localizaciones de la libido que sobrevienen durante el tratamiento y después del mismo no autorizan a formular conclusión alguna directa sobre su localización durante el estado patológico. Supongamos que tengamos éxito de llevar un caso a un favorable resultado al descubrir y resolver una fuerte transferencia-paterna hacia el médico. En estas circunstancias nos equivocaríamos deduciendo que dicha fijación inconsciente de la libido del enfermo a la persona de su padre constituyó desde un principio el nódulo de la enfermedad, pues la transferencia-paterna descubierta no es sino el lugar en el que hemos conseguido apoderarnos de la libido, la cual no llegó a localizarse en él sino después de pasar por muy diversas vicisitudes. El terreno sobre el que combatimos no constituye necesariamente una de las posiciones importantes del enemigo, el cual no se halla obligado a organizar la defensa de la capital de su territorio, precisamente ante las puertas de la misma. Sólo después de haber resuelto una vez más la transferencia es cuando podemos reconstruir mentalmente la localización de la libido durante

la enfermedad.

Situándonos en el punto de vista de la teoría de la libido, podemos añadir aún algunas últimas consideraciones sobre los sueños: los sueños de los neuróticos nos sirven de igual modo que sus actos fallidos y sus asociaciones libres para penetrar el sentido de los síntomas y descubrir la localización de la libido. Bajo la forma de realizaciones de deseos nos muestran aquellos sentimientos optativos que sucumbieron a una represión y los objetos a los que se halla ligada la libido sustraída al *yo*. Por esta razón, desempeña la interpretación de los sueños un tan importante papel en el psicoanálisis e incluso constituye en muchos casos y durante largo tiempo su principal instrumento de trabajo. Sabemos ya que el estado de reposo tiene como tal el efecto de relajar las represiones. A consecuencia de esta disminución del peso que sobre él gravita, puede el deseo reprimido revestir en el sueño una expresión más precisa que la que le ofrece el síntoma en la vida despierta. De este modo constituye el estudio del sueño el acceso más cómodo al conocimiento de lo inconsciente reprimido, de lo cual forma parte la libido sustraída al dominio del *yo*.

Los sueños de los neuróticos no difieren, sin embargo, esencialmente de los soñados por individuos de salud normal, e incluso resulta muy difícil distinguir unos de otros. Será absurdo querer dar de los sueños de los sujetos neuróticos una explicación que no fuese valedera para los sueños de los normales. Deberemos, pues, afirmar que la diferencia que existe entre la neurosis y la salud no se manifiesta sino en la vida despierta y desaparece en la vida onírica, circunstancia que nos permite aplicar y extender al hombre normal muchas de las conclusiones deducidas de las relaciones entre los sueños y los síntomas de los neuróticos. Reconociendo, por tanto, que el hombre sano posee también en su vida psíquica aquello que hace posible la formación de los sueños y la de los síntomas; y deduciremos que análogamente al neurótico, lleva a cabo represiones, realiza un determinado gasto psíquico para mantenerlas y oculta en su sistema inconsciente deseos reprimidos, provistos aún de energía. Por último, estableceremos también la conclusión de que *una parte de su libido se halla sustraída al dominio de su «yo»*. El hombre sano es, por tanto, un neurótico en potencia, pero el único

síntoma que puede producir es el fenómeno onírico. Claro es que esto no pasa de ser una apariencia, pues sometiendo la vida despierta del hombre normal —pretendidamente sana— a un examen más penetrante, descubrimos que se halla colmada de una multitud de síntomas, aunque insignificantes y de escasa importancia práctica.

La diferencia entre la salud nerviosa y la neurosis no es, pues, sino una diferencia relativa a la vida práctica y depende del grado de goce y de actividad de que la persona es todavía capaz, reduciéndose probablemente a las proporciones relativas que existen entre las cantidades de energía que permanecen libres y aquellas que se hallan inmovilizadas a consecuencia de la represión. Trátase, pues, de una diferencia de orden cuantitativo y no cualitativo. No creo necesario recordaros que este punto de vista proporciona una base teórica a la convicción que ya hemos expresado de que las neurosis son curables en principio, aunque tengan su base en una predisposición constitucional.

Esto es todo lo que la identidad que existe entre los sueños de los hombres sanos y los de los neuróticos nos autoriza a concluir sobre la característica de la salud; pero por lo que al sueño mismo respecta, resultan de esta identidad otras consecuencias, esto es, las de que no es posible desligar el sueño de las relaciones que presenta con los síntomas neuróticos, que no debemos creer suficientemente definida su naturaleza declarando que no es otra cosa que una arcaica forma expresiva de determinadas ideas y pensamientos; sino, debemos suponer que revela localizaciones de la libido y catexis de objeto realmente existentes.

Próximo ya el término de mi exposición, os sentís quizá defraudados al comprobar que en el capítulo relativo al tratamiento psicoanalítico me he limitado a consideraciones puramente teóricas y no os he dicho nada sobre las condiciones en las que puede iniciarse dicho tratamiento ni sobre los resultados que éste provoca. Me he limitado a la teoría, porque no entraba en mis propósitos ofreceros una guía práctica para el ejercicio del psicoanálisis. Y tenía varias razones para no hablaros de sus procedimientos ni de sus resultados. Ya en mis primeras conferencias hube de indicaros que en condiciones favorables logramos éxitos terapéuticos nada inferiores a los más

acabados que puedan obtenerse en el dominio de la Medicina interna; y puedo añadir ahora que los éxitos debidos al psicoanálisis no son alcanzables por ningún otro método de tratamiento. Insistiendo sobre esta cuestión, me haría sospechoso de querer ahogar con un ruidoso reclamo el coro ya demasiado alborotador de nuestros denigradores. Ciertos «colegas» han llegado o amenazar a los psicoanalistas, incluso en reuniones profesionales, con revelar a todos la esterilidad de nuestro tratamiento, publicando la lista de nuestros fracasos e incluso la de los desastrosos resultados de que se ha hecho culpable nuestra disciplina. Pero aun haciendo abstracción del odioso carácter de semejante medida, que no sería sino una vil denuncia, la publicación con que se nos amenaza no autorizaría juicio ninguno sobre la eficacia terapéutica del análisis. La terapéutica analítica es, como sabéis, de muy reciente creación. Ha sido necesario mucho tiempo para fijar su técnica, y ésta sólo puede ser hecha durante la labor misma y bajo la influencia de la experiencia en aumento. A consecuencia de las dificultades que presenta la enseñanza de esta rama, el médico que comienza a ejercer el psicoanálisis queda más que ningún otro especialista abandonado a sus propias fuerzas para perfeccionarse en su arte, de manera que los resultados que puede obtener en el curso de sus primeros años de ejercicio no prueban nada ni en pro ni en contra de la eficacia del tratamiento analítico.

Muchos intentos de tratamiento han fracasado al principio del psicoanálisis porque se verificaban en casos en los que este procedimiento es inaplicable y que hoy excluimos de su indicación, pero precisamente merced a tales intentos es como hemos podido establecer nuestras indicaciones y contraindicaciones. No podíamos saber *a priori* que la paranoia y la demencia precoz en sus formas pronunciadas eran inaccesibles al psicoanálisis, y teníamos todavía el derecho de ensayar este método en enfermedades muy diversas. Justo es, sin embargo, decir que la mayoría de los fracasos de estos primeros años deben ser atribuidos menos a la inexperiencia del médico o la elección inadecuada del objeto que a circunstancias externas desfavorables. Hasta ahora no hemos hablado aquí sino de las resistencias internas opuestas por el enfermo inevitables, pero que pueden ser dominables. Pero existen también obstáculos externos, derivados del ambiente en el que el enfermo vive y creados por los que le rodean,

obstáculos que no presentan interés alguno teórico, pero sí una gran importancia práctica. El tratamiento psicoanalítico es comparable a una intervención quirúrgica, y como ésta, no puede desarrollarse sino en condiciones en que las probabilidades del fracaso se hallen reducidas a un mínimo. Conocidas son todas las precauciones de que el cirujano se rodea —habitación apropiada, buena luz, ayudantes, ausencia de los parientes del enfermo, etc.—. ¿Cuántas operaciones terminarían favorablemente si tuvieran que ser practicadas en presencia de todos los miembros de la familia reunidos en derredor del cirujano y el enfermo, metiendo la nariz en el campo operatorio y gritando a cada incisión que el bisturí practicase? En el tratamiento psicoanalítico, la intervención de los familiares del enfermo constituye un peligro contra el que no tenemos defensa. Poseemos armas contra las resistencias interiores procedentes del sujeto y que sabemos inevitables. Pero ¿cómo defendernos contra las resistencias exteriores? Por lo que a la familia del paciente respecta, es imposible hacerla entrar en razón y decidirla a mantenerse alejada de todo el tratamiento, sin que tampoco resulte conveniente establecer un acuerdo con ella, pues entonces corremos el peligro de perder la confianza del enfermo, el cual exige con perfecta razón que la persona a la que se confía esté de su parte. Aquellos que saben qué discordias desgarran con frecuencia a una familia no se asombrarán de comprobar en la práctica del psicoanálisis que los allegados del enfermo se hallan muchas veces más interesados que el paciente quede como es en la curación. En los casos, muy frecuentes, en que la neurosis se halla relacionada con disensiones surgidas entre miembros de una misma familia, aquellos que gozan de buena salud no vacilan ni un solo momento cuando se trata de escoger entre su propio interés y la curación del enfermo. No debe, pues, extrañarnos que un marido no acepte con gusto un tratamiento que trae consigo, como con razón sospecha, la revelación de todo un catálogo de sus pecados. Así, pues, nosotros, psicoanalistas, no nos asombramos de estas cosas y declinamos todo autorreproche cuando nuestro tratamiento fracasa o debe ser interrumpido porque la resistencia del marido acude a intensificar la de su mujer. Habíamos emprendido algo que en las circunstancias dadas resulta irrealizable.

No os citaré sino un solo ejemplo de este género, en el que

consideraciones puramente médicas me impusieron el papel de víctima silenciosa. Hace algunos años emprendí el tratamiento psicoanalítico de una joven atacada de una angustia tal, que no podía ni salir a la calle ni quedarse sola en su casa. Poco a poco, la enferma acabó por confesarme que su imaginación había quedado terriblemente impresionada por el descubrimiento de las relaciones amorosas de su madre con un rico amigo de la casa. Mas por torpeza o por un cruel refinamiento descubrió a su madre lo que sucedía en las sesiones de psicoanálisis: cambiando de actitud con respecto a su madre, obligándola, como único medio de evitar una crisis de angustia, a permanecer constantemente a su lado y oponiéndose a que saliera nunca de la casa. Ante esta conducta de su hija, comprendió la madre que la angustia que a la paciente aquejaba se había convertido en un medio de tenerla a ella prisionera e impedirle entrevistarse con su amante. Alegando el éxito de un tratamiento hidroterápico al que ella se había sometido en una anterior enfermedad nerviosa, impuso la interrupción de la cura psicoanalítica y recluyó a la joven en un sanatorio de enfermos nerviosos, en el que durante muchos años se la presentó como ‘una pobre víctima del psicoanálisis’. Por mi parte, fui objeto de indignados reproches y críticas a causa del mal resultado del tratamiento; pero el secreto profesional me ha obligado a guardar silencio, hasta que mucho después he averiguado, por un colega que visita dicho sanatorio y ha tenido ocasión de ver a la joven agorafóbica, que las relaciones entre la madre y el rico amigo de la familia eran públicamente notorias y probablemente consentidas por el marido y padre. Así, pues, fue a este pretendido secreto al que sacrificó el tratamiento.

En los años que precedieron a la guerra, en los que la gran afluencia de extranjeros me hizo independiente del favor o disfavor de mi ciudad natal, llegué a imponerme la regla de no emprender jamás el tratamiento de un enfermo que no fuese *sui juris* en las relaciones esenciales de la vida, independiente por completo. Pero claro es que no todo psicoanalista puede imponerse esta regla. De todos modos, no quiero que de estas consideraciones sobre el peligro que representan los familiares del enfermo deduzcáis que el mismo debe ser separado de su familia y que, por tanto, no puede aplicarse nuestro tratamiento más que a los pensionistas de los sanatorios para neuróticos. Nada de eso; es mucho más ventajoso para los

enfermos, cuando no se hallan en un estado de grave agotamiento, permanecer durante la cura en las mismas condiciones en las que deben resolver los problemas que ante ellos se plantean. Bastará, en estos casos, con que sus allegados no neutralicen esta ventaja con su intervención ni manifiesten, en general, ninguna hostilidad hacia los esfuerzos del médico. ¿Pero cómo se propondrían influir en tal dirección factores inaccesibles a nosotros? Como ya ven, lo mucho que el éxito o el fracaso del tratamiento depende, es en gran manera del medio social y el grado de cultura de la familia del sujeto.

¿No encontráis que todo esto no es muy apropiado para darnos una alta idea de la eficacia del psicoanálisis como método terapéutico, aunque hagamos depender de factores exteriores interferentes la mayoría de nuestros fracasos? Varios partidarios del psicoanálisis me invitaron a oponer una estadística de éxitos a la colección de fracasos que se nos reprochan; pero yo no he aceptado su consejo y he alegado en apoyo de mi negativa que cuando una estadística se compone de elementos muy diferentes entre sí —como lo son los casos con afecciones neuróticas sometidos hasta hoy al análisis—, carece de todo valor probatorio. Además, el intervalo de que pudiéramos tener cuenta es demasiado breve para que podamos afirmar que se trata de curaciones durables, y en muchos casos no nos es tampoco posible arriesgar ninguna afirmación sobre este punto. Estos últimos casos corresponden a aquellas personas que han mostrado especial interés en ocultar tanto su enfermedad como su tratamiento y cuya curación me ha sido preciso mantener secreta. Pero lo que más que otra consideración cualquiera me ha hecho declinar este consejo es la experiencia que poseo de la irracional actitud que la generalidad adopta ante las cuestiones terapéuticas y de la escasa posibilidad de convencer a nadie por medio de argumentos lógicos, aunque sean extraídos de la experiencia y de la observación. Una novedad terapéutica es arbitrariamente aceptada unas veces con un ruidoso entusiasmo, como sucedió con la primera tuberculina de Koch, o con una absoluta desconfianza, como sucedió con la vacuna, verdaderamente benéfica, de Jenner, que tiene todavía hoy en día adversarios irreducibles. El psicoanálisis ha tropezado siempre con un prejuicio manifiesto. Cuando hablábamos de la curación de un caso difícil, se nos respondía que ello no

probaba nada, pues nuestro enfermo hubiera curado aunque no hubiera sido sometido a nuestro tratamiento. En cambio, cuando una enferma que ha pasado ya por cuatro ciclos de depresión y de manía, y sometida, durante una pausa consecutiva a la melancolía, al tratamiento psicoanalítico se encuentra tres semanas después del mismo al principio de un nuevo período de manía, todos los miembros de la familia, con la aprobación de cualquier alta autoridad médica llamada a consulta, expresan la convicción de que esta nueva crisis no puede ser sino consecuencia del tratamiento intentado. Contra los prejuicios no hay solución alguna; es necesario esperar y dejar que el tiempo vaya erosionándolos. Llega un día en que los mismos hombres piensan sobre las mismas cosas de muy distinta manera que el día anterior. Mas ¿por qué no pensaron la víspera como piensan hoy? Es esto algo que queda en un oscuro misterio.

Es, sin embargo, posible que el prejuicio contra la terapéutica analítica se halle ya en vías de disminución y quiero ver una prueba de ello en la difusión continua de nuestras teorías y en el aumento, en determinados países, del número de médicos que practican el psicoanálisis. Cuando yo era un joven médico he visto acoger en los círculos médicos el tratamiento por la sugestión hipnótica con la misma indignación que después hubo de despertar el psicoanálisis y que ahora lo oponen al análisis gente de puntos de vista ‘moderados’. Pero el hipnotismo no ha cumplido como agente terapéutico todo lo que al principio prometía. Nosotros, psicoanalistas, debemos considerarnos como sus legítimos herederos, y no olvidamos todos los alientos y las explicaciones teóricas que a él debemos. Las desventajas que se reprochan al psicoanálisis se reducen, en el fondo, a fenómenos pasajeros producidos por la exageración de los conflictos en los casos de análisis torpemente hechos o bruscamente interrumpidos. Ahora que sabéis como nos conducimos con los enfermos, podéis juzgar si nuestra labor puede causar un perjuicio duradero. Cierto es que el análisis se presta a abusos en diversas formas y que la transferencia constituye un instrumento peligroso entre las manos de un médico poco concienzudo. Pero ¿conocéis acaso un método o un procedimiento terapéutico que no se preste al abuso? El bisturí tiene que cortar bien si ha de constituir un instrumento de curación.

Llegado al término de estas lecciones, quiero hacer constar, sin que ello

constituya un mero artificio oratorio, que reconozco y lamento todos los defectos y las lagunas de mi exposición. Lamento, sobre todo, haberos prometido retornar sobre un determinado tema, al que aludí de pasada, y no haber podido cumplir mi promesa a consecuencia del rumbo que hubieron de tomar después mis explicaciones. De todos modos, habéis de tener en cuenta que la materia cuya exposición he emprendido ante vosotros se halla aún en pleno desarrollo y que por tanto, su exposición ha de resultar, como ella, incompleta. Más de una vez he reunido en mis conferencias todo el material necesario para deducir una conclusión; pero me he abstenido de ello, pues mi propósito no era el de haceros peritos en estas materias, sino tan sólo proporcionaros algunos esclarecimientos e incitaros a su más profundo estudio.

XCVIII

VARIOS TIPOS DE CARÁCTER DESCUBIERTOS EN LA LABOR ANALÍTICA[1869]

1916

CUANDO el médico desarrolla el tratamiento psicoanalítico de un nervioso, su interés no recae en primer término sobre el carácter del sujeto. Quisiera más bien averiguar qué significan sus síntomas, qué impulsos instintivos se ocultan detrás de los mismos y se satisfacen en ellos, y qué etapas ha seguido el enigmático camino que enlaza aquellos impulsos instintivos con estos síntomas. Pero la técnica que ha de seguir obliga pronto al médico a orientar, por lo pronto, su curiosidad hacia otros objetos. Observa que su investigación es amenazada por resistencias que el enfermo le opone, y ha de atribuir tales resistencias al carácter del mismo. Y entonces sí reclama ya este carácter preferentemente su interés.

Lo que se resiste a los esfuerzos del médico no son siempre aquellos rasgos de carácter que el enfermo reconoce por suyos y le son también atribuidos por quienes le rodean. A veces, cualidades que el enfermo no parecía poseer sino en muy escasa medida se muestran exacerbadas hasta insospechadas intensidades o surgen en él actitudes espirituales que en otras circunstancias de su vida no se habrían presentado. La descripción y la derivación de estos rasgos de carácter tan sorprendentes constituyen el objeto del presente ensayo.

I. LOS DE EXCEPCIÓN

LA labor psicoanalítica se plantea siempre la tarea de mover al paciente a renunciar a un placer próximo e inmediato. No es que haya de renunciar en general al placer; ello es cosa de la que difícilmente puede creerse capaz a un hombre, y hasta la religión tiene que basar sus exigencias al renunciar al placer terrenal en la promesa de otorgar a cambio una medida infinitamente mayor de placer en el más allá. No; el enfermo ha de renunciar tan sólo a aquellas satisfacciones a las que sigue, indefectiblemente, un daño; no ha de hacer más que someterse a una privación temporal, aprender a trocar el placer inmediato por otro más seguro, aunque más lejano. O dicho de otro modo; debe llevar a cabo, bajo la dirección del médico, aquel avance desde el principio del placer al principio de la realidad, que diferencia al hombre maduro del niño. En esta obra educativa, el mejor conocimiento del médico apenas desempeña un papel decisivo; no puede decir, por lo general, el enfermo nada distinto de lo que al mismo puede dictarle su propio entendimiento. Pero no nos es igual saber algo por nosotros mismos que oírselo decir por otro; el médico desempeña el papel de este otro sujeto eficiente y se sirve de la influencia que un hombre ejerce sobre los demás. Recordaremos también que en el psicoanálisis es cosa habitual sustituir lo originario y radical a lo derivado y mitigado, y diremos, en consecuencia, que el médico se sirve en su obra educativa de un componente cualquiera del amor. No hace, probablemente, más que repetir en tal educación ulterior el proceso que hizo posible, en general, la primera educación. Junto a la necesidad, es el amor el gran educador, y el hombre en vías de formación es movido por el amor de los que le rodean a acatar los mandamientos de la necesidad, ahorrándose así los castigos que su infracción acarrea.

Si de esta suerte exigimos del enfermo una renuncia provisional a una cualquiera satisfacción placiente, un sacrificio, una disposición a aceptar temporalmente el dolor para llegar a un mejor fin, o incluso tan sólo la resolución de someterse a una necesidad que a todo obliga, tropezamos con algunos sujetos que se rebelan contra tal exigencia, alegando una motivación especial. Dicen que ya han sufrido y se han privado bastante, que tienen derecho a que no se les impongan más restricciones y que no están dispuestos

a someterse a ninguna nueva necesidad displaciente, pues son *excepciones* y se proponen seguir siéndolo. En un enfermo mío de este género, tal pretensión aparecía exacerbada hasta la convicción de que sobre él velaba una providencia especial que había de preservarle de tan dolorosos sacrificios. Contra seguridades interiores que se manifiestan con tal fuerza, de nada sirven los argumentos del médico, y hasta su influjo personal fracasa en un principio, imponiéndosele, de este modo, la tarea de investigar las fuentes que alimentan el nocivo prejuicio del sujeto.

Ahora bien: es indudable que a todos nos gustaría dárnoslas de «excepciones» y pretender, en consecuencia, la obtención de privilegios sobre los demás. Pero justamente por ello se hace precisa una motivación especial, no siempre dada cuando alguien se proclama y se conduce realmente como excepción. Probablemente existe más de una de estas motivaciones; en los casos por mí investigados he conseguido descubrir en los *destinos anteriores* de los enfermos una peculiaridad común. Su neurosis se enlazaba a un suceso displaciente o a un padecimiento de sus primeros años infantiles, del que se sentían inocentes, estimándolo como una ofensa injusta inferida a su persona. Los privilegios que derivaban de esta injusticia y el desenfreno de ellos resultante habían contribuido no sólo a agudizar los conflictos, que más tarde condujeron a la explosión de la neurosis. En uno de estos pacientes, la citada actitud ante la vida se constituyó al averiguar el sujeto que un doloroso padecimiento orgánico, que le había impedido lograr sus aspiraciones, era de origen congénito. Mientras lo creyó posteriormente adquirido, lo soportó con paciencia; pero desde el momento en que supo que constituía una parte de su herencia biológica, se hizo rebelde. Otro paciente, el joven que se creía guardado por una providencia especial, había sido víctima en la lactancia de una infección que casualmente le transmitió su nodriza, y durante toda su vida ulterior se había alimentado de sus pretensiones de indemnización, como de un seguro de accidente, sin sospechar en qué fundaba tales pretensiones.

En su caso, el análisis llegó a este resultado valiéndose de oscuros restos mnémicos y de la interpretación de los síntomas, y fue objetivamente confirmado por los familiares del sujeto.

Por razones fácilmente comprensibles no me es posible comunicar la

mayoría de los detalles de estos y otros historiales clínicos. Ni quiero tampoco adentrarme en el examen de su analogía con la deformación del carácter, consecutiva a largos años de una infancia enfermiza, y con la conducta de pueblos enteros de un pretérito colmado de sufrimientos. Sí señalaré, en cambio, una figura, creación de un máximo poeta, en el carácter de la cual la pretensión a la excepción aparece enlazada al factor de la inferioridad congénita y motivada por él.

En el monólogo inicial de la *Vida y muerte del rey Ricardo III*, de Shakespeare, dice Gloucester, coronado más tarde rey con aquel nombre:

«… Pero yo, que no he sido hecho para los juegos placenteros ni formado para poder admirarme en un espejo; yo, cuyas rudas facciones no pueden reflejar las gracias del amor ante una ninfa inactiva y diáfana; yo, a quien la caprichosa Naturaleza ha negado las bellas proporciones y los nobles rasgos, y a quien ha enviado antes de tiempo al mundo de los vivos disforme, incompleto, bosquejado apenas y hasta tal punto contrahecho y desgraciado, que los perros me ladran cuando me encuentran a su paso… Si no puedo ser amante ni tomar parte en los placeres de estos bellos días de felicidad, he de determinarme a ser un malvado y a odiar con toda mi alma esos goces frívolos».

Nuestra primera impresión ante este discurso-programa será, quizá, la de echar de menos toda relación con nuestro tema. Ricardo parece decir tan sólo: Me aburro en estos tiempos ociosos y quiero divertirme. Mas como mi deformidad me veda las distracciones amorosas, me adjudicaré el papel de malvado, e intrigaré, asesinaré y haré cuanto me plazca. Una motivación tan frívola ahogaría todo posible interés en el espectáculo si detrás de ella no se escondiese algo más serio. Y, además, la obra sería psicológicamente imposible, pues el poeta tiene que saber crear en nosotros un fondo secreto de simpatía hacia su héroe si hemos de poder admirar sin contradicción interior su valentía y su destreza, y una tal simpatía sólo puede estar fundada en la comprensión, en el sentimiento de una posible comunidad interior con él.

Creo, por tanto, que el monólogo de Ricardo no lo dice todo; se limita a apuntar algo, dejando a nuestro cargo desarrollar lo apuntado. Y en cuanto llevamos a cabo esta labor complementaria desaparece, en efecto, toda apariencia de frivolidad, se nos muestra todo al alcance de la amargura y la

minuciosidad con que Ricardo ha descrito su figura deformada y se nos hace claramente perceptible la comunidad que fuerza nuestra simpatía hacia el malvado. Lo que Ricardo ha querido decir es lo siguiente: La Naturaleza ha cometido conmigo una grave injusticia negándome una figura agradable que conquiste el amor de los demás. Así, pues, la vida me debe una compensación que yo me procuraré. Tengo derecho a considerarme como una excepción y a superar los escrúpulos por los que otros se dejan detener en su camino. Puedo cometer injusticias, pues se han cometido conmigo… Y ahora sentimos ya que también nosotros podríamos llegar a ser como Ricardo, e incluso que lo somos ya en pequeña escala. Ricardo es una ampliación gigantesca de una faceta que también en nosotros encontramos. Todos creemos tener motivo para estar descontentos de la Naturaleza por desventajas infantiles o congénitas; y todos exigimos compensación de tempranas ofensas inferidas a nuestro narcisismo, a nuestro amor propio. ¿Por qué la Naturaleza no nos ha hecho presente de la dorada cabellera de Balder, de la fuerza física de Sigfrido, de la elevada frente del genio o de la noble fisonomía del aristócrata? ¿Por qué hemos nacido en un hogar burgués y no en un palacio real? También a nosotros nos gustaría ser bellos y distinguidos como aquéllos a los que tales gracias envidiamos.

Pero es un sutil arte económico del poeta no dejar que un héroe exprese en alta voz y sin residuo todos los motivos secretos que le mueven. Con ello nos obliga a completamos, ocupa nuestra actividad mental, la desvía de la reflexión crítica y mantiene nuestra identificación con el protagonista. Un poeta mediocre daría, en cambio, expresión consciente a todo lo que quisiera comunicamos y se hallaría entonces frente a nuestra inteligencia fría y libremente móvil, que haría imposible la ilusión.

No queremos abandonar los de «excepción» sin observar que la pretensión de las mujeres a privilegios especiales y a la liberación de tantas necesidades de la vida se funda en la misma razón. La labor psicoanalítica nos ha llevado, en efecto, a descubrir que las mujeres se consideran perjudicadas por la Naturaleza, privadas de un elemento somático y relegadas a segundo término, y que la enemiga de algunas hijas contra su madre tiene como última raíz el reproche de haberlas parido mujeres y no hombres.

II. LOS QUE FRACASAN AL TRIUNFAR

LA labor psicoanalítica nos ha descubierto el principio siguiente: los hombres enferman de neurosis a consecuencia de la *privación*. Entendiendo por tal la privación de la satisfacción de sus deseos libidinosos. Para comprender debidamente este principio se hace preciso un largo rodeo. Pues por la génesis de la neurosis es necesario que exista un conflicto entre los deseos libidinosos de un hombre y aquella parte de su ser que denominamos su *yo*, el cual es la expresión de sus instintos de conservación e integra su ideal de su propia personalidad. Semejante conflicto patógeno nace únicamente cuando la libido intenta emprender caminos o tender a fines que el *yo* ha superado y condenado mucho tiempo atrás, habiéndolos prohibido, por tanto, para siempre, y la libido lo intenta así cuando le ha sido arrebatada la posibilidad de una satisfacción ideal, grata al *yo*. Con ello, la privación de una satisfacción real pasa a constituir la condición primera —aunque no en modo alguno la única— de la génesis de la neurosis.

Así, pues, quedamos sorprendidos, y hasta desconcertados, cuando en nuestra práctica médica descubrimos que hay también quien enferma precisamente cuando se le ha cumplido un deseo profundamente fundado y largamente acariciado. Parece entonces como si estos sujetos no pudieran soportar su felicidad, pues en cuanto a la relación causal entre el éxito y la enfermedad no puede caber la menor duda.

Por mi parte, he tenido ocasión de lograr un atisbo en los destinos de una mujer, cuyo caso voy a describir como prototipo de tales vicisitudes trágicas.

Hija de buena familia y cuidadosamente educada, no pudo refrenar su ansia de vivir, y, adolescente aún, se escapó de su casa, llevando una vida aventurera, hasta trabar conocimiento con un artista, que, a más de saber estimar su encanto femenino, vislumbró el fondo de innata delicadeza latente aún en aquella mujer caída. La acogió en su casa y logró en ella una fiel compañera, a la cual sólo la rehabilitación social parecía faltar para ser plenamente dichosa. Al cabo de largos años de vida común consiguió él que su familia se decidiera a tratarla amistosamente, y estaba dispuesto a legalizar su situación, haciéndola su esposa. Mas precisamente en este momento

comenzó ella a fallar. Descuidó el gobierno de la casa, de la cual iba ya a ser legalmente ama y señora; apartó a su marido de toda relación social, mostrándose de pronto insensatamente celosa; obstaculizó su labor artística, y no tardó en caer en una incurable perturbación mental.

Otra de mis observaciones clínicas se refiere a un hombre muy respetable, profesor auxiliar de una Universidad, que había acariciado, a través de muchos años, el deseo, perfectamente explicable, de suceder en la cátedra al profesor que había sido su maestro y le había iniciado en su especialidad. Mas cuando al jubilarse el anciano profesor fue él designado para ocupar su puesto, comenzó a mostrarse indeciso: disminuyó sus merecimientos, se declaró indigno de la confianza que en él se tenía y cayó en una melancolía que le excluyó de toda actividad en los años siguientes.

Por distintos que sean estos dos casos, coinciden en el hecho de que la enfermedad surja en ellos al cumplirse el deseo y anule el disfrute del éxito logrado.

La contradicción manifiesta entre tales observaciones y la tesis de que el hombre enferma a consecuencia de la privación no es en modo alguno insoluble. La distinción entre privación externa y privación interna la hace desaparecer. Cuando en la realidad no existe ya el objeto en el que la libido puede hallar su satisfacción, nos hallaremos ante una privación exterior. La cual es ineficaz en sí y no patógena, en tanto que no se une a ella una privación interna. Esta última ha de partir del *yo* y disputar a la libido otros objetos de los que la misma quiere apoderarse. Sólo entonces surge un conflicto y nace la posibilidad de una enfermedad neurótica; esto es, de una satisfacción sustitutiva mediante un rodeo a través de lo inconsciente reprimido. Así, pues, la privación interna se da en todos los casos, pero no entra en acción hasta que la privación externa real establece la constelación favorable. En los casos excepcionales, cuando los hombres enferman al lograr el éxito, la privación interna ha actuado sola, y ha surgido una vez que la privación externa ha dejado lugar al cumplimiento de deseos. Ello parece aún, a primera vista, un tanto singular; pero basta reflexionar un poco para recordar cómo no es nada raro que el *yo* tolere un deseo mientras sólo existe en calidad de fantasía, oponiéndose, en cambio, decididamente a él en cuanto se acerca a su cumplimiento y amenaza convertirse en realidad.

La diferencia con otras situaciones bien conocidas de la génesis de las neurosis está tan sólo en que, generalmente, el incremento interno de la carga de libido hace de la fantasía despreciada y tolerada un adversario temido, mientras que en nuestros casos la señal para la explosión del conflicto es dada por una modificación exterior real.

La labor psicoanalítica nos muestra que son poderes de la conciencia los que prohíben a la persona extraer de la dichosa modificación real la ventaja largamente esperada. Pero es dificilísimo precisar la esencia y el origen de estas tendencias enjuiciadoras y punitivas que aparecen, muchas veces, donde menos esperábamos hallarlas. HI secreto profesional nos veda servimos de los casos clínicos por nosotros observados para exponer lo que de tales tendencias sabemos y sospechamos. Por lo cual habremos de recurrir para ella al análisis de ciertas figuras creadas por grandes poetas, profundos conocedores del alma humana.

Una de estas figuras, la de lady Macbeth, inmortal creación de Shakespeare, nos presenta con toda evidencia el caso de una vigorosa personalidad, que después de luchar con tremenda energía por la consecución de un deseo se derrumba una vez alcanzado el éxito.

Antes no vislumbramos en ella la menor vacilación ni signo alguno de una lucha interior; su única aspiración es vencer los escrúpulos de su marido, hombre ambicioso, pero de buenos sentimientos. Va incluso a sacrificar a su propósito asesino su propia fecundidad, sin reflexionar qué función decisiva ha de corresponder a la misma al llegar el momento de afirmar y perpetuar la posición lograda por medio del crimen;

(Acto primero, escena V.) «Venid, venid, espíritus que inspiran los pensamientos homicidas; trocad mi sexo débil… Venid a convertir mi leche en hiel en mi seno de mujer».

(Acto primero, escena Vil.) «He dado de mamar a un niño, y sé cuán grato es para una madre amar al tierno ser que se alimenta en su seno, y, no obstante, hubiera arrancado mi pecho de entre sus sonrosados labios y le hubiera hecho pedazos el cráneo si lo hubiese jurado como habéis jurado eso».

Un único movimiento contrario la asalta antes del acto criminal:

(Acto segundo, escena II.) «Si el rey no se hubiera parecido a mi padre en

su sueño, mi mano se habría encargado de dar el golpe».

Coronada reina por el asesinato de Duncan, surge fugazmente en ella algo como una decepción y un principio de hastío, sin que sepamos la causa:

(Acto tercero, escena II.) «Nada se ha ganado, y se ha perdido todo cuando se ha realizado un deseo sin hallar una completa satisfacción. Es preferible ser la victima que vivir con su muerte en una alegría llena de inquietud».

Pero resiste. En la escena del banquete sólo ella conserva la serenidad, encubre los desvaríos de su esposo y halla un pretexto para despedir a los invitados. Luego desaparece de nuestra vista, hasta la escena primera del acto quinto, en la que volvemos a hallarla, sonámbula y fijada a las impresiones de aquella noche criminal. Pero, como antes, trata aún de infundir valor a su marido:

«¡Cómo, monseñor! ¿Vos, un soldado, tener miedo? ¿Qué nos importa que lo sepan cuando nadie pueda pedirnos cuentas, cuando seamos poderosos?»

Oye llamar a la puerta, como antes su esposo, con terror al acabar de cometer su crimen. Pero se esfuerza aún en «deshacer lo hecho». Lava sus manos, manchadas de sangre, y se da cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos. El remordimiento parece haberla aniquilado, cuando tan incapaz de remordimiento la creíamos. A su muerte, Macbeth, que se ha hecho entre tanto tan implacable como ella se mostraba al principio, sólo encuentra una breve oración fúnebre:

(Acto quinto, escena V.) «Debiera haber vivido más, pero el tiempo lo tenía decidido de otro modo».

Y ahora nos preguntamos qué es lo que ha quebrantado este carácter, forjado al parecer con el más duro metal. ¿Ha sido tan sólo el hecho realizado, y deberemos, por tanto, deducir que también en lady Macbeth una vida anímica originariamente sensible y de femenina benignidad se había elevado con esfuerzo hasta una concentración y una suprema tensión, que no podían durar mucho, o habremos de buscar indicios que puedan explicar el derrumbamiento por una más honda motivación humana?

No creo imposible decidir la cuestión así planteada. El *Macbeth* shakespeariano es una obra de circunstancias, escrita con motivo de la

ascensión de Jacobo, rey de Escocia, al trono de Inglaterra. El argumento estaba dado y había sido ya tratado por otros autores, cuyos trabajos utilizó probablemente Shakespeare a su manera habitual. Además, ofrecía singulares alusiones a la situación presente. La «virginal» Isabel, de la cual se murmuraba que nunca había podido concebir hijos y que al recibir la noticia del nacimiento de Jacobo se había calificado a sí misma, dolorosamente, de «tronco seco[1870]», se había visto obligada, por su esterilidad, a verse suceder por el rey de Escocia, hijo de aquélla María Estuardo a la que Isabel había enviado al cadalso.

La ascensión de Jacobo I al trono fue como una prueba de la maldición de la esterilidad y la bendición de la fecundidad. Y en esta misma antítesis se funda el desarrollo del *Macbeth* shakespeariano. Las «hermanas del destino» le han profetizado que será rey, pero también han profetizado a Banquo que sus hijos y descendientes ceñirán la corona. Macbeth se rebela contra esta profecía; no le basta satisfacer su ambición personal: quiere ser el fundador de una dinastía y no haber cometido un crimen en provecho de otros. Es, por tanto, erróneo ver tan sólo en esta obra shakespeariana la tragedia de la ambición. Evidentemente, como Macbeth sabe que no ha de vivir eternamente, sólo hay para él un medio de debilitar aquella parte de la profecía contra la cual se rebela, y es tener hijos que puedan sucederle. Así parece, en efecto, esperarlos de su vigorosa mujer:

(Acto primero, escena VII.) «No des al mundo más que hijos varones, porque de tus entrañas de hierro no debieran salir más que hombres».

E igualmente evidente es que, una vez defraudado en tal esperanza, tiene que someterse al destino, so pena de que su actuación pierda todo fin y se transforme en el ciego furor de un condenado al fracaso que intenta aún aniquilar cuanto encuentra a mano. Vemos que Macbeth recorre este camino, y en el culmen de la tragedia hallamos aquellas conmovedoras palabras de Macbeth, reconocidas ya frecuentemente como de múltiple sentido y que pudieran encerrar la clave de la transformación del protagonista:

(Acto cuarto, escena III.) «No tiene hijos».

Lo cual quiere decir, desde luego: «Sólo porque él mismo no tiene hijos ha podido asesinar a los míos»; pero también puede integrar algo más, y, ante todo, puede revelar el motivo más hondo que impulsa a Macbeth más allá de

su propia naturaleza, al par que hiere el carácter de su implacable esposa en su único punto débil. Ahora bien: si abarcamos la tragedia shakespeariana desde la cima que estas palabras señalan, vemos que toda ella aparece tachonada de referencias a la relación paterno-filial. El asesinato del bondadoso Duncan es punto menos que un parricidio: en el caso de Banquo, Macbeth mata al padre, pero se le escapa el hijo, y en el de Macduff mata a los hijos porque el padre se le ha escapado.

En la escena del conjuro las «hermanas del destino» le hacen ver un niño ensangrentado y coronado; la cabeza armada de casco que antes aparece es acaso Macbeth mismo. Pero en el fondo se alza la tenebrosa figura de Macduff, el vengador, que es una excepción de las leyes de la generación, ya que no fue parido por su madre, sino arrancado del seno materno antes que llegara el tiempo de su nacimiento.

Sería plenamente conforme a una justicia poética basada en el Talión que la carencia de hijos de Macbeth y la esterilidad de su mujer fueran el castigo de su crimen contra la santidad de la generación, esto es, que Macbeth no pudiera llegar a ser padre por haber robado a los hijos el padre y al padre los hijos, y que, de este modo, se cumpliese en lady Macbeth aquella pérdida de la feminidad que ella misma demandó a los espíritus malignos. La enfermedad de lady Macbeth y la transformación de su ánimo homicida en remordimiento quedarían, así, explicadas como reacción a su esterilidad, la cual lleva a su ánimo la convicción de su impotencia contra las leyes de la Naturaleza y le advierte, al propio tiempo, que su crimen queda despojado, por culpa suya, de la parte mejor de su rendimiento.

En la crónica de Holinshed (1577), de la cual extrajo Shakespeare el argumento del *Macbeth*, lady Macbeth aparece mencionada una sola vez, como mujer ambiciosa que instigó a su marido al asesinato para llegar ella a reinar. Ni de sus destinos ulteriores ni de una evolución de su carácter dice nada la crónica. En cambio, creemos ver que la transformación de carácter que hace de Macbeth un hombre infeliz y sanguinario aparece movida en ella tal y como nosotros lo acabamos de intentar. Pues la crónica de Holinshed deja transcurrir entre el asesinato de Duncan, que hace rey a Macbeth, y los demás crímenes de este último un espacio de diez años, durante los cuales Macbeth se conduce como un soberano severo, pero justo. Sólo después de

este lapso comienza a transformarse su carácter bajo el doloroso temor de que la profecía hecha a Banquo pudiera cumplirse como se había cumplido la de su destino. Sólo entonces hace matar a Banquo y es arrastrado de uno a otro crimen, como en la obra de Shakespeare. Tampoco la crónica de Holinshed consigna expresamente que fuera su falta de hijos lo que le impulsó por este camino, pero deja tiempo y espacio para tal motivación. No así la obra de Shakespeare. Los acontecimientos se suceden en ella con vertiginosa rapidez, pues por los datos que nos procuran los personajes de la obra puede calcularse en una semana la duración de su curso[1871]; Esta aceleración despoja de una base posible a todas nuestras hipótesis sobre la motivación del cambio de carácter de Macbeth y de su mujer. Falta el tiempo preciso para que el continuado fracaso de sus esperanzas de sucesión pueda quebrantar el carácter de su mujer y arrastrar al marido a un obstinado furor y queda en pie la contradicción de que las sutiles circunstancias que descubrimos en la obra y en las relaciones de la misma con su ocasión circunstancial tiendan a coincidir con el tema de la falta de hijos, en tanto que la economía temporal de la tragedia rechaza una evolución de los caracteres por motivos distintos de los más íntimos.

Cuáles, empero, pueden ser estos motivos que en tan corto tiempo hacen del ambicioso indeciso un furioso desenfrenado y de la instigadora, fuerte como el acero, una enferma destrozada por los remordimientos, no es, a mi juicio, posible adivinarlo. Opino, pues, que hemos de renunciar a penetrar la triple oscuridad acumulada por las alteraciones del texto original, la desconocida intención del poeta y el sentido secreto de la leyenda. No quisiéramos dejar paso tampoco a la posible objeción de que tales investigaciones son ociosas ante el magno efecto que la tragedia ejerce sobre el espectador. El poeta puede, ciertamente, dominamos con su arte durante la representación y paralizar con ello nuestro pensamiento, mas no impedir que ulteriormente nos esforcemos en llegar a la comprensión del mecanismo psicológico de tal efecto. También la observación de que el poeta es libre de abreviar la sucesión natural de los acontecimientos que nos presenta, si con el sacrificio de la verosimilitud ordinaria puede lograr un incremento del efecto dramático, me parece en este caso fuera de lugar. Pues tal sacrificio sólo se justifica cuando únicamente perturba la verosimilitud[1872], mas no cuando

hace desaparecer el enlace casual; y el efecto dramático del *Macbeth* no habría sufrido apenas si se hubiera dejado indeterminado el tiempo en que la acción se desarrolla, en vez de limitarlo a escasos días con manifestaciones expresas de los personajes.

Se nos hace tan difícil abandonar por insoluble un problema como el de *Macbeth*, que nos permitiremos aún agregar una observación susceptible de procuramos una solución inesperada. Ludwig Jekels, en un reciente estudio sobre Shakespeare, ha creído descubrir un aspecto de la técnica del maestro, aplicable acaso también a la obra que nos ocupa. Opina que Shakespeare divide frecuentemente un carácter en dos personajes, cada uno de los cuales nos parece, así, imperfectamente comprensible mientras no lo reunimos con el otro en una unidad. Tal podría ser también el caso de Macbeth y su mujer, y entonces, naturalmente, no conduciría a nada querer interpretar la figura de esta última como una personalidad independiente e investigar los motivos de su transformación sin atender a la figura de Macbeth, complemento suyo. No seguiremos más allá esta pista, pero sí queremos señalar algo que apoya de un modo singular semejante interpretación, y es el hecho de que los gérmenes de angustia que en la noche del asesinato surgen en Macbeth no se desarrollen luego en él, sino en su mujer[1873]. Es él quien ha tenido antes del crimen la alucinación del puñal, pero ella la que sucumbe después a la demencia. Después del crimen oyó él una voz que gritaba: «Macbeth mata el sueño y no dormirá más». Pero luego no se nos dice que el rey Macbeth no pueda ya dormir y, en cambio, vemos a la reina alzarse sonámbula de su lecho y delatar su culpa. Macbeth miraba perplejo sus manos ensangrentadas y se lamentaba de que todo el océano del gran Neptuno no bastara para quitar aquella sangre de su mano; pero luego es ella la que frota incansablemente sus manos, sin lograr verlas jamás limpias de sangre. «Todos los perfumes de Arabia no desinfectarían esta mano». (Acto quinto, escena I.) De este modo se cumple en ella lo que a él le hacían temer sus remordimientos; ella se convierte en el remordimiento tras el crimen, y él en la obstinación desafiante, agotando así entre los dos las posibilidades de la reacción al delito, como dos partes desacordes de una única individualidad psíquica, y acaso copias de un único modelo.

Si en el caso de lady Macbeth no hemos podido dar respuesta a la interrogación de por qué se derrumba, enferma, una vez logrado el éxito, acaso nos sea más favorable el análisis de la creación de otro gran dramaturgo [Ibsen] que gusta de perseguir con severo rigor el proceso de la responsabilidad psicológica.

Rebeca Gamvik, hija de una comadrona, ha sido educada por su padre adoptivo, el doctor West, en una amplia libertad de pensamiento y en el desprecio de todas aquellas ligaduras que una moral fundada en la fe religiosa quisiera imponer a los deseos vitales. A la muerte del doctor, Rebeca halla acogida en Rosmersholm, solar de una antigua estirpe, cuyos miembros no conocen la risa y han sacrificado la alegría al más riguroso cumplimiento del deber. En Rosmersholm habitan el pastor Juan Rosmer y Beata, su esposa, mujer enfermiza y estéril. Dominada por un ardiente deseo irrefrenable de lograr el amor del aristócrata, Rebeca decide deshacerse de la mujer que le cierra el camino y pone en juego para ello su valerosa voluntad, no inhibida por consideración alguna. Desliza en las manos de Beata un libro de Medicina, en el cual se designa como fin de la asociación conyugal el logro de una descendencia, de suerte que la infeliz esposa comienza a dudar de la justificación de su matrimonio. Luego, Rebeca le hace suponer que Rosmer, cuyas lecturas y meditaciones comparte Beata, está en vías de apartarse de la antigua fe y pasarse al partido contrario. Por último, después de haber minado así la confianza de Beata en la moralidad de su marido, Rebeca le da a entender que ella misma se ve en el trance de abandonar la casa para ocultar las consecuencias de sus relaciones ilícitas con Rosmer. Los planes criminales de Rebeca logran pleno éxito. La infeliz Beata, considerada como una enferma melancólica e irresponsable, se arroja al río desde el puentecillo del molino, atormentada por el sentimiento de su inferioridad y para no estorbar la felicidad de su esposo.

Desde hace un año, Rebeca y Rosmer viven solos en Rosmersholm, en una intimidad que Rosmer se esfuerza en interpretar como una amistad puramente espiritual e ideal. Pero cuando sobre estas relaciones caen desde el exterior las primeras sombras de la maledicencia y surgen simultáneamente en Rosmer dolorosas dudas sobre los motivos que pudieron llevar a su mujer

al suicidio, pide a Rebeca en matrimonio para poder contraponer al triste pasado una nueva realidad viva. (Acto II.) Rebeca saborea con júbilo, por un instante, aquella demanda, pero en el acto declara que le es imposible satisfacerla, y que si Rosmer trata de penetrar en las causas de su negativa, ella «seguiría el camino que antes siguió Beata». Esta negativa resulta incomprensible para Rosmer, y más aún para nosotros, que conocemos mejor la conducta y las intenciones anteriores de Rebeca. Pero no podemos dudar de que su repulsa es firme y sincera.

¿Cómo ha podido suceder que la arriesgada aventurera, de voluntad osada e independiente, que se ha abierto camino, sin reparo alguno, hacia la realización de sus deseos, se resista ahora a cosechar el fruto del éxito ofrecido a sus manos? Ella misma nos da, en el cuarto acto, la explicación: «Eso es precisamente lo terrible: ahora que se me ofrece a manos llenas toda la felicidad del mundo, me encuentro transformada, de tal suerte que mi propio pasado me cierra el camino de la felicidad». Así pues, Rebeca se ha convertido entre tanto en otra mujer; ha despertado su conciencia y ha surgido en ella un sentimiento de culpabilidad que le prohíbe aprovecharse del éxito de sus planes.

¿Y qué es lo que despertó su conciencia? Oigámosla a ella misma y meditemos después si debemos darle entero crédito: «Es la concepción de la vida de la casa Rosmer —o por lo menos la tuya— la que ha contagiado mi voluntad… y la ha enfermado. La ha esclavizado con leyes que antes no regían para mí. Mi convivencia contigo ha ennoblecido mi alma».

Esta influencia agregamos nosotros— no se hizo valer hasta que Rebeca pudo convivir a solas con Rosmer: «… En el silencio, en la soledad, cuando tú me has ido comunicando tus pensamientos sin reserva alguna y todos tus estados de ánimo con tanta sensibilidad y sutileza como tú los vivías…, entonces se inició en mí la gran transformación».

Poco antes se había lamentado de la otra cara de esta transformación: «Porque Rosmersholm me ha quitado mis fuerzas; ha paralizado mi animosa voluntad. Ha pasado para mí el tiempo en que podía arriesgarlo todo. He perdido la energía para la acción, Rosmer».

Rebeca da esta explicación después de haber contestado espontáneamente su crimen ante Rosmer y el rector Kroll, hermano de la mujer que ella había

llevado a la muerte. Ibsen hace ver, con pequeños rasgos de magistral sutileza, que Rebeca no miente, pero que tampoco es enteramente sincera. Lo mismo que, a pesar de su total carencia de prejuicio, se quita un año al declarar su edad, también su confesión ante los dos hombres es incompleta y se hace necesario el apremio de Kroll para completarla en algunos puntos esenciales. Así pues, podemos lícitamente suponer que si en la explicación de su renuncia revela ciertas cosas, es tan sólo para mejor ocultar otras.

No hallamos, desde luego, fundamento alguno para sospechar de su aserto de que el ambiente de Rosmersholm y su trato con el noble Rosmer han ennoblecido su ánimo y paralizado su voluntad. Dice con ello lo que sabe y lo que ha sentido. Pero puede muy bien no ser todo lo que ha sentido, y tampoco es preciso que haya podido darse cuenta de todo. La influencia de Rosmer puede ser también, únicamente, un velo detrás del cual se esconde otro influjo que un rasgo harto singular nos delata.

Todavía después de su confesión, en la escena final de la obra, Rosmer vuelve a pedirle que consienta en ser su esposa. Le perdona a Rebeca el crimen que por su amor ha cometido. Y entonces ella no responde, como debiera, que ningún perdón puede desvanecer en ella la vergüenza de haber engañado vilmente a la infeliz Beata, sino que se dirige un distinto reproche, que ha de parecemos extraño en mujer tan libre de prejuicios y que no merece ocupar, desde luego, el lugar que Rebeca le otorga: «No insistas, amigo mío. Es imposible… Has de saber, Rosmer, que tengo un pasado». Con esto quiere, naturalmente, indicar que ha tenido relaciones sexuales con otro hombre, y habremos de anotar que estas relaciones, pertenecientes a una época en la que Rebeca era libre e independiente, le parecen constituir un obstáculo más grave a su unión con Rosmer que su conducta realmente criminal para con Beata. Rosmer no quiere saber nada de aquel pasado. Pero nosotros podemos adivinarlo, aunque todo lo que a él se refiere fluye, por decirlo así, subterráneamente en la obra y ha de ser deducido de alusiones muy leves, aunque tan perfectamente ajustadas que hacen imposible el equívoco.

Entre la primera negativa de Rebeca y su confesión sucede algo de importancia decisiva para su posterior destino. Kroll, el rector, la visita para humillarla, haciéndole ver que conoce su origen ilegítimo, pues ha

averiguado que es hija precisamente de aquel doctor West que la adoptó a la muerte de su madre. El odio ha aguzado las facultades inductivas de Kroll; pero éste no cree, sin embargo, decir con ello a Rebeca nada nuevo: «Creí que estaba usted perfectamente enterada. De otro modo, habría sido singular que se hubiera usted dejado adoptar por el doctor West. West se la llevó a usted a su casa a raíz de la muerte de su madre. La trató a usted duramente. Y. sin embargo, usted permaneció a su lado, sabiendo muy bien que no había de dejarle un cuarto. Todo lo que heredó usted de él fue un cajón de libros. Y, a pesar de todo, siguió usted en su casa, aguantando sus extravagancias y asistiéndole hasta el último instante. Lo que usted ha hecho por él le ha sido inspirado por el natural instinto filial. Y toda su demás conducta es para mí un resultado natural de su origen».

Pero Kroll estaba equivocado. Rebeca no sabía en absoluto que fuera hija del doctor West. Cuando Kroll inició sus oscuras alusiones a su pasado, Rebeca hubo de suponer que se refería a algo muy diferente. Una vez que ha comprendido de lo que se trata puede conservar aún, por un momento, su serenidad, pues todavía le es dado creer que su enemigo ha basado sus cálculos en el número de sus años, falseado por ella en su conversación anterior con él. Pero Kroll rechaza victoriosamente la objeción: «Es posible. Pero mis cálculos pueden ser, sin embargo, exactos, pues un año antes de obtener su empleo fue West por allí de visita unos días». Al saber esto, pierde ya Rebeca todo dominio de sí misma. «Eso no es verdad». Va de un lado a otro por la habitación y se retuerce las manos. «Es imposible. Trata usted de hacerme creer una mentira. No puede ser verdad. No; no puede ser verdad». Su emoción es tan violenta, que Kroll no cree poder atribuirla tan sólo a su revelación:

KROLL.—Pero, amiga mía…, ¿por qué se pone usted así? Me da usted miedo… ¿Qué debo figurarme?

REBECA.—Nada; no tiene usted que figurarse nada.

KROLL.—Entonces tendrá usted que explicarme por qué toma usted tan a pecho ese asunto…, esa posibilidad.

REBECA.—(*Serenándose*.) Muy sencillo, señor rector. No tengo ganas de ser considerada como una hija ilegítima.

El enigma de la conducta de Rebeca no admite más que una solución. La

revelación de que el doctor West era quizá su padre es el golpe más rudo que puede herirla, pues no ha sido tan sólo la hija adoptiva de aquel hombre, sino también su amante. Cuando Kroll comenzó a hablar, Rebeca creyó que aludía a aquellas relaciones, las cuales habría ella reconocido alegando su plena libertad a disponer de sí misma. Pero el rector estaba muy lejos de semejante idea; no sabía nada de sus relaciones amorosas con el doctor West, así como ella ignoraba en absoluto que era su hija. Sólo en estas relaciones amorosas puede pensar Rebeca cuando, en su última negativa a la demanda de Rosmer, alega tener un pasado que la hace indigna de ser su esposa. Probablemente, aunque Rosmer hubiera querido oírla, no le habría revelado más que una mitad de su secreto, silenciando la parte más grave del mismo.

Pero ahora ya comprendemos que este pasado constituya para Rebeca el impedimento más serio de su matrimonio con Rosmer y su mayor delito.

Cuando llega a saber que ha sido la amante de su propio padre, Rebeca se somete a su sentimiento de culpabilidad, que ahora se manifiesta con toda su fuerza. Hace ante Rosmer y Kroll la confesión que la estigmatiza como asesina; renuncia definitivamente a la felicidad, hacia la cual se había abierto camino con su crimen, y se dispone a partir para siempre. Pero el verdadero motivo de este sentimiento de culpabilidad, que la hace fracasar ante el éxito, permanece secreto. Y ya hemos visto que es algo muy distinto de la atmósfera de Rosmersholm y del influjo moralizador de Rosmer.

Aquellos de nuestros lectores que nos hayan seguido hasta este punto nos opondrán seguramente una objeción que puede luego justificar ciertas dudas. La primera negativa de Rebeca a las pretensiones matrimoniales de Rosmer sucede, en efecto, antes de la segunda visita de Kroll, o sea, antes del descubrimiento de su nacimiento ilegítimo y en una época en la que nada sabe aún de su incesto —si es que hemos comprendido bien al poeta—. Pero, no obstante, tal repulsa es terminante y sincera. Así pues, el sentimiento de culpabilidad que la hace renunciar al fruto de sus manejos actúa ya en ella antes de su conocimiento de su delito principal, y admitiéndolo así, habremos quizá de borrar el incesto como fuente del sentimiento de culpabilidad.

Hasta ahora hemos tratado a Rebeca West como si fuera una persona viva y no una creación de la fantasía de Ibsen, guiada por una razón rigurosamente crítica. Al intentar ahora rebatir la objeción planteada no tenemos por qué

abandonar tal posición. La objeción está bien orientada; la conciencia moral de Rebeca había comenzado ya a despertar antes de saber que sus relaciones con el doctor West habían sido incestuosas. Nada se opone a que atribuyamos tal transformación al influjo de Rosmer, que la misma Rebeca reconoce. Pero con ello no nos libramos de reconocer un segundo motivo. La conducta de Rebeca ante la revelación del rector y su inmediata reacción a ella con la confesión de su crimen no dejan lugar a duda alguna de que sólo en este momento entra en acción el motivo más poderoso y decisivo de su renuncia. Nos hallamos ante un caso de motivación múltiple, en el que detrás del motivo más superficial hallamos otro más profundo. Normas imperativas de la economía poética aconsejaron al autor dar esta forma al caso expuesto, pues el motivo más profundo no debía ser abiertamente presentado y tenía que permanecer encubierto, sustraído a la cómoda percepción del espectador o el lector, so pena de provocar la aparición de graves resistencias, fundadas en sentimientos muy penosos, que habrían de comprometer el efecto de la obra.

Pero podemos exigir, desde luego, que el motivo antepuesto no carezca de conexión interna con aquel otro al cual encubre, sino que se nos muestre como una mitigación y una derivación del mismo. Y si, en cuanto al poeta, suponemos que su combinación poética consciente ha nacido consecuentemente de premisas inconscientes, podremos también intentar la demostración de que también ha cumplido la exigencia antes apuntada. El sentimiento de culpabilidad de Rebeca emana de la rebelión de su *yo* moral contra el incesto, antes aún que el rector lo hiciera patente a su conciencia. Si reconstruimos su pasado, esbozado por el poeta, nos diremos que Rebeca no puede menos de haber tenido alguna vislumbre de las relaciones íntimas de su madre con el doctor West. Y al convertirse en sucesora de su madre al lado de aquel hombre tuvo que experimentar una profunda impresión, pues se hallaba bajo el imperio del complejo de Edipo, aun cuando no supiera que esta fantasía general se había hecho realidad en su caso. Cuando llegó a Rosmersholm, el poder interior de aquella primera vivencia la impulsó a constituir activamente la misma situación que la vez primera hubo de constituirse sin acción alguna por su parte; esto es, deshacerse de la esposa y la madre para ocupar su puesto al lado del esposo y el padre. Ella misma

describe, con energía convincente, cómo se vio forzada, contra su voluntad, a dar paso tras paso para la supresión de Beata.

«Pero ¿creéis acaso que yo obraba con fría reflexión? Por entonces no era yo lo que hoy: no era la mujer que ahora está ante vosotros y os habla. Y, además, parece como si en una misma persona hubiera dos distintas voluntades. Yo quería desembarazarme de Beata. Fuera como fuera. Pero no creía que llegaría jamás a ello. A cada paso que arriesgaba hacia adelante me parecía como si algo gritara dentro de mí: ¡No sigas! ¡Ni un solo paso más! Y, sin embargo, no podía contenerme. Tenía que avanzar un poquito. Y luego otro pasito más… Y siempre un poco más… Así es como suceden estas cosas».

Con estas palabras no intenta Rebeca disculpar su crimen; se limita a exponer, con plena y sincera conciencia, el proceso que hasta él la condujo. Todo lo que hubo de sucederle en Rosmersholm, su enamoramiento de Rosmer y su hostilidad contra Beata, fue ya un resultado del complejo de Edipo, una reproducción obligada de su actitud con respecto a su madre y el doctor West.

Por eso, el sentimiento de culpabilidad que la impulsó primero a rechazar las pretensiones de Rosmer no es, en el fondo, distinto de aquel otro, más intenso, que después de la revelación de Kroll la fuerza a confesar su crimen. Mas, así como el influjo del doctor West había hecho a Rebeca librepensadora e indiferente a la moral religiosa, el amor a Rosmer había vivificado luego y ennoblecido su conciencia. Esto es lo que ella misma comprendía de sus procesos íntimos, y por eso podía designar justificadamente el influjo de Rosmer como el motivo, accesible a su percepción consciente, del cambio de que en ella habíase cumplido.

El médico psicoanalítico sabe cuán frecuente es el caso de que la muchacha admitida en una casa como criada, señorita de compañía o institutriz deja en ella, consciente o inconscientemente, la fantasía —basada en el complejo de Edipo— de que la señora de la casa llegue a faltar y el señor la tome a ella, en su lugar, por esposa.

Entre las creaciones poéticas que tratan esta fantasía cotidiana de las jóvenes es *Rosmersholm* la suprema obra de arte. Si se convierte en una tragedia es porque al ensueño de la protagonista ha precedido, en su historia

anterior, la realidad correspondiente[1874].

Después de habernos demorado tan prolongadamente en los dominios de la producción poética tomaremos a los de la experiencia médica. Pero tan sólo para señalar, en breves palabras, su completa coincidencia. La labor psicoanalítica enseña que las fuerzas de la conciencia que hacen enfermar a ciertos sujetos a causa del éxito, del mismo modo que la generalidad enferma a causa de la privación, se hallan íntimamente enlazadas al complejo de Edipo, a la relación del individuo con su padre y su madre, como acaso, también en general, nuestro sentimiento de la culpabilidad.

III. LOS DELINCUENTES POR SENTIMIENTO DE CULPABILIDAD

EN sus informes sobre sus años juveniles, especialmente sobre los anteriores a la pubertad, personas honradísimas luego y de elevada moralidad me han revelado, frecuentemente, haber cometido por entonces actos ilícitos, tales como hurtos, fraudes e incluso incendios. En un principio solía yo dejar de lado estos hechos, explicándolos por la conocida debilidad de las inhibiciones morales en aquella época de la vida, y no intentaba insertarlos en un más amplio contexto. Pero el examen de algunos casos más claros y favorables, en los que tales actos fueron cometidos por enfermos míos durante el tratamiento y en edad muy posterior a aquellos años juveniles, me impulsó ya a un estudio más penetrante y detenido de estos incidentes. La labor analítica me condujo entonces al sorprendente resultado de que tales actos eran cometidos, ante todo, porque se hallaban prohibidos y porque a su ejecución se enlazaba, para su autor, un alivio psíquico. El sujeto sufría, en efecto, de un penoso sentimiento de culpabilidad, de origen desconocido, y una vez cometida una falta concreta sentía mitigada la presión del mismo. El sentimiento de culpabilidad quedaba así, por lo menos, adherido a algo tangible.

Por muy paradójico que parezca he de afirmar que el sentimiento de culpabilidad existía antes del delito y no procedía de él, siendo, por el

contrario, el delito el que procedía del sentimiento de culpabilidad. Tales sujetos pueden ser justificadamente designados con el nombre de «delincuentes por sentimiento de culpabilidad». La preexistencia del sentimiento de culpabilidad pudo ser demostrada por toda una serie de otros efectos y manifestaciones.

Ahora bien: el señalamiento de un hecho curioso no es por sí solo un fin de la investigación científica. Habremos, pues, de resolver dos cuestiones: de dónde procede el oscuro sentimiento de culpabilidad existente antes del hecho y si es verosímil que una tal causación entrañe considerable importancia en los delitos de los hombres.

El examen de la primera de tales cuestiones prometía descubrirnos la fuente del sentimiento de culpabilidad en general. El resultado de la labor analítica fue el de que tal oscuro sentimiento de culpabilidad procedía del complejo de Edipo, siendo una reacción a las dos grandes intenciones criminales: matar al padre y gozar a la madre. Comparados con éstos, los delitos cometidos para la fijación del sentimiento de culpabilidad habían de ser realmente un alivio para el sujeto atormentado. Hemos de recordar, a este respecto, que el asesinato del padre y el incesto con la madre son los dos magnos delitos de los hombres, los únicos perseguidos y condenados como tales en las sociedades primitivas. Y también cómo otras investigaciones nos han aproximado a la hipótesis de que la fuente de donde la Humanidad extrajo su conciencia, que hoy se manifiesta como una potencia psíquica heredada, habría sido el complejo de Edipo.

La respuesta a la segunda interrogación rebasa los límites de la labor psicoanalítica. En los niños podemos observar directamente que «son malos» para provocar el castigo, y una vez obtenido éste, se muestran tranquilos y contentos. Una investigación analítica posterior nos procura muchas veces la pista del sentimiento de culpabilidad que los llevó a buscar el castigo. De los delincuentes adultos hemos de restar, desde luego, todos aquellos que cometen delitos sin sentimiento de culpabilidad, aquellos que no han desarrollado inhibiciones morales o creen justificada su conducta por su lucha contra la sociedad. Pero en la mayoría de los demás delincuentes, en aquéllos para los cuales se han hecho realmente las leyes penales, tal motivación podría muy bien ser posible, aclararía algunos puntos oscuros de

la psicología del delincuente y procuraría a la pena un nuevo fundamento psicológico.

Uno de mis amigos me ha llamado la atención sobre el hecho de que ya Nietzsche sabía de estos «delincuentes por sentimiento de culpabilidad». La preexistencia del sentimiento de culpabilidad y el empleo del hecho para la racionalización del mismo se nos aparecen en las palabras de Zaratustra, «el pálido delincuente». A investigaciones futuras corresponde fijar cuántos de los delincuentes deben contarse entre los «pálidos».

XCIX

UN PARALELO MITOLÓGICO A UNA IMAGEN OBSESIVA PLÁSTICA[1875]

1916

EN uno de mis pacientes, sujeto de veintiún años aproximadamente, los productos de la actividad psíquica inconsciente se hacen conscientes no sólo como ideas obsesivas, sino también como imágenes obsesivas. Unas y otras pueden surgir de consuno o independientes entre sí. Durante cierto período surgieron en él, íntimamente enlazadas, siempre que su padre entraba a verle, una palabra obsesiva y una imagen obsesiva. La palabra era *Vaterarsch* (ano del padre), y la imagen concomitante representaba al padre bajo la forma de medio cuerpo desnudo (vientre y piernas), provisto de brazos. La imagen carecía de cabeza y de tronco y no mostraba tampoco indicados los genitales, pero los rasgos fisonómicos del padre aparecían dibujados sobre el vientre.

Para la explicación de este producto sintomático, más absurdo de lo corriente, ha de observarse que el sujeto, persona de acabado desarrollo intelectual y elevadas aspiraciones éticas, había manifestado, hasta más allá de sus diez años, y en formas muy diversas, un intenso erotismo anal. Una vez dominado éste, la lucha posterior contra el erotismo genital retrajo su vida sexual al estadio preliminar anal. El sujeto quería y respetaba mucho a su padre y le temía otro tanto. Pero desde el punto de vista de sus elevadas aspiraciones al sometimiento de los instintos y a la ascesis le consideraba

como un típico representante de la «avidez», del ansia de placeres puramente materiales.

La palabra *Vaterarsch* (ano del padre) no tardó en explicarse como una germinación caprichosa del honroso título de patriarca (*Patriarch*). La imagen obsesiva es evidentemente una caricatura. Recuerda otras representaciones que sustituyen, con intención peyorativa, la totalidad de una persona por un único órgano (los genitales, por ejemplo), y evoca también ciertas fantasías inconscientes que conducen a la identificación de los genitales con el resto de la persona, así como determinadas maneras de decir, tales como «soy todo oídos».

La disposición de los rasgos fisonómicos en el vientre me pareció, al principio, singularmente extraña. Pero no tardé en recordar haber visto algo semejante en una caricatura francesa[1876]. La casualidad me ha hecho luego conocer una representación antigua que coincide plenamente con la imagen obsesiva de mi paciente.

Según la leyenda griega, Deméter, cuando llegó a Eleusis en busca de su hija, que le había sido robada, halló acogida en casa de Dyraules y de Baubo, su esposa; pero, poseída de honda tristeza, se negó a tomar alimento alguno. Entonces Baubo consiguió hacerla reír alzándose de repente los vestidos y descubriendo su cuerpo. La discusión de esta anécdota, destinada, sin duda, a ilustrar un ceremonial mágico cuyo sentido se ha perdido ya, figura en el tomo IV de la obra de Salomón Reinach *Cultes, mythes et religions*, 1912. En este mismo lugar se menciona también que en las excavaciones de la ciudad de Priene (Asia Menor) se han hallado unas terracotas que reproducen la figura de Baubo. Tales figuras muestran un cuerpo femenino sin cabeza ni pecho y con una cara en el vientre.

Los vestidos levantados encuadran la cara como una corona de cabellos. (S. Reinach, *l. c.*, pág. 117.)

C

UNA RELACIÓN ENTRE UN SÍMBOLO Y UN SÍNTOMA[1877]

1916

NUESTRA experiencia en la interpretación de los sueños nos ha demostrado que el sombrero es uno de los más frecuentes símbolos de los genitales, sobre todo de los masculinos. Pero no puede afirmarse que este símbolo pertenezca a los más comprensibles. En las fantasías y en síntomas muy diversos aparece también la cabeza como símbolo del genital masculino o, si se quiere, como representación del mismo. Algunos analíticos habrán observado que la decapitación inspira a sus pacientes aquejados de obsesiones un horror y una indignación mucho más intensos que los demás suplicios, y habrá tenido ocasión de explicarles que consideran la decapitación como un sucedáneo de la castración. También hemos analizado muchos sueños de sujetos jóvenes, o soñados por los pacientes en su juventud y referidos luego por ellos en el tratamiento, que desarrollaban el tema de la castración y entre cuyos elementos figuraba una bola, que había de ser interpretada como representación de la cabeza del padre. Recientemente he podido resolver un ceremonial enlazado al acto de acostarse y constituido por las siguientes prescripciones: el cuadrante debía quedar colocado formando un rombo sobre las demás almohadas y la cabeza del sujeto había de reposar exactamente sobre su diagonal más larga. El rombo tenía la conocida significación que nos es familiar por la epigrafía

popular y la cabeza había de representar un miembro masculino.

Pudiera ser muy bien que la significación simbólica del sombrero se derivase de la de la Cabeza en cuanto el sombrero puede ser considerado como una prolongación desmontable de la misma. A este respecto, recuerdo un síntoma con el que se atormentan obstinadamente los neuróticos obsesivos.

Al ir por la calle espían de continuo si las personas conocidas que a su paso encuentran inician el saludo, descubriéndose las primeras, o parecen esperar, por el contrario, su iniciativa. De este modo acaban por renunciar a muchas de sus relaciones al descubrir que ciertas personas no los saludan o no responden debidamente a su saludo. Esta conducta no experimenta modificación alguna al hacer presente al sujeto, para el cual es ya además cosa sabida, que el quitarse el sombrero ante alguien constituye un reconocimiento de su superioridad; que, por ejemplo, los grandes de España gozan del privilegio de permanecer cubiertos ante el rey, y que su susceptibilidad con respecto al saludo tiene, por tanto, el sentido de no suponerse inferior a lo que la otra persona piensa ser. La resistencia de su susceptibilidad o tal explicación justifica la sospecha de que nos hallamos ante el efecto de un motivo poco conocido por la conciencia. La fuente de esta intensificación podría fácilmente ser hallada en la relación con el complejo de castración.

CI

UNA DIFICULTAD DEL PSICOANÁLISIS[1878]

1917

HAREMOS constar, desde luego, que no nos referimos a una dificultad intelectual, a algo que haga incomprensible, para el lector o el oyente, el psicoanálisis, sino a una dificultad afectiva; a algo que enajena al psicoanálisis los sentimientos del oyente o el lector, inclinándole a no interesarse por él o a no darle crédito. Y, evidentemente, ambos órdenes de dificultad producen la misma consecuencia. Alguien que no ve con simpatía suficiente una cosa, no la comprenderá tampoco fácilmente.

En atención al lector, al que me represento como plenamente imparcial aún, habré de tomar las cosas desde alguna distancia. El psicoanálisis ha construido, sobre la base de una gran cantidad de observaciones e impresiones, algo como una teoría, que es conocida con el nombre de teoría de la libido. Como es sabido, el psicoanálisis se ocupa de la explicación y la supresión de las llamadas perturbaciones nerviosas. Para resolver tales problemas tenía que ser hallado previamente un punto de ataque, y nos decidimos a buscarlo en la vida instintiva del alma. Así pues, ciertas hipótesis sobre la vida instintiva del hombre constituyeron la base de nuestra concepción de la nerviosidad.

La Psicología enseñada en nuestros centros pedagógicos sólo nos da respuestas insatisfactorias cuando la interrogamos sobre los problemas de la

vida anímica. Pero en ningún sector son tan insuficientes como en el del instinto.

Queda, pues, a nuestro arbitrio la elección de la forma en que hayamos de procurarnos una primera orientación en este campo. La concepción vulgar destaca el hambre y el amor como representantes de los instintos que aspiran, respectivamente, a la conservación del individuo y a su reproducción. Agregándonos a esta distinción, tan próxima, discriminamos nosotros también en el psicoanálisis los instintos de conservación, o instintos del *yo*, de los instintos sexuales, y damos a la energía, con la que el instinto sexual actúa en la vida anímica, el nombre de la libido —apetito sexual— como algo análogo al hambre, a la voluntad de poderío, etc., entre los instintos del *yo*.

Sobre la base de esta hipótesis hacemos luego el primer descubrimiento importante. Averiguamos que los instintos sexuales entrañan máxima importancia para la comprensión de las enfermedades neuróticas, y que las neurosis son, por decirlo así, las enfermedades específicas de la función sexual. Que de la cantidad de libido y de la posibilidad de satisfacerla y derivarla por medio de la satisfacción depende, en general, que una persona enferme o no de neurosis. Que la forma de la enfermedad es determinada por el modo en que el individuo haya recorrido la trayectoria evolutiva de la función sexual o, como nosotros decimos, por las fijaciones que su libido haya experimentado en el curso de su evolución. Y que poseemos, en cierta técnica, no muy sencilla, de la influencia psíquica, un medio de explicar y curar, al mismo tiempo, varios grupos de neurosis. Nuestra labor terapéutica alcanza máxima eficacia en una cierta clase de neurosis nacida del conflicto entre los instintos del *yo* y los instintos sexuales. Sucede, efectivamente, en el hombre que las exigencias de los instintos sexuales, que van mucho más allá del individuo, son juzgadas por el *yo*. como un peligro que amenaza su conservación o su propia estimación. Entonces, el *yo* se sitúa a la defensiva, niega a los instintos sexuales la satisfacción deseada y los obliga a buscar, por largos rodeos, aquellas satisfacciones sustitutivas que se manifiestan como síntomas nerviosos.

La terapia psicoanalítica consigue, en tales casos, someter a revisión el proceso de represión y derivar el conflicto hacia un desenlace mejor, compatible con la salud. Algunos incomprensivos tachan de unilateral nuestra

valoración de los instintos sexuales, alegando que el hombre tiene intereses distintos de los del sexo. Ello es cosa que jamás hemos olvidado o negado.

Nuestra unilateralidad es como la del químico que refiere todas las combinaciones a la fuerza de la atracción química. No por ello niega la ley de gravedad; se limita a abandonar su estudio al físico.

En el curso de la labor terapéutica hemos de preocuparnos de la distribución de la libido en el enfermo; investigamos a qué representaciones de objeto está ligada su libido, y la libertamos para ponerla a disposición del *yo*. En este proceso hemos llegado a formarnos una idea muy singular de la distribución inicial, primitiva, de la libido en el hombre. Nos hemos visto forzados a admitir que al principio de la evolución individual, toda la libido (todas las aspiraciones eróticas y toda la capacidad de amar) está ligada a la propia persona o, como nosotros decimos, constituye una carga psíquica del *yo*. Sólo más tarde, en concomitancia con la satisfacción de las grandes necesidades vitales, fluye la libido desde el *yo* a los objetos exteriores, lo cual nos permite ya reconocer a los instintos libidinosos como tales y distinguirlos de los instintos del *yo*. La libido puede ser nuevamente desligada de estos objetos y retraída al *yo*.

Al estado en que el *yo* conserva en sí la libido le damos el nombre de «narcisismo» en recuerdo de la leyenda griega del adolescente Narciso, enamorado de su propia imagen.

Así pues, atribuimos al individuo un progreso desde el narcisismo al amor objetivado. Pero no creemos que la libido del *yo* pase nunca, en su totalidad, a los objetos. Cierto montante de libido permanece siempre ligado al *yo*, perdurando así, no obstante, un máximo desarrollo del amor objetivado, una cierta medida del narcisismo. El *yo* es un gran depósito, del que fluye la libido destinada a los objetos y al que afluye de nuevo desde los mismos. La libido del objeto fue primero libido del *yo* y puede volver a serlo. Para la buena salud del individuo es esencial que su libido no pierda esta movilidad. La cual nos representaremos más concretamente recordando las peculiaridades de los protozoos, cuya sustancia gelatinosa se prolonga en seudópodos, en ramificaciones a las que se extiende la sustancia somática; pero que pueden ser retraídos en todo momento, reconstituyendo con ello la forma del nódulo de protoplasma.

Con las indicaciones que preceden hemos intentado describir nuestra teoría de la libido, en la cual se basan todas nuestras tesis sobre la esencia de la neurosis y nuestro método terapéutico contra ellas. Y claro está que también en cuanto al estado normal consideramos válidas las hipótesis de la teoría de la libido. Hablamos del narcisismo del niño pequeño y atribuimos al intensísimo narcisismo del hombre primitivo su fe en la omnipotencia de sus pensamientos, que le lleva a querer influir sobre el curso de los sucesos exteriores por medio de la técnica de la magia.

Después de esta introducción indicaremos que el narcisismo general, el amor propio de la Humanidad, ha sufrido hasta ahora tres graves ofensas por parte de la investigación científica:

a) El hombre creía al principio, en la época inicial de su investigación, que la Tierra, su sede, se encontraba en reposo en el centro del Universo, en tanto que el Sol, la Luna y los planetas giraban circularmente en derredor de ella. Seguía así ingenuamente la impresión de sus percepciones sensoriales, pues no advertía ni advierte movimiento alguno de la Tierra, y dondequiera que su vista puede extenderse libremente, se encuentra siempre en el centro de un círculo, que encierra el mundo exterior. La situación central de la Tierra le era garantía de su función predominante en el Universo, y le parecía muy de acuerdo con su tendencia a sentirse dueño y señor del Mundo.

La destrucción de esta ilusión narcisista se enlaza, para nosotros, al nombre y a los trabajos de Nicolás Copérnico en el siglo XVI. Mucho antes que él, ya los pitagóricos habían puesto en duda la situación preferente de la Tierra, y Aristarco de Samos había afirmado, en el siglo ni a. de J. C., que la Tierra era mucho más pequeña que el Sol, y se movía en derredor del mismo. Así pues, también el gran descubrimiento de Copérnico había sido hecho antes de él. Pero cuando fue ya generalmente reconocido, el amor propio humano sufrió su primera ofensa: la ofensa cosmológica.

b) En el curso de su evolución cultural, el hombre se consideró como soberano de todos los seres que poblaban la Tierra. Y no contento con tal soberanía, comenzó a abrir un abismo entre él y ellos. Les negó la razón, y se atribuyó un alma inmortal y un origen divino, que le permitió romper todo lazo de comunidad con el mundo animal. Es singular que esta exaltación permanezca aún ajena al niño pequeño, como al primitivo y al hombre

primordial. Es el resultado de una presuntuosa evolución posterior. En el estadio del totemismo, el primitivo no encontraba depresivo hacer descender su estirpe de un antepasado animal. El mito, que integra los residuos de aquella antigua manera de pensar, hace adoptar a los dioses figura de animales, y el arte primitivo crea dioses con cabeza de animal. El niño no siente diferencia alguna entre su propio ser y el del animal; acepta sin asombro que los animales de las fábulas piensen y hablen, y desplaza un afecto de angustia, que le es inspirado por su padre, sobre un determinado animal —perro o caballo—, sin tender con ello a rebajar a aquél. Sólo más tarde llega a sentirse tan distinto de los animales, que le es ya dado servirse de sus nombres como de un calificativo insultante para otras personas.

Todos sabemos que las investigaciones de Darwin y las de sus precursores y colaboradores pusieron fin, hace poco más de medio siglo, a esta exaltación del hombre. El hombre no es nada distinto del animal ni algo mejor que él; procede de la escala zoológica y está próximamente emparentado a unas especies, y más lejanamente, a otras. Sus adquisiciones posteriores no han logrado borrar los testimonios de su equiparación, dados tanto en su constitución física como en sus disposiciones anímicas. Ésta es la segunda ofensa —la ofensa biológica— inferida al narcisismo humano.

c) Pero la ofensa más sensible es la tercera, de naturaleza psicológica.

El hombre, aunque exteriormente humillado, se siente soberano en su propia alma. En algún lugar del nódulo de su *yo* se ha creado un órgano inspector, que vigila sus impulsos y sus actos, inhibiéndolos y retrayéndolos implacablemente cuando no coinciden con sus aspiraciones. Su percepción interna, su conciencia, da cuenta al *yo* en todos los sucesos de importancia que se desarrollan en el mecanismo anímico, y la voluntad dirigida por estas informaciones ejecuta lo que el *yo* ordena y modifica aquello que quisiera cumplirse independientemente. Pues esta alma no es algo simple, sino más bien una jerarquía de instancias, una confusión de impulsos, que tienden, independientemente unos de otros, a su cumplimiento correlativamente a la multiplicidad de los instintos y de las relaciones con el mundo exterior. Para la función es preciso que la instancia superior reciba noticia de cuanto se prepara, y que su voluntad pueda llegar a todas partes y ejercer por doquiera su influjo. Pero el *yo* se siente seguro, tanto de la amplitud y de la fidelidad

de las noticias como de la transmisión de sus mandatos.

En ciertas enfermedades, y desde luego en las neurosis por nosotros estudiadas, sucede otra cosa. El *yo* se siente a disgusto, pues tropieza con limitaciones de su poder dentro de su propia casa, dentro del alma misma. Surgen de pronto pensamientos, de los que no se sabe de dónde vienen, sin que tampoco sea posible rechazarlos. Tales huéspedes indeseables parecen incluso ser más poderosos que los sometidos al *yo*; resisten a todos los medios coercitivos de la voluntad, y permanecen impertérritos ante la contradicción lógica y ante el testimonio, contrario a la realidad. O surgen impulsos, que son como los de un extraño, de suerte que el *yo* los niega, pero no obstante ha de temerlos y tomar medidas precautorias contra ellos. El *yo* se dice que aquello es una enfermedad, una invasión extranjera, e intensifica su vigilancia; pero no puede comprender por qué se siente tan singularmente paralizado.

La Psiquiatría niega, desde luego, en estos casos que se hayan introducido en la vida anímica extraños espíritus perversos; pero, aparte de ello, no hace más que encogerse de hombros y hablar de degeneración, disposición hereditaria e inferioridad constitucional. El psicoanálisis procura esclarecer estos inquietantes casos patológicos, emprende largas y minuciosas investigaciones y puede, por fin, decir al *yo*: «No se ha introducido en ti nada extraño; una parte de tu propia vida anímica se ha sustraído a tu conocimiento y a la soberanía de tu voluntad. Por eso es tan débil tu defensa; combates con una parte de su fuerza contra la otra parte, y no puedes reunir, como lo harías contra un enemigo exterior, toda tu energía. Y ni siquiera es la parte peor, o la menos importante, de tus fuerzas anímicas la que así se te ha puesto enfrente y se ha hecho independiente de ti. Pero es toda la culpa tuya. Has sobreestimado tus fuerzas, creyendo que podías hacer lo que quisieras con tus instintos sexuales, sin tener para nada en cuenta sus propias tendencias. Los instintos sexuales se han rebelado entonces y han seguido sus propios oscuros caminos para sustraerse al sometimiento, y se han salido con la suya de un modo que no puede serte grato. De cómo lo han logrado y qué caminos han seguido, no has tenido tú la menor noticia; sólo el resultado de tal proceso, el síntoma, que tú sientes como un signo de enfermedad, ha llegado a tu conocimiento. Pero no lo reconoces como una derivación de tus propios

instintos rechazados ni sabes que es una satisfacción sustitutiva de los mismos».

Ahora bien: todo este proceso sólo se hace posible por el hecho de que también en otro punto importantísimo estás en error. Confías en que todo lo que sucede en tu alma llega a tu conocimiento, por cuanto la conciencia se encarga de anunciártelo. Y cuando no has tenido noticia ninguna de algo, crees que no puede existir en tu alma. Llegas incluso a identificar lo «anímico» con lo «consciente»; esto es, con lo que te es conocido, a pesar de la evidencia de que a tu vida psíquica tiene que suceder de continuo mucho más de lo que llega a ser conocido a tu conciencia. Déjate instruir sobre este punto. Lo anímico en ti no coincide con lo que te es consciente; una cosa es que algo sucede en tu alma, y otra que tú llegues a tener conocimiento de ello. Concedemos, sí, que, por lo general, el servicio de información de tu conciencia es suficiente para tus necesidades. Pero no debes acariciar la ilusión de que obtienes noticia de todo lo importante. En algunos casos (por ejemplo, en el de un tal conflicto de los instintos), el servicio de información falla, y tu voluntad no alcanza entonces más allá de tu conocimiento. Pero, además, en todos los casos, las noticias de tu conciencia son incompletas, y muchas veces nada fidedignas, sucediendo también con frecuencia que sólo llegas a tener noticia de los acontecimientos cuando los mismos se han cumplido ya, y en nada puedes modificarlos. ¿Quién puede estimar, aun no estando tú enfermo, todo lo que sucede en tu alma sin que tú recibas noticia de ello o sólo noticias incompletas y falsas? Te conduces como un rey absoluto, que se contenta con la información que le procuran sus altos dignatarios y no desciende jamás hasta el pueblo para oír su voz. Adéntrate en ti, desciende a tus estratos más profundos y aprende a conocerte a ti mismo; sólo entonces podrás llegar a comprender por qué puedes enfermar y, acaso, también a evitar la enfermedad.

Así quiso el psicoanálisis aleccionar al *yo*. Pero sus dos tesis, la de que la vida instintiva de la sexualidad no puede ser totalmente domada en nosotros y la de que los procesos anímicos son en sí inconscientes, y sólo mediante una percepción incompleta y poco fidedigna llegan a ser accesibles al y sometidos por él, equivalen a la afirmación de que el *yo* no es dueño y señor en su propia casa. Y representan el tercer agravio inferido a nuestro amor propio;

un agravio psicológico. No es, por tanto, de extrañar que el *yo* no acoja favorablemente las tesis psicoanalíticas y se niegue tenazmente a darles crédito.

Sólo una minoría entre los hombres se ha dado clara cuenta de la importancia decisiva que supone para la ciencia y para la vida la hipótesis de la existencia de procesos psíquicos inconscientes. Pero nos apresuraremos a añadir que no ha sido el psicoanálisis el primero en dar este paso. Podemos citar como precursores a renombrados filósofos, ante todo, a Schopenhauer, el gran pensador, cuya «voluntad» inconsciente puede equipararse a los instintos anímicos del psicoanálisis, y que atrajo la atención de los hombres con frases de inolvidable penetración sobre la importancia, desconocida aún, de sus impulsos sexuales. Lo que el psicoanálisis ha hecho ha sido no limitarse a afirmar abstractamente las dos tesis, tan ingratas al narcisismo, de la importancia psíquica de la sexualidad y la inconsciencia de la vida anímica, sino que las ha demostrado con su aplicación a un material que a todos nos atañe personalmente y nos fuerza a adoptar una actitud ante estos problemas. Pero precisamente por ello ha atraído sobre sí la repulsa y las resistencias que aluden aún respetuosamente al gran nombre del filósofo.

CII

UN RECUERDO INFANTIL DE GOETHE EN «POESÍA Y VERDAD[1879]»

1917

«CUANDO intentamos recordar lo que en nuestra primera infancia nos sucedió nos exponemos muchas veces a confundir lo que otras personas nos han dicho con lo que debemos realmente a nuestra experiencia y a nuestras observaciones personales». Goethe hace esta consideración en una de las primeras páginas de su biografía, cuya redacción comenzó a los sesenta años. A la frase copiada preceden tan sólo algunas noticias sobre su nacimiento, acaecido «el 28 de agosto de 1749, a mediodía, en el momento mismo en que el reloj daba las doce». La constelación de los astros le era favorable y fue quizá la causa de su conservación, pues vino al mundo «como muerto», y sólo con gran trabajo se consiguió que viera la luz. A estas observaciones sigue una breve descripción de la casa y de la habitación en que los niños —su hermana y él— gustaban más de estar. Pero luego sólo relata Goethe, realmente, un único suceso que puede ser situado en su «primera infancia» (¿antes de los cuatro años?), del cual parece haber conservado un recuerdo personal.

He aquí un relato del mismo: «También los niños hacían conocimiento con los vecinos mediante estas galerías, y los tres hermanos Ochsenstein, hijos del difunto alcalde, que vivían enfrente, me tomaron mucho cariño y se ocupaban de mí y me embromaban de diversos modos. Mis padres contaban

toda clase de travesuras mías, que aquellos señores, por lo demás gente retraída y seria, me habían excitado a cometer. Contaré tan sólo una de ellas. Había habido mercado de cacharros, y no sólo se había provisto la cocina de estos utensilios para algún tiempo, sino que nos habían comprado a los niños, como juguetes, otros cacharros semejantes en miniatura. Una hermosa tarde en que la casa estaba silenciosa y tranquila jugaba yo en la galería con mis platos y mis pucheros, y no sabiendo ya qué hacer con ellos, tiré uno a la calle, divirtiéndome mucho verlo estrellarse ruidosamente contra el suelo. Los Ochsenstein, que observaron lo mucho que aquello me regocijaba hasta el punto de hacerme palmotear alegremente, me gritaron: '¡Más!' Sin vacilar tiré en el acto un puchero, y como no dejaron de gritar: '¡Más!', todos los platitos, las cazuelitas y los pucheritos fueron a estrellarse contra el suelo. Mis vecinos continuaron testimoniándome su aprobación, y yo me sentía extremadamente gozoso de procurarles aquel placer. Pero mi provisión se agotó, y ellos siguieron gritando: '¡Más!' Entonces corrí a la cocina y traje unos platos de loza, que ofrecieron, al romperse, un espectáculo más divertido aún; de este modo, yendo y viniendo, traje los platos, uno tras otro, según podía alcanzarlos sucesivamente del vasar, y como aquellos señores no se daban nunca por satisfechos, precipité en igual ruina toda la vajilla que pude ir cogiendo. Por fin llegó alguien, pero demasiado tarde para detener y prohibirme aquel juego. El mal estaba hecho, y a costa de tantos cacharros rotos se tuvo, por lo menos, una historia divertida, que fue, sobre todo para los maliciosos instigadores, y hasta el fin de su vida, un gozoso recuerdo».

Pasajes como éste podían leerse en los tiempos preanalíticos sin sentirse uno impulsado a reflexionar sobre ellos. Pero luego ha despertado la conciencia analítica, y nos hemos formado sobre los recuerdos procedentes de la primera infancia determinadas opiniones, a las que gustamos de atribuir una validez general. No es indiferente ni insignificante qué detalle de la vida infantil se haya sustraído al olvido general de la infancia. Más bien hemos de sospechar que lo que se ha conservado en la memoria es también lo más importante de aquel estadio de la vida, bien porque ya en su tiempo entrañara tal importancia, bien porque la haya adquirido después, bajo la influencia de sucesos posteriores.

De todos modos, el alto valor de tales recuerdos infantiles sólo en muy

raros casos resultaba evidente. Por lo general, parecían indiferentes o incluso insignificantes, y en un principio se hacía incomprensible que precisamente ellos hubieran conseguido desafiar la acción de la amnesia. Al mismo sujeto que los había conservado como patrimonio mnémico, a través de largos años, le era tan imposible valorarles acertadamente como al extraño a quien se los contaba. Para reconocer su importancia fue precisa una cierta labor de interpretación que demostró cómo su contenido debía ser sustituido por otro o descubrió su relación con otros sucesos, innegablemente importantes, en lugar de los cuales habían emergido en calidad de recuerdos encubridores.

En toda elaboración psicoanalítica de una biografía se consigue aclarar de este modo la significación de los primeros recuerdos infantiles. E incluso resulta, por lo regular, que precisamente aquel recuerdo que el analizado sitúa en primer término, el que primero relata, demuestra luego ser el más importante, aquel que encierra en sí la llave de los compartimientos secretos de su vida anímica. Pero en el caso del pequeño suceso infantil relatado en *Poesía y verdad* nuestras esperanzas hallan escaso apoyo. Los medios y los caminos que en el análisis de nuestros pacientes nos conducen a la interpretación nos son, en este otro, inaccesibles, y el suceso en sí no parece ser susceptible de una relación evidenciable con impresiones importantes de una época ulterior. Una travesura, con daño del menaje casero, realizada bajo la influencia de otros, no es, desde luego, una viñeta adecuada a todo lo que Goethe puede relatarnos de su vida, tan rica en acontecimientos. No parece posible negar a este recuerdo infantil la mayor inocencia y la más absoluta falta de relación con sucesos posteriores y sería acaso aventurado extender a él las tesis psicoanalíticas.

Habíamos, pues, desviado nuestro pensamiento de este pequeño problema cuando el azar trajo a nosotros un paciente en el que un recuerdo infantil análogo mostraba transparentes relaciones. Tratábase de un hombre de veintisiete años, muy culto y muy inteligente, cuyo presente estaba acaparado por un conflicto con su madre, el cual extendía su acción a casi todos los intereses de la vida, y bajo cuyos efectos había sufrido gravemente el desarrollo de su capacidad de amor y de conducirse independientemente. Este conflicto alcanzaba regresivamente hasta su infancia; puede decirse que hasta sus cuatro años. El sujeto había sido un niño muy débil, enfermizo siempre,

y, sin embargo, sus recuerdos habían transfigurado aquella mala época en un paraíso, pues durante ella había poseído el cariño ilimitado e incompartido de su madre. No había cumplido aún los cuatro años cuando le nació un hermano, que aún vive. Por reacción a este suceso perturbador se transformó en un niño obstinado e indómito, que provocaba constantemente la severidad de la madre. Y luego entonces no volvió ya al buen camino.

Cuando acudió a mi consulta —impulsado principalmente por el hecho de que su madre, exageradamente religiosa, abominaba del psicoanálisis—, los celos que su hermano hubo de inspirarle y que le habían llevado hasta atentar contra él cuando todavía era un niño de pecho estaban ha largo tiempo olvidados. Ahora le trataba con grandes consideraciones; pero ciertos extraños actos casuales con los que había causado graves daños a animales que le eran queridos, tales como su perro de caza o pájaros a los que cuidaba con esmero, debían interpretarse como ecos de aquellos impulsos hostiles contra su hermano.

Este paciente nos relató que en la época misma de su atentado contra el niño que despertaba sus odios había arrojado por la ventana de una casa de campo todas las piezas de vasija que había hallado a su alcance. Tratábase, pues, de una escena idéntica a la que Goethe narra en *Poesía* r *verdad*. Haremos constar que nuestro paciente no era de nacionalidad alemana ni había leído la biografía de Goethe.

Esta comunicación señalaba la posibilidad de interpretar el recuerdo infantil de Goethe en el sentido que la historia de mi paciente imponía. Pero ¿se daban acaso en la infancia del poeta las condiciones necesarias para una tal interpretación? Desde luego, Goethe hace responsables de su travesura infantil a los señores de Ochsenstein. Pero su mismo relato indica que tales señores no hicieron más que animarle a continuar su manejo. La iniciación del mismo fue espontánea, y la motivación que alega —«y no sabiendo ya qué hacer con ellos» (con los cacharros de juguete)— puede considerarse como una confesión de que en la época en que redactaba sus Memorias no le era conocido motivo alguno eficiente de aquel acto.

Sabido es que Juan Wolfgang Goethe y su hermana Cornelia fueron los únicos supervivientes de toda una serie de hermanos. El doctor Hans Sachs ha tenido la amabilidad de procurarme los datos relativos a estos hermanos de

Goethe, muertos en edad temprana.

Hermanos de Goethe:

a) Hermann Jakob, bautizado el lunes 27 de noviembre de 1752; alcanzó una edad de seis años y seis semanas, y fue enterrado el 18 de enero de 1759.

b) Catharina Elisabeth, bautizada el lunes 9 de septiembre de 1754; enterrada el jueves 22 de diciembre de 1755 (un año y cuatro meses).

c) Johanna María, bautizada el martes 29 de enero de 1757, y enterrada el 1 de agosto de 1759 (dos años y cuatro meses). (Ésta es la niña cuya belleza y agrado ensalza Goethe en sus Memorias.)

d) Georg Adolph, bautizado el domingo 15 de junio de 1760; enterrado el miércoles 18 de febrero de 1761 (ocho meses).

La hermana inmediatamente menor de Goethe, Cornelia Friederica Christiana, había nacido el día 7 de diciembre de 1750, cuando Goethe tenía tan sólo quince meses. Tan pequeña diferencia de edad la excluye como objeto posible de celos. Sabido es que los niños, cuando en ellos despiertan ya las pasiones, no desarrollan nunca reacciones intensas contra los hermanos que ya encuentran a su lado, sino que orientan su hostilidad contra los que luego nacen. Además la escena cuya interpretación nos ocupa es incompatible con la tierna edad de Goethe al tiempo del nacimiento de Cornelia o poco después.

Cuando nació su primer hermano, Hermann Jakob, Goethe tenía tres años y tres meses. Aproximadamente dos años después, cuando tenía ya unos cinco años, nació su segunda hermana. Ambas edades pueden ser tenidas en cuenta para datar la escena de los cacharros; quizá merezca la primera la preferencia, y también armonizaría mejor con el caso de mi paciente, que al nacer su hermano tenía unos tres años y nueve meses.

El hermano Hermann Jakob, hacia el cual queda orientada así nuestra tentativa de interpretación, no fue, además, en la *nursery* de los Goethe un huésped tan pasajero como los hermanos ulteriores. Y es de extrañar que su ilustre hermano no tenga para él en su biografía ni una sola palabra de recuerdo[1880]. Pasó a los seis años, y cuando murió, Goethe tenía ya cerca de diez. El doctor Ed. Hitschmann, que ha tenido la bondad de poner a mi disposición sus notas sobre la materia, opina lo siguiente:

También el pequeño Goethe vio sin gran pena la muerte de un hermano

suyo. Por lo menos, su madre, según nos transmite Bettina Brentano, contaba lo que sigue: «Pareció extraño que a la muerte de su hermanito menor, Hermann Jakob, que era su compañero de juegos, no derramara ni una lágrima; más bien parecía molesto por las lamentaciones de sus padres y de sus hermanos, y cuando se le preguntó si es que no había querido a su hermano, corrió a su cuarto, sacó de debajo de la cama multitud de papeles en los que tenía escritos deberes escolares y pequeñas cuentas y dijo que había hecho todo aquello para enseñar a su hermano». Así, pues, al hermano mayor le había gustado jugar a ser el padre del menor y mostrarle su superioridad.

Podríamos, pues, formarnos la opinión de que el hecho de arrojar los cacharros por la ventana es un acto simbólico o, mejor dicho, mágico, mediante el cual el niño (Goethe, así como mi paciente) manifiesta vigorosamente su deseo de suprimir al intruso perturbador. No tenemos por qué negar el placer del infantil sujeto ante la estrepitosa rotura de los cacharros; cuando un acto es ya de por si placentero, el sujeto se siente impulsado a repetirlo al servicio de otras intenciones. Pero no creemos que fuera el placer producido por el ruidoso estropicio el que pudiera asegurar a tales travesuras infantiles un lugar duradero en la memoria del adulto. La motivación de un tal acto es más complicada. El niño que rompe unos cacharros sabe muy bien que hace algo malo, por lo cual le regañarán los mayores, y si este conocimiento no basta para retenerle, es que aspira a satisfacer un resentimiento contra sus padres; quiere mostrarse malo.

Para satisfacer el placer de romper sería suficiente que el niño arrojara al suelo los objetos frágiles. El hecho de precipitarlos fuera de casa, por la ventana, no tendría entonces explicación. Pero tal «fuera de casa» parece constituir parte importantísima del acto mágico y provenir del sentido oculto del mismo. El nuevo niño ha de ser arrojado fuera de casa y, a ser posible, por la ventana, que es por donde ha venido. Todo el acto sería entonces equivalente a aquella reacción verbal de un niño al serle comunicado que la cigüeña le había traído un hermanito: «Pues que se lo vuelva a llevar».

Sin embargo, no se nos oculta cuán aventurado es —aparte ya de todas las inseguridades internas— fundar la interpretación de un acto infantil en una única analogía. Por esta razón hemos retenido durante muchos años, sin publicarla, esta interpretación de la pequeña escena de *Poesía y verdad*. Pero

un buen día acudió a mi consulta un paciente, que inició su análisis con las siguientes

frases:

«Soy el mayor de ocho o nueve hermanos[1881]. Uno de mis primeros recuerdos es el de una noche en que mi padre, sentado en su cama, me contó, sonriendo, que me habían traído un hermanito. Yo tenía por entonces tres años y nueve meses: tan grande es la diferencia de edad que me separa de mi hermano inmediatamente menor. Luego sé que poco tiempo después (¿o quizá fuera un año antes?)[1882] arrojé una vez a la calle, por la ventana, diversos objetos, cepillos (¿o fue sólo un cepillo?), botas y otras cosas. Tengo todavía un recuerdo más temprano. Cuando tenía dos años pernocté con mis padres en un hotel de Linz, en el curso de un viaje a Salzkammergut. Pasé la noche tan inquieto y grité tanto, que mi padre tuvo que pegarme».

Esta declaración desvaneció todas mis dudas. Cuando el sujeto analizado comunica dos cosas en sucesión inmediata, como en un solo aliento, esta proximidad puede interpretarse como una conexión. Fue, pues, como si el paciente hubiera dicho: «Porque supe que me habían traído un hermanito arrojé poco tiempo después, a la calle, tales y cuales objetos». El hecho de arrojar los cepillos, las botas, etc., se da como reacción al nacimiento del hermano. No es tampoco adversa la circunstancia de que, en este caso, los objetos arrojados no fueran cacharros, sino otros distintos, probablemente los que el niño encontró más a mano. El hecho de «echar fuera» (por la ventana a la calle) demuestra así ser lo esencial del acto, y el placer de romper y la clase de los objetos en los que «la ejecución se lleva a cabo» aparecen como elementos inconstantes y secundarios.

Naturalmente, la interpretación de la proximidad como conexión se extiende también al tercer recuerdo infantil de nuestro paciente, el cual recuerdo, no obstante ser el más temprano, aparece evocado en el último lugar. Comprenderemos que el niño de dos años se mostró tan inquieto porque no podía sufrir que su padre y su madre estuvieran acostados en la misma cama. En el curso de un viaje no había, quizá, medio hábil de evitar que el niño fuera testigo de tal comunidad. De los sentimientos que en aquella ocasión nacieron en el pequeño celoso le quedó cierta irritación contra la mujer, irritación que tuvo por consecuencia una duradera

perturbación de su evolución erótica.

Cuando después de estas dos experiencias expresé a otros analíticos mi esperanza de que los acontecimientos de este orden no fueran nada raros en la vida infantil, la doctora Hug-Hellmuth puso a mi disposición dos observaciones más, que reproduzco seguidamente:

I

Poco antes de los tres años y medio, el pequeño Erich adquirió «súbitamente» la costumbre de tirar por la ventana todo lo que le agradaba. Pero lo hacía también con objetos que no tenía inmediatamente a mano ni debían importarle lo más mínimo. Precisamente el día del cumpleaños de su padre —cuando el pequeño tenía tres años y cuatro meses y medio— tiró a la calle, por una ventana de la vivienda, situada en el tercer piso, un pesado rodillo de madera que cogió en la cocina y se llevó a su cuarto. Días después siguieron igual camino la mano del mortero y un par de pesadas botas de campo de su padre, que tuvo que sacar de un cajón[1883].

Por entonces, la madre, que se hallaba en el séptimo o el octavo mes de embarazo, tuvo un aborto, después del cual el niño pareció «cambiado, mostrándose de nuevo bueno y cariñoso». En el quinto o el sexto mes había dicho repetidamente a su madre: «Mamá, me voy a subir en tu barriga», o «Mamá, te voy a hundir la barriga». Y poco antes del aborto, en octubre: «Si tengo que tener un hermanito, que sea por lo menos después del Niño Jesús».

II

Una joven casada, de diecinueve años, relata espontáneamente como su más temprano recuerdo infantil el siguiente:

«Me veo sentada debajo de la mesa del comedor. Encima de la mesa está mi tazón de café —veo aún claramente los dibujos de porcelana—, el cual me disponía yo a arrojar por la ventana en el momento en que mi abuela entró en

la habitación.

Aquella mañana no se había ocupado nadie de mí, y en la superficie de mi café con leche se había formado una capa de nata, cosa que me daba, y me da aún, mucho asco.

Aquel mismo día nació mi hermano, dos años y medio menor que yo. Por eso nadie me hacía caso.

Me han contado que aquel día estuve insoportable; en el almuerzo tiré de la mesa el vaso favorito de mi padre; luego ensucié repetidamente mis vestidos, y desde por la mañana hasta por la noche hice gala de un malísimo humor. También una muñeca que tenía fue objeto de mis iras, quedando destrozada».

Estos dos casos no precisan apenas de comentario alguno. Confirman, sin mayor esfuerzo analítico, que la irritación del niño ante la aparición, esperada o acaecida, de un competidor se manifiesta en el acto de arrojar objetos por la ventana, así como en otros actos de «maldad» o de manía destructora. En la primera observación, los «objetos pesados» simbolizan probablemente a la madre misma, contra la cual se dirige la cólera del niño, en tanto llega el nuevo hermanito. El niño de tres años y medio se da cuenta del embarazo de la madre y no duda de que hospeda en el seno al hermanito. Recordemos el caso de Juanito[1884] y su miedo especial a los vehículos pesadamente cargados[1885]. En la segunda observación es singular la temprana edad de la niña: dos años y medio.

Si ahora retornamos al recuerdo infantil de Goethe y situamos en el lugar correspondiente de *Poesía y verdad* aquello que hemos creído adivinar por medio de la observación de otros sujetos infantiles, obtendremos una interpretación irreprochable que de otro modo no habríamos descubierto. Hela aquí: «He sido un hombre de suerte; el Destino me conservó la vida, aunque vine al mundo como muerto. En cambio, suprimió a mis hermanos para que no tuviera yo que compartir con ellos el cariño de mi madre». Y luego continúa el proceso mental pasando al recuerdo de otra persona muerta en aquella temprana época: la abuela, que vivía como un espíritu silencioso y benigno en otra habitación de la casa.

Ahora bien: ya hemos dicho en otro lugar que cuando alguien ha sido el

favorito indiscutible de su madre, conserva a través de toda la vida aquella seguridad conquistadora, aquella confianza en el éxito que muchas veces basta eliminar para lograrlo. Y así, Goethe hubiera podido encabezar su biografía con una observación como ésta: «Toda mi fuerza tiene su raíz en mi relación con mi madre».

CIII

EL TABÚ DE LA VIRGINIDAD[1886]

1917 [1918]

ENTRE las peculiaridades de la vida sexual de los pueblos primitivos no hay ninguna tan ajena a nuestros sentimientos como su valoración de la virginidad. Para nosotros, el hecho de que el hombre conceda un supremo valor a la integridad sexual de su pretendida es algo tan natural e indiscutible que, al intentar aducir las razones en que fundamos tal juicio, pasamos por un momento de perplejidad. Pero no tardamos en advertir que la demanda de que la mujer no lleve al matrimonio el recuerdo del comercio sexual con otro hombre no es sino una ampliación consecuente del derecho exclusivo de propiedad que constituye la esencia de la monogamia, una extensión de este monopolio al pretérito de la mujer.

Sentado esto, no nos es ya difícil justificar lo que antes hubo de parecemos un prejuicio nacido de nuestras opiniones sobre la vida erótica femenina. El hombre que ha sido el primero en satisfacer los deseos amorosos de la mujer, trabajosamente refrenados durante largos años, y habiendo tenido que vencer previamente las resistencias creadas en ella por la educación y el medio ambiente, es el que ella conduce a una asociación duradera, cuya posibilidad excluye para los demás. Sobre este hecho como base, se establece para la mujer una servidumbre que garantiza su posesión ininterrumpida y le otorga capacidad de resistencia contra nuevas impresiones y tentaciones.

La expresión «servidumbre sexual» fue elegida en 1892 por Krafft-Ebing[1887] para designar el hecho de que una persona puede llegar a depender en un grado extraordinario de otra con la que mantiene relaciones sexuales. Esta servidumbre puede alcanzar algunas veces caracteres extremos, llegando a la pérdida de toda voluntad propia y al sacrificio de los mayores intereses personales. Ahora bien: el autor no olvida advertir que cierta medida de tal servidumbre «es absolutamente necesaria si el lazo ha de lograr alguna duración». Esta cierta medida de servidumbre sexual es, en efecto, indispensable como garantía del matrimonio, y tal y como éste se entiende en los países civilizados, y para su defensa contra las tendencias polígamas que lo amenazan. Entendiéndolo así, nuestra sociedad civilizada ha reconocido siempre este importante factor.

Krafft-Ebing hace nacer la servidumbre sexual del encuentro de un «grado extraordinario de enamoramiento y debilidad de carácter», por un lado, con un ilimitado egoísmo, por otro. Pero la experiencia analítica no nos permite satisfacernos con esta sencilla tentativa de explicación. Puede comprobarse más bien que el factor decisivo es la magnitud de la resistencia sexual vencida, y secundariamente la concentración y la unicidad del proceso que culminó en tal victoria. La servidumbre es así más frecuente e intensa en la mujer que en el hombre, si bien este último parece actualmente mucho más propenso a ella que en la antigüedad. En aquellos casos en los que hemos podido estudiar la servidumbre en sujetos masculinos hemos comprobado que constituía la consecuencia de unas relaciones eróticas en las que una mujer determinada había logrado vencer la impotencia psíquica del sujeto, el cual permaneció ligado a ella desde aquel momento. Muchos matrimonios singulares y algunos trágicos destinos —a veces dé muy amplias consecuencias— parecen explicarse por este origen de la fijación erótica a una mujer determinada.

Volviendo a la mencionada conducta de los pueblos primitivos, habremos de hacer constar que sería inexacto describirla diciendo que no dan valor alguno a la virginidad y aduciendo como prueba su costumbre de hacer desflorar a las adolescentes fuera del matrimonio y antes del primer coito conyugal. Muy al contrario, parece que también para ellos constituye el desfloramiento un acto importantísimo, pero que ha llegado a ser objeto de un

tabú; esto es, de una prohibición de carácter religioso. En lugar de reservarlo al prometido y futuro marido de la adolescente, la costumbre exige que el mismo *eluda tal función*[1888].

No está en mi ánimo reunir todos los testimonios literarios de la existencia de esta prohibición moral, ni perseguir su difusión geográfica y enumerar todas las formas en que se manifiesta. Me limitaré, pues, a hacer constar que esta perforación del himen fuera del matrimonio ulterior es algo muy difundido entre los pueblos primitivos hoy en día existentes. Crawley dice a este respecto[1889]: *This marriage ceremony consists in perforation of the hymen by some appointed person other than the husband; it is most common in the lowest stages of culture, especially in Australia*.

Ahora bien: si el desfloramiento no ha de ser realizado en el primer coito conyugal, habrá de tener efecto por alguien y en alguna forma antes del mismo. Citaremos algunos pasajes de la obra de Crawley que nos ilustran sobre esta cuestión, dándonos, además, margen para algunas observaciones críticas.

Página 191: «Entre los dieri y algunas tribus vecinas (Australia) es costumbre general proceder a la rotura del himen al llegar las jóvenes a la pubertad. En las tribus de Portland y Glenelg se encomienda esta función a una anciana, acudiéndose también, a veces, en demanda de tal servicio a los hombres blancos».

Página 307: «La rotura artificial del himen es verificada algunas veces en la infancia, pero más generalmente en la pubertad… Con frecuencia aparece combinada —como en Australia— con un coito ceremonial».

Página 348 (con referencia a ciertas tribus australianas en las que se observan determinadas limitaciones exógamas del matrimonio): «El himen es perforado artificialmente, y los hombres que han asistido a la operación realizan después el coito (de carácter ceremonial) con la joven, conforme a un orden de sucesión preestablecido… El acto se divide, pues, en dos partes: perforación y coito».

Página 349: «Entre los masais (África ecuatorial), la práctica de esta operación es uno de los preparativos más importantes del matrimonio. Entre los sacais (malayos), los batas (Sumatra) y los alfoes (islas Célebes), la desfloración es llevada a cabo por el padre de la novia. En las islas Filipinas

existían hombres que tenían por oficio desflorar a las novias cuando éstas no lo habían sido ya, en su infancia, por una anciana encargada de tal función. En algunas tribus esquimales se abandona la desfloración de la novia al *angekok* o sacerdote».

Las observaciones críticas antes enunciadas se refieren a dos puntos determinados. Es de lamentar, en primer lugar, que en los datos transcritos no se distinga más precisamente entre la mera destrucción del himen sin coito y el coito realizado con tal fin. Sólo en un lugar se nos dice explícitamente que el acto se divide en dos partes: el desfloramiento (manual o instrumental) y el acto sexual inmediato. El rico material aportado por Bartels-Ploss nos es de escasa utilidad para nuestros fines, por atenerse casi exclusivamente al resultado anatómico del desfloramiento, desatendiendo su importancia psicológica. En segundo lugar, quisiéramos que se nos explicara en qué se diferencia el coito «ceremonial» (puramente formal, solemne, oficial), realizado en estas ocasiones, del coito propiamente dicho. Mas los autores que he podido consultar han sido quizá demasiado pudorosos para entrar en más explicaciones o no han visto tampoco la importancia psicológica de tales detalles sexuales. Es de esperar que los relatos originales de los exploradores y misioneros sean más explícitos e inequívocos; pero no siéndome de momento accesible esta literatura, extranjera en su mayor parte, no puedo asegurar nada sobre este punto. Además, las dudas a él referentes pueden desvanecerse con la reflexión de que un coito aparente ceremonial no sería sino la sustitución del coito completo llevado a cabo en épocas pretéritas[1890].

Para la explicación de este tabú de la virginidad podemos acogernos a diversos factores que expondremos rápidamente. El desfloramiento de las jóvenes provoca por lo general efusión de sangre. Una primera tentativa de explicación puede, pues, basarse en el horror de los primitivos a la sangre, considerada por ellos como esencia de la vida. Este tabú de la sangre aparece probado por múltiples preceptos ajenos a la sexualidad. Se enlaza evidentemente a la prohibición de matar y constituye una defensa contra la sed de sangre de los hombres primitivos y sus instintos homicidas. Esta interpretación enlaza el tabú de la virginidad al tabú de la menstruación, observado casi sin excepciones. Para el primitivo, el enigmático fenómeno

del sangriento flujo mensual se une inevitablemente a representaciones sádicas. Interpreta la menstruación —sobre todo la primera— como la mordedura de un espíritu animal y quizá como signo del comercio sexual con él. Algunos relatos permiten reconocer en este espíritu el de un antepasado, llevándonos a deducir, con ayuda de otros hechos[1891], que las adolescentes son consideradas durante el período como propiedad de dicho antepasado, recayendo así sobre ellas en tales días un riguroso tabú.

Mas, por otra parte, nos parece aventurado conceder demasiada influencia a este horror de los primitivos a la efusión de sangre, pues en definitiva no ha logrado desterrar otros usos practicados por los mismos pueblos —la circuncisión masculina y la femenina, mucho más cruenta (escisión de clítoris y de los pequeños labios)—, ni anular la validez de un ceremonial en el que también se derrama sangre. No sería, pues, de extrañar que el horror a la efusión de sangre hubiese sido también superado con relación al primer coito en favor del marido.

Otra segunda explicación, ajena también a lo sexual, presenta una mayor generalidad y consiste en afirmar que el primitivo es víctima de una constante disposición a la angustia, idéntica a la que nuestras teorías psicoanalíticas atribuyen a los neuróticos. Esta disposición a la angustia alcanzará máxima intensidad en todas aquellas ocasiones que se aparten de lo normal, trayendo consigo algo nuevo, inesperado, incomprensible e inquietante. De aquí proceden también aquellos ceremoniales incorporados a religiones muy ulteriores y enlazados a la iniciación de todo asunto nuevo, al comienzo de cada periodo de tiempo y a las primicias del hombre, el animal o el vegetal. Los peligros de que el sujeto angustiado se cree amenazado alcanzan en su ánimo temeroso su más alto grado al principio de la situación peligrosa, siendo entonces cuando debe buscar una defensa contra ellos. La significación del primer coito conyugal justifica plenamente la adopción previa de medidas de defensa. Las dos tentativas de explicación que preceden —la del horror a la efusión de sangre y la de la angustia ante todo acto primero— no se contradicen. Por el contrario, se prestan mucho esfuerzo. El primer acto sexual es ciertamente un acto inquietante, tanto más cuanto que provoca efusión de sangre.

Una tercera explicación —la preferida por Crawley— advierte que el tabú

de la virginidad pertenece a un amplio conjuro que abarca toda la vida sexual. El tabú no recae tan sólo sobre el primer coito, sino sobre el comercio sexual en general. Casi podría decirse que la mujer es tabú en su totalidad. No lo es únicamente en las situaciones derivadas de su vida sexual: la menstruación, el embarazo, el parto y el puerperio. También fuera de ellas pesan sobre el comercio con la mujer tantas y tan severas restricciones que no es posible sostener ya la pretendida libertad sexual de los salvajes. Es indiscutible que en ciertas ocasiones la sexualidad de los primitivos se sobrepone a toda coerción; pero ordinariamente se nos muestra restringida por diversas prohibiciones y preceptos, más estrechamente aún que en las civilizaciones superiores. En cuanto el hombre inicia alguna empresa especial, una partida de caza, una expedición guerrera o un viaje, debe mantenerse alejado de la mujer. La infracción de este precepto paralizaría sus fuerzas y le conduciría al fracaso. También en los usos cotidianos se transparenta una tendencia a la separación de los sexos. Las mujeres y los hombres viven en grupos separados. En muchas tribus no existe apenas algo semejante a nuestra vida familiar. La separación llega hasta el punto de estar prohibido a cada sexo pronunciar los nombres de las personas de sexo contrario, poseyendo las mujeres un vocabulario especial. La necesidad sexual rompe, naturalmente, de continuo estas barreras; pero existen aún algunas tribus en las cuales la unión sexual de los esposos ha de celebrarse fuera de la casa y en secreto.

Allí donde el primitivo ha establecido un tabú es porque temía un peligro, y no puede negarse que en todos estos preceptos de aislamiento se manifiesta un temor fundamental a la mujer. Este temor se basa quizá en que la mujer es muy diferente del hombre, mostrándose siempre incomprensible, enigmática, singular y, por todo ello, enemiga. El hombre teme ser debilitado por la mujer, contagiarse de su femineidad y mostrarse luego incapaz de hazañas viriles. El efecto enervante del coito puede ser muy bien el punto de partida de tal temor, a cuya difusión contribuiría luego la percepción de la influencia adquirida por la mujer sobre el hombre al cual se entrega. En todo esto no hay ciertamente nada que no subsista aún entre nosotros.

En opinión de muchos autores, los impulsos eróticos de los primitivos son relativamente débiles y no alcanzan jamás las intensidades que acostumbramos comprobar en la humanidad civilizada. Otros han discutido

este juicio; pero, de todos modos, los usos tabú enumerados testimonian de la existencia de un poder que se opone al amor, rechazando a la mujer por considerarla extraña y enemiga.

En términos muy análogos a los psicoanalíticos describe Crawley que entre los primitivos cada individuo se diferencia de los más por un *taboo of personal isolation*, fundado precisamente en estas pequeñas diferencias, dentro de una general afinidad, sus sentimientos de individualidad y hostilidad. Sería muy atractivo proseguir el desarrollo de esta idea y derivar de este «narcisismo de las pequeñas diferencias» la hostilidad que en todas las relaciones humanas vemos sobreponerse a los sentimientos de confraternidad, derrocando el precepto general de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. El psicoanálisis cree haber adivinado una parte principalísima de los fundamentos en que se basa la repulsa narcisista de la mujer, refiriendo tal repulsa al complejo de la castración y a su influencia sobre el juicio estimativo de la mujer.

Pero con estas últimas reflexiones nos hemos alejado mucho de nuestro tema. El tabú general de la mujer no arroja luz ninguna sobre los preceptos especiales referentes al primer acto sexual con una mujer virgen. En este punto hemos de acogernos a las dos primeras explicaciones expuestas —el horror a la efusión de sangre y el temor a todo acto inicial—, e incluso hemos de reconocer que tales explicaciones no penetran tampoco hasta el nódulo del precepto tabú que nos ocupa. Este precepto se basa evidentemente en la intención de *negar o evitar* precisamente al ulterior marido algo que se considera inseparable del primer acto sexual, aunque en dicho acto hubiera de derivarse por otro lado, y según nuestra observación inicial, una ligazón particularmente intensa de la mujer a la persona del marido.

No entra esta vez en nuestros planes examinar el origen y la última significación de los preceptos tabú. Lo hemos hecho ya en nuestro libro *Totem y tabú*, en el que señalamos como condición de la génesis del tabú la existencia de una ambivalencia original, y vimos el origen del mismo en los sucesos prehistóricos que condujeron a la formación de la familia. En los usos tabú actualmente observados entre los primitivos no puede ya reconocerse tal significación inicial. Al querer hallarla, todavía olvidamos demasiado fácilmente que también los pueblos más primitivos viven hoy en

una civilización muy distante de la prehistórica, una civilización tan antigua como la nuestra y que, como ella, corresponde a un estadio avanzado, si bien distinto, de la evolución.

En los primitivos actuales encontramos ya el tabú desarrollado hasta formar un artificioso sistema, comparable al que nuestros neuróticos construyen en sus fobias, sistema en el cual los motivos antiguos han sido sustituidos por otros nuevos. Dejando a un lado los problemas genéticos antes apuntados, volveremos, pues, a nuestra conclusión de que el primitivo establece un tabú allí donde teme un peligro. Este peligro es, generalmente considerado, de carácter psíquico, pues el primitivo no siente la menor necesidad de llevar aquí a efecto dos diferenciaciones que a nosotros nos parecen ineludibles. No separa el peligro material del psíquico ni el real del imaginario. En su concepción del Universo, consecuentemente animista, todo peligro procede de la intención hostil de un ser dotado, como él, de un alma, y tanto el peligro que amenaza por parte de una fuerza natural como los que provienen de animales feroces o de otros hombres. Mas, por otro lado, acostumbra asimismo a proyectar sus propios impulsos hostiles sobre el mundo exterior; esto es, a atribuirlos a aquellos objetos que le disgustan o los siente simplemente extraños de él. De este modo considera también a la mujer con una fuente de peligros, y ve en el primer acto sexual con una de ellas un riesgo especialmente amenazador.

Una detenida investigación de la conducta de la mujer civilizada contemporánea en las circunstancias a las que nos venimos refiriendo puede proporcionarnos quizá la explicación del temor de los primitivos a un peligro concomitante a la iniciación sexual. Anticipando los resultados de esta investigación, apuntaremos que tal peligro existe realmente, resultando así que el primitivo se defiende, por medio del tabú de la virginidad, de un peligro acertadamente sospechado, si bien meramente psíquico.

La reacción normal al coito nos parece ser que la mujer, plenamente satisfecha, estreche al hombre entre sus brazos, y vemos en ello una expresión de su agradecimiento y una promesa de su duradera servidumbre. Pero sabemos también que el primer coito no tiene, por lo regular, tal consecuencia. Muy frecuentemente no supone sino desengaño para la mujer, que permanece fría e insatisfecha y precisa por lo general de algún tiempo y

de la repetición del acto sexual para llegar a encontrar en él plena satisfacción. Estos casos de frigidez meramente inicial y pasajera constituyen el punto de partida de una serie gradual, que culmina en aquellos otros, lamentables, de frigidez perpetua, contra la cual se estrellan todos los esfuerzos amorosos del marido.

A mi juicio, esta frigidez de la mujer no ha sido bien comprendida aún y, salvo en aquellos casos en los que ha de ser atribuida a una insuficiente potencia del marido, demanda una explicación que quizá podamos aportar examinando los fenómenos que le son afines.

Entre tales fenómenos no quisiéramos integrar la frecuentísima tentativa de fuga ante el primer coito, pues tales tentativas distan mucho de ser unívocas, y, sobre todo, han de interpretarse, siquiera en parte, como expresión de la tendencia femenina general a la defensa. En cambio, creo que ciertos casos patológicos pueden arrojar alguna luz sobre el enigma de la frigidez femenina. Me refiero a aquellos casos en los que después del primer coito, e incluso después de cada uno de los sucesivos, da la mujer franca expresión a su hostilidad contra el marido, insultándole, amenazándole o llegando incluso a golpearle. En un definido caso de este género que pude someter a un minucioso análisis sucedía esto, a pesar de que la mujer amaba tiernamente a su marido, siendo a veces ella misma la que le incitaba a realizar el coito y encontrando en él innegable e intensa satisfacción. A mi juicio, esta singular reacción contraria es un resultado de aquellos mismos impulsos que en general sólo consiguen manifestarse bajo la forma de frigidez sexual, logrando coartar la reacción amorosa, pero no imponer sus fines propios. En los casos patológicos aparece disociado en sus dos componentes aquello que en la frigidez, mucho más frecuente, se asocia para producir una inhibición, análogamente a como sucede, según sabemos hace ya largo tiempo, en ciertos síntomas de la neurosis obsesiva. Así pues, el peligro oculto en el desfloramiento de la mujer sería el de atraerse su hostilidad, siendo precisamente el marido quien mayor interés debe tener en eludir tal hostilidad.

El análisis nos revela sin gran dificultad cuáles son los impulsos femeninos que originan esta conducta paradójica, en la que esperamos hallar la explicación de la frigidez. El primer coito pone en movimiento una serie de

impulsos contrarios a la emergencia de la disposición femenina deseable, algunos de los cuales no habrán de surgir ya obligadamente en las ulteriores repeticiones del acto sexual. Recordaremos aquí, ante todo, el dolor provocado por el desfloramiento, e incluso nos inclinaremos a atribuirle carácter decisivo y a prescindir de buscar otros. Pero no tardamos en darnos cuenta de que en realidad no puede atribuirse al dolor tan decidida importancia, debiendo más bien sustituirlo por la ofensa narcisista concomitante siempre a la destrucción de un órgano. Tal ofensa encuentra precisamente en este caso una representación racional en el conocimiento de la disminución del valor sexual de la desflorada. Los usos matrimoniales de los primitivos previenen, pues, contra esta supervaloración. Hemos visto que en algunos casos el ceremonial consta de dos partes y que al desgarramiento del himen, llevado a cabo con la mano o con un instrumento, sucede un coito oficial o simulado con los camaradas o testigos del marido. Ello nos demuestra que el sentido del precepto tabú no queda aún plenamente cumplido con la evitación del desfloramiento anatómico y que el peligro de que se debe librar al esposo no reside tan sólo en la reacción de la mujer al dolor del primer contacto sexual.

Otra de las razones que motivan el desengaño producido por el primer coito es su imposibilidad de procurar a la mujer, por lo menos a la mujer civilizada, todo lo que de él se prometía. Para ella, el comercio sexual se hallaba enlazado hasta aquel momento a una enérgica prohibición, y al desaparecer ésta, el comercio sexual legal hace el efecto de algo muy distinto. Este último enlace preexistente entre las ideas de «actividad sexual» y «prohibición» se transparenta casi cómicamente en la conducta de muchas novias que ocultan sus relaciones amorosas a todos los extraños, e incluso a sus mismos padres, aun en aquellos casos en los que nada justifica tal secreto ni es de esperar oposición alguna. Tales jóvenes declaran francamente que el amor pierde para ellas mucha parte de su valor al dejar de ser secreto. Esta idea adquiere en ocasiones tal predominio, que impide totalmente el desarrollo del amor en el matrimonio, y la mujer no recobra ya su sensibilidad amorosa si no es en unas relaciones ilícitas y rigurosamente secretas, en las cuales se siente segura de su propia voluntad, no influida por nada ni por nadie.

Sin embargo, tampoco este motivo resulta suficientemente profundo. Depende, además, de condiciones estrictamente culturales y no parece poder enlazarse, sin violencia, a la situación de los primitivos. En cambio, existe aún otro factor, basado en la historia evolutiva de la libido, que nos parece presentar máxima importancia. La investigación analítica nos ha descubierto la regularidad de las primeras fijaciones de la libido y su extraordinaria intensidad. Trátase aquí de deseos sexuales infantiles tenazmente conservados, y en la mujer, por lo general, de una fijación de la libido al padre o a un hermano, sucedáneo de aquél, deseos orientados, con gran frecuencia, hacia fines distintos del coito o que sólo lo integran como fin vagamente reconocido. El marido es siempre, por decirlo así, un sustituto. En el amor de la mujer, el primer puesto lo ocupa siempre alguien que no es el marido; en los casos típicos, el padre, y el marido, a lo más, el segundo. De la intensidad y del arraigo de esta fijación depende que el sustituto sea o no rechazado como insatisfactorio. La frigidez se incluye, de este modo, entre las condiciones genéticas de la neurosis. Cuanto más poderoso es el elemento psíquico en la vida de una mujer, mayor resistencia habrá de oponer la distribución de su libido a la conmoción provocada por el primer acto sexual y menos poderosos resultarán los efectos de su posesión física. La frigidez emergerá entonces en calidad de inhibición neurótica o constituirá una base propicia al desarrollo de otras neurosis. A este resultado coadyuva muy importantemente una inferioridad de la potencia masculina, por ligera que sea.

A esta actuación de los primeros deseos sexuales parece responder la costumbre seguida por los primitivos al encomendar el desfloramiento a uno de los ancianos de la tribu o a un sacerdote; esto es, a una persona de carácter sagrado, o, en definitiva, a una sustitución del padre. En este punto parece iniciarse un camino que nos lleva hasta el tan discutido *jus primae noctis* de los señores feudales. A. J. Storfer sostiene esta misma opinión[1892] e interpreta, además, la tan difundida institución del «matrimonio de Tobías» (la costumbre de guardar continencia en las tres primeras noches) como el reconocimiento de los privilegios del patriarca, interpretación iniciada antes por C. G. Jung[1893]. No nos extrañará ya encontrar también a los ídolos entre los subrogados del padre encargados del desfloramiento. En algunas regiones

de la India, la recién casada debía sacrificar su himen a un ídolo de madera, y según refiere San Agustín, en las ceremonias nupciales romanas (¿de su época?) existía igual costumbre, si bien mitigada en el sentido de que la novia se limitaba a sentarse sobre el gigantesco falo del dios Príapo[1894].

Hasta estratos más profundos aún penetra otro motivo, al que hemos de atribuir el primer lugar de la reacción paradójica contra el hombre, y cuya influencia se manifiesta igualmente, a mi juicio, en la frigidez de la mujer. El primer coito activa todavía en ésta otros antiguos impulsos, distintos de los descritos y contrarios, en general, a la función femenina.

Por el análisis de un gran número de neuróticas sabemos que pasan por un temprano estadio en el que envidian al hermano el signo de la virilidad, sintiéndose ellas desventajadas y humilladas por la carencia de miembro (o, más propiamente dicho, por su disminución). Para nosotros, esta «envidia del pene» pertenece al «complejo de la castración». Si entre lo «masculino» incluimos el deseo de ser hombres, se adaptará muy bien a esta conducta el nombre de «protesta masculina» creado por Alf. Adler para elevar este factor a la categoría de sustentáculo general de la neurosis. Durante esta fase no ocultan muchas veces las niñas tal envidia ni la hostilidad en ella basada, y tratan de proclamar su igualdad al hermano intentando orinar en pie, como él. En el caso antes citado, de agresión ulterior al coito, no obstante un tierno amor al marido, pude comprobar que la fase descrita había existido con anterioridad a la elección del objeto. Sólo después de ella se orientó la libido de la niña hacia el padre, sustituyendo el deseo de poseer un miembro viril por el de tener un niño[1895].

No me sorprendería que en otros casos siguiera la sucesión temporal de estos impulsos un orden inverso, no entrando en acción esta parte del complejo de la castración hasta después de realizada la elección de objeto. Pero la fase masculina de la mujer durante la cual envidia al niño la posesión de un pene, pertenece a un estadio evolutivo anterior a la elección de objeto y se halla más cerca que ella del narcisismo primitivo.

No hace mucho he tenido ocasión de analizar un sueño de una recién casada en el que se transparentaba una reacción a su desfloramiento, delatando el deseo de castrar a su joven marido y conservar ella su pene. Cabía también quizá la interpretación más inocente de que lo deseado era la

prolongación y repetición del acto; pero ciertos detalles del sueño iban más allá de este sentido, y tanto el carácter como la conducta ulterior de la sujeto testimoniaban en favor de la primera interpretación. Detrás de esta envidia del miembro viril se vislumbra la hostilidad de la mujer contra el hombre, hostilidad que nunca falta por completo en las relaciones entre los dos sexos y de la cual hallamos claras pruebas en las aspiraciones y las producciones literarias de las «emancipadas». En una especulación paleobiológica retrotrae Ferenczi esta hostilidad de la mujer hasta la época en que tuvo lugar la diferenciación de los sexos. En un principio —opina— la cópula se realizaba entre los individuos idénticos, uno de los cuales alcanzó un desarrollo más poderoso y obligó al otro, más débil, a soportar la unión sexual. El rencor originado por esta subyugación perduraría aún hoy en la disposición actual de la mujer. Por mi parte, nada encuentro que reprochar a esta clase de especulaciones, siempre que no se llegue a concederles un valor superior al que pueden alcanzar.

Después de esta enumeración de los motivos de la paradójica reacción de la mujer ante el desfloramiento, seguida de la frigidez, podemos concluir, resumiendo, que la insatisfacción sexual de la mujer descarga sus reacciones sobre el hombre que la inicia en el acto sexual. El tabú de la virginidad recibe así un preciso sentido, pues nos explicamos muy bien la existencia de un precepto encaminado a librar precisamente de tales peligros al hombre que va a iniciar una larga convivencia con la mujer. En grados superiores de cultura, la valoración de estos peligros ha desaparecido ante la promesa de la servidumbre y seguramente ante otros diversos motivos y atractivos: la virginidad es considerada como una dote, a la cual no debe renunciar el hombre. Pero el análisis de las perturbaciones del matrimonio nos enseña que los motivos que impulsan a la mujer a tomar venganza de su desfloramiento no se han extinguido tampoco por completo en el alma de la mujer civilizada. A mi juicio, el observador ha de extrañar el extraordinario número de casos en los que la mujer permanece frígida en un primer matrimonio y se considera desgraciada, y, en cambio, disuelto este primer matrimonio, ama tiernamente y hace feliz al segundo marido. La reacción arcaica se ha agotado, por decirlo así, en el primer objeto.

No puede tampoco afirmarse que el tabú de la virginidad haya

desaparecido por completo en nuestra vida civilizada. El alma popular lo conoce, y los poetas lo han utilizado en sus creaciones. En una de sus comedias nos presenta Anzengruber a un joven campesino que renuncia a casarse con la novia a él destinada, dejándose convencer inocentemente por el argumento de que la muchacha es «una chicuela, que no sabe aún nada de la vida». Permite así su matrimonio con otro y se resigna, pensando en casarse con ella cuando enviude y no sea ya peligrosa para él. El título de esta obra, *El veneno virginal*, recuerda la creencia de que los encantadores de serpientes les hacen morder antes en un lienzo, en el que dejan el veneno, pudiendo después manejarlas sin peligro[1896].

Una conocida figura dramática, la Judit de la tragedia de Hebbel *Judit y Holofernes* nos ofrece una acabada representación del tabú de la virginidad y de gran parte de su motivación. Judit es una de aquellas mujeres cuya virginidad aparece protegida por un tabú. Su primer marido, paralizado la primera noche por un enigmático temor, no se atrevió ya a aproximarse a ella. «Mi belleza es como la de una flor venenosa —dice Judit—. Produce la cura y la muerte». Al ver sitiada luego su ciudad por el caudillo asirio, concibe el plan de seducirle y perderle con su hermosura, utilizando así un motivo patriótico para encubrir otro sexual. Desflorada por el poderoso Holofernes, orgulloso de su fuerza y de su falta de escrúpulos, su indignación le da fuerzas para decapitarle, convirtiéndola en libertadora de su pueblo. La decapitación nos es ya conocida como un sustitutivo simbólico de la castración, y de este modo Judit es la mujer que castra al hombre que la ha desflorado, como sucedía en el sueño de mi paciente recién casada, antes mencionado. Hebbel sexualizó intencionadamente el relato patriótico, tomado de los libros apócrifos del Antiguo Testamento, en los cuales Judit se vanagloria a su regreso de no haber sido violada. También falta en el texto bíblico todo dato sobre su trágica noche nupcial. Pero nuestro autor, con su fina sensibilidad de poeta, sospechó, sin duda, el motivo primitivo, desvanecido en aquel relato tendencioso, y devolvió al tema todo su contenido original.

En un excelente análisis explica I. Sadger cómo el propio complejo parental del poeta determinó su elección de asunto dramático y por qué en la lucha de los sexos tomó siempre partido por la mujer, sabiendo infundirse en

sus más ocultos movimientos anímicos[1897]. Cita igualmente la motivación que el poeta mismo atribuye a su modificación del asunto, y la tacha, con razón, de artificiosa, considerándola destinada únicamente a justificar externamente, y en el fondo, a encubrir algo inconsciente para el propio autor. Nada he de objetar tampoco a la explicación dada por Sadger al hecho de convertir a Judit, viuda según el texto bíblico, en viuda virgen. Pero si añadiré que después de fijar el poeta la virginidad de su protagonista, su penetrante imaginación permaneció ligada a la reacción hostil, desencadenada por el desfloramiento.

Podemos, pues, concluir que el desfloramiento no tiene tan sólo la consecuencia natural de ligar duraderamente la mujer al hombre, sino que desencadena también una reacción arcaica de hostilidad contra él, reacción que puede tomar formas patológicas, las cuales se manifiestan frecuentemente en fenómenos de inhibición en la vida erótica conyugal, y a los que hemos de atribuir el que las segundas nupcias resulten muchas veces más felices que las primeras. El singular tabú de la virginidad, y el temor con que entre los primitivos elude el marido el desfloramiento, quedan plenamente justificados por esta reacción hostil.

Resulta muy interesante descubrir en la práctica analítica mujeres en las cuales las dos reacciones contrapuestas de servidumbre y hostilidad se manifiestan al mismo tiempo y permanecen íntimamente enlazadas. Entre estas mujeres hay algunas que parecen completamente disociadas de sus maridos y que, sin embargo, no pueden desligarse de ellos. Cuantas veces intentan orientar su amor hacia otra persona, se lo estorba la imagen del marido, al que, sin embargo, no aman. El análisis demuestra, en estos casos, que tales mujeres permanecen ligadas a sus maridos por servidumbre, pero no ya por cariño. No logran libertarse de ellos porque no han acabado de vengarse de ellos, y en los casos más extremos, porque ni siquiera se ha hecho aún consciente en su ánimo el impulso vengativo.

CIV

SOBRE LA ENSEÑANZA DEL PSICOANÁLISIS EN LA UNIVERSIDAD[1898]

1918 [1919]

LA cuestión de si conviene o no enseñar el psicoanálisis en la Universidad puede ser abordada desde dos puntos de vista: el del análisis mismo y el de la Universidad.

1) Es indudable que la incorporación del psicoanálisis a la enseñanza universitaria significaría una satisfacción moral para todo psicoanalista, pero no es menos evidente que éste puede, por su parte, prescindir de la Universidad sin menoscabo alguno para su formación. En efecto, la orientación teórica que le es imprescindible la obtiene mediante el estudio de la bibliografía respectiva y, más concretamente, en las sesiones científicas de las asociaciones psicoanalíticas, así como por el contacto personal con los miembros más antiguos y experimentados de las mismas. En cuanto a su experiencia práctica, aparte de adquirirla a través de su propio análisis, podrá lograrla mediante tratamientos efectuados bajo el control y la guía de los psicoanalistas más reconocidos.

Dichas asociaciones deben su existencia precisamente a la exclusión de que el psicoanálisis ha sido objeto por la Universidad. Es evidente, pues, que seguirán cumpliendo una función útil mientras se mantenga dicha exclusión.

2) En lo que a la Universidad se refiere, la cuestión se reduce a verificar si en principio está dispuesta a reconocer al psicoanálisis alguna importancia en

la formación del médico y del hombre de ciencia. De ser así, tendrá que resolver la manera de incluirlo en el conjunto de su enseñanza.

La importancia del psicoanálisis para la formación médica y universitaria se basa en lo siguiente:

a) Con justa razón en los últimos decenios se ha criticado la formación del médico por orientar unilateralmente al estudiante hacia la anatomía, la física y la química, dejando de señalarle, en cambio, la importancia que poseen los factores psíquicos en las manifestaciones vitales, en la enfermedad y en el tratamiento. Tal laguna de la formación médica se hace sentir más tarde como un flagrante defecto en la actuación profesional, que no sólo se expresa en la falta de todo interés por aquellos problemas que son precisamente los más interesantes en la existencia del ser humano, sea sano o enfermo, sino que también entorpece la acción terapéutica del médico, al punto de que el enfermo se mostrará más susceptible a la influencia de cualquier curandero o charlatán.

Tan sensible defecto de la enseñanza indujo hace ya bastante tiempo a incorporar cátedras de psicología médica en los planes de la misma, pero mientras los cursos dictados se basaron en la psicología escolástica o en la experimental —dedicada a un enfoque sólo fragmentario—, no podían satisfacer las necesidades planteadas por la formación del estudiante ni podían librarle acceso a los problemas de la vida y de su profesión. Por tales razones dichas formas de psicología médica no lograron mantener su plaza en los planes de enseñanza.

La creación de una cátedra de psicoanálisis, en cambio, bien podría responder a estas demandas. Antes de exponer el psicoanálisis mismo sería necesario un curso de introducción dedicado a tratar las relaciones entre la vida psíquica y la somática, fundamento de cualquier tratamiento psíquico, a enseñar todas las formas de la terapia sugestiva, demostrando que, en última instancia, el psicoanálisis constituye el término final y culminante de toda psicoterapia. En efecto, comparado con todos los otros sistemas, el psicoanálisis es el más apropiado para transmitir al estudiante un conocimiento cabal de la psicología.

b) Otra de las funciones del psicoanálisis consiste en ofrecer una preparación para el estudio de la psiquiatría. En su forma actual ésta tiene un

carácter meramente descriptivo, pues sólo muestra al estudiante una serie de cuadros clínicos y lo faculta para distinguir entre ellos los que son incurables o los que revisten peligrosidad social. Su única vinculación con las demás ramas del saber médico reside en la etiología orgánica y en las comprobaciones anatomopatológicas, mientras que no facilita la menor comprensión acerca de los hechos observados. Sólo la psicología profunda puede suministrar tal comprensión.

En la medida de mis informaciones, en Estados Unidos ya se ha reconocido que el psicoanálisis —primer ensayo de psicología profunda— aborda con éxito dicho sector aún irresuelto de la psiquiatría. Por consiguiente, en muchas escuelas médicas de dicho país díctanse cursos de psicoanálisis como introducción a la psiquiatría.

La enseñanza del psicoanálisis habría de desarrollarse en dos etapas: un curso elemental, destinado a todos los estudiantes de medicina, y un ciclo de conferencias especializadas, para médicos psiquiatras.

c) Al investigar los procesos psíquicos y las funciones mentales el psicoanálisis se ajusta a un método particular, cuya aplicación en modo alguno está limitada al campo de las funciones psíquicas patológicas, sino que también concierne a la resolución de problemas artísticos, filosóficos o religiosos, suministrando en tal sentido múltiples enfoques nuevos y revelaciones de importancia para la historia de la literatura, la mitología, la historia de las culturas y la filosofía de las religiones. Por consiguiente, dicho curso general habría de ser accesible asimismo a los estudiantes de estas ramas de la ciencia. Es evidente que la estimulación de aquéllas por las ideas analíticas contribuirá a crear, en el sentido de la *universitas literarum,* una unión más estrecha entre la ciencia médica y las ramas del saber que corresponden al ámbito de la filosofía.

En síntesis, cabe afirmar que la Universidad únicamente puede beneficiarse con la asimilación del psicoanálisis en sus planes de estudio. Naturalmente, su enseñanza sólo podrá tener carácter dogmático-crítico por medio de clases teóricas, pues nunca, o sólo en casos muy especiales, ofrecerá la oportunidad de realizar experimentos o demostraciones prácticas. A los fines de la investigación que deba llevar a cabo el docente de psicoanálisis bastará con disponer de un consultorio externo que provea el

material necesario en la forma de los enfermos denominados «nerviosos», mientras que para cumplir la función asistencial de la psiquiatría deberá contarse además con un servicio de internamiento.

Cabe atender la objeción de que con la enseñanza aquí esbozada el estudiante de medicina nunca podrá aprender cabalmente el psicoanálisis. Efectivamente es así, si encaramos el ejercicio práctico del análisis, pero para el caso bastará con que aprenda algo del psicoanálisis y lo asimile. Por otra parte, la enseñanza universitaria tampoco hace del estudiante de medicina un cirujano diestro y capaz de afrontar cualquier intervención. Ninguno de los que por vocación llegan a la cirugía podrá eludir su formación ulterior trabajando durante varios años en un instituto de la especialidad.

CV

LOS CAMINOS DE LA TERAPIA PSICOANALÍTICA[1899]

1918 [1919]

NUNCA hemos pretendido haber alcanzado la cima de nuestro saber ni de nuestro poder, y ahora, como antes, estamos dispuestos a reconocer las imperfecciones de nuestro conocimiento, añadir a él nuevos elementos e introducir en nuestros métodos todas aquellas modificaciones que puedan significar un progreso.

Viéndonos reunidos de nuevo, después de largos años de separación, durante los cuales hemos luchado animosamente por nuestra disciplina, he de inclinarme a revisar el estado de nuestra terapia y a examinar en qué nuevas direcciones podría continuar su desarrollo.

Hemos formulado nuestra labor médica determinando que consiste en revelar al enfermo neurótico sus tendencias reprimidas inconscientes, y descubrir con este fin las resistencias que en él se oponen a semejante ampliación de su conocimiento de sí mismo. El descubrimiento de estas resistencias no equivale siempre a su vencimiento; pero una vez descubiertas confiamos en alcanzar este último resultado utilizando la transferencia del enfermo sobre la persona del médico para infundirle nuestra convicción de la falta de adecuación de las represiones desarrolladas en la infancia y de la imposibilidad de vivir conforme a las normas del principio del placer. Ya en otro lugar hube de exponer los caracteres dinámicos de este nuevo conflicto

que sustituimos en el enfermo al anterior, patológico, y por ahora no tengo nada que agregar a dicha exposición.

A la labor por medio de la cual hacemos llegar lo reprimido a la conciencia del enfermo le hemos dado el nombre de *psicoanálisis*. ¿Por qué *análisis*, término que significa descomposición y disociación y hace pensar en una semejanza con la labor que el químico realiza en su laboratorio con los cuerpos que la Naturaleza le ofrece? Porque en realidad existe una tal analogía en cuanto a un punto importantísimo. Los síntomas y las manifestaciones patológicas del enfermo son, como todas sus actividades anímicas, de naturaleza compuesta. Los elementos de esta composición son, en último término, motivos o impulsos instintivos. Pero el enfermo no sabe nada, o sólo muy poco, de estos motivos elementales. Somos nosotros los que le descubrimos la composición de estos complicadísimos productos psíquicos; referimos los síntomas a las tendencias instintivas que los motivan, y le revelamos en sus síntomas la existencia de tales motivos instintivos, que hasta entonces desconocía, como el químico que aísla el cuerpo simple, el elemento químico, de la sal, en la cual se había mezclado con otros elementos, haciéndose irreconocible. Igualmente, mostramos al enfermo, en sus manifestaciones anímicas no consideradas patológicas, que tampoco era perfecta su conciencia de la motivación de las mismas, en la cual han intervenido motivos instintivos que no ha llegado a conocer.

También hemos arrojado mucha luz sobre el instinto sexual, descomponiéndolo en sus elementos, y cuando interpretamos un sueño, prescindimos de considerarlo como un todo y enlazamos la asociación a cada uno de sus factores.

De esta justificada comparación de la actividad médica psicoanalítica con una labor química podría surgir una nueva orientación de nuestra terapia. Hemos analizado al enfermo, esto es, hemos descompuesto su actividad anímica en sus componentes elementales, y hemos mostrado en él, aislados, estos elementos instintivos. Lo inmediato será pedirnos que le ayudemos también a conseguir una síntesis nueva y mejor de los mismos. Todos sabéis que. en efecto, nos ha sido ya dirigida tal demanda. Se nos ha dicho que al análisis de la vida anímica enferma debe seguir la síntesis de la misma, e incluso ha surgido la preocupación de que quizá podía llevarse a cabo

demasiado análisis y demasiado poca síntesis y se ha mostrado una tendencia a desplazar el peso capital de la acción psicoterapéutica sobre esta síntesis.

Por mi parte, no puedo creer que se nos plantee en esta psicosíntesis una nueva labor. Si quisiera permitirme ser sincero y un tanto descortés, diría que no se trata más que de una palabra vacía. Pero me limitaré a observar que constituye únicamente una inútil extensión de una comparación o, si queréis, un abuso injustificado de una denominación. Un nombre no es más que una etiqueta que ponemos a una cosa para diferenciarla de otras análogas, no un programa ni una definición y una comparación no precisa tocar más que en un punto lo comparado, y puede alejarse mucho de ello en todo lo demás. Lo psíquico es algo tan singularmente único, que ninguna comparación puede definir su naturaleza. La labor psicoanalítica ofrece analogías con el análisis químico, pero también con la intervención del cirujano, el auxilio del ortopédico y la influencia del pedagogo. La comparación con el análisis químico queda limitada por el hecho de que en la vida psíquica hemos de operar con impulsos dominados por una tendencia a la unificación y a la síntesis. Cuando conseguimos descomponer un síntoma, separar un impulso instintivo de la totalidad en que se hallaba incluido, no permanece aislado, sino que se incluye en seguida en otra nueva totalidad[1900].

Así, en realidad, el enfermo neurótico nos aporta una vida anímica desgarrada, disociada por las resistencias; pero mientras la analizamos y suprimimos las resistencias, esta vida anímica va soldándose, y la gran unidad en la que vemos el *yo* del sujeto va incorporándose a todas las tendencias instintivas que hasta entonces permanecían disociadas de ella y ligadas a otros elementos. La psicosíntesis se realiza, pues, en el enfermo, de un modo automático e inevitable, sin necesidad de nuestra intervención. Con la descomposición de los síntomas y la supresión de las resistencias hemos creado las condiciones de esta síntesis. No es cierto que el enfermo halla algo descompuesto en sus elementos que espere pacientemente a que nosotros lo unifiquemos.

Así pues, el desarrollo de nuestra terapia emprenderá quizá otros caminos, ante todo aquéllos a los que Ferenczi ha dado el nombre de *psicoanálisis activo* en su reciente trabajo sobre las «Dificultades técnicas del análisis de una histeria» (*Internat. Zeitschcrift f Psychoanalyse*, V. 1919).

Veamos, rápidamente, en qué puede consistir esta conducta *activa* del analista.

Hasta ahora nuestra labor terapéutica se circunscribía a hacer consciente lo reprimido y descubrir las resistencias, tarea ya suficientemente *activa*. Pero ¿debemos acaso abandonar por completo al enfermo la empresa de vencer las resistencias que le hemos revelado? ¿No podemos prestarle en ella más ayuda que la emanada de la transferencia? ¿No será más natural continuar nuestro apoyo colocándolo en la situación psíquica más favorable a la solución deseada del conflicto? Su afección depende también de múltiples circunstancias exteriores. ¿Habremos de reparar en modificar esta constelación, interviniendo en ella de un modo adecuado? A mi juicio, semejante *actividad* del médico analítico está más que suficientemente justificada.

Como veréis, se abre aquí a la técnica analítica un nuevo campo, cuya explotación exigirá una penetrante labor, conforme a reglas especialísimas. No he de intentar iniciaros hoy en esta técnica, todavía en formación, y me limitaré a hacer resaltar un principio que constituirá seguramente la norma fundamental de nuestra acción en este nuevo campo. Helo aquí: *La cura analítica ha de desarrollarse, dentro de lo posible, en la abstinencia*.

No podemos entrar a determinar aquí los límites de semejante posibilidad, a cuya fijación habremos de dedicar un estudio detallado. Pero sí quiero hacer constar que el concepto de *abstinencia* no supone la ausencia de toda satisfacción —cosa, naturalmente, imposible— ni ha de interpretarse tampoco en su sentido vulgar de abstención del comercio sexual, sino que entraña un significado distinto, mucho más estrechamente enlazado a la dinámica de la adquisición de la enfermedad y de su curación.

Recordaréis que lo que hizo enfermar al sujeto fue una *privación*, y que sus síntomas constituyen para él una satisfacción sustitutiva. Durante la cura podéis observar que todo alivio de su estado patológico retarda la marcha del restablecimiento y disminuye la fuerza instintiva que impulsa hacia la curación. Ahora bien: no nos es posible en modo alguno renunciar a esta fuerza instintiva, y toda disminución de la misma significa un peligro para nuestros propósitos terapéuticos. ¿Cuál será entonces la consecuencia obligada? Que, por muy cruel que parezca, hemos de cuidar de que la

dolencia del enfermo no alcance un término prematuro. Al quedar mitigada por la descomposición y la desvalorización de los síntomas, tenemos, pues, que instituir otra nueva, sensible privación, pues si no corremos peligro de no alcanzar ya nunca más que alivios insignificantes y pasajeros.

Este peligro nos amenaza, que yo sepa, por dos lados. En primer lugar, el enfermo se esfuerza afanosamente en crearse nuevas satisfacciones sustitutivas, exentas ya de carácter patológico, en lugar de sus síntomas. Aprovecha la extraordinaria facultad de desplazamiento de la libido parcialmente libertada para cargar de libido las más diversas actividades, preferencias y costumbres y elevarlas a la categoría de satisfacciones sustitutivas. Encuentra constantemente nuevas derivaciones de este género que acaparan la energía necesaria para la propulsión de la cura y sabe mantenerlas secretas durante algún tiempo. Se nos plantea así la labor de ir descubriendo todas estas desviaciones y exigir al paciente que renuncie a ellas, por muy inocente que parezca la actividad conducente a la satisfacción. Pero el enfermo a medias curado puede también emprender caminos más peligrosos; por ejemplo, ligarse irreflexiva y precipitadamente a una mujer. Observaremos, de pasada, que las sustituciones más corrientes de la neurosis son, en estos casos, una boda irreflexiva y desgraciada o una enfermedad orgánica, situaciones que satisfacen especialmente la conciencia de culpabilidad (necesidad de castigo) que mantiene a muchos enfermos tan tenazmente adheridos a su neurosis. El sujeto se castiga a sí mismo con una elección matrimonial poco afortunada o acepta como un castigo del Destino una larga enfermedad orgánica y renuncia entonces, muy frecuentemente, a una continuación de la neurosis.

La actividad del médico ha de manifestarse en todas estas situaciones como una enérgica oposición a las satisfacciones sustitutivas prematuras.

El segundo de los peligros que amenazan la energía propulsora del análisis resulta más fácil de precaver. Consiste en que el enfermo buscará preferentemente la satisfacción sustitutiva en la cura misma, en la relación de transferencia con el médico e incluso tenderá a encontrar por este camino una compensación total de las privaciones que en otros terrenos le han sido impuestas. Desde luego, habremos de hacerle alguna concesión a este respecto, y más o menos amplia según la naturaleza del caso y la

idiosincrasia del enfermo. Pero no es conveniente extremar la tolerancia. El analítico que se deja arrastrar por su filantropía y otorga al enfermo una tolerancia excesiva comete la misma falta económica de que se hacen culpables nuestros sanatorios no analíticos. Estos tienden exclusivamente a hacer que la cura resulte lo más grata posible, para que el enfermo busque de nuevo en ellos un refugio cada vez que la vida le presente alguna de sus dificultades. Pero con ello renuncian a fortificarle ante la vida y a aumentar su capacidad para resolver sus problemas personales. En la cura analítica debe evitarse todo esto. Gran parte de los deseos del enfermo, en cuanto a su relación con el médico, habrán de quedar incumplidos, debiendo serle negada precisamente la satisfacción de aquellos que parezcan más intensos y que él mismo manifieste con mayor apremio.

El principio de mantener la abstinencia durante la cura no agota el contenido de la actividad del médico. Otra de las orientaciones de esta actividad ha sido ya objeto de discusión entre la escuela suiza y nosotros. Por nuestra parte, rehusamos decididamente adueñarnos del paciente que se pone en nuestras manos y estructurar su destino, imponerle nuestros ideales y formarle, con orgullo creador, a nuestra imagen y semejanza. Mi opinión continúa siendo hoy contraria a semejante conducta, que, además de transgredir los límites de la actuación médica, carece de toda utilidad para la obtención de nuestro fin terapéutico. Personalmente he podido auxiliar con toda eficacia a sujetos con los que no me unía comunidad alguna de raza, educación, posición social o principios, sin perturbar para nada su idiosincrasia. De todos modos, al desarrollarse la discusión antes citada, experimenté la impresión de que el analítico que llevaba la voz de nuestro grupo —creo que era E. Jones— procedía con demasiada intransigencia. No podemos evitar encargarnos también de pacientes completamente inermes ante la vida, en cuyo tratamiento habremos de agregar al influjo analítico una influencia educadora, y también con los demás surgirán alguna vez ocasiones en las que nos veremos obligados a actuar como consejeros y educadores. Pero en estos casos habremos de actuar siempre con máxima prudencia, tendiendo a desarrollar y robustecer la personalidad del paciente en lugar de imponerle las directrices de la nuestra propia.

Nuestro venerado amigo J. Putnam, a quien hemos de estar reconocidos

por su defensa del psicoanálisis en el ambiente norteamericano tan hostil a él, habrá de perdonarnos que tampoco aceptemos su demanda de colocar el psicoanálisis al servicio de una determinada concepción filosófica del universo e imponer ésta a los pacientes para su mayor ennoblecimiento espiritual. También esto constituiría una violencia, aunque encubierta por la más noble intención.

El descubrimiento de que las distintas formas patológicas que tratamos no pueden ser curadas todas con la misma técnica nos ha impuesto otra especie totalmente distinta de actividad. Sería prematuro tratar ya aquí detalladamente de esta cuestión, pero sí puedo haceros ver, en dos ejemplos, en qué medida surge aquí una nueva modalidad activa de nuestros métodos. Nuestra técnica se ha desarrollado en el tratamiento de la histeria y permanece aún orientada hacia esta afección. Pero las fobias nos obligan ya a salimos de nuestra conducta habitual. No conseguiremos jamás dominar una fobia si esperamos a que el análisis llegue a mover al enfermo a abandonarla, pues no aportará entonces nunca el análisis el material indispensable para conseguir una explicación convincente de la misma. Por tanto, habremos de seguir otro camino. Tomemos como ejemplo la agorafobia en sus dos grados, leve y grave. El enfermo de agorafobia leve siente miedo de ir sólo por la calle, pero no ha renunciado a hacerlo. El enfermo grave se protege ya contra la angustia, renunciando en absoluto a salir solo. Con estos últimos no alcanzaremos jamás resultado positivo alguno si antes no conseguimos resolverlos, por medio del influjo analítico, a conducirse como los primeros, esto es, a salir solos a la calle, aunque durante tales tentativas hayan de luchar penosamente con la angustia. Así pues, hemos de tender antes a mitigar la fobia, y una vez conseguido esto mediante nuestra intervención activa, el enfermo se hace ya con aquellas ocurrencias y recuerdos que permiten la solución de la fobia.

La actitud expectante pasiva parece aún menos indicada en los casos graves de actos obsesivos, los cuales tienden, en general, a un proceso curativo «asintótico», a una duración indefinida del tratamiento, surgiendo en ellos, para el análisis, el peligro de extraer a luz infinidad de cosas sin provocar modificación alguna del estado patológico. A mi juicio, la única técnica acertada en estos casos consiste en esperar a que la cura misma se

convierta en una obsesión, y dominar entonces violentamente con ella la obsesión patológica. De todos modos, no debéis olvidar que con estos dos ejemplos he querido solamente presentaros una muestra de las nuevas direcciones en que parece comenzar a orientarse nuestra terapia.

Para terminar, quisiera examinar con vosotros una situación que pertenece al futuro y que acaso os parezca fantástica. Pero, a mi juicio, merece que vayamos acostumbrando a ella nuestro pensamiento. Sabéis muy bien que nuestra acción terapéutica es harto restringida. Somos pocos, y cada uno de nosotros no puede tratar más que un número muy limitado de enfermos al año, por grande que sea su capacidad de trabajo. Frente a la magnitud de la miseria neurótica que padece el mundo y que quizá pudiera no padecer, nuestro rendimiento terapéutico es cuantitativamente insignificante. Además, nuestras condiciones de existencia limitan nuestra acción a las clases pudientes de la sociedad, las cuales suelen elegir por sí mismas sus. médicos, siendo apartadas del psicoanálisis, en esta elección, por toda una serie de prejuicios. De este modo, nada nos es posible hacer aún por las clases populares, que tan duramente sufren bajo las neurosis.

Supongamos ahora que una organización cualquiera nos permita aumentar de tal modo nuestro número que seamos ya bastantes para tratar grandes masas de enfermos. Por otro lado, es también de prever que alguna vez habrá de despertar la conciencia de la sociedad y advertir a ésta que los pobres tienen tanto derecho al auxilio del psicoterapeuta como al del cirujano, y que las neurosis amenazan tan gravemente la salud del pueblo como la tuberculosis, no pudiendo ser tampoco abandonada su terapia a la iniciativa individual. Se crearán entonces instituciones médicas en las que habrá analistas encargados de conservar capaces de resistencia y rendimiento a los hombres que, abandonados a sí mismos, se entregarían a la bebida, a las mujeres próximas a derrumbarse bajo el peso de las privaciones y a los niños, cuyo único porvenir es la delincuencia o la neurosis. El tratamiento sería, naturalmente, gratis. Pasará quizá mucho tiempo hasta que el Estado se dé cuenta de la urgencia de esta obligación suya. Las circunstancias actuales retrasarán acaso todavía más este momento, y es muy probable que la beneficencia privada sea la que inicie la fundación de tales instituciones. Pero indudablemente han de ser un hecho algún día.

Se nos planteará entonces la labor de adaptar nuestra técnica a las nuevas condiciones. No dudo que el acierto de nuestras hipótesis psicológicas impresionará también los espíritus populares, pero, de todos modos, habremos de buscar la expresión más sencilla y comprensible de nuestras teorías. Seguramente comprobaremos que los pobres están aún menos dispuestos que los ricos a renunciar a su neurosis, pues la dura vida que los espera no les ofrece atractivo alguno y la enfermedad les confiere un derecho más a la asistencia social. Es probable que sólo consigamos obtener algún resultado cuando podamos unir a la ayuda psíquica una ayuda material, a estilo del emperador José. Asimismo, en la aplicación popular de nuestros métodos habremos de mezclar quizá el oro puro del análisis al cobre de la sugestión directa, y también el influjo hipnótico pudiera volver a encontrar aquí un lugar, como en el tratamiento de las neurosis de guerra. Pero cualesquiera que sean la estructura y composición de esta psicoterapia para el pueblo, sus elementos más importantes y eficaces continuarán siendo, desde luego, los tomados del psicoanálisis propiamente dicho, riguroso y libre de toda tendencia.

CVI

PARA LA PREHISTORIA DE LA TÉCNICA PSICOANALÍTICA[1901]

1920

EN un nuevo libro de Havelock Ellis, el meritísimo investigador de la sexualidad y noble crítico del psicoanálisis —*The philosophy of conflict and other essays in war time*, segunda serie. Londres, 1919 —, aparece un ensayo titulado *Psychoanalysis in relation to sex*, encaminado a demostrar que la obra del creador del psicoanálisis no debe considerarse como una labor científica, sino como una labor artística. Aunque este juicio aparece expresado en forma amabilísima e incluso excesivamente halagüeña, tenemos que ver en él una nueva manifestación de la resistencia y una repulsa del psicoanálisis, y hemos de rechazarlo resueltamente.

Pero no es esta crítica la que nos ha llevado a ocuparnos del citado ensayo de Havelock Ellis, sino la mención en él contenida de un autor anterior al psicoanálisis que hubo ya de practicar y recomendar, aunque para distintos fines, la técnica de la asociación espontánea, teniendo así un derecho a ser considerado en esta cuestión como un precursor de los psicoanalíticos. «En el año de 1857 —escribe Havelock Ellis—, el doctor J. J. Garth Wilkinson, más conocido como poeta y místico que como médico, publicó un tomo de poesías místicas que pretendía haber compuesto conforme a un breve método, al que daba el nombre de *Impresión*. ‘Se elige un tema —dice—, e inmediatamente después de escribir el título, podemos ya considerar la

primera ocurrencia que acuda a nuestro pensamiento como el paso inicial en el desarrollo del tema, aunque la palabra o la frase de que se trate nos parezca extraña o ajena a él. El primer movimiento de nuestro espíritu, la primera palabra que a nosotros acude, es ya el resultado de la tendencia a adentrarnos en el tema propuesto'. 'Siguiendo consecuentemente este procedimiento —añade Garth Wilkinson— acabamos siempre por penetrar hasta el corazón mismo de las cosas, como guiados por un instinto infalible'. Según Wilkinson, esta técnica atraía a la superficie nuestras más profundas tendencias inconscientes, obligándolas a manifestarse. Aconsejaba dejar a un lado toda reflexión y toda voluntad y confiarse a la improvisación, con la seguridad de que, haciéndolo así, nuestras facultades espirituales se orientarán hacia fines desconocidos».

No debemos olvidar que, aunque Wilkinson era médico, utilizó solamente esta técnica para fines religiosos y literarios, nunca para fines médicos o científicos; mas, de todos modos, no es difícil ver que en lo esencial se trata de la técnica psicoanalítica, aplicada a la propia persona, constituyendo una prueba más de que el método de Freud es realmente el de un artista.

Los lectores familiarizados con la literatura psicoanalítica recordarán aquel bello pasaje de la correspondencia de Schiller con Korner[1902] en el que Schiller habla de las asociaciones espontáneas como de un elemento importantísimo de la producción literaria. Es, pues, de suponer que la técnica que Wilkinson creía nueva hubiese sido ya vislumbrada por otros muchos escritores, y su aplicación sistemática en el psicoanálisis, más que una prueba de la idiosincrasia artística de Freud, constituye una consecuencia de su firme convencimiento de la absoluta determinación de todo el suceder anímico. De esta convicción tenía que deducirse, como posibilidad más inmediata y verosímil, la pertenencia de la asociación espontánea al tema fijado, tal y como luego nos lo comprueba el análisis, cuando la acción de resistencias demasiado intensas no hace irreconocible la conexión.

De todos modos, puede asegurarse que ni Schiller ni Garth Wilkinson han influido para nada en la elección de la técnica psicoanalítica. De existir aquí alguna relación personal, ha de buscarle en otro lado.

No hace mucho, el doctor Hugo Duborvitz, de Budapest, llamó la atención del doctor Ferenczj sobre un breve ensayo de Ludwing Börne,

publicado en 1823 y reproducido luego en el tomo primero de sus *Obras completas* (edición de 1862). Se titula *El arte de llegar a ser un escritor original en tres días*, y parece escrito a la manera de Jean Paul, cuya estela seguía Börne por entonces. Concluye con las palabras siguientes: «Voy a exponer ahora el método prometido. Tomad unos cuantos pliegos de papel y escribid durante tres días, sin falsedad ni hipocresía, todo lo que se os ocurra. Escribid lo que pensáis de vosotros mismos, de vuestras mujeres, de la guerra contra los turcos, de Goethe, del proceso criminal de Fonk, del juicio final, de vuestros superiores, y al cabo de los tres días quedaréis maravillados ante la serie de ideas originales e inauditas que han acudido a vuestro pensamiento. Tal es el arte de llegar a ser en tres días un escritor original».

Cuando el profesor Freud leyó este ensayo de Börne, comunicó una serie de datos que pueden ser muy importantes para la prehistoria del aprovechamiento psicoanalítico de las asociaciones espontáneas. Manifestó, en efecto, que al cumplir los catorce años le habían sido regaladas las obras de Börne, y que precisamente este libro era el único que aún conservaba de aquel tiempo. Börne había sido el primer escritor que había captado profundamente su atención. No conservaba recuerdo alguno del ensayo de que ahora se trataba; pero, en cambio, el de otros contenidos en el mismo volumen habían surgido de cuando en cuando en su memoria, sin causa visible, durante largos años. Sobre todo, le asombraba hallar en el primero algunas ideas que él siempre había mantenido y defendido. Por ejemplo: «A todos nos detiene un funesto miedo de pensar. Más rigurosa que la censura de los Gobiernos es la que ejerce la opinión pública sobre la obra de nuestro espíritu». (También encontramos ya citada aquí la «censura», que luego ha reaparecido en el psicoanálisis como censura onírica…) «Lo que les falta a muchos escritores para ser mejores no es inteligencia, sino carácter… La sinceridad es la fuente del genio, y los hombres serían más inteligentes si fueran más morales…»

No parece, pues, imposible que esta referencia al ensayo de Börne nos haya descubierto un ejemplo de aquella parte de «criptoamnesia» oculta seguramente en muchos casos detrás de una supuesta originalidad.

CVII

PEGAN A UN NIÑO[1903]

APORTACIÓN AL CONOCIMIENTO DE LA GÉNESIS DE LAS PERVERSIONES SEXUALES

1919

I La fantasía de presenciar cómo «pegan a un niño» es confesada con sorprendente frecuencia por personas que han acudido a someterse al tratamiento psicoanalítico en busca de la curación de una histeria o una neurosis obsesiva, y surge probablemente aún con mayor frecuencia en otras que no se han visto impulsadas a tal decisión por una enfermedad manifiesta. A esta fantasía se enlazan sensaciones placientes, y a causa de las cuales ha sido reproducida infinitas veces o continúa siéndolo. Al culminar la situación imaginada se impone al sujeto regularmente una satisfacción sexual de carácter onanista, voluntaria al principio, pero que puede tomar más tarde un carácter obsesivo.

La confesión de esta fantasía cuesta gran violencia al sujeto; el recuerdo de su primera emergencia es harto inseguro, y su investigación analítica tropieza con una resistencia inequívoca. La vergüenza y el sentimiento de culpabilidad parecen actuar aquí con mucha mayor energía que en confesiones análogas sobre los recuerdos primeros de la vida sexual.

Conseguimos fijar, por fin, que las primeras fantasías de este género surgieron en época muy temprana; desde luego, antes del período escolar,

hacia los cinco o los seis años. Cuando el niño veía pegar a otros en la escuela, este suceso despertaba de nuevo la fantasía en aquellos casos en los que ya había sido abandonada, o la intensificaba cuando aún no existía, modificando su contenido de un modo singular. A partir de aquí «pegaban a muchos niños». La influencia de la escuela era tan clara, que los pacientes se inclinaban a un principio de referir exclusivamente sus fantasías de flagelación a esta impresión de la época escolar posterior a sus seis años. Pero esta hipótesis no pudo mantenerse nunca, pues siempre se demostraba que tales fantasías habían existido ya con anterioridad.

Cuando en clases más avanzadas del colegio cesaba la posibilidad de estos sucesos, su influencia quedaba sustituida por la de las lecturas. En el medio en que vivían mis pacientes habían sido siempre los mismos libros accesibles a la juventud los que habían suministrado nuevos elementos a sus fantasías de flagelación: la llamada *Biblioteca Rosa*, *La cabaña del lío Tom* y otros semejantes. En competencia con estas narraciones comenzó ya la propia actividad imaginativa del niño a inventar una gran cantidad de situaciones e instituciones en las cuales los niños eran maltratados o castigados en alguna forma por su mala conducta o sus vicios.

Dado que la fantasía de presenciar cómo pegan a un niño aparecía regularmente enlazada a un elevado placer y culminaba en un acto de satisfacción autoerótica placiente, hubiera sido de esperar que también el presenciar en la escuela el castigo de otro niño hubiera constituido una fuente de análogo placer. Pero esto no sucedía nunca. La asistencia a escenas reales de este género provocaba en el infantil espectador sentimientos singularmente tumultuosos y probablemente mixtos, en los que había una gran parte de repulsa. En algunos casos, la asistencia real al castigo resultaba intolerable para el sujeto. Por lo demás, también en las más refinadas fantasías de años ulteriores constituía un requisito necesario que el niño castigado no recibiera ningún daño serio.

Hemos de preguntarnos qué relación puede existir entre el sentido de estas fantasías y las correcciones corporales recibidas realmente por el niño en su educación familiar. La sospecha de que se trataba de una relación inversa no pudo ser comprobada a causa de la unilateralidad del material. Las personas que nos suministraban la materia de estos análisis sólo muy raras

veces habían sido golpeadas en su infancia, y nunca se trataba de individuos educados a fuerza de golpes, aunque, naturalmente, no hubieran dejado de comprobar alguna vez la superioridad física de sus padres o educadores y hubiesen tomado parte en las peleas, que nunca faltan, entre hermanos o camaradas de juego.

En aquellas fantasías más tempranas y simples, que no mostraban relación ninguna directa con las impresiones escolares o las lecturas del niño, la investigación trató de llegar a un más profundo conocimiento. ¿Quién era el niño maltratado? ¿El sujeto mismo de la fantasía u otro niño distinto? ¿Y quién era el que maltrataba al niño? ¿Una persona adulta? Y entonces, ¿qué persona era ésta? ¿O imaginaba el niño ser él mismo quien golpeaba a otro? Todas estas interrogaciones recibían la misma hosca respuesta: «No sé…; pegaban a un niño».

Las averiguaciones con respecto al sexo del niño maltratado tuvieron más éxito, aunque tampoco nos aproximaron más a la comprensión. La respuesta era algunas veces: «Siempre niños», o «Siempre niñas», y con mayor frecuencia: «No lo sé», o «Es igual». Lo que interesaba al investigador, o sea, el descubrimiento de una relación constante entre el sexo del sujeto de la fantasía y el del niño maltratado, no surgía jamás. Algunas veces se agregaba al contenido de la fantasía algún detalle característico, tal como el de que el niño era golpeado sobre el trasero desnudo.

En estas circunstancias no podía siquiera decidirse si el placer concomitante a la fantasía de flagelación era de carácter sádico o masoquista.

II Tal fantasía, emergida en temprana edad infantil, al estímulo, quizá, de impresiones casuales, y conservada luego para la satisfacción autoerótica, había de ser considerada por el análisis como un signo primario de perversión. Uno de los componentes de la función sexual se habría anticipado a los demás en la evolución, se habría hecho prematuramente independiente y se habría fijado, escapando así a los procesos evolutivos ulteriores y testimoniando una constitución especial anormal del individuo correspondiente. Sabemos que tal perversión infantil no persiste obligadamente a través de toda la vida, pues puede sucumbir luego a la

represión, ser sustituida por un producto de reacción o transmutada por una sublimación. (Aunque quizá lo que sucede es que la sublimación nace de un proceso especial, obstruido por la represión.) Pero cuando estos procesos no se desarrollan, la perversión persiste en la vida adulta, y al comprobar en un individuo una aberración sexual —perversión, fetichismo, inversión— esperaremos justificadamente descubrir por medio de la investigación amnésica un suceso infantil que haya provocado una fijación.

Ya antes de los tiempos del psicoanálisis ha habido observadores, como Binet, que han referido las singulares aberraciones de la edad madura a tales impresiones infantiles, y precisamente a las recibidas por el sujeto a partir de los cinco o los seis años. Pero la investigación de estos observadores tropezó con el hecho desconcertante de que las impresiones causantes de la fijación carecían de toda fuerza traumática, mostrándose en su mayor parte insignificante, sin que pudiera decirse por qué la tendencia sexual había quedado fijada precisamente a ellas. Sin embargo, podía intentarse hallar su sentido en el hecho de haber ofrecido una ocasión casual de fijación a los componentes sexuales anticipados y había de suponerse que la concatenación casual presentaría en algún punto un fin provisional. Precisamente, la constitución congénita parecía llenar todas las condiciones exigibles a tal fin.

Si el componente sexual prematuramente independiente es el sádico, habremos de esperar, basados en nuestra experiencia analítica, que su ulterior represión haga surgir una disposición a la neurosis obsesiva. No puede decirse que esta hipótesis haya sido controvertida por los resultados de la investigación.

Entre los seis casos en cuyo minucioso estudio basamos el presente trabajo (cuatro mujeres y dos hombres) los había, en efecto, de neurosis obsesiva, gravísimo uno de ellos, otro menos grave, accesible al influjo analítico, y por último, un tercero, que, por lo menos, mostraba algunos precisos rasgos de tal neurosis. Un cuarto caso era una franca histeria, con síntomas dolorosos e inhibiciones, y el quinto lo constituía un individuo que acudía al análisis a causa únicamente de cierta indecisión ante la vida y que no hubiera sido clasificado por el diagnóstico clínico general, o simplemente incluido, entre los *psicasténicos*. No debemos considerar que esta estadística defrauda nuestras esperanzas, pues, en primer lugar, sabemos que no toda

disposición ha de continuar desarrollándose hasta la enfermedad, y en segundo, habrá de bastarnos con explicar lo que ante nosotros hallamos, sin entrar para nada en explicar también por qué no se ha producido.

Hasta este punto, y sólo hasta él, nos permiten penetrar en la comprensión de las fantasías de flagelación nuestros conocimientos actuales. Pero el médico analítico ha de sospechar que el problema no queda resuelto al reconocer que tales fantasías permanecen, por lo general, ajenas al contenido restante de la neurosis y no encuentran lugar apropiado para insertarse en él.

III En realidad, sólo podemos hablar de un psicoanálisis correcto cuando la labor psicoanalítica ha conseguido suprimir la amnesia que oculta al adulto el conocimiento de su vida infantil entre los dos y los cinco años. Esto no puede decirse demasiado alto ni repetirse mucho entre los analíticos. Los motivos que impulsan a desatender esta advertencia son fácilmente comprensibles. Todos quisieran conseguir resultados aprovechables en poco tiempo y con poco esfuerzo. Pero actualmente, el conocimiento teórico es mucho más importante para todos nosotros que el éxito terapéutico, y aquellos que descuidan el análisis de la época infantil caerán en graves errores. Esta acentuación de la importancia de las experiencias tempranas no quiere decir que despreciemos la influencia de las ulteriores. Pero éstas son ya estimadas y descritas por el mismo enfermo, mientras que las infantiles han de ser buscadas y devueltas a su verdadera significación por el médico. El período infantil que se extiende entre los dos y los cuatro o los cinco años es aquél en el cual despiertan y son enlazados a determinados complejos por las experiencias del sujeto los factores libidinosos congénitos. Las fantasías de flagelación aquí estudiadas no se muestran sino al final de este período o después de él. Pudieran, pues, tener muy bien una prehistoria, haber realizado una evolución y corresponder a un desenlace y no a un principio.

Esta hipótesis queda confirmada por el análisis. La aplicación consecuente del mismo nos enseña que las fantasías de flagelación tienen una historia evolutiva harto complicada, en cuya trayectoria varían más de una vez casi todos sus elementos: su relación con el sujeto, su objeto, su contenido y su significación.

Para seguir más fácilmente estas transformaciones de las fantasías de flagelación me limitaré a exponer las observaciones realizadas en sujetos femeninos, predominantes en el material de que dispongo (cuatro casos femeninos y dos masculinos). Pero, además, a las fantasías de flagelación de los hombres se enlaza otro tema que no quisiéramos tocar en el presente trabajo. En nuestra exposición cuidaremos también de no esquematizar más de lo inevitable. Aunque nuevas observaciones ulteriores nos demuestren una mayor diversidad en los hechos, estamos seguros de haber aprehendido un suceso típico nada raro.

Así pues, la primera fase de las fantasías de la flagelación en sujetos femeninos habrá de corresponder a una época infantil muy temprana. En tales fantasías hay algo que permanece singularmente indeterminado, como si fuera por completo indiferente. La escasa información que obtenemos de las enfermas en su primer relato —«pegan a un niño»— parece, pues, justificada. Pero, en cambio, hay otra cosa que puede determinarse con plena seguridad y siempre en el mismo sentido. El niño maltratado no es nunca el propio sujeto, sino otro; por lo general, un hermano o hermana menor, cuando los tiene. Pero como puede ser un hermano o una hermana, tampoco este detalle nos descubre una relación constante entre el sexo del sujeto y el del protagonista de su fantasía. Ésta no es, pues, seguramente, de carácter masoquista y nos inclinaríamos a considerarla de carácter sádico si no atendiéramos al hecho de que el propio sujeto no es tampoco el que maltrata al niño en la fantasía. La personalidad del autor de los maltratados no aparece claramente definida al principio. Sólo averiguamos que no se trata de otro niño, sino de un adulto. En esta persona adulta indeterminada nos es luego posible reconocer inequívocamente al *padre* (de la niña).

Por tanto, esta primera fase de la fantasía de flagelación puede quedar descrita diciendo que *el padre pega al niño*.

Dejaremos ya entrever mucha parte del contenido al que luego habremos de referirnos, sustituyendo esta descripción por la siguiente: el padre pega al *niño odiado por mí*. Por otro lado, podemos vacilar en reconocer también el carácter de fantasía a este grado preliminar de la ulterior fantasía de flagelación. Trátase, quizá, más bien de recuerdos relativos a sucesos de este género presenciados por el sujeto en su primera infancia, o de deseos

surgidos en su ánimo en diversas ocasiones. Pero estas dudas carecen de importancia.

Entre esta primera fase y la siguiente tienen efecto grandes transformaciones.

La persona que pega al niño continúa siendo la misma, pero el niño maltratado es otro, generalmente el propio sujeto infantil de la fantasía, la cual provoca ya un elevado placer y recibe un importante contenido, cuya derivación nos ocupará más adelante. Su descripción será ahora la siguiente: *yo soy golpeado por mi padre*. Tiene, pues, un indudable carácter masoquista.

Esta segunda fase es la más importante de todas. Pero en cierto sentido podemos decir que no ha tenido nunca existencia real. No es jamás recordada ni ha tenido nunca acceso a la conciencia. Es una construcción del análisis, pero no por ello deja de constituir una necesidad.

La tercera fase se asemeja nuevamente a la primera. Su descripción nos es conocida ya por las informaciones, antes consignadas, de las pacientes. La persona que pega no es nunca la del padre; queda indeterminada, como en la primera fase, o representada típicamente por un subrogado paterno (el maestro). La propia persona del sujeto de la fantasía no aparece ya en ésta. A las preguntas del médico, las pacientes oponen una absoluta ignorancia o se limitan a declarar que les parece figurar en la fantasía como simples espectadoras. En las fantasías de las niñas son predominantemente niños los golpeados, pero sin que la sujeto pueda identificarlos individualmente. La situación primitiva de la fantasía, sencilla y monótona, puede experimentar múltiples variaciones, y la flagelación misma puede quedar sustituida por castigos y humillaciones de otro género. Pero el carácter esencial en que incluso las fantasías más sencillas de esta fase se diferencian de las de la primera y que establece su relación con la fase media es el siguiente: la fantasía es ahora el sustentáculo de una intensa excitación, inequivocadamente sexual, y provoca, como tal, la satisfacción onanista. Pero precisamente esto es lo enigmático: ¿cuál es el cambio por el que esta fantasía, ya de carácter sádico, en la que son maltratados unos niños desconocidos, llega a convertirse, a partir de esta fase, en un elemento persistente de la tendencia libidinosa de la niña?

No nos ocultamos que tanto la relación y la sucesión de las tres fases de

esta fantasía como todas sus demás peculiaridades continúan siéndonos incomprensibles.

IV

Si conducimos el análisis a través de aquellas épocas tempranas en las cuales está situada la fantasía de flagelación al ser recordada por las pacientes, comprobamos que la niña se hallaba en dicha época bajo el influjo de los estímulos emanados de su complejo parental.

La niña aparece, en este período, tiernamente fijada al padre, que ha hecho, probablemente, todo lo necesario para provocar tal fijación, sembrando con ello la semilla de una actitud hostil a la madre, actitud que persistirá al lado de una tendencia cariñosa y a la que puede estar reservado hacerse más intensa y más claramente consciente con el transcurso de los años o provocar, por reacción, una exagerada adhesión amorosa a la personalidad materna. Pero la fantasía de flagelación no se enlaza con las relaciones entre hija y madre. En la familia hay otros niños, poco mayores o menores, a los cuales la sujeto no quiere, por diversas razones; pero, sobre todo, porque ha de compartir con ellos el amor de los padres, rechazándolos, por tanto, de sí, con la salvaje energía propia de la vida sentimental en esta edad. Cuando se trata de una hermanita menor (como en tres de mis cuatro casos), la sujeto la desprecia, además de odiarla, pero tiene que presenciar cómo atrae a sí aquel exceso de ternura que los padres tienen siempre dispuesto para el hijo menor. Comprende perfectamente que el pegar a alguien, aun sin hacerle daño, significa una negación de cariño y una humillación. Son así muchos los niños que creían poseer el inquebrantable amor de sus padres y a quienes un solo golpe hace caer de las alturas de su imaginada omnipotencia. La idea de que el padre pega a aquel odiado niño será, pues, muy agradable y surgirá independientemente del hecho de haber presenciado o no tal suceso. Tal idea significaría: «El padre no quiere a este otro niño; *sólo me quiere a mí*».

Éste es, por tanto, el contenido y el sentido de la fantasía de flagelación en su primera fase. La fantasía satisface claramente los celos del niño y depende directamente de su vida erótica, pero es apoyada también con gran energía por sus intereses egoístas. No podemos, pues, resolvernos a

considerarla puramente sexual ni nos atrevemos tampoco a calificarla decididamente de sádica. Los caracteres en los cuales estamos acostumbrados a basar nuestras diferenciaciones van haciéndose más borrosos conforme nos acercamos a su origen. Así pues, podemos parafrasear la predicción de las «tres hermanas del destino», a Banquo, y decir con respecto a estas fantasías: «No son, desde luego, sexuales: no son tampoco sádicas, pero constituyen la materia de que ambas cosas saldrán en lo por venir». En cambio, nada nos hace sospechar que ya esta primera fase de la fantasía provoque una excitación que haya de ser derivada en un acto onanista.

En esta prematura elección de objeto del amor incestuoso alcanza claramente la vida sexual del niño el grado de la organización genital, circunstancia que resulta, desde luego, más fácil de comprobar a los niños, pero que tampoco en las niñas puede dar lugar a grandes dudas. La tendencia libidinosa infantil aparece, en efecto, dominada por una sospecha de los fines sexuales ulteriores, definitivos y normales. Podemos preguntarnos asombrados la causa de tal singularidad, pero hemos de aceptar como prueba el hecho de que los genitales inicien ya en esta época su intervención en el proceso de la excitación. El deseo de tener un hijo con la madre no falta jamás en el niño, y el de concebir un hijo del padre es constante en las niñas; todo ello a pesar de una completa incapacidad para concebir el camino que puede conducir al cumplimiento de tales deseos. El niño parece sospechar que los genitales tienen en ello alguna intervención, aunque su actividad investigadora puede buscar la esencia de la intimidad propuesta entre los padres en otras relaciones distintas, tales como la de dormir juntos, las de orinar al mismo tiempo, etc., representaciones más fáciles de aprehender en conceptos verbales que la oscura sospecha relativa a los genitales.

Pero no tarda en llegar la época en que estos tempranos brotes sexuales quedan agostados. Ninguno de estos enamoramientos incestuosos escapa a la fatalidad de la represión. Sucumben a ella, bien en ocasiones exteriores fácilmente comprobables, que provocan una decepción —ofensas inesperadas, el nacimiento de un hermanito, considerado como una infidelidad, etc.—, bien por motivos internos o simplemente por hacerse esperar demasiado el cumplimiento del deseo. Pero, desde luego, la causa eficiente no ha de buscarse en nada de esto, siendo de suponer que tales

relaciones amorosas se hallan destinadas a sucumbir alguna vez, sin que podamos decir a qué. Lo más verosímil es que mueran sencillamente porque ha pasado su tiempo y porque los niños entran en una nueva fase de la evolución, en la cual se ven forzados a repetir la represión de la elección de objeto incestuosa de la historia de la Humanidad, como antes se vieron impulsados a realizar tal elección de objeto (recuérdese el Destino en el mito de Edipo). Aquello que persiste en lo inconsciente como resultado psíquico de los impulsos eróticos incestuosos no es cogido por la conciencia de la nueva fase, y lo que ya se había hecho consciente es expulsado nuevamente de la conciencia. Simultáneamente a este proceso de represión surge una conciencia de culpabilidad, también de origen desconocido, pero enlazada indudablemente a aquellos deseos incestuosos y justificada por la persistencia de los mismos en lo inconsciente[1904].

La fantasía de la época erótica incestuosa decía: «Él (el padre) me quiere sólo a mí y no al otro niño, puesto que le pega». La conciencia de culpabilidad no encuentra castigo más duro que la investigación de este triunfo: «No, no te quiere, pues te pega». De este modo, la fantasía de la segunda fase, en la cual el propio sujeto es maltratado por el padre, llega a ser una expresión directa de la conciencia de culpabilidad, a la cual sucumbe entonces el amor del padre. Se ha hecho, pues, masoquista. Que yo sepa, es éste un hecho constante; la conciencia de culpabilidad es siempre el factor que transforma el sadismo en masoquismo. Pero no es éste, ciertamente, todo el contenido del masoquismo. La conciencia de culpabilidad no puede ser el único elemento eficiente; ha de compartir el dominio con las tendencias eróticas. Recordemos que se trata de niños en los cuales el componente sádico pudo emerger de un modo prematuro y aislado, por causas constitucionales. No necesitamos abandonar este punto de vista; precisamente en estos niños queda muy facilitada una regresión a la organización pregenital sádico-anal de la vida sexual. Cuando la organización genital apenas alcanzada sucumbe a la represión, no surge, como única consecuencia, la de que todos los elementos psíquicos representativos del amor incestuoso se hagan o permanezcan inconscientes. Sucede también que la misma organización genital experimenta una desgracia regresiva. La idea «el padre me ama» tenía un sentido genital; la regresión la transforma en la

siguiente: «El padre me pega (yo soy pegado por el padre)». Este «ser pegado» constituye una confluencia de la conciencia de culpabilidad con el erotismo; *no es sólo el castigo de la relación genital prohibida, sino también su sustitución regresiva*, y de esta última fuente extrae la excitación libidinosa, que desde este punto queda unida a ella y buscará una descarga en actos onanistas. Pero ésta es ya la esencia del masoquismo.

La fantasía de la segunda fase, en la cual la sujeto es pegada por el padre, permanece, por lo general, inconsciente, probablemente a consecuencia de la intensidad de la represión. No puedo indicar por qué en uno de mis seis casos (uno masculino) era recordada conscientemente. Este hombre, ya en plena madurez, había conservado con toda claridad en la conciencia el recuerdo de haber utilizado para fines onanistas la representación de ser pegado por su madre, si bien esta última quedó pronto sustituida en tales fantasías por las madres de algunos de sus condiscípulos o por otras mujeres cualesquiera que presentaran alguna semejanza con ella. No debe olvidarse que al transformarse las fantasías incestuosas de los niños en las fantasías masoquistas correspondientes tiene efecto una inversión más que en el caso de las niñas, inversión consistente en la sustitución de la actividad por la pasividad, y que esta mayor medida de deformación puede quizá evitar a la fantasía la permanencia de lo inconsciente como resultado de la represión. A la conciencia de la culpabilidad le hubiera bastado, por tanto, la regresión, en lugar de la represión. En los casos femeninos, la conciencia de culpabilidad, más exigente quizá, sólo habría quedado satisfecha con la acción conjunta de ambos procesos.

En dos de mis cuatro casos femeninos la fantasía masoquista de flagelación constituía la base de toda una serie de sueños diurnos, muy importantes en la vida de los interesados, a los que correspondió, la función de hacer posible un sentimiento de excitación satisfecha, aun renunciando al acto onanista. En uno de estos casos la fantasía de ser pegado por el padre podía arriesgarse aún a emerger en la conciencia, bajo la condición de que el propio *yo* apareciese irreconociblemente disfrazado. El héroe de estas historias era regularmente maltratado por el padre, y más tarde sólo castigado, humillado, etc.

Repetiremos, sin embargo, que, por lo general, la fantasía permanece

inconsciente y ha de ser reconstruida en el análisis. Esto da, quizá, la razón a aquellos pacientes que quieren recordar que el onanismo surgió en ellos con anterioridad-a la fantasía de flagelación de la tercera fase, de la cual vamos a ocuparnos inmediatamente. Esta fantasía se habría agregado más tarde al onanismo, quizá bajo la impresión de las escenas escolares. Cuantas veces hemos dado crédito a esta información nos hemos inclinado a suponer que el onanismo se hallaba al principio bajo el imperio de la fantasía inconsciente, sustituida después por la consciente.

Como tal sustitución interpretamos, pues, la fantasía de flagelación de la tercera fase, o sea, la estructura definitiva de la misma, en la cual el infantil sujeto imaginativo aparece, a lo más, como espectador, conservándose en ella el padre, pero representado por la persona de un maestro u otro superior cualquiera. La fantasía, análoga ahora a aquella de la primera fase, parece haber vuelto a adquirir un carácter sádico. Nos parece como si en esta fase: «El padre pega al otro niño y no quiere a nadie más que a mí», hubiese retrocedido el acento a la primera parte, después de haber sucumbido la segunda a la represión. Pero sólo la forma de esta fantasía es sádica: la satisfacción de ella extraída es masoquista; su significación está en que ha tomado la carga libidinosa en la parte reprimida, y con ella también el sentimiento de culpabilidad concomitante al contenido. Todos los niños desconocidos golpeados por el maestro no son sino subrogados de la propia persona.

Se muestra aquí también por vez primera algo como una constancia del sexo de los personajes de la fantasía. Los niños golpeados son casi siempre de sexo masculino, tanto en las fantasías de los niños como en las de las niñas. Esta particularidad no se explica, desde luego, por una competencia eventual de los sexos, pues entonces en las fantasías de los niños serían niñas las maltratadas, ni tiene tampoco nada que ver con el sexo del niño odiado en la primera fase, sino que indica el desarrollo de un complicado proceso de las niñas. Cuando éstas se apartan del amor incestuoso de sentido genital al padre, rompen, en general, fácilmente con su femineidad, reaniman su «complejo de masculinidad» (*van Ophuijsen*) y abrigan, a partir de este punto, el deseo de ser un chico. De aquí que sean también niños los representantes de su propia persona en las fantasías. En los dos casos de

sueños diurnos antes citados los protagonistas eran siempre hombres jóvenes, no apareciendo al principio en tales creaciones mujer alguna y sí sólo al cabo de muchos años y como personajes secundarios.

V Espero haber expuesto mis resultados analíticos con detalle, suficiente. Sólo habré de añadir que los seis casos mencionados no constituyen todo mi material, pues dispongo, como también otros analíticos, de un número mucho mayor de casos, menos detenidamente investigados. Estas observaciones pueden ser utilizadas en distintos sectores, y sobre todo para las investigaciones de la génesis de las perversiones, especialmente del masoquismo y para el estudio de la intervención de la diferencia sexual en la dinámica de la neurosis.

El primer resultado de nuestro estudio se refiere a la génesis de las perversiones. No tenemos por qué variar nuestra hipótesis, que atribuye en este punto maxima importancia a la intensificación constitucional o a la anticipación de un componente sexual: pero con esto no está dicho todo. La perversión no aparece ya aislada en la vida sexual del niño, sino que es acogida en el conjunto de los procesos evolutivos típicos por no decir normales que ya conocemos. Queda relacionada con el amor objetivado incestuoso del niño con su complejo de Edipo: surge por vez primera basada en este complejo, y a su desaparición queda subsistente como resto, muchas veces único, del mismo, como legataria de su carga libidinosa y sustentáculo de la conciencia de culpabilidad a él adherida. Por último, la constitución sexual anormal ha mostrado su energía imponiendo al complejo de Edipo una orientación especial y obligándole a subsistir en un fenómeno residual desacostumbrado.

Como es sabido, la perversión infantil puede constituir la base del desarrollo de una perversión de igual sentido, que persista, a través de toda la existencia del sujeto, y devore por entero su vida sexual o. por el contrario, puede ser interrumpida y permanecer en el fondo de un desarrollo sexual normal, al cual robará, de todos modos, una cierta magnitud de energía. El primer caso era ya conocido en la época preanalítica: pero el abismo abierto entre ambos ha sido cegado casi por completo por la investigación analítica

de tales perversiones plenamente desarrolladas. Hallamos, en efecto, con bastante frecuencia, que estos perversos han experimentado también, por lo general, en la época de la pubertad, una tendencia a la actividad sexual normal. Pero tal tendencia no fue lo bastante enérgica y quedó abandonada ante los primeros obstáculos, nunca ausentes, retrocediendo entonces el individuo definitivamente a la fijación infantil.

Naturalmente, sería muy importante saber si la génesis de las perversiones infantiles puede derivarse, de un modo general, del complejo de Edipo. No nos parece imposible: mas para llegar a tal afirmación serían precisas ulteriores investigaciones. Si recordamos las anamnesis logradas en adultos perversos, observamos que la impresión decisiva, la «primera experiencia» de todos estos perversos fetichistas, etc., no es situada casi nunca por ellos en tiempos anteriores a los seis años. Pero en esta época ha desaparecido ya el dominio del complejo de Edipo. El suceso recordado, de tan enigmática eficiencia, pudiera constituir muy bien una supervivencia del mismo. Las relaciones entre él y el complejo, ya reprimido, tienen que permanecer en la oscuridad, mientras el análisis no llega a iluminar la época anterior a la primera impresión «patógena». Habremos de pensar cuán poco valor tiene, por ejemplo, la afirmación de una homosexualidad congénita apoyada en la circunstancia de que la persona interesada había sentido ya, antes de los ocho o de los seis años, una inclinación hacia personas de su mismo sexo.

Pero si resulta posible derivar, en general, las perversiones del complejo de Edipo, nuestras hipótesis sobre el mismo quedarán nuevamente robustecidas. Opinamos, en efecto, que el complejo de Edipo es el verdadero nódulo de la neurosis; y la sexualidad infantil que en él culmina, la verdadera condición de la misma, y afirmamos que los residuos subsistentes de él en lo inconsciente representan la disposición a una adquisición ulterior por el adulto de la enfermedad neurótica. La fantasía de flagelación y otras fijaciones perversas análogas serían también entonces residuos del complejo de Edipo, cicatrices dejadas por el curso del proceso, del mismo modo que el sentimiento de inferioridad corresponde a tal cicatriz narcisista. En este punto hemos de sumarnos sin reserva alguna a la hipótesis de Marcinowski, tan felizmente expuesta por él en un reciente estudio (*Las fuentes eróticas del*

sentimiento de inferioridad, 1918). Esta manía de inferioridad de los neuróticos es perfectamente compatible con una exagerada estimación de la propia persona, procedente de otras fuentes. Sobre el origen del complejo de Edipo mismo, sobre el destino exclusivamente reservado del hombre, entre todos los seres, de tener que empezar dos veces la vida sexual: primeramente, como todas las demás criaturas, en la temprana infancia, y luego, de nuevo, después de una larga interrupción, en la época de la pubertad, y sobre todo aquello que se enlaza a su «herencia arcaica», he manifestado ya mis opiniones, y no he de exponerlas nuevamente aquí.

El examen de nuestras fantasías de flagelación no nos aporta grandes datos sobre la génesis del masoquismo. Parece confirmarse ante todo que el masoquismo no es una manifestación instintiva primaria, sino que nace de un retorno del sadismo contra la propia persona, o sea por regresión desde el objeto al *yo*[1905]. Liemos de aceptar, desde luego, y sobre todo en la mujer, la existencia de instintos de fin pasivo; pero la pasividad no constituye todo el masoquismo. Ha de agregarse aún su carácter displaciente, tan singular en la satisfacción como un instinto. La transformación del sadismo en masoquismo parece ser un producto del influjo de la conciencia de culpabilidad, que colabora a la represión. Esta última se manifiesta, pues, aquí en tres efectos distintos: rechaza a lo inconsciente los resultados de la organización genital, impone a esta misma una regresión a la fase anterior sádico-anal y transforma su sadismo en masoquismo pasivo, y en cierto sentido, nuevamente narcisista. El segundo de estos tres resultados se hace posible por la debilidad que hemos de atribuir a la organización genital en estos casos; el tercero resulta necesario porque la conciencia de culpabilidad siente ante el sadismo la misma repugnancia que ante la elección del objeto incestuoso de sentido genital. Al parecer, es aportada por la nueva fase en que el niño entra, y cuando persiste a partir de ella parece corresponder a una cicatrización análoga a la constituida por el sentimiento de inferioridad. Conforme a nuestra orientación, aún insegura, en la estructura del *yo*, lo adscribiríamos a aquella instancia que se opone, en calidad de conciencia crítica, al resto del *yo*, originando en el sueño el fenómeno funcional de Silberer y segregándose del *yo*, en el delirio de ser observado.

De pasada haremos constar también que el análisis de la perversión

infantil aquí estudiada nos ayuda asimismo a resolver un antiguo enigma que, desde luego, ha preocupado siempre mucho más que a los analíticos a los investigadores ajenos al análisis. Pero recientemente aún, el mismo E. Bleuler ha declarado singular e inexplicable que los neuróticos sitúen el onanismo en el centro de su conciencia de culpabilidad. Por nuestra parte hemos supuesto siempre que esta conciencia de culpabilidad se refería al temprano onanismo infantil y no al onanismo de la pubertad, y que en su mayor parte debía enlazarse no al acto onanista, sino a la fantasía subyacente, inconsciente y emanada del complejo de Edipo.

Hemos indicado ya cuál es la significación que adquiere la tercera fase, aparentemente sádica, de la fantasía de flagelación, como sustentáculo de la excitación que impone el onanismo, y cuál es la actividad imaginativa que suele provocar, en parte como continuación orientada en igual sentido, y en parte como compensación; pero la fantasía presenta como contenido la flagelación del sujeto por su padre. No es sólo que continúe actuando por mediación de la siguiente, que la sustituye; podemos señalar también determinadas influencias ejercidas por ella sobre el carácter y derivadas directamente de su argumento inconsciente. Aquellos hombres que llevan en sí tal fantasía desarrollan una susceptibilidad y una excitabilidad especial contra las personas que pueden ser incluidas en la serie paterna. Se consideran vejados por ellas al menor pretexto y transfieren así a la realidad la situación imaginada de ser golpeados por el padre, para su mayor daño y vergüenza.

No me admiraría descubrir esta misma fantasía como base de la manía de litigar paranoica.

VI

Nuestra descripción de las fantasías de flagelación infantiles hubiera resultado harto intrincada si no la hubiéramos limitado a las observaciones efectuadas en sujetos femeninos. De todos modos, repetiremos brevemente los resultados: la fantasía de flagelación forjada por la niña pasa por tres fases, de las cuales la primera y la última son conscientemente recordadas, permaneciendo, en cambio, inconsciente la segunda. Las dos fases conscientes parecen ser de naturaleza sádica, y la intermedia, inconsciente, de

indudable naturaleza masoquista. Su contenido es el de ser golpeada por el padre, enlazándose a ella una carga libidinosa y una conciencia de culpabilidad. El niño golpeado es, en las dos primeras fantasías, siempre distinto de la sujeto, y en la intermedia, siempre la propia persona de la misma. En la tercera fase, consciente, son, por lo general, niños los maltratados. La persona que maltrata al niño es, desde un principio, el padre, sustituido luego por un subrogado perteneciente a la serie paterna. La fantasía inconsciente de la fase intermedia tenía originariamente una significación genital y surgió por represión y regresión del deseo incestuoso de ser amada por el padre. Agregaré a esto, en un enlace menos íntimo, el hecho de que las niñas fantasean cambiar de sexo entre la segunda y la tercera fase, imaginándose ser niños.

Mi conocimiento de las fantasías de flagelación de los niños es mucho menor, quizá tan sólo por condiciones desfavorables del material. Naturalmente esperábamos hallar en los niños procesos análogos por completo a los descubiertos en las niñas, con la sola diferencia de quedar sustituido en la fantasía el padre por la madre. Esta esperanza pareció confirmarse, pues la fantasía supuestamente correspondiente del niño tenía también como argumento el de ser golpeado por la madre (y más tarde por un subrogado suyo). Pero esta fantasía, en la cual aparecía como protagonista la propia persona del sujeto, se diferenciaba de las fantasías femeninas de la segunda fase en que podía hacerse consciente. Mas, al inclinarnos entonces a equipararla a la tercera fase de las fantasías femeninas, surgía una nueva diferencia, consistente en que la persona del niño no parecía sustituida por diversas niñas indeterminadas. Nuestra hipótesis de un completo paralelismo no obtuvo, pues, confirmación.

Mi material masculino comprendía tan sólo muy pocos casos de individuos con fantasías infantiles de flagelación, pero exentos de otras graves desviaciones de la actividad sexual, integrando, en cambio, mayor cantidad de personas que habían de ser consideradas como masoquistas propiamente dichas, en el sentido de la perversión sexual. Se trataba de individuos que sólo encontraban su satisfacción sexual en el onanismo simultáneo a fantasías masoquistas o que habían logrado acoplar el masoquismo y la actividad genital en forma tal, que, dada una situación

masoquista, conseguían la erección y la eyaculación, o quedaban capacitados para realizar el coito normal. Entre estos casos había uno, más raro, en el que la actividad perversa del individuo masoquista quedaba perturbada por la emergencia de representaciones obsesivas intolerablemente intensas. Aquellos perversos que encuentran plena satisfacción en sus perversiones, sólo raras veces poseen un motivo para someterse al análisis; pero los tres grupos de masoquistas antes indicados pueden encontrar enérgicos motivos para acudir al analítico. El onanista masoquista se descubre totalmente impotente cuando intenta alguna vez el coito con una mujer, y aquellos otros que han podido realizarlo durante un tiempo más o menos largo con ayuda de una representación o una situación masoquista, pueden comprobar de pronto que esta cómoda alianza les falla por completo, pues los genitales no reaccionan ya al estímulo masoquista. Estamos acostumbrados a prometer confiadamente a los individuos aquejados de impotencia psíquica que a nosotros acuden una segura curación; pero, en realidad, debíamos ser más prudentes en este pronóstico, mientras nos es aún desconocida la dinámica de la perturbación.

Quedamos, en efecto, desagradablemente sorprendidos cuando el análisis nos revela la causa de la impotencia «simplemente psíquica» en una refinada actitud masoquista, hondamente arraigada quizá desde mucho tiempo atrás.

En estos individuos masoquistas realizamos un descubrimiento que nos invita a no continuar persiguiendo, de momento, una analogía con los procesos femeninos y a estudiar independientemente su caso. Resulta, en efecto, que tanto en sus fantasías masoquistas como en las situaciones creadas por ellos para transferir tales fantasías a la realidad se atribuyen regularmente el papel de la mujer, de manera que su masoquismo coincide con una actitud femenina. Esta singularidad resulta fácil de comprobar en los detalles de las fantasías; pero algunos pacientes se dan cuenta perfecta de ella y la confiesan con plena seguridad subjetiva. Esta circunstancia no queda alterada por el hecho de que la escena masoquista tenga como argumento el castigo inferido por sus faltas a un niño, un paje y un aprendiz. Las personas que desempeñan en la fantasía el papel activo son siempre mujeres, lo mismo que en las situaciones creadas para transferir a la realidad tales fantasías. Este hecho resulta un tanto desconcertante y nos induce a preguntarnos si ya el

masoquismo de la fantasía infantil de flagelación no reposará también sobre tal actitud femenina[1906].

Dejemos, pues, los hechos difícilmente explicables del masoquismo de los adultos y volvamos nuestra atención a las fantasías infantiles de flagelación forjadas por sujetos masculinos. El análisis de la temprana época infantil nos procura de nuevo un sorprendente descubrimiento. La fantasía consciente o capaz de conciencia que tiene por contenido el ser golpeado por la madre no es primaria. Tiene un estadio preliminar regularmente inconsciente, y cuyo contenido es como sigue: *Soy golpeado por mi padre*. Así, pues, este estadio preliminar corresponde realmente a la segunda fase de la fantasía en la niña. La fantasía consciente en la que el sujeto es pegado por la madre ocupa el lugar de la tercera fase femenina, en la cual, como ya indicamos, los objetos maltratados son niños desconocidos. En cambio, no me ha sido posible hallar un estadio preliminar de naturaleza sádica comparable a la primera fase femenina; pero no quiero de todos modos negar la posibilidad de su existencia, pues sospecho la posibilidad de que existan tipos aún más complicados.

El «ser golpeado» de la fantasía masculina es también un «ser amado» degradado por regresión, en el sentido genital. Así, pues, el contenido de la fantasía masculina inconsciente no fue: «Yo soy pegado por mi padre», como antes afirmamos provisionalmente, sino más bien: *Yo soy amado por mi padre*. Los procesos que ya conocemos lo han transmutado en la fantasía consciente que sigue: *Yo soy pegado por mi madre*. De este modo, la fantasía de flagelación del niño es desde un principio pasiva y ha surgido realmente de la actitud femenina con respecto al padre. Corresponde también, como la femenina (la de la niña), al complejo de Edipo; pero al paralelismo por nosotros esperado entre ambas queda sustituido por una comunidad de otro género: *la fantasía de flagelación se deriva en ambos casos del ligamen incestuoso al padre*.

Conseguiremos mayor claridad en nuestra exposición enlazando aquí las demás coincidencias y divergencias entre las fantasías de flagelación de ambos sexos. En la niña, la fantasía inconsciente masoquista parte de la actitud normal producto del complejo de Edipo; en el niño, de la actitud inversa, que toma al padre como objeto erótico. En la muchacha, la fantasía

presenta un estadio preliminar (la primera fase), en la cual los maltratos surgen con una significación indiferente y recaen sobre una persona odiada por celos. Ambas circunstancias faltan en el niño, si bien es aún posible que una observación más afortunada consiga anular estas diferencias. En la transición a la fantasía consciente sustitutiva, la niña conserva la persona del padre, y con ella, el sexo de la persona que ejerce el papel activo; en cambio, varían la persona golpeada y su sexo, de manera que al final es un hombre el que golpea a unos niños. El niño cambia, por el contrario, la persona y el sexo del protagonista activo de la fantasía, sustituyendo al padre por la madre, y conserva su propia persona, de forma que al final la persona que golpea y la que recibe los golpes son de sexo diferente. En la muchacha la situación masoquista (pasiva) original es transformada por la represión de una situación sádica, cuyo carácter sexual aparece muy borroso; en el niño conserva el carácter masoquista y mantiene, a consecuencia de la diferencia de sexo entre flagelador y flagelado, mayor analogía con la fantasía original de sentido genital. El niño escapa a su homosexualidad por la represión y la transformación de la fantasía inconsciente; lo más singular de su fantasía ulteriormente consciente es que presenta una actitud femenina sin una elección homosexual de objeto. En cambio, la niña elude por completo en el mismo proceso las exigencias de la vida erótica; imagina ser un hombre, aunque sin desarrollar actividad alguna masculina, y se limita a presenciar, como simple espectadora, aquel acto, sustitutivo de otro sexual.

No es aventurado suponer que la represión de la fantasía primitiva consciente no provoca grandes modificaciones. Todo lo reprimido y sustituido para la conciencia es conservado en lo inconsciente y no pierde su capacidad eficiente. No pasa, en cambio, lo mismo con la regresión a una fase más temprana de la organización sexual. De éste hemos de suponer que también modifica las condiciones de lo inconsciente, en forma que, después de la represión, y tanto en los sujetos masculinos como en los femeninos, la fantasía masoquista de ser pegado por el padre perdura en lo inconsciente. No faltan tampoco indicios de que la represión no ha conseguido sino muy imperfectamente sus intenciones. El niño que tendía a eludir la elección homosexual de objeto y que no ha cambiado de sexo se siente, sin embargo, mujer en sus fantasías y adorna a la mujer flageladora con atributos y

cualidades masculinas. La niña que ha renunciado a su sexo y ha realizado, en general, una labor represora fundamental no se libera, sin embargo, del padre ni se atreve a adoptar en la flagelación el papel activo, y como se ha convertido en chico, hace que sean casi siempre niños los objetos de la flagelación.

Sé muy bien que las diferencias indicadas entre las fantasías de flagelación de los niños y de las niñas no han quedado suficientemente aclaradas: pero no emprendo la tentativa de desvanecer estas complicaciones investigando los factores de los cuales dependen, porque no juzgo tampoco suficiente el material de observación hasta ahora reunido. Pero si quiero aprovechar este material para la contrastación de dos teorías opuestas entre sí, que se refieren ambas a la relación de la represión con el carácter sexual, considerando cada una de ellas en su sentido más íntimo.

La primera de estas teorías es anónima. Me fue expuesta hace muchos años por un colega con el que entonces me unían lazos de amistad. Su amplia sencillez resulta tan atractiva, que nos preguntamos, asombrados, cómo no ha trascendido aún a la publicidad más que en ligeras indicaciones aisladas. Se apoya en la constitución bisexual de los individuos humanos y afirma que la lucha de los caracteres sexuales es en todos y cada uno de ellos el motivo de la represión. El sexo más enérgicamente desarrollado predominante en la persona habría reprimido y relegado a lo inconsciente los elementos anímicos representativos del sexo sojuzgado. El nódulo de lo inconsciente, lo reprimido, sería, pues, en todo individuo, la parte del sexo contrario integrada en él. Todo esto sólo adquiere un sentido si consideramos determinado el sexo de un individuo por la estructura de sus genitales, pues si no, resultará difícil precisar cuál es el sexo predominante en un ser humano, y corremos el peligro de derivar precisamente de la investigación aquello que había de constituir su punto de apoyo. En concreto: en el hombre, lo inconsciente reprimido está formado por sus impulsos instintivos femeninos, y por los masculinos en la mujer.

La segunda teoría tiene un origen más reciente. Coincide con la primera en considerar también decisiva para la represión la lucha de los sexos. Pero en los demás se opone a ello. No utiliza apoyos biológicos, sino sociológicos.

Es la teoría de la «protesta masculina», formulada por Alfred Adler, y afirma que todo individuo se resiste a permanecer en la «línea femenina» inferior y tiende hacia la línea masculina, única satisfactoria. Por esta «protesta masculina» explica Adler, en general, tanto la formación de las neurosis como la del carácter. Desgraciadamente, Adler establece tan poca separación entre ambos procesos y desatiende tan considerablemente la represión, que se corre el peligro de caer en error al querer aplicar a la represión la teoría de la protesta masculina. A mi juicio, el resultado de esta tentativa sería el de hallar, como motivo de la represión, la tendencia a abandonar la línea femenina. Lo represor sería, pues, siempre un impulso instintivo masculino, y lo reprimido, un impulso femenino del mismo orden. Pero también el síntoma sería resultado de un impulso femenino, pues no podemos dejar de considerarlo como una sustitución de lo reprimido, emergente, a pesar de la represión.

Contrastemos ahora las dos teorías coincidentes, por decirlo así, en una sexualización del proceso de la represión en el ejemplo de la fantasía de flagelación aquí estudiado. La fantasía primitiva, «Yo soy maltratado por el padre», corresponde, en el niño, a una actitud femenina, siendo, por tanto, una manifestación de su disposición sexual contraria. Si esta disposición sucumbe a la represión, estará en lo cierto la primera teoría, que hace coincidir la perteneciente al sexo contrario con lo reprimido. No corresponde, desde luego, a nuestras esperanzas el hecho de que aquello que surge una vez efectuada la represión, esto es, la fantasía consciente, muestre de nuevo la actitud femenina, aunque referida ahora a la madre. Pero no queremos entrar a examinar las dudas cuando tenemos tan cerca la decisión. La fantasía primitiva de las niñas, «Yo soy maltratada (o sea amada) por mi padre», corresponde, desde luego, como actitud femenina, al sexo predominante y manifiesto en ellas y debería, por tanto, escapar a la represión, no teniendo por qué devenir inconsciente. Pero, en realidad, es reprimida y sustituida por una fantasía consciente que niega el carácter sexual predominante. Esta teoría es, pues, inaprovechable para la comprensión de las fantasías de flagelación y queda rechazada por ellas. Podría objetarse que los sujetos que forjan estas fantasías son niños afeminados y niñas hombrunas o atribuir a un rasgo femenino del niño la génesis de la fantasía pasiva y a un rasgo masculino de

la niña su represión. Probablemente aceptaríamos nosotros tal explicación; pero, no obstante, la relación afirmada entre el carácter sexual manifiesto y la selección de lo destinado a la represión continuaría siendo insostenible. En el fondo no vemos sino que tanto en los individuos masculinos como en los femeninos se dan a la vez impulsos masculinos y femeninos, que pueden igualmente ser relegados a lo inconsciente por la represión.

La teoría de la protesta masculina parece resistir mejor el contraste con los fantasmas de flagelación. Tanto en el niño como en la niña corresponde esta fantasía a una actitud femenina, o sea a una permanencia en la línea femenina, y los dos sexos se apresuran a librarse de esta actitud por medio de la represión. De todos modos, la protesta masculina no parece alcanzar un éxito completo más que en las niñas, en las cuales se nos of rece aquí realmente un ejemplo ideal de la acción de la protesta masculina. En los niños, el resultado no es completamente satisfactorio, pues no queda abandonada la línea femenina. Obraremos, pues, de acuerdo con las consecuencias deducidas de la teoría reconociendo en esta fantasía un síntoma nacido del fracaso de la protesta masculina. Nos estorba, sin embargo, un tanto el hecho de que la fantasía de la niña, nacida de la represión, muestre también el valor y la significación de un síntoma. En este caso, en el que la protesta masculina ha conseguido por completo su intención, debía faltar toda posibilidad de producción de síntomas.

Antes de derivar de esta dificultad la sospecha de que la teoría de la protesta masculina es inaplicable a los problemas de la neurosis y las perversiones, apartaremos nuestra atención de las fantasías de flagelación para orientarlas hacia otras manifestaciones instintivas de la vida sexual infantil, que también sucumben a la represión. Es indudable que también existen deseos y fantasías que conservan desde un principio la línea masculina y son manifestaciones de impulsos instintivos masculinos; por ejemplo, los impulsos sádicos o los deseos del niño con relación a su madre, emanados del complejo de Edipo normal. Es igualmente indudable que también estos impulsos sucumben a la represión. Ahora bien; si la protesta masculina puede explicarnos satisfactoriamente la represión de las fantasías pasivas, luego masoquistas, ello mismo la hace inutilizable para el caso inverso de las fantasías activas. O lo que es lo mismo: la teoría de la protesta

masculina es inconciliable con el hecho de la represión. Sólo quien esté dispuesto a rechazar todas las conquistas psicológicas logradas desde la primera cura catártica de Breuer, y como consecuencia de ella, puede esperar que el principio de la protesta masculina adquiera alguna significación en la explicación de las neurosis y las perversiones.

La teoría basada en la observación sostiene que los motivos de la represión no deben ser sexualizados. La herencia arcaica del hombre constituye el nódulo de lo inconsciente anímico, y todo aquello que en el progreso hacia fases evolutivas ulteriores ha de ser dejado atrás por inútil, incompatible con lo nuevo o perjudicial para ello, sucumbe a la represión. Esta selección se consigue en un grupo de instintos mejor que en el otro. Los instintos sexuales que forman este último logran, por causas especiales repetidamente señaladas, malograr la intención de la resistencia e imponer una representación suya por medio de perturbadores productos sustitutivos. Por esta causa, la sexualidad infantil vencida por la represión es la fuerza impulsora principal de la formación de síntomas, y el elemento principal de su contenido —el complejo de Edipo—, el complejo nodular de la neurosis.

Creo haber sugerido con el presente estudio la posibilidad de derivar también del mismo complejo las aberraciones sexuales, tanto de la infancia como de la edad adulta.

CVIII

ASOCIACIÓN DE IDEAS DE UNA NIÑA DE CUATRO AÑOS[1907]

1920

UNA señora americana, madre de una niña de cuatro años, escribe en una carta particular: «Tengo que contarte lo que ayer me dijo la pequeña. Todavía me dura la sorpresa. La prima Emily hablaba de su próxima boda. La niña la interrumpió de pronto, diciendo. ‘Si Emily se casa, tendrá un niño’. ‘¿De dónde sabes tú eso?’, le pregunté, sorprendida. ‘Si —me respondió—: cuando alguien se casa, tiene siempre un niño’. ‘Pero ¿cómo puedes saber tú eso?’, volví a preguntar. Y ella: ‘Pues todavía sé muchas cosas más; sé también que los árboles crecen en la tierra’ (*in the groud*). ‘¡Fíjate qué singular asociación de ideas! La pequeña ha encontrado por sí misma la explicación que yo pensaba darle algún día’. Y luego añadió: ‘Sé también que Dios hace el mundo (*makes the world*)’. Cuando oigo estas cosas a mi pequeña me parece mentira que no tenga aún cuatro años».

La madre misma parece haber comprendido la transición de la primera a la segunda afirmación de su pequeña. La niña quiere decir: «Sé que los niños crecen en la madre», y expresa este conocimiento indirecta y simbólicamente, sustituyendo la madre por la madre tierra. Por numerosas observaciones análogas e indubitables conocemos ya cuán tempranamente saben los niños servirse de los símbolos. Pero también la tercera afirmación de la niña muestra un evidente enlace con las anteriores.

Es indudable que la niña quería comunicar una mueva parte de sus conocimientos sobre el origen de los niños: «Sé también que todo es obra del padre». Pero esta vez sustituye la idea directa por la sublimación correspondiente: «Dios hace el mundo».

CIX

LO SINIESTRO[1908]

1919

I

EL psicoanalista no siente sino raramente el incentivo de emprender investigaciones estéticas, aunque no se pretenda ceñir la estética a la doctrina de lo bello, sino que se la considere como ciencia de las cualidades de nuestra sensibilidad. La actividad psicoanalítica se orienta hacia otros estratos de nuestra vida psíquica y tiene escaso contacto con los impulsos emocionales —inhibidos en su fin, amortiguados, dependientes de tantas constelaciones simultáneas que forman por lo común el material de la estética. Sin embargo, puede darse la ocasión de que sea impelido a prestar su interés a determinado sector de la estética, tratándose entonces generalmente de uno que está como a trasmano, que es descuidado por la literatura estética propiamente dicha.

Lo *Unheimlich*, lo *siniestro*, forma uno de estos dominios. No cabe duda que dicho concepto está *próximo a los de lo espantable*, *angustiante*, *espeluznante*, pero no es menos seguro que el término se aplica a menudo en una acepción un tanto indeterminada, de modo que casi siempre coincide con lo angustiante en general. Sin embargo, podemos abrigar la esperanza de que el empleo de un término especial —*unheimlich*— para denotar determinado concepto, será justificado por el *hallazgo en él de un núcleo particular*. En

suma: quisiéramos saber cuál es ese núcleo, ese sentido esencial y propio que permite discernir, en lo angustioso, algo que además es «siniestro».

Poco nos dicen al respecto las detalladas exposiciones estéticas, que por otra parte prefieren ocuparse de lo bello, grandioso y atrayente, es decir, de los sentimientos de tono positivo, de sus condiciones de aparición y de los objetos que los despiertan, desdeñando en cambio la referencia a los sentimientos contrarios, repulsivos y desagradables. En cuanto a la literatura medicopsicológica, sólo conozco la disertación de *E. Jentsch*[1909], que, si bien plena de interés, no agota el asunto. He de confesar, en todo caso, que por motivos fáciles de adivinar, dependientes de las circunstancias actuales, no pude consultar a fondo la literatura respectiva, particularmente la extranjera, de modo que pongo este trabajo en manos del lector sin sustentar ninguna pretensión de prioridad.

Jentsch señala, con toda razón, que una dificultad en el estudio de lo siniestro obedece a que la capacidad para experimentar esta cualidad sensitiva se da en grado extremadamente dispar en los distintos individuos. Aun yo mismo debo achacarme una particular torpidez al respecto, cuando sería mucho más conveniente una sutil sensibilidad; pues *desde hace mucho tiempo no he experimentado ni conocido nada que me produjera la impresión de lo siniestro,* He modo que me es preciso evocar deliberadamente esta sensación, despertar en mí un estado de ánimo propicio a ella. Sin embargo, dificultades de esta clase también son propias de muchos otros dominios de la estética, y a causa de ellas no abandonaremos, por cierto, la esperanza de hallar casos que se presten para admitir en ellos, sin lugar a dudas y unánimemente, el fenómeno en cuestión.

Podemos elegir ahora entre dos caminos: o bien averiguar el sentido que la evolución del lenguaje ha depositado en el término «*unheimlich*», o bien congregar todo lo que en las personas y en las cosas, en las impresiones sensoriales, vivencias y situaciones, nos produzca el sentimiento de lo siniestro, deduciendo así el carácter oculto de éste a través de lo que todos esos casos tengan en común. Confesamos sin tardanza que cualquiera de ambas vías nos llevará al mismo resultado: lo siniestro sería aquella suerte de espantoso que afecta las cosas conocidas y familiares desde tiempo atrás. En lo que sigue se verá cómo ello es posible y bajo qué condiciones las cosas

familiares pueden tomarse siniestras, espantosas. Quiero observar aunque en esta investigación comencé por reunir una serie de casos particulares, hallando sólo más tarde una confirmación en los giros del lenguaje. Al exponer el tema, en cambio, seguiré el camino inverso.

La voz alemana «*unheimlich*» es, sin duda, el antónimo de «*heimlich*» y de «*heimisch*» (íntimo, secreto, y familiar, hogareño, doméstico), imponiéndose en consecuencia la deducción de que lo siniestro causa espanto precisamente porque *no* es conocido, familiar. Pero, naturalmente, no todo lo que es nuevo e insólito es por ello espantoso, de modo que aquella relación *no* es reversible. Cuanto se puede afirmar es que lo novedoso se torna fácilmente espantoso y siniestro; pero sólo algunas cosas novedosas son espantosas; de ningún modo lo son todas. Es menester que a lo nuevo y desacostumbrado se agregue algo para convertirlo en siniestro.

Jentsch no ha pasado, en términos generales, de esta relación de lo siniestro con lo novedoso, no familiar. Ubica en la incertidumbre intelectual la condición básica para que se dé el sentimiento de lo siniestro. Según él, lo siniestro sería siempre algo en que uno se encuentra, por así decirlo, desconcertado, perdido. Cuanto más orientado esté un hombre en el mundo, tanto menos fácilmente las cosas y sucesos de éste le producirán la impresión de lo siniestro.

Pero comprobaremos sin dificultad que esta caracterización de lo siniestro no agota sus acepciones, de modo que intentaremos superar la ecuación siniestro - insólito. Dirijámonos ante todo a otras lenguas; pero he aquí que los diccionarios no nos dicen nada nuevo, quizá simplemente porque esas lenguas no son las nuestras. En efecto, hasta adquirimos la impresión de que muchas lenguas carecen de un término que exprese este matiz particular de lo espantable[1910].

Latín (según el pequeño diccionario alemán-latino de K. E. Georges, 1898): un lugar siniestro: *locus suspectus*; a una siniestra hora de la noche: *intempesta nocte*.

Griego (diccionarios de Rost y de Schenkl): ξ’νσδ —es decir: extranjero, extraño, desconocido.

Inglés (según los diccionarios de Lucas, Bellow, Flügel, Muret-Sanders):

uncomfortable, uneasy, gloomy, dismal, uncanny, ghastly; refiriéndose a una casa: *haunted*; de un hombre: *a repulsive fellow*.

Francés (Sachs-Villatte): *inquiétant, sinistre, lugubre, mal à son aise*.

Español (Tollhausen, 1889): sospechoso de mal agüero, lúgubre, siniestro[1911].

Las lenguas italiana y portuguesa parecen conformarse con palabras que designaríamos como circunlocuciones. En árabe y en hebreo, «*unheimlich*» coincide con demoniaco, espeluznante.

Volvamos, por ello, a la lengua alemana.

En el *Wörterbuch der Deutschen Sprache*, de Daniel Sanders (1860), el artículo «*heimlich*» contiene las siguientes indicaciones, que reproduciré íntegramente, destacando algunos pasajes (tomo I, página 729)[1912]:

Heimlich, a. (*-keit*, f *-en): 1*. —también *heimelich, heimelig*, propio de la casa, no extraño, familiar, dócil, íntimo, confidencial, lo que recuerda el hogar, etc.

a) (arcaísmo) perteneciente a la casa, a la familia; o bien: considerado como propio de tales; cif. lat. *familiaris*, acostumbrado: *Die Heimlichen*, los íntimos; *die Hausgenossen*, los cohabitantes de la casa; *der heimliche Rat*, el consejo íntimo (Gén., 41, 45; 2. Samuel, 23, 23; 1. Crón. 12, 25; Prov. 8, 4); término reemplazado ahora por *Geheimer* (ver: *d* 1) *Rat*; véase: *Heimlicher*.

b) Se dice de animales mansos, domesticados. Contrario de salvaje; por ejemplo: “Animales que ni son salvajes, ni *heimlich*”, etc. (Eppendorf, 88). “Animales salvajes… que se domestican para hacerlos *heimlich* y acostumbrados a las gentes” (92). “Cuando estas bestiecillas son criadas desde muy jóvenes junto al hombre, se toman muy *heimlich*, afectuosas”, etc. (Stumpf, 608 a). Así también: “El cordero es tan *heimlich* que come de mi mano” (Hölty). “La cigüeña siempre será un ave bella y *heimlich*” (Linck. Schl., 146). Ver: *Häuslich*, 1, etcétera.

c) Íntimo, familiar; que evoca bienestar, etc.; calma confortable y protección segura, como la casa confortable y abrigada (véase: *Geheuer*): “¿Aún te puedes sentir *heimlich* en tu país, cuando los extranjeros talan sus bosques?” (Alexis H., I, 1, 289). “Ella no se sentía muy *heimlich* junto a él” (Brentano Wehm. 92). “En un sendero sombreado y *heimlich*…, junto al

arroyuelo murmurante”, etc. (Foster, tomo I, 417). “Destruir la *Heimlichkeit* de la patria” (Gervinus, Lit. 5, 375). «No encontraría fácilmente un rinconcito tan *heimlich* (G., 14, 14). “Nos sentíamos tan cómodos, tan tranquilos y confortables, tan *heimlich*” (15,9). “En tranquila *Heimlichkeit*, en los estrechos límites del hogar” (Haller). “Una diligente ama de casa, que con poco sabe hacer una deliciosa *Heimlichkeit*” (Hartmann Unst., 1, 188). “Tanto más *heimlich* parecíale ahora el hombre, hasta hacía poco extraño” (Kerner, 540). “Los propietarios protestantes no se sentían… *heimlich*, entre sus súbditos católicos” (Kohl. Irl. 1, 172). “Cuando todo está *heimlich* y silencioso, oyéndose sólo la calma nocturna que rodea tu celda” (Tiedge 2, 39). “Silencioso y amable y *heimlich*, como para reposar se anhelaría un lugar” (W. 11, 144). “No se sentía nada *heimlich* en ese trance” (27, 170, etc.). Además: “El lugar estaba tan calmo, tan solitario, tan *heimlich* y sombreado” (Scherr. Pilg. 1, 170): “Las olas avanzaban y se retiraban, soñadoras y *heimlich*, mecedoras” (Körner, Sch. 3, 320, etc.). Véase: *Unheimlich*. En particular entre los autores suevos y suizos adopta con frecuencia tres sílabas: “Cuán *heimelich* se sentía Ivo a la noche, cuando estaba acostado en su casa” (Auerbach, D. 1, 249). “En esa casa me sentí tan *heimelig*” (4, 307). “La habitación tibia, la tarde *heimelige*” (Gotthelf, Sch. 127, 148). “He aquí algo que es muy *heimelig*, cuando el hombre siente en el fondo de su corazón cuán poca cosa es, cuán grande es el Señor” (147). “Poco a poco uno se encontró más cómodo y *heimelig*” (U. 1, 297). “La dulce *Heimeligkeit*” (380, 2, 86). “Creo que en parte alguna me encontraré más *heimelich* que aquí” (327; Pestalozzi, 4, 240). “Quien acude de lejos… no podrá vivir muy *heimelig* (amistosamente, como vecino) con las gentes” (325). “La cabaña donde otrora se sentara, tan *heimelig*, tan alegre, entre los suyos” (Reithard, 20). “El cuerno del sereno suena tan *heimelig* desde la torre; su voz, tan hospitalaria, nos invita” (49). “Se duerme aquí tan tibiamente, tan maravillosamente *heim’lig*” (23, etc.). *Esta acepción habría merecido generalizarse, para evitar que tan adecuada palabra cayera en desuso, por su fácil confusión con (2). Por ejemplo: “Los Zeck son todos tan* heimlich (*2*) —¿Heimlich? ¿*Qué quiere decir usted con* heimlich? —*Pues bien: que me siento con ellos como ante un pozo rellenado o un estanque seco. Uno no puede pasar junto a éstos sin tener la impresión de que el agua*

brotará de nuevo, algún día. —Nosotros, aquí, le llamamos unheimlich: *vosotros le decís* heimlich. *¿En qué encuentra usted que esta familia tenga algo secreto e incierto*?”, *etc. (Gutzkow,* R., 2*, 61).*

d) (Véase: *c*). Especialmente en *Silesia*: alegre, jocoso; se dice también del tiempo; véase: *Adelung und Weinhold*.

2.—Secreto, oculto, de modo que otros no puedan advertirlo, querer disimular algo; véase: *Geheim* (secreto) (2), voz de la cual no siempre es distinguido con precisión, especialmente en el nuevo alto alemán y en la lengua más antigua, como, por ejemplo, en la Biblia: Job, 11, 6; 15, 8; Prov. 2, 22; I Corint. 2, 7; etc. También: *Heimlichkeit,* en lugar de *Geheimnis*, secreto (Mat. 13, 35, etc.). Voces que no siempre son distinguidas con precisión, por ejemplo: Hacer algo *heimlich* (tras la espalda de otro); alejarse *heimlich* (furtivamente); reuniones *heimlich* (clandestinas); contemplar la desventura ajena con *heimliche* alegría; suspirar, llorar *heimlich* (en secreto); conducirse *heimlich* (misteriosamente), como si se tuviese algo que ocultar; amor, pecado *heimlich* (secreto); lugares *heimliche* (que el recato obliga a ocultar), (1, Sam. 5, 6); el lugar *heimlich* (refiriéndose al retrete) (2. Reyes, 10, 27; Prov. 5, 256, etc.); también en: *Der heimliche Stuhl* (El asiento secreto), (Zinkgräf 1, 249); precipitar a alguien al pozo, a las *Heimlichkeiten* (3, 75; Rollenhagen Fr. 83, etc.). “Presentóle *heimlich* (en secreto) las yeguas a Leomedon” (B. 161, b, etc.). “Tan oculto, *heimlich*, pérfido y artero contra los señores crueles… como franco, abierto, simpático y servicial frente al amigo que sufre”. (Burmeister gB 2, 157). “Es preciso que sepas también lo que yo tengo de más *heimlich* y sagrado” (Chamisso 4, 56). “El arte *heimlich* (oculto), de la magia” (3, 224). “Donde la discusión pública cesa, allí comienza la *heimliche* intriga” (Forster, Br. 2, 135). “Libertad es la palabra de orden de los *heimliche* conspiradores, el grito de guerra de los revolucionarios declarados” (G. 4, 222). “Una santa, *heimliche* influencia” (15). “Tengo raíces que están muy *heimlich* (escondidas); en la tierra más profunda estoy arraigado” (2, 109). “Mi *heimliche* malicia” (véase: *Heimtücke*) (30, 344). “Si él no lo acepta abierta y conscientemente, podría tomarlo *heimlich* (solapadamente) y sin escrúpulos” (39, 22). “Hizo fabricar *heimlich* y secretamente unos anteojos acromáticos” (375). “En adelante, quisiera que nada *heimlich* (secreto) hubiera entre nosotros” (Sch. 369 b).

“Descubrir, publicar, traicionar las *Heimlichkeiten* (secretos) de alguno; tramar detrás de mis espaldas las *Heimlichkeiten*” (Alevis, H. 2, 3, 168). “En mis tiempos, se solía practicar la *Heimlichkeit* (discreción) (Hagedorn, 3, 92). La *Heimlichkeit* (intriga) y maledicencia que se cometen a ocultas” (Immermann, M. 3, 289). “Sólo la acción del conocimiento puede romper la acción de la *Heimlichkeit* del oro oculto” (Novalis, 1, 69). “Dime dónde la guardas, en qué lugar de silenciosa *Heimlichkeit*” (Sehr. 495, b). “Abejas que formáis la llave de las *Heimlichkeiten*” (cera para sellar cartas secretas) (Tieck, Cymb. 3, 2). “Ser experto en raras *Heimlichkeiten*” (artes mágicas) (Schlegel, Sh., 6, 102, etc.). Véase: *Geheimnis* L. 10: página 291 y siguientes.

Al respecto, véase *1* c, así como, en particular, el antónimo *Unheimlich*: inquietante, que provoca un terror atroz: “Que casi le pareció *unheimlich*, siniestro, espectral” (Chamisso, 3, 238). “Las *unheimliche*, siniestras y lúgubres horas de la noche” (4, 148). “Desde hacía tiempo me sentía *unheimlich*, espeluznado” (242). “Empiezo a sentirme *unheimlich*, extrañamente incómodo” (Gutzkow, 2, 82). “Se siente un terror *unheimlich*” (Verm. 1, 51). “*Unheimlich* e inmóvil, como una estatua de piedra” (Reis, 1, 10). “La niebla *unheimliche*, llamada Haarrauch” (Immermann, M., 3, 299). “Estos pálidos jóvenes son *unheimlich* y meditan Dios sabe qué maldad” (Laube, tomo 1, 119). *“Se denomina* unheimlich *todo lo que, debiendo permanecer secreto, oculto… no obstante, se ha manifestado” (Schelling,* 2, 2, *649)*. “Velar lo divino, rodearlo de cierta *Unheimlichkeit*” (misterio) (658, etc.). No es empleado como antónimo de (*2*), como Campe lo presenta, sin fundamento alguno».

De esta larga cita se desprende para nosotros el hecho interesante de que la voz *heimlich* posee, entre los numerosos matices de su acepción, uno en el cual coincide con su antónimo, *unheimlich* (recuérdese el ejemplo de *Gutzkow*: «Nosotros, aquí, le llamamos *unheimlich*; vosotros le decís *heimlich*»). En lo restante, nos advierte que esta palabra, *heimlich*, no posee un sentido único, sino que pertenece a dos grupos de representaciones que, sin ser precisamente antagónicas, están, sin embargo, bastante alejadas entre sí: se trata de lo que es familiar, confortable, por un lado; y de lo oculto, disimulado, por el otro. *Unheimlich* tan sólo sería empleado como antónimo del primero de estos sentidos, y no como contrario del segundo. El

diccionario de Sanders nada nos dice sobre una posible relación genética entre ambas acepciones. En cambio, nos llama la atención una nota de *Schelling*, que enuncia algo completamente nuevo e inesperado sobre el contenido del concepto *unheimlich: Unheimlich sería todo lo que debía haber quedado oculto, secreto, pero que se ha manifestado*.

Parte de nuestras dudas, así despertadas, son resueltas por los datos que nos ofrece el *Deutsches Wörterbuch*, de Jacob y Wilhelm Grimm (Leipzig, 1877; IV/2, página 874 y siguientes):

«*Heimlich*; adj. y adv. *vernaculus, occultus*; alto alemán medio: *heimelîch, heimlich*. Página 874: en un sentido algo distinto: "me siento *heimlich*, bien, cómodo, sin temor…".

b) Heimlich designa también un lugar libre de fantasmas… Página 875: ß) familiar, amable, íntimo.

4. de heimatlich (*propio de la comarca natal*), haeuslich *(hogareño), emana la noción de lo oculto a ojos extraños, escondido, secreto, empleándose estos términos en diversas relaciones…*

Página 876: "a la izquierda, junto al lago, hay una pradera *heimlich* (escondida) en el bosque" (Schiller, Tell I, 4).

… en empleo un tanto libre y raro en la lengua moderna… *heimlich* se agrega a un verbo que expresa ocultación: "me esconderá *heimlich* en su tienda" (Ps. 27, 5)… "partes *heimlich* (secretas) del cuerpo humano", *pudenda…* "las gentes que no morían, fueron dañadas en sus partes *heimliche*" (secretas, órganos genitales) (I. Samuel, 5, 12)…

c) Los funcionarios que deben suministrar, en cosas del gobierno, consejos importantes y *geheim* (secretos), se llaman *heimliche Rathe* (consejeros secretos), habiendo sido sustituido este adjetivo, por el más corriente: *geheim* (véase éste): "…El faraón nombró (a José) *heimlicher Rath*" (consejero secreto) (Gén. 41, 45).

Página 878, 6. *Heimlich*, en relación con el conocimiento, significa místico o alegórico: significación *heimliche* (oculta): *mysticus, divinus, occultus,figuratus*.

Página 878: en el ejemplo siguiente, la acepción de *heimlich* es otra: sustraído al conocimiento, inconsciente…

Pero *heimlich* también significa impenetrable; cerrado a la investigación:

“¿No lo ves? No tienen confianza en mí; temen el rostro *heimlich* (impenetrable) del duque de Friedland”. (*El campamento de Wallenstein*, acto II).

9. El sentido de escondido, peligroso, oculto, que se expresa en la referencia precedente, .ve *destaca aún más, de modo que* heimlich *acaba por aceptar la significación que habitualmente tiene* unheimlich (*derivado de* heimlich, *3 b, sp. 874*): '‘Me siento a veces como un hombre que pasea por la noche y cree en fantasmas: todo rincón le parece *heimlich*’ (siniestro) y lúgubre). (Klinger, *Teatro*, III, 298)».

De modo que *heimlich es una voz cuya acepción evoluciona hacia la ambivalencia*, hasta que termina por coincidir con la de su antítesis, *unheimlich. Unheimlich* es, de una manera cualquiera, una especie de *heimlich*. Agreguemos este resultado, aún insuficientemente aclarado, a la definición que dio Schelling de lo *Unheimlich*, y veamos cómo el examen sucesivo de distintos casos de lo siniestro nos permitirá comprender las indicaciones anotadas.

II

Si ahora pasamos revista a las personas y cosas, a las impresiones, sucesos y situaciones susceptibles de despertar en nosotros el sentimiento de lo siniestro con intensidad y nitidez singulares, será preciso que elijamos con acierto el primero de los ejemplos. *E. Jentsch* destacó, como caso por excelencia de lo siniestro, la «duda de que un ser aparentemente animado, sea en efecto viviente; y a la inversa: de que *un objeto sin vida esté en alguna forma animado*», aduciendo con tal fin, la impresión que despiertan las figuras de cera, las muñecas «sabias» y los autómatas. Compara esta *impresión con la que producen las crisis epilépticas y las manifestaciones de la demencia, pues tales fenómenos evocarían en nosotros vagas nociones de procesos automáticos, mecánicos, que podrían ocultarse bajo el cuadro habitual de nuestra vida*. Sin estar plenamente convencidos de que esta opinión de Jentsch sea acertada, haremos partir nuestra investigación de las

siguientes observaciones de dicho autor, en las que nos recuerda a un poeta que ha logrado provocar, como ningún otro, los efectos siniestros.

«Uno de los procedimientos más seguros para evocar fácilmente lo siniestro mediante las narraciones», escribe Jentsch, «consiste en dejar que el lector dude de *si determinada figura que se le presenta es una persona o un autómata*. Esto debe hacerse de manera tal que la incertidumbre no se convierta en el punto central de la atención, porque es preciso que el lector no llegue a examinar y a verificar inmediatamente el asunto, cosa que, según dijimos, disiparía fácilmente su estado emotivo especial, *E. T. A. Hoffmann* se sirvió con éxito de esta maniobra psicológica en varios de sus *Cuentos fantásticos*».

Esta observación, ciertamente justa, se refiere ante todo al cuento *Der Sandmann* («El arenero»), que forma parte de los *Nachtstücke* («Cuentos nocturnos[1913]») y del cual procede la figura de la muñeca Olimpia que *Offenbach* hizo aparecer en el primer acto de su ópera *Los cuentos de Hoffmann*. Debo decir, sin embargo —y espero contar con el asentimiento de casi todos los que hayan leído este cuento— que el tema de la muñeca Olimpia, aparentemente animada, de ningún modo puede ser considerado como único responsable del singular efecto siniestro que produce el cuento; más aún: que ni siquiera es el elemento al cual se podría atribuir en primer término este efecto. El ligero viso satírico que el poeta da al episodio de Olimpia, empleándolo para ridiculizar la presunción de su joven enamorado, tampoco facilita aquella impresión. El centro del cuento lo ocupa más bien otro tema, precisamente el que le ha dado título y que siempre vuelve a ser destacado en los momentos culminantes: se trata del *tema del arenero*, el «hombre de la arena» que arranca los ojos a las criaturas.

El estudiante Nataniel, con cuyos recuerdos de infancia comienza el cuento fantástico, a pesar de su felicidad actual no logra alejar de su ánimo las reminiscencias vinculadas a la muerte horrible y misteriosa de su amado padre. En ciertas noches su madre solía acostar temprano a los niños, amenazándolos con que «vendría el hombre de la arena[1914]», y efectivamente, el niño oía cada vez los pesados pasos de un visitante que retenía a su padre durante la noche entera. Interrogada la madre respecto a quién era ese «arenero», negó que fuera algo más que una manera de decir,

pero una niñera pudo darle informaciones más concretas: «Es un hombre malo que viene a ver a los niños cuando no quieren dormir, les arroja puñados de arena a los ojos, haciéndolos saltar ensangrentados de sus órbitas; luego se los guarda en una bolsa y se los lleva a la media luna como pasto para sus hijitos, que están sentados en un nido y tienen picos curvos, como las lechuzas, con los cuales parten a picotazos los ojos de los niños que no se han portado bien».

Aunque el pequeño Nataniel tenía suficiente edad e inteligencia para no creer tan horripilantes cosas del arenero, el terror que éste le inspiraba quedó, sin embargo, fijado en él. Decidió descubrir qué aspecto tenía el arenero, y una noche en que nuevamente se lo esperaba, escondióse en el cuarto de trabajo de su padre. Reconoce entonces en el visitante al abogado Coppelius, personaje repulsivo que solía provocar temor a los niños cuando, en ocasiones, era invitado para almorzar; así, el espantoso arenero se identificó para él con Coppelius. Ya en el resto de la escena, el poeta nos deja en suspenso sobre si nos encontramos ante el primer *delirio de un niño* poseído por la angustia o ante una narración de hechos que, en el mundo ficticio del cuento, habrían de ser considerados como reales. El padre y su huésped están junto al hogar, ocupados con unas brasas llameantes. El pequeño espía oye exclamar a Coppelius: «¡Vengan los ojos, vengan los ojos!», se traiciona con un grito de pánico y es prendido por Coppelius, que quiere arrojarle unos granos ardientes del fuego a los ojos, para echarlos luego a las llamas. El padre le suplica por los ojos de su hijo y el suceso termina con un desmayo seguido por larga enfermedad. Quien se decida por adoptar la interpretación racionalista del «arenero», no dejará de reconocer en esta fantasía infantil la influencia pertinaz de aquella narración de la niñera. En lugar de granos de arena, son ahora brasas encendidas las que quiere arrojarle a los ojos, en ambos casos para hacerlos saltar de sus órbitas. Un año después, en ocasión de una nueva visita del «arenero», el padre muere en su cuarto de trabajo a consecuencia de una explosión y el abogado Coppelius desaparece de la región sin dejar rastros.

Esta terrorífica aparición de sus años infantiles, el estudiante Nataniel la cree reconocer en Giuseppe Coppola, un óptico ambulante italiano que en la ciudad universitaria donde se halla viene a ofrecerle unos barómetros, y que

ante su negativa exclama en su jerga: «¡Eh! ¡Nienti barometri, niente barometri! —ma tengo tambene bello oco… bello oco». El horror del estudiante se desvanece al advertir que los ojos ofrecidos no son sino inofensivas gafas; compra a Coppola un catalejo de bolsillo y con su ayuda escudriña la casa vecina del profesor Spalanzani, logrando ver a la hija de éste, la bella pero misteriosamente silenciosa e inmóvil Olimpia. Al punto se enamora de ella, tan perdidamente que olvida a su sagaz y sensata novia. Pero Olimpia no es más que una muñeca automática cuyo mecanismo es obra de Spalanzani y a la cual Coppola —el arenero— ha provisto de ojos. El estudiante acude en el instante en que ambos creadores se disputan su obra; el óptico se lleva la muñeca de madera, privada de ojos, y el mecánico, Spalanzani, recoge del suelo los ensangrentados ojos de Olimpia, arrojándoselos a Nataniel y exclamando que es a él a quien Coppola se los ha robado. Nataniel cae en una *nueva crisis de locura y, en su delirio*, el recuerdo de la muerte del padre se junta con esta nueva impresión: «¡Uh, uh, uh! ¡Rueda de fuego, rueda de fuego! ¡Gira, rueda de fuego! ¡Lindo, lindo! ¡Muñequita de madera, uh!… ¡Hermosa muñequita de madera, baila… baila…!» Con estas exclamaciones se precipita sobre el supuesto padre de Olimpia y trata de estrangularlo.

Restablecido de su larga y grave enfermedad, Nataniel parece estar por fin curado. Anhela casarse con su novia, a quien ha vuelto a encontrar. Cierto día recorren juntos la ciudad, en cuya plaza principal la alta torre del ayuntamiento proyecta su sombra gigantesca. La joven propone a su novio subir a la torre, mientras el hermano de ella, que los acompaña, los aguardará en la plaza. Desde la altura, la atención de Clara es atraída por un personaje singular que avanza por la calle. Nataniel lo examina a través del anteojo de Coppola, que acaba de hallar en su bolsillo, y al punto *es poseído nuevamente por la demencia*, tratando de precipitar a la joven al abismo y gritando: «¡Baila, baila, muñequita de madera!» El hermano, atraído por los gritos de la joven, la salva y la hace descender a toda prisa. Arriba, el poseído corre de un lado para otro, exclamando: «¡Gira, rueda de fuego, gira!», palabras cuyo origen conocemos perfectamente. Entre la gente aglomerada en la plaza se destaca el abogado Coppelius, que acaba de aparecer nuevamente. Hemos de suponer que su visión es lo que ha desencadenado la locura en Nataniel.

Quieren subir para dominar al demente, pero Coppelius[1915] dice, riendo: «Esperad, pues ya bajará solo». Nataniel se detiene de pronto, advierte a Coppelius, y se precipita por sobre la balaustrada con un grito agudo: «¡Sí! ¡Bello oco, bello oco!» Helo allí, tendido sobre el pavimento, su cabeza destrozada…, pero el hombre de la arena ha desaparecido en la multitud.

Esta breve reseña no deja lugar a ninguna duda: el *sentimiento de lo siniestro es inherente* a la figura del arenero, es decir, a la idea de ser privado de los ojos, y nada tiene que hacer aquí una incertidumbre intelectual en el sentido en que Jentsch la concibe. La duda en cuanto al carácter animado o inanimado, aceptable en lo que a la muñeca Olimpia se refiere, ni siquiera puede considerarse frente a este ejemplo, mucho más significativo, de lo siniestro. Es verdad que el poeta provoca en nosotros al principio una especie de incertidumbre, al no dejarnos adivinar —seguramente con intención— si se propone conducirnos al mundo real o a un mundo fantástico, producto de su arbitrio. Desde luego, tiene el derecho de hacer una cosa o la otra, y si elegirá por escenario de su narración, pongamos por caso, un mundo en que se muevan espectros, demonios y fantasmas —como Shakespeare lo hace en *Hamlet*, en *Macbeth* y, en otro sentido, en *La tempestad y El sueño de una noche de verano*— entonces habremos de someternos al poeta, aceptando como realidad ese mundo de su imaginación, todo el tiempo que nos abandonemos a su historia. Pero en el transcurso del cuento de Hoffmann se disipa esa duda y nos damos cuenta de que el poeta quiere hacernos mirar a nosotros mismos a través del diabólico anteojo del óptico, o que quizá también él mismo en persona haya mirado por uno de esos instrumentos. El final del cuento nos demuestra a todas luces que el óptico Coppola es, en efecto, el abogado Coppelius, y en consecuencia, también el hombre de la arena.

Ya no se trata aquí de una «incertidumbre intelectual»: sabemos ahora que no se pretendió presentarnos los delirios de un demente, tras los cuales nosotros, con nuestra superioridad racional, habríamos de reconocer el verdadero estado de cosas; pero esta revelación no reduce en lo más mínimo la impresión de lo siniestro. De modo que la incertidumbre intelectual en nada nos facilita la comprensión de tan siniestro efecto.

En cambio, *la experiencia psicoanalítica nos recuerda que herirse los*

ojos o perder la vista es un motivo de terrible angustia infantil. Este temor persiste en muchos adultos, a quienes *ninguna mutilación espanta tanto como la de los ojos*. ¿Acaso no se tiene la costumbre de decir que se cuida algo como un ojo de la cara[1916]?. El estudio de los sueños, de las fantasías y de los mitos nos enseña, además, que el temor por *la pérdida de los ojos, el miedo a quedar ciego, es un sustituto frecuente de la angustia de castración*. También el castigo que se impone *Edipo*, el mítico criminal, al enceguecerse, no es más que una castración atenuada, pena ésta que de acuerdo con la ley del tallón sería la única adecuada a su crimen. Colocándose en un punto de vista racionalista, podría tratarse de negar que el temor por los ojos esté relacionado con la angustia de castración: se encontrará entonces perfectamente comprensible que un órgano tan precioso como el ojo sea protegido con una ansiedad correspondiente, ya hasta se podrá afirmar que tampoco tras la angustia de castración se esconde ningún secreto profundo, ninguna significación distinta de la mutilación en sí. Pero con ello no se toma en cuenta la *sustitución mutua entre el ojo y el miembro viril*, manifestada en sueños, fantasías y mitos, ni se logrará desvirtuar la impresión de que precisamente la amenaza de perder el órgano sexual despierta un sentimiento particularmente intenso y enigmático, sentimiento que luego repercute también en las representaciones de la pérdida de otros órganos. Todas nuestras dudas desaparecen cuando, al analizar a los neuróticos, nos enteramos de las particularidades de este «complejo de castración» y del inmenso papel que desempeña en la vida psíquica.

Tampoco aconsejaría a ningún adversario del psicoanálisis que adujera justamente el cuento del arenero, de Hoffmann, para afirmar que el temor por los ojos sería independiente del complejo de castración. Pues si así fuera, ¿por qué aparece aquí la angustia por los ojos íntimamente relacionada con la muerte del padre? ¿Por qué el arenero retorna cada vez como aguafiestas del amor? Primero separa al desgraciado estudiante de su novia y del hermano de ésta, su mejor amigo; luego destruye su segundo objeto de amor, la bella muñeca Olimpia; finalmente lo impulsa al suicidio, justamente antes de su feliz unión con Clara, a la que acaba de encontrar de nuevo. Estos elementos del cuento, como otros muchos, parecen arbitrarios y carentes de sentido si se rechaza la vinculación entre el temor por los ojos y la castración, pero en

cambio se tornan plenos de significación en cuanto, en lugar del arenero, se coloca al temido padre, a quien se atribuye el propósito de la castración[1917].

Así, nos atreveremos a referir el carácter siniestro del arenero al complejo de castración infantil. Pero la mera idea de que semejante factor infantil haya podido engendrar este sentimiento nos incita a buscar una derivación análoga que sea aplicable a otros ejemplos de lo siniestro. En el arenero aparece aún el tema de la muñeca aparentemente viva, que Jentsch señalaba. Según este autor, la circunstancia de que se despierte una incertidumbre intelectual respecto al carácter animado o inanimado de algo, o bien la de que un objeto privado de vida adopte una apariencia muy cercana a la misma, son sumamente favorables para la producción de sentimientos de lo siniestro. Pero con las muñecas nos hemos acercado bastante a la infancia. Recordaremos que el niño, *en sus primeros años de juego, no suele trazar un límite muy preciso entre las cosas vivientes y los objetos inanimados*, y que gusta tratar a su muñeca como si fuera de carne y hueso. Hasta llegamos a oír ocasionalmente, por boca de una paciente, que todavía a la edad de ocho años estaba convencida de que si mirase a sus muñecas de una manera particularmente penetrante, éstas adquirirían vida. Así, el factor infantil también aquí puede ser demostrado con facilidad, pero, cosa extraña: en el caso del arenero se trataba de la reanimación de una vieja angustia infantil; frente a la muñeca viviente, en cambio, ya no hablamos de angustia: el niño no sintió miedo ante la idea de ver viva a su muñeca, y quizá hasta lo haya deseado. De modo que en este caso la fuente del sentimiento de lo siniestro no se encontraría en una angustia infantil, sino en un deseo, o quizá tan sólo en una creencia infantil. He aquí algo que parece contradictorio, pero es posible que sólo se trate de una multiplicidad de manifestaciones que más adelante pueda facilitar nuestra comprensión.

E. T. A. Hoffmann es el maestro sin par de lo siniestro en la literatura. Su novela *Los elixires del Diablo* presenta todo un conjunto de temas a los cuales se podría atribuir el efecto siniestro de la narración. El argumento de la novela es demasiado rico y entreverado como para que se pueda intentar referirlo en una reseña. Al final del libro, cuando las convenciones sobre las cuales se fundaba la acción y que hasta entonces habían sido disimuladas al lector, le son finalmente comunicadas, he aquí que éste no queda informado,

sino por el contrario completamente confundido. El poeta ha acumulado demasiados efectos semejantes; la impresión que produce el conjunto no sufre por ello, pero sí nuestra comprensión. Es preciso que nos conformemos con seleccionar, entre estos temas que evocan un efecto siniestro, los más destacados, a fin de investigar si también para ellos es posible hallar un origen en fuentes infantiles. Nos hallamos así, ante todo, con *el tema del «doble» o del «otro yo», en todas sus variaciones y desarrollos*, es decir: con la aparición de personas que a causa de su figura igual deben ser consideradas idénticas; con el acrecentamiento de esta relación mediante la transmisión de los procesos anímicos de una persona *a su «doble»* —lo que nosotros llamaríamos telepatía—, de modo que uno participa en lo que el otro sabe, piensa y experimenta; con la identificación de una persona con otra, de suerte que pierde el dominio sobre su propio *yo* y coloca el *yo* ajeno en lugar del propio, o sea: desdoblamiento del yo, partición del yo, sustitución del yo; finalmente con el *constante retorno de lo semejante, con la repetición de los mismos rasgos faciales, caracteres, destinos, actos criminales, aun de los mismos nombres en varias generaciones sucesivas*.

El tema del «doble» ha sido investigado minuciosamente, bajo este mismo título, en un trabajo de *O. Rank*[1918]. Este autor estudia las relaciones entre el «doble» y la imagen en el espejo o la sombra, los genios tutelares, las doctrinas animistas y el temor ante la muerte. Pero también echa viva luz sobre la sorprendente evolución de este tema. En efecto, el «*doble» fue primitivamente una medida de seguridad contra la destrucción del yo, un «enérgico mentís a la omnipotencia de la muerte*» (O. Rank), y probablemente haya sido el alma «inmortal» el primer «doble» de nuestro cuerpo. La creación de semejante desdoblamiento, destinado a conjurar la aniquilación, tiene su parangón en un modismo expresivo del lenguaje onírico, consistente en *representar la castración por la duplicación o multiplicación del símbolo genital*. En la cultura de los viejos egipcios esa tendencia compele a los artistas a modelar la imagen del muerto con una sustancia duradera. Pero estas representaciones surgieron en el terreno de la egofilia ilimitada, del narcisismo primitivo que domina el alma del niño tanto como la del hombre primitivo, y sólo al superarse esta fase se modifica el signo algebraico del «doble»; de un asegurador de la supervivencia se

convierte en un siniestro mensajero de la muerte.

Pero la idea del «doble» no desaparece necesariamente con este protonarcisismo original, pues es posible que adquiera nuevos contenidos en las fases ulteriores de la evolución del *yo*. En éste se desarrolla paulatinamente una instancia particular que se opone al resto del *yo*, que sirve a la autoobservación y a la autocrítica, que cumple la función de censura psíquica, y que nuestra consciencia conoce como *conciencia*[1919]. En el caso patológico del delirio de referencia, esta instancia es aislada, separada del *yo*, haciéndose perceptible para el médico. La existencia de semejante *instancia susceptible de tratar al resto del* yo *como si fuera un objeto*, o sea la *posibilidad de que el hombre sea capaz de autoobservación*, permite que la vieja representación del «doble» adquiera un nuevo contenido y que se le atribuya una serie de elementos: en primer lugar, todo aquello que la autocrítica considera perteneciente al superado narcisismo de los tiempos primitivos[1920].

Pero no sólo este contenido ofensivo para la crítica yoica puede ser incorporado al «doble», sino también todas las posibilidades de nuestra existencia que no han hallado realización y que la imaginación no se resigna a abandonar, todas las aspiraciones del *yo* que no pudieron cumplirse a causa de adversas circunstancias exteriores, así como todas las decisiones volitivas coartadas que han producido la ilusión del libre albedrío[1921].

Pero una vez expuesta de este modo la motivación manifiesta del «doble», henos aquí obligados a confesarnos que nada de lo que hemos dicho basta para explicarnos el extraordinario grado del carácter siniestro que es propio de esa figura. Por otra parte, nuestro conocimiento de los procesos psíquicos patológicos nos permite agregar que nada hay en este contenido que alcance a dar razón de la tendencia defensiva que *proyecta al «doble» fuera del* yo, *cual una cosa extraña*. El carácter siniestro sólo puede obedecer a que *el «doble» es una formación perteneciente a las épocas psíquicas primitivas y superadas, en las cuales sin duda tenía un sentido menos hostil. «El doble»* le *ha transformado en un espantajo, así como los dioses se tornan demonios una vez caídas sus religiones*. (Heine, *Die Götter im Exil*. «Los dioses en el destierro».)

Aplicando la pauta que nos suministra el tema del «doble», es fácil

apreciar los *otros trastornos del yo* que Hoffmann utiliza en sus cuentos. Consisten aquéllos en un retorno a determinadas fases de la evolución del sentimiento yoico, en una regresión a la época en que el *yo* aún no se había demarcado netamente frente al mundo exterior y al prójimo. Creo que estos temas contribuyen a dar a los cuentos de Hoffmann su carácter siniestro, aunque no es fácil determinar la parte que les corresponde en la producción de esa atmósfera.

El factor de la repetición de lo semejante quizá no sea aceptado por todos como fuente del sentimiento en cuestión. Según mis observaciones, en ciertas condiciones y en combinación con determinadas circunstancias, despierta sin duda la sensación de lo siniestro, que por otra parte nos recuerda la sensación de inermidad de muchos estados oníricos. Cierto día, al recorrer en una cálida tarde de verano las calles desiertas y desconocidas de una pequeña ciudad italiana, vine a dar a un barrio sobre cuyo carácter no pude quedar mucho tiempo en duda, pues asomadas a las ventanas de las pequeñas casas sólo se veían mujeres pintarrajeadas, de modo que me apresuré a abandonar la callejuela tomando por el primer atajo. Pero después de haber errado sin guía durante algún rato, encontréme de pronto en la misma calle, donde ya comenzaba a llamar la atención; mi apresurada retirada sólo tuvo por consecuencia que, después de un nuevo rodeo, vine a dar allí por tercera vez. Mas entonces se apoderó de mí un sentimiento que sólo podría calificar de siniestro, y me alegré cuando, renunciando a mis exploraciones, volví a encontrar la plaza de la cual había partido. Otras situaciones que tienen en común con la precedente el *retorno involuntario a un mismo lugar*, aunque difieran radicalmente en otros elementos, producen, sin embargo, la misma impresión de inermidad y de lo siniestro. Por ejemplo, cuando uno se pierde, sorprendido por la niebla en una montaña boscosa, y pese a todos sus esfuerzos por encontrar un camino marcado o conocido, vuelve varias veces al mismo lugar caracterizado por un aspecto determinado. O bien cuando se yerra por una habitación desconocida y oscura, buscando la puerta o el interruptor de la luz, y se tropieza en cambio por décima vez con un mismo mueble; situación ésta que *Mark Twain*, aunque mediante una grotesca exageración, pudo dotar de irresistible comicidad.

También hallamos fácilmente este carácter en otra serie de hechos: sólo el

factor de la *repetición involuntaria* es el que nos hace parecer siniestro lo que en otras circunstancias sería inocente, imponiéndonos así la idea de lo nefasto, de lo ineludible, donde en otro caso sólo habríamos hablado de «casualidad». Así, por ejemplo, seguramente es una vivencia indiferente si en el guardarropas nos dan, al entregar nuestro sombrero, un número determinado —digamos, el 62— o si nos hallamos conque nuestro camarote del barco lleva ese número. Pero tal impresión cambia si ambos hechos, indiferentes en sí, se aproximan, al punto que el número 62 se encuentra varias veces en un mismo día, o si aún llega a suceder que cuanto lleva un número —direcciones, cuartos de hotel, coches de ferrocarril, etc.— presenta siempre la misma cifra, por lo menos como elemento parcial. Se considera esto «siniestro», y quien no esté acorazado contra la superstición, será tentado a atribuir un sentido misterioso a este obstinado retorno del mismo número, viendo en él, por ejemplo, una alusión a la edad que no ha de sobrevivir. O si, en otro caso, comenzando justamente a estudiar las obras del gran fisiólogo *H. Hering*, se reciben, con pocos días de intervalo y procedentes de distintos países, cartas de dos personas que llevan ese mismo nombre, mientras que hasta entonces jamás se había estado en relación con individuos así llamados. Un inteligente investigador trató hace poco de reducir a ciertas leyes los hechos de esta clase, quitándoles así inevitablemente todo carácter siniestro. No me atrevería a decidir si ha tenido éxito en su empresa[1922].

En cuanto a lo siniestro evocado por el retorno de lo semejante y a la manera en que dicho estado de ánimo se deriva de la vida psíquica infantil, no puedo más que mencionarlo en este conexo, remitiéndome en lo restante a una nueva exposición del tema, en otras relaciones, que ya tengo preparada Me limito, pues, a señalar que *la actividad psíquica inconsciente está dominada por un automatismo o impulso de repetición (repetición compulsiva)*, inherente, con toda probabilidad, a la esencia misma de los instintos, *provisto de poderío suficiente para sobreponerse al principio del placer*; un impulso que confiere a ciertas manifestaciones de la vida psíquica un carácter demoniaco, que aún se manifiesta con gran nitidez en las tendencias del niño pequeño, y que domina parte del curso que sigue el psicoanálisis del neurótico. Todas nuestras consideraciones precedentes nos disponen para aceptar que se sentirá como siniestro cuanto sea susceptible de

evocar este impulso de repetición interior.

Creo, empero, que ha llegado el momento de abandonar el comentario de estas condiciones, un tanto difíciles de apreciar, para dedicarnos a la búsqueda de casos indudables de lo siniestro, cuyo análisis nos permitirá decidir definitivamente sobre el valor de nuestra hipótesis.

En *El anillo de Policrates*[1923], el huésped se aparta horrorizado al advertir que todos los deseos del amigo se cumplen al instante, que cada una de sus preocupaciones es disipada sin tardanza por el destino. Su amigo se le ha tornado «siniestro». La razón que para ello se da a sí mismo —que *quien es demasiado feliz debe temer la envidia de los dioses*— nos parece demasiado oscura, pues su sentido está velado mitológicamente. Acudamos por ello a otro ejemplo procedente de un territorio mucho más sencillo. En la historia clínica de una neurosis obsesiva[1924] conté que este enfermo había pasado cierto tiempo en una estación termal, con gran provecho para su persona, pero tuvo el tino de no atribuir su mejoría a las propiedades curativas de las aguas, sino a la ubicación de su cuarto, contiguo al de una amable enfermera. Al volver por segunda vez a ese establecimiento reclamó el mismo cuarto, pero al oír que ya había sido ocupado por un viejo señor, dio libre curso a su disgusto, exclamando: «¡Que se muera de un patatús!» Dos semanas más tarde el señor efectivamente sufrió un ataque de apoplejía, hecho que para mi enfermo fue «siniestro». Esta impresión habría sido aun más intensa si entre su exclamación y el accidente hubiera mediado un tiempo más breve, o bien si a mi paciente le hubiesen ocurrido varios episodios similares. En efecto, no tuvo dificultad en suministrarme confirmaciones semejantes, y no sólo él, sino *todos los neuróticos obsesivos* que pude estudiar me narraron vivencias análogas. De ningún modo se sorprendían al encontrarse regularmente con la persona en la cual, quizá por vez primera en mucho tiempo, acababan de pensar; regularmente sucedíales que recibían por la mañana carta de un amigo, y la noche anterior habían dicho: «Hace tiempo que no sabemos nada de fulano». Sobre todo, raramente se producían accidentes o fallecimientos, sin que poco antes la idea de esa desgracia hubiera pasado por su mente. Comunicaban esta circunstancia con la mayor modestia, pretendiendo tener *presentimientos* que «casi siempre» se realizaban.

Una de las formas más extendidas y más siniestras de la superstición es el temor al «mal de ojo», que ha sido sometido a un profundo estudio por el oftalmólogo de Hamburgo, S. Seligmann[1925]. La fuente de la cual emana este temor jamás parece haber sido confundida. *Quien posee algo precioso, pero perecedero*', *teme la envidia ajena, proyectando a los demás la misma envidia que habría sentido en lugar del prójimo*. Tales impulsos suelen traducirse por medio de la mirada, aunque uno se niegue a expresarlos en palabras, y cuando alguien se destaca sobre los demás por alguna manifestación notable, especialmente de carácter desagradable, se está dispuesto a suponer que su envidia debe haber alcanzado una fuerza especial y que esta fuerza bien podrá llevarla a convertirse en actos. Se sospecha, pues, una secreta intención de dañar, y basándose en ciertos indicios se admite que este propósito también dispone de suficiente poder nocivo.

Estos últimos ejemplos de lo siniestro se fundan en el principio que, de acuerdo con la sugestión de un paciente, he denominado «*omnipotencia del pensamiento*». A esta altura de nuestro estudio ya no podemos confundir el terreno en que nos encontramos. El análisis de estos diversos casos de lo siniestro nos ha llevado a una vieja concepción del mundo, al *animismo*, caracterizado por la pululación de espíritus humanos en el mundo, por la sobreestimación narcisista de los propios procesos psíquicos, por la omnipotencia del pensamiento y por la técnica de la magia que en ella se basa, por la atribución de fuerzas mágicas, minuciosamente graduadas a personas extrañas y a objetos (Mana[1926], y finalmente por todas las creaciones mediante las cuales el ilimitado narcisismo de ese período evolutivo se defendía contra la innegable fuerza de la realidad. Parece que en el *curso de nuestro desarrollo individual todos hemos pasado por una fase correspondiente* a este animismo de los primitivos, que en ninguno de nosotros esa fase ha transcurrido sin dejar restos y trazas capaces de manifestarse en cualquier momento, y que *cuanto hoy nos parece «siniestro» llena la condición de evocar esos restos de una actividad psíquica animista, estimulándolos a manifestarse*[1927].

Será oportuno enunciar aquí dos formulaciones en las cuales quisiera condensar lo esencial de nuestro pequeño estudio. Ante todo: si la teoría psicoanalítica tiene razón al afirmar que todo *afecto* de un impulso

emocional, cualquiera que sea su naturaleza, es *convertido por la represión en angustia*, entonces es preciso que entre las formas de lo angustioso exista un grupo en el cual se pueda reconocer que esto, lo angustioso, es algo reprimido que retorna. Esta forma de la angustia sería precisamente lo siniestro, siendo entonces indiferente si ya tenía en su origen ese carácter angustioso, o si fue portado por otro tono afectivo. En segundo lugar, si ésta es realmente la *esencia de lo siniestro*, entonces comprenderemos que el lenguaje corriente pase insensiblemente de lo «*Heimlich*» a su contrario, lo «*Unheimlich*», pues esto último, lo siniestro, no sería realmente nada nuevo, sino más bien algo que siempre fue familiar a la vida psíquica y que sólo se tornó extraño mediante el proceso de su represión. Y este vínculo con la represión nos ilumina ahora la definición de Schelling, según la cual lo siniestro sería algo que, debiendo haber quedado oculto, se ha manifestado.

Sólo nos resta aplicar el conocimiento que así hemos adquirido a la explicación de otros ejemplos de lo siniestro.

Muchas personas consideran *siniestro* en grado sumo cuanto está relacionado con la *muerte*, con *cadáveres*, con la *aparición de los muertos*, *los espíritus* y los *espectros*. Hemos visto que varias lenguas modernas ni siquiera pueden reproducir nuestra expresión; *ein unheimliches Haus* («una casa siniestra»), sino mediante la circunlocución: «*una casa encantada*» (habitada por fantasmas). En realidad, debíamos haber comenzado nuestras investigaciones con este ejemplo de lo siniestro, quizá el más notable de todos, pero no lo hicimos porque aquí lo siniestro se mezcla excesivamente con lo *espeluznante*, y en parte coincide con ello. Pero difícilmente haya otro dominio en el cual nuestras ideas y nuestros sentimientos se han modificado tan poco desde los tiempos primitivos, en el cual lo arcaico se ha conservado tan incólume bajo un ligero barniz, como en el de *nuestras relaciones con la muerte*. Dos factores explican esta detención del desarrollo: la fuerza de nuestras reacciones afectivas primarias y la incertidumbre de nuestro conocimiento científico. La biología aún no ha logrado determinar si la muerte es el destino ineludible de todo ser viviente o si sólo es un azar constante, pero quizá evitable, en la vida misma. El axioma de que todos los hombres son mortales aparece, es verdad, en los textos de lógica, como ejemplo por excelencia de un aserto general, pero no convence a nadie, y

nuestro inconsciente sigue resistiéndose, hoy como antes, a asimilar la idea de nuestra propia mortalidad. Las religiones siguen negándole importancia, aun hoy, al hecho incontrovertible de la muerte individual, haciendo continuar la existencia más allá del fin de la vida; los poderes del Estado consideran imposible mantener el orden moral entre los mortales, sin echar mano al recurso de corregir la vida terrena con un más allá mejor; en las carteleras de nuestras ciudades se anuncian conferencias destinadas a enseñar cómo ponerse en relación con las almas de los difuntos, y es innegable que muchos de nuestros mejores espíritus y de nuestros pensadores más sutiles entre los hombres de ciencia han creído, especialmente hacia el fin de su propia vida, que no son escasas las posibilidades de semejante comunicación. Dado que casi todos seguimos pensando al respecto igual que los salvajes, no nos extrañe que el primitivo temor ante los muertos conserve su poder entre nosotros y esté presto a manifestarse frente a cualquier cosa que lo evoque. Aún es probable que mantenga su viejo sentido: el de que los muertos se tornan enemigos del sobreviviente y se proponen llevarlo consigo para estar acompañados en su nueva existencia. Frente a esta inmutable actitud nuestra ante la muerte podríamos preguntarnos más bien dónde ha ido a parar la represión, condición necesaria para que lo primitivo pueda retornar como algo siniestro. Pero no nos preocupemos: existe, en efecto, en nuestro ejemplo, pues oficialmente las personas que se consideran cultas ya no creen que los difuntos puedan aparecer como espíritus; han supeditado su aparición a condiciones remotas y raramente realizadas, y la actitud afectiva frente al muerto, primitivamente muy equívoca, ambivalente, se ha atenuado en los niveles más altos de la vida psíquica, hasta convertirse en el sentimiento unívoco de la piedad[1928].

Sólo será preciso que agreguemos unos pocos complementos, pues con el animismo, la magia y los encantamientos, la omnipotencia del pensamiento, las actitudes frente a la muerte, las repeticiones no intencionales y el complejo de castración, casi hemos agotado el conjunto de los factores que transforman lo angustioso en siniestro.

También puede decirse de un ser viviente que es siniestro cuando se le atribuyen intenciones malévolas. Pero tal circunstancia no basta, pues es preciso agregar que éstas, sus intenciones, se realicen para perjudicarnos con

la ayuda de fuerzas particulares. El «gettatore» es un buen ejemplo. Se trata de un siniestro personaje de la superstición romana que *Albert Schaffer*, en su libro *Josef Montfort*, ha transformado, con intuición poética y con profunda inteligencia psicoanalítica, en una figura simpática. Pero estas fuerzas secretas nos llevan de nuevo al terreno del animismo. El presentimiento de tales fuerzas misteriosas es el que hace parecerle a la pía Margarita tan siniestra la figura de Mefistófeles:

> Ella sospecha que yo debo ser un genio
> Quizá aun el mismo Diablo.

El carácter siniestro de la epilepsia y de la demencia tiene idéntico origen. El profano ve en ellas la manifestación de fuerzas que no sospechaba en el prójimo, pero cuya existencia alcanza a presentir oscuramente en los rincones recónditos de su propia personalidad. Con gran consecuencia —casi correctamente desde el punto de vista psicológico— la Edad Media atribuía todas estas manifestaciones mórbidas a la influencia de los demonios. Hasta no me asombraría si me enterara de que el psicoanálisis, que se ocupa con la revelación de tales fuerzas secretas, se convirtiese por ello en algo siniestro a los ojos de muchas gentes. En un caso en que llegué a curar, aunque lentamente, a una joven paralítica desde hacía muchos años, se lo oí decir a la propia madre, largo tiempo después que se había restablecido su hija.

Los miembros separados, una cabeza cortada, una mano desprendida del brazo, como aparece en un cuento de *Hauff* pies que danzan solos, como en el mencionado libro de *A. Schaffer*: son cosas que tienen algo sumamente siniestro, especialmente si, como en el último ejemplo mencionado, conservan actividad independiente. Ya sabemos que este carácter siniestro se debe a su relación con el complejo de castración. Muchos otorgarían la corona de lo siniestro a la idea de ser enterrados vivos en estado de catalepsia, pero el psicoanálisis nos ha enseñado que esta terrible fantasía sólo es la transformación de otra que en su origen nada tuvo de espantoso, sino que, por el contrario, se apoyaba en cierta voluptuosidad: la fantasía de vivir en el vientre materno.

* * *

Aunque en rigor ya se encuentra incluida en nuestras precedentes afirmaciones sobre el animismo y los mecanismos superados del aparato psíquico, agregaremos aquí una observación general que nos parece digna de ser destacada: la de que lo siniestro se da, frecuente y fácilmente, cuando se desvanecen los límites entre fantasía y realidad; cuando lo que habíamos tenido por fantástico aparece ante nosotros como real; cuando un símbolo asume el lugar y la importancia de lo simbolizado, y así sucesivamente. A ello se debe también gran parte del carácter siniestro que tienen las prácticas de la magia. Lo que en ellas hay de infantil, lo que también domina la vida psíquica de los neuróticos, es la exageración de la realidad psíquica frente a la material, tendencia esta que también concierne a la omnipotencia de las ideas. En medio del bloqueo impuesto por la guerra mundial llegó a mis manos un número de la revista inglesa *Strand*, en la cual, entre otras lucubraciones bastante superfluas, hallé la historia de una joven pareja que se instala en una vivienda amueblada donde se encuentra una mesa de forma extraña, con cocodrilos tallados en madera. Hacia el anochecer se difunde por la habitación un hedor insoportable y característico, se tropieza en la oscuridad con alguna cosa, se cree ver algo indefinible que escapa por la escalera: en suma, se trata de hacernos suponer que a causa de la presencia de esa mesa la casa está asolada por fantasmagóricos cocodrilos, o que en la oscuridad los monstruos de madera adquieren vida, o que sucede alguna cosa similar. El cuento era bastante tonto, pero el efecto siniestro había sido logrado magistralmente.

Para poner broche final a esta serie de ejemplos, aun harto incompleta, mencionaremos una observación que nos ha suministrado la labor psicoanalítica y que, si no reposa sobre una coincidencia fortuita, nos ofrecerá la más rotunda confirmación de nuestro concepto sobre lo siniestro. Sucede con frecuencia que hombres neuróticos declaran que los genitales femeninos son para ellos un tanto siniestros. Pero esa cosa siniestra es la puerta de entrada a una vieja morada de la criatura humana, al lugar en el cual cada uno de nosotros estuvo alojado alguna vez, la primera vez. Se suele

decir jocosamente *Liebe ist Heimweh* («amor es nostalgia»), y cuando alguien sueña con una localidad o con un paisaje, pensando en el sueño: «esto lo conozco, aquí ya estuve alguna vez», entonces la interpretación onírica está autorizada a reemplazar ese lugar por los genitales o por el vientre de la madre. De modo que también en este caso lo *unheimlich* es lo que otrora fue *heimisch*, lo hogareño, lo familiar desde mucho tiempo atrás. El prefijo negativo «*un*»- («in-»), antepuesto a esta palabra, es, en cambio, el signo de la represión.

III

Al leer las páginas precedentes, seguramente se habrán despertado en el lector dudas que ahora tendrán oportunidad de condensarse y de expresarse.

Puede ser verdad que lo *unheimlich*, lo siniestro, sea lo *heimlich-heimisch*, lo «íntimo-hogareño» que ha sido reprimido y ha retornado de la represión, y que cuanto es siniestro cumple esta condición. Pero el enigma de lo siniestro no queda resuelto con esta fórmula. Evidentemente, nuestra proposición no puede ser invertida: no es siniestro todo lo que alude a deseos reprimidos y a formas del pensamiento superadas y pertenecientes a la prehistoria individual y colectiva.

Tampoco pretendemos ocultar que a casi todos los ejemplos destinados a demostrar nuestra proposición pueden oponérseles casos análogos que la contradicen. Así, por ejemplo, la mano cortada en el cuento de Hauff, *Die Geschichte von der abgehauenen Hand* («Historia de la mano cortada»), produce por cierto una impresión siniestra, que hemos referido al complejo de castración. Pero en la narración de *El tesoro de Rhampsenit*, de Heródoto, el genial ladrón que la princesa quiere asir de la mano le tiende la mano cortada de su hermano, y creo que otros juzgarán, como yo, que este rasgo no produce impresión siniestra alguna. La inmediata realización de los deseos en *El anillo de Polícrates* nos provoca una impresión tan siniestra como al propio rey de Egipto. Sin embargo, en nuestros cuentos populares abundan las instantáneas realizaciones de deseos, y en ningún modo tenemos la

impresión de lo siniestro. En el cuento de *Los tres deseos*, la mujer se deja seducir por la fragancia de una salchicha asada, manifestando que también ella desearía comer una. Al punto ésta aparece en su plato. Lleno de cólera contra la atolondrada mujer, el hombre desea que la salchicha le cuelgue de la nariz. Hela allí, colgada de su nariz. Todo eso puede ser impresionante, pero de ningún modo es siniestro. En general, el cuento se coloca abiertamente en el terreno del animismo, de la omnipotencia del pensamiento y de los deseos, pero no podría citar ningún verdadero cuento de hadas donde suceda algo siniestro. Hemos visto que esta impresión es evocada en grado sumo cuando los objetos, imágenes o muñecas inanimadas adquieren vida, pero en los cuentos de *Andersen* viven la vajilla, los muebles, el soldado de plomo, y nada puede estar más lejos de ser siniestro. Tampoco la animación de la bella estatua de *Pigmalión* podrá considerarse siniestra.

Hemos visto que la catalepsia y la resurrección de los muertos son representaciones siniestras, pero, una vez más, tales cosas son muy frecuentes en los sueños. ¿Quién osaría decir que es siniestro ver cómo, por ejemplo, Blanca Nieves abre los ojos en su ataúd? También la resurrección de los muertos en las historias milagrosas, por ejemplo en las del Nuevo Testamento, evoca sentimientos que nada tienen que ver con lo siniestro. El retorno inesperado de lo idéntico, que nos ha producido efectos tan manifiestamente siniestros, da origen en una serie de casos a reacciones muy distintas. Ya hemos citado un ejemplo en el cual sirve para provocar un efecto cómico y podríamos acumular múltiples casos similares. Otras veces la repetición está destinada a reforzar, a subrayar algo, etc. Además: ¿de dónde procede el carácter siniestro del silencio, de la soledad, de la oscuridad? ¿Acaso estos factores no indican la intervención del peligro en la génesis de lo siniestro, aunque son las mismas condiciones en las cuales vemos que los niños sienten miedo con mayor frecuencia? ¿Y podremos descartar realmente el factor de la incertidumbre intelectual, después de haber admitido su importancia para el carácter siniestro de la muerte?

Henos aquí, pues, dispuestos a admitir que para provocar el sentimiento de lo siniestro es preciso que intervengan otras condiciones, además de los factores temáticos que hemos postulado. En rigor podría aceptarse que con lo dicho queda agotado el interés psicoanalítico en el problema; que lo restante

probablemente requiera ser estudiado desde el punto de vista estético; pero con ello abriríamos la puerta a la duda respecto al valor de nuestro concepto, según el cual lo *unheimlich*, lo siniestro, procede de lo *heimisch*, lo familiar, que ha sido reprimido.

Una observación quizá pueda señalamos el camino para resolver estas incertidumbres. Casi todos los ejemplos que contradicen nuestra hipótesis pertenecen al dominio de la ficción, de la poesía. Esto nos indicaría que debemos diferenciar lo siniestro que se vivencia, de lo siniestro que únicamente se imagina o se conoce por referencias.

Lo siniestro vivenciado depende de condiciones mucho más simples, pero se da en casos menos numerosos. Yo creo que esta forma de lo siniestro acepta, casi sin excepción, nuestras tentativas de solución y puede en cada caso ser reducido a cosas antiguamente familiares y ahora reprimidas. Sin embargo, también aquí es preciso establecer una distinción importante y psicológicamente significativa, que podrá ser ilustrada mejor en ejemplos apropiados.

Tomemos lo siniestro que emana de la omnipotencia de las ideas, de la inmediata realización de deseos, de las ocultas fuerzas nefastas o del retorno de los muertos. Es imposible confundir la condición que en estos casos hace surgir el sentimiento de lo siniestro. Nosotros mismos —o nuestros antepasados primitivos— hemos aceptado otrora estas tres eventualidades como realidades, estábamos convencidos del carácter real de esos procesos. Hoy ya no creemos en ellas, hemos *superado* esas maneras de pensar; pero no nos sentimos muy seguros de nuestras nuevas concepciones, las antiguas creencias sobreviven en nosotros, al acecho de una confirmación. Por consiguiente, en cuanto *sucede* algo en esta vida, susceptible de confirmar aquellas viejas convicciones abandonadas, experimentamos la sensación de lo siniestro, y es como si dijéramos: «De modo que es posible matar a otro por la simple fuerza del deseo; es posible que los muertos sigan viviendo y que reaparezcan en los lugares donde vivieron», y así sucesivamente. Quien, por el contrario, haya abandonado absoluta y definitivamente tales convicciones animistas, no será capaz de experimentar esa forma de lo siniestro. La más extraordinaria coincidencia entre un deseo y su realización, la más enigmática repetición de hechos análogos en un mismo lugar o en idéntica fecha, las más

engañosas percepciones visuales y los ruidos más sospechosos, no lo confundirán, no despertarán en él un temor que podamos considerar como miedo a lo «siniestro». De modo que aquí se trata exclusivamente de algo concerniente a la prueba de realidad, de una cuestión de realidad material[1929].

Muy otro es lo siniestro que emana de los complejos infantiles reprimidos, del complejo de castración, de las fantasías intrauterinas, etc. Desde luego, no pueden ser muy frecuentes las vivencias reales susceptibles de despertar este género de lo siniestro, ya que el sentimiento en cuestión, cuando se da en vivencias reales, suele pertenecer al grupo anterior; pero para la teoría es importante diferenciar ambas categorías. En lo siniestro debido a complejos infantiles la cuestión de la realidad material ni siquiera se plantea, apareciendo en su lugar la realidad psíquica. Trátase en este caso de la represión efectiva de un contenido psíquico y del retorno de lo reprimido, pero no de una simple abolición de la *creencia en la realidad de este contenido*. Podríamos decir que mientras en un caso ha sido reprimido cierto contenido ideacional, en el otro lo ha sido la creencia en su realidad (material). Pero esta última formulación quizá signifique una aplicación del término «represión» que trasciende sus límites legítimos. Sería más correcto si en lo que a este problema se refiere tuviésemos en cuenta una sensible diferencia psicológica, calificando el estado en que se encuentran las convicciones animistas del hombre civilizado como una *superación* más o menos completa. Nuestra formulación final sería entonces la siguiente: *lo siniestro en las vivencias se da cuando complejos infantiles* reprimidos *son reanimados por una impresión exterior, o cuando convicciones primitivas* superadas *parecen hallar una nueva confirmación*. Por fin, nuestra predilección por las soluciones simples y por las exposiciones claras no ha de impedirnos reconocer que ambas formas de lo siniestro, aquí discernidas, no siempre se presentan netamente separadas en la vivencia. Si se tiene en cuenta que las convicciones primitivas están íntimamente vinculadas a los complejos infantiles y que en realidad arraigan en ellos, no causará gran asombro ver cómo se confunden sus límites.

Lo siniestro en la ficción —en la fantasía, en la obra literaria— merece en efecto un examen separado. Ante todo, sus manifestaciones son mucho más

multiformes que las de lo siniestro vivencial, pues lo abarca totalmente, amén de otros elementos que no se dan en las condiciones del vivenciar. El contraste entre lo reprimido y lo superado no puede aplicarse, sin profundas modificaciones, a lo siniestro de la obra poética, pues el dominio de la fantasía presupone que su contenido sea dispensado de la prueba de realidad. Nuestra conclusión, aparentemente paradójica, reza así: «*mucho de lo que sería siniestro en la vida real no lo es en la poesía; además, la ficción dispone de muchos medios para provocar efectos siniestros que no existen en la vida real*».

Entre las numerosas licencias de que goza el poeta también se cuenta la de poder elegir a su arbitrio el mundo de su evocación, de modo que coincida con nuestra realidad familiar o se aleje en cualquier modo de ella. En todo caso, nosotros lo seguiremos. El mundo de los cuentos de hadas, por ejemplo, abandona desde el principio el terreno de la realidad y toma abiertamente el partido de las convicciones animistas. Realizaciones de deseos, fuerzas secretas, omnipotencia del pensamiento, animación de lo inanimado, efectos todos muy corrientes en los cuentos, no pueden provocar en ellos una impresión siniestra, pues para que nazca este sentimiento es preciso, como vimos, que el juicio se encuentre en duda respecto a si lo increíble, superado, no podría, a la postre, ser posible en la realidad, cuestión ésta que desde el principio es decidida por las convenciones que rigen el mundo de los cuentos. De tal manera, el cuento de hadas, fuente de la mayor parte de los ejemplos que contradicen nuestra teoría de lo siniestro, ilustra prácticamente el primero de los casos mencionados: en el dominio de la ficción no son siniestras muchas cosas que lo serían en la vida real. A éste se agregan, en el cuento, otros factores que más adelante mencionaremos con brevedad.

El poeta también puede haberse creado un mundo que, si bien menos fantástico que el de los cuentos, se aparte, sin embargo, del mundo real, al admitir seres sobrenaturales, demonios o ánimas de difuntos. Todo el carácter siniestro que podrían tener esas figuras desaparece entonces en la medida en que se extienden las convenciones de esta realidad poética. Las ánimas del infierno dantesco o los espectros de *Hamlet*, *Macbeth* y *Julio César*, de Shakespeare, pueden ser todo lo truculentos y lúgubres que se quiera, pero en el fondo son tan poco siniestros como, por ejemplo, el sereno mundo de los

dioses homéricos. Adaptamos nuestro juicio a las condiciones de esta ficticia realidad del poeta, y consideramos a las almas, a los espíritus y fantasmas, como si tuvieran en aquélla una existencia no menos justificada que la nuestra en la realidad material. He aquí un nuevo caso en el cual se evita el sentimiento de lo siniestro.

Muy distinto es, en cambio, si el poeta aparenta situarse en el terreno de la realidad común. Adopta entonces todas las condiciones que en la vida real rigen la aparición de lo siniestro, y cuanto en las vivencias tenga este carácter también lo tendrá en la ficción. Pero en este caso el poeta puede exaltar y multiplicar lo siniestro mucho más allá de lo que es posible en la vida real, haciendo suceder lo que jamás o raramente acaecería en la realidad. En cierta manera, nos libra entonces a nuestra superstición, que habíamos creído superada; nos engaña al prometernos la realidad vulgar, para salirse luego de ella. Reaccionamos ante sus ficciones como lo haríamos frente a nuestras propias vivencias; una vez que nos damos cuenta de la mixtificación, ya es demasiado tarde, pues el poeta ha logrado su objeto, pero por mi parte afirmo que no ha obtenido un efecto puro. Nos queda un sentimiento de insatisfacción, una especie de rencor por el engaño intentado, sensación ésta que experimenté con particular claridad después de haber leído el cuento de Schnitzler *Die Weissagung* («La profecía») y otras producciones del género que coquetean con lo milagroso. El literato dispone todavía de un recurso que le permite sustraerse a nuestra rebelión y mejorar al mismo tiempo las perspectivas de lograr sus propósitos. Este medio consiste en dejarnos en suspenso, durante largo tiempo, respecto a cuáles son las convenciones que rigen en el mundo por él adoptado; o bien en esquivar hasta el fin, con arte y astucia, una explicación decisiva al respecto. Pero, en todo caso, cúmplese aquí la circunstancia anotada de que la ficción crea nuevas posibilidades de lo siniestro, que no pueden existir en la vida real.

Estrictamente hablando, todas estas formas diversas sólo se observan en aquella categoría de lo siniestro que procede de lo superado. Lo siniestro emanado de complejos reprimidos tiene mayor tenacidad y, prescindiendo de una única condición, conserva en la poesía todo el carácter siniestro que tenía en la vivencia real. La otra forma, la nacida de lo superado, en cambio, presenta este carácter tanto en la realidad como en aquella ficción que se

ubica en el terreno de la realidad material, pero puede perderlo en las realidades ficticias creadas por la imaginación del poeta.

Es evidente que las licencias del poeta y, en consecuencia, los privilegios de la ficción relacionados con la evocación o la inhibición del sentimiento de lo siniestro, no han sido agotados en las observaciones que anteceden. Frente a las vivencias reales solemos, adoptar una posición uniformemente pasiva y nos encontramos sometidos a la influencia de los temas. En cambio, respondemos en una forma particular a la dirección del poeta: mediante el estado emocional en que nos coloca, merced a las expectativas que en nosotros despierta, logra apartar nuestra capacidad afectiva de un tono pasional para llevarla a otro, y muchas veces sabe obtener con un mismo tema muy distintos efectos. Todo esto es conocido desde hace tiempo y seguramente fue considerado detenidamente por los estéticos idóneos. Nosotros hemos sido llevados, casi sin quererlo, a este terreno de la investigación, cediendo al deseo de poner en claro la contradicción que frente a nuestra teoría de lo siniestro presentan ciertos ejemplos antes mencionados. Por eso volveremos ahora a algunos de éstos.

Nos preguntábamos hace poco por qué la mano cercenada en *El tesoro de Rhampsenit* no produce la impresión de lo siniestro que despierta *La historia de la mano cortada*, de Hauff. Ahora que conocemos la mayor tenacidad de lo siniestro emanado de los complejos reprimidos, dicha pregunta nos parece más plena de significación. La respuesta puede ser formulada sin dificultades: en la primera de estas narraciones no estamos tan adaptados a las emociones de la princesa, como a la astucia soberana del magistral ladrón. A la princesa seguramente no le habrá quedado evitada la sensación de lo siniestro, y aun consideramos verosímil que haya caído desvanecida; pero por nuestra parte no sentimos nada siniestro, porque no nos colocamos en su plaza, sino en la del ladrón. Otras circunstancias son las que nos privan de la impresión siniestra en la farsa de Nestroy, *Der Zerrissene* («El andrajoso»), cuando el fugitivo que se tiene por asesino, cada vez que levanta un escotillón ve surgir el supuesto espectro de su víctima, exclamando, desesperado: «¡Pero si yo no maté más que a *uno*! ¿A qué viene esta atroz multiplicación?» Nosotros estamos enterados de las circunstancias anteriores a esta escena y no podemos compartir el error del «andrajoso», de modo que cuanto para él es

siniestro, sólo posee para nosotros irresistible comicidad. Hasta una aparición «verdadera», como la del cuento de Oscar Wilde *El espectro de Canterville*, pierde todos sus derechos a inspirar por lo menos terror, cuando el poeta se permite la broma de ridiculizarlo y de burlarse de él. Tal es la independencia que en el mundo de la ficción puede haber entre el efecto emocional y el asunto elegido. En cuanto a los cuentos de hadas, ni siquiera pretenden despertar sentimientos angustiosos, es decir, siniestros. Cosa que comprendemos perfectamente y que nos lleva a pasar por alto todas las ocasiones en que tal efecto sería quizá posible.

Nada tenemos que decir de la soledad, del silencio y de la oscuridad, salvo que éstos son realmente los factores con los cuales se vincula la angustia infantil, jamás extinguida totalmente en la mayoría de los seres. La investigación psicoanalítica se ha ocupado en otra ocasión de este problema.

CX

MÁS ALLÁ DEL PRINCIPIO DEL PLACER[1930]

1919-1920 [1920]

I

EN la teoría psicoanalítica suponemos que el curso de los procesos anímicos es regulado automáticamente por el principio del placer; esto es, creemos que dicho curso tiene su origen en una tensión displaciente y emprende luego una dirección tal, que su último resultado coincide con una minoración de dicha tensión y, por tanto, con un ahorro de displacer a una producción de placer. Al aplicar esta hipótesis al examen de los procesos anímicos por nosotros estudiados introducimos en nuestra labor el punto de vista económico. Una exposición que, al lado de los factores *tópico y dinámico*, intente incluir asimismo el *económico*, ha de ser la más completa que por el momento pueda presentarse y merece la calificación de *metapsicología*.

No presenta interés alguno para nosotros investigar hasta qué punto nos hemos aproximado o agregado, con la fijación del principio del placer, a un sistema filosófico determinado e históricamente definido. Lo que a estas hipótesis especulativas nos hace llegar es el deseo de describir y comunicar los hechos que diariamente observamos en nuestra labor. La prioridad y la originalidad no pertenecen a los fines hacia los que tiende la labor psicoanalítica, y los datos en los que se basa el establecimiento del

mencionado principio son tan visibles, que apenas si es posible dejarlos pasar inadvertidos. En cambio, nos agregaríamos gustosos a una teoría filosófica o psicológica que supiera decirnos cuál es la significación de las sensaciones de placer y displacer, para nosotros tan imperativas; pero, desgraciadamente, no existe ninguna teoría de este género que sea totalmente admisible.

Trátase del sector más oscuro e impenetrable de la vida anímica, y ya que no podemos eludir su investigación, opino que debe dejársenos en completa libertad para construir sobre él aquellas hipótesis que nuestra experiencia nos presente como más probables. Hemos resuelto relacionar el placer y el displacer con la cantidad de excitación existente en la vida anímica, excitación no ligada a factor alguno determinado, correspondiendo el displacer a una elevación y el placer a una disminución de tal cantidad. No pensamos con ello en una simple relación entre la fuerza de las sensaciones y las transformaciones a las que son atribuidas y, mucho menos —conforme a toda la experiencia de la Psicofisiología—, en una proporcionalidad directa; probablemente, el factor decisivo, en cuanto a la sensación, es la medida del aumento o la disminución en el tiempo. Esto sería, quizá, comprobable experimentalmente; mas para nosotros, analíticos, no es aceptable el internarnos más en estos problemas mientras no puedan guiarnos observaciones perfectamente definidas.

Sin embargo, no puede sernos indiferente ver que un investigador tan penetrante como G. Th. Fechner adopta una concepción del placer y el displacer coincidente en esencia con la que nosotros hemos deducido de nuestra labor psicoanalítica. Las manifestaciones de Fechner sobre esta materia se hallan contenidas en un fascículo titulado *Algunas ideas sobre la historia de la creación y evolución de los organismos* (1873), y su texto es el siguiente: «En cuanto los impulsos conscientes se hallan siempre en relación con placer o displacer, puede también suponerse a estos últimos en una relación psicofísica con estados de estabilidad e inestabilidad, pudiendo fundarse sobre esta base la hipótesis, que más adelante desarrollaré detalladamente, de que cada movimiento psicofísico que traspasa el umbral de la conciencia se halla tanto más revestido de placer cuanto más se acerca a la completa estabilidad, a partir de determinado límite, o de displacer cuanto más se aleja de la misma, partiendo de otro límite distinto. Entre ambos

límites, y como umbral cualitativo de las fronteras del placer y el displacer, existe cierta extensión de indiferencia estética…»

Los hechos que nos han movido a opinar que la vida psíquica es regida por el principio del placer hallan también su expresión en la hipótesis de que una de las tendencias del aparato anímico es la de conservar lo más baja posible o, por lo menos, constante la cantidad de excitación en él existente. Esta hipótesis viene a expresar en una forma distinta la misma cosa, pues si la labor del aparato anímico se dirige a mantener baja la cantidad de excitación, todo lo apropiado para elevarla tiene que ser sentido como antifuncional; esto es, como displaciente. El principio del placer se deriva del principio de la constancia, el cual, en realidad, fue deducido de los mismos hechos que nos obligaron a la aceptación del primero[1931]. Profundizando en la materia hallaremos que esta tendencia, por nosotros supuesta, del aparato anímico cae, como un caso especial, dentro del principio de Fechner de la *tendencia a la estabilidad*, con el cual ha relacionado este investigador las sensaciones de placer y displacer.

Mas fuérzanos el decir ahora que es inexacto hablar de un dominio del principio del placer sobre el curso de los procesos psíquicos. Si tal dominio existiese, la mayor parte de nuestros procesos psíquicos tendría que presentarse acompañada de placer o conducir a él, lo cual queda enérgicamente contradicho por la experiencia general. Existe, efectivamente, en el alma fuerte tendencia al principio del placer; pero a esta tendencia se oponen, en cambio, otras fuerzas o estados determinados, y de tal manera, que el resultado final no puede corresponder siempre a ella. Comparemos aquí otra observación de Fechner sobre este mismo punto (*l. c.*, página 90): «Dado que la tendencia hacia el fin no supone todavía el alcance del mismo, y dado que el fin no es, en realidad, alcanzable sino aproximadamente…» Si ahora dirigimos nuestra atención al problema de cuáles son las circunstancias que pueden frustrar la victoria del principio del placer, nos hallaremos de nuevo en terreno conocido y seguro y podremos utilizar, para su solución, nuestra experiencia analítica, que nos proporciona rico acervo de datos.

El primer caso de tal inhibición del principio del placer nos es conocido como normal. Sabemos que el principio del placer corresponde a un funcionamiento primario del aparato anímico y que es inútil, y hasta

peligroso en alto grado, para la autoafirmación del organismo frente a las dificultades del mundo exterior. Bajo el influjo del instinto de conservación del *yo* queda sustituido el principio del placer por el *principio de la realidad*, que, sin abandonar el propósito de una final consecución del placer, exige y logra el aplazamiento de la satisfacción y el renunciamiento a algunas de las posibilidades de alcanzarla, y nos fuerza a aceptar pacientemente el displacer durante el largo rodeo necesario para llegar al placer. El principio del placer continua aún, por largo tiempo, rigiendo el funcionamiento del instinto sexual, más difícilmente «educable», y partiendo de este último o en el mismo *yo*, llega a dominar al principio de la realidad, para daño del organismo entero.

No puede, sin embargo, hacerse responsable a la sustitución del principio del placer por el principio de la realidad más que de una pequeña parte, y no la más intensa, ciertamente, de las sensaciones de displacer. Otra fuente no menos normal de la génesis del displacer surge de los conflictos y disociaciones que tienen lugar en el aparato psíquico mientras el *yo* verifica su evolución hasta organizaciones de superior complejidad. Casi toda la energía que llena el aparato procede de los impulsos instintivos que le son inherentes, mas no todos ellos son admitidos a las mismas fases evolutivas. Algunos instintos o parte de ellos demuestran ser incompatibles, por sus fines o aspiraciones, con los demás, los cuales pueden reunirse formando la unidad del *yo*. Dichos instintos incompatibles son separados de esta unidad por el proceso de la represión, retenidos en grados más bajos del desarrollo psíquico y privados, al principio, de la posibilidad de una satisfacción. Si entonces consiguen —cosa en extremo fácil para los instintos sexuales reprimidos— llegar por caminos indirectos a una satisfacción directa o sustitutiva, este éxito, que en otras condiciones hubiese constituido una posibilidad de placer, es sentido por el *yo* como displacer. A consecuencia del primitivo conflicto, al que puso término la represión, experimenta el principio del placer una nueva fractura, que tiene lugar, precisamente, mientras determinados instintos se hallan dedicados, conforme al principio mismo, a la consecución de nuevo placer. Los detalles del proceso por medio del cual transforma la represión una posibilidad de placer en una fuente de displacer no han sido aún bien comprendidos o no pueden describirse claramente; pero, con seguridad, todo

displacer neurótico es de esta naturaleza: placer que no puede ser sentido como tal[1932].

No todas nuestras sensaciones de displacer, ni siquiera la mayoría, pueden ser atribuidas a las dos fuentes de displacer antes consignadas; pero de aquéllas cuyo origen es distinto podemos, desde luego, afirmar con cierta justificación que no contradicen la vigencia del principio del placer. La mayoría del displacer que experimentamos es, ciertamente, displacer de percepción, percepción del esfuerzo de instintos insatisfechos o percepción exterior, ya por ser esta última penosa en sí o por excitar en el aparato anímico expectaciones llenas de displacer y ser reconocida como un «peligro» por el mismo. La reacción a estas aspiraciones instintivas y a estas amenazas de peligro, reacción en la que se manifiesta la verdadera actividad del aparato psíquico, puede ser entonces dirigida en una forma correcta por el principio del placer o por el principio de la realidad, que lo modifica. Con esto no parece necesario reconocer mayor limitación del principio del placer, y, sin embargo, precisamente, la investigación de la reacción anímica al peligro exterior puede proporcionar nueva materia y nuevas interrogaciones al problema aquí tratado.

II

DESPUÉS de graves conmociones mecánicas, tales como choques de trenes y otros accidentes en los que existe peligro de muerte, suele aparecer una perturbación, ha largo tiempo conocida y descrita, a la que se ha dado el nombre de «neurosis traumática». La espantosa guerra que acaba de llegar a su fin ha hecho surgir una gran cantidad de estos casos y ha puesto término a los intentos de atribuir dicha enfermedad a una lesión del sistema nervioso producida por una violencia mecánica[1933]. El cuadro de la neurosis traumática se acerca al de la histeria por su riqueza en análogos síntomas motores, mas lo supera en general por los acusados signos de padecimiento subjetivo, semejantes a los que presentan los melancólicos o hipocondriacos, y por las pruebas de más amplia astenia general y mayor quebranto de las

funciones anímicas. No se ha llegado todavía a una completa inteligencia de las neurosis de guerra, ni tampoco de las neurosis traumáticas de los tiempos de paz. En las primeras parecía aclarar en parte la cuestión, complicándola, en cambio, por otro lado el hecho de que el mismo cuadro patológico aparecía en ocasiones sin que hubiera tenido lugar violencia mecánica alguna. En la neurosis traumática corriente resaltan dos rasgos, que se pueden tomar como puntos de partida de la reflexión: primeramente, el hecho de que el factor capital de la motivación parece ser la sorpresa; esto es, el sobresalto o susto experimentado, y en segundo lugar, que una contusión o herida recibida simultáneamente actúa en contra de la formación de la neurosis. Susto, miedo y angustia son términos que se usan erróneamente como sinónimos, pues pueden diferenciarse muy precisamente según su relación al peligro. La angustia constituye un estado semejante a la expectación del peligro y preparación para el mismo, aunque nos sea desconocido. El miedo reclama un objeto determinado que nos lo inspire. En cambio, el susto constituye aquel estado que nos invade bruscamente cuando se nos presenta un peligro que no esperamos y para el que no estamos preparados; acentúa, pues, el factor sorpresa. No creo que la angustia pueda originar una neurosis traumática; en ella hay algo que protege contra el susto y, por tanto, también contra la neurosis de sobresalto. Más adelante volveremos sobre esta cuestión.

El estudio del sueño debe ser considerado como el camino más seguro para la investigación de los más profundos procesos anímicos. Y la vida onírica de la neurosis traumática muestra el carácter de reintegrar de continuo al enfermo a la situación del accidente sufrido, haciéndole despertar con nuevo sobresalto. Este singular carácter posee mayor importancia de la que se le concede generalmente, suponiéndolo tan sólo una prueba de la violencia de la impresión producida por el suceso traumático, la cual perseguiría al enfermo hasta sus mismos sueños. El enfermo hallaríase, pues, por decirlo así, psíquicamente fijado al trauma. Tales fijaciones al suceso que ha desencadenado la enfermedad nos son ha largo tiempo conocidas en la histeria.

Ya en 1893 hacíamos observar Breuer y yo en nuestro libro sobre esta neurosis que los histéricos sufren de reminiscencias. Últimamente,

investigadores como Ferenczi y Simmel han podido también explicar algunos síntomas motores de las neurosis de guerra por la fijación del trauma.

Mas por mi parte no he podido comprobar que los enfermos de neurosis traumática se ocupen mucho en su vida despierta del accidente sufrido. Quizá más bien se esfuerzan en no pensar en él. El aceptar como cosa natural que el sueño nocturno les reintegre a la situación patógena supone desconocer la verdadera naturaleza del sueño, conforme a la cual lo que el mismo habría de presentar al paciente serían imágenes de la esperada curación o de la época en que gozaba de salud. Si los sueños de los enfermos de neurosis traumática no nos han de hacer negar la tendencia realizadora de deseos de la vida onírica, deberemos acogernos a la hipótesis de que, como tantas otras funciones, también la de los sueños ha sido conmocionada por el trauma y apartada de sus intenciones, o, en último caso, recordar las misteriosas tendencias masoquistas del *yo*.

Abandonemos por ahora el oscuro y sombrío tema de la neurosis traumática para dedicarnos a estudiar el funcionamiento del aparato anímico en una de sus más tempranas actividades normales. Me refiero a los juegos infantiles.

Las diversas teorías sobre el juego infantil han sido reunidas y estudiadas analíticamente por vez primera en un ensayo de S. Pfeifer, publicado en la revista *Imago* (vol. IV); ensayo que recomiendo a los que por la materia en él tratada se interesen. Dichas teorías se esfuerzan en adivinar los motivos del jugar infantil, sin tener en cuenta en primer término el punto de vista económico, la consecución de placer. Aunque sin propósito de abarcar la totalidad de estos fenómenos, he aprovechado una ocasión que se me ofreció de esclarecer el primer juego, de propia creación, de un niño de año y medio. Fue ésta una observación harto detenida, pues viví durante algunas semanas con el niño y sus padres bajo el mismo techo, y pasaron muchos días hasta que el misterioso manejo del pequeño, incansablemente repetido durante largo tiempo, me descubriera su sentido.

No presentaba este niño un precoz desarrollo intelectual; al año y medio apenas si pronunciaba algunas palabras comprensibles, y fuera de ellas disponía de varios sonidos significativos que eran comprendidos por las

personas que le rodeaban. Pero, en cambio, se hallaba en excelentes relaciones con sus padres y con la única criada que tenía a su servicio, y era muy elogiado su *juicioso carácter*. No perturbaba por las noches el sueño de sus padres, obedecía concienzudamente a las prohibiciones de tocar determinados objetos o entrar en ciertas habitaciones, y sobre todo no lloraba nunca cuando su madre le abandonaba por varias horas, a pesar de la gran ternura que le demostraba. La madre no sólo le había criado, sino que continuaba ocupándose constantemente de él casi sin auxilio ninguno ajeno. El excelente chiquillo mostraba tan sólo la perturbadora costumbre de arrojar lejos de sí, a un rincón del cuarto, bajo una cama o en sitios análogos, todos aquellos pequeños objetos de que podía apoderarse, de manera que el hallazgo de sus juguetes no resultaba a veces nada fácil. Mientras ejecutaba el manejo descrito solía producir, con expresión interesada y satisfecha, un agudo y largo sonido, o-o-o-o, que, a juicio de la madre y mío, no correspondía a una interjección, sino que significaba *fuera (fort)*. Observé, por último, que todo aquello era un juego inventado por el niño y que éste no utilizaba sus juguetes más que para jugar con ellos a *estar fuera*. Más tarde presencié algo que confirmó mi suposición. El niño tenía un carrete de madera atado a una cuerdecita, y no se le ocurrió jamás llevarlo arrastrando por el suelo, esto es, *jugar al coche*, sino que, teniéndolo sujeto por el extremo de la cuerda, lo arrojaba con gran habilidad por encima de la barandilla de su cuna, forrada de tela, haciéndolo desaparecer detrás de la misma. Lanzaba entonces su significativo o-o-o-o, y tiraba luego de la cuerda hasta sacar el carrete de la cuna, saludando su reaparición con un alegre «aquí». Éste era, pues, el juego completo: desaparición y reaparición, juego del cual no se llevaba casi nunca a cabo más que la primera parte, la cual era incansablemente repetida por sí sola, a pesar de que el mayor placer estaba indudablemente ligado al segundo acto[1934].

La interpretación del juego quedaba así facilitada. Hallábase el mismo en conexión con la más importante función de cultura del niño, esto es, con la renuncia al instinto (renuncia a la satisfacción del instinto) por él llevada a cabo al permitir sin resistencia alguna la marcha de la madre. El niño se resarcía en el acto poniendo en escena la misma desaparición y retorno con los objetos que a su alcance encontraba. Para la valoración afectiva de este

juego es indiferente que el niño lo inventara por sí mismo o se lo apropiara a consecuencia de un estímulo exterior. Nuestro interés se dirigirá ahora hacia otro punto. La marcha de la madre no puede ser de ningún modo agradable, ni siquiera indiferente, para el niño. ¿Cómo, pues, está de acuerdo con el principio del placer el hecho de que el niño repita como un juego el suceso penoso para él? Se querrá quizá responder que la marcha tenía que ser representada como condición preliminar de la alegre reaparición y que en esta última se hallaba la verdadera intención del juego; pero esto queda contradicho por la observación de que la primera parte, la marcha, era representada por sí sola como juego y, además, con mucha mayor frecuencia que la totalidad llevada hasta su regocijado final.

El análisis de un solo caso de este género no autoriza para establecer conclusión alguna. Considerándola imparcialmente, se experimenta la impresión de que ha sido otro el motivo por el cual el niño ha convertido en juego el suceso desagradable. En éste representaba el niño un papel pasivo, era el objeto del suceso, papel que trueca por el activo repitiendo el suceso, a pesar de ser penoso para él como juego. Este impulso podría atribuirse a un instinto de dominio, que se hace independiente de que el recuerdo fuera o no penoso en sí. Puede intentarse también otra interpretación diferente. El arrojar el objeto de modo que desapareciese o quedase *fuera* podía ser asimismo la satisfacción de un reprimido impulso vengativo contra la madre por haberse separado del niño y significar el enfado de éste: «Te puedes ir, no te necesito. Soy yo mismo el que te echa». Este mismo niño, cuyo primer juego observé yo cuando tenía año y medio, acostumbraba un año después, al enfadarse contra alguno de sus juguetes, arrojarlo contra el suelo, diciendo: «¡Vete a la gue(rr)a!» Le habían dicho que el padre, ausente, se hallaba en la guerra, y el niño no le echaba de menos, sino que, por el contrario, manifestaba claros signos de que no quería ser estorbado en la exclusiva posesión de la madre[1935]. Sabemos también de otros niños que suelen expresar análogos sentimientos hostiles arrojando al suelo objetos que para ellos representan a las personas odiadas[1936]. Llégase así a sospechar que el impulso a elaborar psíquicamente algo impresionante, consiguiendo de este modo su total dominio, puede llegar a manifestarse primariamente y con independencia del principio del placer. En el caso aquí discutido, la única razón de que el niño

repitiera como juego una impresión desagradable era la de que a dicha repetición se enlazaba una consecución de placer de distinto género, pero más directa.

Una más amplia observación de los juegos infantiles no hace tampoco cesar nuestra vacilación entre tales dos hipótesis. Se ve que los niños repiten en sus juegos todo aquello que en la vida les ha causado una intensa impresión y que de este modo procuran un exutorio a la energía de la misma, haciéndose, por decirlo así, dueños de la situación. Pero, por otro lado, vemos con suficiente claridad que todo juego infantil se halla bajo la influencia del deseo dominante en esta edad: el de ser grandes y poder hacer lo que los *mayores*. Obsérvese asimismo que el carácter desagradable del suceso no siempre hace a éste utilizable como juego. Cuando el médico ha reconocido la garganta del niño o le ha hecho sufrir alguna pequeña operación, es seguro que este suceso aterrorizante se convertirá en seguida en el contenido de un juego. Mas no debemos dejar de tener en cuenta otra fuente de placer muy distinta de la anteriormente señalada. Al pasar el niño de la pasividad del suceso a la actividad el juego hace sufrir a cualquiera de sus camaradas la sensación desagradable por él experimentada, vengándose así en aquél de la persona que se la infirió.

De toda esta discusión resulta que es innecesaria la hipótesis de un especial instinto de imitación como motivo del juego. Agregaremos tan sólo la indicación de que la imitación y el juego artístico de los adultos, que, a diferencia de los infantiles, van dirigidos ya hacia espectadores, no ahorran a éstos las impresiones más dolorosas —así en la tragedia—, las cuales, sin embargo, pueden ser sentidas por ellos como un elevado placer. De este modo llegamos a la convicción de que también bajo el dominio del principio del placer existen medios y caminos suficientes para convertir en objeto del recuerdo y de la elaboración psíquica lo desagradable en sí. Quizá con estos casos y situaciones, que tienden a una final consecución de placer, pueda construirse una estética económicamente orientada; mas para nuestras intenciones no nos son nada útiles, pues presuponen la existencia y el régimen del principio del placer y no testimonian nada en favor de la actuación de tendencias más allá del mismo, esto es, de tendencias más primitivas que él e independientes de él en absoluto.

III

RESULTADO de veinticinco años de intensa labor ha sido que los fines próximos de la técnica psicoanalítica sean hoy muy otros que los de su principio. En los albores de nuestra técnica el médico analítico no podía aspirar a otra cosa que a adivinar lo inconsciente oculto para el enfermo, reunirlo y comunicárselo en el momento debido. El psicoanálisis era ante todo una ciencia de interpretación. Mas dado que la cuestión terapéutica no quedaba así por completo resuelta, apareció un nuevo propósito: el de forzar al enfermo a confirmar la construcción por medio de su propio recuerdo. En esta labor la cuestión principal se hallaba en vencer las resistencias del enfermo, y el arte consistía en descubrirlas lo antes posible, mostrárselas al paciente y moverle por un influjo personal —sugestión actuante como *transferencia*— a hacer cesar las resistencias.

Hízose entonces cada vez más claro que el fin propuesto, el de hacer consciente lo inconsciente, no podía tampoco ser totalmente alcanzado por este camino. El enfermo puede no recordar todo lo en él reprimido, puede no recordar precisamente lo más importante y de este modo no llegar a convencerse de la exactitud de la construcción que se le comunica, quedando obligado a *repetir* lo reprimido, como un suceso actual, en vez de —según el médico desearía— *recordarlo* cual un trozo del pasado[1937]. Esta reproducción, que aparece con fidelidad indeseada, entraña siempre como contenido un fragmento de la vida sexual infantil y, por tanto, del complejo de Edipo y de sus ramificaciones y tiene lugar siempre dentro de la transferencia; esto es, de la relación con el médico. Llegando a este punto el tratamiento, puede decirse que la neurosis primitiva ha sido sustituida por una nueva neurosis de transferencia. El médico se ha esforzado en limitar la extensión de esta segunda neurosis, hacer entrar lo más posible en el recuerdo y permitir lo menos posible la repetición. La relación que se establece entre el recuerdo y la reproducción es distinta para cada caso. Generalmente no puede el médico ahorrar al analizado esta fase de la cura y tiene que dejarle que viva de nuevo un cierto trozo de su olvidada vida, cuidando de que conserve una cierta superioridad, mediante la cual la aparente realidad sea siempre reconocida como reflejo de un olvidado pretérito. Conseguido esto, queda

logrado el convencimiento del enfermo y el éxito terapéutico que del mismo depende.

Para hallar más comprensible esta *obsesión de repetición (Wiederholungszwang)* que se manifiesta en el tratamiento psicoanalítico de los neuróticos, hay que libertarse ante todo del error que supone creer que en la lucha contra las resistencias se combate contra una resistencia de lo inconsciente. Lo inconsciente, esto es, lo reprimido, no presenta resistencia alguna a la labor curativa; no tiende por sí mismo a otra cosa que a abrirse pasó hasta la conciencia o a hallar un exutorio por medio del acto real, venciendo la coerción a que se halla sometido.

La resistencia procede en la cura de los mismos estratos y sistemas superiores de la vida psíquica que llevaron a cabo anteriormente la represión. Mas como los motivos de las resistencias y hasta estas mismas son —según nos demuestra la experiencia— inconscientes al principio de la cura, tenemos que modificar y perfeccionar un defecto de nuestro modo de expresarnos. Escaparemos a la falta de claridad oponiendo uno a otro, en lugar de lo consciente y lo inconsciente, el *yo coherente* y *el reprimido*. Mucha parte del *yo* es seguramente inconsciente, sobre todo aquella que puede denominarse el nódulo del *yo*, y de la cual sólo un escaso sector queda comprendido en lo que denominamos *preconsciente*. Tras de esta sustitución de una expresión puramente descriptiva por otra sistemática o dinámica, podemos decir que la resistencia del analizado parte de su *yo*, y entonces vemos en seguida que la compulsión de repetición debe atribuirse a lo reprimido inconsciente, material que no puede probablemente exteriorizarse hasta que la labor terapéutica hubiera debilitado la represión[1938].

Es indudablemente que la resistencia del *yo* consciente e inconsciente se halla al servicio del principio del placer, pues se trata de ahorrar el displacer que sería causado por la libertad de lo reprimido. Así, nuestra labor será la de conseguir la admisión de tal displacer haciendo una llamada al principio de la realidad. Mas ¿en qué relación con el principio del placer se halla la obsesión de repetición en la que se manifiesta la energía de lo reprimido? Es incontestable que la mayor parte de lo que la obsesión de repetición hace vivir de nuevo tiene que producir disgustos al *yo*, pues saca a la superficie funciones de los sentimientos reprimidos; mas es éste un displacer que, como

ya hemos visto, no contradice al principio del placer: displacer para un sistema y al mismo tiempo satisfacción para otro. Un nuevo hecho singular es el de que la obsesión de repetición reproduce también sucesos del pasado que no traen consigo posibilidad alguna de placer y que cuando tuvieron lugar no constituyeron una satisfacción ni siquiera fueron desde entonces sentimientos instintivos reprimidos.

La primera flor de la vida sexual infantil se hallaba destinada a sucumbir a consecuencia de la incompatibilidad de sus deseos con la realidad y de la insuficiencia del grado de evolución infantil, y, en efecto, sucumbió entre las más dolorosas sensaciones. La pérdida de amor y el fracaso dejaron tras sí una duradera influencia del sentido del *yo*, como una cicatriz narcisista que, a mi juicio, conforme en un todo con los estudios de Marcinowski[1939], constituye la mayor aportación al frecuente *sentimiento de inferioridad (Minderwertigkeitsgefühl)* de los neuróticos. La investigación sexual, limitada por el incompleto desarrollo físico del niño, no consiguió llegar a conclusión alguna satisfactoria. De aquí el lamento posterior: «No puedo conseguir nada; todo me sale mal». La tierna adhesión a uno de los progenitores, casi siempre al de sexo contrario, sucumbió al desengaño, a la inútil espera de satisfacción y a los celos provocados por el nacimiento de un hermanito, que demostró inequívocamente la infidelidad de la persona amada; el intento emprendido con trágica gravedad de crear por sí mismo un niño semejante, fracasó de un modo vergonzoso; la minoración de la ternura que antes rodeaba al niño, las más elevadas exigencias de la educación, las palabras severas y algún castigo, le descubrieron, por último, el *desprecio* de que era víctima. Existen aquí algunos tipos, que retornan regularmente, de cómo queda puesto fin al amor típico de esta época infantil.

Todas estas dolorosas situaciones afectivas y todos estos sucesos indeseados son resucitados con gran habilidad y repetidos por los neuróticos en la transferencia. El enfermo tiende entonces a la interrupción de la cura, aún no terminada, y sabe crearse de nuevo la impresión de desprecio, obligando al médico a dirigirle duras palabras y a tratarle con frialdad; halla los objetos apropiados para sus celos y sustituye el ansiado niño de la época primitiva por el propósito o la promesa de un gran regalo, que en la mayoría de los casos llega a ser tan real como aquél. Nada de esto podía ser

anteriormente portador de placer; mas surgiendo luego como recuerdo, hay que suponer que debería traer consigo un menor displacer que cuando constituyó un suceso presente. Trátase, naturalmente, de la acción de instintos que debían llevar a la satisfacción; pero la experiencia de que en lugar de esto llevaron anteriormente tan sólo el displacer, no ha servido de nada, y su acción es repetida por imposición obsesiva.

Lo mismo que el psicoanálisis nos muestra en los fenómenos de transferencia de los neuróticos, puede hallarse de nuevo en la vida de personas no neuróticas, y hace en las mismas la impresión de un destino que las persigue, de una influencia demoniaca que rige su vida. El psicoanálisis ha considerado desde un principio tal destino como preparado, en su mayor parte, por la persona misma y determinado por tempranas influencias infantiles. La obsesión que en ello se muestra no se diferencia de la de repetición de los neuróticos, aunque tales personas no hayan ofrecido nunca señales de un conflicto neurótico resuelto por la formación de síntomas. De este modo conocemos individuos en los que toda relación humana llega a igual desenlace: filántropos a los que todos sus protegidos, por diferente que sea su carácter, abandonan irremisiblemente, con enfado, al cabo de cierto tiempo, pareciendo así destinados a saborear todas las amarguras de la ingratitud: hombres en los que toda amistad termina por la traición del amigo; personas que repiten varias veces en su vida el hecho de elevar como autoridad sobre sí mismas, o públicamente, a otra persona, a la que tras algún tiempo derrocan para elegir a otra nueva; amantes cuya relación con las mujeres pasa siempre por las mismas fases y llega al mismo desenlace. No nos maravilla en exceso este «perpetuo retorno de lo mismo» cuando se trata de una conducta activa del sujeto y cuando hallamos el rasgo característico permanente de su ser, que tiene que manifestarse en la repetición de los mismos actos. Mas, en cambio, sí nos extrañamos en aquellos casos en que los sucesos parecen hallarse fuera de toda posible influencia del sujeto y éste pasa una y otra vez pasivamente por la repetición del mismo destino. Piénsese, por ejemplo, en la historia de aquella mujer que, casada tres veces, vio al poco tiempo y sucesivamente enfermar a sus tres maridos y tuvo que cuidarlos hasta su muerte[1940]. La exposición poética más emocionante de tal destino ha sido compuesta por el Tasso en su epopeya romántica *La*

Jerusalén libertada. El héroe Tancredo ha dado muerte, sin saberlo, a su amada Clorinda, que combatió con él revestida con la armadura de un caballero enemigo. Después de su entierro penetra Tancredo en un inquietante bosque encantado que infunde temor al ejército de los cruzados, y abate en él con su espada un alto árbol de cuya herida mana sangre, y surge la voz de Clorinda, acusándole de haber dañado de nuevo a la amada.

Estos datos, que en la observación del destino de los hombres y de su conducta en la transferencia hemos hallado, nos hacen suponer que en la vida anímica existe realmente una obsesión de repetición que va más allá del principio del placer y a la cual nos inclinamos ahora a atribuir los sueños de los enfermos de neurosis traumáticas y los juegos de los niños. Mas, de todos modos, debemos decirnos que sólo en raros casos podemos observar los efectos de la obsesión de repetición por sí solos y sin la ayuda de otros motivos.

En los juegos infantiles hemos hecho ya resaltar qué otras interpretaciones permite su génesis. La obsesión de repetición y la satisfacción instintiva directa y acompañada de placer parecen confundirse aquí en una íntima comunidad. Los fenómenos de la transferencia se hallan claramente al servicio de la resistencia por parte del *yo*, que, obstinado en la represión y deseo de no quebrantar el principio del placer, llama en su auxilio a la obsesión de repetición.

De lo que pudiéramos llamar fuerza del destino nos parece gran parte comprensible por la reflexión racional, de manera que no se siente la necesidad de establecer un nuevo y misterioso motivo. Los menos sospechosos son los casos de los sueños de trauma; pero una más detenida reflexión nos hace confesar que tampoco en los otros ejemplos queda explicado el estado de cosas por la función de los motivos que conocemos.

Queda suficiente resto que justifica nuestras hipótesis de la obsesión de repetición, la cual parece ser más primitiva, elemental e instintiva que el principio del placer al que se sustituye. Mas si en la vida anímica existe tal obsesión de repetición, quisiéramos saber algo de ella, a qué función corresponde, bajo qué condiciones puede surgir y en qué relación se halla con el principio del placer, al que hasta ahora habíamos atribuido el dominio sobre el curso de los procesos de excitación en la vida psíquica.

IV

LO que sigue es pura especulación y a veces harto extremada, que el lector aceptará o rechazará según su posición particular en estas materias. Constituye, además, un intento de perseguir y agotar una idea, por curiosidad de ver hasta dónde nos llevará.

La especulación psicoanalítica deduce de las impresiones experimentadas en la investigación de los procesos inconscientes el hecho de que la conciencia no puede ser un carácter general de los procesos anímicos, sino tan sólo una función especial de los mismos. Así, afirma, usando un tecnicismo metapsicológico, que la *conciencia* es la función de un sistema especial al que denomina sistema *Ce*. Dado que la conciencia procura esencialmente *percepciones* de estímulos procedentes del mundo exterior y sensaciones de placer y displacer que no pueden provenir más que del interior del aparato anímico, podemos atribuir al sistema *P-Cc*. una localización. Tiene que hallarse situado en la frontera entre el exterior y el interior, estar vuelto hacia el mundo exterior y envolver a los otros sistemas psíquicos. Observamos entonces que con estas afirmaciones no hemos expuesto nada nuevo, sino que nos hemos agregado a la anatomía localizante del cerebro, que coloca la «sede» de la conciencia en la corteza cerebral, en la capa exterior envolvente del órgano central. La anatomía del cerebro no necesita preocuparse de por qué —anatómicamente hablando— se halla situada la conciencia precisamente en la superficie del cerebro, en lugar de morar, cuidadosamente preservada, en lo más íntimo del mismo. Quizá con nuestra hipótesis de tal situación de nuestro sistema *P-Cc*. logremos un mayor esclarecimiento.

La conciencia no es la única peculiaridad que atribuimos a los procesos que tienen lugar en este sistema. Basándonos en las impresiones de nuestra experiencia psicoanalítica, suponemos que todos los procesos excitantes que se desarrollan en los demás sistemas dejan en éste huellas duraderas como fundamento de la memoria, esto es, restos mnémicos que no tienen nada que ver con la conciencia y que son con frecuencia más fuertes y permanentes cuando el proceso del que han nacido no ha llegado jamás a la conciencia. Pero nos es difícil creer que tales huellas duraderas de la excitación se

produzcan también en el sistema *P-Cc*. Si permanecieran siempre conscientes, limitarían pronto la actitud del sistema para la recepción de nuevas excitaciones[1941]; en el caso contrario, esto es, siendo inconscientes, nos plantearían el problema de explicar la existencia de procesos inconscientes en un sistema cuyo funcionamiento va en todo lo demás acompañado del fenómeno de la conciencia. No habríamos, pues, transformado la situación ni ganado nada con la hipótesis que sitúa el devenir consciente en un sistema especial. Aunque no como consecuencia obligada, podemos, pues, suponer que la conciencia y la impresión de una huella mnémica son incompatibles para el mismo sistema. Podríamos, por tanto, decir que en el sistema *Cc*. se hace consciente el proceso excitante, mas no deja huella duradera alguna. Todas las huellas de dicho proceso, en las cuales se apoya el recuerdo, se producirían en los vecinos sistemas internos al propagarse a ellos la excitación. En este sentido se halla inspirado el esquema incluido por mí en la parte especulativa de mi *Interpretación de los sueños*. Si se piensa cuán poco hemos logrado averiguar, por otros caminos, sobre la génesis de la conciencia, tendremos que atribuir al principio de que *la conciencia se forma en lugar de la huella mnémica*, por lo menos, la significación de una afirmación determinada de un modo cualquiera.

El sistema *Cc*. se caracterizaría, pues, por la peculiaridad de que el proceso de la excitación no deja en él, como en todos los demás sistemas psíquicos, una transformación duradera de sus elementos, sino que se gasta, desde luego, en el fenómeno del devenir consciente. Tal desviación de la regla general tiene que ser motivada por un factor privativo de este sistema y que puede ser muy bien la situación ya expuesta del sistema *Cc*., esto es, su inmediata proximidad al mundo exterior.

Representémonos, pues, el organismo viviente en su máxima simplificación posible, como una vesícula indiferenciada de sustancia excitable. Entonces su superficie, vuelta hacia el mundo exterior, quedará diferenciada por su situación misma y servirá de órgano receptor de las excitaciones. La embriología, como repetición de la historia evolutiva, muestra también que el sistema nervioso central surge del ectodermo, y como la corteza cerebral gris es una modificación de la superficie primitiva, podremos suponer que haya adquirido, por herencia, esenciales caracteres de

la misma. Sería entonces fácilmente imaginable que por el incesante ataque de las excitaciones exteriores sobre la superficie de la vesícula quedase modificada su sustancia duraderamente hasta cierta profundidad, de manera que su proceso de excitación se verificaría en ella de distinto modo que en las capas más profundas. Formaríase así una corteza tan calcinada finalmente por el efecto de las excitaciones, que presentaría las condiciones más favorables para la recepción de las mismas y no sería ya susceptible de nuevas modificaciones. Aplicado esto al sistema Ce., supondría que sus elementos no pueden experimentar cambio alguno duradero al ser atravesados por la excitación, pues se hallan modificados en tal sentido hasta el último límite. Mas, llegados a tal punto, se hallarían ya capacitados para dejar constituirse a la conciencia. Muy diversas concepciones podemos formarnos de qué es en lo que consiste esta modificación de la sustancia y del proceso de excitación que en ella se verifica; pero ninguna de nuestras hipótesis es por ahora demostrable. Puede aceptarse que la excitación tiene que vencer una resistencia en su paso de un elemento a otro, y este vencimiento de la resistencia dejaría precisamente la huella temporal de la excitación. En el sistema *Cc*. no existiría ya tal resistencia al paso de un elemento a otro. Con esta concepción puede hacerse coincidir la diferenciación de Breuer de *carga psíquica (Besetzungsenergie)* en reposo (ligada) y carga psíquica libremente móvil en los elementos de los sistemas psíquicos[1942]. Entonces los elementos del sistema *Cc*. poseerían tan sólo energía capaz de un libre curso y no energía ligada. Mas creo que, por lo pronto, es mejor dejar indeterminadas tales circunstancias. De todos modos, habremos establecido en estas especulaciones una cierta conexión entre la génesis de la conciencia y la situación del sistema *Cc*. y las peculiaridades del proceso de excitación a él atribuibles.

Aún nos queda algo por explicar en la vesícula viviente y su capa cortical receptora de estímulos. Este trocito de sustancia viva flota en medio de un mundo exterior cargado de las más fuertes energías, y sería destruido por los efectos excitados del mismo si no estuviese provisto de un *dispositivo protector contra las excitaciones (Reizschutz).* Este dispositivo queda constituido por el hecho de que la superficie exterior de la vesícula pierde la estructura propia de lo viviente, se hace hasta cierto punto anorgánica y actúa

entonces como una especial envoltura o membrana que detiene las excitaciones, esto es, hace que las energías del mundo exterior no puedan propagarse sino con sólo una mínima parte de su intensidad hasta las vecinas capas que han conservado su vitalidad. Sólo detrás de tal protección pueden dichas capas consagrarse a la recepción de las cantidades de energía restantes. La capa exterior ha protegido con su propia muerte a todas las demás, más profundas, de un análogo destino, por lo menos hasta tanto que aparezcan excitaciones de tal energía que destruyan la protección. Para el organismo vivo, la defensa contra las excitaciones es una labor casi más importante que la recepción de las mismas. El organismo posee una provisión de energía propia y tiene que tender, sobre todo, a preservar las formas especiales de la transformación de energía que en él tienen lugar contra el influjo nivelador y, por tanto, destructor de las energías excesivamente fuertes que laboran en el exterior. La recepción de excitaciones sirve, ante todo, a la intención de averiguar la dirección y naturaleza de las excitaciones exteriores, y para ello le basta con tomar pequeñas muestras del mundo exterior como prueba.

En los organismos más elevados se ha retraído ha mucho tiempo a las profundidades del cuerpo la capa cortical, receptora de excitaciones, de la célula primitiva; pero partes de ella han quedado en la superficie, inmediatamente debajo del general dispositivo protector. Son estas partes los órganos de los sentidos, que contienen dispositivos para la recepción de excitaciones específicas, pero que además poseen otros dispositivos especiales destinados a una nueva protección contra cantidades excesivas de excitación y a detener los estímulos de naturaleza desmesurada. Constituye una característica de estos órganos el hecho de no elaborar más que escasas cantidades del mundo exterior, no tomando de él sino pequeñas pruebas. Quizá pudieran compararse a tentáculos que palpan el mundo exterior y se retiran después siempre de él.

Me permitiré, al llegar a este punto, rozar rápidamente un tema que merecería ser fundamentalmente tratado. El principio kantiano de que el tiempo y el espacio son dos formas necesarias de nuestro pensamiento, hoy puede ser sometido a discusión como consecuencia de ciertos descubrimientos psicoanalíticos. Hemos visto que los procesos anímicos inconscientes se hallan en sí «fuera del tiempo». Esto quiere decir, en primer

lugar, que no pueden ser ordenados temporalmente, que el tiempo no cambia nada en ellos y que no se les puede aplicar la idea de tiempo. Tales caracteres negativos aparecen con toda claridad al comparar los procesos anímicos inconscientes con los conscientes. Nuestra abstracta idea del tiempo parece más bien basada en el funcionamiento del sistema *P-Cc*. y correspondiente a una autopercepción del mismo. En este funcionamiento del sistema aparecería otro medio de protección contra las excitaciones. Sé que todas estas afirmaciones parecerán harto oscuras; mas por ahora nos es imposible acompañarlas de explicación alguna.

Hasta aquí hemos expuesto que la vesícula viva se halla provista de un dispositivo protector contra el mundo exterior. Antes habíamos fijado que la primera capa cortical de la misma tiene que hallarse diferenciada, como órgano destinado a la recepción de excitaciones procedentes del exterior. Esta capa cortical sensible, que después constituye el sistema *Cc*., recibe también excitaciones procedentes del interior; la situación del sistema entre el exterior y el interior y la diversidad de las condiciones para la actuación desde uno y otro lado es lo que regula la función del sistema y de todo el aparato anímico. Contra el exterior existe una protección, pues las cantidades de excitación que a ella llegan no actuarán sino disminuidas. Mas contra las excitaciones procedentes del interior no existe defensa alguna; las excitaciones de las capas más profundas se propagan directamente al sistema sin sufrirla menor disminución, y determinados caracteres de su curso crean en él la serie de sensaciones de placer y displacer. De todos modos, las excitaciones procedentes del interior son, por lo que respecta a su intensidad y a otros caracteres cualitativos —y eventualmente su amplitud—, más adecuadas al funcionamiento del sistema que las que provienen del exterior. Pero dos cosas quedan decisivamente determinadas por estas circunstancias. En primer lugar, la prevalencia de las sensaciones de placer y displacer sobre todas las excitaciones exteriores, y en segundo, la orientación de la conducta contra aquellas excitaciones interiores que traen consigo un aumento demasiado grande de displacer. Tales excitaciones son tratadas como si no actuasen desde dentro, sino desde fuera, empleándose así contra ellas los medios de defensa de la protección. Es éste el origen de la *proyección*, a la que tan importante papel está reservado en la causación de procesos patológicos.

Se me figura que con las últimas reflexiones nos hemos acercado a la comprensión del dominio del principio del placer. En cambio, no hemos alcanzado una explicación de aquellos casos que a él se oponen. Prosigamos, pues, nuestro camino. Aquellas excitaciones procedentes del exterior que poseen suficiente energía para atravesar la protección son las que denominamos *traumáticas*, Opino que el concepto de trauma exige tal relación a una defensa contra las excitaciones, eficaz en todo otro caso. Un suceso como el trauma exterior producirá seguramente una gran perturbación en el intercambio de energía del organismo y pondrá en movimiento todos los medios de defensa. Mas el principio del placer queda aquí fuera de juego. No siendo ya evitable la inundación del aparato anímico por grandes masas de excitación, habrá que emprender la labor de dominarlas, esto es, de ligar psíquicamente las cantidades de excitación invasoras y procurar su descarga.

Probablemente, el displacer específico del dolor físico es el resultado de haber sido rota la protección en un área limitada. Desde el punto de la periferia en que la ruptura ha tenido efecto, afluyen entonces al aparato anímico central excitaciones continuas, tales como antes sólo podían llegar a él partiendo del interior del aparato[1943]. ¿Y qué podemos esperar como reacción de la vida anímica ante esta invasión? Desde todas partes acude la energía de carga para crear, en los alrededores de la brecha producida, grandes acopios de energía. Fórmase así una «contracarga» (*Gegenbesetzung*), en favor de la cual se empobrecen todos los demás sistemas psíquicos, resultando una extensa parálisis o minoración del resto de la función psíquica. De este proceso deducimos la conclusión de que un sistema intensamente cargado se halla en estado de acoger nueva energía que a él afluya y transformarla en carga de reposo, esto es, ligada psíquicamente. Cuanto mayor es la propia carga en reposo, tanto más intensa sería la fuerza ligadora. A la inversa, cuanto menor es dicha carga, tanto menos capacitado estará el sistema para la recepción de energía afluyente y tanto más violentas serán las consecuencias de tal ruptura de la protección contra las excitaciones. Contra esta hipótesis no está justificada la objeción de que la intensificación de la carga en derredor de la brecha de entrada queda explicada más sencillamente por la directa derivación de las masas de excitación afluyentes. Si así fuera, el aparato psíquico no experimentaría más que un aumento de

sus cargas psíquicas, y el carácter paralizante del dolor, el empobrecimiento de todos los demás sistemas, quedaría inexplicado. Tampoco los violentos efectos de descarga del dolor contradicen nuestra explicación, pues se verifican reflejamente; esto es, sin participación alguna del aparato anímico. Lo impreciso de nuestra exposición, que denominamos metapsicología, proviene, naturalmente, de que nada sabemos de la naturaleza del proceso de excitación en los elementos de los sistemas psíquicos y no nos sentimos autorizados para arriesgar hipótesis ninguna sobre tal materia. De este modo operamos siempre con una v, que entra obligadamente en cada nueva fórmula. Parece admisible que este proceso se verifique con diversas energías cuantitativas, y es probable que posea también más de una cualidad. Como algo nuevo, hemos examinado la hipótesis de Breuer de que se trata de dos formas diversas de la carga de energía, debiendo diferenciarse en los sistemas psíquicos una carga libre, que tiende a hallar un exutorio, y una carga en reposo. Quizá concedamos también un puente a la hipótesis de que la «ligadura» de la energía que afluye al aparato anímico consiste en un paso del estado de libre curso al estado de reposo.

A mi juicio, puede intentarse considerar la neurosis traumática común como el resultado de una extensa rotura de la protección contra las excitaciones. Con ello quedaría restaurada la antigua e ingenua teoría del *shock*, opuesta aparentemente a otra, más moderna y psicológica, que atribuye la significación etiológica no al efecto de violencia, sino al susto y al peligro de muerte. Mas estas antítesis no son en ningún modo inconciliables, y la concepción psicoanalítica de la neurosis traumática no es idéntica a la forma más simplista de la teoría del *shock*. Está considerada como esencia del mismo el daño directo de la estructura molecular o hasta de la estructura histológica de los elementos nerviosos, y nosotros, en cambio, intentamos explicar su efecto por la ruptura de la protección, que defiende al órgano anímico contra las excitaciones. También para nosotros conserva el susto su importancia. Su condición es la falta de la disposición a la angustia (*Angsbereiíschfí*), disposición que hubiera traído consigo una «sobrecarga» del sistema, que recibe en primer lugar la excitación. A causa de tal insuficiencia de la carga no se hallan luego los sistemas en buena disposición influyentes, y las consecuencias de la rotura de la protección se hacen sentir

con mayor facilidad. Hallamos de este modo que la disposición a la angustia representa, con la sobrecarga de los sistemas receptores, la última línea de defensa de la protección contra las excitaciones. En una gran cantidad de traumas puede ser el factor decisivo para el resultado final la diferencia entre el sistema no preparado y el preparado por sobrecarga. Mas esta diferencia carecerá de toda eficacia cuando el trauma supere cierto límite de energía. Si los sueños de los enfermos de neurosis traumática reintegran tan regularmente a los pacientes a la situación del accidente, no sirve con ello a la realización de deseos, cuya aportación alucinatoria ha llegado a constituir, bajo el dominio del principio del placer, su función peculiar. Pero nos es dado suponer que actuando así se ponen a disposición de otra labor, que tiene que ser llevada a cabo antes que el principio del placer pueda comenzar su reinado. Estos sueños intentan conseguirlo desarrollando la angustia, el dominio de la excitación, cuya negligencia ha llegado a ser la causa de la neurosis traumática. Nos dan de este modo una visión de una de las funciones del aparato anímico, que, sin contradecir al principio del placer, es, sin embargo, independiente de él, y parece más primitiva que la intención de conseguir placer y evitar displacer.

Sería ésta la ocasión de conceder por vez primera la existencia de una excepción a la regla de que los sueños son realizaciones de deseos. Los sueños de angustia no son tal excepción, como ya he demostrado repetidamente y con todo detenimiento, ni tampoco los de «castigo», pues lo que hacen estos últimos es sustituir a la realización de deseos, prohibida, el castigo correspondiente, siendo, por tanto, la realización del deseo de la conciencia de la culpa, que reacciona contra el instinto rechazado. Mas los sueños antes mencionados de los enfermos de neurosis traumática no pueden incluirse en el punto de vista de la realización de deseos, y mucho menos los que aparecen en el psicoanálisis, que nos vuelven a traer el recuerdo de los traumas psíquicos de la niñez. Obedecen más bien a la obsesión de repetición, que en el análisis es apoyada por el deseo —no inconsciente— de hacer surgir lo olvidado y reprimido. Así, pues, tampoco la función del sueño de suprimir por medio de la realización de deseos los motivos de interrupción del reposo sería su función primitiva, no pudiendo apoderarse de ella hasta después que la total vida anímica ha reconocido el dominio del principio del

placer. Si existe un «más allá del principio del placer», será lógico admitir también una prehistoria para la tendencia realizadora de deseos del sueño, cosa que no contradice en nada su posterior función. Una vez surgida esta tendencia, aparece un nuevo problema; aquellos sueños que, en interés de la ligadura psíquica de la impresión traumática, obedecen a la obsesión de repetición, ¿son o no posibles fuera del análisis? La respuesta es, desde luego, afirmativa.

Sobre la «neurosis de guerra», en cuanto esta calificación va más allá de marcar la relación con la causa de la enfermedad, he expuesto en otro lado[1944] que podían ser muy bien neurosis traumáticas, facilitadas por un conflicto del *yo*. El hecho, mencionado en páginas anteriores, de que una grave herida simultánea, producida por el trauma, disminuye las probabilidades de la génesis de una neurosis, no es ya incomprensible, teniendo en cuenta dos de las circunstancias que la investigación psicoanalítica hace resaltar. La primera es que la conmoción mecánica tiene que ser reconocida como una de las fuentes de la excitación sexual (compárense las observaciones sobre el efecto del columpiarse y del viaje en ferrocarril: «Tres ensayos para una teoría sexual»). La segunda es que al estado de dolor y fiebre de la enfermedad corresponde mientras ésta dura un poderoso influjo en la distribución de la libido. De este modo, la violencia mecánica del trauma libertaría el *quantum* de excitación sexual, el cual, a consecuencia de la diferencia de preparación a la angustia, actuaría traumáticamente; la herida simultánea ligaría por la intervención de una sobrecarga narcisista del órgano herido el exceso de excitación[1945]. Es también conocido, pero no ha sido suficientemente empleado para la teoría de la libido, que perturbaciones tan graves de la distribución de la libido como la de una melancolía son interrumpidas temporalmente por una enfermedad orgánica intercurrente, y que hasta una *dementia praecox* en su total desarrollo puede experimentar en tales casos una pasajera mejoría[1946].

V

LA carencia de un dispositivo protector contra las excitaciones procedentes del interior de la capa cortical receptora de las mismas tiene por consecuencia que tales excitaciones entrañen máxima importancia económica y den frecuente ocasión a perturbaciones económicas, equivalentes a las neurosis traumáticas. Las más ricas fuentes de tal excitación interior son los llamados instintos del organismo, que son los representantes de todas las actuaciones de energía procedentes del interior del cuerpo y transferidas al aparato psíquico, y constituyen el elemento más importante y oscuro de la investigación psicológica.

Quizá no sea excesivamente osada la hipótesis de que los impulsos emanados de los instintos pertenecen al tipo de proceso nervioso libremente móvil, y que tiende a hallar un exutorio. Nuestro mejor conocimiento de estos procesos lo adquirimos en el estudio de la elaboración de los sueños. Hallamos entonces que los procesos que se desarrollan en los sistemas inconscientes son distintos por completo de los que tienen lugar en los (pre)-conscientes, y que en lo inconsciente puede ser fácil y totalmente transferidas, desplazadas y condensadas las cargas, cosa que, teniendo lugar en material preconsciente, no puede dar sino defectuosos resultados. Ejemplo de ello son las conocidas singularidades del sueño manifiesto, que surgen al ser sometidos los restos diurnos preconscientes a una elaboración conforme a las leyes de lo inconsciente. Estos procesos fueron denominados por mí «procesos psíquicos primarios» para diferenciarlos de los procesos secundarios, que tienen lugar en nuestra normal vida despierta. Dado que todos los impulsos instintivos parten del sistema inconsciente, apenas si constituye una innovación decir que siguen el proceso primario, y por otro lado, no es necesario esfuerzo alguno para identificar el proceso psíquico primario con la carga, libremente móvil, y el secundario, con las modificaciones de la carga, fija o tónica, de Breuer[1947]. Correspondería entonces a las capas superiores del aparato anímico la labor de ligar la excitación de los instintos, característica del proceso primario. El fracaso de esta ligadura haría surgir una perturbación análoga a las neurosis traumáticas. Sólo después de efectuada con éxito la ligadura podría imponerse sin obstáculos el reinado del principio del placer o de su modificación; el principio de la realidad. Mas hasta tal punto sería obligada como labor

preliminar del aparato psíquico la de dominar o ligar la excitación, no en oposición al principio del placer, mas sí independientemente de él, y en parte sin tenerlo en cuenta para nada.

Aquellas manifestaciones de una obsesión de repetición que hemos hallado en las tempranas actividades de la vida anímica infantil y en los incidentes de la cura psicoanalítica muestran en alto grado un carácter instintivo, y cuando se halla en oposición al principio del placer, un carácter demoniaco. En los juegos infantiles creemos comprender que el niño repite también el suceso desagradable, porque con ello consigue dominar la violenta impresión, experimentada mucho más completamente de lo que le fue posible al recibirla. Cada nueva repetición parece perfeccionar el deseado dominio. También en los sucesos placenteros muestra el niño su ansia de repetición, y permanecerá inflexible en lo que respecta a la identidad de la impresión. Este rasgo del carácter está destinado, más tarde, a desaparecer. Un chiste oído por segunda vez no producirá apenas efecto. Una obra teatral no alcanzará jamás por segunda vez la impresión que en el espectador dejó la vez primera. Rara vez comenzará el adulto la relectura de un libro que le ha gustado mucho inmediatamente después de concluido. La novedad será siempre la condición del goce. En cambio, el niño no se cansa nunca de demandar la repetición de un juego al adulto que se lo ha enseñado o que en él ha tomado parte, y cuando se le cuenta una historia, quiere oír siempre la misma, se muestra implacable en lo que respecta a la identidad de la repetición y corrige toda variante introducida por el cuentista, aunque éste crea con ella mejorar su cuento. Nada de esto se opone al principio del placer; es indudable que la repetición, el reencuentro de la identidad constituye una fuente de placer. En cambio, en el analizado se ve claramente que la obsesión de repetir, en la transferencia, los sucesos de su infancia, se sobrepone en absoluto al principio del placer. El enfermo se conduce en estos casos por completo infantilmente, y nos muestra de este modo que las reprimidas huellas mnémicas de sus experiencias primeras no se hallan en él en estado de ligadura, ni son hasta cierto punto capaces del proceso secundario. A esta libertad deben también su capacidad de formar por adherencia a los restos diurnos una fantasía onírica optativa. La misma obsesión de repetición nos aparece con gran frecuencia como

un obstáculo terapéutico cuando al final de la cura queremos llevar a efecto la total separación del médico, y hay que aceptar que el oscuro temor que siente el sujeto poco familiarizado con el análisis de despertar algo que, a su juicio, sería mejor dejar en reposo, revela que en el fondo presiente la aparición de esta obsesión demoniaca.

¿De qué modo se halla en conexión lo instintivo con la obsesión de repetición? Se nos impone la idea de que hemos descubierto la pista de un carácter general no reconocido claramente hasta ahora —o que por lo menos no se ha hecho resaltar expresamente— de los instintos y quizá de toda vida orgánica. *Un instinto sería, pues, una tendencia propia de lo orgánico vivo a la reconstrucción de un estado anterior*, que lo animado tuvo que abandonar bajo el influjo de fuerzas exteriores, perturbadoras; una especie de elasticidad orgánica, o, si se quiere, la manifestación de la inercia en la vida orgánica[1948].

Esta concepción del instinto nos parece extraña por habernos acostumbrado a ver en él el factor que impulsa a la modificación y evolución, y tener ahora que reconocer en él todo lo contrario: la manifestación de la Naturaleza, conservadora de lo animado. Por otro lado, recordamos en seguida aquellos ejemplos de la vida animal que parecen confirmar la condicionalidad histórica de los instintos. Las penosas emigraciones que ciertos peces emprenden en la época del desove con objeto de dejar la fuerza en determinadas aguas, muy lejanas de los sitios en que de costumbre viven, débense tan sólo, según la opinión de muchos biólogos, a que buscan los lugares en que su especie residió primitivamente. Igual explicación puede aplicarse a las migraciones de las aves de paso; pero la rebusca de nuevos ejemplos nos hace pronto observar que en los fenómenos de la herencia y en los hechos de la Embriología tenemos las más magníficas pruebas de la obsesión orgánica de repetición. Vemos que el germen de un animal vivo se halla forzado a repetir en su evolución —aunque muy abreviadamente— todas las formas de las que el animal desciende, en lugar de marchar rápidamente y por el camino más corto a su definitiva estructura. No pudiendo explicarnos mecánicamente más que una mínima parte de esta conducta, no debemos desechar la explicación histórica. De la misma manera se extiende por la serie animal una capacidad de reproducción que sustituye

un órgano perdido por la nueva formación de otro idéntico a él.

La objeción de que además de los instintos conservadores, que fuerzan a la repetición, existen otros, que impulsan a la nueva formación y al progreso, merece ciertamente ser tenida en cuenta, y más adelante trataremos de ella. Pero, por lo pronto, nos atrae la idea de perseguir hasta sus últimas consecuencias la hipótesis de que todos los instintos quieren reconstruir algo anterior. Si lo que de ello resulte parece demasiado «ingenioso» o muestra apariencia del místico, sabemos que no se nos podrá reprochar el haber tendido a ello. Buscamos modestos resultados de la investigación o de la reflexión en ella fundada, y nuestro deseo sería que no presentaran dichos resultados otro carácter que el de una total certeza[1949].

Si, por tanto, todos los instintos orgánicos son conservadores e históricamente adquiridos, y tienden a una regresión o a una reconstrucción de lo pasado, deberemos atribuir todos los éxitos de la evolución orgánica a influencias exteriores, perturbadoras y desviantes. El ser animado elemental no habría querido transformarse desde su principio y habría repetido siempre, bajo condiciones idénticas, un solo y mismo camino vital. Pero en último término estaría siempre la historia evolutiva de nuestra Tierra y de su relación al Sol, que nos ha dejado su huella en la evolución de los organismos. Los instintos orgánicos conservadores han recibido cada una de estas forzadas transformaciones del curso vital, conservándolas para la repetición, y tienen que producir de este modo la engañadora impresión de fuerzas que tienden hacia la transformación y el progreso, siendo así que no se proponen más que alcanzar un antiguo fin por caminos tanto antiguos como nuevos. Este último fin de toda la tendencia orgánica podría también ser indicado. El que el fin de la vida fuera un estado no alcanzado nunca anteriormente, estaría en contradicción con la Naturaleza, conservadora de los instintos. Dicho fin tiene más bien que ser un estado antiguo, un estado de partida, que lo animado abandonó alguna vez y hacia lo que tiende por todos los rodeos de la evolución. Si como experiencia, sin excepción alguna, tenemos que aceptar que todo lo viviente muere por fundamentos *internos*, volviendo a lo anorgánico, podremos decir: *La meta de toda vida es la muerte*. Y con igual fundamento: *Lo inanimado era antes que lo animado*.

En una época indeterminada fueron despertados en la materia inanimada,

por la actuación de fuerzas inimaginables, las cualidades de lo viviente. Quizá fue éste el proceso que sirvió de modelo a aquel otro que después hizo surgir la conciencia en determinado estado de la materia animada. La tensión, entonces generada en la antes inanimada materia, intentó nivelarse, apareciendo así el primer instinto: el de volver a lo inanimado. Para la sustancia entonces viviente era aún fácil morir; no tenía que recorrer más que un corto curso vital, cuya dirección se hallaba determinada por la composición química de la joven vida. Durante largo tiempo sucumbió fácilmente la sustancia viva, y fue creada incesantemente de nuevo hasta que las influencias reguladoras exteriores se transformaron de tal manera, que obligaron a la sustancia aún superviviente a desviaciones cada vez más considerables del primitivo curso vital y a rodeos cada vez más complicados hasta alcanzar el fin de la muerte. Estos rodeos hacia la muerte, fielmente conservados por los instintos conservadores, constituirían hoy el cuadro de los fenómenos vitales. Si se quiere seguir afirmando la naturaleza, exclusivamente conservadora, de los instintos, no se puede llegar a otras hipótesis sobre el origen y el fin de la vida.

Igual extrañeza que estas consecuencias nos produce todo lo relativo a los grandes grupos de instintos, que estatuimos tras los fenómenos vitales de los organismos. El instinto de conservación, que reconocemos en todo ser viviente, se halla en curiosa contradicción con la hipótesis de que la total vida instintiva sirve para llevar al ser viviente hacia la muerte. La importancia teórica de los instintos de conservación y poder se hace más pequeña vista a esta luz; son instintos parciales, destinados a asegurar al organismo su peculiar camino hacia la muerte y a mantener alejadas todas las posibilidades no inmanentes del retorno a lo anorgánico. Pero la misteriosa e inexplicable tendencia del organismo a afirmarse en contra del mundo entero desaparece, y sólo queda el hecho de que el organismo no quiere morir sino a su manera. También estos guardianes de la vida fueron primitivamente escolta de la muerte. De este modo surge la paradoja de que el organismo viviente se rebela enérgicamente contra actuaciones (peligros) que podían ayudarle a alcanzar por un corto camino (por cortocircuito, pudiéramos decir) su fin vital; pero esta conducta es lo que caracteriza precisamente a las tendencias puramente instintivas, diferenciándolas de las tendencias inteligentes[1950].

Mas hemos de reflexionar que esto no puede ser así. A otra luz muy distinta nos parecen los instintos sexuales, para los cuales admite la teoría de las neurosis una posición particular. No todos los organismos han sucumbido a la imposición exterior, que les impulsó a una ininterrumpida evolución. Muchos consiguieron mantenerse hasta la época actual en un grado poco elevado. Aún viven hoy en día muchos seres animados análogos a los grados primitivos de los animales superiores y de las plantas. Asimismo, tampoco todos los organismos elementales que componen el complicado cuerpo de un ser animado superior recorren con él todo el camino evolutivo hasta la muerte natural. Algunos de ellos —las células germinativas— conservan probablemente la estructura primitiva de la sustancia viva, y al cabo de algún tiempo se separan del organismo total, cargados con todos los dispositivos instintivos heredados y adquiridos. Quizá son precisamente estas dos cualidades las que hacen posible su existencia independiente. Puestas en condiciones favorables, comienzan estas células a desarrollarse; esto es, a repetir el mecanismo al que deben su existencia, proceso que termina llegando de nuevo hasta el final del desarrollo una parte de su sustancia, mientras que otra parte retorna, en calidad de nuevo resto germinativo, al comienzo de la evolución. De este modo se oponen estas células germinativas a la muerte de la sustancia viva y saben conseguir para ella aquello que nos tiene que aparecer como inmortalidad potencial, aunque quizá no signifique más que una prolongación del camino hacia la muerte. De extraordinaria importancia para nosotros es el hecho de que la célula germinativa es fortificada o hasta capacitada para esta función por su fusión con otra análoga a ella y, sin embargo, diferente.

Los instintos que cuidan de los destinos de estos organismos elementales supervivientes al ser unitario, procurándoles un refugio durante todo el tiempo que permanecen indefensos contra las excitaciones del mundo exterior y facilitando su encuentro con las otras células germinativas, constituyen el grupo de los instintos sexuales. Son conservadores en el mismo sentido que los otros, dado que reproducen anteriores estados de la sustancia animada; pero lo son en mayor grado, pues se muestran más resistentes contra las actuaciones exteriores y, además, en su más amplio sentido, pues conservan la vida misma para más largo tiempo[1951]. Son los

verdaderos instintos de vida. Por el hecho de actuar en contra de la tendencia de los otros instintos, que por medio de la función llevan a la muerte, aparece una contradicción entre ellos y los demás, oposición que la teoría de las neurosis ha reconocido como importantísima. Esto es como un *ritardando* en la vida de los organismos; uno de los grupos de instintos se precipita hacia adelante para alcanzar, lo antes posible, el fin último de la vida, y el otro retrocede, al llegar a un determinado lugar de dicho camino, para volverlo a emprender de nuevo desde un punto anterior y prolongar así su duración. Más aun cuando la sexualidad y la diferencia de sexos no existían seguramente al comienzo de la vida, no deja de ser posible que los instintos que posteriormente han de ser calificados de sexuales aparecieran y entraran en actividad desde un principio y emprendieran entonces, y no en épocas posteriores, su labor contra los instintos del *yo*[1952].

Volvamos ahora sobre nuestros pasos para preguntarnos si toda esta especulación no carece, quizá, de fundamento. ¿No existen realmente, aparte de los sexuales, más instintos que aquellos que quieren reconstruir un estado anterior? ¿No habrá otros que aspiren a un estado no alcanzado aún? Sea como quiera, la cuestión es que hasta ahora no se ha descubierto en el mundo orgánico nada que contradiga nuestras hipótesis. Nadie ha podido demostrar aún la existencia de un instinto general de superevolución en el mundo animal y vegetal, a pesar de que tal dirección evolutiva parece indiscutible. Mas, por un lado, es quizá tan sólo un juicio personal al declarar que un grado evolutivo es superior a otro, y, además, la Biología nos muestra que la superevolución en un punto se consigue con frecuencia por regresión de otro. Existen también muchas formas animales cuyos estados juveniles nos dejan reconocer que su desarrollo ha tomado más bien un carácter regresivo. Superrevolución y regresión podían ser ambas consecuencias de fuerzas exteriores que impulsan a la adaptación, y el papel de los instintos quedaría entonces limitado a mantener fija la obligada transformación como fuente de placer interior[1953]. Para muchos de nosotros es difícil prescindir de la creencia de que en el hombre mismo reside un instinto de perfeccionamiento que le ha llevado hasta su actual grado elevado de función espiritual y sublimación ética y del que debe esperarse que cuidará de su desarrollo hasta el superhombre. Mas, por mi parte, no creo en tal instinto interior y no veo

medio de mantener viva esta benéfica ilusión. El desarrollo humano hasta el presente me parece no necesitar explicación distinta del de los animales, y lo que de impulso incansable a una mayor perfección se observa en una minoría de individuos humanos puede comprenderse sin dificultad como consecuencia de la represión de los instintos, proceso al que se debe lo más valioso de la civilización humana. El instinto reprimido no cesa nunca de aspirar a su total satisfacción, que consistiría en la repetición de un satisfactorio suceso primario. Todas las formaciones sustitutivas o reactivas, y las sublimaciones, son insuficientes para hacer cesar su permanente tensión. De la diferencia entre el placer de satisfacción hallado y el exigido surge el factor impulsor, que no permite la detención en ninguna de las situaciones presentes, sino que, como dijo el poeta, «tiende, indomado, siempre hacia adelante» (*Fausto*, I). El camino hacia atrás, hacia la total satisfacción, es siempre desplazado por las resistencias que mantienen la represión, y de este modo no queda otro remedio sino avanzar en la dirección evolutiva que permanece libre, aunque sin esperanza de dar fin al proceso y poder alcanzar la meta. Los procesos que tienen lugar en el desarrollo de una fobia neurótica, perturbación que no es más que un intento de fuga ante una satisfacción instintiva, nos dan el modelo de la génesis de este aparente «instinto de perfeccionamiento»; instinto que, sin embargo, no podemos atribuir a todos los individuos humanos. Las condiciones dinámicas para su existencia se dan ciertamente en general; pero las circunstancias económicas parecen no favorecer el fenómeno más que en muy raros casos.

VI

LOS resultados hasta ahora obtenidos, que establecen una franca oposición entre los «instintos del yo» y los instintos sexuales, haciendo que los primeros tiendan a la muerte y los segundos a la conservación de la vida, no llegan a satisfacernos en muchos puntos. A ello se agrega que no pudimos atribuir el carácter conservador, mejor dicho, regresivo, del instinto, correspondiente a una obsesión de repetición, más que a los primeros, pues

según nuestra hipótesis, los instintos del *yo proceden* de la vivificación de la materia inanimada y quieren establecer de nuevo el estado inanimado. En cambio, es innegable que los instintos sexuales reproducen estados primitivos del ser animado; pero su fin —al que tienden con todos sus medios— es la fusión de dos células germinativas determinadamente diferenciadas. Cuando esta unión no se verifica, muere la célula germinativa, como todos los demás elementos del organismo multicelular. Sólo bajo esta condición puede la función sexual prolongar la vida y prestarle la apariencia de inmortalidad. Mas ¿qué importante suceso de la evolución de la sustancia viva es repetido por la procreación sexual o por su antecedente, la copulación de dos protozoarios? Siéndonos imposible responder a esta interrogación, veríamos con gusto que toda nuestra construcción especulativa demostrase ser equivocada, pues de este modo cesaría la oposición entre instintos del *yo* o de muerte e instintos sexuales o de vida, y con ello perdería la obsesión de repetición la importancia que le hemos atribuido.

Volvamos, por tanto, a una de las hipótesis antes establecidas por nosotros y tratemos de rebatirla. Hemos fundado amplias conclusiones sobre la suposición de que todo lo animado tiene que morir por causas internas. Esta hipótesis ha sido, naturalmente, aceptada por nosotros, porque más bien se nos aparece como una certeza. Estamos acostumbrados a pensar así, y nuestros poetas refuerzan nuestras creencias. Además quizá nos haya decidido a adoptarla el hecho de que no teniendo más remedio que morir y sufrir que antes nos arrebate la muerte a las personas que más amamos, preferimos ser vencidos por una implacable ley natural, por la soberana Δναχχη, que por una casualidad que quizá hubiera sido evitable. Mas quizá esta creencia en la interior regularidad del morir no sea tampoco más que una de las ilusiones que nos hemos creado «para soportar la pesadumbre del vivir». Lo que sí podemos asegurar es que no se trata de una creencia primitiva: la idea de «muerte natural» es extraña a los pueblos primitivos, los cuales atribuyen cada fallecimiento de uno de los suyos a la influencia de un enemigo o de un mal espíritu. No debemos, por tanto, dejar de examinar esta creencia a la luz de la ciencia biológica.

Al hacerlo así quedaremos maravillados de la falta de acuerdo que reina entre los biólogos sobre la cuestión de la muerte natural, y veremos que hasta

se les escapa de entre las manos el concepto mismo de la muerte. El hecho de que la vida tenga una determinada duración media, por lo menos entre los animales superiores, habla en favor de la muerte motivada por causas internas; mas la circunstancia de que algunos grandes animales y varios árboles gigantescos alcancen una avanzadísima edad, hasta ahora no determinada, contradice de nuevo esta impresión. Según la magna concepción de W. Fliess, todos los fenómenos vitales de los organismos —y con seguridad también la muerte— se hallan ligados al cumplimiento de determinados plazos, en los cuales se manifiesta la dependencia de dos sustancias vivas, una masculina y otra femenina, del año solar. Pero la facilidad con la que fuerzas externas logran modificar ampliamente la aparición temporal de las manifestaciones de la vida, sobre todo en el mundo vegetal, adelantándolas o retrasándolas, contradice la rigidez de la fórmula de Fliess y hace dudar, por lo menos, de la exclusiva vigencia de las leyes por él establecidas.

La forma en la que A. Weismann ha tratado el tema de la duración de la vida de los organismos y de su muerte es para nosotros del mayor interés[1954]. De este investigador procede la diferenciación de la sustancia viva en una mitad mortal y otra inmortal; la mitad mortal es el cuerpo en su más estrecho sentido, el *soma*; sólo ella está sujeta a la muerte natural. En cambio, las células germinativas son potencia inmortal, en cuanto se hallan capacitadas, bajo determinadas condiciones favorables, para formar un nuevo individuo, o, dicho de otro modo, para rodearse de un nuevo soma[1955].

Lo que de esta concepción nos sugestiona es su inesperada analogía con la nuestra, conseguida por tan diversos caminos. Weismann, que considera morfológicamente la sustancia viva, reconoce en ella un componente destinado a la muerte, el soma, o sea el cuerpo despojado de la materia sexual y hereditaria, y otro componente inmortal, constituido precisamente por aquel plasma germinativo que sirve a la conservación de la especie, a la procreación. Nosotros no hemos partido de la materia animada, sino de las fuerzas que en ella actúan, y hemos llegado a distinguir dos especies de instintos: aquellos que quieren llevar la vida hacia la muerte, y otros, los instintos sexuales, que aspiran de continuo a la renovación de la vida y la imponen siempre de nuevo. Este nuestro resultado semeja un corolario

dinámico a la teoría morfológica de Weismann.

Mas la esperanza de tan importante coincidencia desaparece rápidamente al observar la solución que da Weismann al problema de la muerte, pues no considera válida la diferenciación de soma mortal y plasma germinativo imperecedero más que para los organismos multicelulares, y admite que en los animales unicelulares son todavía el individuo y la célula procreativa una y la misma cosa[1956]. De este modo, declara Weismann potencialmente inmortales a los unicelulares. La muerte no aparecería hasta los metazoarios, ya multicelulares. Esta muerte de los seres animados superiores es, ciertamente, natural, muerte por causas interiores; pero no se debe a una cualidad primitiva de la sustancia viva[1957], ni puede ser concebida una necesidad absoluta, fundada en la esencia de la vida[1958]. La muerte es más bien un dispositivo de acomodación, un fenómeno de adaptación a las condiciones vitales exteriores, pues, desde la separación de las células del cuerpo en soma y plasma germinativo, la duración ilimitada de la vida hubiera sido un lujo totalmente inútil. Con la aparición de esta diferenciación en los multicelulares se hizo posible y adecuada la muerte. Desde entonces muere por causas internas, y al cabo de un tiempo determinado, el soma de los seres animados superiores; en cambio, los protozoarios continúan gozando de inmortalidad.

En oposición a lo anteriormente expuesto, la procreación no ha sido introducida con la muerte, sino que, como el crecimiento, del cual surgió, es una cualidad primitiva de la materia animada. Así pues, la vida ha sido siempre, desde su aparición en la Tierra, susceptible de ser continuada[1959].

Fácilmente se ve que la aceptación de una muerte natural para las organizaciones superiores ayuda muy poco a nuestra causa. Si la muerte es una tardía adquisición del ser viviente, no tendrá objeto ninguno suponer la existencia de instintos de muerte aparecidos desde el comienzo de la vida sobre la Tierra. Los multicelulares pueden seguir muriendo por causas internas, por defectos de su diferenciación o imperfecciones de su metabolismo. Sea como sea, ello carece de interés para la cuestión que nos ocupa. Tal concepción y derivación de la muerte se halla seguramente más cercana al acostumbrado pensamiento de los hombres que la hipótesis de los instintos de muerte.

La discusión motivada por las teorías de Weismann no ha producido, a mi juicio, nada decisivo[1960]. Algunos autores han vuelto a la posición de Goethe (1883), que veía en la muerte una consecuencia directa de la procreación. Hartmann no caracteriza a la muerte por la aparición de un «cadáver», de una parte muerta de la sustancia animada, sino que la define como «término de la evolución individual». En este sentido, también los protozoarios son mortales; la muerte coincide en ellos con la procreación; pero es encubierta por ésta en cierto modo, puesto que toda la sustancia del animal padre puede ser traspasada directamente a los jóvenes individuos filiales (*L* c., pág. 29).

El interés de la investigación se ha dirigido en seguida a comprobar experimentalmente en los unicelulares la afirmada inmortalidad de la sustancia viva. Un americano, Woodruff, puso en observación a un infusorio, de los que se reproducen por escisiparidad, y lo estudió, aislando cada vez uno de los productos de la división y sumergiéndolo en agua nueva, hasta la generación 3029. El último descendiente del primer infusorio poseía igual vitalidad que éste y no mostraba señal alguna de vejez o degeneración. De este modo pareció experimentalmente demostrable —si es que tales cifras poseen fuerza demostrativa— la inmortalidad de los protozoarios[1961].

Mas otros investigadores han llegado a resultados diferentes. Maupas y Calkins, entre ellos, han hallado, en contraposición a Woodruff, que también estos infusorios se debilitan tras cierto número de divisiones, disminuyendo de tamaño, perdiendo una parte de su organización y muriendo al fin, cuando no experimentan determinadas influencias reanimadoras. Según esto, los protozoarios morirían después de una fase de decadencia senil, exactamente como los animales superiores, y sería errónea la teoría de Weismann, que considera la muerte como una tardía adquisición de los organismos animados.

Del conjunto de estas investigaciones haremos resaltar dos hechos que nos parecen ofrecer un firme punto de apoyo. Primero: cuando los pequeños seres animales pueden aparearse fundiéndose, o sea, «copular», antes de haber sufrido modificación alguna debida a la edad, quedan al separarse después de la cópula rejuvenecidos y preservados de la vejez. Esta cópula es, con seguridad, un antecedente de la procreación sexual de los seres superiores; pero no tiene aún nada que ver con la multiplicación y se limita a

la mezcla de las sustancias de ambos individuos (la *amphimixis*, de Weismann). El influjo rejuvenecedor de la cópula puede también ser sustituido por determinados excitables, modificación de la composición del líquido alimenticio, elevación de la temperatura o agitación. Recuérdese el famoso experimento de J. Loeb, que provocó en los huevos de los equínidos, por medio de ciertas excitaciones químicas, procesos de división que no aparecen normalmente sino después de la fecundación.

Segundo: es muy probable que los infusorios sean conducidos por su proceso vital a una muerte natural, pues la contradicción entre los resultados de Woodruff y los de otros investigadores obedece a que el primero ponía a cada nueva generación un nuevo líquido alimenticio. Al dejar de efectuar esta operación observó, en las generaciones sucesivas, aquellas mismas modificaciones que otros hombres de ciencia habían señalado, y su conclusión fue, por tanto, que los pequeños animales son dañados por los productos del metabolismo, que devuelven al líquido que los rodea. Prosiguiendo sus trabajos, logró demostrar convincentemente que sólo los productos del *propio* metabolismo poseen este efecto conducente a la muerte de la generación, pues en una solución saturada con los detritos de una especie análoga lejana vivieron perfectamente aquellos mismos pequeños seres que, hacinados en su propio líquido alimenticio, sucumbían sin salvación posible. Así pues, el infusorio, abandonado a sí mismo, sucumbe de muerte natural producida por insuficiente alejamiento de los productos de su propio metabolismo. Aunque quizá también todos los animales superiores mueren, en el fondo, a causa de la misma impotencia.

Puede asaltarnos ahora la duda de si sería realmente útil para nuestro fin buscar en el estudio de los protozoarios la solución del problema de la muerte natural. La primitiva organización de estos seres animados nos puede muy bien encubrir importantísimos procesos que también se desarrollan en ellos, pero que sólo aparecen visibles a los animales superiores, en los cuales se han procurado una expresión morfológica. Si abandonamos el punto de vista morfológico para adoptar el dinámico, nos será indiferente que pueda o no demostrarse la muerte natural de los protozoarios. En ellos no se ha separado aún la sustancia posteriormente reconocida como inmortal de la mortal. Las fuerzas instintivas que quieren llevar la vida a la muerte podían actuar

también en ellos desde un principio, aunque su efecto quede encubierto de tal manera por las fuerzas conservadoras de la vida que sea muy difícil su descubrimiento directo. Creemos, sin embargo, que las observaciones de los biólogos nos permiten aceptar también en los procesos internos conductores de la muerte. Más aun en el caso de que los protozoarios demuestren ser inmortales, en el sentido de Weismann, la afirmación de que la muerte es una adquisición posterior no es valedera más que para las exteriorizaciones manifiestas de la muerte, y no hace imposible ninguna hipótesis sobre los procesos que hacia ella tienden. No se ha realizado, por tanto, nuestra esperanza de que la Biología rechazase de plano el reconocimiento de los instintos de la muerte, y si continuamos teniendo motivos para ello podemos, desde luego, seguir suponiendo su existencia. La singular analogía de la diferencia de Weismann entre soma y plasma germinativo, con nuestra separación de instintos de muerte e instintos de vida, permanece intacta y vuelve a adquirir todo su valor.

Detengámonos un momento en esta concepción exquisitamente dualista de la vida instintiva. Según la teoría de E. Hering, se verificaban de continuo en la sustancia viva dos clases de procesos de dirección opuesta: los unos, constructivos (asimilatorios), y destructores (desimilatorios), los otros. ¿Deberemos atrevernos a reconocer en estas dos direcciones de los procesos vitales la actuación de nuestros dos impulsos instintivos, los instintos de vida y los instintos de muerte? Lo que desde luego no podemos ocultarnos es que hemos arribado inesperadamente al puerto de la filosofía de Schopenhauer, pensador para el cual la muerte es el «verdadero resultado» y, por tanto, el objeto de la vida[1962] y, en cambio, el instinto sexual la encarnación de la voluntad de vivir.

Intentemos avanzar ahora un paso más. Según la opinión general, de la reunión de numerosas células para formar una unión vital, la multicelularidad de los organismos ha devenido un medio de prolongar la duración de la vida de los mismos. Una célula ayuda a conservar la vida de las demás, y el estado celular puede seguir viviendo, aunque algunas células tengan que sucumbir. Ya hemos visto que también la cópula, la fusión temporal de dos unicelulares, actúa conservando la vida de ambos y rejuveneciéndolos. Podemos, pues, intentar aplicar la teoría de la libido, fruto de nuestra labor

psicoanalítica, a la relación recíproca de las células y suponer que son los instintos vitales o sexuales actuales en cada célula los que toman las otras células como objeto, neutralizando parcialmente sus instintos de muerte; esto es, los procesos para ellos incitados, y conservándolas vivas de este modo, mientras que otras células actúan análogamente en beneficio de las primeras, y otras, por último, se sacrifican en el ejercicio de esta función libidinosa. Las células germinativas mismas se conducirían de un modo «narcisista», calificación que usamos en nuestra teoría de la neurosis para designar el hecho de que un individuo conserve su libido en el *yo* y no destine ninguna parte de ella al revestimiento de objetos. Las células germinativas precisan para sí mismas su libido, o sea, la actividad de sus instintos vitales, como provisión para su posterior magna actividad constructiva. Quizá se deba también considerar como narcisista, en el mismo sentido, a las células de las neoformaciones malignas que destruyen el organismo. La Patología se inclina a aceptar el innatismo de los gérmenes de tales formaciones y a conceder a las mismas cualidades embrionales[1963]. De este modo la libido de nuestros instintos sexuales coincidiría con el «eros» de los poetas y filósofos, que mantienen unido todo lo animado.

En este punto hallamos ocasión de revisar la lenta evolución de nuestra teoría de la libido. El análisis de las neurosis de transferencia nos obligó primero a aceptar la oposición entre «instintos sexuales» dirigidos sobre el objeto y otros instintos que no descubríamos sino muy insuficientemente y que denominamos, por lo pronto, «instintos del *yo*». Entre estos últimos aparecían, en primer término, aquellos que se hallan dedicados a la conservación del individuo. Mas no pudimos averiguar qué otras diferenciaciones era preciso hacer. Ningún otro conocimiento hubiera sido tan importante para la fundación de una psicología verdadera como una aproximada visión de la naturaleza común y las eventuales peculiaridades de los instintos. Mas en ningún sector de la Psicología se andaba tan a tientas. Cada investigador establecía tantos instintos o «instintos fundamentales» (*Grundtriebe*) como le venía en gana y los manejaba como manejaban los antiguos filósofos griegos sus cuatro elementos: aire, agua, tierra y fuego. El psicoanálisis, que no podía prescindir de establecer alguna hipótesis sobre los instintos, se atuvo al principio a la diferenciación popular de los mismos,

expresada con los términos «hambre» y «amor». Esta división, que por lo menos no constituía una nueva arbitrariedad, nos bastó para avanzar considerablemente en el análisis de las psiconeurosis. El concepto de la sexualidad, y con él el de un instinto sexual, tuvo, naturalmente, que ser ampliado hasta encerrar en sí mucho más de lo relativo a la función procreadora, y esto originó grave escándalo en el mundo grave y distinguido, o simplemente hipócrita.

Nuestros conocimientos progresaron considerablemente cuando el psicoanálisis pudo observar más de cerca el *yo* psicológico, que al principio no le era conocido más que como una instancia represora, censora y capacitada para la constitución de dispositivos protectores y formaciones reaccionales. Espíritus críticos y de penetrante mirada habían indicado ya hace tiempo el error en que se incurría limitando el concepto de la libido a la energía del instinto sexual dirigido hacia el objeto. Mas olvidaron comunicar de dónde procedía su mejor conocimiento y no supieron derivar de él nada útil para el análisis. Un prudente y reflexivo progreso demostró a la observación psicoanalítica cuán regularmente es retirada la libido del objeto y vuelta hacia el *yo* (introversión). Estudiando el desarrollo de la libido del niño en su fase más temprana, llegamos al conocimiento de que el *yo* es el verdadero y primitivo depósito de la libido, la cual parte luego de él para llegar hasta el objeto. El *yo* pasó, por tanto, a ocupar un puesto entre los objetos sexuales y fue reconocido en el acto como el más significativo de ellos. Cuando la libido permanecía así en el *yo*, se la denominó narcisista[1964]. Esta libido narcisista era también, naturalmente, la exteriorización de la energía de los instintos sexuales en el sentido analítico; instintos que hubimos de identificar con los «instintos de conservación», reconocidos desde el primer momento. Estos descubrimientos demostraron la insuficiencia de la dualidad primitiva de instintos del *yo* e instintos sexuales. Una parte de los instintos del *yo* quedaba reconocida como libidinosa. En el *yo* actuaban —al mismo tiempo que otros— los instintos sexuales; pero tal nuevo descubrimiento no invalidaba en absoluto nuestra antigua fórmula de que la psiconeurosis reposa en un conflicto entre los instintos del *yo* y los instintos sexuales. Mas la diferencia entre ambas especies de instintos, que primitivamente se creía indeterminadamente cualitativa, debía considerarse

ahora de otra manera; esto es, como tópica. Especialmente la neurosis de transferencia, que constituye el verdadero objeto de estudio del psicoanálisis, continúa siendo el resultado de un conflicto entre el *yo* y el revestimiento libidinoso del objeto. Debemos acentuar tanto más el carácter libidinoso de los instintos de conservación cuanto que osamos ahora dar un paso más, reconociendo en el instinto sexual el «eros», que todo lo conserva, y derivando la libido narcisista del *yo* de las aportaciones de libido con los que se mantienen unidas las células del soma. Pero aquí nos hallamos de repente ante una nueva interrogación: si también los instintos de conservación son de naturaleza libidinosa, no existirán entonces sino instintos libidinosos. Por lo menos, no se descubren otros. Mas entonces habrá de darse la razón a los críticos que desde un principio sospecharon que el psicoanálisis lo explicaba todo por la sexualidad, o a los innovadores como Jung, que decidieron, sin más ni más, emplear el término «libido» en el sentido de «fuerza instintiva». ¿Es esto así?

No era, ciertamente, este resultado el que nos habíamos propuesto alcanzar. Partimos más bien de una decidida separación entre instintos del *yo* o instintos de muerte, e instintos sexuales o instintos de vida. Nos hallábamos dispuestos a contar entre los instintos de muerte a los supuestos instintos de conservación, cosa que después rectificamos. Nuestra concepción era *dualista* desde un principio y lo es ahora aún más desde que denominamos las antítesis, no ya instintos del *yo* e instintos sexuales, sino instintos de vida e instintos de muerte. La teoría de la libido, de Jung, es, en cambio, monista. El hecho de haber denominado en ella libido a su única fuerza instintiva tuvo necesariamente que producir confusiones, pero no puede ya influir para nada en nuestra reflexión. Sospechamos que en el *yo* actúan instintos diferentes de los instintos libidinosos de conservación, mas no podemos aportar prueba alguna que apoye nuestra hipótesis. Es de lamentar que el análisis del *yo* se halle tan poco avanzado, que tal demostración nos sea difícil en extremo. Los instintos libidinosos del *yo* pueden, sin embargo, hallarse enlazados de un modo especial con los otros instintos del *yo*, aún desconocidos para nosotros. Antes de haber reconocido claramente el narcisismo existía ya en el psicoanálisis la sospecha de que los instintos del *yo* habían atraído a sí componentes libidinosos. Mas son éstas posibilidades muy inseguras, que ni

siquiera se dignarán tomar en cuenta nuestros adversarios. De todos modos, como se nos podría objetar que si el análisis no había logrado hasta ahora hallar otros instintos que los libidinosos, ello era debido únicamente a insuficiencia de su fuerza de penetración, no queremos por el momento arriesgar una conclusión exclusivista.

Dada la oscuridad en que se halla sumido todavía todo lo referente a los instintos, no debemos rechazar desde luego ninguna idea que nos parezca prometer algún esclarecimiento. Hemos partido de la antítesis de instintos de vida e instintos de muerte. El amor objetal mismo nos muestra una segunda polarización de este género: la de amor (ternura) y odio (agresión). Sería muy conveniente poder relacionar entre sí estas dos polarizaciones, reduciéndolas a una sola. Desde un principio hemos admitido en el instinto sexual un componente sádico, que, como ya sabemos, puede lograr una total independencia y dominar, en calidad de perversión, el total impulso sexual de la persona. Este componente sádico aparece asimismo como instinto parcial, dominante en las por mí denominadas «organizaciones pregenitales». Mas ¿cómo derivar el instinto sádico dirigido al daño del objeto, del «eros», conservador de la vida? La hipótesis más admisible es la de que este sadismo es realmente un instinto de muerte, que fue expulsado del *yo* por el influjo de la libido naciente; de modo que no aparece sino en el objeto. Este instinto sádico entraría, pues, al servicio de la fusión sexual, pasando su actuación por diversos grados. En el estadio oral de la organización de la libido coincide aún el apoderamiento erótico con la destrucción del objeto; pasado tal estadio es cuando tiene lugar la expulsión del instinto sádico, el cual toma por último al sobrevenir la primacía genital, y en interés de la procreación, la función de dominar al objeto sexual; pero tan sólo hasta el punto necesario para la ejecución del acto sexual. Pudiera decirse que al sadismo, expulsado del *yo*, le ha sido marcado el camino por los componentes libidinosos del instinto sexual, los cuales tienden luego hacia el objeto. Donde el sadismo primitivo no experimenta una mitigación y una fusión, queda establecida la conocida ambivalencia amor-odio de la vida erótica.

Si tal hipótesis es admisible, habremos conseguido señalar, como se nos exigía, la existencia de un instinto de muerte, siquiera sea desplazado. Mas nuestra construcción especulativa está muy lejos de toda evidencia, y produce

una impresión mística, haciéndonos sospechosos de haber intentado salir a toda costa de una embarazosa situación. Sin embargo, podemos oponer que tal hipótesis no es nueva, y que ya expusimos antes cuando nuestra posición era totalmente libre. Observaciones clínicas nos forzaron a admitir que el masoquismo, o sea, el instinto parcial complementario del sadismo, debía considerarse como un retorno de sadismo contra el propio *yo*[1965]. Un retorno del instinto desde el objeto al *yo* no es en principio otra cosa que la vuelta del *yo* hacia el objeto, que ahora discutimos. El masoquismo, la vuelta del instinto contra el propio *yo*, sería realmente un retorno a una fase anterior del mismo, una regresión. En un punto necesita ser rectificada la exposición demasiado exclusiva que entonces hicimos del masoquismo; éste pudiera muy bien ser primario, cosa que antes discutimos[1966].

Mas retornemos a los instintos sexuales, conservadores de la vida. En la investigación de los protozoarios hemos visto ya que la difusión de dos individuos sin división subsiguiente, la cópula actúa sobre ambos; que se separan poco después, fortificándolos y rejuveneciéndolos (Lispchütz, 1914). En las siguientes generaciones no muestran fenómenos degenerativos ninguno, y parecen capacitados para resistir por más tiempo los daños de su propio metabolismo. A mi juicio, puede esta observación ser tomada como modelo para el efecto de la cópula sexual. Mas ¿de qué modo logra la fusión de dos células poco diferenciadas tal renovación de la vida? El experimento que sustituye la cópula de los protozoarios por la actuación de excitaciones químicas, y hasta mecánicas, permite una segura respuesta: ello sucede por la afluencia de nuevas magnitudes de excitación. Esto es favorable a la hipótesis de que el proceso de la vida del individuo conduce, obedeciendo a causas internas, a la nivelación de las tensiones químicas; esto es, a la muerte, mientras que la unión con una sustancia animada, individualmente diferente, eleva dichas tensiones y aporta, por decirlo así, nuevas *diferencias vitales*, que tienen luego que ser *agotadas viviéndolas*. El haber reconocido la tendencia dominante de la vida psíquica, y quizá también de la vida nerviosa, la aspiración a aminorar, mantener constante o hacer cesar la tensión de las excitaciones internas (el principio de nirvana, según expresión de Bárbara Low), tal y como dicha aspiración se manifiesta en el principio del placer, es uno de los más importantes motivos para creer en la existencia de instintos de

muerte.

Constituye un obstáculo en nuestra ruta mental el no haber podido demostrar en el instinto sexual aquel carácter de obsesión de repetición que nos condujo primeramente al hallazgo de los instintos de muerte. El campo de los procesos evolutivos embrionarios es ciertamente muy rico en tales fenómenos de repetición; las dos células germinativas de la procreación sexual, y toda la historia de su vida, no son sino repeticiones de los comienzos de la vida orgánica; mas lo esencial de los procesos provocados por el instinto sexual continúa siendo la fusión de los cuerpos de dos células. Por esta fusión es por la que queda asegurada en los seres animales superiores la inmortalidad de la sustancia viva.

Dicho de otro modo: tenemos que dar luz sobre la génesis de la procreación sexual y, en general, sobre la procedencia de los instintos sexuales; labor que asustará a un profano, y que no ha sido llevada aún a cabo por los investigadores especializados. Daremos aquí una rápida síntesis de aquello que, entre las numerosas hipótesis y opiniones contradictorias, puede ayudarnos en nuestra labor.

Una de las teorías despoja de su misterioso atractivo el problema de la procreación, presentando dicha función como un fenómeno parcial del crecimiento (multiplicación por escisiparidad y gemación). La génesis de la reproducción por células genninativas sexualmente diferenciadas podríamos representárnosla conforme al tímido modo de pensar darviniano, suponiendo que la ventaja de la *amphimixis*, resultante de la cópula casual de dos protozoarios, fue conservada y utilizada en la evolución subsiguiente[1967]. El «sexo» no sería, pues, muy antiguo y los instintos, extraordinariamente violentos, que impulsan a la unión sexual repitieron al hacerlo algo que había sucedido una vez casualmente, y que desde entonces quedó fijado como ventajoso.

Surge de nuevo aquí, como antes, al tratar de la muerte, la cuestión de si en los protozoarios no ha de suponerse existente nada más que lo que muestran a nuestros ojos, o si puede sospecharse que fuerzas y procesos que no se hacen visibles sino en los animales superiores han surgido por vez primera en los primeros. Para nuestras intenciones la mencionada concepción de la sexualidad rinde escasísimo fruto. Se podrá objetar contra ella que

presupone la existencia de instintos vitales, que actúan ya en los más simples seres animados, pues, si no, habría sido evitada, y no conservada y desarrollada, la cópula, que actúa en contra de la cesación de la vida y dificulta la muerte. Si no se quiere abandonar la hipótesis de los instintos de muerte, no hay más remedio que unir a ellos desde un principio los instintos de vida. Pero tenemos que confesar que operamos aquí con una ecuación de dos incógnitas. Es tan poco lo que la ciencia nos dice sobre la génesis de la sexualidad, que puede compararse este problema con unas profundísimas tinieblas, en las que no ha penetrado aún el rayo de luz de una hipótesis. En otro sector, totalmente distinto, hallamos una de tales hipótesis; pero tan fantástica —más bien un mito que una explicación científica—, que no me atrevería a reproducirla aquí si no llenase precisamente una condición, a cuyo cumplimiento aspiramos. Esta hipótesis deriva un instinto *de la necesidad de reconstituir un estado anterior*.

Me refiero, naturalmente, a la teoría que Platón hace desarrollar a Aristófanes en el *Symposion*, y que no trata sólo de la génesis del instinto sexual, sino también de su más importante variación con respecto al objeto.

«La naturaleza humana era al principio muy diferente. Primitivamente hubo tres sexos; tres y no dos, como hoy en día; junto al masculino y al femenino vivía un tercer sexo, que participaba en igual medida que los otros dos…» Todo en estos seres humanos era doble; tenían cuatro pies, cuatro manos, dos rostros, genitales dobles, etc. Mas Júpiter se decidió un día a dividir a cada uno de ellos en dos partes, «como suelen partirse las peras para cocerlas». «Cuando de este modo quedó dividida en dos toda la Naturaleza, apareció en cada hombre el deseo de reunirse a su otra mitad propia, y ambas mitades se abrazaron, entretejieron sus cuerpos y quisieron formar un solo ser…»[1968].

¿Deberemos acaso, siguiendo a los filósofos poetas, arriesgar la hipótesis de que la sustancia viva sufrió al ser animada una fragmentación en pequeñas partículas, que desde entonces aspiran a reunirse de nuevo por medio de los instintos sexuales? ¿Y que estos instintos, en los cuales se continúa la afinidad química de la materia inanimada, van venciendo poco a poco, pasando primero por el reino de los protozoarios, aquellas dificultades que a esta tendencia opone lo circundante, cargado de excitaciones que ponen en

peligro la vida y los obligan a la formación de una capa cortical protectora? ¿Y que —por último— tales fragmentos de sustancia viva alcanzan de este modo la multicelularidad y transfieren, en fin, en gran concentración el instinto de reunión a las células germinativas? Creo que debemos poner aquí término a esta cuestión.

Mas no lo haremos sin antes añadir algunas palabras de reflexión crítica. Se me pudiera preguntar si yo mismo estoy —y hasta qué punto— convencido de la viabilidad de estas hipótesis. Mi respuesta sería que ni abrigo una entera convicción de su certeza ni trato de inspirar a nadie. O mejor dicho: no sé hasta qué punto creo en ellas. Me parece que el factor afectivo de la convicción no debe ser aquí tenido en cuenta. Podemos muy bien entregarnos a una reflexión y seguirla para ver hasta dónde nos conduce exclusivamente por una curiosidad científica, o, si se quiere, en calidad de *advocatus diavoli*, aunque sin que el aceptar tal cargo signifique parcialidad ni pacto tenebroso alguno. No niego que el tercer paso que aquí doy en la teoría de los instintos no puede aspirar a la misma seguridad que los dos que le precedieron: la extensión del concepto de la sexualidad y el establecimiento del narcisismo. Estas innovaciones constituían una traducción directa de la observación a la teoría, traducción en la que no existían más fuentes de errores que las puramente inevitables en estos casos. La afirmación del carácter *regresivo* de los instintos reposa ciertamente en material observado: en los hechos de la obsesión de repetición. Lo único que puede haber sucedido es que hayamos concedido excesiva importancia a tales hechos Mas para proseguir esta idea no hay más remedio que cambiar varias veces sucesivas lo efectivo con lo simplemente especulado y alejarse de este modo de la observación. Sabemos que el resultado final se hace tanto más inseguro cuando mayor sea la frecuencia con que se lleve a cabo esta operación durante la construcción de una teoría, pero no es posible fijar el grado a que llega tal inseguridad. Puede haberse llegado a la verdad y puede haberse errado lamentablemente. La llamada intuición me merece escasa confianza en esta clase de trabajos: lo que de ella he visto me ha parecido más bien el resultado de cierta imparcialidad del intelecto. Pero sucede que, desgraciadamente, pocas veces se es imparcial cuando se trata de las últimas causas, de los grandes problemas de la ciencia y la vida. A mi juicio, todo

individuo es dominado en estas cuestiones por preferencias íntimas, profundamente arraigadas, que influyen, sin que el sujeto se dé cuenta, en la marcha de su reflexión. Dadas tan buenas razones de desconfiar, no queda sino atreverse a mirar con fría benevolencia los resultados de los propios esfuerzos intelectuales. Sólo me apresuraré a añadir que esta autocrítica no me obliga a una especial tolerancia con las opiniones distintas de la propia. Débense rechazar implacablemente aquellas teorías que el análisis de la observación contradice desde un principio, aunque se sepa también que la justeza de la propia teoría no es más que interina. En el juicio de nuestra especulación sobre los instintos de muerte y los de vida nos estorbaría muy poco que aparecieran tantos procesos extraños y nada evidentes, tales como el de que un instinto expulse a otro o se vuelva del *yo* hacia el objeto, etc. Esto procede de que nos hallamos obligados a trabajar con los términos científicos; esto es, con el idioma figurado de la Psicología. Si no, no podríamos descubrir los procesos correspondientes; ni siquiera los habríamos percibido. Los defectos de nuestra descripción desaparecerían con seguridad si en lugar de los términos psicológicos pudiéramos 'emplear los fisiológicos o los químicos'. Éstos pertenecen también ciertamente a un lenguaje figurado, pero que nos es conocido desde hace mucho más tiempo, y es quizá más sencillo.

Queremos dejar, en cambio, claramente fijado el hecho de que la inseguridad de nuestra especulación fue elevada en alto grado por la precisión de tomar datos de la ciencia biológica, la cual es realmente un dominio de infinitas posibilidades. Debemos esperar de ella los más sorprendentes esclarecimientos y no podemos adivinar qué respuesta dará, dentro de algunos decenios, a los problemas por nosotros planteados. Quizá sean dichas respuestas tales, que echen por tierra nuestro artificial edificio de hipótesis. Si ha de ser así, pudiérasenos preguntar para qué se emprenden trabajos como el expuesto en este capítulo y por qué se hacen públicos. A esto contestaré que no puedo negar que algunas de las analogías, conexiones y enlaces que contiene me han parecido dignas de consideración[1969].

VII

SI realmente es un carácter general de los instintos el querer reconstituir un estado anterior, no tenemos por qué maravillarnos de que en la vida anímica tengan lugar tantos procesos independientemente del principio del placer. Este carácter se comunicaría a cada uno de los instintos parciales y tendería a la nueva consecución de una estación determinada de la ruta evolutiva. Pero todo esto que escapa aún al dominio del principio del placer no tendrá que ser necesariamente contrario a él. Lo que sucede es que todavía no se ha resuelto el problema de determinar la relación de los procesos de repetición instintivos con el dominio de dicho principio.

Hemos reconocido como una de las más tempranas e importantes funciones del aparato anímico la de «ligar» los impulsos instintivos afluyentes, sustituir el proceso primario que los rige por el proceso secundario y transformar su carga psíquica móvil en carga en reposo (tónica). Durante esta transformación no puede tenerse en cuenta el desarrollo del displacer, pero el principio de placer no queda por ello derrocado. La transformación sucede más bien en su favor, pues la ligadura es un acto preparatorio que introduce y asegura su dominio.

Separemos función y tendencia, una de otra, más decisivamente que hasta ahora. El principio del placer será entonces una tendencia que estará al servicio de una función encargada de despojar de excitaciones el aparato anímico, mantener en él constante el montante de la excitación o conservarlo lo más bajo posible. No podemos decidirnos seguramente por ninguna de estas tres opiniones, pero observamos que la función así determinada tomaría parte en la aspiración más general de todo lo animado, la de retornar a la quietud del mundo inorgánico. Todos hemos experimentado que el máximo placer que nos es concedido, el del acto sexual, está ligado a la instantánea extinción de una Nevadísima excitación. La ligadura del impulso instintivo sería una función preparatoria que dispondría a la extinción para su excitación final en el placer de descarga.

Surge aquí mismo el problema de si las sensaciones de placer y displacer pueden ser producidas en igual forma por los procesos excitantes ligados que por los desligados. Es evidente que los procesos desligados o primarios

producen sensaciones mucho más intensas que los ligados o secundarios. Los procesos primarios son temporalmente más tempranos; al principio de la vida anímica sólo ellos existen, y si el principio del placer no se hallase ya en actividad en ellos, no podría tampoco establecerse para los posteriores. Llegamos así al resultado, harto complejo en el fondo, de que la aspiración al placer se manifiesta más intensamente al principio de la vida que después, aunque no tan limitadamente, pues tiene que tolerar frecuentes rupturas. En épocas de mayor madurez está más asegurada la vigencia del principio del placer, pero él mismo no ha escapado a la doma, como no escapa ninguno de los demás instintos. De todos modos, aquello que hace surgir en el proceso excitante las sensaciones de placer y displacer tiene que existir tanto en el proceso secundario como en el primario.

Sería éste el momento de emprender estudios más amplios. Nuestra conciencia nos facilita desde el interior no sólo las sensaciones de placer y displacer, sino también la de una peculiar tensión que puede ser agradable o desagradable. ¿Son los procesos de energía ligados y desligados los que debemos diferenciar por medio de estas sensaciones, o debe referirse la sensación de tensión a la magnitud absoluta o eventualmente al nivel de la carga, mientras que la serie placer-displacer indica la variación de la magnitud de la misma en la unidad de tiempo? Es también harto extraño que los instintos de vida sean los que con mayor intensidad registra nuestra percepción interna, dado que aparecen como perturbadores y traen incesantemente consigo tensiones cuya descarga es sentida como placer, mientras que los instintos de muerte parecen efectuar silenciosamente su labor. El principio del placer parece hallarse al servicio de los instintos de muerte, aunque también vigile a las excitaciones exteriores, que son consideradas como un peligro por las dos especies de instintos, pero especialmente a las elevaciones de excitación procedentes del interior, que tienden a dificultar la labor vital. Con este punto se enlazan otros numerosos problemas cuya solución no es por ahora posible. Debemos ser pacientes y esperar la aparición de nuevos medios y motivos de investigación, pero permaneciendo siempre dispuestos a abandonar, en el momento en que veamos que no conduce a nada útil, el camino seguido durante algún tiempo. Tan sólo aquellos crédulos que piden a la ciencia un sustitutivo del

abandonado catecismo podrán reprochar al investigador el desarrollo o modificación de sus opiniones. Por lo demás, dejemos que un poeta nos consuele de los lentos progresos de nuestro conocimiento científico:

> Si no se puede avanzar volando, bueno es progresar cojeando,
> pues está escrito que no es pecado el cojear[1970].

CXI

INTRODUCCIÓN AL SIMPOSIO SOBRE LAS NEUROSIS DE GUERRA[1971]

1919

EL presente opúsculo sobre las neurosis de guerra, con el que esta editorial inicia la publicación de la Biblioteca Psicoanalítica Internacional, trata un tema que hasta hace poco gozó de máxima actualidad. Cuando este tema fue planteado para su discusión en el Quinto Congreso Psicoanalítico de Budapest (septiembre de 1918), acudieron representantes oficiales de las autoridades de las potencias centroeuropeas, para enterarse de las comunicaciones y de los debates. Como halagador resultado de estas primeras reuniones se obtuvo la seguridad de que serían instalados consultorios psicoanalíticos, donde los médicos analíticamente preparados hallarían los medios y el tiempo necesarios para estudiar la naturaleza de esos enigmáticos trastornos y la posibilidad de su modificación terapéutica por el psicoanálisis. Pero antes de que tales propósitos pudieran realizarse terminó la guerra. Los organismos estatales se desmoronaron; el interés por las neurosis de guerra cedió la plaza a otras preocupaciones; pero, significativamente, con la desaparición de las condiciones bélicas también cesó la mayoría de las enfermedades neuróticas producidas por la guerra. Por desgracia, habíase perdido la oportunidad de investigar a fondo estas afecciones. Cabe agregar la esperanza de que no se presente de nuevo en el futuro próximo,

El episodio así concluido, empero, no dejó de tener importancia para la expansión del psicoanálisis. Obligados por las exigencias del servicio a dedicar su atención a las neurosis, también aquellos médicos que se habían mantenido apartados fueron inducidos a aproximarse a las doctrinas psicoanalíticas. El lector puede deducir de la comunicación de Ferenczi las vacilaciones y el secreto con que fueron entablados estos primeros contactos. Algunos de los factores que el psicoanálisis había reconocido y descrito desde hacía mucho tiempo en las neurosis de la vida civil el origen psicogénico de los síntomas, la importancia de los impulsos instintivos *inconscientes*, el papel del beneficio primario ofrecido por la enfermedad para solucionar conflictos psíquicos («fuga en la enfermedad») —también fueron comprobados en las neurosis de guerra y aceptados con vigencia casi general. Los trabajos de E. Simmel demostraron asimismo qué éxito puede obtenerse al tratar a los neuróticos de guerra con ayuda de la técnica catártica, que, como sabemos, ha constituido la etapa previa de la técnica psicoanalítica.

Pero no se debe conceder a la aproximación al psicoanálisis, así iniciada, el valor de una conciliación o de un abandono de los antagonismos. Si alguien que hasta el momento ha desdeñado un conjunto de afirmaciones vinculadas entre sí se ve de pronto en la situación de tener que conceder exactitud a una parte de ese conjunto, cabría esperar que vacilará asimismo su adversidad restante, dando lugar a cierta respetuosa expectativa de que también serán exactos los demás elementos, sobre los que aún no tiene experiencia, y por consiguiente tampoco un juicio propio.

Esa otra parte, no tocada por el estudio de las neurosis de guerra, afirma que son energías instintivas sexuales las que se expresan en la formación de los síntomas y que la neurosis surge del conflicto entre el *yo* y los instintos sexuales condenados por éste. «Sexualidad» debe comprenderse, en este caso, en el sentido amplio aceptado por el psicoanálisis, no confundiéndolo con el sentido más estricto de la «genitalidad». Ahora bien: como E. Jones lo expone en su comunicación, es muy cierto que esta parte de la teoría no pudo ser comprobada hasta ahora en las neurosis de guerra. Las investigaciones que podrían demostrarlo aún no fueron emprendidas. Las neurosis de guerra quizá constituyan, en principio, un material poco apropiado para tal

comprobación. Pero los enemigos del psicoanálisis en quienes la aversión contra la sexualidad demostró ser más poderosa que la lógica, se apresuraron a proclamar que la investigación de las neurosis de guerra habría refutado definitivamente esta parte de la teoría psicoanalítica. Al hacerlo, incurrieron en una ligera confusión, pues el hecho de que la investigación de las neurosis de guerra —aún muy superficial— *no permita reconocer* que la teoría sexual de la neurosis *sea exacta*, no equivale a que permita *reconocer* que esta teoría *no es exacta*.

Contando con una posición imparcial y con un poco de buena voluntad, no sería difícil hallar un camino que nos condujera a nociones más claras al respecto.

Las neurosis de guerra, en la medida en que ciertas particularidades especiales las diferencian de las neurosis comunes de épocas pacíficas, deben ser concebidas como neurosis traumáticas, posibilitadas o favorecidas por un conflicto yoico. La contribución de Abraham ofrece buenos indicios de este conflicto yoico; también los autores ingleses y americanos que cita Jones lo han reconocido. El conflicto surge entre el antiguo *yo* pacífico del soldado y su nuevo *yo* guerrero, agudizándose en el instante en que el *yo* pacífico ve claramente el peligro de muerte en que lo colocan las aventuras de su nuevo «doble» parasitario. Con idéntica propiedad podría decirse que el antiguo *yo* se protege contra el peligro de muerte mediante la fuga hacia la neurosis traumática, o que rechaza el nuevo *yo* considerándolo peligroso para su vida. Por consiguiente, el ejército de conscripción sería la condición previa, el terreno fértil para las neurosis de guerra; en los soldados profesionales, en un ejército de mercenarios, les faltaría esta posibilidad de aparecer.

El otro elemento de las neurosis de guerra está representado por la neurosis traumática, que, como sabemos, también aparece en la vida civil a consecuencia de sustos y accidentes graves, sin relación alguna con un conflicto en el *yo*.

La teoría de la etiología sexual de las neurosis, o como preferimos decirlo: la teoría libidinal de las neurosis, sólo fue establecida originalmente para las neurosis transferenciales de la vida civil, siendo fácil comprobarla en éstas mediante la aplicación de la técnica analítica, pero ya es más difícil aplicarla a aquellas otras afecciones que más tarde agrupamos bajo el

epígrafe de «neurosis narcisísticas». Una demencia precoz común, una paranoia, una melancolía, son, en el fondo, material muy poco apropiado para la demostración de la teoría de la libido y para el acceso a su comprensión, razón por la cual los psiquiatras que descuidan las neurosis de transferencia no han podido conciliarse con aquella teoría. La neurosis traumática de la vida civil siempre pasó por ser la más refractaria en este sentido, de modo que la aparición de las neurosis de guerra no agregó nada nuevo a la situación preexistente.

Sólo el establecimiento y la aplicación del concepto de una «libido narcisística», es decir, una cantidad de energía sexual que se encuentra anexa al *yo* y que se satisface en éste, como en otros casos sólo lo hace en el objeto, permitió extender la teoría de la libido a las neurosis narcisísticas, ampliación enteramente legítima del concepto de la sexualidad, que promete cumplir, en estas neurosis más graves y en la psicosis, todo lo que puede esperarse de una teoría que avanza lenta y cautelosamente por el camino de la experiencia. La neurosis traumática de la vida civil también podrá ser incluida en este sistema, una vez que los estudios sobre las innegables vinculaciones entre el susto, el miedo y la libido narcisística hayan llegado a un resultado.

Mientras que las neurosis traumáticas y las de guerra expresan con toda claridad la influencia del peligro de muerte, y para nada, o ininteligiblemente, el efecto de la «frustración amorosa», en las neurosis transferenciales comunes de la vida civil, en cambio, falta toda intervención etiológica del primer factor, tan poderoso en las neurosis mencionadas. Hasta se ha llegado a creer que estas últimas son favorecidas por el relajamiento, la buena vida y la inactividad, factores que plantean una nueva e interesante contradicción con las condiciones vitales bajo las cuales aparecen las neurosis de guerra. Si hubieran seguido el ejemplo de sus enemigos, los psicoanalistas que comprueban que sus pacientes enferman por la «frustración amorosa» y por las exigencias insatisfechas de la libido, deberían haber afirmado que no existe una «neurosis de peligro», o que las afecciones aparecidas a consecuencia de un susto no son neurosis. Naturalmente, jamás se les ha ocurrido tal cosa. Más bien conciben una cómoda posibilidad de reunir en una misma concepción ambos hechos, aparentemente contradictorios. En las neurosis traumáticas y en las de guerra el *yo* del individuo se defiende contra

un peligro que lo amenaza desde fuera o que se le presenta encarnado en una formación del *yo*; en las neurosis transferenciales de la vida civil, el *yo* considera a su propia libido como el enemigo cuyas exigencias le parecen peligrosas. En ambos casos existe el temor del *yo* ante la posibilidad de experimentar un daño; en el segundo, por la libido; en el primero, por violencia exterior. Hasta podría decirse que en las neurosis de guerra lo temido es, a fin de cuentas, un enemigo interno, a diferencia de las neurosis traumáticas puras y en analogía con las neurosis de transferencia. Las dificultades teóricas que se oponen a semejante concepción unitaria no parecen insuperables, pues con pleno derecho se puede designar a la represión, que fundamenta toda neurosis, como una reacción frente a un trauma, como una neurosis traumática elemental.

CXII

SOBRE LA PSICOGÉNESIS DE UN CASO DE HOMOSEXUALIDAD FEMENINA[1972]

1920

I La homosexualidad femenina, tan frecuente, desde luego, como la masculina, aunque mucho menos ruidosa, no ha sido sólo desatendida por las leyes penales, sino también por la investigación psicoanalítica. La exposición de un caso, no muy marcado, en el que me fue posible descubrir, sin grandes lagunas y con gran seguridad, la historia psíquica de su génesis puede, por tanto, aspirar a cierta consideración. La discreción profesional exigida por un caso reciente impone, naturalmente, a nuestra comunicación ciertas restricciones. Habremos, pues, de limitarnos a describir los rasgos más generales del historial, silenciando los detalles característicos en los que reposa su interpretación.

Una muchacha de dieciocho años, bonita, inteligente y de elevada posición social, ha despertado el disgusto y la preocupación de sus padres por el cariño con el que persigue a una señora de la «buena sociedad» unos diez años mayor que ella. Los padres pretenden que la tal señora no es más que una cocota, a pesar de sus aristocráticos apellidos. Saben que vive con una antigua amiga suya, casada, con la que sostiene relaciones íntimas, observando además una conducta muy ligera en su trato con los hombres, entre los cuales se le señalan varios favoritos. La muchacha no discute tales afirmaciones, pero no se deja influir por ellas en absoluto en su admiración

hacia aquella señora, a pesar de no carecer, en modo alguno, de sentido moral. Ninguna prohibición ni vigilancia alguna logran impedirle aprovechar la menor ocasión favorable para correr al lado de su amada, seguir sus pasos, esperarla horas enteras a la puerta de su casa o en una parada del tranvía, enviarla flores, etc. Se ve que esta pasión ha devorado todos los demás intereses de la muchacha. No se preocupa ya de su educación intelectual, no concede valor alguno al trato social ni a las distracciones juveniles, y sólo mantiene relación con algunas amigas que pueden servirla de confidentes o auxiliares. Los padres ignoran hasta dónde pueden haber llegado las relaciones de su hija con aquella señora ni si han traspasado ya ciertos límites. No han observado nunca en la muchacha interés alguno hacia los jóvenes ni complacencia ante sus homenajes; en cambio, ven claramente que su enamoramiento actual no hace sino continuar, en mayor grado, la inclinación que en los últimos años hubo de mostrar hacia otras personas femeninas y que despertó ya las sospechas y el rigor del padre.

Dos aspectos de su conducta, aparentemente opuestos, despiertan, sobre todo, la contrariedad de los padres: la imprudencia con la que se muestra públicamente en compañía de su amiga malfamada, sin cuidado alguno a su propia reputación, y la tenacidad con que recurre a toda clase de engaños para facilitar y encubrir sus entrevistas con ella. Reprochan, pues, a la muchacha un exceso de franqueza, por un lado, y un exceso de disimulo, por otro. Un día sucedió lo que no podía por menos de acaecer en tales circunstancias; el padre encontró a su hija acompañada de la señora en cuestión, y al cruzarse con ellas, les dirigió una mirada colérica que no presagiaba nada bueno. Momentos después se separaba la muchacha de su amiga para arrojarse al foso por donde circulaba el tranvía. Nuestra sujeto pagó esta tentativa de suicidio con largos días de cama, aunque, afortunadamente, no se produjo lesión alguna permanente. A su restablecimiento encontró una situación mucho más favorable a sus deseos. Los padres no se atrevían a oponerse ya tan decididamente a ellos, y la señora, que hasta entonces había recibido fríamente sus homenajes, comenzó a tratarla con más cariño, conmovida por aquella inequívoca prueba de amor.

Aproximadamente medio año después de este suceso acudieron los padres al médico, encargándole de reintegrar a su hija a la normalidad. La tentativa

de suicidio les había demostrado que los medios coercitivos de la disciplina familiar no eran suficientes para dominar la perturbación de la sujeto. Será conveniente examinar aquí por separado las posiciones respectivas del padre y de la madre ante la conducta de la muchacha. El padre era un hombre serio, respetable y, en el fondo, muy cariñoso, aunque la severidad que creía deber adoptar en sus funciones paternas había alejado algo de él a sus hijos. Su conducta general para con su hija aparecía determinada por la influencia de su mujer. Al tener conocimiento por vez primera de las inclinaciones homosexuales de la muchacha ardió en cólera e intentó reprimirlas con las más graves amenazas; en aquel período debió de oscilar su ánimo entre diversas interpretaciones, dolorosas todas, no sabiendo si había de ver en su hija una criatura viciosa, degenerada, o simplemente enferma de una perturbación mental. Tampoco después del accidente llegó a elevarse a aquella reflexiva resignación que uno de nuestros colegas, víctima de un análogo suceso en su familia, expresaba con la frase siguiente: «¡Qué le vamos a hacer! Es una desgracia como otra cualquiera». La homosexualidad de su hija integraba algo que provocaba en él máxima indignación. Estaba decidido a combatirla con todos los medios, y no obstante la poca estimación de que en Viena goza el psicoanálisis, acudió a él en demanda de ayuda. Si este recurso fracasaba, tenía aún en reserva otro más enérgico: un rápido matrimonio habría despertado los instintos naturales de la muchacha y ahogado sus inclinaciones contra la naturaleza.

La posición de la madre no resultaba tan transparente. Se trataba de una mujer joven aún, que no había renunciado todavía a gustar. No tomaba tan por lo trágico el capricho de su hija, e incluso había gozado durante algún tiempo de la confianza de la muchacha en lo que se refería a su enamoramiento de aquella señora, y si había acabado por tomar partido contra él, se debía tan sólo a la publicidad con que la muchacha ostentaba sus sentimientos. Años atrás había pasado por un período de enfermedad neurótica, era objeto de una gran solicitud por parte de su marido y trataba a sus hijos muy desigualmente, mostrándose más bien dura con la muchacha y excesivamente cariñosa con sus otros tres hijos, el último de los cuales era ya un retoño tardío, que sólo contaba por entonces unos tres años. No resultaba nada fácil averiguar detalles más minuciosos sobre su carácter, pues por

motivos que más tarde podrá comprender el lector, los informes de la paciente sobre su madre adolecían siempre de una cierta reserva, que desaparecía en lo referente al padre.

El médico que había de tomar a su cargo el tratamiento psicoanalítico de la muchacha tropezaba con varias dificultades. No hallaba constituida la situación exigida por el análisis, única en la que éste puede desarrollar su plena eficacia. El tipo ideal de tal situación queda constituido cuando un individuo, dependiente sólo de su propia voluntad, se ve aquejado por un conflicto interno, al que no puede poner término por sí solo, y acude al psicoanalítico en demanda de ayuda. El médico labora entonces, de acuerdo con una de las partes de la personalidad patológicamente disociada, en contra de la parte contraria. Las situaciones que difieren de ésta son siempre más o menos desfavorables para el análisis y añaden a las dificultades internas del caso otras nuevas. Las situaciones como la del propietario que encarga al arquitecto una casa conforme a sus propios gustos y necesidades, o la del hombre piadoso que hace pintar al artista un lienzo votivo e incluir en él su retrato orante, no son compatibles con las condiciones del psicoanálisis. No es nada raro que un marido acuda al médico con la pretensión siguiente: «La nerviosidad de mi mujer ha alterado nuestras relaciones conyugales; cúrela usted para que volvamos a poder ser un matrimonio feliz». Pero muchas veces resulta imposible cumplir tal encargo, toda vez que no está en la mano del médico provocar el desenlace que llevó al marido a solicitar su ayuda. En cuanto la mujer queda libre de sus inhibiciones neuróticas se separa de su marido, pues la continuación del matrimonio sólo se había hecho posible merced a tales inhibiciones. A veces son los padres quienes demandan la curación de un hijo que se muestra nervioso y rebelde. Para ellos, un niño sano es un niño que no crea dificultad alguna a los padres y sólo satisfacciones les procura. El médico puede conseguir, en efecto, el restablecimiento del niño, pero después de su curación sigue aquél sus propios caminos mucho más decididamente que antes y los padres reciben de él todavía mayor descontento. En resumen: no es indiferente que un hombre se someta al análisis por su propia voluntad o porque otros se lo impongan, ni que sea él mismo quien desee su modificación, o sólo sus parientes, que le aman o en los que hemos de suponer tal cariño.

Nuestro caso integraba aún otros factores desfavorables. La muchacha no era una enferma —no sufría por motivos internos ni se lamentaba de su estado—, y la labor planteada no consistía en resolver un conflicto neurótico, sino en transformar una de las variantes de la organización sexual genital en otra distinta. Esta labor de modificar la inversión genital u homosexualidad no es nunca fácil. Mi experiencia me ha demostrado que sólo en circunstancias especialmente favorables llega a conseguirse, y aun entonces el éxito consiste únicamente en abrir, a la persona homosexualmente limitada, el camino hacia el otro sexo, vedado antes para ella, restableciendo su plena función bisexual. Queda entonces entregado plenamente a su voluntad el seguir o no dicho camino, abandonando aquel otro anterior, que atraía sobre ella el anatema de la sociedad, y así lo han hecho algunos de los sujetos por nosotros tratados. Pero hemos de tener en cuenta que también la sexualidad normal reposa en una limitación de la elección de objeto, y que en general la empresa de convertir en heterosexual a un homosexual llegado a su completo desarrollo no tiene muchas más probabilidades de éxito que la labor contraria, sólo que esta última no se intenta nunca, naturalmente, por evidentes motivos prácticos.

Los éxitos de la terapia psicoanalítica en el tratamiento de la homosexualidad no son, en verdad, muy numerosos. Por lo regular, el homosexual no logra abandonar su objeto placiente; no se consigue convencerle de que, una vez modificadas sus tendencias sexuales, volverá a hallar en un objeto distinto el placer que renuncie a buscar en sus objetos actuales. Si se pone en tratamiento es casi siempre por motivos externos; esto es, por las desventajas y peligros sociales de su elección de objeto, y estos componentes del instinto de conservación se demuestran harto débiles en la lucha contra las tendencias sexuales. No es difícil entonces descubrir su proyecto secreto de procurarse, con el ruidoso fracaso de su tentativa de curación, la tranquilidad de haber hecho todo lo posible para combatir sus instintos, pudiendo así entregarse a ellos en adelante sin remordimiento alguno. Cuando la demanda de curación aparece motivada por el deseo de ahorrar un dolor a los padres o familiares del sujeto, el caso presenta ya un cariz más favorable. Existen entonces realmente tendencias libidinosas que pueden desarrollar energías contrarias a la elección homosexual de objeto;

pero su fuerza no suele tampoco bastar. Sólo en aquellos casos en que la fijación al objeto homosexual no ha adquirido aún intensidad suficiente, o en los que existen todavía ramificaciones y restos considerables de la elección de objeto sexual, esto es, dada una organización vacilante aún o claramente bisexual, puede fundarse alguna esperanza en la terapia psicoanalítica.

Por todas estas razones evité infundir a los padres de nuestra sujeto una esperanza de curación, declarándome dispuesto simplemente a estudiar con todo cuidado a la muchacha durante algunas semanas o algunos meses, hasta poder pronunciarme sobre las probabilidades positivas de una continuación del análisis. En toda una serie de casos, el análisis se divide en dos fases claramente delimitadas: en la primera se procura el médico el conocimiento necesario del paciente, le da a conocer las hipótesis y los postulados del análisis y le expone sus deducciones sobre la génesis de la enfermedad, basadas en el material revelado en el análisis. En la segunda fase se apodera el paciente mismo de la materia que el analítico le ha ofrecido, labora con ella, recuerda aquella parte de lo reprimido que le es posible atraer a su conciencia e intenta vivir de nuevo la parte restante. En esta labor puede confirmar, completar y rectificar las hipótesis del médico; comienza ya a darse cuenta, por el vencimiento de sus resistencias, de la modificación interior a la que tiende el tratamiento, y adquiere aquellas convicciones que le hacen independiente de la autoridad médica. Estas dos fases no aparecen siempre claramente delimitadas en el curso del tratamiento analítico, pues para ello es preciso que la resistencia cumpla determinadas condiciones; pero cuando así sucede, puede arriesgarse una comparación de tales fases con los dos capítulos correspondientes de un viaje. El primero comprende todos los preparativos necesarios, tan complicados y dificultosos hoy, hasta que, por fin, sacamos el billete, pisando el andén y conquistando un sitio en el vagón. Tenemos entonces ya el derecho y la posibilidad de trasladarnos a un lejano país, pero tanto trabajoso preparativo no nos ha acercado aún un solo kilómetro a nuestro fin. Para llegar a él nos es preciso todavía cubrir el trayecto de estación en estación, y esta parte del viaje resulta perfectamente comparable a la segunda fase de nuestros análisis.

El análisis que motiva el presente estudio transcurrió conforme a esta división de dos fases, pero no pasó del comienzo de la segunda. Sin embargo,

una constelación especial de la resistencia me procuró una completa confirmación de mis hipótesis y una visión suficiente del desarrollo de la inversión de la sujeto. Pero antes de exponer los resultados obtenidos por el análisis he de atender a algunos puntos a los que ya he aludido o que se habrán impuesto al lector como primer objeto de su interés.

Habíamos hecho depender, en parte, nuestro propósito del punto al que la muchacha hubiese llegado en la satisfacción de sus instintos. Los datos obtenidos a este respecto en el análisis parecían favorables. Con ninguno de sus objetos eróticos había ido más allá de algunos besos y abrazos; su castidad genital, si se me permite la expresión, había permanecido intacta. Incluso aquella dama que había despertado en ella su último y más intenso amor se había mostrado casi insensible a él y no había concedido nunca a su enamorada otro favor que el de besar su mano. La muchacha hacía probablemente de necesidad virtud, al insistir de continuo en la pureza de su amor y en su repugnancia física a todo acto sexual. Por otra parte, no se equivocaba quizá al asegurar que su amada, reducida a su posición actual por adversas circunstancias familiares, conservaba aún en ella gran parte de la dignidad de su distinguido origen, pues en todas sus entrevistas le aconsejaba que renunciara a su inclinación hacia las mujeres, y hasta después de su tentativa de suicidio la había tratado siempre fríamente, rechazando sus insinuaciones.

Una segunda cuestión interesante que en seguida traté de poner en claro era la correspondiente a los propios motivos internos de la sujeto, en los cuales pudiera apoyarse quizá el tratamiento analítico. La muchacha no intentó engañarme con la afirmación de que sentía la imperiosa necesidad de ser libertada de su homosexualidad. Por el contrario, confesaba que no podía imaginar amor ninguno de otro género, si bien agregaba que a causa de sus padres apoyaría sinceramente la tentativa terapéutica, pues le era muy doloroso ocasionarles tan gran pena. También esta manifestación me pareció, en un principio, favorable; no podía sospechar, en efecto, qué disposición afectiva inconsciente se escondía detrás de ella. Pero lo que después vino a enlazarse a este punto fue precisamente lo que influyó de una manera decisiva sobre el curso del tratamiento y motivó su prematura interrupción.

Los lectores no analíticos esperarán impacientemente hace ya tiempo una

contestación a otras dos interrogaciones. Esperarán, en efecto, la indicación de si esta muchacha homosexual presentaba claros caracteres somáticos del sexo contrario, y la de si se trataba de un caso de homosexualidad congénita o adquirida (ulteriormente desarrollada).

No desconozco la importancia que presenta la primera de estas interrogaciones. Pero creo que tampoco debemos exagerarla y olvidar, por ella, que en individuos normales se comprueban también con gran frecuencia caracteres secundarios aislados del sexo contrario, y que en personas cuya elección de objeto no ha experimentado modificación alguna en el sentido de una inversión descubrimos a veces claros caracteres somáticos del otro sexo. O, dicho de otro modo, que *la medida del hermafroditismo físico es altamente independiente en ambos sexos de la del hermafroditismo psíquico*. Como restricción de nuestras dos afirmaciones anteriores, haremos constar que tal independencia es mucho más franca en el hombre que en la mujer, en la cual coinciden más bien por lo regular los signos somáticos y anímicos del carácter sexual contrario. Pero no me es posible contestar a la primera de las preguntas antes planteadas por lo que a mi caso se refiere. El psicoanalítico acostumbra eludir en determinados casos un reconocimiento físico minucioso de sus pacientes. De todos modos, puedo decir que la sujeto no mostraba divergencia alguna considerable de tipo físico femenino ni padecía tampoco trastornos de la menstruación. Pudiera quizá verse un indicio de una masculinidad somática en el hecho de que la muchacha, bella y bien formada, mostraba la alta estatura de su padre y rasgos fisonómicos más bien acusados y enérgicos que suaves. También pudieran considerarse como indicios de masculinidad algunas de sus cualidades intelectuales, tales como su penetrante inteligencia y la fría claridad de su pensamiento, en cuanto el mismo no se hallaba bajo el dominio de la pasión homosexual. Pero estas distinciones son más convencionales que científicas. Mucho más importante es, desde luego, la circunstancia de haber adoptado la muchacha, para con el objeto de su amor, un tipo de conducta completa y absolutamente masculino, mostrando la humildad y la magna supervaloración sexual del hombre enamorado, la renuncia a toda satisfacción narcisista y prefiriendo amar a ser amada. Por tanto, no sólo había elegido un objeto femenino, sino que había adoptado con respecto a él una actitud masculina.

La otra interrogación, relama a si su caso correspondía a una homosexualidad congénita o adquirida, quedará contestada con la exposición de la trayectoria evolutiva de su perturbación. Se demostrará también al mismo tiempo hasta qué punto es estéril e inadecuada tal interrogación.

II

A una introducción tan amplia como la que precede no puedo enlazar ahora sino una breve exposición de la libido en este caso. La muchacha había pasado en sus años infantiles, y sin accidente alguno singular, por el proceso normal del complejo de Edipo femenino[1973], y comenzaba luego a sustituir al padre por uno de sus hermanos, poco menor que ella. No recordaba, ni el análisis descubrió tampoco, trauma sexual alguno correspondiente a su temprana infancia. La comparación de los genitales del hermano con los suyos propios, iniciada aproximadamente al comienzo del período de latencia (hacia los cinco años o algo antes), dejó en ella una intensa impresión, cuyos efectos ulteriores pudo perseguir el análisis a través de un largo período. No hallamos sino muy pocos indicios de onanismo infantil, o el análisis no se prolongó lo suficiente para aclarar este punto. El nacimiento de un segundo hermano, cuando la muchacha contaba seis años, no manifestó ninguna influencia especial sobre su desarrollo. En los años escolares y en los inmediatamente anteriores a la pubertad fue conociendo paulatinamente los hechos de la vida sexual, acogiéndolos con la mezcla normal de curiosidad y temerosa repulsa. Todos estos datos parecen harto deficientes y no puedo garantizar que sean completos. Quizá fuera más rica en contenido la historia juvenil de la paciente, pero no me es posible asegurarlo. Como antes indicamos, el análisis hubo de ser interrumpido al poco tiempo, no proporcionándonos así más que una anamnesis tan poco garantizable como las demás conocidas de sujetos homosexuales, justificadamente discutidos. La muchacha no había sido tampoco nunca neurótica, ni produjo síntoma histérico alguno en el análisis, de manera que tampoco se presentó ocasión en un principio de investigar su historia infantil.

Teniendo trece o catorce años, mostró una cariñosa preferencia, exageradamente intensa ajuicio de todos sus familiares, por un chiquillo de tres años escasos, al que encontraba regularmente en paseo. Tanto cariño

demostraba a aquel niño, que los padres del mismo acabaron por trabar conocimiento con ella, iniciándose así una larga relación amistosa. De este suceso puede deducirse que la sujeto se hallaba dominada en aquel período por el intenso deseo de ser a su vez madre y tener un hijo. Pero poco tiempo después se le hizo indiferente aquel niño, y comenzó a mostrar un agudo interés por las mujeres maduras, pero de aspecto aún juvenil, atrayéndose por vez primera un severo castigo por parte de su padre.

En el análisis pudo comprobarse sin duda alguna que esta transformación coincidió temporalmente con un suceso familiar, del cual debemos esperar, por tanto, su explicación. La sujeto, cuya libido aparecía orientada hacia la maternidad, queda convertida, a partir de esta fecha, en una homosexual, enamorada de las mujeres maduras, continuando así hasta mi intervención. El tal suceso, decisivo para nuestra comprensión del caso, fue un tercer hermano, cuando ella frisaba ya en los dieciséis años.

La relación cuyo descubrimiento expongo a continuación no es un producto de mis facultades imaginativas: me ha sido revelada por un material analítico tan fidedigno, que puedo garantizar su absoluta exactitud objetiva. Su descubrimiento dependió principalmente de una serie de sueños enlazados entre sí y fácilmente interpretables.

El análisis revelaba inequívocamente que la dama objeto de su amor era un sucedáneo de la madre. No era ciertamente a su vez madre, pero tampoco era el primer amor de la muchacha. Los primeros objetos de su inclinación a partir del nacimiento del último hermano fueron realmente madres, mujeres entre treinta y treinta y cinco años, a las que conoció con sus hijos durante las vacaciones veraniegas o en su trato social dentro de la ciudad. El requisito de la maternidad fue abandonado después por no ser perfectamente compatible con otro más importante cada vez. Su adhesión especialmente intensa a su última amada tenía aún otra causa, que la misma muchacha descubrió un día sin esfuerzo. La esbelta figura, la severa belleza y el duro carácter de aquella señora recordaban a la sujeto la personalidad de su hermano mayor. De este modo, el objeto definitivamente escogido correspondía no sólo a su ideal femenino, sino también a su ideal masculino, reuniendo así la satisfacción de sus deseos homosexuales con la de sus deseos heterosexuales. Como es sabido, el análisis de homosexuales masculinos ha descubierto en muchos

casos esta misma coincidencia, advirtiéndonos así que no debemos representarnos la esencia y la génesis de la inversión como algo sencillo, ni tampoco perder de vista la bisexualidad general del hombre[1974].

Pero ¿cómo explicarnos que precisamente el nacimiento tardío de un hermano, cuando la sujeto había alcanzado ya su madurez sexual y abrigaba intensos deseos propios, la impulsara a orientar hacia su propia madre, y madre de aquel nuevo niño, su apasionada ternura, exteriorizándola en un subrogado de la personalidad materna? Por todo lo que sabemos, hubiera debido suceder lo contrario. Las madres suelen avergonzarse en tales circunstancias ante sus hijas casaderas ya, y las hijas experimentan hacia la madre un sentimiento mixto de compasión, desprecio y envidia, que no contribuye ciertamente a intensificar su cariño hacia ella. La muchacha de nuestro caso tenía, en general, pocos motivos para abrigar un gran cariño hacia su madre, la cual, juvenilmente bella aún, veía en aquella hija una molesta competidora y, en consecuencia, la posponía a los hijos, limitaba en lo posible su independencia y cuidaba celosamente de que permaneciese lejana al padre. Estaba, pues, justificado que la muchacha experimentase desde un principio la necesidad de una madre más amable; pero lo que no es comprensible es que esta necesidad surgiese precisamente en el momento indicado y bajo la forma de una pasión devoradora.

La explicación es como sigue: la muchacha se encontraba en la fase de la reviviscencia del complejo de Edipo infantil en la pubertad cuando sufrió su primera gran decepción. El deseo de tener un hijo, y un hijo de sexo masculino, se hizo en ella claramente consciente; lo que no podía hallar acceso a su conciencia era que tal hijo había de ser de su propio padre e imagen viva del mismo. Pero entonces sucedió que no fue ella quien tuvo el niño, sino su madre, competidora odiada en lo inconsciente. Indignada y amargada ante esta traición, la sujeto se apartó del padre y en general del hombre. Después de este primer doloroso fracaso rechazó su femineidad y tendió a dar a su libido otro destino.

En todo esto se condujo nuestra sujeto como muchos hombres, que después de un primer desengaño se apartan duraderamente del sexo femenino infiel, haciéndose misóginos. De una de las personalidades de sangre real más atractivas y desgraciadas de nuestra época se cuenta que se hizo homosexual

a consecuencia de una infidelidad de su prometida. No sé si es ésta la verdad histórica, pero tal rumor entraña indudablemente un trozo de verdad psicológica. Nuestra libido oscila normalmente toda la vida entre el objeto masculino y el femenino; el soltero abandona sus amistades masculinas al casarse y vuelve a ellas cuando el matrimonio ha perdido para él todo atractivo. Claro es que cuando la oscilación es tan fundamental y tan definitiva como en nuestro caso, hemos de sospechar la existencia de un factor especial que favorece decisivamente uno de los sectores, y que quizá no ha hecho más que esperar el momento oportuno para imponer a la elección de objeto sus fines particulares.

Nuestra muchacha había, pues, rechazado de sí, después de aquel desengaño, el deseo de un hijo, el amor al hombre y, en general, su femineidad. En este punto podían haber sucedido muchas cosas; lo que sucedió en realidad fue lo más extremo. Se transformó en hombre y tomó como objeto erótico a la madre en lugar del padre[1975]. Su relación con la madre había sido seguramente desde un principio ambivalente, resultando fácil para la sujeto reavivar el amor anterior a su madre y compensar con su ayuda su hostilidad contra ella. Mas como la madre real no era ciertamente asequible a su cariño, la transmutación sentimental descrita la impulsó a buscar un subrogado materno al que poder consagrar su amor[1976].

A todo esto vino a agregarse todavía como «ventaja de la enfermedad» un motivo práctico, nacido de sus relaciones reales con la madre. Ésta gustaba aún de ser cortejada y admirada por los hombres. Así pues, si la muchacha se hacía homosexual, abandonaba los hombres a su madre, y por decirlo así, la dejaba el campo libre y suprimía con ello algo que había provocado hasta entonces el disfavor materno[1977].

La posición de la libido así establecida quedó fortificada al observar la muchacha cuán desagradable era el padre. Desde aquella primera reprimenda motivada por su adhesión excesivamente cariñosa a una mujer, sabía ya la sujeto un medio seguro para disgustarle y vengarse de él. Permaneció, pues, homosexual, por vengarse de su padre. No le causaba tampoco remordimiento alguno engañarle y mentirle de continuo. Con la madre no se mostraba más disimulada de lo imprescindiblemente necesario para engañar al padre. Parecía obrar conforme a la ley del Talión: «Tú me has engañado, y

ahora tienes que sufrir que yo te engañe». Tampoco las singulares imprudencias cometidas por una muchacha tan inteligente en general pueden interpretarse de otra manera. El padre tenía que averiguar sus relaciones con la señora, pues de otro modo no hubiera satisfecho la sujeto sus impulsos vengativos. De este modo cuidó muy bien de procurarse un encuentro con él, mostrándose públicamente con su amiga por las calles cercanas a la oficina del padre. Ninguna de estas imprudencias puede considerarse inintencionada. Es, además, singular que tanto el padre como la madre se condujesen como si comprendiesen la secreta psicología de la hija. La madre se mostraba tolerante, como si reconociese el favor que le había hecho la hija dejándole el campo libre; el padre ardía en cólera, como si se diese cuenta de las intenciones vengativas orientadas contra su persona.

La inversión de la muchacha recibió, por último, su definitiva intensificación al tropezar en la señora indicada con un objeto que satisfacía simultáneamente la parte de su libido heterosexual adherida aún al hermano.

III

La exposición lineal es poco adecuada para la descripción de procesos psíquicos, cuya trayectoria, harto complicada, se desarrolla en diversos estratos anímicos. Me veo, pues, forzado a interrumpir la discusión del caso para ampliar algunos de los puntos ya expuestos y profundizar el examen de otros.

Hemos indicado que en sus relaciones con un último objeto erótico adoptó la muchacha el tipo masculino del amor. Su humildad y su tierno desinterés, *che poco spera e nulla chiede*; su felicidad cuando le era permitido acompañar a aquella señora y besar su mano al despedirse de ella; su alegría al oír encomiar la belleza de su amiga, mientras que los elogios tributados a la suya propia parecían serle indiferentes; sus peregrinaciones a los lugares visitados alguna vez por su amada y la ausencia de más amplios deseos sensuales; todos estos caracteres parecían corresponder más bien a la primera fogosa pasión de un adolescente por una artista famosa, a la que cree situada muy por encima de él, sin atreverse apenas a elevar hasta ella su mirada. Esta coincidencia de la conducta amorosa de la sujeto con un «tipo de elección masculina de objeto» anteriormente descrito por mí y referido a

una fijación erótica a la madre, llegaba hasta los menores detalles. Podía parecer singular que la sujeto no retrocediese ante la mala fama de su amada, aunque sus propias observaciones habían de convencerla de la veracidad de tales rumores y a pesar de ser ella una muchacha bien educada y casta, que había evitado toda aventura sexual y que parecía sentir el aspecto antiestético de toda grosera satisfacción sexual. Pero ya sus primeros caprichos amorosos habían tenido como objeto mujeres a las que no se podía atribuir una moral muy severa. La primera protesta del padre contra su elección amorosa había sido provocada por la obstinación con que la muchacha cultivaba el trato de una actriz de cinematógrafo en una estación veraniega. A todo esto, no se trataba nunca de mujeres tachadas de homosexualidad, que hubieran podido ofrecerle una satisfacción de este orden; por lo contrario, pretendía ilógicamente a mujeres coquetas, en el sentido corriente de esta palabra. Una muchacha de su edad, francamente homosexual, que se puso gustosa a su disposición, fue rechazada por ella sin vacilación alguna. Pero la mala fama de su último amor había de constituir precisamente un requisito erótico para ella. El aspecto aparentemente enigmático de tal conducta desaparece al recordar que también en aquel tipo masculino de la elección de objeto, que derivamos de la fijación a la madre, es necesario, como condición de amor, que la amada tenga fama de liviana, pudiendo ser considerada en último término como una cocota. Cuando más tarde averiguó hasta qué punto merecía su amiga este calificativo, puesto que vivía sencillamente de la venta de su cuerpo, su reacción consistió en una gran compasión hacia ella y en el desarrollo de fantasías y propósitos de redimir a la mujer amada. Estas mismas tendencias redentoras atrajeron ya nuestra atención en la conducta de los hombres del tipo amoroso antes descrito, y la intentamos exponer su derivación analítica en el estudio que a este tema dedicamos.

El análisis de la tentativa de suicidio, que hemos de considerar absolutamente sincera, pero que en definitiva mejoró la posición de la sujeto tanto con respecto a sus padres como para con la mujer amada, nos lleva a regiones muy distintas. La muchacha paseaba una tarde con su amiga por un lugar y a una hora en los cuales no era difícil tropezar con el padre en su regreso de la oficina. Así sucedió, en efecto, y al cruzarse con ellas les dirigió el padre una mirada colérica. Momentos después se arrojaba la muchacha al

foso por el que circulaba el tranvía. Su explicación de las causas inmediatas de su tentativa de suicidio nos parece admirable. Había confesado a la dama que el caballero que las había mirado tan airadamente era su padre, el cual no quería tolerar su amistad con ella. La señora, altamente disgustada, le había ordenado que se separase de ella en el acto y no volviera a buscarla ni a dirigirle la palabra; aquello tenía que terminar alguna vez. Desesperada ante la idea de haber perdido para siempre a la mujer amada, intentó quitarse la vida. Pero el análisis permitió descubrir, detrás de esta interpretación de la sujeto, otra más profunda, confirmada por toda una serie de sueños. La tentativa de suicidio tenía, como era de esperar, otros dos distintos aspectos, constituyendo un «autocastigo» y la realización de un deseo. En este último aspecto, significaba la realización de aquel deseo cuyo cumplimiento la había impulsado a la homosexualidad, o sea, el de tener un hijo de su padre, pues ahora «iba abajo» o «paría» (*sie kam nieder*) por causa de su padre[1978]. El hecho de que su amiga le hubiese hablado exactamente como el padre, imponiéndole idéntica prohibición, nos da el punto de contacto de esta interpretación más profunda con la interpretación superficial y consciente de la muchacha. Con su aspecto de «autocastigo» nos revela la tentativa de suicidio que la muchacha abrigaba, en su inconsciente, intenso deseo de muerte contra el padre por haberse opuesto a su amor, o, más probablemente aún, contra la madre por haber dado al padre el hijo por ella anhelado. El psicoanálisis nos ha descubierto, en efecto, que quizá nadie encuentra la energía psíquica necesaria para matarse si no mata simultáneamente a un objeto con el cual se ha identificado, volviendo así contra sí mismo un deseo de muerte orientado hacia distinta persona. El descubrimiento regular de tales deseos inconscientes de muerte en los suicidas no tiene por qué extrañarnos ni tampoco por qué envanecernos como una confirmación de nuestra hipótesis, pues el psiquismo inconsciente de todo individuo se halla colmado de tales deseos de muerte, incluso contra las personas más queridas[1979]. La identification de la sujeto con su madre, la cual hubiera debido morir al dar a luz aquel hijo que ella (la muchacha) deseaba tener de su padre, da también al «autocastigo» la significación del cumplimiento de un deseo. No podemos ciertamente extrañar que en la determinación de un acto tan grave como el realizado por nuestra sujeto colaborasen tantos y tan enérgicos motivos.

En la motivación expuesta por la muchacha no interviene el padre ni se menciona siquiera el temor justificado a su cólera. En la descubierta por el análisis le corresponde, en cambio, el papel principal. También para el curso y el desenlace del tratamiento o, mejor dicho, de la exploración analítica, presentó la relación de la sujeto con su padre la misma importancia decisiva. Detrás de los cariñosos sentimientos filiales que parecían transparentarse en su declaración de que por amor a sus padres apoyaría honradamente la tentativa de transformación sexual, se escondían tendencias hostiles y vengativas contrarias al padre, que la mantenían encadenada a la homosexualidad. Fortificada la resistencia en tal posición, dejaba libre a la investigación psicoanalítica un amplio sector. El análisis transcurrió casi sin indicios de resistencia, con una viva colaboración intelectual de la analizada, pero también sin despertar en ella emoción alguna. En una ocasión en que hube de explicarle una parte importantísima de nuestra teoría, íntimamente relacionada con su caso, exclamó con acento inimitable: «¡Qué interesante es todo eso!», como una señora de la buena sociedad que visita un museo y mira a través de sus impertinentes una serie de objetos que la tienen completamente sin cuidado. Su análisis hacía una impresión análoga a la de un tratamiento hipnótico, en el cual la resistencia se retira igualmente hasta un cierto límite, donde luego se muestra invencible. Esta misma táctica rusa, pudiéramos decir es seguida muy frecuentemente por la resistencia en algunos casos de neurosis obsesiva, los cuales procuran así, durante algún tiempo, clarísimos resultados y permiten una profunda visión de la causación de los síntomas. Pero en estos casos comenzamos a extrañar que tan importantes progresos de la investigación analítica no traigan consigo la más pequeña modificación de las obsesiones e inhibiciones de los enfermos, hasta que, por fin, observamos que todo lo conseguido adolece de un vicio de nulidad: la reserva mental del sujeto, detrás de la cual se siente completamente segura la neurosis como detrás de un parapeto inexpugnable. «Todo esto estaría muy bien —se dice el enfermo, a veces también conscientemente— si yo creyese lo que este señor me dice; pero no le creo una palabra, y mientras así sea no tengo por qué modificarme en nada». Cuando luego nos acercamos a la motivación de esta duda es cuando se inicia seriamente nuestra lucha contra la resistencia.

En nuestra muchacha no era la duda, sino el factor afectivo constituido por sus deseos de venganza contra el padre, el que determinaba su fría reserva y el que dividió claramente en dos fases el análisis e hizo que los resultados de la primera fase fuesen tan visibles y completos. Parecía también como si en ningún momento hubiera surgido en ella nada análogo a una transferencia afectiva sobre la persona del médico. Pero esto es, naturalmente, un contrasentido. El analizado tiene que adoptar inevitablemente alguna actitud afectiva con respecto al médico, y por lo general repite en ella una relación infantil. En realidad, la sujeto transfirió sobre mí la total repulsa del hombre que la dominaba desde su desengaño por la traición del padre.

La hostilidad contra el hombre encuentra, por lo general, grandes facilidades para satisfacer en la persona del médico, pues no necesita provocar emociones tempestuosas y le basta con exteriorizarse simplemente en una oposición a todos sus esfuerzos terapéuticos y en la conservación de la enfermedad. Sé por experiencia cuán difícil es llevar a los analizados la comprensión de esta sintomatología muda y hacer consciente esta hostilidad latente, a veces extraordinariamente intensa, sin poner en peligro el curso ulterior del tratamiento. Así pues, interrumpí el análisis en cuanto reconocí la actitud hostil de la muchacha contra su padre, y aconsejé que si tenía algún interés en proseguir la tentativa terapéutica analítica, se encomendase su continuación a una doctora. La muchacha había prometido, entre tanto, a su padre renunciar por lo menos a todo trato con aquella señora, y no sé si mi consejo, cuya motivación es evidente, habrá sido seguido.

Una única vez sucedió en este análisis algo que puede ser considerado como una transferencia positiva y como una reviviscencia extraordinariamente debilitada del apasionado amor primitiva al padre. Tampoco esta manifestación aparecía libre de otros motivos diferentes; pero la menciono porque plantea un problema por interesante relativo a la técnica analítica. En cierto período no muy lejano del principio del tratamiento produjo la muchacha una serie de sueños normalmente deformados y expresados en correcto lenguaje onírico, pero fáciles de interpretar. Sin embargo, una vez interpretado su contenido, resultaban harto singulares. Anticipaban la curación de la inversión por el tratamiento analítico,

expresaban la alegría de la sujeto por los horizontes que se abrían ante ella, confesaban un deseo de lograr el amor de un hombre y tener hijos, y podían, por tanto, ser considerados como una satisfactoria preparación a la transformación deseada.

Pero todo esto parecía en manifiesta contradicción con las declaraciones de la sujeto en estado de vigilia. No me ocultaba que pensaba casarse, pero sólo para escapar a la tiranía del padre y vivir ampliamente sus verdaderas inclinaciones. Despreciativamente decía que ya sabría arreglárselas ella con el marido, y que en último caso, como lo demostraba el ejemplo de su amiga, no era imposible mantener simultáneamente relaciones sexuales con un hombre y con una mujer.

Guiado por algún pequeño indicio, le comuniqué un día que no prestaba ninguna fe a tales sueños, los cuales eran mentirosos o disimulados, persiguiendo tan sólo la intención de engañarme como ella solía engañar a su padre. Los hechos me dieron la razón, pues a partir de este momento no volvieron a presentarse tales sueños.

Creo, sin embargo, que a más de este propósito de engañarme integraban también estos sueños el de ganar mi estimación, constituyendo una tentativa de conquistar mi interés y mi buena opinión quizá tan sólo para defraudarme más profundamente luego.

Me figuro que la afirmación de la existencia de tales sueños engañosos despertará en algunos individuos, que se dan a sí mismos el nombre de analíticos, una tempestuosa indignación: «De manera que también lo inconsciente puede mentir; lo inconsciente, el verdadero nódulo de nuestra vida anímica, mucho más cercano a lo divino que nuestra pobre conciencia. ¿Cómo podremos entonces edificar sobre las interpretaciones de análisis y la seguridad de nuestro conocimiento?» Contra esto habremos de decir que el reconocimiento de tales sueños mentirosos no constituye ninguna novedad revolucionaria. Sé muy bien que la humana necesidad de misticismo es inagotable y provoca incesantes tentativas de reconquistar el dominio que le ha sido arrebatado por nuestra «interpretación de los sueños»; pero en el caso que nos ocupa hallamos en seguida una explicación satisfactoria. Él sueño no es lo «inconsciente», es la forma en la cual pudo ser fundida, merced a las condiciones favorables del estado de reposo, una idea procedente de lo

preconsciente o residual de la conciencia del estado de vigilia. En el estado de reposo encuentra tal idea el apoyo de impulsos optativos inconscientes y experimenta con ello la deformación que le impone la «elaboración onírica» regida por los mecanismos imperantes en lo inconsciente.

En nuestra sujeto la intención de engañarme como solía engañar a su padre procedía seguramente de lo preconsciente, si es que no era consciente por completo. Tal intención podía lograrse enlazando a mi persona el deseo inconsciente de agradar al padre (o a un subrogado suyo), y creó así un sueño mentiroso. Ambas intenciones, la de engañar al padre y la de agradarle, proceden del mismo complejo: la primera nace de la represión de la segunda, y ésta es referida a aquéllas por la elaboración onírica. No puede, pues, hablarse de una degradación de lo inconsciente ni de una disminución de la confianza en los resultados de nuestro análisis.

No quiero dejar pasar la ocasión de manifestar mi asombro ante el hecho de que los hombres puedan vivir fragmentos tan amplios y significativos de su vida erótica sin advertir gran cosa de ellos e incluso sin sospecharlos lo más mínimo o se equivoquen tan fundamentalmente al enjuiciarlos cuando emergen en su conciencia. Esto no sucede solamente bajo las condiciones de la neurosis, en la cual nos es ya familiar este fenómeno, sino que parece muy corriente también en individuos normales. En nuestro caso hallamos una muchacha que desarrolla un apasionado amor a otras mujeres, el cual despierta, desde luego, el disgusto de sus padres, pero no es apenas tomado en serio por ellos en un principio. Ella misma sabe probablemente cuán dominada se halla por tal pasión; pero no advierte sino muy débilmente las sensaciones correspondientes a un intenso enamoramiento hasta que una determinada prohibición provoca una reacción excesiva que revela a todas las partes interesadas la existencia de una devoradora pasión de energía elemental. Tampoco ha advertido nunca la muchacha ninguna de las premisas necesarias para la explosión de tal tormenta anímica. Otras veces hallamos muchachas o mujeres aquejadas de graves depresiones, que a nuestra interrogación sobre la causa posible de su estado responden haber sentido cierto interés por una determinada persona, pero que tal inclinación no se había hecho muy profunda en ellas, habiendo desaparecido rápidamente al verse obligadas a renunciar a ella. Y, sin embargo, aquella renuncia, tan

fácilmente soportada en apariencia, ha constituido la causa de la grave perturbación que les aqueja. O tropezamos con hombres que han roto fácilmente unas relaciones amorosas superficiales con mujeres a las que no creían amar y que sólo por los fenómenos consecutivos a la ruptura se dan cuenta de que las amaban apasionadamente.

Por último, también nos han causado asombro los efectos insospechados que pueden emanar de la provocación de un aborto al cual se había decidido la sujeto sin remordimiento ni vacilación algunos. Nos vemos así forzados a dar la razón a los poetas que nos describen preferentemente personas que aman sin saberlo, no saben si aman o creen odiar a quien en realidad adoran. Parece como si las noticias que nuestra conciencia recibe de nuestra vida erótica fueran especialmente susceptibles de ser mutiladas o falseadas. En los desarrollos que preceden no he omitido, naturalmente, descontar la parte de un olvido ulterior.

IV

Volvamos ahora a la discusión del caso antes interrumpido. Nos hemos procurado una visión general de las energías que apartaron la libido de la muchacha de la disposición normal correspondiente al complejo de Edipo y la condujeron a la homosexualidad. Hemos examinado asimismo los caminos psíquicos seguidos en este proceso. A la cabeza de tales fuerzas impulsoras aparecía la impresión producida en la sujeto por el nacimiento del menor de sus hermanos, siéndonos así posible clasificar este caso como una inversión tardíamente adquirida.

Ahora bien: en este punto atrae nuestra atención una circunstancia con la que tropezamos también en otros muchos casos de explicación psicoanalítica de un proceso anímico. En tanto que perseguimos regresivamente la evolución, partiendo de su resultado final, vamos estableciendo un encadenamiento ininterrumpido y consideramos totalmente satisfactorio e incluso completo el conocimiento adquirido. Pero si emprendemos el camino inverso, partiendo de las premisas descubiertas por el análisis, e intentamos perseguir su trayectoria hasta el resultado, desaparece nuestra impresión de una concatenación necesaria e imposible de establecer en otra forma. Advertimos en seguida que el resultado podía haber sido distinto y que

también hubiéramos podido llegar igualmente a comprenderlo y explicarlo. Así pues, la síntesis no es tan satisfactoria como el análisis o, dicho de otro modo, el conocimiento de las premisas no nos permite predecir la naturaleza del resultado.

No es difícil hallar las causas de esta singularidad desconcertante. Aunque conozcamos por completo los factores etiológicos determinantes de cierto resultado, no conocemos más que su peculiaridad cualitativa y no su energía relativa. Algunos de ellos habrán de ser juzgados por otros más fuertes y no participarán en el resultado final. Pero no sabemos nunca de antemano cuáles de los factores determinantes resultarán ser los más fuertes y cuáles los más débiles. Sólo al final podemos decir que los que se han impuesto eran los más fuertes. Así pues, analíticamente puede descubrirse siempre con toda seguridad la causación, siendo, en cambio, imposible toda predicción sintética. De este modo no habremos de afirmar que toda muchacha cuyos deseos amorosos, emanados de la disposición correspondiente al complejo de Edipo en los años de la pubertad, queden defraudados, se refugie en la homosexualidad. Por el contrario, creemos mucho más frecuente otras distintas reacciones a este trauma. Pero entonces habremos de suponer que en el resultado de nuestro caso han intervenido decisivamente otros factores especiales ajenos al trauma y probablemente de naturaleza más interna. No es tampoco difícil señalar cuáles.

Como es sabido, también el individuo normal precisa cierto tiempo para decidir definitivamente el sexo sobre el cual ha de recaer su elección de objeto. En ambos sexos son muy frecuentes, durante los primeros años siguientes a la pubertad, ciertas inclinaciones homosexuales que se exteriorizan en amistades excesivamente intensas, de un cierto matiz sensual. Así sucedió también en nuestra muchacha; pero tales tendencias mostraban en ella una energía y una persistencia poco corrientes. Además, estos primeros brotes de su ulterior homosexualidad emergieron siempre en su vida consciente, mientras que la disposición emanada del complejo de Edipo hubo de permanecer inconsciente, exteriorizándose tan sólo en indicios, tales como su cariño al niño encontrado en el paseo. Durante sus años escolares estuvo enamorada de una profesora muy rigurosa y totalmente inasequible, o sea, de un claro subrogado materno. Ya mucho antes del nacimiento de su hermano

menor y, por tanto, también de las primeras reprimendas paternas había mostrado un vivo interés por algunas mujeres. Su libido seguía, pues, desde época muy temprana dos distintos cursos, de los cuales el más superficial puede ser considerado, desde luego, homosexual, constituyendo quizá la confirmación directa e invariada de una fijación infantil a la madre. Nuestro análisis se ha limitado a descubrir probablemente el proceso que en una ocasión favorable condujo la corriente libidinosa heterosexual a una confluencia con la homosexual manifiesta.

El análisis descubrió también que la muchacha integraba, desde sus años infantiles, un «complejo de masculinidad» enérgicamente acentuado. Animada, traviesa, combativa y nada dispuesta a dejarse superar por su hermano inmediatamente menor, desarrolló, desde la fecha de su primera visión de los genitales del hermano, una intensa «envidia del pene», cuyas ramificaciones llenaban aún su pensamiento. Era una apasionada defensora de los derechos femeninos; encontraba injusto que las muchachas no gozasen de las mismas libertades que los muchachos, y se rebelaba en general contra el destino de la mujer. En la época del análisis las ideas del embarazo y del parto le eran especialmente desagradables, en gran parte, a mi juicio, por la deformación física concomitante a tales estados. Su narcisismo juvenil, que no se exteriorizaba ya como orgullo por su belleza, se manifestaba aun en esta defensa[1980]. Diversos indicios hacían suponer en ella una tendencia al placer sexual visual y exhibicionista, muy intensa en épocas anteriores. Aquellos que no quieren ver restringidos los derechos de la adquisición en la etiología harán observar que esta conducta de la muchacha era precisamente la que había de ser determinada por la acción conjunta del disfavor materno y de la comparación de sus genitales con los del hermano, dada una intensa fijación a la madre. También existe aquí una posibilidad de reducir al efecto de una influencia exterior, tempranamente eficaz, algo que nos hubiésemos inclinado a considerar como una peculiaridad constitucional. Pero también una parte de esta adquisición —si es que realmente tuvo lugar— habrá de ser atribuida a la constitución congénita. Así se mezcla y se funde constantemente en la práctica aquello que en teoría quisiéramos separar como antitético, o sea, la herencia y la adquisición.

Una conclusión anterior y provisional de análisis nos había llevado a

afirmar que se trataba de un caso de adquisición tardía de la homosexualidad. Pero nuestro nuevo examen del material nos conduce más bien a la conclusión de la existencia de una homosexualidad congénita que había seguido la trayectoria habitual, no fijándose ni exteriorizándose de un modo inconfundible hasta después de la pubertad. Cada una de estas clasificaciones no responde sino a una parte de lo descubierto por la observación, desatendiendo la otra parte. Lo exacto será no conceder gran valor a esta cuestión.

La literatura de la homosexualidad acostumbra no separar los problemas de la elección de objeto de los correspondientes a los caracteres sexuales somáticos y psíquicos, como si la solución dada a uno de estos puntos trajese necesariamente consigo la de los restantes. Pero la experiencia nos enseña todo lo contrario: un hombre en el que predominan las cualidades masculinas y cuya vida erótica siga también el tipo masculino puede, sin embargo, ser invertido en lo que respecta al objeto y amar únicamente a los hombres y no a las mujeres. En cambio, un hombre en cuyo carácter predominen las cualidades femeninas y que se conduzca en el amor como una mujer debía ser impulsado, por esta disposición femenina, a hacer recaer sobre los hombres su elección de objeto, y, sin embargo, puede ser muy bien heterosexual y no mostrar con respecto al objeto un grado de inversión mayor que el corrientemente normal. Lo mismo puede decirse de las mujeres; tampoco en ellas aparecen estrechamente relacionados el carácter sexual y la elección de objeto. Así pues, el enigma de la homosexualidad no es tan sencillo como suele afirmarse tendenciosamente en explicaciones como la que sigue: un alma femenina y que, por tanto, ha de amar al hombre, ha sido infundida, para su desgracia, en un cuerpo masculino, o inversamente, un alma masculina, irresistiblemente atraída por la mujer, se halla desdichadamente ligada a un cuerpo femenino. Trátase más bien de tres series de características:

1) *Caracteres sexuales somáticos*.
(Hermafroditismo físico.)
2) *Caracteres sexuales psíquicos*:
— Actitud masculina. — Actitud femenina.
3) *Tipo de la elección de objeto*

que varían con cierta independencia unos de otros y aparecen en todo individuo diversamente combinados. La literatura tendenciosa ha dificultado la visión de estas relaciones, presentando en primer término, por motivos prácticos, la elección de objeto, singular tan sólo para el profano y estableciendo una relación demasiado estrecha entre tal elección y los caracteres sexuales somáticos. Pero además se cierra el camino que conduce a un más profundo conocimiento de aquello a lo que se da uniformemente el nombre de homosexualidad, al rebelarse contra dos hechos fundamentales descubiertos por la investigación psicoanalítica. En primer lugar, el de que los hombres homosexuales han pasado por una fijación especialmente intensa a la madre, y en segundo, el de que todos los normales dejan reconocer, al lado de su heterosexualidad manifiesta, una considerable magnitud de homosexualidad latente o inconsciente. Teniendo en cuenta estos descubrimientos, desaparece, claro está, la posibilidad de admitir un «tercer sexo», creado por la naturaleza en un momento de capricho.

El psicoanálisis no está precisamente llamado a resolver el problema de la homosexualidad. Tiene que contentarse con descubrir los mecanismos psíquicos que han determinado la decisión de la elección de objeto y perseguir los caminos que enlazan tales mecanismos con las disposiciones instintivas. En este punto abandona el terreno a la investigación biológica, a la cual han aportado ahora los experimentos de Steinach[1981] tan importantes conclusiones sobre el influjo ejercido por la primera serie de caracteres, antes establecida sobre las otras dos. El psicoanálisis se alza sobre el mismo terreno que la biología al aceptar como premisa una bisexualidad original del individuo humano (o animal). Pero no puede explicar la esencia de aquello que en sentido convencional o biológico llamamos masculino y femenino; acoge ambos conceptos y los sitúa en la base de sus trabajos. Al intentar una mayor reducción, la masculinidad se le convierte en actividad y la femineidad en pasividad, y esto es muy poco. Anteriormente he intentado exponer hasta qué punto podemos esperar que la labor analítica pueda procurarnos un medio de modificar la inversión. Si comparamos el influjo analítico o las magnas transformaciones logradas por Steinach en sus operaciones, habremos de reconocer su insignificancia. Sin embargo, sería prematuro o exagerado concebir ya la esperanza de una terapia generalmente aplicable a la

inversión. Los casos de homosexualidad masculina tratados con éxito por Steinach cumplían la condición, no siempre dada, de presentar un marcado hermafroditismo somático. Por otro lado, no se ve aún claramente la posibilidad de una terapia análoga de la homosexualidad femenina. Si hubiera de consistir en la ablación de los ovarios probablemente hermafroditas y el injerto de otros de supuesta unisexualidad, no podrían esperarse de ella ciertamente grandes aplicaciones prácticas. Un individuo femenino que se ha sentido masculino y ha amado en forma masculina no se dejará imponer el papel femenino si ha de pagar esta transformación, no siempre ventajosa, con la renuncia a la maternidad.

CXIII

PSICOLOGÍA DE LAS MASAS Y ANÁLISIS DEL YO[1982]

1920-1921 [1921]

I. INTRODUCCIÓN

LA oposición entre psicología individual y psicología social o colectiva, que a primera vista puede parecemos muy profunda, pierde gran parte de su significación en cuanto la sometemos a más detenido examen. La psicología individual se concreta, ciertamente, al hombre aislado e investiga los caminos por los que el mismo intenta alcanzar la satisfacción de sus instintos, pero sólo muy pocas veces y bajo determinadas condiciones excepcionales, le es dado prescindir de las relaciones del individuo con sus semejantes. En la vida anímica individual aparece integrado siempre, efectivamente, «el otro», como modelo, objeto, auxiliar o adversario, y de este modo, la psicología individual es al mismo tiempo y desde un principio psicología social, en un sentido amplio, pero plenamente justificado.

Las relaciones del individuo con sus padres y hermanos, con la persona objeto de su amor y con su médico, esto es, todas aquellas que hasta ahora han sido objeto de la investigación psicoanalítica, pueden aspirar a ser consideradas como fenómenos sociales, situándose entonces en oposición a ciertos otros procesos, denominados por nosotros *narcisistas*, en los que la

satisfacción de los instintos elude la influencia de otras personas o prescinde de éstas en absoluto. De este modo, la oposición entre actos anímicos sociales y narcisistas —Bleuler diría quizás *autísticos*— cae dentro de los dominios de la psicología individual y no justifica una diferenciación entre ésta y la psicología social o colectiva.

En estas relaciones con sus padres y hermanos, con el ser amado, el amigo y el médico, se nos muestra el individuo bajo la influencia de una única persona, o, todo lo más, de un escaso número de personas, cada una de las cuales ha adquirido para él una extraordinaria importancia. Ahora bien: al hablar de la psicología social o colectiva se acostumbra prescindir de estas relaciones, tomando solamente como objeto de la investigación la influencia simultánea ejercida sobre el individuo por un gran número de personas a las que le unen ciertos lazos, pero que fuera de esto pueden serle ajenas desde otros muchos puntos de vista. Así pues, la psicología colectiva considera al individuo como miembro de una tribu, de un pueblo, de una casta, de una clase social o de una institución, o como elemento de una multitud humana, que en un momento dado y con un determinado fin se organiza en una masa o colectividad. Roto así un lazo natural, resultó ya fácil considerar los fenómenos surgidos en las circunstancias particulares antes señaladas como manifestaciones de un instinto especial irreducible del instinto social —*herd instinct, group wind*—, que no surge al exterior en otras situaciones. Sin embargo, hemos de objetar que nos resulta difícil atribuir al factor numérico importancia suficiente para provocar por sí solo en el alma humana el despertar de un nuevo instinto, inactivo en toda otra ocasión. Nuestra atención queda, de este modo, orientada hacia dos distintas posibilidades, a saber: que el instinto social no es un instinto primario e irreducible, y que los comienzos de su formación pueden ser hallados en círculos más limitados; por ejemplo, el de la familia.

La psicología colectiva, no obstante encontrarse aún en sus primeras fases, abarca un número incalculable de problemas que ni siquiera aparecen todavía suficientemente diferenciados. Sólo la clasificación de las diversas formas de agrupaciones colectivas y la descripción de los fenómenos psíquicos por ellas exteriorizados exigen una gran labor de observación y exposición y han dado origen ya a una extensa literatura. La comparación de

las modestas proporciones del presente trabajo con la amplitud de los dominios de la psicología colectiva hará ya suponer al lector, sin más advertencia por parte mía, que sólo se estudian en él algunos puntos de tan vasta materia. Y en realidad, es que sólo un escaso número de las cuestiones que la misma entraña interesan especialmente a la investigación psicoanalítica de las profundidades del alma humana.

II. EL ALMA COLECTIVA, SEGÚN LE BON

PODRÍAMOS comenzar por una definición del alma colectiva, pero nos parece más racional presentar, en primer lugar, al lector una exposición general de los fenómenos correspondientes y escoger entre éstos algunos de los más singulares y característicos que puedan servirnos de punto de partida para nuestra investigación. Conseguiremos ambos fines tomando como guía una obra que goza de justa celebridad: *Psicología de las multitudes*, de Gustavo Le Bon[1983].

Ante todo, convendría que nos hagamos presente, con máxima claridad, la cuestión planteada. La Psicología —que persigue los instintos, disposiciones, móviles e intenciones del individuo hasta sus actos y en sus relaciones con sus semejantes— llega al final de su labor, y habiendo hecho la luz sobre todos los objetos de Ja misma, vería alzarse ante ella, de repente, un nuevo problema. Habría, en efecto, de explicar el hecho sorprendente de que en determinadas circunstancias, nacidas de su incorporación a una multitud humana que ha adquirido el carácter de «masa psicológica», aquel mismo individuo al que ha logrado hacer inteligible piense, sienta y obre de un modo absolutamente inesperado. Ahora bien: ¿qué es una masa? ¿Por qué medios adquiere la facultad de ejercer tan decisiva influencia sobre la vida anímica individual? ¿Y en qué consiste la modificación psíquica que impone al individuo?

La contestación de estas interrogaciones, labor que resultará más fácil comenzando por la tercera y última, incumbe a la psicología colectiva, cuyo objeto es, en efecto, la observación de las modificaciones impresas a las

reacciones individuales. Ahora bien: toda tentativa de explicación debe ir precedida de la descripción del objeto que de explicar se trata.

Dejaremos, pues, la palabra a Gustavo Le Bon: «El más singular de los fenómenos presentados por una masa psicológica es el siguiente: cualesquiera que sean los individuos que la componen y por diversos o semejantes que puedan ser su género de vida, sus ocupaciones, su carácter o su inteligencia, el solo hecho de hallarse transformados en una multitud les dota de una especie de alma colectiva. Este alma les hace sentir, pensar y obrar de una manera por completo distinta de como sentiría, pensaría y obraría cada uno de ellos aisladamente.

»Ciertas ideas y ciertos sentimientos no surgen ni se transforman en actos, sino a los individuos constituidos en multitud. La masa psicológica es un ser provisional compuesto de elementos heterogéneos, soldados por un instante, exactamente como las células de un cuerpo vivo forman por su reunión un nuevo ser que muestra caracteres muy diferentes de los que cada una de tales células posee[1984]».

Permitiéndonos interrumpir la exposición de Le Bon con nuestras glosas, intercalaremos aquí la observación siguiente: si los individuos que forman parte de una multitud se hallan fundidos en una unidad, tiene que existir algo que los enlace unos a otros, y este algo podría bien ser aquello que caracteriza a la masa. Pero Le Bon deja en pie esta cuestión, y pasando a las modificaciones que el individuo experimenta en la masa, las describe en términos muy conformes con los principios fundamentales de nuestra psicología de las multitudes.

«Fácilmente se comprueba en qué alta medida difiere el individuo integrado a una multitud del individuo aislado. Lo que ya resulta más arduo es descubrir las causas de tal diferencia. Para llegar, por lo menos, a entreverlas es preciso recordar, ante todo, la observación realizada por la psicología moderna de que no sólo en la vida orgánica, sino también en el funcionamiento de la inteligencia, desempeñan los fenómenos inconscientes un papel preponderante. La vida consciente del espíritu se nos muestra muy limitada al lado de la inconsciente. El analítico más sutil, el más penetrante observador, no llega nunca a descubrir sino una mínima parte de los móviles inconscientes que les guían. Nuestros actos conscientes se derivan de un

substrato inconsciente formado, en su mayor parte, por influencias hereditarias. Este substrato entraña los innumerables residuos ancestrales que constituyen el alma de la raza. Detrás de las causas confesadas de nuestros actos existen causas secretas ignoradas por todos. La mayor parte de nuestros actos cotidianos son efecto de móviles ocultos que escapan a nuestro conocimiento[1985]».

Le Bon piensa que en una multitud se borran las adquisiciones individuales, desapareciendo así la personalidad de cada uno de los que la integran. Lo inconsciente social surge en primer término y lo heterogéneo se funde en lo homogéneo. Diremos, pues, que la superestructura psíquica, tan diversamente desarrollada en cada individuo, queda destruida, apareciendo desnuda la uniforme base inconsciente común a todos.

De este modo se formaría un carácter medio de los individuos constituidos en multitud. Pero Le Bon encuentra nuevas cualidades, de las cuales carecían antes, y halla la explicación de este fenómeno en tres factores diferentes.

«La aparición de los caracteres peculiares a las multitudes se nos muestra determinada por diversas causas. La primera de ellas es que el individuo integrado en una multitud adquiere, por el solo hecho del número, un sentimiento de potencia invencible, merced al cual puede permitirse ceder a instintos que antes, como individuo aislado, hubiera refrenado forzosamente. Y se abandonará tanto más gustoso a tales instintos cuanto que por ser la multitud anónima, y, en consecuencia, irresponsable, desaparecerá para él el sentimiento de la responsabilidad, poderoso y constante freno de los impulsos individuales[1986]».

Nuestro punto de vista nos dispensa de conceder un gran valor a la aparición de nuevos caracteres. Bástanos decir que el individuo que entra a formar parte de una multitud se sitúa en condiciones que le permiten suprimir las represiones de sus tendencias inconscientes. Los caracteres aparentemente nuevos que entonces manifiesta son precisamente exteriorizaciones de lo inconsciente individual, sistema en el que se halla contenido en germen todo lo malo existente en el alma humana. La desaparición en estas circunstancias de la conciencia o del sentimiento de la responsabilidad es un hecho cuya comprensión no nos ofrece dificultad alguna, pues hace ya mucho tiempo

hicimos observar que el nódulo de lo que denominamos conciencia moral era la «angustia social[1987]».

«Una segunda causa, el contagio mental, interviene igualmente para determinar en las multitudes la manifestación de carácter especial y al mismo tiempo su orientación. El contagio es un fenómeno fácilmente comprobable, pero inexplicable aún y que ha de ser enlazado a los fenómenos de orden hipnótico, cuyo estudio emprenderemos en páginas posteriores. Dentro de una multitud, todo sentimiento y todo acto son contagiosos, hasta el punto de que el individuo sacrifica muy fácilmente su interés personal al interés colectivo, aptitud contraria a su naturaleza, y de la que el hombre sólo se hace susceptible cuando forma parte de una multitud[1988]».

«Una tercera causa, la más importante, determina en los individuos integrados en una masa caracteres especiales, a veces muy opuestos a los del individuo. Me refiero a la sugestibilidad, de la que el contagio antes indicado no es, además, sino un efecto. Para comprender este fenómeno es necesario tener en cuenta ciertos recientes descubrimientos de la Fisiología. Sabemos hoy que un individuo puede ser transferido a un estado en el que, habiendo perdido su personalidad consciente, obedezca a todas las sugestiones del operador que se la ha hecho perder y cometa los actos más contrarios a su carácter y costumbres. Ahora bien: detenidas observaciones parecen demostrar que el individuo sumido algún tiempo en el seno de una multitud activa cae pronto, a consecuencia de los efluvios que de la misma emanan o por cualquier otra causa, aún ignorada, en un estado particular, muy semejante al estado de fascinación del hipnotizado, entre las manos de su hipnotizador. Paralizada la vida cerebral del sujeto hipnotizado, se convierte éste en esclavo de todas sus actividades inconscientes, que el hipnotizador dirige a su antojo. La personalidad consciente desaparece; la voluntad y el discernimiento quedan abolidos. Sentimientos y pensamientos son entonces orientados en el sentido determinado por el hipnotizador.

»Tal es aproximadamente el estado del individuo integrado en una multitud. No tiene ya conciencia de sus actos. En él, como en el hipnotizado, quedan abolidas ciertas facultades y pueden ser llevadas otras a un grado extremo de exaltación. La influencia de una sugestión le lanzará con ímpetu irresistible a la ejecución de ciertos actos. Ímpetu más irresistible aún en las

multitudes que en el sujeto hipnotizado, pues siendo la sugestión la misma para todos los individuos se intensificará al hacerse recíproca[1989]».

«… Así pues, la desaparición de la personalidad consciente, el predominio de la personalidad inconsciente, la orientación de los sentimientos y de las ideas en igual sentido, por sugestión y contagio, y la tendencia a transformar inmediatamente en actos las ideas sugeridas, son los principales caracteres del individuo integrado en una multitud. Perdidos todos sus rasgos personales, pasa a convertirse en un autómata sin voluntad[1990]».

Hemos citados íntegros estos pasajes para demostrar que Le Bon no se limita a comparar el estado del individuo integrado en una multitud con el estado hipnótico, sino que establece una verdadera identidad entre ambos. No nos proponemos contradecir aquí tal teoría, pero sí queremos señalar que las dos últimas causas mencionadas de la transformación del individuo en la masa, el contagio y la mayor sugestibilidad, no pueden ser consideradas como de igual naturaleza, puesto que, a juicio de nuestro autor, el contagio no es, a su vez, sino una manifestación de la sugestibilidad. Así pues, ha de parecemos que Le Bon no establece una diferenciación suficientemente precisa entre los efectos de tales dos causas. Como mejor interpretaremos su pensamiento será, quizás, atribuyendo el contagio a la acción recíproca ejercida por los miembros de una multitud unos sobre otros y derivando los fenómenos de sugestión identificados por Le Bon con los de la influencia hipnótica de una distinta fuente. Pero ¿de cuál? Hemos de reconocer como una evidente laguna el hecho de que uno de los principales términos de esta identificación, a saber, la persona que para la multitud sustituye al hipnotizador, no aparezca mencionada en la exposición de Le Bon.

De todos modos, el autor distingue de esta influencia fascinadora, que deja en la sombra, la acción contagiosa que los individuos ejercen unos sobre otros y que viene a reforzar la sugestión primitiva.

Citaremos todavía otro punto de vista muy importante para el juicio del individuo integrado en una multitud:

«Por el solo hecho de formar parte de una multitud desciende, pues, el hombre varios escalones en la escala de la civilización. Aislado, era quizá un individuo culto; en multitud, un bárbaro. Tiene la espontaneidad, la violencia, la ferocidad y también los entusiasmos y los heroísmos de los seres

primitivos[1991]».

El autor insiste luego particularmente en la disminución de la actividad intelectual que el individuo experimenta por el hecho de su disolución en la masa[1992].

Dejemos ahora al individuo y pasemos a la descripción del alma colectiva llevada a cabo por Le Bon. No hay en esta descripción un solo punto cuyo origen y clasificación puedan ofrecer dificultades al psicoanalítico. Le Bon nos indica, además, por sí mismo el camino, haciendo resaltar las coincidencias del alma de la multitud con la vida anímica de los primitivos y de los niños[1993].

La multitud es impulsiva, versátil e irritable y se deja guiar casi exclusivamente por lo inconsciente[1994]. Los impulsos a los que obedece pueden ser, según las circunstancias, nobles o crueles, heroicos o cobardes, pero son siempre tan imperiosos, que la personalidad e incluso el instinto de conservación desaparecen ante ellos[1995]. Nada en ella es premeditado. Aun cuando desea apasionadamente algo, nunca lo desea mucho tiempo, pues es incapaz de una voluntad perseverante. No tolera aplazamiento alguno entre el deseo y la realización. Abriga un sentimiento de omnipotencia. La noción de lo imposible no existe para el individuo que forma parte de una multitud[1996].

La multitud es extraordinariamente influenciable y crédula. Carece de sentido crítico y lo inverosímil no existe para ella. Piensa en imágenes que se enlazan unas a otras asociativamente, como en aquellos estados en los que el individuo da libre curso a su imaginación sin que ninguna instancia racional intervenga para juzgar hasta qué punto se adaptan a la realidad sus fantasías. Los sentimientos de la multitud son siempre simples y exaltados. De este modo, no conoce dudas ni incertidumbres[1997].

Las multitudes llegan rápidamente a lo extremo. La sospecha enunciada se transforma *ipso facto* en indiscutible evidencia. Un principio de antipatía pasa a constituir en segundos un odio feroz[1998].

Naturalmente inclinada a todos los excesos, la multitud no reacciona sino a estímulos muy intensos. Para influir sobre ella es inútil argumentar lógicamente. En cambio, será preciso presentar imágenes de vivos colores y repetir una y otra vez las mismas cosas.

«No abrigando la menor duda sobre lo que cree la verdad o el error y poseyendo, además, clara conciencia de su poderío, la multitud es tan autoritaria como intolerable… Respeta la fuerza y no ve en la bondad sino una especie de debilidad, que le impresiona muy poco. Lo que la multitud exige de sus héroes es la fuerza e incluso la violencia. Quiere ser dominada, subyugada y temer a su amo… Las multitudes abrigan, en el fondo, irreducibles instintos conservadores, y como todos los primitivos, un respeto fetichista a las tradiciones y un horror inconsciente a las novedades susceptibles de modificar sus condiciones de existencia[1999]».

Si queremos formarnos una idea exacta de la moralidad de las multitudes, habremos de tener en cuenta que en la reunión de los individuos integrados en una masa desaparecen todas las inhibiciones individuales, mientras que todos los instintos crueles, brutales y destructores, residuos de épocas primitivas, latentes en el individuo, despiertan y buscan su libre satisfacción. Pero, bajo la influencia de la sugestión, las masas son también capaces del desinterés y el sacrificio por un ideal. El interés personal, que constituye casi el único móvil de acción del individuo aislado, no se muestra en las masas como elemento dominante, sino en muy contadas ocasiones. Puede incluso hablarse de una moralización del individuo por la masa[2000]. Mientras que el nivel intelectual de la multitud aparece siempre muy inferior al del individuo, su conducta moral puede tanto sobrepasar el nivel ético individual como descender muy por debajo de él.

Algunos rasgos de la característica de las masas, tal y como la expone Le Bon, muestran hasta qué punto está justificada la identificación del alma de la multitud con el alma de los primitivos. En las masas, las ideas más opuestas pueden coexistir sin estorbarse unas a otras y sin que surja de su contradicción lógica conflicto alguno. Ahora bien: el psicoanálisis ha demostrado que este mismo fenómeno se da también en la vida anímica individual, así en el niño como en el neurótico[2001].

Además, la multitud se muestra muy accesible al poder verdaderamente mágico de las palabras, las cuales son susceptibles tanto de provocar en el alma colectiva las más violentas tempestades como de apaciguarlas y devolverlas la calma. «La razón y los argumentos no pueden nada contra ciertas palabras y fórmulas. Pronunciadas éstas con recogimiento ante las

multitudes, hacen pintarse el respeto en todos los rostros e inclinarse todas las frentes. Muchos las consideran como fuerzas de la Naturaleza o como potencias sobrenaturales[2002]». A este propósito basta con recordar el tabú de los nombres entre los primitivos y las fuerzas mágicas que para ellos se enlazan a los hombres y las palabras[2003]. Por último, las multitudes no han conocido jamás la sed de la verdad. Piden ilusiones, a las cuales no pueden renunciar. Dan siempre la preferencia a lo irreal sobre lo real, y lo irreal actúa sobre ellas con la misma fuerza que lo real. Tienen una visible tendencia a no hacer distinción entre ambos.

Este predominio de la vida imaginativa y de la ilusión sustentada por el deseo insatisfecho ha sido ya señalado por nosotros como fenómeno característico de la psicología de las neurosis. Hallamos, en efecto, que para el neurótico no presenta valor alguno la general realidad objetiva y sí únicamente la realidad psíquica. Un síntoma histérico se funda en una fantasía y no en la reproducción de algo verdaderamente vivido. Un sentimiento obsesivo de culpabilidad reposa en el hecho real de un mal propósito jamás llevado a cabo. Como sucede en el sueño y en la hipnosis, la prueba por la realidad sucumbe, en la actividad anímica de la masa, a la energía de los deseos cargados de afectividad.

Lo que Le Bon dice sobre los directores de multitudes es menos satisfactorio y no deja transparentar tan claramente lo normativo. Opina nuestro autor que en cuanto cierto número de seres vivos se reúne, trátese de un rebaño o de una multitud humana, los elementos individuales se colocan instintivamente bajo la autoridad de un jefe. La multitud es un dócil rebaño incapaz de vivir sin amo. Tiene tal sed de obedecer que se somete instintivamente a aquel que se erige en su jefe.

Pero si la multitud necesita un jefe, es preciso que el mismo posea determinadas aptitudes personales. Deberá hallarse también fascinado por una intensa fe (en una idea) para poder hacer surgir la fe en la multitud. Asimismo deberá poseer una voluntad potente e imperiosa, susceptible de animar a la multitud, carente por sí misma de voluntad. Le Bon habla después de las diversas clases de directores de multitudes y de los medios con los que actúan sobre ellas. En último análisis, ve la causa de su influencia en las ideas por las que ellos mismos se hallan fascinados.

Pero, además, tanto a estas ideas como a los directores de multitudes les atribuye Le Bon un poder misterioso e irresistible, al que da el nombre de «prestigio»: «El prestigio es una especie de fascinación que un individuo, una obra o una idea ejercen sobre nuestro espíritu. Esta fascinación paraliza todas nuestras facultades críticas y llena nuestra alma de asombro y de respeto. Los sentimientos entonces provocados son explicables, como todos los sentimientos, pero probablemente del mismo orden que la sugestión experimentada por un sujeto magnetizador[2004]».

Le Bon distingue un prestigio adquirido o artificial y un prestigio personal. El primero queda conferido a las personas, por su nombre, sus riquezas o su honorabilidad, y a las doctrinas y a las obras de arte, por la tradición.

Dado que posee siempre su origen en el pasado, no nos facilita en modo alguno la comprensión de esta misteriosa influencia. El prestigio personal es adorno de que muy pocos gozan, pero estos pocos se imponen, por el mismo hecho de poseerlo, como jefes y se hacen obedecer cual si poseyeran un mágico talismán. De todos modos, y cualquiera que sea su naturaleza, el prestigio depende siempre del éxito y desaparece ante el fracaso.

No puede por menos de observarse que las consideraciones de Le Bon sobre los directores de multitudes y la naturaleza del prestigio no se hallan a la altura de su brillante descripción del alma colectiva.

III. OTRAS CONCEPCIONES DE LA VIDA ANÍMICA COLECTIVA

HEMOS utilizado como punto de partida la exposición de Gustavo Le Bon, por coincidir considerablemente con nuestra psicología en la acentuación de la vida anímica inconsciente. Mas ahora hemos de añadir que, en realidad, ninguna de las afirmaciones de este autor nos ofrece algo nuevo.

Su despectiva apreciación de las manifestaciones del alma colectiva ha sido expresada ya en términos igualmente precisos y hostiles por otros autores y repetida, desde las épocas más remotas de la literatura, por un

sinnúmero de pensadores, poetas y hombres de Estado[2005]. Los dos principios que contienen los puntos de vista más importantes de Le Bon, el de la inhibición colectiva de la función intelectual y el de la intensificación de la afectividad en la multitud, fueron formulados poco tiempo antes por Sighele[2006]. Así pues, lo único privativo de Le Bon es su concepción de lo inconsciente y la comparación con la vida psíquica de los primitivos, aunque tampoco en estos puntos haya carecido de precursores.

Pero aún hay más: la descripción y la apreciación que Le Bon y otros hacen del alma colectiva no han permanecido libres de objeciones. Sin duda, todos los fenómenos antes descritos del alma colectiva han sido exactamente observados; pero también es posible oponerles otras manifestaciones de las formaciones colectivas, contrarias por completo a ellos y susceptibles de sugerir una más alta valoración de alma de las multitudes.

El mismo Le Bon se nos muestra ya dispuesto a conceder que, en determinadas circunstancias, la moralidad de las multitudes puede resultar más elevada que la de los individuos que la componen, y que sólo las colectividades son capaces de un gran desinterés y un alto espíritu de sacrificio.

«El interés personal, que constituye casi el único móvil de acción del individuo aislado, no se muestra en las masas como elemento dominante sino en muy contadas ocasiones».

Otros autores hacen resaltar el hecho de ser la sociedad la que impone las normas de la moral al individuo incapaz, en general, de elevarse hasta ellas por sí solo, o afirman que en circunstancias excepcionales surge en la colectividad el fenómeno del entusiasmo, el cual ha capacitado a las multitudes para los actos más nobles y generosos.

Por lo que respecta a la producción intelectual, está, en cambio, demostrado que las grandes creaciones del pensamiento, los descubrimientos capitales y las soluciones decisivas de grandes problemas no son posibles sino al individuo aislado que labora en la soledad. Sin embargo, también el alma colectiva es capaz de dar vida a creaciones espirituales de un orden genial, como lo prueban, en primer lugar, el idioma y, después, los cantos populares, el folklore, etc. Habría, además, de precisarse cuánto deben el pensador y el poeta a los estímulos de la masa y si son realmente algo más

que los perfeccionadores de una labor anímica en la que los demás han colaborado simultáneamente.

En presencia de estas contradicciones, aparentemente irreducibles, parece que la labor de la psicología colectiva ha de resultar estéril. Sin embargo, no es difícil encontrar un camino lleno de esperanzas. Probablemente se ha confundido bajo la denominación genérica de «multitudes» a formaciones muy diversas, entre las cuales es necesario establecer una distinción. Los datos de Sighele, Le Bon y otros se refieren a masas de existencia pasajera, constituidas rápidamente por la asociación de individuos movidos por un interés común, pero muy diferentes unos de otros. Es innegable que los caracteres de las masas revolucionarias, especialmente de las de la Revolución francesa, han influido en su descripción. En cambio, las afirmaciones opuestas se derivan de la observación de aquellas otras masas estables o asociaciones permanentes, en las cuales pasan los hombres toda su vida y que toman cuerpo en las instituciones sociales. Las multitudes de la primera categoría son, con respecto a las de la segunda, lo que las olas breves, pero altas, a la inmensa superficie del mar.

Mac Dougall, que en su libro *The Group Mind* (Cambridge, 1920) parte de la misma contradicción antes señalada y la resuelve introduciendo el factor «organización». En el caso más sencillo —dice—, la masa (*group*) no posee organización alguna o sólo una organización rudimentaria. A esta masa desorganizada le da el nombre de «multitud» (*crowd*). Sin embargo, confiesa que ningún grupo humano puede llegar a formarse sin cierto comienzo de organización, y que precisamente en estas masas simples y rudimentarias es en las que más fácilmente pueden observarse algunos de los fenómenos fundamentales de la psicología colectiva[2007]. Para que los miembros accidentalmente reunidos de un grupo humano lleguen a formar algo semejante a una masa, en el sentido psicológico de la palabra, es condición necesaria que entre los individuos exista algo común, que un mismo interés los enlace a un mismo objeto, que experimenten los mismos sentimientos en presencia de una situación dada y (por consiguiente, añadiría yo) que posean, en cierta medida, la facultad de influir unos sobre otros *(some degree of reciprocal influence between the members of the group)*[2008]. Cuando más enérgica es esta homogeneidad mental, más fácilmente formarán los

individuos una masa psicológica y más evidentes serán las manifestaciones de un alma colectiva.

El fenómeno más singular y al mismo tiempo más importante de la formación de la masa consiste en la exaltación o intensificación de la emotividad en los individuos que la integran[2009]. Puede decirse —opina Mac Dougall— que no existen otras condiciones en las que los afectos humanos alcancen la intensidad a la que llegan en la multitud. Además, los individuos de una multitud experimentan una voluptuosa sensación al entregarse ilimitadamente a sus pasiones y fundirse en la masa, perdiendo el sentimiento de su delimitación individual. Mac Dougall explica esta absorción del individuo por la masa atribuyéndola a lo que él denomina «el principio de la inducción directa de las emociones por medio de la reacción simpática primitiva[2010]»; esto es, a aquello que con el nombre de contagio de los afectos nos es ya conocido a nosotros, los psicoanalíticos. El hecho es que la percatación de los signos de un estado afectivo es susceptible de provocar automáticamente el mismo afecto en el observador. Esta obsesión automática es tanto más intensa cuanto mayor es el número de las personas en las que se observa simultáneamente el mismo afecto. Entonces el individuo llega a ser incapaz de mantener una actitud crítica y se deja invadir por la misma emoción. Pero al compartir la excitación de aquéllos cuya influencia ha actuado sobre él, aumenta a su vez la de los demás, y de este modo se intensifica por inducción recíproca la carga afectiva de los individuos integrados en la masa. Actúa aquí, innegablemente, algo como una obsesión, que impulsa al individuo a imitar a los demás y a conservarse a tono con ellos. Cuanto más groseras y elementales son las emociones, más probabilidades presentan de propagarse de este modo en una masa[2011].

Este mecanismo de la intensificación afectiva queda favorecido por varias otras influencias emanadas de la multitud. La masa da al individuo la impresión de un poder ilimitado y de un peligro invencible. Sustituye, por el momento, a la entera sociedad humana, encarnación de la autoridad, cuyos castigos se han temido y por la que nos imponemos tantas restricciones. Es evidentemente peligroso situarse enfrente de ella, y para garantizar la propia seguridad deberá cada uno seguir el ejemplo que observa en derredor suyo, e incluso, si es preciso, llegar a «aullar con los lobos». Obedientes a la nueva

autoridad, habremos de hacer callar a nuestra conciencia anterior y ceder así a la atracción del placer, que seguramente alcanzaremos por la cesación de nuestras inhibiciones. No habrá, pues, de asombrarnos que el individuo integrado en una masa realice o apruebe cosas de las que se hubiera alejado en las condiciones ordinarias de su vida, e incluso podemos esperar que este hecho nos permita proyectar alguna luz en las tinieblas de aquellos que designamos con la enigmática palabra «sugestión».

Mac Dougall no niega tampoco el principio de la inhibición colectiva de la inteligencia en la masa[2012]. Opina que las inteligencias inferiores atraen a su propio nivel a las superiores. Estas últimas ven estorbada su actividad, porque la intensificación de la afectividad crea, en general, condiciones desfavorables para el trabajo intelectual; en segundo lugar, porque los individuos intimados por la multitud ven coartado dicho trabajo, y en tercero, porque en cada uno de los individuos integrados en la masa queda disminuida la conciencia de la responsabilidad.

El juicio de conjunto que Mac Dougall formula sobre la función psíquica de las multitudes simples «desorganizadas» no es mucho más favorable que el de Le Bon. Para él, tal masa es sobremanera excitable, impulsiva, apasionada, versátil, inconsecuente, indecisa y, al mismo tiempo, inclinada a llegar en su acción a los mayores extremos, accesible sólo a las pasiones violentas y a los sentimientos elementales, extraordinariamente fácil de sugestionar, superficial en sus reflexiones, violenta en sus juicios, capaz de asimilarse tan sólo los argumentos y conclusiones más simples e imperfectas, fácil de conducir y conmover. Carece de todo sentimiento de responsabilidad y respetabilidad y se halla siempre pronta a dejarse arrastrar por la conciencia de su fuerza hasta violencias propias de un poder absoluto e irresponsable. Se comporta, pues, como un niño mal educado o como un salvaje apasionado y no vigilado en una situación que no le es familiar. En los casos más graves se conduce más bien como un rebaño de animales salvajes que como una reunión de seres humanos.

Dado que Mac Dougall opone a esta actitud la de las multitudes que poseen una organización superior, esperaremos con impaciencia averiguar en qué consiste tal organización y cuáles son los factores que favorecen su establecimiento. El autor enumera cinco de estos factores capitales, cinco

«condiciones principales» necesarias para elevar el nivel de la vida psíquica de la multitud.

La primera condición —y la esencial— consiste en cierta medida de continuidad en la existencia de la masa. Esta continuidad puede ser material o formal: lo primero, cuando las mismas personas forman parte de la multitud durante un período de tiempo más o menos prolongado; lo segundo, cuando dentro de la masa se desarrollan ciertas situaciones, que son ocupadas sucesivamente por personas distintas.

En segundo lugar, es necesario que cada uno de los individuos de la masa se haya formado una determinada idea de la naturaleza, la función, la actividad y las aspiraciones de la misma, idea de la que se derivará para él una actitud afectiva con respecto a la totalidad de la masa.

En tercer lugar, es preciso que la masa se halle en relación con otras formaciones colectivas análogas, pero diferentes, sin embargo, en diversos aspectos e incluso que rivalicen con ella.

La cuarta condición es que la masa posea tradiciones, usos e instituciones propios, relativos sobre todo a las relaciones recíprocas de sus miembros.

Por último, la quinta condición es que la multitud posea una organización que se manifieste en la especialización y diferenciación de las actividades de cada uno de sus miembros.

El cumplimiento de estas condiciones haría desaparecer, según Mac Dougall, los defectos psíquicos de la formación colectiva. La disminución colectiva del nivel intelectual se evitaría quitando a la multitud la solución de los problemas intelectuales, para confiarla a los individuos.

A nuestro juicio, la condición que Mac Dougall designa con el nombre de «organización» de la multitud podría ser descrita, más justificadamente, en una forma distinta. Trátase de crear en la masa las facultades precisamente características del individuo y que éste ha perdido a consecuencia de su absorción por la multitud. El individuo poseía desde luego, antes de incorporarse a la masa primitiva, su continuidad, su conciencia, sus tradiciones y costumbres, su peculiar campo de acción y su modalidad especial de adaptación, y se mantenía separado de otros con los cuales rivalizaba. Todas estas cualidades las ha perdido temporalmente por su incorporación a la multitud no «organizada». Esta tendencia a dotar a la

multitud de los atributos del individuo nos recuerda la profunda observación de W. Trotter[2013], que ve en la tendencia a la formación de masas una expresión biológica de la estructura policelular de los organismos superiores[2014].

IV. SUGESTIÓN Y LIBIDO

HEMOS partido del hecho fundamental de que el individuo integrado en una masa experimenta, bajo la influencia de la misma, una modificación, a veces muy profunda, de su actividad anímica. Su afectividad queda extraordinariamente intensificada y, en cambio, notablemente limitada su actividad intelectual. Ambos procesos tienden a igualar al individuo con los demás de la multitud, fin que sólo puede ser conseguido por la supresión de las inhibiciones peculiares a cada uno y la renuncia a las modalidades individuales y personales de las tendencias.

Hemos visto que estos efectos, con frecuencia indeseables, pueden quedar neutralizados, al menos en parte, por una «organización» superior de las masas; pero esta posibilidad deja en pie el hecho fundamental de la psicología colectiva; esto es, la elevación de la afectividad y la coerción intelectual en la masa primitiva. Nuestra labor se encaminará, pues, a hallar la explicación psicológica de la modificación psíquica que la influencia de la masa impone al individuo.

Evidentemente, la intervención de factores racionales, como la intimidación del individuo por la multitud, o sea, là acción de su instinto de conservación, no basta para explicar los fenómenos observados. Aquello que fuera de esto nos ofrecen, a título explicativo, las autoridades en sociología y psicología de las masas se reduce siempre, aunque presentado bajo diversos nombres, a la misma cosa, resumida en la mágica palabra *sugestión*. Uno de estos autores —Tarde, G.— habla de *imitación*, mas por nuestra parte suscribimos sin reservas la opinión de Brugeilles, que considera integrada la imitación en el concepto de sugestión como una consecuencia de la misma[2015]. Le Bon reduce todas las singularidades de los fenómenos

sociales a dos factores: la sugestión recíproca de los individuos y el prestigio del caudillo. Pero el prestigio no se exterioriza precisamente sino por la facultad de provocar la sugestión. Leyendo a Mac Dougall pudimos experimentar, durante algunos momentos, la impresión de que su principio de la «inducción afectiva primaria» permitía prescindir de la hipótesis de la sugestión. Pero reflexionando más detenidamente, hemos de reconocer que este principio no expresa sino los conocidos fenómenos de la «imitación» o el «contagio», aunque acentuando decididamente el factor afectivo. Es indudable que existe en nosotros una tendencia a experimentar aquellos afectos cuyos signos observamos en otros; pero ¿cuántas veces nos resistimos victoriosamente a ella, rechazando el afecto, e incluso reaccionando de un modo completamente opuesto? Y siendo así, ¿por qué nos entregamos siempre, en cambio, al contagio cuando formamos parte integrante de la masa? Habremos de decirnos nuevamente que es la influencia sugestiva de la masa la que nos obliga a obedecer a esta tendencia a la imitación e induce en nosotros el afecto. Pero, aun dejando aparte todo esto, tampoco nos permite Mac Dougall prescindir de la sugestión, pues como otros muchos autores, nos dice que las masas se distinguen por una especial sugestibilidad.

De este modo quedamos preparados a admitir que la sugestión (o más exactamente, la sugestibilidad) es un fenómeno primario irreducible, un hecho fundamental de la vida anímica humana. Así opinaba Bernheim, de cuyos asombrosos experimentos fui testigo presencial en 1889. Pero recuerdo también haber experimentado por entonces una oscura animosidad contra tal tiranía de la sugestión. Cuando oía a Bernheim interpelar a un enfermo poco dócil con las palabras «¿Qué hace usted? *Vous vous contre-suggestionnez!*», me decía que aquello constituía una injusticia y una violencia. El sujeto poseía un evidente derecho a «contrasugestionarse» cuando se le intentaba dominar por medio de sugestiones. Esta resistencia mía tomó después la forma de una rebelión contra el hecho de que la sugestión, que todo lo explicaba, hubiera de carecer por sí misma de explicación, y me repetí, refiriéndome a ella, la antigua pregunta chistosa[2016]:

Christoph trug Christum,
Christus trug die ganze Welt,

Sag, wo hat Christoph
Damals hin den Fuss gestellt?
Christophorus Christum, sed Christus sustulit orbem:
Constiterit pedibus die ubi Christo phorus[2017]*?*

Ahora, cuando después de treinta años de alejamiento vuelvo a aproximarme al enigma de la sugestión, encuentro que nada ha cambiado en él, salvo una única excepción, que testimonia precisamente de la influencia del psicoanálisis. Observo, en efecto, en los investigadores un empeño particular por formular correctamente el concepto de la sugestión; esto es, por fijar convencionalmente el uso de este término[2018]. No es esto, desde luego, nada superfluo, pues la palabra «sugestión» va adquiriendo con el uso una significación cada vez más imprecisa y pronto acabará por designar una influencia cualquiera, como ya sucede hoy en inglés, idioma en el que las palabras *to suggest* y *suggestion* corresponden a las nuestras *nahelegen* (incitar) y *Anregung* (estímulo). Pero sobre la esencia de la sugestión, esto es, sobre las condiciones en las cuales se establecen influencias carentes de un fundamento lógico suficiente, no se ha dado aún esclarecimiento alguno. Podría robustecer esta afirmación mediante el análisis de las obras publicadas sobre la materia en los últimos treinta años, pero prescindo de hacerlo por constarme que en sector próximo al de mi actividad se prepara una minuciosa investigación sobre este tema[2019].

En cambio, intentaremos aplicar al esclarecimiento de la psicología colectiva el concepto de la *libido*, que tan buenos servicios nos ha prestado ya en el estudio de las psiconeurosis.

Libido es un término perteneciente a la teoría de la afectividad. Designamos con él la energía —considerada como magnitud cuantitativa, aunque por ahora no censurable— de los instintos relacionados con todo aquello susceptible de ser comprendido bajo el concepto de *amor*. El nódulo de lo que nosotros denominamos *amor* se halla constituido, naturalmente, por lo que en general se designa con tal palabra y es cantado por los poetas; esto es, por el amor sexual, cuyo último fin es la cópula sexual. Pero, en cambio, no separamos de tal concepto aquello que participa del nombre de amor, o sea, de una parte, el amor del individuo a sí propio, y de otra, el amor paterno

y el filial, la amistad y el amor a la Humanidad en general, a objetos concretos o a ideas abstractas. Nuestra justificación está en el hecho de que la investigación psicoanalítica nos ha enseñado que todas estas tendencias constituyen la expresión de los mismos movimientos instintivos que impulsan a los sexos a la unión sexual; pero que en circunstancias distintas son desviados de este fin sexual o detenidos en la consecución del mismo, aunque conservando de su esencia lo bastante para mantener reconocible su identidad (abnegación, tendencia a la aproximación).

Creemos, pues, que con la palabra «amor», en sus múltiples acepciones, ha creado el lenguaje una síntesis perfectamente justificada y que no podemos hacer nada mejor que tomarla como base de nuestras discusiones y exposiciones científicas. Con este acuerdo ha desencadenado el psicoanálisis una tempestad de indignación, como si se hubiera hecho culpable de una innovación sacrílega. Y, sin embargo, con esta concepción «amplificada» del amor, no ha creado el psicoanálisis nada nuevo. El *Eros*, de Platón, presenta, por lo que respecta a sus orígenes, a sus manifestaciones y a su relación con el amor sexual, una perfecta analogía con la energía amorosa; esto es, con la libido del psicoanálisis, coincidencia cumplidamente demostrada por Nachmansohn y Pfister en interesantes trabajos[2020]; y cuando el apóstol Pablo alaba el amor en su famosa *Epístola a los corintios* y lo sitúa sobre todas las cosas, lo concibe seguramente en el mismo sentido «amplificado[2021]», de donde resulta que los hombres no siempre toman en serio a sus grandes pensadores, aunque aparentemente los admiren mucho.

Estos instintos eróticos son denominados en psicoanálisis, *a priori* y en razón a su origen, instintos sexuales. La mayoría de los hombres «cultos» ha visto en esta denominación una ofensa y ha tomado venganza de ella lanzando contra el psicoanálisis la acusación de «pansexualismo». Aquellos que consideran la sexualidad como algo vergonzoso y humillante para la naturaleza humana pueden servirse de los términos «Eros» y «Erotismo», más distinguidos. Así lo hubiera podido hacer también yo desde un principio, cosa que me hubiera ahorrado numerosas objeciones. Pero no lo he hecho porque no me gusta ceder a la pusilanimidad. Nunca se sabe a dónde puede llevarle a uno tal camino; se empieza por ceder en las palabras y se acaba a veces por ceder en las cosas. No encuentro mérito alguno en avergonzarse de

la sexualidad. La palabra griega Eros, con la que se quiere velar lo vergonzoso, no es, en fin de cuentas, sino la traducción de nuestra palabra Amor. Además, aquel que sabe esperar no tiene necesidad de hacer concesiones.

Intentaremos, pues, admitir la hipótesis de que en la esencia del alma colectiva existen también relaciones amorosas (o para emplear una expresión neutra, lazos afectivos). Recordemos que los autores hasta ahora citados no hablan ni una sola palabra de esta cuestión. Aquello que corresponde a estas relaciones amorosas aparece oculto en ellos detrás de la sugestión. Nuestra esperanza se apoya en dos ideas. Primeramente, la de que la masa tiene que hallarse mantenida en cohesión por algún poder. ¿Y a qué poder resulta factible atribuir tal función si no es al Eros, que mantiene la cohesión de todo lo existente? En segundo lugar, la de que, cuando el individuo englobado en la masa renuncia a lo que le es personal y se deja sugestionar por los otros, experimentamos la impresión de que lo hace por sentir en él la necesidad de hallarse de acuerdo con ellos y no en oposición a ellos; esto es, por [ihnen zu Liebe][2022].

V. DOS MASAS ARTIFICIALES: LA IGLESIA Y EL EJÉRCITO

POR lo que respecta a la morfología de las masas, recordaremos que podemos distinguir muy diversas variedades y direcciones muy divergentes e incluso opuestas en su formación y constitución. Existen, en efecto, multitudes efímeras y otras muy duraderas; homogéneas, esto es, compuestas de individuos semejantes, y no homogéneas; naturales y artificiales o necesitadas de una coerción exterior; primitivas y diferenciadas, con un alto grado de organización. Mas, por razones que luego irán apareciendo, insistiremos aquí particularmente en una diferenciación a la que los autores no han concedido aún atención suficiente. Me refiero a la de aquellas masas que carecen de directores y las que, por el contrario, los poseen. Y en completa oposición con la general costumbre adoptada, no

elegiremos como punto de partida de nuestras investigaciones una formación colectiva relativamente simple, sino masas artificiales, duraderas y altamente organizadas.

La Iglesia y el Ejército son masas artificiales; esto es, masas sobre las que actúa una coerción exterior encaminada a preservarlas de la disolución[2023] y a evitar modificaciones de su estructura. En general, no depende de la voluntad del individuo entrar o no a formar parte de ellas, y una vez dentro, la separación se halla sujeta a determinadas condiciones, cuyo incumplimiento es rigurosamente castigado. La cuestión de saber por qué estas asociaciones precisan de semejantes garantías no nos interesa por el momento, y sí, en cambio, la circunstancia de que estas multitudes, altamente organizadas y protegidas (en la forma indicada) contra la disgregación, nos revelan determinadas particularidades, que en otras se mantienen ocultas o disimuladas.

En la Iglesia —y habrá de sernos muy ventajoso tomar como muestra la Iglesia católica— y en el Ejército reina, cualesquiera que sean sus diferencias en otros aspectos, una misma ilusión: la ilusión de la presencia visible o invisible de un jefe (Cristo, en la Iglesia católica, y el general en jefe, en el Ejército), que ama con igual amor a todos los miembros de la colectividad. De esta ilusión depende todo, y su desvanecimiento traería consigo la disgregación de la Iglesia o del Ejército, en la medida en que la coerción exterior lo permitiese. El igual amor de Cristo por sus fieles todos aparece claramente expresado en las palabras: «De cierto os digo que en cuanto le hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, a Mí lo hicisteis». Para cada uno de los individuos que componen la multitud creyente es Cristo un bondadoso hermano mayor, una sustitución del padre. De este amor de Cristo se derivan todas las exigencias de que se hace objeto al individuo creyente, y el aliento democrático que anima a la Iglesia depende de la igualdad de todos los fieles ante Cristo y de su idéntica participación en el amor divino. No sin una profunda razón se compara la comunidad cristiana a una familia y se consideran los fieles como hermanos en Cristo; esto es, como hermanos por el amor que Cristo les profesa. En el lazo que une a cada individuo con Cristo hemos de ver indiscutiblemente la causa del que une a los individuos entre sí. Análogamente sucede en el Ejército. El jefe es el padre que ama por igual a

todos sus soldados, razón por la cual éstos son camaradas unos de otros. Desde el punto de vista de la estructura, el Ejército se distingue de la Iglesia en el hecho de hallarse compuesto por una jerarquía de masas de este orden: cada capitán es el general en jefe y el padre de su compañía, y cada suboficial, de su sección. La Iglesia presenta asimismo una jerarquía; pero que no desempeña ya en ella el mismo papel económico, pues ha de suponerse que Cristo conoce mejor a sus fieles que el general a sus soldados y se ocupa más de ellos.

Contra esta concepción de la estructura libidinosa del Ejército se objetará, con razón, que prescinde en absoluto de las ideas de patria, de gloria nacional, etcétera, tan importantes para la cohesión del Ejército. En respuesta a tal objeción alegaremos que se trata de un caso distinto y mucho menos sencillo de formación colectiva, y que los ejemplos de grandes capitanes, tales como César, Wallenstein y Napoleón, demuestran que dichas ideas no son indispensables para el mantenimiento de la cohesión de un Ejército. Más tarde trataremos brevemente de la posible sustitución del jefe por una idea directora y de las relaciones entre ésta y aquél. La negligencia de este factor libidinoso en el Ejército parece constituir, incluso en aquellos casos en los que no es el único que actúa, no sólo un error teórico, sino también un peligro práctico. El militarismo prusiano, tan antipsicológico como la ciencia alemana, ha experimentado quizá las consecuencias de tal error en la gran guerra. Las neurosis de guerra que disgregaron el Ejército alemán representaban una protesta del individuo contra el papel que le era asignado en el Ejército, y según las comunicaciones de E. Simmel[2024], puede afirmarse que la rudeza con que los jefes trataban a sus hombres constituyó una de las principales causas de tales neurosis.

Si se hubiera atendido más a la mencionada aspiración libidinosa del soldado, no habrían encontrado, probablemente, tan fácil crédito las fantásticas promesas de los catorce puntos del presidente americano, y los jefes militares alemanes, artistas de la guerra, no hubiesen visto quebrarse entre sus manos el magnífico instrumento de que disponían.

Habremos de tener en cuenta que en las dos masas artificiales de que venimos tratando —la Iglesia y el Ejército— se halla el individuo doblemente ligado por lazos libidinosos; en primer lugar, al jefe (Cristo o el general), y,

además, a los restantes individuos de la colectividad. Más adelante investigaremos las relaciones existentes entre estos dos órdenes de lazos, viendo si son o no de igual naturaleza y valor y cómo pueden ser descritos psicológicamente. Pero desde ahora creemos poder reprochar ya a los autores no haber atendido suficientemente a la importancia del director para la psicología de la masa. En cambio, nosotros nos hemos situado en condiciones más favorables, por la elección de nuestro primer objeto de investigación, y creemos haber hallado el camino que ha de conducirnos a la explicación del fenómeno fundamental de la psicología colectiva, o sea, de la carencia de libertad del individuo integrado en una multitud. Si cada uno de tales individuos se halla ligado, por sólidos lazos afectivos, a dos centros diferentes, no ha de sernos difícil derivar de esta situación la modificación y la limitación de su personalidad, generalmente observadas.

El fenómeno del pánico, observable en las masas militares con mayor claridad que en ninguna otra formación colectiva, nos demuestra también que la esencia de una multitud consiste en los lazos libidinosos existentes en ella. El pánico se produce cuando tal multitud comienza a disgregarse y se caracteriza por el hecho de que las órdenes de los jefes dejan de ser obedecidas, no cuidándose ya cada individuo sino de sí mismo, sin atender para nada a los demás. Rotos así los lazos recíprocos, surge un miedo inmenso e insensato. Naturalmente, se nos objetará aquí que invertimos el orden de los fenómenos y que es el miedo el que, al crecer desmesuradamente, se impone a toda clase de lazos y consideraciones. Mac Dougall ha llegado incluso a utilizar el caso del pánico (aunque no del militar) como ejemplo modelo de su teoría de la intensificación de los afectos por contagio (*primary induction*). Pero esta explicación racionalista es absolutamente insatisfactoria, pues lo que se trata de explicar es precisamente por qué el miedo ha llegado a tomar proporciones tan gigantescas. Ello no puede atribuirse a la magnitud del peligro, pues el mismo Ejército, que en un momento dado sucumbe al pánico, puede haber arrostrado impávido, en otras ocasiones semejantes, peligros mucho mayores, y la esencia del pánico está precisamente en carecer de relación con el peligro que amenaza y desencadenarse, a veces, por causas insignificantes. Cuando el individuo integrado en una masa en la que ha surgido el pánico comienza a no pensar

más que en sí mismo, demuestra con ello haberse dado cuenta del desgarramiento de los lazos afectivos que hasta entonces disminuían a sus ojos el peligro. Ahora que se encuentra ya aislado ante él, tiene que estimarlo mayor. Resulta, pues, que el miedo al pánico presupone el relajamiento de la estructura libidinosa de la masa y constituye una justificada reacción al mismo, siendo errónea la hipótesis contraria de que los lazos libidinosos de la masa quedan destruidos por el miedo ante el peligro.

Estas observaciones no contradicen la afirmación de que el miedo colectivo crece hasta adquirir inmensas proporciones bajo la influencia de la inducción (contagio). Esta teoría de Mac Dougall resulta exacta en aquellos casos en los que el peligro es realmente grande y no existen en la masa sólidos lazos afectivos, circunstancias que se dan, por ejemplo, cuando en un teatro o una sala de reuniones estalla un incendio. Pero el caso más instructivo y mejor adaptado a nuestros fines es el de un Cuerpo de Ejército invadido por el pánico ante un peligro que no supera la medida ordinaria y que ha sido afrontado otras veces con perfecta serenidad. Por cierto que la palabra «pánico» no posee una determinación precisa e inequívoca. A veces se emplea para designar el miedo colectivo, otras es aplicada al miedo individual, cuando el mismo supera toda medida, y otras, por último, parece reservada a aquellos casos en los que la explosión del miedo no se muestra justificada por las circunstancias. Dándole el sentido de «miedo colectivo», podremos establecer una amplia analogía. El miedo del individuo puede ser provocado por la magnitud del peligro o por la ruptura de lazos afectivos (localizaciones de la libido). Este último caso es el de la angustia neurótica[2025]. Del mismo modo se produce el pánico per la intensificación del peligro que a todos amenaza o por la ruptura que los lazos afectivos que garantizaban la cohesión de la masa, y en este último caso, la angustia colectiva presenta múltiples analogías con la angustia neurótica[2026].

Viendo, como Mac Dougall, en el pánico una de las manifestaciones más características del *group mind*, se llega a la paradoja de que esta alma colectiva se disolvería por sí misma en una de sus exteriorizaciones más evidentes, pues es indudable que el pánico significa la disgregación de la multitud, teniendo, por consecuencia, la cesación de todas las consideraciones que antes se guardaban recíprocamente los miembros de la

misma.

La causa típica de la explosión de un pánico es muy análoga a la que nos ofrece Nestroy en su parodia del drama *Judith y Holofernes*, de Hebbel. En esta parodia grita un guerrero: «El jefe ha perdido la cabeza», y todos los asirios emprenden la fuga. Sin que el peligro aumente, basta la pérdida del jefe —en cualquier sentido— para que surja el pánico. Con el lazo que los ligaba al jefe desaparecen generalmente los que ligaban a los individuos entre sí, y la masa se pulveriza como un frasquito boloñés al que se le rompe la punta.

La disgregación de una masa religiosa resulta ya más difícil de observar. Recientemente he tenido ocasión de leer una novela inglesa de espíritu católico y recomendada por el obispo de Londres —*When it was dark*—, en la que se describe con tanta destreza, a mi juicio, como exactitud tal eventualidad y sus consecuencias. El autor imagina una conspiración urcida en nuestros días, por enemigos de la persona de Cristo y de la fe cristiana, que pretende haber conseguido descubrir en Jerusalén un sepulcro con una inscripción en la cual confiesa José de Arimatea haber sustraído, por razones piadosas, tres días después de su entierro, el cadáver de Cristo, trasladándolo de su primer enterramiento a aquel otro. Este descubrimiento arqueológico significa la ruina de los dogmas de la resurrección de Cristo y de su naturaleza divina y trae consigo la conmoción de la cultura europea y un incremento extraordinario de todos los crímenes y violencias, hasta el día en que la conspiración tramada por los falsarios es descubierta y denunciada.

Lo que aparece en el curso de esta supuesta descomposición de la masa religiosa no es el miedo, para el cual falta todo pretexto, sino impulsos egoístas y hostiles a los que el amor común de Cristo hacia todos los hombres había impedido antes manifestarse [1567]. Pero aun durante el reinado de Cristo hay individuos que se hallan fuera de tales lazos afectivos: aquellos que no forman parte de la comunidad de los creyentes, no aman a Cristo ni son amados por El. Por este motivo, toda religión, aunque se denomine religión de amor, ha de ser dura y sin amor para con todos aquellos que no pertenezcan a ella. En el fondo, toda religión es una religión de amor para sus fieles y, en cambio, cruel e intolerable para aquellos que no la reconocen. Por incomprensible que pueda parecemos personalmente, no debemos reprochar

demasiado al creyente su crueldad y su intolerancia, actitud que los incrédulos y los indiferentes podrán adoptar sin tropezar con obstáculo ninguno psicológico. Si tal intolerancia no se manifiesta hoy de un modo tan cruel y violento como en siglos anteriores, no hemos de ver en ello una dulcificación de las costumbres de los hombres. La causa se halla más bien en la indudable debilitación de los sentimientos religiosos y de los lazos afectivos de ellos dependientes. Cuando una distinta formación colectiva sustituye a la religiosa, como ahora parece conseguirlo la socialista, surgirá contra los que permanezcan fuera de ella la misma intolerancia que caracterizaba las luchas religiosas, y si las diferencias existentes entre las concepciones científicas pudiesen adquirir a los ojos de las multitudes una igual importancia, veríamos producirse por las mismas razones igual resultado.

VI. OTROS PROBLEMAS Y ORIENTACIONES

HASTA aquí hemos investigado dos masas artificiales y hemos hallado que aparecen dominadas por dos órdenes distintos de lazos afectivos, de los cuales los que enlazan a los individuos con el jefe se nos muestran como más decisivos —al menos para ellos— que los que enlazan a los individuos entre sí.

Ahora bien: en la morfología de las masas habría aún mucho que investigar y describir. Habría que comenzar por establecer que una simple reunión de hombres no constituye una masa, mientras no se den en ella los lazos antes mencionados, si bien tendríamos que confesar, al mismo tiempo, que en toda reunión del hombre surge muy fácilmente la tendencia a la formación de una masa psicológica. Habríamos de prestar luego atención a las diversas masas, más o menos permanentes, que se forman de un modo espontáneo, y estudiar las condiciones de su formación y de su descomposición. Ante todo, nos interesaríamos particularmente por la diferencia entre las masas que ostentan un director y aquellas que carecen de él. Así investigaríamos si las primeras no son las más primitivas y perfectas,

si en las segundas no puede hallarse sustituido el director por una idea o abstracción (las masas religiosas, obedientes a una cabeza invisible, constituirán el tipo de transición), y también si una tendencia o un deseo susceptibles de ser compartidos por un gran número de personas no podrían constituir asimismo tal sustitución. La abstracción podría, a su vez, encarnar más o menos perfectamente en la persona de un director secundario, y entonces se establecerían entre el jefe y la idea relaciones muy diversas e interesantes. El director o la idea directora podrían también revestir un carácter negativo; esto es, el odio hacia una persona o una institución determinadas podría actuar análogamente al efecto positivo y provocar lazos afectivos semejantes. Asimismo habríamos de preguntarnos si el director es realmente indispensable para la esencia de la masa, etc.

Pero todas estas cuestiones, algunas de las cuales han sido ya estudiadas en las obras de psicología colectiva, no consiguen apartar nuestro interés de los problemas psicológicos fundamentales que la estructura de una masa nos plantea. Y, ante todo, surge en nosotros una reflexión que nos muestra el camino más corto para llegar a la demostración de que la característica de una masa se halla en los lazos libidinosos que la entrecruzan.

Intentaremos representarnos cómo se comportan los hombres mutuamente desde el punto de vista afectivo. Según la célebre parábola de los puerco espines ateridos (Schopenhauer: *Parenga und Paralipomena*, 2.ª parte, XXXI, «Gleichnisse und Parabeln»), ningún hombre soporta una aproximación demasiado íntima a los demás.

«En un crudo día invernal, los puerco espines de una manada se apretaron unos contra otros para prestarse mutuo calor. Pero al hacerlo así se hirieron recíprocamente con sus púas y hubieron de separarse. Obligados de nuevo a juntarse por el frío, volvieron a pincharse y a distanciarse. Estas alternativas de aproximación y alejamiento duraron hasta que les fue dado hallar una distancia media en la que ambos males resultaban mitigados».

Conforme al testimonio del psicoanálisis, casi todas las relaciones afectivas íntimas de alguna duración entre dos personas —el matrimonio, la amistad, el amor paterno y el filial[2027]— dejan un depósito de sentimientos hostiles, que precisa, para escapar de la percepción, del proceso de la represión. Este fenómeno se nos muestra más claramente cuando vemos a dos

asociados pelearse de continuo o al subordinado murmurar sin cesar contra su superior. El mismo hecho se produce cuando los hombres se reúnen para formar conjuntos más amplios. Siempre que dos familias se unen por un matrimonio, cada una de ellas se considera mejor y más distinguida que la otra. Dos ciudades vecinas serán siempre rivales, y el más insignificante cantón mirará con desprecio a los cantones limítrofes. Los grupos étnicos afines se repelen recíprocamente; el alemán del Sur no puede aguantar al del Norte; el inglés habla despectivamente del escocés, y el español desprecia al portugués. La aversión se hace más difícil de dominar cuanto mayores son las diferencias, y, de este modo, hemos cesado ya de extrañar la que los galos experimentan por los germanos, los arios por los semitas y los blancos por los hombres de color.

Cuando la hostilidad se dirige contra personas amadas, decimos que se trata de una ambivalencia afectiva, y nos explicamos el caso, probablemente de un modo demasiado racionalista, por los numerosos pretextos que las relaciones muy íntimas of recen para el nacimiento de conflictos de intereses. En los sentimientos de repulsión y de aversión que surgen sin disfraz alguno contra personas extrañas, con las cuales nos hallamos en contacto, podemos ver la expresión de un narcisismo que tiende a afirmarse y se conduce como si la menor desviación de sus propiedades y particularidades individuales implicase una crítica de las mismas y una invitación a modificarlas. Lo que no sabemos es por qué se enlaza tan grande sensibilidad a estos detalles de la diferenciación. En cambio, es innegable que esta conducta de los hombres revela una disposición al odio y una agresividad, a las cuales podemos atribuir un carácter elemental[2028].

Pero toda esta intolerancia desaparece, fugitiva o duraderamente, en la masa. Mientras que la formación colectiva se mantiene, los individuos se comportan como cortados por el mismo patrón: toleran todas las particularidades de los otros, se consideran iguales a ellos y no experimentan el menor sentimiento de aversión. Según nuestras teorías, tal restricción del narcisismo no puede ser provocada sino por un solo factor; por el enlace libidinoso a otras personas. El egoísmo no encuentra un límite más que en el amor a otros, el amor a objetos[2029]. Se nos preguntará aquí si la simple comunidad de intereses no habría de bastar por sí sola, y sin la intervención

de elemento libidinoso alguno, para inspirar al individuo tolerancia y consideración con respecto a los demás. A esta objeción responderemos que en tal forma no puede producirse una limitación permanente del narcisismo, pues en las asociaciones de dicho género la tolerancia durará tan sólo lo que dure el provecho inmediato producido por la colaboración de los demás. Pero el valor práctico de esta cuestión es menor de lo que pudiéramos creer, pues la experiencia ha demostrado que aun en los casos de simple colaboración se establecen regularmente entre los camaradas relaciones libidinosas, que van más allá de las ventajas puramente prácticas extraídas por cada uno de la colaboración. En las relaciones sociales de los hombres volvemos a hallar aquellos hechos que la investigación psicoanalítica nos ha permitido observar en el curso del desarrollo de la libido individual. La libido se apoya en la satisfacción de las grandes necesidades individuales y elige como primeros objetos aquellas personas que en ella intervienen. En el desarrollo de la Humanidad, como en el del individuo, es el amor lo que ha revelado ser el principal factor de civilización, y aun quizá el único, determinado el paso del egoísmo al altruismo. Y tanto el amor sexual a la mujer, con la necesidad de él derivada de proteger todo lo que era grato al alma femenina como el amor desexualizado, homosexual sublimado, por otros hombres; amor que nace del trabajo común.

Así, pues, cuando observamos que en la masa surgen restricciones del egoísmo narcisista, inexistentes fuera de ella, habremos de considerar tal hecho como una prueba de que la esencia de la formación colectiva reposa en el establecimiento de nuevos lazos libidinosos entre los miembros de la misma.

El problema que aquí se nos plantea es el de cuál puede ser la naturaleza de tales nuevos lazos afectivos. En la teoría psicoanalítica de las neurosis nos hemos ocupado hasta ahora casi exclusivamente de los lazos que unen a aquellos instintos eróticos que persiguen aún fines sexuales directos, con sus objetos correspondientes. En la multitud no puede tratarse, evidentemente, de tales fines. Nos hallamos aquí ante instintos eróticos que, sin perder nada de su energía, aparecen desviados de sus fines primitivos. Ahora bien: ya dentro de los límites de la fijación sexual ordinaria a objetos hemos observado fenómenos que corresponden a una desviación del instinto de su fin sexual y

los hemos descrito como grados del estado amoroso, reconociendo que comportan una cierta limitación del *yo*. En las páginas que siguen vamos a examinar con particular atención estos fenómenos del enamoramiento, con la esperanza —fundada a nuestro juicio— de deducir de ellos conclusiones aplicables a los lazos afectivos que atraviesan las masas. Además, quisiéramos averiguar si esta clase de fijación a un objeto, tal como la observación en la vida sexual, es el único género existente de enlace afectivo a otra persona o si habremos de tener en cuenta otros mecanismos. Ahora bien: el psicoanálisis nos revela precisamente la existencia de estos otros mecanismos del enlace afectivo al descubrirnos las *identificaciones*, procesos aún insuficientemente conocidos y difíciles de descubrir, cuyo examen va a mantenernos alejados durante algún tiempo de nuestro tema principal, la psicología colectiva.

VII. LA IDENTIFICACIÓN[2030]

LA identificación es conocida en el psicoanálisis como la manifestación más temprana de un enlace afectivo a otra persona, y desempeña un importante papel en la prehistoria del complejo de Edipo. El niño manifiesta un especial interés por su padre; quisiera ser como él y reemplazarlo en todo. Podemos, pues, decir que hace de su padre su ideal. Esta conducta no presenta, en absoluto, una actitud pasiva o femenina con respecto al padre (o al hombre, en general), sino que es estrictamente masculina y se concilia muy bien con el complejo de Edipo, a cuya preparación contribuye.

Simultáneamente a esta identificación con el padre o algo más tarde, comienza el niño a tomar a su madre como objeto de sus instintos libidinosos. Muestra, pues, dos órdenes de enlaces psicológicamente diferentes. Uno, francamente sexual, a la madre, y una identificación con el padre, al que considera como modelo que imitar. Estos dos enlaces coexisten durante algún tiempo sin influir ni estorbarse entre sí. Pero a medida que la vida psíquica tiende a la unificación, van aproximándose hasta acabar por encontrarse, y de esta confluencia nace el complejo de Edipo normal. El niño advierte que el

padre le cierra el camino hacia la madre, y su identificación con él adquiere por este hecho un matiz hostil, terminando por fundirse en el deseo de sustituirle también cerca de la madre. La identificación es además, desde un principio, ambivalente, y puede concretarse tanto en una exteriorización cariñosa como en el deseo de supresión. Se comporta como una ramificación de la primera fase, la fase *oral* de la organización de la libido, durante la cual el sujeto se incorporaba al objeto ansiado y estimado, comiéndoselo, y al hacerlo así lo destruía. Sabido es que el caníbal ha permanecido en esta fase: ama a sus enemigos, esto es, gusta de ellos o los estima para comérselos, y no se come sino a aquéllos a quienes ama desde este punto de vista[2031].

Más tarde perdemos de vista los destinos de esta identificación con el padre. Puede suceder que el complejo de Edipo experimente una inversión, o sea que, adoptando el sujeto una actitud femenina, se convierta el padre en el objeto del cual esperan su satisfacción los instintos sexuales directos, y en este caso la identificación con el padre constituye la fase preliminar de su conversión en objeto sexual. Este mismo proceso preside la actitud de la hija con respecto a la madre.

No es difícil expresar en una fórmula esta diferencia entre la identificación con el padre y la elección del mismo como objeto sexual. En el primer caso, el padre es lo que se quisiera *ser*; en el segundo, lo que se quisiera *tener*. La diferencia está, pues, en que el factor interesado sea el sujeto o el objeto del *yo*. Por este motivo, la identificación es siempre posible antes de toda elección de objeto. Lo que ya resulta mucho más difícil es construir una representación metapsicológica concreta de esta diferencia. Todo lo que comprobamos es que la identificación aspira a conformar el propio *yo* análogamente al otro tomado como modelo.

En un síntoma neurótico la identificación se enlaza a un conjunto más complejo. Supongamos el caso de que la hija contrae el mismo síntoma patológico que atormenta a la madre, por ejemplo, una tos pertinaz. Pues bien: esta identificación puede resultar de dos procesos distintos. Puede ser, primeramente, la misma del complejo de Edipo, significando, por tanto, el deseo hostil de sustituir a la madre, y entonces el síntoma expresa la inclinación erótica hacia el padre y realiza la sustitución deseada, pero bajo la influencia directa de la conciencia de la culpabilidad: «¿No querías ser tu

madre? Ya lo has conseguido. Por lo menos, ya experimentas sus mismos sufrimientos». Tal es el mecanismo completo de la formación de síntomas histéricos.

Pero también puede suceder que el síntoma sea el mismo de la persona amada (así, en nuestro *Fragmento del análisis de una histeria*, imita Dora la tos de su padre), y entonces habremos de describir la situación diciendo que la *identificación ha ocupado el lugar de la elección de objeto, transformándose ésta, por regresión, en una identificación*. Sabemos ya que la identificación representa la forma más temprana y primitiva del enlace afectivo. En las condiciones que presiden la formación de síntomas y, por tanto, la represión bajo el régimen de los mecanismos, de lo inconsciente, sucede con frecuencia que la elección de objeto deviene una nueva identificación, absorbiendo el *yo* las cualidades del objeto. Lo singular es que en estas identificaciones copia el *yo* unas veces a la persona no amada, y otras, en cambio, a la amada. Tiene que parecemos también extraño que en ambos casos la identificación no es sino parcial y altamente limitada, contentándose con tomar un solo rasgo de la persona-objeto.

En un tercer caso, particularmente frecuente y significativo, de formación de síntomas, la identificación se efectúa independientemente de toda actitud libidinosa con respecto a la persona copiada. Cuando, por ejemplo, una joven alumna de un pensionado recibe de su secreto amor una carta que excita sus celos y a la cual reacciona con un ataque histérico, algunas de sus amigas, conocedoras de los hechos, serán víctimas de lo que pudiéramos denominar la infección psíquica y sufrirán, a su vez, un igual ataque. El mecanismo al que aquí asistimos es el de la identificación, hecha posible por la aptitud o la voluntad de colocarse en la misma situación. Las demás pueden tener también una secreta intriga amorosa y aceptar, bajo la influencia del sentimiento de su culpabilidad, el sufrimiento con ella enlazado. Sería inexacto afirmar que es por simpatía por lo que se asimilan el síntoma de su amiga. Por lo contrario, la simpatía nace únicamente de la identificación, y prueba de ello es que tal infección o imitación se produce igualmente en casos en los que entre las dos personas existe menos simpatía que la que puede suponerse entre dos condiscípulos de una pensión. Uno de los *yoes* ha advertido en el otro una importante analogía en un punto determinado (en

nuestro caso se trata de un grado de sentimentalismo igualmente pronunciado); inmediatamente se produce una identificación en este punto, y bajo la influencia de la situación patógena se desplaza esta identificación hasta el síntoma producido por el *yo* imitado. La identificación por medio del síntoma señala así el punto de contacto de los dos *yoes*, punto de encuentro que debía mantenerse reprimido.

Las enseñanzas extraídas de estas tres fuentes pueden resumirse en la forma que sigue: 1.º La identificación es la forma primitiva del enlace afectivo a un objeto; 2.° Siguiendo una dirección regresiva, se convierte en sustitución de un enlace libidinoso a un objeto, como por introyección de objeto en el *yo*; y 3.º Puede surgir siempre que el sujeto descubre en sí un rasgo común con otra persona que no es objeto de sus instintos sexuales. Cuanto más importante sea tal comunidad, más perfecta y completa podrá llegar a ser la identificación parcial y constituir así el principio de un nuevo enlace.

Sospechamos ya que el enlace recíproco de los individuos de una masa es de la naturaleza de tal identificación, basada en una amplia comunidad afectiva, y podemos suponer que esta comunidad reposa en la modalidad del enlace con el caudillo. Advertimos también que estamos aún muy lejos de haber agotado el problema de la identificación y que nos hallamos ante el proceso denominado «proyección simpática» (*Einfuehlung*) por la Psicología, proceso del que depende en su mayor parte nuestra comprensión del *yo* de otras personas. Pero habiendo de limitarnos aquí a las consecuencias afectivas inmediatas de la identificación, dejaremos a un lado su significación para nuestra vida intelectual.

La investigación psicoanalítica, que también se ha ocupado ya ocasionalmente de los difíciles problemas de la psicosis, ha podido comprobar la existencia de la identificación en algunos otros casos de difícil interpretación. Expondremos aquí detalladamente dos de estos casos a título de material para nuestras ulteriores reflexiones.

La génesis del homosexualismo es, con gran frecuencia, la siguiente: el joven ha permanecido fijado a su madre, en el sentido del complejo de Edipo, durante un lapso mucho mayor del ordinario y muy intensamente. Con la pubertad llega luego el momento de cambiar a la madre por otro objeto

sexual, y entonces se produce un súbito cambio de orientación: el joven no renuncia a su madre, sino que se identifica con ella, se transforma en ella y busca objetos susceptibles de reemplazar a su propio *yo* ya los que amar y cuidar como él ha sido amado y cuidado por su madre. Es éste un proceso nada raro, que puede ser comprobado cuantas veces se quiera y que, naturalmente, no depende en absoluto de las hipótesis que puedan constituirse sobre la fuerza impulsiva orgánica y los motivos de tan súbita transformación. Lo más singular de esta identificación es su amplitud. El *yo* queda transformado en un orden importantísimo, en el carácter sexual, conforme al modelo de aquel otro que hasta ahora constituía su objeto, quedando entonces perdido o abandonado el objeto, sin que de momento podamos entrar a discutir si el abandono es total o permanece conservado el objeto en lo inconsciente. La sustitución del objeto abandonado o perdido, por la identificación con él, o sea la introyección de este objeto en el *yo*, son hechos que ya conocemos, habiendo tenido ocasión de observarlos directamente en la vida infantil. Así, la *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse* ha publicado recientemente el caso de un niño que, entristecido por la muerte de un gatito, declaró ha poco ser él ahora dicho animal y comenzó a andar a cuatro patas, negándose a comer en la mesa, etc[2032]..

El análisis de la melancolía[2033], afección que cuenta entre sus causas más evidentes la pérdida real o afectiva del objeto amado, nos ofrece otro ejemplo de esta introyección del objeto. Uno de los principales caracteres de estos casos es la cruel autohumillación del *yo*, unida a una implacable autocrítica y a los amargos reproches. El análisis ha demostrado que estos reproches y estas críticas se dirigen en el fondo contra el objeto y representan la venganza que de él toma el *yo*. La sombra del objeto ha caído sobre el *yo*, hemos dicho en otro lugar[2034]. La introyección del objeto es aquí de una evidente claridad.

Pero estas melancolías nos muestran aún algo más, que puede sernos muy importante para nuestras ulteriores consideraciones. Nos muestran al *yo* dividido en dos partes, una de las cuales combate implacablemente a la otra. Esta otra es la que ha sido transformada por la introyección, la que entraña el objeto perdido. Pero tampoco la parte que tan cruel se muestra con la anterior

nos es desconocida. Encierra en sí la conciencia moral, una instancia crítica localizada en el *yo* y que también en épocas normales se ha enfrentado críticamente con el mismo, aunque nunca tan implacable e injustamente. Ya en otras ocasiones (con motivo del narcisismo, del duelo y de la melancolía) hemos tenido que construir la hipótesis de que en nuestro *yo* se desarrolla tal instancia que puede separarse del otro *yo* y entrar en conflicto con él. A esta instancia le dimos el nombre de *ideal del yo (Ichideal)* y le adscribimos como funciones la autoobservación, la conciencia moral, la censura onírica y la influencia principal en la represión. Dijimos también que era la heredera del narcisismo primitivo, en el cual el *yo* infantil se bastaba a sí mismo y que poco a poco iba tomando, de las influencias del medio, las exigencias que éste planteaba al *yo* y que el mismo no siempre podía satisfacer, de manera que cuando el hombre llegaba a hallarse descontento de sí mismo podía encontrar su satisfacción en el ideal del *yo*, diferenciado del *yo*. Establecimos, además, que en el delirio de autoobservación se hace evidente la descomposición de esta instancia, revelándosenos así su origen en las influencias ejercidas sobre el sujeto por las autoridades que han pesado sobre él, sus padres en primer lugar[2035]. Pero no olvidamos añadir que la distancia entre este ideal del *yo* y el *yo* actual es muy variable según los individuos, y que en muchos de ellos no sobrepasa tal diferenciación, en el seno del *yo*, los límites que presenta en el niño.

Pero antes de poder utilizar estos materiales para la inteligencia de la organización libidinosa de una masa habremos de considerar algunas otras relaciones recíprocas entre el objeto y el *yo*[2036].

VIII. ENAMORAMIENTO E HIPNOSIS

EL lenguaje usual permanece siempre fiel a una realidad cualquiera, incluso en sus caprichos. Así designa con el nombre de «amor» muy diversas relaciones afectivas, que también nosotros reunimos teóricamente bajo tal concepto; pero dejando en duda si este amor es el genuino y verdadero, señala toda una escala de posibilidades dentro de los fenómenos

amorosos, escala que no ha de sernos difícil descubrir.

En cierto número de casos, el enamoramiento no es sino un revestimiento de objeto por parte de los instintos sexuales, revestimiento encaminado a lograr una satisfacción sexual directa y que desaparece con la consecución de este fin. Esto es lo que conocemos como amor corriente o sensual. Pero sabemos muy bien que la situación libidinosa no presenta siempre esta carencia de complicación. La certidumbre de que la necesidad recién satisfecha no había de tardar en resurgir, hubo de ser el motivo inmediato de la persistencia del revestimiento del objeto sexual, aun en los intervalos en los que el sujeto no sentía la necesidad de «amar».

La singular evolución de la vida erótica humana nos ofrece un segundo factor. El niño encontró durante la primera fase de su vida, fase que se extiende hasta los cinco años, su primer objeto erótico en su madre (la niña, en su padre), y sobre este primer objeto erótico se concentraron todos sus instintos sexuales que aspiraban a hallar satisfacción. La represión ulterior impuso el renunciamiento a la mayoría de estos fines sexuales infantiles y dejó tras sí una profunda modificación de las relaciones del niño con sus padres. El niño permanece en adelante ligado a sus padres, pero con instintos a los que podemos calificar de «coartados en sus fines». Los sentimientos que desde este punto experimenta hacia tales personas amadas son calificados de «tiernos». Sabido es que las tendencias «sexuales» anteriores quedan conservadas con mayor o menor intensidad en lo inconsciente, de manera que la corriente total primitiva perdura en cierto sentido[2037].

Con la pubertad surgen nuevas tendencias muy intensas, orientadas hacia los fines sexuales directos. En los casos menos favorables perduran separadas de las direcciones sentimentales «tiernas» permanentes en calidad de corriente sensual. Obtenemos entonces aquel cuadro cuyos dos aspectos han sido tan frecuentemente idealizados por determinadas orientaciones literarias. El hombre muestra apasionada inclinación hacia mujeres que le inspiran un alto respeto, pero que no le incitan al comercio amoroso, y, en cambio, sólo es potente con otras mujeres a las que no «ama», estima en poco o incluso desprecia[2038]. Pero lo más frecuente es que el joven consiga realizar en cierta medida la síntesis del amor espiritual y asexual con el amor sexual y terreno, apareciendo caracterizada su actitud con respecto al objeto sexual por

la acción conjunta de instintos libres e instintos coartados en su fin. Por la parte correspondiente a los instintos de ternura coartados en su fin puede medirse el grado de enamoramiento, en oposición al de simple deseo sensual.

Dentro de este enamoramiento nos ha interesado desde un principio el fenómeno de la «superestimación sexual», esto es, el hecho de que el objeto amado queda sustraído en cierto modo a la crítica, siendo estimadas todas sus cualidades en más alto valor que cuando aún no era amado o que las de personas indiferentes. Dada una represión o retención algo eficaz de las tendencias sexuales, surge la ilusión de que el objeto es amado también sensualmente a causa de sus excelencias psíquicas, cuando, por lo contrario, es la influencia del placer sensual lo que nos ha llevado a atribuirle tales excelencias.

Lo que aquí falsea el juicio es la tendencia a la *idealización*. Pero este mismo hecho contribuye a orientarnos. Reconocemos, en efecto, que el objeto es tratado como el propio *yo* del sujeto y que en el enamoramiento pasa al objeto una parte considerable de libido narcisista. En algunas formas de la elección amorosa llega incluso a evidenciarse que el objeto sirve para sustituir un ideal propio y no alcanzado del *yo*. Amamos al objeto a causa de las perfecciones a las que hemos aspirado para nuestro propio *yo* y que quisiéramos ahora procurarnos por este rodeo para satisfacción de nuestro narcisismo.

A medida que la superestimación sexual y el enamoramiento se van acentuando, va haciéndose cada vez más fácil la interpretación del cuadro. Las tendencias que aspiran a la satisfacción sexual directa pueden sufrir una represión total, como sucede, por ejemplo, casi siempre en el apasionado amor del adolescente; el *yo* se hace cada vez menos exigente y más modesto, y, en cambio, el objeto deviene cada vez más magnífico y precioso, hasta apoderarse de todo el amor que el *yo* sentía por sí mismo, proceso que lleva, naturalmente, al sacrificio voluntario y complejo del *yo*. Puede decirse que el objeto ha devorado al *yo*. En todo enamoramiento hallamos rasgos de humildad, una limitación del narcisismo y la tendencia a la propia minoración, rasgos que se nos muestran intensificados en los casos extremos, hasta dominar sin competencia alguna el cuadro entero por la desaparición de las exigencias sensuales.

Esto se observa más particularmente en el amor desgraciado, no correspondido, pues en el amor compartido cada satisfacción sexual es seguida de una disminución de la superestimación del objeto. Simultáneamente a este «abandono» del *yo* al objeto, que no se diferencia ya del abandono sublimado a una idea abstracta, desaparecen por completo las funciones adscritas al ideal del *yo*. La crítica ejercida por esta instancia enmudece, y todo lo que el objeto hace o exige es bueno e irreprochable. La conciencia moral cesa de intervenir en cuanto se trata de algo que puede ser favorable al objeto, y en la ceguedad amorosa se llega hasta el crimen sin remordimiento. Toda la situación puede ser resumida en la siguiente fórmula: *el objeto ha ocupado el lugar del ideal del «yo»*.

La diferencia entre la identificación y el enamoramiento en sus desarrollos más elevados, conocidos con los nombres de «fascinación» y «servidumbre amorosa», resulta fácil de describir. En el primer caso el *yo* se enriquece con las cualidades del objeto, se lo «introyecta», según la expresión de Ferenczi; en el segundo se empobrece, dándose por entero al objeto y sustituyendo por él su más importante componente. De todos modos, un detenido examen nos lleva a comprobar que esta descripción muestra oposiciones inexistentes en realidad. Desde el punto de vista económico, no se trata ni de enriquecimiento ni de empobrecimiento, pues incluso el estado amoroso más extremo puede ser descrito diciendo que el *yo* se ha «introyectado» el objeto. La distinción siguiente recaerá quizá sobre puntos más esenciales: en el caso de la identificación, el objeto desaparece o queda abandonado y es reconstruido luego en el *yo*, que se modifica parcialmente, conforme al modelo del objeto perdido. En el otro caso, el objeto subsiste, pero es dotado de todas las cualidades por el *yo* y a costa del *yo*. Mas tampoco esta distinción queda libre de objeciones. ¿Es acaso indudable que la identificación presupone la cesación del revestimiento de objeto? ¿No puede muy bien haber identificación conservándose el objeto? Mas antes de entrar en la discusión de estas espinosas cuestiones presentimos ya que la esencia de la situación entraña otra alternativa: la de que *el objeto sea situado en lugar del «yo» o en el del ideal del «yo»*.

Del enamoramiento a la hipnosis no hay gran distancia, siendo evidentes sus coincidencias. El hipnotizado da, con respecto al hipnotizador, las

mismas pruebas de humilde sumisión, docilidad y ausencia de crítica que el enamorado con respecto al objeto de su amor. Compruébase asimismo en ambos el mismo renunciamiento a toda iniciativa personal. Es indudable que el hipnotizador se ha situado en lugar del ideal del *yo*. La única diferencia es que en la hipnosis se nos muestran todas estas particularidades con mayor claridad y relieve, de manera que parecerá más indicado explicar el enamoramiento por la hipnosis y no ésta por aquél. El hipnotizador es para el hipnotizado el único objeto digno de atención; todo lo demás se borra ante él. El hecho de que el *yo* experimente como en un sueño todo lo que el hipnotizador exige y afirma nos advierte que hemos omitido mencionar, entre las funciones del ideal del *yo*, el ejercicio de la prueba de la realidad[2039]. No es de extrañar que el *yo* considere como real una percepción cuando la instancia psíquica encargada de la prueba de la realidad se pronuncia por la realidad de la misma. La total ausencia de tendencias con fines sexuales no coartados contribuye a garantizar la extrema pureza en los fenómenos. La relación hipnótica es un abandono amoroso total con exclusión de toda satisfacción sexual, mientras que en el enamoramiento dicha satisfacción no se halla sino temporalmente excluida y perdura en segundo término, a título de posible fin ulterior.

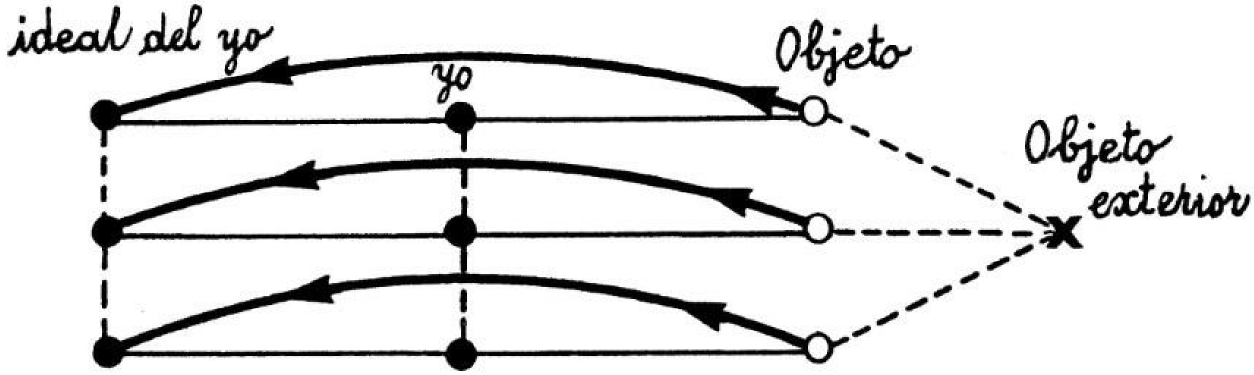
Por otra parte, podemos también decir que la relación hipnótica es —si se nos permite la expresión— una formación colectiva constituida por dos personas. La hipnosis se presenta mal a la comparación con la formación colectiva, por ser más bien idéntica a ella. Nos presenta aislado un elemento de la complicada estructura de la masa —la actitud del individuo de la misma con respecto al caudillo—. Por tal limitación del número se distingue la hipnosis de la formación colectiva, como se distingue del enamoramiento por la ausencia de tendencias sexuales directas. De este modo viene a ocupar un lugar intermedio entre ambos estados.

Es muy interesante observar que precisamente las tendencias sexuales coartadas en su fin son las que crean entre los hombres lazos más duraderos. Pero esto se explica fácilmente por el hecho de que no son susceptibles de una satisfacción completa, mientras que las tendencias sexuales libres experimentan una debilitación extraordinaria por la descarga que tiene efecto cada vez que el fin sexual es alcanzado. El amor sensual está destinado a

extinguirse en la satisfacción. Para poder durar tiene que hallarse asociado desde un principio a componentes puramente tiernos, esto es, coartados en sus fines, o experimentar en un momento dado una transposición de este género.

La hipnosis nos revelaría fácilmente el enigma de la constitución libidinosa de una multitud si no entrañase también, por su parte, rasgos que escapan a la explicación racional intentada hasta aquí, según la cual constituiría un enamoramiento carente de tendencias sexuales directas. En la hipnosis hay aún, en efecto, mucha parte incomprendida y de carácter místico. Una de sus particularidades consiste en una especie de parálisis resultante de la influencia ejercida por una persona omnipotente sobre un sujeto impotente y sin defensa, particularidad que nos aproxima a la hipnosis provocada en los animales por el terror. El modo de provocar la hipnosis y su relación con el sueño no son nada transparentes. y la enigmática selección de las personas apropiadas para ella, mientras que otras se muestran totalmente refractarias, nos permite suponer que en la hipnosis se encuentra realizada una condición aún desconocida, esencial para la pureza de las actitudes libidinosas. También es muy atendible el hecho de que la conciencia moral de las personas hipnotizadas puede oponer una intensa resistencia simultánea a una completa docilidad sugestiva de la persona hipnotizada. Pero esto proviene quizá de que en la hipnosis, tal y como habitualmente se practica, continúa el sujeto dándose cuenta de que no se trata sino de un juego, de una reproducción ficticia de otra situación de importancia vital mucho mayor.

Las consideraciones que anteceden nos permiten, de todos modos, establecer la fórmula de la constitución libidinosa de una masa, por lo menos de aquella que hasta ahora venimos examinando, o sea de la masa que posee un caudillo y no ha adquirido aún, por una «organización» demasiado perfecta, las cualidades de un individuo. *Tal masa primaria es una reunión de individuos que han reemplazado su ideal del «yo» por un mismo objeto, a consecuencia de lo cual se ha establecido entre ellos una general y recíproca identificación del «yo»*. La representación gráfica de este proceso sería la siguiente:



IX. EL INSTINTO GREGARIO

NUESTRA ilusión de haber resuelto con la fórmula que antecede el enigma de la masa se desvanece al poco tiempo. No tardamos, efectivamente, en darnos cuenta de que en realidad no hemos hecho sino retraer el enigma de la masa al enigma de la hipnosis, el cual presenta a su vez muchos puntos oscuros. Pero una nueva reflexión nos indica el camino que ahora hemos de seguir.

Podemos decirnos que los numerosos lazos afectivos dados en la masa bastan ciertamente para explicarnos uno de sus caracteres: la falta de independencia e iniciativa del individuo, la identidad de su reacción con la de los demás, su descenso, en fin, a la categoría de unidad integrante de la multitud. Pero esta última, considerada como una totalidad, presenta aún otros caracteres: la disminución de la actividad intelectual, la afectividad exenta de todo freno, la incapacidad de moderarse y retenerse, la tendencia a transgredir todo límite en la manifestación de los afectos y a la completa desviación de éstos en actos; todos estos caracteres y otros análogos, de los que Le Bon nos ha trazado un cuadro tan impresionante, representan, sin duda alguna, una regresión de la actividad psíquica a una fase anterior en la que no extrañamos encontrar al salvaje o a los niños. Tal regresión caracteriza especialmente a las masas ordinarias, mientras que en las multitudes más organizadas y artificiales pueden quedar, como ya sabemos,

considerablemente atenuados tales caracteres regresivos.

Experimentamos así la impresión de hallarnos ante una situación en la que el sentimiento individual y el acto intelectual personal son demasiado débiles para afirmarse por sí solos sin el apoyo de manifestaciones afectivas e intelectuales análogas de los demás individuos. Esto nos recuerda cuán numerosos son los fenómenos de dependencia en la sociedad humana normal, cuán escasa originalidad y cuán poco valor personal hallamos en ella y hasta qué punto se encuentra dominado el individuo por las influencias de un alma colectiva, tales como las propiedades raciales, los prejuicios de clase, la opinión pública, etc. El enigma de la influencia sugestiva se hace aún más oscuro cuando admitimos que es ejercida no sólo por el caudillo sobre todos los individuos de la masa, sino también por cada uno de éstos sobre los demás, y habremos de reprocharnos la unilateralidad con que hemos procedido al hacer resaltar casi exclusivamente la relación de los individuos de la masa con el caudillo, relegando, en cambio, a un segundo término el factor de la sugestión recíproca.

Llamados así a la modestia, nos inclinaremos a dar oídos a otra voz que nos promete una explicación basada en principios más simples. Tomamos esta explicación del inteligente libro de W. Trotter sobre el instinto gregario, lamentando tan sólo que el autor no haya conseguido sustraerse a las antipatías desencadenadas por la última gran guerra[2040].

Trotter deriva los fenómenos psíquicos de la masa antes descritos de un instinto gregario (*gregariousness*) innato al hombre como a las demás especies animales. Este instinto gregario es, desde el punto de vista biológico, una analogía y como una extensión de la estructura policelular de los organismos superiores, y desde el punto de vista de la teoría de la libido, una nueva manifestación de la tendencia libidinosa de todos los seres homogéneos a reunirse en unidades cada vez más amplias[2041]. El individuo se siente «incompleto» cuando está solo. La angustia del niño pequeño sería ya una manifestación de este instinto gregario. La oposición al rebaño, el cual rechaza todo lo nuevo y desacostumbrado, supone la separación de él y es, por tanto, temerosamente evitada. El instinto gregario sería algo primario y no susceptible de descomposición (*which cannot be split up*).

Trotter considera como primarios los instintos de conservación y

nutrición, el instinto sexual y el gregario.

Este último entra a veces en oposición con los demás. La conciencia de la culpabilidad y el sentimiento del deber serían las dos propiedades características del animal gregario. Del instinto gregario emanan asimismo, según Trotter, las fuerzas de represión que el psicoanálisis ha descubierto en el *yo*, y, por consiguiente, también las resistencias con las que el médico tropieza en el tratamiento psicoanalítico. El lenguaje debe su importancia al hecho de permitir la comprensión recíproca dentro del rebaño y constituiría en gran parte la base de la identificación de los individuos gregarios.

Así como Le Bon insiste particularmente sobre las formaciones colectivas pasajeras, tan características, y Mac Dougall sobre las asociaciones estables, Trotter concentra toda su atención en aquellas asociaciones más generales dentro de las cuales vive el hombre ese ζωονμολιτιςον[2042] e intenta fijar sus bases psicológicas. Considerando el instinto gregario como un instinto elemental no susceptible de descomposición, prescinde, claro está, de toda investigación de sus orígenes, y su observación de que Boris Sidis lo deriva de la sugestibilidad resulta por completo superflua, afortunadamente para él, pues se trata de una tentativa de explicación, ya rechazada en general por insuficiente, siendo, a nuestro juicio, mucho más acertada la proposición inversa, o sea la de que la sugestibilidad es producto del instinto gregario.

Contra la exposición de Trotter puede objetarse, más justificadamente aún que contra las demás, que atiende demasiado poco al papel del caudillo. En cambio, nosotros creemos imposible llegar a la comprensión de la esencia de la masa haciendo abstracción de su jefe. El instinto gregario no deja lugar alguno para el caudillo, el cual no aparecería en la masa sino casualmente. Así, pues, el instinto gregario excluye por completo la necesidad de algún Dios y deja al rebaño sin pastor. Por último, también puede refutarse la tesis de Trotter con ayuda de argumentos psicológicos; esto es, puede hacerse, por lo menos, verosímil la hipótesis de que el instinto gregario es susceptible de descomposición, no siendo primario en el mismo sentido que los instintos de conservación y sexual.

No es, naturalmente, nada fácil perseguir la ontogénesis del instinto gregario. El miedo que el niño pequeño experimenta cuando le dejan solo, y que Trotter considera ya como una manifestación del instinto gregario, es

susceptible de otra interpretación más verosímil. Es la expresión de un deseo insatisfecho, cuyo objeto es la madre y más tarde otra persona familiar, deseo que el niño no sabe sino transformar en angustia[2043]. Esta angustia del niño que ha sido dejado solo, lejos de ser apaciguada por la aparición de un hombre cualquiera «del rebaño», es provocada o intensificada por la vista de uno de tales «extraños». Además, el niño no muestra durante mucho tiempo signo ninguno de un instinto gregario o de un sentimiento colectivo. Ambos comienzan a formarse poco a poco en la *nursery*, como efectos de las relaciones entre los niños y sus padres y precisamente a título de reacción a la envidia con la que el hijo mayor acoge en un principio la intrusión de su nuevo hermanito. El primero suprimiría celosamente al segundo, alejándole de los padres y despojándole de todos sus derechos; pero ante el hecho positivo de que también este hermanito —como todos los posteriores— es igualmente amado por los padres, y a consecuencia de la imposibilidad de mantener sin daño propio su actitud hostil, el pequeño sujeto se ve obligado a identificarse con los demás niños, y en el grupo infantil se forma entonces un sentimiento colectivo o de comunidad que luego experimenta en la escuela un desarrollo ulterior. La primera exigencia de esta formación reaccional es la justicia y trato igual para todos. Sabido es con qué fuerza y qué solidaridad se manifiesta en la escuela esta reivindicación. Ya que uno mismo no puede ser el preferido, por lo menos que nadie lo sea. Esta transformación de los celos en un sentimiento colectivo entre los niños de una familia o de una clase escolar parecería inverosímil si más tarde y en circunstancias distintas no observásemos de nuevo el mismo proceso. Recuérdese la multitud de mujeres y muchachas románticamente enamoradas de un cantante o de un pianista y que se agrupan en torno de él a la terminación de un concierto. Cada una de ellas podría experimentar justificadísimos celos de las demás; pero dado su número y la imposibilidad consiguiente de acaparar por completo al hombre amado, renuncian todas a ello, y en lugar de arrancarse mutuamente los cabellos, obran como una multitud solidaria, ofrecen su homenaje común al ídolo e incluso se consideran dichosas si pudieran distribuirse entre todas los bucles de su rizosa melena. Rivales al principio, han podido luego identificarse entre si por el amor igual que profesan al mismo objeto. Cuando una situación instintiva es susceptible de admitir desenlaces —como sucede,

en realidad, con la mayor parte de ellas—, no extrañaremos que sobrevenga aquél con el cual parezca enlazada la posibilidad de cierta satisfacción, en lugar de otro u otros que creíamos más naturales, pero a los que las circunstancias reales impiden alcanzar tal fin.

Todas aquellas manifestaciones de este orden que luego encontraremos en la sociedad —así el compañerismo, *l'esprit de corps*, el espíritu de cuerpo, etc.— se derivan también incontestablemente de la envidia primitiva. Nadie debe querer sobresalir; todos deben ser y obtener lo mismo. La justicia social significa que nos rehusamos a nosotros mismos muchas cosas para que también los demás tengan que renunciar a ellas, o, lo que es lo mismo, no puedan reclamarlas. Esta reivindicación de igualdad es la raíz de la conciencia social y del sentimiento del deber y se revela también de un modo totalmente inesperado en la «angustia de infectar» de los sifilíticos, angustia a cuya inteligencia nos ha llevado el psicoanálisis, mostrándonos que corresponde a la violenta lucha de estos desdichados contra su deseo inconsciente de comunicar a los demás su enfermedad, pues ¿por qué han de padecer ellos solos la temible infección que tantos goces les prohíbe, mientras que otros se hallan sanos y participante todos los placeres?

También la bella anécdota del juicio de Salomón encierra igual nódulo. «Puesto que mi hijo me ha sido arrebatado por la muerte —piensa una de las mujeres—, ¿por qué ha de conservar ésa el suyo?» Este deseo basta al rey para conocer a la mujer que ha perdido a su hijo.

Así, pues, el sentimiento social reposa en la transformación de un sentimiento primitivamente hostil en un enlace positivo de la naturaleza de una identificación. En cuanto podemos seguir el proceso de esta transformación creemos observar que se efectúa bajo la influencia de un enlace común a base de ternura, a una persona exterior a la masa. Estamos muy lejos de considerar completo nuestro análisis de la identificación; mas para nuestro objeto nos basta haber hecho resaltar la exigencia de una absoluta y consecuente igualdad.

A propósito de las dos masas artificiales, la Iglesia y el Ejército, hemos visto que su condición previa consiste en que todos sus miembros sean igualmente amados por un jefe. Ahora bien: no habremos de olvidar que la reivindicación de igualdad formulada por la masa se refiere tan sólo a los

individuos que la constituyen, no al jefe. Todos los individuos quieren ser iguales, pero bajo el dominio de un caudillo. Muchos iguales capaces de identificarse entre sí y un único superior: tal es la situación que hallamos realizada en la masa dotada de vitalidad. Así, pues, nos permitiremos corregir la concepción de Trotter diciendo que más que un *animal gregario* es el hombre un *animal de horda*; est es, un elemento constitutivo de una horda conducida por un jefe.

X. LA MASA Y LA HORDA PRIMITIVA

EN 1912 adopté la hipótesis de Ch. Darwin, según la cual la forma primitiva de la sociedad humana habría sido la horda sometida al dominio absoluto de un poderoso macho. Intenté por entonces demostrar que los destinos de dicha horda han dejado huellas imborrables en la historia hereditaria de la Humanidad y, sobre todo, que la evolución del totemismo, que engloba los comienzos de la religión, la moral y la diferenciación social, se halla relacionada con la muerte violenta del jefe y con la transformación de la horda paterna en una comunidad fraternal[2044]. Esto no es sino una nueva hipótesis que agregar a las muchas construidas por los historiadores de la Humanidad primitiva para intentar establecer las tinieblas en la prehistoria, una *just so story*, como la denominó muy chanceramente un amable crítico inglés (Kroeber); pero estimo ya muy honroso para una hipótesis el que, como ésta, se muestra apropiada para relacionar y explicar hechos pertenecientes a sectores cada vez más lejanos.

Ahora bien: las masas humanas nos muestran nuevamente el cuadro, ya conocido, del individuo dotado de un poder extraordinario y dominando a una multitud de individuos iguales entre sí, cuadro que corresponde exactamente a nuestra representación de la horda primitiva. La psicología de dichas masas, según nos es conocida por las descripciones repetidamente mencionadas —la desaparición de la personalidad individual inconsciente, la orientación de los pensamientos y los sentimientos en un mismo sentido, el predominio de la afectividad y de la vida psíquica inconsciente, la tendencia a

la realización inmediata de las intenciones que puedan surgir—, toda esta psicología, repetimos, corresponde a un estado de regresión, a una actividad anímica primitiva, tal y como la atribuiríamos a la horda prehistórica[2045].

La masa se nos muestra, pues, como una resurrección de la horda primitiva. Así como el hombre primitivo sobrevive virtualmente en cada individuo, también toda masa humana puede reconstruir la horda primitiva. Habremos, pues, de deducir que la psicología colectiva es la psicología humana más antigua. Aquel conjunto de elementos —que hemos aislado de todo lo referente a la masa para construir la psicología individual— no se ha diferenciado de la antigua psicología colectiva sino más tarde, muy poco a poco, y aun hoy en día tan sólo parcialmente. Intentaremos todavía indicar el punto de partida de esta evolución.

La primera reflexión que surge en, nuestro espíritu nos demuestra en qué punto habremos de rectificar nuestras anteriores afirmaciones. La psicología individual tiene, en efecto, que ser por lo menos tan antigua como la psicología colectiva, pues desde un principio debió de haber dos psicologías: la de los individuos componentes de la masa y la del padre, jefe o caudillo. Los individuos de la masa se hallaban enlazados unos a otros en la misma forma que hoy, mas el padre de la horda permanecía libre, y aun hallándose aislado, eran enérgicos e independientes sus actos intelectuales. Su voluntad no precisaba ser reforzada por las de otros. Deduciremos, pues, que su *yo* no se encontraba muy ligado por lazos libidinosos y que, amándose sobre todo a sí mismo, sólo amaba a los demás en tanto en cuanto le servían para la satisfacción de sus necesidades. Suyo no daba a los objetos más que lo estrictamente preciso.

En los albores de la historia humana fue el padre de la horda primitiva el *superhombre*, cuyo advenimiento esperaba Nietzsche en un lejano futuro. Los individuos componentes de una masa precisan todavía actualmente de la ilusión de que el jefe los ama a todos con un amor justo y equitativo, mientras que el jefe mismo no necesita amar a nadie, puede erigirse en dueño y señor y, aunque absolutamente narcisista, se halla seguro de sí mismo y goza de completa independencia. Sabemos ya que el narcisismo limita el amor, y podríamos demostrar que actuando así se ha constituido en un importantísimo factor de civilización.

El padre de la horda primitiva no era aún inmortal, como luego ha llegado a serlo por divinización. Cuando murió tuvo que ser reemplazado, y lo fue probablemente por el menor de sus hijos, que hasta entonces había sido un individuo de la masa como los demás. Debe, pues, de existir una posibilidad de transformar la psicología colectiva en psicología individual y de encontrar las condiciones en las cuales puede efectuarse tal transformación, análogamente a como resulta posible a las abejas hacer surgir de una larva, en caso de necesidad, una reina en lugar de una obrera. La única hipótesis que sobre este punto podemos edificar es la siguiente: el padre primitivo impedía a sus hijos la satisfacción de sus tendencias sexuales directas; les imponía la abstinencia y, por consiguiente, a título de derivación, el establecimiento de lazos afectivos que los ligaban a él en primer lugar, y luego los unos a los otros. Puede deducirse que les impuso la psicología colectiva y que esta psicología no es, en último análisis, sino un producto de sus celos sexuales y su intolerancia[2046].

Ante su sucesor se abría la posibilidad de la satisfacción sexual, y con ella su liberación de las condiciones de la psicología colectiva. La fijación de la libido a la mujer y la posibilidad de satisfacer inmediatamente y sin aplazamiento las necesidades sexuales disminuyeron la importancia de las tendencias sexuales, coartadas en su fin, y elevaron el nivel del narcisismo. En el último capítulo de este trabajo volveremos sobre esta relación del amor con la formación del carácter.

Haremos aún resaltar como especialmente instructiva la relación existente entre la constitución de la horda primitiva y la organización, que mantiene y asegura la cohesión de una masa artificial. Ya hemos visto que el Ejército y la Iglesia reposan en la ilusión de que el jefe ama por igual a todos los individuos. Pero esto no es sino la transformación idealista de las condiciones de la horda primitiva, en la que todos los hijos se saben igualmente perseguidos por el padre, que les inspira a todos el mismo temor. Ya la forma inmediata de la sociedad humana, el clan totémico, reposa en esta transformación, que a su vez constituye la base de todos los deberes sociales. La inquebrantable fortaleza de la familia como formación colectiva natural resulta de que en ella es una realidad efectiva el amor igual del padre hacia todos los hijos.

Pero esta referencia de la masa a la horda primitiva ha de ofrecernos enseñanzas aún más interesantes. Ha de explicarnos lo que de incomprendido y misterioso queda aún en la formación colectiva; aquello que se oculta detrás de los enigmáticos conceptos de hipnosis y sugestión. Recordemos que la hipnosis lleva en sí algo 'siniestro' y que este carácter indica siempre la existencia de una represión de algo antiguo y familiar[2047]. Recordemos igualmente que la hipnosis es un estado inducido. El hipnotizador pretende poseer un poder misterioso que despoja de su voluntad al sujeto. O lo que es lo mismo: el sujeto atribuye al hipnotizador tal poder. Esta fuerza misteriosa, a la que aún se da vulgarmente el nombre de magnetismo animal, debe de ser la misma que constituye para los primitivos la fuente del tabú, aquella misma fuerza que trasciende de los reyes y de los jefes y que pone en peligro a quienes se les acercan («mana»). El hipnotizador que afirma poseer esta fuerza la emplea ordenando al sujeto que le mire a los ojos. Hipnotiza de una manera típica por medio de la mirada. Igualmente es la vista del jefe lo que resulta peligroso e insostenible para el primitivo, como más tarde la de Dios para el creyente. Moisés se ve obligado a servir de intermediario entre Jehová y su pueblo porque este último no puede soportar la visión de Dios, y cuando vuelve del Sinai resplandece su rostro, pues, como también sucede al intermediario de los primitivos, una parte del «mana» ha pasado a su persona[2048].

La hipnosis puede ser provocada asimismo por otros medios —haciendo fijar al sujeto la mirada en un objeto brillante o escuchar un ruido monótono —, y esta circunstancia ha inducido a muchos en error, dando ocasión a teorías fisiológicas insuficientes. En realidad, estos procedimientos no sirven más que para desviar y fijar la atención consciente. Es como si el hipnotizador dijese al sujeto: «Ahora se va usted a ocupar exclusivamente de mi persona; el resto del mundo carece de todo interés». Claro está que este discurso, pronunciado realmente por el hipnotizador, habría de ser contraproducente desde el punto de vista técnico, pues su única consecuencia sería arrancar al sujeto de su disposición inconsciente y excitarle a la contradicción consciente. Pero mientras que el hipnotizador evita atraer sobre sus intenciones el pensamiento consciente del sujeto y cae éste en una actividad en la que el mundo tiene que parecerle desprovisto de todo interés,

sucede que, en realidad, concentra inconscientemente toda su atención sobre el hipnotizador, entrando en estado de transferencia con él. Los métodos indirectos del hipnotizador producen, pues, como algunas técnicas del chiste, el efecto de impedir determinadas distribuciones de la energía psíquica, que perturbarían la evolución del proceso inconsciente y conducen finalmente al mismo resultado que las influencias directas, ejercidas por la mirada o por los «pases[2049]».

Ferenczi ha deducido acertadamente que con la orden de dormir, intimada al sujeto al iniciar la hipnosis, se coloca el hipnotizador en el lugar de los padres de aquél. Cree, además, distinguir dos clases de hipnosis: una, acariciadora y apaciguante, y otra, amenazadora. La primera sería la hipnosis maternal; la segunda, la hipnosis paternal[2050]. Ahora bien: la orden de dormir no significa en la hipnosis sino la invitación a retraer todo interés del mundo exterior y concentrarlo en la persona del hipnotizador. Así la entiende, en efecto, el sujeto, pues esta desviación de la atención del mundo exterior constituye la característica psicológica del sueño, y en ella reposa el parentesco del sueño con el estado hipnótico.

Por medio de estos procedimientos despierta, pues, el hipnotizador una parte de la herencia arcaica del sujeto; herencia que se manifestó ya en su actitud con respecto a sus progenitores, y especialmente en su idea del padre, al que hubo de representarse como una personalidad omnipotente y peligrosa, con respecto a la cual no cabía observar sino una actitud pasiva, masoquista, renunciando a toda voluntad propia y considerando como una arriesgada audacia el hecho de arrostrar su presencia. Tal hubo de ser, indudablemente, la actitud del individuo de la horda primitiva con respecto al padre. Como ya nos lo han mostrado otras reacciones, la aptitud personal para la resurrección de tales situaciones arcaicas varía mucho de unos individuos a otros. De todos modos, el individuo puede conservar un conocimiento de que en el fondo la hipnosis no es sino un fuego, una reviviscencia ilusoria de aquellas impresiones antiguas; conocimiento que basta para hacer surgir una resistencia contra las consecuencias demasiado graves de la supresión hipnótica de la voluntad.

El carácter inquietante y coercitivo de las formaciones colectivas, que se manifiesta en sus fenómenos de sugestión, puede ser atribuido, por tanto, a la

afinidad de la masa con la horda primitiva, de la cual desciende. El caudillo es aún el temido padre primitivo. La masa quiere siempre ser dominada por un poder ilimitado. Ávida de autoridad, tiene, según las palabras de Gustavo Le Bon, una inagotable sed de sometimiento. El padre primitivo es el ideal de la masa, y este ideal domina al individuo, sustituyéndose a su ideal del *yo*. La hipnosis puede ser designada como una formación colectiva de sólo dos personas. Para poder aplicar esta definición a la sugestión habremos de completarla añadiendo que en dicha colectividad de dos personas es necesario que el sujeto que experimenta la sugestión posea un convencimiento no basado en la percepción ni el razonamiento, sino en un lazo erótico[2051].

XI. UNA FASE DEL «YO»

CUANDO pasamos a examinar la vida del individuo de nuestros días, teniendo presentes las diversas descripciones, complementarias unas de otras, que los autores nos han dado de la psicología colectiva, vemos surgir un cúmulo de complicaciones muy apropiado para desalentar toda tentativa de síntesis. Cada individuo forma parte de varias masas; se halla ligado, por identificación, en muy diversos sentidos, y ha construido su ideal del *yo* conforme a los más diferentes modelos. Participa así de muchas almas colectivas: la de su raza, su clase social, su comunidad confesional, su estado, etc., y puede, además, elevarse hasta cierto grado de originalidad e independencia. Tales formaciones colectivas, permanentes y duraderas, producen efectos uniformes, que no se imponen tan intensamente al observador como las manifestaciones de las masas pasajeras, de rápida formación, que han proporcionado a Le Bon los elementos de su brillante característica del alma colectiva, y precisamente en estas multitudes ruidosas y efímeras, superpuestas, por decirlo así, a las otras, es en las que se observa el milagro de la desaparición completa, aunque pasajera, de toda particularidad individual.

Hemos intentado explicar este milagro suponiendo que el individuo

renuncia a su ideal del *yo*, trocándolo por el ideal de la masa, encarnado en el caudillo. Añadiremos, a título de rectificación, que el milagro no es igualmente grande en todos los casos. El divorcio entre el *yo* y el ideal del *yo* es, en muchos individuos, poco marcado. Ambas instancias aparecen aún casi confundidas, y el *yo* conserva todavía su anterior contento narcisista de sí mismo. La elección de caudillo queda considerablemente facilitada en estas circunstancias. Bastará que el mismo posea, con especial relieve, las cualidades típicas de tales individuos y que dé la impresión de una fuerza considerable y gran libertad libidinosa para que la necesidad de un enérgico caudillo le salga al encuentro y le revista de una omnipotencia a la que quizá no hubiese aspirado jamás. Aquellos otros individuos cuyo ideal del *yo* no encuentra en la persona de jefe una encarnación por completo satisfactoria, son arrastrados luego «sugestivamente»; esto es, por identificación.

Reconocemos que nuestra contribución al esclarecimiento de la estructura libidinosa de una masa se reduce a la distinción entre el *yo* y el ideal del *yo* ya la doble naturaleza consiguiente del ligamen —identificación y sustitución del ideal del *yo* por un objeto exterior—. La hipótesis que postula esta fase del *yo* y que, como tal, constituye el primer paso del análisis del *yo* habrá de hallar poco a poco su justificación en los sectores más diversos de la Psicología. En mi estudio *Introducción al narcisismo* he intentado reunir los datos patológicos en los que puede apoyarse la distinción mencionada, y todo nos lleva a esperar que un estudio más profundo de las psicosis ha de hacer resaltar particularmente su importancia. Basta reflexionar que el *yo* entra, a partir de este momento, en la relación de un objeto con el ideal del *yo* por él desarrollado, y que probablemente todos los efectos recíprocos desarrollados entre el objeto exterior y el *yo* total, conforme nos lo ha revelado la teoría de las neurosis, se reproducen ahora dentro del *yo*.

No me propongo examinar aquí sino una sola de las consecuencias posibles de este punto de vista, y con ello proseguir la aclaración de un problema que en otro lugar hube de dejar inexplicado[2052]. Cada una de las diferenciaciones psíquicas descubiertas representa una dificultad más para la función anímica, aumenta su inestabilidad y puede constituir el punto de partida de un fallo de la misma; esto es, de una enfermedad. Así, el nacimiento representa el paso desde un narcisismo que se basta por completo

a sí mismo a la percepción de un mundo exterior variable y al primer descubrimiento de objetos. De esta transición, demasiado radical, resulta que no somos capaces de soportar durante mucho tiempo el nuevo estado creado por ef nacimiento y nos evadimos periódicamente de él, para hallar de nuevo en el sueño nuestro anterior estado de impasibilidad y aislamiento del mundo exterior. Este retorno al estado anterior resulta, ciertamente, también de una adaptación al mundo exterior, el cual, con la sucesión periódica del día y la noche, suprime por un tiempo determinado la mayor parte de las excitaciones que sobre nosotros actúan.

Un segundo caso de este género, más importante para la Patología, no aparece sometido a ninguna limitación análoga. En el curso de nuestro desarrollo hemos realizado una diferenciación de nuestra composición psíquica en un *yo* coherente y un *yo* inconsciente, reprimido, y alejado de él, y sabemos que la estabilidad de esta nueva adquisición se halla expuesta a incesantes conmociones. En el sueño y en la neurosis dicho *yo* desterrado intenta, por todos los medios, forzar las puertas de la conciencia, protegidas por resistencias diversas, y en el estado de salud despierta recurrimos a artificios particulares para acoger en nuestro *yo* lo reprimido, eludiendo las resistencias y experimentando un incremento de placer. El chiste, el humorismo y, en parte, también lo cómico deben ser considerados desde este punto de vista. Todo conocedor de la psicología de la neurosis recordará fácilmente numerosos ejemplos análogos, aunque de menor alcance.

Pero, dejando a un lado esta cuestión, pasaremos a la aplicación de nuestros resultados.

Podemos admitir perfectamente que la separación operada entre el *yo* y el ideal del *yo* no puede tampoco ser soportada durante mucho tiempo y ha de experimentar, de cuando en cuando, una regresión. A pesar de todas las privaciones y restricciones impuestas al *yo*, la violación periódica de las prohibiciones constituye la regla general, como nos lo demuestra la institución de las fiestas, que al principio no fueron sino períodos durante los cuales quedaban permitidos por la ley todos los excesos, circunstancia que explica su característica alegría[2053]. Las saturnales de los romanos y nuestro moderno carnaval coinciden en este rasgo esencial con las fiestas de los primitivos durante las cuales se entregan los individuos a orgías en las que

violan los mandamientos más sagrados.

El ideal del *yo* engloba la suma de todas las restricciones a las que el *yo* debe plegarse, y de este modo el retorno de ideal al *yo* tiene que constituir para éste, que encuentra de nuevo el contento de sí mismo, una magnífica fiesta[2054].

La coincidencia del *yo* con el ideal del *yo* produce siempre una sensación de triunfo. El sentimiento de culpabilidad (o de inferioridad) puede ser considerado como la expresión de un estado de tensión entre el *yo* y el ideal.

Sabido es que hay individuos cuyo estado afectivo general oscila periódicamente, pasando desde una exagerada depresión a una sensación de extremo bienestar, a través de cierto estado intermedio.

Estas oscilaciones presentan amplitudes muy diversas, desde las más imperceptibles hasta las más extremas, como sucede en los casos de melancolía y manía, estados que atormentan o perturban profundamente la vida del sujeto atacado.

En los casos típicos de estos estados afectivos cíclicos no parecen desempeñar un papel decisivo las ocasiones exteriores. Tampoco encontramos en estos enfermos motivos internos más numerosos que en otros o diferentes de ellos.

Así, pues, se ha tomado la costumbre de considerar estos casos como no psicógenos. Más adelante trataremos de otros casos, totalmente análogos, de estados afectivos cíclicos que pueden ser reducidos con facilidad a traumas anímicos.

Las razones que determinan estas oscilaciones espontáneas de los estados afectivos son, pues, desconocidas. También ignoramos el mecanismo por el que una manía sustituye a una melancolía. Así serían éstos los enfermos, a los cuales podría aplicarse nuestra hipótesis de que su ideal del *yo* se confunde periódicamente con su *yo*, después de haber ejercido sobre él un riguroso dominio.

Con el fin de evitar toda oscuridad habremos de retener lo siguiente: desde el punto de vista de nuestro análisis del *yo*, es indudable que en el maniaco el *yo* y el ideal de *yo* se hallan confundidos, de manera que el sujeto, dominado por un sentimiento de triunfo y de satisfacción, no perturbado por crítica alguna, se siente libre de toda inhibición y al abrigo de todo reproche o

remordimiento. Menos evidente, pero también verosímil, es que la miseria del melancólico constituye la expresión de una oposición muy aguda entre ambas instancias del *yo*; oposición en la que el ideal, sensible en exceso, manifiesta implacablemente su condena del *yo* con la manía del empequeñecimiento y de la autohumillación.

Trátase únicamente de saber si la causa de estas relaciones modificadas entre el *yo* y el ideal del *yo* debe ser buscada en las rebeldías periódicas de que antes nos ocupamos, contra la nueva institución o en otras circunstancias.

La transformación en manía no constituye un rasgo indispensable del cuadro patológico de la depresión melancólica. Existen melancolías simples, de un acceso único, y melancolías periódicas, que no corren jamás tal suerte. Mas, por otro lado, hay melancolías en las que las ocasiones exteriores desempeñan un evidente papel etiológico. Así aquellas que sobrevienen a la pérdida de un ser amado, sea por muerte, sea a consecuencia de circunstancias que han obligado a la libido a desligarse de un objeto. Del mismo modo que las melancolías espontáneas, estas melancolías psicógenas pueden transformarse en manía y retornar luego de nuevo a la melancolía, repitiéndose este ciclo varias veces. La situación resulta, pues, harto oscura, tanto más cuanto que hasta ahora sólo muy pocos casos y formas de la melancolía han sido sometidos a la investigación psicoanalítica[2055]. Los únicos casos a cuya compresión hemos llegado ya son aquéllos en los que el objeto queda abandonado por haberse demostrado indigno de amor. En ellos, el objeto queda luego reconstituido en el *yo* por identificación y es severamente juzgado por el ideal del *yo*. Los reproches y ataques dirigidos contra el objeto se manifiestan entonces bajo la forma de reproches melancólicos contra la propia persona[2056].

También una melancolía de este último género puede transformarse en manía, de manera que esta posibilidad representa una particularidad independiente de los demás caracteres del cuadro patológico.

No veo ninguna dificultad en introducir en la explicación de las dos clases de melancolía, las psicógenas y las espontáneas, el factor de la rebelión periódica del *yo* contra el ideal del *yo*. En las espontáneas puede admitirse que el ideal del *yo* manifiesta una tendencia a desarrollar una particular severidad, que tiene luego automáticamente por consecuencia su supresión

temporal.

En las melancolías psicógenas, el *yo* sería incitado a la rebelión por el maltrato de que le hace objeto su ideal en los casos de identificación con un objeto rechazado.

XII. CONSIDERACIONES SUPLEMENTARIAS

EN el curso de nuestra investigación, llegada aquí a un fin provisional, hemos visto abrirse ante nosotros diversas perspectivas muy prometedoras; mas para no desviarnos de nuestro camino principal hemos tenido que dejarlas inexploradas. En este último capítulo de nuestro estudio queremos volver sobre ellas y someterlas a una rápida investigación.

a) La distinción entre la identificación del *yo* y la sustitución del ideal del *yo* por el objeto halla una interesantísima ilustración en las dos grandes masas artificiales que antes hemos estudiado: el Ejército y la Iglesia cristiana.

Es evidente que el soldado convierte a su superior, o sea en último análisis, al jefe del ejército, en su ideal; mientras que, por otro lado, se identifica con sus iguales y deduce de esta comunidad del *yo* las obligaciones de la camaradería, o sea el auxilio recíproco y la comunidad de bienes. Pero si intenta identificarse con el jefe, no conseguirá sino ponerse en ridículo. Así, en la primera parte del *Wallenstein*, de Schiller, se burla el soldado de Cazadores del sargento de Caballería diciéndole:

> *Wie er räuspert und wie er spuckt.*
> *Das habt ihr ihm glücklich abgeguckt*[2057]*!*.

No sucede lo mismo en la Iglesia católica. Cada cristiano ama a Cristo como su ideal y se halla ligado por identificación a los demás cristianos. Pero la Iglesia exige más de él. Ha de identificarse con Cristo y amar a los demás cristianos como Cristo hubo de amarlos. La Iglesia exige, pues, que la disposición libidinosa creada por la formación colectiva sea completada en dos sentidos. La identificación debe acumularse a la elección de objeto, y el

amor, a la identificación. Este doble complemento sobrepasa evidentemente la constitución de la masa. Se puede ser un buen cristiano sin haber tenido jamás la idea de situarse en el lugar de Cristo y extender, como El, su amor a todos los humanos. El hombre, débil criatura, no puede pretender elevarse a la grandeza de alma y a la capacidad de amor de Cristo. Pero este desarrollo de la distribución de la libido en la masa es probablemente el factor en el cual funda el cristianismo su pretensión de haber conseguido una moral superior.

b) Dijimos que era posible determinar, en el desarrollo psíquico de la Humanidad, el momento en el que el individuo pasó desde la psicología colectiva a la psicología individual[2058].

Para aclarar esta afirmación habremos de volver rápidamente sobre el mito científico relativo al padre de la horda primitiva, el cual fue elevado más tarde a la categoría de Creador del mundo, elevación plenamente justificada, puesto que fue quien engendró a todos los hijos que compusieron la primera multitud. Para cada uno de estos hijos constituyó el padre el ideal, a la vez temido y venerado, fuente de la noción ulterior de tabú. Mas un día se asociaron, mataron al padre y le despedazaron. Sin embargo, ninguno de ellos pudo ocupar el puesto del vencido, y si alguno intentó hacerlo, vio alzarse contra él la misma hostilidad, renovándose las luchas, hasta que todos se convencieron de que tenían que renunciar a la herencia del padre. Entonéis constituyeron la comunidad fraternal totémica, cuyos miembros gozaban todos de los mismos derechos y se hallaban sometidos a las prohibiciones totémicas que debían conservar el recuerdo del crimen e imponer su expiación. Pero este nuevo orden de cosas provocó también el descontento general, del cual surgió una nueva evolución. Poco a poco, los miembros de la masa fraternal se aproximaron al restablecimiento del antiguo estado conforme a un nuevo plan. El hombre asumió otra vez la jefatura, pero sólo la de una familia, y acabó con los privilegios del régimen matriarcal, instaurado después de la supresión del padre. A título de compensación reconoció quizá entonces las divinidades maternales, servidas por sacerdotes que sufrían la castración para garantía de la madre y conforme al ejemplo dado antes por el padre. Sin embargo, la nueva familia no fue sino una sombra de la antigua, pues siendo muchos los padres, quedaba limitada la libertad de cada uno por

los derechos de los demás.

El descontento provocado por estas privaciones pudo decidir entonces a un individuo a separarse de la masa y asumir el papel de padre. El que hizo esto fue el primer poeta épico, y el progreso en cuestión no se realizó sino en su fantasía. Este poeta transformó la realidad en el sentido de sus deseos e inventó así el mito heroico. El héroe era aquel que sin auxilio ninguno había matado al padre, el cual aparece aún en el mito como un monstruo totémico. Así como el padre había sido el primer ideal del adolescente, el poeta creó ahora, con el héroe que aspira a suplantar al padre, el primer ideal del *yo*. La idea del héroe se enlaza probablemente con la personalidad del más joven de los hijos, el cual, preferido por la madre y protegido por ella contra los celos paternos, era el que sucedía al padre en la época primitiva. La elaboración poética de las realidades de estas épocas transformó probablemente a la mujer, que no habla sido sino el premio de la lucha y la razón del asesinato, en instigadora y cómplice activa del mismo.

El mito atribuye exclusivamente al héroe la hazaña que hubo de ser obra de la horda entera: Pero, según ha observado Rank, la leyenda conserva huellas muy claras de la situación real, poéticamente desfigurada: Sucede en ella con frecuencia, efectivamente, que el héroe que ha de realizar una magna empresa —generalmente, el hijo menor, que ante el subrogado del padre se ha fingido muchas veces idiota; esto es, inofensivo— no consigue llevarla a cabo sino con ayuda de una multitud de animalitos (abejas, hormigas). Estos animales no serían sino la representación simbólica de los hermanos de la horda primitiva, del mismo modo que en el simbolismo del sueño los insectos y los parásitos representan a los hermanos y hermanas del sujeto (considerados despectivamente como niños pequeños). Además, en cada una de las empresas de que hablan los mitos y las fábulas puede reconocerse fácilmente una sustitución del hecho heroico.

Así, pues, el mito constituye el paso con el que el individuo se separa de la psicología colectiva. El primer mito fue seguramente de orden psicológico, el mito del héroe. El mito explicativo de la Naturaleza no surgió sino más tarde. El poeta que dio este paso y se separó así, imaginativamente, de la multitud sabe, sin embargo, hallar en la realidad, según otra observación de Rank, el retorno a ella, yendo a relatar a la masa las hazañas que su

imaginación atribuye a un héroe por él inventado, héroe que en el fondo no es sino él mismo. —De este modo retorna el poeta a la realidad, elevando a sus oyentes a la altura de su imaginación. Pero los oyentes saben comprender al poeta y pueden identificarse con el héroe merced al hecho de compartir su actitud, llena de deseos irrealizados, con respecto al padre primitivo[2059].

La mentira del mito heroico culmina en la divinización del héroe. Es muy posible que el héroe divinizado sea anterior al dios-padre y constituya el precursor del retorno del padre primitivo como divinidad. Las divinidades se habrían, pues, sucedido en el siguiente orden cronológico: diosa madre —héroe—, dios-padre. Pero hasta la elevación del padre primitivo, jamás olvidado, no adquirió la divinidad los rasgos que hoy nos muestra[2060].

c) Hemos hablado con frecuencia en el curso del presente trabajo de instintos sexuales directos y de instintos sexuales coartados en su fin, y esperamos que esta distinción no haya hecho surgir en el lector demasiadas objeciones. Sin embargo, creemos conveniente volver aquí sobre ella más detenidamente, aun a riesgo de repetir lo ya expuesto en otros lugares.

El primero y más acabado ejemplo de instintos sexuales coartados en su fin nos ha sido ofrecido por la evolución de la libido en el niño. Todos los sentimientos que el niño experimenta por sus padres y guardadores perduran, sin limitación alguna, en los deseos que exteriorizan sus tendencias sexuales. El niño exige de estas personas amadas todas las ternuras que le son conocidas; quiere besarlas, tocarlas y contemplarlas; abriga la curiosidad de ver sus órganos genitales y asistir a la realización de sus más íntimas funciones; promete casarse con su madre o con su niñera, cualquiera que sea la idea que se forme del matrimonio; se propone tener un hijo de su padre, etc. Tanto la observación directa como el examen analítico ulterior de los restos infantiles no dejan lugar a dudas sobre la coexistencia de sentimientos tiernos y celosos e intenciones sexuales, y nos muestran hasta qué punto hace el niño de la persona amada el objeto de todas sus tendencias sexuales, aún mal centradas[2061].

Esta primera forma que el amor reviste en el niño, y que se relaciona íntimamente con el complejo de Edipo, sucumbe, como ya sabemos, al iniciarse el período de latencia, bajo el imperio de la represión, no quedando

de ella sino un enlace afectivo puramente tierno a las mismas personas, enlace que ya no puede ser calificado de «sexual». El psicoanálisis, que ilumina las profundidades de la vida anímica, demuestra sin dificultad que también los enlaces sexuales de los primeros años infantiles continúan subsistiendo, aunque reprimidos e inconscientes, y nos autorizan a afirmar que todo sentimiento tierno constituye la sucesión de un enlace plenamente «sensual» a la persona correspondiente a su representación simbólica (imago). Desde luego, es necesaria una investigación especial para comprobar si en un caso dado subsiste aún esta corriente sexual anterior en estado de represión o si ha desaparecido por completo. O precisando más: está demostrado que dicha corriente existe aún como forma y posibilidad, y es susceptible de ser activada en cualquier momento a consecuencia de una regresión; trátase únicamente de saber —y no siempre lo conseguimos— cuáles son su carga y su eficacia actuales. En esta investigación habremos de evitar por igual dos escollos: la estimación insuficiente de lo inconsciente reprimido y la tendencia a aplicar a lo normal el criterio que aplicamos a lo patológico.

Ante la Psicología, que no quiere o no puede penetrar en las profundidades de lo reprimido, se presentan los movimientos afectivos de carácter tierno como expresión de tendencias exentas de todo carácter sexual, aunque hayan surgido de otras cuyo fin era la sexualidad[2062].

Podemos afirmar con todo derecho que tales tendencias han sido desviadas de dichos fines sexuales, aunque resulte difícil describir esta desviación del fin conforme a las exigencias de la Metapsicología. De todos modos, estos instintos, coartados en su fin, conservan aún algunos de sus fines sexuales primitivos. El hombre afectivo, el amigo y el admirador buscan también la proximidad corporal y la vista de la persona amada, pero con un amor de sentido «pauliniano». Podemos ver en esta desviación del fin un principio de *sublimación* de los instintos sexuales, o también alejar aún más los límites de estos últimos. Los instintos sexuales coartados presentan una gran ventaja funcional sobre los no coartados: No siendo susceptibles de una satisfacción total, resultan particularmente apropiados para crear enlaces duraderos, mientras que los instintos sexuales directos pierden después de cada satisfacción una gran parte de su energía, y en el intervalo entre esta

debilitación y su renacimiento por una nueva acumulación de libido el objeto puede ser reemplazado por otro. Los instintos coartados pueden mezclarse en cualquier medida con los no coartados y retornar a éstos después de haber surgido de ellos. Sabido es con cuánta facilidad las relaciones afectivas de carácter amistoso, fundadas en el reconocimiento y la admiración —así las que se establecen entre el maestro y las discípulas o entre el artista y sus admiradoras—, se transforman, sobre todo en la mujer, en deseos eróticos (recuérdese el *Embrassz-moi pour l'amour du grec*, de Moliere). El nacimiento mismo de estos enlaces afectivos, nada intencionados al principio, abre un camino muy frecuentado a la elección sexual del objeto. En la *Piedad del conde de Zinzendorf* ha mostrado Pfister, con un ejemplo impresionante, y que no es seguramente el único, la facilidad con que un intenso ligamen religioso se transforma en ardiente deseo sexual. Por otro lado, la transformación de tendencias sexuales directas efímeras de por sí en lazos duraderos simplemente tiernos es un hecho corriente, y la consolidación de los matrimonios contraídos bajo los auspicios de un apasionado amor reposa casi por completo en esta transformación.

No extrañaremos averiguar que las tendencias sexuales coartadas en su fin surgen de las directamente sexuales cuando obstáculos interiores o exteriores se oponen a la consecución de los fines sexuales. La represión que tienen, en efecto, en el período de latencia es uno de tales obstáculos interiores. Dijimos antes que el padre de la horda primitiva, con su intolerancia sexual, condenaba a todos sus hijos a la abstinencia, imponiéndose así enlaces coartados en su fin, mientras que por su parte se reservaba el libre placer sexual, y permanecía de este modo independiente de todo ligamen. Todos los enlaces en los que reposa la masa son de la naturaleza de los instintos coartados en su fin. Pero con esto nos hemos aproximado a la discusión de un nuevo tema: a la relación de los instintos sexuales directos con la formación colectiva.

d) Las dos últimas observaciones nos dejan ya entrever que las tendencias sexuales directas son desfavorables para la formación colectiva. En el curso de la evolución de la familia ha habido ciertamente relaciones sexuales colectivas (el matrimonio de grupo); pero cuanto más importante se fue

haciendo para el *yo* el amor sexual, y más capaz de amor el individuo, más tendió éste a la limitación del amor a dos personas —una *cum* uno—; limitación que parece prescrita por la modalidad del fin genital. Las inclinaciones poligámicas hubieron de contentarse con la sucesiva sustitución de un objeto por otro.

Las dos personas, reunidas para lograr la satisfacción sexual, constituyen, por su deseo de soledad, un argumento viviente contra el instinto gregario y el sentimiento colectivo. Cuando más enamoradas están, más completamente se bastan. La repulsa de la influencia de la masa se exterioriza como sentimiento de pudor. Las violentas emociones suscitadas por los celos sirven para proteger la elección sexual de objeto contra la influencia que sobre ella pudiera ejercer un ligamen colectivo. Sólo cuando el factor tierno y, por tanto, personal de la relación amorosa desaparece por completo ante el factor sexual es cuando se hace posible el público comercio amoroso de una pareja o la realización de actos sexuales simultáneos dentro de un grupo, como sucede en la orgía. Pero con ello se efectúa una regresión a un estado anterior de las relaciones sexuales, en el cual no desempeñaba aún papel ninguno el amor propiamente dicho y se daba igual valor a todos los objetos sexuales, aproximadamente en el sentido de la maligna frase de Bernard Shaw: «Estar enamorado significa exagerar desmesuradamente la diferencia entre una mujer y otra».

Existen numerosos hechos que testimonian que el enamoramiento no apareció sino bastante tarde en las relaciones sexuales entre el hombre y la mujer, resultando así que también la oposición entre el amor sexual y el ligamen colectivo se habría desarrollado tardíamente. Esta hipótesis puede parecer a primera vista incompatible con nuestro mito de la familia primitiva. Según él, la horda fraternal hubo de ser incitada al parricidio por el amor hacia las. madres y las hermanas, y es difícil representarse este amor de otro modo que como un amor primitivo y completo; esto es, como una íntima unión de amor tierno y amor sexual. Pero reflexionando más detenidamente, hallamos que esta objeción no es en el fondo sino una confirmación. Una de las reacciones provocadas por el parricidio fue la institución de la exogamia totémica, la prohibición de todo contacto sexual con las mujeres de la familia, amadas desde la niñez. De este modo se operó una escisión entre los

sentimientos tiernos y los sentimientos sensuales del hombre, escisión cuyos defectos se hacen sentir aún en nuestros días[2063]. A consecuencia de esta exogamia se vio obligado el hombre a satisfacer sus necesidades sexuales con mujeres extrañas a él y que no le inspiraban amor ninguno.

En las grandes masas artificiales, la Iglesia y el Ejército, no existe lugar alguno para la mujer como objeto sexual. La relación amorosa entre el hombre y la mujer queda fuera de estas organizaciones. Incluso en las multitudes integradas por hombres y mujeres no desempeñan papel alguno las diferencias sexuales. Carece de todo sentido preguntar si la libido que mantiene la cohesión de las multitudes es de naturaleza homosexual o heterosexual, pues la masa no se halla diferenciada según los sexos y hace abstracción particularmente de los fines de la organización genital de la libido.

Las tendencias sexuales directas conservan cierto carácter de individualidad aun en el individuo absorbido por la masa. Cuando esta individualidad sobrepasa cierto grado, la formación colectiva queda disgregada. La Iglesia católica tuvo los mejores motivos para recomendar a sus fieles el celibato e imponerlo a sus sacerdotes, pero también el amor ha inducido a muchos eclesiásticos a salir de la Iglesia. Del mismo modo, el amor a la mujer rompe los lazos colectivos de la raza, la nacionalidad y la clase social y lleva así a cabo una importantísima labor de civilización. Parece indiscutible que el amor homosexual se adapta mejor a los lazos colectivos, incluso allí donde aparece como un tendencia sexual no coartada, hecho singular cuya explicación nos llevaría muy lejos.

El examen psicoanalítico de las psiconeurosis nos ha enseñado que sus síntomas se derivan de tendencias sexuales reprimidas, pero que permanecen en actitud. Podemos completar esta fórmula añadiendo: estos síntomas pueden también derivarse de tendencias sexuales coartadas en su fin, pero coartadas de un modo incompleto o que se hace posible un retorno al fin sexual reprimido. Esta circunstancia explica el que la neurosis haga asocial al individuo, extrayéndole de las formaciones colectivas habituales. Puede decirse que la neurosis es para las multitudes un factor de disgregación en el mismo grado que el amor. Así observamos inversamente que siempre que se manifiesta una enérgica tendencia a la formación colectiva se atenúan las

neurosis e incluso llegan a desaparecer, por lo menos durante algún tiempo. Se ha intentado, pues, justificadamente, utilizar con un fin terapéutico esta oposición entre la neurosis y la formación colectiva. Incluso aquellos que no lamentan la desaparición de las alusiones religiosas en el mundo civilizado moderno convendrán en que, mientras tales ilusiones conservaron su fuerza, constituyeron, para los que vivían bajo su dominio, la más enérgica protección contra el peligro de la neurosis. No es tampoco difícil reconocer en todas las adhesiones a sectas o comunidades místico-religiosas o filosófico-místicas la manifestación del deseo de hallar un remedio indirecto contra diversas neurosis. Todo esto se relaciona con la oposición entre tendencias sexuales directas y tendencias sexuales coartadas en su fin.

Abandonado a sí mismo, el neurótico se ve obligado a sustituir las grandes formaciones colectivas, de las que se halla excluido, por sus propias formaciones sintomáticas. Se crea su propio mundo imaginario, su religión y su sistema de delirio y reproduce así las instituciones de la Humanidad en un aspecto desfigurado que delata la poderosa contribución aportada por las tendencias sexuales directas[2064].

e) Antes de terminar esbozaremos, situándonos en el punto de vista de la libido, un cuadro comparativo de los diversos estados de que nos hemos ocupado: el enamoramiento, la hipnosis, la formación colectiva y la neurosis.

El enamoramiento reposa en la coexistencia de tendencias sexuales directas y tendencias sexuales coartadas en su fin, atrayendo así el objeto una parte de la libido narcisista del *yo*. En este estado no caben sino el *yo* y el objeto.

La hipnosis comparte con el enamoramiento la limitación a tales dos personas —el objeto y el *yo*—, pero reposa totalmente en tendencias sexuales coartadas en su fin y coloca el objeto en el lugar del *yo*.

La masa multiplica este proceso, coincide con la hipnosis en la naturaleza de los instintos que mantiene su cohesión y en la sustitución del ideal del *yo* por el objeto, pero agrega a ello la identificación con otros individuos, facilitada, quizá primitivamente, por la igualdad de la actitud con respecto al objeto.

Estos dos últimos estados, la hipnosis y la formación colectiva, son

residuos hereditarios de la filogénesis de la libido humana; la hipnosis habría subsistido como disposición, y la masa, además, como supervivencia directa. La sustitución de las tendencias sexuales directas por las coartadas favorece en estos dos estados la separación entre el *yo* y el ideal del *yo*; separación que se inició ya en el enamoramiento.

La neurosis se separa de esta serie. También ella reposa en una particularidad de la evolución de la libido humana: en la doble articulación de la función sexual directa interrumpida por el período de latencia[2065]. En este aspecto comparte con la hipnosis y la formación colectiva el carácter regresivo, del que carece el enamoramiento. Se produce siempre que el paso de los instintos sexuales directos a los instintos sexuales coartados no ha podido efectuarse totalmente, y corresponde a un *conflicto* entre los instintos acogidos en el *yo* que han efectuado tal evolución y las fracciones de dichos mismos instintos que, desde lo inconsciente reprimido —y al igual de otros movimientos instintivos totalmente reprimidos—, tienden a su satisfacción directa. La neurosis posee un contenido muy rico, pues entraña todas las relaciones posibles entre el *yo* y el objeto, tanto aquéllas en las que el objeto es conservado como aquéllas en las que es abandonado o erigido en el *yo*, y por otro lado, las relaciones emanadas de conflictos entre el *yo* y el ideal del *yo*.

CXIV

SOBRE ALGUNOS MECANISMOS NEURÓTICOS EN LOS CELOS, LA PARANOIA Y LA HOMOSEXUALIDAD[2066]

1921 [1922]

A

LOS *celos*, como la tristeza, cuentan entre aquellos estados afectivos que hemos de considerar normales. De este modo, cuando parecen faltar en el carácter y en la conducta de un individuo, deducimos justificadamente que han sucumbido a una enérgica represión y desempeñan, por consecuencia, en su vida anímica inconsciente un papel tanto más importante. Los casos de celos anormalmente intensos observados en el análisis muestran tres distintos estratos o grados, que podemos calificar en la siguiente forma: 1.º, celos *concurrentes* o normales; 2.º, celos *proyectados*, y 3.º, celos *delirantes*.

Sobre los celos normales poco puede decir el análisis. No es difícil ver que se componen esencialmente de la tristeza y el dolor por el objeto erótico que se cree perdido, de la ofensa narcisista en cuanto nos es posible diferenciarla de los elementos restantes, y, por último, de sentimientos hostiles contra el rival preferido y de una aportación más o menos grande de autocrítica que quiere hacer responsable al propio *yo* de la pérdida amorosa.

Estos celos no son, aunque los calificamos de normales, completamente racionales, esto es, nacidos de circunstancias actuales, proporcionados a la situación real y dominados sin residuo alguno por el *yo* consciente, pues demuestra poseer profundas raíces en lo inconsciente, continúan impulsos muy tempranos de la afectividad infantil y proceden del complejo de Edipo o del complejo fraterno del período sexual. Es también singular que muchas personas los experimenten de un modo bisexual, apareciendo cómo causa eficiente de su intensificación en el hombre, además del dolor por la pérdida de la mujer amada y el odio contra el rival masculino, la tristeza por la pérdida del hombre inconscientemente amado y el odio contra la mujer considerada como rival. Sé también de un individuo que sufría extraordinariamente en sus ataques de celos y que confesaba deber sus mayores tormentos a su identificación consciente con la mujer infiel. La sensación de abandono que experimentaba entonces y las imágenes con las que describía su estado, diciendo sentirse como Prometeo, encadenado y entregado a la voracidad de los buitres o arrojado en un nido de serpientes, eran referidas por el sujeto mismo a la impresión de varios ataques homosexuales de los que había sido objeto en su infancia.

Los celos del segundo grado, o celos *proyectados*, nacen, tanto en el hombre como en la mujer, de las propias infidelidades del sujeto o del impulso a cometerlas; relegado, por la represión, a lo inconsciente. Sabido es que la fidelidad, sobre todo la exigida en el matrimonio, lucha siempre con incesantes tentaciones. Precisamente aquellos que niegan experimentar tales tentaciones sienten tan enérgicamente su presión que suelen acudir a un mecanismo inconsciente para aliviarla, y alcanzan tal alivio e incluso una absolución completa por parte de su conciencia moral, proyectando sus propios impulsos a la infidelidad sobre la persona a quien deben guardarla. Este poderoso motivo puede luego servirse de las percepciones que delatan los impulsos inconscientes análogos de la otra persona y justificarse entonces con la reflexión de que aquélla no es probablemente mucho mejor[2067].

Las costumbres sociales han tenido en cuenta prudentemente estos hechos y han dado cierto margen al deseo de gustar de la mujer casada y al deseo de conquistar del hombre casado, esperando derivar así fácilmente la indudable inclinación a la infidelidad y hacerla inofensiva. Determinan que ambas

partes deben tolerarse mutuamente esos pequeños avances hacia la infidelidad y consiguen, por lo general, que el deseo encendido por un objeto ajeno sea satisfecho en el objeto propio, lo que equivale a un cierto retorno a la fidelidad. Pero el celoso se niega a reconocer esta tolerancia convencional. No cree que sea posible una detención o un retomo en el camino de la infidelidad ni que el *flirt* constituye un seguro contra la verdadera infidelidad. En el tratamiento de tales sujetos celosos ha de evitarse discutirles el material en el que se apoyan, y sólo puede intentarse modificar su interpretación del mismo.

Los celos surgidos por tal proyección tienen, desde luego, un carácter casi delirante; pero no resisten a la labor analítica, que descubre las fantasías inconscientes subyacentes, cuyo contenido es la propia infidelidad. Mucho menos favorable resulta el caso de los celos del tercer grado o propiamente *delirantes*. También éstos nacen de tendencias infieles reprimidas; pero los objetos de las fantasías son de carácter homosexual. Los celos delirantes corresponden a una homosexualidad y ocupan con pleno derecho un lugar entre las formas clásicas de la paranoia. Como tentativa de defensa contra un poderoso impulso homosexual podrían ser descritos (en el hombre) por medio de la siguiente fórmula: No *soy yo* quien le ama, *es ella*[2068].

En un caso de celos delirantes habremos de estar preparados a encontrar celos de los tres grados y no únicamente del tercero.

B

PARANOIA. Por razones ya conocidas, la mayoría de los casos de paranoia se sustrae a la investigación analítica. No obstante, me ha sido posible descubrir recientemente, por el estudio intenso de dos paranoicos, algunos datos nuevos.

El primer caso era el de un hombre joven aquejado de celos paranoicos plenamente desarrollados y relativos a su mujer, intachablemente fiel. Había pasado por un período tempestuoso en el que su delirio le había dominado sin interrupción; pero al acudir a mí no producía ya sino ataques precisamente

separados, que duraban varios días y presentaban la singularidad de surgir siempre al día siguiente de un coito conyugal, plenamente satisfactorio, por lo demás, para ambas partes. Esta singularidad parece autorizarnos a concluir que una vez satisfecha la libido heterosexual, los componentes homosexuales coexcitados se manifestaban en el ataque de celos.

El ataque extraía su material de la observación de aquellos signos, imperceptibles para toda otra persona, en los que podía haberse transparentado la coquetería natural de su mujer, totalmente inconsciente. Haber rozado con la mano distraídamente al señor que estaba a su lado; haber inclinado demasiado su rostro hacia él o de haber sonreído con gesto más amable del suyo habitual cuando se hallaba sola con su marido. Para todas estas manifestaciones de lo inconsciente en su mujer mostraba el marido una extraordinaria atención, y sabía interpretarlas siempre exactamente, de manera que en realidad tenía siempre razón e incluso podía acogerse al psicoanálisis para justificar sus celos. En realidad, su anormalidad se reducía a observar lo inconsciente de su mujer más penetrantemente y a darle mayor importancia de lo que cualquier otra persona le hubiera atribuido.

Recordamos que también los paranoicos perseguidos se comportan muy análogamente. Tampoco reconocen nada indiferente en la conducta de los demás, y su «delirio de referencia» les lleva a valorar los más pequeños signos producidos por las personas con quienes tropiezan. El sentido de este delirio de referencia es el de que esperan de todo el mundo algo como amor, y aquellas personas no les muestran nada semejante; sonríen a sus propios pensamientos; juegan con el bastón o escupen en el suelo al pasar junto a ellos; cosas todas que nadie hace realmente cuando se encuentra al lado de una persona que le inspira algún interés amistoso. Sólo lo hacemos cuando tal persona nos es completamente indiferente y no existe casi para nosotros, y dada la afinidad fundamental de los conceptos de «extraño» y «enemigo», no puede decirse que el paranoico se equivoque tanto al sentir tal indiferencia como hostilidad en relación a su demanda de amor.

Sospechamos ahora que hemos descrito muy insuficientemente la conducta del paranoico celoso o perseguido al decir que proyecta hacia el exterior sobre otras personas aquella que no quiere percibir en su propio interior.

Desde luego, realizan tal proyección; pero no proyectan, por decirlo así, al buen tuntún, o sea donde no existe nada semejante, sino que se dejan guiar por su conocimiento de lo inconsciente y desplazan sobre lo inconsciente de los demás la atención que desvían del suyo propio. Nuestro celoso reconoce la infidelidad de su mujer en lugar de la suya propia; ampliando gigantescamente en su conciencia la infidelidad de su mujer, consigue mantener inconsciente la suya. Si vemos en este ejemplo un modelo, habremos de concluir que también la hostilidad que el perseguido atribuye a los demás es un reflejo de sus propios sentimientos, hostiles contra ellas. Pero como el paranoico convierte en su perseguidor a la persona de su propio sexo que le es más querida, habremos de preguntarnos de dónde procede esta inversión del afecto, y la respuesta más próxima sería la de que la ambivalencia sentimental siempre existente procuraría la base del odio, intensificado luego por el incumplimiento de las aspiraciones amorosas. La ambivalencia sentimental sirve así al perseguido para rechazar la homosexualidad, como los celos a nuestro paciente.

Los sueños de nuestro celoso me produjeron una gran sorpresa. No surgían simultáneamente a la emergencia del ataque, pero sí aún bajo el dominio del delirio. No representaban carácter delirante alguno, y los impulsos homosexuales subyacentes no se mostraban en ellos más disfrazados que en general. Mi escasa experiencia sobre los sueños de individuos paranoicos me inclinó a suponer, en general, que la paranoia no penetraba hasta los sueños.

No era difícil descubrir los impulsos homosexuales de este paciente. Carecía de amistades y de intereses sociales, dándonos así la impresión de que su delirio se había encargado de desarrollar sus relaciones con los hombres como para reparar una omisión anterior. La falta de personalidad del padre dentro de su familia y un vergonzoso trauma homosexual experimentado en años tempranos de su adolescencia habían actuado conjuntamente para reprimir su homosexualidad y mostrarle el camino de la sublimación. Toda su adolescencia aparecía dominada por una intensa adhesión a su madre, cuyo favorito era, y en esta relación hubo de desarrollar ya intensos celos del tipo normal. Al contraer luego matrimonio, impulsado principalmente por la idea de hacer rica a su madre, su deseo de una madre

virginal se exteriorizó en dudas obsesivas sobre la virginidad de su prometida. Durante los primeros años de su matrimonio no mostró celos ningunos. Más tarde cometió una infidelidad, entablando unas prolongadas relaciones extraconyugales. Luego, al verse impulsado a romper estas relaciones por una determinada sospecha, surgieron en él celos del segundo tipo, o sea de proyección, que le permitían mitigar el remordimiento de su infidelidad. Estos celos se complicaron en seguida con la emergencia de impulsos homosexuales orientados hacia la persona de su propio suegro, constituyéndose así una plena paranoia celosa.

Mi segundo caso no hubiera sido diagnosticado seguramente fuera del análisis de paranoia persecutoria; pero los resultados analíticos obtenidos me obligaron a ver, por lo menos, en el sujeto un candidato a tal perturbación. Mostraba una amplísima ambivalencia con respecto a su padre, siendo, por un lado, el tipo perfecto del hijo rebelde, que se aparta manifiestamente, en todo, de los deseos e ideales del padre, y por otro, en un estrato más profundo, un hijo tan respetuoso y abnegado que después de la muerte del padre, e impulsado por una conciencia de culpabilidad, se prohibía el goce de la mujer. Sus relaciones reales con los hombres aparecían claramente situadas bajo el signo de la desconfianza; su clara inteligencia le llevaba a racionalizar esta actitud, y sabía arreglárselas de manera que siempre acababa siendo engañado y explotado por sus amigos y conocidos. Este caso me reveló que pueden existir ideas persecutorias clásicas sin que el mismo sujeto les dé crédito ni valor alguno. Tales ideas emergían de cuando en cuando en el análisis, y el sujeto mismo se burlaba de ellas, sin concederles la menor importancia. Esta singular circunstancia debe aparecer seguramente en muchos casos de paranoia, resultando así que las ideas delirantes exteriorizadas por el enfermo al hacer explosión la enfermedad y en las que vemos productos psíquicos recientes, pueden venir existiendo desde mucho tiempo atrás.

Me parece muy importante el hecho de que el factor cualitativo constituido por la existencia de ciertos productos neuróticos demuestre entrañar menor importancia práctica que el factor cuantitativo representado por el grado de atención o, mejor dicho, de carga psíquica que tales productos pueden atraer a sí. El examen de nuestro primer caso de paranoia celosa nos

invitaba ya a esta misma valoración del factor cuantitativo, mostrándonos que la anormalidad consistía esencialmente en la exagerada intensificación de la carga psíquica adscrita a las interpretaciones de lo inconsciente ajeno. El análisis de la histeria nos ha revelado igualmente hace ya mucho tiempo un hecho análogo. Las fantasías patógenas, ramificaciones de los impulsos instintivos reprimidos, son toleradas durante un largo periodo al lado de la vida anímica normal y no adquieren eficacia patógena hasta que una modificación de la economía de la libido hace afluir a ellas una carga psíquica muy intensa, siendo entonces cuando surge el conflicto que conduce a la producción de síntomas: Así, pues, los progresos de nuestro conocimiento nos invitan cada vez más apremiantemente a situar en primer término el punto de vista económico. Habremos de preguntarnos también si el factor cuantitativo aquí acentuado no habrá de bastar para explicar aquellos fenómenos para los cuales se quiere introducir ahora el concepto de *Schaltung* (Bleuler y otros). Bastaría suponer que un incremento de la resistencia en una de las direcciones del curso psíquico provoca una sobrecarga en otra de sus direcciones, produciendo así la inclusión de la misma en dicho curso.

Los dos casos de paranoia a que nos venimos refiriendo mostraban una oposición muy instructiva en cuanto a los sueños. Mientras que en nuestro primer caso aparecían éstos, como ya indicamos, totalmente libres de delirio, el otro paciente producía numerosos sueños, persecutorios, en los que podíamos ver premisas o productos sustitutivos de las ideas delirantes de igual contenido. El perseguidor, al que sólo lograba escapar con grandes angustias, era, en general, un toro y otro símbolo semejante de la virilidad, reconocido algunas veces en el mismo sueño como una representación de la personalidad paterna. En una de las sesiones del tratamiento me relató el paciente un sueño paranoico de transferencia muy característico. Me veía afeitarme en presencia suya y advertía, por el olor, que yo usaba el mismo jabón que su padre. Esto lo hacía yo para forzarle a transferir sobre mi persona los impulsos correspondientes al complejo paterno. En la elección de la situación soñada se demostraba claramente el poco valor atribuido por el paciente a sus fantasías paranoicas y el escaso crédito que les concedía, pues todos los días le era posible comprobar con sus propios ojos que yo no podía

ofrecerle la situación soñada, puesto que conservo la barba, no pudiendo enlazarse, por tanto, a semejante situación la transferencia supuesta. Pero, además, la comparación de los sueños de nuestros dos pacientes nos enseña que el problema antes planteado de si la paranoia (u otra psiconeurosis) puede penetrar también o no hasta el sueño, reposa en una concepción inexacta de este fenómeno. El sueño se diferencia del pensamiento despierto en que puede acoger contenidos pertenecientes al dominio de lo reprimido, los cuales no deben surgir en dicho pensamiento. Fuera de esto, no es más que una *forma del pensamiento*, una transformación del material mental preconsciente realizada por la elaboración onírica. Nuestra terminología de las neurosis no es aplicable a lo reprimido, que no puede ser histérico, ni obsesivo, ni paranoico. En cambio, los otros elementos del material utilizado para la formación del sueño, esto es, las ideas preconscientes, pueden ser normales o presentar el carácter de una neurosis cualquiera. Las ideas preconscientes pueden ser resultados de todos aquellos procesos patógenos en los que reconocemos la esencia de una neurosis. No hay motivo alguno para pensar que tales ideas patológicas no puedan transformarse en un sueño. Por tanto, un sueño puede corresponder a una fantasía histérica, a una representación obsesiva o a una idea delirante, esto es, puede ofrecernos uno de tales productos como resultado de su interpretación. Nuestra observación de los dos casos de paranoia aquí descritos nos mostró, en uno de ellos, sueños completamente normales, no obstante hallarse el sujeto bajo el imperio del ataque, y, en cambio, en el otro, sueños de contenido paranoico en un período en el que el individuo se burlaba aun de sus ideas delirantes. Así, pues, el sueño ha acogido en ambos casos los elementos rechazados por el pensamiento despierto. Pero tampoco esto ha de ser necesariamente lo general.

C

HOMOSEXUALIDAD. El reconocimiento del factor orgánico de la homosexualidad no nos evita la obligación de estudiar los procesos psíquicos de sus génesis. El proceso típico, comprobado ya en un gran número de casos, consiste en que algunos años, después de la pubertad, el adolescente, fijado hasta entonces intensamente a su madre, se identifica con ella y busca objetos eróticos en los que le sea posible volver a encontrarse a sí mismo y a los cuales querrá entonces amar como la madre le ha amado a él. Como signo característico de este proceso se establece generalmente, y para muchos años, la condición erótica de que los objetos masculinos tengan aquella edad en la que se desarrolló en el sujeto la transformación antes descrita.

Hemos descubierto varios factores que contribuyen probablemente en distinta proporción a este resultado.

En primer lugar, la fijación a la madre, que dificulta la transición a otro objeto femenino. La identificación con la madre es un desenlace de esta adherencia al objeto y permite al mismo tiempo al sujeto mantenerse fiel, en cierto sentido, a este primer objeto. Luego, la inclinación a la elección narcisista de objeto, más próxima y menos difícil que la orientación hacia el otro sexo. Detrás de este factor se oculta otro de singular energía o quizá coincida con él: la alta valoración concedida al órgano viril y la incapacidad de renunciar a su existencia en el objeto erótico. El desprecio a la mujer, su repulsa y hasta el horror a ella se derivan generalmente del descubrimiento, hecho en edad temprana, de que la mujer carece de pene. Más tarde se nos muestra también como un poderoso motivo de la elección de objeto homosexual el respeto o miedo al padre, toda vez que la renuncia a la mujer significa que el objeto elude la competencia con el padre (o con todas las personas masculinas que lo representan). Los dos últimos motivos, la conservación de la condición del pene y la renuncia a la competencia con el padre, pueden ser adscritos al complejo de la castración: Así, pues, los factores de la etiología psíquica de la homosexualidad descubiertos hasta ahora son la adherencia a la madre, el narcisismo y el temor a la castración, factores que, desde luego, no deben ser considerados específicos. A ellos se agrega luego la influencia de la iniciación sexual, responsable de una prematura fijación de la libido, y la del factor orgánico, que favorece la

adoptación del papel pasivo en la vida erótica.

Pero no hemos creído nunca que ese análisis de la génesis de la homosexualidad fuera completo. Así habremos hoy de señalar un nuevo mecanismo conducente a la elección homosexual de objeto, aunque no podamos todavía indicar en qué proporción contribuye a producir la homosexualidad extrema, manifiesta y exclusiva. El material de observación nos ha ofrecido varios casos en los que resulta posible comprobar la emergencia infantil de enérgicos impulsos celosos emanados del complejo materno y orientados contra un rival, casi siempre contra un hermano mayor del individuo. Estos celos condujeron a actitudes intensamente hostiles y agresivas contra dicho hermano, llevadas hasta desearle la muerte, pero que sucumbieron luego a la evolución. Bajo el influjo de la educación, y seguramente también a causa de la impotencia permanente de tales impulsos, quedaron éstos reprimidos y transformados en tal forma, que las personas antes consideradas como rivales se convirtieron en los primeros objetos eróticos homosexuales. Este desenlace de la fijación a la madre muestra múltiples relaciones interesantes con otros procesos ya conocidos. Constituye, en primer lugar, una completa antítesis de la evolución de la paranoia persecutoria, en la cual las personas amadas se convierten en perseguidores odiados, mientras que en nuestro caso actual los rivales odiados se transforman en objetos amorosos. Se nos muestra también como una exageración de aquel proceso que, según nuestra hipótesis, conduce a la génesis individual de los instintos sociales[2069]. En uno y otro lado existen al principio impulsos celosos y hostiles que no pueden alcanzar satisfacción, surgiendo entonces sentimientos amorosos y sociales de identificación como reacciones contra los impulsos agresivos reprimidos.

Este nuevo mecanismo de la elección de objeto homosexual, o sea su génesis como resultado de una rivalidad no dominada y de tendencias agresivas reprimidas, aparece mezclado, en algunos casos, con las condiciones típicas ya conocidas. La historia de algunos homosexuales nos revela que su transformación. se inició después de una ocasión en que la madre hubo de alabar a otro niño, presentándolo como modelo. Este hecho estimuló la tendencia a la elección narcisista de objeto, y después de una breve fase de intensos celos quedó elegido el rival como objeto erótico. Fuera

de esto, el nuevo mecanismo se diferencia en que la transformación tiene lugar en años mucho más tempranos y en que la identificación con la madre retrocede a un último término. En los dos casos por mí observados no condujo tampoco sino a una simple actitud homosexual, que no excluía la heterosexualidad ni provocaba un horror a la mujer.

Sabemos ya que cierto número de individuos homosexuales se distingue por su desarrollo especialmente considerable de los impulsos instintivos sociales y una gran atención a los intereses colectivos. Nos inclinaríamos quizá a explicar teóricamente esta circunstancia por el hecho de que un hombre que ve en otros hombres posibles objetos eróticos tiene que conducirse, con respecto a la comunidad masculina, de un modo muy diferente al individuo que se halla forzado a ver, ante todo, en el hombre un rival en la conquista de la mujer. Pero esta explicación tropieza con el hecho de que también en el amor homosexual existen los celos y la rivalidad, y que la comunidad masculina comprende también a estos posibles rivales. Pero, aun prescindiendo de estos fundamentos especulativos, no puede ser indiferente para esta relación entre la homosexualidad y los sentimientos sociales la circunstancia de que la elección de objeto homosexual nazca muchas veces de un temprano vencimiento de la rivalidad con el hombre.

Analíticamente acostumbramos ver en los sentimientos sociales la sublimación de aptitudes homosexuales con respecto al objeto. Por tanto, hemos de suponer que los homosexuales de tendencia social no han conseguido separar por completo los sentimientos sociales de la elección de objeto.

CXV

OBSERVACIONES SOBRE LA TEORÍA Y LA PRÁCTICA DE LA INTERPRETACIÓN ONÍRICA[2070]

1922 [1923]

LA circunstancia fortuita de haberse impreso en planchas litográficas las últimas ediciones de *La interpretación de los sueños* me obliga a publicar separadamente las siguientes observaciones, que de otro modo habrían tenido cabida en el texto, como modificaciones o complementos.

I

Al interpretar un sueño en el análisis se tiene la elección entre varios procedimientos técnicos distintos.

Se puede proceder: *a) cronológicamente,* dejando que el soñante manifieste sus asociaciones a los elementos oníricos, en el mismo orden con el cual éstos aparecen en la narración del sueño. Ésta es la conducta original, clásica, que aún sigo considerando óptima cuando se analizan los sueños propios.

O bien: *b).* se puede iniciar la labor interpretativa con un determinado

elemento del sueño, tomado de cualquier parte de su conexo; por ejemplo, el trozo más llamativo del mismo o el de mayor claridad, o el que más intensamente se presente a los sentidos; o, por fin, se parte de un parlamento contenido en el sueño, del cual se sospecha que llevará al recuerdo de palabras pronunciadas durante el día.

Además: *c)* se puede comenzar por prescindir completamente del contenido manifiesto, preguntando al soñante qué *experiencias del día anterior* asocia al sueño narrado.

Finalmente: *d)* si el soñante se haya familiarizado con la técnica de la interpretación, se puede *renunciar a todo precepto*, preguntándole con qué asociaciones al sueño prefiere comenzar. Con todo, no podría afirmar que una u otra de estas técnicas sea preferible ni que suministre invariablemente los mejores resultados.

II

Mucho más importante es la circunstancia de si la labor interpretativa se lleva a cabo contra una *alta o baja presión de la resistencia*, alternativa que, desde luego, jamás plantea prolongadas dudas al analista. Frente a una presión alta, quizá se llegue a averiguar de qué asunto trata el sueño, pero no se podrá colegir qué quiere decir sobre el mismo. Es como si uno escuchara una conversación lejana o susurrada, sin entenderla. En semejante situación no queda más recurso que reconocer la imposibilidad de una colaboración con el paciente, renunciando a efectuar grandes esfuerzos y a prestarle mayor ayuda, para limitar la interpretación a proponer algunas traducciones de símbolos que se consideran más probables.

En los análisis dificultosos, la mayoría de los sueños pertenecen a esta categoría, de modo que no podemos aprender gran cosa con ellos sobre la naturaleza y el mecanismo de la formación onírica; desde luego, será aún más remota la posibilidad de obtener respuesta a nuestra pregunta predilecta sobre el punto en que se esconde la realización del deseo en cada sueño particular.

Ante una resistencia de presión extremadamente alta, suele ocurrir el

fenómeno de que las asociaciones del soñante se desplieguen en superficie, sin penetrar en profundidad. En lugar de las buscadas asociaciones al sueño narrado aparecen sin cesar nuevos trozos del mismo, que a su vez quedan exentos de asociaciones. Sólo cuando la resistencia se mantiene en límites moderados, la labor interpretativa transcurre según el conocido plan, vale decir: al principio, las asociaciones del soñante *divergen* ampliamente de los elementos manifiestos, de modo que llegan a tocar gran número de temas y de grupos imaginativos; más tarde, una segunda serie de asociaciones *converge* rápidamente desde aquéllos a las ideas oníricas buscadas.

En tal caso también será posible que el psicoanalista colabore con el paciente, actitud que ni siquiera sería adecuada frente a una alta presión de la resistencia.

Cierto número de sueños que aparecen durante el análisis son intraducibles, a pesar de que en ellos la resistencia no ocupa, precisamente, el primer plano. Es que estos sueños representan versiones libres y arbitrarias de las ideas oníricas latentes que los mueven, pudiendo comparárselos con creaciones poéticas bien logradas, pero artificiosamente elaboradas, que si bien aún permiten reconocer sus temas fundamentales, los presentan arbitrariamente trastrocados y modificados. En el tratamiento, estos sueños sirven como introducciones a pensamientos y recuerdos del paciente, sin que su contenido mismo haya de ser tomado en consideración.

III

Se pueden discernir *sueños de arriba* y *sueños de ahajo*, siempre que no se pretenda aplicar esta diferencia con excesiva rigidez. Los sueños de abajo son los animados por un deseo inconsciente (reprimido) que ha logrado hacerse representar por algún resto diurno cualquiera. Son comparables a las irrupciones de lo reprimido que ocurren durante la vida diurna. Los sueños arriba deben ser equiparados a pensamientos o propósitos diurnos que durante la noche consiguieron ser reforzados por lo reprimido, separado del *yo*[2071]. Por regla general, el análisis pasa por alto a este aliado inconsciente,

dedicándose a incluir las ideas oníricas latentes en los lugares que les corresponden en la trama del pensamiento diurno. Sin embargo, esta diferenciación entre ambas clases no ha de constituir necesariamente un pretexto para modificar la teoría de los sueños.

IV

En muchos análisis —o en determinadas fases de un análisis— se manifiesta un divorcio entre la vida onírica y la diurna, análogamente a la manera en que se aísla del pensamiento vigil la actividad fantástica que inspira una *continued story*[2072] (un sueño diurno novelado). En tal caso, un sueño se concatena con el otro, centralizándose alrededor de un elemento que en el sueño precedente apenas fue rozado como al descuido, etcétera. Pero es mucho más frecuente el otro caso, el de que los sueños no estén vinculados el uno al otro, sino que se inserten entre los trozos sucesivos del pensamiento diurno.

V

La interpretación de un sueño se divide en dos fases: la de su traducción y la de su apreciación o utilización. Durante la primera el analista no debe dejarse influir por consideración alguna con la segunda. Es como si uno tuviera ante sí un capítulo de un autor extranjero: por ejemplo, de Tito Livio. Ante todo se pretenderá saber qué nos cuenta Livio en este capítulo, y sólo más tarde se planteará la discusión de si lo leído es una crónica histórica, una leyenda o una disquisición del autor.

Pero ¿qué deducciones se pueden extraer de un sueño correctamente traducido? Tengo la impresión de que, al respecto, la práctica del análisis no siempre ha evitado los errores y las valoraciones excesivas, cometiéndolos, en gran parte, debido a su desmesurado respeto ante el «misterioso inconsciente».

Se olvida con demasiada facilidad que un sueño no es por lo general sino un pensamiento, igual que cualquier otro, posibilitado por la disminución de la censura y por el reforzamiento inconsciente, y deformado por la influencia de la censura y de la elaboración inconsciente.

Recurramos, como ejemplo, a los sueños denominados «de curación». Cuando un paciente ha tenido semejante sueño, en el cual parece evadir las restricciones de la neurosis, superando, por ejemplo, una fobia o abandonando un vínculo afectivo, nos inclinamos a aceptar que ha realizado un considerable progreso, que está dispuesto a adaptarse a una nueva situación vital, que comienza a contar con su salud, y así sucesivamente. Tal cosa muchas veces puede ser cierta, pero con no menor frecuencia estos sueños de curación sólo tienen el valor de sueños de comodidad, correspondiendo al deseo de sanar, por fin, para evitar un nuevo período de la labor analítica cuya inminencia ya se hace sentir. En tal sentido, los sueños de curación acaecen, por ejemplo, muy frecuentemente cuando el paciente está por pasar a una nueva fase de la transferencia, que le es desagradable. Se comporta entonces muy análogamente a muchos neuróticos que se declaran curados a las pocas horas de tratamiento, intentando así evadirse de todos los elementos desagradables que están a punto de expresar en el análisis. También los neuróticos de guerra, que renuncian a sus síntomas cuando la terapia de los médicos militares logra convertir la enfermedad en algo aún más desagradable que el servicio en el frente, se adaptan a las mismas condiciones económicas, y tanto en este caso como en el anterior la curación revela al poco tiempo su carácter transitorio.

VI

En principio, no es nada fácil llegar a conclusiones generales sobre el valor de los sueños correctamente traducidos. Si el paciente se encuentra en un conflicto de ambivalencia, un pensamiento hostil surgido en él no significa por cierto una superación definitiva de las tendencias amorosas, es decir, una solución del conflicto; evidentemente, tampoco un sueño del

mismo contenido hostil puede tener tal significación. En presencia de semejante conflicto de ambivalencia suele ocurrir que en cada noche aparezcan dos sueños, cada uno de los cuales muestra una actitud distinta. En tales casos el progreso consiste en lograr el aislamiento completo de ambos impulsos antagónicos, persiguiendo y comprendiendo a ambos hasta sus extremos últimos, con ayuda de sus reforzamientos inconscientes. En ocasiones, uno de ambos sueños ambivalentes ha sido olvidado, pero entonces será preciso no dejarse engañar, creyendo que la ambivalencia se ha decidido a favor de una de sus tendencias. Con todo, el olvido de uno de los sueños muestra que, por un momento, alguna de ambas tendencias ha alcanzado la supremacía, pero esto sólo tiene vigencia durante un día y puede modificarse. Quizá la noche siguiente ya presente en primer plano la manifestación contraria. El verdadero estado del conflicto sólo puede ser deducido teniendo en cuenta todas las manifestaciones restantes, incluso las de la vida diurna.

VII

El problema de la valoración de los sueños está vinculado con el de su susceptibilidad al influjo de la «sugestión» médica. El analista quizá comience por vacilar, asustado, al señalársele este posible efecto de su actuación, pero reflexionando con mayor detenimiento, su primer impulso negativo seguramente acabará por ceder la plaza a la comprensión de que el influjo ejercido sobre los sueños del paciente no es para el analista más infortunado o condenable que la conducción de sus pensamientos conscientes.

No es necesario demostrar que el contenido manifiesto de los sueños es influido por el efecto terapéutico del análisis, pues está implícito en el hecho de que el sueño se vincula con la vida diurna y elabora estímulos procedentes de la misma: Desde luego, cuanto sucede en el tratamiento analítico también pertenece a las impresiones de la vida diurna y rápidamente se convierte en las más fuertes entre éstas: No es, pues, ningún milagro si el paciente sueña

con cosas que el médico ha discutido con él a cuya expectativa le ha despertado: En todo caso, no es un milagro mayor que el conocido fenómeno de los sueños «experimentales».

Como próxima cuestión, nos interesa saber si también las ideas oníricas latentes —que han de ser elucidadas por la interpretación— pueden ser influidas o sugeridas por el analista. Una vez más, debemos responder con la afirmativa, pues una parte de estas ideas latentes corresponde a pensamientos preconscientes, es decir, perfectamente capaces de consciencia, que el paciente también podría haber utilizado en la vida diurna al reaccionar frente a las estimulaciones del médico, siendo indiferente si estas reacciones afirman los estímulos que las provocaron o los contradicen. Si se sustituye el sueño por las ideas que contiene, la cuestión de la medida en que es posible sugerir los sueños coincide con la otra, más general, de la medida en que el paciente es accesible a la sugestión en el curso del análisis.

Jamás se puede influir sobre el propio mecanismo de la formación onírica, es decir, sobre la elaboración de los sueños propiamente dicha; debe aceptarse esto como algo seguro.

Además de la mencionada participación de las ideas oníricas preconscientes, todo sueño verdadero contiene indicios de los deseos reprimidos, a los cuales debe la posibilidad de su aparición: Un escéptico podría decirnos que éstos aparecen en el sueño porque el sujeto sabe que los ha de presentar, pues el analista espera hallarlos; el analista, por su parte, tendrá todo derecho a pensar de otro modo.

Ya que el sueño contiene situaciones que pueden ser interpretadas reduciéndolas a escenas correspondientes al pasado del soñante, cabría preguntar —cuestión ésta de importancia particular— si la influencia médica no podría intervenir también en esos contenidos oníricos. Esta pregunta es perentoria en grado sumo frente a los denominados *sueños confirmadores*, sueños que siguen, rezagados, la marcha del análisis. En muchos pacientes son los únicos sueños con que podemos contar. Tales casos sólo reproducen las vivencias olvidadas de la infancia, una vez que han sido reconstruidas a partir de los síntomas, las asociaciones y otros indicios, habiéndoseles comunicado esta reconstrucción. Así se originan los sueños confirmadores, vulnerables a la crítica que les niega todo valor demostrativo, dado que bien

podrían haber sido imaginados por influencia del médico, en lugar de surgir del inconsciente del propio paciente. En el análisis no es posible escapar a esta situación equívoca, pues si en estos pacientes no se interpreta, se construye y se comunica, jamás se logra acceso a sus contenidos reprimidos.

La situación es más favorable cuando el análisis de tal sueño confirmador o «rezagado» da lugar inmediatamente a una sensación de recuerdo para lo que hasta el momento había estado olvidado.

El escéptico aún tendrá la posibilidad de afirmar que se trataría de falsos recuerdos. Además, por lo general faltan estas sensaciones de recuerdo. Lo reprimido surge sólo por trozos, y todo lo fragmentario impide o retarda el establecimiento de una convicción. También puede no tratarse de la reproducción de una vivencia real olvidada, sino de la facilitación de una fantasía inconsciente, en la que jamás se ha de esperar una sensación de recuerdo, pero si, posiblemente, un sentimiento de convicción subjetiva.

Los sueños confirmadores, ¿realmente pueden ser, pues, consecuencias de la sugestión, es decir, sueños de complacencia? Los pacientes que sólo traen al análisis sueños confirmadores son precisamente aquéllos en quienes la duda desempeña el papel de resistencia principal. No se debe intentar la superación de esta duda recurriendo a la autoridad o tratando de aniquilarla con argumentos, sino que se la dejará subsistir hasta que se resuelva en el curso ulterior del análisis. También el analista puede mantener semejante duda frente a casos aislados; lo que termina por darle certeza es, justamente, la complicación del problema que ha de resolver, problema comparable al de los rompecabezas infantiles, formados por una imagen en colores, pegada sobre una tablilla dividida en muchas piezas por cortes curvos y quebrados, cabiendo ajustadamente el conjuntó en un marco de madera. El confuso montón de piezas, cada una de las cuales lleva una parte incomprensible de la imagen, debe ordenarse de manera tal que la figura resultante dé sentido, que en ninguna parte quede un hueco y que el conjunto llene completamente el marco; cumplidas estas condiciones, se sabrá que el rompecabezas está resuelto y que no existe otra solución.

Desde luego, nada puede significarle este símil al paciente que se halle en el curso de una labor analítica aún incompleta. Viene al caso una discusión que hube de sostener con un paciente cuya actitud extraordinariamente

ambivalente se manifestaba en la más poderosa duda obsesiva. No refutaba la interpretación de sus sueños y quedaba profundamente impresionado por su coincidencia con las presunciones que yo había anticipado, pero preguntaba si esos sueños confirmadores no podrían ser expresiones de su docilidad frente a mí. Al objetarle que también habrían traído un cúmulo de detalles que yo no podía presumir y que, por otra parte, su restante conducta en el tratamiento no testimoniaba precisamente tal docilidad, recurrió a otra teoría, preguntándome si su deseo narcisista de curar no podría haberlo llevado a producir tales sueños, dado que yo le había abierto la perspectiva de la curación, siempre que él lograse aceptar mis construcciones. Le respondí que nada sabía de semejante mecanismo de formación onírica, pero la duda se resolvió por otro camino. Recordó sueños que había tenido antes de comenzar el análisis, aun antes de oír hablar del mismo, y el análisis de estos sueños, libres de toda sospecha de sugestión, llevó a las mismas interpretaciones que el de los más recientes. Sin embargo, su obsesión contradictoria aún halló el recurso de decir que los sueños pasados habían sido menos claros que los surgidos durante el tratamiento; pero, por mi parte, me di por satisfecho con la confirmación hallada. En general, me parece conveniente recordar de tanto en tanto que los seres humanos ya tenían la costumbre de soñar antes de que existiera el psicoanálisis.

VIII

Bien podría ser que los sueños aparecidos en el curso de un psicoanálisis tuviesen la facultad de manifestar lo reprimido con mayor riqueza que los sueños presentados fuera de esta situación. Pero no se puede demostrarlo, pues ambas situaciones son incomparables entre sí; la utilización del sueño en el análisis es una finalidad completamente ajena a los propósitos originales de la formación onírica. En cambio, no puede caber la menor duda de que en un análisis los sueños traen a luz porciones mucho mayores de lo reprimido que cualquiera de los otros métodos; debe existir, por consiguiente, un motor que explique esta extraordinaria producción; una potencia inconsciente cuya

capacidad de ayudar a los propósitos del análisis sea mayor durante el estado del reposo que en cualquier otro. Pues bien, sería difícil invocar con tal fin un factor que no sea la docilidad del paciente frente al analista, derivada del complejo parental, es decir, la parte positiva de lo que denominamos «transferencia». Efectivamente, en muchos sueños que reproducen lo olvidado y, lo reprimido no se logra descubrir otro deseo inconsciente al que se pudiera atribuir la energía instintual necesaria para la formación onírica. Por consiguiente, si alguien pretendiese afirmar que la mayoría de los sueños utilizables en el análisis son sueños de complacencia y que deben su origen a la sugestión, nada podría refutársele desde el punto de vista de la teoría analítica. Al respecto, me conformo con remitir a mis consideraciones en la *Lecciones introductorias al psicoanálisis,* sobre la relación entre transferencia y sugestión; señalé allí cuán escaso menoscabo sufre la certeza de nuestros resultados si aceptamos el efecto de la sugestión en el sentido que le hemos adjudicado[2073].

En *Más allá del principio del placer* me ocupé de cómo las vivencias correspondientes al primer período de la sexualidad infantil, de todo punto desagradables, logran labrarse acceso a una forma cualquiera de reproducción, hecho que constituye todo un problema económico. Hube de conceder a esas vivencias, en el «impulso de repetición», una extraordinaria pujanza de afloramiento, merced a la cual logran vencer la represión que pesa sobre ellas, sirviendo al principio del placer; sin embargo, no pueden aflorar «hasta que la labor terapéutica haya debilitado la represión[2074]». Cabe agregar aquí que es la transferencia positiva la que presta semejante ayuda al impulso de repetición. En tal trance, se ha llegado a una alianza del esfuerzo terapéutico con este impulso; alianza que se dirige ante todo contra el principio del placer, pero que en última instancia persigue la entronización del principio de la realidad. Como señalé en esa oportunidad, ocurre con harta frecuencia que el impulso de repetición se libera de los compromisos implícitos en esta alianza, conformándose con el retorno de lo reprimido en la forma de imágenes oníricas.

IX

En la medida de mis conocimientos actuales, los sueños de las neurosis traumáticas son las únicas excepciones genuinas de la tendencia a la realización del deseo implícita en el sueño, mientras que los sueños de castigo son sus únicas excepciones aparentes. En estos últimos se da el hecho curioso de que en puridad ningún elemento de las ideas oníricas latentes es incorporado al contenido manifiesto, apareciendo en su lugar algo muy distinto, que debe ser concebido como formación reactiva contra los deseos oníricos, como rechazo y contradicción completa de los mismos. Semejante intervención en el sueño sólo podemos atribuirla a la instancia crítica del *yo*, cabiendo aceptar, pues, que ésta, irritada por la satisfacción inconsciente del deseo, vuelve a erigirse transitoriamente aun durante el estado del reposo. Bien podría haber reaccionado frente a estos contenidos oníricos desagradables haciendo despertar al sujeto, pero halló en la formación del sueño de castigo un recurso que le permitió evitar la perturbación del reposo.

Así, por ejemplo, en los conocidos sueños del poeta Rosegger que mencioné en *La interpretación de los sueños*, es preciso aceptar un contenido reprimido de tema vanidoso y jactancioso, mientras que el sueño manifiesto advertía: «Eres un inepto aprendiz de sastre». Naturalmente, sería absurdo buscar un deseo reprimido como motor de este sueño manifiesto; debemos conformarnos con ver la realización del deseo en la autocrítica.

Nuestra extrañeza ante semejante estructuración del sueño se atenuará si tenemos en cuenta la frecuencia con que la deformación onírica, puesta al servicio de la censura, coloca en lugar de determinado elemento algo que en uno u otro sentido es su antítesis o su contraria. De aquí sólo hay un corto trecho hasta la sustitución de una parte característica del contenido onírico por una contradicción que la rechaza; un solo paso más nos lleva a la sustitución de todo el contenido onírico ofensivo por un sueño de castigo. Quisiera comunicar uno o dos ejemplos característicos de aquella fase intermedia de la falsificación que puede sufrir el contenido manifiesto.

Del sueño de una muchacha con intensa fijación paterna que halla dificultad en expresarse durante el análisis: Está sentada en la habitación con una amiga, vestida únicamente con un quimono. Entra un señor ante el cual

siente vergüenza, mas éste le dice: «¡Pero si ésta es la jovencita que ya vimos una vez tan hermosamente vestida!» El señor soy yo, y en reducción más profunda, el padre. Pero nada podremos hacer con el sueño mientras no nos resolvamos a sustituir por su antítesis el elemento más importante del discurso: «Ésta es la joven que ya vi una vez *desnuda*, y que entonces me pareció tan hermosa». A la edad de tres o cuatro años la paciente durmió durante un tiempo con el padre en la misma pieza, y todos los datos nos indican que solía descubrirse al dormir para agradarle. La ulterior represión de su placer exhibicionista motiva actualmente su hermetismo en el tratamiento, su desagrado de mostrarse al descubierto.

De otra escena del mismo sueño: Está leyendo su propia historia clínica impresa; dice allí que un joven ha matado a su amante…, cacao…, eso pertenece al erotismo anal. Esta última es una idea que se le presenta en el sueño al mencionar el cacao. La interpretación de este fragmento de sueño es aún más difícil que la del anterior. Averiguamos, por fin, que antes de dormirse estuvo leyendo la *Historia de una neurosis infantil*[2075], cuyo núcleo está constituido por una observación real o fantaseada del coito paterno. En una ocasión anterior ya había vinculado esta historia clínica a su propia persona, referencia que no es el único indicio de que también en ella debemos sospechar semejante observación. El joven que ha asesinado a su amante viene a ser ahora una clara alusión al concepto sádico de la escena del coito, pero el elemento siguiente, el cacao, lleva a vinculaciones muy lejanas. Al cacao sólo asocia lo que su madre solía decirle: «Que por tomarlo se sufre dolor de cabeza», cosa que también pretende haber oído decir a otras mujeres. Por otra parte, durante un tiempo se identificó con la madre a través del dolor de cabeza. El único vínculo que pude hallar entre ambos elementos oníricos es el de que la paciente quiere rechazar las deducciones que impone la observación del coito. «¡No! Eso no tiene nada que ver con el origen de los niños. Los niños vienen de algo que se come» (como en el cuento infantil). La mención del erotismo anal, que en el sueño parece ser una tentativa de interpretación, completa la teoría infantil invocada como recurso útil, agregándole el parto anal.

X

Se suelen escuchar expresiones de asombro por el hecho de que el *yo* del soñante aparezca representado dos o más veces en el sueño manifiesto, una vez en propia persona, y las otras, escondido tras distintos personajes. La elaboración secundaria seguramente tuvo en el curso de la formación onírica la tendencia a eliminar esta multiplicidad del *yo*, que no se adapta a ninguna situación escénica, pero la labor interpretativa ha vuelto a restablecerla. En sí misma, no es más extraña que la aparición múltiple del *yo* en un pensamiento diurno, especialmente si al suceder esto el *yo* se divide en sujeto y objeto, se enfrenta con la otra porción en calidad de instancia observadora crítica, o si compara su índole actual con una recordada, pretérita, que también fue otrora el *yo*. Así, por ejemplo, en las siguientes expresiones: «Si *yo* pienso en lo que *yo* le hice a este hombre»; «Si *yo* pienso que *yo* también fui una vez un niño». Pero quisiera rechazar como especulación vana e injustificada la deducción de que todas las personas que aparecen en el sueño deben ser consideradas como derivados y representantes del propio *yo*. Baste dejar establecido que también debe tenerse en cuenta en la interpretación onírica la posibilidad de que el *yo* se presente separado de una instancia observadora, crítica y punitiva (ideal del *yo*).

CXVI

J. POPPER-LYNKEUS Y LA TEORÍA ONÍRICA[2076]

1923

SE podría decir muchas cosas interesantes sobre la apariencia de originalidad científica que presentan las ideas nuevas, pues aunque al principio se las considere como descubrimientos, y por lo común también se las combata como tales, la investigación objetiva no tarda en demostrar que en realidad no son novedades. Por lo general ya han sido repetidamente descubiertas y olvidadas luego, muchas veces en épocas alejadas entre sí, o por lo menos han tenido precursoras, fueron presumidas vagamente y formuladas sin perfección. Todo esto es harto conocido y no hay motivo para explicarlo.

Pero también merece ser considerado el cariz subjetivo de la originalidad. Un hombre de ciencia puede preguntarse, en cierto momento, sobre la procedencia de las ideas que le parecen singulares y que aplica a su material de trabajo. Sin reflexionar mucho, advertirá entonces qué ha incitado parte de ese material, qué informaciones ajenas ha recogido, modificado y desarrollado hasta sus consecuencias últimas. Con respecto a otra parte de sus ideas no puede confesar nada semejante, debiendo aceptar que estos pensamientos y puntos de vista han surgido —sin que sepa cómo— en su propia actividad intelectiva; en estas ideas fundamenta su pretensión de originalidad.

La investigación psicológica minuciosa constriñe aún más esta pretensión, revelando fuentes ocultas, hace mucho olvidadas, de las que partió la incitación de la idea aparentemente original, sustituyendo así la creación que se creía nueva por una renovación de lo olvidado, en su aplicación a un nuevo asunto. Nada de todo esto merece ser lamentado, pues no teníamos derecho de esperar que lo «original» fuese algo irreductible, indeterminado. También para mi se ha disipado así la originalidad de muchas ideas nuevas que apliqué en la interpretación de los sueños y en el psicoanálisis. Sólo de una de estas ideas no conozco la procedencia; es, precisamente, la clave de mi concepción sobre los sueños, que me ha permitido solucionar sus enigmas en la medida en que hasta ahora han sido resueltos. Partí del carácter enigmático, confuso e insensato que presentan tantos sueños, y llegué a la noción de que éstos deben ser así porque en ellos trata de expresarse algo que se enfrenta con la resistencia opuesta por otras instancias psíquicas. En el sueño se agitan tendencias secretas que están en contradicción con los principios éticos y estéticos, por así decirlo, «oficiales», del soñante; por eso éste se avergüenza de tales tendencias, las rechaza durante el día, nada quiere saber de ellas, y si de noche no puede impedirles toda forma de expresión, les impone por lo menos la *deformación onírica*, que torna confuso e insensato el contenido del sueño. Llamamos *censura onírica* a la instancia psíquica del hombre que lleva cuenta de esta resistencia interior y que deforma las tendencias instintuales primarias del sueño, a favor de los cánones convencionales o éticamente superiores.

Mas es justamente este elemento esencial de mi teoría onírica el que *Popper-Lynkeus* descubrió por caminos propios. Prueba suficiente de ello es la siguiente cita de la narración *Träumen wie wachen* («Soñar como estando despierto»), que forma parte de sus *Phantasien eines Realisten* («Fantasías de un realista»), seguramente escritas sin conocer mi «teoría onírica», formulada en 1900, como tampoco yo conocía entonces las «fantasías» de Lynkeus.

«De un hombre que poseía la singular cualidad de no soñar nunca desatinos…»

«Tu magnífica cualidad de comportarte en sueños como lo harías despierto reposa en tus virtudes, en tu bondad, en tu equidad y en tu amor a la

verdad. La claridad moral de tu naturaleza me permite comprender tu peculiar privilegio».

«Bien mirado —replicó el otro—, me inclino a creer que a todos los hombres tiene que sucederles lo mismo que a mí, y que nadie sueña nunca desatinos. Un sueño que recordamos tan claramente como para poder relatarlo después, y que, por tanto, no es ningún delirio febril, no puede menos de tener siempre un sentido, pues aquello que se contradice no podría agruparse para formar una totalidad. El que tiempo y lugar aparezcan con frecuencia confundidos, no se relaciona para nada con el verdadero contenido del sueño, pues ambos factores han carecido seguramente de toda importancia para su contenido esencial. También despiertos obramos así con gran frecuencia. Piensa en la fábula y en tantas otras creaciones de la fantasía, tan atrevidas como plenas de sentido, y de las cuales sólo el hombre incomprensivo puede decir que son imposibles y disparatadas».

«¡Si se supiera interpretar siempre los sueños acertadamente, como tú lo has hecho con el mío! — dijo el amigo».

«No es, desde luego, fácil empresa, pero creo que el soñador mismo podría llevarla siempre, con un poco de atención, a buen puerto. ¿Por qué no suele alcanzarse casi nunca? Quizá porque en vuestros sueños hay algo oculto, algo inconfesable de una peculiar y elevada naturaleza, un cierto secreto de vuestro ser, muy difícil de adivinar. Por esta razón parecen no poseer vuestros sueños sentido alguno o ser francamente insensatos. Pero en el fondo no es ni puede en modo alguno ser así, pues el soñador es siempre el mismo hombre, tanto en sueños como despierto».

Lo que me permitió descubrir la causa de la deformación onírica fue, según creo, mi coraje moral; en Popper, en cambio, fueron la pureza, el amor a la verdad y la limpidez ética que lo animaban.

CXVII

COMPLEMENTOS A LA TEORÍA ONÍRICA[2077]

1920

EL conferenciante dedicó su breve exposición a tres puntos de la teoría de los sueños. Los dos primeros conciernen al postulado de que el sueño sería una realización de deseos, presentando ciertas modificaciones imprescindibles del mismo; el tercero se refiere a la plena confirmación del ya formulado rechazo de las denominadas tendencias prospécticas en el sueño. Sostiene que hay motivos suficientes para aceptar, junto a los conocidos sueños desiderativos y a los sueños de angustia, que se ajustan fácilmente a la teoría, una tercera categoría que denomina «sueños punitivos» o «de castigo». Si se tiene en cuenta la justificada aceptación de una instancia particular del *yo*, autoobservador y crítica (ideal del *yo*, censor, conciencia), también aquellos sueños punitivos se adaptarían a la teoría de la realización del deseo, pues representarían la realización del deseo de esta instancia crítica. Guardarían con los sueños desiderativos propiamente dichos la misma relación que tienen los síntomas de la neurosis obsesiva, producidos por formación reactiva, con los síntomas histéricos. Una excepción más valedera a la regla de que el sueño sería una realización de deseos, el conferenciante la ve en los denominados sueños «traumáticos», como ocurren en los accidentados, pero también en los psicoanálisis de neuróticos, trayendo a luz los traumas psíquicos infantiles olvidados. Con respecto a la conciliación de estos sueños con la teoría de la realización del deseo, remitió

a un trabajo próximo a publicarse, que se titulará *Más allá del principio del placer*[2078].

El tercer punto de su comunicación se refiere a un estudio aún inédito del doctor Varendonck, de Gante, quien logró observar conscientemente, en amplia escala, la actividad fantaseadora inconsciente en estados crepusculares (llamada «pensamiento autístico» por dicho autor). En el curso de dicho estudio se demostró que también la previsión de las eventualidades del día siguiente, la preparación de intentos de solución y adaptación, etc., cae plenamente en el dominio de esta actividad preconsciente, que es también la productora de las ideas latentes del sueño, de modo que, como el conferenciante siempre ha afirmado, nada tiene que ver con la elaboración onírica.

CXVIII

EL SUEÑO Y LA TELEPATÍA[2079]

1922

EN los tiempos que corren, tan plenos de interés por los fenómenos que se ha dado en llamar «ocultistas», un anuncio como el que pregonan mis palabras debe despertar por fuerza determinadas expectativas, razón por la cual me apresuro a defraudarlas. Mi trabajo no contribuirá en lo más mínimo a revelar el enigma de la telepatía, y ni siquiera permitirá colegir si creo o no en la existencia misma de una «telepatía». En esta ocasión me propongo la muy modesta tarea de investigar las relaciones entre los fenómenos telepáticos —cualquiera sea su origen— y el fenómeno onírico, o más precisamente nuestra teoría del sueño. Bien sabemos que se suele considerar muy íntima la relación entre el sueño y la telepatía; por mi parte, defenderé aquí la tesis de que ambos fenómenos tienen muy poco en común, y que, si se estableciera con certeza la existencia de sueños telepáticos, ello no obligaría a modificar en absoluto nuestra concepción del sueño.

El material que fundamenta mi exposición es muy reducido. Ante todo, debo lamentarme por no haber podido trabajar con sueños propios, como lo hice una vez, cuando escribí *La interpretación de los sueños* (1900); pero sucede que jamás tuve un sueño «telepático». No es que me hayan faltado los sueños con comunicaciones sobre determinado suceso acaecido en cierto lugar lejano, quedando librado a la concepción del soñante decidir si el

suceso estaba ocurriendo precisamente o si acaecería en alguna oportunidad futura; también tuve frecuentemente, en plena vida vigil, presentimientos de sucesos alejados, pero ninguno de estos anuncios, profecías y presunciones se realizó, como suele decirse; resultó que no les correspondía realidad exterior alguna, y por ello hube de considerarlos como expectativas puramente subjetivas.

Así, por ejemplo, soñé una vez durante la guerra que había muerto uno de mis hijos, a la sazón en el frente[2080]. El sueño no lo expresaba en forma directa, pero sí inequívoca, mediante el conocido simbolismo de la muerte que W. Stekel fue el primero en señalar. (¡No dejemos de cumplir aquí con el deber de la escrupulosidad literaria, tan incómodo en ocasiones!) Veía al joven guerrero parado junto a un muelle, en el límite entre tierra y agua; me parecía muy pálido; le hablé, pero no me contestó. A esto se agregaban otras alusiones inconfundibles. No tenía puesto su uniforme militar, sino un traje de esquiador como el que llevara años antes de la guerra, al ocurrirle un grave accidente de esquí. Estaba parado sobre una elevación en forma de taburete, ante un armario, situación que me indujo a interpretarla como una «caída», teniendo en cuenta un recuerdo de infancia mío, pues siendo niño de poco más de dos años, cierta vez me había subido sobre un taburete semejante para bajar algo de un armario —probablemente algo apetecido—, cayéndome e infiriéndome una herida cuya cicatriz aún puedo exhibir. Pero mi hijo, cuya muerte anunciara aquel sueño, volvió sano y salvo de los peligros de la guerra.

Aún no hace mucho tuve otro sueño de mal agüero y, según creo, fue poco antes de resolverme a redactar esta breve comunicación. En ese caso el contenido del sueño aparecía bien a las claras: yo veía a mis dos sobrinas que viven en Inglaterra, vestidas de negro y diciéndome: «El jueves la hemos enterrado». Sabía que debían referirse a la muerte de su madre, ahora de ochenta y siete años, esposa del mayor de mis hermanos, ya fallecido.

Pasé, desde luego, por momentos de penosa expectativa, pues el fallecimiento repentino de una mujer tan anciana nada habría tenido de sorprendente, y sin duda no me hubiera sido grato que mi sueño coincidiese precisamente con tan funesto suceso. Mas la primera carta que me llegó de Inglaterra disipó mi inquietud. Para todos aquellos que se preocupan por la

teoría de la realización del deseo en el sueño, he de intercalar la tranquilizadora aseveración de que el análisis también pudo revelar sin dificultad alguna, en estos sueños de muerte, las motivaciones inconscientes que en ellos cabe presumir.

No se me interrumpa ahora con la objeción de que tales comunicaciones no tendrían valor alguno, ya que las experiencias negativas tienen tan poco valor probatorio en este terreno como en otros menos ocultos. Bien lo sé, y de ningún modo he presentado estos ejemplos con el propósito de demostrar algo o de sugerir determinada actitud ante el problema. Sólo he querido justificar el carácter limitado del material que puedo ofrecer.

En cambio, hay otra circunstancia que me parece más contundente: la de que durante mis veintisiete años de actividad analítica jamás me haya sido posible observar un verdadero sueño telepático en ninguno de mis pacientes. Las personas con que trabajé constituían por cierto una buena colección de seres gravemente neuropáticos e «hipersensitivos» en grado sumo; además, muchos de ellos me narraron los más extraños acaecimientos de su vida pasada, basando en ellos su creencia en los influjos ocultos y misteriosos. Sucesos como accidente, enfermedades de parientes cercanos y especialmente el fallecimiento de alguno de los padres, acaecieron muchas veces en el curso del tratamiento, llegando aun a interrumpirlo; pero tales hechos fortuitos, cuya índole es tan adecuada para este fin, jamás me ofrecieron la oportunidad de captar un sueño telepático, pese a que el tratamiento se prolongó durante semestres, años enteros y aun varios años. Quien desee hacerlo puede intentar la explicación de esta circunstancia que viene a imponer una nueva limitación de mi material; en cuanto a su injerencia en el tema de mi estudio, se advertirá que no cabe considerarla.

Tampoco puede resultarme embarazosa la pregunta de por qué no he recurrido al copioso material de sueños telepáticos registrados en la bibliografía especializada. No me habría sido difícil hallarlos, ya que en mi calidad de miembro de la Society for Psychical Research, tanto inglesa como americana, dispongo de sus publicaciones; pero en ninguna de ellas se intenta considerar analíticamente los sueños, elaboración ésta que ha de interesarnos en primer lugar[2081]. Por otra parte, pronto se advertirá que los propósitos de esta comunicación bien pueden ser cumplidos mediante un único ejemplo

onírico.

De modo que mi material consiste tan sólo en dos comunicaciones que me han sido enviadas por corresponsales alemanes. Aunque no los conozco personalmente, me indican su nombre y domicilio, y no tengo el mínimo motivo para sospechar en ellos el propósito de inducirme a confusión y engaño.

I

Con una de ambas personas ya mantuve anteriormente una comunicación epistolar, en la cual tuvo la gentileza de comunicarme observaciones de la vida cotidiana y sucesos análogos, como suelen hacerlo muchos de mis lectores. En esta oportunidad, mi corresponsal, persona sin duda alguna culta e inteligente, pone expresamente su material a mi disposición por si yo pudiera «aprovecharlo literariamente».

Su carta dice así:

«Considero el siguiente sueño lo bastante interesante como para ofrecérselo en calidad de material para sus estudios.

»Debo anticipar lo siguiente: mi hija, casada en Berlín, espera tener un hijo a mediados de diciembre próximo. Tengo la intención de ir a esa ciudad para tal fecha, junto con mi segunda mujer, madrastra de mi hija. La noche del 16 al 17 de noviembre soñé tan viva y claramente como nunca *que mi mujer ha dado a luz mellizos. Veo claramente a ambos niños, de espléndido aspecto, con sus cachetes rojos, acostados uno junto al otro en su cuna; no puedo establecer el sexo; uno de ellos, rubio, tiene evidentemente mis facciones, con algunos rasgos de mi mujer; el otro, de cabello castaño, se parece, a todas luces, a mi mujer; pero también tiene rasgos míos. Le digo a mi mujer, que tiende a ser pelirroja: “El cabello castaño de ‘tu’ hijo quizá también se vuelva rubicundo más adelante.” Mi mujer amamanta a los niños. Ella había hecho mermelada en una batea de lavar* (en el sueño, desde luego), *y ambos niños gatean en ésta, lamiéndola hasta dejarla limpia*.

»He aquí el sueño, en cuyo transcurso me desperté cuatro o cinco veces,

preguntándome si era verdad que habíamos tenido mellizos, sin poder llegar a convencerme de que sólo había soñado. El sueño duró hasta despertarme por la mañana, y aún tardé un buen rato en percatarme de la realidad. Durante el desayuno le conté a mi mujer este sueño, que la regocijó mucho, respondiéndome: “¿No habrá Use (mi hija) tenido mellizos?” A lo que contesté: “Apenas puedo creerlo, pues ni en mi familia ni en la de G. (su marido) hubo mellizos.” El 18 de noviembre, a las diez de la mañana, recibo de mi yerno un telegrama, despachado la tarde anterior, en el cual me anuncia el nacimiento de mellizos, un varón y una mujer. Por consiguiente, éstos nacieron precisamente cuando yo soñaba que mi mujer había tenido mellizos. El parto sobrevino cuatro semanas antes de la fecha que todos habíamos calculado de acuerdo con las presunciones de mi hija y de su marido.

»Ahora prosigo: la noche siguiente soñé *que mi difunta mujer, madre de mi hija, había tomado a su cuidado cuarenta y ocho niños recién nacidos. Cuando traen la primera docena, yo protesto*. Con esto termina el sueño.

»Mi primera mujer era muy amante de los niños. Muchas veces decía que le gustaría tener a su alrededor una cantidad de ellos; cuantos más, mejor; que sería muy apta y se sentiría muy a gusto como cuidadora de un jardín de infantes. Para ella era música el bullicio y la algazara de los niños. También sucedía de tanto en tanto que invitara a todo un grupo de niños de la calle y los obsequiara con chocolate y golosinas en el jardín de nuestra casa. Después del parto, y especialmente después de la sorpresa que le causó su ocurrencia prematura y el hecho de que fueran mellizos de distinto sexo, mi hija seguramente debe haber pensado al punto en su madre, de la cual sabía que habría recibido el suceso con gran alborozo. “¿Qué diría mamá si estuviera ahora junto a mí?” Esta idea, sin duda, le pasó por la mente. Y ahora se agrega a esto mi sueño de mi primera mujer difunta, con la cual sueño muy raramente, de la que tampoco hablé y en la que en ningún momento pensé después del primer sueño.

»¿Considera usted casual en ambos casos la coincidencia entre el sueño y el hecho real? Mi hija, que me quiere mucho, seguramente pensó ante todo en mi durante sus horas penosas, quizá también porque muchas veces le escribí dándole consejos sobre su conducta durante el embarazo».

Es fácil adivinar cuál fue mi respuesta a esta carta. Me pesaba el que también en mi corresponsal el interés analítico hubiera sido desplazado tan completamente por el telepático, de manera que eludí su pregunta directa, haciéndole notar que el sueño contenía muchos otros elementos, además de su relación con el nacimiento de los mellizos, rogándole, pues, me comunicara datos y asociaciones que me permitieran interpretar el sueño.

En respuesta recibí la siguiente segunda carta, que por cierto no satisfizo del todo mis deseos:

«Sólo hoy encuentro ocasión para responder a su amable carta del 24 de este mes. Estoy muy dispuesto a comunicarle, "sin lagunas ni reticencias", todas las asociaciones que se me ocurran; pero, por desgracia, no son muchas, y seguramente habría producido más en una entrevista personal.

»Ni mi mujer ni yo deseamos tener más hijos. Por otra parte, apenas tenemos relaciones sexuales, y, en todo caso, en la época del sueño no existía "peligro" alguno. Naturalmente, el parto de mi hija, esperado para mediados de diciembre, fue frecuente objeto de nuestras conversaciones. Mi hija había sido revisada y radiografiada en el verano, estableciendo el médico que tendría un varón. Mi mujer dijo alguna vez: "¡Cómo me reiría si ahora naciese una niña!" También opinó en cierta ocasión que sería mejor si fuese un H… y no un G… (apellido de mi yerno), pues mi hija es más bella y apuesta que mi yerno, aunque éste es oficial de Marina. Yo me suelo ocupar con problemas de herencia, y tengo la costumbre de observar a los niños pequeños para ver a quién se parecen. Y aún otra cosa: tenemos un perrito que por la noche se sienta junto a nuestra mesa, recibe su comida y lame todos los platos y fuentes. Todo este material vuelve a aparecer en el sueño.

»A mí me gustan mucho los pequeñuelos, y muchas veces expresé que me agradaría volver a criar a un niño, especialmente ahora, cuando podría hacerlo con mucha más comprensión, interés y calma; pero no quisiera tener un hijo con mi mujer, que carece de aptitudes para educar racionalmente a un niño. Ahora bien: el sueño me depara dos hijos, sin que pueda establecer el sexo. Aún hoy los veo con nitidez, acostados en su cuna, y reconozco claramente sus rasgos: los del primero, más "míos"; los del otro, más de mi

mujer; pero cada uno de ellos con pequeños rasgos del otro. Mi mujer tiende a ser pelirroja; pero uno de los niños tiene cabellos de color castaño con tinte rojizo. Yo digo: "Bueno; también ése se volverá pelirrojo más adelante." Ambos niños gatean por una gran batea de lavar, en la que mi mujer ha estado cociendo una mermelada; los niños lamen su fondo y los bordes (esto forma parte del sueño). El origen de ese detalle es fácilmente comprensible, como, por otra parte, todo el sueño no ofrece dificultades y se interpreta con facilidad, excepto en el hecho de que haya coincidido casi a la hora con el nacimiento inesperadamente anticipado (en tres semanas) de mis nietos (no puedo establecer con certeza cuándo comenzó el sueño; mis nietos nacieron a las nueve y a las nueve y cuarto; yo me acosté a las once y soñé esa misma noche); además, es interesante que nosotros ya supiéramos que iba a ser un varón. Naturalmente, la duda de si esta predicción —varón o mujer— sería exacta, puede hacer que en el sueño aparezcan mellizos; pero aún queda por explicar la coincidencia temporal entre el sueño de los mellizos y el nacimiento, acaecido con tres semanas de antelación.

»No es la primera vez que sucesos lejanos llegan a mi conciencia antes de que tenga noticia de ellos. He aquí un ejemplo entre muchos otros. En octubre me visitaron mis tres hermanos. Desde hacía treinta años no nos habíamos reunido todos, aunque muchas veces nos habíamos visto por separado, salvo breves encuentros en el entierro de mi padre y en el de mi madre. El fallecimiento de ambos era de esperar, y en ningún modo lo "presentí". Pero cuando mi hermano menor murió repentina e inesperadamente a los diez años de edad, hace de esto unos veinticinco años, al traerme el cartero la carta con la noticia de su muerte se me ocurrió inmediatamente, sin que le hubiera echado una mirada, la idea de que anunciaría su muerte. Sin embargo, este hermano, el único que quedaba en la casa paterna, era un muchacho sano y fuerte, mientras que nosotros, los cuatro mayores, ya nos habíamos independizado y vivíamos lejos del hogar. Al visitarme mis hermanos, la conversación recayó casualmente en esta experiencia mía, y como ante una orden, los tres manifestaron que en aquella ocasión les había sucedido exactamente lo mismo. No sé si les ocurrió en la misma forma; pero, en todo caso, cada uno de ellos dijo haber presentido el fallecimiento con certeza antes de que le llegara la inesperada noticia. Todos

nosotros tenemos, por parte de nuestra madre, naturalezas sensibles, y somos hombres altos y fuertes; pero ninguno tiene veleidades espiritistas u ocultistas, que, por el contrario, rechazamos decididamente. Mis hermanos son todos universitarios: dos de ellos, profesores secundarios, y uno, agrónomo; más bien pedantes que inclinados a fantasías. He aquí cuanto tengo que decirle respecto del sueño. Si usted desea aprovecharlo literariamente, me complazco en ponerlo a su disposición».

Debo temer que mis lectores asumirán una actitud similar a la de mi corresponsal, interesándose también en averiguar ante todo si realmente se puede aceptar este sueño como un anuncio telepático del inesperado nacimiento de los mellizos, de modo que no estarán dispuestos a someterlo a análisis, como harían con cualquier otro sueño. Presiento que sucederá lo mismo cada vez que el psicoanálisis tropiece con el ocultismo. A aquél se le oponen, por así decirlo, todos los instintos psíquicos, mientras que éste goza de poderosas y profundas simpatías. Pero no adoptaré el punto de vista de que no soy sino un psicoanalista y de que la cuestión del ocultismo no es de mi incumbencia, pues semejante actitud sería interpretada como un intento de eludir el problema. Afirmaré, en cambio, que me satisfaría mucho si lograse convencerme y convencer a los demás de la existencia de procesos telepáticos mediante observaciones fidedignas; pero no se puede negar que los datos anexos a este sueño son demasiado escasos como para sustentar semejante decisión. Adviértase que a esta persona, inteligente e interesada por los problemas de su sueño, ni siquiera se le ocurre indicarnos cuándo vio por última vez a la hija embarazada ni qué noticias tuvo recientemente de ella. En la primera carta me escribe que el nacimiento se anticipó en un mes; en la segunda, esta antelación se ha reducido a tres semanas, y en ninguna nos dice si el parto realmente se anticipó o si los padres erraron el cálculo, como sucede con tanta frecuencia. Pero estos y otros detalles nos serían imprescindibles para apreciar la posibilidad de que el soñante hubiese calculado y adivinado inconscientemente la fecha. También me dije que de nada me serviría recibir respuesta satisfactoria a una pregunta mía al respecto, pues en el curso de esa investigación aparecerían cada vez nuevas dudas que sólo podrían ser eliminadas teniendo al sujeto ante mí y pudiendo remozar en

él todos los recuerdos vinculados, que quizá haya pasado por alto, considerándolos carentes de importancia. Seguramente tiene razón cuando dice, al comienzo de su segunda carta, que en una entrevista personal habría revelado muchos más elementos.

Pensemos en otro caso análogo, en el cual el interés ocultista, tan molesto para nuestros fines, no tiene la más mínima injerencia. ¡Cuántas veces nos hemos encontrado en la situación de tener que comparar la anamnesis y las informaciones suministradas por un neurótico en la primera sesión con las averiguaciones obtenidas a través de algunos meses de psicoanálisis! Prescindiendo de la comprensible abreviación, ¡cuántos datos esenciales ha omitido o retenido, cuántas vinculaciones aparecen desplazadas!; más aún: ¡cuántas inexactitudes y falsedades nos ha contado la vez primera! Creo que no se me considerará excesivamente escrupuloso si, bajo las presentes circunstancias, me resisto a juzgar si este sueño corresponde a un fenómeno telepático o a una muy refinada producción inconsciente del soñante, o bien si ha de ser considerado simplemente como un producto de la casualidad. Hemos de aplazar nuestro afán científico para una oportunidad futura, en la que quizá dispongamos de un profundo estudio personal del sujeto. Con todo, nadie podrá quejarse de que el resultado de mi investigación sea defraudante, pues ya he advertido que no averiguaríamos nada que pudiera arrojar alguna luz sobre el problema de la telepatía.

Si pasamos ahora a la elaboración analítica de este sueño, debemos volver a confesar el descontento que nos ocasiona. También aquí nos resulta insuficiente el material de ideas que el protagonista vincula con el contenido manifiesto, pues con tales informaciones no podemos emprender un análisis onírico satisfactorio. Así, por ejemplo, el sueño se refiere minuciosamente al parecido de los niños con los padres; indica el color de sus cabellos y su probable transformación futura; en cambio, para aclarar estos detalles, tan profusamente expuestos, sólo contamos con la escueta información de que el soñante siempre se ha interesado por cuestiones de herencia y del parecido entre hijos y padres. ¡Esto es, por cierto, mucho menos de lo que solemos exigir! Pero *una* parte del sueño es accesible a la interpretación analítica; precisamente en ella el análisis, que en general nada tiene que ver con el ocultismo, viene a colaborar de manera extraña con la telepatía. Tan sólo a

causa de este fragmento me atreví a embargar el interés de mis lectores con este sueño.

Considerándolo bien, este sueño no tiene ningún derecho a ser calificado de «telepático». No informa al soñante sobre un suceso ajeno a su conocimiento que acaece simultáneamente en un lugar distante; por el contrario, lo que el sueño nos cuenta es algo muy distinto del suceso sobre el cual informa un telegrama llegado el día subsiguiente al de aquél. El sueño y el suceso discrepan en un punto sumamente importante, y sólo coinciden —abstrayendo de su simultaneidad— en otro elemento muy interesante. En el sueño, la *mujer* del protagonista ha tenido mellizos. Pero el acaecimiento consiste en que su *hija*, radicada en otra ciudad, ha dado a luz mellizos. El protagonista no pasa por alto esta diferencia, pero no parece disponer de un recurso para superarla, y dado que, según su propia indicación, no tiene preferencias por el ocultismo, sólo se atreve a preguntar tímidamente si la coincidencia entre el sueño y la realidad, en punto al nacimiento de los mellizos, no podría ser algo más que una coincidencia fortuita. Pero la interpretación psicoanalítica viene a destruir esta diferencia entre el sueño y la realidad, concediendo a ambos el mismo contenido. En efecto, si recurrimos al material de asociaciones relacionadas con este sueño, observamos, pese a su parquedad, que aquí existe un profunda vinculación afectiva entre el padre y la hija, vinculación tan común y natural, que haríamos bien en dejar de avergonzarnos por ella, ya que en la vida real sólo se expresa como cariñoso interés, manifestando únicamente en el sueño sus consecuencias últimas. El padre sabe que la hija lo quiere mucho; está convencido de que en sus horas de dolor ha pensado mucho en él; creo que en el fondo no se la ha cedido al yerno, a quien alude en su carta con una observación despectiva. En ocasión de su parto (esperado o telepáticamente percibido) se agita en el inconsciente el deseo reprimido: «Seria mejor que ella fuese mi (segunda) mujer», y es este deseo el que deforma la idea onírica y el que lleva a la diferencia entre el contenido onírico manifiesto y el suceso real. Tenemos derecho de sustituir por la hija a la segunda esposa, que aparece en el sueño. Si dispusiéramos de más material al respecto, seguramente podríamos fundamentar y profundizar esta interpretación.

Y ahora llego a lo que quería demostrar. Hemos tratado de ajustarnos a la

más estricta imparcialidad, presentando dos concepciones del sueño como igualmente posibles e igualmente indemostradas. De acuerdo con la primera, aquél sería una reacción frente a un mensaje telepático; «Tu hija acaba de dar a luz mellizos». De acuerdo con la segunda, el sueño se basa sobre una elaboración inconsciente que podría traducirse aproximadamente así: «Hoy es el día en que debería suceder el parto si, como en realidad supongo, los jóvenes de Berlín erraron sus cálculos en un mes. Si aún viviese mi (primera) mujer, no estaría satisfecha con un solo nieto. Para darle gusto, por lo menos tendrían que ser mellizos». Si esta segunda interpretación es acertada, ya no nos encontramos ante nuevos problemas. Es simplemente un sueño como cualquier otro. A la mencionada idea onírica (preconsciente) se ha agregado el deseo (inconsciente) de que ninguna otra, sino la hija, debería haber llegado a ser la esposa del protagonista, y de esta manera se formó el sueño manifiesto que nos ha sido comunicado.

Pero si preferimos aceptar que el durmiente ha recibido el mensaje telepático del parto de su hija, entonces surgen nuevos interrogantes con respecto a la relación de semejante mensaje con el sueño y a su influencia sobre la formación onírica. En tal caso es fácil obtener la respuesta y podemos formularla inequívocamente. El mensaje telepático es tratado como una parte del material formador del sueño, como un nuevo estimulo externo o interno, análogo a un ruido perturbador que llega de la calle o a una imperiosa sensación orgánica del soñante. En nuestro caso es evidente cómo este mensaje es elaborado hasta convertirse en realización del deseo, a través de un deseo reprimido que se encuentra al acecho; pero desgraciadamente no se puede demostrar con tanta claridad cómo se condensa con otro material despertado al mismo tiempo para formar un sueño. De modo que el mensaje telepático —si realmente hemos de aceptar su existencia— nada puede modificar en la formación onírica, y la telepatía nada tendría que ver con la esencia del sueño. Para evitar la impresión de que pretendo esconder una incertidumbre tras un término abstracto y altisonante, estoy dispuesto a repetir: la esencia del sueño consiste en el enigmático proceso de la elaboración onírica, que, con ayuda de un deseo inconsciente, convierte ideas preconscientes (restos diurnos) en un contenido onírico manifiesto. Pero el problema de la telepatía tiene tan poca injerencia en el sueño como el

problema de la angustia.

Espero que esto será aceptado; pero no se tardará en objetar que también existen otros sueños telepáticos, en los cuales no aparece diferencia alguna entre el suceso y el sueño y en los que nada se puede hallar sino la reproducción fiel del suceso. Tampoco conozco semejantes sueños telepáticos por experiencia propia; pero sé que han sido descritos con frecuencia. Supongamos que nos encontrásemos ante semejante sueño telepático puro, no deformado, y entonces se nos planteará una nueva pregunta: ¿acaso se puede denominar «sueño» a semejante vivencia telepática? Nadie vacilará en hacerlo así, siempre que se ajuste al lenguaje popular, para el que cuanto sucede en la vida psíquica, durante el reposo, es sueño. Quizá también se pueda decir: «Me he desperezado en el sueño», y seguramente no se considerará incorrecto decir: «He llorado en el sueño», o: «He tenido miedo en el sueño». Pero sin duda advertiremos que en todos estos casos se confunde indistintamente el sueño (fenómeno onírico) con el dormir o el reposo. Creo que, en interés de la exactitud científica, convendría que separemos mejor «soñar» y «dormir». ¿Por qué habríamos de renovar la confusión creada por Maeder al querer atribuir una nueva función al sueño, rechazando la separación entre la elaboración onírica y el contenido onírico latente? De modo que si nos encontrásemos ante semejante «sueño» puramente telepático, deberíamos considerarlo más bien como una vivencia telepática ocurrida durante el reposo. Un sueño sin condensación, deformación, dramatización y, ante todo, sin realización de deseo, no merece ser calificado de tal. Se advertirá que aún existen otras producciones psíquicas en el reposo, a las cuales también habría que negar justificadamente el apelativo «sueño». Puede suceder que las vivencias diurnas reales sean repetidas simplemente al dormir, y son precisamente las reproducciones de escenas traumáticas en el sueño las que nos han incitado no hace mucho a revisar nuestra teoría onírica; además, hay sueños que se diferencian de los comunes por propiedades muy particulares y que en realidad no son sino fantasías nocturnas, conservadas sin modificación ni contaminación y enteramente análogas en lo restante a las conocidas fantasías diurnas. Seguramente sería un error excluir estos fenómenos de la categoría de los sueños. Pero todos ellos provienen de dentro, son productos de nuestra vida

psíquica, mientras que, por definición, el «sueño telepático» genuino representa una percepción exterior frente a la cual la actividad psíquica adopta una posición receptiva y pasiva.

II

El segundo caso que quiero presentar pertenece en realidad a otro grupo. No nos ofrece un sueño telepático, sino uno repetido en una misma persona desde los años de la infancia, habiendo tenido aquélla, además, múltiples experiencias telepáticas. La carta en la cual me lo comunica, que reproduzco a continuación, contiene muchos elementos enigmáticos, sobre los que nos está vedado emitir juicio. Algunos de ellos pueden ser aplicados a la relación entre la telepatía y el sueño.

(1)

«… Mi médico, el doctor N…, me aconsejó le comunicara un sueño que me persigue desde hace unos treinta a treinta y dos años. Me ajusté a su consejo, y quizá le interese el sueño en sentido científico. Dado que, según su opinión, los sueños semejantes pueden ser reducidos a una vivencia de índole sexual acaecida durante los primeros años de la infancia, agrego algunos recuerdos de esa época; se trata de vivencias que aún me impresionan, que han tenido profunda repercusión sobre mí y que fueron decisivas al determinar la religión que profeso.

»Me permito rogarle que, una vez estudiado, me explique usted cómo interpreta este sueño y si no sería posible hacerlo desaparecer de mi existencia, pues me persigue como un fantasma y me causa gran desagrado y pesar, debido a las circunstancias que lo acompañan, pues cada vez que aparece me caigo del lecho, habiéndome producido ya lesiones bastante considerables.

(2)

»Cuento treinta y siete años de edad; soy muy fuerte y sana físicamente; en la infancia padecí, además del sarampión y la escarlatina, una nefritis. A los cinco años sufrí una oftalmía muy grave, que dejó una diplopia como secuela. Las imágenes están situadas oblicuamente, una respecto de la otra; sus contornos están esfumados, porque las cicatrices que dejaron las úlceras perturban la claridad de la visión. Sin embargo, de acuerdo con el criterio de los especialistas, mis ojos ya no son susceptibles de ninguna mejoría. Debido a que me veo obligada a entornar el ojo izquierdo para ver con mayor claridad, la mitad correspondiente de mi rostro se ha deformado, contrayéndose hacia arriba. Con ejercicio y fuerza de voluntad soy capaz de realizar las más delicadas labores manuales; además, cuando tenía seis años de edad, me acostumbré ante el espejo a no mirar de reojo, de modo que exteriormente nada se advierte hoy de mi defecto ocular.

»Desde los más tempranos años de mi infancia siempre busqué la soledad; evitaba a otros niños y ya tenía apariciones (auditivas y visuales); pero no era capaz de distinguirlas de la realidad, de modo que caía en conflictos que me convirtieron en un ser muy retraído y tímido. Dado que ya como niña muy pequeña sabía mucho más de lo que había podido aprender, simplemente no comprendía a mis compañeros de edad. Yo misma soy la mayor de doce hermanos y hermanas.

»Entre los seis y los diez años de edad fui a la escuela comunal, y luego, hasta los dieciséis, a la escuela superior de las Hermanas Ursulinas, en B… Cuando tenía diez años aprendí en cuatro semanas, es decir, en ocho clases de repaso, tanto francés como otros niños aprenden en dos años. No tenía más que repetir cuanto oía; era como si ya lo hubiese aprendido alguna vez y sólo lo tuviera olvidado. En general, jamás me fue preciso esforzarme para aprender francés, al contrario de lo que me pasa con el inglés, que si bien no me ocasiona dificultades, siempre me fue como desconocido. Con el latín me sucedió algo semejante al francés, pues en realidad nunca me fue necesario aprenderlo; aunque sólo lo conozco por la iglesia, me resulta completamente familiar. Cuando leo actualmente un libro francés, en seguida me pongo a pensar en esa lengua, cosa que no ocurre con la inglesa, pese a que la domino

mejor. Mis padres son aldeanos que durante generaciones enteras jamás han hablado sino alemán y polaco.

»VISIONES: A veces desaparece por unos instantes la realidad y veo algo completamente distinto. En casa, por ejemplo, veo muchas veces a una pareja anciana con un niño, y las habitaciones tienen entonces un moblaje distinto. Cuando aún estaba en el sanatorio, hacia las cuatro de la mañana vi entrar a mi amiga: yo estaba despierta, tenía la lámpara encendida y me encontraba sentada junto a la mesa, leyendo, dado que sufro mucho de insomnio. Esta visión siempre me anuncia algo malo, cosa que también sucedió en esa ocasión.

»En 1914 mi hermano estaba en el frente, y yo no me encontraba con mis padres en B…, sino en Ch… El 22 de agosto, a las diez de la mañana, oí de pronto la voz de mi hermano, que gritaba: “¡Madre, madre!” A los diez minutos se repitieron los gritos; pero no vi *nada*. El 24 de agosto volví a casa, encontrando a mi madre muy deprimida, y al interrogarla me comunicó que mi hermano se había presentado a filas el 22 de agosto. Por la mañana, estando en el jardín, lo oyó gritar: “¡Madre, madre!” Yo la consolé y no le dije nada de mi experiencia. Tres semanas más tarde llego una carta de mi hermano, escrita el 22 de agosto entre nueve y diez de la mañana; poco después murió.

»El 27 de septiembre de 1921 recibí un mensaje en el sanatorio. Dos o tres veces oí golpear fuertemente a la cama de mi compañera de habitación. Ambas estábamos despiertas, y yo le pregunté si había golpeado; pero ella ni siquiera había oído nada. Ocho semanas después me enteré de que una de mis amigas había muerto la noche del 26 al 27.

»Ahora, algo que puede ser una ilusión sensorial; pero eso es cuestión de opiniones. Tengo una amiga que se casó con un viudo con cinco hijos; al marido sólo lo conocí por intermedio de mi amiga. Cada vez que voy a su casa veo entrar y salir de ella a una señora. Era fácil suponer que se trataba de la difunta mujer de este hombre. Una vez pedí un retrato de aquélla; pero no pude identificar a la aparición con la fotografía. Siete años más tarde vi en manos de uno de los niños una imagen con los rasgos de aquella mujer. Por consiguiente, era, en efecto, la primera esposa. En la fotografía tenía un aspecto muy mejorado, pues precisamente acababa de someterse a una dieta

de engorde y por eso no parecía en absoluto una enferma pulmonar. Éstos sólo son algunos ejemplos entre muchos otros.

»SUEÑO: *Veo una península rodeada de agua. Las olas rompen sobre la playa y refluyen violentamente. En la península hay una palmera algo torcida hacia el agua. Una mujer esta abrazada al tronco y se inclina todo lo posible sobre el agua, donde un hombre trata de alcanzar la tierra. Finalmente, la mujer se acuesta en el suelo, se aferra con la mano izquierda a la palmera y tiende cuanto puede la derecha hacia el hombre que está en el agua, pero sin alcanzarlo.*

»Con esto me caigo del lecho y me despierto. Tenía unos quince a dieciséis años cuando me di cuenta de que yo misma era esa mujer, y desde entonces no sólo he compartido la angustia de la mujer por el hombre, sino que a veces también aparezco como espectadora indiferente, contemplando la escena. También he soñado esta vivencia en varias fases. Al despertarse mi interés por el sexo masculino —entre los dieciocho y veinte años— trataba de reconocer el rostro del hombre; pero jamás pude lograrlo, pues la espuma de las olas sólo dejaba ver la nuca y la parte posterior del cráneo. Estuve comprometida dos veces; pero, según la cabeza y la forma del cuerpo, no se trataba de ninguno de mis novios. Encontrándome una vez en el sanatorio, embriagada con paraldehído, vi el rostro del hombre, que desde entonces aparece en todos los sueños. Es el del médico que me trataba en el sanatorio, y que, si bien me resulta simpático como tal, no me atrae por vínculo alguno.

»RECUERDOS: *Entre los seis y los nueve meses*: estoy en mi cuna, y a mi derecha hay dos caballos; uno de ellos, un alazán, me mira fijamente con los ojos muy abiertos. Ésta es mi vivencia más intensa; tuve la impresión de que era un ser humano.

»AL AÑO DE EDAD: Mi padre y yo estamos en el parque, donde un guardián pone en mis manos un pajarito. Sus ojos me miran, y yo siento otra vez: “He aquí un ser igual a ti misma.”

»MATANZA DE ANIMALES: Cada vez que chillaban los cerdos, yo pedía auxilio y gritaba: “¡Estáis matando a un hombre!” (A los cuatro años.) Siempre me he negado a comer carne, y la de cerdo me produce vómitos. Sólo en la guerra aprendí a comer carne, pero con gran repugnancia; ahora me estoy desacostumbrando de nuevo.

»A LOS CINCO AÑOS: Mi madre estaba para dar a luz, y yo la oía gritar; tenía la impresión de que un animal o un hombre se encontraba en el mayor peligro, igual que cuando sacrificaban a los animales.

»En cuanto a lo sexual, de niña fui completamente indiferente, y a los diez años los pecados contra la castidad aún no cabían en mi entendimiento. A los doce años comencé a menstruar. Sólo a los veintiséis años, después de haber tenido un hijo, despertó en mí la mujer, pues hasta entonces (durante medio año) siempre había tenido fuertes vómitos durante el acto sexual. También posteriormente vomitaba ante la menor contrariedad.

»Tengo una extraordinaria capacidad de observación y un oído excepcionalmente agudo, estando también muy desarrollado el sentido del olfato. Con los ojos vendados puedo identificar por su olor a personas conocidas que se encuentran entre otras desconocidas.

»No atribuyo mi sensibilidad olfatoria y auditiva a ninguna anormalidad, sino a una agudeza sensorial y a una más rápida capacidad de combinación; pero de todo esto sólo hablé con mi maestro de religión y con el doctor N…, aunque a él sólo se lo conté de mala gana, porque temía oír que todo esto, que yo misma considero virtudes, son en realidad defectos; además, en mi juventud me torné muy tímida debido a la incomprensión de los demás».

El sueño cuya interpretación nos pide la remitente no es difícil de comprender. Es un sueño típico de salvación de las aguas, es decir, un típico sueño de nacimiento. Como sabemos, el lenguaje simbólico no conoce gramática; es un caso extremo de lenguaje en infinitivo, en el que tanto la voz activa como la pasiva aparecen expresadas en una misma imagen. Si en el sueño una mujer extrae del agua a un hombre (o quiere extraerlo), eso puede significar que ella quiere ser su madre (acepta al hombre como hijo, igual que la princesa egipcia a Moisés), o bien que quiere ser madre por su intermedio, es decir, tener un hijo con él, hijo que, siendo su imagen carnal, le es equiparado. El tronco al cual se abraza la mujer puede ser interpretado fácilmente como símbolo fálico, por más que no se encuentre erecto, sino inclinado hacia el agua (en el sueño dice «torcido»). Las olas que avanzan y se retiran inspiraron una vez a otra mujer, que produjo un sueño muy semejante, la asociación con los dolores intermitentes del parto; cuando le

pregunté cómo conocía este carácter del trabajo obstétrico no habiendo tenido hijos, me dijo que se imaginaba los dolores como una especie de cólicos, concepción que es fisiológicamente exacta. Asoció a ello «Las olas del mar y las del amor». Naturalmente, no atino a decidir de dónde pudo haber sacado nuestra soñante en años tan precoces la minuciosa elaboración del símbolo (península, palmera). Por otra parte, no olvidemos que cuando alguien afirma ser perseguido desde hace años por idéntico sueño, muchas veces resulta que no es manifiestamente el mismo sueño. Sólo es el mismo núcleo el que reaparece; pero los detalles del contenido han sido modificados o se han agregado algunos nuevos.

Al final de este sueño, evidentemente angustioso, la soñante se cae de la cama. He aquí una nueva representación del parto. Los análisis de las fobias a las alturas, del temor al impulso de precipitarse por la ventana, llevan, sin duda alguna, a idéntica interpretación.

Pero ¿quién es el hombre con el que la soñante desea tener un hijo o de cuyo símil desearía ser la madre? Muchas veces se esforzó por ver sus facciones, pero el sueño no se lo permitió: el hombre había de quedar incógnito. Innumerables análisis nos han enseñado el significado de este ocultamiento, y nuestra deducción por analogía es confirmada por otro dato que nos suministra la protagonista. En una embriaguez aldehídica reconoció el rostro del hombre aparecido en el sueño, identificándolo con el del médico que la atendía y que nada significaba para su afectividad consciente. De modo que el personaje original jamás se manifestó; pero su representación en la «transferencia» permite deducir que siempre se trataba del padre. ¡Cuán acertado estuvo Ferenczi cuando señaló los «sueños de los incautos» como los más preciosos documentos para confirmar nuestras hipótesis analíticas! Nuestra soñante es la mayor de doce hijos. ¡Cuántas veces hubo de sufrir celos y decepciones por no ser ella, sino la madre, quien tenía el anhelado hijo del padre!

Con muy buen tino, nuestra soñante comprendió que sus primeros recuerdos infantiles serían los más útiles para interpretar su precoz y reiterado sueño. En la primera escena, anterior al año de edad, está sentada en su cuna, y junto a ella hay dos caballos, uno de los cuales la mira fijamente, con los ojos muy abiertos. Considera ésta como su vivencia más fuerte, teniendo la

impresión de que se trataba de un ser humano. Pero nosotros sólo podremos compartir esta impresión aceptando que en este caso como en tantos otros los dos caballos representan a la pareja parental, es decir, al padre y a la madre. Este recuerdo sería entonces algo así como un destello del totemismo infantil. Si tuviéramos ocasión de conversar con nuestra corresponsal, le preguntaríamos si por el color no reconoce al padre en el alazán que la mira tan humanamente. El segundo recuerdo está asociativamente vinculado al primero por idéntica «mirada comprensiva»; pero el acto de tomar un pajarillo en la mano significa para el analista —perdidamente dominado por sus prejuicios, como está— otro rasgo del sueño que coloca la mano de la mujer en relación con un nuevo símbolo fálico.

Los dos recuerdos siguientes forman un conjunto y ofrecen dificultades aún menores a la interpretación. Los gritos de la madre durante el parto le recuerdan directamente los chillidos de los cerdos al matarlos y la precipitan en idéntico arrebato de compasión. Pero nosotros también suponemos que aquí se denota una intensa reacción contra un maligno deseo de muerte dirigido hacia la madre.

Con estas alusiones al cariño por el padre, al contacto genital con éste y a los deseos homicidas contra la madre, queda completado el esquema del complejo edípico femenino. La ingenuidad sexual largo tiempo mantenida y la frigidez posterior concuerdan con estas premisas. Virtualmente —y en ciertas épocas también efectivamente—, nuestra corresponsal llegó a convertirse en una histérica. Felizmente, las fuerzas de la vida la arrastraron consigo y le permitieron alcanzar la sensibilidad sexual femenina, la felicidad maternal y múltiples capacidades productivas; pero una parte de su libido aún se mantiene adherida a los puntos infantiles de fijación; sigue soñando aquel sueño que la precipita de la cama y que la castiga con «lesiones bastante considerables» por su incestuosa elección de objeto.

Nuestra corresponsal pretendía que la información epistolar suministrada por un médico desconocido lograra lo que no consiguieron las más poderosas vivencias; probablemente, un análisis completo habría alcanzado tal fin en un tiempo más o menos prolongado. Dadas las circunstancias, hube de conformarme con escribir a esta mujer que estaba convencido de que ella sufría las consecuencias de una fuerte vinculación afectiva al padre y de la

correspondiente identificación con la madre, manifestando mis dudas acerca de que esta aclaración le produjera algún beneficio. Por lo general, las curaciones espontáneas de las neurosis dejan cicatrices que de tiempo en tiempo se tornan dolorosas. Nosotros ya estamos muy orgullosos de nuestro arte cuando el psiconanálisis nos permite lograr una cura, pero tampoco con ella conseguimos evitar siempre que el resultado consista en la formación de una cicatriz dolorosa.

La breve serie de recuerdos comunicados por nuestra corresponsal aún ha de ocuparnos algo más. Una vez afirmé que tales escenas infantiles son «recuerdos encubridores», escogidos, vinculados y, al mismo tiempo, muchas veces falseados en una época posterior a la de su ocurrencia. Muchas veces se puede adivinar la tendencia a cuyo servicio se produce esta elaboración posterior. En nuestro caso casi es posible oír al *yo* de la mujer que trata de alabarse o de calmarse mediante esta serie de recuerdos: «Desde muy pequeña fui una criatura particularmente noble y compasiva. Muy temprano reconocí que los animales tienen alma, como nosotros, y no soporté la crueldad frente a ellos. Los pecados de la carne fueron ajenos para mí y conservé mi virginidad hasta años muy tardíos». Con esta declaración nuestra corresponsal contradice en voz alta las hipótesis sobre su primera infancia que nuestra experiencia analítica nos lleva a establecer: que aquélla estuvo colmada de impulsos sexuales prematuros y de violentas tendencias agresivas contra la madre y contra los hermanos menores. (El pajarillo, además de la significación genital que le adjudicamos, también puede ser el símbolo de un niño pequeño, como todos los animales pequeños en general; por otra parte, el recuerdo subraya enfáticamente la equiparación de este pequeño ser con ella misma.) De tal manera, esta breve serie de recuerdos constituye un hermoso ejemplo de una formación psíquica en dos planos. Considerada superficialmente, expresa un pensamiento abstracto, que en este caso, como por lo común, tiene contenido ético, es decir, según la denominación de H. Si Iberer, es de tema *anagógico*. Observándola más profundamente, se nos presenta como una cadena de hechos procedentes de la vida instintiva reprimida, manifestando su contenido *psicoanalítico*. Como se sabe, Silberer, que fue uno de los primeros en conminarnos a no olvidar la parte más noble del alma humana, sustentó la afirmación de que todos los sueños, o la

mayoría de ellos, aceptan semejante interpretación doble: una, más pura, anagógica, además de la común, psicoanalítica. Mas, desgraciadamente, no sucede así; por el contrario, en muy raros casos se puede llegar a tal sobreinterpretación; además, que yo sepa, hasta ahora no ha sido publicado ningún ejemplo útil de semejante análisis onírico con doble sentido. En cambio, en las series asociativas que nuestros pacientes expresan en el tratamiento analítico pueden efectuarse con relativa frecuencia tales observaciones. Las ocurrencias sucesivas se vinculan, por un lado, a través de una asociación bien clara que transcurre por todas ellas; pero, por el otro, nos llevan a un tema más profundo, secreto, que participa simultáneamente en todas estas asociaciones. La contradicción entre ambos temas que dominan una misma serie asociativa no es siempre la de lo excelso —anagógico— con lo mezquino —analítico—, sino más bien la de lo *escandaloso* y lo *decente* o indiferente, contradicción que nos permitirá comprender con mayor facilidad el motivo por el cual aparece tal serie asociativa con doble determinación. Desde luego, en nuestro ejemplo no es por casualidad que la anagogía y la interpretación psicoanalítica aparezcan en contradicción tan violenta; ambas se refieren a un mismo material, y la tendencia más reciente es precisamente la que corresponde a las formas reactivas, erigidas contra los impulsos instintuales repudiados.

Pero ¿por qué habríamos de buscar una interpretación psicoanalítica, en lugar de conformarnos con la anagógica, más inmediata? Esto se debe a muchas causas: a la existencia de la neurosis en general, a las explicaciones que ésta exige, al hecho de que la virtud no torna a los hombres tan felices y fuertes como cabría esperar, cual si aún estuviera demasiado cargada con el peso de su origen —tampoco nuestra soñante ha sido recompensada adecuadamente por su virtud—; por fin, hay muchos otros motivos para nuestra actitud, que no será necesario repetir aquí.

Pero hasta ahora hemos dejado completamente a un lado a la telepatía, segunda determinante de nuestro interés por este caso. Es hora de que volvamos a ella. En cierto sentido, este caso nos ofrece menos dificultades que el del señor H… En una persona que con tal facilidad, y ya en la más temprana juventud, escapa a la realidad para precipitarse en el mundo de la fantasía, es excesivamente poderosa la tentación de vincular las experiencias

telepáticas y las «visiones» con la neurosis, atribuyendo aquéllas a ésta, aunque tampoco aquí hemos de adjudicar valor decisivo a nuestra interpretación. Tan sólo sustituimos lo desconocido e incomprensible por hipótesis comprensibles.

El 22 de agosto de 1914, a las diez de la mañana, a nuestra corresponsal le llega la percepción telepática de que su hermano, a la sazón en el frente, exclama: «¡Madre, madre!» El fenómeno es puramente acústico; se repite poco después, pero no lo acompaña ninguna visión. Dos días más tarde se encuentra con su madre y la ve muy preocupada porque el hermano se le ha anunciado con la exclamación repetida: «¡Madre, madre!» Inmediatamente recuerda idéntico mensaje telepático, recibido al mismo tiempo que la madre, y en efecto, luego de algunas semanas comprueba que el joven guerrero murió aquel día, a la hora mencionada.

No es posible demostrar —pero tampoco se puede negar— que el proceso haya sido el siguiente: Cierto día la madre le comunica que su hijo se le ha anunciado telepáticamente. Inmediatamente aparece en ella la convicción de que, al mismo tiempo, tuvo idéntica experiencia. Semejantes ilusiones mnemónicas aparecen con una intensidad obsesiva que emana de fuentes reales, pero convierten una realidad psíquica en una realidad material. La fuerza de la ilusión mnemónica se debe a que expresa adecuadamente la tendencia de la hermana a identificarse con la madre. «Tú te preocupas por el muchacho, pero en realidad es hijo mío, de modo que en su exclamación se dirigió a mí; soy yo quien ha recibido aquel mensaje telepático». Naturalmente, la hermana rechazaría enérgicamente nuestra tentativa de explicación y se aferraría a su fe en la propia vivencia. Pero es que no puede hacer otra cosa; debe creer en la realidad del hecho patológico mientras le sea desconocida la realidad de sus motivos inconscientes. La fuerza y la inconmovibilidad de todo delirio se deben a su derivación de una realidad psíquica inconsciente. Sólo quiero mencionar que aquí no hemos de explicar la vivencia de la madre ni su carácter objetivo.

Pero el hermano fallecido no es tan sólo el hijo imaginario de nuestra corresponsal, sino que también representa a un rival, odiado ya en el momento de su nacimiento. La mayoría de las visiones telepáticas se refieren a la muerte y a las posibilidades de muerte; a nuestros pacientes que nos

informan sobre la frecuencia y la certeza de sus presunciones funestas, les podemos demostrar con idéntica seguridad que albergan particularmente intensos deseos inconscientes de muerte contra sus allegados y que por ello los contienen desde hace mucho tiempo. El paciente cuya historia presenté el año 1909 en el *Análisis de un caso de neurosis obsesiva*[2082] era un ejemplo de éstos; sus parientes le solían llamar «cuervo»; pero cuando este hombre amable e ingenioso —muerto, entre tanto, en la guerra— entró en camino de mejoría, él mismo me facilitó la aclaración de sus tramoyas psicológicas. La comunicación contenida en la carta de nuestro primer corresponsal, de cómo él y sus tres hermanos recibieron la noticia de que había muerto el menor, como si fuera algo conocido desde hacía mucho tiempo, tampoco parece exigir otra explicación. Los hermanos mayores seguramente nutrieron todos la misma convicción de lo superfluo que era para ellos éste más joven de los vástagos.

He aquí otra «aparición» de nuestra soñante, que quizá nos sea más fácil comprender mediante la interpretación analítica. Las amigas tuvieron, evidentemente, gran importancia en su vida afectiva. La muerte de una de ellas se le anunció hace poco, en el sanatorio, por golpes nocturnos en la cama de una compañera de habitación. Otra de sus amigas se había casado hacía muchos años con un viudo que tenía varios (cinco) hijos. En casa de aquélla vio regularmente la figura de una mujer que, según hubo de presumir, era la primera esposa fallecida, cosa que al principio no pudo confirmar y de la que sólo al cabo de siete años logró convencerse, al hallar una nueva fotografía de la difunta. Esta alucinación visual y el presagio de la muerte del hermano denotan idéntica dependencia íntima de los complejos familiares que ya conocemos en nuestra corresponsal. Al identificarse con su amiga, pudo satisfacer sus deseos en la persona de ésta, pues todas las hijas mayores de familias muy numerosas producen inconscientemente la fantasía de que al morir la madre podrán convertirse en segunda mujer del padre. Cuando la madre cae enferma o muere, la hija mayor pasa a ser su reemplazante natural frente a los demás hermanos y también puede asumir ante el padre una parte de las funciones de mujer. Lo que falta en esta situación es completado por el deseo inconsciente.

He aquí casi todo lo que me propuse comunicar. Aún podría agregar la

observación de que los casos de fenómenos o mensajes telepáticos, aquí comentados, se vinculan claramente con estímulos correspondientes al terreno del complejo de Edipo. Esto puede resultar sorprendente pero no quisiera considerarlo como un gran descubrimiento. Prefiero volver al resultado que obtuvimos al investigar el sueño de nuestro primer caso. La telepatía nada tiene que ver con la esencia del sueño, ni puede contribuir a profundizar nuestra comprensión analítica del mismo. Por el contrario, es el psicoanálisis quien puede fomentar el estudio de la telepatía, aproximándonos, con ayuda de sus interpretaciones, al entendimiento de muchos elementos incomprensibles que presentan los fenómenos telepáticos, o demostrando que otros fenómenos, aún dudosos, son, en efecto, de índole telepática.

De la vinculación entre la telepatía y el sueño, tan íntima en apariencia, sólo queda la innegable facilitación de la primera por el estado del reposo, aunque éste no sea una condición ineludible para que se den los procesos telepáticos, ya consistan éstos en mensajes o en producciones inconscientes. Si aún no lo supiéramos, bastaría para demostrárnoslo el ejemplo de nuestro segundo caso, en el cual el hermano se anuncia entre las nueve y las diez de la mañana. Sin embargo, debemos reconocer que no se puede dudar de las observaciones telepáticas simplemente porque el suceso y su presentimiento (o el mensaje que lo anuncia) no haya sucedido en el mismo momento astronómico. Es fácilmente aceptable que el mensaje telepático sea recibido en el instante en que ocurre el suceso provocador, siendo percibido por la consciencia al dormir en la noche siguiente, o aun durante la vigilia, pero tan sólo al cabo de cierto tiempo, durante una pausa de la actividad psíquica. Por otra parte, aceptamos también que la formación onírica puede comenzar antes de iniciarse el reposo, pues las ideas oníricas latentes bien pueden haber sido preparadas durante todo el día, hasta que por la noche entran en conexión con el deseo inconsciente que las convierte en un sueño. Pero si el fenómeno telepático no es más que una producción del inconsciente, entonces no nos encontramos ante nada nuevo. En tal caso sería natural e imprescindible aplicar a la telepatía las leyes de la actividad psíquica inconsciente.

¿Por ventura habré despertado la impresión de que quiero tomar partido a favor del carácter real de la telepatía en el sentido ocultista? Mucho

lamentaría si realmente fuese tan difícil evitar semejante impresión, pues en realidad quise ser completamente imparcial. Por lo que a mí me toca, mal podría ser otra mi actitud, pues no tengo derecho a emitir juicio, ya que nada sé al respecto.

CXIX

PSICOANÁLISIS Y TELEPATÍA[2083]

1921 [1941]

INTRODUCCIÓN

NUESTRO destino no parece querer depararnos la felicidad de laborar calmosamente en la ampliación de nuestra ciencia. Apenas acabamos de rechazar victoriosamente dos ataques: el uno, que hace poco pretendió negar cuanto hemos logrado traer a luz, y que en lugar de todo contenido, nos quiso dejar sólo el tema de la repudiación; el otro, que trató de convencernos de que confundimos la naturaleza de ese contenido y que haríamos bien en trocarlo por otro[2084]. Apenas, pues, nos sentimos seguros ante estos enemigos, cuando se alza ya ante nosotros un nuevo peligro: esta vez algo grandioso, algo elemental, que no sólo nos amenaza a nosotros, sino más aún quizá a nuestros propios adversarios.

Parecería que ya no es posible recusar el estudio de los fenómenos denominados «ocultos», de esos temas que, según se pretende, demostrarían la existencia real de poderes psíquicos ajenos al alma humana y animal conocida por nosotros, o que revelarían en esa alma facultades hasta ahora insospechadas. La inclinación hacia dichos estudios parece ser irresistible; en estas breves vacaciones que acaban de transcurrir he tenido tres veces la ocasión de rehusar mi colaboración en publicaciones dedicadas a tales

estudios, que acababan de fundarse. También creemos comprender de dónde deriva esta corriente su pujanza. Ella es una de las expresiones de la desvalorización que, después de la catástrofe universal de la Gran Guerra, ha afectado todo lo establecido; es una parte del tanteo hacia esa magna conmoción a la cual nos encaminamos, pero cuya envergadura todavía no alcanzamos a adivinar; es, por cierto, también un intento de compensación para recuperar en otro terreno —ultra-terreno— todo el encanto que ha perdido la existencia en esta tierra. Aun es posible que muchos progresos de las ciencias exactas hayan favorecido tal evolución. El descubrimiento del «radium» confundió, no menos que amplió, las posibilidades de explicación del mundo físico, y las nociones recién conquistadas de la denominada teoría de la relatividad han tenido en muchos de sus incomprensivos admiradores el efecto de socavar su confianza en la verosimilitud objetiva de la ciencia. Como se recordará, el propio Einstein tuvo ocasión de protestar contra semejante tergiversación.

No es obvio ni necesario que el fortalecimiento del interés por el ocultismo represente un peligro para el psicoanálisis. Cabría suponer, por el contrario, una simpatía mutua entre ambos. En efecto, el uno como el otro han sufrido el mismo trato despectivo e impertinente por parte de la ciencia oficial. El psicoanálisis es aún hoy sospechado de místico, y su noción del inconsciente es incluida en «aquellas cosas entre el cielo y la tierra», de las cuales la sabiduría académica no quiere ni siquiera soñar. Las frecuentes invitaciones a colaborar que nos dirigen los ocultistas demuestran su intención de considerarnos como casi pertenecientes a ellos y de contar con nuestro apoyo contra la autoridad de la ciencia exacta. Por otra parte, el psicoanálisis no tiene ningún interés en sacrificarse defendiendo a esta autoridad, pues él mismo se halla en oposición contra todo lo convencionalmente limitado, establecido, universalmente aceptado. No sería, por cierto, la primera vez que prestara su auxilio a las oscuras pero inextinguibles intuiciones del pueblo, contra la presuntuosa sabiduría de las esferas cultas. Por tanto, la alianza y la colaboración entre analistas y ocultistas parecería ser tan natural como promisoria.

Una consideración más detenida, sin embargo, ya nos revela ciertas dificultades. La inmensa mayoría de los ocultistas no son impulsados por el

afán de conocimiento ni por la vergüenza de que la ciencia haya rehusado durante tanto tiempo tomar en cuenta problemas innegables, ni tampoco por la íntima necesidad de someterle nuevos campos fenoménicos. Son más bien seres, ya convencidos, que buscan confirmaciones, que quieren hallar una justificación para profesar abiertamente su creencia. Esta creencia, empero, que primero quieren demostrar, para luego imponerla a los demás, es el mismo viejo credo religioso que la ciencia obligó a replegarse en el curso de la evolución humana, o bien una creencia nueva que se halla aún más próxima a las convicciones superadas del hombre primitivo. Los analistas, en cambio, no pueden renegar de su descendencia del cientificismo exacto ni de su solidaridad con quienes lo representan. Desconfiados al extremo contra el poderío de los humanos impulsos desiderativos, están dispuestos, contra las tentaciones del principio del placer, a sacrificarlo todo para conquistar un trocito de seguridad objetiva: el brillo inmaculado de una teoría sin lagunas, la consciencia exaltada de poseer una mundovisión final y acabada, la calma anímica que se alcanza al disponer de las más amplias motivaciones para una acción adecuada y ética. En lugar de todo esto, se conforman con trozos fragmentarios del conocimiento y con premisas básicas vagas y susceptibles de cualquier adaptación. En vez de atisbar el momento que les permita sustraerse al dominio de las leyes físicas y químicas conocidas, anhelan, esperanzados, que surjan leyes naturales más amplias y más profundas, a las cuales están prestos a someterse. En el fondo, los analistas son incorregibles mecanicistas y materialistas, aun cuando rehúsen negar a lo anímico y a lo psíquico aquellas de sus cualidades que aún no han sido reconocidas. Además, sólo abordan el estudio de los temas ocultos, porque así esperan poder desterrar definitivamente las humanas formaciones desiderativas de la realidad material.

Teniendo en cuenta tan dispares actitudes mentales, la colaboración entre analistas y ocultistas ofrece pocas perspectivas de ser fructífera. El analista tiene su propio campo de labor, que no debe abandonar: lo inconsciente en la vida psíquica. Si en su trabajo pretendiera estar atento a los fenómenos ocultos, correría peligro de pasar por alto cuanto le es más familiar. Perdería así la neutralidad, la imparcialidad, la carencia de prejuicios, que constituyen elementos esenciales de sus defensas y sus dotes analíticas. Si los fenómenos

ocultos se le presentasen con la misma insistencia que los demás, nada haría para eludirlo, como tampoco elude éstos. He aquí el único propósito compatible con la actividad del psicoanalista.

Contra uno de los peligros, el subjetivo, el de que su interés se agote en los fenómenos ocultos, el analista puede protegerse mediante la autodisciplina. Muy distinta es la situación frente al peligro objetivo. Difícilmente puede dudarse de que la dedicación a los fenómenos ocultos no tardará en confirmar a muchos analistas la realidad de aquéllos; cabe aceptar, en cambio, que pasará mucho tiempo antes de que se alcance una teoría aceptable de estos nuevos hechos. Mas quienes nos escuchan ávidamente no han de esperar tanto. Ya ante el primer asomo de confirmación, los ocultistas proclamarán victoriosa su causa, extenderán su fe, de una sola afirmación, a todas las restantes; de los meros fenómenos, a aquellas explicaciones que les son más gratas y más satisfactorias. En efecto, para ellos los métodos de la investigación científica sólo han de servir de peldaños para sobreponerse a la ciencia. ¡Ay de nosotros si llegan a subir tan alto! Ningún escepticismo de quienes los rodeen y los escuchen podrá inducirlos a la reflexión; ningún argumento de la mayoría podrá detenerlos. Serán recibidos como libertadores del molesto dominio del pensamiento, y cuanta credulidad se halla al acecho desde los días infantiles de la humanidad y desde los años infantiles del individuo, se precipitará alborozada a su encuentro. Será inminente entonces un terrible descalabro del pensamiento crítico, de las exigencias deterministas y de la ciencia mecanicista. ¿Acaso la técnica, con su inexorable aferramiento a las magnitudes de la fuerza, la masa y la cualidad de la materia, podrá entonces contenerlos?

Sería vano esperar que precisamente la labor analítica, por concernir al misterioso inconsciente, haya de escapar a tal derrumbamiento de los valores.

Una vez que los espíritus tan familiares a los seres humanos nos ofrezcan las explicaciones últimas, ya no podrá restar interés alguno para la ardua y laboriosa penetración de la investigación analítica en los poderes psíquicos aún ignotos. También los caminos de la técnica analítica serán abandonados en cuanto apunte la perspectiva de ponerse, mediante maniobras ocultas, en comunicación inmediata con los espíritus activos, tal como se suelen abandonar los hábitos del trabajo laborioso en cuanto asoma la esperanza de

enriquecerse de golpe mediante una especulación afortunada. En esta guerra hemos oído hablar de personas que se encontraban situadas entre dos naciones enemigas, perteneciendo a la una por nacimiento y a la otra por elección y domicilio; su destino fue siempre el de ser tratados como enemigos por la una, y luego, una vez felizmente escapados, el de sufrir idéntico tratamiento de la otra. Tal podría ser, fácilmente, también el destino del psicoanálisis.

No obstante, es preciso soportar los azares, cualesquiera que ellos sean. De una u otra manera, también el psicoanálisis habrá de conformarse a su destino. Retornemos, empero, al presente, a nuestra tarea más inmediata. En el curso de los últimos años he hecho algunas observaciones que no quisiera seguir reservándome, por lo menos en el círculo de mis adeptos más próximos. La repugnancia a embanderarme en una corriente que domina la época, la preocupación por sustraer el interés al análisis y la absoluta falta de un discreto disfraz son las circunstancias que, de consuno, impiden dar a mi comunicación una más amplia divulgación. Reivindico para mi material dos ventajas raramente halladas. En primer lugar, está libre de las reservas y de las dudas que aquejan a la mayoría de las observaciones de los ocultistas; en segundo lugar, su valor demostrativo sólo se pone en juego una vez efectuada su elaboración analítica. Con todo, se trata únicamente de dos casos que poseen un carácter común; un tercer caso es de diferente especie y susceptible de distinto enjuiciamiento, por lo cual lo agrego sólo a manera de apéndice. Los dos casos que a continuación explayaré se refieren a sucedidos de idéntica calidad: ambos son profecías de agoreros profesionales que *no* se cumplieron. Sin embargo, causaron extraordinaria impresión a las personas que las recibieron, de modo que lo esencial en ellas no puede ser su relación con el futuro. Me será bien venido en grado sumo cualquier aporte a su explicación y cualquier reserva ante su valor demostrativo. Mi actitud personal frente a este tema sigue siendo renitente, ambivalente.

I

Algunos años antes de la guerra acudió a psicoanalizarse conmigo un joven alemán, quejándose de su incapacidad de trabajo, de haber olvidado toda su vida anterior, de haber perdido todo interés[2085]. Era estudiante aventajado de Filosofía en Munich; se hallaba ante sus exámenes finales, y, por lo demás, era el hijo de un financiero muy culto, astuto, infantilmente travieso, que, como más tarde se demostró, había llegado a elaborar felizmente un enorme erotismo anal. Al preguntarle si realmente no tenía memoria de ningún suceso de su vida o de nada perteneciente al círculo de sus intereses, me expuso el plan de una novela bosquejada por él, que se desarrollaba en Egipto en la época de Amenofis IV y en la cual tenía gran importancia cierto anillo. Iniciamos el análisis partiendo de esa novela; el anillo demostró ser el símbolo del matrimonio, y desde allí pudimos remozar todos sus recuerdos e intereses. Resultó que su descalabro psíquico era la consecuencia de un gran esfuerzo de superación. Tenía una sola hermana, algunos años menor que él, de la cual estaba enamorado con pasión y sin disimulo alguno. «¿Por qué no podríamos casarnos?», se habían dicho a menudo. Sin embargo, sus demostraciones de amor nunca habían trascendido de lo lícito entre hermanos.

De esa hermana habíase enamorado ahora un joven ingeniero, que fue correspondido, pero no halló favor ante los severos padres. En su zozobra, la pareja de enamorados acudió al hermano en demanda de auxilio. Éste se solidarizó con los amantes, ofició de intermediario en su correspondencia, les facilitó los encuentros cuando, durante sus vacaciones, se encontraba en casa, e influyó por fin sobre los padres hasta que éstos dieron su beneplácito al compromiso y al casamiento. Durante la época del noviazgo sucedió en cierta ocasión algo muy sospechoso. El hermano emprendió con su futuro cuñado una excursión a la Zugspitze, en cuyo curso actuó como guía; pero ambos se perdieron en la montaña, corrieron peligro de despeñarse y se salvaron sólo a duras penas. Mi paciente no me contradijo mucho cuando le interpreté esa aventura como un intento de homicidio con suicidio. Pocos meses después de casarse la hermana, el joven comenzó su análisis conmigo.

Lo dejó, con plena capacidad de trabajo, al cabo de seis a nueve meses, para rendir sus exámenes y presentar su tesis; volvió un año más tarde, siendo ya doctor en Filosofía, a fin de continuar el análisis, porque, como decía, para

él, como filósofo, el psicoanálisis tendría un interés que trascendía el resultado terapéutico. Recuerdo que reinició el tratamiento en octubre; pocas semanas después me contó la siguiente experiencia:

En Munich vive una adivina que goza de gran fama, al punto de que hasta los principes de la casa de Baviera suelen acudir a ella cuándo se proponen emprender algo importante. Lo único que aquélla exige es que se le indique una fecha cualquiera. (Olvidé preguntar a mi paciente si ésta también debe incluir el año.) Se supone que la fecha corresponde al natalicio de una persona determinada, pero la pitonisa no pregunta a qué persona se refiere. Provista de esta fecha, hojea unos libros de astrología, hace largos cálculos y emite por fin una profecía referente a esa persona. En marzo último mi paciente se dejó convencer de visitar a la adivina y le presentó la fecha de nacimiento de su cuñado, sin mencionar, naturalmente, el nombre de éste y sin traducir que pensaba en él. De acuerdo con el oráculo, «esa persona moriría en junio o agosto próximo de una intoxicación con cangrejos o con ostras». Después de haberme contado esto mi paciente agregó: «¡Y eso era extraordinario!»,

Yo no atiné a comprenderlo, y le contradije enfáticamente: «Pero ¿qué hay de extraordinario en eso? Hace ya una semana que usted se visita conmigo; si su cuñado realmente hubiese muerto ya lo habría contado aquí; por tanto, vive aún. La profecía fue formulada en marzo, para cumplirse a mediados del año; ahora estamos en noviembre. Por consiguiente, no se ha cumplido. ¿Qué encuentra usted de admirable en eso?»

A lo cual me respondió mi paciente: «Es cierto que no se realizó; pero lo curioso es que mi cuñado realmente gusta mucho de cangrejos, ostras y otros mariscos, y, en efecto, había sufrido en el mes de agosto anterior una intoxicación por cangrejos, de la cual estuvo a punto de morir». Nada más se habló al respecto.

Me propongo ahora considerar este caso con ustedes.

Creo en la veracidad de lo narrado; mi paciente es una persona que merece ser tomada en serio y que actualmente es profesor de Filosofía en K. No conozco ninguna razón que pudiese haberlo inducido a engañarme. La narración tenía un simple carácter episódico, no obedecía a ninguna tendencia, nada más se agregó a ella ni dio lugar a ninguna conclusión. El

paciente no se proponía convencerme de la existencia de los fenómenos psíquicos ocultos, al punto que tengo la impresión de que ni siquiera apreciaba con claridad el significado de su experiencia. Yo mismo quedé tan extrañado y aun molesto, que renuncié a la utilización analítica de su comunicación.

También en otro sentido debemos aceptar como irreprochable la referida observación. No cabe duda de que la adivina no conocía a quien la consultaba. Reflexionemos por un momento en el grado de intimidad necesario para reconocer determinada fecha, como el natalicio del cuñado, de un conocido nuestro. Por otra parte, todos estarán, sin duda, de acuerdo conmigo en negar tenazmente que mediante fórmulas o con tablas cualesquiera pueda deducirse de la fecha natal un futuro tan preciso y detallado como el de sufrir una intoxicación por cangrejos. Tengamos en cuenta cuán grande número de personas nacen en un mismo día. ¿Podremos entonces considerar posible que la similitud de los azares fundados en la comunidad de fechas natales alcance a detalles tan precisos? Por consiguiente, me atrevo a negar toda consideración a dichos cálculos astrológicos, y aceptaré que la adivina, en vez de éstos, podría haber cumplido cualquier otra ceremonia, sin afectar en lo mínimo el resultado de la consulta. Además, creo que no cabe aceptar la menor intención de engaño en la adivina o, como mejor sería llamarla, en la *médium*.

Si admitimos el carácter real y veraz de dicha observación, se nos presenta la necesidad de poder explicarla. Adviértese a primera vista algo que rige para la mayoría de estos fenómenos: su explicación, partiendo de premisas ocultistas, posee una rara suficiencia e integridad, agota totalmente el asunto a explicar, y sólo adolece de que, en sí misma, sea tan absolutamente insatisfactoria. La adivina no podía tener conocimiento de la intoxicación por cangrejos ya sufrida por un sujeto nacido en determinada fecha ni pudo tampoco haberlo adquirido de sus tablas o de sus cálculos. En cambio, dicho conocimiento se encontraba en el consultante. Todo este sucedido se explica íntegramente si aceptamos que el conocimiento se transfirió de él a ella, a la pretendida profetisa, por un camino desconocido que excluye las formas de comunicación habituales y familiares. Ello significa que deberíamos admitir la transmisión del pensamiento. A las

maniobras astrológicas de la adivina corresponderíales entonces la función de una actividad que distrae sus propias fuerzas psíquicas, que las ocupa en forma innocua, de modo que pueda tomarse receptiva y permeable para los pensamientos ajenos que influyen sobre ella, o sea para que pueda convertirse en un *médium* cabal. En el chiste, por ejemplo, hallamos procedimientos similares cuando se trata de asegurar a un proceso psíquico un decurso más automático.

Con todo, la aplicación del psicoanálisis a este caso nos ha de rendir aún algo más y contribuirá a realzar su importancia. Nos enseña, en efecto, que no es una parte arbitraria de un conocimiento cualquiera el que por la vía de la inducción se ha comunicado a una segunda persona, sino que se trata de un deseo extraordinariamente poderoso de una persona que guardaba con la consciencia de ésta una relación peculiar, el cual pudo alcanzar, con ayuda de una segunda persona, expresión consciente bajo un tenue disfraz, a semejanza de la manera en que el extremo invisible del espectro lumínico se manifiesta sensorialmente en la placa fotosensible, como una prolongación coloreada del espectro visible. Creemos poder reconstruir el curso de ideas que nuestro joven tuvo después de la enfermedad y el restablecimiento del cuñado aborrecido como rival. «Bueno, esta vez ha salido con vida; pero no por ello renuncia a su peligroso amorío con mi hermana, y *espero* que la próxima vez muera por eso». Este «espero» es el que se ha convertido en la profecía. Como símil de este caso podría exponer el sueño de otra persona cuyo material consiste en una profecía, demostrando el análisis del mismo que el contenido de dicha profecía coincide con el de una realización de deseos[2086].

No me es posible simplificar la precedente explicación, agregando que cabe considerar como inconsciente y reprimido el deseo homicida de mi paciente contra su cuñado, pues durante el tratamiento del año anterior se había tornado consciente, desapareciendo las consecuencias de su represión. No obstante, seguía subsistiendo; ya no con carácter patógeno, pero si con suficiente intensidad. Bien podríamos calificarlo, pues, de deseo «contenido».

II

En la ciudad de F. vive una niña, la mayor de cinco hermanas, sin que haya ningún varón en la familia. Diez años la separan de la menor; en cierta ocasión, siendo ésta todavía un bebé, la deja caer de sus brazos; más tarde insiste en llamarla «su nena». La hermana que le sigue en edad no podría ser más coetánea, pues ambas nacieron en el mismo año. La madre, mayor que el padre, es una mujer poco amable; el padre no sólo es más joven, sino que también se dedica mucho a las pequeñas, quienes lo admiran por sus habilidades manuales. Desgraciadamente, nada tiene de admirable por lo demás, pues como comerciante fracasado que es, no logra mantener a la familia sino con la ayuda de sus parientes. La hija mayor no tarda en convertirse en confidente de todas las preocupaciones emergentes de su incapacidad económica.

Una vez superado su carácter infantil rígido, tozudo y apasionado, se convierte la niña en un verdadero espejo de virtudes, aunándose en ella un elevado sentido moral con una inteligencia estrechamente limitada. Llega a ser maestra normal y es muy respetada por sus colegas. Los tímidos homenajes de un joven pariente que es su maestro de música no le hacen mella; ningún otro hombre ha podido despertar hasta entonces su interés.

Cierto día aparece un pariente de la madre, mucho mayor que nuestra joven, pero como ella misma cuenta sólo diecinueve años, aquél es todavía un hombre joven. Es extranjero; vive en Rusia como director de una gran empresa comercial, y ha llegado a adquirir gran fortuna, al punto que sólo una guerra mundial y la caída del más grande despotismo llegarán a empobrecerlo. Se enamora al punto de su joven y severa prima, y quiere convertirla en su esposa. Los padres no tratan de convencerla, pero ella comprende muy bien sus deseos. Tras todos sus ideales éticos vislumbra el cumplimiento de la fantasía desiderativa de ayudar al padre y salvarlo de su miseria. Calcula que el pretendiente lo apoyará financieramente mientras siga con sus negocios, lo jubilará cuando se retire, proveerá a las hermanas de dote y ajuar para que puedan casarse a su vez. Así, se enamora de él, se casa al poco tiempo y lo sigue a Rusia.

Salvo algunos pequeños sucesos apenas comprensibles, que sólo

retrospectivamente adquirirán significado, todo marcha a las mil maravillas en este matrimonio. La joven se convierte en una esposa tierna y amante, sensualmente satisfecha, que encarna a la providencia para su propia familia. Sólo algo le falta: no llega a tener hijos. Cuenta ahora veintisiete años, hace ya ocho que está casada, reside en Alemania, y después de superar todos sus escrúpulos, ha consultado allí a un ginecólogo, Este, con la habitual ligereza del especialista, le promete el éxito siempre que se someta a una pequeña operación. Ella se muestra dispuesta, y la noche anterior a la fecha fijada para efectuarla se lo comunica al marido. Es la hora del crepúsculo; ella se levanta para encender la luz, pero el marido le ruega que no lo haga, pues debe decirle algo para lo cual prefiere estar a oscuras. Ha de cancelar la operación, pues la culpa de la infecundidad sería exclusivamente suya. En el curso de un congreso médico, dos años antes, se había enterado de que determinadas enfermedades pueden tomar estéril al hombre, y un examen ulterior habría demostrado que tal era su caso. Después de esta confesión, la mujer renuncia, naturalmente, a operarse y sufre un descalabro momentáneo que no logra disimular. Logró sólo enamorarse de su marido como sustituto del padre; ahora se entera de que nunca podrá llegar a ser padre. Tres caminos se le abren, todos inaccesibles por igual: la infidelidad, la renuncia al hijo, la separación del marido. Esto último no lo puede hacer por poderosos motivos prácticos; el segundo camino le queda cerrado por los más fuertes anhelos inconscientes, que es fácil adivinar. Toda sus infancia estuvo dominada por el deseo, tres veces frustrado, de tener un hijo con el padre. Así, sólo le queda una salida, precisamente la que torna a esta persona tan interesante para nosotros: cae en grave neurosis. Durante un tiempo se defiende contra distintas tentaciones por medio de una histeria de angustia; pero luego recurre a breves actos obsesivos. Es internada, y por fin, después de diez años de enfermedad, llega a mis manos. Su síntoma más llamativo consistía en que al acostarse en la cama debía prender (*anstecken*) sus sábanas a las mantas con alfileres de gancho; traducía así el secreto del contagio (*Ansteckung*) del marido, que la había condenado a no tener hijos.

En cierta ocasión, cuando contaba cerca de cuarenta años, mi paciente me contó un sucedido de la época de su incipiente depresión, aun antes de haberse desencadenado la neurosis obsesiva. Con el fin de distraerla, su

marido la llevó consigo en un viaje de negocios a París. El matrimonio hallábase sentado con un amigo del marido en el vestíbulo del hotel, cuando de pronto advirtióse en éste cierto movimiento y agitación. La mujer preguntó a un empleado por el motivo del alboroto, enterándose de que acababa de llegar *Monsieur le Professeur* para atender consultas en su gabinete, próximo a la entrada del hotel. *Monsieur le Professeur* sería un famoso adivino que nunca preguntaba nada, sino que hacía plantar a sus visitantes la mano en una fuente llena de arena, y acto seguido profetizaba el futuro estudiando simplemente la huella de la mano en la arena. La mujer manifestó que también ella querría hacerse predecir el futuro, pero el marido objetó que todo eso sería absurdo. No obstante, una vez que éste se hubo marchado con su amigo, la esposa quitóse la alianza y entró en el gabinete del adivino. Éste observó largamente la impresión de la mano, y le dijo luego lo siguiente: «En el próximo tiempo tendrá que soportar usted graves conflictos, pero todo saldrá bien; usted se casará, y a los treinta y dos años tendrá dos hijos». Mi paciente narraba esta historia con evidente admiración y sin atinar a comprenderla. Mi observación de que sería lamentable que el término de la profecía ya hubiese vencido ocho años atrás, no le causó la menor impresión. Sólo me quedó el recurso de pensar que la mujer admiraba la confiada osadía de esta predicción, el *Kück des Rebben*[2087].

Mi memoria, que por lo común es fidedigna, desgraciadamente no me permite decidir si la primera parte de la profecía era: «Todo saldrá bien, usted se casará», o bien en cambio: «Usted será feliz». Mi atención se concentró exclusivamente en la parte final, que me quedó claramente grabada, con todos sus notables detalles. En realidad, las primeras palabras acerca de los conflictos que terminarán bien corresponden a esas expresiones indeterminadas que se encuentran en todas las profecías, aun en las que se pueden comprar ya impresas. Tanto más llamativamente se destacan los dos números preciosos de la parte final. Con todo, evidentemente habría tenido sumo interés determinar si el *Professeur* realmente se refirió a su *casamiento*. Es cierto que la mujer se había quitado la alianza y que con sus veintisiete años parecía aún tan joven, que fácilmente podía ser tomada por una muchacha; pero, por otro lado, no se requiere excesiva perspicacia para descubrir la huella de un anillo en el dedo. Limitémonos, pues, al problema

del pasaje final, en el que se le promete que tendrá dos hijos a la edad de treinta y dos años.

Estos detalles parecen totalmente arbitrarios e inexplicables, y ni la persona más crédula se atrevería a derivarlos de una interpretación quiromántica. Habrían tenido evidente justificación de ser confirmados por la realidad; pero éste no fue el caso: la mujer contaba ya cuarenta años y no tenía hijo alguno. ¿Cuál era, pues, el origen y la significación de dichos números? La propia paciente no tenía la menor noción al respecto. Por tanto, lo más simple hubiera sido descartar esta cuestión y el suceso en si por ocioso y absurdo, considerándolo como una más de las múltiples comunicaciones sin sentido, pretendidamente ocultistas.

Con esta solución simplicísima y definitiva todo quedaría resuelto si —casi diría por desgracia— no hubiese sido precisamente en análisis el que pudo ofrecer la explicación de estas dos cifras, y nada menos que una explicación plenamente satisfactoria, al punto de ser casi la única evidente para esta situación. Las dos cifras, en efecto, se adaptan con justeza a la vida *de la madre* de mi paciente. Aquélla se había casado sólo después de los treinta años; precisamente a los treinta y dos, a diferencia de lo normal en la mayoría de las mujeres, y como si quisiera recuperar su tardanza, tuvo dos hijos en un mismo año. Por tanto, la profecía es susceptible de traducirse fácilmente así: «No te aflijas por tu actual infecundidad; eso no quiere decir nada, pues todavía puede ocurrirte lo mismo que a tu madre, que a tu edad ni siquiera estaba casada y, sin embargo, tuvo dos hijos a los treinta y dos años». La profecía venía a ofrecerle, pues, aquella identificación materna que había sido el secreto de su niñez, formulada por boca de un agorero ignorante de todas estas circunstancias personales y absorto en la impresión de una mano en la arena. Tenemos la libertad de incluir, como premisa de esta realización de deseo totalmente inconsciente, una aspiración más: «La muerte te librará de tu inútil marido, o bien hallarás la fuerza para separarte de él». El primer expediente estaría más de acuerdo con la índole de la neurosis obsesiva; pero la segunda posibilidad se traduce por los conflictos victoriosamente superados a los cuales alude la profecía.

Se advertirá que el papel de la interpretación analítica es en este caso aún más importante que en el anterior, al punto que casi podría decirse que el

hecho oculto acaba de ser creado por aquélla. De acuerdo con ello, deberíamos considerar este ejemplo como una prueba casi incontrovertible para la posibilidad de la transferencia de un intenso deseo inconsciente y de los pensamientos y conocimientos que de él dependen. Sólo veo un camino para eludir el carácter imperioso de este caso, y por cierto que me apresuraré a exponerlo. Es posible que en los doce o trece años que mediaron entre la profecía y su narración durante el tratamiento la paciente haya creado una ilusión de la memoria, es decir, que el *Professeur* sólo le haya formulado algún consuelo general e indeterminado —en lo cual no habría motivo alguno para despertar nuestro asombro— y que ella incluyera paulatinamente las cifras significativas, tomándolas de su inconsciente. En tal caso quedarían eliminadas las circunstancias que nos imponen una conclusión tan trascendente. Estamos dispuestos a identificarnos con el escéptico que sólo admitirá una comunicación de esta especie si es formulada inmediatamente después de la experiencia, y aun así, quizá no sin sentir ciertos escrúpulos. Recuerdo que después de haber sido nombrado profesor tuve una audiencia de agradecimiento con él ministro de Educación. Al retirarme de su despacho me sorprendí tratando de falsear las palabras que habíamos cambiado, y nunca más pude recordar exactamente la conversación que realmente tuvo lugar. Con todo, debo dejar al arbitrio del lector si prefiere aceptar esta explicación. Por mi parte, me es igualmente imposible refutarla como demostrarla. Así, esta segunda observación, aunque mucho más demostrativa que la primera, no se halla tan sustraída como ésta al reparo de la duda.

Los dos casos que acabo de describir corresponden ambos a profecías incumplidas. Creo que las observaciones de esta especie pueden suministrarnos el mejor material para esclarecer el problema de la transmisión del pensamiento, y quisiera invitar a todos los que me escuchan en esta reunión a reunir observaciones similares. También tenía preparado, para comunicarlo a ustedes, un ejemplo de un material totalmente distinto, un caso en el cual cierto paciente de calidad muy particular habló, durante una sesión, de cosas que se vinculaban en la forma más extraordinaria con una experiencia que yo acababa de tener. Al respecto, sin embargo, habrán de sufrir ustedes la consecuencia de la poderosísima resistencia con que yo

abordo estas cuestiones del ocultismo. En efecto, cuando revisé en Gastein las anotaciones que había llevado como material para esta comunicación, no encontré la hoja en la cual había registrado esta última observación, y, en cambio, me hallé con otra, guardada por error, que sólo contenía anotaciones indiferentes sobre un tema totalmente distinto. Nada puede hacerse contra una resistencia tan evidente, de modo que les seguiré debiendo la comunicación de este caso, ya que no puedo reconstruirlo de memoria. En cambio, agregaré algunos comentarios sobre un personaje muy conocido en Viena, el grafólogo Rafel Schermann, a quien se atribuyen las hazañas más admirables. No sólo sería capaz de reconstruir el carácter de una persona a partir de su letra, sino también dar de ella una descripción física y agregar predicciones que más tarde serían confirmadas por la realidad. Es cierto que la fama de muchas de estas llamativas proezas tiene por único fundamento su propia narración de las mismas. Un amigo mío intentó cierta vez, sin mi conocimiento, despertar sus dotes imaginativas mostrándole mi escritura. Schermann sólo declaró que era la letra de un señor anciano —lo cual era fácil de adivinar— con el cual resultaba difícil convivir, pues era en su familia un tirano inaguantable. Quienes comparten mi hogar no podrán confirmar tal caracterización; pero, como sabemos, en el terreno del ocultismo rige el cómodo principio de que los casos negativos nada prueban.

Yo mismo no he tenido oportunidad de realizar observaciones directas con Schermann; pero por intermedio de un paciente pude entablar con él una relación de la cual nada sabe y acerca de la que deseo ahora contarles algo[2088].

Hace pocos años me consultó cierto joven que me causó una impresión particularmente simpática, de modo que lo atendí con preferencia a otros solicitantes de tratamiento. Demostróse que se hallaba preso en un enredo con una de las cortesanas más conocidas, de la cual trataba infructuosamente de librarse, porque lo privaba de toda libertad de acción. Logré devolverle su independencia y hacerle comprender al mismo tiempo su compulsión; hace pocos meses contrajo un matrimonio normal y satisfactorio de acuerdo con los cánones burgueses. A poco de comenzar el análisis resultó que la compulsión contra la cual se rebelaba no lo tenía atado a dicha cortesana, sino a una mujer de su propio círculo con la que había mantenido una relación

amorosa desde los más tempranos años de su juventud. A la cortesana sólo la utilizaba como chivo emisario para satisfacer en ella toda la sed de venganza y los celos que en realidad se dirigían a la amada. De acuerdo con los mecanismos que ya conocemos, este joven se había sustraído a la inhibición de la ambivalencia por medio del desplazamiento a un objeto nuevo.

A esta cortesana, que llegó a enamorarse de él con casi total desinterés, solía martirizarla de la más refinada manera. Sin embargo, cuando ella ya no podía seguir disimulando su sufrimiento, le transfería todo el cariño que sentía por el amor de su juventud, la regalaba y la mimaba, para comenzar nuevamente el ciclo. Cuando, por fin, rompió con ella bajo la influencia del tratamiento, pudo advertirse con claridad qué pretendía conseguir con su conducta frente a esta sustituta de la amada: quería desquitarse por un intento de suicidio que había cometido en su juventud al ser desdeñado por la amada, de mayor edad que él, la cual sólo entonces se rindió a sus solicitudes. En esa época del tratamiento solía consultar a Schermann, con quien estaba relacionado y que varias veces le interpretó la escritura de la mujer galante, declarándole que ésta había llegado al cabo de sus fuerzas, que estaría a punto de suicidarse y que se mataría sin duda alguna. Ella, en cambio, no lo hizo, sino que superó su humana debilidad, recordando los principios de su profesión y los deberes para con el protector oficial. Para mí era evidente que el milagrero sólo le había manifestado a mi paciente su propio y más íntimo deseo.

Una vez superada la vinculación con esa persona sustitutiva, mi paciente se dedicó seriamente a librarse de su sujeción real. A través de sus sueños pude colegir el plan que germinaba en él para disolver la relación con su amor de juventud, sin ofenderla gravemente ni perjudicarla en lo material. La mujer tenía una hija que se mostraba muy cariñosa con el joven amigo de la madre y que, aparentemente, nada sabía de su secreta vinculación. Con esa muchacha quería casarse. Al poco tiempo este plan se tornó consciente, y emprendió los primeros pasos para llevarlo a la realidad. Por mi parte, apoyé tal propósito, que ofrecía una salida posible, aunque irregular, de tan difícil situación. Poco después, empero, apareció un sueño hostil contra la muchacha, ante lo cual mi paciente consultó de nuevo a Shermann, quien opinó que la joven sería infantil, neurótica y que no debía casarse con ella. El

gran conocedor de la naturaleza humana tenía razón esta vez: la conducta de la joven, que ya pasaba por novia de mi paciente, se tornó cada vez más contradictoria, y decidimos llevarla al análisis. El resultado de su tratamiento fue el abandono de los planes matrimoniales; la muchacha tenía pleno conocimiento inconsciente de las relaciones entre su madre y su novio, y sólo se sentía atraída a éste por su propio complejo de Edipo.

Hacia esa época fue interrumpido nuestro análisis. El paciente se sentía libre y capaz de conducir sólo su vida futura. Eligió por esposa a una joven respetable y ajena al círculo familiar, sobre la cual Schermann había emitido un juicio favorable. Ojalá que también esta vez vuelva a tener razón.

Ya habrán comprendido ustedes en qué sentido quisiera interpretar estas experiencias mías con Schermann. Se advertirá que todo mi material se refiere exclusivamente a la inducción (o transferencia) del pensamiento, mientras que nada tengo que decir sobre los demás milagros que sustenta el ocultismo. Como ya he admitido en público, mi propia vida es particularmente pobre en lo que a experiencias ocultas se refiere. El problema de la transmisión del pensamiento quizá parezca nimio comparado con el vasto mundo mágico de lo oculto. Reflexiónese, sin embargo, cuán preñada de consecuencias estaría, con respecto a nuestro actual punto de vista, la sola admisión de la telepatía. Confírmase aquí lo que el custodio de Saint-Denis solía agregar a su narración del martirio del santo. Después de su decapitación, Saint-Denis habría levantado su cabeza del suelo y marchado un buen trecho con ella en la mano. Mas el custodio comentaba: *Dans des cas pareils, ce n’est que le premier pas qui coûte*. Todo lo demás viene solo.

CXX

OBSERVACIONES SOBRE EL INCONSCIENTE[2089]

1922

EL ponente reitera la ya conocida evolución que el concepto de «inconsciente» ha tenido en el psicoanálisis. «Inconsciente» es ante todo un término meramente descriptivo, abarcando en tal caso lo que es transitoriamente latente. Sin embargo, la concepción dinámica del proceso represivo obliga a conferir al inconsciente un sentido sistemático, de modo que equivale entonces a lo reprimido. Lo latente, lo sólo transitoriamente inconsciente, se denomina en consecuencia «preconsciente» y sistemáticamente se aproxima a lo consciente. El doble sentido del término «inconsciente» ha traído consigo ciertos inconvenientes que, si bien carentes de importancia, fue difícil evitar. Resulta, empero, imposible identificar lo reprimido con lo inconsciente y el *yo* con lo preconsciente y lo consciente. El ponente analiza los dos hechos que demuestran que también en el *yo* existe un inconsciente que se conduce dinámicamente como lo inconsciente reprimido. Dichos hechos son la resistencia en el análisis emanada del *yo* y el sentimiento de culpabilidad inconsciente. Anticipa que en un trabajo próximo a publicarse —*El «yo» y el «ello*[2090]»— intentará estudiar la influencia que estas nuevas nociones han de tener sobre la concepción del inconsciente.

CXXI

PSICOANÁLISIS Y TEORÍA DE LA LIBIDO[2091]

(Dos artículos de Enciclopedia)
1922(1923]

(A) PSICOANÁLISIS

PSICOANÁLISIS es el nombre: 1.º De un método para la investigación de procesos anímicos capaces inaccesibles de otro modo. 2.º De un método terapéutico de perturbaciones neuróticas basado en tal investigación; y 3.º De una serie de conocimientos psicológicos así adquiridos, que van constituyendo paulatinamente una nueva disciplina científica.

(1) Historia. —Como mejor puede llegarse a la comprensión del psicoanálisis es siguiendo la trayectoria de su génesis y su evolución. En los años 1880 y 1881, el doctor José Breuer, de Viena, conocido como médico internista y perito en Fisiología experimental, tuvo sometida a tratamiento a una muchacha que había enfermado gravemente de histeria en ocasión de hallarse prestando su asistencia a su padre durante una larga y penosa dolencia. El cuadro patológico se componía de parálisis motoras, inhibiciones y trastornos de la conciencia. Siguiendo una indicación de la propia enferma, muy inteligente, empleó con ella el hipnotismo, y comprobó que una vez que la sujeto comunicaba durante la hipnosis los efectos y las ideas que la

dominaban, volvía al estado psíquico normal. Por medio de la repetición consecuente del mismo trabajoso procedimiento, consiguió libertarla de todas sus inhibiciones y parálisis, hallando así recompensado su trabajo por un gran éxito terapéutico y por descubrimientos inesperados sobre la esencia de la enigmática neurosis. Pero Breuer se abstuvo de llevar más allá su descubrimiento, e incluso lo silenció durante casi diez años, hasta que, a mi retorno a Viena (1886), después de seguir un curso en la clínica de Charcot, conseguí moverle a volver al tema y a laborar conmigo sobre él. Luego, en 1893, publicamos, en colaboración, una comunicación provisional, titulada *Sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos*, y en 1895 un libro, *Estudios sobre la histeria*, en el que dimos a nuestra terapia el nombre de «método catártico» (4.ª edición en 1922).

(2) La catarsis. —De las investigaciones que constituían la base de los estudios de Breuer y míos se deducían, ante todo, dos resultados: primero, que los síntomas histéricos entrañan un sentido y una significación, siendo sustitutivos de actos psíquicos normales; y segundo, que el descubrimiento de tal sentido incógnito coincide con la supresión de los síntomas, confundiéndose así, en este sector, la investigación científica con la terapia. Las observaciones habían sido hechas en una serie de enfermos tratados con la primera paciente de Breuer, o sea por medio del hipnotismo, y los resultados parecían excelentes, hasta que más adelante se hizo patente su lado débil. Las hipótesis teóricas que Breuer y yo edificamos por entonces estaban influidas por las teorías de Charcot sobre la histeria traumática y podían apoyarse en los desarrollos de su discípulo P. Janet, los cuales, aunque publicados antes que nuestros *Estudios*, eran cronológicamente posteriores al caso primero de Breuer. En aquéllas nuestras hipótesis apareció desde un principio, en primer término, el factor afectivo; los síntomas histéricos deberían su génesis al hecho de que un proceso psíquico cargado de intenso afecto viera impedida en algún modo su descarga por el camino normal conducente a la conciencia y hasta la motilidad, a consecuencia de lo cual el afecto así represado tomaba caminos indebidos y hallaba una derivación en la inervación somática (conversión). A las ocasiones en las que nacían tales *representaciones* patógenas les dimos Breuer y yo el nombre de *traumas*

psíquicos, y como pertenecían muchas veces a tiempos muy pretéritos, pudimos decir que los histéricos sufrían predominantemente de reminiscencias. La *catarsis* era entonces llevada a cabo en el tratamiento por medio de la apertura del camino conducente a la conciencia y a la descarga normal del afecto. La hipótesis de la existencia de procesos psíquicos *inconscientes* era, como se ve, parte imprescindible de nuestra teoría. También Janet había laborado con actos psíquicos inconscientes; pero, según acentuó en polémicas ulteriores contra el psicoanálisis, ello no era para él más que una expresión auxiliar, *une manière de parler*, con la que no pretendía indicar nuevos conocimientos.

En una parte teórica de nuestros *Estudios*, Breuer comunicó algunas ideas especulativas sobre los procesos de excitación en lo psíquico, que han marcado una orientación a investigaciones futuras, aún no debidamente practicadas. Con ellas puso fin a sus aportaciones a este sector científico, pues al poco tiempo abandonó nuestra colaboración.

(3) El paso al psicoanálisis. —Ya en los *Estudios* se iniciaban diferencias entre la manera de ver de Breuer y la mía. Breuer suponía que las representaciones patógenas ejercían acción traumática porque habían nacido en *estados hipnoides*, en los cuales la función anímica sucumbe a ciertas restricciones. En cambio, yo rechazaba tal explicación, y creía reconocer que una representación se hace patógena cuando su contenido repugna a las tendencias dominantes de la vida anímica, provocando así la *defensa* del individuo (Janet había atribuido a los histéricos una incapacidad constitucional para la síntesis de sus contenidos psíquicos; en este lugar se separaba de su camino el de Breuer y el mío). También las dos innovaciones, con las que yo abandoné a poco el terreno de la catarsis, constaban ya mencionadas en los *Estudios*. Una vez terminada mi colaboración con Breuer, constituyeron el punto de partida de nuevos desarrollos.

(4) Renuncia a la hipnosis. —Una de tales innovaciones se basaba en una experiencia práctica y conducía a una modificación de la técnica; la otra consistía en un adelanto en el conocimiento clínico de la neurosis. Se demostró en seguida que las esperanzas terapéuticas fundadas en el

tratamiento catártico, con ayuda de la hipnosis, no llegaban, en cierto modo, a cumplirse. La desaparición de los síntomas iba, desde luego, paralela a la catarsis; pero el resultado total se mostraba, sin embargo, totalmente dependiente de la relación del paciente con el médico, conduciéndose así como un resultado de la *sugestión*, y cuando tal relación se rompía, emergían de nuevo todos los síntomas, como si no hubieran hallado solución alguna. A ello se añadía que el corto número de personas susceptibles de ser sumidas en profunda hipnosis traía consigo una limitación muy sensible, desde el punto de vista médico, en la aplicación del método catártico. Por todas estas razones, hube de decidirme a prescindir del hipnotismo, si bien ciertas impresiones experimentadas durante su aplicación me procuraron los medios de sustituirlo.

(5) La asociación libre. —El estado hipnótico había producido en el paciente una tal ampliación de la capacidad de asociación, que él mismo sabía hallar en el acto el camino, inaccesible para su reflexión consciente desde el síntoma hasta las ideas y reminiscencias con él enlazadas. La supresión de la hipnosis parecía crear una situación sin salida, pero yo recordé la demostración de Bernheim de que lo vivido en estado de sonambulismo sólo aparentemente se halla olvidado, y podía ser siempre devuelto a la memoria consciente del sujeto con sólo la afirmación imperiosa del médico de que no tenía más remedio que recordarlo. Intenté, pues, llevar también a mis pacientes no hipnotizados a la comunicación de sus asociaciones, para encontrar, con ayuda de dicho material, el camino conducente a lo olvidado o rechazado. Más adelante observé que no era preciso ejercer gran presión sobre el sujeto y que en el paciente emergían casi siempre numerosas asociaciones; lo que sucedía es que tales asociaciones eran desviadas de la comunicación, e incluso de la conciencia, por ciertas objeciones que el sujeto se hacía. De la esperanza, indemostrada aún por entonces y confirmada luego por abundante experiencia, de que todo lo que el paciente asociara a cierto punto de partida tenía que hallarse también, en conexión interna con el mismo, resultó la técnica consistente en mover al paciente a renunciar a toda actitud crítica y utilizar el material de asociaciones, así extraído a la luz para el descubrimiento de las conexiones

buscadas. Una intensa confianza en la determinación estricta de lo psíquico contribuyó también a la adopción de esta técnica que había de sustituir al hipnotismo.

(6) La regla técnica fundamental. —Este procedimiento de la *asociación libre* ha sido mantenido desde entonces, en la labor psicoanalítica, como regla técnica fundamental. Iniciamos el tratamiento invitando al paciente a ponerse en la situación de un autoobservador atento y desapasionado, limitándose a leer la superficie de su conciencia y obligándose, en primer lugar, a una absoluta sinceridad, y en segundo, a no excluir de la comunicación asociación ninguna, aunque le sea desagradable comunicarla o la juzgue insensata, nimia o impertinente. Sé demuestra de manera irrecusable que precisamente aquellas ocurrencias que provocan las objeciones mencionadas entrañan singular valor para el hallazgo de lo olvidado.

(7) El psicoanálisis como arte de interpretación. —La nueva técnica transformó hasta tal punto la impresión del tratamiento, creaba tan nuevas relaciones entre el enfermo y el médico y procuraba tantos resultados sorprendentes, que pareció justificado diferenciar de la catarsis, con una distinta denominación, el nuevo método así constituido. En consecuencia escogí para aquel procedimiento terapéutico, que podía ya ser extendido a muchas otras formas de la neurosis, el nombre de *psicoanálisis*. Este psicoanálisis era, en primer término, un arte dé interpretación, y se planteaba la labor de profundizar el primero de los grandes descubrimientos de Breuer, o sea el de que los síntomas neuróticos eran una sustitución plena de sentido de otros actos psíquicos omitidos. Se trataba ahora de utilizar el material que procuraban las ocurrencias del paciente como si apuntara a un sentido oculto y adivinar por él tal sentido. La experiencia mostró en seguida que lo mejor y más adecuado que el médico analizador podía hacer era abandonarse a su propia actividad mental inconsciente, conservándose en un estado de atención constante; evitar en lo posible toda reflexión y toda producción de hipótesis conscientes; no querer fijar especialmente en su memoria nada de lo oído, y aprehender de este modo, con su propio inconsciente, lo inconsciente del analizado. Más adelante observamos, cuando las circunstancias no eran del

todo desfavorables, que las ocurrencias del enfermo iban aproximándose, como alusiones y tanteos, a un tema determinado, de manera que nos bastaba arriesgar un solo paso para adivinar lo que a él mismo se le ocultaba y comunicárselo. Este arte de interpretación no podía, desde luego, concretarse en reglas fijas, y dejaba amplio lugar al tacto y a la habilidad del médico; pero uniendo la imparcialidad a la práctica se llegaba regularmente a resultados garantizables; esto es, a resultados que se confirmaban por su repetición en casos análogos. En tiempos en los que sólo muy poco se sabía sobre lo inconsciente, sobre la estructura de las neurosis y sobre los procesos psíquicos correspondientes, tenía que ser ya satisfactorio poder servirse de una tal técnica, aun cuando no poseyera fundamentos teóricos más firmes. Y aún hoy en día la desarrollamos de igual manera en el análisis, sólo que con el sentimiento de mayor seguridad y mejor comprensión de sus límites.

(8) La interpretación de los actos fallidos y casuales. —Fue un triunfo para el arte de interpretación del psicoanálisis conseguir la demostración de que ciertos actos psíquicos muy frecuentes de los hombres normales, actos para los cuales no se había hallado aún explicación psíquica alguna, debían equipararse a los síntomas de los neuróticos, entrañando, como ellos, un sentido ignorado por el sujeto mismo, pero que podía ser descubierto sin gran trabajo por la labor analítica. Los fenómenos de este orden: el olvido temporal de palabras y nombres perfectamente conocidos; el olvido de propósitos; las equivocaciones, tan frecuentes, en el discurso, la lectura y la escritura; la pérdida y el extravío temporal de objetos; ciertos errores; los accidentes aparentemente casuales, y, por último, ciertos *tics* o movimientos habituales hechos como sin intención y por juego, y las melodías que se tararean *sin pensar*, etc. ; todo esto era sustraído a una explicación psicológica si tal se intentaba, siendo mostrado como rigurosamente determinado y reconocido como manifestación de intenciones retenidas de la persona o como consecuencia de la interferencia de dos intenciones, una de las cuales era permanente o momentáneamente inconsciente. Esta aportación a la Psicología entrañaba un múltiple valor. El perímetro de la determinación psíquica quedó así insospechadamente ampliado y disminuido el abismo supuesto sobre el suceder psíquico normal y el patológico. En muchos casos

se logró fácil atisbo en el dinamismo de las fuerzas psíquicas que habíamos de suponer detrás de tales fenómenos. Por último, logramos así un material apropiado como ningún otro para aceptar la existencia de actos psíquicos inconscientes, incluso a aquéllos para quienes la hipótesis de un sistema psíquico inconsciente resultaba algo inaceptable y absurdo. El estudio de los propios actos fallidos y casuales, para el cual se nos ofrece a todos ocasión constante, es todavía actualmente la mejor preparación a una penetración en el psicoanálisis. La interpretación de los actos fallidos ocupa en el tratamiento analítico un puesto como medio para el descubrimiento de lo inconsciente, al lado de la interpretación de las asociaciones libres, mucho más importante.

(9) La interpretación de los sueños. —La aplicación de la técnica de la asociación libre a los sueños —a los propios o a los de los pacientes sometidos al análisis— abrió un nuevo acceso a los abismos de la vida psíquica. En realidad, lo más y mejor que de los procesos desarrollados en los estratos psíquicos inconscientes sabemos nos ha sido descubierto por la interpretación de los sueños. El psicoanálisis ha devuelto a los sueños la significación de que en la antigüedad gozaron, pero procede con ellos de otro modo. No se confía al ingenio del onirocrítico, sino que transfiere la labor en su mayor parte del sujeto mismo del sueño, interrogándole sobre sus asociaciones a los distintos elementos del sueño. Persiguiendo estas asociaciones se llega al conocimiento de ideas que corresponden por completo al sueño, pero que se dejan reconocer —hasta cierto punto— como fragmentos plenamente comprensibles de la actividad psíquica despierta. De este modo, al sueño recordado como *contenido onírico manifiesto* se enfrentan las *ideas oníricas latentes*, descubiertas por medio de la interpretación. El proceso que ha transformado estas últimas en el primero, o sea, en el «sueño», puede ser calificado de *elaboración del sueño*.

A las ideas latentes del sueño les damos también, por su relación con la vida despierta, el nombre de *restos diurnos*. La elaboración onírica, a la que sería equivocado atribuir un carácter «creador», las *condensa* de un modo singular, las *deforma* por medio del *desplazamiento* de intensidades psíquicas y las dispone para su *representación en imágenes visuales*. Pero, además, antes de quedar constituido el sueño manifiesto, las ideas latentes son

sometidas a una *elaboración secundaria* que intenta dar al nuevo producto algo como sentido y coherencia. Este último proceso no pertenece ya propiamente a la elaboración del sueño.

(10) Teoría dinámica de la producción de los sueños. —No nos ha sido muy difícil descubrir el dinamismo de los sueños. La fuerza motriz de la producción de los sueños no es suministrada por las ideas latentes o restos diurnos, sino por una tendencia inconsciente, reprimida durante el día, con la que pudieron enlazarse los restos diurnos y que se procura, con el material de las ideas latentes, el *cumplimiento de un deseo*. De este modo, todo sueño es, por un lado, un cumplimiento de deseos de lo inconsciente, y por otro, en cuanto consigue preservar de perturbación el estado de reposo, un cumplimiento del deseo normal de dormir. Prescindiendo de la aportación, inconsciente a la producción del sueño y reducido el sueño a sus ideas latentes, puede representar todo lo que ha ocupado a la vida despierta: una reflexión, una advertencia, un propósito, una preparación al futuro inmediato, o también la satisfacción de un deseo incumplido. La singularidad y el absurdo del sueño manifiesto son, por un lado, la consecuencia de la conducción de las ideas del sueño a una distinta forma expresiva, que puede ser calificada de *arcaica*; pero también, por otro, el efecto de una instancia restrictiva y critica, que actúa aun durante el reposo. No es muy aventurado suponer que esta «censura del sueño», a la que hacemos responsable, en primer lugar, de la deformación que convierte las ideas latentes en el sueño manifiesto, es una manifestación de las mismas fuerzas psíquicas que durante el día habían *reprimido* el impulso optativo inconsciente.

Merecía la pena penetrar más en la explicación de los sueños, pues la labor analítica ha mostrado que el dinamismo de la producción onírica es el mismo que actúa en la producción de síntomas. Aquí como allí descubrimos una pugna entre dos tendencias, una inconsciente, reprimida por lo demás, que tiende a lograr satisfacción —cumplimiento de deseos—, y otra repelente y represora, perteneciente probablemente al *yo*; y como resultado de este conflicto hallamos un producto transaccional —el sueño, el síntoma— en el cual han encontrado ambas tendencias una expresión incompleta. La importancia teórica de esta coincidencia es evidente. Como el sueño no es un

fenómeno patológico, tal coincidencia nos prueba que los mecanismos psíquicos que generan los síntomas patológicos están ya dados en la vida psíquica normal, que la misma normatividad abarca lo normal y lo anormal y que los resultados de la investigación de los neuróticos y los psicóticos no pueden ser indiferentes para la comprensión de la psique normal.

(11) El simbolismo. —En el estudio de la forma expresiva creada por la elaboración de los sueños tropezamos con el hecho sorprendente de que ciertos objetos, actos y relaciones son representados indirectamente en el sueño por medio de «símbolos», que el sujeto emplea sin conocer su significación, y con respecto a los cuales no procura, generalmente, asociación ninguna. Su traducción tiene que ser llevada a cabo por el analítico, el cual, a su vez, sólo empíricamente, por medio de inserciones experimentales en el contexto, puede hallarla. Más adelante, resultó que los usos del lenguaje, la mitología y el folklore integraban abundantes analogías con los símbolos oníricos. Los símbolos, a los cuales se enlazan interesantísimos problemas, aún no resueltos, parecen ser un fragmento de una herencia psíquica antiquísima. La comunidad de los símbolos rebasa la comunidad del lenguaje.

(12) La significación etiológica de la vida sexual. —La segunda novedad surgida al sustituir la técnica hipnótica por la asociación libre fue de naturaleza clínica y se nos reveló al continuar la investigación de los sucesos traumáticos de los que parecían derivarse los síntomas histéricos. Cuanto más cuidadosamente llevábamos a cabo esta investigación más abundante se nos revelaba el encadenamiento de tales impresiones de significación etiológica y más se remontaban a la pubertad o la niñez del neurótico. Simultáneamente tomaron un carácter unitario, y, por último, tuvimos que rendirnos a la evidencia y reconocer que en la raíz de toda producción de síntomas existían impresiones traumáticas procedentes de la vida sexual más temprana.

El trauma sexual sustituyó así al trauma trivial, y este último debía su significación etiológica a su relación simbólica o asociativa con el primero y precedente. Dado que la investigación simultáneamente emprendida de casos de nerviosidad corriente, clasificados como de *neurastenia y neurosis de*

angustia, procuró la conclusión de que tales perturbaciones podían ser referidas a abusos actuales en la vida sexual y curadas con sólo la evitación de los mismos, no era nada aventurado deducir que las neurosis eran, en general, manifestación de perturbaciones de la vida normal: las llamadas *neurosis actuales*, la manifestación (químicamente facilitada) de daños presentes, y las *psiconeurosis*, la manifestación (psíquicamente elaborada) de daños muy pretéritos, de tal función, tan importante biológicamente y tan lamentablemente desatendida hasta entonces por la ciencia. Ninguna de las tesis del psicoanálisis ha hallado tan obstinada incredulidad ni tan tenaz resistencia como esta de la magna importancia etiológica de la vida sexual para las neurosis. Pero también hemos de hacer constar que, a través de toda su evolución y hasta el día, el psicoanálisis no ha encontrado motivo alguno de retirar tal afirmación.

(13) La sexualidad infantil. —La investigación etiológica llevó al psicoanálisis a ocuparse de un tema cuya existencia apenas se sospechaba antes de ella. La ciencia se había habituado a hacer comenzar la vida sexual con la pubertad y a juzgar como raros signos de precocidad y degeneración las manifestaciones de una sexualidad infantil. Pero el psicoanálisis descubrió una plenitud de fenómenos tan singulares como regulares, que forzaban a hacer coincidir el comienzo de la función sexual en el niño casi con el principio de su vida extrauterina, y nos preguntamos sorprendidos cómo había sido posible no advertirlo. Los primeros atisbos de la sexualidad infantil nos fueron procurados, ciertamente, por la investigación analítica de sujetos adultos y entrañaban, por tanto, todas las dudas y todos los defectos inherentes a una revisión tan tardía; pero cuando más tarde (a partir de 1908) comenzamos también el análisis de sujetos infantiles, comprobamos directamente en ellos nuestras tesis.

La sexualidad infantil mostraba en algunos aspectos un cuadro distinto al de los adultos y sorprendía por integrar numerosos rasgos de aquello que en los adultos es calificado de *perversión*. Hubo necesidad de ampliar el concepto de lo sexual hasta hacerle abarcar más que la tendencia a la unión de los dos sexos en el acto sexual o a la provocación de determinadas sensaciones de placer en los genitales. Pero esta ampliación quedaba

recompensada por la posibilidad de comprender unitariamente la vida sexual infantil, la normal y la perversa.

Mi investigación analítica cayó primero en el error de sobreestimar la *seducción* o iniciación sexual como fuente de las manifestaciones sexuales infantiles y germen de la producción de síntomas neuróticos. La superación de este error quedó lograda al descubrir el papel extraordinario que en la vida psíquica de los neuróticos desempeñaba la *fantasía*, francamente más decisiva para la neurosis que la realidad exterior. Detrás de estas fantasías emergió luego el material que permite desarrollar la exposición siguiente de la evolución de la función sexual.

(14) La evolución de la libido. —El instinto sexual, cuya manifestación dinámica en la vida anímica es lo que denominamos «libido», se compone de instintos parciales, en los cuales puede también descomponerse de nuevo y que sólo paulatinamente van uniéndose para formar determinadas organizaciones. Fuentes de estos instintos parciales son los órganos somáticos, especialmente ciertas *zonas erógenas*, pero todos los procesos funcionales importantes del soma procuran también aportaciones a la libido. Los diferentes instintos parciales tienden al principio, independientemente unos de otros, a la satisfacción, pero en el curso de la evolución quedan cada vez más sintetizados y centrados. El primer estadio de la organización (pregenital) de la libido es el *oral*, en el cual, correlativamente al interés capital del niño de pecho, es la *zona bucal* la que desempeña el papel principal. A continuación viene la organización *sádico-anal*, en la cual resaltan especialmente el instinto parcial del *sadismo* y la *zona anal*; la diferencia de los sexos es representada en esta fase por la antítesis de actividad y pasividad. El último y definitivo estadio de organización es la síntesis de la mayoría de los instintos parciales bajo la *primacía de las zonas genitales*. Esta evolución se desarrolla generalmente con gran rapidez y discreción, pero partes aisladas de los instintos permanecen detenidas en los estados previos al desenlace final y producen así las *fijaciones* de la libido, muy importantes como disposiciones a ulteriores transgresiones de las tendencias reprimidas y que integran una determinada relación con el desarrollo de ulterior neurosis y perversiones (véase, más adelante, «Teoría

de la libido»).

(15) El hallazgo de objeto y el complejo de Edipo. —El instinto parcial oral encuentra al principio su satisfacción con ocasión del apaciguamiento de la necesidad de alimentación y su objeto en el pecho materno. Luego se hace independiente, y, al mismo tiempo, *autoerótico*; esto es, encuentra su objeto en el propio cuerpo. También otros instintos parciales se conducen al principio autoeróticamente y son orientados luego hacia un objeto extraño. Es un hecho muy importante el de que los instintos parciales de la zona genital pasen regularmente por un periodo de intensa satisfacción autoerótica. No todos los instintos parciales son igualmente utilizables para la organización genital; algunos de ellos (por ejemplo, los anales) son dados de lado, reprimidos o sufren complicadas transformaciones.

Ya en los primeros años infantiles (aproximadamente entre los dos años y los cinco) se constituye una síntesis de las tendencias sexuales, cuyo objeto es, en el niño, la madre. Esta elección de objeto, junto con la correspondiente actitud de rivalidad y hostilidad contra el padre, es el contenido llamado *complejo de Edipo*, que en todos los humanos entraña máxima importancia para la estructuración definitiva de la vida erótica. Se ha comprobado como hecho característico que el hombre normal aprende a dominar el complejo de Edipo, mientras que el neurótico permanece envuelto en él.

(16) La doble iniciación de la evolución sexual. —Este período temprano de la vida sexual encuentra normalmente un fin hacia el quinto año de la vida individual y es seguido por un período de *latencia* más o menos completa, durante la cual son establecidas las restricciones éticas como dispositivos protectores contra los impulsos optativos del complejo de Edipo. En el período siguiente de la pubertad el complejo de Edipo experimenta una reviviscencia en lo inconsciente y avanza hacia sus ulteriores transformaciones. Sólo el período de la pubertad desarrolla los instintos sexuales hasta su plena intensidad. Pero tanto la dirección de esta evolución como todas las disposiciones a ella inherentes están ya determinadas por la anterior floración temprana infantil de la sexualidad. Esta evolución en dos fases, interrumpida por el período de latencia de la función sexual, parece ser

una peculiaridad biológica de la especie humana y contener la condición de la génesis de las neurosis.

(17) La teoría de la represión. —La reunión de estos conocimientos teóricos con las impresiones inmediatas de la labor analítica conduce a una concepción de las neurosis, que, expuestas a grandes rasgos, sería la siguiente: Las neurosis son la expresión de conflictos entre el *yo* y aquellas tendencias sexuales que el *yo* encuentra incompatibles con su integridad o con sus exigencias éticas. El *yo* ha *reprimido* tales tendencias; esto es, les ha retirado su interés y les ha cerrado el acceso a la conciencia y a la descarga motora conducente a la satisfacción. Cuando en la labor analítica intentamos hacer conscientes estos impulsos inconscientes, se nos hacen sentir las fuerzas *represoras* en calidad de *resistencia*. Pero la función de la represión falla con singular facilidad en cuanto a los instintos sexuales. Cuya libido represada se crea, partiendo de lo inconsciente, otros exutorios, *retrocediendo* a fases evolutivas y objetos anteriores y aprovechando las fijaciones infantiles, o sea, los puntos débiles de la evolución de la libido, para lograr acceso a la conciencia y conseguir derivación. Lo que así nace es un *síntoma*, y, por tanto, en el fondo, una satisfacción sustitutiva sexual; pero tampoco el síntoma puede sustraerse por completo a la influencia de las fuerzas represoras del *yo* y, en consecuencia, tiene que someterse —lo mismo que el sueño— a modificaciones y desplazamientos que hacen irreconocible su carácter de satisfacción sexual. El síntoma recibe así el carácter de un *producto transaccional* entre los instintos sexuales reprimidos y los instintos del *yo* represores de un cumplimiento de deseos simultáneo para ambas partes, pero también para ambas igualmente incompleto. Tal sucede estrictamente con los síntomas de la histeria, mientras que en los de la neurosis obsesiva la parte de la instancia represora logra más intensa expresión por medio de la formación de productos de reacción (garantías contra la satisfacción sexual).

(18) La transferencia. —Si la tesis de que las fuerzas motrices de la producción de síntomas neuróticos son de naturaleza sexual necesitara aún de más amplia prueba, la encontraría en el hecho de que en el curso del

tratamiento analítico se establece una relación afectiva especial del paciente con el médico, la cual traspasa toda medida racional, varía desde el más cariñoso abandono a la hostilidad más tenaz y toma todas sus peculiaridades de actitudes eróticas anteriores, tornadas inconscientes, del paciente. Esta *transferencia*, que tanto en su forma positiva como en su forma negativa entra al servicio de la *resistencia*, se convierte, en manos del médico, en el medio auxiliar más poderoso del tratamiento y desempeña en el dinamismo del proceso de curación un papel de extrema importancia.

(19) Los pilares maestros de la teoría psicoanalítica. —La hipótesis de la existencia de procesos psíquicos inconscientes, el reconocimiento de la teoría de la resistencia y de la represión, la valoración de la sexualidad y del complejo de Edipo son los contenidos capitales del psicoanálisis y los fundamentos de su teoría, y quien no los acepta en su totalidad no debe contarse entre los psicoanalíticos.

(20) Destinos ulteriores del psicoanálisis. —Hasta el punto que alcanza lo precedente avanzó el psicoanálisis por la labor personal mía, desarrollada a través de un decenio, durante el cual fui yo el único psicoanalítico. En el año 1906 comenzaron los psiquiatras suizos E. Bleuler y C. G. Jung a tomar viva parte en el análisis. En 1907 se celebró en Salzburgo una primera reunión de sus adeptos. Y poco después llegó ya nuestra joven ciencia a constituir un centro de atención, tanto de los psiquiatras como de los profanos. La acogida que halló en Alemania, ansiosa siempre de autoridad, no fue ciertamente nada gloriosa para la ciencia alemana e incluso movió a un partidario tan frío como Bleuler a tomar enérgicamente su defensa. Pero todas las condenaciones oficiales no fueron bastante para detener el crecimiento interno y la difusión externa del psicoanálisis, el cual, en el curso de los diez años siguientes, traspasó las fronteras de Europa y se hizo especialmente popular en los Estados Unidos, a lo cual contribuyó en gran medida la colaboración de J. Putnam (Boston), Ernest Jones (Toronto y luego Londres), Flournoy (Ginebra), Ferenczi (Budapest), Abraham (Berlín) y muchos otros. El anatema declarado sobre el psicoanálisis movió a sus adeptos a reunirse en una organización internacional, que en el año actual (1922) ha celebrado en

Berlín su octavo Congreso privado y comprende hoy los grupos locales de Viena, Budapest, Berlín, Holanda, Zurich, Londres, Nueva York, Calcuta y Moscú. Tampoco la guerra interrumpió esta evolución. En 1918-1919 el doctor Anton von Freund (Budapest) fundó la editorial Internationaler Psychoanalytischer Verlag, que publica los libros y revistas consagrados al psicoanálisis. En 1920 fue creada por el doctor Max Eitingon la primera «Policlínica psicoanalítica», consagrada al tratamiento de los enfermos nerviosos pobres. Las traducciones de mis obras principales al francés, al italiano y al español atestiguan el despertar del interés hacia el psicoanálisis también en el mundo romántico.

De 1911 a 1913 se desviaron del psicoanálisis dos ramificaciones, manifiestamente tendentes a mitigar lo que en ella constituía piedra de escándalo. Una de ellas, iniciada por C. G. Jung, que intentaba dar satisfacción a aspiraciones éticas, despojó al complejo de Edipo de su valor real por medio de una transmutación simbólica y desatendió en la práctica el descubrimiento del período infantil olvidado, que pudiéramos llamar «prehistórico». La otra, cuyo iniciador fue Alfred Adler, de Viena, presentaba varios factores del psicoanálisis bajo nombres distintos (por ejemplo, la represión sexualizada como «protesta masculina»), pero en lo demás prescindía de lo inconsciente y de los instintos sexuales e intentaba referir tanto el carácter como la evolución de las neurosis a la voluntad del poderío, la cual tendería a detener por medio de una sobrecompensación los peligros nacidos de inferioridades orgánicas. Ninguna de estas ramificaciones, construidas a modo de sistemas, ha influido duraderamente sobre la evolución del psicoanálisis; de la de Adler se ha visto pronto claramente que no tenía nada que ver con el psicoanálisis al que quería sustituir.

(21) Nuevos progresos del psicoanálisis. —Desde que el psicoanálisis ha llegado a ser el tema de la labor de un tan amplio número de observadores, ha ganado en riqueza y profundidad con aportaciones a las que sentimos no poder dedicar aquí sino muy breve mención.

(22) El narcisismo. —Su progreso teórico más importante ha sido la aplicación de la teoría de la libido al *yo* represor. Se llegó a representar el

mismo *yo* como un depósito de libido —denominado narcisista—, del cual parten las cargas de libido de los objetos y al cual pueden las mismas retornar. Con ayuda de esta representación se hizo posible llegar al análisis del *yo* y llevar a cabo la diferenciación clínica de las psiconeurosis en *neurosis de transferencia* y afecciones *narcisistas*. En las primeras (histeria y neurosis obsesiva) hay disponible una medida de libido tendente a su transferencia a otros sujetos, la cual libido es utilizada para la práctica del tratamiento analítico. Las perturbaciones narcisistas (*dementia praecox*, paranoia y melancolía) se caracterizan, en cambio, por la retracción de la libido de los objetos y son, por tanto, apenas accesibles a la terapia analítica. Esta insuficiencia terapéutica no ha impedido, sin embargo, al análisis actuar en la más honda comprensión de las dolencias atribuidas a esta psicosis.

(23) Desarrollo de la técnica. —Una vez que el desarrollo del arte de interpretación hubo satisfecho, por decirlo así, el ansia de saber del analítico, se hizo objeto de su interés al problema de por qué caminos podría alcanzarse el influjo más adecuado sobre el paciente. No tardó en demostrarse que la primera tarea del médico debía ser la de ayudar al paciente a descubrir y superar luego las *resistencias* emergentes en él durante el tratamiento, de las cuales no tiene al principio conciencia. También se descubrió simultáneamente que la parte capital de la labor terapéutica estaba en la superación de estas resistencias y que sin ella se hacía imposible conseguir una modificación psíquica duradera del paciente. Desde que la labor del analítico se orienta así hacia la resistencia del paciente, la técnica analítica ha adquirido una sutileza y una seguridad comparables con las de la Cirugía. No es, pues, lícito emprender tratamientos psicoanalíticos sin una preparación analítica fundamental, y el médico que a ello se aventura sin más bagaje que su título profesional expedido por el Estado no es más que un profano.

(24) El psicoanálisis como método terapéutico. —El psicoanálisis no ha pretendido jamás ser una panacea ni hacer milagros. Dentro de uno de los sectores más arduos de la actividad médica, es para algunas dolencias el único método posible, y para otras el que mejores y más duraderos resultados procura, aunque jamás sin un gasto proporcional de trabajo y de tiempo. El

médico que no limita su interés a la terapia ve también recompensado su trabajo por insospechados atisbos en la trama de la vida anímica y en las relaciones entre lo psíquico y lo somático. Allí donde, por ahora, no puede ofrecer más que comprensión teórica, inicia quizá el camino de un ulterior influjo directo sobre las perturbaciones neuróticas. Su campo de acción está constituido, sobre todo, por las dos neurosis de transferencia, la histeria y la neurosis obsesiva, cuya estructura interna y cuyos mecanismos han contribuido a descubrir; pero, además, por toda clase de fobias, inhibiciones, trastornos del carácter, perturbaciones de la vida erótica. Según algunos analíticos, tampoco carece de posibilidades favorables al tratamiento analítico de enfermedades manifiestamente orgánicas (Jelliffe, Groddeck, Félix Deutsch), pues no es raro que un factor psíquico participe en la génesis y la persistencia de tales afecciones. Como el psicoanálisis exige de sus pacientes cierta medida de plasticidad, tiene que atenerse, en su selección, a determinados límites de edad; y como exige una larga e intensa ocupación con cada enfermo, sería antieconómico derrochar tal esfuerzo con individuos carentes de todo valor y además neuróticos. La experiencia extraída del material policlínico enseñará qué modificaciones son necesarias para hacer accesible la terapia psicoanalítica a sectores populares más amplios y adaptarla a inteligencias más débiles.

(25) Su comparación con los métodos hipnóticos y sugestivos. —El método psicoanalítico se diferencia de todos los sugestivos, persuasivos, etc., en que no intenta sojuzgar autoritariamente ningún fenómeno psíquico del sujeto. Procura descubrir la causación del fenómeno y suprimirlo por medio de una modificación duradera de sus condiciones genéticas. La inevitable influencia sugestiva del médico es orientada en psicoanálisis hacia la superación de las resistencias, tarea encomendada al paciente mismo. Contra el peligro de falsear, por sugestión, los datos anímicos del sujeto, nos protegemos por medio de un prudente manejo de la técnica. Pero, en general, precisamente la emergencia de las resistencias nos protege contra una posible acción indeseable de la influencia sugestiva. La finalidad del tratamiento puede concretarse en procurar al sujeto, por medio de la supresión de las resistencias y el examen de sus represiones, la más completa unificación y el

máximo robustecimiento posibles de su *yo*, ahorrarle el gasto psíquico exigido por los conflictos internos, hacer de él lo mejor que se pueda con arreglo a sus disposiciones y capacidades, y hacerlo así capaz de rendimiento y de goce. La supresión de los síntomas no es considerada como un fin especial, pero se logra siempre, a condición de practicar debidamente el análisis, como un resultado accesorio. El analítico respeta la peculiaridad del paciente, no procura modificarla conforme a sus propios ideales, y le es muy grato ahorrarse consejos y despertar, en cambio, la iniciativa del analizado.

(26) Su relación con la Psiquiatría. —La Psiquiatría es actualmente una ciencia esencialmente descriptiva y clasificadora, de orientación aún más somática que psicológica, y carente de posibilidades de explicación de los fenómenos observados. Pero el psicoanálisis no se contrapone a ella, como pudiera creerse por la actitud casi general de los psiquiatras. Como *psicología profunda*, como psicología de los procesos anímicos sustraídos a la conciencia, está llamada a procurar a la Psiquiatría una subestructura imprescindible y a ayudarla a superar sus limitaciones actuales.

El porvenir creará seguramente una psiquiatría científica, a la cual habrá servido de introducción el psicoanálisis.

(*27) Críticas e interpretaciones erradas del psicoanálisis*. —La mayor parte de lo que, incluso en obras científicas, se ha opuesto al psicoanálisis reposa en una información insuficiente, la cual parece, a su vez, fundada en resistencias afectivas. Así, es erróneo acusar al psicoanálisis de *pansexualismo* y pretender que deriva de la sexualidad todo el suceder anímico y lo refiere a ella. El psicoanálisis ha diferenciado más bien desde un principio los instintos sexuales de otros a los que provisionalmente ha denominado *instintos del «yo»*. Jamás se le ha ocurrido querer explicarlo *todo*, y ni siquiera ha derivado la neurosis exclusivamente de la sexualidad, sino del conflicto entre las tendencias sexuales y el *yo*. El término *libido* no significa en psicoanálisis (salvo en los escritos de C. G. Jung) simplemente energía psíquica, sino la fuerza motriz de los instintos sexuales. Ciertas afirmaciones, como la de que todo sueño es un cumplimiento de deseos sexuales, no han sido jamás sentadas. El reproche de unilateralidad que se

opone al psicoanálisis, el cual, como *ciencia de lo inconsciente psíquico*, tiene su dominio determinado y limitado, es tan inadecuado como si se dirigiera a la Química. Otro lamentable error de interpretación, sólo atribuible a ignorancia, es el de suponer que el psicoanálisis espera la curación de las afecciones neuróticas de una *libre expansión de* la sexualidad. La aportación de los deseos sexuales a la conciencia, conseguida por el análisis, hace más bien posible el dominio de los mismos, inalcanzable antes a causa de la represión, Puede más bien decirse que el análisis liberta al neurótico de las ligaduras de su sexualidad. Además, es absolutamente anticientífico preguntarse si el psicoanálisis puede llegar a echar por tierra la religión, la autoridad y la moral, puesto que, como toda ciencia, no tiene nada de tendenciosa y su único propósito es aprehender exactamente un trozo de la realidad. Por último, no puede parecemos más que una simpleza el temor de que los pretendidos bienes supremos de la Humanidad —la investigación, el arte, el amor y los sentimientos morales y sociales— puedan perder su valor o su dignidad porque el psicoanálisis esté en situación de mostrar su procedencia de impulsos instintivos elementales animales.

(28) Aplicaciones y relaciones no médicas del psicoanálisis. —Nuestra exposición del psicoanálisis sería incompleta si omitiéramos manifestar que es la única disciplina médica que entraña amplísimas relaciones con las ciencias del espíritu, y está en vías de lograr, en cuanto a la historia de la religión y de la cultura, la mitología y la literatura, la misma significación que en cuanto a la Psiquiatría. Lo cual podría maravillar si se tiene en cuenta que originariamente no tenía otro fin que la comprensión y la influenciación de los síntomas neuróticos. Pero no es nada difícil indicar en qué punto de su evolución hubo de tenderse el puente que la unió a las ciencias del espíritu. Cuando el análisis de los sueños procuró un atisbo de los procesos anímicos inconscientes y mostró que los mecanismos que crean los síntomas patológicos actúan también en la vida psíquica normal, el psicoanálisis se convirtió en *psicología profunda*, y capaz como tal de aplicación a las ciencias del espíritu, pudo resolver una multitud de problemas ante los cuales la psicología oficial de los procesos conscientes tenía que detenerse perpleja. Muy pronto ya se establecieron las relaciones con la filogénesis humana. Se

descubrió cuán frecuentemente la función patológica no es más que una *regresión* a una fase evolutiva anterior de la norma. C. G. Jung fue el primero en señalar expresamente la sorprendente coincidencia entre las fantasías de los enfermos de *dementia praecox* y los mitos de los pueblos primitivos. Por mi parte, he llamado la atención sobre el hecho de que los dos impulsos optativos que componen el complejo de Edipo coinciden intrínsecamente con las dos prohibiciones capitales del *totemismo* (la de matar al patriarca y la de matrimoniar con mujer de la misma casta), y deduje de él amplias conclusiones. La significación del complejo de Edipo comenzó a crecer de un modo gigantesco. Surgió la sospecha de que el orden estatal, la moral, el derecho y la religión habían surgido conjuntamente en la época primordial de la Humanidad como productos de la reacción al complejo de Edipo. Otto Rank arrojó viva luz sobre la mitología y la historia de la literatura con la aplicación de los descubrimientos psicoanalíticos, y lo mismo Th. Reik sobre la historia de las religiones y las costumbres. El sacerdote O. Pfister, de Zurich, despertó el interés de los pastores de almas y los pedagogos, e hizo comprender el valor de los puntos de vista psicoanalíticos para la pedagogía. No es propicio este lugar para extendernos sobre tales aplicaciones del psicoanálisis; basta la observación de que su existencia no ve todavía un límite.

(29) Carácter del psicoanálisis como ciencia empírica. —El psicoanálisis no es un sistema como los filosóficos, que parta de unos cuantos conceptos fundamentales precisamente definidos, intente aprehender con ellos la totalidad del universo y, una vez concluso y cerrado, no ofrezca espacio a nuevos hallazgos y mejores conocimientos. Se adhiere más bien a los hechos de su campo de acción, intenta resolver los problemas más inmediatos de la observación, tantea sin dejar el apoyo de la experiencia, se considera siempre inacabado y está siempre dispuesto a rectificar o sustituir sus teorías. Tolera tan bien como la Física o la Química que sus conceptos superiores sean oscuros, y sus hipótesis, provisionales, y espera de una futura labor una más precisa determinación de los mismos.

(B) TEORÍA DE LA LIBIDO

LIBIDO es un término de la teoría de los instintos destinado a la designación de la manifestación dinámica de la sexualidad, utilizado ya por A. Moll en este sentido (*Investigaciones sobre la «libido sexualis»*, 1898) e introducido por mí en el psicoanálisis[2092]. En lo que sigue nos limitaremos a enunciar qué desarrollos (aún no terminados) ha experimentado la teoría de los instintos en el psicoanálisis.

(1) Antítesis de instintos sexuales e instintos del yo. —El psicoanálisis, que no tardó en descubrir que había de fundar todo el suceder anímico en el dinamismo de los instintos elementales, se vio en pésima situación, pues no había en la Psicología una teoría de los instintos y nadie podía decirle lo que propiamente era un instinto. Reinaba la arbitrariedad más absoluta y cada psicólogo admitía tantos instintos como quería y, precisamente, los que quería. El primer objeto de estudio del psicoanálisis fueron las neurosis de transferencia (la histeria y la neurosis obsesiva). Sus síntomas nacían por cuantos impulsos instintivos sexuales habían sido rechazados (reprimidos) por la personalidad (por el yo) y se había procurado indirectamente, a través de lo inconsciente, una expresión. Comenzamos, pues, por oponer a los instintos sexuales instintos del *yo* (instintos de autoconservación), y nos encontramos entonces de acuerdo con la tesis, hecha popular, del poeta que atribuye todo el suceder universal a dos únicas fuerzas: el hambre y el amor. La libido era en igual sentido la manifestación energética del amor, como el hambre la del instinto de conservación. La naturaleza de los instintos del *yo* permaneció así, en un principio, indeterminada e inaccesible al análisis como todos los demás caracteres del *yo*. Sin que fuera posible indicar si entre ambas clases de instintos debían suponerse diferencias y cuáles podían ser éstas.

(2) La libido primordial. —C. G. Jung intentó vencer esta oscuridad por un camino especulativo, admitiendo tan sólo una única libido primordial que podía ser sexualizada y desexualizada, y coincidía, por tanto, en esencia con la energía psíquica en general. Esta innovación era discutible desde el punto

de vista metodológico; rebajaba el término de libido a la categoría de un sinónimo superfluo y forzaba en la práctica distinguir constantemente entre libido sexual y asexual. La diferencia entre los instintos sexuales y los instintos con otros fines no podía ser suprimida con sólo una nueva definición.

(3) La sublimación. —El estudio reflexivo de las tendencias sexuales, sólo analíticamente accesibles, había procurado, entre tanto, interesantísimos conocimientos aislados. Lo que se conocía con el nombre de instinto sexual era algo muy compuesto y podía descomponerse en sus instintos parciales. Cada instinto parcial se hallaba inmutablemente caracterizado por su *fuente*; esto es, por aquella región del soma de la cual extraía el mismo su estimulo. Además podían distinguirse en *él* un *objeto* y un *fin*. El fin era siempre su satisfacción o descarga, pero podía experimentar una mutación de la actividad a la pasividad. El objeto estaba menos firmemente vinculado al instinto de lo que al principio parecía, podría ser fácilmente trocado por otro, y también el instinto que había tenido un objeto exterior podía ser orientado hacia la propia persona. Los diferentes instintos podían permanecer independientes unos de otros, o —en forma aún irrepresentable— combinarse, fundirse para una labor común. Podían también representarse mutuamente, transferirse sus cargas de libido, de manera que la satisfacción de uno quedara sustituida por la de otro. El destino más importante de los instintos parecía ser la *sublimación*, en la cual son sustituidos por otros el objeto y el fin, de manera que el instinto originalmente sexual encuentra su satisfacción en una función no sexual ya y más elevada desde el punto de vista social o ético. Todos éstos son rasgos que no se unen todavía en una imagen conjunta.

(4) El narcisismo. —Un progreso decisivo resultó cuando nos arriesgamos al análisis de la *dementia praecox* y otras afecciones psicóticas y empezamos con ello a estudiar el *yo*, al cual hasta entonces sólo conocíamos como instancia represora y resistente. Descubrimos que el proceso patógeno de la *dementia praecox* consistía en que la libido era retirada de los objetos y retraída al *yo*, siendo los ruidosos fenómenos patológicos correspondientes la

consecuencia de los vanos esfuerzos de la libido por hallar el camino de retorno a los objetos. Es, pues, posible que la libido de los objetos se transformara en carga del *yo*, e inversamente. Otras reflexiones mostraron que el *yo* podía ser considerado como un gran depósito de libido, del que afluía la libido a los objetos y que se hallaba siempre dispuesto a acoger la libido retornada de los objetos. Así pues, los instintos de conservación eran también de naturaleza libidinosa, eran instintos sexuales que en vez de los objetos exteriores habían tomado por objeto el propio *yo*. Por nuestra experiencia clínica conocíamos personas que se conducían singularmente, como si estuvieran enamoradas de sí mismas, y habíamos dado a esta perversión el nombre de *narcisismo*. Denominamos, pues, a la libido de los instintos de autoconservación *libido narcisista* y reconocimos una amplia medida de tal amor propio como el estado primario y normal. La fórmula primera de las neurosis de transferencia precisaba, pues, ahora, no de una rectificación, pero sí de una modificación; en lugar de un conflicto entre instintos sexuales e instintos del *yo* hablamos mejor de un conflicto entre la libido del objeto y la libido del *yo*, o, puesto que la naturaleza de los instintos era la misma, entre las cargas del objeto y el *yo*.

(5) Aproximación aparente a la interpretación de Jung. —De este modo pareció como si también la lenta investigación psicoanalítica hubiera llegado al mismo resultado que la especulación de Jung sobre la libido primordial, puesto que la transformación de la libido del objeto en narcisismo traía consigo inevitablemente cierta desexualización, un abandono de los fines sexuales especiales. Pero se impone la reflexión de que si los instintos de autoconservación del *yo* son reconocidos como libidinosos, ello no demuestra que en el *yo* no actúen también otros instintos.

(6) El instinto gregario. —Se afirma multilateralmente la existencia de un instinto gregario especial innato, que determina la conducta social de los hombres e impulsa al individuo a la reunión en comunidades más amplias. El psicoanálisis ha de oponerse a esta tesis. Si el instinto social es también innato, puede ser referido sin dificultad a cargas de objeto originariamente libidinosas y se desarrolla en el individuo infantil como producto de la

reacción a actitudes hostiles de rivalidad. Reposa en una forma especial de la identificación con los demás.

(7) Tendencias sexuales de fin inhibido. —Los instintos sociales pertenecen a una clase de impulsos instintivos que no requieren forzosamente el calificativo de sublimados, aunque están próximos a los de este orden. No han abandonado sus fines^ directamente sexuales, pero se ven impedidos de alcanzarlos por resistencias internas; se contentan con ciertas aproximaciones a la satisfacción y establecen, precisamente por ello, vínculos singularmente firmes y duraderos entre los hombres. A esta clase pertenecen en especial las relaciones cariñosas, plenamente sexuales en su origen, entre padres e hijos, los sentimientos de amistad y el cariño conyugal, nacido de la inclinación sexual.

(8) Reconocimiento de dos clases de instintos en la vida anímica. —La labor analítica, que, en general, tiende a desarrollar sus teorías independientemente de las otras ciencias, al tratarse de la teoría de los instintos, se ve obligada a buscar apoyo en la Biología. Amplias reflexiones sobre los procesos que constituyen la vida y conducen a la muerte muestran probable la existencia de dos clases de instintos, correlativamente a los procesos opuestos de construcción y destrucción en el organismo. Unos de estos instintos, que laboran silenciosamente en el fondo, perseguirían el fin de conducir a la muerte al ser vivo; merecerían, por tanto, el nombre de *instintos de muerte* y emergerían, vueltos hacia el exterior por la acción conjunta de los muchos organismos elementales celulares, como tendencias de *destrucción* o de *agresión*. Los otros serían los instintos sexuales o instintos de vida libidinosos (el Eros), mejor conocidos analíticamente, cuya intención sería formar con la sustancia viva unidades cada vez más amplias, conservar así la perduración de la vida y llevarla a evoluciones superiores. En el ser animado, los instintos eróticos y los de muerte habrían constituido regularmente mezclas y aleaciones; pero también serían posibles disociaciones de los mismos. La vida consistiría en las manifestaciones del conflicto o de la interferencia de ambas clases de instintos, venciendo los de destrucción con la muerte y los de vida (el Eros) con la reproducción.

(9) La naturaleza de los instintos. —Sobre el terreno de esta teoría puede decirse que los instintos son tendencias intrínsecas de la sustancia viva a la reconstitución de un estado anterior, o sea, históricamente condicionadas y de naturaleza conservadora, como si fueran manifestación de una inercia o una elasticidad de lo orgánico. Ambas clases de instintos, el Eros y el instinto de muerte, actuarían y pugnarían entre sí desde la primera génesis de la vida.

CXXII

UNA NEUROSIS DEMONÍACA EN EL SIGLO XVII[2093]

1922 [1923]

EL estudio de las neurosis infantiles nos ha revelado que en ellas se hace perceptible o simple a la vista lo que más tarde sólo una detenida y penetrante investigación logra descubrir. Algo semejante habremos de esperar de las enfermedades neuróticas de siglos pretéritos, a condición de hallarnos preparados a encontrarlas bajo rótulos distintos de los que designan a nuestras neurosis actuales. No deberemos asombrarnos de que las neurosis de estos tiempos antiguos aparezcan bajo vestiduras demonológicas, en tanto que las de nuestra época actual, antipsicológica, revisten aspectos hipocondriacos, mostrándose disfrazadas de enfermedades orgánicas. Varios autores, Charcot entre ellos, han reconocido en las representaciones plásticas de la posesión y del éxtasis que el arte nos ha legado las manifestaciones de la histeria. No habría sido tampoco difícil hallar de nuevo en los historiales de tales enfermos los contenidos de la neurosis si tan sólo se les hubiera consagrado a su tiempo atención suficiente.

La teoría demonológica de aquellos oscuros tiempos se ha mantenido en pie frente a todas las interpretaciones somáticas del período de las ciencias «exactas». Los casos de posesión diabólica corresponden a nuestras neurosis, para cuya explicación acudimos nosotros de nuevo a la acción de poderes psíquicos. Los demonios son para nosotros malos deseos rechazados;

ramificaciones de impulsos instintivos reprimidos. Rechazamos tan sólo la proyección al mundo exterior de que la Edad Media hacia objeto a tales poderes anímicos y los hacemos nacer en la vida íntima del enfermo, en la cual moran.

I. LA HISTORIA DEL PINTOR CRISTÓBAL HAITZMANN

AL amable interés del doctor R. Payer-Thurn, director de la antigua Biblioteca imperial y real de Viena, debo el conocimiento de una tal neurosis demonológica del siglo XVII. Payer-Thurn había hallado en la biblioteca un manuscrito procedente del santuario de Mariazell, en el que se historiaba minuciosamente el rescate milagroso, por la gracia de la Virgen María, de un pacto sellado con el demonio. La relación de este contenido con la leyenda de Fausto despertó su interés y le movió a escribir un penetrante estudio sobre el caso. Pero al hallar que el individuo cuya salvación se describía padecía de convulsiones y visiones, se dirigió a mí en demanda de un informe médico, y entonces convinimos en publicar independientemente y por separado nuestros respectivos trabajos. Me es muy grato manifestarle aquí mi agradecimiento por su iniciativa y por su valiosa ayuda en el estudio del manuscrito.

Este historial patodemonológico nos procura realmente un precioso hallazgo sin necesidad de laboriosas interpretaciones, así como algunos yacimientos proporcionan rico metal que en otros lugares sólo fundiendo trabajosamente grandes masas de mineral puede lograrse.

El manuscrito, del cual poseo exacta copia, aparece dividido en dos partes, de naturaleza muy diferente: el informe, en latín, del monje que actuó como escribiente o compilador, y un fragmento del Diario del paciente, escrito en alemán. La primera parte contiene los antecedentes del caso y el relato de la curación milagrosa misma; la segunda, acaso no tan valiosa para los religiosos, lo es tanto más para nosotros. Contribuye, en efecto, a afirmar nuestro juicio, vacilante si no, sobre el caso patológico, y debemos agradecer a los religiosos que conservaran tal documento, aunque en nada podía

favorecer sus propósitos, y sí, acaso, contrariarlos.

Antes de adelantarnos en el análisis del pequeño manuscrito titulado *Trophaeum Mariano-Cellense*, extractaremos una parte de su contenido, correspondiente a los antecedentes del caso.

El día 5 de septiembre de 1677, el pintor bávaro Cristóbal Haitzmann fue llevado, con una carta de presentación del párroco de Pottenbrunn, al vecino lugar de Mariazell[2094]. Haitzmann llevaba varios meses de residencia en Pottenbrunn, dedicado a su arte. El día 29 de agosto anterior, hallándose en la iglesia, se vio acometido de terribles convulsiones, y al repetirse tales ataques en días sucesivos, el *praefectus Domini Pottenbrunnensis* le había examinado, preguntándole qué es lo que le atormentaba y si había tenido tratos ilícitos con el demonio[2095]. A lo cual el pintor respondió que, efectivamente, nueve años antes, en una época de desconfianza en sus dotes artísticas y en la posibilidad de subsistir, había cedido a las sugestiones del demonio, que ya le había tentado nueve veces, y se había comprometido, por escrito, a pertenecerle en cuerpo y alma pasado cierto plazo, que expiraba precisamente el día 24 del mes en curso. El desdichado se arrepentía de su locura y estaba convencido de que sólo la gracia de la Santísima Virgen de Mariazell podría salvarle, obligando al Malo a devolverle el contrato escrito con sangre. Por esta razón se permitió al párroco de Pottenbrunn recomendar *miserum hunc hominem omni auxilio destitutum* a los religiosos de Mariazell.

Hasta aquí el párroco de Pottenbrunn, Leopoldo Braun, en 1 de septiembre de 1677.

Ahora podemos ya continuar el análisis manuscrito. Consta éste de tres partes:

1.ª Una portada en colores que representa la escena del pacto y la de su rescate en la capilla de Mariazell. En la página inmediata figuran ocho dibujos, también en colores, con las sucesivas apariciones del demonio y una breve explicación en alemán. Estos dibujos no son originales, sino copias —y según se nos asegura solemnemente, copias fidelísimas— de las pinturas de Cristóbal Haitzmann.

2.ª El *Trophaeum Mariano-Cellense* propiamente dicho (en latín), obra de

un compilador eclesiástico que firma con las iniciales P. A. E. acompañadas de cuatro versos que contiene su biografía. El final lo constituye un testimonio del abad Kilian de San Lamberto, fechado en 12 de septiembre de 1729, y escrito en letra distinta a la del compilador, certificando la exacta coincidencia del manuscrito y sus ilustraciones con los originales conservados en el archivo. No se indica la fecha en que fue redactado el *Trophaeum*, y así podemos suponer que sucedió en el mismo año del testimonio del abad Kilian (1729) o, atendiendo al hecho de que el último año mencionado en el texto es el de 1714, situar su redacción en una fecha indeterminada entre este último año y el de 1729. El milagro que este escrito debía preservar del olvido se cumplió en 1671; esto es, de treinta y siete a cincuenta y dos años antes.

3.ª Un Diario, escrito en alemán, del pintor mismo, que abarca desde la época de su redención en la capilla de Mariazell hasta el 13 de enero del año siguiente de 1678. Este Diario aparece intercalado con el texto del *Trophaeum* poco antes del final.

El nódulo del *Trophaeum* propiamente dicho lo constituyen dos documentos: la carta de presentación, ya mencionada, del párroco Leopoldo Braun, de Pottenbrunn, fecha 1 de septiembre de 1677, y el informe en el que el abad Francisco de Mariazell y San Lamberto describen la curación milagrosa en 12 de septiembre de 1677, o sea, pocos días después de la misma. Obra del redactor o compilador P. A. E. son una introducción que enlaza ambos documentos principales, varios pasajes intermedios, poco importantes, y al final, una noticia sobre los destinos ulteriores del pintor, según una información desarrollada en 1714[2096].

Así, pues, los antecedentes del caso aparecen relatados tres veces en el *Trophaeum*; a saber: una vez, en la carta de presentación del párroco de Pottenbrunn; otra, en el solemne informe del abad Francisco, y una tercera, en la introducción del redactor. La comparación de estas tres fuentes revela ciertas divergencias que no ha de ser ocioso examinar a fondo.

Ahora podemos ya continuar la historia del pintor. Después de prolongada oración y penitencia en Mariazell, el día 8 de septiembre, conmemoración de la Natividad de Nuestra Señora, cerca ya de la

medianoche, el demonio, bajo la forma de un dragón, se le apareció en la capilla del monasterio y le devolvió el pacto, escrito con sangre. Más adelante veremos con asombro que en la historia del pintor Cristóbal Haitzmann hubo nada menos que dos pactos con el demonio: uno, el primitivo, escrito en tinta negra, y otro, posterior, escrito con sangre. En la escena del exorcismo, descrita en el *Trophaeum*, se trata, como puede reconocerse también en el dibujo de la portada, del segundo pacto, o sea, del que fue escrito con sangre.

Al llegar a este punto podría surgir en nuestro ánimo cierta desconfianza en cuanto a la autenticidad del relato de los religiosos; desconfianza que nos aconsejaría no malgastar nuestro trabajo en el estudio de un producto de la superstición monacal. Se nos refiere, en efecto, que varios frailes, cuyos nombres se citan, asistieron constantemente al exorcizado, y estaban también presentes en la capilla al aparecerse el demonio. Si se afirmara que también ellos habían visto al dragón diabólico en el acto de entregar al pintor el pacto escrito con sangre (*Schedam sibi norrigentem conspexissei*), nos encontraríamos ante varias posibilidades, poco gratas; entre ellas, la de una alucinación colectiva. Pero el texto del testimonio redactado por el abad Francisco destruye tales sospechas. No se afirma en él que también los religiosos que asistían al exorcizado vieran al demonio, sino tan sólo con sobria honradez que el pintor se arrancó de pronto de los brazos de los religiosos que le sostenían, se abalanzó a un rincón de la capilla, en el que vio la aparición, y volvió luego con el pacto en la mano (*…ipsumque Daemoneum ad Aram Sac. Cellae per Jenestrellan in cornu Epistolae Schedam sibi porrigontem conspexissei eo advolans e Religiosorum manibus, qui eum tenebrant, ipsam Schedam ad manun obtinuit…*)

El milagro era grande, e indubitable la victoria de la Santísima Virgen sobre Satanás; pero la curación no fue, por desgracia, duradera. Circunstancia que tampoco silencian los religiosos, dicho sea en honor suyo. El pintor partió a poco de Mariazell en perfecto estado de salud, y se trasladó a Viena, instalándose en casa de una hermana suya. Y allí comenzó a sufrir luego, desde el 11 de octubre, nuevos ataques, algunos muy graves, de los cuales nos informa el Diario hasta el día 13 de enero. Fueron visiones y ausencias en las que veía y vivía las cosas más diversas: convulsiones, acompañadas de intensos dolores; parálisis, una vez de las piernas, etc. Ahora no era el diablo

quien se le aparecía para atormentarle; eran figuras sagradas: Cristo y la misma Virgen María. Pero lo curioso es que tales apariciones celestiales y los castigos que le imponían no le causaban menos tormentos que antes sus tratos con el demonio. En consecuencia, interpreta también en su Diario estas apariciones como obra del demonio, y habla de *maligni spiritus manifestationes* cuando en mayo de 1678 hubo de regresar a Mariazell.

Ante los religiosos alegó como razón de su retorno que aún debía reclamar al diablo otro pacto anterior, escrito con tinta[2097]. También esta vez fue asistido por la Virgen María y por los piadosos monjes de Mariazell en el logro de sus deseos. Pero la información relativa a esta segunda devolución es parquísima, limitándose a las palabras *qua iuxta votum reddita*. Oró de nuevo y le fue devuelto el documento. Luego se sintió ya totalmente liberado e ingresó en la Orden de la Merced.

Hallamos de nuevo ocasión de reconocer que la evidente tendencia de su labor no indujo al compilador a apartarse de la veracidad exigible a un historial patológico. Pues no silencia los resultados de la información suministrada en 1714, muerto ya el pintor, por los superiores del convento de la Orden de la Merced. El reverendo padre provincial de la misma informa que el hermano Crisóstomo había sido aún objeto de repetidos ataques por parte del espíritu del mal, el cual había tratado de inducirle a un nuevo pacto, aunque precisamente sólo en aquellas ocasiones en que el hermano «había bebido vino con algún exceso». Por fortuna, y con la ayuda de Dios, le había sido siempre posible rechazar las sugestiones del Malo. El hermano Crisóstomo había muerto luego de consunción, «plácidamente y confortado con todos los auxilios espirituales», en el convento que la Orden poseía en Neustatt, el año 1700.

II. EL MOTIVO DEL PACTO CON EL DEMONIO

SI consideramos como un historial patológico neurótico esta entrega al demonio, nuestro interés se orientará, en primer término, hacia la motivación de la misma, íntimamente enlazada a su causa ocasional. ¿Por qué

vende alguien su alma al diablo? El doctor Fausto pregunta despectivamente: «¿Qué puedes tú dar, pobre diablo?» Pero no tiene razón. El diablo puede procurar, como precio del alma inmortal, muchas cosas que los hombres estiman grandemente: riqueza, seguridad contra los peligros, poder sobre los hombres y sobre las fuerzas de la Naturaleza, artes mágicas y, ante todo, placer, el placer dispensado por hermosas mujeres. Estos presentes del demonio suelen aparecer, además, expresamente consignados en los pactos con él concertados. ¿Cuál fue, para Cristóbal Haitzmann, el motivo de su pacto?

Singularmente, ninguno de tales naturalísimos deseos. Para reconocerlo así basta leer las breves observaciones que el pintor agrega a los dibujos en los que representa las aspiraciones del demonio. Por ejemplo, la nota a la tercera visión dice así:

«Hace año y medio se me apareció, por tercera vez, en esa horrenda figura, con un libro en la mano, en el que se trataba de hechicería y magia negra…»

Mas por la nota correspondiente a una aparición posterior nos enteramos de que el demonio le reprocha violentamente «haber quemado el libro que antes le ofreciera» y le amenaza con hacerle pedazos si no se le devuelve.

En la cuarta aparición, el demonio le enseña una gran bolsa amarilla y un ducado, y le ofrece procurarle, en cualquier momento, tantas de aquellas monedas como desee. Pero el pintor se vanagloria de no haber aceptado ni una sola.

Otra vez le pide que busque diversiones y placeres. A lo cual el pintor observa que así lo hizo, «aceptando a su demanda, pero sólo por tres días», al cabo de los cuales volvió a hacer vida retirada.

Puesto que nuestro héroe rechaza así las artes mágicas, el dinero y el placer cuando el diablo se los ofrece, no podemos admitir que antes pusiera la obtención de tales cosas como condición del pacto, y se nos hace realmente preciso averiguar qué es lo que deseaba recibir del demonio al venderle su alma. Algún motivo había de tener para ello.

El *Trophaeum* nos informa concretamente sobre este punto. Haitzmann

había caído en honda melancolía; se sentía incapaz de trabajar en su arte, o sin voluntad para ello, y le preocupaba amargamente la idea de una muerte próxima. Padecía, pues, una depresión melancólica, con inhibición de la capacidad de trabajo y miedo (justificado) a morir pronto. Vemos así que nos encontramos realmente ante un historial patológico, y averiguamos también cuál fue la causa ocasional de tal enfermedad, a la que el pintor mismo da, en las notas a sus dibujos, el nombre de «melancolía». De nuestras tres fuentes, la primera, la carta de presentación del párroco, menciona tan sólo el estado de depresión (*dum artis suae progressun emolumentumque secuturum pusillanimis perpenderet*); pero la segunda, la relación del abad Francisco, señala ya la fuente del mismo, pues leemos en ella: *accepta aligna pusillanimitate ex morte parentis*, y también en la introducción del compilador hallamos las mismas palabras, sólo que en distinto orden: *ex morte parentis accepta aligna pusillanimitate*. Así pues, el pintor había caído en honda melancolía a causa de la muerte de su padre, siendo entonces cuando se le apareció el demonio, y después de preguntarle por qué estaba triste, le prometió «ayudarle y favorecerle cuanto pudiera».

Nos encontramos, por tanto, ante el caso de un individuo que vende su alma al diablo para ser libertado de una depresión de ánimo. Motivo que habrá de aparecer plenamente justificado a cuantos puedan formarse una idea de los tormentos que tal estado trae consigo y sepan, además, qué escasa ayuda logra prestar en estos casos la ciencia médica. Pero lo que no podrá adivinar ninguno de nuestros lectores es cuál fue el texto de los dos pactos, escrito el primero con tinta y el segundo, posterior en un año, con sangre, conservados ambos presuntamente en el archivo de Mariazell y reproducidos en el *Trophaeum*.

Estos pactos nos reservan dos grandes sorpresas. En primer lugar, no imponen al diablo obligación alguna a cambio de la cual hipoteque el sujeto su salvación eterna, sino que se limita a consignar una exigencia del demonio, que el pintor se compromete a cumplir. Nos encontramos, por tanto, ante el caso totalmente ilógico y absurdo de alguien que vende su alma, no por algo que ha de recibir del diablo, sino por algo que él ha de hacer en favor del mismo. Pero todavía es más extraña la obligación que el pintor se compromete a cumplir.

El primer pacto, escrito con tinta, reza:

«Yo, Cristóbal Haitzmann, me obligo a este señor, como hijo suyo fidelísimo, por nueve años. Año 1669».

Y el segundo, escrito con sangre:

«Año 1669. Cristóbal Haitzmann. Me obligo a Satanás y me comprometo a ser su hijo fidelísimo y a entregarle, dentro de nueve años, mi cuerpo y mi alma».

Ahora bien: la extrañeza que tales textos nos causan desaparece en cuanto observamos que, en realidad, lo que en ellos aparece expuesto como una demanda del diablo, a la que el pintor se obliga, es, por el contrario, un deseo de este último, que el diablo se compromete a satisfacer. El pacto, antes incomprensible, presenta ya así un perfecto sentido, consistente en que el diablo se obliga a sustituir, cerca del pintor y durante nueve años, al padre que el mismo había perdido. Transcurrido dicho plazo, Haitzmann caería en cuerpo y alma bajo la potestad del demonio, como era generalmente de rigor en esta clase de tratos. Así pues, el proceso mental que motivó en el pintor su pacto con el diablo parece haber sido el siguiente: La muerte de su padre le ha hecho perder la alegría y la capacidad de trabajo; si logra hallar un sustituto del padre, espera recobrar lo perdido.

Un individuo a quien la muerte de su padre ha hecho caer en melancolía tiene que haber amado tiernamente al mismo. Pero entonces resulta en extremo singular que a un tal sujeto se le ocurra elegir al demonio como sustituto del padre amado.

III. EL DEMONIO COMO SUSTITUTO DEL PADRE

TEMO que una crítica perspicaz no se decida a aceptar que ésta nuestra interpretación del pacto descubra su sentido. Elevará, en contrario, dos objeciones. La primera, que no es indispensable considerar el texto de los documentos reseñados como el de un contrato con el que hubieran de constar las obligaciones de ambas partes. Contendría tan sólo la que el pintor contraía, quedando fuera de aquél, y como sobreentendidas, las del demonio.

Pero, además, el pintor se obliga doblemente: en primer lugar, a ser durante nueve años hijo fidelísimo del demonio, y en segundo, a pertenecerle en cuerpo y alma después de su muerte. Con esto quedaría destruido uno de los fundamentos de nuestra conclusión.

La segunda objeción alegará que no se debe conceder especial importancia a la fórmula de «ser hijo fidelísimo del demonio», la cual sería tan sólo una expresión corriente, susceptible de ser generalmente interpretada en el sentido que los religiosos le dieron. Éstos nos traducen, en efecto, tal expresión a su latín, y se limitan a decir que el pintor se mancipó (*mancipavit*) al Malo, se hizo esclavo suyo, obligándose a llevar una vida pecadora y a negar a Dios y a la Santísima Trinidad. ¿Por qué habríamos de alejarnos de esta interpretación tan natural y próxima[2098]?. Y entonces nos hallaríamos sencillamente ante el caso de un individuo que se ve atormentado por una depresión melancólica, y no sabiendo ya a quién pedir ayuda, vende su alma al diablo, al cual atribuye máximo poder terapéutico. El hecho de que la depresión tuviera su causa en la muerte del padre del sujeto carecería de todo alcance. Lo mismo habría sucedido siendo otra su causa. Esta argumentación parece tan razonable como evidente y eleva una vez más contra el psicoanálisis el reproche de complicar artificiosamente las cosas más sencillas, ver enigmas y problemas donde en realidad no existen y suscitarlos, acentuando exageradamente rasgos ínfimos y secundarios, fáciles de hallar en todo caso, y elevándolos a la categoría de substratos de conclusiones tan arriesgadas como extrañas. Sería inútil replicar que al rechazar nuestras hipótesis se hace, injustificadamente, caso omiso de sorprendentes analogías y sutiles relaciones que nos es posible señalar en el historial que nos ocupa. Nuestros adversarios afirmarían que nada de ello existe más que en nuestra imaginación acalorada.

No iniciaremos ahora nuestra argumentación contraria a las objeciones expuestas con las palabras «seamos honrados» o «seamos sinceros», pues siempre debemos poder serlo sin necesidad de tomar un especial impulso para ello: haremos constar, simplemente, nuestra convicción de que a nadie opuesto de antemano al pensamiento psicoanalítico le hará cambiar de opinión el examen de este caso del pintor Cristóbal Haitzmann. No es tampoco nuestra intención utilizarlo como prueba de la validez del

psicoanálisis; por el contrario, presuponemos desde luego válido el psicoanálisis y lo utilizamos para explicar la enfermedad demonológica del pintor. La justificación de esta manera de proceder la extraemos del resultado positivo de nuestras investigaciones sobre la esencia de las neurosis. Sin inmodestia alguna podemos, en efecto, afirmar que hasta los más obtusos de nuestros colegas y nuestros contemporáneos comienzan ya a reconocer la imposibilidad de llegar a la inteligencia de los estados neuróticos sin el auxilio del psicoanálisis.

Estos dardos conquistarán Troya, estos dardos solos, habla Ulises en el Philóctetes de Sófocles.

Así pues, si no es erróneo considerar el pacto diabólico de nuestro pintor como una fantasía neurótica, el estudio psicoanalítico del mismo no precisará de más amplia justificación. También los pequeños indicios tienen su sentido y su valor, muy especialmente en cuanto se refiere a las condiciones genéticas de la neurosis. Lo mismo puede errarse valorándolos con exceso que negándoles importancia. El acierto es cuestión de tacto. Pero si alguien no cree en el psicoanálisis, ni siquiera en el diablo, habremos de dejarle que se las arregle como quiera con este caso del pintor Haitzmann, bien se considere capaz de explicarlo con sus propios medios, o bien no halle en él nada que precise explicación.

Retornamos, por tanto, a nuestra hipótesis de que el demonio, al que nuestro pintor vende su alma, es para él un sustituto directo del padre. Con ello armoniza también la figura en que primero se le apareció: la de un honrado burgués de edad madura, con barba negra, capa roja y sombrero negro, un bastón en la mano derecha y un perro negro a su lado[2099]. Luego, su apariencia se hizo cada vez más espantable y podríamos decir más mitológica, mostrando ya, como atributos, cuernos, garras de águila y alas de murciélago. Por último, en la capilla, surge bajo la forma de un dragón alado.

Más adelante habremos de retornar sobre un detalle determinado de su forma corporal.

El hecho de que el demonio sea elegido como sustituto de un padre amado parece realmente extraño; pero sólo cuando nos enfrentamos con él por primera vez, pues sabemos algo que puede minorar nuestra sorpresa. En primer lugar, que Dios es un sustituto del padre o, mejor dicho, un padre

ensalzado, o, todavía de otro modo, una copia del padre tal como hubo de ser visto y vivido en la infancia: en la infancia individual por cada sujeto, y por la Humanidad, en su época primitiva, como padre de la horda primordial.

Más tarde, cada sujeto vio a su padre de otro modo, y ya muy disminuido; pero la imagen representativa infantil perduró y se fundó con la huella mnémica hereditaria del padre primordial, formando con ella la representación individual de Dios. La historia secreta del individuo, que el análisis extrae a la luz, nos ha descubierto también que la relación con este padre fue, quizá desde un principio, ambivalente, o cuando menos, no tardó en adquirir tal carácter, integrando así dos impulsos afectivos antitéticos; no sólo una cariñosa sumisión, sino también una hostil rebeldía. Esta misma ambivalencia preside, a nuestro juicio, la relación de la especie humana con su Dios. En la pugna, indecisa aún, entre la nostalgia del padre, por un lado, y el miedo y la rebeldía filial, por otro, hemos hallado la explicación de los caracteres principales y los destinos decisivos de las religiones[2100].

Del demonio sabemos que es pensado como antítesis de Dios y está, sin embargo, muy próximo a su naturaleza. Pero su historia no ha sido, desde luego, tan bien investigada como la de Dios; no todas las religiones han asumido el espíritu maligno, al adversario de Dios, y su modelo en la vida individual queda, al principio, en la oscuridad. Ahora bien: hay algo seguro, y es que los dioses pueden convertirse en demonios cuando nuevos dioses los desplazan. Cuando un pueblo es vencido por otro, los dioses de los vencidos suelen convertirse para los vencedores en demonios. El demonio de la religión cristiana, el diablo de la Edad Media, era, según la misma mitología cristiana, un ángel caído y de naturaleza igual a la divina. No hace falta gran penetración analítica para adivinar que Dios y el diablo eran, en un principio, idénticos, una sola figura, disociada más tarde en dos de cualidades opuestas[2101]. En los tiempos primitivos de las religiones, Dios mismo integraba aún todos aquellos rasgos temerosos que luego fueran reunidos para formar su antítesis.

Trátase, pues, el proceso, ya bien conocido por nosotros, de la disociación de una representación de contenido contradictorio —ambivalente—, en dos elementos contrarios, intensamente contrapuestos. Pero las contradicciones dadas en la naturaleza primitiva de Dios son un reflejo de la ambivalencia

que denomina la relación del individuo con su padre personal. Si el Dios bondadoso y justo es un sustituto del padre, no es de extrañar que también la actitud hostil, que odia, y teme, y acusa al padre, haya llegado también a manifestarse en la creación de Satán. Así pues, el padre sería el prototipo individual, tanto de Dios como del diablo.

Pero las religiones se hallarían bajo el efecto inextinguible del hecho de que el padre primordial era un ser infinitamente malo, menos semejante a Dios que al diablo.

No es, desde luego, tan fácil descubrir en la vida anímica del individuo la huella de la concepción satánica del padre.

Cuando el niño dibuja muñecos grotescos y caricaturas, suele lograrse demostrar que se burla con ellos de su padre; y cuando el niño o la niña se muestran temerosos de que entren ladrones en su alcoba, no es tampoco difícil reconocer en tan indeseados visitantes disociaciones de la figura del padre[2102]. También los animales que aparecen en las fobias zoológicas de los niños son, por lo general, sustitutivos del padre, como en tiempos primitivos del animal totémico. Pero en ningún caso hallamos tan claramente expresado como en el de nuestro pintor neurótico del siglo XVII que el diablo sea una copia del padre y pueda figurar como sustituto del mismo. Por eso manifestamos, al principio del presente estudio, nuestra esperanza de que tal historial patodemonológico nos mostrará, como metal nativo, aquello que en las neurosis de una época posterior no supersticiosa ya, pero sí, en cambio, hipocondriaca, sólo trabajosamente, por medio de la labor psicoanalítica, logramos extraer del mineral de las asociaciones y los síntomas[2103].

Adentrándonos más profundamente en el análisis de la enfermedad de nuestro pintor llegaremos sin duda a una más firme convicción. El hecho de que un sujeto adquiere a consecuencia de la muerte de su padre una depresión melancólica y una inhibición de la capacidad del trabajo no es nada extraordinario. Deducimos de ello que el sujeto se hallaba tiernamente ligado a su padre por un intenso amor filial y recordamos con cuánta frecuencia surge también una grave melancolía como forma neurótica del duelo por la pérdida de personas queridas.

Hasta aquí pensamos acertadamente; no, en cambio, si continuamos nuestras deducciones en el sentido de que la relación filial entrañaba sola y

únicamente amor. Por el contrario, la tristeza producida por la muerte del padre se transformará tanto más fácilmente en melancolía cuanto más ampliamente se hallara la relación filial bajo el signo de la ambivalencia. Ahora bien; la acentuación de esta ambivalencia los prepara a la posibilidad de un rebajamiento del padre, tal como lo hallamos en la neurosis demoniaca de nuestro pintor. Su pudiéramos averiguar de Cristóbal Haitzmann tanto como de un paciente sometido a nuestro análisis, se nos haría fácil desarrollar dicha ambivalencia, hacer recordar al sujeto cuándo y en qué ocasiones tuvo motivos de temer y odiar a su padre, y, sobre todo, descubrir los factores accidentales que se añadieron a los motivos típicos del odio al padre, arraigados inevitablemente en la relación paternofilial natural. Quizá entonces encontraríamos una explicación especial de la inhibición de la capacidad de trabajo. Es posible que el padre se opusiera al deseo de su hijo de ser pintor, y entonces la incapacidad de pintar que acometió a Haitzmann a raíz de la muerte de su padre sería una manifestación de la conocida «obediencia *a posteriori*», y, además, al incapacitar al sujeto para ganarse el sustento, habría incrementado su nostalgia del padre como protector ante sus necesidades de la vida. Como obediencia *a posteriori*, sería también una manifestación de remordimiento y un autocastigo eficaz.

Siéndonos imposible llevar a cabo un tal análisis con Cristóbal Haitzmann, muerto en 1700, hemos de limitarnos a hacer resaltar aquellos rasgos de su historial patológico que pueden apuntar hacia los motivos típicos de una actitud negativa para con el padre. Tales rasgos son muy escasos y de poco resalte, pero muy interesantes.

Ante todo, el papel que desempeña el número nueve. El pacto con el demonio es cerrado por nueve años. El informe, nada sospechoso, del párroco de Pottenbrunn lo precisa así claramente *pro noven Annis Syngraphen scriptan traditit*. Esta carta de presentación, fechada en 1 de septiembre de 1677, indica también que el plazo estaba ya próximo a expirar: *quorum et finis 24 mesis hujus futuros appropinquat*. Así pues, el pacto habría sido suscrito el 24 de septiembre de 1668[2104]. Y todavía en este mismo informe encuentra el número nueve otra distinta aplicación. *Nenies* —nueve veces— pretende el pintor haber resistido las tentaciones del demonio, antes de entregarse a él. Este detalle no aparece ya mencionado en los informes

posteriores. *Postamos novem*, reza luego también el testimonio del abad, y *ad novem annos*, repite el compilador en su extracto, prueba de que tal número no fue considerado indiferente.

El número nueve nos es ya muy conocido por su inclusión en fantasías neuróticas. Es el número de los meses de la gestación, y dondequiera aparece, orienta nuestra atención hacia una fantasía de embarazo. En el caso de nuestro pintor, se trata, desde luego, de nueve años y no de nueve meses, y, además, se nos dirá que el nueve es también, por otros muchos conceptos, un número muy significativo. Pero quién sabe si el nueve no debe, en general, una gran parte de su calidad de número sagrado al papel que desempeña en la gestación; y, además, el cambio de nueve meses en nueve años no tiene por qué desorientarnos. Por el estudio de los sueños sabemos cómo procede con los números la «actividad mental inconsciente». Cuando en un sueño hallamos, por ejemplo, un cinco, habremos de referirlo siempre, desde luego, a un cinco importante en la vida despierta; pero si en la realidad se trataba de una diferencia de edad de cinco años o de una reunión de cinco personas, en el sueño tales elementos aparecen representados, a lo mejor, por cinco billetes de Banco o cinco pedazos de fruta. Esto es, el número queda conservado, pero su denominador es arbitrariamente sustituido conforme a las exigencias de la condensación y el desplazamiento. Así pues, nueve años en el sueño pueden corresponder muy bien a nueve meses de la realidad. Y todavía juega de otro modo de elaboración de los sueños con los números de la vida despierta: desprecia, con soberana indiferencia, los ceros, y los trata como si no fueran números, de manera que cinco dólares, por ejemplo, en el sueño pueden representar cincuenta, quinientos o cinco mil dólares de la realidad.

Otro detalle de las relaciones del pintor con el demonio apunta igualmente hacia la sexualidad. La primera vez, Haitzmann ve al diablo, como ya dijimos, bajo el aspecto de un honrado burgués. Pero ya la vez siguiente se le aparece desnudo, deforme y exornado con dos pares de senos femeninos. Los senos, ora simples, ora múltiples, no faltan ya en ninguna de las apariciones siguientes. Sólo en una de ellas muestra el diablo, además de los senos, un cumplido pene, terminado en una serpiente. Esta acentuación del carácter sexual femenino por medio de grandes senos colgantes (nunca aparece indicio alguno de genital femenino) tiene que aparecer como una

flagrante contradicción de nuestra hipótesis de que el diablo era, para nuestro pintor, un sustituto del padre. Además, semejante representación del demonio no es de por sí nada corriente. En aquellos casos en que el diablo es un concepto específico y surgen, por tanto, diablos en número plural, la representación de diablos femeninos no tiene nada de extraño; pero el hecho de que el demonio mismo, que es una magna individualidad, el soberano del infierno y el adversario de Dios, aparezca representado con aspecto distinto del masculino, e incluso hipermasculino, con cuernos, rabo y pene serpentiforme, no me parece darse nunca.

Estos dos pequeños indicios dejan traslucir cuál es el factor típico que condiciona la parte negativa de la relación del sujeto con su padre. Contra lo que Haitzmann se rebela es contra la actitud femenina con respecto al padre, la cual culmina en la fantasía parirle un hijo (nueve años). Esta resistencia nos es muy conocida por nuestros análisis, en los que adopta formas muy singulares y nos da no poco que hacer al establecer la transferencia. Con el duelo por el padre perdido, con la intensificación de la nostalgia hacia él, es reactivada también en nuestro pintor la fantasía del embarazo, reprimida mucho atrás, y contra la cual tiene que defenderse con la neurosis y con el rebajamiento del padre.

Mas ¿por qué el padre rebajado a la categoría de demonio muestra en su cuerpo una característica de la feminidad? Este rasgo, nos parece, al principio, difícilmente interpretable; pero no tardamos en hallarle dos explicaciones que compiten entre sí sin excluirse. La actitud femenina con respecto al padre sucumbió a la represión en cuanto el niño comprendió que la competencia con la mujer por el amor del padre tenía por condición la pérdida del propio genital masculino, o sea, la castración. La repulsa de la actitud femenina es, por tanto, consecuencia de la resistencia a la castración, y encuentra, regularmente, su más intensa manifestación en la fantasía contraria de castrar al padre haciéndole mujer. Los senos del demonio corresponderían así a una proyección de la propia feminidad sobre el sustituto del padre. La otra explicación de este exorno del cuerpo del diablo no tiene ya un sentido hostil, sino, por el contrario, cariñoso: ve en tal conformación un indicio de que la ternura infantil ha sido desplazada desde la madre al padre, y deduce así una fijación responsable, a la vez, de una parte de la

hostilidad contra el padre. Los grandes senos son la característica sexual positiva de la moda en una época en la que el carácter negativo de la mujer, la carencia de pene, no es aún conocido por el niño[2105].

Si la rebeldía contra la posibilidad de la castración hizo imposible a nuestro pintor el vencimiento de su nostalgia del padre, es perfectamente comprensible que se dirigiera en demanda de auxilio y salvación a la imagen de la madre. Por eso declara que sólo la Santa Madre de Dios de Mariazell puede redimirle de su pacto con el demonio, y obtiene, en efecto, de nuevo su libertad el día de la Natividad de la Virgen (8 de septiembre). Si el día en que el pacto fue cerrado —el 24 de septiembre— era también para él un día análogamente señalado, es cosa que, naturalmente, no podemos saber.

No hay apenas ninguna de las tesis psicoanalíticas sobre la vida anímica infantil que resulte tan repulsiva e increíble al adulto normal como la actitud femenina del niño con respecto al padre y la fantasía de embarazo subsiguiente. Sólo desde que el presidente del Senado sajón, Daniel Paul-Schreber, publicó el historial de su enfermedad psicótica y de su posterior curación, podemos ya referirnos a esta tesis sin temores y sin necesidad de disculparnos[2106]. Por la inestimable publicación citada averiguamos que D. P. Schreber, presidente del Senado, se vio atormentado, al rayar en los cincuenta años, por el firme convencimiento de que Dios —el cual mostraba claramente los rasgos del padre del sujeto, el ilustre médico doctor Schreber— había tomado la resolución de castrarle, utilizarle como mujer y hacer nacer en él una nueva especie de hombre, de «espíritu schreberiano». (El sujeto mismo no había logrado descendencia en su matrimonio.) La rebeldía contra estos propósitos de Dios, que el sujeto juzgaba injustos y «contrarios al orden universal», hizo enfermar a Schreber tejo los fenómenos de una paranoia que, sin embargo, curó, en el trascurso de los años, hasta pequeñísimos residuos. El ingenioso autor de su propio historial patológico no sospechaba descubrirnos con él un factor patógeno típico.

Este forcejeo contra la castración, o contra la actitud femenina, ha sido extraído de su conjunto orgánico por A. Adler, el cual lo ha relacionado arbitrariamente con la voluntad de poderío y lo ha erigido en factor independiente, tejo el nombre de «protesta masculina». Dado que una neurosis sólo puede nacer del conflicto de dos tendencias, tan justificado

estará ver la causa de «todas» las neurosis en la protesta masculina como en la actitud femenina contra la cual se alza la protesta. Lo exacto es que esta protesta masculina participa regularmente en la formación del carácter —muy ampliamente en algunos tipos— y que se nos opone como intensa resistencia en el análisis de sujetos neuróticos masculinos. El psicoanálisis estudia la protesta masculina en conexión con el complejo de castración, pero no puede sostener su omnipotencia ni su omnipresencia en las neurosis. El caso más acusado de protesta masculina en todas sus reacciones manifiestas y en todos los rasgos de carácter que profesionalmente he tratado, acudió a mi consulta a causa de una neurosis obsesiva, con obsesiones en las que se manifestaba claramente el conflicto indeciso entre la actitud masculina y la femenina (miedo a la castración y deseo de la castración). El paciente había desarrollado, además, fantasías masoquistas que se referían todas al deseo de aceptar la castración, y había incluso pasado de tales fantasías a la satisfacción real en situaciones perversas. La totalidad de su estado reposaba —como en general la teoría de Adler— en la represión, en la negación de fijaciones eróticas de la temprana infancia.

D. P. Schreber halló su curación cuando se decidió a deponer su resistencia contra la castración y a aceptar el papel femenino que Dios quería atribuirle. Cesaron entonces su confusión y su intranquilidad, pudo abandonar el sanatorio en el que había sido internado y llevó en adelante una vida normal, con la sola irregularidad de dedicar diariamente algunas horas al cuidado de su feminidad, de cuya lenta progresión, hasta el fin marcado por Dios, permaneció siempre convencido.

IV. LOS DOS PACTOS

UN detalle singular de la historia de nuestro pintor es su declaración de haber convenido con el demonio dos distintos pactos.

El primero, escrito con tinta, decía así:

«Yo, Cristóbal Haitzmann, me obligo a este señor, como hijo suyo fidelísimo, por nueve años».

Y el segundo, escrito con sangre:

«Cristóbal Haitzmann. Me obligo a Satanás y me comprometo a ser su hijo fidelísimo y a entregarle, dentro de nueve años, mi cuerpo y mi alma».

Ambos documentos originales se habrían hallado en el archivo de Mariazell al tiempo de la redacción del *Trophaeum*, y ambos llevan la misma fecha de 1669.

Hemos citado ya repetidamente estos dos escritos en el curso del presente estudio y vamos a examinarlos ahora detenidamente, aunque en esta labor corramos más que nunca el peligro de dar demasiada importancia a detalles insignificantes.

El hecho de que un sujeto venda por dos veces su alma al diablo de manera que el primer pacto sea sustituido por el segundo, aunque sin perder su propia validez, no es, desde luego, nada corriente. Quizá extrañe menos a otros investigadores, más familiarizados con los temas demonológicos.

Por mi parte, veo en él una peculiaridad de nuestro caso, y se me hace sospechosa la circunstancia de que los informes que sobre él poseemos difieran, precisamente en este punto, unos de otros. Prosiguiendo esta contradicción, llegamos, en efecto, de un modo inesperado, a una más profunda inteligencia del historial patológico.

La carta de presentación del párroco de Pottenbrunn expone el caso en su forma más clara y sencilla. En ella habla tan sólo de un pacto que el pintor había escrito con sangre nueve años antes, y que iba a vencer el próximo día 24 de septiembre. Así pues, habría sido firmado el 24 de septiembre de 1668; pero, desgraciadamente, esta fecha, fácil de deducir, no aparece expresamente mencionada en la carta del párroco.

El testimonio del abad Francisco, fechado, como ya sabemos, pocos días después (el 12 de septiembre de 1677), menciona ya un estado de cosas más complicado. Es de pensar que en el intervalo, el pintor procuró a los religiosos de Mariazell datos más precisos. En este testimonio se cuenta que el pintor habría entregado al demonio dos documentos, uno en el año 1668 (como tenía que ser), según la carta de presentación, escrito con tinta, y otro, *sequenti anno 1669*, escrito con sangre. El documento que le fue devuelto el día de la Natividad de Nuestra Señora había sido escrito con sangre, o sea, el segundo, redactado en 1669. Esto no resulta del testimonio del abad, pues en

él sólo se dice: *schedam rederet y schedam sibi porrigentem conspexisset*, como si no pudiera tratarse más que de un solo documento. Pero sí se deduce del curso posterior de la historia, así como de la portada en colores del *Trophaeum*, en la cual se ve claramente que el documento que tiende el dragón diabólico está escrito con caracteres rojos. El curso posterior de la historia es, como ya sabemos, que el pintor regresó en mayo de 1678 a Mariazell, después de haber sufrido en Viena nuevos ataques del demonio, y solicitó otra vez el auxilio de los religiosos para impetrar de la Virgen María una nueva intercesión milagrosa que obligara al demonio a devolverle también el otro pacto anterior, escrito con tinta. La forma en que ello sucedió no aparece tan detalladamente descrita como el primer milagro. Hallamos tan sólo las palabras *gua iuxta votum reddita*, y en otro lugar el compilador cuenta que este documento fue arrojado al pintor por el demonio «hecho una pelota y partida en cuatro pedazos», hacia las nueve de la noche del 9 de mayo de 1678.

Ahora bien: los dos pactos llevan la misma fecha: año 1669.

Esta contradicción, o no significa nada o nos pone sobre la pista siguiente:

Si partimos de la descripción del abad, por ser la más amplia, tropezamos con algunas dificultades. Cuando Cristóbal Haitzmann confesó al párroco de Pottenbrunn que se hallaba próximo a caer en poder del demonio, pues su pacto con él iba a vencer en fecha próxima (1677), solamente podía referirse al documento redactado en 1668, o sea, al primero, escrito con tinta negra (el cual es considerado, sin embargo, en la carta de presentación como el único existente y escrito con sangre). Pero pocos días después, en Mariazell, no se ocupa ya más que de rescatar el pacto posterior, escrito con sangre, que no está aún próximo a vencer (1669-1677), y deja que venza con exceso el primero, cuyo rescate no demanda hasta después, en 1678, o sea, en el décimo año. Además, ¿cómo es que los dos pactos aparecen fechados en el mismo año 1669, si uno fue cerrado el *anno subsequent i*?

El compilador debió de darse cuenta de estas dificultades, pues intenta resolverlas. En su introducción sigue el relato del abad, pero lo modifica en un punto. El pintor, dice, había vendido su alma al diablo en el año 1669, en un documento escrito con tinta *deinde vero*, pero luego también en otro

escrito con sangre. Pasa, pues, por alto el dato expreso en ambos informes de que uno de los pactos había sido suscrito en 1668, y prescinde de la observación contenida en el testimonio del abad, según la cual entre ambos pactos habría transcurrido un año, y todo ello para permanecer de acuerdo con las fechas de los dos documentos devueltos por el demonio.

En el testimonio del abad hallamos, después de las palabras *sequeral vero amo 1669*, un pasaje encerrado entre paréntesis, que dice: *sumitur hie alter annus pro nondum completo uti saepe in loquendo fieri solet, nam eundum annum indicat Syngraphae quorum atramento scripta ante praesentem attestationem nondum habita fuit*. Este pasaje es una indudable interpolación del compilador, pues el abad, que no ha visto más que un pacto, no puede decir que los dos llevan la misma fecha. Los paréntesis tendrían, así, por objeto indicar que se trata de un añadido ajeno al testimonio. El contenido de este pasaje sería, por tanto, una nueva tentativa del compilador de conciliar las contradicciones dadas. Opina que es, desde luego, cierto que el primer pacto fue cerrado en 1668; pero como el año estaba ya muy avanzado (septiembre), el pintor había fechado ya el documento en el año siguiente, de manera que ambos podían, así, aparecer fechados en el mismo año.

No sé si la exposición que precede habrá hecho alguna impresión en nuestros lectores, moviéndoles a interesarse por estas minucias. Por mi parte, no he hallado posibilidad de concretar de un modo indubitable el verdadero estado de cosas; pero el estudio de tan confusas circunstancias me ha sugerido una hipótesis que presenta la ventaja de permitirnos reconstruir el curso más natural de los hechos, aunque no se adapte por completo a los testimonios escritos.

A mi juicio, cuando el pintor llegó por vez primera Mariazell habló tan sólo de un pacto en toda regla, escrito con sangre y de próximo vencimiento, o sea, cerrado en septiembre de 1668, conforme todo ello con las noticias integradas en la carta de presentación del párroco de Pottenbrunn. En Mariazell presentó también el documento escrito con sangre como aquel que el diablo le había devuelto bajo el imperio de la Virgen María. Sabemos lo que luego sucedió. El pintor partió, a poco, de Mariazell para Viena, donde vivió tranquilo y liberado hasta mediados de octubre. Pero luego se vio asaltado de nuevo por padecimientos y apariciones en las que veía la obra del

espíritu maligno. Se sentía de nuevo necesitado de redención, pero tropezaba con la dificultad de explicar por qué los exorcismos de que había sido objeto en la capilla no le habían procurado una liberación más duradera. En este apuro inventó un pacto anterior y lo supuso escrito con tinta para hacer más verosímil su importancia secundaria ante otro ulterior escrito con sangre. Regresó, pues, a Mariazell, y se hizo devolver también este supuesto primer pacto. A partir de este momento el demonio le dejó en paz, pero aún hizo nuestro pintor algo que nos descubrirá el fondo de su neurosis.

Los dibujos los trazó, seguramente, durante su segunda estancia en Mariazell; la portada integra la representación de las escenas de ambos pactos. La tentativa de acordar sus nuevos datos con los que anteriormente había suministrado se le hizo seguramente un tanto embarazosa. Le era desfavorable la circunstancia de no poder inventar un pacto posterior y sí tan sólo uno anterior. Y así no pudo evitar el resultado, poco hábil, de haber rescatado uno de los pactos, el escrito con sangre, demasiado pronto (al octavo año), y el otro, escrito con tinta, demasiado tarde (al décimo año). Como signo delator de sus ficciones cometió un error en la fecha de los pactos, y fechó también el primero en el año 1669. Esta equivocación tiene el valor de una sinceridad involuntaria; nos deja adivinar que el pacto supuestamente anterior fue redactado, en realidad, posteriormente al otro. El compilador, que no comenzó, seguramente, su labor antes de 1714, y quizá sólo en 1729, tuvo que esforzarse en desvanecer lo mejor que supo las importantes contradicciones señaladas. Y como los dos pactos que tenía a la vista aparecían fechados en 1699, hubo de salir del paso con la explicación interpolada en el testimonio del abad.

No es difícil descubrir el punto débil de esta tentativa de explicación. La mención de dos pactos, uno escrito con tinta negra y el otro con sangre, se encuentra ya en el testimonio del abad Francisco. Hemos de elegir, por tanto, entre suponer que el compilador alteró el testimonio del abad, de acuerdo con el pasaje que en él interpoló, o confesarnos incapaces de resolver el embrollo[2107].

Toda esta discusión parecerá, sin duda, tan ociosa a nuestros lectores como insignificantes los detalles en derredor de los cuales gira. Pero la cuestión adquiere un nuevo interés si la perseguimos en una determinada

dirección.

Hemos dicho que el pintor, desagradablemente sorprendido por el curso de su enfermedad, habría inventado un nuevo pacto (el escrito con tinta) para poder justificar su posesión ante los religiosos de Mariazell. Ahora bien: escribimos para lectores que creen en el psicoanálisis, pero no en el diablo, y pueden objetarnos que es absurdo hacer objeto de tal reproche al infeliz pintor —*hunc miserum* se le llama en la carta de presentación—. El pacto escrito con sangre sería, en efecto, tan imaginario como el supuestamente anterior, escrito con tinta. En realidad, no se le habría aparecido jamás el demonio, y los pactos con él celebrados no habrían existido más que en su fantasía. Por lo cual— y así hemos de reconocerlo— no se puede negar al pobre hombre el derecho a completar su primitiva fantasía con otra nueva si las circunstancias lo exigían.

Pero también en este punto hay una continuación. Los dos pactos no son fantasías, como las visiones diabólicas, sino documentos custodiados en el archivo de Mariazell visibles y tangibles para todos, según lo aseguran tanto el copista como el testimonio del abad Kilian. Nos hallamos, pues, ante un dilema. O aceptamos que el pintor fabricó por sí mismo, en el momento en que le fueron necesarios, los dos pactos que supuestamente le habían sido devueltos por intervención milagrosa de la Virgen María, o tenemos que negar nuestro crédito a los religiosos de Mariazell y San Lamberto, a pesar de sus solemnes afirmaciones y sus testimonios firmados y sellados. Por mi parte, confieso que no me es fácil sospechar de los religiosos. Me inclino desde luego a creer que el compilador falseó ligeramente, en interés de la concordancia, el testimonio del primer abad; pero esta «elaboración secundaria» no sobrepasa análogas libertades de muchos historiadores modernos del orden seglar, y fue hecha, en todo caso, de buena fe. En otros aspectos de este caso, los religiosos de Mariazell han adquirido un fundado derecho a nuestra confianza. Como ya indicamos, nada les habría impedido silenciar las informaciones sobre lo incompleto de la curación y la persistencia de la enfermedad, y también la descripción de la escena del exorcismo, en la capilla, la hallamos sobria y fidedigna. No queda, pues, más solución que culpar al pintor. El pacto escrito con sangre lo llevó seguramente consigo al ir a la capilla para ser exorcizado, y lo sacó al

retornar al lado de los religiosos después de su pretenso encuentro con el diablo en un rincón de la capilla. No es tampoco preciso que fuera éste el mismo documento que luego quedó custodiado en el archivo, y según nuestra hipótesis, puedo muy bien llevar la fecha de 1668 (nueve años antes del exorcismo).

V. EVOLUCIÓN DE LA NEUROSIS

PERO esto sería una superchería y no una neurosis, y el pintor sería entonces un simulador y un falsario y no un enfermo poseso. Ahora bien: los límites entre la neurosis y la simulación son, como es sabido, harto borrosos. Ni es tampoco aventurado suponer que el pintor elaboró este documento, como luego el segundo, en un estado equiparable al de sus visiones, y lo llevó luego consigo. Si quería proyectar en la realidad su fantasía del pacto con el diablo y su rescate, no podía obrar de otro modo.

En cambio, el Diario que redactó en Viena y entregó luego a los religiosos, a su retorno a Mariazell, presenta un sello de veracidad. Y nos procura una profunda visión de los motivos de la neurosis o, mejor aún, de su valoración.

Estos apuntes alcanzan desde el día del exorcismo primero hasta el 13 de enero del siguiente año de 1678. Hasta el 11 de octubre vivió tranquilo y contento en Viena, en casa de una hermana suya allí casada. Pero luego comenzó a verse de nuevo asaltado por visiones, convulsiones, ausencias y sensaciones dolorosas que le obligaron a una segunda visita a Mariazell, en mayo de 1678.

El nuevo historial patológico se articula en tres fases. Primeramente, se anuncia la tentación bajo la figura de un caballero lujosamente vestido, que trata de hacerle romper y arrojar de sí el documento que certificaba su admisión en la Hermandad del Santo Rosario. Como se resistiera a ello, la visión se repitió al día siguiente; pero esta vez en un salón espléndidamente adornado, en el que bellas damas bailaban con elegantes señores. El mismo caballero que le había tentado ya una vez le hizo entonces un encargo

referente a su arte de pintor, ofreciendo pagarle por él una buena cantidad de oro. Después de haber logrado con fervorosas oraciones que desapareciera la visión, volvió ésta a acometerle, días después, en forma aún más apremiante. Esta vez, el caballero le envió a una de las señoras más bellas para que le convenciera de unirse a la alegre compañía, y sólo con gran esfuerzo logró él rechazar sus seducciones. Pero todavía fue más espantosa la visión siguiente de un salón más esplendoroso aún, en el que se alzaba «un trono hecho por monedas de oro» guardado por nobles señores que esperaban la llegada de su rey. El mismo caballero de las visiones anteriores se acercó a él y le invitó a subir al trono, pues «querían tenerle por rey y adorarle por toda la eternidad». Con esta floración de su fantasía termina la primera fase, harto transparente, de la historia de sus tentaciones.

En este punto tenía ya que iniciarse una fase de signo contrario. Y se inició, en efecto, una reacción ascética. El día 20 de octubre vio un gran resplandor y oyó una voz que, en nombre de Cristo, le ordenaba que renunciara al mundo y se retirara a un desierto, consagrándose al servicio de Dios durante seis años. Nuestro pintor sufría, evidentemente, mucho más bajo estas santas apariciones que antes bajo las demoniacas. De este acceso tardó dos horas y media en recobrarse. En el siguiente, la persona divina, envuelta en un deslumbrante resplandor, se mostró mucho más severa, le colmó de amenazas por no haber obedecido los mandatos celestes y le condujo a través del infierno, para atemorizarle, mostrándole el terrible destino de los condenados. Pero la visión de las penas infernales no debió de surtir el efecto deseado, pues las apariciones de la persona envuelta en deslumbrante resplandor —supuestamente Cristo mismo— se repitieron aún varias veces, sumiendo cada una de ellas al pintor en ausencias y éxtasis que duraban horas enteras. En el mayor de estos éxtasis, la persona resplandeciente le condujo a una ciudad en cuyas calles se entregaban los hombres a todos los pecados, y luego, para contraste, a una hermosa campiña, en la que unos eremitas llevaban una vida bendecida por Dios y recibían constantes pruebas de su gracia y su providencia. Luego, en lugar de Cristo se le apareció la Virgen María, y después de recordarle el auxilio que contra el demonio había prestado, le amonestó para que obedeciera el mandato de su Divino Hijo: «Mas como no se resolviera a ello», volvió a aparecérsele Cristo al día

siguiente y le hizo objeto de nuevas amenazas y promesas. Entonces, nuestro pintor cedió ya, decidiendo retirarse del mundo y hacer lo que se le exigiera. Con esta decisión termina la segunda fase. El sujeto hace constar que, a partir de este momento, cesaron ya las apariciones.

Tal decisión no debió de ser, sin embargo, muy firme o su ejecución debió de ir aplazándose con exceso, pues el día 26 de diciembre, estando Haitzmann en la iglesia de San Esteban, no pudo reprimir, a la vista de una gentil señora, acompañada de un elegante caballero, el deseo de hallarse en el lugar del apuesto galán. Este mal pensamiento tenía que ser castigado, y, en efecto, aquella misma tarde, nuestro héroe se sintió de repente como herido por el rayo, se vio rodeado de llamas y perdió el sentido. Sus familiares se esforzaron en hacerle volver en sí, pero él se revolcó por el suelo y hasta que le brotó la sangre por boca y nariz se sintió inmerso en un ambiente ardoroso y hediondo, y oyó una voz que le explicaba cómo aquel estado era un castigo por sus vanos e inmodestos pensamientos. Luego fue flagelado por una cohorte de espíritus malignos, y la voz le aseguró que aquel castigo se repetiría a diario hasta que se decidiera a hacerse anacoreta. Estas vivencias se repitieron cotidianamente, por lo menos, hasta el 13 de enero, fecha final del Diario.

Vemos, pues, que en nuestro infeliz pintor las fantasías de tentación fueron sustituidas, primero, por fantasías ascéticas, y luego, por fantasías punitivas. El final del historial patológico nos es ya conocido. Haitzmann regresó en mayo a Mariazell, contó allí la historia de un pacto anterior, escrito con tinta, al cual atribuía que el demonio pudiera aún atormentarle, logró la devolución del mismo y quedó curado.

Durante esta segunda estancia en Mariazell trazó los dibujos reproducidos después en el *Trophaeum*, y luego hizo ya algo correspondiente a la exigencia de la fase ascética relatada en su Diario. No se retiró a un desierto, haciéndose anacoreta, pero ingresó en la Orden de la Merced: *religiosas factus est*.

La lectura del Diario nos facilita la comprensión de otra parte del historial. Recordamos que Haitzmann había vendido su alma al diablo porque, a la muerte de su padre, presa de una honda tristeza y sintiéndose incapaz de trabajar, había llegado a temer por su vida. Estos factores, la

depresión, la incapacidad de trabajar y la tristeza por la muerte de su padre, se enlazaron unos a otros de un modo más o menos complicado. Acaso las apariciones del demonio se mostraban tan generosamente adornadas de ubérrimos senos porque el Maligno debía ser el padre sustentador. Tal esperanza no llegó, empero, a cumplírsele; le siguió yendo mal, no podía trabajar bien, o no tenía suerte y no encontraba trabajo suficiente. La carta de presentación del párroco dice de él: *Hunc micerum omni auxilio destitutum*. No sufría, pues, tan sólo angustias espirituales, sino también apuros materiales. En la descripción de sus visiones posteriores hallamos unas cuantas observaciones que, al igual de las escenas contenidas en las mismas, muestran que tampoco después del primer afortunado exorcismo había cambiado en nada su situación a este respecto. En la primera visión, el caballero le pregunta qué es lo que va a emprender ahora, ya que nadie se preocupa por él. La primera serie de las visiones que tuvo en Viena corresponde plenamente al orden de las fantasías optativas del hombre pobre, hambriento de goces y abandonado por todos: espléndidos salones, buena vida, vajillas de plata y hermosas mujeres.

En estas visiones aparece compensado lo que en los pactos con el demonio echábamos de menos. Por entonces le aquejaba una melancolía que le incapacitaba para todo goce y le hacía rechazar las más tentadoras ofertas. Después del exorcismo parece ya superada la melancolía y vuelven a entrar en acción todos los deseos del hombre mundano.

En una de sus visiones ascéticas se queja a la persona que le guía (Cristo) de que nadie quería creerle, por lo cual no le era posible hacer lo que de él se exigía. La respuesta que de esta queja obtiene nos resulta, desgraciadamente, harto oscura. En cambio, hallamos muy significativo lo que su divino guía le hace vivir entre los eremitas. Haitzmann llega a una cueva en la que un anciano anacoreta mora hace ya sesenta años, y el anacoreta le explica, a su ruego, cómo los ángeles de Dios proveen diariamente a su sustento. Y luego ve, por sí mismo, cómo un ángel le hace al anciano la comida: «Tres platos con comida, un pan y bebida». Una vez que el anciano anacoreta se ha alimentado, el ángel recoge los utensilios y se los lleva. Comprendemos cuál es la tentación que integran estas piadosas visiones: tratan de moverle a elegir una forma de vida en la que se verá libre del cuidado de procurarse el

sustento. También son de tener en cuenta las palabras de Cristo en la última visión. Después de advertirle que si no obedecía sucedería algo que él y la gente habrían de creer, le indica expresamente que «no debe cuidarse de la gente, aunque se viera perseguido por ella o no obtuviera de ella auxilio alguno, pues Dios no le abandonaría».

Cristóbal Haitzmann era lo bastante artista y suficientemente mundano para que no le fuera fácil decidirse a renunciar a este mundo pecador. Pero acabó por hacerlo forzado por su mala situación. Entra en una orden monacal, y pone fin con ello tanto a su lucha interior como a su miseria material. Su neurosis refleja este resultado en el hecho de que la devolución de un supuesto primer pacto pone término a sus accesos y a sus visiones. En realidad, los dos capítulos de su enfermedad demonológica encierran el mismo sentido. Haitzmann no quiso nunca más que asegurarse el sustento; la primera vez con ayuda del diablo y a costa de su buenaventuranza, y al fallar este medio y tener que abandonarlo, con la ayuda del clero y a costa de su libertad y de la mayor parte de las posibilidades de goce que la vida ofrece. Acaso Cristóbal Haitzmann no era más que un pobre diablo poco afortunado o demasiado torpe o demasiado mal dotado para poder ganarse el sustento, y uno de aquellos tipos que conocemos como «eternos niños de pecho», sujetos incapaces de arrancarse de la dichosa situación del niño lactante, que conservan, a través de toda su vida, la pretensión de ser alimentados por alguien. De este modo habría recorrido nuestro héroe, en su historial patológico, el camino que va desde el padre sustentador, a través del demonio, como sustituto paterno, hasta los piadosos padres de la Orden de la Merced.

Superficialmente considerada, su neurosis aparece como una farsa que encubre un fragmento de su lucha por la vida, trabajosa, pero vulgar. Esta circunstancia no es constante, pero tampoco rara. Los analíticos experimentamos, a menudo, cuán poco ventajoso es someter a tratamiento a un comerciante que, «habiendo gozado siempre de buena salud, muestra desde hace algún tiempo fenómenos neuróticos». La catástrofe material por la que el comerciante se siente amenazado provoca, como efecto secundario, la neurosis, que le procura la ventaja de permitirle ocultar, detrás de sus síntomas, sus preocupaciones reales. Fuera de lo cual le es totalmente inútil,

pues consume fuerzas que podrían ser utilizadas más provechosamente para una solución reflexiva de la situación peligrosa.

En un número mucho mayor de casos, la neurosis es más independiente de los intereses de la conservación y la afirmación de la existencia. En el conflicto que la neurosis crea actúan tan sólo intereses libidinosos en íntima conexión con intereses de la afirmación vital. El dinamismo de la neurosis es en los tres casos el mismo. Un estancamiento de la libido, imposible de satisfacer en la realidad, crea, con la ayuda de la regresión a antiguas fijaciones, un exutorio a través de lo inconsciente reprimido. En la medida en que el *yo* del enfermo puede extraer de este proceso una ventaja de la enfermedad deja actuar a la neurosis, cuya nocividad económica es, desde luego, indudable.

Tampoco la mala situación económica de nuestro pintor habría provocado en él una neurosis demoniaca si de su miseria no hubiera brotado una desvanecida melancolía, y depuesto el diablo, surgió en él todavía una pugna entre el deseo vital libidinoso y la convicción de que el interés de la conservación de la vida exigía imperativamente la renuncia y la ascesis. Es singular que el mismo pintor se diera cierta cuenta de la unidad de ambos capítulos de su historial patológico, pues las refiere uno y otro a sendos pactos cerrados con el demonio. Y, por otro lado, no hace distinción alguna entre la actuación del espíritu maligno y la de los poderes divinos, confundiéndolas bajo una sola denominación: apariciones del demonio.

CXXIII

LA CABEZA DE MEDUSA[2108]

1922 [1940]

NO intenté a menudo interpretar temas mitológicos individuales; pero el caso de la horripilante cabeza decapitada de la Medusa me inclina a hacerlo.

Decapitar = castrar. El terror a la Medusa es, pues, un terror a la castración relacionado con la vista de algo. Numerosos análisis nos han familiarizado con las circunstancias en las cuales esto ocurre: cuando el varón, que hasta entonces se resistió a creer en la amenaza de la castración, ve los genitales femeninos, probablemente los de una persona adulta, rodeados de pelos; esencialmente, los de la madre.

En las obras de arte suele representarse el cabello de la cabeza de la Medusa en forma de serpientes, las cuales derivan a su vez del complejo de castración. Es notable que, a pesar de ser horribles en sí mismas, estas serpientes contribuyan realmente a mitigar el horror, pues sustituyen el pene, cuya ausencia es precisamente la causa de ese horror. He aquí, confirmada, la regla técnica según la cual la multiplicación de los símbolos fálicos significa la castración.

La visión de la cabeza de la Medusa paraliza de terror a quien la contempla, lo petrifica. ¡Una vez más el mismo origen del complejo de castración y la misma transformación del afecto! Quedar rígido significa, efectivamente, la erección, es decir, en la situación de origen ofrece un

consuelo al espectador: todavía posee un pene, y el ponerse rígido viene a confirmárselo.

Athenea, la diosa virgen, lleva este símbolo del horror sobre sus vestiduras; con toda razón, pues se convierte así en la mujer inabordable que repele todo deseo sexual, ya que ostenta los genitales terroríficos de la madre. Los griegos, fuertemente homosexuales en general, no podían pasarse sin la representación de la mujer repelente por su castración.

Si la cabeza de la Medusa sustituye la representación de los genitales femeninos, o si más bien aísla su efecto terrorífico de su acción placentera, cabe recordar que ya conocemos en otros casos la ostentación de los genitales como un acto apotropeico[2109]. Lo que despierta horror en uno mismo también ha de producir idéntico efecto sobre el enemigo al que queremos rechazar. Todavía en Rabelais podemos leer cómo el Diablo emprende la fuga cuando la mujer le muestra su vulva.

También el miembro viril erecto tiene acción apotropeica, pero merced a otro mecanismo. Mostrar el pene —o cualquiera de sus sucedáneos— significa decir: «No te temo, te desafío; tengo un pene». He aquí, pues, otra manera de intimidar al espíritu maligno.

Para poder sustentar seriamente esta interpretación sería necesario investigar el origen de este símbolo terrorífico, tan aislado en la mitología de los griegos, así como sus símiles en otras mitologías.

CXXIV

LA ORGANIZACIÓN GENITAL INFANTIL

(ADICIÓN A LA TEORÍA SEXUAL)[2110]
1923

LA investigación psicoanalítica ofrece tales dificultades, que no es imposible desatender consecuentemente, durante decenios enteros de continua observación, rasgos generales y hechos característicos hasta un momento en que nos salen al paso y se imponen a nuestra atención. El presente trabajo tiende a rectificar tal omisión en el estudio de la evolución sexual infantil.

Los lectores de mis *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905) no ignorarán que ninguna de la posteriores ediciones de dicha obra constituye una refundición total de la primera, habiéndose limitado a integrar en ellas, por medio de interpolaciones y modificaciones, los progresos de nuestro conocimiento, pero sin alterar la ordenación primitiva[2111]. Resulta, por tanto, muy posible que el texto primitivo y las adiciones y modificaciones ulteriores no aparezcan algunas veces plenamente fundidas en una unidad libre de contradicciones. Al principio, el acento recaía sobre la diferencia fundamental entre la vida sexual de los niños y la de los adultos. Más tarde pasaron al primer término las *organizaciones pregenitales* de la libido y el *desdoblamiento* de la evolución sexual en *dos fases*, hecho éste tan singular como rico en consecuencias. Por último, atrajo nuestro interés la *investigación sexual infantil*, y partiendo de ella, llegamos a descubrir la *gran*

afinidad de la forma final de la sexualidad infantil (hacia los cinco años) con la estructura definitiva sexual del adulto. Hasta aquí, la última edición (1922) de mi teoría sexual.

En las páginas de esta edición afirmo que «con frecuencia, o regularmente, tiene ya efecto en los años infantiles una elección de objeto semejante a la que caracteriza la fase evolutiva de la pubertad; elección que se verifica orientándose todos los instintos sexuales hacia una única persona, en la cual desean conseguir sus fines. Es ésta la máxima aproximación posible en los años infantiles a la estructura definitiva de la vida sexual posterior a la pubertad. La diferencia está tan sólo en que la síntesis de los instintos parciales y su subordinación a la primacía de los genitales no aparecen aún establecidos en la infancia, o sólo muy imperfectamente. La constitución de tal primacía en favor de la reproducción es, por tanto, la última fase de la organización sexual».

La afirmación de que la primacía de los genitales no aparece aún establecida, o sólo muy imperfectamente, en el temprano período infantil, no nos satisface ya por completo. La afinidad de la vida sexual infantil con la del adulto va mucho más allá y no se limita a la emergencia de una elección de objeto. Si bien no llega a establecerse una perfecta síntesis de los instintos parciales bajo la primacía de los genitales, el interés dedicado a los genitales y la actividad genital adquieren de todos modos, al alcanzar el curso evolutivo de la sexualidad infantil su punto más alto, una importancia predominante poco inferior a la que logran en la madurez. En el carácter principal de esta *organización genital infantil* hallamos, además, su más importante diferencia de la organización genital definitiva del adulto. Este carácter diferencial consiste en que el sujeto infantil no admite sino un solo órgano genital, el masculino, para ambos sexos. No existe, pues, una primacía genital, sino una primacía del *falo*.

Desgraciadamente no podemos referirnos en la exposición de este tema más que al sujeto infantil masculino, pues nos faltan datos sobre el desarrollo de los procesos correlativos en las niñas. El niño percibe, desde luego, las diferencias externas entre hombres y mujeres, pero al principio no tiene ocasión de enlazar tales diferencias a una diversidad de sus órganos genitales. Así pues, atribuye a todos los demás seres animados, hombres y animales,

órganos genitales análogos a los suyos y llega hasta buscar en los objetos inanimados un miembro igual al que él posee[2112]. Este órgano, tan fácilmente excitante, capaz de variar de estructura y dotado de extrema sensibilidad, ocupa en alto grado el interés del niño y plantea continuamente nuevos problemas a su instinto de investigación. Quisiera observarlo en otras personas, para compararlo con el suyo, y se conduce como si sospechara que aquel miembro podría y debería ser mayor. La fuerza impulsora que este signo viril desarrollará luego en la pubertad se exterioriza en este período infantil bajo la forma de curiosidad sexual. Muchas de las exhibiciones y agresiones sexuales que el niño realiza y que de verificarse en una edad posterior serían juzgados como manifestaciones de salacidad, se revelan en el análisis como experimentos puestos al servicio de la investigación sexual.

En el curso de estas investigaciones llega el niño a descubrir que el pene no es un atributo común a todos los seres a él semejantes. La visión casual de los genitales de una hermanita o de una compañera de juegos le inicia en este descubrimiento. Los niños de inteligencia despierta han concebido ya anteriormente, al observar que las niñas adoptan al orinar otra postura y producen ruido distinto, la sospecha de alguna diversidad genital, e intentan repetir tales observaciones para lograr un pleno esclarecimiento. Ya es conocido cómo reaccionan a la primera percepción de la falta del pene en las niñas. Niegan tal falta, creen ver el miembro y salvan la contradicción entre la observación y el prejuicio pretendiendo que el órgano es todavía muy pequeño y crecerá cuando la niña vaya siendo mayor. Poco a poco llegan luego a la conclusión, efectivamente muy importante, de que la niña poseía al principio un miembro análogo al suyo, del cual fue luego despojada. La carencia de pene es interpretada como el resultado de una castración, surgiendo entonces en el niño el temor a la posibilidad de una mutilación análoga. Los desarrollos ulteriores son de sobra conocidos para tener que repetirlos aquí. Me limitaré, pues, a indicar que para *estimar exactamente la importancia del complejo de la castración es necesario atender al hecho de su emergencia en la fase de la primacía del falo*[2113].

También es sabido cuánto desprecio, o hasta horror, a la mujer y cuánta disposición a la homosexualidad se derivan del convencimiento definitivo de su carencia de pene, Ferenczi ha referido, muy acertadamente, el símbolo

mitológico del horror, la cabeza de Medusa, a la impresión producida por la visión de los genitales femeninos faltos de pene[2114].

Pero no debe creerse que el niño generalice rápida y gustosamente su observación de que algunas personas femeninas carecen de pene. Se lo estorba ya su hipótesis primera de que la carencia de pene es consecuencia de una castración punitiva. Por el contrario, cree que sólo algunas personas femeninas indignas, culpables probablemente de impulsos ilícitos, análogos a los suyos, han sido despojadas de los genitales. Las mujeres respetables, como la madre, conservan el pene. La femineidad no coincide aún para el niño con la falta de miembro viril[2115]. Sólo más tarde, cuando el niño aborda los problemas de la génesis y el nacimiento de los niños y descubre que únicamente las mujeres pueden parirlos, es cuando deja de atribuir a la madre un miembro viril, construyendo entonces complicadas teorías encaminadas a explicar el trueque del pene por un niño. El genital femenino no parece ser descubierto en todo esto. Como ya sabemos, el infantil sujeto imagina que los niños se desarrollan en el seno materno (en el intestino) y son paridos por el ano. Pero con estas últimas teorías traspasamos la duración del período sexual infantil.

No es indiferente tener en cuenta las transformaciones que experimenta la polaridad sexual, para nosotros corriente durante la evolución sexual infantil. La elección de objeto, que presupone ya un sujeto y un objeto, introduce una primera antítesis. En el estadio de la organización pregenital sádicoanal no puede hablarse aún de masculino y femenino; predomina la antítesis de activo y pasivo[2116]. En el estadio siguiente al de la organización genital infantil hay ya un masculino, pero no un femenino; la antítesis es aquí genital masculino o castrado. Sólo con el término de la evolución en la pubertad llega a coincidir la polaridad sexual con masculino y femenino. Lo masculino comprende el sujeto, la actividad y la posesión del pene. Lo femenino integra el objeto y la pasividad. La vagina es reconocida ya entonces como albergue del pene y viene a heredar al seno materno.

CXXV

EL «YO» Y EL «ELLO[2117]»

1923

LAS consideraciones que van a continuación prosiguen desarrollando las ideas iniciadas por mí en mi trabajo titulado *Más allá del principio del placer* (1920), ideas que, como ya lo indiqué entonces, me inspiran una benévola curiosidad. El presente estudio las recoge, las enlaza con diversos hechos de la observación analítica e intenta deducir de esta unión nuevas conclusiones, pero no toma ya nada de la biología, y se halla, por tanto, más cerca del psicoanálisis que del «más allá». Constituye más bien una síntesis que una especulación y parece tender hacia un elevado fin. Sé perfectamente que hace alto en seguida, apenas emprendido el camino hacia dicho fin, y estoy conforme con esta limitación.

Con todo ello entra en cuestiones que hasta ahora no han sido objeto de la elaboración psicoanalítica y no puede evitar rozar algunas teorías establecidas por investigadores no analíticos o que han dejado de serlo. Siempre he estado dispuesto a reconocer lo que debo a otros investigadores, pero en este caso no me encuentro obligado por ninguna tal deuda de gratitud. Si el psicoanálisis no ha estudiado hasta ahora determinados objetos, ello no ha sido por inadvertencia ni porque los considerara faltos de importancia, sino porque sigue un camino determinado, que aún no le había conducido hasta ellos. Pero, además, cuando llega a ellos se le muestran en forma distinta que a las demás.

I. LO CONSCIENTE Y LO INCONSCIENTE

NADA nuevo habremos de decir en este capítulo de introducción; tampoco evitaremos repetir lo ya expuesto en otros lugares.

La diferenciación de lo psíquico en consciente e inconsciente es la premisa fundamental del psicoanálisis. Le permite, en efecto, llegar a la inteligencia de los procesos patológicos de la vida anímica, tan frecuentes como importantes, y subordinados a la investigación científica. O dicho de otro modo: el psicoanálisis no ve en la conciencia la esencia de lo psíquico, sino tan sólo una cualidad de lo psíquico, que puede sumarse a otras o faltar en absoluto.

Si supiera que el presente estudio iba a ser leído por todos aquéllos a quienes interesan las cuestiones psicológicas, no me extrañaría ver cómo una parte de mis lectores se detenía al llegar aquí y se negaba a seguir leyendo. En efecto, para la mayoría de las personas de cultura filosófica, la idea de un psiquismo no consciente resulta inconcebible y la rechazan, tachándola de absurda e ilógica. Procede esto, a mi juicio, de que tales personas no han estudiado nunca aquellos fenómenos de la hipnosis y del sueño que, aparte de otros muchos de naturaleza patológica, nos impone tal concepción. En cambio, la psicología de nuestros contradictores es absolutamente incapaz de solucionar los problemas que tales fenómenos nos plantean.

Ser consciente es, en primer lugar, un término puramente descriptivo que se basa en la percepción más inmediata y segura. La experiencia nos muestra luego que un elemento psíquico (por ejemplo, una percepción) no es, por lo general, duraderamente consciente. Por el contrario, la conciencia es un estado eminentemente transitorio. Una representación consciente en un momento dado no lo es ya en el inmediatamente ulterior, aunque pueda volver a serlo bajo condiciones fácilmente dadas. Pero en el intervalo hubo de ser algo que ignoramos. Podemos decir que era *latente*, significando con ello que era en todo momento de tal intervalo *capaz de conciencia*. Mas también cuando decimos que era inconsciente damos una descripción correcta. Los términos «inconsciente» y «latente», «capaz de conciencia», son, en este caso, coincidentes. Los filósofos nos objetarían que el término «inconsciente» carece aquí de aplicación, pues mientras que la representación permanece

latente no es nada psíquico. Si comenzásemos ya aquí a oponer nuestros argumentos a esta objeción, entraríamos en una discusión meramente verbal e infructuosa por completo.

Mas, por nuestra parte, hemos llegado al concepto de lo inconsciente por un camino muy distinto; esto es, por la elaboración de cierta experiencia en la que interviene la *dinámica* psíquica. Nos hemos visto obligados a aceptar que existen procesos o representaciones anímicas de gran energía que, sin llegar a ser conscientes, pueden provocar en la vida anímica las más diversas consecuencias, algunas de las cuales llegan a hacerse conscientes como nuevas representaciones. No creemos necesario repetir aquí detalladamente lo que ya tantas veces hemos expuesto. Bastaría recordar que en este punto comienza la teoría psicoanalítica, afirmando que tales representaciones no pueden llegar a ser conscientes por oponerse a ello cierta energía, sin la cual adquirirían completa conciencia, y se vería entonces cuán poco se diferenciaban de otros elementos reconocidos como psíquicos. Esta teoría queda irrebatiblemente demostrada por la técnica psicoanalítica, con cuyo auxilio resulta posible suprimir tal energía y hacer conscientes dichas representaciones. El estado en el que estas representaciones se hallaban antes de hacerse conscientes es el que conocemos con el nombre de *represión*, y afirmamos advertir durante la labor psicoanalítica la energía que ha llevado a cabo la represión y la ha mantenido luego.

Así pues, nuestro concepto de lo inconsciente tiene como punto de partida la teoría de la represión. Lo reprimido es para nosotros el prototipo de lo inconsciente. Pero vemos que se nos presentan dos clases de inconsciente: lo inconsciente latente, capaz de conciencia, y lo reprimido, incapaz de conciencia. Nuestro mayor conocimiento de la dinámica psíquica ha de influir tanto en nuestra nomenclatura como en nuestra exposición. A lo latente, que sólo es inconsciente en un sentido descriptivo y no en un sentido dinámico, lo denominamos *preconsciente*, y reservamos el nombre de *inconsciente* para lo reprimido, dinámicamente inconsciente. Tenemos, pues, tres términos: consciente (*Ce*.), preconsciente (*Prec*.) e inconsciente (*Inc*.), cuyo sentido no es ya puramente descriptivo. Suponemos que lo *Prec*. se halla más cerca de lo *Inc*. que de lo *Ce*. y como hemos calificado de psíquico a lo *Inc*., podemos extender sin inconveniente alguno este calificativo a lo

Prec. latente. Se nos preguntará por qué no preferimos permanecer de acuerdo con los filósofos y separar tanto lo *Prec*. como lo *Inc*. de lo psíquico consciente. Los filósofos nos propondrían después describir lo *Prec*. y lo *Inc*. como dos formas o fases de lo *psicoide*, y de este modo quedaría restablecida la unidad. Pero si tal hiciéramos surgirían infinitas dificultades para la descripción, y el único hecho importante, o sea, el de que lo psicoide coincide en casi todo lo demás con lo reconocido como psíquico, quedaría relegado a un último término, en provecho de un prejuicio surgido cuando aún se desconocía lo psicoide.

Podemos, pues, comenzar a manejar nuestros tres términos —*Ce.*, *Prec*. e *Inc*.—, aunque sin olvidar nunca que en sentido descriptivo hay dos clases de inconsciente y sólo una en sentido dinámico. Para algunos de nuestro fines descriptivos podemos prescindir de esta diferenciación. En cambio, para otros resulta indispensable. Por nuestra parte nos hemos acostumbrado ya a este doble sentido y no nos ha suscitado nunca grandes dificultades. De todos modos resulta imposible prescindir de él, pues la diferenciación de lo consciente y lo inconsciente es, en último término, una cuestión de percepción que puede resolverse con un sí o un no, y el acto de la percepción no da por sí mismo explicación alguna de por qué razón es percibido o no percibido algo. Nada puede oponerse al hecho de que lo dinámico sólo encuentre en el fenómeno una expresión equívoca[2118].

En el curso subsiguiente de la labor psicoanalítica resulta que también estas diferenciaciones son prácticamente insuficientes. Esta insuficiencia resalta sobre todo en el siguiente caso: suponemos en todo individuo una organización coherente de sus procesos psíquicos, a la que consideramos como su *yo*. Este *yo* integra la conciencia, la cual domina el acceso a la motilidad; esto es, la descarga de las excitaciones en el mundo exterior, siendo aquélla la instancia psíquica que fiscaliza todos sus procesos parciales, y aun adormecida durante la noche, ejerce a través de toda ella la censura onírica. Del *yo* parten también las represiones por medio de las cuales han de quedar excluidas no sólo de la conciencia, sino también de las demás formas de eficiencia y actividad de determinadas tendencias anímicas. El conjunto de estos elementos, excluidos por la represión, se sitúa frente al *yo* en el análisis, labor a la cual se plantea el problema de suprimir las resistencias que el *yo*

opone a todo contacto con lo reprimido. Pero durante el análisis observamos que el enfermo tropieza con dificultades cuando le invitamos a realizar determinadas labores y que sus asociaciones cesan en absoluto en cuanto han de aproximarse a lo reprimido. Le decimos entonces que se halla bajo el dominio de una resistencia, pero él no sabe nada de ella, y aunque por sus sensaciones displacientes llegase a adivinar que en aquellos momentos actúa en él una resistencia, no sabría darle nombre ni describirla. Ahora bien: como tal resistencia parte seguramente de su *yo* y pertenece al mismo, nos encontramos ante una situación imprevista. Comprobamos, en efecto, que en el *yo* hay también algo inconsciente, algo que se conduce idénticamente a lo reprimido, o sea, exteriorizando intensos efectos sin hacerse consciente por sí mismo, y cuya percatación consciente precisa de una especial labor. La consecuencia de este descubrimiento para la práctica analítica es la de que tropezamos con infinitas dificultades e imprecisiones si queremos mantener nuestra habitual forma de expresión y reducir, por ejemplo, la neurosis a un conflicto entre lo consciente y lo inconsciente. Fundándonos en nuestro conocimiento de la estructura de la vida anímica, habremos, pues, de sustituir esta antítesis por otra; esto es, por la existente entre el *yo* coherente y lo reprimido disociado de él[2119].

Pero aún son más importantes las consecuencias que dicho descubrimiento trae consigo para nuestra concepción de lo inconsciente. El punto de vista dinámico nos obligó a una primera rectificación; ahora, el conocimiento de la estructura anímica nos impone otra nueva. Reconoceremos, pues, que lo *Inc*. no coincide con lo reprimido. Todo lo reprimido es inconsciente, pero no todo lo inconsciente es reprimido. También una parte del *yo*, cuya amplitud nos es imposible fijar, puede ser inconsciente, y lo es seguramente. Y este *Inc*. del *yo* no es latente en el sentido de lo *Prec*., pues si lo fuera no podría ser activado sin hacerse consciente, y su atracción a la conciencia no opondría tan grandes dificultades. Viéndonos así obligados a admitir un tercer *Inc*. no reprimido, hemos de confesar que la inconsciencia pierde importancia a nuestros ojos, convirtiéndose en una cualidad de múltiples sentidos que no permite deducir las amplias y exclusivas conclusiones que esperábamos. Sin embargo, no deberemos desatenderla, pues en último término, la cualidad de consciente o

no consciente es la única luz que nos guía en las tinieblas de la psicología de las profundidades.

II. EL «YO» Y EL «ELLO»

LA investigación patológica ha orientado demasiado exclusivamente nuestro interés hacia lo reprimido. Quisiéramos averiguar más del *yo* desde que sabemos que también puede ser inconsciente, en el verdadero sentido de este término. El único punto de apoyo de nuestras investigaciones ha sido hasta ahora el carácter de consciencia o inconsciencia. Pero hemos acabado por ver cuán múltiples sentidos puede presentar este carácter.

Todo nuestro conocimiento se halla ligado a la conciencia. Tampoco lo inconsciente puede sernos conocido si antes no lo hacemos consciente. Pero, deteniéndonos aquí, nos preguntaremos cómo es esto posible y qué quiere decir hacer consciente algo.

Sabemos ya dónde hemos de buscar aquí un enlace. Hemos dicho que la conciencia es la superficie del aparato anímico; esto es, la hemos adscrito como función a un sistema que, espacialmente considerado, y no sólo en el sentido de la función, sino en el de la disección anatómica[2120], es el primero a partir del mundo exterior. También nuestra investigación tiene que tomar, como punto de partida, esta superficie perceptora.

Todas las percepciones procedentes del exterior (percepciones sensoriales) y aquellas otras procedentes del interior, a las que damos el nombre de sensaciones y sentimientos, son conscientes. Pero ¿y aquellos procesos internos que podemos reunir, aunque sin gran exactitud, bajo el concepto de procesos mentales, y que se desarrollan en el interior del aparato como desplazamiento de energía psíquica a lo largo del camino que conduce a la acción? ¿Llegan acaso a la superficie en la que nace la conciencia? ¿O es la conciencia la que llega hasta ellos? Es ésta una de las dificultades que surgen cuando nos decidimos a utilizar la representación espacial, *tópica*, de la vida anímica. Ambas posibilidades son igualmente inconcebibles y habrán, por tanto, de dejar paso a una tercera.

En otro lugar[2121] hemos expuesto ya la hipótesis de que la verdadera diferencia entre una idea inconsciente y una idea preconsciente (un pensamiento) consiste en que el material de la primera permanece oculto, mientras que la segunda se muestra enlazada con *representaciones verbales*. Emprenderemos aquí, por vez primera, la tentativa de indicar caracteres de los sistemas *Prec*. e *Inc*., distintos de su relación con la conciencia. Así pues, la pregunta de cómo se hace algo consciente deberá ser sustituida por la de cómo se hace algo preconsciente, y la respuesta sería que por su enlace con las representaciones verbales correspondientes.

Estas representaciones verbales son restos mnémicos. Fueron en un momento dado percepciones, y pueden volver a ser conscientes, como todos los restos mnémicos. Antes de seguir tratando de su naturaleza, dejaremos consignado que sólo puede hacerse consciente lo que ya fue alguna vez una percepción consciente; aquello que no siendo un sentimiento quiere devenir consciente, y desde el interior tiene que intentar transformarse en percepciones exteriores, transformación que consigue por medio de las huellas mnémicas.

Suponemos contenidos los restos mnémicos en sistemas inmediatos al sistema *P.-Cc*., de manera que sus cargas pueden extenderse fácilmente a los elementos del mismo. Pensamos aquí inmediatamente en la alucinación y en el hecho de que todo recuerdo, aun el más vivo, puede ser distinguido siempre, tanto de la alucinación como de la percepción exterior; pero también recordamos que, al ser reavivado un recuerdo, permanece conservada la carga en el sistema mnémico, mientras que la alucinación, no diferenciable de la percepción, sólo surge cuando la carga no se limita a extenderse desde la huella mnémica al elemento del sistema *P*., sino que pasa por completo a él.

Los restos verbales proceden esencialmente de percepciones acústicas, circunstancia que adscribe al sistema *Prec*. un origen sensorial especial. Al principio podemos dejar a un lado, como secundarios, los componentes visuales de la representación verbal adquiridos en la lectura, e igualmente, sus componentes de movimiento, los cuales desempeñan tan sólo —salvo para el sordomudo— el papel de signos auxiliares. La palabra es, pues, esencialmente el resto mnémico de la palabra oída.

No debemos, sin embargo, olvidar o negar, llevados por una tendencia a

la simplificación, la importancia de los restos mnémicos ópticos —de las cosas—, ni tampoco la posibilidad de un acceso a la conciencia de los procesos mentales por retorno a los restos visuales, posibilidad que parece predominar en muchas personas. El estudio de los sueños y el de las fantasías preconscientes observadas por J. Varendonck puede darnos una idea de la peculiaridad de este pensamiento visual. En él sólo se hace consciente el material concreto de las ideas, y, en cambio, no puede darse expresión alguna visual a las relaciones que las caracterizan especialmente. No constituye, pues, sino un acceso muy imperfecto a la conciencia, se halla más cerca de los procesos inconscientes que el pensamiento verbal y es, sin duda, más antigua que éste, tanto ontogénica como filogénicamente.

Así pues, para volver a nuestro argumento, si es éste el camino por el que lo inconsciente se hace preconsciente, la interrogación que antes nos dirigimos sobre la forma en que hacemos (pre) consciente algo reprimido, recibirá la respuesta siguiente: Hacemos (pre) consciente lo reprimido, interpolando, por medio de la labor analítica, miembros intermedios preconscientes. Por tanto, ni la conciencia abandona su lugar ni tampoco lo *Inc*. se eleva hasta lo *Ce*.

La relación de la percepción exterior con el yo es evidente. No así la de la percepción interior. Sigue, pues, la duda de si es o no acertado situar exclusivamente la conciencia en el sistema superficial *P.-Cc*.

La percepción interna rinde sensaciones de procesos que se desarrollan en los diversos estratos del aparato anímico, incluso en los más profundos. La serie «placer-displacer» nos ofrece el mejor ejemplo de estas sensaciones, aún poco conocidas, más primitivas y elementales que las procedentes del exterior y susceptibles de emerger aun en estados de disminución de la conciencia. Sobre su gran importancia y su base metapsicológica hemos hablado ya en otro contexto. Pueden proceder de distintos lugares y poseer así cualidades diversas y hasta contrarias.

Las sensaciones de carácter placiente no presentan de por sí ningún carácter perentorio. No así las displacientes, que aspiran a una modificación y a una descarga, razón por la cual interpretamos el displacer como una elevación y el placer como una disminución de la carga de energía.

Si en el curso de los procesos anímicos consideramos aquello que se hace

consciente en calidad de placer y displacer como un «algo» cualitativa y cuantitativamente especial, surge la cuestión de si este «algo» puede hacerse consciente permaneciendo en su propio lugar o, por el contrario, tiene que ser llevado antes al sistema *P*.

La experiencia clínica testimonia en favor de esto último y nos muestra que dicho «algo» se comporta como un impulso reprimido. Puede desarrollar energías sin que el *yo* advierta la coerción, y sólo una resistencia contra tal coerción o una interrupción de la reacción de descarga lo hacen consciente en el acto como displacer. Lo mismo que las tensiones provocadas por la necesidad, puede también permanecer inconsciente el dolor, término medio entre la percepción externa y la interna, que se conduce como una percepción interna aun en aquellos casos en los que tiene su causa en el mundo exterior. Resulta, pues, que también las sensaciones y los sentimientos tienen que llegar al sistema P. para hacerse conscientes, y cuando encuentran cerrado el camino de dicho sistema, no logran emerger como tales sensaciones o sentimientos. Sintéticamente y en forma no del todo correcta, hablamos entonces de *sensaciones inconscientes*, equiparándolas, sin una completa justificación, a las *representaciones inconscientes*. Existe, en efecto, la diferencia de que para llevar a la conciencia una representación inconsciente es preciso crear antes miembros de enlace, cosa innecesaria en las sensaciones, las cuales progresan directamente hacia ella. O dicho de otro modo: la diferenciación de *Cc*. y *Prec*. carece de sentido por lo que respecta a las sensaciones, que no pueden ser sino conscientes o inconscientes. Incluso cuando se hallan enlazadas a representaciones verbales no deben a éstas su acceso a la conciencia, sino que llegan a ella directamente.

Vemos ahora claramente el papel que desempeñan las representaciones verbales. Por medio de ellas quedan convertidos los procesos mentales interiores en percepciones. Es como si hubiera de demostrar el principio de que todo conocimiento procede de la percepción externa. Dada una sobrecarga del pensamiento, son realmente percibidos los pensamientos —como desdé fuera— y tenidos así por verdaderos.

Después de esta aclaración de las relaciones entre la percepción externa e interna y el sistema superficial *P.-Cc.*, podemos pasar a formarnos una idea del *yo*. Lo vemos emanar, como de su nódulo, del sistema *P*. y comprender

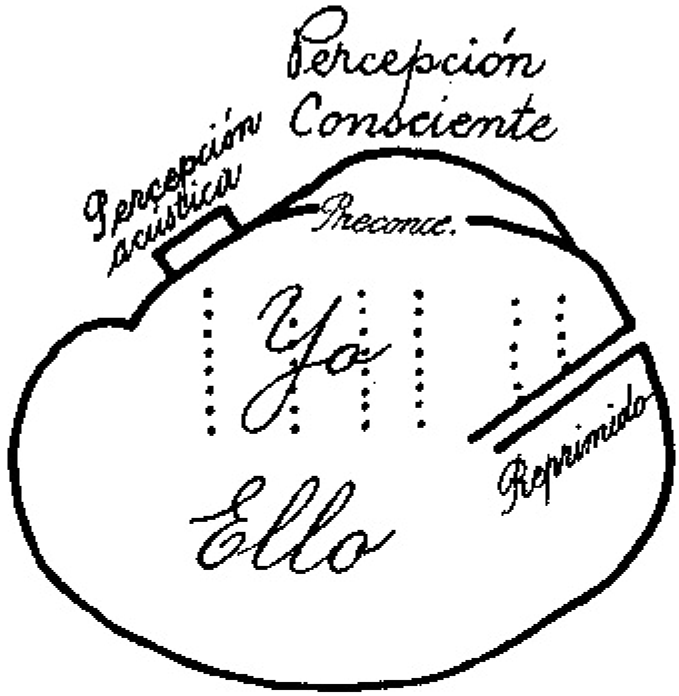
primeramente lo *Prec.*, inmediato a los restos mnémicos. Pero el *yo* es también, como ya sabemos, inconsciente.

Ha de sernos muy provechoso, a mi juicio, seguir la invitación de un autor, que por motivos personales declara en vano no tener nada que ver con la ciencia, rigurosa y elevada. Me refiero a G. Groddeck, el cual afirma siempre que aquello que llamamos nuestro *yo* se conduce en la vida pasivamente y que, en vez de vivir, somos «vividos» por poderes ignotos e invencibles[2122]. Todos hemos experimentado alguna vez esta sensación, aunque no nos haya dominado hasta el punto de hacernos excluir todas las demás, y no vacilamos en asignar a la opinión de Groddeck un lugar en los dominios de la ciencia. Por mi parte, propongo tenerla en la cuenta, dando el nombre de *yo* al ente que emana del sistema P., y es primero preconsciente, y el de *Ello*, según lo hace Groddeck, a lo psíquico restante —inconsciente—, en lo que dicho *yo* se continúa[2123].

Pronto hemos de ver si esta nueva concepción ha de sernos útil para nuestros fines descriptivos. Un individuo es ahora, para nosotros, un *Ello* psíquico desconocido e inconsciente, en cuya superficie aparece el *yo*, que se ha desarrollado partiendo del sistema *P.*, su nódulo. El *yo* no vuelve por completo al *Ello*, sino que se limita a ocupar una parte de su superficie, esto es, la constituida por el sistema *P.*, y tampoco se halla precisamente separado de él, pues confluye con él en su parte inferior.

Pero también lo reprimido concluye con el *Ello* hasta el punto de no constituir sino una parte de él. En cambio, se halla separado del *yo* por las resistencias de la represión, y sólo comunica con él a través del *Ello*. Reconocemos en el acto que todas las diferenciaciones que la Patología nos ha inducido a establecer se refieren tan sólo a los estratos superficiales del aparato anímico, únicos que conocemos.

Todas estas circunstancias quedan gráficamente representadas en el dibujo siguiente, cuya significación es puramente descriptiva. Como puede verse en él, y según el testimonio de la anatomía del cerebro, lleva el *yo*, en uno sólo de sus lados, un «receptor acústico».



Fácilmente se ve que el *yo* es una parte del *Ello* modificada por la influencia del mundo exterior, transmitido por el *P.-Cc.*, o sea, en cierto modo, una continuación de la diferenciación de las superficies. El *yo* se esfuerza en transmitir a su vez al *Ello* dicha influencia del mundo exterior y aspira a sustituir el principio del placer, que reina sin restricciones en el *Ello*, por el principio de la realidad. La percepción es para el *yo* lo que para el *Ello* el instinto. El *yo* representa lo que pudiéramos llamar la razón o la reflexión, opuestamente al *Ello*, que contiene las pasiones.

La importancia funcional del *yo* reside en el hecho de regir normalmente los accesos a la motilidad. Podemos, pues, compararlo, en su relación con el *Ello*, al jinete que rige y refrena la fuerza de su cabalgadura, superior a la suya, con la diferencia de que el jinete lleva esto a cabo con sus propias energías, y el *yo*, con energías prestadas. Pero así como el jinete se ve obligado alguna vez a dejarse conducir a donde su cabalgadura quiere, también el *yo* se nos muestra forzado en ocasiones a transformar en acción la voluntad del *Ello*, como si fuera la suya propia.

En la génesis del yo, y en su diferenciación del *Ello*, parece haber actuado aún otro factor distinto de la influencia del sistema *P*. El propio cuerpo, y, sobre todo, la superficie del mismo, es un lugar del cual pueden partir

simultáneamente percepciones, externas e internas. Es objeto de la visión, como otro cuerpo cualquiera; pero produce al tacto dos sensaciones, una de las cuales puede equipararse a una percepción interna. La Psicofisiología ha aclarado ya suficientemente la forma en la que el propio cuerpo se destaca del mundo de las percepciones. También el dolor parece desempeñar en esta cuestión un importante papel, y la forma en que adquirimos un nuevo conocimiento de nuestros órganos cuando padecemos una dolorosa enfermedad constituye quizá el prototipo de aquélla en la que llegamos a la representación de nuestro propio cuerpo.

El *yo* es, ante todo, un ser corpóreo, y no sólo un ser superficial, sino incluso la proyección de una superficie[2124]. Si queremos encontrarle una analogía anatómica, habremos de identificarlo con el «homúnculo cerebral» de los anatómicos, que se halla cabeza abajo sobre la corteza cerebral, tiene los pies hacia arriba, mira hacia atrás y ostenta, a la izquierda, la zona de la palabra.

La relación del *yo* con la conciencia ha sido ya estudiada por nosotros repetidas veces, pero aún hemos de describir aquí algunos hechos importantes. Acostumbrados a no abandonar nunca el punto de vista de una valoración ética y social, no nos sorprende oír que la actividad de las pasiones más bajas se desarrolla en lo inconsciente, y esperamos que las funciones anímicas encuentren tanto más seguramente acceso a la conciencia cuanto más elevado sea el lugar que ocupen en dicha escala de valores. Pero la experiencia psicoanalítica nos demuestra que la esperanza es infundada. Por un lado tenemos pruebas de que incluso una labor intelectual sutil y complicada, que exige, en general, intensa reflexión, puede ser también realizada preconscientemente sin llegar a la conciencia. Este fenómeno se da, por ejemplo, durante el estado de reposo y se manifiesta en que el sujeto despierta sabiendo la solución de un problema matemático o de otro género cualquiera vanamente buscada durante el día anterior[2125].

Pero hallamos aún otro caso más singular. En nuestro análisis averiguamos que hay personas en las cuales la autocrítica y la conciencia moral —o sea, funciones anímicas—, a las que se concede un elevado valor, son inconscientes y producen, como tales, importantísimos efectos.

Así pues, la inconsciencia de la resistencia en el análisis no es en ningún

modo la única situación de este género. Pero el nuevo descubrimiento, que nos obliga, a pesar de nuestro mejor conocimiento crítico, a hablar de un *sentimiento inconsciente de culpabilidad*, nos desorienta mucho más, planteándonos nuevos enigmas, sobre todo cuando observamos que en un gran número de neuróticos desempeña dicho sentimiento un papel económicamente decisivo y opone considerables obstáculos a la curación. Si queremos ahora volver a nuestra escala de valores, habremos de decir que no sólo lo más bajo, sino también lo más elevado, puede permanecer inconsciente. De este modo parece demostrársenos lo que antes dijimos del *yo*, o sea, que es ante todo un ser corpóreo.

III. EL «YO» Y EL «SUPER-YO» (IDEAL DEL «YO»)

SI el *yo* no fuera sino una parte del *Ello*, modificada por la influencia del sistema de percepciones, o sea, el representante del mundo exterior, real en lo anímico, nos encontraríamos ante un estado de cosas harto sencillo. Pero hay aún algo más.

Los motivos que nos han llevado a suponer la existencia de una fase especial del *yo*, o sea, una diferenciación dentro del mismo *yo*, a la que damos el nombre de *super-yo* o ideal del *yo*, han quedado ya expuestos en otros lugares[2126]. Estos motivos continúan en pie[2127]. La novedad que precisa una aclaración es la de que esta parte del *yo* presenta una conexión menos firme con la conciencia.

Para llegar a tal aclaración hemos de volver antes sobre nuestros pasos. Explicamos el doloroso sufrimiento de la melancolía, estableciendo la hipótesis de una reconstrucción en el *yo* del objeto perdido; esto es, la sustitución de una carga de objeto por una identificación [1638]. Pero no llegamos a damos cuenta de toda la importancia de este proceso ni de lo frecuente y típico que era. Ulteriormente hemos comprendido que tal sustitución participa considerablemente en la estructuración del *yo* y contribuye, sobre todo, a la formación de aquello que denominamos su *carácter*.

Originariamente, en la fase primitiva oral del individuo, no es posible diferenciar la carga de objeto de la identificación. Más tarde sólo podemos suponer que las cargas de objeto parten del ello, el cual siente como necesidades las aspiraciones eróticas. El *yo*, débil aún al principio, recibe noticia de las cargas de objeto, y las aprueba o intenta rechazarlas por medio del proceso de la represión[2128].

Cuando tal objeto sexual ha de ser abandonado, surge frecuentemente en su lugar aquella modificación del *yo* que hemos hallado en la melancolía y descrito como una reconstrucción del objeto en el *yo*. Ignoramos aún las circunstancias detalladas de esta sustitución. Es muy posible que el *yo* facilite o haga posible, por medio de esta introyección —que es una especie de regresión al mecanismo de la fase oral— el abandono del objeto. O quizá constituya esta identificación la condición precisa para que el *Ello* abandone sus objetos. De todos modos, es éste un proceso muy frecuente en las primeras fases del desarrollo, y puede llevarnos a la concepción de que el carácter del *yo* es un residuo de las cargas de objeto abandonadas y contiene la historia de tales elecciones de objeto. Desde luego, habremos de reconocer que la capacidad de resistencia a las influencias emanadas de la historia de las elecciones eróticas de objeto varía mucho de unos individuos a otros, constituyendo una escala, dentro de la cual el carácter del sujeto admitirá o rechazará más o menos tales influencias. En las mujeres de gran experiencia erótica creemos poder indicar fácilmente los residuos que sus cargas de objeto han dejado en su carácter. También puede existir una simultaneidad de la carga de objeto y la identificación, o sea, una modificación del carácter antes del abandono del objeto. En este caso, la modificación del carácter puede sobrevivir a la relación con el objeto y conservarla en cierto sentido.

Desde otro punto de vista, observamos también que esta transmutación de una elección erótica de objeto en una modificación del *yo* es para el *yo* un medio de dominar al *Ello* y hacer más profundas sus relaciones con él, si bien a costa de una mayor docilidad por su parte. Cuando el *yo* toma los rasgos del objeto, se ofrece, por decirlo así, como tal al *Ello* e intenta compensarle la pérdida experimentada, diciéndole: «Puedes amarme, pues soy parecido al objeto perdido».

La transformación de la libido objetal en libido narcisista, que aquí tiene

efecto, trae consigo un abandono de los fines sexuales, una desexualización, o sea, una especie de sublimación, e incluso nos plantea la cuestión, digna de un penetrante estudio, de si no será acaso éste el camino general conducente a la sublimación, realizándose siempre todo proceso de este género por la mediación del *yo*, que transforma primero la libido objetal sexual en libido narcisista, para proponerle luego un nuevo fin[2129]. Más adelante nos preguntaremos asimismo si esta modificación no puede también tener por consecuencia otros diversos destinos de los instintos; por ejemplo, una disociación de los diferentes instintos fundidos unos con otros.

No podemos eludir una digresión, consistente en fijar nuestra atención por algunos momentos en las identificaciones objétales del *yo*. Cuando tales identificaciones llegan a ser muy numerosas, intensas e incompatibles entre sí, se produce fácilmente un resultado patológico. Puede surgir, en efecto, una disociación del *yo*, excluyéndose las identificaciones unas a otras por medio de resistencias. El secreto de los casos llamados de *personalidad* múltiple reside, quizá, en que cada una de tales identificaciones atrae a sí alternativamente la conciencia. Pero aún sin llegar a este extremo surgen entre las diversas identificaciones, en las que el *yo* queda disociado, conflictos que no pueden ser siempre calificados de patológicos.

Cualquiera que sea la estructura de la ulterior resistencia del carácter contra las influencias de las cargas de objeto abandonadas, los efectos de las primeras identificaciones, realizadas en la más temprana edad, son siempre generales y duraderos. Esto nos lleva a la génesis del ideal del *yo*, pues detrás de él se oculta la primera y más importante identificación del individuo, o sea, la identificación con el padre[2130]. Esta identificación no parece constituir el resultado o desenlace de una carga de objeto, pues es directa e inmediata y anterior a toda carga de objeto. Pero las elecciones de objeto pertenecientes al primer periodo sexual, y que recaen sobre el padre y la madre, parecen tener como desenlace normal tal identificación e intensificar así la identificación primaria.

De todos modos, son tan complicadas estas relaciones, que se nos hace preciso describirlas más detalladamente. Esta complicación depende de dos factores: de la disposición triangular de la relación de Edipo y de la bisexualidad constitucional del individuo.

El caso más sencillo toma en el niño la siguiente forma: el niño lleva a cabo muy tempranamente una carga de objeto, que recae sobre la madre y tiene su punto de partida en el seno materno. Del padre se apodera el niño por identificación. Ambas relaciones marchan paralelamente durante algún tiempo, hasta que por la intensificación de los deseos sexuales orientados hacia la madre, y por la percepción de que el padre es un obstáculo opuesto a la realización de tales deseos, surge el complejo de Edipo[2131]. La identificación con el padre toma entonces un matiz hostil y se transforma en el deseo de suprimir al padre para sustituirle cerca de la madre. A partir de aquí se hace ambivalente la relación del niño con su padre, como si la ambivalencia, existente desde un principio en la identificación, se exteriorizara en este momento. La conducta ambivalente con respecto al padre y la tierna aspiración hacia la madre considerada como objeto integran para el niño el contenido del complejo de Edipo simple, positivo.

Al llegar a la destrucción del complejo de Edipo tiene que ser abandonada la carga de objeto de la madre, y en su lugar surge una identificación con la madre o queda intensificada la identificación con el padre. Este último resultado es el que consideramos como normal y permite la conservación de la relación cariñosa con la madre. El naufragio del complejo de Edipo afirmaría así la masculinidad en el carácter del niño. En forma totalmente análoga puede terminar el complejo de Edipo en la niñez por una intensificación de su identificación con la madre (o por el establecimiento de tal identificación), que afirma el carácter femenino del sujeto.

Estas identificaciones no corresponden a nuestras esperanzas, pues no introducen en el yo al objeto abandonado; pero también este último desenlace es frecuente, y puede observarse con mayor facilidad en la niña que en el niño. El análisis nos muestra muchas veces que la niña, después de haberse visto obligada a renunciar al padre como objeto erótico, exterioriza los componentes masculinos de su bisexualidad constitucional y se identifica no ya con la madre, sino con el padre, o sea, con el objeto perdido. Esta identificación depende, naturalmente, de la necesidad de sus disposiciones masculinas, cualquiera que sea la naturaleza de éstas.

El desenlace del complejo de Edipo en una identificación con el padre o con la madre parece, pues, depender en ambos sexos de la energía relativa de

las dos disposiciones sexuales. Ésta es una de las formas en las que la bisexualidad interviene en los destinos del complejo de Edipo. La otra forma es aún más importante. Experimentamos la impresión de que el complejo de Edipo simple no es, ni con mucho, el más frecuente, y, en efecto, una investigación más penetrante nos descubre casi siempre el complejo de Edipo *completo*, que es un complejo doble, positivo y negativo, dependiente de la bisexualidad originaria del sujeto infantil. Quiere esto decir que el niño no presenta tan sólo una actitud ambivalente con respecto al padre y una elección tierna de objeto con respecto a la madre, sino que se conduce al mismo tiempo como una niña, presentando la actitud cariñosa femenina para con su padre y la actitud correlativa, hostil y celosa para con su madre. Esta intervención de la bisexualidad es la que hace tan difícil llegar al conocimiento de las elecciones de objeto e identificaciones primitivas y tan complicada su descripción. Pudiera suceder también que la ambivalencia, comprobada en la relación del sujeto infantil con los padres, dependiera exclusivamente de la bisexualidad, no siendo desarrollada de la identificación, como antes expusimos, por la rivalidad[2132].

A mi juicio, obraremos acertadamente aceptando, en general, y sobre todo en los neuróticos, la existencia del complejo de Edipo completo. La investigación psicoanalítica nos muestra que en un gran número de casos desaparece uno de los componentes de dicho complejo, quedando sólo huellas apenas visibles. Queda así establecida una serie, en uno de cuyos extremos se halla el complejo de Edipo normal, positivo, y en el otro, el invertido, negativo, mientras que los miembros intermedios nos revelan la forma completa de dicho complejo, con distinta participación de sus dos componentes. En el naufragio del complejo de Edipo se combinan de tal modo sus cuatro tendencias integrantes, que dan nacimiento a una identificación con el padre y a una identificación con la madre. La identificación con el padre conservará el objeto materno del complejo positivo y sustituirá simultáneamente al objeto paterno del complejo invertido. Lo mismo sucederá, *mutatis mutandis*, con la identificación con la madre. En la distinta intensidad de tales identificaciones se reflejará la desigualdad de las dos disposiciones sexuales.

De este modo podemos admitir como resultado general de la fase sexual,

dominada por el complejo de Edipo, la presencia en el «yo» de un residuo, consistente en el establecimiento de estas dos identificaciones enlazadas entre sí. Esta modificación del «yo» conserva su significación especial y se opone al contenido restante del «yo» en calidad ideal del «yo» o «super-yo».

Pero el *super-yo* no es simplemente un residuo de las primeras elecciones de objeto del *Ello*, sino también una enérgica formación reactiva contra las mismas. Su relación con el *yo* no se limita a la advertencia: «Así —como el padre— debes ser», sino que comprende también la prohibición: «Así —como el padre— no debes ser: no debes hacer todo lo que él hace, pues hay algo que le está exclusivamente reservado». Esta doble faz del ideal del *yo* depende de su anterior participación en la represión del complejo de Edipo, e incluso debe su génesis a tal represión. Este proceso represivo no fue nada sencillo. Habiendo reconocido en los padres, especialmente en el padre, el obstáculo opuesto a la realización de los deseos integrados en dicho complejo, tuvo que robustecerse el *yo* para llevar a cabo su represión, creando en sí mismo tal obstáculo. La energía necesaria para ello hubo de tomarla prestada del padre, préstamo que trae consigo importantísimas consecuencias. El *super-yo* conservará el carácter del padre, y cuanto mayores fueron la intensidad del complejo de Edipo y la rapidez de su represión (bajo las influencias de la autoridad, la religión, la enseñanza y las lecturas), más severamente reinará después sobre el *yo* como conciencia moral, o quizá como sentimiento inconsciente de culpabilidad. En páginas ulteriores expondremos de dónde sospechamos que extrae el *super-yo* la fuerza necesaria para ejercer tal dominio, o sea, el carácter coercitivo que se manifiesta como imperativo categórico.

Esta génesis del *super-yo* constituye el resultado de dos importantísimos factores: biológico uno y de naturaleza histórica el otro: de la larga indefensión y dependencia infantil del hombre y de su complejo de Edipo, al que hemos relacionado ya con la interrupción del desarrollo de la libido por el *periodo de latencia*, o sea, con la división en dos fases de la vida sexual humana. Esta última particularidad, que creemos específicamente humana, ha sido definida por una hipótesis psicoanalítica como una herencia correspondiente a la evolución hacia la cultura impuesta por la época glacial. La génesis del *super-yo*, por su diferenciación del *yo*, no es, ciertamente,

nada casual, pues representa los rasgos más importantes del desarrollo individual y de la especie. Creando una expresión duradera de la influencia de los padres eterniza la existencia de aquellos momentos a los que la misma debe su origen.

Se ha acusado infinitas veces al psicoanálisis de desatender la parte moral, elevada y suprapersonal del hombre. Pero este reproche es injusto, tanto desde el punto de vista histórico como desde el punto de vista metodológico. Lo primero, porque se olvida que nuestra disciplina adscribió desde el primer momento a las tendencias morales y estéticas del *yo* el impulso a la represión. Lo segundo, porque no se quiere reconocer que la investigación psicoanalítica no podía aparecer, desde el primer momento, como un sistema filosófico provisto de una completa y acabada construcción teórica, sino que tenía que abrirse camino paso a paso por medio de la descomposición analítica de los fenómenos, tanto normales como anormales, hacia la inteligencia de las complicaciones anímicas. Mientras nos hallábamos entregados al estudio de lo reprimido en la vida psíquica, no necesitábamos compartir la preocupación de conservar intacta la parte más elevada del hombre. Ahora que osamos aproximarnos al análisis del *yo*, podemos volvernos a aquellos que sintiéndose heridos en su conciencia moral han propugnado la existencia de algo más elevado en el hombre y responderles: «Ciertamente, y este elevado ser es el ideal del *yo* o *super-yo*, representación de la relación del sujeto con sus progenitores». Cuando niños hemos conocido, admirado y temido a tales seres elevados, y luego los hemos acogido en nosotros mismos.

El ideal del *yo* es, por tanto, el heredero del complejo de Edipo, y con ello, la expresión de los impulsos más poderosos del *Ello* y de los más importantes destinos de su libido. Por medio de su creación se ha apoderado el *yo* del complejo de Edipo y se ha sometido simultáneamente al *Ello*. El *super-yo*, abogado del mundo interior, o sea, del *Ello*, se opone al *yo*, verdadero representante del mundo exterior o de la realidad. Los conflictos entre el *yo* y el ideal reflejan, pues, en último término, la antítesis de lo real y lo psíquico del mundo exterior y el interior.

Todo lo que la Biología y los destinos de la especie humana han creado y dejado en el *Ello* es tomado por el *yo* en la formación de su ideal y vivido de

nuevo en él individualmente. El ideal del *yo* presenta, a consecuencia de la historia de su formación, una amplia relación con las adquisiciones filogénicas del individuo, o sea, con su herencia arcaica. Aquello que en la vida psíquica individual ha pertenecido a lo más bajo es convertido por la formación del ideal en lo más elevado del alma humana, conforme siempre a nuestra escala de valores. Pero sería un esfuerzo inútil querer localizar el ideal del *yo*, aunque sólo fuera de un modo análogo a como hemos localizado el *yo*, o adaptarlo a una de las comparaciones por medio de las cuales hemos intentado reproducir la relación entre el *yo* y el *Ello*.

No es difícil mostrar que el ideal del *yo* satisface todas aquellas exigencias que se plantean en la parte más elevada del hombre. Contiene, en calidad de sustitución de la aspiración hacia el padre, el nódulo del que han partido todas las religiones. La convicción de la comparación del *yo* con su ideal da origen a la religiosa humildad de los creyentes. En el curso sucesivo del desarrollo queda transferido a los maestros y a aquellas otras personas que ejercen autoridad sobre el sujeto el papel de padre, cuyos mandatos y prohibiciones conservan su eficiencia en el *yo* ideal y ejercen ahora, en calidad de conciencia, la censura moral.

La tensión entre las aspiraciones de la conciencia y los rendimientos de *yo* es percibida como sentimiento de culpabilidad. Los sentimientos sociales reposan en identificaciones con otros individuos basados en el mismo ideal del *yo*.

La religión, la moral y el sentimiento social —contenidos principales de la parte más elevada del hombre[2133]— constituyeron primitivamente una sola cosa. Según la hipótesis que expusimos en *Totem y tabú*, fueron desarrollados filogénicamente del complejo paterno la religión y la moral, por el sojuzgamiento del complejo de Edipo propiamente dicho, y los sentimientos sociales, por el obligado vencimiento de la rivalidad ulterior entre los miembros de la joven generación. En todas estas adquisiciones morales parece haberse adelantado el sexo masculino, siendo transmitido después, por herencia cruzada, al femenino. Todavía actualmente nacen en el individuo los sentimientos sociales por superposición a los sentimientos de rivalidad del sujeto con sus hermanos. La imposibilidad de satisfacer estos sentimientos hostiles hace surgir una identificación con los rivales.

Observaciones realizadas en sujetos homosexuales justifican la sospecha de que también esta identificación es un sustitutivo de la elección cariñosa de objeto, que reemplaza a la disposición agresiva hostil[2134].

Al hacer intervenir la filogénesis se nos plantean nuevos problemas, cuya solución quisiéramos eludir; pero hemos de intentarla, aunque tememos que tal tentativa ha de revelar la insuficiencia de nuestros esfuerzos. ¿Fue el *yo* o el *Ello* de los primitivos lo que adquirió la moral y la religión, derivándolas del complejo paterno? Si fue el *yo*, ¿por qué no hablamos sencillamente de una herencia dentro de él? Y si fuese el *Ello*, ¿cómo conciliar tal hecho con su carácter? ¿Será, quizá, equivocado extender la diferenciación antes realizada en *yo*, *Ello* y *super-yo* a épocas tan tempranas? Por último, ¿no sería acaso mejor confesar honradamente que toda nuestra concepción de los procesos del *yo* no aclara en nada la inteligencia de la filogénesis ni puede ser aplicada a este fin?

Daremos primero respuesta a lo más fácil. No sólo en los hombres primitivos, sino en organismos aún más sencillos nos es preciso reconocer la existencia de un *yo* y un *Ello*, pues esta diferenciación es la obligada manifestación de la influencia del mundo exterior. Hemos derivado precisamente el *super-yo* de aquellos sucesos que dieron origen al totemismo. La interrogación de si fue el *yo* o el *Ello* lo que llegó a hacer las adquisiciones citadas queda, pues, resuelta en cuanto reflexionamos que ningún suceso exterior puede llegar al *Ello* sino por mediación del *yo*, que representa en él al mundo exterior. Pero no podemos hablar de una herencia directa dentro del *yo*. Se abre aquí el abismo entre el individuo real y el concepto de la especie.. Tampoco debemos suponer demasiado rígida la diferencia entre el *yo* y el *Ello*, olvidando que el *yo* no es sino una parte del *Ello*, especialmente diferenciada. Los sucesos del *yo* parecen, al principio, no ser susceptibles de constituir una herencia; pero cuando se repiten con frecuencia e intensidad suficientes en individuos de generaciones sucesivas, se transforman, por decirlo así, en sucesos del *Ello*, cuyas impresiones quedan conservadas hereditariamente. De este modo abriga el *Ello* en sí innumerables existencias del *yo*, y cuando el *yo* extrae del *Ello* su *super-yo*, no hace, quizá, sino resucitar antiguas formas del *yo*.

La historia de la génesis del *super-yo* nos muestra que los conflictos

antiguos del *yo*, con las cargas objeto del *Ello*, pueden continuar transformados en conflictos con el *super-yo*, heredero del *Ello*. Cuando el yo no ha conseguido por completo el sojuzgamiento del complejo de Edipo, entra de nuevo en actividad su energía de carga, procedente del *Ello*, actividad que se manifestará en la formación reactiva del ideal del *yo*. La amplia comunicación del ideal del *yo* con los sentimientos instintivos inconscientes nos explica el enigma de que el ideal pueda permanecer en gran parte inconsciente e inaccesible al *yo*. El combate que hubo de desarrollarse en los estratos más profundos del aparato anímico —y al que la rápida sublimación e identificación impidieron llegar a su desenlace— se continúa ahora en una región más elevada como en la batalla contra los Hunos pintada por Xaulbach.

IV. LAS DOS CLASES DE INSTINTOS

DIJIMOS ya que si nuestra división del ser anímico en un *Ello*, un *yo* o un *super-yo* significaba un progreso de nuestro conocimiento, habría de llevarnos a más profunda inteligencia y a más exacta descripción de las relaciones dinámicas de la vida anímica. Hemos visto ya que el *yo* se halla bajo la influencia especial de la percepción y que puede decirse, en general, que las percepciones tienen para el *yo* la misma significación que los instintos para el *Ello*. Pero el *yo* también queda sometido, como el *Ello*, a la influencia de los instintos, pues sabemos que no es más que una parte especialmente modificada del *Ello*.

En nuestro reciente estudio *Más allá del principio del placer* desarrollamos una teoría, que sostendremos y continuaremos en el presente trabajo. Era esta teoría la de que es necesario distinguir dos clases de instintos, una de las cuales, los instintos sexuales, o el Eros, era la más visible y accesible al conocimiento, e integraba no sólo el instinto sexual propiamente dicho, no coartado, sino también los impulsos instintivos coartados en su fin y sublimados derivados de él, y el instinto de conservación, que hemos de adscribir al *yo*, y el que opusimos

justificadamente, al principio de la labor psicoanalítica, a los instintos objétales sexuales. La determinación de la segunda clase de instintos nos opuso grandes dificultades, pero acabamos por hallar en el sadismo su representante. Basándonos en reflexiones teóricas, apoyadas en la Biología, supusimos la existencia de un instinto de muerte, cuya misión es hacer retornar todo lo orgánico animado al estado inanimado, en contraposición al Eros, cuyo fin es complicar la vida y conservarla así, por medio de una síntesis cada vez más amplia de la sustancia viva, dividida en particular. Ambos instintos se conducen en una forma estrictamente conservadora, tendiendo a la reconstitución de un estado perturbado por la génesis de la vida; génesis que sería la causa tanto de la continuación de la vida como de la tendencia a la muerte. A su vez, la vida sería un combate y una transacción entre ambas tendencias. La cuestión del origen de la vida sería, pues, de naturaleza cosmológica, y la referente al objeto y fin de la vida recibirá una respuesta *dualista*.

A cada una de estas dos clases de instintos se hallaría subordinado un proceso fisiológico especial (creación y destrucción), y en cada fragmento de sustancia viva actuarían, si bien en proporción distinta, instintos de las dos clases, debiendo así existir una sustancia que constituiría la representación principal del Eros.

No nos es posible determinar todavía de qué manera se enlazan, mezclan y alían entre si tales instintos; pero es indudable que su combinación es un hecho regular. A consecuencia del enlace de los organismos unicelulares con seres vivos policelulares se habría conseguido neutralizar el instinto de muerte de la célula aislada y derivar los impulsos destructores hacia el exterior por mediación de un órgano especial. Este órgano sería el sistema muscular, y el instinto de muerte se manifestaría entonces, aunque sólo fragmentariamente, como instinto de destrucción orientado hacia el mundo exterior y hacia otros seres animados.

Una vez admitida la idea de una mezcla de instintos de ambas clases, surge la posibilidad de una disociación más o menos completa de los mismos. En el componente sádico del instinto sexual tendríamos un ejemplo clásico de una mezcla adecuada de instintos, y en el sadismo, devenido independiente como perversión, el prototipo de una disociación, aunque no llevada a su

último extremo. Se ofrecen después a nuestra observación numerosos hechos no examinados aún a esta luz. Reconocemos que el instinto de destrucción entra regularmente al servicio del Eros para los fines de descargo, y nos damos cuenta de que entre los resultados de algunas neurosis de carácter grave, por ejemplo, las neurosis obsesivas, merecen un estudio especial de disociación de los instintos y la aparición del instinto de muerte. Sospechamos, por último, que el ataque epiléptico es un producto y un signo de una disociación de los instintos. Generalizando rápidamente, supondremos que la esencia de una regresión de la libido (por ejemplo, desde la fase genital a la sádico-anal) está integrada por una disociación de los instintos. Inversamente, el progreso desde una fase primitiva hasta la fase genital definitiva tendría por condición una agregación de componentes eróticos. Surge aquí la cuestión de si la ambivalencia regular, que con tanta frecuencia hallamos intensificada en la predisposición constitucional a la neurosis, puede o no ser considerada como el resultado de una disociación; pero, en caso afirmativo, se trataría de una disociación tan primitiva, que habríamos de considerarla más bien como una mezcla imperfecta de instintos.

Nuestro interés se orientará ahora hacia la cuestión de si existen o no relaciones importantes entre el *yo*, el *super-yo* y el *Ello*, por un lado, y las dos clases de instintos por otro, y si habrá de sernos posible adscribir al principio del placer, que rige los procesos psíquicos, una situación fija con respecto a ambas clases de instintos y a las citadas diferenciaciones anímicas. Pero antes de entrar en esta discusión hemos de resolver una duda que se alza contra su planteamiento mismo. En lo que respecta al principio del placer, no abrigamos duda alguna, y la división del *yo* reposa en pruebas clínicas; pero la existencia de dos clases de instintos no parece todavía suficientemente demostrada, y es muy posible que determinados hechos del análisis clínico resulten contrarios a ella.

Parece existir, por lo menos, uno de tales hechos. La antítesis de las dos clases de instintos puede ser sustituida por la polarización del amor y el odio. No nos es difícil hallar representantes del Eros. En cambio, como representantes del instinto de muerte, difícilmente concebible, sólo podemos indicar el instinto de destrucción, al cual muestra el odio su camino. Ahora bien: la observación clínica nos muestra no sólo que el odio es el compañero

inesperado y constante del amor (ambivalencia) y muchas veces su precursor en relaciones humanas, sino también que, bajo muy diversas condiciones, puede transformarse en amor, y éste, en odio. Si esta transformación es algo más que una simple sucesión temporal, faltará toda base para establecer una diferenciación tan fundamental como la de instintos eróticos e instintos de muerte, diferenciación que supone la existencia de procesos fisiológicos de curso opuesto.

El caso de que una persona ame a otra y la odie después, o viceversa, habiéndole dado esta última motivos para ello, cae fuera de los límites de nuestro problema. Igualmente, aquél en el que un enamoramiento aún no manifiesto se exterioriza en un principio por hostilidad y tendencia a la agresión, pues lo que en él sucede es que los componentes destructivos se han adelantado a los eróticos en la carga de objeto. Pero la psicología de las neurosis nos descubre otros casos en los que sí puede hablarse de transformación. En la paranoia persecutoria se defiende al enfermo contra un ligamen homosexual intensísimo a una persona determinada, y el resultado es que esta persona amadísima se convierte, para el enfermo, en su perseguidor, contra el cual orientará su agresión, tan peligrosa a veces. Hemos de suponer que en una fase anterior quedó transformado el amor en odio. Tanto en la génesis de la homosexualidad como en la del sentido social desexualizado nos ha descubierto la investigación psicoanalítica la existencia de intensos sentimientos de rivalidad, que conduce a la tendencia a la agresión, y cuyo vencimiento es condición indispensable para que el objeto antes odiado pase a ser amado o quede integrado en una identificación. Surge aquí el problema de si podemos o no admitir en estos casos una transformación directa del odio en amor, pues se trata en ellos de modificaciones puramente interiores, en las que no interviene para nada un cambio de conducta del objeto.

La investigación analítica del proceso de la transformación paranoica nos revela la posibilidad de otro distinto mecanismo. Aparece dada desde un principio una conducta ambivalente, y la transformación queda llevada a efecto por medio de un desplazamiento reactivo de la carga psíquica, siendo sustraída energía al impulso erótico y acumulada a la energía hostil.

En el vencimiento de la rivalidad hostil que conduce a la homosexualidad sucede algo análogo. La actitud hostil no tiene probabilidad ninguna de

conseguir una satisfacción y, en consecuencia, es decir, por motivos económicos, es sustituida por la actitud erótica, que ofrece más posibilidades de satisfacción, o sea de descarga. Así, pues, no necesitamos suponer en ninguno de estos dos casos una transformación directa del odio en amor, inconciliable con la diferencia cualitativa de las dos clases de instintos.

Pero observamos que al discutir este otro mecanismo de la transformación del amor en odio hemos introducido calladamente una nueva hipótesis, que merece ser expresamente acentuada. Hemos obrado como si en la vida anímica existiese una energía desplazable, indiferente en sí, pero susceptible de agregarse a un impulso erótico o destructor, cualitativamente diferenciado, e intensificar su carga general. Sin esta hipótesis nos sería imposible seguir adelante. Habremos, pues, de preguntarnos de dónde procede tal energía, a qué pertenece y cuál es su significación.

El problema de la cualidad de los impulsos instintivos y de su conservación de los diversos destinos de los instintos permanece muy oscuro, no habiendo sido aún intentada seriamente su solución. En los instintos sexuales parciales, especialmente accesibles a la observación, se nos muestran algunos procesos del mismo género. Vemos, en efecto, que los instintos parciales se comunican entre sí; que un instinto procedente de una fuente erógena especial puede ceder su intensidad para incrementar la de otro instinto parcial procedente de una fuente distinta, que la satisfacción de un instinto puede ser sustituida por la de otro, etc. El descubrimiento de estos procesos nos anima a construir varias hipótesis de un género particular.

Pero lo que aquí me propongo ofrecer no es una prueba, sino simplemente una hipótesis. Declararé, pues, que dicha energía, desplazable e indiferente, que actúa probablemente tanto en el *yo* como en el *Ello*, procede, a mi juicio, de la provisión de libido narcisista, siendo, por tanto, Eros desexualizado. Los instintos eróticos nos parecen, en general, más plásticos, desviables y desplazables que los de destrucción. Podemos, pues, concluir sin dificultad que esta libido desplazable labora al servicio del principio del placer para evitar los estancamientos y facilitar las descargas. Reconocemos, además, que en esta labor es el hecho mismo de la descarga lo principal, siendo indiferente el camino por el cual es llevado a cabo.

Ahora bien: esta circunstancia es característica, como ya sabemos, de los

procesos de carga que tienen efecto en el *Ello*, y la encontramos tanto en las cargas eróticas, en las cuales resulta indiferente el objeto, como en las transferencias que surgen durante el análisis, transferencias que han de ser establecidas, obligadamente, siendo indiferente la persona sobre la que recaigan. Rank ha expuesto hace poco acabados ejemplos de actos neuróticos de venganza, dirigidos contra personas inocentes. Ante esta conducta de lo inconsciente no podemos por menos de pensar en la conocida anécdota de aquel juez aldeano que propuso ahorcar a uno de los tres sastres del pueblo en sustitución del único herrero en él establecido y verdadero culpable del delito que de castigar se trataba. El caso es ejecutar el castigo, aunque éste no recaiga sobre el culpable. Igual laxitud observamos ya en los desplazamientos del proceso primario de la elaboración onírica. En este caso son los objetos, y en el nuestro actual los caminos de la acción de descarga, lo que resulta relegado a un segundo término.

Si esta energía desplazable es libido desexualizada, podremos calificarla también de sublimada, pues mantendrá siempre la intención principal del Eros. Si en un sentido más alto incluimos en estos desplazamientos los procesos mentales, quedará proveída la labor intelectual por sublimación de energía instintiva erótica.

Nos hallamos aquí nuevamente ante la posibilidad, ya indicada, de que la sublimación tenga efecto siempre por mediación del *yo* y recordamos que este *yo* pone fin a las primeras cargas de objeto del *Ello* —y seguramente también a muchas de las ulteriores—, acogiendo en sí la libido de las mismas y ligándola a la modificación del *yo* producida por identificación. Con esta transformación en libido del *yo* se enlaza naturalmente un abandono de los fines sexuales, o sea una desexualización. De todos modos se nos descubre aquí una importante función del *yo* en su relación con el Eros. Apoderándose en la forma descrita de la libido de las cargas de objeto, ofreciéndose como único objeto erótico y desexualizando o sublimando la libido del *Ello*, labora en contra de los propósitos del Eros y se sitúa al servicio de los sentimientos instintivos contrarios. En cambio, tiene que permitir otra parte de las cargas de objeto del *Ello* e incluso contribuir a ellas. Más tarde trataremos de otra posible consecuencia de esta actividad del *yo*.

Se nos impone aquí una importante modificación de la teoría del

narcisismo. Al principio, toda la libido se halla acumulada en el *Ello*, mientras el *yo* es aún débil y está en período de formación. El *Ello* emplea una parte de esta libido en cargas eróticas de objeto, después de lo cual el *yo*, robustecido ya, intenta apoderarse de esta libido del objeto e imponerse al *Ello* como objeto erótico.

El narcisismo del *yo* es de este modo un narcisismo secundario sustraído a los objetos.

Comprobamos nuevamente que todos aquellos impulsos instintivos cuya investigación nos es posible llevar a cabo se nos revelan como ramificaciones del Eros. Sin las consideraciones desarrolladas en *Mas allá del principio del placer* y el descubrimiento de los elementos sádicos del Eros nos sería difícil mantener nuestra concepción dualista fundamental. Pero se nos impone la impresión de que los instintos de muerte son mudos y que todo el fragor de la vida parte principalmente del Eros[2135].

Volvamos ahora a la lucha contra el Eros. Es indudable que el principio del placer sirve al *Ello* de brújula en el combate contra la libido, que introduce perturbaciones en el curso de la vida. Si es cierto que el principio de la constancia —en el sentido que le da Fechner— rige la vida, la cual sería entonces un resbalar hacia la muerte, serán las exigencias del Eros, o sea los instintos sexuales, los que detendrían, a título de necesidades, la disminución del nivel introduciendo nuevas tensiones. El *Ello* defiende contra estas tensiones guiado por el principio del placer; esto es, por la percepción del displacer en muy diversas formas. Primeramente, por una rápida docilidad con respecto a las exigencias de la libido no desexualizada, o sea procurando la satisfacción de las tendencias directamente sexuales, y luego más ampliamente, desembarazándose en una de tales satisfacciones, en la cual se reúnen todas las exigencias parciales de las sustancias sexuales que integran, por decirlo así, hasta la saturación, las tensiones eróticas. La expulsión de las materias sexuales en el acto sexual corresponde en cierto modo a la separación del soma y el plasma germinativo. De aquí la analogía del estado sexual a la completa satisfacción sexual con la muerte, y en los animales inferiores, la coincidencia de la muerte con el acto de la reproducción. Podemos decir que la reproducción causa la muerte de estos seres, en cuanto al ser separado el Eros queda libre el instinto de muerte para llevar a cabo sus

intenciones. Por último, el *yo* facilita al *Ello* la labor de dominación, sublimando parte de la libido para sus fines propios.

V. LAS SERVIDUMBRES DEL «YO»

LA complicación de la materia hace que el contenido de estos capítulos no se limite al tema enunciado en su título, pues siempre que emprendemos el estudio de nuevas relaciones nos vemos obligados a retornar sobre lo ya expuesto.

Así, hemos dicho ya repetidamente que el *yo* se halla constituido en gran parte por identificaciones sustitutivas de cargas abandonadas del *Ello*, y que las primeras de estas identificaciones se conducen en el *yo* como una instancia especial, oponiéndose a él en calidad de *super-yo*.

Posteriormente fortificado el *yo*, se muestra más resistente a tales influencias de la identificación. El *super-yo* debe su especial situación en el yo, o con respecto al *yo*, a un factor que hemos de valorar desde dos diversos puntos de vista, por ser, en primer lugar, la primera identificación que hubo de ser llevada a efecto, siendo aún débil el *yo*, y en segundo, el heredero del complejo de Edipo, y haber introducido así en el *yo* los objetos más importantes. Con respecto a las modificaciones ulteriores del *yo*, es en cierto modo el *super-yo* lo que la fase sexual primaria de la niñez con respecto a la vida sexual posterior a la pubertad. Siendo accesible a todas las influencias ulteriores, conserva, sin embargo, durante toda la vida el carácter que le imprimió su génesis del complejo paterno, o sea la capacidad de oponerse al *yo* y dominarlo. Es el monumento conmemorativo de la primitiva debilidad y dependencia del *yo*, y continúa aún dominándolo en su época de madurez.

Del mismo modo que el niño se hallaba sometido a sus padres y obligado a obedecerlos, se somete el *yo* al imperativo categórico de su *super-yo*.

Pero su descendencia de las primeras cargas de objeto del *Ello*, esto es, del complejo de Edipo, entraña aún para el *super-yo* una más amplia significación. Le hace entrar en relación, como ya hemos expuesto, con las adquisiciones filogénicas del *Ello* y lo convierte en una reencarnación de

formas anteriores del *yo*, que han dejado en el *Ello* sus residuos.

De este modo permanece el *super-yo* duraderamente próximo al *Ello*, y puede arrogarse para con el *yo* la representación del mismo. Penetra profundamente en el *Ello*, y, en cambio, se halla más alejado que el *yo* de la conciencia[2136].

Para el estudio de estas relaciones habremos de tener en cuenta determinados hechos clínicos que sin constituir ninguna novedad no han sido todavía objeto de una elaboración teórica.

Hay personas que se conducen muy singularmente en el tratamiento psicoanalítico. Cuando les damos esperanzas y nos mostramos satisfechos de la marcha del tratamiento, se muestran descontentas y empeoran marcadamente. Al principio atribuimos este fenómeno a la rebeldía contra el médico y el deseo de testimoniarle su superioridad, pero luego llegamos a darle una interpretación más justa. Descubrimos, en efecto, que tales personas reaccionan en un sentido inverso a los progresos de la cura. Cada una de las soluciones parciales que habría de traer consigo un alivio o una desaparición temporal de los síntomas provoca, por el contrario, en estos sujetos una intensificación momentánea de la enfermedad, y durante el tratamiento empeoran en lugar de mejorar. Muestran, pues, la llamada *reacción terapéutica negativa*.

Es indudable que en estos enfermos hay algo que se opone a la curación, la cual es considerada por ellos como un peligro. Decimos, pues, que predomina en ellos la necesidad de la enfermedad y no la voluntad de curación.

Analizada esta resistencia en la forma de costumbre y sustraída de ella la rebeldía contra el médico y la fijación a las formas de la enfermedad, conserva, sin embargo, intensidad suficiente para constituir el mayor obstáculo contra la curación; obstáculo más fuerte aún que la inaccesibilidad narcisista, la conducta negativa para con el médico y la adherencia a la enfermedad.

Acabamos por descubrir que se trata de un factor de orden moral, de un sentimiento de culpabilidad, que halla su satisfacción en la enfermedad y no quiere renunciar al castigo que la misma significa. Pero este sentimiento de culpabilidad permanece mudo para el enfermo. No le dice que sea culpable, y

de este modo el sujeto no se siente culpable, sino enfermo. Este sentimiento de culpabilidad no se manifiesta sino como una resistencia difícilmente reducible contra la curación. Resulta asimismo muy difícil convencer al enfermo de este motivo de la continuación de su enfermedad, pues preferirá siempre atenerse a la explicación de que la cura analítica no es eficaz en su caso[2137].

Lo que antecede corresponde a los casos extremos; pero tiene efecto también probablemente, aunque en menor escala, en muchos casos graves de neurosis, quizá en todos. Es incluso posible que precisamente este factor, esto es, la conducta del ideal del *yo*, sea el que determine la mayor o menor gravedad de una enfermedad neurótica. Consignaremos, pues, algunas observaciones más sobre la manifestación del sentimiento de la culpa en diversas circunstancias.

El sentimiento normal consciente de culpabilidad (conciencia moral) no opone a la interpretación dificultad ninguna. Reposa en la tensión entre el *yo* y el ideal del yo y es la expresión de una condena del *yo* por su instancia crítica. Los conocidos sentimientos de inferioridad de los neuróticos dependen también quizá de esta misma causa. En dos afecciones que nos son ya familiares es intensamente consciente el sentimiento de culpabilidad. El ideal del *yo* muestra entonces una particular severidad y hace al *yo* objeto de sus iras, a veces extraordinariamente crueles. Al lado de esta coincidencia surgen entre la neurosis obsesiva y la melancolía diferencias no menos significativas por lo que respecta a la conducta del ideal del *yo*.

En ciertas formas de la neurosis obsesiva es extraordinariamente intenso el sentimiento de culpabilidad, sin que por parte del *yo* exista nada que justifique tal sentimiento. El *yo* del enfermo se rebela entonces contra la supuesta culpabilidad y pide auxilio al médico para rechazar dicho sentimiento. Pero sería tan equivocado como ineficaz prestarle la ayuda que demanda, pues el análisis nos revela luego que el *super-yo* es influido por procesos que permanecen ocultos al *yo*. Descubrimos, en efecto, los impulsos reprimidos que constituyen la base del sentimiento de culpabilidad. El *super-yo* ha sabido aquí del *Ello* inconsciente algo más que el *yo*.

En la melancolía experimentamos aún con más intensidad la impresión de que el *super-yo* ha atraído así la conciencia. Pero aquí no se atreve el *yo* a

iniciar protesta alguna. Se reconoce culpable y se somete al castigo. Esta diferencia resulta fácilmente comprensible. En la neurosis obsesiva se trataba de impulsos repulsivos que permanecían exteriores al *yo*. En cambio, la melancolía nos muestra que el objeto sobre el cual recaen las iras del *super-yo* ha sido acogido en el *yo*.

Es, desde luego, singular que en estas dos afecciones neuróticas alcance el sentimiento de culpabilidad tan extraordinaria energía, pero el problema principal aquí planteado es otro distinto. Creemos conveniente aplazar su discusión hasta haber examinado otros casos en los que el sentimiento de la culpa permanece inconsciente.

Así sucede, sobre todo, en la histeria y en los estados de tipo histérico. El mecanismo de la inconsciencia es aquí fácil de adivinar. El *yo* histérico se defiende contra la percepción penosa que le amenaza por parte de la crítica de su *super-yo*, en la misma forma que emplea acostumbradamente para defenderse contra una carga de objeto transportable, o sea por medio de la represión. Depende, pues, del *yo* el que el sentimiento de culpabilidad permanezca inconsciente. Sabemos que, en general, lleva el *yo* a cabo las represiones en provecho y al servicio del *super-yo*; pero en el caso presente lo que hace es servirse de esta misma arma contra su riguroso señor. En la neurosis obsesiva predominan los fenómenos de la formación de reacciones. En la histeria no consigue el *yo* sino mantener a distancia el material al cual se refiere el sentimiento de culpabilidad.

Podemos ir aún más allá y arriesgar la presunción de que gran parte del sentimiento de culpabilidad tiene que ser, normalmente, inconsciente, por hallarse la génesis de la conciencia moral íntimamente ligada al complejo de Edipo, integrado en lo inconsciente. Si alguien sostuviera la paradoja de que el hombre normal no es tan sólo mucho más inmoral de lo que cree, sino también mucho más moral de lo que supone el psicoanálisis, en cuyos descubrimientos se basa la primera parte de tal afirmación, no tendría tampoco nada que objetar contra su segunda mitad[2138].

Mucho nos ha sorprendido hallar que el incremento de este sentimiento inconsciente de culpabilidad puede hacer del individuo un criminal. Pero se trata de un hecho indudable. En muchos criminales, sobre todo en los jóvenes, hemos descubierto un intenso sentimiento de culpabilidad, que

existía ya antes de la comisión del delito, y no era, por tanto, una consecuencia del mismo, sino su motivo, como si para el sujeto hubiera constituido un alivio poder enlazar dicho sentimiento inconsciente de culpabilidad con algo real y actual.

En todas estas circunstancias demuestra el *super-yo* su independencia del *yo* consciente y sus íntimas relaciones con el *Ello* inconsciente. Por lo que respecta a la significación que hemos adscrito a los restos verbales preconscientes integrados en el *yo*, surge ahora la interrogación de si el *super-yo* no se hallará quizá constituido, cuando es inconsciente, por tales representaciones verbales, y en caso negativo, cuáles serán los elementos que lo integran. Nuestra respuesta será que tampoco el *super-yo* puede negar su origen de impresiones auditivas. Es una parte del *yo*, y dichas representaciones verbales (conceptos, abstracciones) llegan a él antes que a la conciencia; pero la energía de carga no es aportada a estos contenidos del *super-yo* por la percepción auditiva —la enseñanza o la lectura—, sino que afluye a ellos desde fuentes situadas en el *Ello*.

Dejamos antes sin resolver la cuestión de cómo puede el *super-yo* manifestarse esencialmente en forma de sentimiento de culpabilidad (o, mejor dicho, de crítica, pues el sentimiento de culpabilidad es la percepción correspondiente a esta crítica en el *yo*) y desarrollar como tal tan extraordinario vigor contra el *yo*. Volviéndonos primeramente a la melancolía, encontramos que el *super-yo*, extremadamente enérgico, y que ha atraído a sí la conciencia, se encarniza implacablemente contra el *yo*, como si se hubiera apoderado de todo el sadismo disponible en el individuo. Según nuestra concepción del sadismo, diremos que el componente destructor se ha instalado en el *super-yo* y vuelto contra el *yo*. En el *super-yo* reina entonces el instinto de muerte, que consigue, con frecuencia, llevar a la muerte al *yo*, cuando éste no se libra de su tirano refugiándose en la manía.

En determinadas formas de la neurosis obsesiva son igualmente penosos y atormentadores los reproches de la conciencia moral, pero la situación resulta mucho menos transparente. Inversamente al melancólico, el neurótico obsesivo no busca jamás la muerte, parece inmunizado contra el suicidio y mejor protegido que el histérico de este peligro. La conservación del objeto garantiza la seguridad del *yo*. En la neurosis obsesiva, una regresión a la

organización pregenital permite que los impulsos eróticos se transformen en impulsos agresivos contra el objeto. El instinto de destrucción se ha liberado nuevamente y quiere destruir el objeto o, por lo menos, aparentar abrigar tal intención. Estas tendencias no son acogidas por el *yo*, que se defiende contra ellas por medio de formaciones reactivas y medidas de precaución, forzándolas a permanecer en el *Ello*. El *super-yo* se conduce, en cambio, como si el *yo* fuera responsable de ellas, y por la severidad con la que persigue tales propósitos destructores nos demuestra, al mismo tiempo, que no se trata de una apariencia provocada por la represión, sino de una verdadera sustitución del amor por el odio. Falto de todo medio de defensa en ambos sentidos, se rebela inútilmente el *yo* contra las exigencias del *Ello* asesino y contra los reproches de la conciencia moral punitiva. Sólo consigue estorbar los actos extremos de sus dos atacantes, y el resultado es, al principio, un infinito «auto-tormento», y más tarde, un sistemático martirio de objeto cuando éste es accesible.

Los peligrosos instintos de muerte son tratados en el individuo de muy diversos modos. Parte de ellos queda neutralizada por su mezcla con componentes eróticos; otra parte es derivada hacia el exterior, como agresión, y una tercera, la más importante, continúa libremente su labor interior. ¿Cómo sucede, pues, que en la melancolía se convierta el *super-yo* en una especie de punto de reunión de los instintos de muerte?

Situándose en el punto de vista de la restricción de los instintos, o sea de la moralidad, podemos decir lo siguiente: el *Ello* es totalmente amoral; el va se esfuerza en ser moral, y el *super-yo* puede ser «hipermoral» y hacerse entonces tan cruel como el *Ello*. Es singular que cuanto más se limita el hombre su agresión hacia el exterior, más severo y agresivo se hace en su ideal del *yo*, como por un desplazamiento y un retorno de la agresión hacia el *yo*. La moral general y normal tiene ya un carácter severamente restrictivo y cruelmente prohibitivo, del cual procede la concepción de un ser superior que castiga implacablemente.

No nos es posible continuar la explicación de estas circunstancias sin introducir una nueva hipótesis. El *super-yo* ha nacido de una identificación con el modelo paterno. Cada una de tales identificaciones tiene el carácter de una desexualización e incluso de una sublimación. Ahora bien; parece que tal

transformación trae consigo siempre una disociación de instintos. El componente erótico queda despojado, una vez realizada la sublimación, de la energía necesaria para encadenar toda la destrucción agregada, y ésta se libera en calidad de tendencia a la agresión y a la destrucción. De esta disociación extraería el ideal el *deber* imperativo, riguroso y cruel.

En la neurosis obsesiva se nos presenta una distinta situación. La disociación productora de la agresión no sería consecuencia de una función del *yo*, sino de una regresión desarrollada en el *Ello*. Pero este proceso se habría extendido desde el *Ello* al *super-yo*, que intensificaría entonces su severidad contra el *yo* inocente. En ambos casos sufriría el *yo*, que ha sojuzgado a la libido por medio de la identificación, el castigo que por tal acción le impone el *super-yo*, utilizando la agresión mezclada a la libido.

Nuestra representación del *yo* comienza aquí a aclararse, precisándose sus diversas relaciones. Vemos ahora al *yo* con todas sus energías y debilidades. Se halla encargado de importantes funciones; por su relación con el sistema de la percepción establece el orden temporal de los procesos psíquicos y los somete al examen de la realidad. Mediante la interpolación de los procesos mentales consigue un aplazamiento de las descargas motoras y domina los accesos a la motilidad. Este dominio es, de todos modos, más formal que efectivo. Por lo que respecta a la acción, se halla el *yo* en una situación semejante a la de un monarca constitucional, sin cuya sanción no puede legislarse nada, pero que reflexionará mucho antes de oponer su veto a una propuesta del Parlamento. El *yo* se enriquece con la experiencia del mundo exterior propiamente dicho y tiene en el *Ello* otra especie de mundo exterior al que intenta dominar. Sustrae libido de él y transforma sus cargas de objeto en estructuras yoicas. Con ayuda del *su per-yo* extrae del *Ello*, en una forma que aún nos es desconocida, la experiencia histórica en él acumulada.

El contenido del *Ello* puede pasar al *yo* por dos caminos distintos. Uno de ellos es directo, y el otro atraviesa el ideal del *yo*. La elección entre ambos resulta decisiva para muchas actividades anímicas. El *yo* progresa desde la percepción de los instintos hasta su dominio y desde la obediencia a los instintos hasta su coerción. En esta función participa ampliamente el ideal del *yo*, que es, en parte, una formación reactiva contra los procesos instintivos del *Ello*. El psicoanálisis es un instrumento que ha de facilitar al *yo* la progresiva

conquista del *Ello*.

Mas, por otra parte, se nos muestra el *yo* como una pobre cosa sometida a tres distintas servidumbres y amenazada por tres diversos peligros, emanados, respectivamente, del mundo exterior, de la libido del *yo* y del rigor del *super-yo*. Tres clases de angustia corresponden a estos tres peligros, pues la angustia es la manifestación de una retirada ante el peligro. En calidad de instancia fronteriza quiere el *yo* constituirse en mediador entre el mundo exterior y el *Ello*, intentando adaptar el *Ello* al mundo exterior y alcanzar en éste los deseos del *Ello* por medio de su actividad muscular. Se conduce así como el médico en una cura analítica, ofreciéndose al *Ello* como objeto de su libido, a la cual procura atraer sobre sí. Para el *Ello* no es sólo un auxiliar, sino un sumiso servidor que aspira a lograr el amor de su dueño. Siempre que le es posible procurar permanecer de acuerdo con el *Ello*, superpone sus racionalizaciones preconscientes a los mandatos inconscientes del mismo; simula una obediencia del *Ello* a las advertencias de la realidad, aun en aquellos casos en los que el *Ello* permanece inflexible, y disimula los conflictos del *Ello* con la realidad y con el *super-yo*. Pero su situación de mediador le hace sucumbir también, a veces, a la tentación de mostrarse oficioso, oportunista y falso, como el estadista que sacrifica sus principios al deseo de conquistarse la opinión pública.

El *yo* no se conduce imparcialmente con respecto a las dos clases de instintos. Mediante su labor de identificación y sublimación auxilia a los instintos de muerte del *Ello* en el sojuzgamiento de la libido, pero al obrar así se expone al peligro de ser tomado como objeto de tales instintos y sucumbir víctima de ellos. Ahora bien: para poder prestar tal auxilio ha tenido que colmarse de libido, constituyéndose así en representante del Eros, y aspira entonces a vivir y a ser amado.

Pero como su labor de sublimación tiene por consecuencia una disociación de los instintos y una liberación del instinto de agresión del *yo*, se expone en su combate contra la libido al peligro de ser maltratado e incluso a la muerte. Cuando el *yo* sufre la agresión del *super-yo* o sucumbe a ella, ofrece su destino grandes analogías con el de los protozoos que sucumben a los efectos de los productos de descomposición creados por ellos mismos. La moral que actúa en el *super-yo* se nos muestra, en sentido económico, como

uno de los tales productos de una descomposición. Entre las servidumbres del *yo*, la que le liga al *super-yo* es la más interesante.

El *yo* es la verdadera residencia de la angustia. Amenazado por tres distintos peligros, desarrolla el *yo* el reflejo de fuga, retirando su carga propia de la percepción amenazadora o del proceso desarrollado en el *Ello* considerado peligroso y emitiéndola en calidad de angustia. Esta reacción primitiva es sustituida luego por el establecimiento de cargas de protección (mecanismos de las fobias). Ignoramos qué es lo que el *yo* teme del mundo exterior y de la libido del *Ello*. Sólo sabemos que es el sojuzgamiento o la destrucción, pero no podemos precisarlo analíticamente. El *yo* sigue, simplemente, las advertencias del principio del placer. En cambio, sí podemos determinar qué es lo que se oculta detrás de la angustia del *yo* ante el *super-yo*, o sea ante la conciencia moral. Aquel ser superior que luego llegó a ser el ideal del *yo* amenazó un día al sujeto con la castración, y este miedo a la castración es probablemente el nódulo en torno del cual cristaliza luego el miedo a la conciencia moral.

El principio de que todo miedo o angustia es, en realidad, miedo a la muerte no me parece encerrar sentido alguno. A mi juicio, es mucho más acertado distinguir la angustia ante la muerte de la angustia real objetiva y de la angustia neurótica ante la libido. El miedo a la muerte plantea al psicoanalista un difícil problema, pues la muerte es un concepto abstracto de contenido negativo, para el cual no nos es posible encontrar nada correlativo en lo inconsciente. El mecanismo de la angustia ante la muerte no puede ser sino el de que el *yo* liberte un amplio caudal de su carga de libido narcisista; esto es, se abandone a sí mismo, como a cualquier otro objeto, en caso de angustia. La angustia ante la muerte se desarrolla, pues, a mi juicio, entre el *yo* y el *super-yo*.

Conocemos la génesis de la angustia ante la muerte en dos circunstancias distintas, análogas, por lo demás, a las de todo desarrollo de angustia; esto es, como reacción a un peligro exterior y como proceso interior; por ejemplo, en la melancolía. El caso neurótico nos llevará de nuevo a la inteligencia del caso real.

El miedo a la muerte que surge en la melancolía se explica únicamente suponiendo que el *yo* se abandona a sí mismo, porque, en lugar de ser amado

por el *super-yo*, se siente perseguido y odiado por él. Vivir equivale para el *yo* a ser amado por el *super-yo*, que aparece aquí también como representante del *Ello*. El *super-yo* ejerce la misma función protectora y salvadora que antes el padre y luego la Providencia o el Destino. Esta misma conclusión es deducida por el *yo* cuando se ve amenazado por un grave peligro, del que no cree poder salvarse con sus propios medios. Se ve abandonado por todos los poderes protectores y se deja morir. Trátase de la misma situación que constituyó la base del primer gran estado de angustia del nacimiento y de la angustia infantil; esto es, de aquella situación en la que el individuo queda separado de su madre y pierde su protección.

Basándonos en estas reflexiones podemos considerar la angustia ante la muerte y la angustia ante la conciencia moral como una elaboración de la angustia ante la castración. Dada la gran importancia del sentimiento de culpabilidad para las neurosis, hemos de suponer que la común angustia neurótica experimenta un incremento en los casos graves, por la génesis de angustia que tiene efecto entre el *yo* y el *super-yo* (angustia ante la castración, ante la conciencia moral y ante la muerte).

El *Ello* carece de medios de testimoniar al *yo* amor u odio. No puede expresar lo que quiere ni constituir una voluntad unitaria. En él combaten el Eros y el instinto de muerte. Ya hemos visto con qué medios se defienden uno de estos instintos contra los otros. Podemos así representarnos que el *Ello* se encuentra bajo el dominio del instinto de muerte, mudo, pero poderoso, y quiere obtener la paz acallando, conforme a las indicaciones del principio del placer, al Eros perturbador. Pero con esta hipótesis tememos estimar muy por bajo la misión del Eros.

CXXVI

ESQUEMA DEL PSICOANÁLISIS[2139]

1923 [1924]

I

EL psicoanálisis nació, por decirlo así, con el siglo XX. La obra con la cual apareció ante el mundo como algo nuevo, mi *Interpretación de los sueños*, vio la luz en 1900. Pero, naturalmente, no brotó de la roca ni cayó del cielo, sino que se enlaza a algo anterior, continuándolo, y surge de estímulos que somete a elaboración. Así, pues, su historia ha de comenzar por la descripción de las influencias que presidieron su génesis, y no debe pasar por alto tiempos y estados anteriores a su creación.

El psicoanálisis nació en un terreno estrictamente delimitado. Originalmente sólo conocía un fin: el de comprender algo de la naturaleza de las enfermedades nerviosas llamadas «funcionales», para vencer la impotencia médica de hasta entonces en cuanto a su tratamiento. Los neurólogos de aquella época habían sido formados en la sobreestimación de los hechos químico-físicos y patológico-anatómicos, y a lo último se hallaban bajo la influencia de los descubrimientos de Hitzig y Fritsch, Ferner, Goltz y otros, que parecían demostrar una íntima vinculación, quizá exclusiva de ciertas funciones a determinadas partes del cerebro. Con el factor psíquico no sabían qué hacerse: no podían aprehenderlo; lo abandonaban a los filósofos, a

los místicos y a los curanderos; y en consecuencia, no se abría acceso ninguno a los secretos de la neurosis, sobre todo a los de la enigmática «histeria», la cual constituía el prototipo de la especie toda. Todavía cuando en 1885 practicaba yo en La Salpêtrière pude ver que, en cuanto a las parálisis histéricas, se consideraba suficiente la fórmula de que dependían de ligeros trastornos funcionales de las mismas partes del cerebro, cuya grave lesión provocaba la parálisis orgánica correspondiente.

Bajo la falta de comprensión, padecía naturalmente también la terapia de estos estados patológicos. Consistía en medidas de carácter general, en la prescripción de medicamentos y en tentativas —inadecuadas en su mayoría— de influenciación psíquica, tales como intimidaciones, burlas y reprimendas. Como terapia específica de los estados nerviosos se aconsejaba la electricidad; pero el médico que se decidía a aplicarla, siguiendo los minuciosos preceptos de V. Erb., hallaba pronto ocasión de asombro ante el lugar que también en la ciencia pretensamente exacta ocupaba la fantasía. El viraje decisivo se inició cuando, entre el año 80 y el 90, demandaron de nuevo un acceso en la ciencia médica los fenómenos del hipnotismo, merced esta vez a los trabajos de Liébault, Bernheim, Heidenhain y Forel, y con mayor éxito que nunca hasta entonces. Lo importante fue el reconocimiento de la autenticidad de tales fenómenos. Una vez dado este paso, se imponía extraer del hipnotismo dos enseñanzas fundamentales e inolvidables. En primer lugar, se llegó a la convicción de que ciertas singulares alteraciones somáticas no eran sino el resultado de ciertas influencias psíquicas, activadas en el caso correspondiente. Y en segundo, la conducta de los pacientes después de la hipnosis producía la clara impresión de la existencia de procesos anímicos que sólo «inconscientes» podían ser. Lo «inconsciente» era ya, tiempo atrás, como concepto teórico, objeto de discusión entre los filósofos; pero en los fenómenos del hipnotismo se hizo por vez primera corpóreo, tangible y objeto de experimentación.

A ello se añadió que los fenómenos hipnóticos mostraban una innegable analogía con las manifestaciones de algunas neurosis.

Nunca se ponderará bastante la importancia del hipnotismo para la historia de la génesis del psicoanálisis. Tanto en sentido teórico como terapéutico, el psicoanálisis administra una herencia que el hipnotismo le

transmitió.

La hipnosis demostró ser también un valioso medio auxiliar para el estudio de las neurosis, y sobre todo, nuevamente, de la histeria. Causaron gran impresión los experimentos de Charcot, el cual había supuesto que ciertas parálisis surgidas después de un trauma (accidente) eran de naturaleza histérica, y fundándose en tal hipótesis, logró provocar artificialmente parálisis de idéntico carácter por medio de la sugestión de un trauma durante la hipnosis. Desde entonces se mantuvo la esperanza de que en la génesis de los síntomas histéricos podían participar generalmente influencias traumáticas. Charcot mismo no persiguió más allá la comprensión psicológica de la neurosis histérica; pero su discípulo P. Janet reanudó tales estudios, y pudo demostrar, con ayuda del hipnotismo, que las manifestaciones patológicas de la histeria dependían estrictamente de ciertas ideas inconscientes (ideas fijas). Janet caracterizó la histeria por una supuesta incapacidad constitucional de mantener en conexión los procesos psíquicos, de la cual resultaba una disociación de la vida anímica.

Pero el psicoanálisis no se enlazó en modo alguno a estas investigaciones de Janet. Tuvo su punto de partida en la experiencia de un médico vienés, el doctor José Breuer, que, libre de toda influencia ajena, logró, alrededor de 1881, estudiar y restablecer, con ayuda del hipnotismo, a una muchacha enferma de histeria. Los resultados obtenidos por Breuer no fueron dados a la publicidad sino quince años más tarde, después de haber admitido como colaborador al que esto escribe. El caso por él tratado ha conservado hasta el día su significación única para nuestra comprensión de las neurosis, siendo así inevitable su exposición detallada. Es necesario aprehender claramente en qué hubo de consistir la singularidad del mismo. La sujeto había enfermado a consecuencia de los desvelos impuestos por la asistencia a su padre, al que amaba tiernamente, durante una larga y penosa dolencia. Breuer pudo demostrar que todos los síntomas de la muchacha se referían a dicha asistencia y hallaban en ella su explicación. Se había logrado, pues, por vez primera, hacer plenamente transparente un caso de tan enigmática neurosis, y todos los fenómenos patológicos habían demostrado poseer un sentido. Era, además, un carácter general de los síntomas el de haber nacido en situaciones que integraban un impulso a una acción, la cual no había sido, sin embargo,

llevada a cabo, sino omitida por motivos de otro origen. En lugar de estas acciones omitidas habían surgido los síntomas. Tales circunstancias indicaban como etiología de los síntomas histéricos la efectividad y el dinamismo de las fuerzas psíquicas, y estos dos puntos de vista siguen hasta hoy en pie.

Breuer equiparó los motivos de la génesis de los síntomas a los traumas de Charcot. Ahora bien: se daba el caso singular de que tales motivos traumáticos y todos los impulsos anímicos a ellos enlazados quedaban perdidos para la memoria del paciente, como si jamás hubiesen sucedido, mientras que sus efectos, o sea los síntomas, perduraban inmodificables, como si para ellos no existiese el desgaste por el tiempo. Quedaba así descubierta una prueba más de la existencia de procesos anímicos inconscientes, pero por ello mismo singularmente poderosos, tales como los primeramente observados en las sugestiones poshipnóticas. La terapia empleada por Breuer consistía en llevar al paciente, por medio del hipnotismo, a recordar los traumas olvidados y reaccionar a ellos con intensas manifestaciones de afecto. Conseguido así, desaparecía el síntoma nacido en lugar de una tal manifestación afectiva. Así, pues, el mismo procedimiento servía simultáneamente para la investigación y la supresión de la enfermedad, y también esta unión inhabitual ha sido mantenida luego por el psicoanálisis.

Una vez que el autor de estas líneas hubo confirmado, en los primeros años de la última década del siglo XIX, la exactitud de los resultados de Breuer, ambos, Breuer y él, decidieron dar a la estampa una publicación que integrase sus experiencias y la tentativa de una teoría en ellas fundada (*Estudios sobre la histeria*, 1895)[2140]. Esta teoría afirmaba que el síntoma histérico nacía cuando el afecto de un proceso anímico intensamente afectivo era desviado de la elaboración consciente normal y encaminado así por una ruta indebida. En el caso de la histeria, dicho afecto se resolvía en inervaciones somáticas inhabituales (conversión), pero podía ser dirigido en otro sentido y descargado por medio de la reviviscencia del suceso correspondiente durante la hipnosis (derivación por reacción). A este procedimiento le dimos el nombre de *catarsis* (limpieza, liberación del afecto represado).

El método catártico es el antecedente inmediato del psicoanálisis, y a

pesar de todas las ampliaciones de la experiencia y de todas las modificaciones de la teoría, continúa hallándose contenido en ella como nódulo central. Pero no era más que un nuevo camino para la influenciación médica de ciertas enfermedades nerviosas, y nada hacía sospechar que pudiera llegar a ser objeto del interés general y de violenta oposición.

II

POCO después de la publicación de los *Estudios sobre la histeria,* terminó mi colaboración con Breuer. Breuer, cuya orientación profesional era propiamente la Medicina general, dejó el tratamiento de enfermos nerviosos, dedicándome yo entonces a perfeccionar el instrumento que mi colega me abandonaba. Las innovaciones técnicas por mí introducidas y mis descubrimientos hicieron del procedimiento catártico el psicoanálisis. El paso más decisivo fue la renuncia al hipnotismo como medio auxiliar. Dos fueron los motivos que a ella me llevaron. En primer lugar, porque no obstante haber asistido durante un curso completo a la clínica de Bernheim, en Nancy, eran muchos los pacientes a los que no conseguía hipnotizar. Y en segundo, porque los resultados terapéuticos de la catarsis, basada en el hipnotismo, no acababan de satisfacerme. Tales resultados eran, desde luego, patentes y aparecían al poco tiempo de iniciar el tratamiento, pero demostraron también ser poco duraderos y demasiado dependientes de la relación personal del médico con el paciente. La supresión de la hipnosis significó una ruptura con la evolución del procedimiento hasta entonces y un nuevo comienzo.

Ahora bien: el hipnotismo había servido para llevar a la memoria consciente del sujeto los datos por él olvidados. Tenía, pues, que ser sustituido por otra técnica. En esta necesidad comencé a poner en práctica el método de la *asociación libre,* consistente en comprometer al sujeto a prescindir de toda reflexión consciente y abandonarse, en un estado de serena concentración, al curso de sus ocurrencias espontáneas (involuntarias). Tales ocurrencias las debía comunicar al médico, aun cuando en su fuero interno

surgieran objeciones de peso contra tal comunicación; por ejemplo, las de tratarse de algo desagradable, desapartado, nimio o impertinente. La elección de la asociación libre como medio auxiliar para la investigación de lo consciente olvidado parece tan extraña, que no estará de más justificarla expresamente. En tal elección hubo de guiarme la esperanza de que la llamada asociación libre no tuviera, en realidad, nada de libre, por cuanto una vez sojuzgados todos los propósitos mentales, habría de surgir una determinación de las ocurrencias por el material inconsciente. Tal esperanza ha sido justificada por los hechos. Persiguiendo así la asociación libre dentro de la observación de la «regla analítica fundamental» antes expuesta, se obtenía un rico material de ocurrencias que podía ponernos sobre la pista de lo olvidado por el enfermo. Dicho material no aportaba los elementos olvidados mismos, pero sí tan claras y abundantes alusiones a ellos, que el médico podía ya adivinarlos (reconstruirlos) con el auxilio de ciertos complementos y determinadas interpretaciones. Así, pues, la libre asociación y el arte interpretativo lograban el mismo resultado que antes el hipnotismo.

En apariencia nuestra labor quedaba así extraordinariamente dificultada y complicada; pero, en cambio, lográbamos una ventaja inestimable: la de un atisbo en un dinamismo que el estado de hipnosis encubría antes al observador. Descubríamos, en efecto, que la labor de patentizar los elementos patógenos olvidados tenía que pugnar contra una resistencia constante y muy intensa. Ya las objeciones críticas son las que el paciente había querido excluir de la comunicación las ocurrencias en él emergentes, y contra las cuales objeciones se dirigía la regla psicoanalítica fundamental, eran manifestaciones de tal resistencia. Del estudio de los fenómenos de la resistencia resultó uno de los pilares maestros de la teoría psicoanalítica de la neurosis: la teoría de la *represión*. No era difícil suponer que las mismas fuerzas que ahora se oponían a que el material patógeno se hiciera consciente habían exteriorizado en su día, con pleno éxito, igual tendencia. De este modo quedaba ya cegada una laguna de la etiología de los síntomas neuróticos. Las impresiones y los impulsos anímicos, de los que ahora eran sustitución los síntomas, no habían sido olvidados sin fundamento alguno o, según la tesis de Janet, a consecuencia de una incapacidad constitucional para la síntesis, sino que habían sufrido, por la influencia de otras fuerzas

anímicas, una represión, cuyo resultado y cuya señal eran precisamente su apartamiento de la conciencia y su exclusión de la memoria. Sólo a consecuencia de esta represión se habían hecho patógenos; esto es, se había creado, por caminos inhabituales, una expresión como síntoma.

Como motivo de la represión, y con ello como causa de toda enfermedad neurótica, habíamos de considerar el conflicto entre dos grupos de tendencias anímicas. Y entonces la experiencia nos enseñó algo tan nuevo como sorprendente sobre la naturaleza de las fuerzas en pugna. La represión partía, regularmente, de la personalidad consciente (el *yo*) del enfermo y dependía de motivos éticos y estéticos; a la represión sucumbían impulsos de egoísmo y crueldad, que, en general, podemos considerar malos; pero, sobre todo, impulsos optativos sexuales, muchas veces de naturaleza repulsiva e ilícita. Así, pues, los síntomas patológicos eran un sustitutivo de satisfacciones prohibidas, y la enfermedad parecía corresponder a una doma incompleta de lo inmoral que el hombre integra.

El progreso de nuestros conocimientos nos reveló cada vez más claramente qué magno papel desempeñan en la vida anímica los impulsos optativos sexuales y nos procuró ocasión de estudiar penetrantemente la naturaleza y la evolución del instinto sexual (*Tres ensayos para una teoría sexual*, 1905)[2141]. Pero llegamos también a otro distinto resultado, puramente empírico, al descubrir que las vivencias y los conflictos de los primeros años infantiles desempeñan un papel insospechadamente importante en la evolución del individuo y dejan tras de sí disposiciones imborrables para la edad adulta. De este modo llegamos a descubrir algo que hasta entonces había sido totalmente inadvertido por la ciencia, la *sexualidad infantil*, la cual se manifiesta, desde la más tierna edad, tanto en reacciones somáticas como en actitudes anímicas. Para armonizar esta sexualidad infantil con la llamada normal del adulto y con la vida sexual anormal de los perversos, hubo necesidad de hacer experimentar al concepto mismo de lo sexual una ampliación que pudo ser justificada por la historia de la evolución del instinto sexual.

A partir de la sustitución del hipnotismo por la técnica de la asociación libre, el procedimiento catártico de Breuer quedó transformado en el psicoanálisis, el cual fui yo sólo en practicar y desarrollar durante más de un

decenio. El psicoanálisis fue adueñándose paulatinamente, en este intervalo, de una teoría que parecía procurar información suficiente sobre la génesis, el sentido y la intención de los síntomas neuróticos y un fundamento racional para el esfuerzo médico encaminado a la supresión de la enfermedad. Reuniré de nuevo los factores que constituyen el contenido de tal teoría. Tales factores son la acentuación de la vida instintiva (afectividad), del dinamismo anímico y de la plenitud de sentido y determinación incluso de los fenómenos psíquicos aparentemente más oscuros y arbitrarios, la doctrina del conflicto psíquico y de la naturaleza patógena de la represión, la concepción de los síntomas patológicos como satisfacciones sustitutivas y el descubrimiento de la significación etiológica de la vida sexual, y muy especialmente de los brotes infantiles de la misma. En sentido filosófico, esta teoría tuvo que adoptar el punto de vista de que lo psíquico no coincide con lo consciente, y que los procesos psíquicos son, en sí, inconscientes y sólo por la función de ciertos órganos (instancias, sistemas) son hechos conscientes. Como complemento de esta enumeración, añadiré que entre las actitudes afectivas de la infancia resaltaba la complicada relación afectiva del sujeto infantil con sus padres, el llamado *complejo de Edipo*, en el cual se descubría, cada vez más patentemente, el nódulo de todo caso de neurosis, y que en la conducta del analizado con respecto al médico se singularizaban ciertos fenómenos de *transferencia afectiva*, que adquirieron tanta importancia para la teoría como para la técnica.

La teoría psicoanalítica de las neurosis contenía ya en esta estructura muchos elementos opuestos a opiniones e inclinaciones dominantes y que hubieron de despertar, en los sectores lejanos al nuestro, extrañeza, disgusto e incredulidad. Tales fueron nuestra actitud ante el problema de lo inconsciente, el reconocimiento de la sexualidad infantil y la acentuación del factor sexual en la vida anímica en general; pero aún habrían de añadirse a ellos otros más.

III

PARA medio comprender cómo, en una muchacha histérica, un deseo sexual prohibido podía transformarse en un síntoma doloroso, habíamos tenido que construir penetrantes y complicadas hipótesis sobre la estructura y la función del aparato anímico. Lo cual constituía una franca contradicción entre el esfuerzo y el resultado. Si las circunstancias afirmadas por el psicoanálisis existían realmente, habían de ser de naturaleza fundamental y tenían que poder manifestarse también en fenómenos distintos de los histéricos. Pero si así sucedía en efecto, el psicoanálisis cesaba ya de interesar exclusivamente a los neurólogos y podía aspirar a la atención de todos aquéllos para quienes supusiera algo la investigación psicológica. Sus resultados no atañían ya tan sólo al sector de la vida anímica patológica, sino también al de la función normal, para cuya comprensión habían de ser imprescindibles.

La prueba de su utilidad para la explicación de la actividad psíquica no patológica la consiguió muy pronto el psicoanálisis con su aplicación a dos órdenes de fenómenos; a los frecuentísimos y cotidianos *actos fallidos*, tales como los olvidos y las equivocaciones orales y escritas, etc., y a los *sueños* de los hombres sanos y psíquicamente normales. Los pequeños actos fallidos, como el olvido temporal de nombres propios archiconocidos por el sujeto, las equivocaciones orales y escritas y otros análogos, no habían sido objeto hasta entonces de explicación ninguna o eran simplemente atribuidos a estados de fatiga o desviación de la atención. En nuestra *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901-1904)[2142] demostramos nosotros, con múltiples ejemplos, que tales sucesos tenían un sentido y nacían a consecuencia de la perturbación de una intención consciente por otra, retenida y a veces directamente inconsciente. Casi siempre basta una rápida reflexión o un breve análisis para descubrir la influencia perturbadora. Dada la frecuencia de estos actos fallidos, tales como las equivocaciones orales, cualquiera puede extraer de sí propio la convicción de la existencia de procesos anímicos que, no siendo conscientes, son, sin embargo, eficaces y se procuran una exteriorización por lo menos como inhibiciones y modificaciones de otros actos intencionales.

Más allá nos condujo aún el análisis de los sueños, cuyos resultados publicamos en nuestra *Interpretación de los sueños*, aparecida en 1900[2143].

De este análisis resultaba que el sueño compartía la estructura de los síntomas neuróticos. Puede aparecer, como éstos, extraño y falto de sentido; pero si la investigamos con auxilio de una cierta técnica, muy semejante a la de la asociación libre usada en psicoanálisis, llegamos, desde su *contenido manifiesto*, a un sentido secreto del sueño, o sea a las *ideas latentes* del mismo. Este sentido latente es siempre un impulso optativo, que es representado como cumplido en el presente. Pero, salvo en los niños pequeños o bajo la presión de necesidades somáticas imperativas, este deseo secreto no puede ser jamás expresado en forma reconocible. Tiene que someterse antes a una *deformación*, que es obra de fuerzas restrictivas y censoras dadas en el *yo* del sujeto. De este modo nace el sueño manifiesto, tal como es recordado al despertar, deformado, hasta resultar irreconocible, por las concesiones a la censura onírica; pero que el análisis puede desenmascarar y revelar como expresión de una satisfacción o del cumplimiento de un deseo, como una transacción entre dos grupos de tendencias anímicas en pugna, idénticamente a como descubrimos que sucedía en el síntoma histérico. La fórmula según la cual el sueño es una satisfacción (disfrazada) de un deseo (reprimido), es la que mejor y más profundamente define la esencia del sueño. El estudio de aquel proceso que transforma el deseo onírico latente en el contenido manifiesto del sueño (la elaboración onírica) nos ha procurado lo mejor que sobre la vida anímica inconsciente sabemos.

Ahora bien: el sueño no es un síntoma patológico, sino una función de la vida psíquica normal. Los deseos cuyo cumplimiento presenta son los mismos que en la neurosis sucumben a la represión. El sueño debe la posibilidad de su génesis simplemente a la circunstancia favorable de que durante el estado de reposo, que paraliza la motilidad del hombre, la represión se debilita, convirtiéndose en la censura onírica. Pero cuando la formación del sueño traspasa ciertas fronteras, el sujeto le pone fin y despierta sobresaltado. Se demuestra, pues, que en la vida psíquica normal existen las mismas fuerzas, y las mismas relaciones entre ellas, que en la patológica. A partir de la interpretación de los sueños, reunió el psicoanálisis una doble significación: no era ya sólo una nueva terapia de las neurosis, sino también una nueva psicología; aspiraba a ser tenida en cuenta, no sólo por los neurólogos, sino por todos los hombres consagrados a las ciencias del

espíritu.

Pero la acogida que encontró en el mundo científico no fue nada amistosa. Durante cerca de diez años, nadie se ocupó de mis trabajos. Hacia 1907, un grupo de psiquiatras suizos (Bleuler y Jung, de Zurich) orientó la atención hacia el psicoanálisis y, en el acto, estalló, en Alemania sobre todo, una tempestad de indignación que, por cierto, no seleccionó en modo alguno sus medios y argumentos. El psicoanálisis compartió así el destino de tantas otras novedades, que luego, al cabo de cierto tiempo, han encontrado aceptación general. De todos modos, correspondía a su esencia despertar contradicción intensísima. Hería los prejuicios de la humanidad civilizada en varios puntos, particularmente sensibles: sometía en ciertos modos a todos los hombres a la reacción analítica, descubriendo lo que un convenio general había reprimido y rechazado a lo inconsciente, y obligaba así a nuestros contemporáneos a conducirse como enfermos, los cuales manifiestan especialmente, en el curso del tratamiento analítico, todas sus resistencias. Pero también es fuerza reconocer que no era fácil adquirir la convicción de la exactitud de las doctrinas analíticas sin ser iniciado en el ejercicio del análisis.

Sin embargo, la hostilidad general no pudo impedir que, en el curso de los diez años siguientes, el psicoanálisis se extendiera sin tregua en dos sentidos: sobre el mapa, siendo cada vez más las naciones en las que emergía el interés por el psicoanálisis, y en el terreno de las ciencias del espíritu, hallando aplicación a nuestras disciplinas. En 1909, G. Stanley Hall, director de la Clark University de Worcester, Massachusetts (Estados Unidos), nos invitó a Jung y a mí a dar en dicho centro una serie de conferencias sobre psicoanálisis, las cuales fueron amablemente acogidas. Desde entonces el psicoanálisis se ha hecho popular en Norteamérica, aunque precisamente en tal país se encubra con su nombre algún abuso. Ya en 1911 pudo comprobar Havelock Ellis que el psicoanálisis era practicado no sólo en Austria y Suiza, sino también en los Estados Unidos, Inglaterra, India, Canadá y Australia.

En este período de lucha y primera floración nacieron también los órganos literarios consagrados exclusivamente al psicoanálisis. Tales fueron el *Jarhbuch für Psychoanalytische und Psychopathdogische Forschungen*, editado por Bleuler y por mí y dirigido por Jung (1909-1914), que cesó de

publicarse al estallar la guerra; la *Zentralblatt für Psychoandyse* (1911), redactada por Adler y Stekel, que se convirtió luego en la *Internationde Zeitscrift für Psychoandyse* (1913), y cuya publicación continúa regularmente alcanzando a diez volúmenes; y la revista *Imago*, fundada en 1912 por Rank y Sachs y dedicada a la aplicación del psicoanálisis a las ciencias del espíritu. El interés de los médicos angloamericanos se manifestó en 1913 con la fundación, por White y Jelliffe de la *Psychoandytic Review*, subsistente aún. Más tarde, en 1920, nació el *Internationd Journal of Psychoanalysis*, redactado por E. Jones y dedicado especialmente a Inglaterra. La editorial 'Internationaler Psychoanalytischer Verlag' y su rama inglesa (la International Psychoanalitical Press) lanza una serie continua de publicaciones bajo el nombre de la Internationale Psychoanatische Bibliothek. Naturalmente, la literatura psicoanalítica no ha de buscarse exclusivamente en estas publicaciones periódicas, sostenidas en su mayoría por sociedades psicoanalíticas, sino también en una multitud de lugares dispersos y tanto en producciones científicas como literarias. Entre las revistas de lengua románica que dedican especial atención al psicoanálisis, debemos mencionar la *Revista de Psiquiatría*, dirigida por H. Delgado, de Lima (Perú).

La diferencia esencial entre esta década del psicoanálisis y la anterior consistió en no ser ya yo su único representante. En torno mío iba formándose un círculo de discípulos y adeptos, cada vez más nutrido, cuya labor se dedicó primero a la difusión de las teorías psicoanalíticas y las continuó, completó y profundizó luego. Varios de estos adeptos se separaron después de nosotros, como era inevitable, en el transcurso de los años, tomando caminos propios o pasándose a una oposición que parecía amenazar la continuidad de la evolución del psicoanálisis. Entre 1911 y 1913 fueron C. G. Jung, en Zurich, y Adler, en Viena, los que, con sus tentativas de interpretación particular de los hechos analíticos y sus tendencias a la desviación de los puntos de vista del análisis, provocaron cierta conmoción; pero no tardó en demostrarse que tales secesiones no habían causado daños duraderos. Su éxito pasajero se explicaba fácilmente por la disposición de la masa a dejarse libertar del peso de las exigencias psicoanalíticas, cualquiera que fuese el camino que para ello se le ofreciera. La mayoría de mis

colaboradores se mantuvo firme y prosiguió la labor siguiendo las líneas directivas marcadas. En la siguiente exposición, muy abreviada, de los resultados del psicoanálisis en los diversos sectores de su aplicación encontraremos repetidamente sus nombres.

IV

LA ruidosa repulsa que el psicoanálisis sufrió por parte del mundo médico no ha sido bastante para impedir a sus adeptos desarrollarla, ante todo, conforme a su propósito inicial, en una *patología* especial y una especial *terapia de las neurosis*, labor aún no totalmente acabada hoy. Los innegables éxitos terapéuticos, que rebasaban considerablemente lo hasta entonces logrado, estimulaban a nuevos esfuerzos, y las dificultades que surgían al penetrar más profundamente en la materia motivaron hondas modificaciones de la técnica analítica e importantes modificaciones de las hipótesis de la teoría.

En el curso de esta evolución, la técnica del psicoanálisis se ha hecho tan determinada y tan ardua como la de cualquier otra especialidad médica. Por desconocimiento de este hecho se peca gravemente en Inglaterra y Norteamérica, sobre todo por cuanto personas que han adquirido por medio de la lectura un mero conocimiento literario del psicoanálisis se creen ya capacitadas para emprender tratamientos analíticos sin someterse antes a una iniciación práctica suficiente. Los resultados de una tal conducta son nefastos, tanto para la ciencia como para los pacientes, y han contribuido mucho al descrédito del psicoanálisis. La fundación de la primera policlínica psicoanalítica (por el doctor M. Eitingon, de Berlín, en 1920) ha constituido así un paso de alta importancia práctica. Esta institución se esfuerza, por un lado, en hacer accesible la terapia analítica a sectores más amplios, y por otro, se encarga de iniciar a los médicos en la práctica del análisis mediante un curso preparatorio, que integra la condición de que el candidato se someta por sí mismo a un psicoanálisis.

Entre los conceptos auxiliares que hacen posible al médico el dominio del

material analítico, hemos de mencionar en primer término el de la «libido». Libido significa en el psicoanálisis, primeramente, la energía (concebida como cuantitativamente variable y mensurable) de los instintos sexuales orientados hacia el objeto (en el sentido ampliado por la teoría analítica). Del estudio subsiguiente resultó la necesidad de yuxtaponer a esta «*libido del objeto*» una «*libido narcisista* o *libido del yo*», y los efectos recíprocos de estas dos fuerzas han permitido explicar multitud de procesos de la vida psíquica tanto normales como patológicos. No tardó en establecer la diferenciación general entre las llamadas «*neurosis de transferencia*» y las afecciones narcisistas, siendo las primeras (histeria y neurosis obsesiva) los objetos propiamente dichos de la terapia psicoanalítica, mientras que las otras, las neurosis narcisistas, aunque permiten la investigación con ayuda del análisis, oponen dificultades fundamentales a una influenciación terapéutica. Es cierto que la teoría psicoanalítica de la libido no está aún acabada ni aclarada aún su relación con una teoría general de los instintos —el psicoanálisis es una ciencia muy joven, incompleta, en vías de rápida evolución—, pero sí podemos acentuar ya, desde luego, cuán erróneo es el reproche del pansexualismo que tan frecuentemente le es opuesto. Tal reproche pretende que la teoría psicoanalítica no conoce energías instintivas psíquicas distintas de las sexuales, y utiliza así, en su beneficio, prejuicios comunes, empleando el término «sexual» no en su sentido analítico, sino en un sentido vulgar.

La concepción psicoanalítica tuvo que contar entre las afecciones narcisistas también aquellas dolencias que la Psiquiatría llama «psicosis funcionales». No cabía duda de que las neurosis y las psicosis no estaban separadas por límites precisos, como tampoco la salud y la neurosis, y era inmediato aplicar a la explicación de los tan enigmáticos fenómenos psicóticos los conocimientos adquiridos en el estudio de las neurosis, igualmente impenetrables hasta entonces. Ya en mi período de aislamiento había yo conseguido hacer comprensible, por medio de la investigación psicoanalítica, un caso de paranoia, y demostrar en dicha inequívoca psicosis los mismos contenidos (complejos) que en las neurosis simples y un dinamismo análogo. E. Bleuler ha perseguido en un gran número de psicosis los indicios de aquello que califica de «mecanismos freudianos», y C. G.

Jung conquistó, de una vez, gran consideración como analítico, cuando, en 1907, explicó los enigmáticos síntomas emergentes de los desenlaces de la *demencia praecox* por la historia individual de tales enfermos. El amplio estudio de la esquizofrenia, que Bleuler lleva a cabo (1911), ha mostrado, de un modo probablemente definitivo, la exactitud de los puntos de vista psicoanalíticos para la concepción de estas psicosis.

De este modo ha sido y sigue siendo la Psiquiatría el primer sector de aplicación del psicoanálisis. Los mismos investigadores que más han laborado para profundizar el conocimiento analítico de las neurosis —K. Abraham, de Berlín, y S. Ferenczi, de Budapest, para no citar sino los más sobresalientes— han sido también los que más han contribuido a la aclaración analítica de las psicosis. La convicción de la unidad y homogeneidad de todas las perturbaciones que se nos muestran como fenómenos neuróticos y psicóticos va imponiéndose cada vez más, a pesar de la resistencia de los psiquiatras. Se empieza a comprender —en América, mejor quizá que en ningún otro lado— que sólo el estudio psicoanalítico de las neurosis puede procurar la preparación necesaria para una comprensión de la psicosis, y que el psicoanálisis está llamado a hacer posible en el porvenir una psiquiatría científica que no necesitará ya contentarse con la descripción de singulares cuadros, de estados y trayectorias incomprensibles, y con la persecución de la influencia de traumas meramente anatómicos y tóxicos sobre el aparato anímico, inaccesible a nuestro conocimiento.

V

PERO con sólo su significación para la Psiquiatría, el psicoanálisis no hubiera atraído jamás la atención del mundo intelectual ni conquistado un puesto en *The History of our times*.

Esta noción partió de la relación del psicoanálisis con la vida anímica normal, no con la patológica. Originalmente, la investigación analítica se proponía tan sólo fundamentar la génesis de algunos estados psíquicos patológicos; pero en esta labor llegó a descubrir relaciones de importancia

fundamental y a crear una nueva Psicología, teniendo, por tanto, que decirse que la validez de tales descubrimientos no podían limitarse al terreno de la Patología. Sabemos ya cuándo fue conseguida la demostración definitiva de la exactitud de esta conclusión. Fue cuando la técnica analítica logró la interpretación de los sueños, los cuales pertenecen a la vida psíquica de los normales y constituyen, sin embargo, productos propiamente patológicos, que pueden nacer regularmente bajo las condiciones de la salud.

Si se mantenían los atisbos psicológicos conquistados por medio del estudio de los sueños, no quedaba ya más que un paso para proclamar el psicoanálisis como doctrina de los procesos psíquicos más profundos, no accesibles directamente a la conciencia, como «psicología abisal», y poder aplicarla a casi todas las conciencias del espíritu. Tal paso consistió en la transición desde la actividad psíquica del individuo a las funciones psíquicas de comunidades humanas y pueblos; esto es, desde la psicología individual a la psicología colectiva, y había muchas sorprendentes analogías que aconsejaban darlo. Así se había averiguado que en los estratos profundos de la actividad mental inconsciente, los elementos antitéticos no se diferencian unos de otros, sino que son expresados por un mismo elemento. El filólogo K. Abel había sentado ya en 1884 la afirmación de que los idiomas más antiguos que conocemos trataban del mismo modo las antítesis. El antiguo egipcio, por ejemplo, no tenía al principio más que una palabra para «fuerte» y «débil», y sólo más tarde diferenció los dos términos antitéticos por medio de ligeras modificaciones. Todavía en los idiomas modernos es posible hallar claros residuos de tal sentido contradictorio. Así la palabra alemana «boden» significa tanto la parte más alta como la más baja de la casa; y en latín «altus» es tanto alto como profundo. Vemos, pues, que la equiparación de lo antitético en el sueño es un rasgo arcaico general del pensamiento humano.

Consideremos otro ejemplo perteneciente a un distinto sector: es imposible sustraerse a la impresión de coincidencia que descubrimos entre los actos obsesivos de algunos enfermos y las prácticas de los creyentes del mundo entero. Algunos casos de neurosis obsesiva parecen manifestaciones de una religión privada y caricatural, de manera que podemos comparar las religiones oficiales con una neurosis obsesiva mitigada, por su generalidad. Esta comparación, altamente indignante, desde luego, para todos los

creyentes, ha sido muy fructífera desde el punto de vista psicológico. Pues en cuanto a la neurosis obsesiva, el psicoanálisis ha descubierto pronto qué fuerzas pugnan entre sí hasta que sus conflictos llegan a crearse una expresión singular en el ceremonial de los actos obsesivos. Nada semejante había sido sospechado del ceremonial religioso, hasta que, con la referencia del sentimiento religioso a la relación con el padre, como su más profunda raíz, se consiguió señalar también en este sector análoga situación dinámica. Este ejemplo puede también advertir al lector que la aplicación del psicoanálisis a sectores no médicos no puede tampoco por menos de herir prejuicios muy estimados, rozar susceptibilidades de muy hondo arraigo y despertar así hostilidades que tienen una base esencialmente afectiva.

Si podemos aceptar como generalmente dadas las relaciones más generales de la vida anímica inconsciente (los conflictos de los impulsos instintivos, las represiones y las satisfacciones sustitutivas), y si hay una psicología abisal que conduzca al conocimiento de tales relaciones, es de esperar que la aplicación del psicoanálisis a los más diversos sectores de la actividad intelectual humana consiga por doquiera resultados importantísimos e inalcanzables hasta ahora. En un estudio muy rico en contenido, Otto Rank y H. Sachs se han esforzado en determinar en qué medida ha cumplido tales esperanzas la labor de los psicoanalíticos hasta 1913.

La falta de espacio me impide intentar aquí un complemento de dicha enumeración. Sólo puedo hacer resaltar el resultado, más importante y exponer, con ocasión del mismo, algunos detalles.

Si prescindimos de los impulsos internos poco conocidos, podemos decir que el motor capital de la evolución cultural del hombre ha sido la necesidad real exterior, que le negaba la satisfacción cómoda de sus necesidades naturales y le abandonaba a magnos peligros. Esta negación exterior le obligó a la lucha con la realidad, lucha cuyo desenlace fue en parte una adaptación y en parte un dominio de la misma, pero también la colaboración y la convivencia con sus semejantes, a lo cual se enlazó ya una renuncia a varios impulsos instintivos que no podían ser satisfechos socialmente. Con los progresos siguientes de la cultura crecieron también las exigencias de la represión. La civilización se basa, en general, en la renuncia de los instintos, y cada individuo tiene que repetir personalmente en su camino, desde la

infancia a la madurez, esta evolución de la Humanidad hasta la resignación razonable. El psicoanálisis ha mostrado que son, predominantemente, si no exclusivamente, impulsos instintivos sexuales los que sucumben a esta represión cultural. Parte de ellos integra la valiosa cualidad de poder ser desviados de sus fines más próximos y ofrecer así su energía, como tendencias «sublimadas», a la evolución cultural. Pero otra parte pervive en lo inconsciente en calidad de impulsos optativos insatisfechos y tiende a lograr una satisfacción cualquiera, aunque sea deformada.

Hemos visto, que una parte de la actividad mental humana está dedicada al dominio del mundo exterior real. A esto añade el psicoanálisis que otra parte, singularmente estimada, de la creación psíquica se halla consagrada al cumplimiento de deseos, a la satisfacción sustitutiva de aquellos deseos reprimidos que desde los años infantiles viven insatisfechos en el alma de cada cual. A estas creaciones, cuya conexión con un inconsciente inaprehensible fue siempre sospechada, pertenecen los mitos, la poesía y el arte, y la labor de los psicoanalíticos ha arrojado realmente viva luz sobre los dominios de la mitología, la literatura y la psicología del artista.

Tal ha sido principalmente la obra meritoria de Otto Rank. Se ha demostrado que los mitos y las fábulas son, como los sueños, susceptibles de interpretación; se han seguido los intrincados caminos que conducen desde el impulso del deseo inconsciente hasta la realización en la obra de arte; se ha aprendido a comprender la acción afectiva de la obra de arte sobre el sujeto receptor; se ha explicado la afinidad interior del artista con el neurótico y sus diferencias, y se ha indicado la relación entre su disposición, sus vivencias casuales y su obra. La valoración de las dotes artísticas de la obra de arte y la explicación de las dotes artísticas son problemas ajenos al psicoanálisis. Mas parece que el psicoanálisis está en situación de decir la palabra decisiva en todos los problemas relativos a la vida imaginativa del hombre.

Pero, además, el psicoanálisis nos ha descubierto, para nuestro asombro, cuán ingente papel desempeña en la vida anímica del hombre el llamado *complejo de Edipo*; esto es, la relación afectiva del niño con sus padres. Tal asombro se mitiga cuando averiguamos que el complejo de Edipo es la correlación psíquica de dos hechos biológicos fundamentales de la prolongada dependencia infantil de los hombres y de la forma singular en que

su vida sexual alcanza, entre los tres y los cinco años, una primera culminación, pasando luego por un período de latencia y renovándose al iniciarse la pubertad. Ulteriormente se nos reveló que un tercer trozo, altamente serio, de la actividad mental humana, aquel que ha creado las magnas instituciones de la religión, el derecho, la ética y todas las formas estatales, apunta en el fondo a facilitar al individuo el vencimiento de su complejo de Edipo y a derivar su libido, desde sus vinculaciones infantiles a las vinculaciones sociales definitivamente deseables. Las aplicaciones del psicoanálisis a la ciencia de las religiones y a la sociología (Freud, Th. Reik y O. Pfister), que han conducido a este resultado, se hallan aún en sus comienzos y son insuficientemente estimadas, pero es indudable que estudios ulteriores ratificarán la exactitud de sus conclusiones.

Como apéndice he de citar aún que la Pedagogía no podrá omitir el aprovechamiento de las indicaciones que le suministra la investigación analítica de la vida infantil. Y que entre los terapeutas ha habido quienes han declarado que el psicoanálisis ofrece nuevas posibilidades para el tratamiento de graves dolencias orgánicas, ya que en muchas de estas afecciones colabora también un factor psíquico sobre el cual es posible lograr influjo (Groddeck, Jelliffe).

Podemos, pues, abrigar la esperanza de que el psicoanálisis, cuya evolución y rendimientos hasta el momento actual acabamos de exponer en breves síntesis, entrará, como un importante fermento, en la evolución cultural de los próximos decenios y ayudará a profundizar nuestra comprensión del mundo y a rechazar muchas cosas reconocidamente nocivas. Pero no debe olvidarse que por si sola no puede procurar una imagen completa del mundo. Si se acepta la diferenciación por mí propuesta poco ha, que divide el aparato anímico en un *yo* vuelto hacia el exterior y dotado de conciencia y un *Ello* inconsciente dominado por sus necesidades instintivas, el psicoanálisis deberá ser considerado como una psicología del *Ello* (y de su acción sobre el *yo*). Puede, pues, procurar en todo sector científico aportaciones complementarias de las de la psicología del *yo*. Si estas aportaciones contienen con frecuencia precisamente lo más importante de un estado de hechos, ello corresponde tan sólo a la importancia que para nuestra vida integra lo inconsciente psíquico, que tanto tiempo ha permanecido

ignorado.

CXXVII

NEUROSIS Y PSICOSIS[2144]

1923 [1924]

EN un trabajo recientemente publicado *(El «yo» y el «Ello»)* hemos atribuido al aparato anímico una estructura que nos permite representar, en forma sencilla y clara, toda una serie de procesos y relaciones. En otros puntos, por ejemplo en lo que se refiere al origen y a la función de *super-yo*, queda aún mucho que aclarar. Habremos de exigir ahora que tal hipótesis resulte también útil y provechosa en otros terrenos, aunque no sea más que para mostrarnos, desde otro punto de vista, lo ya conocido, agruparlo de otra manera y describirlo más convincentemente. A esta aplicación de la nueva hipótesis podría también enlazarse un provechoso retorno desde la teoría a la experiencia.

En el trabajo indicado se describen las múltiples dependencias del *yo*, su situación intermedia entre el mundo exterior y el *Ello* y su tendencia a servir al mismo tiempo a todos sus amos. Relacionando estas circunstancias con otra ruta mental iniciada en un punto distinto, llegamos a una fórmula sencilla, que integra quizá la diferencia genética más importante entre la neurosis y la psicosis: *la neurosis sería el resultado de un conflicto entre el* «yo» *y su «Ello», y, en cambio, la psicosis, el desenlace análogo de tal perturbación de las relaciones entre el* «yo» y *el mundo exterior*.

Nunca conviene confiar mucho en la solución de un problema cuando la misma se presenta tan fácil; pero en este caso recordamos inmediatamente

una serie de descubrimientos que parecen confirmarla. Según todos los resultados de nuestro análisis, las neurosis de transferencia nacen a consecuencia de la negativa del yo a acoger una poderosa tendencia instintiva dominante en el *Ello* y procurar su descarga motora, o a dar por bueno el objeto hacia el cual aparece orientada tal tendencia. El yo se defiende entonces de la misma por medio del mecanismo de la represión; pero lo reprimido se rebela contra este destino y se procura, por caminos sobre los cuales no ejerce el yo poder alguno, una satisfacción sustitutiva —el síntoma— que se impone al yo como una transacción; el yo encuentra alterada y amenazada su unidad por tal intrusión y continúa luchando contra el síntoma, como antes contra la tendencia instintiva reprimida, y de todo esto resulta el cuadro patológico de la neurosis. No puede objetarse que al proceder el yo a la represión obedece en el fondo los mandatos del *super-yo*, los cuales proceden a su vez de aquellas influencias del mundo exterior que se han creado una representación en el *super-yo*. Siempre resultará que el yo se ha puesto al lado de estos poderes, cuyas exigencias tienen más fuerza para él que las exigencias instintivas del *Ello*, siendo él mismo el poder que impone la represión en contra de aquellos elementos del *Ello* y la afirma por medio de la contracarga de la resistencia. Así, pues, el yo ha entrado en conflicto con el *Ello* en servicio del *super-yo* y de la realidad. Tal es la situación en todas las neurosis de transferencia.

De otra parte, nos es también muy fácil extraer del conocimiento adquirido hasta ahora sobre el mecanismo de la psicosis ejemplos que nos indican la perturbación de la relación entre el *yo* y el mundo exterior. En la amencia de Meynert, la demencia aguda alucinatoria forma quizá la más extrema e impresionante de las psicosis; la percepción del mundo exterior cesa por completo o permanece totalmente ineficaz. Normalmente el mundo exterior domina al *yo* por dos caminos.

En primer lugar, mediante las percepciones actuales continuamente posibles, y en segundo, con el acervo mnémico de percepciones anteriores, que constituyen, como «mundo interior», un patrimonio y un elemento del *yo*. En la amencia no sólo queda excluida la acogida de nuevas percepciones, sino también sustraída al mundo interior su significación (carga). El *yo* se procura independientemente un nuevo mundo exterior e interior y surgen dos

hechos indubitables: que este nuevo mundo es construido de acuerdo con las tendencias optativas del *Ello* y que la causa de esta disociación del mundo exterior es una privación impuesta por la realidad y considerada intolerable. Esta psicosis muestra una gran afinidad interna con los sueños normales. Pero la condición del fenómeno onírico normal es, precisamente, el estado de reposo, entre cuyos caracteres hallamos el apartamiento del mundo real y de toda percepción.

De otras formas de psicosis, las esquizofrenias, sabemos que culminan en un embotamiento afectivo; esto es, en la pérdida de todo interés hacia el mundo exterior. Con respecto a la génesis de los delirios, algunos análisis nos han enseñado que el delirio surge precisamente en aquellos puntos en los que se ha producido una solución de continuidad en la relación del *yo* con el mundo exterior. Si el conflicto con el mundo exterior, en el cual hemos visto la condición de la enfermedad, no se hace aún más patente, ello depende de que en el cuadro patológico de la psicosis quedan a veces encubiertos los fenómenos del proceso patógeno por los de una tentativa de curación o de reconstrucción.

La etiología común a la explosión de una psiconeurosis o una psicosis es siempre la privación, el incumplimiento de uno de aquellos deseos infantiles, jamás dominados, que tan hondamente arraigan en nuestra organización, determinada por la filogenia. Esta privación tiene siempre en el fondo un origen exterior, aunque en el caso individual parezca partir de aquella instancia interior (en el *super-yo*) que se ha atribuido la representación de las exigencias de la realidad. El efecto patógeno depende de que el *yo* permanezca fiel en este conflicto a su dependencia del mundo exterior e intente amordazar al *Ello*, o que, por el contrario, se deje dominar por el *Ello* y arrancar así a la realidad. Pero en esta situación, aparentemente sencilla, introduce una complicación la existencia del *super-yo*, que reúne en sí, en un enlace aún impenetrado, influencias del *Ello* y otras del mundo exterior, constituyendo, en cierto modo, un modesto ideal hacia el que tienden todas las aspiraciones del *yo*: la conciliación de sus múltiples dependencias. En todas las formas de enfermedad psíquica habría de tenerse en cuenta la conducta del *super-yo*, cosa que no se ha hecho hasta ahora. Pero ya podemos indicar, provisionalmente, que ha de haber también afecciones cuya base esté

en un conflicto entre el *yo* y el *super-yo*. El análisis nos da derecho a suponer que la melancolía es un ejemplo de este grupo, al que daríamos entonces el nombre de «psiconeurosis narcisistas». El hecho de que encontremos motivos para separar de las demás psicosis estados tales como la melancolía, no concuerda mal con nuestras impresiones. Pero entonces advertimos que podríamos completar nuestra fórmula genética sin abandonarla. La neurosis de transferencia corresponde al conflicto entre el *yo* y el *Ello*; las neurosis narcisistas a un conflicto entre el *yo* y el *super-yo*, y la psicosis, al conflicto entre el *yo* y el mundo exterior.

Al principio no podemos decir, ciertamente, si hemos conquistado, en realidad, nuevos conocimientos o si tan sólo hemos enriquecido nuestra colección de fórmulas; pero, a mi juicio, esta posibilidad de aplicación debe darnos ánimos para mantener la indicada articulación del aparato anímico en un *yo*, un *super-yo*, y un *Ello*.

La afirmación de que las neurosis y las psicosis nacen de los conflictos del *yo* con sus distintas instancias dominantes, esto es, que corresponden a un fracaso de la función del *yo*, el cual se esfuerza, sin embargo, en conciliar las distintas exigencias, precisa aún de nuevas investigaciones para ser completada. Quisiéramos saber en qué circunstancias y por qué medios consigue el *yo* escapar, sin enfermar, a tales conflictos, constantemente dados. Es éste un nuevo campo de investigación en el que habremos de encontrar los más diversos factores.

Por lo pronto, ya podemos indicar dos. El desenlace de todas estas situaciones habrá de depender, indudablemente, de circunstancias económicas, de las magnitudes relativas de las tendencias combatientes entre sí. Además, el *yo* podrá evitar un desenlace perjudicial en cualquier sentido, deformándose espontáneamente, tolerando daños de su unidad o incluso disociándose en algún caso[2145]. De este modo, las inconsecuencias y las chifladuras de los hombres resultarían análogas a sus perversiones sexuales en el sentido de ahorrarles represiones.

Para terminar, recordaremos la interrogación de si el proceso en el cual se aparta el *yo* del mundo exterior constituirá un mecanismo análogo a la represión. A mi juicio, esta cuestión no puede ser resuelta sin nuevas investigaciones; pero, de todos modos, sí puede afirmarse ya que habrá de

entrañar, como la represión, una retracción de la carga destacada por el *yo*.

CXXVIII

LA PÉRDIDA DE LA REALIDAD EN LA NEUROSIS Y EN LA PSICOSIS[2146]

1924

YA en un trabajo reciente[2147] expusimos como uno de los caracteres diferenciales entre la neurosis y la psicosis el hecho de que en la primera reprime el *yo*, obediente a las exigencias de la realidad, una parte del *Ello* (de la vida instintiva), mientras que en la psicosis el mismo *yo*, dependiente ahora del *Ello*, se retrae de una parte de la realidad. Así, pues, en la neurosis dominaría el influjo de la realidad y en la psicosis el del *Ello*. La pérdida de realidad sería un fenómeno característico de la psicosis y ajeno, en cambio, a la neurosis.

Sin embargo, estas conclusiones no parecen conciliables con la observación de que toda neurosis perturba en algún modo la relación del enfermo con la realidad, constituyendo para él un medio de retraerse de ella y un refugio al que ampararse huyendo de las dificultades de la vida real. Esta contradicción parece espinosa, pero es muy fácil de resolver, y su solución ha de fomentar considerablemente nuestra comprensión con la neurosis.

Tal contradicción subsiste, en efecto, solamente mientras nos limitamos a considerar la situación inicial de la neurosis, en la cual el *yo* lleva a cabo la represión de una tendencia instintiva obedeciendo a los dictados de la realidad. Pero esto no es todavía la neurosis misma. Esta consiste más bien en los procesos que aportan una compensación a la parte perjudicada del *Ello*;

esto es, en la reacción contra la represión y en su fracaso. El relajamiento de la relación con la realidad es luego la consecuencia de este segundo paso en la producción de la neurosis, y no habríamos de extrañar que la investigación nos descubriese que la pérdida de realidad recae precisamente sobre aquella parte de realidad a cuya demanda fue iniciada la represión.

Así, pues, la génesis característica de la neurosis a consecuencia de una represión fracasada no es nada nuevo. Siempre lo hemos afirmado así, y sólo la nueva relación de este postulado con nuestro tema actual nos ha llevado a repetirlo.

La misma apariencia de contradicción surge con intensidad mucho mayor cuando se trata de una neurosis cuya motivación ocasional («la escena traumática») nos es conocida y en la que podemos ver cómo el sujeto se aparta de tal suceso y lo abandona a la amnesia. Recordaré aquí, como ejemplo, un caso analizado por mí hace ya muchos años[2148], en el cual la sujeto, una muchacha enamorada de su cuñado, quedó sobrecogida ante el lecho mortuorio de su hermana por la idea de que el hombre amado estaba ya libre y podía casarse con ella. Esta escena fue olvidada en el acto, y con ello quedó iniciado el proceso de regresión que condujo a la dolencia histérica. Pero precisamente aquí resulta muy instructivo ver por qué caminos intenta la neurosis resolver el conflicto. Anula por completo la modificación de las circunstancias reales, reprimiendo el instinto de que se trataba, o sea el amor de la muchacha a su cuñado. La reacción psicótica hubiera consistido en negar el hecho real de la muerte de la hermana.

Podría ahora esperarse que en la génesis de la psicosis se desarrollase algo parecido al proceso que tiene efecto en la neurosis, aunque, naturalmente, entre otras instancias; esto es, que también en la psicosis se hiciesen visibles dos avances, el primero de los cuales arrancaría al *yo* de la realidad, mientras que el segundo tendería a enmendar el daño y restablecería, a costa del *Ello*, la relación con la realidad. Y, efectivamente, observamos en la psicosis algo análogo; dos avances, el segundo de los cuales tiene un carácter de reparación; pero luego la analogía se convierte en una coincidencia mucho más amplia de los procesos. El segundo avance de la psicosis tiende también a compensar la pérdida de realidad, pero no a costa de una limitación del *yo*, como en la neurosis a costa de la relación con la

realidad, sino por otro camino mucho más independiente; esto es, mediante la creación de una nueva realidad exenta de los motivos de disgusto que la anterior ofrecía. Así, pues, este segundo avance obedece en la neurosis y en la psicosis a la misma tendencia, apareciendo en ambos casos al servicio de las aspiraciones de poder del *Ello*, que no se deja dominar por la realidad. En consecuencia, tanto la neurosis como la psicosis son expresión de la rebeldía del *Ello* contra el mundo exterior o, si se quiere, de su incapacidad para adaptarse a la realidad[2149], diferenciándose mucho más entre sí en la primera reacción inicial que en la tentativa de reparación a ella consecutiva.

Esta diferencia inicial se refleja luego en el resultado. En la neurosis se evita, como huyendo de él, un trozo de la realidad, que en la psicosis es elaborado y transformado. En la psicosis, a la fuga inicial sigue una fase activa de transformación, y en la neurosis, a la obediencia inicial, una ulterior tentativa de fuga. O dicho de otro modo, la neurosis no niega la realidad; se limita a no querer saber nada de ella. La psicosis la niega e intenta sustituirla. Llamamos normal o «sana» una conducta que reúne determinados caracteres de ambas reacciones; esto es, que no niega la realidad, al igual de la neurosis, pero se esfuerza en transformarla, como la psicosis. Esta conducta normal y adecuada conduce naturalmente a una labor manifiesta sobre el mundo exterior y no se contenta, como en la psicosis, con la producción de modificaciones internas; no es *autoplástica*, sino *aloplástica*.

En la psicosis, la elaboración modificadora de la realidad recae sobre las cristalizaciones psíquicas de la relación mantenida hasta entonces con ella; esto es, sobre las huellas mnémicas, las representaciones y los juicios tomados hasta entonces de ella y que la representaban en la vida anímica. Pero esta relación no constituía algo fijo e inmutable, sino que era transformada y enriquecida de continuo por nuevas percepciones. De este modo, se plantea también a la psicosis la tarea de procurarse aquellas percepciones que habrían de corresponder a la nueva realidad, consiguiéndolo por medio de la alucinación. Si los recuerdos falsos, los delirios y las alucinaciones muestran un carácter tan penoso en tantas formas y casos de psicosis y aparecen acompañados de angustia, habremos de ver en ello un indicio de que todo el proceso de transformación se realiza contra la intensa oposición de poderosas energías. Podemos representarnos el proceso

conforme al modelo de las neurosis, que nos es más conocido. En las neurosis vemos surgir una reacción de angustia cada vez que el instinto reprimido trata de llegar a la conciencia, y observamos que el resultado del conflicto no es, a pesar de todo, más que una transacción, absolutamente insuficiente como satisfacción. En la psicosis, el trozo de realidad rechazado trata probablemente de imponerse de continuo a la vida anímica, como en la neurosis el instinto reprimido, por esta razón surgen en ambos casos las mismas consecuencias. La discusión de los diversos mecanismos que han de llevar a cabo en la psicosis el apartamiento de la realidad y la construcción de otra distinta constituye una labor, aún intacta, de la Psiquiatría especial.

Existe, pues, entre la neurosis y la psicosis una nueva analogía consistente en que ambas fracasen parcialmente en la labor emprendida en su segundo avance, pues ni el instinto reprimido puede procurarse una sustitución completa, neurosis, ni la representación de la realidad se deja fundir en las formas satisfactorias, psicosis. Pero el acento carga, en cada una, en un lugar distinto. En la psicosis, el acento carga exclusivamente sobre el primer avance, patológico ya de por sí y que sólo puede conducir a la enfermedad, y en cambio, en la neurosis, sobre el segundo, sobre el fracaso de la represión, mientras que el primero puede producirse, y en realidad se ha producido innumerables veces, dentro de la salud, aunque no sin dejar tras de sí señales del esfuerzo psíquico exigido. Estas diferencias, y quizá otras muchas, son consecuencia de la diversidad tópica en el desenlace del conflicto patógeno, según que el *yo* haya cedido en él a su adhesión al mundo real o a su dependencia del *Ello*.

La neurosis se limita regularmente a evitar el fragmento de realidad de que se trate y protegerse contra todo encuentro con él. Pero la precisa diferencia entre la neurosis y la psicosis queda mitigada por el hecho de que tampoco en la neurosis faltan las tentativas de sustituir la realidad indeseada por otra más conforme a los deseos del sujeto. Semejante posibilidad es facilitada por la existencia del mundo de la fantasía, un dominio que al tiempo de la instauración del principio de la realidad, quedó separada del mundo exterior, siendo mantenida aparte, desde entonces, como una especie de «atenuación» de las exigencias de la vida, y aunque no resulta inasequible al *yo*, sólo conserva con él una relación muy laxa. De este mundo de la

fantasía extrae la neurosis el material para sus nuevos productos optativos, hallándolo en él por medio de la regresión a épocas reales anteriores más satisfactorias.

También en la psicosis desempeña seguramente el mundo de la fantasía este mismo papel, constituyendo también el almacén del que son extraídos los materiales para la construcción de la nueva realidad. Pero el nuevo mundo exterior fantástico de la psicosis quiere sustituirse a la realidad exterior, mientras que el de la neurosis gusta de apoyarse, como los juegos infantiles, en un trozo de realidad —en un fragmento de la realidad distinto de aquel contra el cual tuvo que defenderse— y le presta una significación especial y un sentido oculto al que calificamos de «simbólico», aunque no siempre con plena exactitud. Resulta, pues, que en ambas afecciones, la neurosis y la psicosis, se desarrolla no sólo una *pérdida de realidad*, sino también una *sustitución de realidad*.

CXXIX

LA DISOLUCIÓN DEL COMPLEJO DE EDIPO[2150]

1924

EL complejo de Edipo va designándose cada vez más claramente como el fenómeno central del temprano periodo sexual infantil. Luego ocurre la disolución. Sucumbe a la represión y es seguido del período de latencia. Pero no hemos visto aún claramente cuáles son las causas que provocan su fin. El análisis parece atribuirlo a las decepciones dolorosas sufridas por el sujeto. La niña que se cree objeto preferente del amor de su padre recibe un día una dura corrección por parte de éste y se ve expulsada de su feliz paraíso. El niño que considera a su madre como propiedad exclusiva suya la ve orientar de repente su cariño y sus cuidados hacia un nuevo hermanito. Pero también en aquellos casos en los que no acaecen sucesos especiales como los citados en calidad de ejemplos, la ausencia de la satisfacción deseada acaba por apartar al infantil enamorado de su inclinación sin esperanza. El complejo de Edipo sucumbiría así a su propio fracaso, resultado de su imposibilidad interna.

Otra hipótesis sería la de que el complejo de Edipo tiene que desaparecer porque llega el momento de su disolución, como los dientes de leche se caen cuando comienzan a formarse los definitivos. Aunque el complejo de Edipo es vivido también individualmente por la mayoría de los seres humanos, es, sin embargo, un fenómeno determinado por la herencia, y habrá de

desaparecer, conforme a una trayectoria predeterminada, al iniciarse la fase siguiente del desarrollo. Resultará, pues, indiferente cuáles sean los motivos ocasionales de su desaparición e incluso que no podamos hallarlos.

Ambas hipótesis parecen justificadas. Pero además resultan fácilmente conciliables. Al lado de la hipótesis filogénica más amplia queda espacio suficiente para la ontogénica. También el individuo entero está destinado, desde su nacimiento mismo, a morir, y también lleva ya indicada, quizá en la disposición de sus órganos, la causa de su muerte. Pero siempre será interesante perseguir cómo se desarrolla el programa predeterminado y en qué forma es aprovechada la disposición por acciones nocivas casuales.

Nuestra penetración ha sido aguzada recientemente[2151] por la observación de que el desarrollo sexual del niño avanza hasta una fase en la que los genitales se han adjudicado ya el papel directivo. Pero este genital es tan sólo el masculino, o más exactamente aún, el pene; el genital femenino permanece aún desconocido. Esta fase fálica, que es al mismo tiempo la del complejo de Edipo, no continúa desarrollándose hasta constituir una organización genital definitiva, sino que desaparece y es sustituida por el período de latencia. Pero su desaparición se desarrolla de un modo típico y apoyándose en sucesos regularmente emergentes.

Cuando el sujeto infantil de sexo masculino ha concentrado su interés sobre sus genitales, lo revela con manejos manuales y no tarda en advertir que los mayores no están conformes con aquella conducta. Más o menos precisa, más o menos brutal, surge la amenaza de privarle de aquella parte tan estimada de su cuerpo. Esta amenaza de castración parte casi siempre de alguna de las mujeres que rodean habitualmente al niño, las cuales intentan muchas veces robustecer su autoridad asegurando que el castigo será llevado a cabo por el médico o por el padre. En algunos casos llevan a cabo por sí mismas una atenuación simbólica en su amenaza anunciando no ya la mutilación del órgano genital, pasivo en realidad, sino la de la mano, activamente pecadora. Con gran frecuencia sucede que el infantil sujeto no es amenazado con la castración por juguetear con el pene, sino por mojar todas las noches la cama. Sus guardadores se conducen entonces como si esta incontinencia nocturna fuese consecuencia y testimonio de los tocamientos del órgano genital, y probablemente tienen razón. En todo caso, tal

incontinencia duradera puede equipararse a la polución del adulto, siendo una manifestación de la misma excitación genital que por esta época ha impulsado al niño a masturbarse.

Habremos de afirmar ahora que la organización genital fálica del niño sucumbe a esta amenaza de castración, aunque no inmediatamente, y sin que a ella se agreguen otras influencias, pues el niño no presta al principio a la amenaza fe ni obediencia alguna. El psicoanálisis ha concedido recientemente un gran valor a dos clases de experiencias que no son ahorradas a ningún niño y por las cuales habría de estar preparado a la pérdida de partes de su cuerpo altamente estimadas: la pérdida, temporal primero y luego definitiva, del pecho materno y la expulsión diariamente necesaria del contenido intestinal Pero no se advierte que estas experiencias entren en juego con motivo de la amenaza de castración. Sólo después de haber hecho otra nueva comienza el niño a contar con la posibilidad de una castración, y aún entonces muy vacilantemente, contra su voluntad y procurando aminorar el alcance su propia observación.

Esta observación, que rompe por fin la incredulidad del niño, es su descubrimiento de los genitales femeninos. Siempre se le presenta alguna ocasión de contemplar la región genital de una niña y convencerse de la falta de aquel órgano, del que tan orgulloso está, en un ser tan semejante a él. De este modo se hace ya posible representarse la pérdida de su propio pene, y la amenaza de la castración comienza entonces a surtir sus efectos.

Por nuestra parte no debemos ser tan cortos de vista como los familiares y guardadores del niño, que le amenazan con la castración, y desconocer como ellos que la vida sexual del niño no se reduce por esta época exclusivamente a la masturbación. Aparece también visiblemente en su actitud con respecto a sus padres, determinada por el complejo de Edipo. La masturbación no es más que la descarga genital de la excitación sexual correspondiente al complejo, y deberá a esta relación su significación para todas las épocas ulteriores. El complejo de Edipo ofrecía al niño dos posibilidades de satisfacción, una activa y otra pasiva. Podía situarse en actitud masculina en el lugar del padre y tratar como él a su madre, actitud que hacía ver pronto en el padre un estorbo, o querer sustituir a la madre y dejarse amar por el padre, resultando entonces superflua la madre. El niño no tiene sino una idea muy

vaga de aquello en lo que puede consistir la satisfacción amorosa, pero sus sensaciones orgánicas le imponen la convicción de que el pene desempeña en ella algún papel. No ha tenido ocasión tampoco para dudar de que la mujer posea también un pene. La aceptación de la posibilidad de la castración y el descubrimiento de que la mujer aparece castrada, puso, pues, un fin a las dos posibilidades de satisfacción relacionadas con el complejo de Edipo. Ambas traían consigo la pérdida del pene: la una, masculina, como castigo; la otra, femenina, como premisa. Si la satisfacción amorosa basada en el complejo de Edipo ha de costar la pérdida del pene, surgirá un conflicto entre el interés narcisista por esta parte del cuerpo y la carga libidinosa de los objetos parentales. En este conflicto vence normalmente el primer poder y el *yo* del niño se aparta del complejo de Edipo.

Ya he indicado en otro lugar[2152] de qué forma se desarrolla este proceso. Las cargas de objeto quedan abandonadas y sustituidas por identificaciones. La autoridad del padre o de los padres introyectada en el *yo* constituye en él el nódulo del *super-yo*, que toma del padre su rigor, perpetúa su prohibición del incesto y garantiza así al *yo* contra el retorno de las cargas de objeto libidinosas. Las tendencias libidinosas correspondientes al complejo de Edipo quedan en parte desexualizadas y sublimadas, cosa que sucede probablemente en toda transformación en identificación y en parte inhibidas en cuanto a su fin y transformadas en tendencias sentimentales. Este proceso ha salvado, por una parte, los genitales, apartando de ellos la amenaza de castración; pero, por otra, los ha paralizado, despojándolos de su función. Con él empieza el período de latencia que interrumpe la evolución sexual del niño.

No veo motivo alguno para no considerar el apartamiento del *yo* del complejo de Edipo como una represión, aunque la mayoría de las represiones ulteriores se produzcan bajo la intervención del *super-yo*, cuya formación se inicia precisamente aquí. Pero el proceso descrito es más que una represión y equivale, cuando se desarrolla perfectamente, a una destrucción y una desaparición del complejo. Nos inclinaríamos a suponer que hemos tropezado aquí con el límite, nunca precisamente determinable, entre lo normal y lo patológico. Si el *yo* no ha alcanzado realmente más que una represión del complejo, éste continuará subsistiendo, inconsciente, en el *Ello* y manifestará

más tarde su acción patógena.

La observación analítica permite reconocer o adivinar estas relaciones entre la organización fálica, el complejo de Edipo, la amenaza de castración, la formación del *super-yo* y el período de latencia. Ellas justifican la afirmación de que el complejo de Edipo sucumbe a la amenaza de castración. Pero con ello no queda terminado el problema: queda aún espacio para una especulación teórica que puede destruir el resultado obtenido o arrojar nueva luz sobre él. Ahora bien: antes de emprender este camino habremos de examinar una interrogación que surgió durante la discusión que antecede y hemos dejado aparte hasta ahora. El proceso descrito se refiere, como hemos dicho expresamente, al sujeto infantil masculino. ¿Qué trayectoria seguirá el desarrollo correspondiente en la niña?

Nuestro material se hace aquí —incomprensiblemente— mucho más oscuro e insuficiente. También el sexo femenino desarrolla un complejo de Edipo, un *super-yo* y un período de latencia. ¿Pueden serle atribuidos asimismo un complejo de castración y una organización fálica? Desde luego, sí; pero no los mismos que en el niño. La diferencia morfológica ha de manifestarse en variantes del desarrollo psíquico[2153].

La anatomía es el destino, podríamos decir glosando una frase de Napoleón. El clítoris de la niña se comporta al principio exactamente como un pene; pero cuando la sujeto tiene ocasión de compararlo con el pene verdadero de un niño, encuentra pequeño el suyo y siente este hecho como una desventaja y un motivo de inferioridad. Durante algún tiempo se consuela con la esperanza de que crecerá con ella, iniciándose en este punto el complejo de masculinidad de la mujer. La niña no considera su falta de pene como un carácter sexual, sino que la explica suponiendo que en un principio poseía un pene igual al que ha visto en el niño, pero que lo perdió luego por castración. No parece extender esta conclusión a las demás mujeres, a las mayores, sino que las atribuye, de completo acuerdo con la fase fálica, un genital masculino completo. Resulta, pues, la diferencia importante de que la niña acepta la castración como un hecho consumado, mientras que el niño teme la posibilidad de su cumplimiento.

Con la exclusión del miedo a la castración desaparece también un poderoso motivo de la formación del *super-yo* y de la interrupción de la

organización genital infantil. Estas formaciones parecen ser, más que en el niño, consecuencias de la intimidación exterior que amenaza con la pérdida del cariño de los educadores. El complejo de Edipo de la niña es mucho más unívoco que el del niño, y según mi experiencia, va muy pocas veces más allá de la sustitución de la madre y la actitud femenina con respecto al padre. La renuncia al pene no es soportada sin la tentativa de una compensación. La niña pasa —podríamos decir que siguiendo una comparación simbólica— de la idea del pene a la idea del niño. Su complejo de Edipo culmina en el deseo, retenido durante mucho tiempo, de recibir del padre, como regalo, un niño, tener de él un hijo. Experimentamos la impresión de que el complejo de Edipo es abandonado luego lentamente, porque este deseo no llega jamás a cumplirse. Los dos deseos, el de poseer un pene y el de tener un hijo perduran en lo inconsciente intensamente cargados y ayuda a preparar a la criatura femenina para su ulterior papel sexual. Pero, en general, hemos de confesar que nuestro conocimiento de estos procesos evolutivos de la niña es harto insatisfactorio e incompleto.

Es indudable que las relaciones temporales causales aquí descritas entre el complejo de Edipo, la intimidación sexual (amenaza de castración), la formación del *super-yo* y la entrada en el período de latencia son de naturaleza típica, pero no quiero afirmar que este tipo sea el único. Las variantes en la sucesión temporal y en el encadenamiento de estos procesos han de ser muy importantes para el desarrollo del individuo.

Desde la publicación del interesante estudio de O. Rank sobre el tema «trauma del nacimiento» no se puede tampoco aceptar sin discusión alguna el resultado de esta pequeña investigación, o sea la conclusión de que el complejo de Edipo del niño sucumbe al miedo a la castración. Pero me parece aún prematuro entrar por ahora en esta discusión y quizá también poco adecuado comenzar en este punto la crítica o la aceptación de la teoría de Rank.

CXXX

EL PROBLEMA ECONÓMICO DEL MASOQUISMO[2154]

1924

LA aparición de la tendencia masoquista en la vida instintiva humana plantea, desde el punto de vista económico, un singular enigma. En efecto, si el principio del placer rige los procesos psíquicos de tal manera que el fin inmediato de los mismos es la evitación de displacer y la consecución de placer, el masoquismo ha de resultar verdaderamente incomprensible. El hecho de que el dolor y el displacer puedan dejar de ser una mera señal de alarma y constituir un fin, supone una paralización del principio del placer: el guardián de nuestra vida anímica habría sido narcotizado.

El masoquismo se nos demuestra así como un gran peligro, condición ajena al sadismo, su contrapartida. En el principio del placer nos inclinamos a ver el guardián de nuestra existencia misma, y no sólo el de nuestra vida anímica. Se nos plantea, pues, la labor de investigar la relación del principio del placer con los dos órdenes de instintos por nosotros diferenciados —los instintos de muerte y los instintos de vida eróticos (libidinosos)—, y no nos será posible avanzar en el estudio del problema masoquista antes de haber llevado a cabo tal investigación.

En otro lugar[2155] hemos presentado el principio que rige todos los

procesos anímicos como un caso especial de la *tendencia a la estabilidad* (Fechner), adscribiendo así al aparato anímico la intención de anular la magnitud de excitación a él afluyente o, por lo menos, la de mantenerla en un nivel poco elevado. Bárbara Low ha dado a esta supuesta tendencia el nombre de *principio del nirvana*, denominación que nosotros aceptamos. De momento identificaremos este principio del nirvana con el principio del placer-displacer. Todo displacer habría, pues, de coincidir con una elevación; todo placer, con una disminución de la excitación existente en lo anímico y, por tanto, el principio del nirvana (y el principio del placer que suponemos idéntico) actuaría por completo al servicio de los instintos de muerte, cuyo fin es conducir la vida inestable a la estabilidad del estado inorgánico, y su función sería la de prevenir contra las exigencias de los instintos de vida de la libido de intentar perturbar tal recurso de la vida. Pero esta hipótesis no puede ser exacta. Ha de suponerse que en la serie gradual de las sensaciones de tensión sentimos directamente el aumento y la disminución de las magnitudes de estímulo, y es indudable que existen tensiones placientes y distensiones displacientes. El estado de excitación sexual nos ofrece un acabado ejemplo de tal incremento placiente del estímulo y seguramente no es el único. El placer y el displacer no pueden ser referidos, por tanto, al aumento y la disminución de una cantidad a la que denominamos tensión del estímulo, aunque, desde luego, presenten una estrecha relación con este factor. Mas no parecen enlazarse a este factor cuantitativo, sino a cierto carácter del mismo, de indudable naturaleza cualitativa. Habríamos avanzado mucho en psicología si pudiéramos indicar cuál es este carácter cualitativo. Quizá sea el ritmo, el orden temporal de las modificaciones, de los aumentos y disminuciones de la cantidad de estímulo. Pero no lo sabemos.

De todos modos, hemos de reparar que el principio del nirvana adscrito al instinto de muerte ha experimentado en los seres animados una modificación que lo convirtió en el principio del placer, y en adelante evitaremos confundir en uno sólo ambos principios. No es difícil adivinar, siguiendo la orientación que nos marcan estas reflexiones, el poder que impuso tal modificación. No pudo ser sino el instinto de la vida, la libido, el cual conquistó de este modo supuesto al lado del instinto de muerte en la regulación de los procesos de la vida. Se nos ofrece así una serie de relaciones muy interesantes: el *principio*

del nirvana expresa la tendencia del instinto de muerte; el *principio del placer* representa la aspiración de la libido; y la modificación de este último principio, el *principio de la realidad*, corresponde a la influencia del mundo exterior.

Ninguno de estos principios queda propiamente anulado por los demás, y en general coexisten los tres armónicamente, aunque en ocasiones hayan de surgir conflictos provocados por la diversidad de sus fines respectivos, la disminución cuantitativa de la carga de estímulo, la constitución de un carácter cualitativo de la misma o el aplazamiento temporal de la descarga de estímulos y la aceptación provisional de la tensión displaciente.

Todas estas reflexiones culminan en la conclusión de que no es posible dejar de considerar el principio del placer como guardián de la vida.

Volvamos ahora al masoquismo, el cual se ofrece a nuestra observación en tres formas distintas: como condicionante de la excitación sexual, como una manifestación de la femineidad y como una norma de la conducta vital. Correlativamente podemos distinguir un masoquismo erógeno, femenino y moral. El primero, el masoquismo erógeno, o sea el placer en el dolor, constituye también la base de las dos formas restantes; hemos de atribuirle causas biológicas y constitucionales y permanece inexplicable si no nos arriesgamos a formular algunas hipótesis sobre ciertos extremos harto oscuros. La tercera forma del masoquismo, y en cierto sentido la más importante, ha sido explicada recientemente por el psicoanálisis como una conciencia de culpabilidad, inconsciente en la mayor parte de los casos, quedando plenamente aclarada y adscrita a los restantes descubrimientos analíticos. Pero la forma más fácilmente asequible a nuestra observación es el masoquismo femenino, que no plantea grandes problemas y de cuyas relaciones obtenemos pronto una clara visión total. Comenzaremos, pues, por él nuestra exposición.

Esta forma del masoquismo en el hombre (al que por razones dependientes de nuestro material de observación nos limitaremos) nos es suficientemente conocida por las fantasías de sujetos masoquistas (e impotentes muchas veces a causa de ello), las cuales fantasías culminan en

actos onanistas o representan por sí solas una satisfacción sexual. Con estas fantasías coinciden luego por completo las situaciones reales creadas por los perversos masoquistas, bien como fin en sí, bien como medio de conseguir la erección y como introducción al acto sexual. En ambos casos —las situaciones creadas no son sino la representación plástica de las fantasías— el contenido manifiesto consiste en que el sujeto es amordazado, maniatado, golpeado, fustigado, maltratado en una forma cualquiera, obligado a una obediencia incondicional, ensuciado o humillado. Mucho más raramente, y sólo con grandes restricciones, es incluida en este contenido una mutilación. La interpretación más próxima y fácil es la de que el masoquista quiere ser tratado como un niño pequeño, inerme y falto de toda independencia, pero especialmente como un niño malo. Creo innecesaria una exposición casuística; el material es muy homogéneo y accesible a todo observador, incluso a los no analíticos. Ahora bien: cuando tenemos ocasión de estudiar algunos casos en los cuales las fantasías masoquistas han pasado por una elaboración especialmente amplia, descubrimos fácilmente que el sujeto se transfiere en ellas a una situación característica de la femineidad: ser castrado, soportar el coito o parir. Por esta razón he calificado *a posteriori* de femenina esta forma del masoquismo, aunque muchos de sus elementos nos orientan hacia la vida infantil. Más adelante hallaremos una sencilla explicación de esta superestructuración de lo infantil y lo femenino. La castración o la pérdida del sentido de la vista, que puede representarla simbólicamente, deja muchas veces su huella negativa en dichas fantasías, estableciendo en ellas la condición de que ni los genitales ni los ojos han de sufrir daño alguno. (De todas formas, los tormentos masoquistas no son nunca tan impresionantes como las crueldades fantaseadas o escenificadas del sadismo.) En el contenido manifiesto de las fantasías masoquistas se manifiesta también un sentimiento de culpabilidad al suponerse que el individuo correspondiente ha cometido algún hecho punible (sin determinar cuál) que ha de ser castigado con dolorosos tormentos. Se nos muestra aquí algo como una racionalización superficial del contenido masoquista; pero detrás de ella se oculta una relación con la masturbación infantil. Este factor de la culpabilidad conduce, por otro lado, a la tercera forma, o forma moral del masoquismo.

El masoquismo femenino descrito reposa por completo en el masoquismo primario erógeno, el placer en el dolor, para cuya explicación habremos de llevar mucho más atrás nuestras reflexiones.

En mis *Tres ensayos sobre una teoría sexual*, y en el capítulo dedicado a las fuentes de la sexualidad infantil, afirmé que la excitación sexual nace, como efecto secundario, de toda una serie de procesos internos en cuanto la intensidad de los mismos sobrepasa determinados límites cuantitativos. Puede incluso decirse que todo proceso algo importante aporta algún componente a la excitación del instinto sexual. En consecuencia, también la excitación provocada por el dolor y el displacer ha de tener tal consecuencia. Esta coexcitación libidinosa en la tensión correspondiente al dolor o al displacer sería un mecanismo fisiológico infantil que desaparecería luego. Variable en importancia, según la constitución sexual del sujeto, suministraría en todo caso la base sobre la cual puede alzarse más tarde, como superestructura psíquica, el masoquismo erógeno.

Esta explicación nos resulta ya insuficiente, pues no arroja luz ninguna sobre las relaciones íntimas y regulares del masoquismo con el sadismo, su contrapartida en la vida instintiva. Si retrocedemos aún más, hasta la hipótesis de los dos órdenes de instintos que suponemos actúan en los seres animados, descubrimos una distinta derivación, que no contradice, sin embargo, la anterior. La libido tropieza en los seres animados (pluricelulares) con el instinto de muerte o de destrucción en ellos dominantes, que tiende a descomponer estos seres celulares, y a conducir cada organismo elemental al estado de estabilidad anorgánica (aun cuando tal estabilidad sólo sea relativa). Se le plantea, pues, la labor de hacer inofensivo este instinto destructor, y la lleva a cabo orientándose en su mayor parte, y con ayuda de un sistema orgánico especial, el sistema muscular, hacia fuera, contra los objetos del mundo exterior. Tomaría entonces el nombre de instinto de destrucción, instinto de aprehensión o voluntad de poderío. Una parte de este instinto queda puesta directamente al servicio de la función sexual, cometido en el que realizará una importantísima labor. Éste es el sadismo propiamente dicho. Otra parte no colabora a esta transposición hacia lo exterior, pervive en el organismo y queda lijada allí libidinosamente con ayuda de la coexcitación sexual antes mencionada. En ella hemos de ver el masoquismo primitivo

erógeno.

Carecemos por completo de un conocimiento psicológico de los caminos y los medios empleados en esta doma del instinto de muerte por la libido. Analíticamente, sólo podemos suponer que ambos instintos se mezclan formando una amalgama de proporciones muy variables. No esperaremos, pues, encontrar instintos de muerte o instintos de vida puros, sino distintas combinaciones de los mismos. A esta mezcla de los instintos puede corresponder, en determinadas circunstancias, su separación. Por ahora no es posible adivinar qué parte de los instintos de muerte es la que escapa a tal doma, ligándose a elementos libidinosos.

Aunque no con toda exactitud, puede decirse que el instinto de muerte que actúa en el organismo —el sadismo primitivo— es idéntico al masoquismo. Una vez que su parte principal queda orientada hacia el exterior y dirigida sobre los objetos, perdura en lo interior, como residuo suyo, el masoquismo erógeno propiamente dicho, el cual ha llegado a ser, por un lado, un componente de la libido; pero continúa, por otro, teniendo como objeto el propio individuo.

Así, pues, este masoquismo sería un testimonio y una supervivencia de aquella fase de la formación en la que se formó la amalgama entre el instinto de muerte y el Eros, suceso de importancia esencial para la vida. No nos asombrará oír, por tanto, que en determinadas circunstancias el sadismo o instinto de destrucción orientado hacia el exterior o proyectado puede ser vuelto hacia el interior, o sea introyectado de nuevo, retornando así por regresión a su situación anterior. En este caso producirá el masoquismo secundario que se adiciona al primitivo.

El masoquismo primitivo pasa por todas las fases evolutivas de la libido y toma de ellas sus distintos aspectos psíquicos. El miedo a ser devorado por el animal totémico (el padre) procede de la primitiva organización oral; el deseo de ser maltratado por el padre, de la fase sádico-anal inmediata; la fase fálica de la organización introduce en el contenido de las fantasías masoquistas la castración[2156]; más tarde, excluida de ellas y de la organización genital definitiva, se derivan naturalmente las situaciones femeninas, características de ser sujeto pasivo del coito y parir. También nos explicamos fácilmente el importante papel desempeñado por el masoquismo por una cierta parte del

cuerpo humano (las nalgas), pues es la parte del cuerpo erógenamente preferida en la fase anal-sádica, como lo es el pecho en la fase oral y el pene en la fase genital.

La tercera forma del masoquismo, el masoquismo moral, resulta, sobre todo, singular, por mostrar una relación mucho menos estrecha con la sexualidad. A todos los demás tormentos masoquistas se enlaza la condición de que provengan de la persona amada y sean sufridos por orden suya, limitación que falta en el masoquismo moral. Lo que importa es el sufrimiento mismo, aunque no provenga del ser amado, sino de personas indiferentes o incluso de poderes o circunstancias impersonales. El verdadero masoquismo ofrece la mejilla a toda posibilidad de recibir un golpe. Nos inclinaríamos, quizá a prescindir de la libido en la explicación de esta conducta, limitándonos a suponer que el instinto de destrucción ha sido nuevamente orientado hacia el interior y actúa contra el propio *yo*; pero hemos de tener en cuenta que los usos del lenguaje han debido de hallar algún fundamento para no haber abandonado la relación de esta norma de conducta con el erotismo y dar también a estos individuos que se martirizan a sí mismos el nombre de masoquistas.

Fieles a una costumbre técnica, nos ocuparemos primeramente de la forma externa, indudablemente patológica, de este masoquismo. Ya en otro lugar[2157] expusimos que el tratamiento analítico nos presenta pacientes cuya conducta contra el influjo terapéutico nos obliga a adscribirles un sentimiento «inconsciente» de culpabilidad. En este mismo trabajo indicamos en qué nos es posible reconocer a tales personas («la reacción terapéutica negativa»), y no ocultamos tampoco que la energía de tales impulsos constituye una de las más graves resistencias del sujeto y el máximo peligro para el buen resultado de nuestros propósitos médicos o pedagógicos. La satisfacción de este sentimiento inconsciente de culpabilidad es quizá la posición más fuerte de la «ventaja de la enfermedad», o sea de la suma de energías que se rebela contra la curación y no quiere abandonar la enfermedad. Los padecimientos que la neurosis trae consigo constituyen precisamente el factor que da a esta enfermedad un alto valor para la tendencia masoquista. Resulta también muy instructivo comprobar que una neurosis que ha desafiado todos los esfuerzos terapéuticos puede desaparecer, contra todos los principios teóricos y contra

todo lo que era de esperar, una vez que el sujeto contrae un matrimonio que le hace desgraciado, pierde su fortuna o contrae una peligrosa enfermedad orgánica. Un padecimiento queda entonces sustituido por otro y vemos que de lo que se trataba era tan sólo de poder conservar cierta medida de dolor.

El sentimiento inconsciente de culpabilidad no es aceptado fácilmente por los enfermos. Saben muy bien en qué tormento (remordimientos) se manifiesta un sentimiento consciente de culpabilidad, y no pueden, por tanto, convencerse de que abrigan en su interior movimientos análogos de los que nada perciben. A mi juicio, satisfacemos en cierto modo su objeción renunciando al nombre de «sentimiento inconsciente de culpabilidad» y sustituyéndolo por el de «necesidad de castigo». Pero no podemos prescindir de juzgar y localizar este sentimiento inconsciente de culpabilidad conforme al modelo del consciente. Hemos adscrito al *super-yo* la función de la conciencia moral y hemos reconocido en la conciencia de la culpabilidad una manifestación de una tensión entre el *yo* y el *super-yo*. El *yo* reacciona con sentimientos de angustia a la percepción de haber permanecido por debajo de las exigencias de su ideal, el *super-yo*. Querremos saber ahora cómo el *super-yo* ha llegado a tal categoría y por qué el *yo* ha de sentir miedo al surgir una diferencia con su ideal.

Después de indicar que el *yo* encuentra su función en unir y conciliar las exigencias de las tres instancias a cuyo servicio se halla, añadiremos que tiene en el *super-yo* un modelo al cual aspirar. Este *super-yo* es tanto el representante del *Ello* como el del mundo exterior. Ha nacido por la introyección en el *yo* de los primeros objetos de los impulsos libidinosos del *Ello* —el padre y la madre—, proceso en el cual quedaron desexualizadas y desviadas de los fines sexuales directos las relaciones del sujeto con la pareja parental, haciéndose de este modo posible el vencimiento del complejo de Edipo. El *super-yo* conservó así caracteres esenciales de las personas introyectadas: su poder, su rigor y su inclinación a la vigilancia y al castigo. Como ya hemos indicado en otro lugar[2158] ha de suponerse que la separación de los instintos, provocada por tal introducción en el *yo*, tuvo que intensificar el rigor. El *super-yo*, o sea la conciencia moral que actúa en él, puede, pues, mostrarse dura, cruel e implacable contra el *yo* por él guardado. El imperativo categórico de Kant es, por tanto, el heredero directo del

complejo de Edipo.

Pero aquellas mismas personas que continúan actuando en el *super-yo,* como instancia moral después de haber cesado de ser objeto de los impulsos libidinosos del *Ello,* pertenecen también al mundo exterior real. Han sido tomados de este último, y su poder, detrás del cual se ocultan todas las influencias del pasado y de la tradición, era una de las manifestaciones más sensibles de la realidad. A causa de esta coincidencia, el *super-yo,* sustitución del complejo de Edipo, llega a ser también el representante del mundo exterior real, y de este modo, el prototipo de las aspiraciones del *yo.*

El complejo de Edipo demuestra ser así, como ya lo supusimos desde el punto de vista histórico[2159], la fuente de nuestra moral individual. En el curso de la evolución infantil, que separa paulatinamente al sujeto de sus padres, va borrándose la importancia personal de los mismos para el *super-yo*. A las «imágenes» de ellos restantes se agregan luego las influencias de los maestros del sujeto y de las autoridades por él admiradas, de los héroes elegidos por él como modelos, personas que no necesitan ya ser introyectadas por el *yo*, más resistente ya. La última figura de esta serie iniciada por los padres es el Destino, oscuro poder que sólo una limitada minoría humana llega a aprehender impersonalmente. No encontramos gran cosa que oponer al poeta holandés Multatuli, cuando sustituye la Μοίρσ (Destino), de los griegos por la pareja divina Α ὀγος χσί Ἀ νσγχη (Razón y Necesidad), pero todos aquellos que transfieren la dirección del suceder universal a Dios, o a Dios y a la Naturaleza, despiertan la sospecha de que sienten todavía estos poderes tan extremos y lejanos como una pareja parental y se creen enlazados a ellos por ligámenes libidinosos. En *El «yo» y el «Ello»* he intentado derivar el miedo real del hombre a la muerte de tal concepción parental del Destino. Muy difícil me parece libertamos de ella.

Después de las consideraciones preparatorias que anteceden podemos retomar al examen del masoquismo moral. Decíamos que los sujetos correspondientes despiertan por su conducta en el tratamiento y en la vida la impresión de hallarse excesivamente coartados moralmente, encontrándose bajo el dominio de una conciencia moral singularmente susceptible, aunque esta «supermoral» no se haga consciente en ellos. Un examen más detenido nos descubre la diferencia que separa del masoquismo a tal continuación

inconsciente de la moral. En esta última, el acento recae sobre el intenso sadismo del *super-yo*, al cual se somete el *yo*; en el masoquismo moral, el acento recae sobre el propio masoquismo del *yo*, que demanda castigo, sea por parte del *super-yo*, sea por los poderes parentales externos. Nuestra confusión inicial es, sin embargo, excusable, pues en ambos casos se trata de una relación entre el *yo* y el *super-yo*, o poderes equivalentes a este último, y de una necesidad satisfecha por el castigo y el dolor. Constituye, pues, una circunstancia accesoria, casi indiferente, el que el sadismo del *super-yo* se haga, por lo general, claramente consciente, mientras que la tendencia masoquista del *yo* permanece casi siempre oculta a la persona y ha de ser deducida de su conducta.

La inconsciencia del masoquismo moral nos dirige sobre una pista inmediata. Pudimos interpretar el «sentimiento inconsciente de culpabilidad» como una necesidad de castigo por parte de un poder mental. Sabemos ya también que el deseo de ser maltratado por el padre, tan frecuente en las fantasías, se halla muy próximo al de entrar en una relación sexual pasiva (femenina) con él, siendo tan sólo una deformación regresiva del mismo. Aplicando esta explicación al contenido del masoquismo moral, se nos revelará su sentido oculto. La conciencia moral y la moral han nacido por la superación y la desexualización del complejo de Edipo; el masoquismo moral sexualiza de nuevo la moral, reanima el complejo de Edipo y provoca una regresión desde la moral al complejo de Edipo. Todo esto no beneficia ni a la moral ni al individuo. Éste puede haber conservado al lado de su masoquismo plena moralidad o cierta medida de moralidad; pero también puede haber perdido, a causa del masoquismo, gran parte de su conciencia moral Por otro lado, el masoquismo crea la tentación de cometer actos «pecaminosos», que luego habrán de ser castigados con los reproches de la conciencia moral sádica (así en tantos caracteres de la literatura rusa) o con las penas impuestas por el gran poder parental del Destino. Para provocar el castigo por esta última representación parental tiene el masoquismo que obrar inadecuadamente, laborar contra su propio bien, destruir los horizontes que se le abren en el mundo real e incluso poner término a su propia existencia real.

El retorno del sadismo contra la propia persona se presenta regularmente con ocasión del *sojuzgamiento cultural de los instintos*, que impide utilizar al

sujeto en la vida una gran parte de sus componentes instintivos destructores. Podemos representamos que esta parte rechazada del instinto de destrucción surge en el *yo* como una intensificación del masoquismo. Pero los fenómenos de la conciencia moral dejan adivinar que la destrucción que retorna al *yo* desde el mundo exterior es también acogida por el *super-yo*, aunque no haya tenido efecto la transformación indicada, quedando así intensificado su sadismo contra el *yo*. El sadismo del *super-yo* y el masoquismo del *yo* se completan mutuamente y se unen para provocar las mismas consecuencias. A mi juicio, sólo así puede comprenderse que del sojuzgamiento de los instintos resulte —con frecuencia o en general— un sentimiento de culpabilidad y que la conciencia moral se haga tanto más rígida y susceptible cuanto más ampliamente renuncia el sujeto a toda agresión contra otros. Pudiera esperar que un individuo que se esfuerza en evitar toda agresión culturalmente indeseable habría de gozar de una conciencia tranquila y vigilar menos desconfiadamente a su *yo*. Generalmente, se expone la cuestión como si la exigencia moral fuese lo primario y la renuncia al instinto una consecuencia suya: Pero de este modo permanece inexplicado el origen de la moralidad. En realidad, parece suceder todo lo contrario; la primera renuncia al instinto es impuesta por poderes exteriores y crea entonces la moralidad, la cual se manifiesta en la conciencia moral y exige más amplia renuncia a los instintos[2160].

El masoquismo moral resulta así un testimonio clásico de la existencia de la mezcla o fusión de los instintos. Su peligro está en proceder del instinto de muerte y corresponder a aquella parte del mismo que eludió ser proyectada al mundo exterior en calidad de instinto de destrucción. Pero, como además integra la significación de un componente erótico, la destrucción del individuo por sí propio no puede tener efecto sin una satisfacción libidinosa.

CXXXI

AUTOBIOGRAFÍA[2161]

1924 [1925]

I

VARIOS colaboradores de esta colección inician sus trabajos haciendo resaltar la espinosa singularidad de su contenido. Para mí resulta aún más ardua la labor, pues en los repetidos trabajos de este género que tengo ya publicados he tropezado siempre con que la especial naturaleza del tema obligaba a hablar de mí mismo más de lo que generalmente es costumbre o se juzga necesario.

Mi primera exposición del desarrollo y el contenido del psicoanálisis quedó integrada en las cinco conferencias[2162] que la Clark University, de Worcester (Estados Unidos), me invitó a pronunciar en sus aulas durante las fiestas con que celebró el vigésimo aniversario de su fundación (1909). Recientemente he escrito para una publicación americana *Los comienzos del siglo XX*, cuyos lectores hicieron honor a la importancia de nuestra disciplina reservándola en un capítulo especial otro trabajo análogo[2163]. En el mismo intervalo, la revista *Jahrbuch der Psychoanalyse* publicó un ensayo mío, titulado *Historia del psicoanálisis*, que contiene ya todo lo que aquí pudiera comunicar. Siéndome imposible contradecirme, y no queriendo repetir sin modificación lo ya expuesto en otros lugares, habré de intentar establecer en

el presente trabajo una nueva proporción de elementos subjetivos y objetivos, fundiendo lo biográfico con lo histórico.

Nací el año 1856, en Freiberg (Moravia), pequeña ciudad de la actual Checoslovaquia. Mis padres eran judíos, confesión a la que continúo perteneciendo. De mis ascendientes por línea paterna creo saber que vivieron durante muchos años en Colonia; emigraron en el siglo XIV o XV hacia el Este obligados por una persecución contra los judíos, y retornaron luego en el siglo XIX a través de Lituania y Galitzia, estableciéndose en Austria. Cuando tenía yo cuatro años me trajeron mis padres a Viena, ciudad en la que he seguido todos los grados de instrucción.

En el Gymnasium conservé durante siete años el primer puesto, gozando así de una situación privilegiada y siéndome dispensados casi todos los exámenes. Aunque nuestra posición económica no era desahogada, quería mi padre que para escoger carrera atendiese únicamente a mis inclinaciones. En aquellos años juveniles no sentía predilección especial ninguna por la actividad médica, ni tampoco la he sentido después. Lo que me dominaba era una especie de curiosidad relativa más bien a las circunstancias humanas que a los objetos naturales, y que no había reconocido aún la observación como el medio principal de satisfacerse.

Mi profunda dedicación a los escritos bíblicos (iniciada casi al tiempo que aprendí el arte de la lectura) tuvo, como lo reconocí mucho después, un prolongado efecto en la línea de mis intereses. Bajo la poderosa influencia de una amistad escolar con un niño mayor que yo, que llegó a ser un destacado político, se me formó el deseo de estudiar leyes como él y de obligarme a actividades sociales.

La teoría de Darwin, muy en boga por entonces, me atraía extraordinariamente porque quería prometer un gran progreso hacia la comprensión del mundo. La lectura del ensayo goethiano *La Naturaleza*, escuchada en una conferencia de vulgarización científica, me decidió por último a inscribirme en la Facultad de Medicina.

La Universidad, a cuyas aulas comencé a asistir en 1873, me procuró al principio sensibles decepciones. Ante todo, me preocupaba la idea de que mi pertenencia a la confesión israelita me colocaba en una situación de

inferioridad con respecto a mis condiscípulos, entre los cuales resultaba un extranjero. Pero pronto rechacé con toda energía tal preocupación.

Nunca he podido comprender por qué habría de avergonzarme de mi origen o, como entonces comenzaba ya a decirse, de mi raza. Asimismo renuncié sin gran sentimiento a la connacionalidad que se me negaba. Pensé, en efecto, que para un celoso trabajador siempre habría un lugar, por pequeño que fuese, en las filas de la Humanidad laboriosa, aunque no se hallase integrado en ninguno de los grupos nacionales. Pero estas primeras impresiones universitarias tuvieron la consecuencia importantísima de acostumbrarme desde un principio figurar en las filas de la oposición y fuera de la «mayoría compacta», dotándome de una cierta independencia de juicio.

Descubrí también en estos primeros años de Universidad que la peculiaridad y la limitación de mis aptitudes me vedaban todo progreso en algunas disciplinas científicas, cuyo estudio había emprendido con juvenil impetuosidad. De este modo se me impuso la verdad de la advertencia del Mefistófeles goethiano: «En vano vagáis por los dominios de la ciencia; nadie aprende sino aquello que le está dado aprender».

En el laboratorio fisiológico de Ernesto Brücke logré por fin tranquilidad y satisfacción completas, hallando en él personas que me inspiraban respeto, y a las que podía tomar como modelos: el mismo gran Brücke y sus ayudantes Sigmund Exner y Ernst Fleischl von Marxow. Brücke me encargó de una investigación, relativa a la histología del sistema nervioso; trabajo que llevé a cabo a satisfacción suya, y continué luego por mi cuenta. Permanecí en este Instituto desde 1876 a 1882, con pequeñas interrupciones, y se me consideraba destinado a ocupar la primera vacante de «auxiliar» que en él se produjera. Los estudios propiamente médicos —excepción hecha de la Psiquiatría— no ejercían sobre mí gran atención, y retrasándome así en mi carrera, no obtuve el título de doctor hasta 1881.

Pero en 1882 mi venerado maestro rectificó la confiada ligereza de mi padre, llamándome urgentemente la atención sobre mi mala situación económica, y aconsejándome que abandonase mi actividad, puramente teórica. Siguiendo sus consejos, dejé el laboratorio fisiológico y entré de aspirante en el Hospital General. Al poco tiempo fui nombrado interno del mismo, y serví en varias de sus salas, pasando más de seis meses en la de

Meynert, cuya personalidad me había interesado ya profundamente en mis años de estudiante.

Sin embargo, permanecí en cierto modo fiel a mis primeros trabajos. Brücke me había indicado al principio, como objeto de investigación, la medula espinal de un pez de los más inferiores (el *Ammocoetes petromyzonj*, y de este estudio pasé al del sistema nervioso humano, sobre cuya complicada estructura acababan de arrojar viva luz los descubrimientos de Flechsig. El hecho de elegir única y exclusivamente al principio la *medulla oblongata* como objeto de investigación, fue también una consecuencia de la orientación de mis primeros estudios, en absoluta oposición a la naturaleza difusa de mi labor durante los primeros años universitarios, se desarrolló en mí una tendencia a la exclusiva concentración del trabajo sobre una materia o un problema únicos. Esta inclinación ha continuado siéndome propia y me ha valido luego el reproche de ser excesivamente unilateral.

En el laboratorio de anatomía cerebral continúe trabajando, con la misma fe que antes en el fisiológico. Durante estos años redacté varios trabajos sobre la *medulla oblongata*, que merecieron la aprobación de Edinger, Meynert, que me había abierto las puertas del laboratorio aun antes de hallarme bajo sus órdenes, me invitó un día a dedicarme definitivamente a la anatomía del cerebro, prometiéndome la sucesión en su cátedra, pues se sentía ya muy viejo para profundizar en los nuevos métodos. Atemorizado ante la magnitud de tal empresa, decliné la proposición. Probablemente, sospechaba ya que aquel hombre genial no se hallaba bien dispuesto para conmigo.

La anatomía del cerebro no representaba para mí, desde el punto de vista práctico, ningún progreso con relación a la Fisiología. Así, pues, para satisfacer las exigencias materiales hube de dedicarme al estudio de las enfermedades nerviosas. Esta especialidad era por entonces poco atendida en Viena. El material de observación se hallaba diseminado en las diversas salas del hospital, y de este modo se carecía de toda ocasión de estudio, viéndose uno obligado a ser su propio maestro. Tampoco Nothnagel, a quien la publicación de su obra sobre la localización cerebral había llevado a la cátedra, diferenciaba la Neuropatología de las demás ramas de la Medicina interna. Atraído por el gran nombre de Charcot, que resplandecía a lo lejos, formé el plan de alcanzar el puesto de «docente» en la rama de enfermedades

nerviosas, y trasladarme luego por algún tiempo a París, con objeto de ampliar allí mis conocimientos.

Durante los años en que fui médico auxiliar publiqué varias observaciones casuísticas sobre enfermedades orgánicas del sistema nervioso. Poco a poco fui dominando la materia, y llegué a poder localizar tan exactamente un foco en la *medulla oblongata*, que la autopsia no añadía detalle alguno a mis afirmaciones. De este modo fui el primer médico de Viena que envió a la sala de autopsias un caso con el diagnóstico de «polineuritis acuta». La fama de mis diagnósticos, confirmados por la autopsia, me atrajo el interés de varios médicos americanos, a los que comencé a dar, en un chapurreado inglés, un cursillo sobre tales temas, utilizando como material de observación a los enfermos de mi sala. Pero no tenía el menor conocimiento de la neurosis; y así, cuando un día presenté a mis oyentes un neurótico con ininterrumpido dolor de cabeza y diagnostiqué el caso de meningitis circunscrita crónica, me abandonaron todos, poseídos de una justificada indignación crítica, dando allí fin mi prematura actividad pedagógica. Sin embargo, alegaré en mi disculpa que grandes autoridades médicas de Viena solían aún diagnosticar por aquel entonces la neurastenia como un tumor cerebral.

En la primavera de 1885 me fue conferida la plaza de «docente» de Neuropatología en mérito de mis trabajos histológicos y clínicos. Poco después me consiguió Brücke una generosa pensión para realizar estudios en el extranjero, y al otoño siguiente me trasladé a París.

Confundido entre los muchos médicos extranjeros que se inscribían como alumnos en la Salpêtrière, no se me dedicó al principio atención ninguna especial. Pero un día oí expresar a Charcot su sentimiento por no haber vuelto a tener noticia alguna desde la pasada guerra del traductor alemán de sus conferencias. Luego agregó que le agradaría mucho encontrar una persona de garantía que se encargase de la traducción alemana de sus *Nuevas conferencias*. Al día siguiente me ofrecí para ello en una carta, en la que recuerdo haber escrito que sólo padecía la *aphasie motrice*, pero no la *aphasie sensorielle du français*. Charcot aceptó mi ofrecimiento, me admitió a su trato privado y me hizo participar desde entonces directamente en todo aquello que en la clínica sucedía.

Hallándome dedicado a la redacción del presente trabajo he recibido de Francia numerosos ensayos y artículos que testimonian de una violenta resistencia a la aceptación del psicoanálisis y contienen a veces afirmaciones totalmente inexactas relativas a mi situación como respecto a la escuela francesa. Así, leo, por ejemplo, que aproveché mi estancia en París para familiarizarme con las teorías de P. Janet, huyendo luego con mi presa. Contra esta afirmación he de hacer constar que durante mi estancia en la Salpêtrière nadie nombraba aún para nada a P. Janet.

De todo lo que vi al lado de Charcot, lo que más me impresionó fueron sus últimas investigaciones sobre la histeria, una parte de las cuales se desarrolló aún en mi presencia, o sea la demostración de la autenticidad y normalidad de los fenómenos histéricos *(Introite et hic dii sunt)*[2164] y de la frecuente aparición de la histeria en sujetos masculinos, la creación de parálisis y contracturas histéricas por medio de la sugestión hipnótica y la conclusión de que estos productos artificiales muestran exactamente los mismos caracteres que los accidentales y espontáneos, provocados con frecuencia por un trauma. Algunas de las demostraciones de Charcot despertaron al principio en mí, como en otros de los asistentes, cierta extrañeza y una tendencia a la contradicción, que intentábamos apoyar en una de las teorías por entonces dominantes. El maestro discutía siempre nuestras objeciones con tanta paciencia y amabilidad como decisión, y en una de estas discusiones pronunció la frase *Ça n'empêche pas d'exister*, para mí inolvidable.

No todo lo que por entonces nos enseñó Charcot se mantiene aún en pie. Parte de ello aparece ahora muy discutible, y otra parte ha sucumbido por completo a la acción del tiempo. Pero, sin embargo, queda aún mucho que ha pasado a integrar duraderamente el contenido de la ciencia. Antes de abandonar París tracé con Charcot el plan de un estudio comparativo de las parálisis histéricas con las orgánicas. Me proponía demostrar el principio de que las parálisis y anestesias histéricas de las diversas partes del cuerpo se delimitan conforme a la representación vulgar (no anatómica) del hombre. El maestro se mostró de acuerdo conmigo, pero no era difícil adivinar que, en el fondo, no se sentía inclinado a profundizar en la psicología de las neurosis. Su punto de partida habría sido, en efecto, la Anatomía.

Antes de regresar a Viena permanecí varias semanas en Berlín dedicado a adquirir algunos conocimientos sobre las enfermedades de la infancia, pues el doctor Kassowitz, de Viena, que dirigía un Instituto de enfermedades de la niñez, me había prometido establecer una sala destinada a las enfermedades nerviosas infantiles. En Berlín fui amablemente acogido por Adolf Baginsky. Durante mi actividad en el Instituto de Kassowitz publiqué luego varios trabajos sobre las parálisis cerebrales de los niños. A estos trabajos se debió más tarde, en 1897, el encargo que me hizo Nothnagel de tratar esta materia en su magno *Manual de la terapia general y especial*.

En otoño de 1886 me establecí como médico en Viena y contraje matrimonio con la mujer que era, hacía ya más de cuatro años, mi prometida, y me esperaba en una lejana ciudad. Por cierto que, siendo aún novia mía, me hizo perder una ocasión de adquirir fama ya en aquellos años juveniles. En 1884 llegó a interesarme profundamente el alcaloide llamado cocaína, por entonces muy poco conocido, y lo hice traer de Merck en cierta cantidad para estudiar sus efectos fisiológicos. Hallándome dedicado a esta labor, se me presentó ocasión de hacer un viaje a la ciudad donde residía mi novia, a la que no veía hacía ya dos años, y puse término rápidamente a mi publicación, prediciendo que no tardarían en descubrirse amplias aplicaciones de aquel alcaloide. Antes de salir de Viena encargué a mi amigo el doctor Königstein, oculista, que investigase en qué medida resultaban aplicables las propiedades anestésicas de la cocaína en las intervenciones propias de su especialidad. A mi vuelta encontré que no Königstein, sino otro de mis amigos, Carl Koller (actualmente en Nueva York), al que también había hablado de la cocaína, había llevado a cabo decisivos experimentos sobre sus propiedades anestésicas, comunicándolos y demostrándolos en el Congreso de Oftalmología de Heidelberg. Koller es, por tanto, considerado, con razón, como el descubridor de la anestesia local por medio de la cocaína, tan importante para la pequeña cirugía. Por mi parte, no guardo a mi mujer rencor alguno por la ocasión perdida.

Mi establecimiento como neurólogo en Viena data, como antes indiqué, del otoño de 1886. A mi regreso de París y Berlín me hallaba obligado a dar cuenta en la Sociedad de Médicos de lo que había visto y aprendido en la clínica de Charcot. Pero mis comunicaciones a esta Sociedad fueron muy mal

acogidas. Personas de gran autoridad, como el doctor Bamberger, presidente de la misma, las declararon increíbles. Meynert me invitó a buscar en Viena casos análogos a los que describía y a presentarlos a la Sociedad. Mas los médicos en cuyas salas pude hallar tales casos me negaron la autorización de observarlos. Uno de ellos, un viejo cirujano, exclamó al oírme: «Pero ¿cómo puedes sostener tales disparates? Hysteron (sic) quiere decir "útero". ¿Cómo, pues, puede un hombre ser histérico?» En vano alegué que no pedía la aceptación de mis diagnósticos, sino tan sólo que se me dejara disponer de los enfermos que eligiera. Por fin encontré, fuera del hospital, un caso clásico de hemianestesia histérica en un sujeto masculino y pude presentarlo y demostrarlo ante la Sociedad de Médicos. Esta vez tuvieron que rendirse a la evidencia, pero se desinteresaron en seguida de la cuestión. La impresión de que las grandes autoridades médicas habían rechazado mis innovaciones, obtuvo la victoria, y me vi relegado a la oposición con mis opiniones sobre la histeria masculina y la producción de parálisis histéricas por medio de la sugestión. Cuando poco después se me cerraron las puertas del laboratorio de Anatomía cerebral y me vi falto de local en el que dar mis conferencias, me retiré en absoluto de la vida académica y de relación profesional. Desde entonces no he vuelto a poner los pies en la Sociedad de Médicos.

Pero si quería vivir del tratamiento de los enfermos nerviosos había de ponerme en condiciones de presentarles algún auxilio. Mi arsenal terapéutico no comprendía sino dos armas, la electroterapia y la hipnosis, pues el envío del enfermo a unas aguas medicinales después de una única visita no constituía una fuente suficiente de rendimiento. Por lo que respecta a electroterapia, me confié al manual de W. Erb, que integraba prescripciones detalladas para el tratamiento de todos los síntomas nerviosos. Desgraciadamente, comprobé al poco tiempo que tales prescripciones eran ineficaces y que me había equivocado al considerarlas como una cristalización de observaciones concienzudas y exactas, no siendo sino una arbitraria fantasía. Este descubrimiento de que la obra del primer neuropatólogo alemán no tenga más relación con la realidad que un libro egipcio sobre los sueños, como los que se venden en baratillos, me fue harto doloroso, pero me ayudó a libertarme de un resto de mi ingenua fe en las

autoridades. Así, pues, eché a un lado el aparato eléctrico, antes que Moebius declarara decisivamente que los resultados del tratamiento eléctrico de los enfermos nerviosos no eran sino un efecto de la sugestión del médico.

La hipnosis era ya otra cosa. Siendo aún estudiante, asistía a una sesión pública del «magnetizador» Hansen y observé que uno de los sujetos del experimento palidecía al entrar en el estado de rigidez cataléptica y permanecía lívido hasta que el magnetizador le hacía volver a su estado normal. Esta circunstancia me convenció de la legitimidad de los fenómenos hipnóticos. Poco después halló esta opinión en Heindenhain, su representante científico, circunstancia que no le impidió a los profesores de Psiquiatría continuar afirmando que el hipnotismo era una farsa peligrosa y despreciando a los hipnotizadores. Por mi parte, había visto emplear sin temor alguno, en París, el hipnotismo, para crear síntomas y hacerlos luego desaparecer. Poco después llegó a nosotros la noticia de que en Nancy había surgido una escuela que utilizaba ampliamente la sugestión, con hipnotismo o sin él, para fines terapéuticos, logrando sorprendentes resultados. Todas estas circunstancias me llevaron a hacer de la sugestión hipnótica mi principal instrumento de trabajo —aparte de otros métodos psicoterápicos más casuales y menos sistemáticos— durante mis primeros años de actividad médica.

Esto suponía la renuncia al tratamiento de las enfermedades nerviosas orgánicas, pero tal renuncia no significaba gran cosa, pues en primer lugar la terapia de tales estados no ofrecía porvenir ninguno, y en segundo, el número de enfermos de este género resultaba pequeñísimo, comparado con el de los neuróticos, número que aparece, además, multiplicado por el hecho de que los pacientes pasan de un médico a otro sin hallar alivio. Por último, el hipnotismo daba a la labor médica considerable atractivo. El médico se libertaba por vez primera del sentimiento de su impotencia, y se veía halagado por la fama de obtener curas milagrosas. Más tarde descubrí los inconvenientes de este procedimiento, pero al principio sólo podía reprocharle dos defectos: primeramente, no resultaba posible hipnotizar a todos los enfermos, y en segundo lugar, no estaba al alcance del médico lograr, en determinados casos, una hipnosis tan profunda como lo creyese conveniente. Con el propósito de perfeccionar mi técnica hipnótica, fui en 1889 a Nancy, donde pasé varias semanas. Vi allí al anciano Liébault, en su

conmovedora labor con las mujeres y niños de la población obrera, y fui testigo de los experimentos de Bernheim con los enfermos del hospital, adquiriendo intensas impresiones de la posible existencia de poderosos procesos anímicos que permanecían, sin embargo, ocultos a la conciencia. Pensando que sería valioso persuadí a una de mis pacientes seguirme a Nancy. Histérica, mujer distinguida y de geniales dotes, que había acudido a mí después de no haber hallado alivio alguno en las prescripciones de otros médicos. Por medio de la sugestión hipnótica conseguí procurarle una existencia soportable, logrando extraerla de su miserable estado. El hecho de que al cabo de algún tiempo recayese siempre, lo atribuí, en mi desconocimiento de las circunstancias verdaderas, a que su hipnosis no había llegado a alcanzar nunca el grado de sonambulismo con amnesia. Bernheim intentó también hipnotizarla profundamente, pero tampoco lo consiguió, confesando luego sinceramente que sus grandes éxitos terapéuticos habían sido siempre con pacientes de su sala del hospital, nunca con enfermos de su consulta privada. Durante mi estancia en Nancy tuve con él varias interesantísimas conversaciones y acepté el encargo de traducir al alemán sus dos obras sobre la sugestión y sus efectos terapéuticos.

De 1886 a 1891 abandoné casi por completo la investigación científica y apenas publiqué algo. Tuve, en efecto, que dedicar todo mi tiempo a afirmarme en mi nueva actividad y a asegurar la existencia material de mi familia, que iba creciendo rápidamente. En 1891 publiqué mi primer trabajo sobre las parálisis cerebrales infantiles, escrito en colaboración con el doctor Oskar Rie, mi amigo y ayudante. Asimismo fui invitado a encargarme de la parte referente a la teoría de la afasia, dominada entonces por el punto de vista de la localización, sostenido por Wernicke y Lichtheim en una obra de Medicina. Un librito crítico-especulativo, titulado *Sobre la afasia*, fue el fruto de esta labor. Pasaré ahora a describir cómo la investigación científica volvió a constituir el interés capital de mi vida.

II

COMPLETANDO la exposición que precede, añadiré que desde un principio me serví del hipnotismo para un fin distinto de la sugestión hipnótica. Lo utilicé, en efecto, para hacer que el enfermo me revelase la historia de la génesis de sus síntomas, sobre la cual no podía muchas veces proporcionarme dato alguno hallándose en estado normal. Este procedimiento, a más de entrañar una mayor eficacia que los simples mandatos y prohibiciones de la sugestión, satisfacía la curiosidad científica del médico, el cual poseía un indiscutible derecho a averiguar algo del origen del fenómeno, cuya desaparición intentaba lograr por medio del monótono procedimiento de la sugestión.

A este otro procedimiento llegué del modo siguiente: Hallándome aún en el laboratorio de Brücke conocí al doctor José Breuer, uno de los médicos de cabecera más considerados de Viena, que poseía además un pasado científico, pues era autor de varios valiosos trabajos sobre la fisiología de la respiración y sobre el órgano del equilibrio. Era Breuer un hombre de inteligencia sobresaliente, catorce años mayor que yo. Nuestras relaciones se hicieron pronto íntimas, y Breuer llevó su amistad hasta auxiliarme en situaciones difíciles de mi vida. Durante muchos años compartimos todo interés científico, siendo yo, naturalmente, a quien este intercambio beneficiaba más. El desarrollo del psicoanálisis me costó después su amistad. Muy difícil me fue prescindir de ella, pero resultó inevitable.

Antes de mi viaje a París me había comunicado ya Breuer un caso de histeria, sometido por él desde 1880 a 1882 a un tratamiento especial, por medio del cual había conseguido penetrar profundamente en la motivación y significación de los síntomas histéricos. Esto sucedía en una época en la que los trabajos de Janet pertenecían aún al futuro. Breuer me leyó varias veces fragmentos del historial clínico de dicho caso, que me dieron la impresión de constituir un progreso decisivo en la inteligencia de las neurosis. Durante mi estancia en París di cuenta a Charcot de los descubrimientos de Breuer, pero el maestro no demostró interesarse por ellos.

De retorno a Viena, hice que Breuer me comunicase más detalladamente sus observaciones. La paciente era una muchacha de ilustración y aptitudes nada comunes, cuya dolencia había comenzado a manifestarse en ocasión de hallarse dedicada al cuidado de su padre, gravemente enfermo. Cuando

acudió a la consulta de Breuer, ofrecía un variado cuadro sintomático: parálisis, con contracciones, inhibiciones y estado de perturbación psíquica. Una observación casual reveló al médico que la paciente podía ser libertada de tales perturbaciones de la conciencia cuando se le hacía dar una expresión verbal a la fantasía afectiva que de momento la dominaba. De este descubrimiento dedujo Breuer un método terapéutico. Sumiendo a la sujeto en un profundo sueño hipnótico, la hacía relatar lo que en aquellos instantes oprimía su ánimo. Dominados así los accesos de perturbación depresiva, empleó el mismo procedimiento para provocar la desaparición de las inhibiciones y de los trastornos somáticos. Durante el estado de vigilia, la paciente era tan incapaz como otros enfermos de indicar la génesis de sus síntomas y no encontraba conexión alguna entre ellos y algunas impresiones de su vida. Pero en la hipnosis hallaba inmediatamente el enlace buscado. Resultó así que todos sus síntomas se hallaban relacionados con intensas impresiones, recibidas durante el tiempo que pasó cuidando a su padre, enfermo, y que, por tanto, poseían un sentido, correspondiendo a restos o reminiscencias de tales situaciones afectivas. Generalmente resultaba que en ocasión de hallarse junto al lecho de su padre había tenido que reprimir un pensamiento o un impulso, en cuyo lugar y representación había luego aparecido el síntoma. Mas, por lo regular, cada síntoma no constituía el residuo de una sola escena «traumática», sino el resultado de la adición de numerosas situaciones análogas. Cuando luego en la hipnosis recordaba la sujeto alucinatoriamente una tal situación y realizaba *a posteriori* el acto psíquico antes reprimido, dando libre curso al afecto correspondiente, desaparecía definitivamente el síntoma. Por medio de este procedimiento consiguió Breuer, después de una larga y penosa labor, libertar a la enferma de todos sus síntomas.

La sujeto quedó así curada, y no volvió a experimentar perturbación alguna del orden histérico, habiéndose demostrado luego capaz de importantes rendimientos intelectuales. Pero el desenlace del tratamiento quedaba envuelto para mí en una cierta oscuridad, que Breuer no quiso nunca disipar. También me era imposible comprender por qué había mantenido secreto durante tanto tiempo su descubrimiento, que yo consideraba inestimable, en lugar de hacerlo público, en provecho de la ciencia. La única

objeción admisible era la de si debía generalizar un hecho comprobado tan sólo en un único caso; pero las circunstancias descubiertas me parecían de naturaleza tan fundamental, que, una vez demostradas en un caso de histeria, tenían, a mi juicio, que aparecer integradas en todo enfermo de este orden. Ahora bien: siendo ésta una cuestión que sólo la experiencia podía decidir, comencé a repetir con mis pacientes las investigaciones de Breuer, no empleando con ellos método ninguno distinto, sobre todo después que mi visita a Bernheim en 1889 me hubo revelado los límites eficaces de la sugestión hipnótica, y al cabo de varios años, durante los cuales no hallé un solo caso de histeria que siendo accesible a dicho método no confirmase los descubrimientos de Breuer, habiendo reunido un importante material de observaciones análogas a las suyas, le propuse publicar un trabajo común sobre la materia, cosa a la que comenzó por resistirse tenazmente. Por último, cedió a mis instancias cuando ya Janet se había adelantado, publicando en sus trabajos una parte de los resultados anteriormente obtenidos por Breuer; esto es, la referencia de los síntomas histéricos a impresiones de la vida del sujeto y su supresión por medio de la reproducción hipnótica *in statu nascendi*. Así, pues, dimos a la estampa en 1893 una «comunicación interna», titulada *Sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos*, y en 1895, nuestro libro *Estudios sobre la histeria*[2165].

El contenido de este libro es, en su parte esencial, de Breuer, circunstancia que siempre he declarado honradamente y que hago constar aquí una vez más. En la teoría que en él se intenta elaborar trabajé en una medida cuya determinación no es ya hoy posible. Esta teoría se mantiene dentro de límites modestísimos, no yendo mucho más allá de una expresión inmediata de las observaciones realizadas. No intenta fijar la naturaleza de la histeria, sino tan sólo esclarecer la génesis de sus síntomas. En esta labor acentúa la significación de la vida afectiva y la importancia de la distinción entre actos psíquicos inconscientes y conscientes (o mejor, capaces de conciencia) e introduce un factor dinámico, haciendo nacer el síntoma del estancamiento de un afecto y un factor económico, considerando al mismo síntoma como el resultado de la transformación de un montante de energía, utilizado normalmente de un modo distinto (la llamada «conversión»), Breuer dio a nuestro método el calificativo de «catártico», y declaró que su fin

terapéutico era el de hacer que el montante de afecto usado para mantener el síntoma y estancado en vías erradas, y sea llevado a la descarga (o abreación) por vías normales. Este método catártico alcanzó excelentes resultados. Los defectos que más tarde demostró entrañar son los inherentes a todo tratamiento hipnótico. Todavía actualmente hay muchos psicoterapeutas que continúan empleando este método tal y como Breuer lo empleaba. En el tratamiento de las neurosis de guerra en el Ejército alemán durante la conflagración europea, lo ha utilizado E. Simmel con éxito satisfactorio como procedimiento curativo abreviado. La sexualidad no desempeñaba en la teoría de la catarsis papel importante ninguno. En los historiales clínicos aportados por mí a los *Estudios sobre la histeria* intervienen ciertamente factores de la vida sexual; pero apenas se les concede un valor distinto del de las restantes excitaciones afectivas. De su primera paciente, que ha llegado a adquirir celebridad, cuenta Breuer que lo sexual se hallaba en ella sorprendentemente poco desarrollado. Por los *Estudios sobre la histeria* no sería fácil adivinar la importancia de la sexualidad en la etiología de las neurosis.

He descrito ya varias veces tan detalladamente el estadio inmediato de nuestra disciplina, o sea, el paso desde la catarsis al psicoanálisis propiamente dicho, que ha de serme difícil consignar aquí nada nuevo. El suceso que inició esta transición fue el retraimiento de Breuer de nuestra colaboración, quedando desde este momento en mis manos la administración de su herencia. Ya anteriormente habían surgido entre nosotros algunas diferencias de opinión; pero no habían sido suficientes para separarnos. Para el problema de cuándo se hace patógeno un proceso anímico, esto es, de cuándo queda excluido de un desenlace normal, prefería Breuer una teoría que pudiéramos calificar de fisiológica. Opinaba que los procesos que escapaban a su destino normal eran aquellos que nacían en estados anímicos extraordinarios (estados «hipnoides»), Pero esta solución no hacía sino plantear un nuevo problema: el de cuál podría ser el origen de tales estados hipnoides. Por mi parte, suponía, en cambio, la existencia de un juego de fuerzas, esto es, del efecto de intenciones y tendencias análogas a las observables en la vida anormal, oponiendo así a la «histeria hipnoide» de Breuer la «neurosis de defensa». Pero estas y otras diferencias no hubieran llevado nunca a Breuer a

abandonar sus trabajos si no hubiesen venido a agregarse a ellas otros factores. En primer lugar, su extensa clientela le impedía dedicar, como yo, toda su actividad a la labor catártica, y, además, influyó sobre él la mala acogida que nuestro libro obtuvo. Su confianza en sí mismo y su capacidad de resistencia no se hallaban a la altura de su restante organización espiritual. Cuando, por ejemplo, dedica Strümpell una durísima crítica a nuestro libro, pude yo dejarla resbalar sobre mí, dándome cuenta de la absoluta incomprensión del exegeta; pero Breuer se irritó y comenzó a sentirse descorazonado. De todos modos, lo que más contribuyó a su decisión fue la imposibilidad de familiarizarse con la nueva orientación que tomaron mis trabajos.

La teoría que habíamos intentado edificar en los *Estudios* era muy incompleta. Sobre todo, apenas habíamos rozado el problema de la etiología, o sea, el de la base del proceso patógeno. Posteriormente hube de comprobar con mayor evidencia cada vez que detrás de las manifestaciones de la neurosis no actuaban excitaciones afectivas de naturaleza indistinta, sino precisamente de naturaleza sexual, siendo siempre conflictos sexuales actuales o repercusiones de sucesos sexuales pasados. He de hacer constar que no me hallaba preparado a tal descubrimiento, totalmente inesperado para mí, que no llevó a la investigación de los sujetos neuróticos prejuicio alguno de este orden. Cuando en 1914 escribí la *Historia del movimiento psicoanalítico* surgió en mí el recuerdo de algunos dichos de Breuer, Charcot y Chrobak, que podían haberme orientado en este camino. Mas por entonces no comprendí bien lo que tales autoridades querían decir, y sus afirmaciones dormitaron en mí hasta que, con ocasión de las investigaciones catárticas, resurgieron bajo la forma de descubrimiento propio. Tampoco sabía en aquella época que al referir la histeria a la sexualidad había retrocedido a los tiempos más antiguos de la Medicina y me había agregado a un juicio de Platón. Esto último me lo reveló mucho después la lectura de un trabajo de Havelock Ellis.

Bajo la influencia de mi sorprendente descubrimiento di un paso que ha tenido amplias consecuencias. Traspasé los límites de la histeria y comencé a investigar la vida sexual de los enfermos llamados neurasténicos, que acudían

en gran número a mi consulta. Este experimento me costó gran parte de mi clientela; pero me procuró diversas convicciones, que hoy día, cerca de treinta años después, conservan toda su fuerza. Era, desde luego, necesario vencer la infinita hipocresía con la que se encubre todo lo referente a la sexualidad; pero una vez conseguido esto, se hallaban en la mayoría de estos enfermos importantes desviaciones de la función sexual. Dada la gran frecuencia tanto de dichas desviaciones como de la neurastenia, no presentaba su coincidencia gran fuerza probatoria; pero posteriores observaciones, más penetrantes, me hicieron descubrir en la abigarrada colección de cuadros patológicos, reunida bajo el concepto de neurastenia, dos tipos fundamentalmente diferentes que podían surgir, mezclados en muy variadas proporciones, pero que también se ofrecían aislados a la observación. En uno de estos tipos era el ataque de angustia el fenómeno central, con sus equivalentes formas rudimentarias y síntomas sustitutivos crónicos, por todo lo cual le di el nombre de *neurosis de angustia*, limitando al otro tipo la denominación de *neurastenia*. Una vez hecho esto, fue fácil determinar que a cada uno de estos tipos correspondía una distinta anormalidad de la vida sexual como factor etiológico (*coitus interruptus*, excitación frustrada y abstinencia sexual en un caso, y masturbación excesiva y poluciones frecuentes en el otro). En algunos casos, especialmente instructivos, en los que tenía efecto una sorprendente transición del cuadro patológico desde uno de los dos tipos al otro, conseguí demostrar que dicha transición se hallaba basada en un cambio correlativo del régimen sexual. Cuando se lograba hacer cesar la anormalidad y sustituirla por una actividad sexual normal, mejoraba considerablemente el estado del sujeto.

De este modo llegué a considerar las neurosis, en general, como perturbaciones de la función sexual, siendo las llamadas neurosis actuales una expresión tóxica directa de dichas perturbaciones, y las psiconeurosis, una expresión psíquica de las mismas. Mi conciencia médica quedó satisfecha con este resultado, pues esperaba haber llenado una laguna de la Medicina, la cual no admitía, con relación a una función tan importante biológicamente como ésta, otras perturbaciones que las causadas por una infección o por una grosera lesión anatómica.

Aparte de esto, mi teoría se hallaba de acuerdo con la opinión médica de

que la sexualidad no es simplemente algo psíquico, sino que tiene también su faceta somática, debiéndose atribuirle un quimismo especial y derivar la excitación sexual de la presencia de determinadas materias aún desconocidas. El hecho de que las neurosis espontáneas, propiamente dichas, no mostrasen tanta analogía con ningún grupo de enfermedades como con los fenómenos de intoxicación y abstinencia provocados por la introducción o sustracción de ciertas materias tóxicas o con la enfermedad de Basedow, cuya dependencia del producto de la glándula tiroides es generalmente conocida, tenía también que poseer algún fundamento.

Posteriormente no he tenido ocasión de volver sobre las investigaciones de las neurosis actuales. No ha habido tampoco nadie que haya continuado esta parte de mi labor. Volviendo hoy la vista a los resultados entonces obtenidos, reconozco en ello una primera y burda esquematización de un estado de cosas probablemente mucho más complicado; pero continúo considerándolos exactos. Me hubiera complacido someter al análisis psicoanalítico en épocas posteriores del desarrollo de nuestra disciplina otros casos de neurastenia pura, juvenil; pero, como ya indiqué antes, no he tenido ocasión para ello.

Para evitar equivocadas interpretaciones haré constar que estoy muy lejos de negar la existencia del conflicto psíquico y de los complejos neuróticos en la neurastenia. Me limito a afirmar que los síntomas de estos enfermos no se hallan determinados psíquicamente ni son susceptibles de supresión por medio del análisis, debiendo ser considerados como consecuencias tóxicas directas de la perturbación del quimismo sexual.

Cuando en los años siguientes a la publicación de los *Estudios* llegué a estos resultados referentes al papel etiológico de la sexualidad en las neurosis, los expuse en varias conferencias, tropezando con la general incredulidad y oposición. Breuer intentó una vez más apoyarme con todo el peso de su autoridad personal; pero nada consiguió, tanto más cuanto que no era difícil adivinar que la aceptación de la etiología sexual era también contraria a sus inclinaciones. Hubiera podido desorientarme y dar armas a la crítica alegando el caso de su primera paciente, en la que no parecía haber intervenido para nada el factor sexual. Pero jamás utilizó tal argumento, circunstancia que no llegué a comprender hasta que algún tiempo después

pude interpretar acertadamente dicho caso y reconstruir el punto de partida de su tratamiento basándome en las observaciones que sobre él me había comunicado Breuer. Terminada la labor de «amor de transferencia», y no acertando Breuer a relacionar dicho estado en la enfermedad, hubo de cortar, lleno de confusión, su trato con la sujeto, resultándole desde aquel momento muy penoso todo lo que le recordaba este incidente, al que consideraba como una infortunada casualidad. Su conducta para conmigo osciló repentinamente entre el reconocimiento de mis afirmaciones y su más acerba crítica. Luego surgieron, como siempre en estas situaciones, circunstancias fortuitas que acabaron provocando nuestra separación.

Mi estudio de las formas de la nerviosidad general me llevó asimismo a modificar la técnica catártica. Abandoné la hipnosis e intenté sustituirla por otro método, buscando superar la limitación del tratamiento a los estados histeriformes. Además, había comprobado dos graves insuficiencias del empleo del hipnotismo, incluso en su aplicación a la catarsis. En primer lugar, los resultados terapéuticos obtenidos desaparecían ante la menor perturbación de la relación personal entre médico y enfermo. Volvían ciertamente a aparecer una vez conseguida la reconciliación; pero se demostraba así que la relación personal afectiva —factor imposible de dominar— era más poderosa que la labor catártica. Además, llegó un día en el que me fue dado comprobar algo que sospechaba ya desde mucho tiempo atrás. Una de mis pacientes más dóciles, con la cual había obtenido por medio del hipnotismo los más favorables resultados, me sorprendió, un día que había logrado libertarla de un doloroso acceso refiriéndolo a su causa inicial, echándome los brazos al cuello al despertar del sueño hipnótico. Una criada que llamó a la puerta en aquellos momentos nos evitó una penosa explicación; pero desde tal día renunciamos, por un acuerdo tácito, a la continuación del tratamiento hipnótico. Suficientemente modesto para no atribuir aquel incidente a mis atractivos personales, supuse haber descubierto con él la naturaleza del elemento místico que actuaba detrás del hipnotismo. Para suprimirlo o, por lo menos, aislarlo tenía que abandonar el procedimiento hipnótico.

Pero el hipnotismo había prestado al tratamiento catártico extraordinarios servicios, ampliando el campo de la conciencia del sujeto y proporcionándole

un conocimiento del que carecía en estado de vigilia. No parecía, pues, nada fácil hallar con qué sustituirlo. En esta perplejidad, recordé un experimento del que había sido testigo durante mi visita a Bernheim. Cuando el sujeto despertaba del sonambulismo, parecía haber perdido todo recuerdo de lo sucedido durante dicho estado. Pero Bernheim afirmaba que sabía perfectamente cuándo había pasado, y cuando le invitaba a recordarlo, insistiendo en que nada de ello ignoraba, debiendo decirlo, y colocaba la mano sobre la frente del sujeto, acababan por surgir los recuerdos olvidados, vacilantemente primero, y luego con absoluta fluidez y claridad. Decidí, pues, emplear este mismo procedimiento. Mis pacientes tenían también que «saber» lo que antes les hacía accesible la hipnosis, y mi insistencia en este sentido había de tener el poder de llevar a la conciencia los hechos y conexiones olvidados.

Este procedimiento habría de ser más trabajoso que el hipnótico, pero también más instructivo. Abandoné, pues, el hipnotismo y sólo conservé de él la colocación del paciente en decúbito supino sobre un lecho de reposo, situándome yo detrás de él de manera a verle sin ser visto.

III

MIS esperanzas se cumplieron por completo. Abandoné el hipnotismo; pero el cambio de táctica trajo consigo un cambio de aspecto de la labor catártica. El hipnotismo había encubierto un juego de fuerzas que se evidenciaba ahora y cuyo descubrimiento proporcionaba a la teoría una fase firmísima.

¿Cuál podría ser la causa de que los enfermos hubiesen olvidado tantos hechos de su vida interior y exterior y pudiesen, sin embargo, recordarlos cuando se les aplicaba la técnica antes descrita? La observación daba a esta pregunta respuesta más que suficiente. Todo lo olvidado había sido penoso por un motivo cualquiera para el sujeto, siendo considerado por las aspiraciones de su personalidad como temible, doloroso o avergonzado. Había, pues, que pensar que debía precisamente a tales caracteres el haber

caído en el olvido, esto es, el no haber permanecido consciente. Para hacerlo consciente de nuevo era preciso dominar en el enfermo algo que se rebelaba contra ello, imponiéndose así al médico un esfuerzo. Este esfuerzo variaba mucho según los casos, creciendo en razón directa de la gravedad de lo olvidado, y constituía la medida de la *resistencia* del enfermo. De este modo surgió la teoría de la *represión*.

Fácilmente podía reconstituirse ya el proceso patógeno. Describiremos, como ejemplo, un caso sencillo: Cuando en la vida anímica se introduce una tendencia a la que se oponen otras muy poderosas, el desarrollo normal del *conflicto* anímico así surgido consistiría en que las dos magnitudes dinámicas —a las que para nuestros fines presentes llamaremos instinto y resistencia— lucharían durante algún tiempo ante la intensa expectación de la conciencia hasta que el instinto quedase rechazado y sustraída a su tendencia la carga de energía. Éste sería el desenlace normal. Pero en la neurosis, y por motivos aún desconocidos, habría hallado el conflicto un distinto desenlace. El *yo* se habría retirado, por decirlo así, ante el impulso instintivo repulsivo, cerrándose el acceso a la conciencia y a la descarga motora directa, con lo cual habría conservado dicho impulso toda su carga de energía. A este proceso, que constituía una absoluta novedad, pues jamás se había descubierto en la vida anímica nada análogo, le di el nombre de *represión*. Era, indudablemente, un mecanismo primario de defensa comparable a una tentativa de fuga y precursor de la posterior solución normal por enjuiciamiento y condena del impulso repulsivo. A este primer acto de represión se enlazaban diversas consecuencias. En primer lugar, tenía el *yo* que protegerse por medio de un esfuerzo permanente, o sea, de una *contracarga*, contra la presión, siempre amenazadora, del impulso reprimido, sufriendo así un empobrecimiento. Pero, además, lo reprimido, devenido inconsciente, podía alcanzar una descarga y una satisfacción sustitutiva por caminos indirectos, haciendo, por tanto, fracasar el propósito de la represión. En la histeria de conversión llevaba dicho camino indirecto a la inervación somática, y el impulso reprimido surgía en un lugar cualquiera y creaba los *síntomas*, que eran, por tanto, resultados de una transacción, constituyendo, desde luego, satisfacciones sustitutivas, pero deformadas y desviadas de sus fines por la resistencia del *yo*.

La teoría de la represión constituyó la base principal de la comprensión de las neurosis e impuso una modificación de la labor terapéutica. Su fin no era ya hacer volver a los caminos normales los afectos extraviados por una falsa ruta, sino descubrir las represiones y suprimirlas mediante un juicio que aceptase o condenase definitivamente lo excluido por la represión. En acatamiento a este nuevo estado de cosas, di al método de investigación y curación resultante el nombre de *psicoanálisis* en sustitución del de *catarsis*.

Podemos partir de la represión como punto central y enlazar con ella todas las partes de la teoría psicoanalítica. Pero antes quiero consignar una observación de carácter polémico. Según Janet, era la histérica una pobre criatura que a consecuencia de una debilidad constitucional no podía mantener en coherencia sus actos anímicos, sucumbiendo así a la disociación psíquica y a la disminución de la conciencia. Pero, conforme a los resultados de las investigaciones psicoanalíticas, eran estos fenómenos el resultado de factores dinámicos del conflicto psíquico y de la represión realizada. A mi juicio, es esta diferencia lo suficientemente amplia para poner fin a la infundada afirmación, tantas veces repetida, de que lo único importante del psicoanálisis es lo que éste ha tomado de las teorías de Janet. La exposición que hasta aquí vengo realizando ha de haber mostrado claramente al lector que el psicoanálisis es totalmente independiente, desde el punto de vista histórico, de los descubrimientos de Janet, siendo, además, su contenido muy distinto y mucho más amplio. De los trabajos de Janet no hubieran podido deducirse jamás las consecuencias que han dado al psicoanálisis una tan amplia importancia en los dominios de la ciencia, atrayéndola el interés general. En todos mis trabajos he hablado de Janet con el mayor respeto, pues sus descubrimientos coincidieron en mucha parte con los de Breuer, realizados con anterioridad, aunque publicados después. Pero cuando el psicoanálisis comenzó a discutirse también en Francia, Janet se condujo con poca corrección, mostrando muy escaso conocimiento de la materia y utilizando argumentos ilegítimos. Por último, ha disminuido todo el valor de su obra, declarando que cuando hablaba de actos psíquicos «inconscientes», ello no constituía sino «façon de parler».

En cambio, el psicoanálisis se vio obligado, por el estudio de las represiones patógenas y de otros fenómenos que más adelante

mencionaremos, a conceder una extraordinaria importancia al concepto de lo inconsciente. Para el psicoanálisis todo es, en un principio, inconsciente, y la cualidad de la conciencia puede agregarse después o faltar en absoluto. Estas afirmaciones tropezaron con la oposición de los filósofos, para los que lo consciente y lo psíquico son una sola cosa, resultándoles inconcebible la existencia de lo psíquico inconsciente. El psicoanálisis tuvo, pues, que surgir adelante sin atender a esta idiosincrasia de los filósofos, basándose en observaciones realizadas en material patológico absolutamente ignoradas por sus contradictores y en las referentes a la frecuencia y poderío de impulsos de los que nada sabe el propio sujeto, el cual se ve obligado a deducirlos como otro hecho cualquiera del mundo exterior. Podía alegarse, además, que lo que hacía no era sino aplicar a la propia vida anímica la forma en que nos representamos la de otras personas. A éstas les adscribimos actos psíquicos de los cuales no poseemos una conciencia inmediata, teniéndolo que deducir de las manifestaciones del individuo de que se trata. Ahora bien: aquello que creemos acertado cuando se trata de otras personas, tiene que serlo también con respecto a la propia. Continuando el desarrollo de este argumento y deduciendo de él que los propios actos ocultos pertenecen a una segunda conciencia, llegaremos a la concepción de una conciencia de la que nada sabemos, o sea, de una conciencia inconsciente, resultando aún más difícilmente admisible que la hipótesis de la existencia de lo psíquico inconsciente. Si, en cambio, decimos con otros filósofos que reconocemos los fenómenos patológicos, pero que los actos en los que dichos fenómenos se basan no pueden ser calificados de psíquicos, sino de psicoides, no haremos sino iniciar una discusión verbal totalmente infructuosa, cuya mejor solución será siempre, además, el mantenimiento de la expresión «psiquismo inconsciente». Surge entonces el problema de qué es lo que puede ser este psiquismo inconsciente, problema que no ofrece ventaja ninguna con respecto al anteriormente planteado sobre la naturaleza de lo consciente.

Más difícil sería exponer sintéticamente cómo el psicoanálisis ha llegado a articular el psiquismo inconsciente, cuya existencia reconoce, descomponiéndolo en un psiquismo *preconsciente* y un psiquismo propiamente inconsciente. Creemos bastará hacer constar que parece legítimo completar aquellas teorías que constituyen la expresión directa de la

experiencia empírica con hipótesis adecuadas al dominio de la materia relativa a circunstancias que no pueden ser objeto de la observación inmediata. No de otro modo suele procederse en disciplinas científicas más antiguas que la nuestra. La articulación de lo inconsciente se halla enlazada con la tentativa de representarnos el aparato anímico compuesto por una serie de instancias o sistemas, de cuya relación entre sí hablamos desde un punto de vista espacial, independiente en absoluto de la anatomía real del cerebro. Es éste el punto de vista que calificamos de *tópico*. Estas y otras ideas análogas pertenecen a una superestructura especulativa del psicoanálisis, cada uno de cuyos fragmentos puede ser sacrificado o cambiado por otro, sin perjuicio ni sentimiento alguno, en cuanto resulte insuficiente.

He indicado ya que la investigación de las causas y fundamentos de la neurosis nos llevó, con frecuencia cada vez mayor, al descubrimiento de conflictos entre los impulsos sexuales del sujeto y la resistencia contra la sexualidad. En la busca de las situaciones patógenas en las cuales se habían producido las represiones de la sexualidad, y de las cuales procedían los síntomas, surgidos como productos sustitutivos de lo reprimido, llegamos hasta los años más tempranos de la vida infantil del sujeto. Resultó así algo que los poetas y psicólogos han afirmado siempre, esto es, que las impresiones de este temprano período de vida, no obstante sucumbir en su mayor parte a la amnesia, dejan huellas perdurables en el desarrollo del individuo, determinando, sobre todo, la predisposición a ulteriores enfermedades neuróticas. Pero dado que en estas impresiones infantiles se trataba siempre de excitaciones sexuales y de la reacción contra ellas, nos encontramos ante el hecho de la *sexualidad infantil*, que significaba otra novedad contraria a los más enérgicos prejuicios de los hombres. Se acepta, en efecto, generalmente que la infancia es «inocente», hallándose libre de todo impulso sexual, y que el combate contra el demonio de la «sensualidad» no comienza hasta la agitada época de la pubertad. Los casos de actividad sexual observados en sujetos infantiles eran considerados como signos de degeneración o corrupción prematura o como curiosos caprichos de la Naturaleza. Son muy pocos los descubrimientos del psicoanálisis que han tropezado con una repulsa tan general y provocado tanta indignación como la

afirmación de que la función sexual se inicia con la vida misma y se manifiesta ya en la infancia por importantísimos fenómenos. Y, sin embargo, ningún otro descubrimiento psicoanalítico puede ser demostrado tan fácil y completamente como éste.

Antes de adentrarme más en el estudio de la sexualidad infantil he de recordar un error, al que sucumbí durante algún tiempo, y que hubiese podido serme fatal. Bajo la presión del procedimiento técnico que entonces usaba, reproducían la mayoría de mis pacientes escenas de su infancia cuyo contenido era su corrupción sexual por un adulto. En las mujeres este papel de corruptor aparecía atribuido, casi siempre, al padre. Dando fe a estas comunicaciones de mis pacientes, supuse haber hallado en estos sucesos de corrupción sexual durante la infancia las fuentes de las neurosis posteriores. Algunos casos en los que tales relaciones con el padre, el tío o un hermano mayor habían continuado hasta años cuyo recuerdo conservaba clara y seguramente el sujeto, robustecieron mi convicción. No extrañaré que ante estas afirmaciones sonría irónicamente algún lector, tachándome de demasiado crédulo; pero he de hacer constar que esto sucedía en una época en la que imponía intencionadamente a mi juicio crítico una estrecha coerción para obligarle a permanecer imparcial ante las sorprendentes novedades que el naciente método psicoanalítico me iba descubriendo. Cuando luego me vi forzado a reconocer que tales escenas de corrupción no habían sucedido realmente nunca, siendo tan sólo fantasías imaginadas por mis pacientes, a los que quizá se las había sugerido yo mismo, quedé perplejo por algún tiempo[2166]. Mi confianza en mi técnica y en los resultados de la misma recibió un duro golpe. Había llegado, en efecto, al conocimiento de tales escenas por un camino técnico que me parecía correcto, y su contenido se hallaba evidentemente relacionado con los síntomas de los que mi investigación había partido. Pero cuando logré reponerme de la primera impresión deduje en seguida de mi experiencia las conclusiones acertadas, o sea, las de que los síntomas neuróticos no se hallaban enlazados directamente a sucesos reales, sino a fantasías optativas, y que para la neurosis era más importante la realidad psíquica que la material. Tampoco creo haber podido «sugerir» a mis pacientes tales fantasías de corrupción. Fue éste mi primer contacto con el complejo de Edipo, que después había de adquirir tan

extraordinaria importancia para el psicoanálisis; pero entonces no llegué a vislumbrarlo debajo de su fantástico disfraz. De todos modos, la corrupción efectuada en la infancia conservó un lugar, aunque más modesto, en la etiología de la neurosis. En estos casos reales los corruptores habían sido casi siempre niños de más edad.

La función sexual existía, pues, desde un principio, se apoyaba primeramente en las demás funciones importantes para la conservación de la vida y se hacía luego independiente, pasando por un largo y complicado desarrollo hasta llegar a constituir lo que conocemos con el nombre de vida sexual normal del adulto. Se manifestaba primero como actividad de toda una serie de *componentes instintivos* dependientes de zonas somáticas *erógenas*, componentes que aparecían en parte formando pares antitéticos (sadismo-masoquismo, instinto de contemplación-exhibicionismo), partían, independientemente uno de otros, a la conquista del placer y encontraban generalmente su objeto en el propio cuerpo. De este modo, la función sexual no se hallaba al principio centrada y era predominantemente *autoerótica*. Más tarde tenían efecto en ella diversas síntesis. Un primer grado de organización aparecía bajo el predominio de los componentes *orales*; luego seguía una fase sádicoanal, y sólo la tercera fase, posteriormente alcanzada, traía consigo la primacía de los genitales, con lo cual entraba la función sexual al servicio de la reproducción. Durante este desarrollo quedaban desechados o dedicados a otros usos determinados factores instintivos, que demostraban ser inútiles para dicho fin último, siendo otros desviados de sus fines y transferidos a la organización genital. La energía de los instintos sexuales, y sólo de ellos, recibió el nombre de *libido*, y hube de suponer que esta libido no realizaba siempre, sin defecto ninguno, la evolución antes descrita.

A consecuencia de la superior intensidad de algunos componentes, o de satisfacciones prematuras, se producen, efectivamente, fijaciones de la libido a determinados lugares del desarrollo. Hacia estos lugares retorna luego la libido cuando tiene efecto una represión posterior (regresión). Observaciones posteriores demostraron que el lugar de la fijación es también decisivo para la «elección de neurosis», o sea, para la forma que adopta la enfermedad ulterior.

Paralelamente a la organización de la libido se desarrolla el proceso del

hallazgo de objeto, proceso al que se halla adscrita una importantísima misión en la vida anímica. El primer objeto erótico posterior al estadio del *auto-erotismo* es, por ambos sexos, la madre, cuyo órgano alimenticio no fue distinguido al principio del propio cuerpo. Más tarde, pero aún en los primeros años infantiles, se establece la relación del *complejo de Edipo*, en la cual concentra el niño, sobre la persona de la madre, sus deseos sexuales y desarrolla impulsos hostiles contra el padre, considerado como un rival. Ésta es también, *mutatis mutandis*, la actitud de la niña[2167]. Todas las variaciones y consecuencias del complejo de Edipo son importantísimas. La constitución bisexual innata interviene también y multiplica el número de las tendencias simultáneamente dadas. Transcurre bastante tiempo hasta que el niño se da clara cuenta de la diferencia de los sexos, y durante esta época de investigación sexual crea, para su uso particular, teorías sexuales típicas que, dependiendo de la imperfecta organización somática infantil, mezclan lo verdadero con lo falso, sin conseguir solucionar los problemas de la vida sexual (el enigma de la Esfinge, o sea, el de la procedencia de los niños). La primera elección de objeto infantil es, pues, incestuosa. Toda la evolución aquí descrita es efectuada rápidamente. El carácter más singular de la vida sexual humana es su división en dos fases; con una pauta intermedia. Alcanza su primer punto culminante en el cuarto y quinto años de la vida, pasados los cuales desaparece esta temprana floración de la sexualidad y sucumben a la represión las tendencias hasta entonces muy intensas, surgiendo el *período de latencia*, que dura hasta la pubertad, y en cuyo transcurso quedan edificadas las formaciones reactivas de la moral, el pudor y la repugnancia[2168]. Esta división del desarrollo sexual parece ser privativa del hombre y constituye quizá la condición biológica de su disposición a la neurosis. Con la pubertad quedan reanimadas las tendencias y las cargas de objeto de las épocas tempranas, incluso los ligámenes sentimentales del complejo de Edipo. En la vida sexual de la pubertad luchan entre sí los impulsos de la primera fase y las inhibiciones del período de latencia. Hallándose aún el desarrollo sexual infantil en su punto culminante, se formó una especie de organización genital; pero en ella sólo desempeñaba un papel el genital masculino, permaneciendo ignorado el femenino. Es esto lo que conocemos con el nombre de *primacía fúlica*. La antítesis de los sexos no equivalía entonces a

la de *masculino* y *femenino*, sino a la del poseedor de un pene y el castrado. El complejo de la castración, enlazado con esta circunstancia, es importantísimo para la formación del carácter y de la neurosis.

En esta exposición abreviada de mis descubrimientos sobre la vida sexual humana he reunido, para su mejor comprensión, muchas cosas que pertenecen a diversas épocas de la investigación psicoanalítica y que han ido siendo integradas como un complemento o una justificación de las afirmaciones contenidas en mi obra *Tres ensayos para una teoría sexual* en las sucesivas ediciones de este libro. No creo difícil deducir de ellas la naturaleza de la tan discutida ampliación que del concepto de la sexualidad ha llevado a cabo el psicoanálisis. Esta ampliación es de dos géneros. En primer lugar, hemos desligado la sexualidad de sus relaciones, demasiado estrechas, con los genitales, describiéndola como una función somática más comprensiva que tiende, ante todo, hacia el placer, y sólo secundariamente entra al servicio de la reproducción. Pero, además, hemos incluido entre los impulsos sexuales todos aquéllos simplemente cariñosos o amistosos para los cuales empleamos en el lenguaje corriente la palabra «amor», que tantos y tan diversos sentidos encierra. A mi juicio, esta ampliación no constituye innovación alguna, sino una reconstitución limitada a la supresión de inadecuadas restricciones del concepto de la sexualidad paulatinamente establecidas. El hecho de desligar de la sexualidad los órganos genitales presenta la ventaja de permitirnos considerar la actividad sexual de los niños y de los perversos desde el mismo punto de vista que al de los adultos normales. De estas actividades sexuales —la infantil y la perversa— era la primera completamente desatendida y condenada la segunda con gran indignación moral, pero sin comprensión alguna. Para la concepción psicoanalítica también las más extrañas y repugnantes perversiones constituyen una manifestación de instintos sexuales parciales que se han sustraído a la primacía del órgano genital y aspiran independientemente al placer, como en las épocas primitivas del desarrollo de la libido. La más importante de estas perversiones, o sea, la homosexualidad, merece apenas el nombre de tal. Depende de la bisexualidad constitucional y de la repercusión de la primacía fálica. Pero, además, el psicoanálisis nos demuestra que todo individuo entraña algo de una elección de objeto homosexual.

Si hemos calificado a los niños de «polimórficamente perversos», ello no constituía sino una descripción efectuada en términos generalmente usados, pero no una valoración moral. Tales valoraciones se hallan muy lejos del psicoanálisis.

La segunda de las indicadas ampliaciones del concepto de la sexualidad queda justificada por aquella investigación psicoanalítica que nos demuestra que todos los sentimientos cariñosos fueron originariamente tendencias totalmente sexuales, coartadas después en su fin o sublimadas. En esta posibilidad de influir sobre los instintos sexuales reposa también la de utilizarlos para funciones culturales muy diversas, a las cuales aportan una importantísima ayuda.

Los sorprendentes descubrimientos relativos a la sexualidad del niño debieron su origen, en un principio, al análisis de los adultos, pero pudieron ser luego confirmados en todos sus detalles por observaciones directas de sujetos infantiles. Realmente, es tan fácil convencerse de las actividades sexuales regulares de los niños, que nos vemos obligados a preguntarnos con asombro cómo ha sido posible que los hombres no hayan advertido antes hechos tan evidentes y continúen defendiendo la leyenda de la asexualidad infantil. Este hecho debe depender, indudablemente, de la amnesia que la mayoría de los adultos padece por lo que respecta a su propia niñez.

IV

LAS teorías de la resistencia y de la represión de lo inconsciente, de la significación etiológica de la vida sexual y de la importancia de los sucesos infantiles son los elementos principales del edificio teórico psicoanalítico. Lamento no haber podido descubrirlos aquí sino por separado, sin entrar en su composición y relación; pero es ya tiempo de que dediquemos atención a las modificaciones que poco a poco han ido introduciéndose en la técnica del procedimiento analítico.

El vencimiento de la resistencia por medio de la presión ejercida sobre el enfermo fue un primer método indispensable para proporcionar al médico

una orientación en la materia; pero a la larga se hacía demasiado penoso, tanto para el médico como para el enfermo, y no parecía libre de ciertos graves defectos. Hubimos, pues, de sustituirlo por otro método, contrario en cierto sentido. En lugar de llevar al paciente a manifestar algo relacionado con un tema determinado, le invitamos ahora a abandonarse a la asociación libre, esto es, a manifestar todo aquello que acuda a su pensamiento, absteniéndose de toda represión final consciente. Ahora bien: el paciente tiene que obligarse a comunicar realmente todo lo que su autopercepción le ofrezca, sin ceder a las objeciones críticas que tienden a rechazar algunas de sus ocurrencias por carecer de importancia, de conexión con el tema tratado o de todo sentido. Esta absoluta sinceridad del paciente es condición indispensable de la cura analítica. Puede parecer extraño que este procedimiento de la asociación libre, con observancia de la *regla fundamental psicoanalítica*, diera el rendimiento que de él se esperaba, llevando a la conciencia los elementos reprimidos mantenidos lejos de ella por las resistencias. Pero hemos de tener en cuenta que la asociación libre no entraña realmente una completa libertad. El paciente permanece bajo la influencia de la situación analítica, aun cuando no dirija su actividad mental hacia un tema determinado. Tenemos derecho a suponer que no se le ocurrirá nada que no se halle relacionado con dicha situación. Su resistencia contra la reproducción de lo reprimido se manifestará ahora en dos formas distintas. Ante todo, por aquellas objeciones críticas a las que responde la regla psicoanalítica fundamental; pero si el enfermo logra dominar tales objeciones siguiendo dicha descripción, la resistencia adoptará una segunda forma, consiguiendo que las ocurrencias del paciente no contengan jamás lo reprimido, sino sólo algo como una alusión a ello, y cuanto mayor sea la resistencia, más se alejará la ocurrencia sustitutiva comunicada de los elementos reprimidos buscados. El analítico que escucha recogidamente, pero sin esforzarse, al enfermo puede entonces utilizar en dos formas distintas el material que el mismo le proporciona. Puede, en efecto, conseguir, dada una resistencia no demasiado intensa, adivinar por las ocurrencias del enfermo los elementos reprimidos, y puede también, cuando se trata de una resistencia más enérgica, deducir de las ocurrencias, que parecen alejarse del tema, la naturaleza de dicha resistencia misma, naturaleza que descubrirá entonces al

paciente. Este descubrimiento de la resistencia es el primer paso para su vencimiento. Tenemos, pues, dentro del cuadro de la labor analítica, un arte de interpretación, cuyo acertado empleo requiere tacto y costumbre, pero que no es difícil de aprender. El método de la asociación libre presenta grandes ventajas con respecto al anterior, aparte de resultar menos penoso. Impone, en efecto, al analizado una violencia mínima, no pierde jamás el contacto con la realidad presente y ofrece amplias garantías de que en ningún momento puede perder el médico de vista la estructura de la neurosis o integrar en ella algo que no le pertenece. En él se abandona casi por completo al paciente la función de determinar la marcha del análisis y la ordenación de la materia, razón por la cual se hace imposible la elaboración sistemática y aislada de los diversos síntomas y complejos. En oposición a lo que sucede en los métodos hipnóticos o sugestivos, el médico averigua cosas íntimamente enlazadas ente sí en diversos momentos y lugares del tratamiento. Para un espectador —inadmisible en las sesiones de tratamiento— representaría la cura analítica un aspecto totalmente incomprensible.

Otra de las ventajas del método es que, en realidad, no puede fallar nunca. Teóricamente tiene que ser siempre posible al enfermo producir una ocurrencia, dado que no se fija ni limita en absoluto la naturaleza de la misma. Sin embargo, esta falta de ocurrencia se presenta siempre en un caso determinado; pero precisamente por tratarse de un caso aislado, resulta también fácilmente interpretable.

Llegamos ahora a la descripción de un factor que añade al cuadro del psicoanálisis un rasgo esencial e integra, tanto técnica como teóricamente, la mayor importancia. En todo tratamiento analítico se establece sin intervención alguna del médico una intensa relación sentimental del paciente con la persona del analista, inexplicable por ninguna circunstancia real. Esta relación puede ser positiva o negativa y varía desde el enamoramiento más apasionado y sensual hasta la rebelión y el odio más extremo. Tal fenómeno, al que abreviadamente damos el nombre de «transferencia», sustituye pronto en el paciente el deseo de curación e integra, mientras se limita a ser cariñoso y mesurado, toda la influencia médica, constituyendo el verdadero motor de la labor analítica. Más tarde, cuando se hace apasionado o se transforma en hostilidad, llega a constituir el instrumento principal de la resistencia, y

entonces cesan, en absoluto, las ocurrencias del enfermo, poniendo en peligro el resultado del tratamiento. Pero sería insensato querer eludir este fenómeno. Sin la transferencia no hay análisis posible. No debe creerse que el análisis crea la transferencia y que ésta sólo aparece en él. Por el contrario, el análisis se limita a revelar la transferencia y a aislarla. Trátase de un fenómeno generalmente humano que decide el éxito de toda influencia médica, y domina, en general, las relaciones de una persona con las que le rodean. Fácilmente se descubre en él el mismo factor dinámico al que los hipnotizadores han dado el nombre de «sugestibilidad», factor que entraña el *rapport* hipnótico, y cuya falta de garantías constituía el defecto del método catártico. En los casos en que esta tendencia a la transferencia sentimental falta o ha llegado a ser totalmente negativa, como en la demencia precoz y en la paranoia, desaparece también la posibilidad de ejercer una influencia psíquica sobre el enfermo.

Es indudable que también el psicoanálisis labora por medio de la sugestión, como todos los demás métodos psicoterápicos. Pero se diferencia de ellos en que no abandona la decisión del resultado terapéutico a la sugestión o a la transferencia. Por el contrario, es utilizada para mover al enfermo a realizar una labor psíquica —el vencimiento de sus resistencias de transferencia—, labor que significa una duradera modificación de su economía anímica. La transferencia es hecha consciente al enfermo por el analista y queda suprimida, convenciéndole de que en su conducta de transferencia vive de nuevo relaciones sentimentales que proceden de sus más tempranas cargas de objeto realizadas en el período reprimido de su niñez. Por medio de esta labor pasa la transferencia a constituir el mejor instrumento de la cura analítica, después de haber sido el arma más importante de la resistencia. Su aprovechamiento y manejo constituye, de todos modos, la parte más difícil e importante de la técnica analítica.

Con ayuda del procedimiento de la asociación libre y del arte de interpretación a él correspondiente consiguió el psicoanálisis algo que no parecía muy importante desde el punto de vista práctico, pero que en realidad lo condujo a una situación y significación completamente nuevas en los dominios científicos. Se hizo posible demostrar que los sueños poseen un

sentido y adivinar éste. Los sueños fueron considerados en la antigüedad clásica como profecías; pero la ciencia moderna no quería saber nada de ellos, los abandonaba a la superstición y los declaraba un acto simplemente «somático», una especie de contracción de la vida anímica dormida. Parecía totalmente imposible que alguien que hubiera llevado a cabo un serio trabajo científico pudiera surgir luego como «onirocrítico». Pero desechando una tal ordenación de los sueños, tratándolos como un incomprendido síntoma neurótico o como una idea delirante u obsesiva, prescindiendo de su contenido aparente y haciendo objeto de la asociación libre a cada uno de sus diversos cuadros, llegamos a un resultado totalmente distinto. Las numerosas ocurrencias del sujeto del sueño nos llevaron, en efecto, al conocimiento de un producto mental que no podía ya ser calificado de absurdo ni de confuso, producto que equivalía a un rendimiento psíquico completo y del cual no constituía el sueño manifiesto sino una traducción deformada, abreviada y mal interpretada, compuesta generalmente de imágenes visuales. Estas ideas *latentes del sueño* contenían el sentido mismo, no siendo el contenido manifiesto del sueño sino un engaño, una fachada, que podía ser enlazada con la asociación, pero no con la interpretación.

Planteábase así toda una serie de problemas, entre los cuales los más importantes se referían a la existencia de un motivo de la formación de los sueños, a las condiciones en las que la misma se desarrollaba y a los caminos que conducían desde las ideas latentes del sueño, plenas de sentido, al sueño mismo, con frecuencia totalmente insensato. En mi obra 'La interpretación de los sueños', publicada en 1900, he intentado resolver todos estos problemas. Aquí no me cabe dar tales investigaciones. Si examinamos las ideas latentes que el análisis del sueño nos ha revelado encontramos una que resalta decididamente entre las demás, razonables y conocidas por el sujeto.

Estas otras ideas son restos de la vida despierta (*restos diurnos*). En cambio, en la idea aislada reconocemos un impulso optativo, muy repulsivo a veces, ajeno a la vida despierta del soñador, el cual niega con asombro o indignación haberlo abrigado nunca. Este impulso es el que ha provocado el sueño, ofreciendo la energía necesaria para su producción y sirviéndose del material constituido por los restos diurnos. El sueño así surgido presenta una situación que integra la satisfacción de tal impulso, constituyendo una

realización de deseos. Este proceso no hubiera sido posible si no hubiese habido algo favorable a él en la naturaleza del estado de reposo. La condición psíquica del estado de reposo es la obediencia del *yo* al deseo de dormir y la sustracción de las cargas de todos los intereses vitales. Dada la simultánea oclusión de los accesos a la motilidad, puede el *yo* disminuir el esfuerzo, con el que en toda otra ocasión mantiene las represiones. Esta negligencia nocturna de la represión es aprovechada por el impulso inconsciente para llegar a la conciencia por medio del sueño. La resistencia de represión del *yo* no queda, sin embargo, suprimida durante el estado de reposo, sino simplemente disminuida, y una parte de ella queda en pie, como *censura onírica*, y prohíbe al impulso optativo inconsciente manifestarse en la forma que le es propia. A causa de la severidad de la censura onírica tiene que presentarse las ideas oníricas latentes a modificaciones y debilitaciones, que disfrazan por completo el prohibido sentido del sueño. Queda explicada así la *deformación onírica*, a la que debe el sueño manifiesto sus más singulares caracteres. Podemos, pues, decir justificadamente que *el sueño es la realización (disfrazada) de un deseo (reprimido),* y vemos que se halla construido como un síntoma neurótico, siendo el producto de una transacción entre las aspiraciones de un impulso instintivo reprimido y la resistencia de un poder del *yo*, que ejerce la censura. A consecuencia de esta identidad de génesis resulta tan incomprensible como el síntoma, y precisa, como él, de una interpretación.

No es difícil hallar la función general del sueño. Sirve para anular aquellos estímulos exteriores o interiores que harían despertar al sujeto, protegiendo así el estado de reposo contra tales perturbaciones. El estímulo exterior queda rechazado por medio de una transformación de su sentido y por su inclusión en una cualquiera situación inocente. En cambio, el estímulo interior de la aspiración instintiva es admitido por el durmiente, el cual le permite llegar a la satisfacción por medio de la formación de un sueño siempre que las ideas latentes no intenten eludir la censura.

Pero cuando surge tal peligro y el sueño se hace demasiado preciso, lo interrumpe el durmiente, despertando asustado (*sueño de angustia*). Este mismo fallo de la función onírica surge cuando el estímulo exterior se hace tan intenso que no puede ser ya rechazado. El proceso que transforma con la

colaboración de la censura las ideas latentes en el contenido manifiesto ha sido denominado por mí *elaboración onírica*, y consiste en una elaboración especial del material ideológico preconsciente, por lo cual quedan *condensados* los componentes de dicho material, *desplazados* sus acentos psíquicos, transformado su conjunto en imágenes visuales, o sea, *dramatizado*, y completado por una *elaboración* secundaria, que lo hace irreconocible. La elaboración onírica es un excelente ejemplo de los procesos que se desarrollan en los más profundos estratos inconscientes de la vida anímica, procesos que se diferencian considerablemente de los procesos intelectuales normales que nos son conocidos. Tal elaboración presenta también una serie de rasgos arcaicos; por ejemplo, el empleo de un *simbolismo* predominantemente sexual, que ya hemos hallado exento de este carácter en otros dominios de la actividad espiritual.

La conexión del impulso instintivo inconsciente del sueño con un resto diurno da al sueño por él provocado un doble valor para la labor analítica. La interpretación muestra, en efecto, que, además de constituir la realización de un deseo reprimido, puede el sueño haber continuado la actividad mental preconsciente diurna e integrar otro contenido cualquiera, dando expresión a un propósito, a una advertencia, a una reflexión o nuevamente a una realización de deseos. El análisis lo utiliza en ambos sentidos, tanto para el conocimiento de los procesos conscientes del analizado como de sus procesos inconscientes, y aprovecha asimismo la circunstancia de que el sueño logra el acceso a los elementos olvidados de la vida infantil para vencer la amnesia infantil por medio de la interpretación onírica. El sueño lleva aquí a cabo una parte de la función que antes encomendábamos al hipnotismo. En cambio, no he hecho jamás la afirmación que con frecuencia se me atribuye de que la interpretación onírica demostraba que todos los sueños poseen un contenido sexual o se refieren a energías instintivas sexuales. Es fácil observar que el hambre, la sed y otras necesidades crean sueños de satisfacción, del mismo modo que cualquier impulso reprimido, sexual o egoísta. Los sueños de los niños pequeños nos ofrecen una fácil demostración de la exactitud de nuestra teoría. En estos sujetos infantiles, en los cuales no se hallan aún precisamente diferenciados los sistemas psíquicos ni desarrolladas profundamente las represiones, comprobamos con frecuencia sueños que no son sino

satisfacciones no disfrazadas de impulsos optativos no satisfechos durante el día. Bajo la influencia de necesidades imperativas pueden producir también los adultos tales sueños de tipo infantil[2169].

Del mismo modo que de la interpretación onírica se sirve el análisis del estudio de los frecuentísimos actos fallidos y sintomáticos de los hombres, actos a los cuales he dedicado una investigación, publicada en 1904 bajo el título de *Psicopatología de la vida cotidiana*. Esta obra, que ha sido muy leída, integra la demostración de que tales fenómenos no tienen nada de casuales, siendo susceptibles de una explicación que va más allá de lo puramente fisiológico, poseyendo un sentido perfectamente interpretable y reposando en impulsos e intenciones retenidas o reprimidas. Pero el valor principal de la interpretación onírica y de este estudio de los actos fallidos y sintomáticos no consiste en el apoyo que prestan a la labor analítica, sino en otra de sus cualidades. Hasta ahora, el psicoanálisis se había ocupado solamente de la solución de fenómenos patológicos, habiéndose visto obligado a edificar para su esclarecimiento hipótesis, cuyo alcance se hallaba fuera de relación con la importancia de la materia tratada. Pero el sueño, del que se ocupó después, no era ningún síntoma patológico, sino un fenómeno de la vida anímica normal, propio de todo hombre sano. Si el sueño se halla construido como un síntoma, y si su explicación exige las mismas hipótesis, o sea, las referentes a la represión de impulsos instintivos, a la formación de sustituciones y transacciones y a la diferenciación de los sistemas psíquicos para la localización de lo consciente y lo inconsciente, resultará que el psicoanálisis no es ya una ciencia auxiliar de la Psicopatología, sino el principio de una psicología nueva y más fundamental, indispensable también para la comprensión de lo normal. Podemos, pues, transferir sus hipótesis y resultados a otros dominios de lo psíquico, quedándose así abiertos los caminos que conducen al interés general.

V

INTERRUMPIENDO la exposición del crecimiento interno del psicoanálisis, volveremos la vista a sus destinos exteriores. Aquello que hasta aquí he comunicado es en grandes rasgos el resultado de mi labor; pero he incluido también en mi exposición descubrimientos posteriores, y no he separado las aportaciones de mis discípulos y adeptos de las mías propias.

Durante más de diez años, contados a partir de mi separación de Breuer, no tuve ni un solo partidario, hallándome totalmente aislado. En Viena se me evitaba y el extranjero no tenía noticia alguna de mí. Mi *Interpretación de los sueños*, publicada en 1900, apenas fue mencionada en las revistas técnicas. En mi ensayo sobre la *Historia del movimiento psicoanalítico* he incluido como ejemplo de la actitud de los círculos psiquiátricos de Viena una conversación que tuve con un médico, autor de un libro contra mis teorías, que me confesó no haber leído mi *Interpretación de los sueños*. Le habían dicho en la clínica que no merecía la pena. Este individuo, que ha llegado después al puesto de profesor extraordinario, se ha permitido negar el contenido de aquella conversación y, en general, la fidelidad de mi recuerdo de ella. Por mi parte, he de mantener aquí una vez más la exactitud de su reproducción.

Mi susceptibilidad ante la crítica fue disminuyendo conforme comprendía las razones interiores de su actitud. Poco a poco fue terminando también mi aislamiento. Al principio se reunió en Viena, a mi alrededor, un pequeño círculo de discípulos, y después de 1906 se supo que el psiquiatra de Zurich, E. Bleuler; su ayudante, C. G. Jung, y otros médicos suizos se interesaban extraordinariamente por el psicoanálisis. Iniciadas las relaciones personales, los amigos de la naciente disciplina celebraron en 1908 una reunión en Salzburgo, y convinieron la repetición regular de tales congresos privados y la publicación de una revista, que, bajo el título de *Jahrbuch für psychopathologische und psychoanalytische Forschungen*, sería editada por Jung. Los directores seríamos Bleuler y yo. Esta revista murió al comenzar la guerra europea. Al mismo tiempo que en Suiza comenzó también a surgir en Alemania el interés hacia el psicoanálisis, el cual fue objeto de numerosas exégesis literarias y de vivas discusiones en los congresos científicos. Pero jamás se le acogía benévolamente. Después de un breve examen del psicoanálisis se manifestó la ciencia alemana unánimemente contraria a él.

Naturalmente, no puedo saber hoy cuál será el juicio definitivo de la posteridad sobre el valor del psicoanálisis para la Psiquiatría, la Psicología y las ciencias del espíritu; pero creo que cuando la fase por la que hemos atravesado encuentre su historiador, habrá éste de confesar que la conducta de los críticos anteriores no fue muy honrosa para la ciencia alemana. No me refiero con esto al hecho mismo de la repulsa ni a la ligereza con la que se adoptó tal decisión, pues ambas cosas son fácilmente comprensibles y no pueden arrojar ninguna sombra entre el carácter del adversario; mas para el exceso de orgullo, el desprecio absoluto de la lógica, la grosería y el mal gusto demostrados en los ataques no hay disculpa alguna. Así, cuando años después, y durante la guerra europea, fue acusada Alemania de barbarie por sus enemigos, hubo de serme muy doloroso no hallar en mi propia experiencia razones que me impulsaran a contradecir tal acusación.

Uno de mis adversarios se vanagloriaba de que hacía callar a sus pacientes cuando los mismos comenzaban a hablarle de cosas sexuales, y derivaba de esta técnica un derecho a juzgar la importancia etiológica de la sexualidad en las neurosis. Dejando aparte las resistencias afectivas, que la teoría psicoanalítica nos explica perfectamente, me pareció hallar el obstáculo principal a la comprensión de la nueva disciplina en el hecho de que sus adversarios se negaban a ver en ella otra cosa que un producto de mi fantasía especulativa, sin reparar en la paciente y continuada labor, falta de todo antecedente, cuyo resultado era. Dado que, a juicio suyo, el análisis no tenía contacto alguno con la observación ni con la experiencia, se consideraron con derecho a rechazarla sin una propia experiencia contraria. Otros, que no abrigaban una tan segura convicción, repitieron la clásica maniobra de no asomarse al microscopio para no ver aquello que habían discutido. Es singular cuán incorrectamente se conduce la mayoría de los hombres cuando ha de juzgar algo nuevo y original. Todavía hoy leo en algunos críticos «benévolos» que el psicoanálisis tiene razón hasta determinado punto, pero que a partir de él empieza ya a exagerar o a generalizar injustificadamente. Nada más difícil, sin embargo, que establecer una tal delimitación, sobre todo cuando el que la establece no tenía semanas antes conocimiento ninguno sobre la materia.

El anatema oficial contra el psicoanálisis tuvo la consecuencia de hacer

más íntima y compacta la unión de los analíticos. En el segundo Congreso, celebrado en Nuremberg (1910), se constituyó, a propuesta de S. Ferenczi, la Asociación Psicoanalítica Internacional, dividida en grupos locales, bajo la dirección de un presidente. Esta Asociación ha sobrevivido a la guerra; existe aún hoy en día, y comprende los siguientes grupos: Viena, Berlín, Budapest, Zurich, Londres, Holanda, Nueva York, Panamérica, Moscú y Calcuta. El primer presidente fue, a mi propuesta, C. G. Jung; elección muy desafortunada, como después se demostró. El psicoanálisis fundó entonces una segunda revista —*Zentralblatt für Psychoanalyse*—, redactada por Adler y Stekel, y poco después, una tercera —*Imago*—, dirigida por los analíticos no médicos H. Sachs y O. Rank, y dedicada a las aplicaciones del análisis a las ciencias espirituales. Poco después publicó Bleuler su escrito en defensa del psicoanálisis (*El psicoanálisis de Freud*, 1910). Por muy agradable que me fuese ver entrar por fin en liza a la equidad y a la honrada lógica, el trabajo de Bleuler no llegó a satisfacerme por completo. Aspiraba, en efecto, con exceso, a una apariencia de imparcialidad, recordándome que no en vano debía el psicoanálisis a este autor la introducción del valioso concepto de la *ambivalencia*. En posteriores trabajos ha observado Bleuler una conducta tan contraria a las teorías analíticas, y ha puesto en duda o rechazado principios tan importantes, que llegué a preguntarme con asombro en qué podía consistir su adhesión a nuestras opiniones. Sin embargo, posteriormente ha hecho manifestaciones muy favorables a la «psicología de las profundidades» y ha fundado en ella su exposición de las esquizofrenias. Bleuler permaneció poco tiempo dentro de la Asociación Psicoanalítica Internacional, que abandonó a causa de diferencias de criterio con Jung, y Burghölzli[2170] se perdió para el análisis.

La oposición oficial no ha podido evitar la difusión del psicoanálisis en Alemania y en otros países. En otro lugar —*Historia del movimiento psicoanalítico*— he seguido las etapas de sus progresos y citado a sus principales representantes. En 1909 fuimos invitados Jung y yo por G. Stanley Hall para dar en la Clark University, de Norteamérica, cuyo presidente era, varias conferencias en alemán durante las fiestas con que dicha Universidad celebrada el vigésimo aniversario de su fundación. Hall era un psicólogo y pedagogo muy reputado justificadamente, y había

integrado el psicoanálisis en sus enseñanzas hacía ya varios años, pues era muy aficionado a introducir novedades y a elevar sobre el pavés nuevas autoridades, sin perjuicio de derrocarlas después. En Norteamérica encontramos también a James J. Putnam, neurólogo de Harvard, que, a pesar de su avanzada edad, abrigaba un caluroso entusiasmo por el psicoanálisis, y defendió con todo el peso de su personalidad, generalmente respetada, el valor cultural de la nueva disciplina y la pureza de sus intenciones.

En este excelente hombre, que como reacción a una disposición a la neurosis obsesiva había adoptado una orientación predominantemente ética, nos contrariaba sólo su deseo de agregar el psicoanálisis a un determinado sistema filosófico y colocarle al servicio de aspiraciones morales. Mi encuentro con el filósofo William James me dejó también una duradera impresión. Yendo un día de paseo con él, se detuvo de repente, me entregó una cartera que llevaba en la mano y me pidió que me adelantase, prometiendo alcanzarme en cuanto dominara el ataque de angina de pecho, que sentía próximo. Un año después moría en uno de estos ataques, y desde entonces me he deseado un análogo valor ante la muerte.

Por entonces tenía yo cincuenta y tres años; me sentía joven y sano, y mi corta estancia en el Nuevo Mundo me tonificó considerablemente, aumentando mi confianza en mí propio. En Europa me parecía sentirme bajo los efectos de una anatema, y en cambio, en América me vi acogido como un igual por aquéllos a quienes yo consideraba y respetaba más. Cuando subí a la cátedra de la Universidad de Worcester para pronunciar mis conferencias sobre psicoanálisis creía asistir a la realización de inverosímil fantasía optativa.

El psicoanálisis no era ya, pues, un ente de razón, sino una valiosa realidad.

Desde mi visita no ha disminuido en América el interés que el psicoanálisis inspiraba ya. Se ha hecho popular entre los profanos y es reconocido por muchos psiquiatras oficiales como un importante elemento de la enseñanza médica. Desgraciadamente, también ha sufrido algunas injustificadas atenuaciones, y algo que nada tiene que ver con él se cubre a veces con su nombre. Cierto es que los médicos americanos carecen en su país de medios de ilustrarse en lo que respecta a la técnica y a la teoría

psicoanalíticas. Por último, se tropieza con el *behaviourism* americano, que se vanagloria ingenuamente de haber suprimido por completo el problema psicológico.

En Europa hubo, de 1911 a 1913, dos movimientos de separación del psicoanálisis, iniciados por personas que hasta entonces habían desempeñado un papel considerable en la recién aparecida ciencia. Me refiero a Alfredo Adler y a C. G. Jung. Ambas defecciones fueron harto peligrosas y agruparon en derredor de sus iniciadores núcleos importantes; pero no debían su fuerza a su contenido propio, sino al deseo de emanciparse de ciertos resultados del psicoanálisis, aun aceptando el material de hechos en el que se basaban. Jung intentó una traducción de los hechos analíticos a lo abstracto e impersonal, traducción por medio de la cual creía ahorrarse el reconocimiento de la sexualidad infantil y del complejo de Edipo y la necesidad del análisis de la infancia. Adler pareció alejarse aún más del psicoanálisis, negando en absoluto la importancia de la sexualidad, refiriendo la formación del carácter y de las neurosis a la aspiración de poderío de los hombres y a su necesidad de compensar su inferioridad constitucional, y anulando todas las nuevas adquisiciones psicológicas del psicoanálisis. Pero todo lo que entonces rechazó ha forzado luego la entrada de su cerrado sistema, cambiando únicamente de nombre. La crítica fue muy benigna para ambos heréticos, y, por mi parte, sólo pude alcanzar que tanto Adler como Jung renunciaran a dar a sus teorías el nombre de psicoanálisis. Actualmente, transcurridos diez años, puede comprobarse que ninguna de estas dos tentativas ha causado perjuicio alguno al psicoanálisis.

Cuando una comunidad se halla fundada en una coincidencia sobre determinados puntos cardinales es natural que salgan de ella aquellos que han abandonado dicho terreno común. Sin embargo, se ha atribuido con frecuencia la defección de antiguos discípulos míos a mi intolerancia o se ha visto en ella la expresión de una fatalidad especial que sobre mí pesaba. Contra esto indicaré exclusivamente que frente a aquellos que me han abandonado, como Jung, Adler, Stekel y otros se alza gran número de personas —tales como Abraham, Eitingon, Ferenczi, Rank, Jones, Brill, Sachs, Pfister, Van Emden, Reik y otros— que me son adeptos desde hace más de quince años, durante los cuales han colaborado fielmente conmigo, y

con los que vengo manteniendo una ininterrumpida amistad. Cito aquí únicamente a aquellos discípulos míos más antiguos que se han creado ya un nombre en la literatura del psicoanálisis, y la omisión de otros más modernos no significa en modo alguno una menor estimación, pues entre ellos hay inteligencias en las que pueden fundarse grandes esperanzas. Un hombre intolerante y absorbente no hubiera podido conservar en derredor suyo una tan numerosa legión de personas de alta intelectualidad, sobre todo no poseyendo, como no poseo, medio alguno práctico de atracción.

La guerra europea, que ha destruido tantas otras organizaciones, no pudo nada contra nuestra Asociación. La primera reunión que celebramos después de la guerra tuvo efecto en terreno neutral (La Haya, 1920), quedando reconocidísimos a la acogida que la hospitalidad holandesa dispensó a los hombres de ciencia de la Europa central, empobrecidos y depauperados por la catástrofe mundial. Fue ésta que yo sepa, la primera vez que después de la guerra se sentaron a una misma mesa, unidos por intereses científicos, alemanes e ingleses. La guerra había intensificado en Alemania y en las naciones orientales el interés hacia el psicoanálisis. La observación de las neurosis de guerra había abierto, por fin, los ojos a los médicos sobre la importancia de la psicogénesis en las perturbaciones neuróticas, y algunas de nuestras concepciones psicológicas se hicieron pronto populares. Al Congreso anterior, antes del colapso alemán, celebrado en Budapest en 1918, habían enviado los Gobiernos de la Europa central representantes oficiales, que prometieron el establecimiento de clínicas psicoanalíticas para el tratamiento de los neuróticos de guerra; proyecto que no llegó a la práctica. También los planes de uno de nuestros mejores miembros, el doctor Anton von Freund, que quería crear en Budapest una clínica central para la enseñanza y terapia psicoanalíticas, naufragaron en medio de los trastornos políticos, y luego por la muerte de nuestro insustituible amigo. Parte de ellos fue realizada después por Max Eitingon, que creó en 1920 la Policlínica Psicoanalítica de Berlín. Durante el corto predominio bolchevique en Hungría pudo desarrollar Ferenczi una fructífera actividad pedagógica, como representante oficial del psicoanálisis en la Universidad. Al terminar la guerra se sirvieron anunciar nuestros adversarios que la experiencia había ofrecido un argumento definitivo contra la exactitud de las afirmaciones analíticas.

Las neurosis de guerra habían proporcionado, según ellos, una prueba de la superfluidad de los factores sexuales en la etiología de las afecciones neuróticas; pero esto fue un triunfo momentáneo, pues por un lado nadie había podido llevar a cabo el análisis extensivo de un caso de neurosis de guerra, y, por tanto, nada seguro se sabía sobre su motivación ni podía deducirse conclusión alguna de tal ignorancia, y por otro, el psicoanálisis había establecido hacía ya mucho tiempo el concepto del *narcisismo* y de las neurosis narcisistas, cuyo contenido era la adherencia de la libido al propio *yo* en lugar de a un objeto. Así, pues, se hacía en general al psicoanálisis el reproche de haber ampliado indebidamente el concepto de la sexualidad; pero cuando en la polémica resultaba cómodo, se olvidaba este reproche y se procedía como si el psicoanálisis no hubiera llevado jamás a cabo tal aplicación.

La historia del psicoanálisis se divide, para mí, en dos periodos, prescindiendo de su prehistoria catártica. En el primero me hallaba totalmente aislado, y tenía que llevar a cabo toda la labor. Este período duró desde 1895-6 a 1906-7. En el segundo, que se extiende desde la última fecha hasta la actualidad, han ido creciendo en importancia las aportaciones de mis discípulos y colaboradores; de manera que hoy, advertido de mi próximo fin por una grave enfermedad, puedo pensar serenamente en el término de mi propio rendimiento. Pero precisamente por tal razón no me es posible tratar en este trabajo de los progresos del psicoanálisis en el segundo periodo con la misma minuciosidad que he tratado de su paulatina edificación en el primero, lleno exclusivamente de actividad propia. No me siento con derecho a mencionar aquí sino aquellos nuevos descubrimientos en los que me ha correspondido una amplia participación, o sea, las referentes a la teoría de los instintos y a la aplicación de nuestra disciplina a las psicosis.

He de añadir que nuestra creciente experiencia nos ha demostrado cada vez con mayor evidencia que el complejo de Edipo constituye el nódulo de la neurosis, siendo el punto culminante de la vida sexual infantil y el foco del que parten todos los desarrollos ulteriores. Esta circunstancia dio fin a la esperanza de hallar por medio del análisis un factor específico de la neurosis, y hubimos de reconocer que las neurosis no poseen ningún contenido especial

exclusivamente peculiar a ellas, y que los neuróticos sucumben bajo el peso de circunstancias que los normales logran dominar felizmente. Este descubrimiento no constituyó para nosotros sorpresa alguna, pues se armonizaba perfectamente con el anteriormente realizado de que psicología de las «profundidades», fruto del psicoanálisis, no era sino la psicología de la vida anímica normal. Nos había, pues, sucedido lo que a los químicos cuando comprobaron que las grandes diferencias cualitativas de los productos se reducían a modificaciones cuantitativas en las proporciones de la combinación de los mismos elementos.

En el complejo de Edipo se nos mostró enlazada la libido a la representación de los progenitores del sujeto; pero éste pasó antes por una época en la que carecía de todo objeto. De esta circunstancia dedujimos la existencia de un estado en el que la libido llena el propio *yo*, habiéndolo tomado como objeto. Este estado podía denominarse «narcisismo», y no era difícil adivinar que en realidad subsiste siempre, y que el *yo* continúa siendo a través de toda la vida el gran depósito de libido, del cual emanan las cargas de objeto, y al cual puede retornar la libido desde dichos objetos. Así pues, la libido narcisista se transforma continuamente en libido objetal, y viceversa. El enamoramiento sexual o sublimado, que llega hasta el sacrificio del sujeto, nos ofrece un excelente ejemplo de la magnitud que esta transformación puede alcanzar. Hasta este momento sólo habíamos atendido en el proceso de la represión a lo reprimido, pero a partir de él nos fue ya posible llegar al conocimiento de los elementos represores. Sabíamos ya que la represión era efectuada por los instintos de conservación que actuaban en el *yo (instintos del «yo»)*, y recaía sobre los instintos libidinosos. Ahora, al reconocer los instintos de conservación como de naturaleza libidinosa, esto es, como libido narcisista, vemos que el proceso de la represión se desarrolla dentro de la libido misma. La libido narcisista se opone a la libido objetal, y el interés de la propia conservación se defiende contra las exigencias del amor objetivo.

Nada tan necesario en Psicología como la existencia de una teoría básica, sobre la que pueda continuarse edificando. Falto de toda base de este orden, ha tenido el psicoanálisis que crear por medio de sucesivos tanteos una teoría de los instintos. Así, estableció primero la antítesis de instintos del *yo* (conservación-hambre) e instintos libidinosos (amor), sustituyéndola después

por la de libido narcisista y libido objetiva. Pero tampoco dijo con esto su última palabra, pues ciertas reflexiones de naturaleza biológica parecían prohibirle satisfacerse con la hipótesis de una única especie de instintos.

En los trabajos de mis últimos años (*Más allá del principio del placer*, *Psicología de las masas y análisis del «yo*» y *El «yo» y el «Ello»*) he dejado libre curso a mi tendencia a la especulación, contenida durante mucho tiempo, y he intentado una nueva solución del problema de los instintos. He reunido la conservación del individuo y de las especies bajo el concepto de Eros, oponiendo a éste el *instinto de muerte* o *de destrucción*, que labora en silencio. El instinto es concebido, en general, como una especie de elasticidad de lo animado; esto es, como una aspiración a reconstituir una situación que existió ya una vez, y fue suprimida por una perturbación exterior.

Esta naturaleza esencialmente conservadora de los instintos queda explicada por los fenómenos de la *repetición obsesiva*. La colaboración y el antagonismo del Eros con el instinto de muerte constituyen para nosotros la imagen de la vida.

La cuestión es que esta construcción teórica se demuestra útil. Aspira esencialmente a fijar una de las representaciones teóricas más importantes del psicoanálisis, pero traspasa considerablemente los límites de esta disciplina. De nuevo he tenido que oír la despectiva afirmación de que no puede confiarse en una ciencia cuyos conceptos superiores son tan poco precisos como el de la libido y el del instinto en el psicoanálisis, pero este reproche se funda en un total desconocimiento de la cuestión. Los conceptos fundamentales claros y las definiciones precisamente delimitadas no son posibles en las disciplinas científicas sino cuando las mismas intentan integrar un conjunto de hechos dentro del cuadro de una construcción sistemática intelectual. En las ciencias naturales, a las cuales pertenece la Psicología, es inútil e imposible llegar a una tal claridad de los conceptos superiores. La Zoología y la Botánica no han comenzado con definiciones correctas y suficientes del animal y de la planta, y la Biología no ha establecido aún un concepto fijo de lo animado. La Física hubiera sacrificado todo su desarrollo si hubiese tenido que esperar, para emprenderlo, a dar claridad y precisión a los conceptos de materia, fuerza y gravitación. Las representaciones básicas o conceptos superiores de las ciencias naturales

aparecen siempre al principio muy imprecisos, quedando determinados interinamente por la mera indicación del campo de fenómenos a que pertenecen, y sólo el progresivo análisis ulterior del material de observación llega a darles la precisión deseada. (Adición de 1935):

Yo siempre he sentido una gran injusticia que la gente rehúse considerar al psicoanálisis como cualquiera otra ciencia. Este rechazo tiene su expresión en el surgimiento de las objeciones más obstinadas. Constantemente se le reprocha al psicoanálisis por sus insuficiencias y por ser incompleto, aunque sea claro que una ciencia basada en la observación no tiene otra alternativa que estudiar fragmentariamente sus hallazgos y resolver sus problemas paso a paso. Aún más, cuando me esforcé en darle a la función sexual el reconocimiento que durante tanto tiempo se le había desconocido, se acusó a la teoría psicoanalítica de 'pansexualismo'. Y cuando puse énfasis en la hasta entonces desatendida importancia del rol jugado por las tempranas impresiones traumáticas en la niñez, se me dijo que el psicoanálisis estaba negando los factores constitucionales y hereditarios, lo que nunca soñé hacer. Es un caso de contradecir a cualquier precio y por cualquier método.

Ya en fases anteriores de mi producción llevé a cabo la tentativa de alcanzar, partiendo de la observación psicoanalítica, puntos de vista generales. En 1911 acentué en un pequeño trabajo —*Formulierungen über die zwei Prinzipien des psychischen Geschehens*[2171]—, y de modo ciertamente nada original, el predominio del principio del placer y el displacer en la vida anímica y su sustitución por el llamado «principio de la realidad». Más tarde me atreví a intentar la construcción de una «Matapsicología», dando este nombre a una disciplina en la que cada uno de los procesos psíquicos era considerado conforme a las tres coordenadas: de la dinámica, la tópica y la económica y viendo en ella el fin último asequible a la psicología. Esta tentativa no llegó a completarse, quedando interrumpida después de varios ensayos (1915-7): Los instintos y sus destinos', 'La represión', 'Lo inconsciente', 'Duelo y melancolía'; pues reconocí que no era aún el momento de una tal empresa teórica. En mis últimos trabajos especulativos he intentado descomponer nuestro aparato psíquico basándome en la elaboración analítica de los hechos patológicos, y lo he dividido en un *yo*, un *Ello* y un *super-yo (El «yo» y el «Ello»)*, El *super-yo* es heredero del

complejo de Edipo y el representante de las aspiraciones éticas del hombre.

No debe creerse que en este último período he vuelto la espalda a la observación, entregándome por completo a una actividad especulativa. Continúo siempre en íntimo contacto con el material analítico y no he abandonado nunca el estudio de temas especiales clínicos o técnicos. Aun en los casos en que me he alejado de la observación he evitado aproximarme a la Filosofía propiamente dicha. Una incapacidad constitucional me ha facilitado esta abstención. Siempre me han atraído, sin embargo, las ideas de G. Th. Fechner, pensador al que debo interesantísimas sugestiones. Las amplias coincidencias del psicoanálisis con la filosofía de Schopenhauer, el cual no sólo reconoció la primacía de la afectividad y la extraordinaria significación de la sexualidad, sino también el mecanismo de la represión, no pueden atribuirse a mi conocimiento de sus teorías, pues no he leído a Schopenhauer sino en época muy avanzada ya de mi vida. A Nietzsche, otro filósofo cuyos presagios y opiniones coinciden con frecuencia, de un modo sorprendente, con los laboriosos resultados del psicoanálisis, he evitado leerlo durante mucho tiempo, pues más que la prioridad me importaba conservarme libre de toda influencia.

Las neurosis fueron el primero objeto del psicoanálisis, y durante mucho tiempo el único. Para todo analista es evidente que la práctica médica se equivoca al alejar estas afecciones de la psicosis, agregándolas a las enfermedades nerviosas orgánicas. La Neurología pertenece a la Psiquiatría, y es indispensable para penetrar en ella. El estudio analítico de las psicosis pareciera excluido de todo resultado médico, dada la inaccesibilidad terapéutica de estas enfermedades. El enfermo psicótico carece, en general, de la facultad de una transferencia positiva, quedando así embotado el instrumento principal de la técnica analítica; pero, de todos modos, puede llegarse a él por otros caminos. La transferencia no queda excluida, a veces, tan por completo, que no pueda utilizarse durante algún tiempo. En las depresiones cíclicas, en las modificaciones paranoicas leves y en la esquizofrenia hemos conseguido resultados indudables mediante el análisis. Por lo menos, ha sido ventajoso para la ciencia el que en muchos casos puede vacilar el diagnóstico durante mucho tiempo entre la psiconeurosis y la clemencia precoz, pues la tentativa terapéutica emprendida nos proporcionó

importantes descubrimientos antes de tener que ser interrumpida. Pero lo principal es que en las psicosis resulta evidente aquello que en las neurosis sólo muy trabajosamente se logra extraer a la superficie. Para muchas afirmaciones analíticas ofrece la clínica psiquiátrica excelentes demostraciones. No podía, pues, pasar mucho tiempo sin que el análisis encontrara el camino de los objetos de la observación psiquiátrica. Ya en 1896 descubrí en un caso de demencia paranoica[2172] los mismos factores etiológicos que en las neurosis y la existencia de tales complejos afectivos. Jung ha explicado enigmáticas estereotipias de sujetos dementes refiriéndolas a sucesos de su vida, y Bleuler ha descubierto en diversas psicosis mecanismos análogos a los que el análisis ha revelado en los neuróticos. Desde entonces no han cesado los esfuerzos de los analistas por llegar a una comprensión de las psicosis. Sobre todo desde que trabajamos con el concepto del narcisismo, se nos va haciendo posible iniciar ciertos descubrimientos. Abraham es el que más ha avanzado por este camino con su explicación de las melancolías. En este dominio no queda aún transformado el conocimiento en poder terapéutico; pero también las simples conquistas técnicas son importantes, y esperamos que hallarán algún día su aplicación práctica. Los psiquiatras no podrán resistirse ya mucho tiempo a la fuerza probatoria de sus propias observaciones clínicas. En la psiquiatría alemana tiene efecto actualmente una especie de penetración pacífica de los puntos de vista analíticos. Acentuando constantemente que no son psicoanalistas ni pertenecen a la escuela ortodoxa, cuyas exageraciones no comparten, sobre todo en lo que respecta al poder absoluto del factor sexual, van apropiándose, sin embargo, la mayoría de los jóvenes investigadores esta o aquella parte de la teoría analítica, aplicándolas a su manera. Existen, pues, múltiples indicios de un amplio y próximo desarrollo de nuestra disciplina en esta dirección.

VI

SIGO ahora, desde lejos, los síntomas de la reacción provocada por la introducción del psicoanálisis en la nación francesa, durante tanto

tiempo refractaria a nuestra disciplina. Este espectáculo actúa en mí como una reproducción de cosas ya vividas; pero presenta, sin embargo, rasgos que le son peculiares. Llegan, en efecto, hasta mí objeciones de increíble ingenuidad, tal como la de que la tosca pedantería de la terminología psicoanalítica repugna a la sensibilidad estética francesa. Ante esta objeción no podemos menos de recordar al inmortal caballero Riccaut de la Marlinière, creado por Lessing. Otra de las manifestaciones contrarias a nuestra disciplina presenta un aspecto más fundamental y ha sido acogida por un profesor de Psicología de la Sorbona. Me refiero a la de que para el *génie latin* resulta insoportable la manera de pensar del psicoanálisis. Este reproche recae en parte sobre los anglosajones, amigos y aliados de Francia, que han aceptado generalmente dicha manera de pensar. Ante tales manifestaciones podría creerse que el *génie teutonique* ha acogido al psicoanálisis con los brazos abiertos desde su mismo nacimiento.

En Francia han sido los literatos quienes primero se han interesado por el psicoanálisis. Se explica esto recordando que nuestra disciplina ha traspasado, con la interpretación de los sueños, las fronteras médicas. Entre su aparición en Alemania y su actual introducción en Francia han surgido sus diversas aplicaciones a los dominios de la literatura y del arte, a la historia de las religiones y a la Prehistoria, a la Mitología, la Etnografía y la Pedagogía, etc. Todas estas disciplinas tienen poco que ver con la ciencia médica y han sido precisamente enlazadas con ella por el psicoanálisis. No tengo, pues, derecho alguno a profundizar en esta cuestión; pero no puedo silenciarla, pues resulta indispensable para formarse una representación exacta del valor y de la esencia del psicoanálisis, y, además, la especial naturaleza de este trabajo, en el que me he obligado a exponer la obra de mi vida, me fuerza a tratar de ella. La mayoría de estas aplicaciones tiene, en efecto, en mi labor personal su punto de partida. En ocasiones he dado yo también algún paso por este camino para satisfacer dicho interés ajeno a la Medicina. Otros hombres de ciencia han seguido después mis huellas y penetrado más profundamente en tales dominios. Pero como quiero limitarme a exponer mis propias aportaciones a la aplicación del psicoanálisis, no he de presentar al sector sino un esquema muy insuficiente de su extensión e importancia.

El complejo de Edipo, cuya ubicuidad he ido reconociendo poco a poco,

me ha ofrecido toda una serie de sugestiones. La elección y la creación del tema de la tragedia, enigmáticas siempre, y el efecto intensísimo de su exposición poética, así como la esencia misma de la tragedia, cuyo principal personaje es el Destino, se nos explican en cuanto nos damos cuenta de que en el poema trágico se halla integrada toda la normatividad de la vida psíquica con su plena significación afectiva. La fatalidad y el oráculo no eran sino materializaciones de la necesidad interior. El hecho de que el héroe peque sin saberlo y contra su intención, constituye la exacta expresión de la naturaleza inconsciente de sus tendencias criminales. De la comprensión de la tragedia provocada por el Destino pasamos a la inteligencia de la tragedia de carácter con el análisis del *Hamlet* shakespeariano, obra que venía siendo admirada durante trescientos años sin que nadie hubiese llegado a penetrar en su sentido ni en los motivos del poeta. Era singular que este neurótico creado por el poeta naufragase bajo el peso del complejo de Edipo, como tantos seres reales. El problema que se plantea a Hamlet es, en efecto, el de vengar en una tercera persona aquellos dos hechos que constituyen el contenido de la tendencia de Edipo, venganza en cuya ejecución queda paralizado su brazo por su propio y oscuro sentimiento de culpabilidad. Shakespeare escribió esta tragedia poco después de la muerte de su padre[2173]. Mis indicaciones para el análisis de esta obra han sido aplicadas y ampliamente elaboradas después por Ernest Jones, y también Otto Rank hizo de ellas el punto de partida de sus investigaciones sobre la elección de materia por los poetas dramáticos, demostrando en su libro sobre el *motivo del incesto* con cuánta frecuencia eligen precisamente los poetas los motivos del complejo de Edipo y persiguiendo las variaciones y atenuaciones de esta materia a través de la literatura mundial.

De aquí no había más que un paso hasta el análisis de la creación poética y artística. Se reconoció que el reino de la fantasía era un dispositivo creado con ocasión de la dolorosa transición desde el principio del placer al de la realidad para permitir la constitución de un sustitutivo de la satisfacción instintiva a la cual se había tenido que renunciar en la vida real. El artista se había refugiado, como el neurótico, en este mundo fantástico, huyendo de la realidad poco satisfactoria; pero, a diferencia del neurótico, supo hallar el camino del retorno desde dicho mundo de la fantasía hasta la realidad. Sus

creaciones, las obras de arte, eran satisfacciones fantásticas de deseos inconscientes, análogamente a los sueños con los cuales compartían el carácter de transacción, pues tenían también que evitar el conflicto con los poderes de la represión. Pero a diferencia de los productos oníricos, asociales y narcisistas, están destinadas a provocar la participación de otros hombres y pueden reanimar y satisfacer en estos últimos los mismos impulsos optativos inconscientes. Además, se sirve del placer de la percepción de la belleza formal como prima de atracción. Los elementos de que el psicoanálisis puede disponer en esta labor son la interrelación de las impresiones de la vida del artista, sus destinos, sus obras, su constitución y los impulsos instintivos que en él actúan; esto es, lo generalmente humano. Con tal propósito hice a Leonardo de Vinci objeto de un estudio[2174] que reposa sobre un único recuerdo infantil comunicado por él en sus anotaciones y tiende esencialmente hacia la explicación de su cuadro «Santa Ana con la Virgen y el Niño», existente en el Museo del Louvre. Mis amigos y discípulos han emprendido numerosos análisis semejantes de artistas y obras de arte. El placer estético del que gozamos ante una obra de arte no queda disminuido por su comprensión analítica obtenida en esta forma. Mas para aquellos profanos que funden aquí esperanzas excesivas en el psicoanálisis habremos de advertir que hay dos problemas sobre los cuales no arroja luz ninguna y que son precisamente los que más pueden interesarle. El análisis no consigue explicar las dotes del artista ni descubrir los medios con los que el mismo trabaja, o sea, los pertenecientes a la técnica artística.

En una pequeña novela, carente en sí de gran valor. *La Gradiva*, de W. Jensen[2175] pude demostrar que el sueño imaginado literariamente admite igual interpretación que el real, o sea, que en la producción del poeta actúan aquellos mecanismos que hemos descubierto en la elaboración onírica.

Mi libro sobre *El chiste y su relación con lo inconsciente*, 1905[2176], parte también de la interpretación de los sueños. El único amigo a quien por entonces interesaban mis trabajos me había hecho observar que mis interpretaciones oníricas hacían con frecuencia una impresión «chistosa». Para aclarar esta impresión emprendí la investigación del chiste y encontré que su esencia residía en sus medios técnicos, los cuales no eran sino los empleados por la elaboración onírica, o sea, la condensación, el

desplazamiento, etc. A esto se enlazó la investigación económica relativa al nacimiento del placer en el oyente del chiste. La solución de este problema fue la de que dicho placer nacía por la supresión momentánea del esfuerzo de represión provocado por la influencia de una prima de atracción ofrecida (*placer preliminar*).

Concedo mayor valor que a estos estudios a mis aportaciones a la psicología de la religión iniciadas en 1907[2177] con el descubrimiento de una sorprendente analogía entre los actos obsesivos y los ritos religiosos. Sin conocer aún otras relaciones más profundas, califiqué a la neurosis obsesiva de religión privada desfigurada, y a la religión, de neurosis obsesiva universal. Más tarde, en 1912, indicó Jung las amplias analogías existentes entre las producciones intelectuales de los neuróticos y de los primitivos, orientando este estudio mi atención hacia dicho tema. En los ensayos reunidos bajo el título de *Totem y tabú*, 1912-3[2178], demostré que el horror al incesto es más intenso aún entre los primitivos que en los hombres civilizados, habiendo hecho surgir entre los primeros especiales reglas de defensa, e investigué las relaciones de las prohibiciones tabú, forma primera de las restricciones morales, con la ambivalencia sentimental, descubriendo en la concepción primitiva del mundo, o sea, en el animismo, el principio de la exageración de la realidad anímica, o sea, la *omnipotencia de las ideas*, sobre la cual se basa la magia. A través de todo esto se establecía una comparación con la neurosis obsesiva y se demostraba que esta singular dolencia entraña aún gran parte de las hipótesis de la vida anímica primitiva. Me atraía, sobre todo, el *totemismo*, primer sistema de organización de las razas primitivas, en el que los principios del orden social se muestran enlazados con una religión rudimentaria y con el implacable dominio de algunas prohibiciones tabú. El ser adorado es aquí, originariamente siempre, un animal, del cual afirma descender el clan. Por diversos indicios deduje luego que todos los pueblos, incluso los que han llegado a un más alto nivel de civilización, pasaron un día por este estadio del totemismo.

La fuente literaria principal de estos trabajos está constituida por las conocidas obras de J. G. Frazer (*Totemism and Exogamy y The Golden Bough*), que constituyen una mina de valiosísimos hechos y puntos de vista. Pero este autor no llega al esclarecimiento del problema del totemismo,

habiendo cambiado varias veces de opinión sobre esta materia. Los demás etnólogos e historiadores se muestran también desacordes en esta cuestión. Mi punto de partida fue la singular coincidencia de los dos principios tabú de totemismo, el de no matar al totem y evitar todo contacto sexual con las mujeres del mismo clan totémico, con los dos contenidos del complejo de Edipo, la supresión del padre y la unión sexual con la madre. De este modo fui llevado a equiparar al animal totémico con el padre, tal y como hacían expresamente los primitivos, adorándolo como antepasados del clan. Dos hechos psicoanalíticos vinieron en mi auxilio: una afortunada observación de Ferenczi con un sujeto infantil, observación que permitió hablar de un retorno infantil del totemismo, y el análisis de las tempranas zoofobias de los niños, de los cuales comprobamos que el animal objeto de la fobia era una sustitución del padre, siendo desplazado sobre él el miedo al primero, basado en el complejo de Edipo. De aquí no había más que un paso hasta el reconocimiento del asesinato del padre como nódulo del totemismo y punto de partida de la formación de las religiones.

Estas últimas consideraciones me fueron sugeridas por la obra de Robertson Smith titulada *La religión de los semitas*, en la que este genial autor, físico y exegeta bíblico describe una ceremonia esencial de la religión totémica; esto es, la llamada comida totémica. Una vez al año era muerto y comido el animal totémico, adorado y protegido en toda otra ocasión, siendo luego llorado, festividad en la que participaban todos los miembros del clan totémico. Agregando a esto la hipótesis de Darwin de que los hombres vivían primitivamente en hordas, cada una de las cuales se hallaba bajo el dominio de un único macho, fuerte y violento y celoso, llegué a la hipótesis, o, mejor dicho, a la visión del siguiente proceso. El padre de la horda primitiva habría monopolizado despóticamente a todas las mujeres, expulsando o matando a sus hijos, peligrosos como rivales. Pero un día se reunieron estos hijos, asesinaron al padre, que había sido su enemigo, pero también su ideal, y comiéronse el cadáver. Después de este hecho no pudieron, sin embargo, apoderarse de su herencia, pero surgió entre ellos la rivalidad. Bajo la influencia de este fracaso y del remordimiento, aprendieron a soportarse unos a otros, uniéndose en un clan fraternal, regido por los principios del totemismo, que tendían a excluir la repetición del crimen, y renunciaron

todos a la posesión de las mujeres, motivo del asesinato del padre. De este modo surgió la exogamia, íntimamente enlazada con el totemismo. La comida totémica sería la fiesta conmemorativa del monstruoso asesinato, del cual procedería la conciencia humana de la culpabilidad (pecado original), punto de partida de la organización social, la religión y la restricción moral.

Sea o no admisible históricamente tal posibilidad, dejamos aquí situada la formación de las religiones sobre la base del complejo paterno y de la ambivalencia en él predominante. Una vez abandonada la sustitución del padre por el animal totémico, el padre primitivo, temido, odiado, adorado y envidiado, se convirtió en el prototipo de la divinidad. En la vida psíquica del hijo luchaban de continuo el amor y el odio hacia el padre, produciendo continuas formaciones transaccionales, por medio de las cuales se impugnaban, por un lado, el asesinato, y se afirmaban, por otro, sus ventajas. Esta teoría de la religión arroja viva luz sobre el fundamento psicológico del cristianismo, en el cual perdura sin disfraz alguno la ceremonia de la comida totémica en el sacramento de la comunión. He de hacer constar que esta comparación no me es propia, sino que se encuentra ya en las obras de Robertson Smith y de Frazer.

Th. Reik y el etnólogo G. Róheim han tomado como punto de partida de varios trabajos importantes las ideas integradas en *Totem y tabú*, continuándolas, profundizándolas y justificándolas. Por mi parte, he vuelto sobre ellas algunas veces, con ocasión de ciertas investigaciones sobre el sentimiento inconsciente de la culpabilidad, tan importante entre los motivos de las neurosis, y asimismo en mis tentativas de enlazar más estrictamente la psicología social y a la psicología individual. (*El «yo» y el «Ello»*, *Psicología de las masas y análisis del «yo»*.) También para la explicación de la susceptibilidad de ser hipnotizado he utilizado la herencia arcaica procedente de las hordas primitivas.

En otras explicaciones del psicoanálisis, muy dignas de interés, es más pequeña mi participación. Partiendo de las fantasías del neurótico, nos conduce un amplio camino a las creaciones fantásticas de las colectividades y de los pueblos, integradas en los mitos, fábulas y leyendas. Otto Rank ha hecho de la Mitología el objeto de su labor, y la interpretación de los mitos, su referencia a los conocidos complejos infantiles inconscientes y la

sustitución de explicaciones astrales por una motivación humana, han sido en muchos casos el resultado de su labor analítica. También el tema del simbolismo ha encontrado numerosos investigadores en el círculo de mis adeptos. El simbolismo ha despertado contra el psicoanálisis gran hostilidad, y algunos investigadores demasiado tímidos no han podido perdonarle nunca este simbolismo, tal y como resultaba de la interpretación de los sueños. Pero nuestra disciplina no es responsable del descubrimiento del simbolismo, conocido ya desde hacía mucho tiempo en otros dominios (el folklore, la leyenda y el mito), en los que desempeña un papel más importante aún que en el lenguaje de los sueños.

Personalmente no he aportado nada a la aplicación del análisis a la Pedagogía; pero era natural que los descubrimientos analíticos referentes a la vida sexual y al desarrollo anímico de los niños atrajeran la atención de los pedagogos y les mostraran a una nueva luz su labor educadora. En este sentido ha sido un infatigable precursor el pastor protestante O. Pfister, de Zurich, que halló conciliable el psicoanálisis con una religiosidad sublimada. He de citar, además, a la señora Hug-Hellmuth y al doctor Bernfeld, de Viena, entre otros muchos[2179]. De la aplicación del análisis a la educación de los niños sanos y a la corrección de los no neuróticos, pero desviados en su desarrollo, ha resultado una consecuencia muy importante desde el punto de vista práctico. No es ya posible, en efecto, limitar a los médicos al ejercicio del psicoanálisis y excluir de él a los profanos.

En realidad, el médico que no ha hecho un estudio especial es también, a pesar de su título, un profano por lo que respecta al psicoanálisis, y el individuo ajeno a la Medicina puede llevar perfectamente a cabo, mediante una preparación analítica y auxiliado en algún caso por un médico, el tratamiento analítico de las neurosis.

Por uno de aquellos desarrollos contra cuyo resultado es inútil resistirse ha acabado por integrar varios sentidos la palabra «psicoanálisis». Originariamente no constituía sino el nombre de un método terapéutico especial, pero ahora ha llegado a convertirse en el nombre de una ciencia, de la ciencia de lo psíquico inconsciente. Esta ciencia no es, generalmente, apta para resolver por sí sola un problema, pero parece llamada a ofrecer a las más diversas disciplinas científicas importantísimas aportaciones. El campo de

aplicación del psicoanálisis es tan amplio como el de la Psicología, al que agrega un complemento de importantísimo alcance.

Así pues, volviendo la vista a la labor de mi vida, puedo decir que he iniciado muchas cosas y sugerido otras, de las cuales dispondrá el futuro. Por mí mismo no puedo decir lo que en tal futuro llegarán a ser. (Adición de 1935): Sin embargo, puedo expresar una esperanza, de que he abierto un sendero para un avance importante de nuestro conocimiento.

VII. ADICIÓN DE 1935[2180]

EL editor de estos estudios autobiográficos no tomó en cuenta la posibilidad que transcurrido un lapso pudiera escribirse una secuela de ellos, y parece ser que ha ocurrido tal suceso en la presente ocasión. Emprendo la tarea dado el deseo de mi editor americano de publicar el trabajo más corto en una nueva edición. Se publicó primero en América en 1927 (por Brentano) bajo el título *Un estudio autobiográfico*, pero que lamentablemente se colocó en el mismo volumen junto a otro ensayo mío que le daba el título al libro (*Análisis profano*), oscureciendo el presente trabajo.

Dos temas surcan estas páginas: la historia de mi vida y la historia del psicoanálisis, ambos íntimamente entrelazados. Este estudio autobiográfico revela cómo el psicoanálisis vino a constituir el sentido pleno de mi vida y afirma con propiedad que ninguna experiencia personal mía es de algún interés, comparándolas a mis relaciones con esta ciencia.

Poco antes de escribirlo me parecía que mi vida pronto llegaría a su fin, dada la recidiva de una enfermedad maligna, sin embargo, la habilidad quirúrgica me salvó en 1923 y fui capaz de proseguir mi vida y mi trabajo, aunque no estuve libre de dolor mucho tiempo[2181]. En el período de más de diez años transcurridos desde entonces en ningún momento dejé de lado ni mi trabajo analítico ni mis escritos, como lo prueba mi duodécimo volumen de la edición alemana de mis obras.

(*Gesammelte Schriften*, 1924-34.) Sin embargo, yo mismo siento que ha sucedido un cambio significativo. Los hilos que en el curso de mi desarrollo

se habían entrelazado han comenzado ahora a separarse: intereses adquiridos en la última parte de mi vida han retrocedido, en tanto que los más originales y antiguos se han vuelto prominentes una vez más. Es verdad que en la última década he escrito importantes artículos de la labor analítica, tales como la revisión del problema de la angustia en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926) y la explicación del fetichismo sexual que elaboré un año después (1927). Pese a todo, sería propio decir que desde que adelanté mi hipótesis de la existencia de dos clases de instintos (Eros y el instinto de muerte) y desde que propuse una división de la personalidad psíquica en un *Yo*, un *Super-Yo* y un *Ello* (1923), no he hecho posteriormente ninguna contribución decisiva al psicoanálisis. Todo lo que he escrito desde entonces sobre esto ha sido o poco importante o pronto hubiera sido elaborado por algún otro autor. Esta circunstancia se relaciona con una alteración en mi propia persona, lo que pudiera ser descrito como una fase de desarrollo regresivo. Mi interés luego en un largo *détour* en las Ciencias Naturales, la Medicina y la psicoterapia, volvió a los problemas culturales que tanto me había fascinado largo tiempo atrás, cuando era un joven apenas con la edad necesaria para pensar. En el cénit de mi labor analítica (1912) ya había intentado en *Totem y tabú* emplear los nuevos hallazgos descubiertos por el análisis a objeto de investigar los orígenes de la religión y de la moral. Llevé recientemente esa investigación un paso adelante en dos últimos trabajos: *El porvenir de una ilusión* (1927) y *El malestar de la cultura* (1930)[2182]. Percibí aún con más claridad que los hechos de la historia humana: las interacciones entre la naturaleza humana, el desarrollo cultural y los precipitados de experiencias primordiales (siendo la religión el ejemplo más prominente) no son otra cosa que una reflexión de los conflictos dinámicos entre el *Yo*, el *Ello* y el *Super-Yo*, de un individuo, estudiado analíticamente, pero que los mismos procesos se repiten en una escala más amplia.

En *El porvenir de una ilusión*, expresé una valoración negativa de la religión. Más tarde encontré una fórmula que le hizo mayor justicia a ella, aunque aún, concediendo que su poder reside en la verdad que contiene, mostré que esa verdad no era material, sino histórica.

Estos estudios aunque originados en el psicoanálisis y que se alejan mucho de él, tal vez han despertado más simpatía del público que el propio

psicoanálisis. Puede que ellos han tenido su rol al crear la efímera ilusión que yo me contaba entre los escritores a los que una gran nación como Alemania estaría pronta a escucharlos. Fue en 1929 cuando con palabras no menos fértiles que amistosas, Thomas Mann, uno de los bien conocidos escritores alemanes, encontró un lugar para mí en la historia del pensamiento moderno. Algo más tarde a mi hija Anna, actuando como mi apoderada, se le dio una recepción cívica en la Rathaus de Francfort del Maine, con ocasión de haberme otorgado el premio Goethe para 1930. Ése fue el cénit de mi vida ciudadana. Poco después, los límites de nuestra comarca se estrecharon y la nación no sabía nada más de nosotros.

Y aquí debiérase permitirme interrumpir estas notas autobiográficas. El público no tiene derecho a saber más de mis asuntos personales, de mis luchas, mis desilusiones y mis éxitos. De todas maneras ya he sido más abierto y franco en alguno de mis escritos (*La interpretación de los sueños* y en *Psicopatología de la vida cotidiana*) que lo que son corrientemente aquellos que describen sus vidas para sus contemporáneos o para la posteridad. He tenido pocos agradecimientos de ello, y por mi experiencia no puedo recomendarle a otro que siga mi ejemplo.

Debiera agregar unas pocas palabras más de la historia del psicoanálisis en la última década. Ya no caben dudas que él continuará, ha probado sus capacidades de sobrevivencia y de desarrollarse tanto como rama del saber como método terapéutico. El número de sus adhérentes (organizados en la International Psycho-Analytical Association) ha aumentado considerablemente. Además de los grupos locales de Viena, Berlín, Budapest, Londres, Holanda, Suiza y Rusia, se han formado desde entonces Sociedades en París, Calcuta, dos en Japón, varias en Estados Unidos, y muy recientemente una en Jerusalén y en Sud-Africa y dos en Escandinavia. Aparte de sus propias reservas, estas sociedades locales mantienen (o están en el proceso de formarlos) Institutos de entrenamiento en los que se da una instrucción de la práctica del psicoanálisis según un plan uniforme; y ambulatorios en los que analistas experimentados y estudiantes ofrecen tratamiento gratuito a enfermos de escasos recursos. Cada dos años los miembros de la Asociación Internacional de Psicoanálisis organiza un Congreso donde se leen trabajos científicos y se deciden asuntos

organizativos. El decimotercero de estos congresos (a los que yo no podré asistir más) tuvo lugar en Lucerna en 1934. De lo medular de los intereses compartidos por los miembros de la asociación irradian trabajos en múltiples direcciones: Unos colocando el énfasis en clarificar y profundizar nuestro conocimiento de la psicología, en tanto que otros se preocupan de mantenerse en contacto con la medicina y la psiquiatría.

Desde un punto de vista práctico, algunos analistas se han propuesto la tarea de llevar a cabo el reconocimiento del psicoanálisis en las universidades y su inclusión en el curriculum médico; mientras que otros prefieren mantenerlo fuera de esas instituciones, no aceptando que el psicoanálisis sea menos importante para el campo educacional que para el de la medicina. Suele suceder que un analista llegue a sentirse aislado al intentar poner énfasis en uno sólo de los hallazgos o puntos de vista del psicoanálisis descartando todo lo restante. A pesar de todo, la impresión general es de satisfacción por un trabajo científico serio llevado a cabo a un alto nivel.

CXXXII

LAS RESISTENCIAS CONTRA EL PSICOANÁLISIS[2183]

1924 [1925]

EL lactante sostenido por el brazo de su nodriza que se aparta sollozando de una cara extraña; el creyente que inicia el nuevo año con una oración y que saluda, bendiciéndolos, los primeros frutos del estío; el aldeano que se niega a comprar una guadaña si no lleva la marca de fábrica familiar a sus antecesores: he aquí tres situaciones cuya discrepancia es manifiesta y que parecería acertado reducir a motivos particulares para cada una.

Sin embargo, sería injusto ignorar, lo que tienen de común. En los tres casos se trata de un mismo displacer, que en el niño halla expresión elemental y primitiva, en el creyente aparece artificiosamente elaborado, para el aldeano se convierte en motivo de una decisión. Pero la fuente de este displacer es el esfuerzo que *lo nuevo* exige a la vida anímica, el desgaste psíquico que le impone, su concomitante inseguridad exacerbada hasta la angustiosa expectativa. Sería tentador hacer de la reacción psíquica frente a lo nuevo el tema de un estudio especial, pues en ciertas —aunque ya no primordiales— condiciones también se suele observar la actitud opuesta: una sed de estimulación que se apodera de cuanto nuevo encuentra, simplemente por ser nuevo.

La aprensión ante lo nuevo no debería sentar plaza en la labor científica.

La ciencia, eternamente incompleta e insuficiente, está destinada a perseguir su fortuna en nuevos descubrimientos y en nuevas concepciones. Para evitar el engaño fácil le conviene armarse de escepticismo, y rechazar toda innovación que no haya soportado su riguroso examen. Mas este escepticismo muestra en ocasiones dos características insospechadas, pues mientras se opone con violencia a la novedad recién nacida, protege respetuosamente lo que ya conoce y acepta, conformándose, pues, con reprobar aun antes de haber investigado. Pero así se desenmascara como un simple heredero de aquella primitiva reacción contra lo nuevo, como un nuevo disfraz para asegurar su subsistencia. Todos sabemos cuán frecuentemente en la historia de la investigación científica las innovaciones fueron recibidas con intensa y pertinaz resistencia, revelando la evolución ulterior que ésta era injusta, y aquéllas, valiosas e importantes. Por lo general eran ciertos elementos temáticos de la novedad los que provocaban la resistencia, aunque por otro lado siempre debían concurrir varios factores para poder desencadenar esa reacción primitiva.

Una recepción particularmente ingrata le fue deparada al *psicoanálisis*, que el autor comenzó a desarrollar hace casi treinta años, basándose en las comprobaciones de *Josef Breuer*, de Viena, relativas al origen de los síntomas neuróticos. Su novedad era indiscutible, aunque junto a estos hallazgos elaborara cuantioso material ya conocido de otras fuentes, además de resultados emanados de las doctrinas del gran neuropatólogo *Charcot* y de impresiones surgidas de los fenómenos hipnóticos. Al principio su importancia fue puramente terapéutica: pretendía establecer un nuevo y eficaz tratamiento de las enfermedades neuróticas. Pero ciertas vinculaciones, que al principio no pudieron ser sospechadas, llevaron al psicoanálisis más allá de su objetivo original. De tal manera, por fin, llegó a sustentar la pretensión de haber fundado sobre nuevas bases nuestra entera concepción de la vida psíquica, pretensión que afianza su importancia en cuanto sector del conocimiento se apoye en la psicología. Después de un decenio de completo desdén, se convirtió de pronto en objeto de interés público, y al mismo tiempo desencadenó una tempestad de indignada reprobación.

Pasemos por alto aquí *las formas* tras las cuales se manifestó la resistencia contra el psicoanálisis; baste observar que la lucha en torno de esta

novedad de ningún modo ha tocado a su fin, aunque ya es posible reconocer la orientación que adoptará en el futuro: sus enemigos no han logrado suprimir el movimiento. El psicoanálisis, cuyo representante único fui hace veinte años, halló desde entonces numerosos seguidores de importancia, animados por diligente afán, tanto médicos como profanos, que lo ejercen como procedimiento terapéutico para los enfermos nerviosos, como método de investigación psicológica y como recurso auxiliar de la labor científica en los más diversos campos del espíritu. Nuestro interés sólo ha de dirigirse aquí a *los motivos* de la resistencia contra el psicoanálisis, atendiendo particularmente a la composición de ésta y a la distinta valía de sus componentes.

La consideración clínica ha de situar las neurosis junto a las intoxicaciones o los procesos análogos a la enfermedad de Basedow. Trátase de estados producidos por exceso o falta relativa de determinadas sustancias muy potentes, ya se formen éstas en el propio organismo o sean introducidas desde fuera; es decir, que son en realidad trastornos del quimismo: toxicosis. Si alguien lograse demostrar y aislar la o las sustancias hipotéticas que intervienen en la génesis de las neurosis, tal hallazgo no tropezaría por cierto con la protesta de los médicos. Mas por ahora no disponemos de ningún camino que nos lleve a semejante meta. Sólo podemos tomar como punto de partida el cuadro sintomático que presentan las neurosis; por ejemplo, en la histeria, el cortejo de trastornos somáticos y psíquicos. Ahora bien: tanto las experiencias de Charcot como las observaciones clínicas de Breuer nos enseñaron que también los síntomas *somáticos* de la histeria son *psicogénicos*, es decir, que representan sedimentos de procesos psíquicos transcurridos. Gracias al establecimiento del estado hipnótico se pudo provocar arbitraria y experimentalmente dichos síntomas somáticos de la histeria.

El psicoanálisis tomó este nuevo conocimiento como punto de partida, comenzando por preguntarse acerca de la índole de esos procesos psíquicos que dan lugar a tan singulares consecuencias. Pero semejante orientación, científica no podía agradar a la generación médica de entonces, educada en el sentido de la valoración exclusiva de los factores anatómicos, físicos y químicos, sin estar preparada para apreciar lo psíquico, de modo que lo

enfrentaron con indiferencia y aversión. Evidentemente, los médicos dudaban de que los hechos psíquicos pudieran ser sometidos, en principio, a una elaboración científica exacta. Reaccionando desmesuradamente contra una fase superada de la medicina en la que habían reinado las concepciones de la llamada filosofía de la naturaleza, esa generación consideraba nebulosas, fantásticas y místicas a las abstracciones del tipo que la psicología debe por fuerza utilizar; en cuanto a los fenómenos enigmáticos que podrían convertirse en puntos de partida para la investigación, simplemente les negaba todo crédito. Los síntomas de la neurosis histérica eran tenidos por productos de la simulación; las manifestaciones del hipnotismo, por supercherías. Hasta los psiquiatras, cuya atención se ve asediada por los fenómenos psíquicos más extraordinarios y asombrosos, no se mostraban dispuestos a considerarlos en detalle y a perseguir sus vinculaciones, conformándose con clasificar el abigarrado cuadro de las exteriorizaciones mórbidas y con reducirlas, siempre que fuera posible, a factores patógenos somáticos, anatómicos o químicos. En esta época materialista —o, más bien, mecanicista— la medicina realizó magníficos progresos, pero, no obstante, ignoró ciegamente el más excelso y difícil de los problemas que plantea la vida.

Es comprensible que los médicos, embargados por semejante posición frente a lo psíquico, no concedieran su favor al psicoanálisis ni se mostraran dispuestos a seguir su invitación para aplicar nuevos enfoques y para encarar muchas cosas de distinto modo. Pero cabría aceptar que la nueva doctrina despertara tanto más fácilmente el aplauso de los filósofos, ya que éstos solían encabezar sus explicaciones del universo con conceptos abstractos —o, al decir de malas lenguas, con palabras sin significado—, de modo que no tenían por qué condenar la dilatación del campo psicológico que emprendía el psicoanálisis. Pero aquí tropezó con un nuevo obstáculo, pues lo psíquico de los filósofos no equivalía a lo psíquico del psicoanálisis. En su mayoría, los filósofos sólo califican de psíquico a lo que es un fenómeno de consciencia; para ellos, el mundo de lo consciente coincide con el ámbito de lo psíquico. Cuanto pueda suceder, fuera de esto, en el «alma», tan difícil de captar, lo adjudican a las precondiciones orgánicas o a los procesos paralelos de lo psíquico. En términos más concisos, el alma no tiene otro contenido, sino los

fenómenos conscientes, de modo que la ciencia del alma, la psicología, mal puede tener otro objeto. Tampoco el profano piensa de distinta manera.

¿Qué puede decir, pues, el filósofo ante una ciencia como el psicoanálisis, según la cual lo psíquico, en sí, sería *inconsciente*, y la consciencia, sólo una *cualidad* que puede agregarse, o no, a cada acto psíquico, sin que su eventual ausencia modifique algo en éste? Naturalmente, el filósofo afirmará que un ente psíquico inconsciente es un desatino, una *contradictio in adjecto*, y no advertirá que con semejante juicio no hace sino repetir su propia —y quizá demasiado estrecha— definición de lo psíquico. Al filósofo le resulta fácil lograr esta certidumbre, pues ignora el material cuyo estudio impuso al analista la convicción de los actos psíquicos inconscientes. No ha considerado el hipnotismo; no se esforzó en la interpretación de los sueños— que prefiere considerar, como el médico, cual productos sin sentido, resultantes de la actividad mental atenuada durante el reposo—; apenas sospecha que existen cosas como las ideas obsesivas y delirantes, y se le pondría en gran aprieto invitándole a explicarlas mediante sus premisas psicológicas. También el analista se niega a declarar qué es lo inconsciente, pero al menos puede señalar un sector fenoménico cuya observación le impuso la aceptación de lo inconsciente. El filósofo, que no conoce otra forma de observación más que la de sí mismo, no puede seguir al analista por este camino. Así, el psicoanálisis sólo saca desventajas de su posición intermedia entre la medicina y la filosofía. El médico lo considera como un sistema especulativo y se niega a creer que, como cualquier otra ciencia de la Naturaleza, se base en una paciente y afanosa elaboración de hechos procedentes del mundo perceptivo; el filósofo, que la mide con la vara de sus propios sistemas artificiosamente edificados, considera que parte de premisas inaceptables y le achaca el que sus conceptos principales —aún en pleno desarrollo— carezcan de claridad y precisión.

Semejante situación bastaría para explicar la recepción indignada y reticente que los círculos científicos dispensaron al psicoanálisis, pero no permite comprender cómo se pudo llegar a esos estallidos de furia, sarcasmo y desprecio, al abandono de todos los preceptos de la lógica y del buen gusto en la polémica. Tal reacción permite adivinar que debieron haberse animado otras resistencias, fuera de las meramente intelectuales; que fueron

despertadas fuertes potencias afectivas. La doctrina psicoanalítica contiene, en efecto, bastantes elementos a los cuales se podría atribuir tal repercusión sobre las pasiones humanas, y no sólo sobre las de los hombres de ciencia.

Así, nos encontramos ante todo con la fundamental importancia que el psicoanálisis concede a los denominados *instintos sexuales* en la vida psíquica del hombre. Según la teoría psicoanalítica, los síntomas neuróticos son deformadas satisfacciones sustitutivas de energías instintivas sexuales, cuya satisfacción directa ha sido frustrada por resistencias interiores. Más tarde, cuando el psicoanálisis traspuso los límites de su primitivo campo de labor, permitiendo su aplicación a la vida psíquica normal procuró demostrar que los mismos componentes sexuales, desviados de sus fines más directos a otros más lejanos, constituyen los más importantes aportes a las obras culturales del individuo y de la comunidad. Estas afirmaciones no eran totalmente nuevas, pues ya el filósofo *Schopenhauer* había señalado con palabras de inolvidable vigor la incomparable importancia de la vida sexual; por otra parte, lo que el psicoanálisis denominó «sexualidad», de ningún modo coincidía con el impulso a la unión de los sexos o a la provocación de sensaciones placenteras en los órganos genitales, sino más bien con el *Eros* del *Symposion* platónico, fuerza ubicua y fuente de toda vida.

Pero los adversarios olvidaron la existencia de tan ilustres precursores, ensañándose con el psicoanálisis como si éste hubiera cometido un atentado contra la dignidad de la especie humana. Le achacaron un «pansexualismo», aunque la teoría psicoanalítica de los instintos siempre fue estrictamente dualista y en ningún momento dejó de reconocer, junto a los instintos sexuales, la existencia de otros, a los cuales atribuía precisamente la energía necesaria para rechazar los instintos sexuales. Originalmente esta antítesis de los instintos se había establecido entre los instintos sexuales y los del *yo*, mientras que una orientación más reciente de la teoría la plantea entre el *Eros* y el instinto de muerte o de destrucción.

La parcial atribución del arte, la religión y el orden social, a la injerencia de energías instintivas sexuales, fue recibida como una denigración de los más altos patrimonios de la cultura, proclamándose solemnemente que el hombre también tendría otros intereses, además de los sexuales, pero olvidando en el apuro que también los tiene el animal —pues sólo está

supeditado a la sexualidad esporádicamente en ciertas épocas, y no permanentemente, como el hombre—; olvidando que estos otros intereses jamás fueron negados en el hombre, y que al demostrarse su origen de elementales fuentes instintivas animales, en nada se reduce el valor de una conquista cultural.

Tanta falta de lógica y tamaña injusticia exigen una explicación. No será difícil hallar su causa provocadora. La cultura humana reposa sobre dos pilares: uno, la dominación de las fuerzas naturales; el otro, la coerción de nuestros instintos. Esclavos encadenados son los que soportan el trono de la soberana. Entre los elementos instintuales así sometidos a su servicio, descuellan por su fuerza y su salvajez los instintos sexuales en sentido más estricto. ¡Ay si quedasen en libertad!: el trono sería derribado estrepitosamente, y la soberana, pisoteada sin conmiseración. Bien lo sabe la sociedad, y no quiere que de ello se hable.

Pero ¿por qué no? ¿Qué mal podría traer su comentario? El psicoanálisis jamás estimuló el desencadenamiento de nuestros instintos socialmente perniciosos; bien al contrario, señaló su peligro y recomendó su corrección. Pero la sociedad nada quiere saber de que se revelen tales condiciones, porque su conciencia le remuerde en más de un sentido. Ante todo, ha implantado un alto ideal de moralidad —moralidad significa coerción de los instintos—, cuyo cumplimiento exige a todos sus miembros, sin preocuparse de lo difícil que esta obediencia pueda resultarle al individuo. Pero, en cambio, no cuenta con una organización tan íntegra y perfecta como para poder indemnizar al individuo por su renuncia a los instintos. Por consiguiente, quédale librado a éste el camino por el cual podrá conseguir compensación suficiente para el sacrificio que se le impuso, conservando así su equilibrio psíquico. Pero, en suma, el hombre se ve obligado a exceder psicológicamente sus medios de vida, mientras que por otro lado sus exigencias instintuales insatisfechas le hacen sentir las imposiciones culturales como una constante opresión. Con esto, la sociedad sostiene un estado de *hipocresía cultural* que necesariamente será acompañado por un sentimiento de inseguridad y por la imprescindible precaución, que consiste en prohibir toda crítica y discusión al respecto. Esto rige para todas las tendencias instintuales, es decir, también para las egoístas; no hemos de

investigar aquí la medida en que se puede aplicar el mismo patrón a todas las culturas, y no solamente a las que ya han completado su evolución. Agrégase a esto, en lo que a los instintos estrictamente sexuales se refiere, el hecho de que la mayoría de los hombres los dominan en forma insuficiente y psicológicamente incorrecta, de modo que son éstos, precisamente, los más propensos a desencadenarse.

El psicoanálisis pone al descubierto las flaquezas de este sistema y recomienda su corrección. Propone ceder en la rigidez de la represión instintual, concediendo, en cambio, más espacio a la sinceridad. Ciertos impulsos instintuales, en cuya supresión la sociedad ha ido demasiado lejos, han de ser dotados de mayor satisfacción; en otros, el ineficaz método de dominio por vía de la represión debe ser sustituido por un procedimiento mejor y más seguro. Debido a esta crítica, el psicoanálisis fue tachado de «enemigo de la cultura», condenándoselo como «peligro social». Semejante resistencia no puede gozar de vida eterna; a la larga, ninguna institución humana podrá escapar a la influencia de una crítica justificada, pero hasta ahora la actitud del hombre frente al psicoanálisis sigue siendo dominada por este miedo que desencadena las pasiones y menoscaba la pretensión de argumentar lógicamente.

Con su teoría de los instintos, el psicoanálisis ofendió al hombre en su orgullo de sentirse miembro de la comunidad social; otro elemento de su sistema teórico, en cambio, pudo herir a todo individuo en el punto más sensible de su propia evolución psíquica. El psicoanálisis puso fin a la fábula de la infancia asexual, demostrando que los intereses y las actividades sexuales existen en el niño pequeño desde el comienzo de su vida, revelando las transformaciones que sufren, mostrando cómo experimentan cierta inhibición alrededor de los cinco años, para ponerse al servicio de la función genésica a partir de la pubertad. Reconoció que la temprana vida sexual infantil culmina en el denominado *complejo de Edipo*, en la vinculación afectiva con el personaje parental del sexo opuesto, acompañada de rivalidad frente al del mismo sexo, tendencia que en esa época de la vida aún se manifiesta libremente, como deseo sexual directo. Todo esto se puede confirmar con tal facilidad, que realmente fue preciso desplegar un enorme esfuerzo para lograr pasarlo por alto. En efecto, cada individuo recorre esta

fase, pero luego reprime enérgicamente su contenido, llegando a olvidarlo. La repugnancia ante el incesto y un enorme sentimiento de culpabilidad son residuos de esa prehistoria individual. Quizá sucedió algo muy parecido en la prehistoria de la especie humana, y los orígenes de la moralidad, de la religión y del orden social estarían íntimamente vinculados a la superación de esa época arcaica. Al hombre adulto no debía recordársele esa prehistoria, que más tarde se le tornó tan digna de vergüenza; sufría un acceso de furia cada vez que el psicoanálisis pretendía descorrer el velo de la amnesia que oculta sus años infantiles. Así, sólo quedó un recurso: cuanto afirmaba el psicoanálisis debía ser falso, y esta pretendida ciencia nueva no había de ser más que un tejido de fantasías y supercherías.

Las fuertes resistencias contra el psicoanálisis no eran, pues, de índole intelectual, sino que procedían de fuentes afectivas; esto permitía explicar su apasionamiento y su falta de lógica. La situación se adaptaba a una fórmula muy simple: los hombres, en tanto que masa humana, se conducían frente al psicoanálisis exactamente igual que un individuo neurótico sometido a tratamiento por sus trastornos, pero al cual se podía demostrar pacientemente que todo había sucedido como el análisis lo afirmaba. Por otra parte, tales hechos no fueron inventados por esta ciencia, sino hallados en el estudio de otros neuróticos mediante esfuerzos prolongados durante varios decenios.

Semejante situación tenía, al mismo tiempo, algo terrible y algo grato: terrible, porque no era ninguna minucia tomar a la especie humana entera como paciente; grato, porque a fin de cuentas todo venía a suceder como, de acuerdo con las hipótesis del psicoanálisis, debía ocurrir.

Si repasamos una vez más las ya descritas resistencias contra el psicoanálisis, debemos reconocer que sólo en su menor parte son de la especie que se suele enfrentar a la mayoría de las innovaciones científicas. La parte más considerable obedece a que el contenido de esta doctrina había herido fuertes sentimientos de la humanidad. Por otra parte, sucedió otro tanto con la teoría evolucionista de *Darwin*, que aniquiló la valla entre el hombre y el animal, levantada por la vanidad humana. En un breve ensayo anterior (*Una dificultad del psicoanálisis*, «Imago», 1917)[2184] ya señalé esta analogía. Destaqué allí que el concepto psicoanalítico de la relación entre el *yo* consciente y el todopoderoso inconsciente constituye una grave afrenta

contra el amor propio humano, afrenta que califiqué de *psicológica*, equiparándola a la *biológica*, representada por la teoría evolucionista, y a la anterior, *cosmológica*, infligida por el descubrimiento de *Copérnico*.

La resistencia contra el psicoanálisis también fue reforzada parcialmente por dificultades puramente exteriores. No es fácil formarse un juicio independiente en las cosas psicoanalíticas, a menos que se haya experimentado esta ciencia en carne propia o en el prójimo. No es posible hacer lo último sin haber aprendido antes determinada técnica harto dificultosa, y hasta hace poco no se disponía de medios accesibles para aprender el psicoanálisis y su técnica. Tal situación ha mejorado ahora, al fundarse en Berlín el Policlínico Psicoanalítico y el Instituto de Enseñanza (1920). Poco después (1922) se fundó en Viena un instituto análogo.

Finalmente, el autor puede plantear con toda modestia la pregunta de si su propia personalidad de judío, que jamás intentó ocultar tal carácter, no habría participado en la antipatía que el mundo ofreció al psicoanálisis. Sólo raramente fue expresado un argumento de esta clase, pero por desgracia nos hemos tornado tan suspicaces, que no podemos menos de sospechar que esta circunstancia debe haber ejercido algún efecto. Quizá tampoco sea simple casualidad el hecho de que el primer representante del psicoanálisis fuese un judío. Para profesar esta ciencia era preciso estar muy dispuesto a soportar el destino del aislamiento en la oposición, destino más familiar al judío que a cualquier otro hombre.

CXXXIII

EL «BLOCK» MARAVILLOSO[2185]

1924 [1925]

CUANDO desconfiamos de nuestra memoria —desconfianza que alcanza gran intensidad en los neuróticos, pero que también está justificada en los normales— podemos complementar y asegurar esta función por medio de anotaciones gráficas. La superficie que conserva estas anotaciones, pizarra u hoja de papel, es entonces como una parte materializada del aparato mnémico que llevamos, invisible, en nosotros. Nos bastará, pues, saber el lugar en el que se halla el «recuerdo» así fijado para poderlo «reproducir» a voluntad, con la certeza de que ha permanecido invariable, habiendo eludido así las deformaciones que quizá hubiese sufrido en nuestra memoria.

Pero cuando queremos servirnos ampliamente de esta técnica para perfeccionar nuestra función mnémica, advertimos que podemos poner en práctica dos distintos procedimientos. Podemos, primeramente, elegir una superficie que conserve intacta, durante mucho tiempo, la anotación a ella confiada; esto es, una hoja de papel sobre la que escribiremos con tinta, obteniendo así una «huella mnémica permanente». La desventaja de este procedimiento consiste en que la capacidad de la superficie receptora se agota pronto. La hoja de papel no ofrece ya lugar para nuevas anotaciones, y nos vemos obligados a tomar otras nuevas. Por otro lado, la ventaja que este procedimiento nos ofrece al procurarnos una «huella permanente» puede

perder para nosotros su valor cuando, al cabo de algún tiempo, deja de interesarnos lo anotado y no queremos ya «conservarlo en la memoria». El segundo procedimiento no presenta estos defectos. Si escribimos, por ejemplo, con tiza sobre una pizarra, tendremos una superficie de capacidad receptora ilimitada, de la que podremos borrar las anotaciones en cuanto cesen de interesarnos, sin tener por ello que destruirla o tirarla. El inconveniente está aquí en la imposibilidad de conservar una huella permanente, pues al querer inscribir en la pizarra cubierta ya de anotaciones alguna nueva, tenemos que borrar parte de las anteriores. Así pues, en los dispositivos con los cuales sustituimos nuestra memoria, parecen excluirse, entre sí, la capacidad receptora ilimitada y la conservación de huellas permanentes; hemos de renovar la superficie receptora o destruir las anotaciones.

Los aparatos auxiliares que hemos inventado para perfeccionar o intensificar nuestras funciones sensoriales están todos construidos a semejanza del órgano sensorial correspondiente o de un parte del mismo (lentes, cámaras fotográficas, trompetillas, etc.). Desde este punto de vista, los dispositivos auxiliares de nuestra memoria parecen muy defectuosos, pues nuestro aparato anímico realiza precisamente lo que aquéllos no pueden. Presenta una ilimitada capacidad receptora de nuevas percepciones y crea, además, huellas duraderas, aunque no invariables, de las mismas. Ya en *La interpretación de los sueños* (1900) expusimos la sospecha de que esta facultad, poco común, correspondía a la función de dos distintos sistemas (órganos del aparato anímico). Poseeríamos un sistema encargado de recibir las percepciones, pero no de conservar de ellas una huella duradera, conduciéndose así, con respecto a cada nueva percepción, como una cuartilla intacta. Tales huellas permanentes de los estímulos acogidos surgirían luego en los «sistemas mnémicos» situados detrás del sistema receptor. Más tarde (*Más allá del principio del placer*) agregamos la observación de que el fenómeno inexplicable de la conciencia nace en el sistema perceptor en lugar de las huellas duraderas.

Hace poco tiempo ha surgido en el comercio, con el nombre de «block maravilloso», un objeto que parece prometer mayor utilidad que la hoja de papel o la pizarra. No pretende ser más que un memorándum del cual pueden

borrarse cómoda y sencillamente las anotaciones. Pero si lo observamos más detenidamente encontramos en su construcción una singular coincidencia con la estructura por nosotros supuesta de nuestro aparato perceptor y comprobamos que puede, en efecto, ofrecernos las dos cosas: una superficie receptora siempre pronta y huellas permanentes de las anotaciones hechas.

El *block* maravilloso es una lámina de resina o cera de color oscuro, encuadrada en un marco de papel y sobre la cual va una fina hoja transparente, sujeta en su borde superior y suelta en el inferior. Esta hoja es la parte más interesante de todo el aparato. Se compone, a su vez, de dos capas separables, salvo en los bordes transversales. La capa superior es una lámina transparente de celuloide, y la inferior, un papel encerado muy delgado y translúcido. Cuando el aparato no es empleado, la superficie interna del papel encerado permanece ligeramente adherida a la cara superior de la lámina de cera.

Para usar este *block* maravilloso se escribe sobre la capa de celuloide de la hoja que cubre la lámina de cera. Para ello no se emplea lápiz ni tiza, sino, como en la antigüedad, un estilo o punzón. Pero en el *block* maravilloso, el estilo no graba directamente la escritura sobre la lámina de cera, sino por mediación de la hoja que la recubre, adhiriendo a la primera, en los puntos sobre los que ejerce presión, la cara interna del papel encerado, y los trazos así marcados se hacen visibles en un color más oscuro, en la superficie grisácea del celuloide. Cuando luego se quiere borrar lo escrito basta separar ligeramente de la lámina de cera la hoja superior, cuyo borde inferior queda libre. El contacto establecido por la presión del estilo entre el papel encerado y la lámina de cera, contacto al que se debía la visibilidad de lo escrito, queda así destruido, sin que se establezca de nuevo al volver a tocarse ambos, y el *block* maravilloso aparece otra vez limpio y dispuesto a acoger nuevas anotaciones.

Las pequeñas imperfecciones de este objeto no presentan, naturalmente, para nosotros interés alguno, puesto que nuestra intención no es sino perseguir sus coincidencias con la estructura de nuestro aparato anímico perceptor.

Si después de escribir sobre el *block* maravilloso separamos con cuidado la hoja de celuloide de la de papel encerado, seguimos viendo lo escrito sobre

la superficie de este último y podemos preguntarnos qué utilidad ha de tener la hoja de celuloide. Pero en seguida advertimos que el papel encerado se rasgaría o se arrugaría si escribiésemos directamente sobre él con el estilo. La hoja de celuloide es, por tanto, una cubierta protectora del papel encerado, destinada a protegerle de las acciones nocivas ejercidas sobre él desde el exterior. El celuloide es un «dispositivo protector contra las excitaciones», y la capa que las acoge es propiamente el papel. Podemos ya recordar aquí que en *Más allá del principio del placer* expusimos que nuestro aparato perceptor se componía de dos capas: una protección exterior contra los estímulos, encargada de disminuir la considerable magnitud de los mismos, y bajo ella, la superficie receptora.

La analogía no tendría mucho valor si terminase aquí. Pero aún va más lejos. Si levantamos toda la cubierta —celuloide y papel encerado—, separándola de la lámina de cera, desaparece definitivamente lo escrito. La superficie del *block* queda limpia y dispuesta a acoger nuevas anotaciones. Pero no es difícil comprobar que la huella permanente de lo escrito ha quedado conservada sobre la lámina de cera, siendo legible a una luz apropiada. Así pues, el *block* no ofrece tan sólo una superficie receptora utilizable siempre de nuevo, como la pizarra, sino que conserva una huella permanente de lo escrito, como la hoja de papel. Resuelve el problema de reunir ambas facultades *distribuyéndolas entre dos elementos —sistemas— distintos, pero enlazados entre sí*. Coincide, pues, exactamente, con la hipótesis antes citada sobre la estructura de nuestro aparato anímico perceptor. La capa que acoge los estímulos no conserva su huella permanente, y los fundamentos de nuestra memoria nacen en otro sistema vecino. No debe preocuparnos aquí que las huellas permanentes de las anotaciones recibidas no sean ya utilizadas en el *block* maravilloso. Basta que exista. Alguna vez ha de concluir la analogía de tal aparato auxiliar con el órgano que copia. El *block* maravilloso no puede tampoco «reproducir» las inscripciones borradas «desde el interior». Sería realmente maravilloso si pudiera hacerlo así, como nuestra memoria. De todos modos, no nos parece muy aventurado comparar la cubierta compuesta por el celuloide y el papel encerado con el sistema receptor de los estímulos y su dispositivo protector; la lámina de cera, con el sistema inconsciente situado detrás de él, y la

aparición y desaparición de lo escrito, con la conducta correspondiente de la conciencia en cuanto a las percepciones. Pero, además, confieso que me siento inclinado a llevar más allá la comparación.

En el *block* maravilloso, la escritura desaparece cada vez que suprimimos el contacto entre el papel receptor del estímulo y la lámina de cera que guarda la impresión. Esta circunstancia coincide con una idea que hace tiempo nos hemos formado sobre el funcionamiento del aparato psíquico perceptor, pero que nunca habíamos aún expuesto. Hemos supuesto que desde el interior son constantemente enviadas al sistema perceptor y retiradas de él inervaciones de carga psíquica. En tanto que el sistema se mantiene investido de energía psíquica recibe las percepciones acompañadas de conciencia y transmite el estímulo a los sistemas mnémicos inconscientes. Pero cuando la carga de energía psíquica es retraída de él, se apaga la conciencia y cesa la función del sistema. Es como si lo inconsciente destacase, por medio del sistema receptor y hacia el mundo exterior, unos sensibles tentáculos y los retrajese una vez comprobados los estímulos. En nuestra hipótesis adscribimos las interrupciones que en el *block* maravilloso provoca una acción exterior al efecto de una discontinuidad de las inervaciones, y en lugar de una supresión real del contacto suponemos una insensibilidad periódica del sistema perceptor. Por último, suponemos también que este funcionamiento discontinuo del sistema perceptor constituye la base de la idea del tiempo[2186].

Si se imagina que mientras una mano escribe en el *block* maravilloso hay otra que levanta periódicamente la cubierta, se tendrá una idea de la forma en que por nuestra parte hemos tratado de representar la función de nuestro aparato psíquico perceptor.

CXXXIV

PRÓLOGO PARA UN LIBRO DE THEODOR REIK[2187]

1919

EL psicoanálisis es un hijo de la indigencia médica; surgió de la necesidad de auxiliar a los enfermos neuróticos, a quienes ningún beneficio podían ofrecer el reposo, la hidroterapia o el tratamiento eléctrico. Una observación sumamente notable de José Breuer despertó la esperanza de que se podría prestarles tanto mayor ayuda cuanto más profundamente se comprendiera la génesis de sus síntomas, hasta entonces desconocida. De tal suerte, el psicoanálisis, nacido como una técnica puramente médica, se orientó desde el principio a la exploración, a la revelación de vinculaciones recónditas y de vasto alcance.

Su evolución posterior lo apartó, en medida que debía resultar sorprendente para el médico, del estudio de las condiciones somáticas en las cuales aparecen las enfermedades nerviosas, orientándose en cambio hacia todo el contenido psíquico que colma la vida humana, también la del individuo sano, sea normal o hipernormal. Hubo de ocuparse en los afectos y las pasiones, ante todo en aquellos que los poetas no se cansan de representar y ensalzar: los de la vida amorosa; aprendió a reconocer el poderío de los recuerdos, la insospechada importancia que los primeros años de la infancia tienen para la plasmación de la madurez ulterior, la potencia de los deseos que falsean el juicio del hombre e imponen vías inalterables a sus

aspiraciones.

Durante un tiempo el psicoanálisis pareció estar condenado a agotarse en la psicología, sin poder indicar por qué se diferencia la psicología del enfermo de la del normal. En su camino se encontró, empero, con el problema del *sueño*, un producto psíquico anormal creado por seres normales en condiciones fisiológicas periódicas. Al resolver el psicoanálisis el enigma del sueño halló en el psiquismo *inconsciente* el terreno común en el cual arraigan las tendencias psíquicas más elevadas tanto como las más bajas, del cual surgen las producciones anímicas más normales, como las aberrantes y mórbidas. Desde entonces, el cuadro del funcionalismo psíquico se le presentó con creciente nitidez e integridad. Oscuras energías instintivas, surgidas de lo orgánico y tendientes a fines innatos; sobre ellas, una serie jerárquica de formaciones psíquicas con organización más elevada —adquisiciones de la evolución humana bajo el imperio de la historia humana —, instancias que han incorporado partes de esas tendencias instintivas, perfeccionándolas o imponiéndoles fines más elevados, pero, en todo caso, ligándolas con vínculos sólidos y aprovechando sus energías instintivas para los propios fines. Pero esta organización superior que conocemos como el *yo* rechazó por inútil otra parte de los mismos impulsos instintivos elementales, que no podían someterse a la unidad orgánica del individuo o que se oponían a los objetivos culturales del mismo. El *yo* no es capaz de extirpar estas potencias psíquicas sustraídas a su dominio, pero se aparta de ellas, las abandona en el nivel psicológico más primitivo, se defiende contra sus exigencias mediante enérgicas formaciones defensivas y reactivas, o bien trata de aplacarlas con satisfacciones sustitutivas. Indómitos e indestructibles, pero impedidos de realizarse, estos instintos sometidos a la represión forman, con sus representaciones psíquicas primitivas, el mundo anímico subterráneo, el núcleo de lo genuinamente *inconsciente*, siempre dispuestos a hacer valer sus derechos y a irrumpir hacia la satisfacción a través de cualquier rodeo. De ahí la habilidad de la imponente superestructura psíquica; la ofensiva nocturna que lo condenado y reprimido efectúa en el sueño; la propensión a caer en la neurosis o la psicosis apenas la relación de fuerzas entre el *yo* y lo reprimido se desplace en sentido desfavorable para aquél.

Reflexionando, se advierte al punto que semejante concepción de la vida

psíquica humana no podía limitarse al terreno del sueño y de las enfermedades neuróticas, pues si había dado con algo cierto, también debía tener vigencia para los fenómenos psíquicos normales, y aun en las más excelsas producciones del espíritu humano podría reconocerse una relación con los factores hallados en la patología: con la represión, con los esfuerzos por dominar lo inconsciente, con las posibilidades de satisfacción de los instintos primitivos. La aplicación de los métodos de investigación psicoanalíticos a sectores alejados de su tierra madre, a las más diversas ciencias del espíritu, fue desde ese momento una tentación irresistible, un imperativo científico. Aun la labor analítica con los pacientes incitaba sin cesar a emprender esta tarea, pues era imposible dejar de reconocer que las formas individuales de las neurosis exhiben analogías evidentísimas con las más valiosas producciones de nuestra cultura. El histérico es un poeta declarado, aunque manifieste sus fantasías en forma esencialmente *mímica* y sin considerar si el prójimo lo comprende; el ceremonial y las prohibiciones del neurótico obsesivo nos inducen a aceptar que éste se ha creado una religión privada, y aun las construcciones delirantes del paranoico muestran una enojosa semejanza exterior y un parentesco íntimo con los sistemas de nuestros filósofos. No es posible rehuir la impresión de que estos enfermos emprenden, en forma *asocial*, las mismas tentativas para solucionar sus conflictos y para atenuar sus necesidades imperiosas, que suelen llamarse *poesía*, *religión* y *filosofía*, cuando son realizadas en una forma convencional para la mayoría de los seres.

En un trabajo pletórico de ideas (*Die Bedeutung der Psychoanalyse für die Geisteswissenschaften* —«La importancia del psicoanálisis para las ciencias del espíritu»—), O. Rank y H. Sachs compendiaron en 1913 los resultados que hasta esa fecha había suministrado la aplicación del psicoanálisis a las ciencias del espíritu. La mitología, la historia de la literatura y la de las religiones parecen ser los terrenos más fácilmente accesibles. Aún no se ha encontrado la fórmula que permita incluir el mito en este sistema. En un voluminoso libro sobre el *complejo del incesto*, Otto Rank[2188] presentó la sorprendente prueba de que la elección de los temas, especialmente en la poesía dramática, está determinada principalmente por el sector de lo que el psicoanálisis denomina el *complejo de Edipo*, mediante

cuya elaboración en las más diversas variaciones, deformaciones y disfraces, el poeta intenta solucionar su propia posición personal frente a ese tema afectivo. El complejo de Edipo, es decir, la actitud afectiva ante la familia, o, en sentido más estricto, ante el padre y la madre, es el tema frente a cuya superación fracasa el neurótico y que por eso constituye regularmente el núcleo de su neurosis. Sin embargo, su importancia no obedece a una mera coincidencia incomprensible para nosotros, sino que. son los hechos biológicos de la prolongada dependencia y de la lenta maduración del joven ser humano, así como de la complicada evolución de su capacidad amorosa, los que se expresan en esta acentuación del vínculo con los padres, los que tienen por consecuencia que la superación del complejo de Edipo coincida con el dominio más adecuado sobre la herencia arcaica, animal, del hombre. Aunque ésta contiene todas las energías necesarias para la ulterior evolución cultural del individuo, es preciso que antes sean seleccionadas y elaboradas. Tal como el hombre lo trae consigo, este acervo hereditario arcaico no es utilizable para los fines de la vida cultural en sociedad.

Un paso más nos lleva al punto del cual arrancó la consideración psicoanalítica de la vida religiosa. Lo que es hoy un bien hereditario para cada individuo fue otrora una nueva adquisición, transmitida a través de una larga serie de generaciones. Por consiguiente, también el complejo de Edipo debe tener una historia evolutiva, y el estudio de la prehistoria puede llevarnos a retrasarla. La investigación científica admite que la vida familiar humana fue en lejanas épocas prehistóricas muy distinta de la que ahora es, logrando confirmar esta presunción mediante el estudio de los pueblos primitivos que sobreviven actualmente. Si además se somete a elaboración psicoanalítica dicho material prehistórico y etnológico, surge un resultado inesperadamente preciso: Dios-Padre había existido otrora en carne y hueso sobre la tierra, ejerciendo su poderío dominante como cacique de la primitiva horda humana, hasta que sus hijos, unidos, lo mataron. Además, el efecto de este crimen liberador y la reacción ante el mismo originaron los primeros vínculos sociales, las restricciones morales básicas y la forma más antigua de una religión: el totemismo. Pero también las religiones más recientes están llenas del mismo contenido, y mientras por un lado se esfuerzan por borrar las huellas de aquel crimen o por expiarlo al ofrecernos nuevas soluciones

para la lucha entre padre e hijos, por otro lado no pueden menos que volver a repetir la eliminación del padre. No obstante, también en el mito puede reconocerse la repercusión de aquel suceso que arroja su sombra gigantesca sobre toda la evolución de la Humanidad.

Esta hipótesis, basada en las comprobaciones de Robertson Smith y desarrollada por mí, en 1912, en *Totem y tabú*[2189], Theodor Reik la tomó como fundamento de sus estudios sobre los problemas de la psicología de las religiones, cuyo primer volumen tenemos ante nuestros ojos. Fieles a la técnica psicoanalítica, estos trabajos parten de particularidades de la vida religiosa, hasta ahora incomprendidas, para ganar a través de su escrutación un conocimiento sobre las precondiciones básicas y los fines últimos de las religiones, teniendo constantemente presentes los vínculos entre lo prehistórico y lo primitivo de hoy en día, así como la relación entre los productos culturales y las formaciones sustitutivas de las neurosis. Por lo demás, podemos remitirnos a la introducción del autor, expresando nuestra esperanza de que su obra se recomendará por sí misma a la consideración de los entendidos.

CXXXV

PRÓLOGO PARA UN LIBRO DE J. VARENDONCK[2190]

1921

EL presente libro del doctor Varendonck contiene una importante novedad y despertará el justificado interés de todos los filósofos, psicólogos y psicoanalistas. Tras esfuerzos prolongados durante varios años, el autor ha logrado captar aquella especie de actividad cogitativa fantaseante a la que uno se abandona durante los estados de distracción y en la cual se cae fácilmente antes de dormirse o en el despertar parcial. Llevó a la consciencia y registró las cadenas de asociaciones que se presentan en tales circunstancias sin intervención de la voluntad del individuo, estudiando sus particularidades y sus discrepancias frente al pensamiento consciente intencionado, y haciendo al mismo tiempo una serie de descubrimientos importantes, de los cuales aún han de derivarse problemas y planteamientos más vastos.

Diversas cuestiones atinentes a la psicología de los sueños y de los actos fallidos son resueltas acertadamente por las observaciones del doctor Varendonck[2191].

No es mi intención reseñar aquí los resultados del autor, sino que me limitaré a señalar la importancia de su trabajo y me permitiré una observación sobre la terminología que ha adoptado. En efecto, incluye en su estudio

aquella especie de actividad ideacional que observó en el pensamiento autista de Bleuler, pero la denomina por regla general *pensamiento preconsciente (foreconscious thinking)*, siguiendo la costumbre prevaleciente en el psicoanálisis. Sin embargo, el pensamiento autista de Bleuler no corresponde en modo alguno a la extensión o al contenido del preconsciente ni puedo admitir que el término empleado por Bleuler constituya una elección feliz. La propia designación de pensamiento «preconsciente», como forma característica, me parece confusa e insatisfactoria. La cuestión radica en que esa forma de actividad cogitativa de la cual el conocido sueño diurno es un ejemplo —completo en sí mismo, desarrollando una situación o un acto que se lleva a su término— constituye el mejor ejemplo y por ahora el único estudiado. Este sueño diurno no debe sus peculiaridades a la circunstancia de que, en su mayor parte, tiene lugar preconscientemente, ni se modifican sus manifestaciones cuando se produce conscientemente. Desde otro punto de vista, bien sabemos que aun la reflexión más estrictamente dirigida puede realizarse sin la cooperación de la consciencia, o sea, preconscientemente. Por tal razón estimo necesario, al establecer una distinción entre los diferentes modos de la actividad ideacional, no utilizar en primer término la relación con la consciencia, y designar el sueño diurno, así como las series de ideas estudiadas por Varendonck, como «pensamiento errático» (*freely wandering*) o «fantástico», en contraposición con la reflexión intencionalmente dirigida. Al mismo tiempo, convendría tener en cuenta que aun el pensamiento fantástico no siempre carece de un fin y una representación terminal.

CXXXVI

PRÓLOGO PARA UN LIBRO DE JAMES J. PUTNAM[2192]

1921

EL director de esta biblioteca debe sentir una satisfacción especial al tener la ocasión de publicar, como volumen inicial, una antología de los escritos psicoanalíticos del profesor James J, Putnam, el distinguido neurólogo de la Universidad de Harvard. El profesor Putnam, fallecido en 1918 a la edad de setenta y dos años, no sólo fue el primer americano que se interesó por el psicoanálisis, sino que muy pronto se convirtió en su más decidido preconizador y en su representante más influyente en América. Gracias a la sólida reputación que había ganado en sus actividades docentes, a sus importantes trabajos en el dominio de las enfermedades nerviosas orgánicas y al respeto universal de que gozaba su personalidad, pudo contribuir, quizá más que ningún otro, a difundir el psicoanálisis en su patria, logrando protegerlo contra la difamación de que inevitablemente se lo habría hecho víctima al otro lado del Atlántico, en medida no menor que en éste. Pero todas esas invectivas quedaban condenadas al silencio cuando un hombre de la excelsa calidad ética y de la rectitud moral de Putnam se había colocado entre los defensores de la nueva ciencia y de los métodos terapéuticos fundados sobre la misma.

Los trabajos aquí reunidos en un volumen, escritos por Putnam entre el año 1909 y el fin de sus días, reflejan fielmente sus relaciones con el

psicoanálisis. Muestran cómo al principio se dedicó a corregir un juicio provisional basado en conocimientos insuficientes; cómo aceptó luego la esencia del psicoanálisis, reconociéndole capacidad para iluminar claramente el origen de las imperfecciones y los defectos humanos; cómo quedó impresionado por la perspectiva de contribuir al progreso de la humanidad siguiendo las orientaciones analíticas; cómo se convenció luego, por sus propias actividades médicas, de la verdad que encierra la mayoría de las conclusiones y los postulados psicoanalíticos, confirmado, a su vez, el hecho de que el médico que aplica el psicoanálisis alcanza un entendimiento mucho más profundo de los sufrimientos de sus pacientes y es capaz de asistirlos en medida mucho mayor de lo que era posible con los anteriores métodos terapéuticos; cómo, por fin, comenzó a sobrepasar los límites del psicoanálisis, preconizando su vinculación, en tanto que ciencia, con un sistema filosófico determinado, y la franca adaptación de su ejercicio a un conjunto particular de doctrinas éticas.

No ha de ser, pues, motivo de admiración el que una mente con tendencias éticas y filosóficas tan predominantes como la de Putnam, después de haberse sumido profundamente en el psicoanálisis, haya deseado establecer relaciones más estrechas entre el mismo y los objetivos más caros a su corazón. Pero su entusiasmo, tan admirable en un hombre de su avanzada edad, no logró cautivar a otros. La gente joven no compartió ese cálido entusiasmo, y fue especialmente Ferenczi quien expresó la opinión contraria. La razón decisiva del rechazo que sufrieron las proposiciones de Putnam fue la incertidumbre con respecto a cuál de los innumerables sistemas filosóficos habría de aceptarse, dado que todos parecían estar fundados sobre bases igualmente frágiles, y dado que hasta entonces se había sacrificado todo en aras de la relativa certeza que ofrecían los resultados del psicoanálisis. Parecía más prudente esperar hasta descubrir si una determinada actitud ante la vida podría sernos impuesta por la propia investigación psicoanalítica, con todo el peso de la imperiosidad científica.

Tenemos el deber de expresar nuestro agradecimiento a la viuda del autor, señora de Putnam, por la colaboración prestada en lo que se refiere a los manuscritos, a los derechos de publicación y al apoyo económico, colaboración sin la cual este volumen no habría podido ser publicado. Para

los trabajos numerados VI, VII y X no disponíamos de manuscritos ingleses, de modo que fueron traducidos por la doctora Katherine Jones del texto alemán original del propio Putnam.

Éste volumen mantendrá fresca en los círculos analíticos la memoria del amigo cuya pérdida deploramos tan profundamente. Ojalá sea la primera de una serie de publicaciones destinadas a estimular la comprensión y la aplicación del psicoanálisis en el mundo de habla inglesa, fin al cual James J. Putnam dedicó los diez últimos años de su fructífera existencia.

CXXXVII

PRÓLOGO PARA UN LIBRO DE MAX EITINGON[2193]

1923

MI amigo Max Eitingon, que creó y sostuvo hasta ahora de su propio peculio la Policlínica Psicoanalítica de Berlín, informa en las páginas siguientes sobre los motivos de su fundación, así como sobre la organización y la labor cumplida por el Instituto. Sólo puedo contribuir a estas páginas expresando mi anhelo de que también en otros lugares no tarden en hallarse personas o entidades que, siguiendo el ejemplo de Eitingon, den vida a institutos similares. Si además de su importancia científica el psicoanálisis tiene valor como método terapéutico, si es capaz de prestar auxilio a la humanidad sufriente en su lucha por cumplir las exigencias de la cultura, entonces este auxilio también debe ser dispensado a la gran masa de aquellos que son demasiado pobres para retribuir con sus propios medios la ardua labor del analista. He aquí una necesidad social particularmente perentoria en una época que, como la nuestra, es de incontenible pauperización para las capas intelectuales de la población, expuestas en mayor grado al peligro de la neurosis. Además, los institutos como la Policlínica de Berlín son los únicos que pueden superar las dificultades con que en otras circunstancias tropieza la enseñanza concienzuda del psicoanálisis. Permiten formar un número mayor de analistas capacitados, en cuya actividad hemos de ver la única protección posible

contra el daño infligido a los enfermos por individuos inexpertos o ineptos, sean profanos o médicos.

CXXXVIII

SR. D. LUIS LOPEZ-BALLESTEROS Y DE TORRES[2194]

1923

SIENDO yo un joven estudiante, el deseo de leer el inmortal «Don Quijote» en el original cervantino me llevó a aprender, sin maestros, la bella lengua castellana. Gracias a esta afición juvenil puedo ahora —ya en edad avanzada— comprobar el acierto de su versión española de mis obras, cuya lectura me produce siempre un vivo agrado por la correctísima interpretación de mi pensamiento y la elegancia del estilo. Me admira, sobre todo, cómo no siendo usted médico ni psiquiatra de profesión ha podido alcanzar tan absoluto y preciso dominio de una materia harto intrincada y a veces oscura.

FREUD.

Viena, 7 de mayo de 1923

CXXXIX

EN MEMORIA DE JAMES J. PUTNAM[2195]

1919

ENTRE las primeras noticias que nos llegaron de los países anglosajones al levantarse el bloqueo se encuentra la dolorosa nueva del fallecimiento de Putnam, el presidente del gran grupo psicoanalítico panamericano. Sobrepasó los setenta y dos años conservando hasta el fin la lucidez de su espíritu, y en noviembre de 1918 le sorprendió durante el sueño una plácida muerte por parálisis cardiaca.

Putnam, hasta hace pocos años profesor de Neuropatología en la Universidad de Harvard, en Boston, era el más sólido puntal del psicoanálisis en América. Sus numerosos trabajos teóricos (algunos de los cuales vieron la luz en nuestra *Revista Internacional*), merced a su claridad, a su riqueza de ideas y a su posición decididamente enunciada, contribuyeron inmensamente a ganar al análisis la consideración en la docencia psiquiátrica y en el juicio público de que actualmente goza en América. Quizá no menor haya sido el efecto que tuvo el ejemplo personal de Putnam. Todos lo veneraban por su carácter sin mácula, y se sabía que para él sólo regían los criterios éticos más altos. Quien lo conocía personalmente debía incluirlo entre aquellas personas de tipo neurótico obsesivo felizmente compensadas, para quienes la nobleza se ha convertido en una segunda naturaleza y los pactos con lo ruin son inadmisibles.

Los analistas europeos pudieron conocer personalmente a J. Putnam a raíz

de su participación en el Congreso Psicoanalítico de Weimar, en 1912. La Redacción de esta revista espera poder ofrecer en la próxima entrega un retrato de nuestro venerado amigo y una consideración más detallada de su obra científica.

CXL

EN MEMORIA DE VICTOR TAUSK[2196]

1919

ENTRE las víctimas, felizmente poco numerosas, que esta guerra arrebató a las filas de los psicoanalistas debemos contar también a este psiquiatra vienés de extraordinario talento, que eligió la muerte voluntaria aun antes de que se sellara la paz.

El doctor Tausk, que sólo contaba cuarenta y dos años, pertenecía desde más de un decenio al círculo íntimo de los prosélitos de Freud. Jurista de profesión, el doctor Tausk ya había actuado durante cierto tiempo como juez en Bosnia, cuando bajo la impresión de graves vivencias personales abandonó su carrera y se dedicó al periodismo, para el cual lo capacitaba especialmente su amplia cultura general. Luego de haber ejercido durante largo tiempo el periodismo en Berlín, vino en calidad de tal a Viena, donde trabó conocimiento con el psicoanálisis, decidiendo poco después dedicarse al mismo. Siendo ya un hombre maduro y padre de familia, no se arredró ante las grandes dificultades y los sacrificios de un nuevo cambio de profesión, que por fuerza debía interrumpir durante varios años sus actividades remuneradas, pues el largo estudio de la medicina sólo había de ser para él un recurso que le permitiera ejercer prácticamente el psicoanálisis.

Poco antes de estallar la guerra mundial, el doctor Tausk había ganado su segundo doctorado, y se estableció como psiquiatra en Viena, donde en plazo relativamente breve comenzó a formarse un apreciable grupo de pacientes, en

quienes obtenía brillantes resultados. De esta actividad, que prometía al joven y ambicioso médico plena satisfacción y posibilidades de subsistencia, lo arrancó repentina y violentamente la guerra. Incorporado inmediatamente a las filas, el doctor Tausk pronto ascendió al cargo de médico jefe, y cumplió con abnegación sus deberes de médico militar en los distintos teatros de guerra del Norte y de los Balcanes (por último, en Belgrado), ganando con ello también el aprecio oficial. Como mérito especial, cabe destacar aquí que durante la guerra el doctor Tausk se opuso siempre abiertamente, con todo el peso de su personalidad y sin la menor consideración, a los numerosos abusos que por desgracia tantos médicos toleraron en silencio o aun fomentaron con su complicidad.

Los años de agotador servicio militar no pudieron dejar de causar daño psíquico a este hombre extraordinariamente escrupuloso. Ya en el último Congreso Psicoanalítico, celebrado en Budapest en septiembre de 1918, donde los analistas volvieron a reunirse al cabo de largos años de separación, Tausk, que desde hacía algunos años sufría una afección orgánica, manifestó signos de particular excitabilidad.

Cuando el doctor Tausk fue dado de baja y regresó a Viena poco después, en otoño del año pasado, este hombre interiormente exhausto se vio ante la difícil tarea de forjarse por tercera vez una nueva existencia bajo las más desfavorables condiciones externas e internas. Además, el doctor Tausk, que deja dos hijos crecidos, para quienes fue un padre abnegado, estaba a punto de contraer nuevo matrimonio. Agobiado por sus sufrimientos, ya no pudo hacer frente a las múltiples exigencias que le planteaba la dura realidad. En la mañana del 3 de julio puso fin a su vida.

El doctor Tausk, miembro de la Asociación Psicoanalítica Vienesa desde mediados de 1909, es conocido por los lectores de nuestra revista[2197] a través de varias contribuciones que se caracterizan por la agudeza de sus observaciones, por su juicio certero y por la particular claridad de su expresión. En esos trabajos se traduce con claridad la formación filosófica, que el autor supo combinar felizmente con los métodos exactos de las ciencias naturales. Su tendencia a la fundamentación filosófica y a la precisión gnoseológica lo obligó a enfrentarse y tratar de resolver en toda su profundidad y en su más amplio alcance estos problemas tan difíciles.

Llevado por su impetuoso celo científico, quizá haya ido a veces demasiado lejos en esa dirección; quizá todavía no hubiese llegado el tiempo para dar a la ciencia del psicoanálisis, aún en formación, un fundamento general de tal envergadura. La consideración psicoanalítica de los problemas filosóficos, para la cual Tausk demostró tener particular talento, promete ser cada vez más fértil; uno de los últimos trabajos del finado, sobre el psicoanálisis de la función judicativa. presentado por él en el último Congreso Psicoanalítico de Budapest, pero aún inédito, revela esa orientación de su interés.

Junto a su talento y su predilección por la filosofía, Tausk manifestó asimismo extraordinarias capacidades medicopsicológicas, y su actividad también rindió hermosos frutos en este terreno. Su actividad clínica, a la que debemos valiosas investigaciones sobre las distintas psicosis (melancolía, esquizofrenia), justificaba las mejores esperanzas y lo facultó para aspirar a un cargo docente, en cuyo concurso justamente se disponía a participar.

Dotado de brillantes cualidades oratorias, el doctor Tausk conquistó méritos muy especiales en el psicoanálisis con sus cursos de conferencias, que durante varios años le permitieron enseñar los fundamentos y los problemas de dicha ciencia a numerosos oyentes de ambos sexos. Sus alumnos tuvieron oportunidad de admirar la destreza pedagógica y la claridad de sus clases, no menos que la hondura con que abordaba ciertos temas.

Todos los que conocían de cerca al fallecido apreciaron su carácter límpido, su honradez frente a sí mismo como frente a los demás y su noble naturaleza, caracterizada por un anhelo de lo perfecto y de lo puro. Su temperamento apasionado se manifestaba en aguda crítica, a veces quizá demasiado acerba, pero combinada con un brillante don de exposición. Estas particularidades personales eran para muchos motivo de atracción, pero quizá hayan repulsado a otros. Mas nadie pudo sustraerse a la impresión de tener ante sí a un hombre importante.

Lo que el psicoanálisis significó para él hasta el último momento, eso lo atestiguan numerosas cartas póstumas, en las que hace profesión incondicional de aquél y expresa la esperanza de que en tiempos no muy lejanos llegue a gozar del reconocimiento general. Tausk, arrebatado prematuramente a nuestra ciencia y al círculo vienés, contribuyó, por cierto, a que este fin sea logrado. Su memoria tendrá una plaza de honor en la historia

del psicoanálisis y de sus luchas iniciales.

CXLI

EN MEMORIA DE ANTON VON FREUND[2198]

1920

EL 20 de enero de 1920, pocos días después de haber cumplido el cuarto decenio de su vida, falleció en un sanatorio de Viena el doctor Anton von Freund, secretario general de la Asociación Psicoanalítica Internacional desde el Congreso de Budapest, celebrado en septiembre de 1918: ¡el inspirador más activo y una de las mejores esperanzas de nuestra ciencia!

Nacido en Budapest en 1880, se doctoró en Filosofía, destinándose a sí mismo a la función docente; pero se dejó convencer más tarde a ingresar en las empresas industriales de su padre. Sin embargo, los grandes éxitos que tuvo como fabricante y organizador no pudieron satisfacer dos necesidades arraigadas en lo más hondo de su esencia: la de asistencia social y la de actividad científica. Modesto en lo que a su propia persona se refería, provisto de todos los dones que cautivan a los hombres y ganan su afecto, aplicó sus recursos de poderío material para ayudar al prójimo, para atenuar las durezas de su destino y para aguzar por doquier el sentido de la justicia social. Conquistó así un gran círculo de amigos, que sentirá profundamente su pérdida.

Cuando en los últimos años de su vida trabó conocimiento con el psicoanálisis, parecióle ver cumplidos al unísono sus dos grandes deseos. Se impuso la misión de auxiliar a las masas con el análisis, de aprovechar la

acción terapéutica de esta técnica médica, hasta entonces reservada a pocos afortunados, para la atenuación de la miseria neurótica de los desvalidos. Ya que el Estado no se preocupaba por las neurosis del pueblo, ya que la mayor parte de las clínicas condenaban la terapia psicoanalítica, sin poder ofrecer un sucedáneo para la misma, y los escasos médicos psicoanalistas, atados al imperio de su sustento, no podían hacerse cargo de tan gigantesca tarea, Anton von Freund se propuso abrir a todo el mundo, con su iniciativa personal, el camino a la realización de una tarea social tan importante. Durante los años de la guerra había recolectado más de un millón y medio de coronas— suma entonces muy considerable— para obras humanitarias de la ciudad de Budapest. Esta suma la destinó, de conformidad con el doctor Stephan von Bárczy, a la sazón alcalde, a la fundación de un Instituto psicoanalítico en Budapest, donde se había de fomentar, enseñar y poner el psicoanálisis al alcance del pueblo. Teníase el propósito de formar allí gran número de médicos aptos para la práctica psicoanalítica y a quienes el Instituto retribuiría el tratamiento de los neuróticos indigentes que les enviara el consultorio externo. Además, el Instituto se habría convertido en un centro para el progreso científico del análisis. El doctor Ferenczi estaba destinado a ser el director científico del Instituto; el propio Von Freund se habría hecho cargo de su organización y su sostén. El fundador entregó al profesor Freud una suma proporcionalmente menor para la creación de la Editorial Psicoanalítica Internacional.

Mas «¿qué son las esperanzas, qué los proyectos forjados por el hombre, perecedero?»[2199]

La muerte prematura de Von Freund puso fin a estos planes humanitarios, que tantas esperanzas ofrecían a la ciencia. Aunque todavía existe el fondo que recolectó, la actitud de los actuales gobernantes en la capital húngara no permite esperar la realización de sus propósitos. Sólo la Editorial Psicoanalítica pudo ser creada en Viena.

No obstante, el ejemplo que el desaparecido quiso dar no dejó de tener repercusión. Pocas semanas después de su muerte se inauguró en Berlín el primer policlínico psicoanalítico, gracias a la energía y al desprendimiento del doctor Max Eitingon. Así, la obra de Von Freund halló continuadores; pero su persona seguirá siendo insustituible e inolvidable.

CXLII

A SANDOR FERENCZI[2200]

1923

POCOS años después de su aparición, en 1900, *La interpretación de los sueños* llegó también a las manos de un joven médico de Budapest, que, si bien ya era neurólogo, psiquiatra y médico legista, aún buscaba ansiosamente nuevos campos en su ciencia. No llegó muy lejos en su lectura, y pronto arrojó de sí el libro, no sabemos si aburrido o repugnado. Sin embargo, nuevas perspectivas de trabajo y de conocimiento lo condujeron a Zurich, y de allí acudió a Viena para comunicarse con el autor del libro que otrora había rechazado despectivamente. Con esa visita se inició una larga, íntima y hasta hoy límpida amistad, que también lo indujo a tomar parte en el viaje a Estados Unidos, en 1909, cuando pronuncié las conferencias en la Clark University, de Worcester, Massachusetts[2201].

Tales fueron los comienzos de Ferenczi, que desde entonces ha llegado a ser, a su vez, un maestro y difusor del psicoanálisis, y que en este año, 1923, cumple simultáneamente el quinto decenio de su vida y el primero en la conducción del grupo psicoanalítico de Budapest.

Ferenczi también intervino repetidas veces en los azares exteriores del psicoanálisis. Todos conocemos su actuación en el Segundo Congreso de los Analistas, celebrado en Nuremberg en 1910, donde propuso y contribuyó a realizar la fundación de la Asociación Psicoanalítica Internacional como medida de protección contra el anatema impuesto al análisis por la medicina

oficial. En el Quinto Congreso Psicoanalítico, reunido en Budapest en septiembre de 1918, Ferenczi fue elegido presidente de la Asociación. Designó a Anton von Freund como su secretario, y la aunada energía e iniciativa de ambos, junto con los magnánimos propósitos filantrópicos de Anton von Freund, seguramente habrían convertido a Budapest en la capital analítica de Europa, de no haber sido implacablemente aniquiladas estas hermosas esperanzas por catástrofes políticas y azares personales. Von Freund enfermó y falleció en enero de 1920; en octubre de 1919, debido al aislamiento de Hungría, Ferenczi había renunciado a su cargo, transmitiendo a Ernest Jones, de Londres, la presidencia de la Asociación Internacional. Durante el dominio de la república soviética en Hungría, Ferenczi había asumido las funciones de profesor universitario, y los estudiantes colmaban las aulas en que pronunciaba sus conferencias. Pero el grupo local que fundó en 1913 [1660] pudo sobrevivir a todas las conmociones y se convirtió, con su dirección, en un lugar de trabajo intenso y fructífero, brillando en él un número de talentos como no se pudo reunir en ningún otro lugar. Ferenczi, que como miembro intermedio de una larga serie de hermanos hubo de combatir en sí al principio un intenso complejo fraterno, se convirtió, bajo la influencia del psicoanálisis, en un excelente hermano mayor, en un bondadoso educador y promotor de talentos jóvenes.

Los escritos analíticos de Ferenczi son ampliamente conocidos y apreciados. Sus *Conferencias populares sobre psicoanálisis* fueron publicadas en 1922 por nuestra editorial como tomo XIII de la Biblioteca Psicoanalítica Internacional. Claras y acabadas en su forma, escritas de manera cautivante, son en realidad la mejor «Introducción al psicoanálisis» para quien esté alejado de dicha ciencia. Aún carecemos de una compilación de sus escritos estrictamente médicos, parte de los cuales E. Jones tradujo al inglés (*Contributions to Psycho-Analysis*, 1916). La editorial remediará este atraso en cuanto dejen de impedírselo las dificultades de la época. Los libros y folletos publicados en húngaro tuvieron numerosas ediciones y familiarizaron con el psicoanálisis a las esferas cultas de Hungría.

La obra científica de Ferenczi nos asombra, ante todo, por su multiplicidad. A felices hallazgos casuísticos y a comunicaciones clínicas agudamente observadas (*Un pequeño quiquiriquí, Formaciones sintomáticas*

pasajeras durante el tratamiento, Observaciones de la práctica analítica) se agregan ejemplares trabajos críticos, como los referentes a *Transformaciones y símbolos de la libido*, de Jung, y a la crítica del psicoanálisis por Régis y Hésnard; acertadas polémicas, como la emprendida con Bleuler a propósito del alcoholismo, y con Putnam sobre la relación entre el psicoanálisis y la filosofía, polémica mesurada y digna, pese a toda su decisión. Además, están los trabajos en los cuales reposa principalmente la fama de Ferenczi, en los que logra tan grata expresión su originalidad, la riqueza de sus ideas y su don de una imaginación científica bien orientada, en los que perfeccionó importantes sectores de la teoría psicoanalítica y propulsó la comprensión de fenómenos fundamentales de la vida psíquica (*Introyección y transferencia*, incluyendo una revisión de *La teoría del hipnotismo, Las fases evolutivas del sentido de la realidad, Estudios sobre el simbolismo*, entre otros). Por fin, las obras de los años últimos (*Neurosis de guerra, Histeria y patoneurosis, Sobre el psicoanálisis y los trastornos psíquicos de la psicosis paralítica* [con Hollós]), en las cuales su interés médico lo impulsa de los fenómenos psicológicos al condicionamiento somático. Cabe mencionar también su iniciativa de una terapia «activa».

Pese a que esta enumeración ha resultado incompleta, sus amigos saben que Ferenczi se guardó más de lo que se resolvió a publicar. En ocasión de su quincuagésimo cumpleaños nos aunamos en el deseo de que le sea deparado el ánimo, la energía y el tiempo necesarios para realizar sus propósitos científicos en nuevas obras.

CXLIII

LA EDITORIAL PSICOANALÍTICA INTERNACIONAL Y LOS PREMIOS PARA TRABAJOS PSICOANALÍTICOS[2202]

1919

HACIA mediados del año 1918, un miembro de la Asociación Psicoanalítica de Budapest me comunicó que del producto de ciertas empresas industriales realizadas durante la guerra habíase reservado un fondo destinado a fines culturales, cuya disposición hallábase mancomunada en él y en el alcalde de la ciudad de Budapest, doctor Stephan Bárczy. Ambos habrían resuelto destinar esa apreciable suma a los objetivos perseguidos por el movimiento psicoanalítico, transfiriéndome su administración. Acepté esa misión, y cumplo ahora con el deber de agradecer públicamente al alcalde de Budapest, que al poco tiempo dio al Congreso Psicoanalítico celebrado en esa ciudad una recepción tan honrosa, así como al miembro anónimo de la Asociación, que se ha hecho acreedor a tan alto mérito en la causa del psicoanálisis.

El fondo, al cual se dio mi nombre y que fue puesto a mi disposición, lo destinó a la fundación de una Editorial Psicoanalítica Internacional, por considerarla de primordial necesidad en nuestra situación presente.

Nuestras dos publicaciones periódicas —*Internationale Zeitschrift für Aerztliche Psychoanalyse* e *Imago*— no han desaparecido, como tantas otras empresas científicas, en el curso de la guerra mundial. Hemos logrado

mantenerlas; pero a causa de las múltiples dificultades, del bloqueo y del aumento de precios en el curso de la guerra, han debido soportar amplias restricciones de su volumen e intervalos desagradablemente dilatados entre sus entregas. De los cuatro secretarios de redacción de ambas revistas —Ferenczi, Jones, Rank y Sachs—, uno hallábase aislado de nosotros como ciudadano de una potencia enemiga, otros dos estaban incorporados a filas y dedicados enteramente a sus deberes militares, de modo que sólo el doctor Sachs pudo proseguir su labor, cuyo peso entero tomó abnegadamente sobre sí. Algunos de los grupos psicoanalíticos locales viéronse aún obligados a interrumpir totalmente sus reuniones; disminuyó el número de los contribuyentes como el de los suscriptores; podíase prever que el comprensible pesimismo del editor no tardara en poner en tela de juicio la prosecución de nuestras revistas, tan valiosas para todos nosotros. No obstante, múltiples testimonios, que hasta nos llegaban del frente de batalla, indicaban que el interés por el psicoanálisis no había menguado en el público. Creo, por tanto, que se justificaba plenamente dar término a esas dificultades y a esos peligros mediante la fundación de una Editorial Psicoanalítica Internacional. Dicha editorial ya existe hoy como Sociedad de Responsabilidad Limitada. estando dirigida por el doctor Otto Rank, desde hace muchos años secretario de la Asociación Psicoanalítica de Viena y colaborador de ambas revistas analíticas, quien después de vanos años de ausencia, por hallarse bajo las armas, ha reanudado su anterior actividad al servicio del psicoanálisis.

La nueva editorial, apoyada en los recursos de la Fundación de Budapest, tiene por objeto asegurar la regular entrega y la distribución ininterrumpida de ambas revistas. En cuanto la dificultad de las condiciones exteriores lo permita, han de recuperar su anterior extensión o aun ha de poder excederla en caso de necesidad, sin mayor cargo para los suscriptores. Además, sin esperar a que se haya cumplido dicho objeto, la editorial dará a la imprenta todos aquellos libros y folletos que tengan injerencia en el psicoanálisis médico o aplicado, y como no se trata de una empresa destinada a obtener beneficios comerciales, cabe suponer que defenderá los intereses de los autores mejor de lo que suelen hacerlo los editores libreros.

Simultáneamente con la creación de la editorial psicoanalítica, resolvióse

premiar cada año, con los intereses devengados por la Fundación de Budapest, dos trabajos de valor sobresaliente, uno del sector del psicoanálisis médico y otro dedicado al psicoanálisis aplicado. Estos premios, que ascienden a mil coronas austríacas cada uno, no debían ser acordados a los autores, sino a cada trabajo en particular, de modo que fuera posible premiar repetidamente a un mismo autor. La decisión respecto de los trabajos que debían distinguirse con el premio, de entre los publicados en el curso de determinado período, no fue confiada a una comisión,' sino a una sola persona: al respectivo administrador de la Fundación. De otro modo, si el jurado se hubiese integrado con los analistas de mayor experiencia y de juicio más idóneo, sus trabajos habrían quedado excluidos del concurso y la institución fácilmente habría visto frustrado su propósito de distinguir las obras ejemplares de la literatura psicoanalítica. Si el jurado individual se viera en la disyuntiva de discernir entre dos obras más o menos equivalentes, estábale permitido dividir el premio entre ambas, sin que ello significara una menor valoración de ninguno de ambos trabajos.

Se tiene el propósito de repetir el concurso, en principio, anualmente, tomándose en consideración la totalidad de la literatura publicada en dicho período que tenga importancia para el psicoanálisis, sin tomar en cuenta si el autor del respectivo trabajo es miembro o no de la Asociación Psicoanalítica Internacional.

La primera distribución de premios ya ha tenido lugar, extendiéndose a las publicaciones efectuadas durante la guerra, de 1914 a 1918. El premio para obras de psicoanálisis médico fue dividido entre el trabajo de K. Abraham *Investigaciones sobre la primera fase pregenital de la libido* y el folleto de Ernst Simmel *Neurosis de guerra y trauma psíquico*, mientras que el de psicoanálisis aplicado correspondió al estudio de Theodor Reik sobre *Los ritos de pubertad de los salvajes*.

CXLIV

COMUNICACIÓN DEL DIRECTOR DE LA «REVISTA INTERNACIONAL DE PSICOANÁLISIS[2203]»

1924

EL doctor Otto Rank ha sido, desde su fundación en 1913, el secretario de redacción de esta revista, si bien sólo a partir de 1920 se le nombra con tal carácter exclusivo en la portada de la misma. Durante el período de su incorporación a filas fue reemplazado por el doctor Hanns Sachs, quien a la sazón residía en Viena; desde el comienzo del presente volumen (1924) también el doctor S. Ferenczi ha participado en las labores de redacción.

A comienzos del año actual respondió a una invitación que le llevó a ejercer sus actividades en Nueva York, y a su regreso nos comunicó haber resuelto desplazar a Estados Unidos, por lo menos durante una parte del año, su actuación como psicoanalista didáctico y clínico. De ahí surgió la necesidad de transferir a otros colaboradores la responsabilidad de la redacción. El director no tiene el derecho de opinar públicamente con respecto a la calidad y a las funciones que ha cumplido esta revista; pero todo aquel que se sienta inclinado a encomiarlas no dejará de reconocer ni podrá olvidar en momento alguno que parte de su éxito se debe a la infatigable dedicación y a la labor ejemplar del secretario de redacción renunciante.

El lugar del doctor Rank lo ocupará ahora el doctor S. Radó, de Berlín, a

quien asistirán en calidad de consejeros y colaboradores los doctores M. Eitingon (Berlín) y S. Ferenczi (Budapest). Por tanto, todas las comunicaciones y colaboraciones destinadas a la redacción deberán remitirse a las siguientes señas:

Doctor Sándor Radó, Berlin-Schöneberg, Am Park 20.

La administración de la revista seguirá funcionando, como hasta ahora, en la sede de la Editorial Psicoanalítica Internacional (Internationaler Psychoanalyticher Verlag), en Viena (director: A. J. Storfer).

CXLV

CARTA A LA REVISTA «LE DISQUE VERT[2204]»

1924

DE las numerosas enseñanzas que en su época (1885-1886) me prodigó el maestro Charcot en la Salpètrieré, dos me han dejado una impresión muy profunda: primera, que jamás debemos cansarnos de volver a considerar de nuevo los mismos fenómenos (o de sentir sus efectos); segunda, que no debemos preocuparnos de la contradicción de ambas partes cuando uno ha trabajado con sinceridad.

CXLVI

INHIBICIÓN, SÍNTOMA Y ANGUSTIA[2205]

1925 [1926]

I

EN la descripción de los fenómenos patológicos acostumbramos emplear dos términos distintos —síntoma e inhibición (*Hemmung*)—; pero, en realidad, no damos demasiada importancia diferenciarlos con precisión. Si se nos presentaran casos clínicos en los que nos vemos forzados a reconocer que no integran síntoma alguno, y sí sólo inhibiciones, y no nos interesara averiguar qué circunstancias condicionan la existencia de tales casos, apenas nos preocuparíamos de eliminar entre sí los dos indicados conceptos de síntoma de inhibición.

Lo que sucede es que dichos conceptos pertenecen a distintos campos. La inhibición presenta una relación especial con la función y no significa necesariamente algo patológico. Así podemos dar el nombre de inhibición de una función a una restricción normal de la misma. En cambio, síntoma vale como signo de un proceso patológico. De todos modos, también una inhibición puede constituir un síntoma, y siendo así, acostumbramos hablar de *inhibición* cuando se trata de una simple disminución de la función, y de *síntoma,* cuando de una modificación extraordinaria de la misma o de una función nueva. En muchos casos parece quedar al arbitrio del observador acentuar el lado positivo o el negativo del proceso patológico y calificar su

resultado de síntoma o de inhibición. Pero todo esto no es, en realidad, muy interesante, y la interrogación de que partimos se demuestra poco fructífera.

Ante el íntimo enlace conceptual antes indicado de la inhibición con la función ha de surgir en nosotros la idea de investigar en qué forma se manifiesta la perturbación de las distintas funciones del *yo* en las diversas afecciones neuróticas. Para este estudio comparativo elegiremos la función sexual, la nutrición, la locomoción y el trabajo profesional.

A) La función sexual se halla sometida a muy diversas perturbaciones, que en su mayoría presentan el carácter de simples inhibiciones. Éstas se reúnen bajo el concepto de impotencia psíquica. La realización de la función sexual normal supone un curso previo harto complicado, y la perturbación puede instaurarse en cualquier punto del mismo. Los síntomas principales de la inhibición del hombre son: 1.º La desviación de la libido al principio del proceso (displacer psíquico); 2.º La falta de la preparación física indispensable (falta de erección); 3.º La abreviación del acto sexual (la *ejaculatio praecox*), que puede también ser considerada como un síntoma positivo; 4.º La interrupción del mismo antes de su desenlace natural (falta de eyaculación); 5.º La falta del efecto psíquico, falta de la sensación de placer del orgasmo. Otras perturbaciones son consecuencia del enlace de la función con condiciones especiales de naturaleza perversa o fetichista.

La existencia de una relación de la inhibición con la angustia salta en seguida a la vista. Algunas inhibiciones son evidentemente renuncias a la función a causa de que durante su realización surgiría angustia. En la mujer es frecuente el miedo angustioso directo a la función sexual, angustia que subordinamos a la histeria, del mismo modo que el síntoma defensivo de la repugnancia, el cual se inicia originariamente como reacción ulterior al acto sexual pasivamente soportado y surge después concomitante a la idea del mismo. También gran número de actos obsesivos demuestran ser prevenciones y aseguramientos contra experiencias sexuales, siendo, por tanto, de naturaleza fóbica.

Sin embargo, nuestra comprensión no progresa gran cosa por este camino. Observamos sólo ser varios los procedimientos empleados para perturbar la función sexual: 1.º La simple desviación de la libido (desviación

que parece ser lo que más especialmente provoca aquello que denominamos una inhibición pura); 2.º La alteración del ejercicio normal de la función; 3.° Se puede estorbar la misma por condiciones especiales ligadas a ella, o puede ser modificada por derivarla hacia otros fines; 4.° Su prevención por medio de medidas de aseguramiento; 5.° Su interrupción por desarrollo de angustia cuando no ha sido imposible impedir su iniciación; y 6.Q Una reacción ulterior que protesta contra la función y que quiere deshacer lo hecho cuando, a pesar de todo, llegó la función a realizarse.

B) La perturbación más frecuente de la nutrición es la repugnancia a comer por retirada de la libido. Tampoco es raro un incremento del apetito. La compulsión de comer resulta motivada por el miedo a morir de hambre, hasta el día no ha sido suficientemente investigado. Como defensa histérica contra la ingestión de alimentos, conocemos el síntoma del vómito. La negativa a comer por angustia es propia de estados psicóticos (delirio de envenenamiento).

C) La locomoción aparece inhibida en algunos estados neuróticos por repugnancia a andar o por debilidad de las extremidades abdominales. El impedimento histérico se sirve de la parálisis motora del aparato locomotor o crea una interrupción especial de esta función del mismo (abasia). Particularmente características son las alteraciones de la locomoción por interpolación de ciertas condiciones cuyo incumplimiento hace surgir angustia (fobia).

D) La inhibición de la capacidad de trabajo, que tantas veces es objeto de tratamiento como síntoma aislado, se presenta como disminución del deseo de trabajar, como defectuosa realización del trabajo, o en forma de fenómenos de reacción, tales como fatiga, vértigos o vómitos al forzarse el sujeto a continuar su tarea. La histeria impone el abandono del trabajo por medio de la producción de parálisis orgánicas o funcionales cuya existencia es incompatible con la ejecución de la labor. La neurosis obsesiva perturba el trabajo por una continua distracción y por la pérdida de tiempo consiguiente a incesantes interrupciones y repeticiones.

Podríamos extender esta revisión a otras funciones, pero nada más conseguiríamos ni pasaríamos de la superficie de los fenómenos. Así, pues, nos decidiremos por una interpretación que no deja ya por resolver sino un pequeño resto del concepto de la inhibición. La inhibición es la expresión de una *restricción funcional del «yo»*, restricción que puede obedecer a muy diversas causas. Algunos de los mecanismos de esta renuncia a la función nos son ya harto conocidos como en ciertos propósitos generales de los mismos.

En las inhibiciones *específicas* es fácilmente reconocible dicho propósito. Cuando el tocar el piano, el escribir e incluso el andar sucumben a inhibiciones neuróticas, el análisis nos revela la causa en una intensísima erotización de los órganos que en tales funciones intervienen, o sea, de los dedos o de los pies. En general, hemos llegado al conocimiento de que la función yoica de un órgano queda alterada cuando su significación sexual, su «erogeneidad», recibe un incremento. Permitiéndonos una comparación un tanto chocarrera, diremos que se conduce entonces como una cocinera que no quiere acercarse ya al fogón porque el dueño de la casa la ha requerido de amores. Cuando el acto de escribir —consistente en dejar fluir de un tubo un líquido sobre un trozo de papel blanco— llega a tomar la significación simbólica del coito, o el de andar la de un sustitutivo simbólico de pisar el cuerpo de la madre Tierra, se deja de escribir o de andar, porque el hacerlo es como si se realizase un acto sexual prohibido. El *yo* renuncia a estas funciones para no tener que llevar a cabo una nueva represión *para evitar un nuevo conflicto con el «ello»*.

Otras inhibiciones tienen efecto evidentemente en servicio del autocastigo, muy frecuentemente sobre todo en el campo de las actividades profesionales. El *yo* no debe hacer determinadas cosas porque habían de traerle consigo provecho y éxito, lo cual ha sido prohibido por el *super-yo*. Entonces renuncia el *yo* a tales funciones *para no entrar en conflicto con el «super-yo»*.

Las inhibiciones más *generales* del *yo* siguen otro distinto mecanismo, muy sencillo. Cuando el *yo* se encuentra absorbido por una labor psíquica de particular gravedad, tal como un duelo, gran supresión afectiva o la tarea de mantener sumergidas fantasías sexuales continuamente emergentes, se

empobrece tanto la energía de que puede disponer que se ve obligado a restringir su gasto en muchos lugares, semejante a un especulador que tiene inmovilizado su dinero en sus empresas. Un instructivo ejemplo de tal inhibición general de corta duración me fue ofrecido por un enfermo de neurosis obsesiva que quedaba sumido en una fatiga paralizadora, durante uno o varios días, en ocasiones que habrían debido provocar un acceso de ira. A nuestro juicio, debe de tener aquí su punto inicial un camino que habrá de conducirnos a la comprensión de la inhibición general característica de los estados graves de depresión, y sobre todo de la melancolía, el más grave de tales estados.

Podemos, pues, decir finalmente de las inhibiciones que son restricciones de las funciones del *yo*, bien como medida de precaución, bien a consecuencia de un empobrecimiento de energía. Fácilmente vemos ya en qué se diferencia la inhibición del síntoma. El síntoma no puede ser ya descrito como un proceso que ocurra dentro o actúe sobre el *yo*.

II

LOS rasgos fundamentales de la formación de síntomas han sido ya estudiados por nosotros hace mucho tiempo y esperamos haberlos fijado indiscutible y definitivamente. El síntoma sería, pues, un signo y un sustitutivo de una expectativa de satisfacción de un instinto, un resultado del proceso de la represión. La represión parte del *yo*, que a veces por mandato del *super-yo*, rehúsa agregarse a una carga instintiva iniciada en el *ello*. Por medio de la represión logra el *yo* impedirle que la idea, vehículo del impulso prohibido, alcance a ser consciente. El análisis revela muchas veces que dicha representación ha continuado existiendo como formación inconsciente. Hasta aquí vamos viendo claro, pero no tardan en presentarse dificultades aún no resueltas.

En las descripciones que hasta ahora hemos hecho del proceso de la represión aparece, desde luego, acentuando el apartamiento de la conciencia de la representación reprimida como resultado del proceso represor. Pero se

deja aún margen a ciertas dudas. Así, la cuestión de cuál es el destino del impulso instintivo activado en el *ello* y que tiende a su satisfacción. A esta interrogación respondimos indirectamente diciendo que por el proceso de la represión se transformaban en displacer el placer de satisfacción esperado. Hallándonos entonces ante el problema de cómo podía ser displacer el resultado de una satisfacción de un instinto. Cuestión que esperamos dejar explicada declarando que la descarga de excitación propuesta en el *ello* no tiene efecto a consecuencia de la represión, consiguiendo el *yo* inhibirla o desviarla. De este modo queda resuelto el enigma de la «transformación de los afectos» en la represión. Pero con ello concedemos que el *yo* puede ejercer sobre los procesos desarrollados en el *ello* muy amplia influencia y habremos de investigar por qué medios se le hace posible desarrollar tan sorprendente poderío.

A mi juicio, tal influencia la adquiere el *yo* a consecuencia de sus íntimas relaciones con el sistema de la percepción, relaciones que constituyen su esencia y la causa de su diferenciación del *ello*. La función de este sistema que hemos llamado *P-Cc*. se halla enlazada al fenómeno de la conscienciación. Este sistema no recibe solamente estímulos del exterior, sino también del interior, y por medio de las sensaciones de placer y displacer intenta orientar todas las corrientes del suceder anímico en el sentido del principio del placer. Gustamos de suponer al *yo* impotente contra el *ello*; pero lo cierto es que cuando pugna contra un proceso instintivo desarrollado en el *ello*, no necesita sino dar una *señal de displacer* para alcanzar su propósito con la ayuda del principio del placer, instancia casi omnipotente.

Considerando aisladamente esta situación, podemos ilustrarla con un ejemplo procedente de una distinta esfera: en un Estado existe una pequeña minoría contraria a la adopción de una determinada medida legislativa. Esta medida satisfaría las aspiraciones de la gran masa ciudadana, pero la minoría adversa se apodera de la Prensa, manipula por su mediación la soberana «opinión pública» y consigue impedir la promulgación de la ley proyectada.

A esta solución vienen a enlazarse nuevas interrogaciones, entre ellas la referente a la procedencia de la energía empleada para generar la señal de displacer. Sírvenos de orientación en este punto la idea de que la defensa contra un proceso *interior* indeseado puede desarrollarse análogamente a la

defensa contra un estímulo *externo*; esto es, la idea de que el *yo* sigue en su defensa, tanto contra peligros exteriores como interiores, un mismo camino. Ante un peligro exterior emprende el ser orgánico un intento de fuga, comenzando por retirar la carga de la percepción de lo peligroso; pero después reconoce como el medio más eficaz la ejecución de actos musculares, tales que la percepción del peligro, aunque no es ya negada, queda hecha imposible, sustrayéndose así a la esfera de acción del peligro. La represión equivale a tal intento de fuga. El *yo* retrae la carga (preconsciente) de la representación instintiva que de reprimir se trata y la utiliza para la génesis de displacer (de angustia). El problema de cómo surge angustia en la represión puede muy bien ser de carácter complejo, pero ello no obsta para mantener la idea de que el *yo* es la verdadera sede de la angustia y rechaza nuestra opinión primitiva de que la energía de carga del impulso reprimido era transformada automáticamente en angustia. Al expresarnos así en ocasiones anteriores realizamos una descripción fenomenológica y no una exposición metapsicológica.

De lo dicho se deriva otra nueva interrogación: la de cómo es posible económicamente que un mero proceso de sustracción o desviación, como el que tiene efecto al retraer la carga preconsciente del *yo*, pueda generar displacer o angustia, afectos que, según nuestras hipótesis, sólo pueden ser consecuencia de un *aumento* de carga. A esto respondemos que tal secuencia causal no necesita aclaración económica alguna, pues la angustia que surge en la represión no es creada de nuevo, sino reproducida como estado afectivo, según una imagen mnémica previa. Pero planteando la interrogación sobre la procedencia de esta angustia —o, en general, de los afectos—, abandonamos el terreno psicológico puro y penetramos en el campo limítrofe de la Fisiología. Los estados afectivos se hallan incorporados a la vida anímica como precipitados de sucesos traumáticos primitivos y son revividos como símbolos mnémicos, en situaciones análogas a dichos antiquísimos sucesos. No creo haber incurrido en error al equipararlos a los ataques histéricos, de ulterior adquisición individual, y considerarlos como sus modelos normales. El acto del nacimiento en el hombre y en los animales superiores, como primera experiencia angustiosa individual, parece haber prestado a la expresión del afecto de angustia rasgos característicos. Pero no debemos

exagerar la importancia de esta conexión ni desconocer que el símbolo afectivo es una necesidad biológica de la situación de peligro, en la cual habría siempre de ser creado tal símbolo. Creo, además, injustificado admitir que en toda explosión de angustia suceda en el alma algo equivalente a una reproducción de la situación del nacimiento. Ni siquiera es seguro que los ataques histéricos, los cuales son primitivamente reproducciones traumáticas de este género, conserven a la larga tal carácter.

En otro lugar hube ya de indicar que la mayor parte de las represiones que se nos presentan en nuestra labor terapéutica son casos de represión *secundaria*. Suponen, en efecto, *represiones primitivas*, que ejercen una influencia de atracción sobre las nuevas situaciones. Nuestro conocimiento de estas circunstancias y estadios primitivos de la represión es aún harto insuficiente. Con suma facilidad se cae en el error de exagerar el papel que el *super-yo* desempeña en la represión. De momento no es posible aún determinar si la aparición del *super-yo* crea la línea divisoria entre la represión primitiva y la secundaria. De todos modos, las primeras explosiones de angustia, que son muy intensas, tienen efecto antes de la diferenciación del *super-yo*. Es muy posible que los más próximos motivos precipitantes de la represión primitiva sean factores cuantitativos, tales como una extraordinaria intensidad de excitación o la ruptura de la protección contra los estímulos.

La mención de este dispositivo protector nos recuerda que las represiones surgen en dos situaciones diferentes: cuando una percepción externa despierta un impulso instintivo indeseado y cuando un tal impulso emerge en el interior, sin estímulo alguno externo provocador.

Más adelante volveremos sobre esta dualidad. Por ahora nos limitaremos a advertir que sólo contra los estímulos externos y no contra los impulsos instintivos internos existe un dispositivo protector.

En tanto estudiamos el intento de fuga del *yo*, permanecemos lejos del tema de la formación de síntomas. El síntoma surge del impulso instintivo obstruido por la represión. Cuando con la intervención auxiliadora de la señal de displacer logra el *yo* su propósito de subyugar totalmente el impulso instintivo, no logramos la menor noticia del proceso represivo. Sólo en los casos de represiones más o menos fracasadas conseguimos seguir el curso de

dicho proceso. En estos casos comprobamos generalmente que el impulso instintivo ha encontrado, a pesar de la represión, un sustitutivo, si bien muy disminuido, desplazado e inhibido, siendo imposible reconocer tal sustitutivo como una satisfacción del instinto objeto de la represión. Su realización no produce tampoco placer ninguno y, en cambio, toma un carácter compulsivo.

Pero en esta degradación de la satisfacción a la categoría de síntoma, muestra aún su poderío la represión en un distinto aspecto. El proceso sustitutivo ve, en efecto, dificultada su descarga por medio de la motilidad. Cuando tal detención no queda conseguida se ve obligada a agotarse, provocando alteraciones en el propio cuerpo del sujeto; privado de extenderse al mundo exterior, es impedido transformarse en acción. Deducimos, pues, que en la represión labora el *yo* bajo la influencia de la realidad exterior y excluye, por tanto, el éxito del proceso sustitutivo sobre esta realidad.

El *yo* domina tanto el acceso a la conciencia como el paso a la acción hacia el mundo exterior, y en la represión ejerce su poderío en ambas direcciones: por un lado, sobre la representación instintiva, y por otro, sobre el impulso instintivo mismo. Surge aquí la cuestión de cómo este reconocimiento del poderío del *yo* puede conciliarse con la descripción que de la situación del mismo hicimos en nuestro estudio *El «yo» y el «ello»*, en el cual afirmamos que el *yo* se hallaba, tanto con respecto al *ello* como con respecto al *super-yo*, en una relación de dependencia y describimos su impotencia y su ansiedad hacia ambos, revelando la trabajosa dificultad con la que mantenía su apariencia de superioridad. Este aserto ha encontrado desde entonces resonante eco en la literatura psicoanalítica, siendo ya muchos los autores que acentúan insistentemente la debilidad del *yo* con respecto al *ello*, de lo racional con respecto a lo demoniaco dentro de nosotros, disponiéndose a convertir este principio en base fundamental de una «concepción psicoanalítica del universo» (Weltanschauung). Ahora bien, el conocimiento de cómo actúa la represión es quizá muy apropiado para retener al analítico ante tan extrema y unilateral apreciación.

Personalmente no soy partidario de la elaboración de concepciones universales. Es ésta una tarea que debemos dejar a los filósofos, los cuales, según repetida confesión, no consideran realizable el viaje a través de la vida sin un total Baedeker con noticias de todo y sobre todo. Por nuestra parte

aceptamos humildemente el desprecio con que los señores filósofos nos miran desde su más elevada postura. Mas como tampoco nos es posible dominar por completo nuestro orgullo narcisista, buscaremos un consuelo reflexionando que todos estos «textos-guías de la existencia» envejecen pronto y que precisamente nuestra labor limitada y de corto alcance es la que los obliga a hacer nuevas ediciones, y que incluso los más modernos Baedeker de este género no son sino tentativas de sustituir el viejo catecismo, tan cómodo y completo.

Sabemos muy bien cuán poca luz ha podido arrojar hasta ahora la ciencia sobre los enigmas de este mundo. Todos los esfuerzos de los filósofos continuarán siendo vanos. Sólo una paciente perseveración en una labor que todo lo subordine a una aspiración a la certeza puede lentamente lograr algo. El viajero que camina en la oscuridad rompe a cantar para engañar sus temores, mas no por ello ve más claro.

III

RETORNEMOS al problema del *yo*: la aparente contradicción antes señalada[2206] procede de que consideramos demasiado inflexibles las abstracciones y sólo observamos cada vez un único aspecto de los varios que presenta una complicada totalidad. La diferenciación entre el *yo* y el *ello*, que hubo de sernos impuesta por determinadas particularidades, parece plenamente justificada. Mas, por otra parte, el *yo* y el *ello* coinciden, no siendo el primero sino una parte especialmente diferenciada del segundo. Cuando confrontamos en nuestro pensamiento esta parte con la totalidad o cuando entre ambas surge realmente la discordia se nos evidencia la debilidad del *yo*. En cambio, cuando el *yo* permanece enlazado al *ello*, sin distinguirse de él, nos muestra una intensa energía. Análogamente sucede en la relación entre el *yo* y el *super-yo*. En muchas situaciones se confunden a nuestra vista. Únicamente nos es dado distinguirlos cuando entre ambos surge un conflicto. Con respecto a la represión, resulta decisivo el hecho de ser el *yo* una organización, y el *ello*, no. El *yo* es, en efecto, la parte organizada del *ello*.

Sería injustificado representarse el *yo* y el *ello* como dos territorios ocupados por ejércitos enemigos y suponer que en la represión trata el *yo* de someter una parte del *ello*, acudiendo entonces lo restante del *ello* a prestar auxilio a la parte atacada midiendo sus fuerzas con el *yo*. Esto puede realmente suceder con cierta frecuencia, pero no constituye, desde luego, la situación inicial de la represión. Por lo regular, el impulso instintivo que de reprimir se trata permanece aislado. El acto de la represión nos evidencia, por un lado, la energía del yo; más, por otro, testimonia también de su impotencia, así como la impenetrabilidad de los diversos impulsos instintivos del *ello* a su influencia. Pues el proceso convertido en síntoma por la represión afirma su existencia fuera de la organización del *yo* e independientemente de ella. No sólo dicho proceso, sino todas sus ramificaciones, gozan de igual privilegio —podríamos decir que del privilegio de extraterritorialidad—, y no es quizá muy aventurado sospechar que allí donde se encuentran asociativamente con partes de la organización del *yo*, las atraen a sí, extendiéndose con su adquisición a costa del *yo*. Un paralelo que nos es familiar hace ya mucho tiempo equipara el síntoma a un cuerpo extraño que mantiene incesantes fenómenos de estímulo y reacción en el tejido en el que se ha alojado. Sucede ciertamente a veces que la lucha defensiva contra el impulso instintivo indeseado queda terminada con la formación de síntomas. Que sepamos, es la conversión histérica donde esto puede darse con mayor facilidad; mas, por lo general, hallamos un curso muy distinto. Al primer acto de represión sigue una larga secuela, a veces interminable. La lucha contra el impulso instintivo encuentra su prosecución en la lucha contra el síntoma.

Esta lucha secundaria de defensa nos muestra dos aspectos diferentes. De una parte, el *yo* se ve forzado por su propia naturaleza a emprender algo que hemos de considerar como una tentativa de restauración o de conciliación. El *yo* es una organización; se basa en el libre comercio de todos sus componentes entre sí y en la posibilidad de su recíproco influjo; su energía desexualizada proclama aún su procedencia en la aspiración a la unión y a la unificación, y esta necesidad de síntesis se hace más fuerte en razón directa del aumento de la fuerza del *yo*. Se hace así comprensible que el *yo* intente suprimir el extrañamiento y el aislamiento del síntoma, utilizando todas las posibilidades de enlace con él e incorporándolo a su organización por medio

de tales lazos. Sabemos que tal aspiración influye sobre el acto de la formación de síntomas. Aquellos síntomas histéricos que se nos han evidenciado como transacciones entre la necesidad de satisfacción y la de castigo constituyen un clásico ejemplo del proceso descrito. Como cumplimiento de una exigencia del *su per-yo* tienen tales síntomas desde su principio participación en el *yo*, significando, por otro lado, posiciones de los impulsos reprimidos y puntos de penetración de los mismos en la organización del *yo*. Son, por decirlo así, estaciones fronterizas con guarnición mixta. Sería interesante investigar con minuciosidad si todos los síntomas histéricos primarios presentan esta misma estructura. En el curso ulterior del proceso se comporta el *yo* como si se guiase por la reflexión de que, una vez surgido el síntoma y siendo imposible suprimirlo, ha de ser lo mejor familiarizarse con la situación dada y sacar de ella el mejor partido posible. Tiene entonces efecto una adaptación al elemento del mundo interior extraño al *yo*, representado por el síntoma adaptación análoga a la que el *yo* lleva a cabo normalmente con respecto al mundo exterior real. Para la cual no faltan nunca motivos ni ocasiones. La existencia del síntoma puede traer consigo cierto impedimento de la función, el cual puede ser usado para apaciguar una exigencia del *su per-yo* o rechazar una aspiración del mundo exterior. De este modo es atribuida paulatinamente al síntoma la representación de interés cada vez más importantes, con lo cual adquiere un valor para la autoafirmación, se enlaza cada vez más íntimamente al *yo* y le es cada vez más indispensable. Sólo en casos muy raros puede seguir el proceso de la enquistación de un cuerpo extraño una marcha semejante. La importancia de esta adaptación secundaria al síntoma se ha llegado también a exagerar, afirmando que el *yo* no ha creado el síntoma sino precisamente para gozar de sus ventajas. Pero esto equivale a suponer que un soldado se había dejado herir de gravedad perdiendo una pierna para vivir en adelante sin trabajar, a costa del Estado.

Otras formas que adquieren los síntomas en las de la neurosis obsesiva y la paranoia, adquieren un alto valor para el *yo*, no por suponer ventaja alguna, sino por aportarle una satisfacción narcisista inaccesible de otro modo. Las formaciones de sistemas de los enfermos de neurosis obsesiva halagan su amor propio con la ilusión de que son hombres mejores que los demás, por

ser más puros o de más estricta moral; y los delirios de la paranoia abren a la agudeza y fantasía del paciente un amplio campo de acción, difícilmente sustituible. De todas estas circunstancias resulta aquello que nos es conocido con el nombre de *ventaja de ¡a enfermedad* (secundaria) de la neurosis. Esta ventaja apoya la tendencia del *yo* a incorporarse el síntoma y fortalecer la fijación de este último. Cuando luego intentamos prestar nuestra ayuda analítica al *yo* en su lucha contra el síntoma, descubrimos en el lado de la resistencia la actuación de los enlaces conciliadores entre el *yo* y el síntoma, no siendo nada fácil desatarlos.

Los dos procedimientos que el *yo* utiliza contra el síntoma se hallan en mutua contradicción. El otro procedimiento es de carácter menos pacífico, ya que continúa la obra de la represión. Sin embargo, no debemos tachar al *yo* de inconsecuente. El *yo* es pacifista y quisiera incorporarse el síntoma, acogiéndolo en su totalidad. La perturbación parte del síntoma, que en calidad de verdadera sustitución y ramificación del impulso reprimido, cuyo papel continúa desempeñando y cuyas exigencias de satisfacción renueva de continuo, fuerza al *yo* a dar de nuevo la señal de displacer y prestarse a la defensa.

La lucha defensiva secundaria contra el síntoma es multiforme, se desarrolla en diversos terrenos y emplea muy distintos medios. Para poder decir algo de esta lucha habremos de investigar los distintos casos de formación de síntomas. En esta labor hallaremos ocasión de entrar en el problema de la angustia, problema que sospechamos nos aguarda oculto en el último término. No hallándonos aún preparados a las hipótesis de la formación de síntomas en la neurosis obsesiva, en la paranoia y en otras neurosis, partiremos de los síntomas que crea la neurosis histérica.

IV

EL primer caso que someteremos a observación será el de una zoofobia histérica infantil (por ejemplo, la fobia de «Juanito[2207]» a los caballos), caso seguramente típico en todos sus rasgos principales. A primera

vista observamos, ya que las circunstancias de un caso real de enfermedad neurótica son mucho más complicados de lo que suponemos mientras laboramos con abstracciones. Ya en un principio resulta difícil averiguar cuál es el impulso reprimido, cuál su síntoma sustitutivo y cuál el motivo de la represión.

Juanito se niega a salir a la calle porque le dan miedo los caballos. Ésta es la materia prima que se ofrece a nuestra investigación. ¿Cuál es aquí el síntoma? ¿Es él la razón de su miedo? ¿Es él el objeto de sus temores? ¿Es él lo que le impide moverse libremente? ¿O es él más de una de esas combinaciones? ¿Dónde está la satisfacción que Juanito se prohíbe? ¿Y por qué tal prohibición?

Parece en un principio plausible objetar que el caso no es tan enigmático como suponemos. El miedo incomprensible al caballo sería el síntoma, y a la incapacidad de salir a la calle, un fenómeno de inhibición, una restricción que el *yo* se impone para no despertar el síntoma de angustia. Conformes por lo que respecta a esto último, dejaremos en adelante fuera de la discusión lo referente a la inhibición. Pero, en cambio, nuestro primer contacto con el caso no nos revela siquiera la verdadera expresión del síntoma supuesto. Una más precisa observación nos muestra luego que no se trata de un miedo indefinido de Juanito a los caballos, sino precisamente de temor angustioso a que un caballo le muerda. Desde luego, este contenido trata de sustraerse a la conciencia y ser sustituido por la fobia indeterminada en la cual sólo aparecen ya la angustia y su objeto. ¿Será entonces quizá tal contenido el módulo del síntoma?

No avanzaremos un solo paso mientras no consideremos la total situación psíquica del infantil sujeto tal y como se nos fue revelando en el curso de la labor analítica. Juanito, dominado por el complejo de Edipo, se halla colocado en una situación de celos y hostilidad con respecto a su padre, al que, sin embargo, quiere entrañablemente, en cuanto no entra en consideración la madre, causa de la discordia. Nos encontramos, pues, ante un conflicto de ambivalencia: amor y odio, ambos justificados, con respecto a una misma persona. Su fobia tiene que ser una tentativa de solución de este conflicto. Tales conflictos de ambivalencia son muy frecuentes, y ya conocemos otro en sus desenlaces típicos, consistente en que uno de los dos

impulsos en pugna, el cariñoso generalmente, se intensifica de un modo extraordinario, desapareciendo el otro. Sólo el grado exagerado de ternura y su carácter compulsivo nos revela que esta disposición cariñosa no es la única existente y que se conserva siempre vigilante para mantener sometida a su contraria. En estos casos consideramos como origen de la situación una represión por *formación reactiva* (en el *yo*). Pero casos como el de Juanito no muestran indicio alguno de tal *formación reactiva*. Los conflictos por ambivalencia pueden tener, en efecto, diversos desenlaces.

En cambio, el caso de Juanito nos descubre, con toda certeza, algo distinto. El impulso instintivo que sucumbe a la represión es un impulso hostil contra el padre. El análisis nos aportó la prueba correspondiente al investigar el origen de la idea del caballo agresor. Juanito había visto una vez caerse un caballo, y en otra ocasión, caerse y herirse a uno de sus infantiles camaradas con el que jugaba a los caballos. El análisis nos llevó a suponer justificadamente en Juanito un impulso optativo consistente en el deseo de que su padre se cayera y se hiriese como el caballo y el compañero de juego. Circunstancias enlazadas con un viaje del padre nos hicieron luego sospechar que el deseo de su desaparición halló aún otra expresión menos tímida. Ahora bien, un impulso así equivalente a la intención de llevar el sujeto a cabo, por sí mismo, la supresión deseada del padre; esto es, al impulso asesino del complejo de Edipo.

Hasta ahora no vemos ningún camino que conduzca desde este impulso reprimido a la sustitución del mismo que sospechamos en la fobia a los caballos. Para hacer más transparente el caso simplificaremos la situación psíquica de Juanito, prescindiendo de la ambivalencia y de la infantil edad del sujeto. Supongamos que se trata de un criado joven, enamorado de su señora, de la que ha logrado obtener correspondencia. Es indudable que odiará al marido y señor, más poderoso y fuerte, y que deseará su desaparición. La consecuencia más natural de esta situación será que, al mismo tiempo, temerá la venganza del patrón y surgirá en él un estado de angustia temerosa con respecto al mismo, totalmente análoga al miedo de Juanito a los caballos. Quiere esto decir que no podemos calificar de síntoma la angustia de esta fobia. Si Juanito, que está enamorado de su madre, mostrara miedo a su padre, no tendríamos ningún derecho a atribuir una neurosis ni una fobia. Nos

hallaríamos simplemente ante una reacción afectiva muy comprensible. Lo que hace de esta reacción una neurosis es única y exclusivamente la sustitución del padre por el caballo. Este desplazamiento es lo que puede calificarse de síntoma y lo que constituye el otro mecanismo, que permite la solución del conflicto por ambivalencia sin el auxilio de la formación reactiva. Este mecanismo de desplazamiento resulta posible o queda facilitado por la circunstancia de que las huellas innatas del pensamiento totemista despiertan aún fácilmente en la tierna edad de nuestro sujeto. El abismo que separa al hombre del animal no ha sido aún reconocido, ni mucho menos sobreacentuado en los niños, como más tarde lo es. El hombre adulto, admirado y al mismo tiempo temido, se halla aún para el niño en el mismo plano que el corpulento animal, al cual se envidia, por múltiples motivos, pero contra el cual se ha sido repetidamente prevenido porque puede ser peligroso. El conflicto de ambivalencia no queda, pues, resuelto en una sola y misma persona, sino simplemente esquivado por medio de un rodeo, consistente en desplazar uno de los dos impulsos que lo integran sobre una persona distinta como objeto sustitutivo.

Hasta aquí vamos viendo claro; pero en otro punto nos causa el análisis de la fobia de Juanito un gran desengaño. La deformación en la que consiste la formación del síntoma no es efectuada en la representación (en el contenido ideacional) del impulso que de reprimir se trata, sino en otra muy distinta, que no corresponde sino a una reacción al desagradable instinto. Lo que esperábamos era más bien que en vez de su miedo a los caballos hubiera presentado Juanito una tendencia a maltratarlos o hubiera dado clara expresión al deseo de verlos caerse, herirse y hasta sucumbir entre convulsiones (el pataleo, de que Juanito habla repetidamente). En el análisis surge, desde luego, algo de esto; pero no aparece en primer término de la neurosis, ni —cosa singular— hubiéramos nosotros diagnosticado su caso como una neurosis si su síntoma principal hubiera sido tal hostilidad, dirigida tan sólo contra el caballo en lugar de contra su padre. Algo hay, pues, aquí equivocado, bien en nuestra concepción de la represión, bien en nuestra definición de un síntoma. Ahora bien, se nos ocurre en seguida que si Juanito hubiese mostrado realmente tal conducta con respecto a los caballos, la represión no habría modificado en absoluto el carácter agresivo del impulso

instintivo, y sí sólo cambiando su objeto.

Desde luego, hay casos de represión que se mantienen dentro de este límite; pero en la fobia de Juanito ha sucedido algo más. Así nos lo demuestra otra parte del análisis.

Hemos visto ya que Juanito indicaba como contenido de su fobia el miedo angustioso a ser mordido por un caballo. Posteriormente hemos tenido ocasión de penetrar en la génesis de otro caso de zoofobia, en el cual el animal temido era el lobo, pero también como sustitución del padre[2208]. En conexión con un sueño cuando niño, que el análisis logró hacer transparente, se desarrolló en el sujeto de este caso (un joven ruso de 30 años) el miedo a ser devorado por el lobo, como uno de las siete cabritas del cuento. El hecho de que el padre de Juanito hubiera jugado con éste a los caballos determinó seguramente la elección del animal temido. Del mismo modo resultaba por lo menos muy probable en el segundo caso que el padre del sujeto fingiera alguna vez, en sus juegos infantiles con su hijo, ser un lobo que amenazaba devorarlo. Después de este caso he observado aún otro cuyo sujeto era un joven americano que me visitó para ser analizado. En él no se había desarrollado zoofobia alguna, pero que precisamente tal ausencia de zoofobia nos ayudó a comprender los casos anteriores. La excitación sexual del sujeto se había inflamado al escuchar la lectura de un cuento infantil en el que se trataba de un caudillo árabe que perseguía a una persona, cuyo cuerpo estaba hecho de una sustancia comestible (el *gingerbreadman*), para devorarla. Con este hombre comestible se identificaba el joven. El caudillo resultaba fácilmente reconocible como un sustitutivo del padre. Esta fantasía constituyó la primera base de las fantasías autoerótica del sujeto.

La idea de ser devorado por el padre es una antiquísima representación típica infantil, y sus analogías mitológicas (Cronos) y de la vida animal son generalmente conocidas. De todos modos, a pesar de tales antecedentes, nos parece esta representación tan extraña que no acabamos de decidirnos a atribuírsela a un niño. No sabemos tampoco si realmente significa lo que parece expresar, ni comprendemos que pueda llegar a ser objeto de una fobia. Pero la investigación analítica nos proporciona las aclaraciones necesarias, mostrándonos que la representación de ser devorado por el padre es la expresión, regresivamente rebajada, de un impulso amoroso pasivo, del ansia

de ser amado por el padre en el sentido del erotismo genital. La observación de toda la historia de este caso no deja lugar alguno a dudas sobre la exactitud de nuestra interpretación, aunque el impulso genital no delate ya nada de su intención amorosa al ser expresado en el lenguaje de la fase de transición, superada desde la organización oral de la libido a su organización sádica. Ahora bien: ¿se trata sólo de una sustitución de la representación por una expresión regresiva o de un rebajamiento regresivo real del impulso de orientación genital dado en el *ello*? No parece nada fácil decidirlo. El historial clínico del sujeto ruso al que antes aludimos, y para el cual el animal objeto de su zoofobia era el lobo, testimonia en favor de la segunda y la más seria de las posibilidades expuestas; pues a partir del sueño decisivo se condujo pésimamente, atormentando a todos los que le rodeaban, dando visibles muestras de impulsos sádicos y cayendo al poco tiempo en una típica neurosis obsesiva. De todas maneras, llegamos al conocimiento de que la represión no es el único medio de que dispone el *yo* para defenderse contra un impulso indeseado. Cuando consigue forzar el instinto a una regresión, logra, en efecto, un resultado más dañino del que alcanzaría por medio de la represión. Sin embargo, algunas veces emplea la represión con posterioridad a la regresión primeramente conseguida.

El caso del sujeto ruso y el de Juanito, algo más sencillo, sugieren aún algunas otras reflexiones; mas por lo pronto descubrimos ya dos cosas inesperadas. Resulta indiscutible que el impulso instintivo reprimido en estas fobias es un impulso hostil contra el padre. Puede decirse que queda reprimido por el proceso de transformación en su contrario. En lugar de la agresión contra el padre surge la agresión —la venganza— del padre contra la persona del sujeto. Como de todos modos la fase sádica de la libido integra de por sí tal agresión no precisa ya esta última, sino de un cierto descenso al grado oral, que en Juanito aparece indicado por el temor a ser mordido, y en el ruso, claramente expresado por el temor a ser devorado. Pero, además, el análisis permite fijar con plena seguridad que simultáneamente ha sucumbido a la represión otro distinto impulso instintivo de sentido contrario: el amoroso pasivo hacia el padre; impulso que había alcanzado ya el nivel de la organización genital (fálica) de la libido. Este último impulso parece incluso ser el más importante para el resultado final del proceso represivo, siendo el

que experimenta más amplia regresión y ejerciendo influencia determinante sobre el contenido de la fobia. Así, pues, allí donde no hemos vislumbrado sino una sola represión de un instinto, habremos de reconocer la coincidencia de dos de estos procesos, constituyendo los dos impulsos instintivos correspondientes —agresión sádica contra el padre y disposición amorosa pasiva con respecto a él— un par antitético. Aún más: interpretando exactamente la historia de Juanito, reconocemos que la formación de su fobia ha suprimido también la carga de libido correspondiente a la madre como objeto amoroso, supresión de la cual nada nos revelaba el contenido de la fobia. Se trata de Juanito —en el ruso no aparece tan clara situación— de un proceso de represión que recae sobre casi todos los componentes del complejo de Edipo, esto es, sobre el impulso hostil y el amoroso hacia el padre y el amoroso hacia la madre.

Son éstas complicaciones indeseadas por nosotros, que no queríamos estudiar sino casos sencillos de formación de síntomas a consecuencia de la represión, y nos habíamos orientado con tal intención hacia las más tempranas neurosis de la infancia, transparentes en apariencia. Pero en vez de una sola represión hemos hallado un cúmulo de tales procesos y, además, nos ha salido al paso la regresión. Quizá también hayamos contribuido nosotros a aumentar la confusión al obstinarnos en aplicar un mismo criterio a los dos análisis de zoofobia que constituían nuestro material disponible, esto es, a los análisis de los casos de Juanito y del ruso. Ahora vemos ya ciertas diferencias entre ellos. Sólo de Juanito podemos decir que descarga por medio de su fobia los dos impulsos principales del complejo de Edipo: el agresivo, contra el padre, y el amoroso, hacia la madre; el impulso amoroso hacia el padre existe también, desde luego, y desempeña su papel en la represión de su contrario; pero no es posible demostrar que fuera suficientemente fuerte para provocar una represión ni que después quedase suprimido. Juanito parece haber sido un niño normal con el complejo de Edipo llamado «positivo». Es muy posible que los factores que en su caso echamos de menos actuasen también en él; pero no nos es posible señalarlos, pues el material de nuestros análisis, incluso de los más detallados y profundos, presentan siempre lagunas, y nuestra documentación es siempre incompleta. En el caso del ruso, el defecto se nos presenta en otro lugar; su relación con el objeto femenino ha

sido perturbada por una temprana seducción; su lado femenino se halla muy desarrollado, y el análisis de su sueño con el lobo descubre muy poco de agresión intencional contra el padre, aportando, en cambio, pruebas inequívocas de que la represión se refiere a la disposición amorosa pasiva con respecto al mismo. También aquí pueden haber intervenido otros factores, pero no se nos hacen visibles. Si, a pesar de estas diferencias entre los dos casos, diferencias que los hacen casi antitéticos, es casi el mismo resultado final constituido por la fobia, tal identidad tendrá su explicación en terreno distinto de aquél en que la hemos buscado hasta ahora. Hallamos, en efecto, la explicación buscada en el segundo resultado de nuestra pequeña investigación comparativa. Creemos conocer en ambos casos el motivo de la represión, y vemos confirmada su actuación por el curso que toma el desarrollo de los dos niños. Este desarrollo es en los dos casos el mismo; el miedo a una inminente castración. Por miedo a la castración abandona Juanito la agresión contra su padre. Su miedo de que con su hijo, ser un lobo que amenazaba devorarlo. Después de este caso he observado aún otro cuyo sujeto era un joven americano que me visitó para ser analizado. En él no se había desarrollado zoofobia alguna, pero que precisamente tal ausencia de zoofobia nos ayudó a comprender los casos anteriores. La excitación sexual del sujeto se había inflamado al escuchar la lectura de un cuento infantil en el que se trataba de un caudillo árabe que perseguía a una persona, cuyo cuerpo estaba hecho de una sustancia comestible (el *gingerbreadman*), para devorarla. Con este hombre comestible se identificaba el joven. El caudillo resultaba fácilmente reconocible como un sustitutivo del padre. Esta fantasía constituyó la primera base de las fantasías autoerótica del sujeto.

La idea de ser devorado por el padre es una antiquísima representación típica infantil, y sus analogías mitológicas (Cronos) y de la vida animal son generalmente conocidas. De todos modos, a pesar de tales antecedentes, nos parece esta representación tan extraña que no acabamos de decidirnos a atribuírsela a un niño. No sabemos tampoco si realmente significa lo que parece expresar, ni comprendemos que pueda llegar a ser objeto de una fobia. Pero la investigación analítica nos proporciona las aclaraciones necesarias, mostrándonos que la representación de ser devorado por el padre es la expresión, regresivamente rebajada, de un impulso amoroso pasivo, del ansia

de ser amado por el padre en el sentido del erotismo genital. La observación de toda la historia de este caso no deja lugar alguno a dudas sobre la exactitud de nuestra interpretación, aunque el impulso genital no delate ya nada de su intención amorosa al ser expresado en el lenguaje de la fase de transición, superada desde la organización oral de la libido a su organización sádica. Ahora bien: ¿se trata sólo de una sustitución de la representación por una expresión regresiva o de un rebajamiento regresivo real del impulso de orientación genital dado en el *ello*? No parece nada fácil decidirlo. El historial clínico del sujeto ruso al que antes aludimos, y para el cual el animal objeto de su zoofobia era el lobo, testimonia en favor de la segunda y la más seria de las posibilidades expuestas; pues a partir del sueño decisivo se condujo pésimamente, atormentando a todos los que le rodeaban, dando visibles muestras de impulsos sádicos y cayendo al poco tiempo en una típica neurosis obsesiva. De todas maneras, llegamos al conocimiento de que la represión no es el único medio de que dispone el *yo* para defenderse contra un impulso indeseado. Cuando consigue forzar el instinto a una regresión, logra, en efecto, un resultado más dañino del que alcanzaría por medio de la represión. Sin embargo, algunas veces emplea la represión con posterioridad a la regresión primeramente conseguida.

El caso del sujeto ruso y el de Juanito, algo más sencillo, sugieren aún algunas otras reflexiones; mas por lo pronto descubrimos ya dos cosas inesperadas. Resulta indiscutible que el impulso instintivo reprimido en estas fobias es un impulso hostil contra el padre. Puede decirse que queda reprimido por el proceso de transformación en su contrario. En lugar de la agresión contra el padre surge la agresión —la venganza— del padre contra la persona del sujeto. Como de todos modos la fase sádica de la libido integra de por sí tal agresión no precisa ya esta última, sino de un cierto descenso al grado oral, que en Juanito aparece indicado por el temor a ser mordido, y en el ruso, claramente expresado por el temor a ser devorado. Pero, además, el análisis permite fijar con plena seguridad que simultáneamente ha sucumbido a la represión otro distinto impulso instintivo de sentido contrario: el amoroso pasivo hacia el padre; impulso que había alcanzado ya el nivel de la organización genital (fálica) de la libido. Este último impulso parece incluso ser el más importante para el resultado final del proceso represivo, siendo el

que experimenta más amplia regresión y ejerciendo influencia determinante sobre el contenido de la fobia. Así, pues, allí donde no hemos vislumbrado sino una sola represión de un instinto, habremos de reconocer la coincidencia de dos de estos procesos, constituyendo los dos impulsos instintivos correspondientes —agresión sádica contra el padre y disposición amorosa pasiva con respecto a él— un par antitético. Aún más: interpretando exactamente la historia de Juanito, reconocemos que la formación de su fobia ha suprimido también la carga de libido correspondiente a la madre como objeto amoroso, supresión de la cual nada nos revelaba el contenido de la fobia. Se trata de Juanito —en el ruso no aparece tan clara situación— de un proceso de represión que recae sobre casi todos los componentes del complejo de Edipo, esto es, sobre el impulso hostil y el amoroso hacia el padre y el amoroso hacia la madre.

Son éstas complicaciones indeseadas por nosotros, que no queríamos estudiar sino casos sencillos de formación de síntomas a consecuencia de la represión, y nos habíamos orientado con tal intención hacia las más tempranas neurosis de la infancia, transparentes en apariencia. Pero en vez de una sola represión hemos hallado un cúmulo de tales procesos y, además, nos ha salido al paso la regresión. Quizá también hayamos contribuido nosotros a aumentar la confusión al obstinarnos en aplicar un mismo criterio a los dos análisis de zoofobia que constituían nuestro material disponible, esto es, a los análisis de los casos de Juanito y del ruso. Ahora vemos ya ciertas diferencias entre ellos. Sólo de Juanito podemos decir que descarga por medio de su fobia los dos impulsos principales del complejo de Edipo: el agresivo, contra el padre, y el amoroso, hacia la madre; el impulso amoroso hacia el padre existe también, desde luego, y desempeña su papel en la represión de su contrario; pero no es posible demostrar que fuera suficientemente fuerte para provocar una represión ni que después quedase suprimido. Juanito parece haber sido un niño normal con el complejo de Edipo llamado «positivo». Es muy posible que los factores que en su caso echamos de menos actuasen también en él; pero no nos es posible señalarlos, pues el material de nuestros análisis, incluso de los más detallados y profundos, presentan siempre lagunas, y nuestra documentación es siempre incompleta. En el caso del ruso, el defecto se nos presenta en otro lugar; su relación con el objeto femenino ha

sido perturbada por una temprana seducción; su lado femenino se halla muy desarrollado, y el análisis de su sueño con el lobo descubre muy poco de agresión intencional contra el padre, aportando, en cambio, pruebas inequívocas de que la represión se refiere a la disposición amorosa pasiva con respecto al mismo. También aquí pueden haber intervenido otros factores, pero no se nos hacen visibles. Si, a pesar de estas diferencias entre los dos casos, diferencias que los hacen casi antitéticos, es casi el mismo resultado final constituido por la fobia, tal identidad tendrá su explicación en terreno distinto de aquél en que la hemos buscado hasta ahora. Hallamos, en efecto, la explicación buscada en el segundo resultado de nuestra pequeña investigación comparativa. Creemos conocer en ambos casos el motivo de la represión, y vemos confirmada su actuación por el curso que toma el desarrollo de los dos niños. Este desarrollo es en los dos casos el mismo; el miedo a una inminente castración. Por miedo a la castración abandona Juanito la agresión contra su padre. Su miedo de que un caballo iba a morderle puede completarse, sin violencia, afirmando que era miedo a que un caballo le mordiese en los genitales, arrancándoselos, esto es, castrándole. Igualmente, por miedo a la castración renuncia el ruso, en sus años infantiles, a ser amado por su padre como objeto sexual, pues ha comprendido que tal relación habría de tener como premisa el sacrificio de sus genitales, que le diferencian de la mujer. Las dos formas del complejo de Edipo, la normal, activa, y la invertida, naufragan ante el complejo de la castración. La idea angustiosa del ruso de ser devorado por el lobo no tiene, por su parte, indicación alguna de la castración, pues a consecuencia de la regresión oral se ha alejado ya demasiado de la fase fálica; pero el análisis de su sueño hace superflua toda otra prueba. El hecho de que la expresión verbal de la fobia no contenga nada alusivo a la castración es también un triunfo de la represión.

He aquí, pues, el resultado inesperado: en ambos casos es el miedo a la castración el motivo de la represión. Las ideas angustiosas de ser mordido por un caballo y devorado por el lobo son sustitutivos deformados de la de ser castrado por el padre. Esta idea es la que verdaderamente ha experimentado la represión. En el ruso es expresión de un deseo que no podía mantenerse ante la rebeldía de la virilidad; en Juanito, expresión de una reacción que transformó el impulso agresivo en su contrario. Pero el afecto angustioso de

la fobia, que constituye por entero la esencia de la misma, no procede del proceso de represión ni de las cargas de libido de los impulsos reprimidos, sino de la instancia represora misma. El miedo angustioso de la zoofobia es el miedo a la castración, sin modificación alguna, esto es, un miedo real; miedo a un peligro verdaderamente inminente o juzgado real. La angustia causa aquí la represión, y no, como antes afirmábamos, la represión causa la angustia.

Aunque no nos es agradable recordarlo, de nada serviría silenciar ahora que hemos sostenido repetidamente la opinión de que por medio de la represión quedaba la representación del instinto deformada, esto es, desplazada, etc., y transformado el impulso instintivo en angustia. Ahora bien, y como acabamos de ver, la investigación de las fobias, que creíamos habría de probar tales afirmaciones nuestras, no sólo no las confirma, sino que parece contradecirlas directamente. El miedo angustioso de las zoofobias es el miedo del *yo* a la castración; la angustia de la agorafobia, menos fundamentalmente estudiada hasta ahora, parece ser un miedo a la tentación sexual, miedo que ha de hallarse enlazado, en su génesis, al miedo de la castración. Por lo que hasta hoy nos ha sido posible descubrir, la mayoría de las fobias provienen de tal miedo del *yo* ante las exigencias de la libido. En ellas es siempre lo primario la disposición del *yo* a la angustia y el impulso a la represión. La angustia no nace nunca de la libido reprimida. Si anteriormente nos hubiéramos limitado a decir que después de la represión aparece, en lugar de la esperada expresión de la libido, cierta medida de angustia, no tendríamos hoy que retirar nada. Esta descripción es exacta; y entre la energía del impulso a reprimir y la intensidad de la angustia resultante existe, desde luego, la correlación afirmada. Pero confesamos que creíamos dar algo más que una simple descripción; suponíamos haber descubierto el proceso metapsicológico de una transformación directa de la libido en angustia, cosa que hoy ya no podemos sostener. Tampoco antes pudimos indicar cómo se cumplía tal transformación.

¿Qué fue lo que nos sugirió la idea de esta última? El estudio de las neurosis actuales, en época en la que aún nos hallábamos muy lejos de distinguir entre procesos en el *yo* y procesos en el *ello*. Hallamos, en efecto, que ciertas prácticas sexuales, como el *coitus interruptus*, la excitación frustrada y la abstinencia forzada, producen explosiones de angustia y una

disposición general a la misma. Surgiendo, por tanto, estos fenómenos siempre que la excitación queda coartada, detenida o desviada en su curso hacia la satisfacción. Como la excitación sexual es la expresión de impulsos instintivos libidinosos, no parecía demasiado atrevido suponer que la libido se transformaba en angustia bajo el influjo de tales perturbaciones. Ahora bien: esta observación es aún válida hoy en día; mas, por otro lado, no puede negarse que la libido de los procesos del *ello* experimenta una perturbación bajo los efectos del impulso a la represión. Puede así continuar siendo exacto que en la represión se forma angustia a expensa de la carga de libido de los impulsos instintivos. Mas entonces surge la cuestión de cómo es posible conciliar tal estudio con el que de la angustia sentida en las fobias es una angustia del *yo*, y nace en él en vez de nacer de la represión, la provoca. Esto parece una contradicción difícil de solucionar. La reducción de ambos orígenes de la angustia a uno sólo no es nada sencillo. Podemos quizá arriesgar la hipótesis de que el *yo* sospecha peligros en la situación del coito interrumpido, de la excitación frustrada y de la abstinencia, peligros ante los cuales reacciona con angustia; pero esta hipótesis no nos conduce a nada. Por otra parte, los análisis de fobias realizados no parecen admitir rectificación alguna. *Non liquet*[2209]*!*.

V

NUESTRO propósito era estudiar la formación de síntomas y la lucha secundaria del yo contra el síntoma; mas no hemos sido ciertamente muy afortunados al elegir con tal fin las fobias. La angustia, predominante en el cuadro de estas afecciones, se nos muestra ahora como una complicación que encubre el verdadero estado de cosas. Hay muchas neurosis en las que no surge angustia alguna. La histeria de conversión es una de ellas. Así, ni aun los síntomas más graves de la histeria de conversión aparecen acompañados de tal afecto. Este hecho nos aconseja ya no considerar demasiado íntimas las relaciones entre la angustia y la formación de síntomas. Ahora bien, aparte del desarrollo de angustia, son las fobias tan afines a las histerias de

conversión que nos hemos creído autorizados a agregarlas a ellas bajo el nombre especial de «histerias de angustia». Sin embargo, hasta ahora nadie es capaz de afirmar qué es lo que determina que un caso particular llegue a adquirir la forma de una histeria de conversión o la de una fobia; es decir, establecer aquello que condiciona la génesis de angustia en la histeria.

Los síntomas más frecuentes de la histeria de conversión, tales como las parálisis motoras, las contracturas, los actos o descargas involuntarias, los dolores o las alucinaciones son procesos de carga psíquica, bien permanentemente fijos, bien intermitentes; carácter que hace aún más difícil su explicación, siendo muy poco lo que hasta ahora podemos decir sobre ellos. Por medio del análisis llegamos, sin embargo, a averiguar cuál es el proceso perturbado de excitación al que sustituyen. En la mayoría de los casos resulta que tienen también una participación directa en dicho proceso, como si tal energía del mismo se hubiera concentrado en el punto a que afectan. Así, comprobamos que en la situación primitiva, en la cual tuvo efecto la represión, existía realmente el dolor que ahora se nos muestra como síntoma, y que las alucinaciones de ahora fueron entonces percepciones reales. Por su parte, la parálisis motora no es sino la defensa contra un acto que en dicha situación inicial debió de haber sido realizado, y que, por el contrario, fue inhibido. Las contracturas corresponden, generalmente, a un desplazamiento sobre un distinto punto del cuerpo de una inervación muscular, propuesta en la situación indicada. Por último, las convulsiones son expresión de una explosión de afecto que ha escapado al control normal del *yo*. La sensación de displacer, concomitante a la emergencia de los síntomas, es harto variable. Falta casi siempre por completo en los síntomas crónicos desplazados sobre la motilidad, tales como las parálisis y las contracturas, con respecto a las cuales el *yo* parece permanecer indiferente. Por el contrario, en los síntomas intermitentes y en los que afectan a la esfera sensorial, experimenta el sujeto claras sensaciones de displacer, que en los síntomas dolorosos pueden alcanzar intensidad extraordinaria. En esta diversidad es muy difícil hallar el factor que, haciendo posibles diferencias, permita, sin embargo, su explicación unitaria. La histeria de conversión no deja transparentar tampoco gran cosa de la lucha del yo *contra* el síntoma una vez constituido. Sólo cuando la sensibilidad de una parte del cuerpo al dolor

alcanza la categoría, se hace la misma susceptible de desempeñar un doble papel. El síntoma doloroso surge, en efecto, de igual manera al recaer sobre dicha parte del cuerpo un contacto exterior, como al ser activado desde el interior, asociativamente, la situación patógena por ella representada. Por su parte, el *yo* adopta medidas de precaución para evitar la emergencia del síntoma a consecuencia de una percepción exterior. No siéndonos posible adivinar a qué obedece esta falta de transparencia de la formación de síntoma en la histeria de conversión, nos apresuramos a abandonar este terreno estéril y pasaremos al de la neurosis obsesiva, con la esperanza de averiguar en él algo más sobre la formación de síntoma.

Los síntomas de la neurosis obsesiva son, en general, de dos géneros de tendencia opuesta. Son, en efecto, prohibiciones, medidas preventivas y penitencias, esto es, síntomas de naturaleza negativa; o, por el contrario, son satisfacciones sustitutivas simbólicamente disfrazadas muchas veces. De estos dos grupos, el más antiguo es el grupo de síntomas negativos defensivos; pero, conforme va perdurando la enfermedad, van predominando las satisfacciones sustitutivas, que burlan toda defensa. La formación de síntomas alcanza un triunfo cuando consigue amalgamar la prohibición con la satisfacción de una manera tal que lo que originalmente fue un mandamiento defensivo o una prohibición adquiere también la significación de una satisfacción, a cuyo efecto se utilizan con frecuencia caminos de enlace extraordinariamente artificiosos. Este resultado testimonia de aquella tendencia a la síntesis que ya reconocimos al *yo*. En los casos extremos consigue el enfermo que la mayor parte de sus síntomas sumen a su significación primitiva la completamente contraria, manifestándose así el poderío de la ambivalencia, la cual desempeña, no sabemos por qué, un papel de extraordinaria importancia en la neurosis obsesiva. En los casos menos complicados, el síntoma es de dos tiempos, o sea, que al acto que ejecuta cierto mandamiento sigue inmediatamente otro que suprime o deshace lo hecho, aunque no llegue a realizar lo contrario.

De esta primera consideración superficial de los síntomas obsesivos extraemos, desde luego, dos impresiones. Observamos primeramente que en la neurosis obsesiva se mantiene una lucha constante contra lo reprimido; lucha que va haciéndose cada vez más desfavorable a las fuerzas represoras;

y en segundo lugar, que el *yo* y el *su per-yo* toman parte importantísima en la formación de síntomas.

La neurosis obsesiva es quizá el tema más interesante y agradecido de la investigación analítica; pero el problema que plantea no ha sido aún resuelto. Si queremos penetrar más hondamente en su esencia, ha de ser apoyándonos en hipótesis y conjeturas faltas de fundamento suficiente. La situación inicial de la neurosis obsesiva no es quizá sino la misma de la histeria, o sea, la necesaria defensa contra las exigencias libidinosas del complejo de Edipo. Además, en toda neurosis obsesiva parece existir un último estrato compuesto por síntomas histéricos muy tempranamente formados. Pero la estructura ulterior de la enfermedad queda modificada decisivamente por un factor constitucional. La organización genital de la libido resulta ser débil y muy poco resistente; así, cuando el yo inicia su defensa, alcanza, como primer resultado, la regresión total o parcial de la organización genital (de la fase fálica) a la fase sádico-anal, más temprana, regresión que determina todo el curso ulterior del proceso.

Cabe también suponer que la regresión no es consecuencia de un factor constitucional, sino de un factor temporal, y en este caso no se debería a una debilidad de la organización genital de la libido, sino al hecho de haber iniciado el *yo* su resistencia muy tempranamente; esto es, en pleno desarrollo de la fase sádica. Pero tampoco sobre esta cuestión podemos sentar una afirmación definitiva. Sin embargo, haremos constar que la observación analítica no se muestra nada favorable a la última de las hipótesis expuestas. Por el contrario, parece demostrar que en el punto en que el proceso patológico se orienta hacia la neurosis obsesiva ha sido alcanzada ya la fase fálica. Además, la edad propicia para la explosión de esta neurosis es posterior a la correspondiente a la histeria (el segundo período de la infancia, terminado ya el período de lactancia). Por último, en un caso de una paciente con un desarrollo muy tardío de neurosis obsesiva, nos ha sido posible comprobar que la condición necesaria de la regresión y de la génesis de la enfermedad se debía a una experiencia real de la vida genital, hasta entonces intacta, por la cual esta última queda desvalorizada[2210].

La explicación metapsicológica de la regresión está, a nuestro juicio, en una «defusión de los instintos», en la separación de los componentes eróticos,

que, al principio de la fase genital, se habían agregado a la carga psíquica destructora de la fase sádica.

La regresión es el primer triunfo del *yo* en su lucha defensiva contra las exigencias de la libido. Hemos de distinguir aquí entre la noción más general de la «defensa» y la represión, que no es sino uno de los mecanismos que la defensa utiliza. Con mayor claridad aún que en los casos normales y en los de histeria, vemos en la neurosis obsesiva que las fuerzas motivacionales de la defensa se reducen al complejo de castración y que las tendencias que han sido rechazadas son las del complejo de Edipo. Comienza aquí el período de latencia, caracterizado por la disolución del complejo de Edipo, la creación o consolidación del *super-yo* y la constitución de los límites éticos y estéticos en el *yo*. Estos procesos traspasan en la neurosis obsesiva la medida normal. A la disolución del complejo de Edipo se agrega la disminución regresiva de la libido, el *super-yo* se hace extraordinariamente áspero y severo, y el *yo desarrolla,* obedeciéndole, intensas formaciones reactivas en forma de hipermoralidad, compasión y limpieza excesivas. Con severidad inexorable, aunque no siempre victoriosa, queda prohibida la tentación de continuar el onanismo de la primera época infantil, el cual se apoya ahora en representaciones regresivas (sádico-anales), si bien representando, a pesar de todo, la parte no vencida de la organización fálica. El hecho de que precisamente, en interés de la conservación de la virilidad (miedo a la castración), quede impedida toda actividad de esta última, encierra una contradicción; pero es una contradicción que existe ya en la disolución normal del complejo de Edipo, y la neurosis obsesiva no hace tampoco sino amplificarla. En esta neurosis se demuestra también el principio general de que todo exceso encierra en sí el germen de su propia supresión, pues precisamente la masturbación suprimida alcanza, en forma de actos obsesivos, una aproximación cada vez mayor a la satisfacción.

Aquellas formaciones reactivas que surgen en el *yo* de los enfermos de neurosis obsesiva, y en las que reconocemos exageraciones del carácter normal, pueden ser agregadas, como un tercer mecanismo de la defensa, a la regresión y la represión. En la histeria parecen faltar o ser mucho más débiles. Volviendo la vista atrás, llegamos así a sospechar qué es lo que caracteriza el proceso defensivo de la histeria. Parece ser que este proceso se

limita únicamente a la represión, apartándose el *yo* del impulso instintivo, reprobable, dejándolo derivar a lo inconsciente y no volviendo ya a tomar parte en sus destinos. Claro es que esta descripción no es de una absoluta exactitud, pues sabemos que el síntoma histérico significa también el cumplimiento de una exigencia punitiva del *super-yo*; pero, de todos modos, responde a un rasgo general de la conducta del *yo* en la histeria.

Podemos limitarnos a reconocer simplemente que en la neurosis obsesiva se constituye un *super-yo* de extraordinaria severidad; o podemos pensar que el rasgo fundamental de esta afección es la regresión de la libido e intentar relacionarla también con ella el indicado carácter severo del *super-yo*. En realidad, el *super-yo*, que procede del *ello*, no puede sustraerse a la regresión y a la defusión de instintos, que en el *ello* tienen efecto. No sería, pues, de admirar que en la neurosis obsesiva llegara a ser, por su parte, más duro, severo y cruel que en un desarrollo normal.

Durante el período de latencia parece imponerse, como labor principal, la defensa contra la tentación masturbadora. Esta lucha engendra una serie de síntomas, que retornan de un modo típico en las personas más diversas, y presentan, en su mayoría, el carácter de ceremoniales, siendo de lamentar que no hayan sido aún coleccionados y analizados sistemáticamente, pues, en calidad de primeros rendimientos de la neurosis, arrojarían viva luz sobre el mecanismo de la formación de síntomas. En general, muestran ya aquellos caracteres que tan fatalmente acusarán los síndromes de una grave afección neurótica ulterior; o sea, la tendencia a la repetición y al gasto de tiempo, la subordinación a aquellos actos que más adelante habrán de realizarse casi automáticamente, tales como los de acostarse, lavarse, vestirse o caminar. El porqué de todo esto nos es aún totalmente desconocido. Sin embargo, no es difícil comprobar una clara influencia de la sublimación de componentes erótico-anales.

La llegada de la pubertad constituye un estadio decisivo en el desarrollo de la neurosis obsesiva. La organización genital, interrumpida en la infancia, reanuda ahora su marcha con intensa energía. Pero, como es sabido, el desarrollo sexual de la infancia marca ya la dirección que seguirá al reanudarse en la pubertad. De este modo despertarán, por un lado, los impulsos agresivos de la época temprana, y, por otro, una parte más o menos

considerable —y en los casos peores, la totalidad— de los nuevos impulsos libidinosos emprenderá los caminos trazados por la regresión y surgirá en forma de tendencias agresivas y destructoras. Este disfraz de los impulsos eróticos y las enérgicas formaciones reactivas del *yo* hacen que la lucha contra la sexualidad continúe ahora en nombre de la ética. El *yo* se resiste, asombrado, contra los impulsos violentos y crueles, enviados por el *ello* a la conciencia, sin sospechar que obrando así lucha contra deseos eróticos, que de otro modo hubieran escapado a su intervención. El severo *super-yo* insiste tanto más enérgicamente en la represión de la sexualidad cuanto que ésta adopta formas más repulsivas. Resultando así que en la neurosis obsesiva aparece el conflicto agudizado en dos direcciones diferentes: las fuerzas defensivas se hacen más intolerantes, y las fuerzas que deben rechazarse más intolerables; ambos por la influencia de un solo factor, de la regresión de la libido.

Podría encontrarse una contradicción con respecto a otras de nuestras hipótesis en el hecho de que las representaciones obsesivas desagradables son conscientes. Pero es indudable que antes de llegarlo a ser han pasado por el proceso de la represión. En la mayoría de los casos, el verdadero sentido del impulso instintivo agresivo es ignorado por el *yo*, siendo menester una considerable labor analítica para hacerlo consciente. Lo que penetra en la conciencia no es, generalmente, sino un sustitutivo deformado, que aparece unas veces borrosamente indeterminado, como un fragmento de un sueño, y otras, irreconocible, bajo un absurdo disfraz. Y aún si la represión no ha destruido el contenido del impulso instintivo agresivo, ha suprimido, en cambio, el carácter afectivo concomitante. Así, la agresión no se muestra al *yo* como un impulso, sino, según dicen los mismos enfermos, como una mera «idea», que debía dejarlos indiferentes. Lo curioso es que esto no sucede jamás. El afecto ahorrado en la percepción de la representación obsesiva surge, efectivamente, en un distinto lugar. El *super-yo* se conduce como si no hubiera tenido efecto represión ninguna, como si le fuera conocido el impulso agresivo en su verdadero sentido y con todo su carácter afectivo, y trata al *yo* de acuerdo a dicho sentido. El *yo*, que por un lado se sabe inocente, experimenta por otro un sentimiento de culpabilidad, y siente sobre sí una responsabilidad que no acierta a explicarse. Pero el enigma que así se plantea

no es realmente tan intrincado como al principio parece. La conducta del *super-yo* es muy comprensible, y la contradicción que surge en el *yo* no nos muestra sino que ha permanecido incomunicado con el *ello* a consecuencia de la represión y, en cambio, totalmente abierto a las influencias del *super-yo*[2211]. A la pregunta inmediata de cómo es que el *yo* no intenta sustraerse también a la penosa crítica del *super-yo*, contestaremos que, en efecto, lo intenta, y lo consigue en toda una serie de casos. Existen también neurosis obsesivas exentas de toda conciencia de la culpabilidad, en las que, a nuestro juicio, el *yo* se ha evitado la percepción de la misma por medio de una nueva serie de síntomas, penitencias y restricciones, encaminadas al autocastigo. Pero estos síntomas significan, al mismo tiempo, satisfacciones de impulsos instintivos masoquistas, que han extraído igualmente de la regresión su mayor intensidad.

La diversidad de los fenómenos de la neurosis obsesiva es tan grande que aún no ha sido posible realizar una síntesis coherente de todas sus variantes. Todo lo que alcanzamos a hacer es extraer ciertas correlaciones típicas; pero siempre se tiene el temor de dejar a un lado otros caracteres regulares no menos importantes.

En otra ocasión hemos descrito ya la tendencia general de la formación de síntomas en la neurosis obsesiva. Es la de procurar cada vez mayor amplitud a la satisfacción sustitutiva, a costa de frustración. Los mismos síntomas, que primitivamente significaban restricciones del *yo*, toman luego también, merced a la tendencia del *yo* a la síntesis, la de satisfacciones, y es innegable que esta última significación llega a ser poco a poco la más eficaz. Un *yo* extremadamente restringido y que se ve impulsado a buscar sus satisfacciones en los síntomas, es el resultado de este proceso, que se acerca cada vez más al fracaso completo de la tendencia defensiva inicial. El desplazamiento de la relación de las fuerzas a favor de la satisfacción puede tener la temible consecuencia de paralizar totalmente la voluntad del *yo*, que en cada decisión encontrará, por ambos lados, impulsos igualmente enérgicos. El agudísimo conflicto entre el *ello* y el *super-yo*, que domina desde un principio en la neurosis obsesiva, puede alcanzar tales dimensiones que el *yo*, incapaz de actuar como mediador, no puede emprender nada que no esté sumergido en la esfera de este conflicto.

VI

DURANTE estas luchas podemos observar dos actividades del *yo*, dedicadas a la formación de síntomas, que presentan particular interés por ser evidentes subrogados de la represión, y muy apropiadas, por tanto, para explicarnos la finalidad y la técnica de este proceso. La aparición de estas técnicas, auxiliares y sustitutivas, podemos quizá interpretarla como una prueba de que la represión propiamente dicha tropieza con dificultades en su funcionamiento. Reflexionando que en la neurosis obsesiva es el *yo*, mucho más ampliamente que en la histeria, escena de la formación de síntomas, y que este *yo* se mantiene tenazmente aferrado a su relación con la realidad y con la conciencia, empleando en ello todos sus medios intelectuales, y que hasta el pensamiento mismo aparece erotizado e invadido por una sobrecarga psíquica; reflexionando, repetimos, sobre estas circunstancias, nos aproximaremos, quizá, a la comprensión de las referidas variantes de la represión.

Las dos técnicas indicadas son la de «deshacer lo sucedido» y la del «aislamiento». La primera tiene más amplio campo de acción y alcanza mucho más atrás. Es, por decirlo así, magia negativa, y tiende a «suprimir», por medio del simbolismo motor, no sólo las consecuencias de un suceso (impresión o experiencia), sino el suceso mismo. He elegido intencionadamente el término ‘suprimir’ para recordar al lector el papel desempeñado por esta técnica no sólo en la neurosis, sino también en los ritos mágicos, en los usos y supersticiones populares y en el ceremonial religioso. En la neurosis obsesiva la técnica de ‘deshacer’ la hallamos entre los síntomas de dos tiempos, en los que un segundo acto deshace el primero, como si éste no hubiera sucedido, cuando en realidad han sucedido los dos. El ceremonial de la neurosis obsesiva tiene en la intención de deshacer lo sucedido su segunda raíz. La primera es tomar precauciones para evitar que algo determinado suceda o se repita. Fácilmente se ve la diferencia entre ambas; las medidas preventivas son de naturaleza racional, y las supresiones por medio de ‘hacer que eso no haya sucedido’, es de naturaleza mágica, irracional. Naturalmente hemos de suponer que esta segunda raíz es la más antigua, procediendo de la actitud animista con respecto al mundo

circunambiente. La tendencia a deshacer lo sucedido encuentra, dentro de lo normal, su mitigado reflejo en la decisión de considerar algo como «no sucedido»; pero, en este caso, lo que hacemos es prescindir por completo del suceso de que se trate y de sus consecuencias, sin emprender nada contra él ni ocuparnos de él para nada, mientras que el neurótico intenta suprimir por sí mismo el pasado mediante actos motores. Esta misma tendencia puede darnos también la explicación de la «repetición» obsesiva, tan frecuente en la neurosis y en la cual influyen varias tendencias contradictorias. Aquello que no ha sucedido como el sujeto deseaba que sucediera es deshecho por medio de su repetición en, forma distinta, acumulándose toda una serie de motivos para continuar indefinidamente tales repeticiones. En el curso ulterior de la neurosis se revela a menudo, como un principalísimo motivo de formación de síntomas, la tendencia a deshacer una experiencia traumática, mostrándose así, inesperadamente, una nueva técnica motora de la defensa o, como ya podemos decir con escasa inexactitud, de la represión.

La segunda de las nuevas técnicas, cuya descripción hemos emprendido, es la del *aislamiento*, peculiarísima de la neurosis obsesiva. Se refiere también a la esfera motora. Consiste en que después de un suceso desagradable o de un acto propio, importante desde el punto de vista de la neurosis, es interpolada una pausa, en la que nada debe suceder, no efectuándose durante ella percepción alguna ni ejecutándose acto de ningún género. Esta conducta, que en principio hallamos singular, nos revela pronto sus relaciones con la represión. Sabemos que en la histeria es posible abandonar a la amnesia una impresión traumática. En la neurosis obsesiva no se da este caso. El suceso no es olvidado; pero sí despojado de su afecto y suprimidas o interrumpidas sus relaciones asociativas, quedando así aislado y no siendo tampoco reproducido en el curso del pensamiento corriente. El efecto de este aislamiento es entonces igual al de la represión con amnesia. Esta técnica es la empleada en los aislamientos de la neurosis obsesiva, siendo, además, reforzada por medio de actos motores de intención mágica. Los elementos que así quedan separados son precisamente aquellos que debían unirse por asociación. El aislamiento motor garantiza la interrupción de la coherencia mental. Esta conducta de la neurosis usa como pretexto al proceso de la concentración normal, por medio del cual tendemos a evitar que

una impresión o una labor que juzgamos importantes sean perturbadas por otras operaciones mentales o actividades simultáneas. Pero aún una persona normal utiliza la concentración no sólo para mantener apartado lo indiferente o lo heterogéneo, sino, sobre todo, lo contradictorio. Lo que más perturbador nos parece es aquello que primitivamente estuvo unido y quedó luego separado en el curso progresivo del desarrollo; por ejemplo, las manifestaciones de la ambivalencia del complejo paterno en nuestra relación con Dios o los impulsos de los órganos excretorios en las emociones amorosas. De este modo, el *yo* tiene que realizar normalmente una gran labor de aislamiento en su función de dirigir el curso del pensamiento. Y ya sabemos que en el ejercicio de la técnica analítica hemos de enseñar al *yo* a renunciar temporalmente a esta función, justificada en todo otro momento.

Sabemos por continua experiencia que para el enfermo de neurosis obsesiva resulta particularmente difícil seguir las reglas psicoanalíticas fundamentales. Probablemente, a consecuencia de la alta tensión del conflicto existente entre el *super-yo* y el *ello* de estos enfermos, es su *yo* más vigilante y más riguroso los aislamientos que el mismo lleva a cabo, pues durante su labor mental el *yo* tiene que rechazar multitud de elementos, defendiéndose contra la inmixión de fantasías inconscientes y contra la exteriorización de las tendencias ambivalentes. No puede abandonarse ni un solo instante y ha de hallarse siempre dispuesto al combate. Refuerza, además, esta compulsión a la concentración y al aislamiento por medio de actos mágicos de aislamiento, tan singulares en calidad de síntomas como importantes desde el punto de vista práctico del paciente, actos de un carácter de ceremonial y, naturalmente, desprovistos en sí de toda utilidad real.

Al procurar evitar las asociaciones y conexiones del pensamiento, el *yo* de estos enfermos no hace sino seguir uno de los más antiguos y fundamentales mandamientos de la neurosis obsesiva: el tabú del *contacto*. A la interrogación de por qué la evitación del tocar, del contacto y del contagio desempeña en la neurosis un papel tan importante, apareciendo como un contenido de complicadísimos sistemas, hallamos la respuesta de que el tocar y el contacto físico constituye el fin más próximo de la carga del objeto, tanto agresiva como amorosa. El Eros quiere el contacto, pues tiende a la unión, a la supresión de los límites espaciales entre el *yo* y el objeto amado. Pero

también la destructividad que antes de la invención de las armas, que permiten combatir a distancia, sólo podía tener efecto en el cuerpo a cuerpo, supone el contacto físico, la aprehensión manual. 'Tocar' a una mujer ha llegado a ser un eufemismo de usarla como objeto sexual. No 'tocarse' los genitales es frase usada para prohibir la satisfacción autoerótica. Y como la neurosis obsesiva persigue al principio el contacto erótico, y luego, después de la regresión, el contacto disfrazado de agresión, nada hay que pueda serle prohibido más rigurosamente ni tampoco más apropiado para constituirse en nodulo de un sistema prohibitivo. Ahora bien: el aislamiento es la supresión de la posibilidad de contacto, el medio de sustraer algo a todo contacto. Y cuando el neurótico aísla una impresión o una actividad por medio de una pausa, da a entender simbólicamente que no quiere que los pensamientos relativos a esta impresión o actividad entren en contacto asociativo con otros pensamientos.

Hasta aquí nuestras investigaciones sobre la formación de síntomas. Casi no merece la pena de resumirlas. Sus resultados han sido limitados e incompletos, y no nos ha proporcionado mucho que no nos fuera ya conocido. Sería inútil extender nuestro examen a la formación de síntomas en otras afecciones distintas de las fobias, la histeria de conversión y la neurosis obsesiva, pues nos son casi por completo desconocidas. Pero de la yuxtaposición de las tres neurosis indicadas surge ya un grave problema, cuyo estudio no es posible aplazar por más tiempo. En las tres constituye la destrucción del complejo de Edipo el punto de partida, y admitimos como fuerzas motivacionales de la oposición del *yo* el miedo a la castración. Pero sólo en las fobias se exterioriza y confiesa este miedo. ¿Qué se ha hecho de él en las otras dos neurosis y cómo se lo ha ahorrado el *yo*? El problema se agudiza aún más al pensar en la posibilidad antes indicada de que la angustia surja espontáneamente por una especie de fermentación de la carga de libido, obstruida en su curso. Además, ¿es seguro que el miedo a la castración sea el único motor de la represión (o de la defensa)? Si pensamos en las neurosis femeninas habremos de ponerlo en duda, pues, aunque también en las mujeres se comprueba con toda seguridad la existencia del complejo de castración, no puede hablarse de una angustia a la castración propiamente

dicha en casos en que tal castración ya ha tenido lugar.

VII

VOLVEREMOS a las zoofobias infantiles, puesto que son los casos a cuya comprensión hemos conseguido aproximarnos más. Como ya vimos, el *yo* tiene que actuar en estas afecciones contra una carga de objeto libidinosa del *ello* (la del complejo de Edipo, positivo o negativo), por comprender que el aceptarla traería consigo el peligro de la castración. Al examinar en páginas anteriores este proceso nos quedó por discutir una pequeña duda, que ahora tenemos ocasión de poner en claro. Se trata de dilucidar si en el caso de Juanito, o sea, en el del complejo de Edipo positivo, ¿es el impulso amoroso hacia la madre o el agresivo contra el padre el que provoca la defensa del *yo*? Desde el punto de vista práctico no parece presentar esta cuestión demasiado interés, puesto que los dos impulsos se condicionan de un modo recíproco; pero teóricamente sí, por ser el impulso amoroso hacia la madre el único que podemos considerar puramente erótico. El impulso agresivo depende, en efecto, esencialmente del instinto de destructividad; y siempre hemos creído que contra lo que el *yo* se defiende en la neurosis es contra las exigencias de la libido y no contra las de los demás instintos. En realidad, vemos que después de la formación de la fobia de Juanito parece desvanecerse el impulso amoroso hacia la madre, como si la represión lo hubiese eliminado totalmente, teniendo lugar un cambio en el impulso agresivo la formación del síntoma (o formación del sustitutivo). El caso del sujeto atacado de fobia a los lobos es más sencillo; el impulso reprimido es un impulso erótico genuino —la actitud femenina con respecto al padre—, y la formación de síntomas tiene lugar en relación con este impulso.

Es casi vergonzoso que después de tan larga labor tropecemos aún con dificultades, incluso en los puntos más fundamentales; pero nos hemos propuesto no simplificar ni ocultar nada. Si no conseguimos aclarar el problema queremos, por lo menos, darnos clara cuenta de sus incógnitas. Lo

que aquí nos estorba el camino es, quizá, algún defecto en el desarrollo de nuestra teoría de los instintos. En un principio perseguimos las organizaciones de la libido desde la fase oral, a través de la fase sádico anal, hasta la fase genital, considerando en las tres el mismo nivel los componentes del instinto sexual. Más tarde nos pareció ver en el sadismo el representante de otro instinto contrario al Eros. Y ahora nuestra nueva teoría de la división de los instintos en dos grupos parece destruir nuestra anterior concepción de las fases sucesivas de la organización de la libido. Mas por salir de esta dificultad no precisamos descubrir auxilio ninguno nuevo, pues nos lo ofrece el hecho, ya conocido, de que escasamente se nos presentan impulsos instintivos puros, sino aleaciones de instintos de los dos grupos, en proporciones diferentes. Así, pues, no necesitamos revisar nuestras consideraciones de las organizaciones de la libido. La carga sádica de objeto puede ser tratada legítimamente como una carga libidinosa; y el impulso agresivo contra el padre puede ser, del mismo modo que el amoroso hacia la madre, objeto de la represión. De todos modos, señalaremos como materia de ulteriores reflexiones la posibilidad de que la represión sea un proceso especialmente relacionado con la organización genital de la libido y que el *yo* acuda a métodos distintos de defensa cuando haya de actuar contra la libido en otras fases de la organización de la misma, diferentes de la genital. Señalada esta posibilidad, continuaremos nuestro camino. El caso de Juanito no nos permite decidir la cuestión planteada. En él es eliminado, ciertamente, por represión, un impulso agresivo; pero ello sucede alcanzada ya la organización genital.

No evitaremos perder de vista esta vez la relación con la angustia. Decíamos que en cuanto el *yo* reconoce el peligro de castración da la señal de angustia e inhibe, por medio de la instancia del placer-displacer y en forma que aún no conocemos, el amenazador proceso de carga en el *ello*. Simultáneamente tiene efecto la formación de la fobia. El miedo a la castración se dirige a un objeto distinto y toma una expresión disfrazada —ser mordido por un caballo o devorado por un lobo en lugar de ser castrado por el padre—. La formación sustitutiva tiene dos evidentes ventajas. En primer lugar evita un conflicto por ambivalencia, pues el padre es, al mismo tiempo, un objeto amado; y en segundo, permite al *yo* terminar el desarrollo

de angustia. La angustia de la fobia es, en efecto, condicional. No aparece sino ante la percepción de su objeto, cosa perfectamente justificada, puesto que sólo entonces existe el peligro. De un padre que no está ahí no puede temerse la castración. Ahora bien, el padre no puede ser suprimido, aparece ante el sujeto cuando quiere. Pero una vez sustituido el padre por un animal, el sujeto no tiene más que evitar la percepción de este último, o sea, su presencia, para vivir libre de peligro y de angustia. Así, pues, Juanito impone a su *yo* una limitación: la de no salir a la calle para no encontrarse con un caballo. El joven sujeto ruso se libra del peligro mucho más cómodamente y sin sacrificio alguno. Le basta con no mirar un cierto libro de estampas, y si su hermana no se complaciese malignamente en ponerle de continuo ante los ojos la lámina que representa al lobo en actitud erguida, podría considerarse libre de su miedo.

En otro lugar hubimos de atribuir a la fobia el carácter de una proyección, suponiendo que sustituía un peligro instintivo interior por un peligro exterior dependiente de una percepción. Tal sustitución tendría la ventaja de que el sujeto podía asegurarse contra el peligro exterior apelando a la fuga y evitando la percepción, mientras que con el peligro interior no hay fuga posible. Esta observación nuestra no es, desde luego, inexacta, pero sí superficial. La exigencia del instinto no constituye un peligro por sí misma, sino únicamente por el hecho de traer consigo un verdadero peligro exterior: el de la castración. De este modo, lo que en la fobia sucede realmente no es más que la sustitución de un peligro exterior por otro también exterior. La circunstancia de que en la fobia pueda el *yo* eludir la angustia por medio de síntomas de evitación o por medio de unos síntomas inhibitorios, se armoniza muy bien con la teoría de que tal angustia no es más que el signo de un afecto, sin que la situación económica haya variado en manera alguna.

Así, pues, la angustia de las zoofobias es una reacción afectiva del yo al peligro, y el peligro en ellas señalado es el de la castración. La única diferencia existente entre esta angustia y la angustia real, que el *yo* exterioriza normalmente en situaciones peligrosas, es la de que su contenido es inconsciente, y sólo disfrazado y deformado llega a la conciencia.

Esta misma concepción resulta aplicable a las fobias de sujetos adultos, si bien en ellas es mucho más considerable el material que la neurosis elabora,

agregándose, además, a la formación de síntomas algunos otros factores. Pero en el fondo no hay diferencia alguna. El enfermo de agorafobia impone a su *yo* una limitación para huir de un peligro provocado por un instinto. Este peligro es la tentación de ceder a sus deseos eróticos, con lo cual suscitaría, como en la infancia, el peligro de la castración u otro análogo. Como ejemplo, citaré el caso de un joven que enfermó de agorafobia porque temía ceder a las invitaciones de las prostitutas y contraer, en castigo, una infección luética.

Sabemos muy bien que muchos casos presentan más complicada estructura, y que en la fobia pueden confluir muchos otros impulsos instintivos reprimidos; pero estos últimos no son sino afluentes tributarios que por lo general han venido a unirse sólo ulteriormente al curso principal de la neurosis. La sintomatología de la agorafobia se hace más complicada por el hecho de que el *yo* no se contenta con renunciar a algo, sino que agrega elementos destinados a despojar a la situación de su peligro. Esta agregación es habitualmente una regresión temporal[2212] a los años infantiles (en los casos extremos hasta la existencia fetal anterior al nacimiento, época en la que el sujeto se hallaba a cubierto de los peligros que hoy le amenazan). Esta regresión toma la forma de una condición bajo la cual puede prescindir el *yo* de la renuncia. Así, el enfermo de agorafobia se arriesgará a salir a la calle si va acompañado, como cuando era un niño pequeño, por una persona conocida y de su confianza; o también solo, con tal de no alejarse de su casa sino una determinada distancia, o no ir a sitios que no le son familiares o en los que la gente no le conoce. En la elección de estas condiciones se muestra la influencia de factores infantiles, que dominan al sujeto por mediación de su neurosis. Totalmente inequívoca, aun sin tal regresión infantil, es la fobia a la soledad, que en el fondo trata de evitar la tentación de la masturbación solitaria. La condición de la regresión infantil es, naturalmente, que la infancia sea ya pretérita por el sujeto.

La fobia se constituye, por lo general, después de haber experimentado el sujeto un primer ataque de angustia en determinadas circunstancias —en la calle, en el tren, hallándose solo, etc.—. Esta angustia queda después vencida, pero surge de nuevo siempre que falta la condición protectora. El mecanismo de la fobia presta, como medio de defensa, excelentes servicios y muestra una

gran tendencia a la estabilidad. Con frecuencia, pero no necesariamente, surge una continuación de la lucha defensiva, dirigida entonces contra el síntoma.

Todo lo que hemos logrado descubrir sobre la angustia en las fobias es también aplicable a la neurosis obsesiva. No es difícil reducir la situación dada en esta neurosis a la de la fobia. El motor de toda la ulterior formación de síntomas es aquí, evidentemente, el miedo del *yo* a su *super-yo*. La situación peligrosa a la que el *yo* tiene que sustraerse es la hostilidad del *super-yo*. Falta aquí toda apariencia de proyección; el peligro es totalmente interno. Pero si nos preguntamos qué es lo que el *yo* teme por parte del *super-yo*, habremos de reconocer que el castigo con que amenaza el *super-yo* es una continuación del castigo de castración. Así como el *super-yo* es el padre despersonalizado, el miedo a la castración se ha convertido en una angustia moral o social indeterminada. Mas esta angustia permanece encubierta, pues el *yo* la elude, ejecutando obedientemente los preceptos, prevenciones y actos expiatorios que le son impuestos. Cuando algo le impide llevarlos a cabo, surge en el acto un malestar extraordinariamente penoso, que los enfermos equiparan a la angustia, y en el que hemos de ver un equivalente de la misma.

Podemos, pues, concretar nuestros resultados en la forma siguiente: la angustia es la reacción a una situación peligrosa. El *yo* la elude, ejecutando algo encaminado a evitar la situación o escapando a ella. Podríamos decir que los síntomas son creados para evitar el desarrollo de angustia; pero con ello no pasamos de la superficie, siendo más exacto decir que son creados para evitar la *situación* peligrosa señalada por el desarrollo de angustia. Ahora bien, tal peligro era, en los casos hasta ahora examinados, la castración o algo derivado de ella.

Si la angustia es la reacción del *yo* al peligro, nos sentiríamos tentados de considerar la neurosis traumática que tan a menudo sigue a un inminente riesgo de muerte, como una consecuencia directa del miedo a perder la vida, independientemente, en este caso, del *yo* y de la castración. Esta teoría ha sido sostenida por la mayor parte de los observadores de las neurosis traumáticas de la Gran Guerra, muchos de los cuales se han apresurado a presentarla triunfalmente como prueba de que un grave peligro corrido por el instinto de conservación podía engendrar una neurosis, sin participación

alguna de los factores sexuales ni de ninguna de las complicadas hipótesis del psicoanálisis. Es muy de lamentar que no dispongamos de un solo análisis utilizable de una neurosis traumática. No ciertamente para rebatir la negación de la significación etiológica de la sexualidad, pues esta cuestión ha quedado resuelta hace ya mucho tiempo con la introducción del concepto del narcisismo, que equipara la carga libidinosa del *yo* a las cargas de objeto y acentúa la naturaleza libidinosa del instinto de conservación, sino porque la carencia de tales análisis nos priva de una precisa ocasión de hallar datos decisivos sobre la relación entre la angustia y la formación de síntomas. Por todo lo que sabemos de la estructura de las neurosis más simples de la vida cotidiana, nos parece muy improbable que una neurosis pueda surgir por el mero hecho objetivo del peligro, sin participación alguna de los niveles más profundos del aparato anímico. Pero en lo inconsciente no existe nada que pueda dar un contenido a nuestro concepto de la destrucción de la vida. La castración se hace, por decirlo así, representable por la experiencia cotidiana de la eliminación del contenido intestinal y por la pérdida del pecho materno sufrida en el destete. Pero jamás se ha experimentado nada semejante a la muerte; o si ha sucedido como en la pérdida del conocimiento, nada que haya dejado huella perceptible. Mantenemos, pues, nuestra hipótesis de que el miedo a morir ha de concebirse como análogo al miedo a la castración, y que la situación a la que el *yo* reacciona es la de ser abandonado por el *super-yo* protector —por los poderes del Destino—, con lo que termina la seguridad contra todos los peligros que lo rodean. Además, ha de tenerse en cuenta que en los sucesos que conducen a la neurosis traumática queda roto el dispositivo protector contra los estímulos exteriores y llegan al aparato anímico magnitudes extraordinarias de excitación, surgiendo así una segunda posibilidad: la de que la angustia no sea simplemente señalada como un afecto, sino creada recientemente sobre la base de las condiciones económicas de la situación.

Con la última observación de que el *yo* ha sido preparado a la castración por pérdidas de objeto regularmente repetidas, iniciamos una nueva concepción de la angustia. Si hasta ahora la veníamos considerando como una señal afectiva del peligro, se nos muestra en este punto, dada la frecuencia, que se trata del peligro de la castración; nos parece como una

reacción a una pérdida o una separación. No faltan circunstancias que parecen contradecir esta hipótesis; pero, en cambio, nos afirma en ella una singular coincidencia. La primera experiencia angustiosa, por lo menos de los seres, humanos, es el nacimiento, el cual supone, objetivamente, la separación de la madre. Y puede ser comparado (ateniéndonos a la igualdad: niño = pene) a la castración de la madre. Sería muy satisfactorio poder concluir que la angustia se repetía, como símbolo de una separación, en toda separación ulterior. Pero a esta valoración de la coincidencia indicada se opone, desgraciadamente, el hecho de que el nacimiento no es sentido subjetivamente como una separación de la madre, puesto que ésta es desconocida como objeto por el feto, totalmente narcisista. Otro reparo sería el de que las reacciones afectivas a una separación nos son conocidas y las experimentamos como dolor o tristeza, pero no como angustia. De todos modos recordamos que en nuestro estudio sobre el duelo[2213] no llegamos a explicarnos por qué era tan doloroso.

VIII

DETENGÁMONOS ahora a reflexionar. Lo que buscamos es un conocimiento que nos revele la esencia de la angustia, permitiéndonos separar la verdad de ciertas afirmaciones del error de otras. Pero esto no es tarea fácil. El estudio de la angustia no es un tema sencillo. Hasta aquí no hemos alcanzado sino resultados contradictorios, entre los cuales nos es imposible elegir imparcialmente. Por tanto, creemos conveniente cambiar de procedimiento y reunir ahora todo lo que nos es posible decir sobre la angustia, renunciando a la esperanza de una renovada síntesis.

La angustia es, pues, en primer lugar, algo que sentimos. La calificamos de estado afectivo, aunque no sabemos bien lo que es un afecto. Como sentimiento, presenta un franco carácter displaciente; pero no es ésta la única de sus cualidades, pues no todo displacer puede ser calificado de angustia. Existen, en efecto, otros sentimientos de carácter displaciente: la ansiedad, el dolor, el duelo. La angustia habrá de presentar, a más de dicho carácter,

algunas otras particulares. ¿Conseguiremos llegar a la comprensión de las diferencias de estos diversos afectos displacientes?

Nuestra sensación de la angustia nos proporciona ya algún dato. Su carácter displaciente parece presentar, en efecto, algún rasgo especial, si bien no resulta fácil su determinación. Pero, además de este carácter peculiar, difícilmente aislable, corresponden a la angustia sensaciones físicas más precisas, que referimos a determinados órganos. Como de momento no nos interesa la fisiología de la angustia, nos bastará con hacer resaltar algunas de tales sensaciones, y elegiremos para ellas las más representativas, frecuentes y precisas, son las que afectan a los órganos respiratorios y al corazón. Estas sensaciones demuestran que en el proceso total de la angustia participan inervaciones motoras, o sea, procesos de descarga. Así, pues, el análisis del estado de angustia da los siguientes resultados: 1.º Un carácter displaciente específico; 2.º Actos de descarga; y 3.º Las percepciones de tales actos.

Los puntos 2.º y 3.º nos dan ya una diferencia con respecto a otros estados análogos; por ejemplo, el duelo y el dolor. Este último no integra manifestaciones motoras, y cuando éstas se presentan en él revelan no ser elementos del afecto, sino consecuencia del mismo o reacciones a él. Así, pues, la angustia es un estado displaciente especial, con actos de descarga por vías determinadas. Siguiendo nuestra concepción general, habremos de suponer que la angustia se basa en un incremento de la excitación, el cual crea, de un lado, el carácter displaciente, y por otro, busca aliviarse por medio de los indicados actos de descarga. Mas no bastándonos esta síntesis puramente fisiológica, nos inclinaremos a admitir la existencia de un factor histórico que enlaza estrechamente entre sí las sensaciones y las inervaciones de la angustia. O dicho de otro modo, · supondremos que el estado de angustia es la reproducción de una experiencia que integraba las condiciones de tal incremento del estímulo y las de la descarga por vías determinadas, lo cual daría al displacer de la angustia su carácter específico. Tal experiencia prototípica sería para los hombres el nacimiento. Así, pues, nos inclinamos a ver en el estado de angustia una reproducción del trauma del nacimiento.

No afirmamos con esto nada que procure a la angustia un puesto excepcional entre los estados afectivos. A nuestro juicio, también los demás afectos son reproducciones de sucesos antiguos, de importancia vital y,

eventualmente, preindividuales; los consideramos como ataques histéricos universales, típicos e innatos comparados a los ataques de la neurosis histérica, recientes e individualmente adquiridos, cuya génesis y significación como símbolos mnémicos nos ha revelado el análisis. Sería muy de desear que esta misma interpretación se demostrara aplicable a otros afectos distintos; mas, por ahora, nos hallamos muy lejos de ello.

La conexión de la angustia con el nacimiento tropieza inmediatamente con varias objeciones. La angustia es probablemente una reacción propia de todos los organismos, por lo menos de todos los superiores, y, en cambio, el nacimiento por el proceso del parto sólo es común a los mamíferos, no estando tampoco probado que tenga en todos ellos un carácter traumático. Puede, entonces, haber también angustia que no tiene su prototipo en el nacimiento. Pero esta objeción traspasa los límites dados en la Biología y la Psicología. Precisamente porque la angustia tiene que llevar a cabo, como reacción al estado de peligro, una función biológicamente indispensable, puede hallarse organizada de un modo distinto en los diversos seres vivos. Tampoco sabemos si en los seres lejanos al hombre presenta las mismas sensaciones e inervaciones que en él. Por tanto, nada se opone a que la angustia del hombre tome por modelo el proceso del nacimiento.

Siendo éstas la estructura y la génesis de la angustia, habremos de preguntarnos ahora cuál es su función y en qué ocasiones se reproduce. La respuesta parece fácil y convincente: la angustia nació como reacción a un estado de *peligro* y se reproduce cada vez que surge de nuevo tal estado.

Pero hay que tener en cuenta algunas observaciones. Las inervaciones del estado de angustia primitivo tuvieron, muy probablemente, un significado y un propósito, del mismo modo que los movimientos musculares del primer ataque histérico. Para explicarnos el ataque histérico no tenemos más que buscar la situación en la que los movimientos correspondientes constituían una parte de un acto justificado. Así, en el acto del nacimiento, la inervación de los órganos respiratorios tiende muy verosímilmente a preparar la actividad pulmonar, y el aceleramiento de los latidos del corazón, a liberar de sustancias tóxicas la sangre. Esta adecuación falta, naturalmente, en la reproducción ulterior del estado de angustia como afecto, e igualmente en la repetición del ataque histérico. Así, pues, cuando el individuo se ve en una

nueva situación peligrosa, puede resultar inadecuado que responda a ella con el estado de angustia; esto es, con la reacción a un peligro pretérito, en lugar de seguir una reacción adecuada al peligro actual. Pero la conducta de aquél puede, una vez más, ser adecuada al ser reconocida la proximidad de la situación peligrosa y ser ésta señalada por la explosión de la angustia. En tal caso puede entonces ser suprimida la angustia en el acto por medio de medidas apropiadas. Se distinguen, pues, en seguida dos posibilidades de la aparición de angustia: una inadecuada, con relación a una nueva situación peligrosa; la otra adecuada, para señalar y prevenir tal situación.

Ahora bien: ¿qué es un peligro? En el acto del nacimiento existe un peligro objetivo para la conservación de la vida. Sabemos lo que esto significa en la realidad, pero psicológicamente no nos dice nada. El peligro del nacimiento carece aún de contenido psíquico. Desde luego no podemos atribuir al feto nada que se aproxime a una especie de conocimiento de la posibilidad de que el nacimiento tenga un desenlace fatal para su existencia. El feto no puede advertir sino una extraordinaria perturbación de la economía de su libido narcisista. Llegan a él grandes magnitudes de excitación, que generan sensaciones de displacer no experimentadas aún, y algunos de sus órganos adquieren elevadas cargas, circunstancia que constituye como un preludio de la carga del objeto, que no tardará en iniciarse. Pero de todo esto, ¿qué es lo que puede ser valorado como signo de una «situación peligrosa»?

Lamentablemente es demasiado poco el conocimiento acerca del esquema mental de un recién nacido como para adelantar una respuesta directa. No puedo testimoniar cabalmente la validez de la descripción que he acabado de ofrecer. Es fácil decir que el lactante repetirá su afecto de angustia en cada situación que le recuerde el suceso del nacimiento. El hecho importante de conocer es lo que lleva a recordar el suceso y lo que es recordado.

Apenas nos queda ya sino estudiar las ocasiones en que el niño se muestra propicio al desarrollo de angustia durante la lactancia o en la época inmediatamente posterior. En su libro *El trauma del nacimiento*[2214] ha realizado Otto Rank una enérgica tentativa de demostrar la relación de las fobias infantiles más tempranas con la impresión del suceso del nacimiento. Pero, a nuestro juicio, no ha alcanzado esta tentativa su propósito. Pueden reprochársele dos cosas. En primer lugar, se basa en la hipótesis de que el

niño ha recibido en su nacimiento determinadas impresiones sensoriales, especialmente de naturaleza visual, cuya renovación puede provocar el recuerdo del trauma del nacimiento, y con él, la reacción de angustia. Esta hipótesis no aparece demostrada y es harto inverosímil. No puede creerse que el niño haya retenido del proceso del parto más sensaciones que algunas táctiles y otras de carácter general. Así, pues, la explicación dada por Rank al miedo que muestra el niño al ver salir a un animalito de un agujero o entrar en él, considerando tal miedo como reacción a la percepción de una analogía; no es admisible, pues el niño no puede darse cuenta de tal analogía. Pero, además, al tratar de estas situaciones de angustia ulteriores concede Rank eficacia, según los casos, bien al recuerdo de la feliz existencia intrauterina, bien al de la perturbación traumática de dicha existencia, con lo cual queda abierto el camino a la arbitrariedad en la interpretación.

Algunos casos de esta angustia infantil contradicen abiertamente la aplicación del principio de Rank. Cuando el niño es dejado sólo en la oscuridad, deberíamos esperar que aceptase contento tal reconstitución de la situación intrauterina; pero, muy al contrario, reacciona a ella con angustia. Al explicar Rank este hecho por el recuerdo de la interrupción del feliz estado intrauterino, no hace sino evidenciar lo forzado de sus hipótesis.

Hemos, pues, de concluir que las fobias infantiles más tempranas no permiten referencia alguna directa a la impresión del acto del nacimiento, eludiendo así hasta ahora, en general, toda explicación. Es innegable, por otra parte, que el niño de pecho muestra cierta disposición a la angustia. Esta disposición no presenta su máxima intensidad inmediatamente después del nacimiento, para ir luego disminuyendo poco a poco, sino que aparece ulteriormente con el progreso del desarrollo anímico, y se mantiene durante cierto período de la infancia. Cuando estas fobias tempranas perduran más allá de tal período, hacen sospechar la existencia de una perturbación neurótica, aunque tampoco se nos haya hecho visible en modo alguno su relación con las ulteriores y certeras neurosis infantiles.

Sólo muy pocos casos de la manifestación infantil de angustia nos son comprensibles. A ellos habremos de atenernos. En total son tres: cuando el niño está solo, cuando se halla en la oscuridad y cuando encuentra a una persona extraña en el lugar de la que le es familiar (de la madre). Estas tres

situaciones se reducen a una sola condición: la de advertir la falta de la persona amada y anhelada. A partir de este punto se halla totalmente libre el camino que conduce a la comprensión de la angustia y a la solución de las contradicciones que parecen enlazadas a ella.

La imagen mnémica de la persona anhelada es objeto seguramente de una carga muy intensa, y en un principio probablemente alucinatoria. Pero ello no trae consigo resultado alguno y parece como si este anhelo se transformase en angustia. Llegamos incluso a tener la impresión de que tal angustia tiene toda la apariencia de ser la expresión del sentimiento del niño al finalizar sus juicios, como si en su aún muy poco desarrollado estado no supiera nada mejor para controlar sus catexias de anhelo. La angustia surge así como reacción al hecho de advertir la falta del objeto, circunstancia que nos recuerda que el miedo a la castración tiene por contenido la separación de un objeto muy estimado y que la angustia más primitiva —la del nacimiento— surgió al verificarse la separación de la madre.

Nuestra reflexión supera pronto esta acentuación de la pérdida del objeto. Si el niño de pecho demanda la percepción de la madre, es porque la experiencia le ha enseñado que aquélla satisface sin dilación sus necesidades. La situación que considera como un «peligro» y contra la cual quiere hallarse asegurado es la de insatisfacción, la del *crecimiento de la tensión de la necesidad*, contra la cual es impotente. Creemos que desde este punto de vista se aclara ya todo. La situación de insatisfacción, en la cual las magnitudes de estímulo alcanzan proporciones muy displacientes, sin encontrar un aprovechamiento psíquico que las domine, ni derivación alguna, es la que ha de ser para el niño de pecho análoga a la experiencia del nacimiento, constituyendo la repetición de la situación de peligro. Ambas situaciones tienen de común la perturbación económica por el crecimiento de las magnitudes de estímulo que demandan una descarga, factor que constituye el verdadero nódulo del «peligro». En los dos casos aparece como reacción la angustia, reacción que en el niño de pecho se demuestra adecuada, puesto que el encaminamiento de la descarga hacia los músculos de los aparatos respiratorios y vocal hace acudir a la madre, como antes hubo de intensificar la actividad pulmonar del recién nacido con el fin de liberarse de los estímulos internos. El niño no necesitaba haber conservado de su nacimiento

más que esta vía de indicar la presencia del peligro.

Con la experiencia de que un objeto exterior, aprehensible por medio de la percepción, puede poner término a la situación peligrosa que recuerda la del nacimiento, se desplaza el contenido del peligro temido desde la situación económica a su condición determinante de tal situación, o sea, a la pérdida del objeto. El peligro es ahora la ausencia de la madre, y en cuanto el niño la advierte, da la señal de angustia antes que llegue a establecerse la temida situación económica. Este cambio constituye un primer progreso importante en el cuidado de la propia conservación y al mismo tiempo representa una transición desde la génesis automática involuntaria de la reciente angustia a su reproducción intencionada como señal de peligro.

En ambos sentidos, tanto en calidad de fenómeno automático como de señal salvadora, se muestra la angustia como producto de desamparo psíquica del niño de pecho, paralelo a su desamparo biológico. La coincidencia singular de que tanto la angustia del recién nacido como la del niño de pecho tengan por condición la separación de la madre no precisa de explicación psicológica; bastando su explicación biológica, por el hecho de que la madre, que ha satisfecho primero todas las necesidades del feto por la disposición misma de su organismo, continúa realizando esta función, después del nacimiento, en parte, con otros medios. La vida intrauterina y la primera infancia constituyen una continuidad menos interrumpida de lo que el parto nos hace suponer. La relación objetal psíquica con su madre sustituye para el niño la situación fetal biológica. No debemos olvidar que en la vida intrauterina no existía objeto ninguno, no siéndolo, por tanto, tampoco la madre. Fácilmente se ve que no puede pensarse ya en una derivación por reacción del trauma del nacimiento, ni atribuir a la angustia otra función que la de una señal preventiva encaminada a evitar la situación de peligro. Veamos ahora la condición de la angustia ante la pérdida del objeto. La siguiente transformación de la angustia, o sea, el miedo a la castración que surge en la fase fálica, es una angustia ante la separación, enlazada a la misma condición. El peligro es aquí ser separado de los genitales. Ferenczi ha descrito muy acertadamente, a nuestro juicio, la conexión con los contenidos de la situación del peligro primitivo. La alta valoración narcisista del pene puede atribuirse al hecho de que la posesión de este órgano constituye la

garantía de una nueva reunión con la madre (con el sustitutivo de la madre) en el acto del coito. El ser despojado de tal miembro equivale a una nueva separación de la madre y significa, por tanto, ser abandonado de nuevo, totalmente inerme, a una tensión de la necesidad instintiva (como en el nacimiento). Pero la necesidad cuyo incremento se teme es ahora una necesidad especializada, la de la libido genital, y no ya indeterminada como en la época de la lactancia. Añadiremos aquí que la fantasía del retorno al seno materno constituye el sustitutivo del coito en los impotentes (en los inhibidos por la amenaza de castración). En el sentido de Ferenczi puede decirse que el individuo, que pensaba en su retorno al vientre materno, sustituye regresivamente al órgano genital por toda su persona.

Los progresos del desarrollo del niño, el aumento de su independencia, la más precisa diferenciación de su aparato anímico en varias necesidades, no pueden por menos de influir sobre el contenido de la situación de peligro. Ya hemos seguido su transformación desde la pérdida de la madre como objeto hasta la castración. El poder del *super-yo* provoca un nuevo cambio. Con la despersonalización de la instancia parental de la cual se temía la castración, se hace más indeterminado el peligro. La angustia a la castración se convierte en angustia moral (angustia social) y no es ya fácil indicar lo que la angustia teme. La fórmula «separación, expulsión de la horda» no se adapta más que a aquel fragmento posterior del *super-yo* que se ha desarrollado apoyándose en modelos sociales; pero no al nodulo del *super-yo*, que corresponde a la instancia parental introyectada. Dicho de un modo más general, lo que el *yo* considera como peligro, y a lo que responde con la señal de angustia, es a la cólera del *super-yo* o al castigo que el mismo puede imponerle, o a la pérdida de su amor. La última transformación de este miedo al *super-yo* me parece a mí el miedo a la muerte (por la vida), o sea, la angustia ante la proyección del *super-yo* en los poderes del destino.

En ocasión anterior concedimos cierto valor al hecho de que fuera la carga retraída en el proceso de la represión la utilizada como angustia. Este hecho nos parece ahora falto de toda importancia. Tal mudanza obedece a que precedentemente creíamos que la angustia surgía siempre de un modo automático, por un proceso económico, mientras que nuestra actual concepción de la angustia, como una señal intencionada del *yo*, encaminada a

influir sobre la instancia placer-displacer, la hace independientemente de toda relación económica. Naturalmente, nada se opone a la hipótesis de que el *yo* utilice la energía que en la represión queda libre, precisamente para despertar el afecto; pero ha perdido toda importancia la cuestión de cuál es la parte de la energía con la que esto sucede.

Hay otra de nuestras anteriores afirmaciones que demanda ser revisada a la luz de nuestra nueva concepción. Es la de que el *yo* es la verdadera sede de la angustia[2215]. Esperamos que tal revisión no hará sino confirmar su exactitud. No tenemos, en efecto, ningún motivo para atribuir al *super-yo* manifestación alguna de angustia, y al hablar de una «angustia del *ello*» no hacemos sino usar una expresión impropia, que habremos de corregir, aunque más en la forma que en el contenido. La angustia es un estado afectivo, que naturalmente sólo puede ser sentido por el *yo*. El *ello* no puede, como el *yo*, experimentar angustia, pues no es una organización ni puede discriminar las situaciones peligrosas. En cambio, es muy frecuente el desarrollo o preparación en el *ello* de procesos que dan ocasión al *yo* para una explosión de angustia. En realidad, las represiones quizá más tempranas y la mayoría de las ulteriores son motivadas por la tal angustia del *yo* ante procesos desarrollados en el *ello*. Distinguimos de nuevo aquí muy fundadamente dos casos: el primero, que en el *ello* suceda algo que active alguna de las situaciones peligrosas para el *yo* y le mueva a dar la señal de angustia para iniciar la inhibición; el segundo, que se constituya también en el *ello* una situación análoga a la del trauma del nacimiento, en la cual surge automáticamente la reacción angustiosa. Estos dos casos se aproximan, acentuando que el segundo corresponde a la primera y primitiva situación del peligro, y el primero, en cambio, a cualquiera de las condiciones de la angustia, ulteriormente derivadas de tal situación. O dicho de otro modo, y con relación a las afecciones que enfrentamos realmente nosotros, el segundo caso es operativo en la etiología de las neurosis actuales, y el primero es típico de la etiología de las psiconeurosis.

Vemos, pues, que no necesitamos descartar nuestras anteriores afirmaciones, sino tan sólo enlazarlas con los nuevos conocimientos adquiridos. Es innegable que la abstinencia sexual, la perturbación del curso de la excitación sexual y la desviación de esta última de su elaboración

psíquica dan origen a la génesis directa de angustia por transformación de la libido; esto es, a la constitución de aquel estado de desamparo del *yo* contra una extraordinaria tensión de la necesidad, como ocurrió en la situación del parto, que se resuelve en angustia. Siendo muy posible que precisamente el exceso de libido inempleada halle su descarga en el-desarrollo de angustia. Sobre la base de estas neurosis actuales se desarrollan con especial facilidad psiconeurosis. Lo cual quiere decir que el *yo* intenta evitar la angustia, que ha aprendido a mantener suspendida durante algún tiempo y ligada por medio de la formación de síntomas. El análisis de las neurosis traumáticas de guerra, nombre que abarca, por cierto, afecciones muy diversas, hubiera quizá revelado que muchas de ellas participan de los caracteres de las neurosis actuales.

Al exponer el desarrollo de las diferentes situaciones peligrosas, partiendo de la primitiva del nacimiento, modelo de todas ellas, no afirmamos, desde luego, que cada una de las ulteriores condiciones de la angustia invalidara por completo las anteriores. Los progresos del desarrollo del *yo* contribuyen, ciertamente, a desvalorizar y desplazar las situaciones peligrosas anteriores, pudiendo así decirse que cada una de las edades del desarrollo tiene adscrita cierta condición de angustia adecuada a ella. El peligro del desamparo psíquico corresponde a la época de la carencia de madurez del *yo*; el peligro de la pérdida del objeto, a la de dependencia de otros en los primeros años infantiles; el peligro de la castración, a la fase fálica; y el miedo al *super-yo*, al período de latencia. Pero todas estas situaciones peligrosas y condiciones de la angustia pueden subsistir conjuntamente y provocar la reacción angustiosa del *yo* en épocas posteriores a las correspondientes o actuar varias de un modo simultáneo. Probablemente, existen también relaciones muy estrechas entre la situación peligrosa de que se trate y la forma de la neurosis consiguiente[2216].

Al tropezar en un fragmento anterior de esta investigación con la significación del peligro de la castración en más de una afección neurótica, indicamos la conveniencia de no exagerar su importancia dado que no podía ser decisivo en el sexo femenino, más dispuesto desde luego a la neurosis que los hombres. Vemos ahora que no corremos ningún peligro de considerar la angustia a la castración como la única fuerza motivacional de los procesos de

defensa que conducen a la neurosis. En otro lugar hemos explicado cómo el desarrollo de la niña es orientado, por el complejo de la castración, hacia la carga amorosa de objeto. En la mujer parece ser el peligro de la pérdida del objeto la situación de mayor eficacia. En la correspondiente condición de la angustia hemos de tener en cuenta una pequeña modificación: de que no se trata ya del sentimiento de necesidad de la ausencia, o la pérdida real del objeto, sino de la pérdida de su amor. Siendo indiscutible que la histeria presenta una mayor afinidad con la femineidad, del mismo modo que la neurosis obsesiva con la virilidad, cabe suponer que la pérdida del amor del objeto, como condición de angustia, desempeña en la histeria un papel análogo al de la amenaza de castración en las fobias y al del miedo al *super-yo* en la neurosis obsesiva.

IX

SÓLO nos quedan por examinar las relaciones entre la formación de síntomas y el desarrollo de angustia.

Dos son las opiniones más extendidas sobre esta cuestión. Una de ellas ve en la angustia misma un síntoma de la neurosis; la otra cree en la existencia de una relación más íntima entre ambas. Según la segunda opinión, toda formación de síntomas es emprendida con el solo y único fin de eludir la angustia. Los síntomas ligan la energía psíquica, que de otro modo sería descargada en forma de angustia, resultando así la angustia el fenómeno fundamental y el principal problema de la neurosis.

La exactitud por lo menos parcial de esta hipótesis queda demostrada por ejemplos muy convincentes. Un enfermo de agorafobia, al que acompañamos por. la calle, será presa de un ataque de angustia si le abandonamos. Igualmente sucederá al enfermo de neurosis obsesiva al que, por ejemplo, se le impida lavarse las manos después de haber tocado algo. Es, pues, indudable que la condición de ir acompañado y la ablución obsesiva pretendían y conseguían evitar tales explosiones de angustia. En este sentido pueden calificarse de síntomas todas las inhibiciones que el *yo* se impone.

Mas habiendo referido nosotros el desarrollo de angustia a la situación peligrosa, preferimos decir que los síntomas son creados para librar al *yo* de tal situación. Si la formación de síntomas es impedida, surge realmente el peligro; esto es, se constituye aquella situación, análoga al nacimiento, en el cual se encuentra desamparado el *yo* contra las exigencias instintivas constantemente crecientes, o sea, la primera y más primitiva de las condiciones de la angustia. Desde este punto de vista, las relaciones entre la angustia y el síntoma se demuestran menos estrechas de lo que suponíamos, consecuencia natural de haber interpolado entre tales dos factores el de la situación peligrosa. Podemos decir también, como complemento, que el desarrollo de angustia inicia la formación de síntomas y constituye incluso una premisa necesaria de tal formación. Pues si el *yo* no despertara por medio del desarrollo de angustia a la instancia placer-displacer, no alcanzaría el poder de detener el proceso amenazador iniciado en el *ello*. Se revela aquí innegablemente la tendencia de limitar a un mínimo el desarrollo de angustia, no utilizando ésta sino como señal, pues de no hacerlo así experimentará en otro lugar distinto el displacer que con el proceso instintivo amenaza, lo cual no constituye un éxito de los propósitos del principio del placer; sin embargo, esto es muy frecuente en las neurosis.

Así, pues, la formación de síntomas logra realmente el resultado de suprimir la situación peligrosa. Tal formación tiene dos aspectos: uno oculto a nuestra percepción, que establece en el *ello* aquellas modificaciones mediante las cuales es sustraído el *yo* al peligro; y otro, visible, que nos muestra lo que ha creado en lugar del proceso instintivo influido, o sea, la formación sustitutiva.

Ahora bien: es desde luego más correcto atribuir a los procesos defensivos lo que acabamos de decir de la formación de síntomas y no usar esta última expresión, sino como sinónima de la formación sustitutiva. Vemos entonces claramente que el proceso defensivo es análogo a la fuga por medio de la cual se sustrae el *yo* a un peligro que le amenaza desde el exterior, representando, por tanto, un intento de fuga ante un peligro instintivo. Las objeciones que pronto suscita esta comparación nos ayudarán a lograr más completo esclarecimiento. En primer lugar, puede objetarse que la pérdida del objeto (la pérdida del amor del objeto) y la amenaza de

castración son también peligros que nos acechan desde el exterior, como pudiera serlo un fiero animal dispuesto a atacarnos, y no ser, por tanto, peligros instintivos. Pero no es el mismo caso. El lobo nos atacaría, probablemente, cualquiera que fuese nuestra conducta para con él En cambio, la persona amada no nos retiraría su amor, ni seríamos amenazados con la castración, si no alimentásemos en nuestro interior ciertos sentimientos e intenciones. Estos impulsos instintivos llegan a ser condiciones del peligro externo, y con ello peligrosas por sí mismas, haciéndosenos así posible combatir el peligro exterior con medidas contra peligros interiores. En las zoofobias parece ser sentido aún el peligro como totalmente exterior, correlativamente al desplazamiento hacia el exterior que experimenta el síntoma. En la neurosis obsesiva es internalizado aún más el peligro; la parte del miedo al *super-yo*, que es miedo social, representa aún el sustitutivo interior de un peligro exterior; y la otra parte, la angustia moral, es totalmente endopsíquica.

Una segunda objeción alega que, en la tentativa de fuga ante el peligro exterior que nos amenaza, no hacemos sino aumentar la distancia espacial que de él nos separa. No combatimos el peligro ni intentamos modificar nada en él, como hacemos en el otro caso, apaleando al lobo o disparando sobre él. En cambio, el proceso defensivo parece llevar a cabo algo más de lo que corresponde a un intento de fuga. Interviene en el curso del instinto, lo somete en algún modo, lo desvía de su fin y consigue así hacerlo inofensivo. Esta objeción parece indiscutible y merece atención. A nuestro juicio, lo que sucede es que, al lado de procesos defensivos justificadamente comparables a un intento de fuga, existen otros en los que el *yo* se defiende más activamente, llevando a cabo actos de oposición más enérgicos. Todo ello aceptando, claro está, que la comparación de la defensa con la fuga no quede invalidada por la circunstancia de ser el *yo* y el instinto del *ello* parte de una misma organización y no existencias separadas, como el lobo y el niño, de manera que la conducta del *yo* tiene que repercutir necesariamente en el proceso instintivo.

El estudio de las condiciones de la angustia nos ha proporcionado, por decirlo así, un esclarecimiento racional de la conducta del *yo* en la defensa. Cada una de las situaciones peligrosas corresponde a cierta época de la vida o

a una fase del desarrollo del aparato anímico, correspondencia que parece, además, justificada. Durante la primera infancia no se halla el sujeto realmente en situación de dominar psíquicamente grandes magnitudes de excitación que le llegan del interior o del exterior. En cierto período de la vida es verdaderamente de supremo interés para el sujeto el que las personas de las cuales depende no le retiren sus tiernos cuidados. Cuando crece el niño ve ya en el poderoso padre un rival cerca de la madre y surgen en él tendencias agresivas contra el mismo e intenciones sexuales con respecto a la madre; tiene razones justificadísimas para temer al padre y el miedo al castigo llega a exteriorizarse intensificado filogénicamente como miedo a la castración.

Con la iniciación de las relaciones sociales le es realmente necesario el miedo al *super-yo*, a la conciencia moral, e incluso la falta de este factor, llega a ser fuente de graves conflictos y peligros, etc. Pero precisamente a estas circunstancias se enlaza un nuevo problema.

Intentemos sustituir la angustia por otro afecto; por ejemplo, el dolor. Consideramos completamente normal que una niña de cuatro años llore desconsoladamente porque se le ha roto una muñeca; y a los seis años, porque la maestra la ha regañado; de dieciséis, porque ha sido desdeñada por su novio; o mujer de veinticinco, porque se le ha muerto un hijo. Cada una de estas condiciones de dolor tiene un tiempo y desaparece con él; sólo en la última, definitiva, perdura a través de toda la vida. En cambio, extrañaremos que la misma niña convertida en mujer y madre llore la pérdida o deterioro de una chuchería. Ahora bien, tal es la conducta que siguen los neuróticos. En su aparato anímico se han desarrollado ya ampliamente, dentro de ciertos límites, todas las instancias destinadas a dominar los estímulos, tienen capacidad suficiente para satisfacer por sí mismos la mayoría de sus necesidades y saben que la castración no es ya empleada como castigo; pero, no obstante, se conduce como si subsistieran aún las antiguas situaciones peligrosas, manteniendo así todas las anteriores condiciones.

La explicación de este fenómeno requiere cierto detenimiento y ha de atenerse, ante todo, a los hechos reales. En muchos casos son realmente abandonadas las antiguas condiciones de la angustia una vez que han creado reacciones neuróticas. Las fobias de los niños pequeños a la soledad, la

oscuridad y las personas extrañas, fobias que han de considerarse casi normales, desaparecen por lo general con el transcurso del tiempo. Las zoofobias, tan frecuentes, siguen la misma suerte, e igualmente muchas histerias de conversión de los años infantiles. Durante el período de latencia es frecuentísima la aparición de ceremoniales, pero sólo un pequeño tanto por ciento de estos casos llega a desarrollarse hasta plenas neurosis obsesivas. Las neurosis infantiles, en general —dentro de los límites de nuestras experiencias clínicas, circunscritas a niños de ciudad, de raza blanca, sometidos a altos niveles culturales— son episodios regulares del desarrollo, aunque hasta ahora no se les haya concedido la atención que merecen. En los neuróticos adultos hallamos siempre los signos de una neurosis infantil sin excepción. En cambio, no todos los niños que muestran tales signos llegan después a ser neuróticos. Quiere esto decir que en el curso de la maduración tienen que haber desaparecido ciertas condiciones de la angustia y perdido su significación ciertas situaciones peligrosas. A esto se agrega que algunas de estas situaciones peligrosas logran salvarse y pasar a épocas posteriores, modificando correlativamente su condición de la angustia. Así, el miedo a la castración se conserva bajo el disfraz de una sifilofobia, una vez enterado el sujeto de que la castración no es empleada ya como castigo de los placeres, existiendo, en cambio, la posibilidad de contraer graves dolencias. Otras condiciones de la angustia no se hallan destinadas a desaparecer, sino a acompañar al hombre durante toda su vida. Así, el miedo al *su per-yo*. El neurótico se diferencia entonces del normal en el hecho de intensificar exageradamente las reacciones a estos peligros. Por último, tampoco la edad adulta ofrece una protección suficiente contra el retorno de la situación angustiosa primitiva traumática. Parece como si para cada sujeto existiese un límite, más allá del cual fallase su aparato anímico en el dominio de la descarga de magnitudes de excitación que se necesitan utilizar.

Estas pequeñas rectificaciones no están en modo alguno destinadas a modificar el hecho aquí examinado; o sea, el de la existencia de gran número de sujetos que conservan ante el peligro una conducta infantil y no logran dominar condiciones de angustia pertenecientes a épocas pasadas. Negar este hecho supondría negar la neurosis, pues a tales personas es precisamente a las que damos el nombre de neuróticos. Mas ¿cómo es esto posible? ¿Por qué no

son todas las neurosis episodios de desarrollo que terminan al alcanzar el mismo su fase siguiente? ¿De dónde procede el factor que hace, durar estas reacciones al peligro? ¿Y de dónde la prerrogativa de que la angustia parece gozar sobre los otros afectos, de ser el único que provoca reacciones que se diferencian anormalmente de las demás y se oponen, como inadecuadas, a la corriente vital? En definitiva; nos hallamos de nuevo inesperadamente ante el enigma tantas veces planteado del origen de las neurosis y de su última y especial *raison d'être*, problema que, después de muchos años de labor analítica, nos deja aún en la oscuridad, en el punto de partida.

X

LA angustia es la reacción al peligro. No es posible rechazar la idea de que si la angustia puede conquistar en la economía anímica un lugar de excepción es porque se halla íntimamente enlazada a la esencia de la naturaleza del peligro. Pero los peligros son comunes a todos los humanos y los mismos para todos. Aquello que necesitamos y no hallamos en un factor que nos explique por qué existen individuos que pueden subordinar la angustia, no obstante su singularidad, a la actividad anímica normal, o determine cuáles son los que han de fracasar en tal empresa. Toda tentativa de descubrir tal factor ha de ser acogida con simpatía de responder a una verdadera necesidad científica. Hasta nosotros han hecho dos tentativas de este género. La primera fue emprendida, hace ya más de diez años, por Alfred Adler, el cual afirma, en síntesis, que los que fracasan en la labor planteada por el peligro son aquellos individuos a los cuales alguna inferioridad orgánica crea dificultades excesivas. Si en este punto se demostrara cierto el principio de *simplex si gill um veri*[2217], habríamos de acoger con entusiasmo tal solución. Mas, por el contrario, nuestros trabajos críticos de los últimos diez años ha demostrado la insuficiencia de esta explicación que, por otro lado, rebasa los múltiples hechos descubiertos por el psicoanálisis.

La segunda tentativa ha sido realizada por Otto Rank en su obra *El trauma del nacimiento* (1923). Sería injusto equipararla a la de Adler, pues

permanece dentro del terreno del psicoanálisis, cuyas ideas directrices continúa, y debe ser considerado como un esfuerzo legítimo para resolver los problemas analíticos. En la relación dada entre el individuo y el peligro prescinde Rank de la debilidad orgánica del individuo y se orienta hacia la variable intensidad del peligro. El proceso del nacimiento es la primera situación peligrosa, y el terremoto económico por él producido se constituye en el prototipo de la reacción angustiosa.

En las páginas anteriores hemos perseguido la línea de desarrollo que une esta primera situación peligrosa y primera condición de la angustia con todas las ulteriores y hemos visto que todas ellas conservan algo común, por significar todas, en cierto sentido, una separación de la madre; al principio sólo en sentido biológico, luego en el de una pérdida directa del objeto y más tarde en el de una pérdida indirectamente provocada de esta amplia conexión es un indiscutible merecimiento de Rank. Ahora bien: el trauma del nacimiento afecta a cada individuo con intensidad distinta, variando, con la intensidad del trauma, la violencia de la reacción de angustia y, según Rank, depende de esta magnitud inicial del desarrollo de angustia el que el individuo llegue o no a dominarlo por completo algún día, o sea, el que llegue a ser normal o neurótico.

No nos incumbe realizar una crítica detallada de las hipótesis de Rank, sino tan sólo examinar si pueden contribuir a la solución de nuestro problema. La fórmula rankiana de que los neuróticos son aquellos individuos que a causa de la intensidad del trauma experimentado en su nacimiento no consiguen jamás derivar por reacción dicho trauma en su totalidad, es muy discutible teóricamente. No se sabe tampoco fijamente a lo que se alude con la expresión de «derivar el trauma por reacción». Tomándola en su sentido literal, llegamos a la conclusión inadmisible de que el neurótico se acerca tanto más a la curación cuanto más frecuente e intensamente reproduce el afecto angustioso. A causa de esta misma contradicción con la realidad abandonamos nosotros en su tiempo la teoría de la derivación por reacción, que tan destacado papel desempeñó en el método catártico. Situando en primer término la intensidad variable del trauma del nacimiento, no se deja lugar alguno en la etiología al influjo indudable de la constitución hereditaria. Y dicha intensidad no es, en relación con la constitución, sino un factor

orgánico casual dependiente de influencias también casuales; por ejemplo, del auxilio oportuno en el parto. La teoría de Rank prescinde por completo de los factores constitucionales y filogénicos. Por otro lado, si queremos hacer un lugar a la influencia de la constitución, suponiendo que lo decisivo es la medida en que el individuo reacciona a la intensidad del trauma del nacimiento, habremos despojado a la teoría rankiana de toda su importancia, adscribiendo al nuevo factor por ella introducido un papel secundario. Así, pues, al factor que decide si el desenlace ha de ser o no la neurosis pertenecerá a un sector distinto, de nuevo desconocido para nosotros.

Tampoco el hecho de que siendo el hombre, como los demás mamíferos, un animal vivíparo y naciendo como ellos por el proceso del parto, ostente, a diferencia de ellos, una especial disposición a la neurosis, parece escasamente favorable a la teoría de Rank. Pero la objeción más grave que puede hacérsele es la de carecer de toda base sustentadora y no apoyarse en observaciones firmes. No se ha realizado investigación alguna sobre la coincidencia del nacimiento en parto difícil y la ulterior neurosis, ni siquiera sobre si los niños así nacidos muestran con mayor intensidad o permanencia los fenómenos de angustia de la temprana infancia. Si se acepta que los partos inducidos y los fáciles para la madre significan, muy probablemente, para el hijo traumas graves, habrá de reconocerse igualmente que los partos graves, en los que el feto llega a la asfixia, tendrían que evidenciar las consecuencias afirmadas. La etiología de Rank parece presentar la ventaja de permitir una comprobación experimental. Pero mientras tal comprobación no se lleve a cabo, es imposible fijar su valor.

En cambio, no podemos agregarnos a la opinión de que la teoría rankiana contradice la significación etiológica de los instintos sexuales, reconocida hasta ahora en psicoanálisis, pues se refiere tan sólo a la relación del individuo con la situación peligrosa y deja margen a la hipótesis de que el sujeto que no pudo dominar los primeros peligros fracasará también necesariamente en las situaciones del peligro sexual ulteriormente emergentes y caerá así en la neurosis.

No creo, pues, que la tentativa de Rank haya solucionado el problema del origen de la neurosis, sin que, a mi juicio, sea tampoco posible determinar por ahora en qué medida puede contribuir a tal solución. Si el resultado de las

investigaciones sobre la relación de los nacimientos difíciles con la disposición a la neurosis es negativo, dicha contribución habrá de estimarse muy pequeña. Es muy de lamentar que la necesidad científica de una «última causa», tangible y unitaria, de la neurosis, haya de permanecer siempre insatisfecha. La solución ideal ansiada probablemente aún hoy en día por los médicos sería el del bacilo susceptible de ser aislado, cultivado y cuya aplicación a otros individuos provocase en ellos igual enfermedad. O también la existencia de materias químicas que produjeran o suprimieran determinadas neurosis. Pero estas soluciones del problema parecen carecer de toda verosimilitud.

El psicoanálisis conduce a resultados menos sencillos y satisfactorios. No podemos sino repetir aquí cosas conocidas hace ya mucho tiempo, sin añadir nada nuevo. Cuando el *yo* ha conseguido defenderse contra un impulso instintivo peligroso por medio, por ejemplo, del proceso de la represión, ha inhibido y dañado la parte correspondiente del *ello*; pero al mismo tiempo le ha dado una cierta independencia y ha renunciado a una parte de su propia soberanía. No es esto sino una consecuencia de la naturaleza de la represión, que es, en el fondo, una tentativa de fuga. Lo reprimido queda excluido de la gran organización del *yo* como si fuera un proscrito y sólo sometido a las leyes que rigen en el dominio de lo inconsciente. Cuando la situación peligrosa varía de modo que el *yo* no tiene ya un motivo para emprender una defensa contra un nuevo impulso instintivo análogo al reprimido, se hacen manifiestas las consecuencias de la restricción del *yo*. El nuevo curso del instinto se desarrolla bajo la influencia del automatismo —preferiríamos decir: de la compulsión a la repetición— y sigue los mismos caminos que el anteriormente reprimido, como si la situación peligrosa dominada perdurase aún. El factor que provoca la fijación es, pues, en la represión la compulsión a la repetición inconsciente del *ello*, la cual normalmente sólo es suprimida por la función libremente móvil del *yo*. El *yo* puede, desde luego, romper de nuevo las barreras de la represión que él mismo ha levantado, reconquistar su influencia sobre el impulso instintivo y orientar en el sentido de la modificación de la situación peligrosa el nuevo curso del instinto. Pero el hecho es que fracasa muchas veces en esta labor, no consiguiendo deshacer sus represiones. El desenlace de esta lucha depende, probablemente, de

relaciones cuantitativas. En algunos casos experimentamos la impresión de que tal desenlace es forzado: la atracción regresiva del impulso reprimido y la intensidad de la represión son tan grandes que el nuevo impulso no puede por menos de seguir la compulsión a la repetición. En otros casos advertimos la intervención de un nuevo juego de fuerzas: la atracción del prototipo reprimido queda robustecida por las dificultades reales de vida que se oponen a un curso distinto del nuevo impulso instintivo.

El hecho, modesto en sí, pero teóricamente inestimable, de la terapia analítica prueba concluyentemente ser éste el proceso de la fijación de la represión y de la conservación de la situación peligrosa inactual. Al prestar al *yo* en un análisis la ayuda que le permite levantar sus represiones, recobra su poder sobre el *ello* reprimido y puede dejar transcurrir los impulsos instintivos como si las antiguas situaciones peligrosas no perdurasen ya. Lo que así alcanzamos se armoniza con el radio de acción general de nuestra función médica. Generalmente, nuestra terapia tiene que contentarse con aportar más rápida y seguramente y con menos gasto de energía el desenlace favorable que se hubiera producido espontáneamente en condiciones favorables.

Las reflexiones que anteceden nos muestran que son relaciones *cuantitativas*, no evidenciables directamente y sólo aprehensibles por inducción, las que deciden la conservación de las antiguas situaciones peligrosas, mantener las represiones del *yo* y encontrar una continuación de las neurosis infantiles. Entre los factores que participan en la causación de la neurosis y han creado las condiciones, bajo las cuales miden sus fuerzas las energías psíquicas, resaltan para nosotros especialmente tres: uno biológico, otro filogénico y otro puramente psicológico.

El factor biológico es la larga invalidez y dependencia de la criatura humana. La existencia intrauterina del hombre es más breve que la de los animales, siendo así echado al mundo menos acabado que éstos. Con ello queda intensificada la influencia del mundo exterior real e impulsada muy tempranamente la diferenciación del *yo* y del *ello*. Además, aparece elevada la significación de los peligros del mundo exterior y enormemente incrementado al valor del objeto que puede servir por sí solo de protección contra tales peligros y sustituir la perdida vida intrauterina. Este factor

biológico establece, pues, las primeras situaciones peligrosas y crea la necesidad de ser amado, que ya no abandonará jamás al hombre.

El segundo factor, filogénico, ha sido sólo inducido por nosotros, habiéndonos obligado a aceptar un hecho singularísimo del desarrollo de la libido. Hallamos, en efecto, que la vida sexual del hombre no se desarrolla continuamente desde su principio hasta su madurez como la de los animales más próximos a él, sino que después de un primer florecimiento temprano, que llega hasta los cinco años, experimenta una enérgica interrupción, al cabo de la cual se inicia de nuevo en la pubertad, enlazándose a las ramificaciones infantiles. A nuestro juicio, debe de haber tenido efecto en los destinos de la especie humana algo muy importante que ha dejado tras de sí, como residuo histórico, esta interrupción del desarrollo sexual. La significación patógena de ese factor resulta de que la mayoría de las exigencias instintivas de esta sexualidad infantil son consideradas y rechazadas por el *yo* como peligros, de manera que los impulsos ulteriores de la sexualidad en la pubertad que debían ser egosintónicos corren peligro de sucumbir a la atracción de los prototipos infantiles y seguirlos en la represión. Tropezamos aquí con la etiología más directa de las neurosis y comprobamos el hecho singular de que el primer contacto con las exigencias de la sexualidad sobre el *yo* actúa análogamente al contacto prematuro con el mundo exterior.

El tercer factor, psicológico, es una imperfección de nuestro aparato anímico, relacionado precisamente con su diferencia en un *yo* y un *ello*, o sea, dependiente en último término también de la influencia del mundo exterior. En consideración a los peligros de la realidad es obligado el *yo* a defenderse contra ciertos impulsos instintivos, tratándolos como peligros. Pero el *yo* no puede protegerse contra peligros instintivos interiores de un modo tan eficaz como contra una parte de la realidad que no forma parte de él. Íntimamente enlazado con el mismo *ello*, no puede rechazar el peligro instintivo más que restringiendo su propia organización y aceptando la formación de síntomas como sustitución por haber dañado el instinto. Cuando entonces se renueva la presión del instinto rechazado, surgen para el *yo* todas aquellas dificultades que conocemos bajo el nombre de afecciones neuróticas.

Por ahora no llega a más nuestro conocimiento de la esencia y la causación de las neurosis.

XI. Apéndice

EN el curso del presente estudio hemos tocado diversos temas que hubimos de abandonar prematuramente. Reuniéndolos ahora en este apéndice, nos proponemos consagrarles toda la atención que merecen.

A. MODIFICACIONES DE OPINIONES ANTERIORMENTE EXPUESTAS

a) **Resistencia y contracarga**

Una importante afirmación de la teoría de la represión es la de que esta última no es un proceso que tenga efecto de una vez, sino que exige un gasto permanente [de energía]. Si este esfuerzo cesara, el instinto reprimido, al que sus fuentes envían constantes refuerzos, tomaría el flujo por los canales del que en un principio fue apartado, y la represión perdería su eficacia o tendría que repetirse indefinidamente. Resulta así para el yo, por la naturaleza continua del instinto, la necesidad de asegurar su defensa por medio de un gasto permanente [de energía). Esta actividad, encaminada a proteger la represión, es la que advertimos en calidad de *resistencia* en nuestra labor terapéutica. La resistencia supone aquella que calificamos de *contracarga* (anticatexis). En la neurosis obsesiva se hace tangible tal contracarga, que aparece en ella como una modificación del *yo*, como una formación reactiva en el *yo*, puesta de manifiesto en una intensificación de la actitud opuesta al instinto que ha de ser reprimido (compasión, escrupulosidad, limpieza). Estas reacciones de la neurosis obsesiva no son sino exageraciones de rasgos de carácter normales desarrollados durante el período de latencia. En la histeria es más difícil descubrir la contracarga, no obstante ser en ella tan indispensable como en la neurosis, según todas las deducciones teóricas. También en esta afección tiene efecto cierta modificación del *yo*, por formación reactiva, modificación tan evidente en ciertas circunstancias que llega a imponerse a nuestra atención como síntoma principal del estado patológico. Así, el conflicto que la ambivalencia provoca en la histeria se

soluciona siendo contenido el odio contra una persona por un exceso de ternura hacia ella y una continua ansiedad por ella. Como diferencia con la neurosis obsesiva hemos de señalar que tales reacciones no muestran la naturaleza general de rasgos de carácter, sino que se limitan a relaciones muy especiales. Por ejemplo: la histérica, que trata con excesiva ternura a sus hijos, a los que en el fondo odia, no se hace por ello más cariñosa que otras mujeres, ni siquiera para con otros niños. La formación reactiva de la histeria se mantiene tenazmente fija a un objeto determinado y no alcanza la categoría de una disposición general del *yo*. En cambio, la neurosis obsesiva presenta precisamente como características la generalización, el relajamiento de las relaciones con el objeto y la facilidad de desplazamiento en la elección de objeto.

A la histeria parece ser más adecuada otra especie de contracarga. El impulso instintivo reprimido puede ser activado (nuevamente cargado) por dos lados. En primer lugar, desde el interior, por una intensificación del instinto, emanada de sus fuentes de estímulo internas, y en segundo, desde el exterior, por la percepción de un objeto deseado por el instinto. La contracarga histérica se orienta predominantemente hacia el exterior, esto es, contra la percepción peligrosa, y toma la forma de una especial vigilancia, que evita, por medio de las restricciones del *yo*, situaciones en las que dicha percepción habría de surgir, y cuando la misma emerge a pesar de todo, logra distraer de ella la atención. Esta función de la histeria ha sido bautizada recientemente por autores franceses, en particular Laforgue, con el nombre especial de *scotomization*. En las fobias, cuyo máximo interés está en alejar cada vez más la posibilidad de la percepción temida, se hace aún más visible que en la histeria esta técnica de la contracarga. En la histeria y las fobias parece orientarse la contracarga en una dirección opuesta a la que muestra la neurosis obsesiva, lo que parece ser significativo, aunque esa diferenciación no es absoluta. No creemos, pues, muy arriesgado suponer que entre la represión y la contracarga exterior, como entre la regresión y la contracarga interior (la modificación del *yo* por formación reactiva), existe una íntima conexión. La labor de defensa contra la percepción peligrosa es, por lo demás, una labor general de las neurosis. A este mismo propósito obedecen, sin duda, otros diversos mandamientos y prohibiciones de la neurosis

obsesiva.

En ocasión anterior hemos visto que la resistencia que hemos de vencer en el análisis procede del *yo*, el cual se mantiene fiel a sus contracargas. Para el *yo* resulta, en efecto, difícil dedicar su atención a percepciones e ideas cuya evitación ha constituido para él hasta ahora un principio fundamental de conducta; o reconocer como suyos impulsos totalmente opuestos a los que le son familiares. Nuestra lucha contra la resistencia en el análisis se funda en el reconocimiento de estos hechos. Hacemos consciente la resistencia en los muchos puntos en los que a causa de su conexión con lo reprimido es inconsciente; le oponemos argumentos lógicos al hacerse consciente o una vez llegado a serlo, y prometemos al *yo* ventajas y premios si renuncia a la resistencia. Así, pues, con respecto a la resistencia del *yo* no cabe duda o rectificación alguna. En cambio, hemos de preguntarnos si cubre por sí sola todo el estado de cosas que el análisis halla ante sí. Comprobamos, en efecto, que aun después de haberse decidido el *yo* a abandonar su resistencia, continúa tropezando con dificultades para deshacer sus represiones; hemos dado a la fase siguiente a la adopción de tan laudable propósito el nombre de fase de *elaboración*[2218]. De aquí a reconocer la intervención de un factor dinámico, que hace posible tal *elaboración*, no hay más que un paso. Hemos de pensar, en efecto, que, después del abandono de la resistencia por parte del *yo*, quedan aún por vencer el poderío de la compulsión a la repetición, la atracción de los prototipos inconscientes sobre el proceso instintivo reprimido. Nada se opone a atribuir a este factor el nombre de *resistencia de lo inconsciente*. No experimentamos desagrado alguno al exponer estas rectificaciones de juicios nuestros anteriores, pues lo que nos interesa, sobre todo, es aproximarnos lo más posible a la verdad, y además no contradecir con ellas nuestras primeras afirmaciones, sino que las enriquecemos, bien restringiendo una generalización excesiva, bien ampliando una interpretación demasiado estrecha.

Sin embargo, no ha de creerse que con tales rectificaciones alcanzamos una visión total de todas las resistencias con que tropezamos en el análisis. Profundizando más hallamos, en efecto, que se nos oponen cinco Ciases de resistencias, procedentes de tres distintos orígenes, esto es, del *yo*, del *ello* y del *super-yo*. Revelándose el *yo* como fuente de tres de tales resistencias

diferenciables por formas distintas en su dinamismo. La primera de estas tres resistencias del *yo* es la *resistencia de la represión*, sobre la cual poco nuevo puede ya decirse. De ella se distingue la *resistencia de la transferencia*, de la misma naturaleza, pero que hace en el análisis apariciones distintas y más claras, pues ha conseguido establecer una relación con la situación analítica o con la persona del analista, reanimando con ello una represión que sólo hubiera sido recordada. También es una resistencia del *yo*, pero de naturaleza completamente distinta, la que parte de la *ventaja de la enfermedad* y se basa en la incorporación del síntoma al *yo*. Esta resistencia corresponde a la rebelión contra la renuncia a una satisfacción o un alivio. La cuarta clase de resistencia —la del *ello*— ha sido a la que como hemos visto anteriormente necesita de *elaboración*. La quinta —la del *super-yo*—, últimamente descubierta, es la más oscura, aunque no siempre la más débil, y parece provenir de la conciencia de culpa o necesidad del castigo. Esta resistencia desafía todo movimiento hacia el éxito y, por tanto, toda curación por medio del análisis.

b) Angustia por la transformación de la libido

La interpretación de la angustia que en este trabajo sostenemos se aparta algo de la que hasta ahora nos parecía exacta. Anteriormente considerábamos la angustia como una reacción general del *yo* bajo las condiciones del displacer, intentábamos justificar económicamente su aparición en cada caso, y suponíamos, apoyándonos en la investigación de las neurosis actuales, que la libido (la excitación sexual) rechazada por el *yo* o no utilizada por él encontraba una derivación directa en forma de angustia. No puede pasar ya inadvertido que estas diversas afirmaciones no armonizan bien o por lo menos no resultan necesariamente unas de otras. Además, surge así la apariencia de una relación especialmente íntima entre la angustia y la libido, relación que tampoco armoniza con el carácter general de la angustia como reacción al displacer.

Las objeciones a esta interpretación surgieron con la tentativa a hacer del *yo* la única sede de la angustia. Siendo una de las consecuencias dé la intentada estructuración del aparato anímico que yo planteé en «El *yo* y el

ello». Dicha primera interpretación se hallaba próxima a considerar el impulso instintivo reprimido como fuente de la angustia. Según nuestra nueva teoría, sería más bien el *yo* dicha fuente. Trátase, pues, de decidir entre angustia del *yo* o angustia del instinto (del *ello*). Como el *yo* opera con energía desexualizada, la innovación debilita también la íntima conexión, antes afirmada, de la angustia con la libido. Esperamos haber conseguido ahora, por lo menos, plantear con claridad el dilema y delinear precisamente los contornos de la cuestión.

La observación rankiana de la que la angustia es, como al principio afirmábamos también nosotros, una consecuencia del proceso del nacimiento y una repetición de la situación entonces vivida, me llevó a un nuevo examen del problema de la angustia. Pero con su interpretación del nacimiento como trauma, del estado de angustia como reacción derivativa al mismo y de cada nuevo ataque de angustia como tentativa de «derivar por reacción» el trauma cada vez más completamente, me fue imposible avanzar un solo paso. Se me planteó así la necesidad de retroceder desde la reacción de angustia a la *situación peligrosa* existente detrás de ella. Con la introducción de este nuevo factor, surgieron nuevos puntos de vista. El nacimiento se convirtió en prototipo de todas las situaciones peligrosas ulteriores, emergentes bajo las nuevas condiciones de una distinta forma de existencia y del desarrollo psíquico progresivo. En cambio, su propia significación quedó restringida a esta relación prototípica con el peligro, y la angustia experimentada en él llegó a ser el prototipo de un estado afectivo, que había de compartir los destinos de los otros afectos. Tal angustia se reproducirá *automáticamente* en situaciones análogas a la de su origen, como reacción inadecuada, después de haber sido adecuada en la primera situación peligrosa. O bien el *yo* adquirirá poder sobre este afecto y lo reproducirá por iniciativa propia sirviéndose de él como aviso ante el peligro y como medio de provocar la intervención del mecanismo de placer-displacer. La significación biológica del afecto de angustia queda ahora reconocida al reconocer la angustia como reacción general al peligro. El papel del *yo*, como sede de la angustia, queda confirmado al atribuir al *yo* la función de producir el afecto de angustia según sus necesidades. De este modo, adscribimos a la angustia en la vida ulterior dos distintas génesis: una involuntaria, automática, justificada siempre

económicamente, que se despierta al constituirse una situación peligrosa análoga al nacimiento, y otra, provocada por el *yo* tan pronto como tal situación amenace, para conseguir eludirla. En este segundo caso se somete el *yo* a la angustia como a una vacuna, para escapar por medio de una enfermedad mitigada a un intenso ataque de la misma. Obra como si se representase vivamente la situación peligrosa y abrigarse el firme propósito de limitar tal penosa experiencia a un indicio, a una mera señal. Ya hemos expuesto en detalle cómo se desarrollan así sucesivamente las distintas situaciones peligrosas, permaneciendo, sin embargo, enlazadas genéticamente unas con otras. Quizá atacando el problema de la relación entre la angustia neurótica y la angustia real consigamos penetrar aún más en la comprensión de la angustia.

La transformación directa anteriormente afirmada de la libido en angustia pierde ahora para nosotros gran parte de su importancia. Mas si no obstante la tenemos en cuenta, habremos de distinguir varios casos. No tiene cabida alguna en la angustia que el *yo* provoca como señal y, por tanto, tampoco en las situaciones peligrosas que mueven al *yo* a iniciar una represión. La carga libidinosa del impulso instintivo reprimido recibe un empleo muy distinto de la transformación en angustia y derivación como tal. Este fenómeno se hace visible en la histeria de conversión con mayor claridad que en otra afección ninguna. En cambio, al continuar examinando la situación peligrosa, tropezamos con un caso de desarrollo de angustia, de interpretación muy diferente.

c) **Represión y defensa**

Al tratar del problema de la angustia hemos vuelto a adoptar un concepto —o, expresándonos más modestamente, un término— del que hubimos de servirnos exclusivamente hace treinta años, al principio de nuestros estudios, y que después abandonamos. Este término es el de «proceso de defensa[2219]». Al abandonarlo lo sustituimos por el de ‘represión’, pero sin determinar la relación existente entre ambos. Creemos ha de sernos ahora muy ventajoso adoptar de nuevo nuestro dicho antiguo concepto de la defensa, empleándolo como designación general de todas las técnicas de que

el *yo* se sirve en conflictos eventualmente conducentes a la neurosis, y reservando el nombre de ‘represión’ para un método especial de defensa que la orientación de nuestras investigaciones nos dio primero a conocer.

Aunque se trata de una innovación meramente terminológica queremos justificarla, puesto que el término innovado ha de ser expresión de un nuevo punto de vista o de una ampliación de nuestros conocimientos. La nueva acogida del concepto de la defensa y la restricción del de la represión corresponden únicamente a un hecho que nos es conocido hace ya mucho tiempo, pero que merced a nuevos descubrimientos ha adquirido considerable importancia. Nuestros primeros conocimientos de la represión y de la formación de síntomas surgieron del estudio de la histeria, en la que vimos que los contenidos de las percepciones de sucesos excitantes y los correspondientes a representaciones de productos mentales patógenos eran olvidados y excluidos de la reproducción en la memoria, llegando así a reconocer su exclusión de la conciencia como uno de los caracteres principales de la represión histérica. Más tarde estudiamos la neurosis obsesiva y hallamos que en esta afección no son olvidados los sucesos patógenos, los cuales permanecen conscientes, pero, en cambio, son «aislados», en una forma aún incógnita, con la cual se logra un resultado casi idéntico al de la amnesia histérica. Sin embargo, muestran tales dos procesos diferencias bastantes para justificar nuestra opinión de que aquél por medio del cual rechaza la neurosis obsesiva una exigencia instintiva no puede ser el mismo que se desarrolla en la histeria. Investigaciones ulteriores nos han revelado que en la neurosis obsesiva tiene efecto, bajo la influencia de la oposición del *yo*, una regresión de los impulsos instintivos a una fase más temprana de la libido, regresión que, si bien no hace superflua la represión, actúa en un idéntico sentido. Hemos visto, además, que la contracarga, cuya existencia suponemos también en la histeria, desempeña en la neurosis obsesiva, y a los efectos de la protección del *yo*, un importantísimo papel, como modificación reactiva del *yo*. Hemos descubierto el proceso del «aislamiento», el cual se crea una expresión sintomática directa y cuya técnica nos es aún desconocida. Por último, se nos ha revelado el procedimiento de «deshacer lo sucedido», de marcado carácter mágico, cuya tendencia defensiva es innegable, pero que carece de toda analogía con el

proceso de la «represión». Estas experiencias son razón más que suficiente para acoger de nuevo nuestro antiguo concepto de la *defensa*, que puede abarcar todos estos procesos tendentes a un mismo fin —a la protección del *yo* contra las exigencias de los instintos—, y subordinar a él la represión como un caso especial. Esta nueva nomenclatura gana en importancia al pensar en la posibilidad de que una continuación de nuestros estudios nos revele una íntima conexión entre ciertas formas de la defensa y determinadas afecciones; por ejemplo, entre la represión y la histeria. Esta posibilidad no agota nuestras esperanzas. Puede también suceder, en efecto, que el aparato anímico emplee, antes de la precisa separación del *yo* y el *ello* y antes de la formación de un *super-yo*, métodos de defensa distintos de los que pone en práctica una vez alcanzadas estas fases de su organización[2220].

B. COMPLEMENTO AL TEMA DE LA ANGUSTIA

La angustia presenta algunos rasgos cuya investigación promete nuevos esclarecimientos. Tiene este afecto una innegable relación con la expectación: es angustia *ante* algo. Le es inherente un carácter de *imprecisión y carencia de objeto*. Los mismos usos del lenguaje lo reconocen así al cambiar su nombre por el de *miedo* en cuanto el afecto se refiere ya a un objeto determinado. Además de su relación con el peligro, tiene la angustia una relación con la neurosis, en cuyo esclarecimiento laboramos hace tiempo. Surge aquí la cuestión de por qué no todas las reacciones de angustia son neuróticas, siendo muchas las que hemos de reconocer como normales. Por último, la distinción entre angustia real y angustia neurótica demanda un minucioso estudio.

Partamos de este último tema. Nuestro progreso ha consistido en pasar desde la reacción de angustia a la situación peligrosa. Siguiendo este mismo camino en el problema de la angustia real, se nos hace fácil una solución. Peligro real es un peligro conocido, y angustia real, la angustia ante tal peligro conocido. La angustia neurótica es angustia y ante un peligro que no conocemos. Así, pues, el peligro neurótico tiene primero que ser descubierto. El análisis nos ha demostrado que se trata de un peligro emanado de un instinto. Atrayendo a la conciencia este peligro desconocido por el *yo*,

borramos la diferencia entre angustia real y angustia neurótica y podemos tratar ésta como aquélla.

En el peligro real desarrollamos dos reacciones: la afectiva, o sea, la explosión de angustia; y la otra, una acción protectora. Probablemente en el peligro instintivo ha de suceder lo mismo. Conocemos el caso de acción conjunta adecuada de ambas reacciones, en el cual da una señal para que la otra intervenga; y también el caso inadecuado, el de la angustia paralizadora, en el que una de dichas reacciones se intensifica a costa de la otra.

Hay casos en los que se nos muestran mezclados los caracteres de la angustia real y los de la angustia neurótica. El peligro es conocido y real, pero la angustia ante él es excesivamente grande, mayor de lo que nuestro juicio nos dice que debiera ser. En este exceso se delata el elemento neurótico. Pero tales casos no revelan nada fundamentalmente nuevo, pues el análisis nos muestra que al peligro real conocido se halla enlazado un peligro instintivo desconocido.

Avanzaremos aún más, no satisfaciéndonos con la referencia de la angustia al peligro. ¿Cuál es el nódulo o la significación de la situación peligrosa? Evidentemente la estimación de nuestra fortaleza en comparación con la magnitud del peligro y el reconocimiento de nuestro desamparo, de nuestro desamparo material en el caso del peligro real y de nuestro desamparo psíquico en el caso del peligro instintivo. En esta estimación es guiado nuestro juicio por experiencias realmente vividas, y para el resultado es indiferente que se equivoque o no en su apreciación: Tales situaciones de desamparo realmente experimentadas son las que calificamos de *situaciones traumáticas*, estando, por tanto, justificada la diferenciación por nosotros establecida entre la situación traumática y la situación *peligrosa*.

El hecho de que tal situación traumática de desamparo no nos sorprenda de improviso, sino que la prevengamos y esperemos, constituye un importante progreso en el cuidado de la propia conservación. Esta previsión nace en aquella situación a la que damos el nombre de situación *peligrosa*, en la cual es dada la señal de angustia. Quiere esto decir que en tal situación esperamos que se produzca una situación de desamparo o recordamos sucesos traumáticos anteriormente experimentados, y anticipando el trauma nos proponemos conducirnos como si ya hubiera surgido, no obstante, ser

tiempo aún de aludirlo. Así, pues, la angustia es, por un lado, una expectación del trauma, y por otro, su reproducción mitigada. Los dos caracteres que en la angustia se nos han hecho patentes tienen, por tanto, distinto origen. Su relación con la expectación pertenece a la situación peligrosa, y su imprecisión y su falta de objeto, a la situación traumática de desamparo anticipada en la situación peligrosa.

Siguiendo el desarrollo de la serie angustia-peligro-desamparo (trauma), podemos establecer la síntesis siguiente: la situación peligrosa es la situación de desamparo reconocida, recordada y esperada. La angustia es la reacción primitiva al desamparo en el trauma, reacción que es luego reproducida, como señal de socorro, en la situación peligrosa. El *yo*, que ha experimentado pasivamente el trauma, repite ahora activamente una reproducción mitigada del mismo, con la esperanza de poder dirigir su curso. No es otra forma en que el niño se comporta con respecto a todas sus impresiones penosas, las que reproduce en sus juegos, buscando con este modo de pasar de la pasividad a la actividad, controlando psíquicamente sus impresiones. Si es éste el sentido que ha de darse a la «derivación por reacción de un trauma», nada habremos ya de objetar a tal expresión. Pero, de todos modos, lo decisivo es el primer desplazamiento de la reacción angustiosa, desde su origen en la situación de desamparo a la de expectativa de una tal situación, o sea, a la situación peligrosa. Luego siguen los demás desplazamientos, desde el peligro a la condición del mismo, la pérdida del objeto y sus modificaciones ya mencionadas.

El «mimo» del niño pequeño tiene la indeseable consecuencia de hacerle poner por encima de todos los demás peligros el de la pérdida del objeto —del objeto como protección contra todas las situaciones de desamparo—. Favorece, por tanto, a la permanencia en la infancia, a la cual es propia el desamparo, tanto moral como psíquico.

No hemos tenido hasta ahora ocasión de considerar la angustia real de un modo distinto a la angustia neurótica. Conocemos sus diferencias: el peligro real corresponde a un objeto exterior; y el peligro neurótico, a la exigencia de un instinto. En cuanto tal exigencia instintiva es algo real, puede también adscribirse a la angustia neurótica un fundamento real. Hemos descubierto que la apariencia de una relación especialmente íntima entre la angustia y la

neurosis depende de que el *yo* se defienda igualmente por medio de la reacción angustiosa contra el peligro instintivo y contra el peligro real exterior y que esta orientación de la actividad defensiva desemboca en la neurosis a consecuencia de una imperfección del aparato anímico. Por último, se nos ha impuesto la convicción de que la exigencia instintiva solamente se convierte con frecuencia en un peligro (interior), dado porque su satisfacción traería consigo un peligro exterior, o sea, porque tal peligro interior representa un peligro exterior.

Por otro lado, también el peligro exterior (real) puede llegar a ser internalizado si ha de llegar a significar algo para el *yo*. Tiene, en efecto, que ser reconocida su relación con una situación de desamparo ya experimentada[2221], pues el hombre no parece hallarse dotado, o sólo en muy escasa medida, de un conocimiento instintivo de los peligros que le amenazan desde el exterior. Los niños pequeños hacen constantemente cosas que ponen en peligro su vida, no pudiendo, por tanto, prescindir de un objeto protector. En la situación traumática, contra la cual estamos desamparados, coinciden el peligro exterior y el interior, el peligro real y la exigencia del instinto. Si el *yo* experimenta en el primer caso un dolor que se resiste a cesar, y en el segundo, un estancamiento de la necesidad instintiva que no puede hallar satisfacción, la situación económica es en ambos casos la misma y el desamparo motor halla su expresión en el desamparo psíquico.

Las enigmáticas fobias de la temprana infancia merecen ser de nuevo mencionadas en este lugar. Algunas de ellas —las fobias a la soledad, a la oscuridad y a las personas extrañas— se nos hicieron comprensibles como reacciones al peligro de la pérdida del objeto. Otras —las fobias a los animales pequeños, a las tormentas, etc.— se nos muestran más bien como restos atrofiados de una preparación congénita a los peligros reales, tan claramente desarrollados en otros animales. Con respecto al hombre, sólo es adecuada la parte de esta herencia arcaica que se refiere a la pérdida del objeto. Cuando tales fobias infantiles se fijan y hacen más intensas, subsistiendo hasta años ulteriores, muestra el análisis que su contenido se ha unido a exigencias instintivas, constituyéndose también en representación de peligros interiores.

C. ANGUSTIA, DOLOR Y DUELO

Nuestro conocimiento de los procesos afectivos es tan escaso que las tímidas observaciones a continuación expuestas no deberían ser sometidas a un juicio muy severo. El problema surge para nosotros en el punto siguiente. Hubimos de decir que la angustia es una reacción al peligro de la pérdida del objeto. Pero conocemos también otra reacción de este género a dicha pérdida: el duelo. ¿Cuándo, pues, surge angustia y cuándo duelo al perder un objeto? Al ocuparnos en otra ocasión[2222] del duelo, no logramos llegar a la explicación de un rasgo particular: su carácter especialmente doloroso. No obstante, explicarnos perfectamente que la separación del objeto resulte dolorosa. Así, pues, el problema antes planteado se complica en los términos siguientes: ¿cuándo la separación del objeto produce angustia, cuándo duelo y cuándo, quizá, sólo dolor?

Digámoslo cuanto antes. No es posible aún dar respuesta alguna a estas interrogaciones. Nos contentaremos, pues, con precisar algunos contornos del problema y hallar alguna nueva orientación.

Elegiremos otra vez, como punto de partida, la situación a cuya inteligencia creemos haber llegado, del niño de pecho que encuentra a una persona extraña en el lugar de su madre. El niño muestra entonces angustia, la cual hemos interpretado como una reacción al peligro de la pérdida del objeto. Pero se trata quizá de algo más complicado y que merece una más penetrante discusión. Que el niño de pecho experimenta angustia es un hecho indudable, pero además la expresión de su rostro en tales momentos y su llanto hacen suponer que también experimenta dolor. Parece como si fluyeran conjuntamente en él elementos que más tarde habrán de separarse. No puede diferenciar aún la ausencia temporal de la pérdida definitiva. Cuando no ve junto a sí la figura materna, se conduce como si ya no hubiera de volver a verla, y precisa de repetidas experiencias consoladoras para llegar a aprender que tales desapariciones de la madre son seguidas de su nueva aparición. La madre le ayuda a madurar este conocimiento, tan importante para él, jugando a taparse ante él el rostro y destapárselo luego para su gran regocijo. En estas ocasiones experimenta el niño un «anhelo» (*Sehnsucht*) de la madre, no acompañado de desesperación.

La situación en la cual el niño de pecho echa de menos a su madre no es para él, a causa de su error de interpretación, una situación peligrosa, sino una situación traumática, o más exactamente, una situación que se hace traumática si el niño experimenta en tal momento una necesidad que la madre habría de ser la única en satisfacer. Se transforma en situación de peligro si tal necesidad no está presente en ese momento. Así, pues, la primera condición de la angustia, introducida por el mismo yo, es la pérdida de la percepción del objeto, la cual es equiparada a la pérdida del objeto. La pérdida del cariño no entra todavía en cuenta. Más tarde la experiencia enseña al niño que el objeto puede permanecer existente, pero hallarse enfadado con él, siendo entonces cuando la pérdida del cariño del objeto pasa a constituirse en una condición, ya permanente, de peligro y angustia.

La situación traumática de la ausencia de la madre difiere en un punto decisivo de la situación traumática del nacimiento. En esta última no existía objeto ninguno que pudiera ser echado de menos. La angustia era la única reacción emergente. Repetidas situaciones de satisfacción crean luego el objeto materno, que al emerger la necesidad recibe una intensa carga, a la cual hemos de calificar de carga de «anhelo». El niño «anhela» la presencia de la madre que ha de satisfacer sus necesidades. De esta nueva carga es de la que depende la reacción del dolor. El dolor es, pues, la verdadera reacción a la pérdida del objeto, y la angustia, la verdadera reacción al peligro que tal pérdida trae consigo y, dado un mayor desplazamiento, una reacción al peligro de la pérdida del objeto mismo.

Tampoco del dolor sabemos mucho. El único dato seguro nos es dado por el hecho de que el dolor surge —primera y regularmente— cuando un estímulo que ataca la periferia traspasa los dispositivos de la protección contra los estímulos y pasa a actuar como un estímulo instintivo continuo, contra el cual son impotentes los actos musculares que sustraen al estímulo el lugar sobre el que el mismo recae, actos eficaces en toda otra ocasión. El que el dolor no parta de un punto de la epidermis, sino de un órgano interno, no cambia en nada la situación, pues se trata únicamente de la sustitución de un punto de la periferia exterior por otro de la interior. El niño tiene, desde luego, ocasión de enfrentar tales experiencias dolorosas, que son independientes de sus experiencias de necesidad. Pero esta condición de la

génesis del dolor parece tener muy poca analogía con una pérdida del objeto. Además, el estímulo periférico, factor esencial del dolor, falta por completo en la situación de anhelo del niño. Y, sin embargo, el hecho de que el lenguaje haya creado el concepto del dolor interior, del dolor anímico, y equiparado al dolor físico las sensaciones de la pérdida del objeto, ha de tener su justificación.

En el dolor físico nace una elevada carga narcisista del lugar doloroso del cuerpo, carga que aumenta cada vez más y «vacía», por decirlo así, al *yo*. Sabido es que cuando padecemos intensos dolores en los órganos internos surgen en nosotros imágenes espaciales y de otro tipo de tales partes del cuerpo, inexistentes en nuestra ideación consciente. También el hecho singular de que los dolores físicos no alcanzan jamás su máxima intensidad cuando nuestra atención psíquica se halla acaparada por otros intereses (sin que pueda decirse que tales dolores permanecen inconscientes), halla su explicación en el hecho de la concentración de la carga en la representación psíquica del lugar doloroso. En este punto parece insertarse la analogía que ha permitido la transferencia de la sensación dolorosa al terreno anímico. La intensa carga de anhelo del objeto echado de menos o perdido, carga que no pudiendo ser satisfecha crece de continuo, crea las mismas condiciones económicas que la carga de dolor del lugar del cuerpo herido y hace preciso prescindir de la condicionalidad periférica del dolor físico. La transición desde el dolor físico al dolor psíquico corresponde al paso desde la carga narcisista a la carga de objeto. La imagen de objeto, elevadamente cargada por la necesidad instintiva, desempeña el papel del lugar del cuerpo intensamente cargado por el incremento del estímulo. La naturaleza continua del proceso de carga y la imposibilidad de inhibirlo dan origen al mismo estado de desamparo psíquico. Si la sensación displaciente que entonces surge presenta el carácter específico del dolor (carácter imposible de describir más exactamente), en lugar de exteriorizarse en la forma reactiva de la angustia, no será muy arriesgado atribuirlo a un factor que antes no estimamos suficientemente; esto es, a la extraordinaria intensidad de la carga y de ‘ligazón’ en estos procesos que conducen a la sensación displaciente.

Conocemos aún otra reacción afectiva a la pérdida del objeto: el duelo. Pero su explicación no nos opone ya dificultad alguna. El duelo surge bajo la

influencia del examen de la realidad, que impone definitivamente la separación del objeto, puesto que el mismo no existe ya. Se plantea así a este afecto la tarea de llevar a cabo tal separación del objeto en todas aquellas situaciones en que él era de una elevada carga. El carácter doloroso de esta separación se adapta a la explicación que acabamos de dar por la elevada carga de anhelo, imposible de satisfacer, y concentrada en el objeto por el acongojado sujeto, durante la reproducción de las situaciones en las cuales ha de efectuarse un desligamiento de los lazos que lo mantenían atado a él.

CXLVII

LA NEGACIÓN[2223]

1925

LA forma en que nuestros pacientes producen sus asociaciones espontáneas en el curso de la labor analítica nos procura ocasión de interesantes observaciones. «Va usted a creer ahora que quiero decir algo ofensivo para usted, pero le aseguro que no es tal mi intención». En semejante manifestación del sujeto vemos la repulsa, por medio de una proyección sobre nuestra persona, de una asociación emergente en aquel momento. O: «Me pregunta usted quién puede ser esa persona de mi sueño. Mi madre, desde luego, no». Y nosotros rectificamos: «Se trata seguramente de la madre». En la interpretación nos tomamos la libertad de prescindir de la negación y acoger tan sólo el contenido estricto de las asociaciones. Es como si el paciente hubiera dicho: «A la persona de mi sueño he asociado realmente la de mi madre, pero me disgusta dar por buena tal asociación».

En ocasiones nos es dado lograr muy cómodamente la aclaración buscada de lo inconsciente reprimido. Preguntamos: «¿Qué es lo que le parece a usted más inverosímil de la situación de que tratamos? ¿Qué es lo que le pareció más extraño y ajeno a usted?» Si el paciente cae en el lazo y designa aquello que más increíble le parece, habrá contestado con ello, casi siempre, la verdad buscada. Un acabado paralelo de este experimento surge frecuentemente en el análisis de los neuróticos obsesivos que han sido ya iniciados en la comprensión de sus síntomas. «He tenido una nueva idea

obsesiva y en el acto se me ha ocurrido que podía significar tal y tal cosa. Pero no es posible que así sea, pues entonces no podría habérseme ocurrido». Aquello que el sujeto rechaza con esta motivación, tomada de las explicaciones recibidas durante la cura, es, naturalmente, el verdadero sentido de la nueva representación obsesiva.

El contenido de una imagen o un pensamiento reprimidos pueden, pues, abrirse paso hasta la conciencia, bajo la condición de ser negados. La negación es una forma de percatación de lo reprimido; en realidad, supone ya un alzamiento de la represión, aunque no, desde luego, una aceptación de lo reprimido. Vemos cómo la función intelectual se separa en este punto del proceso afectivo. Con ayuda de la negación se anula una de las consecuencias del proceso represivo: la de que su contenido de representación no logre acceso a la conciencia. De lo cual resulta una especie de aceptación intelectual de lo reprimido, en tanto que subsiste aún lo esencial de la represión[2224]. En el curso de la labor analítica creamos muchas veces una variante importantísima y harto singular de esta situación. Conseguimos vencer también la negación e imponer una plena aceptación intelectual de lo reprimido, pero sin que ello traiga consigo la renovación del proceso represivo mismo.

Dado que la misión de la función intelectual del juicio es negar o afirmar contenidos ideológicos, las consideraciones que preceden nos conducen al origen psicológico de esta función. Negar algo en nuestro juicio equivale, en el fondo, a decir: «Esto es algo que me gustaría reprimir». El enjuiciamiento es el sustitutivo intelectual de la represión, y su «no», un signo distintivo de la misma, un certificado de origen, algo así como el *made in Germany*. Por medio del símbolo de la negación se liberta el pensamiento de las restricciones de la represión y se enriquece con elementos de los que no puede prescindir para su función.

La función del juicio ha de tomar, esencialmente, dos decisiones. Ha de atribuir o negar a una cosa una cualidad y ha de conceder o negar a una imagen la existencia en la realidad. La cualidad sobre la que ha de decidir pudo ser, originalmente, buena o mala, útil o nociva. O dicho en el lenguaje de los impulsos instintivos orales más primitivos: «Esto lo comeré» o «lo escupiré». Y en una transposición más amplia: «Esto lo introduciré en mí» y

«esto lo excluiré de mí». O sea: «Debe estar dentro de mí» o «fuera de mí». El *yo* primitivo, regido por el principio del placer, quiere introyectarse todo lo bueno y expulsar de sí todo lo malo. Lo malo, lo ajeno al *yo* y lo exterior son para él, en un principio, idénticos[2225].

La otra decisión de la función del juicio, la referente a la existencia real de un objeto imaginado (test de realidad), es un interés del *yo* real definitivo, que se desarrolla partiendo del *yo* inicial regido por el principio del placer. No se trata ya de si algo percibido (un objeto) ha de ser o no acogido en el *yo*, sino de si algo existente en el *yo* como imagen puede ser también vuelto a hallar en la percepción (realidad). Como puede verse, es ésta, de nuevo, una cuestión de *lo exterior* y *lo interior*. Lo irreal, simplemente imaginado, subjetivo, existe sólo dentro; lo otro, real, existe también fuera. En esta etapa del desarrollo ha dejado ya de tenerse en cuenta el principio del placer. La experiencia ha enseñado que lo importante no es sólo que una cosa (objeto de satisfacción) posea la cualidad «buena» y, por tanto, que merece ser incorporada dentro del *yo*, sino también que exista en el mundo exterior, de modo que pueda uno apoderarse de ella en caso necesario. Para comprender este progreso hemos de recordar que todas las imágenes proceden de percepciones y son repeticiones de las mismas. Así, pues, originalmente, la existencia de una imagen es ya una garantía de la realidad de lo representado. La antítesis entre lo subjetivo y lo objetivo no existe en un principio. Se constituye luego por cuanto el pensamiento posee la facultad de hacer de nuevo presente, por reproducción en la imagen, algo una vez percibido, sin que el objeto tenga que continuar existiendo fuera. La primera y más inmediata finalidad del examen de la realidad no es, pues, hallar en la percepción real un objeto correspondiente al imaginado, sino volver a encontrarlo, convencerse de que aún existe. Otra aportación a la separación entre lo subjetivo y lo objetivo proviene de una distinta facultad del pensamiento. La reproducción de una percepción como imagen no es siempre su repetición exacta y fiel, puede estar modificada por omisiones y alterada por la fusión de distintos elementos. El examen de la realidad debe entonces comprobar hasta dónde alcanzan tales deformaciones. Pero descubrimos, como condición del desarrollo del examen de la realidad, la pérdida de objetos que un día procuraron una satisfacción real.

El juicio es el acto intelectual que decide la elección de la acción motora, pone término al aplazamiento debido al pensamiento y conduce del pensamiento a la acción. También del aplazamiento, debido al pensamiento, hemos tratado en otro lugar. Debe considerarse como un acto de prueba, como un tanteo motor, con pequeñas descargas psíquicas. Reflexionemos: ¿Dónde llevó antes a cabo el *yo* un tal tanteo? ¿En qué lugar aprendió la técnica que ahora emplea en los procesos del pensamiento? Ello sucedió en el extremo sensorial del aparato psíquico, en las percepciones sensoriales. Según nuestras hipótesis, la percepción no es un proceso puramente pasivo; el *yo* envía periódicamente al sistema de la percepción pequeñas cargas psíquicas, por medio de las cuales prueba los estímulos exteriores, retrayéndose de nuevo después de cada uno de estos avances de tanteo.

El estudio del juicio nos procura, quizá por vez primera, un atisbo de la génesis de una función intelectual surgida del dinamismo de los impulsos instintivos primarios. El juicio es la evolución adecuada del proceso primitivo por el cual el *yo* incorporaba cosas en su interior o las expulsaba fuera de sí, de acuerdo al principio del placer. Su polarización parece corresponder a la antítesis de los dos grupos de instintos por nosotros supuestos. La afirmación —como sustitutivo de la unión— pertenece al Eros; la negación —consecuencia de la expulsión— pertenece al instinto de destrucción. El negativismo de algunos psicóticos debe, probablemente, interpretarse como signo de la defusión de los instintos, por retracción de los componentes libidinosos. Ahora bien, la función del juicio se hace posible por la creación del símbolo de la negación que permite al pensamiento un primer grado de independencia de los resultados de la represión y con ello también de la compulsión del principio del placer.

Con esta teoría de la negación armoniza perfectamente el hecho de que en el análisis no hallemos ningún «no» procedente de lo inconsciente, así como el de que el reconocimiento de lo inconsciente por parte del *yo* se manifieste por medio de una fórmula negativa. La prueba más rotunda de que un análisis ha llegado al descubrimiento de lo inconsciente es que el analizado reaccione al mismo tiempo con las palabras: «En eso no he pensado jamás».

CXLVIII

LA SIGNIFICACIÓN OCULTISTA DEL SUEÑO[2226]

1925

EL hecho de que aún no logremos vislumbrar el término de los problemas que plantea la vida onírica sólo puede asombrar a quien haya olvidado que todos los problemas de la vida psíquica también aparecen en el sueño, además de algunos nuevos que corresponden a la índole particular de éste. Sin embargo, muchos de los fenómenos que estudiamos en el sueño, simplemente porque en él se nos manifiestan, nada o muy poco tienen que ver con esta peculiaridad psíquica del mismo. Así, por ejemplo, el simbolismo no es un problema genuinamente onírico, sino un tema de nuestro pensamiento arcaico, de nuestro «lenguaje fundamental», según la acertada expresión del paranoico Schreiber[2227]; domina el mito y el ritual religioso en medida no menor que el sueño, y apenas si le queda al simbolismo onírico la particularidad de ocultar, ante todo, cuanto tiene importancia sexual. Tampoco el sueño de angustia puede ser explicado mediante la teoría onírica, pues la ansiedad es más bien un problema de las neurosis, quedando sólo por establecer cómo llega a originarse bajo las condiciones del soñar.

Según creo, tampoco es otra la situación en lo que se refiere a la relación entre el sueño y los pretendidos hechos del mundo esotérico. Pero dado que el sueño siempre tiene algo de misterioso, se lo ha vinculado íntimamente con

aquellos otros misterios aún ignotos. Además, el sueño tiene cierto derecho histórico a ser juzgado así, pues en las épocas primitivas que presenciaron la formación de nuestra mitología las imágenes oníricas deben de haber intervenido, por cierto, en la génesis de las representaciones animistas.

Preténdese que existen dos categorías de sueños atribuibles a fenómenos ocultos: los proféticos y los telepáticos. En favor de ambos aboga una innumerable cantidad de testimonios; contra ambos, la tenaz aversión o, si se quiere, el prejuicio de la ciencia.

La existencia de sueños proféticos, en el sentido de que su contenido represente una figuración cualquiera del futuro, no puede ser puesta en duda; pero aún queda por establecer si estas profecías coinciden en alguna forma notable con lo que más tarde sucede en realidad. Confieso que frente a este caso fracasan mis propósitos de imparcialidad. La presunción de que cualquier poder psíquico, salvo un cálculo agudísimo, sea capaz de prever en sus detalles los sucesos futuros, contradice demasiado, por una parte, todas las hipótesis y los postulados de la ciencia, y por la otra, satisface con excesiva fidelidad antiquísimos y bien conocidos deseos colectivos de la Humanidad, que la crítica se ve obligada a rechazar como pretensiones injustificables. Creo, pues, que si confrontamos la incertidumbre, la ingenuidad y la inverosimilitud de la mayoría de los testimonios respectivos con la posibilidad de que éstos representen deformaciones de la memoria facilitadas por factores afectivos y con los inevitables aciertos casuales aislados, entonces podemos esperar que el fantasma de los sueños proféticos realizados se esfume en la nada. Personalmente, jamás experimenté ni observé nada que pudiera despertar en mí un prejuicio más favorable a estos fenómenos.

Muy distinto es lo que sucede con los sueños telepáticos; pero al respecto cabe advertir, ante todo, que nadie afirmó todavía que los fenómenos telepáticos —la recepción de un proceso psíquico ajeno por una persona que lo capta a través de una vía distinta de la percepción sensorial— ocurran exclusivamente en el sueño. Por consiguiente, tampoco la telepatía es un problema onírico, y el juicio sobre su existencia no precisa fundarse en el estudio de los sueños telepáticos.

Si sometemos los testimonios sobre fenómenos telepáticos

(incorrectamente llamados «transmisión del pensamiento») a la misma crítica que nos ha servido para refutar otras afirmaciones ocultistas, comprobamos que subsiste un apreciable material que ya no es tan fácil descartar. Además, en este terreno es mucho más fácil recoger observaciones y experiencias personales que justifiquen una actitud más favorable frente al problema de la telepatía, aunque no basten para sustentar una convicción segura. Podemos dejar sentado por ahora que sería muy posible que la telepatía exista realmente y que forme el núcleo verdadero de muchas otras presunciones, increíbles de otra manera.

Seguramente convendrá defender con tenacidad una posición escéptica, también frente a la telepatía, resistiéndose a ceder ante el peso de las pruebas. Creo haber hallado un material que se sustrae a la mayoría de los reparos vigentes en otros casos: me refiero a las profecías no cumplidas de los agoreros profesionales. Desgraciadamente, sólo dispongo de pocas observaciones semejantes, pero entre ellas dos me han producido fuerte impresión. Me está privado describirlas con detalles suficientes como para que también puedan ejercer sobre otros el efecto que me produjeron; no obstante, me limitaré a señalar algunos puntos esenciales.

En suma, pues, las personas a que me refiero se habían encontrado en algún lugar alejado de su residencia habitual con un adivino que les era desconocido y que con un acompañamiento de prácticas quizá diferentes les había presagiado algo para determinada fecha, y ese algo *no* había sucedido; además, el plazo de la profecía había vencido mucho tiempo antes. Era notable que mis informantes, en lugar de reaccionar con sarcasmo y desengaño, narraban su experiencia con evidente agrado. En las profecías que se les había formulado existían determinados detalles al parecer arbitrarios e incomprensibles, que sólo se habrían justificado si realmente hubiesen sucedido los hechos. Así, por ejemplo, cierto quiromante dijo a una señora de veintisiete años, pero de apariencia mucho más joven y desprovista de su anillo de matrimonio, que aún se casaría y que a los treinta y dos años tendría dos hijos. La señora tenía cuarenta y tres años cuando, habiendo enfermado gravemente y encontrándose en análisis, me contó este sucedido; aún no había tenido hijos. Conociendo su historia íntima, seguramente ignorada por el *professeur* que encontró en el vestíbulo de un hotel parisiense, se podía

comprender ambas cifras mencionadas en la profecía. La joven había casado después de una fijación paterna extraordinariamente intensa y había anhelado tener hijos para poder colocar a su marido en lugar del padre. Luego de varios años de defraudación y encontrándose ya a las puertas de la neurosis, se procuró el presagio que le prometía… ¡compartir el destino de su madre! En efecto, ésta había tenido realmente dos hijos a la edad de treinta y dos años. Así fue posible interpretar racionalmente, con ayuda del psicoanálisis, las particularidades de un mensaje aparentemente emanado del exterior. Aceptando tal interpretación empero, la mejor forma de aclarar toda la situación, tan inequívocamente establecida, consistía en aceptar que un fuerte deseo de la paciente —en realidad, el deseo inconsciente más poderoso de su vida afectiva y el motor de su neurosis incipiente— se habría manifestado por transmisión directa al adivino ocupado con ciertas maniobras que distraían su atención.

También en experiencias realizadas en círculos íntimos he obtenido a menudo la impresión de que no es difícil transmitir recuerdos de intenso acento afectivo. Si uno se atreve a elaborar analíticamente las asociaciones de las personas a las cuales se quiere transmitir algo, frecuentemente surgen coincidencias que de otro modo habrían pasado inadvertidas. Múltiples experiencias me llevan a deducir que tales transmisiones son particularmente fáciles en el momento en que una idea surge de lo inconsciente; es decir, en términos teóricos, en cuanto pasa del «proceso primario» al «proceso secundario».

Pese a que la amplitud, la novedad y la incertidumbre del tema obligan a proceder con la mayor cautela, ya no estimo conveniente callar estas consideraciones sobre el problema de la telepatía. En cuanto a su relación con el sueño, se limita a lo que sigue. Si existen mensajes telepáticos, no se puede rechazar la posibilidad de que también lleguen al durmiente y sean captados por éste en el sueño. Más aún: en analogía con otras observaciones sobre percepciones y pensamientos, también es verosímil que los mensajes telepáticos recibidos durante el día sólo lleguen a manifestarse en el sueño de la noche siguiente. En tal caso ni siquiera podría argumentarse contra la telepatía, basándose en que este material transmitido telepáticamente es deformado y elaborado en el sueño como si fuera otro cualquiera. Desde

luego, bien quisiéramos lograr, con ayuda del psicoanálisis, más y mejor fundados conocimientos sobre la telepatía.

CXLIX

LOS LÍMITES DE LA INTERPRETABILIDAD DE LOS SUEÑOS[2228]

1925

EL problema de si cada uno de los productos que nos ofrece la vida onírica puede ser traducido completa e inequívocamente a la modalidad expresiva de la vida diurna (interpretación) no ha de ser tratado en forma abstracta, sino refiriéndolo a las condiciones en las cuales se lleva a efecto la interpretación de los sueños.

Nuestras actividades mentales tienden a un fin útil, o bien a un inmediato beneficio placentero. En el primer caso se trata de decisiones intelectuales, de preparativos para la acción o de comunicaciones a otras personas; en el segundo, las denominamos «juegos» o «fantasías». Como sabemos, también lo práctico y útil sólo es un rodeo para alcanzar la satisfacción placentera. Ahora bien, el soñar es una actividad perteneciente al segundo orden, que filogenéticamente es en realidad el más primitivo. Sería erróneo decir que el sueño procura resolver las tareas inminentes de la existencia o que trata de solucionar problemas de la actividad diurna, pues éstas son atribuciones del pensamiento preconsciente. Semejante propósito práctico es tan ajeno al sueño, como lo es el preparativo de una comunicación al prójimo. Cuando el sueño se ocupa con una tarea de la existencia, la soluciona en una forma que corresponde a un deseo irracional y no de acuerdo con la reflexión sensata. Al sueño no puede atribuírsele más que un propósito útil, una sola función: la

de evitar la interrupción del dormir. El sueño puede ser calificado como un trozo de fantasía puesto al servicio de la conservación del reposo.

De ello se desprende que en el fondo al *yo* durmiente no le importa qué sueña durante la noche, siempre que el sueño cumpla la tarea que le concierne; además, puede deducirse que aquellos sueños de los cuales nada se recuerda al despertar son los que mejor han cumplido su función. Si con tal frecuencia sucede de otro modo, si recordamos los sueños —aun durante años o decenios—, ello comporta cada vez una irrupción de lo inconsciente reprimido al *yo* normal. En tales casos, lo reprimido no se ha mostrado dispuesto a colaborar en la eliminación del amenazante trastorno del reposo, a menos que se le concediera esa compensación. Sabemos que el sueño deriva precisamente de esta irrupción la importancia que tiene para la psicopatología. Cuando podemos revelar su motivo impulsor, obtenemos una insospechada información sobre las tendencias reprimidas en el inconsciente; por otra parte, cuando anulamos sus deformaciones, tenemos oportunidad de vislumbrar el pensamiento preconsciente en un estado tal de concentración interior que durante la vida diurna jamás se habría atraído la atención de la consciencia.

Nadie puede practicar la interpretación onírica como actividad aislada; ésta siempre será una parte de la labor analítica. En el curso de la misma dirigimos nuestro interés, según sea necesario, ora al contenido onírico preconsciente, ora a la participación inconsciente en la génesis onírica, y muchas veces descuidamos uno de estos elementos en favor del otro. Por otra parte, de nada serviría que alguien se propusiera deliberadamente interpretar sueños fuera del análisis, pues tampoco así lograría escapar a las condiciones de la situación analítica; y si se dedicara a elaborar sus propios sueños, no haría sino emprender su propio autoanálisis. Esta limitación no rige para quien renuncie a la colaboración del soñante, pretendiendo alcanzar la interpretación de los sueños mediante su captación intuitiva. Pero semejante interpretación onírica que prescinde de las asociaciones del soñante, aun en el mejor de los casos, no pasa de ser un virtuosismo anticientífico cuyo valor es muy dudoso.

Al practicar la interpretación de los sueños de acuerdo con el único procedimiento técnico que puede justificarse, pronto se advierte que el éxito

depende enteramente de la tensión que la resistencia crea entre el *yo* despierto y lo inconsciente reprimido. La labor realizada bajo «alta presión de resistencia» exige del análisis, como lo expuse en otra oportunidad, una conducta distinta de la que conviene frente a una presión reducida. En el análisis es menester enfrentarse durante mucho tiempo con fuertes resistencias mientras aún no son conocidas, resistencias que, en todo caso, no podrán ser superadas mientras permanezcan incógnitas. Así, pues, no es de extrañar si de las producciones oníricas del paciente sólo se llega a utilizar y a interpretar una pequeña parte, y aún ésta, por lo general, tan sólo incompletamente. Aunque a través de la propia práctica se llegue a la situación de comprender muchos sueños para cuya interpretación el soñante sólo haya suministrado escasos elementos, debe recordarse, sin embargo, que la seguridad de semejantes interpretaciones es dudosa, y se adoptará gran cautela al imponer tales presunciones al paciente.

Se podrá aducir la objeción crítica de que, siendo imposible llegar a la interpretación de todos los sueños que se elaboran, no se tendría derecho a afirmar más que lo sustentable, de modo que se impondría la siguiente formulación limitada: En algunos sueños aislados la interpretación demuestra que tienen sentido; en otros no se puede saber si lo tienen. Pero justamente el hecho de que el éxito de la interpretación esté subordinado a la resistencia permite al analista superar tal modestia forzosa. En efecto, se puede hacer la experiencia de que un sueño, incomprensible al principio, se torne transparente aun en la misma sesión, una vez que se haya logrado eliminar una resistencia del paciente mediante su feliz discusión. Sucede entonces que al paciente se le ocurre de pronto un trozo olvidado del sueño, que ofrece la clave de la interpretación, o bien surge una nueva asociación, con cuya ayuda se iluminan las sombras. También puede suceder que, luego de meses o años de esfuerzos analíticos, se retorne a un sueño que al comenzar el tratamiento parecía carente de sentido e incomprensible, y que ahora se presenta con plena claridad, a través de los conocimientos adquiridos en el ínterin. Si a esto se agrega el argumento prestado por la teoría de los sueños, según el cual las ejemplares producciones oníricas de los niños siempre tienen sentido y son fácilmente interpretables, entonces será justificado afirmar que en general el sueño es una formación psíquica interpretable, pese a que las

circunstancias no siempre permitan alcanzar la interpretación.

Una vez hallada la interpretación de un sueño, no siempre es fácil decidir si es «completa», es decir, si no existen otros pensamientos preconscientes que hayan logrado expresión en el mismo sueño. En tal caso, debe considerarse demostrado aquél de los sentidos que esté abonado por las asociaciones del soñante y por nuestra apreciación de la situación general, sin que por ello siempre sea lícito rechazar el otro sentido probable. Este sigue siendo posible, aunque no demostrado, de modo que es preciso familiarizarse con el hecho de esta significación múltiple que ofrecen los sueños. Por otra parte, aquélla no siempre es achacable al carácter parcial de la labor interpretativa, pues con idéntica probabilidad puede estar implícita en las propias ideas latentes. Además, también en la vida diurna y fuera de las circunstancias de la interpretación onírica se da el caso de que subsista nuestra duda con respecto a si una expresión oída o una información obtenida aceptan tal o cual interpretación, o si, además de su sentido evidente y manifiesto, no significan quizá alguna otra cosa.

Aún se han estudiado demasiado poco los interesantes casos en que un mismo contenido onírico manifiesto expresa, simultáneamente, una serie de representaciones concretas y otras de ideas abstractas basadas en aquéllas. Naturalmente, la elaboración onírica tropieza con dificultades al tratar de hallar medios de representación para las ideas abstractas.

CL

LA RESPONSABILIDAD MORAL POR EL CONTENIDO DE LOS SUEÑOS[2229]

1925

EN el capítulo inicial de este libro («La literatura científica sobre los problemas oníricos») expuse la forma en que los distintos autores reaccionan ante el hecho, tan desagradable para ellos, de que el licencioso contenido de los sueños contradiga con tal frecuencia la sensibilidad moral del soñante. (Evito expresamente toda referencia a los sueños «criminales», pues considero del todo superflua esta dominación, que sobrepasa los límites del interés psicológico.) Naturalmente, la índole inmoral de los sueños trajo de nuevo motivo para rechazar la valoración psíquica del sueño, pues si éste fuese un producto sin sentido de la actividad psíquica perturbada quedaría eliminado todo motivo para asumir responsabilidad alguna por su contenido aparente.

Este problema de la responsabilidad por el contenido onírico manifiesto ha sido completamente desplazado y aun eliminado por las revelaciones que ofrece *La interpretación de los sueños*.

En efecto, sabemos ahora que el contenido manifiesto no es sino un ilusorio artificio, una mera fachada. No vale la pena someterlo a un examen ético ni considerar sus violaciones de la moral más seriamente que las dirigidas contra la lógica matemática. Al hablar del *contenido* onírico, únicamente es admisible referirse al contenido de los pensamientos

preconscientes y al de los deseos reprimidos que la interpretación logra revelar tras la fachada del sueño. No obstante, también esta fachada inmoral tiene un problema que plantearnos, pues ya nos hemos enterado de que las ideas oníricas latentes deben pasar por una severa censura antes de que se les conceda acceso al contenido manifiesto. ¿Cómo es posible, pues, que esta censura, inflexible en general para las más leves transgresiones, fracase tan rotundamente en los sueños manifiestamente inmorales?

No es fácil hallar la respuesta, y en definitiva, ésta quizá no pueda ser del todo satisfactoria. Para empezar será preciso someter estos sueños a la interpretación, comprobándose entonces que algunos de ellos no ofendieron a la censura, simplemente porque en el fondo no contenían nada malo. No son más que bravatas inocentes, identificaciones que pretenden simular una máscara; no fueron censurados porque no decían la verdad. Otros, en cambio —confesémoslo: la inmensa mayoría—, realmente significan lo que pregonan y, sin embargo, no han sido deformados por la censura. Son expresiones de impulsos inmorales, incestuosos y perversos, o deseos homicidas y sádicos. Frente a algunos de esos sueños el soñante reacciona despertándose angustiado; en tal caso, la situación ya no da lugar a dudas. La censura ha dejado de actuar, el peligro fue advertido demasiado tarde y el despliegue de angustia viene a representar el sucedáneo de la deformación omitida. En otros casos también falta esta expresión afectiva; el contenido ofensivo es impulsado entonces por la densidad de la excitación sexual, exacerbada al dormir, o bien goza de la tolerancia con que aun el hombre despierto puede aceptar un acceso de rabia, un estado de ira o el goce de una fantasía cruel.

Pero nuestro interés por la génesis de estos sueños *manifiestamente* inmorales queda notablemente reducido al enterarnos por el análisis de que la mayoría de los sueños —los inocentes, los exentos de afecto y los sueños de angustia— resultan ser, una vez anuladas las deformaciones impuestas por la censura, satisfacciones de deseos inmorales: egoístas, sádicos, perversos, incestuosos. Tal como sucede en la vida diaria, estos delincuentes disfrazados son incomparablemente más numerosos que los que actúan a cara descubierta. El sueño sincero y franco de una relación sexual con la madre, que Yocasta recuerda en *Edipo rey*, es una verdadera rareza en comparación con los múltiples sueños que el psicoanálisis no puede menos de interpretar

en el mencionado sentido.

En el presente libro ya me he referido tan minuciosamente a este carácter de los sueños —motivo, en el fondo, de la deformación onírica— que en esta ocasión podré abandonar rápidamente los hechos respectivos para dirigirme al problema que éstos nos plantean: ¿es preciso asumir la responsabilidad por el contenido de sus sueños? Fieles a la integridad, sólo hemos de agregar que el sueño no siempre presenta realizaciones de deseos inmorales, sino que frecuentemente también contiene enérgicas reacciones contra aquéllos, en forma de los «sueños de castigo». En otros términos, la censura onírica no sólo puede manifestarse en deformaciones y en despliegues de angustia, sino que también puede exacerbarse a punto tal que anula por completo el contenido inmoral, sustituyéndolo por otro de índole punitiva, pero que aún permite reconocer el primero. Mas el problema de la responsabilidad por el contenido onírico inmoral ya no existe para nosotros, en el sentido que lo aceptaban los autores que nada sabían aún de las ideas latentes y de lo reprimido en nuestra vida psíquica. Desde luego, es preciso asumir la responsabilidad de sus impulsos oníricos malvados. ¿Qué otra cosa podría hacerse con ellos? Si el contenido onírico —correctamente comprendido— no ha sido inspirado por espíritus extraños, entonces no puede ser sino una parte de mi propio ser. Si pretendo clasificar, de acuerdo con cánones sociales, en buenas y malas las tendencias que en mí se encuentran, entonces debo asumir la responsabilidad para ambas categorías, y si, defendiéndome, digo que cuanto en mí es desconocido, inconsciente y reprimido no pertenece a mi *yo*, entonces me coloco fuera del terreno psicoanalítico, no acepto sus revelaciones y me expongo a ser refutado por la crítica de mis semejantes, por las perturbaciones de mi conducta y por la confusión de mis sentimientos. He de experimentar entonces que esto, negado por mí, no sólo «está» en mí, sino que también «actúa» ocasionalmente desde mi interior.

En sentido metapsicológico empero, esto, lo reprimido, lo malvado, no pertenece a mi *yo* —siempre que yo sea un ser moralmente intachable—, sino a mi *ello*, sobre el cual cabalga mi *yo*. Pero este *yo* se ha desarrollado a partir del *ello*; forma una unidad biológica con el mismo; no es más que una parte periférica, especialmente modificada, de aquél; está subordinado a sus influencias; obedece a los impulsos que parten del *ello*. Para cualquier

finalidad vital sería vano tratar de separar el *yo* del *ello*.

Además, ¿de qué me serviría ceder a mi vanidad moral pretendiendo decretar que en cualquier valoración ética de mi persona me estaría permitido desdeñar todo lo malo que hay en el *ello* sin necesidad de responsabilizar al *yo* por esos contenidos? La experiencia me demuestra que, no obstante, asumo esa responsabilidad, que de una u otra manera me veo compelido a asumirla. El psicoanálisis nos ha dado a conocer un estado patológico —la neurosis obsesiva— en el cual el infortunado *yo* se siente culpable por toda clase de impulsos malvados de los que nada sabe, con los cuales le es imposible identificarse, pese a que conscientemente se ve enfrentado a ellos. Un poco de esto existe en todo ser normal. Su «conciencia moral» es, curiosamente, tanto más sensible cuanto más moral sea quien la lleva. Trátese de imaginar, a manera de equivalente, que un hombre sea tanto más «achacoso», tanto más propenso a infecciones y a influjos traumáticos cuanto más *sano* fuere. Aquel efecto paradójico seguramente obedece a que la misma conciencia moral es una formación reactiva frente a todo lo malo que percibe en el *ello*. Cuanto más fuertemente se lo reprima, tanto más activa será la conciencia moral.

El narcisismo del hombre debería conformarse con el hecho de que la deformación onírica, los sueños angustiosos y los punitivos representan otras tantas pruebas de su esencial moral, pruebas no menos evidentes que las suministradas por la interpretación onírica en favor de la existencia y la fuerza de su esencia malvada. Quien disconforme con esto quiera ser «mejor» de lo que ha sido creado, intente llegar en la vida más allá de la hipocresía o de la inhibición.

El médico dejará para el jurista la tarea de establecer para los fines sociales una responsabilidad arbitrariamente restringida al *yo* metapsicológico. Todos sabemos cuán difícil es deducir de esta construcción artificiosa consecuencias prácticas que no violen los sentimientos humanos.

CLI

ALGUNAS CONSECUENCIAS PSÍQUICAS DE LA DIFERENCIA SEXUAL ANATÓMICA[2230]

1925

EN mis propios escritos y en los de mis discípulos destácase cada vez más la necesidad de impulsar los análisis de los neuróticos hasta penetrar en el más remoto período de su infancia en la época del primer florecimiento de la vida sexual. Únicamente la exploración de las primeras manifestaciones de la constitución instintual innata en el individuo, así como de los efectos que despiertan sus primeras vivencias, permite apreciar correctamente los dinamismos que han motivado su neurosis ulterior, salvaguardándonos al mismo tiempo contra los errores en que podrían inducirnos los remodelamientos y las superposiciones de la madurez. La importancia de esta condición no es sólo teórica, sino también práctica, pues distingue nuestros esfuerzos de la labor de aquellos médicos que, guiados por una orientación exclusivamente terapéutica, aplican también los métodos analíticos, pero sólo hasta cierto punto. Tal análisis de la más temprana edad es arduo y laborioso, planteando demandas, tanto al médico como al paciente, cuyo cumplimiento no es siempre facilitado por la práctica. Además conduce hacia regiones tenebrosas en las que carecemos todavía de jalones señaladores, al punto que, según creo, los analistas pueden contar con la certeza de que, por lo menos durante las próximas décadas, su labor científica no correrá peligro de mecanizarse ni de perder así parte de su

interés.

Me propongo exponer en las páginas siguientes ciertos resultados de la investigación psicoanalítica que tendrían suma importancia si se pudiese demostrar su vigencia general. Siendo así, ¿por qué no pospongo su publicación hasta que una experiencia más copiosa me haya suministrado esa prueba necesaria, si es que ella es alcanzable? Simplemente porque las condiciones en las cuales se desenvuelve mi labor han experimentado una modificación, cuyas implicaciones no puedo seguir ocultando. Tiempo atrás, yo no era de aquellos que se sienten incapaces de retener para sí un supuesto descubrimiento hasta haber llegado a confirmarlo o a corregirlo. Así, mi *Interpretación de los sueños* (1900) y mi *Análisis fragmentario de una histeria* (el caso de Dora) (1905) fueron mantenidos por mí en secreto, si bien no durante los nueve años aconsejados por Horacio, por lo menos durante cuatro o cinco, hasta que por fin los entregué al público. En aquellos días, empero, el tiempo se extendía sin límites ante mí —*oceans of time*, como ha dicho un amable poeta—, y el material de observación acudía a mí con riqueza tal que me era difícil rehuir el impacto de las nuevas experiencias. Además, yo era entonces el único laborador en un terreno virgen, de modo que mi reticencia no significaba ningún riesgo para mí ni perjuicio alguno para los demás.

Todo eso ha cambiado ahora. El tiempo que me queda es limitado y ya no se halla totalmente ocupado por el trabajo, de modo que las oportunidades de efectuar nuevas observaciones no son ya tan numerosas. Cuando creo advertir algo nuevo no tengo la certeza de poder aguardar su confirmación. Por otra parte, cuando flotaba en la superficie ya ha sido decantado, y lo que resta ha de ser laboriosamente recogido buceando en las profundidades. Por fin ya no estoy solo: una pléyade de afanosos colaboradores está dispuesta a aprovechar aun lo inconcluso y lo dudoso, de modo que bien puedo cederles una parte de la labor que en otras circunstancias habría concluido yo mismo. Así, me siento justificado en esta ocasión al comunicar algo que requiere urgente verificación, antes de que sea posible decidir respecto de su valor o su insignificancia.

Cuando estudiamos las primeras conformaciones psíquicas que la vida

sexual adopta en el niño, siempre hemos tomado al del sexo masculino, al pequeño varón, como objeto de nuestras investigaciones. Suponíamos que en la niña las cosas debían ser análogas, aunque admitíamos que de una u otra manera debían ser también un tanto distintas. No alcanzábamos a establecer en qué punto del desarrollo radicaría dicha diferencia.

La situación del complejo de Edipo es en el varón la primera etapa que se puede reconocer con seguridad. Es fácil comprenderla, porque el niño retiene en dicha fase el mismo objeto que ya catectizó con su libido aún pregenital en el curso del período precedente de la lactancia y la crianza. También el hecho de que en dicha situación perciba al padre como un molesto rival a quien quisiera eliminar y sustituir es una consecuencia directa de las circunstancias reales. En otra ocasión[2231] ya he señalado queda actitud edípica del varón forma parte de la fase fálica y sucumbe ante la angustia de castración, es decir, ante el interés narcisístico por los propios genitales. La comprensión de estas condiciones es dificultada por la complicación de que aun en el niño varón el complejo de Edipo está dispuesto en doble sentido, activo y pasivo, de acuerdo con la disposición bisexual: el varón quiere sustituir también *a la madre* como objeto amoroso del padre, hecho que calificamos de *actitud femenina*.

En cuanto a la prehistoria del complejo de Edipo en el varón, estamos todavía muy lejos de haber alcanzado una total claridad. Sabemos que dicho período incluye una identificación de índole cariñosa con el padre, identificación que aún se halla libre de todo matiz de rivalidad con respecto a la madre. Otro elemento de esta fase prehistórica es —según creo, invariablemente— la estimulación masturbatoria de los genitales, o sea, la masturbación de la primera infancia, cuya supresión más o menos violenta por parte de las personas que intervienen en la crianza pone en actividad el complejo de castración. Suponemos que dicha masturbación está vinculada con el complejo de Edipo y que equivale a la descarga de sus excitaciones sexuales. No es seguro, sin embargo, si la masturbación tiene tal carácter desde un comienzo o si, por el contrario, aparece por primera vez espontáneamente, como activación de un órgano corporal, conectándose sólo ulteriormente con el complejo de Edipo; esta última posibilidad es, con mucho, la más probable. Otra cuestión dudosa es el papel desempeñado por

la enuresis y por la supresión de ese hábito mediante intervenciones educativas. Nos inclinamos a adoptar la simple formulación sintética de que la enuresis persistente sería una consecuencia de la masturbación y de que su supresión sería considerada por el niño como una inhibición de su actividad genital, es decir, que tendría el significado de una amenaza de castración; pero queda todavía por demostrar si estamos siempre acertados con estas presunciones. Finalmente, el análisis nos ha permitido reconocer, de una manera más o menos vaga e incierta, cómo los atisbos del coito paterno establecen en muy precoz edad la primera excitación sexual, y cómo merced a sus efectos ulteriores pueden convertirse en punto de partida de todo desarrollo sexual del niño. La masturbación, así como las dos actitudes del complejo de Edipo, se vincularán posteriormente a esa precoz experiencia, que en el ínterin habrá sido interpretada por el niño. Sin embargo, es imposible admitir que tales observaciones del coito se produzcan invariablemente, de modo que nos topamos aquí con el problema de las «protofantasías». Así, aun la prehistoria del complejo de Edipo en el varón plantea todas estas cuestiones inexplicables que todavía aguardan su examen y que están subordinadas a la decisión de si cabe admitir siempre un mismo proceso invariable, o si no se trata más bien de una gran variedad de distintas fases previas que convergerían una misma situación terminal.

El complejo de Edipo de la niña pequeña implica un problema más que el del varón. En ambos casos la madre fue el objeto original, y no ha de extrañarnos que el varón la retenga para su complejo de Edipo. En cambio, ¿cómo llega la niña a abandonarla y a adoptar en su lugar al padre como objeto? Al perseguir este problema he podido efectuar algunas comprobaciones susceptibles de aclarar precisamente la prehistoria de la relación edípica en la niña.

Todo analista se habrá encontrado alguna vez con ciertas mujeres que se aferran con particular intensidad y tenacidad a su vinculación paterna y al deseo de tener un hijo con el padre, en el cual aquélla culmina. Tenemos buenos motivos para aceptar que esta fantasía desiderativa fue también la fuerza impulsora de la masturbación infantil, siendo fácil formarse la impresión de que nos hallamos aquí ante un hecho elemental e irreducible de

la vida sexual infantil. Sin embargo, precisamente el análisis minucioso de estos casos revela algo muy distinto, demostrando que el complejo de Edipo tiene aquí una larga prehistoria y es en cierta manera una formación secundaria.

De acuerdo con la formulación del viejo pediatra Lindner[2232], el niño descubre la zona genital —el pene o el clítoris— como fuente de placer en el curso de su succión sensual (chupeteo). Dejo planteada la cuestión de si un niño toma realmente esta fuente de placer recién descubierta en reemplazo del pezón materno que acaba de perder, posibilidad que parecería ser señalada por fantasías de felacio. Como quiera que sea, en algún momento llega a descubrirse la zona genital y parece muy injustificado atribuir a sus primeras estimulaciones contenido psíquico alguno. Pero el primer paso en la fase fálica así iniciada no consiste en la vinculación de esta masturbación con las catexias objétales del complejo de Edipo, sino en cierto descubrimiento preñado de consecuencia que toda niña está destinada a hacer. En efecto, advierte el pene de un hermano o de un compañero de juegos, llamativamente visible y de grandes proporciones; lo reconoce al punto como símil superior de su propio órgano pequeño e inconspicuo, y desde ese momento cae víctima de la envidia fálica.

He aquí un interesante contraste en la conducta de ambos sexos: cuando el varón en análoga situación descubre por primera vez la región genital de la niña, comienza por mostrarse indeciso y poco interesado; no ve nada o repudia su percepción, la atenúa o busca excusas para hacerla concordar con lo que esperaba ver. Sólo más tarde, cuando una amenaza de castración ha llegado a influir sobre él, dicha observación se le torna importante y significativa: su recuerdo o su repetición le despierta entonces una terrible convulsión emocional y le impone la creencia en la realidad de una amenaza que hasta ese momento había considerado risible. De tal coincidencia de circunstancias surgirán dos reacciones que pueden llegar a fijarse y que en tal caso, ya separadamente, cada una de por sí, ya ambas combinadas, ya en conjunto con otros factores, determinarán permanentemente sus relaciones con la mujer: el horror ante esa criatura mutilada, o bien el triunfante desprecio de la misma. Todos estos desarrollos, sin embargo, pertenecen al futuro, aunque no a un futuro muy remoto.

Distinta es la reacción de la pequeña niña. Al instante adopta su juicio y hace su decisión. Lo ha visto, sabe que no lo tiene y quiere tenerlo[2233].

A partir de este punto arranca el denominado complejo de masculinidad de la mujer, que puede llegar a dificultar considerablemente su desarrollo regular hacia la feminidad si no logra superarlo precozmente. La esperanza de que, a pesar de todo, obtendrá alguna vez un pene y será entonces igual al hombre, es susceptible de persistir hasta una edad insospechadamente madura y puede convertirse en motivo de la conducta más extraña e inexplicable de otro modo. O bien puede ponerse en juego cierto proceso que quisiera designar como *denegación* (renunciamiento), un proceso que no parece ser raro ni muy peligroso en la infancia, pero que en el adulto significaría el comienzo de una psicosis. Así, la niña rehúsa aceptar el hecho de su castración, empecinándose en la convicción de que *sí* posee un pene, de modo que, en su consecuencia, se ve obligada a conducirse como si fuese un hombre.

Las consecuencias psíquicas de la envidia fálica, en la medida en que ésta no llegue a ser absorbida por la formación reactiva del complejo de masculinidad, son muy diversas y trascendentes. Una vez que la mujer ha aceptado su herida narcisística, desarróllase en ella —en cierto modo como una cicatriz— un sentimiento de inferioridad. Después de haber superado su primer intento de explicar su falta de pene como un castigo personal, comprendiendo que se trata de una característica sexual universal, comienza a compartir el desprecio del hombre por un sexo que es defectuoso en un punto tan decisivo, e insiste en su equiparación con el hombre, por lo menos en lo que se refiere a la defensa de tal opinión[2234].

Aun después que la envidia fálica ha abandonado su verdadero objeto, no deja por ello de existir: merced a un leve desplazamiento, persiste en el rasgo característico de los *celos*. Por cierto que los celos no son privativos de uno de los sexos ni se fundan sólo en esta única base; pero creo, sin embargo, que desempeñan en la vida psíquica de la mujer un papel mucho más considerable, precisamente por recibir un enorme reforzamiento desde la fuente de la envidia fálica desviada. Todavía antes de que llegase a percatarme de este origen de los celos, al ocuparme de la fantasía masturbatoria «pegan a un niño», tan común en las niñas, inferí una primera

fase de esa fantasía en la cual tendría el significado de que se habría de pegar a otro niño que ha despertado celos en calidad de rival[2235]. Esta fantasía parece ser una reliquia del período fálico en la niña; la peculiar rigidez que tanto llamó mi atención en la monótona fórmula «pegan a un niño» probablemente acepte aún otra interpretación particular. El niño que allí es pegado-acariciado, en el fondo quizá no sea otra cosa sino el propio clítoris, de modo que en su nivel más profundo dicho enunciado contendría una confesión de la masturbación, que desde su comienzo en la fase fálica hasta la edad más madura se mantiene vinculada al contenido de esa fórmula.

Una tercera consecuencia de la envidia fálica parece radicar en el relajamiento de los lazos cariñosos con el objeto materno. En su totalidad, la situación no es todavía muy clara; pero es posible convencerse de que, en última instancia, la falta de pene es casi siempre achacada a la madre de la niña, que la echó al mundo tan insuficientemente dotada. El desenvolvimiento histórico de este proceso suele consistir en que, poco después de haber descubierto el defecto de sus genitales, la niña desarrolla celos contra otro niño, con el pretexto de que la madre lo querría más que a ella, con lo cual halla un motivo para el desprendimiento de la vinculación afectuosa con la madre. Todo esto viene a ser corroborado entonces si dicho niño preferido por la madre se convierte luego en el primer objeto de la fantasía de flagelación que desemboca en la masturbación.

Existe todavía otro efecto sorprendente de la envidia fálica —o del descubrimiento de la inferioridad del clítoris—, que es, sin duda, el más importante de todos. En el pasado tuve a menudo la impresión de que en general la mujer tolera la masturbación peor que el hombre, de que lucha más frecuentemente contra ella y de que es incapaz de aprovecharla en circunstancias en las cuales un hombre recurriría sin vacilar a este expediente. Es evidente que la experiencia nos enfrentaría con múltiples excepciones de esta regla si pretendiésemos sustentarla como tal, pues las reacciones de los individuos humanos de ambos sexos están integradas por rasgos masculinos tanto como femeninos. No obstante, subsiste la impresión de que la masturbación sería más ajena a la naturaleza de la mujer que a la del hombre. Para resolver el problema así planteado cabría la reflexión de que la masturbación, por lo menos la del clítoris, es una actividad masculina, y que

la eliminación de la sexualidad clitoridiana es un prerrequisito ineludible para el desarrollo de la feminidad. Los análisis extendidos hasta el remoto período fálico me han demostrado ahora que en la niña, poco después de los primeros signos de la envidia fálica, aparece una intensa corriente afectiva contraria a la masturbación, que no puede ser atribuida exclusivamente a la influencia de las personas que intervienen en su educación. Este impulso es, a todas luces, un prolegómeno de esa ola de represión que en la pubertad habrá de eliminar gran parte de la sexualidad masculina de la niña, a fin de abrir espacio al desarrollo de su feminidad. Puede suceder que esta primera oposición a la actividad autoerótica no alcance su objetivo; así fue en los casos que yo analicé. El conflicto persistía entonces, y la niña, tanto en esa época como ulteriormente, siguió haciendo todo lo posible para librarse de la compulsión a masturbarse. Muchas de las manifestaciones ulteriores que la vida sexual adopta en la mujer permanecen ininteligibles, a menos que se reconozca ésta poderosa motivación.

No puedo explicarme esta rebelión de la niña pequeña contra la masturbación fálica, sino aceptando que algún factor concurrente interfiere en esta actividad tan placentera, malogrando sensiblemente su goce. No es necesario ir muy lejos para hallar dicho factor: trátase de la ofensa narcisística ligada a la envidia fálica, o sea, de la advertencia que la niña se hace de que al respecto no puede competir con el varón, y que, por tanto, sería mejor renunciar a toda equiparación con éste. De tal manera, el reconocimiento de la diferencia sexual anatómica fuerza a la niña pequeña a apartarse de la masculinidad y de la masturbación masculina, dirigiéndola hacia nuevos caminos que desembocan en el desarrollo de la feminidad.

Hasta ahora no hemos mencionado en absoluto el complejo de Edipo, que no ha tenido tampoco intervención alguna hasta este punto. Ahora, empero, la libido de la niña se desliza hacia una nueva posición, siguiendo el camino preestablecido —no es posible expresarlo en otra forma— por la ecuación pene = niño. Renuncia a su deseo del pene, poniendo en su lugar el deseo de un niño, y con este propósito toma al padre como objeto amoroso. La madre se convierte en objeto de sus celos: la niña se ha convertido en una pequeña mujer. Si puedo dar crédito a una observación analítica aislada, es posible que esta nueva situación dé origen a sensaciones físicas que cabría interpretar

como un despertar prematuro del aparato genital femenino. Si tal vinculación con el padre llega a fracasar más tarde y si debe ser abandonada, puede ceder la plaza a una identificación con el mismo, retornando así la niña a su complejo de masculinidad, para quedar quizá fijada en él.

He expresado hasta aquí lo esencial de cuanto tenía que decir, y me detengo para echar una mirada panorámica sobre nuestros resultados. Hemos llegado a reconocer la prehistoria del complejo de Edipo en la niña, mientras que el período correspondiente del varón es todavía más o menos desconocido. En la niña el complejo de Edipo es una formación secundaria: lo preceden y lo preparan las repercusiones del complejo de castración. En lo que se refiere a la relación entre los complejos de Edipo y de castración, surge un contraste fundamental entre ambos sexos. *Mientras el complejo de Edipo del varón se aniquila en el complejo de castración, el de la niña es posibilitado e iniciado por el complejo de castración*. Esta contradicción se explica considerando que el complejo de castración actúa siempre en el sentido dictado por su propio contenido: inhibe y restringe la masculinidad, estimula la feminidad. La divergencia que en esta fase existe entre el desarrollo sexual masculino y el femenino es una comprensible consecuencia de la diferencia anatómica entre los genitales y de la situación psíquica en ella implícita; equivale a la diferencia entre una castración realizada y una mera amenaza de castración. Por tanto, nuestra comprobación es tan obvia en lo esencial que bien podríamos haberla previsto.

El complejo de Edipo, sin embargo, es algo tan importante que no puede dejar de tener repercusión la forma en que en él se entra y se logra abandonarlo. Como lo expuse en el último trabajo mencionado —del cual arrancan todas estas consideraciones—, el complejo no es simplemente reprimido en el varón, sino que se desintegra literalmente bajo el impacto de la amenaza de castración. Sus catexias libidinales son abandonadas, desexualizadas y, en parte, sublimadas; sus objetos son incorporados al *yo*, donde constituyen el núcleo del *super-yo*, impartiendo sus cualidades características a esta nueva estructura. En el caso normal —más bien dicho, en el caso ideal— ya no subsiste entonces complejo de Edipo alguno, ni aun en el inconsciente: el *super-yo* se ha convertido en su heredero. Dado que el

pene —siguiendo aquí a Ferenczi— debe su catexia narcisista extraordinariamente elevada a su importancia orgánica para la conservación de la especie, cabe interpretar la catástrofe del complejo de Edipo —el abandono del incesto, la institución de la conciencia y de la moral— como una victoria de la generación, de la raza sobre el individuo. He aquí un interesante punto de vista, si se considera que la neurosis se funda sobre la oposición del *yo* contra las demandas de la función sexual. Con todo, el abandono del punto de vista de la psicología individual no promete contribuir, por el momento, a la aclaración de estas complicadas relaciones.

En la niña falta todo motivo para el aniquilamiento del complejo de Edipo. La castración ya ha ejercido antes su efecto, que consistió precisamente en precipitar a la niña en la situación del complejo de Edipo. Así, éste escapa al destino que le es deparado en el varón; puede ser abandonado lentamente o liquidado por medio de la represión, o sus efectos pueden persistir muy lejos en la vida psíquica normal de la mujer. Aunque vacilo en expresarla, se me impone la noción de que el nivel de lo ético normal es distinto en la mujer que en el hombre. El *super-yo* nunca llega a ser en ella tan inexorable, tan impersonal, tan independiente de sus orígenes afectivos como exigimos que lo sea en el hombre. Ciertos rasgos caracterológicos que los críticos de todos los tiempos han echado en cara a la mujer —que tiene menor sentido de la justicia que el hombre, que es más reacia a someterse a las grandes necesidades de la vida, que es más propensa a dejarse guiar en sus juicios por los sentimientos de afecto y hostilidad—, todos ellos podrían ser fácilmente explicados por la distinta formación del *super-yo* que acabamos de inferir. No nos dejemos apartar de estas conclusiones por las réplicas de los feministas de ambos sexos, afanosos de imponernos la equiparación y la equivalencia absoluta de los dos sexos; pero estamos muy dispuestos a concederles que también la mayoría de los hombres quedan muy atrás del ideal masculino y que todos los individuos humanos, en virtud de su disposición bisexual y de la herencia en mosaico, combinan en sí características, tanto femeninas como masculinas, de modo que la masculinidad y la feminidad puras no pasan de ser construcciones teóricas de contenido incierto.

Me inclino a dar cierto valor a los conceptos precedentes sobre las

consecuencias psíquicas de la distinción anatómica entre los sexos; pero tengo bien presente que esta opinión únicamente podrá ser mantenida siempre que mis comprobaciones, basadas hasta ahora sólo en un puñado de casos, demuestren poseer validez general y carácter típico. De lo contrario, aquéllas no pasarían de ser meras contribuciones a nuestro conocimiento de los múltiples caminos que en su desarrollo puede recorrer la vida sexual.

Los valiosos y exhaustivos trabajos sobre los complejos de masculinidad y de castración en la mujer, realizados por Abraham, Homey y Helene Deutsch[2236], contienen múltiples formulaciones estrechamente afines a las mías, aunque ninguna coincida con ellas por completo, de modo que una vez más me siento justificado al publicar este trabajo.

CLII

PSICOANÁLISIS: ESCUELA FREUDIANA[2237]

1926

DADO que el psicoanálisis no ha tenido mención en la oncena edición de la *Encyclopædia Britannica*, es imposible limitarse a exponer sus progresos desde 1910. El período principal y más interesante de su historia cae en la época anterior a esa fecha.

PREHISTORIA

En los años de 1880 a 1882 un médico vienés, el doctor Josef Breuer (1842-1925), descubrió un nuevo procedimiento que le permitió curar los múltiples síntomas de los cuales sufría una muchacha afectada por grave histeria. En el curso de dicho tratamiento ocurriósele que esos síntomas podrían estar relacionados con ciertas impresiones que la paciente había experimentado durante un agitado período en el cual estuvo dedicada a la asistencia de su padre enfermo. Por tanto, la indujo a buscar esas conexiones en su memoria mientras se hallaba en estado de sonambulismo hipnótico, reviviendo nuevamente, al mismo tiempo, las escenas «patógenas», sin inhibir en lo mínimo el despliegue afectivo concomitante. Pudo comprobar así que cumplido este proceso, los síntomas desaparecían definitivamente.

Por esa época no habían tenido lugar todavía las investigaciones de

Charcot y de Pierre Janet sobre el origen de los síntomas histéricos, de modo que el descubrimiento de Breuer no fue influido en absoluto por estos autores. Sin embargo, no profundizó a la sazón su descubrimiento, y únicamente lo retomó diez años más tarde, esta vez con la colaboración de Sigmund Freud. En 1895 ambos autores publicaron un libro, *Estudios sobre la histeria*, en el que comunicaban los hallazgos de Breuer e intentaban explicarlos por medio de la *teoría de la catarsis*. De acuerdo con ésta, los síntomas histéricos se originarían cuando la energía de un proceso mental es privada de su elaboración consciente y dirigida hacia la inervación somática (*conversión*). El síntoma histérico sería así el sustituto de un acto psíquico omitido y la reminiscencia de la ocasión en que dicho acto debía de haberse producido. La curación produciríase entonces merced a la liberación del afecto desviado y a su descarga por una vía normal (*abreacción*). El tratamiento catártico daba excelentes resultados terapéuticos, pero éstos no eran permanentes y dependían de la relación personal entre el paciente y el médico. Freud, que más tarde prosiguió dichas investigaciones por sí solo, modificó su técnica, reemplazando la hipnosis por el método de la asociación libre. Creó luego el término *psicoanálisis*, que con el correr del tiempo llegó a adquirir dos significados: 1) un método particular para tratar las afecciones neuróticas;

2) la ciencia de los procesos psíquicos inconscientes, que también se ha denominado acertadamente *psicología profunda*.

CONTENIDO DEL PSICOANÁLISIS

El psicoanálisis conquista cada vez más adeptos como método terapéutico, debido a que rinde a los pacientes un beneficio mucho mayor que ninguna otra forma de tratamiento. Su principal sector de aplicación es el de las neurosis más leves, como la histeria, las fobias y los estados obsesivos; además, permite alcanzar considerables mejorías y hasta curaciones en las deformaciones del carácter y en las inhibiciones y desviaciones sexuales. Su influencia sobre la demencia precoz y la paranoia es dudosa, mientras que en

circunstancias favorables puede hacer frente aun a los más graves estados depresivos.

En todos los casos el tratamiento impone arduas demandas, tanto al médico como al paciente: aquél debe contar con una formación especializada y debe dedicar un largo período a la exploración profunda de cada caso; el paciente ha de realizar considerables sacrificios, tanto materiales como psíquicos. Sin embargo, los resultados compensan por lo común todos los esfuerzos. Tampoco el psicoanálisis es una panacea conveniente para todos los trastornos psíquicos *(cito, tute, jucunde)*[2238]; por el contrario, su aplicación ha venido a revelar por vez primera las dificultades y las limitaciones con que se enfrenta el tratamiento de estas afecciones. Por el momento, sólo en Berlín y en Viena existen instituciones privadas que tornan accesible el tratamiento psicoanalítico también a las clases obreras e indigentes.

Los resultados terapéuticos del psicoanálisis se fundan en la sustitución de actos psíquicos inconscientes por otros conscientes, y su alcance llega hasta donde se extiende la injerencia de este proceso en la enfermedad a tratar. Dicha sustitución se lleva a cabo superando resistencias internas en la vida psíquica del paciente. En el futuro probablemente se adjudicará una importancia mucho mayor al psicoanálisis como ciencia de lo inconsciente que como procedimiento terapéutico.

Psicología profunda. —El psicoanálisis, en su carácter de psicología profunda, considera la vida psíquica desde tres puntos de vista: el dinámico, el económico y el topográfico.

Desde el primer punto de vista, el *dinámico* deriva todos los procesos psíquicos —salvo la recepción de estímulos exteriores— de un interjuego de fuerzas que se estimulan o se inhiben mutuamente, que se combinan entre sí, que establecen transacciones las unas con las otras, etc. Todas estas fuerzas tienen originalmente el carácter de *instintos*, o sea, que son de origen orgánico; se caracterizan por poseer una inmensa capacidad de persistencia (somática) y una reserva de poderío (*compulsión a la repetición*); finalmente, halla su representación psíquica en imágenes o ideas afectivamente cargadas (*catexias*). En el psicoanálisis, no menos que en las otras ciencias, la teoría de

los instintos es un tema poco conocido. El análisis empírico nos lleva a establecer dos grupos de instintos: los denominados *instintos del yo*, cuyo fin es la autoconservación, y los *instintos objétales*, que conciernen a la relación con los objetos exteriores. Los instintos sociales no son aceptados con carácter elemental e irreducible. La especulación teórica permite suponer la existencia de dos instintos fundamentales que yacerían ocultos tras los instintos yoicos y objétales manifiestos, a saber: *a)* el *Eros*, instinto tendiente a la unión cada vez más amplia, y *b)* el *instinto de destrucción*, conducente a la disolución de todo lo viviente. La manifestación energética del Eros se llama en psicoanálisis *libido*.

Principio del placer-displacer. —Desde el punto de vista *económico*, el psicoanálisis admite que las representaciones psíquicas de los instintos están cargadas con determinadas cantidades de energía (*catexias*) y que el aparato psíquico tiene la tendencia de evitar todo estancamiento de estas energías, manteniendo lo más baja que sea posible la suma total de las excitaciones a las cuales está sometido. El curso de los procesos psíquicos es regulado automáticamente por el *principio del placer-displacer*, de manera tal que en una u otra forma el displacer aparece siempre vinculado con un aumento y el placer con una disminución de la excitación.

En el curso del desarrollo, el primitivo principio del placer experimenta una modificación determinada por la consideración con el mundo exterior (*principio de la realidad*), mediante la cual el aparato psíquico aprende a diferir las satisfacciones placenteras y a soportar transitoriamente las sensaciones displacenteras.

Topografía psíquica. —Topográficamente, el psicoanálisis concibe el aparato psíquico como un instrumento compuesto de varias partes y procura determinar en qué puntos del mismo tienen lugar los diversos procesos mentales. De acuerdo con las concepciones analíticas más recientes, el aparato mental está compuesto de un *ello*, que es el reservorio de los impulsos instintivos; de un *yo*, que es la porción más superficial del *ello*, modificada por la influencia del mundo exterior, y de un *super-yo*, desarrollado a partir del *ello*, que domina al *yo* y representa las inhibiciones

de los instintos, características propias del ser humano.

También la cualidad de la *consciencia* posee su referencia topográfica, pues los procesos del *ello* son todos inconscientes, mientras que la consciencia es la función de la capa más superficial del *yo*, destinada a la percepción del mundo exterior.

Es ésta la oportunidad de intercalar dos advertencias. No se debe suponer que dichas nociones muy generales representen condiciones previas de las cuales depende la labor psicoanalítica. Por el contrario, son sus conclusiones más recientes, y están, en todo sentido, expuestas a corrección. El psicoanálisis se halla sólidamente fundado en la observación de los hechos de la vida psíquica, de modo que su superestructura teórica es todavía incompleta y se encuentra en constante modificación. En segundo lugar, no hemos de asombrarnos si el psicoanálisis, que originalmente sólo pretendía explicar los fenómenos psíquicos patológicos, llegó a convertirse en una psicología de la vida psíquica normal. La justificación de tal desarrollo surgió al descubrirse que los sueños y los actos fallidos (las «parapraxias», como las equivocaciones del habla, etc.) de los seres normales responden al mismo mecanismo que los síntomas neuróticos.

Fundamentos teóricos. —La primera tarea planteada al psicoanálisis fue la explicación de los trastornos neuróticos. La teoría analítica de las neurosis se apoya en tres pilares; son ellos las nociones de: 1) la *represión*, 2) la importancia de los *instintos sexuales*, 3) la *transferencia*.

1) *La censura*. —Existe en la mente una potencia que ejerce las funciones de censura, que excluye de la conscienciación y de la influencia sobre la acción a cuantas tendencias le desagraden. Tales tendencias se califican entonces de *reprimidas*. Quedan inconscientes, y si se trata de tornarlas conscientes al sujeto, se despierta una *resistencia*. Mas esos impulsos instintuales reprimidos no por ello han perdido siempre su poderío; en muchos casos logran hacer valer su influencia sobre la vida psíquica por vías indirectas, y las gratificaciones sustitutivas de lo reprimido así alcanzadas constituyen los síntomas neuróticos.

2) *Los instintos sexuales*. —Por razones culturales, la represión más

intensa recae sobre los instintos sexuales; pero precisamente en ellos la represión fracasa con mayor facilidad, de modo que los síntomas neuróticos aparecen como satisfacciones sustitutivas de la sexualidad reprimida. La noción de que la vida sexual humana comienza sólo en la pubertad es errónea; por el contrario, su actividad puede ser demostrada desde el principio mismo de la vida extrauterina; alcanza una primera culminación en el quinto año de vida o antes del mismo (*período precoz*) y experimenta entonces una inhibición o interrupción (*período de latencia*) que finaliza a su vez con la pubertad, segunda culminación de dicho desarrollo.

El arranque bifásico del desarrollo sexual parece ser una característica exclusiva del género *Homo*. Todas las vivencias de ese primer período de la infancia tienen suma importancia para el individuo; en conjunto con su constitución sexual heredada, integran las disposiciones para el ulterior desarrollo del carácter o de la enfermedad. Es inexacta la noción de que la sexualidad coincide con la *genitalidad*. Los instintos sexuales recorren una complicada evolución, y sólo a su término se alcanza la *primacía de las zonas genitales*. En el ínterin se establecen varias organizaciones *pregenuales* de la libido, a las que ésta puede quedar *fijada* y a las que retornará en caso de que se produzcan ulteriores represiones (*regresión*). Las fijaciones infantiles de la libido son las que determinan la ulterior elección de la forma de neurosis. Así, las neurosis han de ser consideradas como inhibiciones evolutivas de la libido. No existen causas específicas de las afecciones neuróticas: son condiciones cuantitativas —es decir, la potencia relativa de las fuerzas intervinientes— las que deciden si un conflicto desembocará en la salud o en una inhibición funcional neurótica.

El complejo de Edipo. —La más importante situación conflictual que el niño se ve obligado a resolver radica en la relación con sus padres, en el *complejo de Edipo*; ante su resolución fracasan siempre los seres destinados a sufrir una neurosis. Las reacciones contra las demandas instintuales del complejo de Edipo representan la fuente de las más valiosas y socialmente más importantes conquistas del espíritu humano, tanto en lo que se refiere a la existencia del individuo como también, probablemente, a la historia de toda la especie humana. En el curso de la superación del complejo de Edipo

origínase también el *super-yo*, la instancia moral que domina el *yo*.

3) *La transferencia*. —Desígnase así la notable peculiaridad que presentan los neuróticos de desarrollar hacia su médico vinculaciones emocionales, tanto afectuosas como hostiles, que no están fundadas en la respectiva situación real, sino que proceden de la relación parental (complejo de Edipo). La transferencia es la prueba de que tampoco el adulto ha logrado superar su antigua dependencia infantil. En el tratamiento coincide con la fuerza que se ha llamado *sugestión*; sólo su correcto manejo, que el médico ha de aprender, permite inducir al paciente a superar sus resistencias internas y a abolir sus represiones. El tratamiento psicoanalítico conviértese así en una reeducación del adulto, en una corrección de la educación del niño.

En el estrecho marco de esta exposición sucinta del psicoanálisis no es posible considerar muchos otros temas del mayor interés general, como, por ejemplo, la *sublimación* de los instintos, el papel desempeñado por el *simbolismo*, el problema de la *ambivalencia*, etc. Tampoco ha sido posible aludir, lamentablemente, a las aplicaciones que el psicoanálisis, surgido en terreno médico, ha tenido en las ciencias del espíritu, como la historia de la cultura y de la literatura, la ciencia de las religiones y la pedagogía, aplicaciones que adquieren diariamente mayor importancia. Baste señalar que el psicoanálisis —en tanto que psicología de los actos psíquicos más profundos, inconscientes— promete convertirse en el nexo de unión entre la psiquiatría y todas esas ciencias del espíritu.

EL MOVIMIENTO PSICOANALÍTICO

El psicoanálisis, cuyos orígenes pueden ser marcados por dos fechas —*1895*, publicación de los *Estudios sobre la histeria*, de Breuer y Freud; *1900*, publicación de *La interpretación de los sueños*, de Freud—, no despertó al principio interés alguno entre los médicos y entre el público en general. En 1907 comenzaron a interesarse los psiquiatras suizos, bajo la conducción de E. Bleuler y C. G. Jung, de Zurich. En 1908 tuvo lugar en Salzburgo la primera reunión de los adherentes de distintos países. En 1909,

Freud y Jung fueron invitados por G. Stanley Hall a Estados Unidos para pronunciar una serie de conferencias sobre psicoanálisis en la Universidad de Clark, en Worcester, Massachusetts. Desde entonces, el interés aumentó rápidamente en Europa, pero se manifestó sólo a través del más enérgico repudio, caracterizado por un tinte emocional rayano a menudo en lo anticientífico.

En el campo médico esta hostilidad era motivada por la acentuación de los factores psíquicos en el psicoanálisis; en el campo Filosófico, por su postulación básica del concepto de la actividad psíquica inconsciente; pero la razón más poderosa radicada sin duda en la general aversión humana a conceder al factor de la sexualidad la importancia que el psicoanálisis le asigna. A pesar de esta oposición general, el movimiento en favor del psicoanálisis avanzó incontenible. Sus adhérentes se organizaron en una Asociación internacional que soportó con éxito la dura prueba de la guerra mundial y que actualmente (en 1925) comprende los grupos locales de Viena, Berlín, Budapest, Londres, Suiza, Holanda, Moscú, Calcuta y dos grupos en Estados Unidos. Varias publicaciones periódicas sirven a los fines de esas asociaciones; entre ellas, dos alemanas —*Internationale Zeitschrift fur Psychoanalyse* e *Imago* (dedicadas a las aplicaciones del psicoanálisis a campos no médicos del conocimiento)— y una inglesa: *International Journal of Psycho-Analysis*.

Durante los años de 1911 a 1913 separáronse del movimiento dos antiguos adhérentes, Alfred Adler (Viena) y C. G. Jung (Zurich), fundando sendas escuelas propias, que fueron bien recibidas por la corriente general de hostilidad al psicoanálisis, pero que científicamente han quedado estériles[2239]. En 1921, el doctor M. Eitingon fundó en Berlín el primer policlínico público psicoanalítico e instituto de enseñanza, que al poco tiempo fue seguido por una segunda fundación similar en Viena.

BIBLIOGRAFÍA

Breuer y Freud: *Estudios sobre la histeria*, 1895; Freud: *La*

interpretación de los sueños, 1900; *Psicopatología de la vida cotidiana*, 1904; *Tres ensayos para la teoría sexual*, 1905; *Lecciones introductorias al psicoanálisis*, 1916. Las obras de Freud han tenido una edición completa en alemán: *Gesammelte Schriften*, tomos I al X (1925), y otra en castellano: *Obras completas*, publicadas a partir de 1923. En su mayor parte han sido traducidas al inglés y a otros idiomas. Entre las exposiciones sucintas de su contenido y de su historia cabe mencionar las siguientes: Freud: *Cinco conferencias sobre psicoanálisis*, 1909; *Historia del movimiento psicoanalítico*, 1914; *Estudio autobiográfico* (en «La medicina de la actualidad», de Grote), 1925. Particularmente accesibles a los lectores de habla inglesa son las siguientes obras: E. Jones: *Papers on Psycho-Analysis*, 1923; A. A. Brill: *Psycho-Analysis*, 1922; S. Ferenczi: *Theory and Technique of Psychoanalysis*, 1927.

CLIII

ANÁLISIS PROFANO

(PSICOANÁLISIS Y MEDICINA)

CONVERSACIONES CON UNA PERSONA IMPARCIAL[2240]

1926

Introducción

EL título del presente trabajo reclama una previa aclaración. Con la palabra «profanos» designamos a los individuos ajenos a la profesión médica. La cuestión planteada es la de si puede serles permitido a médicos como a no médicos el ejercicio del análisis. Esta cuestión aparece dependiente de circunstancias temporales y locales. Temporales, porque hasta el día nadie se ha preocupado de quiénes ejercían el psicoanálisis, indiferencia tanto más absoluta cuanto que se derivaba del deseo unánime de que nadie la ejerciese, apoyando con diversas razones, pero fundado realmente en una misma repugnancia. La pretensión de que sólo los médicos puedan analizar responde de este modo a una nueva actitud ante el análisis, que habrá de parecemos más benévola si evitamos ver en ella una mera ramificación encubierta de la primitiva hostilidad. Así, pues, se concede, ya que en determinadas circunstancias resulta indicado el tratamiento psicoanalítico, pero se pretende que sólo un médico puede encargarse de él.

En páginas ulteriores investigaremos los fundamentos de esta limitación.

La cuestión del análisis profano aparece también localmente condicionada, no presentando igual alcance en todas las naciones. En Alemania y en América no pasa de ser una discusión académica. En estos países puede todo enfermo hacerse tratar como y por quien quiera, y todo «curandero» encargarse de los enfermos que se pongan en sus manos, ateniéndose tan sólo a las responsabilidades que éstos puedan luego exigirles, pues la ley no interviene hasta que algún paciente o sus familiares recurren a ella en demanda de castigo o indemnización. Pero en Austria, donde escribimos y adonde principalmente hemos de referirnos, la ley tiene carácter preventivo y prohíbe a las personas carentes de título médico encargarse de un tratamiento sin esperar para nada el resultado del mismo. Igualmente sucede en Francia. La cuestión, pues, de si el psicoanálisis puede ser ejercido por personas ajenas a la profesión médica tiene en estos países un sentido práctico. Pero, apenas planteada, parece resuelta por la letra misma de la ley: los nerviosos son enfermos, los profanos son personas sin título médico, el psicoanálisis es un procedimiento encaminado a la curación o al alivio de las enfermedades nerviosas y todos los tratamientos de este género están reservados a los médicos… En consecuencia, no pueden los profanos emprender el análisis de enfermos nerviosos, y si lo emprenden, caerán bajo el peso de la ley. Planteada así la cuestión en términos generales, parece inútil seguir ocupándose del análisis profano. Pero en nuestro caso es preciso tener en cuenta ciertas complicaciones que el legislador no pudo prever, pues en primer lugar se trata de enfermos de un género singularísimo, y en segundo resulta que ni los profanos lo son tanto como pudiera creerse ni los médicos son tampoco aquello que debiera esperarse que fueran y en lo que podrían fundar sus aspiraciones a la exclusividad. Si logramos demostrar estas afirmaciones, quedará justificada nuestra demanda de que la referida ley no se aplique al análisis sin alguna modificación.

I

UNA tal modificación de las leyes vigentes dependerá de personas que no están obligadas a conocer las particularidades del tratamiento analítico. A nosotros corresponderá, pues, instruir sobre la materia a tales personas, a las que suponemos ajenas al análisis y totalmente imparciales. Lamentamos, desde luego, no poder hacerlas testigos de un tratamiento de este orden, pero la «situación analítica» no tolera la presencia de un tercero. Por otro lado, las distintas sesiones de un tratamiento alcanzan valores muy diferentes, y un tal espectador imperito, que llegara a presenciar una sesión cualquiera, no recibiría represión alguna ajustada, correría el peligro de no comprender de lo que se trataba entre el analítico y el paciente o se aburriría. Habrá, pues, de contentarse con nuestra información, que trataremos de concretar en forma que inspire máximo crédito.

Supongamos un enfermo aquejado de bruscos cambios de estado de ánimo, que no logra dominar, de una temerosa indecisión que paraliza sus energías, haciéndole imaginarse incapaz de realizar nada a derechas, o de una angustiosa sensación de embarazo ante personas extrañas. Siente, por ejemplo, aunque sin comprender la razón, que el ejercicio de su profesión se le hace cada vez más difícil, siéndole casi imposible tomar resoluciones o iniciativas de importancia. Un día, sin saber por qué, ha sufrido un penoso ataque de angustia, y desde entonces no puede sin gran esfuerzo ir sólo por la calle o viajar en ferrocarril, habiendo llegado quizá a renunciar en absoluto a ello. O, cosa singular, sus ideas siguen caminos propios, sin dejarse guiar por su voluntad, persiguen problemas que le son absolutamente indiferentes, pero de los cuales le es imposible apartar su pensamiento, y le plantean tareas absurdas y ridículas, tales como la de contar las ventanas de las casas. En actos sencillísimos —cerrar la llave del gas o echar una carta al buzón— le asalta, momentos después, la duda de si realmente los ha realizado o no. Estos trastornos son ya harto enfadosos; pero cuando el estado del sujeto llega a ser intolerable es cuando de repente se encuentra con que no puede rechazar la idea de haber empujado a un niño bajo las ruedas de un carruaje, haber arrojado al agua a un desconocido o ser él el asesino que la policía busca como autor del crimen descubierto aquella mañana. Todo ello le parece insensato; sabe muy bien que jamás ha hecho daño a nadie, pero la sensación que le atormenta —el sentimiento de culpabilidad— no sería más intenso si

realmente fuera él el asesino buscado.

Las perturbaciones de este orden revisten muy diversas formas y atacan a los más diferentes órganos. Supongamos que se trata ahora de una mujer. Es una excelente pianista, pero sus dedos se contraen al ir a tocar y le rehúsan sus servicios. Cuando piensa asistir a una reunión siente en el acto una necesidad natural, cuya satisfacción le sería imposible realizar en público. Ha renunciado, pues, a asistir a reuniones, bailes, teatros y conciertos. En las ocasiones más inoportunas se ve aquejada de violentas jaquecas y otras diversas sensaciones dolorosas. A veces, se le presentan vómitos incoercibles que le impiden tomar el menor alimento, situación que a la larga puede tener graves consecuencias. Por último, aparece incapacitada para resistir cualquier contrariedad de las que nunca faltan en la vida, pues pierde en tales ocasiones el conocimiento y sufre muchas veces convulsiones musculares que recuerdan inquietantes estados patológicos.

En otros enfermos, la perturbación recae sobre un sector en el que la vida sentimental exige al soma determinadas funciones. Los sujetos masculinos se encuentran incapacitados para dar expresión física a los tiernos sentimientos que les inspira una determinada persona de sexo contrario, disponiendo, en cambio, de todas sus reacciones cuando se trata de personas menos queridas. O bien su sensualidad se enlaza exclusivamente a personas a las que desprecian y de quienes quisieran libertarse, o les impone condiciones cuyo cumplimiento les repugna. Los sujetos femeninos ven vedada la satisfacción de las exigencias de la vida sensual por sensaciones de angustia o repugnancia o por obstáculos desconocidos, o cuando ceden al amor no encuentran en él el placer que la Naturaleza ofrece como premio a tal docilidad.

Todas estas personas se reconocen enfermas y buscan a aquellos médicos de quienes puede esperarse la supresión de tales trastornos nerviosos. Los médicos saben también las categorías en las que se incluyen estos padecimientos y los diagnósticos, según sus respectivos puntos de vista, con diversos nombres, neurastenia, psicastenia, fobias, neurosis obsesiva o histeria. Reconocen los órganos que manifiestan los síntomas: el corazón, el estómago, el intestino y los genitales, y los encuentran sanos. Aconsejan la interrupción de la vida habitual del paciente, curas de reposo, tónicos, etc., y

sólo consiguen con ello, cuando más, un alivio pasajero. Por último, oyen los enfermos que hay personas dedicadas especialmente al tratamiento de tales dolencias, y buscando una de ellas se someten al análisis.

Nuestro sujeto imparcial, al que suponemos presente, ha dado muestras de impaciencia, mientras desarrollábamos la relación que antecede, de los síntomas patológicos de los neuróticos. Mas ahora redobla su atención y se expresa en la siguiente forma: «Vamos a ver, por fin, qué es lo que el analista emprende con el paciente al que el médico no ha podido auxiliar».

Pues bien: el analista no hace más que entablar un diálogo con el paciente.

No usa instrumento, ni siquiera para reconocer ni recetar medicamento alguno, e incluso, si las circunstancias lo permiten, deja al paciente dentro de su círculo y medio familiares mientras dura el tratamiento, sin que ello sea, desde luego, condición precisa ni tampoco práctica en todos los casos. El analista recibe al paciente a una hora determinada, le deja hablar, le escucha, le habla a su vez y le deja escucharle.

La fisonomía de nuestro interlocutor imparcial toma aquí una expresión de curiosidad satisfecha a la que se mezcla algo de desprecio, como si pensara: «¿Nada más que eso? Palabras, palabras y palabras, como dice Hamlet», y recuerda seguramente la irónica tirada en que Mefistófeles habla de cuán fácilmente se arregla todo con palabras, versos, que jamás olvidará ya ningún alemán. Luego añade:

«Se trata, pues, de una especie de conjuro mágico. Ante las palabras del analítico desaparece el mal».

Sería efectivamente cosa de magia y tendría así plena razón nuestro interlocutor si el efecto fuese rápido. La magia tiene por condición la rapidez, o mejor dicho aún, la instantaneidad del efecto. Pero los tratamientos psicoanalíticos precisan meses y hasta años. Una magia tan lenta pierde todo carácter maravilloso. Por lo demás, no debemos desdeñar la *palabra*, poderoso instrumento, por medio del cual podemos comunicar nuestros sentimientos a los demás y adquirir influencias sobre ellos. Al principio fue, ciertamente, el acto; el verbo —la palabra— vino después, y ya fue, en cierto modo, un progreso cultural el que el acto se amortiguara, haciéndose palabra. Pero la palabra fue primitivamente un conjuro, un acto mágico, y conserva

aún mucho de su antigua fuerza.

Nuestro interlocutor continúa: «Supongamos que el paciente está tan poco preparado como yo para la comprensión del tratamiento psicoanalítico; ¿cómo puede usted hacerle creer en la fuerza mágica de las palabras que ha de librarle de su enfermedad?»

Naturalmente hay que prepararle, y para ello se nos ofrece un camino sencillísimo. Le pedimos que sea total y absolutamente sincero con su analista, sin retener, intencionadamente, nada de lo que surja en su pensamiento, y más adelante, que se sobreponga a todas aquellas consideraciones que le impulsen a excluir de la comunicación determinados pensamientos o recuerdos. Todo hombre tiene perfecta conciencia de encerrar en su pensamiento cosas que nunca, o sólo a disgusto, comunicaría a otros. Son éstas sus «intimidades». Sospecha también, cosa que constituye un gran progreso en el conocimiento psicológico de sí mismo, que existen otras cosas que no quisiera uno confesarse *a sí mismo*, que se oculta uno a sí propio y que expulsa de su pensamiento en cuanto, por acaso, aparecen. Quizá llegan incluso a observar el principio de un singular problema psicológico en el hecho de tener que ocultar a su mismo *yo* un pensamiento propio. Resulta así como si su *yo* no fuera la unidad que él siempre ha creído y hubiera en él algo distinto que pudiera oponerse a tal *yo*, y de este modo se le anuncia oscuramente algo como una contradicción entre el *yo* y una vida anímica más amplia. Cuando ahora acepta la demanda analítica de decirlo todo, se hace fácilmente accesible a la esperanza de que un intercambio de ideas, desarrollado bajo premisas tan desusadas, puede muy bien provocar efectos singulares.

«Comprendo —dice nuestro imparcial oyente—; supone usted que todo neurótico oculta algo que pesa sobre él, un secreto; dándole ocasión de revelarlo, le descarga usted de tal peso y alivia su mal. No se trata, pues, sino del principio de la confesión, utilizado de antiguo por la Iglesia católica para asegurarse el dominio sobre los espíritus».

Sí y no, hemos de replicar. La confesión forma parte del análisis; pero sólo como su iniciación primera, sin que tenga afinidad ninguna con su esencia ni mucho menos explique su efecto. En la confesión, dice el pecador lo que sabe; en el análisis, el neurótico ha de decir algo más. Por otra parte,

tampoco sabemos que la confesión haya tenido jamás el poder de suprimir síntomas patológicos directos.

«Entonces no lo entiendo —se nos responde—. ¿Qué significa eso de decir más de lo que se sabe? Lo único que puedo imaginarme es que el analista adquiere sobre el paciente una influencia más fuerte que el confesor sobre el penitente, por ocuparse de él más larga, intensa e individualmente, y que utiliza ésta más enérgica influencia para liberarle de sus ideas patológicas, disipar sus temores, etc. Sería harto singular que también se consiguiese dominar por este medio fenómenos puramente somáticos, tales como vómitos, diarreas y convulsiones, pero ya sé que también es posible conseguir este resultado en sujetos hipnotizados. Probablemente, y aunque sin pretenderlo, consigue usted en su labor analítica establecer con el paciente una semejante relación hipnótica, un enlace sugestivo a su persona, y entonces los milagros de su terapia no son sino efectos de la sugestión hipnótica. Pero, que yo sepa, la terapia hipnótica labora mucho más rápidamente que su análisis, el cual, como usted ha dicho, dura meses enteros y hasta años».

Observamos que nuestro imparcial interlocutor no es tan lego en la materia como al principio le supusimos. Indudablemente se esfuerza en llegar a la comprensión del psicoanálisis con ayuda de sus conocimientos anteriores, enlazándola con algo que le es ya conocido. Se nos plantea ahora la difícil labor de hacerle ver que tal intento se halla condenado al fracaso, por ser el análisis un procedimiento *sui generis*, algo nuevo y singularísimo, a cuya comprensión sólo puede llegarse con ayuda de conocimientos —o, si se quiere, hipótesis— totalmente nuevos. Mas, ante todo, habremos de dar respuesta a su última observación:

Es, ciertamente, muy digna de tenerse en cuenta su indicación sobre la influencia personal del analista. Tal influencia existe, desde luego, y desempeña en el análisis un papel muy importante, pero distinto en absoluto del que desempeña en el hipnotismo. No sería difícil demostrar que se trata de situaciones completamente diferentes. Bastará hacer observar que en el análisis no utilizamos dicha influencia personal —el factor «sugestivo»— para vencer los síntomas patológicos, como sucede con el hipnotismo, y además, que sería erróneo creer que tal factor constituía la base y el motor del

tratamiento. Al principio, sí; pero más tarde, lo que hace es oponerse a nuestras intenciones analíticas, forzándonos a tomar amplias medidas defensivas. También quisiéramos demostrar con un ejemplo cuán lejos de nuestra técnica analítica se halla toda tentativa de desviar las ideas del enfermo o convencerle de su falsedad. Así, cuando nuestro paciente sufre de un sentimiento de culpabilidad, como si hubiera cometido un crimen, no le aconsejamos que se sobreponga a este tormento de su conciencia acentuando su indudable inocencia, pues esto ya lo ha intentado él sin resultado alguno. Lo que hacemos es advertirle que una sensación tan intensa y resistente ha de hallarse basada en algo real, que quizá pueda ser descubierto.

«Me asombrará —opina aquí nuestro imparcial interlocutor— que con una tal confirmación de la realidad del sentimiento de culpa consigan ustedes mitigarlo. Pero ¿cuáles son sus intenciones analíticas y qué emprenden ustedes con el paciente?»

II

SI hemos de hacernos comprender de usted —continuamos diciendo a nuestro interlocutor— habremos de exponerle un fragmento de una teoría psicológica desconocida o insuficientemente estimada fuera de los círculos analíticos. De ella podremos deducir lo que nos proponemos conseguir en beneficio de nuestros enfermos y cómo la alcanzamos. Vamos a exponerla dogmáticamente y como si se tratara de una construcción ideológica terminada y perfecta. Pero no vaya usted a creer que ha nacido ya así, como un sistema filosófico. Por el contrario, la hemos construido muy despacio, forjando laboriosamente cada uno de sus elementos y modificándola de continuo en un interrumpido contacto con la observación, hasta verla adquirir por fin una forma que nos parece bastar para nuestros propósitos. Todavía hace algunos años hubiera tenido que vestir esta teoría con distintos conceptos, sin que tampoco pueda hoy asegurar que su actual expresión haya de ser la última y definitiva. La ciencia no es revelación, y aunque muy lejos ya de sus comienzos, carece todavía de los caracteres de

precisión, inmutabilidad e infalibilidad a los que aspira el pensamiento humano. Pero así y todo es lo único que poseemos. Si a ella añade usted que nuestra disciplina es aún muy joven, habiendo nacido casi con el siglo actual y que se ocupa de una de las materias más arduas que pueden plantearse a la investigación humana, no le será difícil adoptar la actitud justa para oírme. De todos modos, interrúmpame usted siempre que no pueda seguirme o necesite más amplias aclaraciones.

«Voy a interrumpirlo antes siquiera de empezar. Dice usted que va a exponerme una nueva Psicología. Ahora bien: la Psicología no es, ni con mucho, una ciencia nueva. Ha habido muchos psicólogos y, según recuerdo de mis tiempos de estudiante, se han alcanzado ya en este sector científico rendimientos de gran importancia».

Rendimientos que no pienso, por mi parte, discutir. Pero si los examina usted con algún detenimiento, verá que deben ser adscritos más bien a la fisiología de los sentidos. La Psicología no ha podido desarrollarse porque se lo ha impedido un error fundamental. ¿Qué comprende hoy, tal y como es enseñanza en los centros de cultura? Aparte de los valiosos conocimientos antes mencionados, pertenecientes a la fisiología de los sentidos, una cierta cantidad de divisiones y definiciones de nuestros procesos anímicos, que los usos del lenguaje han convertido en propiedad común a todos los hombres cultos. Y esto no basta, desde luego, para la concepción de nuestra vida psíquica. ¿No ha observado usted que cada filósofo, cada poeta, cada historiador y cada biógrafo crean para su uso particular una teoría psicológica y forjan hipótesis personales, más o menos atractivas, pero siempre inconsistentes sobre la cohesión y los fines de los actos psíquicos? Falta a todo ello un fundamento común. De aquí, también, que en el terreno psicológico no existan, por decirlo así, respeto ni autoridad algunos. Todo el mundo se considera con derecho a opinar. Si plantea usted una cuestión de Física o de Química, callarán todos los no especializados en tales materias. En cambio, si arriesgamos una afirmación psicológica, podemos estar seguros de que nadie dejará de emitir su juicio, favorable o adverso. Por lo visto, no existen en este sector «conocimientos especiales». Todo el mundo tiene su vida anímica y se cree, por ello, psicólogo. Pero a nuestro juicio, a título bien precario, recordándonos la respuesta de aquella mujer, que fue a ofrecerse

como aya, y al ser preguntada si tenía nociones de cómo se debía tratar a los niños pequeños, exclamó un tanto extrañada: «¡Naturalmente! También yo he sido niña alguna vez».

«Y ese 'fundamento común' de la vida anímica, hasta ahora desatendido por los psicólogos, ¿cree usted haberlo descubierto por medio de la observación de sus enfermos?»

No creo que tal origen quite valor a nuestros descubrimientos. La Embriología, por ejemplo, no nos merecería confianza alguna si no pudiese explicar satisfactoriamente la génesis de las deformidades innatas. En cambio, le he hablado a usted antes de casos en los que el pensamiento sigue caminos independientes de la voluntad del sujeto, obligándole a meditar sin descanso sobre problemas que le son totalmente indiferentes: ¿Cree usted que la Psicología oficial ha podido jamás aportar algo a la explicación de tales anomalías? Por último, todos podemos comprobar que mientras dormimos sigue nuestro pensamiento caminos propios y crea cosas que luego no comprendemos, y que se recuerdan ciertos productos patológicos. El vulgo ha mantenido siempre la creencia de que los sueños significan algo y tenían un sentido y un valor propios. Pero la Psicología oficial no ha podido nunca indicar tal sentido de los sueños. No ha sabido qué hacer con ellos, y cuando ha intentado darles alguna explicación ha sido siempre fuera de todo carácter psicológico, refiriéndolos a estímulos sensoriales, a una distinta profundidad del reposo de las diversas partes del cerebro, etc. Ahora bien, una psicología que no ha conseguido explicar los sueños no ha de poder tampoco proporcionarnos una explicación de la vida anímica normal ni tiene derecho alguno al hombre de ciencia.

«Observo ahora en usted una cierta agresividad, indicio de que llegamos a un punto delicado. He oído, en efecto, que el análisis da gran valor a los sueños, los interpreta, busca tras ellos recuerdos de sucesos reales, etc. Pero también que la interpretación de los sueños queda abandonada al arbitrio del analítico y que en estos últimos no han llegado todavía a un acuerdo sobre el modo de interpretar los sueños, ni sobre la justificación de deducir de ellos conclusiones. Si ello es así, no debe subrayar con tanta energía la ventaja que el análisis ha alcanzado sobre la Psicología oficial».

Hay mucho de verdad en lo que acaba usted de decir. Es cierto que la

interpretación de los sueños ha adquirido, tanto para la teoría como para la práctica del análisis, una extraordinaria importancia. Si parezco agresivo, es tan sólo como medio de defensa. Pero si pienso en los destrozos que algunos analíticos han causado con la interpretación de los sueños, me torno tímido y casi doy la razón a nuestro gran satírico Nestroy cuando afirma que todo progreso no es sino la mitad de lo que en un principio se creyó. Ahora bien: ¿no es cosa sabida que los hombres no hacen sino embrollar y destrozar todo lo que cae en sus manos? Con un poco de prudencia y de disciplina puede evitarse la mayoría de los peligros de la interpretación onírica. Pero ¿no cree usted que si continuamos divagando como hasta ahora no llegaré nunca a exponerle la teoría anunciada?

«Es cierto. Si no comprendí mal, se proponía usted hablarme de la hipótesis fundamental de la nueva Psicología».

No era por ese punto por el que precisamente quería comenzar. Ahora me propongo exponerle la idea que en el curso de nuestros estudios analíticos nos hemos formado de la estructura del aparato anímico.

«¿A qué da usted el nombre de aparato anímico y cuál es su composición?»

Pronto verá usted claramente lo que es el aparato anímico. En cambio, le ruego no me pregunte cuáles son los materiales que lo componen.

Es ésta una cuestión tan indiferente para la Psicología como puede serlo para la Óptica el que las paredes de un anteojo sean de metal o de cartón. Dejaremos, por tanto, a un lado el punto de vista *material*. No así, en cambio, el *espacial*, que ha de sernos muy útil. Nos representamos, en efecto, el desconocido aparato dedicado a las funciones anímicas como instrumento compuesto de varias partes, a las que denominamos instancias, cada una de las cuales cumple una función particular, teniendo todas, entre sí, una relación espacial fija. Esta relación espacial, o sea, la determinada por los conceptos de «delante», «detrás», «superficial» y «profundo», no tiene en un principio para nosotros más sentido que el de una representación de la sucesión regular de las funciones. ¿Me hago entender todavía?

«Apenas. Quizá luego vaya viendo más claro; pero de todos modos he de observarle que me presente usted aquí una singular anatomía del alma, inusitada ya entre los investigadores físicos».

¿Qué quiere usted? Se trata de una representación auxiliar como tantas otras usadas en la ciencia. Las primeras han sido siempre algo groseras. *Open to revision* hay que decir en estos casos. Pero no creo siquiera necesario acogerme al ya popular «como si». El valor de una tal ficción —como la denominaría el filósofo Vaihinger— depende de la utilidad que nos reporte.

Continuemos: Reconocemos en el hombre una organización anímica interpolada entre sus estímulos sensoriales y la percepción de sus necesidades físicas, de un lado, y de otro, sus actos motores, sirviendo, con un propósito determinado, de mediadora entre tales dos sectores. A esta organización psíquica que reconocemos en el hombre la denominamos su *yo*. No es esto ninguna novedad. Todos los hombres cultos aceptan esta hipótesis, aunque no sean filósofos, y algunos, a pesar de serlo. Pero con esto no creemos haber agotado la descripción del aparato anímico. Además de la existencia de este *yo*, reconocemos la de otro sector psíquico, más amplio, importante y oscuro que el *yo*, sector al que denominamos el *ello*. Vamos, ante todo, a ocuparnos de la relación entre ambos.

En Psicología, sólo por medio de comparaciones nos es posible describir circunstancia nada singular, pues se da igualmente en otros sectores. Pero también hemos de cambiar constantemente de comparaciones; ninguna nos dura mucho. Así, pues, si he de hacer suficientemente clara la relación entre el *yo* y el *ello*, le ruego se represente al *yo* como una especie de fachada del *ello*; esto es, como un primer plano, un estrato exterior o una corteza del mismo. Conservamos esta última comparación. Sabido es que las capas corticales deben sus cualidades particulares a la influencia modificativa del medio exterior, con el que están en contacto. Nos representamos, pues, al *yo* como la capa exterior del aparato anímico, del *ello*, modificada por la influencia del mundo exterior (de la realidad). Irá usted viendo ya cuán seriamente utilizamos en el psicoanálisis los conceptos espaciales. El *yo* es realmente para nosotros lo superficial, y el *ello*, lo profundo; claro es que considerados desde fuera. El *yo* se encuentra entre la realidad y el *ello*, lo propiamente anímico.

«No quiero preguntarle todavía cómo puede saberse todo eso. Pero dígame qué le obliga a usted a establecer esa distinción de un *yo* y un *ello*».

Su pregunta me indica el camino por el que debo seguir. Lo importante

es, en efecto, saber que el *yo* y el *ello* se diferencian considerablemente en varios puntos. En el *yo*, el curso de los actos psíquicos es regido por reglas distintas que en el *ello*, y además, el *yo* persigue otros fines y con distintos medios. Sobre esto habría mucho que decir; pero creo que bastarán una nueva comparación y un ejemplo. Piense usted en la diferencia entre el frente de combate y el resto del país durante la guerra. No nos extrañaba entonces que en el frente llevase todo un ritmo distinto, ni que en la retaguardia se permitiesen muchas cosas que en el frente habían de ser prohibidas. La influencia determinante era, naturalmente, la proximidad del enemigo. Para el alma, tal influjo es la proximidad del mundo exterior. Exterior, extranjero y enemigo fueron un día conceptos idénticos. Ahora, el ejemplo: en el *ello* no hay conflictos. Las contradicciones y las antítesis subsisten impertérritas lado a lado y se resuelven con frecuencia por medio de transacciones. El *yo* experimenta en tales casos un conflicto, que ha de ser resuelto, y la solución consiste en abandonar una tendencia en obsequio a la otra. El *yo* es una organización que se caracteriza por una singular aspiración a la unidad, a la síntesis, carácter que falta en absoluto al *ello*, el cual carece, por decirlo así, de coherencia. Sus distintas tendencias persiguen sus fines independientemente unas de otras y sin atenderse entre sí.

«Pero si realmente existe un *hinterland* psíquico tan importante, ¿cómo se explica que haya permanecido incógnito hasta la época del análisis?»

Con esto volvemos a una de sus preguntas anteriores. La Psicología se había cerrado el acceso al sector del *ello*, manteniendo una hipótesis que en un principio parece aceptable, pero que resulta insostenible. Es esta hipótesis la de que todos los actos anímicos son conscientes, siendo la concienciación la característica de lo psíquico, y que si existen en nuestro cerebro procesos no conscientes, no merecen el nombre de actos psíquicos ni interesan para nada a la Psicología.

«A mi juicio, es ésta la posición más lógica».

Así opinan también los psicólogos. Pero no es difícil demostrar que es absolutamente falsa, constituyendo una diferenciación por completo inadecuada. La autoobservación más superficial nos enseña que podemos tener ocurrencias que no pueden haber surgido sin una previa preparación. Ahora bien: de estos grados primarios de nuestro propio pensamiento, que

desde luego ha debido ser también de naturaleza psíquica, no tenemos la menor noticia, y en nuestra conciencia aparece sólo el resultado. A veces, logramos hacer conscientes *a posteriori* tales productos mentales preparatorios.

«Lo más probable es que la atención se hallase desviada y no advirtiésemos así dichos preparativos».

Evasivas con las que no se logra eludir el hecho de que puedan desarrollarse en nosotros actos de naturaleza psíquica, a veces muy complicados, de los que ninguna noticia tiene nuestra conciencia ni llegamos a saber nada. ¿O está usted dispuesto a aceptar que un poco más o un poco menos de «atención» basta para transformar un acto no psíquico en un acto psíquico? Mas ¿para qué discutir? Existen experimentos hipnóticos en los cuales queda demostrada irrebatiblemente la existencia de tales pensamientos no conscientes.

«No quiero negarlo. Pero creo que, por fin, llego a comprenderlo. Lo que usted denomina el *yo* es la conciencia, y su *ello* es lo subconsciente, tan discutido en estos tiempos. Mas ¿para qué ponerles nuevos motes?»

No se trata de poner nuevos motes. Es que los otros nombres son absolutamente inutilizables. Y no intente usted venirme ahora con literatura en lugar de ciencia. Cuando alguien me habla de lo subconsciente, no acierto a saber si se refiere tópicamente a algo que se encuentra en el alma, por debajo de la conciencia, o, cualitativamente a otra conciencia, a una especie de conciencia subterránea. Lo más probable es que el mismo que emplea tal palabra no vea claramente su alcance. La única antítesis admisible es la de la consciente y lo inconsciente. Ahora bien: sería un error de graves consecuencias creer que esta antítesis coincide con la diferenciación de un *yo* y un *ello*. Por mi parte lo celebraría mucho, pues tal coincidencia facilitaría en extremo el camino de nuestra teoría; pero no es así. Todo lo que sucede en el *ello* es y permanece inconsciente, y sólo los procesos desarrollados en el *yo* pueden llegar a ser conscientes. Pero no todos ni siempre ni necesariamente, pues partes muy considerables del *yo* pueden permanecer inconscientes duraderamente.

El devenir consciente de un proceso anímico es harto complicado. No puedo por menos de exponerle —de nuevo dogmáticamente— nuestras

hipótesis sobre el caso. Recordará usted mi anterior descripción del *yo* como la capa exterior, periférica, del *ello*. Suponemos ahora que en la superficie más externa de este *yo* se encuentra una instancia especial, directamente vuelta hacia el mundo exterior; un sistema, un órgano, cuyo estímulo produce el fenómeno, al que damos el nombre de conciencia. Este órgano puede ser estimulado tanto desde el exterior por los estímulos del mundo externo, que llegan a él con ayuda de los órganos sensoriales, como desde el interior por las sensaciones surgidas en el *ello* o los procesos desarrollados en el *yo*.

«Esto se hace cada vez más complicado y escapa cada vez más a mi inteligencia. Me ha invitado usted a una conversación sobre el problema de si los profanos en Medicina pueden emprender un tratamiento analítico. Sobran, pues, todas sus explicaciones de teorías oscuras y arriesgadas, de cuya justificación no logrará usted convencerme».

Sé que no me será posible convencerle. Está fuera de toda posibilidad y, por tanto, fuera también de mis propósitos. Cuando damos a nuestros discípulos una clase teórica de psicoanálisis, observamos la poca impresión que en ellos hacen nuestras palabras. Escuchan las teorías analíticas con la misma frialdad que las demás abstracciones con que en su vida de estudiantes se los ha alimentado. Por esta razón, exigimos que todo aquel que desea practicar el análisis se someta antes él mismo a un análisis[2241], y sólo en el curso del mismo, al experimentar en su propia alma los procesos postulados por las teorías analíticas, es cuando adquiere aquellas convicciones que han de guiarle luego en su práctica analítica. ¿Cómo, pues, pudiera yo abrigar alguna esperanza de convencer a usted de la exactitud de nuestras teorías habiendo de limitarse a su exposición incompleta, abreviada y, por tanto, poco transparente, sin reforzarla con sus propias experiencias personales?

Mi intención es muy otra. Entre nosotros no se trata de si el análisis es sensato o insensato, ni de si sus afirmaciones son exactas o groseramente erróneas. Desarrollo ante usted nuestras teorías porque me parece el mejor medio de mostrarle claramente el contenido ideológico del análisis, las premisas con que se acerca a los enfermos y lo que con ellos se propone. De este modo lograremos iluminar intensamente la cuestión del análisis profano. Por lo demás, esté usted tranquilo. Siguiéndome hasta aquí ha recorrido usted ya el trozo más penoso del camino. Lo que resta ha de serle más fácil. Pero

déjeme usted tomar aliento.

III

«AHORA espero que me deduzca usted de las teorías psicoanalíticas la forma en que podemos representarnos la génesis de un padecimiento nervioso». Voy a intentarlo. Mas para ello habremos de estudiar nuestro *yo* y nuestro *ello* desde un nuevo punto de vista: desde el punto de vista *dinámico*, o sea, teniendo en cuenta las fuerzas que actúan en y entre ambas instancias. Antes nos hemos limitado a la descripción del aparato anímico.

«Supongo que será usted ya menos oscuro».

Así lo espero, y creo que no ha de serle tan penoso seguirme. Suponemos, pues, que las fuerzas que mueven el aparato psíquico nacen en los órganos del soma como expresión de las grandes necesidades físicas. Recuerde usted la frase de nuestro filósofo poeta: «Hambre y Amor». Una respetabilísima pareja de fuerzas. Damos a estas necesidades físicas, en cuanto representan estímulos de la actividad psíquica, el nombre de *instintos*. Tales instintos llenan el *ello*, pudiendo afirmarse sintéticamente que toda la energía del *ello* procede de los mismos. También las fuerzas del *yo* tienen igual origen, siendo derivación de las del *ello*. ¿Qué demandan los instintos? Satisfacción; esto es, la constitución de situaciones en las que puedan quedar apaciguadas las necesidades somáticas. El descenso de la tensión de la necesidad genera en nuestra conciencia una sensación de placer. En cambio, su incremento genera en el acto sensaciones de displacer. Estas oscilaciones dan origen a la serie de sensaciones de placer-displacer, con arreglo a la cual regula su actividad el aparato anímico. Habla aquí un *dominio del principio del placer*.

Cuando las aspiraciones instintivas del *ello* no encuentran satisfacción, surgen estados intolerables. La experiencia muestra pronto que tales situaciones de satisfacción sólo pueden ser constituidas con ayuda del mundo exterior, y entonces entra en funciones la parte del *ello*, vuelta hacia dicho mundo exterior, o sea, el *yo*. La fuerza que impulsa al navío corresponde toda

al *ello*; pero el *yo* es el timonel, sin el cual nunca se llegaría a puerto. Los instintos del *ello* tienden a una satisfacción, ciega e inmediata; mas por sí solos no la alcanzarían jamás, dando, en cambio, ocasiones a graves daños. Al *yo* corresponde evitar un tal fracaso, actuando de mediador entre las exigencias del *ello* y la del mundo exterior real. Su actuación se orienta en dos direcciones: por un lado observa, con ayuda de su órgano sensorial del sistema de la conciencia, el mundo exterior para a una satisfacción, ciega e inmediata; mas por sí solos no la alcanzarían jamás, otro actúa sobre el *ello*, refrenando sus «pasiones» y obligando a los instintos a aplazar su satisfacción, e incluso, en caso necesario, a modificar sus fines o a abandonarlos contra una indemnización. Al domar así los impulsos del *ello* sustituye el principio del placer, único antes dominante, por el llamado *principio de la realidad*, que si bien persigue iguales fines, lo hace atendiendo a las condiciones impuestas por el mundo exterior. Más tarde averigua el *yo* que para el logro de la satisfacción existe aún otro camino distinto de esta *adaptación* al mundo exterior. Puede también actuar directamente sobre el mundo exterior, *modificándolo*, y establecer en él intencionadamente aquellas condiciones que han de hacer posible la satisfacción. En esta actividad hemos de ver la más elevada función del *yo*. La decisión de cuándo es más adecuado dominar las pasiones y doblegarse ante la realidad, y cuándo se sabe atacar directamente al mundo exterior, constituye la clave de la sabiduría.

«Y siendo el *ello* la instancia más fuerte, ¿se deja realmente dominar por el *yol*»?

Sí; cuando el *yo* se encuentra plenamente organizado y dispone de toda su capacidad funcional, teniendo acceso a todas las partes del *ello* y pudiendo ejercer su influjo sobre ellas. Entre el *yo* y el *ello* no existe oposición natural ninguna; son partes de un mismo todo, y en los casos de salud normal resultan prácticamente indiferenciables.

«Todo eso está muy bien; pero no veo en esta relación ideal lugar alguno para la enfermedad».

En efecto, mientras el *yo* y sus relaciones con el *ello* se mantienen en estas condiciones ideales, no surge perturbación nerviosa alguna. El portillo que se abre a la enfermedad aparece en un lugar inesperado, si bien un perito

en Patología general no extrañará ver también confirmado en este caso que precisamente los desarrollos y las diferenciaciones más importantes llevan en sí el germen de la enfermedad y de la inhibición de las funciones.

«Me resulta usted ahora demasiado técnico, y no sé si le comprendo bien».

Voy a explicarme. Ante el formidable mundo exterior, plagado de fuerzas destructoras, el hombre no es sino una mísera criatura, insignificante e inerme. Un ser primitivo, que no ha desarrollado aún una organización, un *yo* suficiente, se halla expuesto a infinitos «traumas». Vive la satisfacción «ciega» de sus deseos instintivos y sucumbe arrastrado por ella. La diferenciación en la que surge el *yo* es, ante todo, un progreso para la conservación de la vida. El sucumbir no enseña nada; pero cuando se ha resistido felizmente un trauma, se vigila la aproximación de situaciones análogas y se señala el peligro por medio de una reproducción abreviada de las impresiones experimentadas durante el trauma, o sea, por medio de un *afecto de angustia*. Esta reacción a la percepción del peligro inicia la tentativa de fuga, la cual salva la vida hasta que se es suficientemente fuerte para afrontar de un modo activo, e incluso con la agresión, los peligros del mundo exterior.

«Todo esto se aparta mucho del tema que me prometió tratar».

No sospecha usted cuán cerca llegamos ya del cumplimiento de mi promesa. También en los seres que más tarde presentan una organización del *yo* perfectamente capaz de rendimiento es este *yo* al principio, durante los años infantiles, muy débil, y se halla muy poco diferenciado del *ello*. Imagine usted ahora lo que sucederá al experimentar este *yo*, impotente, la presión de una exigencia instintiva, procedente del *ello*; exigencia a la que quisiera ya resistirse porque adivina que su satisfacción es peligrosa y habrá de provocar una situación traumática, un choque con el mundo exterior, pero que no puede dominar por carecer aún de fuerzas para ello. El *yo* se comporta entonces ante el peligro instintivo como si se tratara de un peligro exterior; emprende una tentativa de fuga, se retira de aquella parte del *ello* y le deja abandonado a su suerte, después de negarle todos los auxilios en que los demás casos pone al servicio de los impulsos instintivos. Decimos entonces que el *yo* lleva a cabo una *represión* del impulso instintivo de que se trate. De

momento tiene esta maniobra el resultado de alejar el peligro, pero no se pueden confundir impunemente el exterior y el interior. Es imposible huir de sí mismo. En la represión sigue el *yo* el principio del placer, que de costumbre suele corregir, y esta inconsecuencia le acarrea un daño, consistente en limitar ya duraderamente su esfera de acción. El impulso instintivo reprimido queda ahora aislado, abandonado a sí mismo, inaccesible y sustraído a toda influencia. Sigue, pues, en adelante caminos propios. El *yo* no puede ya, por lo general, aun llegando después a su plenitud, deshacer la represión, quedando así perturbada su síntesis y permaneciéndole vedado el acceso a una parte del *ello*. Pero, además, el impulso instintivo aislado no permanece ocioso: encuentra medios de indemnizarse de la satisfacción normal que le ha sido prohibida; genera ramificaciones psíquicas que le representan, se enlaza a otros procesos, que su influencia sustrae también al *yo*, y aparece, por fin, en el *yo* y en la conciencia bajo la forma de un producto sustitutivo, irreconociblemente disfrazado o deformado, creando aquello que conocemos con el nombre de síntoma. He aquí ya ante nosotros el estado de cosas de una perturbación nerviosa. Por una parte, un *yo* coartado en su síntesis, carente de influencia sobre partes del *ello*, obligado a renunciar a alguna de sus actividades para evitar un nuevo choque con lo reprimido, y agotándose en actos defensivos, casi siempre vanos, contra los síntomas, ramificaciones de los impulsos reprimidos. Por otra, un *ello*, en el que ciertos instintos se han hecho independientes, y persiguen, sin tener en cuenta los intereses de la personalidad total, sus fines particulares, obedientes tan sólo a las leyes de la primitiva psicología que reina en las profundidades del *ello*. Considerando la situación en conjunto, hallamos la siguiente sencilla fórmula de la génesis de la neurosis: El *yo* ha intentado someter *en forma inadecuada* determinadas partes del *ello*, fracasando en su empeño y teniendo que sufrir ahora la venganza del *ello*. Así, pues, la neurosis es la consecuencia de un conflicto entre el *yo* y el *ello*, conflicto que provoca el *yo* por mantener a toda costa su docilidad para con el mundo exterior y el *ello*, y porque el *yo*, fiel a su más íntima esencia, toma partido por el mundo exterior y entra en conflicto con su *ello*. Pero, observe usted bien que no es este conflicto mismo el que crea la condición de la enfermedad —pues tales oposiciones entre la realidad y el *ello* son inevitables y una de las funciones constantemente

encomendadas al *yo* es la de actuar en ellas de mediador—, sino la circunstancia de haberse servido el *yo* para resolver el conflicto de un medio —la represión— totalmente insuficiente, circunstancia debida a que el *yo*, en la época en que le fue planteada esta labor, no había aún llegado a su pleno desarrollo y total potencia. Todas las represiones decisivas tienen lugar, efectivamente, durante la más temprana infancia.

«¡Singularísima trayectoria! Sigo su consejo de no criticar, ya que sólo se propone usted mostrarme la opinión del psicoanálisis sobre la génesis de la neurosis para enlazar a ella la exposición de su acción contra tales perturbaciones. Se me ocurren, desde luego, varias objeciones, que dejo para más adelante. Por ahora, sólo quiero advertirle que siento la tentación de seguir construyendo sobre la base de sus propios pensamientos y arriesgar por mi cuenta una teoría. Ha desarrollado usted la relación entre el mundo exterior, el *yo* y el *ello* y establecido como condición de la neurosis la de que el *yo*, fiel a su dependencia del mundo exterior, combata al *ello*. ¿No puede también imaginarse el caso contrario, o sea, el de que el *yo* se deje arrastrar por el *ello* y haga traición al mundo exterior? Según mi profana idea de la naturaleza de la locura, pudiera muy bien ser esta decisión del *yo* la condición de una enfermedad de este género, toda vez que un tal apartamiento de la realidad parece ser el carácter esencial de las mismas».

También yo he pensado en ello y me parece muy verosímil, si bien la prueba de esta sospecha exigiría una discusión harto complicada. La neurosis y la psicosis, perturbaciones íntimamente afines, desde luego, difieren en un punto decisivo, que puede depender muy bien de la resolución que tome el *yo* en un tal conflicto. En cambio, el *ello* conservaría siempre su carácter de ciega independencia.

«Continúe usted. ¿Qué medios le sugiere la teoría para el tratamiento de las enfermedades neuróticas?»

Resulta ya fácil diseñar nuestro fin terapéutico. Queremos reconstituir el yo, libertarlo de sus limitaciones y devolverle el dominio sobre el *ello*, perdido a consecuencia de sus pasadas represiones. Éste y sólo éste es el fin del análisis, y toda nuestra técnica se halla orientada hacia él. Hemos de buscar las represiones efectuadas y mover al *yo* a corregirlas con nuestra ayuda, resolviendo los conflictos en una forma más adecuada que el intento

de fuga. Como tales represiones tuvieron efecto en años infantiles muy tempranos, la labor analítica nos hace retroceder a esta época de la vida del sujeto. El camino que conduce hasta aquellas situaciones de conflicto olvidadas en su mayoría, que queremos reanimar en la memoria del enfermo, nos es indicado por los síntomas, los sueños y las ocurrencias espontáneas del sujeto, mal nial que ha de ser previamente objeto de una interpretación o traducción, pues bajo la influencia de la psicología del *ello* ha llegado a tomar formas expresivas que dificultan su comprensión. De los recuerdos, ideas y ocurrencias que el paciente nos comunica, no sin resistencia interior, hemos de suponer que se hallan enlazados, en algún modo, con lo reprimido, o son incluso ramificaciones suyas. Al llevar al paciente a vencer su resistencia a comunicar este material, enseñamos a su *yo* a dominar su tendencia a los intentos de fuga y a soportar la aproximación de lo reprimido. Al fin, cuando se ha conseguido reproducir en su recuerdo la situación en la que tuvo lugar la represión, queda brillantemente recompensada su docilidad. La diferencia entre la época de la represión y la actual le es favorable, y el conflicto ante el cual recurrió su *yo* a la fuga no es hoy, para el *yo* adulto y robustecido, más que un juego infantil.

IV

«Todo lo que hasta ahora me ha expuesto usted ha sido Psicología. A veces ha resultado extraño, oscuro y espinoso; pero siempre, si me permite usted la palabra, limpio. Ahora bien: hasta hoy sabía muy poco de psicoanálisis: pero, de todos modos, había llegado a mis oídos el rumor de que ustedes los analíticos se ocupaban predominantemente de cosas a las que no podía en modo alguno aplicarse el calificativo antes arriesgado. El que hasta ahora no haya tocado usted en su exposición nada semejante, me parece obedecer quizá a un deliberado propósito de abstención. Además, no puedo reprimir otra duda. Las neurosis son, como usted mismo dice, perturbaciones de la vida anímica. ¿Será posible que factores tan importantes como nuestra ética, nuestra conciencia moral y nuestros ideales no desempeñen papel

ninguno en tales hondas perturbaciones?»

Me advierte usted, pues, que hasta ahora hemos omitido en nuestra conversación tanto lo más alto como lo más bajo. Es cierto, y ello se debe a que todavía no hemos empezado a ocuparnos de los contenidos de la vida anímica. Pero ahora me va usted a permitir que sea yo quien interrumpa y detenga el curso de nuestro diálogo. Le he expuesto tanta Psicología porque deseaba provocar en usted la impresión de que la labor analítica no es sino un sector de la psicología aplicada, si bien de una psicología desconocida fuera del análisis. Así, pues, el analítico tiene, ante todo, que haber estudiado esta psicología, la psicología abismal (*Tiefenpsychologie*) o psicología de lo inconsciente, o por lo menos todo lo que de ella se conoce hasta el día. Retenga usted esta circunstancia, que ha de sernos necesaria para nuestras posteriores conclusiones. Pero dígame ahora a qué se refería usted con su anterior alusión a la pureza.

«Le diré; se cuenta generalmente que en los análisis llega a hablarse de las circunstancias más íntimas y repugnantes de la vida sexual, sin perdonar un solo detalle. Si es así —y de sus explicaciones psicológicas no he podido deducir que así haya de ser—, tendremos un argumento para no consentir sino a los médicos el ejercicio del análisis. ¿Cómo permitir a personas de cuya discreción no se está seguro y de cuyo carácter no tenemos garantía alguna de tamañas libertades?»

Es cierto que los médicos gozan en el terreno sexual de ciertas prerrogativas. Pueden incluso reconocer los órganos genitales. Aunque todavía existe algún reformador idealista —ya sabe usted a quién me refiero — que ha combatido tales privilegios. Pero usted quería saber, ante todo, si el análisis es así y por qué ha de tener este carácter, ¿no es verdad? Pues bien: es así.

Y tiene que ser así, en primer lugar, porque el análisis se halla basado en una completa sinceridad. Trátase en él, por ejemplo, con igual franqueza, circunstancias económicas que el sujeto no acostumbraba comunicar a sus conciudadanos, aunque no sean competidores suyos ni inspectores del Fisco. Claro es que esta absoluta sinceridad a que el paciente se obliga echa sobre el analítico una grave responsabilidad moral. En segundo lugar, tiene que ser así, porque entre las causas de las enfermedades nerviosas desempeñan los

factores de la vida sexual un papel importantísimo, quizá incluso específico. ¿Qué puede hacer el análisis sino adaptarse a su materia; esto es, al material que el enfermo le proporciona? El analítico no atrae jamás al paciente al terreno sexual, ni siquiera le advierte que habrá de tratarse en el análisis de tales intimidades. Deja que comience sus comunicaciones donde quiera, y espera tranquilamente a que toque por sí mismo los temas sexuales. Por mi parte, acostumbro hacer a mis discípulos la siguiente advertencia: Nuestros adversarios nos han anunciado que encontraremos casos en los que el factor sexual no desempeña papel alguno. Guardémonos, pues, muy bien de introducir nosotros en los análisis tales factores para no destruir la posibilidad de hallar un tal caso. Pero hasta ahora ninguno de nosotros ha tenido la suerte de encontrarlo.

Sé, naturalmente, que nuestro reconocimiento de la sexualidad constituye el principal motivo —confesado o no— de la hostilidad contra el análisis. Pero esta circunstancia no puede inducirnos en error, mostrándonos tan sólo cuán neurótica es nuestra sociedad civilizada, ya que sujetos aparentemente normales se conducen como enfermos nerviosos. En los tiempos en que el psicoanálisis era solemnemente enjuiciado en los círculos intelectuales de Alemania —de entonces acá han variado mucho las cosas—, hubo un orador que se consideraba con autoridad excepcional en la materia por el hecho de seguir también el método de dejar a los enfermos exteriorizar sus pensamientos, suponemos que con un propósito diagnóstico y para poner a prueba las afirmaciones analíticas. Pero —añadía— en cuanto comienzan a hablarme de cosas sexuales les cierro la boca. ¿Qué opina usted de un tal procedimiento de prueba? El docto auditorio aplaudió entusiasmado al orador en lugar de avergonzarse de su ligereza, como hubiera sido lógico. Sólo la triunfante seguridad que presta el saber compartida toda una serie de prejuicios puede explicar la desaprensión lógica de este orador. Años después, algunos de mis alumnos de entonces cedieron a la necesidad de libertar a la sociedad humana del yugo de la sexualidad que le había impuesto el psicoanálisis. Uno de ellos ha declarado que lo sexual no era la sexualidad, sino algo distinto, abstracto y místico, y otro ha llegado a pretender que la vida sexual no es sino uno de los sectores en los que el hombre quiere satisfacer la necesidad de poderío y dominio que le mueve. [’Jung y Adler’].

«Alto ahí. Sobre esto último ya me atrevo yo a opinar. Me parece, en efecto, muy arriesgado afirmar que la sexualidad no es una necesidad natural y primitiva del ser vivo, sino la expresión de algo distinto. Basta con observar el ejemplo de los animales».

No importa. No hay mixtura alguna, por absurda que sea, que la sociedad no trague, si se le presenta como un filtro contra el temido poder de la sexualidad.

Pero, además, he de confesarle que su repugnancia a atribuir al factor sexual un papel tan preponderante en la causa de las neurosis no me parece muy compatible con su imparcialidad. ¿No teme usted que una tal antipatía influya de una manera injusta en su juicio?

«Siento mucho que pueda usted pensar semejante cosa. Parece que ha perdido su confianza en mí. ¿Por qué no ha escogido usted entonces a otra persona como interlocutor imparcial?»

Porque en esta cuestión hubiera opinado lo mismo. Y de no ser así, y tratarse de alguien dispuesto desde un principio a reconocer la importancia de la vida sexual, todo el mundo me hubiera acusado de no haber elegido como interlocutor a un sujeto imparcial, sino a un partidario de mis doctrinas. Así, pues, no piense usted que haya perdido la esperanza de lograr alguna influencia sobre sus opiniones. En cambio, he de reconocer que mi posición con respecto a usted ha variado algo. Antes, al desarrollar mi exposición psicológica, me era indiferente que diese usted o no crédito a mis palabras; me bastaba con que obtuviese usted la impresión de que se trataba de problemas puramente psicológicos. Ahora, ante el tema de la sexualidad, quisiera hacerle reconocer que el motivo más poderoso de su oposición a nuestras teorías era precisamente aquella preconcebida hostilidad que con tantos otros comparte usted.

«Ha de tener usted en cuenta que me falta la experiencia que ha creado en usted una tan inconmovible seguridad».

Bien. Proseguiré ahora mi exposición. La vida sexual no es sólo un tema escabroso, sino también un grave problema científico. Hay en ella mucho que descubrir y que aclarar. Ya dijimos que el análisis había de retroceder hasta la más temprana infancia del paciente, por ser en esta época, y durante el período de debilidad del *yo*, cuando han tenido efecto las represiones

decisivas. Es creencia general que en la infancia no hay vida sexual, empezando ésta con la pubertad. Por el contrario, descubrimos nosotros que los impulsos instintivos sexuales acompañan a la vida desde el nacimiento mismo, y que las represiones son precisamente el arma defensiva empleada por el *yo* contra tales instintos. Singular coincidencia ésta de que ya el niño pequeño se rebele contra el poder de la sexualidad, lo mismo que el conferenciante al que antes aludimos o aquellos de mis discípulos que luego construyen teorías propias. ¿A qué se debe eso? La explicación más general sería la de que nuestra civilización se forma a costa de la sexualidad; pero esta explicación no agota, ni con mucho, el tema.

El descubrimiento de la sexualidad infantil pertenece a aquellos que tornan en vergüenza y confusión de los descubridores. Según parece, para algunos pediatras y algunas *nurserys* no era ya nada nuevo. Pero sujetos muy inteligentes, que se titulan especialistas en psicología infantil, pusieron el grito en el cielo acusándonos de haber «despojado a la niñez de su inocencia». ¡Siempre sentimentalismos en lugar de argumentos! En nuestras instituciones políticas sucede todos los días algo semejante. Un miembro cualquiera de la oposición se levanta y denuncia actos punibles cometidos en la Administración, el Ejército o los Tribunales de Justicia. Acto seguido pide la palabra otro parlamentario, generalmente miembro del Gobierno, y declara que tales acusaciones ofenden el sentimiento del honor militar, dinástico o incluso del nacional, y deben, por tanto, ser rechazadas sin formación de causa.

La vida sexual del niño es, naturalmente, distinta de la del adulto. La función sexual recorre, desde sus comienzos hasta su conformación final, tan familiar ya para nosotros, un complicado desarrollo. Nace de numerosos instintos, parciales, con fines diferentes, y atraviesa varias fases de organización, hasta entrar, finalmente, al servicio de la reproducción. De los diferentes instintos parciales no todos son igualmente utilizables para el resultado final, y tienen, por tanto, que ser desviados, modificados y, en parte, reprimidos. Una evolución tan complicada no se desarrolla siempre impecablemente; sobrevienen detenciones, fijaciones parciales a fases evolutivas tempranas, y más tarde, cuando el ejercicio de la función sexual tropieza con algún obstáculo, la tendencia sexual —la libido, como nosotros

decimos— vuelve con facilidad a tales puntos tempranos de fijación. El estudio de la sexualidad infantil y de sus transformaciones hasta la madurez nos ha dado la clave de las llamadas perversiones sexuales descritas antes con todas las demostraciones de horror exigidas por las conveniencias, pero cuya génesis nadie podía explicar. Todo este sector es extraordinariamente interesante, mas para los fines de nuestra conversación no tiene objeto que sigamos ocupándonos de él. Es preciso poseer, para no extraviarse en su recinto, conocimientos anatómicos y fisiológicos que, desgraciadamente, no se adquieren todos en las aulas de Medicina; pero, además, resulta indispensable una cierta familiaridad con la Historia de la Civilización y la Mitología.

«Con todo, no me formo aún idea de lo que pueda ser la vida sexual del niño».

Entonces permaneceremos aún en este tema. Así como así, no me es fácil abandonarlo. Escuche: lo más singular de la vida sexual del niño me parece ser la circunstancia de recorrer toda su evolución, muy amplia, en los cinco primeros años; desde este punto hasta la pubertad se extiende el llamado período de latencia, durante el cual no realiza la sexualidad —normalmente— progreso ninguno, perdiendo, por el contrario, fuerza las tendencias sexuales y siendo abandonadas y olvidadas muchas cosas que el niño realizaba y sabía ya. En este período vital, marchita la primera flor de la vida sexual, se constituyen ciertas actividades del *yo* —el pudor, la repugnancia, la moralidad— destinadas a resistir el posterior ataque sexual de la pubertad y a mostrar sus caminos a los impulsos sexuales nuevamente despiertos. Esta constitución, en dos tiempos, de la sexualidad tiene gran relación con la génesis de las enfermedades nerviosas y parece privativa del hombre, siendo quizá una de las determinantes del privilegio humano de enfermar de neurosis. La prehistoria de la vida sexual ha sido tan descuidada antes del psicoanálisis, como en otro sector el último fondo de la vida anímica, consciente. Ambos extremos se hallan, como con razón sospechará usted, íntimamente enlazados.

De los contenidos, manifestaciones y funciones de esta época temprana de la sexualidad se podrían decir muchas cosas, totalmente inesperadas. Por ejemplo: le asombrará a usted oír que el niño sufre en muchos casos el miedo

de ser devorado por su padre. (¿No le admira también verme situar este miedo entre las expresiones de la vida sexual?) Pero he de permitirme recordarle el mito de los hijos del dios Cronos, devorados por su padre, horrorosa fábula que tan singular impresión hubo de causarnos en nuestros años escolares, aunque no nos moviera por entonces a reflexionar sobre su sentido íntimo. A este mito podemos agregar hoy varias fábulas en las que interviene un animal devorador, el lobo, por ejemplo, en el cual reconocemos una personificación disfrazada de la figura paterna. Aprovecharé la ocasión para asegurarle que el conocimiento de la vida sexual del niño nos ha dado, secundariamente, la clave de la Mitología y del mundo de la fábula. Es ésta una de las múltiples ventajas accesorias de los estudios analíticos.

No menos grande habrá de ser su extrañeza al oír que el niño padece el miedo de ser despojado por su padre de sus órganos sexuales, y de tal manera, que este miedo a la castración ejerce poderosísima influencia sobre el desarrollo de su carácter y la decisión de su orientación sexual. También aquí le ayudará la Mitología a dar crédito al psicoanálisis. El mismo Cronos, que devora a sus hijos, castró antes a su padre Urano y fue a su vez castrado por su hijo Zeus, a quien la astucia de la madre salvó de morir como sus hermanos. Si se ha sentido usted inclinado a suponer que todo lo que el psicoanálisis cuenta de la temprana sexualidad de los niños procede de la florida fantasía de los analíticos, habrá de reconocer, por lo menos, que esta fantasía ha creado los mismos productos que la actividad imaginativa de la Humanidad primitiva, de la cual son residuos los mitos y las fábulas. Otra posible actitud de usted, más benévola y probablemente más acertada, sería la de opinar que en la vida anímica del niño aparecen aún visibles, hoy en día, aquellos mismos factores arcaicos que reinaron generalmente en las épocas primitivas de la civilización humana. El niño repetirá así, abreviada, en su desarrollo psíquico la historia de la especie, como ya la Embriología lo ha reconocido ha tiempo con respecto al desarrollo físico.

Otro carácter de la temprana sexualidad infantil es el de no desempeñar en ella papel ninguno el órgano sexual femenino —que el niño no ha descubierto aún—. Todo el acento recae sobre el miembro masculino, y todo el interés se concentra sobre su existencia o inexistencia. De la vida sexual de la niña sabemos menos que de la del niño. Pero no tenemos por qué

avergonzarnos de esta diferencia, pues también la vida sexual de la mujer adulta continúa siendo un *dark continent* para la Psicología. Sin embargo, hemos descubierto que la niña lamenta grandemente la falta de un miembro sexual equivalente al masculino; se considera disminuida por esta carencia, y experimenta una «envidia del pene», que da origen a toda una serie de reacciones femeninas características.

También es peculiar al niño el hecho de revestir de interés sexual las dos necesidades excrementicias. La educación eleva luego entre ambos sectores una barrera que el chiste derriba más tarde.

El niño necesita, en efecto, bastante tiempo para llegar a experimentar repugnancias. Y eso no lo han negado tampoco aquellos que defienden en todo otro punto la seráfica pureza del alma infantil.

Pero el hecho que en más alto grado merece nuestra consideración es el de que el sujeto infantil proyecta regularmente sus deseos sexuales sobre las personas más próximamente afines a él, o sea, en primer lugar, sobre su padre o su madre, y después sobre sus hermanos o hermanas. Para el niño, el primer objeto amoroso es la madre, y para la niña, el padre, en cuanto una disposición bisexual no favorece también, simultáneamente, la actitud contraria. El otro elemento de la pareja padre-madre es visto como un rival perturbador, y llega a ser con frecuencia objeto de una intensa hostilidad. Entiéndame usted bien: no quiero decir que el niño o la niña deseen por parte de la madre o del padre, respectivamente, aquella clase de ternura en la que nos place a los adultos ver la escena de las relaciones entre padre e hijos. No; el análisis no permite dudar de que los deseos del sujeto infantil van más acá de esta ternura y aspiran a todo aquello que consideramos como satisfacción sexual, aunque claro está que dentro de los límites de la facultad imaginativa infantil. Naturalmente, el niño no adivina nunca el verdadero aspecto de la unión sexual y lo sustituye con representaciones deducidas de sus experiencias y sensaciones propias. Por lo común, culminan sus deseos en la intención de dar a luz a su vez a un niño o de engendrarlo de una manera vaga e indeterminada. De este deseo de parir un hijo no queda excluido —en su ignorancia— el sujeto infantil masculino. A toda esta construcción psíquica es a lo que damos el nombre de complejo de Edipo, según la conocida leyenda griega. Normalmente debe sufrir este complejo, al terminar

la primera época sexual, una transformación fundamental, cuyos resultados están llamados a influir decisivamente en la vida psíquica ulterior. Mas por lo regular no es dicha transformación suficientemente fundamental y la pubertad viene a provocar una resurrección del complejo que puede acarrear graves consecuencias.

Me asombra no oírle presentar a todo esto objeción ninguna, aunque no me atrevo a interpretar su silencio como aquiescencia. Al afirmar el análisis que la primera elección de objeto del sujeto infantil es *incestuosa* —para emplear ya el nombre técnico—, volvía indudablemente a irritar los más sagrados sentimientos de la Humanidad y debía estar preparada a tropezar con la incredulidad, la contradicción y los más duros reproches. Así ha sucedido, en efecto. Nada le ha sido tan desfavorable en el ánimo de sus contemporáneos como esta presentación del complejo de Edipo como una formación, generalmente, humana y fatal. El mito griego tuvo, sin duda, esta misma significación; pero la inmensa mayoría de los hombres de hoy, cultos o incultos, prefiere creer que la Naturaleza nos ha dotado de un horror innato al incesto como protección contra tan repugnante posibilidad.

Llamaremos a la Historia en nuestro auxilio. Cuando Julio César llegó a Egipto encontró a la joven reina Cleopatra casada con Ptolomeo, su hermano menor, unión nada extraña en la dinastía egipcia. Los Ptolomeos, de origen griego, no habían hecho sino continuar una costumbre puesta en práctica durante milenios enteros por sus predecesores los antiguos faraones. Pero en este caso se trata de un incesto entre hermanos que aún hoy en día es juzgado menos monstruoso. Volvamos, pues, la vista a la Mitología, testimonio el más importante que poseemos de las circunstancias de la Humanidad primitiva. Vemos por ella que los mitos de todos los pueblos, y no sólo los griegos, abundan en relaciones amorosas entre padre e hija e incluso entre madre e hijo. Tanto la Cosmología como las genealogías de las casas reales aparecen basadas en el incesto. ¿A qué intención puede suponerse obediente la creación de estas leyendas? ¿Acaso para imponer a dioses y reyes la marca infamante de los criminales y echar sobre ellos el oprobio de la Humanidad? No; sino porque los deseos incestuosos son una primitiva herencia humana, y no habiendo sido nunca totalmente dominados, se concedía aún su satisfacción a los dioses y a sus descendientes, cuando ya la mayoría de los

humanos vulgares se veía forzada a renunciar a ellos. De completo acuerdo con estas enseñanzas de la Historia y de la Mitología, hallamos aún vivo y eficiente el deseo incestuoso en la infancia individual.

«Le podía reprochar ahora haber querido al principio silenciar todo lo que acaba de exponerme sobre la sexualidad infantil. Me parece interesantísimo, precisamente por sus relaciones con la prehistoria de la Humanidad».

Temía apartarme demasiado de nuestro fin principal. Aunque, bien pensado, creo que la digresión ha de reportarnos sus ventajas.

«Dígame ahora. ¿Qué garantía puede usted ofrecerme en apoyo de sus conclusiones analíticas sobre la vida sexual de los niños? ¿Su firme convicción reposa tan sólo sobre la coincidencia de tales conclusiones con los datos históricos y mitológicos?»

De ningún modo. Se basa en la observación más inmediata y directa. Su proceso es el siguiente: Comenzamos por deducir del análisis de adultos, o sea a una distancia de veinte a cuarenta años, el contenido de la infancia sexual. Más tarde hemos emprendido el análisis de sujetos infantiles, y no fue un triunfo despreciable el hallar confirmado en ellos todo lo que en los adultos habíamos adivinado, a pesar de las superposiciones y deformaciones sobrevenidas en el largo intervalo.

«¡Cómo! ¿Han sometido ustedes al análisis a niños de seis años? No lo hubiera creído posible y, además, me parece peligroso para esas criaturas».

Pues no ofrece dificultades especiales. Es casi increíble lo mucho que sucede ya en un niño de cuatro a cinco años. Los niños presentan en esta edad una gran actividad espiritual; la temprana época sexual es también para ellos un período del florecimiento intelectual. Tengo la impresión de que al iniciarse el período de latencia se embota un tanto su intelecto. Muchos niños pierden también, a partir de este momento, su atractivo físico. Ahora, por lo que respecta a los peligros del análisis infantil, puedo decirle que el primer niño con quien se arriesgó, hace ya cerca de veinte años este experimento, es hoy un joven sano de cuerpo y de espíritu, que ha atravesado de un modo perfectamente normal el período de la pubertad, no obstante haber sufrido en su transcurso graves traumas psíquicos. Espero que así suceda con todas las demás «víctimas» del análisis infantil. En estos análisis de niños confluyen intereses muy varios, y es muy posible que en lo futuro adquieran una

importancia aún mayor. Su valor para la teoría es indiscutible; proporcionan datos inequívocos sobre cuestiones que los análisis de adultos dejan indecisas y evitan así al analítico errores de graves consecuencias para su teoría. Sorprendemos en plena actividad, en estos análisis, a aquellos factores que conforman la neurosis. Ahora bien: en interés del niño, debe ser amalgamado el influjo analítico con medidas de carácter pedagógico. Esta técnica está aún por fijar. Por otro lado, la observación de que muchos niños atraviesan en su desarrollo una fase claramente neurótica da a la cuestión un vital interés práctico. Desde que hemos aprendido a ver con más penetración, nos inclinamos a afirmar que la neurosis infantil no es la excepción, sino la regla, como si fuera un accidente inevitable en el campo que va de la disposición infantil a la civilización social. En la mayoría de los casos, este acceso neurótico de los años infantiles es dominado espontáneamente. Sin embargo, no puede asegurarse que no deje siempre sus huellas, incluso en el adulto de salud normal. Lo que sí es indudable es que ningún neurótico adulto deja de mostrarnos un enlace de su enfermedad actual con una neurosis infantil que en su época pudo no presentar signos muy visibles. De un modo totalmente análogo afirman hoy, según creo, los internistas que todo individuo ha padecido en su infancia una infección tuberculosa. Claro es que, con respecto a la neurosis, no puede hablarse de infección y sí solamente de predisposición.

Vuelvo ahora sobre su demanda de garantías. Le he indicado ya que la observación analítica directa de los niños nos ha demostrado en todos los casos haber interpretado acertadamente las manifestaciones de los adultos sobre su pasada infancia. Pero, además, nos ha sido dable disponer con alguna frecuencia de un distinto medio de prueba. Con auxilio del material del análisis habíamos reconstruido determinados sucesos exteriores, acontecimientos impresionantes de los años infantiles, de los cuales nada conservaba la memoria consciente de los enfermos; mas una feliz casualidad nos permitió, consultando los recuerdos de los padres o guardadores del sujeto, lograr pruebas irrecusables de que tales sucesos por nosotros deducidos habían tenido plena realidad. Este medio de prueba no se nos ha ofrecido, como es natural, más que en un número limitado de casos; pero cuando por un feliz azar hemos dispuesto de él, nos ha dejado, al confirmar

nuestras deducciones, una poderosísima impresión. Ha de saber usted que la exacta reconstrucción de tales sucesos infantiles olvidados produce siempre un gran efecto terapéutico, permita o no una confirmación objetiva. Dichos sucesos deben, naturalmente, su importancia al hecho de haber tenido efecto en una época temprana, en la que podían ejercer sobre el *yo*, todavía débil, un influjo traumático.

«¿Y de qué género son estos sucesos que han de ser buscados por medio del análisis?»

Son muy diversos. En primer lugar, impresiones que fueron susceptibles de influir duraderamente sobre la vida sexual, el germen del niño, tales como la observación de actos sexuales entre adultos o experiencias sexuales propias con adultos o con otro sujeto infantil —casos más frecuentes de lo que pudiera creerse—; la audición de conversaciones que el niño entendió ya o sólo posteriormente, pero de las que creyó obtener la clave de cosas misteriosas e inquietantes; por último, expresiones o actos del propio niño que prueban una importante actitud tierna u hostil del mismo con respecto a otras personas. Es también de especial importancia hacer recordar al sujeto en el análisis su propia actividad sexual infantil olvidada y las personas adultas que pusieron término a tal actividad.

«Me ofrece usted ahora la ocasión de dirigirle una pregunta que hace ya tiempo vengo reteniendo. ¿En qué consiste la “actividad sexual” del niño durante esta temprana época, actividad inadvertida, según me dijo antes, hasta el análisis?»

Lo singular es que la forma más regular y esencial de esta actividad sexual no había pasado inadvertida. En realidad, era imposible no verla. Los impulsos sexuales del sujeto infantil encuentran su expresión principal en la autosatisfacción por medio del estímulo de los propios genitales; en realidad, de la parte masculina de los mismos. La extraordinaria difusión de este «vicio» infantil ha sido conocida siempre por los adultos, que la han considerado como un grave pecado, persiguiéndola severamente. No me pregunte usted cómo ha sido posible conciliar esta observación de las inclinaciones inmorales del niño —pues los niños hacen esto, como ellos mismos dicen, porque «les da gusto»— con la teoría de su innata pureza. Es éste un misterio cuya solución habrá usted de pedir a los campeones de la

inocencia infantil. A nosotros se nos plantea un problema más importante: el de cómo hemos de conducirnos con respecto a la actividad sexual de la temprana infancia. Conocemos la responsabilidad que supone yugularla, y tampoco nos decidimos a dejarla en completa libertad. En los pueblos de civilización más baja y en las capas inferiores de los civilizados no parece ponerse obstáculo ninguno a la sexualidad infantil. Con ello se consigue, desde luego, una fuerte protección contra la posterior adquisición por el adulto de neurosis individuales, pero quizá también una extraordinaria pérdida de capacidad para rendimientos sociales. Todo nos dice que nos hallamos aquí ante unas nuevas Escila y Caribdis.

Dejo ya a su juicio, con toda confianza, la resolución de si puede afirmarse que el interés que despierta el estudio de la vida sexual de los neuróticos puede crear una atmósfera favorable a la voluptuosidad.

V

Creo penetrar su intención. Quiere usted mostrarme qué conocimientos son necesarios para el ejercicio del análisis, con el fin de hacerme posible juzgar si únicamente ha de serle permitido a los médicos. Pues bien: hasta ahora no ha surgido gran cosa privativamente médica. Mucha Psicología y algo de Biología o ciencia sexual. ¿O es que todavía no columbramos la meta?

Desde luego, no. Quedan aún muchas lagunas por llenar. ¿Me permite usted un ruego? ¿Quiere usted describirme cómo se imagina usted ya un tratamiento psicoanalítico? Supóngase que tiene que encargarse ahora mismo de un enfermo.

«Está bien. No entra, desde luego, en mis cálculos resolver la cuestión que nos ocupa por medio de tal experimento. Pero no he de resistirme a su petición. De todos modos sería usted el responsable… Así, pues, suponga que el enfermo acude a mí y me cuenta sus cuitas. Yo le prometo la curación, o por lo menos algún alivio, si se presta a seguir mis indicaciones, y le invito a manifestarme con plena sinceridad todo lo que surja en su pensamiento, no

apartándose de esta norma aun cuando se trate de algo que le resulte desagradable comunicar. ¿Me he aprendido bien esta regla primera?»

Sí; pero habrá usted de añadir que tampoco deberá silenciar lo que le parezca insignificante o falto de sentido.

«Es cierto. Entonces comienza el enfermo a relatar y yo a escucharle. De sus manifestaciones deduzco cuáles son los sucesos, los impulsos optativos y las impresiones que ha reprimido, por haber sobrevivido en una época en la que su *yo* era aún débil y los temía, no osando afrontarlos. Una vez impuesto el paciente de esta circunstancia se transporta a las situaciones en que tales represiones tuvieron efecto, y rectifica con mi ayuda los pasados procesos defectuosos. Desaparecen entonces las limitaciones y las que se veía forzado su *yo*, y queda éste reconstituido. ¿Es así?»

¡Bravo! Veo que pueden de nuevo hacerme el reproche de haber formado un analítico de persona ajena a la profesión médica. Se ha asimilado usted perfectamente la cuestión.

«No he hecho más que repetir lo oído, como quien recita una lección aprendida de memoria. Resulta así que no puedo representarme siquiera cómo me las arreglaría ante el enfermo, ni comprendo tampoco por qué tal labor habría de exigirme, durante meses y meses, una hora diaria. Por lo general, la vida de un hombre corriente no está llena de sucesos que su relato haya de ser tan largo, y, por otra parte, aquello que en la niñez sucumbe a la represión debe de ser probablemente idéntico en todos los casos».

Lo que sucede es que el ejercicio real y verdadero del análisis enseña muchas cosas. Así, no habría de serle a usted tan fácil como quizá piensa deducir de las manifestaciones del paciente los sucesos por él vividos y los impulsos instintivos que no hubo de reprimir. Tales manifestaciones tendrán al principio para usted tan poco sentido como para el propio enfermo. Habrá usted, pues, de dedicarse a considerar de una manera especial el material que el enfermo le proporciona, obediente a la regla primordial del análisis. Habrá usted de considerarlo, por ejemplo, como un mineral del que hay que extraer, por medio de determinados procedimientos, el valioso metal que contiene y se preparará entonces a elaborar muchas toneladas de mineral que sólo contienen, quizá, algunos gramos de la preciosa materia buscada. Ésta sería la primera causa de la larga duración de la cura.

«Pero siguiendo su comparación, ¿cómo se elabora tal materia prima?»

Suponiendo que las comunicaciones y ocurrencias del enfermo no son sino deformaciones de lo buscado, alusiones por las cuales ha de adivinar usted lo que se esconde detrás. En una palabra: ante todo, tiene usted que *interpretar* el material dado, trátese de recuerdos, ocurrencias o sueños. Esta interpretación ha de llevarse a cabo, naturalmente, atendiendo a aquellas hipótesis que su conocimiento de la materia le haya ido surgiendo mientras escuchaba al enfermo.

«¡Interpretar! No me gusta esa palabra que me quita toda posible seguridad. Si todo depende de mi interpretación, ¿quién me garantiza que interpreto con acierto? Todo queda ya abandonado a mi arbitrio».

Exagera usted. ¿Por qué excluir sus propios procesos anímicos de la normatividad que reconoce usted a los del prójimo? Si usted ha logrado adquirir cierta disciplina de sus propios actos mentales y dispone de determinados conocimientos, sus interpretaciones no quedarán influidas por sus cualidades personales y serán aceptadas. No quiere esto decir que para la buena marcha de esta parte del tratamiento sea indiferente la personalidad del analista. Por el contrario, para llegar hasta lo inconsciente reprimido es preciso cierta penetración, que no todo el mundo posee en igual medida. Pero, ante todo, surge en este punto para el analista la obligación de capacitarse por medio de un profundo análisis propio para acoger sin prejuicio alguno el material analítico. Ciertamente queda algo que puede compararse a la «ecuación personal» en las observaciones astronómicas: un factor individual, que siempre desempeñará en el psicoanálisis un papel más importante que en otra cualquier disciplina. Un hombre anormal, por muy estimables que sean sus conocimientos, no podrá nunca ver sin deformación en el análisis las imágenes de la vida psíquica, pues se lo impedirán sus propias anormalidades. Ahora bien: como no es posible probar a nadie sus anormalidades, ha de ser muy difícil alcanzar en las cuestiones de la psicología abismal un acuerdo general. Algunos psicólogos llegan incluso a juzgar vana toda esperanza en este sentido, y declaran que todo loco tiene derecho a presentar como sabiduría su locura. Por mi parte, soy más optimista. Nuestras experiencias nos muestran, en efecto, que también en Psicología es posible llegar a acuerdos bastantes satisfactorios. Cada sector

de investigación presenta dificultades propias, que hemos de esforzarnos en eliminar. Por último, también en el arte interpretativo del análisis hay, como en otras materias del saber, algo que puede ser estudiado y aprendido; por ejemplo, todo lo referente a la singular representación indirecta por medio de símbolos.

«Crea usted que no siento ya deseo alguno de comprender, ni siquiera en imaginación, un tratamiento psicoanalítico. ¿Quién sabe las sorpresas que me aguardarían?»

Hace usted bien en renunciar de antemano a tal intento. Va usted viendo ya cuánto estudio y cuánta práctica habrían de serle previamente necesarios. Pero sigamos. Una vez halladas las interpretaciones exactas, se plantea una nueva labor. Tiene usted que esperar el momento propicio para comunicar al paciente con alguna probabilidad de éxito su interpretación.

«¿Y cómo reconocer en cada caso este momento favorable?»

Es cuestión de cierto tacto, que la experiencia puede llegar a afinar considerablemente. Cometería usted un grave error revelando en el acto al paciente sus interpretaciones con el fin, por ejemplo, de abreviar el análisis. Con ello sólo conseguiría usted provocar manifestaciones de resistencia, repulsa e indignación, sin lograr, en cambio, que el *yo* del sujeto se apoderase de lo reprimido. La consigna es esperar hasta que el *yo* se encuentre tan cerca de tales elementos que sólo necesite dar ya, guiado por nuestra propuesta de interpretación, algunos, muy pocos pasos.

«No creo que llegase jamás a aprender tan difícil táctica. Y una vez seguidas en la interpretación todas esas reglas de precaución, ¿qué pasa?»

Que descubre usted algo totalmente inesperado.

«¿El qué?»

Descubre usted que se ha equivocado por completo con respecto al paciente, que ya no puede usted contar con su colaboración ni con su docilidad, que se muestra dispuesto a oponer a la labor común toda clase de dificultades; en una palabra: que no quiere ya recobrar la salud.

«¡Cómo! Hasta ahora no le había oído a usted nada tan absurdo. No puedo creerlo. De manera que el pobre enfermo, que da muestras de sufrir tanto y se impone grandes sacrificios en pro del tratamiento, ¿no quiere ya la salud? Por supuesto no es esto lo que usted quiere decir».

Tranquilícese usted. Lo que acabo de afirmar es la pura verdad. No toda la verdad, ciertamente, pero sí una parte muy considerable de ella. El enfermo quiere recobrar la salud, pero también, y al mismo tiempo, la rechaza. Su *yo* ha perdido la unidad, y de este modo no llega a construir voliciones unitarias. Si así no fuere, no existiría la enfermedad neurótica.

Las ramificaciones de lo reprimido han penetrado en su *yo*, afirmándose en él, y sobre las tendencias de este origen posee el *yo* tan poco dominio como sobre los mismos elementos reprimidos, no sabiendo tampoco, por lo general, nada de ellas. Los enfermos de esta clase pertenecen a un orden especial y oponen dificultades con las cuales no estamos habituados a contar. Todas nuestras instituciones sociales están constituidas para personas con un *yo* unitario, normal, al que se puede clasificar de bueno o malo y que llena su función o es excluido de ella por una influencia más poderosa. De aquí la alternativa legal de responsable o irresponsable. Nada de esto puede aplicarse a los neuróticos. Ha de confesarse que resulta difícil adaptar las exigencias sociales a su estado psicológico. Esta dificultad ha sido comprobada en gran medida durante la última guerra. ¿Los neuróticos que se sustraían al servicio militar eran o no simuladores? Lo eran y no lo eran. Cuando se los trataba como simuladores y se les hacía bien incómoda su situación de enfermos, se ponían buenos. Y cuando se los mandaba, aparentemente restablecidos al servicio, volvían a refugiarse rápidamente en la enfermedad. No había medio de conseguir algo de ellos. Pues bien: lo mismo sucede con los neuróticos de la vida civil. Se lamentan de su enfermedad, pero sacan de ella las mayores ventajas posibles, y cuando se les quiere arrebatar, la defienden como la leona de la fábula a su cachorro. Claro es que no tendría sentido alguno reprocharles tal contradicción.

«¿No sería entonces lo mejor prescindir de todo tratamiento de tales individuos y dejarlos abandonados a sí mismos? No creo que merezca la pena derrochar con cada uno de ellos el esfuerzo que, según voy viendo por sus indicaciones, exige el proceso terapéutico».

Me es imposible agregarme a su propuesta. Creo mucho más acertado aceptar las complicaciones de la vida que rebelarse contra ellas. No todos los neuróticos que tratamos son, quizá, dignos del esfuerzo exigido por el análisis, pero sí hay entre ellos personalidades muy estimables. Hemos de

proponernos, pues, que el número de individuos que afronte la vida civilizada con tan endeble armadura sea lo más pequeño posible, y para conseguirlo habremos de reunir muchas experiencias y aprender a comprender muchas cosas. Cada uno de nuestros análisis puede aportarnos nuevos esclarecimientos, instruyéndonos así independientemente del valor personal del enfermo.

«Pero si en el yo del enfermo se ha formado un impulso volitivo que quiere conservar la enfermedad, ello habrá de tener también su justificación y obedecer a razones y motivos determinados. Ahora bien: no veo por qué puede un hombre desear seguir enfermo ni qué ventaja puede representarle».

Pues no es tan difícil. Piense usted en los neuróticos a quienes su enfermedad libraba de ir al frente durante la guerra. En la vida civil, la enfermedad puede servir para disculpar la propia insuficiencia en el ejercicio profesional y en la competencia con otros. Por último, en la vida familiar constituye un medio de imponer la propia voluntad y obligar a los demás a sacrificarse y a extremar sus pruebas de afecto. Todo esto que reunimos bajo el calificativo general de «ventajas de la enfermedad» es fácilmente visible. Lo único singular es que el *yo* del enfermo no tiene la menor noticia del enlace de tales motivos con los actos que lógicamente se derivan de ellos. El influjo de estas tendencias se combate forzando al *yo* a darse cuenta de ellas. Pero hay aún otros motivos más profundos del mismo orden, menos fáciles de combatir. Ahora bien: sin una nueva excursión a la teoría psicológica no es posible llegar a su comprensión.

«Adelante, pues. Un poco más de teoría no puede ya impresionarme».

Al explicar la relación entre el *yo* y el *ello* silencié una parte muy importante de la teoría del aparato anímico. Consiste ésta en habernos visto obligados a admitir que dentro del mismo *yo* se ha diferenciado una instancia especial, a la que damos el nombre de *super-yo*. Este *su per-yo* ocupa una situación especial entre el *yo* y el *ello*. Pertenece al *yo*, participa de su elevada organización psicológica, pero se halla en relación muy íntima con el *ello*. Es, en realidad, el residuo de las primeras cargas de objeto del *ello*, el heredero del complejo de Edipo después de su disolución. Este *super-yo* puede oponerse al *yo*, tratarlo como un objeto, y lo trata, en efecto, muy frecuentemente, con gran dureza. Para el *yo* es tan importante permanecer en

armonía con el *super-yo* como con el *ello*. Las disensiones entre el *yo* y el *super-yo* tienen una gran importancia para la vida anímica. Adivinará usted ya que el *super-yo* es el sustentáculo de aquel fenómeno al que damos el nombre de conciencia moral. Para la salud anímica es muy importante que el *super-yo* se halle normalmente desarrollado; esto es, que haya llegado a ser suficientemente impersonal, cosa que precisamente no sucede en el neurótico, cuyo complejo de Edipo no ha experimentado la transformación debida. El *super-yo* del neurótico se enfrenta aún con el yo como el severo padre con el hijo, y su moralidad actúa de un modo primitivo, haciendo que el *yo* se deje castigar por el *super-yo*. La enfermedad es usada como medio de este «autocastigo» y el neurótico se ve forzado a conducirse como si le dominase un sentimiento de culpabilidad, que exigiese, para su satisfacción, la enfermedad como castigo.

«Un tanto misterioso resulta todo eso. Especialmente el que este poderío de su conciencia moral permanezca ignorado para el enfermo».

Si mi exposición le ha parecido un tanto oscura, es porque hasta ahora no hemos empezado a darnos cuenta de la significación de todas estas importantes relaciones. Mas ahora puedo ya continuar. A todas aquellas fuerzas que se oponen a nuestra labor terapéutica les damos el nombre común de «resistencias» del enfermo. La «ventaja de la enfermedad» es la fuente de una de tales resistencias, y el «sentimiento de culpabilidad» inconsciente representa la resistencia del *super-yo*, siendo el factor más poderoso y el más temido por nosotros. En el transcurso de la cura tropezamos aún con otras distintas resistencias. Así, cuando en su temprana época de debilidad ha llevado a cabo el yo, impulsado por un medio incoercible, una represión, tal miedo sigue subsistiendo y se exterioriza en forma de resistencia al tratar de aproximar el *yo* a lo reprimido. Por último, es natural que surjan dificultades cuando se intenta desviar hacia el nuevo camino abierto por el análisis un proceso instintivo que durante decenios enteros ha seguido una determinada ruta. Esta última resistencia es la resistencia del *ello*. El combate contra todas estas resistencias constituye nuestra labor capital durante la cura analítica y excede mucho en importancia a la labor de interpretación. Mas con esta lucha

y con el vencimiento de las resistencias queda el *yo* del enfermo tan modificado y robustecido que podemos abrigar ya plena confianza en su futura conducta, después de terminada la cura. Irá usted comprendiendo ya por qué el tratamiento ha de resultar tan largo. La longitud del camino de desarrollo y la riqueza del material no son lo decisivo. Lo que importa es que el camino esté libre. Un trayecto que en tiempo de paz recorre el ferrocarril en un par de horas puede costar semanas enteras a un ejército si tiene que ir venciendo la resistencia del enemigo. Tales combates necesitan tiempo también en la vida anímica. Todas las tentativas realizadas hasta el día para apresurar la cura analítica han fracasado. El mejor medio de abreviarla es desarrollarla correctamente.

«Si alguna vez se me hubiese ocurrido hacerle la competencia y emprender por mi cuenta un análisis, su exposición de las resistencias me haría desistir más que aprisa. Pero ¿y la influencia personal que, según confesión de usted, ejerce el analista? ¿No ayuda también a vencer las resistencias?»

Su pregunta viene muy a punto. Tal influencia personal es el arma dinámica más poderosa que poseemos; es un elemento nuevo que introducimos en la situación y que nos sirve para darle un gran impulso hacia su desenlace. El contenido intelectual de nuestros esclarecimientos no puede tener esta eficacia, pues el enfermo, que comparte los prejuicios generales, no tiene por qué darnos más crédito que a nuestros críticos científicos. El neurótico presta su colaboración porque tiene fe en el analítico, y esta fe depende de una especial actitud sentimental con respecto a él, que va constituyéndose durante la cura. Tampoco el niño cree sino a aquéllos a quienes quiere. Ya le dije para qué utilizamos esta influencia «sugestiva» tan importante. No para yugular los síntomas —y esto es lo que diferencia el método analítico de otros procedimientos psicoterápicos—, sino como fuerza impulsiva para mover el *yo* a vencer sus resistencias.

«Y conseguido esto, marcha ya todo satisfactoriamente; ¿no?»

Así debería ser. Pero, en realidad, surge aquí una inesperada complicación.

La mayor sorpresa, quizá, del analista ha sido comprobar que los sentimientos nacidos en el paciente, con relación a su persona, son de un

orden particularísimo. Ya el primer médico que intentó un análisis —no fui yo— tropezó con este fenómeno, que hubo de desorientarle por completo. Tales sentimientos son —para decirlo claramente— de carácter amoroso. Y lo más singular es que el analista no hace, naturalmente, nada para provocar dicho enamoramiento, manteniéndose, por el contrario, fuera de su relación profesional, distante y reservado. Pero el extraño sentimiento amoroso del enfermo prescinde de todo y no tiene en cuenta circunstancia real ninguna, sobreponiéndose a todas las condiciones de atractivo, sexo, edad y posición. Trátase así de un amor absolutamente *incondicional*, carácter que también presenta en muchos casos el enamoramiento espontáneo, pero que en la situación analítica surge siempre, en primer lugar, sin existir en ella nada que pueda explicarlo racionalmente. Lógicamente, la relación entre el analista y el paciente no debía despertar en éste más sentimiento que una cierta medida de respeto, confianza, agradecimiento y simpatía. Pero en lugar de todo esto, surge el enamoramiento con caracteres que le dan el aspecto de un fenómeno patológico.

«Claro es que ese enamoramiento no puede ser sino favorable a los propósitos analíticos, pues el amor supone docilidad y obediencia al sujeto amado».

Así es, en efecto, al principio. Pero más tarde, cuando el amor ha ganado en profundidad, descubre todos sus especiales caracteres, muchos de los cuales son incompatibles con la labor analítica. El amor del paciente no se contenta con obedecer, sino que se hace exigente, demanda satisfacciones afectivas y sensuales, aspira a la exclusividad, desarrolla celos y muestra cada vez más claramente su reverso, esto es, su disposición a convertirse en hostilidad y deseo de venganza si no puede alcanzar sus propósitos. Simultáneamente, se antepone, como todo enamoramiento, los restantes contenidos psíquicos y suprime el interés por el tratamiento y por la curación. En una palabra, nos prueba haberse sustituido a la neurosis, resultando así que nuestra labor ha obtenido el singular resultado de reemplazar una forma patológica por otra diferente.

«Resultado verdaderamente desconsolador. ¿Qué hacer entonces? ¿Renunciar al análisis? Pero si este fenómeno se da, como usted dice, en todos los casos, no habría análisis posible».

Vamos primero a ver si de la situación planteada podemos extraer enseñanzas que nos ayuden luego a dominarla. Ante todo, ¿no es ya muy interesante el hecho de haber llegado a transformar una neurosis de un contenido cualquiera en un estado de enamoramiento patológico?

Nuestra convicción de que en el fondo de toda neurosis existe una magnitud de vida erótica anormalmente utilizada, queda inconmoviblemente fortalecida con esta experiencia, y sintiéndonos así de nuevo sobre un terreno firme, nos arriesgamos a tomar el enamoramiento mismo como objeto del análisis. Hacemos también otra observación. No en todos los casos se exterioriza el enamoramiento analítico tan clara y visiblemente como antes he intentado describirlo. ¿A qué obedece esta diferencia? Pronto lo veremos. En igual medida que intentan mostrarse los elementos sensuales y hostiles de su enamoramiento, despierta también la resistencia del paciente contra los mismos. Bajo nuestros ojos, lucha con ellos e intenta reprimirlos. Esta lucha nos da la clave del proceso. El paciente repite, bajo la forma de su enamoramiento, sucesos anímicos por los que ya pasó una vez —*ha transferido* sobre el analista actitudes que se hallaban prontas en él, íntimamente enlazadas con la génesis de la neurosis—. Asimismo repite ante nosotros sus antiguos actos de defensa, y quisiera repetir en su relación con el analista todos los destinos de aquel pretérito período de su vida, caído para él en el más absoluto olvido. Lo que nos muestra es, por tanto, el nódulo de la historia íntima de su vida, *reproduciéndolo palpablemente como presente en lugar de recordarlo*. Con esto queda resuelto el enigma del amor de transferencia, y puede ser continuado el análisis, precisamente con ayuda de la nueva situación que tan amenazadora parecía.

«Es el colmo del refinamiento. Pero, ¿y el enfermo? ¿Da crédito a la afirmación de que, en realidad, no se halla enamorado, sino forzado a repetir un lejano pretérito?»

De ello depende ya todo, y para conseguirlo es necesaria una gran habilidad en el manejo de la transferencia. Es éste el punto en que más indispensable se hace un perfecto dominio de la técnica analítica. En él puede el analista cometer los más graves errores o asegurarse los mayores éxitos. La tentativa de eludir las dificultades yugulando o descuidando la transferencia sería insensata. Todo lo hecho hasta entonces, por mucho que fuese, no

merecería siquiera ser considerado como un análisis. Tampoco sería muy sensato despedir al enfermo en cuanto comienzan a surgir los inconvenientes de su neurosis de transferencia, constituyendo, además, una cobardía equivalente a la de conjurar a los espíritus y salir corriendo cuando se presentasen. Sin embargo, hay ocasiones en las que no queda otro camino. Se dan, en efecto, casos en los que resulta imposible dominar la transferencia desencadenada, y entonces se hace preciso suspender el análisis, pero no sin haber luchado antes a brazo partido con los malos espíritus. Ceder a las exigencias de la transferencia y cumplir los deseos de satisfacción afectiva y sensual del paciente, sería, en primer lugar, contrario a toda consideración moral, y en segundo, completamente insuficiente como medio técnico para conseguir el propósito analítico. El neurótico no puede quedar curado porque se le facilite simplemente la repetición, no corregida, de un clisé inconsciente preparado en él. Si nos dejamos llevar a una transacción con el enfermo, ofreciéndole satisfacciones parciales a cambio de su colaboración al tratamiento, habremos de tener buen cuidado de no acabar en la ridícula situación de aquel religioso que quiso emprender la conversión de un agente de seguros: el agente no se convirtió, pero, en cambio, el religioso quedó asegurado contra toda clase de riesgo. La única solución posible de la transferencia es la regresión al pasado del enfermo, tal y como éste lo vivió o en la forma en que lo haya conformado la actividad cumplidora de deseos de su fantasía.

Y esto exige del analista una gran dosis de habilidad, paciencia, serenidad y abnegación.

«Dígame ahora: ¿cuándo y cómo ha vivido el enfermo aquello que constituye el prototipo de su amor de transferencia?»

En su infancia y dentro de su relación con el padre o la madre. Recordará usted cuánta importancia concede a estas tempranas relaciones afectivas. Aquí viene a cerrarse el círculo.

«¿Ha terminado usted ya? Confieso que se me va un poco la cabeza de tantas cosas nuevas como le he oído. Sin embargo, quisiera saber todavía dónde y cómo se aprende lo necesario para el ejercicio del análisis».

Actualmente existen dos institutos en los que se enseña el psicoanálisis. El primero ha sido establecido en Berlín por el doctor Max Eitingon,

miembro de la Asociación Psicoanalítica de dicha capital. El segundo radica en Viena y es sostenido, a costa de considerables sacrificios, por la propia Asociación Psicoanalítica Vienesa. La colaboración de las autoridades oficiales se limita, por ahora, a suscitar toda aquella serie de dificultades que es costumbre oponer a las empresas jóvenes. Muy en breve se inaugurará en Londres, por la asociación de allí, un tercer instituto de enseñanza, dirigido por el doctor E. Jones. En estos establecimientos los candidatos son sometidos, como condición previa, al análisis. Reciben enseñanzas teóricas por medio de conferencias sobre todas las materias que pueden interesarles, y son auxiliados y vigilados por antiguos analistas experimentados cuando se los considera ya con capacidad para comenzar a encargarse de algunos análisis en casos fáciles. La duración de estos estudios es, aproximadamente, de dos años. Claro está que al cabo de este tiempo no se es todavía ningún maestro y sí sólo un principiante. Lo que falta habrá de ser adquirido por la práctica y por el cambio de ideas en las asociaciones psicoanalíticas, en las cuales los miembros jóvenes se reúnen con otros más experimentados. La preparación para la labor psicoanalítica no es, ciertamente, sencilla: el trabajo es duro y grande la responsabilidad. Pero aquel que ha seguido las enseñanzas descritas, ha sido objeto, a su vez, de un análisis, se ha asimilado todo lo que hoy puede saberse en psicología de lo inconsciente, ha estudiado la ciencia de la vida sexual y ha aprendido la espinosa técnica del psicoanálisis, la interpretación, la manera de luchar contra la resistencia y el manejo de la transferencia; aquél *no es ya ningún profano en el terreno del psicoanálisis*.

Por el contrario, se halla perfectamente capacitado para emprender el tratamiento de las perturbaciones neuróticas, y con el tiempo dará en esta labor todo el rendimiento que puede exigirse de nuestra terapia.

VI

SE ha tomado usted el trabajo de explicarme qué cosa es el psicoanálisis y cuáles son los conocimientos necesarios para practicarlo con probabilidades

de éxito. Está bien y no me arrepiento de haberle escuchado. Pero lo que no se me alcanza aún es la influencia que usted espera haber ejercido sobre mis opiniones. Sigo viendo ante mí un caso que no tiene nada de extraordinario. La neurosis es una enfermedad especial y el análisis un método especial de tratarla, o sea, una especialidad médica. Por otro lado, es regla general que un médico que ha escogido un sector especial de la Medicina no se satisfaga con los conocimientos de los que certifica su título oficial. Sobre todo cuando se propone ejercer en una gran ciudad, donde sólo los especialistas pueden tener algún porvenir. Aquel que quiere ejercer Cirugía procurará practicar durante algunos años en una clínica quirúrgica. Igual conducta seguirá el oculista, el laringólogo, etc. Por lo que respecta al psiquiatra, es muy probable que permanezca toda su vida ligado a un establecimiento del Estado o a un sanatorio. Pues bien: con el analista sucederá lo mismo. Aquel que se resuelva a dedicarse a esta nueva especialidad ingresará, al terminar sus estudios, en alguno de los institutos psicoanalíticos de que antes hablamos y permanecerá en él los dos años que usted juzga necesarios para iniciarse en la técnica del análisis. Luego, dándose cuenta de las ventajas que puede ofrecerle el contacto con otros analistas más experimentados, frecuentará las asociaciones psicoanalíticas e irá así completando su formación. Pero nada de esto se aparta de las normas generales y no veo surgir por ningún lado el problema del análisis profano.

El médico que siga el camino trazado por usted será acogido por nosotros con los brazos abiertos. Por otro lado, las cuatro quintas partes de las personas a las que conozco como discípulos míos pertenecen a dicha profesión. Pero me va usted a permitir exponerle cuál ha sido hasta ahora la actitud de los médicos ante el análisis y qué aspecto tomará probablemente tal actitud en lo futuro. Los médicos no pueden alegar en modo alguno un derecho histórico a la exclusividad en el ejercicio del análisis, pues hasta hace muy poco han empleado contra él toda clase de armas, desde la leve ironía hasta las más graves calumnias. Me responderá usted, con razón, que todo esto pertenece al pasado y no tiene por qué influir en el porvenir. De acuerdo; pero temo mucho que este porvenir ha de ser muy distinto de lo que usted predice.

Me va usted a permitir que dé a la palabra curandero un sentido más

exacto que el que le atribuye la ley. Para ésta, *curandero* es todo aquel que trata enfermos sin hallarse en posesión del título médico oficial. Para mí, sólo puede llamarse curandero a quien emprende un tratamiento sin poseer los conocimientos y la capacidad indispensables para llevarlo a cabo. Basándome en esta definición, he de atreverme a afirmar que con referencia al análisis, y no sólo en los países europeos, la mayoría de los médicos merecen el dictado de curanderos. Practican, en efecto, el tratamiento analítico sin haberlo estudiado ni comprenderlo.

Será útil objetarme que no cree usted capaces a los médicos de una conducta tan falta de conciencia y argüirme que un médico sabe muy bien que su título no es una patente de corso, debiendo, por tanto, suponerse siempre su buena fe, aunque haya incurrido en un error. Los hechos confirman constantemente mi anterior afirmación, y lo más que puedo concederle es que pueda encontrárseles una explicación conforme a sus juicios. Voy a intentar demostrarle cómo es posible que en las cuestiones referentes al psicoanálisis se conduzca un médico de un modo que evitará cuidadosamente en cualquier otro terreno.

A este respecto ha de tenerse en cuenta que el médico recibe en las aulas una educación casi opuesta a lo que exigiría una preparación al psicoanálisis. Su atención es orientada hacia hechos anatómicos, físicos y químicos, subjetivamente determinables, de cuya exacta comprensión e influencia apropiada depende el éxito de la intervención médica. Se aproxima a su círculo visual el problema de la vida, en cuanto hasta ahora hemos llegado a explicárnoslo por el juego de las fuerzas observables también en la naturaleza inorgánica. En cambio, no se despierta su interés por las facetas anímicas de los fenómenos vitales. El estudio de las funciones psíquicas superiores no interesa a la Medicina. Es el objeto de otra distinta facultad. La Psiquiatría debería ocuparse, por su parte, de las perturbaciones de las funciones anímicas, pero ya sabemos en qué forma y con qué intenciones lo hace. Busca las condiciones físicas de las perturbaciones psíquicas y las trata como otros motivos de enfermedad.

La Psiquiatría tiene razón al obrar así y la formación médica es excelente. Al afirmar que es unilateral es preciso antes fijar el punto de vista desde el cual se convierte esta característica en un reproche. En sí toda ciencia es

unilateral, y tiene que serlo necesariamente por cuanto ha de limitarse a determinados contenidos, métodos y puntos de vista. Constituida un contrasentido, en el cual no quiero participar, rebajar una ciencia para ensalzar otra. La Física no quita valor a la Química. No puede sustituirla ni ser tampoco sustituida por ella. El psicoanálisis es también, desde luego, especialmente unilateral como ciencia de lo psíquico inconsciente. Así, pues, no puede negarse a las ciencias médicas el derecho a la unilateralidad.

El punto de vista buscado se nos muestra cuando pasamos de la disciplina médica científica a la medicina práctica. El hombre enfermo es un ser complicado y nos advierte que tampoco los fenómenos psíquicos, tan difícilmente aprehensibles, pueden ser borrados del cuadro de la vida. El neurótico constituye una complicación indeseada para la Medicina, tanto como para los tribunales de justicia o para el servicio militar. Pero existe y compete muy especialmente a la Medicina. Ahora bien: la formación médica universitaria no proporciona medio alguno para su estudio ni para su tratamiento. Dada la íntima conexión entre las cosas que diferenciamos en físicas y psíquicas, puede predecirse que llegará un día en que se abrirán caminos de conocimientos, y es de esperar que también de influjo, desde la biología de los órganos y la química hasta el campo de fenómenos de las neurosis. Este día parece aún lejano, y por ahora tales estados patológicos nos son inaccesibles desde el sector médico.

La situación sería aún soportable si la formación académica de los médicos se limitase a impedirles orientarse hacia el terreno de las neurosis. Pero es que, además, los sitúa en una posición falsa y perjudicial. Los médicos, cuyo interés por los factores psíquicos de la vida no ha sido despertado, resultan así predispuestos a no darles la importancia debida y a motejarlos de ajenos a la ciencia. De este modo, no llegan a tomar en serio su manejo ni se dan cuenta de las obligaciones que de ellos se derivan. Caen en una profana falta de respeto a la investigación psicológica y se facilitan así considerablemente su labor. Los neuróticos han de ser sometidos a tratamiento, porque son enfermos y porque acuden al médico. Con ellos ha de intentarse cada vez algo nuevo. Mas ¿para qué imponerse el trabajo de una larga preparación? Probablemente sería inútil, y, además, ¿quién sabe si las enseñanzas de los institutos psicoanalíticos tienen algún valor? De este modo,

cuanto más ignorantes son los médicos en esta materia más emprendedores se sienten. Sólo el que sabe la verdad es modesto, pues se da cuenta de lo insuficiente de su saber.

Así, pues, la comparación de la especialidad analítica con otros sectores médicos, opuesta por usted como argumento contra mis alegaciones, cae completamente por su base. Para la Cirugía y otras especialidades ofrece la misma enseñanza académica la posibilidad de una más amplia formación. Los institutos analíticos son escasos en número, jóvenes en años y carecen de autoridad. La escuela médica no los ha reconocido ni se ocupa de ellos. Así, el médico joven, que ha tenido que aceptar de sus maestros a ojos cerrados tantas cosas y no ha hallado ocasiones de educar su juicio propio, acogerá con gusto la ocasión de desempeñar, por fin, el papel de crítico en un sector en el que no existe aún ninguna autoridad reconocida.

Existen todavía otras circunstancias favorables a su actuación como curandero analítico. Si intentara practicar operaciones de la vista sin la suficiente preparación, el mal éxito de sus intervenciones alejaría pronto a los pacientes de su clínica, poniendo así término a su atrevimiento. En cambio, el ejercicio del análisis le será mucho menos peligroso. El público está acostumbrado a que las operaciones de la vista tengan, en general, un resultado feliz y espera siempre la curación. Por el contrario, nadie extraña que el «neurólogo» no logre restablecer a sus pacientes. Los resultados de la terapia de los enfermos nerviosos no han llegado aún a «acostumbrar mal» a la gente, y ésta se satisface con poder decir que el doctor «se ha tomado mucho trabajo» con el paciente. No cabía hacer más, y sólo la naturaleza o el tiempo pueden traer el remedio. Así, cuando se trata de una enferma, se espera el remedio primero de la menstruación; luego, del matrimonio, y más tarde, de la menopausia. Al fin, lo que verdaderamente viene a poner remedio es la muerte. Por otro lado, lo que el analista ha llevado a cabo con el enfermo nervioso es tan discreto que no puede dar motivos de reproche. No ha empleado con él instrumentos ni medicinas; no ha hecho más que conversar con él y sugerirle algo o disuadirle de algo. Esto no puede perjudicar al enfermo, sobre todo cuando en el diálogo se ha evitado tocar temas penosos o excitantes. El médico analista que ha eludido una severa enseñanza técnica no dejará, en cambio, de ceder a la tentación de mejorar el

método del psicoanálisis, limando sus asperezas para hacerle agradable al enfermo. Si limita a esto su tentativa todavía podrá considerarse dichoso, pues si realmente ha osado despertar resistencias y no sabe luego cómo combatirlas podrá perder toda la simpatía del paciente.

La equidad nos obliga a confesar que la actividad del analista ignorante es

también más inofensiva para el enfermo que la del operador imperito. El daño producido se limita a haber impulsado al enfermo a un esfuerzo inútil con el que desaparecen o disminuyen sus posibilidades de curación, aparte del descrédito que el merecido fracaso puede arrojar injustamente sobre la terapia analítica. Todo ello es harto indeseable, pero no admite comparación con los daños que pueda causar el bisturí del cirujano inexperto. Tampoco es de temer, a mi juicio, que la práctica ignorante del análisis produzca una agravación duradera del estado patológico. Las reacciones perjudiciales provocadas por inexperiencia del médico desaparecen al cabo de algún tiempo. Al lado de los traumas que la vida ha ocasionado al sujeto y han motivado su enfermedad, nada significa la torpeza médica. Sólo queda el hecho lamentable de haber sometido al paciente a un tratamiento inapropiado que no ha podido serle beneficioso.

«He escuchado su descripción del curandero titulado en el ejercicio del análisis sin interrumpirle, pero no sin experimentar la impresión de que se halla usted dominado por una intensa hostilidad contra la clase médica, hostilidad para cuya explicación histórica ya me mostró usted antes el camino. De todos modos he de concederle que si han de hacerse análisis habrá de ser por personas fundamentalmente preparadas para-ello. Ahora bien: ¿no cree usted que los médicos que en lo futuro decidan dedicarse a esta especialidad harán todo lo posible para asimilarse tal preparación?»

Temo que no. Mientras las relaciones entre la enseñanza académica y los institutos analíticos no varíen, la tentación de facilitarse el trabajo continuará haciendo sucumbir a los médicos.

«Lo que veo es que hasta este momento va eludiendo usted consecuentemente toda manifestación directa sobre la cuestión del análisis profano. ¿He de entender ahora que, vista la imposibilidad de ejercer un control sobre los médicos que quieran practicar el análisis, propone usted, en venganza y para castigarlos, que se los despoje del monopolio del análisis,

abriendo también esta actividad médica a los profanos?»

No sé si ha llegado usted a darse perfecta cuenta de mis motivos. Quizá más adelante pueda presentarle el testimonio de que mi verdadera actitud es mucho menos parcial. Lo que exijo es que *no pueda ejercer el análisis nadie que no haya conquistado, por medio de una determinada preparación, el derecho a una tal actividad*. Que tales personas sean o no médicos me parece secundario.

«¿Cuáles serían entonces, con precisión, las condiciones exigidas?»

Es ésta una cuestión que no he precisado aún ni sé si llegaré a determinar. Por ahora quisiera tratar con usted otro tema distinto, para lo cual he de comenzar tocando un determinado punto. Se dice que las autoridades competentes van a prohibir en general a los profanos, obedeciendo a exhortaciones de la clase médica, el ejercicio del análisis. Esta prohibición alcanzaría también a los miembros no médicos de la Asociación Psicoanalítica, personas que poseen una excelente preparación, perfeccionada ya por la práctica. Si tal prohibición se lleva a efecto resultará que se impide el ejercicio de una actividad a personas de las que se está convencido que la pueden ejercer a la perfección, dejando, en cambio, libre el camino a otras que carecen en absoluto de garantías. No es éste, ciertamente, el resultado que una ley puede proponerse conseguir. Además, el especial problema planteado por el análisis profano no es ni tan urgente ni tan difícil de resolver. Trátase de un puñado de personas a quienes la prohibición no habría de causar graves daños. Probablemente emigrarían a Alemania, donde, libres de toda traba legal, encontrarían pronto el reconocimiento de su valía. Pero si se quiere ahorrarles todo esto y suavizar en su favor la dureza de la ley, no será difícil hacerlo apoyándose en conocidos precedentes. En el Austria monárquica se han dado repetidos casos de concederse a curanderos notorios autorización para ejercer la actividad médica, por constar evidentemente su perfecta capacidad. En estos casos se trataba generalmente de personas residentes en pueblos y aldeas, y la petición era siempre apoyada y garantizada por alguna de las muchas archiduquesas que existían entonces. Nada se opone a que se haga ahora lo mismo con respecto a personas avecindadas en las ciudades y que pueden presentar garantías, si no tan aristocráticas mucho más peritas en la materia. La prohibición de que

hablamos tendría harto mayor importancia que para los actuales analistas no médicos, para el Instituto Analítico de Viena, que no podría ya admitir a sus enseñanzas candidatos ajenos al círculo de la Medicina. Con ello quedaría nuevamente suprimida en nuestra patria una orientación de la actividad espiritual que en otros países puede desarrollarse libremente. Soy, ciertamente, el último en aspirar a una especial competencia en la exégesis de leyes y reglamentos. Pero sí veo que una acentuación de nuestras disposiciones legales contra el curanderismo sería contraria a la tendencia hoy dominante de adaptarnos a las circunstancias alemanas. Además, la aplicación de dicha ley al caso del psicoanálisis tendría algo de anacrónico, pues en la época de su promulgación no existía aún nuestra disciplina ni era conocida la especial naturaleza de las enfermedades neuróticas.

Llego ahora al problema cuya discusión me parece más importante. ¿El ejercicio del psicoanálisis debe ser objeto de una intervención oficial, o, por el contrario, es más adecuado abandonarlo a su natural desarrollo? No me toca a mí resolver esta cuestión, pero sí he de permitirme rogarle que reflexione sobre ella. En nuestra patria reina de muy antiguo un verdadero *furor prohibendi*, una tendencia a dirigir, intervenir y prohibir que, como todos sabemos, no ha dado precisamente buenos frutos. La nueva Austria republicana no ha cambiado mucho en cuanto a esto. Sospecho que en la resolución del caso del psicoanálisis que ahora nos ocupa podrá usted hacer pesar ya su fundamentada opinión, pero ignoro si tendrá usted ganas de oponerse a las tendencias burocráticas e influencia para ello. De todos modos, no quiero ahorrarle la exposición de mis ideas sobre el caso por poco *autorizadas* que sean. A mi juicio, el exceso de órdenes y prohibiciones perjudica la autoridad de la ley. Puede observarse que allí donde sólo existen escasas prohibiciones son éstas rigurosamente observadas. En cambio, cuando a cada paso tropezamos con alguna acabamos por sentir la tentación de infringirlas todas. Además, no creo que se sea un anarquista por opinar que las leyes y reglamentos no pueden aspirar, por su origen, a ser considerados sagrados e intangibles; que son con frecuencia de contenido insuficiente y contrarias a nuestro sentimiento de la justicia o llegan a tomar este carácter al cabo del tiempo, y por último, que, dada la torpeza de las personas que dirigen nuestra sociedad, el mejor medio de corregir tales leyes

inadecuadas es infringirlas valientemente. También es aconsejable, cuando se quiere mantener el respeto a las leyes y reglamentos, no promulgar aquéllos cuyo cumplimiento o infracción sea difícil de vigilar. Algo de lo que hemos dicho sobre el ejercicio del análisis por los médicos podríamos repetirlo aquí con respecto al análisis profano que la ley quiere reprimir. El método analítico es muy discreto; no emplea medicinas ni instrumentos y consiste tan sólo en el intercambio de ideas. No ha de ser nada fácil probar a un profano el ejercicio del «análisis» cuando el acusado afirme que se limita a oír a las personas que a él acuden, aconsejarlas y ejercer una benéfica influencia, puramente humana, sobre individuos precisados de ayuda espiritual. Es esto algo que nadie lo puede prohibir fundándose solamente en que también los médicos lo hacen alguna vez. En los pueblos de habla inglesa han alcanzado gran difusión las prácticas de la llamada «ciencia cristiana», una especie de negación dialéctica de la existencia del mal en la vida, basada en las doctrinas de la religión cristiana. No tengo por qué suponer que estas prácticas representan una lamentable perturbación del espíritu humano; pero aunque así fuese, ¿quién pensaría en América o en Inglaterra prohibirlas bajo amenaza de castigo? ¿O es que nuestras altas autoridades austríacas están tan seguras del camino que conduce a la bienaventuranza que pueden permitirse impedir que cada uno intente llegar a ella a su manera?

Aun concediendo que muchos individuos, abandonados a sí mismos, se pongan en peligro y lleguen a perjudicarse, ¿no obrará mejor la autoridad delimitando cuidadosamente los campos cuyo acceso debe estar vedado y abandonado por los demás a las criaturas, dentro de lo posible, a su educación por medio de la experiencia y del mutuo influjo? El psicoanálisis es algo tan nuevo en el mundo, la inmensa mayoría se halla poco orientada con respecto a él y la actitud de la ciencia oficial ante su existencia es aún tan vacilante, que me parece prematuro intervenir ya en su desarrollo con prescripciones legales. Dejemos a los enfermos mismos hacer el descubrimiento de que es perjudicial para ellos buscar ayuda espiritual en personas que no han estudiado el modo de prestarla. Haciéndoles ver claramente tales perjuicios y previniéndolos contra ellos nos ahorraremos una prohibición. En las carreteras italianas, los postes sustentadores de las líneas de alta tensión muestran la siguiente inscripción tan breve como impresionante: *Chi tocca,*

muore, suficiente para regular la conducta de los transeúntes con respecto a los cables que una rotura pudiera dejar colgantes. Las advertencias empleadas en Alemania para igual caso son de una amplitud superflua y verdaderamente ofensiva: «Queda terminantemente prohibido tocar los cables, por existir peligro de muerte». ¿Para que la prohibición? El que tiene cariño a la vida ya se dicta la prohibición a sí mismo, y el que quiere suicidarse por este medio no pregunta si está o no permitido hacer uso de él.

«Pero existen casos que prejuzgan la cuestión del análisis profano. Me refiero a la prohibición de practicar el hipnotismo no siendo médico, y a otra recientemente promulgada y relativa a las sesiones de ocultismo y la fundación de asociaciones de este orden».

No soy, ciertamente, un admirador de esas medidas. La última citada constituye un indudable abuso de autoridad en perjuicio de la libertad intelectual. Por mi parte, no soy sospechoso de prestar fe a los llamados fenómenos ocultos, ni siquiera de anhelar su reconocimiento. Pero tales prohibiciones no conseguirán ahogar el interés de los hombres hacia este supuesto mundo secreto. Quizá sólo se ha realizado algo muy perjudicial, despojando al interés científico imparcial de los medios necesarios para formar un juicio libertador sobre tan preocupadoras posibilidades. Pero esto tampoco sucede más que en Austria. En otros países no encuentra la investigación «parapsíquica» obstáculo legal alguno. El caso de la hipnosis es algo diferente al del psicoanálisis. La hipnosis consiste en la provocación de un estado psíquico anormal y no es utilizada hoy en día por los profanos más que como espectáculo. Si la terapia hipnótica, tan prometedora al principio, hubiera mantenido sus promesas, se habrían establecido con su práctica circunstancias análogas a las del análisis. Desde otro distinto aspecto, nos proporciona la historia de la hipnosis un precedente de los destinos del psicoanálisis. En mis primeros tiempos de «docente» de Neuropatología, combatían los médicos, apasionadamente, el hipnotismo, declarándolo una farsa, un engaño diabólico y considerándolo peligrosísimo. Actualmente lo han monopolizado, sirviéndose de él sin temor como medio de investigación, y para algunos neurólogos continúa constituyendo aún el agente principal de su terapia.

Pero como ya dije antes, no está en mi ánimo proponer nada referente a la

conveniencia o inconveniencia de una intervención legal en los asuntos del psicoanálisis. Sé que se trata de una cuestión de principios en cuya solución pesarán más que los argumentos las tendencias de las personas llamadas a dar la pauta. Ya hube de exponerle todo lo que me parece aconsejar una política de *laissez faire*. Ahora bien: si lo que se resuelve es, por el contrario, una intervención activa, entonces habrá de parecerme insuficiente la medida, injusta y desconsiderada, de prohibir a los no médicos el ejercicio del análisis. Será preciso atender a algo más, fijar las condiciones bajo las cuales ha de ser permitida la práctica analítica a todos aquellos que quieran ejercerla, nombrar una autoridad que pueda informar de lo que es el análisis y qué preparación debe exigirse para ella, y, por último, fomentar las posibilidades de someterse a un tal tratamiento. En resumen: o dejar las cosas como están o crear orden y claridad perfectos, pero nunca intervenir en una situación harto complicada, con una prohibición aislada, derivada de una ley que ha perdido toda adecuación.

VII

ESTÁ bien. Pero ¿y los médicos? Por más que hago no consigo hacerle entrar en el verdadero tema de nuestras conversaciones. Siempre acaba usted eludiendo la cuestión. Trátase, concretamente, de si ha de concederse a los médicos, aunque sea después de haber cumplido determinadas condiciones, el derecho exclusivo al ejercicio del análisis. Los médicos no son seguramente, en su gran mayoría, los «curanderos analíticos» que usted ha descrito antes. Usted mismo me ha dicho que la mayor parte de sus discípulos y partidarios pertenecen a la carrera de Medicina. Por otra parte, me han asegurado que tampoco ellos comparten su punto de vista sobre el análisis profano. He de suponer, naturalmente, que sus discípulos participan de su opinión sobre la necesidad de una preparación suficiente, etc., y, sin embargo, encuentran conciliable tales opiniones con la prohibición del análisis profano. Si todo esto es cierto, ¿cómo lo explica usted?

Veo que está usted bien informado. No todos, pero sí buena parte de mis

colaboradores, médicos, difieren de mí en este punto, mostrándose partidarios del derecho exclusivo de los médicos al tratamiento analítico de los neuróticos. Verá usted, pues, que dentro de nuestro campo están permitidas las diferencias de criterio. Mi opinión es conocida por todos, y la diferencia que nos separa en la cuestión del análisis profano no turba nuestra buena armonía. Pregunta usted cómo puedo explicar la actitud de estos discípulos míos. No lo sé; seguramente obedece al poder de la conciencia profesional. Han tenido un desarrollo diferente del mío, se encuentran a disgusto aislados de sus colegas, quisieran ser acogidos sin recelos por la «profesión» y están dispuestos a obtener esta tolerancia a cambio de un sacrificio en una cuestión cuya importancia vital no vislumbra. Quizá no sea así. Suponerlos guiados por el afán de evitarse competencias sería no sólo acusarlos de pobreza de espíritu, sino también de una singular miopía. En realidad, están siempre dispuestos a iniciar a otros médicos en el análisis, y al tener que compartir los pacientes con sus colegas o con profanos es absolutamente igual para su provecho material. Probablemente, habremos de tener en cuenta algo distinto. Tales alumnos míos se hallan quizá bajo la influencia de determinados factores, que dan al médico en la práctica analítica una indudable ventaja sobre el profano.

«¡Por fin confiesa usted que el médico lleva una indudable ventaja al profano para el ejercicio del análisis! Entonces no hay más que hablar. Su cuestión queda resuelta».

Ningún trabajo me cuesta confesarlo. Ello le probará a usted que no estoy tan ciegamente apasionado como usted supone. Si he aplazado el momento de indicar esta circunstancia, es porque su decisión ha de hacer precisas nuevas explicaciones teóricas.

«¿A qué se refiere usted?»

En primer lugar a la cuestión del diagnóstico. Cuando emprendemos el tratamiento analítico de un enfermo que padece perturbaciones de las llamadas «nerviosas», queremos antes alcanzar la seguridad —dentro de lo posible— de que nuestro tratamiento será el apropiado a su dolencia y podrá curarla o aliviarla. Ahora bien: esto sólo sucede cuando la enfermedad que padece es realmente una neurosis.

«Está bien. Pero, según creo, eso es fácil de determinar por medio de la

observación de los síntomas de que el paciente se queja».

Sin embargo, es aquí donde surge una nueva complicación. El enfermo puede presentar el cuadro exterior de una neurosis y padecer muy bien algo distinto: el comienzo de una enfermedad mental incurable o los prolegómenos de un destructor proceso cerebral. La distinción —el diagnóstico diferencial— no es siempre fácil ni puede establecerse inmediatamente en todas las fases. Únicamente un médico puede echar sobre sí la responsabilidad de una tal decisión, que muchas veces no le es ciertamente nada fácil. El caso patológico puede presentar durante mucho tiempo un aspecto inofensivo, surgiendo luego de repente su verdadera gravísima naturaleza. Por otro lado, los neuróticos tienen siempre el temor de adquirir una enfermedad mental. Si el médico permanece durante algún tiempo equivocado o indeciso sobre la naturaleza de uno de estos casos, no causa con ello daño alguno al enfermo ni le obliga a realizar nada superfluo. El tratamiento psicoanalítico de este mismo enfermo no le hubiera tampoco perjudicado, pero sería considerado como un esfuerzo inútil. Además, nunca faltaría quienes atribuyeran al análisis el mal resultado. Desde luego injustamente; pero siempre es bueno evitar tales ocasiones.

«Me deja usted desconsolado. Echa usted ahora por tierra todo lo que antes me dijo sobre la naturaleza y la génesis de la neurosis».

De ningún modo. Lo que hago es robustecer mi anterior aserto de que los neuróticos son para todo el mundo, y, por tanto, también para el análisis, un semillero de complicaciones y preocupaciones. Pero quizá dando a mis nuevas manifestaciones una expresión más correcta no será posible deshacer sus confusiones. Con relación a los casos de que ahora tratamos, es probablemente más exacto decir que padecen realmente una neurosis, pero que ésta no es psicógena, sino somatógena; esto es, que no tiene causas psíquicas, sino físicas. ¿Puede usted comprenderme?

«Comprenderle, sí. Pero lo que no puedo es conciliarlo con lo otro, con lo psicológico».

Lo conseguirá usted en cuanto tenga en cuenta las complicaciones de la sustancia viva. ¿En qué hallamos la esencia de la neurosis? En el hecho de que el *yo*, la más alta organización del aparato anímico, elevada por la influencia del mundo exterior, no se encuentra en estado de cumplir su

función de mediador entre el *ello* y la realidad, retirándose en su debilidad de determinados elementos instintivos del *Ello* y teniendo que aceptar las consecuencias de esta renuncia en forma de limitaciones, síntomas y formaciones reactivas.

Por una tal debilidad del *yo* pasamos todos regularmente en nuestra niñez, siendo ésta la razón de que los sucesos de los más tempranos años infantiles adquieran tan gran importancia para la vida ulterior. Bajo la extraordinaria carga que gravita sobre esta época infantil —en pocos años tenemos que atravesar la enorme distancia evolutiva que separa al hombre primitivo de la edad de piedra del hombre civilizado de nuestros días y rechazar entre tanto especialmente los impulsos instintivos sexuales del temprano período sexual —; bajo esta enorme carga, repito, recurre nuestro *yo* a las represiones y se expone a una neurosis infantil, cuyo residuo perdura en él como disposición a ulteriores enfermedades nerviosas en la madurez. Todo depende luego del trato que el destino reserve al ser humano en el curso de su existencia. Si la vida se le muestra demasiado dura y se hace demasiado grande la distancia entre las exigencias instintivas y las de la realidad, el *yo* podrá fracasar en sus esfuerzos de conciliar ambos factores y tanto más cuanto mayor sea su inhibición por la disposición infantil que en él perdura. Se repite entonces el proceso de la represión, los instintos se sustraen al dominio del *yo*, creándose, por medio de regresiones, satisfacciones sustitutivas, y el pobre *yo* cae irremediablemente en la neurosis.

No perdiendo de vista que el eje de la situación es la fortaleza relativa de la organización del *yo*, ha de sernos fácil completar nuestra revisión etiológica. Como causas normales, por decirlo así, de la nerviosidad conocemos ya la debilidad infantil del *yo*, la dura labor que supone el sometimiento de los tempranos impulsos de la sexualidad y los efectos de los sucesos que casualmente pueda vivir el sujeto durante su infancia. Pero ¿no habrá aún otros factores anteriores a la infancia que desempeñen también un papel etiológico? ¿Por ejemplo, una indomable fortaleza innata de la vida instintiva del *ello*, que plantea *a priori* al *yo* tareas excesivamente duras? ¿O una especial debilidad del *yo*, obediente a causas desconocidas? Desde luego, también estos factores presentan una importancia etiológica a veces dominante. Con la fortaleza de los instintos del *ello* hemos de contar siempre,

y en aquellos casos en los que se encuentra excesivamente desarrollada no podremos fundar muchas esperanzas en nuestra terapia. De las causas que provocan una inhibición del desarrollo del *yo* sabemos aún muy poco. Éstos serían, pues, los casos de neurosis con una base esencialmente constitucional. Sin alguna de tales circunstancias favorables congenitales y constitucionales no surge apenas neurosis alguna.

Pero si el factor decisivo para la génesis de la neurosis es la debilidad relativa del *yo*, ha de ser también posible que una posterior enfermedad física cree una neurosis al producir una debilitación del *yo*. Así sucede, efectivamente, en un gran número de casos. Una tal perturbación somática puede repercutir en la vida instintiva del *yo* y elevar la fuerza de los instintos por encima de la capacidad de defensa del *yo*. El prototipo normal de tales procesos sería la transformación de la mujer por los trastornos de la menstruación y la menopausia. Asimismo, una enfermedad física general, por ejemplo, una perturbación orgánica del órgano nervioso central, atacará las condiciones de alimentación del aparato anímico y le forzará a disminuir su función y a suprimir sus rendimientos más sutiles, entre los que figura el mantenimiento de la organización del *yo*. En todos estos casos surge aproximadamente el mismo cuadro neurótico. La neurosis tiene siempre el mismo mecanismo psicológico, pero su etiología es muy varia y compuesta.

«Así me gusta oírle. Por fin ha hablado usted como un médico. Espero, pues, su confesión de que una enfermedad tan complicada como la neurosis sólo puede ser tratada por los médicos».

Despacio. Va usted más allá demis palabras. Lo que acabamos de examinar es un trozo de Patología, y el análisis es un método terapéutico. Por mi parte, aconsejo o, mejor dicho, exijo que a todo análisis preceda un diagnóstico médico. La inmensa mayoría de las neurosis que se nos presentan son, afortunadamente, de naturaleza psicógena y exentas de toda sospecha patológica. Una vez comprobada esta circunstancia por el médico, puede éste abandonar tranquilamente al analista profano el tratamiento. En nuestras asociaciones analíticas se sigue con todo rigor esta norma. El íntimo contacto exigente en ellas entre los miembros médicos y los que no lo son evita todo posible error en este punto. Hay todavía otro caso en el que el analista tiene que pedir ayuda al médico. Durante el curso del tratamiento analítico pueden

surgir síntomas —generalmente somáticos— de los que no se sabe bien si deben ser incluidos en el cuadro general de la neurosis o referidos a una naciente enfermedad orgánica independiente de ella. La solución de esta duda debe ser también encomendada al médico.

«Así, pues, tampoco durante el análisis puede el analista profano prescindir del médico. Un nuevo argumento a favor de este último».

No, no; de esta posibilidad no puede deducirse un argumento contra el analista profano, pues el analista médico procedería exactamente lo mismo en igual caso.

«Eso sí que no lo entiendo».

Muy sencillo. Una de nuestras normas técnicas prescribe que en estos casos de síntomas equívocos surgidos durante el tratamiento no se atenga nunca el analista, aunque sea médico y confíe plenamente en sus reconocimientos, a su propio juicio, debiendo contrastarlo con el de otro médico ajeno al análisis; por ejemplo, un internista.

«¿Y a qué responde una tal prescripción que me parece superflua?»

No lo es ciertamente, pues obedece a varias razones fundamentales. En primer lugar no es nunca conveniente reunir en una sola mano dos tratamientos, el psíquico y el orgánico. Además, por la relación especialísima que la transferencia establece entre el enfermo y el analista debe éste abstenerse de todo reconocimiento corporal del paciente. Por último, el analista, que tiene concretado todo su interés en los factores psíquicos, no puede quizá confiar plenamente en su imparcialidad.

«Veo ya claramente su actitud con respecto al análisis profano. Persiste usted en su idea de que debe haber analistas, no médicos. Pero como no puede usted negar su insuficiencia, reúne usted sólo lo que puede servir para disculpar y facilitar su existencia. Por mi parte, no logro comprender por qué ha de haber analistas profanos que no pueden pasar de terapeutas de segunda clase. Admitiendo ya, si usted quiere, a los dos o tres profanos que han recibido la preparación analítica, creo que debiera evitarse su aumento, comprometiéndose los institutos analíticos a no acoger en sus aulas más que médicos».

Estaré de acuerdo con usted si resulta posible demostrar que tal limitación no desatiende ninguno de los intereses que aquí entran en juego. Estos

intereses son en número de tres: el de los enfermos, el de los médicos y —*/así not least*— el de la ciencia, que integra en sí el de todos los enfermos futuros. ¿Quiere usted que examinemos juntos estos tres puntos?

Para el enfermo es indiferente que el analista sea o no médico, siempre que todo peligro de error quede eliminado por la contrastación médica exigida antes de iniciar el tratamiento y al surgir durante el mismo algún síntoma dudoso. Lo que interesa es que el analista posea cualidades personales que le hagan merecedor de confianza y haya adquirido aquellos conocimientos y experiencias que le capacitan verdaderamente para el cumplimiento de su labor. Pudiera creerse que la falta de título médico y la necesidad de acudir en ocasiones a quienes lo poseen habrán de disminuir en el ánimo del paciente la autoridad del analista profano. Naturalmente, nunca omitimos informar a los pacientes de las circunstancias del analista y hemos podido convencernos de que los prejuicios profesionales no encuentran en ellos el menor eco, mostrándose siempre dispuestos a aceptar la curación, cualquiera que sea su procedencia, actitud que es conocida ya hace mucho tiempo por la clase médica, para la cual viene constituyendo grave motivo de indignación. Por otro lado, los analistas profanos que hoy practican el análisis no son individuos cualesquiera, de procedencia indistinta, sino personas de formación académica, doctores en Filosofía, pedagogos y algunas señoras de gran experiencia y personalidad sobresaliente. El análisis, al que han de someterse todos los candidatos de nuestros institutos de enseñanza, es también el mejor medio de precisar su capacidad personal para el ejercicio de la actividad analítica.

Pasemos ahora al interés de los médicos. No puedo creer que la incorporación del psicoanálisis haya de ser ventajosa para la Medicina. El estudio de esta facultad dura ya cinco años y casi seis con la práctica de los últimos ejercicios de examen. Además, cada dos años se exige al estudiante alguna nueva condición, sin cuyo cumplimiento no podría considerarse suficiente su preparación. La entrada en la profesión médica es harto difícil, y su ejercicio no tiene nada de satisfactorio ni de provechoso. Exigir, con plena justificación, desde luego, que el médico haya de estar también familiarizado con el aspecto anímico de la enfermedad, y extender así la educación médica a un trozo de la preparación para el análisis, supondría una nueva ampliación

de las materias de enseñanza y una prolongación correlativa de los años de estudio. No sé si esta consecuencia de sus aspiraciones al psicoanálisis satisfará a los médicos. Pero resulta imprescindible. Y todo esto, en una época en que las condiciones materiales de la existencia han empeorado considerablemente para la clase en la cual se reclutan los médicos, viéndose obligada la joven generación a valerse pronto por sí misma.

No querrá usted quizá recargar el estudio de la Medicina con la preparación para la práctica analítica y considerará más adecuado que sean los futuros analistas los que se preocupen por sí mismos de su preparación, una vez terminada la carrera. Piensa usted que la pérdida de tiempo consiguiente no puede tener importancia práctica alguna, toda vez que un joven de treinta años no gozará nunca, por parte del paciente, de la confianza indispensable a la ayuda espiritual que precisa. A esto habría que responder que tampoco el médico no analista, recién salido de las aulas, puede inspirar mucho respeto a sus pacientes, y que el analista podría aprovechar su tiempo trabajando en una policlínica psicoanalítica bajo la dirección de otros más experimentados.

Más importante me parece el hecho de que con su proposición apoya usted un gasto de energías que en estos tiempos difíciles no puede hallar justificación económica alguna. La formación analítica corta ciertamente el círculo de la preparación médica, pero ni lo encierra ni es encerrado por él. Si hubiera de fundarse una facultad psicoanalítica —idea que aún suena a fantasía—, habría de estudiarse en ella mucha parte de lo que se enseña en la Facultad de Medicina. Además de la Psicología de lo inconsciente, que siempre constituiría la disciplina principal, una introducción a la Biología, el más amplio estudio posible de la ciencia de la vida sexual y un conocimiento de los cuadros patológicos de la Psiquiatría. Por otro lado, la enseñanza psicoanalista comprendería también asignaturas ajenas al médico y con los que no suele tropezar en su actividad profesional: Historia de la civilización, Mitología, Psicología de las religiones y Literatura. Sin una buena orientación en estos campos no puede llegar el analista a una perfecta comprensión de mucha parte de su material. En cambio, no le es precisa para sus fines una gran parte de los conocimientos exigidos por la facultad médica. Tanto el conocimiento de los huesos del pie como los relativos a la

composición del hidrógeno o al trayecto de las fibras nerviosas del cerebro, así como todo lo descubierto por la Medicina sobre los microbios, los sueros y los neoplasmas. Todo esto es ciertamente muy estimable; mas para el analista perfectamente inútil, pues ni puede ayudarle a comprender o a curar una neurosis ni tampoco contribuir a afinar aquellas facultades intelectuales a las que su actividad plantea las mayores exigencias. Ni puede objetarse que lo mismo sucede en todas las demás especialidades médicas: por ejemplo, en la Odontología. También el odontólogo tiene que estudiar muchas cosas que la Facultad no le ha enseñado y olvidar otras sobre las que ha sufrido severos exámenes. Pero su caso no admite comparación con el del analista. Para la Odontología conservan toda su importancia los puntos capitales de la Patología, las teorías de la inflamación, la supuración, la necrosis y la influencia recíproca de los órganos del cuerpo. Mas el analista lleva su experiencia a otro distinto mundo con fenómenos y leyes diferentes. De cualquier modo que la Filosofía salve el abismo entre lo corporal y lo anímico, aquél sigue existiendo para nosotros en principio y hasta para nuestros esfuerzos prácticos.

Es injusto e ilógico obligar a un hombre, que desea libertar a otros del grave peso de una fobia o una representación obsesiva, a dar el inmenso rodeo que supone el estudio completo de la carrera médica. Además, no se conseguirá si antes no se logra suprimir totalmente el análisis. Represéntese usted un paisaje, y en él, dos caminos que conducen a un mismo punto: uno de ellos, corto y en línea recta; el otro, largo y serpenteado. Intente usted prohibir el tránsito por el camino breve, porque pasa, por ejemplo, junto a unos macizos de flores que quiere usted proteger contra los paseantes. Sólo si el camino prohibido es penoso y escarpado y, en cambio, el otro descansado y cómodo podrá usted abrigar alguna esperanza de ver respetada su prohibición. Pero si no sucede así y el sendero largo es además el más penoso, no tendrá usted que pensar mucho la suerte que correrán su prohibición y sus flores. Mucho me temo que no consiga usted nunca obligar a los profanos a estudiar Medicina, como tampoco lograría yo obligar a los médicos a estudiar el análisis. Ya conoce usted suficientemente la naturaleza humana.

«Pero si está usted en lo cierto al afirmar que el tratamiento analítico no

puede practicarse sin una formación especial, que el estudio de la Medicina no puede soportar la sobrecarga de la preparación analítica y que los conocimientos médicos son en su gran mayoría superfluos para el analista, ¿qué destino reserva usted al ideal, al que aspira la formación médica, de crear personalidades capaces de afrontar todos los problemas profesionales?»

No puedo predicar cuál será la solución de todas estas dificultades ni soy tampoco el más llamado a indicarla. Sólo veo dos cosas: primero, que el análisis es para usted un motivo de embarazo y sería mejor que no existiese —desde luego, también el neurótico es un ser embarazoso—, y segundo, que de momento se atendería a todos los intereses, decidiéndose los médicos a tolerar a una clase de terapeutas que les evitan el penoso tratamiento de las neurosis psicógenas, tan enormemente frecuentes, y se mantiene en contacto permanente con estos enfermos, con gran ventaja para los mismos.

«¿Es ésta su última palabra sobre la cuestión o le queda aún algo que decir?»

Desde luego. Me queda todavía que hablar del interés de la ciencia en este problema. Lo que sobre este punto he de decir no ha de importarle a usted gran cosa, pero no puedo decir lo mismo de mí.

No creemos deseable, en efecto, que el psicoanálisis sea devorado por la Medicina y encuentre su última morada en los textos de la Psiquiatría, capítulo sobre la terapia, y entre métodos tales como la sugestión hipnótica, la autosugestión y la persuasión, que extraídos de nuestra ignorancia, deben sus efectos, poco duraderos, a la pereza y la cobardía de las masas humanas. Merece mejor suerte, y hemos de esperar que la logre. Como «psicología abismal» o ciencia de lo anímico inconsciente, puede llegar a ser indispensable a todas aquellas ciencias que se ocupan de la historia de los orígenes de la civilización humana y de sus grandes instituciones, tales como el arte, la religión y el orden social. En mi opinión, ha prestado ya una considerable ayuda a estas ciencias para la resolución de sus problemas; pero éstas son aún aportaciones muy pequeñas, comparadas con las que se conseguirían si los hombres de ciencia dedicados al estudio de la Historia de la civilización, la Psicología de las religiones, la Filosofía, etc., se decidieran a manejar por sí mismos el nuevo medio de investigación puesto a su alcance. El empleo del análisis para la terapia de las neurosis es sólo una de las

aplicaciones y quizá venga el porvenir a demostrar que no es siquiera la más importante. De todos modos, sería injusto sacrificar a una aplicación todas las demás por la sola razón de que aquélla roza el círculo de los intereses médicos.

Se desarrolla aquí una nueva relación, en la cual no puede intervenirse sin grave daño. Si los representantes de diversas ciencias del espíritu han de estudiar el psicoanálisis para aplicar sus métodos y puntos de vista a su propio material científico, no les bastará atenerse a los resultados reseñados en la literatura analítica. Habrán de aprender a comprender el análisis siguiendo el único camino abierto para ello; esto es, sometiéndose por sí mismos a un análisis. Así, a los neuróticos necesitados del análisis vendría a agregarse una segunda clase de personas que aceptarían ser sometidas a ella por motivos intelectuales, pero que seguramente saludarían con entusiasmo el incremento de su capacidad funcional, accesoriamente conseguido. La práctica de estos análisis exigiría una cantidad de analistas, a los cuales no ofrecerían ventaja alguna los conocimientos médicos. Pero estos analistas habrán de ser objeto, en cambio, de una formación particularmente cuidadosa, y si no se quiere mutilar su preparación, habrá de proporcionárseles ocasiones de practicar el análisis en casos instructivos y probatorios. Ahora bien: como aquellos hombres sanos, a quienes no mueve un interés científico, no acuden a someterse al análisis, habrán de ser nuevamente individuos neuróticos los que constituyen el material vivo utilizado —bajo el más cuidadoso control— para la enseñanza práctica de tales analistas. Todas estas circunstancias hacen precisa una cierta libertad de movimientos y no toleran limitaciones mezquinas.

Quizá no crea usted en este interés, puramente teórico, del psicoanálisis o no quiera reconocer su influencia en la cuestión práctica del análisis profano. En este caso, habré de advertirle que existe todavía otra aplicación del psicoanálisis completamente sustraída al alcance de la ley sobre el curanderismo y las aspiraciones médicas. Me refiero a su aplicación a la Pedagogía. Cuando un niño comienza a manifestar signos de una evolución indeseable, mostrándose malhumorado, irritable y distraído, ni el pediatra ni el médico escolar puedan hacer nada por él, incluso en aquellos casos en los que el infantil sujeto presenta claros fenómenos nerviosos, tales como

angustia, inapetencia, vómitos o insomnios. En cambio, por medio de un tratamiento mixto del influjo analítico y medidas pedagógicas, desarrolladas por personas que no desprecian ocuparse de las circunstancias del ambiente infantil, se consigue muy pronto suprimir los síntomas nerviosos y deshacer la naciente modificación del carácter. Nuestro conocimiento de que las neurosis infantiles, con frecuencia poco visibles, suponen una disposición a graves enfermedades ulteriores, nos indica estos análisis de niños como un excelente medio profiláctico. Es innegable que aún tiene el psicoanálisis muchos enemigos. Ignoro de qué medios podrán disponer para oponerse también a la actividad de los analistas pedagógicos o pedagogos analistas y no creo posible que lo logren. Pero nunca se puede estar seguro.

Por lo demás, volviendo a nuestra cuestión del tratamiento analítico de los neuróticos adultos, he de advertirle que tampoco hemos agotado todos sus puntos de vista. Nuestra civilización ejerce sobre nosotros una presión ya casi intolerable y demanda una rectificación. Sería quizá demasiada fantasía esperar que el psicoanálisis esté llamado, no obstante las dificultades que se le oponen, a preparar a los hombres a una tal rectificación. Acaso haya de nuevo un americano a quien se le ocurra dedicar parte de su dinero a la preparación analítica de los *social workers* de su país para formar un ejército auxiliar, dedicado a combatir las neurosis, producto de la civilización.

«¿Una nueva especie de *Salvation Army*?»

¿Por qué no? Nuestra imaginación labora siempre con sujeción a algún modelo. La masa de gentes, deseosa de aprender, que afluiría entonces a Europa tendría que pasar de largo por Viena, pues la evolución analítica habría sucumbido ya aquí a un precoz trauma prohibitivo. ¿Sonríe usted? No digo esto, ciertamente, para influir sobre su juicio. Sé ya muy bien que no me presta usted fe y no puedo predecir si alguna vez cambiará usted de opinión. Pero sí estoy seguro de una cosa. No importa mucho cuál sea la resolución que ustedes hagan recaer sobre la cuestión del análisis profano. Cualquiera que sea, sólo puede tener un efecto local. Lo verdaderamente importante es que las posibilidades de desarrollo que en sí entraña el psicoanálisis no pueden ser coartadas por leyes ni reglamentos.

APÉNDICE

1927

El motivo inmediato que me indujo a redactar el pequeño libro que dio pie a las precedentes discusiones fue una acusación de curanderismo ante los tribunales de Viena contra nuestro colega no médico el doctor Theodor Reik. Como todos sabrán, se desistió de la querella una vez completada la instrucción del juicio y oídas varias peritaciones. No creo que ello fuese el resultado de mi libro, pues era evidente que se trataba de un caso demasiado endeble para la acusación, y quien la planteó como parte civil agraviada demostró ser un testigo muy poco fidedigno, de modo que el sobreseimiento del doctor Reik probablemente no siente jurisprudencia en los tribunales de Viena acerca de la cuestión del análisis profano. Cuando en mi escrito tendencioso creé la figura del interlocutor «imparcial» pensaba en uno de nuestros funcionarios, un hombre de espíritu benévolo y de extraordinaria integridad mental, con quien yo mismo había conversado sobre el caso Reik y a quien entregué, a su pedido, una peritación confidencial sobre el mismo. Tenía bien presente que no había logrado convencerlo de mi punto de vista, y fue por eso que también mi interlocutor imparcial quedó en desacuerdo conmigo al concluir nuestro diálogo.

Tampoco esperé en momento alguno que lograría establecer entre los analistas mismos una actitud unánime frente al problema del análisis profano. Quien compare las opiniones expresadas en este simposio por la Asociación Húngara con las sustentadas por el grupo de Nueva York, quizá llegue a la conclusión de que mi obra ha sido totalmente ineficaz y que cada uno persiste en su opinión original. Mas tampoco creo esto. Por el contrario, pienso que muchos de mis colegas han morigerado su posición extrema y que en su mayoría han aceptado mi concepción de que el problema del análisis profano no debe ser resuelto de acuerdo con las normas tradicionales, sino que, correspondiendo a una situación nueva, demanda también un nuevo enjuiciamiento.

Además, el giro que he dado a toda la discusión parece haber despertado aplauso. En efecto, destaqué la tesis de que no importaría si el analista posee o no un diploma médico, sino que lo fundamental es si ha adquirido la

capacitación especial que requiere para el ejercicio del análisis. De aquí arrancó la discusión, tan fervientemente llevada por mis colegas, acerca de cuál sería la formación más conveniente para el analista. Mi propia opinión era entonces —y sigue siendo ahora— que en modo alguno es la prescrita por la Universidad para los futuros médicos. Lo que se conoce como formación médica me parece un acceso arduo y tortuoso a la profesión analítica, pues si bien ofrece al analista muchos elementos indispensables, lo carga también con muchas otras cosas que de nada podrán servirle y lo expone además a que su interés y su entera manera de pensar se aparten de la comprensión de los fenómenos psíquicos. Aún está por crearse el plan de enseñanza para el analista; sin duda habrá de comprender temas de las ciencias del espíritu, de Psicología, Historia de la cultura y Sociología, así como de Anatomía, Biología y Genética. Hay tanto que aprender en estos terrenos, que es justificable omitir de dicho programa cuanto no guarde una relación directa con la práctica del análisis y sólo contribuya indirectamente, como cualquier otro tipo de estudio, el adiestramiento del intelecto y de la capacidad de observación sensorial. Es fácil y cómodo aducir contra este proyecto la objeción de que no existen escuelas psicoanalíticas de tal especie, salvo en el terreno de los esquemas ideales. Por cierto que se trata de un ideal, pero de un ideal que puede y debe ser realizado. Con todas sus insuficiencias juveniles, nuestros institutos de enseñanza representan ya el germen de semejante realización.

No habrá escapado a la atención de mis lectores el hecho que en lo precedente he aceptado como obvio algo que en nuestras discusiones aún ha sido violentamente disputado. En efecto, he dado por sentado que el psicoanálisis no es una rama especializada de la Medicina, y por mi parte no concibo que sea posible dejar de reconocerlo. El psicoanálisis es una parte de la Psicología, ni siquiera de la Psicología médica en el viejo sentido del término, ni de la Psicología de procesos mórbidos, sino simplemente de la Psicología a secas. No representa, por cierto, la totalidad de la psicología, sino su infraestructura, quizá aun todo su fundamento. La posibilidad de su aplicación con fines médicos no debe inducirnos en error, pues también la electricidad y la radiología han hallado aplicaciones en Medicina, no obstante lo cual la ciencia a la que ambas pertenecen sigue siendo la Física. Ni

siquiera los argumentos históricos pueden modificar algo en esta filiación. Toda la teoría de la electricidad tuvo su origen en la observación de un preparado neuromuscular, pero a nadie se le ocurriría hoy considerarla por ello como una parte de la Fisiología. En cuanto al psicoanálisis, se aduce que habría sido descubierto por un médico en el curso de sus esfuerzos por socorrer a sus pacientes; pero esto es a todas luces indiferente para abrir juicio al respecto. Por otra parte, tal argumento histórico es un arma de doble filo: siguiendo el curso de su evolución podríamos recordar la frialdad, aun la enconada animosidad con la cual la profesión médica trató desde un comienzo al análisis; de ello se desprendería que tampoco hoy tiene derecho alguno a asumir prerrogativas sobre el mismo. Aunque por mi parte no admito tal implicación, tengo todavía fuertes dudas acerca de si la actual solicitud con que los médicos cortejan al psicoanálisis se basa, desde el punto de vista de la teoría de la libido, en la primera o en la segunda de las subfases de Abraham; es decir, si se trata de una toma de posesión con el propósito de la destrucción o de la preservación del objeto.

Quisiera detenerme un instante más en el argumento histórico. Dado que concierne a mi persona, puedo ofrecer a quien por ello se interese algunos atisbos de los motivos que me guiaron. Después de cuarenta y un años de actividad médica, mi autoconocimiento me dice que nunca fui un verdadero médico. Ingresé en la profesión porque se me obligó a apartarme de mi propósito original, y el triunfo de mi vida reside precisamente en que después de un largo rodeo he vuelto a encontrar mi primitiva orientación. De mi infancia no tengo ningún recuerdo de haber sentido la necesidad de socorrer a la Humanidad doliente; mi innata disposición sádica no era muy grande, de modo que no tuvo necesidad de desarrollar este derivado suyo. Tampoco me dediqué nunca a «jugar al doctor»: mi curiosidad infantil siguió sin duda otros caminos. En mi juventud se apoderó de mí la omnipotente necesidad de comprender algo acerca de los enigmas del mundo en que vivimos y de contribuir quizá con algo a su solución. El ingreso en la Facultad de Medicina parecía ser el camino más prometedor para lograrlo; luego intenté, sin éxito, con la Zoología y la Química, hasta que finalmente, bajo la influencia de Von Brücke —la más grande autoridad que haya influido nunca sobre mí—, quedé fijado a la fisiología, aunque en aquellos días ésta se hallaba

excesivamente restringida a la histología. Por entonces ya había aprobado todos mis exámenes de la carrera médica sin llegar a interesarme ninguna actividad de esta índole, hasta que mi respetado maestro me advirtió que en vista de mi estrecha situación material debía renunciar a emprender una carrera teórica. Así llegué de la histología del sistema nervioso a la neuropatología, y luego, incitado por nuevas influencias, al estudio de las neurosis. Creo, sin embargo, que mi falta de una genuina inclinación médica no causó gran perjuicio a mis pacientes, pues no redunda precisamente en ventaja de éstos si el interés terapéutico del médico tiene un excesivo énfasis emocional. Para el paciente lo mejor es que el médico cumpla su tarea con ecuanimidad y con la mayor precisión posible.

Cuanto acabo de exponer no contribuye, evidentemente, gran cosa a dilucidar el problema del análisis profano. Todo esto sólo estaba destinado a presentar mis credenciales personales en tanto que yo mismo propugno el valor autónomo del psicoanálisis y su independencia de la aplicación a la Medicina. Aquí podría deducirse que el decidir si el psicoanálisis como ciencia es una subdivisión de la Medicina o de la Psicología sería una mera cuestión académica carente de todo interés práctico. El punto en cuestión sería otro: precisamente la aplicación del análisis al tratamiento de los enfermos; en la medida en que aspire a ser tal cosa, deberá resignarse a ser aceptado como una rama especializada de la Medicina, tal como lo es, por ejemplo, la radiología, sometiéndose asimismo a las reglas vigentes para todos los métodos terapéuticos. Reconozco que es así, y lo admito; sólo quiero estar seguro de que la terapia no llegue a destruir la ciencia. Por desgracia, todas las analogías son de corte alcance y no tardan en llegar a un punto en el cual divergen los dos términos comparados. El caso del análisis es distinto al de la radiología; el físico no necesita de la persona enferma para estudiar las leyes de los rayos X. El psicoanálisis, empero, no dispone de otro material, sino de los procesos psíquicos del ser humano: únicamente puede ser estudiado en el ser humano. Por circunstancias fácilmente comprensibles, la persona neurótica ofrece un material más instructivo y accesible que los seres normales, y si se pretendiera privar de este material a quien se esfuerce por aprender y aplicar el análisis, se le restaría, con mucho, la mitad de sus posibilidades de estudio. Naturalmente, lejos de mí querer exigir que el

interés del individuo neurótico se sacrifique al de la instrucción y al de la investigación científica. El objetivo de mi pequeño libro sobre el problema del análisis profano es precisamente mostrar cómo es posible conciliar fácilmente ambos intereses ajustándose a determinadas precauciones y que el interés médico bien entendido no será el último en resultar beneficiado por tal solución.

Yo mismo he aducido todas las precauciones necesarias, y bien puedo afirmar que la discusión nada nuevo agregó al respecto; quisiera señalar, empero, que en su curso el énfasis se desplazó a menudo en una forma que no responde a la realidad de los hechos. Cuanto se dijo sobre las dificultades del diagnóstico diferencial y sobre la incertidumbre de valorar en muchos casos la sintomatología somática, es decir, sobre situaciones en las cuales son imprescindibles los conocimientos y la intervención de un médico, es exacto, pero incomparablemente mayor aún es el número de los casos que nunca plantean dudas de esta índole y en los cuales nada tiene que hacer el médico. Estos casos quizá no sean interesantes desde el punto de vista científico, pero desempeñan en la vida práctica una parte de importancia suficiente para justificar la actividad de los analistas profanos, perfectamente competentes para tratarlos. Hace algún tiempo analicé a un colega dominado por una particular antipatía contra la idea de que alguien se permitiese desempeñar una actividad médica no siendo a su vez médico. En el curso de su tratamiento tuve la oportunidad de preguntarle: «Estamos trabajando con usted ahora desde hace más de tres meses. ¿En qué momento de nuestro análisis tuvo usted ocasión de recurrir a mis conocimientos médicos?» Hubo de admitir que tal ocasión no se había presentado en momento alguno.

Tampoco concedo mayor importancia al argumento de que el analista profano, estando expuesto a tener que consultar a un médico, no conquistará el necesario respeto de su paciente, quien no le concederá mayor autoridad que la de un enfermero, un masajista u otro auxiliar de análoga categoría. Una vez más la analogía es imperfecta, sin tener en cuenta siquiera la circunstancia de los pacientes suelen reconocer la autoridad de acuerdo con su transferencia afectiva, y que la posesión de un diploma médico no les causa, ni mucho menos, la impresión que los médicos suponen. Un analista profano profesional no hallará dificultad en conquistar la consideración

debida a una guía espiritual secular. Con estas palabras —«guía espiritual secular»— bien podría designarse, por otra parte, la función que el analista, sea médico o profano, debe cumplir en sus relaciones con el público. Nuestros amigos entre el clero protestante —recientemente también entre el católico— con frecuencia consiguen librar a sus feligreses de las inhibiciones que los aquejan en la vida cotidiana, restaurando su fe luego de haberles ofrecido una breve información analítica sobre la índole de sus conflictos. Nuestros adversarios, los psicólogos individuales adlerianos, se esfuerzan por alcanzar un resultado similar en personas que se han tornado inestables e ineficientes, despertando su interés por la comunidad social, pero sólo después de haber iluminado un único sector de su vida anímica, al mostrarles qué parte desempeñan en su enfermedad los impulsos egoístas y desconfiados. Ambos procedimientos, que derivan su poderío de su fundamentación en el psicoanálisis, tienen cabida en la psicoterapia. Nosotros, los analistas, nos planteamos el objetivo de llevar a cabo el análisis más completo y profundo que sea posible en nuestros pacientes; no queremos aliviarlos incorporándolos a las comunidades católica, protestante o social, sino que procuramos más bien enriquecerlos a partir de sus propias fuentes íntimas, poniendo a disposición de su *yo* aquellas energías que debido a la represión se hallan inaccesiblemente fijadas en su inconsciente, así como aquellas que el *yo* se ve obligado a derrochar en la estéril tarea de mantener dichas represiones. Lo que así hacemos es una guía espiritual en el mejor sentido del término. ¿Acaso nos habremos puesto con ello una meta demasiado ambiciosa? ¿Por ventura merece la mayoría de nuestros pacientes los esfuerzos que tal tarea demanda de nosotros? ¿No sería más económico apuntalar sus debilidades desde el exterior en vez de reformarlas desde el interior? No podría decidirlo; pero hay otra cosa que puedo afirmar decididamente. En el psicoanálisis reinó desde el principio una unión indisoluble entre curar e investigar; el conocimiento trajo consigo el éxito terapéutico; fue imposible tratar a un paciente sin aprender al mismo tiempo algo nuevo; ninguna nueva información pudo adquirirse sin experimentar simultáneamente sus resultados benéficos. Nuestro procedimiento analítico es el único en el cual permanece asegurada esta preciosa conjunción. Únicamente si practicamos nuestra guía espiritual analítica lograremos

profundizar nuestra incipiente concepción de la mente humana. Esta perspectiva de un beneficio científico ha sido siempre el rasgo más noble y halagüeño de la labor analítica. ¿Será lícito sacrificarla en aras de consideraciones prácticas cualesquiera?

Algunas observaciones emitidas en el curso de esta discusión me inducen a sospechar que, a pesar de todo, mi estudio sobre el análisis profano ha sido mal interpretado en un punto particular. En efecto, se ha asumido contra mí la defensa de los médicos, como si yo los hubiese declarado, en términos generales, incompetentes para practicar el análisis y como si hubiese emitido a nuestros institutos de enseñanza la consigna de rechazar todo ingreso del campo médico. Nada más lejos de mi intención. Dicha apariencia posiblemente obedeciera a que en el curso de mis formulaciones polémicas me vi obligado a declarar que los analistas médicos no capacitados en el análisis son aún más peligrosos que los profanos. Mi verdadera opinión sobre el tema podría aclararla parafraseando una observación cínica sobre la mujer que en cierta oportunidad apareció en la revista *Simplicissimus*. Un hombre se quejaba a otro de las debilidades y del complicado carácter del bello sexo, replicándole el último: «Con todo, la mujer es lo mejor que tenemos *en esa especie*». Admito que mientras no existan las escuelas que anhelamos para la formación de los analistas, las personas capacitadas que cuenten con instrucción médica constituyen el mejor material para formar futuros analistas. Sin embargo, tenemos el derecho de exigir que no confundan su preformación médica con la formación analítica, que superen la unilateralidad favorecida por la enseñanza que han recibido en las escuelas de Medicina y que resistan a la tentación de coquetear con la endocrinología y con el sistema nervioso autónomo, cuando se trata de aprehender hechos psicológicos por medio de un sistema de conceptos psicológicos. También comparto la opinión de que todos los problemas relacionados con la conexión entre los fenómenos psíquicos y sus fundamentos orgánicos, anatómicos y químicos, sólo pueden ser abordados por personas versadas en ambos terrenos; es decir, por analistas médicos. Mas no ha de olvidarse que esto no constituye la totalidad del psicoanálisis y que en sus demás aspectos nunca podremos prescindir de la cooperación de aquellas personas que cuentan con una formación preliminar en las ciencias del espíritu. Por razones prácticas

hemos adoptado la norma —que incidentalmente también rige en nuestras publicaciones periódicas— de separar el análisis médico de las aplicaciones del psicoanálisis. Esta distinción, no obstante, no es correcta, pues en realidad la línea de división corre entre el psicoanálisis *científico* y sus *aplicaciones*, tanto en la Medicina como en terrenos no médicos.

En el curso de estas discusiones el rechazo más rotundo del análisis profano fue expresado por nuestros colegas norteamericanos, de modo que no considero superfluo replicarles en pocas palabras. Difícilmente podría acusárseme de abusar del análisis con fines polémicos, si expreso la opinión de que su resistencia se debe totalmente a factores prácticos. Ellos ven en su país cuántos desatinos y abusos cometen los analistas profanos con el análisis y a qué punto perjudican en consecuencia a sus pacientes, tanto como al buen nombre del psicoanálisis. Es comprensible, pues, que en su indignación quieran apartarse en lo posible de esos elementos inescrupulosos y perjudiciales, excluyendo a los profanos de toda participación en el análisis. Pero esos hechos ya bastan de por sí para reducir la importancia de la posición norteamericana. En efecto, la cuestión del análisis profano no puede ser decidida exclusivamente de acuerdo con consideraciones prácticas, y las condiciones locales reinantes en Estados Unidos no pueden ser las únicas que determinen nuestro juicio.

La resolución adoptada por nuestros colegas norteamericanos contra los analistas profanos, basada esencialmente en razones prácticas, me parece muy poco práctica, pues no logrará modificar uno de los factores que dominan la situación. Tiene, por así decirlo, el valor de un intento de represión. Si no es posible impedir que los analistas profanos continúen sus actividades y si el público no apoya la campaña contra los mismos, ¿no sería más conveniente reconocer el hecho de su existencia ofreciéndoles la oportunidad de adquirir una capacitación? ¿No sería posible de esta manera influir sobre ellos y, al ofrecerles la posibilidad de ser aprobados por la profesión médica y de ser invitados a colaborar, despertar en ellos el interés por elevar su nivel ético e intelectual?

CLIV

EL PORVENIR DE UNA ILUSIÓN[2242]

1927

I

TODO aquel que ha vivido largo tiempo dentro de una determinada cultura y se ha planteado repetidamente el problema de cuáles fueron los orígenes y la trayectoria evolutiva de la misma, acaba por ceder también alguna vez a la tentación de orientar su mirada en sentido opuesto y preguntarse cuáles serán los destinos futuros de tal cultura y por qué avatares habrá aún de pasar. No tardamos, sin embargo, en advertir que ya el valor inicial de tal investigación queda considerablemente disminuido por la acción de varios factores. Ante todo, son muy pocas las personas capaces de una visión total de la actividad humana en sus múltiples modalidades. La inmensa mayoría de los hombres se ha visto obligada a limitarse a escasos sectores o incluso a uno solo. Y cuanto menos sabemos del pasado y del presente, tanto más inseguro habrá de ser nuestro juicio sobre el porvenir. Pero, además, precisamente en la formación de este juicio intervienen, en un grado muy difícil de precisar, las esperanzas subjetivas individuales, las cuales dependen, a su vez, de factores puramente personales, esto es, de la experiencia de cada uno y de su actitud más o menos optimista ante la vida, determinada por el temperamento, el éxito o el fracaso. Por último, ha de tenerse también en cuenta el hecho singular de que los hombres viven, en

general, el presente con una cierta ingenuidad; esto es, sin poder llegar a valorar exactamente sus contenidos. Para ello tienen que considerarlo a distancia, lo cual supone que el presente ha de haberse convertido en pretérito para que podamos hallar en él puntos de apoyo en que basar un juicio sobre el porvenir.

Así, pues, al ceder a la tentación de pronunciarnos sobre el porvenir probable de nuestra cultura, obraremos prudentemente teniendo en cuenta los reparos antes indicados al mismo tiempo que la inseguridad inherente a toda predicción. Por lo que a mí respecta, tales consideraciones me llevarán a apartarme rápidamente de la magna labor total y a refugiarme en el pequeño sector parcial al que hasta ahora he consagrado mi atención, limitándome a fijar previamente su situación dentro de la totalidad.

La cultura humana —entendiendo por tal todo aquello en que la vida humana ha superado sus condiciones zoológicas y se distingue de la vida de los animales, y desdeñando establecer entre los conceptos de cultura y civilización separación alguna; la cultura humana, repetimos, muestra, como es sabido, al observador dos distintos aspectos. Por un lado, comprende todo el saber y el poder conquistados por los hombres para llegar a dominar las fuerzas de la Naturaleza y extraer los bienes naturales con que satisfacer las necesidades humanas, y por otro, todas las organizaciones necesarias para regular las relaciones de los hombres entre sí y muy especialmente la distribución de los bienes naturales alcanzables. Estas dos direcciones de la cultura no son independientes una de otra; en primer lugar, porque la medida en que los bienes existentes consienten la satisfacción de los instintos ejerce profunda influencia sobre las relaciones de los hombres entre sí; en segundo, porque también el hombre mismo, individualmente considerado, puede representar un bien natural para otro en cuanto éste utiliza su capacidad de trabajo o hace de él su objeto sexual. Pero, además, porque cada individuo es virtualmente un enemigo de la civilización, a pesar de tener que reconocer su general interés humano. Se da, en efecto, el hecho singular de que los hombres, no obstante, serles imposible existir en el aislamiento, sienten como un peso intolerable los sacrificios que la civilización les impone para hacer posible la vida en común. Así, pues, la cultura ha de ser defendida contra el individuo, y a esta defensa responden todos sus mandamientos,

organizaciones e instituciones, los cuales no tienen tan sólo por objeto efectuar una determinada distribución de los bienes naturales, sino también mantenerla e incluso defender contra los impulsos hostiles de los hombres los medios existentes para el dominio de la Naturaleza y la producción de bienes. Las creaciones de los hombres son fáciles de destruir, y la ciencia y la técnica por ellos edificada pueden también ser utilizadas para su destrucción.

Experimentamos así la impresión de que la civilización es algo que fue impuesto a una mayoría contraria a ella por una minoría que supo apoderarse de los medios de poder y de coerción. Luego no es aventurado suponer que estas dificultades no son inherentes a la esencia misma de la cultura, sino que dependen de las imperfecciones de las formas de cultura desarrolladas hasta ahora. Es fácil, en efecto, señalar tales imperfecciones. Mientras que en el dominio de la Naturaleza ha realizado la Humanidad continuos progresos y puede esperarlos aún mayores, no puede hablarse de un progreso análogo en la regulación de las relaciones humanas, y probablemente en todas las épocas, como de nuevo ahora, se han preguntado muchos hombres si esta parte de las conquistas culturales merece, en general, ser defendida. Puede creerse en la posibilidad de una nueva regulación de las relaciones humanas, que cegará las fuentes del descontento ante la cultura, renunciando a la coerción y a la yugulación de los instintos, de manera que los hombres puedan consagrarse, sin ser perturbados por la discordia interior, a la adquisición y al disfrute de los bienes terrenos. Esto sería la edad de oro, pero es muy dudoso que pueda llegarse a ello. Parece, más bien, que toda la civilización ha de basarse sobre la coerción y la renuncia a los instintos, y ni siquiera puede asegurarse que al desaparecer la coerción se mostrase dispuesta la mayoría de los individuos humanos a tomar sobre sí la labor necesaria para la adquisición de nuevos bienes. A mi juicio, ha de contarse con el hecho de que todos los hombres integran tendencias destructoras —antisociales y anticulturales— y que en gran número son bastante poderosas para determinar su conducta en la sociedad humana.

Este hecho psicológico presenta un sentido decisivo para el enjuiciamiento de la cultura humana. En un principio pudimos creer que su función esencial era el dominio de la Naturaleza para la conquista de los bienes vitales y que los peligros que la amenazan podían ser evitados por

medio de una adecuada distribución de dichos bienes entre los hombres. Mas ahora vemos desplazado el nódulo de la cuestión desde lo material a lo anímico. Lo decisivo está en si es posible aminorar, y en qué medida, los sacrificios impuestos a los hombres en cuanto a la renuncia a la satisfacción de sus instintos, conciliarios con aquellos que continúen siendo necesarios y compensarles de ellos. El dominio de la masa por una minoría seguirá demostrándose siempre tan imprescindible como la imposición coercitiva de la labor cultural, pues las masas son perezosas e ignorantes, no admiten gustosas la renuncia al instinto, siendo inútiles cuantos argumentos se aduzcan para convencerlas de lo inevitable de tal renuncia, y sus individuos se apoyan unos a otros en la tolerancia de su desenfreno. Únicamente la influencia de individuos ejemplares a los que reconocen como conductores puede moverlas a aceptar aquellos esfuerzos y privaciones imprescindibles para la perduración de la cultura. Todo irá entonces bien mientras que tales conductores sean personas que posean un profundo conocimiento de las necesidades de la vida y que se hayan elevado hasta el dominio de sus propios deseos instintivos. Pero existe el peligro de que para conservar su influjo hagan a las masas mayores concesiones que éstas a ellos, y, por tanto, parece necesario que la posesión de medios de poder los haga independientes de la colectividad. En resumen: el hecho de que sólo mediante cierta coerción puedan ser mantenidas las instituciones culturales es imputable a dos circunstancias ampliamente difundidas entre los hombres: la falta de amor al trabajo y la ineficacia de los argumentos contra las pasiones.

Sé de antemano la objeción que se opondrá a estas afirmaciones. Se dirá que la condición que acabamos de atribuir a las colectividades humanas, y en la que vemos una prueba de la necesidad de una coerción que imponga la labor cultural, no es por sí misma sino una consecuencia de la existencia de instituciones culturales defectuosas que han exasperado a los hombres haciéndolos vengativos e inasequibles. Nuevas generaciones, educadas con amor y en la más alta estimación del pensamiento, que hayan experimentado desde muy temprano los beneficios de la cultura, adoptarán también una distinta actitud ante ella, la considerarán como su más preciado patrimonio y estarán dispuestas a realizar todos aquellos sacrificios necesarios para su perduración, tanto en trabajo como en renuncia a la satisfacción de los

instintos. Harán innecesaria la coerción y se diferenciarán muy poco de sus conductores. Si hasta ahora no ha habido en ninguna cultura colectividades humanas de esta condición, ello se debe a que ninguna cultura ha acertado aún con instituciones capaces de influir sobre los hombres en tal sentido y precisamente desde su infancia.

Podemos preguntarnos si nuestro dominio sobre la Naturaleza permite ya, o permitirá algún día, el establecimiento de semejantes instituciones culturales, e igualmente de dónde habrán de surgir aquellos hombres superiores, prudentes y desinteresados que hayan de actuar como conductores de las masas y educadores de las generaciones futuras. Puede intimidarnos la magna coerción inevitable para la consecución de estos propósitos. Pero no podemos negar la grandeza del proyecto ni su importancia para el porvenir de la cultura humana. Se nos muestra basado en el hecho psicológico de que el hombre integra las más diversas disposiciones instintivas, cuya orientación definitiva es determinada por las tempranas experiencias infantiles. De este modo, los límites de la educabilidad del hombre supondrán también los de la eficacia de tal transformación cultural. Podemos preguntarnos si un distinto ambiente cultural puede llegar a extinguir, y en qué medida, los dos caracteres de las colectividades humanas antes señaladas que tanto dificultan su conducción. Tal experimento está aún por hacer. Probablemente cierto tanto por ciento de la Humanidad permanecerá siempre asocial, a consecuencia de una disposición patológica o de una exagerada energía de los instintos. Pero si se consigue reducir a una minoría la actual mayoría hostil a la cultura se habrá alcanzado mucho, quizá todo lo posible.

No quisiera despertar la impresión de haberme desviado mucho del camino prescrito a mi investigación y, por tanto, he de afirmar explícitamente que no me he propuesto en absoluto enjuiciar el gran experimento de cultura emprendido actualmente en el amplio territorio situado entre Europa y Asia. Carezco de conocimiento suficiente de la cuestión y de capacidad para pronunciarme sobre sus posibilidades, contrastar la propiedad de los métodos aplicados o estimar la magnitud del abismo inevitable entre el propósito y la realización. Lo que allí se prepara, inacabado aún, elude, como tal, una precisa observación, a la cual ofrece, en cambio, rica materia nuestra cultura, consolidada hace ya largo tiempo.

II

HEMOS pasado inadvertidamente de lo económico a lo psicológico. Al principio nos inclinamos a buscar el patrimonio cultural en los bienes existentes y en las instituciones para su distribución. La conclusión de que toda cultura reposa en la imposición coercitiva del trabajo y en la renuncia a los instintos, provocando, por consiguiente, la oposición de aquellos sobre los cuales recaen tales exigencias, nos hace ver claramente que los bienes mismos, los medios para su conquista y las disposiciones para su distribución no pueden ser el contenido único, ni siquiera el contenido esencial de la cultura, puesto que se hallan amenazados por la rebeldía y el ansia de destrucción de los partícipes de la misma. Al lado de los bienes se sitúan ahora los medios necesarios para defender la cultura; esto es, los medios de coerción y los conducentes a reconciliar a los hombres con la cultura y a compensarles sus sacrificios. Estos últimos medios constituyen lo que pudiéramos considerar como el patrimonio espiritual de la cultura.

Con objeto de mantener cierta regularidad en nuestra nomenclatura, denominaremos interdicción al hecho de que un instinto no pueda ser satisfecho, prohibición a la institución que marca tal interdicción y privación al estado que la prohibición trae consigo. Lo más inmediato será establecer una distinción entre aquellas privaciones que afectan a todos los hombres y aquellas otras que sólo recaen sobre grupos, clases o individuos determinados. Las primeras son las más antiguas; con las prohibiciones en las que tienen su origen inició la cultura hace muchos milenios el desligamiento del estado animal primitivo. Para nuestra sorpresa hemos hallado que se mantienen aún en vigor, constituyendo todavía el nódulo de la hostilidad contra la cultura. Los deseos instintivos sobre los que gravitan nacen de nuevo con cada criatura humana. Existe una clase de hombres, los neuróticos, en los que ya estas interdicciones provocan una reacción asocial. Tales deseos instintivos son el incesto, el canibalismo y el homicidio. Extrañará, quizá, ver reunidos estos deseos instintivos, en cuya condenación aparecen de acuerdo todos los hombres, con aquellos otros sobre cuya permisión o interdicción se lucha tan ardientemente en nuestra cultura, pero psicológicamente está justificado. La actitud cultural ante éstos más antiguos

deseos instintivos no es tampoco uniforme; tan sólo el canibalismo es unánimemente condenado y, salvo para la observación psicoanalítica, parece haber sido dominado por completo. La intensidad de los deseos incestuosos se hace aún sentir detrás de la prohibición, y el homicidio es todavía practicado e incluso ordenado en nuestra cultura bajo determinadas condiciones. Probablemente habrán de sobrevenir nuevas evoluciones de la cultura, en las cuales determinadas satisfacciones de deseos, perfectamente posibles hoy, parecerán tan inadmisibles como hoy la del canibalismo.

Ya en éstas más antiguas renuncias al instinto interviene un factor psicológico que integra también suma importancia en todas las ulteriores. Es inexacto que el alma humana no haya realizado progreso alguno desde los tiempos más primitivos y que, en contraposición a los progresos de la ciencia y la técnica, sea hoy la misma que al principio de la Historia. Podemos indicar aquí uno de tales progresos anímicos. Una de las características de nuestra evolución consiste en la transformación paulatina de la coerción externa en coerción interna por la acción de una especial instancia psíquica del hombre, el *super-yo*, que va acogiendo la coerción externa entre sus mandamientos.

En todo niño podemos observar el proceso de esta transformación, que es la que hace de él un ser moral y social. Este robustecimiento del *super-yo* es uno de los factores culturales psicológicos más valiosos. Aquellos individuos en los cuales ha tenido efecto cesan de ser adversarios de la civilización y se convierten en sus más firmes substratos. Cuanto mayor sea su número en un sector de cultura, más segura se hallará ésta y antes podrá prescindir de los medios externos de coerción. La medida de esta asimilación de la coerción externa varía mucho según el instinto sobre el cual recaiga la prohibición.

En cuanto a las exigencias culturales más antiguas, antes detalladas, parece haber alcanzado —si excluimos a los neuróticos, excepción indeseada— una gran amplitud. Pero su proporción varía mucho con respecto a los demás instintos. Al volver a ellos nuestra vista, advertimos con sorpresa y alarma que una multitud de individuos no obedece a las prohibiciones culturales correspondientes más que bajo la presión de la coerción externa; esto es, sólo mientras tal coerción constituye una amenaza real e ineludible. Así sucede muy especialmente en lo que se refiere a las llamadas exigencias

morales de la civilización, prescritas también por igual a todo individuo. La mayor parte de las transgresiones de que los hombres se hacen culpables lesionan estos preceptos. Infinitos hombres civilizados, que retrocederían temerosos ante el homicidio o el incesto, no se privan de satisfacer su codicia, sus impulsos agresivos y sus caprichos sexuales, ni de perjudicar a sus semejantes con la mentira, el fraude y la calumnia, cuando pueden hacerlo sin castigo, y así viene sucediendo, desde siempre, en todas las civilizaciones.

En lo que se refiere a las restricciones que sólo afectan a determinadas clases sociales, la situación se nos muestra claramente y no ha sido nunca un secreto para nadie. Es de suponer que estas clases postergadas envidiarán a las favorecidas sus privilegios y harán todo lo posible por libertarse del incremento especial de privación que sobre ellas pesa. Donde no lo consigan, surgirá en la civilización correspondiente un descontento duradero que podrá conducir a peligrosas rebeliones. Pero cuando una civilización no ha logrado evitar que la satisfacción de un cierto número de sus partícipes tenga como premisa la opresión de otros, de la mayoría quizá —y así sucede en todas las civilizaciones actuales—, es comprensible que los oprimidos desarrollen una intensa hostilidad contra la civilización que ellos mismos sostienen con su trabajo, pero de cuyos bienes no participan sino muy poco. En este caso no puede esperarse por parte de los oprimidos una asimilación de las prohibiciones culturales, pues, por el contrario, se negarán a reconocerlas, tenderán a destruir la civilización misma y eventualmente a suprimir sus premisas. La hostilidad de estas clases sociales contra la civilización es tan patente que ha monopolizado la atención de los observadores, impidiéndoles ver la que latentemente abrigan también las otras capas sociales más favorecidas. No hace falta decir que una cultura que deja insatisfecho a un núcleo tan considerable de sus partícipes y los incita a la rebelión no puede durar mucho tiempo, ni tampoco lo merece.

El grado de asimilación de los preceptos culturales —o dicho de un modo popular y nada psicológico: el nivel moral de los partícipes de una civilización— no es el único patrimonio espiritual que ha de tenerse en cuenta para valorar la civilización de que se trate. Ha de atenderse también a su acervo de ideales y a su producción artística; esto es, a las satisfacciones extraídas de estas dos fuentes.

Nos inclinaremos demasiado fácilmente a incluir entre los bienes espirituales de una civilización sus ideales; esto es, las valoraciones que determinan en ella cuáles son los rendimientos más elevados a los que deberá aspirarse.

Al principio parece que estos ideales son los que han determinado y determinan los rendimientos de la civilización correspondiente, pero no tardamos en advertir que, en realidad, sucede todo lo contrario; los ideales quedan forjados como una secuela de los primeros rendimientos obtenidos por la acción conjunta de las dotes intrínsecas de una civilización y las circunstancias externas, y estos primeros rendimientos son retenidos ya por el ideal para ser continuados. Así, pues, la satisfacción que el ideal procura a los partícipes de una civilización es de naturaleza narcisista y reposa en el orgullo del rendimiento obtenido. Para ser completa precisa de la comparación con otras civilizaciones que han tendido hacia resultados distintos y han desarrollado ideales diferentes. De este modo, los ideales culturales se convierten en motivo de discordia y hostilidad entre los distintos sectores civilizados, como se hace patente entre las naciones.

La satisfacción narcisista, extraída del ideal cultural, es uno de los poderes que con mayor éxito actúan en contra de la hostilidad adversa a la civilización, dentro de cada sector civilizado. No sólo las clases favorecidas que gozan de los beneficios de la civilización correspondiente, sino también las oprimidas participan de tal satisfacción, en cuanto el derecho a despreciar a los que no pertenecen a su civilización les compensa de las imitaciones que la misma se impone a ellos. Cayo es un mísero plebeyo agobiado por los tributos y las prestaciones personales, pero es también un romano, y participa como tal en la magna empresa de dominar a otras naciones e imponerles leyes. Esta identificación de los oprimidos con la clase que los oprime y los explota no es, sin embargo, más que un fragmento de una más amplia totalidad, pues, además, los oprimidos pueden sentirse afectivamente ligados a los opresores y, a pesar de su hostilidad, ver en sus amos su ideal. Si no existieran estas relaciones, satisfactorias en el fondo, sería incomprensible que ciertas civilizaciones se hayan conservado tanto tiempo, a pesar de la justificada hostilidad de grandes masas de hombres.

La satisfacción que el arte procura a los partícipes de una civilización es

muy distinta, aunque, por lo general, permanece inasequible a las masas, absorbidas por el trabajo agotador y poco preparadas por la educación. Como ya sabemos, el arte ofrece satisfacciones sustitutivas compensadoras de las primeras y más antiguas renuncias impuestas por la civilización al individuo —las más hondamente sentidas aún—, y de este modo es lo único que consigue reconciliarle con sus sacrificios. Pero, además, las creaciones del arte intensifican los sentimientos de identificación, de los que tanto precisa todo sector civilizado, ofreciendo ocasiones de experimentar colectivamente sensaciones elevadas. Por último, contribuyen también a la satisfacción narcisista cuando representan el rendimiento de una civilización especial y expresan en forma impresionante sus ideales.

No hemos citado aún el elemento más importante del inventario psíquico de una civilización. Nos referimos a sus representaciones religiosas —en el más amplio sentido— o, con otras palabras que más tarde justificaremos, a sus ilusiones.

III

¿EN qué consiste el singular valor de las ideas religiosas?

Hemos hablado de una hostilidad contra la civilización, engendrada por la presión que la misma ejerce sobre el individuo, imponiéndole la renuncia a los instintos. Supongamos levantadas de pronto a sus prohibiciones: el individuo podrá elegir como objeto sexual a cualquier mujer que encuentre a su gusto, podrá desembarazarse sin temor alguno de los rivales que se la disputen y, en general, de todos aquellos que se interpongan de algún modo en su camino, y podrá apropiarse los bienes ajenos sin pedir siquiera permiso a sus dueños. La vida parece convertirse así en una serie ininterrumpida de satisfacciones. Pero en seguida tropezamos con una primera dificultad. Todos los demás hombres abrigan los mismos deseos que yo, y no han de tratarme con más consideración que yo a ellos. Resulta, pues, que en último término sólo un único individuo puede llegar a ser ilimitadamente feliz con esta supresión de las restricciones de la

civilización: un tirano, un dictador que se haya apoderado de todos los medios de poder, y aun para este individuo será muy deseable que los demás observen, por lo menos, uno de los mandamientos culturales: el de no matar.

Pero el hecho de aspirar a una supresión de la cultura testimoniaría de una ingratitud manifiesta y de una acusada miopía espiritual. Suprimida la civilización, lo que queda es el estado de naturaleza, mucho más difícil de soportar. Desde luego, la Naturaleza no impone la menor limitación a nuestros instintos y nos deja obrar con plena libertad; pero, en último término, posee también su modo especial de limitarnos: nos suprime, a nuestro juicio, con fría crueldad, y preferentemente con ocasión de nuestras satisfacciones. Precisamente estos peligros, con los que nos amenaza la Naturaleza, son los que nos han llevado a unirnos y a crear la civilización que, entre otras cosas, ha de hacer posible la vida en común. La función capital de la cultura, su verdadera razón de ser, es defendernos contra la Naturaleza.

En algunos puntos lo ha conseguido ya bastante y es de esperar que vaya lográndolo cada vez mejor; pero nadie cae en el error de creer ya totalmente sojuzgada a la Naturaleza, y sólo algunos se atreven a esperar que llegará un día en el cual quede sometida por completo a los hombres. Están los elementos que parecen burlarse de toda coerción humana: la tierra, que tiembla, se abre y sepulta a los hombres con la obra de su trabajo; el agua, que inunda y ahoga; la tempestad, que destruye y arruina, y las enfermedades, en las que sólo recientemente hemos reconocido los ataques de otros seres animados; está, por último, el doloroso enigma de la muerte, contra la cual no se ha hallado aún, ni se hallará probablemente, la triaca. Con estas poderosas armas se alza contra nosotros la Naturaleza, magna, cruel e inexorable, y presenta una y otra vez a nuestros ojos nuestra debilidad y nuestra indefensión, a las que pretendíamos escapar por medio de la obra de la cultura. Una de las pocas impresiones satisfactorias y elevadas que la Humanidad nos procura es la de verla olvidar, ante una catástrofe natural, la inconsistencia de su civilización, todas sus dificultades y sus disensiones internas, y recordar la gran obra común, su conservación contra la prepotencia de la Naturaleza.

Como para la Humanidad en conjunto, también para el individuo la vida

es difícil de soportar. La civilización de la que participa le impone determinadas privaciones, y los demás hombres le infringen cierta medida de sufrimiento, bien a pesar de los preceptos de la civilización, bien a consecuencia de la imperfección de la misma, agregándose a todo esto los daños que recibe de la Naturaleza indominada, a la que él llama el destino. Esta situación ha de provocar en el hombre un continuo temor angustiado y una grave lesión de su narcisismo natural. Sabemos ya cómo reacciona el individuo a los daños que le infiere la civilización o le son causados por los demás: desarrolla una resistencia proporcional contra las instituciones de la civilización correspondiente, cierto grado de hostilidad contra la cultura. Pero ¿cómo se defiende de los poderes prepotentes de la Naturaleza, de la amenaza del destino?

La civilización toma también a su cargo esta función defensora y la cumple por todos y para todos en igual forma, dándose el hecho singular de que casi todas las civilizaciones proceden aquí del mismo modo. No detiene en este punto su labor de defender al hombre contra la Naturaleza, sino que la continúa con otros medios. Esta función toma ahora un doble aspecto: el hombre, gravemente amenazado, demanda consuelo, pide que el mundo y la vida queden libres de espantos; pero, al mismo tiempo, su ansia de saber, impulsada, desde luego, por decisivos intereses prácticos, exige una respuesta.

El primer caso es ya una importante conquista. Consiste en humanizar la Naturaleza. A las fuerzas impersonales, al destino, es imposible aproximarse; permanecen eternamente incógnitas. Pero si en los elementos rugen las mismas pasiones que en el alma del hombre, si la muerte misma no es algo espontáneo, sino el crimen de una voluntad perversa; si la Naturaleza está poblada de seres como aquéllos con los que convivimos, respiraremos aliviados, nos sentiremos más tranquilos en medio de lo inquietante y podremos elaborar psíquicamente nuestra angustia. Continuamos acaso inermes, pero ya no nos sentimos, además, paralizados; podemos, por lo menos, reaccionar e incluso nuestra indefensión no es quizá ya tan absoluta, pues podemos emplear contra estos poderosos superhombres que nos acechan fuera los mismos medios de que nos servimos dentro de nuestro círculo social; podemos intentar conjurarlos, apaciguarlos y sobornarlos,

despojándoles así de una parte de su poderío. Esta sustitución de una ciencia natural por una psicología no sólo proporciona al hombre un alivio inmediato, sino que le muestra el camino por el que llega a dominar más ampliamente la situación.

Esta situación no constituye, en efecto, nada nuevo. Tiene un precedente infantil, y no es, en realidad, más que la continuación del mismo. De niños, todos hemos pasado por un período de indefensión con respecto a nuestros padres —a nuestro padre, sobre todo—, que nos inspiraba un profundo temor, aunque al mismo tiempo estábamos seguros de su protección contra los peligros que por entonces conocíamos. Así, no era difícil asimilar ambas situaciones, proceso en el cual hubo de intervenir también, como en la vida onírica, el deseo. Cuando un presagio de muerte asalta al durmiente y quiere hacerle asistir a su propio entierro, la elaboración onírica sabe elegir las circunstancias en las cuales también este suceso tan temido se convierte en la realización de un deseo, y el durmiente se ve en un sepulcro etrusco, al que ha descendido encantado de poder satisfacer sus curiosidades arqueológicas[2243]. Obrando de un modo análogo, el hombre no transforma sencillamente las fuerzas de la Naturaleza en seres humanos, a los que puede tratar de igual a igual —cosa que no correspondería a la impresión de superioridad que tales fuerzas le producen—, sino que las reviste de un carácter paternal y las convierte en dioses, conforme a un prototipo infantil, y también, según hemos intentado ya demostrar en otro lugar, a un prototipo filogénico.

Andando el tiempo surgen luego las primeras observaciones de la regularidad y la normatividad de los fenómenos físicos, y las fuerzas naturales pierden sus caracteres humanos. Pero la indefensión de los hombres continúa, y con ello perdura su necesidad de una protección paternal y perduran los dioses, a los cuales se sigue atribuyendo una triple función: espantar los terrores de la Naturaleza, conciliar al hombre con la crueldad del destino, especialmente tal y como se manifiesta en la muerte, y compensarle de los dolores y las privaciones que la vida civilizada en común le impone.

Pero poco a poco va desplazándose el acento dentro de estas funciones. Se observa que los fenómenos naturales se desarrollan espontáneamente conforme a las leyes internas, pero los dioses no dejan por ello de seguir

siendo dueños y señores de la Naturaleza: la han creado y organizado de esta suerte y pueden ya abandonarla a sí misma. Sólo de cuando en cuando intervienen en su curso con algún milagro, como para demostrar que no han renunciado a nada de lo que constituía su poder primitivo. Por lo que respecta a la distribución de los destinos humanos, perdura siempre una inquieta sospecha de que la indefensión y el abandono de los hombres tienen poco remedio. En ese punto fallan enseguida los dioses, y si realmente son ellos quienes marcan a cada hombre su destino, es de pensar que sus designios son impenetrables. El pueblo mejor dotado de la antigüedad vislumbró la existencia de un poder superior a los dioses —la *moira*—, y sospechó que éstos mismos tenían marcados sus destinos. Cuanto más independiente se hace la Naturaleza y más se retiran de ella los dioses, tanto más interesante van concentrándose las esperanzas en derredor de la tercera de las funciones a ellos encomendadas, llegando a ser así lo moral su verdadero dominio. De este modo, la función encomendada a la divinidad resulta ser la de compensar los defectos y los daños de la civilización, precaver los sufrimientos que los hombres se causan unos a otros en la vida en común y velar por el cumplimiento de los preceptos culturales, tan mal seguidos por los hombres. A estos preceptos mismos se les atribuye un origen divino, situándolos por encima de la sociedad humana y extendiéndolos al suceder natural y universal.

Se crea así un acervo de representaciones, nacido de la necesidad de hacer tolerable la indefensión humana, y formado con el material extraído del recuerdo de la indefensión de nuestra propia infancia individual y de la infancia de la Humanidad. Fácilmente se advierte que este tesoro de representaciones protege a los hombres en dos direcciones distintas: contra los peligros de la Naturaleza y del destino y contra los daños de la propia sociedad humana. Su contenido, sintéticamente enunciado, es el siguiente: la vida en este mundo sirve a un fin más alto, nada fácil de adivinar desde luego, pero que significa seguramente un perfeccionamiento del ser humano. El objeto de esta superación y elevación ha de ser probablemente la parte espiritual del hombre, el alma, que tan lenta y rebeldemente se ha ido separando del cuerpo en el transcurso de los tiempos. Todo lo que en este mundo sucede, sucede en cumplimiento de los propósitos de una inteligencia

superior, que, por caminos y rodeos difíciles de perseguir, lo conduce todo en definitiva hacia el bien; esto es, hacia lo más satisfactorio para el hombre. Sobre cada uno de nosotros vela una guarda bondadosa, sólo en apariencia severa, que nos preserva de ser juguete de las fuerzas naturales, prepotentes e inexorables. La muerte misma no es un aniquilamiento, un retorno a lo inanimado inorgánico, sino el principio de una nueva existencia y el tránsito a una evolución superior. Por otro lado las mismas leyes morales que nuestras civilizaciones han estatuido rigen también el suceder universal, guardadas por una suprema instancia justiciera, infinitamente más poderosa y consecuente. Todo lo bueno encuentra al fin su recompensa, y todo lo malo, su castigo, cuando no ya en esta vida sí en las existencias ulteriores que comienzan después de la muerte.

De este modo quedan condenados a desaparecer todos los terrores, los sufrimientos y asperezas de la vida. La vida de ultratumba, que continúa nuestra vida terrenal como la parte invisible del espectro solar, continúa la visible, trae consigo toda la perfección que aquí hemos echado de menos. La suprema sabiduría que dirige este proceso, la suprema bondad que en él se manifiesta y la justicia que en él se cumple son los atributos de los seres divinos que nos han creado y han creado el Universo entero. O, mejor dicho, de aquel único ser divino, en el que nuestras civilizaciones han condensado el politeísmo de épocas anteriores. El pueblo que primero consiguió semejante condensación de los atributos divinos se mostró muy orgulloso de tal progreso. Había revelado el nódulo paternal, oculto desde siempre detrás de toda imagen divina. Pero, en el fondo, esto no significa sino un retroceso a los comienzos históricos de la idea de Dios.

No habiendo ya más que un solo y único Dios, las relaciones con él pudieron recobrar todo el fervor y toda la intensidad de las relaciones infantiles del individuo con su padre. Mas a cambio de tanto amor se quiere una recompensa: ser el hijo predilecto, el pueblo elegido. Mucho tiempo después ha elevado la piadosa América la pretensión de ser *God’s own country*, y lo es ciertamente en cuanto a una de las formas bajo las cuales adoran los hombres a la divinidad.

Las ideas religiosas sintéticamente enunciadas en lo que precede han pasado, claro está, por una larga evolución y han sido retenidas por diversas

civilizaciones en distintas fases. En el presente ensayo hemos aislado una sola de estas fases evolutivas: la de su cristalización definitiva en nuestra actual civilización blanca, cristiana. No es difícil observar que en el conjunto formado por estas ideas no todos los elementos armonizan igualmente bien entre sí, y que ni se da con ellas respuesta a todas las interrogaciones apremiantes ni resulta tampoco tarea fácil defenderlas de la constante contradicción de la experiencia cotidiana. Pero así y todo, estas representaciones, religiosas en el más amplio sentido, pasan por ser el tesoro más precioso de la civilización, lo más valioso que la misma puede ofrecer a sus partícipes, y son más estimables que las artes de beneficiar los tesoros de la tierra, procurar a la Humanidad su alimento o vencer las enfermedades. Los hombres creen no poder soportar la vida si no dan a estas representaciones todo el valor al que para ellas se aspira. Habremos, pues, de preguntarnos qué significan estas ideas a la luz de la Psicología, de dónde extraen su alta estimación y —con interrogación harto tímida— cuál es su verdadero valor.

IV

UNA investigación que avanza libre de objeciones exteriores, como un monólogo, corre cierto peligro. Es muy difícil ceder, además, a la tentación de apartar a un lado aquellas ideas propias que tratan de interrumpirla, y todo ello se paga con una sensación de inseguridad que luego se quiere encubrir por medio de conclusiones demasiado radicales. Así, pues, situaré frente a mí un adversario que siga mi exposición con desconfiada crítica y le cederé la palabra de cuando en cuando.

Por lo pronto le oigo ya decir: «Se ha servido usted repetidamente de expresiones que me han producido cierta extrañeza. Ha dicho usted, por ejemplo, que la civilización crea las representaciones religiosas y las pone a disposición de sus partícipes. Sin saber a punto fijo por qué, encuentro en estas afirmaciones algo extraño. No las encuentro tan naturales como encontraría, por ejemplo, la de que la civilización ha regulado el reparto de

los productos del trabajo o los derechos sobre la mujer y el hijo».

A mi juicio, tales afirmaciones están plenamente justificadas. He intentado mostrar que las representaciones religiosas han nacido de la misma fuente que todas las demás conquistas de la cultura: de la necesidad de defenderse contra la abrumadora prepotencia de la Naturaleza; necesidad a la que más tarde se añadió un segundo motivo: el impulso a corregir las penosas imperfecciones de la civilización. También es absolutamente exacto decir que la civilización procura al individuo estas ideas, pues el individuo las encuentra ya acabadas entre sí, y sería incapaz de hallarlas por sí mismo. Son para él como la tabla de multiplicar o la geometría: un legado de generaciones anteriores. La sensación de extrañeza que usted me objeta puede provenir, en parte, de que las ideas religiosas nos son presentadas como una revelación divina. Pero esa pretensión es ya una parte del sistema religioso, y desatiende por completo la evolución histórica de tales ideas y sus diferencias en las distintas épocas y civilizaciones.

«Hay todavía otra objeción que creo más importante. Hace usted nacer el antropomorfismo de la Naturaleza de la necesidad de poner término a la perplejidad y a la indefensión de los hombres ante las fuerzas naturales tan temidas; entrar en relación con ellas y conquistar sobre ellas alguna influencia. A mi juicio, resulta completamente innecesario buscar semejante motivación. El hombre primitivo no puede hacer otra cosa; su pensamiento no puede seguir otro camino. El impulso a proyectar en el mundo su propio ser y ver en todos los sucesos que observa manifestaciones de seres análogos en el fondo a él mismo es algo natural y como innato en él. Es su único método de comprensión. Y el hecho de que abandonándose así simplemente a sus disposiciones naturales consiga satisfacer una de sus grandes necesidades, no es, desde luego, nada esperado y axiomático, sino una coincidencia harto singular».

Yo no lo encuentro tan chocante. ¿O acaso cree usted que el pensamiento del hombre no conoce motivo práctico alguno y es tan sólo la expresión de una curiosidad desinteresada? No me parece probable. Creo más bien que al personificar las fuerzas de la Naturaleza sigue el hombre un precedente infantil. En su primera infancia descubrió ya que para llegar a adquirir alguna influencia sobre las personas que le rodeaban le era preciso entrar en relación

con ellas, y posteriormente aplica este método, con igual propósito, a todo aquello que a su paso encuentra. No contradigo, pues, su observación descriptiva. Efectivamente, la tendencia a personificar todo aquello que quiere comprender —el dominio físico como preparación del dominio psíquico— es un impulso natural del hombre; pero yo expongo, además, el motivo y la génesis de esta peculiaridad del pensamiento humano.

«Un tercer reparo: en su libro *Totem y tabú* ha tratado usted ya anteriormente del origen de la religión. Pero con muy distinto criterio. Allí todo queda reducido a la relación paternofilial. Dios es una superación del padre, y la necesidad de una instancia protectora —la nostalgia de un padre— es la raíz de la necesidad religiosa. Posteriormente parece haber descubierto usted un nuevo factor: la impotencia y la indefensión humana, al que se adscribe corrientemente el papel principal en el origen de la religión, y ahora atribuye usted a la indefensión todo lo que antes era complejo paterno. ¿Puedo preguntarle a usted las razones de esta rectificación?»

Desde luego. Esperaba su demanda. En realidad no hay tal rectificación. En la obra a que usted se refiere, *Totem y tabú*, no se trataba de explicar la génesis de las religiones, sino únicamente la del totemismo. ¿Puede usted acaso explicar desde alguno de los puntos de vista conocidos por la primera forma en que la divinidad protectora se reveló a los hombres fuese la de un animal, y que se instituyera, al mismo tiempo que la prohibición de matar a dicho animal y comer de su carne, la costumbre solemne de sacrificarlo y comerlo una vez al año en colectividad? Esto es precisamente lo que sucede en el totemismo. Y no merece la pena discutir si el totemismo puede o no ser considerado como una religión. Entraña íntimas relaciones con las posteriores religiones deístas, y los animales totémicos se convierten luego en animales sagrados, adscritos a los distintos dioses. Igualmente, las primeras restricciones morales, las más decisivas y profundas —la prohibición del incesto y del homicidio—, nacen en los dominios del totemismo. Acepte usted o no las conclusiones deducidas en *Totem y tabú*, habrá de reconocer que en este libro quedan reunidas en un todo consistente muchas cosas singulares antes inconexas. Desde luego, apenas rozamos en él la razón de que el dios zoológico resultase a larga insuficiente, teniendo que ser sustituido por un dios humano, y ni siquiera mencionamos varios otros

problemas del origen de las religiones. Pero esta limitación de nuestro campo de estudio no equivale a una negación de la existencia de tales problemas. Nuestro trabajo se limitaba rigurosamente a definir la posible colaboración del psicoanálisis en la solución del problema religioso. Si ahora intento añadir otros factores menos ocultos no debe usted acusarme de contradicción, como tampoco antes hubiese sido justo tacharme de unilateral. De mi cuenta corre, naturalmente, indicar el enlace entre lo anteriormente dicho y lo que ahora trato de exponer entre la motivación profunda y la manifiesta, entre el complejo paterno y la impotencia y necesidad de protección del hombre.

No es nada difícil hallar dicho enlace. Lo encontramos en las relaciones de la indefensión del niño con la del adulto, continuación de ella, resultando así, como era de esperar, que la motivación psicoanalítica de la génesis de la religión constituye la aportación infantil a su motivación manifiesta. Vamos a transferirnos a la vida anímica del niño pequeño. ¿Recuerda usted el proceso de la elección de objeto conforme al tipo infantil del que nos habla el análisis? La libido sigue los caminos de las necesidades narcisistas y se adhiere a aquellos objetos que aseguran la satisfacción de las mismas. De este modo la madre, que satisface el hambre, se constituye en el primer objeto amoroso y, desde luego, en la primera protección contra los peligros que nos amenazan desde el mundo exterior en la primera protección contra la angustia, podríamos decir.

Sin embargo, la madre no tarda en ser sustituida en esta función por el padre, más fuerte, que la conserva ya a través de toda la infancia. Pero la relación del niño con el padre entraña una singular ambivalencia. En la primera fase de las relaciones del niño con la madre, el padre constituía un peligro y, en consecuencia, inspiraba tanto temor como cariño y admiración. Todas las religiones muestran profundamente impresos los signos de esta ambivalencia de la relación con el padre, según lo expusimos ya en *Totem y tabú*, cuando el individuo en maduración advierte que está predestinado a seguir siendo siempre un niño necesitado de protección contra los temibles poderes exteriores, presta a tal instancia protectora los rasgos de la figura paterna y crea sus dioses, a los que, sin embargo, de temerlos, encargará de su protección. Así, pues, la nostalgia de un padre y la necesidad de protección contra las consecuencias de la impotencia humana son la misma cosa. La

defensa contra la indefensión infantil presta a la reacción ante la impotencia que el adulto ha de reconocer, o sea, precisamente a la génesis de la religión, sus rasgos característicos. Pero no entra en nuestros propósitos adentrarnos más en la investigación del desarrollo de la idea de Dios. A lo que hemos de atender es al acabado tesoro de representaciones religiosas que la civilización procura al individuo.

V

VOLVIENDO a nuestra investigación, ¿cuál será, pues, la significación psicológica de las representaciones religiosas y dónde podremos clasificarlas?

Al principio no parece nada fácil dar respuesta a estas interrogaciones. Después de rechazar varias fórmulas nos atendremos a la siguiente: son principios y afirmaciones sobre hechos y relaciones de la realidad exterior (o interior) en los que se sostiene algo que no hemos hallado por nosotros mismos y que aspiran a ser aceptados como ciertos. Particularmente estimados por ilustrarnos sobre lo más importante e interesante de la vida, ha de considerarse muy ignorante a quien nada sabe de ellos, y el que los acoge entre sus conocimientos, puede tenerse por considerablemente enriquecido.

Naturalmente hay muchos principios semejantes sobre las cosas más diversas de este mundo. Toda enseñanza está llena de ellos. Elijamos la clase de Geografía: en ella nos dicen que la ciudad de Constanza se alza en la orilla del lago de su nombre. Y una canción estudiantil añade: «El que no lo crea, que vaya y lo vea». Yo he ido allí casualmente y puedo confirmar que la bella ciudad se encuentra emplazada a orillas de una vasta superficie líquida, conocida entre los habitantes del contorno con el nombre de lago de Constanza. Estoy, pues, plenamente convencido de la exactitud de aquella afirmación geográfica. A este propósito recuerdo ahora otro singular suceso de mi vida. Siendo ya un hombre maduro, hice un viaje a Grecia. La primera vez que me hallé sobre la colina de la Acrópolis ateniense, entre las ruinas de sus templos y teniendo a mis pies el mar azul, sentí mezclarse a mi felicidad

un cierto asombro: ¡aquello era realmente tal y como nos lo habían descrito en el colegio! ¡Ciertamente, no debió de ser mucha mi fe en la verdad real de lo que oía a mis profesores cuando tanto me asombraba ahora verlo confirmado! Pero no quiero acentuar demasiado esta interpretación de aquel suceso, pues mi asombro admite también una explicación distinta, totalmente subjetiva y relacionada con la peculiaridad del lugar, explicación que no se me ocurrió de momento[2244].

Así, pues, todos estos principios aspiran a ser aceptados como ciertos, pero no sin fundamentar tal aspiración. Se presentan como el resultado abreviado de un largo proceso mental, basado en la observación y, desde luego, también en la deducción, y si hay quien prefiere seguir por sí mismo tal proceso, en lugar de aceptar su resultado le señalan el camino. Asimismo se indica siempre la fuente del conocimiento, integrado en el principio de que se trate, cuando el mismo no puede considerarse axiomático, como sucede con las afirmaciones geográficas. Al afirmar, por ejemplo, que la Tierra es redonda, se aducen, como pruebas, el experimento del péndulo de Foucault, la curva del horizonte y la posibilidad de circunnavegar la Tierra. Pero como es imposible hacer realizar a todos los alumnos un viaje alrededor del mundo —cosa que reconocen sin excepción los interesados—, no hay más remedio que dejarles abrir un amplio margen de confianza a las enseñanzas escolares, sabiendo, de todos modos, que siempre tienen abierto el camino para comprobarlas personalmente.

Intentemos medir con la misma medida los principios religiosos. Si preguntamos en qué se funda su aspiración a ser aceptados como ciertos, recibiremos tres respuestas singularmente desacordes. Se nos dirá primeramente que debemos aceptarlos porque ya nuestros antepasados los creyeron ciertos; en segundo lugar, se nos aducirá la existencia de pruebas que nos han sido transmitidas por tales generaciones anteriores y, por último, se nos hará saber que está prohibido plantear interrogación alguna sobre la credulidad de tales principios. Tal atrevimiento hubo de castigarse en épocas pasadas con penas severísimas; todavía actualmente lo ve con disgusto la sociedad.

Esta última respuesta ha de parecemos singularmente sospechosa. El motivo de semejante prohibición no puede ser sino que la misma sociedad

conoce muy bien el escaso fundamento de las exigencias que plantea con respecto a sus teorías religiosas. Si así no fuera, se apresurarían a procurar a todo el que quisiera convencerse por sí mismo los medios necesarios. Así, pues, emprenderemos ya con extrema desconfianza el examen de las dos otras pruebas. Debemos creer porque nuestros antepasados creyeron. Pero estos antepasados nuestros eran mucho más ignorantes que nosotros. Creyeron cosas que hoy nos es imposible aceptar. Es, por tanto, muy posible que suceda lo mismo con las doctrinas religiosas. Las pruebas que nos han transmitido aparecen incluidas en escritos faltos de toda garantía, contradictorios y falseados. De poco sirve que se atribuya a su texto literal o solamente a su contenido la categoría de revelación divina, pues tal afirmación es ya por sí misma una parte de aquellas doctrinas, cuya credibilidad se trata de investigar, y ningún principio puede demostrarse a sí mismo.

Llegamos así al resultado singular de que precisamente aquellas tesis de nuestro patrimonio cultural que mayor importancia podían entrañar para nosotros, y a las que corresponde la labor de aclararnos los enigmas del mundo y reconciliarnos con el dolor de la vida, son las que menos garantías nos ofrecen. Si un hecho tan indiferente para nosotros como el de que las ballenas sean animales vivíparos, y no ovíparos, fuera igualmente difícil de demostrar, no nos decidiríamos nunca a creerlo.

Esta situación es ya por sí misma un curioso problema psicológico. No deberá tampoco creerse que las observaciones precedentes sobre la indemostrabilidad de las doctrinas religiosas contienen nada nuevo. La imposibilidad de demostrarlas se ha hecho sentir en todos los tiempos y a todos los hombres, incluso a aquellos antepasados nuestros que nos han legado la herencia religiosa. Muchos de ellos alimentaron seguramente nuestras mismas dudas, pero gravitaba sobre ellos una presión demasiado intensa para que se atrevieran a manifestarlas. Y desde entonces, estas dudas han atormentado a infinitos hombres que intentaron reprimirlas porque se suponían obligados a creer; muchas inteligencias han naufragado bajo la pesadumbre de tal conflicto, y muchos caracteres han sufrido grave lesión en las transacciones en las que trataron de hallar una salida.

Al advertir que todas las pruebas que se nos aducen en favor de la

credibilidad de los principios religiosos proceden del pasado, habremos de investigar si el presente —mejor capacitado para juzgar— puede ofrecernos también alguna. Si de este modo se consiguiera sustraer a la duda, aunque sólo fuera un único fragmento del sistema religioso, la totalidad del mismo ganaría extraordinariamente en credibilidad. Con este punto se enlaza la actividad de los espiritistas, que se declaran convencidos de la perduración del alma individual y nos quieren demostrar irrebatiblemente este principio de la doctrina religiosa. Por desgracia, no consiguen rebatir victoriosamente la objeción de que todas las apariciones y manifestaciones de sus espíritus no son sino productos de su propia actividad psíquica. Han evocado los espíritus de los grandes hombres y de los pensadores más sobresalientes; pero todas las manifestaciones y todas las noticias que por ellos han obtenido han sido tan simples, tan desconsoladoramente vacías, que lo más que pueden probar es una singular capacidad de los espíritus para adaptarse al nivel intelectual de aquellos que los conjuran.

Habremos de recordar ahora dos tentativas que dan la impresión de constituir un esfuerzo convulsivo por eludir el problema. Una de ellas, singularmente violenta, es muy antigua; la otra es sutil y moderna. La primera es el *credo quia absurdum* de un padre de la Iglesia. Esto quiere decir que las doctrinas religiosas están sustraídas a las exigencias de la razón, hallándose por encima de ella. No necesitamos comprenderlas, basta con que sintamos interiormente su verdad. Pero este «credo» sólo como una forzada confesión resulta interesante. Como mandamiento no puede obligar a nadie. ¿Habremos de obligarnos acaso a creer cualquier absurdo? Y si no, ¿por qué precisamente éste? No hay instancia alguna superior a la razón. Si la verdad de las doctrinas religiosas depende de un suceso interior que testimonia de ella, ¿qué haremos con los hombres en cuya vida interna no surge jamás tal suceso nada frecuente? Podemos exigir a todos los hombres que hagan uso de su razón; lo que no es posible es instituir una obligación para todos sobre una base que sólo en muy pocos existe. Si uno de ellos ha conquistado la indestructible convicción de la verdad real de las doctrinas religiosas en un momento de profundo éxtasis emotivo, ¿qué puede significar eso para los demás?

La segunda tentativa es la realizada por la filosofía del «como si». Según

ella, en nuestra actividad mental existen numerosas hipótesis que sabemos faltas de todo fundamento o incluso absurdas. Las definimos como ficciones; pero, en atención a diversos motivos prácticos, nos conducimos «como si» las creyésemos verdaderas. Tal sería el caso de las doctrinas religiosas a causa de su extraordinaria importancia para la conservación de la sociedad humana[2245]. Esta argumentación no difiere gran cosa del *credo quia absurdum*. Pero, a mi juicio, la pretensión de la filosofía del «como si» sólo puede ser planteada y aceptada por un filósofo. El hombre de pensamiento no influido por las artes de la Filosofía no podrá aceptarla jamás. No podrá nunca conceder un valor a cosas declaradas de antemano absurdas y contrarias a la razón, ni ser movido a renunciar, precisamente en cuanto a uno de sus intereses más importantes, a aquellas garantías que acostumbra a exigir en el resto de sus actividades. Recuerdo aquí la conducta de uno de mis hijos, que se distinguió muy tempranamente por su amor a la verdad objetiva. Cuando alguien empezaba a contar un cuento que los demás niños se disponían a escuchar devotamente, se acercaba al narrador y le preguntaba: «¿Es una historia verdadera?» Y al oír que no, se alejaba con gesto despreciativo. Es de esperar que los hombres no tarden en conducirse parecidamente ante las fábulas religiosas, a pesar de la intercesión del «como si».

Mas, por lo pronto, se conducen aún muy diferentemente, y en épocas pretéritas las ideas religiosas han ejercido suprema influencia sobre la Humanidad, no obstante su indiscutible falta de garantía. Tenemos aquí un nuevo problema psicológico. Habremos, pues, de preguntarnos en qué consiste la fuerza interior de estas doctrinas y a qué deben su eficacia, independientemente de los dictados de la razón.

VI

CREO ya suficientemente preparada la respuesta a las dos interrogaciones que antes dejamos abiertas. Recapitulando nuestro examen de la génesis psíquica de las ideas religiosas, podremos ya formularla

como sigue: tales ideas, que nos son presentadas como dogmas, no son precipitados de la experiencia ni conclusiones del pensamiento: son ilusiones, realizaciones de los deseos más antiguos, intensos y apremiantes de la Humanidad. El secreto de su fuerza está en la fuerza de estos deseos. Sabemos ya que la penosa sensación de impotencia experimentada en la niñez fue lo que despertó la necesidad de protección, la necesidad de una protección amorosa, satisfecha en tal época por el padre, y que el descubrimiento de la persistencia de tal indefensión a través de toda la vida llevó luego al hombre a forjar la existencia de un padre inmortal mucho más poderoso. El gobierno bondadoso de la divina Providencia mitiga el miedo a los peligros de la vida; la institución de un orden moral universal, asegura la victoria final de la Justicia, tan vulnerada dentro de la civilización humana, y la prolongación de la existencia terrenal por una vida futura amplía infinitamente los límites temporales y espaciales en los que han de cumplirse los deseos.

Bajo las premisas de este sistema se formulan respuestas a los enigmas ante los cuales se estrella el humano deseo de saber, enigmas como la creación del mundo y la relación entre el cuerpo y el alma. Por último, para la psique individual supone un gran alivio ser descargada de los conflictos engendrados en la infancia por el complejo paternal, jamás superados luego por entero, y ser conducida a una solución generalmente aceptada.

Al decir que todo esto son ilusiones, habremos de restringir el sentido de semejante concepto. Una ilusión no es lo mismo que un error ni es necesariamente un error. La opinión aristotélica de que la suciedad engendra los parásitos, opinión mantenida aun hoy en día por el vulgo ignorante, es un error, como igualmente el criterio sostenido por anteriores generaciones médicas de que la *tabes dorsalis* es consecuencia de los excesos sexuales. Sería abusivo calificar de ilusiones estos errores. En cambio, fue una ilusión de Cristóbal Colón creer que había descubierto una nueva ruta para llegar a las Indias. La participación de su deseo en este error resulta fácilmente visible. También podemos calificar de ilusión la afirmación de ciertos nacionalistas de que los indogermanos son la única raza susceptible de cultura, o la creencia —que sólo el psicoanálisis ha logrado desvanecer— de que los niños eran seres sin sexualidad. Una de las características más

genuinas de la ilusión es la de tener su punto de partida en deseos humanos de los cuales se deriva. Bajo este aspecto, se aproxima a la idea delirante psiquiátrica, de la cual se distingue, sin embargo, claramente. La idea delirante, además de poseer una estructura mucho más complicada, aparece en abierta contradicción con la realidad. En cambio, la ilusión no tiene que ser necesariamente falsa; esto es, irrealizable o contraria a la realidad. Así, una burguesa puede acariciar la ilusión de ser solicitada en matrimonio por un príncipe, ilusión que no tiene nada de imposible y se ha cumplido realmente alguna vez. Que el Mesías haya de llegar y fundar una edad de oro es ya menos verosímil, y al enjuiciar esta creencia la clasificaremos, según nuestra actitud personal, bien entre las ilusiones, bien entre las ideas delirantes. No es fácil encontrar más ejemplos de ilusiones que hayan llegado a cumplirse. Quizá la de transmutar en oro todos los metales, tan largo tiempo acariciada por los alquimistas, llegue a ser una de ellas. El deseo de tener mucho oro, todo el oro posible, se ha debilitado ya ante nuestro actual conocimiento de las condiciones de la riqueza; pero la Química no considera imposible la transmutación indicada. Así, pues, calificamos de ilusión una creencia cuando aparece engendrada por el impulso a la satisfacción de un deseo, prescindiendo de su relación *con* la realidad, del mismo modo que la ilusión prescinde de toda garantía real.

Si después de orientarnos así volvemos de nuevo a los dogmas religiosos, habremos de repetir nuestra afirmación interior: son todos ellos ilusiones indemostrables y no es lícito obligar a nadie a aceptarlos como ciertos. Hay algunos tan inverosímiles y tan opuestos a todo lo que trabajosamente fiemos llegado a averiguar sobre la realidad del mundo, que, salvando las diferencias psicológicas, podemos compararlos a las ideas delirantes. Por lo general, resulta imposible aquilatar su valor real. Son tan irrebatibles como indemostrables. Sabemos todavía muy poco para aproximarnos a ellos como críticos. Nuestra investigación de los secretos del mundo progresa muy lentamente, y la ciencia no ha encontrado aún respuesta a muchas interrogaciones. De todos modos, la labor científica es, a nuestro juicio, el único camino que puede llevarnos al conocimiento de la realidad exterior a nosotros. Esperar algo de la intuición y del éxtasis no es tampoco más que una ilusión. Pueden procurarnos ciertas inducciones, difícilmente

interpretables, sobre nuestra propia vida psíquica; pero nunca una respuesta a las interrogaciones cuya solución se hace tan fácil a las doctrinas religiosas. Sería un sacrilegio abandonarse aquí al capricho personal y aceptar o rechazar con un criterio puramente subjetivo trozos aislados del sistema religioso, pues tales interrogaciones son demasiado importantes, demasiado sagradas, pudiéramos decir, para que sea lícita semejante conducta.

En este punto se nos opondrá seguramente la siguiente objeción: «si hasta los escépticos más empedernidos reconocen que las afirmaciones religiosas no pueden ser rebatidas por la razón, ¿por qué no hemos de creerlas, ya que tienen a su favor tantas cosas: la tradición, la conformidad de la mayoría de los hombres y su mismo contenido consolador?» No hay inconveniente. Del mismo modo que nadie puede ser obligado a creer, tampoco puede forzarse a nadie a no creer. Pero tampoco debe nadie complacerse en engañarse a sí mismo suponiendo que con estos fundamentos sigue una trayectoria mental plenamente correcta. La ignorancia es la ignorancia, y no es posible derivar de ella un derecho a creer algo. Ningún hombre razonable se conducirá tan ligeramente en otro terreno ni basará sus juicios y opiniones en fundamentos tan pobres. Sólo en cuanto a las cosas más elevadas y sagradas se permitirá semejante conducta. En realidad se trata de vanos esfuerzos para hacerse creer a sí mismo o hacer creer a los demás que permanece aún ligado a la religión, cuando hace ya mucho tiempo que se ha desligado de ella. En lo que atañe a los problemas de la religión, el hombre se hace culpable de un sinnúmero de insinceridades y de vicios intelectuales. Los filósofos fuerzan el significado de las palabras hasta que no conservan apenas nada de su primitivo sentido, dan el nombre de «Dios» a una vaga abstracción por ellos creada y se presentan ante el mundo como deístas, jactándose de haber descubierto un concepto mucho más elevado y puro de Dios, aunque su Dios no es ya más que una sombra inexistente y no la poderosa personalidad del dogma religioso. Los críticos persisten en declarar profundamente religiosos a aquellos hombres que han confesado ante el mundo su conciencia de la pequeñez y la impotencia humanas, aunque la esencia de la religiosidad no está en tal conciencia, sino en el paso siguiente, en la reacción que busca un auxilio contra ella. Aquellos hombres que no siguen adelante, resignándose humildemente al mísero papel encomendado al hombre en el vasto mundo,

son más bien religiosos, en el más estricto sentido de la palabra.

No entra en los fines de esta investigación pronunciarse sobre la verdad de las doctrinas religiosas. Nos basta haberlas reconocido como ilusiones en cuanto a su naturaleza psicológica. Pero no necesitamos ocultar que este descubrimiento influye también considerablemente en nuestra actitud ante un problema que a muchos ha de parecerles el más importante. Sabemos aproximadamente en qué tiempos fueron creadas las doctrinas religiosas y por qué hombres. Si, además, descubrimos los motivos a que obedeció su creación, nuestro punto de vista sobre el problema religioso queda sensiblemente desplazado. Nos decimos que sería muy bello que hubiera un Dios creador del mundo y providencia bondadosa, un orden moral universal y una vida de ultratumba; pero encontramos harto singular que todo suceda así tan a medida de nuestros deseos. Y sería más extraño aún que nuestros pobres antepasados, ignorantes y faltos de libertad espiritual, hubiesen descubierto la solución de todos estos enigmas del mundo.

VII

LA conclusión de que las doctrinas religiosas no son sino ilusiones, nos lleva en el acto a preguntarnos si acaso no lo serán también otros factores de nuestro patrimonio cultural, a los que concedemos muy alto valor y dejamos regir nuestra vida; si las premisas en las que se fundan nuestras instituciones estatales no habrán de ser calificadas igualmente de ilusiones, y si las relaciones entre los sexos, dentro de nuestra civilización, no aparecen también perturbadas por toda una serie de ilusiones eróticas. Una vez despierta nuestra desconfianza, no retrocederemos siquiera ante la sospecha de que tampoco posea fundamentos más sólidos nuestra convicción de que la observación y el pensamiento, aplicados a la investigación científica, nos permiten alzar un tanto el velo que encubre la realidad exterior. No tenemos por qué rehusar que la observación recaiga sobre nuestro propio ser ni que el pensamiento sea utilizado para su propia crítica, iniciándose así una serie de investigaciones cuyo resultado habría de ser decisivo para la formación de

una «concepción del Universo». Sospechamos que semejante labor no resultaría infructuosa y justificaría, por lo menos en parte, nuestra desconfianza. Pero el autor no se considera con capacidad suficiente para emprenderla en toda su vasta amplitud y, en consecuencia, habrá de limitar obligadamente su trabajo a una de tales ilusiones, a la ilusión religiosa.

Nuestro contradictor deja oír de nuevo su voz en este punto, pidiéndonos cuenta de nuestro ilícito proceder. Nos dice:

«El interés arqueológico es altamente encomiable; pero no es permisible practicar excavaciones por debajo de las viviendas de los hombres, falseando sus cimientos y poniéndose en peligro de venirse abajo con todos sus moradores. Las doctrinas religiosas no son un tema sobre el cual se pueda sutilizar impunemente como sobre otro cualquiera. Constituyen la base de nuestra civilización. La pervivencia que la sociedad humana tiene como premisa para que la mayoría de los hombres las acepte como verdaderas. Si les enseñamos que la existencia de un Dios omnipotente y justo, de un orden moral universal y de una vida futura son puras ilusiones, se considerarán desligados de toda obligación de acatar los principios de la cultura. Cada uno seguirá, sin freno ni temor, sus instintos sociales y egoístas e intentará afirmar su poder personal, y de este modo surgirá de nuevo el caos, la que ha llegado a poner término una labor civilizadora ininterrumpida a través de muchos milenios. Aunque supiésemos y pudiésemos demostrar que la religión no posee la verdad, deberíamos silenciarlo y conducirnos como nos lo aconseja la filosofía del “como si”. ¡Es en interés de todos y por nuestra propia conservación! Lo contrario, además de ser harto peligroso, constituye una inútil crueldad. Hay infinitos hombres que hallan en las doctrinas religiosas su único consuelo, y sólo con su ayuda pueden soportar la vida. Se quiere despojarlos de tal apoyo sin tener nada mejor que ofrecerles en sustitución. Se confiesa que la ciencia se halla aún muy poco avanzada, y aunque lo estuviera mucho más tampoco bastaría a los hombres. El hombre tiene otras necesidades imperativas, que nunca podrán ser satisfechas por la ciencia, y es harto singular e inconsecuente que un psicólogo, que siempre ha hecho resaltar la primacía del instinto sobre la inteligencia en la vida del hombre, se esfuerce ahora en despojar a la Humanidad de una valiosa realización de deseos, ofreciéndole una compensación puramente

intelectual».

¡Son muchas acusaciones de una vez! Pero estoy preparado para rebatirlas todas, y además habré de afirmar que, tratando de mantener las actuales relaciones entre la civilización y la religión, se crean para la primera mayores peligros que intentando destruirlas. Lo que no sé es por dónde empezar mi defensa.

Quizá asegurando que yo mismo considero completamente inofensiva y exenta de todo peligro mi empresa. No es, desde luego, a mí, en este caso, a quien puede reprocharse una hipervaloración del intelecto. Si los hombres son, realmente, tales como los describen mis contradictores —y no quiero negarlo—, no hay el menor peligro de que un creyente, vencido por mis argumentos, se deje despojar de su fe.

Además, no he dicho nada que antes no haya sido ya sostenido más acabadamente y con mayor fuerza por otros hombres mejores que yo, cuyos nombres no habré de citar, por ser de sobra conocidos, y además para que no se crea que intento incluirme entre ellos. Lo único que he hecho —la sola novedad de mi exposición— es haber agregado a la crítica de mis grandes predecesores cierta base psicológica, pero no es de esperar que esta agregación logre el efecto que tales críticas no consiguieron. Se nos preguntará entonces por qué escribimos tales cosas si estamos seguros de que no han de sufrir ningún efecto. Pero no han de sufrir ningún efecto. Pero sobre esta cuestión volveremos más adelante.

Al único a quien esta publicación puede perjudicar es a mí mismo. Seguramente se me acusará de aridez espiritual, de falta de idealismo y de incomprensión ante los más altos ideales de la Humanidad. Mas, por un lado, estos reproches no son nada nuevos para mí, y por otro, cuando ya en nuestros años jóvenes nos hemos sobrepuesto a la animadversión de nuestros contemporáneos, no podremos concederle gran importancia llegados a la ancianidad y seguros de quedar sustraídos ya en fecha próxima a todo favor y disfavor. No sucedía ciertamente así en épocas pasadas. En ellas, semejantes manifestaciones abreviaban la vida terrenal de su autor y le proporcionaban pronta ocasión de comprobar por sí mismo si existía o no una vida de ultratumba. Pero tales tiempos han pasado ya, y las especulaciones de este género son hoy perfectamente inofensivas, incluso para su propio autor. Lo

más que puede suceder es que su libro no pueda ser traducido ni difundido en algunos países, precisamente en aquellos que se jactan de haber llegado a un más alto grado de civilización. Pero cuando se combate, en general, a favor de la renuncia a los deseos y la aceptación del destino, debe poder soportarse también tal contrariedad.

No dejó de surgir en mí la interrogación de si el presente ensayo podía causar algún daño; pero no a persona alguna, sino a una causa, a la causa del psicoanálisis. No puedo negar que el psicoanálisis es obra mía, ni tampoco que ha despertado en muchos sectores desconfianza y animadversión. Si ahora salgo a la palestra con afirmaciones tan poco gratas, es de esperar que toda responsabilidad quede desplazada sobre el psicoanálisis. Ya vemos claramente —se dirá— adonde conduce el psicoanálisis. Como ya lo sospechábamos, a negar la existencia de Dios y de todo ideal ético. Y para impedirnos tal descubrimiento se nos ha querido engañar, pretendiendo que el psicoanálisis no entrañaba una concepción particular del Universo ni aspiraba a formarla.

Este ruido habrá de serme realmente muy desagradable a causa de mis muchos colaboradores, algunos de los cuales no comparten en absoluto mi actitud ante los problemas religiosos. Pero el psicoanálisis ha capeado ya muchos temporales y podemos exponerlo a uno más. En realidad, el psicoanálisis es un método de investigación, un instrumento imparcial, como, por ejemplo, el cálculo infinitesimal. Si un físico descubriera, con ayuda del mismo, que la Tierra había de desaparecer al cabo de cierto tiempo, no nos decidiríamos tan fácilmente a atribuir al cálculo mismo tendencias destructoras y a condenarlo por tal motivo. Todo lo que llevamos dicho contra el valor de la religión como verdad no ha precisado para nada del psicoanálisis y ha sido alegado ya, mucho antes de su nacimiento, por otros autores. Si la aplicación del método psicoanalítico nos proporciona un nuevo argumento contra la verdad de la religión, tanto peor para la misma; pero también sus defensores podrán servirse, con igual derecho, del psicoanálisis para realzar el valor afectivo de las doctrinas religiosas.

Proseguimos, pues, nuestra defensa: la religión ha prestado, desde luego, grandes servicios a la civilización humana y ha contribuido, aunque no lo bastante, a dominar los instintos asociales. Ha regido durante muchos

milenios la sociedad humana y ha tenido tiempo de demostrar su eficacia. Si hubiera podido consolar y hacer feliz a la mayoría de los hombres, reconciliarlos con la vida y convertirlos en firmes substratos de la civilización, no se le hubiera ocurrido a nadie aspirar a modificación alguna. Pero en lugar de esto vemos que una inmensa multitud de individuos se muestra descontenta de la civilización y se siente desdichada dentro de ella, considerándola como un yugo, del que anhela libertarse, y consagra todas sus fuerzas a conseguir una mudanza de la civilización o lleva su hostilidad contra ella, hasta el punto de no querer saber nada de sus preceptos ni de la renuncia a los instintos. Se nos objetará que esta situación obedece precisamente a que la religión ha perdido una gran parte de su influencia sobre las colectividades humanas a causa del efecto lamentable de los progresos científicos. Anotaremos, desde luego, esta confesión y la utilizaremos más adelante para nuestros fines, limitándonos ahora a afirmar que, en calidad de objeción, carece de todo fuerza.

Es dudoso que en la época de la supremacía ilimitada de las doctrinas religiosas fueron en general los hombres más felices que hoy, y desde luego no eran más morales. Han sabido siempre traficar con los mandamientos religiosos y hacer fracasar así su intención. Los sacerdotes, a los cuales correspondía la función de hacer guardar obediencia a la religión, les han facilitado siempre esta tarea. La bondad divina paralizó la divina justicia. El pecador se rescata con sacrificios o penitencias y queda libre para volver a pecar. El fervor ruso se ha elevado hacia la conclusión de que el pecado es indispensable para gozar todas las bienaventuranzas de la gracia divina, siendo, por tanto, en el fondo, grato a Dios. Es sabido que los sacerdotes sólo han podido mantener la sumisión religiosa de las colectividades haciendo grandes concesiones a la naturaleza instintiva de la Humanidad. De este modo se llegó a la conclusión de que sólo Dios es fuerte y bueno, y el hombre, débil y pecador. La inmoralidad ha hallado siempre en la religión un apoyo tan firme como la moralidad. Si los rendimientos de la religión, en cuanto a la felicidad de los hombres, su adaptación a la cultura y su restricción moral no son cosa mejor, habremos de preguntarnos si no exageramos su necesidad para los hombres y si obramos prudentemente basando en ella nuestras exigencias culturales.

Reflexiones sobre la situación actual. Hemos oído la confesión de que la religión no ejerce ya sobre los hombres la misma influencia que antes. (Nos referimos a la civilización europea cristiana.) Y ello no porque prometa menos, sino porque los hombres van dejando de creer en sus promesas. Concedamos que la causa de esta mudanza reside en el robustecimiento del espíritu científico en las capas superiores de la sociedad humana, aunque quizá no sea esta causa la única. La crítica ha debilitado la fuerza probatoria de los documentos religiosos; las ciencias naturales han señalado los errores en ellos contenidos, y la investigación comparativa ha indicado la fatal analogía de las representaciones religiosas por nosotros veneradas con los productos espirituales de pueblos y tiempos primitivos.

El espíritu científico crea una actitud particular ante las cosas de este mundo. Ante las cosas de la religión se detiene un poco, vacila y acaba por traspasar también los umbrales. En este proceso no hay detención alguna; cuanto más asequibles se hacen al hombre los tesoros del conocimiento, tanto más se difunde su abandono de la fe religiosa, al principio sólo de sus formas más anticuadas y absurdas, pero luego también de sus premisas fundamentales. Los americanos son los únicos que se han mostrado aquí plenamente consecuentes, procesando y condenando a los defensores de las teorías darvinianas[2246]. Fuera de estos incidentes, la transición va desarrollándose sin rebozo, con absoluta sinceridad.

De los hombres cultos y de los trabajadores intelectuales no tiene mucho que temer la civilización. La sustitución de los motivos religiosos de una conducta civilizada por otros motivos puramente terrenos se desarrollaría en ellos calladamente. Tales individuos son, además, de por sí, los más firmes substratos de la civilización. Otra cosa es la gran masa inculta y explotada, que tiene toda clase de motivos para ser hostil a la civilización. Mientras no averigüe que ya no cree en Dios, todo irá bien. Pero ha de llegar indefectiblemente a averiguarlo, aunque este ensayo mío no sea publicado. Y está dispuesta a aceptar los resultados del pensamiento científico, sin que en ella haya tenido lugar la transformación que el pensamiento científico ha provocado en los demás hombres. ¿No existe aquí el peligro de que estas masas se arrojen sobre el punto débil que han descubierto en sus amos? Si no se debe matar única y exclusivamente porque lo ha prohibido Dios, y luego

se averigua que no existe tal Dios y no es de temer, por tanto, su castigo se asesinará sin el menor escrúpulo, y sólo la coerción social podrá evitarlo. Se plantea, pues, el siguiente dilema: o mantener a estas masas peligrosas en una absoluta ignorancia, evitando cuidadosamente toda ocasión de un despertar espiritual, o llevar a cabo una revisión fundamental de las relaciones entre la civilización y la religión.

VIII

LA revisión antes propuesta no parece que debiera tropezar con grandes dificultades. Supone, desde luego, una renuncia, pero sólo para conquistar quizá algo mejor y evitar un grave peligro. Sin embargo, se vacila temerosamente en emprenderla, como si hubiese de traer consigo peligros aún mayores para la civilización. Cuando San Bonifacio derrumbó al árbol sagrado de los sajones, los circunstantes esperaban que la ira de los dioses fulminase al sacrílego. Nada sucedió, y los sajones aceptaron el bautismo.

Si la civilización ha llegado a instituir la prohibición de matar a aquellos de nuestros semejantes a los que odiamos, cuyos bienes codiciamos o que significan un obstáculo en nuestro camino, ha sido evidentemente en interés de la vida colectiva, la cual se haría imposible de otro modo, pues el homicida atraería sobre sí la venganza de los familiares del muerto y la oscura envidia de los demás hombres, igualmente inclinados a semejante violencia. No tardaría, pues, en morir a su vez sin haber disfrutado apenas de su venganza o botín. Aunque una fuerza física extraordinaria y una astucia poco común le protegiese de los ataques individuales, acabaría por sucumbir a la unión de los más débiles. De no seguir tal unión, los asesinatos se sucederían sin límite, hasta quedar agotada la Humanidad en esta lucha fratricida. Sucedería así entre individuos singulares lo que aún sucede actualmente en Córcega entre familias, y fuera de este caso aislado, sólo ya entre naciones. Pero la inseguridad que amenazaba por igual la vida de todos los hombres acabó por unirlos en una sociedad que prohibió al individuo atentar contra sus semejantes y se reservó el derecho de matar a quienes

transgredieran este mandato. La muerte impuesta por la colectividad pasó entonces a ser justicia y castigo.

Pero en lugar de aceptar este fundamento racional de lo prohibido de matar, afirmamos que ha sido dictada por el mismo Dios. Nos permitimos, pues, penetrar en designios y concluir que tampoco él quiere que los hombres se destruyan mutuamente. Al obrar así revestimos de una particular solemnidad la prohibición cultural, pero nos exponemos a supeditar su observancia a la fe en la existencia de Dios. Si ahora cambiamos de rumbo y dejamos de atribuir a Dios nuestras propias voluntades, contentándonos con el fundamento social, renunciaremos, desde luego, a semejante transfiguración de la prohibición cultural, pero también evitaremos sus peligros. Y todavía obtenemos otra ventaja. El carácter sagrado e intangible de las cosas ultraterrenas se ha extendido, por una especie de difusión o infección desde algunas grandes prohibiciones, a todas las demás instituciones, leyes y ordenanzas de la civilización, a muchas de las cuales no les va nada bien la aureola de santidad, pues aparte de anularse recíprocamente, estableciendo normas contradictorias según las circunstancias de lugar y tiempo, muestran profundamente impreso el sello de la imperfección humana. Fácilmente reconocemos en ellas lo que no es sino producto de una tímida miopía intelectual, expresión de interés mezquino o conclusiones deducidas de premisas insuficientes. La crítica que merecen disminuye también, de un modo indeseable, nuestro respeto a otras exigencias culturales más justificadas. Siendo muy espinosa la tarea de distinguir lo que Dios mismo nos exige de los preceptos emanados de la autoridad de un parlamento omnipotente o de un alto magistrado, sería muy conveniente dejar a Dios en sus divinos cielos y reconocer honradamente el origen puramente humano de los preceptos e instituciones de la civilización. Con su pretendida santidad desaparecerían la rigidez y la inmutabilidad de todos estos mandamientos y los hombres llegarían a creer que tales preceptos no habían sido creados tanto para regirlos como para apoyar y servir sus intereses, adoptarían una actitud más amistosa ante ellos y tenderían antes a perfeccionarlos que a derrocarlos, todo lo cual constituiría un importante progreso hacia la reconciliación del individuo con la presión de la civilización.

Nuestro alegato en favor de un fundamento puramente racional de los preceptos culturales queda interrumpido aquí por un reprimido escrúpulo. Hemos elegido como ejemplo la génesis de la prohibición de matar, y nos preguntamos ahora si nuestra descripción de la misma corresponderá realmente a la verdad histórica. Tememos que no, pues presenta todo aspecto de una construcción racionalista. Precisamente hemos estudiado, con ayuda del psicoanálisis, este trozo de la historia de la civilización humana, y basándonos en nuestra labor podemos afirmar que la verdadera génesis del precepto indicado fue muy otra. Los motivos puramente racionales pueden aún muy poco contra las pasiones en el hombre de nuestros días, cuanto menos en el mísero animal humano de los tiempos primitivos. Sus descendientes se destrozarían todavía mutuamente si uno de aquellos asesinatos —el del padre primitivo— no hubiese despertado una reacción afectiva irresistible, extraordinariamente rica en consecuencias. De esta reacción proviene el mandamiento de no matar, limitado en el totemismo al sustitutivo del padre y extendido luego a todos nuestros semejantes, aunque todavía hoy no se observe sin excepciones.

Pero, según explicamos ya en otro lugar, dicho padre primordial fue el prototipo de Dios, el modelo conforme al cual crearon las generaciones posteriores la imagen de Dios. La teoría religiosa está, pues, en lo cierto. Dios participó realmente en la génesis de la prohibición que nos ocupa, siendo su influjo, y no la conciencia de una necesidad social, lo que hubo de engendrarla. La atribución de la voluntad humana al propio Dios queda también así justificada, pues los hombres sabían haberse desembarazado violentamente del padre, y en su reacción a semejante crimen se propusieron respetar en adelante la voluntad del muerto. Por tanto, la doctrina religiosa nos transmite efectivamente la verdad histórica, si bien un tanto deformada y disfrazada. En cambio, nuestra descripción racional se aparta mucho de ella.

Advertimos ahora que el tesoro de las representaciones religiosas no encierra sólo realizaciones de deseos, sino también importantes reminiscencias históricas, resultando así una acción conjunta del pasado y el porvenir, que ha de prestar a la religión una incomparable plenitud de poder. Vislumbramos aquí una analogía que quizá nos permita realizar algún nuevo descubrimiento. No es conveniente, desde luego, trasplantar los conceptos

muy lejos del terreno donde han germinado, pero en este caso se impone hacer constar una singular coincidencia. Sabemos que el hombre no puede cumplir su evolución hasta la cultura sin pasar por una fase más o menos definida de neurosis, fenómeno debido a que para el niño es imposible yugular por medio de una labor mental racional las muchas exigencias instintivas que han de serles inútiles en su vida ulterior y tiene que dominarlas mediante actos de represión, detrás de los cuales se oculta, por lo general, un motivo de angustia. La mayoría de estas neurosis infantiles —especialmente las obsesivas— quedan vencidas espontáneamente en el curso del crecimiento, y el resto puede ser desvanecido más tarde por el tratamiento psicoanalítico. Pues bien; hemos de admitir que también la colectividad humana pasa en su evolución secular por estados análogos a las neurosis y precisamente a consecuencia de idénticos motivos; esto es, porque en sus tiempos de ignorancia y debilidad mental hubo de llevar a cabo exclusivamente por medio de procesos afectivos las renuncias al instinto indispensables para la vida social. Los residuos de estos procesos, análogos a la represión, desarrollados en épocas primitivas, permanecieron luego adheridos a la civilización durante mucho tiempo. La religión sería la neurosis obsesiva de la colectividad humana, y lo mismo que la del niño, provendría del complejo de Edipo en la relación con el padre. Conforme a esta teoría hemos de suponer que el abandono de la religión se cumplirá con toda la inexorable fatalidad de un proceso del crecimiento y que en la actualidad nos encontramos ya dentro de esta fase de la evolución.

Consiguientemente, nuestra conducta debiera ser la de un educador comprensivo que no intenta oponerse a una naciente transformación espiritual, y procura, por lo contrario, fomentarla y represar la violencia de su aparición. Esta analogía no agota, desde luego, la esencia de la religión, la cual integra ciertamente restricciones obsesivas como sólo puede imponerlas la neurosis obsesiva individual, pero contiene además un sistema de ilusiones optativas contrarias a la realidad, únicamente comparable al que se nos ofrece en una amencia, en una feliz demencia alucinatoria. Trátase tan sólo de comparaciones con las que intentamos llegar a la comprensión del fenómeno social. La patología individual no puede procurarnos en este punto una plena identidad.

Tanto Th. Reik como yo hemos señalado, repetidamente, hasta dónde puede perseguirse la analogía de la religión como una neurosis obsesiva y cuáles son los destinos y las particularidades de la religión que podemos llegar a comprender por este camino. De acuerdo con ello está que los creyentes parecen gozar de una segura protección contra ciertas enfermedades neuróticas, como si la aceptación de la neurosis general les relevase de la labor de construir una neurosis personal.

Nuestro reconocimiento del valor histórico de ciertas doctrinas religiosas acrecienta el respeto que las mismas nos inspiran, pero no invalida en modo alguno nuestra propuesta de retirarlas de la modificación de los mandamientos culturales. Todo lo contrario. Tales residuos históricos nos han ayudado a formar nuestra concepción de las doctrinas religiosas como reliquias neuróticas, siéndonos ya posible declarar que ha llegado probablemente el momento de proceder, en esta cuestión, como en el tratamiento psicoanalítico de los neuróticos, y sustituir los resultados de la represión por los de una labor mental racional. Es de esperar que esta labor no se limite a imponer la renuncia a la solemne transfiguración de los preceptos culturales y que una revisión fundamental de los mismos traiga consigo la supresión de muchos de ellos. Pero no tenemos por qué lamentarlo. No puede importarnos gran cosa traicionar la verdad histórica al admitir una motivación racional de los preceptos culturales. Las verdades contenidas en las doctrinas religiosas aparecen tan deformadas y tan sistemáticamente disfrazadas que la inmensa mayoría de los hombres no pueden reconocerlas como tales. Es lo mismo que cuando contamos a los niños que la cigüeña trae a los recién nacidos. También les decimos la verdad, disimulándola con un ropaje simbólico, pues sabemos lo que aquella gran ave significa. Pero el niño no lo sabe, se da cuenta únicamente de que se le oculta algo, se considera engañado, y ya sabemos que de esta temprana impresión nace, en muchos casos, una general desconfianza contra los mayores y una oposición hostil a ellos. Hemos llegado a la convicción de que es mejor prescindir de estas veladuras simbólicas de la verdad y no negar al niño el conocimiento de las circunstancias reales, en una medida proporcional a su nivel-intelectual.

IX

«SE permite usted contradicciones difíciles de conciliar. Comienza usted por afirmar que las críticas de este género son inofensivas, pues nadie se deja despojar por ella de la fe religiosa. ¿Para qué publica usted, pues, ésta si no ha de alcanzar con ella su propósito de perturbar dicha fe, claramente revelado luego? Pero, además, reconoce usted en otro lugar que puede haber un grave riesgo en que un determinado núcleo social averigüe que ya no se cree en Dios. Dócil hasta entonces, negaría en adelante toda obediencia a los preceptos culturales. Su argumento de que la motivación religiosa de los preceptos culturales significa un peligro para la civilización, reposa enteramente en la hipótesis de que el creyente puede convertirse en incrédulo. ¿No hay aquí contradicción palmaria?

También incurre usted en contradicción al reconocer, primero, la imposibilidad de guiar al hombre por la sola inteligencia, dominado como está por los instintos y las pasiones, y proponer luego la sustitución de los fundamentos afectivos de la obediencia a la cultura por otros racionales. Confieso que no entiendo cómo pueden conciliarse ambas cosas, incompatibles a mi juicio.

Pero, además, ¿es que ha olvidado usted las enseñanzas de la Historia? La tentativa de sustituir la religión por la razón ha sido iniciada ya una vez oficialmente y con toda solemnidad. Supongo que recordará usted esta incidencia de la Revolución francesa, así como la fugacidad y el lamentable fracaso del experimento. Hoy es repetido en Rusia, seguramente con igual resultado. ¿O acaso no cree usted obligado suponer que el hombre no puede prescindir de la religión?

Usted mismo ha dicho que la religión es algo más que una neurosis obsesiva. Pero no ha obrado de acuerdo con tal afirmación. Se ha limitado a desarrollar la analogía con la neurosis y a concluir que siempre es bueno libertar a los hombres de una neurosis. Lo que así pueda perderse le tiene a usted sin cuidado».

La rapidez con la que he expuesto cosas harto complicadas puede haber hecho surgir, en efecto, una apariencia de contradicción. No ha de sernos difícil desvanecerla. Sigo afirmando que el presente ensayo crítico es, en

cierto sentido, totalmente inofensivo. Ningún creyente se dejará despojar de su fe por estos argumentos u otros análogos, pues se hallan fuertemente ligados a los contenidos de la religión por ciertos tiernos lazos afectivos. Hay también ciertamente otros muchos que no son creyentes en el mismo sentido. Permanecen obedientes a los preceptos culturales porque los asustan las amenazas de la religión y temen a la religión mientras han de considerarla como una parte de la realidad restrictiva. Pero tampoco sobre ellos ejercen influencia alguna los argumentos. Cesan de temer a la religión cuando advierten que otros no la temen, y con respecto a éstos he afirmado que se darían cuanta del ocaso de la influencia religiosa, aunque yo no publicase este escrito.

Pero creo que usted mismo concede más valor a la otra condición que me reprocha. Si los hombres son realmente tan poco asequibles a los argumentos de la razón y se hallan dominados por sus deseos instintivos, ¿por qué ha de privárseles de la satisfacción de un instinto e intentar sustituirla por un raciocinio? Los hombres son, desde luego, así; pero ¿se ha preguntado usted si tienen que ser necesariamente tales? ¿Si su más íntima naturaleza les obliga a ello? ¿Es que un antropólogo podría precisar acaso el índice craneano de un pueblo que tuviera la costumbre de deformar con apretados vendajes las cabezas de sus niños? Piense usted en el lamentable contraste entre la inteligencia de un niño sano y la debilidad mental del adulto medio. ¿No es quizá muy posible que la educación religiosa tenga gran parte de culpa en esta atrofia relativa? A mi juicio, un niño sobre el cual no se ejerciera influencia alguna tardaría mucho en comenzar a formarse una idea de Dios y de las cosas ultraterrenas. Tales ideas seguirían quizá luego los mismos caminos que en sus antepasados primitivos, pero en vez de esperar semejante evolución se imbuyen al niño doctrinas religiosas en una época en que ni pueden interesarle ni posee capacidad suficiente para comprender su alcance. Los dos puntos capitales del programa pedagógico actual son el retraso de la evolución sexual y el adelanto de la influencia religiosa. ¿No es cierto? Cuando el pensamiento del niño despierta luego, las doctrinas religiosas se han hecho ya intangibles. ¿Cree usted muy beneficioso para el desarrollo de la inteligencia sustraer a su acción, con la amenaza de las penas del infierno, un sector tan importante? La debilidad mental de individuos tempranamente

habituados a aceptar sin crítica los absurdos y las contradicciones de las doctrinas religiosas no puede ciertamente extrañarnos. Pero la inteligencia es el único medio que poseemos para dominar nuestros instintos. ¿Cómo, pues, esperar que estos individuos, sometidos a un régimen de restricción intelectual, alcancen alguna vez el ideal psicológico, la primacía del intelecto? Tampoco ignora usted que a la mujer, en general, se le atribuye la llamada «debilidad mental fisiológica[2247]», esto es, una inteligencia inferior a la del hombre. El hecho mismo es discutible, pero uno de los argumentos aducidos para explicar semejante inferioridad intelectual es el de que las mujeres sufren bajo la temprana prohibición de ocupar su pensamiento con aquello que más podía interesarlas, o sea, con los problemas de la vida sexual. Mientras que sobre los comienzos de la vida del hombre sigan actuando, además de la coerción mental sexual, la religiosa y la monárquica, derivada de la religiosa, no podremos decir cómo el hombre es en realidad.

Pero quiero moderar mi celo y reconocer la posibilidad de que también yo corra detrás de una ilusión. Es posible que los efectos de la prohibición religiosa impuesta al pensamiento no sean tan perjudiciales como suponemos y que la naturaleza humana continúe siendo la misma, aunque no se emplee abusivamente la educación para lograr la sumisión del individuo a los dogmas religiosos. No lo sé ni tampoco usted puede saberlo. Además de aquellos grandes problemas de la vida que aún nos parecen insolubles, hay muchas otras interrogaciones menos importantes para las cuales nos es también muy difícil encontrar respuesta. Pero no me negará usted que en este punto se abre una puerta a la esperanza; no negará usted que puede haber oculto aquí un tesoro susceptible de enriquecer a la civilización y que, por tanto, vale la pena de intentar una educación irreligiosa. Si la tentativa fracasa, estoy dispuesto a renunciar a toda forma y a aceptar el juicio, puramente descriptivo, de que el hombre es un ser de inteligencia débil, dominado por sus deseos instintivos.

En cambio, hay otro punto en el que estoy plenamente de acuerdo con usted. Me parecería insensato querer desarraigar de pronto y violentamente la religión. Sobre todo, porque sería inútil. El creyente no se deja despojar de su fe con argumentos ni con prohibiciones. Y si ello se consiguiera en algún caso sería una crueldad. Un individuo habituado a los narcóticos no podrá ya

dormir si le privamos de ellos. Esta comparación del efecto de los consuelos religiosos con el de un poderoso narcótico puede apoyarse en una curiosa tentativa actualmente emprendida en Norteamérica. En este país —y bajo la clara influencia del dominio de la mujer se está procurando sustraer al individuo todos los medios de estímulo, embriaguez y placer, saturándole, en cambio, de temor a Dios, a modo de compensación. Tampoco es dudoso el resultado final de semejante experimento.

En lo que yo disiento de usted es en la conclusión de que el hombre no puede prescindir del consuelo de la ilusión religiosa, sin la cual le sería imposible soportar el peso de la vida y las crueldades de la realidad. Conformes en cuanto al hombre a quien desde niño han instigado ustedes tan dulce —o agridulce— veneno. Pero ¿y el otro? ¿Y el educado en la abstinencia? No habiendo contraído la general neurosis religiosa, es muy posible que no precise tampoco de intoxicación alguna para adormecerla. Desde luego, su situación será más difícil. Tendrá que reconocer su impotencia y su infinita pequeñez y no podrá considerarse ya como el centro de la creación, ni creerse amorosamente guardado por una providencia bondadosa. Se hallará como el niño que ha abandonado el hogar paterno, en el cual se sentía seguro y dichoso. Pero ¿no es también cierto que el infantilismo ha de ser vencido y superado? El hombre no puede permanecer eternamente niño; tiene que salir algún día a la vida, a la dura «vida enemiga». Ésta sería la «educación para la realidad». ¿Habré de decirle todavía que el único propósito del presente trabajo es señalar la necesidad de tal progreso?

Teme usted, seguramente, que el hombre no pueda resistir tan dura prueba. Déjenos esperar que sí. La conciencia de que sólo habremos de contar con nuestras propias fuerzas nos enseña, por lo menos, a emplearlas con acierto. Pero, además, el hombre no está ya tan desamparado. Su ciencia le ha enseñado muchas cosas desde los tiempos del Diluvio y ha de ampliar aún más su poderío. Y por lo que respecta a lo inevitable, al destino inexorable, contra el cual nada puede ayudarle, aprenderá a aceptarlo y soportarlo sin rebeldía. ¿De qué puede servirle el espejismo de vastas propiedades en la Luna, cuyas rentas nadie ha recibido jamás? Cultivando honradamente aquí en la Tierra su modesto pegujal, como un buen labrador,

sabrá extraer de él su sustento. Retirando sus esperanzas del más allá y concentrando en la vida terrena todas las energías así liberadas, conseguirá, probablemente, que la vida se haga más llevadera a todos y que la civilización no abrume ya a ninguno, y entonces podrá decir, con uno de nuestros irreligiosos:

Heine, *Deutschland*.

El cielo lo abandonamos
a los gorriones y a los ángeles[2248].

X

«TODO eso suena muy bien. ¡Una Humanidad que ha renunciado a todas las A ilusiones y se ha capacitado así para hacer tolerable su vida sobre la Tierra! Pero yo no puedo compartir sus esperanzas. Y no porque sea el obstáculo reaccionario que usted ve quizá en mí, sino simplemente por reflexión. Creo que hemos cambiado los papeles: usted es ahora el hombre apasionado, que se deja llevar por las ilusiones, y yo represento los dictados de la razón y el derecho del escepticismo. Todo lo que acaba usted de exponer me parece basado en errores que, siguiendo su ejemplo, habré de calificar de ilusiones, puesto que delatan claramente la influencia de sus deseos. Espera usted que las nuevas generaciones, sobre las cuales no se haya ejercido en la infancia influencia alguna religiosa, alcanzarán fácilmente la ansiada primacía de la inteligencia sobre la vida instintiva. Ilusión pura, pues no es nada verosímil que la naturaleza humana cambie en este punto decisivo. Si no me equivoco —sabe uno tan poca cosa de las demás culturas—, existen también hoy en día pueblos que no viven bajo la opresión de un sistema religioso, y no puede decirse que se hallen más próximos que los otros al ideal por usted propugnado. Para desterrar la religión de nuestra civilización europea sería preciso sustituirla por otro sistema de doctrinas, y este sistema adoptaría desde un principio todos los caracteres psicológicos de la religión, la misma santidad, rigidez e intolerancia, e impondría el pensamiento para su defensa idénticas prohibiciones. Algo de esto es necesario para hacer posible

la educación. El camino que va desde el recién nacido al adulto civilizado es muy largo, y muchos individuos se perderían en él y no llegarían a cumplir su misión en la vida si se los abandonase sin guía ninguna a su propio desarrollo. Las doctrinas aplicadas en su educación limitarán siempre su pensamiento en sus años de madurez, como hoy se lo reprocha usted a la religión. ¿No advierte usted que el defecto indeleble y congénito de toda civilización es el de plantear al niño, instintivo y de inteligencia débil, resoluciones sólo posibles para la inteligencia del adulto? Pero la síntesis de la evolución secular de la Humanidad en un par de años de infancia le impide obrar de otro modo, y sólo la acción de poderes afectivos puede facilitar al niño el cumplimiento de tan difícil tarea. Éstas son, pues, las probabilidades de su "primacía del intelecto".

»No extrañará usted que me declare partidario de la conservación del sistema religioso como base de la educación y de la vida colectiva. Se trata de una cuestión práctica y no del valor de realidad del sistema. Puesto que la necesidad de mantener nuestra civilización no nos consiente aplazar el influjo sobre cada individuo hasta el momento en que alcance el grado de madurez propicio a la cultura —y muchos no lo alcanzarían nunca—, y puesto que nos vemos precisados a imponer al sujeto en desarrollo un cualquier sistema doctrinal, que ha de obrar en él como premisa sustraída a la crítica, opino que debemos atenernos al sistema religioso como el más apropiado. Precisamente, desde luego, por su fuerza consoladora y cumplidora de deseos, en la que ha reconocido usted su carácter de "ilusión". Ante la dificultad de llegar al conocimiento, siquiera fragmentario, de la realidad, y ante la duda de que podamos llegar a él alguna vez, no debemos olvidar que también las necesidades humanas son una parte de la realidad, y, por cierto, una parte muy importante y que nos toca muy de cerca.

»Otra de las ventajas de la doctrina religiosa estriba para mí, precisamente, en uno de los caracteres que más han despertado su repulsa. Permite una purificación y una sublimación conceptual en la que desaparece todo lo que lleva en sí la huella del pensamiento primitivo e infantil. Lo que luego queda es un contenido de ideas que la ciencia no contradice ya ni puede rebatir. Estas transformaciones de la doctrina religiosa, calificadas antes por usted de concesiones y transacciones, permiten evitar la disociación entre la

masa incultivada y el pensador filosófico y conservan entre ellos una comunidad muy importante para el aseguramiento de la civilización, no siendo así de temer que el hombre del pueblo averigüe que las capas sociales altas "no creen ya en Dios". Con todo esto creo haber demostrado que sus esfuerzos se reducen a una tentativa de sustituir una ilusión contrastada y de un gran valor afectivo por otra incontrastada e indiferente».

No debe usted creerme inasequible a su crítica. Sé lo difícil que es evitar las ilusiones, y es muy posible que las esperanzas por mí confesadas antes sean también de naturaleza ilusoria. Pero habré de mantener una diferencia. Mis ilusiones —aparte de no existir castigo alguno para quien no las comparte— no son irrectificables, como las religiosas, ni integran su carácter obsesivo. Si la experiencia demostrase —ya no a mí, sino a otros más jóvenes que como yo piensan— que nos habíamos equivocado, renunciaremos a nuestras esperanzas. Vea usted en mi intento lo que realmente es. Un psicólogo que no se engaña a sí mismo sobre la inmensa dificultad de adaptarse tolerablemente a este mundo se esfuerza en llegar a un juicio sobre la evolución de la Humanidad apoyándose en los conocimientos adquiridos en el estudio de los procesos anímicos del individuo durante su desarrollo desde la infancia a la edad adulta. En esta labor halla que la religión puede ser comparada a una neurosis infantil, y es lo bastante optimista para suponer que la Humanidad habrá de dominar esta fase neurótica, del mismo modo que muchos niños dominan neurosis análogas en el curso de su crecimiento. Estos conocimientos de la psicología individual pueden ser insuficientes, injustificada su aplicación a la Humanidad e injustificado también el optimismo. Reconozco todas estas inseguridades; pero muchas veces no puede uno privarse de exponer su opinión, sirviéndole de disculpa el no darla por más de lo que vale.

Todavía he de insistir en dos puntos. En primer lugar, la debilidad de mi posición no supone una afirmación de la suya. Creo sinceramente que defiende usted una causa perdida. Podemos repetir una y otra vez que el intelecto humano es muy débil en comparación con la vida instintiva del hombre, e incluso podemos estar en lo cierto. Pero con esta debilidad sucede algo especialísimo. La voz del intelecto es apagada, pero no descansa hasta haberse logrado hacerse oír y siempre termina por conseguirlo, después de

ser rechazada infinitas veces. Es éste uno de los pocos puntos en los cuales podemos ser optimistas en cuanto al porvenir de la Humanidad, pero ya supone bastante por sí solo. A él podemos enlazar otras esperanzas. La primacía del intelecto está, desde luego, muy lejana pero no infinitamente, y como es de prever que habrá de marcarse los mismos fines cuya relación esperan ustedes de su Dios: el amor al prójimo y la disminución del sufrimiento —aunque, naturalmente, dentro de una medida humana y hasta donde lo permita la realidad exterior, la Αναγχη— podemos decir que nuestro antagonismo no es sino provisional y nada irreducible. Ambos esperamos lo mismo, pero usted es más impaciente, más exigente y —¿por qué no decirlo?— más egoísta que yo y que los míos. Quiere usted que la bienaventuranza comience inmediatamente después de la muerte, exige usted de ella lo imposible y no se resigna a renunciar a la personalidad individual. Nuestro dios Ασγσζ[2249] realizará todo lo que de estos deseos permita la naturaleza exterior a nosotros, pero muy poco a poco, en un futuro imprecisable y para nuevas criaturas humanas. A nosotros, los que sentimos dolorosamente la vida, no nos promete compensación alguna. En el camino hacia este lejano fin, las doctrinas religiosas acabarán por ser abandonadas, aunque las primeras tentativas fracasen o demuestren ser insuficientes las primeras creaciones sustitutivas. No ignora usted, ciertamente, que a la larga nada logra resistir a la razón y a la experiencia, y la religión las contradice ambas demasiado patentemente. Tampoco las ideas religiosas purificadas podrán sustraerse a este destino si quieren conservar todavía algo del carácter consolador de la religión. Claro está que si se limitan a afirmar la existencia de un ser espiritual superior, de atributos indeterminables y designios impenetrables, quedarán sustraídas a la contradicción de la ciencia, pero entonces también dejarán de interesar a los hombres.

Pasemos ahora al segundo de los puntos antes enunciados. Observe usted la diferencia que existe entre su actitud y la mía ante la ilusión. Usted tiene que defender la ilusión religiosa con todas sus fuerzas; en el momento en que pierda su valor —y ya aparece harto amenazada se derrumbará para usted todo un mundo, no le quedará a usted nada y habrá de desesperar de todo, de la civilización y del porvenir de la Humanidad. En cambio, nosotros estamos libres de semejantes servidumbres. Hallándonos dispuestos a renunciar a

buena parte de nuestros deseos infantiles, podemos soportar muy bien que algunas de nuestras esperanzas demuestren no ser sino ilusiones.

La educación libertada de las doctrinas religiosas no cambiará quizá notablemente la esencia psicológica del hombre. Nuestro dios Ασγσζ no es, quizá, muy omnipotente y no puede cumplir sino una pequeña parte de lo que sus predecesores prometieron. Si efectivamente llega un momento en que hayamos de reconocerlo así, nos resignaremos serenamente, pero sin que por ello pierdan para nosotros su interés el mundo y la vida, pues poseemos un punto de apoyo que ustedes les falta. Creemos que la labor científica puede llegar a penetrar un tanto en la realidad del mundo, permitiéndonos ampliar nuestro poder y dar sentido y equilibrio a nuestra vida. Si esta esperanza resulta una ilusión nos encontraremos en la misma situación que usted, pero la ciencia ha demostrado ya, con numerosos e importantes éxitos, no tener nada de ilusoria. Posee muchos enemigos declarados, y más aún cultos, entre aquellos que no pueden perdonarle haber debilitado la fe religiosa y amenazar con derrocarla. Se le reprocha habernos enseñado muy poco y dejar incomparablemente mucho más en la oscuridad. Pero al obrar así, se olvida su juventud, se olvida cuán difíciles han sido sus comienzos y el escaso tiempo transcurrido desde el momento en que el intelecto humano llegó a estar capacitado para la labor científica. ¿Acaso no pecamos todos basando nuestros juicios en períodos demasiado cortos? Deberíamos tomar ejemplos de los geólogos. Se reprocha a la ciencia su inseguridad, alegando que lo que hoy proclama como ley es rechazado como error por la generación siguiente y sustituido por una nueva ley, de tan corta vida como la primera. Pero semejante acusación es injusta, y en parte, falsa. Las mudanzas de las opiniones científicas son evolución y progreso, nunca contradicción. Una ley que al principio se creyó generalmente válida, demuestra luego ser un caso especial de una normatividad más amplia o queda restringida por otra ley posteriormente descubierta; una grosera aproximación a la verdad queda sustituida por un ajuste más acabado a la misma, susceptible a su vez de mayor perfeccionamiento. En diversos sectores no se ha superado aún cierta fase de la investigación, que se limita a ir planteando hipótesis que luego han de rechazarse por insuficientes. Otros integran ya, en cambio, un nódulo firme y casi inmutable de conocimiento. Por último, se ha intentado negar

radicalmente todo valor a la labor científica, alegando que por su íntimo enlace con las condiciones de nuestra propia organización sólo puede suministrarnos resultados subjetivos, mientras que la verdadera naturaleza de las cosas es exterior a nosotros y nos resulta inasequible. Pero semejante afirmación prescinde de algunos factores decisivos para la concepción de la labor científica. No tiene en cuenta que nuestra organización, o sea, nuestro aparato anímico, se ha desarrollado precisamente en su esfuerzo por descubrir el mundo exterior, debiendo haber adquirido así su estructura una cierta educación a tal fin. Se olvida que nuestro aparato anímico es por sí mismo un elemento de aquel mundo exterior que de investigar se trata y se presta muy bien a tal investigación; que la labor de la ciencia queda plenamente circunscrita si la limitamos a mostrarnos cómo se nos debe aparecer el mundo a consecuencia de la peculiaridad de nuestra organización; que los resultados finales de la ciencia, precisamente por la forma en que son obtenidos, no se hallan condicionados solamente por nuestra organización, sino también por aquello que sobre tal organización ha actuado, y, por último, que el problema de una composición del mundo sin atención a nuestro aparato anímico perceptor es una abstracción vacía sin interés práctico ninguno.

No, nuestra ciencia no es una ilusión. En cambio, sí lo sería creer que podemos obtener en otra parte cualquiera lo que ella no nos pueda dar.

CLV

FETICHISMO[2250]

1927

EN el curso de los últimos años tuve la oportunidad de estudiar analíticamente a cierto número de hombres cuya elección de objeto estaba determinada por un fetiche. No se ha de suponer que dichas personas hubiesen acudido al análisis debido a esa particularidad, pues los adeptos del fetichismo, aunque lo reconocen como anormal, sólo raramente lo consideran como un síntoma patológico. Por lo común están muy conformes con el mismo y aun elogian las ventajas que ofrece a su satisfacción erótica. Generalmente, pues, el fetiche aparecía en mis casos como una mera comprobación accesoria.

Razones obvias me impiden publicar detalladamente las particularidades de estos casos, de modo que tampoco podré demostrar de qué manera la selección individual de los fetiches estaba condicionada en parte por circunstancias accidentales. El caso más extraordinario era el de un joven que había exaltado cierto «brillo sobre la nariz» a la categoría de fetiche. Esta singular elección pudo ser sorprendentemente explicada por el hecho de que había sido criado primero en Inglaterra, pasando luego a Alemania, donde había olvidado casi por completo su lengua materna. El fetiche, derivado de su más temprana infancia, debía descifrarse en inglés y no en alemán: el *Glanz auf der Nase* («brillo sobre la nariz» en alemán) era, en realidad, una «mirada sobre la nariz» (*glance* = «mirada» en inglés), o sea, que el fetiche

era la nariz, a la cual, por otra parte, podía atribuir a su antojo ese brillo particular que los demás no alcanzaban a percibir.

La explicación analítica del sentido y el propósito del fetiche demostró ser una y la misma en todos los casos. Se reveló de manera tan inequívoca y me pareció tan categórica que estoy dispuesto a admitir su vigencia general para todos los casos de fetichismo. Sin duda despertaré decepción si anuncio ahora que considero el fetiche como un sustituto del pene, de modo que me apresuro a agregar que no es el sustituto de un pene cualquiera, sino de uno determinado y muy particular, que tuvo suma importancia en los primeros años de la niñez, pero que luego fue perdido. En otros términos: normalmente ése pene hubo de ser abandonado, pero precisamente el fetiche está destinado a preservarlo de la desaparición. Para decirlo con mayor claridad todavía: el fetiche es el sustituto del falo de la mujer (de la madre), en cuya existencia el niño pequeño creyó otrora y al cual —bien sabemos por qué— no quiere renunciar[2251].

El proceso transcurrido consiste, pues, en que el niño rehúsa tomar conocimiento del hecho percibido por él de que la mujer no tiene pene. No; eso no puede ser cierto, pues si la mujer está castrada, su propia posesión de un pene corre peligro, y contra ello se rebela esa porción de narcisismo con que la previsora Naturaleza ha dotado justamente a dicho órgano. En épocas posteriores de su vida, el adulto quizá experimente una similar sensación de pánico cuando cunde el clamor de que «trono y altar están en peligro», y es probable que aquél conduzca también entonces a consecuencias no menos ilógicas. Si no me equivoco, Laforgue diría en este caso que el niño «escotomiza» la percepción de la falta de pene en la mujer[2252]. Un nuevo término sólo está justificado cuando describe o resalta un hecho nuevo. Nada de esto, sin embargo, existe aquí: la pieza más antigua de nuestra terminología psicoanalítica, la palabra «represión», se refiere ya a este proceso patológico. Si en dicho concepto queremos diferenciar más agudamente el destino que sufre la *idea* de la vicisitud que sigue el *afecto*, bien podemos reservar para este último el término «represión», y en tal caso la palabra que más cuadra al destino de la idea o representación sería «denegación» o «repudiación». «Escotomización» me parece un término particularmente inapto, porque sugiere que la percepción habría sido

simplemente borrada, de modo que el resultado sería el mismo que si una impresión visual cayera sobre la mancha ciega de la retina. La situación que consideramos revela, por el contrario, que la percepción se ha conservado y que se ha puesto en juego una acción sumamente enérgica para mantenerla repudiada (denegada). No es cierto que el niño, después de la observación que hace en la mujer, mantenga incólume la creencia en el falo femenino. La conserva, pero también la abandona; en el conflicto entre el peso de la percepción ingrata y el poderío del deseo opuesto llega a una transacción tal como sólo es posible bajo el dominio de las leyes del pensamiento inconsciente, o sea, de los procesos primarios. En el mundo de la realidad psíquica la mujer conserva, en efecto, un pene, a pesar de todo, pero éste pene ya no es el mismo que era antes. Otra cosa ha venido a ocupar su plaza, ha sido declarada, en cierto modo, su sucedánea, y es ahora heredera del interés que antes había estado dedicado al pene. Este interés, empero, experimenta todavía un extraordinario reforzamiento, porque el horror a la castración se erige a sí mismo una especie de monumento al crear dicho sustituto. Como *stigma indelebile* de la represión operada consérvase también la aversión contra todo órgano genital femenino real, que no falta en ningún fetichista. Adviértase ahora qué función cumple el fetiche y qué fuerza lo mantiene: subsiste como un emblema del triunfo sobre la amenaza de castración y como salvaguardia contra ésta; además, le evita al fetichista convertirse en homosexual, pues confiere a la mujer precisamente aquel atributo que la torna aceptable como objeto sexual. En el curso de la vida ulterior, el fetichista halla aún otras ventajas en su sustituto de los genitales. Los demás no reconocen el significado del fetiche y, por consiguiente, tampoco se lo prohíben; le queda fácilmente accesible, y la gratificación sexual que le proporciona es así cómodamente alcanzada. El fetichista no halla dificultad alguna en lograr lo que otros hombres deben conquistar con arduos esfuerzos.

Probablemente ningún ser humano del sexo masculino pueda eludir el terrorífico impacto de la amenaza de castración al contemplar los genitales femeninos. No atinamos a explicar por qué algunos se tornan homosexuales a consecuencia de dicha impresión, mientras que otros la rechazan, creando un fetiche, y la inmensa mayoría lo superan. Es posible que entre los múltiples

factores coadyuvantes aún no hayamos reconocido aquellos que determinan los raros desenlaces patológicos; por lo demás, debemos darnos por satisfechos si logramos explicar qué ha sucedido, y bien podemos dejar por ahora a un lado la tarea de explicar por qué algo *no* ha sucedido.

Cabría esperar que los órganos y los objetos elegidos como sustitutos del falo femenino ausente fuesen aquellos que también en otras circunstancias simbolizan el pene. Es posible que así sea con frecuencia, pero éste no es, por cierto, su factor determinante. Parece más bien que el establecimiento de un fetiche se ajusta a cierto proceso que nos recuerda la abrupta detención de la memoria en las amnesias traumáticas. También en el caso del fetiche el interés se detiene, por así decirlo, en determinado punto del camino: consérvase como fetiche, por ejemplo, la última impresión percibida antes de la que tuvo carácter siniestro y traumático. Así, el pie o el zapato deben su preferencia —total o parcialmente— como fetiches a la circunstancia de que el niño curioso suele espiar los genitales femeninos desde abajo, desde las piernas hacia arriba. Como hace ya tiempo se presumía, la piel y el terciopelo reproducen la visión de la vellosidad púbica que hubo de ser seguida por la vista del anhelado falo femenino; la ropa interior, tan frecuentemente adoptada como fetiche, reproduce el momento de desvestirse, el último en el cual la mujer podía ser considerada todavía como fálica. No pretendo afirmar, empero, que siempre sea posible establecer la determinación de cada fetiche.

Cabe recomendar el estudio del fetichismo a todos aquellos que dudan aún de la existencia del complejo de castración o que creen todavía que el horror a los genitales femeninos tendría algún otro motivo, derivándose, por ejemplo, del supuesto recuerdo del trauma del nacimiento. Para mí la explicación del fetichismo tuvo aún otro motivo de particular interés teórico.

No hace mucho descubrí, por conducto puramente especulativo, la regla de que la diferencia esencial entre neurosis y psicosis radica en que en la primera el *yo*, al servicio de la realidad, somete una parte del *ello*, mientras que en la psicosis se deja arrastrar por el *ello* a desprenderse de una parte de la realidad. Al poco tiempo el mismo tema me ocupó una vez más[2253]. Sin embargo, no tardé en hallar motivos para lamentar el haberme aventurado tanto. El análisis de dos jóvenes me reveló que ambos —uno a los dos y el otro a los diez años de edad— habían rehusado reconocer, es decir, habían

«escotomizado» la muerte del padre amado, y, sin embargo, ninguno de ellos había desarrollado una psicosis. He aquí, pues, que una parte ciertamente considerable de la realidad había sido repudiada por el *yo*, de la misma manera en que el fetichista repudia el hecho ingrato de la castración de la mujer. Comencé asimismo a sospechar que en la infancia no son nada raros los fenómenos similares, y pensé que me había equivocado al caracterizar las neurosis y las psicosis de la manera antedicha. Quedábame, sin embargo, un expediente: podría ser que mi fórmula se confirmase únicamente en presencia de un grado más alto de diferenciación en el aparato psíquico, de modo que en el niño fuesen tolerables ciertas reacciones que inevitablemente deberían causar grave daño al adulto. Nuevas investigaciones, empero, me condujeron a otra salida de esta contradicción.

Demostróse, en efecto, que los dos jóvenes no habían «escotomizado» la muerte del padre más de lo que el fetichista «escotomiza» la castración de la mujer. Sólo *una* corriente de su vida psíquica no había reconocido la muerte del padre, pero existía también otra que se percataba plenamente de ese hecho; una y otra actitud, la consistente con la realidad y la conformada al deseo, subsistían paralelamente. En uno de mis dos casos esta decisión había dado origen a una neurosis obsesiva de mediana gravedad; en todas las situaciones de su existencia fluctuaba entre dos presunciones: una, la de que su padre vivía aún e impedía su actividad; la otra, la opuesta, de que tenía derecho a considerarse como sucesor del padre muerto. Por consiguiente, puedo seguir manteniendo la suposición de que en el caso de la psicosis debe faltar efectivamente una de las dos corrientes, la concorde con la realidad.

Retornando ahora a la descripción del fetichismo, cabe agregar que existen todavía abundantes y sólidas pruebas de la doble actitud del fetichista frente a la cuestión de la castración femenina. En los casos muy estilizados, el fetiche mismo aloja en su estructura la repudiación tanto como la afirmación de la castración. Sucedía así en un hombre que había adoptado por fetiche un suspensorio de esos que también pueden ser empleados como pantaloncitos de baño. Esta prenda cubría los genitales en general y ocultaba así la diferencia entre los mismos. El análisis demostró que podía significar que la mujer estaría castrada, como también que no lo estaría, y permitía aun la suposición de que también el hombre podría estar castrado, pues todas estas

posibilidades eran igualmente susceptibles de ocultarse tras el suspensorio, cuyo primer precursor infantil había sido la hoja de parra de una estatua. Naturalmente, un fetiche como éste, doblemente sostenido por corrientes opuestas, posee particular tenacidad. En otros casos la doble actitud se traduce por lo que el fetichista hace con su fetiche, sea en la realidad o en la fantasía. No basta destacar que el fetichista adora su fetiche; con suma frecuencia lo trata de una manera que equivale evidentemente a una castración, como ocurre en particular cuando se ha desarrollado una fuerte identificación paterna, adoptando entonces el sujeto el papel del padre, pues a éste había atribuido el niño la castración de la mujer. La ternura y la hostilidad en el trato del fetiche, equivalentes a la repudiación y a la aceptación de la castración, se combinan en proporciones variables en los diferentes casos, de modo que ora la una, ora la otra puede expresarse con mayor evidencia. Desde aquí logramos cierta comprensión, aunque a distancia, de la conducta del cortador de trenzas, en el cual se ha impuesto la necesidad de ejecutar la castración repudiada. Su acción combina en sí las dos proposiciones incompatibles: la mujer conserva todavía su pene y el padre ha castrado a la mujer. Otra variante del mismo tema, que constituye al mismo tiempo un ejemplo etnopsicológico del fetichismo, la hallamos en la costumbre china de mutilar primero el pie de la mujer para adorarlo luego como fetiche. Parecería que el hombre chino quisiera agradecer a la mujer por haberse sometido a la castración.

Expresemos, finalmente, que el prototipo normal de todo fetiche es el pene del hombre, tal como el prototipo normal de un órgano desvalorizado es el pequeño pene real de la mujer, el clítoris.

CLVI

EL HUMOR[2254]

1927 [1928]

EN mi trabajo de 1905 sobre *El chiste y su relación con lo inconsciente* sólo consideré el humor desde el punto de vista meramente económico, pues a la sazón me importaba revelar la fuente del placer que despierta el humor, y creo haber demostrado que reside en él ahorro del despliegue afectivo.

El proceso humorístico puede llevarse a cabo de doble manera: ya sea en una sola persona, que adopta ella misma la actitud humorosa, mientras el papel de la segunda se limita al de mero espectador divertido; ya entre dos personas, de las cuales una no tiene la menor parte activa en el proceso humorístico, siendo aprovechada por la segunda como objeto de su consideración humorística. Detengámonos en el más crudo de los ejemplos. Si el reo conducido un lunes a la horca exclama: «¡Linda manera de empezar la semana!», entonces él mismo despliega el humor, el proceso humorístico se agota en su persona y evidentemente le produce cierta satisfacción. A mí, al espectador sin parte ni interés, me toca en cierto modo un efecto a distancia de la producción humorística del reo; quizá de manera análoga que él perciba el beneficio placentero del humor.

Se da el segundo caso, por ejemplo, cuando un poeta o narrador nos describe con humor la conducta de personas reales o imaginarias. No es preciso que estas personas exhiban a su vez humor alguno: la actitud

humorística concierne exclusivamente a quien las toma como objetos; también aquí, como en el caso precedente, el lector o auditor es mero partícipe del placer que causa el humor. Abreviando, cabe decir, pues, que la actitud humorística —cualquiera que sea su contenido— puede dirigirse contra la propia o ajenas personas; también cabe aceptar que proporciona un beneficio placentero a quien la adopta, y un análogo placer corresponde también al espectador sin parte alguna en la trama.

Para comprender la génesis del placer humorístico lo mejor es considerar el proceso que se opera en el oyente ante quien otra persona despliega su humor. Aquél ve a ésta en una situación cuyas características le permiten anticipar que producirá las manifestaciones de algún afecto: se enojará, se lamentará, expresará dolor, susto, terror, quizá aun desesperación, y el espectador-oyente se dispone a seguirla, a evocar en sí las mismas emociones. Pero esta disposición afectiva es defraudada, pues el otro no expresa emoción alguna, sino que hace un chiste. En el oyente surge así del despliegue afectivo ahorrado el placer humorístico.

Hasta aquí todo es fácil, pero no tardamos en decirnos que es el proceso desarrollado en el otro, en el «humorista», el que merece mayor atención. Sin duda, la esencia del humor consiste en que uno se ahorra los afectos que la respectiva situación hubiese provocado normalmente, eludiendo mediante un chiste la posibilidad de semejante despliegue emocional. En este sentido, el proceso del humorista debe coincidir con el del oyente, o más bien dicho, el proceso de éste debe ser una copia del que ocurre en aquél. Pero ¿cómo logra alcanzar el humorista esa actitud psíquica que le torna superflua la descarga afectiva? ¿Qué sucede en él, dinámicamente, durante la «actitud humorística»? Evidentemente, habremos de buscar la solución del problema en el propio humorista, pues en el oyente sólo podremos hallar un eco, una copia, de ese proceso desconocido.

Es hora de que nos familiaricemos con algunas características del humor. No sólo tiene éste algo liberante, como el chiste y lo cómico, sino también algo grandioso y exaltante, rasgos que no se encuentran en las otras dos formas de obtener placer mediante una actividad intelectual. Lo grandioso reside, a todas luces, en el triunfo del narcisismo, en la victoriosa confirmación de la invulnerabilidad del *yo*. El *yo* rehúsa dejarse ofender y

precipitar al sufrimiento por los influjos de la realidad; se empecina en que no pueden afectarlo los traumas del mundo exterior; más aún; demuestra que sólo le representan motivos de placer. Este último rasgo es absolutamente esencial para el humor. Supongamos que el reo conducido al cadalso en día lunes hubiese dicho; «Todo esto no me importa. ¿Qué más da si cuelgan a un tipo como yo? Por eso no se vendrá abajo el mundo». Entonces deberíamos juzgar que este discurso, si bien expresa una magnífica superación de la situación real, si bien es sabio y justificado, no traduce ni pizca de humor y hasta se basa en una apreciación de la realidad que es directamente opuesta a la del humor. El humor no es resignado, sino rebelde; no sólo significa el triunfo del yo, sino también del principio del placer, que en el humor logra triunfar sobre la adversidad de las circunstancias reales.

Estos dos últimos rasgos —el repudio de las exigencias de la realidad y la imposición del principio del placer— aproxima el humor a los procesos regresivos 0 reaccionarios que tanto nos ocupan en la psicopatología. Al rechazar la posibilidad del sufrimiento, el humor ocupa una plaza en la larga serie de los métodos que el aparato psíquico humano ha desarrollado para rehuir la opresión del sufrimiento; serie que comienza con la neurosis, culmina en la locura y comprende la embriaguez, el ensimismamiento y el éxtasis. El humor debe a esta vinculación una dignidad que le falta del todo, por ejemplo, al chiste, pues éste sirve tan sólo al beneficio placentero, o bien pone esta ganancia al servicio de la agresión. ¿En qué consiste, pues, la actitud humorística que nos permite rechazar el sufrimiento, afirmar la insuperabilidad del *yo* por el mundo real, sustentar triunfalmente el principio del placer, y todo ello sin abandonar, como ocurre en los otros procesos de idéntico designio, el terreno de la salud psíquica, aunque este precio parecería ser ineludible?

Si nos enfrentamos con la situación en la cual alguien adopta una actitud humorística frente a otros, nos parecerá evidente la concepción, ya apuntada con cautela en mi libro sobre el chiste, de que esa persona se conduce como un adulto ante el niño, al reconocer en toda su futilidad y al sonreír sobre los intereses y pesares que a éste le parecen tan enormes. De modo que el humorista ganaría su superioridad al adoptar el papel del adulto, al identificarse en cierto modo con el padre, reduciendo a los demás al papel de

niños. Esta suposición probablemente comprenda los hechos empíricos, pero no la podemos considerar imperativa. Por lo demás, cabe preguntarse con qué autoridad llega el humorista a arrogarse ese papel.

Mas recordaremos aquella otra situación humorística, quizá más primitiva e importante: la de quien dirige el humor contra su propia persona para defenderse así del sufrimiento amenazante. ¿Acaso tiene sentido decir que alguien se trata a sí mismo como a un niño y que simultáneamente adopta frente a este niño el papel del adulto superior?

Creo que podremos prestar sólido apoyo a este concepto, por inverosímil que parezca, trayendo a colación lo que la experiencia patológica nos ha enseñado sobre la estructura de nuestro *yo*. Este *yo* no es algo simple, sino que aloja como núcleo central una instancia particular —el *super-yo*[2255]— con la que a veces se funde, al punto que no logramos diferenciarlos, mientras que en otras condiciones discrepa violentamente del mismo. Genéticamente, el *super-yo* es el heredero de la instancia parental; a menudo mantiene al *yo* en severa dependencia, lo trata realmente como los padres —o más bien el padre— trataron al niño en años anteriores. Alcanzamos así una explicación dinámica de la actitud humorística, admitiendo que consiste en que la persona del humorista ha retirado el acento psíquico de su *yo* para trasladarlo sobre su *super-yo*. A este *super-yo* así inflado, el *yo* puede parecerle insignificante y pequeño, triviales todos sus intereses, y ante esta nueva distribución de las energías, al *super-yo* le resultará muy fácil contener las posibles reacciones del *yo*.

Fieles a nuestra acostumbrada terminología, en lugar de «traslación del acento psíquico» tendremos que decir «desplazamiento de grandes cantidades de catexia». Mas entonces habrá que verificar si es lícito concebir tales desplazamientos masivos desde una instancia del aparato psíquico a la otra, pues esta noción tiene todo el aspecto de una nueva hipótesis construida *ad hoc*. Sin embargo, recordaremos haber tenido en cuenta semejante factor en repetidas, aunque no en suficientes ocasiones, cuando intentábamos formarnos una representación metapsicológica del suceder psíquico. Así, por ejemplo, aceptamos que la diferencia entre la catexia erótica objetal común y el estado del enamoramiento consiste en que en este último es incomparablemente mayor la carga trasladada al objeto; que, en cierto modo,

el *yo* se vacía en el objeto. Al estudiar algunos casos de paranoia pude comprobar que las ideas de persecución se forman precozmente y subsisten durante largo tiempo sin manifestar efectos apreciables, hasta que determinado motivo viene a proveerlas de catexias suficientes para tornarlas dominantes. También la curación de tales episodios paranoicos debe consistir en el retiro de las cargas conferidas a las ideas delirantes, más bien que en su resolución y corrección. La alternancia de melancolía y manía, de cruel supresión del *yo* por el *super-yo* y subsiguiente liberación del *yo*, nos da asimismo la impresión de consistir en semejante fluctuación catéctica, fenómeno al que, por otra parte, también habría que recurrir para explicar toda una serie de fenómenos de la vida psíquica normal. Si hasta ahora sólo hemos recurrido tan raramente a esta concepción, ello se debe a la cautela más bien loable con que solemos proceder. La patología de la vida anímica es el terreno en el cual nos sentimos seguros; allí hacemos nuestras observaciones, allí logramos nuestras convicciones; pero por el momento sólo osamos formular juicios sobre lo normal, en tanto que lo podemos inferir a través de los aislamientos y las deformaciones de su expresión patológica. Cuando hayamos superado esta cautela, reconoceremos cuán grande es el papel que en la comprensión de los procesos psíquicos corresponde a las condiciones estáticas, tanto como a los cambios dinámicos cuantitativos de la catexia energética.

Creo, pues, que merece ser tenida en cuenta la anotada posibilidad de que en cierta situación la persona hipercatetice de pronto su *super-yo* y luego modifique desde éste las reacciones del *yo*. Además, mi hipótesis sobre el humor también tiene una notable analogía en el vecino terreno del chiste. Hube de aceptar que éste se origina en el momentáneo abandono de una idea preconsciente a la elaboración inconsciente, de modo quo d chiste representaría una contribución a lo cómico ofrecida por el inconsciente. En completa similitud, *el humor vendría a ser la contribución a lo cómico mediada por el «super-vo»*.

Comúnmente conocemos al *super-yo* como muy severo amo, y podría aducirse que mal concuerda con este carácter el que se avenga a facilitar al *yo* un pequeño goce placentero. Es cierto que el placer humorístico jamás alcanza la intensidad del que se origina en lo cómico o en el chiste, y nunca

se expresa en risa franca; también es cierto que el *super-yo*, al provocar la actitud humorística, en el fondo rechaza la realidad y se pone al servicio de una ilusión. Pero —sin saber a ciencia cierta por qué— adjudicamos alto valor a este placer poco intern lo sentimos como particularmente liberador y exaltante. Además, la broma que hace el humor tampoco es su elemento esencial, pues sólo tiene el valor de una muestra; lo principal es la intención que el humor realiza, ya se efectúe en la propia persona o en una extraña. El humor quiere decirnos: «¡Mira, ahí tienes ese mundo que te parecía tan peligroso! ¡No es más que un juego de niños, bueno apenas para tomarlo en broma!»

Si es realmente el *super-yo* quien por medio del humor consuela tan cariñosamente al intimidado *yo*, ello nos demuestra que aún tenemos mucho que aprender sobre la esencia del *super-yo*. Por lo demás, no todos los seres tienen el don de poder adoptar una actitud humorística, pues ésta es raro y precioso talento, y muchos carecen hasta de la capacidad para gozar el placer humorístico que otros les proporcionan. Por fin, si el *super-yo* trata de consolar al *yo* con el humor, protegiéndolo del sufrimiento, no contradice por ello su origen de la instancia parental.

CLVII

UNA EXPERIENCIA RELIGIOSA[2256]

1927 [1928]

EN el otoño de 1927 un periodista germanoamericano, G. S. Viereck, al que hubiera recibido con mucho gusto si alguna vez se le hubiera ocurrido venir a verme, publicó una entrevista conmigo en la que se hablaba de mi falta de creencias religiosas y de mi indiferencia ante la posibilidad de una vida de ultratumba. Esta supuesta entrevista fue muy leída y me procuró, entre otras, la siguiente carta de un médico americano:

«… Lo que más me ha impresionado ha sido su respuesta a la pregunta de si creía en una subsistencia de la personalidad después de la muerte. Según el informador, había contestado usted secamente: “Eso me tiene sin cuidado”. Le escribo hoy para comunicarle un suceso vivido por mí el año mismo en que terminaba mis estudios universitarios. Una tarde que me encontraba en el quirófano entraron el cadáver de una anciana y lo colocaron sobre una de las mesas de disección. Hondamente impresionado por la expresión de serena dulzura de aquel rostro muerto, pensé en el acto: No; no hay Dios; si hubiera un Dios, no habría permitido que una mujer tan bondadosamente amable viniera a la sala de disección.

»Al regresar luego a casa abrigaba la firme decisión de no volver a entrar en una iglesia. Las doctrinas del cristianismo me habían inspirado ya antes graves dudas.

»Pero cuando me hallaba reflexionando sobre todo esto, surgió en mi

alma una voz que me aconsejó meditar mi resolución. Mi razón respondió a esta voz: Si alguna vez adquiero la certeza de que los dogmas cristianos son verdaderos y de que la Biblia es la palabra de Dios, los aceptaré sumisamente.

»En los días siguientes, Dios hizo sentir claramente a mi alma que la Biblia es la palabra de Dios, que todo lo que se nos enseña sobre Jesucristo es verdad y que Jesús es nuestra única esperanza. Desde entonces, Dios se me ha revelado con otros muchos signos inequívocos.

»Como 'hermano médico' (brother physician) le ruego que medite sobre cuestión tan esencial, y le aseguro que si lo hace sinceramente, Dios revelará a su alma la verdad, como a mí y a otras muchas personas…»

A esta carta contesté cortésmente que le felicitaba de que una tal experiencia le hubiese permitido conservar su fe. Dios no había hecho tanto por mí. No me había hecho oír jamás una tal voz, y sino se daba ya mucha prisa —teniendo en cuenta mi avanzada edad—, no sería culpa mía si continuaba siendo hasta el fin lo que ahora era: *an infidel jew*.

El amable colega americano aseguraba en su carta que el judaismo no constituía un obstáculo para llegar a la verdadera fe, y aducía para demostrarlo diversos ejemplos. Por último, me comunicaba que se rezaba por mí, implorando a Dios que me otorgase la fe verdadera.

Tales plegarias no han surtido hasta ahora el menor efecto. Pero la experiencia religiosa de mi amable corresponsal me ha hecho pensar, pareciéndome interesante intentar su explicación por motivos afectivos, ya que, además de su singularidad, presenta fundamentos lógicos harto débiles. Dios permite cosas más fuertes que la de que una mujer de rostro simpático acabe en una sala de disección. Tales cosas han sucedido siempre y sucedían todos los días en la época en que el médico americano terminaba sus estudios. Por otro lado, su carrera hace suponer que no podía ignorar éstas y otras miserias. Y entonces, ¿por qué su rebelión contra Dios hubo de estar precisamente al experimentar aquella impresión ante el cadáver de la anciana?

La explicación es harto fácil para toda persona acostumbrada a considerar analíticamente los sucesos interiores y los actos de los hombres; tan fácil, que se mezcló espontáneamente en mi memoria con el hecho mismo al que se

refería. Al citar en una discusión la carta del piadoso colega expuse que, según escribía en ella, el rostro de la anciana le había recordado el de su propia madre. En realidad, la carta no contenía nada semejante, y yo mismo me di en seguida cuenta de ello; pero precisamente este error de memoria constituye la explicación que se nos impone al leer las palabras con las que el sujeto describe a la anciana (*sweetfaced dear old woman*). El efecto despertado por el recuerdo de la madre es el responsable de la debilidad de juicio demostrada en aquella ocasión por el médico. Dejándonos llevar por el vicio psicoanalítico de aducir como material probatorio cosas que desde el punto de vista general parecen verdaderas nimiedades, susceptibles de otra distinta explicación menos profunda, nos fijaremos también en las palabras «hermano médico» empleadas a mi intención de la carta.

Podemos, pues, representarnos el proceso en la siguiente forma: La visión del cuerpo desnudo (o que ha de ser desnudado) de una mujer que le recuerda a su madre, despierta en el joven la nostalgia de la madre, procedente del complejo de Edipo y completada en el acto por la rebelión contra el padre. La imagen del padre y la de Dios no se hallan aún muy separadas en él, y el deseo de la muerte del padre puede hacerse consciente como duda de la existencia de Dios y quererse legitimar ante la razón como indignación por el mal trato infligido al objeto materno. El niño considera típicamente el comercio sexual entre el padre y la madre como una violencia ejercida sobre la madre. La nueva tendencia, desplazada al terreno religioso, no es más que una repetición de la situación del complejo de Edipo y sigue en consecuencia, al poco tiempo, igual destino, sucumbiendo a una poderosa corriente contraria. Durante el conflicto no es mantenido el nivel del desplazamiento, no se aduce argumento alguno para la justificación de la idea de Dios ni se dice tampoco con qué signos inequívocos hubo de demostrar Dios su existencia al sujeto, desvaneciendo sus dudas. El conflicto parece haberse desarrollado en la forma de una psicosis alucinatoria: voces internas que se hacen perceptibles para desaconsejar la rebelión contra Dios. El combate interior tiene de nuevo en el terreno religioso su desenlace, predeterminado por el destino del complejo de Edipo: una completa sumisión a la voluntad de Dios-padre. El joven se ha hecho creyente y acepta todo lo que desde niño se le ha enseñado acerca de Dios y de Jesucristo. Ha vivido una experiencia

religiosa y se ha convertido.

Todo esto es tan sencillo y transparente que no podemos rechazar la interrogación de si la comprensión de este caso nos habrá descubierto algo sobre la psicología de la conversión religiosa. Remitiremos al lector a una excelente obra de Santé de Sanctis (*La conversión religiosa*, Bologna, 1924) en la que se utilizan todos los descubrimientos del psicoanálisis. Su lectura confirma la sospecha de que no todos los casos de conversión religiosa se muestran tan transparentes como el que antecede, pero también que nuestro caso no contradice en ningún punto las opiniones que la investigación moderna ha formado sobre esta cuestión.

Lo que distingue a nuestra observación es su enlace con una ocasión especial que hace brotar una vez más la incredulidad antes de quedar definitivamente dominada para el individuo.

CLVIII

DOSTOYEVSKI Y EL PARRICIDIO[2257]

1927 [1928]

EN la rica personalidad de Dostoyevski podemos distinguir cuatro facetas: el poeta, el neurótico, el moralista y el pecador. ¿Cómo orientarnos en esta intrincada complicación?

Por lo que al poeta se refiere, no hay lugar a dudas. Tiene su puesto poco detrás de Shakespeare. *Los hermanos Karamazof* es la novela más acabada qué jamás se haya escrito, y el episodio del gran inquisidor es una de las cimas de la literatura mundial. Por desgracia, el análisis tiene que rendir las armas ante el problema del poeta.

El aspecto más accesible de Dostoyevski es el de moralista. Cuando se le quiere ensalzar como hombre moral, alegando que sólo quien ha atravesado los estratos más profundos del pecado puede alcanzar el culmen de la moralidad, se olvida algo muy importante. Moral es quien reacciona ya contra la tentación percibida en su fuero interno y no cede a ella. Aquel que, alternativamente, peca y se plantea luego, movido por el remordimiento, elevadas exigencias morales, se expone al reproche de facilitarse demasiado las cosas. Ha eludido el mandato esencial de la moralidad —la renuncia—, pues la observación de una conducta moral es un interés práctico de la Humanidad. Nos recuerda a los bárbaros de la emigración de los pueblos, que mataban y hacían luego penitencia en una técnica destinada a hacer posible el homicidio. Iván el Terrible no obraba de otro modo, y esta forma de conciliar

la conducta personal con la moralidad es, incluso, un rasgo característico del alma rusa.

Tampoco el resultado final de la lucha moral de Dostoyevski es nada loable. Después de luchar desesperadamente por conciliar las aspiraciones instintivas del individuo con las exigencias de la comunidad humana, acaba sometiéndose a la autoridad seglar y a la eclesiástica, venerando al zar y al Dios de los cristianos y propugnando un estrecho nacionalismo ruso, actitud a la que otros espíritus más deleznables han llegado con mucho menos esfuerzo.

Éste es el punto débil de la magna personalidad de Dostoyevski: no quiso ser un maestro y un libertador de la Humanidad y se situó al lado de sus carceleros. El porvenir cultural de la Humanidad tendrá muy poco que agradecerle. No sería acaso difícil demostrar que su neurosis le condenaba a tal fracaso. La elevación de su inteligencia y la fuerza de su amor a la Humanidad abrían a su vida otro camino distinto: el camino del apostolado.

Pero también, contra la idea de considerar a Dostoyevski como un pecador o un criminal, se alza en nosotros una violenta resistencia, que no tiene por qué fundarse en la estimación vulgar del criminal. No tardamos en descubrir el verdadero motivo: el criminal integra dos rasgos esenciales: un egotismo ilimitado y una intensa tendencia destructora, siendo común a ambos y premisa de sus manifestaciones el desamor, la falta de valoración afectiva de los objetos humanos. Dostoyevski entraña, por el contrario, una gran necesidad de amor que se evidencia en manifestaciones de suprema bondad y le permite amar y auxiliar, incluso en ocasiones en las que era innegable su derecho al odio y a la venganza; por ejemplo, en sus relaciones con su primera mujer y con el amante de la misma. Nos preguntaremos entonces de dónde nos viene la tentación de incluir a Dostoyevski entre los criminales. Respuesta: es la elección de sus temas literarios, en la cual prefiere los caracteres egoístas, violentos y asesinos, la que indica la existencia de tales inclinaciones en su fuero interno, como igualmente algunos hechos reales de su vida, tales como su pasión por el juego, y acaso el haber abusado sexualmente de una muchacha impúber (confesión)[2258]. La contradicción se resuelve por el descubrimiento de que el fortísimo instinto de destrucción de Dostoyevski, que hubiera hecho orientado esencialmente

en su vida contra su propia persona (hacia adentro, en lugar de hacia afuera) y se manifiesta, así como masoquismo y sentimiento de culpabilidad. De todos modos, su persona conserva rasgos sádicos suficientes, que se manifiestan en su irritabilidad, su gusto en atormentar y su intolerancia incluso contra personas queridas. Era, pues, en las cosas pequeñas, sádico hacia afuera, y en las de más alcance, sádico hacia dentro, o sea, masoquista; esto es, un hombre benigno, bondadoso y auxiliador.

De la complicación de la personalidad de Dostoyevski hemos extraído tres factores: uno cuantitativo y dos cualitativos. Su extraordinaria afectividad, la disposición instintiva perversa que había de hacer de él un sádicomasoquista o un criminal y sus dotes artísticas, inanalizables. Este conjunto podría existir muy bien sin neurosis. Hay, en efecto, masoquistas completos no neuróticos. Conforme a la relación de fuerzas entre las exigencias instintivas y las inhibiciones a ellas contrapuestas (aparte de los caminos de sublimación disponibles), podría aún clasificarse a Dostoyevski dentro de los llamados «caracteres instintivos». Pero la situación es enturbiada por la coexistencia de la neurosis, la cual, como ya hemos dicho, no es inevitable y fatal en semejantes circunstancias, pero se constituye tanto más fácilmente cuanto mayor es la complicación que el *yo* ha de vencer. La neurosis no es más que un signo de que el *yo* no ha logrado una tal síntesis y ha perdido, al intentarlo, su unidad.

¿Qué es rigurosamente lo que prueba la existencia de la neurosis? Dostoyevski se tenía —y era tenido, en general— por epiléptico, a causa de los graves ataques de convulsiones musculares que le aquejaban, acompañados de pérdida de conocimiento y seguidos de honda depresión. Pero lo más probable es que esta pretendida epilepsia fuera tan sólo un síntoma de su neurosis, la cual podríamos clasificar, en consecuencia, como histeroepilepsia; esto es, como una histeria grave. Diagnóstico, desde luego, inseguro, por dos razones: la insuficiencia y la falta de garantía de los datos acoplados sobre la pretendida epilepsia de Dostoyevski y la oscuridad todavía reinante en cuanto a los estados patológicos a los que se enlazan ataques epileptoides.

Veamos, primero, este segundo punto: sería inútil reproducir aquí toda la patología de la epilepsia, que no llega a conclusión alguna definitiva. Pero sí

podemos decirnos que el antiguo *morbus sacer*, la inquietante enfermedad, con sus ataques convulsivos imprevisibles, no provocados, al parecer; su modificación del carácter en un sentido irritable y agresivo y un rebajamiento progresivo de todas las funciones intelectuales, resalta siempre como una aparente unidad clínica. Ahora bien: sus contornos no se nos muestran claramente delineados; muy al contrario, van desvaneciéndose hasta una máxima imprecisión. Los ataques de rápida y brutal aparición, con mordeduras de lengua y evacuación de orina, acumulados al peligrosísimo *status epilepticus*, durante el cual el sujeto queda expuesto a causarse gravísimas lesiones, pueden aparecer mitigados hasta breves períodos en los que el enfermo realiza, como bajo el imperio de lo inconsciente, algo totalmente ajeno a él. Somáticamente condicionados en general, pueden, no obstante, deber su génesis primera a un influjo psíquico (a un susto) o reaccionar a estímulos psíquicos. Por muy característico que en la inmensa mayoría de los casos sea el deterioro intelectual, conocemos, por lo menos, un ejemplo (Helmholtz) en el que la enfermedad no logró impedir elevados rendimientos de este orden. (Otros casos en los que se ha afirmado lo mismo son inseguros o suscitan las mismas dudas que el de Dostoyevski.)

Los enfermos de epilepsia pueden hacernos la impresión del embotamiento y de un desarrollo inhibido, así como la enfermedad misma aparece frecuentemente acompañada de idiotez patente y de máximos defectos cerebrales, si bien no como elementos necesarios del cuadro patológico; pero los ataques descritos aquejan también, con todas sus variedades, a personas que manifiestan un pleno desarrollo psíquico y una extraordinaria afectividad, insuficientemente dominada en la mayoría de los casos. No es, por tanto, de extrañar que en estas circunstancias parezca imposible mantener la unidad de una afección clínica bajo el nombre de «epilepsia». La homogeneidad de los síntomas exteriorizados parece demandar una interpretación funcional, como si se hubiera constituido orgánica y previamente un mecanismo de derivación anormal de los instintos, mecanismo al que se recurría en las más diversas circunstancias, tanto con ocasión de perturbaciones de la actividad cerebral por una grave enfermedad como ante un dominio insuficiente de la economía psíquica. Detrás de esta dualidad sospechamos la identidad del mecanismo de derivación de los

instintos existentes en el fondo. Éste puede también ser un tanto afín a los procesos sexuales tóxicamente motivados en su fondo. Ya los médicos más antiguos decían que el coito era una pequeña epilepsia, reconociendo así en el acto sexual la mitigación y la adaptación de la descarga epiléptica de los estímulos.

La «reacción epiléptica», términos con los que podemos designar este conjunto, se pone indudablemente a disposición de la neurosis, cuya esencia consiste en derivar por el camino somático aquellas magnitudes de excitación que le es imposible manejar psíquicamente. El ataque epiléptico pasa a ser, de este modo, un síntoma de la histeria y es adaptado y modificado por ella, lo mismo que por la derivación sexual normal. Es, por tanto, acertado distinguir entre una epilepsia orgánica y una epilepsia «afectiva». Prácticamente, esta distinción significa que quien padece la primera es un enfermo del cerebro, y quien padece la segunda, un neurótico. En el primer caso, la vida anímica sufre una perturbación ajena a ella y procedente del exterior; en el segundo, la perturbación es una manifestación de la vida anímica misma.

Es muy probable que la epilepsia de Dostoyevski fuera de este segundo género. Pero no es hacedero probarlo rigurosamente, pues tendríamos que poder insertar la primera aparición y las oscilaciones posteriores de los ataques en el conjunto de su vida anímica y no poseemos datos bastantes para ello. Las descripciones de los ataques mismos no nos ilustran nada, y las noticias que poseemos sobre las relaciones entre los ataques y las vivencias del sujeto son insuficientes y a veces contradictorias. La hipótesis más verosímil es la de que los ataques comenzaron muy pronto, ya en la niñez de Dostoyevski, siendo primeramente representados por síntomas benignos y adoptando luego la forma epiléptica, cuando a los dieciocho años de edad sufrió el sujeto la conmoción de una terrible vivencia: el asesinato de su padre[2259]. Sería muy adecuado que durante el tiempo de su encarcelamiento en Siberia hubieran remitido por completo los ataques; pero otros datos contradicen tal hipótesis[2260]. La indiscutible relación existente entre el asesinato del padre en *Los hermanos Karamazof* y el destino del padre de Dostoyevski ha sido recogida por más de un biógrafo y los ha movido a referirse a «una cierta orientación psicológica moderna». El psicoanálisis, pues a él se alude con tales palabras, tiende a ver en este suceso el trauma

más grave, y en la reacción de Dostoyevski a él, la piedra angular de su neurosis.

Ahora bien: al tratar de fundamentar psicoanalíticamente esta tesis temo resultar incomprensible a los lectores poco o nada familiarizados con las doctrinas y la terminología de nuestra disciplina.

Tenemos un punto de partida seguro. Conocemos el sentido de los primeros ataques de Dostoyevski en sus años jóvenes, mucho antes de la aparición de la «epilepsia». Estos ataques significan la muerte; eran precedidos de accesos de miedo a morir, y consistían en estados de sueño letárgico. La enfermedad se apoderó de él inicialmente, siendo aún un niño, bajo la forma de una profunda melancolía repentina e inmotivada; un sentimiento —según el mismo Dostoyevski cuenta luego a su amigo Strachoff— como si fuera a morirse al instante, y, efectivamente, a tal sentimiento seguía un estado análogo a la verdadera muerte. Su hermano Andrés cuenta que ya en años infantiles Fedor solía dejar al lado de su cama, antes de acostarse, una nota en la que expresaba su temor de caer durante la noche en un estado letárgico análogo a la muerte y rogaba que si así sucedía no le enterraran hasta pasados cinco días (*Dostoiewski am Roulette*, introduc., pág. lx).

Conocemos el sentido y la intención de tales ataques que fingen la muerte. Suponen una identificación con un muerto, con una persona que ha muerto realmente o que vive aún, pero a la que se desea la muerte. Este último caso es el más importante. El ataque tiene entonces el valor de un castigo. El sujeto ha deseado a otro la muerte, y ahora es él aquel otro y está muerto. En este punto sienta el psicoanálisis la afirmación de que tal otro es, regularmente, para el niño su propio padre. El ataque —llamado histérico— es, pues, un autocastigo por el deseo de muerte contra el padre odiado.

El parricidio es, según interpretación ya conocida, el crimen capital y primordial, tanto de la Humanidad como del individuo[2261]. Desde luego., es la fuente principal del sentimiento de culpabilidad, aunque no sabemos si la única, pues las investigaciones no han podido determinar con seguridad el origen psíquico de la culpa y de la necesidad de rescatarla. Pero tampoco es preciso que sea, en efecto, la única. La situación psicológica es complicada y precisa de aclaración.

La relación del niño con su padre es una relación ambivalente. Además del odio que quisiera suprimir al padre como a un enfadoso rival, existe, regularmente, cierta magnitud de cariño hacia él. Ambas actitudes llevan, conjuntamente, a la identificación con el padre. El sujeto quisiera hallarse en el lugar del padre porque le admira; quisiera ser como él y quisiera al mismo tiempo suprimirlo. Ahora bien: toda esta evolución tropieza con un poderoso obstáculo. En un momento dado, el niño llega a comprender que la tentativa de suprimir al padre como a un rival sería castigada por aquél con la castración. Y así, por miedo a la castración, esto es, por interés de conservar su virilidad, abandona el deseo de poseer a la madre y suprimir al padre. En cuanto tal deseo permanece conservado en lo inconsciente, constituye la base del sentimiento de culpabilidad. Todos éstos son, a nuestro juicio, procesos normales, el destino normal del llamado complejo de Edipo. A ello vamos a añadir ahora un complemento importantísimo.

Una complicación más surge cuando en el niño se halla intensamente desarrollado aquel factor al que damos el nombre de bisexualidad. Entonces, ante la amenaza de perder la virilidad por obra de la castración, se intensifica la tendencia a encontrar una salida por el lado de la feminidad, situándose en el lugar de la madre y adoptando su papel de objeto erótico para con el padre. Pero el miedo a la castración hace también imposible esta solución. El sujeto comprende que también habrá de someterse a la castración si quiere ser amado, como una mujer, por el padre. De este modo, ambos impulsos, el odio al padre y el enamoramiento del padre, sucumben a la represión. Una diferencia psicológica se diseña, sin embargo, en este punto, pues el odio al padre es abandonado a causa del miedo a un peligro exterior (la castración), en tanto que el enamoramiento es tratado como un peligro instintivo interior, que, de todos modos, se reduce, en el fondo, de nuevo al mismo peligro exterior.

Lo que hace inadmisible el odio al padre es el miedo al mismo; la castración es temerosa, tanto en calidad de castigo como en calidad de precio del amor. De los dos factores que reprimen el odio al padre, el primero, el miedo directo al castigo y a la castración, puede ser calificado de normal, mientras que la intensificación patógena parece ser aportada por el otro factor, el miedo a la actitud femenina. Una intensa disposición bisexual es así

una de las condiciones o uno de los refuerzos de la neurosis. Podemos estar casi seguros de que Dostoyevski entrañaba tal disposición, manifiesta en la importancia que tuvieran en su vida las amistades masculinas (homosexualidad latente), en su conducta singularmente cariñosa para con sus rivales en amor y en su excelente comprensión de situaciones sólo explicables por una homosexualidad reprimida, como lo prueban múltiples pasajes de sus novelas.

Lamentaré —pero no está en mi mano remediarlo— que estas consideraciones sobre el odio y el amor del sujeto infantil con respecto a su padre y las modificaciones experimentadas por tales sentimientos bajo el influjo de la amenaza de castración parezcan repulsivas e inaceptables a los lectores poco familiarizados con el psicoanálisis. Esperamos incluso que precisamente el complejo de castración haya de tropezar con la repulsa general. Pero no podemos menos de insistir con máxima energía en que la experiencia psicoanalítica deja fuera de toda duda estas circunstancias y nos hace ver en ellas la clave de toda neurosis. Habremos, pues, de intentar aplicarla también a la pretendida epilepsia de nuestro poeta.

Las consideraciones que preceden no agotan, desde luego, las consecuencias de la represión del odio al padre en el complejo de Edipo. A ellas hemos de agregar aún que la identificación con el padre acaba por conquistarse un puesto permanente en el *yo*. Es acogida en el *yo*, pero se ubica en él, como una instancia especial aparte de su contenido restante. A esta nueva instancia le damos entonces el nombre de «*super-yo*» y le adscribimos, como heredera de la influencia del padre, importantísimas funciones.

Si el padre fue severo, violento y cruel, el *super-yo* toma de él estas condiciones, y en su relación con el *yo* se restablece aquella pasividad que precisamente había de ser reprimida. El *super-yo* se ha hecho sádico, y el *yo* se hace masoquista; esto es, femeninamente pasivo en el fondo. Fórmase en el *yo* una magna necesidad de castigo, que permanece, en parte, como tal a disposición del destino y encuentra, en parte, satisfacción en el maltrato por el *super-yo* (sentimiento de culpabilidad). Todo castigo es, en el fondo, la castración, y como tal, el cumplimiento de la antigua actitud pasiva con respecto al padre. También el destino es tan sólo, en último término, una

ulterior proyección del padre.

Los procesos normales de la formación de la conciencia han de ser análogos a los anormales antes descritos. No hemos conseguido aún fijar las fronteras entre unos y otros. Se observará que describimos máxima participación en el desenlace a los componentes pasivos, o sea, a la feminidad reprimida. Además, ha de ser muy importante, como factor accidental, el hecho de que el padre, ya siempre temido, sea también especialmente violento en la vida real. Así sucedió en el caso de Dostoyevski, y el hecho de su extraordinario sentimiento de culpabilidad, así como su conducta masoquista en la vida, podemos referirlo a un intenso componente femenino.

Así, pues, la fórmula correspondiente a Dostoyevski será ésta: un sujeto de disposición bisexual particularmente intensa, que puede defenderse con singular energía su dependencia de un padre especialmente duro.

Este carácter de la bisexualidad lo añadimos a los componentes de su personalidad antes fijados. El síntoma temprano de los «ataques de muerte» se nos explica así como una identificación con el padre, tolerada por el *super-yo* con un fin punitivo. «Has querido matar a tu padre para ocupar tú su lugar. Pues bien: ahora eres tú el padre, pero el padre muerto». Tal es el mecanismo corriente de los síntomas histéricos. «Y, además, ahora el padre te mata a ti».

Para el *yo*, el síntoma de la muerte es la satisfacción imaginativa del deseo masculino y al mismo tiempo una satisfacción masoquista. Para el *super-yo* es una satisfacción del impulso punitivo, o sea, una satisfacción sádica. Ambos, el *yo* y el *super-yo*, siguen desempeñando el papel del padre.

En conjunto, la relación entre la persona y el objeto paterno se ha transformado, conservando su contenido, en una relación entre el *yo* y el *super-yo*, constituyendo una reposición de la misma obra en un nuevo escenario.

Tales reacciones infantiles, emanadas del complejo de Edipo, pueden extinguirse cuando la realidad deja de aportarles alimento. Pero el carácter del padre sigue siendo el mismo, e incluso empeora con los años, y de este modo también perdura en Dostoyevski el odio al padre, su deseo de muerte contra aquel padre cruel.

Ahora bien: es harto peligroso que la realidad llegue a cumplir tales deseos reprimidos. La fantasía se hace así realidad, y todas las medidas

defensivas quedan reforzadas. Los ataques de Dostoyevski toman entonces carácter epiléptico, siguen entrañando el sentido de una identificación punitiva con el padre, pero se hacen más temerosos, como terrible ha sido la muerte del padre mismo. Lo que no podemos adivinar es en qué otro contenido, particularmente de orden sexual, hubo de agregarse a ellos.

Hallamos algo en extremo singular: en el aura del acceso el sujeto vive un instante de máxima felicidad, fijado acaso por el sentimiento de triunfo y de liberación emergentes al recibir la noticia de la muerte, al que sigue en el acto el castigo, tanto más cruel. Una tal sensación de triunfo y duelo, alegría festiva y duelo la hallamos también repetida entre los hermanos de la horda primordial, que, después de matar al padre, lo vuelven a hallar en la ceremonia de la comida totémica[2262]. Si fuera cierto que Dostoyevski no sufrió ataque ninguno mientras estuvo en Siberia, ello confirmaría que sus ataques eran su castigo, no necesitándolos, por tanto, mientras sufría otro de distinto género. Pero esta circunstancia resulta indemostrable. Esta necesidad de castigo de la economía psíquica de Dostoyevski explica más bien que pudiera atravesar sin grave quebranto tales años de miseria y humillaciones. La condena de Dostoyevski como delincuente político fue injusta: Dostoyevski tenía que darse cuenta de ello; pero aceptó el castigo inmediato que el zar (el padrecito) le imponía, como sustitución del castigo al que su pecado contra su verdadero padre le había hecho acreedor. En lugar de entregarse al autocastigo se dejó castigar por el representante del padre. En este punto vislumbramos una parte de la justificación psicológica de las penas impuestas por la sociedad. Es indudable que grandes grupos de delincuentes piden y ansían el castigo. Su *super-yo* lo exige y evita así tener que imponerlo por sí mismo[2263].

Quienes conocen los complicados cambios de sentido de los síntomas histéricos comprenderán que no emprendemos aquí una tentativa de descubrir más allá de este punto inicial el sentido de los ataques de Dostoyevski[2264]. Ya es bastante poder suponer que su sentido original permaneció inmutable detrás de todas las estratificaciones ulteriores. Podemos decir que Dostoyevski no se vio jamás libre de remordimientos por su primitivo propósito parricida. Tales remordimientos determinaron también su actitud en los otros dos sectores en los que la relación paterno-filial da la norma; esto es,

ante la autoridad estatal y ante la creencia en Dios. En el primero llegó una plena sumisión al padrecito zar, el cual había representado con él una vez, en la realidad, la comedia de la muerte que sus ataques le presentaban con tanta frecuencia. La penitencia logró en este punto un predominio absoluto. En el terreno religioso le quedó mayor libertad. Según informes de cierta garantía, osciló durante toda su vida entre la fe y el ateísmo. Su gran inteligencia le hacía imposible ocultarse las grandes dificultades mentales que suscita la fe. Repitiendo individualmente una evolución histórica, esperaba hallar en el ideal cristiano una salida y una redención y utilizar sus sufrimientos mismos como base de una aspiración a un papel de Cristo. Si en conjunto no llegó a alcanzar la libertad y se hizo reaccionario, fue porque la culpa filial, generalmente humana, en la que se basa el sentimiento religioso, alcanzó en él una intensidad superindividual, permaneciendo inaccesible incluso a su gran inteligencia. En este punto nos exponemos al reproche de abandonar la imparcialidad del análisis y someter a Dostoyevski a valoraciones sólo justificadas desde el punto de vista partidista de cierta intuición del Universo. Un conservador tomaría el partido del gran inquisidor y juzgaría muy diferentemente a Dostoyevski. El reproche está justificado; mas para mitigarlo podemos alegar que la decisión de Dostoyevski aparece determinada por la inhibición mental provocada por la neurosis.

No cabe atribuir al azar que tres obras maestras de la literatura universal traen el mismo tema: el parricidio. Tal es, en efecto, el tema del *Edipo* de Sófocles, del *Hamlet* shakespeariano y de *Los hermanos Karamazof*. Y en los tres aparece también a plena luz el motivo del hecho; la rivalidad sexual por una mujer.

La exposición más sincera, desde luego, la del drama inspirado en la leyenda griega. En él, el protagonista mismo ha cometido el hecho. Pero sin atenuantes ni veladuras es imposible la elaboración poética. La confesión desnuda del propósito de suprimir al padre, tal como tendemos a conseguirlo en el análisis, parece intolerable sin una previa preparación analítica. En el drama griego, la atenuación imprescindible queda magistralmente conseguida sin alteración alguna de los hechos, proyectando en la realidad el motivo inconsciente del protagonista como una fatalidad ajena a él. El protagonista comete el acto criminal inintencionadamente y, al parecer, sin influjo alguno

procedente de la mujer; pero luego se rinde pleitesía a la verdad profunda, por cuanto sólo después de repetir el hecho con el monstruo que simboliza al padre llega el protagonista a conseguir a la reina, su madre. Una vez descubierta su culpa y hecha consciente, no sigue tentativa alguna de descargarla de sí recurriendo a la construcción auxiliar de la fatalidad, sino que es reconocida y castigada como una culpa consciente, cosa que a nuestra reflexión puede parecer injusta, pero que es plenamente correcta desde el punto de vista psicológico.

La expresión del drama inglés es indirecta; el acto criminal no ha sido realizado por el protagonista mismo, sino por otro sujeto, para el cual no significaba un parricidio. Por lo cual no es preciso ya velar el motivo repulsivo: la rivalidad sexual. También el complejo de Edipo del protagonista lo vemos como a una luz refleja al observar los efectos que en él produce el acto cometido por otro. Debía vengar el crimen, pero se encuentra extrañamente incapaz de hacerlo. Sabemos que lo que le paraliza es su sentimiento de culpabilidad, pero éste es sustituido en forma muy análoga a la que siguen los procesos neuróticos por la percepción de su insuficiencia para el cumplimiento de su labor vengadora. Surgen indicios de que el protagonista siente esta culpa como una culpa superindividual. Desprecia a los demás tanto como a sí mismo se desprecia. «Si se tratara a cada cual como se merece, ¿quién escaparía de ser azotado?»

La novela de Dostoyevski avanza en esta dirección un paso más. También en ella es otro el que ha cometido el crimen; pero alguien que se hallaba en el asesinato en la misma relación filial que Dimitri, el protagonista, con respecto al cual es abiertamente confesado el motivo de la rivalidad sexual. El parricida es, en efecto, otro hermano, al que Dostoyevski atribuye singularmente su propia enfermedad, la pretendida epilepsia, como si quisiera confesar que el neurótico y epiléptico que en él había era un parricida. Y luego sigue en el informe ante los tribunales la famosa burla contra la Psicología, calificada de cuchilla con dos extremos, la cual constituye un habilísimo encubrimiento, pues basta darle la vuelta para hallar el sentido profundo de la concepción de Dostoyevski. No es la Psicología lo que merece la burla, sino el procedimiento judicial. Es indiferente quién haya cometido

realmente el crimen; para la Psicología, lo único que importa es quién lo ha deseado en su fuero interno y ha acogido gustoso su realización, y por eso son igualmente culpables todos los hermanos —con la sola excepción de Aljoscha, figura de contraste—, tanto el vividor entregado a sus instintos, como el cínico escéptico y el criminal epiléptico. En *Los hermanos Karamazof* hallamos una escena que caracteriza magistralmente a Dostoyevski. El *staretz* reconoce en una conversación con Dimitri que entraña en sí la disposición al parricidio y se arrodilla ante él. Este acto no puede ser desde luego una expresión de admiración; ha de significar que el santo rechaza en sí la tentación de despreciar o condenar al asesino y se humilla por ello ante él. La simpatía de Dostoyevski hacia el delincuente es realmente ilimitada; va mucho más allá de la compasión, a lo que puede aspirar el desgraciado, y recuerda el respeto que a los antiguos inspiraban el epiléptico y el demente. El criminal es para él casi como un redentor, que ha tomado sobre sí la culpa que de otro modo habrían tenido que soportar los demás. Uno no necesita ya asesinar después que él ha asesinado y tiene que estarle agradecido, pues de otro modo hubiera tenido uno mismo que cometer el crimen. Esto no es sólo benigna compasión, sino identificación sobre la base de idénticos impulsos asesinos, y en último término, narcisismo ligeramente desplazado. Lo cual no anula en modo alguno el valor ético de tal bondad. Acaso es éste, en general, el mecanismo de la compasión, más fácilmente perceptible en este caso extremo del poeta, dominada por el sentimiento de culpabilidad. Es indudable que esta identificación simpática determinó decisivamente en Dostoyevski la elección de los temas literarios. Pero eligió primero la figura del delincuente vulgar —por egotismo—, y luego, las del delincuente político y religioso, antes de retornar, ya al fin de su vida, a la del delincuente primordial —el parricida— y utilizarla para legarnos su confesión poética.

La publicación de sus obras póstumas y del diario de su mujer han arrojado viva luz sobre un episodio de su vida, sobre el tiempo en que Dostoyevski, hallándose en Alemania, vivió dominado por la pasión del juego. (*Dostoiewski am Roulette*.) Fue éste un evidente acceso de pasión patológica, que no pudo ser desviada y utilizada en otro sentido. No faltaron

racionalizaciones de esta conducta, tan singular como indigna. El sentimiento de culpabilidad se creó, como no es raro en los neuróticos, una representación tangible en una carga de deudas, y Dostoyevski podía alegar que aspiraba a ganar en el juego lo necesario para retornar a Rusia sin ser encarcelado por sus acreedores. Pero ello no era más que un pretexto. Dostoyevski era lo bastante inteligente para reconocerlo y lo bastante honrado para confesarlo. Sabía que lo importante era el juego en sí, *le jeu pour le jeu*[2265]. Todos los detalles de su insensata conducta instintiva demuestran esto y todavía algo más. El juego le era también un medio de auto-castigo. Había dado infinitas veces a su joven esposa su palabra de honor de no jugar más, y como él mismo confiesa, jamás cumplía tales promesas. Y cuando sus pérdidas hundían a ambos en la más negra miseria, Dostoyevski extraía de ello una segunda satisfacción patológica. Podía insultarse y humillarse ante su esposa e incitarla a despreciarle y a lamentar haberse casado con aquel pecador incorregible, y después de descargar así su conciencia, volvía a la mesa de juego. Su joven mujer se acostumbró a este ciclo, pues observó que aquello que únicamente podía en realidad salvarlos, la producción literaria, nunca marchaba mejor que después de haber perdido todo y haber empeñado todo su ajuar. Pero, como es natural, no llegó a comprender la relación dada. Cuando su sentimiento de culpabilidad quedaba satisfecho por el castigo que él mismo se había atraído, cesaba su incapacidad para el trabajo y se permitía dar unos cuantos pasos por el camino del éxito[2266].

Una novela de un autor moderno nos deja adivinar fácilmente cuál es el trazo de vida infantil, ha largo tiempo soterrado, que se conquista una repetición en la obsesión del juego. Stefan Zweig, que por cierto ha dedicado también un estudio a Dostoyevski (*Drei Meister*), nos ofrece en una novela corta, titulada *Veinticuatro horas de la vida de una mujer*, una pequeña obra maestra, que aparentemente se propone hacer observar cuán irresponsable es la mujer y a qué sorprendentes extralimitaciones puede ser impulsada por una represión inesperada. Pero si la sometemos a una interpretación analítica, y todo en ella invita a tal labor, hallamos en su fondo algo muy distinto. Presenta, en efecto, ya sin tendencia alguna exculpatoria, algo generalmente humano, más bien generalmente masculino. Característico de la naturaleza de la creación poética es que el autor, al ser interrogado por mí sobre la cuestión,

pudiera asegurar de perfecta buena fe que la interpretación que yo le comunicaba era totalmente ajena a su conocimiento y a su intención, aunque su obra incluía ciertos detalles, que parecían expresamente calculados para indicar la pista de su sentido secreto. En esta novela de Zweig, una distinguida señora, ya entrada en años, relata al poeta un suceso por ella vivido veinte años atrás. Había perdido muy pronto a su esposo, y cuando sus dos hijos se crearon un hogar y quedó ella sola y sin objeto ya en la vida, se había dedicado a viajar para distraer su ánimo ensombrecido. Y una noche, en el casino de Montecarlo, cautivaron su atención las manos de un jugador desgraciado, que delataban con emocionante sinceridad e intensidad las sensaciones de su dueño. Era éste un apuesto joven —el poeta le atribuye, sin intención aparente, la edad del hijo mayor de la protagonista—, que después de haber perdido todo su dinero abandona la sala de juego, presa de honda desesperación, y sale al parque, acaso para poner fin a su vida. Una simpatía inexplicable fuerza a nuestra heroína a seguirle para intentar salvarle. El joven la cree al principio una de tantas aventureras que por aquellos lugares pululan, e intenta rechazarla; pero ella consigue permanecer a su lado, y una serie de circunstancias inesperadas la lleva a alojarse en el mismo hotel, y, por último, a compartir su lecho. Después de esta improvisada noche de amor, logra que el joven le jure solemnemente no volver a jugar, le facilita el dinero necesario para volver a su casa y le promete ir a despedirle a la estación. Pero luego despierta en ella una interna ternura hacia aquel joven; se propone sacrificarlo todo para conservar su amor, y decide partir con él. Azares contrarios la hacen perder el tren, y cuando luego, llevada por la nostalgia del bien perdido, entra en una sala de juego, encuentra de nuevo allí, con espanto, aquellas manos que despertaron su simpatía. El perjuro ha vuelto al juego. La protagonista le recuerda su juramento; pero él, poseído por la pasión del juego, la rechaza, y para librarse de su presencia acaba por arrojarle el dinero con el que ella había intentado redimirle. Nuestra heroína huye, profundamente avergonzada, y días después averigua que ni siquiera le ha sido dado preservar del suicidio a aquel desgraciado.

Esta narración, brillantemente escrita y escrupulosamente motivada, posee por sí sola méritos suficientes para cautivar al lector. Pero el análisis nos muestra que su invención reposa sobre la base primera de una fantasía

optativa de la época de la pubertad; fantasía que algunas personas recuerdan incluso como consciente. El contenido de esta fantasía es que la madre misma inicie al adolescente en la vida sexual para librarle de los temidos perjuicios del onanismo. El «vicio» de la masturbación aparece sustituido por la pasión del juego[2267], así lo delata claramente la acentuación de la apasionada actividad de las manos. La pasión del juego es realmente un equivalente de la pretérita obsesión onanista. Lo irresistible de la tentación, los juramentos y promesas, jamás cumplidos, y el remordimiento de este estarse matando (suicidio) aparecen inmutablemente conservados en la sustitución. La narración de Zweig es relatada ciertamente por la madre y no por el hijo. Al hijo tiene que halagarle el pensamiento de que si la madre supiera a qué peligros le expone el onanismo, le salvaría de él, iniciándole en la vida sexual. La equiparación inicial de la madre con una aventurera, en el ánimo del protagonista de la novela de Zweig, pertenece al contexto de la misma fantasía. Ésta hace fácilmente alcanzable lo inasequible. Los escrúpulos de conciencia que acompañan a esta fantasía se reflejan en el fatal desenlace de la novela. Es también interesante observar cómo la fachada que el poeta da a su novela intenta encubrir su sentido analítico. Pues es muy discutible que la vida erótica de la mujer sea regida por impulsos repentinos y enigmáticos. El análisis descubre más bien una motivación suficiente de la singular conducta de la protagonista, apartada hasta entonces del amor. Fiel a la memoria de su marido, se ha acorazado contra toda exigencia erótica, pero —y en ella acierta la fantasía del hijo— no escapó, como madre, a una transferencia erótica inconsciente sobre la persona del hijo, y en este punto, no vigilado, puede apoderarse de ella el destino. Si la pasión del juego, con sus vanos intentos de deshabituación y las ocasiones que ofrece para el autocastigo, es una reproducción de la obsesión masturbadora, no puede ya extrañarnos que conquistara un lugar tan importante en la vida de Dostoyevski. No conocemos ningún caso de neurosis grave en el que la satisfacción autoerótica de la temprana infancia y la pubertad no haya desempeñado su papel, y las relaciones entre los esfuerzos que el sujeto realiza para reprimirla y el miedo al padre son lo bastante conocidas para poder limitarnos a su simple mención[2268].

CLIX

EL MALESTAR EN LA CULTURA[2269]

1929 [1930]

I

NO podemos eludir la impresión de que el hombre suele aplicar cánones falsos en sus apreciaciones, pues mientras anhela para sí y admira en los demás el poderío, el éxito y la riqueza, menosprecia, en cambio, los valores genuinos que la vida le ofrece. No obstante, al formular un juicio general de esta especie, siempre se corre peligro de olvidar la abigarrada variedad del mundo humano y de su vida anímica, ya que existen, en efecto, algunos seres a quienes no se les niega la veneración de sus coetáneos, pese a que su grandeza reposa en cualidades y obras muy ajenas a los objetivos y los ideales de las masas. Se pretenderá aducir que sólo es una minoría selecta la que reconoce en su justo valor a estos grandes hombres, mientras que la gran mayoría nada quiere saber de ellos; pero las discrepancias entre las ideas y las acciones de los hombres son tan amplias y sus deseos tan dispares que dichas reacciones seguramente no son tan simples.

Uno de estos hombres excepcionales se declara en sus cartas amigo mío. Habiéndole enviado yo mi pequeño trabajo que trata de la religión como una ilusión, respondióme que compartía sin reserva mi juicio sobre la religión, pero lamentaba que yo no hubiera concedido su justo valor a la fuente última

de la religiosidad. Esta residiría, según su criterio, en un sentimiento particular que jamás habría dejado de percibir, que muchas personas le habrían confirmado y cuya existencia podría suponer en millones de seres humanos; un sentimiento que le agradaría designar «sensación de eternidad»; un sentimiento como de algo sin límites ni barreras, en cierto modo «oceánico». Trataríase de una experiencia esencialmente subjetiva, no de un artículo del credo; tampoco implicaría seguridad alguna de inmortalidad personal; pero, no obstante, ésta sería la fuente de la energía religiosa, que, captada por las diversas Iglesias y sistemas religiosos, es encauzada hacia determinados canales y seguramente también consumida en ellos. Sólo gracias a este sentimiento oceánico podría uno considerarse religioso, aunque se rechazara toda fe y toda ilusión.

Esta declaración de un amigo que venero —quien, por otra parte, también prestó cierta vez expresión poética al encanto de la ilusión[2270]— me colocó en no pequeño aprieto, pues yo mismo no logro descubrir en mí este sentimiento «oceánico». En manera alguna es tarea grata someter los sentimientos al análisis científico: es cierto que se puede intentar la descripción de sus manifestaciones fisiológicas; pero cuando esto no es posible —y me temo que también el sentimiento oceánico se sustraerá a semejante caracterización—, no queda sino atenerse al contenido ideacional que más fácilmente se asocie con dicho sentimiento. Mi amigo, si lo he comprendido correctamente, se refiere a lo mismo que cierto poeta original y harto inconvencional hace decir a su protagonista, a manera de consuelo ante el suicidio: «De este mundo no podemos caernos[2271]». Trataríase, pues, de un sentimiento de indisoluble comunión, de inseparable pertenencia a la totalidad del mundo exterior. Debo confesar que para mí esto tiene más bien el carácter de una penetración intelectual, acompañada, naturalmente, de sobretonos afectivos, que por lo demás tampoco faltan en otros actos cognoscitivos de análoga envergadura. En mi propia persona no llegaría a convencerme de la índole primaria de semejante sentimiento; pero no por ello tengo derecho a negar su ocurrencia real en los demás. La cuestión se reduce, pues, a establecer si es interpretado correctamente y si debe ser aceptado como *fons et origo* de toda urgencia religiosa.

Nada puedo aportar que sea susceptible de decidir la solución de este

problema. La idea de que el hombre podría intuir su relación con el mundo exterior a través de un sentimiento directo, orientado desde un principio a este fin, parece tan extraña y es tan incongruente con la estructura de nuestra psicología, que será lícito intentar una explicación psicoanalítica —vale decir genética— del mencionado sentimiento.

Al emprender esta tarea se nos ofrece al instante el siguiente razonamiento. En condiciones normales nada nos parece tan seguro y establecido como la sensación de nuestra mismidad, de nuestro propio *yo*. Este *yo* se nos presenta como algo independiente, unitario, bien demarcado frente a todo lo demás. Sólo la investigación psicoanalítica —que, por otra parte, aún tiene mucho que decirnos sobre la relación entre el *yo* y el *ello*— nos ha enseñado que esa apariencia es engañosa; que, por el contrario, el *yo* se continúa hacia dentro, sin límites precisos, con una entidad psíquica inconsciente que denominamos *ello* y a la cual viene a servir como de fachada. Pero, por lo menos hacia el exterior, el *yo* parece mantener sus límites claros y precisos. Sólo los pierde en un estado que, si bien extraordinario, no puede ser tachado de patológico: en la culminación del enamoramiento amenaza esfumarse el límite entre el *yo* y el objeto. Contra todos los testimonios de sus sentidos, el enamorado afirma que *yo* y *tú* son uno, y está dispuesto a comportarse como si realmente fuese así. Desde luego, lo que puede ser anulado transitoriamente por una función fisiológica, también podrá ser trastornado por procesos patológicos. La patología nos presenta gran número de estados en los que se torna incierta la demarcación del *yo* frente al mundo exterior, o donde los límites llegan a ser confundidos: casos en que partes del propio cuerpo, hasta componentes del propio psiquismo, percepciones, pensamientos, sentimientos, aparecen como si fueran extraños y no pertenecieran al *yo*; otros, en los cuales se atribuye al mundo exterior lo que a todas luces procede del *yo* y debería ser reconocido por éste. De modo que también el sentimiento yoico está sujeto a trastornos, y los límites del *yo* con el mundo exterior no son inmutables.

Prosiguiendo nuestra reflexión hemos de decirnos que este sentido yoico del adulto no puede haber sido el mismo desde el principio, sino que debe haber sufrido una evolución[2272], imposible de demostrar, naturalmente, pero susceptible de ser reconstruida con cierto grado de probabilidad. El lactante

aún no discierne su *yo* de un mundo exterior, como fuente de las sensaciones que le llegan. Gradualmente lo aprende por influencia de diversos estímulos. Sin duda, ha de causarle la más profunda impresión el hecho de que algunas de las fuentes de excitación —que más tarde reconocerá como los órganos de su cuerpo— sean susceptibles de provocarle sensaciones en cualquier momento, mientras que otras se le sustraen temporalmente —entre éstas, la que más anhela: el seno materno—, logrando sólo atraérselas al expresar su urgencia en el llanto. Con ello comienza por oponérsele al *yo* un «objeto», en forma de algo que se encuentra «afuera» y para cuya aparición es menester una acción particular. Un segundo estímulo para que el *yo* se desprenda de la masa sensorial, esto es, para la aceptación de un «afuera», de un mundo exterior, lo dan las frecuentes, múltiples e inevitables sensaciones de dolor y displacer que el aún omnipotente principio del placer induce a abolir y a evitar. Surge así la tendencia a disociar del *yo* cuanto pueda convertirse en fuente de displacer, a expulsarlo de sí, a formar un *yo* puramente hedónico, un *yo placiente*, enfrentado con un *no-yo*, con un «afuera» ajeno y amenazante. Los límites de este primitivo *yo* placiente no pueden escapar a reajustes ulteriores impuestos por la experiencia. Gran parte de lo que no se quisiera abandonar por su carácter placentero no pertenece, sin embargo, al *yo*, sino a los objetos; recíprocamente, muchos sufrimientos de los que uno pretende desembarazarse resultan ser inseparables del *yo*, de procedencia interna. Con todo, el hombre aprende a dominar un procedimiento que, mediante la orientación intencionada de los sentidos y la actividad muscular adecuada, le permite discernir lo interior (perteneciente al *yo*) de lo exterior (originado por el mundo), dando así el primer paso hacia la entronización del principio de realidad, principio que habrá de dominar toda la evolución ulterior. Naturalmente, esa capacidad adquirida de discernimiento sirve al propósito práctico de eludir las sensaciones displacenteras percibidas o amenazantes. La circunstancia de que el *yo*, al defenderse contra ciertos estímulos displacientes emanados de su interior, aplique los mismos métodos que le sirven contra el displacer de origen externo, habrá de convertirse en origen de importantes trastornos patológicos.

De esta manera, pues, el *yo* se desliga del mundo exterior, aunque más correcto sería decir: originalmente el *yo* lo incluye todo; luego, desprende de

sí un mundo exterior. Nuestro actual sentido yoico no es, por consiguiente, más que el residuo atrofiado de un sentimiento más amplio, aun de envergadura universal, que correspondía a una comunión más íntima entre el *yo* y el mundo circundante. Si cabe aceptar que este sentido yoico primario subsiste —en mayor o menor grado— en la vida anímica de muchos seres humanos, debe considerársele como una especie de contraposición del sentimiento yoico del adulto, cuyos límites son más precisos y restringidos. De esta suerte, los contenidos ideativos que le corresponden serían precisamente los de infinitud y de comunión con el Todo, los mismos que mi amigo emplea para ejemplificar el sentimiento «oceánico». Pero ¿acaso tenemos el derecho de admitir esta supervivencia de lo primitivo junto a lo ulterior que de él se ha desarrollado?

Sin duda alguna, pues los fenómenos de esta índole nada tienen de extraño, ni en la esfera psíquica ni en otra cualquiera. Así, en lo que se refiere a la serie zoológica, sustentamos la hipótesis de que las especies más evolucionadas han surgido de las inferiores; pero aún hoy hallamos, entre las vivientes, todas las formas simples de la vida. Los grandes saurios se han extinguido, cediendo el lugar a los mamíferos; pero aún vive con nosotros un representante genuino de ese orden: el cocodrilo. Esta analogía puede parecer demasiado remota, y, por otra parte, adolece de que las especies inferiores sobrevivientes no suelen ser las verdaderas antecesoras de las actuales, más evolucionadas. Por regla general, han desaparecido los eslabones intermedios que sólo conocemos a través de su reconstrucción. En cambio, en el terreno psíquico la conservación de lo primitivo junto a lo evolucionado a que dio origen es tan frecuente que sería ocioso demostrarla mediante ejemplos. Este fenómeno obedece casi siempre a una bifurcación del curso evolutivo: una parte cuantitativa de determinada actitud o de una tendencia instintiva se ha sustraído a toda modificación, mientras que el resto siguió la vía del desarrollo progresivo.

Tocamos aquí el problema general de la conservación en lo psíquico, problema apenas elaborado hasta ahora, pero tan seductor e importante que podemos concederle nuestra atención por un momento, pese a que la oportunidad no parezca muy justificada. Habiendo superado la concepción errónea de que el olvido, tan corriente para nosotros, significa la destrucción

o aniquilación del resto mnemónico, nos inclinamos a la concepción contraria de que en la vida psíquica nada de lo una vez formado puede desaparecer jamás; todo se conserva de alguna manera y puede volver a surgir en circunstancias favorables, como, por ejemplo, mediante una regresión de suficiente profundidad.

Tratemos de representarnos lo que esta hipótesis significa mediante una comparación que nos llevará a otro terreno. Tomemos como ejemplo la evolución de la Ciudad Eterna[2273]. Los historiadores nos enseñan que el más antiguo recinto urbano fue la *Roma quadrata,* una población empalizada en el monte Palatino. A esta primera fase siguió la del *Septimontium,* fusión de las poblaciones situadas en las distintas colinas; más tarde apareció la ciudad cercada por el muro de Sirvió Tulio, y aún más recientemente, luego de todas las transformaciones de la República y del Primer Imperio, el recinto que el emperador Aureliano rodeó con sus murallas. No hemos de perseguir más lejos las modificaciones que sufrió la ciudad, preguntándonos, en cambio, qué restos de esas fases pasadas hallará aún en la Roma actual un turista al cual suponemos dotado de los más completos conocimientos históricos y topográficos. Verá el muro aureliano casi intacto, salvo algunas brechas. En ciertos lugares podrá hallar trozos del muro serviano, puestos al descubierto por las excavaciones. Provisto de conocimientos suficientes —superiores a los de la arqueología moderna—, quizá podría trazar en el cuadro urbano actual todo el curso de este muro y el contorno de la *Roma quadrata*; pero de las construcciones que otrora colmaron ese antiguo recinto no encontrará nada o tan sólo escasos restos, pues aquéllas han desaparecido. Aun dotado del mejor conocimiento de la Roma republicana, sólo podría señalar la ubicación de los templos y edificios públicos de esa época. Hoy, estos lugares están ocupados por ruinas, pero ni siquiera por las ruinas auténticas de aquellos monumentos, sino por las de reconstrucciones posteriores, ejecutadas después de incendios y demoliciones. Casi no es necesario agregar que todos estos restos de la Roma antigua aparecen esparcidos en el laberinto de una metrópoli edificada en los últimos siglos del Renacimiento. Su suelo y sus construcciones modernas seguramente ocultan aún numerosas reliquias. Tal es la forma de conservación de lo pasado que ofrecen los lugares históricos como Roma.

Supongamos ahora, a manera de fantasía, que Roma no fuese un lugar de habitación humana, sino un ente psíquico con un pasado no menos rico y prolongado, en el cual no hubieren desaparecido nada de lo que alguna vez existió y donde junto a la última fase evolutiva subsistieran todas las anteriores. Aplicado a Roma, esto significaría que en el Palatino habrían de levantarse aún, en todo su porte primitivo, los palacios imperiales y el *Septizonium* de Septimio Severo; que las almenas del *Castel Sant' Angelo* todavía estuvieran coronadas por las bellas estatuas que las adornaron antes del sitio por los godos, etc. Pero aún más: en el lugar que ocupa el *Palazzo Caffarelli* veríamos de nuevo, sin tener que demoler este edificio, el templo de Júpiter Capitolino, y no sólo en su forma más reciente, como lo contemplaron los romanos de la época cesárea, sino también en la primitiva, etrusca, ornada con antefijos de terracota. En el emplazamiento actual del Coliseo podríamos admirar, además, la desaparecida *Domus aurea* de Nerón; en la *Piazza della Rotonda* no encontraríamos tan sólo el actual Panteón como Adriano nos lo ha legado, sino también, en el mismo solar, la construcción original de M. Agrippa, y además, en este terreno, la iglesia *Maria sopra Minerva*, sin contar el antiguo templo sobre el cual fue edificada. Y bastaría que el observador cambiara la dirección de su mirada o su punto de observación para hacer surgir una u otra de estas visiones.

Evidentemente, no tiene objeto alguno seguir el hilo de esta fantasía, pues nos lleva a lo inconcebible y aun a lo absurdo. Si pretendemos representar espacialmente la sucesión histórica, sólo podremos hacerlo mediante la yuxtaposición en el espacio, pues éste no acepta dos contenidos distintos. Nuestro intento parece ser un juego vano; su única justificación es la de mostrarnos cuán lejos de encontrarnos de poder captar las características de la vida psíquica mediante la representación descriptiva.

Aún tendríamos que enfrentarnos con otra objeción. Se nos preguntará por qué recurrimos precisamente al pasado de una ciudad para compararlo con el pasado anímico. La hipótesis de la conservación total de lo pretérito está supeditada, también en la vida psíquica, a la condición de que el órgano del psiquismo haya quedado intacto, de que sus tejidos no hayan sufrido por traumatismo o inflamación. Pero las influencias destructivas comparables a estos factores patológicos no faltan en la historia de ninguna ciudad, aunque

su pasado sea menos agitado que el de Roma, aunque, como Londres, jamás haya sido asolada por un enemigo. Aun la más apacible evolución de una ciudad incluye demoliciones y reconstrucciones que en principio la tornan inadecuada para semejante comparación con un organismo psíquico.

Nos rendimos ante este argumento y, renunciando a un ilustrativo efecto de contraste, recurrimos a un símil que, en todo caso, es más afín a lo psíquico: el organismo animal o el humano. Pero también aquí tropezamos con idéntica dificultad. Las fases precedentes de la evolución no subsisten en forma alguna, sino que se agotan en las ulteriores, cuyo material han suministrado. Es imposible demostrar la existencia del embrión en el adulto; el timo del niño, sustituido por tejido conectivo durante la adolescencia, ha dejado de existir; es verdad que en los huesos largos del adulto podemos trazar el contorno del infantil; pero éste ha desaparecido al alargarse y engrosarse para alcanzar su forma definitiva. Por consiguiente, debemos someternos a la comprobación de que sólo en el terreno psíquico es posible esta persistencia de todos los estadios previos, junto a la forma definitiva, y de que no podremos representarnos gráficamente tal fenómeno.

Pero quizá vayamos demasiado lejos con esta conclusión. Quizá habríamos de conformarnos con afirmar que lo pretérito *puede* subsistir en la vida psíquica, que no está *necesariamente* condenado a la destrucción. Aun en el terreno psíquico no deja de ser posible —como norma o excepcionalmente— que muchos elementos arcaicos sean borrados o consumidos en tal medida, que ya ningún proceso logre restablecerlos o reanimarlos; además, su conservación podría estar supeditada en principio a ciertas condiciones favorables. Todo esto es posible, pero nada sabemos al respecto. No podemos sino atenernos a la conclusión de que en la vida psíquica la conservación de lo pretérito es la regla, más bien que una curiosa excepción.

Así, pues, estamos plenamente dispuestos a aceptar que en muchos seres existe un «sentimiento oceánico», que nos inclinamos a reducir a una fase temprana del sentido yoico; pero entonces se nos plantea una nueva cuestión: ¿qué pretensiones puede alegar ese sentimiento para ser aceptado como fuente de las necesidades religiosas?

Por mi parte esta pretensión no me parece muy fundada, pues un

sentimiento sólo puede ser una fuente de energía si a su vez es expresión de una necesidad imperiosa. En cuanto a las necesidades religiosas, considero irrefutable su derivación del desamparo infantil y de la nostalgia por el padre que aquél suscita, tanto más cuanto que este sentimiento no se mantiene simplemente desde la infancia, sino que es reanimado sin cesar por la angustia ante la omnipotencia del destino. Me sería imposible indicar ninguna necesidad infantil tan poderosa como la del amparo paterno. Con esto pasa a segundo plano el papel del «sentimiento oceánico», que podría tender, por ejemplo, al restablecimiento del narcisismo ilimitado. La génesis de la actitud religiosa puede ser trazada con toda claridad hasta llegar al sentimiento de desamparo infantil. Es posible que aquélla oculte aún otros elementos; pero por ahora se pierden en las tinieblas.

Puedo imaginarme que e) «sentimiento oceánico» haya venido a relacionarse ulteriormente con la religión, pues este ser-uno-con-el-todo, implícito en su contenido ideativo, nos seduce como una primera tentativa de consolación religiosa, como otro camino para refutar el peligro que el *yo* reconoce amenazante en el mundo exterior. Confieso una vez más que me resulta muy difícil operar con estas magnitudes tan intangibles.

Otro de mis amigos, llevado por su insaciable curiosidad científica a las experiencias más extraordinarias y convertido por fin en omnisapiente, me aseguró que mediante las prácticas del yoga, es decir, apartándose del mundo exterior, fijando la atención en las funciones corporales, respirando de manera particular, se llega efectivamente a despertar en sí mismo nuevas sensaciones y sentimientos difusos, que pretendía concebir como regresiones a estados primordiales de la vida psíquica, profundamente soterrados. Consideraba dichos fenómenos como pruebas, en cierta manera fisiológicas, de gran parte de la sabiduría de la mística. Se nos ofrecerían aquí relaciones con muchos estados enigmáticos de la vida anímica, como los del trance y del éxtasis. Mas yo siento el impulso de repetir las palabras del buzo de Schiller:

¡Alégrese quien respira a la rosada luz del día!

II

MI estudio sobre *El porvenir de una ilusión*, lejos de estar dedicado principalmente a las fuentes más profundas del sentido religioso, se refería más bien a lo que el hombre común concibe como su religión, al sistema de doctrinas y promisiones que, por un lado, le explican con envidiable integridad los enigmas de este mundo, y por otro, le aseguran que una solícita Providencia guardará su vida y recompensará en una existencia ultraterrena las eventuales privaciones que sufra en ésta. El hombre común no puede representarse esta Providencia sino bajo la forma de un padre grandiosamente exaltado, pues sólo un padre semejante sería capaz de comprender las necesidades de la criatura humana, conmoverse ante sus ruegos, ser aplacado por las manifestaciones de su arrepentimiento. Todo esto es a tal punto infantil, tan incongruente con la realidad, que el más mínimo sentido humanitario nos tornará dolorosa la idea de que la gran mayoría de los mortales jamás podría elevarse por semejante concepción de la vida. Más humillante aún es reconocer cuán numerosos son nuestros contemporáneos que, obligados a reconocer la posición insostenible de esta religión, intentan, no obstante, defenderla palmo a palmo en lastimosas acciones de retirada. Uno se siente tentado a formar en las filas de los creyentes para exhortar a no invocar en vano el nombre del Señor, a aquellos filósofos que creen poder salvar al Dios de la religión reemplazándolo por un principio impersonal, nebulosamente abstracto. Si algunas de las más excelsas mentes de tiempos pasados hicieron otro tanto, ello no constituye justificación suficiente, pues sabemos por qué se vieron obligados a hacerlo.

Volvamos al hombre común y a su religión, la única que había de llevar este nombre. Al punto acuden a nuestra mente las conocidas palabras de uno de nuestros grandes poetas y sabios, que nos hablan de las relaciones que la religión guarda con el arte y la ciencia. Helas aquí:

> Quien posee Ciencia y Arte
> también tiene Religión;
> quien no posee una ni otra,
> ¡tenga Religión[2274]!.

Este aforismo enfrenta, por una parte, la religión con las dos máximas creaciones del hombre, y por otra, afirma que pueden representarse o sustituirse mutuamente en cuanto a su valor para la vida. De modo que si también pretendiéramos privar de religión al común de los mortales, no nos respaldaría evidentemente la autoridad del poeta. Ensayemos, pues, otro camino para acercarnos a la comprensión de su pensamiento. Tal como nos ha sido impuesta, la vida nos resulta demasiado pesada, nos depara excesivos sufrimientos, decepciones, empresas imposibles. Para soportarla, no podemos pasarnos sin lenitivos («No se puede prescindir de las muletas», nos ha dicho Theodor Fontane). Los hay quizá de tres especies: distracciones poderosas que nos hacen parecer pequeña nuestra miseria; satisfacciones sustitutivas que la reducen; narcóticos que nos tornan insensibles a ella. Alguno cualquiera de estos remedios nos es indispensable[2275]. Voltaire alude a las distracciones cuando en *Candide* formula a manera de envío el consejo de cultivar nuestro jardín; también la actividad científica es una diversión semejante. Las satisfacciones sustitutivas como nos la ofrece el arte son, frente a la realidad, ilusiones, pero no por ello menos eficaces psíquicamente, gracias al papel que la imaginación mantiene en la vida anímica. En cuanto a los narcóticos, influyen sobre nuestros órganos y modifican su quimismo. No es fácil indicar el lugar que en esta serie corresponde a la religión. Tendremos que buscar, pues, un acceso más amplio al asunto.

En incontables ocasiones se ha planteado la cuestión del objeto que tendría la vida humana, sin que jamás se le haya dado respuesta satisfactoria, y quizá ni admita tal respuesta. Muchos de estos inquisidores se apresuraron a agregar que si resultase que la vida humana no tiene objeto alguno perdería todo el valor ante sus ojos. Pero estas amenazas de nada sirven: parecería más bien que se tiene el derecho, de rechazar la pregunta en sí, pues su razón de ser probablemente emane de esa vanidad antropocéntrica, cuyas múltiples manifestaciones ya conocemos. Jamás se pregunta acerca del objeto de la vida de los animales, salvo que se le identifique con el destino de servir al hombre. Pero tampoco esto es sustentable, pues son muchos los animales con los que el hombre no sabe qué emprender —fuera de describirlos, clasificarlos y estudiarlos— e incontables especies aun han declinado servir a este fin, al existir y desaparecer mucho antes de que el hombre pudiera

observarlas. Decididamente, sólo la religión puede responder al interrogante sobre la finalidad de la vida. No estaremos errados al concluir que la idea de adjudicar un objeto a la vida humana no puede existir sino en función de un sistema religioso.

Abandonemos por ello la cuestión precedente y encaremos esta otra más modesta: ¿qué fines y propósitos de vida expresan los hombres en su propia conducta; qué esperan de la vida, qué pretenden alcanzar en ella? Es difícil equivocar la respuesta: aspiran a la felicidad, quieren llegar a ser felices, no quieren dejar de serlo. Esta aspiración tiene dos faces: un fin positivo y otro negativo; por un lado, evitar el dolor y el displacer; por el otro, experimentar intensas sensaciones placenteras. En sentido estricto, el término «felicidad» sólo se aplica al segundo fin. De acuerdo con esta dualidad del objetivo perseguido, la actividad humana se despliega en dos sentidos, según trate de alcanzar —prevaleciente o exclusivamente— uno u otro de aquellos fines.

Como se advierte, quien fija el objetivo vital es simplemente el programa del principio del placer; principio que rige las operaciones del aparato psíquico desde su mismo origen; principio de cuya adecuación y eficiencia no cabe dudar, por más que su programa esté en pugna con el mundo entero, tanto con el macrocosmos como con el microcosmos. Este programa ni siquiera es realizable, pues todo el orden del universo se le opone, y aun estaríamos por afirmar que el plan de la «Creación» no incluye el propósito de que el hombre sea «feliz». Lo que en el sentido más estricto se llama felicidad, surge de la satisfacción, casi siempre instantánea, de necesidades acumuladas que han alcanzado elevada tensión, y de acuerdo con esta índole sólo puede darse como fenómeno episódico. Toda persistencia de una situación anhelada por el principio del placer sólo proporciona una sensación de tibio bienestar, pues nuestra disposición no nos permite gozar intensamente sino el contraste, pero sólo en muy escasa medida lo estable[2276]. Así, nuestras facultades de felicidad están ya limitadas en principio por nuestra propia constitución. En cambio, nos es mucho menos difícil experimentar la desgracia. El sufrimiento nos amenaza por tres lados: desde el propio cuerpo que, condenado a la decadencia y a la aniquilación, ni siquiera puede prescindir de los signos de alarma que representan el dolor y la angustia; del mundo exterior, capaz de encarnizarse en nosotros con

fuerzas destructoras omnipotentes e implacables; por fin, de las relaciones con otros seres humanos. El sufrimiento que emana de esta última fuente quizá nos sea más doloroso que cualquier otro; tendemos a considerarlo como una adición más o menos gratuita, pese a que bien podría ser un destino tan ineludible como el sufrimiento de distinto origen.

No nos extrañe, pues, que bajo la presión de tales posibilidades de sufrimiento, el hombre suele rebajar sus pretensiones de felicidad (como, por otra parte, también el principio del placer se transforma, por influencia del mundo exterior, en el más modesto principio de la realidad); no nos asombra que el ser humano ya se estime feliz por el mero hecho de haber escapado a la desgracia, de haber sobrevivido al sufrimiento; que, en general, la finalidad de evitar el sufrimiento relegue a segundo plano la de lograr el placer. La reflexión demuestra que las tentativas destinadas a alcanzarlo pueden llevarnos por caminos muy distintos, recomendados todos por las múltiples escuelas de la sabiduría humana y emprendidos alguna vez por el ser humano. En primer lugar, la satisfacción ilimitada de todas las necesidades se nos impone como norma de conducta más tentadora, pero significa preferir el placer a la prudencia, y a poco de practicarla se hacen sentir sus consecuencias. Los otros métodos, que persiguen ante todo la evitación del sufrimiento, se diferencian según la fuente de displacer a que conceden máxima atención. Existen entre ellos procedimientos extremos y moderados; algunos unilaterales, y otros que atacan simultáneamente varios puntos. El aislamiento voluntario, el alejamiento de los demás, es el método de protección más inmediato contra el sufrimiento susceptible de originarse en las relaciones humanas. Es claro que la felicidad alcanzable por tal camino no puede ser sino la de la quietud. Contra el temible mundo exterior sólo puede uno defenderse mediante una forma cualquiera del alejamiento si pretende solucionar este problema únicamente para sí. Existe, desde luego, otro camino mejor: pasar al ataque contra la Naturaleza y someterla a la voluntad del hombre, como miembro de la comunidad humana, empleando la técnica dirigida por la ciencia; así, se trabaja con todos por el bienestar de todos. Pero los más interesantes preventivos del sufrimiento son los que tratan de influir sobre nuestro propio organismo, pues en última instancia todo sufrimiento no es más que una sensación; sólo existe en tanto lo sentimos, y únicamente lo

sentimos en virtud de ciertas disposiciones de nuestro organismo.

El más crudo, pero también el más efectivo de los métodos destinados a producir tal modificación, es el químico: la intoxicación. No creo que nadie haya comprendido su mecanismo, pero es evidente que existen ciertas sustancias extrañas al organismo cuya presencia en la sangre o en los tejidos nos proporciona directamente sensaciones placenteras, modificando además las condiciones de nuestra sensibilidad, de manera tal que nos impiden percibir estímulos desagradables. Ambos efectos no sólo son simultáneos, sino que también parecen estar íntimamente vinculados. Pero en nuestro propio quimismo deben existir asimismo sustancias que cumplen un fin análogo, pues conocemos por lo menos un estado patológico —la manía— en el que se produce semejante conducta, similar a la embriaguez, sin incorporación de droga alguna. También en nuestra vida psíquica normal, la descarga del placer oscila entre la facilitación y la coartación y paralelamente disminuye o aumenta la receptividad para el displacer. Es muy lamentable que este cariz tóxico de los procesos mentales se haya sustraído hasta ahora a la investigación científica. Se atribuye tal carácter benéfico a la acción de los estupefacientes en la lucha por la felicidad y en la prevención de la miseria, que tanto los individuos como los pueblos les han reservado un lugar permanente en su economía libidinal. No sólo se les debe el placer inmediato, sino también una muy anhelada medida de independencia frente al mundo exterior. Los hombres saben que con ese «quitapenas» siempre podrán escapar al peso de la realidad, refugiándose en un mundo propio que ofrezca mejores condiciones para su sensibilidad. También se sabe que es precisamente esta cualidad de los estupefacientes la que entraña su peligro y su nocividad. En ciertas circunstancias aun llevan la culpa de que se disipen estérilmente cuantiosas magnitudes de energía que podrían ser aplicadas para mejorar la suerte humana.

Sin embargo, la complicada arquitectura de nuestro aparato psíquico también es accesible a toda una serie de otras influencias. La satisfacción de los instintos, precisamente porque implica tal felicidad, se convierte en causa de intenso sufrimiento cuando el mundo exterior nos priva de ella, negándonos la satisfacción de nuestras necesidades. Por consiguiente, cabe esperar que al influir sobre estos impulsos instintivos evitaremos buena parte

del sufrimiento. Pero esta forma de evitar el dolor ya no actúa sobre el aparato sensitivo, sino que trata de dominar las mismas fuentes internas de nuestras necesidades, consiguiéndolo en grado extremo al aniquilar los instintos, como lo enseña la sabiduría oriental y lo realiza la práctica del yoga. Desde luego, lograrlo significa al mismo tiempo abandonar toda otra actividad (sacrificar la vida), para volver a ganar, aunque por distinto camino, únicamente la felicidad del reposo absoluto. Idéntico camino, con un objetivo menos extremo, se emprende al perseguir tan sólo la moderación de la vida instintiva bajo el gobierno de las instancias psíquicas superiores, sometidas al principio de la realidad. Esto no significa en modo alguno la renuncia al propósito de la satisfacción, pero se logra cierta protección contra el sufrimiento, debido a que la insatisfacción de los instintos domeñados procura menos dolor que la de los no inhibidos. En cambio, prodúcese una innegable limitación de las posibilidades de placer, pues el sentimiento de felicidad experimentado al satisfacer una pulsión instintiva indómita, no sujeta por las riendas del *yo*, es incomparablemente más intenso que el que se siente al saciar un instinto dominado. Tal es la razón económica del carácter irresistible que alcanzan los impulsos perversos y quizá de la seducción que ejerce lo prohibido en general.

Otra técnica para evitar el sufrimiento recurre a los desplazamientos de la libido previstos en nuestro aparato psíquico y que confieren gran flexibilidad a su funcionamiento. El problema consiste en reorientar los fines instintivos, de manera tal que eluden la frustración del mundo exterior. La sublimación de los instintos contribuye a ello, y su resultado será óptimo si se sabe acrecentar el placer del trabajo psíquico e intelectual. En tal caso el destino poco puede afectarnos. Las satisfacciones de esta clase, como la que el artista experimenta en la creación, en la encarnación de sus fantasías; la del investigador en la solución de sus problemas y en el descubrimiento de la verdad, son de una calidad especial que seguramente podremos caracterizar algún día en términos metapsicológicos. Por ahora hemos de limitarnos a decir, metafóricamente, que nos parecen más «nobles» y más «elevadas», pero su intensidad, comparada con la satisfacción de los impulsos instintivos groseros y primarios, es muy atenuada y de ningún modo llega a conmovernos físicamente. Pero el punto débil de este método reside en que

su aplicabilidad no es general, en que sólo es accesible a pocos seres, pues presupone disposiciones y aptitudes peculiares que no son precisamente habituales, por lo menos en medida suficiente. Y aun a estos escasos individuos no puede ofrecerles una protección completa contra el sufrimiento; no los reviste con una coraza impenetrable a las flechas del destino y suele fracasar cuando el propio cuerpo se convierte en fuente de dolor[2277].

La tendencia a independizarse del mundo exterior, buscando las satisfacciones en los procesos internos, psíquicos, manifestada ya en el procedimiento descrito, se denota con intensidad aún mayor en el que sigue. Aquí, el vínculo con la realidad se relaja todavía más; la satisfacción se obtiene en ilusiones que son reconocidas como tales, sin que su discrepancia con el mundo real impida gozarlas. El terreno del que proceden estas ilusiones es el de la imaginación, terreno que otrora, al desarrollarse el sentido de la realidad, fue sustraído expresamente a las exigencias del juicio de realidad, reservándolo para la satisfacción de deseos difícilmente efectuables. A la cabeza de estas satisfacciones imaginativas se encuentra el goce de la obra de arte, accesible aun al carente de dotes creadoras, gracias a la mediación del artista[2278]. Quien sea sensible a la influencia del arte no podrá estimarla en demasía como fuente de placer y como consuelo para las congojas de la vida. Mas la ligera narcosis en que nos sumerge el arte sólo proporciona un refugio fugaz ante los azares de la existencia y carece de poderío suficiente como para hacernos olvidar la miseria real.

Más enérgica y radical es la acción de otro procedimiento: el que ve en la realidad al único enemigo, fuente de todo sufrimiento, que nos toma intolerable la existencia y con quien, por consiguiente, es preciso romper toda relación si se pretende ser feliz en algún sentido. El ermitaño vuelve la espalda a este mundo y nada quiere tener que hacer con él. Pero también se puede ir más lejos, empeñándose en transformarlo, construyendo en su lugar un nuevo mundo en el cual queden eliminados los rasgos más intolerables, sustituidos por otros adecuados a los propios deseos. Quien en desesperada rebeldía adopte este camino hacia la felicidad, generalmente no llegará muy lejos, pues la realidad es la más fuerte. Se convertirá en un loco a quien pocos ayudarán en la realización de sus delirios. Sin embargo, se pretende que todos

nos conducimos, en uno u otro punto, igual que el paranoico, enmendando algún cariz intolerable del mundo mediante una creación desiderativa e incluyendo esta quimera en la realidad. Particular importancia adquiere el caso en que numerosos individuos emprenden juntos la tentativa de procurarse un seguro de felicidad y una protección contra el dolor por medio de una transformación delirante de la realidad. También las religiones de la Humanidad deben ser consideradas como semejantes delirios colectivos. Desde luego, ninguno de los que comparten el delirio puede reconocerlo jamás como tal.

No creo que sea completa esa enumeración de los métodos con que el hombre se esfuerza por conquistar la felicidad y alejar el sufrimiento; también sé que el mismo material se presta a otras clasificaciones. Existe un método que todavía no he mencionado; no porque lo haya olvidado, sino porque aún ha de ocuparnos en otro respecto. ¡Cómo podríase olvidar precisamente esta técnica del arte de vivir! Se distingue por la más curiosa combinación de rasgos característicos. Naturalmente, también ella persigue la independencia del destino —tal es la expresión que cabe aquí— y con esta intención traslada la satisfacción a los procesos psíquicos internos, utilizando al efecto la ya mencionada desplazabilidad de la libido, pero sin apartarse por ello del mundo exterior, aferrándose por el contrario a sus objetos y hallando la felicidad en la vinculación afectiva con éstos. Por otra parte, al hacerlo no se conforma con la resignante y fatigada finalidad de eludir el sufrimiento, sino que la deja a un lado sin prestarle atención, para concentrarse en el anhelo primordial y apasionado del cumplimiento positivo de la felicidad. Quizá se acerque mucho más a esta meta que cualquiera de los métodos anteriores. Naturalmente, me refiero a aquella orientación de la vida que hace del amor el centro de todas las cosas, que deriva toda satisfacción del amar y ser amado. Semejante actitud psíquica nos es familiar a todos; una de las formas en que el amor se manifiesta —el amor sexual— nos proporciona la experiencia placentera más poderosa y subyugante, estableciendo así el prototipo de nuestras aspiraciones de felicidad. Nada más natural que sigamos buscándola por el mismo camino que nos permitió encontrarla por vez primera. El punto débil de esta técnica de vida es demasiado evidente, y si no fuera así, a nadie se le habría ocurrido abandonar por otro tal camino

hacia la felicidad. En efecto: jamás nos hallamos tan a merced del sufrimiento como cuando amamos; jamás somos tan desamparadamente infelices como cuando hemos perdido el objeto amado a su amor. Pero no queda agotada con esto la técnica de vida que se funda sobre la aptitud del amor para procurar felicidad; aún queda mucho por decir al respecto.

Cabe agregar aquí el caso interesante de que la felicidad de la vida se busque ante todo en el goce de la belleza, dondequiera sea accesible a nuestros sentidos y a nuestro juicio: ya se trate de la belleza en las formas y los gestos humanos, en los objetos de la Naturaleza, los paisajes, o en las creaciones artísticas y aun científicas. Esta orientación estética de la finalidad vital nos protege escasamente contra los sufrimientos inminentes, pero puede indemnizarnos por muchos pesares sufridos. El goce de la belleza posee un particular carácter emocional, ligeramente embriagador. La belleza no tiene utilidad evidente ni es manifiesta su necesidad cultural, y, sin embargo, la cultura no podría prescindir de ella. La ciencia de la estética investiga las condiciones en las cuales las cosas se perciben como bellas, pero no ha logrado explicar la esencia y el origen de la belleza, y como de costumbre, su infructuosidad se oculta con un despliegue de palabras muy sonoras, pero pobres de sentido. Desgraciadamente, tampoco el psicoanálisis tiene mucho que decirnos sobre la belleza. Lo único seguro parece ser su derivación del terreno de las sensaciones sexuales, representando un modelo ejemplar de una tendencia coartada en su fin. Primitivamente, la «belleza» y el «encanto» son atributos del objeto sexual. Es notable que los órganos genitales mismos casi nunca sean considerados como bellos, pese al invariable efecto excitante de su contemplación; en cambio, dicha propiedad parece ser inherente a ciertos caracteres sexuales secundarios.

A pesar de su condición fragmentaria, me atrevo a cerrar nuestro estudio con algunas conclusiones. El designio de ser felices que nos impone el principio del placer es irrealizable; mas no por ello se debe —ni se puede— abandonar los esfuerzos por acercarse de cualquier modo a su realización. Al efecto podemos adoptar muy distintos caminos, anteponiendo ya el aspecto positivo de dicho fin —la obtención del placer—, ya su aspecto negativo —la evitación del dolor—. Pero ninguno de estos recursos nos permitirá alcanzar cuanto anhelamos. La felicidad, considerada en el sentido limitado, cuya

realización parece posible, es meramente un problema de la economía libidinal de cada individuo. Ninguna regla al respecto vale para todos; cada uno debe buscar por sí mismo la manera en que pueda ser feliz. Su elección del camino a seguir será influida por los más diversos factores. Todo depende de la suma de satisfacción real que pueda esperar del mundo exterior y de la medida en que se incline a independizarse de éste; por fin, también de la fuerza que se atribuya a sí mismo para modificarlo según sus deseos. Ya aquí desempeña un papel determinante la constitución psíquica del individuo, aparte de las circunstancias exteriores. El ser humano predominantemente erótico antepondrá los vínculos afectivos que lo ligan a otras personas; el narcisista, inclinado a bastarse a sí mismo, buscará las satisfacciones esenciales en sus procesos psíquicos íntimos; el hombre de acción nunca abandonará un mundo exterior en el que pueda medir sus fuerzas. En el segundo de estos tipos, la orientación de los intereses será determinada por la índole de su vocación y por la medida de las sublimaciones instintuales que estén a su alcance. Cualquier decisión extrema en la elección se hará sentir, exponiendo al individuo a los peligros que involucra la posible insuficiencia de toda técnica vital elegida, con exclusión de las restantes. Así como el comerciante prudente evita invertir todo su capital en una sola operación, así también la sabiduría quizá nos aconseje no hacer depender toda satisfacción de una única tendencia, pues su éxito jamás es seguro: depende del concurso de numerosos factores, y quizá de ninguno tanto como de la facultad del aparato psíquico para adaptar sus funciones al mundo y para sacar provecho de éste en la realización del placer, Quien llegue al mundo con una constitución instintual particularmente desfavorable, difícilmente hallará la felicidad en su situación ambiental, ante todo cuando se encuentre frente a tareas difíciles, a menos que haya efectuado la profunda transformación y reestructuración de sus componentes libidinales, imprescindible para todo rendimiento futuro. La última técnica de vida que le queda y que le ofrece por lo menos satisfacciones sustitutivas es la fuga a la neurosis, recurso al cual generalmente apela ya en años juveniles. Quien vea fracasar en edad madura sus esfuerzos por alcanzar la felicidad, aun hallará consuelo en el placer de la intoxicación crónica, o bien emprenderá esa desesperada tentativa de rebelión que es la psicosis[2279].

La religión viene a perturbar este libre juego de elección y adaptación, al imponer a todos por igual su camino único para alcanzar la felicidad y evitar el sufrimiento. Su técnica consiste en reducir el valor de la vida y en deformar delirantemente la imagen del mundo real, medidas que tienen por condición previa la intimidación de la inteligencia. A este precio, imponiendo por la fuerza al hombre la fijación a un infantilismo psíquico y haciéndolo participar en un delirio colectivo, la religión logra evitar a muchos seres la caída en la neurosis individual. Pero no alcanza nada más. Como ya sabemos, hay muchos caminos que pueden llevar a la felicidad, en la medida en que es accesible al hombre, mas ninguno que permita alcanzarla con seguridad. Tampoco la religión puede cumplir sus promesas, pues el creyente, obligado a invocar en última instancia los «inescrutables designios» de Dios, confiesa con ello que en el sufrimiento sólo le queda la sumisión incondicional como último consuelo y fuente de goce. Y si desde el principio ya estaba dispuesto a aceptarla, bien podría haberse ahorrado todo ese largo rodeo.

III

NUESTRO estudio de la felicidad no nos ha enseñado hasta ahora mucho que exceda de lo conocido por todo el mundo. Las perspectivas de descubrir algo nuevo tampoco parecen ser más promisorias, aunque continuemos la indagación, preguntándonos por qué al hombre le resulta tan difícil ser feliz. Ya hemos respondido al señalar las tres fuentes del humano sufrimiento: la supremacía de la Naturaleza, la caducidad de nuestro propio cuerpo y la insuficiencia de nuestros métodos para regular las relaciones humanas en la familia, el Estado y la sociedad. En lo que a las dos primeras se refiere, nuestro juicio no puede vacilar mucho, pues nos vemos obligados a reconocerlas y a inclinarnos ante lo inevitable. Jamás llegaremos a dominar completamente la Naturaleza; nuestro organismo, que forma parte de ella, siempre será perecedero y limitado en su capacidad de adaptación y rendimiento. Pero esta comprobación no es, en modo alguno, descorazonante; por el contrario, señala la dirección a nuestra actividad. Podemos al menos

superar algunos pesares, aunque no todos; otros logramos mitigarlos: varios milenios de experiencia nos han convencido de ello. Muy distinta es nuestra actitud frente al tercer motivo de sufrimiento, el de origen social. Nos negamos en absoluto a aceptarlo: no atinamos a comprender por qué las instituciones que nosotros mismos hemos creado no habrían de representar más bien protección y bienestar para todos. Sin embargo, si consideramos cuán pésimo resultado hemos obtenido precisamente en este sector de la prevención contra el sufrimiento, comenzamos a sospechar que también aquí podría ocultarse una porción de la indomable naturaleza, tratándose esta vez de nuestra propia constitución psíquica.

A punto de ocuparnos en esta eventualidad, nos topamos con una afirmación tan sorprendente que retiene nuestra atención. Según ella, nuestra llamada cultura llevaría gran parte de la culpa por la miseria que sufrimos, y podríamos ser mucho más felices si la abandonásemos para retornar a condiciones de vida más primitivas. Califico de sorprendente esta aseveración, porque —cualquiera sea el sentido que se dé al concepto de cultura— es innegable que todos los recursos con los cuales intentamos defendernos contra los sufrimientos amenazantes proceden precisamente de esa cultura.

¿Por qué caminos habrán llegado tantos hombres a esta extraña actitud de hostilidad contra la cultura? Creo que un profundo y antiguo disconformismo con el respectivo estado cultural constituyó el terreno en que determinadas circunstancias históricas hicieron germinar la condenación de aquélla. Me parece que alcanzo a identificar el último y el penúltimo de estos motivos, pero mi erudición no basta para perseguir más lejos la cadena de los mismos en la historia de la especie humana. En el triunfo del cristianismo sobre las religiones paganas ya debe haber intervenido tal factor anticultural, teniendo en cuenta su íntima afinidad con la depreciación de la vida terrenal implícita en la doctrina cristiana. El penúltimo motivo surgió cuando al extenderse los viajes de exploración se entabló contacto con razas y pueblos primitivos. Los europeos, observando superficialmente e interpretando de manera equívoca sus usos y costumbres, imaginaron que esos pueblos llevaban una vida simple, modesta y feliz, que debía parecer inalcanzable a los exploradores de nivel cultural más elevado. La experiencia ulterior ha rectificado muchos de

estos juicios, pues en múltiples casos se había atribuido tal facilitación de la vida a la falta de complicadas exigencias culturales, cuando en realidad obedecía a la generosidad de la Naturaleza y a la cómoda satisfacción de las necesidades elementales. En cuanto a la última de aquellas motivaciones históricas, la conocemos bien de cerca: se produjo cuando el hombre aprendió a comprender el mecanismo de las neurosis, que amenazan socavar el exiguo resto de felicidad accesible a la humanidad civilizada. Comprobóse así que el ser humano cae en la neurosis porque no logra soportar el grado de frustración que le impone la sociedad en aras de sus ideales de cultura, deduciéndose de ello que sería posible reconquistar las perspectivas de ser feliz, eliminando o atenuando en grado sumo estas exigencias culturales.

Agrégase a esto el influjo de cierta decepción. En el curso de las últimas generaciones la Humanidad ha realizado extraordinarios progresos en las ciencias naturales y en su aplicación técnica, afianzando en medida otrora inconcebible su dominio sobre la Naturaleza. No enunciaremos, por conocidos de todos, los pormenores de estos adelantos. El hombre se enorgullece con razón de tales conquistas, pero comienza a sospechar que este recién adquirido dominio del espacio y del tiempo, esta sujeción de las fuerzas naturales, cumplimiento de un anhelo multimilenario, no ha elevado la satisfacción placentera que exige de la vida, no le ha hecho, en su sentir, más feliz. Deberíamos limitamos a deducir de esta comprobación que el dominio sobre la Naturaleza no es el único requisito de la felicidad humana —como, por otra parte, tampoco es la meta exclusiva de las aspiraciones culturales—, sin inferir de ella que los progresos técnicos son inútiles para la economía de nuestra felicidad. En efecto, ¿acaso no es una positiva experiencia placentera, un innegable aumento de mi felicidad, si puedo escuchar a voluntad la voz de mi hijo que se encuentra a centenares de kilómetros de distancia; si, apenas desembarcado mi amigo, puedo enterarme de que ha sobrellevado bien su largo y penoso viaje? ¿Por ventura no significa nada el que la Medicina haya logrado reducir tan extraordinariamente la mortalidad infantil, el peligro de las infecciones puerperales, y aun prolongar en considerable número los años de vida del hombre civilizado? A estos beneficios, que debemos a la tan vituperada era de los progresos científicos y técnicos, aun podría agregar una larga serie —

pero aquí se hace oír la voz de la crítica pesimista, advirtiéndonos que la mayor parte de estas satisfacciones serían como esa «diversión gratuita» encomiada en cierta anécdota: no hay más que sacar una pierna desnuda de bajo la manta, en fría noche de invierno, para poder procurarse el «placer» de volverla a cubrir. Sin el ferrocarril que supera la distancia, nuestro hijo jamás habría abandonado la ciudad natal, y no necesitaríamos & teléfono para poder oír su voz. Sin la navegación transatlántica, el amigo no habría emprendido el largo viaje, y ya no me haría falta el telégrafo para tranquilizarme sobre su suerte. ¿De qué nos sirve reducir la mortalidad infantil si precisamente esto nos obliga a adoptar máxima prudencia en la procreación, de modo que, a fin de cuentas, tampoco hoy criamos más niños que en la época previa a la hegemonía de la higiene, y en cambio hemos subordinado a penosas condiciones nuestra vida sexual en el matrimonio, obrando probablemente en sentido opuesto a la benéfica selección natural? ¿De qué nos sirve, por fin, una larga vida si es tan miserable, tan pobre en alegrías y rica en sufrimientos que sólo podemos saludar a la muerte como feliz liberación?

Parece indudable, pues, que no nos sentimos muy cómodos en nuestra actual cultura, pero resulta muy difícil juzgar si —y en qué medida— los hombres de antaño eran más felices, así como la parte que en ello tenían sus condiciones culturales. Siempre tendremos a apreciar objetivamente la miseria, es decir, a situarnos en aquellas condiciones con nuestras propias pretensiones y sensibilidades, para examinar luego los motivos de felicidad o de sufrimiento que hallaríamos en ellas. Esta manera de apreciación, aparentemente objetiva porque abstrae de las variaciones a que está sometida la sensibilidad subjetiva, es, naturalmente, la más subjetiva que puede darse, pues en el lugar de cualquiera de las desconocidas disposiciones psíquicas ajenas coloca la nuestra. Pero la felicidad es algo profundamente subjetivo. Pese a todo el horror que puedan causarnos determinadas situaciones —la del antiguo galeote, del siervo en la Guerra de los Treinta Años, del condenado por la Santa Inquisición, del judío que aguarda la hora de la persecución—, nos es, sin embargo, imposible colocarnos en el estado de ánimo de esos seres, intuir los matices del estupor inicial, el paulatino embotamiento, el abandono de toda expectativa, las formas groseras o finas de narcotización de la sensibilidad frente a los estímulos placenteros y desagradables. Ante

situaciones de máximo sufrimiento también se ponen en función determinados mecanismos psíquicos de protección. Pero me parece infructuoso perseguir más lejos este aspecto del problema.

Es hora de que nos dediquemos a la esencia de esta cultura, cuyo valor para la felicidad humana se ha puesto tan en duda. No hemos de pretender una fórmula que defina en pocos términos esta esencia, aun antes de haber aprendido algo más examinándola. Por consiguiente, nos conformaremos con repetir[2280] que el término «cultura» designa la suma de las producciones e instituciones que distancian nuestra vida de la de nuestros antecesores animales y que sirven a dos fines: proteger al hombre contra la Naturaleza y regular las relaciones de los hombres entre sí. Para alcanzar una mayor comprensión examinaremos uno por uno los rasgos de la cultura, tal como se presenta en las comunidades humanas. Al hacerlo, nos dejaremos guiar sin reservas por el lenguaje común, o como también se suele decir, por el sentido del lenguaje, confiando en qué así lograremos prestar la debida consideración a intuiciones profundas que aún se resisten a la expresión en términos abstractos.

El comienzo es fácil: aceptamos como culturales todas las actividades y los bienes útiles para el hombre: a poner la tierra a su servicio, a protegerlo contra la fuerza de los elementos, etc. He aquí el aspecto de la cultura que da lugar a menos dudas. Para no quedar cortos en la historia, consignaremos como primeros actos culturales el empleo de herramientas, la dominación del fuego y la construcción de habitaciones. Entre ellos, la conquista del fuego se destaca una hazaña excepcional y sin precedentes[2281]; en cuanto a los otros, abrieron al hombre caminos que desde entonces no dejó de recorrer y cuya elección responde a motivos fáciles de adivinar. Con las herramientas el hombre perfecciona sus órganos —tanto los motores como los sensoriales— o elimina las barreras que se oponen a su acción. Las máquinas le suministran gigantescas fuerzas, que puede dirigir, como sus músculos, en cualquier dirección; gracias al navío y al avión, ni el agua ni el aire consiguen limitar sus movimientos. Con la lente corrige los defectos de su cristalino y con el telescopio contempla las más remotas lejanías; merced al microscopio supera los límites de lo visible impuestos por la estructura de su retina. Con la cámara fotográfica ha creado un instrumento que fija las impresiones ópticas

fugaces, servicio que el fonógrafo le rinde con las no menos fugaces impresiones auditivas, constituyendo ambos instrumentos materializaciones de su innata facultad de recordar; es decir, de su memoria. Con ayuda del teléfono oye a distancia que aun el cuento de hadas respetaría como inalcanzables. La escritura es, originalmente, el lenguaje del ausente; la vivienda, un sucedáneo del vientre materno, primera morada cuya nostalgia quizá aún persista en nosotros, donde estábamos tan seguros y nos sentíamos tan a gusto.

Diríase que es un cuento de hadas esta realización de todos o casi todos sus deseos fabulosos, lograda por el hombre con su ciencia y su técnica, en esta tierra que lo vio aparecer por vez primera como débil animal y a la que cada nuevo individuo de su especie vuelve a ingresar —*oh inch of nature*[2282]*!*— como lactante inerme. Todos estos bienes el hombre puede considerarlos como conquistas de la cultura. Desde hace mucho tiempo se había forjado un ideal de omnipotencia y omnisapiencia que encarnó en sus dioses, atribuyéndoles cuanto parecía inaccesible a sus deseos o le estaba vedado, de modo que bien podemos considerar a estos dioses como ideales de la cultura. Ahora que se encuentra muy cerca de alcanzar este ideal, casi ha llegado a convertirse él mismo en un dios, aunque por cierto sólo en la medida en que el común juicio humano estima factible un ideal: nunca por completo; en unas cosas, para nada; en otras, sólo a medias. El hombre ha llegado a ser, por así decirlo, un dios con prótesis: bastante magnífico cuando se coloca todos sus artefactos, pero éstos no crecen de su cuerpo y a veces aun le procuran muchos sinsabores. Por otra parte, tiene derecho a consolarse con la reflexión de que este desarrollo no se detendrá precisamente en el año de gracia de 1930[2283]. Tiempos futuros traerán nuevos y quizá inconcebibles progresos en este terreno de la cultura, exaltando aún más la deificación del hombre. Pero no olvidemos, en interés de nuestro estudio, que tampoco el hombre de hoy se siente feliz en su semejanza con Dios.

Así, reconocemos el elevado nivel cultural de un país cuando comprobamos que en él se realiza con perfección y eficacia cuanto atañe a la explotación de la tierra por el hombre y a la protección de éste contra las fuerzas elementales; es decir, en dos palabras: cuando todo está dispuesto para su mayor utilidad. En semejante país los ríos que amenacen con

inundaciones habrán de tener regulado su cauce y sus aguas conducidas por canales a las regiones que carezcan de ellas; las tierras serán cultivadas diligentemente y sembradas con las plantas más adecuadas a su fertilidad; las riquezas minerales del subsuelo serán explotadas activamente y convertidas en herramientas y accesorios indispensables; los medios de transporte serán frecuentes, rápidos y seguros; los animales salvajes y dañinos habrán sido exterminados y florecerá la cría de los domésticos. Pero aún tenemos otras pretensiones frente a la cultura y —lo que no deja de ser significativo— esperamos verlas realizadas precisamente en los mismos países. Cual si con ello quisiéramos desmentir las demandas materiales que acabamos de formular, también celebramos como manifestación de cultura el hecho de que la diligencia humana se vuelque igualmente sobre cosas que parecen carecer de la menor utilidad, como, por ejemplo, la ornamentación floral de los espacios libres urbanos, junto a su fin útil de servir como plazas de juego y sitios de aireación, o bien el empleo de las flores con el mismo objeto en la habitación humana. Al punto advertimos que eso, lo inútil, cuyo valor esperamos ver apreciado por la cultura, no es sino la belleza. Exigimos al hombre civilizado que la respete dondequiera se le presente en la Naturaleza y que, en la medida de su habilidad manual, dote de ella a los objetos. Pero con esto no quedan agotadas, ni mucho menos, nuestras exigencias a la cultura, pues aún esperamos ver en ella las manifestaciones del orden y la limpieza. No apreciamos en mucho la cultura de una villa rural inglesa de la época de Shakespeare, al enterarnos de que ante la puerta de su casa natal, en Stratford, se elevaba un gran estercolero; nos indignamos y hablamos de «barbarie» —antítesis de cultura— al encontrar los senderos del bosque de Viena llenos de papeluchos. Cualquier forma de desaseo nos parece incompatible con la cultura; extendemos también a nuestro propio cuerpo este precepto de limpieza, enterándonos con asombro del mal olor que solía despedir la persona del Rey Sol; meneamos la cabeza al mostrársenos en Isola Bella la minúscula jofaina que usaba Napoleón para su ablución matutina. Ni siquiera nos asombramos cuando alguien llega a establecer el consumo del jabón como índice de cultura. Análoga actitud adoptamos frente al orden, que, como la limpieza, referimos únicamente a la obra humana; pero mientras no hemos de esperar que la limpieza reine en la Naturaleza, el

orden, en cambio, se lo hemos copiado a ésta; la observación de las grandes cronologías siderales no sólo dio al hombre la pauta, sino también las primeras referencias para introducir el orden en su vida. El orden es una especie de impulso de repetición que establece de una vez para todas cuándo, dónde y cómo debe efectuarse determinado acto, de modo que en toda situación correspondiente nos ahorraremos las dudas e indecisiones. El orden, cuyo beneficio es innegable, permite al hombre el máximo aprovechamiento de espacio y tiempo, economizando simultáneamente sus energías psíquicas. Cabría esperar que se impusiera desde un principio y espontáneamente en la actividad humana; pero por extraño que parezca no sucedió así, sino que el hombre manifiesta más bien en su labor una tendencia natural al descuido, a la irregularidad y a la informalidad, siendo necesarios arduos esfuerzos para conseguir encaminarlo a la imitación de aquellos modelos celestes.

Evidentemente, la belleza, el orden y la limpieza ocupan una posición particular entre las exigencias culturales. Nadie afirmará que son tan esenciales como el dominio de las fuerzas de la Naturaleza y otros factores que aún conoceremos, pero nadie estará dispuesto a relegarlas como cosas accesorias. La belleza, que no quisiéramos echar de menos en la cultura, ya es un ejemplo de que ésta no persigue tan sólo el provecho. La utilidad del orden es evidente; en lo que a la limpieza se refiere, tendremos en cuenta que también es prescrita por la higiene, vinculación que probablemente no fue ignorada por el hombre aun antes de que se llegara a la prevención científica de las enfermedades. Pero este factor utilitario no basta por sí solo para explicar del todo dicha tendencia higiénica; por fuerza debe intervenir en ella algo más.

Pero no creemos poder caracterizar a la cultura mejor que a través de su valoración y culto de las actividades psíquicas superiores, de las producciones intelectuales, científicas y artísticas, o por la función directriz de la vida humana que concede a las ideas. Entre éstas el lugar preeminente lo ocupan los sistemas religiosos, cuya complicada estructura traté de iluminar en otra oportunidad; junto a ellos se encuentran las especulaciones filosóficas, y, finalmente, lo que podríamos calificar de «construcciones ideales» del hombre, es decir, su idea de una posible perfección del individuo, de la nación o de la Humanidad entera, así como las pretensiones

que establece basándose en tales ideas. La circunstancia de que estas creaciones no sean independientes entre sí, sino, al contrario, íntimamente entrelazadas, dificulta tanto su formulación como su derivación psicológica. Si aceptamos como hipótesis general que el resorte de toda actividad humana es el afán de lograr ambos fines convergentes —el provecho y el placer—, entonces también habremos de aceptar su vigencia para estas otras manifestaciones culturales, a pesar de que su acción sólo se evidencia claramente en las actividades científicas o artísticas. Pero no se puede dudar de que también las demás satisfacen poderosas necesidades del ser humano, quizá aquellas que sólo están desarrolladas en una minoría de los hombres. Tampoco hemos de dejarnos inducir a engaño por nuestros juicios de valor sobre algunos de estos ideales y sistemas religiosos o filosóficos, pues ya se vea en ellos la creación máxima del espíritu humano, ya se los menosprecie como aberraciones, es preciso reconocer que su existencia, y particularmente su hegemonía, indican un elevado nivel de cultura.

Como último, pero no menos importante rasgo característico de una cultura, debemos considerar la forma en que son reguladas las relaciones de los hombres entre sí, es decir, las relaciones sociales que conciernen al individuo en tanto que vecino, colaborador u objeto sexual de otro, en tanto que miembro de una familia o de un Estado. He aquí un terreno en el cual nos resultará particularmente difícil mantenernos al margen de ciertas concepciones ideales y llegar a establecer lo que estrictamente ha de calificarse como cultural. Comencemos por aceptar que el elemento cultural estuvo implícito ya en la primera tentativa de regular esas relaciones sociales, pues si tal intento hubiera sido omitido, dichas relaciones habrían quedado al arbitrio del individuo; es decir, el más fuerte las habría fijado a conveniencia de sus intereses y de sus tendencias instintivas. Nada cambiaría en la situación si este personaje más fuerte se encontrara, a su vez, con otro más fuerte que él. La vida humana en común sólo se torna posible cuando llega a reunirse una mayoría más poderosa que cada uno de los individuos y que se mantenga unida frente a cualquiera de éstos. El poderío de tal comunidad se enfrenta entonces, como «Derecho», con el poderío del individuo, que se tacha de «fuerza bruta». Esta sustitución del poderío individual por el de la comunidad representa el paso decisivo hacia la cultura. Su carácter esencial

reside en que los miembros de la comunidad restringen sus posibilidades de satisfacción, mientras que el individuo aislado no reconocía semejantes restricciones. Así, pues, el primer requisito cultural es el de la justicia, o sea, la seguridad de que el orden jurídico, una vez establecido, ya no será violado a favor de un individuo, sin que esto implique un pronunciamiento sobre el valor ético de semejante derecho. El curso ulterior de la evolución cultural parece tender a que este derecho deje de expresar la voluntad de un pequeño grupo —casta, tribu, clase social—, que a su vez se enfrenta, como individualidad violentamente agresiva, con otras masas quizá más numerosas. El resultado final ha de ser el establecimiento de un derecho al que todos —o por lo menos todos los individuos aptos para la vida en comunidad— hayan contribuido con el sacrificio de sus instintos, y que no deje a ninguno —una vez más: con la mencionada limitación— a merced de la fuerza bruta.

La libertad individual no es un bien de la cultura, pues era máxima antes de toda cultura, aunque entonces carecía de valor porque el individuo apenas era capaz de defenderla. El desarrollo cultural le impone restricciones, y la justicia exige que nadie escape a ellas. Cuando en una comunidad humana se agita el ímpetu libertario puede tratarse de una rebelión contra alguna injusticia establecida, favoreciendo así un nuevo progreso de la cultura y no dejando, por tanto, de ser compatible con ésta; pero también puede surgir del resto de la personalidad primitiva que aún no ha sido dominado por la cultura, constituyendo entonces el fundamento de una hostilidad contra la misma. Por consiguiente, el anhelo de libertad se dirige contra determinadas formas y exigencias de la cultura, o bien contra ésta en general. Al parecer, no existe medio de persuasión alguno que permita inducir al hombre a que transforme su naturaleza en la de una hormiga; seguramente jamás dejará de defender su pretensión de libertad individual contra la voluntad de la masa. Buena parte de las luchas en el seno de la Humanidad giran alrededor del fin único de hallar un equilibrio adecuado (es decir, que dé felicidad a todos) entre estas reivindicaciones individuales y las colectivas, culturales; uno de los problemas del destino humano es el de si este equilibrio puede ser alcanzado en determinada cultura o si el conflicto en sí es inconciliable.

Al dejar que nuestro sentido común nos señalara qué aspectos de la vida humana merecen ser calificados de culturales, hemos logrado una impresión

clara del conjunto de la cultura, aunque por el momento nada hayamos averiguado que no fuese conocido por todo el mundo. Al mismo tiempo, nos hemos cuidado de caer en el prejuicio general que equipara la cultura a la perfección, que la considera como el camino hacia lo perfecto, señalado a los seres humanos. Pero aquí abordamos cierta concepción que quizá conduzca en otro sentido. La evolución cultural se nos presenta como un proceso peculiar que se opera en la Humanidad y muchas de cuyas particularidades nos parecen familiares. Podemos caracterizarlo por los cambios que impone a las conocidas disposiciones instintuales del hombre, cuya satisfacción es, en fin de cuentas, la finalidad económica de nuestra vida. Algunos de estos instintos son *consumidos* de tal suerte que en su lugar aparece algo que en el individuo aislado calificamos de rasgo del carácter. El erotismo anal del niño nos ofrece el más curioso ejemplo de tal proceso. En el curso del crecimiento, su primitivo interés por la función excretora, por sus órganos y sus productos, se transforma en el grupo de rasgos que conocemos como ahorro, sentido del orden y limpieza, rasgos valiosos y loables como tales, pero susceptibles de exacerbarse hasta un grado de notable predominio, constituyendo entonces lo que se denomina «carácter anal». No sabemos cómo sucede esto; pero no se puede poner en duda la certeza de tal concepción[2284]. Ahora bien: hemos comprobado que el orden y la limpieza son preceptos esenciales de la cultura, por más que su necesidad vital no salte precisamente a los ojos, como tampoco es evidente su aptitud para proporcionar placer. Aquí se nos presenta por vez primera la analogía entre el proceso de la cultura y la evolución libidinal del individuo.

Otros instintos son obligados a desplazar las condiciones de su satisfacción, a perseguirla por distintos caminos, proceso que en la mayoría de los casos coincide con el bien conocido mecanismo de la *sublimación* (de los fines instintivos), mientras que en algunos aún puede ser distinguido de ésta. La sublimación de los instintos constituye un elemento cultural sobresaliente, pues gracias a ella las actividades psíquicas superiores, tanto científicas como artísticas e ideológicas, pueden desempeñar un papel muy importante en la vida de los pueblos civilizados. Si cediéramos a la primera impresión, estaríamos tentados a decir que la sublimación es, en principio, un destino instintual impuesto por la cultura; pero convendrá reflexionar algo

más al respecto.

Por fin, hallamos junto a estos dos mecanismos un tercero, que nos parece el más importante, pues es forzoso reconocer la medida en que la cultura reposa sobre la renuncia a las satisfacciones instintuales: hasta qué punto su condición previa radica precisamente en la insatisfacción (¿por supresión, represión o algún otro proceso?) de instintos poderosos. Esta *frustración cultural* rige el vasto dominio de las relaciones sociales entre los seres humanos, y ya sabemos que en ella reside la causa de la hostilidad opuesta a toda cultura. Este proceso también planteará arduos problemas a nuestra labor científica: son muchas las soluciones que habremos de ofrecer. No es fácil comprender cómo se puede sustraer un instinto a su satisfacción; propósito que, por otra parte, no está nada libre de peligros, pues si no se compensa económicamente tal defraudación habrá que atenerse a graves trastornos.

Pero si pretendemos establecer el valor que merece nuestro concepto del desarrollo cultural como un proceso particular comparable a la maduración normal del individuo, tendremos que abordar sin duda otro problema, preguntándonos a qué factores debe su origen la evolución de la cultura, cómo surgió y qué determinó su derrotero ulterior.

IV

HE aquí una tarea exorbitante, ante la que bien podemos confesar nuestro apocamiento. Veamos, pues, lo poco que de ella logré entrever.

El hombre primitivo, después de haber descubierto que estaba literalmente en sus manos mejorar su destino en la Tierra por medio del trabajo, ya no pudo considerar con indiferencia el hecho de que el prójimo trabajara con él o contra él. Sus semejantes adquirieron entonces, a sus ojos, la significación de colaboradores con quienes resultaba útil vivir en comunidad. Aún antes, en su prehistoria antropoidea, había adoptado el hábito de constituir familias, de modo que los miembros de éstas probablemente fueran sus primeros auxiliares. Es de suponer que la

constitución de la familia estuvo vinculada a cierta evolución sufrida por la necesidad de satisfacción genital: ésta, en lugar de presentarse como un huésped ocasional que de pronto se instala en casa de uno para no dar por mucho tiempo señales de vida después de su partida, se convirtió, por lo contrario, en un inquilino permanente del individuo. Con ello, el macho tuvo motivos para conservar junto a sí a la hembra, o, en términos más genéricos, a los objetos sexuales; las hembras, por su parte, no queriendo separarse de su prole inerme, también se vieron obligadas a permanecer, en interés de ésta, junto al macho más fuerte[2285]. En esta familia primitiva aún falta un elemento esencial de la cultura, pues la voluntad del jefe y padre era ilimitada. En *Totem y tabú* traté de mostrar el camino que condujo de esta familia primitiva a la fase siguiente de la vida en sociedad, es decir, a las alianzas fraternas. Los hijos, al triunfar sobre el padre, habían descubierto que una asociación puede ser más poderosa que el individuo aislado. La fase totémica de la cultura se basa en las restricciones que los hermanos hubieron de imponerse mutuamente para consolidar este nuevo sistema. Los preceptos del tabú constituyeron así el primer «Derecho», la primera ley. La vida de los hombres en común adquirió, pues, doble fundamento: por un lado, la obligación del trabajo impuesta por las necesidades exteriores; por el otro, el poderío del amor, que impedía al hombre prescindir de su objeto sexual, la mujer, y a ésta, de esa parte separada de su seno que es el hijo. De tal manera, Eros y Ananké (amor y necesidad) se convirtieron en los padres de la cultura humana, cuyo primer resultado fue el de facilitar la vida en común a mayor número de seres. Dado que en ello colaboraron estas dos poderosas instancias, cabría esperar que la evolución ulterior se cumpliese sin tropiezos, llevando a una dominación cada vez más perfecta del mundo exterior y al progresivo aumento del número de hombres comprendidos en la comunidad. Así, no es fácil comprender cómo esta cultura podría dejar de hacer felices a sus miembros.

Antes de indagar el posible origen de sus eventuales perturbaciones, dejemos que el reconocimiento del amor como uno de los fundamentos de la cultura nos aparte de nuestro camino, a fin de llenar una laguna en nuestras consideraciones anteriores. Cuando señalamos la experiencia de que el amor sexual (genital) ofrece al hombre las más intensas vivencias placenteras,

estableciendo, en suma, el prototipo de toda felicidad, dijimos que aquélla debía haberle inducido a seguir buscando en el terreno de las relaciones sexuales todas las satisfacciones que permite la vida, de manera que el erotismo genital vendría a ocupar el centro de su existencia. Agregamos que tal camino conduce a una peligrosa dependencia frente a una parte del mundo exterior —frente al objeto amado que se elige—, exponiéndolo así a experimentar los mayores sufrimientos cuando este objeto lo desprecie o cuando se lo arrebate la infidelidad o la muerte. He aquí por qué los sabios de todos los tiempos trataron de disuadir tan insistentemente a los hombres de la elección de este camino, que, sin embargo, conservó todo su atractivo para gran número de seres.

Gracias a su constitución, una pequeña minoría de éstos logra hallar la felicidad por la vía del amor; mas para ello debe someter la función erótica a vastas e imprescindibles modificaciones psíquicas. Estas personas se independizan del consentimiento del objeto, desplazando a la propia acción de amar el acento que primitivamente reposaba en la experiencia de ser amado, de tal manera que se protegen contra la pérdida del objeto, dirigiendo su amor en igual medida a todos los seres en vez de volcarlo sobre objetos determinados; por fin, evitan las peripecias y defraudaciones del amor genital, desviándolo de su fin sexual, es decir, transformando el instinto en un *impulso coartado en su fin*. El estado en que de tal manera logran colocarse, esa actitud de ternura etérea e imperturbable, ya no conserva gran semejanza exterior con la agitada y tempestuosa vida amorosa genital de la cual se ha derivado. San Francisco de Asís fue quizá quien llegó más lejos en esta utilización del amor para lograr una sensación de felicidad interior, técnica que, según dijimos, es una de las que facilitan la satisfacción del principio del placer, habiendo sido vinculada en múltiples ocasiones a la religión, con la que probablemente coincida en aquellas remotas regiones donde deja de diferenciarse el *yo* de los objetos, y éstos entre sí. Cierta concepción ética, cuyos motivos profundos aún habremos de dilucidar, pretende ver en esta disposición al amor universal por la Humanidad y por el mundo la actitud más excelsa a que puede elevarse el ser humano. Con todo, nos apresuramos a adelantar nuestras dos principales objeciones al respecto: ante todo, un amor que no discrimina pierde a nuestros ojos buena parte de su valor, pues

comete una injusticia frente al objeto; luego, no todos los seres humanos merecen ser amados.

Aquel impulso amoroso que instituyó la familia sigue ejerciendo su influencia en la cultura, tanto en su forma primitiva, sin renuncia a la satisfacción sexual directa, como bajo su transformación en un cariño coartado en su fin. En ambas variantes perpetúa su función de unir entre sí a un número creciente de seres con intensidad mayor que la lograda por el interés de la comunidad de trabajo. La imprecisión con que el lenguaje emplea el término «amor» está, pues, genéticamente justificada. Suélese llamar así a la relación entre el hombre y la mujer que han fundado una familia sobre la base de sus necesidades genitales; pero también se denomina «amor» a los sentimientos positivos entre padres e hijos, entre hermanos y hermanas, a pesar de que estos vínculos deben ser considerados como amor de fin inhibido, como cariño. Sucede simplemente que el amor coartado en su fin fue en su origen un amor plenamente sexual, y sigue siéndolo en el inconsciente humano. Ambas tendencias amorosas, la sensual y la de fin inhibido, trascienden los límites de la familia y establecen nuevos vínculos con seres hasta ahora extraños. El amor genital lleva a la formación de nuevas familias; el fin inhibido, a las «amistades», que tienen valor en la cultura, pues escapan a muchas restricciones del amor genital, como, por ejemplo, a su carácter exclusivo. Sin embargo, la relación entre el amor y la cultura deja de ser unívoca en el curso de la evolución: por un lado, el primero se opone a los intereses de la segunda, que a su vez lo amenaza con sensibles restricciones.

Tal divorcio entre amor y cultura parece, pues, inevitable; pero no es fácil distinguir al punto su motivo. Comienza por manifestarse como un conflicto entre la familia y la comunidad social más amplia a la cual pertenece el individuo. Ya hemos entrevisto que una de las principales finalidades de la cultura persigue la aglutinación de los hombres en grandes unidades; pero la familia no está dispuesta a renunciar al individuo. Cuanto más íntimos sean los vínculos entre los miembros de la familia, tanto mayor será muchas veces su inclinación a aislarse de los demás, tanto más difícil les resultará ingresar en las esferas sociales más vastas. El modo de vida en común filogenéticamente más antiguo, el único que existe en la infancia, se resiste a

ser sustituido por el cultural, de origen más reciente. El desprendimiento de la familia llega a ser para todo adolescente una tarea cuya solución muchas veces le es facilitada por la sociedad mediante los ritos de pubertad y de iniciación. Obtiénese así la impresión de que aquí actúan obstáculos inherentes a todo desarrollo psíquico y en el fondo también a toda evolución orgánica.

La siguiente discordia es causada por las mujeres, que no tardan en oponerse a la corriente cultural, ejerciendo su influencia dilatoria y conservadora. Sin embargo, son estas mismas mujeres las que originalmente establecieron el fundamento de la cultura con las exigencias de su amor. Las mujeres representan los intereses de la familia y de la vida sexual; la obra cultural, en cambio, se convierte cada vez más en tarea masculina, imponiendo a los hombres dificultades crecientes y obligándoles a sublimar sus instintos, sublimación para la que las mujeres están escasamente dotadas. Dado que el hombre no dispone de energía psíquica en cantidades ilimitadas, se ve obligado a cumplir sus tareas mediante una adecuada distribución de la libido. La parte que consume para fines culturales la sustrae, sobre todo, a la mujer y a la vida sexual; la constante convivencia con otros hombres y su dependencia de las relaciones con éstos, aun llegan a sustraerlo a sus deberes de esposo y padre. La mujer, viéndose así relegada a segundo término por las exigencias de la cultura, adopta frente a ésta una actitud hostil.

En cuanto a la cultura, su tendencia a restringir la vida sexual no es menos evidente que la otra, dirigida a ampliar el círculo de su acción. Ya la primera fase cultural, la del totemismo, trae consigo la prohibición de elegir un objeto incestuoso, quizá la más cruenta mutilación que haya sufrido la vida amorosa del hombre en el curso de los tiempos. El tabú, la ley y las costumbres han de establecer nuevas limitaciones que afectarán tanto al hombre como a la mujer. Pero no todas las culturas avanzan a igual distancia por este camino, y, además, la estructura material de la sociedad también ejerce su influencia sobre la medida de la libertad sexual restante. Ya sabemos que la cultura obedece al imperio de la necesidad psíquica económica, pues se ve obligada a sustraer a la sexualidad gran parte de la energía psíquica que necesita para su propio consumo. Al hacerlo adopta frente a la sexualidad una conducta idéntica a la de un pueblo o una clase

social que haya logrado someter a otra a su explotación. El temor a la rebelión de los oprimidos induce a adoptar medidas de precaución más rigurosas. Nuestra cultura europea occidental corresponde a un punto culminante de este desarrollo. Al comenzar por proscribir severamente las manifestaciones de la vida sexual infantil actúa con plena justificación psicológica, pues la contención de los deseos sexuales del adulto no ofrecería perspectiva alguna de éxito si no fuera facilitada por una labor preparatoria en la infancia. En cambio, carece de toda justificación el que la sociedad civilizada aun haya llegado al punto de negar la existencia de estos fenómenos, fácilmente demostrables y hasta llamativos. La elección de objeto queda restringida en el individuo sexualmente maduro al sexo contrario, y la mayor parte de las satisfacciones extragenitales son prohibidas como perversiones. La imposición de una vida sexual idéntica para todos, implícita en estas prohibiciones, pasa por alto las discrepancias que presenta la constitución sexual innata o adquirida de los hombres, privando a muchos de ellos de todo goce sexual y convirtiéndose así en fuente de una grave injusticia. El efecto de estas medidas restrictivas podría consistir en que los individuos normales, es decir, constitucionalmente aptos para ello, volcasen todo su interés sexual, sin merma alguna, en los canales que se le han dejado abiertos. Pero aun el amor genital heterosexual, único que ha escapado a la proscripción, todavía es menoscabado por las restricciones de la legitimidad y de la monogamia. La cultura actual nos da claramente a entender que sólo está dispuesta a tolerar las relaciones sexuales basadas en la unión única e indisoluble entre un hombre y una mujer, sin admitir la sexualidad como fuente de placer en sí, aceptándola tan sólo como instrumento de reproducción humana que hasta ahora no ha podido ser sustituido.

Desde luego, esta situación corresponde a un caso extremo, pues todos sabemos que en la práctica no puede ser realizada ni siquiera durante breve tiempo. Sólo los seres débiles se sometieron a tan amplia restricción de su libertad sexual, mientras que las naturalezas más fuertes únicamente la aceptaron con una condición compensadora, de la que se tratará más adelante. La sociedad civilizada se ha visto en la obligación de cerrar los ojos ante muchas transgresiones que, de acuerdo con sus propios estatutos, debería haber perseguido. Sin embargo, también es preciso evitar el error opuesto,

creyendo que semejante actitud cultural sería completamente inofensiva, ya que no alcanza todos sus propósitos, pues no se puede dudar de que la vida sexual del hombre civilizado ha sufrido un grave perjuicio y en ocasiones llega a parecemos una función que se halla en pleno proceso involutivo al igual que, como ejemplos orgánicos, nuestra dentadura y nuestra cabellera. Quizá tengamos derecho a aceptar que ha experimentado un sensible menoscabo en tanto que fuente de felicidad, es decir, como recurso para realizar nuestra finalidad vital[2286]. A veces creemos advertir que la presión de la cultura no es el único factor responsable, sino que habría algo inherente a la propia esencia de la función sexual que nos priva de satisfacción completa, impulsándonos a seguir otros caminos. Puede ser que estemos errados al creerlo; pero es difícil decirlo[2287].

V

LA experiencia psicoanalítica ha demostrado que las personas llamadas neuróticas son precisamente las que menos soportan estas frustraciones de la vida sexual. Mediante sus síntomas se procuran satisfacciones sustitutivas que, sin embargo, les deparan sufrimientos, ya sea por sí mismas o por las dificultades que les ocasionan con el mundo exterior y con la sociedad. Éste último caso se comprende fácilmente; pero el primero nos plantea un nuevo problema. Con todo, la cultura aún exige otros sacrificios, además de los que afectan a la satisfacción sexual.

Al reducir la dificultad de la evolución cultural a la inercia de la libido, a su resistencia a abandonar una posición antigua por una nueva, hemos concebido aquélla como un trastorno evolutivo general. Sostenemos más o menos el mismo concepto, al derivar la antítesis entre cultura y sexualidad del hecho de que el amor sexual constituye una relación entre dos personas, en las que un tercero sólo puede desempeñar un papel superfluo o perturbador, mientras que, por el contrario, la cultura implica necesariamente relaciones entre mayor número de personas. En la culminación máxima de una relación amorosa no subsiste interés alguno por el mundo exterior; ambos

amantes se bastan a sí mismos y tampoco necesitan el hijo en común para ser felices. En ningún caso, como en éste, el Eros traduce con mayor claridad el núcleo de su esencia, su propósito de fundir varios seres en uno solo; pero se resiste a ir más lejos, una vez alcanzado este fin, de manera proverbial, en el enamoramiento de dos personas.

Hasta aquí, fácilmente podríamos imaginar una comunidad cultural formada por semejantes individualidades dobles, que, libidinalmente satisfechas en sí mismas, se vincularan mutuamente por los lazos de la comunidad de trabajo o de intereses. En tal caso la cultura no tendría ninguna necesidad de sustraer energía a la sexualidad. Pero esta situación tan loable no existe ni ha existido jamás, pues la realidad nos muestra que la cultura no se conforma con los vínculos de unión que hasta ahora le hemos concedido, sino que también pretende ligar mutuamente a los miembros de la comunidad con lazos libidinales, sirviéndose a tal fin de cualquier recurso, favoreciendo cualquier camino que pueda llegar a establecer potentes identificaciones entre aquéllos, poniendo en juego la máxima cantidad posible de libido con fin inhibido, para reforzar los vínculos de comunidad mediante los lazos amistosos. La realización de estos propósitos exige ineludiblemente una restricción de la vida sexual; pero aún no comprendemos la necesidad que impulsó a la cultura a adoptar este camino y que fundamenta su oposición a la sexualidad. Ha de tratarse, sin duda, de un factor perturbador que todavía no hemos descubierto.

Quizá hallemos la pista en uno de los pretendidos ideales postulados por la sociedad civilizada. Es el precepto «Amarás al prójimo como a ti mismo», que goza de universal nombradla y seguramente es más antiguo que el cristianismo, a pesar de que éste lo ostenta como su más encomiable conquista; pero sin duda no es muy antiguo, pues el hombre aún no lo conocía en épocas ya históricas. Adoptemos frente al mismo una actitud ingenua, como si lo oyésemos por vez primera: entonces no podremos contener un sentimiento de asombro y extrañeza. ¿Por qué tendríamos que hacerlo? ¿De qué podría servirnos? Pero, ante todo, ¿cómo llegar a cumplirlo? ¿De qué manera podríamos adoptar semejante actitud? Mi amor es para mí algo muy precioso, que no tengo derecho a derrochar insensatamente. Me impone obligaciones que debo estar dispuesto a cumplir

con sacrificios. Si amo a alguien, es preciso que éste lo merezca por cualquier título. (Descarto aquí la utilidad que podría reportarme, así como su posible valor como objeto sexual, pues estas dos formas de vinculación nada tienen que ver con el precepto del amor al prójimo.) Merecería mi amor si se me asemejara en aspectos importantes, a punto tal que pudiera amar en él a mí mismo; lo merecería si fuera más perfecto de lo que yo soy, en tal medida que pudiera amar en él al ideal de mi propia persona; debería amarlo si fuera el hijo de mi amigo, pues el dolor de éste, si algún mal le sucediera, también sería mi dolor, yo tendría que compartirlo. En cambio, si me fuera extraño y si no me atrajese ninguno de sus propios valores, ninguna importancia que hubiera adquirido para mi vida afectiva, entonces me sería muy difícil amarlo. Hasta sería injusto si lo amara, pues los míos aprecian mi amor como una demostración de preferencia, y les haría injusticia si los equiparase con un extraño. Pero si he de amarlo con ese amor general por todo el Universo, simplemente porque también él es una criatura de este mundo, como el insecto, el gusano y la culebra, entonces me temo que sólo le corresponda una ínfima parte de amor, de ningún modo tanto como la razón me autoriza a guardar para mí mismo. ¿A qué viene entonces tan solemne presentación de un precepto que razonablemente a nadie puede aconsejarse cumplir?

Examinándolo con mayor detenimiento, me encuentro con nuevas dificultades. Este ser extraño no sólo es en general indigno de amor, sino que —para confesarlo sinceramente— merece mucho más mi hostilidad y aun mi odio. No parece alimentar el mínimo amor por mi persona, no me demuestra la menor consideración. Siempre que le sea de alguna utilidad, no vacilará en perjudicarme, y ni siquiera se preguntará si la cuantía de su provecho corresponde a la magnitud del perjuicio que me ocasiona. Más aún: ni siquiera es necesario que de ello derive un provecho; le bastará experimentar el menor placer para que no tenga escrúpulo alguno en denigrarme, en ofenderme, en difamarme, en exhibir su poderío sobre mi persona, y cuanto más seguro se sienta, cuanto más inerme yo me encuentre, tanto más seguramente puedo esperar de él esta actitud para conmigo. Si se condujera de otro modo, si me demostrase consideración y respeto, a pesar de serle yo un extraño, estaría dispuesto por mi parte a retribuírselo de análoga manera, aunque no me obligara a ello precepto alguno. Aún más: si ese

grandilocuente mandamiento rezara «Amarás al prójimo como el prójimo te ame a ti», nada tendría yo que objetar. Existe un segundo mandamiento que me parece aún más inconcebible y que despierta en mí una resistencia más violenta: «Amarás a tus enemigos». Sin embargo, pensándolo bien, veo que estoy errado al rechazarlo como pretensión aun menos admisible, pues, en el fondo, nos dice lo mismo que el primero[2288].

Llegado aquí, creo oír una voz que, llena de solemnidad, me advierte: «Precisamente porque tu prójimo no merece tu amor y es más bien tu enemigo, debes amarlo como a ti mismo». Comprendo entonces que éste es un caso semejante al *Credo quia absurdum*[2289].

Ahora bien: es muy probable que el prójimo, si se le invitara a amarme como a mí mismo, respondería exactamente como yo lo hice, repudiándome con idénticas razones, aunque, según espero, no con igual derecho objetivo; pero él, a su vez, esperará lo mismo. Con todo, hay ciertas diferencias en la conducta de los hombres, calificadas por la ética como «buenas» y «malas», sin tener en cuenta para nada sus condiciones de origen. Mientras no hayan sido superadas estas discrepancias innegables, el cumplimiento de los supremos preceptos éticos significará un perjuicio para los fines de la cultura al establecer un premio directo a la maldad. No se puede eludir aquí el recuerdo de un sucedido en el Parlamento francés al debatirse la pena de muerte: un orador había abogado apasionadamente por su abolición y cosechó frenéticos aplausos, hasta que una voz surgida del fondo de la sala pronunció las siguientes palabras: *Que messieurs les assassins commencent!*

La verdad oculta tras de todo esto, que negaríamos de buen grado, es la de que el hombre no es una criatura tierna y necesitada de amor, que sólo osaría defenderse si se le atacara, sino, por el contrario, un ser entre cuyas disposiciones instintivas también debe incluirse una buena porción de agresividad. Por consiguiente, el prójimo no le representa únicamente un posible colaborador y objeto sexual, sino también un motivo de tentación para satisfacer en él su agresividad, para explotar su capacidad de trabajo sin retribuirla, para aprovecharlo sexualmente sin su consentimiento, para apoderarse de sus bienes, para humillarlo, para ocasionarle sufrimientos, martirizarlo y matarlo. *Homo homini lupus*[2290]: ¿quién se atrevería a refutar este refrán, después de todas las experiencias de la vida y de la Historia? Por

regla general, esta cruel agresión espera para desencadenarse a que se la provoque, o bien se pone al servicio de otros propósitos, cuyo fin también podría alcanzarse con medios menos violentos. En condiciones que le sean favorables, cuando desaparecen las fuerzas psíquicas antagónicas que por lo general la inhiben, también puede manifestarse espontáneamente, desenmascarando al hombre como una bestia salvaje que no conoce el menor respeto por los seres de su propia especie. Quien recuerde los horrores de las grandes migraciones, de las irrupciones de los hunos, de los mogoles bajo Gengis Khan y Tamerlán, de la conquista de Jerusalén por los píos cruzados y aun las crueldades de la última guerra mundial, tendrá que inclinarse humildemente ante la realidad de esta concepción.

La existencia de tales tendencias agresivas, que podemos percibir en nosotros mismos y cuya existencia suponemos con toda razón en el prójimo, es el factor que perturba nuestra relación con los semejantes, imponiendo a la cultura tal despliegue de preceptos. Debido a esta primordial hostilidad entre los hombres, la sociedad civilizada se ve constantemente al borde de la desintegración. El interés que ofrece la comunidad de trabajo no bastaría para mantener su cohesión, pues las pasiones instintivas son más poderosas que los intereses racionales. La cultura se ve obligada a realizar múltiples esfuerzos para poner barreras a las tendencias agresivas del hombre, para dominar sus manifestaciones mediante formaciones reactivas psíquicas. De ahí, pues, ese despliegue de métodos destinados a que los hombres se identifiquen y entablen vínculos amorosos coartados en su fin; de ahí las restricciones de la vida sexual, y de ahí también el precepto ideal de amar al prójimo como a sí mismo, precepto que efectivamente se justifica, porque ningún otro es, como él, tan contrario y antagónico a la primitiva naturaleza humana. Sin embargo, todos los esfuerzos de la cultura destinados a imponerlo aún no han logrado gran cosa. Aquélla espera poder evitar los peores despliegues de la fuerza bruta concediéndose a sí misma el derecho de ejercer a su vez la fuerza frente a los delincuentes; pero la ley no alcanza las manifestaciones más discretas y sutiles de la agresividad humana. En un momento determinado, todos llegamos a abandonar, como ilusiones, cuantas esperanzas juveniles habíamos puesto en el prójimo; todos sufrimos la experiencia de comprobar cómo la maldad de éste nos amarga y dificulta la

vida. Sin embargo, sería injusto reprochar a la cultura el que pretenda excluir la lucha y la competencia de las actividades humanas. Esos factores seguramente son imprescindibles; pero la rivalidad no significa necesariamente hostilidad: sólo se abusa de ella para justificar ésta.

Los comunistas creen haber descubierto el camino hacia la redención del mal. Según ellos, el hombre sería bueno de todo corazón, abrigaría las mejores intenciones para con el prójimo, pero la institución de la propiedad privada habría corrompido su naturaleza. La posesión privada de bienes concede a unos el poderío, y con ello la tentación de abusar de los otros; los excluidos de la propiedad deben sublevarse hostilmente contra sus opresores. Si se aboliera la propiedad privada, si se hicieran comunes todos los bienes, dejando que todos participaran de su provecho, desaparecería la malquerencia y la hostilidad entre los seres humanos. Dado que todas las necesidades quedarían satisfechas, nadie tendría motivo de ver en el prójimo a un enemigo; todos se plegarían de buen grado a la necesidad del trabajo. No me concierne la crítica económica del sistema comunista; no me es posible investigar si la abolición de la propiedad privada es oportuna y conveniente[2291]; pero, en cambio, puedo reconocer como vana ilusión su hipótesis psicológica. Es verdad que al abolir la propiedad privada se sustrae a la agresividad humana uno de sus instrumentos, sin duda uno muy fuerte, pero de ningún modo el más fuerte de todos. Sin embargo, nada se habrá modificado con ello en las diferencias de poderío y de influencia que la agresividad aprovecha para sus propósitos; tampoco se habrá cambiado la esencia de ésta. El instinto agresivo no es una consecuencia de la propiedad, sino que regía casi sin restricciones en épocas primitivas, cuando la propiedad aún era bien poca cosa; ya se manifiesta en el niño, apenas la propiedad ha perdido su primitiva forma anal; constituye el sedimento de todos los vínculos cariñosos y amorosos entre los hombres, quizá con la única excepción del amor que la madre siente por su hijo varón. Si se eliminara el derecho personal a poseer bienes materiales, aún subsistirían los privilegios derivados de las relaciones sexuales, que necesariamente deben convertirse en fuente de la más intensa envidia y de la más violenta hostilidad entre los seres humanos, equiparados en todo lo restante. Si también se aboliera este privilegio, decretando la completa libertad de la vida sexual, suprimiendo,

pues, la familia, célula germinal de la cultura, entonces, es verdad, sería imposible predecir qué nuevos caminos seguiría la evolución de ésta; pero cualesquiera que ellos fueren, podemos aceptar que las inagotables tendencias intrínsecas de la naturaleza humana tampoco dejarían de seguirlos.

Evidentemente, al hombre no le resulta fácil renunciar a la satisfacción de estas tendencias agresivas suyas; no se siente nada a gusto sin esa satisfacción. Por otra parte, un núcleo cultural más restringido ofrece la muy apreciable ventaja de permitir la satisfacción de este instinto mediante la hostilidad frente a los seres que han quedado excluidos de aquél. Siempre se podrá vincular amorosamente entre sí a mayor número de hombres, con la condición de que sobren otros en quienes descargar los golpes. En cierta ocasión me ocupé en el fenómeno de que las comunidades vecinas, y aun emparentadas, son precisamente las que más se combaten y desdeñan entre sí, como, por ejemplo, españoles y portugueses, alemanes del Norte y del Sur, ingleses y escoceses, etc. Denominé a este fenómeno *narcisismo de las pequeñas diferencias*, aunque tal término escasamente contribuye a explicarlo. Podemos considerarlo como un medio para satisfacer, cómoda y más o menos inofensivamente, las tendencias agresivas, facilitándose así la cohesión entre los miembros de la comunidad. El pueblo judío, diseminado por todo el mundo, se ha hecho acreedor de tal manera a importantes méritos en cuanto al desarrollo de la cultura de los pueblos que lo hospedan; pero, por desgracia, ni siquiera las masacres de judíos en la Edad Media lograron que esa época fuera más apacible y segura para sus contemporáneos cristianos. Una vez que el apóstol Pablo hubo hecho del amor universal por la Humanidad el fundamento de la comunidad cristiana, surgió como consecuencia ineludible la más extrema intolerancia del cristianismo frente a los gentiles; en cambio, los romanos, cuya organización estatal no se basaba en el amor, desconocían la intolerancia religiosa, a pesar de que entre ellos la religión era cosa del Estado y el Estado estaba saturado de religión. Tampoco fue por incomprensible azar que el sueño de la supremacía mundial germana recurriera como complemento a la incitación al antisemitismo; por fin, nos parece harto comprensible el que la tentativa de instaurar en Rusia una nueva cultura comunista recurra a la persecución de los burgueses como apoyo psicológico. Pero nos preguntamos, preocupados, qué harán los soviets una

vez que hayan exterminado totalmente a sus burgueses.

Si la cultura impone tan pesados sacrificios, no sólo a la sexualidad, sino también a las tendencias agresivas, comprenderemos mejor por qué al hombre le resulta tan difícil alcanzar en ella su felicidad. En efecto, el hombre primitivo estaba menos agobiado en este sentido, pues no conocía restricción alguna de sus instintos. En cambio, eran muy escasas sus perspectivas de poder gozar largo tiempo de tal felicidad. El hombre civilizado ha trocado una parte de posible felicidad por una parte de seguridad; pero no olvidemos que en la familia primitiva sólo el jefe gozaba de semejante libertad de los instintos, mientras que los demás vivían oprimidos como esclavos. Por consiguiente, la contradicción entre una minoría que gozaba de los privilegios de la cultura y una mayoría excluida de éstos estaba exaltada al máximo en aquella época primitiva de la cultura. Las minuciosas investigaciones realizadas con los pueblos primitivos actuales nos han demostrado que en manera alguna es envidiable la libertad de que gozan en su vida instintiva, pues ésta se encuentra supeditada a restricciones de otro orden, quizá aún más severas de las que sufre el hombre civilizado moderno.

Si con toda justificación reprochamos al actual estado de nuestra cultura cuán insuficientemente realiza nuestra pretensión de un sistema de vida que nos haga felices; si le echamos en cara la magnitud de los sufrimientos, quizá evitables, a que nos expone; si tratamos de desenmascarar con implacable crítica las raíces de su imperfección, seguramente ejercemos nuestro legítimo derecho, y no por ello demostramos ser enemigos de la cultura. Cabe esperar que poco a poco lograremos imponer a nuestra cultura modificaciones que satisfagan mejor nuestras necesidades y que escapen a aquellas críticas. Pero quizá convenga que nos familiaricemos también con la idea de que existen dificultades inherentes a la esencia misma de la cultura e inaccesibles a cualquier intento de reforma. Además de la necesaria limitación instintiva que ya estamos dispuestos a aceptar, nos amenaza el peligro de un estado que podríamos denominar «miseria psicológica de las masas». Este peligro es más inminente cuando las fuerzas sociales de cohesión consisten primordialmente en identificaciones mutuas entre los individuos de un grupo, mientras que los personajes dirigentes no asumen el papel importante que deberían desempeñar en la formación de la masa[2292]. La presente situación

cultural de los Estados Unidos ofrecería una buena oportunidad para estudiar este temible peligro que amenaza a la cultura; pero rehúyo la tentación de abordar la crítica de la cultura norteamericana, pues no quiero despertar la impresión de que pretendo aplicar, a mi vez, métodos americanos.

VI

NINGUNA de mis obras me ha producido, tan intensamente como ésta, la impresión de estar describiendo cosas por todos conocidas, de malgastar papel y tinta, de ocupar a tipógrafos e impresores para exponer hechos que en realidad son evidentes. Por eso abordo con entusiasmo la posibilidad de que surja una modificación de la teoría psicoanalítica de los instintos, al plantearse la existencia de un instinto agresivo, particular e independiente.

Sin embargo, las consideraciones que siguen demostrarán que mi esperanza es vana, que sólo trata de captar con mayor precisión un giro teórico ya realizado hace tiempo, persiguiéndolo hasta sus consecuencias últimas. Entre todas las nociones gradualmente desarrolladas por la teoría analítica, la doctrina de los instintos es la que dio lugar a los más arduos y laboriosos progresos. Sin embargo, representa una pieza tan esencial en el conjunto de la teoría psicoanalítica que fue preciso llenar su lugar con un elemento cualquiera. En la completa perplejidad de mis estudios iniciales, me ofreció un primer punto de apoyo el aforismo de Schiller, el poeta filósofo, según el cual «hambre y amor» hacen girar coherentemente el mundo[2293]. Bien podía considerar el hambre como representante de aquellos instintos que tienden a conservar al individuo; el amor, en cambio, tiende hacia los objetos: su función primordial, favorecida en toda forma por la Naturaleza, reside en la conservación de la especie. Así, desde un principio se me presentaron en mutua oposición los instintos del *yo* y los instintos objétales. Para designar la energía de los últimos, y exclusivamente para ella, introduje el término *libido*, con esto la polaridad quedó planteada entre los instintos del *yo* y los instintos *libidinales*, dirigidos a objetos, o pulsiones amorosas en el más amplio

sentido. Sin embargo, uno de estos instintos objétales, el sádico, se distinguía de los demás porque su fin no era en modo alguno amoroso, y además establecía múltiples y evidentes coaliciones con los instintos del *yo*, manifestando su estrecho parentesco con pulsiones de posesión o apropiación, carentes de propósitos libidinales. Pero esta discrepancia pudo ser superada; a todas luces, el sadismo forma parte de la vida sexual, y bien puede suceder que el juego de la crueldad sustituya al del amor. La neurosis venía a ser la solución de una lucha entre los intereses de la autoconservación y las exigencias de la libido, una lucha en la que el *yo*, si bien triunfante, había pagado el precio de graves sufrimientos y renuncias.

Todo analista reconocerá que aún hoy nada de esto parece un error superado hace ya mucho tiempo. Pero cuando nuestra investigación progresó de lo reprimido a lo represor, de los instintos objétales al *yo*, fue imprescindible llevar a cabo cierta modificación. El factor decisivo de este progreso fue la introducción del concepto del *narcisismo*, es decir, el reconocimiento de que también el *yo* está impregnado de libido; más aún: que primitivamente el *yo* fue su lugar de origen y en cierta manera sigue siendo su cuartel central. Esta libido narcisista se orienta hacia los objetos, convirtiéndose así en libido objetal; pero puede volver a transformarse en libido narcisista. El concepto del narcisismo nos permitió comprender analíticamente las neurosis traumáticas, así como muchas afecciones limítrofes con la psicosis y aun a éstas mismas. Su adopción no nos obligó a abandonar la interpretación de las neurosis transferenciales como tentativas del *yo* para defenderse contra la sexualidad; pero, en cambio, puso en peligro el concepto de la libido. Dado que también los instintos yoicos resultaban ser libidinales, por un momento pareció inevitable que la libido se convirtiese en sinónimo de energía instintiva en general, como C. G. Jung ya lo había pretendido anteriormente. Sin embargo, esta concepción no acababa de satisfacerme, pues me quedaba cierta convicción íntima, indemostrable, de que los instintos no podrían ser todos de la misma especie. El siguiente paso adelante lo di en *Más allá del principio del placer* (1920), cuando por vez primera mi atención fue despertada por el impulso de repetición y por el carácter conservador de la vida instintiva. Partiendo de ciertas especulaciones sobre el origen de la vida y sobre determinados paralelismos biológicos,

deduje que, además del instinto que tiende a conservar la sustancia viva y a condensarla en unidades cada vez mayores[2294], debía existir otro, antagónico de aquél, que tendiese a disolver estas unidades y a retornarlas al estado más primitivo, inorgánico. De modo que además del Eros habría un instinto de muerte; los fenómenos vitales podrían ser explicados por la interacción y el antagonismo de ambos. Pero no era nada fácil demostrar la actividad de este hipotético instinto de muerte. Las manifestaciones del Eros eran notables y bastante conspicuas; bien podía admitirse que el instinto de muerte actuase silenciosamente en lo íntimo del ser vivo, persiguiendo su desintegración; pero esto, naturalmente, no tenía el valor de una demostración. Progresé algo más, aceptando que una parte de este instinto se orienta contra el mundo exterior, manifestándose entonces como impulso de agresión y destrucción. De tal manera, el propio instinto de muerte sería puesto al servicio del Eros, pues el ser vivo destruiría algo exterior, animado o inanimado, en lugar de destruirse a sí mismo. Por el contrario, al cesar esta agresión contra el exterior tendría que aumentar por fuerza la autodestrucción, proceso que de todos modos actúa constantemente. Al mismo tiempo, podíase deducir de este ejemplo que ambas clases de instintos raramente —o quizá nunca— aparecen en mutuo aislamiento, sino que se amalgaman entre sí, en proporciones distintas y muy variables, tornándose de tal modo irreconocibles para nosotros. En el sadismo, admitido desde hace tiempo como instinto parcial de la sexualidad, nos encontraríamos con semejante amalgama particularmente sólida entre el impulso amoroso y el instinto de destrucción; lo mismo sucede con su símil antagónico, el masoquismo, que representa una amalgama entre la destrucción dirigida hacia dentro y la sexualidad, a través de la cual aquella tendencia destructiva, de otro modo inapreciable, se hace notable o perceptible.

La aceptación del instinto de muerte o de destrucción ha despertado resistencia aun en círculos analíticos; sé que muchos prefieren atribuir todo lo que en el amor parece peligroso y hostil a una bipolaridad primordial inherente a la esencia del amor mismo. Al principio sólo propuse como tanteo las concepciones aquí expuestas; pero en el curso del tiempo se me impusieron con tal fuerza de convicción que ya no puedo pensar de otro modo. Creo que para la teoría de estas concepciones son muchísimo más

fructíferas que cualquier otra hipótesis posible, pues nos ofrecen esa simplificación que perseguimos en nuestra labor científica, sin desdeñar o violentar por ello los hechos objetivos. Me doy cuenta de que siempre hemos tenido presente en el sadismo y en el masoquismo a las manifestaciones del instinto de destrucción dirigido hacia fuera y hacia dentro, fuertemente amalgamadas con el erotismo; pero ya no logro comprender cómo fue posible que pasáramos por alto la ubicuidad de las tendencias agresivas y destructivas no eróticas, dejando de concederles la importancia que merecen en la interpretación de la vida. (Es cierto que el impulso destructivo dirigido hacia dentro escapa generalmente a la percepción cuando no está teñido eróticamente.) Recuerdo mi propia resistencia cuando la idea del instinto de destrucción apareció por vez primera en la literatura psicoanalítica y cuánto tiempo tardé en aceptarla. Mucho menos me sorprende que también otros hayan mostrado idéntica aversión y que aún sigan manifestándola, pues a quienes creen en los cuentos de hadas no les agrada oír mentar la innata inclinación del hombre hacia «lo malo», a la agresión, a la destrucción y con ello también a la crueldad. ¿Acaso Dios no nos creó a imagen de su propia perfección? Pues por eso nadie quiere que se le recuerde cuán difícil resulta conciliar la existencia del mal —innegable, pese a todas las protestas de la *Christian Science*— con la omnipotencia y la soberana bondad de Dios. El Diablo aun sería el mejor subterfugio para disculpar a Dios, pues desempeñaría la misma función económica de descarga que el judío cumple en el mundo de los ideales arios. Pero aun así se podría pedir cuentas a Dios tanto de la existencia del Diablo como del mal que encarna. Frente a tales dificultades conviene aconsejar a todos que rindan profunda reverencia, en cuantas ocasiones se presenten, a la naturaleza esencialmente moral del hombre; de esta manera se gana el favor general y se le perdonan a uno muchas cosas[2295].

El término *libido* puede seguir aplicándose a las manifestaciones del Eros para discernirlas de la energía inherente al instinto de muerte[2296]. Cabe confesar que nos resulta mucho más difícil captar este último y que, en cierta manera, únicamente lo conjeturamos como una especie de residuo o remanente oculto tras el Eros, sustrayéndose a nuestra observación toda vez que no se manifieste en la amalgama con el mismo. En el sadismo, donde

desvía a su manera y conveniencia el fin erótico, sin dejar de satisfacer por ello el impulso sexual, logramos el conocimiento más diáfano de su esencia y de su relación con el Eros. Pero aun donde aparece sin propósitos sexuales, aun en la más ciega furia destructiva, no se puede dejar de reconocer que su satisfacción se acompaña de extraordinario placer narcisista, pues ofrece al *yo* la realización de sus más arcaicos deseos de omnipotencia. Atenuado y domeñado, casi coartado en su fin, el instinto de destrucción dirigido a los objetos debe procurar al *yo* la satisfacción de sus necesidades vitales y el dominio sobre la Naturaleza. Dado que, en efecto, hemos recurrido principalmente a argumentos teóricos para fundamentar el instinto de muerte, debemos conceder que no está al abrigo de los reparos de idéntica índole; pero, en todo caso, tal es como lo consideramos en el estado actual de nuestros conocimientos. La investigación y la especulación futuras nos suministran, con seguridad, la decisiva claridad al respecto.

En todo lo que sigue adoptaré, pues, el punto de vista de que la tendencia agresiva es una disposición instintiva innata y autónoma del ser humano; además, retomo ahora mi afirmación de que aquélla constituye el mayor obstáculo con que tropieza la cultura. En el curso de esta investigación se nos impuso alguna vez la intuición de que la cultura sería un proceso particular que se desarrolla sobre la Humanidad, y aún ahora nos subyuga esta idea. Añadiremos que se trata de un proceso puesto al servicio del Eros, destinado a condensar en una unidad vasta, en la Humanidad, a los individuos aislados, luego a las familias, las tribus, los pueblos y las naciones. No sabemos por qué es preciso que sea así: aceptamos que es, simplemente, la obra del Eros. Estas masas humanas han de ser vinculadas libidinalmente, pues ni la necesidad por sí sola ni las ventajas de la comunidad de trabajo bastarían para mantenerlas unidas. Pero el natural instinto humano de agresión, la hostilidad de uno contra todos y de todos contra uno, se opone a este designio de la cultura. Dicho instinto de agresión es el descendiente y principal representante del instinto de muerte, que hemos hallado junto al Eros y que con él comparte la dominación del mundo. Ahora, creo, el sentido de la evolución cultural ya no nos resultará impenetrable; por fuerza debe presentarnos la lucha entre Eros y muerte, instinto de vida e instinto de destrucción, tal como se lleva a cabo en la especie humana. Esta lucha es, en

suma, el contenido esencial de la misma, y por ello la evolución cultural puede ser definida brevemente como la lucha de la especie humana por la vida[2297]. ¡Y es este combate de los Titanes el que nuestras nodrizas pretenden aplacar en su «arrorró del Cielo»!

VII

¿POR qué nuestros parientes, los animales, no presentan semejante lucha cultural? Pues no lo sabemos. Es muy probable que algunos, como las abejas, las hormigas y las termitas, hayan bregado durante milenios hasta alcanzar las organizaciones estatales, la distribución del trabajo, la limitación de la libertad individual que hoy admiramos en ellos. Nuestra presente situación cultural queda bien caracterizada por la circunstancia de que, según nos dicen nuestros sentimientos, no podríamos ser felices en ninguno de esos estados animales, ni en cualquiera de las funciones que allí se confieren al individuo. Puede ser que otras especies animales hayan alcanzado un equilibrio transitorio entre las influencias del mundo exterior y los instintos que se combaten mutuamente, produciéndose así una detención del desarrollo. Es posible que en el hombre primitivo un nuevo empuje de la libido haya renovado el impulso antagónico del instinto de destrucción. Quedan aquí muchas preguntas por formular, sin que aún pueda dárseles respuesta.

Pero hay una cuestión que está más a nuestro alcance. ¿A qué recursos apela la cultura para coartar la agresión que le es antagónica, para hacerla inofensiva y quizá para eliminarla? Ya conocemos algunos de estos métodos, pero seguramente aún ignoramos el que parece ser más importante. Podemos estudiarlo en la historia evolutiva del individuo. ¿Qué le ha sucedido para que sus deseos agresivos se tornaran innocuos? Algo sumamente curioso, que nunca habríamos sospechado y que, sin embargo, es muy natural. La agresión es introyectada, internalizada, devuelta en realidad al lugar de donde procede: es dirigida contra el propio *yo*, incorporándose a una parte de éste, que en calidad de *super-yo* se opone a la parte restante, y asumiendo la función de

«conciencia» [moral], despliega frente al *yo* la misma dura agresividad que el *yo*, de buen grado, habría satisfecho en individuos extraños. La tensión creada entre el severo *super-yo* y el *yo* subordinado al mismo la calificamos de *sentimiento de culpabilidad*; se manifiesta bajo la forma de necesidad de castigo. Por consiguiente, la cultura domina la peligrosa inclinación agresiva del individuo, debilitando a éste, desarmándolo y haciéndolo vigilar por una instancia alojada en su interior, como una guarnición militar en la ciudad conquistada.

El psicoanalista tiene sobre la génesis del sentimiento de culpabilidad una opinión distinta de la que sustentan otros psicólogos, pero tampoco a él le resulta fácil explicarla. Ante todo, preguntando cómo se llega a experimentar este sentimiento, obtenemos una respuesta a la que no hay réplica posible: uno se siente culpable (los creyentes dicen «en pecado») cuando se ha cometido algo que se considera «malo»; pero advertiremos al punto la parquedad de esta respuesta. Quizá lleguemos a agregar, después de algunas vacilaciones, que también podrá considerarse culpable quien no haya hecho nada malo, sino tan sólo reconozca en sí la intención de hacerlo, y en tal caso se planteará la pregunta de por qué se equipara aquí el propósito con la realización. Pero ambos casos presuponen que ya se haya reconocido la maldad como algo condenable, como algo a excluir de la realización. Mas ¿cómo se llega a esta decisión? Podemos rechazar la existencia de una facultad original, en cierto modo natural, de discernir el bien del mal. Muchas veces lo malo ni siquiera es lo nocivo o peligroso para el *yo*, sino, por el contrario, algo que éste desea y que le procura placer. Aquí se manifiesta, pues, una influencia ajena y externa, destinada a establecer lo que debe considerarse como bueno y como malo. Dado que el hombre no ha sido llevado por la propia sensibilidad a tal discriminación, debe tener algún motivo para subordinarse a esta influencia extraña. Podremos hallarlo fácilmente en su desamparo y en su dependencia de los demás; la denominación que mejor le cuadra es la de «miedo a la pérdida del amor». Cuando el hombre pierde el amor del prójimo, de quien depende, pierde con ello su protección frente a muchos peligros, y ante todo se expone al riesgo de que este prójimo, más poderoso que él, le demuestre su superioridad en forma de castigo. Así, pues, lo malo es, originalmente, aquello por lo cual

uno es amenazado con la pérdida del amor; se debe evitar cometerlo por temor a esta pérdida. Por eso no importa mucho si realmente hemos hecho el mal o si sólo nos proponemos hacerlo; en ambos casos sólo aparecerá el peligro cuando la autoridad lo haya descubierto, y ésta adoptaría análoga actitud en cualquiera de ambos casos.

A semejante estado lo llamamos «mala conciencia», pero en el fondo no le conviene tal nombre, pues en este nivel el sentimiento de culpabilidad no es, sin duda alguna, más que un temor ante la pérdida del amor, es decir, angustia «social». En el niño pequeño jamás puede ser otra cosa; pero tampoco llega a modificarse en muchos adultos, con la salvedad de que el lugar del padre o de ambos personajes parentales es ocupado por la más vasta comunidad humana. Por eso los adultos se permiten regularmente hacer cualquier mal que les ofrezca ventajas, siempre que estén seguros de que la autoridad no los descubrirá o nada podrá hacerles, de modo que su temor se refiere exclusivamente a la posibilidad de ser descubiertos[2298]. En general, la sociedad de nuestros días se ve obligada a aceptar este estado de cosas.

Sólo se produce un cambio fundamental cuando la autoridad es internalizada al establecerse un *super-yo*. Con ello, los fenómenos de la conciencia moral son elevados a un nuevo nivel, y en puridad sólo entonces se tiene derecho a hablar de conciencia moral y de sentimiento de culpabilidad[2299]. En esta fase también deja de actuar el temor de ser descubierto y la diferencia entre hacer y querer el mal, pues nada puede ocultarse ante el *super-yo*, ni siquiera los pensamientos. Es cierto que ha desaparecido la gravedad real de la situación, pues la nueva autoridad, el *super-y* o, no tiene a nuestro juicio motivo alguno para maltratar al *yo*, con el cual está íntimamente fundido. Pero la influencia de su génesis, que hace perdurar lo pasado y lo superado, se manifiesta por el hecho de que en el fondo todo queda como era al principio. El *super-yo* tortura al pecaminoso *yo* con las mismas sensaciones de angustia y está al acecho de oportunidades para hacerlo castigar por el mundo exterior.

En esta segunda fase evolutiva, la conciencia moral denota una particularidad que faltaba en la primera y que ya no es tan fácil explicar. En efecto, se comporta tanto más severa y desconfiadamente cuanto más virtuoso es el hombre, de modo que, en última instancia, quienes han llegado

más lejos por el camino de la santidad son precisamente los que se acusan de la peor pecaminosidad. La virtud pierde así una parte de la recompensa que se le prometiera; el *yo* sumiso y austero no goza de la confianza de su mentor y se esfuerza, al parecer en vano, por ganarla. Aquí se querrá aducir que éstas no serían sino dificultades artificiosamente creadas por nosotros, pues el hombre moral se caracteriza precisamente por su conciencia moral más severa y más vigilante, y si los santos se acusan de ser pecadores, no lo hacen sin razón, teniendo en cuenta las tentaciones de satisfacer sus instintos a que están expuestos en grado particular, pues, como se sabe, la tentación no hace sino aumentar en intensidad bajo las constantes privaciones, mientras que al concedérsele satisfacciones ocasionales, se atenúa, por lo menos transitoriamente. Otro hecho del terreno de la ética, tan rico en problemas, es el de que la adversidad, es decir, la frustración exterior, intensifica enormemente el poderío de la conciencia en el *super-yo*; mientras la suerte sonríe al hombre, su conciencia moral es indulgente y concede grandes libertades al *yo*; en cambio, cuando la desgracia le golpea, hace examen de conciencia, reconoce sus pecados, eleva las exigencias de su conciencia moral, se impone privaciones y se castiga con penitencias[2300]. Pueblos enteros se han conducido y aún siguen conduciéndose de idéntica manera, pero esta actitud se explica fácilmente remontándose a la fase infantil primitiva de la conciencia, que, como vemos, no se abandona del todo una vez introyectada la autoridad en el *super-yo*, sino que subsiste junto a ésta. El destino es considerado como un sustituto de la instancia parental; si nos golpea la desgracia, significa que ya no somos amados por esta autoridad máxima, y amenazados por semejante pérdida de amor, volvemos a someternos al representante de los padres en el *super-yo*, al que habíamos pretendido desdeñar cuando gozábamos de la felicidad. Todo esto se revela con particular claridad cuando, en estricto sentido religioso, no se ve en el destino sino una expresión de la voluntad divina. El pueblo de Israel se consideraba hijo predilecto del Señor, y cuando este gran Padre le hizo sufrir desgracia tras desgracia, de ningún modo llegó a dudar de esa relación privilegiada con Dios ni de su poderío y justicia, sino que creó los Profetas, que debían reprocharle su pecaminosidad, e hizo surgir de su sentimiento de culpabilidad los severísimos preceptos de la religión sacerdotal. Es curioso,

pero ¡de qué distinta manera se conduce el hombre primitivo! Cuando le ha sucedido una desgracia no se achaca la culpa a sí mismo, sino al fetiche, que evidentemente no ha cumplido su cometido, y lo muele a golpes en lugar de castigarse a sí mismo.

Por consiguiente, conocemos dos orígenes del sentimiento de culpabilidad: uno es el miedo a la autoridad; el segundo, más reciente, es el temor al *super-yo*. El primero obliga a renunciar a la satisfacción de los instintos; el segundo impulsa, además, al castigo, dado que no es posible ocultar ante el *super-yo* la persistencia de los deseos prohibidos. Por otra parte, ya sabemos cómo ha de comprenderse la severidad del *super-yo*; es decir, el rigor de la conciencia moral. Esta continúa simplemente la severidad de la autoridad exterior, revelándola y sustituyéndola en parte. Advertimos ahora la relación que existe entre la renuncia a los instintos y el sentimiento de culpabilidad. Originalmente, la renuncia instintual es una consecuencia del temor a la autoridad exterior; se renuncia a satisfacciones para no perder el amor de ésta. Una vez cumplida esa renuncia, se han saldado las cuentas con dicha autoridad y ya no tendría que subsistir ningún sentimiento de culpabilidad. Pero no sucede lo mismo con el miedo al *super-yo*. Aquí no basta la renuncia a la satisfacción de los instintos, pues el deseo correspondiente persiste y no puede ser ocultado ante el *super-yo*. En consecuencia, no dejará de surgir el sentimiento de culpabilidad, pese a la renuncia cumplida, circunstancia ésta que representa una gran desventaja económica de la instauración del *super-yo* o, en otros términos, de la génesis de la conciencia moral. La renuncia instintual ya no tiene pleno efecto absolvente; la virtuosa abstinencia ya no es recompensada con la seguridad de conservar el amor, y el individuo ha trocado una catástrofe exterior amenazante —pérdida de amor y castigo por la autoridad exterior— por una desgracia interior permanente: la tensión del sentimiento de culpabilidad.

Estas interrelaciones son tan complejas y al mismo tiempo tan importantes que a riesgo de incurrir en repeticiones aun quisiera abordarlas desde otro ángulo. La secuencia cronológica sería, pues, la siguiente: ante todo se produce una renuncia instintual por temor a la agresión de la autoridad exterior —pues a esto se reduce el miedo a perder el amor, ya que el amor protege contra la agresión punitiva—; luego se instaura la autoridad

interior, con la consiguiente renuncia instintual por miedo a ésta; es decir, por el miedo a la conciencia moral. En el segundo caso se equipara la mala acción con la intención malévola, de modo que aparece el sentimiento de culpabilidad y la necesidad de castigo. La agresión por la conciencia moral perpetúa así la agresión por la autoridad. Hasta aquí todo es muy claro; pero ¿dónde ubicar en este esquema el reforzamiento de la conciencia moral por influencia de adversidades exteriores —es decir, de las renuncias impuestas desde fuera—; cómo explicar la extraordinaria intensidad de la conciencia en los seres mejores y más dóciles? Ya hemos explicado ambas particularidades de la conciencia moral, pero quizá tengamos la impresión de que estas explicaciones no llegan al fondo de la cuestión, sino que dejan un resto sin explicar. He aquí llegado el momento de introducir una idea enteramente propia del psicoanálisis y extraña al pensar común. El enunciado de esta idea nos permitirá comprender al punto por qué el tema debía parecemos tan confuso e impenetrable; en efecto, nos dice que si bien al principio la conciencia moral (más exactamente: la angustia, convertida después en conciencia) es la causa de la renuncia a los instintos, posteriormente, en cambio, esta situación se invierte: toda renuncia instintual se convierte entonces en una fuente dinámica de la conciencia moral; toda nueva renuncia a la satisfacción aumenta su severidad y su intolerancia. Si lográsemos conciliar mejor esta situación con la génesis de la conciencia moral que ya conocemos, estaríamos tentados a sustentar la siguiente tesis paradójica: la conciencia moral es la consecuencia de la renuncia instintual; o bien: la renuncia instintual (que nos ha sido impuesta desde fuera) crea la conciencia moral, que a su vez exige nuevas renuncias instintuales.

En realidad, no es tan grande la contradicción entre esta tesis y la génesis descrita de la conciencia moral, pudiéndose entrever un camino que permitirá restringirla aún más. A fin de plantear más fácilmente el problema, recurramos al ejemplo del instinto de agresión y aceptemos que en estas relaciones se ha de tratar siempre de una renuncia a la agresión. Desde luego, esto no será más que una hipótesis provisional. En tal caso, el efecto de la renuncia instintual sobre la conciencia moral se fundaría en que cada parte de agresión a cuyo cumplimiento renunciamos es incorporada por el *super-yo*, acrecentando su agresividad (contra el *yo*). Esta proposición no concuerda

perfectamente con el hecho de que la agresividad original de la conciencia moral es una continuación de la severidad con que actúa la autoridad exterior; es decir, que nada tiene que hacer con una renuncia; pero podemos eliminar tal discrepancia aceptando un origen distinto para esta primera provisión de agresividad del *super-yo*. Éste debe haber desarrollado considerables tendencias agresivas contra la autoridad que privara al niño de sus primeras y más importantes satisfacciones, cualquiera que haya sido la especie particular de las renuncias instintuales impuestas por aquella autoridad. Bajo el imperio de la necesidad, el niño se vio obligado a renunciar también a esta agresión vengativa, sustrayéndose a una situación económicamente tan difícil, mediante el recurso que le ofrecen mecanismos conocidos: incorpora, identificándose con ella, a esta autoridad inaccesible, que entonces se convierte en *super-yo* y se apodera de toda la agresividad que el niño gustosamente habría desplegado contra aquélla. El *yo* del niño debe acomodarse al triste papel de la autoridad así degradada: del padre. Se trata, como en tantas ocasiones, de una típica situación invertida: «Si yo fuese el padre y tú el niño, yo te trataría mal a ti». La relación entre el *super-yo* y el *yo* es el retorno, deformado por el deseo, de viejas relaciones reales entre el *yo*, aún indiviso, y un objeto exterior, hecho que también es típico. La diferencia fundamental reside, empero, en que la primitiva severidad del *super-yo* no es —o no es en tal medida— la que el objeto nos ha hecho sentir o la que le atribuimos, sino que corresponde más a nuestra propia agresión contra el objeto. Si esto es exacto, realmente se puede afirmar que la conciencia se habría formado primitivamente por la supresión de una agresión, y que en su desarrollo se fortalecería por nuevas supresiones semejantes.

Ahora bien, ¿cuál de ambas concepciones es la verdadera? ¿La primera, que nos parecía tan bien fundada genéticamente, o la segunda, que viene a completar tan oportunamente nuestra teoría? Evidentemente; ambas están justificadas, como también lo demuestra la observación directa; no se contradicen mutuamente y aun coinciden en un punto, pues la agresividad vengativa del niño ha de ser determinada en parte por la medida de la agresión punitiva que atribuye al padre. Pero la experiencia nos enseña que la severidad del *super-yo* desarrollado por el niño de ningún modo refleja la severidad del trato que se le ha hecho experimentar[2301]. La primera parece

ser independiente de ésta, pues un niño educado muy blandamente puede desarrollar una conciencia moral sumamente severa. Pero también sería incorrecto exagerar esta independencia; no es difícil convencerse de que el rigor de la educación ejerce asimismo una influencia poderosa sobre la génesis del *super-yo* infantil. Sucede que a la formación del *super-yo* y al desarrollo de la conciencia moral concurren factores constitucionales innatos e influencias del medio, del ambiente real, dualidad que nada tiene de extraño, pues representa la condición etiológica general de todos estos procesos[2302].

También se puede decir que el niño, cuando reacciona frente a las primeras grandes privaciones instintuales con agresión excesiva y con una severidad correspondiente del *super-yo*, no hace sino repetir un prototipo filogenético, excediendo la justificación actual de la reacción, pues el padre prehistórico seguramente fue terrible y bien podía atribuírsele, con todo derecho, la más extrema agresividad. Las divergencias entre ambas concepciones de la génesis de la conciencia moral se atenúan, pues, aún más si se pasa de la historia evolutiva individual a la filogenética. En cambio, se nos presenta una nueva e importante diferencia entre estos dos procesos. No podemos eludir la suposición de que el sentimiento de culpabilidad de la especie humana procede del complejo de Edipo y fue adquirido al ser asesinado el padre por la coalición de los hermanos. En esa oportunidad la agresión no fue suprimida, sino ejecutada: la misma agresión que al ser coartada debe originar en el niño el sentimiento de culpabilidad. Ahora no me asombraría si uno de mis lectores exclamase airadamente: «¡De modo que es completamente igual si se mata al padre o si no se le mata, pues de todos modos nos crearemos un sentimiento de culpabilidad! ¡Bien puede uno permitirse algunas dudas! O bien es falso que el sentimiento de culpabilidad proceda de agresiones suprimidas, o bien toda la historia del parricidio no es más que un cuento, y los hijos de los hombres primitivos no mataron a sus padres con mayor frecuencia de lo que suelen hacerlo los actuales. Por otra parte, si no es un cuento, sino verdad histórica aceptable, entonces sólo nos encontraríamos ante un caso en el cual ocurre lo que todo el mundo espera: que uno se sienta culpable por haber hecho realmente algo injustificado. ¡Y este caso, que a fin de cuentas sucede todos los días, es el que el psicoanálisis

no atina a explicar!»

Nada más cierto que esta falta, pero hemos de apresurarnos a remediarla. Por otra parte, no se trata de ningún misterio especial. Si alguien tiene un sentimiento de culpabilidad después de haber cometido alguna falta, y precisamente a causa de ésta, tal sentimiento debería llamarse, más bien, *remordimiento*. Sólo se refiere a un hecho dado, y, naturalmente, presupone que antes del mismo haya existido una disposición a sentirse culpable, es decir, una *conciencia moral*, de modo que semejante remordimiento jamás podrá ayudarnos a encontrar el origen de la conciencia moral y del sentimiento de culpabilidad en general. En estos casos cotidianos suele suceder que una necesidad instintual ha adquirido la fuerza necesaria para imponer su satisfacción contra la energía, también limitada, de la conciencia moral, restableciéndose luego la primitiva relación de fuerzas mediante la natural atenuación que la necesidad instintual experimenta al satisfacerse. Por consiguiente, el psicoanálisis hace bien al excluir de estas consideraciones el caso que representa el sentimiento de culpabilidad emanado del remordimiento, pese a la frecuencia con que aparece y pese a la magnitud de su importancia práctica.

Pero si el humano sentimiento de culpabilidad se remonta al asesinato del protopadre, ¿acaso no se trataba también de un caso de «remordimiento», aunque entonces no puede haberse dado la condición previa de la conciencia moral y del sentimiento de culpabilidad anteriores al hecho? ¿De dónde proviene en esa situación el remordimiento? Este caso seguramente ha de aclararnos el enigma del sentimiento de culpabilidad, poniendo fin a nuestras dificultades. Efectivamente, creo que cumplirá nuestras esperanzas. Este remordimiento fue el resultado de la primitivísima ambivalencia afectiva frente al padre, pues los hijos lo odiaban, pero también lo amaban; una vez satisfecho el odio mediante la agresión, el amor volvió a surgir en el remordimiento consecutivo al hecho, erigiendo el *super-yo* por identificación con el padre, dotándolo del poderío de éste, como si con ello quisiera castigar la agresión que se le hiciera sufrir, y estableciendo finalmente las restricciones destinadas a prevenir la repetición del crimen. Y como la tendencia agresiva contra el padre volvió a agitarse en cada generación sucesiva, también se mantuvo el sentimiento de culpabilidad, fortaleciéndose

de nuevo con cada una de las agresiones contenidas y transferidas al *super-yo*. Creo que por fin comprenderemos claramente dos cosas: la participación del amor en la génesis de la conciencia y el carácter fatalmente inevitable del sentimiento de culpabilidad. Efectivamente, no es decisivo si hemos matado al padre o si nos abstuvimos del hecho: en ambos casos nos sentiremos por fuerza culpables, dado que este sentimiento de culpabilidad es la expresión del conflicto de ambivalencia, de la eterna lucha entre el Eros y el instinto de destrucción o de muerte. Este conflicto se exacerba en cuanto al hombre se le impone la tarea de vivir en comunidad; mientras esta comunidad sólo adopte la forma de familia, aquél se manifestará en el complejo de Edipo, instituyendo la conciencia y engendrando el primer sentimiento de culpabilidad. Cuando se intenta ampliar dicha comunidad, el mismo conflicto persiste en formas que dependen del pasado, reforzándose y exaltando aún más el sentimiento de culpabilidad. Dado que la cultura obedece a una pulsión erótica interior que la obliga a unir a los hombres en una masa íntimamente amalgamada, sólo puede alcanzar este objetivo mediante la constante y progresiva acentuación del sentimiento de culpabilidad. El proceso que comenzó en relación con el padre concluye en relación con la masa. Si la cultura es la vía ineludible que lleva de la familia a la humanidad entonces, a consecuencia del innato conflicto de ambivalencia, a causa de la eterna querella entre la tendencia de amor y la de muerte, la cultura está ligada indisolublemente con una exaltación del sentimiento de culpabilidad, que quizá llegue a alcanzar un grado difícilmente soportable para el individuo. Aquí acude a nuestra mente la conmovedora imprecación que el gran poeta dirige contra las «potencias celestes»:

> A la vida nos echáis,
> dejando que el pobre incurra en culpa;
> luego lo dejáis sufrir,
> pues toda culpa se ha de expiar[2303].

No podemos por menos de suspirar desconsolados al advertir cómo a ciertos hombres les es dado hacer surgir del torbellino de sus propios sentimientos, sin esfuerzo alguno, los más profundos conocimientos, mientras que nosotros para alcanzarlos debemos abrirnos paso a través de torturantes

vacilaciones e inciertos tanteos.

VIII

LLEGADOS al término de semejante excursión, el autor debe excusarse ante sus lectores por no haber sido un guía más hábil, por no haberles evitado los trechos áridos ni los rodeos dificultosos del camino. No cabe duda de que se puede llegar mejor al mismo objetivo; en lo que de mí depende, trataré de compensar algunos de estos defectos.

Ante todo, sospecho haber despertado en el lector la impresión de que las consideraciones sobre el sentimiento de culpabilidad exceden los límites de este trabajo, al ocupar ellas solas demasiado espacio, relegando a segundo plano todos los temas restantes, con los que no siempre están íntimamente vinculadas. Esto bien puede haber trastornado la estructura de mi estudio, pero corresponde por completo al propósito de destacar el sentimiento de culpabilidad como problema más importante de la evolución cultural, señalando que el precio pagado por el progreso de la cultura reside en la pérdida de felicidad por aumento del sentimiento de culpabilidad[2304]. Lo que aún parezca extraño en esta proposición, resultado final de nuestro estudio, quizá pueda atribuirse a la muy extraña y aún completamente inexplicada relación entre el sentimiento de culpabilidad y nuestra consciencia. En los casos comunes de remordimiento que consideramos normales, aquel sentimiento se expresa con suficiente claridad en la consciencia, y aun solemos decir, en lugar de «sentimiento de culpabilidad» (*Schuldgefühl*), «consciencia de culpabilidad» (*Schuldbewusstsein*). El estudio de las neurosis, al cual debemos las más valiosas informaciones para la comprensión de lo normal, nos revela situaciones harto contradictorias. En una de estas afecciones, la neurosis obsesiva, el sentimiento de culpabilidad se impone a la consciencia con excesiva intensidad, dominando tanto el cuadro clínico como la vida entera del enfermo, y apenas deja surgir otras cosas junto a él. Pero en la mayoría de los casos y formas restantes de la neurosis el sentimiento de culpabilidad permanece enteramente inconsciente,

sin que sus efectos sean por ello menos intensos. Los enfermos no nos creen cuando les atribuimos un «sentimiento inconsciente de culpabilidad»; para que lleguen a comprendernos, aunque sólo sea en parte, les explicamos que el sentimiento de culpabilidad se expresa por una necesidad inconsciente de castigo. Pero no hemos de sobrevalorar su relación con la forma que adopta una neurosis, pues también en la obsesiva hay ciertos tipos de enfermos que no perciben su sentimiento de culpabilidad, o que sólo alcanzan a sentirlo como torturante malestar, como una especie de angustia, cuando se les impide la ejecución de determinados actos. Sin duda sería necesario que por fin se comprendiera todo esto, pero aún no hemos llegado a tanto. Quizá convenga señalar aquí que el sentimiento de culpabilidad no es, en el fondo, sino una variante topográfica de la angustia, y que en sus fases ulteriores coincide por completo con el *miedo al super-yo*. Por otra parte, en su relación con la consciencia, la angustia presenta las mismas extraordinarias variaciones que observamos en el sentimiento de culpabilidad. En una u otra forma, siempre hay angustia oculta tras todos los síntomas; pero mientras en ciertas ocasiones acapara ruidosamente todo el campo de la consciencia, en otras se oculta a punto tal, que nos vemos obligados a hablar de una «angustia inconsciente», o bien para aplacar nuestros escrúpulos psicológicos; ya que la angustia no es, en principio, sino una sensación, hablaremos de «posibilidades de angustia». Por eso también se concibe fácilmente que el sentimiento de culpabilidad engendrado por la cultura no se perciba como tal, sino que permanezca inconsciente en gran parte o se exprese como un malestar, un descontento que se trata de atribuir a otras motivaciones. Las religiones, por lo menos, jamás han dejado de reconocer la importancia del sentimiento de culpabilidad para la cultura, denominándolo «pecado» y pretendiendo librar de él a la Humanidad, aspecto éste que omití considerar en cierta ocasión[2305]. En cambio, en otra obra[2306] me basé precisamente en la forma en que el cristianismo obtiene esta redención —por la muerte sacrificial de un individuo, que asume así la culpa común a todos— para deducir de ella la ocasión en la cual esta protoculpa original puede haber sido adquirida por vez primera, ocasión que habría sido también el origen de la cultura.

Quizá no sea superfluo, aunque tampoco es muy importante, que

ilustremos la significación de algunos términos como *super-yo, conciencia, sentimiento de culpabilidad, necesidad de castigo, remordimiento*, términos que probablemente hayamos aplicado con cierta negligencia y en mutua confusión. Todos se relacionan con la misma situación, pero denotan distintos aspectos de ésta. El *super-yo* es una instancia psíquica inferida por nosotros; la *conciencia* es una de las funciones que le atribuimos, junto a otras; está destinada a vigilar los actos y las intenciones del *yo*, juzgándolos y ejerciendo una actividad censoria. El *sentimiento de culpabilidad* —la severidad del *super-yo*— equivale, pues, al rigor de la conciencia; es la percepción que tiene el *yo* de esta vigilancia que se le impone, es su apreciación de las tensiones entre sus propias tendencias y las exigencias del *super-yo*; por fin, la angustia subyacente a todas estas relaciones, el miedo a esta instancia crítica, o sea, la *necesidad de castigo*, es una manifestación instintiva del *yo* que se ha tornado masoquista bajo la influencia del *super-yo* sádico; en otros términos, es una parte del impulso a la destrucción interna que posee el *yo* y que utiliza para establecer un vínculo erótico con el *super-yo*. Jamás se debería hablar de *conciencia* mientras no se haya demostrado la existencia de un *super-yo*; del sentimiento o de la conciencia de culpabilidad, en cambio, cabe aceptar que existe antes que el *super-yo* y, en consecuencia, también antes que la conciencia (moral). Es entonces la expresión directa e inmediata del temor ante la autoridad exterior, el reconocimiento de la tensión entre el *yo* y esta última; es el producto directo del conflicto entre la necesidad de amor parental y la tendencia a la satisfacción instintual, cuya inhibición engendra la agresividad. La superposición de estos dos planos del sentimiento de culpabilidad —el derivado del miedo a la autoridad exterior y el producido por el temor ante la interior— nos ha dificultado a menudo la comprensión de las relaciones de la conciencia moral. *Remordimiento* es un término global empleado para designar la reacción del *yo* en un caso especial del sentimiento de culpabilidad, incluyendo el material sensitivo casi inalterado de la angustia que actúa tras aquél; es en sí mismo un castigo, y puede abarcar toda la necesidad de castigo; por consiguiente, también el remordimiento puede ser anterior al desarrollo de la conciencia moral.

Tampoco será superfluo volver a repasar las contradicciones que por momentos nos han confundido en nuestro estudio. Una vez pretendíamos que

el sentimiento de culpabilidad fuera una consecuencia de las agresiones coartadas, mientras que en otro caso, precisamente en su origen histórico, en el parricidio, debía ser el resultado de una agresión realizada. Con todo, también logramos superar este obstáculo, pues la instauración de la autoridad interior, del *super-yo*, vino a trastocar radicalmente la situación. Antes de este cambio, el sentimiento de culpabilidad coincidía con el remordimiento (advertimos aquí que este término debe reservarse para designar la reacción consecutiva al cumplimiento real de la agresión). Después del mismo, la diferencia entre agresión intencionada y realizada perdió toda importancia debido a la omnisapiencia del *super-yo*; ahora, el sentimiento de culpabilidad podía originarse tanto en un acto de violencia efectivamente realizado —cosa que todo el mundo sabe— como también en uno simplemente intencionado —hecho que el psicoanálisis ha descubierto—. Tanto antes como después, sin tener en cuenta este cambio de la situación psicológica, el conflicto de ambivalencia entre ambos protoinstintos produce el mismo efecto. Estaríamos tentados a buscar aquí la solución del problema de las variables relaciones entre el sentimiento de culpabilidad y la consciencia. El sentimiento de culpabilidad, emanado del remordimiento por la mala acción, siempre debería ser consciente; mientras que el derivado de la percepción del impulso nocivo podría permanecer inconsciente. Pero las cosas no son tan simples, y la neurosis obsesiva contradice fundamentalmente este esquema. Hemos visto que hay una segunda contradicción entre ambas hipótesis sobre el origen de la energía agresiva de que suponemos dotado al *super-yo*. En efecto, según la primera concepción, aquélla no es más que la continuación de la energía punitiva de la autoridad exterior, conservándola en la vida psíquica, mientras que según la otra representaría, por el contrario, la agresividad propia, dirigida contra esa autoridad inhibidora, pero no realizada. La primera concepción parece adaptarse mejor a la historia del sentimiento de culpabilidad, mientras que la segunda tiene más en cuenta su teoría. Profundizando la reflexión, esta antinomia, al parecer inconciliable, casi llegó a esfumarse excesivamente, pues quedó como elemento esencial y común el hecho de que en ambos casos se trata de una agresión desplazada hacia dentro. Por otra parte, la observación clínica permite diferenciar realmente dos fuentes de la agresión atribuida al *super-yo*, una u otra de las

cuales puede predominar en cada caso individual, aunque generalmente actúan en conjunto.

Creo llegado el momento de insistir formalmente en una concepción que hasta ahora he propuesto como hipótesis provisional. En la literatura analítica más reciente[2307] se expresa una predilección por la teoría de que toda forma de privación, toda satisfacción instintual defraudada, tiene o podría tener por consecuencia un aumento del sentimiento de culpabilidad. Por mi parte, creo que se simplifica considerablemente la teoría si se aplica este principio *únicamente* a los instintos *agresivos*, y no hay duda de que serán pocos los hechos que contradigan esta hipótesis. En efecto, ¿cómo se explicaría, dinámica y económicamente, que en lugar de una exigencia erótica insatisfecha aparezca un aumento del sentimiento de culpabilidad? Esto sólo parece ser posible a través de la siguiente derivación indirecta: al impedir la satisfacción erótica se desencadenaría cierta agresividad contra la persona que impide esa satisfacción, y esta agresividad contra la persona que impide esa satisfacción, y esta agresividad tendría que ser a su vez contenida. Pero en tal caso sólo sería nuevamente la agresión la que transforma en sentimiento de culpabilidad al ser coartada y derivada al *super-yo*. Estoy convencido de que podremos concebir más simple y claramente muchos procesos psíquicos si limitamos únicamente a los instintos agresivos la génesis del sentimiento de culpabilidad descubierta por el psicoanálisis. La observación del material clínico no nos proporciona aquí una respuesta inequívoca, pues, como lo anticipaban nuestras propias hipótesis, ambas categorías de instintos casi nunca aparecen en forma pura y en mutuo aislamiento; pero la investigación de casos extremos seguramente nos llevará en la dirección que yo preveo. Estoy tentado de aprovechar inmediatamente esta concepción más estrecha, aplicándola al proceso de la *represión*. Como ya sabemos, los síntomas de la neurosis son en esencia satisfacciones sustitutivas de deseos sexuales no realizados. En el curso de la labor analítica hemos aprendido, para gran sorpresa nuestra, que quizá toda neurosis oculte cierta cantidad de sentimiento de culpabilidad inconsciente, el cual a su vez refuerza los síntomas al utilizarlo como castigo. Cabría formular, pues, la siguiente proposición: cuando un impulso instintual sufre la represión, sus elementos libidinales se convierten en síntomas, y sus componentes agresivos, en

sentimiento de culpabilidad. Aun si esta proposición sólo fuese cierta como aproximación, bien merecería que le dedicáramos nuestro interés.

Por otra parte, muchos lectores tendrán la impresión de que se ha mencionado excesivamente la fórmula de la lucha entre el Eros y el instinto de muerte. La apliqué para caracterizar el proceso cultural que transcurre en la Humanidad, pero también la vinculé con la evolución del individuo, y además pretendí que habría de revelar el secreto de la vida orgánica en general. Parece, pues, ineludible investigar las vinculaciones mutuas entre estos tres procesos. La repetición de la misma fórmula está justificada por la consideración de que tanto el proceso cultural de la Humanidad como el de la evolución individual no son sino mecanismos vitales, de modo que han de participar del carácter más general de la vida. Pero esta misma generalidad del carácter biológico le resta todo valor como elemento diferencial del proceso de la cultura, salvo que sea limitado por condiciones particulares en el caso de esta última. En efecto, salvamos dicha incertidumbre al comprobar que el proceso cultural es aquella modificación del proceso vital que surge bajo la influencia de una tarea planteada por el Eros y urgida por Ananké, por la necesidad exterior real: tarea que consiste en la unificación de individuos aislados para formar una comunidad libidinalmente vinculada. Pero si contemplamos la relación entre el proceso cultural en la Humanidad y el del desarrollo o de la educación individuales, no vacilaremos en reconocer que ambos son de índole muy semejante, y que aun podrían representar un mismo proceso realizado en distintos objetos. Naturalmente, el proceso cultural de la especie humana es una abstracción de orden superior al de la evolución del individuo, y por eso mismo es más difícil captarlo concretamente. No conviene exagerar en forma artificiosa el establecimiento de semejantes analogías; no obstante, teniendo en cuenta la similitud de los objetivos de ambos procesos —en un caso, la inclusión de un individuo en la masa humana; en el otro, la creación de una unidad colectiva a partir de muchos individuos—, no puede sorprendernos la semejanza de los métodos aplicados y de los resultados obtenidos. Pero tampoco podemos seguir ocultando un rasgo diferencial de ambos procesos, pues su importancia es extraordinaria. La evolución del individuo sustenta como fin principal el programa del principio del placer, es decir, la prosecución de la felicidad, mientras que la

inclusión en una comunidad humana o la adaptación a la misma aparece como un requisito casi ineludible que ha de ser cumplido para alcanzar el objetivo de la felicidad; pero quizá sería mucho mejor si esta condición pudiera ser eliminada. En otros términos, la evolución individual se nos presenta como el producto de la interferencia entre dos tendencias; la aspiración a la felicidad, que solemos calificar de «egoísta», y el anhelo de fundirse con los demás en una comunidad, que llamamos «altruista». Ambas designaciones no pasan de ser superficiales. Como ya lo hemos dicho, en la evolución individual el acento suele recaer en la tendencia egoísta o de felicidad, mientras que la otra, que podríamos designar «cultural», se limita generalmente a instituir restricciones. Muy distinto es lo que sucede en el proceso de la cultura. El objetivo de establecer una unidad formada por individuos humanos es, con mucho, el más importante, mientras que el de la felicidad individual, aunque todavía subsiste, es desplazado a segundo plano; casi parecería que la creación de una gran comunidad humana podría ser lograda con mayor éxito si se hiciera abstracción de la felicidad individual. Por consiguiente, debe admitirse que el proceso evolutivo del individuo puede tener rasgos particulares que no se encuentran en el proceso cultural de la Humanidad; el primero sólo coincidirá con el segundo en la medida en que tenga por meta la adaptación a la comunidad.

Tal como el planeta gira en torno de su astro central, además de rotar alrededor del propio eje, así también el individuo participa en el proceso evolutivo de la Humanidad, recorriendo al mismo tiempo el camino de su propia vida. Pero para nuestros ojos torpes el drama que se desarrolla en el firmamento parece estar fijado en un orden imperturbable; en los fenómenos orgánicos, en cambio, aún advertimos cómo luchan las fuerzas entre sí y cómo cambian sin cesar los resultados del conflicto. Tal como fatalmente deben combatirse en cada individuo las dos tendencias antagónicas —la de felicidad individual y la de unión humana—, así también han de enfrentarse por fuerza, disputándose el terreno, ambos procesos evolutivos: el del individuo y el de la cultura. Pero esta lucha entre individuo y sociedad no es hija del antagonismo, quizá inconciliable, entre los protoinstintos, entre Eros y Muerte, sino que responde a un conflicto en la propia economía de la libido, conflicto comparable a la disputa por el reparto de la libido entre el *yo*

y los objetos. No obstante las penurias que actualmente impone la existencia del individuo, la contienda puede llegar en éste a un equilibrio definitivo que, según esperamos, también alcanzará en el futuro de la cultura.

Aún puede llevarse mucho más lejos la analogía entre el proceso cultural y la evolución del individuo, pues cabe sostener que también la comunidad desarrolla un *super-yo* bajo cuya influencia se produce la evolución cultural. Para el estudioso de las culturas humanas sería tentadora la tarea de perseguir esta analogía en casos específicos. Por mi parte, me limitaré a destacar algunos detalles notables. El *super-yo* de una época cultural determinada tiene un origen análogo al del *super-yo* individual, pues se funda en la impresión que han dejado los grandes personajes conductores, los hombres de abrumadora fuerza espiritual o aquéllos en los cuales algunas de las aspiraciones humanas básicas llegó a expresarse con máxima energía y pureza, aunque, quizá por eso mismo, muy unilateralmente. En muchos casos la analogía llega aún más lejos, pues con regular frecuencia, aunque no siempre, esos personajes han sido denigrados, maltratados o aun despiadadamente eliminados por sus semejantes, suerte similar a la del protopadre, que sólo mucho tiempo después de su violenta muerte asciende a la categoría de divinidad. La figura de Jesucristo es, precisamente, el ejemplo más cabal de semejante doble destino, siempre que no sea por ventura una creación mitológica surgida bajo el oscuro recuerdo de aquel homicidio primitivo. Otro elemento coincidente reside en que el *super-yo* cultural, a entera semejanza del individual establece rígidos ideales cuya violación es castigada con la «angustia de conciencia». Aquí nos encontramos ante la curiosa situación de que los procesos psíquicos respectivos nos son más familiares, más accesibles a la consciencia, cuando los abordamos bajo su aspecto colectivo que cuando los estudiamos en el individuo. En éste sólo se expresan ruidosamente las agresiones del *super-yo*, manifestadas como reproches al elevarse la tensión interna, mientras que sus exigencias mismas a menudo yacen inconscientes. Al llevarlas a la percepción consciente se comprueba que coinciden con los preceptos del respectivo *super-yo* cultural. Ambos procesos —la evolución cultural de la masa y el desarrollo propio del individuo— siempre están aquí en cierta manera conglutinados. Por eso muchas expresiones y cualidades del *super-yo* pueden ser reconocidas con

mayor facilidad en su expresión colectiva que en el individuo aislado.

El *super-yo* cultural ha elaborado sus ideales y erigido sus normas. Entre éstas, las que se refieren a las relaciones de los seres humanos entre sí están comprendidas en el concepto de la ética. En todas las épocas se dio el mayor valor a estos sistemas éticos, como si precisamente ellos hubieran de colmar las máximas esperanzas. En efecto, la ética aborda aquel punto que es fácil reconocer como el más vulnerable de toda cultura. Por consiguiente, debe ser concebida como una tentativa terapéutica, como un ensayo destinado a lograr mediante un imperativo del *super-yo* lo que antes no pudo alcanzar la restante labor cultural. Ya sabemos que en este sentido el problema consiste en eliminar el mayor obstáculo con que tropieza la cultura: la tendencia constitucional de los hombres a agredirse mutuamente; de ahí el particular interés que tiene para nosotros el quizá más reciente precepto del *super-yo* cultural: «Amarás al prójimo como a ti mismo». La investigación y el tratamiento de las neurosis nos han llevado a sustentar dos acusaciones contra el *super-yo* del individuo: con la severidad de sus preceptos y prohibiciones se despreocupa demasiado de la felicidad del *yo*, pues no toma debida cuenta de las resistencias contra el cumplimiento de aquéllos, de la energía instintiva del *ello* y de las dificultades que ofrece el mundo real. Por consiguiente, al perseguir nuestro objetivo terapéutico, muchas veces nos vemos obligados a luchar contra el *super-yo*, esforzándonos por atenuar sus pretensiones. Podemos oponer objeciones muy análogas contra las exigencias éticas del *super-yo* cultural. Tampoco éste se preocupa bastante por la constitución psíquica del hombre, pues instituye un precepto y no se pregunta si al ser humano le será posible cumplirlo. Acepta, más bien, que al *yo* del hombre le es psicológicamente posible realizar cuanto se le encomiende; que el *yo* goza de ilimitada autoridad sobre su *ello*. He aquí un error, pues aun en los seres pretendidamente normales la dominación sobre el *ello* no puede exceder determinados límites. Si las exigencias los sobrepasan, se produce en el individuo una rebelión o una neurosis, o se le hace infeliz. El mandamiento «Amarás al prójimo como a ti mismo» es el rechazo más intenso de la agresividad humana y constituye un excelente ejemplo de la actitud antipsicológica que adopta el *super-yo* cultural. Ese mandamiento es irrealizable; tamaña inflación del amor no puede menos que menoscabar su

valor, pero de ningún modo conseguirá remediar el mal. La cultura se despreocupa de todo esto, limitándose a decretar que cuanto más difícil sea obedecer el precepto, tanto más mérito tendrá su acatamiento. Pero quien en el actual estado de la cultura se ajuste a semejante regla, no hará sino colocarse en situación desventajosa frente a todos aquellos que la violen. ¡Cuán poderoso obstáculo cultural debe ser la agresividad si su rechazo puede hacernos tan infelices como su realización! De nada nos sirve aquí la pretendida ética «natural», fuera de que nos ofrece la satisfacción narcisista de poder considerarnos mejores que los demás. La ética basada en la religión, por su parte, nos promete un más allá mejor, pero pienso que predicará en desierto mientras la virtud nos rinda sus frutos ya en esta tierra. También yo considero indudable que una modificación objetiva de las relaciones del hombre con la propiedad sería en este sentido más eficaz que cualquier precepto ético; pero los socialistas malogran tan justo reconocimiento, desvalorizándolo en su realización al incurrir en un nuevo desconocimiento idealista de la naturaleza humana.

A mi juicio, el concepto de que los fenómenos de la evolución cultural pueden interpretarse en función de un *super-yo*, aún promete revelar nuevas inferencias. Pero nuestro estudio toca a su fin, aunque sin eludir una última cuestión. Si la evolución de la cultura tiene tan trascendentes analogías con la del individuo y si emplea los mismos recursos que ésta, ¿acaso no estará justificado el diagnóstico de que muchas culturas —o épocas culturales, y quizá aun la Humanidad entera— se habrían tornado «neuróticas» bajo la presión de las ambiciones culturales? La investigación analítica de estas neurosis bien podría conducir a planes terapéuticos de gran interés práctico, y en modo alguno me atrevería a sostener que semejante tentativa de transferir el psicoanálisis a la comunidad cultural sea insensata o esté condenada a la esterilidad. No obstante, habría que proceder con gran prudencia, sin olvidar que se trata únicamente de analogías y que tanto para los hombres como para los conceptos es peligroso que sean arrancados del suelo en que se han originado y desarrollado. Además, el diagnóstico de las neurosis colectivas tropieza con una dificultad particular. En la neurosis individual disponemos como primer punto de referencia del contraste con que el enfermo se destaca de su medio, que consideramos «normal». Este telón de fondo no existe en

una masa uniformemente afectada, de modo que deberíamos buscarlo por otro lado. En cuanto a la aplicación terapéutica de nuestros conocimientos, ¿de qué serviría el análisis más penetrante de las neurosis sociales si nadie posee la autoridad necesaria para imponer a las masas la terapia correspondiente? Pese a todas estas dificultades, podemos esperar que algún día alguien se atreva a emprender semejante patología de las comunidades culturales.

Múltiples y variados motivos excluyen de mis propósitos cualquier intento de valoración de la cultura humana. He procurado eludir el prejuicio entusiasta según el cual nuestra cultura es lo más precioso que podríamos poseer o adquirir, y su camino habría de llevarnos indefectiblemente a la cumbre de una insospechada perfección. Por lo menos puedo escuchar sin indignarme la opinión del crítico que, teniendo en cuenta los objetivos perseguidos por los esfuerzos culturales y los recursos que éstos aplican, considera obligada la conclusión de que todos estos esfuerzos no valdrían la pena y de que el resultado final sólo podría ser un estado intolerable para el individuo. Pero me es fácil ser imparcial, pues sé muy poco sobre todas estas cosas y con certeza sólo una: que los juicios estimativos de los hombres son infaliblemente orientados por los deseos de alcanzar la felicidad, constituyendo, pues, tentativas destinadas a fundamentar sus ilusiones con argumentos. Contaría con toda mi comprensión quien pretendiera destacar el carácter forzoso de la cultura humana, declarando, por ejemplo, que la tendencia a restringir la vida sexual o a implantar el ideal humanitario a costa de la selección natural, sería un rasgo evolutivo que no es posible eludir o desviar, y frente al cual lo mejor es someterse, cual si fuese una ley inexorable de la Naturaleza. También conozco la objeción a este punto de vista: muchas veces, en el curso de la historia humana, las tendencias consideradas como insuperables fueron descartadas y sustituidas por otras. Así, me falta el ánimo necesario para erigirme en profeta ante mis contemporáneos, no quedándome más remedio que exponerme a sus reproches por no poder ofrecerles consuelo alguno. Pues, en el fondo, no es otra cosa lo que persiguen todos: los más frenéticos revolucionarios con el mismo celo que los creyentes más piadosos.

A mi juicio, el destino de la especie humana será decidido por la

circunstancia de si —y hasta qué punto— el desarrollo cultural logrará hacer frente a las perturbaciones de la vida colectiva emanadas del instinto de agresión y de auto-destrucción. En este sentido, la época actual quizá merezca nuestro particular interés. Nuestros contemporáneos han llegado a tal extremo en el dominio de las fuerzas elementales que con su ayuda les sería fácil exterminarse mutuamente hasta el último hombre. Bien lo saben, y de ahí buena parte de su presente agitación, de su infelicidad y su angustia. Sólo nos queda esperar que la otra de ambas «potencias celestes», el eterno Eros, despliegue sus fuerzas para vencer en la lucha con su no menos inmortal adversario. Mas ¿quién podría augurar el desenlace final[2308]?.

CLX

PREMIO GOETHE DE 1930[2309]

CARTA AL DOCTOR ALFONS PAQUET

Grundesee, 3-8-1930.

Mi querido Dr. Paquet:

Los homenajes públicos no me han sido precisamente prodigados en mi vida, de modo que pronto me habitué a poder prescindir de ellos. Mas no pretenderé negar que la adjudicación del Premio Goethe, instituido por la ciudad de Francfort, me ha alegrado sobremanera. Hay algo en ese premio que cautiva particularmente la fantasía, y una de sus disposiciones excluye la humillación que por lo general condicionan las distinciones de esta clase.

Quiero agradecerle muy especialmente su carta, que me ha conmovido y admirado. Prescindiendo de la simpatía con que usted ha penetrado el carácter de mi obra, nunca he visto reconocidos los designios personales más íntimos de la misma con la claridad con que usted lo hace, y estaría tentado de preguntarle cómo ha llegado usted a reconocerlos.

A través de su carta a mi hija me entero de que, desgraciadamente, no he de verlo en el futuro próximo, y las dilaciones, a mi edad, son siempre inquietantes. Naturalmente, tendré el mayor placer en recibir al señor que usted me anuncia, al doctor Michel.

Infortunadamente, no me será posible concurrir a la celebración en Francfort: ya estoy demasiado achacoso para emprender semejante viaje. Mas la concurrencia nada ha de perder por eso; mi hija Anna es, sin duda, más agradable de contemplar y de escuchar que yo. Ella leerá algunas líneas mías

que se refieren a las relaciones de Goethe con el psicoanálisis y que defienden a los propios analistas contra el reproche de haber herido la veneración debida al gran poeta con sus tentativas de analizarlo. Espero que se aceptará que haya trocado de tal modo el tema propuesto para mi disertación: «Las relaciones íntimas del hombre y del investigador con Goethe»; de lo contrario, le ruego que tenga la amabilidad de hacérmelo saber.

Sinceramente suyo, Freud.

DISCURSO EN LA CASA DE GOETHE, EN FRANCFORT

La obra de mi vida ha estado orientada hacia un único objetivo. Habiendo observado los trastornos más sutiles de la función psíquica en el ser sano y en el enfermo, quise determinar —o, si ustedes lo prefieren, adivinar—, partiendo de tales signos, cómo está estructurado el aparato que sirve a esas funciones y qué fuerzas confluyen o divergen en él. Todo lo que nosotros —yo, mis amigos y colaboradores— pudimos aprender siguiendo ese camino nos pareció importante y significativo para construir una psicología que permitiera comprender, como partes de un mismo suceder natural, los procesos normales tanto como los patológicos.

De ese confinamiento a una sola tarea me arranca ahora la distinción que tan sorprendentemente me ha sido conferida. El invocar la figura de ese gran hombre universal que en esta casa nació, que en estos ámbitos vivió su niñez, nos conmina a justificarnos en cierto modo ante él, nos plantea la pregunta de cómo habría reaccionado él si su mirada, atenta a todas las innovaciones de la ciencia, hubiese caído también sobre el psicoanálisis.

Por la universalidad de su espíritu, Goethe se aproxima a Leonardo de Vinci, el maestro del Renacimiento, que, como él, era artista e investigador a la vez. Mas las personalidades humanas nunca pueden repetirse; tampoco entre estos dos grandes de la Humanidad faltan profundas discrepancias. En la naturaleza de Leonardo, el investigador no congeniaba con el artista, lo molestaba y quizá haya llegado a ahogarlo finalmente. En la vida de Goethe, ambas personalidades pudieron coexistir, sustituyéndose periódicamente en

el predominio. Es lícito relacionar la disarmonía de Leonardo con cierta inhibición evolutiva que sustrajo a su interés todo lo erótico y, con ello, todo lo psicológico. En este respecto, evidentemente, la naturaleza de Goethe pudo desplegarse con más amplia libertad.

Yo creo que Goethe no habría rechazado el psicoanálisis con ánimo hostil, como muchos de nuestros coetáneos lo hacen. En algunos sentidos él mismo llegó a aproximársele, pudo reconocer por su propia intuición buena parte de lo que desde entonces hemos visto confirmado, y numerosas concepciones que nos han atraído la crítica y el escarnio son sustentadas por él como naturales y evidentes. Así, por ejemplo, érale familiar el incomparable poder de los primeros vínculos afectivos de la criatura humana. En la dedicación del *Fausto* lo celebró con palabras que bien podríamos repetir, aplicándolas a todos nuestros análisis:

> De nuevo os acercáis, vacilantes figuras
> que os mostrasteis antaño a la turbia mirada.
> ¿Intentaré esta vez aferraros con fuerza?
>
> ---
>
> Tal que una antigua y ya medio borrada leyenda,
> vienen a mí el primer amor y la primera amistad[2310]

De la más fuerte atracción amorosa que experimentó en su madurez, hizo examen de conciencia en la siguiente exclamación dirigida a la amada: «¡Sí, tú fuiste, en tiempos ya pasados, mi hermana o mi mujer!»

Así, no negó que estas primeras inclinaciones imperecederas tomen por objetos a personas del propio círculo familiar.

El contenido de la vida onírica Goethe lo parafrasea con estas palabras tan expresivas:

> Cuanto el hombre no es conocido
> ni puede ser pensado,
> por el laberinto de su entraña
> vaga durante la noche.

Tras la sugestión de estos versos reconocemos la venerable e indiscutible definición de Aristóteles —soñar es proseguir nuestra actividad anímica mientras dormimos—, unida a la aceptación del inconsciente, que sólo el psicoanálisis agregó a dicha noción. Únicamente el enigma de la deformación onírica queda sin resolver.

En *Ifigenia*, quizá su obra poética más sublime, Goethe nos muestra el conmovedor ejemplo de una expiación, del alma doliente liberándole del peso de la culpa, y hace que esta catarsis se lleve a cabo por medio de un apasionado despliegue afectivo, por la influencia benéfica de la compasión amorosa. El poeta mismo intentó repetidas veces administrar auxilio psíquico, como con aquel infeliz que en sus cartas llama «Kraft», con el profesor Plessing, del cual habla en *La Campagne de Francia*, y el procedimiento que para ello aplicó va mucho más allá de la confesión católica, coincidiendo en curiosos detalles con la técnica de nuestro psicoanálisis. Quisiera citar aquí, explícitamente, un ejemplo de influencia psicoterapéutica que el propio Goethe describe en broma; quizá sea poco conocido; pero no por ello es menos característico. De una carta a la señora von Stein (número 1444, del 5 de septiembre de 1785);

> Ayer noche hice una prestidigitación psicológica. La Herder seguía de lo más hipocondríaca, irritándose por cuanta cosa desagradable le había ocurrido en Carlsbad. Especialmente por su compañera de residencia. Dejé que me lo contara y confesara todo, las perfidias ajenas y los errores propios, con las más insignificantes circunstancias y consecuencias, y al final la absolví, haciéndole comprender en broma que con la fórmula de la absolución todas esas cosas habían quedado eliminadas y sumidas en las profundidades del mar. Se divirtió mucho con todo eso y está realmente curada.

Goethe siempre estimó en mucho al Eros, nunca trató de disminuir su poderío, siguió sus manifestaciones primitivas o aun caprichosas con el mismo respeto que las altamente sublimadas, y según me parece, defendió su unidad esencial, a través de todas sus formas de manifestación, con la misma energía con que en su tiempo lo hizo Platón. Quizá sea algo más que una mera coincidencia si en sus *Afinidades electivas* aplica a la vida amorosa una

idea perteneciente a los conceptos de la Química, relación ésta de la cual es también un testimonio el nombre mismo del psicoanálisis.

A menudo se nos dice que nosotros, los analistas, hemos perdido todo derecho de invocar el patronazgo de Goethe, pues habríamos ofendido la veneración que le es debida al intentar aplicarle el psicoanálisis, degradando a ese gran hombre al papel de mero objeto de un estudio analítico. Mas yo niego, en principio, que ellos signifique o pretenda ser una denigración.

Todos los que veneramos a Goethe no por ello dejamos de aceptar sin mayor resistencia los esfuerzos de sus biógrafos, que pretenden reconstruir su existencia partiendo de las informaciones y las crónicas disponibles. Mas ¿qué pueden ofrecernos esas biografías? Aun la mejor y más completa no alcanzaría a contestarnos las dos preguntas que consideramos las únicas dignas de ser conocidas.

No nos revelaría, en efecto, el enigma del milagroso talento que hace el artista, y no nos ayudaría a comprender mejor el valor y el efecto de sus obras. No obstante, es indudable que tal biografía cumple para nosotros una profunda necesidad, como lo advertimos claramente cuando la deficiencia de la tradición histórica impide satisfacerla: por ejemplo, en el caso de Shakespeare. Nos resulta a todos evidentemente desagradable no saber todavía quién escribió realmente las comedias, las tragedias y los sonetos de Shakespeare: si en realidad fue el inculto hijo del pequeño burgués de Stratford, que alcanzó en Londres una modesta posición como actor, o si, en efecto, no fue más bien un aristócrata de alta alcurnia y de fina cultura, apasionadamente disoluto y más o menos degradado: Edward de Vere, decimoséptimo Earl de Oxford, lord gran chambelán hereditario de Inglaterra. ¿Cómo se justifica, empero, esta necesidad de conocer las circunstancias de la existencia de un hombre, una vez que sus obras han adquirido tal importancia para nosotros? Dícese, por lo general, que es la necesidad de acercárnoslo también humanamente. Así sea: trataríase entonces del anhelo de crear con tales seres vínculos afectivos que permitan equipararlos a los padres, maestros, modelos que hemos conocido personalmente o cuya influencia ya hemos experimentado, en la esperanza de que sus personalidades han de ser tan grandiosas y admirables como las obras que nos han legado.

Admitamos, con todo, que también interviene en ello otra motivación. La justificación del biógrafo implica asimismo una confesión. Cierto es que el biógrafo no pretende rebajar al héroe, sino aproximárnoslo; pero ello significa reducir la distancia que de él nos separa, o sea, que influye en el sentido de una disminución. Y es inevitable que al familiarizarnos con la vida de un gran hombre nos enteremos también de circunstancias en las cuales realmente no se portó mejor que nosotros, en las que, en efecto, se nos aproxima humanamente. No obstante, creo que debemos considerar legítimas las aspiraciones de la biografía. Nuestra actitud para con los padres y maestros es, sin remedio, ambivalente, pues la veneración que por ellos sentimos encubre siempre un componente de hostil rebeldía. He aquí una fatalidad psicológica que no es posible modificar sin suprimir violentamente la verdad y que por fuerza debe extenderse también a nuestra relación con aquellos grandes hombres cuya existencia pretendemos estudiar.

Si el psicoanálisis se pone al servicio de la biografía, tiene evidentemente el derecho de no ser tratado con mayor dureza que ésta misma. El psicoanálisis bien puede suministrar indicios que no es posible alcanzar por otros caminos, revelando así nuevas tramas en el magistral tejido que se extiende entre las disposiciones instintivas, las vivencias y las obras de un artista. Dado que una de las funciones cardinales de nuestro pensar es la de asimilar psíquicamente los temas que le ofrece el mundo exterior, creo que habría que agradecer al psicoanálisis si, aplicado a un gran hombre, contribuye a la comprensión de sus grandes obras. Mas me apresuro a confesar que en el caso de Goethe todavía no hemos avanzado mucho en este sentido. Ello se debe a que Goethe no sólo fue, como poeta, un gran confesante, sino también, a pesar de abundantes anotaciones autobiográficas, un celoso encubridor. No podemos menos de invocar aquí las palabras de Mefistófeles:

> Aun lo mejor que logres saber,
> a los chiquillos no se lo puedes decir.

CLXI

LA PERITACIÓN FORENSE EN EL PROCESO HALSMANN[2311]

1930 [1931]

EN la medida de nuestros conocimientos, el complejo de Edipo existe en la infancia de todo ser humano, experimenta considerables modificaciones en el curso del desarrollo y en muchos individuos subsiste con variable intensidad aun en la edad madura. Sus caracteres esenciales, su universalidad, su contenido, sus vicisitudes mismas, todo esto fue reconocido ya, mucho antes de que surgiera el psicoanálisis, por un pensador tan agudo como Diderot. Así lo atestigua un pasaje de su renombrado diálogo, *Le neveu de Romean*, cuya traducción por Goethe en el tomo XLV de la *Sophienausgabe* dice en la página 136 lo siguiente: «Si el pequeño salvaje quedase librado a sí mismo y si conservase toda su imbecilidad; si uniera a la escasa razón de un niño de pecho la violencia de las pasiones de un hombre de treinta años, por cierto que le retorcería el cuello al padre y deshonraría a la madre».

Si se hubiese demostrado objetivamente que Philipp Halsmann mató a su padre, tendríase, en efecto, el derecho de invocar el complejo de Edipo para motivar una acción incomprensible de otro modo. Dado que tal prueba, empero, no ha sido producida, la mención del complejo de Edipo sólo puede inducir a confusión, y en el mejor de los casos es ociosa. Cuanto la instrucción ha revelado en la familia Halsmann con respecto a conflictos y

desavenencias entre padre e hijo no basta en modo alguno para fundamentar la presunción de una mala relación paterna en el hijo. Sin embargo, aunque así no fuera, cabría aducir que falta un largo trecho para llegar a la motivación de semejante acto. Precisamente por su existencia universal, el complejo de Edipo no se presta para derivar conclusiones sobre la culpabilidad. De hacerlo, llegaríase fácilmente a la situación admitida en una conocida anécdota: ha habido un robo con fractura; se condena a un hombre por haber hallado en su poder una ganzúa. Leída la sentencia, se le pregunta si tiene algo que alegar, y sin vacilar exige ser condenado además por adulterio, pues también tendría en su poder la herramienta para el mismo.

En la grandiosa novela de Dostoyevski, *Los hermanos Karamazov*, la situación edípica ocupa el centro de la trama. El viejo Karamazov se ha hecho odiar por sus hijos a causa de la despiadada opresión que les impone; para uno de ellos es además poderoso rival ante la mujer deseada. Este hijo, Dimitri, no oculta su propósito de vengarse violentamente en su padre, de modo que es natural que, habiendo sido el padre víctima de un asesinato y robo, sea acusado como su asesino y condenado, a pesar de todas sus protestas de inocencia. No obstante, Dimitri es inocente: otro de los hermanos ha cometido el hecho. En la escena del proceso pronúnciase el dicho que ha llegado a ser famoso: la Psicología sería un arma de doble filo.

La peritación emitida por la Facultad de Medicina de Innsbruck parece inclinada a atribuir a Philipp Halsmann un complejo de Edipo «activo»; pero renuncia a determinar el grado de esta actividad, porque bajo la presión de la acusación no estarían dadas en Philipp Halsmann las condiciones necesarias para «una franqueza integral». Cuando a continuación rehúsa «buscar la\raíz del hecho en un complejo de Edipo, aun cuando el acusado fuese culpable», es evidente que sin necesidad alguna los autores de la peritación se exceden en su formulación negativa.

En la misma peritación nos encontramos con una contradicción harto significativa. Se restringe al máximo la posible influencia de una conmoción emocional sobre la perturbación de la memoria para las impresiones recibidas antes del momento crítico y durante el mismo; a mi juicio, esta restricción no es justificada. Además, se rechaza decididamente la suposición de un estado excepcional o de una enfermedad mental, mientras que se acepta de buen

grado la explicación por medio de una «represión» que habría afectado a Philipp Halsmann después del hecho. Por mi parte, debo declarar que sería una rareza de primer orden encontrarse con semejante represión inesperada, producida sin anuncio previo en un adulto que no presenta signo alguno de una neurosis grave; represión que además afecta un hecho que es, por cierto, mucho más importante que todos los discutidos detalles de distancia, situación y sucesión cronológica; una represión que se había producido en un estado normal o en un modificado solamente por la fatiga corporal.

CLXII

SOBRE LOS TIPOS LIBIDINALES[2312]

1931

LA observación nos demuestra que los distintos individuos humanos realizan la imagen general del ser humano en variedades de casi infinita multiformidad. Si se quiere ceder al legítimo impulso de distinguir tipos particulares en dicha multiplicidad, habrá de comenzarse por seleccionar las características determinadas y los puntos de vista precisos a los cuales deberá ajustarse esa diferenciación. Con tal objeto, es evidente que las cualidades físicas serán tan útiles como las psíquicas, y las más valiosas serán por fuerza aquellas clasificaciones que se funden sobre la constante y regular combinación de características físicas y psíquicas.

Es dudoso que ya hoy se pueda revelar tipos que cumplan dicha condición, aunque seguramente se llegará a descubrirlos en el futuro sobre una base que aún desconocemos. Si limitamos nuestros esfuerzos a definir ciertos tipos puramente psicológicos, las condiciones de la libido son las que mejor derecho tienen para servir de fundamento a tal clasificación. Podríase exigir que ésta no se apoye únicamente sobre nuestros conocimientos o nuestras conjeturas acerca de la libido, sino que también sea fácilmente verificable en la práctica y que contribuya a clarificar la suma de nuestras observaciones, permitiéndonos arribar a una concepción global de las mismas. Admitamos sin vacilar que estos tipos libidinales no necesitan ser los únicos posibles, ni aun en la esfera psíquica, y que tomando otras

características como base de clasificación podríase establecer toda una serie de distintos tipos psicológicos. Todos ellos deben ajustarse a la regla de no coincidir en modo alguno con cuadros clínicos específicos. Por el contrario, han de abarcar todas las variaciones que, de acuerdo con nuestros criterios prácticos de estimación, caen dentro de la gama de lo normal. En sus expresiones extremas, sin embargo, bien pueden aproximarse a los cuadros clínicos, contribuyendo así a colmar la supuesta brecha entre lo normal y lo patológico.

Ahora bien: es posible distinguir tres tipos libidinales básicos, de acuerdo con la localización predominante de la libido en los distintos sectores del aparato psíquico. No es muy fácil denominarlos, pero ajustándome a las orientaciones de nuestra psicología profunda quisiera calificarlos de tipos *erótico, obsesivo* y *narcisista*.

El *tipo erótico* es fácil de caracterizar. Los eróticos son personas cuyo interés principal —la parte relativamente más considerable de su libido— está concentrado en la vida amorosa. Amar, pero particularmente ser amado, es para ellos lo más importante en la vida. Hállanse dominados por el temor de perder el amor, y se encuentran por eso en particular dependencia de los demás, que pueden privarlos de ese amor. Aun en su forma pura, este tipo es harto común. Existen variantes del mismo que obedecen a las variables combinaciones con otros tipos y al agregado más o menos considerable de elementos agresivos. Desde el punto de vista social y cultural, este tipo representa las demandas instintivas elementales del *ello*, al que las demás instancias psíquicas se han rendido dócilmente.

El segundo tipo, al que he dado el nombre, a primera vista extraño, de *tipo obsesivo*, se caracteriza por el predominio del *super-yo*, que se ha segregado del *yo* bajo elevada tensión. Las personas de este tipo se hallan dominadas por la angustia ante la conciencia, en lugar del miedo a la pérdida de amor; exhiben, por así decirlo, una dependencia interna en vez de la externa; despliegan alto grado de autonomía y socialmente son los verdaderos portadores de la cultura, con orientación predominantemente conservadora.

Las características del tercer tipo, justamente calificado de *narcisista*, son esencialmente de signo negativo. No existe tensión entre el *yo* y el *super-yo*, al punto que partiendo de este tipo difícilmente se habría llegado jamás a

establecer la noción de un *super-yo*; no predominan las necesidades eróticas: el interés cardinal está orientado hacia la autoconservación; las personas de este tipo son independientes y difíciles de intimidar. El *yo* dispone de una considerable suma de agresividad, que se traduce asimismo por su disponibilidad para la acción; en el terreno de la vida amorosa, prefieren amar a ser amadas. Impresionan a los demás como «personalidades»; son particularmente aptas para servir de apoyo al prójimo, para asumir al papel de conductores y para dar nuevos estímulos al desarrollo cultural o quebrantar las condiciones existentes.

Estos tipos puros difícilmente escaparán a la sospecha de haber sido deducidos de la teoría de la libido. En cambio, nos sentiremos al punto sobre el sólido suelo de la experiencia si encaramos ahora los tipos mixtos, más frecuentemente observados que los puros. Estos nuevos tipos —el *erótico-obsesivo*, el *erótico-narcisista* y el *narcisista-obsesivo*— realmente parecen facilitar una buena clasificación de las estructuras psíquicas individuales, tal como se presentan en el análisis. Si estudiamos estos tipos mixtos, hallaremos en ellos cuadros caractéricos hace mucho conocidos. En el tipo *erótico-obsesivo* la preponderancia de los instintos está restringida por la influencia del *super-yo*; la dependencia simultánea de las personas que son objetos actuales y de los residuos de objetos pretéritos, como los padres, educadores y personajes ejemplares, alcanza en este tipo su máxima expresión. El *erótico-narcisista* quizá sea el más común de todos los tipos. Reúne en sí contrastes que en él logran atenuarse mutuamente; estudiando este tipo en comparación con los otros dos tipos eróticos, compruébase que la agresividad y la actividad concuerdan con un predominio del narcisismo. Finalmente, el tipo *narcisista-obsesivo* representa la variante culturalmente más valiosa, pues combina la independencia de los factores exteriores y la consideración de los requerimientos de la conciencia con la capacidad para la acción enérgica, fortaleciendo al mismo tiempo el *yo* contra el *super-yo*.

Parecería una broma si preguntásemos por qué no se ha mencionado todavía otro tipo mixto, teóricamente posible: el *erótico-obsesivo-narcisista*. Mas la respuesta a esta broma es seria: porque semejante tipo ya no sería tipo alguno, sino la norma absoluta, la armonía ideal. Adviértase así que el propio fenómeno del tipo sólo se da en la medida en que, de las tres aplicaciones

básicas que la libido puede tener en la economía psíquica, una o dos sean favorecidas a expensas de la otra o de las dos restantes.

También cabe preguntarse cuál es la relación de estos tipos libidinales con la patología: si algunos de ellos disponen particularmente al pasaje hacia la neurosis, y de ser así, cuáles tipos conducen a qué formas de neurosis. La respuesta nos dirá que la postulación de estos tipos libidinales no arroja ninguna nueva luz sobre la génesis de la neurosis. La experiencia nos demuestra, en efecto, que todos estos tipos pueden subsistir sin neurosis. Los tipos puros, con su indisputado predominio de una única instancia psíquica, parecen contar con mejores perspectivas de manifestarse como formaciones caractéricas puras, mientras que de los tipos mixtos cabe esperar que ofrezcan un terreno más fértil para los factores condicionantes de la neurosis. Creo, sin embargo, que no se debe abrir juicio al respecto sin realizar antes detenidas comprobaciones dirigidas especialmente a este fin.

Parece fácil deducir que, en el caso de desencadenarse la enfermedad, los tipos eróticos desarrollarán una histeria, y los obsesivos, una neurosis obsesiva, pero aun esta correspondencia se halla afectada por la incertidumbre mencionada en último término. Las personas de tipo narcisista, que a pesar de su independencia general están expuestas a ser frustradas por el mundo exterior, llevan en sí una disposición particular a la psicosis, como también presentan algunos de los factores esenciales que condicionan la criminalidad.

Bien sabemos que las condiciones etiológicas de la neurosis aún no han sido establecidas con certeza. Sus factores desencadenantes son frustraciones y conflictos internos: conflictos entre las tres grandes instancias psíquicas, conflictos producidos en la economía libidinal, a causa de nuestra disposición bisexual; conflictos entre los componentes instintuales eróticos y agresivos. La psicología de las neurosis se esfuerza, precisamente, por descubrir qué es lo que confiere carácter patógeno a estos procesos que forman parte del curso normal de la vida psíquica.

CLXIII

SOBRE LA SEXUALIDAD FEMENINA[2313]

1931

I

EN aquella fase del desarrollo libidinal infantil que se caracteriza por un complejo de Edipo normal hallamos a los niños afectuosamente ligados al progenitor del sexo opuesto, mientras que en sus relaciones con el del mismo sexo predomina la hostilidad. No puede resultarnos difícil explicar esta situación en el varón. La madre fue su primer objeto amoroso; continúa siéndolo, y al tornarse más apasionados sus sentimientos por ella, así como al profundizarse su compresión de las relaciones entre el padre y la madre, aquél debe convertirse por fuerza en su rival. Otra cosa sucede en la pequeña niña. También para ella el primer objeto fue la madre: ¿Cómo entonces halla su camino hacia el padre? ¿Cómo, cuándo y por qué se desliga de la madre? Hemos reconocido hace tiempo que el desarrollo de la sexualidad femenina se ve complicado por la necesidad de renunciar a la zona genital originalmente dominante, es decir, al clítoris, en favor de una nueva zona, de la vagina. Ahora, una segunda mutación semejante —el trueque del primitivo objeto materno por el padre— nos parece no menos característica e importante para el desarrollo de la mujer. Todavía no podemos reconocer con claridad de qué modo estas dos operaciones se vinculan entre sí.

Sabemos que las mujeres dominadas por una fuerte vinculación con el

padre son harto numerosas y que no por ello necesitan ser neuróticas. Estudiando a este tipo de mujeres he podido reunir ciertas observaciones que me propongo exponer aquí y que me han llevado a determinada concepción de la sexualidad femenina. Dos hechos despertaron ante todo mi atención. Primero, el análisis demostró que cuando la vinculación con el padre ha sido particularmente intensa, siempre fue precedida por una fase de no menos intensa y apasionada vinculación exclusivamente materna. Salvo el cambio de objeto, la segunda fase apenas agregó un nuevo rasgo a la vida amorosa. La primitiva relación con la madre se había desarrollado de manera muy copiosa y multiforme.

De acuerdo con el segundo hecho, la duración de esta vinculación con la madre había sido considerablemente menospreciada. En efecto, en cierto número de casos persistía hasta bien entrado el cuarto año, y en un caso hasta el quinto año de vida, o sea, que abarcaba, con mucho, la mayor parte del primer florecimiento sexual. Hasta hube de aceptar la posibilidad de que muchas mujeres queden detenidas en la primitiva vinculación con la madre, sin alcanzar jamás una genuina reorientación hacia el hombre.

Con ello la fase preedípica de la mujer adquiere una importancia que hasta ahora no se le había asignado.

Puesto que en este período caben todas las fijaciones y represiones a las cuales atribuimos la génesis de las neurosis, parecería necesario retractar la universalidad del postulado según el cual el complejo de Edipo sería el núcleo de la neurosis. Quien se sienta reacio, empero, a adoptar tal corrección, de ningún modo precisa hacerlo. En efecto, por un lado es posible extender el contenido del complejo de Edipo hasta incluir en él todas las relaciones del niño con ambos padres, y por el otro, también se puede tener debida cuenta de estas nuevas comprobaciones, declarando que la mujer sólo alcanza la situación edípica positiva, normal en ella, una vez que ha superado una primera fase dominada por el complejo negativo. En realidad, durante esta fase el padre no es para, la niña pequeña mucho más que un molesto rival, aunque su hostilidad contra él nunca alcanza la violencia característica del varón. Después de todo, hace ya tiempo que hemos renunciado a toda esperanza de hallar un paralelismo puro y simple entre el desarrollo sexual masculino y el femenino.

Nuestro reconocimiento de esta fase previa preedípica en el desarrollo de la niña pequeña es para nosotros una sorpresa, análoga a la que en otro campo representó el descubrimiento de la cultura minoico-miceniana tras la cultura griega.

Todo lo relacionado con esta primera vinculación materna me pareció siempre tan difícil de captar en el análisis, tan nebuloso y perdido en las tinieblas del pasado, tan difícil de revivir, como si hubiese sido víctima de una represión particularmente inexorable. Esta impresión mía probablemente obedeciera, empero, a que las mujeres que se analizaron conmigo pudieron, precisamente por ello, aferrarse a la misma vinculación paterna en la que otrora se refugiaron al escapar de la fase previa en cuestión. Parecería, en efecto, que las analistas como Jeanne Lampl-de Groot y Helene Deutsch, por ser del sexo femenino, pudieron captar estos hechos más fácil y claramente, porque contaban con la ventaja de representar sustitutos maternos más adecuados en la situación transferencial con las pacientes sometidas a su tratamiento. Por mi parte, tampoco he logrado desentrañar totalmente ninguno de los casos en cuestión, de modo que me limitaré a exponer mis conclusiones más generales y sólo daré unos pocos ejemplos de las nuevas nociones que ellos me han sugerido. Entre éstas se cuentan la conjetura de que dicha fase de vinculación materna guardaría una relación particularmente íntima con la etiología de la histeria, lo que no puede resultar sorprendente si se reflexiona que ambas, la fase tanto como la neurosis en cuestión, son característicamente femeninas; además, que en esta dependencia de la madre se halla el germen de la ulterior paranoia de la mujer[2314]. Parece, en efecto, que este germen radica en el temor —sorprendente, pero invariablemente hallado— de ser muerta (¿devorada?) por la madre. Es plausible conjeturar que dicha angustia corresponde a la hostilidad que la niña desarrolla contra su madre a causa de las múltiples restricciones impuestas por ésta en el curso de la educación y de los cuidados corporales, y que el mecanismo de la proyección sea facilitado por la inmadurez de la organización psíquica infantil.

II

He comenzado por anteponer los dos hechos que despertaron mi atención como algo nuevo: primero, que la fuerte dependencia paterna en la mujer asume simplemente la herencia de una vinculación no menos poderosa a la madre, y segundo, que esta fase previa persiste durante un tiempo mucho más largo del que habíamos presumido. Ahora debo volver atrás, a fin de insertar estas nuevas conclusiones en el lugar que les corresponde dentro del cuadro ya conocido de la evolución sexual de la mujer. Al hacerlo será inevitable incurrir en algunas repeticiones; además, la continua comparación con las condiciones reinantes en el hombre sólo podrá favorecer nuestra exposición del curso que dicho desarrollo sigue en la mujer.

Ante todo, es innegable que la disposición bisexual, postulada por nosotros como característica de la especie humana, es mucho más patente en la mujer que en el hombre. Este cuenta con una sola zona sexual dominante, con un solo órgano sexual, mientras que la mujer tiene dos: la vagina, órgano femenino propiamente dicho, y el clítoris, órgano análogo al pene masculino. Creemos justificado admitir que durante muchos años la vagina es virtualmente inexistente y que quizá no suministre sensaciones algunas antes de la pubertad. No obstante, en el último tiempo se multiplican las opiniones de los observadores, inclinados a aceptar que también en esos años precoces existirían pulsiones vaginales. Como quiera que sea, lo esencial de la genitalidad femenina debe girar alrededor del clítoris en la infancia. La vida sexual de la mujer se divide siempre en dos fases, la primera de las cuales es de carácter masculino, mientras que sólo la segunda es específicamente femenina. Así, el desarrollo femenino comprende dicho proceso de transición de una fase a la otra, que no se halla analogía alguna en el hombre. Otra complicación se desprende del hecho de que la función del clítoris viril continúa durante la vida sexual ulterior de la mujer, en una forma muy variable, que por cierto todavía no comprendemos satisfactoriamente. No sabemos, naturalmente, cuáles son los fundamentos biológicos de estas características de la mujer y mucho menos aún podemos asignarles ningún propósito teleológico.

Paralelamente con esta primera diferencia fundamental corre otra que

concierne a la elección de objeto. El primer objeto amoroso del varón es la madre, debido a que es ella la que lo alimenta y lo cuida durante la crianza; sigue siendo su principal objeto hasta que es reemplazado por otro, esencialmente similar o derivado de ella. También en la mujer la madre debe ser el primer objeto, pues las condiciones primarias de la elección objetal son iguales en todos los niños. Al final del desarrollo de la niña, empero, es preciso que el hombre-padre se haya convertido en el nuevo objeto amoroso, o sea, que, a medida que cambia de sexo, la mujer debe cambiar también el sexo del objeto. Lo que ahora hemos de estudiar son los caminos que recorre esta transformación, cuán íntegra o incompleta llega a ser y qué posibilidades evolutivas surgen en el curso de este desarrollo.

Ya hemos reconocido asimismo que otra diferencia entre los sexos concierne a su relación con el complejo de Edipo. Tenemos al respecto la impresión de que todas nuestras formulaciones sobre dicho complejo únicamente pueden aplicarse, en sentido estricto, al niño del sexo masculino, y tenemos razón en rechazar el término de «complejo de Electra», que tiende a destacar la analogía de la situación en ambos sexos. Sólo en el niño varón existe esa fatal conjunción simultánea de amor hacia uno de los padres y de odio por rivalidad contra el otro. En el varón es entonces el descubrimiento de la posibilidad de la castración, evidenciado por la vista de los genitales femeninos, el que impone la transformación del complejo de Edipo, el que lleva a la creación del *super-yo* y el que inicia así todos los procesos que convergen hacia la inclusión del individuo en la comunidad cultural. Una vez internalizada la instancia paterna, formando el *super-yo*, queda todavía por resolver la tarea de desprender a éste de aquellas personas cuyo representante psíquico fue primitivamente. A través de tan notable curso evolutivo, el agente empleado para restringir la sexualidad infantil es precisamente aquel interés genital narcisista que se concentra en la preservación del pene.

En el hombre también subsiste, como residuo de la influencia ejercida por el complejo de castración, cierta medida de menosprecio por la mujer, a la que se considera castrada. De éste surge en casos extremos una inhibición de la elección objetal, que ante un reforzamiento por factores orgánicos puede llevar a la homosexualidad exclusiva. Muy distintas, en cambio, son las repercusiones del complejo de castración en la mujer. Esta reconoce el hecho

de su castración, y con ello también la superioridad del hombre y su propia inferioridad; pero se rebela asimismo contra este desagradable estado de cosas.

De tal actitud dispar parten tres caminos evolutivos. El primero conduce al apartamiento general de la sexualidad. La mujer en germen, asustada por la comparación de sí misma con el varón, se torna insatisfecha con su clítoris, renuncia a su activación fálica y con ello a su sexualidad en general, así como a buena parte de sus inclinaciones masculinas en otros sectores. Si adopta el segundo camino, se aferra en tenaz autoafirmación a la masculinidad amenazada; conserva hasta una edad insospechada la esperanza de que, a pesar de todo, llegará a tener alguna vez un pene, convirtiéndose ésta en la finalidad cardinal de su vida, al punto que la fantasía de ser realmente un hombre domina a menudo largos períodos de su existencia. También este «complejo de masculinidad» de la mujer puede desembocar en una elección de objeto manifiestamente homosexual. Sólo una tercera evolución, bastante compleja, conduce en definitiva a la actitud femenina normal, en la que toma al padre como objeto y alcanza así la forma femenina del complejo de Edipo. Así, en la mujer dicho complejo representa el resultado final de un prolongado proceso evolutivo; la castración no lo destruye, sino que lo crea; el complejo escapa a las poderosas influencias hostiles que tienden a destruirlo en el hombre, al punto que con harta frecuencia la mujer nunca llega a superarlo. Por eso también los resultados culturales de su desintegración son más insignificantes y menos decisivos en la mujer que en el hombre. Posiblemente no estemos errados al declarar que esta diferencia de la interrelación entre los complejos de Edipo y de castración es la que plasma el carácter de la mujer como ente social[2315].

Advertimos así que la fase de exclusiva vinculación materna, que cabe calificar de *preedípica*, es mucho más importante en la mujer de lo que podría ser en el hombre. Múltiples manifestaciones de la vida sexual femenina que hasta ahora resultaba difícil comprender pueden ser plenamente explicadas por su reducción a dicha fase. Así, por ejemplo, hace tiempo hemos advertido que muchas mujeres eligen a su marido de acuerdo con el modelo del padre o lo colocan en el lugar de éste; pero en el matrimonio repiten con ese marido su mala relación con la madre. Él marido debía heredar la relación con el

padre, y en realidad asumió la vinculación con la madre. Esto se comprende fácilmente como un caso obvio de regresión. La relación materna fue la más primitiva; sobre ella se estructuró la relación con el padre, y ahora en el matrimonio lo primitivo vuelve a emerger de la represión. En efecto, la transferencia de los lazos afectivos del objeto materno hacia el paterno constituyó el contenido esencial del desarrollo que condujo a la feminidad.

Muchísimas mujeres despiertan la impresión de que todo el período de su madurez se halla inmerso en los conflictos con el marido, tal como su juventud estuvo dedicada a los conflictos con la madre. En tales casos, cuanto acabamos de exponer nos induce ahora a concluir que dicha actitud hostil hacia la madre no es una consecuencia de la rivalidad implícita en el complejo de Edipo, sino que se originó en la fase anterior y simplemente halló un reforzamiento y una oportunidad de aplicarse en la situación edípica, como lo confirma también la investigación analítica directa. Nuestro interés de concentrarse ahora en los mecanismos que actúan en el desprendimiento del objeto materno, tan intensa y exclusivamente amado. Estamos dispuestos a encontrarnos no con un único factor semejante, sino con toda una serie de factores que convergen hacia un mismo fin.

Entre estos factores destácanse algunos que son condicionados por las circunstancias generales de la sexualidad infantil, o sea, que rigen igualmente para la vida amorosa del varón. En primero y principal término, cabe mencionar aquí los celos de otras personas, de los hermanos y hermanas, de los rivales, entre los que también se cuenta el padre. El amor del niño es desmesurado: exige exclusividad; no se conforma con participaciones. Pero posee también una segunda característica: carece en realidad de un verdadero fin; es incapaz de alcanzar plena satisfacción, y ésa es la razón esencial de que esté condenado a terminar en la defraudación y a ceder la plaza a una actitud hostil. En épocas ulteriores de la vida, la falta de gratificación final puede facilitar asimismo otros resultados. En efecto, dicho factor puede asegurar el mantenimiento imperturbado de la catexia libidinal, como sucede en las relaciones amorosas inhibidas en su fin; pero bajo el imperio de los procesos evolutivos ocurre siempre que la libido abandona la posición insatisfactoria para buscar otra nueva.

Otro motivo, mucho más específico para el desprendimiento de la madre,

resulta del efecto que el complejo de castración ejerce sobre la pequeña criatura carente de pene. En algún momento la niña descubre su inferioridad orgánica; naturalmente, esto ocurre más temprano y con mayor facilidad si tiene hermanos varones o compañeros de juego masculinos. Ya hemos visto cuáles son las tres vías que divergen de este punto: *a)* hacia la suspensión de toda la vida sexual; *b)* hacia la obstinada y desafiante sobreacentuación de la propia masculinidad; *c)* a los primeros arranques de la feminidad definitiva. No es fácil precisar cronológicamente la ocurrencia de estos procesos ni establecer el curso típico que siguen; aun el momento en que se descubre la castración es variable, y muchos otros factores parecen ser inconstantes y depender de la casualidad. Así, también interviene aquí la condición de la propia actividad fálica de la niña, el hecho de que ésta sea descubierta o no, y a qué punto le es coartada una vez descubierta.

La niña pequeña, por lo general, descubre espontáneamente su modo particular de actividad fálica —la masturbación con el clítoris—, que al principio transcurre, sin duda, libre de toda fantasía. La intervención de la higiene corporal en la provocación de esta actividad suele reflejarse en la fantasía, tan frecuente, de haber sido seducida por la madre, la nodriza o la niñera. Dejamos indecisa la cuestión de si la masturbación de la niña es desde un comienzo más rara y menos enérgica que la del varón; bien podría ser así. La seducción real es asimismo relativamente frecuente; parte de otros niños o de la madre, la nodriza o la niñera, que quieren calmar, adormecer o colocar al niño en dependencia de ellas mismas. La seducción, cuando interviene, perturba siempre el curso natural del desarrollo y deja a menudo consecuencias profundas y persistentes.

Como ya hemos visto, la prohibición de la masturbación actúa como incentivo para abandonarla, pero también como motivo para rebelarse contra la persona que la prohíbe, es decir, contra la madre o sus sustitutos, que ulteriormente se confunden siempre con ella. La terca y desafiante persistencia en la masturbación parece abrir la vía hacia el desarrollo de la masculinidad. Aun cuando el niño no haya logrado dominarla, el efecto de la prohibición aparentemente ineficaz se traduce en los ulteriores esfuerzos para librarse a toda costa de una gratificación cuyo goce le ha sido malogrado. Cuando la niña alcanza la madurez, su elección de objeto puede ser influida

todavía por este propósito firmemente sustentado. El resentimiento por habérsele impedido la libre actividad sexual tiene considerable intervención en el desprendimiento de la madre. El mismo tema vuelve a activarse después de la pubertad, cuando la madre asume su deber de proteger la castidad de la hija. No olvidemos, naturalmente, que la madre se opone de idéntica manera a la masturbación del varón, suministrándole así también a éste un poderoso motivo de rebelión.

Cuando la niña pequeña descubre su propia deficiencia ante la vista de un órgano genital masculino, no acepta este ingrato reconocimiento sin vacilaciones ni resistencias. Como ya hemos visto, se aferra tenazmente a la expectativa de adquirir alguna vez un órgano semejante, cuyo anhelo sobrevive aún durante mucho tiempo a la esperanza perdida. Invariablemente, la niña comienza por considerar la castración como un infortunio personal; sólo paulatinamente comprende que también afecta a ciertos otros niños y, por fin, a determinados adultos. Una vez admitida la universalidad de esta característica negativa de su sexo, desvalorízase profundamente toda la feminidad y con ella también la madre.

Es muy posible que la precedente descripción de las reacciones de la niña pequeña frente al impacto de la castración y a la prohibición del onanismo despierte en el lector la impresión de algo confuso y contradictorio; mas ello no es culpa exclusiva del autor. En realidad, hallar una descripción que se ajuste a todos los casos es casi imposible. En los distintos individuos encontramos las más dispares reacciones, y aun en un mismo individuo coexisten actitudes antagónicas. Al intervenir por primera vez la prohibición ya está planteado el conflicto, que desde ese momento acompañará todo el desarrollo de la función sexual. Es particularmente difícil obtener una clara visión de los hechos, debido al esfuerzo necesario para discernir los procesos psíquicos de esa fase frente a los ulteriores que se superponen a ellos y que los deforman en la memoria. Así, por ejemplo, el hecho de la castración será concebido más tarde como castigo por la actividad masturbatoria; pero su ejecución será atribuida al padre, o sea, dos nociones que no pueden haber correspondido, por cierto, a ningún hecho original. También el niño varón teme siempre la castración por parte del padre, a pesar de que en su caso, igual que en la niña, la amenaza procedió por lo general de la madre.

Como quiera que sea, al final de esa primera fase de vinculación a la madre emerge, como motivo más poderoso para apartarse de ella, el reproche de no haberle dado a la niña un órgano genital completo; es decir, el de haberla traído al mundo como mujer. Un segundo reproche, que no arranca tan atrás en el tiempo, resulta un tanto sorprendente: es el de que la madre no le ha dado a la niña suficiente leche, el de que no la amamantó bastante. En nuestras modernas condiciones culturales esto suele ser muy cierto; pero seguramente no lo es tan a menudo como se sostiene en el curso de los análisis. Parecería más bien que dicha acusación expresara la insatisfacción general de los niños que, bajo las condiciones culturales de la monogamia, son destetados al cabo de seis a nueve meses, mientras que la madre primitiva se dedicaba exclusivamente a su hijo durante dos a tres años. Sucede como si nuestros hijos hubiesen quedado para siempre insatisfechos, como si nunca hubiesen sido lactados suficientemente. No estoy seguro, sin embargo, de que analizando niños que han sido amamantados tan prolongadamente como los de los pueblos primitivos, no nos encontraríamos también con idéntica queja: tan inmensa es la codicia de la libido infantil. Aun si repasamos toda la serie de motivaciones que el análisis ha revelado para el desprendimiento de la madre —que descuidó proveer a la niña con el único órgano genital adecuado, que no la nutrió suficientemente, que la obligó a compartir con otros el amor materno, que nunca llegó a cumplir todas las demandas amorosas; finalmente, que primero estimuló la propia actividad sexual de la hija para prohibirla luego—, aun entonces nos parecen insuficientes para justificar la hostilidad resultante. Algunos de estos reproches son consecuencias irremediables de la índole misma de la sexualidad infantil; otros parecen racionalizaciones adoptadas *a posteriori* para explicar el incomprensible cambio de los sentimientos. Lo cierto posiblemente sea que la vinculación a la madre debe por fuerza perecer, precisamente por ser la primera y la más intensa, a semejanza de lo que tan a menudo se comprueba en los primeros matrimonios de mujeres jóvenes, contraídos en medio del más apasionado enamoramiento. Tanto en éste como en aquel caso, la relación amorosa probablemente fracase al chocar con los inevitables desengaños y con la multiplicación de las ocasiones aptas para la agresión. Los segundos matrimonios resultan por lo general mucho mejores.

No podemos aventurarnos a sostener que la ambivalencia de las catexias emocionales sea una ley psicológica universalmente válida, es decir, que sea en principio imposible sentir gran amor por una persona sin que se le agregue un odio quizá igualmente grande, o viceversa. Es evidente que el adulto normal logra mantener separadas estas dos actitudes y que no se siente compelido a odiar a su objeto amado y a amar a su enemigo. Esto parece ser, empero, el resultado de un desarrollo ulterior. En las primeras fases de la vida amorosa la ambivalencia es evidentemente la regla. En muchos seres este rasgo arcaico persiste durante la vida entera, y en el neurótico obsesivo lo característico es que el amor y el odio mantengan un equilibrio mutuo en todas sus relaciones objétales. También en los primitivos cabe aceptar el predominio de la ambivalencia. Podemos concluir, por consiguiente, que la intensa vinculación de la niña pequeña con su madre debe estar dominada por una poderosa ambivalencia y que, reforzada por los demás factores mencionados, es precisamente ella la que determina que la niña se aparte de la madre. En otros términos, una vez más nos encontramos con una consecuencia de una de las características universales de la sexualidad infantil.

Contra este intento de explicación plantéase al punto una objeción: ¿Cómo es posible que el varón logre mantener intacta su vinculación con la madre sin duda no menos poderosa que la de la niña? La respuesta no es menos rápida: Porque puede resolver su ambivalencia contra la madre transfiriendo toda su hostilidad al padre. En primer término, empero, semejante respuesta sólo puede formularse después de haber estudiado detenidamente la fase preedípica en el varón, y en segundo lugar, probablemente sea más prudente confesar en principio que aún no hemos llegado al fondo de estos procesos, los cuales, después de todo, apenas comenzamos a conocer.

III

Otra pregunta es la siguiente: ¿Qué es, en suma, lo que la niña pequeña

pretende de su madre? ¿De qué índole son sus fines sexuales en ese período de exclusiva vinculación con la madre? La respuesta que nos brinda el material de observación analítico concuerda plenamente con nuestras expectativas. Los fines sexuales de la niña en relación con la madre son de índole, tanto activa como pasiva y se hallan determinados por las fases libidinales que recorre en su evolución. La relación entre la actividad y la pasividad merece aquí nuestro particular interés. En cualquier sector de la experiencia psíquica —no sólo en el de la sexualidad— es dable observar que una impresión pasivamente recibida evoca en los niños la tendencia a una reacción activa. El niño trata de hacer por sí mismo lo que se acaba de hacerle a él o con él. He aquí una parte de la necesidad de dominar el mundo exterior a que se halla sometido y que aun puede llevarlo a esforzarse por repetir impresiones que a causa de su contenido desagradable tendría buenos motivos para evitar. También el juego del niño se halla al servicio de este propósito de completar una vivencia pasiva mediante una acción activa, anulándola con ello en cierta manera. Cuando, a pesar de su resistencia, el médico le abre la boca al niño para examinarle la garganta, éste jugará a su vez, después de su partida, a «ser el doctor», y repetirá el mismo violento procedimiento con un hermanito menor, que se hallará tan indefenso frente a él como él lo estuvo en manos del médico. No podemos dejar de reconocer aquí la rebeldía contra la pasividad y la preferencia por el papel activo. No todos los niños consiguen realizar siempre y con la misma energía este viraje de la pasividad a la actividad, que en algunos casos puede faltar por completo. De esta conducta del niño puede deducirse la fuerza relativa de las tendencias masculinas y femeninas que habrán de manifestarse en su vida sexual.

Las primeras vivencias total o parcialmente sexuales del niño en relación con su madre son naturalmente de carácter pasivo. Es ésta la que le amamanta, le alimenta, le limpia, le viste y le obliga a realizar todas sus funciones fisiológicas. Parte de la libido del niño se mantiene adherida a estas experiencias y goza de las satisfacciones con ellas vinculadas, mientras que otra parte intenta su conversión en actividad. Primero, el proceso de ser amamantado por el pecho materno es sustituido por la succión activa. En sus demás relaciones con la madre, el niño se conforma con la independencia, es

decir, con hacer por sí mismo lo que antes se le hacía, o con la repetición activa de sus vivencias pasivas en el juego, o bien realmente convierte a la madre en objeto, adoptando frente a ella el papel de sujeto activo. Esta última reacción, que se lleva a cabo en el terreno de la actividad propiamente dicha, me pareció increíble por mucho tiempo, hasta que la experiencia refutó todas mis dudas.

Raramente oímos que una niña pequeña quiera lavar o vestir a la madre o inducirla a realizar sus necesidades. Es cierto que a veces le dice: «Ahora vamos a jugar que soy yo la madre y tú la hija»; pero generalmente realiza estos deseos activos en forma indirecta al jugar con su muñeca, representando ella a la madre y la muñeca a la niña. El hecho de que las niñas sean más afectas que los varones a jugar con muñecas suele interpretarse como un signo precoz de la feminidad incipiente. Eso es muy cierto; pero no se debería olvidar que lo expresado de tal manera es la faz *activa* de la feminidad y que dicha preferencia de la niña probablemente atestigüe el carácter exclusivo de su vinculación a la madre, con descuido total del objeto paterno.

La sorprendente actividad sexual de la niña en relación con su madre se manifiesta, en sucesión cronológica, a través de impulsos orales, sádicos, finalmente, también fálicos, dirigidos a la madre. Es difícil precisar aquí los detalles respectivos, pues se trata a menudo de oscuros impulsos que el niño no pudo captar psíquicamente en el momento de ocurrir, que por ello debieron experimentar una interpretación ulterior, y que se expresan en el análisis en formas que no son, por cierto, las que tuvieron originalmente. En ocasiones los hallamos transferidos al ulterior objeto paterno, al cual no pertenecen y en el que dificultan sensiblemente nuestro entendimiento de toda la situación. Los deseos agresivos orales y sádicos se manifiestan en la forma que les fue impuesta por la represión precoz, es decir, en el temor de ser muerta por la madre, un temor que, si ingresa en la consciencia, justifica a su vez los propios deseos de muerte contra la madre. Sería imposible establecer con qué frecuencia dicho miedo a la madre se funda en una hostilidad inconsciente de ésta adivinada por el hijo o la hija. (El miedo de ser devorado hasta ahora lo hallé sólo en hombres, es referido al padre; pero probablemente sea el producto de transformación de la agresión oral dirigida

contra la madre. La persona que el niño quiere devorar es la madre, que lo ha nutrido; en el caso del padre, falta esta motivación obvia de tal deseo.)

Las mujeres caracterizadas por una poderosa vinculación con la madre, en cuyos análisis he podido estudiar la fase preedípica, siempre me narraron que al aplicarles la madre enemas e irrigaciones intestinales solían oponerle la mayor resistencia, reaccionando con miedo y con aullidos de rabia. Probablemente ésta sea una actitud muy habitual o aun invariable en todos los niños. Sólo llegué a comprender las razones de tal rebeldía particularmente violenta a través de un comentario de Ruth Mack Brunswick, que estudiaba los mismos problemas simultáneamente conmigo: el acceso de furia después de una enema sería comparable al orgasmo consiguiente a una excitación genital. La angustia concomitante debería comprenderse como una transformación del deseo de agresión así animado. Creo que realmente ocurre así, y que en la fase sádico-anal la intensa excitación pasiva de la zona intestinal despierta un acceso de agresividad que se manifiesta directamente como furia o, a consecuencia de su supresión, como angustia. Esta reacción parece extinguirse gradualmente en el curso de los años ulteriores.

Al considerar los impulsos pasivos de la fase fálica destácase el hecho de que la niña incrimina siempre a la madre como seductora, por haber percibido forzosamente sus primeras sensaciones genitales, o en todo caso las más poderosas, mientras era sometida a la limpieza o a los cuidados corporales por la madre o por las niñeras que la representaban. Muchas madres me han contado que sus pequeñas hijas de dos o tres años gozaban de estas sensaciones e incitaban a la madre a exacerbarlas con toques o fricciones repetidas. Creo que el hecho de que la madre sea la que inevitablemente inicia a la niña en la fase fálica es el motivo de que en las fantasías de sus años ulteriores el padre aparezca tan regularmente como seductor sexual. Al apartarse de la madre, la niña también transfiere al padre la responsabilidad de haberla iniciado en la vida sexual.

Finalmente, en la fase fálica aparecen también poderosos deseos activos dirigidos hacia la madre. La actividad sexual de este período culmina en la masturbación clitoridiana; probablemente la niña acompañe ésta con fantasía de su madre; pero a través de mi experiencia no acierto a colegir si realmente imagina un fin sexual determinado ni cuál podría ser este fin. Sólo una vez

que todos sus intereses han experimentado un nuevo impulso por la llegada de un hermanito o de una hermanita menor podemos reconocer claramente tal fin. La niña pequeña, igual que el varoncito, quiere creer que es ella la que le ha hecho a la madre este nuevo niño, y su reacción ante dicho suceso, tanto como su conducta frente al recién llegado, son iguales que en el varón. Bien sé que esto parece absurdo; pero ello quizá sólo obedezca a que tal idea nos es tan poco familiar.

El desprendimiento de la madre es un paso importantísimo en el desarrollo de la niña e implica mucho más que un mero cambio de objeto. Ya hemos descrito cómo se produce y cuáles son las múltiples motivaciones que se aducen para explicarlo; agregaremos ahora que se observa, paralelamente con el mismo, una notable disminución de los impulsos sexuales activos y una acentuación de los pasivos. Es cierto que los impulsos activos han sido más afectados por la frustración, pues demostraron ser totalmente irrealizables y, por tanto, fueron más fácilmente abandonados por la libido; pero tampoco las tendencias pasivas han escapado a las defraudaciones. Con el desprendimiento de la madre cesa también a menudo la masturbación clitoridiana, y es muy frecuente que la niña pequeña, al reprimir su masculinidad previa, también perjudique definitivamente buena parte de su vida sexual en general. La transición al objeto paterno se lleva a cabo con ayuda de las tendencias pasivas, en la medida en que hayan escapado al aniquilamiento. El camino hacia el desarrollo de la feminidad se halla ahora abierto a la niña, salvo que haya sido impedido por los restos de la vinculación preedípica a la madre, que acaba de ser superada.

Si echamos una mirada retrospectiva a las fases del desarrollo sexual femenino que hemos descrito, se nos impone determinada conclusión acerca de la feminidad en general: hemos comprobado la actuación de las mismas fuerzas libidinales que operan en el niño del sexo masculino, y pudimos convencernos de que en uno como en otro caso siguen durante cierto período idénticos caminos y producen los mismos resultados.

Ulteriormente, ciertos factores biológicos las apartan de sus fines primitivos y aun conducen tendencias activas, masculinas en todo sentido, hacia las vías de la feminidad. Dado que no podemos descartar el concepto de que la excitación sexual obedece a la acción de determinadas sustancias

químicas, parecería obvio esperar que la bioquímica nos revele algún día dos agentes distintos, cuya presencia produciría respectivamente la excitación sexual masculina y la femenina. Pero esta esperanza no es evidentemente menos ingenua que aquella otra, felizmente superada hoy, de que sería posible aislar bajo el microscopio los distintos factores causales de la histeria, la neurosis obsesiva, la melancolía, etc.

También en el quimismo de la sexualidad las cosas deben ser un tanto más complicadas. Para la psicología, sin embargo, es indiferente si en el cuerpo existe una sola sustancia estimulante sexual, o dos, o un sinnúmero de ellas. El psicoanálisis nos ha enseñado a manejarnos con una sola libido, aunque sus fines, o sea, sus modos de gratificación, puedan ser activos y pasivos. En esta antítesis, sobre todo en la existencia de impulsos libidinales con fines pasivos, radica el resto de nuestro problema.

IV

Estudiando la literatura analítica sobre nuestro tema, llégase a la conclusión de que cuanto aquí hemos expuesto ya ha sido dicho en ella. Por consiguiente, no habría sido necesario publicar este trabajo, si no fuese porque un sector de la investigación que es tan difícilmente accesible, cualquier comunicación sobre las propias experiencias y las conclusiones personales, puede tener valor. Además, creo haber definido con mayor precisión y aislado más estrictamente determinados puntos. Algunos de los otros trabajos sobre el tema son un tanto confusos, debido a que consideran simultáneamente los problemas del *super-yo* y del sentimiento de culpabilidad. He procurado eludir tal confusión, y, además, al describir los diversos resultados finales de esta fase evolutiva, me he abstenido de abordar las complicaciones que se producen cuando la niña, defraudada en su relación con el padre, retorna a la vinculación abandonada con la madre, o bien, en el curso de su vida, fluctúa repetidamente entre ambas actitudes. Precisamente, empero, porque mi trabajo es sólo una contribución entre otras, puedo excusarme de considerar exhaustivamente la bibliografía sobre el tema,

limitándome a destacar los más importantes puntos de contacto con algunos de dichos trabajos y las más considerables discrepancias con otros.

La descripción que hizo Abraham (1921) de las manifestaciones del complejo de castración femenino[2316] no ha sido superada todavía; pero quisiéramos ver incluida en ella el factor de la exclusiva vinculación primitiva con la madre. No puedo menos que declararme de acuerdo con los puntos principales expuestos en el importante trabajo de Jeanne Lampl-de Groot (1927)[2317], quien reconoce que la fase preedípica es totalmente idéntica en el varón y en la niña, y que también afirma, demostrándolo con sus propias observaciones, que la niña despliega frente a la madre una actividad sexual (fálica). La autora atribuye el desprendimiento de la madre a la influencia de la castración reconocida por la niña, que la obligaría a abandonar su objeto sexual y con ello a menudo también la masturbación. Para describir el desarrollo completo adoptó la fórmula de que la niña debe pasar por una fase de complejo de Edipo «negativo» antes de poder ingresar en su fase positiva. Sin embargo, en un punto creo que esta exposición es inadecuada: al representar el desprendimiento de la madre como un mero cambio de objeto, sin tener en cuenta que se lleva a cabo bajo los más evidentes signos de hostilidad. Este factor de la hostilidad es plenamente considerado en el último trabajo de Helene Deutsch sobre el tema (1930)[2318], en el cual reconoce asimismo la actividad fálica de la niña y la intensidad de su vinculación a la madre. Helene Deutsch también indica que el viraje hacia el padre se realiza a través de las tendencias pasivas que ya se han despertado en la niña en su relación con la madre. En su libro anterior (1925)[2319] sobre el psicoanálisis de las funciones sexuales femeninas, dicha autora aún no había superado la tendencia a aplicar el esquema edípico también a la fase preedípica, de modo que interpretó entonces la actividad fálica de la niña pequeña como una identificación con el padre.

Fenichel (1930)[2320] destaca con razón la dificultad de reconocer qué parte del material producido durante el análisis corresponde al contenido intacto de la fase preedípica y qué parte del mismo ha sido deformada en sentido regresivo o en otro cualquiera. No acepta la actividad fálica de la niña pequeña según el concepto de Jeanne Lampl-de Groot, y también rechaza la «anticipación» del complejo de Edipo preconizada por Melanie Klein (1928)

[2321], quien lo hace remontar ya al comienzo del segundo año de vida. Esta determinación cronológica, que también modifica necesariamente nuestra concepción de todas las demás condiciones evolutivas, no concuerda, en efecto, con cuanto nos enseñan los análisis de los adultos, y es particularmente incompatible con mis comprobaciones acerca de la larga duración de la vinculación preedípica de la niña con la madre. Tal contradicción podría ser atenuada teniendo en cuenta que todavía no nos es posible discernir en este terreno lo que ha sido rígidamente fijado por leyes biológicas de lo que es susceptible de cambios y desplazamientos bajo el influjo de las vivencias accidentales. Sabemos hace tiempo que la seducción puede tener por efecto acelerar y estimular la madurez del desarrollo sexual infantil, y es muy posible que también otros factores actúen en idéntico sentido, como, por ejemplo, la edad del niño al nacer los hermanos o al descubrir la diferencia entre los sexos, la observación directa de las relaciones sexuales, la actitud de los padres en el sentido de conquistar o rechazar su afecto, y así sucesivamente.

Algunos autores tienden a menoscabar la importancia de las primeras y más primitivas pulsiones libidinales del niño, en favor de procesos evolutivos ulteriores, de modo que aquéllas quedarían reducidas —para expresarlo en su forma más extrema— al papel de establecer meramente determinadas orientaciones, mientras que la intensidad con la cual estos desarrollos se llevan a cabo dependerá de las regresiones y formaciones reactivas ulteriores. Así, por ejemplo, Karen Homey (1926)[2322] opina que exageramos considerablemente la primitiva envidia fálica de la niña y que la intensidad de la tendencia a la masculinidad ulteriormente desarrollada debe ser atribuida a una envidia fálica secundaria, que sería aplicada para rechazar los impulsos femeninos, en particular los relacionados con la vinculación femenina al padre. Esto no concuerda con la impresión que yo mismo pude formarme. Por seguro que sea que las primeras tendencias libidinales son reforzadas ulteriormente por regresiones y por formaciones reactivas, y por difícil que sea estimar la fuerza relativa de los diversos componentes libidinales que confluyen, creo, sin embargo, que no deberíamos dejar de reconocer que aquellos primeros impulsos tienen una intensidad propia, superior siempre a cuanto sobreviene después, una intensidad que en realidad sólo puede ser

calificada de inconmensurable. Ciertamente es exacto que entre la vinculación al padre y el complejo de masculinidad reina una antítesis —la antítesis general entre actividad y pasividad, entre masculinidad y feminidad —; pero eso no nos da el derecho de suponer que únicamente aquélla sería primaria, mientras que el segundo sólo debería su fuerza al proceso defensivo. Y si la defensa contra la feminidad llega a adquirir tal energía, ¿de qué fuente puede derivar su fuerza, sino del afán de masculinidad, que halló su primera expresión en la envidia fálica de la niña y que por eso bien merece ser calificado con el nombre de ésta?

Una objeción similar podría aplicarse a la concepción de Jones[2323] de que la fase fálica de la niña sería una reacción secundaria de protección, más bien que una genuina fase evolutiva. Esto no concuerda ni con las condiciones dinámicas ni con las cronológicas.

CLXIV

SOBRE LA CONQUISTA DEL FUEGO[2324]

1931 [1932]

EN una acotación a mi estudio sobre *El malestar en la cultura* aludí, aunque sólo incidentalmente, a cierta conjetura que el material psicoanalítico nos ofrece respecto de la forma en que el hombre primitivo habría conquistado el dominio sobre el fuego. Véome ahora inducido a volver sobre el mencionado tema por las opiniones discrepantes de la mía que expuso Albrecht Schaeffer y por la sorprendente referencia de Erlenmeyer, en su reciente estudio, acerca de la prohibición de orinar sobre las cenizas que rige entre los mogoles[2325].

Creo que mi hipótesis —de que la condición previa para la conquista del fuego habría sido la renuncia al placer de extinguirlo con el chorro de orina, placer de intenso tono homosexual— puede ser confirmada mediante la interpretación de la leyenda griega de Prometeo, siempre que se tenga debida cuenta de la obvia deformación que media entre los hechos históricos y su representación en el mito. Estas deformaciones son de la misma índole —y no más violentas— que las que toleramos a diario cuando reconstruimos, a partir de los sueños de nuestros pacientes, sus vivencias infantiles reprimidas, tan extraordinariamente importantes. Los mecanismos aplicados en esta deformación consisten en la *representación simbólica* y en la *sustitución por lo contrario*. No me atrevo a interpretar de tal manera todos los rasgos del mito, pues bien podría ser que en su trama se hubiesen agregados a los

hechos primitivos otros sucesos más recientes. Pero los elementos que admiten interpretación analítica son precisamente los más notables e importantes: la manera en que Prometeo transporta el fuego, la índole de su acto (sacrilegio, robo, engaño de los dioses) y el sentido del castigo que se le impone.

El titán Prometeo —un héroe cultural aún dotado de carácter divino[2326]; quizá en la versión original un demiurgo y creador de seres humanos— trae, pues, a los hombres, oculto en un bastón hueco, en una rama de hinojo, el fuego que ha robado a los dioses. Si nos hallásemos ocupados en la interpretación de un sueño, de buen grado entenderíamos aquel escondrijo como un símbolo fálico, pese a que nos molesta un tanto la insólita acentuación de su oquedad. Pero ¿cómo relacionar este tubo fálico con la conservación del fuego? He aquí una conexión que nos parece infructuoso establecer, hasta que recordamos el proceso de la transformación o sustitución por lo contrario, de la inversión de las relaciones mutuas, tan frecuente en el sueño y tantas veces revelador de su sentido oculto. No es el fuego lo que el hombre alberga en su tubo fálico, sino, por el contrario, el medio para extinguir la llama, el líquido chorro de su orina. De este vínculo entre fuego y agua surge al punto un material analítico que ya nos es familiar.

En segundo lugar, nos hallamos con que la conquista del fuego es un crimen sacrílego, pues se obtiene mediante el robo, la sustracción. Henos aquí ante un rasgo constante e invariable de todas las leyendas sobre la conquista del fuego, presente en los pueblos más dispares y distantes, y no sólo en la leyenda griega de Prometeo, el portador de la llama. Aquí debe hallarse, pues, el elemento nuclear de esta deformada reminiscencia humana. Pero ¿por qué aparece la obtención del fuego indisolublemente ligada a la idea de un sacrilegio? ¿Quién es aquí el perjudicado, el engañado? En la versión de Hesíodo la leyenda nos ofrece una respuesta directa, pues en otra narración, no vinculada directamente con el fuego, Prometeo engaña a Zeus en favor de los hombres, al preparar los sacrificios que le son ofrendados. ¡De manera que los engañados son los dioses! Como se sabe, la mitología concede a los dioses el privilegio de satisfacer todos los deseos a que la criatura humana debe renunciar, como bien lo vemos en el caso del incesto. En términos analíticos, diríamos que la vida instintiva, el *ello*, es el dios

engañado con la renuncia a la extinción del fuego, de modo que en la leyenda un deseo humano se habría transformado en un privilegio de los dioses, pues en este nivel legendario la divinidad de ningún modo tiene carácter de *super-yo*, sino que aún representa a la omnipotente vida instintiva.

La sustitución por lo contrario llega a su grado máximo en el tercer elemento de la leyenda, en el castigo que sufre el conquistador del fuego. Prometeo es encadenado a una peña y un buitre le roe diariamente el hígado. También en las leyendas ígneas de otros pueblos interviene un ave, de modo que ha de tener en el conjunto alguna significación que por el momento me abstengo de interpretar. En cambio, nos hallaremos en terreno seguro al tratar de explicar por qué se eligió el hígado para aplicar el castigo. Para los antiguos, el hígado era asiento de todas las pasiones y de los deseos; así, un castigo como el sufrido por Prometeo era el más adecuado para un delincuente instintivo, para un delito cometido bajo el impulso de deseos ofensivos. Pero en el demiurgo del fuego nos encontramos precisamente con lo contrario: ha renunciado a sus instintos, demostrando cuán benéfica, pero también cuán imprescindible para los fines culturales es semejante renuncia. Así, ¿qué podía inducir a la leyenda a considerar semejante hazaña cultural como un delito digno de castigo? Pues bien: si en todas las deformaciones se transparenta la circunstancia de que la obtención del fuego tuvo por condición previa una renuncia instintual, entonces la leyenda expresa sin ambages el rencor que la humanidad instintiva hubo de sentir contra el héroe cultural. Y, por otra parte, esto concuerda con lo que sabemos y esperábamos. Sabemos que la invitación a la renuncia instintual y la imposición de ésta despiertan la misma hostilidad y los mismos impulsos agresivos que sólo en una fase ulterior de la evolución psíquica llegarán a expresarse como sentimiento de culpabilidad.

La impenetrabilidad de la leyenda prometeica, así como la de tantos otros mitos ígneos, es acrecentada por el hecho de que a los primitivos el fuego debe haberles parecido algo similar a las pasiones amorosas; nosotros diríamos: un símbolo de la libido. El calor que el fuego irradia despierta la misma sensación que acompaña el estado de la excitación sexual, y la llama, con su forma y movimiento, nos recuerda el falo activo. No puede cabernos la menor duda con respecto a que la llama era en sentido mítico un falo, pues

aun la leyenda genealógica del emperador romano Servio Tulio lo atestigua. Cuando nosotros mismos hablamos del «fuego de la pasión» y de las llamas que «lengüetean» o «lamen» un combustible, es decir, cuando comparamos la llama con la lengua, no nos hemos alejado mucho, por cierto, del pensamiento de nuestros antepasados primitivos. En nuestra derivación del mito ígneo también aceptábamos que para el hombre primitivo la tentativa de extinguir las llamas con su propia agua representó una lucha placentera con un falo ajeno.

Por la puerta de esta asimilación simbólica pueden haber penetrado al mito otros elementos puramente fantásticos que luego se habrían entretejido con los primitivos, históricos. Así, es difícil rechazar la idea de que siendo el hígado asiento de las pasiones signifique simbólicamente lo mismo que el fuego, de manera que su cotidiana consunción y regeneración describiría con fidelidad la fluctuación de los deseos amorosos que, diariamente satisfechos, se renuevan diariamente. Al ave que sacia su apetito en el hígado le correspondería entonces una significación fálica que, por otra parte, no le es nada extraña, como nos lo demuestran las leyendas, los sueños, los giros del lenguaje y las representaciones plásticas de la antigüedad. Un pequeño paso más nos lleva al ave fénix, que renace rejuvenecida de cada muerte en las llamas y que, con toda probabilidad, aludió primitiva y preferentemente al falo reanimado después de cada relajación, más bien que al sol, ocultado en el crepúsculo vespertino para renacer cotidianamente.

Hemos de preguntarnos si es lícito atribuir a la función mitopoiética el propósito frívolo de representar, disfrazados, procesos psíquicos dotados de expresión corporal, por todos conocidos, pero sumamente interesante, sin ser animada por ningún otro motivo, fuera del mero placer representativo. Seguramente es imposible responder a esta pregunta sin penetrar antes en la esencia del mito, pero para nuestros dos casos es fácil reconocer este contenido y con ello una tendencia determinada. Ambos ilustran la reanimación de los deseos libidinales después de haberse consumido en una satisfacción, es decir, representan su perennidad, y el consuelo contenido en este tema predominante está plenamente justificado, ya que el núcleo histórico del mito trata una derrota de la vida instintiva, una renuncia a los instintos que ha sido imprescindible aceptar. Viene a ser como la segunda

fase de la comprensible reacción que presentaría un hombre primitivo ofendido en sus instintos: una vez castigado el delincuente, se le asegura que en el fondo nada malo ha cometido.

En un punto inesperado de otro mito, que al parecer muy poco tiene que ver con el fuego, nos topamos con la sustitución por lo contrario. La hidra de Lerna, con sus innumerables y agitadas cabezas de serpiente —entre ellas hay una inmortal—, es, como su nombre lo atestigua, un dragón acuático. Heracles, el héroe cultural, la destruye cortándole las cabezas, pero éstas vuelven a crecer, y sólo logra dominar al monstruo después de haberle quemado con fuego la cabeza inmortal. ¡Un dragón acuático dominado por el fuego!: he aquí algo que no da sentido. Pero sí lo tiene, como en tantos sueños, la inversión del contenido manifiesto. En tal caso, la hidra es una hoguera; las cabezas de serpientes son sus llamas, y como prueba de su índole libidinal presentan, igual que el hígado de Prometeo, el fenómeno de la regeneración, de la integridad restablecida luego de su intentada destrucción. Ahora bien: Heracles extingue este incendio con… agua. La cabeza inmortal es, sin duda, el propio falo, y su destrucción representa la castración. Pero Heracles también es el libertador de Prometeo, el que mata al ave cebada en su hígado. ¿Acaso no se habría de aceptar una relación más profunda entre ambos mitos? Vendría a ser como si el acto de uno de los héroes fuese anulado por el otro. Prometeo había prohibido extinguir el fuego —igual que el precepto de los mogoles—, pero Heracles lo permitió en caso de incendios amenazantes. El segundo mito parece corresponder a la reacción de una época ulterior de la cultura contra el motivo primitivo de la conquista del fuego. Tenemos la impresión de que desde aquí podríamos penetrar profundamente en los misterios del mito, pero, naturalmente, la sensación de seguridad no nos acompañaría muy lejos.

En lo que se refiere a la contradicción entre el fuego y el agua que domina estos mitos en toda su amplitud, podemos demostrar, junto a los factores históricos y fantástico-simbólicos, un tercero, un hecho fisiológico que el poeta Heine describió en los siguientes versos:

> Con lo que le sirve para mear,
> el hombre puede a otros crear[2327].

El miembro viril del hombre posee dos funciones, cuya reunión orgánica es para muchos motivo de indignación. Está encargado de evacuar la orina y de realizar el acto sexual que satisface las necesidades de la libido genital. El niño aún cree reunir ambas funciones y, según sus teorías, los niños se producen al orinar el hombre en el vientre de la mujer; pero el adulto sabe que ambos actos son en realidad mutuamente incompatibles; en efecto, tan incompatibles como fuego y agua. Cuando el falo llega al estado erecto que le ha valido la equiparación con el pájaro y durante el cual se perciben aquellas sensaciones que recuerdan el calor del fuego, es imposible orinar; por el contrario, cuando el falo sirve a la evacuación de la orina (el agua del cuerpo), parecen extinguidas todas sus vinculaciones con la función genital. La contradicción entre ambas funciones podría llevarnos a afirmar que el hombre extingue su propio fuego con su propia agua. Y el hombre primitivo, que se veía obligado a tener que captar el mundo exterior con ayuda de sus propias sensaciones y condiciones corporales, seguramente no dejó de advertir y de utilizar las analogías que le reveló la conducta del fuego.

CLXV

CARTA A MAXIM LEROY SOBRE UN SUEÑO DE DESCARTES[2328]

1929

AL leer su carta, en la cual me pide usted que examine algunos sueños de Descartes[2329], mi primer sentimiento fue una impresión de ansiedad, pues por regla general sólo se logra un pobre resultado trabajando con sueños, sin la posibilidad de obtener del propio soñante ciertas orientaciones que faciliten la vinculación mutua entre sus elementos o que los relacionen con el mundo exterior, y tal es, por cierto, el caso, tratándose de los sueños de un personaje histórico. No obstante, mi tarea demostró ser más fácil de lo que había esperado, aunque no me cabe duda de que el fruto de mi estudio ha de parecerle mucho menos importante de lo que usted tenía derecho a esperar.

Los sueños de nuestro filósofo pertenecen a los que solemos denominar «sueños de arriba» *(Träume von oben)*[2330], es decir, son formaciones ideativas que habrían podido ser creadas con la misma facilidad durante la vigilia que en el estado del sueño, y que sólo en ciertas y determinadas partes derivan su material de estados anímicos más o menos profundos. Además, estos sueños presentan generalmente un contenido de forma abstracta, poética o simbólica.

Los análisis de esta clase de sueños nos conducen de ordinario a lo siguiente: No atinamos a comprender el sueño; pero el soñante —o el

paciente— sabe traducirlo inmediatamente y sin dificultades, por la simple razón de que el contenido del sueño está muy próximo a su pensamiento consciente. Sin embargo, restan aún ciertas partes del sueño sobre las cuales el soñante nada puede decir: he aquí, precisamente, las partes que pertenecen al inconsciente, y que en muchos aspectos son las más interesantes.

En el caso más favorable es posible explicar este contenido inconsciente basándose en las ideas que el soñante ha producido.

Esta manera de examinar los «sueños de arriba» (es preciso entender este término en el sentido psicológico y no en el místico) es la que corresponde aplicar también en el caso de los sueños de Descartes.

Nuestro filósofo los interpreta por sí mismo[2331], y si nos ajustamos a todas las reglas de la interpretación de los sueños, no podemos menos que aceptar su explicación, aunque agregando también que no disponemos de ninguna vía que nos permita avanzar más allá.

Confirmando su explicación, diremos que los obstáculos que impiden a Descartes moverse con libertad nos son exactamente conocidos: trátase de la representación onírica de un conflicto interior. El costado izquierdo es la representación del mal y del pecado, y el viento, la del «genio malévolo» (*animus*).

Naturalmente, no nos es posible identificar a las distintas personas que se presentan en el sueño, aunque Descartes, interrogándolo, no hubiese dejado de reconocerlas. En cuanto a los elementos extraños, poco numerosos por lo demás y casi absurdos, como, por ejemplo, «el melón de un país extranjero» y los pequeños retratos, Descartes los deja sin explicación.

En lo que se refiere al melón, el soñante ha tenido la idea (original) de figurar así «los encantos de la soledad, pero representados por solicitaciones puramente humanas». Esto no es, por supuesto, exacto; pero podría ser una asociación de ideas que nos condujera hacia una explicación exacta. En correlación con su estado de pecado, esta asociación bien podría figurar una representación sexual que ha ocupado la imaginación del joven solitario enclaustrado.

Sobre los retratos, Descartes no da ninguna aclaración.

CLXVI

MI RELACION CON JOSEF POPPER-LYNKEUS[2332]

1932

FUE en el invierno del año 1899 cuando vi por fin concluido mi libro sobre *La interpretación de los sueños*, aunque su portada estaba fechada anticipadamente con el primer año del nuevo siglo. Esa obra representaba el fruto de cuatro o cinco años de labor, y su origen fue ciertamente poco común. Mientras desempeñaba una docencia universitaria en enfermedades nerviosas, había procurado mantenerme a mí mismo y a mi familia, en rápido crecimiento, por medio de una práctica médica dedicada a los enfermos llamados «nerviosos», cuyo número no era, por cierto, escaso en nuestra sociedad. Pero la empresa demostró ser más difícil de lo que había creído. Los métodos habituales de tratamiento no poseían, evidentemente, ninguna o sólo escasa eficacia, de modo que era preciso explorar nuevos caminos. ¿Cómo se podía pretender, ni remotamente, que el paciente mejorara, si nada se comprendía de su enfermedad, nada sobre las causas de sus trastornos ni sobre la significación de sus manifestaciones subjetivas? Así, me dediqué afanosamente a buscar una nueva orientación y más amplia instrucción con el maestro Charcot, en París, y con Bernheim, en Nancy, hasta que finalmente cierta observación efectuada por mi mentor y amigo José Breuer, de Viena, me pareció abrir nuevas perspectivas para la comprensión y la eficacia terapéutica.

En efecto, estas nuevas experiencias demostraron con certeza que los enfermos que siempre habíamos calificado de «nerviosos» sufrían en cierto sentido de trastornos psíquicos y debían ser tratados, por tanto, con recursos psíquicos. Nuestro interés debía orientarse, pues, hacia la Psicología. Pero la Psicología que predominaba a la sazón en las escuelas académicas de Filosofía tenía muy poco que ofrecer, y nada de ello servía a nuestros fines: debíamos descubrir desde el principio nuestros métodos, tanto como sus fundamentos teóricos. Mis esfuerzos se dirigieron, pues, en esta dirección, primero en colaboración con Breuer y luego independientemente de él. Por fin, entre otros elementos de mi técnica, adopté la norma de requerir a mis pacientes que me comunicaran sin la menor crítica cuanto les pasara por la mente, aun cuando se tratase de ocurrencias que les parecieran insensatas o cuya comunicación les resultase molesta.

Cuando seguían mis instrucciones me contaban, entre otras cosas, sus sueños, como si éstos fuesen de la misma especie qué sus restantes pensamientos. Vi en ello una clara indicación de que debía asignar a esos sueños la misma importancia que a los otros fenómenos, más inteligibles. Pero *no* eran inteligibles, sino extraños, confusos, absurdos; en suma: como son los sueños, que precisamente por esa razón habían sido descartados por la ciencia como meros espasmos del aparato mental, carentes de finalidad y de sentido. Si mis pacientes estaban en lo cierto —y con actitud sólo parecían repetir la multimilenaria creencia de la humanidad no científica—, yo me encontraba enfrentado a la necesidad de hallar una «interpretación de los sueños» capaz de resistir a la crítica científica.

Al principio, naturalmente, no comprendía de los sueños de mis pacientes más que los propios soñantes. Pero aplicando a esos sueños, y en particular a los míos propios, un procedimiento que ya me había servido para el estudio de otras formaciones psíquicas anormales, logré responder a la mayor parte de los interrogantes que puede plantear una interpretación onírica. Aquéllos no eran, ciertamente, pocos: ¿En qué se sueña? ¿Por qué en principio es necesario soñar? ¿De dónde proceden todas las extrañas características que distinguen los sueños del pensamiento vigil? Y muchas otras semejantes. Algunas de las respuestas pudieron ser obtenidas fácilmente y demostraron confirmar opiniones ya expresadas; otras implicaban hipótesis totalmente

nuevas con respecto a la estructura y al funcionamiento de nuestro aparato psíquico. La gente sueña con las cosas que han ocupado su mente durante el día; la gente sueña para aplacar los impulsos que amenazan perturbar el reposo y con el objeto de poder seguir durmiendo. ¿Por qué entonces podía el sueño parecer tan extraño, tan confusamente insensato, tan manifiestamente opuesto al contenido del pensamiento vigil, si en última instancia demostraba referirse al mismo material? Evidentemente, el sueño era sólo el sucedáneo de una actividad cogitativa racional y era susceptible de interpretación, es decir, de ser traducido a tal proceso racional; pero lo que necesitaba ser explicado era el fenómeno de la *deformación* que la elaboración onírica impone al material racional e inteligible.

La deformación onírica representaba el problema más profundo y dificultoso del mundo de los sueños. A fin de resolverlo, arribé a las siguientes conclusiones que sitúan el sueño en una misma categoría con otras formaciones psicopatológicas y lo revelan, en cierto modo, como la psicosis normal del ser humano. Nuestra mente, ese precioso instrumento que nos permite imponernos en la existencia, no es, en efecto, una unidad pacíficamente cerrada en sí misma, sino que puede compararse más bien a un Estado moderno, en el cual una masa ávida de goce y de destrucción debe ser sofrenada por la fuerza de una sabia y prudente clase superior. Cuanto ocurre en nuestra vida mental y cuanto halla expresión en nuestros pensamientos son derivados y representantes de los multiformes instintos dados en nuestra constitución somática; pero no todos esos instintos son igualmente gobernables y educables para adaptarlos a las demandas del mundo exterior y de la sociedad humana. Algunos han retenido su primitivo carácter indómito; si los dejáramos seguir su propio curso, nos perderían inevitablemente. Por consiguiente, la experiencia de nuestros sufrimientos nos ha llevado a desarrollar en nuestra mente una serie de organizaciones que en la forma de inhibiciones se opone a las manifestaciones directas de los instintos. Todo impulso desiderativo que surge de la fuente de las energías instintuales debe someterse al examen de nuestras instancias psíquicas superiores, y si éstas no lo aprueban, es rechazado o impedido de influir sobre nuestra motilidad, es decir, de alcanzar su realización. Más aún: a menudo estos deseos hasta son impedidos de ingresar a la consciencia, que por lo general ni siquiera conoce

la existencia de esas fuentes instintuales peligrosas. Decimos entonces que dichos impulsos se hallan *reprimidos* para la consciencia y que subsisten sólo en el inconsciente. Si lo reprimido logra irrumpir alguna parte, sea a la consciencia, a la motilidad o a ambas, entonces habremos dejado de ser normales: en ese momento desarrollamos toda la gama de síntomas neuróticos y psicóticos. El mantenimiento de las inhibiciones y represiones que se han tornado necesarias impone a nuestra vida mental un considerable desgaste de energía, del cual aquélla está siempre muy dispuesta a renunciar. El estado nocturno del sueño parece ofrecer una excelente ocasión para ello, ya que el dormir implica la cesación de nuestras funciones motrices. La situación parece segura, de modo que atenuamos la severidad de nuestra policía interna. No la abolimos por completo, pues no se puede confiar del todo: quizá el inconsciente no duerma nunca. Pero entonces ejerce su efecto el atenuamiento de la presión sobre el inconsciente reprimido: surgen de él deseos que durante el reposo hallan abierto por lo menos el acceso a la consciencia. Si pudiésemos conocerlos, quedaríamos horrorizados ante su contenido, su carácter desmesurado, aun ante la mera posibilidad de su existencia. Esto, empero, sólo ocurre raramente, y cuando ocurre nos apresuramos a despertar, dominados por el miedo. Por regla general, la consciencia no llega a enterarse del sueño tal como realmente era. Es cierto que las fuerzas inhibidoras —la *censura onírica*, como hemos dado en llamarlas— nunca se despiertan del todo; pero tampoco se hallan jamás completamente dormidas. Han tenido la oportunidad de influir sobre el sueño mientras éste pugnaba por expresarse en palabras y en imágenes; han eliminado así lo más ofensivo, han modificado otras partes hasta tornarlas irreconocibles; han roto las conexiones legítimas, introduciendo otras falsas, hasta que la sincera, pero brutal, fantasía desiderativa del sueño se convierte en el sueño manifiesto, tal como nosotros lo recordamos: más o menos confuso, casi siempre extraño e incomprensible. El sueño, pues —o la deformación onírica que lo caracteriza—, es el producto de una transacción, testimonio de un conflicto entre los impulsos y los anhelos mutuamente incompatibles de nuestra vida mental. No olvidemos, empero, que el mismo proceso, el mismo interjuego de fuerzas que explica el sueño del soñante normal, nos da también la clave para comprender todos los fenómenos

neuróticos y psicóticos.

Debo disculparme por haber hablado tanto hasta aquí de mí mismo y de mi labor con los problemas del sueño; mas todo esto es una imprescindible introducción a lo que sigue. Mi explicación de la deformación onírica me parecía entonces algo nuevo, pues en parte alguna había encontrado nada parecido. Años más tarde (ya no atinaría a decir exactamente cuándo) cayó en mis manos el libro de Josef Popper-Lynkeus *Phantasien eines Realisten* («Fantasías de un realista»). Una de las narraciones que contenía se llamaba «Soñar como estando despierto», y no pudo dejar de despertar mi más viva atención. En efecto, describíase allí a un hombre que podía alabarse de no haber soñado nunca nada insensato. Sus sueños podían ser fantásticos, como los cuentos de hadas; pero no se hallaban en contradicción tal con el mundo de la vigilia, que se pudiera decir categóricamente que «fuesen imposibles o absurdos en sí mismos». Trasladándolo a mi terminología, eso significaba que en este hombre no tenía lugar ninguna deformación onírica, y la razón aducida para explicar tal ausencia revelaba al mismo tiempo los motivos de su aparición. Popper confiere a su personaje una comprensión total de las razones de su peculiaridad, haciéndole decir: «En mis pensamientos, como en mis sentimientos, reinan el orden y la armonía; además, aquéllos nunca luchan entre sí… Yo soy uno, indiviso; los otros están divididos, y sus dos partes —soñar y estar despierto— se hallan en guerra casi permanente». Y luego, con respecto a la interpretación de los sueños: «No es, por cierto, cosa fácil; pero el propio soñante, con un poco de atención, casi siempre debería poder hacerlo. ¿Por qué, en general, no se tiene éxito en la interpretación? Pues porque en vosotros los sueños parecen contener siempre algo escondido, algo pecaminoso en una forma muy peculiar, cierta cualidad secreta de vuestra naturaleza que sería difícil expresar. He aquí por qué vuestros sueños parecen tan a menudo carentes de significado o aun absurdos. Pero, en el más profundo sentido, no es en modo alguno así; más aún: no es posible que sea así, pues el hombre es siempre el mismo, ya esté despierto o soñando».

Si dejamos la terminología psicológica fuera de consideración, todo esto no era sino la misma explicación de la deformación onírica que yo había alcanzado a través de mis estudios sobre los sueños. La deformación resultaba ser una transacción, algo insincero por su naturaleza misma, el

resultado de un conflicto entre el pensar y el sentir o, como yo lo había expresado, entre lo consciente y lo reprimido. Donde no existía tal conflicto y la represión era innecesaria, los sueños no podían llegar a ser extraños o carentes de sentido. Ese hombre que soñaba dormido de la misma manera en que pensaba despierto encarnaba para Popper aquella condición de armonía interna que, en su calidad de reformador social, anhelaba establecer en el seno de la sociedad humana. Mas si la ciencia nos declara que semejante hombre, totalmente libre del mal y de la falsedad, desprovisto de toda represión, no existe o no podría sobrevivir, cabría replicarle que, en la medida en que es posible una aproximación a ese ideal, ella se vio realizada en la propia persona de Popper.

Abrumado por el encuentro con tal sabiduría, comencé a leer todas sus obras: sus libros sobre Voltaire, sobre la religión, la guerra, la previsión estatal de la subsistencia, etc., hasta que paulatinamente se integró ante mis ojos la imagen del sencillo gran hombre, que era un pensador y un crítico al mismo tiempo que un bondadoso humanitario y un reformador. Reflexioné mucho sobre los derechos del individuo, que él preconizaba y a los cuales gustosamente yo me habría adherido si no me hubiese detenido la consideración de que ni los procesos de la Naturaleza ni los objetivos de la sociedad humana justifican totalmente sus pretensiones. Una especial simpatía me atraía a él, dado que, evidentemente, también él había sufrido dolorosamente la amargura de la existencia judía y la oquedad de los ideales de la cultura actual. Sin embargo, nunca llegué a conocerlo personalmente. Él sabía de mí a través de relaciones comunes, y en una ocasión tuve que responder a una carta suya en la cual me demandaba cierta información. Pero nunca lo visité. Mis innovaciones en la Psicología me habían alejado de mis contemporáneos, particularmente de los más viejos; demasiado a menudo, cuando me aproximaba a un hombre que había admirado desde lejos, me sentía como repelido por su incomprensión de todo aquello que se había convertido en el contenido mismo de mi existencia. Después de todo, Josef Popper procedía de la Física y había sido amigo de Ernst Mach; yo no quise que se malograra la feliz impresión de nuestra concordancia con respecto al problema de la deformación onírica. Así sucedió que fui aplazando la ocasión de visitarlo, hasta que ya fue demasiado tarde, y sólo me restó descubrirme

ante su busto en nuestro Parque del Ayuntamiento.

CLXVII

NUEVAS LECCIONES INTRODUCTORIAS AL PSICOANÁLISIS[2333]

1932 [1933]

INTRODUCCIÓN

LAS conferencias agrupadas bajo el título de *Lecciones introductorias al psicoanálisis*[2334] fueron desarrolladas por mí durante los cursos de 1915 a 1916 y 1916 a 1917 en un aula de la Clínica Psiquiátrica de Viena, y ante un auditorio compuesto por individuos de todas las facultades. Las que forman la primera serie, improvisadas todas, las senté por escrito poco después de pronunciadas. Las de la segunda las redacté durante las vacaciones estivales intermedias, que pasé en Salzburgo, y las pronuncié luego al pie de la letra, pues por entonces poseía aún el don de una memoria fonográfica.

En cambio, esta nueva serie de conferencias no ha sido nunca pronunciada. En el intervalo, mi edad me ha relevado de la obligación de patentizar mi pertenencia —aunque sólo periférica— a la Universidad por medio de cursos de conferencias, y una operación quirúrgica que me ha inutilizado para la oratoria. Así, pues, si en la serie de trabajos que siguen me traspongo de nuevo a las aulas y ante un auditorio, ello es tan sólo una ficción imaginativa; ficción que en todo caso me ayudará a no olvidarme de facilitar

la comprensión del lector al profundizar en los temas propuestos.

Estas nuevas conferencias no pretenden en modo alguno sustituir a las anteriores. No son, en general, nada independiente que pueda contar con un círculo privativo de lectores; son continuaciones y complementos, que atendiendo a su relación con las precedentes pueden dividirse en tres grupos. Al primer grupo pertenecen las revisiones de aquellos temas que tratamos ya hace quince años, pero que a consecuencia de la profundización de nuestros conocimientos y la mudanza de nuestras concepciones demandan hoy una distinta exposición. Trátase, pues, de revisiones críticas. Los otros dos grupos comprenden las ampliaciones propiamente dichas, por cuanto tratan de cosas que o no existían aún en el psicoanálisis al tiempo de las primeras conferencias o solamente apuntaban por entonces, sin que su estado, naciente e impreciso, justificara dedicarles capítulo aparte. No es posible evitar ni hay por qué lamentarlo, que algunas de las nuevas conferencias reúnan en sí caracteres de los tres grupos.

La dependencia de estas nuevas conferencias de las que constituyeron las *Lecciones introductorias al psicoanálisis* aparece expresada también en su numeración, que continúa la de aquéllas. Así, la que inicia el presente apartado lleva el número XXIX. Lo mismo que las primeras, no ofrecen al analítico especializado grandes novedades y se dirigen a aquella legión de personas cultas, a las que nos atrevemos a atribuir un interés benévolo, aunque refrenado por la singularidad y las conquistas de nuestra joven ciencia. También en este caso me ha guiado el propósito de no sacrificar nada para dar a mi trabajo la apariencia de algo sencillo, completo y acabado: no ocultar los problemas ni negar las inseguridades. En ningún otro sector de la labor científica sería lícito ufanarse de tales propósitos de sobriedad y rigor, pues en todos es cosa natural, y no otra espera el público. Ningún lector de un trabajo de Astronomía se sentirá defraudado y superior a la ciencia si se le muestran los límites en los que nuestro conocimiento del Universo se desvanece en lo nebuloso. Sólo en Psicología sucede algo distinto; en este sector se manifiesta plenamente la incapacidad constitucional del hombre para la investigación científica. Parece como si de la Psicología no se esperaran progresos del saber, sino otras satisfacciones cualesquiera; de todo problema no resuelto y de toda inseguridad confesada se le hace reproche.

Pero el que ama la ciencia de la vida psíquica tendrá que aceptar también tales imperfecciones.

FREUD.

Lección XXIX.—REVISIÓN DE LA TEORÍA DE LOS SUEÑOS

Señoras y señores:

SI después de una pausa de más de quince años os he convocado de nuevo para tratar con vosotros de las novedades y acaso también de los adelantos que el intervalo ha aportado al psicoanálisis, es justo y natural, desde más de un punto de vista, que dediquemos en primer lugar nuestra atención al estado de la teoría de los sueños. Esta teoría ocupa en la historia del psicoanálisis un lugar especial, designando en ella un viraje; con ella ha cumplido el análisis el paso desde un procedimiento terapéutico a una psicología abisal. La teoría de los sueños es también, desde entonces, lo más característico y singular de nuestra joven ciencia; algo impar en el acervo general de nuestro saber; un dominio nuevo conquistado a las creencias populares y a la mística. La singularidad de las afirmaciones que hubo de sentar le ha confiado el papel de un *schiboleth*, cuyo empleo decide quién puede llegar a ser un adepto del psicoanálisis y a quién ha de permanecer por siempre inaprehensible. Para mí mismo fue un seguro asidero en aquellos tiempos difíciles en que los hechos ignotos de las neurosis solían confundir mi juicio, inexperimentado aún. Siempre que comenzaba a dudar de la exactitud de mis vacilantes conocimientos, cada vez que lograba referir un sueño, absurdo y embrollado en el sujeto, se renovaba mi confianza de hallarme en buen camino.

Entraña, pues, para nosotros especial interés perseguir precisamente en el caso de los sueños qué transformaciones ha experimentado el psicoanálisis en este intervalo, y además qué progreso ha realizado durante él en la comprensión y la estimación de los demás. Os diré, desde luego, que en ambos sentidos quedaréis defraudados.

Hojead conmigo la colección de la *Revista Internacional de Psicoanálisis Médica (Internationaler Zeitschrift für ärt zliche Psychoanalyse),* en la cual constan, desde 1913, los principales trabajos sobre nuestra ciencia. En el primer tomo hallaréis una sección permanente dedicada a *La interpretación de los sueños*, con numerosas aportaciones a los distintos problemas de la teoría de los sueños. Pero conforme vayáis avanzando en vuestra rebusca veréis que tales aportaciones se hacen cada vez menos frecuentes, hasta la desaparición total de la sección correspondiente. Los analíticos se conducen como si nada tuvieran ya que decir sobre los sueños, como si la teoría de los mismos fuera ya cosa acabada. Pero si me preguntáis qué es lo que de la teoría de los sueños han aceptado las gentes ajenas a nuestro círculo, los muchos psiquiatras y psicoterapeutas que arriman su sardina a nuestras ascuas —sin mostrarse ciertamente muy agradecidos a nuestra hospitalidad —, las gentes llamadas intelectuales que acostumbran apropiarse los resultados más impresionantes de la ciencia, los literatos y el gran público; si preguntáis, repito, qué es lo que de la teoría de los sueños han asimilado todas estas gentes, la respuesta es muy poco satisfactoria. Algunas fórmulas han llegado a ser generalmente conocidas, y entre ellas, algunas que jamás han sido nuestras, tales como la tesis de que todos los sueños son de naturaleza sexual; pero precisamente cosas tan importantes como la distinción fundamental entre el contenido manifiesto del sueño y las ideas latentes del mismo, el descubrimiento de que los sueños de angustia no contradicen la función cumplidora de deseos del sueño, la imposibilidad de interpretar el sueño sin ayuda de las asociaciones correspondientes al sujeto y, sobre todo, el descubrimiento de que lo más esencial del sueño es el proceso de la elaboración onírica; todo esto parece ser aún tan lejano como hace treinta años a la conciencia general. Puedo afirmarlo así porque en el intervalo he recibido multitud de cartas de personas que me relatan en ellas sus sueños, pidiéndome su interpretación, o me demandan explicaciones sobre la naturaleza de los sueños, afirmando haber leído mi *Interpretación de los sueños*, cuando cada una de las frases de sus cartas delata su incomprensión de nuestra teoría onírica. Ello no ha de impedirnos, sin embargo, recapitular nuevamente lo que de los sueños sabemos. Recordaréis, seguramente, que en nuestra anterior exposición de la materia dedicamos toda

una serie de conferencias a mostrar cómo se había llegado a la comprensión de tal fenómeno psíquico, hasta entonces inexplicable.

Así, pues, cuando alguien, por ejemplo, un paciente sometido a la terapia analítica, nos relata uno de sus sueños hacemos cuenta de que con ello nos ha hecho una de las comunicaciones a las que hubo de obligarse al ponerse en tratamiento. Aunque, desde luego, una comunicación con medios impropios, pues el sueño no es en sí una expresión social ni un medio de comunicación. Así, no comprendemos lo que el sujeto quiere decirnos y, por su parte, tampoco él lo sabe a punto fijo. Se nos plantea entonces un dilema que hemos de resolver rápidamente: O bien el sueño es, como nos lo aseguran los médicos no analíticos, un signo de que el sujeto ha dormido mal, de que no todas las partes de su cerebro se han aquietado por igual y de que ciertos lugares del mismo, bajo el influjo de estímulos desconocidos, han querido seguir trabajando y sólo de un modo muy imperfecto lo han podido, y entonces haremos bien en no ocuparnos más del producto, carente de todo valor psíquico, de la perturbación nocturna, ya que su investigación nada útil para nuestros propósitos puede suministrarnos. O bien… Pero advertimos que de antemano nos hemos pronunciado en otro sentido. Hemos supuesto, en efecto —desde luego arbitrariamente, lo confesamos—, que también un tal sueño incomprensible tenía que ser un acto psíquico plenamente válido, significativo y valioso, susceptible de ser utilizado en el análisis como otra comunicación cualquiera del paciente. Si tenemos o no razón, sólo el resultado de nuestras tentativas puede mostrarlo. Si conseguimos transformar el sueño en una tal manifestación valiosa, podremos esperar averiguar algo nuevo, obtener comunicaciones tales como hasta ahora nos habían sido inaccesibles.

Mas en este punto se alzan ante nosotros las dificultades de nuestra labor y los enigmas de nuestro tema. ¿Cómo hacemos para transformar el sueño en una tal comunicación normal y cómo explicarnos que una parte de las manifestaciones del paciente hayan tomado esta forma tan incomprensible para él como para nosotros?

Como veréis, esta vez no sigo el camino de una expresión genética, sino el de una exposición dogmática. Nuestro primer paso consistirá en fijar

nuestra nueva actitud ante el problema de los sueños con la introducción de dos nuevos conceptos o denominaciones. A lo que hasta ahora se ha dado el nombre de «sueño» lo llamamos «texto del sueño» o «sueño *manifiesto*», y a lo que buscamos y, por decirlo así, presumimos detrás del sueño lo designamos como «ideas *latentes* del sueño». Hecho así, podemos expresar nuestras dos labores en la forma siguiente: Tenemos que transformar el sueño manifiesto en el sueño latente e indicar cómo este último se ha hecho el primero en la vida anímica del sujeto. La primera parte es una labor práctica que atañe a la *interpretación* onírica y precisa de una técnica; la segunda es una labor teórica que ha de explicar el supuesto proceso de la *elaboración del sueño*, y sólo una teoría puede ser. Ambas, la técnica de la interpretación onírica y la teoría de la elaboración del sueño, han de ser creadas de nuevo.

¿Por cuál de ellas hemos de comenzar? A mi juicio, por la técnica de la interpretación de sueños. Su mayor plasticidad habrá de haceros impresión más viva.

Tenemos, pues, que el paciente nos ha relatado un sueño que hemos de interpretar. Hemos escuchado pasivamente su relato sin hacer reflexión alguna sobre él. ¿Qué hacemos primero? Decidimos preocuparnos lo menos posible de lo que hemos oído, o sea, del sueño manifiesto. Naturalmente, este sueño manifiesto muestra diversos caracteres que no nos son del todo indiferentes. Puede ser coherente, correctamente compuesto como un poema, o incomprensiblemente embrollado, casi como un delirio; puede contener elementos absurdos o chistosos y conclusiones aparentemente ingeniosas; puede resultar claro y preciso al sujeto o turbio y desvanecido; sus imágenes pueden mostrar la plena intensidad sensorial de percepciones o ser imprecisas como vagas sombras, y un mismo sueño puede reunir los más diversos caracteres distribuidos en diversos lugares; el sueño puede mostrar, en fin, un tono afectivo indiferente o ir acompañados de intensísimas excitaciones alegres o penosas. No debéis creer que hacemos caso omiso de esta infinita variedad en el sueño manifiesto; más adelante volveremos sobre el asunto y hallaremos elementos útiles para el análisis, mas por de pronto prescindimos de ellos y emprendemos el camino principal de la interpretación onírica; esto es, invitamos al sujeto a libertarse también de la impresión del sueño

manifiesto, a desviar su atención de la totalidad del mismo para concentrarla sobre cada una de las partes del contenido del sueño y a comunicarnos sucesivamente las asociaciones que enlacen a cada una de tales partes.

¿No es ésta acaso una técnica especial y no el modo corriente de tratar una comunicación o una manifestación? Y seguramente adivináis también que detrás de este procedimiento se ocultan premisas aún no expuestas. Pero continuemos. ¿En qué orden hacemos que el paciente vaya revisando los trozos de su sueño? Se nos ofrecen aquí varios caminos. Podemos seguir sencillamente el orden cronológico tal como se ha establecido en el relato del sueño. Éste es, por decirlo así, el método más riguroso y clásico. O podemos hacer que el paciente busque y repase primero en su sueño los *restos diurnos*, pues la experiencia nos ha enseñado que en casi todo sueño se ha introducido un residuo mnémico de uno o varios de los acontecimientos del día inmediatamente anterior o una alusión a ellos, y siguiendo tales enlaces hemos hallado con frecuencia, de una vez, la transición desde el mundo de los sueños, aparentemente muy lejano, a la vida real del paciente. O, por último, le hacemos comenzar por aquellos elementos del contenido del sueño que más le han impresionado por su singular precisión y su intensidad sensible. Sabemos, en efecto, que a tales elementos enlazará asociaciones más fácilmente que a otros. De cualquiera de estos medios podemos indistintamente servirnos para aproximarnos a las asociaciones deseadas.

Y luego obtenemos tales asociaciones. Las cuales nos traen las cosas más diversas: recuerdos del día inmediatamente anterior al sueño y de tiempos muy pretéritos, reflexiones, discusiones con el pro y el contra, confesiones y consultas. Algunas de ellas brotan con fácil espontaneidad de labios del paciente, otras surgen con más esfuerzo y después de un cierto titubeo. En su mayor parte muestran una clara relación con un elemento del sueño, lo cual no es maravilla ninguna, puesto que parte de dichos elementos; pero también sucede que el paciente las inicie con las palabras siguientes: «Esto no me parece que tiene nada que ver con el sueño; lo digo sólo por no callar nada de lo que se me ocurra».

Si en la interpretación de los sueños dependemos en general y en primera línea de las asociaciones del sujeto, nos conducimos, sin embargo, con plena independencia en cuanto a ciertos elementos del contenido del sueño, pues a

su respecto fallan, por lo regular, las asociaciones. Hemos observado desde muy pronto que los contenidos en que así sucede son siempre los mismos; no son muy numerosos, y una experiencia acumulada nos ha enseñado que deben ser considerados e interpretados como *símbolos* de algo distinto. Comparados con los demás elementos del sueño, se les puede adscribir una significación fija, que, sin embargo, no ha de ser necesariamente unívoca, y cuya amplitud es determinada por reglas especiales y singulares.

Como nosotros sabemos traducir estos símbolos y el sujeto no, a pesar de ser él quien los ha empleado, puede darse el caso de que el sentido de un sueño se nos evidencia inmediatamente, antes aún de todo trabajo de interpretación, en el acto de oírnos relatar el texto del sueño, mientras que el sujeto se encuentra todavía ante un enigma. Pero sobre el simbolismo, nuestro conocimiento de él y los problemas que nos plantea hemos dicho ya tanto en nuestras anteriores conferencias que no necesitamos hoy repetirnos.

Esto es, pues, nuestro método de interpretación de los sueños. La primera pregunta que se nos planteará será la siguiente: ¿Pueden con él interpretarse todos los sueños? Y la respuesta será: No, no todos; pero sí tantos que la utilidad y la justificación del procedimiento quedan aseguradas. Mas ¿por qué no todos? La respuesta a esta nueva interrogación nos enseña algo muy importante que nos adentra ya en las condiciones psíquicas de la formación de los sueños. Tal respuesta es: Porque la labor de la interpretación se desarrolla contra una resistencia que varía, desde magnitudes apenas perceptibles, hasta lo insuperable —por lo menos para nuestros medios de acción actuales—. Las manifestaciones de esta resistencia no pueden ser desatendidas en el curso de la labor de interpretación. En algunos lugares, las asociaciones surgen sin vacilación, y ya la primera o la segunda ocurrencia trae consigo la solución. En otros, el paciente se atasca y titubea antes de dar salida a una asociación, y entonces tenemos muchas veces que oír toda una larga cadena de ocurrencias antes de obtener algo aprovechable para la comprensión del sueño. Cuanto más larga y más digresiva es la cadena de asociaciones, más intensa juzgamos acertadamente la resistencia. También en el olvido de los sueños advertimos idéntico influjo. Sucede muy a menudo que el paciente, por más que hace, no puede recordar uno de sus sueños. Pero cuando un trozo de nuestra labor analítica llega a vencer una dificultad que

había perturbado la relación del paciente con el análisis, el sueño olvidado es recordado de repente.

A este punto se enlazan otras dos observaciones. Sucede muchas veces que al principio se silencia un trozo del sueño, que es relatado luego como apéndice al mismo. Esto debe considerarse como una tentativa de olvidar dicho trozo. La experiencia muestra que precisamente tal fragmento es el más importante y significativo; suponemos, pues, que a su comunicación se oponía una resistencia mayor que a la del resto del sueño. Además, vemos frecuentemente que el sujeto precave el olvido de sus sueños sentándolos por escrito en cuanto despierta. Podemos decirle que tal precaución es totalmente inútil, pues la resistencia a la que ha hurtado la retención del texto del sueño se desplaza entonces sobre la asociación y hace al sueño inaccesible a la interpretación. En estas circunstancias no habremos de extrañar que un nuevo incremento de la resistencia sojuzgue en absoluto las asociaciones y haga con ello fracasar la interpretación.

De todo esto concluimos que la resistencia que advertimos en la interpretación de los sueños tiene que participar también en la génesis de los mismos. Podemos incluso distinguir los sueños que se han formado bajo la presión de una intensa resistencia de aquéllos en que la misma ha sido escasa. Pero tal presión varía también dentro del mismo sueño de unos trozos a otros; a ella se deben las lagunas, oscuridades y confusiones que pueden interrumpir la coherencia de los más bellos sueños.

Mas ¿cuál es la labor de la resistencia y con qué actúa? Para nosotros, la resistencia es signo inequívoco de un conflicto. Ha de existir aquí una fuerza que quiere expresar algo y otra que se resiste a consentir tal expresión. Lo que entonces se constituye como sueño manifiesto puede sintetizar todas las decisiones en las que se ha condensado esta pugna de ambas tendencias. En un lugar puede haber conseguido una de tales fuerzas imponer lo que quería decir, y, en cambio, en otros, la instancia contraria ha logrado extinguir por completo la comunicación propuesta o sustituirla por algo que no delata huella ninguna de ella. Predominantes y máximamente característicos de la formación de los sueños son aquellos casos en los que el conflicto se resuelve en una transacción, de modo que la instancia comunicativa pudo decir lo que quería; pero no como quería, sino en una forma mitigada, deformada e

irreconocible.

Así, pues, el sueño no reproduce fielmente las ideas oníricas, y si es necesaria una labor de interpretación para salvar el abismo entre uno y otras, es por un éxito de la instancia resistente, inhibitoria y restrictiva, que deducidos de la percepción de la resistencia en la interpretación onírica. Mientras estudiamos el sueño como fenómeno aislado, independiente de los productos psíquicos a él afines, dimos a esta instancia el nombre de *censor del sueño*.

Sabéis ya que esta censura no es un dispositivo privativo de la vida onírica. Que el conflicto entre dos instancias psíquicas, que designaremos —imprecisamente— como lo reprimido inconsciente y lo consciente, rige en general nuestra vida psíquica y que la resistencia contra la interpretación de los sueños, el signo de la censura onírica, no es más que la resistencia de la represión que contrapone a tales dos instancias. Sabéis también que del conflicto entre las mismas surgen, bajo determinadas condiciones, otros productos psíquicos que, al igual del sueño, son el resultado de transacciones, y no pediréis que os repita ahora todo lo contenido en mi introducción a la teoría de las neurosis para exponeros lo que de las condiciones de tal constitución de transacciones sabemos. Habéis comprendido que el sueño es un producto patológico, el primer elemento de la serie que comprende el síntoma histérico, la representación obsesiva y la idea delirante, pero diferenciado de los demás por su condición efímera y su génesis en circunstancias pertenecientes a la vida normal. Pues —retengámoslo— la vida onírica es, como ya Aristóteles lo dijo, la manera en que nuestra alma trabaja mientras dormimos. El dormir establece un apartamiento del mundo real, con lo cual se da la condición del desarrollo de una psicosis. El estudio más cuidadoso de las psicosis graves no nos descubrirá rasgo ninguno más característico de este estado patológico. Pero en las psicosis el apartamiento de la realidad es provocado de dos maneras distintas: O bien toma fuerza preponderante lo inconsciente reprimido y sojuzga a lo consciente pendiente de la realidad, o bien la realidad se ha hecho tan insoportablemente penosa que el *yo* amenazado, rebelándose desesperadamente, se arroja en brazos de lo instintivo inconsciente. La inocente psicosis onírica es la consecuencia de un retraimiento, conscientemente voluntario y sólo temporal, del mundo

exterior y desaparece con la renovación de las relaciones con el mismo. Durante el aislamiento del durmiente se establece también una modificación en la distribución de su energía psíquica; una parte del esfuerzo de represión, empleado hasta entonces en el sojuzgamiento de lo inconsciente, puede ser ahorrada, pues aunque lo inconsciente aprovecha su relativa liberación para actuar, encuentra de todos modos cerrado el camino a la motilidad y sólo abierto el innocuo que conduce a la satisfacción alucinatoria. Puede así entonces formarse un sueño; pero el hecho de la censura onírica muestra que aun durante el dormir se ha conservado magnitud suficiente de la resistencia represora.

Se nos abre aquí el camino para dar respuesta a la interrogación de si el sueño tiene también una función útil. El reposo exento de estímulos que el dormir quisiera establecer es amenazado por tres lados: de un modo casual, por estímulos exteriores sobrevenidos durante el dormir y por intereses diurnos que no se dejan interrumpir; de un modo inevitable, por los impulsos instintivos reprimidos, insatisfechos, que acechan la ocasión de exteriorizarse. A consecuencia de la debilitación nocturna de las represiones existiría el peligro de que la tranquilidad del dormir fuera perturbada cada vez que el estímulo interno o externo lograra una conexión con una de las fuentes de instintos inconscientes. El proceso onírico hace desembocar el producto de una tal acción conjunta en un suceso alucinatorio innocuo y asegura así la perduración del dormir. No contradice tal función el hecho de que el sueño despierte a veces, angustiado, al sujeto, hecho que es la señal de que el vigilante considera demasiado peligrosa la situación y no cree ya poderla dominar. Con frecuencia advertimos, dormidos todavía, la observación tranquilizadora que intenta evitar el despertar: Pero ¡si no es más que un sueño!

Hasta aquí, señoras y señores, lo que me proponía deciros sobre la interpretación onírica, cuya labor es conducirnos desde el sueño magnífico a las ideas latentes del sueño. Conseguido esto, el sueño pierde casi siempre su interés en cuanto al análisis práctico. Añadimos la comunicación obtenida en forma de sueño a las demás suministradas por el sujeto y proseguimos el análisis. Mas, desde otro punto de vista, el sueño sigue interesándonos. Nos interesa, en efecto, estudiar el proceso que ha transformado las ideas oníricas

latentes en sueño manifiesto, proceso al que damos el nombre de «elaboración del sueño». Habiéndolo descrito detalladamente en mis anteriores conferencias, me limitaré hoy a sintetizarlo.

El proceso de la elaboración del sueño es, pues, algo totalmente nuevo, singular y sin precedentes. Nos ha procurado una primera visión de los procesos que se desarrollan en el sistema inconsciente y nos ha mostrado que son muy otros de los que conocemos de nuestro pensamiento consciente y que para este último tienen que resultar inauditos y defectuosos. La importancia de estos hallazgos ha sido luego intensificada por el descubrimiento de que en la formación de los síntomas neuróticos actúan los mismos mecanismos —no nos atrevemos a decir procesos mentales— que han transformado las ideas oníricas latentes en el sueño manifiesto.

En lo que sigue me ha de ser imposible evitar una expresión esquemática. Supongamos que en un caso determinado tenemos una visión conjunta de todas las ideas latentes más o menos cargadas de afecto que han sustituido al sueño manifiesto, una vez cumplida la interpretación del mismo. Entonces advertimos entre ellas una diferencia, y esta diferencia nos llevará lejos. Casi todas estas ideas son conocidas o reconocidas por el sujeto; concede que ha pensado así en esta ocasión o en otra anterior o que podía haber pensado así. Sólo contra la aceptación de una de ellas se resiste; tal idea le es ajena, y quizá incluso repulsiva; es posible que la rechace de sí con apasionada excitación. Se nos hace entonces patente que las demás ideas son fragmentos de su pensamiento consciente; podían muy bien haber sido pensadas durante la vigilia, y probablemente se han formado durante la vida diurna. Pero la idea, o mejor aún, el impulso rechazado es hijo de la noche; pertenece a lo inconsciente del sujeto, y es así negado y rechazado por él. Tuvo que esperar el relajamiento nocturno de la represión para lograr una expresión cualquiera. De todos modos, tal expresión es una expresión mitigada, deformada y disfrazada; sin la labor de la interpretación no la hubiéramos hallado. Al enlace con las demás ideas incontestadas del sueño debe este impulso inconsciente la ocasión de deslizarse, con un disfraz que le hace irreconocible, a través de las barreras de la censura; por otro lado, las ideas preconscientes del sueño deben a este mismo enlace el poder de ocupar

también durante el dormir a la vida anímica. Pues no nos cabe la menor duda de que tal impulso inconsciente es el verdadero creador del sueño; despierta la energía psíquica necesaria para su formación. Como todo otro impulso instintivo, no puede aspirar más que a su propia satisfacción, y nuestra experiencia en la interpretación onírica nos muestra también que tal es el sentido de todo soñar. En todo sueño ha de ser representado como cumplido un deseo instintivo. El apartamiento nocturno de la realidad de toda la vida onírica y la regresión a mecanismos primitivos que tal apartamiento condicional hacen posible que dicha satisfacción alucinatoria de un instintivo sea vivida como presente. A consecuencia de la misma regresión se convierten en el sueño las representaciones en imágenes visuales, siendo así dramatizadas e ilustradas las ideas latentes del sueño.

Este fragmento de la elaboración onírica nos informa sobre algunos de los caracteres más peculiares y singulares del sueño. Repetiré el proceso de la elaboración onírica: Su introducción es el deseo de dormir, el apartamiento intencional del mundo exterior. De lo cual resultan para el aparato onírico dos consecuencias: Primera, la posibilidad de que surjan en él métodos de trabajo más antiguos y primitivos; esto es, la regresión. Y segunda, la disminución de la resistencia represora que pesa sobre lo inconsciente. Como secuela de este último factor resulta la posibilidad de la formación del sueño, posibilidad que es aprovechada por los motivos ocasionales; esto es, por los estímulos internos y externos entrados en actividad. El sueño que así nace es ya el producto de una transacción y tiene una doble función, siendo por un lado ego-sintónico, en cuanto con la impresión de los estímulos perturbadores del reposo sirve al deseo de dormir, y, por otro, permite a un impulso instintivo reprimido la satisfacción en tales circunstancias, posible en forma de cumplimiento alucinatorio de un deseo. Pero todo el proceso consentido por el *yo* durmiente se halla bajo la condición de la censura ejercida por el resto de la represión subsistente. No me es posible exponer más sencillamente este proceso, porque en verdad no es más sencillo. Mas ahora ya puedo continuar la exposición de la elaboración onírica.

Volvamos de nuevo a las ideas latentes del sueño. Su elemento más vigoroso es el impulso instintivo reprimido que se ha procurado en ellas, apoyándose en estímulos casualmente dados y transfiriéndose a los restos

diurnos una expresión, siquiera sea mitigada y disfrazada. Como todo impulso instintivo, también éste tiende a la satisfacción por medio de la acción; pero los dispositivos fisiológicos del estado de reposo le cierran el camino de la motilidad, viéndose así obligado a contentarse con una satisfacción alucinatoria. Así, pues, las ideas latentes del sueño son transformadas en una serie de imágenes sensoriales y escenas visuales. Por este camino sucede con ellas aquello que tan nuevo y extraño nos parece. Todos los recursos del idioma por medio de los cuales son expresadas las relaciones mentales más sutiles, las conjunciones y las preposiciones, los accidentes de la declinación y la conjugación, desaparecen por faltar los medios de representación para ellos; como en un idioma primitivo carente de gramática, sólo es expresada la materia prima del pensamiento y reducido el abstracto a lo concreto en que se fundamenta. Lo que así queda puede fácilmente parecer incoherente. El empleo abundante de la exposición de ciertos objetos y procesos por medio de símbolos que se han hecho ajenos al pensamiento consciente corresponde tanto a la regresión arcaica en el aparato anímico como a las exigencias de la censura. Pero aún van mucho más lejos otras mutaciones de las que son objeto los elementos de las ideas del sueño. Todas aquellas que muestran algún punto de contacto son *condensadas* en nuevas ideas. En la transformación de los pensamientos en imágenes son preferidos inequívocamente aquellos que permiten una tal condensación, como si actuara una fuerza que sometiese el material a una compresión. A consecuencia de la condensación puede luego un elemento del sueño manifiesto corresponder a numerosos elementos de las ideas latentes del sueño; o inversamente, también un elemento de las ideas del sueño puede ser representado en el sueño por varias imágenes.

Más singular aún es el otro proceso del *desplazamiento*, o transferencia del acento, que en el pensamiento consciente es conocido tan sólo como error mental o medio del chiste. Las distintas representaciones de las ideas del sueño no son equivalentes, están cargadas con distintas magnitudes de afecto y correlativamente son estimadas por el juicio como más o menos importantes y dignas de interés. En la elaboración del sueño, estas representaciones son separadas de los afectos a ellas adheridos, y los afectos en sí pueden ser suprimidos, desplazados sobre algo distinto, conservados,

transformados o no aparecen en absoluto en el sueño. La importancia de las representaciones despojadas de afecto retorna en el sueño como intensidad sensorial de las imágenes oníricas; pero observamos que este acento ha pasado de elementos importantes a otros indiferentes, de manera que en el sueño aparece situado en primer término como cosa principal lo que en las ideas latentes desempeñaba tan sólo un papel secundario, e inversamente lo esencial de tales ideas sólo encuentra en el sueño una representación pasajera e imprecisa. Ningún otro fragmento de la elaboración onírica contribuye tanto a hacer el sueño extraño e incomprensible para el soñado. El desplazamiento es el medio capital de la *deformación del sueño*, a la que tienen que someterse las ideas latentes bajo la influencia de la censura.

Después de esta acción sobre las ideas del sueño, queda éste casi completo. Todavía se agrega un factor algo inconsciente, la llamada elaboración secundaria, que se desarrolla una vez que el sueño ha aparecido como objeto de la percepción ante la conciencia. Lo tratamos entonces como en general acostumbramos tratar los contenidos de la percepción; esto es, procuramos llenar lagunas y establecer encadenamientos, exponiéndonos en ello con frecuencia a graves equivocaciones. Pero esta actividad de carácter racionalizador, que en el mejor caso provee al sueño de una fachada irreprochable a la vista, pero que no puede convenir a su verdadero contenido, puede también ser omitida o manifestarse tan sólo en modestísima medida, en cuyo caso el sueño muestra abiertamente todas sus grietas y resquebrajaduras. Por otro lado, no debe olvidarse que tampoco la elaboración onírica procede siempre con igual energía; muy a menudo se limita a ciertos fragmentos de las ideas latentes, y otras de ellas pueden aparecer invariables en el sueño. Entonces da la impresión de que en el sueño se han llevado a cabo las más sutiles operaciones intelectuales, habiéndose especulado, hecho chistes, adoptado resoluciones y resuelto problemas, mientras que todo ello es el resultado de nuestra actividad mental normal, puede haber sucedido, tanto en el día anterior al sueño como durante la noche, y no tiene nada que ver con la elaboración onírica ni manifiesta nada característico del sueño. Tampoco es superfluo hacer resaltar de nuevo la contradicción existente dentro de las mismas ideas latentes entre el impulso instintivo inconsciente y los restos diurnos.

En tanto que estos últimos muestran toda la variedad de nuestros actos psíquicos, el primero, que es el verdadero motor de la producción del sueño, culmina regularmente en el cumplimiento de un deseo.

Todo esto hubiera podido decíroslo ya hace quince años e incluso creo que efectivamente os lo dije. Ahora os expondré conjuntamente cuantos descubrimientos y modificaciones han surgido en el intervalo.

Ya os he expresado mi temor de que tales novedades os parezcan de poca monta, y os preguntéis por qué os he impuesto la tarea de escuchar dos veces las mismas cosas y a mí mismo la de repetirlas. Pero de entonces acá han pasado quince años, y he creído que sería la mejor manera de volver a entrar en contacto con vosotros. Además, se trata de cosas tan elementales y de tan decisiva importancia para la comprensión del psicoanálisis, que pueden oírse con gusto dos veces, aparte de que siempre merece la pena de saberse que tales cosas fundamentales han permanecido invariables a través de quince años.

Naturalmente, en la literatura psicoanalítica de este período figura una gran cantidad de confirmaciones y exposiciones de detalle, de las cuales sólo me propongo ofreceros algunas muestras. Lo cual me dará también pretexto para orientar vuestra atención hacia algo que ya antes era conocido, y que se refiere, en su mayor parte, al simbolismo onírico y a los demás medios expositivos del sueño. Veámoslo: Recientemente, los profesores médicos de una Universidad norteamericana se han negado a reconocer al psicoanálisis todo carácter de ciencia, fundándose en que no permitía demostración experimental alguna. Idéntica objeción hubiera podido oponerse a la Astronomía, ya que es particularmente difícil experimentar con los cuerpos celestes. Sólo la observación es posible. De todos modos, precisamente unos investigadores vieneses han comenzado a confirmar experimentalmente nuestro simbolismo onírico. Ya en 1912, el doctor Schrötter halló que cuando a una persona profundamente hipnotizada se le ordena que sueñe procesos sexuales, en el sueño así provocado el material sexual aparece sustituido por los símbolos que conocemos. Por ejemplo: a una mujer se le ordena que sueñe el comercio sexual con una amiga. En el sueño aparece esta amiga llevando una *maleta* que ostenta una etiqueta con la inscripción siguiente:

«Sólo para señoras». Más impresionante aún son los experimentos de Betlheim y Hartmann (1924) con sujetos que padecían la llamada psicosis de Korsakoff. Les contaban historietas de contenido francamente sexual y atendían a las deformaciones que surgían al reproducirlas a su demanda los enfermos. En tales reproducciones surgían de nuevo los símbolos que ya nos son familiares de los órganos sexuales y del comercio sexual; entre otros, el símbolo de la escalera, del cual dicen con razón los autores que hubiera sido inaccesible a una tentativa consciente de deformación.

H. Silberer ha mostrado en una interesantísima serie de experimentos la posibilidad de sorprender *in fraganti* a la elaboración onírica en el acto de transformar ideas abstractas en imágenes visuales. Cuando hallándose fatigado y somnoliento intentaba forzarse a un trabajo intelectual, se le escapaba frecuentemente la idea, y surgía en su lugar una visión, que era manifiestamente un sustitutivo de aquélla.

Un ejemplo sencillo de este orden: «Pienso —dice Silberer— que debo corregir un pasaje defectuoso de un artículo». Vision: Me veo cepillando un trozo de madera. En estos experimentos sucedía a menudo que lo que se convertía en contenido de la visión no era la idea que esperaba una elaboración, sino el propio estado subjetivo; el estado en lugar del objeto, cosa a la que Silberer dio el nombre de «fenómeno funcional». Un ejemplo os mostrará en seguida de qué se trata: El autor se esfuerza en comparar las opiniones de dos filósofos sobre un problema determinado. Pero en su estado de somnolencia, una de tales opiniones se le escapa una y otra vez, y por último tiene la visión de estar solicitando un informe de un secretario malhumorado, el cual, encorvado sobre su mesa de trabajo, no le hace al principio el menor caso, y le mira luego con disgusto. Probablemente las condiciones mismas del experimento explican que la visión así conseguida sea tan frecuentemente un resultado de la autoobservación.

Continuemos con los símbolos. Había algunos que creíamos haber reconocido; pero de los cuales nos inquietaba, sin embargo, no poder indicar cómo el símbolo había llegado a adquirir tal significación. En tales casos habían de sernos bien halladas las confirmaciones procuradas por otros sectores: la Lingüística, el folklore, la Mitología y el ritual. Un ejemplo de este orden es el símbolo de la capa. Decíamos que en el sueño de una mujer,

la capa representa a un hombre. Espero que os impresionará oír lo que Th. Reik nos informaba en 1920: «En el antiquísimo ceremonial nupcial de los beduinos, el novio cubre a la novia con una capa, llamada *aba*, mientras pronuncia la frase ritual siguiente: “En adelante, nadie más que yo te cubrirá”». (Citado, según Robert Eisler, en *Weltenmantel und Himmelszelt*.) También nosotros hemos descubierto varios símbolos nuevos, de los cuales os citaré, por lo menos, dos. Según Abraham (1922), la araña en el sueño es un símbolo de la madre, pero de la madre fálica, a la que se tiene miedo; de modo que el miedo a la araña expresa el miedo ante el incesto con la madre y el horror al genital femenino. Sabéis quizá que el producto mitológico de la cabeza de Medusa ha de referirse al mismo motivo del miedo a la castración. El otro símbolo del que quiero hablaros es el del puente. Ferenczi lo ha explicado en 1921-1922. Significa originariamente el miembro masculino, que une al padre con la madre en el acto sexual; pero desarrolla luego otras significaciones, derivadas de la primera. En cuanto al miembro masculino, se debe el que el ser humano pueda salir de las aguas del parto y venir al mundo, el puente se convierte en el paso desde el lado de allá (el no haber nacido aún, el seno materno) al lado de acá (la vida); y como el hombre se representa también la muerte como un retorno al seno materno (al agua), el puente recibe la significación de un transporte a la muerte, y, por último, más lejos aún de su sentido inicial, significa, en general, una transición, un cambio de estado. Con ello concuerda el hecho de que la mujer que no ha superado aún el deseo de ser un hombre sueñe tan frecuentemente con puentes, demasiado cortos para alcanzar la otra orilla.

En el contenido manifiesto de los sueños aparecen muy frecuentemente imágenes y situaciones que recuerdan temas conocidos de las leyendas y los mitos. La interpretación de tales sueños ilumina entonces los intereses originales que crearon tales temas, en lo cual no debemos olvidar, naturalmente, el cambio de significación que el material correspondiente ha experimentado en el curso del tiempo. Nuestra labor de interpretación descubre, por decirlo así, la materia prima, que muy a menudo es de carácter sexual, pero que en una elaboración posterior ha encontrado las más diversas aplicaciones. Tales referencias suelen atraernos el enojo de todos los investigadores de orientación no analítica, como si pretendiéramos negar o

menospreciar todo lo que en desarrollos posteriores ha venido a superponerse. Sin embargo, estas opiniones son muy instructivas e interesantes. Lo mismo puede decirse de la derivación de ciertos temas de las artes plásticas, cuando, por ejemplo, M. J. Eisler (1919) interpreta analíticamente, según la parte inicial de sueños de sus pacientes, el adolescente que juega con un niño, representado en el *Hermes*, de Praxiteles. Por último, no puedo menos de mencionar cuán a menudo encuentran precisamente los temas mitológicos su aclaración por medio de la interpretación de los sueños. Así, la leyenda del laberinto revela ser la representación de un parto anal, los caminos intrincados son los intestinos, y el hilo de Ariadna, el cordón umbilical.

Las formas expositivas de la elaboración onírica, materia interesantísima y apenas agotable, nos van siendo cada vez más familiares, gracias a un penetrante estudio. Veamos algunos ejemplos: En ocasiones, el sueño expone la relación de frecuencia por medio de la multiplicación de lo idéntico. Oídme el sueño singular de una muchachita: Entra en un salón, y encuentra en él a una persona, sentada en una silla, y repetida ocho o más veces, pero idéntica siempre a su padre. Esto es fácil de comprender cuando por las circunstancias accesorias del sueño averiguamos que el salón representa el claustro materno. Entonces, el sueño se hace equivalente a la conocida fantasía de la adolescente, que pretende haberse tropezado ya con el padre en la vida intrauterina, cuando el mismo visitaba a la madre durante su embarazo. El hecho de que el sueño muestre algo invertido, esto es, que la entrada del padre aparezca desplazada sobre la propia persona de la sujeto, no debe desorientarnos; tiene, además, su significación particular. La multiplicación de la persona del padre puede sólo significar que el proceso correspondiente se desarrolló varias veces. En realidad, hemos de confesar también que el sueño no se toma demasiadas libertades cuando expresa la *frecuencia* por medio de la *acumulación*. No hace más que volver al significado original de la palabra, que para nosotros significa hoy una repetición en el tiempo, pero que está tomada de una reunión en el espacio. Y es que la elaboración onírica convierte siempre que puede las relaciones temporales en relaciones espaciales, y las expone como tales. Así, el sujeto ve, por ejemplo, en el sueño una escena entre personas, que parecen muy

pequeñas y lejanas, como vistas con unos gemelos al revés. La pequeñez y la lejanía espacial significan aquí lo mismo. Aluden al alejamiento en el tiempo; ha de entenderse que se trata de una escena perteneciente a un lejano pretérito. Además, recordáis quizá que ya en mis conferencias anteriores os dije y os mostré con ejemplos que habíamos aprendido a utilizar también para la interpretación rasgos puramente formales del sueño manifiesto, o sea, a convertirlos en contenido de las ideas latentes del sueño. Ahora bien: sabéis ya que todos los sueños de una noche pertenecen al mismo sistema. Pero no es siquiera indiferente que estos sueños parezcan al sujeto una continuidad o que los articule en varios trozos y en cuántos. El número de estos fragmentos corresponde con frecuencia a otros tantos centros, distintos de la producción de ideas en las ideas latentes, o a otras tantas corrientes, que pugnan entre sí en la vida anímica del sujeto, cada una de las cuales encuentra expresión principal, aunque no exclusiva, en uno de los fragmentos del sueño. Un breve sueño previo y un largo sueño principal se hallan frecuentemente entre sí en la relación de condición y ejecución; caso del cual hallaréis un claro ejemplo en mis antiguas conferencias. Un sueño del que el sujeto dice haberse interpolado en otro, corresponde realmente a una frase secundaria en las ideas del sueño. En un estudio sobre los pares de sueños ha mostrado Franz Alexander (1925) que dos sueños de una misma noche se reparten muchas veces la ejecución de la labor del sueño de tal manera que reunidos dan el cumplimiento en dos etapas de un deseo; cumplimiento que ninguno de ellos por separado lleva a cabo. Cuando el deseo del sueño tiene por contenido, por ejemplo, un acto ilícito, realizado con una persona determinada, esta persona aparece inequívocamente en el primer sueño, y, en cambio, el acto sólo tímidamente indicado. El segundo sueño obra al revés. El acto es inequívocamente designado, pero la persona aparece irreconocible o es sustituida por otra indiferente. Esto da realmente una impresión de astucia. Una segunda y análoga relación entre las dos partes de un par de sueños es la de que uno de ellos representa el castigo, y la otra, la satisfacción ilícita. Como si dijéramos: Si se acepta el castigo, puede uno permitirse lo prohibido.

No puedo deteneros por más tiempo en estos pequeños descubrimientos,

ni tampoco en las discusiones referentes a la aplicación de la interpretación de los sueños en la labor analítica. Puedo suponer que estáis impacientes por oír qué modificaciones han surgido en las concepciones fundamentales sobre la esencia y la significación de los sueños. Estáis ya preparados a que precisamente sobre ella hay poco que exponer. El punto más discutido de toda la teoría ha sido acaso la afirmación de que todos los sueños son cumplimientos de deseos. La inevitable y constante objeción de los profanos de que hay tantos sueños de angustia quedó ya rebatida en nuestras conferencias anteriores. Con la división en sueños optativos, sueños de angustia y sueños punitivos hemos mantenido en pie nuestra teoría.

También los sueños punitivos son satisfacciones de deseos; pero no de los deseos de los impulsos instintivos, sino de la instancia crítica, censora y punitiva de la vida anímica. Cuando nos encontramos ante un puro sueño punitivo, una sencilla operación mental nos permite reconstruir el sueño optativo, del que el punitivo es la réplica exacta, sustituida para el sueño manifiesto por esta repulsa. Sabéis ya que el estudio del sueño es lo que primero nos ha ayudado para la comprensión de las neurosis. Encontraréis también comprensible que nuestro conocimiento de las neurosis haya podido influir luego en nuestra concepción del sueño. Como más adelante oiréis, nos hemos visto precisados a admitir que en la vida anímica existe una instancia especial, crítica y prohibitiva, a la que llamamos el *super-yo*. Al reconocer también en la censura onírica una función de esta instancia fuimos conducidos a considerar más atentamente la participación del *super-yo* en la producción de los sueños.

Contra la teoría según la cual el sueño es el cumplimiento de un deseo, se alzan tan sólo dos dificultades de alguna monta, cuya discusión lleva muy lejos, sin que de todos modos haya culminado aún en una solución satisfactoria. La primera de tales dificultades está en el hecho de que aquellas personas que han pasado por grave trauma psíquico, caso tan frecuente en la gran guerra, como base de una histeria traumática, sean tan regularmente transportadas de nuevo por el sueño a la situación traumática. Lo cual no debería suceder, según nuestra hipótesis sobre la función del sueño. ¿Qué impulso optativo podría ser satisfecho por esta regresión al penosísimo suceso traumático? Es difícil adivinarlo. Con la segunda dificultad

tropezamos casi a diario en la labor analítica; pero no supone objeción tan poderosa como la primera. Sabéis que una de las tareas del psicoanálisis es levantar el velo de la amnesia, que encubre los primeros años infantiles, y llevar al recuerdo consciente las expresiones de la vida sexual de la primera infancia en ellos contenida. Ahora bien: estas primeras vivencias sexuales del niño están enlazadas a impresiones dolorosas de angustia, prohibición, desilusión y castigo; se comprende que hayan sido reprimidas; pero entonces no se comprende que tengan tan amplio acceso a la vida onírica, que procuren los modelos para tantas fantasías oníricas y que los sueños están llenos de reproducciones de estas escenas infantiles y de alusiones a ellas. Su carácter displaciente parece avenirse mal con la tendencia cumplidora de deseos del sueño. Pero quizá en este caso exageramos la dificultad. A las mismas vivencias infantiles se adhieren, en efecto, todos los deseos instintivos, imperecederos e insatisfechos, que suministran, a través de toda la vida, la energía para la producción de los sueños; deseos de los que no es aventurado aceptar que en su poderoso impulso ascensional pueden empujar también hacia la superficie el material de sucesos penosamente sentidos. Y, por otra parte, en la manera en que este material es reproducido se manifiesta evidentemente el esfuerzo de la elaboración onírica para negar el displacer por medio de la deformación y transformar la desilusión en cumplimiento. Otra cosa sucede en las neurosis traumáticas; en ellas los sueños culminan regularmente en desarrollo de angustia. A mi juicio, no debemos huir de confesar que en este caso falla la función del sueño. No quiero invocar la tesis de que la excepción demuestra la regla; su sabiduría me parece más que dudosa. Pero lo que sí sucede es que la excepción no invalida la regla. Cuando aislamos, para estudiarla de todo su contexto, una única función psíquica como el sueño, nos hacemos posible descubrir sus normatividades peculiares; cuando la volvemos a insertar en su conjunto, debemos estar preparados a saber que tales resultados son oscurecidos o modificados por el choque con otros poderes. Decimos que el sueño es un cumplimiento de deseos; si por vuestra parte queréis tener en cuenta las últimas objeciones, podéis decir que el sueño es la *tentativa* de un cumplimiento de deseos. Mas para nadie que sepa infundirse en la dinámica psíquica habréis dicho entonces nada distinto. En determinadas circunstancias, el sueño puede no conseguir,

sino muy imperfectamente su propósito o tiene que abandonarlo; la fijación inconsciente a un trauma parece ser el principal de estos impedimentos de la función del sueño. El sujeto sueña porque el relajamiento nocturno de la censura deja entrar en actividad el impulso ascensional de la fijación traumática; pero falla la función de su elaboración onírica, que quisiera transformar las huellas mnémicas del suceso traumático en un cumplimiento de deseos. En estas circunstancias surge el insomnio; el sujeto renuncia a dormir por miedo al fracaso de la función onírica. La neurosis traumática nos muestra aquí un caso extremo; pero también a las vivencias infantiles tenemos que reconocerles carácter traumático, y no hay por qué extrañar que también tajo otras condiciones se produzcan trastornos menos importantes de la función del sueño.

Lección XXX.—SUEÑO Y OCULTISMO

Señoras y señores:

TÓCANOS hoy encaminarnos por un sendero estrecho, pero que puede conducirnos a la visión de un vasto panorama.

El anuncio de que mi conferencia de hoy va a versar sobre las relaciones del sueño con el ocultismo apenas habrá de sorprendernos, ya que el sueño ha sido considerado muy a menudo como el acceso al mundo de la mística, y es todavía para mucha gente un fenómeno oculto. Tampoco nosotros, que lo hemos hecho objeto de la investigación científica, negamos que posea uno o más hilos de enlace con aquellos oscuros dominios. Cuando hablamos de la mística y del ocultismo, ¿qué es lo que con tales términos designamos? No esperéis de mí tentativa alguna de abarcar con definiciones estos dominios, mal delimitados. De un modo general e indeterminado, todos sabemos de lo que se trata. Es una especie de Más Allá, de aquel mundo luminoso, regido por leyes implacables, que la ciencia ha edificado para nosotros.

El ocultismo afirma la existencia real de aquellas «cosas que existen entre el Cielo y la Tierra, y de las que nada sospecha nuestra filosofía». Mas por nuestra parte no queremos obstinarnos en estrechez de miras semejantes;

estamos dispuestos a creer lo que se nos haga creíble.

Nos proponemos proceder con estas cosas como con todo otro material científico: fijar primero si tales procesos son verdaderamente observables, y luego, pero sólo luego, cuando su efectividad no deje ya ningún lugar a dudas, procurar encontrarles explicación. Mas no se puede negar que ya esta decisión nos es dificultada por factores intelectuales, psicológicos e históricos. El caso es muy distinto del de otras investigaciones.

Veamos primero la dificultad intelectual. Permitidme que emplee, para mayor claridad, imágenes burdamente concretas. Supongamos que se trata del problema de la constitución del interior de la Tierra. Nada seguro sabemos sobre ella. Sospechamos que se compone de metales pesados en estado de incandescencia. Pero supongamos que alguien sale afirmando que el interior de la Tierra es agua saturada de ácido carbónico, o sea, una especie de gaseosa. Seguramente diremos que semejante afirmación es muy inverosímil, que contradice todas nuestras suposiciones y que no tiene en cuenta ninguno de aquellos puntos de apoyo de nuestro saber que nos han llevado a elegir la hipótesis de los metales en ignición. Pero, de todos modos, no se trata de algo absolutamente inconcebible, y si alguien nos muestra un camino conducente a la verificación de la hipótesis de la gaseosa, le seguiremos sin resistencia. Pero luego, otro investigador afirma que el núcleo central de la Tierra sería de mermelada. Ante este aserto nos conduciremos muy diferentemente. Nos diremos que la mermelada no existe en la Naturaleza, que es un producto de la cocina humana, que la existencia de tal materia presupone, además, la de árboles frutales y sus frutos y que ignoramos cómo podríamos transferir al interior de la Tierra la vegetación y el arte culinario; el resultado de todas estas objeciones intelectuales será un viraje de nuestro interés: en lugar de emprender la investigación de si el núcleo central de la Tierra es verdaderamente de mermelada, nos preguntaremos qué clase de hombre puede ser el que ha tenido tan peregrina idea y, cuando más, le preguntaremos en qué la funda. El desdichado promotor de la teoría de la mermelada se sentirá altamente ofendido y nos acusará de negarle, movidos por un prejuicio pretenciosamente científico, la validez objetiva de su afirmación. Pero de nada le servirá. Sentimos que los prejuicios no siempre son rechazados, sino, muchas veces, justificados y

adecuados para ahorrarnos esfuerzos inútiles. No son sino conclusiones por analogía, según otros juicios perfectamente fundados.

Gran parte de las afirmaciones ocultistas actúan sobre nosotros del mismo modo que la hipótesis de la mermelada, de forma que nos sentimos con derecho a rechazarlas desde un principio sin previo examen. Pero la cosa no es tan sencilla. Una comparación como la elegida por mí en este caso no demuestra nada, como, en general toda comparación. Es discutible que sea adecuada, y ya se comprende que la actitud de repulsa despreciativa ha determinado su elección. Los prejuicios son a veces adecuados y justificados; pero también otras, erróneos y perjudiciales, y nunca se sabe a punto fijo cuándo son lo primero y cuándo lo segundo. La historia de las ciencias está llena de sucesos que pueden precavernos contra toda condenación demasiado expedita. Durante mucho tiempo se consideró también insensata la hipótesis de que las piedras que hoy llamamos meteoritos habían caído a la Tierra desde los espacios celestes, e igualmente la de que las rocas de las montañas que encierran restos de conchas habían sido un día fondos marinos. Lo mismo sucedió, por lo demás, a nuestro psicoanálisis cuando afirmó la posibilidad de deducir lo inconsciente. Así, pues, nosotros los analíticos tenemos especiales razones para ser prudentes en la aplicación de los motivos intelectuales para la repulsa de nuevas afirmaciones, y tenemos que confesar que no nos protege contra la duda y la inseguridad.

El segundo factor hemos dicho que era el psicológico. Nos referimos con ello a la general inclinación de los hombres a la credulidad y a la milagrería. Desde el momento en que la vida nos impone su severa disciplina, se alza en nosotros una resistencia contra el rigor y la monotonía de las leyes del pensamiento y contra las exigencias de la prueba de realidad. La razón se convierte en una enemiga que nos priva de tantas posibilidades de placer. Descubrimos cuánto placer procura escapar a ella por lo menos temporalmente y a entregarse a las seducciones de lo insensato. El escolar se divierte haciendo juegos de palabras, el especialista toma en broma sus actividades después de un Congreso científico y hasta el hombre más serio saborea el chiste. Una hostilidad más seria contra «la razón y la ciencia, la mejor fuerza del hombre[2335]», espera su hora propicia, se apresura a dar al curandero la preferencia sobre el médico «de estudios», acoge las

afirmaciones del ocultismo mientras sus pretendidos hechos comprobados son tenidos por infracciones de la ley y la norma, adormece la crítica, falsea las percepciones y presenta confirmaciones y adhesiones no justificables. Teniendo en cuenta esta inclinación de los hombres, hay fundamento sobrado para desvalorizar muchas de las afirmaciones ocultistas.

El tercero de los factores que venimos reseñando es el histórico. Al aducirlo quise llamar la atención sobre el hecho de que en el mundo del ocultismo no sucede en realidad nada nuevo, pero aparecen en él de nuevo todos aquellos signos, milagros, profecías y apariciones de espíritus que nos son relatados de antiguos tiempos y en viejos libros, y de los que creíamos habernos desembarazado ya, mucho tiempo ha, como de engendros de una desenfrenada fantasía o de una mentira tendenciosa, como de productos de una era en la que la ignorancia de los hombres era aún muy grande y en la que el espíritu científico no daba sino sus primeros pasos. Si suponemos verdadero aquello que, según las comunicaciones de los ocultistas, todavía hoy sucede, tendremos que conceder también crédito a aquellas noticias de la antigüedad. Y ahora recordamos que las tradiciones y los libros sagrados de los pueblos están llenos de tales historias milagreras y que las religiones apoyan su demanda de credibilidad precisamente en tales acontecimientos extraordinarios y maravillosos y encuentran en ellos las pruebas de la actuación de poderes sobrehumanos.

Entonces nos es difícil evitar la sospecha que el interés ocultista es, en realidad, un interés religioso y de que entre los motivos secretos del ocultismo está el de prestar auxilio a la religión, amenazada por el progreso del pensamiento científico. Y con el descubrimiento de tal motivo crece inevitablemente nuestra confianza y crece nuestra repulsión a adentrarnos en la investigación de los supuestos fenómenos ocultos.

Pero tal repulsión tiene que ser dominada. Trátase, en fin de cuentas, de una cuestión de hechos: la de si lo que los ocultistas cuentan es o no verdadero. Y esta cuestión tiene que ser decidida por medio de la observación. En el fondo debemos estar agradecidos a los ocultistas. Los relatos de milagros acaecidos en otros tiempos escapan a nuestra verificación. Si opinamos que son indemostrables, tenemos que reconocer también que no son rigurosamente rebatibles. Pero sobre lo que sucede en el presente y nos es

posible presenciar sí podemos formar un juicio seguro. Si llegamos a la convicción de que hoy en día no se dan tales milagros, no temeremos ya la objeción de que, a pesar de todo, pudieron suceder en otros tiempos. Hay entonces otras explicaciones más plausibles. Prescindiremos, pues, de nuestros reparos y nos dispondremos a participar en la observación de los fenómenos ocultos.

Por desgracia, tropezamos entonces con circunstancias muy desfavorables para nuestro honrado propósito. Las observaciones de las que ha de depender nuestro juicio son efectuadas en condiciones que hacen inseguras nuestras percepciones sensoriales y embotan nuestra atención: a oscuras o con debilísima luz roja y después de largos períodos de vana espera. Se nos dice que ya nuestra actitud incrédula, y, por tanto, crítica, puede impedir la formación de los fenómenos esperados. La situación así engendrada es una verdadera caricatura de las circunstancias en las cuales solemos llevar, en general, a cabo las investigaciones científicas. Las observaciones son hechas en los llamados médiums, personas a las que se atribuyen especialísimas facultades sensitivas, pero que no se distinguen en modo alguno por sus cualidades sobresalientes de ingenio o de carácter, ni son movidos por una gran idea o por una intención seria como los antiguos autores de milagros. Muy al contrario, incluso aquellos mismos que creen en sus fuerzas secretas los tienen por gentes de poca confianza; la mayoría de ellos ha sido ya convicta de engaño, lo cual inclina a pensar que los restantes correrán antes o después la misma suerte. Sus rendimientos dan la impresión de juegos de niños o artes de prestidigitador. En las sesiones celebradas con estos médiums no se ha logrado aún nada útil; por ejemplo, el acceso a una nueva fuente de energía. Cierto es que tampoco de las artes del prestidigitador que saca palomas de su sombrero de copa se espera un mejoramiento de la cría de tales volátiles. Puedo ponerme en el caso de un hombre que quiere satisfacer la demanda de objetividad y participa en las sesiones ocultistas, pero que al cabo de cierto tiempo, cansado y repelido por la credulidad que se le exige, se aparta y vuelve, sin lograr enseñanza alguna, a sus anteriores prejuicios. A un sujeto así se le puede argüir que tampoco su conducta es correcta, ya que no es lícito prescribir a los fenómenos que se quieren estudiar cómo han de ser y en qué condiciones han de surgir. Débese más bien perseverar y emplear las

medidas de precaución y comprobación con las cuales se procura hoy precaver la mala fe de los médiums.

Desgraciadamente, esta moderna técnica de garantía ha puesto fin a la facilidad de acceso a las observaciones ocultistas. El estudio del ocultismo se ha convertido en una ardua especialidad, en una actividad profesional incompatible con otras. Y hasta que los investigadores a ella consagrados lleguen a una decisión, seguiremos abandonados a la duda y a nuestras suposiciones personales.

De estas suposiciones, la más verosímil es, quizá, la de que en el ocultismo se trata de un nódulo real de hechos aún no descubiertos que ha sido envuelto por el engaño y la fantasía en una maraña difícilmente penetrable. Pero ¿cómo aproximarnos siquiera a tal nódulo? ¿Por qué lado atacar el problema? En este punto viene a mi juicio en nuestra ayuda el sueño, indicándonos que elijamos como punto de ataque la telepatía.

Como sabéis, llamamos telepatía al supuesto hecho de que un suceso acaecido en un momento determinado llegue simultáneamente a conocimiento de una persona alejada del lugar del suceso, y ello sin que hayan intervenido los medios de comunicación conocidos. Condición implícita es que el sueño aluda a una persona por la que la otra, la que recibe la noticia, siente un intenso interés emocional. Así, pues, por ejemplo, la persona A sufre un accidente o muerte y la persona B, íntimamente enlazada a ella (madre, hija o amada), tiene noticia simultánea del suceso por medio de una percepción visual o auditiva; en este último caso, por tanto, como si hubiera sido advertida por teléfono, lo que, sin embargo, no ha sucedido, tratándose, pues, de una contrapartida psíquica de la telegrafía sin hilos. No necesito hacer resaltar ante vosotros cuán inverosímiles son estos procesos. También resulta posible rechazar con fundamento la mayoría de estas comunicaciones; pero siempre quedan algunas en las que no se hace tan fácil. Permitidme ahora que, a los fines de la comunicación que me propongo haceros, prescinda ya de la prudente calificación de «supuesto» y continúe como si creyera en la realidad objetiva del fenómeno telepático. Pero no olvidéis que no hay tal y que no he llegado a convicción ninguna.

En puridad, lo que tengo que comunicaros es bien poco: un hecho

insignificante. Y todavía quiero limitar aún más, desde un principio, vuestra expectación, diciéndoos que en el fondo el sueño tiene muy poco que ver con la telepatía. Ni la telepatía arroja nuevas luces sobre la esencia del sueño, ni el sueño testimonia directamente en pro de la realidad de la telepatía, ni tampoco el fenómeno telepático está ligado al sueño, pues puede producirse también durante la vigilia. La única razón de investigar la relación entre el sueño y la telepatía está en que el dormir parece particularmente apropiado para la recepción del mensaje telepático. Obtenemos entonces un sueño telepático, y su análisis nos demuestra que la noticia telepática ha desempeñado el mismo papel que otro resto diurno cualquiera, y ha sido, como tal, modificada por la elaboración onírica y puesta al servicio de su tendencia.

Ahora bien: en el análisis de dicho sueño telepático sucede aquello que, no obstante, su insignificancia, me ha parecido suficientemente interesante para elegirlo como punto de partida de esta conferencia. Cuando en 1922 publiqué mi primera comunicación sobre este tema, disponía tan sólo de una única observación. Desde entonces he realizado otras análogas, pero aduciré aquí el primer ejemplo por ser más fácil de exponer. Voy, pues, a introduciros directamente *in medias res*[2336].

Un individuo manifiestamente inteligente y, según afirmación explícita suya, «nada inclinado al ocultismo», me escribe sobre un sueño que le parece singular. Como antecedente hace constar que una hija suya, casada y residente en lugar lejano, esperaba para mediados de diciembre su primer retoño. El sujeto quiere mucho a esta hija suya, y sabe que también ella le profesa un tierno cariño. Pues bien: en la noche del 16 al 17 de noviembre sueña que su mujer ha tenido dos gemelos. Siguen luego detalles de los que puedo prescindir aquí, y de los cuales no todos han logrado explicación. La mujer que en sueño ha tenido los gemelos es su segunda mujer, madrastra de la hija. El sujeto no desea tener descendencia de esta mujer, a la que atribuye escasas condiciones para educar hijos, y en la época del sueño hacía ya mucho tiempo que había dejado de cohabitar con ella. Lo que le ha movido a escribirme no ha sido una duda sobre la exactitud de mi teoría de los sueños, aunque en este caso la justifique el contenido onírico manifiesto, pues, ¿por

qué el sueño hace tener gemelos a aquella mujer, en contra de todos los deseos del sujeto? Ni tampoco el temor de ver realizado el indeseado suceso. Lo que le ha movido a darme cuenta de su sueño ha sido la circunstancia de que en las primeras horas de la mañana del día 18 de noviembre recibió la noticia telegráfica de que su hija había tenido dos gemelos. El telegrama había sido puesto el día anterior, y el parto se había desarrollado en la noche del 16 al 17 de noviembre y, aproximadamente, a la misma hora en la que el sujeto soñó que su mujer tenía dos gemelos. Mi comunicante me pregunta si creo puramente casual la coincidencia entre el sueño y el suceso. No se atreve a atribuir al sueño carácter telepático, pues la diferencia entre el contenido del sueño y el suceso corresponde, precisamente, a lo que él juzgaba esencial: a la persona de la parturienta. Pero de una de sus observaciones resulta que no le hubiera sorprendido tener un sueño verdaderamente telepático, pues opina que, en el trance de parto, su hija debió de «pensar muy especialmente en él».

Estoy seguro de que os explicáis ya este sueño y comprendéis también por qué os lo he relatado. Trátase de un hombre que está descontento de su segunda mujer; preferiría tener una esposa que fuera como la hija habida en su primer matrimonio. Lo inconsciente suprime, claro está, el «cómo». En esta circunstancia llega a él nocturnamente el mensaje telepático de que la hija ha tenido dos gemelos. La elaboración onírica se apodera de esta noticia, deja obrar sobre ella el deseo inconsciente que quiera situar a la hija en lugar de la segunda mujer, y de este modo se forma el extraño sueño manifiesto que encubre el deseo y deforma el mensaje. Hemos de decir que sólo la interpretación del sueño nos ha mostrado que se trata de un sueño telepático; el psicoanálisis ha descubierto un hecho telepático que de otro modo no hubiéramos reconocido.

Pero ¡no os dejéis inducir a error! A pesar de ello, la interpretación onírica no ha dicho nada sobre la verdad objetiva del hecho telepático. Puede también ser una apariencia susceptible de explicación distinta. Es posible que las ideas latentes del sujeto fueran éstas: Hoy es el día en que debe presentarse el parto si, como yo creo, mi hija se ha equivocado en un mes al calcularlo. Y su aspecto, la última vez que la vi, acusaba la posibilidad de un parto doble. Y a mi difunta mujer le gustaban mucho los niños. ¡Cuánto se hubiera alegrado si hubiera tenido dos gemelos! (Este último factor lo sitúo

yo después de otras asociaciones aún no mencionadas del sujeto.) En este caso habrían sido suposiciones bien fundadas del sujeto, y no un mensaje telepático, el estímulo del sueño; el resultado seguiría siendo el mismo. Como veréis, tampoco esta interpretación onírica ha decidido en modo alguno la cuestión de si debemos o no atribuir a la telepatía realidad objetiva. Esta cuestión sólo podría ser resuelta después de una minuciosa información sobre todas las circunstancias del suceso, cosa tan imposible, por desgracia, en este caso como en los demás que conozco. Reconocemos que la hipótesis de la telepatía procura, desde luego, la explicación más sencilla, pero nada adelantaremos con ello. La explicación más sencilla no es siempre la exacta; muchas veces, la verdad no es nada simple, y antes de decidirnos a una hipótesis que tan lejos puede llevarnos, queremos tomar todas las precauciones.

En este punto podemos ya abandonar el tema del sueño y la telepatía; nada más tengo que deciros sobre él. Pero observad que lo que pareció ilustrarnos algo sobre la telepatía no fue el sueño, sino su interpretación, su elaboración psicoanalítica. Así, pues, en lo que sigue podemos prescindir en absoluto del sueño, y abrigamos la esperanza de que la aplicación del psicoanálisis puede arrojar alguna luz sobre otros hechos llamados ocultos. Ahí está, por ejemplo, el fenómeno de la inducción o transmisión del pensamiento, tan próximo a la telepatía, que realmente puede ser asimilado a ella sin gran esfuerzo. Supone que ciertos procesos anímicos desarrollados en una persona —representaciones, estados de excitación y voliciones— pueden transferirse a otra a través del espacio libre sin emplear los medios conocidos de comunicación a través de palabras o signos. Comprenderéis cuán singular sería, y acaso cuán importante prácticamente si así sucediera en efecto. Dicho sea de paso, es singularísimo que sea precisamente de este fenómeno del que menos hablan los antiguos relatos de hechos milagrosos.

Durante el tratamiento psicoanalítico de mis pacientes he experimentado la impresión de que la actuación de los adivinos profesionales encubre una ocasión muy propicia para realizar observaciones particularmente inobjetables sobre la transmisión del pensamiento. Tales adivinos son, por lo general, personas insignificantes e incluso de mentalidad inferior, que con

manejos distintos —echando las cartas, estudiando la escritura o las líneas de la mano o haciendo cálculos astrológicos— predicen a sus visitantes el porvenir después de haberles demostrado que conocen una parte de sus destinos presentes o pretéritos. Sus clientes se muestran, por lo general, satisfechos de su labor en este último aspecto y no les guardan luego rencor si sus predicciones no se cumplen. He conocido varios de estos casos; he podido estudiarlos analíticamente y voy a relataros ahora el más singular de todos ellos. Desgraciadamente, la fuerza probatoria de estas comunicaciones queda considerablemente disminuida por las limitaciones que me impone el secreto profesional, obligándome a silenciar numerosos detalles. Lo que no haré será introducir deformación alguna. Oíd, pues, la historia de una de mis pacientes, protagonista de un suceso de este género con un adivino[2337].

La sujeto era la mayor de una serie de hermanas y había profesado siempre a su padre un cariño particularmente intenso; se había casado joven y había encontrado plena satisfacción en el matrimonio. Sólo una cosa empañaba su felicidad: no había logrado hijos y, por tanto, no podía situar por completo a su marido, al que amaba tiernamente, en el lugar de su padre. Cuando después de largos años de decepciones se decidió a someterse a una operación ginecológica, el marido le confesó que la culpa de la falta de progenie era solamente de él, pues una enfermedad anterior a su matrimonio le había incapacitado para la procreación. La sujeto soportó mal esta nueva decepción, contrajo una neurosis y empezó a padecer de miedo a las tentaciones. Para distraerla, su marido la llevó a París. Hallándose un día en el *hall* del hotel, la mujer se extrañó ante las idas y venidas de la servidumbre. Preguntó qué pasaba y le dijeron que *Monsieur le professeur* acababa de llegar y recibía en consulta en su gabinete contiguo. Entonces expresó su deseo de consultarle también ella. Su marido se opuso, pero la sujeto aprovechó poco después su ausencia y se presentó en la consulta del adivino. Nuestra heroína tenía entonces veintisiete años, representaba muchos menos y se había quitado el anillo de casada. *Monsieur le professeur* le hizo apoyar la mano en una bandeja llena de ceniza, estudió cuidadosamente la impronta, le habló profusamente de grandes luchas que la esperaban y concluyó con la consoladora afirmación de que aún se casaría y tendría dos

niños al cumplir los treinta y dos años. Cuando la sujeto me relataba su historia, tenía cuarenta y tres años, estaba seriamente enferma y no podía abrigar la menor esperanza de lograr descendencia. Así, pues, la profecía no se había cumplido; pero la paciente no hablaba de ella con amargura, sino con una inconfundible expresión de contento, como si recordara un acontecimiento gozoso. Se veía fácilmente que no tenía la menor sospecha de lo que podían significar las dos cifras contenidas en la profecía, ni siquiera de que esas dos cifras pudieran significar algo.

Me diréis que ésta es una historia necia y sin sentido y me preguntaréis para qué os la he contado. También yo compartiría vuestra opinión si no se diera la circunstancia decisiva de que el análisis nos facilita una interpretación de la profecía del adivino que, precisamente por explicar los detalles, parece irrebatible. En efecto, las dos cifras que la profecía contiene tuvieron significación importantísima en la vida de la madre de nuestra paciente. Dicha señora se casó muy tarde, después de los treinta, y en la familia se había comentado frecuentemente la prisa que se había dado en recuperar el tiempo perdido, ya que sus dos primeros retoños —de los cuales nuestra paciente fue el primero— nacieron con el mínimo intervalo posible dentro del mismo año natural, de modo que al cumplir los treinta y dos años tenía ya realmente dos hijos. Lo que *Monsieur le professeur* hubo de decir a la sujeto fue, pues, lo siguiente: «No se apure usted. Todavía es usted muy joven. Aún puede usted tener el mismo destino que su madre, que tardó mucho en casarse y lograr descendencia, y tener dos hijos a los treinta y dos años». Pero precisamente tener el mismo destino que su madre, ponerse en su lugar, ocupar su puesto al lado del padre, había sido el deseo más vehemente de su juventud, el deseo cuyo incumplimiento empezaba a hacerla enfermar. La profecía le prometía que todavía habría de cumplirse. ¿Cómo no había de serle grata? Pero ¿creéis posible que *Monsieur le professeur* conociera las fechas de la historia familiar íntima de su casual cliente? Desde luego, no. ¿De dónde, entonces, procedían los conocimientos que le capacitaron para expresar el deseo más vehemente y secreto de la paciente incorporando a su profecía las dos cifras citadas? Sólo veo dos explicaciones posibles. O bien las cosas no pasaron verdaderamente tal como me fueron contadas, habiendo sido muy distinto su desarrollo, o bien ha de reconocerse la existencia de una

transmisión del pensamiento como fenómeno real. Desde luego, cabe también la hipótesis de que en el intervalo de los dieciséis años transcurridos entre la visita al adivino y el relato que de ella me hizo la paciente, introdujera ésta en la profecía, tomándolas de su inconsciente, las dos cifras de referencia. Carezco de todo punto de apoyo en que sustentar esta sospecha, pero no puedo excluirla, y me figuro que, por vuestra parte, estaréis más dispuestos a aceptar esta explicación que a creer en la realidad de una transmisión del pensamiento. Pero si os decidís en este último sentido, no olvidéis que ha sido el análisis lo que ha creado el hecho oculto y lo ha descubierto, estando, como estaba, deformado hasta resultar irreconocible.

Si este caso fue *único*, no pararíamos mientes en él y seguiríamos nuestro camino encogiéndonos de hombros. A nadie puede ocurrírsele basar en una observación aislada una convicción que supone un viraje tan decisivo. Pero puedo asegurar que tal unicidad no existe. En el curso de mis actividades profesionales he reunido toda una serie de tales profecías, y todas ellas me han dado la impresión de que el adivino no había hecho más que expresar los pensamientos de sus consultantes y muy especialmente sus deseos secretos, estando así justificado analizar tales profecías como si fueran productos subjetivos, fantasías o sueños de los interesados. Naturalmente, no todos los casos entrañan igual fuerza probatoria, ni tampoco es posible excluir igualmente en todos explicaciones más relaciónales; pero, en fin de cuentas, queda un considerable exceso de probabilidad en favor de una efectiva transmisión del pensamiento. La importancia del tema justificaría la comunicación de todos los casos que conozco; pero ello no es posible, tanto por la amplitud de la tarea como por los deberes del secreto profesional. Para apaciguar en lo posible mi conciencia, os relataré aún algunos ejemplos.

Un día recibo la visita de un joven inteligentísimo[2338] que, a punto de terminar su carrera, se ve en la imposibilidad de presentarse al examen de doctorado, pues, según dice, ha perdido todo interés por el estudio, toda capacidad de concentración y hasta la posibilidad de recordar ordenadamente. La prehistoria de un estado como de parálisis no tarda en salir a luz; el sujeto enfermó después de una ocasión en que hubo de vencerse a sí mismo con

magno esfuerzo. Tiene una hermana a la que ha profesado siempre, como ella a él, un intensísimo, aunque bien retenido cariño. «¡Lástima que no podamos casarnos!», se dijeron repetidamente. Un hombre digno se enamoró de la hermana, y ella correspondió a su inclinación, pero los padres se opusieron a la boda. En esta situación, la enamorada pareja pidió ayuda al hermano, el cual la otorgó generosamente. Les facilitó el intercambio de correspondencia, y su influjo logró arrancar por fin a los padres el consentimiento. Pero durante el noviazgo oficial se desarrolló un suceso casual cuya significación no es difícil adivinar. El sujeto y su futuro cuñado emprendieron una excursión por la montaña, sin llevar guía; se perdieron y corrieron peligro de no regresar sanos y salvos. Poco después de la boda de la hermana, el hermano cayó en el estado de agotamiento psíquico que le llevó a mi consulta.

Recobrada, por obra del influjo analítico, su capacidad de trabajo, abandonó el tratamiento para presentarse a exámenes; pero una vez terminados éstos con pleno éxito, volvió, en el otoño del mismo año, y ya por breve tiempo, a mi consulta, relatándome entonces un singular suceso que le había acontecido antes del verano. En la ciudad donde radicaba la Universidad en que había hecho sus estudios había una adivina que gozaba de extensa clientela. Hasta los príncipes de la casa reinante solían consultarla antes de toda empresa importante. Su procedimiento era harto sencillo. Se hacía comunicar la fecha del nacimiento de una persona, sin exigir dato ninguno distinto sobre ella, ni siquiera su nombre; consultaba libros de astrología, hacía largos cálculos y emitía así una profecía de los destinos de la misma. Mi paciente decidió acudir a sus artes secretas para averiguar los destinos de su cuñado. Fue a visitarla y le dio la fecha del nacimiento requerida. La adivina hizo sus cálculos y formuló la profecía siguiente: «Esta persona moriría en julio o agosto de este mismo año a consecuencia de una intoxicación producida por haber comido ostras o cangrejos en malas condiciones». Mi paciente terminó luego su relato con una exclamación: «¡Fue magnífico!»

Yo le había oído a disgusto desde un principio. Después de la exclamación me permití preguntarle: «¿Qué es lo que encuentra usted

magnífico en la profecía? Estamos a finales de otoño, y su cuñado no ha muerto, pues ya me lo hubiera dicho usted. Por tanto, la predicción no se ha cumplido». Cierto que no —arguyó el sujeto—, pero lo singular era lo siguiente: A su cuñado le gustaban con delirio los cangrejos y las ostras, y el verano anterior —o sea, *antes* de la consulta a la adivina— había estado a la muerte por haber comido ostras en malas condiciones. ¿Qué podía yo decir a eso? No cabía más que extrañar con disgusto que aquel hombre tan cultivado y que tenía, además, tras de sí un análisis plenamente afortunado, no penetrara mejor el verdadero estado de cosas. Por mi parte, antes de creer en la posibilidad de predecir por medio de cálculos astrológicos una intoxicación de ostras o cangrejos, prefiero suponer que mi paciente no había dominado aún el odio a su rival, odio que había sido la causa directa de su enfermedad, y que la adivina no había hecho más que expresar su propia esperanza de que las aficiones gastronómicas de su cuñado le llevaran algún día a la muerte. Confieso que no encuentro ninguna otra explicación para este caso, salvo la de que el paciente haya querido gastarme una broma. Pero nunca, ni entonces ni después, me ha dado pie para tal sospecha, y parecía hablar siempre con plena seriedad.

Otro caso[2339]: Un joven de posición distinguida mantiene con una mundana relaciones íntimas, en las que se le impone una singular obsesión. De tiempo en tiempo tiene que ofender a su amante con frases de burla y desprecio, hasta desesperarla. Una vez conseguido esto, se apacigua, se reconcilia con ella y le hace un buen regalo. Mas ahora quisiera libertarse de ella; la obsesión que le domina empieza a inquietarle; advierte que aquellas relaciones empañan su renombre; quiere casarse y fundar una familia. Y como por sus propias fuerzas no logra libertarse de su amante, acude al análisis en demanda de auxilio. Iniciado ya el análisis, y después de una de aquellas escenas de insultos y burlas, hace que su amante le escriba unas líneas en una tarjetita y las somete a un grafólogo, el cual formula el dictamen siguiente: «La escritura es la de una persona que ha llegado al límite de la desesperación. Seguramente, se suicidará un día de éstos». No fue así, y la interesada siguió con vida; pero el análisis logró aflojar los lazos con los que aprisionaba a nuestro sujeto, el cual rompió con ella y se dedicó a una muchacha, de la que esperaba había de ser una buena esposa para él. Pero

poco después tuvo un sueño, que sólo podía ser interpretado como un comienzo de duda sobre las condiciones de aquella muchacha. El sujeto sometió entonces unas líneas de su escritura al mismo grafólogo, y obtuvo un dictamen que confirmó sus preocupaciones y le hizo abandonar la idea de hacerla su mujer.

Para mejor estimar los dictámenes del grafólogo, sobre todo el primero, tenemos que saber algunos detalles de la historia íntima de nuestro héroe. En su adolescencia se había enamorado locamente, como correspondía a su apasionada naturaleza, de una mujer casada, joven también, pero mayor que él. Rechazado por ella, llevó a cabo un intento de suicidio, intento de cuya seriedad no podía dudarse. Estuvo a la muerte, y sólo a fuerza de tiempo y cuidados logró reponerse. Pero aquella loca acción causó profunda impresión en la mujer amada, moviéndola a concederle sus favores. Sus relaciones amorosas permanecieron secretas, y el sujeto observó en ellas la más rendida y caballerosa conducta. Al cabo de más de veinte años, maduros ambos ya, y naturalmente ella más que él, despertó en nuestro héroe la necesidad de desligarse de aquellos amores, vivir ya para sí mismo y fundar un hogar y una familia. Y al mismo tiempo que esta saciedad, emergió en él la necesidad, durante largo tiempo reprimida, de vengarse de su amada. Si una vez había él querido matarse porque ella le había despreciado, ahora quería darse el gusto de que ella buscara la muerte por haberla abandonado él. Pero su amor era aún demasiado intenso para que tal deseo pudiera hacérsele consciente y, por otro lado, no estaba en situación de hacerle todo el mal necesario para moverla a buscar la muerte. En este estado de ánimo, establo relaciones con otra mujer, con la mundana ya mencionada, formándola en cierto modo como víctima para satisfacer *in corpore villi* su sed de venganza, y se permitió con ella todas las torturas de las que podía esperar el resultado al que deseaba reducir a la mujer amada. Que la venganza se dirigía, en realidad, contra esta última se nos delata en la circunstancia de que la escogiera como confidente y consejera de sus nuevos amoríos, en vez de ocultarle su traición. La pobre mujer, que desde hacía tiempo ya había descendido de ser la parte que todo lo da a ser la que todo lo recibe, sufría, probablemente, con sus confidencias más que la mundana bajo su brutalidad. La obsesión que el sujeto alegaba sufrir al lado de la persona sustitutiva y que le movió a someterse al análisis

se había transferido, naturalmente, a su nueva querida desde su antigua amada; de esta última era de la que ansiaba y no podía libertarse. No soy grafólogo, y no creo grandemente en el arte de adivinar el carácter en la escritura, pero mucho menos en la posibilidad de predecir por este medio el porvenir. Mas cualquiera que sea la opinión que se tenga, respecto de la grafología, habréis visto que es indudable que el grafólogo, cuando dictaminó que el autor de las líneas examinadas se suicidaría en breve, no hizo de nuevo más que extraer a la luz un intenso deseo secreto de la persona que le consultaba. Algo análogo sucedió también luego en el segundo dictamen, sólo que en éste lo que encontró clara expresión por boca del grafólogo no fue un deseo secreto, sino las dudas y preocupaciones que surgían en su cliente. Por lo demás, mi paciente, con ayuda del análisis, consiguió hacer una elección amorosa fuera del círculo mágico en el que había caído prisionero.

Señoras y señores: Ya habéis oído lo que la interpretación de los sueños y el psicoanálisis aportan al esclarecimiento del ocultismo. Habéis visto en los ejemplos aducidos cómo su aplicación aclara hechos ocultos que de otro modo hubieran permanecido incognoscibles. La cuestión que seguramente os interesa más, la de si puede creerse en la realidad objetiva de estos hechos, el psicoanálisis no puede resolverla directamente; mas el material extraído a la luz con su ayuda produce, por lo menos, una impresión favorable a la afirmativa. Pero vuestro interés no se satisfará sólo con esto. Querréis saber qué conclusiones justifican aquel otro material, mucho más abundante, en el que el psicoanálisis no participa. Pero no puedo seguiros en tal terreno, que ya no está en mis dominios. Lo único que aún puedo hacer sería comunicaros observaciones que, por lo menos, tienen con el análisis la relación de haber sido hechas durante el tratamiento analítico, siendo, quizá, también su influjo lo que las hizo posibles. Os comunicaré un ejemplo de este género, aquel que más intensa impresión hubo de causarme; seré extenso y solicitaré vuestra atención para toda una serie de detalles; mas, a pesar de todo, tendré que silenciar muchas cosas que hubieran incrementado en gran medida la fuerza convincente de la observación. Es un ejemplo en el que los hechos se transparentan claramente, sin que el análisis tenga que intervenir para la

revelación. En su discusión precisaremos, sin embargo, del análisis como elemento auxiliar. Pero he de advertiros de antemano que tampoco este ejemplo de transmisión del pensamiento en la situación analítica aparece libre de toda sospecha ni permite tomar incondicionalmente partido en favor de la realidad del fenómeno oculto.

Oídme, pues. Una mañana de otoño de 1919, hacia las once menos cuarto, en ocasión de hallarme yo tratando a uno de mis pacientes, me pasaron la tarjeta del doctor David Forsyth, recién llegado de Londres (mi distinguido colega de la London University no tomará, seguramente, a indiscreción que yo revele así cómo permaneció a mi lado varios meses, haciéndose iniciar por mí en las artes de la técnica psicoanalítica). De momento no puedo hacer más que salir a saludarle y darle hora para más tarde. Su visita me interesaba grandemente; era el primer extranjero que venía a mí una vez terminado el bloqueo de los años de guerra, término que debía iniciar tiempos mejores. Poco después de su visita, hacia las once, llegó uno de mis pacientes, el señor P., hombre muy inteligente y amable, entre los cuarenta y los cincuenta años, que había acudido a mi consulta en busca de curación de ciertos trastornos de su relación personal con la mujer. Su caso no prometía éxito alguno terapéutico: en consecuencia, hacía ya tiempo que yo le había propuesto suspender el tratamiento; pero él había querido continuarlo, seguramente porque se sentía a gusto en una templada transferencia afectiva hacia mí, como sustituto del padre. El dinero no desempeñaba por entonces papel ninguno, pues nadie lo tenía; las horas que con él empleaba eran también para mí estímulo y descanso, y de este modo, infringiendo las reglas de la actividad médica, continuamos la labor analítica hasta una meta predeterminada.

Aquel día P. volvió a hablarme de sus tentativas de reanudar sus relaciones eróticas con las mujeres, y mencionó de nuevo a una muchacha bonitísima, interesante y pobre, con la cual hubiera logrado pleno éxito amoroso si la circunstancia de ser ella virgen no le hubiera atemorizado, disuadiéndole de toda pretensión seria. Ya en otras ocasiones me había hablado de ella; pero aquel día me contó algo que hasta entonces no había mencionado, a saber: que la muchacha, la cual ignoraba, naturalmente, los

verdaderos motivos de su abstención, le había puesto de mote *Don Prudencio (Herr von Vorsicht).* Esta comunicación me intrigó sobremanera; tenía aún a mano la tarjeta del doctor Forsyth y se la mostré al paciente.

Éstos son los hechos; a primera vista os parecerán, sin duda, insignificantes; pero vais a oír lo que detrás de ellos se esconde.

P. había pasado en Inglaterra varios años de su juventud, y desde entonces conservaba un verdadero interés por la literatura inglesa. Poseía una nutrida biblioteca inglesa, de la que solía prestarme libros, debiéndole yo así mi conocimiento con autores como Bennett y Galsworthy, de los que antes sólo había leído muy poco. Un día me prestó una novela de Galsworthy titulada *The man of property*, que se desarrolla en el seno de una familia imaginada por el autor y apellidada *Forsyte*. El propio Galsworthy ha debido de sentir embargado su interés por esta creación suya, pues ha hecho personajes de otras narraciones suyas a miembros de la misma familia y ha reunido luego todas ellas bajo el nombre común de *The Forsyte Saga*. Pocos días antes del suceso aquí relatado me había traído P. otro volumen de esta serie. El nombre *Forsyte* y todo lo típico que el autor quería encarnar en él habían desempeñado también un papel en mis conversaciones con P. y había pasado a ser una parte de aquel lenguaje secreto que tan fácilmente se desarrolla entre personas en trato constante. Ahora bien: el apellido *Forsyte* que da el título a la citada serie de novelas es muy parecido al de mi visitante el doctor *Forsyth*; un alemán los pronunciará casi idénticamente; y otra palabra inglesa, plena de sentido, a la que también daríamos los alemanes idéntica pronunciación, sería la de *foresight*, que quiere decir previsión (*Voraussicht*) o prudencia (*Vorsicht*). Así, pues, P. había extraído de sus relaciones personales el mismo nombre que en aquellos momentos y por una circunstancia que él ignoraba en absoluto ocupaba mis pensamientos.

Esto ya parece otra cosa, ¿no es cierto? Pero creo que lograremos una impresión más intensa del singular fenómeno e incluso algo como un atisbo de las condiciones de su génesis, si examinamos analíticamente otras dos asociaciones que P. comunicó en aquella misma ocasión.

Primera: Un día de la semana anterior, después de haber esperado en vano a P. a la hora de costumbre, salí para hacer una visita al doctor Anton von Freund[2340] en la pensión en que habitaba. Me sorprendió comprobar que el

señor P. vivía en otro piso de la misma casa. Refiriéndome a ello, dije después a P. que aquel día, en vista de que no había venido él a verme, había ido yo, aunque sin saberlo, a su casa. Pero estoy seguro de no haber mencionado el nombre de la persona a la que realmente había ido yo a visitar en aquella casa. Y entonces, poco después de haber hecho mención del mote de *Don Prudencio (Her von Vorsicht)* que le aplicaba la muchacha de su historia, me dirigió la pregunta siguiente: «La señorita Freund-Ottorego, que profesa un curso de inglés en la Universidad Popular, ¿es quizá hija de usted?» Y por vez primera en nuestras largas relaciones hizo sufrir a mi nombre aquella deformación a la que estoy ya múltiplemente habituado: *Freund* en lugar de *Freud*.

Segunda: Al término de la misma sesión me relata un sueño del que despertó presa de angustia, una verdadera pesadilla, según él, añadiendo que había olvidado hacía ya mucho tiempo cuál era la palabra inglesa correspondiente, hasta el punto de haber dicho en una ocasión que la traducción inglesa de «una pesadilla» era *a mare’s nest*. Lo cual era, naturalmente, un disparate, pues *a mare’s nest* quería decir «un cuento increíble», y la verdadera traducción de «pesadilla» era *night-mare*. Esta ocurrencia me parece no tener con la anterior más que un elemento común: el idioma inglés; pero a mí, personalmente, tiene que recordarme un pequeño suceso acaecido hacía cosa de un mes. P. estaba conmigo en mi despacho cuando inopinadamente entró otro grato visitante de Londres, el doctor Ernest Jones, al que yo no había visto en mucho tiempo. Indiqué a Jones que pasara a una habitación contigua hasta que yo terminara con P. Pero éste le identificó en seguida por una fotografía suya que había visto en mi salón de espera e incluso expresó su deseo de ser presentado a él. Ahora bien, Jones es autor de una monografía sobre la pesadilla (*night-mare*); aunque no sé si P. la conocía, pues evitaba leer libros analíticos.

Quisiera investigar primero ante vosotros qué comprensión analítica podemos lograr de la relación de las ocurrencias de P. y de su motivación. La actitud interior de P. ante el nombre Forsyte o Forsyth era semejante a la mía; tal nombre significaba para él lo mismo que para mí, y a él debía yo haber llegado a conocerle. El hecho singular era que P. hubiese pronunciado espontáneamente tal nombre en el análisis sólo momentos después que un

nuevo suceso, la llegada del médico londinense, lo hubiera hecho significativo para mí en muy otro sentido. Pero quizá no menos interesante que el hecho mismo es la manera en que el nombre surgió durante la sesión del análisis. P. no dijo acaso: «Ahora se me viene a las mientes el nombre Forsyte de las novelas que usted conoce», sin que, sin relación consciente alguna con tal fuente, supo entretejerlo con sus propias vivencias y lo hizo surgir de entre ellas, cosa que hubiera podido suceder hacía ya mucho tiempo y que no sucedió hasta entonces. Pero luego dijo: «También yo soy un Forsyte; la muchacha de que hemos hablado me llama así». Es difícil no advertir la mezcla de pretensiones celosas y melancólico rebajamiento de sí mismo que se crea una expresión en esta manifestación. No erraremos contemplándola como sigue: Me disgusta que sus pensamientos se ocupen tan intensamente de ese recién llegado. Vuelva usted a mí; también soy yo un Forsyth —aunque sólo un *Herr von Vorsicht (Don Prudencio)*, como la muchacha me llama—. Y en este punto su proceso mental, siguiendo el hilo asociativo del elemento «inglés», retrocede hasta dos ocasiones anteriores, que pudieron provocar iguales celos. «Hace algunos días estuvo usted en la casa en que vivo; pero, desgraciadamente, no a verme a mí, sino a un tal señor Von *Freund*». Esta idea le lleva a transformar el nombre *Freud* en *Freund*. La señorita Freund-Ottorego, cuyo nombre figura en la lista de los cursos de Universidad Popular, interviene, por cuanto, como profesora de inglés, facilita la asociación manifiesta. Y luego se añade el recuerdo de otro visitante, llegado unas semanas antes, del que también había sentido ciertamente celos; pero al que tampoco podía compararse, pues el doctor Jones había sabido escribir un estudio sobre la pesadilla, mientras que él lo más que había hecho era tener tal clase de sueños. También la mención de su error, en cuanto al significado de *a mare's nest*, pertenece al mismo contexto; quiere decir: «No soy un inglés verdadero, lo mismo que tampoco soy un verdadero *Forsyth*».

Por mi parte, no puedo tachar de exagerados ni de incomprensibles sus impulsos de celos. Sabía que su análisis, y con él nuestro trato regular, había de cesar en cuanto comenzaran a llegar a Viena pacientes y alumnos míos extranjeros, y así sucedió en realidad poco después. Pero lo que hasta ahora hemos llevado a cabo es un fragmento de labor analítica; la explicación de

tres ocurrencias producidas dentro de una misma hora, y alimentadas por el mismo motivo, poco tiene que ver con la otra cuestión de si tales ocurrencias son dérivables o no, sin transmisión del pensamiento. Esta última se presenta en cada una de las tres ocurrencias, dividiéndose con ello en tres distintas interrogaciones. ¿Podía P. saber que el doctor Forsyth acababa de hacerme su primera visita? ¿Podía saber cuál era el nombre de la persona a la que yo había visitado en su casa? ¿Sabía que el doctor Jones había escrito un estudio sobre la pesadilla? ¿O fue tan sólo mi conocimiento de estos hechos el que se debatió en sus ocurrencias?

De las respuestas a estas preguntas dependerá que mi observación permita una conclusión favorable a la transmisión del pensamiento. Dejemos aparte, por un momento, la primera interrogación, ya que las otras dos son más fáciles de tratar. El caso de la visita a la pensión produce, a primera vista, una impresión particularmente segura. Estoy cierto de que al mencionarle brevemente, y en broma, mi visita a la casa en que él habitaba no cité ningún nombre; creo harto inverosímil que P. se informara en la pensión del nombre de la persona a quien yo había visitado, y me inclino más bien a suponer que la existencia de tal persona le es absolutamente desconocida. Pero la fuerza probatoria de este caso queda totalmente destruida por una casualidad. La persona a quien yo había visitado en la pensión no sólo se llama *Freund* (amigo), sino que era para todos nosotros un verdadero amigo (Freund). Él fue quien nos procuró generosamente los medios necesarios para la fundación de nuestra editorial. Su prematura muerte y la de nuestro Karl Abraham, unos años después, han sido las dos mayores desgracias que han pesado sobre el desarrollo del psicoanálisis. Así, pues, en la ocasión discutida pude muy bien haber dicho a P.: «He estado en la casa en que usted habita para ver a *un amigo*» (Freund), y esta posibilidad despoja de todo interés ocultista su segunda asociación.

También la impresión de su tercera ocurrencia se desvanece pronto. ¿Podía P. saber que Jones había publicado un estudio sobre la pesadilla, siendo así que tenía por principio no leer obras analíticas? Sí, podía saberlo. Poseía libros de nuestra casa editorial, y podía haber leído los títulos de las nuevas publicaciones, anunciadas en la cubierta. No es cosa demostrable, pero tampoco puede rechazarse en absoluto. Por este camino no llegaremos,

pues, a conclusión alguna. He de lamentar que mi observación adolezca del mismo defecto que tantas otras análogas. Ha sido sentada por escrito demasiado tarde, y de este modo ha sido discutida cuando yo no veía ya al señor P. ni podía hacerle nuevas preguntas.

Volvamos, pues, al primer suceso, que, aun aislado, mantiene en pie el hecho aparente de Ja transmisión del pensamiento. ¿Podía P. saber que el doctor Forsyth había estado en mi casa un cuarto de hora antes que él llegara? ¿Podía conocer, en general, su existencia o su presencia en Viena? No debemos ceder a nuestra inclinación a negar rotundamente ambas preguntas. Por mi parte, veo un camino que puede conducirnos a una afirmación parcial. Yo podía muy bien haber dicho anteriormente a P. que esperaba a un médico inglés, que una vez terminado el bloqueo de la guerra mundial acudía a iniciarse en la técnica analítica —primera paloma después del diluvio—. Y podía habérselo dicho en el verano de 1919, pues el doctor Forsyth me había escrito por entonces anunciándome su venida. Incluso es posible que citara su nombre, aunque no lo creo, pues dada la significación que dicho nombre había adquirido para nosotros dos, habríamos enlazado una conversación de la que algo me hubiera quedado en la memoria. De todos modos, no es imposible que tal conversación se desarrollara realmente y luego la olvidara yo por completo, de manera que la emergencia del *Herr von Vorsicht* en el análisis me sorprendiera como un milagro. Cuando se tiene uno por un escéptico, es bueno dudar también alguna vez de su escepticismo. Quizá late también en mí aquella inclinación secreta a lo maravilloso, que tanto favorece el nacimiento de hechos ocultistas.

Desembarazado así nuestro camino de buena parte de lo maravilloso, nos queda aún otra parte, y la más difícil. Admitiendo que P. conocía la existencia de un señor Forsyth y que se le esperaba en Viena al otoño siguiente, ¿cómo se explica que pensara en él precisamente el día de su llegada e inmediatamente después de su primera visita? Puede achacarse a una casualidad, lo cual equivale a dejarlo inexplicado; pero me he tomado el trabajo de examinar y discutir las dos otras ocurrencias de P. precisamente para excluir la idea de casualidad, para mostrarnos que P. sentía realmente celos de las personas que me visitaban o a las que visitaba yo, o también es posible, para no desatender la posibilidad más extrema, arriesgar la hipótesis

de que P. había advertido en mí una excitación especial, y había deducido de ella sus conclusiones. O que P., llegado a mi casa un cuarto de hora después que el inglés, se había cruzado con él en su camino, le había reconocido en su aspecto, típicamente británico, y movido por su celosa expectación, había pensado: «Ya tenemos aquí al doctor Forsyth, cuya llegada viene a poner término a mi análisis. Y seguramente viene de casa del profesor Freud». No creo posible llevar más allá nuestras suposiciones. Las cosas quedan de nuevo en un *non liquet*; pero debo reconocer que, en mi sentir, la balanza se inclina también en esta ocasión en favor de la transmisión del pensamiento. Por lo demás, no soy seguramente el único a quien ha sido dado vivir en la situación analítica tales sucesos «ocultos». Helene Deutsch, en 1926, ha publicado observaciones análogas, estudiando su condicionalidad con las relaciones de la transferencia entre el paciente y el analítico.

Tengo la seguridad de que mi actitud ante este problema —no del todo convencido, y, sin embargo, dispuesto a convencerme— no ha de satisfaceros. Quizá os digáis: En el caso corriente de que un hombre, que ha trabajado honradamente como investigador de ciencias naturales durante toda su vida, al llegar a viejo la debilitación mental le hace piadoso y crédulo. Sé que en esta serie pueden incluirse muchos grandes nombres, pero no justamente el mío. Por lo menos, no me he hecho piadoso, y creo que tampoco crédulo. Sólo que cuando uno se ha doblegado toda su vida para evitar el doloroso choque con los hechos, se conserva también en la vejez el pliegue que le hace doblegarse ante nuevos hechos. Preferiríais, seguramente, que se mantuviera fiel a un moderado deísmo y me mostrase implacable en la repulsa de todo lo oculto. Pero soy incapaz de mendigar el favor de nadie, y tengo que invitaros a acoger más favorablemente la posibilidad de la transmisión del pensamiento, y con ella también la de la telepatía.

No debéis olvidar que sólo he tratado aquí estos problemas en cuanto es posible aproximarse a ellos desde el psicoanálisis. Cuando, hace ya más de diez años, surgieron por vez primera en mi campo visual, sentí también el miedo a una amenaza contra nuestra concepción científica del Universo, la cual, si el ocultismo se probaba, tendría que ceder su puesto al espiritismo o a la mística. Hoy pienso ya de otro modo; opino que no testimonia gran

confianza en la ciencia no creerla capaz de acoger y elaborar lo que de las afirmaciones ocultistas puede demostrarse como verdadero. Y por lo que se refiere particularmente a la transmisión del pensamiento, parece favorecer precisamente la extensión del pensamiento científico —sus adversarios dicen mecanista— a lo espiritual, tan difícilmente aprehensible. El proceso telepático consistiría en que un acto psíquico de una persona estimula en otra el mismo acto psíquico. Lo que entre ambos actos anímicos existe puede ser muy bien un proceso físico, en el cual se transforma lo psíquico en un extremo, y que en el otro extremo vuelve a transformarse en lo psíquico. La analogía con otras transformaciones, tales como la fonación y la audición en la comunicación telefónica, sería entonces innegable. ¡Y pensad lo que sucedería si nos fuese dado aprehender tal equivalente físico del acto psíquico! Quiero hacer constar que con la interpolación de lo inconsciente entre lo físico y lo hasta entonces llamado psíquico, el psicoanálisis nos ha preparado para la aceptación de procesos tales como la telepatía. Si empezamos por acostumbrarnos a la idea de la telepatía, podemos edificar mucho sobre ella, si bien, por lo pronto, sólo con la fantasía. Como es sabido, se ignora cómo se establece en las comunidades de insectos la voluntad colectiva. Posiblemente, por una transferencia psíquica directa. Llegamos a la sospecha de que no fue otro el medio original arcaico de inteligencia entre los individuos; medio que luego, en el curso de la evolución filogénica, es desplazado por el método mejor de la comunicación con ayuda de signos recibidos por los órganos de los sentidos. Por el método primitivo podría conservarse en último término y hacerse efectivo aun en determinadas condiciones: por ejemplo, en las masas apasionadamente agitadas. Todo esto es aún muy inseguro y está lleno de enigmas no resueltos, pero no tiene por qué asustarnos.

Si la telepatía existe como proceso real, podemos suponer, a pesar de su difícil demostración, que es un fenómeno muy frecuente. Correspondería a nuestras esperanzas poder mostrarla precisamente en la vida anímica del niño.

Recordemos la frecuente representación temerosa de los niños de que sus padres conocen todos sus pensamientos sin que ellos se los hayan comunicado; pareja perfecta y quizá fuente de la creencia de los adultos en la

omnisciencia de Dios. No hace mucho, una mujer, merecedora de todo crédito, Dorothy Burlingham, ha comunicado en un estudio, titulado *El análisis infantil y la madre*, observaciones que, de ser comprobadas, desvanecerían las dudas que aún pesan sobre la realidad de la transmisión del pensamiento. Aprovechó la situación, nada rara ya, de hallarse sometidos simultáneamente al análisis la madre y el hijo, y comunica hechos tan singulares como el siguiente: «Un día, en la sesión de análisis, la madre habló de una moneda de oro que había desempeñado en las escenas de su vida infantil determinado papel. Inmediatamente después, al volver a su casa, su hijo, un niño de diez años, entra en su cuarto y le entrega una moneda de oro para que se la guarde. Asombrada, le pregunta de dónde tiene aquella moneda. Se la regalaron —explica el niño— el día de su cumpleaños. Pero desde tal día habían pasado ya muchos meses, y ahora no había sucedido nada que pudiera haberle recordado precisamente la moneda». La madre puso en conocimiento de la analítica la singular coincidencia, pidiéndole que investigara en el niño los motivos de aquella acción. Pero el análisis del niño no procuró explicación ninguna. El acto mencionado se había incrustado aquel día como un cuerpo extraño en la vida del niño. Semanas después, hallándose la madre dedicada a sentar por escrito, según le había sido recomendado en el análisis, el suceso de referencia, la interrumpió el niño, pidiéndole que le devolviese la moneda, pues quería llevársela para mostrarla en la sesión de análisis, sin que tampoco fuera posible hallar la motivación de tal deseo.

Y con esto habremos retornado al psicoanálisis, del cual habíamos partido.

Lección XXXI.-DISECCIÓN DE LA PERSONALIDAD PSÍQUICA

Señoras y señores:

TODOS sabéis seguramente la importancia que para vuestras relaciones particulares, tanto con las personas como con las cosas, entraña el punto de partida. Así ha sido también en psicoanálisis. Para su desarrollo y para la acogida que hubo de serle dispensada no fue indiferente que iniciara su labor en el síntoma; esto es, en lo más ajeno al *yo* que al alma íntegra. El síntoma proviene de lo reprimido y es como un representante de lo reprimido cerca del *yo*; pero lo reprimido es para d *yo* dominio extranjero; un dominio extranjero interior, así como la realidad —si se me permite una expresión nada habitual —es un dominio extranjero exterior. Partiendo del síntoma, el camino analítico nos condujo a lo inconsciente, a la vida instintiva, a la sexualidad, siendo ésta la época en que el Psicoanálisis comenzó a oír las ingeniosas objeciones de que el hombre no era exclusivamente una criatura sexual, y conocía también impulsos más nobles y elevados. Habría podido añadirse que, exaltado por la conciencia de tales impulsos elevados, se tomaba con demasiada frecuencia el derecho de pensar disparates y el de desatender los hechos.

Pero vosotros sabéis muy bien cómo desde un principio el análisis afirmó que el hombre enfermaba a consecuencia del conflicto entre las exigencias de la vida instintiva y la resistencia que en él se alza contra ellas, y sabéis también que jamás hemos olvidado ni por un momento la existencia de esta instancia resistente repelente y represora, la cual nos representábamos dotada de fuerzas particularísimas —los instintos del *yo*—, y que coincide precisamente con el *yo* de la psicología al uso. Sólo que, dado el lento y trabajoso progreso de la investigación científica, tampoco el Psicoanálisis ha podido estudiar simultáneamente todos los sectores ni pronunciarse al mismo tiempo sobre todos los problemas. Por fin avanzamos lo suficiente para poder distraer nuestra atención de lo reprimido y enfocarla sobre lo represor, y nos

situamos ante tal *yo*, que tan evidente parecía, con la segunda esperanza de encontrar también en sus dominios algo inesperado; pero no fue nada fácil lograr un primer acceso a él. Y de esto es de lo que hoy voy a hablaros.

Previamente quiero dar libre cauce a mi sospecha de que esta mi exposición de la psicología del *yo* ha de actuar sobre vosotros muy diferentemente que la anterior introducción en el mundo psíquico abisal. Por qué es así no lo sé a punto fijo. En un principio pensé que juzgaríais que si hasta aquí os había expuesto hechos concretos, pasaba ahora a una pura especulación. Pero, bien meditado, he de afirmar que el montante de elaboración mental del material del hecho dado en nuestra psicología del *yo* no es mucho más elevado del que había en la psicología de las neurosis. Y lo mismo que éste, he tenido también que rechazar otros distintos fundamentos de mi juicio inicial. Ahora opino que aquella primera impresión depende en algún modo del carácter mismo de la materia y de nuestra falta de costumbre de tratarla. De todos modos, no me sorprenderá que os mostréis ahora en vuestro juicio más reservados y precavidos que hasta aquí.

La situación misma en la que nos encontramos al comienzo de nuestra investigación será la que nos indique el camino. El objeto de esta investigación queremos que sea el *yo*, nuestro propio *yo*. Pero ¿acaso es posible tal cosa? Si el yo es propiamente el sujeto, ¿cómo puede pasar a ser objeto? Y el caso es que, evidentemente, puede ser así. El *yo* puede tomarse a sí mismo como objeto, puede tratarse a sí mismo como a otros objetos, observarse, criticarse, etc. En todo ello, una parte del *yo* se enfrenta al resto. El *yo* es, pues, disociable; se disocia en ocasión de algunas de sus funciones, por lo menos transitoriamente, y los fragmentos pueden luego unirse de nuevo. Todo esto no es ninguna novedad, sino más bien una acentuación inhabitual de cosas generalmente conocidas. Por otro lado, sabemos ya que la Patología, con su poder de amplificación y concreción, puede evidenciarnos circunstancias normales, que de otro modo hubieran escapado a nuestra perspicacia. Allí donde se nos muestra una fractura o una grieta puede existir normalmente una articulación. Cuando arrojamos al suelo un cristal, se rompe, mas no caprichosamente; se rompe, con arreglo a sus líneas de fractura, en pedazos cuya delimitación, aunque invisible, estaba

predeterminada por la estructura del cristal. También los enfermos mentales son como estructuras, agrietadas y rotas. No podemos negarles algo de aquel horror respetuoso que los pueblos antiguos testimonian a los locos. Se han apartado de la realidad exterior, pero precisamente por ello saben más de la realidad psíquica interior, y pueden descubrirnos cosas que de otro modo serían inaccesibles para nosotros. De un grupo de estos enfermos decimos que padecen del delirio de ser observados. Se nos lamentan de verse agobiados constantemente, hasta en sus más íntimas actividades, por la observación vigilante de poderes desconocidos, probablemente personales, y sufren alucinaciones en las que oyen cómo tales personas publican los resultados de su observación. Ahora dice tal cosa; ahora se está vistiendo para salir, etc. Esta observación no equivale todavía a una persecución; pero le falta muy poco; supone que se desconfía del sujeto, que se espera sorprenderle en la comisión de algo ilícito, por lo cual será castigado. ¿Qué pasaría si estos dementes tuvieran razón, si en todos nosotros existiera en el *yo* una tal instancia, vigilante y amenazadora, que en los enfermos mentales sólo se hubiera separado francamente del *yo* y hubiera sido erróneamente desplazada a la realidad exterior?

No sé si a vosotros os sucederá lo que a mí. Desde el momento en que, bajo la intensa impresión de este cuadro patológico, concebí la idea de que la separación de una instancia observadora del resto del *yo* podía ser un rasgo regular de la estructura del *yo*, no he podido alejarla de mí, y me ha impulsado a investigar los demás caracteres y relaciones de la instancia así disociada. El primer paso es fácil. Ya el contenido del delirio de ser observado nos hace ver que la observación es tan sólo una preparación del juicio y el castigo, y con ello adivinamos que otra de las funciones de tal instancia tiene que ser aquello que llamamos conciencia (moral). No hay nada en nosotros que tan regularmente separemos de nuestro *yo* y enfrentemos a él como nuestra conciencia (moral). Me siento inclinado a hacer algo de lo que me promete placer, pero dejo de hacerlo con el fundamento de que mi conciencia no me lo permite. O la magnitud de la expectación de placer me ha llevado a hacer algo contra lo cual se pronunciaba la voz de mi conciencia y después del acto mi conciencia me castiga con penosos reproches, haciéndome sentir remordimientos. Podría decir simplemente que la instancia

especial que empiezo a distinguir en el *yo* es la conciencia (moral), pero es más prudente dejar independiente esta instancia y suponer que la conciencia (moral) es una de sus funciones, y otra la autoobservación, indispensable como premisa de la actividad juzgadora de esta conciencia. Y como el reconocimiento de una existencia independiente exige para lo que así existe un nombre propio, daremos en adelante a esta instancia, con existencia independiente en el *yo*, el nombre de *super-yo*.

No me sorprenderá oíros preguntarme burlonamente si nuestra psicología del *yo* se reduce, en general, a tomar al pie de la letra abstracciones corrientes y a amplificarlas, convirtiéndolas de conceptos en cosas, con todo lo cual poco o nada se va ganando. A esto os responderé que ha de ser muy difícil eludir en la psicología del *yo* lo ya generalmente conocido, y que lo importante será llegar a nuevas ordenaciones y nuevas concepciones más que a nuevos descubrimientos. Conservad, pues, por ahora vuestra respectiva actitud crítica, en espera de nuevos datos. Los hechos de la Patología procuran a nuestros esfuerzos un fondo, que inútilmente buscaréis en la psicología usual. Proseguiré mi exposición. Apenas lleguemos a familiarizarnos con la idea de tal *super-yo* dotado de ciertas independencias, que persigue intenciones propias y posee una energía independiente del *yo*, recordamos un cuadro patológico, que precisa claramente el rigor e incluso la crueldad de esta instancia y las variantes de su relación con el *yo*. Me refiero a la melancolía, o, más exactamente, al acceso melancólico, del cual habréis oído hablar suficientemente, aunque no seáis psiquiatras. El rasgo más singular de esta dolencia, de cuya causación y cuyo mecanismo sabemos muy poco, es la forma en que el *super-yo* —o si queréis, la conciencia moral— trata al *yo*. Mientras que en épocas de salud el melancólico puede ser, como cualquier otro individuo, más o menos riguroso consigo mismo, en el acceso melancólico el *super-yo* se hace riguroso en extremo: riñe, humilla y maltrata al pobre *yo*; le hace esperar los peores castigos y le reprocha actos muy pretéritos, que a su hora fueron indulgentemente juzgados, como si en el intervalo hubiera acumulado las acusaciones, habiendo esperado tan sólo su robustecimiento actual para darles curso y fundar en ellas una sentencia. El *super-yo* aplica un rigurosísimo criterio moral al *yo*, inerme a merced suya; se convierte en un representante de la moralidad y nos revela que nuestro

sentimiento de culpabilidad moral es expresión de la pugna entre el *yo* y el *super-yo*. Constituye una experiencia singular ver convertida en fenómeno periódico la moralidad, de la cual se supone que nos fue dada por Dios, arraigándola profundamente en nosotros. Pues, la cabo de cierto número de meses, el fantasma moral se desvanece, la crítica del *super-yo* se acalla, y el *yo* queda rehabilitado y goza de nuevo de todos los derechos del hombre hasta el acceso siguiente. E incluso en ciertas formas de la enfermedad ocurre en los intervalos algo antitético: el *yo* se asume en una bienaventurada embriaguez; triunfa como si el *super-yo* hubiera perdido toda fuerza o se hubiese confundido con el *yo,* y este *yo*, libertado y maniaco, se permite realmente y sin el menor escrúpulo la satisfacción de todos sus caprichos. Procesos abundantes en enigmas no resueltos.

Esperaréis seguramente algo más que una mera ilustración al oírme anunciaros que hemos averiguado varias cosas sobre la formación del *super-yo*, esto es, sobre la génesis de la conciencia moral. El filósofo Kant dijo, como sabéis, que nada le probaba tan convincentemente la grandeza de Dios como el firmamento estrellado y nuestra conciencia moral. Los astros son ciertamente magníficos; pero lo que hace a la conciencia moral, Dios ha llevado a cabo una labor desigual y negligente, pues una gran mayoría de los hombres no ha recibido sino muy poca; tan poca, que apenas puede decirse que posean alguna. No ignoramos la parte de verdad psicológica que entraña la afirmación de que la conciencia moral es de origen divino, pero es cierto que precisa de interpretación. Si la conciencia es algo dado en nosotros, no es, sin embargo, algo originalmente dado. Constituye así una antítesis de la vida sexual, dado realmente en nosotros desde el principio de la existencia y no ulteriormente agregada. Pero, como es sabido, el niño pequeño es anormal, no posee inhibición alguna interior de sus impulsos tendentes al placer. El papel que luego toma a su cargo el *super-yo* es desempeñado primero por un poder exterior, por la autoridad de los padres. La influencia de los padres gobierna al niño con el otorgamiento de pruebas de cariño y la amenaza de castigos que indican al niño una pérdida de amor y son, además, temibles de por sí. Esta angustia real es el antecedente de la ulterior angustia a la conciencia; mientras reina no hay por qué hablar de *super-yo* ni de conciencia moral. Sólo después se forma la situación secundaria que

aceptamos, demasiado a la ligera, como normal; situación en la cual la inhibición exterior es internalizada, siendo sustituida la instancia parental por el *super-yo*, el cual vigila, dirige y amenaza al *yo* exactamente como antes los padres al niño.

El *super-yo*, que de este modo se arroga el poder, la función y hasta los métodos de la instancia parental, no es tan sólo el sucesor legal, sino también el heredero legítimo de la misma. Surge directamente de ella, pronto veremos por qué proceso. Pero primero debemos detenernos en un desacuerdo surgido entre ambos. El *super-yo* parece haber llevado a cabo una selección unilateral, arrogándose tan sólo la dureza y el rigor de los padres, su función prohibitiva y punitiva, mientras que su amoroso cuidado no parece encontrar en él acogida ni continuación. Cuando los padres han sido rigurosos, nos parece fácilmente comprensible que en el niño se haya desarrollado también un riguroso *super-yo*; pero contra lo que esperábamos, la experiencia muestra que el *super-yo* puede adquirir la misma inflexible dureza aun cuando la educación haya sido benigna y bondadosa y haya evitado en lo posible amenazas y castigos. Sobre esta contradicción volveremos luego al tratar de las transformaciones de los instintos en la formación del *super-yo*.

De la transformación de la relación parental en el *super-yo* no puedo deciros tanto como me placería: en parte, porque se trata de un proceso tan complicado, que su exposición rebasa los límites de una iniciación como la que aquí me propongo facilitaros, y en parte, porque nosotros mismos no creemos haberla penetrado por entero. Habréis de contentaros, pues, con las indicaciones siguientes: La base de tal proceso es lo que llamamos una identificación, esto es, la equiparación de un *yo* a otro *yo* ajeno, equiparación a consecuencia de la cual el primer *yo* se comporta, en ciertos aspectos, como el otro, le imita y, en cierto modo, le acoge en sí. No sin razón se ha comparado la identificación a la incorporación oral, caníbal, de otra persona. La identificación es una forma muy importante de la vinculación a la otra persona; es probablemente la más primitiva y, desde luego, distinta de la elección de objeto. La diferencia puede expresarse en la forma siguiente: Cuando el niño se identifica con el padre, quiere *ser* como el padre; cuando lo hace objeto de su elección, quiere *tenerlo*, poseerlo; en el primer caso, su *yo* se modifica conforme al modelo constituido por el padre; en el segundo, ello

no es necesario. La identificación y la elección de objeto son ampliamente independientes entre sí; pero también puede uno identificarse con aquella misma persona a la que, por ejemplo, ha elegido como objeto sexual y transformar el propio *yo* con arreglo al de ella. Dícese que esta gran influencia del objeto sexual al *yo* es particularmente frecuente en las mujeres y característico de la femineidad. De la relación más instructiva entre la identificación y la elección de objeto hube de hablaros ya en mis conferencias anteriores. Es tan fácilmente observable en los niños como en los adultos, y en los normales como en los enfermos. Cuando hemos perdido un objeto o hemos tenido que renunciar a él, nos compensamos, a menudo, identificándonos con él, erigiéndolo de nuevo en nuestro *yo*, de manera que, en este caso, la elección de objeto retroceda a la identificación.

Tampoco a mí me satisfacen por completo estas observaciones sobre la identificación, pero me daré por contento si me concedéis que la instauración del *super-yo* puede ser descrita como un caso plenamente conseguido de identificación con la instancia parental. El hecho decisivo para esta concepción es que la nueva creación de una instancia superior en el *yo* se halla íntimamente enlazada a los destinos del complejo de Edipo, de manera que el *super-yo* se nos muestra como el heredero de esta vinculación afectiva, tan importante para la infancia. Comprendemos que, al cesar el complejo de Edipo, el niño tuvo que renunciar a las intensas cargas de objeto que había concentrado en sus padres, y como compensación de esa pérdida de objeto, las identificaciones con los padres quedan muy intensificadas —identificaciones existentes probablemente desde mucho antes en su *yo*—. Tales identificaciones, como residuos de cargas de objeto abandonadas, se repetirán después muy a menudo en la vida del niño, pero al valor afectivo de este primer caso corresponde plenamente una transformación tal que su resultado obtenga una posición especial en el *yo*. Una investigación más penetrante nos enseña también que el *super-yo* pierde en energía y desarrollo cuando la superación del complejo de Edipo sólo es conseguida imperfectamente. En el curso del desarrollo, el *super-yo* acoge también las influencias de aquellas personas que han ocupado el lugar de los padres, o sea, los educadores, los maestros y los modelos ideales. Normalmente, se aleja cada vez más de los primitivos individuos parentales, haciéndose, por

decirlo así, más impersonal. No debemos olvidar tampoco que en edades distintas el niño estima diferentemente a sus padres. En la época en que el complejo de Edipo deja el puesto al *super-yo*, los padres son aún algo excelso; más tarde pierden mucho. Se forman también entonces identificaciones que incluso procuran normalmente importantes aportaciones a la formación del carácter, pero entonces sólo afectando al *yo*, no influyendo ya sobre el *super-yo*, determinado por los imagos parentales más tempranos.

Espero que hayáis experimentado ya la impresión de que la institución del *super-yo* describe realmente una circunstancia estructural y no personifica simplemente una abstracción, como la de la conciencia moral. Hemos de citar aún una importantísima función que adscribimos a este *super-yo*. Es también al substrato del ideal del *yo*, con el cual se compara el *yo*, al cual aspira y cuya demanda de perfección siempre creciente se esfuerza en satisfacer. No cabe duda de que este ideal del *yo* es el residuo de la antigua representación de los padres, la expresión de la admiración ante aquellas perfecciones que el niño le atribuía por entonces.

Sé que habéis oído mucho acerca de aquel sentimiento de inferioridad que caracterizaría precisamente a los neuróticos. Ha invadido, sobre todo, la literatura. Un escritor que emplea el «complejo de inferioridad» cree haber satisfecho con ello todas las exigencias del psicoanálisis y haber elevado su exposición a un alto nivel psicológico. En realidad, el término «complejo de inferioridad» es apenas empleado en psicoanálisis. No es para nosotros nada simple, no digamos ya elemental. Referido a la autopercepción de insuficiencias orgánicas, como lo hace la escuela de los llamados 'Psicólogos Individuales', me parece un error por miopía. El sentimiento de inferioridad tiene raíces intensamente eróticas. El niño se siente inferior cuando advierte que no es amado, y lo mismo el adulto. El único órgano que realmente es considerado inferior es el pene atrofiado de las niñas, o sea, el clítoris. Pero la mayor parte del sentimiento de inferioridad proviene de la relación del *yo* con el *super-yo*, y es, como el sentimiento de culpabilidad, la expresión de una pugna entre ambos. El sentimiento de inferioridad y el sentimiento de culpabilidad son, en general, difícilmente separables. Quizá sería acertado ver en el primero el complemento erótico del sentimiento de inferioridad moral.

A esta cuestión de delimitación de conceptos no le hemos dedicado aún en psicoanálisis atención suficiente.

Precisamente por lo popular que ha llegado a ser el complejo de inferioridad, voy a permitirme, en este punto, una pequeña digresión. Una personalidad histórica contemporánea, que en vida aún ha pasado hoy muy a segundo término, padece, a causa de un accidente sufrido al nacer, la atrofia incompleta de uno de sus miembros. Un conocidísimo literato actual, que se dedica preferentemente a escribir biografías, ha compuesto también la de tal personalidad[2341]. Ahora bien: cuando se escribe una biografía, debe de ser muy difícil reprimir la necesidad de ahondar en la psicología del biografiado. Y así, nuestro autor ha arriesgado la tentativa de fundamentar la evolución entera del carácter de nuestro héroe sobre el sentimiento de inferioridad que su defecto físico habría de despertar en él. Pero al hacerlo así no tuvo en cuenta un hecho poco aparente, pero muy importante. Es habitual que la madre a la que el Destino ha dado un hijo enfermo o desventajado en algún modo procure compensarle de tan injusta disminución con un exceso de cariño. Pero en el caso de que tratamos, la madre, por demás orgullosa, se comportó muy diferentemente, pues negó a su hijo todo amor a causa de su defecto físico. Cuando el niño llegó a ser un hombre poderoso, demostró inequívocamente con sus actos que no perdonaba el desamor materno. Si recordáis la significación del amor maternal para la vida anímica infantil, no podréis menos de rectificar mentalmente la teoría de inferioridad sostenida por el biógrafo.

Tornemos ahora al *super-yo*. Le hemos atribuido las funciones de autoobservación, conciencia moral e ideal. De nuestras observaciones sobre su génesis resulta que tiene por premisas un hecho biológico importantísimo y un hecho psicológico decisivo para los destinos del individuo —la prolongada dependencia del sujeto bajo la autoridad de sus padres y el complejo de Edipo—, hechos que, a su vez, se hallan íntimamente enlazados entre sí. El *super-yo* es para nosotros la representación de todas las restricciones morales, el abogado de toda aspiración a un perfeccionamiento; en suma: aquello que de lo que llamamos más elevado en la vida del hombre se nos ha hecho psicológicamente aprehensible. Siendo en sí procedente de la

influencia de los padres, los educadores, etc., el examen de estas fuentes nos ilustrará sobre su significación. Por lo regular, los padres y las autoridades análogas a ellos siguen en la educación del niño las prescripciones del propio *super-yo*. Cualquiera que en ellos haya sido la relación del *yo* con el *super-yo*, en la educación del niño se muestran severos y exigentes. Han olvidado las dificultades de su propia niñez y están satisfechos de poder identificarse ya plenamente con sus propios padres, que tan duras restricciones les impusieron en su tiempo. De este modo, el *super-yo* del niño no es construido, en realidad, conforme al modelo de los padres mismos, sino al del *super-yo* parental; recibe el mismo contenido, pasando a ser el substrato de la tradición de todas las valoraciones permanentes que por tal camino se han transmitido a través de las generaciones. Adivinaréis fácilmente qué importantes auxilios para la comprensión de la conducta social de los hombres, y acaso también qué indicaciones prácticas para la educación, resultan de la consideración del *super-yo*. La concepción materialista de la Historia peca probablemente en no estimar bastante este factor. Lo aparta a un lado con la observación de que las «ideologías» de los hombres no son más que el resultado y la superestructura de sus circunstancias económicas presentes. Lo cual es verdad, pero probablemente no toda la verdad. La Humanidad no vive jamás por entero en el presente; en las ideologías del *super-yo* perviven el pasado, la tradición racial y nacional, sólo muy lentamente ceden a las influencias del presente; desempeñan en la vida de los hombres, mientras actúan por medio del *su per-yo*, un importantísimo papel, independiente de las circunstancias económicas.

En el año 1921 intenté aplicar la diferenciación del *yo* y el *super-yo* al estudio de la psicología colectiva y llegué a la fórmula siguiente: Un grupo psicológico es una reunión de individuos que han introducido a una misma persona en sus respectivos *super-yoes*, y que, a causa de esta comunidad se han identificado unos con otros en su *yo*. Fórmula que, naturalmente, no sirve más que para aquellos grupos que tienen un jefe. Si contásemos con más aplicaciones de este género, la hipótesis del *super-yo* perdería para nosotros lo que aún tiene de singular y nos sentiríamos libres ya por completo de aquella aprensión que, acostumbrados como estamos a la atmósfera abisal, nos asalta cuando nos movemos en los estratos más superficiales del aparato

anímico. Naturalmente, con la diferenciación del *super-yo* no creemos haber dicho la última palabra en cuanto a la psicología del *yo*. Tal diferenciación es más bien sólo un principio; pero en este caso no sólo los principios son difíciles.

Ahora se nos plantea otra labor, y, por decirlo así, en el extremo opuesto del *yo*. Surge de una observación que hacemos en el curso del análisis, observación por cierto muy antigua. Sólo que, como a veces sucede, se ha tardado mucho en concederle la atención debida. Como sabéis, toda la teoría psicoanalítica se basa propiamente en la percepción de la resistencia que el paciente opone a nuestra tentativa de hacerle consciente su inconsciente. La señal objetiva de la resistencia es el agotamiento de sus asociaciones espontáneas o su alejamiento del tema tratado. El paciente mismo puede también reconocer subjetivamente la resistencia en la aparición en él de sensaciones penosas al aproximarse al tema. Pero este último signo puede faltar. Entonces comunicamos al paciente que su conducta nos revela que se encuentra en estado de resistencia, a lo cual replica que nada sabe de ella, advirtiendo tan sólo la dificultad de producir nuevas asociaciones. Y como nuestra afirmación demuestra luego ser exacta, resulta, pues, que su resistencia era también inconsciente, tan inconsciente como lo reprimido que intentábamos hacer surgir en la conciencia. Hubiéramos debido, pues, plantearnos tiempo ha la interrogación siguiente: ¿De qué parte de su vida anímica proviene tal resistencia inconsciente? El principiante en psicoanálisis os responderá en seguida: Es la resistencia misma de lo inconsciente. Pero esta solución es tan equívoca como inútil. Si quiere decir que la resistencia emana de lo reprimido, habremos de rebatirla decididamente. Lo reprimido entraña más bien un impulso intensísimo a surgir en la conciencia. La resistencia no puede ser más que una manifestación del *yo*, el cual llevó a cabo en su día la represión y quiere ahora mantenerla. Así lo hemos creído ya desde un principio. Y desde que admitimos la existencia en el *yo* de una instancia especial que representa las exigencias restrictivas y prohibitivas —el *super-yo*—, podemos decir que la represión es obra de este *super-yo*, el cual la lleva a cabo por sí mismo o por medio del *yo*, obediente a sus mandatos. Y si la resistencia no se hace consciente al sujeto en el análisis,

quiere decir que el *super-yo* y el *yo* pueden obrar inconscientemente en situaciones importantísimas o, cosa mucho más significativa, que partes determinadas del *super-yo* y el *yo* mismo son inconscientes. En ambos casos hemos de reconocer, mal que nos pese, que el *(super-) yo* y lo consciente, por un lado, y lo reprimido y lo inconsciente, por otro, no coinciden en modo alguno.

Siento ahora la necesidad de hacer una pausa para tomar aliento, pausa que supongo ha de seros también benéfica, y que aprovecharé además para presentaros, antes de continuar, mis más rendidas excusas. Quiero daros aquí un complemento a una introducción al psicoanálisis iniciada por mí hace ya quince años, y tengo que conducirme como si en tal intervalo os hubierais consagrado exclusivamente al psicoanálisis. Sé que tal suposición no es exacta, pero no puedo comportarme de otro modo. Y ello, principalmente, por lo difícil que, en general, es procurar una visión del psicoanálisis a personas ajenas por completo a él. Podéis creer que no es nada grato aparecer como una misteriosa secta consagrada a una ciencia esotérica. Y, sin embargo, hemos tenido que reconocer y proclamar que nadie tiene derecho a intervenir en las cosas del psicoanálisis si antes no ha pasado por determinadas experiencias que sólo puede lograr sometiéndose al análisis por sí mismo. Cuando hace quince años desarrollé ante vosotros mis conferencias iniciales, procuré ahorraros determinados fragmentos especulativos de nuestra teoría. Pero las nuevas conquistas de que hoy quiero hablaros se enlazan precisamente a ellos.

Volvamos al tema. En la duda de si el *yo* y el *super-yo* son por sí mismos inconscientes o sólo desarrollan efectos inconscientes, nos hemos decidido, no sin buenas razones, por la primera posibilidad. Sí; partes considerables del *yo* y del *super-yo* pueden permanecer inconscientes y lo son normalmente. Esto quiere decir que el sujeto no sabe nada de sus contenidos, siendo precisa una ardua labor para hacérselos conscientes. Es exacto, en efecto, que el *yo* y lo consciente, lo reprimido y lo inconsciente no coinciden. Sentimos la necesidad de revisar fundamentalmente nuestra actitud ante el problema de lo consciente y lo inconsciente. Al principio nos inclinamos a rebajar el valor del criterio de la conciencia, ya que tan poco seguro se ha demostrado. Pero

haríamos mal. Pasa con él lo que con nuestra vida: no vale mucho, pero es todo lo que tenemos. Sin las luces de la conciencia, estaríamos perdidos en las tinieblas de la psicología abisal; pero podemos intentar una nueva orientación.

No necesitamos discutir a qué hemos de llamar consciente, pues está fuera de toda duda. La significación más antigua y mejor de la palabra «inconsciente» es la descriptiva; llamamos inconsciente a un proceso psíquico cuya existencia nos es obligado suponer, por cuanto deducimos de sus efectos, pero del que nada sabemos. Estamos entonces con él en la misma relación que con un proceso psíquico de otra persona, con la sola diferencia de que es en nosotros donde se desarrolla. Y si aún queremos ser más exactos, diremos que llamamos inconsciente a un proceso cuando tenemos que suponerlo activo *de presente*, aunque *de presente* nada sepamos de él. Esta restricción nos hace pensar que la mayoría de los procesos conscientes sólo lo son así por breve tiempo; no tardarán en hacerse *latentes*, pero pueden volver a hacerse conscientes fácilmente. Podríamos también decir que se habrían hecho inconscientes si estuviéramos seguros de que en el estado de latencia fuera aún algo psíquico. Con esto no habremos averiguado nada nuevo, ni tampoco adquirido un derecho a introducir en la Psicología el concepto de un inconsciente. Pero a ello viene a agregarse una observación que podemos hacer ya en los actos fallidos. En efecto, para la explicación de una equivocación oral nos vemos obligados a suponer que en el sujeto se había formado el propósito de decir algo determinado. Y adivinamos cuál era tal propósito por la perturbación que la expresión ha sufrido, pero el propósito no se ha cumplido y era, por tanto, inconsciente. Cuando *a posteriori* se lo comunicamos al sujeto, puede reconocerlo como suyo, y entonces era tan sólo temporalmente inconsciente, y puede negarlo como ajeno a él, y entonces era permanentemente inconsciente. De esta experiencia extraemos retrospectivamente un derecho a declarar también inconsciente lo que antes decíamos latente. La consideración de estas circunstancias dinámicas nos permite ahora distinguir dos clases de inconsciente: un inconsciente que fácilmente y en condiciones frecuentemente dadas se transforma en consciente, y otro que sólo con gran esfuerzo, o posiblemente nunca, permite tal transformación. Para evitar la duda de si hablamos de uno

u otro inconsciente y de si empleamos tal término en sentido descriptivo o en sentido dinámico, recurrimos a un expediente tan lícito como sencillo. A aquel inconsciente que sólo es latente y se torna con suma facilidad consciente lo denominamos preconsciente, y conservamos el nombre de «inconsciente» para el otro. Tenemos, pues, tres términos: consciente, preconsciente e inconsciente, con los cuales podemos valernos en la descripción de los fenómenos anímicos. De nuevo haremos constar que, en sentido puramente descriptivo, también lo preconsciente es inconsciente, pero no lo designamos así, salvo cuando nos es necesaria mayor precisión o cuando tenemos que defender la existencia de procesos inconscientes en general en la vida psíquica de cualquiera.

Espero me concederéis que hasta ahora no os he planteado graves dificultades y que todo lo expuesto es de fácil manejo. Sí; pero, desgraciadamente, la labor psicoanalítica se ha visto obligada a emplear la palabra inconsciente en un tercer sentido, y esto puede ya dar lugar a confusiones. Bajo la nueva e intensa impresión de que un amplio e importante sector de la vida psíquica se halla sustraído normalmente al conocimiento del *yo*, de manera que los procesos que en tal sector se desarrollan tienen que ser reconocidos como inconscientes en el sentido dinámico, hemos entendido también el término «inconsciente» en un sentido tópico o sistemático y hemos hablado de un sistema de lo preconsciente y de un sistema de lo inconsciente, de un conflicto del *yo* con el sistema Inc., dando así a la palabra el carácter de designación de una provincia psíquica más que de una cualidad de lo anímico. El descubrimiento realmente incómodo de que también partes del *yo* y del *su per-yo* son inconscientes en sentido dinámico nos procura en este caso un alivio, permitiéndonos vencer una complicación. Advertimos que no tenemos derecho a llamar sistema Inc. al sector anímico ajeno al *yo*, toda vez que la inconsciencia no es carácter exclusivo. Por tanto, no emplearemos ya el término «inconsciente» en sentido sistemático y daremos a lo que hasta ahora designábamos así un nombre mejor y ya inequívoco. Apoyándonos en el léxico nietzscheano y siguiendo una sugerencia de Georg Groddeck, lo llamaremos en adelante el «*ello*». Este pronombre impersonal parece particularmente adecuado para expresar al carácter capital de tal provincia del alma, o sea, su calidad de ajena al *yo*. El

super-yo, el *yo* y el *ello* son los tres reinos, regiones o provincias en que dividimos el aparato anímico de la persona y de cuyas relaciones recíprocas vamos a ocuparnos en lo que sigue.

Pero hagamos antes una pequeña digresión. Presumo que no os ha satisfecho comprobar que las tres cualidades de las características de ser consciente y las tres provincias del aparato anímico no formen tres pacíficas parejas, y que veis en ello algo como una perturbación de nuestros resultados. Mas por mi parte opino que no tenemos por qué lamentarlo, debiendo decirnos que no teníamos derecho alguno a esperar tan simple ordenación. Permitidme una comparación; ya sé que las comparaciones no resuelven nada; pero pueden hacer que nos sintamos menos desorientados. Imagino un territorio de configuración muy variada —montes, llanuras y lagos— y en el que habitan alemanes, magiares y eslovacos, dedicados a actividades diferentes. La distribución de tales elementos podría ser tal que los alemanes habitaran los montes y se dedicaran a la ganadería; los magiares poblaran las llanuras y se consagrasen al cultivo del trigo y de la vid, y los eslovacos moraran en las márgenes de los lagos y vivieran de la pesca y de la construcción de objetos de mimbre. Si esta distribución fuera precisa y exacta constituiría la alegría de un Woodrow Wilson[2342], y sería comodísima para la enseñanza de la Geografía. Pero lo más probable es que el viajero que atravesara tal región hallara en ella menos orden y más mezcla. Los alemanes, los magiares y los eslovacos viven confundidos entre sí; en los montes hay también tierras de cultivo, y en la llanura, pastos. Sin embargo, algo es tal y como lo esperabais, pues en las montañas es imposible encontrar pesca, y en el agua de los lagos no crece la vid. Puede, incluso suceder que vuestra imagen preconcebida del territorio sea en conjunto acertada, difiriendo tan sólo en algunos detalles, que aceptaréis sin descontento.

No esperaréis que del *ello* pueda comunicaros grandes cosas. Es la parte oscura e inaccesible de nuestra personalidad; lo poco que de él sabemos lo hemos averiguado mediante el estudio de la elaboración onírica y de la producción de síntomas neuróticos, y en su mayor parte tiene carácter negativo, no pudiendo ser descrito sino como antitético del *yo*. Nos

aproximamos al *ello* por medio de analogías, designándolo como un caos o como una caldera, plena de hirvientes estímulos. Lo dibujaríamos abierto en el extremo orientado hacia lo somático, y acogiendo allí en sí las necesidades instintivas, que encuentran en él su expresión psíquica, pero no podemos decir en qué substrato. Se carga de energía, emanada de los instintos; pero carece de organización, no genera una voluntad conjunta y sí sólo la aspiración a dar satisfacción a las necesidades instintivas conforme a las normas del principio del placer. Para los procesos desarrollados en el *ello* no son válidas las leyes lógicas del pensamiento, y menos que ninguna, el principio de la contradicción. Impulsos contradictorios coexisten en él, sin anularse mutuamente o restarse unos de otros; lo más que hacen es fundirse, bajo la coerción económica dominante, en productos transaccionales para la derivación de la energía. No hay en el *ello* nada equivalente a la negación, y comprobamos también en él con gran sorpresa la excepción de aquel principio filosófico según el cual el espacio y el tiempo son formas necesarias de nuestros actos anímicos. En el *ello* no hay nada que corresponda a la representación del tiempo; no hay reconocimiento de un decurso temporal, hecho harto singular, que espera ser acogido en el pensamiento filosófico, ni modificación del proceso anímico por el decurso del tiempo. Los impulsos optativos, que jamás han rebasado el *ello*, y las impresiones, que la represión ha sumido en el *ello*, son virtualmente inmortales y se comportan, al cabo de decenios enteros, como si acabaran de nacer. Sólo llegan a ser reconocidos como pretéritos y despojados de su carga de energía los impulsos optativos cuando la labor psicoanalítica los hace conscientes, en lo cual reposa principalmente el efecto terapéutico del tratamiento analítico.

Tengo la impresión de no haber sacado aún todo el partido posible, para nuestra teoría, de este hecho, exento de toda duda, de la inalterabilidad de lo reprimido por el tiempo. Parecen abrírsenos aquí profundos atisbos. Desgraciadamente, tampoco he avanzado por este camino.

Evidentemente, el *ello* no conoce juicio de valor alguno; no conoce el bien ni el mal ni moral ninguna. El factor económico o, si queréis, cuantitativo, íntimamente enlazado al principio del placer, rige todos los procesos. A nuestro juicio, todo lo que el *ello* contiene son cargas de instinto que demandan derivación. Incluso parece que la energía de estos impulsos

instintivos se encuentra en estado distinto del que le es propio en los demás sectores anímicos, siendo más fácilmente móvil y capaz de descarga; pues de otro modo no ocurrirían aquellos desplazamientos y aquellas condensaciones que son características del *ello* y que tan absolutamente prescinden de la calidad de aquello a lo que afectan y a lo que en el *yo* llamaríamos una idea. ¡Qué no daríamos por conseguir una comprensión más profunda de estas cosas! Pero, de todos modos, ya veis que estamos en situación de señalar otras cualidades del *ello*, además de la de ser inconsciente, y reconoceréis la posibilidad de que partes del *yo* y del *super-yo* sean inconscientes sin poseer los mismos caracteres primitivos e irracionales. Como primero llegamos a establecer una característica del70 propiamente dicho, en cuanto es posible diferenciarlo del *ello* y del *super-yo*, es considerando su relación con la parte más externa y superficial del aparato anímico, a la que damos el nombre de sistema percepción-conciencia (P-Cc). Este sistema está vuelto hacia el mundo exterior, facilita las percepciones del mismo y en él hace, durante su función, el fenómeno de la conciencia. Es el órgano sensorial de todo el aparato, y su receptividad no se limita a los estímulos llegados del exterior, sino que se extiende también a aquellos procedentes del interior de la vida anímica. No es, pues, apenas necesario justificar la hipótesis de que el *yo* es aquella parte del *ello* que fue modificada por la proximidad y la influencia del mundo exterior y dispuesta para recibir los estímulos y servir de protección contra ellos, siendo así comparable a la capa cortical de la que se rodea un nódulo de sustancia viva. La relación con el mundo exterior ha sido decisiva para el *yo*, el cual ha tomado a su cargo la misión de representarlo cerca del *ello*, para bien del mismo, pues, sin cuidarse de tal ingente poder exterior, y en su ciega aspiración a la satisfacción de los instintos, no escaparía al aniquilamiento. En el desempeño de esta función el *yo* tiene que observar el mundo exterior, imprimir una copia fidelísima del mismo en las huellas mnémicas de sus percepciones y mantener a distancia, por medio de la prueba de la realidad, aquello que en tal imagen del mundo exterior es añadidura procedente de fuentes de estímulos internas. Por encargo del *ello* rige el *yo* los accesos a la motilidad, pero ha interpolado entre la necesidad y el acto un aplazamiento en forma de actividad del pensamiento, durante el cual utiliza los residuos mnémicos de la experiencia. De este modo ha destronado el

principio del placer, que rige ilimitadamente el curso de los procesos en el *ello*, y lo ha sustituido por el principio de la realidad, que promete mayor seguridad y mejor éxito.

También la relación con el tiempo, tan difícil de describir, es facilitada al *yo* por el sistema de la percepción; apenas es dudoso que el modo de laborar de este sistema genera la idea del tiempo. Pero lo que distingue especialmente al *yo* y lo diferencia del *ello* es una tendencia a la síntesis de sus contenidos, a una combinación y unificación de sus procesos anímicos, de la que el *ello* carece en absoluto. Cuando más adelante tratemos de los instintos de la vida anímica conseguiremos, según espero, referir a su fuente este carácter esencial del *yo*. El solo constituye aquel alto grado de organización que el *yo* precisa en sus mejores rendimientos. Se desarrolla desde la percepción de los instintos al dominio de los mismos, pero este último sólo se consigue por cuanto la representación del instinto es ordenada en un sistema más amplio. Sirviéndonos del léxico corriente, podemos decir que el *yo* representa en la vida anímica la razón y la reflexión, mientras que el *ello* representa las pasiones indómitas.

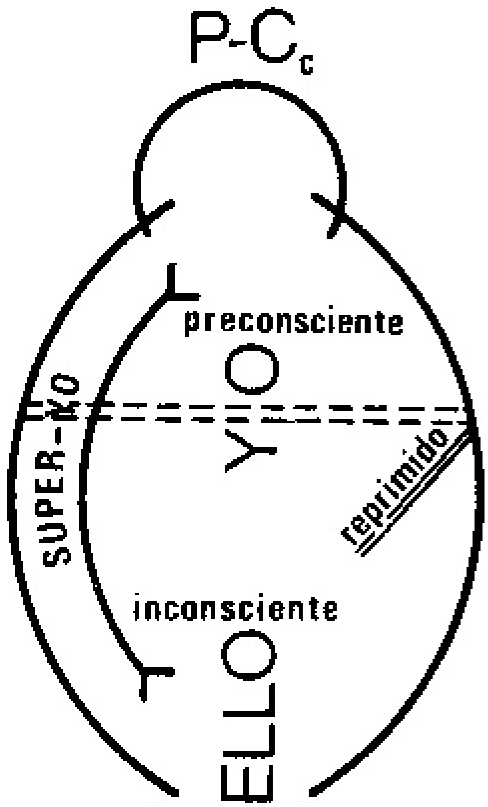
Hasta aquí nos hemos dejado impresionar por las ventajas y las facultades del *yo*; tiempo es ya de considerar su reverso. El *yo* no es, de todos modos, más que una parte del *ello* adecuadamente transformada por la proximidad del mundo exterior, preñada de peligros. En sentido dinámico es débil; todas sus energías le son prestadas por el *ello*, y no dejamos de tener un atisbo de la grieta por la cual sustrae al *ello* nuevos montantes de energía. Tal camino es, por ejemplo, la identificación con objetos reales o abandonados. Las cargas de objeto emanan de las aspiraciones instintivas del *ello*. El *yo* tiene, ante todo, que registrarlas. Pero al identificarse con el objeto se recomienda al *ello* en lugar del objeto, quiere dirigir hacia sí la libido del *yo*. Hemos visto ya que, en el curso de la vida, el *yo* acoge en sí una gran cantidad de tales precipitados de antiguas cargas de objeto. En conjunto, el *yo* tiene que llevar a cabo las intenciones del *ello* y realiza su misión cuando descubre las circunstancias en las que mejor pueden ser conseguidas tales intenciones. La relación del *yo* con el *ello* podría compararse a la del jinete con su caballo. El caballo suministra la energía para la locomoción; el jinete tiene el privilegio de fijar la meta y dirigir los movimientos del robusto animal. Pero entre el *yo*

y el *ello* ocurre frecuentemente el caso, nada ideal de que el jinete tiene que guiar el caballo allí donde éste quiere ir.

El *yo* se ha separado de una parte del *ello* por resistencias de represión; pero la represión no continúa en el *ello*. Lo reprimido se funde con el *ello* restante.

Un proverbio advierte la imposibilidad de servir a la vez a dos señores. El pobre *yo* se ve aún más apurado: sirve a tres severos amos y se esfuerza en conciliar sus exigencias y sus mandatos. Tales exigencias difieren siempre, y a veces parecen inconciliables; nada, pues, tiene de extraño que el *yo* fracase tan frecuentemente en su tarea. Sus tres amos son el mundo exterior, el *super-yo* y el *ello*. Si consideramos los esfuerzos del *yo* para complacerlos al mismo tiempo o, mejor dicho, para obedecerlos simultáneamente, no lamentaremos ya haberlo personificado y presentado como un ser aparte. Se siente asediado por tres lados y amenazado por tres peligros a los que, en caso de presión extrema reacciona con el desarrollo de angustia. Por su procedencia de las experiencias del sistema de la percepción está destinado a representar las exigencias del mundo exterior, pero quiere también ser un fiel servidor del *ello*, permanecer en armonía con él, recomendarse a él como objeto y atraer a sí su libido. En su empeño de mediación entre el *ello* y la realidad se ve obligado muchas veces a revestir los mandatos inconscientes del *ello* —con sus racionalizaciones preconscientes—, a disfrazar los conflictos del *ello* con la realidad, a fingir, con insinceridad diplomática, una atención a la realidad, aun en aquellos casos en los que el *ello* ha permanecido rígido e inflexible. Por otra parte, es minuciosamente vigilado por el rígido *super-yo*, que le impone determinadas normas de conducta, sin atender a los mandatos que lo aprobleman por parte del *ello* y del mundo exterior, y le castiga en caso de infracción con los sentimientos de inferioridad y culpabilidad. De este modo, conducido por el *ello*, restringido por el *super-yo* y rechazado por la realidad, el *yo* lucha por llevar a cabo su misión económica, la de establecer una armonía entre las fuerzas y los influjos que actúan en él y sobre él; y comprendemos por qué, a veces, no podemos menos de exclamar: «¡Qué difícil es la vida!» Cuando el *yo* tiene que reconocer su debilidad, se anega en angustia, angustia real ante el mundo exterior, angustia moral ante el *super-yo* y angustia neurótica ante la fuerza de las pasiones en el *ello*.

El siguiente esquema ilustra las relaciones estructurales de la personalidad anímica, tal como acabamos de exponerla[2343]:



Como veis, el *super-yo* se sumerge en el *ello*; como heredero del complejo de Edipo, tiene íntimas relaciones con el *ello*; está más alejado que el *yo* del sistema de las percepciones. El *ello* no trata con el mundo exterior más que a través del *yo*, por lo menos en el presente esquema. Es ciertamente harto difícil decidir hoy en qué medida es exacto nuestro dibujo; en un detalle no lo es, desde luego: el espacio que ocupa el *ello* inconsciente debería ser incomparablemente mayor que el del *yo* o el de lo preconsciente. Os ruego, pues, que hagáis mentalmente tal rectificación.

Y ahora, para terminar esta exposición, tan laboriosa como quizá oscura, una advertencia aún. En esta diferenciación de la personalidad en *yo, super-yo y ello*, no debéis imaginaros fronteras precisas como las que han sido artificialmente trazadas en la geografía política. A la peculiar condición de lo psíquico no corresponden contornos lineales, como en el dibujo, o en la

pintura de los primitivos, sino esfumaciones análogas a las de la pintura moderna. Después de haber efectuado la separación, tenemos que dejar confluir de nuevo lo separado. No juzguéis demasiado severamente esta primera tentativa de hacer visible lo psíquico, tan difícilmente aprehensible. Es muy probable que el desarrollo de estas diferenciaciones presente en distintas personas grandes variaciones, y también que en el curso de la función cambien e involucionen temporalmente. Así parece suceder especialmente en la reciente y más tenue diferenciación desde el punto de vista filogénico, esto es, la del *yo* y del *super-yo*. Es indudable que también la enfermedad provoca idéntico resultado. Podemos también imaginarnos que ciertas prácticas místicas logran subvertir las relaciones normales entre los distintos sectores anímicos, de manera que la percepción pueda captar sucesos del *yo* profundo y en el *ello*, circunstancias que de otro modo serían inaprehensibles. Podemos, desde luego, dudar de que por este camino lleguemos a aprehender aquella última verdad de la que se espera toda salvación. Pero hemos de conceder que los esfuerzos terapéuticos del psicoanálisis han elegido un punto análogo de ataque. Su propósito es robustecer el *yo*, hacerlo más independiente del *super-yo*, ampliar su campo de percepción y desarrollar su organización, de manera que pueda apropiarse de nuevas partes del *ello*. Donde era *ello*, ha de ser *yo*.

Es una labor de cultivo como la desecación del Zuyderzee[2344].

Lección XXXII.—LA ANGUSTIA Y LA VIDA INSTINTIVA

Señoras y señores:

NO os sorprenderá oír que he de informaros de ciertas novedades de nuestra concepción de la angustia y de los instintos fundamentales de la vida anímica, ni tampoco que ninguna de ellas pretende ser una solución definitiva de los problemas planteados. Deliberadamente hablo aquí de concepción. Son éstos los problemas más difíciles que se nos plantean, pero tal dificultad no depende de una insuficiencia de las observaciones, pues son precisamente los fenómenos más frecuentes y familiares los que nos suscitan

semejantes enigmas; ni tampoco de la singularidad de las especulaciones que estimulan, pues la elaboración mental no interviene grandemente en este terreno. Trátase realmente de concepciones; esto es, de introducir las debidas representaciones abstractas, cuya aplicación a la materia prima de la observación haga nacer en ella orden y transparencia.

A la *angustia* hemos dedicado ya una conferencia de la serie anterior, la vigésima quinta. Extractaremos aquí su contenido. Dijimos que la angustia es un estado afectivo, o sea, una unión de determinadas sensaciones de la serie placer-displacer con las inervaciones de descarga a ellas correspondientes y su percepción, pero probablemente el residuo de cierto acontecimiento importante incorporado por herencia, comparable, por tanto, al acceso histérico individualmente adquirido. El suceso que habría dejado tras de sí tal huella afectiva sería el nacimiento, al cual resultaban adecuadas las influencias propias de la angustia sobre la actividad cardiaca y la respiración. Así, pues, la angustia primera habría sido una angustia tóxica. Luego partimos de la diferenciación entre angustia real y angustia neurótica, viendo en la primera una reacción aparentemente comprensible al peligro, esto es, a un daño temido procedente del exterior, y en la segunda, algo enigmático y como inadecuado. En un análisis de la angustia real la redujimos a un estado de atención sensorial y tensión motora extremadas, al que denominamos *disposición a la angustia*. De éste se desarrollaría la reacción de angustia, de la cual serían posibles dos desenlaces: o bien el *desarrollo de angustia*, la repetición de la antigua vivencia traumática, se limita a una señal, y entonces la reacción restante puede adaptarse a la nueva situación de peligro; o bien, predomina lo antiguo, y toda la reacción se agota en el desarrollo de angustia, haciéndose entonces paralizante e inadecuado al presente el estado afectivo.

Después nos volvimos a la angustia neurótica y dijimos que la observábamos en tres diversas circunstancias: Primera, como angustia general, libremente flotante, dispuesta a enlazarse pasajeramente a cualquier posibilidad emergente; esto es, como angustia expectante, cual, por ejemplo, en la neurosis de angustia típica. Segunda, fijamente vinculada a determinadas representaciones en las llamadas *fobias*, en las cuales podemos reconocer todavía una relación con un peligro exterior, pero tenemos que

considerar desmesuradamente exagerada la angustia ante el mismo. Tercera, la angustia propia de la histeria y otras formas de grave neurosis, que acompaña a los síntomas o surge independiente como acceso o como estado más duradero, pero siempre sin fundamento visible en un peligro exterior. En este punto nos planteamos dos interrogaciones: ¿Qué se teme en la angustia neurótica? ¿Y cómo conciliar ésta con la angustia real ante peligros exteriores?

Nuestras investigaciones no han sido vanas. Hemos llegado a conclusiones importantes. Con respecto a la expectación angustiosa, la experiencia clínica nos ha probado su relación regular con la economía de la libido en la vida sexual. La causa más ordinaria de la neurosis de angustia es la excitación frustrada. Una excitación libidinosa es provocada, pero no satisfecha, no utilizada, y en lugar de esta libido desviada de su utilización surge la angustia. Creí, incluso, justificado decir que esta libido insatisfecha se transforma directamente en angustia. Esta teoría hallaba apoyo en ciertas fobias infantiles enteramente regulares. Muchas de estas fobias nos son totalmente enigmáticas; pero otras, tales como el miedo a la soledad y a las personas extrañas, son susceptibles de segura explicación. La soledad, así como las caras desconocidas, despiertan la añoranza de la madre; el niño no puede dominar ni mantener en suspensión esta excitación libidinosa y la transforma en angustia. Esta angustia infantil no debe, pues, adscribirse a la angustia real, sino a la angustia neurótica. Las fobias infantiles y la expectación angustiosa de la neurosis de angustia nos procuran dos ejemplos de una de las formas en que nace la angustia neurótica, por transformación directa de la libido. En seguida conoceremos otro mecanismo y veremos que no se diferencia mucho del primero.

De la angustia en la histeria y en otras neurosis hacemos responsable al proceso de la represión. Creemos posible describirlo más completamente que antes manteniendo separado el destino de la idea que de reprimir se trata del de la carga de libido a ella ligada. Es la idea la que experimenta la represión y la que eventualmente queda deformada hasta resultar irreconocible; pero su montante de afecto es transformado regularmente en angustia, y por cierto indiferentemente de su naturaleza, sea agresión o amor. Ahora bien, no hace distingo la razón por la cual se ha hecho inutilizable un montante de libido:

por debilidad infantil del *yo*, como en las fobias de los niños; a consecuencia de procesos somáticos de la vida sexual, como en la neurosis de angustia; o, a causa de la represión, como en la histeria. Por tanto, los dos mecanismos de la génesis de la angustia neurótica coinciden en uno.

En el curso de estas investigaciones se nos ha hecho notar una importantísima relación entre el desarrollo de angustia y la producción de síntomas: la de que se representan y se reemplazan mutuamente. Así, el enfermo de agorafobia comienza la historia de sus padecimientos con un acceso de angustia en la calle. Este acceso se repetiría cada vez que volviera a salir de casa. Por tanto, el sujeto crea el síntoma de la agorafobia, al que podemos también designar como una inhibición, una limitación funcional del *yo*, y se ahorra así el acceso de angustia. Lo inverso lo vemos cuando interferimos en la producción de síntomas, tal como se nos hace posible, por ejemplo, en los actos obsesivos. Si impedimos al enfermo llevar a cabo su ceremonial de limpieza, es presa de un estado de angustia intolerable, del que su síntoma le hubiera presentado. Y parece como si el desarrollo de angustia fuese lo primario y la producción de síntomas lo secundario, como si los síntomas fuesen creados para evitar la explosión del estado de angustia. Con lo cual armoniza también el hecho de que las primeras neurosis de la infancia sean fobias, estados en los que reconocemos claramente cómo un desarrollo de angustia inicial es rescatado por una producción ulterior de síntomas; experimentamos la impresión de que, partiendo de estas relaciones, es como más fácilmente hallaremos el acceso a la comprensión de la angustia neurótica. Simultáneamente hemos conseguido dar respuesta a la interrogación de qué es lo que en la angustia neurótica se teme, y establecer así el enlace entre la angustia neurótica y la angustia real. Lo que inspira el temor es, claramente, la propia libido. La diferencia con la situación de la angustia real está en dos extremos: en que el peligro es un peligro interior en lugar de exterior y en que no es conscientemente reconocido.

En las fobias vemos claramente cómo este peligro interior es transformado en un peligro exterior, o sea, cómo la angustia neurótica es transformada en aparente angustia real. Supongamos, para simplificar, un estado de cosas muy complicado a veces, que el enfermo de agorafobia teme regularmente las tentaciones que en él despiertan las personas que encuentra

en la calle. En su fobia lleva a cabo un desplazamiento, y lo que en ella teme es una situación exterior. La ventaja que ello le representa es, evidentemente, su creencia de que así ha de serle más fácil protegerse. De un peligro exterior puede uno salvarse con la fuga; en cambio, la tentativa de fuga ante un peligro interior es una empresa harto difícil.

Al final de nuestra primera conferencia sobre la angustia dijimos que estos diversos resultados de nuestras investigaciones no eran, desde luego, contradictorios, pero tampoco absolutamente armónicos. La angustia es, como estado afectivo, la reproducción de un antiguo suceso peligroso; está al servicio de la propia conservación y es señal de un nuevo peligro; nace de magnitudes de libido que se han hecho, en algún modo, inutilizables, y también del proceso de la represión; es reemplazada por la producción de síntomas; sentimos que falta algo: aquello que hace de varios fragmentos una unidad.

Aquella disociación de la personalidad anímica en un *su per-yo*, un *yo* y un *ello*, de la que os hablé en mi última conferencia, nos ha forzado a una nueva orientación en el problema de la angustia.

Con la tesis de que el *yo* es la única sede de la angustia[2345] y que sólo el *yo* puede producir y sentir angustia, hemos ocupado una nueva y firme posición, desde la cual muestran distintos aspectos varias circunstancias. Y, verdaderamente, no sabríamos qué sentido podía tener hablar de una «angustia del *ello*» o adscribir al *super-yo* la facultad de sufrir angustia. En cambio, hemos acogido como una correspondencia deseada el hecho de que las tres clases principales de angustia —la angustia real, la neurótica y la de la conciencia moral— pueden ser tan adecuadamente referidas a las tres dependencias del *yo*; esto es, a su dependencia del mundo exterior, del *ello* y del *super-yo*. Con esta nueva interpretación ha pasado también a primer término la función de la angustia como señal anunciadora de una situación peligrosa, ha perdido interés la interrogación sobre la materia de que es hecha la angustia y se han aclarado y simplificado extraordinariamente las relaciones entre la angustia real y la angustia neurótica. Es, por lo demás, digno de atención el hecho de que ahora comprendemos mejor los casos aparentemente complicados de génesis de angustia que los que considerábamos sencillos.

En efecto, recientemente hemos investigado cómo nace la angustia en ciertas fobias que adscribimos a la histeria de angustia y hemos escogido casos en los que se trataba de la represión típica de los impulsos optativos procedentes del complejo de Edipo. Según nuestras esperanzas, hubiéramos debido hallar que es la carga libidinosa del objeto materno del niño la que, a consecuencia de la represión, se transforma en angustia y surge en expresión sintomática, como ligada al sustitutivo del padre. No me es posible exponeros al detalle la marcha de tal investigación. Bastará deciros que su resultado sorprendente fue exactamente contrario al que esperábamos. La represión no crea la angustia. Esta existe con anterioridad. Y es ella la que crea la represión. Pero ¿qué angustia puede ser? Sólo la angustia ante un peligro exterior, o sea, una angustia real. Es exacto que el niño sufre angustia ante una exigencia de su libido, en este caso ante el amor a su madre, tratándose, por tanto, realmente, de un caso de angustia neurótica. Pero este enamoramiento sólo le parece constituir un peligro interior, al que tiene que sustraerse con la renuncia a tal objeto, porque provoca una situación de peligro exterior. Y en todos los casos que investigamos obtenemos el mismo resultado. Hemos de confesar que no esperábamos que el peligro instintivo interior se demostrase como una condición y una preparación de una situación de peligro exterior y real.

Pero no hemos dicho todavía cuál es el peligro real que el niño teme como consecuencia de su enamoramiento de la madre. Es el castigo de la castración, la pérdida de su miembro. Naturalmente, me objetaréis que no es éste un peligro real. No castramos a nuestros niños porque en la fase del complejo de Edipo estén enamorados de su madre. Pero la cosa no es tan sencilla. Ante todo, no se trata de si la castración es verdaderamente aplicada; lo decisivo es que el peligro es un peligro que amenaza desde el exterior y que el niño cree en su efectividad. Tiene para ello algún motivo, pues se le amenaza asaz frecuentemente con cortarle el miembro durante su fase fúlica, en la época de su más temprano onanismo, y los indicios de este castigo hallarían regularmente en él una intensificación filogénica. Sospechamos que en las épocas primordiales de la familia humana, el padre, celoso y cruel, castraba realmente a sus hijos adolescentes, y la circuncisión, que entre los primitivos constituye tan frecuentemente un elemento de ritual de entrada en

la edad viril, es un residuo fácilmente reconocible de ella. Sabemos cuánto nos alejamos con ello de la opinión general; pero hemos de mantener firmemente que el miedo a la castración es uno de los motores más frecuentes y energéticos de la represión y, con ello, de la producción de neurosis. Análisis de casos en los que si no la castración, se practicó la circuncisión a sujetos infantiles, como medida terapéutica o punitiva de la masturbación, cosa más frecuente de lo que se supone en la sociedad angloamericana, ha procurado a vuestra convicción seguridad definitiva. Nos tentaría aproximarnos más en este punto al estudio del complejo de la castración, pero no queremos desviarnos de nuestro tema. El miedo a la castración no es, naturalmente, el único motivo de la represión, pues no se da ya en las mujeres, las cuales pueden tener un complejo de la castración, pero nunca miedo a la castración. En su lugar aparece en ellas el miedo a la pérdida del amor, la cual es visiblemente una continuación del miedo del niño de pecho cuando echa de menos a su madre. Ya sabéis qué situación peligrosa real es anunciada por tal angustia. Cuando la madre está ausente o ha retirado al niño su cariño, el niño no está ya seguro de la satisfacción de sus necesidades y queda expuesto eventualmente a los más penosos sentimientos de tensión. No rechacéis la idea de que estas condiciones de angustia repiten en el fondo la situación de la primitiva angustia del nacimiento, el cual significaba también una separación de la madre. E, incluso, si seguís un razonamiento de Ferenczi, podéis también agregar a esta serie el miedo a la castración, pues la pérdida del miembro masculino tiene como consecuencia la imposibilidad de una nueva unión con la madre o de la sustitución de la misma en el acto sexual. Citaré de pasada la fantasía, tan frecuente, del retorno al claustro materno como un sustitutivo de este deseo de cohabitación. Podría exponeros a este respecto muchas cosas interesantes y muchas relaciones sorprendentes, pero no puedo rebasar los límites de una introducción al psicoanálisis, y sólo habré aún de haceros advertir cómo consideraciones de orden psicológico nos llevan aquí hasta hechos biológicos.

Otto Rank, a quien el psicoanálisis debe tantas y tan acabadas aportaciones, ha contraído también el mérito de haber hecho resaltar intensamente la importancia del acto del nacimiento y de la separación de la madre, aunque todos hayamos juzgado imposible aceptar las consecuencias

extremas que de este factor ha deducido para la terapia analítica. El nódulo de su teoría —la condición prototípica de la vivencia angustiosa del nacimiento para todas las situaciones de peligro ulteriores— se lo encontró ya formulado. Sin salimos de él podemos decir que, en realidad, toda época del desarrollo lleva adscrita como adecuada a ella una condición de angustia, o sea, cierta situación peligrosa. El peligro del desamparo psíquico ajusta con el estadio de la falta de madurez del *yo*; el peligro de la pérdida del objeto (o pérdida de amor) ajusta con la falta de auto-suficiencia de los primeros años infantiles; el peligro de la castración ajusta con la fase fúlica; y, por último, el miedo al *super-yo* ajusta con la época de latencia. En el curso del desarrollo deberían ser abandonadas las condiciones de angustia anteriores, pues el robustecimiento del yo desvaloriza las situaciones peligrosas correspondientes. Pero ello sólo sucede muy incompletamente. Muchos hombres no consiguen superar el miedo a la pérdida del amor, no se hacen nunca independientes del amor de los demás y continúan en este aspecto su conducta infantil. El miedo al *su per-yo* no encuentra normalmente un fin, puesto que, como angustia a la conciencia moral, es indispensable en las relaciones sociales, y el individuo sólo en casos rarísimos puede hacerse independiente de la sociedad humana. Algunas de las antiguas situaciones peligrosas logran también pasar a épocas ulteriores modificando adecuadamente su condición de angustia. Así se continúa, por ejemplo, el miedo a la castración bajo la máscara de la fobia a la sífilis. El adulto sabe muy bien que la castración no es empleada ya como castigo por entregarse a los placeres sexuales; pero, en cambio, ha adquirido la experiencia de que tal liberación instintiva puede acarrear graves dolencias. No cabe duda de que aquellos individuos, a los que llamamos neuróticos, permanecen infantiles en su conducta ante el peligro y no han dominado condiciones de angustia ya anticuadas. Señalaremos, pues, este hecho como aportación efectiva a la característica de los neuróticos; el porqué no es tan fácil de fijar.

Espero que no hayáis perdido la ilación y recordéis aún que estamos en vías de investigar las relaciones entre la angustia y la represión. En tal labor hemos descubierto dos cosas: que la angustia produce la represión y no, como creíamos, inversamente, y que una situación instintiva temida se refiere en el fondo a una situación de peligro exterior. La interrogación más próxima sería

la siguiente: ¿Cómo nos representamos ahora el proceso de una represión bajo la influencia de la angustia? A mi entender, en la forma siguiente: El *yo* advierte que la satisfacción de una exigencia instintiva emergente provocaría una de las situaciones peligrosas muy bien recordadas. Por tanto, dicha carga instintiva tiene que ser suprimida, detenida, debilitada en algún modo. Sabemos que así lo consigue el *yo* cuando es fuerte y ha incorporado a su organización el impulso instintivo correspondiente. Pero el caso de la represión es aquél en que el impulso instintivo pertenece todavía al *ello* y el *yo* se siente débil. Entonces el *yo* recurre a una técnica idéntica en el fondo a la del pensamiento normal. El pensamiento es una acción experimental con pequeñas magnitudes de energía, análogo a los desplazamientos de figuritas sobre el mapa antes que el general ponga en movimiento sus tropas. El *yo* anticipa, pues, la satisfacción del impulso instintivo sospechoso y le permite reproducir las sensaciones displacientes de la situación peligrosa temida. Con ello entra en juego el automatismo del principio del placer-displacer, que lleva entonces a cabo la represión del impulso instintivo peligroso.

«¡Alto!» —me gritaréis—. «¡Por ese camino no podemos ya seguirle!» Tenéis razón. Antes que pueda pareceros aceptable debo añadir aún algo. Ante todo, la confesión de que he intentado traducir al lenguaje de nuestro pensamiento normal lo que en realidad ha de ser un proceso, ni consciente ni preconsciente, entre magnitudes de energía en un substrato irrepresentable. Pero esta objeción no es nada decisiva, ya que no es posible hacer otra cosa. Más importante es que distingamos claramente lo que con motivo de la represión sucede en el *yo* y en el *ello*. Lo que hace el *yo* acabamos de indicarlo. Utiliza una carga de experimentación y despierta con la señal de angustia el automatismo del placer-displacer. Entonces son posibles varias reacciones o una mezcla de las mismas en proporciones variables. O bien el acceso de angustia se desarrolla plenamente y el *yo* se retira por completo de la excitación rechazable o bien opone a ella, en lugar de la carga de experimentación, una carga contraria, la cual afluye con la energía del impulso reprimido para la producción de síntomas o es incorporada al *yo* como producto reactivo, como intensificación de determinadas disposiciones del *yo* o como modificación permanente del mismo. Cuanto más reducido puede ser el desarrollo de angustia a una mera señal, tanto más emplea el yo

las reacciones de defensa que llegan a la ligazón psíquica de lo reprimido, y tanto más se acerca también el proceso a una elaboración normal, aunque, desde luego, sin alcanzarla. Detengámonos aquí un momento. Seguramente habéis supuesto que aquello tan difícilmente definible, a lo que llamamos *carácter*, debe ser adscrito por entero el *yo*. Algo de lo que crea este carácter lo hemos captado ya. Ante todo, la incorporación de la instancia parental primaria como *super-yo*, proceso de máxima importancia, y luego las identificaciones ulteriores con los dos elementos de la pareja parental y con otras personas de influencia, y similares identificaciones formadas como residuos de objetos abandonados. Añadiremos ahora, como aportaciones constantes a la formación del carácter, los productos reactivos que el *yo* adquiere, por medios más normales, en sus represiones primero y luego en la repulsa de impulsos instintivos indeseables.

Retrocedamos ahora y volvamos hacia el *ello*. No es tan fácil de adivinar lo que ocurre durante la represión del impulso instintivo al que se le ha combatido. Nos interesa principalmente averiguar qué sucede con la energía, con la carga libidinosa de esta excitación y cómo es empleada. Recordaréis nuestra anterior hipótesis según la cual esta carga libidinosa era precisamente lo que la represión transformaba en angustia. Ahora ya no nos atrevemos a afirmarlo así y nos limitamos modestamente a suponer que sus destinos no son siempre los mismos. Probablemente existe una íntima correspondencia entre el proceso desarrollado en el *yo* y el que el impulso reprimido sufre en el *ello*, correspondencia que no ha de sernos imposible descubrir. En efecto, desde que hemos hecho intervenir al principio del placer-displacer, activado por la señal de la angustia, en la represión hemos logrado nuevos atisbos. Tal principio sigue limitadamente los procesos que se desarrollan en el *ello*. Podemos atribuirle la producción de hondas modificaciones en el impulso instintivo de que se trate. Y estamos preparados a encontrar que da a la represión resultados muy diferentes más o menos considerables. En algunos casos, el impulso instintivo reprimido conservará quizá su carga de libido, y persistirá inmodificado en el *ello*; si bien bajo la constante presión del *yo*. En otros parece suceder que experimenta un completo aniquilamiento, en el cual su libido queda definitivamente encaminada por otras vías. Así sucedía, a mi juicio, en la solución normal del complejo de Edipo, el cual, en este caso

deseable, no queda, pues, simplemente reprimido, sino que es destruido en el *ello*. La experiencia clínica nos ha mostrado, además, que, en muchos casos, en lugar del resultado habitual de la represión, tiene efecto un reflujo de la libido, una regresión de la organización de la libido a un estadio anterior. Lo cual, naturalmente, sólo puede acaecer en el *ello* y cuando acaece es bajo la influencia del mismo conflicto, que es iniciado por la señal de la angustia. El ejemplo más notorio de este orden es la neurosis obsesiva en la cual actúan de consumo la regresión de la libido y la represión.

Sospecho que mi exposición va pareciéndoos difícilmente aprehensible, y tanto más cuanto que adivináis que no es ni con mucho exhaustiva. Lamento tener que provocar vuestro disgusto. Pero no puedo proponerme otro fin que el de procuraros una justa impresión de la naturaleza de nuestros resultados y de las dificultades de su elaboración. Cuanto más nos adentramos en el estudio de los procesos anímicos, más se nos evidencian sus complicaciones y su riqueza de contenido. Más de una fórmula, que al principio creíamos adecuada, se ha demostrado luego insuficiente. No nos cansamos, pues, de modificarlas y perfeccionarlas. En mi conferencia sobre la teoría de los sueños os introduje en un sector en el que en quince años apenas habíamos realizado algún nuevo descubrimiento. En cambio ahora, al tratar de la angustia, lo hallamos todo en vías de transformación. Estos nuevos hallazgos no han sido aún fundamentalmente elaborados, y tal es, quizá, la causa de que su exposición se haga tan difícil. Tened, os ruego, un poco más de paciencia; no tardaremos en poder abandonar el tema de la angustia, aunque no pueda aseguraros que ello sea después de una solución satisfactoria. Esperemos, sin embargo, que no sea sin haber avanzado algo en nuestro arduo camino. Así, el estudio de la angustia nos permite añadir un nuevo rasgo a nuestra descripción del *yo*. Hemos dicho que el *yo* era débil frente al *ello*, que era su criado fiel, siempre esforzado en cumplir sus mandatos y satisfacer sus exigencias. Está muy lejos de nosotros retirar esta tesis. Mas por otro lado, tal *yo* es la parte del *yo* mejor organizada y orientada hacia la realidad. No debemos exagerar la diferenciación entre ambos, ni tampoco sorprendernos si resultara que el *yo* ejercía, a su vez, un influjo sobre los procesos del *ello*. A mi juicio el *yo* ejerce este influjo en cuanto despierta, por medio de la señal de la angustia, la actividad del principio del placer-displacer, casi

omnipotente. Aunque inmediatamente después vuelve a mostrar su debilidad, pues con el acto de la represión renuncia a una parte de su organización y se ve obligado a permitir que el impulso instintivo reprimido quede duramente sustraído a su influencia.

Y ahora sólo una observación más sobre el problema de la angustia. La angustia neurótica se ha transformado en nuestras manos en angustia real, en angustia ante determinadas situaciones de peligro exteriores. Pero las cosas no pueden quedar así; tenemos que dar un paso más, pero un paso hacia atrás. Nos preguntamos qué es realmente lo peligroso, lo temido en tal situación de peligro. No, desde luego, el daño de la persona, el cual ha de ser juzgado objetivamente, y puede muy bien carecer de toda significación psicológica, sino lo que tal daño puede producir en la vida anímica. El nacimiento, por ejemplo; nuestro prototipo del estado de angustia no puede apenas ser considerado en sí como un daño, aunque entrañe peligro de ellos. Lo esencial en el nacimiento, como en toda situación de peligro, es que provoca en la vida anímica un estado de gran excitación, que es sentido como displacer y que el sujeto no puede dominar con su descarga. Si a tal estado, en el que fracasan los esfuerzos del principio del placer, le damos el nombre de instante *traumático*, habremos llegado a través de la serie angustia neurótica, angustia real, situación de peligro, a la sencilla conclusión siguiente: Lo temido, el objeto de la angustia, es cada vez la aparición de un instante traumático que no puede ser tratado, según las normas del principio del placer. Comprendemos en el acto que el don del principio del placer no nos asegura contra los daños objetivos, sino tan sólo contra un daño determinado de nuestra economía psíquica. Desde el principio del placer al instinto de conservación hay aún mucho camino; los dos propósitos en ellos entrañados no coinciden, ni mucho menos, desde el principio. Pero vemos también otra cosa, y ésta es, quizá, la solución que buscamos. Vemos que en todo esto el problema está en las cantidades relativas. Sólo la magnitud del montante de excitación hace de una impresión un instante traumático, paraliza la función del principio del placer y da a la situación de peligro su significación. Y si sucede así, si estos enigmas se resuelven con tan sobria explicación, ¿por qué no ha de ser posible que tales instantes traumáticos surjan en la vida anímica sin relación alguna con las situaciones traumáticas supuestas, en las cuales la

angustia no es despertada, por tanto, como señal, sino que nace basada en un fundamento inmediato? La experiencia clínica nos dice abiertamente que así es, en efecto. Sólo las represiones secundarias muestran el mecanismo que antes describimos, en el que la angustia es despertada como señal de una situación de peligro anterior; las represiones primarias y más tempranas nacen directamente de instantes traumáticos en el choque del *yo* con una exigencia libidinosa de primera magnitud y producen su angustia de por sí, aunque conforme al prototipo del nacimiento. Lo mismo puede decirse del desarrollo de angustia en la neurosis de angustia por daño somático de la función sexual. No afirmaremos ya que lo que en ello se transforma en angustia sea la libido misma. Pero no veo objeción alguna contra un doble origen de la angustia: unas, del instante traumático, y otras, como señal de que amenaza la repetición del tal instante.

Os satisfará verme llegado al final de mis consideraciones sobre la angustia. Pero no anticipéis vuestro gozo; lo que a ellas va a seguir no es ciertamente cosa menos ardua. Me propongo conduciros hoy mismo al terreno de la teoría de la libido o teoría de los instintos, en el que también hemos de hallar novedades. No quiero decir que hayamos realizado en él grandes progresos que compensen cualquier esfuerzo vuestro por llegar a su conocimiento. No; es éste un campo en el que luchamos trabajosamente por orientarnos y lograr nuevos atisbos. Habréis sólo de ser testigos de nuestros esfuerzos. Y también al iniciar este tema deberé repetiros en síntesis algo de lo que ya os expuse en mis conferencias anteriores.

La teoría de los instintos es, por decirlo así, nuestra mitología. Los instintos son seres míticos, magnos en su indeterminación. No podemos prescindir de ellos ni un solo momento en nuestra labor, y con ello ni un solo instante estamos seguros de verlos claramente. Ya sabéis cómo el saber popular se las arregla con los instintos. Se suponen tantos y tan diferentes instintos como de momento hacen falta: instintos de imitación, de juego, de sociabilidad, y así sucesivamente. Se los utiliza para lo que en cada caso precisa y se los abandona de nuevo. Nosotros hemos sospechado siempre que detrás de estos múltiples pequeños instintos, cortados a la medida, se

escondía algo serio y poderoso a lo que deberíamos acercarnos cautelosamente. Nuestro primer paso fue asaz modesto. Nos dijimos que no constituía probablemente grave error distinguir primero dos instintos principales, dos clases o grupos de instintos, con arreglo a las dos magnas necesidades: el hambre y el amor. Por muy celosamente que en lo demás defendiéramos la independencia a la Psicología de toda otra ciencia, en este punto concreto nos encontrábamos ante el hecho biológico inconmovible de que el ser vivo sirve a dos fines: la conservación propia y la de la especie; fines que parecen independientes entre sí, que no han sido objeto, a nuestro saber, de una derivación común, y cuyos intereses se contraponen a menudo en la vida animal. Había, pues, que hacer propiamente Psicología biológica y estudiar los fenómenos psíquicos, concomitantes a los procesos biológicos. Como representantes de esta tesis entraron en el psicoanálisis los «instintos del *yo*» y los «instintos sexuales». A los primeros adscribimos todo lo concerniente a la conservación, afirmación y amplificación de la persona; a los segundos tuvimos que atribuirles la riqueza de contenido exigida por la vida sexual infantil y perversa. Habiéndosenos dado a conocer en nuestra investigación de las neurosis el *yo* como el poder restrictivo y represor y las tendencias sexuales como lo restringido y reprimido, creíamos tocar con nuestras manos no sólo la diversidad, sino también el conflicto entre ambos grupos de instintos. Objeto de nuestro estudio fueron primero sólo los instintos sexuales, a cuya energía dimos el nombre de *libido*. En ellos intentamos aclarar nuestras ideas de lo que era un instinto y lo que debía serle adscrito. Éste es el lugar de la teoría de la libido.

Así, pues, un instinto se diferencia de un estímulo en que procede de fuentes de estímulos del interior del soma, en que actúa como una fuerza constante y en que la persona no puede sustraerse a él por medio de la fuga, como cuando se trata de un estímulo externo. En el instinto podemos distinguir una fuente, un objeto y un fin. La fuente es un estado de excitación en el soma; el fin, la cesación de esta excitación, y en el camino de la fuente, al fin, el instinto logra actuación psíquica. Lo representamos como cierto montante de energía, que tiende hacia una dirección determinada. Se habla de instintos activos y pasivos, pero sería más exacto hablar de fines instintivos activos y pasivos; también para la consecución de un fin pasivo es necesario

un gasto de actividad. El fin puede ser conseguido en el propio cuerpo; por lo regular se interpola un objeto externo, en el que el instinto alcanza su fin exterior; su fin interior es siempre la modificación somática, sentida como satisfacción. No sabemos aún a punto fijo si la relación con la fuente somática da al instinto una especificidad y cuál sea ésta. En cambio, son hechos indudables, según el testimonio de toda la experiencia analítica, que impulsos procedentes de una fuente se unen a otros de fuentes distintas y comparten sus ulteriores destinos, y que, en general, una satisfacción de un instinto puede ser sustituida por otra. Si bien habremos de confesar que no acabamos de comprenderlos. También la relación del instinto con el fin y el objeto consienten variantes; ambas pueden ser trocadas por otras, aunque de todos modos sea siempre la relación con el objeto la más fácil de relajar. A cierta clase de modificaciones del fin y cambios del objeto, en la que entra en juego nuestra valoración social, le damos el nombre de *sublimación*. Distinguimos también fundadamente instintos del *fin inhibido*; esto es, impulsos instintivos de fuentes conocidas y con fin inequívoco, pero que hacen alto en el camino de la satisfacción, produciéndose así una carga de objeto duradera y una tendencia permanente [de efecto). De esta clase es, por ejemplo, la relación de cariño, que procede, indudablemente, de las fuentes de necesidad sexual y renuncia regularmente a su satisfacción. Ya veis cuánto de las cualidades y los destinos de los instintos se sustrae aún a nuestra comprensión. En este punto debemos recordar también una diferencia, que se muestra entre los instintos sexuales y de auto-conservación, y que sería muy importante teóricamente si correspondiera a todo el grupo. Los instintos sexuales nos sorprenden por su plasticidad, por la capacidad de cambiar de fines, por la facilidad con que una satisfacción se deja sustituir por otra y por su facultad de aplazamiento, de la que nos acaban de dar un excelente ejemplo los instintos de fin inhibido. En cambio, a los instintos de auto-conservación quisiéramos negarles estas cualidades y definirlos como inflexibles, inaplazables, muy de otro modo imperativos y en relación muy distinta, tanto con la represión como con la angustia. Pero la reflexión más inmediata nos dice que esta situación de excepción no corresponde a todos los instintos del *yo*, y sí tan sólo al hambre y la sed, y que se funda ostensiblemente en una particularidad de las fuentes de instinto. Buena parte

de aquélla nuestra primera impresión errónea depende de no haber examinado antes por separado qué modificaciones experimentan bajo la influencia del *yo* organizado los impulsos instintivos, originalmente pertenecientes al *ello*.

En la investigación del modo en que la vida instintiva sirve a la función sexual pisamos ya terreno más firme. En este sector hemos logrado conocimientos decisivos que no son ya para vosotros nada nuevo. Sabemos, pues, que no existe un único instinto sexual que sea desde un principio el substrato de la tendencia hacia el fin de la función sexual: la reunión de las dos células sexuales. Muy al contrario, hallamos gran cantidad de instintos parciales procedentes de distintos lugares y regiones del soma, que tienden a su satisfacción con relativa independencia entre sí y encuentran tal satisfacción en algo que podemos llamar *placer orgánico*. Los genitales son la más retrasada de estas *zonas erógenas*, y a su placer orgánico no podemos ya negarle el nombre de placer *sexual*. No todos estos impulsos tendentes al placer son acogidos en la organización definitiva de la función sexual. Algunos de ellos son apartados como inútiles por represión o de otro modo; otros son desviados de su fin en la forma singular antes descrita y utilizados para reforzar impulsos distintos; otros, en fin, perduran en oficios secundarios, sirviendo para la ejecución de actos introductivos para la producción de placer preliminar. Sabéis también que en esta prolongada evolución podemos reconocer varias fases de una organización provisional, e igualmente cómo esta historia de la función sexual explica sus aberraciones e insuficiencias: La primera de estas fases *pregenitales* es, según nuestra terminología, la fase *oral*, pues en armonía con la forma en que es alimentado el niño de pecho, la zona erógena bucal, domina en ella lo que podemos considerar como actividad sexual de este período de la vida. En un segundo estadio pasan a primer término los impulsos *sádicos* y los *anales*, en conexión ciertamente con la salida de los dientes, el robustecimiento de la musculatura y la adquisición de dominio sobre la función del esfínter. Precisamente de esta fase de la evolución hemos averiguado muchos detalles interesantes. En tercer lugar, aparece la fase *fúlica*, en la cual logra evidente importancia para ambos sexos el miembro masculino y lo que a él corresponde en las niñas. Por último, reservamos el nombre de fase *genital* para la organización sexual definitiva, que se constituye después de la

pubertad, y en la que el genital femenino logra ya la consideración que el genital masculino hubo de conquistar mucho antes.

Lo que precede no es más que una pálida síntesis de lo ya dicho en mis conferencias anteriores. Pero no creáis que lo no mencionado ahora ha sido desechado en el intervalo. No he repetido más que lo estrictamente necesario para enlazar a ello una información sobre los progresos realizados en nuestro conocimiento de la materia. Podemos gloriarnos de que precisamente sobre las tempranas organizaciones de la libido hemos averiguado mucho nuevo, habiendo aprehendido, además, más claramente lo antiguo. He aquí algunas pruebas de ello; Abraham ha demostrado en 1924 que en la fase sádico-anal pueden distinguirse dos estadios. En el primero de ellos rigen las tendencias destructivas de aniquilamiento y pérdida; y en el segundo, las de conservación y posesión, amigables para con el objeto. Así, pues, en medio de esta fase aparece por vez primera la toma en consideración del objeto como precursora de una ulterior carga amorosa. Igualmente justificado está atribuir una tal subdivisión a la primera fase oral. En la primera de estas subfases trátase tan sólo de la incorporación oral, faltando toda ambivalencia en la relación con el objeto, constituido por el seno materno. La segunda subfase, caracterizada por la aparición de la actividad de morder, puede ser calificada de oral-sádica; muestra por vez primera los fenómenos de la ambivalencia, que luego, en la fase sádico-anal siguiente, se hacen tanto más precisos. El valor de estas nuevas diferenciaciones se muestra especialmente cuando en determinadas neurosis —neurosis obsesiva y melancolía— buscamos los puntos de disposición en la evolución de la libido. Recordad a este respecto lo que sabemos sobre la conexión de la fijación de la libido, la disposición y la regresión.

Nuestra actitud ante las fases de la organización de la libido ha cambiado, en general, un poco. Si antes acentuábamos, sobre todo, cómo cada una de ellas se desvanece al iniciarse la siguiente, ahora atendemos preferentemente a los hechos, que nos muestran cuánto de cada fase anterior perdura al lado y detrás de las estructuras anteriores y logra una representación permanente en la economía de la libido y en el carácter de la persona. Más importante aún han llegado a ser los estudios que nos han enseñado cuán frecuentemente se desarrollan, bajo condiciones patológicas, regresiones a fases anteriores y

cómo determinadas regresiones son características de ciertas formas de enfermedad. Pero de esto no podemos tratar aquí; pertenece a una psicología especial de las neurosis.

Especialmente en el erotismo anal, en las excitaciones procedentes de las fuentes de la zona erógena anal, hemos podido estudiar las transformaciones de los instintos y otros procesos semejantes, y nos ha sorprendido comprobar de cuán múltiples aplicaciones son susceptibles estos impulsos instintivos. No es, quizá, nada fácil libertarse del desprecio que en el curso de la evolución ha recaído precisamente sobre esta zona. Dejemos, pues, a Abraham recordarnos que el ano corresponde embriológicamente a la boca primordial, el cual ha ido emigrando hasta el final del intestino. Averiguamos entonces que con la desvalorización de las excretas propias, de los excrementos, tal interés instintivo, procedente de fuentes anales, se transfiere a objetos que pueden ser dados *como regalo*. Y ello con razón, pues las excretas fueron el primer regalo que el niño de pecho pudo hacer, la primera cosa de que le fue posible desprenderse, por amor a su madre o nodriza. Luego, análogamente a como sucede en el cambio de significado a través de la evolución del idioma, este primario interés por los excrementos se convierte en la estimación del oro (*Gold*) y del dinero (*Geld*) y procura también su aportación a las catexias afectivas de «niño» y «pene». Todos los niños que permanecen fieles por mucho tiempo a la teoría de la cloaca están convencidos de que los niños son paridos por el intestino, como un trozo de excremento; la defecación es el prototipo del acto del parto. Pero también el pene tiene su precursor en el cilindro fecal, que llena y excita la mucosa del intestino. Cuando el niño descubre, bien a pesar suyo, que existen seres humanos que no poseen tal miembro, el pene les parece algo separable del cuerpo y adquiere así una indudable analogía con el excremento, el cual fue el primer trozo de su cuerpo al que hubieron de renunciar. De este modo, una parte considerable de erotismo anal queda convertida en carga afectiva del pene; pero el interés por esta parte del cuerpo tiene, a más de la raíz erótico-anal, una raíz oral, quizá más poderosa aún: Ya que cuando llega a su fin el amamantamiento, el pene pasa a ser el heredero del pezón de la madre.

Sin conocer estas relaciones abisales es imposible orientarse en las fantasías de los seres humanos, en sus asociaciones, influidas por lo

inconsciente y en el lenguaje sintomático. En tales dominios, los conceptos heces-dinero-regalo-niño-pene son tratados como de significación idéntica y aparecen representados por símbolos comunes. Y no olvidéis que sobre todo esto sólo he podido procuraros datos insuficientes. Añadiré aún de pasada que también el interés, muy posterior, hacia la vagina es principalmente de origen erótico-anal. Lo cual no es de extrañar, ya que la vagina misma, según frase acertada de Lou Andreas-Salomé, está como «arrendada» al intestino ciego. En la vida de los homosexuales, los cuales no han recorrido como los demás hombres cierta etapa de la evolución sexual, la vagina vuelve a ser representada por dicho intestino. En los sueños aparece frecuentemente un local que antes era un solo departamento, y ahora está dividido en dos por un tabique, o inversamente, lo cual alude siempre a la relación de la vagina con el intestino. También podemos perseguir sin dificultad cómo normalmente en las muchachas el deseo, nada femenino, de poseer un pene se transforma en el deseo de un niño, y luego, en el de un hombre como substrato del pene y dispensador del niño. De modo que también en este caso se hace visible cómo una parte de interés, originalmente erótico-anal, logra ser acogida en la organización genital posterior.

En el curso de tales estudios de las fases pregenitales de la libido hemos logrado también algunos atisbos nuevos en la formación del carácter. Nuestra atención ha recaído sobre una tríada de cualidades, que aparecen juntas con cierta regularidad: el orden, la economía y la obstinación, y del análisis de tales personas hemos deducido que estas cualidades han surgido de la retención y otros empleos de su erotismo anal. Hablamos, pues, de un *carácter anal* cuando hallamos tal conjunción y oponemos en cierto modo el carácter anal al erotismo anal no elaborado. Una relación semejante, quizá más firme aún, hallamos también entre la ambición y el erotismo uretral. Una singular alusión a esta conexión se nos mostró en aquella leyenda según la cual Alejandro Magno nació en la misma noche en que cierto Eróstrato, movido por el ansia de gloria, incendió el admirado templo de Artemisa, en Éfeso. ¡Como si los antiguos no hubieran ignorado tal relación! Sabéis ya la múltiple conexión del acto de orinar con el fuego y su extinción[2346]. Naturalmente, esperamos que también otras cualidades del carácter se nos muestren como precipitados o productos reactivos de determinadas

formaciones progenitales de la libido, pero no podemos precisar aún cuáles.

Tiempo es ya de que vuelva a nuestro tema, retornando a los problemas más generales de la vida instintiva. Nuestra teoría de la libido se fundó primero en la antítesis de instintos del *yo* e instintos sexuales. Cuando más tarde empezamos a estudiar el mismo *yo* y adoptamos el punto de vista del *narcisismo*, aquella primera diferenciación perdió toda razón de ser. En casos poco frecuentes puede reconocerse que el *yo* se toma a sí mismo como objeto y se conduce como si estuviera enamorado de sí mismo. De aquí el nombre de *narcisismo*, tomado de la leyenda griega. Pero esto no es más que una extrema intensificación de un estado de cosas normal. Aprendemos a comprender que el *yo* es siempre el depósito principal de la libido, del que parten las cargas libidinosas de los objetos y al que retornan, mientras que la mayor parte de esta libido queda permanentemente en el *yo*. Hay, pues, una continua transformación de libido del *yo* en libido del objeto, y libido del objeto en libido del *yo*. Y entonces no pueden ser de naturaleza distinta entre sí, no tiene sentido diferenciar la energía de la una de la energía de la otra, y podemos prescindir de la designación especial de «libido» o emplearla como equivalente a la de energía psíquica en general.

Pero no permanecimos mucho tiempo en este punto de vista. La sospecha de una antítesis dentro de la vida instintiva se procuró en seguida otra expresión más marcada. Mas no quisiera deducir aquí ante vosotros esta novedad de la teoría del instinto; también ella reposa esencialmente en consideraciones biológicas. Os la presentaré como un producto terminado. Suponemos que hay dos clases de instintos, esencialmente diferentes: los instintos sexuales, comprendidos en el más amplio sentido —el *Eros*, si preferís ese nombre—, y los instintos de *agresión*, cuyo fin es la destrucción. Expuesto así, apenas os parecerá algo nuevo. Parece, en efecto, una tentativa de aclaración teórica de la antítesis vulgar de amor y odio, la cual coincide acaso con aquella otra polaridad de atracción y repulsión, que la Física establece para el mundo inorgánico. Pero es singular que esta hipótesis haya sido sentida por muchos como una novedad, y, además, como una novedad indeseable, que debía ser rechazada cuanto antes. Supongo que esta repulsa es movida por un fuerte factor afectivo. ¿Por qué nosotros mismos hemos

necesitado tanto tiempo antes de decidirnos a reconocer un instinto de agresión y no hemos utilizado sin vacilaciones para nuestra teoría hechos evidentes y conocidos por todos? Probablemente, la atribución de un instinto con tal fin a los animales hubiera tropezado con menor resistencia. Pero su admisión en la constitución humana parece un sacrilegio; está en flagrante contradicción con muchas premisas religiosas y muchas convenciones sociales. No; el hombre tiene que ser por naturaleza bueno, o al menos bondadoso. Si en ocasiones se muestra brutal, violento y cruel, es por trastornos pasajeros de su vida emocional, provocados en su mayor parte, y quizá sólo consecuencias de los inadecuados órdenes sociales que hasta ahora se ha dado.

Desgraciadamente, lo que la Historia nos relata y lo que nosotros mismos hemos vivido no testimonian en este sentido; más bien justifica el juicio de que la creencia en la «bondad» de la naturaleza humana es una de aquellas nocivas ilusiones de las que los hombres esperan un embellecimiento y un alivio de su vida, cuando en realidad sólo les acarrea perjuicios. Pero no necesitamos llevar adelante esta polémica, pues si aceptamos la hipótesis de un instinto especial de agresión y de destrucción en el hombre, no ha sido por las enseñanzas de la Historia y la experiencia, sino basándonos en consideraciones de origen general, a las que nos condujo el estudio de los fenómenos de *sadismo* y el *masoquismo*. Como sabéis, hablamos de sadismo cuando la satisfacción sexual se halla enlazada a la condición de que el objeto sexual sufra dolores, malos tratos y humilllaciones, y de masoquismo, cuando el individuo siente la necesidad de ser él mismo el objeto maltratado. Sabéis también que la relación sexual normal integra cierto montante de estas dos tendencias, y que las consideramos como perversiones cuando rechazan a segundo término los demás fines sexuales y los sustituyen por sus fines propios. Tampoco habrá escapado a vosotros que el sadismo mantiene una relación más íntima con la virilidad y el masoquismo con la femineidad, como si existiera aquí una secreta afinidad, aunque debo deciros que no hemos avanzado más por este camino. Ambas tendencias —sadismo y masoquismo— son, para la teoría de la libido, fenómenos harto enigmáticos; sobre todo, el masoquismo, y no será nada extraño que, según suele suceder, lo que para una teoría ha sido piedra de escándalo sea la piedra angular de la

que la sustituye.

Oponíamos, pues, que en el sadismo y en el masoquismo tenemos ante nosotros dos acabados ejemplos de la mezcla de ambas clases de instintos, del *Eros* con la agresión, y suponemos que tal relación es prototípica y que todos los impulsos instintivos que podemos estudiar se componen de tales mezclas o aleaciones de ambas clases de instintos. Naturalmente, en las más diversas proporciones. En todo ello, los instintos eróticos introducirían en la mezcla la diversidad de sus fines sexuales, mientras que los otros sólo aportarían mitigaciones y atenuaciones de su monótona tendencia. Con esta hipótesis abrimos ante nosotros la perspectiva de investigaciones que un día pueden lograr máxima importancia para la comprensión de procesos patológicos, pues las mezclas pueden también descomponerse en sus elementos, y a tales desfusiones o descomposiciones de mezclas de instintos podemos atribuirles gravísimas consecuencias para la función. Pero estos puntos de vista son aún demasiado nuevos; nadie ha intentado todavía utilizarlos en su labor.

Tornemos al problema especial que el masoquismo nos plantea. Si prescindimos de momento de sus componentes eróticos, nos será testimonio de la existencia de una tendencia que tiene por fin la autodestrucción. Si también, en cuanto al instinto de destrucción, es cierto que el *yo* —o, mejor dicho, el *ello*, la personalidad completa— encierra en sí originalmente todos los instintos, resulta que el masoquismo es más antiguo que el sadismo, el cual no sería sino el mismo instinto de destrucción vuelto hacia el exterior, con lo cual adquiriría el carácter de agresión. Cierto montante del instinto de destrucción original perduraría en el interior; parece como si nuestra percepción sólo pudiera aprehenderlo en dos circunstancias cuando se coliga con instintos eróticos para formar el masoquismo, o cuando se orienta como agresión —con más o menos mezcla erótica— contra el mundo exterior. Se nos impone ahora la posibilidad de que la agresión no halle satisfacción en el mundo exterior por tropezar con obstáculos reales. En este caso retrocederá y pasará a incrementar el montante de la autodestrucción interior. Más adelante veremos que así sucede, en efecto, y cuánta importancia entraña tal proceso. La agresión impedida parece constituir un grave daño; parece realmente como si tuviéramos que destruir otras cosas y a otros seres para no

destruirnos a nosotros mismos, para protegernos contra la tendencia a la autodestrucción. ¡Triste descubrimiento para los moralistas!

Pero los moralistas podrán consolarse aún durante mucho tiempo con la inverosimilitud de nuestras especulaciones. ¡Singular instinto éste, que se complace en la destrucción de su propio hogar! Los poetas sí hablan de algo semejante; pero los poetas son irresponsables, gozan del privilegio de la licencia poética. Aunque también la Fisiología entraña ideas semejantes; por ejemplo, la de la mucosa del estómago, que se digiere a sí misma. Pero hemos de reconocer que nuestro instinto de destrucción precisa de un apoyo más amplio. Una hipótesis de tanto alcance no puede ser arriesgada tan sólo porque unos cuantos pobres perturbados enlacen su satisfacción sexual a una extraña condición. Creo que un más profundo estudio de los instintos nos procurará lo que necesitamos. Los instintos no rigen tan sólo la vida anímica, sino también la vida vegetativa, y estos instintos orgánicos muestran un carácter que merece especial atención. (Más adelante podremos juzgar si se trata de un carácter general de los instintos.) Se manifiestan, en efecto, como tendencias a restablecer un estado anterior. Podemos suponer que desde el momento mismo en que un estado así constituido es perturbado nace una tendencia a reconstituirlo, tendencia que revoca fenómenos que podemos designar como una *obsesión de repetición*. Así, la Embriología es por completo un caso de obsesión de repetición. Siguiendo la escala ascendente en la serie animal, se extiende una facultad de producir de nuevo órganos perdidos, y el instinto de curación, al que debemos, junto con los auxilios terapéuticos, nuestras curaciones, podrían ser el residuo de esta facultad, tan extraordinariamente desarrollada en los animales inferiores. Las emigraciones de los peces para desovar; quizá las de las aves, y acaso todo lo que en los animales juzgamos manifestaciones del instinto, se desarrollan bajo el mandato de la obsesión de repetición, que pone de manifiesto la *naturaleza conservadora* de los instintos. Tampoco en el sector anímico tardamos mucho en hallar manifestaciones de la misma. Hemos visto que los sucesos olvidados y reprimidos de la temprana infancia se reproducen durante la labor analítica en sueños y reacciones, sobre todo en los sucedidos en la transferencia, aunque su reviviscencia es contraria a los intereses del principio del placer, y nos hemos explicado tal hecho diciendo que en estos

casos la obsesión de repetición se impone incluso al principio del placer. También fuera del análisis podemos observar algo análogo. Hay hombres que repiten siempre a través de toda su vida, sin corregirse y para su daño, las mismas reacciones, o que parecen perseguidos por un destino implacable, mientras que una investigación algo minuciosa nos muestra que son ellos mismos los que sin saberlo se preparan tal destino. En estos casos atribuimos a la obsesión de repetición un carácter *demoniaco*.

Pero ¿en qué puede ayudarnos este carácter conservador de los instintos para la comprensión de nuestra autodestrucción? ¿Qué estado anterior quiere restablecer tal instinto? La respuesta no es difícil y nos abre amplias perspectivas. Si es verdad que una vez —en épocas inconcebibles y de un modo irrepresentable— surgió la vida de la materia inanimada, según nuestra hipótesis, tuvo entonces que nacer un instinto que quiere suprimir de nuevo la vida y restablecer el estado anorgánico. Si en este instinto reconocemos la autodestrucción por nosotros supuesta, podemos ya considerarla como manifestación de un *instinto de muerte* que no dejamos de hallar en ningún proceso vital. Y aquí se nos dividen los instintos en los que creemos en dos grandes grupos: los eróticos, que quieren acumular cada vez más sustancia viva en unidades cada vez mayores, y los instintos de muerte, que se oponen a esta tendencia y retrotraen lo vivo al estado inorgánico. De la colaboración y la pugna de ambos instintos surgen los fenómenos de la vida a los que la muerte pone fin.

Diréis, quizá, encogiéndoos de hombros: Esto no es ciencia natural, es filosofía «schopenhaueriana». ¿Y por qué un osado pensador no podría haber descubierto lo que luego confirmaría la investigación laboriosa y detallada? Además, todo se ha dicho ya alguna vez, y antes de Schopenhauer fueron muchos los que sostuvieron tesis análogas. Y por último, lo que nosotros decimos no coincide en absoluto con las teorías de Schopenhauer. Nosotros no afirmamos que el único fin de la vida sea la muerte; no dejamos de ver, junto a la muerte, la vida. Reconocemos dos instintos fundamentales y dejamos a cada uno su fin propio. Cómo se mezclan ambos en el proceso de la vida y cómo el instinto de muerte es llevado a coadyuvar a los propósitos del *Eros*, sobre todo en su vuelta hacia el exterior como agresión, son problemas que quedan planteados a la investigación futura. Nosotros no

traspasamos el punto en el que se abre ante nosotros tal perspectiva. También la interrogación de si el carácter conservador no será propio de todos los instintos, sin excepción alguna, y si quizá también los instintos eróticos quieren restablecer un estado anterior cuando tienden a la síntesis de lo animado en unidades mayores; también esta pregunta tenemos que dejarla incontestada.

Nos hemos alejado un poco de nuestra base. Quiero comunicaros *a posteriori* cuál fue el punto de partida de estas reflexiones sobre la teoría de los instintos. El mismo que nos condujo a la revisión de la relación entre el *yo* y lo inconsciente: la impresión experimentada en el curso de la labor analítica de que el paciente que opone una resistencia no sabe muchas veces nada de la misma. Pero no sólo le es inconsciente el hecho de la resistencia, sino también el motivo o los motivos de la misma. Tuvimos que investigar tal motivo o tales motivos y, para nuestra sorpresa, lo encontramos en una intensa necesidad de castigo que sólo podíamos adscribir a los deseos masoquistas. La importancia práctica de este hallazgo no es menor que su importancia teórica, pues esta necesidad de castigo es el peor enemigo de nuestros esfuerzos terapéuticos. Es satisfecha por el padecer enlazado a la neurosis y se aferra, por tanto, a la enfermedad. Parece como si este factor, la necesidad de castigo inconsciente, participara en cualquier enfermedad neurótica. En este sentido testimonian convincentemente aquellos casos en los que la dolencia neurótica se deja reemplazar por otra de distinto orden. Os expondré un caso de este género.

Una vez conseguí libertar a una mujer soltera del complejo de síntomas que a través de quince años la había condenado a una existencia atormentada y la había excluido de la vida. Sintiéndose curada, la sujeto se entregó a una intensa actividad para desarrollar su talento nada escaso, y lograr aún algo de estimación, placer y éxito. Pero cada una de sus tentativas terminó con el descubrimiento, facilitado por los demás o hecho por ella misma, de que tenía ya demasiados años para lograr nada en aquel sector, Después de un tal desenlace, lo más inmediato habría sido una recaída en su enfermedad, pero esto no lo conseguía; en lugar de ello, le acaecían cada vez accidentes, aparentemente fortuitos, que le impedían seguir su actividad y la hacían

sufrir. Se caía y se dislocaba un pie o se hería una rodilla; se hería las manos al hacer cualquier manejo. Advertida de la gran parte que tenía en tales accidentes, aparentemente casuales, cambió, por decirlo así, de técnica. En lugar de los accidentes comenzó a sufrir, en ocasiones idénticas, ligeras enfermedades: catarros, anginas, estados análogos a la gripe, hinchazones reumáticas, hasta que, habiéndose decidido a la resignación, desaparecieron tales fantasmas.

Sobre el origen de esta necesidad de castigo inconsciente no puede, a nuestro juicio, caber duda. Se comporta como una parte de la conciencia moral, como la continuación de nuestra conciencia moral en lo inconsciente; tendrá, pues, el mismo origen que la conciencia moral, correspondiendo, por tanto, a un montante de agresión internalizado y acogido por el *super-yo*. Si los componentes del término «sentimiento de culpabilidad inconsciente» armonizaran mejor, podríamos emplearlos justificadamente para todos los efectos prácticos. Teóricamente dudamos si debemos suponer que toda la agresión retornada del mundo exterior es vinculada por el *super-yo* y orientada así contra el *yo*, o si una parte de ella desarrolla su acción silenciosa y siniestra en el *yo* y en el *ello* como libre instinto de destrucción. Esta última distribución es la más probable, pero nada más sabemos sobre ella. En la instauración primera del *super-yo* es utilizada indudablemente para la constitución de esta instancia aquella parte de agresión contra los padres a la que el niño no pudo procurar una derivación al exterior a causa de su fijación erótica y de dificultades exteriores, y de esto depende que el rigor del *super-yo* no haya de corresponder necesariamente a la severidad de la educación. Es muy posible que, en ocasiones ulteriores de sojuzgamiento de la agresión, el instinto tome el mismo camino que en aquel primer momento decisivo le fue abierto.

Aquellas personas en las que tal sentimiento inconsciente de culpabilidad entraña intensidad predominante lo delatan así en el análisis con la reacción terapéutica negativa, de tan ingrato pronóstico. Cuando les comunicamos la solución de un síntoma, a la cual debería seguir una desaparición, por lo menos temporal, del síntoma correspondiente, observamos, por el contrario, en ellas una intensificación del síntoma y de la dolencia. A veces basta alabar su conducta en la cura o una palabra esperanzada sobre el progreso del

análisis para provocar un recrudecimiento de su enfermedad. Los no analíticos dirían que tales personas carecen de «voluntad de curar», los analíticos vemos en esta conducta una manifestación del sentimiento inconsciente de culpabilidad, al cual satisface la enfermedad con sus dolores y sus sentimientos. Los problemas que el sentimiento inconsciente de culpabilidad ha planteado, sus relaciones con la moral, la pedagogía y la criminología son actualmente el tema preferido de los analíticos.

Donde menos lo esperábamos hemos emergido, desde el mundo psíquico abisal, a campo abierto. No puedo yo guiaros en estos nuevos dominios; pero quiero exponeros, antes de terminar por hoy, un razonamiento. Solemos decir que nuestra cultura ha sido instaurada a costa de tendencias sexuales que, coartadas por la sociedad y reprimidas en parte, han sido también en parte aprovechadas para otros fines. No obstante el orgullo que nos inspiran nuestras conquistas culturales, hemos confesado que no nos es nada fácil satisfacer las exigencias de esta cultura y sentirnos a gusto en ella, porque las restricciones impuestas a nuestros instintos suponen una pesada carga psíquica. Ahora bien: lo que así hemos reconocido en los instintos sexuales es aplicable en igual o mayor medida a los instintos de agresión. Estos instintos son, sobre todo, los que dificultan la vida en común de los hombres y amenazan su perduración; la restricción de su agresividad es el sacrificio primero y quizá más duro que la sociedad exige al individuo. Hemos visto en qué ingeniosa forma se lleva a cabo esta doma de lo rebelde. La instauración del *super-yo*, que atrae a sí los peligrosos impulsos agresivos, sitúa, además, una guarnición en los lugares inclinados a la rebeldía. Mas, por otro lado, desde un punto de vista puramente psicológico, hemos de reconocer que el *yo* no se siente a gusto cuando se ve sacrificado así a las necesidades de la sociedad, cuando se tiene que someter a las tendencias destructoras de la agresión, las cuales le hubiera gustado desarrollar con otros. Es como una continuación en los dominios psíquicos de aquel dilema de comer o ser comido, que domina el mundo de la vida orgánica. Por fortuna los instintos de agresión no aparecen nunca aislados, sino en aleación con los eróticos. Estos últimos tienen mucho que mitigar y precaver en las condiciones de la cultura creada por el hombre.

Lección XXXIII.—LA FEMINIDAD

Señoras y señores:

EN la preparación de estas conferencias vengo luchando constantemente con una dificultad interior. No acabo de encontrar, a plena satisfacción mía, su justificación. Es cierto que el psicoanálisis se ha modificado y enriquecido en el transcurso de quince años de trabajo; pero también lo es que nuestra primera introducción al psicoanálisis podía subsistir, sin modificación ni complemento. No puedo alejar de mí la idea de que estas conferencias carecen de toda razón de ser. Dicen muy poco, y nada nuevo, a los analistas, y a quienes no lo son, demasiado, y sobre todo, cosas para cuya comprensión no están en modo alguno preparados. En consecuencia, he buscado constantemente excusas y disculpas, y he tratado de justificar cada una de estas conferencias con un motivo distinto. La primera, dedicada a la teoría de los sueños, había de situaros en la atmósfera analítica y mostraros la firmeza que habían demostrado nuestras opiniones. La segunda, en la que escudriñamos los caminos que van desde el sueño al ocultismo, me ofrecía ocasión de hablaros libremente sobre un sector de investigación en el cual esperanzas exentas de prejuicios luchan hoy con apasionadas resistencias, suponiendo yo que vuestro juicio, educado en la tolerancia por el ejemplo del psicoanálisis, no me rehusaría vuestra compañía en tan aventurada excursión. La tercera conferencia, consagrada a la disección de la personalidad, sometió vuestra buena voluntad a dura prueba con la singularidad de su contenido; pero no me era posible silenciaros tal primer esbozo de una psicología del *yo*; y si hace quince años hubiera existido ya, no habría tenido más remedio que exponéroslo por entonces. Mi última conferencia, en fin, que sólo con un magno esfuerzo de atención habréis podido seguir, aportaba rectificaciones imprescindibles y nuevas tentativas de solución de los más importantes problemas, y mi introducción había sido una inducción en error si os la hubiera silenciado. Veis así que en cuanto intenta uno disculparse resulta al cabo que todo era inevitable; una rigurosa fatalidad, ante la cual sólo cabe someterse. Así lo hago yo, y os ruego que sigáis mi ejemplo.

Tampoco la conferencia de hoy debía hallar acogida en una introducción;

pero puede procuraros la muestra de una labor analítica de detalle, y he de decir en su abono dos cosas: entraña sólo hechos observados, sin agregación especulativa casi, y trata de un tema que merece vuestro interés como ningún otro. Sobre el problema de la feminidad han meditado los hombres en todos los tiempos.

> «Cabezas tocadas con tiaras ornadas de jeroglíficos,
> cabezas con turbantes y cabezas con gorros negros,
> cabezas con pelucas, y mil otras
> pobres, sudorosas cabezas masculinas».
>
> (HEINE: *El mar del Norte*.)

Tampoco vosotros, los que me oís, os habréis excluido de tales cavilaciones. Los hombres, pues las mujeres sois vosotros mismas tal enigma. Masculino o femenino es la primera diferenciación que hacéis al enfrentaros con otro ser humano, y estáis acostumbrados a llevar a cabo tal diferenciación con seguridad indubitable. La ciencia anatómica comparte vuestra seguridad hasta cierto punto, pero no más allá. Masculinos son el producto sexual masculino, el espermatozoo y su vehículo; femeninos, el óvulo y el organismo que los hospeda. En ambos sexos se han formado órganos exclusivamente adscritos a la función sexual, y que probablemente se han desarrollado, partiendo de la misma disposición, en dos estructuras distintas. En ambos muestran además los órganos restantes las formas del cuerpo, y los tejidos, una influencia del sexo; pero esta influencia es inconstante y de magnitud variable, constituyendo los llamados caracteres sexuales secundarios. Y luego la ciencia os dice algo contrario a lo que esperabais y muy apropiado para desconcertaros. Os advierte que ciertos elementos del aparato sexual masculino son también, aunque atrofiados, parte integrante del cuerpo femenino, e inversamente. La ciencia ve en esta circunstancia el signo de una *bisexualidad*, como si el individuo no fuera hombre o mujer, sino siempre ambas cosas, sólo que alternativamente una más que otra. Se os invita luego a familiarizaros con la idea de que las porciones de la mezcla de lo masculino y lo femenino en el individuo están sujetas a grandes oscilaciones. Mas como de todos modos, salvo en rarísimos casos, una

persona no integra sino una sola clase de productos sexuales —óvulos o espermatozoos—, dudaréis ya de la significación decisiva de tales elementos, y concluiréis que lo que hace la masculinidad o la feminidad es un carácter desconocido que la Anatomía no puede aprehender.

¿Podrá, acaso, hacerlo la Psicología?

Estamos acostumbrados a emplear los conceptos de «masculino» y «femenino» también como cualidades anímicas, y hemos transferido a la vida psíquica la tesis de la bisexualidad. Decimos, pues, que un ser humano, sea macho o hembra, se conduce masculinamente en tal punto y femeninamente en tal otro. Pero no tardaréis en daros cuenta de que esto es mera docilidad para con la Anatomía y la convención. No podéis dar a los conceptos de lo masculino y lo femenino contenido *ninguno* nuevo. La diferenciación no es de orden psicológico. Cuando decís «masculino», queréis decir regularmente «activo», y cuando decís «femenino», «pasivo». Y es exacto que existe tal relación. La célula sexual masculina es activamente móvil; busca a la femenina y ésta, el óvulo, es inmóvil, pasivamente expectante. Esta conducta de los organismos elementales sexuales es, incluso, el prototipo de la conducta de los individuos sexuales en el comercio sexual. El macho persigue a la hembra para realizar la cópula sexual, la coge y penetra en ella. Pero con esto dejáis reducido, para la Psicología, al factor de la agresión el carácter de lo masculino. Y dudaréis de haber hallado con ello algo decisivo en cuanto reflexionéis que en algunas especies animales son las hembras más fuertes y agresivas que los machos, y éstos, sólo activos en el acto único de la cópula sexual. Así sucede, por ejemplo, con las arañas. Tampoco las funciones de cuidar de la prole y adiestrarla, que tan exclusivamente femeninas nos parecen, están vinculadas entre los animales al sexo femenino. En especies nada inferiores se observa que los dos sexos comparten tales funciones, e incluso es el macho el que a ellas se consagra. Hasta en los dominios de la vida sexual humana observamos en seguida cuán insuficiente es hacer coincidir la conducta masculina con la actividad, y la femenina, con la pasividad. La madre es activa en todos sentidos en cuanto al niño. Y cuanto más os apartéis del estrecho sector sexual, más claramente veréis el error de tal coincidencia. Las mujeres pueden desplegar grandes actividades

en muy varias direcciones, y los hombres no pueden convivir con sus semejantes si no es desplegando una cantidad considerable de adaptabilidad pasiva. Si ahora decís que tales hechos entrañan precisamente la prueba de que tanto los hombres como las mujeres son bisexuales, en sentido psicológico, deduciré que habéis decidido en vuestro fuero interno mantener la coincidencia de lo activo con lo masculino y lo pasivo con lo femenino. Pero no os lo aconsejo; me parece inadecuado, y no nos procura ningún nuevo conocimiento.

Pudiéramos pensar en caracterizar psicológicamente la feminidad por la preferencia de fines pasivos; preferencia que, naturalmente, no equivale a la pasividad, puesto que puede ser necesaria una gran actividad para conseguir un fin pasivo. Lo que acaso sucede es que en la mujer, y emanada de su papel en la función sexual, una cierta preferencia por la actitud pasiva y los fines pasivos se extiende al resto de su vida, más o menos penetrantemente, según que tal prototipicidad de la vida sexual se restrinja o se amplifique. Pero a este respecto debemos guardarnos de estimar insuficientemente la influencia de costumbres sociales que fuerzan a las mujeres a situaciones pasivas. Todo esto permanece aún muy oscuro. No queremos desatender una relación particularmente constante sobre la feminidad y la vida instintiva.

El sojuzgamiento de su agresión, constitucionalmente prescrito y socialmente impuesto a la mujer, favorece el desarrollo de intensos impulsos masoquistas, los cuales logran vincular eróticamente las tendencias destructoras orientadas hacia el interior. El masoquismo es, pues, así, auténticamente femenino. Pero cuando, como sucede con frecuencia, encontramos el masoquismo en sujetos masculinos, ¿qué podemos decir si no es que tales hombres integran precisos rasgos femeninos?

Con todo esto supondréis ya que tampoco la Psicología habrá de resolver el enigma de la feminidad. Tal solución habrá de venir de otro lado, y no podrá venir antes que hayamos averiguado cómo nació, en general, la diferenciación de los seres animados en dos sexos. Nada sabemos de ello, no obstante ser tal división en dos sexos un carácter tan evidente de la vida orgánica, y el que la diferencia con toda precisión de la naturaleza inanimada. Entre tanto, aquellos individuos humanos manifiesta o predominantemente caracterizados por la posesión de genitales femeninos nos ofrecen materia

suficiente de estudio. A la peculiaridad del psicoanálisis corresponde entonces no tratar de describir lo que es la mujer —cosa que sería para nuestra ciencia una labor casi impracticable—, sino investigar cómo de la disposición bisexual infantil surge la mujer. En esta última época hemos logrado averiguar algo sobre ello gracias a varios de nuestros excelentes colegas femeninos que han comenzado a ocuparse analíticamente de este problema. La diferencia de sexos ha prestado a la discusión del mismo un atractivo particular; pues cada vez que una comparación resultaba desfavorable a su sexo, ellas se apresuraban a expresar sus sospechas de que nosotros, sus colegas masculinos, no habíamos superado prejuicios profundamente arraigados contra la feminidad, prejuicios que por parciales invalidaban nuestras investigaciones. En cambio, a nosotros, la tesis de la bisexualidad nos hacía facilísimo evitar toda descortesía, pues llegado el caso, salíamos del apuro diciendo a nuestras antagonistas: «Eso no va con usted; usted es una excepción, pues en este punto concreto es usted más masculina que femenina».

Al llegar a la investigación de la evolución sexual femenina, lo hacemos con dos esperanzas: la primera es que tampoco en este sector se adapte sin resistencia la constitución a la función, y la segunda, que los virajes decisivos se hayan cumplido o iniciado ya antes de la pubertad. Ambas quedan bien pronto confirmadas. Por otro lado, la comparación con lo que sucede en el niño nos muestra que la evolución que transforma a la niña en mujer normal es mucho más ardua y complicada, pues abarca dos tareas más, sin pareja en la evolución del hombre. Seguiremos desde el principio el paralelo. Desde luego, ya el material es diferente en el niño y en la niña; para fijarlo así no es menester el psicoanálisis. La diferencia en la formación de los genitales va acompañada de otras diferencias somáticas, demasiado conocidas para que precisemos citarlas. También en la disposición de los instintos aparecen diferencias, que dejan sospechar lo que luego ha de ser la mujer. La niña es regularmente menos agresiva y obstinada, y se basta menos a sí misma; parece tener más necesidad de ternura, y ser, por tanto, más dependiente y dócil. La mayor facilidad y rapidez con las que logra el dominio de sus excreciones es muy probablemente tan sólo una consecuencia de tal

docilidad: la orina y las heces son, como sabemos, los primeros regalos que el sujeto infantil hace a sus guardadores, y su retención es la primera concesión que la vida instintiva infantil se deja arrancar. Experimentamos también la impresión de que la niña es más inteligente y viva que el niño de igual edad; se abre más el mundo exterior, y lleva a cabo cargas de objeto más intensas. Ignoro si este adelanto en la evolución ha sido o no comprobado por observaciones precisas; lo indudable es que no puede decirse que la niña aparezca intelectualmente retrasada. Pero estas diferencias sexuales no pesan gran cosa; pueden ser compensadas por variantes individuales. Para nuestros primeros propósitos podemos muy bien prescindir de ellas.

Las fases más tempranas de la evolución de la libido parecen ser comunes a ambos sexos. Habría podido esperarse que la niña mostrara ya en la fase sádico-anal un cierto retraso de la agresión, pero no es así. El análisis de los juegos infantiles ha mostrado a nuestras colegas analistas que los impulsos agresivos de las niñas no dejan nada que desear en cuanto a cantidad y violencia. Con la entrada en la fase fálica, las diferencias entre los sexos quedan muy por debajo de sus coincidencias. Hemos de reconocer que la mujercita es un hombrecito. Esta fase se caracteriza en el niño, como es sabido, por el hecho de que el infantil sujeto sabe ya extraer de su pequeño pene sensaciones placientes y relacionar los estados de excitación de dicho órgano con sus ideas del comercio sexual. Lo mismo hace la niña con su clítoris, más pequeño aún. Parece que en ella todos los actos onanistas tienen por sede tal equivalente del pene, y que la vagina, lo propiamente femenino, es aún ignorada por los sexos. Algunos investigadores hablan también de precoces sensaciones vaginales, pero no creemos nada fácil distinguirlas de las anales o de las vestibulares. Como quiera que sea, no pueden desempeñar papel importante ninguno. Podemos, pues, mantener que en fase fálica de la niña es el clítoris la zona erógena directiva. Pero no con carácter de permanencia, pues, con el viraje hacia la feminidad, el clítoris debe ceder, total o parcialmente, su sensibilidad y con ella su significación a la vagina. Ésta sería una de las dos tareas propuestas a la evolución de la mujer, mientras que el hombre, más afortunado, no tiene que hacer más que continuar en el período de la madurez sexual lo que en el de la temprana floración sexual había ya previamente ejercitado.

Más adelante habremos de tornar a ocuparnos de la significación del clítoris. Ahora vamos a dedicar nuestra atención a la segunda tarea planteada a la evolución de la niña. El primer objeto amoroso del niño es la madre; sigue siéndolo en la formación del complejo de Edipo y, en el fondo, durante toda la vida. También para la niña el primer objeto tiene que ser la madre —y las figuras de la nodriza o la niñera, fundidas con la materna—. Las primeras cargas de objeto se desarrollan, en efecto, sobre la base de la satisfacción de las grandes y simples necesidades vitales, y los cuidados prodigados al sujeto infantil son los mismos para ambos sexos. Pero en la situación de Edipo, el objeto amoroso de la niña es ya el padre, y esperamos que, dado el curso normal de la evolución, acabará por hallar el camino que conduce desde el objeto paterno a la elección definitiva de objeto. Así, pues, en el curso del tiempo, la muchacha debe cambiar de zona erógena y de objeto, mientras que el niño conserva los suyos. Surge entonces la interrogación de cómo se desarrollan tales cambios y particularmente la de cómo pasa la niña de la vinculación a la madre a la vinculación al padre, o dicho de otro modo, cómo pasa de su fase masculina a la fase femenina que biológicamente le está determinada.

La solución sería idealmente sencilla si pudiéramos suponer que a partir de cierta edad baste la influencia elemental de la atracción recíproca de los sexos que impulsa a la mujercita hacia el hombre y que la misma ley permita al niño permanecer vinculado a la madre. Podríamos, incluso, añadir que los niños sigan con ello las indicaciones que les procuran las preferencias sexuales de los padres. Pero las cosas no son tan fáciles; ni siquiera sabemos si podemos creer seriamente en aquel poder enigmático, resistente al análisis, que tanto apasiona a los poetas. Laboriosas investigaciones, en las que lo único fácil ha sido la disposición del material necesario, nos han suministrado datos enteramente distintos. Habéis de saber que son muchas las mujeres que permanecen eróticamente vinculadas al objeto paterno, e incluso al padre real, hasta épocas muy tardías. Tales mujeres, de vinculación paterna intensa y prolongada, nos han procurado descubrimientos sorprendentes. Sabíamos, desde luego, que había habido en ellas un estudio previo de vinculación a la madre; pero no que el mismo podría ser tan abundante en contenido ni tan prolongado, ni que pudiera dejar tras de sí tantas ocasiones de fijaciones y

disposiciones. Durante esta época, el padre no es más que un rival importuno; en algunos casos, la vinculación a la madre va más allá de los cuatro años. Casi todo lo que luego hallamos en la relación con el padre estaba ya contenido en ella y ha sido luego transferido al padre. En concreto: llegamos a la convicción de que no es posible comprender a la mujer si no se tiene en cuenta esta fase de la vinculación a la madre, anterior al complejo de Edipo.

Nos preguntamos ahora cuáles son las relaciones libidinosas de la niña con la madre, y hallamos que son muy varias. Como se extiende a través de las tres fases de la sexualidad infantil, toman también los caracteres de cada una de ellas y se manifiestan con deseos orales, sádico-anales y fálicos. Estos deseos representan impulsos tanto activos como pasivos, si los referimos a la diferenciación de los sexos que habrá de aparecer posteriormente —referencia que debemos, en lo posible, evitar—, podemos calificarlos de masculinos y femeninos. Son, además, plenamente ambivalentes; esto es, tanto de naturaleza cariñosa como hostil y agresiva. Estos últimos deseos suelen hacerse aparentes después de transformarse en representaciones angustiosas. No siempre es fácil señalar la formulación de estos precoces deseos sexuales; el que más claramente se manifiesta es el de hacerle un niño a la madre —o tenerlo de ella—, pertenecientes ambos a la fase fálica y harto singulares, pero indudablemente comprobados por la observación analítica. El atractivo de estas investigaciones está en los sorprendentes descubrimientos que nos procuran. Así, descubrimos que el miedo a ser asesinado o envenenado, que puede luego constituir el nódulo de una enfermedad paranoica, se da ya en este período anterior al complejo de Edipo, siendo la madre la persona temida. Otro caso. Recordaréis, sin duda, aquel interesantísimo episodio de la historia de la investigación analítica que hubo de traerme consigo largas horas de penosa perplejidad. En la época en que nuestro interés principal recaía sobre el descubrimiento de traumas sexuales infantiles, casi todas mis pacientes pretendían haber sido seducidas por su padre. Al cabo, se me impuso la conclusión de que tales informes eran falsos, y aprendí así a comprender que los síntomas histéricos se derivan de fantasías y no de sucesos reales. Más tarde pude reconocer, en esta fantasía de la seducción por el padre, la manifestación del complejo de Edipo típico femenino. Y ahora volvemos a encontrar la fantasía de seducción en la

prehistoria, anterior al complejo de Edipo de la niña, con la variante de que la iniciación sexual ha sido efectuada, regularmente, por la madre. Pero aquí la fantasía se basa ya en la realidad, pues es, en efecto, la madre la que al someter a sus hijas a los cuidados de la higiene corporal, estimula y tal vez despierta en los genitales de las mismas las primeras sensaciones placientes.

Sospecho que esta descripción de la riqueza y la intensidad de las relaciones sexuales de la niña con su madre ha de pareceros exagerada. Conocéis a muchas niñas, y nunca habéis advertido en ellas nada semejante. Tal objeción no es válida. Sabiendo observar la vida infantil, descubrimos muchas cosas; pero, además, hay que tener en cuenta que la infancia sólo puede dar expresión preconsciente —no digamos ya comunicar— a una mínima parte de sus deseos sexuales. No hacemos, pues, sino servirnos de un perfecto derecho al estudiar *a posteriori* los residuos y consecuencias de este mundo afectivo en personas en las que tales procesos de la evolución alcanzaron un desarrollo especialmente visible o incluso exagerado. La Patología nos ha prestado siempre el servicio de revelarnos, aislándolas y complicándolas, circunstancias que, dentro de la normalidad, habrían permanecido ocultas. Y como nuestras investigaciones no han sido realizadas en sujetos gravemente anormales, creo que podemos dar crédito a sus resultados.

Orientaremos ahora nuestro interés hacia la disolución de esta poderosa vinculación de la niña a su madre. Sabemos de antemano que su destino es perecer, dejando el puesto a la vinculación del padre. Y tropezamos con un hecho que nos muestra el camino que debemos seguir. En este avance de la evolución no se trata de un nuevo cambio de objeto. El apartamiento de la madre se desarrolla bajo el signo de la hostilidad; la vinculación a la madre se resuelve en odio. El cual puede hacerse muy evidente y perdurar a través de toda la vida, o puede ser luego cuidadosamente supercompensado, siendo lo más corriente que una parte de él sea dominada, perdurando otra. Estas variantes dependen en gran medida de lo que sucede en años posteriores. Pero aquí nos limitaremos a estudiarlo en el período de viraje hacia el padre, investigando sus motivaciones. Oímos entonces toda una serie de quejas y acusaciones contra la madre, tendentes a justificar los sentimientos hostiles de la niña, y cuyo valor, que analizaremos cuidadosamente, varía mucho.

Algunas son obvias racionalizaciones. Habremos, pues, de investigar las fuentes verdaderas de la hostilidad. Espero que os interesará seguirme esta vez a través de todos los detalles de una investigación psicoanalítica.

De los reproches que la sujeto dirige a su madre, el que más se remonta es el de haberla criado poco tiempo a sus pechos, lo cual reputa la sujeto como una falta de cariño. Ahora bien: este reproche no deja de entrañar, en las circunstancias actuales, cierta justificación. Muchas madres de hoy no tienen leche suficiente para criar a sus hijos y se contentan con amamantarlos unos cuantos meses, seis o nueve a lo más. Entre los pueblos primitivos, los niños son amantados por espacio de dos y tres años. La figura de la nodriza, sustitución de la madre, es fundida con la de ésta. Cuando la sustitución ha tenido efecto desde un principio, el reproche mencionado se torna en el de haber despedido demasiado pronto a la nodriza, que tan complacientemente alimentaba a la niña. Pero cualesquiera que hayan sido las circunstancias reales, es imposible que el reproche de la niña sea justificado tan frecuentemente como lo hallamos. Parece más bien que el ansia de la niña por su primer alimento es, en general, inagotable, y que el dolor que le causa la pérdida del seno materno no se apacigua jamás. No me sorprendería que el análisis de un primitivo, amamantado hasta una época en la que ya sabía hablar y corretear, extrajera a la luz el mismo reproche. Con el destete se relaciona también, probablemente, el miedo a ser envenenado. El veneno es un alimento que hace enfermar. Quizá el sujeto infantil refiere a la privación del seno materno sus primeras enfermedades. Hace ya falta buena parte de preparación intelectual para creer en la casualidad; el primitivo, el hombre sin ilustración, y, seguramente, también el niño, saben dar una razón a todo lo que sucede. Probablemente fue originalmente una explicación según la concepción animista. Aún actualmente, en algunos estratos populares, cualquier muerte es achacada a alguien, generalmente al médico. Y la reacción neurótica regular a la muerte de un ser querido es también la autoacusación de haber sido la causa de su muerte.

Otra acusación contra la madre surge al hacer su aparición en la *nursery* un nuevo bebé. Cuando las circunstancias lo hacen posible, la niña relaciona tal suceso con la privación del seno materno. La madre no quiso o no pudo seguir dándole el pecho porque necesitaba amamantar al nuevo infante.

Cuando los dos partos son tan seguidos que la lactancia queda cortada por el segundo embarazo, este reproche adquiere un fundamento real, dándose el caso singular de que, aun cuando entre ambos retoños haya tan sólo una diferencia de once meses, el primero se da cuenta de lo sucedido, no obstante su temprana edad. Pero no es sólo la privación del seno materno lo que dispone a la niña contra el nuevo intruso y rival suyo, sino todos los demás cuidados que la madre le prodiga. Se siente destronada, despojada, perjudicada en su derecho; desarrolla odio y celos contra el nuevo infante y rencor contra la madre infiel, todo lo cual se manifiesta frecuentemente en una desagradable transformación de su conducta. Se torna «mala», excitable, desobediente y abandona los progresos realizados en el dominio sobre sus excretas. Todo esto es conocido tiempo ha y aceptado como cosa natural; pero rara vez nos hacemos una idea exacta de la fuerza de tales impulsos hostiles, de la tenacidad de su adherencia y de la magnitud de su influjo sobre la evolución posterior. Sobre todo, cuando estos celos son alimentados de nuevo, una y otra vez durante los siguientes años infantiles, renovándose la conmoción con cada nuevo parto de la madre. El hecho de que el primogénito continúe siendo el favorito de la madre no cambia gran cosa la situación; la exigencia de cariño del sujeto infantil es desmesurada; demanda exclusividad y no tolera compartirlo.

Los deseos sexuales infantiles, distintos en cada fase de la libido, y que, en su mayor parte, no pueden ser satisfechos, constituyen una copiosa fuente de hostilidad contra la madre. La más intensa de estas privaciones aparece en la época fálica, cuando la madre prohíbe a su retoño —a veces con graves amenazas y manifestando intenso disgusto— el placentero jugueteo con sus órganos genitales, al cual ella misma hubo de inducirle antes, al descubrirle, en sus cuidados de higiene corporal, la cualidad erógena de dichos órganos. Podríamos suponer que éstos eran ya motivos suficientes para fundamentar el apartamiento que siente la niña hacia su madre. Juzgaríamos entonces que tal apartamiento era secuela inevitable de la naturaleza de la sexualidad infantil, de la inmoderación de las exigencias de cariño y de la imposibilidad de satisfacer los deseos sexuales. Pensaríamos, incluso, que esta primera relación amorosa de la niña está destinada al fracaso, precisamente por ser la primera, pues estas precoces cargas de objeto son siempre ambivalentes en

muy alto grado; junto al amor intenso existe siempre una intensa tendencia a la agresión, y cuando más apasionadamente ama el niño a su objeto, más sensible se hace a las decepciones y privaciones que el mismo le inflige. Al cabo el amor sucumbe forzosamente a la agresión acumulada. O también podemos rechazar tal ambivalencia original de las cargas eróticas e indicar que lo que conduce, con igual fatalidad inevitable, a la perturbación del amor infantil es la naturaleza especial de la relación entre madre e hijo; pues toda educación, por benigna que sea, tiene que ejercer coerción e imponer limitaciones, y todo ataque de este orden a su libertad tiene que despertar en el sujeto infantil, como reacción, la tendencia a la agresión y a la rebeldía. La discusión de estas posibilidades podía resultar muy interesante, pero una objeción que de repente surge a nuestro paso orienta nuestra intención en un sentido distinto. Todos estos factores —los desaires, las decepciones amorosas, los celos y la seducción seguida de prohibición— se dan también en las relaciones del niño con la madre y no son, sin embargo, suficientes para apartarle de ella. Si no encontramos algo que sea específico de la niña, algo que no aparezca en el niño o aparezca en él distintamente, no habremos aclarado el desenlace de la vinculación de la niña a la madre.

Por mi parte, creo que hemos hallado tal factor específico, y precisamente en el lugar en que esperábamos hallarlo, si bien en forma sorprendente. En el lugar esperado, digo, porque tal lugar es el complejo de la castración. La diferencia anatómica tenía que manifestarse en consecuencias psíquicas. En cambio, nos sorprendió descubrir, por medio del análisis, que la niña hace responsable a la madre de su carencia de pene y no le perdona tal desventaja.

Como veis, adscribimos también a la mujer un complejo de castración. Fundamentalmente, desde luego; pero tal complejo no puede entrañar el mismo contenido que el del niño. En este último el complejo de castración se forma después que la visión de unos genitales femeninos le han revelado que el miembro que tanto estima él no es, como suponía, inseparable de todo cuerpo humano. Recuerda entonces las amenazas que le valieron sus jugueteos con el miembro, empieza a darles crédito, y queda, desde aquel instante, bajo el influjo del *miedo a la castración*, que pasa a ser el motor más importante de su desarrollo ulterior. También el complejo de castración de la niña es iniciado por la visión del genital del otro sexo. La niña advierte en

seguida la diferencia y —preciso es confesarlo— también su significación. Se siente en grave situación de inferioridad manifiesta con gran frecuencia, que también ella «quisiera tener una cosita así», y sucumbe a la «envidia del pene», que dejará huellas perdurables en su evolución y en la formación de su carácter, y que ni siquiera en los casos más favorables será dominada sin grave esfuerzo psíquico. El que la niña reconozca su carencia de pene no quiere decir que la acepte de buen grado. Por el contrario, mantiene mucho tiempo el deseo de «tener una cosita así», cree en la posibilidad de conseguirlo hasta una edad en la que ya resulta inverosímil tal creencia, y aun en tiempos en los que el conocimiento de la realidad la ha hecho ya abandonar semejante deseo por irrealizable, el análisis puede demostrar que el mismo perdura en lo inconsciente y ha conservado una considerable carga de energía. Él deseo de conseguir, al fin, el ansiado pene puede aún provocar su aportación a los motivos que impulsan a la mujer adulta a someterse al análisis y aquello que razonablemente puede esperar del análisis; por ejemplo, la capacidad para ejercer una profesión intelectual demuestra muchas veces ser una variante sublimada de dicho deseo reprimido.

De la importancia de la envidia del pene no puede caber duda. Generalmente se considera como un ejemplo de la injusticia masculina la afirmación de que la envidia y los celos desempeñan en la vida anímica de la mujer mayor papel que en la del hombre. Y no es que estas características falten a los hombres o no tengan en las mujeres otra raíz que la envidia del pene, pero nos inclinamos a adscribir el excedente femenino a esta última influencia. Ahora bien: algunos analistas se han inclinado a disminuir la importancia de aquel primer despertar de la envidia del pene en la fase fálica. Opinan que esta actitud femenina es, principalmente, una formación secundaria nacida, con ocasión de conflictos posteriores, por regresión a aquel impulso infantil. Es éste un problema general que entra de lleno en la psicología abisal. En muchas actitudes instintivas patológicas (o simplemente inhabituales); por ejemplo, en todas las perversiones sexuales hemos de preguntarnos qué parte de su energía corresponde a las fijaciones infantiles y cuál otra a la influencia de vivencias y evoluciones posteriores. Trátase casi siempre de series complementarias, como las que hemos supuesto en el estudio de la etiología de las neurosis. Ambos factores participan en

magnitudes distintas en la causación, complementándose una a otro. Lo infantil da, en todos los casos, la pauta y es con frecuencia, aunque no siempre, decisivo. Precisamente en el caso de la envidia del pene predomina, a mi juicio, el factor infantil.

El descubrimiento de su castración constituye un punto crucial en la evolución de la niña. Parten de él tres caminos de la evolución: uno conduce a la inhibición sexual o a la neurosis; otro, a la transformación del carácter en el sentido de un complejo de masculinidad; y el otro, al fin, a la feminidad normal. Sobre los tres hemos averiguado muchas cosas, aunque no todas. El contenido esencial del primero es que la niña —que hasta entonces había vivido masculinamente, sabía procurarse placer excitándose el clítoris y relacionaba tal actividad con sus deseos sexuales, frecuentemente activos, orientados hacia su madre— deja que la influencia de la envidia del pene le eche a perder el goce de la sexualidad fálica. Ofendida en su amor propio por la comparación con el niño, mejor dotado [fálicamente], renuncia a la satisfacción masturbatoria del clítoris, rechaza su amor a la madre y reprime con ello, en muchos casos, buena parte de sus impulsos sexuales. El apartamiento de la madre no tiene efecto de una vez, pues la niña considera al principio su castración como un infortunio individual, y sólo paulatinamente la va extendiendo a otras criaturas femeninas y, por último, también a la madre. El objeto de su amor era la madre fálica; con el descubrimiento de que la madre está castrada se le hace posible abandonarla como objeto amoroso, y entonces los motivos de hostilidad, durante tanto tiempo acumulados, vencen en toda la línea. Así, pues, con el descubrimiento de la falta de pene, la mujer queda desvalorizada para la niña, lo mismo que para el niño y quizá posteriormente para el hombre.

Todos sabéis qué suprema importancia etiológica conceden nuestros neuróticos a su masturbación, la hacen responsable de todas sus dolencias, y nos cuesta mucho trabajo hacerles admitir su error. En realidad, debíamos darles la razón, pues la masturbación es la actividad especial de la sexualidad infantil, de cuya evolución fallida dependen verdaderamente sus padecimientos. Pero es que los neuróticos inculpan a la masturbación del período de pubertad, habiendo olvidado, en cambio, por lo general la de la temprana infancia, que es la que en realidad importa. Quisiera tener algún día

la ocasión de explicaros detalladamente cuán importantes son todos los detalles efectivos de la masturbación precoz para la neurosis posterior o para el carácter de cada individuo: si fue o no descubierta, si los padres la combatieron o la consintieron y si el individuo mismo logró sojuzgarla. Todo esto ha dejado huellas perdurables en su evolución. Pero, pensándolo bien, me alegro de no tener que desarrollar tal explicación; sería una labor tan ardua como prolongada, y a su final me pondríais seguramente en un aprieto pidiéndome consejos de orden práctico sobre la conducta que los padres y educadores deben adoptar frente a la masturbación infantil. En la evolución de la niña, tal como la voy exponiendo, tenéis un ejemplo de cómo el infantil sujeto se esfuerza espontáneamente en libertarse de la masturbación. Pero no siempre lo consigue. En los casos en que la envidia del pene ha despertado un fuerte impulso contra la masturbación clitoridiana y ésta se resiste a desaparecer, se desarrolla una violenta lucha de liberación, en la que la niña toma a su cargo el papel de la madre, destronada ya, y manifiesta su disgusto por la inferioridad fálica de su clítoris con su resistencia contra la satisfacción asequible por medio de su excitación. Todavía muchos años después, cuando la satisfacción masturbadora ha sido vencida mucho tiempo ha, perdura como defensa contra una tentación aún temida. Tal interés se manifiesta en el nacimiento de simpatía hacia personas a las que se supone en idéntico conflicto y puede decidir la elección de esposo o de amante. No es ciertamente cosa fácil ni indiferente la solución de las secuelas de la masturbación infantil.

Con el abandono de la masturbación clitoridiana, la sujeto renuncia a un montante de actividad. La pasividad se hace dominante, y el viraje hacia el padre queda cumplido con ayuda, sobre todo, de impulsos instintivos pasivos. Habréis de reconocer que tal avance de la evolución, que acaba con la actividad fálica, allana el camino a la feminidad. Si las pérdidas que en ello origina la represión no son demasiado considerables, tal feminidad puede resultar normal. El deseo con el que la niña se orienta hacia el padre es quizá, originalmente, el de conseguir de él el pene que la madre le ha negado. Pero la situación femenina se constituye luego, cuando el deseo de tener un pene es relevado por el de tener un niño, sustituyéndose así el niño al pene, conforme a la antigua equivalencia simbólica. No olvidamos que ya

anteriormente, en la época fálica imperturbada, la niña deseó también tener un niño: tal era el sentido de sus juegos con las muñecas. Pero este juego no era, en realidad, la manifestación de su feminidad; favorecía la identificación con la madre con la intención de sustituir la pasividad por actividad. La niña jugaba a ser la madre, y la muñeca era ella misma; de este modo podía hacer con la muñeca lo que la madre solía hacer con ella. Sólo al despertar el deseo de tener un pene es cuando la muñeca se convierte en un hijo habido del padre y pasa a ser, en adelante, el fin optativo femenino más intenso. La felicidad es grande cuando el deseo infantil de tener un hijo encuentra más tarde su satisfacción real, sobre todo cuando el hijo es un niño que trae consigo el anhelado pene. En el deseo de tener un hijo del padre, el acento recae, con frecuencia, totalmente sobre el primero de sus elementos, quedando sin relieve alguno el segundo. El viejo deseo masculino de la posesión de un pene se transparenta así todavía a través de la más acabada feminidad. Pero quizá debiéramos reconocer tal deseo del pene como «par excellence» femenino.

Con la transferencia del deseo niño-pene al padre, entra la niña en la situación del complejo de Edipo. La hostilidad contra la madre, preexistente ya, se intensifica ahora, pues la madre pasa a ser la rival que recibe del padre todo lo que la niña anhela de él. El complejo de Edipo de la niña nos ha ocultado mucho tiempo su vinculación anterior a la madre, tan importante, sin embargo, y que tan perdurables fijaciones deja tras de sí. Para la niña la situación de Edipo es el desenlace de una larga y difícil evolución, una especie de solución preliminar, una postura de descanso, que la sujeto tarda en abandonar, tanto más cuanto que el comienzo del período de latencia no está ya lejos. Y ahora advertimos, en cuanto a la relación del complejo de Edipo con el complejo de castración, una diferencia importantísima entre ambos sexos. El complejo de Edipo del niño, en el cual desea a su madre y quisiera apartar al padre, viendo en él un rival, se desarrolla naturalmente a partir de la fase de su sexualidad fálica. Pero la amenaza de castración le fuerza a abandonar tal actitud. Bajo la impresión del peligro de perder el pene, el complejo de Edipo es abandonado, reprimido y, en el caso más normal, fundamentalmente destruido, siendo instaurado, como heredero del mismo, un riguroso *super-yo*. En la niña sucede casi lo contrario. El complejo

de castración prepara el complejo de Edipo en lugar de destruirlo; la influencia de la envidia del pene aparta a la niña de la vinculación a la madre y la hace entrar en la situación del complejo de Edipo como en un puerto de salvación. Con la desaparición del miedo a la castración se desvanece el motivo principal que había impulsado al niño a superar el complejo de Edipo. La niña permanece en él indefinidamente, y sólo más tarde e incompletamente lo supera. En estas circunstancias, la formación del *super-yo* tiene forzosamente que padecer; no puede alcanzar la robustez y la independencia que le confieren su valor cultural. Los feministas nos oyen con disgusto cuando les señalamos los resultados de este factor para el carácter femenino medio.

Volviendo un poco atrás. Indicamos antes, como otra de las reacciones posibles al descubrimiento de la castración femenina, el desarrollo de un fuerte complejo de masculinidad. Queremos decir con ello que la niña se niega a admitir la ingrata realidad exagera, con obstinada rebeldía, su masculinidad de hasta entonces, mantiene su actividad clitoridiana y busca un refugio en una identificación con la madre fálica o con el padre. ¿Qué es lo que decide este desenlace? No puede ser sino un factor constitucional, una mayor magnitud de actividad, característica del macho. Lo principal del proceso es que en este lugar de la evolución es evitado el incremento de pasividad que inicia el viraje hacia la feminidad. El rendimiento máximo de este complejo de masculinidad nos parece ser su influjo en la elección de objeto en el sentido de una homosexualidad manifiesta. La experiencia analítica nos enseña que la homosexualidad femenina no continúa nunca —o sólo raras veces— en línea directa la masculinidad infantil. Así parece confirmarlo el hecho de que también tales niñas toman por algún tiempo al padre como objeto y entran en la situación de Edipo. Pero luego las decepciones inevitables que el padre les inflige las impulsan a una regresión a su anterior complejo de masculinidad. Sin embargo, no debemos exagerar la importancia de tales decepciones, pues también las niñas destinadas a una feminidad normal pasan por ellas, sin que el resultado les sea fatal. La prepotencia del factor constitucional parece indiscutible; pero los dos factores de la evolución de la homosexualidad femenina se reflejan acabadamente en las prácticas de las homosexuales, que lo mismo juegan a ser madre e hija

que marido y mujer.

Lo que antecede constituye, por decirlo así, la prehistoria de la mujer. Es el resultado de nuestras investigaciones más recientes y puede haberos interesado como una muestra de la labor analítica de detalle. Como el tema de tal labor es exclusivamente la mujer, me permitiré citar nominalmente a aquellas de nuestras colegas a las que esta investigación debe aportaciones de importancia. La doctora Ruth Mack Brunswick [1928] ha sido la primera en describir un caso de neurosis imputable a una fijación en el estado anterior al complejo de Edipo y en el que la sujeto no llegó siquiera a la situación de tal complejo. El caso tomó la forma de una paranoia de celos y se mostró asequible a la terapia. La doctora Jeanne Lampl-de-Groot [1927] ha comprobado con seguras observaciones la actividad fálica de la niña con respecto a la madre, tan increíble a primera vista. Por último, la doctora Helene Deutsch [1932] ha mostrado que los actos eróticos de las mujeres homosexuales reproducen las relaciones entre la madre y la niña.

No entra en mis propósitos perseguir la conducta posterior de la feminidad, a través de la pubertad, hasta la madurez. Nuestros conocimientos son aún insuficientes para ello. Me limitaré, pues, a daros algunas indicaciones. Tomando como punto de partida la prehistoria, señalaremos que el desarrollo de la feminidad queda expuesto a perturbaciones por parte de los fenómenos residuales del período prehistórico de masculinidad. Las regresiones a las fijaciones de aquellas fases anteriores al complejo de Edipo son cosa frecuente; en algunos historiales hallamos una repetición alternante de períodos en los que predominan la masculinidad o la feminidad. Parte de aquello que los hombres llamamos «el enigma de la mujer» se deriva, quizá, de esa manifestación de la bisexualidad en la vida femenina. Pero en el curso de estas investigaciones se nos ha hecho más transparente otro problema. Hemos dado el nombre de libido a la fuerza motriz de la vida sexual. Esta vida sexual es regida por la polarización de lo masculino y lo femenino; habremos, pues, de examinar la relación de la libido con tal antítesis. No nos sorprenderá hallar que a cada sexualidad correspondía su libido particular, de manera que una clase de libido perseguiría los fines de la sexualidad masculina y otra los de la femenina. Pero nada de esto sucede. No hay más

que una libido que es puesta al servicio tanto de la función masculina como de la femenina. Y no podemos atribuirle un sexo; si, abandonándonos a la equiparación convencional de actividad y masculinidad, la queremos llamar masculina, no deberemos olvidar que representa también tendencias de fines pasivos. Y lo que nunca estará justificado será hablar de una «libido femenina». Experimentamos la impresión de que la libido ha sido objeto de una mayor coerción cuando aparece puesta al servicio de la función femenina, y también la de que en este caso —teleológicamente hablando— la naturaleza tiene menos cuidadosamente en cuenta sus exigencias que en el caso de la masculinidad. Y esto —teleológicamente pensado— puede tener su razón en que la consecución del fin biológico ha sido confiada a la agresión del hombre y hecha independiente, en cierto modo, del consentimiento de la mujer.

La frigidez sexual de la mujer, cuya frecuencia parece confirmar la anterior hipótesis, es un fenómeno insuficientemente comprendido aún. Psicógeno, a veces y accesible entonces a la influencia analítica, impone, en otros casos, la hipótesis de una condicionalidad constitucional e incluso la de intervención de un factor anatómico.

He prometido indicaros aún algunas peculiaridades psíquicas de la feminidad madura, tal y como se nos muestran en la observación analítica. No adscribimos a estas afirmaciones una validez absoluta, y tampoco es siempre fácil distinguir lo que corresponde a la influencia de la función sexual y lo que ha de atribuirse al proceso educativo social. Adscribimos, pues, a la feminidad un elevado montante de narcisismo, el cual influye aún sobre su elección de objeto, de manera que, para la mujer, es más imperiosa necesidad ser amada que amar. En la vanidad que a la mujer inspira su físico participa aún la acción de la envidia del pene, pues la mujer estima tanto más sus atractivos cuanto que los considera como una compensación posterior de su inferioridad sexual original Al pudor, en el que se ve una cualidad «par excellence» femenina, pero que es algo mucho más convencional de lo que se cree, le adscribimos la intención primaria de encubrir la defectuosidad de los genitales. Aunque nos olvidamos que después el pudor ha tomado a su cargo otras funciones. Se cree que las mujeres no han contribuido, sino muy poco, a los descubrimientos e inventos de la historia de la civilización; pero quizá sí

han descubierto, por lo menos, una técnica: la de tejer e hilar. Si así ha sido, en efecto, podríamos indicar el motivo inconsciente de tal rendimiento. La Naturaleza misma habría suministrado a la mujer el modelo para tal imitación, haciendo que al alcanzar la sujeto la madurez sexual crezca la vegetación pilosa que oculta sus genitales. El paso inmediato habría consistido en adherir unas a otras aquellas hebras que salían aisladas de la piel. Claro está que si juzgáis fantástica esta idea y suponéis una idea fija mía la influencia de la falta de pene en la conformación de la feminidad, nada podré aducir en mi defensa.

Las condiciones de la elección de objeto de la mujer quedan frecuentemente encubiertas por las circunstancias sociales. Cuando tal elección puede ser libre, se desarrolla, muchas veces, conforme al ideal narcisista del hombre que la niña ha permanecido en la vinculación al padre, o sea, en el complejo de Edipo, elegirá conforme al tipo del padre. Dado que en el viraje desde la madre al padre la hostilidad de la relación ambivalente queda enlazada a la madre, tal elección debería garantizar un matrimonio feliz. Pero muy frecuentemente se presenta un desenlace que pone en peligro tan favorable solución del conflicto de la ambivalencia. La hostilidad que ha quedado rezagada persigue a la vinculación positiva y ataca al nuevo objeto. El marido, que había heredado primero al padre, hereda ahora a la madre. De este modo, sucede fácilmente que la segunda mitad de la vida de una mujer aparezca consagrada a la lucha contra su marido, como la primera, más breve, a la rebelión contra su madre. Una vez exhaustivamente vivida esta relación, un segundo matrimonio puede resultar mucho más satisfactorio. Otra transformación de la mujer, inesperada para el marido, puede iniciarse con el nacimiento del hijo primogénito. Bajo la impresión de la propia maternidad, puede quedar reanimada una identificación con la madre, contra la cual se había defendido la mujer hasta su matrimonio, y atraer a sí toda la libido disponible, de manera que la obsesión de repetición reproduzca un matrimonio infeliz de los padres. La distinta reacción de la madre ante el nacimiento de un hijo o una hija muestra que el antiguo factor de la falta de pene no ha perdido aún sus fuerza. Sólo la relación con el hijo procura a la madre satisfacción ilimitada; es, en general, la más acabada y libre de ambivalencia de todas las relaciones humanas. La madre puede transferir

sobre el hijo la ambición que ella tuvo que reprimir y esperar de él la satisfacción de todo aquello que de su complejo de masculinidad queda aún en ella. El matrimonio mismo no queda garantizado hasta que la mujer ha conseguido hacer de su marido su hijo y actuar con él como madre.

La identificación de la mujer con su madre muestra dos estratos: uno, anterior al complejo de Edipo, que reposa sobre la vinculación amorosa a la madre y la toma por modelo, y otro, posterior, basado en el complejo de Edipo, que quiere apartar a la madre y sustituirla al lado del padre. De ambos queda mucho para el futuro, pudiéndose decir que ninguno queda suficientemente superado en el curso de la evolución. Pero la fase de la vinculación amorosa, anterior al complejo de Edipo, es la decisiva para el futuro de la mujer; en ella se prepara la adquisición de aquellas cualidades con las que luego atenderá a su papel en la función sexual y cumplirá sus inestimables funciones sociales. En esta identificación adquirirá también el atractivo para el hombre que convierte la vinculación edípica del mismo a su madre en pasión. Sólo que, muchas veces, es el hijo el que recibe aquello a que el enamorado aspiraba. Experimentamos la impresión de que el amor del hombre y el de la mujer se separan en una diferencia de fases psicológicas.

El hecho de que hayamos de atribuir a la mujer un escaso sentido de la justicia depende, quizá, del predominio de la envidia en su vida anímica, pues la exigencia de justicia es una elaboración de la envidia y procura la condición bajo la cual es posible darle libre campo. Decimos también de las mujeres que sus intereses sociales son más débiles y su capacidad de sublimación de los instintos menor que los de los hombres. Lo primero se deriva, quizá, del carácter disocial propio, indudablemente, de todas las relaciones sexuales. Los amantes se bastan el uno al otro, y hasta la familia se resiste a ser integrada en uniones más amplias. La capacidad de sublimación está sujeta a máximas oscilaciones individuales. En cambio, no puedo menos de mencionar una impresión que experimentamos de continuo en la actividad analítica. Un hombre alrededor de los treinta años nos parece un individuo joven, inacabado aún, del que esperamos aprovechará enérgicamente las posibilidades de desarrollo que el análisis le ofrezca. En cambio, una mujer de igual edad nos asusta frecuentemente por su inflexibilidad de inmutabilidad psíquica. Su libido ha ocupado posiciones definitivas y parece

incapaz de cambiarlas por otras. No encontramos caminos conducentes a un desarrollo posterior; es como si el proceso se hubiera ya cumplido por completo y quedara sustraído ya a toda influencia; como si la ardua evolución hacia la feminidad hubiera agotado las posibilidades de las personas. Como terapeutas, lamentamos este estado de cosas aun en aquellas ocasiones en las que conseguimos poner fin al padecimiento con la solución del conflicto neurótico.

Esto es todo lo que tenía que deciros sobre la feminidad. Es, desde luego, incompleto y fragmentario, y no siempre grato. Ahora bien: no debéis olvidar que sólo hemos descrito a la mujer en cuanto su ser es determinado por su función sexual. Esta influencia llega, desde luego, muy lejos, pero es preciso tener en cuenta que la mujer integra también lo generalmente humano. Si queréis saber más sobre la feminidad, podéis consultar a vuestra propia experiencia de la vida, o preguntar a los poetas, o esperar a que la ciencia pueda procuraros informes más profundos y más coherentes.

Lección XXXIV.—ACLARACIONES, APLICACIONES Y OBSERVACIONES

Señoras y señores:

PARA descansar un poco de la aridez de las conferencias precedentes vais a permitirme que hoy os hable de cosas de muy escaso alcance teórico; pero que, a fuer de adeptos al psicoanálisis, no dejarán de interesaros. Supongamos, por ejemplo, que en vuestros ratos de ocio tomáis en vuestras manos una novela, americana o inglesa, en la que esperáis hallar una descripción de los hombres y las circunstancias contemporáneas. A las pocas páginas tropezáis con una primera manifestación sobre el psicoanálisis, y luego, con otras más, aunque el asunto no parezca hacerlas precisas. No por ello deberéis creer que se trate de una aplicación de la psicología abisal, encaminada a la mejor comprensión de los personajes del texto o de sus hechos, aunque también existan, desde luego, algunas obras literarias en las

que real y seriamente se ha llevado a cabo tal intento. Mas, por lo general, tales menciones del psicoanálisis se limitan a observaciones burlonas, con las que el autor de la novela quiere demostrar su cultura o su superioridad intelectual. Y en la mayoría de los casos experimentáis la impresión de que el autor no conoce en absoluto lo que tan denodadamente juzga.

O supongamos también que en vez de consagrar a la lectura vuestros ocios acudís a una reunión. A poco de estar en ella, la conversación recae sobre el psicoanálisis y oís cómo las personas más distintas se pronuncian sobre él, y casi siempre con un tono de absoluta seguridad. Tales juicios son, por lo general, despectivos, si no ofensivos y, cuando menos, burlones. Pero si sois tan imprudentes que delatáis saber algo sobre la cuestión, todos los circunstantes os abrumarán en el acto, pidiéndoos informaciones y aclaraciones, y os procurarán en seguida la convicción de que sus severos juicios eran anteriores a toda información, y que apenas uno sólo de aquellos adversarios del psicoanálisis ha abierto jamás un libro analítico, o si lo ha abierto, lo ha dejado en cuanto ha tropezado con alguna dificultad, inevitable en el primer encuentro con toda materia nueva.

De una introducción al psicoanálisis esperáis acaso también que os indique los argumentos que podéis emplear para rectificar los errores manifiestos en el enjuiciamiento del análisis, los libros que debéis recomendar, con vistas a una mejor información, e incluso los ejemplos de vuestras lecturas o vuestras experiencias que debéis aducir en la discusión para cambiar la actitud de vuestros interlocutores. Os ruego que no hagáis nada de esto. Sería inútil; lo mejor que podéis hacer es ocultar vuestros conocimientos. Y cuando no os sea posible, limitaos a decir que, por lo que sabéis, el psicoanálisis es una rama especial del saber, muy difícil de comprender y de enjuiciar, y que se ocupa de cosas muy serias, no procediendo, por lo tanto, tomarla a burla ni como tema de amena y ligera charla. Y desde luego no participéis en tentativas de interpretación cuando algún imprudente relate sus sueños, ni cedáis a la tentación de favorecer la causa analítica con relatos de curaciones.

Pero podéis preguntaros por qué estas gentes, tanto las que escriben libros como las que hacen del psicoanálisis tema de frívola conversación, se conducen tan incorrectamente, y os inclinaréis a suponer que ello depende no

sólo de ellas, sino también del psicoanálisis. Tal es también mi opinión; lo que en la literatura y en la sociedad halláis en calidad de prejuicio es el efecto de un juicio anterior —del juicio que los representantes de la ciencia oficial hicieron recaer sobre el psicoanálisis en sus albores—. De ello me he lamentado ya una vez en una exposición histórica de nuestra disciplina y no volveré a hacerlo —quizá también aquella sola vez fue de sobra—; pero, verdaderamente, los adversarios científicos del psicoanálisis se permitieron por entonces obrar no sólo contra toda lógica, sino contra todo decoro y todo buen gusto. Fue una situación como la que realmente se daba en la Edad Media cuando un malhechor, o tan sólo un adversario político, era expuesto en la picota y abandonado a los vejámenes de la plebe. Y no sabéis bien hasta dónde alcanza la plebeyez en nuestra sociedad, ni qué cosas se permiten los hombres cuando se siente parte integrante de una masa y exentos de responsabilidad personal. Por aquel entonces estaba yo casi solo y no tardé en ver que era inútil polemizar; tan inútil como querellarse o recurrir a otros ingenios más altos, pues no había instancia ante la cual presentar la querella. Emprendí, pues, otro camino; llevé a cabo la primera aplicación del psicoanálisis, explicándome la conducta de la masa como un fenómeno de la misma resistencia que en cada uno de mis pacientes había de combatir; me abstuve de toda polémica e influí sobre mis adeptos, conforme fueron llegando a mí, en igual sentido. Este procedimiento dio buenos resultados; la proscripción que pesaba sobre el psicoanálisis ha sido luego levantada; pero lo mismo que una fe extinta pervive como superstición y como opinión popular una teoría abandonada por la ciencia, aquella proscripción primera del psicoanálisis por los círculos científicos subsiste hoy en el desprecio burlón de los profanos que escriben libros o dan conversación. Lo cual no habrá ya de sorprendernos.

Pero no esperéis la buena nueva de que la lucha en torno del análisis haya llegado a su fin como su reconocimiento como ciencia y su admisión en la Universidad. La lucha continúa, si bien con maneras más dolorosas. Además, se ha formado en la sociedad científica una especie de amortiguador entre el análisis y sus adversarios, constituido por gentes que admiten algo del psicoanálisis, si bien bajo condiciones harto regocijantes, y rechazan clamorosamente otras cosas, siendo dificilísimo adivinar en qué fundan tal

selección. Probablemente en simpatías personales. Unos, repulsan la función de la sexualidad; otros, la existencia de lo inconsciente; el simbolismo, sobre todo, despierta intensa contradicción. Estos eclécticos parecen no darse cuenta de que el edificio del psicoanálisis, si bien inacabado aún, constituye ya hoy una unidad de la que no es posible sustraer a capricho elementos aislados. Ninguno de estos medios adeptos o cuartos de adeptos ha podido darme la impresión de que sus repulsas parciales se fundaban en un detenido examen de nuestra disciplina. A ellos pertenecen también hombres sobresalientes. Tienen ciertamente en su disculpa que tanto su tiempo como su atención están embargados por aquellas otras materias en las que han sobresalido. Pero, siendo así, ¿no procederían mejor reservando su juicio, en vez de tomar partido tan decididamente? Con uno de estos grandes hombres me fue dado lograr una rápida conversión.

Era un crítico de fama mundial que había seguido las corrientes espirituales de nuestro tiempo con benévola comprensión y aguda visión profética. Hice conocimiento con él cuando contaba ya más de ochenta años, pero su conversación seguía siendo encantadora. Ya adivinaréis de quién se trata. No fui yo, sino él, quien llevó el diálogo hacia el psicoanálisis. Y lo hizo con delicada modestia. «Yo no soy —dijo— más que un literato, mientras que usted es un investigador y un descubridor. Pero he de afirmarle que jamás he abrigado sentimiento de orden sexual hacia mi madre». «Es que no tiene usted por qué haberse dado cuenta —fue mi respuesta—. Se trata de procesos inconscientes para el adulto». «Eso es otra cosa», repuso aliviado, y me apretó la mano. Luego seguimos charlando en la mejor armonía varias horas. Más tarde oí que, en el breve espacio que aún le fue dado vivir, expresó varias veces juicios benévolos sobre el psicoanálisis, gustando de emplear la palabra «represión», nueva para él.

Un conocido proverbio nos advierte que debemos aprender de nuestros enemigos. Confieso que, por mi parte, jamás lo he conseguido; pero en un principio pensé que había de ser muy instructivo para vosotros exponeros una rápida revisión de los reproches y las objeciones que los adversarios del psicoanálisis han alzado contra él y señalar luego su injusticia y su falta de lógica, fácilmente evidenciable. Sin embargo, *on second thoughts*, me he dicho que semejante labor no sería tan interesante como fatigosa e ingrata,

llevándome, además, a un terreno cuidadosamente evitado a través de muchos años. Me perdonaréis, pues, que no siga por tal camino y silencie los juicios de nuestros adversarios pretensamente científicos. Trátase, además, siempre de personas cuyo único título de capacidad es la inocencia en que se han conservado, manteniéndose alejados de todas las experiencias del psicoanálisis. Pero sé que en otros casos no me dejaréis salir del paso tan fácilmente. Alegaréis, en efecto, que hay muchas personas a las que no puede aplicarse mi anterior observación, pues no han eludido la experiencia analítica; han analizado pacientes, se han sometido por sí mismos al análisis, han sido incluso colaboradores míos durante largos años, y a pesar de todo ello, han llegado a opiniones y teorías distintas de las mías, separándose, en consecuencia, de mí y fundando escuelas psicoanalíticas independientes. Y me pediréis que os explique la posibilidad y la importancia de estas disociaciones tan frecuentes en la historia del psicoanálisis.

Voy a intentarlo así, pero muy brevemente, pues tal explicación aporta, para la comprensión del psicoanálisis, menos de lo que acaso esperéis. Sé que pensáis, ante todo, en la «Psicología Individual» de Adler, que en Norteamérica, por ejemplo, es considerada como una desviación plenamente justificada de nuestro psicoanálisis y citada siempre al lado de éste. En realidad, tiene muy poco que ver con él, pero a causa de cierta circunstancia histórica vive una especie de vida parasitaria a sus expensas, Las condiciones que antes supusimos a los adversarios de este grupo no coinciden en sus fundadores sino en muy escasa medida. El nombre mismo es inadecuado y parece creado para salir del paso; no podemos discutirlo como antítesis de la «Psicología de Grupo», pero también lo que nosotros hacemos es, sobre todo y ante todo, psicología de individuos humanos. No entraré hoy en una crítica objetiva de la Psicología Individual de Adler, pues, a más de rebasar el plan de la presente introducción, la he intentado ya en otra ocasión, y no hay gran cosa que rectificar en ella. Pero sí quiero ilustrar la impresión que produce con el relato de un suceso acaecido en los años preanalíticos.

En las cercanías de la pequeña ciudad de Moravia, en la que \o nací y de la que salí a los tres años, hay un modesto balneario, situado en una riente campiña. Durante mis años de colegial pasé en él varias veces las vacaciones estivales, y luego, pasados ya veinte años, la enfermedad de un cercano

pariente me dio ocasión de retornar a sus ámbitos. En una conversación con el médico del balneario, que había asistido a mi pariente, le interrogué sobre sus relaciones con los campesinos eslovacos, que durante el invierno constituían su única clientela. El médico me contó que en tal período su actividad profesional se desarrollaba en la forma siguiente: A la hora de la consulta acudían los pacientes a su gabinete, se sentaban en fila e iban levantándose y acercándose a él sucesivamente para contarle sus síntomas. El médico los reconocía, se orientaba y les comunicaba su diagnóstico…, que era siempre el mismo: «Lo que tiene usted es que le han embrujado». Asombrado, le pregunté si los campesinos no desconfiaban de él al verle aplicarles a todos el mismo diagnóstico. «Nada de eso —me respondió—. Se van tan satisfechos, pues es precisamente lo que esperaban, y al oírlo, miran contentos a los que esperan su turno y les guiñan un ojo, como diciendo: Se ve que es hombre que lo entiende». No sospechaba yo por entonces en qué circunstancias volvería a hallar una situación semejante.

Trátese de un homosexual o de un necrófilo, de un histérico angustiado, de un neurótico obsesivo o de un demente furioso, el Psicólogo Individual de la escuela de Adler indicará como motivo principal de su estado el deseo de hacerse valer, de sobrecompensar su inferioridad, de quedar arriba, de pasar de la línea femenina a la masculina. Algo muy semejante oíamos ya los estudiantes de mi tiempo cuando se presentaba en la clínica un caso de histeria. Los histéricos producen sus síntomas para hacerse interesantes, para atraer la atención sobre ellos. ¡Cómo retornan una y otra vez las viejas ideas! Pero este trocito de psicología no nos parecía ya por entonces aclarar por completo el enigma de la histeria. Dejaba, por completo, inexplicado por qué los enfermos no se servían de otros medios para lograr su intención. Algo de la teoría de los Psicólogos Individuales tiene que ser, desde luego, exacto, una ínfima partícula en la vasta totalidad. El instinto de conservación intentará aprovechar cualquier situación dada; el *yo* querrá transformar también la enfermedad en una ventaja. Esto es lo que en psicoanálisis llamamos «ventaja secundaria de la enfermedad». Aunque si pensamos en los hechos del masoquismo, en la necesidad inconsciente de castigo, y en los neuróticos malos tratos infligidos a sí mismos, que nos inclinan a suponer la existencia de instintos contrarios a la propia conservación, dudaremos

también de la validez general de aquella verdad trivial sobre la que se alza el edificio doctrinal de la psicología adleriana. Mas para la mayoría ha de ser bien recibida una teoría que no reconoce complicaciones ni introduce ningún concepto nuevo difícilmente aprehensible ni sabe nada de lo inconsciente, aparta decididamente el problema de la sexualidad que pesa sobre todos los humanos y se limita al descubrimiento de unos cuantos trucos para hacerse más cómoda la vida. Pues la mayoría es cómoda, se contenta con una sola razón aclaratoria, no agradece a la ciencia sus desvelos, quiere obtener soluciones simples y saber resueltos los problemas. Cuando consideramos lo bien que la Psicología Individual cumple tales requerimientos, no podemos impedir recordar una frase del Wallenstein: «Cuando la idea no es dichosamente ingeniosa en verdad, preferiría llamarla estúpida».

La crítica de los círculos científicos, tan implacable contra el psicoanálisis, ha tratado, en general, con máxima benevolencia a la Psicología Individual. Sin embargo, uno de los más renombrados psiquiatras de Norteamérica ha publicado un artículo titulado *Enough* contra Adler, en el que ha dado enérgica expresión a su disgusto ante «la compulsión de repetición» de los Psicólogos Individuales. Y si otros se han conducido más amablemente, ha sido, en gran parte, por su animadversión contra el psicoanálisis.

Sobre otras escuelas ramificadas de nuestro psicoanálisis, sólo muy poco he de decir. Su existencia no testimonia ni en pro ni en contra de la verdad de nuestra disciplina. Pensad en los intensos factores afectivos que tan difícil hacen a muchos adaptarse o subordinarse, y también en aquella mayor dificultad que la frase *quoi capita tot sensus* acentúa con pleno acierto. Cuando las divergencias de opinión traspasan ciertos límites, lo mejor es separarse y seguir en adelante caminos distintos, sobre todo cuando las diferencias teóricas acarrean una transformación de la práctica. Suponed, por ejemplo, que un analista estima insignificante la influencia del pasado individual[2347] y busca la curación de las neurosis exclusivamente en motivos presentes y esperanzas orientadas hacia el futuro. Tendrá entonces que prescindir del análisis de la infancia y habrá de emplear, en general, una técnica distinta a la nuestra, compensando falta de los resultados del análisis de la infancia con una intensificación de su influencia instructiva y con una

indicación directa de determinados fines vitales. Mas para nosotros todo ello podrá ser una nueva escuela de la sabiduría, nunca psicoanálisis. O suponed que otro analista[2348] llegara a la conclusión de que el suceso angustioso del nacimiento constituiría el germen de todas las perturbaciones neuróticas ulteriores; entonces le parecerá adecuado limitar el análisis a los efectos de esta única impresión y prometer un buen resultado terapéutico con sólo tres o cuatro meses de tratamiento. Observaréis que he elegido dos ejemplos que parten de supuestos diametralmente contrarios. Es un carácter general de estos «movimientos secesionistas» el que cada una de ellas se apodera de una parte del rico acervo de temas del psicoanálisis —el instinto de poderío, el conflicto ético, la madre, la genitalidad, etc.— y, una vez apoderada de ella, alza bandera independiente. Si os parece que tales secesiones son ya hoy en la historia del psicoanálisis más frecuentes que en otros movimientos intelectuales, no sé si deberé daros la razón. De ser así, la responsabilidad corresponde a las íntimas relaciones que en el psicoanálisis existen entre las opiniones teóricas y la práctica terapéutica. Las meras diferencias de opinión podrían ser conllevadas más prolongadamente. Se suele acusar de intolerancia a los psicoanalíticos. La única manifestación de tan censurable defecto ha sido su separación de los que pensaban de otro modo. Pero nada más han hecho contra ellos, que además han obtenido la mejor parte, pues al separarse se han librado, por lo general, de alguna de las cargas que nos agobian —del odio contra la sexualidad infantil o de las burlas contra el simbolismo—, y el mundo circundante los considera casi de buena fe, lo cual no siempre nos concede a los demás. Y también ha de hacerse constar que —salvo una notable excepción[2349]— han sido ellos los que se han excluido de nuestra comunidad.

¿Qué otros alegatos podéis formular basados en la tolerancia? Que si alguien formulare una opinión considerada completamente errónea por nosotros deberíamos decirle: «Gracias por haber expresado esta contradicción. Usted nos está advirtiendo contra el riesgo de la complacencia y nos da la oportunidad de revelar a los americanos que nosotros somos realmente “*broadminded*” como ellos siempre lo deseen ser. Con seguridad que nosotros no creemos una palabra de lo que usted está diciendo, pero esto

no cambia las cosas. Probablemente usted está en su derecho como lo estamos nosotros. Después de todo, ¿quién puede afirmar con seguridad cuál tiene la razón? A pesar de nuestro antagonismo nos suplica permitirle expresar sus puntos de vista en nuestras publicaciones. Nuestra esperanza es que usted sea tan generoso como para que en reciprocidad tengan cabida nuestras ideas que usted rechaza». En el futuro, cuando la vapuleada relatividad de Einstein llegue a ser enteramente reconocida, obviamente alcanzaremos un hábito regular en los asuntos científicos. En el presente, en verdad, no hemos llegado tan lejos. Nos restringimos a la manera antigua: adelantar solamente nuestras propias convicciones. De este modo nos exponemos a errores, ya que no nos precavemos en contra y rechazamos aquello que nos es contradictorio. Hemos hecho demasiado uso en el psicoanálisis del derecho de cambiar nuestras opiniones si pensamos que hemos encontrado algo mejor.

Una de las primeras aplicaciones del psicoanálisis fue la que nos enseñó a comprender la animadversión que el mundo circundante nos demostraba porque ejercíamos el psicoanálisis. Otras aplicaciones de naturaleza objetiva pueden aspirar a un interés más general. Nuestra primera intención fue la de llegar a comprender las perturbaciones de la vida anímica humana, ya que una experiencia singular nos había mostrado que en tal terreno la comprensión coincide con la curación y que hay un camino que conduce de la una a la otra. Pero luego, cuando reconocimos las íntimas relaciones, o incluso la identidad interior, entre los procesos patológicos y los llamados normales, el psicoanálisis se convirtió en psicología abisal, y dado que nada de lo que crean o hacen los hombres es comprensible sin auxilio de la Psicología, nacieron espontáneamente las aplicaciones del psicoanálisis a numerosos sectores científicos, sobre todo a las ciencias del espíritu, y plantearon nuevas tareas. Desgraciadamente, tales tareas tropezaron con obstáculos dependientes de la situación dada y que todavía hoy no han sido del todo removidos. Tal aplicación requiere conocimientos especializados que el analista no posee, mientras que los especialistas correspondientes desconocen el análisis y a veces no quieren tampoco saber nada de él. Resulta así que los analistas, como meros aficionados con más o menos preparación,

improvisada a veces en breve tiempo, han emprendido incursiones en dominios tales como la Mitología, la Historia de la Civilización, la Etnografía, la ciencia de las religiones, etc. Los investigadores asentados en tales dominios los recibieron como a verdaderos intrusos, y sus métodos y resultados fueron en un principio despreciados o rechazados. Pero estas circunstancias mejoran de día en día, y en todos los sectores son cada vez más las personas que estudian psicoanálisis para aplicarlo a su especialidad. Esperamos, pues, que nuestros afanes se vean premiados con una rica cosecha de nuevos atisbos. Las aplicaciones del psicoanálisis son, además, siempre confirmaciones de sus doctrinas. Allí donde la labor científica está más alejada de una actividad práctica, será también menos enconada la pugna inevitable de las opiniones.

Me siento muy tentado de conduciros, a través de todas las aplicaciones del psicoanálisis, a las ciencias del espíritu. Son interesantes para todo intelectual, y además sería para todos nosotros un merecido reposo apartarnos por algún tiempo de lo anormal y de lo patológico. Pero he de renunciar a ello, pues rebasaría los límites de estas conferencias, y —preciso es confesarlo— también mis capacidades. Aunque en algunos de tales sectores fui yo quien dio los primeros pasos, los progresos en ellos realizados desde entonces han acumulado un acervo de conocimientos del que no tengo ya visión precisa y conjunta, por lo que me sería precisa una dilatada labor de recapitulación. Aquellos de vosotros a quienes mi denuncia defraude pueden recurrir a la colección de nuestra revista *Imago*, dedicada a las aplicaciones no médicas del psicoanálisis.

Sólo un tema me es más difícil silenciar, aunque no porque lo domine especialmente o haya laborado intensamente en sus dominios. Por el contrario, apenas me he ocupado de él. Pero entraña tan extraordinaria importancia y está tan lleno de posibilidades de desarrollo, que puede considerarse como la actividad capital de análisis. Me refiero a la aplicación del psicoanálisis a la Pedagogía, a la educación de las generaciones venideras. Puedo, por lo menos, hacer constar con satisfacción que mi hija, Ana Freud, ha hecho de esta labor la misión de su vida, compensando así mi negligencia. El camino que a tal aplicación nos ha llevado no es difícil de

seguir. Cuando en el tratamiento de un neurótico adulto investigábamos la determinación de sus síntomas nos veíamos siempre en la necesidad de retroceder hasta su temprana infancia. El conocimiento de las etiologías posteriores no basta jamás ni para la comprensión del caso ni para la acción terapéutica. De este modo nos vimos precisados a trabar conocimiento con las particularidades psíquicas de la edad infantil, y averiguamos muchas cosas que sólo el análisis podía revelar, siéndonos así factible rectificar muchas de las opiniones generalmente aceptadas sobre la infancia. Descubrimos que los primeros años infantiles (hasta el quinto, poco más o menos) entrañan, por diversas razones, especialísima significación. En primer lugar, porque contienen la flor primera de la sexualidad, la cual deja tras de sí estímulos decisivos para la vida sexual de la madurez. Y en segundo, porque las impresiones de esta época recaen sobre un *yo* inmaduro y débil, sobre el cual actúan como traumas. De las tempestades de afectos que tales traumas desencadenan, el *yo* no puede defenderse más que con la represión, y adquiere así en la edad infantil todas las disposiciones a enfermedades y trastornos funcionales posteriores. Hemos comprendido que la dificultad de la infancia reside en que el niño tiene que asimilarse, en un breve período de tiempo, los resultados de un desarrollo cultural que se extiende a través de milenios enteros. Sólo una parte de esta transformación puede cumplir el niño por medio de su propio desarrollo; el resto tiene que serle impuesto por la educación. No nos sorprenderá, pues, que en muchas casos sólo muy imperfectamente lleve a cabo el niño tal tarea. Muchos niños pasan en estos primeros períodos por estados que podemos equiparar a las neurosis. Desde luego, todos los que luego enferman manifiestamente. En algunos niños la enfermedad neurótica no espera el período de madurez; aparece ya en la infancia y da que hacer a los padres y a los médicos.

No hemos vacilado en aplicar la terapia psicoanalítica a aquellos niños que mostraban síntomas neuróticos inequívocos o aparecían en vías de una evolución indeseable del carácter. La preocupación de que el análisis perjudicara al niño, expresada por los adversarios del psicoanálisis, se ha demostrado infundada. Nuestro provecho en estas empresas ha sido haber podido confirmar en el objeto vivo lo que en el adulto habíamos deducido, por decirlo así, de documentos históricos. Pero también el provecho del niño

ha sido muy satisfactorio. Ha resultado, en efecto, que el niño es un objeto muy favorable para la terapia analítica; los resultados son fundamentales y permanentes. Claro está que ha sido necesario modificar la técnica creada para el análisis de adultos. El niño es, psicológicamente, distinto del adulto; no posee todavía un *super-yo*; en su análisis, el método de la asociación libre resulta insuficiente, y la transferencia desempeña un papel completamente distinto, ya que el padre y la madre reales existen todavía al lado del sujeto. Las resistencias internas que combatimos en el adulto quedan sustituidas en el niño por dificultades externas. Cuando los padres se hacen substratos de la resistencia suelen poner en peligro el análisis e incluso el desarrollo del mismo, por lo cual se hace, a veces, necesario enlazar al análisis del niño cierta influencia analítica de los padres. Por otro lado las divergencias inevitables entre el análisis de los niños y de los adultos quedan disminuidas por la circunstancia de que algunos de nuestros pacientes adultos conservan tantos rasgos de carácter infantiles, que el analítico, adaptándose nuevamente a su sujeto, no puede menos de emplear con ellos ciertas técnicas del análisis infantil. Ha sucedido automáticamente que el análisis de niños ha llegado a ser terreno de analistas mujeres y sin duda que esto seguirá siendo así.

El descubrimiento de que la mayoría de los niños pasan en su desarrollo por una fase neurótica ha traído consigo el germen de una exigencia higiénica. Puede, en efecto, suscitarse la cuestión de si no sería conveniente auxiliar al niño con un análisis, aun cuando no muestre signos de perturbación, como medida precautoria en pro de su salud, lo mismo que hoy en día se vacuna a los niños contra la difteria, sin esperar a que la contraigan. La discusión de este problema tiene hoy tan sólo un interés académico. Ante vosotros puedo permitirme exponerlo. Mas para la mayoría de nuestros contemporáneos, el solo proyecto de someter al análisis a un niño es un sacrilegio, y dada la actitud de los padres ante el análisis, habremos de renunciar, por ahora, a toda esperanza de generalización. Una profilaxis de la neurosis, muy eficaz seguramente, presupone también una distinta constitución de la sociedad. La aplicación del psicoanálisis a la educación debe, pues, ser por hoy muy otra. Veamos claramente qué es lo que constituye la misión primera de la educación. El niño debe aprender a dominar sus instintos. Es imposible dejarle en libertad de seguir sin

restricción alguna sus impulsos. Ello constituiría un experimento muy instructivo para los psicólogos; pero les haría imposible la vida a los padres y acarrearía a los niños mismos graves prejuicios, como se demostraría en parte inmediatamente, y en parte en años posteriores. Así, pues, la educación tiene forzosamente que inhibir, prohibir y sojuzgar, y así lo ha hecho ampliamente en todos los tiempos. Pero el análisis nos ha demostrado que precisamente este sojuzgamiento de los instintos trae consigo el peligro de la enfermedad neurótica. Recordaréis cuán detalladamente hemos investigado los caminos por los que así sucede. En consecuencia, la educación tiene que buscar su camino entre el escollo del dejar hacer y el escollo de la prohibición. Y si el problema no es insoluble, será posible hallar para la educación un camino óptimo, siguiendo el cual pueda procurar al niño un máximo de beneficio causándole un mínimo de daños. Se tratará, pues, de decidir cuánto se puede prohibir, en qué épocas y con qué medios. Y luego habrá de tenerse en cuenta que los objetos de la influencia educadora entrañan muy diversas disposiciones constitucionales; de manera que un mismo método no puede ser igualmente bueno para todos los niños. La reflexión más inmediata enseña que la educación no ha cumplido hasta ahora sino muy imperfectamente su misión y ha causado a los niños graves daños. Si encuentra el camino óptimo y llega a realizar de un modo ideal su misión, podrá abrigar la esperanza de extinguir uno de los factores de la etiología de la enfermedad: el influjo de los traumas infantiles accidentales. El otro —el poderío de una constitución insubordinare de los instintos— nunca podrá suprimirlo. Si pensamos en los difíciles problemas que al educador se plantean: descubrir la peculiaridad constitucional del niño; adivinar, guiándose por signos apenas perceptibles, lo que se desarrolla en su vida anímica; otorgarle la justa medida de cariño y conservar, sin embargo, autoridad eficaz. Si pensamos en todos estos difíciles problemas, habremos de reconocer que la única preparación adecuada para la profesión del educador es una preparación psicoanalítica fundamental, la cual deberá comprender el análisis del sujeto mismo, pues sin experiencia en la propia persona no es posible asimilar el psicoanálisis. El análisis de los maestros y educadores parece ser una medida profiláctica más eficaz aún que el de los niños, y menos difícil de llevar a la práctica.

Citaremos, de paso, una promoción indirecta de la educación por medio del análisis, que puede alcanzar algún día máxima influencia. Los padres que han pasado por el análisis y deben a él muchas cosas, entre ellas el conocimiento de los defectos de su propia educación, manejarán mucho más comprensivamente a sus hijos y les ahorrarán muchos daños que a ellos no les fueron ahorrados.

Paralelamente a los esfuerzos de los analistas para influir sobre la educación, se desarrollan otras investigaciones sobre la génesis y la profilaxis de la delincuencia infantil y la criminalidad. También en este sector me limitaré a abriros la puerta y mostraros las estancias que detrás de ella se extienden; pero no os introduciré en ellas. Sé que si nuestro interés permanece fiel al psicoanálisis, tendréis ocasiones de oír sobre estas cosas muchos datos, nuevos y valiosos. Pero no quiero abandonar el tema de la educación sin mencionar un determinado punto de vista. Se ha dicho, y con razón, que toda educación es parcial, ya que tiende a que el niño incorpore al orden social existente sin tener en cuenta ni el valor ni la permanencia del mismo. Ahora bien: si estamos convencidos de los defectos de nuestras actuales instituciones sociales, no estará en modo alguno justificado poner también a su servicio la educación, orientada en sentido psicoanalítico. El fin de la misma deberá ser otro y más alto, libertado ya de las exigencias sociales dominantes. Pero, a mi juicio, tal argumento está aquí fuera de lugar. Tampoco el médico llamado para tratar a un enfermo de pulmonía tiene que ocuparse de si el paciente es un hombre honrado, un suicida o un criminal, ni de si merece seguir viviendo o debe deseársele la muerte. Tampoco aquel otro fin que se quiere señalar al psicoanálisis deberá ser parcial, ni es misión del analítico decidir entre los partidos en pugna. Sin contar con que el psicoanálisis se verá negado de toda posibilidad de influir sobre la educación en cuanto confiese intenciones inconciliables con el orden social vigente. La educación psicoanalítica tomaría sobre sí una responsabilidad innecesaria al proponerse hacer de su educando un rebelde. Su misión se limita a hacer de él un hombre sano y eficiente. Contiene ya en sí misma factores revolucionarios suficientes para garantizar que su educando no se situará luego al lado de los enemigos del progreso. Pero, además, creo de todo punto indeseable que la infancia sea revolucionaria.

Me propongo aún deciros algunas palabras sobre el psicoanálisis como terapia. La parte teórica correspondiente hube ya de formularla en mis conferencias de hace quince años, y nada tengo hoy que rectificar; me limitaré, pues, a daros a conocer la experiencia acumulada en el intervalo. Sabéis que el psicoanálisis fue, en su origen, un procedimiento terapéutico; luego ha rebasado tal calidad; pero no por ello ha abandonado su suelo natal, y su desarrollo, tanto en amplitud como en profundidad, continúa ligado al tratamiento de enfermos. El acervo de impresiones del cual extraemos nuestras teorías no puede ser acumulado de otro modo. Los fracasos que como terapeutas sufrimos nos plantean una y otra vez nuevos problemas, y las exigencias de la vida real son una protección eficaz contra el exceso de especulación, de la cual tampoco podemos prescindir en nuestra labor. Ya en nuestras primeras conferencias examinamos los medios con los que el psicoanálisis ayuda a los enfermos, cuando los ayuda, y los caminos que sigue; hoy examinaremos hasta dónde llega su eficacia.

Sabéis quizá que nunca he sido un entusiasta de la terapia. No es, por tanto, de temer que aproveche esta conferencia para desatarme en alabanzas. Prefiero quedarme corto antes que pasarme. En la época en que yo era aún el único analista solía oír a personas que pretendían afiliarse a mi causa: «Todo eso es muy ingenioso y muy bonito; pero muéstreme usted un caso curado por usted con auxilio del psicoanálisis». Ha sido ésta una de las fórmulas que en el curso del tiempo han ido sustituyéndose en la función de echar a un lado la incómoda novedad de nuestra teoría. Hoy aparece ya tan anticuada como tantas otras, pues los archivos de los analistas rebosan también cartas de agradecimiento de pacientes curados. Pero no es ésta la única analogía. El psicoanálisis es, realmente, una terapia como las demás admitidas. Tiene sus triunfos y sus descalabros, sus dificultades, sus limitaciones y sus indicaciones. Durante cierto tiempo se dijo que el psicoanálisis no podía ser tomado en serio como terapia y que no se aventuraba siquiera a publicar una estadística de sus resultados. Posteriormente, el Instituto Psicoanalítico de Berlín, fundado por el doctor Max Eitingon, ha publicado una extensa Memoria sobre su actividad en los diez primeros años de actuación. Los resultados positivos no son para vanagloriarse ni para avergonzarse. Pero tales estadísticas no son nada instructivas, pues el material al que se refieren

es tan heterogéneo, que sólo cifras muy elevadas permitirán sentar conclusiones firmes. Es mucho mejor recurrir a la propia experiencia individual. Haciéndolo así, puedo decir que, desde luego, no creo que nuestros éxitos puedan competir con los de Lourdes. Son muchos más los hombres que creen en los milagros de la Virgen que los que creen en la existencia de lo inconsciente. Volviendo ahora hacia la competencia terrenal, comparemos la terapia psicoanalítica con los restantes métodos psicoterápicos. Hoy en día apenas es preciso mencionar los tratamientos orgánicos físicos de los estados neuróticos. Como método psicoterápico, el análisis no se contrapone a los demás métodos de esta especialidad médica; no los desvaloriza ni los excluye. En teoría es perfectamente conciliable que un médico que aspira a llamarse psicoterapeuta emplee con sus enfermos el análisis al lado de otros métodos de curación, según la peculiaridad del caso y las circunstancias favorables o desfavorables externas. En realidad, es la técnica la que impone la especialización de la actividad médica. Así han tenido que disociarse la Cirugía y la Ortopedia. La actividad psicoanalítica es muy ardua y exacta, y no puede usarse de ella como de unas gafas que nos ponemos para leer y nos quitamos para salir de paseo. Por lo regular, el psicoanálisis acapara enteramente al médico o le deja fuera de sus ámbitos. Los psicoterapeutas que se ocupan también ocasionalmente del análisis no poseen, que yo sepa, firme base analítica; no han aceptado todo el análisis, sino que lo han «aguado» o incluso «desenfangado», y no pueden ser contados entre los analistas. Lo cual es de lamentar, según pienso. Sería, pues, muy conveniente la colaboración médica de un analista con un psicoterapeuta que se limitase a los demás métodos de la especialidad.

Comparado con los demás métodos de la Psicoterapia, el psicoanálisis es, sin duda alguna, el más poderoso. Lo cual es justo, pues también es el más penoso y prolongado y no se deberá usar en los casos leves. Con él se ha hecho posible, en los casos adecuados, suprimir trastornos y provocar modificaciones en forma ni siquiera soñada antes. Pero tiene también límites muy sensibles. La ambición terapéutica de algunos de mis adeptos los ha llevado a esforzarse en superar tales barreras para conseguir que la acción terapéutica del psicoanálisis se extendiera a todas las perturbaciones neuróticas. Han intentado llevar a cabo la labor analítica en tiempo más

breve, intensificar la transferencia, de manera que superase las resistencias todas y mezclar con ella otras clases de influjo para forzar la curación. Estos esfuerzos son, desde luego, plausibles, pero, a mi juicio, también vanos. Traen, además, consigo el peligro de empujar al médico fuera del análisis y llevarle a un ilimitado experimento[2350]. La esperanza de poder curar todo fenómeno neurótico me inspira la sospecha de ser una derivación de aquella creencia profana según la cual las neurosis son algo por completo superfluo que no tienen ninguna razón de existir. Y, por el contrario, son graves afecciones, constitucionalmente fijadas, que rara vez se limitan a algunas explosiones, siendo lo más corriente que se prolonguen a través de largos períodos, cuando no de toda la vida. La experiencia analítica, según la cual es posible influir intensamente sobre ellas cuando logramos apoderarnos de los motivos históricos de la enfermedad y de los factores auxiliares accidentales, nos ha hecho descuidar en la práctica terapéutica el factor constitucional. La radical inaccesibilidad de las psicosis para la terapia analítica nos indica que debemos limitar a las neurosis su campo de acción. La eficacia terapéutica del psicoanálisis queda limitada por toda una serie de factores tan importantes como inatacables. En el niño, en el que podíamos descontar grandes éxitos, dichos factores son las dificultades externas de la situación parental, aunque tales dificultades son después de toda parte necesaria de ser un niño. En el adulto aparecen representados por la magnitud de la petrificación psíquica y la forma de la enfermedad con todas las determinaciones más profundas que la misma encubre.

Al primero de estos factores no suele concedérsele —sin razón— toda la importancia que realmente entraña. Por grande que sea la plasticidad de la vida anímica y la posibilidad de reanimar antiguos estados, no todo se deja reanimar. Algunas modificaciones parecen definitivas; corresponden a cicatrices de procesos terminados. Otras veces experimentamos la impresión de una rigidez general de la vida anímica; los procesos psíquicos, susceptibles de ser dirigidos por otros caminos, parecen incapaces de abandonar los antiguos. Aunque esto equivale a lo anterior, sólo que visto de distinto modo. Con gran frecuencia creemos advertir que lo único que falta a la terapéutica es energía suficiente para provocar la modificación. Una determinada relación de dependencia, cierto componente instintivo, es

demasiado fuerte en comparación a las fuerzas contrarias que nosotros podemos movilizar. Así sucede siempre en la psicosis. Las comprendemos lo bastante para saber dónde habríamos de insertar las palancas, pero sabemos también que no podrían mover la carga. A este punto se enlaza la esperanza de que en lo futuro el conocimiento de la acción de las hormonas nos procure medios de luchar eficazmente contra los factores cuantitativos de las enfermedades; mas por hoy nos hallamos aún muy lejos de tal posibilidad. Comprendo que la inseguridad de todas estas circunstancias origine un impulso constante a perfeccionar la técnica del análisis y, muy especialmente, la transferencia. Sobre todo, el principiante en psicoanálisis, situado ante un fracaso terapéutico, dudará si atribuirlo a las condiciones del caso o a su defectuoso manejo de métodos. Pero ya dije antes que no creía que los esfuerzos orientados en este sentido produjesen mucho fruto.

La segunda limitación de los éxitos analíticos depende de la forma de la enfermedad. Sabéis ya que el sector de aplicación de la terapia analítica está constituido por las neurosis de transferencia, las fobias, las histerias, las neurosis obsesivas y aquellas anormalidades del carácter que se han desarrollado en lugar de tales enfermedades. Todo lo demás, los estados narcisistas y psicóticos, cae más o menos fuera de su alcance. Sería, por tanto, plenamente legítimo precaver los fracasos, excluyendo cuidadosamente tales casos. Las estadísticas del análisis mejorarían considerablemente con tal precaución. Desde luego; pero hay una contra. Nuestros diagnósticos se forman muchas veces sólo *a posteriori*. Son como aquella prueba a la que —según cuenta Víctor Hugo— un rey de Escocia sometía a las mujeres sospechosas de hechicería. Las cocía en un gran caldero de agua hirviendo, probaba el caldo, y por el sabor podía decir si la supliciada era o no una bruja. Algo así sucede también en nuestro caso, con la única diferencia de que somos nosotros los perjudicados. Sólo después de haberlo estudiado analíticamente durante algunas semanas, o incluso meses, podemos juzgar al paciente sometido a tratamiento o al candidato a analista. El paciente trae consigo trastornos indeterminados, generales, que no permiten fijar un diagnóstico. Este período de prueba puede revelar que se trata de un caso inadecuado. Entonces despedimos al candidato y al paciente lo conservamos aún breve tiempo, por si ello nos permite verlo a una luz más clara. El

paciente se venga entonces, aumentando la lista de nuestros fracasos, y el candidato rechazado, cuando es un paranoico, escribiendo libros psicoanalíticos. Ya veis que nuestras precauciones nos sirven de bien poco.

Temo que estos detalles no atraigan ya vuestro interés; pero aún sentiría más que creyerais que trato de rebajar vuestra estimación del psicoanálisis como terapia. Quizá haya obrado torpemente, pues lo que me proponía era precisamente lo contrario; disculpar las limitaciones terapéuticas del análisis, haciéndonos ver que son inevitables. Con la misma intención tocaré ahora otro punto; el reproche de que el tratamiento psicoanalítico exige demasiado tiempo. Hay que tener en cuenta que las modificaciones psíquicas sólo muy lentamente se cumplen; cuando sobreviene rápidamente es muy mala señal. Es cierto que el tratamiento de una neurosis grave se prolonga fácilmente años enteros; pero, en caso de éxito, podemos preguntarnos cuánto hubiese durado, si no, la enfermedad. Seguramente un decenio por cada año de tratamiento, o lo que es lo mismo, toda la vida del sujeto (como a menudo lo vemos en casos no tratados). En algunos casos tenemos que reanudar el análisis después de muchos años; la vida ha desarrollado en el intervalo, ante nuevos motivos, nuevas reacciones patológicas, pero mientras tanto el paciente ha gozado de buena salud. El primer análisis falló en revelar todas las disposiciones patológicas, y fue natural que terminara el análisis logrado el éxito. Hay también hombres gravemente dañados, a los que es preciso conservar toda su vida bajo supervisión analítica, reanudando de tiempo en tiempo su análisis; pero estos sujetos no podrían vivir de otro modo y debe satisfacernos poder conservarlos en pie por medio de este tratamiento fraccionado y recurrente. También el análisis de las perturbaciones del carácter exige un tratamiento prolongado, pero que a menudo es exitoso; pero ¿conocéis alguna terapia con la que intentar siquiera una tal labor? La ambición terapéutica puede sentirse descontenta con estas circunstancias; pero el ejemplo de la tuberculosis y el del lupus nos han demostrado ya que el éxito sólo es posible cuando se adapta la terapia a los caracteres de la enfermedad.

Os he dicho que el psicoanálisis comenzó con una terapia; pero no es en calidad de terapia como yo quería recomendarla a vuestro interés, sino por su

contenido de verdad por los descubrimientos que nos procura sobre aquello que más interesa al hombre sobre su propio ser y por las relaciones que señala entre sus más diversas actividades. Como terapia es una entre muchas, si bien sea *primus inter pares*. Si no tuviera un valor terapéutico, no habría sido hallada en el tratamiento de los enfermos ni se hubiera desarrollado a través de más de treinta años.

Lección XXXV.—EL PROBLEMA DE LA CONCEPCIÓN DEL UNIVERSO (*Weltanschauung*)

Señoras y señores:

EN nuestra última reunión nos hemos ocupado de pequeños cuidados cotidianos, como si quisiéramos poner en orden nuestros modestos asuntos caseros. Hoy vamos a tomar osado impulso y a arriesgarnos a dar respuesta a una interrogación que repetidamente nos ha sido planteada desde fuera. La de si el psicoanálisis conduce a una determinada *Weltanschauung* (concepción del Universo) y a cuál.

El concepto de *Weltanschauung* es un concepto específicamente alemán, de difícil traducción a otros idiomas. Intentaré, pues, definirlo, aunque estoy seguro de que mi definición ha de pareceros torpe. Para mí, una *Weltanschauung* es una construcción intelectual que resuelve unitariamente, sobre la base de una hipótesis superior, todos los problemas de nuestro ser, y en la cual, por tanto, no queda abierta interrogación ninguna y encuentra su lugar determinado todo lo que requiere nuestro interés. Se comprende, pues, que la posesión de una tal *Weltanschauung* sea uno de los ideales optativos de los hombres. Teniendo fe en ella, puede uno sentirse seguro en la vida, saber a qué debe uno aspirar y cómo puede orientar más adecuadamente sus afectos y sus intereses.

Si tal fuera realmente el carácter de una concepción del Universo, no sería difícil fijar la posición del psicoanálisis a su respecto. Siendo una ciencia especial, una rama de la Psicología —psicología abisal, o psicología de lo inconsciente—, será absolutamente inadecuada para desarrollar una

concepción particular del Universo y tendrá que aceptar la de la ciencia. Pero la concepción científica del Universo se aparta ya notablemente de nuestra definición. Acepta también, desde luego, la *unidad* de la explicación del Universo, pero sólo como un programa cuya realización está desplazada en el futuro. Aparte de esto, se distingue por caracteres negativos, por la limitación a lo cognoscible en el presente y por la repulsa de ciertos elementos ajenos a ella. Afirma que la única fuente de conocimiento del Universo es la elaboración intelectual de observaciones cuidadosamente comprobadas, o sea, lo que llamamos investigación, y niega toda posibilidad de conocimiento por revelación, intuición o adivinación. Parece ser que, durante el siglo pasado, esta concepción llegó a ser casi generalmente reconocida. Estaba reservado a nuestro siglo actual oponer el reparo de que una tal concepción resulta tan pobre como desconsoladora y desatiende tanto las aspiraciones intelectuales del hombre como las necesidades de su mente.

Tal reparo debe ser rechazado con máxima energía. Carece de todo fundamento, pues el intelecto y la mente son objeto de la investigación científica, exactamente del mismo modo que cualesquiera otras cosas ajenas al hombre. El psicoanálisis tiene un derecho particularísimo a intervenir aquí en favor de la concepción científica del Universo, pues no puede hacérsele el reproche de haber desatendido lo psíquico en el cuadro del Universo. Su contribución a la ciencia consiste precisamente en la extensión de la investigación al terreno psíquico. Sin una tal psicología, la ciencia sería ciertamente muy incompleta. Pero esta incorporación de la investigación de las funciones intelectuales y emocionales de los hombres (y de los animales) a la ciencia no modifica en modo alguno su posición general, pues no trae consigo nuevas fuentes del saber ni métodos nuevos de investigación. La intuición y la adivinación sí serían tales si existieran, pero podemos contarlas tranquilamente entre las ilusiones, entre las satisfacciones ilusorias de impulsos optativos. No es tampoco nada difícil comprobar que el planteamiento de semejantes exigencias a una concepción del Universo tiene tan sólo un fundamento afectivo. La ciencia toma nota de que la vida anímica humana crea tales exigencias y está dispuesta a investigar sus fuentes, pero no tiene motivo alguno para reconocerlas justificadas. Muy al contrario, se ve constreñida a separar cuidadosamente del saber todo lo que es ilusión y

consecuencia de aquella aspiración afectiva.

Lo cual supone apartar desdeñosamente tales deseos ni subestimar su valor en la vida del hombre. La ciencia está dispuesta a investigar qué satisfacciones han conquistado dichos deseos en los rendimientos del arte y en los sistemas religiosos y filosóficos, pero no puede dejar de ver que sería injusto y en alto grado inconveniente admitir la transferencia de tales aspiraciones al terreno del conocimiento. Pues con ello se abren los caminos que conducen a los dominios de la psicosis, bien sea de la psicosis individual o de la psicosis colectiva, y se sustrae a tales tendencias valiosas energías que se orientan hacia la realidad para satisfacer en ella, dentro de lo posible, deseos y necesidades.

Desde el punto de vista de la ciencia uno no puede evitar ejercer la propia facultad crítica y empezar aquí con rechazos a dimisiones. Es inadmisible decir que la ciencia es un único sector de la actividad del espíritu humano y la religión y la filosofía otros, equivalentes por lo menos, en los cuales no tiene por qué intervenir la ciencia; que todos aspiran por igual a la verdad, y que cada hombre puede elegir libremente de dónde extraer sus convicciones y en qué poner su fe. Tal concepción pasa por ser muy distinguida, tolerante, comprensiva y libre de angostos prejuicios. Desgraciadamente, no es sustentable; participa de toda la novicidad de una concepción del Universo completamente anticientífica y equivale prácticamente a ella. Lo cierto es que la verdad no puede ser tolerante, que no admite transacciones ni restricciones, y que la investigación considera como dominio propio todos los sectores de la actividad humana y tiene que mostrarse implacablemente crítica cuando otro poder quiere apropiarse parte de ellos.

De los tres poderes que pueden disputar a la Ciencia su terreno, el único enemigo serio es la religión. El arte es casi siempre inofensivo y benéfico; no quiere ser sino ilusión. Salvo en pocas personas que, según suele decirse, están poseídas por el arte, éste no arriesga incursiones en el imperio de la realidad. La Filosofía no es contraria a la Ciencia: se comporta ella misma como una ciencia; labora en parte con los mismos métodos; pero se aleja de ella en cuanto sustenta la ilusión de poder procurar una imagen completa y coherente del Universo, cuando lo cierto es que tal imagen queda

forzosamente rota a cada nuevo progreso de nuestro saber. Metodológicamente, yerra en cuanto sobreestima el valor epistemológico de nuestras operaciones lógicas y reconoce otras distintas fuentes del saber, tales como la intuición. Y a menudo pareciera ser que el burlesco comentario del poeta no fuera del todo injustificado cuando se refiere al filósofo en los siguientes términos:

«Con su gorro de dormir y con los jirones de su camisón parcha las brechas de la estructura del Universo». (Heine.)

Pero la Filosofía carece de influencia inmediata sobre la gran mayoría de los hombres; interesa sólo a una minoría dentro del estrato superior, minoritario ya, de los intelectuales, y para los demás es casi inaprehensible. En cambio, la religión es un magno poder que dispone de las más intensas emociones humanas. Sabido es que en tiempos antiguos abarcaba todo lo que en la vida humana era espiritualidad, que ocupaba el lugar de la ciencia cuando apenas existía una ciencia y que ha creado una concepción del Universo incomparablemente lógica y concreta, la cual, aunque resquebrajada ya, subsiste aún hoy en día.

Si queremos darnos cuenta exacta del poderío de la religión, deberemos hacernos presente todo lo que pretende procurar a los hombres. Les explica el origen y la génesis del Universo, les asegura protección y dicha final en las vicisitudes de la vida y orienta sus opiniones y sus actos con prescripciones que apoya con toda su autoridad. Cumple, pues, tres funciones. Con la primera satisface el ansia de saber de los hombres; hace lo mismo que la ciencia intenta con sus medios y entra así en rivalidad con ella. A su segunda función es quizá a la que debe la mayor parte de su influencia. En cuanto mitiga el miedo de los hombres a los peligros y vicisitudes de la vida, les asegura un desenlace venturoso y los consuela en la desgracia; no puede la ciencia competir con ella. La ciencia enseña, desde luego, cómo es posible evitar ciertos peligros y combatir con éxito ciertos padecimientos; sería injusto negar que auxilia poderosamente a los hombres; pero en muchas situaciones tiene que abandonarnos a sus cuitas y sólo sabe aconsejarles resignación. En su tercera función, cuando formula prescripciones, prohibiciones y restricciones, es en la que la religión se aleja más de la ciencia. Pues ésta se contenta con investigar y establecer hechos. Aunque

también de sus aplicaciones se deriven, ciertamente, reglas y consejos para la conducta en la vida. En ocasiones, las mismas prescritas por la religión, pero entonces con distinto fundamento.

La coincidencia de estos tres contenidos de la religión no es por completo transparente. ¿Qué puede tener que ver la explicación de la génesis del mundo con la imposición de determinados preceptos éticos? Las seguridades de protección y bienaventuranza aparecen más íntimamente enlazadas a las exigencias éticas. Son el premio al cumplimiento de tales mandamientos; sólo quien a ellos se somete puede contar con semejantes beneficios; los desobedientes son castigados. También en la ciencia hallamos algo análogo. Para ella, quienes desprecian sus aplicaciones se exponen a graves perjuicios.

Para mejor comprender esta singular coincidencia de instrucción, consuelo y exigencia en la religión, basta someterla a un análisis genético. El cual debe partir del punto más impresionante del conjunto de la explicación de la génesis del Universo, pues ¿por qué todo sistema religioso ha de integrar forzosamente una cosmogonía? La doctrina general es que el mundo ha sido creado por un ser semejante al hombre, pero amplificado en todo: poder, sabiduría e intensidad de las pasiones; por un superhombre idealizado. La atribución de la creación del mundo a un animal indica la influencia del totemismo, a la que luego dedicaremos algunas observaciones. Es interesante comprobar que tal Creador es siempre uno solo, aun en aquellas religiones que admiten pluralidad de dioses. Y también que es casi siempre un hombre, aunque no falten casos de divinidades femeninas y algunas mitologías hagan empezar precisamente la creación del mundo con la muerte de una divinidad femenina rebajada a la categoría del monstruo, a manos de una divinidad masculina.

A este punto se enlazan interesantísimos problemas de detalle, pero no podemos detenernos en ellos. El resto del camino se nos hace fácilmente visible en cuanto comprobamos que dicho dios-creador es considerado como padre de los hombres. El psicoanálisis deduce que es realmente el padre con toda la magnificencia como en otros tiempos pareció al niño. El hombre religioso se representa la creación del mundo a la manera de su propia génesis.

Ahora se explica ya, fácilmente, cómo las seguridades consoladoras y las

severas exigencias éticas concurren con la cosmogonía. Pues la misma persona a la que el niño debe su existencia, el padre (o más exactamente, la instancia parental compuesta por el padre y la madre), ha protegido y vigilado al niño, débil e inerme, expuesto a todos los peligros acechantes en el mundo exterior; bajo su guarda se sintió seguro. Adulto ya, el hombre sabe poseer fuerzas mayores, pero también su conocimiento de los peligros de la vida se ha acrecentado, y deduce con razón, que, en el fondo, continúa tan inerme y expuesto como en la infancia; sabe que frente al mundo sigue siendo un niño. Por tanto, no quiere renunciar tampoco entonces a la protección de que gozó en su infancia. Pero ha reconocido tiempo atrás que su padre es un ser de poderío muy limitado y en el que no concurren todas las excelencias. En consecuencia, recurre a la imagen mnémica del padre, tan sobreestimado por él, de su niñez; la eleva a la categoría de divinidad y la sitúa en el presente y en la realidad. La energía afectiva de esta imagen mnémica y la persistencia de necesidad de protección sustentan conjuntamente su fe en Dios.

También el tercer punto capital del programa religioso, la exigencia ética, se adapta sin violencia a esta situación de la infancia. En frase famosa, el filósofo Kant invoca la existencia del firmamento estrellado y la de la ley moral en nuestro corazón como los testimonios más firmes de la grandeza de Dios. Por singular que parezca semejante yuxtaposición —pues ¿qué pueden tener que ver los astros con la cuestión de si un hombre ama a otro o lo asesina?— roza una magna verdad psicológica. El mismo padre (la instancia parental), que ha dado la vida al niño y le ha protegido de los peligros de la misma, le enseñó lo que debía hacer y lo que no debía, le indicó la necesidad de someterse a ciertas restricciones de sus deseos instintivos y le hizo saber qué consideraciones debía guardar a padres y hermanos si quería llegar a ser un miembro tolerado y bien visto del círculo familiar y luego de círculos más amplios. Por medio de un sistema de premios amorosos y castigos, el niño es educado en el conocimiento de sus deberes sociales y se le enseña que la seguridad de su vida depende de que los padres, y luego los demás, le quieran y puedan creer en su amor hacia ellos. Todas estas circunstancias las integra luego el hombre, sin modificaciones, en la religión. Las prohibiciones y las exigencias de los padres perviven como conciencia moral en su fuero interno; con ayuda del mismo sistema de premio y castigo gobierna Dios el mundo de

los humanos; del cumplimiento de las exigencias éticas depende qué medida de protección y de felicidad sea otorgada al individuo; en el amor a Dios y en la conciencia de ser amado por Él se funda la seguridad con la que el individuo se acoraza contra los peligros que le amenazan por parte del mundo exterior y del de sus congéneres. Por último, el individuo se ha asegurado, con la oración, una influencia directa sobre la voluntad divina y, con ella, una participación en la omnipotencia divina.

Sé que mientras me oíais han surgido en vosotros múltiples interrogaciones, a las que os gustaría lograr respuesta. Hoy y aquí no me es posible llevar a cabo tal labor, pero estoy seguro de que ninguna de tales investigaciones de detalle echaría por tierra nuestra tesis de que la concepción religiosa del Universo tiene su determinación en la situación de nuestra infancia. Siendo así tanto más singular que, no obstante éste su carácter infantil, tenga un precedente. Hubo, sin duda, una época sin religión y sin dioses. La de lo que llamamos animismo. El mundo estaba también plagado por entonces de seres espirituales semejantes al hombre —demonios los llamamos—, y todos los objetos del mundo exterior eran su sede o acaso idénticos con ellos, pero no había un poder superior que los hubiera creado a todos ellos, y siguiera dominándolos, y del cual invocar protección y ayuda. Los demonios del animismo eran, en su mayoría, hostiles al hombre, pero parece que el hombre confiaba por entonces más que luego en sus propias fuerzas. Sufría, ciertamente, bajo un miedo constante a tales espíritus malignos, pero se defendía de ellos con determinados actos, a los que atribuía el poder de ahuyentarlos. Y tampoco se consideraba exento de todo poderío. Cuando deseaba algo de la Naturaleza, por ejemplo, cuando quería que lloviese, no rezaba al dios de las lluvias, sino que practicaba un hechizo del que esperaba una influencia directa sobre la Naturaleza; hacía, por sí mismo, algo semejante a la lluvia. En la lucha contra los poderes del mundo circundante, su arma primera fue la magia, precursora primera de nuestra tecnología actual. Suponemos que la confianza en la magia se deriva de la sobreestimación de las propias operaciones intelectuales, de la fe en la «omnipotencia del pensamiento», la cual, incidentalmente, volvemos a hallarla en nuestros neuróticos obsesivos. Podemos imaginar que los hombres de aquellos tiempos se sentían especialmente orgullosos de sus conquistas en

el lenguaje hablado, conquistas que hubieron de facilitar grandemente el pensamiento. Atribuyeron, pues, a la palabra fuerza mágica. Este rasgo fue luego tomado por la religión: «Y Dios dijo: Hágase la luz, y la luz fue hecha». Además, el hecho de los actos mágicos muestra que el hombre animista no se confiaba simplemente a la fuerza de sus deseos. Esperaba, más bien, el éxito de la ejecución de un acto que había de promover a imitación a la Naturaleza. Cuando quería lluvia esparcía él mismo agua sobre la tierra, y cuando quería estimular al suelo la fertilidad le daba el espectáculo de una unión sexual al aire libre.

Sabéis ya cuán difícilmente perece lo que ha llegado a crearse expresión psíquica. No os sorprenderá, pues, oír que muchas manifestaciones del animismo se han conservado hasta nuestros días, en su mayor parte, como supersticiones, al lado de la religión y detrás de ella. Más aún: apenas podréis rechazar el juicio de que nuestra filosofía ha conservado rasgos esenciales del pensamiento animista, tales como la sobreestimación del poder de las palabras y la creencia de que los procesos reales del mundo siguen los caminos que nuestro pensamiento quiere señalarles. Sería, desde luego, un animismo sin actos mágicos. Por otro lado, debemos esperar que ya en aquellas épocas hubiera una especie cualquiera de ética, una serie de preceptos para el trato de los hombres entre sí; pero nada abona que se hallasen más íntimamente ligados a la creencia animista. Probablemente eran la manifestación directa del relativo poder de los hombres o de sus necesidades prácticas.

Sería harto deseable saber qué fue lo que motivó el paso desde el animismo a la religión; pero ya supondréis cuán densas tinieblas encubren aún hoy en día estas épocas primordiales de la historia de la evolución del espíritu humano. Parece un hecho que la primera forma expresiva de la religión fue el singularísimo totemismo, el culto a ciertos animales, consecutivamente al cual surgieron los primeros mandamientos, los tabús. En mi libro *Totem y tabú* [1912-3] he desarrollado una hipótesis que refiere este proceso a una revolución de las circunstancias de la familia humana. El rendimiento capital de la religión, comparada con el animismo, reside en la vinculación psíquica del miedo a los demonios. Pero el espíritu maligno ha logrado, como residuo de la época primordial, un puesto en el sistema de la

religión.

Expuesta así, a grandes rasgos, la prehistoria de la concepción religiosa del Universo, atenderemos ahora a lo que ha sucedido desde entonces y sucede aún hoy ante nuestros ojos. El espíritu científico, robustecido con la observación de los procesos naturales, ha comenzado a considerar la religión como un asunto humano y a someterla a un examen crítico que la religión no ha podido resistir. Fueron primero sus relatos de milagros los que despertaron extrañeza e incredulidad, porque contradecían todo lo que la observación serena había enseñado y delataban manifiestamente la influencia de la fantasía de los hombres. Luego hubieron de encontrar repulsa sus doctrinas explicativas del mundo existente, pues testimoniaban de una ignorancia que llevaba impreso el sello de tiempos antiguos y a la que el hombre se sabía superior merced a su mayor familiaridad con las leyes naturales. La doctrina de que el mundo habría nacido de actos de cópula o creadores, análogamente a la génesis del individuo humano, no parecía ya ser la hipótesis más inmediata y evidente, una vez impuesta al pensamiento la diferenciación de seres vivos y animados y una naturaleza inanimada, diferenciación incompatible con el mantenimiento del animismo original. Y tampoco debe perderse de vista la influencia del estudio comparativo de los diversos sistemas religiosos y la de la impresión de su exclusión e intolerancia recíprocas.

Robustecido con estos ejercicios previos, el espíritu científico halló por fin valor suficiente para arriesgarse al examen de los elementos más importantes y efectivamente más valiosos de la concepción religiosa del Universo. Siempre había podido verse, pero sólo muy luego se arriesgó, que también las afirmaciones religiosas que prometen al hombre protección y dicha, en cuanto cumpla determinados mandamientos éticos, se demostraban inverosímiles. No parece ser cierto que exista en el Universo un poder que vele con paternal cuidado por el bienestar del individuo y dirija hacia un dichoso final cuando le atañe. Parece más bien que los destinos del hombre no son conciliables con la hipótesis de una bondad universal ni con la de una justicia universal —que, en parte, contradeciría aquélla—. Los terremotos, los maremotos y los incendios no hacen diferencia alguna entre el hombre

piadoso y bueno y el malvado o el incrédulo. Ni tampoco allí donde no interviene la naturaleza inanimada y el destino del individuo depende así de sus relaciones con los demás hombres es regla general que la virtud halle su recompensa y el malvado su castigo, pues es frecuente que el hombre violento, astuto y desconsiderado se apodere de los envidiados bienes terrenos y deje al honrado y piadoso con las manos vacías. Poderes tenebrosos, insensibles y ajenos de todo amor determinan el destino de los hombres; el sistema de premios y castigos, al que la religión ha adscrito el régimen del mundo, no parece existir. He aquí una razón más para sacar unas gotas más de la teoría animista que ha sido incorporada a la religión desde el animismo.

El psicoanálisis ha aportado la última contribución a la crítica de la concepción religiosa del Universo, atribuyendo el origen de la religión a la necesidad de protección del niño inerme y débil y derivando sus contenidos de los deseos y necesidades de la época infantil, continuados en la vida adulta. Lo cual no significa precisamente una refutación de la religión, pero constituye un perfeccionamiento necesario de nuestro conocimiento de ella y, por lo menos en un punto, una contradicción, ya que la religión pretende ser de origen divino. En lo cual no yerra, siempre que se acepte nuestra interpretación de Dios.

El juicio sintético de la ciencia sobre la concepción religiosa del Universo es, pues, el siguiente: Mientras las distintas religiones discuten cuál de ellas posee la verdad, nosotros opinamos que precisamente el contenido de verdad de la religión es lo que menos importa. La religión es una tentativa de dominar el mundo sensorial, en el que estamos situados, por medio del mundo de anhelos que en nosotros hemos desarrollado a consecuencia de necesidades biológicas y psicológicas. Pero no lo consigue. Sus doctrinas llevan impreso el sello de los tiempos en los que surgieron, el sello de la infancia ignorante de la Humanidad. Sus consuelos no merecen confianza. La experiencia nos enseña que el mundo no es una *nursery*. Las exigencias éticas, a las que la religión quiere prestar apoyo, demandan más bien un fundamento distinto, pues son indispensables a la sociedad humana y es peligroso enlazar su cumplimiento a la creencia religiosa. Si intentamos incorporar la religión a la marcha evolutiva de la Humanidad, no se nos

muestra como una adquisición perdurable, sino como una contrapartida de la neurosis que el individuo civilizado atraviesa en su camino desde la infancia a la madurez.

Podéis, claro está, someter esta exposición mía a vuestra crítica. Yo mismo os facilitaré el trabajo. Lo que acabo de deciros sobre la paulatina fragmentación de la concepción religiosa del Universo ha sido —por imperativos del espacio y tiempo— muy incompleto; no hemos seguido con absoluta exactitud la sucesión de los distintos procesos ni tampoco la acción conjunta de fuerzas diversas al despertar del espíritu científico. Ni hemos atendido tampoco a las modificaciones que la misma concepción religiosa del Universo ha experimentado durante la época de su reinado indiscutible, y luego bajo la influencia de la crítica emergente. Por último, he limitado la discusión a un único sistema religioso, al de los pueblos occidentales. Me he creado, por decirlo así, un modelo anatómico, a los fines de una discusión acelerada y lo más impresionante posible. Dejemos a un lado a la cuestión de si mis conocimientos hubieran bastado para hacer algo mejor y más completo. Sé que cuanto os he dicho podéis hallarlo, y mejor, en otros lados; nada de ello es nuevo. Permitidme que manifieste mi convicción de que la más cuidadosa elaboración de la materia del problema de la religión no echaría por tierra nuestros resultados.

Sabéis que la lucha del espíritu científico contra la concepción religiosa del Universo no ha llegado aún a su término y sigue desarrollándose ante nuestros ojos. Aunque el psicoanálisis no gusta de servirse del arma de la polémica, esta vez no queremos privarnos de tomar parte en la pugna, pues ello nos procurará acaso una mayor aclaración en nuestra posición ante las demás concepciones del Universo. Veréis cuán fácil resulta rechazar algunos de los argumentos que los adeptos de la religión aducen, aunque, desde luego, queden en pie otros varios.

La primera objeción que suele oírse es la de que, por parte de la ciencia, supone un atrevimiento hacer de la religión objeto de sus investigaciones, pues la religión es algo sublime, superior a toda actividad intelectual humana, a lo que no debe llegar la crítica. O dicho de otro modo: que la ciencia no está capacitada para enjuiciar a la religión. Es, por lo demás, tan útil como valiosa en tanto se limita a sus dominios, pero la religión cae por completo fuera de

ellos. Mas si no nos dejamos intimidar por tan decidida repulsa y seguimos interrogando en qué se funda semejante pretensión a un lugar de excepción entre todos los asuntos humanos, se nos responderá, si se nos responde, que la religión no puede ser estimada con ninguna medida humana, pues es de origen divino y nos ha sido dada por revelación de un espíritu que el espíritu humano es incapaz de comprender. Argumento fácilmente rechazable, pues entraña manifiestamente una «*petitio principii*» un «*begging the question*[2351]». Se plantea, en efecto, la cuestión de si existe un espíritu divino y una revelación procedente del mismo, cuestión insoluble desde el momento en que se niega todo derecho a plantearla, ya que la divinidad no puede ser puesta en tela de juicio. Sucede aquí lo que alguna vez en psicoanálisis. Cuando un paciente, razonable en lo demás, rechaza determinada hipótesis con argumentos singularmente estúpidos, tal debilidad lógica atestigua la existencia de un motivo particularmente enérgico de contradicción, que sólo de naturaleza afectiva puede ser un lazo emocional.

Podemos obtener también otra respuesta en la que es francamente confesado tal motivo. La religión no debe ser sometida a un examen crítico, porque es lo más elevado, valioso y magno que el espíritu humano ha producido; porque da expresión a los sentimientos más profundos y es lo que hace tolerable el mundo y digna la vida del hombre. A lo cual no necesitamos replicar discutiendo tal apreciación de la religión, sino orientando la atención hacia otro estado de cosas; esto es, haciendo resaltar que no se trata de una intrusión del espíritu científico en el terreno de la religión, sino, por el contrario, de una intrusión de la religión en la esfera del pensamiento científico. Cualesquiera que sean el valor y la importancia de la religión, no tiene derecho a limitar en modo alguno el pensamiento ni, por tanto, el derecho de excluirse a sí misma de la aplicación del pensamiento.

El pensamiento científico no es, en su esencia, distinto de la actividad intelectual normal que nosotros todos, creyentes e incrédulos, utilizamos en el despacho de nuestros asuntos en la vida. Sólo en algunos rasgos se ha especializado; se interesa también por cosas que no entrañan una aplicación inmediata y concreta; se esfuerza en mantener alejados los factores individuales y las influencias afectivas; examina severamente la garantía de las percepciones sensoriales en las que basa sus conclusiones; se procura

nuevas percepciones imposibles de lograr con los medios cotidianos, y aísla las condiciones de estas nuevas experiencias en experimentos intencionadamente variados. Su aspiración es alcanzar la coincidencia con la realidad; esto es, con aquello que existe fuera e independientemente de nosotros y que, según nos lo ha mostrado la experiencia, es decisivo para el cumplimiento o el fracaso de nuestros deseos. A esta coincidencia con el mundo exterior real es a lo que llamamos verdad. Ella es la meta de la labor científica, incluso cuando prescindimos de su valor práctico. Así, pues, si la religión afirma que puede sustituir a la ciencia y que, por ser benéfica y elevadora, tiene también que ser verdadera, ello constituye una intrusión que debe ser rechazada en nombre del interés general. Al hombre que ha aprendido a llevar sus asuntos ordinarios conforme a las normas de la experiencia y teniendo en cuenta la realidad es una impertinencia exigirle que confíe precisamente el cuidado de sus más íntimos intereses a una instancia que pretende, como privilegio suyo, la liberación de todos los preceptos del pensamiento racional. Y en cuanto a la protección que la religión promete a sus creyentes, creo yo que ninguno de nosotros se arriesgaría a subir a un automóvil cuyo conductor declarase que avanzaba sin cuidarse de las reglas de la circulación, siguiendo sólo los impulsos de su elevada imaginación.

La prohibición de pensar que la religión decreta en servicio de su propia conservación entraña también graves peligros, tanto para el individuo como para la comunidad humana. La experiencia analítica nos ha enseñado que tal prohibición, aunque limitada originalmente a un determinado sector, integra una tendencia a extenderse, haciéndose entonces causa de graves inhibiciones en la vida individual. Esta consecuencia puede ser observada también en el sexo femenino como efecto de la prohibición de ocuparse de su sexualidad, aunque sólo sea con el pensamiento. En las vidas de casi todos los individuos sobresalientes de tiempos pasados pueden señalarse los daños imputables a esta inhibición religiosa del pensamiento. Por otro lado, el intelecto —o, dándole el nombre que más familiar nos es, la razón— pertenece a aquellos poderes de los que más justificadamente podemos esperar una influencia aglutinante sobre los hombres, a los que tan difícil se hace mantener unidos y, por tanto, gobernar. Representémonos cuán imposible se haría la sociedad humana si cada individuo tuviera también su tabla de multiplicar particular y

su sistema especial de pesas y medidas. Nuestra mejor esperanza es que el intelecto —el espíritu científico, la razón— logre algún día la dictadura sobre la vida psíquica del hombre. La esencia misma de la razón garantiza que nunca dejará de otorgar su debido puesto a los impulsos afectivos del hombre y a lo que por ellos es determinado. Pero la coerción común de tal reinado de la razón resultará el más fuerte lazo de unión entre los hombres y procurará otras armonías. Aquello que, como la prohibición religiosa de pensar, se opone a una tal evolución es un peligro para el porvenir de la Humanidad.

Podemos ahora preguntar por qué la religión no pone término a esta pugna, tan sin esperanzas para ella, declarando franca y espontáneamente: «Es cierto que yo no puedo daros aquello que generalmente es llamado la verdad; para ello debéis ateneros a la ciencia. Pero lo que sí puedo procuraros es mucho más bello, consolador y elevado que todo lo que podéis recibir de la ciencia. Y por eso os digo que es también verdadero en un sentido distinto y más alto». La respuesta es fácil: La religión no puede hacer semejante confesión, porque perdería con ella toda influencia sobre la masa. El hombre común no conoce más que una verdad en el sentido común de la palabra. No puede representarse lo que pueda ser una verdad más alta o suprema. La verdad le parece tan incapaz de superación como la muerte y no puede tampoco dar el salto desde lo bello a lo verdadero. Quizá pensáis conmigo que hace muy bien en todo ello.

Así, pues, la pugna no ha terminado. Los adeptos de la concepción religiosa del Universo obran conforme al antiguo precepto de que la mejor defensa es el ataque. Preguntan: ¿Qué es esa ciencia que se atreve a desvalorizar nuestra religión, que ha otorgado salvación y consuelo a millones de hombres durante millares de años? ¿Qué ha hecho por su parte? ¿Y qué podemos esperar de ella? Se confiesa incapaz de procurar consuelo y elevación. Prescindamos de ello, aunque no sea cosa fácil la renuncia. Pero ¿y sus doctrinas? ¿Puede decirnos cuál ha sido el origen del mundo y cuáles han de ser sus destinos? ¿Puede trazarnos siquiera una imagen coherente del mundo y mostrarnos la condición de los fenómenos inexplicados de la vida y cómo actúan las fuerzas espirituales sobre la materia inerte? Si lo pudiera, no le negaríamos nuestra consideración. Pero no hay nada de eso. No ha resuelto aún ningún problema de este orden. Nos da fragmentos de un pretenso

conocimiento, inconexos y aislados, sin que sepa formar con ellos un todo coherente; reúne observaciones de regularidades en el curso de los sucesos, a las que da el nombre de leyes y las somete a sus aventuradas interpretaciones. ¡Y qué mínimo grado de seguridad atribuye a sus resultados! Todo lo que enseña es tan sólo provisional; lo que hoy es ensalzado como máxima sabiduría es rechazado mañana y sustituido por otra provisionalidad. El último error es entonces la verdad. Y a esta verdad se pretende que sacrifiquemos nuestro mayor bien.

Me atrevo a creer que, en cuanto compartís la concepción científica del Universo, así atacada, no os habrán impresionado gran cosa tales críticas. En la vieja Austria imperial sucedió algo que, en este punto, quiero recordaros. El viejo soberano, molesto con los actos de un partido político que le era incómodo, se expresó un día en los términos siguientes: «Eso no es ya una oposición ordinaria; es una oposición facciosa». Análogamente, encontraréis, sin duda, injusta y odiosamente exagerados los reproches que así se hacen a la ciencia, de no haber resuelto aún el enigma del Universo. Para tan magna empresa ha tenido en verdad demasiado poco tiempo. La ciencia es muy joven; es una actividad humana muy tardíamente desarrollada. Pensemos, eligiendo tan sólo unas cuantas fechas, que sólo han pasado trescientos años desde que Kepler descubrió las leyes del movimiento de los planetas; que la vida de Newton, que descompuso la luz en sus colores y formuló la ley de gravedad, finalizó en 1727, o sea hace poco más de doscientos años, y que fue pocos años antes de la Revolución francesa cuando Lavoisier descubrió el oxígeno. Una existencia humana es muy breve frente a la duración de la evolución humana; ciertamente soy ya muy viejo[2352], pero ya estaba en este mundo cuando Carlos Darwin publicó su obra sobre el origen de las especies. En el mismo año, 1859, nació Pierre Curie, el descubridor del radio, y si retrocedemos más, hasta los comienzos de las ciencias naturales exactas, hasta Arquímedes y Aristarco de Samos (doscientos cincuenta años antes de J. C.), el precursor de Copérnico, o incluso a los primeros principios de la Astronomía, en Babilonia, no llenaremos con ello sino un pequeñísimo espacio del tiempo que la Antropología atribuye a la evolución del hombre desde su forma primordial simiesca, tiempo que abarca más de cien mil años. Y no olvidemos que el último siglo ha traído consigo tal plenitud de nuevos

descubrimientos y tal aceleración del progreso científico, que tenemos firmes fundamentos para confiar en el porvenir de la ciencia.

A las demás objeciones tenemos que darles la razón en cierto modo. El camino de la ciencia es, en efecto, lento, penoso y vacilante. No es posible negarlo ni evitarlo. Y así, no es maravilla que disguste a los señores del otro lado, a quienes la revelación se lo ha dado todo hecho. El progreso de la labor científica se cumple muy semejantemente a como en el análisis. Emprendemos la labor abrigando determinadas esperanzas, pero tenemos pronto que abandonarlas. La observación nos revela tan pronto aquí como allá algo nuevo, sin que de momento nos sea posible reunir tales fragmentos en un todo. Arriesgamos entonces hipótesis y edificamos construcciones auxiliares, que luego, de no confirmarse, retiramos; hacemos gasto de amplia paciencia; acogemos abiertamente todas las posibilidades, y renunciamos a convicciones anteriores para no desatender bajo su coerción nuevos factores inesperados, y al final todos nuestros esfuerzos hallan su recompensa; los descubrimientos dispersos se adaptan unos a otros; logramos la visión de toda una parte del suceder anímico, y hemos llevado a buen puerto nuestra labor y estamos libres para emprender otra. Sin embargo, en el análisis carecemos del auxilio que procura la investigación por experimentación.

En la crítica antes expuesta de la ciencia hay también buena parte de exageración. No es verdad que vaya ciega de un experimento a otro, que trueque un error por otro. Por lo general labora como el escultor con la arcilla cuando cambia infatigablemente sus líneas hasta lograr un parecido que le satisfaga con el objeto visto o representado. Y además, por lo menos en las ciencias más maduras, hay ya actualmente un sólido núcleo central que sólo es ya modificado y perfeccionado, pero no cambiado. No todo son, pues, dificultades en la actividad científica.

Y por último, ¿qué se pretende lograr con tan apasionados ataques a la ciencia? A pesar de su incompletud actual y de las dificultades a ella inherentes, nos es indispensable, y nada puede sustituirla. Es susceptible de insospechados perfeccionamientos, lo que no sucede con la concepción religiosa del Universo. Esta última está ya acabada en todas sus partes; si fue un error, seguirá siéndolo siempre. Ningún empequeñecimiento de la ciencia puede modificar en nada el hecho de que intenta adaptarse a nuestra

dependencia del mundo real, mientras que la religión es ilusión y extrae su fuerza de su adaptación a nuestros impulsos optativos instintivos.

Estoy obligado a pensar también en otras concepciones del Universo, opuestas igualmente a la científica; pero no lo hago gustoso, pues sé que me falta competencia para enjuiciarlas. No olvidéis, por tanto, esta confesión mía en el curso de las observaciones que siguen, y si logran despertar vuestro interés, buscad en otro lado quien pueda instruiros mejor.

En primer lugar, habríamos de citar aquí los distintos sistemas filosóficos que se han aventurado a trazar la imagen del mundo tal y como se reflejaba en el espíritu del pensador más vuelto de espaldas a la realidad. Pero ya he intentado antes esbozar una característica de la Filosofía y de sus métodos, y para la discusión de los distintos sistemas estoy menos capacitado que nadie. Volved, pues, conmigo hacia los otros fenómenos, a los que precisamente en nuestros días es imposible desatender.

Una de estas concepciones del Universo es como una contrapartida del anarquismo político; quizá una irradiación de él. Desde luego ya antes ha habido tales nihilistas intelectuales, pero actualmente parece que la teoría de la relatividad de la física moderna se les ha subido a la cabeza. Parten, desde luego, de la ciencia; pero se las componen para impulsarla a su propia anulación, al suicidio, encomendándole la misión de suprimirse a sí misma, renunciando a sus aspiraciones. A veces experimentamos la impresión de que semejante nihilismo no es más que una actitud provisional hasta tanto que tal fin se consiga. Y una vez suprimida la ciencia, podrá florecer en el espacio dejado libre un misticismo cualesquiera o acaso de nuevo la antigua concepción religiosa del Universo. Según la doctrina anarquista no hay, en general, verdad alguna ni conocimiento seguro del mundo exterior. Lo que presentamos como verdad científica no es más que el producto de nuestras propias necesidades, tal como tiene que manifestarse bajo las variables circunstancias exteriores o sea nuevamente ilusiones. En el fondo no hallamos sino lo que necesitamos ni vemos más que lo que queremos ver. No podemos hacer otra cosa. Y como falta el criterio de la verdad, la coincidencia con el mundo exterior, es indiferente cuáles sean nuestras

opiniones. Todas son igualmente verdaderas e igualmente falsas. Y nadie tiene derecho a acusar a otros de error.

Para un espíritu nosológicamente orientado podría ser una tentación investigar por qué caminos y mediante qué sofismas consigue el anarquista extraer de la ciencia tales resultados finales. Tropezaría seguramente con situaciones análogas a las que se derivan del conocido ejemplo: Un cretense dice que todos los cretenses son unos mentirosos, etc. Pero no quiero ni puedo adentrarme por este camino. Puedo tan sólo decir que la doctrina anarquista parece tan extraordinariamente superior sólo mientras se refiere a opiniones sobre cosas abstractas, fracasando, en cambio, al primer paso en la vida práctica. Ahora bien: los actos de los hombres son dirigidos por sus opiniones y sus conocimientos; y es el mismo espíritu científico, que especula sobre la estructura del átomo del origen del hombre y es el mismo que proyecta la construcción de un puente. Si realmente fuera indiferente lo que opinemos; si no hubiera conocimientos, los cuales se caracterizan entre nuestras opiniones por su coincidencia con la realidad, podríamos construir puentes de cartón lo mismo que de piedra, inyectar a un enfermo un decigramo de morfina, en vez de un centigramo, y usar los gases lacrimógenos para la anestesia en lugar del éter. Pero también los anarquistas intelectuales rechazarían enérgicamente tales aplicaciones prácticas de su teoría.

La otra oposición es mucho más seria, y al disponerme a examinarla lamento más que nunca la insuficiencia de mi orientación. Supongo que sabéis más que yo de esta cuestión y que habéis tomado ya hace tiempo vuestra decisión por o contra el marxismo. Las investigaciones de Carlos Marx sobre la estructura económica de la sociedad y la influencia de las distintas formas de economía sobre todos los sectores de la vida humana han logrado en nuestra época una indiscutible autoridad. Naturalmente, yo no puedo saber en qué medida aciertan y en qué otra yerran y tengo oído que tampoco es ello cosa fácil para los mejor enterados. Algunas tesis de la teoría marxista me han causado profunda extrañeza, tales como las de que la evolución de las formas sociales sería un proceso natural, y las de que los cambios sobrevenidos en la estratificación social surgen unos de otros en la

trayectoria de un proceso dialéctico. No estoy muy seguro de haber comprendido exactamente estas afirmaciones, que, además, no parecen nada «materialistas», sino más bien un residuo de aquella oscura filosofía hegeliana, por cuya escuela pasó también Marx. No sé cómo poder libertarme de mi opinión profana, habituada a referir la estructura de las clases sociales a las luchas que desde el comienzo de la Historia se desarrollan entre hordas humanas, separadas por mínimas diferencias. Pensaba yo que las diferencias sociales fueron originalmente diferencias entre clanes o de raza. Factores psicológicos tales como el exceso de la tendencia agresiva constitucional, o también la coherencia de la organización dentro de la horda, y factores materiales tales como la posesión de armas mejores habrían decidido la victoria. En la convivencia sobre el mismo suelo, los vencedores se hicieron los amos y los vencidos pasaron a ser esclavos. En todo esto no descubrimos nada de leyes naturales ni de evolución [dialéctica] de conceptos; en cambio, se nos evidencia el influjo que el dominio progresivo de las fuerzas naturales ejerce sobre las relaciones sociales de los hombres en cuanto éstos ponen siempre al servicio de su agresión los nuevos medios de poderío conquistados y los utilizan unos contra los otros. La introducción del metal, del bronce y del hierro puso fin a épocas enteras de cultura y a sus instituciones sociales. Creo verdaderamente que la pólvora y las armas de fuego dieron al traste con la hegemonía de la nobleza, y que el despotismo ruso estaba condenado a desaparecer antes de la Gran Guerra, ya que ninguna mezcla de sangre dentro de las familias soberanas de Europa hubiera podido engendrar una dinastía de zares invulnerables a la dinamita.

Creo, incluso, que quizá con la crisis económica actual, consecutiva a la Gran Guerra, no hacemos sino pagar el rescate de nuestra última magna victoria sobre la Naturaleza: la conquista del aire. En efecto, la política de Inglaterra se basaba en la seguridad que le garantizaba el mar en torno suyo. En el momento en que Blériot atravesó en aeroplano el canal de la Mancha, quedó roto el aislamiento protector, y en aquella noche, en que todavía en tiempos de paz y en viaje puramente experimental, voló sobre Londres un zepelín alemán, la guerra contra Alemania fue cosa decidida[2353]. Y tampoco debe olvidarse la amenaza de los submarinos.

Me avergüenza casi despachar un tema tan importante y complicado con

tan escasas e insuficientes observaciones y sé también que no os he dicho con ellas nada nuevo. Pero mi propósito era tan sólo haceros advertir que la relación de los hombres con el dominio de la Naturaleza, a la cual toman sus armas para la lucha con sus semejantes, tiene forzosamente que influir sobre sus instituciones económicas.

Parece que nos hemos alejado mucho de los problemas de la concepción del Universo, pero no tardaremos en tornar a ellos. La fuerza del marxismo no estriba manifiestamente en su interpretación de la Historia ni en la predicción del porvenir que en ella funda, sino en la perspicacísima demostración de la influencia coercitiva que las circunstancias económicas de los hombres ejercen sobre sus disposiciones intelectuales, éticas y artísticas. Con ello se descubrió toda una serie de relaciones y dependencias totalmente ignoradas hasta entonces. Pero no se puede admitir que los motivos económicos sean los únicos que determinan la conducta de los hombres en la sociedad. Ya el hecho indudable de que razas, pueblos y personas diferentes se conduzcan distintamente en las mismas circunstancias económicas excluye el dominio único de los factores económicos. No se comprende, en general, cómo es posible prescindir de los factores psicológicos en cuanto se trata de reacciones de seres humanos vivos, pues no es sólo que los tales hubieron ya de participar en el establecimiento de aquellas circunstancias económicas, sino que tampoco bajo su régimen pueden hacer los hombres otra cosa que poner en juego sus impulsos instintivos de auto-preservación, su agresividad, su necesidad de amor y su tendencia a conquistar placer y evitar el displacer. En una investigación anterior hemos expuesto la importantísima función del *super-yo*, que representa la tradición y los ideales del pasado y que opondrá siempre un período de resistencia a los impulsos de una nueva situación económica. Por último, no debemos olvidar que sobre la masa humana, sometida a las necesidades económicas, transcurre también el proceso de la evolución de la cultura —civilización, dicen otros—, el cual es, desde luego, influido por los demás factores, pero seguramente independiente de ellos en su origen, siendo comparable a un proceso orgánico y muy capaz de influir también por su parte sobre los demás factores. Desplaza los fines instintivos y hace que los hombres se rebelen contra lo que hasta entonces les parecía

tolerable; también el robustecimiento progresivo del espíritu científico parece ser parte esencial de él. Si alguien pudiera indicar al detalle cómo estos distintos factores, la disposición instintiva, generalmente humana, sus variantes raciales y sus transformaciones culturales, inhiben o fomentan bajo las condiciones de la ordenación social, de la actividad profesional y de las posibilidades adquisitivas; si alguien pudiera hacerlo así, completaría el marxismo, haciendo de él una verdadera ciencia social. Pues tampoco la Sociología, que trata de la conducta del hombre en la sociedad, puede ser otra cosa que Psicología aplicada. En rigor, no hay más que dos ciencias: la Psicología, pura y aplicada, y la Historia Natural.

Con el nuevo atisbo logrado en la amplia significación de las circunstancias económicas surgió la tentación de no abandonar su transformación a la evolución histórica, sino imponerla por medio de la revolución. Con su realización en el bolcheviquismo ruso, el marxismo teórico ha conquistado la energía, la concreción y la exclusividad de una concepción del Universo, pero también, al mismo tiempo, un siniestro parecido con aquello mismo que combate. Siendo originalmente por sí un fragmento de ciencia y fundada su realización en la ciencia y en la técnica, ha creado, no obstante, una prohibición de pensar tan implacable como la de la religión en su tiempo. Ha prohibido toda investigación crítica de la teoría marxista, y las dudas sobre su exactitud son tan castigadas como en tiempos de herejía por la Iglesia católica. Las obras de Marx han tomado, como fuente de una revelación, el lugar de la Biblia y el Corán, aunque no están más libres de contradicciones y oscuridades que aquellos libros sagrados más antiguos.

Y aunque el marxismo práctico ha acabado sin compasión con todos los sistemas idealistas y todas las ilusiones anteriores, ha desarrollado también nuevas ilusiones no menos dudosas e indemostrables que las anteriores. Espera transformar la naturaleza humana en el curso de escasas generaciones, de tal modo que los hombres lleguen a convivir sin roce alguno en la nueva ordenación social e incluso a dedicarse al trabajo sin necesidad de coerción alguna. Entre tanto, desplaza a otro sector las restricciones de los instintos, inevitables en la sociedad, y orienta hacia el exterior las tendencias agresivas que amenazan a toda sociedad humana, se apoya en la hostilidad de los pobres contra los ricos y de los inermes contra los anteriores poderosos. Pero

una tal mutación de la naturaleza humana es cosa harto inverosímil. El entusiasmo con que actualmente siguen las masas el estímulo bolchevique, mientras el nuevo orden permanece inacabado y amenazado desde el exterior, no da seguridad ninguna de un futuro en el que llegue a estar sólidamente afirmado y exento de peligros. Lo mismo que la religión, el bolchevismo tiene que compensar a sus creyentes los sufrimientos y las privaciones de la vida presente con la promesa de un más allá mejor, en el que no habrá necesidad alguna insatisfecha. Si bien tal paraíso será establecido en la Tierra y se abrirá en época próxima. Pero recordemos que también los judíos, cuya religión no sabe nada de un más allá, han esperado la venida del Mesías, y que la Edad Media cristiana creyó repetidamente que el Reino de Dios estaba próximo.

No es dudoso cuál será la respuesta del bolcheviquismo a estas objeciones. Seguramente la que sigue: Mientras los hombres no queden transformados en su naturaleza, es indispensable emplear los medios que hoy actúan sobre ellos. No se puede llevarlo a cabo sin una coerción en su educación, sin la prohibición de pensar y la violencia hasta el derramamiento de sangre, y si no se despertaran en ellos aquellas ilusiones, no se los movería adaptarse a tal compulsión. Si hay alguien que sepa otro medio, puede intentarlo. Con esto quedaríamos derrotados. Por lo menos yo no sabría qué replicar. Confesaría que hubieran impedido emprenderlo, pero no todos piensan como yo. Hay también hombres de acción, inconmovibles en sus condiciones, inaccesibles a la duda, insensibles al dolor de los demás, cuando éstos obstruyen su camino. A tales hombres debemos que Rusia lleve realmente a cabo, hoy en día, la tentativa de implantar un orden nuevo. En una época en la que grandes naciones proclaman que sólo del mantenimiento de la piedad cristiana esperan su salvación, la revolución soviética se nos muestra —a pesar de todos sus ingratos detalles— como el mensaje de un futuro mejor. Desgraciadamente, ni de nuestras dudas ni de la fanática fe de los otros se desprende indicación alguna sobre el resultado del experimento. El porvenir lo dirá y mostrará, quizá, que el experimento fue iniciado prematuramente y que una modificación capital del orden social carece de probabilidades de éxito, en tanto que nuevos descubrimientos no hayan intensificado nuestro dominio de las fuerzas naturales y facilitado con ello la

satisfacción de nuestras necesidades. Sólo entonces se hará posible que un nuevo orden social no sólo excluya la miseria material de las masas, sino que acoja también las aspiraciones culturales del individuo. Y aún así, con las muchas dificultades que lo indómito de la naturaleza humana suscita toda comunidad social, tendremos que luchar aún mucho tiempo.

Para terminar, me permitiréis que sintetice en pocas palabras lo que me proponía deciros sobre la relación del psicoanálisis con el problema de la concepción del Universo. El psicoanálisis es, a mi juicio, incapaz de crear una concepción del Universo a ella peculiar. No lo necesita; es un trozo de ciencia y puede agregarse a la concepción científica del Universo. Pero ésta apenas merece nombre tan pomposo, pues no lo concibe todo, está demasiado inacabada y no aspira a concreción ni a la formación de sistemas. El pensamiento científico es aún demasiado joven entre los hombres y no ha podido dominar todavía muchos de los grandes problemas. Una concepción del Universo fundada en la ciencia tiene, fuera de la acentuación del mundo exterior real, rasgos esencialmente negativos, como el sometimiento a la verdad y la repulsa de las ilusiones. Aquellos de nuestros semejantes a quienes no satisfaga este estado de cosas y demanden algo más para su satisfacción momentánea, puede.; procurárselo donde lo encuentren. No se lo tomaremos a mal, pero tampoco podemos ayudarlos a ello, ni pensar, en su obsequio, de otro modo.

CLXVIII

EL PORQUÉ DE LA GUERRA[2354]

1932 [1933]

Viena, septiembre de 1932.

Estimado señor Einstein:

Cuando me enteré de que usted se proponía invitarme a cambiar ideas sobre un tema que ocupaba su interés y que también le parecía ser digno del ajeno, manifesté complacido mi aprobación. Sin embargo, esperaba que usted elegiría un problema próximo a los límites de nuestro actual conocimiento, un problema ante el que cada uno de nosotros, el físico como el psicólogo, pudiera labrarse un acceso especial, de modo que, acudiendo de distintas procedencias, se encontrasen en un mismo terreno. En tal expectativa, me sorprendió su pregunta: ¿Qué podría hacerse para evitar a los hombres el destino de la guerra? Al principio quedé asustado bajo la impresión de mi —casi hubiera dicho: «de nuestra»— incompetencia, pues aquélla parecíame una terea práctica que corresponde a los hombres de Estado. Pero luego comprendí que usted no planteaba la pregunta en tanto que investigador de la Naturaleza y físico, sino como amigo de la Humanidad, respondiendo a la invitación de la Liga de las Naciones, a la manera de Fridtjof Nansen, el explorador del Ártico que tomó a su cargo la asistencia de las masas hambrientas y de las víctimas refugiadas de la Guerra Mundial. Además, reflexioné que no se me pedía la formulación de propuestas prácticas, sino

que sólo había de bosquejar cómo se presenta a la consideración psicológica el problema de prevenir las guerras.

Pero usted en su misiva ha expresado ya casi todo lo que podría decir al respecto. En cierta manera, usted me ha sacado el viento de las velas, pero de buen grado navegaré en su estela y me limitaré a confirmar cuanto usted enuncia, tratando de explayarlo según mi mejor ciencia o presunción.

Comienza usted con la relación entre el derecho y el poder: he aquí, por cierto, el punto de partida más adecuado para nuestra investigación. ¿Puedo sustituir la palabra «poder» por el término, más rotundo y más duro, «fuerza»? Derecho y fuerza son hoy para nosotros antagónicos, pero no es difícil demostrar que el primero surgió de la segunda, y retrocediendo hasta los orígenes arcaicos de la Humanidad para observar cómo se produjo este fenómeno, la solución del enigma se nos presenta sin esfuerzo. No obstante, perdóneme usted si en lo que sigue paso revista, como si fuesen novedades, a cosas conocidas y admitidas por todo el mundo: el hilo de mi exposición me obliga a ello.

De modo que, en principio, los conflictos de intereses entre los hombres son solucionados mediante el recurso de la fuerza. Así sucede en todo el reino animal, del cual el hombre no habría de excluirse, pero en el caso de éste se agregan también conflictos de opiniones que alcanzan hasta las mayores alturas de la abstracción y que parecerían requerir otros recursos para su solución. En todo caso, esto sólo es una complicación relativamente reciente. Al principio, en la pequeña horda humana, la mayor fuerza muscular era la que decidía a quién debía pertenecer alguna cosa o la voluntad de quien debía llevarse a cabo. Al poco tiempo la fuerza muscular fue reforzada y sustituida por el empleo de herramientas: triunfó aquel que poseía las mejores armas o que sabía emplearlas con mayor habilidad. Con la adopción de las armas, la superioridad intelectual ya comienza a ocupar la plaza de la fuerza muscular bruta, pero el objetivo final de la lucha sigue siendo el mismo: por el daño que se le inflige o por la aniquilación de sus fuerzas, una de las partes contendientes ha de ser obligada a abandonar sus pretensiones o su oposición. Este objetivo se alcanza en forma más completa cuando la fuerza del enemigo queda definitivamente eliminada, es decir, cuando se lo mata. Tal resultado ofrece la doble ventaja de que el enemigo no puede iniciar de nuevo su

oposición y de que el destino sufrido sirve como escarmiento, desanimando a otros que pretendan seguir su ejemplo Finalmente, la muerte del enemigo satisface una tendencia instintiva que habré de mencionar más adelante. En un momento dado, al propósito homicida se opone la consideración de que respetando la vida del enemigo, pero manteniéndolo atemorizado, podría emplearselo para realizar servicios útiles. Así, la fuerza, en lugar de matarlo, se limita a subyugarlo. Éste es el origen del respeto por la vida del enemigo, pero desde ese momento el vencedor hubo de contar con los deseos latentes de venganza que abrigaban los vencidos, de modo que perdió una parte de su propia seguridad.

Por consiguiente, ésta es la situación original: domina el mayor poderío, la fuerza bruta o intelectualmente fundamentada. Sabemos que este régimen se modificó gradualmente en el curso de la evolución que algún camino condujo de la fuerza al derecho; pero ¿cuál fue este camino? Yo creo que sólo pudo ser uno: el que pasa por el reconocimiento de que la fuerza mayor de un individuo puede ser compensada por la asociación de varios más débiles. *L'union fait la force*. La violencia es vencida por la unión; el poderío de los unidos representa ahora el derecho, en oposición a la fuerza del individuo aislado. Vemos, pues, que el derecho no es sino el poderío de una comunidad. Sigue siendo una fuerza dispuesta a dirigirse contra cualquier individuo que se le oponga; recurre a los mismos medios, persigue los mismos fines; en el fondo, la diferencia sólo reside en que ya no es el poderío del individuo el que se impone, sino el de un grupo de individuos. Pero es preciso que se cumpla una condición psicológica para que pueda efectuarse este pasaje de la violencia al nuevo derecho: la unidad del grupo ha de ser permanente, duradera. Nada se habría alcanzado si la asociación sólo se formara para luchar contra un individuo demasiado poderoso, desmembrándose una vez vencido éste. El primero que se sintiera más fuerte trataría nuevamente de dominar mediante su fuerza, y el juego se repetiría sin cesar. La comunidad debe ser conservada permanentemente; debe organizarse, crear preceptos que prevengan las temidas insubordinaciones; debe designar organismos que vigilen el cumplimiento de los preceptos —leyes— y ha de tomar a su cargo la ejecución de los actos de fuerza legales. Cuando los miembros de un grupo humano reconocen esta comunidad de intereses aparecen entre ellos vínculos

afectivos, sentimientos gregarios que constituyen el verdadero fundamento de su poderío.

Con esto, según creo, ya está dado lo esencial: la superación de la violencia por la cesión del poderío a una unidad más amplia, mantenida por los vínculos afectivos entre sus miembros. Cuanto sucede después no son sino aplicaciones y repeticiones de esta fórmula. El estado de cosas no se complica mientras la comunidad sólo conste de cierto número de individuos igualmente fuertes. Las leyes de esta asociación determinan entonces en qué medida cada uno de sus miembros ha de renunciar a la libertad personal de ejercer violentamente su fuerza para que sea posible una segura vida en común. Pero esta situación pacífica sólo es concebible teóricamente, pues en la realidad es complicada por el hecho de que desde un principio la comunidad está formada por elementos de poderío dispar, por hombres y mujeres, hijos y padres, y al poco tiempo, a causa de guerras y conquistas, también por vencedores y vencidos que se convierten en amos y esclavos. El derecho de la comunidad se torna entonces en expresión de la desigual distribución del poder entre sus miembros; las leyes serán hechas por y para los dominantes y concederán escasos derechos a los subyugados. Desde ese momento existen en la comunidad dos fuentes de conmoción del derecho, pero que al mismo tiempo lo son también de nuevas legislaciones. Por un lado, algunos de los amos tratarán de eludir las restricciones de vigencia general, es decir, abandonarán el dominio del derecho para volver al dominio de la violencia; por el otro, los oprimidos tenderán constantemente a procurarse mayor poderío y querrán que este fortalecimiento halle eco en el derecho, es decir, que se progrese del derecho desigual al derecho igual para todos. Esta última tendencia será tanto más poderosa si en el ente colectivo se producen realmente desplazamientos de las relaciones de poderío, como acaecen a causa de multiples factores históricos. En tal caso el derecho puede adaptarse paulatinamente a la nueva distribución del poderío o, lo que es más frecuente, la clase dominante se negará a reconocer esta transformación y se llega a la rebelión, a la guerra civil, es decir, a la supresión transitoria del derecho y a renovadas tentativas violentas que, una vez transcurridas, pueden ceder el lugar a un nuevo orden legal. Aún existe otra fuente de la evolución legal que sólo se manifiesta en forma pacífica: se trata del desarrollo cultural

de los miembros de la colectividad; pero ésta pertenece a un conexo que no habremos de considerar sino más adelante.

Vemos, por consiguiente, que hasta dentro de una misma colectividad no se puede evitar la solución violenta de los conflictos de intereses. Sin embargo, las necesidades y los fines comunes que resultan de la convivencia en el mismo terreno favorecen la terminación rápida de esas luchas, de modo que en estas condiciones aumenta sin cesar la probabilidad de que se recurra a medios pacíficos para resolver los conflictos. Pero una ojeada a la Historia de la Humanidad nos muestra una serie ininterrumpida de conflictos entre una comunidad y otra u otras, entre conglomerados mayores o menores, entre ciudades, comarcas, tribus, pueblos, Estados; conflictos que casi invariablemente fueron decididos por el cotejo bélico de las respectivas fuerzas. Semejantes guerras terminan, ya en el saqueo, ya en el completo sometimiento y en la conquista de una de las partes contendientes. No es lícito juzgar con el mismo criterio todas las guerras de conquista. Algunas, como las de los mogoles y de los turcos, sólo llevaron a calamidades; otras, en cambio, a la conversión de la violencia en el derecho, al establecimiento de entes mayores, en cuyo seno quedó eliminada la posibilidad del despliegue de fuerzas, solucionándose los conflictos mediante un nuevo orden legal. Así, las conquistas de los romanos legaron la preciosa *pax romana* a los pueblos mediterráneos. Las tendencias expansivas de los reyes franceses crearon una Francia pacíficamente unida y próspera. Aunque parezca paradójico, es preciso reconocer que la guerra bien podría ser un recurso apropiado para establecer la anhelada paz «eterna», ya que es capaz de crear unidades tan grandes que una fuerte potencia alojada en su seno haría imposibles nuevas guerras. Pero en realidad la guerra no sirve para este fin, pues los éxitos de la conquista no suelen ser duraderos, las nuevas unidades generalmente vuelven a desmembrarse a causa de la escasa coherencia entre las partes unidas por la fuerza. Además, hasta ahora la conquista sólo pudo crear uniones incompletas, aunque amplias, cuyos conflictos interiores favorecieron aún más las decisiones violentas. Así, todos los esfuerzos bélicos sólo llevaron a que la Humanidad trocara numerosas y aun continuadas guerras pequeñas por conflagraciones menos frecuentes, pero tanto más devastadoras.

Aplicando mis reflexiones a las circunstancias actuales, llego al mismo

resultado que usted alcanzó por una vía más corta. Sólo es posible impedir con seguridad las guerras si los hombres se ponen de acuerdo en establecer un poder central, al cual se le conferiría la solución de todos los conflictos de intereses. Esta formulación involucra, sin duda, dos condiciones: la de que sea creada semejante instancia superior, y la de que se le confiera un poderío suficiente. Cualquiera de las dos, por sí sola, no bastaría. Ahora bien: la Liga de las Naciones fue proyectada como una instancia de esta especie, pero no se realizó la segunda condición: no posee poderío autónomo, y únicamente lo obtendría si los miembros de la nueva unidad, los distintos Estados, se la confiriesen. No hay duda que actualmente son muy escasas las probabilidades de que tal cosa suceda. Con todo, se juzgaría mal a la institución de la Liga de las Naciones si no se reconociera que nos encontramos ante un ensayo pocas veces emprendido en la Historia de la Humanidad y quizá jamás intentado en semejante escala. Se trata de una tentativa para ganar, mediante la invocación de ciertas posiciones ideales, la autoridad —es decir, el poder de influir perentoriamente— que en general se desprende del poderío. Hemos visto que una comunidad humana se mantiene unida merced a dos factores: el imperio de la violencia y los lazos afectivos —técnicamente los llamados «identificaciones»— que ligan a sus miembros. Desapareciendo uno de aquéllos, el otro podrá posiblemente mantener unida a la comunidad. Desde luego, las mencionadas ideas sólo poseen trascendencia si expresan importantes intereses comunes a todos los individuos. Cabe preguntarse entonces cuál será su fuerza. La Historia nos enseña que pudieron ejercer, en efecto, considerable influencia. Así, por ejemplo, la idea panhelénica, la consciencia de ser superiores a los bárbaros vecinos, idea tan poderosamente expresada en las anfictionías, en los oráculos y en los juegos festivos, fue suficientemente fuerte como para suavizar las costumbres guerreras de los griegos, pero no alcanzó a impedir los conflictos bélicos entre las unidades del pueblo heleno y, lo que es más, tampoco pudo evitar que una ciudad o confederación de ciudades se aliara con el poderoso enemigo persa en perjuicio de un rival. Análogamente, el sentimiento de la comunidad cristiana, sin duda alguna poderoso, no tuvo fuerza suficiente para impedir que durante el Renacimiento pequeños y grandes Estados cristianos solicitaran en sus guerras mutuas el auxilio del sultán. Tampoco en nuestra

época existe una idea a la cual pudiera atribuirse semejante autoridad unificadora. El hecho de que actualmente los ideales nacionales que dominan a los pueblos conducen a un efecto contrario, es demasiado evidente. Ciertas personas predicen que sólo la aplicación general de la ideología bolchevique podría poner fin a la guerra, pero seguramente aún nos encontramos hoy muy alejados de este objetivo, y quizá sólo podríamos alcanzarlo a través de una terrible guerra civil. Por consiguiente, parece que la tentativa de sustituir el poderío real por el poderío de las ideas está condenada por el momento al fracaso. Se hace un cálculo errado si no se tiene en cuenta que el derecho fue originalmente fuerza bruta y que aún no puede renunciar al apoyo de la fuerza.

Puedo pasar ahora a glosar otra de sus proposiciones. Usted expresa su asombro por el hecho de que sea tan fácil entusiasmar a los hombres para la guerra, y sospecha que algo, un instinto del odio y de la destrucción, obra en ellos facilitando ese enardecimiento. Una vez más, no puedo sino compartir sin restricciones su opinión. Nosotros creemos en la existencia de semejante instinto, y precisamente durante los últimos años hemos tratado de estudiar sus manifestaciones. Permítame usted que exponga por ello una parte de la teoría de los instintos a la que hemos llegado en el psicoanálisis después de muchos tanteos y vacilaciones. Nosotros aceptamos que los instintos de los hombres no pertenecen más que a dos categorías: o bien son aquellos que tienden a conservar y a unir —los denominamos «eróticos», completamente en el sentido del Eros del *Symposion* platónico, o «sexuales», ampliando deliberadamente el concepto popular de la sexualidad—, o bien son los instintos que tienden a destruir y a matar: los comprendemos en los términos «instintos de agresión» o «de destrucción». Como usted advierte, no se trata más que de una transfiguración teórica de la antítesis entre el amor y el odio, universalmente conocida y quizá relacionada primordialmente con aquella otra, entre atracción y repulsión, que desempeña un papel tan importante en el terreno de su ciencia. Llegados aquí, no nos apresuremos a introducir los conceptos estimativos de «bueno» y «malo». Uno cualquiera de estos instintos es tan imprescindible como el otro, y de su acción conjunta y antagónica surgen las manifestaciones de la vida. Ahora bien: parece que casi nunca puede actuar aisladamente un instinto perteneciente a una de estas

especies, pues siempre aparece ligado —como decimos nosotros «fusionado»— con cierto componente originario del otro, que modifica su fin y que en ciertas circunstancias es el requisito ineludible para que este fin pueda ser alcanzado. Así, el instinto de conservación, por ejemplo, sin duda es de índole erótica, pero justamente él precisa disponer de la agresión para efectuar su propósito. Análogamente, el instinto del amor objetal necesita un complemento del instinto de posesión para lograr apoderarse de su objeto. La dificultad para aislar en sus manifestaciones ambas clases de instintos es la que durante tanto tiempo nos impidió reconocer su existencia.

Si usted está dispuesto a acompañarme otro trecho en mi camino, se enterará de que los actos humanos aún presentan otra complicación de índole distinta a la anterior. Es sumamente raro que un acto sea obra de una única tendencia instintiva, que por otra parte ya debe estar constituida en sí misma por Eros y destrucción. Por el contrario, generalmente es preciso que coincidan varios motivos de estructura análoga para que la acción sea posible. Uno de sus colegas de usted, un cierto profesor G. Ch. Lichtenberg, que en los tiempos de nuestros clásicos enseñaba física en Göttingen, ya lo sabía, quizá porque era aún más eximio psicólogo que físico. Inventó la «rosa de los móviles», al escribir: «Los móviles[2355] de los actos humanos pueden disponerse como los 32 rumbos de la rosa náutica, y sus nombres se forman de manera análoga; por ejemplo: “pan-pan-gloria, o gloria-gloria-pan”». Por consiguiente, cuando los hombres son incitados a la guerra habrá en ellos gran número de motivos —nobles o bajos, de aquellos que se suele ocultar y de aquellos que no hay reparo en expresar— que responderán afirmativamente; pero no nos proponemos revelarlos todos aquí. Seguramente se encuentra entre ellos el placer de la agresión y de la destrucción: innumerables crueldades de la Historia y de la vida diaria destacan su existencia y su poderío. La fusión de estas tendencias destructivas con otras eróticas e ideales facilita, naturalmente, su satisfacción. A veces, cuando oímos hablar de los horrores de la Historia, nos parece que las motivaciones ideales sólo sirvieron de pretexto para los afanes destructivos; en otras ocasiones, por ejemplo frente a las crueldades de la Santa Inquisición, opinamos que los motivos ideales han predominado en la consciencia, suministrándoles los destructivos un refuerzo inconsciente.

Ambos mecanismos son posibles.

Temo abusar de su interés, embargado por la prevención de la guerra y no por nuestras teorías. Con todo, quisiera detenerme un instante más en nuestro instinto de destrucción, cuya popularidad de ningún modo corre parejas con su importancia. Sucede que mediante cierto despliegue de especulación hemos llegado a concebir que este instinto obra en todo ser viviente, ocasionando la tendencia de llevarlo a su desintegración, de reducir la vida al estado de la materia inanimada. Merece, pues, en todo sentido la designación de instinto de muerte, mientras que los instintos eróticos representan las tendencias hacia la vida. El instinto de muerte se torna instinto de destrucción cuando, con la ayuda de órganos especiales, es dirigido hacia afuera, hacia los objetos. El ser viviente protege en cierta manera su propia vida destruyendo la vida ajena. Pero una parte del instinto de muerte se mantiene activa en el interior del ser; hemos tratado de explicar gran número de fenómenos normales y patológicos mediante esta interiorización del instinto de destrucción. Hasta hemos cometido la herejía de atribuir el origen de nuestra conciencia moral a tal orientación interior de la agresión. Como usted advierte, el hecho de que este proceso adquiera excesiva magnitud es motivo para preocuparnos; sería directamente nocivo para la salud, mientras que la orientación de dichas energías instintivas hacia la destrucción en el mundo exterior alivia al ser viviente, debe producirle un beneficio. Sirva esto como excusa biológica de todas las tendencias malignas y peligrosas contra las cuales luchamos. No dejemos de reconocer que son más afines a la Naturaleza que nuestra resistencia contra ellas, la cual por otra parte también es preciso explicar. Quizá haya adquirido usted la impresión de que nuestras teorías forman una suerte de mitología, y si así fuese, ni siquiera sería una mitología grata. Pero ¿acaso no se orientan todas las ciencias de la Naturaleza hacia una mitología de esta clase? ¿Acaso se encuentra usted hoy en la física en distinta situación?

De lo que antecede derivamos para nuestros fines inmediatos la conclusión de que serán inútiles los propósitos para eliminar las tendencias agresivas del hombre. Dicen que en regiones muy felices de la Tierra, donde la Naturaleza ofrece pródigamente cuanto el hombre necesita para su subsistencia, existen pueblos cuya vida transcurre pacíficamente, entre los

cuales se desconoce la fuerza y la agresión. Apenas puedo creerlo, y me gustaría averiguar algo más sobro esos seres dichosos. También los bolcheviques esperan que podrán eliminar la agresión humana asegurando la satisfacción de las necesidades materiales y estableciendo la igualdad entre los miembros de la comunidad. Yo creo que eso es una ilusión. Por ahora están concienzudamente armados y mantienen unidos a sus partidarios, en medida no escasa, por el odio contra todos los ajenos. Por otra parte, como usted mismo advierte, no se trata de eliminar del todo las tendencias agresivas humanas; se puede intentar desviarlas, al punto que no necesiten buscar su expresión en la guerra.

Partiendo de nuestra mitológica teoría de los instintos, hallamos fácilmente una fórmula que contenga los medios indirectos para combatir la guerra. Si la disposición a la guerra es un producto del instinto de destrucción, lo más fácil será apelar al antagonista de ese instinto: al Eros. Todo lo que establezca vínculos afectivos entre los hombres debe actuar contra la guerra. Estos vínculos pueden ser de dos clases. Primero, los lazos análogos a los que nos ligan a los objetos del amor, aunque desprovistos de fines sexuales. El psicoanálisis no precisa avergonzarse de hablar aquí de amor, pues la religión dice también, «ama al prójimo como a ti mismo». Esto es fácil exigirlo, pero difícil cumplirlo. La otra forma de vinculación afectiva es la que se realiza por identificación. Cuando establece importantes elementos comunes entre los hombres, despierta tales sentimientos de comunidad, identificaciones. Sobre ellas se funda en gran parte la estructura de la sociedad humana.

Usted se lamenta de los abusos de la autoridad, y eso me suministra una segunda indicación para la lucha indirecta contra la tendencia a la guerra. El hecho de que los hombres se dividan en dirigentes y dirigidos es una expresión de su desigualdad innata e irremediable. Los subordinados forman la inmensa mayoría, necesitan una autoridad que adopte para ellos las decisiones, a las cuales en general se someten incondicionalmente. Debería añadirse aquí que es preciso poner mayor empeño en educar una capa superior de hombres dotados de pensamiento independiente, inaccesibles a la intimidación, que breguen por la verdad y a los cuales corresponda la dirección de las masas dependientes. No es preciso demostrar que los abusos

de los poderes del Estado y la censura del pensamiento por la Iglesia, de ningún modo pueden favorecer esta educación. La situación ideal sería, naturalmente, la de una comunidad de hombres que hubieran sometido su vida instintiva a la dictadura de la razón. Ninguna otra cosa podría llevar a una unidad tan completa y resistente de los hombres, aunque se renunciara a los lazos afectivos entre ellos. Pero con toda probabilidad esto es una esperanza utópica. Los restantes caminos para evitar indirectamente la guerra son por cierto más accesibles, pero en cambio no prometen un resultado inmediato. Es difícil pensar en molinos que muelen tan despacio que uno se moriría de hambre antes de tener harina.

Como usted ve, no es mucho lo que se logra cuando, tratándose de una tarea práctica y urgente, se acude al teórico alejado del mundo. Será mejor que en cada caso particular se trate de enfrentar el peligro con los recursos de que se disponga en el momento; pero aún quisiera referirme a una cuestión que usted no plantea en su escrito y que me interesa particularmente. ¿Por qué nos indignamos tanto contra la guerra, usted, y yo, y tantos otros? ¿Por qué no la aceptamos como una más entre las muchas dolorosas miserias de la vida? Parece natural; biológicamente bien fundada; prácticamente casi inevitable. No se indigne usted por mi pregunta, pues tratándose de una investigación seguramente se puede adoptar la máscara de una superioridad que en realidad no se posee. La respuesta será que todo hombre tiene derecho a su propia vida; que la guerra destruye vidas humanas llenas de esperanzas; coloca al individuo en situaciones denigrantes; lo obliga a matar a otros, cosa que no quiere hacer; destruye costosos valores materiales, productos del trabajo humano, y mucho más. Además, la guerra en su forma actual ya no ofrece oportunidad para cumplir el antiguo ideal heroico, y una guerra futura implicaría la eliminación de uno o quizá de ambos enemigos, debido al perfeccionamiento de los medios de destrucción. Todo eso es verdad, y parece tan innegable que uno se asombra al observar que las guerras aún no han sido condenadas por el consejo general de todos los hombres. Sin embargo, es posible discutir algunos de estos puntos. Se podría preguntar si la comunidad no tiene también un derecho a la vida del individuo; además, no se pueden condenar todas las clases de guerras en igual medida; finalmente, mientras existan Estados y naciones que estén dispuestos a la

destrucción inescrupulosa de otros, estos otros deberán estar preparados para la guerra. Pero dejaré rápidamente estos temas, pues no es ésta la discusión a la cual usted me ha invitado. Quiero dirigirme a otra meta: creo que la causa principal por la que nos alzamos contra la guerra es la de que no podemos hacer otra cosa. Somos pacifistas porque por razones orgánicas debemos serlo. Entonces nos resulta fácil fundar nuestra posición sobre argumentos intelectuales.

Esto seguramente no es comprensible sin una explicación. Yo creo lo siguiente: desde tiempos inmemoriales se desarrolla en la Humanidad el proceso de la evolución cultural. (Yo sé que otros prefieren denominarlo: «civilización»). A este proceso debemos lo mejor que hemos alcanzado, y también buena parte de lo que ocasionan nuestros sufrimientos. Sus causas y sus orígenes son inciertos; su solución, dudosa; algunos de sus rasgos, fácilmente apreciables. Quizá lleve a la desaparición de la especie humana, pues inhibe la función sexual en más de un sentido, y ya hoy las razas incultas y las capas atrasadas de la población se reproducen más rápidamente que las de cultura elevada. Quizá este proceso sea comparable a la domesticación de ciertas especies animales. Sin duda trae consigo modificaciones orgánicas, pero aún no podemos familiarizarnos con la idea de que esta evolución cultural sea un proceso orgánico. Las modificaciones psíquicas que acompañan la evolución cultural son notables e inequívocas. Consisten en un progresivo desplazamiento de los fines instintivos y en una creciente limitación de las tendencias instintivas. Sensaciones que eran placenteras para nuestros antepasados son indiferentes o aun desagradables para nosotros; el hecho de que nuestras exigencias ideales éticas y estéticas se hayan modificado tiene un fundamento orgánico. Entre los caracteres psicológicos de la cultura, dos parecen ser los más importantes: el fortalecimiento del intelecto, que comienza a dominar la vida instintiva, y la interiorización de las tendencias agresivas, con todas sus consecuencias ventajosas y peligrosas. Ahora bien: las actitudes psíquicas que nos han sido impuestas por el proceso de la cultura son negadas por la guerra en la más violenta forma y por eso nos alzamos contra la guerra: simplemente, no la soportamos más, y no se trata aquí de una aversión intelectual y afectiva, sino que en nosotros, los pacifistas, se agita una intolerancia constitucional, por

así decirlo, una idiosincrasia magnificada al máximo. Y parecería que el rebajamiento estético implícito en la guerra contribuye a nuestra rebelión en grado no menor que sus crueldades.

¿Cuánto deberemos esperar hasta que también los demás se tornen pacifistas? Es difícil decirlo, pero quizá no sea una esperanza utópica la de que la influencia de estos dos factores —la actitud cultural y el fundado temor a las consecuencias de la guerra futura— pongan fin a los conflictos bélicos en el curso de un plazo limitado. Nos es imposible adivinar a través de qué caminos o rodeos se logrará este fin. Por ahora sólo podemos decirnos: todo lo que impulse la evolución cultural obra contra la guerra.

Lo saludo cordialmente y le ruego me perdone si mi exposición lo ha defraudado.

Suyo,
SIGMUND FREUD

CLXIX

PREFACIO PARA UN LIBRO DE AUGUST AICHHORN[2356]

1925

De todas las aplicaciones que el psicoanálisis ha tenido, ninguna despertó tanto interés ni inspiró tantas esperanzas, y en consecuencia, atrajo tantos colaboradores capaces como la teoría y la práctica de la educación infantil. Es fácil comprenderlo, pues el niño se ha convertido en el principal objeto de la investigación psicoanalítica y ha reemplazado en tal sentido al neurótico, con el cual aquélla inició su labor. El análisis demostró que en el enfermo, como en el soñante y en el artista, sobrevive el niño apenas modificado; reveló también las energías y las tendencias instintivas que estampan al pequeño ser su sello característico; por fin, trazó las vías evolutivas que de aquél llevan a la madurez del adulto. Nada extraño tenía, pues, la esperanza de que la labor psicoanalítica en el niño fuese provechosa para la actividad pedagógica que lo guía, lo estimula y lo encauza en su camino a la madurez.

Mi aporte personal a esta aplicación del psicoanálisis ha sido muy escaso. Desde un principio hice mío el dicho de las tres profesiones imposibles —educar, curar, gobernar—, y por otra parte, la segunda de ellas me tenía suficientemente embargado. Mas esto no me impide reconocer el alto valor social que puede reclamar la labor de mis amigos pedagogos.

El presente libro de A. Aichhorn concierne a una parte del magno problema: a la conducción pedagógica de los menores desamparados. Antes

de trabar conocimiento con el psicoanálisis, el autor había actuado durante largos años en su cargo oficial de director de reformatorios municipales. Su actitud ante sus pupilos se alimentó en una cordial simpatía por el destino de esos desventurados y fue felizmente guiada por una comprensión intuitiva de sus necesidades psíquicas. El psicoanálisis poco pudo enseñarle en lo que a la práctica se refiere, pero le ofreció una clara visión teórica de los justificados que eran sus métodos, permitiéndole fundamentarlos ante los demás.

No se puede pretender de todo educador semejante don de comprensión intuitiva. Las experiencias y los resultados de Aichhorn nos ofrecen, a mi juicio, dos advertencias. Ante todo, la de que el educador debe poseer formación psicoanalítica, pues de lo contrario el objeto de sus esfuerzos, el niño, seguirá siendo para él un enigma inaccesible. La mejor forma de alcanzar esta instrucción consiste en someterse a un análisis, experimentándolo en carne propia. La enseñanza teórica no penetra a suficiente profundidad ni nos facilita una convicción.

La segunda advertencia tiene un tono más bien conservador, pues nos dice que la labor pedagógica sería algo *sui generis*, que no podría ser confundido con la influenciación psicoanalítica ni sustituido por ella. El psicoanálisis del niño puede ser aplicado por la educación como un recurso auxiliar, pero no es apropiado para sustituirla, pues no sólo lo prohíben razones prácticas, sino que lo contraindican consideraciones teóricas. La relación entre la educación y el tratamiento psicoanalítico seguramente será sometida, en un futuro no lejano, a minuciosos estudios. En esta ocasión me limitaré a algunas insinuaciones. No debemos dejar que nos confunda la afirmación justificada, por otra parte— de que el psicoanálisis del neurótico adulto equivaldría a su reeducación. Sucede, simplemente, que el niño —ni siquiera el descarriado o el desamparado— todavía no es un neurótico y que la reeducación es cosa muy distinta de la educación de un ser aún inmaduro. La posibilidad de que el análisis ejerza su influencia reposa sobre condiciones muy particulares que pueden condensarse en lo que denominamos «situación analítica»; exige el desarrollo de determinadas estructuras psíquicas y una actitud particular frente al analista. Cuando éstas faltan —como en el niño, en el menor desamparado y, por lo general, también en el criminal impulsivo— debe aplicarse algo distinto del análisis, por más que coincida con éste en

cuanto a su objetivo. Los capítulos teóricos del presente libro suministrarán al lector una orientación elemental frente a tan dispares alternativas.

Por fin, no dejaré de agregar una conclusión que ya no concierne a la pedagogía, pero sí es importante para la posición del educador. Una vez que éste haya aprendido el psicoanálisis por la experiencia en la propia persona, adquiriendo la capacidad de aplicarlo como coadyuvante de su labor en casos mixtos o limítrofes, no cabe duda de que debería permitírsele el ejercicio del análisis y no tratar de impedírselo por motivos mezquinos.

CLXX

NOTA PARA UN TRABAJO DE E. PICKWORTH FARROW[2357]

1926

Conozco al autor como un hombre de inteligencia poderosa y autónoma, el cual, probablemente a causa de cierta terquedad, no llegó a ponerse de acuerdo con ninguno de los dos analistas con los cuales intentó el tratamiento. Dedicóse entonces a la aplicación consecuente del método del autoanálisis, que en su oportunidad yo utilicé para el análisis de mis propios sueños. Precisamente a causa de las peculiaridades del autor y de su técnica, sus resultados merecen la más atenta consideración.

CLXXI

PRÓLOGO DEL FOLLETO «DÉCIMO ANIVERSARIO DEL INSTITUTO PSICOANALÍTICO DE BERLÍN[2358]»

1930

En las páginas siguientes se encontrará una reseña de la organización y la obra del Instituto Psicoanalítico de Berlín, al cual le han correspondido en el movimiento psicoanalítico tres funciones de importancia: primera, la de poner nuestra terapia al alcance de aquellas grandes masas de seres humanos que sufren bajo sus neurosis en igual medida que los ricos, pero que no están en la situación de poder solventar su tratamiento; segunda, la de crear un centro en el cual pudiera impartirse la enseñanza teórica del psicoanálisis y transmitir la experiencia de los psicoanalistas más viejos a los alumnos afanosos de aprenderla; finalmente, la de perfeccionar nuestro conocimiento de las enfermedades neuróticas y de nuestra técnica terapéutica merced a su aplicación y su comprobación bajo nuevas condiciones.

La creación de tal instituto era imprescindible, pero habría sido infructuoso esperar para ello el auxilio del Estado o el interés de la Universidad. Tal vacío fue colmado por la energía y la abnegación de uno sólo entre todos los analistas. El doctor Max Eitingon, actual presidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional, creó este Instituto, hace ahora diez años, de su propio peculio, lo mantuvo desde entonces y lo dirigió con su esfuerzo personal. La rendición de cuentas de este primer decenio que ha

cumplido el Instituto de Berlín constituye un homenaje a su creador y director, representa un intento de expresarle pública gratitud. Todo aquel que se sienta en algún sentido partícipe en el psicoanálisis no vacilará en adherirse a este agradecimiento.

CLXXII

MENSAJE PARA LA «MEDICAL REVIEW OF REVIEWS[2359]»

1930

El doctor Feigenbaum me ha invitado a remitirle algunas palabras para la revista cuya publicación acaba de asumir, y aprovecho esta ocasión para desearle el mayor éxito en su labor.

A menudo oigo que el psicoanálisis goza de gran popularidad en los Estados Unidos y que no tropieza allí con la tenaz resistencia que se le enfrenta en Europa. Mas mi satisfacción ante esa noticia es enturbiada por varias circunstancias. Me parece que la popularidad del nombre del psicoanálisis en ese país no implica ni una actitud favorable a su contenido ni una particular difusión o profundización de su conocimiento. Tomo como prueba de lo primero el hecho de que, a pesar de la facilidad y la profusión con que se obtienen allí recursos para financiar todas las empresas científicas y seudocientíficas, nunca pudimos lograr un apoyo para nuestras instituciones psicoanalíticas. Tampoco mi segunda afirmación es difícil de probar. Aunque los Estados Unidos poseen varios analistas capaces y por lo menos una autoridad como el doctor A. A. Brill, las contribuciones de aquel vasto país a nuestra ciencia son escasas y aportan poco de nuevo. Los psiquiatras y los neurólogos suelen recurrir al psicoanálisis como un método terapéutico, pero generalmente muestran poco interés por sus problemas científicos y por su significación cultural. Con particular frecuencia tradúcese entre los autores y

los médicos norteamericanos un dominio harto insuficiente del psicoanálisis, al punto que de él sólo conocen el nombre y algunos de sus términos más divulgados, pero sin que ello afecte en lo mínimo la seguridad de los juicios que emiten. Además, acostumbran confundir el psicoanálisis con otros sistemas doctrinarios que de él pueden haber surgido, pero que hoy son incompatibles con el mismo. O bien se crean una mescolanza de psicoanálisis con otros elementos, aduciendo tal proceder como prueba de sus *broadminiedness*[2360], cuando sólo demuestra su *lack of judgment*[2361].

Muchas de estas circunstancias desagradables, que menciono con pesar, obedecen sin duda a la tendencia general, imperante en los Estados Unidos, de abreviar el estudio y la capacitación para llegar cuanto antes a la aplicación práctica. También se prefiere estudiar un tema como el psicoanálisis no en sus fuentes originales, sino en exposiciones de segunda mano, a menudo carentes de valor. Es inevitable que ello vaya en detrimento de toda profundización.

Cabe esperar que los trabajos de la calidad que el doctor Feigenbaum se propone publicar en su revista fomenten poderosamente el interés por el psicoanálisis en los Estados Unidos.

CLXXIII

PALABRAS PRELIMINARES PARA UN LIBRO DE EDOARDO WEISS[2362]

1930 [1931]

El autor de estas conferencias, mi amigo y discípulo el doctor Edoardo Weiss, ha deseado que acompañe su trabajo con algunas palabras de recomendación. Las formulo aquí con la plena convicción de que tal recomendación es superflua, pues la obra habla por sí misma. Quien sepa apreciar la seriedad de un esfuerzo científico, quien valore la probidad del investigador que no procura reducir ni disimular las dificultades, quien admire la habilidad del maestro para llevar con su exposición la luz a las tinieblas y el orden al caos, todo aquél concederá un alto rango a este libro y compartirá mi opinión de que está destinado a despertar en los círculos cultos y científicos de Italia un sólido interés por la joven ciencia del psicoanálisis.

CLXXIV

PREFACIO PARA UN LIBRO DE HERMANN NUNBERG[2363]

1931 [1932]

Este libro de H. Nun berg contiene la exposición más completa y concienzuda que poseemos en la actualidad acerca de la teoría psicoanalítica de los procesos neuróticos. Quien persiga, ante todo, la simplificación y la fácil resolución de los problemas respectivos, difícilmente será complacido por esta obra. Pero todo aquel que prefiera la reflexión científica, que sepa apreciar el mérito de mantener la especulación sujeta a la guía de la experiencia, que perciba el encanto de la hermosa multiplicidad del suceder psíquico, llegará a apreciar esta obra y la estudiará con ahínco.

CLXXV

PRÓLOGO PARA UN LIBRO DE MARIE BONAPARTE[2364]

1933

Mi amiga y discípula Marie Bonaparte con este libro ha proyectado la luz del psicoanálisis sobre la vida y la obra de un gran poeta patológicamente afectado. Merced a su labor de interpretación, comprendemos ahora cuántos de los caracteres que aparecen en sus obras están condicionados por la personalidad del autor; pero también aprendemos que ésta era, a su vez, el sedimento de intensas fijaciones afectivas y de dolorosas vivencias de su temprana juventud. Tales estudios no pretenden explicar el genio del poeta, pero demuestran qué motivos lo han despertado y qué temas le impuso el destino. Hay, sin duda, un particular atractivo en estudiar las leyes de la vida psíquica humana en los individuos más sobresalientes.

CLXXVI

A ROMAIN ROLLAND[2365]

1926

Inolvidable amigo: ¿Cuántos esfuerzos y dolores debe haber superado para alcanzar tales alturas del humanitarismo?

Años antes de conocerlo personalmente ya lo había reverenciado como artista y como apóstol del amor humanitario. También yo me adherí a éste; no por motivos de sentimentalismo o de normas ideales, sino por sobrias causas económicas; porque en vista de nuestras disposiciones instintivas y del mundo que nos rodea, hube de proclamarlo tan imprescindible para la conservación de la especie humana como, por ejemplo, lo es la técnica.

Cuando por fin llegué a conocerlo personalmente quedé sorprendido al comprobar que usted sabe prestar tan alto valor a la fuerza y a la energía, y que en su propia persona se encarna tal grado de fuerza de voluntad.

Que el próximo decenio no le depare sino superaciones.

Cordialmente suyo,

SIGMUND FREUD, *aetat*. 70

CLXXVII

A ERNEST JONES, EN SU CINCUENTA ANIVERSARIO[2366]

1929

Cúpole al psicoanálisis, como primera tarea, revelar aquellos impulsos instintivos que no sólo son comunes a todos los seres humanos vivientes en la actualidad, sino que además la Humanidad actual tiene en común con el hombre de la Prehistoria y de la Protohistoria. Por consiguiente, nada le fue tan fácil como sobreponerse a las discrepancias condicionadas por la pluralidad de razas, de lenguas y de naciones entre los habitantes de la Tierra. De ahí que haya sido desde un comienzo *internacional*, y es sabido que sus cultivadores lograron superar antes que otros las influencias hostiles de la Gran Guerra.

Entre los hombres que en la primavera de 1908 se reunieron en Salzburgo para celebrar el Primer Congreso Psicoanalítico. destacábase un joven médico inglés que llevó allí un pequeño estudio titulado *Rationalization in Everyday Life*[2367]. El contenido de esta obra primeriza se mantiene aún hoy en pie; gracias a ella, nuestra joven ciencia viose enriquecida con un importante concepto y con un término imprescindible.

Desde entonces, Ernest Jones ya no ha descansado más. Primero en su posición como profesor en Toronto, luego como médico en Londres, como fundador y maestro de un grupo local, como gerente de una editorial, director de una revista, cabeza de un instituto de enseñanza, actuó incansablemente en

pro del psicoanálisis; con sus conferencias públicas divulgó su acervo científico puesto al día; con sus críticas brillantes, severas, pero justas, lo defendió contra los ataques y las tergiversaciones de sus adversarios; con habilidad y moderación afianzó su difícil posición en Inglaterra, frente a las pretensiones de la *Profession*[2368], y a la par de toda esa actividad exterior, colaborando con lealtad en el desarrollo del psicoanálisis en el continente, realizó aun esa hazaña científica de la cual son testimonios sus *Papers on Psycho-Analysis* y sus *Essays in Applied Psycho-Analysis*[2369]. Ahora, alcanzando el pináculo de su vida, no sólo es el indisputado dirigente entre los analistas de habla inglesa, sino que se le reconoce como uno de los más destacados representantes de psicoanálisis en general, como un apoyo para sus amigos y, todavía hoy, como una esperanza para el futuro de nuestra ciencia.

Aunque el director de esta revista ha quebrado para saludar al amigo el silencio al cual su edad lo condena (o que ésta le permite), séale dado no concluir estas líneas con la expresión de un deseo —no creemos en la omnipotencia del pensamiento—, sino con la confesión de que no le es posible imaginarse a Ernest Jones, ni aun después de su cincuenta cumpleaños, de distinta manera que antes: activo y enérgico, belicoso y entregado a la causa.

CLXXVIII

MENSAJE PARA LA INAUGURACIÓN DE LA UNIVERSIDAD HEBREA[2370]

1925

LOS historiadores nos enseñan que nuestra pequeña nación sólo pudo sobrevivir a la aniquilación de su independencia como Estado gracias a que en la escala de sus valores estimativos comenzó a transferir el más alto lugar a sus bienes espirituales, a su religión y a su literatura.

Vivimos actualmente una época en que este pueblo tiene la perspectiva de volver a conquistar el país de sus antecesores con ayuda de una potencia que domina al mundo, y celebramos la ocasión fundando una Universidad en su vieja ciudad capital.

Una Universidad es un lugar en el que se enseña la ciencia por encima de todas las diferencias religiosas y nacionales; donde se realizan investigaciones, donde se intenta mostrar a los hombres hasta qué límite comprenden el mundo que los rodea y hasta qué punto pueden someterlo a su acción.

Tal empresa es un noble testimonio del desarrollo que ha alcanzado nuestro pueblo en sus dos mil años de infortunio.

Lamento profundamente que mi mala salud me impida asistir a las festividades inaugurales de la Universidad Judía de Jerusalén.

CLXXIX

CARTA SOBRE LA POSICIÓN FRENTE AL JUDAISMO[2371]

1925

«PUEDO declarar que estoy tan alejado de la religión judía como de todas las demás; en otras palabras: las considero sumamente importantes como objetos de interés científico, pero no me atañen sentimentalmente en lo más mínimo. En cambio, siempre tuve un poderoso sentimiento de comunidad con mi pueblo, sentimiento que también he nutrido en mis hijos. Todos seguimos perteneciendo a la confesión judía.

Mi juventud transcurrió en una época en que nuestros liberales maestros de religión no daban valor a que sus alumnos adquirieran conocimientos en la lengua y la literatura hebreas. Por eso mi cultura ha quedado muy atrasada en este terreno, defecto que más tarde tuve múltiples ocasiones de lamentar».

CLXXX

DISCURSO A LOS MIEMBROS DE LA SOCIEDAD B’NAI B’RITH[2372]

1926 [1941]

¡ILUSTRÍSIMO *gran presidente, ilustres presidentes, queridos hermanos!*

¡Gracias por el honor que hoy me habéis demostrado! Sabéis todos por qué no puede responderos con el sonido de mi propia voz. Habéis oído hablar de mi labor científica a uno de mis amigos y discípulos; pero es difícil abrir juicio sobre estas cosas, al punto que quizá por mucho tiempo no se pueda pronunciarlo con certeza. Permitidme agregar algo al discurso de aquel que es también mi amigo y mi solícito médico. Quisiera contaros brevemente cómo me hice B. B. y qué busqué entre vosotros.

Fue en los años siguientes al 1895 cuando dos poderosas impresiones coincidieron en mí para despertar un mismo efecto. Por un lado, había alcanzado mi primera visión de los abismos de la vida instintiva humana, había contemplado muchas cosas susceptibles de desilusionarme y, al principio, aun de asustarme; por el otro, la exposición de tan desagradables comprobaciones tuvo la consecuencia de que me viera privado de la mayor parte de las relaciones humanas que cultivaba en esa época. Me sentía como un proscrito, repudiado por todo el mundo. En ese aislamiento despertóse en mí al anhelo de un círculo de hombres selectos y de elevadas ambiciones que me recibieran amistosamente, a pesar de mi temeridad. Me fue indicada

vuestra Sociedad como el lugar donde podría hallar tales hombres.

El que vosotros fuerais judíos sólo podía serme grato, pues yo mismo era judío y siempre consideré no sólo indigno, sino directamente absurdo tratar de negarlo. Debo confesaros aquí que no me ligaba al judaismo ni la fe ni el orgullo nacional, pues siempre fui un incrédulo, fui educado sin religión, aunque no sin respeto ante las exigencias de la cultura humana que consideramos «éticas». Cuando me sentía inclinado al orgullo nacional, siempre procuré dominarlo por funesto e injusto, amedrentándome el amenazante ejemplo de los pueblos en medio de los cuales vivimos nosotros los judíos. Con todo, bastante quedaba aún para tornarme irresistible la atracción del judaismo y de los judíos: cuantiosas potencias sentimentales oscuras, tanto más poderosas cuanto más difícilmente dejábanse expresar en palabras; la clara consciencia de una íntima identidad, la secreta familiaridad de poseer una misma arquitectura anímica. A ello no tardó en agregarse la comprensión de que sólo a mi naturaleza judía debo las dos cualidades que llegaron a serme indispensables en el difícil sendero de mi existencia. Precisamente por ser judío me hallé libre de muchos prejuicios que coartan a otros en el ejercicio de su intelecto; precisamente, como judío, estaba preparado para colocarme en la oposición y para renunciar a la concordancia con la «sólida mayoría».

Así, pues, llegué a ser uno de los vuestros; así tomé parte en vuestros intereses humanitarios y nacionales, conquisté amigos entre vosotros y convencí a los pocos amigos que aún me quedaban para que ingresaran en nuestra Sociedad. Ni siquiera podía pensar en convertiros a mi nueva doctrina; pero en una época en que nadie en Europa me escuchaba y cuando ni en Viena tenía un solo discípulo, vosotros me ofrecisteis vuestra benévola atención. Así fue cómo hallé aquí mi primer auditorio.

Cerca de las dos terceras partes del largo tiempo transcurrido desde mi ingreso me mantuve escrupulosamente junto a vosotros, obtuve en vuestro medio estímulo y confortamiento. Hoy habéis tenido la gentileza de no echarme en cara el que en este último tercio de dicho período me haya mantenido alejado. El trabajo llegó a abrumarme; imponíanse las obligaciones relacionadas con el mismo, y mis jornadas ya no podían prolongarse con la asistencia a las reuniones; además, el cuerpo no tardó en

exigir la observancia estricta de mis horas de comida. Finalmente, llegaron los años de esta enfermedad que también hoy me impide presentarme ante vosotros.

No sé si llegué a ser un verdadero B. B. en el sentido en que vosotros lo entendéis. Me inclino a dudarlo, pues en mi caso intervinieron excesivas condiciones particulares. Puedo aseguraros, sin embargo, que habéis significado mucho para mí, que ha sido mucho lo que me habéis dado en los años en que os pertenecí. Así, recibid mi más cálido agradecimiento por los días pasados tanto como por el día de hoy.

In W. B.&.E[2373].

Vuestro

SIGMUND FREUD.

CLXXXI

CARTA A DAVID EDER[2374]

1926

Viena IX, Berggasse 19.
Mayo 11 de 1926.

Estimado doctor Eder:

He sobrevivido a mi septuagésimo cumpleaños —lo que de por sí no es empresa fácil— y me encuentro enfrentado ahora al deber —que difícilmente pueda cumplir— de agradecer a todos aquellos que me depararon el placer de hacerme llegar las expresiones de su simpatía. Usted mismo es uno de ellos y le doy las gracias de todo corazón, rogándole al mismo tiempo que me facilite la tarea transmitiendo mi más profundo y sincero agradecimiento a los distinguidos miembros del curatorio de la Universidad Hebrea y al comité ejecutivo de la Organización Sionista. Pienso especialmente en el doctor Weizmann y en el profesor Einstein, quienes me han demostrado tanta simpatía y a los que le ligan tantos intereses compartidos, sin que, para pesar mío, tenga la fortuna de conocerlos personalmente. Perdóneme por molestarlo con esta comisión y acepte los más cordiales saludos de su

Freud.

CLXXXII

CARTA AL BURGOMAESTRE DE LA CIUDAD DE PRIBOR[2375]

1931

Agradezco al señor burgomaestre de la ciudad del Pribor Freiberg, a los organizadores de este homenaje y a todos los presentes el honor que me demuestran al ornar mi casa natal con esta placa conmemorativa, ejecutada por mano de artista. Tanto más es apreciado este honor cuanto que el así honrado vive aún y sus coetáneos de ningún modo son unánimes en la apreciación de su obra.

He abandonado Freiberg a la edad de tres años, y sólo volví a visitarla a los dieciséis como estudiante en vacaciones, huésped de la familia Fluss, sin retornar desde entonces. Muchos son los azares que desde esos tiempos he tenido: cuantiosos esfuerzos, algunos pesares, también felicidad y cierto éxito, como suelen mezclarse en toda existencia humana. A mí, que he alcanzado los setenta y cinco años, no me resulta fácil volverme a esa época temprana de mi existencia, de cuyo rico contenido sólo escasos restos asoman a mi recuerdo. Pero de algo sí puedo estar seguro: hundido muy en lo profundo, sobrevive todavía en mí el feliz niño de Freiberg, el hijo primogénito de una madre juvenil, que en esos aires, en ese suelo recibió las primeras impresiones inextinguibles. Así, séame permitido cerrar estas palabras de gratitud con los más cordiales deseos de felicidad para ese lugar y para sus habitantes.

CLXXXIII

CARTA A PAUL FEDERN[2376]

1931

Viena, noviembre 1 de 1931.

Querido doctor:

Hace unos días se apareció usted en mi casa con tres bustos, solicitándome que eligiera uno como regalo de la Asociación Psicoanalítica Vienesa.

La elección no fue fácil. Aunque los bustos fueron hechos por la misma mano y representan a la misma persona, el artista infundió a cada uno de ellos un encanto y una distinción particulares, que no muestran los demás y a los que es difícil sustraerse. Finalmente, dado que no puedo tener tres cabezas, como Cerbero, me decidí en favor de la talla en madera. Con su expresión vivaz y amistosa, promete convertirse en un agradable compañero de estancia.

A usted, que descubrió al artista y que lo alentó, con la Asociación que me obsequia con este doble mío, quiero expresarles mi cordial agradecimiento. Un regalo como éste, empero, es sintomático de espíritus que uno valoriza tanto más cuanto más raramente los encuentra en la vida, y aun estos sentimientos se cuentan entre los bienes más preciosos que es dable recibir.

Sin embargo, desgraciadamente viene a mi mente la idea de que todos ustedes han asumido tamaño sacrificio en una época en que las necesidades

materiales pesan agobiadoramente sobre nosotros. Yo no he empobrecido en la misma medida que los demás. Desearía, pues, indemnizarlos, y aun así quedaría una gran deuda de gratitud. Según están las cosas hoy, les ruego que me acepten la suma de tres mil chelines austríacos, que podrían utilizar para las finalidades de nuestra clínica e instituto de enseñanza.

Lo más lamentable es que dispongamos de recursos tan míseros para sostener nuestras instituciones, pero bien sabemos que hoy en día no es una desgracia ser pobre. Confío para el futuro en que perduren las palabras aplicadas cierta vez por mí al destino de nuestro movimiento: *Fluctuat nec mergitud*. Con los más cordiales saludos, suyo,

Sigmund Freud.

CLXXXIV

EN MEMORIA DE JOSE BREUER[2377]

1925

El 20 de junio de 1925 falleció en Viena, a los ochenta y cuatro años, el doctor José Breuer, creador del método catártico, cuyo nombre está por ello inseparablemente ligado a los orígenes del psicoanálisis.

Breuer era un clínico general, discípulo de Oppolzer; en años anteriores había trabajado junto a Ewald Hering en la fisiología de la respiración, y aún más tarde, durante las escasas horas de solaz que le dejaba su extensa práctica de consultorio, se dedicó con éxito a experiencias sobre la función del aparato vestibular en los animales. Nada permitía sospechar en su formación intelectual que sería el primero en intuir decisivamente el antiquísimo enigma de la neurosis histérica, aportando al conocimiento de la vida psíquica humana una contribución de valor imperecedero. Mas era un hombre de grande y universal talento, cuyos intereses trascendían en vastos y múltiples sentidos el ámbito de su actividad profesional.

Fue en 1880 cuando el azar le trajo una enferma de singulares cualidades, una joven extraordinariamente inteligente que había caído en grave histeria durante la atención de su padre enfermo. El resultado que alcanzó con este «primer caso», el inagotable tesón y la paciencia con que desarrolló la técnica, una vez hallada, hasta librar a la enferma de todos sus incomprensibles síntomas; el entendimiento de los mecanismos psíquicos de la neurosis que adquirió en el curso de esa tarea, de todo esto el mundo sólo

se enteró unos catorce años más tarde, a través de nuestro trabajo en colaboración *Estudios sobre la histeria* (1895), aunque la información ofrecida entonces no fue, por desgracia, sino muy incompleta y censurada por consideraciones de discreción profesional.

Nosotros, los psicoanalistas, que hace tiempo estamos acostumbrados a dedicar centenares de horas a un solo enfermo, ya no podemos imaginarnos cuán revolucionario debió parecer semejante esfuerzo hace cuarenta y cinco años. Puede ser que requiera una buena porción de interés personal —si es lícita la expresión— de libido médica, pero también fue necesaria una dosis considerable de libre pensar y de juicio impertérrito. Cuando publicamos nuestros *Estudios* ya podíamos remitirnos a los trabajos de Charcot y a las investigaciones de Pierre Janet, que por entonces habían restado prioridad a parte de los descubrimientos de Breuer, aunque cuando éste trató a su primer caso (1881-82) nada se sabía de tales cuestiones. *Automatisme Psychologique*, de Janet, apareció en 1889; su otra obra, *U état mental des Hystériques*, tan sólo en 1892. Parece, pues, que la investigación de Breuer fue completamente original y sólo orientada por las sugestiones que le ofrecía el propio caso.

En repetidas ocasiones —por última vez en mi *Autobiografía* (1925), incluida en la compilación de Grote, *Die Medizin der Gegenwart* («La Medicina de hoy»)— traté de fijar la parte que me cupo en los estudios publicados en común. Mi mérito consistió esencialmente en haber vuelto a despertar en Breuer un interés que parecía agotado y en haberlo impulsado a la publicación. Cierta reticencia que le era propia, una íntima modestia que debía resultar sorprendente en la brillante personalidad de este hombre, le había impelido a mantener secreto durante largo tiempo su asombroso descubrimiento, hasta que por fin dejó de ser nuevo en su totalidad. Más tarde tuvo motivos para aceptar que también un factor puramente afectivo le había restado entusiasmo para proseguir su labor con esta neurosis, pues llegó a toparse con la inevitable transferencia de la enferma hacia el médico y no logró comprender la índole impersonal de ese proceso. Sin embargo, en la época en que cedió a mi influencia y se dispuso a publicar los *Estudios*, parecía afianzado su juicio sobre la importancia de los mismos, pues decía: «Creo que esto es lo más importante que ambos podremos comunicar al

mundo».

Además de la historia clínica de su primer caso, Breuer aportó a los *Estudios* un trabajo teórico que, lejos de haber perdido actualidad, contiene ideas y sugestiones aún insuficientemente explotadas. Quien se embarque en tal trabajo especulativo estimará en su justa medida la categoría intelectual de ese hombre, cuyo interés científico sólo se dedicó, desgraciadamente, durante un breve espacio de su larga vida a nuestra psicopatología.

CLXXXV

EN MEMORIA DE KARL ABRAHAM[2378]

1926

El 25 de diciembre falleció en Berlín el doctor K. Abraham, presidente del grupo berlinés por él fundado y actual presidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional. No contando aún cincuenta años, sucumbió a un padecimiento interno contra el cual su recio organismo ya venía luchando desde la primavera de 1925. En el último Congreso de Homburg, K. Abraham parecía curado, para alegría de todos nosotros, pero una recidiva nos deparó esta amarga decepción.

Con este hombre

—*integer vitae scelerisque purus*[2379]

perdemos a una de las más sólidas promesas de nuestra joven y aún tan combatida ciencia; quizá se haya perdido también un trozo irreparable de su futuro. Conquistó un lugar tan destacado entre todos los que me siguieron por los umbríos caminos de la labor psicoanalítica que sólo podría pronunciarse, junto al suyo, un solo nombre más. La confianza de colaboradores y discípulos, que gozó en medida ilimitada, probablemente lo habría llevado a la dirección del movimiento, y con seguridad habría sido un guía ejemplar hacia la investigación de la verdad, tan imperturbable ante la alabanza y la censura de las multitudes como ante el brillo seductor de sus propias creaciones imaginativas.

Escribo estas líneas para los amigos y colegas que conocieron y apreciaron a Abraham como yo lo hice, para aquellos que sin duda comprenderán cuánto representa para mí la pérdida del amigo menor en tantos años, para los que me disculparán si no persisto en intentar decir lo difícilmente decible. En ésta nuestra revista será otro quien rinda tributo a la personalidad científica de Abraham y a su obra.

CLXXXVI

EN MEMORIA DE SANDOR FERENCZI[2380]

1933

La experiencia nos ha demostrado que desear no cuesta nada, y por eso nos regalamos generosamente, los unos a los otros, los mejores y más afectuosos deseos, entre los cuales el primer lugar le corresponde al deseo de larga vida. Pero justamente este deseo tiene una ambivalencia que nos es revelada por cierta anécdota oriental harto conocida. Un sultán se ha hecho trazar su horóscopo por dos agoreros. «La fortuna sea contigo, ¡oh señor! —dice el primero—. En las estrellas está escrito que verás morir a todos tus parientes antes de morir tú». Este vidente es ajusticiado. «La fortuna sea contigo, ¡oh señor! —dice también el otro—. Leo en las estrellas que sobrevivirás a todos tus parientes». Éste es ricamente recompensado. No obstante, ambos habían expresado idéntica realización de deseos.

En enero de 1926 tuve que escribir la necrología de nuestro inolvidable amigo Karl Abraham. Pocos años antes, en 1923, pude cumplimentar a Sándor Ferenczi por haber alcanzado los cincuenta años de vida. Hoy, un corto decenio más tarde, me duele haberle sobrevivido también a él. En aquella salutación para su aniversario hube de celebrar públicamente su universalidad, su originalidad, la riqueza de sus talentos; en cambio, la discreción debida al amigo me prohibía hablar de su personalidad amable, magnánima y abierta a todo lo importante.

Desde que el interés por el naciente psicoanálisis lo condujo a mí, muchas

han sido nuestras empresas compartidas. Cuando en 1909 fui invitado a Worcester, Massachusetts, para dictar allí conferencias durante una semana de jubileo, le pedí que me acompañara. Todas las mañanas, antes de la hora de mi conferencia, nos pescábamos ante la Universidad y yo lo invitaba a proponerme el tema a exponer ese día; él esbozaba así lo que media hora después yo exponía en improvisación. Fue de esta manera como Ferenczi tomó parte en la génesis de las *Cinco conferencias sobre psicoanálisis*. Poco después, en el Congreso de Nuremberg, de 1910, lo induje a proponer la organización de los analistas en una Asociación Internacional, tal como la habíamos proyectado juntos. Su proyecto fue aprobado con pocas modificaciones; hoy todavía está en vigor. Durante varios años sucesivos pasamos juntos en Italia nuestras vacaciones otoñales, y más de un trabajo que posteriormente fue publicado con su nombre o con el mío tuvo allí, en nuestras conversaciones, su forma primigenia. Cuando estalló la guerra mundial, poniendo fin a nuestra libertad de movimientos, pero paralizando también nuestra actividad analítica, aprovechó el intervalo para comenzar su análisis conmigo, que si bien fue interrumpido por su incorporación a filas, pudo ser continuado posteriormente. El sentimiento de íntima y segura comunidad que paulatinamente se formó a través de tantas experiencias en común tampoco se vio perturbado cuando, lamentablemente ya avanzada su existencia, ligóse a la excelente mujer que hoy lo llora como viuda suya.

Cuando hace diez años la *Internationale Zeitschrift* y el *International Journal* dedicaron sendas entregas especiales a celebrar al cincuenta aniversario de Ferenczi, ya se hallaban publicados la mayoría de aquellos trabajos que hicieron de todos los analistas sus discípulos. No obstante, aún mantenía en reserva su obra más brillante, más pletórica de ideas. Yo lo sabía, y concluí mi mensaje de congratulación exhortándolo a entregárnosla. Así fue como apareció en 1924 su *Ensayo de una teoría genital*[2381]. El pequeño libro es un estudio biológico más bien que psicoanalítico, una aplicación de los puntos de vista y de los conocimientos surgidos del psicoanálisis, a la biología de los procesos sexuales y aun al problema de la vida orgánica en general; por cierto, la más osada aplicación del psicoanálisis que se haya intentado jamás. Como idea cardinal, se acentúa la índole conservadora de los instintos, que tienden a restablecer todo estado

abandonado a causa de una perturbación exterior; los símbolos se reconocen como testimonios de conexiones arcaicas; muéstrase, por medio de ejemplos convincentes, cómo las particularidades de lo psíquico conservan las huellas de las modificaciones primordiales y arcaicas de la sustancia somática. Al leer este trabajo, créese comprender muchas peculiaridades de la vida sexual que antes nunca había sido posible captar en su concatenación, y el lector se siente enriquecido con sugerencias que prometen conducir a profundísimas perspectivas nuevas en vastos sectores de la Biología. Sería inútil querer discernir ya hoy cuánto puede aceptarse como conocimiento fidedigno y cuánto hay de tanteo hacia un conocimiento futuro, a manera de una fantasía científica. Déjase este pequeño libro con la impresión de que leerlo todo es demasiado para una sola jornada, de que se impone releerlo al cabo de una pausa. Mas no soy el único que tiene esta impresión. No obstante, quizá llegue a existir alguna vez realmente un «bioanálisis» como Ferenczi lo ha proclamado, y éste tendrá que invocar sin duda el *Ensayo de una teoría genital*.

Después de esta obra culminante, nuestro amigo comenzó a apartarse paulatinamente de nosotros. Vuelto de una temporada de trabajo en Estados Unidos, pareció sumirse cada vez más en la obra solitaria; él, que antes siempre había participado vivamente de cuanto ocurría en los círculos analíticos. Súpose que un único problema había embargado totalmente su interés. La imperiosa necesidad interior de curar y de socorrer al enfermo se había tornado omnipotente en él. Quizá se hubiese impuesto metas aún inaccesibles con nuestros actuales recursos terapéuticos. De sus inagotables fuentes afectivas llególe la convicción de que se podría alcanzar mucho más con nuestros enfermos dándoles en medida suficiente el amor que anhelaron tener en su infancia. Se propuso averiguar cómo sería posible hacerlo en el marco de la situación psicoanalítica, y mientras no hubo alcanzado el éxito en tal tarea, se mantuvo apartado, quizá también por no estar ya tan seguro de la concordancia de ideas con sus amigos. Dondequiera que el camino emprendido por él lo hubiese podido llevar, no le fue dado recorrerlo hasta el final. Paulatinamente manifestáronse los signos del grave proceso destructivo orgánico que probablemente ya había ensombrecido su vida desde años atrás. Así, poco antes de alcanzar los sesenta años, sucumbió a consecuencia de una

anemia perniciosa. No es concebible que la historia de nuestra ciencia llegue a olvidarlo jamás.

Mayo de 1933.

CLXXXVII

MOISÉS Y LA RELIGION MONOTEISTA: TRES ENSAYOS[2382]

1934-8 [1939]

I. MOISÉS, EGIPCIO

PRIVAR a un pueblo del hombre que considera el más grande de sus hijos no es empresa que se acometerá de buen grado o con ligereza, tanto más cuanto uno mismo forma parte de ese pueblo. Ningún escrúpulo, sin embargo, podrá inducirnos a eludir la verdad en favor de pretendidos intereses nacionales, y, por otra parte, cabe esperar que el examen de los hechos desnudos de un problema redundará en beneficio de su comprensión.

El hombre *Moisés*, que para el pueblo judío fue libertador, legislador y fundador de su religión, pertenece a épocas tan remotas que no es posible rehusar la cuestión previa de si fue un personaje histórico o una creación de la leyenda. Si realmente vivió, debe haber sido en el siglo XIII, o quizá aun en el XIV antes de nuestra era; no tenemos de él otra noticia sino la consignada en los libros sacros y en las tradiciones escritas de los judíos. Aunque esta circunstancia resta certeza definitiva a cualquier decisión al respecto, la gran mayoría de los historiadores se pronunciaron en el sentido de que Moisés vivió realmente y de que el Éxodo de Egipto, vinculado a su persona, tuvo

lugar en efecto. Con toda razón se sostiene que la historia ulterior del pueblo de Israel sería incomprensible si no se aceptara esta premisa. Por otra parte, la ciencia de nuestros días se ha tornado más cautelosa y procede mucho más respetuosamente con las tradiciones que en los primeros tiempos de la crítica histórica.

Lo primero que atrae nuestro interés en la persona de Moisés es precisamente su nombre, que en hebreo reza *Mosche*. Bien podemos preguntarnos: ¿De dónde procede este nombre; qué significa? Como se sabe, ya el relato del Éxodo, en su segundo capítulo, nos ofrece una respuesta. Nárrase allí que la princesa egipcia, cuando rescató al niño de las aguas del Nilo, le dio aquel nombre con el siguiente fundamento etimológico: «Pues yo lo saqué de las aguas». Mas esta explicación es a todas luces insuficiente. Un autor de *Jüdisches Lexikon*[2383] opina así: «La interpretación bíblica del nombre —*el que fue sacado de las aguas*— es mera etimología popular, y ya la forma hebrea activa (*Mosche* podría significar, a lo sumo: *el que saca de las aguas*) está en pleno desacuerdo con ella». Podemos apoyar esta refutación con dos nuevos argumentos: ante todo, sería absurdo atribuir a una princesa egipcia una derivación del nombre sobre la base de la etimología hebrea; por otra parte, las aguas de las que se sacó al niño no fueron, con toda probabilidad, las del Nilo.

En cambio, desde hace mucho tiempo y por diversos conductos se ha expresado la presunción de que el nombre *Moisés* procedería del léxico egipcio. En lugar de mencionar a todos los autores que se han manifestado en este sentido, citaré la traducción del pasaje correspondiente de un nuevo libro de J. H. Breasted[2384], autor a cuya *History of Egypt* (1906) se concede la mayor autoridad: «Es notable que su nombre, *Moisés*, sea egipcio. No es sino el término egipcio “mose” (que significa “niño”) y representa una abreviación de nombres más complejos, como, por ejemplo, “Amen-mose”, es decir, “niño de Amon”, o “Ptah-mose”, “niño de Ptah”, nombres que a su vez son abreviaciones de apelativos más largos: “Amon (ha dado un) niño”, o “Ptah (ha dado un) niño”. El nombre abreviado “Niño” se convirtió pronto en un sustituto cómodo para el complicado nombre completo, de modo que la forma nominal *Mose* se encuentra con cierta frecuencia en los monumentos egipcios. El padre de Moisés seguramente había dado a su hijo un nombre

compuesto con Ptah o Amon, y en el curso de la vida diaria el patronimio divino cayó gradualmente en olvido, hasta que el niño fue llamado simplemente *Mose*. (La 's' final de Moisés procede de la traducción griega del Antiguo Testamento. Tampoco ella pertenece a la lengua hebrea, donde el nombre se escribe Mosheh.)»[2385]. He citado textualmente este pasaje, pero no estoy dispuesto a asumir la responsabilidad por todas sus partes. Además, me asombra un tanto que Breasted haya omitido en su enumeración precisamente los nombres teofóricos similares que se encuentran en la lista de los reyes egipcios, como, por ejemplo, *Ah-mose, Thut-mose* (Totmés) y *Ra-mose* (Ramsés).

Ahora bien: cabría esperar que alguno de los muchos autores que reconocieron el origen egipcio del nombre de Moisés también llegase a la conclusión —o por lo menos planteara la posibilidad— de que el propio portador de un nombre egipcio fuese a su vez egipcio. Cuando nos referimos a épocas modernas no vacilamos en adoptar semejante conclusión, pese a que actualmente una persona ya no lleva un solo nombre, sino dos —el de pila y el apellido— y aunque no son nada raras las modificaciones y asimilaciones de los nombres bajo la influencia de circunstancias exteriores. Así, no nos extrañamos al comprobar que el poeta alemán Chamisso es de origen francés, que Napoleón Buonaparte, en cambio, es italiano, y que Benjamín Disraeli es efectivamente un judío italiano, como su nombre permite sospechar. Cabe suponer que en épocas pretéritas y arcaicas semejante deducción de la nacionalidad a partir del nombre debería ser mucho más fidedigna y aun imperativa. Sin embargo, en la medida de mis conocimientos, ningún historiador ha derivado esta conclusión en el caso de Moisés, ni tampoco lo hizo ninguno de aquellos que, como Breasted, están dispuestos a aceptar que Moisés «estaba familiarizado con toda la sabiduría de los egipcios[2386]».

No podemos establecer con seguridad qué obstáculos se opusieron a tan justificada deducción. Quizá fuese insuperable el respeto ante la tradición bíblica; quizá pareciera demasiado monstruosa la idea de que el hombre Moisés hubiese sido otra cosa, sino un hebreo. En todo caso, comprobamos que la aceptación del carácter egipcio de su nombre no es considerada como decisiva para juzgar sobre el origen de Moisés, es decir, que nada se deduce de ella. Si concedemos alguna importancia al problema de la nacionalidad de

este gran hombre, sin duda convendrá aducir nuevo material que facilite su solución.

He aquí el objeto de mi breve ensayo. Su pretensión a tener cabida en la revista *Imago* se basa en que su tema es una aplicación del psicoanálisis. El argumento al cual he de llegar no impresionará, sin duda, más que a la minoría de lectores familiarizados con las ideas analíticas y capaces de apreciar sus resultados: sin embargo, espero que por lo menos éstos lo considerarán significativo.

En el año 1909, Otto Rank, que entonces aún se encontraba bajo mi influencia, publicó por sugestión mía un trabajo titulado *El mito del nacimiento del héroe*[2387]. Trátase allí el hecho de que «casi todos los pueblos civilizados importantes… ensalzaron precozmente, en creaciones poéticas y leyendas, a sus héroes, reyes y príncipes legendarios, a los fundadores de sus religiones, de sus dinastías, imperios y ciudades; en suma, a sus héroes nacionales. Especialmente las historias de nacimiento y juventud de estos personajes fueron adornadas con rasgos fantásticos, cuya similitud —y aun a veces su concordancia textual— en pueblos distintos, algunos distanciados y completamente independientes entre sí, se conoce desde hace tiempo y ha llamado la atención de muchos investigadores». Si de acuerdo con el método de Rank, y aplicando una técnica al modo de Galton, se reconstruye una «leyenda tipo» que destaque los rasgos esenciales de todas estas versiones, se obtendrá el siguiente esquema:

«El héroe es hijo de *ilustrísimos* padres, casi siempre hijo de reyes.

»Su concepción es precedida por dificultades, como la abstinencia, la esterilidad prolongada o las relaciones secretas de los padres, debidas a prohibiciones u otros obstáculos exteriores. Durante el embarazo, o aun antes, ocurre un anuncio (sueño, oráculo) que advierte contra su nacimiento, amenazando por lo general la seguridad del padre.

»En consecuencia, el niño recién nacido es condenado, casi siempre *por el padreo por el personaje que lo representa*, a ser muerto o *abandonado*; de ordinario se lo abandona *a las aguas en una caja*.

»Luego es *salvado* por animales o por *gente humilde (pastores)* y amamantado por un *animal hembra* o por una *mujer de baja alcurnia*.

»Ya hombre, vuelve a encontrar a sus nobles padres por caminos muy azarosos; *se venga de su padre* y, además, *es reconocido,* alcanzando grandeza y gloria».

El más antiguo de los personajes históricos a quienes se vinculó este mito natal es *Sargón de Agade*, el fundador de Babilonia (*circa* 2800 a. J. C.). Para nuestros fines interesa particularmente reproducir aquí la narración atribuida al propio monarca.

«Sargón, el poderoso rey, el rey de Agade, soy yo. Mi madre fue una vestal; a mi padre no lo conocí, pero el hermano de mi padre habitaba en las montañas. En mi ciudad, Azupirani, situada a orillas del Eufrates, me concibió en su vientre mi madre, la vestal. *Me dio a luz en secreto; me colocó en una caja de juncos, cerrando* mi puerta con pez negra y *descendiéndome al río,* que no me ahogó. La corriente me llevó hacia Akki, el aguatero, Akki, el aguatero, con la bondad de su corazón, me levantó de las aguas. *Akki, el aguatero, como hijo propio me crió.* Akki, el aguatero, me confió el cuidado de su jardín. Trabajando como jardinero, lshtar se enamoró de mí; llegué a ser rey y durante cuarenta y cinco años ejercí mi reinado».

En la serie iniciada por Sargón de Agade, los nombres que mejor conocemos son los de Moisés, Ciro y Rómulo, pero Rank enumeró, además, muchos otros personajes heroicos pertenecientes a la poesía o a la leyenda, supuestos protagonistas de idéntica historia juvenil, ya sea en su totalidad o en partes fácilmente reconocibles. Entre ellos se cuentan Edipo, Kama, Paris, Télefos, Perseo, Heracles, Gilgamesh, Anfión y Zethos.

Las investigaciones de Rank, que sólo mencionaré con breves alusiones, nos han permitido conocer el origen y la tendencia de este mito. Un héroe es quien se ha levantado valientemente contra su padre, terminando por vencerlo. Nuestro mito traza esta lucha hasta la protohistoria del individuo, al hacer que el niño nazca contra la voluntad del padre y que sea salvado contra los malos designios de éste. El abandono en la caja es una inconfundible representación simbólica del nacimiento: la caja es el vientre materno; el agua, el líquido amniótico. En incontables sueños, la relación padres-hijo es representada por el extraer o salvar de las aguas. La fantasía popular, al atribuir este mito natal a un personaje famoso, pretende reconocerlo como

héroe, proclamando que ha cumplido el esquema de una vida heroica. Pero la fuente última de toda esta fábula se halla en la denominada «novela familiar» del niño, por medio de la cual el hijo reacciona ante las modificaciones de su vinculación afectiva con los primogenitores, especialmente con el padre. Los primeros años de la infancia están dominados por una grandiosa supervaloración del padre, de acuerdo con la cual los reyes y las reinas de los cuentos y los sueños representan siempre a los padres; más tarde, en cambio, bajo la influencia de la rivalidad y de las frustraciones reales, comienza el desprendimiento de los progenitores y aparece una actitud crítica frente al padre. En consecuencia, las dos familias del mito, la ilustre tanto como la humilde, son imágenes de la propia familia, tal como se le presenta al niño en períodos sucesivos de su vida.

No es excesivo afirmar que estas explicaciones permiten comprender la amplia difusión y la uniformidad del mito natal del héroe. Tanto mayor será nuestro interés por la leyenda del nacimiento y el abandono de Moisés al comprobar su singularidad y aun su contradicción con respecto a los demás mitos en un elemento fundamental.

Tomemos como punto de partida a las dos familias entre las cuales se desenvuelve el destino del niño. Sabemos que ambas formas una sola en la interpretación analítica, estando separadas únicamente en el tiempo. En la versión típica de la leyenda, la primera familia, aquélla en la que nace el niño, es noble y casi siempre real; la segunda, donde el niño crece, es la humilde o degradada, como por otra parte corresponde a las condiciones en que se basa nuestra interpretación. Esta diferencia sólo está borrada en la leyenda de Edipo, pues el niño abandonado por una familia real es acogido por otra pareja de reyes. No podremos considerar casual la circunstancia de que justamente en este ejemplo la identidad primitiva de ambas familias se transparente también en la leyenda. El contraste social entre las dos familias permite al mito —destinado, como sabemos, a destacar la naturaleza heroica del gran hombre— cumplir una segunda función que adquiere particular importancia cuando se trata de personajes históricos. En efecto, también sirve para proveer al héroe con una patente de hidalguía, para encumbrarlo socialmente. Así, Ciro es un conquistador extranjero para los medos, pero gracias a la leyenda del abandono se convierte en nieto del rey medo. Con

Rómulo sucede algo parecido: si realmente existió un personaje histórico que le correspondiera, fue con seguridad un aventurero venido de comarcas remotas, un advenedizo; en cambio, la leyenda lo torna descendiente y heredero de la casa regia de Alba Longa.

Muy distinto es el caso de Moisés. La primera familia, generalmente la noble, es aquí bastante modesta: Moisés es hijo de judíos levitas. La segunda, en cambio, la familia humilde en la cual suele criarse el héroe, está sustituida, aquí por la casa real de Egipto: la princesa lo cría como hijo propio. Muchos estudiosos se extrañaron ante esta discrepancia de la leyenda típica. Eduard Meyer y otros después de él aceptaron que la leyenda tuvo originalmente otra versión: El faraón habría sido advertido por un sueño profético[2388] de que un hijo de su hija le depararía peligros, a él y a su reino. Por eso hace abandonar en el Nilo al niño que acaba de nacer, pero éste es salvado por judíos, que lo crían como hijo propio. A causa de «motivos nacionales», como dice Rank[2389], la leyenda habría sido elaborada hasta adoptar la forma que conocemos.

Pero la menor reflexión demuestra que jamás pudo existir semejante leyenda mosaica original, concordante con las demás de su especie. En efecto, la leyenda sólo pudo haber sido de origen egipcio, o bien judío. El primer caso queda excluido de antemano, pues los egipcios no tenían motivo alguno para ensalzar a Moisés, que no era un héroe para ellos. Por consiguiente, la leyenda debe haber surgido en el pueblo judío, es decir, se la habría vinculado en su versión conocida a la persona del caudillo. Mas para tal fin era completamente inapropiada, pues ¿de qué podía servirle a un pueblo una leyenda que convirtiera a su gran hombre en un extranjero?

En la versión que conocemos actualmente, el mito de Moisés está muy lejos de cumplir sus propósitos secretos. Si Moisés no es convertido en hijo de reyes, la leyenda no puede proclamarlo héroe; si lo deja como hijo de judíos, nada habrá hecho para encumbrarlo. Sólo una partícula del mito entero conserva su eficacia: la aseveración de que el niño sobrevivió, pese a los violentos poderes antagónicos exteriores; este rasgo, precisamente, se repetirá en la historia infantil de Jesucristo, en la que Herodes asume el papel del faraón. Siendo así, tendremos en efecto derecho de aceptar que algún torpe exegeta ulterior, al elaborar el material legendario, creyó necesario

atribuir a su héroe, Moisés, ciertos rasgos similares a la clásica leyenda del abandono, privativa de los héroes; sin embargo, ese nuevo elemento no podía concordar con su portador, debido a las circunstancias peculiares de este caso.

Nuestra investigación se limitaría, pues, a este resultado poco satisfactorio y, además, muy incierto, de modo que nada habría contribuido a resolver el problema de si Moisés era egipcio. Pero aún disponemos de otro acceso, quizá más prometedor, para analizar la leyenda del abandono.

Volvamos a las dos familias del mito. Sabemos que en el plano dé la interpretación analítica ambas son idénticas, mientras que en el plano mitológico se diferencian en una noble y otra humilde. Pero tratándose de un personaje histórico al cual se ha proyectado el mito, existe aún otro, un tercer plano: el de la realidad. En tal caso, una de las familias habría existido en la realidad: aquélla en la cual el personaje, el gran hombre, efectivamente nació y se crió; la otra, en cambio, sería ficticia, creada por el mito para cumplir sus fines propios. Por lo general, la familia que realmente existió es la humilde, mientras que la ficticia es la noble. En el caso de Moisés, algo parecía discrepar de esta norma; pero ahora podemos aclarar la situación mediante un nuevo punto de vista: En todos los casos a nuestro alcance, la primera familia, aquella que abandona al niño, es la ficticia; la segunda, en cambio, la que lo recoge y lo cría, es la verdadera. Si nos atrevemos a conceder vigencia general a esta regla, sometiéndole también la leyenda de Moisés, advertiremos de pronto con toda claridad: Moisés es un egipcio, probablemente noble, que merced a la leyenda ha de ser convertido en judío. ¡He aquí, pues, nuestro resultado! El abandono a las aguas ocupa un lugar lógico en la leyenda, pero para adaptarlo a la nueva tendencia fue preciso torcer, no sin violencia, su propósito: de motivo de perdición que era, hubo de convertirse en recurso de salvación.

Pero la discrepancia de la leyenda mosaica frente a todas las demás de su especie puede ser reducida a una particularidad que presenta la historia de Moisés. Mientras en general el héroe se eleva en el curso de su vida por sobre sus orígenes modestos, la vida heroica del hombre Moisés comienza con su descenso de las alturas, con su condescendencia hacia los hijos de Israel.

Hemos emprendido esta breve disquisición con la esperanza de que nos ofreciera un segundo y nuevo argumento favorable a la hipótesis de que Moisés era egipcio. Ya sabemos que el primer argumento, el derivado de su nombre, no presionó decisivamente a muchos estudiosos[2390]; deberemos atenernos a que el nuevo argumento, logrado al analizar la leyenda del abandono, no corra mejor suerte. Las objeciones en su contra quizá nos digan que las condiciones de formación y transformación de las leyendas todavía son demasiado enigmáticas como para justificar una conclusión como la nuestra; que las tradiciones referidas a la figura heroica de Moisés son tan confusas, tan contradictorias y llevan tantas huellas inconfundibles de multiseculares refundiciones y agregados tendenciosos que deben condenar al fracaso todo esfuerzo encaminado a revelar el núcleo de verdad histórica oculto tras ellas. Por mi parte, no comparto esta actitud negativa, pero tampoco logro refutarla.

¿Por qué he publicado, en principio, este estudio, si no nos proporciona mayor certidumbre? Lamento que tampoco mi justificación pase de algunas meras alusiones. Pero el caso es que creo que si nos dejamos llevar por los dos argumentos aquí mencionados y si tratamos de aceptar seriamente la hipótesis de que Moisés era un noble egipcio, entonces se nos abrirán perspectivas muy vastas e interesantes. Con ayuda de ciertas y no muy lejanas suposiciones, creemos comprender los motivos que animaron a Moisés en su extraordinaria decisión; además, en estrecha relación con ellos, podremos concebir el posible fundamento de numerosas características y particularidades de la legislación y la religión que él dio al pueblo judío; por fin, aún lograremos conceptos fundamentales sobre el origen de las religiones monoteístas en general. Sin embargo, conclusiones de tal importancia no pueden fundarse únicamente sobre hipótesis psicológicas. Si aceptamos la nacionalidad egipcia de Moisés como uno de los asideros, aún necesitaremos por lo menos un segundo fundamento para defender el cúmulo de nuevas hipótesis contra la crítica de que se trataría de meros productos de la fantasía, demasiado ajenos a la realidad. Aquella condición quedaría cumplida, por ejemplo, con la demostración objetiva de la época a que corresponde la vida de Moisés y, en consecuencia, el Exodo de Egipto. Mas no hemos podido

encontrar semejante prueba, de modo que será mejor reservarnos todas las restantes deducciones inherentes al reconocimiento de que Moisés era egipcio.

II. SI MOISÉS ERA EGIPCIO…

EN una precedente colaboración a esta revista[2391] intenté afianzar con un nuevo argumento la sospecha de que el hombre *Moisés*, libertador y legislador del pueblo judío, no fue judío, sino egipcio. Hace tiempo se sabía que su nombre procede del léxico egipcio, aunque no se prestase debida consideración a esta circunstancia; por mi parte, agregué que la interpretación del mito del expósito que se vincula a Moisés obliga a la conclusión de que éste habría sido un egipcio a quien un pueblo entero necesitaba transformar en judío. Al concluir mi estudio afirmé que la hipótesis de que Moisés fuese egipcio daría lugar a importantes y trascendentes conclusiones, aunque por mi parte no estaría dispuesto a sustentarlas públicamente, ya que sólo se apoyaban en probabilidades psicológicas y carecían de pruebas objetivas. Cuanto más importantes son los conocimientos así adquiridos, tanto más poderosa es la resistencia a exponerlos sin seguro fundamento a la crítica ajena, cual broncíneas figuras sobre pedestales de barro. Ni la más seductora verosimilitud puede protegernos contra el error; aunque todos los elementos de un problema parezcan ordenarse como las piezas de un rompecabezas, habremos de recordar que lo probable no es necesariamente cierto, ni la verdad siempre es probable. Por fin, no nos tienta el ser incluidos entre los escolásticos y talmudistas que se deleitan en hacer jugar su perspicacia sin importarles cuán remotas de la realidad pueden ser sus afirmaciones.

No obstante estos escrúpulos, que hoy aún pesan tanto como entonces, superé el conflicto decidiéndome a continuar esa primera comunicación con este estudio, que, sin embargo, tampoco contiene todo lo anunciado, ni siquiera su parte principal.

Pues si Moisés era egipcio…, pues entonces esta hipótesis nos ofrece, como primer resultado, un nuevo enigma de difícil solución. Cuando un pueblo o una tribu[2392] se dispone a una gran empresa, cabe esperar que uno de sus miembros se erija en jefe o sea elegido para esta función. Pero no es fácil conjeturar qué puede haber inducido a un encumbrado egipcio —príncipe quizá, sacerdote o alto funcionario— a encabezar una horda de inmigrantes extranjeros, culturalmente inferiores, para abandonar con ellos su país. El conocido desprecio de los egipcios por los pueblos extranjeros presta particular inverosimilitud a semejante decisión, al punto que, según me atrevo a creer, éste es justamente el motivo por el cual aun los historiadores, que reconocieron el origen egipcio del hombre y que atribuyeron a su portador toda la sabiduría de Egipto, no quisieron considerar la posibilidad, tan evidente, de que Moisés fuese egipcio.

A esta primera dificultad no tarda en agregarse una segunda. Recordemos que Moisés no sólo fue el conductor político de los judíos radicados en Egipto, sino también su legislador y educador, y que les impuso el culto de una nueva religión, llamada aún hoy mosaica en mérito a su creador. Pero ¿acaso un solo hombre puede llegar tan fácilmente a crear una nueva religión? Además, si alguien pretende influir sobre la religión de otro, ¿por ventura no es lo más natural que comience por convertirlo a su propia religión? El pueblo judío de Egipto seguramente poseía alguna forma de religión, y si Moisés, que le dio una nueva, era egipcio, no podemos dejar de presumir que esa otra nueva religión debía ser la egipcia.

Mas algo se opone a esta posibilidad: la circunstancia del tajante antagonismo entre la religión atribuida a Moisés y la egipcia. Aquélla es un monoteísmo de grandiosa rigidez: sólo existe un Dios, único, todopoderoso e inaccesible; nadie soporta su contemplación; nadie puede formarse una imagen del mismo, ni siquiera pronunciar su nombre. En la religión egipcia, en cambio, nos encontramos con un enjambre casi inabarcable de divinidades que reconocen distinto origen y jerarquía; algunas de ellas son materializaciones de grandes potencias naturales, como el cielo y la tierra, el sol y la luna; también hallamos en ocasiones una abstracción como *Maat* (la Verdad, la Justicia), o un monstruo como el enano *Bes*: pero, en general, son deidades locales, originarias de la época en que el país estaba dividido en

numerosos cantones; tienen forma de animales, como si aún no hubiesen superado su descendencia de los antiguos animales totémicos; se diferencian escasamente entre sí, y apenas hay algunos destinados a cumplir funciones determinadas. Los himnos en loor de estos dioses dicen más o menos lo mismo de todos ellos, los identifican unos con otros sin la menor reserva, en forma tal que nos dejaría perdidamente confundidos. Los nombres de los dioses son combinados entre sí, de manera que uno de ellos queda reducido casi al epíteto del otro; así, en el apogeo del Nuevo Imperio, el dios principal de Tebas se llama *Amon-Re*, compuesto cuya primera parte designa al dios ciudadano con cabeza de carnero, mientras que *Re* es el nombre del dios solar de *On*, con cabeza de gavilán. El culto de estos dioses, como toda la vida cotidiana de los egipcios, estaba dominado por ceremonias mágicas y rituales, por conjuros y amuletos.

Algunas de estas discrepancias pueden obedecer a la contradicción fundamental entre un monoteísmo estricto y un politeísmo ilimitado. Otras son consecuencias evidentes del desnivel espiritual entre una religión muy próxima a fases primitivas, y otra que se ha elevado a las alturas de la más humilde abstracción. Quizá se deba a estos dos factores si se tiene a veces la impresión de que la antítesis entre la religión mosaica y la egipcia habría sido voluntaria y deliberadamente agudizada; así, cuando una de ellas condena con la mayor severidad toda forma de magia y hechicería, mientras que éstas florecen exuberantemente en la otra. O bien si el insaciable afán de los egipcios por materializar a sus dioses en arcilla, piedra y metal, afán al que tanto deben hoy nuestros museos, se enfrenta con la rigurosa prohibición judía de representar plásticamente a cualquier ente vivo o imaginado. Pero aún hay otra contradicción entre ambas religiones que no capta nuestra intentada explicación. Ningún otro pueblo de la antigüedad ha hecho tanto como el egipcio para negar la existencia de la muerte; ninguno adoptó tan minuciosas precauciones para asegurar la existencia en el más allá. De acuerdo con ello, el dios de los muertos, *Osiris*, el señor de ese otro mundo, era el más popular e indisputado de todos los dioses egipcios. La primitiva religión judía, en cambio, renunció completamente a la inmortalidad; jamás ni en parte se menciona la posibilidad de una continuación de la existencia después de la muerte. Y esto es tanto más notable cuanto que experiencias

ulteriores han demostrado que la creencia en un existir ultraterreno puede ser perfectamente compatible con una religión monoteísta.

Según esperábamos, la hipótesis de que Moisés fuese egipcio debía ser fructífera e ilustrativa en más de un sentido; pero ya nuestra primera deducción de esta hipótesis —la de que la nueva religión dada a los judíos no habría sido sino la propia, la egipcia— ha fracasado ante el reconocimiento de la discrepancia, y aun de la diametral contradicción entre ambas religiones.

(2)

Un hecho extraño en la historia de la religión egipcia, un hecho que sólo llegó a ser reconocido y apreciado en una época relativamente reciente, nos abre una nueva e inesperada perspectiva. Gracias a ella subsiste la posibilidad de que la religión que Moisés dio a su pueblo judío fuese, pese a todo, *una* religión egipcia, aunque no *la* religión egipcia.

Durante la gloriosa dinastía XVIII, bajo cuya égida Egipto llegó a ser por vez primera una potencia mundial, ascendió al trono, por el año 1375 a. J. C., un joven faraón que primero se llamó *Amenhotep IV*, como su padre, pero que más tarde cambió de nombre, y por cierto algo más que su nombre[2393]. Este rey se propuso imponer a sus egipcios una nueva religión, una religión contraria a sus tradiciones milenarias y a todas sus maneras familiares de vivir. Tratábase de un rígido monoteísmo la primera tentativa de esta clase emprendida en la historia de la humanidad, en cuanto alcanzan nuestros conocimientos. Con la creencia en un dios único nació casi inevitablemente la intolerancia religiosa, extraña a los tiempos anteriores y también a largas épocas ulteriores. Pero el reinado de *Amenhotep* sólo duró diecisiete años, y muy poco después de su muerte, ocurrida en 1358, la nueva religión ya había sido eliminada y proscrita la memoria del rey hereje. En las ruinas de la nueva residencia que construyó y dedicó a su dios y en las inscripciones esculpidas en sus pétreas tumbas se encuentra lo poco que sabemos sobre este faraón. Pero cuanto hemos logrado averiguar sobre su personalidad, harto extraña y aun singular, merece nuestro mayor interés[2394].

Sin embargo, todo lo nuevo debe hallar antecedentes y condiciones

previas en hechos anteriores. También los orígenes del monoteísmo egipcio pueden ser perseguidos en determinado trecho con cierta certidumbre[2395]. En la escuela sacerdotal del templo solar de *On* (Heliopolis) se agitaban desde tiempo atrás ciertas tendencias dirigidas a desarrollar la representación de un dios universal y a destacar la faz ética de su esencia. *Maat*, la diosa de la Verdad, del Orden y la Justicia, era hija del dios solar *Re*. Ya durante el reinado de *Amenhotep III*, padre y antecesor del reformador, la adoración del dios solar alcanzó un nuevo apogeo, probablemente en oposición a *Amon*, el dios de Tebas, que se había tornado excesivamente poderoso. Se remozó un antiquísimo nombre del dios solar, *Aton* o *Atum*, y el joven rey halló en esta religión de Aton un movimiento que no era necesario crear de la nada, al que bastaba plegarse.

Por esa época, las condiciones políticas de Egipto habían comenzado a ejercer poderosa influencia sobre su religión. Gracias a las campañas del gran conquistador *Thotmés III*, Egipto se había transformado en una potencia mundial, extendiéndose a Nubia, por el Sur; a Palestina, Siria y parte de Mesopotamia, por el Norte. Este imperialismo vino a reflejarse en la religión bajo la forma del universalismo y el monoteísmo, pues ya que la tutela del faraón comprendía ahora, además de Egipto, a Nubia y Siria, también la divinidad debía trascender su limitación nacional, y tal como el faraón era el único e indisputado señor del mundo conocido por los egipcios, también la nueva deidad egipcia hubo de asumir ese carácter. Además, era natural que Egipto se tornara más accesible a las influencias extranjeras, al dilatarse los límites del imperio; algunas de las consortes reales[2396] eran princesas asiáticas, y posiblemente aun llegaran desde Siria influencias directas del monoteísmo.

Amenhotep jamás renegó su adhesión al culto solar de *On*. En los dos himnos a *Aton* que nos han transmitido las inscripciones funerarias y que quizá fueran compuestos por el mismo rey, ensalza al sol como creador y conservador de toda vida, dentro y fuera de Egipto, con fervor tal que sólo tiene parangón, muchos siglos más tarde, en los salmos en honor del dios judío *Jahve*. Pero *Amenhotep* no se conformó con anticipar tan sorprendentemente los conocimientos científicos sobre el efecto de las radiaciones solares, pues sin duda dio un paso más, no adorando al sol tan

sólo como objeto material, sino como símbolo de un ente divino cuya energía se manifiesta en sus radiaciones[2397].

Pero no haríamos justicia al rey si lo considerásemos como mero prosélito y fomentador de una religión de *Aton* ya existente. Su acción fue mucho más profunda; le agregó algo nuevo, que convirtió la doctrina del dios universal en un monoteísmo: el elemento de la exclusividad. En uno de sus himnos lo dice explícitamente: «¡Oh, Tú, Dios único! ¡No hay otro Dios sino Tú!»[2398]. Además, recordemos que para apreciar la nueva doctrina no basta conocer su contenido positivo, pues casi igual importancia tiene su faz negativa, el conocimiento de lo que condena. También sería erróneo aceptar que la nueva religión surgió de pronto a la vida, completa y con todas sus armas, como Pallas Athene de la cabeza de Zeus. Todo indica, más bien, que se fortaleció gradualmente durante el reinado de Amenhotep, adquiriendo cada vez mayor claridad, consecuencia, rigidez e intolerancia. Probablemente esta evolución se llevara a cabo bajo la influencia de la violenta hostilidad que los sacerdotes de Amon opusieron a la reforma del rey. En el sexto año de su reinado la enemistad había llegado a punto tal que el rey modificó su nombre, pues una parte del mismo era el proscrito nombre divino *Amon*. En lugar de *Amenhotep* se llamó *Ikhnaton*[2399]. Pero no sólo extinguió el nombre del odiado dios en su propio gentilicio, sino también en todas las inscripciones, incluso donde aparecía formando parte del nombre de su padre, Amennotep III. Poco después de repudiar su nombre, Ikhnaton abandonó Tebas, dominada por Amon, y se construyó río abajo una nueva residencia, que denominó *Akhetaton* («Horizonte de *Atom*»). Sus ruinas se llaman hoy *Tell-el-Amama*[2400].

La persecución del rey cayó con mayor dureza sobre Amon, pero no sólo sobre este dios. En todas las comarcas del reino fueron cerrados los templos, prohibidos los servicios divinos, confiscados los bienes de los templos. Más aún: el celo del rey llegó a tal punto que hizo revisar todos los viejos monumentos para borrar en ellos la palabra «dios», siempre que aparecieran en plural[2401]. Nada de extraño tiene que estas medidas de Ikhnaton despertaran una reacción de venganza fanática entre los sacerdotes sojuzgados y el pueblo descontento; estado de ánimo que pudo descargarse libremente una vez muerto el rey. La religión de Aton no había llegado a ser

popular, y probablemente no trascendiera de un pequeño círculo próximo al faraón. El fin de Ikhnaton ha quedado oculto en las tinieblas. Tenemos noticias de algunos descendientes efímeros y nebulosos de su familia. Ya su yerno *Tutankhaton* tuvo que regresar a Tebas y sustituir, en su nombre, al dios *Aton* por *Amon*. Luego siguió una época de anarquía, hasta que en 1350 el caudillo militar *Haremhab* logró restablecer el orden. La gloriosa dinastía quedó extinguida, y con ella se perdieron sus conquistas en Nubia y Asia. En este turbio interregno fueron restablecidas las antiguas religiones de Egipto; el culto de Aton quedó eliminado, la residencia de Ikhnaton fue destruida y saqueada, y su memoria, condenada como la de un criminal.

Perseguimos determinado propósito al destacar aquí algunos elementos negativos de la religión de Aton. Ante todo, el hecho de que excluye todo lo mítico, lo mágico y lo taumatúrgico[2402].

Luego, la forma en que se representa al dios solar; ya no, como en tiempos anteriores, por una pequeña pirámide y un halcón, sino mediante un disco del cual parten rayos que terminan en manos humanas, forma que casi podríamos calificar de sobria y racional. Pese a la exuberante producción artística del período de Amarna, no se ha encontrado ninguna otra representación del dios solar ni una imagen personal de Aton, y puede afirmarse confiadamente que jamás será hallada[2403].

Por fin, el completo silencio que se cierne sobre Osiris, el dios de la muerte, y sobre el reino de los muertos. Ni los himnos ni las inscripciones funerarias mencionan nada de lo que quizá fuese más querido al corazón del egipcio. La antítesis frente a la religión popular no podría hallar expresión más cabal[2404].

(3)

Ahora nos aventuramos a formular la siguiente conclusión: Si Moisés era egipcio y si transmitió a los judíos su propia religión, entonces ésta fue la de *Ikhnaton*, la religión de *A ton*.

Acabamos de comparar la religión judía con la popular egipcia, comprobando el antagonismo entre ambas. Ahora trataremos de cotejarla con

la de *Aton*, esperando poder demostrar su identidad original. Sabemos que no nos encontramos ante una tarea fácil, pues debido a la furia vengativa de los sacerdotes de Amon, quizá sean insuficientes nuestros conocimientos sobre la religión de *Aton*. En cuanto a la religión mosaica, sólo la conocemos en su estructura final, fijada por los sacerdotes judíos unos ochocientos años más tarde, en la época posterior al Exilio. Si a pesar de estos inconvenientes del material llegásemos a hallar unos pocos indicios favorables a nuestra hipótesis, sin duda podríamos concederles gran valor.

Nos sería posible demostrar rápidamente nuestra tesis de que la religión mosaica no es sino la de Aton recurriendo a una profesión de fe, a una proclamación; mas temo se nos objete que este camino no es viable. Me refiero a la profesión de fe judía, que, como se sabe, reza así: *Shema Jisroel Adonai Elohenu Adonai Ejod*. Si el parentesco fonético entre el nombre egipcio *Aton* (o *Atum*), la palabra hebrea *Adonai* y el nombre del dios sirio *Adonis*, no es tan sólo casual, sino producto de un arcaico vínculo lingüístico y semántico, entonces se podría traducir así aquella fórmula judía: «Oye, Israel, nuestro dios Aton (Adonai) es un dios único». Desgraciadamente, no tengo competencia alguna para decidir esta cuestión, y tampoco hallé gran cosa sobre ella en la bibliografía[2405]; pero quizá no sea lícito recurrir a una solución tan fácil. Por lo demás, aún tendremos ocasión de volver sobre el problema del nombre divino.

Tanto las analogías como las discrepancias entre ambas religiones son manifiestas, pero no nos ofrecen muchos asideros. Ambas son formas de un monoteísmo estricto, y de antemano tenderemos a reducir todas sus analogías a este carácter básico. En algunos sentidos, el monoteísmo judío adopta una posición aún más rígida que el egipcio; por ejemplo, cuando prohíbe toda forma de representación plástica. Además del nombre del dios, la diferencia esencial consiste en que la religión judía abandona completamente la adoración del sol, en la que aún se había basado el culto egipcio. Al compararla con la religión popular egipcia tuvimos la impresión de que, junto a una oposición de principios, la discrepancia entre ambas religiones traduce cierta contradicción intencional. Tal impresión se justifica si en este cotejo sustituimos la religión judía por la de *Aton*, que, como sabemos, fue creada por *Ikhnaton* en deliberado antagonismo con la religión popular. Con razón

nos asombramos por qué la religión judía nada quiera saber del más allá y de la vida ultraterrena, pues semejante doctrina sería perfectamente compatible con el más estricto monoteísmo. Pero este asombro desaparece si retrocedemos de la religión judía a la de *Aton*, aceptando que aquel rechazo ha sido tomado de ésta, pues para *Ikhnaton* representaba un arma necesaria al combatir la religión popular, cuyo dios de los muertos, Osiris, desempeñaba un papel quizá más importante que cualquier otro dios del mundo de los vivos. La concordancia de la religión judía con la de *A ton* en este punto fundamental es el primer argumento sólido en favor de nuestra tesis; ya veremos que no es el único.

Moisés no sólo dio a los judíos una nueva religión; también puede afirmarse con idéntica certidumbre que introdujo entre ellos la costumbre de la circuncisión. Este hecho tiene decisiva importancia para nuestro problema, aunque hasta ahora apenas haya sido considerado. Es cierto que la narración bíblica le contradice en varias ocasiones, pues por un lado hace remontar la circuncisión a la época de los patriarcas, como signo del pacto entre Dios y Abraham; por otra, en un pasaje particularmente confuso nos cuenta que Dios descargó su ira contra Moisés por haber descuidado la práctica sagrada[2406], queriendo matarlo por ello; pero la mujer de Moisés, una madianita, lo salvó de la cólera divina efectuando rápidamente la operación. Sin embargo, éstas son desfiguraciones que no deben inducirnos a error; más adelante ya conoceremos sus motivos. Al preguntarnos de dónde les llegó a los judíos la costumbre de la circuncisión, tendremos que seguir contestándonos: de Egipto. *Heródoto*, el «padre de la Historia», nos informa que la costumbre de la circuncisión existía en Egipto desde mucho tiempo atrás, y sus palabras han sido confirmadas por los exámenes de momias y aun por las figuras murales de las sepulturas. En la medida de nuestra información, ningún otro pueblo del Mediterráneo oriental tenía esa costumbre; se acepta con certeza que los semitas, babilonios y sumerios no eran circuncisos. De los pobladores de Canaán lo dice el mismo texto bíblico; por otra parte, tal circunstancia es la condición previa para el final que tuvo la aventura de la hija de Jacob con el príncipe de Sichern[2407]. Podemos rechazar, por inconsistente, la posibilidad de que los judíos de Egipto hubiesen adoptado la costumbre de la circuncisión por conducto distinto de la religión instituida por Moisés,

Atengámonos a que la circuncisión fue una práctica general del pueblo egipcio, y aceptemos por un instante la opinión establecida de que Moisés era un judío que quiso libertar a sus compatriotas de la esclavitud egipcia, para conducirlos, fuera del país, a una existencia nacional independiente y autónoma —como, por otra parte, realmente sucedió—. En tal caso, empero, ¿qué sentido podía tener el hecho de que al mismo tiempo les impusiera una penosa costumbre que, en cierta manera, los convertía a su vez en egipcios, que había de mantener despierto en ellos el recuerdo de Egipto, mientras que, por el contrario, sus esfuerzos debían tender exclusivamente al fin opuesto, a que su pueblo olvidara el país de la esclavitud y superara la añoranza de «las ollas de las carnes» de Egipto[2408]?. No; el hecho que dimos por sentado y la suposición que le agregamos son tan inconciliables entre sí que nos atrevemos a sustentar otra conclusión: Si Moisés, además de dar a los judíos una nueva religión, les impuso el precepto de la circuncisión, entonces no era judío, sino egipcio; en tal caso, la religión mosaica probablemente fuera también egipcia, aunque no una religión cualquiera, sino la de Aton, predestinada para tal fin por su antítesis con la religión popular y por sus notables concordancias con la religión judía ulterior.

Hemos comprobado que nuestra hipótesis de que Moisés no era judío, sino egipcio, crea un nuevo problema, pues sus actos, que parecían fácilmente comprensibles en un judío, se tornan inconcebibles en un egipcio. Pero si situamos a Moisés en la época de Ikhnaton y lo relacionamos con este faraón, desaparece dicho enigma y surge la posibilidad de una motivación que resolverá todos nuestros problemas. Partamos de la premisa de que Moisés era un hombre encumbrado y de noble alcurnia, quizá hasta un miembro de la casa real, como afirma el mito. Seguramente tenía plena consciencia de sus grandes dotes, era ambicioso y emprendedor; quizá soñara con dirigir algún día a su pueblo, con gobernar el reino. Muy estrechamente vinculado al faraón, era un decidido prosélito del nuevo culto, cuyas ideas fundamentales habría hecho suyas. Al morir el rey y al comenzar la reacción vio destruidas todas sus esperanzas y sus perspectivas; si no quería abjurar de sus convicciones más caras, Egipto ya nada tenía que ofrecerle: había perdido su patria. En tal trance halló un recurso extraordinario. Ikhnaton, el soñador, se había extrañado a su pueblo y había dejado desmembrarse su imperio. Con

su naturaleza enérgica, Moisés forjó el plan de fundar un nuevo imperio, de hallar un nuevo pueblo al cual pudiera dar, para rendirle culto, la religión desdeñada por Egipto. Como vemos, era un heroico intento de oponerse al destino, de resarcirse doblemente por las pérdidas que le trajo la catástrofe de Ikhnaton. Moisés quizá fuera por esa época gobernador de aquella provincia limítrofe (Gosen) en la que (¿ya en tiempos de los hicsos?) se habían radicado ciertas tribus semitas. A éstas las eligió como su nuevo pueblo. ¡Decisión crucial en la historia humana[2409]!.

Una vez concertado el plan con estos pueblos, Moisés se puso a su cabeza y organizó «con mano fuerte» su salida. En plena contradicción con las tradiciones bíblicas, cabe aceptar que este éxodo transcurrió pacíficamente y sin persecución alguna, pues la autoridad de Moisés lo facilitaba y en aquellos tiempos no existía un poder central que hubiese podido impedirlo.

De acuerdo con esta construcción nuestra, el Éxodo de Egipto correspondería a la época entre 1358 y 1350; es decir, después de la muerte de Ikhnaton y antes de que la autoridad estatal fuera restablecida por Haremhab[2410]. El objetivo de la emigración sólo podía ser la tierra de Canaán. Después del derrumbe del dominio egipcio habían irrumpido allí huestes de belicosos arameos que la conquistaron y saquearon, demostrando así dónde un pueblo emprendedor podía hallar nuevas tierras. Tenemos noticias de estos guerreros a través de las cartas halladas en 1887 en el archivo de las ruinas de Amarna. Allí se los llama *habiru*, nombre que, no se sabe cómo, pasó a los invasores judíos —*hebreos*— que llegaron posteriormente y a los cuales no pueden aludir la cartas de Amarna. Al sur de Palestina, en Canaán, también vivían aquellas tribus que eran parientes más próximas de los judíos emigrantes de Egipto.

Los motivos que hemos colegido en el Éxodo de los judíos también explican la práctica de la circuncisión. Sabemos cómo reaccionan los hombres, tanto los pueblos como los individuos, frente a esta antiquísima costumbre, apenas comprendida en la actualidad. Quienes no la practican, la consideran sumamente extraña y le tienen cierto horror: los otros, en cambio, los que adoptaron la circuncisión, están orgullosos de ella; se sienten elevados, como ennoblecidos, y consideran despectivamente a los demás, que les parecen impuros. Aún hoy, el turco insulta al cristiano llamándolo «perro

incircunciso». Es concebible que Moisés, a su vez circunciso por ser egipcio, también compartiera esta posición. Los judíos, con quienes se disponían a dejar la patria, debían ser para él sustitutos perfeccionados de los egipcios que dejaba atrás. En ningún caso podían ser inferiores a éstos. Quiso hacer de ellos un «pueblo sagrado»— como dice expresamente el texto bíblico—, y para indicar tal consagración también estableció entre ellos esa costumbre, que, cuanto menos, los equiparaba con los egipcios. Además, hubo de resultarle conveniente el que esta característica aislara a los judíos, impidiéndoles mezclarse con los pueblos extraños que encontrarían en su emigración, tal como los mismos egipcios se habían discernido de todos los extranjeros[2411].

Pero la tradición judía adoptó más tarde una actitud tal como si la oprimiera el razonamiento que acabamos de desarrollar. Conceder que la circuncisión era una costumbre egipcia introducida por Moisés casi equivalía a aceptar que la religión instituida por éste también había sido egipcia. Existían, sin embargo, poderosas razones para negar ese hecho; en consecuencia, también era preciso contradecir todas las circunstancias relacionadas con la circuncisión.

(4)

Llegados aquí me dispongo a oír el reproche de haber levantado con excesiva o injustificada certidumbre toda esta construcción hipotética que sitúa a Moisés, el egipcio, en la época de Ikhnaton; que deriva de las condiciones políticas de esa época su decisión de conducir al pueblo judío; que identifica la religión cedida o impuesta a sus protegidos con la de Aton, recién abandonada en el propio Egipto. Creo que esa objeción es injustificada. Ya he destacado el elemento dubitativo en mis palabras iniciales, estableciéndolo como un denominador común que no es preciso repetir en cada párrafo.

Algunas de mis propias observaciones críticas permiten proseguir la consideración del problema. El elemento nuclear de nuestro planteamiento, es decir, la conclusión de que el monoteísmo judío depende del episodio monoteísta en la historia de Egipto, ha sido presumido y señalado vagamente

por distintos autores. Evitaré repetir aquí estas opiniones, pues ninguna de ellas nos muestra el camino por el cual puede haberse ejercido tal influencia. Aunque nosotros la consideramos ligada indisolublemente a la persona de Moisés, también cabe considerar sobre esta base posibilidades distintas de la que preferimos. No es de creer que el derrumbamiento de la religión oficial de Aton hubiese puesto definitivo punto final a la corriente monoteísta en Egipto. La escala sacerdotal de On, de la que había surgido, sobrevivió a la catástrofe y su ideología seguramente siguió influyendo sobre generaciones enteras posteriores a Ikhnaton. Con ello, la empresa de Moisés también sería concebible, aunque éste no hubiese vivido en la época de Ikhnaton y aunque no hubiese experimentado su influencia personal; sólo es necesario que fuera un prosélito o tan sólo un miembro de la escuela de On. Esta posibilidad desplazaría la fecha del Éxodo, aproximándola a la que se suele aceptar (siglo XIII); por lo demás, ningún otro dato aboga en su favor. Aceptando esta eventualidad, tendríamos que abandonar todos los motivos que animaron a Moisés y faltaría la facilitación del Éxodo por la anarquía reinante en el país. Los reyes siguientes de la dinastía XIX implantaron un régimen fuerte. Todas las circunstancias externas e internas favorables al Éxodo sólo coinciden en la época que sigue inmediatamente a la muerte del rey hereje.

Fuera de la Biblia, los judíos poseen una rica literatura, en la cual se encuentran las leyendas y los mitos que en el curso de los siglos se formaron alrededor de la grandiosa figura de su primer conductor e institutor de la religión, transfigurándolo y oscureciéndolo a la vez. En este material pueden encontrarse diseminados algunos fragmentos de tradiciones fidedignas que no hallaron cabida en los cinco libros bíblicos. Una de dichas leyendas describe cautivantemente cómo la ambición del hombre Moisés se expresó ya en su infancia. Cierta vez que el faraón lo tomó en brazos y lo levantó jugando, el rapaz de tres años le arrancó la corona de la cabeza y se la caló a su vez. El faraón se asustó ante este presagio, apresurándose a interrogar sobre ellos a sus sabios agoreros[2412]. En otra ocasión se cuentan victoriosas acciones militares que habría cumplido en Etiopía como general egipcio, agregándose que huyó de Egipto por amenazarlo la envidia de un partido cortesano o del propio faraón. El mismo texto bíblico atribuye a Moisés algunos rasgos que cabe considerar auténticos. Lo describe como un hombre iracundo y colérico,

cuando en su furia mata al brutal egipcio que maltrataba a un trabajador judío; cuando, encolerizado por la apostasía del pueblo, hace añicos las Tablas de la Ley que descendiera de la divina montaña; por fin, Dios lo castiga al término de su vida por un acto de impaciencia, sin consignarse la naturaleza de éste. Dado que semejantes cualidades no tienen finalidad laudatoria, bien podrían corresponder a la verdad histórica. Además, cabe aceptar la posibilidad de que muchos rasgos del carácter atribuidos por los judíos a la representación primitiva de su dios, calificándolo de celoso, severo e implacable, procedan en el fondo del recuerdo de Moisés, pues en realidad no había sido un dios invisible quien los sacó de Egipto, sino el hombre Moisés.

Otro rasgo que se le atribuye merece nuestro particular interés. Moisés habría sido «torpe de lengua», es decir, habría padecido una inhibición o un defecto del lenguaje, de modo que en las pretendidas discusiones con el rey necesitó la ayuda de Aarón, al cual se considera hermano suyo. También esto puede ser verdad histórica y contribuiría a dar mayor vida al retrato del gran hombre. Pero es posible asimismo que tenga una significación distinta y más importante. Podría ser que el texto bíblico aludiera, en ligera perífrasis, al hecho de que Moisés era de lengua extranjera, que no podía comunicarse sin intérprete con sus neoegipcios semitas, por lo menos al comienzo de sus relaciones. Es decir, una nueva confirmación de la tesis de que Moisés era egipcio.

Mas nuestra labor parece haber tocado aquí a un término prematuro, pues, demostrada o no. por ahora nada podemos seguir deduciendo de nuestra hipó tesis de que Moisés era egipcio. Ningún historiador podrá ver en el relato bíblico sobre Moisés y el Éxodo algo más que un mito piadoso, el cual transformó una antigua tradición al servicio de sus propias tendencias. Ignoramos qué decía originalmente la tradición; mucho nos agradaría averiguar cuáles fueron las tendencias deformadoras, pero éstas se ocultan tras nuestra ignorancia de los hechos históricos. No nos dejaremos confundir por el hecho de que nuestra reconstrucción no incluya tantas otras piezas brillantes del relato bíblico, como las diez plagas, el pasaje del mar Rojo y la solemne entrega de la Ley en el monte Sinai. En cambio, no quedaremos impasibles al comprobar que nos hemos colocado en antagonismo con la más

sobria investigación histórica de nuestros días.

Estos nuevos historiadores, como cuyo representante quisiéramos considerar a *Eduard Meyer*[2413], se ajustan al relato bíblico en un punto decisivo. También ellos opinan que las tribus judías, de las cuales surgiría más tarde el pueblo de Israel, adoptaron en determinado momento una nueva religión. Pero este acontecimiento no se habría producido en Egipto, ni tampoco al pie de una montaña en la península de Sinai, sino en una localidad que se designa *Meribahkadesh*, un oasis notable por su riqueza en fuentes y manantiales, situado al sur de Palestina, entre las estribaciones orientales de la península de Sinai y el límite occidental de Arabia. Allí los judíos adoptaron la veneración de un dios llamado *Jahve*, probablemente de la tribu árabe de los *madianitas*, que habitaba comarcas vecinas. Es muy posible que también otras tribus cercanas adorasen a este dios.

Jahve era, con seguridad, un dios volcánico. Pero, como sabemos, en Egipto no existen volcanes, y tampoco las montañas de la península de Sinai han tenido jamás tal carácter; en cambio, junto al límite occidental de Arabia existen volcanes que quizá aún se encontraran en actividad en épocas relativamente recientes. De modo que una de esas montañas debe haber sido el *Sinaí-Horeb*, donde se suponía que moraba Jahve[2414]. Pese a todas las modificaciones que sufrió el relato bíblico, según E. Meyer podría reconstruirse el carácter original del dios: es un demonio siniestro y sangriento que ronda por la noche y teme la luz del día[2415].

El mediador entre el dios y el pueblo, el que instituyó la nueva religión, es identificado con Moisés. Era el yerno del sacerdote madianita Jethro y pacía sus rebaños cuando tuvo la revelación divina. También recibió en Kadesh la visita de Jethro, quien le impartió instrucciones.

E. Meyer afirma no haber dudado jamás que la narración de la estancia en Egipto y de la catástrofe que afectó a los egipcios contuviera algún núcleo histórico[2416], pero evidentemente no acierta a situar y a utilizar este hecho, cuya legitimidad acepta. Sólo está dispuesto a derivar de Egipto la costumbre de la circuncisión. Este historiador aporta dos importantes indicios a nuestra precedente argumentación: primero, el de que *Josué* conmina al pueblo a circuncidarse «para quitar de vosotros el oprobio de Egipto»; luego, la cita de Heródoto, según la cual los fenicios (seguramente se refiere a los judíos) y

los asirios de Palestina confiesan haber aprendido de los egipcios la práctica de la circuncisión[2417]. No obstante, concede escaso valor a la notación de un Moisés egipcio. «El Moisés que conocemos es el antecesor de los sacerdotes de Kadesh, es decir, un personaje de la leyenda genealógica relacionada con el culto, pero en modo alguno una personalidad histórica. Por eso, excluyendo a quienes aceptan ingenuamente la tradición como verdad histórica, ninguno de los que lo trataron como un personaje histórico logró atribuirle algún contenido determinado, no pudo representarlo como una individualidad concreta ni señalar algo que hubiese creado y que correspondiera a su obra histórica[2418]».

En cambio, Meyer no deja de acentuar las relaciones entre Moisés, por un lado, y Kadesh y Madián, por otro. «La figura de Moisés, tan íntimamente vinculada a Madián y a los lugares del culto en el desierto[2419]». «Esta figura de Moisés está, pues, indisolublemente ligada con Kadesh (Massah y Maribah), vinculación que es completada por el parentesco con el sacerdote madianita. En cambio, su relación con el Exodo y toda la historia de su juventud son completamente secundarias y meras consecuencias de haber querido adaptara Moisés una historia legendaria de texto cerrado en sí mismo[2420]». Meyer también indica que todas las características contenidas en la historia juvenil de Moisés son abandonadas más tarde. «Moisés, en Madián, ya no es un egipcio y nieto del faraón, sino un pastor a quien se le ha revelado Jahve. En la narración de las plagas ya no se mencionan sus antiguos parentescos, aunque bien podían haberse prestado para producir un efecto dramático; además, la orden de matar a los niños israelitas queda relegada al olvido. En la partida y en la aniquilación de los egipcios, Moisés no desempeña papel alguno y ni siquiera se le menciona. El carácter heroico que presupone la leyenda de su niñez falta completamente en el Moisés ulterior; ya no es más que el taumaturgo, un milagrero a quien Jahve ha dotado de poderes sobrenaturales…»[2421].

No podemos eludir la impresión de que este Moisés de Kadesh y Madián, al que la propia tradición pudo atribuir la erección de una serpiente de bronce que oficiara como divinidad curativa, es un personaje muy distinto del magnífico egipcio inferido por nosotros, que dio al pueblo una religión en la cual condenaba con la mayor severidad toda magia y hechicería. Nuestro

Moisés egipcio quizá no discrepara del Moisés madianita en menor medida que el dios universal Aton del demonio Jahve, habitante del monte sagrado. Y si hemos de conceder la más mínima fe a las revelaciones de los historiadores contemporáneos, no podemos sino confesarnos que la hebra que pretendíamos hilar partiendo de la hipótesis de que Moisés era egipcio ha vuelto a romperse por segunda vez, y al parecer sin dejar ahora esperanzas de poder reanudarla.

(5)

Pero también aquí nos hallamos con un expediente inesperado. Los esfuerzos por concebir a Moisés como una figura que trasciende los rasgos de un mero sacerdote de Kadesh y por confirmar la grandeza que la tradición ensalza en él, tampoco cejaron después de los trabajos de Eduard Meyer (*Gressmann*, entre otros). En el año 1922. *Ernest Sellin* hizo un descubrimiento que ejerce decisiva influencia sobre nuestro problema[2422]. Estudiando al profeta Oseas (segunda mitad del siglo VIH), halló rastros inconfundibles de una tradición según la cual Moisés, el institutor de la religión, habría tenido fin violento en el curso de una rebelión de su pueblo, tozudo y levantisco, que al mismo tiempo renegó de la religión instituida por aquél. Pero esta tradición no se limita a Oseas, sino que también la encontramos en la mayoría de los profetas ulteriores, al punto que Sellin la considera como fundamento de todas las esperanzas mesiánicas más recientes. Al concluir el Exilio de Babilonia se desarrolló en el pueblo judío la creencia de que Moisés, tan miserablemente asesinado, retornaría de entre los muertos para conducir a su pueblo arrepentido —y quizá no sólo a éste— al reino de la eterna bienaventuranza. No han de ocuparnos aquí las evidentes vinculaciones de esta tradición con el destino del fundador de una religión ulterior.

Naturalmente, tampoco esta vez puedo decidir si Sellin interpretó correctamente los pasajes proféticos; pero en caso de que tenga razón, cabe conceder autenticidad histórica a la tradición que ha descubierto, pues tales hechos no se fraguan fácilmente. Carecen de todo motivo tangible; si realmente ocurrieron, resultaría fácil comprender que se quisiera olvidarlos.

No es preciso que aceptemos todos los detalles de la tradición. Sellin opina que el lugar del asesinato de Moisés corresponde a *Shittim*, en Transjordania; pero pronto veremos que esta localidad es incompatible con nuestros razonamientos.

Adoptemos de Sellin la hipótesis de que el Moisés egipcio fue asesinado por los judíos, que la religión instituida por él fue repudiada. Esta presunción nos permite conservar el hilo que veníamos persiguiendo, sin caer en contradicción con los resultados fidedignos de la investigación histórica. Pero en lo restante nos atrevemos a independizarnos de los autores, «avanzando sin guía por sendero virgen». El Éxodo de Egipto seguirá siendo nuestro punto de partida. Deben haber sido muchos los que abandonaron el país junto con Moisés, pues un grupo pequeño no habría merecido el esfuerzo a los ojos de este hombre ambicioso y animado de grandes proyectos. Probablemente los emigrantes habían residido en el país el tiempo suficiente como para formar una población numerosa, pero no erraremos al aceptar, con la mayoría de los autores, que sólo una pequeña parte de quienes formaron más tarde el pueblo de los judíos sufrieron realmente los azares de Egipto. En otros términos: la tribu retornada de Egipto se unió ulteriormente, en la región situada entre aquel país y Canaán, con otras tribus emparentadas que residían allí desde hacía mucho tiempo. La expresión de esta alianza, que dio origen al pueblo de Israel, fue el establecimiento de una nueva religión —la de Jahve —, común a todas las tribus; suceso que, según E. Meyer, ocurrió en Kadesh, bajo la influencia madianita. Después de esto, el pueblo se sintió con fuerzas suficientes para emprender la invasión de Canaán. Este proceso es incompatible con el hecho de que la catástrofe de Moisés y de su religión ocurriera en Transjordania; por el contrario, debe haber sucedido mucho antes de la alianza.

En la formación del pueblo judío seguramente se aunaron muy distintos elementos, pero la mayor discrepancia entre estas tribus debe haber residido en su pasado: si habían estado o no en Egipto y si soportaron los azares consiguientes. Basándonos en este elemento, podemos decir que la nación judía surgió de la fusión de dos componentes; y, en efecto, de acuerdo con ello, la nación se desmembró, luego de un breve período de unidad política, en dos partes; el reino de *Israel* y el reino de *Judea*. La historia se complace

en semejantes retornos a estos previos que anulan fusiones ulteriores y manifiestan de nuevo las divisiones precedentes. El caso más notable de esta clase lo constituye, como se sabe, la Reforma, que volvió a manifestar, al cabo de más de un siglo, la línea divisoria entre la parte de Germania que otrora había sido romana y la que siempre permaneció independiente. Para el caso del pueblo judío no podemos demostrar una reproducción tan fiel del viejo estado de cosas; nuestros conocimientos de esas épocas son demasiado inseguros como para justificar la afirmación de que en el reino septentrional se habrían reunido las tribus autócratas, y en el reino meridional, las retornadas de Egipto. Como quiera que sea, el cisma ulterior también debe haber guardado relación, en este caso, con la fusión precedente. Con toda probabilidad, los que volvieron de Egipto formaban minoría, pero demostraron ser culturalmente más fuertes; ejercieron una influencia más poderosa sobre la evolución ulterior del pueblo, porque traían consigo una tradición que faltaba a los otros.

Quizá trajeran también algo más tangible que una tradición. Entre los más grandes enigmas de la prehistoria judía se encuentra el del origen de los *levitas*. Se los remonta a una de las doce tribus de *Israel*, a la de *Leví*, pero ninguna tradición se aventuró a indicar de dónde procedía esta tribu o qué comarca del país conquistado de Canaán le fue adjudicada. Sus miembros ocupaban los más importantes cargos sacerdotales, pero se los distinguía de los sacerdotes: un levita no es por fuerza un sacerdote; no se trata, pues, del nombre de una casta. Nuestra premisa sobre la persona de Moisés nos aproxima a una explicación. No es de creer que un gran señor, como el egipcio Moisés, se uniese sin compañía a un pueblo que le era extraño; sin duda llevó consigo un séquito: sus prosélitos más próximos, sus escribas, su servidumbre. Ésos fueron originalmente los levitas. La afirmación tradicional de que Moisés era un levita parece una desfiguración muy trasparente de la verdad: los levitas eran las gentes de Moisés. Esta solución es abonada por el hecho, ya mencionado en mi ensayo precedente, de que sólo entre los levitas siguen apareciendo, más tarde, nombres egipcios[2423]. Cabe suponer que buena parte de esta gente de Moisés escapase a la catástrofe que cayó sobre él y sobre su institución religiosa. En las generaciones siguientes se multiplicaron y se fundieron con el pueblo en el cual vivían, pero

permanecieron fieles a su amo, mantuvieron vivo su recuerdo y cultivaron la tradición de sus doctrinas. En la época de la fusion con los creyentes de Jahve formaban una minoría de gran influencia y de cultura superior.

Doy por establecido, por ahora con carácter hipotético, que entre la caída de Moisés y la institución religiosa en Kadesh transcurrieron dos generaciones, quizá un siglo entero. No veo modo alguno que nos permita decidir si los neoegipcios —como aquí quisiera llamarlos a manera de distinción—, es decir, si los emigrantes se encontraron con las tribus emparentadas después que hubieron adoptado la religión de Jahve, o si ya se juntaron anteriormente. Podría considerarse como más probable esta última eventualidad; pero, en todo caso, nada importa para el resultado final, pues lo que sucedió en Kadesh fue una transacción que exhibe de manera inconfundible la participación de las tribus mosaicas.

Una vez más podemos remitirnos al testimonio de la circuncisión, que ya nos ha prestado servicios tan importantes en repetidas ocasiones, cual si fuera un «fósil cardinal». Esta costumbre se convirtió también en un precepto de la religión de Jahve, y estando indisolublemente vinculada a Egipto, sólo puede haber sido aceptada por concesión a los secuaces de Moisés, quienes —o, en todo caso, los levitas entre ellos— no querían renunciar a este signo de su consagración. Por lo menos eso querían salvar de su antigua religión, y a tal precio estaban dispuestos a aceptar la nueva deidad y cuanto le atribuían los sacerdotes madianitas. Es posible que también obtuvieran otras concesiones. Ya hemos mencionado que el ritual judío impone ciertas restricciones en el uso del nombre de Dios. En lugar de *Jahve* debía decirse *Adonai*. Sería fácil vincular este precepto con el razonamiento que venimos siguiendo, pero se trata de una mera conjetura sin mayor fundamento. La prohibición de pronunciar el nombre divino es, como sabemos, un antiquísimo tabú. No se llega a comprender por qué reapareció precisamente en los mandamientos judíos, pero no es imposible que ello sucediera bajo la influencia de una nueva motivación. No es preciso suponer que la prohibición fuera cumplida consecuentemente, pues el nombre del dios Jahve quedó librado a la formación de nombres propios teofóricos, es decir, de los compuestos como *Johanan*, *Jehú*, *Josué*. Sin embargo, este nombre estaba rodeado de circunstancias peculiares. Es sabido que la exégesis de la Biblia acepta dos

fuentes para el Hexateuco, designadas con las letras *J* y *E*, porque una de ellas emplea el nombre divino *Jahve*, mientras que la otra recurre a *Elohim*. Es cierto que dice *Elohim* y no *Adonai*, pero puede aducirse aquí la observación de un autor ya citado: «Los nombres distintos son el índice de dioses primitivamente distintos[2424]».

Aceptamos que la subsistencia de la circuncisión era una prueba de la transacción realizada al instante la religión en Kadesh. Sus términos podemos colegirlos de los relatos concordantes de *J* y *E*, es decir, de las partes que proceden de una fuente común (crónica escrita o tradición oral). La tendencia directriz era la de demostrar la grandeza y el poderío del nuevo dios Jahve. Dado que la gente de Moisés concedía tan alto valor a su Éxodo de Egipto, este acto de liberación hubo de ser atribuido a Jahve, ornándolo con aderezos que proclamaran la terrible grandeza del dios volcánico, como la columna de humo que de noche se convertía en columna de fuego, como la tempestad que dejó momentáneamente seco el mar, de modo que los perseguidores fueron ahogados por las aguas al cerrarse éstas sobre ellos. Al mismo tiempo, el Éxodo fue aproximado a la fundación de la religión, negándose el prolongado intervalo que media entre ambos hechos: tampoco se deja que la entrega de la Ley suceda en Kadesh, sino que se la sitúa al pie de la montaña sagrada, entre manifestaciones de una erupción volcánica. Pero esta representación cometió gran injusticia contra la memoria del hombre Moisés, pues él, y no el dios volcánico, había sido quien libertó al pueblo de los egipcios. Debíasele, pues, una indemnización, que le fue rendida transportándolo a Kadesh o al Sinaí-Horeb y colocándolo en lugar de los sacerdotes madianitas. Más adelante indicaremos cómo esta solución vino a satisfacer una segunda tendencia, urgente e ineludible. De tal manera, se estableció una especie de compensación: a Jahve, originario de una montaña madianita, se lo dejó extender su injerencia a Egipto; la existencia y la actividad de Moisés, en cambio, fueron extendidas hasta Kadesh y Transjordania, fundiéndolo así con la persona del que ulteriormente instituyó la religión, con el yerno del madianita Jethro, a quien prestó su nombre de Moisés. Pero nada personal podemos decir de este otro Moisés, que es completamente ocultado por el anterior, el egipcio. El único recurso consiste en partir de las contradicciones que presenta el texto bíblico al trazar el retrato de Moisés. Muchas veces lo

presenta como dominante, irascible, aun violento; y, sin embargo, también se dice de él que habría sido el más benigno y paciente de los hombres. Es evidente que estas últimas propiedades poco habrían servido al Moisés egipcio, que proyectaba tan grandes y arduas empresas con su pueblo; quizá fueron rasgos pertenecientes al otro, al madianita. Creo que es lícito separar de nuevo a ambas personas, aceptando que el Moisés egipcio jamás estuvo con Kadesh ni oyó el nombre de Jahve, y que el Moisés madianita nunca pisó el suelo de Egipto y nada sabía de Aton. Para fundir entre sí a ambas personas, la tradición o la leyenda tuvieron que llevar hasta Madián al Moisés egipcio, y ya hemos visto que para explicar este hecho circulaba más de una versión.

(6)

Estamos dispuestos a oír de nuevo el reproche de que hemos procedido con excesiva e injustificada certitud al reconstruir la prehistoria del pueblo de Israel. Pero esta crítica no puede vulnerarnos, pues halla eco en nuestro propio juicio. Bien sabemos que nuestro edificio tiene puntos débiles, pero también pilares sólidos. En su totalidad, nos da la impresión de que valdrá la pena proseguir el estudio en la dirección emprendida. La narración bíblica de que disponemos contiene valiosos y hasta inapreciables datos históricos, que, sin embargo, han sido deformados por influencias tendenciosas y ornados con los productos de la inventiva poética. En el curso de nuestro precedente análisis ya pudimos revelar una de estas tendencias adulteradoras, hallazgo que nos señalará el camino a seguir: la revelación de otras tendencias semejantes. Si disponemos de asideros que nos permitan reconocer las deformaciones producidas por dichas tendencias, lograremos revelar tras ellas nuevos fragmentos de la verdad.

Ante todo, dejemos que la investigación crítica de la Biblia nos diga cuanto sabe sobre los orígenes del Hexateuco, es decir, los cinco libros de Moisés y el de Josué, únicos que aquí nos interesan[2425]. Como fuente más antigua se considera a *J*, el *Jahvista*, que recientemente se ha querido identificar con el sacerdote Ebjatar, un contemporáneo del rey David[2426]. Algo más tarde, aunque no se sabe bien cuándo, aparece el llamado *Elohista*,

que pertenece al reino septentrional[2427]. Después de la caída de este reino, en 722, un sacerdote judío, reunió partes de *J* y de *E*, añadiéndoles algunas contribuciones propias, compilación que se designa *JE*. En el siglo VII se agrega el *Deuteronomio*, quinto libro que se pretendía haber hallado, ya completo, en el Templo. En la época que sigue a la destrucción del Templo (586), en el Exilio y después del retorno, se sitúa la refundición denominada *Códice sacerdotal*. En el siglo V la obra es objeto de su redacción definitiva, y desde entonces ya no fue esencialmente modificada[2428].

Con toda probabilidad, la historia del rey David y de su época es obra de uno de sus contemporáneos. Se trata de un genuino trabajo historiográfico, cinco siglos antes de Heródoto, el «padre de la Historia», una empresa que podríamos explicarnos más fácilmente si la atribuyésemos a influencia egipcia, de acuerdo con nuestra hipótesis[2429]. Hasta se ha llegado a plantear la suposición de que los primitivos israelitas de esa época, los escribas de Moisés, habrían tenido cierta injerencia en la invención del primer alfabeto[2430]. Naturalmente, es imposible establecer la medida en que las noticias sobre épocas anteriores reposan en crónicas muy antiguas o en tradiciones orales, ni podemos determinar en cada caso el lapso que medió entre un suceso determinado y su documentación escrita. Pero el texto que tenemos ante nosotros también nos habla con elocuencia sobre su propia historia. Advertimos en él las huellas de dos influencias antagónicas entre sí. Por un lado, fue sometido a elaboraciones que lo falsearon de acuerdo con tendencias secretas, mutilándolo o ampliándolo, hasta invertir a veces su sentido; por otro lado, veló sobre él un piadoso respeto que trató de conservar intactas todas sus partes, siéndole indiferente si los diversos elementos concordaban entre sí o se contradecían mutuamente. De tal suerte, en casi todos los pasajes de la Biblia se encuentran flagrantes omisiones, molestas repeticiones, contradicciones manifiestas; signos todos que traducen cosas que nunca se había querido exponer. En la deformación de un texto sucede algo semejante a lo que ocurre en un crimen. La dificultad no está en cometerlo, sino en borrar sus huellas. Quisiéramos dar a la palabra «deformación» [’Entstellung’] el doble sentido que denota, por más que hoy ya no se lo aplique. En efecto, no significa tan sólo alterar una forma, sino también desplazar algo a otro lugar, trasladarlo[2431]. Por consiguiente, en

muchos casos de deformación de un texto podremos contar con que hallaremos oculto en alguna otra parte lo suprimido y lo negado, aunque allí se encontrará modificado y separado de su conexo, de modo que no siempre será fácil reconocerlo.

Las tendencias deformadoras que procuramos captar ya deben haber actuado sobre las tradiciones antes de que fuesen registradas por escrito. Una de ellas, quizá la más poderosa de todas, ya la hemos descubierto. Decíamos que al ser instituido en Kadesh el nuevo dios Jahve surgió la necesidad de hacer algo para glorificarlo. Sería más correcto decir: fue necesario imponerlo, abrirle campo, borrar las huellas de religiones anteriores. Esto parece haber sido logrado por completo en lo que se refiere a la religión de las tribus autóctonas, pues ya nada oímos de ella. Con los emigrantes, en cambio, no fue tan fácil alcanzarlo, pues no querían dejarse robar el Éxodo de Egipto, el hombre Moisés ni la costumbre de la circuncisión. Por consiguiente, se aceptó que habían estado en Egipto, pero que habían vuelto a abandonar este país, y desde ese momento debía ser negado todo rastro de la influencia egipcia. Se eliminó al hombre Moisés, trasladándolo a Madián y a Kadesh, y fundiéndolo con el sacerdote que fundó la religión de Jahve. La circulación, el signo más indeleble de la dependencia de Egipto, hubo de ser conservado, pero no faltaron los intentos para desvincular esta costumbre de Egipto, pese a todas las pruebas en contrario. El pasaje tan enigmático del Éxodo, escrito en estilo casi incomprensible, según el cual Jahve se habría encolerizado con Moisés por haber descuidado éste el precepto de la circuncisión, salvándolo su mujer madianita al realizar rápidamente la operación, sólo puede ser concebido como una contradicción intencionada contra aquella verdad tan sospechosa. Pronto nos encontraremos con otra invención destinada a eliminar dicho incómodo testimonio.

Cuando aparecen intentos de negar rotundamente que Jahve fuese un dios nuevo, extraño a los judíos, resulta difícil atribuirlos a una nueva tendencia, pues más bien representan continuaciones de la ya esbozada. Para cumplir aquel propósito se recurre a los mitos de los patriarcas del pueblo judío, a Abraham, Isaac y Jacob. Jahve asevera haber sido ya el dios de esos patriarcas, aunque se ve obligado a confesar que ellos no lo habrían venerado bajo éste, su propio nombre[2432].

Pero no agrega cuál fue el otro nombre; y aquí se ofrecía la oportunidad para emprender un ataque decisivo contra el origen egipcio de la circuncisión. Jahve ya se la habría impuesto a Abraham, estableciéndola como testimonio de su pacto con los descendientes del patriarca. Pero esto era una ficción torpe en grado sumo, pues como signo que debe distinguirlo a uno de los demás y que le asegurará un rango de preferencia, se elige algo que no exista en otros, y no algo que millones de seres extraños también podrían exhibir. Cualquier israelita trasladado a Egipto tendría que haber reconocido a todos los egipcios como hermanos de alianza, como hermanos en Jahve. El hecho de que la circuncisión fuese una costumbre nativa en Egipto de ningún modo pudo ser ignorado por los israelitas, que crearon el texto de la Biblia. El pasaje del libro de Josué, mencionado por Eduard Meyer, lo admite sin reservas, pero la circunstancia misma debía ser refutada a cualquier precio.

No se pretenderá que la formación de mitos religiosos tenga gran consideración con el razonamiento lógico. De no ser así, el sentimiento popular podría haberse indignado justificadamente por la conducta de un dios que, habiendo concertado un pacto de mutuo compromiso con los antepasados, no se preocupa luego de sus socios humanos durante siglos enteros, hasta que de pronto se le ocurre revelarse de nuevo a los descendientes. Más extraña aún es la idea de que un dios «elija» de pronto a un pueblo, proclamándolo como «su» pueblo, y a sí mismo como dios de éste. Creo que se trata del único caso semejante en la historia de las religiones. En general, el dios y su pueblo están indisolublemente unidos, constituyen desde el principio una unidad, y aunque a veces oímos de un pueblo que adopta a otro dios, jamás hallamos un dios que elija un nuevo pueblo. Quizá logremos comprender este proceso singular teniendo en cuenta las relaciones entre Moisés y el pueblo judío. Moisés había condescendido a unirse con los judíos; hizo de ellos su pueblo; ellos fueron su «pueblo elegido[2433]».

La incorporación de los patriarcas a la nueva región de Jahve sirvió también a otro propósito. Habían vivido en Canaán, su recuerdo estaba ligado a determinados lugares de esa comarca; quizá aun fueran, originalmente, divinidades locales o héroes cananeos que los israelitas inmigrantes adoptaron más tarde para reconstruir su prehistoria. Al evocarlos, se afirmaba

en cierta manera el propio origen autóctono y se evitaba así el odio dirigido contra el conquistador intruso. Por cierto un recurso muy hábil, pues de tal manera el dios Jahve no hacía sino restituirles lo que sus antecesores habían poseído.

En las contribuciones ulteriores al texto bíblico prevaleció el propósito de evitar toda mención de Kadesh. Como lugar en que había sido instituida la religión se adoptó definitivamente el monte sagrado Sinaí-Horeb. El motivo de ello no es claramente visible; quizá se pretendiera evitar el recuerdo de la influencia que tuvo Madián. Pero todas las deformaciones ulteriores, especialmente las introducidas en la época del denominado *Códice sacerdotal*, sirven a otro propósito. Ya no era necesario deformar en sentido determinado las crónicas de sucesos pretéritos, pues eso se había logrado tiempo atrás. En cambio, se trató de referir a épocas pasadas ciertos mandamientos e instituciones del presente, buscándoles, por lo general, fundamentos en la legislación mosaica, para derivar de ella su título de santidad y autoridad. Pese a todas las falsificaciones que de este modo sufrió el cuadro del pasado, el procedimiento no carece de cierta justificación psicológica. En efecto, reflejaba el hecho de que, al correr de largos tiempos —desde el Éxodo de Egipto hasta la fijación del texto bíblico bajo *Esdras* y *Nehemías* transcurrieron unos ochocientos años—, la religión de Jahve había seguido una evolución retrógrada, hasta coincidir, quizá hasta ser idéntica con la religión primitiva de Moisés.

He aquí el resultado medular, el contenido crucial de la historia de la religión judía.

(7)

Entre todos los acontecimientos de la prehistoria judía que los poetas, los sacerdotes y los historiadores ulteriores trataron de elaborar se destaca uno que era necesario suprimir por los más obvios y poderosos motivos humanos. Se trata del asesinato de Moisés, el gran conductor y libertador, crimen que Sellin pudo colegir a través de alusiones contenidas en los libros de los profetas. No cabe calificar de fantástica la hipótesis de Sellin, pues tiene suficientes visos de probabilidad. Moisés, discípulo de lkhnaton, tampoco

empleó métodos distintos a los del rey: ordenó, impuso al pueblo su creencia[2434]. La doctrina de Moisés quizá fuera aún más rígida que la de su maestro, pues ya no necesitaba ajustarse al dios solar, dado que la escuela de On carecía de todo significado para el pueblo extranjero. Tanto Moisés como lkhnaton sufrieron el destino de todos los déspotas ilustrados. El pueblo judío de Moisés era tan incapaz como los egipcios de la dinastía XVIII para soportar una religión tan espiritualizada, para hallar en su doctrina la satisfacción de sus anhelos. En ambos casos sucedió lo mismo: los tutelados y oprimidos se levantaron y arrojaron de sí la carga de la religión que se les había impuesto. Pero mientras los apacibles egipcios esperaban hasta que el destino hubo eliminado a la sagrada persona del faraón, los indómitos semitas tomaron el destino en sus propias manos y apartaron al tirano de su camino[2435].

Tampoco se puede negar que el texto bíblico, tal como se ha conservado, induce a aceptar este fin de Moisés. La narración de la «peregrinación por el desierto» —que bien puede corresponder a la época del dominio de Moisés— describe una serie de graves sublevaciones contra su autoridad, que —de acuerdo con la ley de Jahve— son reprimidas con sangrientos castigos. Es fácil imaginarse que alguna de estas revueltas tuviese un desenlace distinto del que refiere el texto. Éste también nos narra la apostasía del pueblo, aunque lo hace en forma meramente episódica. Trátase de la historia del becerro de oro, en la cual, gracias a un hábil giro, se atribuye al propio Moisés el haber quebrado en su cólera las Tablas de la Ley, acto que debería comprenderse en sentido simbólico («él ha quebrado la ley»).

Llegó una época en la cual se lamentó el asesinato de Moisés y se trató de olvidarlo; sin duda, esto ocurrió en el tiempo del encuentro en Kadesh. Pero abreviando el intervalo entre el Éxodo y la institución religiosa en el oasis, haciendo que en ésta interviniera Moisés en lugar de aquel otro personaje, no sólo quedaban satisfechas las exigencias de la gente de Moisés, sino que también se lograba negar el hecho penoso de su violenta eliminación. En realidad es muy poco probable que Moisés hubiese podido tomar parte en los sucesos de Kadesh, aunque su vida no hubiera tenido un fin prematuro.

Ha llegado el momento de intentar una aclaración de las relaciones cronológicas entre estos hechos. Hemos dejado establecido el Éxodo de

Egipto en la época que sigue al fin de la dinastía XVIII (1350 a. J. C.). Puede haber ocurrido entonces o poco más tarde, pues los cronistas egipcios incluyeron los siguientes años de anarquía en la regencia de Haremhab, que le puso fin y que gobernó hasta 1315 a. J. C. El más próximo, pero también el único dato cronológico, lo ofrece la estela de *Merneptah* (1225-1215 a. J. C.), que celebra el triunfo sobre *Isiraal* (Israel) y la devastación de sus simientes (?). Por desgracia, la interpretación de este jeroglífico es dudosa, pero se lo acepta como prueba de que ya entonces había tribus israelitas radicadas en Canaán[2436]. E. Meyer deduce con acierto de esta estela que Merneptah no pudo haber sido el faraón en cuya época se produjo el Éxodo, como anteriormente se venía aceptando. El Éxodo debe corresponder a una época anterior; por lo demás, es vano preguntarse quién reinaba a la sazón, pues no hay tal faraón del Éxodo, ya que éste se produjo durante un interregno. Mas el descubrimiento de la estela de Merneptah tampoco arroja luz sobre la posible fecha de la unión y de la conversión religiosa en Kadesh, Lo único cierto es que tuvieron lugar en algún momento entre 1350 y 1215 a. J. C. Sospechamos que, dentro de ese siglo, el Éxodo está muy próximo a la primera de esas fechas, y los sucesos de Kadesh no se alejan demasiado de la segunda. Quisiéramos reservar la mayor parte de este período para situar el intervalo que medió entre ambos hechos, pues nos es preciso contar con cierto lapso para que se apaciguaran entre los emigrantes las pasiones agitadas por el asesinato de Moisés y para que la influencia de su gente, de los levitas, aumentara en la medida que presupone el compromiso de Kadesh. Quizá bastaran para ello dos generaciones, unos sesenta años; pero este intervalo casi es demasiado exiguo. La fecha que arroja la estela de Merneptah viene a trastornar nuestros cálculos, pues es demasiado temprana; por otro lado, ya que en nuestra construcción cada hipótesis sólo se funda sobre otra anterior, confesamos que estas consideraciones cronológicas descubren un lado débil de nuestros argumentos. Por desgracia, todo lo concerniente al establecimiento del pueblo judío en Canaán no es menos incierto y confuso. Quizá nos quede el recurso de aceptar que el nombre inscrito en la estela de Israel no se refiera a las tribus cuyo destino intentamos perseguir, que más tarde se fundieron para formar el pueblo israelita. Ello no sería imposible, pues también pasó a este pueblo el nombre de los *Habiru* (=

hebreos), de la época de Amarna.

Cualquiera que sea la fecha en que las tribus se reunieron para formar una nación al aceptar una religión común, este suceso fácilmente podría haber quedado reducido a un acto bastante intrascendente para la historia de la humanidad. En tal caso, la nueva religión habría sido arrastrada por la corriente de los hechos; Jahve habría podido ocupar su plaza en la procesión de los dioses pretéritos que concibió Flaubert; de su pueblo se habrían «perdido» las doce tribus, y no sólo las diez que los anglosajones buscaron durante tanto tiempo. El dios Jahve, a quien Moisés el madianita condujo un nuevo pueblo, probablemente no fuera en modo alguno un ente extraordinario. Era un dios local, violento y mezquino, brutal y sanguinario; había prometido a sus prosélitos la «tierra que mana leche y miel», y los incitó a exterminar «con el filo de la espada» a quienes la habitaban a la sazón. Es en verdad sorprendente que a pesar de todas las refundiciones aún queden en el texto bíblico tantos datos que permiten reconocer el carácter original del dios. Ni siquiera es seguro que su religión fuese un verdadero monoteísmo, que negase categoría divina a las deidades de otros pueblos. Probablemente se limitara a afirmar que el propio dios era más poderoso que todos los dioses extranjeros. Si, pese a esto, todo siguió más tarde un curso distinto del que permitían suponer tales comienzos, ello sólo pudo obedecer a un hecho: Moisés, el egipcio, había dado a una parte del pueblo una representación divina más espiritualizada y elevada, la noción de una deidad única y universal, tan dotada de infinita bondad como de omnipotencia, adversa a todo ceremonial y a toda magia; una deidad que impusiera al hombre el fin supremo de una vida dedicada a la verdad y a la justicia. En efecto, a pesar de lo fragmentarias que son nuestras informaciones sobre los elementos éticos de la religión de Aton, no puede carecer de importancia el que Ikhnaton siempre se calificara a sí mismo, en sus inscripciones, como «el que vive en *Maat*» (Verdad, Justicia)[2437]. A la larga, nada importó que el pueblo, quizá ya al poco tiempo, rechazara la doctrina de Moisés y lo eliminara a él mismo, pues subsistió su *tradición*, cuya influencia logró, aunque sólo paulatinamente, en el curso de los siglos, lo que no alcanzara el propio Moisés. El dios Jahve adquirió honores inmerecidos cuando, a partir de Kadesh, se le atribuyó la hazaña libertadora de Moisés, pero tuvo que

pagar muy cara esta usurpación. La sombra del dios cuyo lugar había ocupado se tornó más fuerte que él; al término de la evolución histórica volvió a aparecer, tras su naturaleza, el olvidado dios mosaico. Nadie duda de que sólo la idea de este otro dios permitió al pueblo de Israel soportar todos los golpes del destino y sobrevivir hasta nuestros días.

En el triunfo final del dios mosaico sobre Jahve ya no puede comprobarse la participación de los levitas. Cuando se selló el compromiso de Kadesh, éstos habían defendido a Moisés, animados aún por el recuerdo vivo de su amo, cuyos secuaces y compatriotas eran. Pero en los siglos ulteriores terminaron por confundirse con el pueblo o con la clase sacerdotal, y precisamente los sacerdotes asumieron la misión cardinal de desarrollar y vigilar el ritual, de guardar y refundir según sus propios designios los libros sagrados. Pero ¿acaso todo sacrificio y todo ceremonial no eran, en el fondo, sino la magia y hechicería que la antigua doctrina de Moisés había condenado incondicionalmente? Mas entonces surgieron del pueblo, en interminable sucesión, hombres que no descendían necesariamente de la gente de Moisés, pero que también se sentían poseídos por la grande y poderosa tradición que paulatinamente había ido creciendo en la sombra; y fueron estos hombres, los profetas, quienes proclamaron incansablemente la antigua doctrina mosaica, según la cual el dios condenaba los sacrificios y el ceremonial, exigiendo tan sólo la fe y la consagración a la verdad y a la justicia (*Maat*). Los esfuerzos de los profetas tuvieron éxito duradero; las doctrinas con las que restablecieron la vieja creencia se convirtieron en contenido definitivo de la religión judía. Suficiente honor es para el pueblo judío que haya logrado mantener viva semejante tradición y producir hombres que la proclamaran, aunque su germen hubiese sido foráneo, aunque la hubiese sembrado un gran hombre extranjero.

No me sentiría seguro en este terreno si no pudiese referirme al juicio de otros investigadores idóneos que consideran en igual forma la significación de Moisés para la historia de la religión judía, aunque no acepten su origen egipcio. Así, por ejemplo, dice Sellin[2438]: «Por consiguiente, en principio debemos representarnos la verdadera religión de Moisés, la creencia en el dios único, ético, que ella proclama, como atributo de un pequeño círculo del pueblo. En principio, no podremos esperar hallarla en el culto oficial, en la

religión de los sacerdotes, en las creencias populares. Sólo podemos contar, en principio, con que ora aquí, ora allá, vuelva a inflamarse alguna vez una chispa de la gran conflagración espiritual que otrora provocara; que sus ideas no hubiesen muerto, sino que influyeran silenciosamente sobre las creencias y las costumbres, hasta que alguna vez, tarde o temprano, bajo el influjo de vivencias poderosas o de personalidades profundamente imbuidas de este espíritu, volviesen a surgir con mayor potencia y lograsen dominio sobre las grandes masas del pueblo. En principio, la historia de la antigua religión israelita debe considerarse desde este punto de vista. Quien pretendiera reconstruir la religión mosaica de acuerdo con la forma en que las crónicas históricas nos la describen en la vida popular durante los primeros cinco siglos en Canaán, cometería el más grave error metodológico». Volz se expresa aún más claramente[2439]: considera «que la gigantesca obra de Moisés sólo fue comprendida y aplicada, al principio, muy débil y escasamente, hasta que en el curso de los siglos se impuso cada vez más, y por fin encontró en los grandes profetas espíritus afines que continuaron la obra del solitario sembrador».

Con esto he llegado al término de mi trabajo, que en realidad sólo estaba destinado al único fin de adaptar la figura de un Moisés egipcio a la historia judía. Expondré en breves fórmulas el resultado alcanzado. A las conocidas dualidades de la historia judía —*dos pueblos* que se funden para formar una nación, *dos reinos* en que se desmiembra esta nación, *dos nombres* divinos en las fuentes de la Biblia— agregamos dos nuevas dualidades: *dos fundaciones* de nuevas religiones, la primera desplazada por la segunda y más tarde resurgida triunfalmente tras aquélla; *dos fundador es de* religiones, denominados ambos con el mismo nombre de Moisés, pero cuyas personalidades hemos de separar entre sí. Mas todas estas dualidades no son sino consecuencias forzosas de la primera: de que una parte del pueblo sufrió una experiencia que cabe considerar traumática y que la otra parte eludió. Al respecto aún queda mucho por considerar, por explicar y confirmar; sólo entonces podría justificarse, en realidad, el interés dedicado a nuestro estudio, puramente histórico. Sería, por cierto, una tarea tentadora la de estudiar, en el caso especial del pueblo judío, en qué consiste la índole intrínseca de una

tradición y a qué se debe su particular poderío; cuán imposible es negar el influjo personal de determinados grandes hombres sobre la historia de la humanidad: qué profanación de la grandiosa multiformidad de la vida humana se comete al no aceptar sino los motivos derivados de necesidades materiales; de qué fuentes derivan ciertas ideas, especialmente las religiosas, la fuerza necesaria para subyugar a los individuos y a los pueblos. Semejante continuación de mi trabajo vendría a relacionarse con opiniones formuladas hace veinticinco años en *Totem y tabú*; pero ya no me siento con fuerzas suficientes para realizar esta labor.

III. MOISÉS, SU PUEBLO Y LA RELIGIÓN MONOTEISTA

Primera Parte

Prefacio I

(Antes de marzo de 1938, en Viena)

CON la audacia de quien poco o nada tiene que perder, me dispongo a quebrantar por segunda vez un propósito bien fundado, agregando a los dos trabajos sobre Moisés, ya publicados en la revista *Imago* (tomo XXIII, números 1 y 3), la parte final que hasta ahora me había reservado. Concluí la anterior asegurando saber que mis fuerzas no bastarían para esta tarea, y desde luego me refería al debilitamiento de la capacidad creadora que acompaña la edad avanzada[2440]; pero también pensaba en otro obstáculo.

Vivimos en una época harto extraña. Comprobamos, asombrados, que el progreso ha concluido un pacto con la barbarie. En la Rusia soviética se acometió la empresa de mejorar la forma de vida de unos cien millones de seres mantenidos en la opresión. Se tuvo la osadía de sustraerles el «opio» de la religión y la sensatez de concederles una medida razonable de libertad sexual; pero al mismo tiempo se los sometió a la más cruel dominación, quitándoles toda posibilidad de pensar libremente. Con análoga violencia se

pretende imponer al pueblo italiano el sentido del orden y del deber. El ejemplo que ofrece el pueblo alemán aún llega a aliviarnos de una preocupación que nos venía inquietando, pues en él comprobamos que también se puede caer en barbarie casi prehistórica, sin invocar para ello ninguna idea progresista. Como quiera que sea, los sucesos han venido a dar en una situación tal que las democracias conservadoras son hoy las que protegen el progreso de la cultura, y por extraño que parezca, la institución de la Iglesia católica es precisamente la que opone una poderosa defensa contra la propagación de ese peligro cultural. ¡Nada menos que ella, hasta enemiga acérrima del libre pensamiento y de todo progreso hacia el reconocimiento de la verdad!

Vivimos en un país católico, protegido por esa Iglesia, sin saber a ciencia cierta cuánto durará esta protección. Pero mientras subsista es natural que vacilemos en emprender algo que pudiera despertar su hostilidad. No se trata de cobardía, sino de mera precaución, pues el nuevo enemigo, a cuyos intereses nos guardaremos de servir, es más peligroso que el viejo, con el cual ya habíamos aprendido a convivir. La investigación psicoanalítica, a la cual nos dedicamos ya, es, de todos modos, objeto de recelosa atención por parte del catolicismo. No afirmaremos, por cierto, que esta desconfianza sea infundada. En efecto, si nuestra labor nos lleva al resultado de reducir la religión a una neurosis de la humanidad y a explicar su inmenso poderío en forma idéntica a la obsesión neurótica revelada en nuestros pacientes, podemos estar bien seguros de que nos granjearemos la más enconada enemistad de los poderes que nos rigen. No es que tengamos algo nuevo que decir, algo que no hubiésemos expresado con toda claridad hace ya un cuarto de siglo; mas desde entonces todo eso ha sido olvidado, y sin duda tendrá cierto efecto el hecho de que hoy lo repitamos y lo ilustremos en un ejemplo válido para todas las funciones de religiones en general. Esto podría llevar, probablemente, a que se nos prohibiera el ejercicio del psicoanálisis, pues aquellos métodos de opresión violenta en modo alguno son extraños a la Iglesia católica: más bien ésta considera usurpadas sus prerrogativas cuando también otros los aplican. El psicoanálisis empero, que en el curso de mi larga vida se ha extendido por todo el mundo, aún no encontró ningún hogar que pudiera ser más preciado que la ciudad donde nació y se desarrolló.

No es que lo crea tan sólo: sé muy bien que este otro obstáculo, este peligro exterior, me disuadirá de publicar la última parte de mi estudio sobre Moisés. No obstante, apelé a un recurso extremo para allanar de obstáculos mi camino, diciéndome que todos mis temores se fundarían en una excesiva valoración de la importancia que tiene mi persona. A las instancias decisivas probablemente les parezca harto indiferente cuanto pueda escribir yo sobre Moisés y el origen de las religiones monoteístas; mas no me siento muy seguro al juzgar de tal manera, y me parece mucho más verosímil que la malicia y el sensacionalismo compensarán con creces lo que a mi persona pueda faltarle en el juicio de los contemporáneos. No daré a conocer, pues, este trabajo mío; pero ello no debe impedirme que lo escriba, tanto más cuanto que ya lo redacté una vez, hace de esto dos años, de modo que bastará con que le dé nueva forma y lo acople como pieza terminal a los dos ensayos precedentes. Podrá quedar entonces guardado en el secreto, hasta que llegue alguna vez el día en que pueda asomarse impunemente a la luz o hasta que pueda decirse a quien sustente idénticas conclusiones y pareceres: «En tiempos más tenebrosos ya hubo una vez alguien que pensó como tú».

PREFACIO II

(En junio de 1938, en Londres)

LAS extraordinarias dificultades —tanto reservas íntimas como impedimentos exteriores— que pesaron sobre mí al redactar el presente estudio sobre la persona de Moisés, dieron lugar a que este tercer ensayo final lleve dos prefacios contradictorios y aun excluyentes entre sí. Sucede que en el breve lapso intermedio han cambiado profundamente las circunstancias ambientales de quien esto escribe. Vivía yo entonces, al amparo de la Iglesia católica y me tenía preso el temor de que mi publicación me hiciera perder esa tutela, acarreando a los prosélitos y discípulos del psicoanálisis la prohibición de ejercerlo en Austria. Mas entonces sobrevino de pronto la invasión alemana: el catolicismo demostró ser una «tenue brizna», para expresarlo en términos bíblicos. Convencido de que ahora ya no se me perseguiría tan sólo por mis ideas, sino también por mi «raza», abandoné con

muchos amigos la ciudad que fuera mi hogar durante setenta y ocho años, desde mi temprana infancia.

Hallé la más cordial acogida en la hermosa, libre y generosa Inglaterra. Aquí vivo como huésped gratamente recibido, sintiéndome aliviado de aquella opresión y libre otra vez para poder decir y escribir —casi hubiese dicho pensar— lo que quiero o debo. Así pues, me atrevo a publicar la última parte de mi trabajo.

Ya no tropiezo con impedimentos exteriores, o al menos éstos no son tales que podrían alarmarme. Durante las pocas semanas que he pasado en este país recibí innumerables saludos de amigos que se regocijan por mi llegada, de desconocidos e incluso de personas indiferentes que sólo quieren expresar su satisfacción porque haya hallado aquí libertad y existencia segura. Además, recibí, en número sorprendente para un extranjero, mensajes de otra especie de personas que se preocupan por la salvación de mi alma, indicándome los caminos de Cristo o tratando de ilustrarme sobre el porvenir de Israel. Las buenas gentes que así escriben poco deben haber sabido de mí; pero espero que cuando una traducción haga conocer a mis nuevos compatriotas este trabajo sobre Moisés, también perderé ante muchos de ellos buena parte de la simpatía que ahora me ofrecen.

Las dificultades íntimas no pudieron ser modificadas por conmociones políticas ni por cambios de ambiente. Como antes, vacilo frente a mi propio trabajo y echo de menos ese sentimiento de unidad y pertenencia que debe existir entre el autor y su obra. No es que me falte la convicción de la exactitud de sus resultados, pues ya la adquirí hace un cuarto de siglo, en 1912, cuando escribí el libro sobre *Tótem y tabú*: desde entonces mi certidumbre no ha cesado de aumentar. Jamás he vuelto a dudar que los fenómenos religiosos sólo pueden ser concebidos de acuerdo con la pauta que nos ofrecen los ya conocidos síntomas neuróticos individuales; que son reproducciones de trascendentes, pero hace tiempo olvidados sucesos prehistóricos de la familia humana; que su carácter obsesivo obedece precisamente a ese origen; que, por consiguiente, actúan sobre los seres humanos gracias a la verdad *histórica* que contienen. Mis vacilaciones sólo comienzan al preguntarme si he logrado demostrar esta tesis en el ejemplo aquí elegido del monoteísmo judío. Este trabajo, originado en un estudio del

hombre Moisés, se presenta a mi sentido crítico cual una bailarina que se balancea sobre la punta de un pie. Si no hubiera podido apoyarme en la interpretación analítica del mito del abandono en las aguas y, partiendo de ésta, en la hipótesis de Sellin sobre la muerte de Moisés, todo el estudio debería haber quedado inédito. Como quiera que sea, correré una vez más el albur de proseguirlo.

A) **La premisa histórica**[2441]

EL fondo histórico de los sucesos que han cautivado nuestro interés es, por tanto, el siguiente: Las conquistas de la dinastía XVIII han hecho de Egipto un imperio mundial. El nuevo imperialismo se refleja en el desarrollo de las nociones religiosas, si no en las de todo el pueblo, al menos en las de su capa dominante e intelectualmente activa. Bajo la influencia que ejercen los sacerdotes del dios solar en On (Heliopolis), reforzada quizá por incitaciones asiáticas, surge la idea de un dios universal, *Aton*, que ya no está restringido a determinado pueblo o país. Con el joven Amenhotep IV (que más tarde adoptará el nombre de *Ikhnaton*), llega al trono un faraón cuyo supremo interés es el de propagar esta idea teológica. Instituye la religión de Aton como doctrina de Estado, y por su intermedio el dios universal se convierte en el *Dios Único*; todo lo que se cuenta de otros dioses es falacia y mentira. Con grandiosa implacabilidad resiste a todas las tentaciones del pensamiento mágico y rechaza la ilusión de una vida ultraterrena, tan cara precisamente a los egipcios. Con singular premonición de conocimientos científicos ulteriores, ve la fuente de toda la vida terrenal en la energía de las radiaciones solares, y adora al sol como símbolo del poderío de su dios. Se precia de su alegría por la creación y por su vida en *Maat* (Verdad y Justicia).

He aquí el primero y quizá el más genuino ejemplo de una religión monoteísta en la historia de la Humanidad. El conocimiento más profundo de las condiciones históricas y psicológicas que determinaron su origen tendrían inapreciable valor; pero el desarrollo histórico se encargó de que no llegaran hasta nosotros mayores noticias sobre la religión de Aton. Ya bajo los débiles sucesores de Ikhnaton se derrumbó cuanto éste había creado. La venganza de las castas sacerdotales que había oprimido se descargó sobre su memoria; la

religión de Aton fue abolida; la ciudad residencial del faraón condenado por hereje fue arrasada y saqueada. Alrededor de 1350 a. de J. C. se extinguió la dinastía XVIII; después de un intervalo de anarquía, el orden fue restablecido por el jefe militar Haremhab, que gobernó hasta 1315. La reforma de Ikhnaton parecía ser un episodio destinado al olvido.

He aquí cuanto se ha establecido históricamente; comienza ahora nuestra prosecución hipotética. Entre las personas próximas a Ikhnaton encontrábase un hombre llamado quizá *Thothmés*, como entonces se llamaban muchos otros[2442]; mas poco importa el nombre, salvo que su segunda parte debió de ser —*mose*. Era un encumbrado personaje, decidido partidario de la religión de Aton; pero, al contrario del caviloso rey, era enérgico y apasionado. Para este hombre la caída de Ikhnaton y la abolición de su creencia implicaban el fin de todas sus esperanzas. En Egipto sólo podía seguir viviendo como proscrito o como renegado. Siendo quizá gobernador de una provincia limítrofe, habríase relacionado con una tribu semita inmigrada allí algunos generaciones antes. En la zozobra de su desengaño y su aislamiento se vinculó con estos extranjeros, buscando en ellos compensación para lo que había perdido. Los adoptó como pueblo suyo y trató de realizar en ellos sus ideales. Después de haber abandonado Egipto acompañado de su séquito, los ungió con el signo de la circuncisión, les dio leyes, los inició en las doctrinas de la religión atónica, que los egipcios acababan de proscribir. Los preceptos que este hombre, Moisés, dio a sus judíos, quizá fueran aún más severos que los de su amo y maestro Ikhnaton; quizá abandonara también el culto del dios solar de On, que aquél aún había conservado.

Hemos de situar el Éxodo de Egipto en el período de interregno que siguió al año 1350. Las épocas siguientes a esa fecha, hasta que concluye la conquista de Canaán, son particularmente impenetrables. La investigación histórica de nuestros días pudo rescatar dos hechos de las tinieblas en que el texto bíblico ha dejado —o, mejor, ha sumido— ese período. El primer hecho, revelado por E. Sellin, es el de que los judíos, tercos e indómitos frente a su legislador y dirigente, como nos los dice la misma Biblia, se rebelaron cierto día contra aquél, lo mataron y rechazaron la religión de Aton que les había impuesto, tal como antes lo habían hecho los egipcios. El segundo hecho, demostrado por E. Meyer, es el de que estos judíos

retornados de Egipto se unieron más tarde a otras tribus estrechamente emparentadas con ellos, que vivían en la comarca situada entre Palestina, la península de Sinai y Arabia; allí, en el oasis de Kadesh, adoptaron, por influencia de los árabes madianitas, una nueva religión, la del dios volcánico Jahve. Poco después se aprestaron a irrumpir en Canaán y a conquistarla.

Son muy inciertas las relaciones cronológicas de estos dos sucesos entre sí y con el Éxodo de Egipto. El asidero histórico más próximo lo ofrece una estela del faraón Memeptah (hasta 1215), que al narrar las campañas de Siria y Palestina menciona entre los vencidos a «Israel». Aceptando la fecha de esta estela como un *terminus ad quem*[2443], nos queda alrededor de un siglo (desde después de 1350 hasta antes de 1215) para ubicar todo lo ocurrido a continuación del Éxodo; pero también es posible que el nombre *Israel* no se refiera todavía a las tribus cuyo destino estamos persiguiendo, y que en realidad dispongamos de un espacio de tiempo más prolongado. El asentamiento del futuro pueblo judío en Canaán no fue, sin duda, una conquista rápida, sino un proceso llevado a cabo en varias irrupciones y extendido durante largo tiempo. Si prescindimos de los límites que nos impone la estela de Merneptah, nos será más fácil adjudicar el plazo de una generación (treinta años) a la época de Moisés[2444], concediendo, además, por lo menos dos generaciones —quizá más— hasta que ocurre la unificación de Kadesh[2445]; el intervalo entre ésta y la marcha hacia Canaán no precisa ser prolongado. Como demostramos en el trabajo precedente, la tradición judía tenía buenos motivos para abreviar el lapso entre el Éxodo y la institución religiosa de Kadesh, mientras que para los fines de nuestra argumentación nos interesa demostrar lo contrario.

Pero todo esto aún es mera crónica narrativa, un intento de colmar las lagunas de nuestros conocimientos históricos y, en parte, repetición de lo dicho ya en el segundo ensayo publicado en la revista *Imago*. Nos interesa perseguir del destino de Moisés y de sus doctrinas que sólo aparentemente tuvieron fin con la sublevación de los judíos. La crónica del Jahvista, redactada alrededor del año 1000, pero seguramente basada en documentos anteriores, nos ha permitido reconocer que la fusión de las tribus y la conversión religiosa de Kadesh implicaron una transacción cuyas dos tendencias aún pueden ser discernidas perfectamente. A una de las partes sólo

le interesaba negar el carácter reciente y foráneo del dios Jahve y acrecentar su derecho a la sumisión del pueblo; la otra no quería abandonar el caro recuerdo de la liberación egipcia y de la grandiosa figura de su caudillo Moisés, logrando, efectivamente, situar aquel hecho y a este hombre en la nueva versión de la prehistoria judía, conservar por lo menos la circuncisión, signo externo de la religión mosaica, e imponer quizá ciertas restricciones en el empleo del nuevo nombre divino. Dijimos que los representantes de estas pretensiones fueron los levitas, descendientes de la gente de Moisés, separados por escasas generaciones de los coetáneos y compatriotas de éste y ligados a su memoria por una tradición viva aún. Las narraciones poéticamente ornadas que atribuimos al Jahvista y a su émulo más reciente, el Elohísta, vinieron a ser como mausoleos que hundieron en reposo eterno, sustrayéndolas al conocimiento de generaciones futuras, la verdadera crónica de aquellos sucesos lejanos, la índole genuina de la religión mosaica y la eliminación violenta del gran hombre. Si, en efecto, hemos adivinado correctamente este proceso, nada queda en él que pudiera parecer extraño, pues bien puede haber representado el fin definitivo del episodio mosaico en la historia del pueblo judío.

Pero lo notable es precisamente que no sucede tal cosa, que las repercusiones más poderosas de aquellas vivencias sufridas por el pueblo sólo habían de manifestarse más tarde, irrumpiendo paulatinamente a la realidad en el curso de muchos siglos. No es probable que el carácter de Jahve discrepara mucho de los dioses que adoraban los pueblos y las tribus circundantes. Es verdad que luchaba contra aquéllos, tal como los pueblos mismos luchaban entre sí; pero podemos aceptar que a un adorador de Jahve no podía ocurrírsele negar en aquellas épocas la existencia de los dioses de Canaán, Moab, Amálele, etc., como tampoco podía pensar en negar la existencia de los pueblos que los veneraban.

La idea monoteísta, cuyo primer destello aparece con Ikhnaton, se había vuelto a eclipsar y estaba destinada a quedar por mucho tiempo envuelta en las tinieblas. Hallazgos efectuados en la isla de Elefantina, situada cerca de la primera catarata del Nilo, nos han ofrecido la sorprendente noticia de que allí existía desde siglos atrás una guarnición militar judía, en cuyo templo se veneraba, junto al dios principal, *Jahu*, otras dos deidades femeninas, una de

las cuales se llamaba *Anai-Jahu*. Pero es verdad que estos judíos estaban separados de la madre patria y no habían participado en la evolución religiosa que allí se llevaba a cabo; sólo llegaron a conocer los nuevos preceptos rituales de Jerusalén por intermedio del Gobierno persa del siglo IV[2446]. Volviendo a épocas anteriores, podemos establecer que el dios Jahve no tenía seguramente semejanza alguna con el dios mosaico. Aton había sido pacifista, igual que el faraón Ikhnaton, su representante terreno y, en realidad, su prototipo, que contempló impasible el desmembramiento del imperio conquistado por sus antecesores. Jahve seguramente era un dios más apropiado para un pueblo que se disponía a conquistar por la fuerza nuevos territorios donde vivir. Por otra parte, cuanto era digno de veneración en el dios mosaico debía escapar al entendimiento de aquellas masas primitivas.

Ya dejamos establecido —señalando con agrado la concordancia con otros autores— que el hecho nuclear de la historia de la religión judía habría consistido en que el dios Jahve perdió, con el correr del tiempo, sus características propias, adquiriendo cada vez mayor semejanza con el antiguo dios de Moisés, con Aton. Es cierto que subsistieron ciertas discrepancias que a primera vista podrían parecer importantes; pero no resulta difícil explicarlas. La hegemonía de Aton en Egipto había comenzado durante una época feliz de estabilidad perfecta, y aun al comenzar la decadencia del imperio, sus prosélitos pudieron apartarse de todas las conmociones terrenas y continuaron ensalzando y disfrutando sus divinas creaciones.

Al pueblo judío, en cambio, el destino le deparó una serie de duras pruebas y dolorosas experiencias, de modo que su Dios se tomó duro y severo; en cierto modo, lúgubre. Conservó el carácter de dios universal, tutelar de todos los países y pueblos; pero el hecho de que su adoración hubiese pasado de los egipcios a los judíos se expresó en el aditamento de que los judíos serían su pueblo elegido, cuyas obligaciones especiales también encontrarían, al fin, recompensa especial. Al pueblo judío seguramente le resultó difícil conciliar su convicción de ser el elegido de su dios omnipotente, con las tristes experiencias que le acarreaba su infausto destino. Pero no se dejó perturbar por ello: exacerbó su sentimiento de culpabilidad para ahogar las dudas frente a Dios, y quizá aun terminara por invocar los «inescrutables designios de Dios», como todavía suelen hacerlo

los piadosos. Aunque le causara extrañeza que Dios le deparase sin cesar nuevos agresores que lo subyugaban y maltrataban —asirios, babilonios, persas—, el pueblo judío siempre salía del paso y concluía por reconocer el poderío de su dios al comprobar que estos malvados enemigos eran vencidos a su vez y que sus imperios quedaban aniquilados.

El ulterior dios de los judíos terminó por identificarse con el antiguo dios mosaico en tres puntos importantes. El primero y decisivo es el de que realmente fue reconocido, como dios único, junto al cual no era posible concebir a ningún otro. El monoteísmo de Ikhnaton fue aceptado seriamente por un pueblo entero; más este pueblo se aferró tan enérgicamente a esa idea, que hizo de ella el contenido básico de su vida espiritual, sin dedicar el menor interés a ninguna otra. Al respecto estaban de acuerdo el pueblo y la casta sacerdotal que llegó a dominarlo; pero mientras los sacerdotes limitaban su actividad a elaborar el ceremonial destinado a su veneración, el pueblo les oponía una poderosa corriente ideológica en la que pujaban por renacer otros dos artículos de la doctrina mosaica. Las voces de los profetas no se cansaban de proclamar que Dios despreciaba el ceremonial y los sacrificios, exigiendo tan sólo que se creyese en él y que se siguiera una vida consagrada a la verdad y la justicia. Además, los profetas seguramente se encontraban bajo el influjo de los ideales mosaicos cuando ensalzaban la austeridad y la santidad de su vida en el desierto.

Ha llegado el momento de preguntarnos si es necesario invocar siquiera la influencia que tuvo Moisés en la conformación definitiva de la noción teomórfica judía, o si para explicarla basta considerar la evolución espontánea hacia un nivel superior de espiritualidad, evolución desplegada durante una vida cultural extendida por siglos enteros. Cabe aducir dos razones ante esta explicación plausible, que, si la aceptáramos, pondría fin a todas nuestras disquisiciones. Ante todo, no explica nada, pues circunstancias idénticas no llevaron, por cierto, al monoteísmo en el pueblo griego —sin duda, dotado de plena capacidad para desarrollarlo—, sino que condujeron al relajamiento de la religión politeísta y al comienzo del pensamiento filosófico. Tal como nosotros lo concebimos, el monoteísmo surgió en Egipto a la par del imperialismo; Dios era el reflejo de un faraón que dominaba autocráticamente un gran imperio mundial. Las condiciones políticas en que

vivían los judíos eran sumamente desfavorables para que la idea de un dios nacional exclusivo evolucionara hacia la del regente universal del mundo entero, y, por lo demás, ¿cómo podía esta minúscula e impotente nación tener la osadía de proclamarse hija favorable del poderoso Señor? Si nos conformásemos con esto, dejaríamos sin respuesta la pregunta sobre el origen del monoteísmo entre los judíos, o bien tendríamos que contentarnos con el recurso corriente de atribuirlo-al particular genio religioso de este pueblo. Como se sabe, el genio es incomprensible e irresponsable, de modo que no habremos de invocarlo para explicar algo, sino cuando haya fracasado toda otra solución[2447].

Por otra parte nos encontramos con que la propia crónica y la historiografía de los judíos nos señalan la ruta al afirmar con toda decisión —y sin contradecirse esta vez— que la idea de un dios único habría sido inculcada al pueblo por Moisés. Si algún reparo puede hacerse a la fe que merece esta aseveración, es el de que los sacerdotes, al elaborar el texto que tenemos ante nosotros, evidentemente le atribuyeron demasiado a Moisés. Tanto instituciones como preceptos ritualistas que pertenecen sin duda a épocas posteriores son proclamados como leyes mosaicas con el manifiesto propósito de incrementar su autoridad. Esto es, por cierto, un buen motivo para despertar nuestra desconfianza; pero no basta para justificar la completa recusación de todo el texto, pues el motivo profundo de semejante exageración aparece con toda claridad. Los sacerdotes en sus versiones pretenden establecer un nexo de continuidad entre su propia época y la prehistoria mosaica, es decir, tratan de negar precisamente aquello que hemos calificado como hecho más notable en la historia de la religión judía: que entre la legislación de Moisés y la religión judía ulterior se abre una brecha que al principio fue ocupada por el culto de Jahve y que sólo más tarde fue colmada gradualmente. Aquellas versiones procuran negar por todos los medios este proceso, a pesar de que su autenticidad histórica escapa a toda duda, pues la peculiar elaboración que sufrió el texto bíblico dejó intactos numerosísimos datos que lo demuestran. Al respecto, los sacerdotes persiguieron una tendencia semejante a aquella otra que convirtió al nuevo dios Jahve en el Dios de los patriarcas. Teniendo en cuenta este propósito del *Códice sacerdotal*, nos será difícil negar crédito a la afirmación de que

realmente habría sido Moisés quien diera a sus judíos la idea monoteísta. Nuestra anuencia será tanto más fácil cuanto que sabemos de dónde le llegó a Moisés esa idea, cosa que seguramente habían dejado de saber los sacerdotes judíos.

Mas, llegados aquí, alguien podría preguntarnos: ¿De qué nos sirve derivar el monoteísmo judío del egipcio? Con ello sólo desplazamos un tanto el problema, sin que esto nos permita saber algo más sobre la génesis de la idea monoteísta. No vacilaremos en responder que aquí no se trata de obtener un beneficio, sino de profundizar una investigación, y aun podría ser que aprendiésemos algo nuevo al tratar de restablecer el verdadero curso de los hechos.

B) **Período de latencia y tradición**

Hacemos nuestra, pues, la opinión de que la idea de un dios único, así como el rechazo del ceremonial mágico y la acentuación de los preceptos éticos en nombre de ese dios, fueron realmente doctrinas mosaicas que al principio no hallaron oídos propicios, pero que llegaron a imponerse luego de un largo período intermedio, terminando por prevalecer definitivamente. ¿Cómo podremos explicarnos semejante acción retardada y dónde hallaremos fenómenos similares?

Al punto se nos ocurre que los encontramos con frecuencia en los más diversos terrenos y que probablemente aparezcan de múltiples maneras, más o menos fáciles de comprender. Consideremos, por ejemplo, el destino de una nueva teoría científica, como la doctrina evolucionista de Darwin. Ante todo, se la rechaza con encono, se la discute violentamente durante algunos decenios; pero basta el lapso de una generación para que sea reconocida como un gran progreso hacia la verdad. Darwin mismo aun alcanzó el honor de ser sepultado en un cenotafio de la abadía de Westminster. Semejante caso nos deja poco que dilucidar: la nueva verdad ha despertado resistencias afectivas, disfrazadas con argumentos que permiten refutar las pruebas favorables a la doctrina ofensiva; el pleito de las opiniones encontradas exige cierto tiempo; desde el primer momento hay partidarios y adversarios; el número y la importancia de los primeros aumenta sin cesar, hasta que por fin

adquieren la supremacía; durante toda la contienda jamás se ha olvidado su verdadero motivo. Apenas nos asombramos de que todo este proceso requiera cierto tiempo, y quizá no consideremos suficientemente la circunstancia de que nos encontremos ante un proceso de psicología colectiva.

No es difícil hallar en la vida psíquica individual una analogía que corresponda enteramente a este proceso. Me refiero al caso de quien se entera de algo nuevo, cuya veracidad debe aceptar en base a ciertas pruebas, por más que ello contraríe algunos de sus deseos y ofenda preciadas convicciones. En este trance titubeará, buscará motivos que le permitan poner en duda la novedad y luchará consigo mismo durante un tiempo, hasta concluir por confesarse: «No puedo menos que aceptarlo, por más difícil que me resulte, por más que me cueste creerlo». Este proceso sólo nos enseña que la elaboración racional por el *yo* exige cierto tiempo para superar objeciones apoyadas en poderosas catexias afectivas. Evidentemente, no es muy estrecha la analogía entre este caso y el que nos esforzamos por comprender.

El segundo ejemplo al que recurrimos parece tener aún menos injerencia en nuestro problema. Sucede que un hombre abandona, al parecer indemne, el lugar donde le ha ocurrido un accidente pavoroso, como, por ejemplo, un choque de trenes; mas en el curso de las semanas siguientes produce una serie de graves síntomas psíquicos y motores que sólo pueden atribuirse a la conmoción sufrida o a cualquier otro factor que a la sazón hubiese actuado. Decimos que este hombre padece ahora una «neurosis traumática». Ésta parecería ser totalmente incomprensible, es decir, representa un hecho nuevo. El intervalo transcurrido entre el accidente y la primera aparición de los síntomas se denomina «período de incubación», aludiendo claramente a la patología de las enfermedades infecciosas. Profundizando el examen, debe llamarnos la atención que, pese a sus discrepancias fundamentales, el problema de la neurosis traumática y el del monoteísmo judío tiene un punto de coincidencia: su rasgo común, que quisiéramos calificar de *latericia*. En efecto, según nuestra fundada presunción, la historia de la religión judía presenta, una vez apostatada la religión mosaica, un prolongado período en el que no queda el menor rastro de la idea monoteísta, del repudio por el ceremonial y del predominio ético. Todo esto nos prepara para aceptar la posibilidad de que nuestro problema haya de solucionarse recurriendo a

determinada situación psicológica.

En varias ocasiones ya hemos establecido las consecuencias que tuvo la fusión de Kadesh entre las dos partes del ulterior pueblo judío al adoptar una nueva religión. Entre los que habían estado en Egipto, todavía se conservaban, poderosos y vivos, los recuerdos del Éxodo y de la figura de Moisés, al punto que exigían ser incorporados a cualquier crónica del pasado. Quizá aun fueran los nietos de personas que habían conocido al propio Moisés, y algunos de ellos todavía se considerarían como egipcios, llevarían nombres egipcios. Sin embargo, tenían sus buenos motivos para reprimir el recuerdo del destino que había sufrido su caudillo y legislador. Los otros, en cambio, perseguían tenazmente el propósito de ensalzar al nuevo dios y de negar su foraneidad. Ambas partes de la nueva tribu tenían el mismo interés en refutar que habían tenido otra religión anterior y en ignorar su contenido. De esta manera se estableció aquella primera transacción, que probablemente fuera codificada al poco tiempo en la crónica escrita, pues la gente de Egipto había traído consigo el arte de la escritura y la afición a la historiografía; pero aún debía pasar mucho tiempo hasta que los historiadores acataran la ley de la estricta veracidad. Por lo pronto, no tuvieron el menor reparo en deformar la crónica de acuerdo con sus necesidades y tendencias circunstanciales, como si aún no comprendiesen el significado de la falsificación. En consecuencia, comenzó a desarrollarse un antagonismo entre la versión escrita y la transmisión oral, es decir, la *tradición* de un mismo asunto. Todo lo que omitía o adulteraba la redacción, bien pudo conservarse incólume en la tradición, que venía a ser el complemento y al mismo tiempo la refutación de la historiografía. Estaba menos sometida a la influencia de las tendencias desfigurantes, y algunas de sus partes quizá aun les escaparan del todo; por eso podía ser más veraz que la narración fijada por la letra. Pero su crédito sufrió, porque era más vaga y fluctuante que la crónica y estaba expuesta a múltiples modificaciones y distorsiones al ser transmitida oralmente de generación en generación. Semejante tradición puede sufrir diversos destinos. El más probable sería que se viera aniquilada por la crónica, que no lograse subsistir junto a ésta, que se tornara cada vez más nebulosa y cayera por fin en el olvido. Pero también puede correr otras suertes: una de ellas es que la propia tradición termine por fijarse gráficamente, y más adelante aún

habremos de aludir a otros azares posibles.

Ahora podemos explicar el fenómeno de la latencia en la historia de la religión judía, que aquí nos ocupa, aceptando que los hechos y los temas deliberadamente negados por la historiografía, que podría calificarse de oficial, jamás se perdieron en realidad, sino que las noticias de los mismos subsistieron en tradiciones conservadas por el pueblo. Según nos asegura Sellin, hasta sobre el fin de Moisés existía una tradición que contradecía rotundamente la versión oficial, acercándose mucho más a la verdad. Podemos aceptar que lo mismo sucedió con otros contenidos aparentemente suprimidos junto con Moisés; con muchos elementos de la religión mosaica que habían sido inadmisibles para la mayoría de los contemporáneos de Moisés.

Pero lo notable del caso es que estas tradiciones, en lugar de debilitarse al correr el tiempo, se tornaron cada vez más poderosas en el curso de los siglos, invadieron las elaboraciones ulteriores de la crónica oficial y por fin tuvieron la fuerza necesaria para influir decisivamente sobre el pensamiento y la actividad del pueblo. Sin embargo, las condiciones que facilitaron este proceso están, por ahora, lejos de ser evidentes.

El hecho es tan notable, que consideramos justificado exponerlo una vez más, pues representa el núcleo de nuestro problema. El pueblo judío abandonó la religión de Aton que le había dado Moisés, dedicándose a la adoración de otro dios, poco diferente de los *Baalim* que veneraban los pueblos vecinos. Todos los esfuerzos de las tendencias distorsionantes ulteriores no lograron ocultar esta circunstancia humillante. Mas la religión mosaica no había desaparecido sin dejar rastros, pues se mantuvo algo así como un recuerdo de ella, una tradición, quizá oscura y deformada. Y esta tradición de un pasado grandioso fue la que siguió actuando desde la penumbra, la que poco a poco fue dominando el espíritu del pueblo, y por fin llegó a transformar al dios Jahve en el dios mosaico, despertando a nueva vida la religión de Moisés, instituida muchos siglos atrás y luego abandonada. Es difícil imaginarse cómo una tradición perdida pudo ejercer tan poderoso efecto sobre la vida anímica de un pueblo. Henos aquí ante un tema de psicología colectiva que no nos resulta familiar; buscaremos apoyo en hechos análogos o, por lo menos, de índole similar, aunque procedan de otros

terrenos; y, en efecto, creemos poder hallarlos.

En las épocas en que se preparaba entre los judíos el restablecimiento de la religión mosaica, el pueblo griego poseía un riquísimo tesoro de leyendas genealógicas y de mitos heroicos. En los siglos IX u VIII fueron creadas, según se cree, las dos epopeyas homéricas, cuyo asunto procede de aquel material legendario. Con nuestros actuales conocimientos psicológicos podría haberse planteado, mucho antes de Schliemann y Evans, la pregunta: ¿De dónde tomaron los griegos todo el material legendario que Homero y los grandes dramaturgos áticos elaboraron en sus inmortales obras maestras? En tal caso habríamos debido responder así: Probablemente haya pasado ese pueblo en su prehistoria por un período de brillantez exterior y apogeo cultural que tuvo fin con una catástrofe histórica y del que estas leyendas conservan una oscura tradición. Las investigaciones arqueológicas de nuestros días han venido a confirmar esta hipótesis, que a la sazón, sin duda, habría parecido demasiado osada. Tales investigaciones revelaron testimonios de la grandiosa cultura minoico-miceniana, que probablemente ya hubiese llegado a su fin en Grecia continental antes de 1250 a. de J. C. Entre los historiadores griegos de épocas posteriores apenas encontramos mención alguna de la misma; tan sólo la alusión a una época en que los cretenses regían los mares; luego, el nombre del rey Minos y el de su palacio, el Laberinto; eso es todo, y fuera de ello nada quedó de dicha época, salvo las tradiciones recogidas por los poetas.

También se conocen epopeyas populares entre otros pueblos: alemanes, hindúes, finlandeses; corresponde a los historiadores de la literatura el investigar si su origen puede atribuirse a las mismas condiciones que intervinieron en el caso de los griegos. Por mi parte, creo que tal investigación arrojaría resultado positivo. En suma, la condición básica de su aparición, que creo haber establecido, es la siguiente: Debe existir un sector de la prehistoria que, inmediatamente después de transcurrido, hubo de parecer pleno de sentido, importante, grandioso y quizá siempre heroico, pero que, siendo tan remoto, perteneciendo a épocas tan lejanas, sólo pudo llegar a las generaciones ulteriores a través de una tradición confusa e incompleta. Ha causado sorpresa el hecho de que la epopeya se haya extinguido como género poético en épocas ulteriores; pero la explicación quizá resida en que ya no se dieron sus condiciones básicas; el material arcaico ya había sido elaborado, y

para todos los sucesos posteriores la historiografía vino a ocupar el lugar de la tradición. Los más heroicos actos de nuestros días ya no pueden inspirar una epopeya, y el propio Alejandro Magno tuvo razones para lamentarse de que no encontraría ningún Homero.

Las épocas muy remotas cautivan la fantasía humana con atracción poderosa, a veces enigmática. Cada vez que el hombre se siente insatisfecho con su presente —y esto sucede muy a menudo—, se vuelve hacia el pasado, esperando ser realizado allí el eterno sueño de la edad de oro[2448]. Probablemente siga hallándose todavía bajo el hechizo de su infancia, que una memoria harto parcial le evoca como una época de imperturbable bienaventuranza. Cuando sólo quedan del pasado los fragmentarios y esfumados recuerdos que llamamos tradición, los artistas sienten un incentivo especial, pues entonces pueden colmar libremente y al arbitrio de su fantasía las lagunas del recuerdo, plasmando conforme a sus propósitos la imagen de la época que pretenden evocar. Casi podría decirse que la tradición es tanto más útil para el poeta cuanto más incierto sea su contenido. De modo que no es necesario asombrarse de la importancia que la tradición tiene para la poesía; por lo demás, la analogía con las condiciones precisas de las cuales depende la epopeya nos inclinará un tanto en favor de la extraña hipótesis de que entre los judíos habría sido la tradición de Moisés la que transformó el culto de Jahve, adoptándolo a la antigua religión mosaica. Pero en lo restante ambos casos aún discrepan mucho entre sí: en uno, el resultado es una creación poética; en otro, una religión; y en cuanto a esta última, hemos aceptado que, bajo el impulso de la tradición, es reproducida con una fidelidad que, naturalmente, no tiene parangón en el caso de la epopeya. Con ello nuestro problema aún presenta suficientes incógnitas como para justificar la búsqueda de analogías más certeras.

C) **La analogía**

La única analogía satisfactoria para el extraño proceso que hemos descubierto en la historia de la religión judía se encuentra en un terreno aparentemente muy remoto; en cambio, es tan completa que casi equivale a una identidad. También allí nos encontramos con el fenómeno de la latencia,

con la aparición de manifestaciones incomprensibles y necesitadas de explicación, con la condición básica de una vivencia temprana, olvidada más tarde. También nos presenta la característica de la compulsividad, que se impone al psiquismo, superando el pensamiento lógico, rasgo que no pudimos comprobar, por ejemplo, en la génesis de la epopeya.

Todos estos rasgos análogos los presenta, en el terreno de la psicopatología, la génesis de las neurosis humanas, fenómeno correspondiente por entero a la psicología del individuo, mientras que las manifestaciones religiosas atañen, desde luego, a la de las masas. Ya veremos que esta analogía no es tan sorprendente como a primera vista podría pensarse; que, por el contrario, tiene más bien carácter axiomático.

Llamamos *traumas* a las impresiones precozmente vivenciadas y olvidadas más tarde, que, según dijimos, tienen tanta importancia en la etiología de las neurosis; ello no significa empero que nos pronunciemos acerca de si la etiología de las neurosis puede considerarse en general como traumática, pues semejante concepto tropezaría al punto con la objeción de que la prehistoria del neurótico no siempre permite establecer un trauma evidente. A menudo debemos conformarnos con decir que sólo existe una reacción anormal y extraordinaria frente a sucesos y emergencias que, afectando a todos los individuos restantes, suelen ser elaborados y resueltos por éstos de una manera distinta, que es dable considerar normal. Como podrá comprenderse, nos inclinaremos a decir que la neurosis no sería adquirida, sino gradualmente desarrollada por el individuo, cuando para explicar su génesis sólo dispongamos de las disposiciones hereditarias y constitucionales.

Mas de todo este razonamiento se destacan dos puntos en particular. Primero, que la génesis de la neurosis se remonta siempre y en todos los casos a impresiones infantiles muy precoces[2449]. Segundo, que, efectivamente, existen casos que se distinguen como «traumáticos», pues en ellos los efectos proceden a todas luces de una o varias impresiones poderosas ocurridas en esa época precoz y sustraídas a su resolución normal, pudiéndose aceptar, pues, que si éstas no se hubiesen producido, tampoco se habría originado la neurosis. El abismo que media entre ambos grupos de neurosis no parece insuperable, aunque para nuestros fines bastaría con que

sólo pudiésemos aplicar a estos casos traumáticos la analogía que perseguimos. En efecto, es muy posible fundir en un solo concepto ambas condiciones etiológicas; todo depende de la definición que concedamos a lo traumático. Si podemos aceptar que el carácter traumático de una vivencia sólo reside en un factor cuantitativo; si, por consiguiente, el hecho de que una vivencia despierte reacciones insólitas, patológicas, siempre obedece al exceso de demandas que plantee al psiquismo, entonces será fácil establecer el concepto de que frente a determinada constitución puede actuar como trauma algo que frente a otra distinta no tendría semejante efecto. Logramos de tal modo la noción de una denominada *serie complementaria* gradual, a la que concurren dos factores integrantes de la condición etiológica, compensándose la mengua de uno con el exceso del otro, produciéndose generalmente una acción conjunta de ambos, mientras que sólo en ambos extremos de la serie podemos hablar de una motivación simple. Teniendo en cuenta estas consideraciones se puede desechar la diferenciación entre la etiología traumática y la no traumática, por carecer de importancia para la analogía que procuramos estatuir.

A riesgo de incurrir en repeticiones, quizá convenga dejar sentado los hechos que ostentan la analogía tan importante para nosotros. Helos aquí: Nuestra investigación ha establecido que los denominados fenómenos (síntomas) de una neurosis son consecuencia de determinadas vivencias e impresiones, que por eso mismo consideramos como traumas etiológicos. Nos hallamos ahora frente a dos tareas: primera, la de establecer los caracteres comunes de estas vivencias; segunda, la de averiguar lo que tienen de común los síntomas neuróticos; al cumplirlas es inevitable que incurramos en cierta esquematización.

Ad I: a) Todos estos traumas corresponden a la temprana infancia, hasta alrededor de los cinco años. Las impresiones ocurridas en la época en que el niño comienza a desarrollar el lenguaje se destacan por su particular interés; el período de los dos a los cuatro años aparece como el más importante; no se puede establecer con certeza a qué distancia del nacimiento comienza esta fase de peculiar sensibilidad, *b)* Por regla general, las vivencias respectivas son completamente olvidadas, permanecen inaccesibles al recuerdo, caen en

el período de la amnesia infantil, que casi siempre es penetrado por algunos restos mnemónicos aislados, por los denominados «recuerdos encubridores», *c)* Se refieren a impresiones de índole sexual y agresiva; también, sin duda alguna, a daños sufridos precozmente por el *yo* (ofensas narcisistas). Al respecto cabe señalar que los niños tan pequeños todavía no diferencian netamente los actos sexuales de los puramente agresivos (interpretación sádica del acto sexual). El predominio del factor sexual es, naturalmente, muy notable, circunstancia que todavía aguarda su debida consideración teórica.

Estos tres atributos —ocurrencia precoz en el curso de los primeros cinco años, olvido, contenido sexual-agresivo— están íntimamente vinculados entre sí. Los traumas consisten en experiencias somáticas o en percepciones sensoriales, por lo general visuales o auditivas; son, pues, vivencias o impresiones. La relación entre aquellos tres atributos la establece una teoría emanada de la labor analítica, única que puede suministrar un conocimiento de las vivencias olvidadas, o que, en términos más concretos, aunque menos correctos, puede volverlas a la memoria. En contradicción con la creencia popular, esta teoría nos dice que la vida sexual del hombre —o lo que le corresponde en épocas posteriores— experimenta un florecimiento precoz que concluye alrededor de los cinco años, siguiéndole el denominado período de latencia —hasta la pubertad—, en el cual no sólo se detiene todo progreso de la sexualidad, sino que aun se anula lo ya desarrollado. Esta teoría es confirmada por el estudio anatómico del desarrollo de los genitales internos; nos lleva a presumir que el hombre desciende de una especie animal que alcanzó su madurez sexual a los cinco años, y despierta la sospecha de que el aplazamiento y el doble comienzo de la vida sexual estarían íntimamente vinculados con la historia de la humanización del hombre. Éste parece ser el único animal con semejante latencia y retardo sexual. Para apreciar la validez de esta teoría sería indispensable realizar en los primates investigaciones que, a mi juicio, aún no han sido emprendidas. Psicológicamente no puede ser indiferente que el período de la amnesia infantil coincida con este brote precoz de la sexualidad. Quizá residan en estas circunstancias las condiciones básicas para que pueda darse la neurosis, que en cierto sentido es un privilegio humano y que, desde este punto de mira, vendría a ser un resto atávico *survival*[2450] de la prehistoria, como lo son ciertos elementos

integrantes de nuestra anatomía.

Ad II: En cuanto a las características comunes o a las particularidades de los fenómenos neuróticos, cabe destacar dos puntos:

a) Los efectos del trauma son de dos clases: positivos y negativos. Los primeros representan esfuerzos para reanimar el trauma, o sea, para recordar la vivencia olvidada o, mejor aún, para tornarla real, para poder vivenciar nuevamente una réplica del mismo, y si sólo se trata de una vinculación afectiva pretérita, para reanimarla mediante una relación análoga con otra persona. Todas estas tendencias se hallan comprendidas en los conceptos de la *fijación* al trauma y del *impulso de repetición*. Sus efectos pueden ser incorporados al *yo* denominado normal, confiriéndole entonces indelebles rasgos de carácter, al convertirse en tendencias constantes de aquél, pese a que —o, más bien: precisamente porque— su fundamento cabal, su origen histórico, ha sido olvidado. Así, por ejemplo, un hombre cuya infancia haya transcurrido bajo el signo de una fijación materna excesiva, hoy olvidada, puede pasarse la vida en busca de una mujer con la que logre establecer una relación de dependencia, de una mujer que lo alimente y lo mantenga. Una niña que en la temprana infancia haya sido objeto de una seducción sexual podrá adaptar su entera vida sexual ulterior a la provocación incesante de tales ataques. Es fácil colegir que estas nociones nos llevan más allá del problema de las neurosis, hacia la comprensión de la formación del carácter en general.

Las reacciones negativas frente al trauma persiguen la finalidad opuesta: que nada se recuerde ni se repita de los traumas olvidados. Podemos englobarlas en las *reacciones defensivas*; su expresión principal la constituyen las denominadas *evitaciones*, que pueden exacerbarse hasta culminar en las *inhibiciones* y las *fobias*. También estas reacciones negativas contribuyen en grado sumo a la plasmación del carácter; en el fondo, también ellas son fijaciones al trauma, igual que sus símiles positivos, con la única diferencia de que son fijaciones de tendencia diametralmente opuesta. Los síntomas neuróticos propiamente dichos son productos de una transacción a la cual concurren ambos tipos de tendencias emanadas de los traumas, de tal suerte que ya la participación de un componente, ya la del otro, encuentra en

aquéllos expresión predominante. Este antagonismo de las reacciones da lugar a conflictos que por regla general no pueden llegar a ningún término.

b) Todos estos fenómenos —tanto los síntomas como las restricciones del *yo* y las modificaciones estables del carácter— son de índole *compulsiva*, es decir, junto a su gran intensidad psíquica, guardan amplia independencia frente a la organización de los restantes procesos anímicos, adaptados a las exigencias del mundo exterior real y sujetos a las leyes del pensamiento lógico. Aquéllos se sustraen al influjo de la realidad exterior o lo soportan sólo en medida insuficiente; tanto esta realidad como sus equivalentes mentales no les merecen la menor consideración, de manera que fácilmente llegan a colocarse en activo antagonismo con ambos. Constituyen, por decirlo así, un Estado en el Estado, una facción inaccesible, reacia a toda colaboración, pero capaz de vencer al resto, considerado como normal, sometiéndolo a su servicio. Cuando tal cosa sucede, se ha llegado a la dominación de una realidad psíquica interior sobre la realidad del mundo exterior, quedando abierto el camino a la psicosis. Pero aun cuando no alcance tales extremos, sería difícil sobreestimar la importancia práctica de este conflicto. La inhibición y aun la incapacidad vital que sufren las personas dominadas por la neurosis constituyen factores de suma importancia en la sociedad humana, pudiéndose reconocer en ellos la expresión directa de su fijación a una fase precoz de su pasado.

¿Y qué intervención tiene la *latencia*, que tanto nos interesa en relación con nuestra analogía? Un trauma de la infancia puede ser seguido inmediatamente por un brote neurótico, por una neurosis infantil, colmada de esfuerzos defensivos expresados en la formación de síntomas. Esta neurosis puede perdurar cierto tiempo y provocar trastornos notables, pero también puede transcurrir en forma latente, pasando inadvertida. Por regla general, la defensa tiene en ella la supremacía; en todo caso deja, cual formaciones cicatriciales, alteraciones permanentes del *yo*. Sólo raramente la neurosis infantil se continúa sin intervalo con la neurosis del adulto; es mucho más frecuente que le suceda una época de desarrollo al parecer normal, proceso este que es favorecido o posibilitado por la intervención del período fisiológico de latencia. Sólo posteriormente sobreviene el cambio que da

lugar a la manifestación de la neurosis definitiva, como efecto tardío del trauma: sucede esto, bien con la irrupción de la pubertad, bien algún tiempo después; en el primer caso, porque los instintos exacerbados por la maduración física pueden reasumir ahora la lucha en la cual originalmente fueron derrotados por la defensa; en el segundo caso, porque las reacciones y las modificaciones del *yo*, establecidas por los mecanismos de defensa, dificultan ahora la solución de los nuevos problemas planteados por la vida, de modo que se originan graves conflictos entre las exigencias del mundo exterior real y las del *yo*, que trata de conservar su organización penosamente desarrollada en el curso de la lucha defensiva. Cabe aceptar como típico el fenómeno de la latencia en las neurosis, fenómeno intermedio entre las primeras reacciones frente al trauma y el ulterior desencadenamiento de la enfermedad. Además, puede considerarse esta enfermedad como una tentativa de curación, como un intento de volver a conciliar con los elementos restantes las porciones del *yo* escindidas por el trauma, fundiéndolas en una poderosa unidad dirigida contra el mundo exterior. Mas este esfuerzo sólo en raros casos tiene éxito, a menos que venga en su ayuda la labor analítica, y aun entonces no lo alcanza siempre; con harta frecuencia termina en el completo aniquilamiento y la desintegración del *yo*, o en su sojuzgamiento por aquel sector precozmente escindido y dominado por el trauma.

Para convencer al lector de la realidad de estas condiciones sería necesario comunicar detalladamente numerosas biografías de neuróticos, mas en tal caso la amplitud y la dificultad del tema destruirían por completo la unidad de este trabajo, que se convertiría en un tratado sobre la teoría de las neurosis, y aun así su influencia quizá sólo quedase reducida a aquella minoría que ha dedicado su existencia al estudio y a la práctica del psicoanálisis. Dado que me dirijo aquí a un público más amplio, no me queda otro recurso sino solicitar al lector que conceda por el momento cierto crédito a las consideraciones que acabo de exponer sucintamente, quedando entendido, por mi parte, que sólo habrá de aceptar las conclusiones a las cuales pueda conducirle, una vez que demuestren ser exactas las doctrinas que constituyen su fundamento.

No obstante, bien puedo intentar la descripción de un único caso que permite reconocer con particular claridad algunas de las mencionadas

características de la neurosis. Desde luego, no debe esperarse que un solo caso lo demuestre todo, ni habrá que llamarse a decepción si su contenido se aparta lejos de aquello cuya analogía tratamos de establecer.

Un niño pequeño, que en los primeros años de su vida había compartido el dormitorio de los padres —como sucede tan a menudo en las familias de la pequeña burguesía—, tuvo frecuentes y aun constantes oportunidades de observar las relaciones sexuales de los padres, de ver muchas cosas y de oír muchas más, ocurriendo todo esto a una edad en que apenas había alcanzado la capacidad del lenguaje. En su neurosis ulterior, desencadenada inmediatamente después de la primera polución espontánea, el insomnio se destacaba como síntoma más precoz y molesto: el niño se tornó sumamente sensible a los ruidos nocturnos, y una vez despierto, no podía volver a conciliar el sueño. Este trastorno del reposo era un genuino síntoma de transacción: por un lado, expresaba su defensa contra aquellas observaciones nocturnas; por el otro, era una tentativa de restablecer el estado de vigilia que otrora le permitió atisbar aquellas impresiones.

Despertada precozmente su virilidad agresiva por tales observaciones, el niño comenzó a excitar manualmente su pequeño falo y a emprender diversos ataques sexuales contra la madre, identificándose con el padre, cuyo lugar ocupaba al hacerlo. Estas actividades continuaron hasta que por fin la madre le prohibió tocarse el pene, amenazándole además con contárselo todo al padre, quien lo castigaría quitándole el pecaminoso miembro. Tal amenaza de castración tuvo un efecto traumático extraordinariamente poderoso sobre el niño, que abandonó su actividad sexual y experimentó una modificación del carácter. En lugar de identificarse con el padre, comenzó a temerlo, adoptó una posición pasiva frente a él, y mediante ocasionales travesuras provocaba sus castigos físicos, que adquirieron para él significación sexual, de modo que al sufrirlos pudo identificarse con su maltratada madre. Se aferró cada vez más temerosamente a la madre, como si en ningún momento pudiera pasarse sin su amor, en el que veía la protección contra el peligro de castración que lo amenazaba por parte del padre. Dominado por esta modificación del complejo de Edipo, transcurrió el período de latencia libre de trastornos notables; se convirtió en un niño ejemplar y tuvo éxito en sus

labores escolares.

Hasta aquí hemos perseguido la repercusión inmediata del trauma, confirmando el fenómeno de la latencia.

El comienzo de la pubertad trajo consigo la neurosis manifiesta y dio expresión a su segundo síntoma básico, la impotencia sexual. El adolescente había perdido toda sensibilidad genital, nunca intentaba tocarse el pene ni osaba aproximarse a una mujer con intenciones eróticas. Toda su actividad sexual quedó limitada a la masturbación psíquica, con fantasías sadomasoquistas en las cuales era difícil dejar de reconocer los derivados de aquellas tempranas observaciones del coito parental. El brote de masculinidad exaltada por la pubertad que trae aparejado se consumió en feroz odio y en rebeldía contra el padre. Esta relación, llevada al extremo de no vacilar siquiera ante la autodestrucción, provocó también su fracaso en la vida y sus conflictos con el mundo exterior. Así, le era imposible tener éxito en su profesión, pues el padre se la había impuesto; tampoco tenía amigos y jamás entabló buenas relaciones con sus superiores.

Cuando, aquejado por estos síntomas e inhibiciones y muerto ya el padre, logró hallar por fin una mujer, se manifestaron en él, como núcleo de su modalidad, rasgos de carácter que convirtieron su trato en empresa muy difícil para cuantos lo rodeaban. Desarrolló una personalidad absolutamente egoísta, despótica y brutal, que parecía sentir la necesidad imperiosa de oprimir y ofender a los demás. Llegó a ser la copia fiel del padre, de acuerdo con la imagen de éste que había plasmado en su memoria, es decir, reanimó la identificación paterna en la cual el niño pequeño se había precipitado años atrás por motivos sexuales. En estas manifestaciones reconocemos el *retomo de lo reprimido* que hemos descrito como parte integrante de los rasgos esenciales de toda neurosis, junto con las repercusiones inmediatas del trauma y con el fenómeno de la latencia.

D) **Aplicación**

Trauma precoz-Defensa-Latencia-Desencadenamiento de la neurosis-Retorno parcial de lo reprimido: he aquí la fórmula que establecimos para el desarrollo de una neurosis. Ahora invitamos al lector a que dé un paso más,

aceptando que en la vida de la especie humana acaeció algo similar a los sucesos de la existencia individual, es decir, que también en aquélla ocurrieron conflictos de contenido sexual agresivo que dejaron efectos permanentes, pero que en su mayor parte fueron rechazados, olvidados, llegando a actuar sólo más tarde, después de una prolongada latencia, y produciendo entonces fenómenos análogos a los síntomas por su tendencia y su estructura.

Creemos poder conjeturar estos procesos y demostraremos que sus consecuencias, equivalentes a los síntomas neuróticos, son los fenómenos religiosos. No pudiéndose dudar ya, desde la aparición de la idea evolucionista, que el género humano tiene una prehistoria, y siendo ésta ignorada, es decir, olvidada, aquella deducción tiene casi el valor de un postulado. Cuando nos enteremos de que los traumas afectivos y olvidados conciernen, en uno como en otro caso, a la existencia en la comunidad familiar humana, saludaremos esa noticia como un inesperado, pero muy oportuno, complemento que nuestras consideraciones precedentes no llevaban implícito.

Ya sustenté esta tesis hace un cuarto de siglo, en mi libro *Totem y tabú* (1912-3), de modo que en esta oportunidad me limitaré a reseñarla. Mi argumentación arranca de un dato de Charles Darwin e incluye una conjetura de Atkinson. Según ella, en épocas prehistóricas el hombre primitivo habría vivido en pequeñas hordas dominadas por un macho poderoso. No es posible precisar su cronología; todavía no se ha podido establecer su relación con las épocas geológicas conocidas; probablemente aquel ser humano aún no hubiese progresado mucho en el desarrollo del lenguaje. Una pieza importante de esta argumentación es la premisa de que el curso evolutivo en ella implícito haya afectado sin excepción a todos los hombres primitivos, o sea, a todos nuestros antepasados.

Narraremos esta historia en una enorme condensación, como si sólo hubiese sucedido una vez lo que en realidad se extendió a muchos siglos, repitiéndose infinitas veces durante este largo período. Así, el macho poderoso habría sido amo y padre de la horda entera, ilimitado en su poderío, que ejercía brutalmente. Todas las hembras le pertenecían: tanto las mujeres e hijas de su propia horda como quizá también las robadas a otras. El destino

de los hijos varones era muy duro: si despertaban los celos del padre, eran muertos, castrados o proscritos. Estaban condenados a vivir reunidos en pequeñas comunidades y a procurarse mujeres raptándolas, situación en la cual uno u otro quizá lograra conquistar una posición análoga a la del padre en la horda primitiva. Por motivos naturales, el hijo menor, amparado por el amor de su madre, gozaba de una posición privilegiada, pudiendo aprovechar la vejez del padre para suplantarlo después de su muerte. En las leyendas y en los cuentos creemos reconocer ecos de la proscripción que sufrieron los hijos mayores, como de la situación privilegiada que gozaban los menores.

El siguiente paso decisivo hacia la modificación de esta primera forma de organización «social» habría consistido en que los hermanos, desterrados y reunidos en una comunidad, se concertaron para dominar al padre, devorando su cadáver crudo, de acuerdo con la costumbre de esos tiempos. Este canibalismo no debe ser motivo de extrañeza, pues aún se conserva en épocas muy posteriores. Pero lo esencial es que atribuimos a esos seres primitivos las mismas actitudes afectivas que la investigación analítica nos ha permitido comprobar en los primitivos del presente y en nuestros niños. En otros términos: creemos que no sólo odiaban y temían al padre, sino que también lo veneraban como modelo, y que en realidad cada uno de los hijos quería colocarse en su lugar. De tal manera, el acto canibalista se nos torna comprensible como un intento de asegurarse la identificación con el padre, incorporándose una porción del mismo.

Es de suponer que al parricidio le sucedió una prolongada época en la cual los hermanos se disputaron la sucesión paterna, que cada uno pretendía retener para sí. Llegaron por fin a conciliarse, a establecer una especie de contrato social, comprendiendo los riesgos y la futilidad de esa lucha, recordando la hazaña libertadora que habían cumplido en común, dejándose llevar por los lazos afectivos anudados durante la época de su proscripción. Surgió así la primera forma de una organización social basada en la *renuncia a los instintos*, en el reconocimiento de *obligaciones mutuas*, en la implantación de determinadas *instituciones*, proclamadas como inviolables (sagradas); en suma, los orígenes de la moral y del derecho. Cada uno renunciaba al ideal de conquistar para sí la posición paterna, de poseer a la madre y a las hermanas. Con ello se estableció el *tabú del incesto* y el

precepto de la *exogamia*. Buena parte del poderío que había quedado vacante con la eliminación del padre pasó a las mujeres, iniciándose la época del *matriarcado*. En este período de la «alianza fraterna» aún sobrevivía el recuerdo del padre, recurriéndose como sustituto de éste a un animal fuerte, que al principio quizá también fuese siempre uno temido. Puede parecemos extraña semejante elección, pero hemos de tener en cuenta que el abismo creado más tarde por el hombre entre sí mismo y el animal no existía para los primitivos, como tampoco existe en nuestros niños, cuyas zoofobias hemos logrado interpretar como expresiones del miedo al padre. La relación con el animal totémico retenía íntegramente la primitiva antítesis (ambivalencia) de los vínculos afectivos con el padre. Por un lado, el totem representaba al antepasado carnal y espíritu tutelar del clan, debiéndosele veneración y respeto; por el otro, se estableció un día festivo en el que se le condenaba a sufrir el mismo destino que había sufrido el padre primitivo: era muerto y devorado en común por todos los hermanos (banquete totémico, según Robertson Smith). En realidad, esta magna fiesta era una celebración triunfal de la victoria de los hijos aliados contra el padre.

Mas ¿dónde interviene en este asunto la religión? En que, según creo, el totemismo, con su adoración de un sustituto paterno, con la ambivalencia frente al padre expresada en el banquete totémico, con la institución de fiestas conmemorativas, de prohibiciones cuya violación se castiga con la muerte: creo, pues, que tenemos sobrados motivos para considerar al totemismo como la primera forma en que se manifiesta la religión en la historia humana y para confirmar el hecho de que desde su origen mismo la religión aparece íntimamente vinculada con las formaciones sociales y con las obligaciones morales. Aquí sólo podemos ofrecer una brevísima visión panorámica de las evoluciones ulteriores que siguió la religión; sin duda alguna, éstas corren paralelas con los progresos culturales del género humano y con las transformaciones que sufrió la estructura de las instituciones sociales.

El primer progreso a partir del totemismo es la humanización del ente venerado. En lugar de los animales aparecen dioses humanos cuya descendencia del totem es manifiesta, pues el dios aún es representado con figura animal, o por lo menos con facciones de animal, o bien el totem se convierte en compañero inseparable del dios, o bien, por fin, la leyenda hace

que el dios mate precisamente a ese animal, que en realidad no era sino su predecesor. En un punto difícilmente determinable de esta evolución, quizá aun antes de los dioses masculinos, aparecen grandes divinidades maternas cuya veneración persiste durante largo tiempo junto a la de aquéllos. Mientras tanto, ha tenido lugar una profunda transformación social. El matriarcado ha cedido la plaza al orden patriarcal restaurado. Desde luego, los nuevos padres jamás alcanzaron la omnipotencia del padre primitivo, pues eran demasiados y vivían agrupados en sociedades mayores que la horda primitiva; tuvieron que conciliarse entre sí y se vieron coartados por preceptos sociales. Probablemente, las divinidades maternas surgieron en la época de limitación del matriarcado, con el fin de indemnizar a las madres destronadas. Las deidades masculinas aparecen por primera vez como hijos, junto a las grandes madres, y sólo posteriormente adquieren nítidos rasgos de figuras paternas. Estos dioses masculinos del politeísmo reflejan las condiciones de la época patriarcal: son numerosos, se limitan mutuamente y en ocasiones se subordinan a un dios superior. Pero la etapa siguiente nos lleva al tema que aquí nos ocupa: al retorno del dios paterno único, exclusivo y todopoderoso.

Debemos conceder que este esquema histórico es incompleto y que en muchos puntos precisa ser confirmado; pero quien pretendiera declarar fantasía nuestra reconstrucción de la historia primitiva, incurriría en grave menosprecio de la riqueza y el valor demostrativo del material con que la hemos edificado. Grandes sectores del pasado que aquí hemos anudado en un todo orgánico han sido históricamente demostrados[2451], como el totemismo y las alianzas varoniles. Otros elementos se han conservado en forma de réplicas notables. Así, a más de un autor le ha llamado la atención cuán fielmente el rito de la comunión cristiana, en el que el creyente ingiere simbólicamente la sangre y la carne de su dios, repite el sentido y el contenido del antiguo banquete totémico. Numerosos restos de aquellas olvidadas épocas primitivas subsisten en las leyendas y en los cuentos del acervo popular, y, por otra parte, el estudio analítico de la vida psíquica infantil ha suministrado un material inesperadamente rico que viene a colmar las lagunas de nuestros conocimientos del tan importante vínculo con el padre, basta consignar las zoofobias, el temor, al parecer tan extraño, de ser

devorado por el padre y la enorme intensidad de la angustia de castración. Nuestro edificio teórico no contiene nada que haya sido arbitrariamente inventado o que carezca de bases sólidas.

Si se admite nuestra exposición de la prehistoria, considerándola en términos generales digna de crédito, será posible discernir elementos de dos clases en las doctrinas y en los ritos religiosos; por un lado, fijaciones a la prehistoria familiar y restos de ésta; por el otro, reproducciones de lo pasado, evocaciones de lo olvidado, luego de largos intervalos. Este último elemento, que hasta ahora pasó inadvertido y por ello no fue comprendido, será ilustrado en esta ocasión a través de, por lo menos, un ejemplo convincente.

En efecto, es digno de particular atención el hecho de que cualquier elemento retornado del olvido se impone con especial energía, ejerciendo sobre las masas humanas una influencia incomparablemente poderosa y revelando una irresistible pretensión de veracidad contra la cual queda inerme toda argumentación lógica, a manera del *credo quia absurdum*[2452]. Sólo podrá comprenderse este enigmático carácter comparándolo con el delirio del psicótico. Hace tiempo hemos advertido que la idea delirante contiene un trozo de verdad olvidada, que ha debido someterse a deformaciones y confusiones en el curso de su evocación y que la convicción compulsiva inherente al delirio emana de este núcleo de verdad y se extiende a los errores que lo envuelven. Semejante contenido de verdad —que bien podemos llamar *verdad histórica*— también hemos de concedérselo a los artículos de los credos religiosos, que, si bien tienen el carácter de síntomas psicóticos, se han sustraído al anatema del aislamiento presentándose como fenómenos colectivos.

Ningún otro sector de la historia de las religiones ha adquirido para nosotros tanta transparencia como la implantación del monoteísmo entre los judíos y su continuación en el cristianismo, abstracción hecha de la evolución, no menos íntegramente comprensible, que conduce del animal totémico al dios antropomorfo, provisto de su invariable compañero animal. (Hasta cada uno de los cuatro evangelistas cristianos tiene aún su animal predilecto.) Admitiendo por el momento que la hegemonía mundial de los faraones fue el motivo exterior que permitió la aparición de la idea monoteísta, se advierte al punto que ésta es separada de su terreno original, es

injertada a un nuevo pueblo, del cual se apodera luego de un prolongado período de latencia, siendo custodiada por él como su tesoro más preciado y confiriéndole, a su vez, la fuerza necesaria para sobrevivir, al imponerle el orgullo de sentirse el pueblo elegido. Es precisamente la religión del protopadre la que anima las esperanzas de recompensa, distinción y, por fin, la de dominación del mundo. Esta última fantasía desiderativa, hace tiempo abandonada por el pueblo judío, aún sobrevive entre sus enemigos como creencia en la conspiración de los «Sabios de Sión». Más adelante señalaremos de qué modo debieron actuar sobre el pueblo judío las particularidades específicas de la religión monoteísta que tomó de Egipto, plasmando definitivamente su carácter al hacerle repudiar la magia y la mística, al impulsarle por el camino de la espiritualidad y de las sublimaciones. Así, este pueblo, feliz en su convicción de poseer la verdad e imbuido de la consciencia de ser el elegido, llegó a encumbrar todo lo intelectual y lo ético, tendencias que por fuerza hubieron de ser acentuadas por el destino aciago y por las defraudaciones reales que sufrió. Por el momento, sin embargo, perseguiremos su evolución histórica en otra dirección.

La restauración del protopadre en todos sus derechos históricos significó, sin duda alguna, un considerable progreso, pero no pudo ser un término final, pues también los restantes elementos de la tragedia prehistórica exigían imperiosamente que se les prestara reconocimiento. No es fácil colegir qué puede haber puesto en marcha tal proceso. Parecería que, como precursor del retorno del contenido reprimido, un creciente sentimiento de culpabilidad se apoderó del pueblo judío, y quizá aun de todo el mundo a la sazón civilizado, hasta que por fin un hombre de aquel pueblo halló en la reivindicación de cierto agitador político-religioso el pretexto para separar del judaismo una nueva religión: la cristiana. *Pablo*, un judío romano oriundo de Tarso, captó aquel sentimiento de culpabilidad y lo redujo acertadamente a su fuente protohistórica, que llamó «pecado original», crimen contra Dios que sólo la muerte podía expiar. Con el pecado original la muerte había entrado en el mundo. En realidad, ese crimen punible de muerte había sido el asesinato del protopadre, divinizado más tarde; pero la doctrina no recordó el parricidio, sino que en su lugar fantaseó su expiación, y, por ello esta fantasía pudo ser

saludada como un mensaje de salvación (Evangelio). Un Hijo de Dios se había dejado matar, siendo inocente, y con ello había asumido la culpa de todos. Era preciso que fuese un Hijo, pues debía expiarse el asesinato de un Padre. La elaboración de la fantasía redentora probablemente sufriera el influjo de tradiciones originadas en misterios orientales y griegos, pero lo esencial en ella parecer ser obra del propio Pablo, un hombre de la más pura y cabal disposición religiosa, en cuya alma acechaban las oscuras huellas del pasado, dispuestas a irrumpir hacia las regiones de la consciencia.

La circunstancia de que el Redentor se hubiese sacrificado siendo inocente era una deformación evidentemente tendenciosa, difícil de conciliar con el pensamiento lógico, pues, ¿cómo podría alguien, inocente en el homicidio, asumir sobre sí la culpa de los asesinos mediante el simple expediente de dejarse matar? La realidad histórica, en cambio, no presentaba semejante contradicción. El «redentor» no podía ser sino el principal culpable, el caudillo de la horda fraterna que había derrocado al Padre. A mi juicio, no podemos decidir si alguna vez existió semejante incitador y caudillo de los rebeldes; es muy posible que así fuera, pero también debemos tener en cuenta que cada uno de los miembros de la horda fraterna tuvo ciertamente el deseo de realizar por sí solo el crimen, conquistando así una posición privilegiada y un sucedáneo de la identificación paterna que debía ser abandonada en aras de la comunidad. Caso que no haya existido tal cabecilla, Cristo es el heredero de una fantasía desiderativa jamás realizada; si realmente existió aquél, éste es su sucesor y su reencarnación. Pero ya nos encontramos aquí ante una fantasía, ya ante el retorno de una realidad olvidada, lo cierto es que en este hecho reside el origen de la concepción del héroe: el que siempre se subleva contra el padre, el que lo mata bajo uno u otro disfraz[2453]. He aquí también la verdadera fuente de la «culpa trágica» que el héroe asume en el drama y que es tan difícil demostrar de otro modo. Apenas puede dudarse de que el protagonista y el coro de la tragedia griega representan precisamente a este héroe rebelde y a la horda fraterna; tampoco carece de significación la circunstancia de que en la Edad Media el teatro renaciera con las representaciones de la Pasión.

Ya hemos señalado que la ceremonia cristiana de la santa comunión, en la que el creyente ingiere la carne y la sangre del Redentor, no hace sino

reproducir el tema del antiguo banquete totémico, aunque tan sólo en su sentido tierno, de veneración, y no en el sentido agresivo. Pero la ambivalencia que rige toda la relación con el padre se evidenció claramente en el producto final de la innovación religiosa, pues aunque estaba destinada a propiciar la reconciliación con el padre-dios, concluyó con su destronamiento y su eliminación. El judaismo había sido una religión del Padre; el cristianismo se convirtió en una religión del Hijo. El antiguo Dios-Padre pasó a segundo plano, detrás de Cristo; Cristo, el Hijo, vino a ocupar su lugar, tal como cada uno de los hijos lo había anhelado en aquellos tiempos primitivos. Pablo, el continuador del judaismo, se convirtió también en sil destructor. Sin duda, su éxito obedeció, en primer lugar, al hecho de que con la idea de la redención había invocado el humano sentimiento de culpabilidad, pero además se debió a que renunció al privilegio del pueblo elegido, como lo demuestra el abandono de su signo ostentativo, la circuncisión, de manera que la nueva religión pudo alcanzar carácter universal y extenderse a todos los hombres. Aunque en este paso dado por Pablo puede haber influido su sed de venganza por la repulsa con que los judíos recibieron sus innovaciones, con él quedaba restablecido, sin embargo, un carácter de la antigua religión de Aton, su universalidad, aboliéndose así la limitación que había sufrido al pasar a su nuevo portador, el pueblo judío.

En ciertos sentidos, la nueva religión representó una regresión cultural frente a la anterior, la judía, como suele suceder cuando nuevas masas humanas de nivel cultural inferior irrumpen o son admitidas en culturas más antiguas. La religión cristiana no mantuvo el alto grado de espiritualización que había alcanzado el judaismo. Ya no era estrictamente monoteísta, sino que incorporó numerosos ritos simbólicos de los pueblos circundantes, restableció la gran Diosa Madre y halló plazas, aunque subordinadas, para instalar a muchas deidades del politeísmo, con disfraces harto transparentes. Pero, ante todo, no cerró la puerta —como lo había hecho la religión de Aton y la mosaica que le sucedió— a los elementos supersticiosos, mágicos y místicos, que habrían de convertirse en graves obstáculos para el desarrollo espiritual de los dos milenios siguientes.

El triunfo del cristianismo fue una nueva victoria de los sacerdotes de Amon sobre el dios de Ikhnaton, lograda al cabo de quince siglos y en un

ámbito mucho más vasto. Sin embargo, el cristianismo marca un progreso en la historia de las religiones, es decir, con respecto al retorno de lo reprimido, mientras que desde entonces la religión judía quedó reducida en cierta manera a la categoría de un fósil.

Valdría la pena tratar de comprender por qué la idea monoteísta ejerció semejante imperio precisamente sobre el pueblo judío y por qué éste se le aferró con tal tenacidad. Creo que dicha pregunta tiene respuesta. El destino enfrentó al pueblo judío con la gran hazaña, la criminal hazaña de los tiempos primitivos —el parricidio—, pues le impuso su repetición en la persona de Moisés, una eminente figura paterna. En otros términos, el pueblo judío ofrece un caso de «actuación» [‘acting-out’] —en lugar de recordar—, como sucede tan frecuentemente durante el análisis de los neuróticos. Pero ante la doctrina de Moisés, que los estimulaba a recordar el crimen, los judíos reaccionaron negando el acto cometido, deteniéndose en el reconocimiento del gran Padre y cerrándose así el acceso a la fase de la cual Pablo había de arrancar más tarde para desarrollar su continuación de la protohistoria. Por otra parte, difícilmente podríase atribuir a mera casualidad el hecho de que la institución religiosa de Pablo partiese también de la muerte violenta de otro gran hombre. Un hombre, es Cierto, al que unos pocos prosélitos de Judea tenían por el Hijo de Dios y el anunciado Mesías; un hombre que más tarde asumió una parte de la historia de infancia atribuida a Moisés, pero del cual en realidad apenas tenemos informaciones más certeras que las correspondientes al propio Moisés; un hombre del cual ni siquiera sabemos si realmente fue el gran Maestro que describen los Evangelios, o si no fueron más bien las circunstancias y el hecho mismo de su muerte los que decidieron la importancia que su persona llegaría a adquirir. Pablo, llamado a ser su apóstol, ni siquiera alcanzó a conocerle personalmente.

De tal modo, pues, la muerte de Moisés a manos de sus judíos —hecho descubierto por Sellín a través de las huellas que dejó en la tradición, y que, por curioso que parezca, también admitió el joven Goethe, sin basarse en prueba alguna[2454]—, se convierte así en un elemento imprescindible de nuestra argumentación teórica, en un importante eslabón entre los sucesos prehistóricos olvidados y su ulterior reaparición bajo la forma de las religiones monoteístas[2455]. Es, por cierto, seductora la presunción de que el

remordimiento por el asesinato de Moisés haya dado impulso a la fantasía desiderativa del Mesías, que había de retornar trayendo a su pueblo la redención y el prometido dominio del mundo entero. Si Moisés fue ese primer Mesías, Cristo hubo de ser suplente y sucesor, y en tal caso Pablo también pudo decir a los pueblos, con cierta justificación histórica: «Ved, el Mesías en verdad ha vuelto, pues ante vuestros ojos ha sido asesinado». En tal caso, también la resurrección de Cristo tiene una parte de verdad histórica, pues él era, en efecto, Moisés resucitado, y tras éste, el protopadre de la horda primitiva, que había vuelto en transfiguración para ocupar, como hijo, el lugar del padre.

El pobre pueblo judío, que con su acostumbrada tozudez siguió negando el parricidio, tuvo que expiar amargamente esta actitud en el curso de los tiempos. Continuamente se le echó en cara: «Vosotros habéis matado a nuestro Dios». Correctamente interpretado, este reproche hasta es justo, pues referido a la historia de las religiones reza así: «Vosotros *no queréis admitir* que habéis asesinado a Dios» (al arquetipo de Dios, al protopadre y a todas sus reencarnaciones ulteriores). Pero debería agregarse: «Claro está que nosotros hicimos otro tanto, pero al menos *lo hemos admitido,* y desde entonces estamos redimidos».

Mas no todas las inculpaciones con que el antisemitismo persigue a los descendientes del pueblo judío son acreedoras a análoga justificación. Naturalmente, un fenómeno tan intenso y persistente como el odio de los pueblos a los judíos debe tener más de un fundamento. Podemos adivinar toda una serie de motivos: algunos, manifiestamente derivados de la realidad, que no exigen interpretación alguna; otros, más profundos, originados en fuentes ocultas, que quisiéramos considerar como motivos específicos. Entre los primeros, el más falaz posiblemente sea el reproche de su extranjería, pues en muchos de los lugares dominados hoy por el antisemitismo, los judíos constituyen la parte más antigua de la población o aun se establecieron allí antes que sus actuales habitantes. Tal es el caso, por ejemplo, en la ciudad de Colonia, a la que los judíos llegaron con los romanos aun antes de ser ocupada por los germanos. Otros fundamentos del odio contra los judíos son más sólidos; así, por ejemplo, la circunstancia de que suelen vivir formando

minorías en el seno de otros pueblos, pues el sentimiento de comunidad de las masas precisa para completarse el odio contra una minoría extraña, cuya debilidad numérica incide a oprimirla. Pero otras dos peculiaridades de los judíos son absolutamente imperdonables. Ante todo, la de que en ciertos sentidos se diferencien de sus «huéspedes», aunque no sean fundamentalmente distintos, pues no constituyen una remota raza asiática, como afirman sus enemigos, sino que en su mayor parte están formados por restos de los pueblos mediterráneos y son herederos de su cultura. Pero, en todo caso, son distintos; a menudo indefiniblemente distintos, ante todo de los pueblos nórdicos; y aunque parezca extraño, la intolerancia de las masas se manifiesta más intensamente frente a las pequeñas diferencias que ante las fundamentales. Más grave aún es su segunda cualidad: la de desafiar todas las opresiones, la de que las más crueles persecuciones no hayan logrado exterminarlos, pues, por el contrario, manifiestan la capacidad de imponerse en toda actividad dirigida a su subsistencia, aportando también valiosas contribuciones a la cultura cuando se les permite el acceso a ésta.

Los motivos más profundos del odio a los judíos tienen sus raíces en tiempos muy remotos, actúan desde el inconsciente de los pueblos y, a no dudarlo, podrán parecer inverosímiles de primera intención. En efecto, me atrevo a afirmar que aun hoy no se ha logrado superar la envidia contra el pueblo que osó proclamarse hijo primogénito y predilecto de Dios-Padre, cual si efectivamente se concediera crédito a esta pretensión. Además, entre las costumbres con que se distinguieron los judíos, la circuncisión ha impresionado desagradable y siniestramente, debido sin duda a que evoca la temida castración, tocando con ello una parte del pasado prehistórico que todos olvidarían de buen grado. Y, por fin, como motivo más reciente de esta serie cabe tener presente que todos esos pueblos, hoy destacados enemigos de los judíos, no se convirtieron al cristianismo sino en épocas relativamente tardías, y muchas veces fueron compelidos a hacerlo por sangrienta imposición. Podría decirse que todos ellos fueron, en cierto momento, «mal bautizados»; que bajo un tenue barniz cristiano siguen siendo lo que eran sus antepasados, adoradores de un politeísmo bárbaro. No lograron superar todavía su rencor contra la nueva religión que les fue impuesta, pero lo han desplazado a la fuente desde la cual les llegó el cristianismo. La circunstancia

de que los Evangelios narran una historia que sucede entre judíos y que, en realidad, sólo trata de judíos, ha facilitado, por cierto, semejante desplazamiento. En el fondo, el odio de estos pueblos contra los judíos es un odio a los cristianos, y no debe sorprendernos que esta íntima vinculación entre las dos religiones monoteístas se haya expresado tan claramente en la persecución de ambas por la revolución nacional-socialista alemana.

E) **Dificultades**

Quizá hayamos logrado demostrar en lo que antecede la analogía entre los procesos neuróticos y los fenómenos religiosos, señalando así el insospechado origen de los últimos. Al llegar a cabo esta transferencia de la psicología individual a la de las masas surgen dos dificultades de distinta índole e importancia, que ahora merecerán nuestra atención. La primera reside en que aquí sólo hemos tratado un caso aislado de la rica fenomenología que presentan las religiones, sin arrojar luz alguna sobre los restantes. El autor se ve obligado a admitir con pesadumbre su incapacidad para ofrecer más que esta sola demostración, pues su saber científico no alcanza para completar la investigación. Sin embargo, sus limitados conocimientos aún le permiten agregar, por ejemplo, que la fundación de la religión mahometana representa, en su concepto, una repetición abreviada de la judía, habiendo surgido como imitación de ésta. Parecería, en efecto, que el profeta tuvo originalmente el propósito de adoptar el judaismo en pleno. La recuperación del protopadre único y excelso produjo en los árabes una extraordinaria exaltación de su autoestima que los condujo a grandes triunfos materiales, pero que también se agotó en éstos. Alá se mostró mucho más agradecido para con su pueblo elegido que otrora Jahve frente al suyo. Pero el desarrollo interno de la nueva religión se detuvo al poco tiempo, quizá porque le faltara la profundidad que en el caso de la judía resultó del asesinato de su fundador. Las religiones orientales, aparentemente racionalistas, son esencialmente cultos de antepasados, y por tanto también ellas se detienen en las primeras etapas de la reconstrucción del pasado. De ser cierto que en los actuales pueblos primitivos se encuentra el reconocimiento de un Ser Supremo como único contenido de su religión, esto

sólo podría ser interpretado como una atrofia de la evolución religiosa, a semejanza de los innumerables casos de neurosis rudimentarias que es dable observar en la psicología clínica. Ni en el campo individual ni en el colectivo logramos comprender por qué se ha detenido la mencionada evolución. Convendrá tener en cuenta la parte que incumbe a los dones individuales de estos pueblos, a la orientación de sus actividades y a sus circunstancias sociales en general. Por lo demás, una buena regla de la labor analítica aconseja conformarse con la explicación de lo existente, sin tratar de explicar lo que aún no ha llegado a producirse.

La segunda dificultad de esta aplicación a la psicología de las masas es mucho más importante, pues ofrece un nuevo problema de carácter esencial. Plantéase la cuestión de la forma bajo la cual la tradición activa en la vida de los pueblos, problema que no se da en el caso del individuo, pues en éste queda resuelto por la existencia en el inconsciente de los restos mnemónicos del pasado. Volvamos, pues, a nuestro ejemplo histórico. Habíamos explicado el compromiso de Qadesh por la persistencia de una poderosa tradición en el pueblo retornado de Egipto. Este caso no esconde problema alguno. De acuerdo con nuestra hipótesis, tal tradición se habría apoyado en el recuerdo consciente de comunicaciones orales que el pueblo judío de esa época había recibido, a través de sólo dos o tres generaciones, de sus antepasados, que a su vez fueron participantes y testigos presenciales de los sucesos en cuestión. Pero ¿acaso podemos aceptar que haya ocurrido lo mismo en siglos más recientes: que la tradición siempre se fundó en un conocimiento transmitido en forma normal, de generación en generación? Hoy ya no es posible indicar, como en el caso precedente, cuáles fueron las personas que conservaron y transmitieron de boca en boca tal noción tradicional. Según Sellin, la tradición del asesinato de Moisés siempre subsistió entre los sacerdotes, hasta que por fin halló expresión escrita, único medio que permitió a dicho autor establecer su existencia. Pero, en todo caso, sólo pudo ser conocida de pocos, pues no había pasado al dominio popular. ¿Por ventura bastan tales condiciones para explicar la repercusión que tuvo esta corriente tradicional? ¿Es posible aceptar que algo conocido por sólo pocas personas tenga el poder de apoderarse tan tenazmente de las masas, apenas llega a conocimiento de éstas? Sería mucho más verosímil que

también entre la masa ignorante haya existido algo afín, en cierto modo, al conocimiento de aquellos pocos, algo que viniese al encuentro de la tradición cuando ésta llegó a manifestarse.

Es todavía más difícil llegar a una conclusión en el caso análogo de la prehistoria. Al correr los milenios se olvidó, por cierto, que alguna vez existió un protopadre dotado de las conocidas cualidades, y cuál fue el destino que sufrió; tampoco cabe suponer que de ello existiera, como en el caso de Moisés, una tradición oral. ¿En qué sentido puede hablarse entonces de una tradición? ¿En qué forma puede haberse conservado ésta?

Para facilitar la comprensión a los lectores que no estén dispuestos o preparados para sumirse en intrincadas situaciones psicológicas comenzaré por renunciar el resultado de la investigación siguiente. Helo aquí: Sostengo que en este punto es casi completa la concordancia entre el individuo y la masa: también en las masas se conserva la impresión del pasado bajo la forma de huellas mnemónicas inconscientes.

En lo que al individuo se refiere, creemos concebir los hechos con toda claridad. La huella mnemónica de las vivencias tempranas siempre se conserva en él, pero en un estado psicológico peculiar. Podría decirse que el individuo jamás deja de conocer los hechos olvidados, a manera del conocimiento que se tiene de lo reprimido. Al respecto nos hemos formado ciertas concepciones fácilmente verificadles por el análisis, acerca de cómo algo puede ser olvidado y, no obstante, puede aparecer de nuevo al cabo de cierto tiempo. Lo olvidado no está extinguido, sino sólo «reprimido»; sus huellas mnemónicas subsisten en plena lozanía, pero están aisladas por «contracatexias». No pueden establecer contacto con los demás procesos intelectuales; son inconscientes, inaccesibles a la consciencia. También puede suceder que ciertos sectores de lo reprimido escapen al proceso de la represión, permaneciendo accesibles al recuerdo y penetrando ocasionalmente en la consciencia, pero aun entonces aparecen en completo aislamiento, como cuerpos extraños inconexos con el resto. Tal cosa es posible, pero no necesaria; la represión también puede ser completa, y es éste el caso al cual nos ajustaremos en lo que sigue.

Esto, lo reprimido, conserva todo su empuje, su tendencia a irrumpir hacia la consciencia, logrando su objetivo bajo tres condiciones: 1) cuando la

fuerza de la contracatexia es disminuida por procesos patológicos que afectan el resto del aparato psíquico, el denominado *yo*, o bien por una redistribución de las energías catécticas en este *yo*, como sucede regularmente al dormir; 2) cuando la dotación instintiva anexa a lo reprimido experimenta un reforzamiento particular como lo ejemplifican cabalmente los procesos de la pubertad; 3) cuando entre las vivencias actuales aparecen en algún momento impresiones o sucesos tan semejantes a lo reprimido, que son capaces de reanimarlo; en tal caso, el material reciente es reforzado por la energía latente de lo reprimido, de manera que el material reprimido alcanza su efectuación bajo la capa de lo reciente y con ayuda de éste. En ninguno de estos tres casos el material que hasta el momento había estado reprimido llega directamente a la consciencia sin sufrir alteraciones; por el contrario, siempre es preciso que acepte deformaciones, testimonios de la influencia que ejerce la resistencia de la contracatexia, incompletamente superada, así como de la influencia modificadora de las vivencias recientes, o de ambos factores en forma simultánea.

Hemos recurrido al carácter consciente e inconsciente de un proceso psíquico como índice y jalón para orientarnos. Lo reprimido es, sin duda, inconsciente, pero sería una grata simplificación si este aserto pudiera invertirse, es decir, si la diferencia de las cualidades «consciente» (Cs) e «inconsciente» (Ics) coincidiera con la separación de lo yoico y lo reprimido. El hecho de que en nuestra vida psíquica existan tales contenidos aislados e inconscientes ya sería, de por sí, bastante singular e importante, pero en realidad las cosas son más complicadas. Es cierto que todo lo reprimido es inconsciente, pero ya no es del todo cierto que cuanto pertenece al *yo* sea también consciente. Advertimos que la consciencia es una cualidad fugaz, sólo transitoriamente adherida a un proceso psíquico. Por eso tendremos que sustituir para nuestros fines «consciente» por «conscienciable», y a esta cualidad de ser consciente la llamaremos «preconsciente» (Pcs). Entonces diremos, con más justeza, que el *yo* es esencialmente preconsciente (virtualmente consciente), pero que algunas partes del *yo* son inconscientes.

Esta última comprobación nos enseña que para orientarnos en las tinieblas de la vida psíquica no bastan las cualidades a que hasta ahora nos hemos atenido. Es preciso que adoptemos una nueva diferenciación, ya no

cualitativa, sino *topográfica* y —lo que le concede particular valor— al mismo tiempo *genética*. En nuestra vida psíquica, que concebimos como un aparato compuesto de varias instancias, sectores o provincias, discerniremos ahora una región denominada, con propiedad, *yo* de otra que llamamos *ello*. El *ello* es la parte más antigua; el *yo* se ha desarrollado de él, como si fuera una corteza, por influencia del mundo exterior. En el *ello* actúan nuestros instintos primitivos; todos los procesos del *ello* transcurren inconscientemente. El *yo* coincide, como ya lo hemos dicho, con el sector de lo preconsciente; partes del mismo, en condiciones normales, permanecen inconscientes. En los procesos psíquicos del *ello* rigen leyes de actuación y de interacción muy distintas de las vigentes en el *yo*. En el fondo, es precisamente el descubrimiento de estas diferencias el que nos ha conducido a nuestra nueva concepción y el que la justifica.

Lo *reprimido* corresponde al *ello*, también está supeditado a sus mecanismos y sólo se diferencia de éste en cuanto a su génesis. La diferenciación se lleva a cabo en una época temprana, cuando el *yo* se desarrolla a partir del *ello*. Una parte de los contenidos del *ello* es incorporada entonces por el *yo* y elevada al nivel preconsciente, mientras que otra parte escapa a esta traslación, permaneciendo en el *ello* en calidad de «lo inconsciente» propiamente dicho. Pero en el curso ulterior de la formación yoica sucede que ciertas impresiones y funciones psíquicas del *yo* quedan excluidas del mismo por un proceso defensivo, perdiendo su carácter preconsciente, de modo que nuevamente se ven rebajadas a elementos integrantes del *ello*. He aquí, pues, lo «reprimido» que existe en el *ello*. Por consiguiente, en lo que se refiere al tráfico entre ambas provincias psíquicas, aceptamos, por un lado, que los procesos inconscientes del *ello* pueden ser elevados al nivel preconsciente e incorporados al *yo*; por otro lado, que los materiales preconscientes del *yo* pueden seguir el camino inverso, siendo relegados al *ello*. No concierne a nuestro presente interés el hecho de que más tarde se delimite en el *yo* un sector particular; el del *super-yo*.

Todo esto puede parecer muy poco simple, pero una vez que nos hayamos familiarizado con la insólita concepción espacial o topográfica del aparato psíquico, su representación ya no podrá ofrecer dificultades extraordinarias. Aún debo señalar que la topografía psíquica aquí desarrollada nada tiene que

ver con la anatomía cerebral, a la que sólo toca en un único punto. Además, la insuficiencia de esta concepción, que percibo tan claramente como el que más, obedece a nuestra completa ignorancia sobre la naturaleza *dinámica* de los procesos psíquicos. Hemos llegado a comprender que la diferencia entre una idea consciente y otra preconsciente, y, a su vez, entre ésta y una inconsciente, no puede residir sino en una modificación o quizá una redistribución de la energía psíquica. Hablamos de catexias e hipercatexias, pero fuera de ello nos falta todo conocimiento y aun todo punto de partida para establecer una fructífera hipótesis de trabajo. Sobre el fenómeno de la consciencia podemos decir, al menos, que originalmente adhiere a la percepción. Todas las impresiones derivadas de la percepción de estímulos dolorosos, táctiles, auditivos o visuales son habitualmente conscientes. Los principios cogitativos y los que en el *ello* puedan corresponderles son de por sí inconscientes y sólo logran acceso en la consciencia, a través de la función del lenguaje, merced a su vinculación con restos mnemónicos de percepciones visuales o auditivas. En el animal, que carece de aquella función, estas condiciones deben ser más simples.

Las impresiones de los traumas precoces, que fueron nuestro punto de partida, no son trasladadas a lo preconsciente, o bien son vueltas rápidamente a la condición del *ello* por la represión. En tal caso, sus restos mnemónicos son inconscientes y actúan desde el *ello*. Creemos poder perseguir fácilmente su destino ulterior, siempre que se trate de experiencias personales del individuo. En cambio, surge una nueva complicación cuando nos percatamos de que en la vida psíquica del individuo no sólo actúan, probablemente, contenidos vivenciados por él mismo, sino también otros ya existentes al nacer; es decir, fragmentos de origen filogénico, una *herencia arcaica*. En tal caso tendremos que preguntarnos: ¿En qué consiste esta herencia, qué contiene, cuáles son las pruebas de su existencia?

La primera y más segura respuesta nos dice que esa herencia está formada por determinadas disposiciones, como las que poseen todos los seres vivientes. En otros términos, consta de la capacidad y la tendencia a seguir determinadas orientaciones evolutivas y a reaccionar de modo particular frente a ciertas excitaciones, impresiones y estímulos. Dado que la experiencia nos demuestra que los individuos de la especie humana

presentan, al respecto, diferencias entre sí, esa herencia arcaica debe incluir tales diferencias, que formarían lo que se acepta como *factor constitucional* del individuo. Ahora bien, como todos los seres humanos experimentan, por lo menos en su más temprana edad, más o menos las mismas vivencias, también reaccionan frente a éstas de manera uniforme, pudiéndose plantear la duda de si no habría que atribuir estas reacciones, junto con todas sus diferencias individuales, a la mencionada herencia arcaica. Esta duda debe ser desechada; la circunstancia de dicha uniformidad no enriquece nuestros conocimientos sobre la herencia arcaica.

Pero la investigación analítica ha ofrecido algunos resultados que deben ser materia de reflexión. Ante todo, nos encontramos con el carácter universal del simbolismo lingüístico. La sustitución simbólica de un objeto por otro —lo mismo ocurre con las acciones— es perfectamente familiar y natural en todos los niños. No es posible determinar cómo podrían haberla aprendido, y en muchos casos aun debemos admitir la imposibilidad de aprenderla. He aquí un conocimiento primordial que el adulto olvidará más tarde, pues aunque emplee los mismos símbolos en sus sueños, ya no los comprende, a menos que el analista se los interprete, y aun entonces no se muestra muy dispuesto a aceptar la traducción. Cuando emplea alguna de las locuciones tan comunes en las cuales se encuentra cristalizado este simbolismo, debe admitir que su sentido cabal se le ha escapado por completo. El simbolismo también trasciende las diferencias entre las lenguas; su estudio probablemente demostraría que es ubicuo, uno y el mismo en todos los pueblos. Parecería, pues, que aquí nos encontrásemos ante un caso indudable de herencia arcaica, procedente de la época en que se desarrolló el lenguaje, pero aún podría intentarse una explicación distinta, afirmando que se trata de relaciones cogitativas entre ideas, establecidas durante el desarrollo histórico del lenguaje y que por fuerza deben ser repetidas cada vez que un individuo desarrolla su propio lenguaje. Nos veríamos entonces ante un caso de herencia de una disposición intelectual similar a la herencia de una disposición instintiva, y nuevamente habríamos perdido un aporte a la aclaración de nuestro problema.

Sin embargo, la investigación analítica también ha traído a la luz otras cosas que por su envergadura superan con mucho lo que antecede. Cuando

estudiamos las reacciones frente a los traumas precoces, muchas veces quedamos sorprendidos al comprobar que aquéllas no se ajustan a la propia vivencia del sujeto, sino que se apartan de ésta en una forma que concuerda mucho más con el modelo de un suceso filogenético, y que, en general, sólo es posible explicar por la influencia de éste. La conducta del niño neurótico frente a sus padres, en los complejos de Edipo y de castración, está colmada de tales reacciones, que parecen individualmente injustificadas y que sólo filogenéticamente se tornan comprensibles, es decir, por medio de su vinculación con vivencias de generaciones anteriores. Sin duda valdría la pena reunir y publicar el material en que aquí puedo fundarme; su valor probatorio me parece lo bastante sólido como para atreverme a dar un paso más, afirmando que la herencia arcaica del hombre no sólo comprende disposiciones, sino también contenidos, huellas mnemónicas de las vivencias de generaciones anteriores. Con esto hemos ampliado significativamente la extensión y la importancia de la herencia arcaica.

Pensándolo bien, debemos admitir que hace tiempo desarrollamos nuestra argumentación como si no pudiera ponerse en duda la herencia de huellas mnemónicas de las vivencias ancestrales, independientemente de su comunicación directa y de la influencia que ejerce la educación por el ejemplo. Al referirnos a la subsistencia, de una antigua tradición en un pueblo o a la formación de un carácter étnico, casi siempre aludimos a semejante tradición heredada, y no a una transmitida por comunicación. O, por lo menos, no establecimos diferencias entre ambas ni nos percatamos claramente de la osadía en que incurrimos con esta omisión. Pero nuestro planteamiento es dificultado por la posición actual de la ciencia biológica, que nada quiere saber de una herencia de cualidades adquiridas. No obstante, confesamos con toda modestia que, a pesar de tal objeción, nos resulta imposible prescindir de este factor de la evolución biológica. Es verdad que en ambos casos no se trata de una misma cosa: allí son cualidades adquiridas, difícilmente captables; aquí, huellas mnemónicas de impresiones exteriores, en cierta manera tangibles; pero en el fondo seguramente sucede que no podemos imaginarnos una de esas herencias sin la otra. Si aceptamos la conservación de tales huellas mnemónicas en nuestra herencia arcaica, habremos superado el abismo que separa la psicología individual de la

colectiva, y podremos abordar a los pueblos igual que al individuo neurótico. Estamos de acuerdo en que para las huellas mnemónicas en la herencia arcaica no disponemos hasta ahora de una prueba más rotunda que aquellos remanentes de la labor analítica que exigen ser derivados de la filogenia, pero esta prueba parece lo bastante convincente come para postular tal estado de cosas. Si no fuese así, no lograríamos avanzar un sole paso más en el camino que hemos emprendido, tanto en el psicoanálisis como en la psicología de las masas. Incurrimos, pues, en una audacia inevitable.

Pero con todo esto aún hacemos algo más: estrechamos el abismo que la soberbia humana abrió en épocas remotas entre el hombre y el animal. Si los denominados instintos de los animales, que en nuevas condiciones de vida les permiten conducirse desde el principio como si ésta fuese conocida y familiar desde mucho tiempo atrás, si esta vida instintiva de los animales acepta, en principio, una explicación, entonces sólo puede ser la de que traen a su nueva existencia individual las experiencias de la especie; es decir, que conservan en sí los recuerdos de las vivencias de sus antepasados. En el animal humano sucedería fundamentalmente lo mismo. Su herencia arcaica, aunque de extensión y contenido diferentes, corresponde por completo a los instintos de los animales.

Después de estas consideraciones no tengo reparo alguno en expresar que los hombres siempre han sabido de aquella manera especial— que tuvieron alguna vez un padre primitivo y que le dieron muerte.

Quedan aún dos preguntas por responder. Ante todo, ¿en qué condiciones se incorpora semejante recuerdo a la herencia arcaica?; además, ¿en qué circunstancias puede activarse, es decir, irrumpir de su estado inconsciente en el *ello*, a la consciencia, aunque en forma alterada y distorsionada? Es fácil formular la respuesta a la primera pregunta: Sucede eso cuando el hecho fue lo bastante importante, cuando se repitió un número suficiente de veces, o en ambas circunstancias. Para el caso del parricidio se cumplen las dos condiciones. En cuanto a la segunda pregunta, cabe observar lo siguiente: Puede intervenir toda una serie de influencias sin ser preciso que todas sean conocidas; además, podemos imaginarnos que la irrupción ocurra espontáneamente, en analogía a lo que sucede en muchas neurosis; pero seguramente tiene decisiva importancia la evocación de la huella mnemónica

olvidada, por una repetición real y reciente del suceso. El asesinato de Moisés fue una de esas repeticiones; también lo fue, más tarde, el pretendido asesinato jurídico de Cristo, de manera que estos sucesos ocupan el primer plano como agentes causales. Ocurre como si la génesis del monoteísmo no hubiera sido posible sin tales acaecimientos. Se nos ocurre aquí el aforismo del poeta: «Lo que inmortal en el canto ha de vivir, en la vida primero debe sucumbir[2456]».

Para concluir, vaya aún cierta observación que involucra un argumento psicológico. Una tradición que únicamente se basara en la comunicación oral, nunca podría dar lugar al carácter obsesivo propio de los fenómenos religiosos. Sería escuchada, juzgada y eventualmente rechazada, como cualquiera otra noticia del exterior, pero jamás alcanzaría el privilegio de liberarse de las restricciones que comporta el pensamiento lógico. Es preciso que haya sufrido antes el destino de la represión, el estado de conservación en lo inconsciente, para que al retornar pueda producir tan potentes efectos, para que logre doblegar a las masas bajo su dominio, como lo comprobamos en la tradición religiosa, asombrados y sin lograr explicárnoslo por el momento. Por fin, esta reflexión pesa mucho en favor del crédito que nos merece nuestra exposición de los hechos, o por lo menos una muy similar.

Segunda Parte

SÍNTESIS Y RECAPITULACIÓN

NO sería lícito publicar la siguiente parte de este estudio sin prolijas explicaciones y excusas, pues no se trata más que de una fiel y muchas veces textual repetición de la primera parte, podada de algunas investigaciones críticas y aumentada con comentarios sobre el problema de cómo se originó el peculiar carácter del pueblo judío. Sé que tal forma de exposición es tan inadecuada como poco artística, y por mi parte no vacilo en condenarla sin reticencias. ¿Por qué entonces incurro en ella? No me es difícil hallar la respuesta correspondiente, pero tampoco me resulta fácil confesarla. Sucede, simplemente, que no fui capaz de borrar las huellas del origen un tanto insólito que tuvo este trabajo.

En realidad fue escrito dos veces. La primera, hace algunos años, en Viena, cuando ni siquiera pensaba en la posibilidad de publicarlo. Decidí no seguir adelante, pero la tarea inconclusa me tortura como un alma en pena, de modo que recurrí al expediente de dar autonomía a dos de sus partes, para publicarlas en nuestra revista *Imago*: la obertura psicoanalítica del conjunto (*Moisés, egipcio*) y la construcción histórica sobre ella edificada (*Si Moisés era egipcio…*). El resto, que contenía los elementos realmente ofensivos y peligrosos —la aplicación de mi teoría a la génesis del monoteísmo y mi interpretación de la religión en general—, me propuse dejarlo inédito; según creía, para siempre. Prodújose entonces, en marzo de 1938, la inesperada invasión alemana, obligándome a abandonar la patria, pero liberándome al mismo tiempo de la preocupación de que al publicar mi trabajo podría acarrear la prohibición del psicoanálisis en un país que aún lo toleraba. Apenas llegado a Inglaterra, me sedujo irresistiblemente la tentación de entregar al mundo mis callados conocimientos, y comencé a revisar la tercera parte del estudio para adaptarla a las dos primeras, ya publicadas. Naturalmente, ello trajo consigo cierta reordenación parcial del material, pero al efectuarla no conseguí colocar todos los temas en esta segunda elaboración. Por otra parte, tampoco pude decidirme a renunciar completamente a las versiones anteriores, de modo que recurrí al arbitrio de agregar toda una parte de la primera versión, sin modificaciones, a la segunda, con lo que incurrí en el defecto de una extensa repetición.

Podría consolarme, sin embargo, con la reflexión de que los asuntos aquí tratados son tan nuevos y significativos —excluido, desde luego, el grado de exactitud con que los presento—, que no sería una desgracia si el público hubiera de leer dos veces su idéntica exposición. Hay cosas que es preciso decir más de una vez y que no pueden ser dichas con excesiva frecuencia. Mas al detenerse en un tema o al volver sobre el mismo debe intervenir la libre decisión del lector, y no es lícito obligarse subrepticiamente a ese repaso, presentándolo dos veces lo mismo en un mismo libro. Esto no deja de ser una torpeza a cuya censura no me es posible escapar. Mas, desgraciadamente, la capacidad creadora de un autor no siempre corre pareja con su voluntad: la obra se concluye de la mejor manera posible, y a menudo se enfrenta con el autor como un lago independiente y aun extraño.

A) **El pueblo de Israel**

Si reconocemos que un procedimiento como el nuestro —admitir lo que nos parece útil del material transmitido por la tradición, rechazando lo que no nos sirve, y luego combinar las distintas partes según su probabilidad psicológica—, que semejante técnica, pues, no ofrece seguridad alguna de conducirnos a la verdad, entonces nos preguntaremos con todo derecho por qué emprendimos, en principio, semejante tarea. Para responder, aduciremos el resultado alcanzado. Si se atenúa considerablemente la severidad de las exigencias impuestas a una investigación histórico-psicológica, quizá sea posible dilucidar problemas que siempre parecieron merecer nuestra atención y que, debido a recientes acontecimientos, han vuelto a cautivar la consideración del observador. Como sabemos, entre todos los pueblos que en la antigüedad habitaban la cuenca del Mediterráneo, el judío es casi el único que aun sobrevive, tanto nominalmente como también quizá sustancialmente. Con incomparable capacidad de resistencia ha desafiado las catástrofes y las persecuciones, desarrolló características peculiares y al mismo tiempo despertó la cordial antipatía de todos los restantes pueblos. Por cierto que quisiéramos comprender algo más del origen que tiene esta tenacidad de los judíos y de la relación que su carácter guarda con el destino que sufrieron.

Podemos tomar como punto de partida un rasgo característico de los judíos, que domina sus relaciones con los otros pueblos. No cabe duda que los judíos tienen una opinión particularmente exaltada de sí mismos, que se consideran más nobles, encumbrados y superiores a los demás, de quienes también se diferencian por muchas de sus costumbres[2457]. Con todo esto, los anima una particular confianza en la vida, como la confiere la posesión secreta de un bien precioso, una especie de optimismo que los piadosos llamarían «confianza en Dios».

Bien conocemos las razones de esta actitud y sabemos cuál es su más arcano tesoro. Los judíos realmente se consideran el pueblo elegido de Dios, creen estar particularmente próximos a éste, y tal creencia les confiere su orgullo y su confiada seguridad. Según nociones fidedignas, ya se conducían así en las épocas helenísticas, de modo que ya entonces el carácter judío estaba perfectamente plasmado, y los griegos, entre los cuales y junto a

quienes vivían, reaccionaron ante la peculiaridad judía de idéntica manera que sus «huéspedes» actuales. Podría pensarse que reaccionan tal como si realmente creyeran en el privilegio que el pueblo de Israel reclama para sí. Si uno es el predilecto declarado del temido padre, no ha de extrañarse porque atraiga sobre sí los celos fraternos, y las consecuencias que éstos pueden tener las muestra exquisitamente la leyenda judía de José y sus hermanos. El curso que siguió la historia humana pareció justificar más tarde la pretensión judía, pues cuando Dios resolvió enviar a la humanidad un Mesías y Redentor, lo eligió una vez más de entre el pueblo de los judíos. Los demás pueblos bien podrían haberse dicho entonces que los judíos realmente tenían razón, que eran en efecto el pueblo elegido de Dios; pero, en cambio, sucedió que la redención por Jesucristo sólo les acarreó una exacerbación del odio contra los judíos, mientras que éstos, a su vez, no obtuvieron beneficio alguno de esa segunda predilección, pues no reconocieron al Redentor.

Basándonos en nuestras anteriores consideraciones podemos afirmar ahora que fue el hombre Moisés quien impuso para todos los tiempos a los judíos este rasgo fundamental. Exaltó su autoestima, asegurándoles que eran los elegidos de Dios; les impuso la santificación y los comprometió a mantenerse apartados de los demás. No es que los demás pueblos hubieran carecido de autoestima, pues, igual que ahora, cada nación se consideraba también entonces mejor que todas las demás. Pero gracias a Moisés la autoestima de los judíos logró fundarse en la religión, convirtiéndose en una parte de su credo religioso. Merced a las relaciones particularmente íntimas con su Dios, los judíos se hicieron partícipes de su magnificencia. Como sabemos que tras el Dios que eligió a los judíos y los libertó de Egipto se levanta la persona de Moisés —que realizó precisamente estas obras, aunque, según pretendía, en nombre de Dios—, nos atrevemos a decir: Fue este único hombre, Moisés, quien creó a los judíos. A él le debe ese pueblo su tenaz poder de supervivencia, pero también buena parte de la hostilidad que experimentó y que aún sufre.

B) **El gran hombre**

¿Cómo es posible que un hombre ejerza, él solo, tan extraordinaria

efectividad, que logre crear un pueblo con individuos y familias indiferentes, que pueda plasmar su carácter definitivo y determinar su destino por milenios futuros? ¿Acaso no constituye semejante hipótesis una retrogresión a aquella manera de pensar que engendró los mitos demiúrgicos y la adoración de los héroes, un retroceso a épocas cuya historiografía se agotaba en la crónica de las hazañas y los destinos individuales de ciertos personajes, monarcas o conquistadores? Por el contrario, la corriente moderna tiende a reducir los procesos de la historia humana a factores más recónditos, generales e impersonales, a la influencia forzosa de las circunstancias económicas, a las variantes de las condiciones de alimentación, a los progresos en el empleo de materiales y herramientas, a migraciones provocadas por el crecimiento demográfico y las modificaciones climáticas. En esta causación no se concede a los individuos aislados más papel que el de exponentes o representantes de tendencias colectivas, cuya manifestación es inevitable y que la alcanzan, como por casualidad, a través de aquellos personajes.

He aquí puntos de vista plenamente justificados, pero que nos inducen a señalar una significativa discrepancia entre la orientación de nuestro órgano pensante y la organización del mundo que ha de ser aprehendido por medio de nuestro pensamiento. Nuestra imperiosa necesidad de hallar nexos causales se conforma con que cada proceso tenga *una* causa demostrable; pero en la realidad exterior difícilmente sucede tal cosa, pues cada fenómeno parece estar más bien sobredeterminado, presentándose como efecto de múltiples causas convergentes. Intimidado ante la insuperable complejidad del suceder, nuestro conocimiento opta por un nexo determinado, en contra de otro; establece contradicciones inexistentes, sólo debidas a la arbitraria destrucción de relaciones más amplias[2458]. De modo que si la investigación de un caso particular nos demuestra la preponderante influencia de una sola personalidad, no es preciso que nuestra conciencia nos reproche el haber rechazado con esa conclusión la doctrina de la importancia que poseen aquellos factores generales e impersonales. En principio, tienen cabida ambas concepciones; pero no es menos cierto que en el caso particular de la génesis del monoteísmo no atinamos a señalar ningún otro factor externo, fuera del ya mencionado: que dicha evolución está ligada al establecimiento de relaciones íntimas entre distintas naciones y a la construcción de un gran

imperio.

Reservamos, pues, al «gran hombre» un lugar en la cadena, o más bien en la trama de las causaciones. Pero quizá no sea inútil preguntarnos bajo qué condiciones conferimos aquel título honorífico. Quedamos sorprendidos al comprobar que no es tan fácil responder a esta pregunta. Una primera formulación de la respuesta —el gran hombre es quien está especialmente dotado de las cualidades que más valoramos— es a todas luces y en todo sentido desacertada. La belleza física, por ejemplo, o la fuerza muscular, aunque son cualidades envidiables, no abonan pretensión alguna de «grandeza». Debe tratarse, pues, de cierta calidad espiritual, de dones psíquicos e intelectuales. Mas esta última mención nos recuerda que nunca calificaríamos de gran hombre a alguien que manifestase extraordinaria capacidad en determinado terreno, y seguramente no llamaríamos así a un maestro del ajedrez o a un virtuoso de la música, ni estaríamos tentados de hacerlo con un extraordinario artista o investigador. Más bien nos inclinamos a decir en tales casos que se trata de un gran poeta, pintor, matemático o físico, de un precursor en el terreno de tal o cual actividad, pero vacilamos en conferirle el título de gran hombre. Si, por ejemplo, no titubeamos en proclamar como grandes hombres a Goethe, Leonardo da Vinci y Beethoven, es porque nos anima algo más que la admiración por sus grandiosas creaciones. Si no diésemos precisamente con estos ejemplos, quizá llegaríamos a pensar que el calificativo «un gran hombre» está reservado preferentemente para los hombres de acción, es decir, para los conquistadores, jefes militares y gobernantes, destinándoselo a reconocer la grandeza de sus hazañas, el poderío de la influencia que de ellos emana. Pero tampoco esta conclusión es satisfactoria y puede ser plenamente rebatida por nuestra condenación de tantos personajes indignos, a quienes, sin embargo, no es posible negar la repercusión que tuvieron sobre sus contemporáneos y descendientes. Tampoco recurriremos al éxito como atributo distintivo de la grandeza, pensando en la inmensa mayoría de grandes hombres que, en lugar de alcanzarlo, sucumbieron en la desgracia.

Así, por el momento nos inclinaremos a decidir que no merece la pena buscar una definición inequívoca del concepto «gran hombre». Éste sólo sería un término aplicado sin precisión y concedido con cierto arbitrio, para

denotar el desarrollo desmesurado de ciertas cualidades humanas; es decir, su acepción se acercaría bastante al sentido primitivo y literal de la palabra «grandeza». Además, reflexionaremos que no nos interesa tanto la naturaleza del gran hombre como la cuestión de los medios que le permiten influir sobre sus semejantes. Pero, en todo caso, procuraremos abreviar en lo posible esta investigación, pues amenaza apartarnos muy lejos de nuestro objetivo.

Aceptamos, pues, que el gran hombre influye de doble manera sobre sus semejantes: merced a su personalidad y por medio de la idea que sustenta. Esta idea bien puede acentuar un antiguo deseo de las masas, o señalarles una nueva orientación de sus deseos, o bien cautivarlas aun en otra forma. A veces —y éste seguramente es el caso más primitivo— actúa sólo la personalidad, y la idea desempeña un papel muy insignificante. En todo caso, la causa de que el gran hombre adquiera, en principio, su importancia, no nos ofrece la menor dificultad, pues sabemos que la inmensa mayoría de los seres necesitan imperiosamente tener una autoridad a la cual puedan admirar, bajo la que puedan someterse, por la que puedan ser dominados y, eventualmente, aun maltratados. La psicología del individuo nos ha enseñado de dónde procede esta necesidad de las masas. Se trata de la añoranza del padre, que cada uno de nosotros alimenta desde su niñez; del anhelo del mismo padre que el héroe de la leyenda se jacta de haber superado. Y ahora advertimos quizá que todos los rasgos con que dotamos al gran hombre no son sino rasgos paternos, que la esencia del gran hombre, infructuosamente buscada por nosotros, reside precisamente en esta similitud. La decisión de sus ideas, la fuerza de su voluntad, el poderío de sus acciones, forman parte de la imagen del padre, pero sobre todo le corresponden la autonomía e independencia del gran hombre, su olímpica impavidez, que puede exacerbarse hasta la falta de todo escrúpulo. Se debe admirarlo, se puede confiar en él, pero es imposible dejar de temerlo. Habríamos hecho bien dejándonos llevar por el significado cabal de las palabras, pues ¡quién sino el padre pudo haber sido en la infancia el «hombre grande»!

Sin duda fue un tremendo modelo de padre el que en la persona de Moisés condescendió a los pobres siervos judíos para asegurarles que serían sus queridos hijos. No menos tremenda impresión debe de haberles causado la idea de un Dios único, eterno y todopoderoso, que los consideraba dignos,

en su miseria, de sellar con ellos un pacto, y que prometía ampararlos siempre que permanecieran fieles a su veneración. Probablemente a los judíos no les resultase fácil discernir la imagen del hombre Moisés frente a la de su dios, y con ello no estaban errados, pues Moisés bien puede haber incluido en el carácter de su dios rasgos de su propia persona, como la iracundia y la inexorabilidad. Y cuando más tarde llegaron a matar a éste su gran hombre, no hicieron sino repetir un crimen que en épocas arcaicas había sido cometido por ley contra el rey divino; un crimen que, como sabemos, se deriva de un modelo más antiguo aún[2459].

Si, por un lado, la persona del gran hombre adquirió de esta manera dimensiones divinas, ha llegado, por el otro, el momento de recordar que también el padre fue una vez un hijo. Según lo que hemos expuesto, la gran idea religiosa sustentada por el hombre Moisés no era, en el fondo, la suya propia, sino que la había tomado de su rey Ikhnaton. Éste, cuya grandeza como fundador de una religión está inequívocamente confirmada, quizá siguiera a su vez estímulos que le llegaron de regiones asiáticas cercanas o remotas, por intermedio de su madre o por otros conductos.

No nos es posible perseguir más lejos tal concatenación; pero si estos primeros eslabones que hemos expuesto son correctos, entonces la idea monoteísta habría vuelto, cual si fuera un *boomerang*, al país de su origen. Es infructuoso querer apreciar los méritos de un individuo en la elaboración de una nueva idea, pues sin duda fueron muchos los que contribuyeron a su desarrollo y le aportaron su contribución. Por lo demás, sería a todas luces injusto pretender interrumpir en Moisés la cadena de su causación, desdeñando los méritos de sus sucesores y continuadores, los profetas judíos. La simiente del monoteísmo no había echado raíces en Egipto y lo mismo pudo haber ocurrido en Israel, después que el pueblo se desembarazó de la religión incómoda y presuntuosa que le había sido impuesta. Pero en el seno del pueblo judío surgieron sin cesar nuevos hombres que remozaron la tradición moribunda, que renovaron los preceptos y las leyes de Moisés, sin reposar hasta que quedó restablecida la hegemonía de los perdidos bienes tradicionales. Mediante esfuerzos que no cejaron durante siglos enteros, y por fin mediante dos grandes reformas —una anterior y otra posterior al Exilio babilónico—, prodújose la transformación del dios popular Jahve en el Dios

cuya adoración Moisés había impuesto a los judíos. Y es prueba de una particular aptitud psíquica de la masa que se convirtió en el pueblo judío el que lograra producir de su seno tantos seres dispuestos a asumir la carga de la religión mosaica, por la recompensa de poder considerarse el pueblo elegido y quizá aun por otros premios de análoga jerarquía.

C) **El progreso en la intelectualidad**

Para despertar poderosas repercusiones psíquicas en un pueblo, evidentemente no basta asegurarle que es el elegido de Dios, sino que es menester demostrárselo además en alguna forma, a fin de que crea en ello y extraiga las consecuencias de esta fe. En la religión mosaica, el Éxodo de Egipto vino a servir de prueba semejante; Dios, o Moisés en su nombre, no se cansaron de invocar esta prueba de predilección. Se instituyó la fiesta de *Pessah* (Pascuas) para mantener vivo el recuerdo de aquel suceso, o más bien se dotó de tal contenido a una festividad ya existente desde hacía tiempo. Con todo, no era sino un recuerdo; el Éxodo pertenecía a un pasado nebuloso, mas en el presente los signos del favor divino eran exiguos, y el destino del pueblo atestiguaba más bien su caída en desgracia. Los pueblos primitivos solían derrocar o aun castigar a sus dioses cuando no cumplían sus deberes, concediéndoles triunfos, fortuna y bienestar. En todos los tiempos, los reyes no han escapado a la suerte de los dioses, manifestándose así su arcaica identidad y su descendencia de una raíz común. Así, también los pueblos modernos suelen desterrar a sus reyes cuando el esplendor de su poderío es enturbiado por derrotas, con la correspondiente pérdida de territorios y fortunas. Sin embargo, la razón por la cual el pueblo de Israel permaneció siempre tanto más devotamente sumiso a su dios cuanto peor le trataba éste, constituye un problema que por ahora debemos dejar irresuelto.

Con todo, puede incitarnos a investigar si la religión de Moisés no habría ofrecido al pueblo algo más que un aumento de su autoestima por la consciencia de ser el elegido. Es fácil, por cierto, hallar ese otro factor. La religión también confirió a los judíos una representación divina mucho más grandiosa, o, escuetamente dicho, la representación de un dios más grandioso. Quien creyera en ese dios, participaría en cierto modo de su

grandeza, podría sentirse magnificado. Quizá esto no sea muy evidente para un incrédulo, pero se podrá comprenderlo más fácilmente recordando la sensación de seguridad de que está imbuido un ciudadano británico en un país extraño agitado por revueltas, confianza que le falta por completo al natural de cualquier pequeña nación del continente. Ello se debe a que el inglés cuenta con que su *Government* despachará un buque de guerra si tan sólo le tocan un pelo —cosa que los revoltosos tendrán bien presente—, mientras que aquella nación pequeña ni siquiera posee buques de guerra. De modo que el orgullo por la grandeza del *British Empire* también arraiga en la consciencia de la mayor seguridad, de la protección que ofrece a cada uno de sus súbditos. Algo semejante puede suceder con la representación del dios grandioso, y ya que es difícil pretender ayudar a Dios en la administración de este mundo, el orgullo por su magnificencia se confunde con el de ser su predilecto.

Entre los preceptos de la religión mosaica se cuenta uno cuya importancia es mayor de lo que a primera vista se sospecharía. Me refiero a la prohibición de representar a Dios por una imagen; es decir, a la obligación de venerar a un Dios que no es posible ver. Sospechamos que en este punto Moisés superó la severidad de la religión de Aton; con ello quizá sólo quisiera ser consecuente, haciendo que su Dios no tuviera nombre ni imagen, pero también podía tratarse de una nueva precaución contra las intromisiones de la magia. En todo caso, esta prohibición tuvo que ejercer, al ser aceptada, un profundo efecto, pues significaba subordinar la percepción sensorial a una idea decididamente abstracta, un triunfo de la intelectualidad sobre la sensualidad y, estrictamente considerada, una renuncia a los instintos, con todas sus consecuencias psicológicamente ineludibles.

Para poder considerar fidedigno algo que a primera vista no parece convincente, es preciso traer a colación otros procesos de análogo carácter ocurridos en el desarrollo de la cultura humana. El más antiguo de ellos, quizá el más importante, se pierde en las tinieblas de la prehistoria, pero su realidad se nos impone por sus extraordinarias repercusiones. En efecto, tanto nuestros niños como los adultos neuróticos y los pueblos primitivos presentan el fenómeno psíquico que denominamos creencia en la «omnipotencia del pensamiento». A juicio nuestro, se trata de una supervaloración del influjo

que nuestros actos psíquicos —en este caso los actos intelectuales pueden ejercer sobre el mundo exterior, modificándolo. En el fondo, toda magia —precursora de nuestra técnica— reposa en esta precondición. También cabe incluir aquí toda magia de las palabras, así como la convicción del poderío implícito en el conocimiento o en la pronunciación de un nombre. Aceptamos que la «omnipotencia del pensamiento» expresó el orgullo de la humanidad por el desarrollo del lenguaje, facultad que tuvo por consecuencia tan extraordinario estímulo de las actividades intelectuales. Abriósele al hombre el nuevo reino de la intelectualidad, en el cual lograron preeminencia las ideas, los recuerdos y los procesos del raciocinio, en oposición a las actividades psíquicas inferiores cuyo contenido son las percepciones inmediatas de los órganos sensoriales. Ésta fue, sin duda, una de las etapas más importantes en el camino hacia la humanización del hombre.

Otro proceso de épocas posteriores se nos presenta en forma mucho más tangible. Bajo la influencia de condiciones exteriores que no necesitamos perseguir aquí —y que en parte tampoco son suficientemente conocidas— sucedió que el orden matriarcal de la sociedad fue sustituido por el patriarcal, con lo que naturalmente sobrevino la subversión de las condiciones jurídicas imperantes hasta entonces. Aún creemos percibir el eco de esta revolución en la *Orestiada*, de Esquilo. Pero esta reversión de la madre hacia el padre también implica un triunfo de la intelectualidad sobre la sensualidad, es decir, un progreso cultural, pues la maternidad es demostrada por el testimonio de los sentidos, mientras que la paternidad sólo es un supuesto construido sobre una premisa y una deducción. Al sobreponer así el proceso del pensamiento a la percepción sensorial, la humanidad dio un paso que había de estar preñado de consecuencias.

En algún momento situado entre los dos sucesos que acabamos de mencionar ocurrió un tercero, el más afín al que hemos investigado en la historia de la religión. El hombre se sintió urgido a reconocer, en principio, la existencia de poderes «espirituales[2460]», es decir, de fuerzas que no pueden ser captadas con los sentidos, especialmente con el de la vista, pero que, sin embargo, manifiestan efectos indudables y aun poderosísimos. Si podemos confiar en el testimonio del lenguaje, fue el aire en movimiento el que dio la pauta para la espiritualidad, pues el espíritu deriva su nombre del hálito aéreo

(*animus*, *Spiritus*; hebreo, *ruaj*, hálito). Con esto también se había descubierto el alma [o mente] como principio espiritual del individuo humano. La observación redescubrió el movimiento del aire en el aliento de la respiración, interrumpida con la muerte (aun hoy se dice que el individuo «exhala» su alma). De esta manera se le abrió al hombre el reino de los espíritus, no vacilando en adjudicar a toda la restante naturaleza la misma alma que había descubierto en sí. Todo el universo fue animado, y a la ciencia, que llegó mucho más tarde, le costó arduo trabajo volver a desanimar una parte del universo, al punto que aun hoy no ha dado término a esta tarea.

Gracias a la prohibición mosaica, Dios fue elevado a un nivel superior de espiritualidad, abriéndose el camino para nuevas modificaciones de la idea de Dios, que todavía ocuparán nuestra atención. Pero, por el momento, ha de embargarnos otra consecuencia de esa prohibición. Todos los progresos semejantes en la intelectualidad tienen por efecto exaltar la autoestima del hombre, lo tornan orgulloso, de manera que se siente superior a los demás, que aún se encuentran sujetos en los lazos de la sensualidad. Ya sabemos que Moisés había transmitido a los judíos la soberbia de ser un pueblo elegido; la desmaterialización de Dios agregó un nuevo y precioso elemento a este secreto tesoro. Los judíos conservan su inclinación a los intereses intelectuales, y los infortunios políticos que sufrió su nación les enseñaron a valorar debidamente el único bien que les quedó: su literatura, sus crónicas escritas. Inmediatamente después que Tito destruyó el templo de Jerusalén, el rabino Johanan ben Saccai solicitó el permiso de abrir en Jabneh la primera escuela para el estudio de la Torah. Desde entonces, el pueblo disgregado se mantuvo unido gracias a la Sagrada Escritura y a los esfuerzos espirituales que ésta suscitó.

Todo esto es generalmente conocido y aceptado; sólo quise agregar que esta evolución característica de la esencia judía fue iniciada por la prohibición mosaica de adorar a Dios en una imagen visible.

Naturalmente, el privilegio que durante unos dos mil años gozaron los anhelos espirituales en la vida del pueblo judío no dejó de tener consecuencias: contribuyó a restringir la brutalidad y la propensión a la violencia que suelen aparecer cuando el despliegue de la fuerza muscular se convierte en ideal del pueblo. A los judíos les quedó negada la armonía entre

el desarrollo de las actividades espirituales y el de las corporales que alcanzó el pueblo griego; pero, colocados ante la disyuntiva, optaron al menos por lo más valioso.

D) **La renuncia instintiva**

No es muy evidente ni fácil de comprender por qué un progreso en la espiritualidad, una subordinación de la sensualidad, habría de elevar la autoestima de una persona o de un pueblo. Tal consecuencia parece fundarse en la preexistencia de determinado criterio estimativo y en la de otra persona o instancia que lo aplique. Para aclarar el problema recurriremos a un caso análogo de la psicología del individuo, que hemos llegado a comprender.

Si en un ser humano el *ello* sustenta una exigencia instintiva de naturaleza erótica o agresiva, lo más simple y natural es que el *yo*, que dispone de los aparatos del pensamiento y neuromuscular, la satisfaga mediante una acción. Esta satisfacción del instinto es percibida placenteramente por el *ego* tal como la insatisfacción instintual se habría convertido, sin duda, en fuente de displacer. Pero puede suceder el caso de que el *yo* se abstenga de la satisfacción instintiva en consideración a obstáculos exteriores cuando reconoce que la acción correspondiente desencadenaría un grave peligro para su integridad. De ningún modo es placentero este desistimiento de la satisfacción, esta renuncia instintual por obstáculos exteriores, o, como decimos nosotros, por obediencia al principio de la realidad. La renuncia instintiva tendría por consecuencia una permanente tensión displacentera si no se lograra reducir la propia fuerza de los instintos mediante desplazamientos de energía. Pero la renuncia al instinto también puede ser impuesta por otros motivos, que calificamos justificadamente de *internos*. Sucede que, en el curso de la evolución individual, una parte de las potencias inhibidoras del mundo exterior es internalizada, formándose en el *yo* una instancia que se enfrenta con el resto y que adopta una actitud observadora, crítica y prohibitiva. A esta nueva instancia la llamamos *super-yo*. Desde ese momento, antes de poner en práctica la satisfacción instintiva exigida por el *ello*, el *yo* no sólo debe tomar en consideración los peligros del mundo exterior, sino también el veto del *super-yo*, de manera que hallará aún más

motivos para abstenerse de aquella satisfacción. Pero mientras la renuncia instintual por causas exteriores sólo es displacentera, la renuncia por causas interiores, por obediencia al *super-yo*, tiene un nuevo efecto económico. Además del inevitable displacer, proporciona al *yo* un beneficio placentero, una satisfacción sustitutiva, por así decirlo. El *yo* se siente exaltado, está orgulloso de la renuncia instintual como de una hazaña valiosa. Creemos comprender el mecanismo de este beneficio placentero. El *super-yo* es el sucesor y representante de los padres (y de los educadores), que dirigieron las actividades del individuo durante el primer período de su vida; continúa, casi sin modificarlas, las funciones de esos personajes. Mantiene al *yo* en continua supeditación y ejerce sobre él una presión constante. Igual que en la infancia, el *yo* se cuida de conservar el amor de su amo, estima su aprobación como un alivio y halago, y sus reproches como remordimientos. Cuando el *yo* ofrece al *super-yo* el sacrificio de una renuncia instintual, espera que éste lo ame más en recompensa; la consciencia de merecer ese amor la percibe como orgullo. También en la época en que aún no había sido internalizada la autoridad bajo la forma del *super-yo*, la amenaza de perder el amor y la exigencia de los instintos pueden haber planteado idéntico conflicto, experimentando el niño un sentimiento de seguridad y satisfacción cuando lograba renunciar al instinto por amor a los padres. Pero sólo una vez que la autoridad misma se hubo convertido en parte integrante del *yo*, esta agradable sensación pudo adquirir el peculiar carácter narcisista del orgullo.

¿De qué nos sirve el haber explicado así la satisfacción producida por la renuncia instintual, si lo que queremos comprender es el proceso de la autoestima exaltada al progresar en la espiritualidad? Según parece, nos sirve muy poco, pues las condiciones son harto distintas: en el segundo caso no se trata de una renuncia a los instintos ni existe una persona o instancia en aras de cuyo amor se hace un sacrificio. Mas esta última reserva no es muy sólida, pues podemos decir que el gran hombre sería, precisamente, la autoridad por amor a la cual se realiza esa hazaña, y ya que el propio efecto que ejerce este gran hombre reposa en su semejanza con el padre, no hemos de extrañarnos si en la psicología de las masas le corresponde desempeñar el papel del *super-yo*. Esto también regiría, pues, para el hombre Moisés en su relación con el pueblo judío. Pero en el otro punto —la renuncia a los instintos— no

logramos establecer una analogía aceptable. El progreso en la espiritualidad consiste en preferir los procesos intelectuales llamados superiores, o sea, los recuerdos, reflexiones, juicios, a los datos de la percepción sensorial directa; consiste, por ejemplo, en decidir que la paternidad es más importante que la maternidad, pese a no ser demostrable, como esta última, por el testimonio de los sentidos. De acuerdo con ello, el niño deberá llevar el nombre del padre y heredar sus bienes. También corresponde a ese progreso el que se llegue a decir: «Nuestro Dios es el más grande y poderoso, a pesar de ser invisible como el viento y el alma». El rechazo de una exigencia instintiva sexual o agresiva parece ser algo muy distinto de todo esto. Además, en muchos progresos de la espiritualidad, como, por ejemplo, en el triunfo del patriarcado, no es posible hallar una autoridad que constituya el patrón de lo que ha de considerarse más elevado. En este caso, el padre no puede haber desempeñado tal función, pues era quien debía ser elevado por ese progreso a la categoría de autoridad. Nos encontramos, pues, ante el fenómeno de que en la evolución humana la sensualidad es dominada gradualmente por la espiritualidad y que el hombre se siente orgulloso y superior en cada uno de estos progresos. Pero no atinamos a decir por qué ello habría de ser así y no de otro modo. Más tarde aun ocurre que la espiritualidad misma es dominada por el curiosísimo fenómeno emocional de la fe, llegándose de tal modo al famoso *credo quia absurdum*. ¡Y también quienes esto alcanzan lo consideran como supremo objetivo! Lo común a todas estas situaciones psicológicas quizá sea algo muy distinto. Quizá el hombre simplemente proclame como supremo lo que es más difícil de lograr, y su orgullo no sería entonces sino el narcisismo exaltado por la consciencia de haber superado una dificultad.

He aquí disquisiciones por cierto poco fructíferas y aptas para hacernos pensar que no guardan relación alguna con nuestra investigación de los factores que determinaron el carácter del pueblo judío. Esto no dejaría de ser una ventaja para nosotros; pero una circunstancia que nos ha de ocupar más adelante traduce cierto vínculo con nuestro problema. La religión que comenzó con la prohibición de formarse una imagen de Dios evoluciona cada vez más en el curso de los siglos, hasta convertirse en una religión de la renuncia instintual. No es que exija la abstinencia sexual; se conforma con

una limitación sensible de la libertad sexual. Sin embargo, Dios es apartado completamente de la sexualidad y exaltado a un ideal de perfección ética; pero la ética equivale a la limitación instintual. Los profetas no se cansan de proclamar que Dios sólo exige de su pueblo una vida justa y virtuosa, es decir, la renuncia a todas las satisfacciones instintivas que aun hoy son condenadas como pecaminosas por nuestra moral. Hasta el precepto de creer en Dios parece retroceder tras la severidad de estas exigencias éticas. Por consiguiente, la renuncia instintual desempeña sin duda un papel predominante en la religión, aunque la renuncia instintual no se manifieste en ella desde un principio.

Ha llegado el momento de formular una reserva destinada a salvar un error de interpretación. Aunque parezca que la renuncia instintual y la ética sobre ella basada no forman parte del contenido esencial de la religión, genéticamente, sin embargo, se hallan vinculados a ésta de la más íntima manera. El totemismo, primera forma de religión que conocemos, contiene como piezas indispensables de su sistema una serie de preceptos y prohibiciones que, naturalmente, no son sino otras tantas renuncias instintuales: la adoración del totem, que incluye la prohibición de dañarlo o de matarlo; la exogamia, es decir, la renuncia a la madre y a las hermanas de la horda, apasionadamente deseadas; la igualdad de derechos establecida para todos los miembros de la horda fraterna, o sea, la restricción del impulso a resolver violentamente la mutua rivalidad. En estos preceptos hemos de ver los primeros orígenes de un orden ético y social. No dejamos de advertir que aquí se manifiestan dos distintas motivaciones. Las dos primeras prohibiciones se ajustan al espíritu del padre eliminado, perpetúan en cierto modo su voluntad; el tercer precepto, en cambio, el de iguales derechos para los hermanos aliados, prescinde de la voluntad paterna y sólo se justifica por la necesidad de mantener el nuevo orden establecido una vez eliminado el padre, pues sin aquél se habría hecho irremediable la recaída en el estado anterior. Aquí se apartan los preceptos sociales de los otros, directamente derivados de un sentido religioso, como bien puede afirmarse.

Los elementos esenciales de este proceso se repiten en la evolución abreviada del individuo humano. También aquí es la autoridad parental, especialmente la del todopoderoso padre con su amenazante poder punitivo,

la que induce al niño a las renuncias instintuales, la que establece qué le está permitido y qué vedado. Lo que en el niño se llama «bueno» o «malo» se llamará más tarde, una vez que la sociedad y el *super-yo* hayan ocupado el lugar de los padres, el bien o el mal, virtud o pecado; pero no por ello habrá dejado de ser lo que antes era: renuncia a los instintos bajo la presión de la autoridad que sustituye al padre y que lo continúa.

Nuestra comprensión se verá profundizada aún más si emprendemos el estudio del extraño concepto de la santidad. ¿Qué es, en suma, lo que nos parece «sagrado», en contraste con otras cosas que también valoramos muy alto, reconociendo su importancia y significación? Por un lado, es innegable la vinculación de lo sacro con lo religioso, que es acentuada al punto de tornarla obvia: todo lo religioso es sagrado; aquello es, por así decirlo, el núcleo de la santidad. Por otro lado, nuestro juicio se confunde ante los numerosos intentos de adjudicar el carácter de santidad a tantas otras cosas, personas, instituciones y actos que poco tienen que ver con la religión. Pero estos esfuerzos sirven a tendencias bien visibles. Partamos del carácter prohibitivo, tan firmemente ligado a lo sagrado. Lo sacro es, a todas luces, algo que no debe ser tocado. Las prohibiciones sagradas tienen un acento afectivo muy fuerte; pero en realidad carecen de fundamento racional, pues ¿por qué habría de ser, por ejemplo, un crimen tan particularmente grave el cometer incesto con la hija o la hermana, un acto tanto más condenable que cualquier otra relación sexual? Si preguntamos por la razón, seguramente se nos dirá que todos nuestros sentimientos se resisten contra eso; pero con ello sólo se expresa que se considera natural y evidente la prohibición, que no se atina a fundamentarla.

Es harto fácil demostrar la falacia de semejante explicación. Lo que ofende pretendidamente nuestros más puros sentimientos era una costumbre real, casi diríamos una práctica sagrada, entre las familias dominantes de los antiguos egipcios y de otros pueblos. Se sobreentendía que el faraón debía tomar a su hermana como primera y preferida mujer, y los sucesores de los faraones, los Ptolomeos griegos, no vacilaron en ajustarse a ese ejemplo. Hasta aquí se nos impone más bien la idea de que el incesto —realizado en ese caso entre hermano y hermana— era un privilegio vedado al común de los mortales y reservado a los monarcas, representantes de los dioses, como,

por otra parte, tampoco al mundo de la mitología griega o germana le repugnaba en modo alguno aceptar tales relaciones incestuosas. Puede suponerse que el meticuloso aferramiento a la igualdad de alcurnia en las alianzas concertadas entre nuestra alta aristocracia es un residuo de ese antiguo privilegio, y podemos comprobar que debido a los matrimonios consanguíneos repetidos en tantas generaciones entre las más altas capas sociales, Europa es regida hoy por miembros de sólo dos familias.

Al señalar el incesto entre dioses, monarcas y héroes, también contribuimos a rebatir otra argumentación tendente a explicar biológicamente el horror ante el incesto, reduciéndolo a una nebulosa noción instintiva acerca del perjuicio de la consanguinidad. Pero ni siquiera se ha establecido que la consanguinidad involucre un peligro de daño genésico, y mucho menos aún que los primitivos lo hubiesen reconocido, defendiéndose contra él. La incertidumbre, al establecer los grados de parentesco permitidos y prohibidos, tampoco habla en favor de un pretendido «sentimiento natural» como base del horror al incesto.

Nuestra reconstrucción de la prehistoria nos impone, en cambio, otra explicación. El precepto de la exogamia, cuya expresión negativa es el horror al incesto, respondía a la voluntad del padre y la perpetuaba una vez eliminado éste. De ahí la potencia de su acento afectivo y la imposibilidad de fundamentarlo racionalmente, es decir, su carácter sagrado. Confiamos en que la investigación de todos los casos restantes de prohibición sagrada nos habrán de llevar al mismo resultado que alcanzamos en el caso del horror al incesto: que lo sagrado no es, originalmente, sino la perpetuada voluntad del protopadre. Con ello quedaría aclarada también la hasta ahora inexplicable ambivalencia de los términos que expresan la noción de lo sacro. Trátase de la misma ambivalencia que domina, en general, la relación con el padre. *Sacer* no sólo significa «sagrado», «santificado», sino también algo que sólo atinamos a traducir por «abyecto», «execrable» *(auri sacra fames)*[2461]. Mas la voluntad paterna no sólo era algo que no se debía tocar, algo acreedor a todos los honores, sino también algo que sobrecogía de horror, pues exigía una dolorosa renuncia instintual. Si recordamos una vez más que Moisés «santificó» a su pueblo imponiéndole la costumbre de la circuncisión, comprenderemos ahora el sentido profundo de aquella palabra, pues la

circuncisión es el sustituto simbólico de la castración que el protopadre, en el apogeo de su poder, había impuesto otrora a los hijos, y quien aceptara este símbolo mostraba con ello estar dispuesto a doblegarse ante la voluntad del padre, aunque éste le exigiera el más doloroso de los sacrificios.

Volviendo al terreno de la ética, podemos decir, en conclusión, lo siguiente: parte de sus preceptos se justifican racionalmente por la necesidad de limitar los derechos de la comunidad frente a los del individuo, los del individuo frente a los de la comunidad y los de los individuos entre sí. Pero cuanto nos parece grandioso, enigmático y místicamente obvio en la ética debe tal carácter a su vínculo con la religión, a su origen de la voluntad del padre.

E) **La verdad de la religión**

¡Cuán envidiable nos parece a nosotros, pobres de fe, el investigador convencido de que existe un Ser Supremo! Para este magno espíritu el mundo no ofrece problemas, pues él mismo es quien ha creado todo lo que contiene. ¡Cuán amplias, agotadoras y definitivas son las doctrinas de los creyentes, comparadas con las penosas, mezquinas y fragmentarias tentativas de explicación que constituyen nuestro máximo rendimiento! El espíritu divino, que por sí mismo es el ideal de perfección ética, inculcó a los hombres el conocimiento de este ideal y al mismo tiempo el anhelo de identificarse con él. Los hombres perciben en forma inmediata qué es más noble y elevado, qué es más bajo y deleznable. Sus sentimientos se ajustan a la respectiva distancia que los separa de su ideal. Experimentan gran satisfacción cuando se le aproximan, cual si se encontrasen en perihelio, y sufren doloroso displacer cuando, en afelio, se han alejado de él. Todo esto sería así de simple e inconmovible; pero no podemos menos de lamentar si ciertas experiencias de la vida y observaciones del mundo nos impiden aceptar la existencia de semejante Ser Supremo. Cual si el mundo no ofreciera ya bastantes enigmas, se nos impone así la nueva tarea de comprender cómo pudieron adquirir esos hombres la creencia en el Ser Divino y de dónde ha tomado esa fe su enorme poderío, que triunfa sobre «la Razón y la Ciencia[2462]».

Volvamos al problema más modesto que nos viene ocupando.

Tratábamos de explicar de dónde procede el enigmático carácter del pueblo judío, que quizá también haya permitido su subsistencia hasta nuestros días. Comprobamos que el hombre Moisés plasmó ese carácter al dar a los judíos una religión que exaltó su autoestima en grado tal que los hizo creerse superiores a todos los restantes pueblos. Luego subsistieron manteniéndose apartados de los demás, y peo importaron en ello los mestizajes, pues lo que perpetuaba su cohesión era un factor ideal: el poseer en común ciertos valores intelectuales y emocionales. La religión mosaica tuvo tales efectos porque: 1) permitió al pueblo participar de la grandeza que ostentaba su nueva representación de Dios; 2) afirmó que este pueblo sería el elegido de ese Dios excelso, quien lo habría destinado a recibir las pruebas de su particular favor; 3) impuso al pueblo un progreso en la espiritualidad que, harto importante de por sí, le abrió además el camino hacia la valoración del trabajo intelectual y a nuevas renuncias instintuales.

He aquí el resultado alcanzado, que no podemos dejar de admitirlo— nos decepciona en cierto modo, aunque no quisiéramos retirar ninguno de sus puntos. Pero las motivaciones no corresponden, por así decirlo, a las consecuencias; el hecho que intentamos explicar parece ser de magnitud distinta a cuanto adujimos para explicarlo. ¿Acaso sería posible que nuestras investigaciones precedentes no hubiesen revelado toda la motivación, sino tan sólo una capa en cierta manera superficial, y que tras ésta aún se oculte otro factor muy importante? Teniendo en cuenta la extraordinaria complicación de todas las motivaciones que presentan la vida y la Historia, bien podemos aceptarlo así.

En determinado punto de las disquisiciones anteriores se nos abre el acceso a estos motivos recónditos. La religión de Moisés no ejerció su efecto en forma inmediata, sino de una manera extrañamente indirecta. Con ello no queremos decir que no haya actuado inmediatamente, que necesitase largas épocas, siglos aún, para desplegar toda su repercusión, pues esto se sobreentiende, ya que se trata de plasmar un carácter étnico. Nuestra salvedad se refiere, por el contrario, a un hecho que hemos tomado de la historia de la religión judía o, si se quiere, que hemos incluido en ella. Dijimos que el pueblo judío rechazó luego de cierto tiempo la religión mosaica, sin que logremos establecer si la repulsa fue completa o si se conservaron algunos de

sus preceptos. Al aceptar que durante el largo período de la conquista de Canaán y de la lucha con los pueblos que allí habitaban, la religión de Jahve no discrepaba esencialmente de la adoración de los otros *Baalim*, nos encontramos en pleno terreno histórico, pese a todos los esfuerzos tendenciosos ulteriores para ocultar esta vergonzosa circunstancia. Pero la religión de Moisés no pereció sin dejar rastros, sino que se conservó de ella una especie de recuerdo, oscuro y deformado, quizá apoyado, entre algunos miembros de la casta sacerdotal, por antiguas crónicas escritas. Y fue esta tradición de un pasado grandioso la que siguió actuando desde el fondo, la que adquirió cada vez mayor dominio sobre los espíritus y la que por fin logró convertir al dios Jahve en el Dios de Moisés, despertando a nueva vida la religión mosaica, instituida largos siglos atrás y luego abandonada.

En un capítulo anterior de este trabajo hemos considerado la hipótesis que sería preciso aceptar para que se nos tornase comprensible semejante efecto de la tradición.

F) **El retorno de lo reprimido**

Ahora bien: entre los fenómenos de la vida psíquica que nos ha revelado la investigación analítica hay muchos semejantes al que acabamos de exponer. Parte de ellos son calificados de patológicos, y otros corresponden a los múltiples matices de la normalidad. Pero esta diferenciación no tiene primordial importancia, pues los límites entre ambos territorios no han sido trazados con nitidez, los mecanismos son ampliamente idénticos en ambos y, por otra parte, es mucho más importante establecer si los trastornos correspondientes se llevan a cabo en el propio yo o si se enfrentan a éste cual si fueran extraños, caso en el que se los denomina *síntomas*. Del cuantioso material destacó, ante todo, los ejemplos que se refieren al desarrollo del carácter.

Una joven adolescente se ha colocado en la más decidida contradicción con su madre, expresando todas las cualidades que a ésta le faltan y evitando cuanto podría recordarle a la madre. Podemos agregar que en años muy tempranos estableció, como toda niña, una identificación con la madre, y que ahora se rebela enérgicamente contra ésta. Pero cuando esta niña llega a

casarse y se convierte, a su vez, en esposa y madre, no nos asombraremos al comprobar que comienza a parecerse cada vez más a su mal querida progenitora, hasta que por fin se restablece inconfundiblemente la superada identificación materna. Lo mismo sucede también en los varones, y aun el gran Goethe, que en su época genial seguramente menospreció al rígido y pedantesco padre, desarrolló en su vejez rasgos correspondientes al carácter de éste. Tal evolución puede ser aún más notable cuando la contradicción entre ambas personas ha sido muy aguda. Un joven que haya sufrido el destino de criarse junto a un padre indigno podrá convertirse al principio, por oposición, en un hombre activo, formal y honorable. Mas en la cumbre de la vida su carácter cambiará de pronto, y desde entonces se conducirá como si hubiera tomado por modelo a ese mismo padre. Para no perder el conexo con nuestro tema debemos tener presente que al comienzo de semejante desarrollo siempre se encuentra una precoz identificación infantil con el padre, que más tarde será rechazada, aun sobrecompensada, para imponerse de nuevo en definitiva.

Desde hace tiempo ha pasado al conocimiento general el hecho de que las vivencias de los primeros cinco años de la infancia ejercen una influencia determinante sobre la vida, a la que nada de lo que sucede ulteriormente puede oponerse. Muchas cosas interesantes se podrían decir sobre la forma en que estas impresiones tempranas se imponen frente a todas las influencias de los períodos más maduros de la vida; pero tales consideraciones no tendrían injerencia en nuestro tema. En cambio, quizá sea algo menos conocida la circunstancia de que la influencia más poderosa, de tipo compulsivo, procede de aquellas impresiones que afectan al niño en una época en que aún no podemos aceptar que su aparato psíquico tenga plena capacidad receptiva. Este hecho no admite la menor duda; pero es tan extraño que habremos de facilitarnos su comprensión comparándolo con una placa fotográfica, que puede ser revelada y convertida en imagen al cabo de un intervalo arbitrario. Con todo, advertimos complacidos que un poeta dotado de una gran fantasía ya anticipó, con la osadía permitida a los literatos, este descubrimiento nuestro, que nos ocasiona tal incomodidad. E. T. A. Hoffmann solía atribuir la riqueza de imágenes que se le ofrecían en sus creaciones a la rápida sucesión de figuras e impresiones percibidas durante un viaje de varias

semanas en diligencia que realizara cuando aún era lactante. No es preciso, salvo en sueños, que los niños recuerden jamás cuanto vivenciaron, sin comprenderlo, a la edad de dos años. Sólo pueden llegar a conocerlo mediante un tratamiento psicoanalítico; pero, en todo caso, esos recuerdos invaden alguna vez su vida en una época posterior bajo la forma de impulsos obsesivos que dirigen sus actos, que les imponen simpatías y antipatías, que deciden muchas veces su elección amorosa, tan frecuentemente inexplicable por el raciocinio. No podemos dejar de reconocer los dos puntos en que estos hechos tocan nuestro problema. Primero, en lo remoto del tiempo[2463], que aquí reconocemos como factor realmente decisivo; segundo, en el particular carácter del recuerdo de esas vivencias infantiles, que cabe calificar de «inconsciente». Suponemos que este último es análogo al estado que desearíamos atribuir a la tradición conservada en la vida psíquica de un pueblo, aunque, desde luego, no fue fácil introducir la noción de lo inconsciente en la psicología de las masas.

Los mecanismos que llevan a la formación de las neurosis ofrecen constantes analogías para los fenómenos que investigamos. También aquí las vivencias decisivas corresponden a épocas tempranas de la infancia; pero en este caso el acento no cae en el tiempo, sino en el proceso que se opone a la vivencia, es decir, en la reacción contra la misma. En términos esquemáticos es dable afirmar lo siguiente: por efecto de cierta vivencia surge una exigencia instintiva que busca satisfacción; el *yo* niega esta satisfacción, ya sea porque es paralizado por la magnitud de la exigencia o porque reconoce en ella un peligro. La primera de estas condiciones es la más primitiva; pero ambas tienden por igual a evitar una situación peligrosa. El *yo* se defiende contra el peligro mediante el proceso de la represión. El impulso instintivo es inhibido de alguna manera y su motivación es olvidada, junto con las percepciones y representaciones que le corresponden. Pero con ello no ha concluido el proceso, pues el instinto ha conservado su potencia, o bien la vuelve a concentrar, o bien vuelve a animarse bajo una nueva motivación. En tal caso renueva su pretensión y, quedándosele bloqueado el camino hacia la satisfacción normal por lo que podríamos llamar la «cicatriz de la represión», se abre una nueva vía en otro punto más débil, alcanzando una denominada satisfacción sustitutiva, que a su vez se manifiesta, como síntoma, sin contar

con el beneplácito, pero tampoco con la comprensión del *yo*. Todos los fenómenos de la formación de síntomas pueden ser descritos muy justificadamente como «retornos de lo reprimido». Pero su carácter distintivo reside en la profunda deformación que sufre lo retornado en comparación con su contenido original. Quizá se opine que con este último grupo de hechos nos hemos alejado demasiado de la analogía con la tradición; pero no nos arrepentiremos de que tal digresión nos haya acercado a los problemas de la renuncia instintual.

G) **La verdad histórica**

Hemos emprendido todas estas excursiones psicológicas, a fin de comprender mejor el hecho de que la religión de Moisés sólo llegara a ejercer su influencia sobre el pueblo judío una vez que se hubo convertido en una tradición. Con todo, quizá no hayamos alcanzado así más que una mera probabilidad. Aceptemos, no obstante, que hubiésemos establecido una demostración rotunda; aun así, subsistiría la impresión de que sólo cumplimos el aspecto cualitativo, pero no el cuantitativo del problema. Todo lo que está relacionado con el origen de una religión —y seguramente también con el de la judía— posee algo grandioso que no ha sido captado por nuestras precedentes explicaciones. Tendría que intervenir aún otro factor que tuviese pocas analogías y ningún símil; algo único y de la misma magnitud que su producto, que la propia religión.

Tratemos de abordar el asunto desde el lado opuesto. Comprendemos que el hombre primitivo necesite un dios como creador del universo, como cabeza de la tribu y como tutelar personal. Este dios es situado allende los padres muertos, de quienes la tradición todavía tiene algo que decir. El hombre de épocas más recientes, el de nuestros días, se conduce de idéntica manera. También él, aun como adulto, sigue siendo infantil y necesitado de protección; considera imposible prescindir del apoyo prestado por su dios. Todo esto es incontestable; pero no es tan fácil comprender por qué sólo ha de existir un dios único, por qué el progreso del henoteísmo al monoteísmo tiene precisamente tan inmensa importancia. Como ya hemos explicado, el creyente participa sin duda en la grandeza de su dios, y cuanto más grandioso

sea éste, tanto más segura será la protección que pueda dispensarle. Pero el poderío de un dios no presupone necesariamente su singularidad. Muchos pueblos sólo lograron magnificar a su dios supremo, haciéndole dominar a otras divinidades subordinadas, y no consideraban que su grandeza fuese menoscabada por el hecho de que existieran otros dioses junto a él. Además, al universalizarse el Dios único y al preocuparse éste de todos los pueblos, de todos los países, se debía sacrificar necesariamente una parte de la íntima relación mantenida con él. En cierto modo tornábase necesario compartir su Dios con los extranjeros, compensándose por ello con la reserva de creerse el hijo predilecto. Aun podríase aducir que la concepción del Dios único implica, en sí misma, un progreso hacia la espiritualidad; pero no es posible estimar tan alto la importancia de este factor.

Los creyentes piadosos conocen, sin embargo, una manera de colmar esta evidente laguna de nuestra motivación. En efecto, nos dicen que la idea de un Dios único habría ejercido tan abrumador efecto sobre la Humanidad simplemente porque sería una parte de la *verdad* eterna, de una verdad que, oculta durante largo tiempo, manifestóse por fin y necesariamente hubo de asumir entonces una influencia arrolladora. Debemos admitir que por fin se nos presenta un elemento de magnitud adecuada a la del tema tratado, tanto como a la del efecto ejercido.

También nosotros quisiéramos adoptar esta solución, mas tropezamos con una reserva. El argumento religioso se funda en una premisa optimista e idealista. En general, el intelecto humano no ha demostrado tener una intuición muy fina para la verdad, ni la mente humana ha mostrado una particular tendencia a aceptarla. Más bien, por el contrario, hemos comprobado siempre que nuestro intelecto yerra muy fácilmente, sin que lo sospechemos siquiera, y que nada es creído con tal facilidad como lo que, sin consideración alguna por la verdad, viene al encuentro de nuestras ilusiones y de nuestros deseos. He aquí por qué debemos restringir nuestra admisión del argumento religioso. También nosotros creemos que éste contiene la verdad, pero no la verdad *material*, sino la *histórica*. Además, nos reservamos el derecho a corregir cierta distorsión que esta verdad sufrió en el curso de su retorno. En efecto, no creemos que «exista» hoy un Dios único y grande, sino que en tiempos protohistóricos existió un único personaje que a la sazón

debió parecer supremo y que, exaltado a la categoría divina, retornó luego en la memoria de los seres humanos.

Hemos aceptado que la religión de Moisés fue primero rechazada y parcialmente olvidada, pero que más tarde irrumpió nuevamente en el pueblo bajo la forma de una tradición. Ahora suponemos que este proceso habría sido ya entonces la repetición de uno anterior. Cuando Moisés impartió a su pueblo la idea de un Dios único, no le traía nada nuevo, sino algo que significaba la reanimación de una vivencia perteneciente a los tiempos primordiales de la familia humana, una vivencia que largo tiempo atrás habíase extinguido en el recuerdo consciente de los hombres. Pero esa vivencia había sido tan importante, había producido —o, al menos, preparado — transformaciones tan decisivas en la vida humana, que es forzoso creer que haya dejado en el alma del hombre alguna traza permanente, algo comparable a una tradición.

Los psicoanálisis individuales nos han enseñado que las primeras impresiones recibidas por el niño a una edad en que apenas tiene la capacidad del habla se manifiestan alguna vez a través de efectos de carácter obsesivo, sin que ellas mismas lleguen a ser conscientemente recordadas. Creemos que idénticas condiciones deben regir para las primeras experiencias de la Humanidad. Uno de aquellos efectos sería la emergencia de la noción de un gran Dios único, que cabe aceptar como un recuerdo; un recuerdo deformado, pero un recuerdo al fin. Dicha noción tiene carácter compulsivo, simplemente *debe* ser creída. En la medida en que alcanza su deformación, cabe designarla como *delirio*; en la medida en que alberga el retorno de lo reprimido, débese considerarla como *verdad*. También el delirio psiquiátrico aloja una partícula de verdad, y la convicción del enfermo se expande desde esta verdad hacia toda la envoltura delirante.

Cuanto expongo en las páginas siguientes, hasta finalizar este estudio, es una repetición escasamente alterada de la primera parte.

En 1912, en mi obra *Totem y tabú* traté de reconstruir la situación arcaica de la cual emanaron tales efectos. Recurrí con ese fin a ciertas reflexiones teóricas de Charles Darwin, de Atkinson y especialmente de W. Robertson

Smith, combinándolas con hallazgos y sugerencias de la práctica psicoanalítica. De Darwin tomé la hipótesis de que el hombre vivió originalmente en pequeñas hordas, cada una dominada brutalmente por un macho de cierta edad, que se apropiaba todas las hembras y castigaba o mataba a todos los machos jóvenes, incluso a sus propios hijos. De Atkinson procede la segunda parte de esta descripción: dicho sistema patriarcal tocó a su fin en una rebelión de los hijos, que se aliaron contra el padre, lo dominaron y devoraron su cuerpo en común. Siguiendo la teoría totémica de Robertson Smith, admití que la horda paterna cedió luego el lugar al clan fraterno totemístico. Para poder vivir unidos en paz, los hermanos victoriosos renunciaron a las mujeres, a las mismas por las cuales habían muerto al padre, y aceptaron someterse a la exogamia. El poder del padre estaba destruido; la familia se organizó de acuerdo con el sistema matriarcal. La actitud afectiva ambivalente de los hijos hacia al padre se mantuvo en vigencia durante toda la evolución ulterior. En lugar del padre se erigió a determinado animal como totem, aceptándolo como antecesor colectivo y como genio tutelar; nadie podía dañarlo o matarlo; pero una vez en el año toda la comunidad masculina se reunía en un banquete, en el que el totem, hasta entonces reverenciado, era despedazado y comido en común. A nadie se le permitía abstenerse de este banquete, que representaba la repetición solemne del parricidio, origen del orden social, de la leyes morales y de la religión. Muchos autores antes que yo advirtieron la notable correspondencia entre el banquete totémico de Robertson Smith y la comunión cristiana.

Aún hoy sigo manteniendo esta construcción teórica. Repetidamente se me han hecho violentos reproches por no haber modificado mis opiniones en ediciones ulteriores de la citada obra, ya que los etnólogos más recientes han descartado sin excepción las concepciones de Robertson Smith, reemplazándolas por otras teorías totalmente distintas. Puedo replicar que conozco a la perfección estos presuntos adelantos; pero no estoy convencido de su exactitud ni de los errores de Robertson Smith. Una contradicción no siempre significa una refutación; una nueva teoría no denota necesariamente un progreso. Pero, ante todo, yo no soy etnólogo, sino psicoanalista. Tengo el derecho de tomar de la literatura etnológica cuanto pueda aplicar a la labor analítica. Los trabajos del genial Robertson Smith me han provisto de

valiosos puntos de contacto con el material psicológico del análisis y sugerencias para su aplicación. No podría decir lo mismo de los estudios de sus opositores.

H) **El desarrollo histórico**

No me es posible reproducir aquí detalladamente el contenido de *Totem y tabú*; pero debo tratar de cerrar el largo hiato entre aquellos sucesos protohistóricos que hemos supuesto y el triunfo del monoteísmo en épocas históricas. Una vez establecida la combinación de horda fraterna, matriarcado, exogamia y totemismo, comenzó un desarrollo que podemos describir como un lento «retorno de lo reprimido». El término «lo reprimido» es aplicado aquí en una significación impropia, no en su sentido técnico. Trátase de algo pasado, desaparecido, superado en la vida de un pueblo, algo que me aventuro a equiparar a lo reprimido en la vida psíquica individual. Por ahora no podríamos decir en qué forma psicológica subsiste eso, lo pasado, durante el lapso de su latencia. No es fácil trasladar los conceptos de la psicología individual a la psicología de las masas, y por mi parte no creo que se adelantaría mucho adoptando el concepto de un inconsciente «colectivo». De por sí, el contenido del inconsciente es ya colectivo, es patrimonio universal de la Humanidad. Así, por el momento, habremos de conformarnos con aplicar analogías. Los procesos que aquí estudiamos en la vida de un pueblo son muy similares a los que hemos llegado a conocer en la psicopatología, pero no son exactamente los mismos. Nos vemos obligados a concluir que los sedimentos psíquicos de aquellos tiempos primordiales se convirtieron en una herencia que en cada nueva generación sólo precisa ser reanimada, pero no adquirida. Adoptamos tal conclusión teniendo presente el ejemplo del simbolismo, sin duda alguna innato, que data de la época en que se desarrolló el lenguaje, que es familiar a todos los niños sin necesidad de haber sido instruidos al efecto, y que es uno y el mismo en todos los pueblos, a pesar de todas las diferencias idiomáticas. Lo que aún pueda faltarnos para estar seguros de nuestra conclusión nos lo ofrecen otros resultados de la investigación psicoanalítica, al demostrarnos que en una serie de significativas relaciones los niños no reaccionan de acuerdo con sus propias

vivencias, sino de manera instintiva, a semejanza de los animales, de un modo sólo explicable por la herencia filogenética.

El retorno de lo reprimido se lleva a cabo lentamente; por cierto que no ocurre espontáneamente, sino bajo la influencia de todos los cambios de las condiciones de vida que tanto abundan en la historia de la cultura. En este trabajo no podemos examinar las circunstancias de que depende ni ofrecer algo más que una enumeración fragmentaria de las etapas de este retomo. El padre vuelve a ser la cabeza de la familia, pero ya no tiene la omnipotencia del protopadre en la horda primitiva. El animal totémico cede su plaza al dios, a través de transiciones que aún son claramente reconocibles. Primero, el dios antropomorfo sigue portando cabeza de animal; luego tiene una preferencia por metamorfosearse en este determinado animal; más tarde aún, dicho animal se toma sagrado y se convierte en su compañero favorito, o bien se acepta que el dios ha matado a ese animal y lleva un sobrenombre correspondiente. Entre el animal totémico y el dios aparece el héroe, a menudo como etapa previa de la deificación. La noción de una divinidad suprema parece haber surgido muy tempranamente, al principio en forma sólo nebulosa y sin conexión alguna con los intereses cotidianos del hombre. Al fundirse las tribus y los pueblos para formar unidades más vastas, también los dioses se organizan en familias, en jerarquías. A menudo uno de ellos es erigido en dueño y señor de dioses y de hombres. No es sino a tientas y paulatinamente como se da entonces el paso siguiente hacia la adoración de un solo Dios, y por fin prodúcese la decisión de conceder todo el poder al Dios único y de no tolerar otros dioses junto a él. Sólo entonces quedó restablecida toda la grandeza del protopadre de la horda primitiva: los afectos a él dirigidos podían entonces repetirse.

El primer efecto del reencuentro con aquel ser perdido y anhelado durante tan largo tiempo fue tremendo, correspondiendo exactamente a la descripción que de él nos ha dejado la tradición de la entrega de la Ley en el monte Sinai. Admiración, sobrecogimiento y gratitud por haber caído en gracia ante sus ojos: la religión de Moisés conoce únicamente tales sentimientos positivos frente al Dios Padre. La convicción de que su poder es irresistible, la sumisión bajo su voluntad, no pueden haber sido más incondicionales en el inerme e intimidado hijo del protopadre de la horda, al punto de que sólo

trasladándonos al medio primitivo e infantil atinamos a comprenderlas plenamente. Los sentimientos infantiles poseen una intensidad y una profundidad inmensamente mayores que los del adulto, y sólo el éxtasis religioso puede ser tan exhaustivo. Así, un rapto de devoción a Dios es la primera reacción ante el regreso del gran Padre.

Con ello queda fijada para lo sucesivo la dirección que seguirá esta religión patrística, pero su desarrollo no quedó con ello agotado. La esencia misma de la relación paterno-filial incluye la ambivalencia; por tanto, en el curso de los tiempos tuvo que reanimarse por fuerza aquella hostilidad que otrora había impulsado a los hijos al asesinato del admirado y temido padre. En el marco de la propia religión de Moisés no podía tener cabida la expresión directa del odio parricida: sólo podía manifestarse una poderosa reacción contra el mismo, una consciencia de culpabilidad por esta hostilidad, los remordimientos de conciencia por haber pecado contra Dios y por seguir pecando. Este sentimiento de culpabilidad, que los profetas avivaron incansablemente y que no tardó en convertirse en parte integrante del sistema religioso, reconocía otra motivación más superficial que velaba hábilmente su verdadero origen. El pueblo halló su camino sembrado de duros azares; las esperanzas puestas en el favor de Dios tardaban en realizarse; no era fácil en estas condiciones seguir aferrándose a la ilusión de ser el pueblo elegido de Dios. Si no querían renunciar a tal felicidad, entonces la conciencia de culpa por la propia pecaminosidad ofrecía una oportuna excusa para explicar la dureza de Dios. No merecían nada mejor que ser castigados por El, porque no observaban sus mandamientos; la necesidad de satisfacer este sentimiento de culpabilidad —un sentimiento insaciable, alimentado por fuentes mucho más profundas— obligaba a hacer esos mandamientos cada vez más estrictos, más rigurosos y también más mezquinos. En un nuevo rapto de ascetismo moral, los judíos se impusieron renuncias instintuales constantemente renovadas, alcanzando así, por lo menos en sus doctrinas y en sus preceptos, alturas éticas que habían quedado vedadas a todos los demás pueblos de la antigüedad. Muchos judíos vieron en estas altas aspiraciones la segunda característica fundamental y la segunda gran obra de su religión. Nuestra investigación está destinada a demostrar cómo ellas se hallan vinculadas con la primera, con la concepción de un Dios único. Pero dicha ética no logra

ocultar su origen de un sentimiento de culpabilidad por la hostilidad contenida contra Dios. Lleva estampado el sello de lo inconcluso y de lo que no puede ser concluido, que caracteriza las formaciones reactivas de la neurosis obsesiva; adviértese también que sirve a los fines ocultos de la necesidad de castigo.

La evolución ulterior trasciende del judaismo. Todo lo demás que resurgió de la tragedia del protopadre ya no se conciliaba en modo alguno con la religión de Moisés. Mucho hacía que la consciencia de culpabilidad de aquellos tiempos había dejado de limitarse al pueblo judío: habíase apoderado de todos los pueblos del Mediterráneo como un sordo malestar, como una premonición cataclísmica cuyo motivo nadie acertaba a indicar. La historiografía moderna habla de un envejecimiento de la cultura antigua: yo creo que sólo ha llegado a captar las causas ocasionales y accesorias de aquella distimia colectiva. Fue también el judaismo el que despejó esa opresiva situación. En efecto, a pesar de los múltiples brotes y asomos de esa idea en los diversos pueblos, fue en la mente de un judío, de Saulo de Tarso —llamado Pablo como ciudadano romano—, en la que por vez primera surgió el reconocimiento: «Nosotros somos tan desgraciados porque hemos matado a Dios Padre». Es plenamente comprensible que no atinara a captar esta parte de la verdad, sino bajo el disfraz delirante del alborozado mensaje: «Estamos redimidos de toda culpa desde que uno de los nuestros rindió su vida para expiar nuestros pecados». En esta formulación, naturalmente, no se mencionaba el asesinato de Dios; pero un crimen que debía ser expiado por una muerte sacrificial, sólo podía haber sido un asesinato. Además, la conexión entre el delirio y la verdad histórica quedaba establecida por la aseveración de que la víctima propiciatoria no había sido otra sino el propio Hijo de Dios. La fuerza que esta nueva fe derivó de su arraigo en la verdad histórica le permitió barrer todos los obstáculos; en lugar de la gozosa sensación de ser el pueblo elegido, aparecía ahora la liberadora redención. El hecho mismo del parricidio empero, al retornar al recuerdo de la Humanidad, tuvo que superar obstáculos mucho mayores que aquel otro hecho, contenido esencial del monoteísmo; también tuvo que sufrir una deformación más profunda. El innominable crimen fue así sustituido por la nebulosa concepción de un pecado original.

El pecado original y la redención a través de la muerte sacrificial se convirtieron en los pilares de la nueva religión fundada por Pablo. Cabe dejar planteada, pero irresuelta, la cuestión de si en la horda fraterna que se sublevó contra el protopadre existió realmente un caudillo e instigador del parricidio, o si esta figura fue creada ulteriormente por la fantasía de los poetas, con el fin de heroificarse a sí mismos, identificados con el personaje, siendo luego incorporada a la tradición. Una vez que la doctrina cristiana hubo roto el marco del judaismo, asimiló elementos de muchas otras fuentes, renunció a muchos rasgos del monoteísmo puro y se adaptó en abundantes particularidades a los rituales de los restantes pueblos mediterráneos. Sucedió como si Egipto se quisiera vengar nuevamente en los herederos de Ikhnaton. Es notable la manera en que la nueva religión enfrentó la vieja ambivalencia contenida en la relación paterno-filial. Si bien es cierto que su contenido esencial era la reconciliación con Dios Padre, la expiación del crimen que en él se había cometido, no es menos cierto que la otra faz de la relación afectiva se manifestó en que el Hijo, el que había asumido la expiación, convirtióse a su vez en Dios junto al Padre y, en realidad, en lugar del Padre. Surgido de una religión del Padre, el cristianismo se convirtió en una religión del Hijo. No pudo eludir, pues, el aciago destino de tener que eliminar al Padre.

Sólo una parte del pueblo judío aceptó la nueva doctrina. Quienes la rechazaron siguen llamándose, todavía hoy, judíos, y por esa decisión se han separado del resto de la Humanidad aún más agudamente que antes. Tuvieron que sufrir de la nueva comunidad religiosa —que además de los judíos incorporó a los egipcios, griegos, sirios, romanos y, finalmente, también a los germanos— el reproche de haber asesinado a Dios. En su versión completa, este reproche se expresaría así: «No quieren admitir que han matado a Dios, mientras que nosotros lo admitimos y hemos sido redimidos de esa culpa». Adviértese entonces cuánta verdad se oculta tras este reproche. Por qué a los judíos les fue imposible participar en el progreso implícito en dicha confesión del asesinato de Dios, a pesar de todas sus distorsiones, es un problema que bien podría constituir el tema de un estudio especial. Con ello, en cierto modo, los judíos han tomado sobre sus hombros una culpa trágica que se les ha hecho expiar con la mayor severidad.

Nuestra investigación quizá haya arrojado alguna luz sobre el problema de cómo los judíos adquirieron las cualidades que los caracterizan. Mucho menos hemos logrado iluminar la cuestión de cómo pudieron conservar hasta la fecha su individualidad. No sería razonable, empero, exigir o esperar respuestas exhaustivas de tales enigmas. Cuanto yo puedo aportar a su esclarecimiento es una mera contribución, cuyo valor habrá de ser juzgado teniendo en cuenta las limitaciones críticas con que inicié este trabajo.

CLXXXVIII

LA SUTILEZA DE UN ACTO FALLIDO[2464]

1935

HALLÁBAME preparando un obsequio de cumpleaños para una amiga mía[2465], una pequeña gema grabada que debía ser engarzada en un anillo. Estaba adherida al centro de una cartulina sobre la cual escribí las siguientes palabras: «Vale para el joyero L., por un anillo de oro a confeccionar… para la piedra adjunta, que lleva grabado un barco con velas y remos». Donde en esta leyenda aparecen los puntos suspensivos, o sea, entre las palabras «confeccionar» y «para», había una palabra que me vi obligado a tachar por ser totalmente ajena al contexto. Era la pequeña palabra *bis* [«hasta» en alemán], ¿Qué pudo haberme inducido a escribirla? Al releer esta breve inscripción advierto que contiene dos veces la palabra *für* [«para»] en rápida sucesión: «Vale *para* el joyero… *para* la piedra adjunta». Eso no quedaba bien y debía ser corregido. Luego se me ocurrió que al insertar el *bis* en lugar del *für* trataba de evitar esa torpeza estilística. Sin duda era así, pero en dicho intento aplicaba medios particularmente inadecuados a tal fin. La preposición *bis* no guardaba la menor relación con este contexto y no podía sustituir el inevitable *für*. ¿Por qué entonces elegí precisamente ese *bis*? Posiblemente, empero, la palabrita *bis* no fuese en modo alguno la conocida preposición limitativa de tiempo, sino algo totalmente distinto: es también, en efecto, la palabra latina *bis* («por segunda vez»), que con este mismo significado se conserva aún en francés. *Ne bis in idem* [«No efectuar dos

veces el mismo procedimiento»] es una máxima del Derecho romano, y *¡bis, bis!* exclaman los franceses cuando desean que se repita una representación. He aquí, pues, la explicación de mi absurdo error de escritura. Antes del segundo *für* percibí la advertencia de no repetir la misma palabra, o sea, de poner alguna otra en su lugar. La casual identidad fonética entre la palabra foránea *bis* y la preposición alemana, que incluye la crítica de la fraseología original, me permitió entonces insertar el *bis* en lugar del *für*, como si se tratara de un error de escritura. Pero esta equivocación no logró su propósito al ser efectuada, sino sólo una vez que fue corregida. Tuve que volver a tachar el *bis*, y al hacerlo eliminé en cierto modo por mí mismo la repetición que me molestaba. He aquí, sin duda, una variante del mecanismo de un acto fallido que no deja de tener interés.

Me sentía muy satisfecho con esta solución, pero en los autoanálisis es particularmente grande el peligro de detenerse en algo incompleto. La conformidad con una explicación parcial es harto tentadora, pues la resistencia fácilmente puede retener tras aquélla algo que quizá sea mucho más importante. Así, cuando le narré este pequeño análisis a mi hija, ella encontró al punto su continuación: «Pero si tú ya le regalaste antes a esa persona una gema semejante para un anillo. Probablemente sea ésa la repetición que quieres evitar. A nadie le gusta hacer siempre el mismo regalo». Esta argumentación me convenció, y advertí que se trata evidentemente de una objeción contra la repetición del mismo regalo y no de la misma palabra. Esto último no era más que un desplazamiento a algo insignificante, con el objeto de apartarme de algo más importante. Una dificultad estética quizá en lugar de un conflicto instintual.

En efecto, es fácil descubrir la siguiente continuación. Busco un motivo para no regalar esa piedra, y el motivo se me presenta en la reflexión de que ya he regalado una vez lo mismo, o algo muy parecido. ¿Por qué debe ocultarse y disfrazarse esta objeción? No tardo en advertir el motivo: es que ni siquiera quiero regalar esta piedra; a mí mismo me gusta demasiado. La explicación de este acto fallido no ha ofrecido grandes dificultades. Pronto se me ocurre también una reflexión consoladora: las reservas de esta especie sólo aumentan el valor de un regalo. ¿Qué regalo sería aquel que no nos diese o procurase un poco de pena dar? Con todo, esto me permitió comprender

una vez más cuán complicados pueden ser los procesos psíquicos más insignificantes y simples en apariencia. Me equivoqué al anotar algo; puse un *bis* donde sólo cabía un *für*; lo advertí y lo corregí; un pequeño error —en realidad sólo el intento de un error— y, sin embargo, cuántas condiciones previas, cuántos determinantes dinámicos. Es cierto también que nada de esto habría sucedido si el material no hubiese sido particularmente favorable para su ocurrencia.

CLXXXIX

A THOMAS MANN, EN SU SESENTA ANIVERSARIO[2466]

1935

¡Querido Thomas Mann!:

Acepte usted amistosamente mi cordial expresión de afecto en su sesenta cumpleaños. Yo soy uno de sus más «viejos» lectores y admiradores; podría desearle una larga y feliz vida, como es de rigor hacerlo en semejantes ocasiones. Pero me abstengo de ello: desear no cuesta nada y me parece significar una recaída en aquellos tiempos en los cuales se creía aún en la omnipotencia mágica de los pensamientos. Además, mi propia experiencia me ha convencido de que no hemos de quejarnos si un destino compasivo limita a su debido tiempo nuestra existencia.

Tampoco considero digno de imitación el que en estas ocasiones festivas se anteponga el cariño al respeto, que se obligue al festejado a oír cómo se lo cubre de alabanzas en tanto que hombre, cómo se lo analiza y critica en tanto que artista. No quisiera hacerme culpable de semejante presunción. Pero hay algo que sí puedo permitirme: en el nombre de incontables de sus contemporáneos debo manifestarle nuestra convicción de que usted nunca haría ni diría —las palabras del poeta son, en efecto, acciones— nada que fuese cobarde o mezquino; de que usted, ni siquiera en épocas y en situaciones susceptibles de confundir el juicio, dejará de seguir el camino recto y de guiar por él a los demás.

Cordialmente suyo,

FREUD.

Junio de 1935.

CXC

UN TRASTORNO DE LA MEMORIA EN LA ACRÓPOLIS (CARTA ABIERTA A ROMAIN ROLLAND EN OCASIÓN DE SU SEPTUAGÉSIMO ANIVERSARIO)[2467]

1936

Mi querido amigo:

Perentoriamente invitado a contribuir con algún escrito mío a la celebración de su septuagésimo cumpleaños, durante largo tiempo me he esforzado por hallar algo que pudiera ser, en algún sentido, digno de usted y que atinara a expresar mi admiración por su amor a la verdad, por el coraje de sus creencias, por su afección y devoción hacia la Humanidad. Algo que, además, diera fe de mi gratitud para con un poeta que me ha procurado tanto goce y tantos momentos de exaltación. Mas fue en vano; yo soy diez años más viejo que usted, y mi capacidad de producción está agotada. Lo único que finalmente puedo ofrecerle es el regalo de un venido a menos que «ha visto una vez días mejores».

Usted sabe que mi labor científica tuvo por objeto aclarar las manifestaciones singulares, anormales o patológicas de la mente humana, es decir, reducirlas a las fuerzas psíquicas que tras ellas actúan y revelar al mismo tiempo los mecanismos que intervienen. Comencé por intentarlo en mi propia persona; luego, en los demás, y finalmente, mediante una osada

extensión, en la totalidad de la raza humana. En el curso de los últimos años surgió reiteradamente en mi recuerdo uno de esos fenómenos que hace una generación, en 1904, experimenté en mí mismo y que nunca llegué a comprender[2468]. Al principio no atiné a explicarme el motivo de la recurrencia, pero finalmente me resolví a analizar el pequeño incidente, y aquí le comunico el resultado de tal estudio. Al hacerlo debo rogarle, naturalmente, que no preste a ciertos datos de mi vida personal una atención mayor de la que en otras circunstancias merecerían.

Cada año, hacia fines de agosto o primeros de septiembre, solía yo emprender con mi hermano menor un viaje de vacaciones que duraba varias semanas y que nos llevaba a Roma, a otra región de Italia o hacia alguna parte de la costa mediterránea. Mi hermano es diez años menor que yo, o sea, que tiene la misma edad que usted, coincidencia ésta que sólo ahora me llama la atención. En ese año particular mi hermano me comunicó que sus negocios no le permitirían una ausencia prolongada, que sólo podría disponer de una semana y que tendríamos que abreviar nuestro viaje. Así, decidimos dirigirnos, pasando por Trieste, a la isla de Corfú, para permanecer allí los pocos días de nuestras vacaciones. En Trieste mi hermano visitó a un amigo de negocios allí radicado, y yo lo acompañé. Nuestro amable huésped nos preguntó también acerca de los planes de viaje que teníamos, y oyendo que pensábamos ir a Corfú, trató de disuadirnos con insistencia: «¿Qué los lleva a ir allí en esta época del año? El calor es tal que no podrán hacer nada. Será mucho mejor que vayan a Atenas. El vapor del Lloyd parte esta misma tarde; tendrán tres días para visitar la ciudad y los recogerá en el viaje de vuelta. Eso sí merece la pena y será mucho más agradable».

Al dejar a nuestro amigo triestino nos encontrábamos ambos de extraño mal humor. Discurrimos el plan que nos había propuesto, lo encontramos completamente impracticable y sólo vimos dificultades en su ejecución; también estábamos convencidos de que sin pasaportes no podríamos desembarcar en Grecia. Pasamos las horas hasta la apertura de las oficinas del Lloyd recorriendo la ciudad, descontentos e indecisos. Pero cuando llegó el momento nos acercamos a la ventanilla y compramos pasajes para Atenas

como algo natural, sin preocuparnos en lo mínimo por las supuestas dificultades y hasta sin haber comentado entre nosotros las razones de nuestra decisión. Tal conducta resultaba a todas luces enigmática. Más tarde reconocimos haber aceptado inmediatamente y de buen grado la sugerencia de ir a Atenas en lugar de Corfú. ¿Por qué entonces habíamos pasado el intervalo hasta la apertura de las oficinas de tan mal humor, imaginándonos sólo obstáculos y dificultades?

Cuando, finalmente, la tarde de nuestra llegada me encontré parado en la Acrópolis, abarcando el paisaje con la mirada, vínome de pronto el siguiente pensamiento, harto extraño: *¡De modo que todo esto realmente existe tal como lo hemos aprendido en el colegio!* Para describir la situación con mayor exactitud, la persona que expresaba esa observación se apartaba, mucho más agudamente de lo que generalmente se advierte, de otra persona que percibía dicha observación, y ambas se sentían sorprendidas, aunque no por el mismo motivo. La primera se conducía como si, bajo el impacto de una observación incuestionable, se viera obligada a creer en algo cuya realidad habíase parecido hasta entonces dudosa. Exagerando un tanto la nota, podría decir que se comportaba como alguien que, paseando a lo largo del Loch Ness de Escocia, se encontrara de pronto con el cuerpo del famoso monstruo arrojado a la playa, viéndose obligado a reconocer: «¡De modo que realmente existe esa serpiente marina en la que nunca quisimos creer!» La segunda persona, en cambio, sentíase justificadamente sorprendida, porque nunca se le había ocurrido que la existencia real de Atenas, de la Acrópolis y del paisaje circundante pudiera ser jamás objeto de duda. Esperaba oír más bien expresiones de encanto o de admiración.

Sería ahora fácil argumentar que el extraño pensamiento que se me ocurrió en la Acrópolis sólo estaría destinado a destacar el hecho de que ver algo con los propios ojos es cosa muy distinta que oír o leer al respecto. Aun así, empero, nos encontraríamos con un disfraz harto singular de un lugar común carente de interés. También podríase sostener que, si bien es cierto que siendo estudiante *creí* estar convencido de la realidad de Atenas y de su historia, dicha ocurrencia en la Acrópolis me demostró que en el inconsciente *no creí* tal cosa y que sólo ahora, en Atenas, habría llegado a adquirir una convicción «extendida también al inconsciente». Semejante explicación

suena muy profunda; pero es más fácil sustentarla que demostrarla; además, sería fácil rebatirla teóricamente. No; yo creo que ambos fenómenos —la desazón en Trieste y la ocurrencia en la Acrópolis— están íntimamente vinculados. El primero de ellos es más fácilmente inteligible y nos ayudará a explicar el segundo.

La experiencia de Trieste también es, según advierto, sólo una expresión de incredulidad. «¿Llegaremos a ver Atenas? Pero ¡si no es posible! ¡Será demasiado difícil!» La distimia acompañante correspondería entonces a la desazón por la imposibilidad: «Pero ¡habría sido tan hermoso!» Y ahora sabemos a qué atenernos. Trátase de uno de esos casos de *too good to be true*[2469] que tan bien conocemos. Es un ejemplo de ese escepticismo que surge tan a menudo cuando somos sorprendidos por una buena nueva, como la de haber acertado en la lotería, ganado un premio, o en el caso de una muchacha secretamente enamorada, la de enterarse de que el amado acaba de solicitar su mano.

Una vez comprobado un fenómeno, la primera cuestión que surge se refiere, naturalmente, a su causación. Semejante incredulidad representa, sin duda, un intento de rechazar una parte de la realidad; pero hay en él algo extraño. No nos asombraría lo más mínimo que tal intento se refiriese a una parte de la realidad que amenazara producirnos displacer: nuestro mecanismo psíquico se halla, en cierto modo, adaptado para tal objeto. Pero ¿a qué se debe semejante incredulidad frente a algo que promete, por el contrario, procurarnos sumo placer? ¡He aquí una reacción realmente paradójica! Recuerdo, empero, haberme referido cierta vez al caso similar de aquellas personas que, como entonces lo formulé, *wrecked by success*[2470]. Por regla general, las gentes enferman ante la frustración, a consecuencia del incumplimiento de una necesidad o un deseo de importancia vital. Pero en esos casos sucede precisamente lo contrario: enferman o aun son completamente aniquilados, porque se les ha realizado un deseo poderosísimo. Mas el contraste de ambas situaciones no es tan diametral como al principio parecería. En el caso paradójico sucede simplemente que una frustración interior ha venido a ocupar la plaza de la exterior. Uno no se permite a sí mismo la felicidad: la frustración interior le ordena aferrarse a la exterior. Pero ¿por qué? Porque —así reza la respuesta en cierto número de

casos— no nos atrevemos a esperar tales favores del destino. He aquí, pues, nuevamente el *too good to be true*, la expresión de un pesimismo que en muchos de nosotros parece hallar abundante cabida. Otras personas se conducen exactamente como aquellos que fracasan ante el éxito, aquejándolos un sentimiento de culpabilidad o de inferioridad que podría traducirse así: «No soy digno de tal felicidad, no la merezco». Pero, en el fondo, estas dos motivaciones se reducen a una y la misma, siendo la una sólo la proyección de la otra. En efecto, como ya hace tiempo sabemos, ese destino por el cual se espera ser tan maltratado no es sino una materialización de nuestra conciencia, del severo *super-yo* que llevamos dentro y en el cual se ha condensado la instancia punitiva de nuestra niñez.

Con esto, según creo, quedaría explicada nuestra conducta en Trieste. Simplemente, no atinábamos a creer que nos fuera deparada la felicidad de ver Atenas. La circunstancia de que la parte de realidad que pretendíamos rechazar fuese, al principio, sólo una posibilidad, determinó el carácter de nuestras reacciones inmediatas. Pero cuando nos encontramos luego en la Acrópolis, la posibilidad se había convertido en realidad, y el mismo escepticismo asumió entonces una expresión distinta, pero mucho más clara. Una versión no deformada de la misma sería ésta: «Realmente, no habría creído posible que me fuese dado contemplar a Atenas con mis propios ojos, como ahora lo hago sin duda alguna». Si recuerdo el apasionado deseo de viajar y de ver el mundo que me dominó en el colegio y posteriormente, y cuánto tardó dicho deseo en comenzar a cumplirse, no puedo asombrarme de esa repercusión que tuvo en la Acrópolis, pues yo contaba entonces cuarenta y ocho años. No pregunté a mi hermano menor si él también sentía algo parecido. Toda esa vivencia estaba dominada por cierta fascinación que había interferido ya en Trieste nuestro intercambio de ideas.

Si he adivinado correctamente el sentido de mi ocurrencia en la Acrópolis, si ésta expresaba realmente mi alborozada sorpresa por encontrarme en ese lugar, entonces surge la nueva cuestión de por qué este sentido hubo de adoptar en la ocurrencia misma un disfraz tan deformado y tan deformante.

Con todo, el contenido esencial de dicho pensamiento se conserva aún en la deformación: es el de la incredulidad. «Según el testimonio de mis

sentidos, me encuentro ahora en la Acrópolis, pero no puedo creerlo». Sin embargo, esta incredulidad, esta duda acerca de una parte de la realidad, es doblemente desplazada en su manifestación real: primero, es relegada al pasado; segundo, es transportada de mi relación con la Acrópolis a la existencia misma de la Acrópolis. Así surge algo equivalente a la afirmación de que en algún momento de mi pasado yo habría dudado de la existencia real de la Acrópolis, cosa que mi memoria rechaza por incorrecto y aun como imposible.

Las dos deformaciones implican dos problemas independientes entre sí. Podemos tratar de penetrar más profundamente en el proceso de transformación. Sin particularizar por el momento en cuanto a la manera en que me vino la ocurrencia, quiero partir de la presunción de que el factor original debe haber sido la sensación de que la situación contenía en ese momento algo inverosímil e irreal. Dicha situación comprende mi persona, la Acrópolis y mi percepción de la misma. No me es posible explicar esa duda, pues no puedo dudar, evidentemente, de mis impresiones sensoriales de la Acrópolis. Recuerdo, empero, que en el pasado había dudado de algo que precisamente tenía relación con esa localidad, y así se me ofrece el expediente de desplazar la duda al pasado. Pero al hacerlo cambia el contenido de la duda. No recuerdo, simplemente, que en años anteriores haya dudado de que llegara a verme jamás en la Acrópolis, sino que afirmo que en esa época ni siquiera habría creído en la realidad de la Acrópolis. Es precisamente este resultado de la deformación el que me lleva a concluir que la situación actual en la Acrópolis contenía un elemento de duda de la realidad. Es evidente que hasta aquí no he logrado aclarar el proceso, de modo que quiero declarar brevemente, en conclusión, que toda esa situación psíquica, aparentemente confusa y difícil de describir, puede resolverse claramente aceptando que entonces, en la Acrópolis, tuve (o pude haber tenido) por un momento la siguiente sensación: *Lo que aquí veo no es real*. Llámase a este fenómeno «sensación de extrañamiento[2471]». Hice el intento de rechazar esa sensación, y lo logré a costa de un pronunciamiento falso sobre el pasado.

Estas sensaciones o sentimientos de extrañamiento («desrealizamientos») son fenómenos harto curiosos y hasta ahora escasamente comprendidos. Se

los describe como «sensaciones», pero se trata evidentemente de procesos complejos, vinculados con determinados contenidos y relacionados con decisiones relativas a esos mismos contenidos. Surgen con frecuencia en ciertas enfermedades mentales; pero tampoco faltan en el hombre normal, a semejanza de las alucinaciones, que también se encuentran ocasionalmente en el ser sano. No obstante, es indudable que se trata de disfunciones, de estructuras anormales, a semejanza de los sueños, que, a pesar de su ocurrencia regular en el ser normal, nos sirven como modelos de los trastornos psíquicos. Dichos fenómenos pueden ser observados en dos formas: el sujeto siente que ya una parte de la realidad, ya una parte de sí mismo, le es extraña. En el segundo caso hablamos de «despersonalizaciones», pero los desrealizamientos y las despersonalizaciones están íntimamente vinculados entre sí. Existe otro grupo de fenómenos que cabe considerar, en cierto modo, como las contrapartidas «en positivo» de los anteriores: trátase de la llamada *fausse reconnaissance*, del *déjà vù* y el *déjà raconté*[2472], o sea, ilusiones en las cuales tratamos de aceptar algo como perteneciente a nuestro *yo*, tal como en los desrealizamientos nos esforzamos por mantener algo fuera de nosotros. Un intento de explicación ingenuamente místico y apsicológico pretende ver en los fenómenos del *déjà vu* la prueba de existencias pretéritas de nuestro *yo* anímico. La despersonalización nos lleva a la extraordinaria condición de la *double conscience*[2473], que sería más correcto denominar «escisión de la personalidad». Todo este terreno, empero, es aún tan enigmático, se halla tan sustraído a la exploración científica, que debo abstenerme de seguir exponiéndolo.

Para los propósitos que aquí persigo bastará con que me refiera a dos características generales de los fenómenos de extrañamiento o desrealizamiento. La primera es que sirven siempre a la finalidad de la defensa; tratan de mantener algo alejado del *yo*, de repudiarlo. Ahora bien: desde dos direcciones pueden llegarle al *yo* nuevos elementos susceptibles de incitar en él la reacción defensiva: desde el mundo exterior real y desde el mundo interior de los pensamientos e impulsos que emergen en el *yo*. Es posible que esta alternativa de los orígenes coincida con la diferencia entre los desrealizamientos propiamente dichos y las despersonalizaciones. Existe

una extraordinaria cantidad de métodos —«mecanismos» los llamados nosotros— que el *yo* utiliza para cumplir sus funciones defensivas. En mi más íntima cercanía veo progresar actualmente un estudio dedicado a dichos métodos defensivos: mi hija, la analista de niños, escribe un libro al respecto[2474]. El más primitivo y absoluto de estos métodos, la «represión», fue el punto de partida de toda nuestra profundización en la psicopatología. Entre la represión y lo que podríamos calificar como método normal de defensa contra lo penoso o insoportable, por medio de su reconocimiento, consideración, llegar a un juicio y emprender una acción adecuada al respecto, existe toda una vasta serie de formas de conducta del *yo*, con carácter más o menos claramente patológico. ¿Puedo detenerme un instante para recordarle un caso límite de semejante defensa? Sin duda conocerá usted la célebre elegía de los moros españoles, *¡Ay de mi Alhama!*/, que nos cuenta cómo recibió el rey Boabdil la noticia de la caída de su ciudad, Alhama. Siente que esa pérdida significa el fin de su dominio; pero, como «no quiere que sea cierto», resuelve tratar la noticia como *non arrivé*[2475]. La estrofa dice así:

> Cartas le fueron venidas
> de que Alhama era ganada;
> las cartas echó en el fuego
> y al mensajero matara[2476].

Fácilmente se adivina que otro factor determinante de tal conducta del rey se halla en su necesidad de rebatir el sentimiento de su inermidad. Al quemar las cartas y al hacer matar al mensajero trata de demostrar todavía su plenipotencia.

La segunda característica general de los desrealizamientos —su dependencia del pasado, del caudal mnemónico del *yo* y de vivencias penosas pretéritas, quizá reprimidas en el ínterin— no es aceptada sin discusión. Pero precisamente mi vivencia en la Acrópolis, que desemboca en una perturbación mnemónica, en una falsificación del pasado, contribuye a demostrar dicha relación. No es cierto que en mis años escolares haya dudado jamás de la existencia real de Atenas: sólo dudé de que llegara alguna vez a

ver Atenas. Parecíame estar allende los límites de lo posible el que yo pudiera viajar tan lejos, que «llegara tan lejos», lo cual estaba relacionado con las limitaciones y la pobreza de mis condiciones de vida juveniles. No cabe duda de que mi anhelo de viajar expresaba también el deseo de escapar a esa opresión, a semejanza del impulso que lleva a tantos adolescentes a huir de sus hogares. Hacía tiempo había advertido que gran parte del placer de viajar radica en el cumplimiento de esos deseos tempranos, o sea, que arraiga en la insatisfacción con el hogar y la familia. Cuando por vez primera se ve el mar, se cruza el océano y se experimenta la realidad de ciudades y países desconocidos, que durante tanto tiempo fueron objetos remotos e inalcanzables de nuestros deseos, siéntese uno como un héroe que ha realizado hazañas de grandeza inaudita. Ese día, en la Acrópolis, bien podría haberle preguntado a mi hermano: «¿Recuerdas aún cómo en nuestra juventud recorríamos día tras día las mismas calles, camino de la escuela; cómo domingo tras domingo íbamos al Prater[2477] o a alguno de esos lugares de los alrededores que teníamos tan archiconocidos?… ¡Y ahora estamos en Atenas, parados en la Acrópolis! ¡Realmente, hemos llegado lejos!» Si se me permite comparar tal insignificancia con un magno acontecimiento: cuando Napoleón I fue coronado emperador en Notre-Dame, ¿acaso no se volvió a uno de sus hermanos (seguramente debe haber sido el mayor, José) y le observó: «Qué diría de esto *monsieur notre père* si ahora pudiera estar aquí?»

Aquí, empero, nos topamos con la solución del pequeño problema de por qué nos habíamos malogrado ya en Trieste el placer de nuestro viaje a Atenas. La satisfacción de haber «llegado tan lejos» entraña seguramente un sentimiento de culpabilidad: hay en ello algo de malo, algo ancestralmente vedado. Trátase de algo vinculado con la crítica infantil contra el padre, con el menosprecio que sigue a la primera sobrevaloración infantil de su persona. Parecería que lo esencial del éxito consistiera en llegar más lejos que el propio padre y que tratar de superar al padre fuese aún algo prohibido.

A estas motivaciones de carácter general se agrega todavía, en nuestro caso, cierto factor particular: el tema de Atenas y la Acrópolis contiene en sí mismo una alusión a la superioridad de los hijos, pues nuestro padre había sido comerciante, no había gozado de instrucción secundaria y Atenas no podía significar gran cosa para él. Lo que perturbó nuestro placer por el viaje

a Atenas era, pues, un sentimiento de *piedad*. Y ahora, sin duda, ya no se admirará usted de que el recuerdo de esa vivencia en la Acrópolis me embargue tan a menudo desde que yo mismo he llegado a viejo, desde que dependo de la ajena indulgencia y desde que ya no puedo viajar.

Muy cordialmente suyo, le saluda

SIGM. FREUD.

Enero de 1936.

CXCI

CARTA A BARBARA LOW[2478]

1936 [1945]

19-4-36.

Querida Bárbara Low:

Sé que usted no habrá pensado que la noticia de la muerte de su cuñado David me dejó indiferente por el mero hecho de no haberles escrito inmediata y directamente a usted y a su hermana. Por el contrario, me afectó de una manera muy especial, que no puedo explicar a nadie que no sea un octogenario como yo. Mi edad me confiere el derecho de tener una relación particular con la muerte. Eder pertenecía a esas personas a quienes uno quiere sin tener que preocuparse de ellas. El corazón se henchía al pensar en él; por supuesto, no se pensaba en él con la suficiente frecuencia, y eso es algo que uno lamenta hoy. He aquí el peligro que se corre con esas personas de las que se sabe que son tan absolutamente íntegras y fidedignas. Uno cree poder alejarse cada vez que le venga en gana, pues en cada nuevo encuentro se volverá a gozar la misma íntima relación. Así fue, en efecto; pero ¿por qué, se pregunta uno ahora, fueron tan raras las ocasiones? El mundo se ha vuelto tan triste que parece destinado a una rápida destrucción: he aquí el único consuelo para mí. Fácilmente puedo imaginarme a qué punto también él debe de haber sufrido la amargura de estos tiempos. Ambos éramos judíos y sabíamos que compartíamos en nuestra intimidad esa cosa, inaccesible hasta

ahora a todo análisis, que hace al judío. Con todo, sin duda hago mal en echar la sombra de mi triste humor sobre quienes son más jóvenes y fuertes que yo. Para usted y para tantos otros el mundo sigue su marcha y traerá cosas mejores.

Con los más afectuosos saludos a su apesadumbrada hermana y con toda mi simpatía,

Freud.

CXCII

BORRADOR DE UNA CARTA A THOMAS MANN[2479]

1936 [1941]

29-XI-1936

¡APRECIADO amigo!:

Las agradabilísimas impresiones personales que me quedaron de su última visita a Viena vuelven a animarse sin cesar en mi recuerdo. No hace mucho terminé de leer su nuevo volumen de la historia de José, con la melancólica reflexión de haber dejado tras de mí otra hermosa experiencia y de que probablemente no me será dado leer la continuación.

La coincidencia de dicha historia con la idea de la «*vita* vivida» y su prototipo mitológico, que usted expuso en su conferencia[2480], hizo germinar en mí una reflexión que tomo ahora como motivo para conversar con usted como si se encontrara aquí, sentado frente a mí en este gabinete, sin que por ello pretenda, empero, una respuesta amable, ni menos aún una atenta consideración. Yo mismo no tomo muy en serio mi construcción hipotética, pero tiene para mí el encanto que despierta, por ejemplo, el restallido del látigo en un carretero jubilado.

A saber: ¿existe un personaje histórico para el cual la vida de José sería el prototipo mítico, de modo que pudiéramos admitir que la fantasía de José fue

el motor demoniaco oculto tras la completa imagen de su-vida?

Creo que Napoleón I fue esa persona.

a) Napoleón era corso, el segundo entre una multitud de hermanos. El mayor, el único que lo precedía, se llamaba… José, y ésta fue la circunstancia que marcó su destino, pues es así como lo casual se entrelaza en la vida humana con lo inevitable[2481]. Las prerrogativas del primogénito se respetan en la familia corsa con una veneración rayana en lo sacrosanto. (Creo recordar que Alphonse Daudet lo describió cierta vez en una novela: ¿me equivoco o fue en *El nabab*? ¿Acaso en otra parte? ¿O fue Balzac?) Esta tradición corsa exalta al máximo una relación humana que en otras partes no pasa de lo normal. El hermano mayor es el rival por antonomasia; a él le dedica el menor una hostilidad elemental, infinitamente honda, que en años posteriores podrá ser lícitamente calificada como deseo de muerte, como propósito homicida. Eliminar a José, colocarse en su lugar, ser a su vez José: tal debe de haber sido el más poderoso anhelo afectivo del pequeñuelo Napoleón. Por notable que parezca, la observación lo ha demostrado con certeza: justamente los impulsos infantiles, tan desmesurados, tienden a revertir en lo contrario. El odiado rival se convierte en el ser más amado. Así ocurrió también en Napoleón. Inferimos que primero lo odió a muerte, pero nos enteramos de que más tarde amó a José como a ningún otro ser humano, y que a él, a ese inútil e irresponsable hermano, le perdonó casi todo. El odio primordial quedó, pues, sobrecompensado, pero la agresión desencadenada otrora se mantuvo al acecho para desplazarse a otros objetos. Centenares de miles de seres anónimos habrían de expiar el hecho de que el pequeño demonio respetara a su primer enemigo.

b) En otro plano, el joven Napoleón está tiernamente ligado a su madre y se esfuerza por sustituir al padre, muerto prematuramente, en la misión de amparar a los hermanos. Apenas llegado a general, le insinúan que case con una viuda joven, pero mayor que él, de alto rango y de influencia. Mucho habría que decir contra ella, pero para él probablemente fuese decisiva la circunstancia de que se llamase Josefina. Gracias a este nombre puede transferirle una parte de los lazos cariñosos que lo atan al hermano mayor. Ella no lo ama, lo trata mal, lo engaña; pero él, el déspota, cínicamente frío

por lo general para con las mujeres, se le aferra con pasión, se lo perdona todo. Le resulta imposible guardarle rencor.

c) El enamoramiento de Josefina Beauharnais ya era inevitable a causa del nombre, pero naturalmente ella no podía representarle una identificación con José. Ésta, en cambio, se expresa al máximo en la famosa expedición a Egipto. ¿A qué otro lugar podríase ir sino a Egipto, si se es José, el que quería ser grande a los ojos de los hermanos? Si se examinaran detenidamente los móviles políticos de esta empresa acometida por el joven general, probablemente se comprobaría que sólo eran racionalizaciones forzadas de una idea fantástica. Por otra parte, con esta expedición de Napoleón se inicia el redescubrimiento de Egipto.

d) El propósito que impulsó a Napoleón hacia Egipto lo realiza en Europa durante los años posteriores. Cuida de los hermanos, exaltándolos al rango de príncipes y de reyes. El inútil de Jerôme quizá haya sido su Benjamín. Y entonces repudia a Josefina. Con ello comienza el eclipse. En adelante el gran destructor se dedicará únicamente a su autodestrucción. La expedición a Rusia, arriesgada y mal preparada, significa su fin. Es como un autocastigo por su infidelidad hacia Josefina. No obstante, también aquí repitió el destino, contra todos los propósitos de Napoleón, otra parte de la historia de José. El sueño de José, el sueño en el que el sol, la luna y las estrellas se inclinan ante él, fue el que lo llevó a ser precipitado en el pozo.

CXCIII

LOU ANDREAS-SALOMÉ[2482]

1937

EL 5 de febrero de este año la señora Lou Andreas-Salomé falleció en paz en su casita de Göttingen casi a los setenta y seis años. Durante los últimos veinticinco de su vida esta notable mujer estuvo ligada al psicoanálisis, que practicó y al que aportó valiosos escritos. No exagero si reconozco que todos sentimos como un honor que se uniera a las filas de nuestros colaboradores y compañeros de armas, al mismo tiempo como una renovada garantía a la verdad de las teorías del análisis.

Ya sabíamos que siendo muchacha había establecido una intensa amistad con Friedrich Nietzsche, fundada sobre su profunda comprensión de las atrevidas ideas del filósofo. Esta relación terminó bruscamente cuando ella rechazó la propuesta de matrimonio que él le hizo. También sabíamos que muchos años después había actuado, como musa y madre protectora de Rainer Maria Rilke, el gran poeta, que se hallaba un poco inerme ante la vida. Pero detrás de esto su personalidad permanecía oscura. Su modestia y su discreción eran más que ordinarias. Nunca habló de sus propias obras literarias y poéticas. Claramente sabía dónde hay que buscar en la vida los verdaderos valores. Los que estaban más próximos a ella tuvieron la más intensa impresión de la autenticidad y de la armonía de su naturaleza y pudieron descubrir con asombro que todas las fragilidades femeninas y tal vez la mayor parte de la fragilidades humanas le eran ajenas o habían sido

dominadas por ella en el curso de su vida.

Fue en Viena, hace mucho tiempo, donde el episodio más conmovedor de su vida de mujer se había desarrollado. En 1912 volvió a esa ciudad para iniciarse en el psicoanálisis. Mi hija, que era íntima amiga suya, le oyó una vez lamentarse de no haber conocido el psicoanálisis en su juventud. Pero, después de todo, en aquellos días no existía tal cosa.

SIGM. FREUD.

Febrero 1937.

CXCIV

ANÁLISIS TERMINABLE E INTERMINABLE[2483]

I

LA experiencia nos ha enseñado que la terapéutica psicoanalítica —la liberación de alguno de los síntomas neuróticos, inhibiciones y anormalidades del carácter— es un asunto que consume mucho tiempo.

Por ello ya desde el principio se han hecho intentos para abreviar la duración del análisis. Tales intentos no requieren justificación y es evidente que se basan en imperativas consideraciones de razón y de conveniencia. Pero probablemente se hallaba latente en ellos un trasunto de la impaciente curiosidad con la que la ciencia médica de los primeros días consideraba a las neurosis, pensando que eran la consecuencia de invisibles heridas. Y si era necesario atenderlas, había que hacerlo lo más rápidamente posible.

Un intento especialmente enérgico en esta dirección fue realizado por Otto Rank a partir de su libro *El trauma del nacimiento* (1924). Este autor suponía que la verdadera fuente de las neurosis es el acto del nacimiento, ya que éste lleva consigo la posibilidad de que una «fijación primaria» del niño hacia la madre no sea superada y persista como una «represión primaria». Rank esperaba que si este trauma primario era tratado en un subsiguiente análisis, la neurosis podría quedar completamente resuelta. Así, esta pequeña

parte del trabajo analítico ahorraría la necesidad del resto. Y esto podía realizarse en pocos meses. Es indiscutible que el argumento de Rank era prometedor e ingenioso, pero no resistió la prueba de un examen crítico. Más bien fue un producto de su tiempo, concebido bajo la presión del contraste entre la miseria de la postguerra en Europa y la *prosperity* de América, y diseñado para adaptar el *tempo* de la terapéutica analítica a la prisa de la vida americana. No hemos oído mucho acerca de lo que ha conseguido la innovación de Rank en casos de enfermedad. Probablemente no más que si una brigada de bomberos, llamada para acudir a una casa en llamas a consecuencia de la caída de una lámpara de aceite, se conformase con retirar la lámpara de la habitación en que se inició el fuego. No hay duda de que por este medio se hubiesen abreviado considerablemente las actividades de los bomberos. La teoría y la práctica del experimento de Rank son cosas que pertenecen al pasado, lo mismo que la propia prosperidad americana[2484].

Yo había adoptado otro modo de acelerar un tratamiento psicoanalítico ya antes de la guerra. En aquel tiempo había tomado a mi cargo el caso de un joven ruso, un hombre a quien la riqueza había echado a perder y había llegado a Viena en un estado de completo derrumbamiento, acompañado por un médico y un enfermero[2485]. En el curso de unos años fue posible devolverle una gran parte de su independencia, despertar su interés por la vida y ajustar sus relaciones con las personas que más le interesaban. Pero entonces la mejoría se detuvo. No pudimos ir más lejos en el esclarecimiento de su neurosis de la infancia, en la cual se había basado su enfermedad posterior, y resultaba claro que el paciente encontraba muy cómoda su actual posición y no sentía ningún deseo de adelantar un paso más que le acercara al fin de su tratamiento. Era un caso en el que el tratamiento se inhibía a sí mismo; se encontraba al borde del fracaso como resultado de su éxito —parcial—. En esta situación eché mano del procedimiento heroico de fijar un límite de tiempo para el análisis. Al comenzar el trabajo de un año informé al paciente de que ése sería el último de su tratamiento, cualquiera que fuera el resultado en el tiempo acordado. Al principio no me creyó, pero en cuanto se convenció de que hablaba en serio apareció el cambio deseado. Sus resistencias cedieron y en los últimos meses fue capaz de reproducir todos los recuerdos y descubrir todas las relaciones que parecían necesarias para la

comprensión de su neurosis precoz y para dominar la actual. Cuando me dejó, en el verano de 1914, sin sospechar, como el resto de nosotros, lo que había de suceder en seguida, creí que su curación era radical y permanente.

En una nota añadida a la historia clínica de este paciente en 1923 ya señalaba yo que me había equivocado. Cuando hacia el final de la guerra volvió a Viena como refugiado y en la miseria, tuve que ayudarle a dominar una parte de la transferencia que no había quedado resuelta. Esto se llevó a cabo en unos pocos meses, y pude completar mi nota adicional diciendo que «desde entonces el paciente se ha sentido normal y se ha comportado sin llamar la atención, a pesar de que la guerra le despojó de su hogar, de sus posesiones y de toda su familia y amigos». Quince años han pasado sin desmentir la verdad de esta aserción, pero resultan necesarias ciertas reservas. El paciente ha permanecido en Viena y ha conservado un lugar, aunque humilde, en la sociedad. Pero durante este período algunas veces su estado de buena salud ha sido interrumpido por episodios patológicos que solamente podían ser comprendidos como emanaciones de su perenne neurosis. Gracias a la habilidad de una de mis alumnas, la doctora Ruth MacBrunswick, un tratamiento breve ha llevado a buen fin cada una de estas alteraciones. Espero que la doctora MacBrunswick informará acerca de los detalles[2486]. Alguno de estos episodios se hallaban todavía relacionados con restos de la transferencia, y cuando ocurría esto, aunque eran cortos, mostraban un carácter claramente paranoide. Sin embargo, en otros episodios el material patógeno consistía en fragmentos de la historia de la infancia del paciente que no habían salido a la luz cuando yo le analizaba y que ahora se expulsaban —la comparación es inevitable— como los puntos de sutura después de una operación o pequeños fragmentos de un hueso necrosado. Me parece que la historia de la curación de este paciente es por lo menos tan interesante como la de su enfermedad.

Posteriormente he empleado también en otros casos esta fijación de un límite de tiempo y he tenido asimismo en cuenta la experiencia de otros psicoanalistas. Solamente puede existir un veredicto acerca del valor de este chantaje: es eficaz con tal que se haga en el momento oportuno. Pero no puede garantizar el cumplimiento total de la tarea. Por el contrario, podemos estar seguros de que mientras parte del material se hará accesible bajo la

presión de esta amenaza, otra parte quedará guardada y enterrada como antes estaba y perdida para nuestros esfuerzos terapéuticos. Porque una vez que el analista ha fijado el límite de tiempo, no puede prolongarlo; de otro modo, el paciente perdería la fe en él. El camino más claro para el paciente sería continuar su tratamiento con otro analista, aunque sepamos que este cambio llevará consigo una nueva pérdida de tiempo y el abandono de los resultados de un trabajo ya realizado. Tampoco puede establecerse una regla general en cuanto al momento oportuno en que ha de utilizarse este recurso técnico; la decisión ha de dejarse al tacto del psicoanalista. Un error de cálculo no puede ser rectificado, debiendo aplicarse aquí el dicho de que un león sólo salta una vez.

II

La discusión del problema técnico de cómo acelerar el lento progreso de un análisis nos lleva a otra cuestión más profundamente interesante: ¿Existe algo que pueda llamarse terminación natural de un análisis? ¿Existe alguna posibilidad de llevar un análisis hasta este final? Si se juzga por el lenguaje corriente de los psicoanalistas, parecería que debe ser así, porque con frecuencia les oímos decir, cuando deploran o excusan las reconocidas imperfecciones de algún mortal: «Su análisis no estaba terminado», o «Nunca llegó a ser analizado hasta el final».

Antes que nada hemos de decidir qué se quiere decir con la frase ambigua «el final de un análisis». Desde un punto de vista práctico es fácil contestar. Un análisis ha terminado cuando el psicoanalista y el paciente dejan de reunirse para las sesiones de análisis. Esto sucede cuando se han cumplido más o menos por completo dos condiciones: primera, que el paciente no sufra ya de sus síntomas y haya superado su angustia y sus inhibiciones; segunda, que el analista juzgue que se ha hecho consciente tanto material reprimido, que se han explicado tantas cosas que eran ininteligibles y se han conquistado tantas resistencias internas, que no hay que temer una repetición de los procesos patológicos en cuestión. Si dificultades externas impiden la

consecución de esta meta, es mejor hablar de un análisis *incompleto* que de un análisis *inacabado*.

El otro significado de «terminación» de un análisis es mucho más ambicioso. En este otro sentido lo que preguntamos es si el analista ha tenido una influencia tal sobre el paciente que no podrían esperarse mayores cambios en él aunque se continuara el análisis. Es como si fuera posible obtener por medio del psicoanálisis un nivel de normalidad psíquica absoluta —un nivel que confiáramos en que había de permanecer estable—, como si hubiéramos logrado resolver cada una de las represiones del paciente y llenar todas las lagunas de su memoria. Primeramente debemos consultar nuestra experiencia para saber si tales cosas ocurren realmente y entonces volver a nuestra teoría para descubrir si existe alguna *posibilidad* de que esto suceda.

Todo analista ha tratado unos pocos casos que han tenido este satisfactorio resultado. Ha logrado hacer desaparecer los trastornos neuróticos que no han reaparecido ni han sido reemplazados por ningún otro. No dejamos de tener algunos conocimientos sobre los determinantes de estos resultados. El *yo* del paciente no había sido visiblemente alterado[2487] y la etiología de su trastorno era esencialmente traumática. Después de todo, la etiología de cualquier trastorno neurótico es mixta. O bien ocurre que los instintos son excesivamente intensos —es decir, recalcitrantes a ser domesticados[2488] por el *yo*—, o bien es el resultado de traumas prematuros que el *yo* inmaduro fue incapaz de dominar. Por lo común existe una combinación de ambos factores: el constitucional y el accidental. Cuanto más intenso es el factor constitucional, más fácilmente llevará un trauma a una fijación y dejará detrás un trastorno del desarrollo; cuanto más intenso es el trauma, con tanta mayor seguridad se manifestarán sus efectos perjudiciales, aun cuando la situación instintiva sea normal. No hay duda de que una etiología traumática ofrece un campo más favorable para el psicoanálisis. Solamente cuando un caso es de origen predominantemente traumático podrá hacer el psicoanálisis lo que es capaz de hacer de un modo superlativo; sólo entonces, gracias a haber reforzado el *yo* del paciente, logrará sustituir por una solución correcta la inadecuada decisión hecha en la primera época de su vida. Solamente en tales casos se puede hablar de que un análisis ha terminado definitivamente. En ellos el psicoanálisis ha hecho todo lo que

debería y no tiene que ser continuado. Es verdad que si el paciente que ha sido curado nunca produce otro trastorno que necesite psicoanálisis, no sabemos hasta qué punto su inmunidad no es debida a un hado benéfico que le ha ahorrado tormentos demasiado graves.

Una intensidad constitucional del instinto y una alteración desfavorable del *yo* adquirida en la lucha defensiva en el sentido de que resulte dislocado y restringido, son los factores perjudiciales para la eficacia de un análisis y pueden hacer su duración interminable. Estaríamos tentados a hacer al primer factor —intensidad del instinto— responsable a su vez de la emergencia del segundo —la alteración del *yo*; pero parece que el último tiene también una etiología propia. Y realmente debemos admitir que nuestro conocimiento de estas materias es todavía insuficiente. Sólo ahora llegan a convertirse en objetos del estudio psicoanalítico. En este campo el interés del análisis me parece que se halla mal orientado. En lugar de investigar cómo se realiza una curación por el psicoanálisis (una cuestión que creo que ha sido ya suficientemente elucidada), la pregunta debería referirse a cuáles son los obstáculos que se hallan en el camino de tal curación.

Esto me lleva a tratar de dos problemas que se derivan directamente de la práctica psicoanalítica, como espero demostrar con los siguientes ejemplos: Un hombre que se había autoanalizado con gran éxito llegó a la conclusión de que sus relaciones con los hombres y las mujeres —con los hombres que eran sus competidores y con las mujeres a las que amaba— no se hallaban libres de alteraciones neuróticas, y como consecuencia se sometió al psicoanálisis por otra persona a quien consideraba como superior a él[2489]. Esta iluminación crítica de sí mismo tuvo un pleno éxito. Se casó con la mujer a la que amaba y se convirtió en amigo y maestro de sus supuestos rivales. Muchos años pasaron de esta manera, durante los cuales sus relaciones con su psicoanalista permanecieron sin nubes. Pero entonces, por razones no apreciables exteriormente, se presentaron conflictos. El hombre que había sido psicoanalizado se hizo antagonista del analista, y le reprochó que no había logrado hacerle un análisis completo. El analista, según él, debería haber sabido y haber tenido en cuenta el hecho de que una relación transferencial nunca puede ser puramente positiva; debería haber prestado atención a las posibilidades de una transferencia negativa. El psicoanalista se

defendió diciendo que en la época del análisis no había signos de transferencia negativa. Pero si no había sabido descubrir algún ligero signo de ella —lo cual no había que descartar, si se consideraba el limitado horizonte del psicoanálisis en aquella primera época—, resultaba dudoso, pensó, que hubiera podido activar un tópico (o, como decimos nosotros, un «complejo») sólo mencionándolo en cuanto no era activo en el paciente en aquel momento. Ciertamente el activarlo habría requerido algún modo de conducta desagradable por parte del analista. Además, añadió, no toda buena relación entre un analista y su paciente durante y después del análisis ha de considerarse como una transferencia, porque existen también relaciones amistosas que están basadas en la realidad y que resultan viables.

Paso ahora a mi segundo ejemplo, que plantea el mismo problema. Una mujer soltera, ya no joven, había vivido aislada desde la pubertad por una incapacidad para caminar debida a grandes dolores en las piernas. Su estado era claramente de naturaleza histérica y había desafiado a muchos tipos de tratamiento. Un psicoanálisis que duró tres cuartas partes de una año hizo desaparecer el trastorno y devolvió a la paciente, una persona excelente y bien dotada, su derecho a participar de la vida. En los años que siguieron a su curación fue continuamente infortunada. Hubo desastres y pérdidas financieras en su familia, y conforme se fue haciendo más vieja, vio desaparecer cualquier esperanza de felicidad basada en el amor y en el matrimonio. Pero la ex inválida se enfrentó con todo valientemente y fue un apoyo para su familia en los tiempos difíciles. No puedo recordar si fue doce o catorce años después de su análisis cuando, por sufrir profusas hemorragias, hubo de someterse a un examen ginecológico. Se encontró un mioma que aconsejó la práctica de una histerectomía total. A partir de la operación la mujer enfermó de nuevo. Se enamoró del cirujano, incurrió en fantasías masoquistas acerca de los terribles cambios sufridos en su interior —fantasías con las que ocultaba su romance— y se mostró inaccesible a un posterior intento de psicoanálisis. Siguió siendo anormal hasta el fin de su vida. El tratamiento psicoanalítico se realizó hace tanto tiempo que no podemos esperar demasiados esclarecimientos basados en él; se hizo en los primeros años de mi trabajo como psicoanalista. No hay duda de que la segunda enfermedad de la paciente pudo surgir de la misma fuente que la primera, que

había sido tratada con éxito; puede haber sido una manifestación diferente de los mismos impulsos reprimidos que el análisis había resuelto sólo incompletamente. Pero me siento inclinado a pensar que, a no haber sido por el nuevo trauma, no hubiera aparecido una nueva irrupción de la neurosis.

Estos dos ejemplos, que han sido seleccionados de intento entré un gran número de otros similares, bastarán para iniciar una discusión de las cuestiones que estamos considerando. El escéptico, el optimista y el ambicioso los considerarán de muy diferente manera. El primero dirá que se halla comprobado ya que aún un tratamiento analítico seguido de éxito no protege al paciente, que en el momento ha quedado curado, de caer más tarde enfermo con otra neurosis —o realmente de una neurosis derivada de la misma raíz instintiva—; es decir, de una recurrencia de su antiguo trastorno. Los otros considerarán que esto no ha sido demostrado. Objetarán que los dos ejemplos datan de los primeros tiempos del psicoanálisis, de hace veinte y treinta años, respectivamente, y que desde entonces hemos adquirido una comprensión más profunda y un conocimiento más amplio y que nuestra técnica ha cambiado de acuerdo con nuestros nuevos descubrimientos. Hoy, dirán, podemos pedir y esperar que un tratamiento psicoanalítico dé resultados permanentes, o por lo menos que si un paciente recae, su nueva enfermedad no resultará una reviviscencia de su primitivo trastorno instintivo, que se manifiesta de una forma nueva. Nuestra experiencia, mantendrán, no nos obliga a restringir tan materialmente las demandas que pueden hacerse a nuestro método terapéutico.

Mi razón para elegir estos dos ejemplos es, desde luego, precisamente que se hallan tan alejados en el pasado. Resulta evidente que cuanto más reciente es el resultado satisfactorio de un análisis, menos utilizable resulta para nuestra discusión, puesto que no podemos predecir cuál será la historia que sigue al restablecimiento. Las expectaciones del optimista presuponen claramente un número de cosas que no son precisamente evidentes por sí mismas. Suponen, en primer lugar, que realmente existe una posibilidad de solucionar un conflicto instintivo (o, más correctamente, un conflicto entre el *yo* y un instinto) definitivamente y para siempre; en segundo lugar, que mientras estamos tratando a alguien por un conflicto instintivo, podemos, de la manera que sea, inmunizarlo contra la posibilidad de cualquier otro

conflicto de ese tipo, y en tercer lugar, que podemos, con propósitos de profilaxis, resolver un conflicto patógeno de esta clase que no se manifiesta en el momento por ninguna indicación y que es aconsejable hacerlo así. Presento estos problemas sin proponerme contestarlos ahora. Tal vez no sea posible actualmente dar una respuesta segura a ninguno de ellos.

Probablemente puede proyectarse alguna luz sobre esto mediante consideraciones teóricas. Pero otro punto se presenta con claridad: si deseamos satisfacer las mayores exigencias con la terapéutica psicoanalítica, nuestro camino no nos llevará a un acortamiento de su duración.

III

Una experiencia psicoanalítica que ahora se extiende a algunas décadas y un cambio realizado en la naturaleza y en el modo de mi actividad me animan a intentar contestar las cuestiones que se nos presentan. En la primera época traté una gran cantidad de pacientes, quienes, como era natural, querían ser curados con la máxima rapidez posible. En los últimos años me he dedicado, sobre todo, a análisis didácticos; un número relativamente pequeño de casos graves siguieron conmigo para un tratamiento continuado, interrumpido, sin embargo, por intervalos más o menos largos. En ellos la meta terapéutica ya no era la misma. No se trataba de acortar el tratamiento; el propósito era agotar radicalmente las posibilidades de enfermedad y poner de manifiesto una alteración profunda de su personalidad.

De los tres factores que hemos reconocido como decisivos para el éxito del tratamiento psicoanalítico la influencia de los traumas, la intensidad constitucional de los instintos y las alteraciones del *yo*—, el que nos concierne aquí es sólo el segundo, la fuerza de los instintos. Una reflexión momentánea provoca la duda de si el uso restrictivo del adjetivo «constitucional» (o «congénito») es esencial. Por muy verdad que sea que el factor constitucional es de importancia decisiva desde el comienzo, puede concebirse, sin embargo, que un refuerzo del instinto que aparezca tardíamente en la vida pueda producir los mismos efectos. Si fuera así,

abríamos de modificar nuestra fórmula y decir la «intensidad de los instintos *en el momento*», en lugar de la «fuerza *constitucional* de los instintos». La primera de nuestras preguntas era: ¿es posible resolver por medio de la terapéutica psicoanalítica un conflicto entre un instinto y el *yo*, o el causado por una demanda instintiva patógena al *yo*, de un modo permanente y definitivo? Para evitar malentendidos tal vez no resulte innecesario explicar más exactamente qué queremos decir al hablar de «resolver de un modo permanente una exigencia instintiva». Ciertamente, no el hacer desaparecer la demanda de modo que nada se vuelva a oír de ella nunca. Esto es, en general, imposible, y tampoco es en absoluto deseable. Con ello queremos decir algo completamente distinto, algo que puede ser descrito *grosso modo* como una «domesticación[2490]» del instinto. Es decir, el instinto es integrado en la armonía del *yo*, resulta accesible a todas las influencias de los otros impulsos sobre el *yo* y ya no intenta seguir su camino independiente hacia la satisfacción. Si se nos pregunta por qué métodos y medios se logra este resultado, no es fácil encontrar una respuesta. Solamente podemos decir: *So muss denn doch die Hexe dran*[2491] —la metapsicologia de las brujas—. Sin una especulación y ciertas teorizaciones —casi diría «fantasías»— metafísicas, no daremos otro paso adelante. Por desgracia, aquí, como en otras partes, lo que nuestra bruja nos revela no es ni muy claro ni muy detallado. Sólo tenemos una única pista para empezar —aunque es una pista del mayor valor—: la antítesis entre los procesos primarios y secundarios, y en este punto he de limitarme a señalar esta antítesis.

Si ahora volvemos a nuestra primera pregunta, encontramos que nuestro nuevo enfoque nos lleva inevitablemente a un conclusión peculiar. La pregunta era si es posible resolver un conflicto instintivo de un modo permanente y definitivo, es decir, «domeñar» una exigencia instintiva de este modo. Formulada en estos términos la pregunta no hace mención de la intensidad del instinto; pero es precisamente de esto de lo que depende el resultado. Partamos de la suposición de que lo que el análisis logra en los neuróticos no es más que lo que las personas normales llevan a cabo por sí mismas sin ayuda. Sin embargo, la experiencia diaria nos enseña que en una persona normal cualquier solución de un conflicto instintivo sólo resulta buena para una particular intensidad del instinto o, mejor dicho, sólo para una

cierta relación entre la intensidad del instinto y la fuerza del *yo*[2492]. Si ésta disminuye, sea por enfermedad o fatiga o por alguna otra causa parecida, todos los instintos que han sido hasta entonces domeñados con éxito pueden renovar sus exigencias y tender a obtener satisfacciones sustitutivas por caminos anormales[2493]. La prueba irrefutable de esta afirmación se halla suministrada por nuestros ensueños nocturnos; reaccionan a la actitud asumida por el *yo* durante el sueño con un despertar de demandas instintivas.

La otra porción del material (la fuerza de los instintos) es igualmente evidente. Dos veces en el curso del desarrollo individual ciertos instintos resultan considerablemente reforzados: en la pubertad, y en las mujeres, en la menopausia. No nos sorprende en absoluto que una persona que no ha sido antes neurótica se convierta en tal en esas épocas. Cuando sus instintos no eran tan fuertes, conseguía dominarlos; pero cuando están reforzados, no logra hacerlo. La represión actúa como los diques contra el empuje del agua. Los mismos efectos producidos por esos dos refuerzos fisiológicos del instinto pueden aparecer de un modo irregular por causas accidentales en cualquier otro período de la vida. Estos refuerzos pueden presentarse por traumas recientes, frustraciones forzadas o por la influencia colateral de unos instintos sobre otros. El resultado es siempre el mismo y subraya el poder irresistible del factor cuantitativo en el origen de la enfermedad.

Pienso que debería avergonzarme de una exposición tan prolija, teniendo en cuenta que todo lo que he dicho es desde hace tiempo conocido y evidente por sí mismo. Realmente, siempre nos hemos comportado como si supiéramos todo esto; pero, en general, nuestros conceptos teóricos han descuidado el conceder la misma importancia al enfoque *económico* que a las concepciones *dinámicas* y *topográficas*. Por tanto, mi excusa es que estoy llamando la atención sobre este descuido.

Antes de decidimos por una respuesta a esta pregunta hemos de considerar una objeción cuya fuerza reside en el hecho de que probablemente nos hallamos predispuestos en su favor. Nuestros argumentos, se dirá, están todos deducidos de los procesos que se realizan espontáneamente entre el *yo* y los instintos y presuponen que la terapéutica psicoanalítica nada puede lograr que, en condiciones favorables y normales, no ocurra por sí mismo. Pero ¿es esto realmente así? ¿No proclama precisamente nuestra teoría que el

análisis produce un estado que nunca tiene lugar en el *yo* espontáneamente y que este estado creado de nuevo constituye la diferencia esencial entre una persona que ha sido psicoanalizada y otra que no lo ha sido? Pensemos en sobre qué se basa esta afirmación. Todas las represiones tienen lugar en la primera infancia; son medidas defensivas primitivas tomadas por el *yo* inmaduro y débil. En años posteriores no aparecen nuevas represiones, pero persisten las antiguas y el *yo* continúa utilizándolas para domeñar los instintos. Los nuevos conflictos son solucionados por lo que llamamos «represión posterior[2494]». Podemos aplicar a estas represiones infantiles nuestra afirmación general de que la represión depende absoluta y enteramente de la intensidad relativa de las fuerzas que participan y que no puede mantenerse cuando aumenta la intensidad de los instintos. Sin embargo, el psicoanálisis permite al *yo* que ha alcanzado mayor madurez y fuerza emprender una revisión de esas antiguas represiones; unas pocas son destruidas, mientras otras son reconocidas, pero reconstruidas con un material más sólido. Estos nuevos diques son de un grado de firmeza muy distinto al de las primeras; podemos confiar en que no cederán tan fácilmente ante un aumento de la fuerza de los instintos. Así, el verdadero resultado de la terapéutica psicoanalítica sería la corrección subsiguiente del primitivo proceso de represión, una corrección que pone fin al predominio del factor cuantitativo.

Hasta aquí, pues, nuestra teoría, a la que no podemos renunciar a no ser bajo una compulsión irresistible. ¿Y qué tiene que decir sobre esto nuestra *experiencia*? Tal vez no sea todavía lo bastante amplia para que podamos llegar a una conclusión definitiva. Confirma nuestras expectaciones con bastante frecuencia, pero no siempre. Tenemos la impresión de que no deberíamos sorprendernos si al final encontramos que la diferencia entre la conducta de una persona que no ha sido psicoanalizada y la de otra después de haberlo sido no es tan completa como intentamos realizarla ni como lo esperamos y como afirmamos que ha de ser. Si esto es así, significaría que el análisis logra *a veces* eliminar la influencia de un aumento del instinto, pero no invariablemente, o que el efecto del psicoanálisis se halla limitado a aumentar el poder de resistencia de las inhibiciones de modo que equilibren exigencias mucho mayores que antes del análisis o si éste no hubiera tenido

lugar. Realmente no puedo adoptar una decisión en este punto ni sé si en los momentos actuales es posible.

Existe, sin embargo, otro ángulo desde el cual podemos enfocar el problema de la variabilidad de los efectos del psicoanálisis. Sabemos que el primer paso para obtener el dominio intelectual de lo que nos rodea es descubrir las generalizaciones, reglas y leyes que ponen orden en el caos. Al hacer esto simplificamos el mundo de los fenómenos; pero no podemos evitar falsificarlo, especialmente si nos ocupamos en procesos de desarrollo y de cambio. Lo que nos interesa es discernir una alteración *cualitativa*, y corrientemente al hacerlo descuidamos, por lo menos en el comienzo, un factor *cuantitativo*. En el mundo real las transiciones y los estadios intermedios son mucho más comunes que los estados opuestos, claramente diferenciados. Al estudiar los desarrollos y los cambios dirigimos nuestra atención únicamente al resultado; pasamos fácilmente por alto el hecho de que tales procesos son corrientemente más o menos incompletos —es decir, que en realidad son sólo alteraciones parciales—. Un agudo escritor satírico de la vieja Austria, Johann Nestroy[2495], dijo una vez: «Cada paso adelante es sólo la mitad de largo de lo que parece al principio». Es tentador atribuir una validez general a esta frase maliciosa. Casi siempre quedan fenómenos residuales, una secuela parcial. Cuando un generoso mecenas nos sorprende por algún rasgo aislado de mezquindad o cuando una persona que es siempre muy amable incurre súbitamente en una acción hostil, estos «fenómenos residuales» son de gran valor para la investigación genética. Nos muestran que esas loables y preciosas cualidades se hallan basadas en la compensación y en la sobrecompensación, la cual no ha tenido el éxito absoluto y completo que habíamos esperado. Nuestra primera idea de la evolución de la libido era que una fase primitiva oral daba paso a otra fase sádico-anal y que ésta a su vez era seguida por una fase fálico-genital. La investigación posterior no ha contradicho estos puntos de vista, pero los ha corregido al añadir que esas sustituciones no tienen lugar repentinamente, sino de un modo gradual, de modo que siempre persisten fragmentos de la antigua organización al lado de la más reciente, y aun en la evolución normal la transformación nunca es completa, y en la configuración final pueden persistir todavía residuos de fijaciones libidinosas anteriores. Lo mismo se ve en campos completamente

diferentes. De todas las creencias erróneas y supersticiosas de la Humanidad, que se supone que han sido superadas, no existe ninguna cuyos residuos no se hallen hoy entre nosotros, en los estratos más bajos de los pueblos civilizados o en las capas superiores de la sociedad culta. Lo que una vez ha llegado a estar vivo se aferra tenazmente a conservar la existencia. A veces nos sentimos inclinados a dudar de si los dragones de los tiempos prehistóricos están realmente extintos.

Aplicando estas observaciones a nuestro problema presente, pienso que la respuesta a la pregunta de cómo explicar los variables resultados de nuestra terapéutica psicoanalítica podría ser que cuando pretendemos sustituir las represiones, que son inseguras, por controles sintónicos con el *yo* no siempre conseguimos nuestras aspiraciones en su plenitud —es decir, no lo logramos por completo—. Hemos obtenido la transformación, pero con frecuencia sólo parcialmente: fragmentos de los viejos mecanismos quedan inalterados por el trabajo analítico. Es difícil probar que esto ocurre realmente así, porque no tenemos otro camino para juzgar lo que sucede que el resultado que estamos intentando explicar. Sin embargo, las impresiones que se obtienen durante el trabajo analítico no contradicen esta suposición; más bien parecen confirmarla. Pero no debemos tomar la claridad de nuestra comprensión como una medida de la convicción que producimos en el paciente. Podríamos decir que a su convicción puede faltarle «profundidad»; esto es, que siempre depende del factor cuantitativo, que tan fácilmente se pasa por alto. Si ésta es la contestación correcta a nuestra pregunta podemos decir que el psicoanálisis, al pretender curar las neurosis por la obtención del control sobre el instinto, tiene siempre razón en la teoría, pero no siempre en la práctica. Y esto porque no en todos los casos logra asegurar en un grado suficiente las bases sobre las que se asienta el control de un instinto. La causa de este fracaso parcial se descubre fácilmente. En el pasado, el factor cuantitativo de la fuerza instintiva se oponía a los esfuerzos defensivos del *yo*; por esta razón hemos llamado en nuestra ayuda al psicoanálisis, y ahora aquel mismo factor pone un límite a la eficacia de este nuevo esfuerzo. Si la fuerza del instinto es excesiva, el *yo* maduro, ayudado por el análisis, fracasa en su tarea de igual modo que el *yo* inerme fracasó anteriormente. Su control sobre el instinto ha mejorado, pero sigue siendo imperfecto, porque la

transformación del mecanismo defensivo es sólo incompleta. No hay en esto nada sorprendente, en cuanto el poder de los instrumentos con los que opera el psicoanálisis no es ilimitado, sino que se halla restringido, y la irrupción final depende siempre de la fuerza relativa de los agentes psíquicos que luchan entre sí.

No hay duda que es deseable el acortamiento de la duración del tratamiento psicoanalítico, pero sólo podemos lograr nuestro propósito terapéutico aumentando el poder del análisis para que llegue a auxiliar al *yo*. La hipnosis pareció ser un excelente instrumento a estos efectos, pero son bien conocidas las razones que nos llevaron a abandonarla. Y no se ha hallado todavía un sustituto para ella. Desde este punto de vista podemos comprender cómo un maestro del psicoanálisis como Ferenczi dedicó los últimos años de su vida a experiencias terapéuticas que, por desgracia, resultaron vanas.

IV

La otras dos preguntas —si mientras estamos tratando un conflicto instintivo podemos proteger a un paciente de futuros conflictos y si es factible y fácil con fines profilácticos investigar un conflicto que no es manifiesto en el momento— deben ser tratadas juntas, porque, evidentemente, la primera tarea sólo puede ser realizada en tanto se lleva a cabo la segunda —es decir, en cuanto un posible conflicto futuro es convertido en un conflicto actual sobre el cual se puede influir—. Este nuevo modo de presentar el problema es, en el fondo, sólo una ampliación del primero. Mientras en el primer ejemplo consideramos cómo proteger contra la reaparición del mismo conflicto, estudiamos ahora cómo proteger contra su posible sustitución por *otro* conflicto. Éste parece un propósito muy ambicioso, pero todo lo que pretendemos es poner de manifiesto qué límites existen para la eficacia de la terapéutica psicoanalítica.

Aun cuando nuestra ambición terapéutica se halla tentada a emprender tales tareas, la experiencia rechaza la posibilidad de hacerlo. Si un conflicto

instintivo no es actualmente activo, no se manifiesta, no podemos influir sobre él ni aun con el psicoanálisis. El aviso de que deberíamos dejar tranquilos a los perros que duermen, que tantas veces hemos oído en relación con nuestros esfuerzos por explorar el mundo psíquico profundo, es particularmente inadecuado si se aplica a la vida psíquica. Porque si los instintos están produciendo trastornos, ésta es la prueba de que los perros no duermen; y si realmente parecen estar durmiendo, no se halla en nuestras manos el poder despertarlos. Sin embargo, esta última afirmación no parece ser totalmente exacta y precisa una discusión más detallada. Consideremos los medios de que disponemos para transformar un conflicto instintivo que se halla por el momento latente en otro actualmente activo. Evidentemente, sólo podemos hacer dos cosas. Podemos producir situaciones en las que el conflicto se haga activo o podemos contentarnos con discutirlo en el análisis y señalar la posibilidad de que surja. La primera de estas dos alternativas puede realizarse de dos maneras: en la realidad o en la transferencia —en cualquiera de los dos casos exponiendo al paciente a una cierta cantidad de sufrimiento real por la frustración y el represamiento de la libido—. Es verdad que nosotros ya usamos una técnica de esta clase en nuestro método analítico ordinario. ¿Qué significa, si no, la regla de que el análisis debe realizarse «en un estado de frustración[2496]»?. Pero es una técnica que usamos para tratar un conflicto actualmente activo. Intentamos llevar ese conflicto a una culminación, desarrollarlo hasta el máximo para aumentar la fuerza instintiva de que se pueda disponer para su solución. La experiencia psicoanalítica nos ha enseñado que lo mejor es siempre enemigo de lo bueno[2497] y que en cada fase de recuperación del paciente hemos de luchar contra su inercia, que en seguida se contenta con una solución incompleta.

Si, sin embargo, lo que pretendemos es un tratamiento profiláctico de los conflictos instintivos que no son actualmente activos, sino meramente potenciales, no será bastante el regular los sufrimientos que ya se hallan presentes en el paciente y que no puede evitar. Deberíamos estar dispuestos a provocar en él nuevos sufrimientos; y esto, hasta ahora y con plena razón, lo hemos dejado en manos del Destino. De todas partes nos reprocharían el intentar sustituir al Destino si sujetáramos a las pobres criaturas humanas a estos crueles experimentos. ¿Y qué clase de experimentos habrían de ser?

Con propósitos de profilaxis, ¿podríamos tomar la responsabilidad de destruir un matrimonio satisfactorio o de aconsejar al paciente que abandonara un empleo del que depende su subsistencia? Afortunadamente, nunca nos encontramos en situación de tener que considerar si tales intervenciones en la vida real del paciente están justificadas; no poseemos los plenos poderes que serían necesarios, y el sujeto de nuestro experimento terapéutico rehusaría con seguridad el cooperar en él. Entonces en la práctica tal proceder queda virtualmente excluido; pero, además, existen objeciones teóricas. Porque el trabajo de análisis progresa mejor si las experiencias patógenas del paciente pertenecen al pasado, de modo que su *yo* pueda hallarse a una cierta distancia de ellas. En los estados de crisis aguda el psicoanálisis no puede utilizarse con ningún propósito. Todo el interés del *yo* está absorbido por la penosa realidad y se retira del análisis, que es un intento de penetrar bajo la superficie y descubrir las influencias del pasado. El crear un nuevo conflicto sería solamente hacer más largo y más difícil el trabajo psicoanalítico.

Se nos dirá que estas observaciones son completamente innecesarias. Nadie piensa en conjurar de propósito nuevas situaciones de sufrimiento para hacer posible el tratamiento de un conflicto instintivo latente. No podría alardearse mucho de esto como de un logro profiláctico. Sabemos, por ejemplo, que un paciente que ha curado de la escarlatina está inmune para una recaída en la misma enfermedad; pero a ningún médico se le ocurre tomar a una persona que puede enfermar de escarlatina e infectarle tal enfermedad para inmunizarla contra ella. La medida protectora no ha de producir la misma situación de peligro que crea la enfermedad misma, sino solamente algo mucho más leve, como en el caso de la vacunación contra la viruela y otros muchos procedimientos semejantes. En la profilaxia psicoanalítica, por tanto, contra conflictos instintivos los únicos métodos que pueden ser considerados son los otros dos que hemos mencionado; la producción artificial de nuevos conflictos en la transferencia (conflictos a los que, después de todo, les falta el carácter de realidad) y la presentación de conflictos reales en la imaginación del paciente hablándole acerca de ellos y familiarizándole con su posibilidad.

No sé si podemos afirmar que el primero de estos procedimientos atenuados se halla excluido del psicoanálisis. En esta dirección no se han

hecho experimentos especiales. Pero las dificultades que se presentan no arrojan una luz muy prometedora sobre tales empresas. En primer lugar, las posibilidades de tal situación en la transferencia son muy limitadas. Los pacientes no pueden llevar por sí mismos todos sus conflictos a la transferencia, ni el psicoanalista puede concitar todos sus posibles conflictos instintivos a partir de la situación transferencial. Puede provocar sus celos o hacerles experimentar decepciones en amor, pero para producir esto no se requiere un propósito técnico. Estas cosas suceden por sí mismas en la mayor parte de los análisis. En segundo lugar, no debemos pasar por alto el hecho de que todas las medidas de esta clase obligarían al psicoanalista a conducirse de un modo inamistoso con los pacientes, y esto tendría un efecto perturbador sobre la actitud afectiva —sobre la transferencia positiva—, que es el motivo más fuerte para que el paciente participe en el trabajo común del psicoanálisis. Así, no habríamos de esperar mucho de este procedimiento.

Esto nos deja abierto solamente un método —el que probablemente fue el único que primitivamente se tuvo en cuenta—. Le hablamos al paciente acerca de las posibilidades de otros conflictos instintivos y provocamos la expectación de que tales conflictos puedan aparecer en él. Lo que esperamos es que esta información y esta advertencia tendrán el efecto de activar uno de los conflictos que hemos indicado en un grado moderado y, sin embargo, suficiente para el tratamiento. Pero esta vez la experiencia habla con una voz clara. El resultado esperado no aparece. El paciente oye nuestro mensaje, pero no hay respuesta. Puede pensar: «Esto es muy interesante, pero no siento la menor traza de ello». Hemos aumentado su conocimiento, pero no hemos alterado nada en él. La situación es la misma que cuando la gente lee trabajos psicoanalíticos. El lector resulta «estimulado» solamente por aquellos pasajes que siente que se aplican a él mismo; esto es, que conciernen a conflictos que son activos en él en aquel momento. Todo lo demás le deja frío. Podemos tener experiencias análogas, pienso, cuando damos a los niños una aclaración sexual. Me hallo lejos de mantener que esto sea una cosa perjudicial o innecesaria, pero está claro que el efecto profiláctico de esta medida liberal ha sido grandemente hipervalorado. Después de esta aclaración los niños saben algo que antes no sabían, pero no utilizan los nuevos conocimientos que se les han facilitado. Incluso llegamos a ver que no tienen prisa por

sacrificar a estos nuevos conocimientos las teorías sexuales, que podrían ser descritas como un crecimiento natural, y que ellos mismos han construido en armonía y dependencia con su organización libidinal imperfecta —teorías acerca del papel desempeñado por la cigüeña, respecto a la naturaleza del contacto sexual y sobre el modo cómo se hacen los niños—. Mucho tiempo después de haber recibido la aclaración sexual se comportan igual que las razas primitivas que han recibido la influencia del cristianismo, pero continúan adorando en secreto sus viejos ídolos.

V

Habíamos partido de la cuestión de cómo podemos acortar la incómoda duración del tratamiento psicoanalítico, y conservando en la mente esta cuestión del tiempo hemos llegado a considerar si es posible lograr una curación permanente e incluso prevenir enfermedades futuras por un tratamiento profiláctico. Al hacer esto encontramos que los factores decisivos para el éxito de nuestros esfuerzos terapéuticos eran el influjo de una etiología traumática, la fuerza relativa de los instintos que han de ser controlados y una cosa que hemos llamado una alteración del *yo*. Sólo el segundo de estos factores ha sido discutido con algún detalle, y en relación con él hemos tenido ocasión de reconocer la enorme importancia del factor cuantitativo y de poner de relieve la pretensión del enfoque metapsicológico de ser tenido en cuenta en cualquier intento de explicación.

Respecto al tercer factor, la alteración del *yo*, no hemos dicho todavía nada. Si dirigimos a él nuestra atención, la primera impresión que recibimos es que hay mucho que preguntar y mucho que contestar y que lo que digamos acerca de ello resultaría muy incierto. Esta primera impresión se ve confirmada cuando penetramos más profundamente en el problema. Como es bien sabido, la situación analítica consiste en que nos aliamos con el *yo* de la persona sometida al tratamiento con el fin de dominar partes de su *ello* que se hallan incontroladas; es decir, de incluirlas en la síntesis de su *yo*. El hecho de que una cooperación de esta clase fracasa habitualmente en el caso de los

psicóticos nos permite sentar sólidamente nuestros pies para establecer un juicio. Si hemos de poder hacer un pacto con el *yo*, éste ha de ser normal. Pero un *yo* normal de esta clase es, como la normalidad en general, una ficción ideal. El *yo* anormal, que no sirve para nuestros propósitos, no es, por desgracia, una ficción. Toda persona normal es de hecho solamente normal en cuanto pertenece a la media. Su *yo* se aproxima al del psicótico en uno u otro aspectos y en mayor o menor cantidad; y el grado de su alejamiento de un extremo de la serie y de su proximidad al otro nos proporcionará una medida provisional de lo que hemos llamado con tanta imprecisión «alteración del *yo*».

Si preguntamos cuál es la fuente de la gran diversidad de clases y grados de alteración del *yo*, no podemos escapar a la primera alternativa evidente de que esas alteraciones son o congénitas o adquiridas. De ellas la segunda clase será la más fácil de tratar. Si son adquiridas ciertamente, lo habrán sido en el curso del desarrollo, empezando ya en los primeros años de la vida. Porque el *yo* ha de intentar, desde el principio, realizar su tarea de mediar entre su *ello* y el mundo externo al servicio del principio del placer y proteger al *ello* de los peligros del mundo exterior. Si en el curso de esos esfuerzos el *yo* aprende también a adoptar una actitud defensiva hacia su propio *ello* y a tratar las demandas instintivas del último como peligros externos, esto ocurre, por lo menos en parte, porque comprende que la satisfacción del instinto llevaría a conflictos con el mundo externo. Por tanto, bajo la influencia de la educación, el *yo* se va acostumbrando a llevar el escenario de la lucha desde fuera adentro y a dominar el peligro *interno* antes que se convierta en peligro *externo*, y probablemente la mayor parte de las veces tiene razón al hacerlo así. Durante esta lucha en dos frentes —más tarde habrá un tercer frente también[2498]— el *yo* utiliza varios procedimientos para realizar su tarea, que es, para decirlo en términos generales, evitar el peligro, la ansiedad y el displacer. A estos procedimientos los llamamos «*mecanismos* de defensa». Nuestro conocimiento acerca de ellos no es todavía completo. El libro de Anna Freud (1936) nos ha dado una primera visión de su multiplicidad y de su significado polivalente.

Fue a partir de uno de estos mecanismos, el de represión, como tuvo su principio el estudio de los procesos neuróticos. Nunca se dudó de que no era

el único procedimiento que el *yo* podía emplear para sus propósitos. Pero la represión es algo muy peculiar y ahora se encuentra más claramente diferenciada de los otros mecanismos que éstos entre ellos. Me gustaría poner en claro esta relación con los restantes mecanismos mediante una analogía, aunque sé que en estas cuestiones las analogías no pueden llevarnos muy lejos. Imaginemos lo que podría haberle ocurrido a un libro en una época en que los libros no eran impresos, sino que eran escritos individualmente. Supondremos que uno de estos libros contenía afirmaciones que en tiempos posteriores fueron consideradas como indeseables —por ejemplo, según Robert Eisler (1929), los escritos de Flavio Josefo habrían contenido pasajes acerca de Jesucristo que resultarían ofensivos para la cristiandad posterior—. Actualmente el único mecanismo defensivo del que la censura oficial podría echar mano sería confiscar y destruir todos los ejemplares de la edición. En aquel tiempo se utilizaban métodos diferentes para hacer innocuo el libro. Uno era tachar concienzudamente los pasajes ofensivos para que resultaran ilegibles. Entonces no podían ser transcritos y el copista posterior producía un texto irreprochable, pero con lagunas en determinados pasajes y, por tanto, éstos podían resultar ininteligibles. Otro camino, si las autoridades no se hallaban conformes con éste y querían que no se percibiera que el texto había sido mutilado, era proceder a la distorsión del mismo. Algunas palabras podían ser omitidas o reemplazadas por otras, y algunas nuevas frases, intercaladas. Mejor que nada, todo el pasaje sería borrado y se colocaría en su lugar otro que dijera exactamente lo contrario. El copista siguiente produciría un texto que no provocaría sospechas, pero que estaría falsificado. Ya no contendría lo que el autor quería decir; y es muy probable que las correcciones no se s habrían hecho ateniéndose a la verdad.

Si no seguimos la analogía demasiado rígidamente, podemos decir que la represión tiene la misma relación con los otros métodos de defensa que la omisión tiene con la distorsión del texto, y en las diferentes formas de esta falsificación podemos descubrir paralelos con la diversidad de modos en los que el *yo* se altera. Se puede intentar presentar la objeción de que la analogía está equivocada en un punto esencial, porque la distorsión de un texto es el trabajo de una censura tendenciosa de la que no encuentra nada similar en la evolución del *yo*. Pero esto no es así porque un propósito tendencioso de esta

clase se halla representado ampliamente por la fuerza impulsora del principio del placer. El aparato psíquico no tolera el displacer, ha de eliminarlo a toda costa, y si la percepción de la realidad lleva consigo displacer, aquella percepción —esto es la verdad— debe ser sacrificada. Donde existen peligros externos el individuo puede ayudarse por algún tiempo mediante la huida y la evitación de las situaciones de peligro hasta que más tarde sea bastante fuerte para desplazar la amenaza mediante la alteración activa de la realidad. Pero no podemos huir de nosotros mismos; la huida no es un remedio frente al peligro interno. Y por esta razón los mecanismos defensivos del *yo* están condenados a falsificar nuestra percepción interna y a darnos solamente una imagen imperfecta y desfigurada de nuestro *ello*. Por tanto, en su relación con el *ello*, el *yo* queda paralizado por sus restricciones o cegado por sus errores, y el resultado de esto en la esfera de los acontecimientos psíquicos sólo puede ser comparado al hecho de pasear por un territorio que no se conoce y sin tener un buen par de piernas.

Los mecanismos de defensa sirven al propósito de alejar los peligros. No puede negarse que en esto tienen éxito, y es dudoso si el *yo* podría pasarse sin ellos durante su desarrollo. Pero también es cierto que, a su vez, pueden convertirse en peligros. A veces resulta que el *yo* ha pagado un precio demasiado alto por los servicios que le prestan. El gasto dinámico necesario para mantenerlos y las restricciones del *yo* que presuponen casi invariablemente resultan una pesada carga en la economía psíquica. Además, esos mecanismos no se extinguen después de haber ayudado al *yo* durante los años difíciles de su desarrollo. Naturalmente, ningún individuo usa todos los posibles mecanismos de defensa. Cada persona sólo utiliza una selección de ellos. Pero éstos quedan fijados en su *yo*. Se convierten en modos regulares de reacción de su carácter, que se repiten a lo largo de su vida cuando se presenta una situación similar a la primitiva. Esto los convierte en infantilismos, que comparten el destino de tantas instituciones que intentan subsistir después que ha pasado la época en que eran útiles. *Vernunft wird Unsinn, Wohltat Plage*, se queja el poeta[2499]. El *yo* del adulto, con su fuerza incrementada, continúa defendiéndose contra peligros que ya no existen en la realidad; se siente impulsado a buscar en la realidad aquellas situaciones que pueden servir como un sustituto aproximado del peligro primitivo para poder

justificar, en relación con ellas, el que mantengan sus modos habituales de reacción. Así podemos comprender fácilmente cómo los mecanismos defensivos, produciendo una alienación más amplia del mundo exterior y una debilitación permanente del *yo*, facilitan y pavimentan el camino para la irrupción de la neurosis.

J Pero por el momento no nos interesa el papel patógeno de los mecanismos de defensa. Lo que intentamos descubrir es la influencia que las alteraciones del *yo*, que corresponden a ellos, tienen sobre nuestros esfuerzos terapéuticos. El material para una respuesta a esta pregunta aparece en el libro de Anna Freud al que ya nos hemos referido. El punto esencial es que el paciente repite esos modos de reacción durante el trabajo analítico, que los produce ante nuestros ojos. En realidad sólo por este camino podemos conocerlos. Esto no significa que hagan imposible el psicoanálisis. Por el contrario, constituyen la mitad de nuestra tarea analítica. La otra mitad, que era de la que se ocupaba el psicoanálisis en sus primeros tiempos, es el descubrimiento de lo que se halla oculto en el *ello*. Durante el tratamiento nuestro trabajo terapéutico se halla oscilando continuamente hacia adelante y hacia atrás, igual que un péndulo, entre un fragmento de análisis del *ello* y otro del análisis del *yo*. En el primer caso necesitamos hacer consciente algo del *ello*; en el otro queremos corregir algo del *yo*. Lo importante es que los mecanismos defensivos dirigidos contra el peligro primitivo reaparecen en el tratamiento como *resistencias* contra la curación. De aquí resulta que el *yo* considera la curación como un nuevo peligro.

El efecto terapéutico depende de que se haga consciente lo que se halla reprimido, en el sentido más amplio de la palabra, en el *ello*. Preparamos el camino para esta concienciación por las interpretaciones y las construcciones[2500], pero interpretamos sólo para nosotros y no para el paciente, en tanto el *yo* se aferra a sus antiguas defensas y no abandona sus resistencias. Ahora bien: esas resistencias, aunque pertenecen al *yo*, son inconscientes y en cierto modo se hallan aisladas dentro de él. El psicoanalista las reconoce con más facilidad que al material oculto en el *ello*. Se podría pensar que sería suficiente tratarlas como fragmentos del *ello* y, haciéndolas conscientes, ponerlas en relación con el resto del *yo*. De este modo supondríamos que habíamos realizado la mitad de la tarea del

psicoanálisis; no deberíamos contar con encontrar una resistencia contra el descubrimiento de las resistencias. Pero es esto lo que sucede. Durante el trabajo sobre las resistencias el *yo* se retira más o menos seriamente— del acuerdo sobre el que se basa la situación psicoanalítica. El *yo* cesa de apoyar nuestros esfuerzos para descubrir el *ello* se opone a ellos, desobedece la regla fundamental del análisis y no permite que emerja nada derivado de lo reprimido. No podemos esperar que el paciente tenga una gran convicción sobre el poder curativo del análisis. Puede haber traído consigo un cierto grado de confianza en el analista, que será reforzado hasta que resulte eficaz por los factores de la transferencia positiva que se creará en él. Bajo el influjo de los impulsos displacenteros que siente como resultado de la reactivación de sus conflictos defensivos, las transferencias negativas pueden ocupar el primer plano y anular por completo la situación psicoanalítica. Ahora el paciente mira al psicoanalista como a un extraño que tiene exigencias desagradables para él y se conduce entonces como un niño que no gusta del extraño y no cree nada de lo que le dice. Si el psicoanalista intenta explicar al paciente una de las distorsiones hechas por él con propósitos de defensa y corregirle, lo encuentra sin comprensión e inaccesible a los argumentos mejor fundamentados. Así vemos que existe una resistencia al descubrimiento de las resistencias, y los mecanismos defensivos merecen realmente el nombre que les hemos dado primitivamente aun antes de haberlos examinado en detalle. Son resistencias no sólo a la concienciación de los contenidos del *ello*, sino también al análisis como un todo y, por tanto, a la curación.

El efecto producido en el *yo* por las defensas puede describirse acertadamente como una «alteración del yo», si por esto comprendemos una desviación de la ficción de un *yo* normal que garantizaría una inquebrantable lealtad al trabajo del análisis. Es fácil entonces aceptar el hecho, que la experiencia diaria muestra, de que el resultado de un tratamiento psicoanalítico depende esencialmente de la fuerza y de la profundidad de las raíces de esas resistencias, que dan lugar a una alteración del *yo*. De nuevo nos enfrentamos con la importancia del factor cuantitativo y otra vez hemos de pensar que el análisis sólo puede echar mano de cantidades de energía definidas y limitadas que han de medirse con las fuerzas hostiles. Y parece como si la victoria se hallara de hecho, como regla general, del lado de los

grandes batallones.

VI

La siguiente cuestión que hemos de tratar es si todas las alteraciones del *yo* —en nuestro sentido del término— se adquieren durante las luchas defensivas de los primeros años. No hay duda en cuanto a la contestación. No tenemos razones para negar la existencia y la importancia de características originales e innatas distintivas del *yo*. Esto se comprueba por el simple hecho de que cada persona hace una selección de los posibles mecanismos de defensa, que usa solamente unos pocos y siempre los mismos. Esto parecería indicar que cada *yo* está provisto desde un principio con disposiciones e impulsos individuales, aunque es verdad que no podemos especificar su naturaleza ni lo que los determina. Sabemos también que no debemos exagerar la diferencia entre caracteres heredados y adquiridos como una antítesis, lo que fue adquirido por nuestros antepasados forma, ciertamente, una parte importante de lo que heredamos. Cuando hablamos de una «herencia arcaica», corrientemente estamos pensando solamente en el *ello* y parece que aceptamos que en el comienzo de la vida individual no existe todavía un *yo*. Pero no hemos de pasar por alto el hecho de que el *ello* y el *yo* son originalmente una misma cosa; tampoco implica una hipervaloración mística de la herencia el pensar que sea creíble que aun antes que el *yo* haya surgido a la existencia están ya preparadas para él las líneas de desarrollo, los impulsos y las reacciones que más tarde exhibirá. Las peculiaridades psicológicas de las familias, razas y naciones, incluso en su actitud hacia el psicoanálisis, no permiten otra explicación. Más aún: la experiencia psicoanalítica nos ha imbuido la convicción de que hasta los contenidos psíquicos particulares, como el simbolismo, no tienen otras fuentes que la transmisión hereditaria, y algunas investigaciones en el terreno de la antropología social hacen plausible suponer que otros precipitados, igualmente especializados, dejados por la evolución humana se hallan también presentes en la herencia arcaica.

Con el reconocimiento de que las propiedades del *yo* que encontramos bajo la forma de resistencias pueden ser tanto determinadas por la herencia como adquiridas en las luchas defensivas pierde mucho de su valor para nuestra investigación la distinción topográfica entre lo que es *yo* y lo que es *ello*. Si damos un paso más en nuestra experiencia analítica llegamos a resistencias de otro tipo, que ya no podemos localizar y que parecen depender de condiciones fundamentales del aparato psíquico. Sólo puedo dar unos pocos ejemplos de este tipo de resistencias: el campo de investigación nos es todavía asombrosamente extraño y está insuficientemente explorado. Encontramos personas, por ejemplo, a quienes nos sentiríamos inclinados a atribuir una especial «adhesividad de la libido[2501]». Los procesos que el tratamiento pone en marcha son mucho más lentos en ellas que en otras personas, porque al parecer no pueden acostumbrarse a separar las catexias —*cathexes*, del griego *kathexis*, en psicoanálisis: la concentración de deseos sobre algún objeto e idea; también la cantidad de deseos así concentrados— libidinales de un objeto para transferirlas a otro, aunque no podamos descubrir una especial razón para esta lealtad de las catexias. Encontramos también el tipo de persona opuesto, en el que la libido parece particularmente movilizable; entra fácilmente en las nuevas catexias sugeridas por el análisis, abandonando las antiguas. La diferencia entre los dos tipos es comparable a la que sentiría un escultor según trabajara en una piedra dura o en el blando yeso. Por desgracia, en este segundo tipo los resultados del análisis resultan ser con frecuencia muy poco duraderos; las nuevas catexias son pronto abandonadas, y tenemos la impresión no de haber trabajado en yeso, sino de haber escrito en el agua. En las palabras del proverbio «Los dineros del sacristán cantando vienen, cantando se van».

En otro grupo de casos nos vemos sorprendidos por una actitud de nuestros pacientes que solamente puede ser atribuida a un agotamiento de la plasticidad, de la capacidad de cambio y de desarrollo que ordinariamente esperaríamos. Estamos en verdad preparados para encontrar en el análisis un cierto grado de inercia psíquica. Cuando el trabajo analítico ha abierto nuevos caminos a un impulso instintivo, casi invariablemente observamos que el impulso no penetra en ellos sin una marcada vacilación. A esta conducta la hemos llamado, tal vez no muy correctamente, «resistencia del *ello*[2502]».

Pero en los pacientes a los que ahora me refiero todos los procesos mentales, las relaciones y las distribuciones de fuerzas son inmodificables, fijas y rígidas. Encontramos lo mismo en personas muy ancianas, en cuyo caso se explica como siendo debido a lo que se describe como la fuerza de la costumbre o a un agotamiento de la receptividad, una especie de entropía psíquica[2503]. Pero aquí tratamos con personas que todavía son jóvenes. Nuestro conocimiento teórico no parece adecuado para dar una explicación correcta de estos tipos. Probablemente intervienen algunas características pasajeras —algunas alteraciones del ritmo del desarrollo de la vida psíquica que todavía no hemos apreciado.

En otro grupo de casos las características distintivas del *yo*, que han de hacerse responsables como fuentes de la resistencia hacia el tratamiento psicoanalítico y como impedimentos para el éxito terapéutico, pueden surgir de raíces más profundas y diferentes. Aquí tratamos con las cosas últimas, de las que la investigación psicológica puede aprender algo: la conducta de los dos instintos primigenios, su distribución, su mezcla y su difusión —cosas de las que no se puede pensar que están confinadas a una simple provincia del aparato psíquico, el *ello*, el *yo* o el *super-yo*—. Durante el trabajo analítico no se obtiene otra impresión de la resistencia, sino la de que es una fuerza que se defiende con todos los medios posibles contra la curación y que se halla completamente resuelta a aferrarse a la enfermedad y al sufrimiento. Una parte de esta fuerza ha sido reconocida por nosotros, sin duda con justicia, como el sentimiento de culpa y la necesidad de castigo y la hemos localizado en la relación del *yo* con el *super-yo*. Pero ésta es sólo la porción que se halla de algún modo ligada psíquicamente al *super-yo*, haciéndose así reconocible; otras porciones de esta misma fuerza, ligadas o libres, pueden actuar en otros lugares no especificados. Si consideramos el cuadro completo constituido por los fenómenos del masoquismo, inmanente a tanta gente, la reacción terapéutica negativa y el sentimiento de culpa encontrado en tantos neuróticos, no podremos ya adherirnos a la creencia de que los sucesos psíquicos se hallan gobernados exclusivamente por el deseo de placer. Estos fenómenos son inequívocas indicaciones de la presencia en la vida psíquica de una fuerza a la que llamamos instinto de agresión o de destrucción, según sus fines, y que hacemos remontar al primitivo instinto de muerte de la

materia viva. No se trata de una antítesis entre una teoría optimista y otra pesimista de la vida. Solamente por la acción mutuamente concurrente u opuesta de los dos instintos primigenios —Eros y el instinto de muerte—, y nunca por uno sólo de ellos, podemos explicar la rica multiplicidad de los fenómenos de la vida.

Cómo algunas partes de esas dos clases de instintos se combinan para realizar las diversas funciones vitales, en qué condiciones estas combinaciones se aflojan o se rompen, a qué trastornos corresponden estos cambios y con qué sentimientos responde a ellos la escala perceptiva del principio del placer, son problemas cuya elucidación sería el resultado más interesante de la investigación psicológica. Por el momento hemos de rendirnos a la superioridad de las fuerzas contra las cuales vemos que quedan anulados nuestros esfuerzos. Aun ejercer un influjo psíquico en el simple masoquismo es una carga para nuestras posibilidades.

Al estudiar los fenómenos que testimonian de la actividad del instinto de destrucción no estamos confinados a hacer observaciones en un material patológico. Muchos hechos de la vida psíquica normal piden una explicación de esta clase, y cuanto más aguda se hace nuestra mirada, con mayor frecuencia los encontramos. El tema es demasiado nuevo y demasiado importante para que lo trate aquí como una cuestión secundaria. Me contentaré, por tanto, con seleccionar algunos ejemplos.

Éste es uno. Ya sabemos que en todas las épocas ha habido, como ahora hay, personas que pueden tomar como objeto sexual a miembros de su propio sexo lo mismo que del opuesto, sin que un impulso interfiera con el otro. Llamamos a estas personas bisexuales y aceptamos su existencia sin sentir mucha sorpresa. Hemos llegado a saber, además, que todo ser humano es bisexual en este sentido y que su libido se halla distribuida, de un modo manifiesto o latente, sobre objetos de uno y otro sexos. Pero nos sorprende lo siguiente: mientras que en la primera clase de personas los dos impulsos corren juntos sin conflicto, en la segunda y más numerosa se hallan en un estado de conflicto irreconciliable. La heterosexualidad de un hombre no se entiende con la homosexualidad, y viceversa. Si la primera es la más fuerte, logra conservar latente a la segunda, impidiéndole su satisfacción en la realidad. Por otro lado, no existe peligro mayor para la función heterosexual

de un hombre que el que sea perturbada por su homosexualidad latente. Podríamos intentar explicar esto diciendo que cada individuo solamente dispone de una cierta cantidad de libido por la que ambos impulsos rivales han de luchar. Pero no está claro por qué los rivales no siempre dividen entre ellos la cantidad disponible de libido de acuerdo con su fuerza relativa, puesto que son capaces de hacerlo así en cierto número de casos. Nos vemos forzados a aceptar la conclusión de que la tendencia a un conflicto es algo especial, algo sobreañadido a la situación, independientemente de la cantidad de libido. Una tendencia, que emerge independientemente, a presentar conflictos de esta clase no puede realmente atribuirse a nada, sino a la intervención de un elemento de agresividad libre.

Si reconocemos el caso que estamos discutiendo como expresión del instinto agresivo o destructivo, se plantea la cuestión de si esta opinión no debería extenderse a otras clases de conflictos e incluso si todo lo que sabemos acerca de los conflictos psíquicos no debería ser revisado desde este nuevo ángulo. Después de todo suponemos que en el curso del desarrollo del hombre desde un estado primitivo a otro civilizado su agresividad sufre un grado considerable de internalization o de vuelta hacia adentro; si es así, sus conflictos internos serían en realidad el equivalente de las luchas externas que entonces han cesado. Ya me doy cuenta de que la teoría dualista, según la cual un instinto de muerte o de destrucción o de agresión reclama los mismos derechos que el Eros que se manifiesta en la libido, ha encontrado pocas simpatías y no ha sido realmente aceptada ni aun por los psicoanalistas. Por esto me sentí tan satisfecho cuando, no hace mucho, encontré esta teoría mía en los escritos de uno de los grandes pensadores de la antigua Grecia. Estoy dispuesto a abandonar el prestigio de la originalidad en favor de esta confirmación, especialmente porque no puedo estar seguro, en vista de la amplitud de mis lecturas en los primeros años, de si lo que creí una nueva creación no sería sino un efecto de la criptomnesia.

Empédocles de Acragas (Girgenti), nacido alrededor del año 495 a. J. C, es una de las figuras más grandes y más notables en la historia de la civilización griega. Las actividades de su polifacética personalidad siguieron las más variadas direcciones. Fue investigador y pensador, profeta y mago, político, filántropo y médico, con un buen conocimiento de las ciencias

naturales. Se dijo de él que había librado a la ciudad de Selinunte de la malaria y sus contemporáneos le reverenciaban como a un dios. Su mente parece haber reunido los más abruptos contrastes. Era exacto y sobrio en sus investigaciones físicas y fisiológicas, aunque no escapó a las oscuridades del misticismo y construyó especulaciones cósmicas de agudeza imaginativa sorprendente. Capelle le compara con el Doctor Fausto, «al que le fueron revelados muchos secretos». Nacido en una época en que el reino de la ciencia se hallaba dividido en tantas provincias, algunas de sus teorías han de parecemos inevitablemente primitivas. Explicó la variedad de las cosas por la mezcla de los cuatro elementos: tierra, aire, fuego y agua. Sostenía que toda la Naturaleza estaba animada y creyó en la transmigración de las almas. Pero también incluyó en su cuerpo teórico de conocimientos ideas tan modernas como la evolución gradual de las criaturas vivientes, la supervivencia de los mejor dotados y un reconocimiento de la parte desempeñada por la suerte (ςύχη) en aquella evolución.

Pero la teoría de Empédocles que merece especialmente nuestro interés es una que se aproxima tanto a la teoría psicoanalítica de los instintos que nos encontraríamos tentados de mantener que las dos son idénticas si no fuera por la diferencia de que la del filósofo griego es una fantasía cósmica, mientras que la nuestra se contenta con reclamar una validez biológica. Al mismo tiempo el hecho de que Empédocles adscriba al Universo la misma naturaleza animada que al organismo individual despoja a esta diferencia de gran parte de su importancia.

El filósofo enseñaba que dos principios gobernaban los sucesos en la vida del Universo y en la vida de la mente, y que esos principios estaban continuamente en guerra entre ellos. Los llamó φιλία (amor) y νείκος (lucha). De esas dos fuerzas —que concebía en el fondo como «fuerzas naturales que operaban como instintos y de ningún modo inteligencias con un propósito consciente[2504]»— la una tiende a aglomerar las partículas primarias de los cuatro elementos en una unidad simple, mientras que la otra, por el contrario, busca disolver todas estas fusiones y separar las partículas primitivas de los elementos. Empédocles pensaba que el proceso del Universo era una alternación continuada e incesante de períodos, en la cual la una o la otra de las dos fuerzas fundamentales obtenía la superioridad, de modo que unas

veces el amor, otras la lucha, realizan por completo sus propósitos y dominan el Universo, después de lo cual la contraria, antes vencida, se impone y, a su vez, derrota a su contrincante.

Los dos principios fundamentales de Empédocles —φιλία y νεῖχος— son en cuanto al hombre y a la función los mismos que nuestros dos instintos primigenios, el *Eros* y la *tendencia a la destrucción*, el primero de los cuales se dirige a combinar lo que existe en unidades cada vez mayores, mientras que el segundo aspira a disolver esas combinaciones y a destruir las estructuras a las que han dado lugar. No nos sorprenderá, sin embargo, encontrar que en su reemergencia después de dos milenios y medio esta teoría ha sido alterada en algunos de sus aspectos. Aparte de la restricción al campo biofísico que nos ha sido impuesta, ya no tenemos como sustancias básicas los cuatro elementos de Empédocles; lo que vive ha sido claramente diferenciado de lo inanimado y ya no pensamos en la mezcla y separación de partículas de sustancia, sino en la soldadura y en la disolución de componentes instintivos. Además, nosotros hemos proporcionado una especie de base biológica para el principio de la «lucha», remontando nuestro instinto de destrucción al instinto de muerte, al deseo de lo que vive a volver a un estado inanimado. Esto no es negar que un instinto análogo[2505] existiera ya antes ni, naturalmente, afirmar que un instinto de esta clase solamente apareció con la emergencia de la vida. Y nadie puede prever de qué guisa el núcleo de verdad contenido en la teoría de Empédocles se presentará a la comprensión de la posteridad[2506].

VII

En 1927 Ferenczi leyó un instructivo artículo sobre el problema de la terminación de los análisis[2507]. Finaliza con una afirmación consoladora de que «el análisis no es un proceso sin fin, sino que puede ser llevado a una natural terminación con suficiente habilidad y paciencia por parte del analista». Sin embargo, el trabajo en conjunto me parece contener una advertencia de no aspirar al acortamiento del psicoanálisis, sino a su

profundización. Ferenczi señala que el éxito depende muy ampliamente de que el analista haya aprendido lo bastante de sus propios «errores y equivocaciones» y haya corregido los «puntos débiles de su personalidad». Esto proporciona un importante complemento a nuestro tema. Entre los factores que influencian los progresos del tratamiento psicoanalítico y añaden dificultades del mismo modo que las resistencias, deben tenerse en cuenta no sólo la naturaleza del *yo* del paciente, sino la individualidad del psicoanalista.

No puede negarse que los psicoanalistas no han llegado invariablemente en su propia personalidad al nivel de normalidad psíquica hasta el cual desean educar a sus pacientes. Con frecuencia los enemigos del psicoanálisis señalan este hecho con burla y lo utilizan como un argumento para demostrar la inutilidad de las técnicas psicoanalíticas. Podríamos rechazar esta crítica diciendo que presenta exigencias injustificables. Los psicoanalistas son personas que han aprendido a practicar un arte peculiar; además de esto, ha de permitírseles que sean seres humanos como los demás. Al fin y al cabo nadie mantiene que un médico es incapaz de tratar las enfermedades internas si no están sanos sus propios órganos interiores; por el contrario, puede argumentarse que existen ciertas ventajas en que un hombre que se halla amenazado por la tuberculosis se especialice en el tratamiento de personas que sufren esta enfermedad. Pero los casos no son idénticos. En tanto es capaz de trabajar, un médico que sufra de los pulmones o del corazón no se halla impedido para diagnosticar y tratar enfermedades internas, mientras que las condiciones especiales del trabajo psicoanalítico hace que los propios defectos del analista interfieran en el correcto establecimiento por él del estado de cosas en su paciente y le impidan reaccionar de un modo eficaz. Por tanto, es razonable esperar de un psicoanalista —como parte de sus calificaciones— un grado considerable de normalidad y de salud mentales. Además, ha de poseer alguna clase de superioridad, de modo que en ciertas situaciones analíticas pueda actuar como modelo para su paciente y en otras como maestro. Y, finalmente, no debemos olvidar que la relación psicoanalítica está basada en un amor a la verdad —esto es, en el reconocimiento de la realidad— y que esto excluye cualquier clase de impostura o engaño.

Hagamos aquí una pausa por un momento para asegurar al psicoanalista

que tiene nuestra sincera simpatía por las exigentes demandas que ha de satisfacer al realizar sus actividades. Parece casi como si la de psicoanalista fuera la tercera de esas profesiones «imposibles» en las cuales se está de antemano seguro de que los resultados serán insatisfactorios. Las otras dos, conocidas desde hace mucho más tiempo, son la de la educación y del gobierno[2508]. Evidentemente, no podemos pedir que el que quiera ser psicoanalista sea un ser perfecto antes de emprender el análisis; en otras palabras, que sólo tengan acceso a la profesión personas de elevada y rara perfección. Pero ¿dónde y cómo adquirirá el pobre diablo las calificaciones ideales que ha de necesitar en su profesión? La respuesta es: en un psicoanálisis didáctico, con el que empieza su preparación para sus futuras actividades. Por razones prácticas este análisis sólo puede ser breve e incompleto. Su objetivo principal es capacitar a su profesor para juzgar si el candidato puede ser aceptado para un enfrentamiento posterior. Habrá cumplido sus propósitos si proporciona al principiante una firme convicción de la existencia del inconsciente, si le capacita, cuando emerge material reprimido, para percibir en él mismo cosas que de otro modo le resultarían increíbles y si le muestra una primera visión de la técnica que ha demostrado ser la única eficaz en el trabajo analítico. Sólo esto no bastará para su instrucción; pero contamos con que los estímulos que ha recibido en su propio análisis no cesarán cuando termine y que los procesos de remodelamiento continuarán espontáneamente en el sujeto analizado, que hará uso de todas las experiencias subsiguientes en este sentido recién adquirido. En realidad sucede esto, y en tanto sucede califica al sujeto analizado para ser, a su vez, psicoanalista.

Por desgracia también ocurre otra cosa. Si intentamos describirla, sólo podemos hacerlo partiendo de impresiones. La hostilidad, por un lado, y la parcialidad, por el otro, crean una atmósfera desfavorable para la investigación objetiva. Parece que cierto número de psicoanalistas aprenden a utilizar mecanismos defensivos que les permiten desviar de sí mismos las implicaciones y exigencias del análisis (probablemente dirigiéndolas hacia otras personas), de modo que ellos siguen siendo como son y pueden sustraerse a la influencia crítica y correctiva del psicoanálisis. Esto puede justificar las palabras del autor, que nos advierte de que cuando un hombre

está investido de poder le resulta difícil no abusar de él[2509]. A veces, si intentamos comprender esto, somos llevados a establecer una desagradable analogía con el efecto de los rayos X en personas que los manejan sin tomar precauciones. No sería sorprendente que el efecto de una preocupación constante con todo el material reprimido que lucha por su libertad en la mente humana comenzara a rebullir en el psicoanalista lo mismo que las exigencias instintivas, que de otro modo es capaz de mantener reprimidas. Éstos son también «peligros del psicoanálisis», aunque amenazan no al elemento pasivo, sino al activo en la situación analítica; y no deberíamos descuidar el enfrentarnos con ellos. No hay duda acerca de cómo debemos hacerlo. Todo analista debería periódicamente —a intervalos de unos cinco años— someterse a un nuevo análisis sin sentirse avergonzado de dar este paso. Esto significaría entonces que no sólo el análisis terapéutico de los pacientes, sino su propio psicoanálisis, se transformarían desde una tarea terminable en una tarea interminable.

Aquí, sin embargo, hemos de prevenir contra un malentendido. No quiero decir que el análisis sea algo que nunca termina. Cualquiera que sea la posición de un análisis es una cuestión de práctica. Todo psicoanalista experimentado recordará un cierto número de casos en los que se ha dado a su paciente una despedida definitiva *rebus bene gestis*[2510] *. En los casos que se conocen como análisis de carácter existe una discrepancia mucho menor entre la teoría y la práctica. Aquí no es fácil prever una terminación natural, aun cuando se eviten exageradas expectaciones y no se plantee al psicoanálisis una tarea excesiva. Nuestra aspiración no será borrar toda peculiaridad del carácter individual en favor de una «normalidad» esquemática ni exigir que la persona que ha sido «psicoanalizada por completo» no sienta pasiones ni presente conflictos internos. El papel del psicoanálisis es lograr las condiciones psicológicas mejores posibles para las funciones del *yo*; con esto ha cumplido su tarea.

VIII

Tanto en el psicoanálisis terapéutico como en el del carácter percibimos que dos temas se presentan con especial preeminencia y proporcionan al analista una cantidad desmedida de trabajo. En seguida resulta evidente que aquí actúa un principio general. Los dos temas se hallan ligados a la distancia entre los sexos; uno es característico de los varones; el otro, de las mujeres. A pesar de las diferencias de su contenido, existe una clara correspondencia entre ellos. Algo que los dos sexos tienen en común ha sido forzado, por la diferencia entre los sexos, a expresarse de distintas formas.

Los dos temas, que se corresponden, son: en la mujer, la *envidia del pene* —una aspiración positiva a poseer un órgano genital masculino—, y en el varón, la lucha contra su actitud pasiva o femenina frente a otro varón. Lo que era común a los dos temas fue aislado en una temprana época de la nomenclatura del psicoanálisis como una actitud hacia el complejo de castración. Posteriormente Alfred Adler introdujo en el lenguaje corriente el término de «protesta masculina». Se acomoda perfectamente al caso de los varones; pero pienso que desde el comienzo «repudiación de la feminidad» habría sido la correcta descripción de este notable hecho en la vida psíquica de los seres humanos.

Al intentar introducir este factor en la estructura de nuestra teoría no debemos pasar por alto el hecho de que, por su misma naturaleza, no puede ocupar la misma posición en los dos sexos. En los varones la aspiración a la masculinidad es, desde el principio, sintónica con el *yo*; la actitud pasiva, puesto que presupone una aceptación de la castración, se halla reprimida enérgicamente y con frecuencia su presencia sólo se revela por hipercompensaciones excesivas. En las hembras también la aspiración a la masculinidad resulta sintónica con el *yo* en cierto período —es decir, en la f ase fálica, antes que haya empezado la evolución de la feminidad—. Pero entonces sucumbe a los tempestuosos procesos de la represión, cuyo éxito, como tantas veces se ha demostrado, determina el logro de la feminidad de una mujer. Muchas cosas dependen de que una cantidad suficiente de su masculinidad escape a la represión y ejerza una influencia permanente sobre su carácter. Normalmente grandes porciones del complejo son transformadas y contribuyen a la formación de su feminidad: el deseo apaciguado de un pene está destinado a convertirse en el deseo de un bebé y de un marido que

posee un pene. Es extraño, sin embargo, cuán a menudo encontramos que el deseo de masculinidad ha sido retenido en el inconsciente y a partir de su estado de represión ejerce un influjo perturbador.

Como se ve por lo que he dicho, en ambos casos es la actitud apropiada para el sexo opuesto la que ha sucumbido a la represión. Ya he señalado en otro lugar[2511] que fue Wilhelm Fliess el que llamó mi atención sobre este punto. Fliess se hallaba inclinado a considerar la antítesis entre los sexos como la causa verdadera, la fuerza motora y el motivo primigenio de la represión. Sólo estoy repitiendo lo que entonces dije al expresar mi disconformidad con su opinión, cuando me niego a sexualizar la represión de este modo; es decir, a explicarla por motivos biológicos en lugar de por motivos puramente psicológicos.

La gran importancia de estos dos temas —en las mujeres el deseo de un pene y en los varones la lucha contra la pasividad— no escaparon a Ferenczi. En el trabajo leído por él en 1927 consideraba como un requisito para todo psicoanálisis realizado con éxito que esos dos complejos hubieran sido dominados[2512]. Me gustaría añadir que, según mi propia experiencia, pienso que al pedir esto pedía demasiado. En ningún momento del trabajo psicoanalítico se sufre más de un sentimiento opresivo de que los repetidos esfuerzos han sido vanos y se sospecha que se ha estado «predicando en el desierto» que cuando se intenta persuadir a una mujer de que abandone su deseo de un pene porque es irrealizable, o cuando se quiere convencer a un hombre de que una actitud pasiva hacia los varones no siempre significa la castración y es indispensable en muchas relaciones de la vida. La rebelde hipercompensación del varón produce una de las más intensas resistencias a la transferencia. Se niega a sujetarse a un padre-sustituto o a sentirse en deuda con él por cualquier cosa y, por consiguiente, se niega a aceptar su curación por el médico. Del deseo de un pene por parte de la mujer no puede provocarse una transferencia análoga, pero es en ella la fuente de graves episodios de depresión debidos a una convicción interna de que el análisis de nada servirá y que nada puede hacerse para ayudarla. Y hemos de aceptar que está en lo cierto cuando sabemos que su más fuerte motivo para el tratamiento era la esperanza de que, después de todo, todavía podría obtener un órgano masculino, cuya ausencia era tan penosa para ella.

Pero también aprendemos de esto que no es importante la forma en que aparece la resistencia, sea como una transferencia o no. La cosa decisiva sigue siendo que la resistencia evita que aparezca cualquier cambio, que todo continúa como antes estaba. Con frecuencia tenemos la impresión de que con el deseo de un pene y la protesta masculina hemos penetrado a través de todos los estratos psicológicos y hemos llegado a la roca viva, y que, por tanto, nuestras actividades han llegado a su fin. Esto es probablemente verdad, puesto que para el campo psíquico el territorio biológico desempeña en realidad la parte de la roca viva subyacente. La repudiación de la feminidad puede no ser otra cosa que un hecho biológico, una parte del gran enigma de la sexualidad[2513]. Sería difícil decir sí y cuándo hemos logrado domeñar este factor en un tratamiento psicoanalítico. Sólo podemos consolarnos con la certidumbre de que hemos dado a la persona analizada todos los alientos necesarios para reexaminar y modificar su actitud hacia él.

CXCV

CONSTRUCCIONES EN PSICOANÁLISIS[2514]

1937

I

SIEMPRE me ha parecido que hablaba muy en favor de cierto científico muy conocido que tratara con justicia al psicoanálisis en una época en que la mayor parte de la gente no se sentía obligada a ello. Sin embargo, en una ocasión expresó una opinión sobre la técnica analítica que era peyorativa e injusta. Dijo que al proporcionar interpretaciones a un paciente lo tratamos según el famoso principio de *Heads I win, tails you lose*[2515]. Es decir, si el paciente está de acuerdo con nosotros, la interpretación es acertada; si nos contradice, es un signo de su resistencia, lo cual demuestra también que estamos en lo cierto. De este modo siempre tenemos razón frente al pobre diablo inerme al que estamos analizando, independientemente de lo que responda a lo que le presentamos. Ahora bien: como en realidad es cierto que un «no» de uno de nuestros pacientes no es en general bastante para hacernos abandonar una interpretación como incorrecta, tal revelación sobre la naturaleza de nuestra técnica ha sido muy bien recibida por los enemigos del psicoanálisis. Por tanto, merece la pena que demos una noción detallada de cómo acostumbramos a llegar a la aceptación del «sí» o del «no» de nuestros pacientes durante el tratamiento psicoanalítico, de la

expresión de su aceptación o de la negativa. El psicoanalista práctico nada aprenderá, naturalmente, en el curso de esta apología que no sepa ya[2516].

En cosa sabida que el trabajo analítico aspira a inducir al paciente a que abandone sus represiones (usando la palabra en su sentido más amplio), que pertenecen a la primera época de su evolución, y a reemplazarlas por reacciones de una clase que corresponderían a un estado de madurez psíquica. Con este propósito a la vista debe llegar a recoger ciertas experiencias y los impulsos afectivos concitados por ellas que en ese momento ha olvidado. Sabemos que sus actuales síntomas e inhibiciones son consecuencia de represiones de esta clase; es decir, que son sustitutos de las cosas que ha olvidado. ¿Qué clase de material pone a nuestra disposición del cual podemos hacer uso para ponerle en el camino de recobrar los perdidos recuerdos? Toda clase de cosas. Nos da fragmentos de esos recuerdos en sus sueños de gran valor por sí mismos, pero grandemente desfigurados, por lo común, por todos los factores que intervienen en la formulación de los sueños. También, si se entrega a la «asociación libre», produce ideas, en las que podemos descubrir alusiones a las experiencias reprimidas y derivativos de los impulsos afectivos suprimidos, lo mismo que de las reacciones contra ellos. Y finalmente existen indicios de repeticiones de los afectos que pertenecen al material reprimido que se encuentran en acciones realizadas por el paciente, algunas importantes, otras triviales, tanto dentro como fuera de la situación psicoanalítica. Nuestra experiencia ha demostrado que la relación de transferencia que se establece hacia el analista se halla particularmente calculada para favorecer el regreso de esas conexiones afectivas. De este material bruto —si podemos llamarlo así— es de donde hemos de extraer lo que buscamos.

Y lo que buscamos es una imagen del paciente de los años olvidados que sea verdadera y completa en todos los aspectos esenciales. Pero en este punto hemos de recordar que el trabajo analítico consta de dos porciones completamente distintas, que se llevan a cabo en dos localizaciones diferentes, que afecta a dos personas, a cada una de las cuales le es asignada una tarea distinta. Por un momento puede parecer extraño que este hecho tan fundamental no haya sido señalado hace tiempo; pero inmediatamente se percibirá que nada había oculto en esto, que es un hecho universalmente

conocido y evidente por sí mismo y que sólo se pone de relieve aquí y se examina aisladamente con una intención particular. Todos sabemos que la persona que está siendo psicoanalizada ha de ser inducida a recordar algo que ha sido experimentado por ella y reprimido, y los determinantes dinámicos de este proceso son tan interesantes que la otra parte del trabajo, la tarea realizada por el psicoanalista, es rechazada a un segundo término. El analista ni ha experimentado ni ha reprimido nada del material que se considera; su tarea no ha de ser recordar algo. ¿Cuál *es* entonces su tarea? Su tarea es hacer surgir lo que ha sido olvidado a partir de las huellas que ha dejado tras sí, o más correctamente, *construirlo*. El tiempo y modo en que transmite sus construcciones a la persona que está siendo psicoanalizada, así como las explicaciones con las que las acompaña, constituyen el nexo entre las dos partes del trabajo analítico, entre su propia parte y la del paciente.

Su trabajo de construcción o, si se prefiere, de reconstrucción, se parece mucho a una excavación arqueológica de una casa o de un antiguo edificio que han sido destruidos y enterrados. Los dos procesos son en realidad idénticos, excepto que el psicoanalista trabaja en mejores condiciones y dispone de más material en cuanto que no trata en algo destruido, sino con algo que todavía se halla vivo, y tal vez también por otra razón. Pero así como el arqueólogo construye las paredes del edificio a partir de los cimientos que han permanecido, determina el número y la situación de las columnas a partir de las depresiones en el suelo y reconstruye las decoraciones y pinturas murales partiendo de los restos encontrados en las ruinas, lo mismo hace el psicoanalista cuando deduce sus conclusiones de los fragmentos de recuerdos, de las asociaciones y de la conducta del sujeto. Los dos tienen un derecho innegable a reconstruir, con métodos de suplementación y combinación, los restos que sobreviven. También los dos están sujetos a comunes dificultades y fuentes de error. Uno de los problemas más arduos que se presentan al arqueólogo es la determinación de la antigüedad de sus hallazgos; y si un objeto aparece en algún nivel o si ha sido llevado a él por algún trastorno posterior. Es fácil imaginar las dudas correspondientes que surgen en el caso de las construcciones psicoanalíticas.

Como hemos dicho, el psicoanalista trabaja en condiciones más favorables que el arqueólogo, puesto que dispone de un material que no tiene

comparación con el de las excavaciones; por ejemplo, de la repetición de reacciones que datan de la infancia y todo lo que está indicado por la transferencia en conexión con estas repeticiones. Pero además ha de tenerse en cuenta que el excavador trata con objetos destruidos de los que se han perdido grandes e importantes fragmentos, por violencias mecánicas, por el fuego y por el pillaje. Ningún esfuerzo los descubrirá ni los podrá unir con los restos que sobreviven. El único camino que queda es el de reconstrucción, que por esta razón con frecuencia sólo puede alcanzar un cierto grado de probabilidad. Pero ocurre algo diferente con el objeto psíquico cuya temprana historia intenta recuperar el psicoanalista. Aquí corrientemente nos encontramos en una situación que en la arqueología sólo se presenta en raras circunstancias, como las de Pompeya o las de la tumba de Tutankamen. Todo lo esencial está conservado; incluso las cosas que parecen completamente olvidadas están presentes de alguna manera y en alguna parte y han quedado meramente enterradas y hechas inaccesibles al sujeto. Realmente, como sabemos, puede dudarse de si cualquier estructura psíquica puede ser víctima de una total destrucción. Sólo depende de la técnica psicoanalítica el que tengamos el éxito de llevar completamente a la luz lo que se halla oculto. Sólo hay otros dos hechos que contrapesan la extraordinaria ventaja de la que disfruta el trabajo psicoanalítico: uno, que los objetos psíquicos son incomparablemente más complicados que el material de las excavaciones, y otro, que tenemos un insuficiente conocimiento de lo que podemos esperar encontrar en cuanto que su estructura más fina contiene tantas cosas que son todavía misteriosas. Pero nuestra comparación de las dos clases de trabajo no puede ir más allá que esto, porque la diferencia principal entre ellos se halla en el hecho de que para el arqueólogo la reconstrucción es la aspiración y el fin de sus esfuerzos, mientras que para el analista la construcción es solamente una labor preliminar.

II

No es, sin embargo, una labor preliminar en el sentido de que haya de

completarse antes de que pueda empezarse el trabajo siguiente, como, por ejemplo, ocurre en el caso de la construcción de un edificio en el que todas las paredes han de levantarse y todas las ventanas incrustarse antes de que pueda empezarse el trabajo siguiente, como, por ejemplo, ocurre en el caso de la construcción de un edificio en el que todas las paredes han de levantarse y todas las ventanas incrustarse antes de que pueda empezarse la decoración interna de las habitaciones. Todo psicoanalista sabe que las cosas ocurren de un modo diferente en un tratamiento analítico y que ambas clases de trabajo se realizan simultáneamente, una de ellas marchando un poco por delante y la otra siguiéndola. El psicoanalista termina una construcción y la comunica al sujeto del análisis, de modo que pueda actuar sobre él; constituye entonces otro fragmento con el material que le llega, hace lo mismo y sigue de este modo alternativo hasta el final. Si en los trabajos sobre técnica psicoanalítica se dice tan poco acerca de las «construcciones» es porque en lugar de ellas se habla de las «interpretaciones» y de sus efectos. Pero creo que «construcción» es desde luego la palabra más apropiada. El término «interpretación» se aplica a alguna cosa que uno hace con algún elemento sencillo del material, como una asociación o una parapraxia. Pero es una construcción cuando uno coloca ante el sujeto analizado un fragmento de su historia anterior, que ha olvidado, de un modo aproximadamente como éste: «Hasta que tenía usted *n* años, se consideraba usted como el único e ilimitado dueño de su madre; entonces llegó otro bebé y le trajo una gran desilusión. Su madre le abandonó por algún tiempo, y aun cuando reapareció, nunca se hallaba entregada exclusivamente a usted. Sus sentimientos hacia su madre se hicieron ambivalentes, su padre logró una nueva importancia para usted», etc.

En el presente artículo nuestra atención se dirigirá exclusivamente a este trabajo preliminar realizado por las construcciones. Y aquí, ya al comienzo, se presenta la cuestión de qué garantías tenemos de que mientras trabajamos en ellas no cometemos errores y ponemos en peligro el éxito del tratamiento presentando alguna construcción que sea incorrecta. Parece que en esta cuestión no se puede dar en todos los casos una respuesta con validez general; pero aún antes de discutirla podemos prestar oídos a alguna información confortadora que se deriva de la experiencia psicoanalítica. Porque aprenderemos que no se produce un perjuicio porque alguna vez nos

equivoquemos y demos al paciente una construcción errónea de la probable verdad histórica. Naturalmente, constituye una pérdida de tiempo, y el que no haga otra cosa sino presentar al paciente falsas combinaciones no creará muy buena impresión en él ni irá muy lejos en su tratamiento; pero un pequeño error de esta clase no causará ningún perjuicio[2517]. Lo que en realidad ocurre en tales casos es más bien que el paciente permanece inconmovible por lo que se le ha dicho y no reacciona ni con un «sí» ni con un «no». Esto posiblemente sólo significa que su reacción queda pospuesta: pero si no resulta nada más podemos concluir que hemos cometido un error y debemos admitirlo así ante el paciente en alguna ocasión favorable para no poner en peligro nuestra autoridad. Esta oportunidad se presentará cuando llegue a la luz nuevo material que nos permita hacer una construcción mejor y corregir así nuestro error. De este modo la construcción errónea desaparece como si nunca se hubiera hecho, y en realidad tenemos muchas veces la impresión de que, tomando prestadas las palabras de Polonio, nuestra falsedad hubiera sido vituperada por la verdad. Ciertamente se ha exagerado mucho el peligro de que extraviemos a nuestro paciente sugestionándole para persuadirle de que acepte cosas que nosotros creemos que son, pero que él piensa que no. Un analista tendría que haberse comportado muy mal para que este infortunio le ocurriera; sobre todo habría de acusarse de no haber permitido al paciente decir su opinión. Puedo asegurar sin fanfarronería que este abuso de «sugestión» nunca ha ocurrido en mi práctica.

De lo que hemos dicho se sigue que no nos sentimos inclinados a ignorar las indicaciones que pueden inferirse de la reacción del paciente cuando le hemos ofrecido una de nuestras construcciones. Esto debe ser explicado detalladamente. Es verdad que no aceptamos el «no» de una persona en tratamiento por su valor aparente, pero tampoco damos paso libre a su «sí». No existe justificación para acusarnos de que invariablemente tendamos a retorcer sus observaciones para transformarlas en una confirmación. En realidad las cosas no son tan sencillas ni nos permitimos hacer tan fácil para nosotros el llegar a una conclusión.

Un simple «sí» de un paciente no deja de ser ambiguo. En realidad puede significar que reconoce lo justo de la construcción que le ha sido presentada; pero también puede carecer de significado o incluso merece ser descrito

como «hipócrita», puesto que puede ser conveniente para su resistencia hacer uso en sus circunstancias de un asentimiento para prolongar el ocultamiento de la verdad que no ha sido descubierta. El «sí» no tiene valor, a menos que sea seguido por confirmaciones indirectas, a menos que el paciente inmediatamente después de su «sí» produzca nuevos recuerdos que completen y amplíen la construcción. Solamente en tal caso consideramos que el «sí» se ha referido plenamente al sujeto que se discute[2518].

Un «no» de una persona en tratamiento analítico es tan ambiguo como un «sí» y aún es de menos valor. En algunos casos raros se ve que es la expresión de un legítimo disentimiento. Mucho más frecuentemente expresa una resistencia que ha podido ser evocada en el sujeto por la construcción presentada, pero que también puede proceder de algún otro factor de la compleja situación analítica. Así, el «no» de un paciente no constituye una evidencia de la corrección de una construcción, aunque es perfectamente compatible con ella. Como todas estas construcciones son incompletas y cubren solamente pequeños fragmentos de los sucesos olvidados, podemos suponer que el paciente no niega en realidad lo que se le ha dicho, sino que basa su contradicción en la parte que todavía no ha sido descubierta. Por lo regular no dará su asentimiento hasta que sepa la entera verdad, la cual con frecuencia es muy extensa. De modo que la única interpretación segura de su «no» es que apunta a la incompletez; no hay duda de que la construcción no le ha dicho todo.

Parece, por tanto, que las manifestaciones expresas del paciente después de que se le ha presentado una construcción proporcionan muy escasa evidencia sobre la cuestión de si hemos acertado o no. Es del mayor interés que hay formas indirectas de confirmación que son dignas de crédito en todos los aspectos. Una de ellas es la forma de expresión utilizada (como por acuerdo general), con muy pocas variaciones, por las más diferentes personas: «Yo no pensé nunca» (o «No debería haber pensado») «esto» o «en esto[2519]». Lo que puede ser traducido sin vacilaciones por: «Sí, tiene usted razón, acerca de mi *inconsciente*». Por desgracia, esta fórmula, que es tan bien recibida por el analista, llega a sus oídos con más frecuencia después de las simples interpretaciones que tras haber producido una construcción amplia. Una confirmación igualmente valiosa está implicada (expresada esta

vez positivamente) cuando el paciente contesta con una asociación que contiene algo similar o análogo al contenido de la construcción. En lugar de tomar un ejemplo de esto de un análisis (lo cual sería fácil encontrar, pero llevaría mucho tiempo descubrir), prefiero dar cuenta de una pequeña experiencia extraanalítica que presenta tan claramente una situación similar que produce un efecto casi cómico. Concernía a uno de mis colegas, el cual —hace ya tiempo— me había elegido como médico consultor en su práctica médica. Un día me trajo a su joven esposa, que le estaba causando cierta preocupación. Con toda clase de pretextos rehusaba tener relaciones sexuales con él, y lo que él esperaba de mí era evidentemente que yo presentara ante ella las consecuencias de su extraña conducta. Entré en la materia y le expliqué que su negativa probablemente tendría desgraciados efectos sobre la salud de su marido o le expondría a tentaciones que le llevarían a una ruptura de su matrimonio. En este punto él me interrumpió súbitamente con la observación: «El inglés que usted diagnosticó de un tumor cerebral ha muerto también».

De momento la observación parecía incomprensible; el «también» de su frase era un misterio porque no habíamos hablado de nadie que hubiera muerto. Pero poco tiempo después lo comprendí. El hombre evidentemente quería confirmar lo que yo había estado diciendo; quería decir: «Sí, ciertamente, tiene usted toda la razón. Su diagnóstico se confirmó también en el caso del otro paciente». Era un paralelo exacto de las confirmaciones indirectas que obtenemos en el psicoanálisis con las asociaciones. No negaré que también existían otros pensamientos por parte de mi colega que, en buena parte, participaban en la determinación de la observación.

Una confirmación indirecta por las asociaciones que se ajustan al contenido de una construcción —que nos dan un «también» igual que el de mi historia— proporciona una base para juzgar si la construcción va a ser confirmada en el curso del análisis. Es particularmente notable que por medio de una parapraxia una confirmación de esta clase se insinúa en una negación. He publicado en otro lugar un bonito ejemplo de esto. El nombre «Jauner» (corriente en Viena) aparecía repetidamente en un sueño de mi paciente, sin que en sus asociaciones apareciera una explicación suficiente. Finalmente adelanté la interpretación de que cuando decía «Jauner» probablemente

quería decir «Gauner» (estafador), a lo que en seguida replicó: «Esto me parece demasiado *jewagt*» (en lugar de *gewagt*, arriesgado)[2520]. O el otro ejemplo, en el cual, cuando sugerí a un paciente que él consideraba unos determinados honorarios como demasiado elevados, quiso negar tal sugestión con las palabras: «Diez dólares no son nada para mí», pero en lugar de dólares puso una moneda de menor valor y dijo «diez chelines».

Si un análisis está dominado por poderosos factores que imponen una reacción terapéutica negativa[2521], tal como un sentimiento de culpabilidad, una necesidad masoquista de sufrimiento o repugnancia a recibir ayuda del psicoanalista, la conducta del paciente después de habérsele presentado una construcción hace con frecuencia muy fácil el que lleguemos a la decisión que estábamos buscando. Si la construcción es mala, no hay cambios en el paciente; pero si es acertada o se aproxima a la verdad, reacciona a ella con una inequívoca agravación de sus síntomas y de su estado general.

Podemos resumir la cuestión afirmando que no hay justificación para que se nos reproche que descuidamos e infravaloramos la importancia de la actitud de los sujetos sometidos a análisis ante nuestras construcciones. Prestamos atención a ella y a menudo obtenemos valiosas informaciones. Pero esas reacciones por parte del paciente son raramente inequívocas y no proporcionan oportunidad para un juicio definitivo. Solamente el curso posterior del análisis nos faculta para decidir si nuestras construcciones son correctas o inútiles. No pretendemos que una construcción sea más que una conjetura que espera examen, confirmación o rechazo. No pretendemos estar en lo cierto, no exigimos una aceptación por parte del paciente ni discutimos con él si en principio la niega. En resumen, nos comportamos como una figura familiar en una de las farsas de Nestroy[2522]: el criado que sólo tiene una respuesta en sus labios para toda pregunta u objeción: «Todo se aclarará en el curso de los acontecimientos futuros».

III

Cómo ocurre esto en el proceso del análisis —el camino por el que una

conjetura nuestra se transforma en la convicción del paciente— no hay que describirlo. Todo ello es familiar para cualquier analista por su experiencia diaria y se comprende sin dificultad. Sólo un punto requiere investigación y explicación. El camino que empieza en la construcción del analista debería acabar en los recuerdos del paciente, pero no siempre llega tan lejos. Con mucha frecuencia no logramos que el paciente recuerde lo que ha sido reprimido. En lugar de ello, si el análisis es llevado correctamente, producimos en él una firme convicción de la verdad de la construcción que logra el mismo resultado terapéutico que un recuerdo vuelto a evocar. El problema de en qué circunstancias ocurre esto y de cómo es posible que lo que parece ser un sustituto incompleto produzca un resultado completo, todo esto constituye el objeto de una investigación posterior.

Concluiré este breve artículo con unas cuantas observaciones que abren una perspectiva más amplia. He sido sorprendido por la manera en que en ciertos análisis la comunicación de una construcción evidentemente acertada ha evocado en el paciente un fenómeno extraño y al principio incomprensible. Se les han provocado vivos recuerdos —que ellos mismos han calificado como «ultraclaros[2523]»—; pero lo que han recordado no ha sido el suceso que constituía el objeto de la construcción, sino detalles relacionados con aquél. Por ejemplo, han recordado con anormal claridad las caras de las personas implicadas en la construcción o la habitación en la que algo parecido podía haber sucedido, o, un paso más adelante, los muebles de dicha habitación, de lo cual la construcción no tenía naturalmente ninguna posibilidad de conocimiento. Esto ha ocurrido, o bien en sueños inmediatamente después de que la construcción había sido presentada, o bien en estado vigil, asemejando fantasías. Estos recuerdos no han llevado por sí mismos a nada más y ha parecido plausible considerarlos como el producto de un compromiso. El «surgimiento» de lo reprimido, puesto en actividad por la presentación de la construcción, ha intentado llevar las huellas mnémicas importantes a la conciencia; pero una resistencia ha logrado no, en verdad, *detener* este movimiento, pero sí *desplazarlo* a objetos adyacentes de importancia menor.

Estos recuerdos podrían haber sido descritos como alucinaciones si a su claridad se hubiera añadido una creencia en su presencia actual. La

importancia de esta analogía pareció mayor cuando me di cuenta de que a veces se presentaban verdaderas alucinaciones en otros pacientes que ciertamente no eran psicóticos. Mi pensamiento siguió la línea siguiente. Tal vez pueda ser una característica general de las alucinaciones a la que hasta ahora no se le ha concedido atención suficiente que en ellas reaparezca algo experimentado en la infancia y luego olvidado —algo que el niño ha visto u oído en una época en que apenas sabía hablar y que ahora se fragua un camino hasta la conciencia probablemente desfigurado y desplazado por la intervención de fuerzas que se oponen a su retorno—. Y en vista de la estrecha relación entre las alucinaciones y ciertas formas de psicosis, nuestro pensamiento puede ser llevado todavía más lejos. Puede ser que los delirios a los que esas alucinaciones se hallan incorporadas con tanta frecuencia puedan a su vez ser menos independientes del resurgimiento del inconsciente y del retorno de lo reprimido que lo que usualmente pensamos. En el mecanismo de un delirio señalamos como regla solamente dos factores: el apartamiento del mundo real y sus fuerzas motivadoras, por un lado, y la influencia ejercida por el cumplimiento de deseos en el contenido de un delirio, por el otro. Pero ¿no puede ser que el proceso dinámico sea más bien que el alejamiento de la realidad es puesto en marcha por la tendencia al surgimiento de lo reprimido para inculcar su contenido en la conciencia, mientras que la resistencia provocada por este proceso y el impulso al cumplimiento de deseos comparten la responsabilidad de la distorsión y el desplazamiento de lo que es recordado? Éste es, después de todo, el mecanismo habitual de los sueños que la intuición ha comparado con la locura desde tiempo inmemorial.

Pienso que este enfoque de los delirios no es enteramente nuevo, pero pone de relieve, sin embargo, un punto de vista que por lo común no se halla en el primer plano. Su esencia es que no sólo hay *método* en la locura, como el poeta ya percibió, sino también un fragmento de *verdad histórica*; y es plausible suponer que la creencia compulsiva que se atribuye a los delirios deriva su fuerza precisamente de fuentes infantiles de esta clase. Todo lo que puedo aportar hoy día en apoyo de esta teoría son reminiscencias, no impresiones recientes. Probablemente valdría la pena intentar estudiar casos de los trastornos en cuestión sobre la base de las hipótesis que se han

presentado aquí y también realizar su tratamiento siguiendo estas directrices. Debería abandonarse el vano esfuerzo de convencer al paciente del error de sus delirios y de su contradicción con la realidad, y, por el contrario, el reconocimiento de su núcleo de verdad proporcionaría una base común sobre la cual podría desarrollarse el trabajo terapéutico. Este trabajo consistiría en liberar el fragmento de verdad histórica de sus distorsiones y sus relaciones con el presente y hacerlo remontar al momento del pasado al cual pertenece. La transposición de material desde un pasado olvidado al presente o a una expectación futura es realmente una ocurrencia habitual en neuróticos no menos que en psicóticos. Con bastante frecuencia, cuando un neurótico es llevado por un estado de ansiedad a esperar la llegada de un suceso terrible, en realidad se halla bajo el influjo de un recuerdo reprimido (que intenta entrar en la conciencia, pero no puede hacerse consciente) de que alguna cosa que en aquel tiempo era terrorífica ocurrirá realmente. Creo que ganaríamos muchos conocimientos valiosos de un trabajo de esta clase con psicóticos, aunque no llevara a un éxito terapéutico.

Ya me doy cuenta que sirve de poco tratar un sujeto tan importante del modo sumario que he utilizado aquí. Pero no por eso he podido resistir la tentación de presentar una analogía. Los delirios de los pacientes se aparecen como los equivalentes de las construcciones que edificamos en el curso de un tratamiento psicoanalítico: intentos de explicación y de curación, aunque es verdad que en las condiciones de una psicosis no puedan hacer más que sustituir el fragmento de realidad que está siendo negado en el presente por otro fragmento que ya fue rechazado en remoto pasado. Será la tarea de cada investigación individual revelar las conexiones íntimas entre el material del rechazo presente y el de la represión primitiva. Así como nuestra construcción sólo es eficaz porque recibe un fragmento de experiencia perdida, los delirios deben su poder de convicción al elemento de verdad histórica que insertan en lugar de la realidad rechazada. Por este camino una fórmula aplicada en un principio sólo para la histeria se aplicaría también a los delirios: que los que están sujetos a ellos sufren por sus propias reminiscencias[2524]. Con esta breve fórmula intento discutir la complejidad de los orígenes de la enfermedad o excluir la intervención de muchos otros factores.

Si consideramos a la humanidad como un todo y la sustituimos al individuo humano aislado, descubrimos que también ella ha desarrollado delirios que son inaccesibles a la crítica lógica y contradicen la realidad. Si a pesar de esto son capaces de ejercer un extraordinario poder sobre los hombres, la investigación nos lleva a la misma explicación dada en el caso del individuo. Deben su poder al elemento de *verdad histórica* que han traído desde la represión de lo olvidado y del pasado primigenio[2525].

CXCVI

ESCISIÓN DEL «YO» EN EL PROCESO DE DEFENSA[2526]

1938 [1940]

POR un momento me encuentro en la interesante posición de no saber si lo que voy a decir debería ser considerado como algo familiar y evidente desde hace tiempo o como algo completamente nuevo y sorprendente. Me siento inclinado a pensar lo último.

He sido sorprendido por el hecho de que el *yo* de una persona a la que conocemos como paciente en un análisis debe haberse conducido, docenas de años antes, cuando era joven, de modo notable en ciertas situaciones peculiares de presión. Podemos fijar en términos generales y bastante vagos las situaciones en que esto sucede diciendo que ocurre bajo la influencia de un trauma psíquico. Prefiero seleccionar un caso especial aislado claramente definido, aunque ciertamente no cubre todos los modos posibles de producción.

Supongamos, pues, que el *yo* de un niño se halla bajo el influjo de una exigencia instintiva poderosa que se halla acostumbrado a satisfacer y que súbitamente es asustado por una experiencia que le enseña que la continuación de esta satisfacción traerá consigo un peligro real casi intolerable. Debe entonces decidirse, o bien por reconocer el peligro real, darle la preferencia y renunciar a la satisfacción instintiva, o bien por negar la realidad y pretender convencerse de que no existe peligro, de modo que

pueda seguir con su satisfacción. Así, hay un conflicto entre la exigencia del instinto y la prohibición por parte de la realidad. Pero en la práctica el niño no toma ninguno de estos caminos o más bien sigue ambos simultáneamente, lo cual viene a ser lo mismo. Replica al conflicto con dos reacciones contrapuestas y las dos válidas y eficaces. Por un lado, con la ayuda de ciertos mecanismos rechaza la realidad y rehúsa aceptar cualquier prohibición; por otro lado, al mismo tiempo, reconoce el peligro de la realidad, considera el miedo a aquel peligro como un síntoma patológico e intenta, por consiguiente, despojarse de dicho temor. Hay que confesar que ésta es una solución muy ingeniosa. Las dos partes en disputa reciben lo suyo: al instinto se le permite seguir con su satisfacción y a la realidad se le muestra el respeto debido. Pero todo esto ha de ser pagado de un modo u otro, y este éxito se logra a costa de un desgarrón del *yo* que nunca se cura, sino que se profundiza con el paso del tiempo. Las dos reacciones contrarias al conflicto persisten como el punto central de una escisión del *yo*. Todo el proceso nos parece extraño porque damos por sabida la naturaleza sintetizadora de los procesos del *yo*[2527]. Pero en esto estamos claramente equivocados. La función sintetizadora del *yo*, aunque sea de extraordinaria importancia, se halla sujeta a condiciones particulares y está expuesta a gran número de trastornos.

Nos ayudará el que introduzcamos en esta disquisición esquemática una historia clínica. Un niño, cuando tenía tres o cuatro años, llegó a conocer los genitales femeninos cuando fue seducido por una niña mayor que él. Después que estas relaciones quedaron rotas, continuó la estimulación sexual practicando con celo la masturbación manual; pero fue pronto sorprendido en esto por su enérgica niñera y amenazado con la castración, cuya práctica fue atribuida, como de costumbre, al padre. Así, se hallaban presentes en este caso las condiciones calculadas para producir un tremendo efecto de susto. Una amenaza de castración en sí misma no tiene por qué producir una gran impresión. Un niño rehusará creer en ello porque no puede imaginar fácilmente la posibilidad de perder una parte de su cuerpo tan altamente estimada. Su visión (precoz) de los genitales femeninos podría haber convencido al niño que nos ocupa de tal posibilidad. Pero no dedujo de ello esta conclusión porque su desvío a hacerlo así era demasiado grande y no

existía un motivo que pudiera obligarlo a tal cosa. Por el contrario, si sintió algún temor fue calmado por la reflexión de que lo que le faltaba a la niña aparecería más tarde: le crecería un pene después. Cualquiera que haya observado bastantes niños pequeños podrá recordar que ha encontrado estas consideraciones a la vista de los genitales de una hermanita pequeña. Pero es diferente si los dos factores se presentan juntos. En este caso la amenaza revive el recuerdo de la percepción que hasta entonces ha sido considerada como inofensiva y encuentra en ese recuerdo la temida confirmación. Ahora el niño piensa que comprende por qué los genitales de la niña no mostraban ningún signo de pene y ya no se atreve a dudar de que sus propios genitales pueden seguir el mismo destino. A partir de entonces no puede evitar el creer en la realidad del peligro de la castración.

El resultado habitual del temor a la castración, el resultado que se considera como normal, es que, o bien inmediatamente o después de una lucha considerable, el muchacho acepta la amenaza y obedece a la prohibición, o bien completamente o por lo menos en parte (es decir, no continúa tocando sus genitales con la mano). En otras palabras, abandona, en todo o en parte, la satisfacción del instinto. Sin embargo, podemos aceptar que nuestro paciente encontrará otro camino. Creó un sustituto para el pene que echaba de menos en las hembras; es decir, un fetiche. Haciéndolo así es verdad que negaba la realidad, pero había salvado su propio pene. En tanto no se veía obligado a reconocer que las mujeres habían perdido su pene, no tenía necesidad de creer la amenaza que se le había formulado: no tenía que temer por su propio pene y así podía seguir tranquilamente con su masturbación. Esta conducta de nuestro paciente nos llama la atención porque es un rechazo de la realidad, un procedimiento que preferimos reservar para las psicosis. Y en la práctica no es muy diferente. Pero detendremos nuestro juicio, porque en una inspección más detenida descubriremos una diferencia importante. El niño no contradijo simplemente sus percepciones y creó la alucinación de un pene donde no lo había; sólo realizó un desplazamiento de valores: transfirió la importancia del pene a otra parte del cuerpo, un procedimiento en el que fue ayudado por el mecanismo de la regresión (de un modo que no necesita ser explicado). Este desplazamiento se hallaba relacionado sólo con el cuerpo femenino: en cuanto a su propio pene, nada había cambiado.

Este modo de tratar con la realidad, que casi merece ser descrito como refinado, fue decisivo respecto a la conducta práctica del niño. Continuó con su masturbación como si no implicara ningún peligro para su pene; pero al mismo tiempo, en completa contradicción con su aparente intrepidez o indiferencia, desarrolló un síntoma con el que, a pesar de todo, reconocía el peligro. Había sido amenazado con ser castrado por su padre, e inmediatamente después, al mismo tiempo que con la creación de su fetiche desarrolló un intenso temor de que su padre lo castigara, el cual requería toda la fuerza de su masculinidad para dominarlo e hipercompensarlo. Este temor a su padre era silente sobre el sujeto de la castración: ayudándose por la regresión a una fase oral, asumía la forma de un temor a ser comido por su padre. Al llegar a este punto es imposible olvidar un fragmento primitivo de la mitología griega que dice cómo Cronos, el viejo dios padre, devoró a sus hijos e intentó devorar como a los demás, a su hijo menor Zeus, y cómo éste fue salvado por la fuerza de su madre y castró después a su padre. Pero, volviendo a nuestro caso, hemos de añadir que el niño produjo además otro síntoma que, aunque era leve, conservó hasta el día. Era una susceptibilidad ansiosa ante el hecho de que fuera tocado cualquiera de los dedos de sus pies, como si en todo ese vaivén de negación y aceptación fuera la castración, sin embargo, la que encontró una más clara expresión…

CXCVII

COMPENDIO DEL PSICOANÁLISIS[2528]

1938 [1940]

[PREFACIO]

El propósito de este trabajo es reunir los principios del psicoanálisis y confirmarlos, como si de dogmas se tratara, en una forma la más concisa posible y expuestos en los términos más inequívocos. La intención no es, por supuesto, promover credulidad o despertar convicción.

Las enseñanzas del psicoanálisis están basadas en un número incalculable de observaciones y experiencia y sólo aquél que ha repetido estas observaciones en sí mismo y en los demás está en una posición de alcanzar un juicio personal sobre ellas.

PRIMERA PARTE

[LA NATURALEZA DE LO PSÍQUICO]

CAPÍTULO I

EL APARATO PSÍQUICO

EL psicoanálisis parte de un supuesto básico cuya discusión concierne al pensamiento filosófico, pero cuya justificación radica en sus propios resultados. De lo que hemos dado en llamar nuestro psiquismo (o vida mental) son dos las cosas que conocemos: por un lado, su órgano somático y teatro de acción, el encéfalo (o sistema nervioso); por el otro, nuestros actos de consciencia, que se nos dan en forma inmediata y cuya intuición no podría tornarse más directa mediante ninguna descripción. Ignoramos cuanto existe entre estos dos términos finales de nuestro conocimiento; no se da entre ellos ninguna relación directa. Si la hubiera, nos proporcionaría a lo sumo una localización exacta de los procesos de consciencia, sin contribuir en lo mínimo a su mejor comprensión.

Nuestras dos hipótesis arrancan de estos términos o principios de nuestro conocimiento. La primera de ellas concierne a la localización: presumimos que la vida psíquica es la función de un aparato al cual suponemos especialmente extenso y compuesto de varias partes, o sea, que lo imaginamos a semejanza de un telescopio, de un microscopio o algo parecido. La consecuente elaboración de semejante concepción representa una novedad científica, aunque ya se hayan efectuado determinados intentos en este sentido.

Las nociones que tenemos de este aparato psíquico las hemos adquirido estudiando el desarrollo individual del ser humano. A la más antigua de esas provincias o instancias psíquicas la llamamos *ello*; tiene por contenido todo lo heredado, lo innato, lo constitucionalmente establecido; es decir, sobre todo, los instintos originados en la organización somática, que alcanzan [en el *ello]* una primera expresión psíquica, cuyas formas aún desconocemos[2529].

Bajo la influencia del mundo exterior real que nos rodea, una parte del *ello* ha experimentado una transformación particular. De lo que era originalmente una capa cortical dotada de órganos receptores de estímulos y de dispositivos para la protección contra las estimulaciones excesivas, desarrollóse paulatinamente una organización especial que desde entonces oficia de mediadora entre el *ello* y el mundo exterior. A este sector de nuestra vida psíquica le damos el nombre de *yo*.

Características principales del «yo»

En virtud de la relación preestablecida entre la percepción sensorial y la actividad muscular, el *yo* gobierna la motilidad voluntaria. Su tarea consiste en la autoconservación, y la realiza en doble sentido. Frente al mundo *exterior* se percata de los estímulos, acumula (en la memoria) experiencias sobre los mismos, elude (por la fuga) los que son demasiado intensos, enfrenta (por adaptación) los estímulos moderados y, por fin, aprende a modificar el mundo exterior, adecuándolo a su propia conveniencia (a través de la actividad). Hacia el *interior*, frente al *ello*, conquista el dominio sobre las exigencias de los instintos, decide si han de tener acceso a la satisfacción, aplazándola hasta las oportunidades y circunstancias más favorables del mundo exterior, o bien suprimiendo totalmente las excitaciones instintivas. En esta actividad el *yo* es gobernado por la consideración de las tensiones excitativas que ya se encuentran en él o que va recibiendo. Su aumento se hace sentir por lo general como *displacer*, y su disminución como *placer*. Es probable, sin embargo, que lo sentido como placer y como displacer no sean las magnitudes absolutas de esas tensiones excitativas, sino alguna particularidad en el ritmo de sus modificaciones. El *yo* persigue el placer y trata de evitar el displacer. Responde con una *señal de angustia* a todo aumento esperado y previsto del displacer, calificándose de *peligro* el motivo de dicho aumento, ya amenace desde el exterior o desde el interior. Periódicamente el *yo* abandona su conexión con el mundo exterior y se retrae al estado del dormir, modificando profundamente su organización. De este estado de reposo se desprende que dicha organización consiste en una distribución particular de la energía psíquica.

Como sedimento del largo período infantil durante el cual el ser humano en formación vive en dependencia de sus padres, fórmase en el *yo* una instancia especial que perpetúa esa influencia parental y a la que se ha dado el nombre de *super-yo*. En la medida en que se diferencia el yo o se le opone, este *super-yo* constituye una tercera potencia que el *yo* ha de tomar en cuenta.

Una acción del *yo* es correcta si satisface al mismo tiempo las exigencias del *yo*, del *super-yo* y de la realidad; es decir, si logra conciliar mutuamente

sus demandas respectivas. Los detalles de la relación entre el *yo* y el *super-yo* se tornan perfectamente inteligibles, reduciéndolos a la actitud del niño frente a sus padres. Naturalmente, en la influencia parental no sólo actúa la índole personal de aquéllos, sino también el efecto de las tradiciones familiares, raciales y populares que ellos perpetúan, así como las demandas del respectivo medio social que representan. De idéntica manera, en el curso de la evolución individual el *super-yo* incorpora aportes de sustitutos y sucesores ulteriores de los padres, como los educadores, los personajes ejemplares, los ideales venerados en la sociedad. Se advierte que, a pesar de todas sus diferencias fundamentales, el *ello* y el *super-yo* tienen una cosa en común: ambos representan las influencias del pasado: el *ello*, las heredadas; el *super-yo*, esencialmente las recibidas de los demás, mientras que el *yo* es determinado principalmente por las vivencias propias del individuo; es decir, por lo actual y accidental.

Este esquema general de un aparato psíquico puede asimismo admitirse como válido para los animales superiores, psíquicamente similares al hombre. Debemos suponer que existe un *super-yo* en todo ser que, como el hombre, haya tenido un período más bien prolongado de dependencia infantil. Cabe también aceptar inevitablemente la distinción entre un yo y un *ello*.

La psicología animal no ha abordado todavía el interesante problema que aquí se plantea.

CAPÍTULO II

TEORÍA DE LOS INSTINTOS

El poderío del *ello* expresa el verdadero propósito vital del organismo individual: satisfacer sus necesidades innatas. No es posible atribuir al *ello* un propósito como el de mantenerse vivo y de protegerse contra los peligros por medio de la angustia: tal es la misión del *yo*, que además está encargado de buscar la forma de satisfacción que sea más favorable y menos peligrosa en lo referente al mundo exterior. El *super-yo* puede plantear, a su vez, nuevas

necesidades, pero su función principal sigue siendo la *restricción* de las satisfacciones.

Denominamos *instintos* a las fuerzas que suponemos tras las tensiones causadas por las necesidades del *ello*. Representan las exigencias somáticas planteadas a la vida psíquica, y aunque son la causa última de toda actividad, su índole es esencialmente conservadora: de todo estado que un vivo alcanza surge la tendencia a restablecerlo en cuanto haya sido abandonado. Por tanto, es posible distinguir un número indeterminado de instintos, lo que efectivamente suele hacerse en la práctica común. Para nosotros, empero, tiene particular importancia la posibilidad de derivar todos esos múltiples instintos de unos pocos fundamentales. Hemos comprobado que los instintos pueden trocar su fin (por desplazamiento) y que también pueden sustituirse mutuamente, pasando la energía de uno al otro, proceso éste que aún no se ha llegado a comprender suficientemente. Tras largas dudas y vacilaciones nos hemos decidido a aceptar sólo dos instintos básicos: el *Eros* y el *instinto de destrucción*. (La antítesis entre los instintos de autoconservación y de conservación de la especie, así como aquella otra entre el amor yoico y el amor objetal, caen todavía dentro de los límites del Eros.) El primero de dichos instintos básicos persigue el fin de establecer y conservar unidades cada vez mayores, es decir, a la unión; el instinto de destrucción, por el contrario, busca la disolución de las conexiones, destruyendo así las cosas. En lo que a éste se refiere, podemos aceptar que su fin último es el de reducir lo viviente al estado inorgánico, de modo que también lo denominamos *instinto de muerte*. Si admitimos que la sustancia viva apareció después que la inanimada, originándose de ésta, el instinto de muerte se ajusta a la fórmula mencionada, según la cual todo instinto perseguiría el retomo a un estado anterior. No podemos, en cambio, aplicarla al Eros (o instinto de amor), pues ello significaría presuponer que la sustancia viva fue alguna vez una unidad, destruida más tarde, que tendería ahora a su nueva unión[2530].

En las funciones biológicas ambos instintos básicos se antagonizan o combinan entre sí. Así, el acto de comer equivale a la destrucción del objeto, con el objetivo final de su incorporación; el acto sexual, a una agresión con el propósito de la más íntima unión. Esta interacción sinérgica y antagónica de ambos instintos básicos da lugar a toda abigarrada variedad de los fenómenos

vitales. Trascendiendo los límites de lo viviente, las analogías con nuestros dos instintos básicos se extienden hasta la polaridad antinómica de atracción y repulsión que rige en el mundo inorgánico[2531].

Las modificaciones de la proporción en que se fusionan los instintos tienen las más decisivas consecuencias. Un exceso de agresividad sexual basta para convertir al amante en un asesino perverso, mientras que una profunda atenuación del factor agresivo lo convierte en tímido o impotente.

De ningún modo podríase confinar uno y otro de los instintos básicos a determinada región de la mente; por el contrario, han de encontrarse necesariamente en todas partes. Imaginamos el estado inicial de los mismos suponiendo que toda la energía disponible del Eros —que en adelante llamaremos libido— se encuentra en el *yo-ello* aún indiferenciado y sirve allí para neutralizar las tendencias agresivas que coexisten con aquélla. (Carecemos de un término análogo a *libido* para designar la energía del instinto de destrucción.) Podemos seguir con relativa facilidad las vicisitudes de la libido, pero nos resulta más difícil hacerlo con las del instinto de destrucción.

Mientras este instinto actúa internamente, como instinto de muerte, permanece mudo; sólo se nos manifiesta una vez dirigido hacia afuera, como instinto de destrucción. Tal derivación hacia el exterior parece ser esencial para la conservación del individuo y se lleva a cabo por medio del sistema muscular. Al establecerse el *super-yo*, considerables proporciones del instinto de agresión son fijadas en el interior del *yo* y actúan allí en forma autodestructiva, siendo éste uno de los peligros para la salud a que el hombre se halla expuesto en su camino hacia el desarrollo cultural. En general, contener la agresión es malsano y conduce a la enfermedad (a la mortificación). Una persona presa de un acceso de ira suele demostrar cómo se lleva a cabo la transición de la agresividad contenida a la auto-destrucción, al orientarse aquélla contra la propia persona: cuando se mesa los cabellos o se golpea la propia cara, siendo evidente que hubiera preferido aplicar a otro este tratamiento. Una parte de la autodestrucción subsiste permanentemente en el interior, hasta que concluye por matar al individuo, quizá sólo una vez que su libido se haya consumido o se haya fijado en alguna forma desventajosa. Así, en términos generales, cabe aceptar que el *individuo* muere

por sus conflictos internos, mientras que *la especie* perece en su lucha estéril contra el mundo exterior, cuando éste se modifica de manera tal que ya no puede ser enfrentado con las adaptaciones adquiridas por la especie.

Sería difícil precisar las vicisitudes de la libido en el *ello* y en el *super-yo*. Cuanto sabemos al respecto se refiere al *yo*, en el que está originalmente acumulada toda la reserva disponible de libido. A este estado lo denominamos *narcisismo absoluto* o *primario*; subsiste hasta que el *yo* comienza a catectizar las representaciones de los objetos con libido; es decir, a convertir libido narcisística en libido objetal. Durante toda la vida el *yo* sigue siendo el gran reservorio del cual emanan las catexias libidinales hacia los objetos y al que se retraen nuevamente, como una masa protoplástica maneja sus seudópodos. Sólo en el estado del pleno enamoramiento el contingente principal de la libido es transferido al objeto, asumiendo éste, en cierta manera, la plaza del *yo*. Una característica de la libido, importante para la existencia, es su *movilidad*, es decir, la facilidad con que pasa de un objeto a otros. Contraria a aquélla es la *fijación* de la libido a determinados objetos, que frecuentemente puede persistir durante la vida entera.

Es innegable que la libido tiene fuentes somáticas, que fluye hacia el *yo* desde distintos órganos y partes del cuerpo, como lo observamos con mayor claridad en aquella parte de la libido que, de acuerdo con su fin instintual, denominamos «excitación sexual». Las más destacadas de las regiones somáticas que dan origen a la libido se distinguen con el nombre de *zonas erógenas*, aunque en realidad el cuerpo entero es una zona erógena semejante. La mayor parte de nuestros conocimientos respecto del Eros —es decir, de su exponente, la libido— los hemos adquirido estudiando la función sexual, que en la acepción popular, aunque no en nuestra teoría, coincide con el Eros. Pudimos formarnos así una imagen de cómo el impulso sexual, destinado a ejercer tan decisiva influencia en nuestra vida, se desarrolla gradualmente a partir de los sucesivos aportes suministrados por una serie de instintos parciales que representan determinadas zonas erógenas.

CAPÍTULO III

EL DESARROLLO DE LA FUNCIÓN SEXUAL

De acuerdo con la concepción corriente, la vida sexual humana consiste esencialmente en el impulso de poner los órganos genitales propios en contacto con los de una persona del sexo opuesto. Es acompañado por el beso, la contemplación y la caricia manual de ese cuerpo ajeno, como manifestaciones accesorias y como actos preparatorios. Dicho impulso aparecería con la pubertad, es decir, en la edad de la maduración sexual, y serviría a la procreación; pero siempre se conocieron hechos que no caben en el estrecho marco de esta concepción: 1) es curioso que existan seres para los cuales sólo tienen atractivo las personas del propio sexo y sus órganos genitales; 2) no es menos extraño que existan personas cuyos deseos parecieran ser sexuales, pero que al mismo tiempo descartan completamente los órganos sexuales o su utilización normal: a tales seres se los llama «perversos», 3) por fin, es notable que ciertos niños (considerados por ello como degenerados) muy precozmente manifiestan interés por sus propios genitales y signos de excitación en los mismos.

Es comprensible que el psicoanálisis despertara asombro y antagonismo cuando, fundándose parcialmente en esos tres hechos desatendidos, contradijo todas las concepciones populares sobre la sexualidad y arribó a las siguientes comprobaciones fundamentales:

a) La vida sexual no comienza sólo en la pubertad, sino que se inicia con evidentes manifestaciones poco después del nacimiento.

b) Es necesario establecer una neta distinción entre los conceptos de lo «sexual» y lo «genital». El primero es un concepto más amplio y comprende muchas actividades que no guardan relación alguna con los órganos genitales.

c) La vida sexual abarca la función de obtener placer en zonas del cuerpo, una función que ulteriormente es puesta al servicio de la procreación, pero a menudo las dos funciones no llegan a coincidir íntegramente.

Es natural que el interés se concentre en el primero de estos postulados, el más inesperado de todos. Pudo comprobarse, en efecto, que en la temprana infancia existen ciertos signos de actividad corporal a los que sólo un arraigado prejuicio pudo negar el calificativo de sexual y que aparecen vinculados con fenómenos psíquicos que más tarde volveremos a encontrar

en la vida amorosa del adulto, como, por ejemplo, la fijación a determinados objetos, los celos, etc. Compruébase, además, que tales fenómenos, surgidos, en la primera infancia, forman parte de un proceso evolutivo perfectamente reglado, pues después de un incremento progresivo alcanzan su máximo hacia el final del quinto año, para caer luego en un intervalo de reposo. Mientras dura éste, el proceso se detiene, gran parte de lo aprendido se pierde y la actividad sufre una suerte de involución. Finalizado este período, que se denomina «de latencia», la vida sexual continúa en la pubertad, cual si volviera a florecer. He aquí el hecho del *arranque bifásico* de la vida sexual, hecho desconocido fuera de la especie humana y seguramente fundamental para su antropomorfización[2532].

No carece de importancia el que los sucesos de este primer período de la sexualidad sean, salvo escasos restos, víctimas de la *amnesia infantil*. Nuestras concepciones sobre la etiología de la neurosis y nuestra técnica de tratamiento analítico derivan precisamente de estas concepciones, y la exploración de los procesos evolutivos que acaecen en dicha época precoz también ha evidenciado la certeza de otras postulaciones.

La boca es, a partir del nacimiento, el primer órgano que aparece como zona erógena y que plantea al psiquismo exigencias libidinales. Primero, toda actividad psíquica está centrada en la satisfacción de las necesidades de esa zona. Naturalmente, la boca sirve en primer lugar a la autoconservación por medio de la nutrición, pero no se debe confundir la fisiología con la psicología. El chupeteo del niño, actividad en la que éste persiste con obstinación, es la manifestación más precoz de un impulso hacia la satisfacción que, si bien originado en la ingestión alimentaria y estimulado por ésta, tiende a alcanzar el placer independientemente de la nutrición, de modo que podemos y debemos considerarlo sexual.

Ya durante esa fase oral, con la aparición de los dientes, surgen esporádicamente impulsos sádicos que se generalizan mucho más en la segunda fase, denominada «sádico-anal» porque en ella la satisfacción se busca en las agresiones y en las funciones excretorias. Al incluir las tendencias agresivas en la libido nos fundamos en nuestro concepto de que el sadismo es una mezcla instintual de impulsos puramente libidinales y puramente destructivos, mezcla que desde entonces perdurará durante toda la

vida[2533].

La tercera fase, denominada «fálica», es como un prolegómeno de la conformación definitiva que adoptará la vida sexual, a la cual se asemeja sobremanera. Es notable que en ella no intervengan los genitales de ambos sexos, sino sólo el masculino (falo). Los genitales femeninos permanecen ignorados durante mucho tiempo: el niño, en su intento de comprender los procesos sexuales, se adhiere a la venerable teoría cloacal, genéticamente bien justificada[2534].

Con la fase fálica y en el curso de ella, la sexualidad infantil precoz llega a su máximo y se aproxima a la declinación. En adelante, el varón y la mujer seguirán distintas evoluciones. Ambos han comenzado a poner su actividad intelectual al servicio de la investigación sexual; ambos se basan en la presunción de la existencia universal del pene; pero ahora han de separarse los destinos de los sexos. El varón ingresa en la fase edípica; comienza a manipular su pene con fantasías simultáneas que tienen por tema cualquier forma de actividad sexual del mismo con la madre, hasta que los efectos combinados de alguna amenaza de castración y del descubrimiento de la falta de pene en la mujer le hace experimentar el mayor trauma de su vida, que inaugura el período de latencia, con todas sus repercusiones. La niña, después de un fracasado intento de emular al varón, llega a reconocer su falta de pene, o más bien la inferioridad de su clítoris, sufriendo consecuencias definitivas para la evolución de su carácter; a causa de esta primera defraudación en la rivalidad, a menudo comienza por apartarse de la vida sexual en general.

Sería erróneo suponer que estas tres fases se suceden simplemente; por el contrario, la una se agrega a la otra, se superponen, coexisten. En las fases precoces cada uno de los instintos parciales persiguen su satisfacción en completa independencia de los demás; pero en la fase fálica aparecen los primeros indicios de una organización destinada a subordinar las restantes tendencias bajo la primacía de los genitales, representando un comienzo de coordinación de la tendencia hedonística general con la función sexual. La organización completa sólo se alcanzará a través de la pubertad, en una cuarta fase, en la fase genital. Se establece así una situación en la cual: 1) se conservan muchas catexias libidinales anteriores; 2) otras se incorporan a la función sexual como actos preparatorios y coadyuvantes, cuya satisfacción

suministra el denominado placer preliminar; 3) otras tendencias son excluidas de la organización, ya sea coartándolas totalmente (represión) o empleándolas de una manera distinta en el *yo*, formando rasgos del carácter o experimentando sublimaciones con desplazamiento de sus fines.

Este proceso no siempre transcurre llanamente. Las inhibiciones de su desarrollo se manifiestan en forma de los múltiples trastornos que puede sufrir la vida sexual. Prodúcense entonces fijaciones de la libido a las condiciones de fases anteriores, cuya tendencia, independiente del fin sexual normal, se califica de *perversión*. Semejante inhibición del desarrollo es, por ejemplo, la homosexualidad, siempre que llegue a ser manifiesta. El análisis demuestra que en todos los casos ha existido un vínculo objetal de carácter homosexual, que casi siempre subsiste, aun *latentemente*. La situación se complica porque, en general, no se trata de que los procesos necesarios para llegar a la solución normal se realicen plenamente o falten por completo, sino que también pueden realizarse *parcialmente*, de modo que el resultado final dependerá de estas relaciones *cuantitativas*. Así, aunque se haya alcanzado la organización genital, ésta se encontrará debilitada por las porciones de libido que no hayan seguido su desarrollo, quedando fijadas a objetos y fines pregenitales. Este debilitamiento se manifiesta en la tendencia de la libido a retornar a sus anteriores catexias pregenitales en casos de insatisfacción genital o de dificultades en el mundo real (*regresión*).

Estudiando las funciones sexuales hemos adquirido una primera convicción provisional, o más bien una presunción, de dos nociones que demostrarán ser importantes en todo el sector de nuestra ciencia. Ante todo, la de que las manifestaciones normales y anormales que observamos, es decir, la fenomenología, debe ser descrita desde el punto de vista de la dinámica y de la economía (en este caso, desde el punto de vista de la distribución cuantitativa de la libido); luego, que la etiología de los trastornos estudiados por nosotros se encuentra en la historia evolutiva, es decir, en las épocas más precoces del individuo.

CAPÍTULO IV

LAS CUALIDADES PSÍQUICAS

Hemos descrito la estructura del aparato psíquico y las energías o fuerzas que en él actúan; hemos observado asimismo en un ejemplo ilustrativo cómo esas energías (especialmente la libido) se organizan integrando una función fisiológica que sirve a la conservación de la especie. Nada había en todo ello que expresase el particularísimo carácter de lo psíquico, salvo, naturalmente, el hecho empírico de que aquel aparato y aquellas energías constituyen el fundamento de las funciones que denominamos nuestra vida anímica. Nos ocuparemos ahora de cuanto es únicamente característico de ese psiquismo, de lo que, según opinión muy generalizada, hasta coincide realmente con lo psíquico, a exclusión de todo lo demás.

El punto de partida de dicho estudio está dado por el singular fenómeno de la consciencia, un hecho refractario a toda explicación y descripción. No obstante, cuando alguien se refiere a la consciencia, sabemos al punto por propia experiencia lo que con ello se quiere significar[2535].

Muchas personas, psicólogas o no, se conforman con aceptar que la consciencia sería lo único psíquico, y en tal caso la psicología no tendría más objeto que discernir, en la fenomenología psíquica, percepciones, sentimientos, procesos cogitativos y actos volitivos. Se acepta generalmente, empero, que estos procesos conscientes no forman series cerradas y completas en sí mismas, de modo que sólo cabe la alternativa de admitir que existen procesos físicos o somáticos concomitantes de lo psíquico, siendo evidente que forman series más completas que las psíquicas, pues sólo algunas, pero no todas, tienen procesos paralelos conscientes. Nada más natural, pues, que poner el acento, en psicología, sobre esos procesos somáticos, reconocerlos como lo esencialmente psíquico, tratar de establecer otra categoría para los procesos conscientes. Mas a esto se resisten la mayoría de los filósofos y muchos que no lo son, declarando que la noción de algo psíquico que fuese inconsciente sería contradictoria en sí misma.

He aquí precisamente lo que el psicoanálisis se ve obligado a establecer y lo que constituye su segunda hipótesis fundamental. Postula que lo esencialmente psíquico son esos supuestos procesos concomitantes somáticos, y al hacerlo, comienza por hacer abstracción de la cualidad de

consciencia. Con todo, no se encuentra sólo en esta posición, pues muchos pensadores, como, por ejemplo, Theodor Lipps, han afirmado lo mismo con idénticas palabras. Por lo demás, la general insuficiencia de la concepción corriente de lo psíquico ha dado lugar a que hicieran cada vez más perentoria la incorporación de algún concepto de lo inconsciente en el pensamiento psicológico, aunque fue planteado en forma tan vaga e imprecisa que no pudo ejercer influencia alguna sobre la ciencia.

Ahora bien: parecería que esta disputa entre el psicoanálisis y la filosofía sólo se refiere a una insignificante cuestión de definiciones; es decir, a si el calificativo de «psíquico» habría de ser aplicado a una u otra serie. En realidad, sin embargo, esta decisión es fundamental, pues mientras la psicología de la consciencia jamás logró trascender esas series fenoménicas incompletas, evidentemente subordinadas a otros sectores, la nueva concepción de que lo psíquico sería en sí inconsciente permitió convertir la psicología en una ciencia natural como cualquier otra. Los procesos de que se ocupa son en sí tan incognoscibles como los de otras ciencias, como los de la química o la física; pero es posible establecer las leyes a las cuales obedecen, es posible seguir en tramos largos y continuados sus interrelaciones e interdependencias, es decir, es posible alcanzar lo que se considera una «comprensión» del respectivo sector de los fenómenos naturales. Al hacerlo, no se puede menos que establecer nuevas hipótesis y crear nuevos conceptos, pero éstos no deben ser menospreciados como testimonio de nuestra ignorancia, sino valorados como conquistas de la ciencia dotadas del mismo valor aproximativo que las análogas construcciones intelectuales auxiliares de otras ciencias naturales, quedando librado a la experiencia renovada y decantada el modificarlas, corregirlas y precisarlas. Así, no ha de extrañarnos el que los conceptos básicos de la nueva ciencia, sus principios (instinto, energía nerviosa, etc.) permanezcan durante cierto tiempo tan indeterminados como los de las ciencias más antiguas (fuerza, masa, gravitación).

Toda ciencia reposa en observaciones y experiencias alcanzadas por medio de nuestro aparato psíquico; pero como nuestra ciencia tiene por objeto precisamente a ese aparato, dicha analogía toca aquí a su fin. En efecto, realizamos nuestras observaciones por medio del mismo aparato perceptivo, y precisamente con ayuda de las lagunas en lo psíquico[2536],

completando las omisiones con inferencias plausibles y traduciéndolas al material consciente. Así, establecemos, en cierto modo, una serie complementaria consciente para lo psíquico inconsciente. La relativa certeza de nuestra ciencia psicológica reposa sobre la solidez de esas deducciones, pero quien profundice esta labor comprobará que nuestra técnica resiste a toda crítica.

En el curso de esta labor se nos imponen las diferenciaciones que calificamos como *cualidades psíquicas*. No es necesario caracterizar lo que denominamos *consciente*, pues coincide con la consciencia de los filósofos y del habla cotidiana. Para nosotros todo lo psíquico restante constituye lo *inconsciente*. Pero al punto nos vemos obligados a establecer en este inconsciente una importante división. Algunos procesos fácilmente se tornan conscientes, y, aunque dejen de serlo, pueden volver a la consciencia sin dificultad: como suele decirse, pueden ser reproducidos o recordados. Esto nos advierte que la consciencia misma no es sino un estado muy fugaz. Cuanto es consciente, únicamente lo es por un instante, y el que nuestras percepciones no parezcan confirmarlo es sólo una contradicción aparente, debida a que los estímulos de la percepción pueden subsistir durante cierto tiempo, de modo que aquélla bien puede repetirse. Todo esto se advierte claramente en la percepción consciente de nuestros procesos intelectivos, que si bien pueden persistir, también pueden extinguirse en un instante. Todo lo inconsciente que se conduce de esta manera, que puede trocar tan fácilmente su estado inconsciente por el consciente, convendrá calificarlo, pues, como «susceptible de consciencia» o *preconsciente*. La experiencia nos ha demostrado que difícilmente existan procesos psíquicos, por más complicados que sean, que no puedan en ocasiones permanecer preconscientes, aunque por lo regular irrumpen a la consciencia, como lo expresamos analíticamente. Otros procesos y contenidos psíquicos no tienen acceso tan fácil a la conscienciación, sino que es preciso inferirlos, adivinarlos y traducirlos a la expresión consciente, en la manera ya descrita. Para estos procesos reservamos, en puridad, el calificativo de *inconscientes*.

Por tanto, hemos atribuido tres cualidades a los procesos psíquicos: éstos pueden ser conscientes, preconscientes o inconscientes. La división entre las tres clases de contenidos que llevan estas cualidades no es absoluta ni

permanente. Como vemos, lo preconsciente se torna consciente sin nuestra intervención, y lo inconsciente puede volverse consciente mediante nuestros esfuerzos, que a menudo nos permiten advertir la oposición de fuertes resistencias. Al realizar esta tentativa en el prójimo, no olvidemos que el relleno consciente de sus lagunas perceptivas, es decir, la construcción que le ofrecemos, aún no significa que hayamos tornado conscientes en él los respectivos contenidos inconscientes. Hasta este momento, el material se encontrará en su mente en dos versiones: una, en la reconstrucción consciente que acaba de recibir; otra, en su estado inconsciente original. Nuestros tenaces esfuerzos suelen lograr entonces que ese inconsciente se le torne consciente al propio sujeto, coincidiendo así ambas versiones en una sola. En los distintos casos varía la magnitud del esfuerzo necesario, el cual nos permite apreciar el grado de la resistencia contra la conscienciación. Lo que en el tratamiento analítico, por ejemplo, es resultado de nuestro esfuerzo, también puede ocurrir espontáneamente: un contenido generalmente inconsciente se transforma en preconsciente y llega luego a la consciencia, como ocurre profusamente en los estados psicóticos. Deducimos de ello que el mantenimiento de ciertas resistencias internas es una condición ineludible de la normalidad. En el estado del dormir prodúcese regularmente tal disminución de las resistencias, con la consiguiente irrupción de contenidos inconscientes, quedando establecidas así las condiciones para la formación de los sueños. Inversamente, contenidos preconscientes pueden sustraerse por un tiempo a nuestro alcance, quedando bloqueados por resistencias, como es el caso en los olvidos fugaces, o bien un pensamiento preconsciente puede volver transitoriamente al estado inconsciente, fenómeno que parece constituir la condición básica del chiste. Veremos que una reversión similar de contenidos o procesos preconscientes al estado inconsciente desempeña un importante papel en la causación de los trastornos neuróticos.

Presentada con este carácter general y simplificado, la doctrina de las tres cualidades de lo psíquico parece ser más bien una fuente de insuperable confusión que un aporte al esclarecimiento. Mas no olvidemos que no constituye una teoría propiamente dicha, sino un primer inventario de los hechos de nuestra observación, ajustado en lo posible a esos hechos, sin tratar de explicarlos. Las complicaciones que revela demuestran a las claras las

dificultades especiales que debe superar nuestra investigación. Es de presumir, sin embargo, que aún podremos profundizar esta doctrina si perseguimos las relaciones entre las cualidades psíquicas y las provincias o instancias del aparato psíquico que hemos postulado; pero también estas relaciones están lejos de ser simples.

El proceso de que algo se haga consciente se halla vinculado, ante todo, a las percepciones que nuestros órganos sensoriales reciben del mundo exterior. Por consiguiente, para la consideración topográfica es un fenómeno que ocurre en la capa cortical más periférica del *yo*. Sin embargo, también tenemos informaciones conscientes del interior de nuestro cuerpo, sensaciones que ejercen sobre nuestra vida psíquica una influencia aún más perentoria que las percepciones exteriores, y en determinadas circunstancias los propios órganos sensoriales también transmiten sensaciones, por ejemplo, dolorosas, además de sus percepciones específicas. Pero ya que estas sensaciones (como se las llama para diferenciarlas de las percepciones conscientes) también emanan de los órganos terminales y ya que concebimos a todos éstos como prolongaciones y apéndices de la capa cortical, bien podemos mantener la mencionada afirmación. La única diferencia residiría en que el propio cuerpo reemplaza al mundo exterior para los órganos terminales de las sensaciones e impresiones internas.

Procesos conscientes en la periferia del *yo*; todos los demás, en el *yo*, inconscientes: he aquí la situación más simple que podríamos concebir. Bien puede ser valedera en los animales, pero en el hombre se agrega una complicación por la cual también los procesos internos del *yo* pueden adquirir la cualidad de consciencia. Esta complicación es obra de la función del lenguaje, que conecta sólidamente los contenidos yoicos con restos mnemónicos de percepciones visuales y, particularmente, acústicas. Merced a este proceso, la periferia perceptiva de la capa cortical también puede ser estimulada, y en medida mucho mayor, desde el interior: procesos internos, como los ideativos y las secuencias de representaciones, pueden tornarse conscientes, siendo necesario un mecanismo particular que discierna ambas posibilidades: he aquí la denominada *prueba de realidad*. Con ello ha caducado la ecuación «percepción = realidad (mundo exterior)», llamándose *alucinaciones* los errores que ahora pueden producirse fácilmente y que

ocurren con regularidad en el sueño.

El interior del *yo*, que comprende ante todo los procesos cogitativos o intelectivos, tiene la cualidad de preconsciente. Ésta es característica y privativa del *yo*, mas no sería correcto aceptar que la conexión con los restos mnemónicos del lenguaje sea el requisito esencial del estado preconsciente, pues éste es independiente de aquél, aunque la condición del lenguaje permite suponer certeramente la índole preconsciente de un proceso. El estado preconsciente, caracterizado de una parte por su accesibilidad a la consciencia, y de otra por su vinculación con los restos verbales, es, sin embargo, algo particular, cuya índole no queda agotada por esas dos características. Prueba de ello es que grandes partes del *yo* —y, ante todo, del *super-yo*, al que no se puede negar el carácter de preconsciente—, por lo general permanecen inconscientes en el sentido fenomenológico. Ignoramos por qué esto debe ser así. Más adelante trataremos de abordar el problema de la verdadera índole de lo preconsciente.

Lo inconsciente es la única cualidad dominante en el *ello*. El *ello* y lo inconsciente se hallan tan íntimamente ligados como el *yo*, y lo preconsciente, al punto que dicha relación es aún más exclusiva en aquel caso. Un repaso de la historia evolutiva del individuo y de su aparato psíquico nos permite comprobar una importante distinción en el *ello*. Originalmente, desde luego, todo era *ello*; el *yo* se desarrolló del *ello* por la incesante influencia del mundo exterior. Durante esta lenta evolución, ciertos contenidos del *ello* pasaron al estado preconsciente y se incorporaron así al *yo*; otros permanecieron intactos en el *ello*, formando su núcleo, difícilmente accesible. Mas durante este desarrollo el joven y débil *yo* volvió a desplazar al estado inconsciente ciertos contenidos ya incorporados, abandonándolos, y se condujo de igual manera frente a muchas impresiones nuevas que podría haber incorporado, de modo que éstas, rechazadas, sólo pudieron dejar huellas en el *ello*. Teniendo en cuenta su origen, denominamos *lo reprimido* a esta parte del *ello*. Poco importa que no siempre podamos discernir claramente entre ambas categorías de contenidos *éllicos*, que corresponden aproximadamente a la división entre el acervo innato y lo adquirido durante el desarrollo del *yo*.

Si aceptamos la división topográfica del aparato psíquico en un *yo* y en un

ello, con la que corre paralela la diferenciación de las cualidades preconscientes e inconscientes; si, por otra parte, sólo consideramos estas cualidades como signos de la diferencia, pero no como la misma esencia de éstas, ¿en qué reside entonces la verdadera índole del estado que se revela en el *ello* por la cualidad de lo inconsciente, y en el *yo* por la de lo preconsciente? ¿En qué consiste la diferencia entre ambos?

Pues bien: nada sabemos de esto, y nuestros escasos conocimientos apenas se elevan lastimosamente sobre el tenebroso fondo formado por esta incertidumbre. Nos hemos aproximado aquí al verdadero y aún oculto enigma de lo psíquico. Siguiendo la costumbre impuesta por otras ciencias naturales, aceptamos que en la vida psíquica actúa una especie de energía, pero carecemos de todos los asideros necesarios para abordar su conocimiento mediante analogías con otras formas energéticas. Creemos reconocer que la energía nerviosa o psíquica existe en dos formas: una libremente móvil y otra más bien ligada; hablamos de catexias e hipercatexias de los contenidos, y aún nos atrevemos a suponer que una «hipercatexia» establece una especie de síntesis entre distintos procesos, síntesis en cuyo curso la energía libre se convierte en ligada. Más lejos no hemos podido llegar, pero nos atenemos a la noción de que también la diferencia entre el estado inconsciente y el preconsciente radica en semejantes condiciones dinámicas, noción que nos permitiría comprender que el uno pueda transformarse en el otro, ya sea espontáneamente o mediante nuestra intervención.

Tras todas esas incertidumbres asoma, empero, un nuevo hecho cuyo descubrimiento debemos a la investigación psicoanalítica. Hemos aprendido que los procesos del inconsciente o del *ello* obedecen a leyes distintas de las que rigen los procesos en el *yo* preconsciente. En su conjunto, denominamos a estas leyes *proceso primario*, en contraste con el *proceso secundario*, que regula el suceder del preconsciente, del *yo*. Así, pues, el estudio de las cualidades psíquicas no ha resultado, a la postre, estéril.

CAPÍTULO V

LA INTERPRETACIÓN DE LOS SUEÑOS COMO MODELO ILUSTRATIVO

Poco nos revelará la investigación de los estados normales y estables, en los cuales los límites del *yo* frente al *ello*, asegurados por resistencias (anticatexias), se han mantenido firmes; en los cuales el *super-yo* no se diferencia del *yo* porque ambos trabajan en armonía. Sólo pueden sernos útiles los estados de conflicto y rebelión cuando el contenido del *ello* inconsciente tiene perspectivas de irrumpir al yo y a la consciencia, y cuando el *yo*, a su vez, vuelve a defenderse contra esa irrupción. Sólo en estas circunstancias podemos realizar observaciones que corroboren o rectifiquen lo que hemos dicho con respecto a ambos partícipes del mecanismo psíquico. Mas semejante estado es precisamente el reposo nocturno, el dormir, y por eso la actividad psíquica durante el dormir, actividad que vivenciamos como sueños, constituye nuestro más favorable objeto de estudio. Además, nos permite eludir la tan repetida objeción de que estructuraríamos la vida psíquica normal de acuerdo con comprobaciones patológicas, pues el sueño es un fenómeno habitual en la vida de todo ser normal, por más que sus características discrepen de las producciones que presenta nuestra vida de vigilia.

Como todo el mundo sabe, el sueño puede ser confuso, incomprensible y aun absurdo; sus contenidos pueden contradecir todas nuestras nociones de la realidad, y en él nos conducimos como dementes, al adjudicar, mientras soñamos, realidad objetiva a los contenidos del sueño.

Nos abrimos camino a la comprensión («interpretación») del sueño aceptando que cuanto recordamos como tal, después de haber despertado, no es el verdadero proceso onírico, sino sólo una fachada tras la cual se oculta éste. He aquí la diferenciación que hacemos entre un *contenido onírico manifiesto* y las *ideas latentes del sueño*. Al proceso que convierte éstas en aquél lo llamamos *elaboración onírica*. El estudio de la elaboración onírica nos suministra un excelente ejemplo de cómo el material inconsciente del *ello* (tanto el originalmente inconsciente como el reprimido) se impone al *yo*, se torna preconsciente y, bajo el rechazo del *yo*, sufre aquellas transformaciones que conocemos como *deformación onírica*. No existe característica alguna

del sueño que no pueda ser explicada de tal manera.

Lo más conveniente será que comencemos señalando la existencia de dos clases de motivos para la formación onírica. O bien un impulso instintivo (un deseo inconsciente), por lo general reprimido, adquiere durante el reposo la fuerza necesaria para imponerse en el *yo*, o bien un deseo insatisfecho subsistente en la vida diurna, un tren de ideas preconsciente, con todos los impulsos conflictuales que le pertenecen, ha sido reforzado durante el reposo por un elemento inconsciente. Hay, pues, sueños que proceden del *ello* y sueños que proceden del *yo*. Para ambos rige el mismo mecanismo de formación onírica, y también la imprescindible precondición dinámica es una y la misma. El *yo* revela su origen relativamente tardío y derivado del *ello*, por el hecho de que transitoriamente deja en suspenso sus funciones y permite el retorno a un estado anterior. Como no podría ser correctamente de otro modo, lo realiza rompiendo sus relaciones con el mundo exterior, y retirando sus catexias de los órganos sensoriales. Puede afirmarse justificadamente que con el nacimiento queda establecida una tendencia a retornar a la vida intrauterina que se ha abandonado; es decir, un instinto de dormir. El dormir representa ese regreso al vientre materno. Dado que el *yo* despierto gobierna la motilidad, esta función es paralizada en el estado de reposo, tornándose con ello superfluas buena parte de las inhibiciones impuestas al *ello* inconsciente. El retiro o la atenuación de estas «anticatexias» permite ahora al *ello* una libertad que ya no puede ser perjudicial. Las pruebas de la participación del ello inconsciente en la formación onírica son numerosos y convincentes: a) La memoria onírica tiene mucho más vasto alcance que la memoria vigil. El sueño trae recuerdos que el soñante ha olvidado y que le son inaccesibles durante la vigilia, *b)* El sueño recurre sin límite alguno a símbolos lingüísticos cuya significación generalmente ignora el soñante, pero cuyo sentido podemos establecer gracias a nuestra experiencia. Proceden probablemente de fases pretéritas de la evolución del lenguaje, *c)* Con gran frecuencia, la memoria onírica reproduce impresiones de la temprana infancia del soñante, impresiones de las que no sólo podemos afirmar con seguridad que han sido olvidadas, sino también que se tornaron inconscientes debido a la represión. Sobre esto se basa el empleo casi imprescindible del sueño para reconstruir la prehistoria

del soñante, como intentamos hacerlo en el tratamiento analítico de las neurosis, *d)* Además, el sueño trae a colación contenidos que no pueden proceder ni de la vida adulta ni de la infancia olvidada del soñante. Nos vemos obligados a considerarla como una parte de la *herencia arcaica* que el niño trae consigo al mundo, antes de cualquier experiencia propia, como resultado de las experiencias de sus antepasados. Las analogías de este material filogenético las hallamos en las más viejas leyendas de la humanidad y en sus costumbres subsistentes. De este modo, el sueño se convierte en una fuente nada desdeñable de la prehistoria humana.

Pero lo que hace al sueño tan valioso para nuestros conocimientos es la circunstancia de que el material inconsciente, al irrumpir en el *yo*, trae consigo sus propias modalidades dinámicas. Queremos decir con ello que los pensamientos preconscientes mediante los cuales se expresa aquél son tratados en el curso de la elaboración onírica como si fueran partes inconscientes del *ello*; y en el segundo tipo citado de formación onírica, los pensamientos preconscientes que se han reforzado con los impulsos instintivos inconscientes son reducidos a su vez al estado inconsciente. Sólo mediante este camino nos enteramos de las leyes que rigen los mecanismos inconscientes y de sus diferencias frente a las reglas conocidas del pensamiento vigil. Así, la elaboración onírica es esencialmente un caso de elaboración inconsciente de procesos ideativos preconscientes. Para recurrir a un símil de la historia: los conquistadores foráneos no gobiernan el país conquistado de acuerdo con la ley que encuentran en éste, sino de acuerdo con la propia. Mas es innegable que el resultado de la elaboración onírica es una transacción, un compromiso entre dos partes. Puede reconocerse el influjo de la organización del *yo*, aún no del todo paralizada, en la deformación impuesta al material inconsciente y en las tentativas, harto precarias a menudo, de conferir al todo una forma que pueda ser aceptada por el *yo (elaboración secundaria).* En nuestro símil esto vendría a ser la expresión de la pertinaz resistencia que ofrecen los conquistados.

Las leyes de los procesos inconscientes que así se manifiestan son muy extrañas y bastan para explicar casi todo lo que en el sueño nos parece tan enigmático. Cabe mencionar entre ellas, ante todo, la notable tendencia a la *condensación*, una tendencia a formar nuevas unidades con elementos que en

el pensamiento vigil seguramente habríamos mantenido separados. Por consiguiente, a menudo un único elemento del sueño manifiesto representa toda una serie de ideas oníricas latentes, como si fuese una alusión común a todas ellas, y, en general, la extensión del sueño manifiesto es extraordinariamente breve en comparación con el exuberante material del que ha surgido. Otra particularidad de la elaboración onírica, no del todo independiente de la anterior, es la facilidad del *desplazamiento* de las intensidades psíquicas (catexias) de un elemento al otro, sucediendo a menudo que un elemento accesorio de las ideas oníricas aparezca en el sueño manifiesto como el más claro y, por consiguiente, el más importante; recíprocamente, elementos esenciales de las ideas oníricas son sólo representados en el sueño manifiesto por insignificantes alusiones. Además, a la elaboración onírica suelen bastarle concordancias harto inaparentes para sustituir un elemento por otro en todas las operaciones subsiguientes. Es fácil imaginar en qué medida estos mecanismos de la condensación y del desplazamiento pueden dificultar la interpretación del sueño y la revelación de las relaciones entre el sueño manifiesto y las ideas oníricas latentes. Al comprobar estas dos tendencias a la condensación y al desplazamiento, nuestra teoría llega a la conclusión de que en el *ello* inconsciente la energía se encuentra en estado de libre movilidad, y que al *ello* le importa, más que cualquier otra cosa, la posibilidad de descargar sus magnitudes de excitación[2537]; nuestra teoría aplica ambas propiedades para caracterizar el proceso primario que anteriormente hemos atribuido al *ello*.

El estudio de la elaboración onírica nos ha enseñado asimismo muchas otras peculiaridades, tan notables como importantes, de los procesos inconscientes, entre las que sólo unas pocas hemos de mencionar aquí. Las reglas decisivas de la lógica no rigen en el inconsciente, del que cabe afirmar que es el dominio de lo ilógico. Tendencias con fines opuestos subsisten simultánea y conjuntamente en el inconsciente, sin que surja la necesidad de conciliarias; o bien ni siquiera se influyen mutuamente, o, si lo hacen, no llegan a una decisión, sino a una transacción que necesariamente debe ser absurda, pues comprende elementos mutuamente inconciliables. De acuerdo con ello, las contradicciones no son separadas, sino tratadas como si fueran idénticas, de modo que en el sueño manifiesto todo elemento puede

representar también su contrario. Ciertos filólogos han reconocido que lo mismo ocurre en las lenguas más antiguas, y que las antonimias, como «fuerte-débil», «claro-oscuro», «alto-bajo», fueron expresadas primitivamente por una misma raíz, hasta que dos variaciones del mismo radical separaron ambas significaciones antagónicas. En una lengua tan evolucionada como el latín subsistirían aún restos de este doble sentido primitivo, como, por ejemplo, en las voces *altus* («alto» y «bajo») y *sacer* («sagrado» y «execrable»), entre otras.

Teniendo en cuenta la complicación y la multiplicidad de las relaciones entre el sueño manifiesto y el contenido latente que tras él se oculta, cabe preguntarse, desde luego, por qué camino se podría deducir el uno del otro, y si al hacerlo dependeremos tan sólo de una feliz adivinación, apoyada quizá por la traducción de los símbolos que aparecen en el sueño manifiesto. Podemos responder que en la gran mayoría de los casos el problema se resuelve satisfactoriamente, pero sólo con ayuda de las asociaciones que el propio soñante agrega a los elementos del contenido manifiesto. Cualquier otro procedimiento será arbitrario e inseguro. Las asociaciones del soñante, en cambio, traen a la luz los eslabones intermedios, que insertamos en la laguna entre el sueño manifiesto y su contenido latente, reconstruyendo con su ayuda a éste, es decir, «interpretamos» aquél. No debe extrañar que esta labor interpretativa, de sentido contrario a la elaboración onírica, no alcance en ocasiones plena seguridad.

Aún queda por explicar la razón dinámica de que el *yo* durmiente emprenda el esfuerzo de la elaboración onírica. Afortunadamente, es fácil hallarla. Todo sueño en formación exige al *yo*, con ayuda del inconsciente, la satisfacción de un instinto, si el sueño surge del *ello*; o la solución de un conflicto, la eliminación de una duda, la adopción de un propósito, si el sueño emana de un resto de la actividad preconsciente vigil. Pero el *yo* durmiente está embargado por el deseo de mantener el reposo, percibiendo esa exigencia como una molestia y tratando de eliminarla. Logra este fin mediante un acto de aparente concesión, ofreciendo a la exigencia una *realización del deseo* inofensiva en esas circunstancias, realización mediante la cual consigue eliminar la exigencia. La función primordial de la elaboración onírica es, precisamente, la sustitución de la exigencia por la realización del deseo.

Quizá no sea superfluo ilustrar tal circunstancia mediante tres simples ejemplos: un sueño de hambre, uno de comodidad y otro animado por la necesidad sexual. Mientras duerme, se hace sentir en el soñante la necesidad de comida, de modo que sueña con un opíparo banquete y sigue durmiendo. Desde luego, tenía la alternativa de despertarse para comer o de seguir durmiendo; pero ha optado por lo último, satisfaciendo el hambre en el sueño, por lo menos momentáneamente, pues si su apetito continúa, seguramente acabará por despertarse. En cuanto al segundo caso: el soñante debe despertar para llegar a determinada hora al hospital; mas sigue durmiendo y sueña que ya se encuentra allí, aunque en calidad de enfermo que no necesita abandonar su lecho. Por fin, supongamos que de noche sienta ansias de gozar de un objeto sexual prohibido, como la mujer de un amigo; sueña entonces con el acto sexual, pero no con esa persona, sino con otra que lleva el mismo nombre, aunque le es indiferente; o bien sus objeciones se expresan haciendo que la amada quede anónima.

Desde luego, no todos los casos son tan simples; particularmente en los sueños que se originan en restos diurnos no solucionados y que en el estado de reposo han hallado sólo un reforzamiento inconsciente, a menudo no es fácil revelar el impulso motor inconsciente y demostrar su realización del deseo, pero cabe aceptar que existe en todos los casos. La regla de que el sueño es una realización de deseos, fácilmente despertará incredulidad si se recuerda cuántos sueños tiene un contenido directamente penoso, o aun provocan el despertar con angustia, sin mencionar siquiera los tan frecuentes sueños carentes de tonalidad afectiva determinada. El argumento del sueño de angustia, empero, no resiste al análisis, pues no debemos olvidar que el sueño siempre es el resultado de un conflicto, una especie de transacción conciliadora. Lo que para el *ello* inconsciente es una satisfacción, puede ser, por eso mismo, motivo de angustia para el *yo*.

A medida que avanza la elaboración onírica, unas veces se impondrá más el inconsciente y otras se defenderá más enérgicamente el *yo*. En la mayoría de los casos, los sueños de angustia son aquéllos cuyo contenido ha sufrido la menor deformación. Si la exigencia del inconsciente se torna excesiva, de modo que el *yo* durmiente no sea capaz de rechazarla con los medios a su alcance, entonces abandona el deseo de dormir y retoma a la vida vigil. He

aquí, pues, una definición que abarca todos los casos de la experiencia; el sueño es siempre una *tentativa* de eliminar la perturbación del reposo mediante la realización de un deseo, es decir, es el guardián del reposo. Esta tentativa puede tener éxito más o menos completo; pero también puede fracasar, y entonces el durmiente se despierta, al parecer por ese mismo sueño. También al bravo sereno que ha de amparar el reposo del villorrio, en ciertas circunstancias no le queda más remedio que alborotar y despertar a los vecinos durmientes.

Para concluir estas consideraciones agregaremos unas palabras que justifiquen nuestra prolongada dedicación al problema de la interpretación onírica. Se ha demostrado que los mecanismos inconscientes revelados por el estudio de la elaboración onírica, que nos han servido para explicar la formación del sueño, nos facilitan también la comprensión de los curiosos síntomas que atraen nuestro interés hacia las neurosis y las psicosis. Semejante coincidencia nos permite abrigar grandes esperanzas.

SEGUNDA PARTE

APLICACIONES PRÁCTICAS

CAPÍTULO VI

LA TÉCNICA PSICOANALÍTICA

EL sueño, es, por consiguiente, una psicosis, con todas las absurdidades, las formaciones delirantes y las ilusiones de una psicosis. Pero es una psicosis de breve duración, inofensiva, que aún cumple una función útil, que es iniciada con el consentimiento de su portador y concluida por un acto voluntario de éste. Sin embargo, no deja de ser una psicosis, y nos demuestra cómo hasta una alteración de la vida psíquica tan profunda como ésta puede

anularse y ceder la plaza a la función normal. En vista de ello, ¿acaso es demasiada osadía esperar que también sería posible someter a nuestro influjo y llevar a la curación las temibles enfermedades espontáneas de la vida psíquica?

Poseemos ya algunos conocimientos necesarios para emprender esta tarea. Según dimos por establecido, el *yo* tiene la función de enfrentar sus tres relaciones de dependencia: de la realidad, del *ello* y del *super-yo*, sin afectar su organización ni menoscabar su autonomía. La condición básica de los estados patológicos que estamos considerando debe consistir, pues, en un debilitamiento relativo o absoluto del *yo* que le impida cumplir sus funciones. La exigencia más difícil que se le plantea al *yo* probablemente sea la dominación de las exigencias instintivos del *ello*, tarea para la cual debe mantener activas grandes magnitudes de anticatexias. Pero también las exigencias del *super-yo* pueden tomarse tan fuertes e inexorables que el *yo* se encuentre como paralizado en sus restantes funciones. Sospechamos que en los conflictos económicos así originados el *ello* y el *super-yo* suelen hacer causa común contra el hostigado *yo*, que trata de aferrarse a la realidad para mantener su estado normal. Si los dos primeros, empero, se toman demasiado fuertes, pueden llegar a quebrantar y modificar la organización del *yo*, de modo que su relación adecuada con la realidad quede perturbada o aun abolida. Ya lo hemos visto en el sueño: si el *yo* se desprende de la realidad del mundo exterior, cae, por influjo del mundo interior, en la psicosis.

Sobre estas mismas nociones se funda nuestro plan terapéutico. El *yo* ha sido debilitado por el conflicto interno; debemos acudir en su ayuda. Sucede como en una guerra civil que sólo puede ser decidida mediante el socorro de un aliado extranjero. El médico analista y el *yo* debilitado del paciente, apoyados en el mundo real exterior, deben tomar partido contra los enemigos, es decir, contra las exigencias instintuales del *ello* y las demandas morales del *super-yo*. Concertamos un pacto con nuestro aliado. El *yo* enfermo nos promete la más completa sinceridad, es decir, promete poner a nuestra disposición todo el material que le suministra su autopercepción; por nuestra parte, le aseguramos la más estricta discreción y ponemos a su servicio nuestra experiencia en la interpretación del material influido por el inconsciente. Nuestro saber ha de compensar su ignorancia, ha de restituir a

su *yo* la hegemonía sobre las provincias perdidas de la vida psíquica. En este pacto consiste la situación analítica.

Mas apenas hemos dado este paso, ya nos espera la primera defraudación, la primera llamada a la cautela. Para que el *yo* del enfermo sea un aliado útil en nuestra labor común será preciso que, a pesar de todo el hostigamiento por las potencias enemigas, haya conservado cierta medida de coherencia, cierto resto de reconocimiento de las exigencias que le plantea la realidad. Pero no esperemos tal cosa en el *yo* del psicótico, que nunca podrá cumplir semejante pacto y apenas si podrá concertarlo. Al poco tiempo habrá arrojado nuestra persona, junto con la ayuda que le ofrecemos, al montón de los elementos del mundo exterior que ya nada le importan. Con ello reconocemos la necesidad de renunciar a la aplicación de nuestro plan terapéutico en el psicótico, renuncia que quizá sea definitiva, o quizá sólo transitoria, hasta que hayamos encontrado otro plan más apropiado para ese propósito.

Pero aún existe otra clase de enfermos psíquicos, sin duda muy emparentados con los psicóticos: la inmensa masa de los neuróticos graves. Tanto las causas de su enfermedad como los mecanismos patogénicos de la misma tienen que ser idénticos, o por lo menos muy análogos; pero, en cambio, su *yo* ha demostrado ser más resistente, no ha llegado a desorganizarse tanto. Pese a todos sus trastornos y a la consiguiente inadecuación, muchos de ellos aún consiguen imponerse en la vida real. Quizá estos neuróticos se muestren dispuestos a aceptar nuestra ayuda, de modo que limitaremos a ellos nuestro interés y trataremos de ver cómo y hasta qué punto podemos «curarlos».

Nuestro pacto lo concertamos, pues, con los neuróticos: plena sinceridad contra estricta discreción. Este trato impresiona como si sólo quisiéramos oficiar de confesores laicos; pero la diferencia es muy grande, pues no deseamos averiguar solamente lo que el enfermo sabe y oculta ante los demás, sino que también ha de contarnos lo que él mismo *no* sabe. Con tal objeto le impartimos una definición más precisa de lo que comprendemos por sinceridad. Lo comprometemos a ajustarse a la *regla fundamental* del análisis, que en el futuro habrá de regir su conducta para con nosotros. No sólo deberá comunicarnos lo que sea capaz de decir intencionalmente y de buen grado, lo que le ofrece el mismo alivio que cualquier confesión, sino

también todo lo demás que le sea presentado por su autoobservación, cuanto le venga a la mente, por más que le sea *desagradable* decirlo y aunque le parezca *carente de importancia* o aun *insensato* y *absurdo*. Si después de esta indicación consigue abolir su autocrítica, nos suministrará una cantidad de material: ideas, ocurrencias, recuerdos, que ya se encuentran bajo el influjo del inconsciente, que a menudo son derivados directos de éste y que nos colocan en situación de conjeturar sus contenidos inconscientes reprimidos, cuya comunicación al paciente ampliará el conocimiento que su propio *yo* tiene de su inconsciente.

Pero la intervención de su *yo* está lejos de limitarse a suministrarnos, en pasiva obediencia, el material solicitado y a aceptar crédulamente nuestra traducción del mismo. Lo que sucede en realidad es algo muy distinto: algo que en parte podríamos prever y que en parte ha de sorprendernos. Lo más extraño es que el paciente no se conforma con ver en el analista, a la luz de la realidad, un auxiliador y consejero, al que además remunera sus esfuerzos y que, a su vez, estaría muy dispuesto a conformarse con una función parecida a la del guía en una ardua excursión alpina; por el contrario, el enfermo ve en aquél una copia —una reencarnación— de alguna persona importante de su infancia, de su pasado, transfiriéndole, pues, los sentimientos y las reacciones que seguramente correspondieron a ese modelo pretérito. Este fenómeno de la *transferencia* no tarda en revelarse como un factor de insospechada importancia; por un lado, un instrumento de valor sin igual; por el otro, una fuente de graves peligros. Esta transferencia es *ambivalente*; comprende actitudes positivas (afectuosas), tanto como negativas (hostiles) frente al analista, que por lo general es colocado en lugar de un personaje parental, del padre o de la madre. Mientras la transferencia sea positiva, nos sirve admirablemente; altera toda la situación analítica, deja a un lado el propósito racional de llegar a curar y de librarse del sufrimiento. En su lugar aparece el propósito de agradar al analista, de conquistar su aplauso y su amor, que se convierte en el verdadero motor de la colaboración del paciente; el débil *yo* se fortalece, y bajo el influjo de dicho propósito el paciente logra lo que de otro modo le sería imposible: abandona sus síntomas y se cura aparentemente; todo esto, simplemente por amor al analista. Éste deberá confesarse, avergonzado, que emprendió una difícil tarea sin sospechar siquiera cuán

extraordinarios poderes le vendrían a las manos.

La relación de transferencia entraña además otras dos ventajas. El paciente, colocando al analista en lugar de su padre (o de su madre), también le confiere el poderío que su *super-yo* ejerce sobre el *yo*, pues estos padres fueron, como sabemos, el origen del *super-yo*. El nuevo *super-yo* tiene ahora la ocasión de llevar a cabo una especie de *reeducación* del neurótico y puede corregir los errores cometidos por los padres en su educación. Aquí debemos advertir, empero, contra el abuso de este nuevo influjo. Por más que al analista le tiente convertirse en maestro, modelo e ideal de otros; por más que le seduzca crear seres a su imagen y semejanza, deberá recordar que no es ésta su misión en el vínculo analítico y que traiciona su deber si se deja llevar por tal inclinación. Con ello no hará sino repetir un error de los padres, que aplastaron con su influjo la independencia del niño, y sólo sustituirá la antigua dependencia por una nueva. Muy al contrario, en todos sus esfuerzos por mejorar y educar al paciente, el analista siempre deberá respetar su individualidad. La medida del influjo que se permitirá legítimamente deberá ajustarse al grado de inhibición evolutiva que halle en su paciente. Algunos neuróticos han quedado tan infantiles, que aun en el análisis sólo es posible tratarlos como a niños.

La transferencia tiene también otra ventaja: el paciente nos representa en ella, con plástica nitidez, un trozo importante de su vida que de otro modo quizá sólo hubiese descrito insuficientemente. En cierto modo *actúa* ante nosotros, en lugar de contarlo.

Veamos ahora el reverso de esta relación. La transferencia, al reproducir los vínculos con los padres, también asume su ambivalencia. No se podrá evitar que la actitud positiva frente al analista se convierta algún día en negativa, hostil. Tampoco ésta suele ser más que una repetición del pasado. La docilidad frente al padre (si de éste se trata), la conquista de su favor, surgieron de un deseo erótico dirigido a su persona. En algún momento esta pretensión también surgirá en la transferencia, exigiendo satisfacción. Pero en la situación analítica no puede menos que tropezar con una frustración, pues las relaciones sexuales reales entre paciente y analista están excluidas, y tampoco las formas más sutiles de satisfacción, como la preferencia, la intimidad, etc., no serán concedidas por el analista sino en exigua medida.

Semejante rechazo sirve de pretexto para el cambio de actitud, como probablemente ocurrió también en la primera infancia del paciente.

Los éxitos terapéuticos alcanzados bajo el dominio de la transferencia positiva justifican la sospecha de su índole *sugestiva*. Una vez que la transferencia negativa adquiere supremacía, son barridos como el polvo por el viento. Advertimos con horror que todos los esfuerzos realizados han sido vanos. Hasta lo que podíamos considerar como un progreso intelectual definitivo del paciente —su comprensión del psicoanálisis, su confianza en la eficacia de éste— ha desaparecido en un instante. Se conduce como un niño sin juicio propio, que cree ciegamente en quien haya conquistado su amor, pero en nadie más.

A todas luces, el peligro de estos estados transferenciales reside en que el paciente confunda su índole, tomando por vivencias reales y actuales lo que no es sino un reflejo del pasado. Si él (o ella) llega a sentir la fuerte pulsión erótica que se esconde tras la transferencia positiva, cree haberse enamorado apasionadamente; al virar la transferencia, se considera ofendido y despreciado, odia al analista como a un enemigo y está dispuesto a abandonar el análisis. En ambos casos extremos habrá echado al olvido el pacto aceptado al iniciar el tratamiento; en ambos casos se habrá tornado inepto para la prosecución de la labor en común. En cada una de estas situaciones el analista tiene el deber de arrancar al paciente de tal ilusión peligrosa, mostrándole sin cesar que lo que toma por una nueva vivencia real es sólo un espejismo del pasado. Y para evitar que caiga en un estado inaccesible a toda prueba, el analista procurará evitar que tanto el enamoramiento como la hostilidad alcancen grados extremos. Se consigue tal cosa advirtiendo precozmente al paciente contra esa eventualidad y no dejando pasar inadvertidos los primeros indicios de la misma. Esta prudencia en el manejo de la transferencia suele rendir copiosos frutos. Si, como sucede generalmente, se logra aclarar al paciente la verdadera naturaleza de los fenómenos transferenciales, se habrá restado un arma poderosa a la resistencia, cuyos peligros se convertirán ahora en beneficios, pues el paciente nunca olvidará lo que haya vivenciado en las formas de la transferencia; tendrá para él mayor fuerza de convicción que cuanto haya adquirido de cualquier otra manera.

Nos resulta muy inconveniente que el paciente *actúe* fuera de la transferencia, en lugar de limitarse a recordar; lo ideal para nuestros fines sería que fuera del tratamiento se condujera de la manera más normal posible, expresando sólo en la transferencia sus reacciones anormales.

Nuestros esfuerzos para fortalecer el *yo* debilitado parten de la ampliación de su autoconocimiento. Sabemos que esto no es todo; pero es el primer paso. La pérdida de tal conocimiento de sí mismo implica para el *yo* un déficit de poderío e influencia, es el primer indicio tangible de que se encuentra cohibido y coartado por las demandas del *ello* y del *super-yo*. Así, la primera parte del socorro que pretendemos prestarle es una labor intelectual de parte nuestra y una invitación a colaborar en ella para el paciente. Sabemos que esta primera actividad ha de allanarnos el camino hacia otra tarea más dificultosa, cuya parte dinámica no habremos perdido de vista durante aquella introducción. El material para nuestro trabajo lo tomamos de distintas fuentes: de lo que nos informa con sus comunicaciones y asociaciones libres, de lo que nos revela en sus transferencias, de lo que recogemos en la interpretación de sus sueños, de lo que traducen sus *actos fallidos*. Todo este material nos permite reconstruir tanto lo que le sucedió alguna vez, siendo luego olvidado, como lo-que ahora sucede en él, sin que lo comprenda. Mas en todo esto nunca dejaremos de discernir estrictamente nuestro saber del suyo. Evitaremos comunicarle al punto cosas que a menudo adivinamos inmediatamente, y tampoco le diremos todo lo que creamos haber descubierto. Reflexionaremos detenidamente sobre la oportunidad en que convenga hacerle partícipe de alguna de nuestras inferencias; aguardaremos el momento que nos parezca más oportuno, decisión que no siempre resulta fácil. Por regla general, diferimos la comunicación de una inferencia, su explicación, hasta que el propio paciente se le haya aproximado tanto que sólo le quede por dar un paso, aunque éste sea precisamente el de la síntesis decisiva. Si procediéramos de otro modo, si lo abrumáramos con nuestras interpretaciones antes de estar preparado para ellas, nuestras explicaciones no tendrían resultado alguno, o bien provocarían una violenta erupción de la *resistencia*, que podría dificultar o aun tornar problemática la prosecución de nuestra labor común. Pero si lo hemos preparado suficientemente, a menudo logramos que el paciente confirme al punto nuestra construcción y recuerde, a

su vez, el suceso interior o exterior que había sido olvidado. Cuanto más fielmente coincida la construcción con los detalles de lo olvidado tanto más fácil será lograr su asentimiento. Nuestro saber de este asunto se habrá convertido entonces también en *su* saber.

Al mencionar la resistencia hemos abordado la segunda parte, la más importante de nuestra tarea. Ya sabemos que el *yo* se protege contra la irrupción de elementos indeseables del *ello* inconsciente y reprimido mediante anticatexias cuya integridad es una condición ineludible de su funcionamiento normal. Ahora bien: cuanto más acosado se sienta el *yo*, tanto más tenazmente se aferrará, casi aterrorizado, a esas anticatexias con el fin de proteger su precaria existencia contra nuevas irrupciones. Pero esta tendencia defensiva no armoniza con los propósitos de nuestro tratamiento. Por el contrario, queremos que el *yo*, envalentonado por la seguridad que le promete nuestro apoyo, ose emprender la ofensiva para reconquistar lo perdido. En este trance la fuerza de las anticatexias se nos hace sentir como *resistencias* contra nuestra labor. El *yo* retrocede, asustado, ante empresas que le parecen peligrosas y que amenazan provocarle displacer; para que no se nos resista es preciso que lo animemos y aplaquemos sin cesar. A esta resistencia, que perdura durante todo el tratamiento, renovándose con cada nuevo avance del análisis, la llamamos, un tanto incorrectamente, *resistencia de la represión*. Ya veremos que no es la única clase de resistencia cuya aparición debemos esperar. Es interesante advertir que en esta situación se invierten, en cierta manera, los secuaces de cada bando, pues el *yo* se resiste a nuestra llamada, mientras que el inconsciente, por lo general enemigo nuestro, acude en nuestra ayuda, animado por su «empuje de afloramiento» natural, ya que ninguna tendencia suya es tan poderosa como la de irrumpir al *yo* y ascender a la consciencia a través de las barreras que se le ha impuesto. La lucha desencadenada cuando alcanzamos nuestro propósito y logramos inducir al *yo* a que supere sus resistencias se lleva a cabo bajo nuestra conducción y con nuestro auxilio. Es indiferente qué desenlace tenga: si llevará a que el *yo* acepte, previo nuevo examen, una exigencia instintiva que hasta el momento había repudiado, o a que vuelva a rechazarla, esta vez definitivamente. En ambos casos se habrá eliminado un peligro permanente, se habrán ampliado los límites del *yo* y se habrá tornado superfluo un costoso despliegue de

energía.

La superación de las resistencias es aquella parte de nuestra labor que demanda mayor tiempo y máximo esfuerzo. Pero también rinde sus frutos, pues significa una modificación favorable del *yo*, que subsistirá y se impondrá durante la vida del paciente, cualquiera que sea el destino de la transferencia. Al mismo tiempo eliminamos paulatinamente aquella modificación del *yo* establecida bajo el influjo del inconsciente, pues cada vez que hallamos derivados del mismo en el *yo* nos apresuramos a señalar su origen ilegítimo e incitamos al *yo* a rechazarlos. Recordemos que una de las condiciones básicas de nuestro pactado auxilio consistía en que dicha modificación del *yo* por irrupción de elementos inconscientes no hubiese sobrepasado determinada medida.

A medida que progresa nuestra labor y que se ahondan nuestros conocimientos de la vida psíquica del neurótico, resaltan con creciente claridad dos nuevos factores que merecen la mayor consideración como fuentes de resistencias. Ambos son completamente ignorados por el enfermo y no pudieron ser tenidos en cuenta al concertar nuestro pacto; además, no se originan en el *yo* del paciente. Podemos englobarlos en el término común de «necesidad de estar enfermo» o «necesidad de sufrimiento»; pero responden a distintos orígenes, aunque por lo demás sean de índole similar. El primero de estos dos factores es el sentimiento de culpabilidad o la consciencia de culpabilidad, como también se lo llama, pasando por alto el hecho de que el enfermo no lo siente ni se percata de él. Trátase, evidentemente, de la contribución aportada a la resistencia por un *super-yo* que se ha tornado particularmente severo y cruel. El individuo no ha de curar, sino que seguirá enfermo, pues no merece nada mejor. Esta resistencia no perturba en realidad nuestra labor intelectual, pero le resta eficacia, y aunque nos permite a menudo superar una forma de sufrimiento neurótico, se dispone inmediatamente a sustituirla por otra y, en último caso, por una enfermedad somática. Este sentimiento de culpabilidad explica también la ocasional curación o mejoría de graves neurosis bajo el influjo de desgracias reales; en efecto, se trata tan sólo de que uno esté sufriendo, no importa de qué manera. La tranquila resignación con que tales personas suelen soportar su pesado destino es muy notable, pero también reveladora. Al combatir esta resistencia

hemos de limitarnos a hacerla consciente y a tratar de demoler paulatinamente el *super-yo* hostil.

No es tan fácil revelar la existencia de otra resistencia, ante cuya eliminación nos encontramos particularmente inermes. Entre los neuróticos existen algunos en los cuales, a juzgar por todas sus reacciones, el instinto de autoconservación ha experimentado nada menos que una inversión diametral. Estas personas no parecen perseguir otra cosa sino dañarse a sí mismas y autodestruirse; quizá también pertenezcan a este grupo las que realmente concluyen por suicidarse. Suponemos que en ellas se han producido vastas tormentas de los instintos, que liberaron excesivas cantidades del instinto de destrucción dirigidos hacia dentro. Tales pacientes no pueden tolerar la posibilidad de ser curados por nuestro tratamiento y se le resisten con todos los medios a su alcance. Pero nos apresuramos a confesar que se trata de casos cuyo esclarecimiento aún no hemos logrado del todo.

Contemplemos una vez más la situación en que nos hemos colocado con nuestra tentativa de auxiliar al *yo* neurótico. Éste ya no puede cumplir la tarea que le impone el mundo exterior, inclusive la sociedad humana. No dispone de todas sus experiencias; se le ha sustraído gran parte de su caudal mnemónico. Su actividad está inhibida por estrictas prohibiciones del *super-yo*; su energía se consume en inútiles tentativas de rechazar las exigencias del *ello*. Además, las incesantes irrupciones del *ello* han quebrantado su organización, lo han dividido, ya no le permiten establecer una síntesis ordenada y lo dejan a merced de tendencias opuestas entre sí, de conflictos no solucionados, de dudas no resueltas. En primer lugar, hacemos que este *yo* debilitado del paciente participe en la labor interpretativa puramente intelectual, que persigue el relleno provisorio de las lagunas de su patrimonio psíquico; dejamos que nos transfiera la autoridad de su *super-yo*; lo hostigamos para que asuma la lucha por cada una de las exigencias del *ello* y para que venza las resistencias así despertadas. Simultáneamente, restablecemos el orden en su *yo*, investigando los contenidos y los impulsos que han irrumpido del inconsciente y exponiéndolos a la crítica mediante la reducción a su verdadero origen. Aunque servimos al paciente en distintas funciones —como autoridad, como sustitutos de los padres, como maestros y educadores—, nuestro mayor auxilio se lo rendimos cuando, en calidad de

analistas, elevamos al nivel normal los procesos psíquicos de su *yo*, cuando tornamos preconsciente lo que llegó a convertirse en inconsciente y reprimido, volviendo a restituirlo así al dominio del *yo*. Por parte del paciente contamos con la ayuda de algunos factores racionales, como la necesidad de curación motivada por su sufrimiento y el interés intelectual que en él podemos despertar por las teorías y revelaciones del psicoanálisis; pero la ayuda más poderosa es la transferencia positiva que el paciente nos ofrece. En cambio, tenemos por enemigos la transferencia negativa, la resistencia represiva del *yo* (es decir, el displacer que le inspira el pesado trabajo que se le encarga); además, el sentimiento de culpabilidad surgido de su relación con el *super-yo* y la necesidad de estar enfermo motivada por las profundas transformaciones de su economía instintual. La parte que corresponda a estos dos últimos factores decidirá el carácter leve o grave de un caso. Independientemente de estos factores, pueden reconocerse aún otros de carácter favorable o desfavorable. Así, de ningún modo puede convenirnos cierta inercia psíquica, cierta viscosidad de la libido, reacia a abandonar sus fijaciones; por otra parte, desempeña un gran papel favorable la capacidad de la persona para sublimar sus instintos, así como su facultad para elevarse sobre la cruda vida instintiva y, por fin, el poder relativo de sus funciones intelectuales.

No puede defraudarnos, sino que consideraremos muy comprensible, la conclusión de que el resultado final de la lucha emprendida depende de relaciones *cuantitativas*, del caudal de energía que podamos movilizar a nuestro favor en el paciente, comparado con la suma de las energías que desplieguen las instancias hostiles a nuestros esfuerzos. También aquí Dios está con los batallones más fuertes[2538]: por cierto que no logramos vencer siempre, pero al menos podemos reconocer casi siempre por qué no hemos vencido. Quien haya seguido nuestra exposición animado tan sólo por un interés terapéutico quizá se aparte con desprecio después de esta confesión. Pero la terapia sólo nos concierne aquí en la medida en que opera con recursos psicológicos, y por el momento no disponemos de otros. El futuro podrá enseñarnos a influir directamente, mediante sustancias químicas particulares, sobre las cantidades de energía y sobre su distribución en el aparato psíquico. Quizá surjan aún otras posibilidades terapéuticas todavía

insospechadas; por ahora no disponemos de nada mejor que la técnica psicoanalítica, y por eso no se la debería desdeñar, pese a todas sus limitaciones.

CAPÍTULO VII

UN EJEMPLO DE LA LABOR PSICOANALÍTICA

Hemos logrado una noción general del aparato psíquico, de las partes, órganos e instancias que lo componen, de las fuerzas que en él actúan, de las funciones que desempeñan sus distintas partes. Las neurosis y las psicosis son los estados en los cuales se manifiestan los trastornos funcionales del aparato. Hemos elegido las neurosis como objeto de nuestro estudio porque sólo ellas parecen accesibles a los métodos de que disponemos. Mientras nos esforzamos por influirlas, recogemos observaciones que nos ofrecen una noción de su origen y de su modo de formación.

Anticiparemos uno de nuestros resultados principales a la descripción que nos disponemos a emprender. Las neurosis no tienen causas específicas (como, por ejemplo, las enfermedades infecciosas). Sería vana tarea tratar de buscar en ellas un factor patógeno. Transiciones graduales llevan de ellas a la así llamada normalidad, y, por Otra parte, quizá no exista ningún estado reconocidamente normal en el que no se pudieran comprobar asomos de rasgos neuróticos. Los neuróticos traen consigo disposiciones innatas más o menos idénticas a las de otros seres; sus vivencias son las mismas y tienen los mismos problemas que resolver. ¿Por qué entonces su vida es tanto peor y tan difícil? ¿Por qué sufren en ella mayor displacer, angustia y dolor?

La respuesta a esta cuestión no puede ser difícil. Son *disarmonías cuantitativas* las responsables de las inadecuaciones y los sufrimientos de los neuróticos. Como sabemos, las causas determinantes de todas las configuraciones que puede adoptar la vida psíquica humana deben buscarse en el interjuego de las disposiciones congénitas y las experiencias accidentales. Ahora bien: determinado instinto puede estar dotado de una

disposición innata demasiado fuerte o demasiado débil; cierta capacidad puede quedar rudimentaria o no desarrollarse suficientemente en la vida; por otra parte, las impresiones y las vivencias exteriores pueden plantear demandas dispares en los distintos individuos, y las que aún son accesibles a la continuación de uno ya podrán representar una empresa insuperable para la de otro. Estas diferencias cuantitativas decidirán la diversidad de los desenlaces.

No tardaremos en advertir, empero, la insuficiencia de esta explicación, que es demasiado general, que explica demasiado. La etiología planteada rige para todos los casos de sufrimiento, miseria e incapacidad psíquica; pero no se puede llamar neuróticos a todos los estados así causados. Las neurosis tiene características específicas, son padecimientos de especie peculiar. Por consiguiente, a pesar de todo, tendremos que hallar causas específicas para ellas, o bien imaginarnos que entre las tareas impuestas a la vida psíquica hay algunas en las que fracasa con particular facilidad, de modo que la peculiaridad de los fenómenos neuróticos, tan notables a menudo, sería reducible a esa circunstancia, sin que necesitemos contradecir nuestras anteriores afirmaciones. De ser cierto que las neurosis no discrepan esencialmente de lo normal, su estudio promete suministramos preciosas contribuciones al conocimiento de esa normalidad. Al emprenderlo, quizá descubriremos los «puntos débiles» de toda organización normal.

Esta presunción nuestra se confirma, pues la experiencia analítica enseña que existe, en efecto, una demanda instintual cuya superación es particularmente propensa a fracasar o a resultar sólo parcialmente; además, que hay una época de la vida a la cual cabe referir exclusiva o predominantemente la formación de la neurosis. Ambos factores —naturaleza del instinto y período de la vida— exigen consideración separada, por más que tengan bastantes vínculos entre sí.

Podemos pronunciarnos con cierta seguridad sobre el papel que desempeña el período de la vida. Parece que las neurosis sólo pueden originarse en la primera infancia (hasta los seis años), aunque sus síntomas no lleguen a manifestarse sino mucho más tarde. La neurosis infantil puede exteriorizarse durante breve tiempo o aun pasar completamente inadvertida. En todos los casos, la neurosis ulterior arranca de ese prólogo infantil. Quizá

sea una excepción la denominada neurosis traumática (motivada por un susto desmesurado, por profundas conmociones somáticas, como choques de ferrocarril, sepultamientos por derrumbamientos, etc.), por lo menos, hasta ahora no conocemos sus vinculaciones con la condición infantil. Es fácil explicar la predilección etiológica por el primer período de la infancia. Como sabemos, las neurosis son afecciones del *yo*, y no es de extrañar que éste, mientras es débil, inmaduro e incapaz de resistencia, fracase ante tareas que más tarde podría resolver con la mayor facilidad. En tal caso, tanto las demandas instintuales interiores como las excitaciones del mundo exterior actúan en calidad de «traumas», particularmente si son favorecidas por ciertas disposiciones. El inerme *yo* se defiende contra ellas mediante tentativas de fuga (*represiones*), que más tarde demostrarán ser ineficaces e implicarán restricciones definitivas del desarrollo ulterior. El daño que sufre el *yo* bajo el efecto de sus primeras vivencias puede parecemos desmesurado; pero bastará recordar, como analogía, los distintos efectos que se obtienen en las experiencias de Roux al pinchar con la aguja una masa de células germinativas en plena división y al dirigir el pinchazo contra el animal adulto, desarrollado de aquel germen. Ningún ser humano queda a salvo de tales vivencias traumáticas; ninguno se verá libre de las represiones que ellas suscitan, y quizá semejantes reacciones azarosas del *yo* hasta sean imprescindibles para alcanzar otro objetivo puesto a ese período de la vida. En efecto, el pequeño ser primitivo ha de convertirse, al cabo de unos pocos años, en un ser humano civilizado; deberá cubrir, en abreviación casi inaudita, un trecho inmenso de la evolución cultural humana. La posibilidad de hacerlo está dada en sus disposiciones hereditarias; pero casi siempre será imprescindible la ayuda de la educación y del influjo parental que, como predecesores del *super-yo*, restringen la actividad del *yo* con prohibiciones y castigos, estimulando o imponiendo las represiones. Por tanto, no olvidemos incluir también la influencia cultural entre las condiciones determinantes de la neurosis. Nos damos cuenta de que al bárbaro le resulta fácil ser sano; para el hombre civilizado es una pesada tarea. Comprenderemos el anhelo de tener un *yo* fuerte y libre de trabas; pero, como lo muestra la época actual, esa aspiración es profundamente adversa a la cultura. Así, pues, ya que las demandas culturales son representadas por la educación en el seno de la

familia, también deberemos considerar en la etiología de las neurosis ese carácter biológico de la especie humana que es su prolongado período de dependencia infantil.

En cuanto al otro elemento, el factor instintual específico, descubrimos aquí una interesante disonancia entre la teoría y la experiencia. Teóricamente no hay objeción alguna contra la suposición de que cualquier demanda instintual podría dar lugar a esas mismas represiones, con todas sus consecuencias; pero nuestra observación nos demuestra invariablemente, en la medida en que podemos apreciarlo, que las excitaciones patogénicas proceden de los instintos parciales de la vida sexual. Podría decirse que los síntomas de las neurosis siempre son, o bien satisfacciones sustitutivas de algún impulso sexual, o medidas dirigidas a impedir su satisfacción, aunque por lo general representan transacciones entre ambas tendencias, tal como de acuerdo con las leyes que rigen al inconsciente pueden llegar a ser concertadas entre pares antagónicos. Por ahora no podemos colmar esta laguna de nuestra teoría; toda decisión al respecto es dificultada aún más por la circunstancia de que la mayoría de los impulsos de la vida sexual no son de naturaleza puramente erótica, sino productos de fusiones de elementos eróticos con componentes del instinto de destrucción. Mas no puede caber la menor duda de que aquellos instintos que se manifiestan fisiológicamente como sexualidad desempeñan un papel predominante y de insospechada magnitud en la causación de las neurosis —y aún queda por establecer si su intervención no es quizá exclusiva—. Además, debe tenerse en cuenta que ninguna otra función ha sido repudiada tan enérgica y consecuentemente como la sexual en el curso de la evolución recogida por la cultura. Nuestra teoría deberá conformarse con las siguientes alusiones, que revelan un nexo más profundo: que el primer período de la infancia, durante el cual comienza a diferenciarse el *yo* del *ello*, es también la época del primer florecimiento de la sexualidad, que finaliza con el período de latencia; que no puede considerarse casual el hecho de que esta importante época previa sea objeto, más tarde, de la amnesia infantil; por fin, que en la evolución del animal hacia el hombre deben haber tenido suma importancia ciertas modificaciones biológicas de la vida sexual (como precisamente aquel arranque bifásico de la función, la pérdida del carácter periódico de la excitabilidad sexual y el

cambio en la relación entre la menstruación femenina y la excitación masculina). La ciencia futura tendrá la misión de integrar en conceptos nuevos estas nociones todavía inconexas. No es la psicología, sino la biología, la que al respecto presenta una laguna. Quizá no estemos errados al decir que el punto débil de la organización del *yo* reside en su actitud frente a la función sexual, como si la antinomia biológica entre la conservación de sí mismo y la conservación de la especie hubiese hallado aquí expresión psicológica.

Dado que la experiencia analítica nos ha convencido de la plena veracidad que reviste la tan común afirmación de que el niño sería psicológicamente el padre del adulto y de que las vivencias de sus años primeros tendrían inigualada importancia para toda su vida futura, será particularmente interesante para nosotros comprobar si existe algo así como una experiencia central de ese período infantil. Ante todo, nos llaman la atención las consecuencias de ciertos influjos que no afectan a todos los niños, por más que ocurran con no poca frecuencia, como, por ejemplo, los abusos sexuales cometidos por adultos en niños, la seducción de éstos por otros niños algo mayores (hermanos y hermanas) y —cosa ésta que nos resulta inesperada— la conmoción que las relaciones sexuales entre adultos (padres) producen en los niños cuando llegan a presenciarlas como testigos auditivos o visuales, por lo general en una época en que no se les atribuiría interés ni comprensión por tales vivencias, ni tampoco la capacidad de recordarlas ulteriormente. Es fácil comprobar la medida en que la susceptibilidad sexual del niño es despertada por semejantes vivencias y cómo sus propias tendencias sexuales son dirigidas por aquéllas hacia determinadas vías que ya no lograrán abandonar más. Dado que dichas impresiones sufren la represión, ya sea inmediatamente o en cuanto traten de retornar como recuerdos, constituyen la condición básica para la compulsión neurótica que más tarde impedirá al *yo* dominar su función sexual y que, probablemente, lo inducirá a apartarse de ésta en forma definitiva. Ésta última reacción tendrá por consecuencia una neurosis; pero, en caso de que no se produzca, aparecerán múltiples perversiones o una insubordinación completa de esa función, tan importante no sólo para la procreación, sino también para toda la conformación de la existencia.

Por instructivos que sean tales casos, nuestro interés es atraído aún más por la influencia de una situación que todos los niños están condenados a experimentar y que resulta irremediablemente de la prolongada dependencia infantil y de la vida en común con los padres. Me refiero al *complejo de Edipo*, así denominado porque su tema esencial se encuentra también en la leyenda griega del rey Edipo, cuya representación por un gran dramaturgo ha llegado felizmente a nuestros días. El héroe griego mata a su padre y toma por mujer a su madre. La circunstancia de que lo haga sin saberlo, al no reconocer como padres suyos a ambos personajes, constituye una discrepancia frente a la situación analítica, que comprendemos con facilidad y que aun consideramos irremediable.

Tendremos que describir aquí, por separado, el desarrollo del varón y de la niña (del hombre y dé la mujer), pues la diferencia sexual adquiere ahora su primera expresión psicológica. El hecho biológico de la dualidad de los sexos se alza ante nosotros cual un profundo enigma, como un término final de nuestros conocimientos, resistiendo toda reducción a nociones más fundamentales. El psicoanálisis no contribuyó con nada a la aclaración de este problema, que evidentemente es pleno patrimonio de la biología. En la vida psíquica sólo hallamos reflejos de esa gran polaridad, cuya interpretación es dificultada por el hecho, hace mucho tiempo sospechado, de que ningún individuo se limita a las modalidades reactivas de un solo sexo, sino que siempre concede cierto margen a las del sexo opuesto, igual que su cuerpo lleva, junto a los órganos desarrollados de un sexo, también los rudimentos atrofiados y a menudo inútiles del otro. Para diferenciar en la vida psíquica lo masculino de lo femenino recurrimos a una equivalencia empírica y convencional, precaria a todas luces. Llamamos masculino a todo lo fuerte y activo; femenino, a cuanto es débil y pasivo. Este hecho de que la bisexualidad sea también psicológica pesa sobre todas nuestras indagaciones y dificulta su descripción.

El primer objeto erótico del niño es el pecho materno que lo nutre; el amor aparece en anaclisis con la satisfacción de las necesidades nutricias. Al principio, el pecho seguramente no es discernido del propio cuerpo, y cuando debe ser separado de éste, desplazado hacia «afuera» por sustraerse tan frecuentemente al anhelo del niño, se lleva consigo, en calidad de «objeto»,

una parte de la catexia libidinal originalmente narcisista. Este primer objeto se completa más tarde hasta formar la persona total de la madre, que no sólo alimenta, sino también cuida al niño y le despierta muchas otras sensaciones corporales, tanto placenteras como displacientes. En el curso de las puericultura la madre se convierte en primera seductora del niño. En estas dos relaciones arraiga la singular, incomparable y definitivamente establecida importancia de la madre como primero y más poderoso objeto sexual, como prototipo de todas las vinculaciones amorosas ulteriores, tanto en uno como en el otro sexo. Al respecto, las disposiciones filogenéticas tienen tal supremacía sobre las vivencias accidentales del individuo que no importa en lo mínimo si el niño realmente succionó el pecho de la madre o si fue alimentado con biberón y no pudo gozar jamás el cariño del cuidado materno. En ambos casos su desarrollo sigue idéntico camino, y en el segundo, la añoranza ulterior quizá sea aun más poderosa. Por más tiempo que el niño haya sido alimentado por el pecho materno, el destete siempre dejara en él la convicción de que fue demasiado breve, demasiado escaso.

Esta introducción no es superflua, pues aguzará nuestra comprensión de la intensidad que alcanza el complejo de Edipo. El varón (de dos a tres años) que llega a la fase fálica de su evolución libidinal, que percibe sensaciones placenteras emanadas de su miembro viril y que aprende a procurárselas a su gusto mediante la estimulación manual, conviértese al punto en amante de la madre. Desea poseerla físicamente, de las maneras que le hayan permitido adivinar sus observaciones y sus presunciones acerca de la vida sexual; busca seducirla mostrándole su miembro viril, cuya posesión le produce gran orgullo; en una palabra, su masculinidad precozmente despierta lo induce a sustituir ante ella al padre, que ya fue antes su modelo envidiado o causa de la fuerza corporal que en él percibe y de la autoridad con que lo encuentra investido. Ahora el padre se convierte en un rival que se opone en su camino y a quien quisiera eliminar. Si durante la ausencia del padre pudo compartir el lecho de la madre, siendo desterrado de éste una vez retornado aquél, la impresionarán profundamente las vivencias de la satisfacción experimentada al desaparecer el padre y de la defraudación sufrida al regresar éste. He aquí el tema del complejo de Edipo, que la leyenda griega trasladó del mundo fantástico infantil a una pretendida realidad. En nuestras condiciones

culturales, este complejo sufre invariablemente un terrorífico final.

La madre ha comprendido perfectamente que la excitación sexual del niño está dirigida a su propia persona, y en algún momento se le ocurrirá que no sería correcto dejarla en libertad. Cree actuar acertadamente al prohibirle la masturbación, pero esta prohibición tiene escaso efecto, y a lo sumo lleva a que se modifique la forma de la autosatisfacción. Por fin, la madre recurre al expediente violento, amenazándolo con quitarle esa cosa con la cual el niño la desafía. Generalmente delega en el padre la realización de la amenaza, para tornarla más terrible y digna de crédito: le contará todo al padre, y éste le cortará el miembro. Aunque parezca extraño, tal amenaza sólo surte su efecto siempre que antes y después de ella haya sido cumplida otra condición, pues, en sí misma, al niño le parece demasiado inconcebible que tal cosa pueda suceder. Pero si al proferirse dicha amenaza puede recordar el aspecto de un órgano genital femenino, o si poco después llega a ver tal órgano, al cual le falta, en efecto, esa parte apreciada por sobre todo lo demás, entonces toma en serio lo que le han dicho y, cayendo bajo la influencia del *complejo de castración*, sufre el trauma más poderoso de su joven existencia[2539].

Los resultados de la amenaza de castración son diversos e incalculables: afectan a todas las relaciones de un niño con su padre y con su madre y posteriormente con los hombres y las mujeres en general. Por lo común la masculinidad del niño no es capaz de resistir este choque. Para preservar su órgano sexual renuncia más o menos por completo a la posesión de la madre; con frecuencia su vida sexual resulta permanentemente trastornada por la prohibición. Si en él existe un poderoso componente femenino —como lo expresamos en nuestra terminología—, éste adquirirá mayor fuerza al coartarse la masculinidad. El niño cae en una actitud pasiva frente al padre, en la misma actitud que atribuye a la madre. Las amenazas le habrán hecho abandonar la masturbación, pero no las fantasías acompañantes que, siendo ahora la única forma de satisfacción sexual que ha conservado, son producidas en grado mayor que antes; en esas fantasías seguirá identificándose con el padre, pero al mismo tiempo, y quizá predominantemente, también con la madre. Los derivados y los productos de transformación de tales fantasías masturbatorias precoces suelen integrar su yo ulterior y participar aun en la formación de su carácter.

Independientemente de esta estimulación de su femineidad, se acrecentará en grado sumo el temor y el odio al padre. La masculinidad del niño se retrotrae en cierta manera hacia una actitud de terquedad frente al padre, actitud que dominará compulsivamente su futura conducta en la sociedad humana. Como residuo de la fijación erótica a la madre, suele establecerse una excesiva dependencia de ella, que más tarde continuará con la sujeción a la mujer. Ya no se atreve a amar a la madre, pero no puede arriesgarse a dejar de ser amado por ella, pues en tal caso correría peligro de que ésta lo traicionara con el padre y lo expusiera a la castración. Estas vivencias, con todas sus condiciones previas y sus consecuencias de las que sólo hemos descrito algunas, sufren una represión muy enérgica, y de acuerdo con las leyes del ello inconsciente, todas las pulsiones afectivas y las reacciones mutuamente antagonistas que otrora fueron activadas se conservan en el inconsciente dispuestas a perturbar después de la pubertad la evolución ulterior del yo. Cuando el proceso somático de la maduración sexual reanime las antiguas fijaciones libidinales aparentemente superadas, la vida sexual quedará inhibida, careciendo de unidad y desintegrándose en impulsos mutuamente antagónicos.

Evidentemente, el impacto de la amenaza de castración sobre la vida sexual germinante del niño no siempre tiene estas temibles consecuencias. Una vez más, la medida en que se produzca o se evite el daño dependerá de las relaciones *cuantitativas*. Todo ese suceso, que podemos considerar como la experiencia central de los años infantiles, como máximo problema de la temprana existencia y como fuente más poderosa de ulteriores inadecuaciones, es olvidado tan completamente que su reconstrucción en la labor analítica tropieza con la más decidida incredulidad por parte del adulto. Más aún, el rechazo de esos hechos llega a tal extremo que se pretende condenar al silencio toda mención del espinoso tema y que, con curiosa ceguera intelectual, se pasan por alto las expresiones más claras del mismo. Así, por ejemplo, pudo oírse la objeción de que la leyenda del rey Edipo nada tendría que ver, en el fondo, con esta construcción del análisis, pues se trataría de un caso totalmente distinto, ya que Edipo no sabía que era a su padre a quien había matado ni su madre con quien se había casado. Al decir tal cosa se olvida que semejante deformación es imprescindible para dar

expresión poética al tema y que no introduce en éste nada extraño, sino que sólo aprovecha hábilmente los elementos que el asunto contiene. La ignorancia de Edipo es una representación cabal del carácter inconsciente que la experiencia entera adquiere en el adulto, y la inexorabilidad del oráculo que absuelve o que debería absolver al héroe representa el reconocimiento de la inexorabilidad del destino, que ha condenado a todos los hijos a sufrir el complejo de Edipo. En cierta ocasión, un psicoanalista señaló la facilidad con que el enigma de otro héroe literario, del moroso Hamlet de Shakespeare, puede resolverse reduciéndolo al complejo de Edipo, ya que el príncipe sucumbe ante la tentativa de castigar en otra persona algo que coincide con la sustancia de sus propios deseos edípicos. La incomprensión general del mundo literario, empero, mostró entonces cuán grande es la disposición de la mayoría de los hombres a aferrarse a sus represiones infantiles[2540].

No obstante, más de un siglo antes de surgir el psicoanálisis, el filósofo francés Diderot confirmó la importancia del complejo de Edipo al expresar en los siguientes términos la diferencia entre prehistoria y cultura: *Si le petit sauvage était abandonné à lui-même, qu'il conservâ toute son imbécillité, et qu'il réunît au peu de raison de l'enfant au berceau la violence des passions de l'homme de trente ans, il tordrait le cou à son père et coucherait avec sa mère*[2541]. Me atrevo a declarar que si el psicoanálisis no tuviese otro mérito que la revelación del complejo de Edipo reprimido, esto sólo bastaría para hacerlo acreedor a contarse entre las conquistas más valiosas de la Humanidad.

En la niña pequeña los efectos del complejo de castración son más uniformes, pero no menos decisivos. Naturalmente, la niña no tiene motivo para temer que perderá el pene, pero debe reaccionar frente al hecho de que no lo tiene. Desde el principio envidia al varón por el órgano que posee, y podemos afirmar que toda su evolución se desarrolla bajo el signo de la envidia fálica. Comienza por hacer infructuosas tentativas de imitar al varón y más tarde trata de compensar su defecto con esfuerzos de mayor éxito, que por fin pueden conducirla a la actitud femenina normal. Si en la fase fálica trata de procurarse placer como el varón, mediante la estimulación manual de los genitales, no logra a menudo una satisfacción suficiente y extiende su juicio de inferioridad de su pene rudimentario a toda su persona. Por lo

común, abandona pronto la masturbación porque no quiere que ésta le recuerde la superioridad del hermano o del compañero de juegos, y se aparta de toda forma de sexualidad.

Si la niña persiste en su primer deseo de convertirse en un varón, terminará en caso extremo como homosexual manifiesta, y en todo caso expresará en su conducta ulterior rasgos claramente masculinos, eligiendo una profesión varonil o algo por el estilo. El otro camino lleva al abandono de la madre amada, a quien la hija, bajo el influjo de la envidia fálica, no puede perdonar el que la haya traído al mundo tan insuficientemente dotada. En medio de este resentimiento abandona a la madre y la sustituye, en calidad de objeto amoroso, por otra persona: por el padre. Cuando se ha perdido un objeto amoroso, la reacción más obvia consiste en identificarse con él, como si se quisiera recuperarlo desde dentro por medio de la identificación. La niña pequeña aprovecha este mecanismo y la vinculación con la madre cede la plaza a la identificación con la madre. La hijita se coloca en lugar de la madre, como por otra parte siempre lo hizo en sus juegos; quiere suplantarla ante el padre, y odia ahora a la madre que antes amara, aprovechando una doble motivación: la odia tanto por celos como por el rencor que le guarda debido a su falta de pene. Al principio, su nueva relación con el padre puede tener por contenido el deseo de disponer de su pene, pero pronto culmina en el otro deseo de que el padre le regale un hijo. De tal manera, el deseo del hijo ocupa el lugar del deseo fálico, o al menos se desdobla de éste.

Es interesante que la relación entre los complejos de Edipo y de castración se presente en la mujer de manera tan distinta y aun antagónica a la que adopta en el hombre. Como sabemos, en éste la amenaza de castración pone fin al complejo de Edipo; en la mujer nos enteramos de que, por el contrario, el efecto de la falta de pene la impulsa hacia su complejo de Edipo. La mujer no sufre gran perjuicio si permanece en su actitud edípica femenina (para la cual se ha propuesto el nombre de «complejo de Electra»)[2542]. En tal caso elegirá a su marido de acuerdo con las características paternas y estará dispuesta a reconocer su autoridad. Su anhelo de poseer un pene, anhelo en realidad inextinguible, puede llegar a satisfacerse si logra completar el amor al órgano convirtiéndolo en amor al portador del mismo, tal como lo hizo antes, al progresar del pecho materno a la persona de la

madre.

Si preguntamos a un analista cuáles son, en su experiencia, las estructuras psíquicas de sus pacientes más inaccesibles a su influjo, veremos que en la mujer es la envidia fálica y en el hombre la actitud femenina frente al propio sexo, actitud que, necesariamente, tendría por condición previa la pérdida del pene.

TERCERA PARTE

RESULTADOS TEÓRICOS

CAPÍTULO VIII

EL APARATO PSÍQUICO Y EL MUNDO EXTERIOR

TODOS los conocimientos generales y las premisas que mencionamos en el primer capítulo fueron adquiridos, naturalmente, mediante una minuciosa y paciente labor individual, de la que dimos un ejemplo en el capítulo precedente. Quisiéramos examinar ahora los beneficios para nuestro saber surgidos de aquella labor y los caminos que se abren a nuevos progresos. En ese examen advertiremos con sorpresa cuán frecuentemente nos vimos obligados a trascender los límites de la ciencia psicológica, pero tendremos en cuenta que los fenómenos que nos ocupan no pertenecen únicamente a la psicología, sino que también tienen su faz orgánica y biológica, y en consecuencia, al construir el psicoanálisis hemos hecho también importantes descubrimientos biológicos y no pudimos rehuir nuevas hipótesis de esta índole.

Limitémonos, por el momento, a la psicología. Ya reconocimos que no es posible separar científicamente la normalidad psíquica de la anormalidad, de modo que, píese a su importancia práctica, sólo cabe atribuir valor

convencional a esta diferenciación. Con ello hemos fundado nuestro derecho a comprender la vida psíquica normal mediante la indagación de sus trastornos, cosa que no sería lícita si estos estados patológicos, estas neurosis y psicosis reconocieran causas específicas, de efecto similar al de los cuerpos extraños en patología.

El estudio de un trastorno psíquico fugaz, inofensivo y aun útil, que ocurre durante el reposo, nos ha suministrado la clave de las enfermedades anímicas permanentes y nocivas para la existencia. Ahora nos permitimos afirmar que la psicología de la consciencia no fue capaz de comprender la función psíquica normal mejor que el sueño. Los datos de la autopercepción consciente, los únicos de que disponía, se han revelado en todo respecto insuficientes para penetrar la plenitud y la complejidad de los procesos psíquicos, para revelar sus conexiones y para reconocer así las causas determinantes de su perturbación.

Nuestra hipótesis de un aparato psíquico espacialmente extenso, adecuadamente integrado y desarrollado bajo el influjo de las necesidades vitales; un aparato que sólo en un determinado punto y bajo ciertas condiciones da origen a los fenómenos de consciencia, nos ha permitido establecer la psicología sobre una base semejante a la de cualquier otra ciencia natural, como, por ejemplo, la física. Ésta como aquélla persiguen el fin de revelar, tras las propiedades (cualidades) del objeto investigado, que se dan directamente a nuestra percepción, algo que sea más independiente de la receptividad selectiva de nuestros órganos sensoriales y que se aproxime más al supuesto estado de cosas real. No esperemos captar este último, pues, según vemos, toda nueva revelación psicológica debe volver a traducirse al lenguaje de nuestras percepciones, del cual evidentemente no podemos librarnos. He aquí la esencia y la limitación de la psicología. Es como si en la física declarásemos: contando con la suficiente agudeza visual, comprobaríamos que un cuerpo, sólido al parecer, consta de partículas de determinada forma, dimensión y posición relativa, Entre tanto, tratamos de llevar al máximo, mediante recursos artificiales, la capacidad de rendimiento de nuestros órganos sensoriales; pero cabe esperar que todos estos esfuerzos nada cambiarán en definitiva. La realidad siempre seguirá siendo «incognoscible». La elaboración intelectual de nuestras percepciones

sensoriales primarias nos permite reconocer en el mundo exterior relaciones y dependencias que pueden ser reproducidas o reflejadas fielmente en el mundo interior de nuestro pensamiento, poniéndonos su conocimiento en situación de «comprender» algo en el mundo exterior, de preverlo y, posiblemente, modificarlo. Así procedemos también en psicoanálisis. Hemos hallado recursos técnicos que permiten colmar las lagunas de nuestros fenómenos conscientes, y los utilizamos tal como los físicos emplean el experimento. Por ese camino elucidamos una serie de procesos que en sí mismos son «incognoscibles»; los insertamos en la serie de los que nos son conscientes, y si afirmamos, por ejemplo, la intervención de un determinado recuerdo inconsciente, sólo queremos decir que ha sucedido algo absolutamente inconceptuable para nosotros, pero algo que, si hubiese llegado a nuestra consciencia, sólo hubiese podido ser así, y no de otro modo.

Naturalmente, en cada caso dado la crítica decidirá el derecho y el grado de seguridad que nos asisten para tales inferencias e interpolaciones; no puede negarse que esa decisión plantea a menudo arduas dificultades, expresadas en la falta de unanimidad entre los psicoanalistas. La novedad del asunto, es decir, la falta de experiencia, es parcialmente responsable de ese estado de cosas, pero también interviene un factor inherente al propio tema, ya que en psicología no siempre se trata, como en física, de cosas que sólo pueden despertar frío interés científico. Así, no nos extraña si una psicoanalista que no se ha convencido suficientemente de la intensidad de su propia envidia fálica, tampoco es capaz de prestar la debida consideración a ese factor en sus pacientes. Mas, a la postre, estos errores originados en la ecuación personal no tienen mayor importancia. Si releyéramos viejos tratados de microscopía, nos asombraríamos de las extraordinarias condiciones que entonces debía cumplir el observador, cuando la técnica de ese instrumento aún estaba en pañales, mientras que hoy ni siquiera se mencionan esas condiciones.

No podemos bosquejar aquí un cuadro completo del aparato psíquico y de sus funciones; por otra parte, tampoco lo permitiría el hecho de que el psicoanálisis aún no ha tenido tiempo de estudiar a fondo todas esas funciones. Por consiguiente, nos limitaremos a repetir con mayor extensión los hechos reseñados en el capítulo inicial.

El núcleo de nuestra esencia está formado por el oscuro *ello*, que no se comunica directamente con el mundo exterior y sólo es accesible a nuestro conocimiento por intermedio de otra instancia psíquica. En este *ello* actúan los *instintos* orgánicos, formados a su vez por la fusión en proporción variable de dos fuerzas primordiales (Eros y destrucción), y diferenciados entre sí por sus respectivas relaciones con órganos y sistemas orgánicos. La única tendencia de estos instintos es la de alcanzar su satisfacción, que procuran alcanzar mediante determinadas modificaciones de los órganos, con ayuda de objetos del mundo exterior. Mas la satisfacción instintual inmediata e inescrupulosa, tal como la exige el *ello*, llevaría con harta frecuencia a peligrosos conflictos con el mundo exterior y a la destrucción del individuo. El *ello* no tiene consideración alguna por la seguridad individual, no reconoce el miedo o, para decirlo mejor, aunque puede producir los elementos sensoriales de la angustia, no es capaz de aprovecharlos. Los procesos posibles en y entre los supuestos elementos psíquicos del *ello (proceso primario)* discrepan ampliamente de los que la percepción consciente nos muestra en nuestra vida intelectual y afectiva; además, para ellos no rigen las restricciones críticas de la lógica, que rechaza una parte de esos procesos, considerándolos inaceptables y tratando de anularlos.

El *ello*, aislado del mundo exterior, tiene un mundo propio de percepciones. Percibe con extraordinaria agudeza ciertas alteraciones de su interior, especialmente las oscilaciones en la tensión de sus necesidades instintuales, oscilaciones que se consciencian como sensaciones de la serie placer-displacer. Desde luego, es difícil indicar por qué vías y con ayuda de qué órganos terminales de la sensibilidad llegan a producirse esas percepciones. De todos modos, no cabe duda que las autopercepciones —tanto las sensaciones cenestésicas indiferenciadas como las sensaciones de placer-displacer— dominan con despótica tiranía los procesos del *ello*. El *ello* obedece al inexorable principio del placer, mas no sólo el *ello* se conduce así. Parecería que también las actividades de las restantes instancias psíquicas sólo consiguen modificar el principio del placer, pero no anularlo, de modo que subsiste el problema —de suma importancia teórica y aún no resuelto— de cómo y cuándo se logra superar el principio del placer, si es que ello es posible. La noción de que el principio del placer requiere la reducción —y en

el fondo quizá aun la extinción— de las tensiones instintuales (es decir, un estado de *nirvana*) nos conduce a relaciones aún no consideradas entre el principio del placer y las dos fuerzas primordiales: Eros e instinto de muerte.

La otra instancia psíquica, la que creemos conocer mejor y en la cual nos resulta más fácil reconocernos a nosotros mismos —el denominado *yo*— se ha desarrollado de aquella capa cortical del *ello* que, adaptada a la recepción y a la exclusión de estímulos, se encuentra en contacto directo con el mundo exterior (con la *realidad*). Partiendo de la percepción consciente, el *yo* ha sometido a su influencia sectores cada vez mayores y capas cada vez más profundas del *ello*, exhibiendo en la sostenida dependencia del mundo exterior el sello indeleble de su primitivo origen (algo así como el «Made in Germany»). Su función psicológica consiste en elevar los procesos del *ello* a un nivel dinámico superior (por ejemplo, convirtiendo energía libremente móvil en energía ligada, como corresponde al estado preconsciente); su función constructiva, en cambio, consiste en interponer entre la exigencia instintual y el acto destinado a satisfacerla una actividad intelectiva que, previa orientación en el presente y utilizando experiencias interiores, trata de prever las consecuencias de los actos propuestos por medio de acciones experimentales o «tanteos». De esta manera el *yo* decide si la tentativa de satisfacción debe ser realizada o diferida, o si la exigencia del instinto no habrá de ser suprimida totalmente por peligrosa (he aquí el *principio de la realidad*). Así como el *ello* persigue exclusivamente el beneficio placentero, así el *yo* está dominado por la consideración de la seguridad. El *yo* tiene por función la autoconservación, que parece ser desdeñada por el *ello*. Utiliza las sensaciones de angustia como señales que indican peligros amenazantes para su integridad. Dado que los rastros mnemónicos pueden tornarse conscientes igual que las percepciones, en particular por su asociación con los residuos verbales, surge aquí la posibilidad de una confusión que podría llevar a desconocer la realidad. El *yo* se protege contra esto estableciendo la función del *juicio* o *examen de realidad*, que, merced a las condiciones reinantes al dormir, bien puede quedar abolida en los sueños. El *yo*, afanoso de subsistir en un medio lleno de fuerzas mecánicas abrumadoras, es amenazado por peligros que proceden principalmente de la realidad exterior, pero no sólo de allí. El propio *ello* es una fuente de peligros similares, en virtud de dos causas

muy distintas. Ante todo, los instintos excesivamente fuertes pueden perjudicar al *yo* de manera análoga a los «estímulos» exorbitantes del mundo exterior. Es verdad que no pueden destruirlo, pero sí pueden aniquilar la organización dinámica que caracteriza al *yo*, volviendo a convertirlo en una parte del *ello*. Además, la experiencia habrá enseñado al *yo* que la satisfacción de una exigencia instintual, tolerable por sí misma, implicaría peligros emanados del mundo exterior, de modo que la propia demanda instintual se convierte así en un peligro. Por consiguiente, el *yo* combate en dos frentes: debe defender su existencia contra un mundo exterior que amenaza aniquilarlo, tanto como contra un mundo interior demasiado exigente. Emplea contra ambos los mismos métodos de defensa, pero la protección contra el enemigo interno es particularmente inadecuada. Debido a la identidad de origen con este enemigo y a la íntima vida en común que ambos han llevado ulteriormente, el *yo* halla la mayor dificultad en escapar a los peligros interiores que subsisten como amenazas aun cuando puedan ser domeñados transitoriamente.

Ya sabemos que el débil e inmaduro *yo* del primer período infantil queda definitivamente lisiado por los esfuerzos que se le imponen para defenderse contra los peligros característicos de esa época de la vida. El amparo de los padres protege al niño contra los peligros que lo amenazan desde el mundo exterior, pero debe pagar esta seguridad con el miedo a la *pérdida del amor*, que lo dejaría indefenso a merced de los peligros exteriores. Dicho factor hace sentir su decisiva influencia en el desenlace del conflicto cuando el varón llega a la situación del complejo de Edipo, dominándolo la amenaza dirigida contra su narcisismo por la castración, reforzada desde fuentes primordiales. Impulsado por la fuerza combinada de ambas influencias —por el peligro real inmediato y por el filogenético, recordado—, el niño emprende sus tentativas de defensa (represiones), que, si bien parecen eficaces por el momento, resultarán psicológicamente inadecuadas en cuanto la reanimación ulterior de la vida sexual haya exacerbado las exigencias instintivas que otrora pudieron ser rechazadas. Biológicamente expresada, esta condición equivale a un fracaso del *yo* en su tarea de dominar las excitaciones del primer período sexual, porque su inmadurez no le permite enfrentarlas. En este retardo de la evolución yoica frente a la evolución libidinal reconocemos

la condición básica de las neurosis, y hemos de concluir que éstas podrían evitarse si se le ahorrase dicha tarea al *yo* infantil; es decir, si se dejase en plena libertad la vida sexual del niño, como sucede en muchos pueblos primitivos. La etiología de las afecciones neuróticas quizá sea más compleja de lo que aquí hemos descrito, pero en todo caso hemos logrado destacar una parte sustancial de la complejidad etiológica. Tampoco debemos olvidar las influencias filogenéticas, que de alguna manera aún ignorada están representadas en el *ello* y que seguramente actúan sobre el *yo*, en esa época precoz, con mayor poder que en fases ulteriores. Por otra parte, alcanzamos a entrever que un represamiento tan precoz del instinto sexual, una adhesión tan decidida del joven *yo* al mundo exterior, contra el mundo interior, actitud que se le impone merced a la prohibición de la sexualidad infantil, no puede dejar de ejercer influencia decisiva sobre la futura aptitud cultural del individuo. Las demandas instintuales, apartadas de su satisfacción directa, se ven obligadas a adoptar nuevas vías que llevan a satisfacciones sustitutivas, y en el curso de esos rodeos pueden ser desexualizadas, aflojándose su vinculación con sus fines instintivos originales. Así, podemos anticipar la noción de que muchos de nuestros tan preciados bienes culturales han sido adquiridos a costa de la sexualidad, por la coerción de las energías instintivas sexuales.

Hasta ahora siempre nos hemos visto obligados a destacar que el *yo* debe su origen y sus más importantes características adquiridas a la relación con el mundo exterior real; en consecuencia, estamos preparados para aceptar que los estados patológicos del *yo*, en los cuales vuelve a aproximarse más al *ello*, se fundan en la anulación o el relajamiento de esa relación con el mundo exterior. De acuerdo con esto, la experiencia clínica nos demuestra que la causa desencadenante de una psicosis radica en que, o bien la realidad se ha tornado intolerablemente dolorosa, o bien los instintos han adquirido extraordinaria exacerbación, cambios que deben sufrir idéntico efecto, teniendo en cuenta las exigencias contrarias planteadas al *yo* por el *ello* y por el mundo exterior. El problema de las psicosis sería simple e inteligible si el desprendimiento del *yo* con respecto a la realidad pudiese efectuarse íntegramente. Pero esto sucede, al parecer, sólo en raros casos, o quizá nunca. Aun en estados que se han apartado de la realidad del mundo exterior en

medida tal como los de confusión alucinatoria (amencia), nos enteramos, por las comunicaciones que nos suministran los enfermos una vez curados, que aun entonces se mantuvo oculta en un rincón de su mente —como suelen expresarlo— una persona normal que dejaba pasar ante sí la fantasmagórica patología, como si fuera un observador imparcial. No sé si cabe aceptar que siempre sucede así, pero podría aducir experiencias similares en otras psicosis menos tormentosas. Recuerdo un caso de paranoia crónica[2543] en el que, después de cada acceso de celos, un sueño ofrecía al analista la representación correcta del motivo, libre de todo elemento delirante. Resultaba así la interesante contradicción de que, mientras por lo general descubrimos en los sueños del neurótico los celos que no aparecen en su vida diurna, en este caso de un psicótico el delirio dominante durante el día aparecía rectificado por el sueño. Quizá podamos presumir, con carácter general, que el fenómeno presentado por todos los casos semejantes es una *escisión* psíquica. Se han formado dos actitudes psíquicas, en lugar de una sola: la primera, que tiene en cuenta la realidad y que es normal; la otra, que aparta al *yo* de la realidad bajo la influencia de los instintos. Ambas actitudes subsisten la una junto a la otra. El resultado final dependerá de su fuerza relativa. Si la última tiene o quiere mayor potencia, quedará establecida con ello la precondición de la psicosis. Si la relación se invierte, se producirá una curación aparente del trastorno delirante. Pero en realidad sólo se habrá retirado al inconsciente, como también se debe colegir a través de numerosas observaciones que el delirio se encontraba desarrollado durante mucho tiempo, hasta que por fin llegó a desencadenarse manifiestamente.

El punto de vista según el cual en todas las psicosis debe postularse una *escisión del yo*[2544] no merecería tal importancia si no se confirmara también en otros estados más semejantes a las neurosis, y finalmente también en estas últimas. Por primera vez me convencí de ello en casos de *fetichismo*. Esta anormalidad, que puede incluirse entre las perversiones, se basa, como sabemos, en que el enfermo, (casi siempre del sexo masculino) no acepta la falta del pene de la mujer, defecto que le resulta desagradable en extremo, pues representa la prueba de que su propia castración es posible. Por eso reniega de sus propias percepciones sensoriales, que le han demostrado la ausencia del pene en los genitales femeninos, y se aferra a la convicción

contraria. Pero la percepción renegada no ha dejado de ejercer toda influencia, pues el enfermo no tiene el coraje de afirmar haber visto realmente un pene. En cambio, toma otra cosa, una parte del cuerpo o un objeto, y le confiere el papel del pene que por nada quisiera echar de menos. Por lo común se trata de algo que realmente vio entonces, cuando contempló los genitales femeninos, o bien de algo que se presta para sustituir simbólicamente al pene. Pero sería injusto calificar de escisión yoica a este mecanismo de formación del fetiche, pues se trata de una transacción alcanzada con ayuda del desplazamiento, tal como ya lo conocemos en el sueño. Pero nuestras observaciones nos muestran algo más. El fetiche fue creado con el propósito de aniquilar la prueba según la cual la castración sería posible, de modo que permitiera evitar la angustia de castración. Si la mujer poseyera un pene, como otros seres vivientes, ya no sería necesario tener que temblar por la conservación del propio pene.

Ahora bien: también nos encontramos con fetichistas que han desarrollado la misma angustia de castración que los no fetichistas, reaccionando frente a ella de idéntica manera. En su conducta se expresan, pues, al mismo tiempo dos presuposiciones contrarias. Por un lado reniegan del hecho de su percepción, según la cual no han visto pene alguno en los genitales femeninos; pero por otro lado reconocen la falta de pene en la mujer y extraen de ella las conclusiones correspondientes. Ambas actitudes subsisten la una junto a la otra durante la vida entera, sin afectarse mutuamente. He aquí lo que justificadamente puede llamarse una *escisión del yo*. Esta circunstancia también nos permite comprender que el fetichismo sólo esté, con tal frecuencia, parcialmente desarrollado. No domina con carácter exclusivo la elección de objeto, sino que deja lugar para una medida más o menos considerable de actitudes sexuales normales, y a veces aun llega a restringirse a un papel modesto o a una mera insinuación. Por consiguiente, los fetichistas nunca logran desprender completamente su *yo* de la realidad del mundo exterior.

No debe creerse que el fetichismo represente un caso excepcional en lo que a la escisión del *yo* se refiere, pues no es más que una condición particularmente favorable para su estudio. Retomemos nuestra indicación de que el *yo* infantil, bajo el dominio del mundo real, liquida las exigencias

instintuales inconvenientes mediante la denominada represión. Completémosla ahora con la nueva comprobación de que en la misma época de su vida el *yo* se ve a menudo en la situación de rechazar una pretensión del mundo exterior que le resulta penosa, cosa que logra mediante la *renegación* o *repudiación*[2545] de las percepciones que lo informan de esa exigencia planteada por la realidad. Tales repudiaciones son muy frecuentes no sólo entre los fetichistas; cada vez que logramos estudiarlas resultan ser medidas de alcance parcial, tentativas incompletas para desprenderse de la realidad. El rechazo siempre se complementa con una aceptación; siempre se establecen dos posiciones antagónicas y mutuamente independientes, que dan por resultado una escisión del *yo*. El desenlace depende, una vez más, de cuál de ambas posiciones logre alcanzar la mayor intensidad.

Los hechos concernientes a la escisión yoica que aquí hemos descrito no son tan originales y extraños como parecería a primera vista. En efecto, el que la vida psíquica de una persona presente en relación con determinada conducta dos actitudes distintas, opuestas entre sí y mutuamente independientes, responde a una característica general de las neurosis, sólo que en este caso una de aquéllas pertenece al *yo*, y la antagónica, estando reprimida, forma parte del *ello*. La diferencia entre ambos casos es, en esencia, topográfica o estructural, y no siempre es fácil decidir ante cuál de ambas posibilidades nos encontramos en un caso determinado. Mas la concordancia importante entre ambos casos reside en lo siguiente: cualquier caso que emprenda el *yo* en sus tentativas de defensa, ya sea que repudie una parte del mundo exterior real o que pretenda rechazar una exigencia instintual del mundo interior, el éxito jamás será pleno y completo. Siempre surgirán dos actitudes antagónicas, de las cuales también la subordinada, la más débil, dará lugar a complicaciones psíquicas. Para finalizar, sólo señalaremos cuán poco nos enseñan nuestras percepciones conscientes acerca de todos estos procesos.

CAPÍTULO IX

EL MUNDO INTERIOR

Para transmitir el conocimiento de una simultaneidad compleja no tenemos otro recurso sino su descripción sucesiva, de modo que todas nuestras representaciones adolecen básicamente de una simplificación unilateral, siendo preciso que se las complemente, que se las reestructure y, al mismo tiempo, que se las rectifique.

La noción de un *yo* que media entre el *ello* y el mundo exterior, que asume las demandas instintuales del primero para conducirlas a su satisfacción, que recoge percepciones en el segundo y las utiliza como recuerdos, que, preocupado por su propia conservación, se defiende contra demandas excesivas de ambas partes, guiándose en todas sus decisiones por los consejos de un principio del placer modificado; esta noción sólo rige, en realidad, para el *yo* hasta el final del primer período infantil alrededor de los cinco años. Hacia esa época se produce una importante modificación. Una parte del mundo exterior es abandonada, por lo menos parcialmente, como objeto, y en cambio es incorporada al *yo* mediante la identificación; es decir, se convierte en parte integrante del mundo interior. Esta nueva instancia psíquica continúa las funciones que anteriormente desempeñaron las personas correspondientes del mundo exterior: observa al *yo*, le imparte órdenes, lo corrige y lo amenaza con castigos, tal como lo hicieron los padres, cuya plaza ha venido a ocupar. A esta instancia la llamamos *super-yo*, y en sus funciones judicativas la sentimos como *conciencia*. No deja de ser notable que el *super-yo* despliegue a menudo una severidad de la cual los padres reales no sentaron precedentes, y también que no sólo llame a rendir cuentas al *yo* por sus actos cabales, sino también por sus pensamientos e intenciones no realizadas, que parece conocer perfectamente. Recordamos aquí que también el héroe de la leyenda edípica se siente culpable por sus actos y se impone un autocastigo, pese a que la compulsión del oráculo debería redimirlo de toda culpa, tanto en nuestro juicio como en el propio. El *super-yo* es, en efecto, el heredero del complejo de Edipo y sólo queda establecido una vez liquidado éste. Por consiguiente, su excesivo rigor no se ajusta a un prototipo real, sino que corresponde a la intensidad del rechazo dirigido contra la tentación del complejo de Edipo. Quizá haya una vaga sospecha de esta circunstancia en

las afirmaciones de filósofos y creyentes, según las cuales el hombre no adquiriría su sentido moral por la educación o por la influencia de la vida en sociedad, sino que sería implantado en él por una fuente superior.

Mientras el *yo* opera en plena concordancia con el *super-yo*, no es fácil discernir las manifestaciones de ambos, pero las tensiones y las discrepancias entre ellos se expresan con gran claridad. El tormento causado por los reproches de la conciencia corresponde exactamente al miedo del niño a perder el amor, amenaza reemplazada en él por la instancia moral. Por otra parte, cuando el *yo* resiste con éxito a la tentación de hacer algo que sería objetable por el *super-yo*, se siente exaltado en su autoestima y reforzado en su orgullo, como si hubiese hecho una preciosa adquisición. De tal manera, el *super-yo* continúa desempeñando ante el *yo* el papel de un mundo exterior, por más que se haya convertido en parte integrante del mundo interior. Para todas las épocas ulteriores de la vida representará la influencia de la época infantil del individuo, de los cuidados, la educación y la dependencia de los padres; en suma, la influencia de la infancia, tan prolongada en el ser humano por la convivencia familiar. Y con ello no sólo perduran las cualidades personales de esos padres, sino también todo lo que a su vez tuvo alguna influencia determinante sobre ellos; es decir, las inclinaciones y las normas del estado social en el cual viven, las disposiciones y tradiciones de la raza de la cual proceden. Quien prefiera las formulaciones generales y las distinciones precisas podrá decir que el mundo exterior, al cual se encuentra expuesto el individuo una vez separado de los padres, representa el poderío del presente; su *ello*, en cambio, con todas sus tendencias heredadas, representa el pasado orgánico; por fin, el *super-yo*, adquirido más tarde, representa ante todo el pasado cultural, que el niño debe, en cierta manera, reexperimentar en los pocos años de su primera infancia. Sin embargo, tales generalizaciones difícilmente pueden tener vigencia universal. Una parte de las conquistas culturales se sedimenta evidentemente en el *ello*; mucho de lo que el *super-yo* trae consigo despertará, pues, un eco en el *ello*; parte de lo que el niño vivencia por primera vez tendrá efecto reforzado, porque repite una arcaica vivencia filogenética:

> *Was du ererbt von deinen Vätern hast,*

Erwirb es, um es zu besitzen[2546].

De tal manera, el *super-yo* asume una especie de posición intermedia entre el *ello* y el mundo exterior, reúne en sí las influencias del presente y del pasado. En el establecimiento del *super-yo* vemos, en cierta manera, un ejemplo de cómo el presente se convierte en el pasado…

CXCVIII

ALGUNAS LECCIONES ELEMENTALES DE PSICOANÁLISIS[2547]

1938 [1940]

UN autor que se propone introducir alguna rama de conocimientos —o para decirlo más modestamente, alguna rama de la investigación— a un público no instruido debe hacer claramente su elección entre dos métodos o técnicas.

Es posible partir de lo que cualquier lector sabe (o piensa que sabe) y considera como evidente en sí mismo sin contradecirlo ya desde el comienzo. Pronto se presentará una oportunidad para llamar su atención sobre algunos hechos en el mismo campo, que aunque le son conocidos, ha descuidado o ha apreciado imperfectamente. Empezando con ellos, uno puede introducir más hechos ante él de los que *no* tiene conocimiento y prepararlo así para ir más allá de sus primeros juicios, para buscar nuevos puntos de vista y tomar en consideración nuevas hipótesis. Por este camino se le puede llevar a tomar parte en la edificación de una nueva teoría acerca del sujeto y se pueden conocer sus objeciones a ella durante el curso del trabajo en común. Un método de esta clase podría llamarse *genético*. Sigue el camino que el propio investigador ha seguido antes. A despecho de todas sus ventajas, tiene el defecto de no hacer una impresión demasiado contundente sobre el que aprende. No quedará tan impresionado por algo que ha visto surgir a la existencia y pasar por un difícil período de crecimiento como lo sería por

algo que se le presentara ya hecho como un total aparentemente cerrado.

Es precisamente este efecto último el que produce el método alternativo de presentación. Este otro método, el *dogmático*, empieza por plantear sus conclusiones. Sus premisas exigen la atención y la té de la audiencia y en apoyo de ellos se aduce muy poco. Y entonces existe el peligro de que un oyente crítico sacuda su cabeza y diga: «Todo esto suena de un modo muy peculiar; ¿de dónde lo ha sacado este tipo?»

En lo que sigue no me limitaré a ninguno de los dos métodos de presentación. Usaré unas veces uno, otras otro. No me hago ilusiones acerca de la dificultad de mi tarea. El psicoanálisis tiene pocas probabilidades de hacerse querido o popular. No es sólo que mucho de lo que tiene que decir ofenda los sentimientos de la gente. Casi una similar dificultad es creada por el hecho de que nuestra ciencia abarca una cierto número de hipótesis —es difícil decir si deberían ser consideradas como postulados[2548] o como producto de nuestras investigaciones— que están expuestas a parecer muy extrañas a los modos ordinarios de pensamiento y que fundamentalmente contradicen los puntos de vista corrientes. Pero no se puede evitar esto. Hemos de empezar nuestro breve estudio con dos de esas arriesgadas hipótesis.

La naturaleza de lo psíquico

El psicoanálisis es una parte de la psicología. También es descrito como «psicología profunda» —más tarde descubriremos por qué—. Si alguien pregunta lo que realmente significa «lo psíquico», es fácil replicar enumerando sus constituyentes: nuestras percepciones, ideas, recuerdos, sentimientos y actos volitivos, todos ellos forman parte de lo psíquico. Pero si el interrogador sigue más adelante y pregunta si no hay alguna cualidad común poseída por todos esos procesos que haga posible llegar más cerca de la *naturaleza* o, como la gente dice a veces, de la *esencia* de lo psíquico, entonces eso es más difícil de contestar.

Si una pregunta análoga se le plantea a un físico (en cuanto a la naturaleza de la electricidad, por ejemplo), su respuesta hasta hace muy poco tiempo

hubiera sido: «Con el fin de explicar ciertos fenómenos suponemos la existencia de fuerzas eléctricas que se hallan presentes en las cosas y emanan de ellas. Estudiamos esos fenómenos, descubrimos las leyes que los gobiernan y disponemos de ellos para usarlos. Esto nos satisface provisionalmente. No conocemos la *naturaleza* de la electricidad. Tal vez la descubramos un día conforme nuestro trabajo progrese. Hemos de admitir que lo que ignoramos es precisamente la parte más importante e interesante de toda la cuestión, pero por el momento esto no nos preocupa. Así ocurren sencillamente las cosas en las ciencias naturales».

La psicología también es una ciencia natural. ¿Qué otra cosa puede ser? Pero su caso es diferente. Nadie es bastante atrevido para emitir juicios acerca de cuestiones físicas; pero todo el mundo —el filósofo y el hombre de la calle por igual— tiene su opinión sobre los problemas psicológicos y se comporta como si por lo menos fuera un psicólogo *amateur*. Y ahora viene lo notable. Todo el mundo —o casi todo el mundo— está de acuerdo en que lo psíquico *tiene* realmente una cualidad común en la cual se expresa su esencia: la cualidad —única, indescriptible, pero no necesitando descripción— de *ser consciente*. Todo lo que es consciente, dicen, es psíquico, y, al contrario, todo lo que es psíquico es consciente; esto es evidente, y contradecirlo es un disparate. No puede decirse que esta decisión arroje mucha luz sobre la naturaleza de lo psíquico, porque la concienciación es uno de los hechos fundamentales de nuestra vida y nuestras investigaciones tropiezan con ella y no pueden encontrar un camino detrás. Además, la equiparación de lo que es psíquico con lo que es consciente tuvo el indeseable resultado de divorciar los procesos psíquicos del contexto general de los acontecimientos en el universo y de colocarlos en completo contraste de todos los demás. Pero esto no sería así, puesto que no se podría pasar por alto el hecho de que los fenómenos psíquicos dependen en alto grado de influencias somáticas y por su parte tienen los más potentes efectos sobre los procesos corporales. Si alguna vez el pensamiento humano se ha encontrado en un *callejón sin salida*, es aquí. Para encontrar una salida los filósofos se vieron obligados a suponer que existían procesos orgánicos paralelos a los procesos psíquicos conscientes, relacionados con ellos de un modo difícil de explicar, que actuaban como intermediarios en las relaciones recíprocas entre «cuerpo y

mente», lo cual sirvió para reinsertar lo psíquico en la textura de la vida. Pero esta solución resultaba insatisfactoria.

El psicoanálisis escapó a dificultades de este tipo, negando enérgicamente la equiparación de lo psíquico y lo consciente. No; el ser consciente no puede ser la esencia de lo que es psíquico. Es sólo una *cualidad* de lo que es psíquico, y desde luego una cualidad inconstante, que se halla muchas más veces ausente que presente. Lo psíquico, sea cualquiera su naturaleza, es por sí mismo inconsciente y probablemente de una clase similar a todos los demás procesos naturales de los que tenemos algún conocimiento.

El psicoanálisis basa sus afirmaciones en un cierto número de hechos de los que daré ahora una selección.

Sabemos a lo que nos referimos cuando decimos que a uno «se le ocurren» algunas ideas-pensamientos que aparecen súbitamente en la conciencia sin que percibamos los pasos que llevaron a ellos, aunque también han debido ser actos psíquicos. Puede incluso suceder que lleguemos por este camino a la solución de algún problema intelectual difícil que antes, durante algún tiempo, se había burlado de nuestros esfuerzos. Todo el complicado proceso de selección, rechazo y decisión que ha ocupado el intervalo se ha hallado fuera de la conciencia. No es ninguna nueva teoría el decir que eran inconscientes y tal vez también continuaron siéndolo.

En segundo lugar, tomaré un sencillo ejemplo para representar una clase inmensamente grande de fenómenos[2549]. El presidente de una corporación pública (la Asamblea de los Diputados del Parlamento de Austria) en una ocasión abrió una sesión con las siguientes palabras: «Me doy cuenta de que se halla presente un número suficiente de diputados, y por tanto, declaro la sesión *terminada*». Fue un desliz verbal, porque no hay duda de que lo que el presidente quería decir era «abierta». ¿Por qué entonces dijo lo contrario? Esperamos que se nos dirá que fue un error accidental, un fracaso al realizar una intención, como puede suceder fácilmente por diversas razones: no tenía ningún significado, y en cualquier caso los contrarios se sustituyen uno por otro con facilidad. Pero si tenemos en cuenta la situación en que ocurrió el desliz verbal, nos inclinaremos a preferir otras explicaciones. Muchas de las anteriores sesiones de la Asamblea habían sido desagradablemente tormentosas y no habían realizado nada, de modo que resultaba natural que el

presidente pensara en aquel momento al hacer su manifestación pública: «¡Si la sesión, que está en sus comienzos, se hubiera acabado!… ¡Me gustaría más levantarla que abrirla!» Cuando empezó a hablar, probablemente no se daba cuenta de este deseo —no era consciente para él—; pero se encontraba ciertamente presente y pudo manifestarse, contra la voluntad del que hablaba, en su aparente equivocación. Un solo ejemplo no puede permitirnos decidir entre dos explicaciones diferentes. Pero ¿qué diríamos si todas las equivocaciones verbales pudieran ser explicadas de la misma forma y del mismo modo, y también todas las equivocaciones escritas, todo error al leer o al oír y todas las acciones equivocadas? ¿Qué diríamos si en todos estos ejemplos (podríamos decir sin ninguna excepción) fuera posible demostrar la presencia de un acto psíquico —un pensamiento, un deseo o una intención— que explicaría la aparente equivocación y que era inconsciente en el momento en el que se realizó, aunque haya podido ser previamente consciente? Si esto fuera así, no sería ya realmente posible seguir negando el hecho de que existen actos psíquicos que son inconscientes y que incluso a veces son activos mientras son inconscientes, e incluso en este caso pueden a veces influir considerablemente en las intenciones conscientes. La persona que ha sufrido una equivocación de esta clase puede reaccionar a ella de varias maneras. Puede pasarla completamente por alto o puede percibirla y quedar confusa y avergonzada. Por lo regular no puede encontrar la explicación por sí misma y sin ayuda ajena, y con frecuencia rehúsa a aceptar la explicación cuando se le coloca ante ella por lo menos durante algún tiempo.

En tercer lugar, finalmente, es posible, en el caso de personas en estado hipnótico, probar experimentalmente que existen cosas como los actos psíquicos inconscientes y que la concienciación no es una condición indispensable para la actividad (psíquica). Cualquiera que haya presenciado uno de estos experimentos recibirá una impresión inolvidable y una convicción que nunca será quebrantada. Esto es, poco más o menos, lo que ocurre. El médico entra en la sala del hospital, apoya su paraguas en el rincón, hipnotiza a uno de los pacientes y le dice: «Ahora me voy. Cuando vuelva, usted saldrá a mi encuentro con mi paraguas abierto y lo mantendrá sobre mi cabeza». Entonces el médico y sus ayudantes abandonan la sala. En cuanto vuelven, el paciente, que ya no se halla hipnotizado, lleva a cabo

exactamente las instrucciones que se le dieron mientras estaba bajo hipnosis. El médico le pregunta: «¿Qué está usted haciendo? ¿Qué significa esto?» El paciente queda claramente confundido. Hace alguna observación inoportuna, como: «Sólo pensé, doctor, que, como llueve afuera, usted abriría su paraguas en la sala antes de salir». La explicación es evidentemente inadecuada y hecha en el apuro del momento para ofrecer algún motivo de su conducta sin sentido. Es evidente, para nosotros los espectadores, que ignora su real motivo. Sin embargo, nosotros sabemos cuál es, porque estábamos presentes cuando se le hizo la sugestión que ahora realiza, mientras que él nada sabe del acto que está en acción[2550].

La cuestión de la relación del consciente con lo psíquico puede ser considerada ahora como establecida: la conciencia es sólo una *cualidad* o atributo de lo que es psíquico, pero una cualidad inconstante. Pero existe otra objeción que hemos de aclarar. Se nos dice que, a pesar de los hechos que hemos mencionado, no es necesario abandonar la identidad entre lo que es consciente y lo que es psíquico; los llamados procesos psíquicos inconscientes son los procesos orgánicos que desde hace tiempo se ha reconocido que corren paralelos a los procesos mentales. Esto, naturalmente, reduciría nuestro problema a una cuestión, aparentemente baladí, de definición. Nuestra respuesta es que estaría injustificado y sería impropio establecer una brecha en la unidad de la vida mental para lograr una definición, puesto que en cualquier caso está claro que la conciencia sólo puede ofrecernos un cadena incompleta y rota de fenómenos. Y sería una cuestión de suerte que hasta en el cambio hubiera sido hecho en la definición de lo psíquico, no resultara posible construir una teoría amplia y coherente de la vida mental.

Ni es necesario suponer que esta visión alternativa de lo psíquico sea una innovación debida al psicoanálisis. Un filósofo alemán, Theodor Lipps[2551], afirmó con la mayor claridad que lo psíquico es en sí mismo inconsciente y que lo inconsciente es lo verdaderamente psíquico. El concepto del inconsciente ha estado desde hace tiempo llamando a las puertas de la psicología para que se le permitiera la entrada. La filosofía y la literatura han jugado con frecuencia con él, pero la ciencia no encontró cómo usarlo. El psicoanálisis ha aceptado el concepto, lo ha tomado en serio y le ha dado un

contenido nuevo. Con sus investigaciones ha llegado a un conocimiento de las características de lo psíquico inconsciente que hasta ahora eran insospechadas y ha descubierto algunas de las leyes que lo gobiernan. Pero nada de esto implica que la calidad de ser consciente haya perdido su importancia para nosotros. Continúa siendo la luz que ilumina nuestro camino y nos lleva a través de la oscuridad de la vida mental. Como consecuencia del carácter especial de nuestros descubrimientos, nuestro trabajo científico en la psicología consistirá en traducir los procesos inconscientes en procesos conscientes, llenando así las lagunas de la percepción consciente…

CXCIX

UN COMENTARIO SOBRE EL ANTISEMITISMO[2552]

1938

EXAMINANDO las observaciones de la prensa y de la literatura provocadas por las recientes persecuciones a los judíos encontré un ensayo que me llamó la atención de un modo tan notable, que tomé *algunas notas* para mi propio uso. Lo que su autor escribía era aproximadamente lo siguiente: «Como prefacio debo explicar que no soy judío y, por tanto, no me hallo impulsado a hacer estas observaciones por ningún propósito egoísta. Pero he sentido un vivo interés por los excesos actuales y he dirigido mi particular atención a las protestas contra ellos. Estas protestas vienen desde dos direcciones —eclesiástica y secular la primera, en nombre de la religión; la segunda, apelando a la humanidad. La primera fue breve y llegó tarde; pero por fin *llegó*, y aun Su Santidad el Papa levantó su voz. Confieso que eché en falta algo en las demostraciones que vinieron desde ambos lados: alguna cosa al principio y otra al final. Intentaré proporcionarlas ahora.

»Pienso que todas esas protestas podían ir precedidas por una introducción especial que dijera: “Es verdad; a *mí* tampoco me gustan los judíos. Me parecen en cierto modo extraños y antipáticos. Tienen muchas cualidades desagradables y grandes defectos. Pienso también que la influencia que han ejercido sobre nosotros y nuestros negocios ha ido sobre

todo en nuestro detrimento. Su raza, comparada con la nuestra, es evidentemente una raza inferior; todas sus actividades hablan en favor de esto.” Y después de seguir con lo que en realidad contienen estas protestas podría continuar sin que existiera *discrepancia*: “Pero nosotros profesamos una religión de amor. Debemos amar como a nosotros mismos incluso a nuestros enemigos. Sabemos que el Hijo de Dios dio su vida en la tierra para redimir a *todos* los hombres de la carga del pecado. Él es nuestro modelo y, por tanto, es pecar contra su intención y contra los mandamientos de la religión cristiana el consentir que los judíos sean insultados, maltratados, robados y llevados a la miseria. Debemos protestar contra esto, sin tener en cuenta si los judíos merecen o no este trato.” Los escritores seculares que creen en el Evangelio de la Humanidad protestan en términos similares.

»Confieso que no me he sentido satisfecho por ninguna de estas demostraciones. Aparte de la religión de amor y de la humanidad, hay también una religión de verdad que ha salido mal parada en estas protestas. Pero lo cierto es que durante muchos siglos hemos tratado a los judíos injustamente y que continuamos haciéndolo así. Cualquiera de nosotros que no empiece por admitir nuestra culpa no ha cumplido con su deber en esto. Los judíos no son peores que nosotros; tienen otras características y otros defectos, pero en conjunto no tenemos derecho a mirarlos de arriba abajo. Incluso en algunos aspectos son superiores a nosotros. Ellos no necesitan tanto alcohol para hacer la vida tolerable; los crímenes brutales, los asesinatos, los robos a mano armada y las violencias sexuales son muy raros entre ellos; siempre han concedido una gran valor a las realizaciones e intereses intelectuales; su vida familiar es más íntima; atienden mejor a los pobres; la caridad es un deber sagrado para ellos. Tampoco podemos llamarlos inferiores en ningún sentido. En cuanto les hemos permitido cooperar en nuestras tareas culturales han adquirido méritos por sus valiosas contribuciones en todas las esferas de la ciencia, el arte y la tecnología y han pagado abundantemente nuestra tolerancia. Así, pues, cesemos de dispensarles nuestros favores cuando tienen derecho a que se les haga justicia».

Era natural que tal determinado parcialismo de parte de alguien que no fuera judío haya hecho una profunda impresión en mí. Pero tengo que hacer

una extraña confesión. Soy un hombre muy viejo y mi memoria no es ya la que era. No puedo recordar dónde leí el ensayo del que tomé las notas ni quién era su autor. ¿Tal vez uno de los lectores de esta revista podrá venir en mi ayuda?

Acaba de llegar a mis oídos el rumor de que probablemente tenía presente el libro del conde Heinrich Coudenhove-Kalergi *Das Hesen des Antisemitimues* («La esencia del antisemitismo»), que contiene precisamente lo que el autor que no puedo recordar echaba en falta en las recientes protestas y algunas cosas más. Conozco el libro. Apareció por vez primera en 1901 y fue reimpreso por su hijo (el conde Richard Coudenhove-Kalergi) en 1929 con una admirable introducción. Pero no puede ser. En lo que pienso es en un pronunciamiento más breve y de fecha reciente. ¿O estoy equivocado? ¿No existe tal cosa? ¿Y el trabajo de los dos Coudenhoves no ha tenido influencia alguna en nuestros contemporáneos[2553]?.

SIGM. FREUD.

CC

CARTA AL EDITOR DE «TIME AND TIDE» SOBRE EL ANTISEMITISMO EN INGLATERRA[2554]

1938

20 Maresfield Gardens.
London N. W. 3.
16-11-1938.

AL editor de *Time and Tide*.

Llegué a Viena, cuando tenía cuatro años, procedente de una pequeña ciudad de Moravia. Después de setenta y ocho años de asiduo trabajo hube de dejar mi hogar, vi disuelta la sociedad científica que había fundado, nuestras instituciones destruidas, nuestra editora (Verlag) ocupada por los invasores, los libros que había publicado confiscados o reducidos a pulpa, mis hijos expulsados de sus ocupaciones. ¿No piensa usted que debería reservar las columnas de su número especial para las manifestaciones de los no judíos, menos afectados personalmente que yo?

En relación con esto recuerdo un viejo verso francés:

Le bruit est pour le fat
La plainte est pour le sot;
L'honnête homme trompé

S'en va et ne dit mot[2555]

Me siento profundamente conmovido por el pasaje de su carta reconociendo un cierto crecimiento del antisemitismo también en este país. La actual persecución, ¿no debería dar lugar más bien a una oleada de simpatía en esta nación? Respetuosamente suyo,

Sim. Freud

CCI

TRES CARTAS A THEODOR REIK[2556]

1938 [1952]

39, Elsworthy Road. Londres, N. W. 3.
3 de julio de 1938.

Querido doctor:

¿Qué vientos infortunados lo han impulsado a usted, justamente a usted, hacia las costas de Norteamérica? Bien podía haber previsto con cuánta amabilidad los analistas profanos son recibidos allí por esos colegas nuestros para quienes el psicoanálisis no es sino una sierva de la psiquiatría. ¿Acaso no podía haberse quedado un tiempo más en Holanda?

Naturalmente, tendré sumo placer en escribirle cualquier clase de certificado que pueda serle útil, pero mucho me temo que de nada le sirva. ¿Dónde va a encontrar usted en ese país una sola institución que esté interesada en amparar la prosecución de nuestros estudios? ¿No ha intentado ponerse en contacto con la Academia Alemana de los Estados Unidos (Thomas Mann, Price, Löwensteip y otros)?

Cada vez que me pongo a pensar en usted no sé qué domina en mí, si la simpatía o la preocupación.

Yo me sentiría a las mil maravillas en Inglaterra si no me llegaran constantemente de todas partes las más diversas solicitudes y si ellas no me recordaran sin cesar mi impotencia para auxiliar a los demás.

Con mis más cordiales deseos, que usted seguramente necesitará mucho

en este trance, lo saluda su

Freud.

Con profunda sorpresa me entero de que el doctor Theodor Reik se ha trasladado a los Estados Unidos, donde la circunstancia de no ser médico puede impedir sus actividades como psicoanalista. Se trata de uno de los más excelsos maestros del análisis aplicado, como lo demuestran muy particularmente sus primeras contribuciones, mientras que sus trabajos más recientes tratan temas de interés psicológico general. En ambos sectores ha dado pruebas de una inteligencia superior, de dones críticos y de una mentalidad independiente. Quienquiera tenga interés en el progreso de la ciencia psicoanalítica habrá de prestarle ayuda y colaboración en la prosecución de su labor.

Prof. Sigm. Freud.

Estoy dispuesto a ayudarle en cuanto me llegue la noticia de que puedo disponer de la omnipotencia de Dios. Entre tanto, usted deberá seguir trabajando contra viento y marea.

Cordialmente suyo.

Freud.

CCII

DOS CARTAS A DAVID ABRAHAMSEN SOBRE WEININGER[2557]

1938-1939 [1946]

Viena IX. Berggasse 19.
Marzo 14 de 1938.

Estimado doctor:

Mis relaciones con Otto Weininger fueron muy complejas, al punto de que no me es posible describirlas en una breve carta; necesitaría para ello una larga monografía. Yo fui el primero que leyó su manuscrito[2558] y también el primero que dio de él una opinión desfavorable. Además, su idea cardinal le llegó indirectamente por mi intermedio, y aun de manera muy tergiversada.

Sinceramente suyo,

Sigmund Freud.

20, Maresfield Gardens. Londres, N. W. 3.
Tel.: Hampstead 2002.
Junio 11 de 1939.

Estimado colega:

La tardanza en responderle obedece a una semana de enfermedad que me

impidió escribirle antes. Tendré sumo placer en contestar a sus preguntas. Sí; yo soy la persona que dio a Probst una descripción de la personalidad de Weininger. Éste nunca fue paciente mío, pero uno de sus amigos lo fue[2559]. Por su intermedio, Weininger llegó a conocer las concepciones sobre la bisexualidad que yo había aplicado ya en mi análisis por incitación de Fliess. Sobre dicha idea construyó Weininger todo su libro. No conozco la diferencia entre… [indescifrable] y su tesis. En el manuscrito que Otto Weininger me dio a leer no había ninguna palabra denigrante para los judíos ni mucho menos crítica alguna de la mujer. Además había prestado amplia consideración a mis conceptos sobre la histeria.

Sinceramente suyo, lo saluda

Freud.

CCIII

CARTA A CHARLES BERG SOBRE SU LIBRO «WAR IN THE MIND[2560]»

1939 [1941]

Mayo 16 de 1939.

Estimado doctor Berg:

Una larga y grave enfermedad me ha impedido responder antes a su carta del 6 de abril. Aun ahora no he alcanzado a leer todos los apartados que usted me remitió, pero lo que leí me gustó.

Comprenderá usted que yo abrigue ciertas sospechas contra la técnica de aquellos analistas que han tomado por objetivo la popularización del análisis. Ésta me parece una tarea sumamente difícil o aun imposible. El hombre de la calle difícilmente admitirá y asimilará nuestra concepción de una mente inconsciente, ni se mostrará dispuesto a aceptar la importancia que concedemos a los impulsos primarios.

El psicoanálisis bien podría no llegar nunca a ser popular.

No obstante, me complazco en expresarle mi opinión de que usted está realizando una buena labor.

Sinceramente suyo,

Sigmund Freud.

CCIV

CONCLUSIONES, IDEAS, PROBLEMAS[2561]

1938 [1941]

London, June.

June 16.—Es interesante que de las vivencias precoces, al contrario de las posteriores, se conservan todas las reacciones dispares y, naturalmente, también las antagónicas. En vez de la decisión, que más tarde habría sido el desenlace natural. *Explicación*; debilidad de la síntesis, conservación del carácter de los procesos primarios.

July 12.— En lugar de la envidia fálica, identificación con el clítoris, la mejor expresión de la minusvalía, fuente de todas las inhibiciones. Además, en el caso X, repudiación del descubrimiento de que tampoco las demás mujeres tienen pene.

Tener y ser en el niño. El niño prefiere expresar la relación objetal mediante la identificación: yo soy el objeto. El tener es ulterior, y vuelve a recaer en el ser una vez perdido el objeto. Modelo: el pecho materno. El pecho es una parte de mí, yo soy el pecho. Más tarde, tan sólo: yo lo tengo, es decir, yo no lo soy…

July 12.—En el neurótico nos encontramos como en un paisaje prehistórico; por ejemplo, en el jurásico. Aún retozan los grandes saurios y

las briznas de hierba son altas como palmeras (?)

July 20.— La admisión de que existen restos hereditarios en el *ello* viene a modificar en cierta manera nuestra concepción del mismo.

July 20.—Merece incluirse en el *Moisés* la noción de que el individuo sucumbe por sus conflictos internos, mientras que la especie sucumbe en la lucha con un mundo exterior al que ha dejado de estar adaptada.

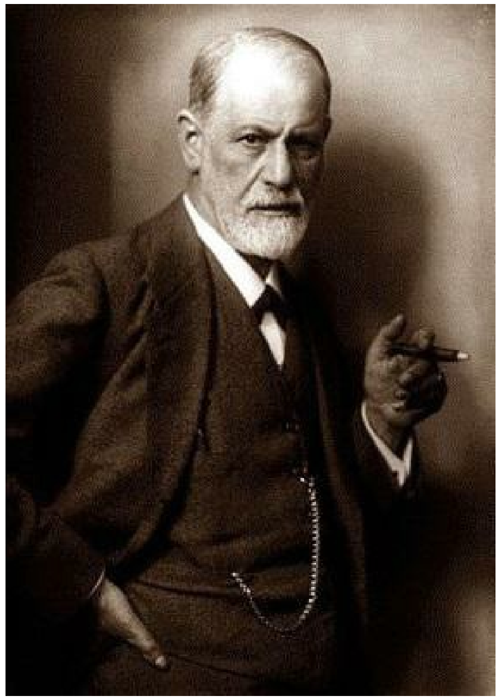
August 3.—El sentimiento de culpabilidad se origina también por amor insatisfecho. Igual que el odio. En efecto, con este material hemos tenido que hacer de todo: como las naciones autárquicas con sus productos *Ersatz*.

August 3.—La causa última de todas las inhibiciones intelectuales y de todas las inhibiciones del trabajo parece ser la inhibición de la masturbación infantil. Pero quizá tengan un origen más profundo: no se trataría de su inhibición por influencias exteriores, sino de su índole insatisfactoria de por sí. Siempre falta algo para la plena descarga y satisfacción —*en attendant toujours quelque chose qui ne venait point*[2562]—, y esta parte que falta, la reacción del orgasmo, se manifiesta en otros terrenos bajo la forma de equivalentes, como estados de ausencia, accesos de risa, llanto (Xy) y quizá otras cosas. La sexualidad infantil ha fijado una vez más, en este caso, un prototipo.

August 22.—La espacialidad podría ser la proyección de la extensión del aparato psíquico. Ninguna otra derivación es probable. En lugar del *a priori* kantiano, las condiciones de nuestro aparato psíquico. La psique es extensa, pero nada sabe de ello.

August 22.—Mística: la oscura autopercepción del reino situado fuera del *yo*, del *ello*.

(Septiembre 23, 1939, muere Freud.)



SIGMUND FREUD nació en Freiberg (Moravia) en 1856, y muy pronto se trasladó con su familia a Viena, donde cursaría posteriormente estudios de medicina y fijaría su lugar de residencia. De origen judío, la invasión de Austria por las tropas de Hitler le obligó a exiliarse en Londres, donde moriría en 1939.

Freud ideó el método psicoanalítico en el curso de sus investigaciones sobre pacientes histéricas, a quienes había intentado tratar en un principio mediante la hipnosis. Tras el rechazo inicial con el que fue acogido por la comunidad científica, el psicoanálisis empezó a cosechar más y más adeptos, hasta que en 1909, a raíz de una serie de conferencias que Freud dictó en los EE.UU., llegó la consagración definitiva y el inicio de una imparable expansión internacional.

Freud fue un autor prolífico, entre cuyas obras más destacadas figuran, además de *La interpretación de los sueños* (la más conocida), *Estudios sobre la histeria*, *Psicopatología de la vida cotidiana*, *Tres ensayos para una teoría sexual*, *Introducción al narcisismo*, *El Yo y el Ello*.

Notas

[1] Publicado en el *Journal of The American Medical Association*, el 9 de mayo de 1908. <<

[2] Trudy Schmidt: *Bemerkungen zur Rezeption von Freuds Traumdeutung*. Psyche, XXVI, Sep. 1972, pág. 707. Carl Metzentin: *Wissenschattlidte Traumdeutung (eine Rezension ausdem Jahre* 1900). Psyche, XXVI. Sept. 1972, pág. 709. <<

[3] W. v. Siebenthal: *Die Wissenshcaft von Traum. Ergebnisse und Probleme*. Springer, Berlín, 1953.

W. Kurth: *Das Traunbuch des Artemidorus in der Freudsche Traumlehre*. Psyche, 4. H. 10 (1951).

Th Hopfner: *Das Sexualleben der Griechen und Rómer von Anfang bis in das VI Jahrhundert nach Ckristus*. Praga, 1938. <<

[4] Ángel Garma: *Psicoanálisis de los sueños*. Asociación Psicoanalítica Argentina. El Ateneo. Buenos Aires, 1948. <<

[5] Las fechas entre corchetes corresponden a las de su publicación cuando son distintas a las fechas en que Freud las escribió. La profusa producción epistolar de Freud, ubicada en otras publicaciones, no la hemos incluido en esta ordenación (véanse el *Epistolario*, Ed. B. Nueva, Madrid, 1963; *S. Freud-Lou Andreas Salomé, correspondencia*, Ed. Siglo Veintiuno, 1968; *Freud, S., Abraham, K.: Brieffe*, 1907-1926, Fischer Verlag, Frankfurt, 1965; *Correspondance de S. Freudavec lepasteur Pfister*, Gallimard, París; *The Leners of S. Freud and A. Zweig*, The Hogarth Press, Londres). Igualmente no hemos agregado los valiosos aportes de Freud a las ciencias neurológicas que pueden hallarse en otro lugar (Int. Z. Psychoanal, Imago, 25, 1, 69-93; y en la *Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, III: 225-257, The Hogarth Press). <<

[6] Traducida al inglés por James Strachey y publicada en alemán en 1901 en el *Biographisches Lexicón hervorragender Arzte des neunzehnien Jahrhunderts*, de J. L. Pagel. Según Strachey esta nota fue redactada por Freud en 1899. La presente es una traducción de la inglesa. *(Nota de J. N.)* <<

[7] Esta carta de Freud, la primera que se conoce de él, fue publicada en la revista Internationale *Zeitschrift für Psychoanalyse und Imago*, 26: 5-8, 1941, con la siguiente aclaración: «La Redacción publica esta carta de Freud, escrita a los diecisiete años, que el destinatario ha puesto a disposición de su familia al cabo de más de sesenta años». Cabe agregar que dicho destinatario es el amigo de la juventud de Freud, Emil Fluss. La familia Flusses mencionada en la *Carta al burgomaestre de la ciudad de Pribor* (1931) y, aunque sin nombrarla, en *Los recuerdos encubridores* (1899). En cuanto a las circunstancias de su amistad con el destinatario de esta carta, consúltese Siegfried Bernfeld: «Un Fragmento autobiográfico desconocido escrito por Freud», *Revista de Psicoanálisis*, 8: 97-111, 1951, y Ernest Jones: *Sigmund Freud. Life and Work*, tomo I, págs. 27-28, Hogarth Press, Londres, 1953.

Respecto de las circunstancias en las cuales Freud escribió esta carta, Ernest Jones nos informa en la citada biografía de Freud: «Cuando a la edad de diecisiete años aprobó sus exámenes de bachillerato con la distinción *summa cum laude*, su padre lo premió con el prometido viaje a Inglaterra, que se cumplió dos años después. A través de una carta escrita en esa época a un amigo, Emil Fluss, nos enteramos casualmente de algunos detalles que rodearon los exámenes. En la traducción del alemán al latín obtuvo la nota de `suficiente'; en la del latín al alemán, consistente en un pasaje de Virgilio que ya había leído por el simple placer de leerlo; en la prueba de griego, constituida por un pasaje de veintitrés [sic] versos del *Edipo rey*, de Sófocles (elección apropiada, por cierto), y en matemáticas, para gran sorpresa suya, sendos `buenos'; en cuanto a la composición en alemán, sobre el tema `Consideraciones en la elección de una profesión', logró la calificación de `sobresaliente'. El examinador le informó que tenía un estilo que el poeta Herder había denominado `idiótico', es decir, un estilo correcto al mismo tiempo que distintivo. En broma a medias, comentábale a su amigo: `…usted no se sospechaba que ha estado carteándose con un estilista de la lengua alemana. Ahora, empero…, consérvelas, átelas, guárdelas bien, que nunca se sabe…' Desgraciadamente, sin embargo, sólo una de esas cartas se conservó.

Cabe señalar que estos resultados del examen refiérense sólo a las pruebas escritas, puesto que la carta en cuestión fue escrita antes del examen oral, que Freud debe de haber cumplido con particular éxito, si su hermana está en lo cierto cuando nos declara que lo aprobó *summa cum laude*».

En otro de sus estudios biográficos Siegfried Bernfeld cita asimismo el penúltimo párrafo de esta carta para ilustrar el afán de grandeza y la repugnancia de la mediocridad que animó las fantasías adolescentes de Freud («Freud's scientific beginnings», *American Imago*, 6: 163-196 [núm. 3], 1949; cita en págs. 163-164). <<

[8] Se refiere a las pruebas orales; véase la nota precedente. <<

[9] He aplicado la escala de calificaciones corriente entre nosotros. En alemán dice, respectivamente: *ausgezeichnet*, *lobenswert*, *befriedigend. (N. del T.)*
<<

[10] Así en el original alemán. No atino a decidir si se trata de un error de imprenta o si Jones se equivocó en el pasaje reproducido en la nota inicial de esta carta. *(N. del T.)* <<

[11] Como señala Jones (loc. cit.), la expresión está usada en sentido arcaico, denotando «personal», «particular», a semejanza de «idiomático». *(N. del T.)*
<<

[12] H. Bernheim: *Die Suggestion und ihre Heilwirkung*, traducción alemana de Sigmund Freud, F. Deuticke, Leipzig-Viena, 1888. El prólogo y la nota de la pág. 116 han sido traducidos al inglés por James Strachey con el título «Hypnotism and Suggestion», *International Journal of Psycho-Analysis*, vol. 27, pág. 59, 1946; reimpreso en *Collected Papers*, tomo V, Hogarth Press, Londres, 1950. El título original de la obra francesa era: *De la suggestion et de ser applications à la thérapeutique* (1886, 2.ª ed., 1887) En la *Autobiografía* relata Freud las circunstancias que lo llevaron a efectuar la citada traducción. Strachey ha señalado el error de Freud al atribuir su labor al año 1889: «Hay aquí un error, pues, como se advertirá, su prólogo a la traducción del primero de los libros de Bernheim está fechada un año antes, en agosto de 1888. El libro llevaba el título *Die Suggestion und ihre Heilwirkung*, y fue publicado en Viena por Deuticke. La fecha 1888 también aparece en la portada, pero la obra se publicó evidentemente por entregas, pues un epílogo del traductor, disculpándose por cierto atraso en la publicación de su segunda mitad, está fechado en enero de 1889. Como quiera que sea, el prólogo pertenece al período en el cual el interés de Freud pasaba de la fisiología a la psicología, pudiéndose afirmar quizá que éste fue su primer escrito publicado en el terreno de la psicología». <<

[13] En francés en el original. <<

[14] A. Hückel: *Die Rolle der Suggestion bei gewissen Erscheinungen der Hysterie und des Hypnotismus* [«El papel de la sugestión en determinadas manifestaciones de la histeria y del hipnotismo»], Jena, 1888. <<

[15] En francés en el original. Este término nada tiene que ver con su homónimo de la terminología psicoanalítica. *(N. del T.)* <<

[16] Se refiere al *Estudio comparativo de las parálisis motrices, orgánicas e histéricas*, trabajo que sólo había de aparecer cinco años después (1893). <<

[17] En francés en el original, como otros términos conservados en esta traducción. *(N. del T.)* <<

[18] *Archives de Neurologie*, vol. XI, 1886. <<

[19] Es indudable que las relaciones entre la histeria y el hipnotismo son muy íntimas, pero no tanto como para justificar la concepción del ataque histérico común como un estado hipnótico de varias fases, como Meynert lo ha propugnado en la Imperial Sociedad Médica de Viena (comunicación reseñada en *Wiener medic. Blätter*, núm. 23, 1888). Por otra parte, en dicha comunicación parece haber confundido nuestros conocimientos sobre estas dos condiciones, pues habla de las *cuatro* fases de la hipnosis concebidas por Charcot, mientras que este autor sólo distinguió tres, y la cuarta, la denominada fase *somniante*, no es mencionada por nadie, salvo por el propio Meynert. Es cierto, en cambio, que Charcot atribuye *cuatro* fases al ataque histérico. <<

[20] Las palabras entre corchetes han sido agregadas por James Strachey en un pasaje que resultaba poco inteligible en el original. Adopto aquí dicha inclusión, con el debido crédito a su autor. *(N. del T.)* <<

[21] A este respecto consúltese la nota agregada por Freud al pie de la página 116 del libro de Bernheim, que figura a continuación. <<

[22] Haremos observar, de pasada, que aquel importante carácter de la parálisis de la pierna, que Charcot hizo resaltar después de Todd, esto es, el de que el histérico arrastra la pierna como una masa inerte en lugar de ejecutar la circunducción con la cadera que realiza el hemipléjico ordinario, se explica fácilmente por la propiedad antes mencionada de la neurosis. En la hemiplejía orgánica, la parte central de la extremidad se halla siempre algo indemne; el enfermo puede mover la cadera y utiliza esta posibilidad para aquel movimiento de circunducción que hace avanzar la pierna. En la histeria, la parte central (la cadera) no goza de este privilegio; su parálisis es tan completa como la de la parte periférica y, en consecuencia, la pierna tiene que ser arrastrada en su totalidad. <<

[23] Véase *Estudios sobre la histeria*, en estas Obras Completas. <<

[24] «Ein Fall von hypnotischer Heilung», en alemán el original. [*Zeitschr. Hypnot*., 1 (3), 102-7 (4), 123-9.] <<

[25] Hallándome dedicado a corregir las pruebas de este trabajo, llegó a mis manos otro de H. Kaan, que contiene análogas hipótesis. <<

[26] Véase *Estudios sobre la histeria*: «El mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos». <<

[27] Indicamos así que merecería la pena investigar la objetividad de la voluntad contraria, también fuera de la histeria y del «tic», ya que aparece, con gran frecuencia, dentro de los límites de lo normal. <<

[28] *Studien über Hysterie*, en alemán el original. <<

[29] *El mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos*, por Breuer y Freud. <<

[30] Escritas por Breuer. No incluidas. <<

[31] Cabe aquí una acotación, particularmente destinada a los lectores de habla castellana, respecto del interés inicialmente despertado por el psicoanálisis. La «Comunicación preliminar» de Breuer y Freud fue publicada en la revista *Neurologisches Zentralblatt*, en sus entregas del 1 y del 15 de enero de 1893. Pues bien: la *Gaceta Médica de Granada* publicaba la traducción castellana en febrero y marzo del mismo año (vol. XI, núms. 232 y 233, págs. 105-111 y 129-135), con el título *Mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos*. Este hecho, cuyo conocimiento debo a una comunicación personal de James Strachey, me ha intrigado siempre. ¿Quién pudo interesarse en Granada por un trabajo que, si bien en la perspectiva histórica debe considerarse como hito inicial del psicoanálisis pasó casi inadvertido en su lugar de origen y en la esfera de influencia científica a la cual está destinado? [*T*.] <<

[32] Las dos aportaciones exclusivas de Josef Breuer —la *Historia clínica de Anna* O. y *Consideraciones teóricas*— fueron omitidas en todas las ediciones de *Estudios sobre la histeria* posteriores a 1922. <<

[33] Conferencia en el *Wiener Medizinischer Club* el 11 de enero de 1893. [*Wien. Med. Presse*, 34 (4), 121-6 y (5), 165-7.] <<

[34] Caso de Anna O. de Breuer. <<

[35] Ver caso de Frau Emmy von N., más adelante. <<

[36] Ver el caso de Frau Cäcilie M. (Cecilia M.), en estas Obras Completas. (Nota del E.) <<

[37] Delboeuf y Binet han reconocido la posibilidad de una tal terapia. Delboeuf, *Le magnétisme animal*, París, 1889: «*On s'expliquerait dès lors comment le magnétiseur aide à la guérison. Il remet le sujet dans l'état où le mal c'est manifesté et combat par la parole le même mal, mais* renaissant». Binet, *Les altérations de la personnalité*, 1892, pág. 242: «… *peut-être verra-t-on qu'en reportant le malade par un artifice mental au moment même où le symptome a apparu pour la première fois, on rend ce malade plus docile à une suggestion curative*». En el interesante libro de P. Janet *L'automatisme psychologique*, París, 1889, se describe la curación de una muchacha histérica por un procedimiento análogo al nuestro. <<

[38] Primer uso del término «analizar», según Strachey. *(Nota del E.)* <<

[39] No podemos separar en esta comunicación provisional, lo que de su contenido es absolutamente nuevo y lo que reproduce de otros autores, que, como Strumpel y Moebius, han sostenido opiniones análogas a las nuestras sobre la histeria. Donde mayor aproximación a nuestros juicios teóricos y terapéuticos hemos hallado ha sido en unas observaciones de Benedikt, de las que ya trataremos en otro lugar. <<

[40] Título en alemán: *Beiträge zu den «Studien über Hysterie»*. <<

[41] En el original, los cinco subsiguientes párrafos numerados son sólo apuntes condensados al extremo. Se traducen aquí literalmente, pero su significación más completa podrá colegirse con ayuda de las versiones, mucho más explícitas, contenidas en los otros dos borradores. Las palabras del segundo párrafo encerradas entre corchetes se encuentran tachadas en el manuscrito. (*Nota de Strachey*, 1950.) <<

[42] Agregado por el traductor. *(N. del T.* <<

[43] Estas designaciones clínicas de Charcot se hallan en francés en el original. *(N. del T.)* <<

[44] En esta sentencia no se conoce ni la palabra omitida entre corchetes ni su ordenamiento exacto. James Strachey le ha dado el siguiente sentido: «De idéntica manera, en el caso del soñar y de la vigilia —modelo de dos estados psíquicos distintos— no tendemos a establecer asociaciones entre ellos, sino sólo dentro de ellos». *(N. del T.)* <<

[45] Estas palabras entre corchetes han sido incluidas por los recopiladores de la edición alemana. *(N. del T.)* <<

[46] No se incluye el caso de Breuer «Fräulein Anna O».. <<

[47] Este sonido se componía de varios tiempos. Colegas míos aficionados a la caza, que tuvieron ocasión de oírlo, compararon sus últimas modulaciones con el canto del gallo silvestre. <<

[48] Las palabras de la enferma constituían, en efecto, una *fórmula protectora*, cuya explicación hallamos después. Ulteriormente he vuelto a observar tales fórmulas protectoras en una melancólica, que intentaba dominar por este medio los pensamientos que la atormentaban (malos deseos con respecto a su marido y a su madre, blasfemias. etc.). <<

[49] Tratábase de un delirio histérico que alternaba con el estado normal de consciencia, análogamente a como un «tic» se introduce en un movimiento sin perturbarlo ni fundirse con él. <<

[50] Al despertar de la hipnosis miraba un instante en torno suyo, como desorientada; fijaba luego sus ojos en mí, pareciendo entonces recobrarse; se ponía los lentes, que se había quitado antes de caer en el sueño hipnótico, y se mostraba después animada y completamente dueña de sí. Aunque en el curso del tratamiento, que el primer año duró siete semanas, y ocho el segundo, hablamos de toda clase de cuestiones, y aunque durante todo este tiempo celebramos dos sesiones diarias de hipnotismo, nunca me dirigió pregunta ni observación alguna sobre la hipnosis, pareciendo ignorar en lo posible, durante el estado de vigilia, el hecho de que yo la hipnotizaba. <<

[51] La súbita interpolación de un delirio en el estado de vigilia era en esta enferma un fenómeno frecuente. Solía lamentarse de que en la conversación daba a veces respuestas desacordes e ininteligibles para sus interlocutores. En mi primera visita, habiéndole preguntado cuántos años tenía, me contestó con toda seriedad: «Soy una mujer del siglo pasado», y semanas después me explicó que en su delirio pensaba por entonces en una preciosa cómoda antigua que había adquirido recientemente. A esta cómoda se refería la fijación cronológica expresada por la sujeto cuando, al preguntarle su edad, le di ocasión para hacer alguna manifestación referente a épocas. <<

[52] En estado de vigilia, la había interrogado ya sobre el estado del «tic». Su respuesta fue: «No sé. Hace mucho tiempo que lo tengo». <<

[53] Un simbolismo especial debió de hallarse enlazado aquí, sin duda, a la imagen del sapo; pero, desgraciadamente, no me ocupé de investigarlo. <<

[54] Intervalo que se cumplió exactamente. <<

[55] La respuesta «no lo sé» podía ser exacta, pero también podía significar que le era desagradable hablar de tales temas. Ulteriormente, he observado en otros enfermos que también en la hipnosis les era tanto más difícil recordar algo cuanto mayor esfuerzo habían realizado para expulsar de su consciencia el suceso correspondiente. <<

[56] Como se ve, el «tic» de chascar la lengua y el tartamudeo espasmódico de la paciente son dos síntomas que se retraen a motivos análogos y entrañan un mecanismo parecido. <<

[57] Ulteriormente se demostró que todas estás sugestiones de carácter «instructivo» fallaban por completo en esta paciente. <<

[58] En esta ocasión extremé demasiado mi energía. Año y medio después, hallándose ya la paciente en un relativo buen estado de salud, se me quejó de que no le era posible recordar sino muy borrosamente ciertos acontecimientos muy importantes de su vida. Veía en ello una prueba de que iba perdiendo la memoria, y yo me guardé muy bien de darle la explicación real de aquella particular amnesia. El éxito total de la terapia en este punto concreto dependió también; indudablemente, de haber dejado que la enferma me relatase este recuerdo con todo detalle (mucho más ampliamente de lo que aparece en las notas), mientras que, en general, me contestaba con una simple mención de los sucesos. <<

[59] Hasta el día siguiente no llegué a una clara comprensión de esta escena. La áspera naturaleza de la enferma, que, tanto en la hipnosis como en la vigilia, se rebelaba contra toda coerción, la había llevado a encolerizarse contra el hecho de haber dado yo por terminado su relato antes de tiempo, interrumpiéndola con mi sugestión final. Esto prueba —y muchas otras observaciones ulteriores lo confirman— que la paciente vigilaba críticamente mi labor en su consciencia hipnótica. Probablemente me quería hacer el reproche de que perturbaba aquel día su relato, como en días anteriores había perturbado su narración de los horrores de los manicomios; pero no se atrevió a manifestarlo directamente, sino que reanudó el tema interrumpido ocultando los motivos que la hacían volver sobre él. Al día siguiente, una observación crítica de la enferma me hizo darme cuenta del error cometido al interrumpirla. <<

[60] Desgraciadamente, no me ocupé, en este caso, de investigar la significación de la zoopsia, distinguiendo lo que la zoofobia tenía de horror primario, tal y como la presentan muchos neurópatas, desde la infancia, y lo que en ella había de simbolismo. <<

[61] La imagen mnémica visual del gigantesco lagarto no adquirió seguramente una tal categoría sino por coincidencia temporal con un intenso afecto que embargaba a la sujeto durante la referida representación teatral. Pero como ya he confesado antes, en la terapia de esta enferma me contenté, frecuentemente, con manifestaciones muy superficiales. Este punto concreto recuerda, por otro lado, la macropsia histérica. La paciente era astigmática y muy miope, y sus alucinaciones podían ser provocadas muchas veces por la imprecisión de sus percepciones visuales. <<

[62] Por entonces me inclinaba a aceptar, para todos los síntomas de una histeria, un origen *psíquico*. Hoy adscribiría un carácter *neurótico* a la tendencia a la angustia de esta paciente, que vivía en una total abstinencia sexual (neurosis de angustia). <<

[63] El proceso había sido, pues, el siguiente: Al despertar por la mañana se encontró angustiada, y para explicarse su estado de ánimo, echó mano de la primera representación temerosa que halló en su imaginación. La tarde anterior había tenido con la institutriz de sus hijas una conversación, en la que se trató del ascensor de la pensión donde se hospedaban. Cuidadosa siempre del bien de sus hijas, preguntó si la mayor, que a causa de una enfermedad de los ovarios y de dolores en la pierna derecha no podía andar mucho, utilizaba también el ascensor para bajar del piso. Una confusión de recuerdos le permitió entonces enlazar la angustia, de la cual tenía perfecta consciencia, a la idea del ascensor. Su consciencia no le ofrecía al principio el verdadero motivo de su angustia, el cual no surgió sino más tarde, pero sin la menor vacilación, cuando en la hipnosis la interrogué sobre él. Es éste el mismo proceso estudiado por Bernheim y otros hombres de ciencia posteriores en sujetos que después de la hipnosis llevaban a cabo actos cuya ejecución les había sido encomendada durante ella. Así, Bernheim sugirió una vez a un enfermo que después de despertar del sueño hipnótico se llevase a la boca los dedos pulgares de ambas manos. El enfermo ejecutó este acto en el momento prescrito, y lo explicó diciendo que el día anterior, en el curso de un ataque epileptiforme, se había mordido la lengua, doliéndole ahora la herida. Una muchacha a la que se había sugerido una tentativa de asesinato en la persona de un empleado judicial y totalmente extraño a ella, la llevó a cabo, y al ser detenida e interrogada sobre los móviles de su acto criminal, inventó la historia de que había sido ofendida por aquel individuo e intentado vengarse de él. El sujeto parece sentir una necesidad de enlazar por medio de un nexo casual aquellos fenómenos psíquicos de que tiene consciencia con otros elementos conscientes; y en aquellos casos en los que la verdadera causa se sustrae a la percepción de la consciencia, intenta establecer una distinta conexión, a la que luego presta completa fe, no obstante ser falsa. Naturalmente, una disociación preexistente del contenido de la consciencia favorece mucho tales «falsas conexiones».

El caso de «falsa conexión» arriba citado merece ser detenidamente

considerado, por ser, desde diversos puntos de vista, típico y ejemplar. Lo es en primer lugar por lo que respecta a la conducta de la paciente, la cual me dio aún, repetidamente, en el curso del tratamiento, ocasión de deshacer, por medio de la sugestión hipnótica, tales falsas conexiones y destruir sus efectos. Relataré aquí detalladamente un caso de este género, que arroja viva luz sobre el hecho psicológico correspondiente. Había propuesto a mi paciente sustituir el baño templado habitual por un baño de asiento frío, prometiéndose que le sentaría mejor. La enferma obedecía sin la menor resistencia todas las prescripciones facultativas, pero las seguía con manifiesta desconfianza, pues como ya indicamos, ningún tratamiento médico le había proporcionado gran alivio. Mi proposición del baño frío no fue tan autoritaria que le impidiera expresarme su desconfianza: «Siempre que he tomado un baño frío he estado luego melancólica durante todo el día. Pero si usted quiere, probaré otra vez, no vaya usted a decir que no hago lo que me dice». Ante estas objeciones, renuncié aparentemente a mi propuesta, pero en la hipnosis siguiente le sugerí que me hablase, como si ahora fuese idea suya, de los baños fríos, diciéndome que había reflexionado y quería probar, etcétera. Así sucedió, en efecto, al día siguiente, en el cual la enferma me expuso todos los argumentos que en favor del baño frío había yo antes aducido, cediendo yo a sus deseos sin mostrar entusiasmo ninguno. Pero al día siguiente al baño la encontré, en efecto, profundamente malhumorada. «¿Por qué está usted hoy así?» «Ya lo sabía yo. Siempre que tomo un baño frío me pasa lo mismo». «Pues usted misma me pidió permiso para tomarlo. Ahora ya sabemos que le sienta mal y volveremos a los baños templados». En la hipnosis le pregunto luego: «¿Ha sido verdaderamente el baño frío lo que le ha puesto a usted de tan mal humor?» «Nada de eso. El baño frío no tiene nada que ver con mi estado de ánimo. Lo que pasa es que he leído esta mañana en el periódico que en Santo Domingo ha estallado una revolución, y como siempre que en dicha isla hay disturbios corren peligro los blancos, temo por un hermano mío allí residente que ya nos ha producido grandes preocupaciones». Con esto quedó definitivamente zanjado entre nosotros el asunto, y la enferma siguió tomando el baño frío durante varias semanas, sin volver a atribuirle efectos desagradables.

Se me concederá sin dificultad que este ejemplo es también típico por lo que

respecta a la conducta de muchos neurópatas ante la terapia prescrita por el médico. Cualquiera que sea la causa que un día determinado haga surgir cierto síntoma, el enfermo se inclina siempre a derivar dicho síntoma de la última prescripción o influencia médica. De las dos condiciones necesarias para el establecimiento de tales falsas conexiones, una de ellas, la desconfianza, nos parece existir siempre, y la otra, la disociación de la consciencia, es sustituida por el hecho de que la mayoría de los neurópatas no tiene, en parte, conocimiento de la verdadera causa (o por lo menos de la causa ocasional) de su padecimiento, y en parte rehuye intencionadamente dicho conocimiento por serle desagradable recordar lo que de culpa personal haya en su dolencia.

Pudiera opinarse que las condiciones psíquicas señaladas en los neurópatas, distintas de los histéricos —la ignorancia o el desconocimiento voluntario—, habían de ser más favorables para el establecimiento de una falsa conexión que la existencia previa de una disociación de la consciencia, la cual sustrae, sin embargo, a la consciencia material propio para la relación causal. Pero esta disociación sólo raras veces es completa. Casi siempre llegan hasta la consciencia ordinaria fragmentos del complejo subconsciente de representaciones, y precisamente estos fragmentos son los que dan ocasión a tales perturbaciones. Por lo corriente, es la sensación general enlazada al complejo —angustia, tristeza, etc.— la que se hace sentir conscientemente, como en el ejemplo relatado, y el sujeto se ve llevado por una especie de «coerción asociativa» a enlazarla con un complejo de representaciones dado en su consciencia.

Otras observaciones realizadas por mí no hace mucho en distinto sector me han probado el poderío de una tal «coerción asociativa». Durante varias semanas hube de abandonar mi lecho habitual y acostarme en otro más duro, en el cual soñé quizá más o con mayor vivacidad que de costumbre, o por lo menos me fue imposible dormir con la profundidad normal. Resultó, así, que en el cuarto de hora siguiente al despertar tenía presentes todos los sueños de la noche y los ponía por escrito para intentar su interpretación, consiguiendo, entre otras cosas, referir los sueños de esta temporada, en su totalidad, a dos factores: 1.º. A la necesidad de elaborar aquellas representaciones de las

cuales sólo fugitivamente me había ocupado durante el día sin agotarlas. 2.º. A la imposición de enlazar entre sí los elementos dados en el mismo estado de consciencia. Lo insensato y contradictorio de los sueños dependía de la libre actividad del último de estos dos factores.

En otra paciente, Cecilia M., de la cual llegué a adquirir un conocimiento más profundo que de ninguna otra de las aquí mencionadas, he podido comprobar que el estado de ánimo correspondiente a un suceso y el contenido del mismo pueden entrar regularmente en una distinta relación con la consciencia primaria. Esta enferma me ha proporcionado las pruebas más numerosas y convincentes de la existencia del mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos que aquí postulamos; pero, desgraciadamente, nos es imposible comunicar, por motivos particulares, su historial clínico. Cecilia M. se hallaba últimamente en un singular estado histérico que seguramente no constituye un caso único, aunque no tengo noticia de que haya sido observado nunca, estado que podríamos calificar de «psicosis histérica de extinción». La paciente había sufrido numerosos traumas psíquicos y padecido, durante muchos años, una histeria crónica con muy diversas manifestaciones. Los motivos de todos estos estados le eran desconocidos; su memoria, espléndida en general, mostraba singulares lagunas, y ella misma se lamentaba de que su vida se le aparecía como fragmentada. Un día surgió de repente en ella una antigua reminiscencia, con toda la plasticidad y toda la intensidad de una sensación nueva, y a partir de este momento vivió de nuevo, durante cerca de tres años, todos los traumas de su vida —entre ellos, algunos que creía olvidados desde mucho tiempo atrás, y otros jamás recordados—, padeciendo terriblemente a través de este período, en el que volvieron a presentársele todos los síntomas que había sufrido en tiempos anteriores. Esta «extinción de antiguas deudas» comprendía un período de treinta y tres años y permitió descubrir la determinación, a veces muy complicada, de todos sus estados. Sólo se lograba procurarle algún alivio dándole ocasión de desahogar verbalmente, en la hipnosis, con las correspondientes manifestaciones afectivas y somáticas, la reminiscencia que precisamente la atormentaba, y cuando yo no podía hallarme presente en tales momentos y tenía que hablar delante de una persona ante la cual se avergonzaba de dar libre curso a sus emociones, sucedió algunas veces que

relataba a tal persona la reminiscencia con toda tranquilidad y reservaba para la siguiente sesión de hipnosis el llanto y las manifestaciones que hubieran debido acompañar su relato. Después de una tal limpieza en la hipnosis, se sentía, durante algunas horas, bien y dueña de sí. Pero al cabo de algún tiempo surgía la reminiscencia siguiente, que enviaba delante de ella, a manera de avanzada, el estado de ánimo correspondiente. La enferma se sentía irritable, angustiada o desesperada, sin sospechar jamás que aquel estado de ánimo no pertenecía al presente, sino a algo que iba a surgir en ella en momentos posteriores. En el intervalo establecía regularmente una falsa conexión, que defendía con gran tenacidad hasta la hipnosis. Así, me recibió un día con la pregunta: «¿No cree usted que soy una infame? ¿No es una señal de infamia el haberle dicho a usted ayer aquello?» Lo que el día anterior me había dicho no podía justificar en modo alguno tal juicio, y así lo comprendió la paciente misma después de corta discusión; pero la hipnosis siguiente hizo surgir una reminiscencia relativa a un suceso que doce años atrás le había hecho dirigirse violentos reproches, a los que tampoco reconoce ahora gran justificación. <<

[64] Reflexiones posteriores me han llevado a suponer que «tales calambres en la nuca», según los denominaba la enferma, debían de ser estados orgánicamente condicionados, análogos a la jaqueca. En la práctica observamos muchos otros estados de este género, no descritos aún, y cuya singular coincidencia con el clásico ataque de hemicránea nos inclina a ampliar el concepto de esta última. Sabido es que muchas mujeres neurópatas suelen enlazar con el ataque de hemicránea ataques histéricos (contracciones y delirios). Siempre que la señora Emmy de N. sufría de dolores en la nuca, tenía al mismo tiempo un ataque de delirio.

Por lo que respecta a los dolores en los brazos y en las piernas, opino que se trataba de uno de aquellos casos, no muy interesantes, pero sí frecuentes, de determinación por coincidencia casual. La enferma los padecía durante una época de excitación en que se hallaba asistiendo a un enfermo, y como la fatiga se los hiciese sentir más intensamente que nunca, tales dolores, al principio sólo casualmente asociados a aquellos sucesos, fueron repetidos luego en su recuerdo, como símbolo somático del complejo de asociación. Más adelante expondré varios otros ejemplos de este proceso. Probablemente, tales dolores fueron, en un principio, reumáticos, o sea, para dar un sentido preciso a esta palabra, tan impropiamente empleada con frecuencia, pertenecientes a aquel género de dolores que residen sobre todo en los músculos, permiten observar en éstos una intensa sensibilidad a la presión y una modificación de su consistencia, se manifiestan con máxima intensidad después de un largo reposo o inmovilidad de la extremidad correspondiente —por la mañana—, mejoran mediante la repetida ejecución del movimiento doloroso y pueden hacerse desaparecer por medio del masaje. Estos dolores miógenos, muy frecuentes en todos los individuos, adquieren gran importancia en los neurópatas. Son considerados por ellos, con el apoyo de los médicos que no tienen la costumbre de examinar el músculo ejerciendo presión sobre él, como dolores nerviosos, y proporcionan el material de un número indeterminado de neuralgias histéricas, etc. Sobre la relación de este padecimiento con la disposición a la gota, sólo diré aquí breves palabras. La

madre y dos hermanas de mi enferma habían padecido mucho de gota (o de reumatismo agudo). Parte de los dolores de que ella se quejaba debían de poseer también este carácter, pero no puedo asegurarlo, pues por entonces no tenía yo práctica ninguna en el diagnóstico de los estados musculares. <<

[65] Comido por las ratas, según la leyenda. *(Nota de Strachey.)* <<

[66] No era éste un buen método. Hubiera debido profundizar más. <<

[67] La referencia de la tartamudez y de castañeteo a los dos traumas iniciales no los hizo desaparecer por completo, aunque sí disminuyó notablemente su frecuencia. La misma enferma dio la explicación de este resultado incompleto del tratamiento. Se había acostumbrado a tartamudear y castañetear la lengua cada vez que se asustaba, y, de este modo, tales síntomas acabaron por no depender exclusivamente de los traumas iniciales, sino de una larga cadena de recuerdos con ellos asociados, recuerdos que yo no me ocupé de borrar. Era éste un caso muy frecuente que aminora la elegancia e integridad del rendimiento terapéutico del método catártico. <<

[68] Observé aquí por vez primera algo que luego he tenido múltiples ocasiones de comprobar; esto es, que en la solución hipnótica de un delirio histérico reciente invierte el enfermo el orden cronológico de los acontecimientos, narrando primero las impresiones y asociaciones más recientes y de menos importancia, y no llegando sino al final a la impresión primaria, probablemente la de mayor importancia causal. <<

[69] Así, pues, su asombro del día anterior por no haber tenido «calambres en la nuca» hacía mucho tiempo era una anticipación de dicho próximo estado, que ya se preparaba y era advertido por lo inconsciente. Esta forma singular de la anticipación era, en la otra enferma a que antes nos referimos —Cecilia M.—, algo habitual y corriente. Siempre que, sintiéndose bien, me decía: «Hace ya muchas noches que no me da miedo de las brujas», o «Estoy contentísima de que no me hayan vuelto a doler los ojos», podía estar seguro de que a la noche siguiente no podría la enfermera apartarse de su lado, para tranquilizar en lo posible su horrible miedo a las brujas, o de que el próximo estado comenzaría con el temido dolor. Se transparentaba, pues, aquello que ya estaba preparado en lo inconsciente, y la consciencia «oficial» (según la calificación de Charcot), exenta de toda sospecha, elaboraba la representación surgida como una rápida ocurrencia, convirtiéndola en una expresión de contento, inmediatamente contradicha por la realidad. Esta enferma, persona de gran inteligencia, a la que debo gran ayuda en la comprensión de los síntomas histéricos, me llamó por sí misma la atención sobre el hecho de que tales casos podían dar motivo a las conocidas supersticiones que pretenden no debe uno nunca vanagloriarse de su felicidad ni tampoco hablar de lo que teme. En realidad, sólo sabemos encarecer nuestra felicidad cuando ya nos acecha el infortunio, y expresamos la sospecha en forma de vanagloria, porque en este caso emerge el contenido de la reminiscencia antes que la sensación correspondiente, o sea porque en la consciencia existe un contraste satisfactorio. <<

[70] *Archives de Neurologie*, núm. 77, 1893. <<

[71] El lector experimentará, quizá, la impresión de que concedo excesiva importancia a los detalles de los síntomas y me pierdo en una innecesaria labor de interpretación. Pero he visto muy bien que la determinación de los síntomas histéricos llega realmente a sus más sutiles matices y que nunca se peca por exceso atribuyendo a los mismos un sentido. Un ejemplo justificará por completo mi conducta en este sentido. Hace meses asistía yo a una muchacha de dieciocho años, en cuya complicada neurosis correspondía a la histeria buena parte. Lo primero que supe de ella fue que sufría accesos de desesperación de dos distintos géneros. En los primeros sentía tirantez y picazón extraordinarias en la parte inferior de la cara, desde las mejillas hasta la boca. En los segundos estiraba convulsivamente los dedos de los pies y los agitaba sin descanso. Al principio no me sentía inclinado a adscribir significación alguna a estos detalles, en los cuales hubieran visto otros observadores anteriores a mí una prueba de la excitación de centros corticales en el ataque histérico. Ignoramos, ciertamente, dónde se hallan los centros de tales parestesias, pero sabemos que estas últimas inician la epilepsia parcial y constituyen la epilepsia sensorial de Charcot. La agitación de los dedos de los pies quedó por fin explicada del modo siguiente: Cuando mi confianza con la enferma se hizo mayor, le pregunté un día cuáles eran los pensamientos que surgían en ella durante sus accesos invitándola a que me los comunicase sin reparos, pues seguramente podía darme una explicación de aquellos fenómenos. La enferma se ruborizó intensamente y, sin necesidad de recurrir a la hipnosis, me dio las explicaciones que siguen, cuya realidad me fue confirmada por la institutriz que venía acompañándola. La muchacha había padecido, a partir de la presentación de los menstruos y durante varios años, accesos de *cephalea adolescentium*, que le impedían toda ocupación prolongada, retrasando así su educación intelectual. Libertada, por fin, de este obstáculo, la muchacha, ambiciosa y algo ingenua, decidió trabajar con intensidad para alcanzar a sus hermanas y antiguas compañeras. Con este propósito realizó excesivos esfuerzos, que acabaron en violentas crisis de desesperación al darse cuenta de que había confiado demasiado en sus

fuerzas. Naturalmente, también se comparaba, en lo físico, con otras muchachas, sintiéndose desgraciada cuando se descubría alguna inferioridad corporal. Atormentada por su marcado prognatismo, tuvo la singular idea de corregirlo ejercitándose todos los días largos ratos en estirar el labio superior hasta cubrir por completo los dientes que sobresalían. La inutilidad de este pueril esfuerzo le produjo un acceso de desesperación y, a partir de este momento, la tirantez y la picazón de las mejillas pasaron a constituir el contenido de una de las dos clases de ataques que padecía. No menos transparente era la determinación de los otros ataques en los que aparecía el síntoma motor, consistente en la expresión y agitación de los dedos de los pies. Los familiares de la sujeto me habían dicho que el primero de estos ataques se desarrolló a la vuelta de una excursión por la montaña, y lo achacaban, naturalmente, a un exceso de fatiga. Pero la muchacha me relató lo siguiente: Entre las hermanas era costumbre antigua burlarse unas de otras por el excesivo tamaño de sus pies. Nuestra paciente, a quien atormentaba este defecto de estética, intentaba siempre usar el calzado más pequeño posible, pero su padre se oponía a ello, anteponiendo la higiene a la estética. Contrariada la muchacha por esta imposición paterna, pensaba constantemente en ella y adquirió la costumbre de estar moviendo siempre los dedos de los pies dentro del calzado, como se hace cuando se quiere comprobar si el mismo está grande, o demostrar a alguien que aún podría usarse uno más chico, etc. Durante la excursión, que no le produjo fatiga ninguna, surgió la broma habitual entre las hermanas sobre el tamaño de sus pies, y una de ellas le dijo: «¡Hoy sí que te has puesto unas botas que te están grandes!» La muchacha probó a mover los dedos dentro de ellas, pues también tenía la idea de que podía llevar un calzado mucho menor, y, a partir de este momento, no cesó en todo el día de pensar en su desgraciado defecto. Luego, al volver a casa, sufrió un ataque, en el que por primera vez extendió y agitó convulsivamente los dedos de los pies, como símbolo mnémico de toda la serie de pensamientos desagradables que habían ocupado su imaginación.

Hemos de observar que se trataba de ataques y no de síntomas duraderos. Añadiremos, además, que, después de esta confesión, cesaron los ataques de la primera clase, continuando, en cambio, los de la segunda, o sea aquéllos en

los que la paciente agitaba sus pies. No debió, pues, de ser completa su confesión sobre este punto. Mucho después he sabido que la ingenua muchacha se preocupaba tanto de su estética porque quería agradar a un joven primo suyo. <<

[72] De esta interesante antítesis entre la más amplia obediencia hipnótica en todo lo que se refiere a los síntomas patológicos y la tenaz persistencia de estos últimos, debida a su más profunda cimentación y a su inaccesibilidad al análisis, hemos hallado ulteriormente, en otro caso, un interesantísimo ejemplo. Habiendo sometido a tratamiento a una muchacha muy viva e inteligente, que desde hacía año y medio padecía trastornos de la deambulación, llevábamos cinco meses sin obtener resultado positivo ninguno. La paciente presentaba analgesia y zonas dolorosas en las piernas, temblor rápido de las manos y andaba encorvada, con pasos pequeños y torpes, vacilando, como si padeciese alguna lesión del cerebro, y cayendo al suelo con frecuencia. Su estado de ánimo era singularmente sereno y alegre. Una de nuestras autoridades médicas de entonces se había dejado inducir a error por este complejo de síntoma, y había diagnosticado una esclerosis múltiple; pero otro facultativo se pronunció por la histeria, en favor de la cual abogaba, al principio de la enfermedad, la complejidad del cuadro patológico (dolores, desvanecimientos, amaurosis), y dirigió la paciente a mi consulta. Sin resultado alguno, no obstante ser la enferma un excelente sujeto hipnótico, intenté mejorar su estado por medio de sugestión, el tratamiento local de las piernas durante la hipnosis, etc. Un día, al verla entrar vacilantemente en mi gabinete de consulta, del brazo de su padre y apoyándose en un paraguas, cuya punta aparecía ya muy gastada, tuve un acceso de impaciencia, y, una vez hipnotizada, la interpelé impetuosamente: «Esto no puede seguir así. Mañana por la mañana se le romperá el paraguas y tendrá usted que andar hasta su casa sin su auxilio, del cual prescindirá ya siempre en adelante». No sé cómo pudo ocurrírseme la tontería de dirigir tal sugestión a un paraguas, y en seguida me avergoncé de ella, sin sospechar que la misma paciente se encargaría de salvarme en la opinión de su padre, colega mío de Facultad, el cual me dijo al siguiente día: «¿Sabe usted lo que ha hecho mi hija esta mañana? Íbamos dando un paseo, y de pronto se ha puesto a cantar alegremente, llevando el compás con el paraguas sobre las losas, con tanta fuerza, que ha terminado por romperlo». La enferma no tenía,

naturalmente, la menor sospecha de que en aquella forma había procurado, con gran ingenio, un completo éxito a una sugestión desatinada. Cuando comprobé que el tratamiento hipnótico, con sus mandatos, enseñanzas y sugestiones, no aliviaba en modo alguno a la paciente, recurrí al análisis psíquico y la invité a comunicarme los estados de ánimo que habían precedido a la aparición de la enfermedad. Me relató entonces (en la hipnosis, pero sin excitación alguna) que, poco antes de enfermar ella, había muerto un joven pariente suyo, al que se hallaba prometida. Pero como esta comunicación no modificó en nada su estado, al llegar la sesión de hipnosis siguiente le expresé mi convicción de que la muerte de su primo no tenía relación alguna con su enfermedad, debiendo haber sucedido alguna otra cosa que no me había comunicado. Ante estas palabras mías, inició la enferma una distinta confesión, pero se interrumpió en seguida, y su padre, que se hallaba sentado a sus espaldas, comenzó a sollozar amargamente. Como es natural, no quise continuar profundizando en la psiquis de la enferma, a la cual no he vuelto a ver desde aquel día. <<

[73] Como ejemplo de la técnica arriba descrita de investigación en estado no sonámbulo, o sea de consciencia no ampliada, expondremos aquí un caso cuyo análisis hemos llevado a cabo muy recientemente. Tratábase de una mujer de treinta y ocho años, afecta de neurosis de angustia (agorafobia, accesos de miedo a la muerte, etc.). Como la mayoría de los enfermos de este género, se resistía a confesar que había adquirido su dolencia en su vida conyugal y tendía a transferir los comienzos de la misma a su temprana juventud. Así, me refirió que a los diecisiete años tuvo el primer ataque de vértigo con angustia y sensación de parálisis, yendo por la calle de su pequeña ciudad natal, y que estos ataques se habían venido repitiendo periódicamente, hasta ser sustituidos, hacía algunos años, por su dolencia actual. A mi juicio, tales primeros ataques de vértigo eran de naturaleza histérica, y decidí llevar a cabo su análisis. Al principio, sólo supo decirme que el primer acceso la sorprendió fuera de su casa, de la que había salido para hacer unas compras. «¿Qué iba usted a comprar?» «Varias cosas que necesitaba, creo, para asistir a un baile al que estaba invitada». «¿Cuándo debía celebrarse ese baile?» «Me parece que dos días después». «Entonces debió de suceder días antes algo que la excitó e impresionó a usted». «No sé; de esto hace ya veintiún años». «No importa. Voy a colocar mi mano sobre su frente, y al retirarla pensará o verá usted algo y me lo dirá, sea lo que sea. Qué, ¿no se le ha ocurrido a usted nada?» «Sí, he pensado algo; pero no tiene relación ninguna con nuestro tema». «Dígalo, de todos modos». «He pensado en una amiga mía que murió muy joven. Pero su muerte acaeció cuando yo tenía dieciocho años, o sea un año después». «Ya veremos luego eso. ¿Qué puede usted decirme con respecto a esa amiga?» «Su muerte me conmovió mucho, pues nos profesábamos gran amistad. Semanas antes había muerto otra muchacha, y estas dos muertes inesperadas produjeron mucha impresión en la ciudad. Ahora recuerdo que, en efecto, tenía yo por entonces diecisiete años, y no dieciocho, como dije antes». «¿Ve usted cómo puede confiar en la exactitud de lo que se le ocurre cuando coloco la mano sobre su frente? Ahora recuerde usted qué es lo que pensaba cuando le dio el ataque en la

calle». «No pensaba nada. De repente sentí el vértigo, y nada más». «No es posible. No hay ningún estado de ese género que no vaya acompañado de una idea. Voy a poner de nuevo mi mano sobre su frente, y el pensamiento que entonces ocupaba su imaginación volverá a surgir en ella. Bien: ¿qué ha pensado usted?» «Se me ha ocurrido: Ahora me toca a mí». «¿Y qué significa eso?» «Se conoce que al darme el ataque pensaba: Ahora voy a ser yo la que se muera». Ésta era, pues, la idea que buscábamos. «Al darle el ataque pensaba usted en su amiga. Entonces, ¿es que su muerte le causó gran impresión?» «Ya lo creo. Recuerdo ahora que cuando me dieron la triste noticia pensé que era terrible tener que ir a un baile estando ella muerta; pero tenía tanta ilusión por ir al baile y me entusiasmaba tanto haber sido invitada, que me propuse no pensar más en el desgraciado acontecimiento». (Obsérvese aquí la expulsión voluntaria del suceso de la consciencia, represión que da al recuerdo de la amiga un carácter patógeno.)

El ataque quedó así aclarado hasta cierto punto; pero siéndome preciso hallar todavía un factor ocasional que hubiera provocado el recuerdo en el momento preciso, tuve la feliz idea de orientar la continuación del análisis en el sentido que sigue: «¿Recuerda usted con precisión por qué calle pasaba cuando sintió el vértigo?» «Sí; por la calle principal. Aún veo ante mí sus viejas casas». «¿Y dónde había vivido su amiga?» «Precisamente en esta calle. Acababa de pasar por delante de su casa cuando, dos más allá, me dio el ataque». «Entonces lo sucedido fue que al pasar por delante de la casa en la que su amiga había vivido recordó usted su muerte, y el contraste de que antes me habló entre esta desgracia y sus alegres proyectos, contraste en el que no quería usted pensar, volvió a sobrecogerla». Sospechando que quizá existiese aún algún otro factor que hubiese despertado o robustecido en la muchacha, hasta entonces normal, la disposición histérica, y que tal factor podía ser muy bien la periódica indisposición femenina, no quise darme todavía por satisfecho y continué mi interrogatorio: «¿Recuerda usted por qué días tuvo usted en aquel mes el período?» «¿También tengo que saber eso? No puedo decirle sino que por aquella época no se me presentaba el período más que muy raras veces y con gran irregularidad. El año que cumplí los diecisiete sólo se me presentó una vez». «Entonces vamos a ir recorriendo las fechas hasta encontrar la verdadera». Así lo hicimos, decidiéndose la paciente por un

mes determinado y vacilando entre dos días inmediatos a uno de fiesta fija. «¿Coincide acaso alguno de esos días con el fijado para el baile?» «El baile se celebró precisamente el día de fiesta. Y ahora recuerdo que me hizo impresión la circunstancia de que mi único período de aquel año coincidiese con la fecha del baile, el primero a que me invitaban». Con estos datos pudimos ya reconstruir fácilmente lo sucedido y penetrar en el mecanismo del ataque histérico de referencia. La obtención de este resultado fue, ciertamente, harto trabajosa, habiendo sido necesaria una total confianza en mi técnica y varias felices iniciativas en la orientación del análisis para despertar en una paciente incrédula y tratada en estado de vigilia los detalles expuestos de un suceso olvidado y acaecido veintiún años antes. <<

[74] Es ésta la mejor descripción que puede hacerse de aquel estado en el que sabemos e ignoramos simultáneamente algo, estado sólo comprensible para aquellos que han pasado por él. Personalmente poseo un singularísimo recuerdo de este género, que conservo con extraordinaria claridad. Cuando me esfuerzo en recordar lo que entonces pasó en mí, no logro, sin embargo, grandes resultados. Sé que en dicha ocasión vi algo que no se adaptaba en absoluto a lo que yo esperaba, y aquella percepción, que debía haberme movido a desistir de determinado propósito, no me hizo modificarlo en modo alguno. No tuve consciencia alguna de la contradicción existente, ni tampoco advertí el efecto contrapuesto del que, indudablemente, dependía que dicha percepción no tuviese efecto psíquico alguno. Así, pues, padecí en tales momentos aquella ceguera que tanto nos asombra comprobar en las madres con respecto a sus hijas, en los maridos con respecto a sus mujeres y en los soberanos con respecto a sus favoritos. <<

[75] Quiero exponer aquí el caso que me reveló por primera vez esta relación causal. Tenía en tratamiento, a consecuencia de una complicada neurosis, a una señora joven, la cual se resistía a reconocer, como es habitual en estas enfermas, que el origen de su dolencia radicaba en su vida conyugal, objetando que ya de soltera padecía ataques de angustia y desvanecimientos, no obstante lo cual mantuve yo mi punto de vista. Cuando ya teníamos más confianza, me dijo, de repente, un día: «Va usted a saber ahora cuál es el origen de los ataques de angustia que de soltera me daban. Por entonces dormía yo en una habitación inmediata a la alcoba de mi padres, los cuales dejaban la puerta abierta y una lamparilla encendida sobre la mesa. De este modo vi algunas noches que mi padre se pasaba a la cama de madre, y escuché luego ruidos que me excitaron mucho. Desde entonces comenzaron a darme los ataques». <<

[76] Hipocondríaco o enfermo de neurosis de angustia. <<

[77] No me es posible negar, pero tampoco demostrar, que los dolores de la sujeto, localizados principalmente en los muslos, fueran de naturaleza neurasténica. <<

[78] Para mi mayor sorpresa he podido comprobar en una ocasión que esta «derivación por reacción» *a posteriori* puede conducir también —después de impresiones distintas de las surgidas en la asistencia a un enfermo— al contenido de una enigmática neurosis. Tratábase de una bella muchacha de diecinueve años, Matilde H., enferma primero de una parálisis incompleta de las piernas y a la que sometí luego al método analítico por presentar una modificación de carácter, apareciendo deprimida hasta haber perdido todo deseo de vivir, violenta y agresiva para con su madre e irritable en extremo. El cuadro sintomático de esta paciente excluía toda posibilidad de diagnosticar una melancolía común. Hallándola muy accesible al sonambulismo, aproveché esta circunstancia para imponerle mandatos y sugestiones que oía sumida en profundo sueño hipnótico y acompañaba con abundantes lágrimas, pero que no mejoraban en nada su estado. Un día comenzó a hablar con gran vivacidad en la hipnosis y me comunicó que la causa de su depresión era el rompimiento de su proyectado matrimonio, rompimiento acaecido varios meses atrás. El trato con su prometido le había ido revelando poco a poco circunstancias que, tanto su madre como ella, consideraban harto desfavorables, pero que, por otra parte, eran tan grandes las ventajas materiales de la proyectada unión matrimonial que se les hacía difícil decidirse a renunciar a ella. De este modo anduvieron vacilando durante mucho tiempo, y la joven cayó en un completo estado de indecisión y apatía, hasta que la madre tomó sobre sí el pronunciar el «no» definitivo. Poco después sufrió la sujeto como si despertase de un sueño y comenzó a darle vueltas en su pensamiento a la decisión materna, pensando de continuo el pro y el contra, sin que hubiese llegado todavía a una solución. Vivía, pues, aún en aquella época, de dudas, y su estado de ánimo y sus pensamiento eran los que en ella debieron ser. Su irritabilidad contra la madre se hallaba fundada también en las circunstancias de entonces, y junto a esta actividad mental su vida actual le parecía ficticia y como soñada. Después de esta sesión no volví a conseguir hacer hablar a la paciente sobre tales extremos, y cada vez que lo intentaba durante la hipnosis rompía a llorar, sin contestar

palabra, hasta que un día, aproximadamente al año justo del comienzo de sus relaciones, desapareció por completo la depresión, circunstancia que se me atribuyó como un gran éxito de la terapia hipnótica. <<

[79] He observado otro caso en el que una contractura de los maseteros hacía imposible a una cantante el ejercicio de su arte. La sujeto se había visto impulsada a dedicarse a la escena por penosos sucesos de orden familiar. Una vez ensayaba en Roma, hallándose muy excitada, experimentó de repente la sensación de no poder cerrar la boca al terminar de emitir una nota, y cayó desvanecida al suelo. El médico a quien mandaron llamar la cerró violentamente la boca; pero a partir de este momento quedó imposibilitada la sujeto de separar las mandíbulas arriba del ancho de un dedo, y tuvo que renunciar a la profesión recientemente elegida. Cuando, varios años después, acudió a mi consulta habían desaparecido, sin duda largo tiempo ha, las causas de aquella excitación, pues un breve masaje durante una ligera hipnosis bastó para devolver a sus mandíbulas su juego natural. Ulteriormente ha vuelto la sujeto a dedicarse al canto. <<

[80] En estados de profunda modificación psíquica surge también una orientación del lenguaje hacia la expresión también una orientación del lenguaje hacia la expresión artificial en imágenes sensoriales y sensaciones. Cecilia M. pasó por un período en el que cada uno de sus pensamientos se transformaba en una alucinación, cuya solución precisaba, con frecuencia, de gran sutileza. Un día se me quejó de que la perseguía una alucinación, en la cual veía a sus dos médicos —Breuer y yo— colgados de sendos árboles del jardín. Esta alucinación desapareció una vez descubierto en el análisis su origen. El día anterior había rechazado Breuer su pretensión de que le recetara determinado medicamento. La sujeto puso luego en mí sus esperanzas de conseguir tal deseo, pero yo me mostré también contrario a él, y entonces, encolerizada con nosotros, pensó: «Son tal para cual. El uno es el *pendant* del otro». <<

[81] E. Hecker: *Zentralblatt für Nervenheilkunde*, diciembre de 1893. <<

[82] Primera aparición del concepto «censura» publicado, según Strachey. *(Nota del E.)* <<

[83] «Las neuropsicosis de defensa», en estas Obras Completas. *(Nota del E.)*
<<

[84] Parece referirse al caso de Rosalía H., ver en estas Obras Completas. *(Nota del E.)* <<

[85] Primera aparición del concepto psicoanalítico de «transferencia». *(Nota del E.)* <<

[86] *Neurol. Zbl.*, 13(10), 362-4 y (11), 402-9. <<

[87] *État mental des hystériques*, París, 1893 y 1894. *Quelques définitions récentes de l’hysterie*, en «Arch, de Neurol»., 1893, XXXV-VI. <<

[88] Véase «El mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos», en estas Obras Completas. <<

[89] Primera aparición del término «Análisis psíquico», según Strachey. *(Nota del E.)* <<

[90] Caso de Isabel R., ver «Estudios sobre la histeria» en estas Obras Completas. <<

[91] Caso de Miss Lucy, igual referencia a la anterior. *(Nota del E.)* <<

[92] Primera aparición del concepto de «conversión», según Strachey. *(Nota del E.)* <<

[93] Oppenheim: La histeria es una manifestación intensificada de la emoción. La «manifestación de la emoción» representa aquel montante de excitación psíquica que experimenta normalmente una conversión. <<

[94] En el segundo capítulo de su excelente estudio *Quelques définitions*, etc., se ha ocupado también Janet de la objeción que a sus asertos supone el que la disociación de la consciencia sea propia, igualmente, de la psicosis y de la llamada psicastenia; pero, a nuestro juicio, no ha conseguido resolverla. Esta objeción es la que le lleva, principalmente, a declarar que la histeria es una forma de la degeneración. Pero no consigue diferenciar por alguna característica especial la disociación histérica de la consciencia de la disociación psicótica, etc. <<

[95] El mecanismo psíquico arriba expuesto no es aplicable a aquel grupo de fobias típicas cuyo prototipo es la *agorafobia*. Por el contrario, el mecanismo de la agorafobia difiere en un extremo decisivo del de las representaciones obsesivas y las fobias a ellas reducibles. No existe en ella representación reprimida alguna de la que haya sido separado el afecto angustioso. La angustia de estas fobias tiene un distinto origen. <<

[96] *Obsessions et Phobies*, en francés el original [*Rev. Neurol.*, 3 (2), 33-8]. <<

[97] Primera aparición del término «Neurosis de angustia», según Strachey. *(Nota del E.)* <<

[98] Ver «La neurastenia y la neurosis de angustia». *(Nota del E.)* <<

[99] *Über die Berechtigung, von der Neurasthenie einen bestimmten Symptomenkomplex als «Angstneurose» abzutrennen*, en alemán el original [*Neurol. Zbl*., 14 (2), 50-66.] <<

[100] Freud cita: «presión intracraneal, invitación espinal y dispepsia con flatulencia y constipación». *(Nota del E.)* <<

[101] E. Hecker: *Über larvierte und abortive Angstzustände bei Neurasthenia*, *en Zentralblatt für Nervenheilkunde*, diciembre 1893. En su estudio *Der neurasthenische Angstaffekt bei Zwangsvorstellungen und der primordiale Grübelszwang*, Viena, 1893, considera Kaan la angustia como uno de los síntomas principales de la neurastenia. <<

[102] Ver trabajo anterior en estas Obras Completas. *(Nota del E.)* <<

[103] Moebius: *Neuropathologische Beiträge*, Q. Heft. <<

[104] Peyer: *Die nervösen Affektionen des Darmes*, en «Wiener Klinik», enero 1893. <<

[105] Primera aparición del término libido, según Strachey. *(Nota del E.)* <<

[106] Tema discutido en otros trabajos de Freud, especialmente en: «La sexualidad en la etiología de las neurosis», «Tres ensayos para una teoría sexual», y en «Contribuciones al simposium sobre la masturbación», en estas Obras Completas *(Nota del E.)* <<

[107] Freud cita aquí a las curas del pastor Kneipp. *(Nota del E.)* <<

[108] *Zur kritik der «Angstneurose»*, en alemán el original, publicado en [*Wien. Klin. Rdsch*., 9 (27), 417-9 (28), 435-7 y (29), 451-2]. <<

[109] Véase «La neurastenia y la neurosis de angustia», en estas Obras Completas. <<

[110] Caso citado por Freud en «La neurastenia y la neurosis de angustia» (en estas Obras Completas) *[Nota del E.]*. <<

[111] Caso citado en «La neurastenia y la neurosis de angustia» (en estas Obras Completas) *[Nota del E.]*. <<

[112] Publicado por primera vez, en 1950, bajo el título alemán *Entwurf einer Psychologie*. El manuscrito de Freud no lleva título alguno, y tanto el título alemán como el castellano han sido puestos, respectivamente, por los recopiladores y por el traductor. Los traductores ingleses optaron por nombrar este trabajo *Project for a scientific psychology*. En sus cartas Freud se refiere a este manuscrito como los «los cuadernos», «la psicología», «la psicología para neurólogos» y «la ρφω». <<

[113] En la traducción castellana todos los agregados, sean de los recopiladores de la versión alemana (principalmente de Ernst Kris), del traductor inglés (James Strachey) o del presente traductor, han sido simplemente encerrados entre corchetes […], sin notación especial, dado que su profusión haría molesta la lectura. Las indicaciones «I». o «(Nota del T.)» sólo se emplean, en el texto, cuando el agregado no es obvio o cuando traduce una interpretación discutible. En cambio, han sido conservados en todas las notas al pie.

Sería oportuno anteponer a esta traducción múltiples aclaraciones terminológicas, pero los motivos ya expuestos en el Prólogo me inducen a diferir su consideración extensa para un comentario futuro. Además de glosas sucintas que figuran al pie de las respectivas páginas, sólo quiero advertir aquí acerca del empleo de tres términos.

Cogitativo aparece siempre como adjetivo de «pensar», o sea como lo relativo a los procesos intelectuales, ideacionales o ideativos, en su más amplio sentido (alemán, *Denk*-…). En el caso de *psicología cogitativa (Denkpsychologie)*, el traductor inglés ha puesto *psychology of intellectual processes*, y en general ha preferido esta versión, lo que a mi juicio equivale a restringir el alcance del término, tal como Freud lo emplea.

Catexia - su adjetivo, *catéctico*; su verbo, *catectizar* - aparece como versión de *Besetzung*, o sea como equivalente a «carga», «ocupación», etc.

No puedo extenderme aquí sobre la acepción que para Freud tiene, en este manuscrito, la palabra *cantidad*. El lector atento advertirá en el contexto por qué habitualmente aparece sin artículo. (*Nota del T.*) <<

[114] Las numerosas abreviaturas empleadas por Freud en su manuscrito fueron explicitadas al imprimir el mismo. Pero además de las abreviaturas usuales o fácilmente interpretables, el autor empleó también una serie de siglas: así, *N* aparece siempre denotando «neuronas», y con ρ, φ y ω se designan los tres sistemas de neuronas, empleándose a menudo φ como adjetivo (en cuyo caso aparece la palabra «psíquico»). Además, el sistema de neuronas ω también es designado con frecuencia como «sistema de neuronas perceptiva» [o «neuronas *W*»]. En tales casos, las abreviaturas o los signos usados por el autor han sido agregados entre paréntesis. Para representar el término «cantidad», Freud emplea dos abreviaturas: Q y Qὴ. Hacia el final del manuscrito indica los criterios de su distinción: Q se refiere a la cantidad «externa», y Qὴ, a la cantidad «psíquica». Sin embargo, esta distinción no siempre se conserva consecuentemente en el manuscrito, y en la carta núm. 39, del 1-1-1896, es abandonada explícitamente. En el presente texto ambas abreviaturas —Q y Qὴ— han sido sustituidas por la palabra «cantidad», pero agregando siempre, entre paréntesis, las claves de Freud. Cuando no se agregan éstas, se entiende que Freud no las empleó, sino que escribió la palabra correspondiente.

[Sin embargo, el traductor [inglés] se inclina a pensar que el empleo de las abreviaturas Q y Qὴ por Freud es susceptible de la siguiente distinción más precisa: Q parece haber sido empleada con carácter general para designar la cantidad —incluso la cantidad en el mundo exterior— en todos aquellos pasajes en que no se trata particularmente de caracterizarla con mayor precisión. En cuanto a Qὴ, parece denotar, ante todo, la cantidad tal como aparece en las neuronas; así, Qὴ es atribuida al sistema de neuronas ρ y al sistema de neuronas ω, tanto como al sistema φ. El traductor también se aventura a adelantar una explicación del enigmático signo Qὴ. Como se verá más adelante. Freud se permitió la chanza de adoptar la letra griega omega (ω) para sustituir la «W» de Wahrnehmung (percepción); por tanto, no sería del todo inverosímil que también aprovechara la circunstancia de que la eta griega (h) no sea más que una «ὴ» con una especie de cola. De tal modo, Qὴ

sería un símbolo adecuado para designar las palabras «cantidad neuronal». *I*.]
<<

[115] No es posible decidir con certeza a qué «intentos» aludía Freud. En cuanto a las concepciones neurofisiológicas, puede remitirse, sin embargo, a las *Obras completas* de E. Fleischl von Marxow (1893), con un esbozo biográfico de Sigmund von Exner, y en lo que respecta a las relaciones entre fisiología y psicología, a las obras del propio Exner, en particular a su *Intento de explicación fisiológica de los fenómenos psíquicos* (1894). En la pág. 225 de esta última obra se lee el siguiente pasaje: «Todos los fenómenos de cualidad y cantidad en las sensaciones, percepciones y representaciones conscientes pueden reducirse a excitaciones cuantitativamente variables de diversos segmentos de esta masa de vías». En cuanto a la teoría de la memoria, Freud bien puede haber sido estimulado por la conferencia de A. Forel sobre «La memoria y sus anomalías» (1885), ya que leía asiduamente los escritos de dicho autor. <<

[116] El enunciado de que la aplicación fructífera de nociones dinámicas a los problemas de la histeria habría conducido a la presente concepción, nos recuerda que los *Estudios sobre la histeria* habrían aparecido sólo poco tiempo antes de la redacción de este *Proyecto* [«todavía no habían aparecido», dice erróneamente la versión alemana. (*Nota del T.*)], de modo que es dable admitir que Freud intentara resolver en el mismo aquellas dificultades que Breuer no había atinado a solucionar en su contribución teórica a los *Estudios*. El punto de partida de Freud es, al respecto, diametralmente opuesto al de Breuer, que entre otras cosas escribió lo siguiente: «En las siguientes consideraciones, poco se dirá del cerebro y nada de las moléculas. Los procesos psíquicos habrán de ser expuestos en el lenguaje de la psicología; a decir verdad, no existe otra alternativa». <<

[117] Palabras omitidas en el manuscrito. <<

[118] *Not des Lebens*, dice el original alemán; la versión inglesa pone *exigencies of life*. He considerado oportuno aplicar aquí el término que empleo para traducir, en su sentido más general, el inglés *stress*. (*Nota del T.*) <<

[119] Las ideas desarrolladas en este pasaje sirvieron más tarde de punto de arranque a las reflexiones de Freud sobre los «dos principios del suceder psíquico» [1911]. Entre ambas exposiciones se halla el desarrollo de la misma noción en el capítulo VII de *La interpretación de los sueños*. La distinción entre una tendencia del aparato psíquico a reducir la tensión a cero y la modificación de la misma tendencia en la forma de mantener el nivel de tensión lo más bajo posible —en otros términos, la distinción entre el «principio del Nirvana» y el «principio del placer»— fue considerada en *Más allá del principio del placer* [1920]. <<

[120] Cuatro años antes, en 1891, Waldeyer había empleado por primera vez el término «neurona», al dar su forma definitiva a la teoría correspondiente. Jones (1953) señala a Freud como uno de los precursores de la teoría neuronal, en virtud de su trabajo sobre las células ganglionares del cangrejo y de dos monografías neurohistológicas anteriores (Freud, 1878, 1879 y 1882). En cuanto al concepto y el término de «sinapsis», llamadas aquí «barreras de contacto», sólo fueron elaborados dos años más tarde, en 1897, por Foster y Sherrington. Más adelante se verá como anticipó Freud, en un plano meramente especulativo, el dinamismo de los transmisores neuronales químicos. (Gasser, Schweitzer & Gright, *et al*.). (*Nota del T*.) <<

[121] La función de las barreras de contacto será expuesta con mayor precisión en el parágrafo [10]. <<

[122] Freud aplicó algunas de estas nociones en *Más allá del principio del placer* [1920]. En dicho lugar indica expresamente que al hacerlo se adhiere «a la anatomía cerebral localizacionista». De acuerdo con el análisis que M. Dorer (1932, págs. 128 y sig., especialmente página 151) hizo de las relaciones de Freud con las teorías de Meynert, no puede caber duda alguna de que al escribir dichas palabras se refería a este último. La influencia de Meynert se evidencia en varias partes de la argumentación del *Proyecto*, aunque no siempre es posible discernirla de la que ejercieron las concepciones más generalmente difundidas en la neurología de fines del siglo pasado. <<

[123] De la exposición siguiente se desprenden, para ambos grupos de neuronas, estas cualidades: las neuronas ρ son «permeables», es decir, no están dotadas de resistencia, cumplen la función de hacer frente a los estímulos del mundo exterior y han de ser identificadas con la sustancia gris medular; las neuronas φ son retentivas, sirven al propósito de dominar los estímulos internos y deben ser identificadas con la sustancia gris superpuesta (*supponierten*) del cerebro. <<

[124] Es ésta la traducción corriente del término alemán empleado por Freud, aunque no coincide estrictamente con el concepto habitual de «facilitación» (temporal o espacial), basada en la sumación central. (*Nota del T.*) <<

[125] Exactamente así dice el original alemán. Como la interpretación es discutible, agrego la de James Strachey y la mía, que, según creo, concuerda más con el sentido original. Dice el traductor inglés: «Vemos así que la cantidad (Qὴ) es el factor actuante, pero que la cantidad (Qὴ) puede ser reemplazada por cantidad *más* la facilitación resultante de la cantidad». A mi juicio, debe decir: «Adviértese así que la cantidad (Qὴ) es el factor efectivo y que la facilitación, resultado de la cantidad, es al mismo tiempo algo que puede llegar a sustituirla». En mi interpretación, simplemente, Freud habría escrito dos veces la palabra «cantidad», olvidando tachar una. (*Nota del T.*) <<

[126] Véase al respecto el parágrafo [12], donde esta cuestión es resuelta. Una parte de las formulaciones expuestas en este capítulo ha sido desarrollada, con modificaciones, en las hipótesis de Freud sobre las relaciones entre memoria y consciencia; consúltese en este conexo el esquema reproducido en *La interpretación de los sueños*, así como la teoría de que «la memoria y la cualidad de consciencia se excluyen mutuamente en los sistemas φ». Ulteriormente Freud dio una formulación aún más radical a esta idea, en la suposición de que «la consciencia surge *en lugar* del rastro mnemónico» [*Más allá del principio del placer*, 1920 (donde todas estas ideas son explícitamente atribuidas a Breuer. *I*.), y *El «block maravilloso»*, 1924; véase, además, la carta núm. 52, del 6-12-1896]. Un concepto similar había sido expresado por Breuer en el capítulo teórico de los *Estudios sobre la histeria* (1895), donde dice así: «Este aparato perceptivo, incluyendo las esferas sensoriales de la corteza, debe ser distinto del órgano que acumula y reproduce las impresiones sensoriales en forma de imágenes mnemónicas…»
<<

[127] Como señala Jones (1953, pág. 424 n.), veinte años después, en 1916, Gaskell demostraría lo contrario, o sea que los ganglios simpáticos se forman a partir del neuroeje. En el parágrafo [5] se hallará otra posible verificación empírica de la teoría. (*Nota del T.*) <<

[128] Textualmente «aparatos nerviosos terminales». La traducción dada aquí es anacrónica, aunque correcta, pues el término «teleneuronal» (o «telerreceptores») fue introducido por Sherrington en 1906, junto con los demás excelentes términos que el lector puede insertar mentalmente en este texto de Freud, anterior en once años: «interoceptores», «exteroceptores», «somatoceptores», «visceroceptores», «propioceptores», etc. (*Nota del T.*) <<

[129] Una ampliación de las nociones aquí insinuadas se hallará en el capítulo [12], sobre «La vivencia del dolor». <<

[130] La traducción de este pasaje, harto ambiguo en alemán, es discutible. El texto original dice literalmente, con sus posibles variantes puestas por mi entre corchetes: «La consciencia nos suministra lo que se llama *cualidades*, sensaciones que en gran multiplicidad [variedad] son distintas [son otras] y cuyo ser distintas [cuya alteridad] es diferenciado de acuerdo con las relaciones con el mundo exterior». La traducción inglesa dice, también literalmente y en versión inequívoca: «La consciencia nos da lo que llamamos "cualidades": sensaciones que muestran una gran variedad de "diferencias" y cuyas diferencias dependen de relaciones con el mundo exterior». Creo que esta versión inglesa, aunque más inteligible que la mía, es infiel, entre otras cosas, precisamente por ser más inteligible. Además, es indudable que Freud se refiere, no a las diferencias entre las cualidades, sino a lo diferencial de la cualidad. (*Nota del T.*) <<

[131] El papel desempeñado por las neuronas perceptivas y su relación con las neuronas ρ y φ halla una nueva formulación en la carta núm. 39, del 1-1-1896: «En mi nuevo esquema inserto estas neuronas perceptivas (ω) entre las neuronas ρ y las neuronas φ, de modo que ρ transfiere su cualidad a ω, mientras que ω no transfiere cualidad ni cantidad a φ, sino que meramente excita a ρ, o sea que establece las vías que habrá de seguir la energía psíquica libre». <<

[132] *W* aparece aquí por *Wahrnehmung*, «percepción». En las obras ulteriores de Freud, el «sistema *W*» se encuentra traducido generalmente por «sistema Pcpc».. Mantenemos aquí la *W* porque, como se verá más adelante, Freud trocó jocosamente esta letra *W* por la *omega* griega (ω), a fin de adaptar la notación a ρ y a φ. (*Nota del T*.) <<

[133] «Retorno a su estado anterior», en latín en el original. (*Nota del T.*) <<

[134] *Monoton*, en alemán. Más que en castellano, dicha palabra tiene allí el doble sentido de «monótono» y «monotónico», «monotonal»; entiéndase: «período… de frecuencia uniforme y constante, que da un tono único». (*Nota del T.*) <<

[135] Este tema será considerado en detalle más adelante, en el parágrafo [9].
<<

[136] «ωN» viene a ser la sigla del alemán *Wahrnehmungsneuronen* («neuronas perceptivas»), sustituyendo la «W» por una «ω». <<

[137] Traducción literal. Evidentemente, Freud corrigió «percepción» en «sensación» y olvidó tachar aquella palabra. El traductor inglés hace de esto una «sensación perceptiva» (?). (*Nota del T*.) <<

[138] Este punto ha sido ampliado en el tercer párrafo (cap. I) de *Más allá del principio del placer* [1920], donde toda esta concepción es atribuida a Fechner. [*I*.] <<

[139] En mérito a la claridad, cabe recordar aquí que ni los «procesos» en el mundo exterior, ni los «estímulos» que pasan a través del «aparato teleneuronal» hacia ρ, ni las catexis en ρ o en φ, poseen cualidad alguna, sino sólo una *característica* —un «período»— que únicamente *se convierte en cualidad* cuando llega a ω. [*I*.] <<

[140] Una formulación de las relaciones entre las variaciones de intensidad de un estímulo y las variaciones de la sensación resultante. Freud parece querer sugerir que la ley de Fechner entra en juego a nivel de este punto particular del sistema neuronal. [*I*.] <<

[141] Freud escribe, respectivamente, *Mantel-Neurone* («neuronas del manto») y *Kern-Neurone* («neuronas de los núcleos»). Strachey traduce *neurones of the pallium* y *nuclear neurones*, agregando esta aclaración: «Los histólogos de mediados del siglo XIX habían distinguido dos capas principales de células nerviosas en la corteza cerebral, dando el nombre de *pallium* ("manto") a la capa exterior. La neuroanatomía más reciente ha revelado que la estratificación es mucho más compleja».

Ahora bien: este término, equivalente latino de «manto» («palio»), tiene dos acepciones. La primera, histológica, se refiere a la sistematización de la arquitectura cortical y designa la parte más reciente de la corteza, diferenciándola del rinencéfalo (Koelliker); corresponde aproximadamente a lo que Vogt denominó, respectivamente, «isocortex» y «alocortex». El segundo concepto de *pallium* pertenece a la embriología y a la anatomía comparada y corresponde al telencéfalo, en oposición al diencéfalo (*Hirnmantel e Hirnstamm*, o «tronco cerebral», en alemán). Del presente contexto, de la evidente influencia de Meynert y del hecho de que Freud usa el término alemán *Mantel*, y no el latino (*pallium*), se desprende sin lugar a dudas que Freud ha querido denotar este segundo concepto, o sea que la aclaración insertada en la traducción inglesa induce a error, además de ser errónea en sí.

Insisto en esta disquisición porque la interpretación inglesa del término usado por Freud excluiría el cerebro olfatorio del sistema de neuronas «psi», lo que, a mi juicio, llevaría a una revisión total de los conceptos psicoanalíticos básicos, como el de instinto y el del *yo*; pero no es ésta la oportunidad para exponer tal punto de vista particular. [(Nota del T.)] <<

[142] Jones (1953, págs. 303-304, 417, 424) ha señalado con todo acierto la acepción particular que Freud da al concepto de sumación. Merecería la pena cotejarla con el estado que los conocimientos sobre el funcionalismo reflejo habían alcanzado hacia 1895. <<

[143] Según Strachey ésta es una de las primeras ocasiones en que Freud usa el término «instinto» (`Trieb’). (*N. del E.*) <<

[144] En ninguna de las formulaciones ulteriores que Freud dio a esta idea, llegó a ser igualada o superada la presente: ésta indica con toda claridad donde interviene la relación objetal en la transición del principio del placer al principio de realidad.

Homburger Erikson (1955, pág. 7) destaca este párrafo entre los más importantes de este manuscrito, tan abundante en prefiguraciones de los más modernos conceptos de la psicología interpersonal. En efecto, hállase implícita aquí la noción del desarrollo anaclítico del lenguaje, y uno estaría tentado de traducir todo este párrafo en la terminología y en los conceptos de la actual teoría de la información. (*Nota del T.*) <<

[145] Acerca de la acepción que debe darse aquí a este término, véase la segunda nota del final del parágrafo [9]. <<

[146] El manuscrito dice «motrices», lo que es un evidente error de escritura. Véase, en cambio, el parágrafo [18], donde también las neuronas motrices son calificadas como «neuronas-llave». <<

[147] Hoy convendría más llamarlas «neuronas-gatillo» o «percutoras» (uso este segundo término para designar en castellano los mecanismos de *triggering*), a fin de resaltar el vínculo que estas formulaciones de Freud tienen con los actuales conceptos sobre neuronas internunciales y reverberadoras, y sobre la sumación central (*Nota del T.*). <<

[148] Estos estados serán considerados más ampliamente en la tercera parte. La dificultad de traducir el alemán *Abwehr* = «defensa», me ha obligado a poner también «rechazo» entre corchetes. Léase mentalmente esta doble traducción en todo el resto del trabajo y consúltense las consideraciones respectivas en la cuarta nota al pie del manuscrito H. <<

[149] Aun en el presente trabajo, Freud distingue ya entre la defensa primaria y la represión, y más tarde separó también la reacción al dolor de la represión. [Véase *La represión*, 1915]. <<

[150] El tema del «aprendizaje por la experiencia biológica» reaparece con frecuencia en la tercera parte. <<

[151] Este tema es considerado más ampliamente en la tercera parte. <<

[152] La catexis constante de energía, la función de inhibir o diferir ciertas descargas y la conexión con el proceso secundario, son también otros tantos atributos de la «organización yoica», tal como Freud aplica este término en su teoría estructural. Véase *El «yo» y el «ello»* (1923), y otras obras ulteriores.

[TRADUCTOR]: Homburger Erikson (1955, pág. 7) dice respecto de este pasaje: «Freud no es, ciertamente, el primero que se refirió a un *yo*. Pero lo que asombra es encontrar en medio de esta exposición mecanicista una referencia al *yo* como `una organización', `un grupo de neuronas que retiene una catexis constante' y que así `forman parte del *dominio* del *yo*'. Es evidente que el concepto de vías de facilitación es sustituido y superado aquí por un concepto de campo».

A mi juicio, todo este capítulo —y en particular su primer párrafo— es el pilar más sólido en todo este trabajo, tan pletórico de proyecciones al futuro, para tender un puente hacia la más reciente psicología dinámica. En lo que se refiere particularmente a este párrafo, no pienso tanto en el concepto de campo de la psicología de la forma (K. Lewin), sino más bien en las propiedades cámpicas de los circuitos de realimentación en el esquema neuronal de Lorente de Nó, desarrolladas por McCulloch y otros. <<

[153] La función de la atención será considerada más detalladamente en la tercera parte. <<

[154] En las líneas que siguen se encuentra la primerísima formulación de una idea a la que Freud dio múltiples versiones, siendo la última la de que la «prueba de realidad» es una función del *yo*. Otras formulaciones anteriores, que siguen inmediatamente a la asentada en este *Proyecto*, se hallan en *La interpretación de los sueños* y en *Formulaciones sobre los dos principios del suceder psíquico*. <<

[155] A fin de compararla con los pasajes precedentes, cabe insertar aquí la siguiente cita de *La interpretación de los sueños*: «Una corriente de esta especie en el aparato [psíquico], que parte del displacer y tiende hacia el placer, constituye lo que denominamos un “deseo”… El primer deseo bien puede haber consistido en la catectización alucinatoria del recuerdo de la satisfacción… Únicamente insisto en la noción de que la actividad del *primero de* los sistemas φ está orientada hacia *la libre derivación de las cantidades de excitación*, mientras que el *segundo* sistema, por medio de las catexis que de él emanan, logra *inhibir* esa derivación y llevar la catexis a un estado quiescente, elevando al mismo tiempo su nivel. Admito, pues, que la descarga de excitación es gobernada, bajo el dominio del segundo sistema, por condiciones mecánicas totalmente distintas a las que actúan bajo el dominio del primer sistema. Una vez que el segundo sistema ha concluido su actividad cogitativa exploradora levanta también la inhibición y la acumulación de las excitaciones, permitiendo su derivación hacia la motilidad». <<

[156] Los temas tratados en este capítulo y en los dos siguientes se hallarán expuestos con mayor amplitud en la tercera parte. [I.] <<

[157] Con respecto al presente pasaje y al que le sigue, consúltese una de las formulaciones ulteriores que Freud dio a este extenso grupo de problemas: «Así, el primero y más inmediato fin de la prueba de realidad no es el de descubrir en la percepción real un objeto correspondiente a lo imaginado, sino el de *redescubrir tal objeto*, el de convencerse de que todavía subsiste. La diferenciación entre lo subjetivo y lo objetivo es aún exacerbada por otra facultad del pensamiento. La reproducción de la percepción en la imaginación no es siempre su repetición fiel, sino que puede ser modificada por omisiones o por la fusión de distintos elementos. La prueba de realidad ha de verificar entonces el alcance de esas deformaciones. Es evidente, empero, que una condición esencial para el establecimiento de la prueba de realidad es la de que se hayan perdido objetos que procuraron otrora satisfacciones reales». [*La negación*, 1925]. La conexión con una relación objetal pretérita y precoz, establecida en la última sentencia de esta cita, a menudo sólo aparece implícita en las formulaciones del *Proyecto*; pero el ejemplo empleado por Freud para exponer el establecimiento de una identidad entre la representación [la imagen] y lo representado [lo imaginado] es la representación que el lactante tiene del pecho paterno. <<

[158] Consúltense formulaciones muy similares sobre la adjudicación en el trabajo de Freud sobre *La negación* [1925]. <<

[159] En la versión inglesa dice: (*Q*). (*Nota del T.*). <<

[160] La palabra alemana *erkennen* puede corresponder a la castellana «reconocer» o a las dos primeras acepciones de «conocer» en el diccionario de Lalande, es decir, al acto cogitativo que pone un objeto y al que penetra en él, pero no al resultado de dicho acto ni a su concreción en un estado. La traducción que aquí he dado obedece a la subsistencia de una duda apenas disipada por mi opinión de que la voz alemana se refiere a la aprehensión cognoscitiva de la imagen mnemónica, más su individualización entre muchas cosas. Es significativo que el traductor inglés no haya puesto *know* ni *recognize*, sino *cognize*, aclarando, entre paréntesis: *to get to know*. (*Nota del T.*) <<

[161] Estas reflexiones sobre las raíces de nuestra comprensión de los actos expresivos ajenos nunca fueron adecuadamente proseguidas en las obras ulteriores de Freud. Un pasaje de su libro sobre el chiste [1905] aplica la hipótesis de que el recuerdo del propio gasto de inervación es el que permite comprender la mímica y los ademanes del prójimo. Las investigaciones más recientes sobre el «esquema corporal» arrojan nueva luz sobre las ideas de Freud formuladas en este *Proyecto*. Consúltese, al respecto, Schilder [1942]. [En cuanto a la relación entre los primeros contactos corporales y la identificación, véase Kris, 1951. *I*.]. <<

[162] Así en el manuscrito original. Erróneamente impreso *verarbeitende* («elaboradora») en la edición alemana de 1950. [*I*.] <<

[163] *Mitleidswert*, en alemán. James Strachey pone *sympathetic value* en la versión inglesa, a mi juicio equivocadamente. Max Scheler, que ha descripto mejor la fenoménica del *syn-pathos*, divide los *Mitgefühle* (simpatías, en el sentido griego del prefijo; es decir, con-patías, compasiones) en *Mitfreude* y *Mitleid*, que prefiero traducir por «congratulación» y «conmiseración». (*Nota del T*.) <<

[164] Este término es explicado en la tercera parte, donde se prosigue la consideración de todo este tema. [*I*.] <<

[165] Este problema será considerado más ampliamente en la tercera parte. <<

[166] Lo que Freud describe aquí como «interés cogitativo» parece ser lo mismo que en la próxima sentencia se denomina «atención», así como en la tercera parte donde este tema se halla expuesto con mayor detenimiento. <<

[167] Respecto de lo que sigue, consúltese *La interpretación de los sueños*. Parecería que Freud hubiese olvidado el descubrimiento, expuesto aquí, de la «analogía» entre los procesos oníricos y los mecanismos psiconeuróticos, y que no la redescubrió sino a comienzos de 1899 [en la carta núm. 105, del 19-2-99]. <<

[168] Así en el manuscrito, pero erróneamente impreso como «cantidad» en la edición alemana de 1950. [*I*.] <<

[169] El siguiente primer intento de exponer una teoría de los sueños es fragmentario en tantos puntos esenciales, que difícilmente merece la pena compararlo detalladamente con las hipótesis desarrolladas en *La interpretación de los sueños*. Advertimos que Freud abordó el estudio de los sueños desde dos direcciones: sus intentos de dilucidar la índole del aparato psíquico le facultan para comprender los mecanismos generales de la formación onírica; pero fue sólo el análisis de sus propios sueños —y la experiencia concreta de su autoanálisis— lo que le permitió dar el paso adelante que había de conducirle desde la concepción expresada en este *Proyecto* a la que anima la obra arriba citada. <<

[170] Este punto fue recalcado por Freud en el curso de una larga nota al pie de la historia clínica de Emmy von N., fechada en mayo 15 e incluida en los *Estudios sobre la histeria* [1895]. Se refiere al mismo tema en *La interpretación de los sueños*, cap. V, a) [1900]. <<

[171] Freud recurrió a estos ejemplos en *La interpretación de los sueños*, donde los explica atribuyéndolos al esfuerzo «de reunir en un conjunto comprensible las impresiones sensoriales que se nos ofrecen». <<

[172] «Del soñar», dice la versión inglesa, corrigiendo (?) a Freud. (*Nota del T.*) <<

[173] Véase *La interpretación de los sueños*. <<

[174] Esta explicación de la regresión en los sueños es considerada y criticada en *La interpretación de los sueños*. <<

[175] Freud llegó a esta conclusión después de haber interpretado su «sueño de la inyección de Irma» en julio de 1895 (véase la carta núm. 137). Parecería que no hubiese vinculado todavía el análisis de este sueño con su propio análisis. En aquél se traduce la orientación dinámica, pero todavía no la genética. <<

[176] Véase el desarrollo de este pasaje en el «sueño de la inyección de Irma», en *La interpretación de los sueños* [1900], (en estas Obras Completas). <<

[177] Ideas, representaciones o pensamientos hiperintensos o sobrevalorados: su definición y denominación fueron precisadas por Freud en 1905 en la historia clínica de «Dora», cuyo material data de 1900. En el citado pasaje se hallarán denominaciones como «ideas prepotentes», «reforzadas» o «preponderantes», que no pertenecen a la terminología psiquiátrica castellana. (*Nota del T.*) <<

[178] Después de *Estudios sobre la histeria*, Freud sólo excepcionalmente volvió a usar el término «símbolo» en este sentido. <<

[179] *Proton Pseudos*, cita en el *Organon* de Aristóteles, usado por Freud en este capítulo que trata de falsas premisas y falsas conclusiones, según Strachey. (*Nota del T*.) <<

[180] En lo que se refiere al proceso primario, consúltese el parágrafo 15. <<

[181] Este ejemplo no fue reproducido en ninguna obra publicada de Freud. <<

[182] El ulterior descubrimiento de la importancia de la sexualidad infantil por Freud no invalidó del todo este concepto, que señala la catectización regresiva del material infantil en el curso de la pubertad. <<

[183] Este proceso se describirá con mayor detalle en la tercera parte. <<

[184] Considerado con mayor detalle en la tercera parte. <<

[185] El sistema *W*. <<

[186] Así en el manuscrito original; la impresión alemana de 1950 dice erróneamente «cantidad». [*I*.] <<

[187] El papel que la atención desempeña en las consideraciones siguientes explica por que se encuentran en ellas tan escasos puntos de contacto con las obras ulteriores de Freud. Ya en *La interpretación de los sueños* [1900] insiste en que «las más complicadas funciones del pensamiento son posibles sin intervención alguna de la consciencia», y que «la conscienciación depende de la aplicación de una función psíquica particular: la atención». Véase también, más adelante, parágrafo 2. <<

[188] Consúltese al respecto un pasaje de *La interpretación de los sueños* donde, después de discutir la relación entre la percepción y realización del deseo, Freud prosigue así: «Esta primera actividad psíquica tiende, por tanto, a producir una *identidad de percepción*, o sea una repetición de aquella percepción que estuvo vinculada con la satisfacción de la necesidad». El presente texto del *Proyecto* entra en mayores detalles: Freud trata de reducir aquí el pensamiento y la prueba de realidad a la tensión a la cual el niño se halla sometido mientras aguarda la satisfacción. Véase también el parágrafo 16 de la primera parte. <<

[189] Lo que sigue contradice la ulterior concepción de Freud (desarrollada ya en *La interpretación de los sueños*) acerca de la importancia de los procesos psíquicos preconscientes. Véase, por otra parte, el parágrafo 2 de esta tercera parte. <<

[190] En esta oración nueve palabras fueron accidentalmente omitidas en la edición alemana de 1950, desvirtuando su sentido. [*I*.] <<

[191] *Sprachassoziationen* = «Asociaciones del lenguaje». La traducción es ambigua, como el texto alemán. No atino a decidir si se refiere a «verbales» o «vocales». En lo que sigue usaré indistintamente «verbales» o «del lenguaje». [*T*.] <<

[192] *Klangvorstellungen* = «representaciones tonales». La versión inglesa dice equivocadamente «imágenes auditivas». [*T*.] <<

[193] En *La interpretación de los sueños* dice así: «A fin de que los procesos cogitativos puedan adquirir cualidad, se encuentran asociados en el ser humano con recuerdos verbales». En sus trabajos ulteriores Freud adoptó la siguiente formulación: «… la idea consciente está integrada por una idea concreta *más* la idea verbal que le corresponde, mientras que la idea inconsciente equivale únicamente a una idea concreta». [*Lo inconsciente*, 1915. La traducción de este pasaje en dicho lugar es totalmente errónea. *T*.] <<

[194] Véase la nota 2, al pie del parágrafo 4 de esta tercera parte. <<

[195] Expresado en la terminología ulterior de Freud, esto quedaría así: las situaciones frustradoras de la primera infancia rinden, en general, una importante contribución al desarrollo del sentido de realidad y, en particular, proveen la motivación para reconocer e identificar a la persona que asiste al niño y de la cual emana tanto la satisfacción como la frustración. <<

[196] El pensamiento «es esencialmente un tipo experimental de acción, con desplazamiento de menores cantidades de catexis y con escasa derivación (descarga) de las mismas». [*Los dos principios del suceder psíquico*, 1911]. Este pasaje falta en la traducción castellana de López Ballesteros, y su omisión torna ininteligible el párrafo respectivo. (L. Rosenthal) <<

[197] Así en el manuscrito original. La edición alemana de 1950 dice erróneamente: «Por lo tanto». [*I*.] <<

[198] La distinción entre energía psíquica «ligada» o «quiescente», por un lado, y energía psíquica «libre» o «móvil», por el otro, es uno de los conceptos más fundamentales de Freud, que reaparece en casi todas sus obras ulteriores. Así, por ejemplo, se encuentra en el capítulo VII, e) de *La interpretación de los sueños* [1900]. Freud atribuye esta distinción a Breuer, quien la consideró en la segunda parte de su contribución teórica a *Estudios sobre la histeria* (1895), publicados pocos meses antes de la redacción del presente *Proyecto*. [*I*.] <<

[199] Respecto de lo que sigue, consúltese el parágrafo 14 de la primera parte de este *Proyecto*. <<

[200] Véase la prosecución de estos conceptos en *Formulaciones sobre los dos principios del suceder psíquico* (1911), donde se asigna a la atención la tarea de «explorar periódicamente el mundo exterior a fin de que los datos del mismo sean ya previamente conocidos en caso de surgir una necesidad interior no aplazable…». <<

[201] Esta diferenciación aparece destacada a menudo en los trabajos posteriores de Freud; así, por ejemplo, en las últimas páginas de *La interpretación de los sueños* (1900). [*I*.] <<

[202] Freud emplea aquí la palabra *Einfall*, que en alemán significa, a la vez, «asociación» e «irrupción» o «intrusión». De tal modo, combina esta voz de doble sentido la designación dinámica y la descriptiva del proceso en cuestión. James Strachey agrega aquí una nota en la que califica el término «asociación» de «sumamente ambiguo». [*T.*] <<

[203] He aquí la primera descripción de los procesos preconscientes de pensamiento hecha por Freud. <<

[204] *Zielbesetzungen* = «catexias dirigidas a un fin» (*purposive cathexes* puso el traductor inglés). Mi traducción —«intencional»— podría inducir a error si se profundizara la distinción entre la prospección de un fin (instintual) y la impulsión por una «facultad» intencional (tendencia hórmica). Véase parágrafo 3 de esta tercera parte. <<

[205] *Ablaufsquantität* en alemán. [*T*.] <<

[206] Así en el original alemán; «signos de pensamiento» («cogitativos») dice la versión inglesa, sin duda con acierto. [*T*.] <<

[207] *Vorstellung* = «representación» («idea») y *Wahrnehmung* = «percepción», en alemán. [*T*.] <<

[208] Este tema ya fue tratado anteriormente en el parágrafo 19 de la primera parte. <<

[209] *Ungeb. (ungebunden)* en el manuscrito. Esta abreviatura fue erróneamente explicitada en la edición alemana de 1950: *umgebenden* («circundante»). [*I*.] <<

[210] Consúltese al respecto *La interpretación de los sueños*, donde dice: «Tampoco es difícil advertir que el principio del displacer, que en otros respectos ofrece al proceso cogitativo sus más importantes asideros, también le pone obstáculos en su camino hacia el establecimiento de la `identidad del pensamiento’. La tendencia del pensamiento debe estar dirigida, pues, a librarse cada vez más de la regulación exclusiva por el principio del displacer y a restringir el desarrollo de afectos por la actividad cogitativa, a un mínimo imprescindible para que puedan seguir actuando como señales». <<

[211] En este párrafo —como en las anteriores menciones de la «cosa»— podría leerse «objeto» («complejo objetivo», en oposición al «complejo atributivo» o, mejor, «complejo predicativo»). Aunque esta terminología es más corriente y correcta en filosofía, la he evitado para no incurrir en confusión con el sentido analítico de «objeto», no empleado todavía por Freud en 1895. En cuanto a la distinción entre objeto y cosa —más complicada en alemán: *Gegenstand*, *Ding*, *Sache*—, no pone aquí diferencia alguna. [*T*.] <<

[212] Así en el manuscrito; la edición alemana de 1950 dice erróneamente «cualidad». [*I.*] <<

[213] Una aproximación a esta idea —aunque no, por cierto, muy amplia— se hallará, entre las obras publicadas de Freud, en su hipótesis de la función sintética del *yo*, que incluye la necesidad de eliminar las contradicciones. Este problema sólo fue tocado de pasada en *La interpretación de los sueños*: «Nuestro pensamiento vigil (preconsciente) se conduce ante cualquier material perceptivo con el que se encuentre, exactamente de la misma manera que la función que estamos considerando [es decir, la función secundaria] se conduce frente al contenido del sueño. Es inherente a su naturaleza ordenar semejante material, establecer relaciones en él y someterlo a nuestra expectación de un todo inteligible». <<

[214] *L’heredité et l’étiologie des neuroses*, en francés el original. [*Rev. Neurol*., 4 (6), 161-9 (March 30).] <<

[215] Ha habido modificaciones para las distintas ediciones alemanas, algunas dicen: «*naturaleza menos comprensible*», otras lo consignan como en la presente. La edición inglesa también lo tradujo igual. Se discute si Freud quería referirse a la relativa incomprensibilidad de los factores hereditarios frente a factores más conocidos y descubiertos por él mismo. *(Nota del E.)* <<

[216] Trabajo IX de estas Obras Completas. <<

[217] No ha quedado aclarado a qué trabajo se refería Freud; en los que siguen, Freud retoma y profundiza el tema, sin embargo, Strachey piensa que el trabajo en cuestión no fue nunca escrito por haberse dedicado Freud a su autoanálisis. *(Nota del E.)* <<

[218] Primera aparición publicada del término, según Strachey. *(Nota del E.)* <<

[219] Véase anteriormente *La histeria*, en estas Obras Completas. <<

[220] *Weitere Bemerkungen über Abwehrneuropsychosen*, en alemán el original. [*Neurol. Zbl*., 15 (10), 434-48 (May 15).] <<

[221] En estas Obras Completas. <<

[222] En estas Obras Completas. <<

[223] Nota de Freud de 1925: «Me estoy inclinando a pensar que los relatos de agresiones (sexuales) tan frecuentemente inventadas por los histéricos puedan ser fantasías obsesivas de huellas mnémicas de un trauma infantil». *(Nota del E.)* <<

[224] En el ensayo sobre la neurosis de angustia hube de exponer que «un primer contacto con el problema sexual podía provocar en las adolescentes la emergencia de una neurosis de angustia, combinada de un modo casi típico con una histeria». Hoy sé que la ocasión en que surge esta angustia virginal no corresponde al primer contacto con la sexualidad, sino que tales sujetos han pasado en su infancia por una experiencia sexual pasiva, cuyo recuerdo es despertado en dicho primer contacto. <<

[225] Una teoría psicológica de la represión habría de explicarnos también por qué son las representaciones de contenido sexual las únicas que pueden ser reprimidas. He aquí algunas indicaciones: El representar de contenido sexual produce en los genitales procesos de excitación análogos a los de la propia experiencia sexual. Podemos suponer que esta excitación somática se transforma en excitación psíquica. Por lo común, el efecto correspondiente es en la experiencia real mucho más fuerte que en el recuerdo de la misma. Pero cuando la experiencia real ha sobrevenido en una época anterior a la madurez sexual y su recuerdo es despertado en tiempos posteriores a la misma, actúa el recuerdo, produciendo una excitación incomparablemente más intensa de la que en su día produjo la experiencia, pues en el intermedio ha elevado la pubertad, de un modo extraordinario, la capacidad de reacción del aparato sexual. Esta relación inversa entre la experiencia real y el recuerdo es lo que parece integrar la condición de la represión. La vida sexual ofrece —por el retraso de la pubertad con respecto a las funciones psíquicas— la única posibilidad existente de una tal inversión de la eficacia relativa. Los traumas infantiles actúan *a posteriori* como experiencias recientes, pero ya desde lo inconsciente. Los límites de este estudio me imponen aplazar para otra ocasión más amplias explicaciones psicológicas. Sólo quiero indicar aún que a época de «maduración sexual» a la que aquí me refiero no coincide con la pubertad, sino que es anterior a ella (de los ocho a los diez años). <<

[226] En estas Obras Completas. <<

[227] Adición en 1924: «Todo este capítulo se halla dominado por un error, que más tarde he reconocido y rectificado repetidamente. Al escribirlo no sabíamos distinguir, de los recuerdos reales del sujeto, sus fantasías sobre sus años infantiles. En consecuencia, adscribimos a la seducción, como factor etiológico, una importancia y una generalidad de las que carece. Al superar este error fue cuando se nos hizo visible el campo de las manifestaciones espontáneas de la sexualidad infantil, que describimos en nuestras *Aportaciones a una teoría sexual*, publicadas en 1905. Sin embargo, no todo lo expuesto en el capítulo que antecede debe ser rechazado, pues la seducción conserva aún un cierto valor etiológico. Asimismo, creo aún exactas algunas de las observaciones psicológicas en él desarrolladas». <<

[228] Un solo ejemplo de los muchos que podríamos aducir: Un niño de once años realizaba de un modo obsesivo al ir a acostarse, el ceremonial siguiente: no se dormía hasta después de haber contado a su madre, punto por punto, todos los sucesos del día; sobre la alfombra de la alcoba no debía haber ningún trozo de papel ni cosa alguna semejante; la cama había de estar arrimada a la pared, con tres sillas delante, por el lado opuesto, y con las almohadas colocadas en determinada forma. Por último, antes de decidirse a dormir, el infantil sujeto tenía que contraer y estirar violentamente las piernas varias veces y colocarse luego de costado. Todo esto se explicó del modo siguiente: años antes, la niñera encargada de acostar al niño había aprovechado la ocasión para echarse en la cama encima de él y abusar de él sexualmente. Cuando, luego, un suceso reciente despertó el recuerdo de tales escenas, se manifestó este recuerdo, en la consciencia, bajo la forma del ceremonial obsesivo antes descrito, cuyo sentido, fácil de adivinar, fue descubierto y, comprobado por el análisis en todos sus puntos. La cama debía estar arrimada a la pared y tener delante tres sillas por el otro lado para que nadie pudiese tener acceso a ella. Las almohadas debían hallarse colocadas en un orden determinado para que este orden fuese distinto del de la noche del suceso. El contraer y estirar violentamente las piernas respondía al acto de separar a la persona echada sobre el sujeto, y la necesidad de ponerse de costado, al hecho de haber yacido entonces de espaldas. La minuciosa confesión ante la madre era la compensación de haberle callado aquellas y otras escenas sexuales, obedeciendo a la prohibición de su corruptora. Por último, la limpieza absoluta de la alfombra de la alcoba significaba el deseo de que la madre no tuviera nada que reprocharle. <<

[229] Ver caso citado por Freud en el trabajo *Obsesiones y fobias*, en estas Obras Completas. (Nota del E.) <<

[230] Adición en 1924: «Quizá más exactamente, de `*dementia paranoides*’. Sin embargo, en nota B, Freud la diagnostica de `*Dementia praecox*’». *(Nota del E.)* <<

[231] Al decir de Strachey sería la primera aparición del término «proyección» en una publicación. *(Nota del E.)* <<

[232] *Zur Ätiologie der Hysterie*, en alemán el original, conferencia probablemente ofrecida en el *Verein für Psychiatrie und Neurologie*. Publicado en *Wien. Klin. Rdsch*., 10 (22), 379-81 (23), 395-7 (24), 413-15 (25), 432-3, y (26), 450-2. *(Nota del E.)* <<

[233] El lenguaje de las piedras. *(Nota del E.)* <<

[234] Dejamos intencionadamente sin precisar tanto la naturaleza de la asociación de ambos recuerdos simultaneidad, causalidad, analogía de contenido, etc.) como el carácter psicológico de cada uno (consciente o inconsciente). <<

[235] O mejor traducido: «puntos nodales». *(Nota del E.)* <<

[236] Agregado en 1924: véase la nota siguiente. <<

[237] *Fuente del Nilo*, que tantas dificultades ha tenido el descubrirlas. *(Nota del E.)* <<

[238] Agregación en 1924: «Todo esto es exacto, pero me hace pensar que en la época en que fue escrito no me había libertado aún de una estimación exagerada de la realidad e insuficiente de la fantasía». <<

[239] Ver el análisis de Frau P., en estas Obras Completas. *(Nota del E.)* <<

[240] *Die Sexualität in der Ätiologie der Neurosen*, en alemán el original. [*Wien. Klin. Rdsch*. 12 (2), 21-2 (4), 55-7 (5), 70-2 (7), 103-5.] <<

[241] Ver «La neurastenia y la neurosis de angustia», en estas Obras Completas. *(Nota del E.)*. <<

[242] Ver «La neurastenia y la neurosis de angustia», en estas Obras Completas. (Nota del E.). <<

[243] Primera aparición del término, según Strachey. *(Nota del E.).* <<

[244] Con el pastor Kneipp, en Bad Wörishofen-Swabia, famoso por sus curas naturales y de agua fría. Caso citado anteriormente. *(Nota del E.)*. <<

[245] Publicado dos años después (1900), ver en estas Obras Completas. *(Nota del E.)*. <<

[246] En estas Obras Completas. <<

[247] *Über Deckerinnerungen*, en alemán el original, publicado en *Mschr. Psychiat. Neurol.*, 6 (3), 215-30 (Sept.); traducido al inglés como «Screen memories». *(Nota del E.)* <<

[248] Freud un año antes había ya publicado su trabajo sobre «El mecanismo psíquico del olvido», incluido en «Psicopatología de la vida cotidiana». *(Nota del E.)* <<

[249] Caso citado por Freud anteriormente en «Estudios sobre la histeria». *(Nota del E.)* <<

[250] Véase: «Nuevas observaciones sobre las neuropsicosis de defensa». <<

[251] Freud en 1899 tenía 43 años, sin embargo, Strachey ha creído ver en la cita, y con razón, un trozo autobiográfico levemente deformado. *(Nota del E.)*
<<

[252] «Algún día, tal vez, llegará a ser un placer recordar estas cosas», cita de Virgilio, según Strachey. *(Nota del E.)* <<

[253] Una prótasis es una cláusula condicionada y una apódosis es una consecuencial, ver más abajo. *(Nota de Strachey.)* <<

[254] 'Die Traumdeutung', en alemán el original, publicado por Franz Deuticke, Leipzig-Vienna. La cita de Virgilio (La Eneida) la introduce Freud en una carta a Fliess el 4-12-1896; su traducción sería: «Si no puedo conciliar a los dioses celestiales, moveré a los del infierno». *(Nota de J. N.)* <<

[255] Estos corchetes fueron suprimidos en ediciones ulteriores. <<

[256] A los trece años de publicarse la primera edición alemana. Abraham A. Brill tradujo por primera vez al inglés *La interpretación de los sueños* con el título de *The Meaning of Dreams* («El significado de los sueños»), George Allen & Co., Londres, 1913. En 1915 la misma casa dio una segunda edición. Publicada en 1930 la octava y última edición alemana con modificaciones sustanciales (véase el tomo XIX de estas *Obras completas*, págs. 203-234), el mismo Brill rehizo su anterior versión, adaptando incluso su título al original alemán: *The interpretation of Dreams*, tercera edición que fue publicada simultáneamente, en 1932, en Inglaterra y en Estados Unidos: George Allen & Unwin, Ltd., Londres y The Macmillan Company, Nueva York. En 1938 apareció una reimpresión popular editada por Random House, Inc., Nueva York. Para esta tercera edición Freud escribió el presente prólogo. *(N. del T.)* <<

[257] Freud se refiere al volumen: Freud: *Selected Papers on Hysteria and other Psychoneuroses*, Nervous and Mental Disease Monograph Series, núm. 4, Nueva York, 1909. Para más detalles con respecto a las traducciones de Freud por Brill, véase la nota núm. 316. *(N. del T.)* <<

[258] Hasta 1900, fecha de la primera edición de la presente obra, en su original alemán. <<

[259] Las consideraciones que siguen están tomadas del concienzudo estudio de Büchsenschütz. <<

[260] En alemán existen términos diferentes para designar el suelo —fenómeno onírico— y el acto de dormir (*Traum y Schlaf*). Igualmente en francés y en inglés (*rêve y sommeil; dream y sleep*). Pero en castellano no poseemos sino un mismo término —sueño— para ambos conceptos. Como esto pudiera originar confusiones, diremos tan sólo *sueño* refiriéndonos al *fenómeno onírico*, y emplearemos para designar el acto de dormir la palabra *reposo. (N. del T.)* <<

[261] También Hipócrates dedica un capítulo de su famosa obra médica a las relaciones entre los sueños y las enfermedades. *(Nota de 1914).* <<

[262] Sobre la interpretación onírica en la Edad Media, cf. la obra de Diepgen y las investigaciones especiales de M. Foerster, Gotthard y otros. Almoli, Amram, Lewinger, y recientemente, desde el punto de vista psicoanalítico, Lauer, han estudiado la interpretación de los sueños entre los judíos; Drexi, F. Schwarz y el misionero Tfinkdji, entre los árabes; Miura e Iwaya, entre los japoneses; Secker, entre los chinos, y Negelein, entre los indios. <<

[263] «… y cualquiera que sea el propósito al que uno se aferre con devoción, cualquiera el asunto que nos ha tenido ocupado en exceso en el pasado, más diligente se hace la mente sobre tal propósito, generalmente son las mismas cosas que parecemos encontrar en los sueños: abogados que alegan sus pleitos y comparan leyes, generales que combaten y se trenzan en batalla…» *(Nota del E.)* <<

[264] «Así es como los restos de pensamientos y acciones se movilizan y agitan dentro del alma». *(Nota del E.)* <<

[265] También Vaschide afirma haberse observado con gran frecuencia que en nuestros sueños hablamos los idiomas extranjeros con mayor soltura y corrección que en la vida despierta. <<

[266] Como resultado de investigaciones posteriores, añadiré aquí que no es cosa tan rara el que el sueño reproduzca inocentes y poco importantes ocupaciones del día, tales como hacer los baúles, preparar la comida, etc. Pero en tales sueños no acentúa el sujeto el carácter de recuerdo, sino el de realidad: «Todo eso lo estuve haciendo realmente durante el día». *(Nota de 1909.)* <<

[267] *Chauffeurs*, nombre dado en la Vendée a una cuadrilla de ladrones que aplicaban a sus víctimas la tortura descrita. <<

[268] La aparición de personas gigantes en un sueño indica que en el mismo se evoca una escena de la infancia del durmiente. *(Nota de 1911.)*

Adición de 1925: «Incidentalmente, la interpretación consignada que apunta a una reminiscencia de *Los viajes de Gulliver*, es un buen ejemplo de lo que una interpretación no debe ser. El interpretador de un sueño no debe darle rienda suelta a su imaginación y olvidarse de las asociaciones del soñador». *(Nota del E.)* <<

[269] Además de este valor diagnóstico de los sueños (por ejemplo, en Hipócrates), debemos recordar la importancia terapéutica que en la antigüedad se les concedía.

Entre los giegos había onirocríticos, a los que acudían principalmente enfermos en demanda de curación. El paciente penetraba en el templo de Apolo o Esculapio y era sometido a diversas ceremonias —baño, masaje, sahumerio, etc.—, que provocaban en él un estado de exaltación. En seguida se le dejaba reposar dentro del templo, tendido sobre la piel de un carnero sacrificado. En esta situación soñaba con los remedios que habían de devolverle la salud, los cuales se le aparecían con toda claridad o bajo una forma simbólica, interpretada luego por los sacerdotes.

Sobre estos sueños terapéuticos entre los griegos, cf. *Lehmann*, I, 74; Bouché-Leclercq, Hermann, *Gottesd, Altert*, d. Gr., párr. 41; *Privatalert*, párr. 38, 16; Böttinger, Beitr., z. *Geschichte d. Med*. (Sprengel), II, págs. 163 y ss.; W. Lloyd, *Magnetism and mesmerims in antiquit*, Londres, 1877; *Döllinger*, *Heidentum und Judentum*, pág. 130. <<

[270] Sin embargo, se han observado también sueños que se repitieron periódicamente; cf. la colección de Chabenaix. <<

[271] Citado por Benini (1898). <<

[272] H. Silberer ha mostrado en varios interesantes ejemplos cómo incluso pensamientos abstractos se transforman, en estado de adormecimiento, en imágenes plásticas que aspiran a presentar idéntico significado. *Jahrbuch v. Bleuler-Freud*, I, 1909. <<

[273] Análogamente intenta Haffner explicar la actividad onírica por la transformación que en la correcta función del intacto aparato anímico tiene que provocar una condición introducida en él de un modo anormal, pero describe esta condición en forma distinta a la de Delboeuf. Según Haffner, la primera característica del sueño es la carencia de lugar y tiempo, esto es, la emancipación de la representación del puesto que el sujeto ocupa dentro del lugar y tiempo. Con éste se enlaza el segundo carácter fundamental del sueño; la confusión de las alucinaciones, imaginaciones y combinaciones de la fantasía con las percepciones exteriores. «Dado que la totalidad de las fuerzas anímicas superiores, y especialmente la formación de conceptos, el juicio y la deducción, por un lado, y por otro la autodeterminación contingente, se unen a las imágenes fantásticas sensoriales y tienen siempre a éstas como base, habrán de participar asimismo estas actividades de la falta de reglas de las imágenes oníricas. Y decimos que participan porque, tanto la energía de nuestro juicio como la de nuestra voluntad no experimentan en sí, durante el sueño, alteración ninguna. Por lo que a la actividad se refiere, somos, durante el reposo, igualmente libres y poseemos igual penetración que en estado de vigilia. Ni aun en sueños puede el hombre burlar las leyes del pensamiento; esto es, identificar lo que se le representa como opuesto, etc., ni tampoco desear sino aquello que se representa como un bien (*sub rationi boni*). Pero en esta aplicación de las leyes del pensar y del querer es inducido a error el espíritu humano, en el sueño, por la confusión de una representación con otra. Así, establecemos y cometemos en él las mayores contradicciones, mientras que al mismo tiempo podemos formular los más penetrantes juicios, deducir las más lógicas conclusiones y tomar las decisiones más virtuosas y santas. La falta de orientación es todo el secreto del vuelo que nuestra fantasía sigue en el sueño, y la ausencia de reflexión crítica y de contraste con otras inteligencias constituye la fuente principal de la extravagancia de nuestros juicios, esperanzas y deseos en el sueño» (pág. 16). <<

[274] Compárese con este punto de vista el *désintêret*, en el que Claparède (1905) ve el mecanismo de la conciliación del reposo. <<

[275] «No hay cosa imaginada demasiado absurda, demasiado enredada o demasiado anormal para nuestros sueños». *(Nota del E.)* <<

[276] Más adelante se nos revelará el sentido de estos sueños llenos de palabras que comienzan con la misma sílaba. <<

[277] Cf. Haffner y Spitta. <<

[278] El inteligentísimo místico Du Prel, uno de los pocos autores cuya omisión en anteriores ediciones de este libro quisiera reparar, manifiesta que el acceso a la metafísica no es, por lo que el hombre se refiere, la vida despierta, sino el sueño (*Philosophie der Mystik*, página 59). <<

[279] Nota de 1914: «Una bibliografía ulterior y una discusión crítica de estos problemas puede encontrarse en Tobowolska (1900)». <<

[280] Cf. la crítica que de esta hipótesis hace Havelock Ellis (*World of dreams*, pág. 268). <<

[281] *Grundzüge des Systems der Anthropologie*, Erlangen, 1860. <<

[282] No deja de ser interesante conocer la actitud que la Inquisición adoptase ante este problema. En el *Tractatus de Officio sanctissimae Inquisitionis*, de Tomás Careña (edición de Lyon, 1659), se dice: «Si alguien profiriese herejías en sueños, deberán los inquisidores abrir información sobre su vida, pues en los sueños suele retornar aquello que nos ha ocupado durante el día» (Dr. Ehniger S. Urban, Suiza). <<

[283] Idénticamente se expresa el poeta Anatole France *(Le Lys rouge): Ce que nous voyons la nuit, ce sont les restes malheureux de ce que nous avons négligé dans la veile. La rève est souvent la revanche des choses qu'on méprise ou le reproche des êtres abandonnes*. <<

[284] Entre los autores que con posterioridad a los citados han tratado de estas relaciones se encuentran Feré, Ideler, Lasègue, Pichon, Régis, Vespa, Giessler, Kazowsky, Pachantoni y otros. *(Nota de 1914).* <<

[285] H. Swoboda: *Die Perioden des menschlichen Organismus*, año 1904. <<

[286] Nota de 1930: «Ver mi trabajo sobre Josef Popper-Lynkens y la teoría onírica» (En estas Obras Completas). <<

[287] En una novela de W. Jensen —la *Gradiva*— descubrí casualmente varios sueños artificiales tan perfectamente construidos e interpretables como si en lugar de constituir una libre creación poética hubieran sido realmente soñados. Interrogado, declaró el autor ignorar por completo mis teorías. Esta coincidencia entre mis investigaciones y la creación poética ha sido utilizada por mí como demostración de la exactitud de mi análisis onírico. (Véase mi obra *El delirio y los sueños en la «Gradiva», de W. Jensen*). <<

[288] Manifiesta Aristóteles que el mejor onirocrítico será aquel que con mayor facilidad vea las analogías, pues las imágenes oníricas aparecen, como las reflejadas en el agua, desfiguradas y dislocadas por el movimiento, y acertará mejor aquel que sepa reconocer lo que verdaderamente representan (Büchsenschütz, pág. 65). <<

[289] Artemidoro de Dalcis, nacido probablemente a principios del siglo II de nuestra era, nos ha transmitido en su obra un concienzudo y completo estudio de la interpretación onírica en el mundo grecorromano. Como ya lo observa Th. Gomperz, se esfuerza en basar dicha interpretación en la observación y la experiencia y trata de separar su arte de otros engañosos y arbitrarios. El principio en el que basa su método de interpretación es, según la exposición de Gomperz, idéntico al de la magia, o sea, el principio de la asociación. Un objeto onírico significa aquello cuyo recuerdo se despierta *en el interpretador*. De aquí una inevitable fuente de arbitrariedad e incertidumbre, pues el elemento onírico puede despertar simultáneamente en el interpretador el recuerdo de varias cosas distintas o recordar una diferente a cada onirocrítico. La técnica que en los capítulos que siguen habré de exponer se diferencia de ésta en un punto esencial: el de confiar al propio sujeto del sueño el trabajo de interpretación, no atendiendo sino a lo que al mismo se le ocurre sobre cada elemento onírico y no a lo que al intérprete pudiera ocurrírsele. Según recientes comunicaciones del misionero Tfinkdjt (*Anthropos*, 1913), también los modernos onirocríticos orientales conceden una amplia importancia a la colaboración del sujeto. Así, hablando de los intérpretes de sueños entre los árabes mesopotámicos, nos dice: *Pour interprêter exactement un songe, les oniromanciens les plus habiles s'informent de ceux qui les consultent de toutes les circonstances qu'ils regardent nécessaires pour la bonne explication… En un mot, nos oniromanciens ne laissent aucune circonstance leur échapper et ne donnent l'interprétation désirée avant d'avoir parfaitement saisi et reçu toutes les interrogations désirables*. Entre estas preguntas incluyen siempre las encaminadas a procurarse precisos datos sobre las personas má próximas al sujeto (padres, esposa, hijos), así como la fórmula típica: *Habuistine in hac nocte copulam conjugalem ante vel post somnium? L'idée dominante dans l'interprétation des songes consiste à expliquer le rêve par son apposé*. <<

[290] El doctor A. Robitsek me ha hecho observar que los «libros de los sueños» orientales, de los que no son los nuestros sino una lamentable caricatura, efectúan casi siempre la interpretación guiándose por las similicadencia o analogía de las palabras. Estas afinidades se han perdido, naturalmente, en la traducción, y a ello obedece lo arbitrario e inexplicable de las sustituciones que nuestras «claves de los sueños» nos proponen. Los trabajos de Hugo Winckler contienen una amplia información sobre esta extraordinaria importancia de los juegos de palabras en las antiguas civilizaciones orientales. El más bello ejemplo de una antigua interpretación onírica que hasta nosotros ha llegado se basa en uno de tres juegos de palabras. He aquí cómo lo refiere. Artemidoro: «Acertadísima, a mi juicio, fue la interpretación dada por Aristandro a un sueño de Alejandro Magno. Preocupado éste por la tenaz resistencia que le oponía la ciudad de Tiro, a la que tenía sitiada, tuvo un sueño, en el que vio a un sátiro bailando sobre su escudo. Aristandro se hallaba casualmente en las cercanías de Tiro incorporado al séquito del monarca, que guerreaba contra los sirios. Dividiendo la palabra satyros en σα y τνρος, dio alientos al rey para insistir con mayor energía en su empeño hasta conseguir apoderarse de la ciudad». (Σα - τνρος, = tuya es Tiro.) De todos modos, se hallan los sueños tan ligados a la expresión verbal, que Ferenczi observa justificadamente que cada lengua tiene su idioma onírico propio. Los sueños son, pues, en general, intraducibles a un idioma distinto del sujeto, y por esta razón opinaba yo que también lo sería el presente libro. No obstante, el doctor A. A. Brill ha logrado llevar a cabo una versión inglesa (Londres, 1913, George Allen), y los psicoanalistas doctores Hollos y Ferenczi han emprendido la tarea de verterlo al húngaro (1918). <<

[291] Con posterioridad a la redacción de la presente obra ha llegado a mi conocimiento un trabajo de Stumpf, coincidente con mis teorías en el propósito de demostrar que los sueños poseen un sentido interpretable. Pero la interpretación se realiza por medio de un símbolo alegórico y carece de alcance general. <<

[292] Breuer y Freud: *Studien über Hysterie*. Viena, 1895, vol. I de esta colección. <<

[293] H. Silberer ha deducido de la observación directa de esta transformación de las representaciones en imágenes visuales importantes aportaciones a la interpretación onírica. (*Jahrbuch der Psychoanalyse*, I y II, 1909 y sigs.). <<

[294] A esta tercera persona pueden también referirse los dolores de vientre, hasta ahora inexplicados, de que Irma se lamenta en el sueño. Trátase de mi propia mujer, y los dolores de vientre me recuerdan una de las ocasiones en que hube de comprobar su resistencia a mis indicaciones médicas. Tengo que confesar que no trato en este sueño con mucha amabilidad a Irma ni a mi mujer; mas ha de disculpárseme el que comparo a ambas al ideal de paciente dócil y manejable. <<

[295] Sospecho que la interpretación de esta parte del sueño no fue continuada lo bastante para discutir todo su oculto sentido. Mas, prosiguiendo la comparación de las tres mujeres, me desviaría mucho del tema principal. Todo sueño presenta por lo menos un fragmento inescrutable, como un cordón umbilical por el que se hallase unido a lo incognoscible. <<

[296] Freud comparó tal diferencia de carácter a la que existe entre dos personajes de una novela, `Ut mine Stromtid' de Fritz Reuter; ellos son: el alguacil Bräsig y su amigo Karl, uno caracterizado por su rapidez y el otro por su lentitud pero seguridad. *(Nota del E.)* <<

[297] La palabra «ananas» muestra, además, una cierta semejanza con el apellido de Irma, mi paciente. <<

[298] Sobre este punto concreto no se ha mostrado mi sueño nada profético. En otro sentido, sí, pues los dolores de estómago de que Irma se lamentaba en él, dolores de los que yo quería rechazar toda responsabilidad, y para los cuales no fue posible hallar explicación alguna, eran precursores de una grave afección hepática. <<

[299] Wilhelm Fliess. <<

[300] Nota de 1909: «aunque tiene que comprenderse que no he consignado todas las ocurrencias durante el proceso de interpretación». <<

[301] Strachey comenta una carta de Freud a Fliess (12-6-900) donde aquél, imaginando una placa conmemorativa del lugar y fecha en que descubrió el sentido de los sueños, la redactó así: «En esta casa (*Bellevue*), el 24 de julio de 1895, el secreto de los sueños le fue revelado al Dr. Sigm. Freud». Pese a todos los homenajes rendidos por la ciudad de Viena a su hijo ilustre (XXVII Congreso Internacional de Psicoanálisis, Viena, 1971), aún no se ha colocado esa placa. *(Nota del E.)* <<

[302] Weygandt conocía ya la existencia de esta clase de sueños: «La sed es de las sensaciones que más precisamente advertimos durante el reposo, y despierta siempre en nosotros la representación de que la satisfacemos. La forma en que en el sueño se representa la satisfacción de la sed es muy variada y queda determinada por cualquier recuerdo reciente. Como fenómeno general, señalaremos aquí el de que a la representación de satisfacer la sed sucede siempre un desencanto ante el escaso afecto de la supuesta satisfacción». Pero Weygandt no se da cuenta de la generalidad de la reacción del sueño al estímulo. El que otras personas que sientan sed durante la noche despierten sin soñar nada previamente no constituye una objeción contra mi experimento; lo único que demuestra es que el reposo de tales personas no es suficientemente profundo Cf. Isaías, 20, 8: «Y será como el que tiene hambre y sueña, y parece que come; mas, cuando despierta, su alma está vacía, o como el que tiene sed y sueña, y parece que bebe; mas cuando despierta, hállase cansado, y su alma sedienta…» <<

[303] Freud cita los nombres de dichos lugares: «Dornbach (el lugar del paseo), Rohrer Hütte (el lugar no alcanzado) y Hameau (el letrero en el poste)». *(Nota del E.)* <<

[304] Idéntica función que en esta niña realizó el sueño poco tiempo después en su anciana abuela, que contaba cerca de setenta años. Después de un día de dieta que sus trastornos renales le impusieron, soñó, trasladándose seguramente a los felices días de su juventud, que era invitada a comer y a cenar en casa de unos amigos y que en ambas comidas le eran servidos los más exquisitos platos. <<

[305] Un más penetrante y detenido estudio de la vida anímica de los niños nos muestra, sin embargo, que en su actividad psíquica desempeñan un papel importantísimo inadvertido durante mucho tiempo por los investigadores, fuerzas instintivas de conformación infantil, y, por tanto, habremos de dudar de la felicidad que a esta edad atribuyen luego los adultos. (Véase mi obra *Una teoría sexual*.) <<

[306] No debo dejar de advertir que los niños suelen también tener sueños más complicados y menos transparentes, y que, por otro lado, también en los adultos se presentan, bajo determinadas circunstancias, sueños de sencillo carácter infantil. Los ejemplos expuestos por mí en mi «Análisis de la fobia de un niño de cinco años» (vol. IV de esta colección), y por Jung en su estudio «Sobre los conflictos del alma infantil» (*Ibid.*, t. II, 1910), muestran los ricos que en insospechado contenido pueden ser ya los sueños de niños de cuatro a cinco años. También v. Hugh-Hellmuth, Putnam, Raalte, Spielrein, Tausk, Biancheri, Buseman y Wiggam han publicado interpretaciones analíticas de sueños infantiles. El último de los autores citados acentúa especialmente la tendencia a la realización de deseos de tales sueños. Por otra parte, parece que los sueños infantiles vuelven a presentarse con singular frecuencia en los adultos colocados en condiciones de vida alejadas de lo corriente. En su libro *Antartie* (1904) escribe Otto Nordenskjöld, de la tripulación que con él invernó entre los hielos: «Nuestros sueños, que no habían sido nunca tan vivos ni numerosos como entonces, indicaban claramente la orientación de nuestros pensamientos. Hasta aquellos de nuestros camaradas que en la vida normal no soñaban sino excepcionalmente, nos relataban largas historias cuando por las mañanas nos reuníamos para comunicarnos unos a otros nuestras últimas aventuras en el mundo imaginativo de los sueños. Todas ellas se referían al círculo de relación social del que tan alejados nos hallábamos; pero con frecuencia aparecían adaptados a nuestra situación de momento. Uno de los sueños más característicos fue el de un compañero nuestro que se vio trasladado a los bancos de la escuela y encargado por el profesor de despellejar pequeñísimas focas en miniatura fabricadas expresamente para fines pedagógicos. Comer y beber eran, por lo demás, los centros en derredor de los cuales gravitaban casi siempre nuestros sueños. Uno de nosotros, que tenía la especialidad de soñar con grandes banquetes, se mostraba encantado cuando podía anunciarnos, por la mañana, que había saboreado una comida de tres platos. Otro, soñaba con montañas de tabaco, y otro, por último, veía avanzar a nuestro barco, con las velas

henchidas, sobre el mar libre. Uno de estos sueños merece especial mención: El cartero trae el correo y explica largamente por qué ha tardado tanto en llegar hasta nosotros. Se equivocó en la distribución, y sólo con mucho trabajo logró volver a hallar las cartas erróneamente entregadas. Naturalmente, nos ocupábamos en nuestros sueños de cosas aún más imposibles; pero en todos los míos y en los que me han sido relatados por mis camaradas podía observarse una singular pobreza de imaginación. Si todo ellos hubiesen sido anotados, poseeríamos una colección de documentos de un gran interés psicológico. De todos modos, se comprenderá lo encantadores que resultaban para nosotros, ya que podían ofrecernos lo que más ardientemente deseábamos». Citaré aquí también unas palabras de Du Prel: «Mungo Park, llegado, en su viaje a través de África, a un estado de extrema extenuación, soñaba todas las noches con los fructíferos valles de su país natal. Asimismo, Trenck, atormentado por el hambre, se vela sentado en una cervecería de Magdeburgo, ante una mesa colmada de los más suculentos manjares, y Jorge Back, que tomó parte en la primera expedición de Franklin, soñaba siempre con grandes comidas durante los días en que estuvo próximo a la muerte por inanición». <<

[307] Un proverbio húngaro, citado por Ferenczi, afirma, más ampliamente, que «el cerdo sueña con las bellotas y el ganso con el maíz». Un proverbio judío dice asimismo: «¿Con qué sueña la gallina? Con el trigo». <<

[308] Nada más lejos de mí que afirmar que ningún autor ha pensado antes que yo en deducir un sueño de un deseo. (Véanse los siguientes párrafos del capítulo siguiente.) Aquellos que dan un valor a tales prioridades podrían citarme, ya en la antigüedad, al médico Herófilo, que vivió bajo el primero de los Tolomeos, y distinguía —según Büchsenschütz— tres clases de sueños: los enviados por los dioses; los naturales, que surgen de lo que es conveniente y de lo que sucederá, y los mixtos, que emergen espontáneamente por aproximación de imágenes, cuando vemos lo que deseamos. De la colección de ejemplos de Scherner extrae Stärcke uno, al que el mismo autor califica de realización de sus deseos (pág. 239). Dice Scherner: «El deseo despierto de la durmiente fue colmado en el acto por su fantasía, sencillamente porque continuaba intensamente vivo en el ánimo de la misma». Este sueño pertenece a los sueños de estado de ánimo (*Stimmungsträumen*), y próximos a él se hallan los sueños de «deseo erótico masculino y femenino» y los del «mal humor». Como puede verse, no hay el menor indicio de que Scherner atribuyera a los deseos otra significación, con respecto a los sueños, que la de uno de tantos estados de ánimo de la vida despierta, y mucho menos, por tanto, de que relacionase los deseos con la esencia de los sueños. <<

[309] Ya Plotino, el filósofo neoplatónico, decía: «Cuando nuestros deseos entran en actividad, acude la fantasía y nos presenta seguidamente el objeto de los mismos». (Du Prel, pág. 276.) <<

[310] Es increíble la resistencia que los lectores y los críticos oponen a este razonamiento y a la diferenciación fundamental entre contenido latente y contenido manifiesto. En cambio, debo hacer constar que, de todos los juicios contenidos en la literatura existente sobre la materia, ninguno se acerca tanto a mis afirmaciones, con respecto a este punto concreto, como los expresados por J. Sully en su estudio *Dreams as a revelation*, trabajo meritísimo cuyo valor no puede quedar disminuido por ser aquí la primera vez que lo mencionamos: *It would seem then, after all, that dreams are not the utter monsense they have been said to be by such authorities as Chaucer, Shakespeare and Milton. The chaotic aggregations of our nightfancy have a significance and comunicate new knowledge. «Like some letter in cipher, the dream inscription when scrutinised closely loses its first look of balderdash and takes the aspect of a serious, intellegible message. Or to vary the figure slightly, we may say that, like some palimpsest, the dream discloses beneath its worthless surface-characters traces of an old and precious communication»*. (Pág. 364.) <<

[311] «Consideraciones confesionales», para Strachey es clara la referencia de Freud al antisemitismo reinante en esa época en Viena. *(Nota del E.)* <<

[312] Es singular cuánto se limita aquí mi recuerdo despierto en favor de los fines del análisis. En realidad, he conocido a cinco tíos míos, alguno de los cuales me han inspirado gran cariño y respeto. Pero en el momento en que he logrado vencer la resistencia que a la interpretación se oponía, me digo: «No he tenido más que un tío, el tío José, y es éste, precisamente, aquél a que mi sueño se refiere». <<

[313] Goethe (Fausto): «*Das Beste, was du wissen kannst, Darfst du den Buben doch nicht sagen*». <<

[314] La señora v. Hugh-Hellmuth ha comunicado un sueño (*Internat. Zeitschr. f. ärtzl. Psychoanalyse*, III) que justifica como ningún otro mi adopción del término «censurar». La deformación onírica actúa en este sueño como la censura postal, borrando aquellos pasajes que cree inaceptables. La censura postal suprime tales pasajes con una tachadura, y la censura onírica los sustituye, en este caso, por un murmullo inteligible.

Para la mayor comprensión del sueño indicaremos que la sujeto es una señora de cincuenta años, muy distinguida y estimada, y viuda, hacía ya doce años, de un jefe del Ejército. Tiene varios hijos, ya mayores, y uno de ellos se hallaba, en la época del sueño, en el frente de batalla.

He aquí el relato de este sueño, al que podríamos dar el título de «sueño de los servicios de amor»: la señora entra en el hospital militar N. y manifiesta al centinela que desea hablar al médico director (al que da un nombre desconocido) para ofrecerle sus servicios en el hospital. Al decir esto acentúa la palabra «servicios» de tal manera, que el centinela comprende en seguida que se trata de «servicios de amor». Viendo que es una señora de edad, la deja pasar después de alguna vacilación; pero, en lugar de llegar hasta el despacho del médico director, entra en una gran habitación sombría, en la que se hallan varios oficiales y médicos militares, sentados o de pie, en derredor de una larga mesa. La señora comunica su oferta a un médico, que la comprende desde las primeras palabras. He aquí el texto de la misma, tal y como la señora lo pronunció en su sueño: «Yo y muchas otras mujeres, casadas, solteras, de Viena, estamos dispuestas con todo militar, sea oficial o soldado…» Tras de estas palabras, oye (siempre en sueños) un murmullo; pero la expresión, en parte confusa y en parte maliciosa, que se pinta en los rostros de los oficiales, le prueba que los circunstantes comprenden muy bien lo que quiere decir. La señora continúa: «Sé que nuestra decisión puede parecer un tanto singular; pero es completamente seria. Al soldado no se le pregunta tampoco, en tiempos de guerra, si quiere o no morir». A esta declaración sigue un penoso silencio. El médico mayor rodea con su brazo la cintura de la señora y le dice: «Mi querida señora, suponed que llegásemos

realmente a ese punto…» (*Murmullos*.) La señora se liberta del abrazo, aunque pensando que lo mismo de aquél que otro cualquiera, y responde: «Dios mío, yo soy una vieja, y puede que jamás me encuentre ya en ese caso. Sin embargo, habrá que organizar las cosas con cierto cuidado y tener en cuenta la edad, evitando que una mujer vieja y un muchacho joven… (Murmullos.) Sería horrible». El médico mayor: «La comprendo a usted perfectamente». Algunos oficiales, entre los cuales se halla uno que le había hecho la corte en su juventud, se echa a reír, y la señora expresa su deseo de ser conducida ante el médico director, al que conoce, con el fin de poner en claro todo aquello; pero advierte, sorprendida, que ignora el nombre de dicho médico. Sin embargo, aquel otro al que se ha dirigido anteriormente le muestra, con gran cortesía y respeto, una escalera de hierro, estrecha y en espiral, que conduce a los pisos superiores, y le indica que suba hasta el segundo. Mientras sube, oye decir a un oficial: «Es una decisión colosal. Sea joven o vieja la mujer de que se trate, a mí no puede por menos de inspirarme respeto». Con la consciencia de cumplir un deber, asciende la señora por una escalera interminable.

El mismo sueño se reproduce luego dos veces más en el espacio de pocas semanas y con algunas modificaciones que, según la apreciación de la señora, eran insignificantes y perfectamente absurdas. <<

[315] Tales sueños hipócritas no son nada raros. Hallándome en una ocasión consagrado al estudio de un determinado problema científico, tuve varias noches, casi seguidas, un sueño fácilmente desorientador, cuyo contenido era mi reconciliación con un amigo del que hace ya tiempo hube de prescindir. A la cuarta o quinta vez conseguí por fin aprehender el sentido de estos sueños. Residía en la incitación a echar a un lado el resto de consideración que aún me inspiraba dicha persona y a desligarme de ella en absoluto. Pero en el sueño se había disimulado hipócritamente este sentimiento, presentándose convertido en su contrario. De otra persona he comunicado un «sueño de Edipo» de carácter hipócrita, en el que los sentimientos hostiles y los deseos de muerte de las ideas latentes quedaban sustituidos por una manifiesta ternura. («Ejemplo típico de un sueño de Edipo, disfrazados».) Más adelante (*Material y fuente de los sueños*), citaremos otro género de sueños hipócritas. (El amigo parece ser W. Fliess.) <<

[316] Adición de 1930: «Posteriormente encontramos ejemplos en que, al contrario, un sueño realizaba un deseo por parte de la segunda instancia». <<

[317] Soy el primero en lamentar la intercalación en el presente estudio de desarrollos correspondientes, como el que antecede, a la psicopatología de la histeria, y que expuestos, además, aislada y fragmentariamente, no pueden tampoco proporcionarnos grandes esclarecimientos. Pero si por medio de ellos quedan indicadas las íntimas relaciones que enlazan los sueños a las psiconeurosis, quedará cumplido el propósito que me guió a acogerlos. <<

[318] Del mismo modo que el «salmón ahumado» en el sueño de la comida fracasada. <<

[319] Sucede con frecuencia que al relatarnos un sujeto su sueño suprime, sin darse cuenta, fragmentos del mismo cuyo recuerdo no surge sino después, en el curso del análisis. Estos fragmentos, agregados *a posteriori*, nos proporcionan siempre la clave de la interpretación. Véase lo que después exponemos sobre el olvido de los sueños. <<

[320] Strachey recuerda que la expresión «traer a la casa», en alemán (`*heimführen*’) también significa casarse. *(Nota del E.)* <<

[321] Varios de mis oyentes me han comunicado también en los últimos años sueños negativos que constituyeron su reacción a su primer contacto con mi teoría. <<

[322] Un gran poeta contemporáneo, del que me han dicho que no quiere ni oír hablar del psicoanálisis y de la interpretación onírica, ha hallado, sin embargo, una fórmula casi idéntica para la esencia del sueño: «La emergencia independiente de intensos deseos reprimidos bajo rostro y nombre falsos». (Spitteler.)

Anticiparé también aquí la apreciación y modificación que Otto Rank ha llevado a cabo de la fórmula básica arriba citada: «El sueño presenta siempre, sobre la base y con el auxilio de material sexual infantil reprimido, deseos generalmente eróticos como realizados en forma encubierta y simbólicamente disfrazada».

Adición de 1925: «Hasta ahora puedo decir que he adoptado la fórmula de Rank como propia. La versión abreviada, arriba mencionada, me parece adecuada. Sin embargo, el simple hecho de haber mencionado la modificación propuesta por Rank ha sido suficiente como para desatar incontables acusaciones contra el psicoanálisis de que `todos los sueños tienen un contenido sexual'. Si esa modificación se toma en el sentido en que fue señalada, se demostraría la forma inconsciente que acostumbran los críticos llevar a cabo sus funciones y la ligereza con que los adversarios desestiman aún las más claras afirmaciones que no le dan salida a sus tendencias agresivas, ya que sólo unas páginas antes hice mención de la variedad de deseos cuya realización se ve en los sueños infantiles (deseos de tomar parte en una excursión o navegar en un lago o asistir a una comida que faltó, y así por el estilo); y en otros pasajes he comentado los sueños de hambre, los sueños por el estímulo sed o por necesidades excretorias y también los sueños de comodidad. Aún el mismo Rank no es categórico en afirmarlo. Las palabras que usa son `también como una regla deseos eróticos', y lo que él dice puede ser ampliamente confirmado en los sueños de la mayoría de los adultos. La situación sería diferente si mis críticos usasen `sexual' en el sentido empleado ahora corrientemente por el psicoanálisis en el sentido de `Eros'. Pero es escasamente probable que mis adversarios hayan tenido en la mente el interesante problema de si todos los

sueños son creados por fuerzas instintivas libidinales en contraste con las destructivas». <<

[323] «La neurastenia y la neurosis de angustia», en estas Obras Completas. <<

[324] Ciertamente, se ve que la teoría de Robert de que el sueño se halla destinado a descargar nuestra memoria de las impresiones sin valor recibidas durante el día, resulta insostenible ante la aparición relativamente frecuente en nuestros sueños de imágenes mnémicas indiferentes de nuestra infancia. Siendo así, habría que pensar que el sueño cumplía muy imperfectamente su función. <<

[325] Como ya indicamos en el capítulo II, ha transportado H. Swoboda a la vida psíquica los intervalos biológicos de veintitrés u veintiocho días descubiertos por W. Fliess, afirmando especialmente que estos períodos son decisivos para la emergencia de los elementos oníricos en los sueños. Si esto resultara cierto, la interpretación onírica no sufriría transformación alguna esencial; pero sí obtendríamos una nueva fuente para el origen del material de los sueños. Recientemente he sometido una serie de sueños propios a una investigación encaminada a comprobar la posibilidad de aplicar la «teoría de los períodos» al material onírico, y he escogido para ello elementos especialmente singulares del contenido manifiesto, cuya percepción en la vida diurna pudiera fijarse cronológicamente con toda seguridad.

Primer sueño. 1-2 octubre de 1910.

(Fragmento). En un lugar indeterminado de Italia. Tres hermanas me enseñan pequeños objetos de arte como si me hallara en una tienda de antigüedades; pero al hacerlo se sientan sobre mis rodillas. Al ver uno de los objetos, digo a una de ellas: «Eso se lo he regalado yo a usted». Mientras pronuncio estas palabras veo claramente el perfil de una mascarilla que reproduce los acusados rasgos de Savonarola.

¿Cuándo he visto por última vez una imagen de Savonarola? Mis notas de viaje me indican que pasé en Florencia los días 4 y 5 de septiembre. Durante mi estancia en esta ciudad pensé en enseñar a mi compañero de viaje el medallón con los rasgos de Savonarola, que marca, sobre el suelo de la Piazza Signoria, el lugar donde el fanático fraile sufrió el suplicio de la hoguera, y, si no me equivoco, fue el día 5, por la mañana, cuando cumplí este propósito. De esta impresión a su retorno en el sueño han pasado ciertamente 27 + 1 = 28 días, o sea, según Fliess, un «período femenino». Mas, por desgracia para la fuerza demostrativa de este ejemplo, he de indicar que en el mismo día del sueño estuvo a verme uno de mis colegas, hombre muy inteligente, al que, por su tétrico y sombrío aspecto, hube de dar, hace ya varios años, el sobrenombre de Rabbí Savonarola. Venía a presentarme un

individuo enfermo a causa de un accidente que había sufrido viajando en el ferrocarril de Pontebba, línea por la que había pasado yo hacía ocho días, y esta última circunstancia hizo volver a mis pensamientos a mi reciente viaje por Italia. La aparición del singular elemento Savonarola en el contenido de mi sueño resulta así explicada por esta visita de mi colega el día inmediatamente anterior al mismo, y el intervalo de veintiocho días queda despojado, por tanto, de toda posible significación.

Segundo sueño. 10-11 de octubre de 1910.

Realizo nuevamente trabajos de Química en el laboratorio de la Universidad L., el consejero áulico, me invita a trasladarme a otro lugar, y avanza delante de mí en actitud singularísima, inclinado hacia adelante alzando en su mano con aire agudo (?) (¿perspicaz?) (scharfsinning = agudo; scharftsichtig = perspicaz) una lámpara o un instrumento. Cruzamos después por un lugar al aire libre… (El resto del sueño ha sido olvidado.)

Lo más singular del contenido de este sueño es la forma en que L. avanza con la lámpara ante sí, como escrutando la lejanía. Hace ya mucho tiempo que no he visto a L., pero, al examinar mi sueño, descubro que no es él sino una figura sustitutiva de otra más importante; nada menos que de la de Arquímedes. Efectivamente, en el monumento dedicado a Arquímedes en Siracusa, cerca de la fuente de Aretusa, se halla representado el gran físico griego en actitud idéntica a la que L. muestra en mi sueño, graduando la inclinación del gran espejo ustorio y espiando con aguda mirada los movimientos del ejército sitiador. ¿Cuándo he visto por vez primera (y última) este monumento? Según mis notas, fue el 17 de septiembre por la tarde, y desde esta fecha hasta mi sueño han transcurrido 13 + 10 = 23 días, un «período masculino», según Fliess.

Desgraciadamente, la interpretación de este sueño nos demuestra que tampoco en él teníamos necesidad de recurrir a la teoría de los períodos. En efecto, el estímulo que lo provocó fue la noticia, recibida el día anterior, de que la clínica en la que se me cedía un aula para mis conferencias, y de aquí retrocedieron mis pensamientos hasta el principio de mi actividad pedagógica, cuando carecía realmente de aula y tropezaba en mis trabajos

para obtenerla con la frialdad de los omnipotentes señores consejeros áulicos y profesores. Por esta época me dirigí a L., que ocupaba el cargo de decano y al que creía inclinado en mi favor. Pero no obtuve en él sino una promesa de ayuda que jamás fue cumplida. En mi sueño es él el Arquímedes que me da πονστω `base de sustentación' y me guía personalmente a otro lugar. Todos aquellos que se hallen algo familiarizados con la interpretación onírica adivinarán sin dificultad que ni el deseo de venganza ni la consciencia de los valores son ajenos a las ideas de este sueño. He de suponer que sin el estímulo onírico citado no hubiera llegado a mi sueño la figura de Arquímedes. Lo que no puedo asegurar es que la intensa y reciente impresión de la estatua de Siracusa no se hubiese constituido, de todos modos, en estímulo provocador de un sueño en un intervalo distinto.

Tercer sueño. 2-3 de octubre de 1910.

(Fragmento) algo relativo al profesor. Oser, que ha formado por sí mismo el menú de mis comidas, cosa que me tranquiliza mucho… (El resto ha quedado olvidado.)

El sueño es la reacción de un trastorno digestivo experimentado en el mismo día y que me hizo pensar si no debiera dirigirme a alguno de mis colegas para que me prescribiese un régimen alimenticio. El hecho de elegir con ese objeto al profesor Oser, fallecido durante el verano anterior, se enlaza a la muerte, acaecida en fecha recentísima (1 de octubre), de otro profesor de Universidad, al que yo estimaba altamente. ¿Cuándo murió Oser y qué día llegó a mí la noticia de su muerte? Los periódicos la consignaron el día 23 de agosto, y como yo me andaba por esa época en Holanda, adonde me remitían con toda regularidad algunos diarios de Viena, debí leerla el 24 o el 25 de dicho mes. Este intervalo no corresponde ya a ningún período, pues comprende 7 + 30 +2 = 39, o quizá cuarenta días. Tampoco puedo recordar haber hablado de Oser, o no haberlo recordado, en el intermedio.

Tales intervalos, no utilizables ya directamente como prueba de la teoría de los períodos, resultan más frecuentes en mis sueños que los regulares. El único hecho constante que el análisis me ha permitido comprobar es la mencionada relación con una impresión del mismo día del sueño. <<

[326] Se refiere a W. Fliess. *(Nota del E.)* <<

[327] Expresión alemana de sentido idéntico a la castellana «ratón de biblioteca». Pero la mejor inteligencia del análisis impide sustituirla. *(N. del T.)* <<

[328] La tendencia de la elaboración onírica a reunir bajo un mismo régimen todo lo interesante dado ha sido ya observada por varios autores. Así, Delage (pág. 41) y Delboeuf: *rapprochement forcé* (pág. 236). H. Ellis expone algunos bellos ejemplos (págs. 35 y siguientes.). <<

[329] Sueños de la inyección de Irma y del amigo, que es mi tío. <<

[330] Sueño del discurso necrológico del médico principiante. <<

[331] Sueño de la monografía botánica. <<

[332] De este género es la mayoría de los sueños de mis pacientes durante el análisis. <<

[333] Cf. mi obra *Una teoría sexual*, en la que trato de la *transferencia*. <<

[334] En un trabajo de O. Pötzl, lleno de interesatísimas sugestiones, hallamos una importane contribución al esclarecimiento de la significación de lo reciente para la formación de los sueños. «Imágenes oníricas experimentalmente provocadas y su relación con la visión indirecta», en *Zeitschrift für die ges. Neurologie und Psychiatrie,* XXXVII, 1917. Pötzl hacía dibujar a varias personas lo que de una imagen, expuesta en un brevísimo espacio de tiempo, había advertido, y al día siguiente interrogaba a dichas personas sobre los sueños que aquella noche habían tenido y les hacía dibujar de nuevo algunos fragmentos de los mismos. De este modo pudo comprobarse que los detalles de la imagen expuesta, inadvertidos por el sujeto del experimento, habían proporcionado material para la elaboración del sueño, mientras que los conscientemente observados y fijados luego en el dibujo no emergían en el contenido manifiesto. Se observó asimismo que el material aprovechado por la elaboración onírica quedaba modificado por ella en su acostumbrada forma *arbitraria* —o, mejor dicho, independiente— y del modo más favorable a las tendencias formadoras del sueño. Las sugestiones de los trabajos de Pötzl rebasan los límites de la obra presente. Nos limitaremos, pues, a hacer resaltar lo mucho que esta nueva forma de estudiar experimentalmente la interpretación de los sueños se aparta de la grosera técnica anterior, consistente en introducir, en el contenido onírico, estímulos perturbadores del reposo. <<

[335] H. Ellis, el más amable crítico de la presente obra, escribe: «Es éste el punto a partir del cual no ha de sernos ya posible a muchos seguir a Freud». Pero Ellis no ha realizado ningún análisis onírico y no quiere creer cuán justificado es el juzgar los sueños por su contenido manifiesto. <<

[336] Sobre los elementos verbales en el sueño, véase el capítulo que dedicamos a la elaboración onírica. La indicada procedencia de los mismos no había sido reconocida hasta ahora sino por un solo investigador, Delboeuf, que los compara (pág. 226) a los *clichés* o lugares comunes. <<

[337] `Negro, sepárate'. <<

[338] Para aquéllos a quienes no satisfaga lo consignado en el texto, añadiré aquí que detrás de este sueño se esconde una fantasía en la que yo me conduzco incorrectamente con la sujeto y ella me rechaza. En apoyo de esta interpretación, que algunos juzgarán inaceptable, recordaré la frecuencia con que los médicos son objeto de una tal acusación por parte de pacientes histéricas en las que ha emergido idénticas fantasía, pero no ya deformada y a título de sueño, sino francamente consciente y delirante. El análisis expuesto inició el tratamiento psicoanalítico de la sujeto. En el curso del mismo se demostró que con el sueño analizado repetía la paciente el trauma inicial que constituyó el punto de partida de su neurosis. Posteriormente me ha sido dado comprobar hechos idénticos en otros enfermos que en su infancia habían sido objeto de atentados sexuales y realizaban en sus sueños, el deseo de su repetición. <<

[339] Como luego veremos claramente en el análisis, queda aquí sustituido un elemento por su contrario. <<

[340] `Se masturba', es la parte omitida. <<

[341] Posteriormente me he convencido, hace ya largos años, de que para la realización de tales deseos, que durante mucho tiempo hemos creído inasequibles, no es preciso sino un poco de decisión. <<

[342] W. Fliess. <<

[343] En la primera edición de esta obra aparecía el nombre de Asdrúbal en lugar del de Amílcar, extraño error cuya explicación he dado en mi *Psicopatología de la vida cotidiana*. <<

[344] Judaizando el nombre. <<

[345] Los dos efectos concomitantes a estas escenas infantiles —el asombro y la aceptación de lo inevitable— emergieron en un sueño algo anterior, que me trajo ya el recuerdo de este suceso de mi niñez.

(Du bist der Natur einen Tod schuldig, de Shakespeare, según Strachey.) (Nota del E.) <<

[346] Tampoco este elemento, añadido ahora, resulta ser arbitrario, pues me recuerda una ocasión en la que el mismo profesor aparecía y que significó un reproche para mí. <<

[347] So wird’s Euch an der Weisheit Brüsten Mit jedem Tage mehr gelüsten (Cita del Fausto de Goethe.) <<

[348] En esta obra. <<

[349] Dejo sin corregir esta repetición en la que distraídamente en apariencia incurro al redactar el sueño, porque el análisis nos mostrará que posee un sentido. <<

[350] `Enrique VI’, de Shakespeare. <<

[351] Inglés: lechuga. <<

[352] No en *Germinal*… sino en *La Terre*, error que advierto después del análisis. Llamaré también la atención del lector sobre las letras iguales existentes en *Huflattich* y *Flatus*. <<

[353] Adición de 1925-1930: `Un biógrafo improvisado, el Dr. Fritz Wittels, me ha acusado de haber omitido el nombre de Jehovah en el lema señalado. El medallón inglés contiene el nombre de Dios en caracteres hebreos sobre una nube al fondo. Está ubicado de modo tal que puede ser tomado como parte del dibujo o de la propia inscripción’. <<

[354] En alemán se designa también a la mujer (*Frau*) con el nombre de *Frauenzimmer*: habitación de la mujer. *(N. del T.)* <<

[355] Utilizando este fragmento de mi sueño, ha intentado demostrar H Silberer, en un interesante trabajo (*Phantasie und Mythus*, 1910), que la elaboración onírica reproduce, a más de las ideas latentes, los procesos psíquicos de la formación de los sueños. («El fenómeno funcional».) Pero, a mi juicio, no advierte que «los procesos psíquicos de la formación del sueño» son, para mí, un material *ideológico* idéntico al restante. En este jactancioso sueño se ve claramente que me siento orgulloso de haber descubierto dichos procesos. <<

[356] Párrafo agregado por Freud en 1914, según Strachey. <<

[357] Otra interpretación: el individuo de mi sueño es tuerto como *Odín*, el padre de los dioses. *El consuelo de Odín*. La promesa de comprarle una cama nueva que en la indicada escena infantil hice a mi padre para *consolarle*. <<

[358] Añadiré aquí parte del material de interpretación: El detalle de mantener el orinal (o el cristal, lente) ante mi acompañante me recuerda la anécdota del campesino que ensaya varios lentes en el óptico, pero no logra leer con ninguno… porque no sabe. La forma en que la familia de labradores, descrita por Zola en *La Terre*, trata al padre achacoso e imbécil. El triste desquite de que mi padre, en sus últimos días, ensuciase la cama como un niño; por ello soy yo, en mi sueño, su enfermero. «Pensamiento y acción son aquí simultáneos», es un recuerdo de un drama intensamente revolucionario de Oscar Panizza, en el que se presenta, harto irrespetuosamente, a Dios Padre, anciano y paralítico, asistido por un arcángel —una especie de Ganimedes—, que tiene a su cargo la función de impedirle renegar y maldecir, pues siendo en él voluntad y acción una sola cosa, se cumplirían en el acto sus maldiciones. El *hacer planes* es también un reproche, procedente de época posterior, contra mi padre. Todo el contenido de mi sueño, rebelde, ofensivo para la majestad y lleno de burlas con respecto a la más alta autoridad, constituye, en general, una rebelión contra el mismo. El rey es llamado «padre de la nación», y el padre es para el niño la primera y más antigua autoridad, de cuya plenitud de poder han surgido, en el curso de la historia de la civilización humana, las restantes autoridades sociales (dentro, naturalmente, de los límites que a este principio impone *el matriarcado*). El concepto de la simultaneidad de pensamientos y acción alude al esclarecimiento de los síntomas histéricos, con el cual se relaciona también el *orinal masculino*. Todo vienés sabe muy bien lo que es un Gschnas. Se da este nombre a la confección de objetos de aspecto raro y valioso con materiales sin valor y de un carácter cómico. Así, la de armaduras de guerra con cacerolas, estropajos, etc. Nuestros artistas son muy aficionados a presentarse con alguno de estos humorísticos disfraces en sus alegres veladas. Pues bien: me ha sido dado descubrir que los histéricos ejecutan algo parecido, yuxtaponiendo a aquello que han vivido realmente, fantasías extravagantes o terroríficas que construyen inconscientemente, utilizando los materiales más indiferentes y triviales de la realidad. Los síntomas dependen

luego de estas fantasías y no del recuerdo de los sucesos reales, sean éstos o no indiferentes. La representación de estas fantasías y no del recuerdo de los sucesos reales, sean éstos o no indiferentes. La representación de estas fantasías en mi sueño por medio del *orinal masculino* fue hecho posible por el relato que recientemente me había sido hecho de una divertida *Gschnasabend* (noche de *Gshnas*), en la que se había presentado como la «copa de los venenos» de Lucrecia Borgia un recipiente cuyo elemento principal era un orinal del modelo usado en los hospitales para los enfermos masculinos. <<

[359] La acumulación de significaciones del sueño es uno de los problemas más arduos y al mismo tiempo más ricos en contenido de la interpretación onírica. Aquellos que olviden esta posibilidad incurrirán fácilmente en graves errores y sentarán afirmaciones insostenibles sobre la esencia del sueño. Pero sobre esta cuestión no se han realizado aún sino muy escasas investigaciones. Hasta ahora sólo la regular estratificación de símbolos en el sueño de estímulo vesical ha sido objeto de un fundamental estudio (O. Rank) <<

[360] Me permito aconsejar, en general, la lectura de los minuciosos protocolos de sueños experimentalmente provocados, que Mourly Vold ha reunido en dos volúmenes. En ellos podemos ver cuán poco contribuye al esclarecimiento de cada sueño el conocimiento de los estímulos experimentalmente producidos y cuán escasa es la utilidad de tales experimentos para la inteligencia de los problemas oníricos. <<

[361] Cf. el trabajo de K. Landauer sobre «los actos del durmiente», en *Zeitschrift f. d. ges. Neurologie und Psychiatrie*, XXXIX, 1918. Todo observador puede comprobar que el sujeto durmiente lleva a cabo actos plenos de sentido y es capaz de obrar lógica y voluntariamente. <<

[362] Cf. el estudio de Griesinger sobre esta cuestión y las observaciones incluidas en mi segundo ensayo sobre las «psiconeurosis de defensa», en *Neurologisches Zentralblatt*, 1896. *(N. del T.)* Estos ensayos figuran en mi obra *Primeras aportaciones a la teoría de las neurosis* (todas incluidas en estas Obras Completas). <<

[363] «¿Itzig, hacia dónde vas cabalgando? No me lo preguntes a mí, pregúntaselo al caballo». <<

[364] Cf. capítulo III de esta misma obra. <<

[365] Cf. capítulo V, b) lo infantil como fuente onírica, IV, en esta misma obra. <<

[366] Cf. capítulo V, b) lo infantil como fuente onírica, IV, V, en esta misma obra. <<

[367] Las dos versiones que conozco del contenido de este sueño no coinciden por completo entre sí. <<

[368] Y con la «elaboración secundaria» de que más adelante hablaremos. <<

[369] Adición de 1914: Rank ha demostrado en varios de sus trabajos que ciertos sueños de despertar por estímulos orgánicos (estímulo vesical o sexual con polución) son muy apropiados para demostrar la lucha entre el deseo de dormir y las urgencias orgánicas, como también, las influencias de éstas sobre el contenido. <<

[370] Adición de 1925: Esta afirmación: de no aplicar nuestro método de interpretar sueños a menos que tengamos acceso al material de asociaciones del paciente, requiere una suplementación. Nuestra actividad interpretadora es en un caso independiente de estas asociaciones, en el caso dado que el soñador use elementos simbólicos en él. En estos casos hacemos uso de lo que, estrictamente hablando, sería un método de interpretación onírica auxiliar o secundario. <<

[371] Los vestidos del rey. <<

[372] El niño toma también parte en la fábula, pues hay uno que, al ver pasar al rey, exclama: «Pero ¡si va en cueros!» <<

[373] Adición de 1911: Ferenczi ha comunicado cierto número de interesantes sueños femeninos de desnudez, que pueden ser referidos fácilmente al placer exhibicionista infantil, pero que se apartan, en algunos rasgos, del «sueño típico de desnudez» al que ahora nos referimos. <<

[374] Esta misma significación tiene, en los sueños, y por razones fácilmente comprensibles, la presencia de «toda la familia» (1909). <<

[375] «He aquí una sobreinterpretación de un mismo sueño. Puesto que `*spuken*’ (comunicación) es una actividad del espíritu, y `*spucken*’ (escupir) en las escaleras en sentido laxo es `*esprit d’escalier’*. Esta última expresión equivale a carencia de respuesta rápida (`*Schlagfertigkeit*’) un defecto del que alego culpa: ¿Sería, imagino, mi niñera carente en igual forma de esta cualidad?» <<

[376] Cf. «Análisis de la fobia de un niño de cinco años» (*Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen*, t, 1909) y mi estudio «Sobre las teorías sexuales infantiles» ambos en estas Obras Completas. <<

[377] Nota de 1909: Un niño de tres años y medio, Juanito, cuya fobia hicimos objeto de un detenido análisis, que constituye el tema del estudio antes citado en una nota, gritaba, durante una fiebre que padeció a raíz del nacimiento de una hermana: «Pero ¡si yo no quiero tener hermanita ninguna!» En la neurosis que contrajo año y medio después confesó abiertamente el deseo de que la madre dejase caer en el baño a la pequeña, causándole así la muerte. A pesar de todo esto, se trata de un niño bueno y afectuoso, que tomó en seguida cariño a su hermanita y gustaba de protegerla. <<

[378] Nota de 1914: Aunque estas muertes, acaecidas durante la infancia del sujeto, sean pronto olvidadas en la familia, la investigación psicoanalítica nos muestra que han poseído una gran importancia para la neurosis posterior. <<

[379] Nota de 1914: Desde la fecha en que escribimos estas líneas se han realizado y publicado en la literatura psicoanalítica numerosísimas observaciones sobre esta primitiva actitud hostil de los niños con respecto a sus hermanos. El poeta A. Spitteler ha descrito con sincera ingenuidad esta típica conducta infantil, refiriéndose a su más temprana niñez: «Además, había ya otro Adolfo. Un pequeño ser del que se aseguraba que era mi hermano, pero que yo no podía comprender para qué servía, y mucho menos por qué se le consideraba igual a mí. ¿Para qué necesitaba yo un hermano? Yo no sólo era inútil, sino perjudicial. Cuando yo molestaba a mi abuela, quería él también molestarla, y cuando me sentaban en el cochecito, le colocaban frente a mí, quitándome sitio y no pudiendo yo estirar las piernas sin que mis pies tropezasen con los suyos». <<

[380] Con estas mismas palabras expresa el niño de tres años y medio, cuya fobia analizamos, la crítica de su hermana, suponiendo, además, que la falta de dientes es lo que le impedía hablar. *(Nota de 1909.)* <<

[381] Nota de 1909: A un niño de diez años, muy inteligente, le oí con asombro, a raíz de la muerte repentina de su padre, las palabras que siguen: «Comprendo que papá haya muerto; pero lo que no puedo explicarme es que no venga a cenar a casa». Nota de 1919: En la revista *Imago*, tomos I-V, 1912-1919, puede hallarse una serie de estudios sobre este tema, publicados por la doctora von Hug-Hellmuth bajo el título *Vom wahren Wesen der Kinderseele* («La verdadera naturaleza del alma infantil»). <<

[382] La observación de un padre, conocedor de las teorías psicoanalíticas, ha logrado sorprender el momento en que una hija suya, de cuatro años e inteligencia muy desarrollada, reconoce la diferencia entre «haberse ido» y «haber muerto». Un día que la niña se resistió a comer, expresó, viéndose observada por la criada, el deseo de que la misma muriese. «¿Por qué quieres precisamente que se muera —preguntó el padre—? ¿No basta con que se vaya?» «No —respondió la niña—, porque entonces vuelve». Para el limitado amor del niño a su propia persona (narcisismo), es toda perturbación un crimen de lesa majestad, y como la legislación draconiana, no aplica el juicio del niño a tales delitos pena inferior pena inferior a la de muerte. *(Nota de 1919.)* <<

[383] Nota de 1925: «La situación a menudo se oscurece por la emergencia de un impulso autopunitivo, que amenaza al soñante mediante una reacción moral: con la pérdida de los padres amados». <<

[384] Nota de 1909: Por lo menos, en algunas versiones mitológicas. En otras es únicamente Cronos quien comete este atentado en la persona de su padre, Urano. Sobre la significación mitológica de este tema, véanse los trabajos de Otto Rank titulados *El mito del nacimiento del héroe* y *El tema del incesto en la poesía y la leyenda*. <<

[385] Nota de 1914: Ninguna de las revelaciones de la investigación psicoanalítica ha provocado tan indignada repulsa, tanta resistencia —ni tan regocijante desconcierto— de la crítica, como esta de las tendencias incestuosas infantiles conservadas en lo inconsciente. Recientemente se ha llegado incluso a intentar limitar el incesto, contra todos los datos de la experiencia, a un alcance simbólico. En el primer número de la revista Imago (1912) da Ferenczi una ingeniosísima superinterpretación del mito de Edipo a propósito de un pasaje de una carta de Schopenhauer. Adición de 1919: Desde que en la edición original de la presente obra nos referimos por vez primera al «complejo de Edipo», ha adquirido éste, a consecuencia de ulteriores investigaciones, una gran importancia insospechada para la inteligencia de la historia de la Humanidad y del desarrollo de la religión y la moral. (N. del T.) Véase mi obra *Totem y tabú*. <<

[386] Nota de 1919: E. Jones ha completado y defendido contra otras opiniones las indicaciones que anteceden, relativas a la comprensión analítica del Hamlet, en *Das Problem des «Hamlet» und der Ödipuskomplex*, 1911.

Adición de 1930: «Casualmente he tenido en el intertanto que dejar de creer que el autor de los trabajos de Shakespeare fue el hombre de Stratford». Adición de 1919: «Un intento posterior de análisis del Macbeth se encontrará en un trabajo mío (1916) y en uno de Jekels (1917)». <<

[387] También lo grande, exuberante, exagerado y sin medida de los sueños podría ser un carácter infantil. El niño no abriga otro anhelo mayor que el de «ser grande» y recibir de todo una parte igual a la de los mayores. Es difícil de contentar, no le basta nada y pide incansablemente la repetición de aquello que le agrada o le sale bien. Sólo por medio de la educación aprende luego a *tener medida*, a contentarse y resignarse con poco. Sabido es que también el neurótico tiende a la falta de medida y a la intemperancia. <<

[388] Nota de 1911: Una vez que E. Jones hablaba en una conferencia científica y ante un auditorio del egoísmo de los sueños, se levantó una ilustrada señora y opuso, contra una tan anticientífica generalización, la objeción de que no podía hablar más que de los sueños de los austriacos, debiendo limitarse a ellos y no pronunciarse sobre los de los americanos. Por su parte, estaba segura de que todos sus sueños eran rigurosamente altruistas. Adición de 1925: «A modo de excusar a esta patriótica dama, debo señalar que la afirmación que los sueños son totalmente egoístas, no debe entenderse erróneamente. Ya que cualquier elemento puede pasar al sueño, sea lo que sea que le ocurra al pensamiento preconsciente (esté en el contenido manifiesto o latente), posibilidad igualmente abierta a los impulsos altruistas. De la misma manera como impulsos afectivos o eróticos hacia alguien, si están presentes en el inconsciente, pueden aparecer en un sueño. La verdad de la afirmación en el texto se refiere a que entre los impulsos provocadores de un sueño de tipo inconscientes, frecuentemente encontramos los egoístas, que parecen haber sido desapercibidos en la vida despierta». <<

[389] Capítulo omitido en la primera versión española. *(Nota del E.)* <<

[390] Nota de 1925: «La investigación analítica nos ha indicado que fuera del placer de los órganos en función, hay otro que contribuye a la satisfacción experimentada por los niños en las competencias acrobáticas y a su repetición en los ataques histéricos: se trata de una imagen del recuerdo, a menudo inconsciente, de haber observado relaciones sexuales, sea entre humanos o entre animales». <<

[391] Nota de 1914: En muchos investigadores se encuentran ya alusiones a esta condensación. Así, manifiesta Du Prel (pág. 85) la seguridad de que sobre la serie de representaciones ha actuado un proceso de dicho género. <<

[392] Con respecto a esta representación del poeta, habremos de recordar la significación de los sueños en que subimos escaleras, comunicada al tratar del simbolismo onírico. <<

[393] La naturaleza fantástica de la situación, referente a la nodriza del sujeto, queda demostrada por la circunstancia de que el mismo fue criado por su propia madre. Además, recordaré aquí la anécdota, citada en páginas anteriores, del joven que lamentaba no haber aprovechado mejor la privilegiada situación que de niño hubo de gozar con respecto a su nodriza. <<

[394] Este es el real estímulo del sueño. <<

[395] Aquí añade la sujeto: «Tales lecturas son un veneno para las muchachas. Ella misma leyó en su juventud gran cantidad de estos libros prohibidos». <<

[396] Una siguiente serie de asociaciones conduce a la *Penthesilea*, del mismo autor: *crueldad* para con las personas amadas. <<

[397] Esta misma división y yuxtaposición de las sílabas —una verdadera química de las mismas— nos sirve en la vigilia para la formación de chistes. El primer lector y crítico de la presente obra me hizo la objeción, que otros seguramente habrán de repetir, de «que el sujeto del sueño parecía a veces demasiado chistoso». Esto es exacto en tanto en cuanto se refiere sólo al sujeto, y únicamente envuelve un reproche cuando ha de hacerse extensivo al interpretador. En la realidad despierta no puede precisamente aspirar al calificativo de *chistoso*, y si mis sueños presentan este carácter, ello no depende de mi persona, sino de las singulares condiciones psicológicas bajo las cuales es elaborado el sueño, y se halla íntimamente relacionado con la teoría de lo chistoso y lo cómico. El sueño se hace chistoso porque encuentra cerrado el camino más recto e inmediato para la expresión de sus pensamientos, quedando así obligado a buscar rodeos. Los lectores pueden convencerse de que los sueños de mis pacientes presentan este carácter en igual o mayor grado que los míos. De todos modos, me impulsó este reproche a comparar la técnica del chiste con la elaboración onírica, empresa que llevé a cabo en mi libro *El chiste y su relación con lo inconsciente*, 1905. (Adición de 1909.) <<

[398] Lasker murió de parálisis progresiva, consecuencia de una infección luética, y Lassalle, en un duelo por una mujer, en 1869. <<

[399] Agregado por Freud en 1914, según Strachey. *(Nota del E.)* <<

[400] Nota de 1909: Un joven atacado de representaciones obsesivas, pero que conservaba intactas sus funciones intelectuales, muy desarrolladas, me mostró hace poco la única excepción de esta regla. Las oraciones que en sus sueños emergían no procedían de discursos oídos o pronunciados por él, sino que correspondían al texto no deformado de sus ideas obsesivas, que durante la vigilia, sólo modificadas, llegaban a su consciencia. (Corresponde al caso del «hombre de las ratas», según Strachey. <<

[401] Naturalmente, no debe confundirse la intensidad psíquica —el valor y el grado de interés de una representación— con la intensidad sensorial —la intensidad de lo representado. <<

[402] «Hizo la acción que le aprovechaba». <<

[403] Nota de 1909: Constituyendo esta referencia de la deformación onírica a la censura el nódulo de mi concepción de los sueños, quiero intercalar aquí los últimos párrafos de la narración titulada «En el sueño como en la vigilia», incluida en la obra de Lynkeus *Fantasías de un realista* (Viena, segunda edición, 1900), narración en la que hallo afirmado este carácter principal de mi teoría:

«De un hombre que poseía la singular cualidad de no soñar nunca desatinos…»

«Tu magnífica cualidad de comportarte en sueños como lo harías despierto reposa en tus virtudes, en tu bondad, en tu equidad y en tu amor a lo verdadero. La claridad moral de tu naturaleza me hace comprensible tu peculiar privilegio».

«Bien mirado —replicó el otro—, me inclino a creer que a todos los hombres tiene que sucederles lo mismo que a mí, y que nadie sueña nunca desatinos. Un sueño que recordamos tan claramente como para poderlo relatar después, y que, por tanto, no resulta ningún delirio febril, no puede menos de tener *siempre* un sentido, pues aquello que se contradice no sabría agruparse para formar una totalidad. El que tiempo y lugar aparezcan con frecuencia confundidos no se relaciona para nada con el verdadero contenido del sueño, pues ambos factores han carecido seguramente de toda importancia para su contenido esencial. También despiertos obramos así con gran frecuencia. Piensa en la fábula y en tantas otras creaciones de la fantasía, tan atrevidas como plenas de sentido, y de las cuales sólo el hombre incomprensivo puede decir que son imposibles y disparatadas».

«¡Si se supiera interpretar siempre los sueños acertadamente como tú has hecho con el mío! —dijo el amigo».

«No es, desde luego fácil empresa; pero creo que el soñador mismo podría llevarla siempre, con un poco de atención, a buen puerto. ¿Por qué no suele conseguirse casi nunca? Quizá porque en vuestros sueños hay algo oculto,

algo inconfesable, de una peculiar y elevada naturaleza, un cierto secreto de vuestro ser, muy difícil de adivinar. Por esta razón parecen no poseer vuestros sueños sentido alguno o ser francamente insensatos. Pero, en el fondo, no se puede en modo alguno ser así, pues el soñador es siempre el mismo hombre en sueños o despierto». <<

[404] Nota de 1909: Con posterioridad a las consideraciones que anteceden he publicado el análisis y la síntesis totales de los sueños en el trabajo titulado *Fragmento del análisis de una histeria* (1905). El análisis de O. Rank *Un sueño que se interpreta a sí mismo* tiene que ser reconocido como el más completo publicado hasta el día. <<

[405] Nota de 1911: Un trabajo de K. Abel titulado *El sentido contradictorio de las palabras primitivas*, 1848 (véase mi artículo sobre él en *Jahrbuc f. Psych*., II, 1910), me reveló el hecho sorprendente, confirmado por otros filósofos, de que los idiomas más antiguos se comportan en este punto idénticamente al sueño. Al principio no poseían sino una sola palabra para designar los contrarios que constituían los extremos de una serie de cualidades o actividades (*fuertedébil*, *viejojoven*, *lejoscerca*, *unirseparar*), y no construyeron sendas designaciones para los dos contrarios, sino seguramente por medio de ligeras modificaciones de la primitiva palabra común. Abel señala ampliamente esta particularidad en el antiguo egipcio y muestra también restos de un idéntico desarrollo en los idiomas semitas e indogermanos. <<

[406] Nota de 1914: Cf. la observación de Aristóteles sobré las especiales aptitudes del onirocrítico. <<

[407] Nota de 1925: Cuando no sabemos a punto fijo detrás de cuál de las personas de un sueño hemos de buscar nuestro yo debemos poner en práctica la regla siguiente: aquella persona que experimenta en el sueño un afecto que sentimos también durante el desarrollo del mismo es la que oculta a nuestro yo. <<

[408] Nota de 1909: De esta misma técnica de la inversión temporal se sirve a veces la crisis histérica para ocultar su sentido a los ojos de los espectadores. Citaremos, como ejemplo, el caso de una joven histérica que representa en un ataque una pequeña novela fantaseada por ella en lo inconsciente, tomando como punto de partida su encuentro en el tranvía con cierto individuo. El contenido de esta fantasía es que dicho individuo, atraído por la belleza de su pie, que ella deja ver al descuido mientras lee, intenta trabar conversación, lográndola hasta el punto de conseguir que le acompañe a su casa, en la que se desarrolla luego una ardiente escena de amor. El ataque histérico de esta paciente se inicia con la representación de tal última escena de su fantasía (contracciones, ademanes de besar y estrechar a alguien en sus brazos). A continuación corre la sujeto a otro cuarto, se sienta en una silla, se recoge la falda hasta dejar ver el pie, hace como si leyera y, me habla (me hace caso). Compárese la observación de Artemidoro de Dalcis: «Para la explicación de las historias oníricas debemos reconocerlas una vez desde su principio a su fin y otra en sentido inverso». <<

[409] Nota de 1930: «Si estaba en lo correcto no estoy seguro». <<

[410] Síntomas histéricos concomitantes: falta del período y mal humor constante, sufrimiento principal de esta paciente. <<

[411] «Contribuciones a la psicología del rumor». <<

[412] En el análisis completo descubrimos una relación con un recuerdo infantil por medio del siguiente proceso: El moro ha realizado su tarea y *puede irse (La conjuración de Fiesco*, Schiller, acto III, escena IV). Y la pregunta chistosa: ¿Cuántos años tiene el moro cuando ha realizado su tarea? Un año. Entonces puede irse. Vine al mundo con un pelo tan negro y anillado que mi madre dijo que parecía un morito. El no encontrar el sombrero es un suceso diurno que el sueño utiliza, dándole varios sentidos. Nuestra criada, que mostraba una genial aptitud para guardar las cosas en los sitios más inverosímiles, me lo había escondido. Detrás de este final del sueño se oculta también la repulsa del triste pensamiento de mi muerte. No he realizado aún mi tarea y no puedo irme. Nacimiento y muerte, como en el sueño de Goethe y el paralítico, soñado por mí poco después. <<

[413] Nota de 1930: «A la luz de los ulteriores conocimientos no puede sostenerse tal afirmación». <<

[414] Nota de 1909: Véase mi obra *El chiste y su relación con lo inconsciente* y el uso de «puentes verbales» en la solución de síntomas neuróticos. <<

[415] Nota de 1925: `Hugo Wolf’. <<

[416] Nota de 1925: «En realidad nunca más me encontré con esta imagen de nuevo, por lo que he perdido confianza de la corrección en la interpretación».
<<

[417] En los tres apéndice a la *Illustrierte Sittengeschichte*, de E. Fuchs. (A. Lang, Munich), se incluye un amplio material probatorio de estas afirmaciones. <<

[418] Véase en páginas anteriores la interpretación de este sueño preliminar, que debe considerarse como «causal». <<

[419] Su vida. <<

[420] Elevado nacimiento. Antítesis optativa del sueño preliminar. <<

[421] Formación mixta, en la que se funden dos lugares: el sótano de su casa paterna, donde jugaba con su hermano, y que se convirtió en objeto de sus ulteriores fantasías, y el patio de la casa de su tío, individuo maligno, que se gozaba en hacerla rabiar. <<

[422] Antítesis optativa de un recuerdo real. Durmiendo en el patio de la casa de su tío quedaban a veces partes de su cuerpo al descubierto. <<

[423] Como el ángel en la Anunciación, una vara de azucenas. <<

[424] Véase anteriormente la explicación de este producto mixto: inocencia, período, `Dama de las camelias’. <<

[425] Relativo a la multiplicidad de personas que entran en su fantasía. <<

[426] Si también ella puede «arrancarse una» (*sich einen herunterreißen*), esto es, si puede masturbarse. <<

[427] La rama ha tomado hace tiempo la representación de los genitales masculinos y contiene, además, una clara alusión al apellido de la sujeto. <<

[428] Se refiere, como lo que sigue, a precauciones matrimoniales. <<

[429] Otro de estos sueños «biográficos» es el que comunicamos en tercer lugar entre los ejemplos expuestos al tratar del simbolismo onírico. Véanse también los comunicados por Rank («Un sueño que se interpreta a sí mismo») y Stekel («Un sueño que hay que leer al revés»). *(Nota de 1925.)* <<

[430] Nota de 1911: Véanse los trabajos de Bleuler y de sus discípulos de la escuela de Zurich, Maeder, Abraham y otros. Asimismo, los de los autores no médicos a que en ellos se hace referencia (Kleinpaul y otros). Adición de 1914. Lo más acertado que hasta ahora se ha escrito sobre la cuestión es el estudio de O. Rank y H. Sachs titulado *Die Bedeutung der Psychoanalyse für die Geisteswissenschaften*, 1913, cap. I. <<

[431] Nota de 1925: `Este punto de vista sería fuertemente apoyado por una teoría planteada por el Dr. Hans Sperber (1912). El es de la opinión que todas las palabras primitivas se refieren a cosas sexuales habiendo perdido posteriormente el significado sexual se han aplicado a cosas y actividades similares a las sexuales’. <<

[432] Así, en los sueños de estímulo vesical soñados por personas de nacionalidad húngara aparece la imagen de un barco navegando sobre las aguas, aunque en el idioma húngaro no existe la sinonimia que en el alemán entre las palabras «navegar» y «orinar» (Ferenczi). En los sueños de personas francesas y de otros países de lengua romance es utilizada también la habitación como representación simbólica de la mujer, a pesar de no existir en tales idiomas expresión ninguna semejante a la alemana *Frauenzimmer* (habitación de la mujer) como sinónimo de «mujer». <<

[433] Nota de 1919: «Un paciente mío, hospedado en una pensión, soñó que encontraba a una criada de la misma y le preguntaba qué número tenía. Para su sorpresa responde la criada: `El 14'. La realidad es que el sujeto mantiene relaciones amorosas con dicha persona y ha tenido varias citas con ella en su alcoba. La criada llegó, por lo visto, a temer que la dueña de la pensión los descubriese y el día anterior al sueño le propuso reunirse con ella en uno de los cuartos desocupados. Este cuarto era el número 14, número que queda transferido a la mujer en él sueño. No creemos pueda darse mejor prueba de la identificación de "habitación" y de "mujer"» (E. Jones: *Inter. Zeitschr. f. Psychoanalyse*, II, 1914). (Confróntese el *Simbolismo de los sueños*, de Artemidoro de Dalcis —traducción alemana de F. S. Krauss, Viena, 1881, pág. 110—: «Así, la alcoba representa, cuando el sujeto es casado, a la esposa».) <<

[434] Nota de 1911: Repetiré aquí lo que ya en otro lugar (*Zentralblatt für Psychoanalyse*, I, núms. 1-2, 1910: «Die zukünftigen Chancen des psychoanalytischen Therapie») expuse sobre esta cuestión: «Supe hace algún tiempo que un psicólogo muy apartado de los puntos de vista psicoanalíticos había objetado a uno de los nuestros que exagerábamos en demasía la secreta significación sexual de los sueños. Su sueño más frecuente —añadió— era el de subir por una escalera, acto que no podía ocultar nada sexual. Esta objeción atrajo mi interés sobre la aparición de escaleras en el sueño, y pronto pudimos comprobar que las escaleras (y todo lo que a ellas se asemeja) constituyen un indudable símbolo del coito. No es nada difícil hallar el paralelismo entre el acto sexual y el de subir por una escalera. Ambos tienen común el hecho de que en una rítmica graduación y con una creciente agitación respiratoria se llega a un punto cumbre o lugar elevado, desde el cual se desciende luego con rapidez. Los usos del lenguaje nos ofrecen también un punto de apoyo. El verbo *steigen* (subir) se emplea también en alemán para designar el acto sexual. Compuestos de este verbo, tomado en tal sentido, son las palabras *nachsteigen* (subir detrás = ir con una mujer) y *Steiger* (“subidor” = aficionado a las mujeres fáciles). En francés, el escalón es la *marche*, y la expresión un *vieux marcheur* posee el mismo sentido que la alemana *ein alter Steiger*». <<

[435] Nota de 1914: Cf. en la *Zbl. für Ps*., A. II, 675, el dibujo de un maníaco de diecinueve años representando a un hombre que lleva a modo de *corbata* una serpiente, cuya cabeza se dirige hacia una muchacha. Compárese también la siguiente historieta, titulada *El vergonzoso (Anthropophyteia*, VI, 334): Una señora entra en un cuarto de baño donde se encuentra un caballero con la camisa por toda vestidura. Al verse sorprendido se tapa, avergonzado, el cuello con el faldón delantero de la camisa y exclama: «Perdone usted, señora; estoy sin corbata». <<

[436] Nota de 1911: No obstante, la total diferencia existente entre la concepción desarrollada por Scherner del simbolismo de los sueños y la que aquí venimos exponiendo, he de hacer constar que este autor debe ser reconocido como el verdadero descubridor de dicho simbolismo y que los resultados del psicoanálisis han hecho resaltar todo el merecimiento de su obra, juzgada hace cincuenta años como una pura fantasía. <<

[437] En estas Obras Completas. <<

[438] «Nachträge zur Traumdeutung», en *Zentralblatt für Psychoanalyse*, I, núms. 5-6, 1911. (Trabajo que Freud incluyó posteriormente en el capítulo E, sueños 1, 2 y 3 y capítulo F, sueños 2, 3 y 4. Precedía una introducción, que se consigna a continuación.)

Algunos ejemplos de sueños simbólicos: De las muchas objeciones alzadas contra el psicoanálisis, la más extraña y que tal vez uno debiera decirlo, la más ignorante, me parece que es el dudar de la existencia de símbolos en los sueños y en el inconsciente. Nadie que practique el psicoanálisis puede evitar el confirmar la presencia de este simbolismo y que el resolver los sueños mediante símbolos se ha llevado a cabo desde los tiempos más remotos. Por otro lado, estoy llano a aceptar que la existencia de estos símbolos debiera someterse a una prueba estricta en vista de su gran multiplicidad. En lo que sigue he recolectado algunos ejemplos recientes, casos en los que una solución por medio de un símbolo determinado impresionan como particularmente reveladores. Por este medio adquiere un sueño un sentido jamás encontrado por otra forma, se ubica con precisión en la cadena de pensamientos del soñante y su interpretación es aceptada por el propio sujeto. Desde un punto de vista de la técnica, debo señalar que las asociaciones justamente pueden fallar con respecto a los elementos simbólicos de los sueños. En mis notas de estos pocos ejemplos elegidos traté de marcar una línea divisoria entre la labor del paciente (o soñante) y la de mis propias intervenciones. [Nota no incluida en la primera versión española. *(Nota del E.)*.] <<

[439] Nota de 1911: Kirchgraber expone en la *Zentralblatt f. Ps*., A., III, 1921, pág. 95, un ejemplo de este género. Stekel (*Jarhbuch*, t. I, pág. 474) comunica también un sueño en el que el sombrero con una pluma torcida en el centro simboliza al marido (impotente). <<

[440] Nota de 1911: Este sueño, como una totalidad, pertenece al tipo no infrecuente de sueños biográficos, en los que el soñante ofrece una información de su vida sexual en forma de un relato continuo. La frecuencia con que se emplean edificios, lugares y paisajes como representaciones simbólicas del cuerpo y particularmente (con cierta reiteración) de los genitales, debiera merecer un estudio más exhaustivo ilustrado con numerosos ejemplos. <<

[441] O capilla = vagina. <<

[442] Símbolo del coito. <<

[443] *Mons veneris*. <<

[444] *Crisis pubis*. <<

[445] Los demonios con capa y capucha son, según la explicación de un especialista en estos estudios, de naturaleza fálica. <<

[446] Las dos mitades del escroto. <<

[447] Alfred Robitsek: *Zentralblatt f. Ps*., A., II, 1911, pág. 340. <<

[448] *The World of Dreams*, Londres, 1911, pág. 168. <<

[449] Strachey encuentra que este párrafo fue agregado por Freud en 1919. *(Nota del E.)* <<

[450] Strachey comenta que la palabra alemana `Auflösung’ significa tanto `solucionar’ como `disolución’. *(Nota del E.)* <<

[451] «Schlemihl». Palabra de origen judío y que significa: el hombre que hace fracasar todo aquello en lo que interviene y al que todo se le deshace entre las manos. El sujeto cita equivocadamente, pues no es de Prévost, sino de Bourget, la obra (*Filosofía del amor moderno*), en cuyo capítulo III, titulado «Les exclus de l'amour», se describe este tipo de hombres. *(N. del T.)* <<

[452] Adición de 1925, omitida en la primera versión española. *(Nota del E.)*
<<

[453] Los versos originales son:

«Wem der große *Wurf gelungen*

eines Freundes Freund zu sein…»

(Pertenece al `Himno a la Alegría’, de Schiller, al que Beethoven lo incluyó en su sinfonía coral. *[Nota del E.]*.)

La necesidad de adaptar la traducción a la paronimia *geworfen*-*Wurf* (tirar-tirada), sin la cual se perdería, al verterlo al castellano, un principalísimo elemento del análisis, nos ha obligado a una expresión harto forzada. *(N. del T.)* <<

[454] *Tirada*, acción o efecto de tirar. *(N. del T.)* <<

[455] Nota de 1914: La extracción de una muela por otra persona debe interpretarse casi siempre como un símbolo de la castración (del mismo modo que el hecho de cortarnos el pelo el peluquero: Stekel). Debe distinguirse entre los sueños de estímulo dental y aquéllos en que nos hallamos en manos del dentista, como los comunicados por Coriat (*Zentralblatt f. Ps*. A, III, 440). <<

[456] Nota de 1909: Según una comunicación de C. G. Jung, los sueños de estímulo dental soñados por mujeres tienen significación de sueños de nacimiento. (Adición de 1919.): E. Jones ha aportado una excelente confirmación de este juicio. Esta interpretación coincide con la que acabamos de exponer en el hecho de tratarse en ambos casos (castración-parto) de la ablación o separación de una parte del cuerpo. <<

[457] Compárese el sueño «biográfico» detallado en páginas anteriores. *(Nota de 1911.)* <<

[458] Tema ya tratado anteriormente en el punto `g’ del capítulo anterior que Freud vuelve a incluir parcialmente aquí. *(Nota del E.)* <<

[459] Un joven colega, libre de todo nerviosismo, me comunica con relación a este tema: «Sé por experiencia que al columpiarme, en mis sueños infantiles, experimentaba, cuando el movimiento de descenso alcanzaba mayor violencia, una singular sensación en los genitales, que, aunque no me parecía realmente agradable, he de calificar de sensación de placer». Varios pacientes me han comunicado que las primeras erecciones acompañadas de placer que recuerdan haber tenido en su infancia fueron simultáneas al ejercicio de trepar por un árbol o un poste cualquiera. El psicoanálisis nos descubre con toda seguridad que los primeros impulsos sexuales radican con frecuencia en los juegos de brincos y luchas de los años infantiles. <<

[460] Según Strachey en una de las reuniones de la Sociedad Psicoanalítica de Viena (1914). *(Nota del E.)* <<

[461] En estas Obras Completas. <<

[462] `Tres ensayos sobre una teoría sexual’, en estas Obras Completas. <<

[463] *El lenguaje de los sueños*, 1911. <<

[464] *El hermafroditismo psíquico en la vida y en la neurosis, Fortschritte der Medizin*, 1910, núm 16, y otros trabajos posteriores (*Zentralblatt für Psychoanalyse*, I, 1910-11). <<

[465] Nota de 1911: En el número primero de la *Zentralblatt für Psychoanalyse* he publicado un ejemplo de uno de estos encubiertos sueños de Edipo (incluido al final de la nota). Igualmente, Otto Rank, en el núm. 4 de la misma revista. Adición de 1914: Sobre otros sueños de este género, en los que salta a la vista el simbolismo, véase el trabajo de Otto Rank en la *Int. Zeitschrift für Psychoanalyse*, I, 1913, y en este mismo lugar, los estudios de Eder, Ferenczi y Reitler sobre los «sueños oculares» y el simbolismo en los ojos. La privación violenta de este órgano simboliza, tanto en la leyenda de Edipo como en otros lugares, la castración. Adición de 1911: Los antiguos conocían ya la interpretación simbólica de los sueños de Edipo no encubiertos (cf. O. Rank: *Jahrb*., II, pág. 534):

«Así, ha llegado hasta nosotros el relato de un sueño en que Julio César se vio realizando el coito con su madre y que los adivinos interpretaron como favorable presagio de la posesión de la tierra (madre-tierra). Igualmente es conocida la predicción hecha a los Tarquinos de que sería dueño de Roma aquel que primero *besase a su madre (osculum matri tulerit)*, oráculo que Bruto interpretó como referente a la *madre tierra (terram osculo contigit, scilicet quod ea communis mater omnium mortalium esset)*» (T. Livio, I, LXI). Adición de 1914: Compárese aquí el sueño de Hipias, citado por Heródoto, VI, 107: «Hipias condujo a los bárbaros a Maratón después de haber tenido un sueño en el que le pareció verse acostado al lado de su madre. De este sueño dedujo que volvería a Atenas, sería repuesto en el trono y moriría en su patria después de un largo reinado». Adición de 1911: Estos mitos e interpretaciones indican un acertado conocimiento psicológico. He averiguado que las personas que se saben preferidas o distinguidas por su madre poseen en la vida aquella confianza en sí mismas y aquel indestructible optimismo que parecen heroicos muchas veces y conducen al verdadero éxito. Ejemplo típico de un sueño de Edipo encubierto (1910): Sueño de un hombre: `tenía una relación secreta con una dama con la que alguien deseaba casarse. Estaba preocupado que este otro hombre descubriera dicha relación y se viera perjudicada la propuesta matrimonial. A continuación se comportaba

en forma muy afectuosa con ese hombre. Lo abrazaba y besaba’. Había un solo punto de contacto entre el contenido de este sueño y los hechos de la vida del soñante: tenía una relación secreta con una mujer casada, y que una observación ambigua hecha por su esposo, que además era su amigo, le llevó a sospechar que el cónyuge se había enterado de algo. En realidad había algo más comprometido pero cuya mención fue evitada en el sueño, o que por sí sólo dio la clave para su comprensión. La vida de esposo estaba amenazada por una enfermedad orgánica. Su mujer estaba preparada para una posible muerte súbita de él, y el soñante interesado conscientemente en casarse con la joven viuda después del fallecimiento del cónyuge. Tal situación externa colocaba al soñante en la constelación del sueño de Edipo. Su deseo era capaz de asesinar al hombre con tal de hacer de la mujer su esposa. El sueño expresaba este deseo en una forma deformada e hipócrita. En vez de haberse ya casado con ella, elaboró que `alguien’ quería casarse con ella, lo que correspondía a sus secretas intenciones, y sus deseos hostiles hacia el marido se escondían detrás de demostraciones de afecto, las que se derivaban de sus recuerdos infantiles en la relaciones con su propio padre. <<

[466] Nota de 1914: Sobre la significación mitológica del nacimiento en el agua, véase *El mito del nacimiento del héroe*. Otto Rank, 1909. <<

[467] Nota de 1909: Posteriormente he logrado penetrar a mayor profundidad en el significado de las fantasías y pensamientos inconscientes relativos a la vida intrauterina. Tales fantasías y pensamientos contienen, a más de la explicación del miedo singular que de ser enterradas vivas tienen muchas personas, el más profundo fundamento inconsciente de la creencia en una vida más allá de la muerte, supervivencia que no es sino la proyección en el porvenir de la oscura y misteriosa vida anterior al nacimiento. *El acto del nacimiento es, además, el primer suceso angustioso y con ello el modelo y la fuente del efecto de angustia*. <<

[468] Nota de 1919: Las mismas representaciones simbólicas que encontramos como base del sueño vesical, en sentido infantil, muestran, en sentido «reciente» una significación exquisitamente sexual: Agua = orina = semen = líquido amniótico; barco = «navegar» (orinar) = útero (caja); mojarse = enuresis = coito = embarazo; nadar = plenitud de orina = residencia del feto; lluvia = orinar = símbolo de la fertilidad; viajar (ir en coche = bajar) = levantarse de la cama = realizar el acto sexual (viajar, viaje de novios); orinar = evacuación sexual (polución) (Otto Rank, l. c.). <<

[469] Véanse también los trabajos siguientes: Rank: «Belege zur Rettungsphantasie» (*Zentralblatt für Psychoanalyse*, I, 1900, pág. 331); Reik: «Zur Rettungssymbolik» (ibídem, pág. 449); Rank. («Die Geburtsrettungsphantasie im Traum und Dichtung» (*Int. Zeitschrift für Psychoanalyse*, II, 1914). <<

[470] *Int. Zeitschr. f. Psych.*, II, 1914. <<

[471] Nota de 1914: Jung, Marcinowski y otros autores han publicado análisis de sueños numéricos. Estos entrañan con frecuencia operaciones complicadísimas, que son resueltas, sin embargo, por el sujeto con asombrosa seguridad. Véase también «Über unbewußte Zahlenbehandlung», Jones (*Zentralblatt für Psychoanalyse*, II, 1912, págs. 241 y sig.). <<

[472] Nota de 1909: La neurosis procede también en análoga forma. Una paciente mía padece alucinaciones auditivas, en las que oye, contra su voluntad, trozos de canciones cuya relación con su vida anímica no consigue explicarse (acotando de paso que no es, por cierto, paranoica). El análisis reveló que al permitirle cierto grado de licencia, ella colocaba falsos usos al texto de estas canciones. Así, por ejemplo, en las estrofas `Leise, leise, / Fromme Weise' (calladamente, calladamente, devotamente melódico), la última palabra fue tomada por su inconsciente como si sonara «Waise» (= huérfano, siendo ella misma la huérfana). En otra ocasión. `O du selige, o du fröhliche' (= O tú, bendito y feliz), es la opertura de un villancico de Navidad, por no continuar la cita de la palabra `Navidad' la cambió a una canción de esponsales. El mismo mecanismo de distorsión puede ser operativo en ideas no acompañadas de alucinación. Cuál fue la razón por la que uno de mis pacientes fue atormentado por el recuerdo de un poema que él había tenido que aprender en su juventud: `Nächtlich am Busento lispeln…' (= Por la noche en el cuchilleo de Busento), pues su imaginación no fue más allá de la primera parte de la cita: `Nächtlich am Busen' (= Por la noche en el pecho). Nos es familiar el hecho que esta misma técnica de engaño la usan los escritores de parodias (revista *Fliegende Blätter*). <<

[473] `Por el bienestar de su país no vivió mucho tiempo pero totalmente’. Nota de 1925: La inscripción real es `saluti publicae vixit non diu sed totus’. La razón de mi equívoco de poner `patriae’ por `publicae’ ha sido bien acertada por Wittels (1924). <<

[474] Un elemento superdeterminado: Como excusa de mi retraso alegué haber estado trabajando hasta altas horas de la noche y no haberme despertado a tiempo para llegar puntualmente al laboratorio, salvando la larga distancia que separa la calle del *Emperador José* de la de *Währinger*. <<

[475] Además, «César = Kaiser». <<

[476] (`Moriremos por nuestro Rey’). No recuerdo qué autor menciona un sueño en el que pululaban innumerables figurillas pequeñísimas y cuya fuente resultó ser una estampa de Jacques Callot que el sujeto había contemplado aquel día. Los grabados de este autor suelen contener realmente gran cantidad de diminutas figurillas. Una serie de ellos representan los horrores de la guerra de los Treinta Años. <<

[477] Y mientras recordaba esto, mis pensamientos involuntariamente recorrían unos versos de Goethe (con ocasión de la muerte de su amigo Schiller): `Detrás de él una ilusión sombría, yace todo lo que nos mantiene cautivos, las cosas que son comunes’. (Und hinter ihm in wesenlosem Scheine / Lag, was uns alle bändigt, das Gemeine.) <<

[478] Y también «parar el coche ante una casa» y «pasar en coche delante de alguien». *(N. del T.)* <<

[479] Vemos, pues, que la elaboración onírica parodia la idea que le es indicada como risible, creando en relación con ella algo que posee también este carácter. Análogamente obra Heine cuando, para burlarse de los malos versos del rey de Baviera, lo hace en otros todavía peores. <<

[480] Este sueño nos da también un buen ejemplo del principio general de que todos los sueños de una misma noche se basan en el mismo material mnémico, aunque luego los recordemos separadamente. La escena onírica que me muestra de Roma con mis hijos se halla, además, deformada por su referencia regresiva a un análogo suceso de mi infancia. Su sentido es que envidio a unos parientes míos que tuvieron ocasión, hace ya muchos años, de trasladar a sus hijos a otras tierras. <<

[481] La advertencia o el propósito «Esto se lo tengo que contar al doctor» incluidos en el sueño mismo, corresponden siempre, cuando se trata de sueños de personas sometidas al tratamiento psicoanalítico, a una intensa resistencia contra la confesión de los mismos y es seguida muchas veces del olvido de lo soñado. <<

[482] Tema que ha sido objeto de una amplia discusión en la *Revue Philosophique* («La paramnesia en el sueño»). <<

[483] Estos resultados rectifican en algunos puntos los datos antes expuestos sobre la representación de las relaciones lógicas. Pero en dicha exposición nos limitábamos a descubrir la conducta general de la elaboración onírica sin entrar en el examen de sus rendimientos más minuciosos. <<

[484] «Staniol» (hoja de estaño), alusión a Stannius y al sistema nervioso de los peces, etc., como ya vimos anteriormente. <<

[485] Era el lugar de la planta baja de mi edificio donde los arrendatarios guardaban los coches de niño. Sin embargo, todo esto está sobredeterminado de diversas maneras. <<

[486] También a mí me resulta esta descripción perfectamente incomprensible, pero sigo el principio de reproducir el sueño con aquellas palabras que surgen al redactarlo por escrito. La forma verbal es también una parte de la representación onírica. <<

[487] Nota de 1909: Cualquier estudiantillo alemán sabe que Schiller no nació en *Marburgo*, sino en *Marbach*, y también lo sabía yo al redactar este análisis; no obstante lo cual incurrí en error. Es éste uno de aquellos errores (véase capítulo 6 *b*) que se deslizan como sustitución de una voluntaria falsedad cometida en otro lugar. En nuestra *Psicopatología de la vida cotidiana* intentamos dar una explicación de este fenómeno. <<

[488] Nota de 1919: Un sueño de mi nieto, observado por mí cuando el pequeño tenía apenas veinte meses, muestra ya, si no me equivoco mucho, que la elaboración onírica ha conseguido transformar el material dado en una realización de deseos, permaneciendo, en cambio, inmodificado el afecto correspondiente y manifestándose así durante el reposo.

La noche anterior al día en que su padre tenía que salir para el frente de batalla se oyó exclamar al niño, sollozando entre sueños: «Papá, papá…, mene». Esto no puede significar que papá se queda junto al nene, mientras que el llanto reconoce la próxima separación. El niño sabía ya expresar perfectamente el concepto de la separación. La palabra *fort* (fuera), sustituida por un largo *oooh*, singularmente acentuado, fue una de las primeras que usó, y varios meses antes de este sueño jugaba ya a «estar fuera» (a irse) con sus juguetes, juego que se hallaba enlazado con su primera victoria sobre sí mismo; esto es, la de dejar que su madre se marchase sin protestar con una rabieta. <<

[489] Ver la corrección de esta cita anteriormente (véase índice Freud por Freud). *(Nota de 1925.)* <<

[490] *Intern. Zeitschr. f. Psych.*, IV, 1916. (Párrafos agregados por Freud en 1919, *Nota del E.*) <<

[491] Nota de 1930: Ya que el psicoanálisis ha dividido a la personalidad en un YO y en un SUPER-YO, resulta fácil de reconocer en estos sueños de castigo una realización de deseos del SUPER-YO. (No incluido en la versión española anterior. *Nota del E.*) <<

[492] Nota de 1909: De un modo análogo he explicado el extraordinario efecto placentero de los chistes tendenciosos (véase *El chiste y su relación con lo inconsciente*). <<

[493] Esta fantasía, desarrollada en las ideas latentes inconscientes, es la que exige con todo imperio las palabras non vivit, en lugar de non vixit. «Has llegado tarde; no vive ya». En nuestro anterior examen de este sueño vimos ya que también su contenido manifiesto se hallaba orientado en este sentido. <<

[494] «Früh sich einst dem trüben Blick gezeigt» («desde mucho antes aparecieron ante mi perturbada mirada»; Fausto de Goethe). <<

[495] Extrañará, quizá, al lector que el nombre José desempeñe con tanta frecuencia un importante papel en mis sueños (véase el de mi tío José). Pero es que detrás de las personas de este nombre puedo ocultar fácilmente mi propio yo, pues también se llamaba así el *onirocrítico* que la Biblia nos da a conocer. <<

[496] Se trata, indudablemente, de Wilhelm Fliess, médico otorrinólogo e investigador, cuya relación epistolar con Freud iniciada alrededor de 1887 se prolongó hasta 1902. Sin embargo, la enorme influencia del afecto que Freud puso en Fliess se percibe aún bastante más allá de la ruptura. Los biógrafos le asigna a Fliess el título de analista de Freud. *(Nota del E.)* <<

[497] `Die Heimkehr’ de Heine. *(Nota del E.)* <<

[498] `Rêve’, `petit roman’, `daydream story’. <<

[499] Nota de 1909: En mi *Análisis fragmentario de una histeria* he analizado un sueño parecido, compuesto por la superposición de varias fantasías. Mientras no he analizado sino mis propios sueños, basados generalmente en discusiones y conflictos ideológicos y sólo muy pocas veces en fantasías diurnas, he apreciado muy por bajo el valor de estas últimas. En otras personas resulta mucho más fácil demostrar la *completa analogía del sueño nocturno con el diurno*. Los histéricos suelen sustituir alguna vez un ataque por un sueño, siéndonos entonces fácil comprobar que la fantasía diurna es el grado preliminar de ambos productos psíquicos. <<

[500] «Zur Einführung des Narzißmus», en *Jahrb. d. Psychoan.*, IV, 1914. <<

[501] Nota de 1925: Hubo una época en que encontraba extraordinariamente difícil acostumbrar a los lectores a diferenciar entre el contenido manifiesto de los sueños y el contenido latente del pensamiento onírico. Una y otra vez se levantaban argumentos y objeciones basadas en algún sueño no interpretado en la forma en que se había retenido en la memoria, menospreciando la necesidad de interpretarlo. Pero, ahora, cuando los analistas al menos se han puesto de acuerdo en reemplazar el sueño manifiesto por su significado revelado por la interpretación, hay varios de ellos culpables de caer en otra confusión a la que se aferran con igual obstinación. Buscan hallar la esencia de los sueños en el contenido latente de ellos, por lo que no consideran la diferencia entre el pensamiento onírico latente y la elaboración onírica. Profundamente, los sueños no son más que una forma particular de pensar, hecha posible por las condiciones del dormir. Es la elaboración onírica la que crea esta forma y ella sola es la esencia del sueño —la explicación de su peculiar naturaleza—. Lo digo a objeto de hacer posible de destacar el valor de la «tendencia prospectiva» de los sueños. El que los sueños se preocupan de resolver los problemas que encara nuestra vida mental no es más extraño que nuestra propia consciencia vigil lo hiciera; lo que además de esto nos dice que tal actividad puede ser llevada a cabo en el preconsciente —y esto ya lo sabíamos antes—. <<

[502] Aquí se incluían en las ediciones 4.ª, 5.ª, 6.ª y 7.ª (1914 a 1922) dos ensayos de Otto Rank: «Los sueños y la creatividad del escritor» y «Sueños y mitos», ambos omitidos desde la edición alemana de 1924. La versión española anterior los incluyó, pero han sido descartados en la actual dado el carácter que el propio Freud quiso darle a sus «obras completas». *(Nota del E.)* <<

[503] Heine: `Buch der Lieder’. <<

[504] Véase la *Psicopatología de la vida cotidiana*, en estas Obras Completas.
<<

[505] Nota de 1925: La proposición consignada en esos perentorios términos —`todo aquello que interrumpe el progreso de la labor analítica es una resistencia'— está expuesta a ser malinterpretada. Por supuesto que solamente debe ser tomada como una regla técnica, como una advertencia a los analistas. No es objeto de discusión que en el curso de un análisis sucedan variados acontecimientos cuya responsabilidad no puede cargarse a las intenciones del paciente. Puede morir su padre sin que él sea el asesino, o puede estallar una guerra que lleve a término el análisis. Pero detrás de estas obvias exageraciones la proposición afirma algo igualmente nuevo y cierto. Aún en el caso que la interrupción sea por un hecho real e independiente al paciente, dependerá a menudo de él la magnitud de dicha interrupción, y la resistencia se revela inequívocamente en la prontitud con la que él acepta un suceso así y por el empleo exagerado que hace de él. <<

[506] Nota de 1919: Como ejemplo de la significación de la duda y de la inseguridad en el sueño, con una reducción simultánea del contenido manifiesto a un solo elemento, reproduciré aquí, tomándolo de mi obra titulada *Introducción al Psicoanálisis* (lección VII), el sueño siguiente, cuya interpretación me fue dado hallar después de un corto aplazamiento:

Una paciente escéptica tiene un sueño un poco más largo que el anterior, en el curso del cual le hablaban varias personas haciéndole grandes elogios de mi libro sobre el chiste. Después, en el mismo sueño, se hace mención de un *canal, quizá de otro libro en el que se habla de un canal o de algo que tiene alguna relación con un canal…, no puede decir más…, sus recuerdos del sueño son muy confusos*.

Esperaréis, quizá, que hallándose tan indeterminado el elemento *canal*, escapará a toda interpretación. Cierto es que la misma tropieza en este caso con algunas dificultades, pero éstas no son debidas a la imprecisión del elemento analizado, pues lo que sucede es que, tanto esta imprecisión como aquellas dificultades, provienen de una causa común. A la imaginación del sujeto no acudió por el momento idea ninguna a propósito del concepto «canal», y, naturalmente, tampoco a mí se me ocurrió nada sobre él. Pero más tarde, al siguiente día de este primer intento de interpretación, recordó algo que a su juicio poseía quizá una relación con dicho elemento de su sueño. Tratábase de un chiste que había oído contar. En un barco destinado al servicio entre Dover y Calais entabló un conocido escritor conversación con un inglés, citando éste, en el curso del diálogo, la conocida frase de que «de lo sublime a lo ridículo no hay sino un paso», a lo cual respondió el escritor: «Sí; el Paso de Calais», juego de palabras con el que da a entender que halla a Francia sublime y ridícula a Inglaterra. Pero el Paso de Calais es un *canal*, el *Canal* de la Mancha. Anticipándome a la interrogación que sin duda estáis pensando dirigirme sobre qué relación puedo hallar entre este recuerdo evocado por el sujeto y el sueño cuya interpretación buscamos, os diré que no sólo existe tal relación, sino que dicho recuerdo nos proporciona íntegramente la solución deseada. ¿O es que dudáis de que el mismo existiese

antes del sueño como sustrato inconsciente del elemento «canal» y creéis que ha sido aprovechado después para proporcionar una apariencia de interpretación? Nada de eso; la ocurrencia del sujeto testimonia, precisamente, del escepticismo que a pesar de una naciente e involuntaria convicción abriga con respecto a nuestras teorías, y esta resistencia es, con seguridad, el motivo común del retraso con que surgió la ocurrencia y la imprecisión del elemento correspondiente. Ahora vemos ya con toda claridad la relación que existe entre el elemento del sueño y su sustrato inconsciente. El primero es como un fragmento del segundo o como una alusión al mismo, y lo que motiva su apariencia totalmente incomprensible es su aislamiento de dicho substrato. <<

[507] Sobre las intenciones que presiden el olvido, véase mi pequeño estudio sobre el mecanismo psíquico del olvido, publicado en la *Revista de Psiquiatría y Neurología* en 1898. Este estudio forma parte de mi obra *Psicopatología de la vida cotidiana* (en estas Obras Completas). <<

[508] Nota de 1914: Rectificaciones como éstas al usar idiomas extranjeros en los sueños no son infrecuentes, aunque más a menudo se las atribuyen a otras personas. Maury soñó que cuando estudiaba inglés le decía a uno: `I called for you yesterday': corrigiéndole su interlocutor: `I called on you yesterday'. <<

[509] De Clark-Maxwell. <<

[510] Nota de 1914: E. Jones describe el caso análogo y muy frecuente de que durante el análisis de un sueño surja el recuerdo de otro de la misma noche, olvidado o ni siquiera sospechado hasta el momento. <<

[511] Nota de 1914: Después de escritas estas afirmaciones se me ha llamado la atención sobre el hecho de que Hartmann profesa en esta importante cuestión psicológica una idéntica teoría: Con ocasión, pues, del estudio del papel del inconsciente en la creación artística (*Filosofía de lo inconsciente*, t. I, cap. 5.º) ha expresado Hartmann claramente la ley de la asociación de ideas guiado por representaciones finales inconscientes, aunque sin llegar a darse cuenta de todo el alcance de esta ley. A él corresponde, pues, demostrar que «toda combinación de representaciones sensibles cuando no debe ser atribuida puramente a la casualidad, sino conducir a un fin determinado, necesita del auxilio de lo inconsciente» y que el interés consciente por determinada asociación de ideas estimula a lo inconsciente a encontrar, entre las infinitas representaciones posibles, la correspondiente al fin. «Lo inconsciente lleva a cabo una selección adaptada a los fines del interés, y esta ley se aplica a la asociación de ideas en el pensamiento abstracto, a la imaginación afectiva o combinar artístico, y a la ocurrencia chistosa. Por esta razón no se puede sostener que la asociación de ideas se limita a la de la idea estimulante con la estimulada, en el sentido de la pura psicología de asociaciones. Tal limitación no aparecería justificada efectivamente sino cuando en la vida humana surgen estados en los que el hombre quede libre, no sólo de todo fin consciente, sino también del dominio o de la colaboración de todo interés inconsciente. Pero es éste un estado que no surge casi nunca, pues aun en aquellos casos en que entregamos aparentemente, por completo, nuestra sucesión de ideas a la casualidad o cuando nos abandonamos al involuntario soñar de las fantasías, reinan siempre estos intereses principales y otros sentimientos y estado de ánimo diferentes que ejercerán una influencia sobre la asociación de ideas» (*Ibidem*, I, 246). En los sueños semiinconscientes no aparecen nunca otras representaciones que las correspondientes al interés (inconsciente) principal del momento. «La acentuación de la influencia de los sentimientos y estados de ánimo sobre la sucesión libre de los pensamientos aparece totalmente demostrada por el procedimiento metódico del psicoanálisis, incluso desde el punto de vista de

la psicología de Hartmann» (S. E. Pohorilles, en la *Intern. Zeitschr. f. Ärtzl. Ps.*, A, I, 1918, pág. 605). Du Prel deduce (del hecho de que solemos recordar de pronto un nombre en el que antes hemos estado pensando inútilmente) la existencia de un pensamiento inconsciente, pero orientado, sin embargo, hacia un fin, cuyos resultados surgen luego en la consciencia (*Philos. d. Mystik*, pág. 107). <<

[512] Nota de 1909: Tal afirmación ha recibido una importante confirmación en casos de `dementia praecox' analizados por C. G. Jung. <<

[513] Estas mismas reflexiones son también aplicables a los casos en los que las asociaciones superficiales aparecen desnudamente en el sueño, como sucede en los dos ejemplos comunicados por Maury (pélerinage - Pelletier - pelle; kilómetro - kilogramo - Gilolo - Lobelia - López - Lotería). Mis investigaciones con sujetos neuróticos me han demostrado cuál es la reminiscencia que de este modo queda representada. Trátase del acto de hojear un diccionario, con el que se ha intentado satisfacer, en la pubertad, la curiosidad sexual. <<

[514] Nota de 1909: Estas afirmaciones, que en la época en que fueron publicadas por vez primera parecían harto inverosímiles, han sido demostradas y utilizadas posteriormente por los «estudios diagnósticos de asociación de Jung y sus discípulos». <<

[515] Nota de 1925: Sugerí en ese entonces que el devenir consciente se produce en realidad en vez de la huella mnémica. (Véase mi ensayo «El block maravilloso» 1924, en estas Obras Completas.) <<

[516] Nota de 1919: Continuando el desarrollo de nuestro esquema lineal, hemos de suponer que el sistema siguiente al *Prec*. es aquél al que tenemos que adscribir la consciencia y que, por tanto, *P* = *C*. <<

[517] Nota de 1914: Alberto Magno (S. XIII) se refiere ya a esta regresión: «La imaginación —dice— construye el sueño con las imágenes de los objetos sensibles por ella conservados. Este proceso se desarrolla en sentido inverso al de los de la vida despierta». Hobbes escribe *(Leviathan, 1651); In sum, our dreams are the reverse of our waking imaginations, the motion when are awake, beginning at one end, and when dream at another*. <<

[518] «Observaciones sobre las psiconeurosis de defensa», en *Neurologisches Zentralblatt*, 1896. (Cf. el título en estas Obras Completas.) <<

[519] Nota de 1914: En una exposición de la teoría de la represión habríamos de hacer constar que la represión de una idea es llevada a cabo por la acción conjunta de dos factores que actúan sobre ella. Es empujada por un lado (la censura de la consciencia) y estirada por el otro (por el inconsciente), de igual modo como es subida la gente a lo alto de la Gran Pirámide [Adición de 1919]. (Cf. el estudio sobre la represión.) (1915, en estas Obras Completas). <<

[520] Estos deseos comparten este carácter de indestructibilidad con todos los demás actos inconscientes; es decir, con aquellos actos anímicos que pertenecen exclusivamente al sistema *Inc*. Trátase de caminos abiertos de una vez para siempre y que nunca se ven solitarios, conduciendo a una derivación al proceso de excitación siempre que la excitación inconsciente los carga de nuevo. Aclararemos este proceso con una comparación. Sucede con estos deseos lo que con las sombras infernales de la *Odisea*, las cuales volvían a la vida en cuanto se les daba a beber sangre. Los procesos dependientes del sistema preconsciente son destructibles en un sentido completamente distinto. En estas diferencias reposa la psicoterapia de las neurosis. <<

[521] Nota de 1919: Intenté penetrar más lejos en la comprensión del estado de cosas prevalecientes durante el dormir y las condiciones determinantes de la alucinación en un ensayo titulado: `Adición metapsicológica a la Teoría de los Sueños’. (1915, vol. VI de esta colección). <<

[522] Nota de 1930: Éste pareciera ser el momento apropiado de hacer referencia al `SUPER-YO’, uno de los últimos hallazgos del psicoanálisis. <<

[523] Strachey comenta que estos dos últimos párrafos los cita ampliamente Freud al término del análisis del primer sueño de Dora. (Ver `Análisis fragmentario de una histeria’, en estas Obras Completas. *Nota del E*.) <<

[524] Nota de 1919: O dicho de otro modo: se reconoce necesaria la realización de un «examen de la realidad». <<

[525] Le Lorrain ensalza, justificadamente, la realización de deseos del sueño con las siguientes palabras: *Sans fatigue sérieuse, sans être obligué de recourir à cette lutte opiniâtre et longue qui use et corrode les jouissances poursuivies*. <<

[526] Nota de 1914: En otra parte llevé adelante este tipo de ideas (`Los dos principios del funcionamiento mental’, en estas Obras Completas), el principio del placer y el principio de realidad, como los he propuesto llamar. <<

[527] Nota de 1914: O más correctamente: una parte del síntoma corresponde a la realización de deseos inconscientes, y otra, a la reacción contra la misma. <<

[528] Nota de 1914: Hughlings Jackson escribe: «Hallad la esencia del sueño y habréis hallado todo lo que sobre la demencia es posible saber». <<

[529] En estas Obras Completas. <<

[530] Tomo estos pensamientos de la teoría de Liébeault sobre el sueño. Este autor es el iniciador de la investigación hipnótica en nuestros días. (*Du sommeil provoqué*, etc., París, 1889.) <<

[531] Nota de 1914: ¿Es ésta la única función que podemos atribuir al sueño? Por mi parte, no conozco otra. A. Maeder ha intentado demostrar la existencia de otras funciones secundarias. Con este fin, partió de la observación, perfectamente exacta, de que algunos sueños contienen tentativas de solución de conflicto, que luego son soluciones realmente en dicha forma, constituyendo así algo como ejercicios preliminares de actividades de la vida despierta. De este modo estableció un paralelo entre el sueño y, los juegos de animales y de los niños, juego, que deben ser considerados como una actividad preliminar de los instintos innatos y una preparación para una acción ulterior más fundamental, y dedujo la existencia de una *fonction ludique* del fenómeno onírico. Poco tiempo antes de estos estudios de Maeder había sido señalada por Alfred Adler la función preintelectual del sueño (en un caso comunicado por mí en 1905 se repitió todas las noches un sueño que había de ser interpretado como un propósito, hasta que dicho propósito llegó a realizarse) (`Análisis fragmentario de una histeria', en estas Obras Completas.)

Los conocimientos adquiridos en la interpretación de los sueños nos impide admitir tal función del fenómeno onírico. Los actos de proyectar, proponer o preparar tentativas de solución, que luego pueden ser realizados en la vida despierta, son, como otros muchos actos de este género, rendimientos de la actividad mental consciente y preconsciente, o sea, restos diurnos que colaboran con un deseo inconsciente a la formación del sueño. Así, pues, esta función que se intenta atribuir al fenómeno onírico pertenece, en realidad, al pensamiento despierto preconsciente. Después de haber confundido durante tanto tiempo el sueño con su contenido manifiesto, hemos de procurar ahora no caer en el error contrario; esto es, el de confundirlo con las ideas latentes. <<

[532] Nota de 1919: «Un segundo factor mucho más importante, que el profano omite tener en cuenta, es el que sigue: una realización de deseos debiera ser, desde luego una causa de placer. Mas ¿para quién? Naturalmente, para aquel que abriga tal deseo. Ahora bien: sabemos que la actitud del sujeto con respecto a sus deseos es una actitud harto particular, pues los rechaza, los censura y no quiere saber nada de ellos. Resulta, pues, que la realización de los mismos no puede procurarle placer alguno, sino todo lo contrario. y la experiencia nos muestra que este afecto contrario, que permanece aún inexplicado, se manifiesta en forma de angustia. En su actitud ante los deseos de sus sueños, el durmiente se nos muestra, por tanto, como compuesto de dos personas diferentes, pero unidas, sin embargo, por una íntima comunidad. En vez de entrar en una detallada explicación de este punto concreto, os recordaré un conocido cuento en el que hallamos una idéntica solución. "Un hada bondadosa promete a un pobre matrimonio la realización de sus tres primeros deseos. Encantado de la generosidad del hada, se dispuso el matrimonio a escoger con todo cuidado; pero la mujer, seducida por el olor de unas salchichas que en la cabaña vecina están asando, desea comer un par de ellas, y en el acto aparecen sobre la mesa, quedando cumplido el primer deseo. Furioso, el marido pide que las salchichas aquellas vayan a colgar de las narices de su imbécil mujer, deseo que es cumplido en el acto como el segundo de los tres concedidos. Inútil deciros que esta situación no resulta nada agradable para la mujer, y como, en el fondo, su marido se siente unido a ella por el cariño conyugal, el tercero ha de ser el de que las salchichas vuelvan a quedar sobre la mesa. Este cuento nos muestra claramente cómo la realización de deseos puede constituir una fuente de placer para una de las dos personalidades que al sujeto hemos atribuido y de displacer para la otra cuando ambas no se hallan de acuerdo"» (`Lecciones introductorias al psicoanálisis', en estas Obras Completas.) <<

[533] Nota de 1919: Desde que yo escribí esto ha aparecido una gran cantidad de material en la literatura psicoanalítica. <<

[534] Cf. las importantes deducciones de Breuer en nuestros *Estudios sobre la histeria*. <<

[535] Aquí y en otros lugares he dejado intencionadamente lagunas en el desarrollo de mi tema, ya que llenarlas exigiría un gran esfuerzo y que, por otro lado, me llevaría a basarme en un material ajeno a los sueños. Por ejemplo, omití aclarar si le daba un significado diferente a las palabras «supresión» y «represión». Debiera haber quedado en claro, sin embargo, que la última pone más énfasis que la primera en el hecho de su ligazón al inconsciente. No he entrado en el obvio problema de por qué el pensamiento onírico es presa de la deformación por la censura aún en los casos que han abandonado el progresivo camino hacia la consciencia, eligiendo la vía regresiva. Y hay muchas omisiones similares. De lo que estoy ansioso por hacer es crear una impresión de los problemas a los que un análisis ulterior de la labor onírica debiera conducir, y de dar una insinuación de aquellos tópicos con los que se va a topar dicho análisis. No me ha sido siempre fácil decir el momento de interrumpir el curso de mi exposición. Hay razones especiales, no precisamente las que mis lectores esperarían, por las que no he dado un desarrollo exhaustivo a la participación en los sueños del mundo de ideas sexuales, y, del porqué he evitado analizar sueños de un abierto contenido sexual. Nada pudiera estar más lejos de mis propio; puntos de vista o de las opiniones teóricas que he mantenido en neuropatología, que considerar la vida sexual como algo vergonzoso, en lo que ni un médico ni un investigador científico lo compartirían. Además, la indignación moral por la que el traductor de la «Oneirocrítica», de Artemidoro de Dalcis, lo llevó a no incluir el capítulo sobre sueños sexuales, alejándolo del conocimiento de los lectores, me parece francamente risible. Lo que comandaba mi decisión era simplemente el darme cuenta que una explicación de sueños sexuales pudiera llevarme a profundizar en los problemas aún no resueltos de la «perversión» y de la «bisexualidad», por lo que he preferido reservar este material para otra ocasión. <<

[536] El sueño no es el único fenómeno que la Psicopatología permite fundar en la psicología. En una pequeña serie de ensayos publicados en la *Revista de Psiquiatría y Neurología* («Sobre el mecanismo psíquico del olvido», 1898; «Sobre los recuerdos encubridores», 1899) intenté interpretar una gran cantidad de fenómenos psíquicos cotidianos del mismo conocimiento. Estos y otros ensayos sobre el olvido, la equivocación, etcétera, han aparecido reunidos en mi obra *Psicopatología de la vida cotidiana*. (en estas Obras Completas.) <<

[537] Nota de 1925: Resulta necesario elaborar y modificar tal punto de vista desde que se ha reconocido que el carácter esencial de una idea preconsciente era el hecho de estar conectada con los residuos de las representaciones verbales. («Lo inconsciente», en estas Obras Completas.) <<

[538] *El concepto de lo inconsciente en la Psicología*. Conferencia pronunciada en el III Congreso Internacional de Psicología en Munich, 1897.
<<

[539] Nota de 1914: Me es muy grato citar a un autor que del estudio del sueño ha deducido la misma conclusión sobre la relación de la actividad consciente con la inconsciente. Dice Du Prel: «La interrogación de qué es el alma reclama una investigación preliminar sobre si consciencia y alma son algo idéntico. Precisamente, esta cuestión preliminar es negada por el sueño, el cual muestra que el concepto del alma va más allá del de la consciencia, del mismo modo que la fuerza de atracción de un astro sobrepasa su esfera luminosa». <<

[540] Nota de 1911: En relación a esto recordar el sueño de Alejandro Magno durante el asedio a Tyros. <<

[541] Nota de 1914: Considerar mi trabajo `Observaciones acerca el concepto de lo inconsciente en el Psicoanálisis' (1912, en estas Obras Completas), publicado en inglés en los `Proceedings of the Society for Psychical Research', en donde hube de diferenciar los significados descriptivo, dinámico y sistemático de ese término tan ambiguo `inconsciente'. <<

[542] Adición de 1911: El profesor Ernst Oppenheim de Viena me ha mostrado por evidencias del folklore, que hay una clase de sueños en los que el significado profético se ha ido desprendiendo aún para la creencia popular y en los que perfecta y acertadamente se les puede retrotraer a deseos y necesidades emergentes durante el dormir. Pronto nos dará una descripción detallada de estos sueños, que como regla son narrados en forma de historietas cómicas. <<

[543] «Über den Traum», el original en alemán. <<

[544] Ihr führt ins Leben uns hinein, Ihr läßt den Armen schuldig werden Goethe: *Wilhelm Meister Lehrjahre*, libro II, capítulo XIII. La justa traducción de estos versos es: «Nos introducís en la vida y dejáis que el desdichado caiga en la culpa. Luego le abandonáis a su dolor, pues toda culpa se paga sobre la tierra». Mas la palabra *schuldig* tiene el doble sentido de «culpable» y «deudor», y este último significado es el que motiva la inclusión de los versos goethianos en el sueño, como lo demuestra el análisis. *(N. del T.)* <<

[545] Una calzada móvil instalada en la exposición de París de 1900. <<

[546] Nota de 1911: Filólogos muy autorizados afirman que los idiomas humanos más antiguos empleaban la misma palabra para expresar la antítesis (fuerte-débil, dentro-fuera, etc.: «Sentido antitético de las palabras primitivas»). <<

[547] Parálisis general sifilítica. *(Nota del E.)* <<

[548] Véase *Tres ensayos sobre una teoría sexual*. <<

[549] Sobre el simbolismo de los sueños se hallarán otros datos en los antiguos libros sobre la interpretación de los mismos (Artemidoro de Dalcis, Scherner. *Das Leben des Traumes*, 1861) y, además, en nuestra *Interpretación de los sueños*, en los trabajos mitológicos de la escuela psicoanalítica, y, ante todo, en los trabajos de W. Stekel *Die Sprache des Traumes*, 1911). <<

[550] Publicado en las *Obras póstumas* (1941), bajo el título «Eine erfüllte Traumahnung». <<

[551] Calle principal del centro de Viena. *(N. del T.)* <<

[552] «Zur Psychopathologie des Alltagslebens», en alemán en el original (Monatsschr. Psychiat. Neurol., 10 (1), 1-32 y (2), 95-143, 1901. El primer capítulo fue publicado primero en 1898 (`El mecanismo psíquico del olvido') y al trabajo total se le dio forma de libro recién en 1904. La presente edición contiene todas las adiciones y notas que agregara Freud posteriormente. *(Nota del E.)* <<

[553] Fausto de Goethe: «Ahora el aire está tan lleno de elementos de cacería, que uno no sabe cómo se las va a arreglar para escapar». <<

[554] Este es el método general para atraer a la consciencia las representaciones que permanecen ocultas. <<

[555] Esta acusación surgió por primera vez en Francia, bajo el reinado de Felipe II (1189-1223), y motivó la expulsión de los judíos de dicho país. Desde entonces, y hasta los tiempos modernos, ha resurgido siempre que en tiempos de Pascua desaparecía o era encontrado asesinado un cristiano en los barrios judíos. Varias de estas supuestas víctimas han llegado a ser canonizadas, entre ellas San Simón de Trento. *(N. del T.)* <<

[556] Nota de 1924:. Este breve análisis ha sido muy comentado y ha provocado vivas discusiones. Sirviéndose precisamente de él como base, ha intentado E. Bleuler fijar de un modo matemático la verosimilitud de las interpretaciones psicoanalíticas y ha llegado a la conclusión de que entrañan mayor verosimilitud que muchos otros «descubrimientos» médicos no discutidos. Los recelos con que tropiezan deberíanse tan sólo a que en la investigación científica no se tiene aún costumbre de contar con verosimilitudes psicológicas. (*Das autistisch-undisziplinierte Denken in der Medizin und seine Überwindung*, Berlín, 1919.) <<

[557] Una más sutil observación reduce en mucho la antítesis que respecto a los recuerdos sustitutivos existe entre el análisis del caso *Signorelli* y el caso *aliquis*. En efecto, también en este último aparece acompañado el olvido de una formación de sustitutivos. Cuando posteriormente pregunté a mi compañero si en sus esfuerzos por recordar la palabra olvidada no se le había ocurrido alguna otra en sustitución de ella, me comunicó que primero había sentido la tentación de introducir en el verso la palabra *ab* y decir *nostris ab ossibus* (quizá fuera este *ab* el trozo desligado de *a-liquis*), y que después la palabra *exoriare* había acudido a su pensamiento repetida y obstinadamente. Como escéptico a mis teorías, añadió que esto se debía, sin duda, a ser aquélla la palabra con la que comenzaba el verso. Cuando después le rogué que considerara con atención las asociaciones que siguieron a *exoriare*, me dijo que la primera era *exorcismo*. Podemos suponer, por tanto, que la acentuación intensiva de *exoriare* tenía en la reproducción el valor de tal formación de sustitutivos. Ésta habría sido continuada por los nombres de santos después de pasar sobre la asociación *exorcismo*. De todos modos, éstas son sutilezas a las que no hay necesidad de conceder un valor extraordinario. (Por otro lado, Wilson, en 1922, destacó el hecho que la intensificación de `exoriare' es de gran significación en la comprensión del caso, ya que el exorcismo viene a ser el mejor sustituto simbólico para los pensamientos reprimidos acerca de liberarse por aborto de un niño no deseado. Con agrado acepto tal corrección, lo que no debilita la validez del análisis. Adición de 1924.) Pero ahora sí nos parece posible considerar la aparición de cualquier especie de recuerdos sustitutivos como un signo constante, aunque quizá tan sólo característico y revelador del olvido tendencioso motivado por represión. Esta formación de sustitutivos existiría aun en aquellos casos en que no se presentan falsos nombres sustitutivos, manifestándose entonces bajo la forma de intensificación de un elemento vecino o contiguo al elemento olvidado. En el caso *Signorelli*, y durante todo el tiempo que el nombre del pintor permaneció inaccesible para mí, tuve, en cambio, un *clarísimo* recuerdo visual, mucho más intenso de lo que estos recuerdos lo suelen ser

generalmente en nosotros, de su ciclo de frescos y de su autorretrato, que aparece en un ángulo de uno de aquéllos. En otro caso que también relatamos en nuestro artículo publicado en 1898, del que ya hemos hecho mención, olvidamos, hallándonos en una ciudad extranjera, el nombre de la calle en la que debíamos hacer una visita poco atractiva; pero, como una burla, retuvimos clarísimamente el número de la casa, cuando de ordinario es en nosotros el recuerdo de números y cifras lo que con más dificultad se conserva. <<

[558] No quisiéramos aceptar con completo convencimiento la falta de conexión entre los dos círculos de pensamientos del caso *Signorelli*. Una cuidadosa prosecución de los pensamientos reprimidos sobre muerte y sexualidad nos hacen, en efecto, llegar a una idea que se relaciona muy de cerca con el tema de los frescos de Orvieto. <<

[559] Capítulo agregado en 1907. <<

[560] También estos bellos versos de la poesía goethiana fueron alterados por mi colega, tanto en su contenido como en el objeto a que se aplican. El fantasma de la muchacha de Corinto dice a su prometido: «Te he dado mi cadena —y me llevo un bucle de tus cabellos—. *Míralo bien*; / mañana habrás tú encanecido; / y ya no volverás a poseer negros cabellos hasta que estés allá abajo». <<

[561] C.G. Jung: *Sobre la psicología de la demencia praecox*, 1907, pág. 64.
<<

[562] *Dementia praecox*, pág. 52, 1907. <<

[563] Adición de 1910. <<

[564] *Zentralblatt für Psychoanalyse*, I, 9, 1911. (`Contribución al olvido de los nombres propios'.) Ejemplo agregado en 1911. Corresponde a un episodio autobiográfico. *(Nota del E.)* <<

[565] Para Strachey ese amigo tan querido de Freud no era otro que J. J. Putnam. *(Nota del E.)* <<

[566] Th. Reik: «Sobre el olvido colectivo», en *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, IV, 1920. <<

[567] `bin Hure' (`soy una puta'). <<

[568] «Enquête sur les premiers souvenirs de l'enfance». (*L'Année Psychologique*, III, 1897.) <<

[569] «Study of early memories». (*Psycholog. Review*, 1901.) <<

[570] Baso esta afirmación en algunas investigaciones efectuadas por mí mismo. <<

[571] Ejemplo agregado en 1920. <<

[572] Strachey consigna una cita que Freud escribiera en una edición de 1904: `El Dr. B. mostró impecablemente un miércoles (día de reuniones en la Sociedad Psicoanalítica de Viena) que los cuentos de hadas pueden hacer uso de recuerdos encubridores de la misma manera que son usadas las conchas desocupadas de caracoles por el cangrejo ermitaño. Estos cuentos de hadas llegan a convertirse en favoritos sin una clara razón conocida. Por un sueño de P. parece ser que el hielo es en realidad un símbolo por antítesis de la erección: algo que se pone duro con el frío, en vez de con el calor, como el pene (en la excitación). Los dos conceptos antitéticos de sexualidad y muerte se relacionan frecuentemente en la idea que la muerte pone las cosas tiesas. Uno de los casos de los Henri dio como ejemplo un trozo de hielo como recuerdo encubridor por su abuela muerta. Ver mi trabajo sobre «Los recuerdos encubridores» (vol. I de esta colección) donde se discute más ampliamente el trabajo de V. y C. Henri’. <<

[573] Nota de 1924: Aquéllos a quienes interesa la vida anímica de estos años infantiles inferirán sin dificultad la condicionalidad más profunda de la exigencia planteada al hermano mayor. El pequeño, que no ha cumplido aún los tres años, se ha dado ya cuenta, sin embargo, de que la hermanita últimamente nacida se ha formado en el seno de la madre. Nada satisfecho con tal incremento de la familia, abriga la penosa sospecha de que el seno materno encierra aún otros niños. El armario o el cajón son, para él, símbolos del seno materno. Demanda, pues, echar una ojeada en el interior de los mismos y se dirige para ello al hermano mayor, sobre el cual se ha desplazado, según se desprende de otras circunstancias, la rivalidad con el padre. Contra este hermano se orienta, a más de la fundada sospecha de haber hecho *encajonar* a la niñera, la de haber introducido en el cuerpo de la madre la niña recientemente nacida. La desilusión que el niño experimenta al comprobar que el cajón está vacío proviene de la motivación superficial del deseo infantil de ver el interior del cajón. En cambio, la intensa satisfacción experimentada al comprobar la esbeltez materna procede evidentemente de estratos psíquicos más profundos. <<

[574] Hallábase, en efecto, como más tarde se demostró, bajo la influencia de un pensamiento inconsciente sobre el embarazo y la manera de evitarlo. Con las palabras «doblada como una navaja de bolsillo», que expresó conscientemente como un lamento, quería describir la posición del niño en el claustro materno. La palabra *Ernst*, pronunciada por mí, había evocado en ella el nombre de S. Ernst, conocido comercio vienés, situado en la Kärtnestraße, que suele anunciarse como lugar en el que pueden adquirirse medios preventivos de la concepción. <<

[575] Agregados en 1907. <<

[576] Agregados en 1907. <<

[577] Agregado en 1912. <<

[578] Agregados en 1910, los ejemplos 21, 22. <<

[579] Agregados en 1917 los ejemplos 23 a 26. <<

[580] Agregados en 1919. <<

[581] *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, IV, 1916-17. <<

[582] Ejemplos 28, 30 y 31 agregados en 1920. <<

[583] Agregados en 1919. <<

[584] Agregado en 1910. <<

[585] «Dejar que todos los cinco sean pares» es una locución familiar alemana, que viene a significar «dejar pasar la irregularidad». La palabra *gerade* tiene la doble significación de *derecho* y *par*. *(N. del T.)* <<

[586] Agregado en 1924. <<

[587] Agregado en 1920. <<

[588] Ejemplos 36 y 37 agregados en 1912. <<

[589] Agregado en 1910. <<

[590] Agregado en 1924. <<

[591] Expresión imposible de traducir a giro idiomático español. <<

[592] Nota de 1907:. Puede observarse también que las personas de la aristocracia suelen desfigurar con particular frecuencia los nombres de los médicos a los que han consultado, de lo cual se deduce que interiormente no los estiman en mucho, a pesar de la cortesía que muestran en su trato con ellos. Quiero citar aquí algunas acertadas observaciones sobre el olvido de nombres, tomándolas de la obra inglesa sobre este tema, escrita por el profesor E. Jones, residente en Toronto en la época en que la publicó: «The Psychopathology of Everyday Life» (*American J. of Psychology*, oct. 1911).

Pocas son las personas que pueden reprimir un movimiento de enfado al notar que otras han olvidado su nombre, sobre todo cuando esperan que éstas lo hubiesen retenido en su memoria. En estos casos acostumbra decirse, sin reflexionar, que estas personas no hubiesen sufrido tal flaqueza de memoria si se hubiese dejado en ellas una más vigorosa impresión, pues el nombre es un elemento esencial de la personalidad. Por otro lado, es extraordinariamente halagador ver que una alta personalidad recuerda nuestro nombre. Napoleón, maestro en el arte de manejar a los hombres, dio durante la desdichada campaña de 1814 una asombrosa prueba de su memoria en esta cuestión. Hallándose en una ciudad próxima a Garonne, recordó que veinte años antes había hecho conocimiento con el que en aquellos tiempos desempeñaba el puesto de alcalde de dicha ciudad, un individuo llamado De Bussy. Consecuencia de esto fue que De Bussy, encantado de que el emperador le recordase al cabo de veinte años, se entregó en cuerpo y alma a su servicio. Inversamente, el medio más seguro de afrentar a una persona es fingir no recordar su nombre, pues con ello manifestamos que nos es por completo indiferente. Esta cuestión ha sido también muy explotada en la literatura. En la obra de Turgueniev titulada *Humo* aparece el pasaje siguiente: «¿Sigue usted encontrando que Baden es un sitio divertido, señor… Litvinov?» «Ratmirov acostumbraba pronunciar el nombre de Litvinov vacilando un poco, como si tuviese que hacer un esfuerzo para recordarlo. Con esto, así como con la orgullosa manera que tenía de quitarse el sombrero al saludarle, se proponía herir a Litvinov en su vanidad». En otra

de sus obras, *Padres e hijos*, escribe el mismo autor: «El gobernador invitó a Kirsanov y Basarov al baile y repitió su invitación pocos minutos después, considerándolos como hermanos y llamándolos a ambos Kisarov». En este caso, el olvido de haberlos invitado ya anteriormente, el error en el nombre y la incapacidad de considerar por separado a cada uno de los dos jóvenes, constituyen un cúmulo de alfilerazos irritantes. La desfiguración de los nombres tiene la misma significación que el olvido de los mismos; es un primer paso hacia esto último. <<

[593] Equívocos orales de este tipo son usados, por ejemplo, por el dramaturgo Anzengruber en su «Der G’wissenswurm», para exponer el carácter hipócrita de un cazador de legalidades. <<

[594] Atribuida erróneamente en la revista a E. Jones. <<

[595] «Según nuestras leyes, no se admite el divorcio más que cuando queda probado que uno de los cónyuges ha cometido adulterio, y entonces los derechos que el divorcio ocasiona no se conceden más que al cónyuge ofendido». *(Nota de Brill.)* <<

[596] Adición de 1907. <<

[597] Nota de 1920:. Otros ejemplos de equivocaciones orales que, según la intención del poeta, deben ser interpretadas como muy significativas y, en su mayoría, como confesiones involuntarias, aparecen en el *Ricardo III*, de Shakespeare, y en *Don Carlos*, de Schiller. No sería difícil ampliar esta lista. <<

[598] Nota de 1910.

Ce qu'on conçoit bien
s'énonce clairement
et les mots pour le dire
arrivent aisément.

(BOILEAU: *Art poétique*.) <<

[599] En inglés en el original. Su traducción es: «Un amigo mío me describió la enfermedad nerviosa que aquejaba a una tercera persona para que yo le dijese mi opinión sobre dicha enfermedad y el modo posible de curarla». Mi respuesta fue: «Creo poder remover con el tiempo, y por medio del psicoanálisis, todos los síntomas que atormentan al paciente, pues me parece un caso *durable*, digo *curable*». *(N. del T.)* <<

[600] Para la inteligencia de este ejemplo debe tenerse en cuenta que la palabra *Beförderung* tiene dos sentidos: el de «transporte» y el de «promoción». *(N. del T.)* <<

[601] «Complejos», término que usó Freud bajo la influencia de Jung a partir de 1907, al decir de Strachey. Las ediciones anteriores decían «círculos de pensamientos». *(Nota del E.)* <<

[602] Agregado en 1907. <<

[603] Agregado en 1910. <<

[604] Agregado en 1910. <<

[605] Cita y ejemplos 9 y 10 agregados en 1917. <<

[606] «*Jahresbericht für Neurologie und Psychiatrie*». Freud contribuyó en la sección sobre las parálisis cerebrales infantiles. *(Nota del E.)* <<

[607] Véase el *Julio César* shakespeariano (acto III, esc. 3a.):

«CINNA. —Mi nombre es Cinna.

UN CIUDADANO. —Despedazadle. Es un conjurado.

CINNA. —¡Soy Cinna, el poeta; no Cinna, el conjurado!

OTRO CIUDADANO. —No importa. Su nombre es Cinna. Arrancadle el nombre del corazón y dejadle marchar». <<

[608] Véase el análisis de este sueño en «Los sueños» (en estas Obras Completas). <<

[609] Agregado en 1917. <<

[610] Ejemplos 11 y 12 agregados en 1919. <<

[611] Ejemplos 14 a 16 agregados en 1912. <<

[612] Agregado en 1920. <<

[613] Agregado en 1920. <<

[614] Nota de 1904: El olvido normal sucede por la vía de la condensación. De esta manera llega a ser la base para la formación de conceptos. Lo que se aísla se percibe claramente. La represión hace uso del mecanismo de la condensación produciendo una confusión con otros casos similares. Además, tendencias de otras regiones toman posesión del material indiferente llevándolo a distorsiones y falsificaciones. <<

[615] En general, acuden después a la consciencia, en el curso de la consulta, todos los detalles de la primera visita olvidada. <<

[616] Sucesos accidentales de variados tipos atribuidos por Theodor Vischer a la «obstinación de las cosas», pudieran, a mi juicio, ser igualmente explicados. <<

[617] Agregado en 1907. <<

[618] Evidentemente se refiere a W. Flies. *(Nota del E.)* <<

[619] «¿Quién se beneficia?», de uso en criminología. *(Nota del E.)* <<

[620] Nota de 1907: Al inquirir de un paciente si ha padecido diez o quince años atrás alguna infección luética, se olvida con demasiada frecuencia que el interrogado suele haber considerado psíquicamente dicha enfermedad como otra distinta en absoluto, por ejemplo, como un reumatismo agudo. En las anamnesis que los padres dan al médico sobre sus hijas enfermas de neurosis puede apenas distinguirse lo que olvidan de lo que con toda intención ocultan, pues dan de lado, esto es, reprimen sistemáticamente todos aquellos datos que suponen pueden perjudicar un ulterior matrimonio de las hijas. Adición de 1910: Un individuo que había perdido a su mujer, víctima de una afección pulmonar, me comunicó el siguiente caso de engaño al médico que la visitaba, engaño que no puede explicarse más que por un olvido: «Al ver que después de muchas semanas de tratamiento no cedía la pleuritis de mi pobre mujer, llamamos en consulta al doctor P. Al hacer éste el historial de los antecedentes de la enferma, preguntó, entre otras cosas, si en la familia de mi mujer había habido algún caso de enfermedad de pulmón. Mi mujer lo negó, y tampoco yo recordé nada en contrario de su negación. Al despedirse el doctor P., comenzamos a hablar, como casualmente, de viajes y excursiones, y mi mujer me dijo: `Sí; el viaje hasta Langersdorf, *donde está enterrado mi pobre hermano*, es bastante largo'. Este hermano había muerto hacía unos quince años después de una larga tuberculosis. Mi mujer le había querido mucho, y me había hablado de él en frecuentes ocasiones. Al oír la frase anterior, recordé que mi mujer se asustó mucho cuando su enfermedad fue diagnosticada de pleuritis, y dijo con tristeza: *También mi hermano murió de una enfermedad del pulmón*. Mas su recuerdo se hallaba de tal modo reprimido, que ni aun después de su frase sobre el sitio donde se hallaba enterrado su hermano encontró ocasión de corregir la información que había dado sobre sus antecedentes familiares. A mí mismo no se me presentó tal recuerdo hasta el momento en que ella aludió al hermano». Adición de 1912: E. Jones relata un caso análogo al anterior en la obra que ya hemos citado varias veces. Un médico, cuya mujer padecía una enfermedad abdominal no bien definida aún, le dijo, queriendo alentarla: «Lo bueno es que en tu familia

no ha habido ningún caso de tuberculosis». La mujer le respondió con gran sorpresa: «Pero ¿has olvidado que mi madre murió de ella y que mi hermana también la padeció, curándose después de estar desahuciada por los médicos?» <<

[621] En los días en que me hallaba escribiendo estas páginas me sucedió el siguiente caso de olvido, que me pareció casi increíble:

En los primeros días de enero acostumbro revisar mi libro de notas para enviar a mis clientes la cuenta de los honorarios devengados. En los apuntes correspondientes al mes de junio hallé un nombre, M…l, y me fue imposible acordarme de la persona a la que correspondía. Mi extrañeza subió de punto al seguir hojeando el libro y ver que se trataba de un enfermo instalado en un sanatorio y al que había visitado a diario durante varias semanas. No es natural que un médico se olvide, al cabo de seis meses, de un enfermo al que ha asistido en tales circunstancias. ¿Sería algún individuo paralítico? un caso sin interés —me preguntaba a mí mismo—. Por fin, la nota de los honorarios recibidos hizo volver a mi memoria todo el conocimiento que quería eludir el recuerdo. M…l era una muchacha de catorce años, el caso más notable que se me había presentado en los últimos tiempos y cuyo desgraciado final hubo de proporcionarme horas muy penosas, dándome una lección que no olvidaré nunca. Esta muchacha padecía una inequívoca histeria, que se mejoró rápida y fundamentalmente bajo mis cuidados. Después de esta mejoría fue retirada del sanatorio por sus padres, aun cuando ella se quejaba todavía de dolores abdominales, los cuales habían desempeñado un principal papel en el cuadro sintomático de la histeria. Dos meses después murió de un sarcoma de las glándulas abdominales. La histeria, a la que la muchacha se hallaba muy predispuesta, había aprovechado la formación del tumor como agente provocador, y fascinado yo por sus tumultuosas pero inofensivas manifestaciones, había tal vez descuidado los primeros signos de la otra insidiosa e incurable enfermedad. <<

[622] Nota de 1910: A. Pick ha reunido hace poco (1905) una serie de autores que aceptan el valor de la influencia ejercida por factores efectivos sobre la memoria y reconocen —más o menos expresamente— la participación en los olvidos de una fuerza defensiva contra lo penoso o desagradable. Ninguno de nosotros ha podido representar este fenómeno y su fundamento psicológico tan completa e impresionantemente como Nietzsche en uno de sus aforismos (*Más allá del bien y del mal*, II, 68): «Has hecho esto, me dice mi memoria. Eso no puedes haberlo hecho, dice mi orgullo, y permanece inconmovible. Por último, cede la memoria». <<

[623] Freud cita a Gross (1898): *Psicología del olvido en los enfermos mentales y nerviosos*. (Archivo de antropología criminal y criminología de H. Gross.) <<

[624] Nota de 1912: *Opinión de Darwin sobre los olvidos* (E. Jones). En la autobiografía de Darwin se halla el siguiente pasaje, que refleja su honradez científica y su agudeza psicológica:

«Durante muchos años he seguido una `dorada regla'. En cuanto encontraba un hecho publicado, una nueva observación o un pensamiento que contradecían mis resultados generales, tomaba nota de ellos lo más exactamente posible, pues la experiencia me había enseñado que tales hechos y pensamientos escapan más fácilmente de nuestra memoria que aquellos otros que nos son favorables». <<

[625] Pero la parte molesta de ello es que escasamente hay algún grupo de ideas al que yo me siento más antagónico que aquel de sentirme protegido por alguien. Lo que en nuestro país se ve en esta relación es suficiente como para quitarle a uno cualquier deseo de ello, y el rol de hijo favorito, en realidad, me parece muy poco apropiado a mi carácter. Siempre he sentido una fuerza poco común hacia «de ser yo mismo un hombre fuerte». Todavía me recuerdo de fantasías como ésa y que, incidentalmente, nunca se cumplió. Por encima y más allá de esto, el incidente es un buen ejemplo de la forma como la relación de uno con el propio ser, que normalmente se deja atrás, pero que emerge victoriosa en la paranoia, nos perturba y confunde en nuestra apreciación objetiva de las cosas. Adición de 1924. Hace algún tiempo, uno de mis lectores me remitió un volumen de la colección infantil de Franz Hoffmann, en el cual se relata detalladamente una fantasía de salvamento análoga a la construida por mí durante mi estancia en París. La coincidencia se extiende hasta determinados giros poco comunes que aparecen en ambas versiones. No es posible excluir por completo la posibilidad de haber leído en mis años juveniles dicho libro. La biblioteca escolar de nuestro gimnasio poseía la colección de Hoffmann, y el bibliotecario acostumbraba ofrecer a los alumnos volúmenes de esta colección con preferencia a otro alimento espiritual. La fantasía que a los cuarenta y tres años creí recordar como invención de otro pudiera muy bien no haber sido sino una fiel reproducción de una impresión de lectura recibida entre los once y los trece años. La fantasía de salvamento atribuida por mí al tenedor de libros de *El Nabab* no tenía más objeto que abrir un camino a la fantasía de mi propio salvamento y hacer tolerable a mi orgullo el deseo de hallar una persona que me favoreciera y protegiese. Ningún psicólogo extrañará oírme afirmar que en mi vida consciente me ha repugnado siempre la idea de depender del favor de un protector, habiendo tolerado muy mal las escasas situaciones reales en las que ha sucedido algo análogo. En un trabajo titulado «Vaterrettung und Vatermord in den neurotischen Phantasiegebilden», en *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, VIII,

1922, nos ofrece Abraham el sentido más profundo de las fantasías de este contenido y una explicación casi exhaustiva de sus peculiaridades. <<

[626] El primer trabajo de O. Rank. *(Nota del E.)* <<

[627] Véase la obra de Bernheim *Nuevos estudios sobre hipnotismo, sugestión y psicoterapia*, 1892. <<

[628] Nota de 1912: En la comedia *César y Cleopatra*, de B. Shaw, se atormenta César, al ir a partir de Egipto, con la idea de que se había propuesto hacer algo antes de partir y había olvidado qué. Por fin, resulta que lo que ha olvidado es ¡despedirse de Cleopatra! Este pequeño rasgo debe dar cuenta —por verdad histórica— de lo poco que César se ocupaba de la pequeña princesa egipcia. (E. Jones: *l. c.*, pág. 488) <<

[629] Las mujeres, con su fina comprensión de los procesos mentales inconscientes, se inclinan siempre más a considerar como una ofensa el que no se las reconozca en la calle y, por tanto, que no se las salude, que a pensar en la explicación más inmediata, esto es, en que el que ha cometido la omisión es corto de vista o que, sumido en sus pensamientos, no ha reparado en ellas. Así, pues, suelen concluir que se les habría visto si se sintiese algún interés por ellas. <<

[630] Nota de 1910: S. Ferenczi nos comunica que él ha sido uno de tales *distraídos* y que sus conocidos se extrañaban de la frecuencia y originalidad de sus errores. Pero los signos de esta *distracción* han desaparecido casi por completo desde que comenzó a tratar a los enfermos por el método psicoanalítico y se vio obligado a prestar también atención al análisis de su propio yo. A su juicio, renunciamos a los actos fallidos cuando aprendemos a extender considerablemente los límites de la propia responsabilidad, siendo, por tanto, la distracción un estado dependiente de complejos inconscientes y curables por medio del psicoanálisis. Sin embargo, un día que se reprochaba a sí mismo haber cometido un error técnico en el psicoanálisis de una paciente, aparecieron de nuevo todas sus distracciones. Tropezó varias veces andando por la calle (representación del *faux pas* cometido en el tratamiento), olvidó su cartera en casa, quiso pagar en el tranvía cinco céntimos de menos, abrochó equivocadamente sus vestidos, etc. <<

[631] Nota de 1912: E. Jones observa respecto a esta cuestión: «Frecuentemente, la resistencia es de un orden general. Así, un hombre ocupado olvida echar las cartas que le ha confiado su esposa —comisión poco molesta—, como podía olvidar otra más engorrosa: traerle los encargos de las tiendas, por ejemplo». <<

[632] Por no alterar la unidad del tema, quiero hacer aquí una digresión y añadir a lo antedicho que, en relación a las cuestiones de dinero, muestra la memoria de los hombres una particular parcialidad. Recuerdos erróneos de haber pagado ya algo son con frecuencia, como en mí mismo he podido comprobar, de una gran tenacidad. En los casos en que la intención de ganar dinero se manifiesta al margen de los grandes intereses de la vida y se le pueda dejar libre de curso sin tomarla en serio, como sucede con el juego de naipes en errores, recuerdos falsos y faltas en el cálculo, encontrándose así, sin saber cómo, envueltos en pequeños fraudes. El carácter psíquicamente refrescante del juego depende, en gran parte, de tales posibles libertades. El refrán de que en el juego se conoce el carácter del hombre puede aceptarse, añadiendo: el carácter reprimido. El mismo mecanismo preside las faltas que los camareros cometen en el cálculo de las cuentas. Entre los comerciantes es muy frecuente aplazar determinados pagos, aplazamiento que no proporciona ventaja alguna al deudor y que debe interpretarse psicológicamente como una exteriorización de la contrariedad de tener que hacer un gasto. Adición de 1912: Brill observa a este respecto y con agudeza epigramática, lo siguiente: «Somos más capaces de extraviar aquellas cartas que contienen una cuenta que las que contienen un cheque». En conexión con los sentimientos más íntimos y menos aclarados está el hecho de que mujeres de gran rectitud muestran a veces una particular desgana en satisfacer los honorarios del médico. Ordinariamente, suelen olvidar el portamonedas y no pueden pagar en la consulta. Luego olvidan día tras día enviar el dinero y, de este modo, acaban por conseguir que el médico las haya asistido gratuitamente «por sus bellos ojos». <<

[633] Nota de 1910: Una segunda publicación de Meringer me ha demostrado posteriormente mi error al atribuir a este autor tal comprensión. <<

[634] *(Nota del T.)* En francés en el original. <<

[635] *(N. del T.)* En inglés en el original. <<

[636] Ejemplo de 1907. <<

[637] ¡Ay! Se ha perdido la Venus —¡pataplum!— de Médicis. <<

[638] En esta frase, el verbo reflexivo *sich vergreifen* seguido de la preposición «bei» significa «equivocarse», pero seguido de la preposición «an» significa «atentar, profanar, violar». Así se explica la conexión entre «equivocarse con la anciana» y «atentar contra la anciana». *(Nota del T.)* <<

[639] Este sueño ha sido denominado por mí «sueño de Edipo», porque nos da la clave para la comprensión de la leyenda del rey Edipo. En el texto de Sófocles coloca éste en boca de Yocasta la relación de tal sueño. <<

[640] El automaltrato que no se propone una completa autodestrucción como su finalidad, no tiene en nuestro estado de civilización actual más remedio que ocultarse detrás de la casualidad o manifestarse imitando el comienzo de una enfermedad espontánea. Antiguamente era un signo usual de duelo y podía ser expresión de ideas de piedad y renunciamiento al mundo. <<

[641] El caso es entonces idéntico al atentado sexual contra una mujer en el que el ataque del hombre no puede ser rechazado por la total fuerza muscular de la mujer y porque a él coadyuva, aceptándolo, una parte de las sensaciones inconscientes de la atacada. Ya se suele decir que tal situación *paraliza* las fuerzas de la mujer y no se necesita añadir las razones de esta paralización. Desde este punto de vista aparece injusta, psicológicamente, una de las ingeniosas sentencias dictadas por Sancho Panza en su ínsula (*Quijote*, parte II, capítulo XLV). Una mujer acusa a un hombre de haberla forzado. Sancho la indemniza con una repleta bolsa que hace le entregue el acusado, y da a éste, una vez partida la mujer, permiso para correr tras ella y arrancarle la bolsa. Al poco tiempo aparecen de nuevo los litigantes, y la mujer se vanagloria de que el supuesto violador no haya tenido fuerzas para arrancarle el dinero. Al oír esto dice Sancho: «Si el mismo aliento y valor que habéis mostrado para defender esta bolsa lo mostrarais, y aun la mitad menos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran falta». <<

[642] Es evidente que la situación de un campo de batalla es precisamente la requerida por la intención consciente de suicidarse, que, sin embargo, rehúye el camino directo. Véase en el *Wallenstein* las palabras del capitán sueco sobre la muerte de Max Piccolomini: «Dícese que quería morir». <<

[643] Autocastigo por un aborto observado por el doctor J. E. G. van Emden. La Haya (Holanda), en *Zentralblatt für Psychoanalyse*, II, 12. <<

[644] Nota de 1920. Una persona me escribe sobre el tema «Daños autoinfligidos como castigo»: Si se observa la conducta de las personas en las calles, se tiene ocasión de ver con cuánta frecuencia les sucede algún pequeño accidente a aquellos hombres que —como es ya casi general costumbre— se vuelven a seguir a las mujeres con la vista. Tan pronto tropiezan, aun yendo por llano, como topan con un farol o se hieren de alguna otra forma. <<

[645] Nota de 1924: En muchos de estos casos de lesiones o muerte por accidente queda dudosa la interpretación. Las personas ajenas a la víctima no hallarán motivo alguno para ver en la desgracia cosa distinta de un accidente fortuito, mientras que sus familiares y amigos, conocedores de sus intimidades, podrán encontrar razones para sospechar la existencia de una intención inconsciente. El siguiente relato de un joven, cuya prometida murió víctima de un atropello, nos ofrece un acabado ejemplo de este género.

En septiembre del año pasado conocí a la señorita Z., de treinta y cuatro años de edad y excelente posición económica. Prometida a un oficial antes de la guerra, había pasado por el dolor de perder a su futuro, caído en el frente en 1916. De nuestro conocimiento nació pronto una mutua inclinación amorosa, sin que al principio pensásemos en el matrimonio, pues la diferencia de edad —yo tenía por entonces veintisiete años— parecía poco favorable a tal idea. Sin embargo, como vivíamos en la misma calle y nos veíamos y reuníamos a diario, nuestras relaciones acabaron por tomar un carácter íntimo, circunstancia que nos acercó más a la idea del matrimonio. Acordamos, pues, dar estado oficial a nuestras relaciones y fijamos la fecha de nuestros esponsales. Antes se proponía la señorita Z. hacer un viaje para visitar a un pariente suyo, propósito que la huelga ferroviaria le impidió, a última hora, llevar a cabo. Las sombras que la victoria de la clase obrera parecían proyectar sobre el porvenir influyeron durante algún tiempo en nuestro estado de ánimo. Sobre todo, mi futura, sujeta ya por naturaleza a grandes oscilaciones de ánimo, creía ver en los sucesos sociales graves obstáculos para nuestros proyectos. El sábado 20 de marzo mostraba, sin embargo, alegría y animación excepcionales que me sorprendieron y contagiaron, haciéndonos verlo todo de color de rosa. Algunos días antes habíamos quedado en ir una mañana juntos a la iglesia, aunque sin precisar cuándo. Al día siguiente, domingo 21 de marzo, a las nueve y cuarto de la mañana, me telefoneó diciéndome que fuese a buscarla para ir a la iglesia, pero me fue imposible complacerla por tener ocupaciones ineludibles. Visiblemente contrariada por mi negativa, decidió ir sola a la iglesia. En la escalera de la

casa encontró a un conocido, con el que anduvo un rato, dando muestras de excelente humor y sin aludir para nada a nuestra conversación telefónica. Cerca ya de la iglesia se despidió de su acompañante, alegando, en tono festivo, que su guarda no le era ya necesaria, puesto que sólo tenía ya que cruzar la calle, tranquila y despejada en aquel lugar. Un momento después, cuando iba ya a alcanzar la acera opuesta, fue atropellada por un coche, muriendo a las pocas horas. Por aquel mismo lugar habíamos atravesado juntos infinitas veces. Mi futura se mostraba siempre en extremo prudente y, además, precisamente aquella mañana, era casi nulo el tránsito rodado, puesto que los ómnibus, tranvías, etcétera, estaban en huelga. Resulta, pues, inconcebible que no viera el coche que la atropelló, ni siquiera lo oyese acercarse. Todo el mundo creyó en un accidente «casual». Mi primera impresión fue totalmente contraria, aunque tampoco podía pensar en un propósito premeditado. Intenté, pues, hallar una explicación psicológica, y al cabo de mucho tiempo creí encontrarla al leer su *Psicopatología de la vida cotidiana*. La señorita Z. manifestaba, a veces, cierta tendencia al suicidio, e incluso había intentado hacerme compartir sus opiniones, habiéndome yo esforzado en desvanecer tales ideas. Dos días antes de la desgracia, al regreso de un paseo, comenzó a hablar, sin motivo alguno exterior, de su muerte y de la conveniencia de tomar sus disposiciones testamentarias. Sin embargo, no inició paso alguno en tal sentido, lo cual prueba que sus manifestaciones no obedecían a un propósito suicida. Así, pues, a mi juicio, que desde luego no considero indiscutible, la muerte de la señorita Z. no puede atribuirse a una desgracia casual ni a una omnubilación de la consciencia, sino a una autodestrucción intencionada, dependiente de un motivo inconsciente que consiguió ocultarse bajo el disfraz de un accidente fortuito. Esta opinión mía queda robustecida por ciertas manifestaciones hechas por la señorita Z. a sus familiares antes de su conocimiento conmigo y luego también a mí mismo. Hemos, pues, de suponer que su desgraciado fin fue una consecuencia de la muerte de su primer prometido, al que nada podía sustituir para ella. <<

[646] Hayermans, *Schetsen van Samuel Falkland,* Amsterdam, H. J. W. Becht, 1914. <<

[647] Corresponde a 80 libras o 40 dólares, valor de esa época. *(Nota del E.)*
<<

[648] Agregado de 1912. <<

[649] *Aportación al simbolismo en la vida cotidiana*, Ernest Jones, Toronto. Traducido al alemán por Otto Rank (Viena) y publicado en la *Zentralblatt für Psychoanalyse*, I, 3, 1911. <<

[650] «Freud's Theory of Dreams», en *American Jour*. *of Psychol*., abril de 1910, página 301, núm. 7, por E. Jones. <<

[651] Compárese Oldham: *I wear my pen as others do their sword*. <<

[652] Alphonse Maeder: «Contributions à la psychopathologie de la vie quotidienne», en *Archives de Psychologie*, t. VI, 1906. <<

[653] En francés en el original. *(N. del T.)* <<

[654] Nota de 1917. —[En la *Zentralblatt für Psychoanalyse*, II (1912), y en la *Internat. Zeitschrift für Psychoanalyse*, I (1913), pueden hallarse otras comunicaciones sobre la misma cuestión.] <<

[655] γνῶθι σεαυτόν. Célebre inscripción en el templo de Apolo en Delfos. *(Nota del E.).* <<

[656] Según Strachey es un episodio del hijo mayor de Freud. (Nota del E.).
<<

[657] Esta afirmación mía no fue por completo errónea. La versión órfica del mito hace repetir a Zeus, con su padre, la castración que éste hizo sufrir al suyo (Roscher: *Diccionario de Mitología*). <<

[658] Ejemplos 4, 5, 7 y 9 agregados en 1907. <<

[659] Agregado en 1919. <<

[660] De los Babenbergs, según Strachey. *(Nota del E.).* <<

[661] Agregado en 1912. <<

[662] Ejemplos 10 y 11 agregados en 1920. <<

[663] Ejemplos 12 y 17 agregados en 1917. <<

[664] Ejemplos 13 y 15 agregados en 1919. <<

[665] Ejemplos 14 y 16 agregados en 1910. <<

[666] Capítulo agregado en 1907. <<

[667] Ejemplos 3, 4 y 5 agregados en 1912. *(Nota del E.).* <<

[668] Esta continua actuación de los elementos inconscientes se manifiesta unas veces en forma de un sueño consecutivo al acto fallido, y otras, en la repetición del mismo o en la omisión de una rectificación. <<

[669] Agregado en 1919. *(Nota del E.)*. <<

[670] Nota de 1924: No es raro que el sueño anule los efectos de un acto fallido, tal como la pérdida o el extravío de un objeto, revelándonos dónde hallaremos lo perdido; pero esta revelación no tiene nada de sobrenatural en cuanto el que la recibe es el mismo sujeto que ha sufrido la pérdida. Una señora joven relata: «Hace unos cuatro meses perdí una sortija muy bonita. Después de rebuscar inútilmente por todos los rincones de mi cuarto, soñé una noche que la sortija se hallaba junto a un cajón al lado del radiador. Naturalmente, lo primero que hice al levantarme fue dirigirme al lugar indicado en mi sueño, y allí estaba, en efecto, la sortija».

La sujeto se maravilla de este suceso y afirma que le ocurre con frecuencia ver satisfechos en esta forma singular sus deseos y sus pensamientos, pero omite preguntarse qué transformaciones hubo en su vida entre la pérdida y la recuperación de la sortija. <<

[671] Ver S. Freud «Análisis fragmentario de una histeria» en este mismo volumen. *(Nota del E.)*. <<

[672] W. Fliess, según Strachey. *(Nota del E.)*. <<

[673] Agregado en 1907. <<

[674] Alfred Adler: «Tres psicoanálisis de cantidades arbitrarias y cifras obsesivas» (*Psych. Neur. Wochenschrift*, núm. 28, 1905). <<

[675] Como aclaración a lo relacionado con *Macbeth*, volumen núm. 17 de la B. U., me comunica el doctor Adler que el sujeto del análisis ingresó, teniendo diecisiete años, en una sociedad anarquista que se había señalado como fin la muerte del rey. Por esta razón cayó quizá en olvido el contenido del *Macbeth*. En aquella época recibió el referido sujeto una comunicación secreta en la que las letras eran sustituidas por números. <<

[676] Agregado de 1910. <<

[677] Agregado de 1912. <<

[678] Para simplificar he suprimido algunas ocurrencias intermedias, perfectamente pertinentes. <<

[679] Agregado en 1920. <<

[680] Agregado en 1912. <<

[681] [En las ediciones de 1901 y 1904 el texto continuaba así:] «Generalmente hago especulaciones acerca de la duración de mi propia vida y de la vida de mis seres queridos, y el hecho que mi amigo de B.(erlín) con los períodos de la vida humana los haya puesto de objeto de sus cálculos, basados en unidades biológicas, esto pudiera ser lo determinante en este engaño inconsciente. No estoy ahora de acuerdo con una de las premisas de donde procede su trabajo. Desde un punto de vista egoísta me sería muy grato oponer mis ideas a las de él, y pareciera estar imitando sus cálculos a mi propia manera». [Strachey comenta que Freud se refería en su «punto de vista egoísta» a la predicción (errada) de que moriría en 1907 a los cincuenta y un años, año en el que omitió este pasaje. *(Nota del E.)*] <<

[682] Nota de 1920. El señor Rudolf Schneider, de Munich, ha expuesto una interesante objeción contra la fuerza demostrativa de estos análisis de números (R. Schneider: «La investigación freudiana de las ocurrencias de números», *Internat. Zeitschr. J. Psychoanalyse*, 1920-21). Escogiendo una cifra dada, por ejemplo, la primera fecha que se representaba a sus ojos al abrir un libro de historia, o comunicando a otra persona un número elegido por él, hizo Schneider el experimento de ver si se presentaban también ante este número asociaciones aparentemente determinantes. En efecto, se presentaron en la práctica tales asociaciones. En el ejemplo, producto de un autoanálisis, que Schneider nos comunica, el resultado de las asociaciones emergentes fue una determinación tan rica y significativa como la que resulta en nuestros análisis de números espontáneamente emergidos, siendo así que en el experimento de Schneider el número no necesitaba determinación ninguna, por haber sido dado exteriormente. En otro caso se facilitó Schneider demasiado la tarea, pues la cifra que dio fue el 2, cuya determinación tiene necesariamente que alcanzarse por cualquier material y en cualquier persona.

De estas investigaciones deduce Schneider dos cosas: Primera, que «lo psíquico posee iguales posibilidades de asociación respecto a los números que respecto a los conceptos», y segunda, que la emergencia de asociaciones determinantes ante números espontáneamente expresados no demuestran que estos números sean originados por los pensamientos que se revelan en el «análisis». La primera consecuencia es de una certeza indudable. A un número dado puede asociarse algo pertinente con igual facilidad que a una palabra dada, y una quizá más fácilmente, pues la facultad de asociación de las escasas cifras es especialmente grande. Entonces se encuentra uno simplemente en la situación del llamado experimento de asociación, que ha sido estudiado en sus más diversas direcciones por la escuela de Bleuler-Jung. En esta situación, la ocurrencia (reacción) se determinaba por la palabra dada (palabra-estímulo). Esta reacción puede ser, sin embargo, de muy distinta naturaleza, y las investigaciones de Jung han mostrado que la

diferenciación no queda abandonada a la «casualidad», sino que en la determinación toman parte «complejos» inconscientes cuando han sido heridos por la palabra-estímulo.

La segunda consecuencia de Schneider va demasiado lejos. Del hecho de que ante números (o palabras) dados emerjan ocurrencias pertinentes no puede deducirse, sobre la derivación de los números (o palabras) espontáneamente emergentes, nada que no hubiera de haberse debido tener en cuenta antes del conocimiento de este hecho. Estas ocurrencias (palabras o números) podían ser indeterminadas, determinadas por los pensamientos, que aparecen en el análisis, o por último, determinadas por otros pensamientos que no se han revelado en el mismo, en cuyo caso éste nos habría engañado. Hay que libertarse de la tendencia a creer que este problema se plantea para los números de distinto modo que para las palabras. No está dentro de las intenciones de este libro realizar una investigación crítica del problema, y con ella una justificación de la técnica psicoanalítica en esta cuestión de las ideas espontáneas. En la práctica analítica se parte de la hipótesis de que la segunda de las mencionadas posibilidades es la cierta y la utilizable en la mayoría de los casos. Las investigaciones de un psicólogo experimental han mostrado que es la más probable (Poppelreuter). (Véase, además, sobre esta cuestión, las importantes consideraciones de Bleuler en su libro *Das autistisch-undisziplinierte Denken*, 1919, capítulo IX, «Von den Wahrscheinlichkeiten der psychologishen Erkenntnis», sobre el pensamiento autista.) <<

[683] Strachey ve en ésta una cita de Martín Lutero en la Dieta de Worms. *(Nota del E.)* <<

[684] Nota de 1907: Esta doctrina de la estricta determinación de actos aparentemente arbitrarios ha dado ricos frutos para la Psicología y quizá también para la administración de justicia. Bleuler y Jung han hecho de este modo inteligible las reacciones en el llamado «experimento de asociación», en el cual la persona investigada debe contestar a una palabra que se le dirija (palabra-estímulo) con otra que al oír aquélla se le ocurra (reacción), midiéndose el tiempo que transcurre entre una y otra (tiempo de reacción). Jung ha mostrado en sus *Diagnostischen Assoziationsstudien*, 1906, qué buen reactivo para los estados psíquicos poseemos en este experimento de asociación. Dos discípulos del profesor de Derecho Penal H. Gross, de Praga, los señores Wertheimer y Klein, han desarrollado, basándose en estos experimentos, una técnica para el *diagnóstico de hechos (Tatbestands-Diagnostik)*, en casos criminales, técnica cuyo examen y verificación ocupa en la actualidad a psicólogos y juristas. <<

[685] Partiendo de otros puntos de vista, se ha incluido esta interpretación de las exteriorizaciones nimias o casuales en el *delirio de referencia (Beziehungswahn)*. <<

[686] Aquellas fantasías de los histéricos, referentes a malos tratos o abusos sexuales, que el análisis trata de hacer conscientes, coinciden ocasionalmente, hasta en sus menores detalles, con los lamentos de los paranoicos perseguidos. Es singular, mas no incomprensible, en que también se halle igual contenido como una realidad en los hechos ejecutados por los perversos para la consecución de sus deseos. <<

[687] Nota de 1924: En un trabajo titulado «Psicoanálisis y superstición» (*Int. Zetschrift f. Psychoan.*, VIII, 1922) incluye N. Ossipow el siguiente ejemplo, encaminado a precisar las diferencias entre las interpretaciones supersticiosa, psicoanalítica y mística de un mismo suceso. El mismo día de su matrimonio, celebrado en una pequeña ciudad provincial, emprendió Ossipow su viaje de novios con destino a Moscú. Próximo ya al término de su viaje, en una estación situada a unas dos horas de Moscú, se le ocurrió descender del tren para echar una ojeada a la población correspondiente. Suponiendo que la parada duraría lo bastante para permitirle satisfacer su deseo, atravesó la estación y anduvo unos momentos camino de la ciudad. Pero al regresar se encontró con que el tren había partido, llevándose a su mujer. Cuando su vieja ama de llaves tuvo noticia de este suceso exclamó con aire preocupado: «¡Este matrimonio acabará mal!» Ossipow acogió con grandes risas aquella profecía, pero cuando cinco meses más tarde se vio divorciado hubo de interpretar lo sucedido en su viaje de novios como una «protesta inconsciente» contra su matrimonio. La ciudad en la que tuvo efecto su acto fallido adquirió para él, años después, una importante significación, por residir en ella una persona con la que el Destino le unió luego íntimamente. En la época de su matrimonio no conocía aún a tal persona ni siquiera sospechaba su existencia. Pero la interpretación mística del suceso hubiera sido la de que el hecho de haber abandonado en aquella ciudad el tren de Moscú, y a su mujer en él, constituía un signo del futuro. <<

[688] Percepción exenta, naturalmente, de todo carácter de conocimiento. <<

[689] Strachey comenta que ésta es la primera aparición del término metapsicología en obra publicada de Freud, agrega que, sin embargo, no volvió a ser usada hasta catorce años más tarde, en «El inconsciente» (1915, vol. VI de esta colección). *(Nota del E.)* <<

[690] Nota de 1924: —Ver Hitschmann (1910 y 1916). <<

[691] Nota de 1924: —Ver mi trabajo «El sueño y la telepatía» [1922, en estas Obras Completas]. <<

[692] Estudios en París en la clínica de Charcot. *(Nota del E.)* <<

[693] Tema insertado en 1907 y completado sucesivamente en ediciones posteriores. *(Nota del E.)* <<

[694] Agregado en 1917. <<

[695] Nota de 1924: —Se ensalzan aquí interesantes problemas de naturaleza *económica*, que surgen al tener en cuenta el hecho de que los procesos psíquicos tienden a la consecución de placer y la supresión de displacer. Constituye ya un problema económico cómo es posible recuperar, por medio de asociaciones sustitutivas, un nombre olvidado por un motivo de displacer. Un bello trabajo de Tausk (*Entwertung des Verdrängungsmotivs durch Rekompense, en Int. Zeitschrift für Psychoan*., I, 1913) muestra, con excelentes ejemplos, cómo el nombre olvidado se nos hace de nuevo accesible cuando conseguimos incluirlo en una asociación placiente capaz de compensar la probable emergencia de displacer en su reproducción. <<

[696] Agregado en 1917. <<

[697] Nota de 1924: Este libro es de un carácter eminentemente popular, trata únicamente de apuntar, por una acumulación de ejemplos, pavimentando el camino a una comprensión de procesos mentales inconscientes y sin embargo operantes. Se evita toda consideración teórica acerca de la naturaleza de este inconsciente. <<

[698] Nota de 1907: Puedo dar las siguientes indicaciones sobre el mecanismo del olvido propiamente dicho: El material de la memoria sucumbe, en general, a dos influencias: condensación y deformación. La deformación es obra de las tendencias dominantes en la vida psíquica y se dirige, sobre todo, contra aquellas huellas del recuerdo que han permanecido afectivas y que presentan una mayor resistencia a la condensación. Las huellas que han devenido indiferentes sucumben al proceso de condensación sin resistencia alguna, pero puede observarse que, además, hacen también presa en este material indiferente determinadas tendencias de deformación que no han quedado satisfechas en el lugar en que querían manifestarse. Dado que estos procesos de condensación y deformación se desarrollan durante un largo período de tiempo, durante el cual actúan todos los nuevos sucesos en la transformación del contenido de la memoria, opinamos que es el tiempo lo que hace inseguros e imprecisos a los recuerdos. Es muy probable que en el olvido no exista en absoluto una función directa del tiempo. En las huellas de recuerdo reprimidas puede comprobarse que no han sufrido cambio ninguno en los más largos períodos de tiempo. Lo inconsciente está, en general, fuera de tiempo. El carácter más importante y singular de la fijación psíquica es el de que todas las impresiones son conservadas, por una parte, en la misma forma en la que se recibieron y, además, también en todas aquellas formas que ha adoptado en ulteriores desarrollos, carácter que no puede aclararse por ninguna comparación con otros campos. En virtud de esta teoría podría reconstituirse para el recuerdo todo estado anterior de contenido de la memoria, aun cuando sus elementos hayan cambiado todas sus relaciones originales por otras nuevas. <<

[699] Para Strachey sería la primera mención que hiciese Freud de la característica atemporal del inconsciente, nos parece que sí, sin embargo, en forma menos explícita trabajó Freud los problemas del tiempo en la elaboración onírica (ver «Interpretación de los sueños»). *(Nota del E.)* <<

[700] Véase *La interpretación de los sueños*. <<

[701] *Bruchstück einer Hysterie-Analyse*, en alemán en el original [Mschr. Psychiat. Neurol., 18 (4 y 5), oct. y nov., 285-310 y 408-467]. <<

[702] Fliess, según Strachey. *(Nota del E.)* <<

[703] Richard Schmidt: *Beiträge zur indischen Erotik*. 1902. <<

[704] «La interpretación de los sueños», en estas Obras completas. <<

[705] Véanse «Análisis de la fobia de un niño de cinco años» y «Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descrito en forma autobiográfica», en estas Obras Completas. <<

[706] Resumen cronológico de los aspectos relevantes de la vida y psicoanálisis de Dora, basado en el que confeccionara James Strachey y en los datos y fechas señalados en el propio historial clínico.

1882: Nacimiento de Dora.

1888: Padre enfermo con Tbc. La familia se traslada a B.

1889: Enuresis.

1890: Disnea.

1892: Desprendimiento de retina del padre.

1894: Ataque confusional del padre. Su consulta a Freud. Jaqueca y «tussis nervosa».

1896: Escena del beso.

1898 (Al comienzo del verano): Primera consulta de Dora a Freud. (Final de junio): Escena del lago. (Invierno): Muerte de la tía de Dora en Viena.

1899 (Marzo): Apendicitis. (Otoño): La familia se cambia de B. y se traslada a una ciudad fabril.

1900: La familia se traslada a Viena. Amenaza de suicidio. (Oct. a Dic.): Tratamiento con Freud. (31/12): Fin del tratamiento.

1901 (Enero): Se escribe la historia del caso.

1902 (Abril): Última consulta de Dora a Freud.

1905: Publicación del historial clínico.

1923: Freud se entera de una recaída de Dora y de su consulta a otro médico.

1925: Freud escribe un prólogo al historial clínico. <<

[707] Un colega me confió, en una ocasión, a una hermana suya, para que la sometiera al tratamiento psicoterápico, pues según su diagnóstico padecía una histeria, de la que venía tratándose sin resultado positivo alguno hacía ya varios años. La breve información de mi colega parecía perfectamente compatible con su diagnóstico. No obstante, en la primera sesión del tratamiento hice que la paciente misma me relatara su historia, y al comprobar que desarrollaba su relato con orden y claridad perfectos, no obstante los singulares acontecimientos que entrañaba, concluí que no podía tratarse de un caso de histeria. Procedí, pues, seguidamente a un minucioso reconocimiento físico que me llevó a diagnosticar una tabes relativamente poco avanzada. Un tratamiento apropiado —inyecciones de Hg. (*Ol cinereum*, según la fórmula del profesor Lang)— mejoró luego mucho a la enferma. <<

[708] Las amnesias y los falsos recuerdos aparecen en una relación complementaria. Cuando un caso presenta grandes lagunas mnémicas, ofrece siempre, en cambio, contados recuerdos falsos. Inversamente, tales recuerdos pueden encubrir por completo a primera vista la existencia de amnesias. <<

[709] En aquellos casos en que el enfermo mismo duda de la autenticidad de sus recuerdos, una regla empíricamente deducida aconseja prescindir por completo de semejante apreciación. Cuando vacila entre dos versiones distintas del mismo suceso nos inclinaremos a aceptar como exacta la primera, considerando la segunda como un producto de la represión. <<

[710] No comparto ciertamente la opinión de que la única etiología de la histeria sea la herencia, pero, teniendo en cuenta anteriores publicaciones mías (*La herencia y la etiología de las neurosis*, en *Revue neurologique*, 1896), en las cuales he combatido dicha opinión, no quisiera hacer sospechar que no concedo importancia alguna a la herencia en la etiología de las neurosis. En el caso de nuestra enferma, los informes antes comunicados sobre el padre y sus hermanos integran ya antecedentes patológicos suficientes, hasta tal punto, que aquellos que juzgan imposible la emergencia de estados patológicos incluso como el de la madre, sin la existencia de una disposición hereditaria, no vacilarán en ver en este caso un ejemplo de herencia convergente. Por mi parte, creo más importante otro factor en cuanto a la disposición hereditaria, o más exactamente, constitucional, de la paciente. Ya indicamos que el padre había padecido antes del matrimonio una infección sifilítica. Ahora bien, un tanto por ciento singularmente elevado de los enfermos a los cuales he aplicado el tratamiento psicoanalítico descendía de padres que habían padecido una tabes o una parálisis. A consecuencia de la novedad de mi procedimiento terapéutico, acuden a mí solamente los casos más graves, sometidos ya durante años enteros a los más distintos tratamientos, sin el menor resultado positivo. Siguiendo la teoría de Fournier, hemos de considerar la tabes o la parálisis de los progenitores como indicio de una antigua infección luética, la cual me ha sido directamente confesada, en muchos casos, por los padres de los enfermos. En la última discusión sobre la descendencia de individuos sifilíticos (XIII Congreso médico internacional de París, 9 de agosto de 1900. Memorias de Finger, Tarnowski, Jullien y otros), echo de menos la mención de una circunstancia que mi experiencia de neurólogo me ha obligado a reconocer. Este hecho es el le que la sífilis de los progenitores es un factor de gran importancia para la constitución neurópata de la descendencia. <<

[711] Véase, luego, el motivo más verosímil de esta enfermedad. <<

[712] Véase, sobre esta enfermedad, el análisis del segundo sueño. <<

[713] Ya he hecho constar que esta cura, y con ella mi penetración en las concatenaciones de la historia patológica, hubo de permanecer fragmentaria. No me es, pues, posible aclarar por completo ciertos extremos del mismo sobre los cuales sólo puedo aventurar hipótesis más o menos probables. Al tratar de esta carta en una de las sesiones del tratamiento, la paciente exclamó con aire de sorpresa: «No sé cómo pudieron encontrar la carta. Estoy segura de haberla dejado metida en un cajón de mi escritorio». Pero como sabía perfectamente que sus padres habían leído aquel borrador de su carta de despedida, hemos de deducir que trató de hacerlo llegar a sus manos dejándolo en sitio visible. <<

[714] Creo que este ataque se presentó acompañado de convulsiones y delirios. Pero como el análisis no pudo ser llevado hasta la época en que hubo de desarrollarse, no puedo responder de la exactitud de este recuerdo mío. <<

[715] He aquí un ejemplo de esta última actitud. Uno de mis colegas de Viena, cuya convicción de la inanidad de los factores sexuales en cuanto a la histeria, ha debido quedar muy robustecida por experiencias como ésta, se decidió en una ocasión a dirigir a una paciente suya, muchacha de catorce años, aquejada de peligrosos vómitos histéricos, la espinosa pregunta de si poseía ya alguna experiencia amorosa o sexual. La niña respondió negativamente con bien fingida extrañeza y luego fue a decir a su madre: «Figúrate que ese idiota me ha preguntado si estoy enamorada». Esta paciente acudió más tarde a mi consulta, y en el curso del tratamiento se descubrió, aunque desde luego no en la primera sesión ni mucho menos, que se trataba de una antigua masturbadora, con intenso «fluor albus» íntimamente relacionado con los vómitos. Después de largas luchas consigo misma, había conseguido abandonar aquel hábito, pero quedando atormentada por un violento sentimiento de culpabilidad, hasta el punto de considerar todas las contrariedades que surgían en la familia como un castigo de Dios por su pecado. Se hallaba, además, bajo la influencia de una desgraciada aventura de una tía suya, cuyo embarazo extramatrimonial (segunda determinación de los vómitos) creían sus padres haber conseguido ocultarle. Para su familia, la enferma era aún una niña inocente, pero en realidad se hallaba ya al corriente de todo lo esencial de las relaciones sexuales. <<

[716] He superado esta teoría sin abandonarla. Quiero decir, que hoy en día no la declaro inexacta sino tan sólo incompleta. Lo único que he abandonado ha sido la hipótesis del estado hipnoide que había de emerger en el sujeto a consecuencia del trauma y constituir la base de todo el proceso psicológico anormal ulterior. Si es lícito delimitar en un estudio hecho en colaboración la parte correspondiente a cada uno de los colaboradores, habré de permitirme hacer constar que la teoría de los estados hipnoides, en la que muchos de nuestros críticos han creído ver el nódulo esencial de nuestro estudio, se debe exclusivamente a Breuer. Por mi parte siempre consideré superfluo y equivocado interrumpir con tal hipótesis la continuidad del problema que se nos plantea en la investigación del proceso psíquico desarrollado en la génesis de los síntomas histéricos. <<

[717] Confrontar el ensayo titulado: *Etiología de la histeria*, incluido en estas Obras completas. <<

[718] El estudio de estas circunstancias, quedará facilitado por una explicación posterior. <<

[719] La repugnancia de Dora al sentir el beso, no dependió seguramente de circunstancias accidentales, que la sujeto hubiera recordado y mencionado. Yo conocía de antes al señor K… por haber sido la persona que vino acompañando al padre de Dora la primera vez que el mismo acudió a mi consulta, y sabía que se trataba de un hombre joven aún y de aspecto atractivo. <<

[720] Tales desplazamientos no son una hipótesis adoptada especialmente para esta explicación. Constituyen la premisa necesaria de toda una serie de síntomas. Con posterioridad al tratamiento de Dora, acudió a mi consulta una muchacha que de pronto, y coincidiendo con un brusco acceso inesperado de depresión de ánimo, había perdido todo afecto a su prometido, al que hasta entonces amaba con ternura. El análisis descubrió también en este caso la acción intimidante de un abrazo (sin beso) y logró referirla, sin dificultad alguna, a la percepción —rechazada por la consciencia— de la erección masculina. <<

[721] Véase el segundo sueño. <<

[722] Tanto aquí como en todos los casos análogos no ha de esperarse una causación simple, sino, por el contrario, múltiple, o sea una superdeterminación. <<

[723] Estas observaciones integran muchos caracteres generales y típicos de la histeria. El tema de la erección resuelve algunos de los síntomas histéricos más interesantes. La percepción de los contornos del genital masculino destacándose a través de la tela del traje, pasa a constituir, luego de reprimida, el motivo de numerosos casos de misantropía y horror a la sociedad. La amplia conexión entre lo sexual y lo excremental, cuya acción patógena no es fácil estimar en toda su importancia, sirve de base a un gran número de fobias histéricas. <<

[724] Éste es el punto de contacto con su propia pretensión suicida, que se puede entender como una expresión de un anhelo de amor del mismo tipo. <<

[725] Esta institutriz, que leía toda clase de libros sobre cuestiones sexuales y los comentada con la muchacha, rogándole que no comunicara tales conversaciones a sus padres, porque quizá no fueran de su agrado, me pareció constituir la fuente de los conocimientos de Dora en este sector, aunque no me fue posible comprobarlo. <<

[726] Véase el segundo sueño. <<

[727] Surge aquí una cuestión: si Dora amaba al señor K…, ¿cómo se explica su repulsa en la escena del lago o por lo menos la forma brutal, testimonio de indignación, de dicha repulsa? ¿Cómo pudo ver una muchacha enamorada una ofensa en una declaración que según comprobaremos luego, no tuvo nada de grosera ni de repugnante? <<

[728] Esto sucede todos los días entre hermanas. <<

[729] Más adelante veremos qué conclusión puede deducirse de este síntoma. <<

[730] Adición en 1923. — No todo esto es exacto. El principio de que los motivos de la enfermedad no existen al comienzo de la misma y sólo secundariamente aparecen, no puede ya mantenerse. En páginas posteriores se mencionan ya motivos patológicos existentes antes de iniciarse la enfermedad y a los que ha de atribuirse una cierta participación en la misma. Ulteriormente me he acercado más al verdadero estado de cosas introduciendo la distinción entre ventajas primarias y secundarias de la enfermedad. El motivo que lleva a enfermar al sujeto es siempre el propósito de conquistar una ventaja. En cuanto a la ventaja secundaria de la enfermedad es perfectamente exacto lo que se expone a continuación; pero en toda enfermedad neurótica existe y ha de reconocerse una ventaja primaria. La enfermedad ahorra, en primer lugar, un rendimiento psíquico, resultando la solución más cómoda, desde el punto de vista económico, de un conflicto psíquico (el refugio en la enfermedad) aun cuando en la mayoría de los casos se demuestre luego lo inadecuado de una tal solución. Esta participación de la ventaja primaria en la enfermedad puede considerarse como la interna y psicológica y es, por decirlo así, constante. Aparte de esto pueden proporcionar motivos de la enfermedad y establecer así la participación externa de la ventaja patológica primaria, factores externos tales como la situación expuesta en calidad de ejemplo, de la mujer dominada y tiranizada por su marido. <<

[731] Un poeta que al mismo tiempo es médico, Arturo Schnitzler, ha dado exacta expresión a esta singularidad en su *Paracelso*. <<

[732] Strachey comenta estas reflexiones de 1901; hace ver cómo Freud cambió de opinión acerca de las dificultades terapéuticas en los casos donde existen deseos auto-punitivos inconscientes, por ej., en «El Yo y el Ello». (1923 en estas Obras Completas). <<

[733] Strachey hace notar que tal expresión significa «incapaz», «sin recursos (económicos)» o «impotente». (*Nota del E*.) <<

[734] Estas observaciones, sobre las perversiones sexuales fueron escritas varios años antes de la excelente obra de I. Bloch (*Aportaciones a la etiología de la psicopatía sexual*, 1902 y 1903). Véase también mis «Tres ensayos para una teoría sexual» (1905), en estas Obras completas. <<

[735] Una tal idea preponderante constituye, en unión de una profunda depresión de ánimo, el único síntoma de un estado patológico al que se da generalmente el nombre de melancolía, pero que es susceptible de solución por medio del psicoanálisis, lo mismo que una histeria. <<

[736] Ver *La interpretación de los sueños*, vol. II de estas Obras Completas. (*Nota del E.*) <<

[737] El factor decisivo es aquí la temprana aparición de sensaciones genitales auténticas, bien espontáneas, bien provocadas por la seducción o la masturbación. <<

[738] Nota de 1923: Existe otra forma muy notoria y confiable de confirmación del inconsciente, de la que no me había aún percatado cuando esto fue escrito: una exclamación por parte del paciente tal como «no pensé eso», o bien «no pensé nada de eso». Lo que puede traducirse directamente a: «Sí, yo era inconsciente de eso». <<

[739] De la que luego trataremos. <<

[740] Recordar los versos de Schiller:

Ruhig mag ich Euch erscheinen,

Ruhig gehen sehn

(«tranquila puedo esperar tu venida,

tranquila espero tu ida»)

[Palabras de la balada «Ritter Toggenburg», de Schiller, dirigidas a un caballero por su dama en ocasión de la partida de aquél para las Cruzadas; la dama, en apariencia indiferente, estaba en realidad enamorada. (Nota de Strachey)] <<

[741] Respondiéndome a una pregunta Dora me dijo que realmente nunca había habido incendio en su casa. <<

[742] El contenido del sueño permite deducir que fue soñado en L… por primera vez. <<

[743] Subrayo estas palabras porque me parecieron constituir un equívoco, pues podían referirse también a ciertas necesidades físicas. Tales equívocos suelen ponernos sobre la pista de las ideas buscadas y aún ocultas detrás del sueño. En una línea asociativa las palabras ambiguas (o como pudiéramos llamarlas «palabras conmutadoras») actúan como puntos de unión. Si las junturas se mueven de la posición en que parecen estar en el sueño, entonces nos encontramos en otro grupo de vías (asociativas), y por este segundo riel corren los pensamientos que estamos buscando, pero que aún perduran escondidos detrás del sueño. <<

[744] Comparar con nota anterior acerca del dudar un paciente de un recuerdo. <<

[745] Ya que aparece un material nuevo antes de que pudiera responder a mi pregunta. <<

[746] Gotas o pendientes (el mismo término en alemán) [*Nota del E.*] <<

[747] Dora empleaba habitualmente esta expresión para reconocer la emergencia de algo reprimido. <<

[748] Este detalle es la evidencia de una total incomprensión de las reglas de la interpretación onírica, aunque en otras ocasiones Dora era muy familiar a ellas. Este hecho, acoplado al titubeo y pobreza asociativa en relación al cofre de las joyas, me demostró que aquí estábamos tratando con un material intensamente reprimido. <<

[749] De este detalle tratamos más adelante. <<

[750] Una forma frecuente de dejar de lado una parte de conocimiento emergente de lo reprimido. <<

[751] También para las «gotas» de perlas hallaremos luego una interpretación.
<<

[752] Añado aún: «Además, de la repetición del sueño en estos últimos días, he de deducir que considera usted nuevamente llegada la misma situación y que ha resuelto interrumpir la cura en la que sólo su padre la retiene». El curso ulterior del análisis vino a darme plenamente la razón en este punto. Mi interpretación roza aquí el tema de la «transferencia», importantísimo tanto desde el punto de vista teórico como desde el punto de vista práctico, pero en el que no tendré una oportunidad ulterior de estudiar en este trabajo. <<

[753] Este médico era el único a quien Dora no rechazaba, pues había observado en esta ocasión que no había penetrado en su secreto. Todos los demás le inspiraban temor, motivado, según se ve ahora, por el miedo a que descubrieran tal secreto. <<

[754] El nódulo del sueño, traducido al lenguaje vulgar, sería el siguiente: «La tentación es cada vez más fuerte. Querido papá, protégeme como cuando era niña para evitar que moje mi cama». <<

[755] Adición en 1923. «Es ésta una afirmación extrema que hoy ya no sostendría». <<

[756] Cf. la *Psicopatología de la vida cotidiana*, en estas Obras Completas. <<

[757] Lo mismo puede decirse con referencia a los adultos, pero en éstos basta una abstinencia relativa, una restricción de la actividad masturbadora, y así, dada una intensa libido, pueden coexistir la histeria y la masturbación. <<

[758] También en otros casos hemos llegado análogamente a la prueba de la masturbación infantil. El material probatorio es casi siempre de naturaleza análoga: indicios de flujo blanco, incontinencia, ceremoniales manuales (obsesión de limpieza), etcétera. El conjunto de síntomas del caso deja adivinar siempre, con seguridad, si la masturbación fue o no descubierta por los guardadores del niño y si cesó por la lucha espontánea del mismo contra ella o por una repentina transformación. En el caso de Dora la masturbación no había sido descubierta y había terminado de repente (secreto, temor a los médicos, sustitución por la disnea). Las enfermas niegan regularmente la fuerza probatoria de tales indicios, incluso cuando conservan el recuerdo consciente de haber padecido un catarro genital o haber sido amonestadas por sus familiares: «Lleva a la estupidez», «es peligrosa». Pero algún tiempo después, surge siempre sin excepción alguna y con plena seguridad, el recuerdo prolongadamente reprimido de aquel fragmento de la vida sexual infantil. En una paciente con representaciones obsesivas que eran ramificaciones directas de la masturbación infantil, los síntomas principales (prohibiciones y castigos que la paciente se imponía a sí misma) revelaron ser componentes conservados sin modificación alguna, de la labor desarrollada por sus guardadores para quitarle el hábito de la masturbación. Lo único que permaneció inalterable en su recuerdo fueron las palabras de advertencia: «Cuidado, eso es peligroso». <<

[759] Con el hábito de la masturbación ha de tener alguna relación el hermano de Dora, pues a este respecto relató ella, con aquel acento que delata la existencia de un «recuerdo encubridor», que su hermano le contagiaba todas sus enfermedades, las cuales adquirían siempre en ella mayor gravedad. También con respecto a él dice el padre, en el sueño, que no quiere que «perezca». Padeció igualmente de enuresis nocturna, pero por menos tiempo que su hermana. En cierto modo, también era un recuerdo encubridor de Dora su manifestación de que hasta su primera enfermedad había avanzado al mismo paso que el hermano en los estudios, quedándose luego atrás. Como si hasta entonces hubiera sido un chico y luego se hubiese convertido en chica. Realmente, hasta el primer acceso de «asma» había sido extraordinariamente traviesa y rebelde, haciéndose después modosa y tranquila. Aquella enfermedad constituyó en Dora la frontera entre dos fases de la vida sexual, de carácter masculino la primera y femenino la segunda. <<

[760] Igual papel desempeñó la palabra «catarro» en el caso de aquella muchacha de catorce años cuya historia condensamos antes en unas cuantas líneas. Yo había instalado a la juvenil paciente en una pensión, acompañada por una señora muy inteligente que me prestaba servicios de enfermera. Esta señora me dio cuenta de que la enferma no toleraba su presencia en el momento de acostarse, y de que luego, ya en la cama, tosía de un modo singular, en tanto que por el día no se la oía toser nunca. Al interrogar yo después a la sujeto con respecto a aquel síntoma, supo sólo decirme que también tosía así su abuela, de la que se decía que padecía un catarro. Era, pues, evidente, que también ella padecía un catarro (genital) y que no quería ser vista en el momento de sus abluciones nocturnas. El catarro así desplazado de abajo arriba mostraba una intensidad nada corriente. <<

[761] Referencia al análisis de un sueño citado como ejemplo en *La interpretación de los sueños*, en estas Obras completas. (*N. del T*.) <<

[762] Adición ulterior. — En una plaza veo un monumento. <<

[763] Adición ulterior. — Esta palabra estaba en interrogación: «¿*quieres*?». <<

[764] En un relato ulterior repite: «Dos horas». <<

[765] Dora me trajo dos adiciones en la sesión siguiente: «Me veo subiendo la escalera». Y luego: «Después de oír la respuesta de la criada me voy a mi cuarto, sin sentir la menor tristeza, y me pongo a leer un libro muy voluminoso que encuentro encima de mi escritorio». <<

[766] En el sueño pregunta Dora: «¿Dónde está la estación?» De esta aproximación deduje algo que más adelante expondré. <<

[767] Strachey comenta que el término usado por Dora para designar una caja («Schachtel»), en alemán es una forma despreciativa de llamar a una mujer. (*N del E*.) <<

[768] En el contenido del sueño el número cinco aparece como indicación tiempo: cinco minutos. En mi obra sobre la interpretación de los sueños he mostrado, con diversos ejemplos, cómo son tratados por el sueño los números integrados en las ideas oníricas latentes. Con mucha frecuencia los encontramos desligados de sus relaciones e integrados en nuevos contextos. <<

[769] La satisfacción sexual es, indudablemente, el mejor somnífero. Inversamente, el insomnio es casi siempre consecuencia de la insatisfacción. El padre no dormía porque le faltaba el comercio sexual con la mujer amada. Véase, a este respecto, la declaración luego consignada: «Ya sabe usted que mi mujer no es nada para mí». <<

[770] Estas palabras conducen a la solución de uno de los enigmas planteados.
<<

[771] Por tercera vez aparece aquí la idea de «imagen» (fotografías de la ciudad, pinturas de la Galería de Dresde) y ahora en una conexión mucho más significativa. Los elementos del cuadro (bosque, ninfas hacen de ella una «imagen femenina», *Bild* (cuadro) se convierte en *Weibsbild* (—esa tipa— depreciando a una mujer). <<

[772] Además, una ‘estación’ se usa con variados propósitos de *Verkehn* (-tráfico - relación - coito -), hecho que determina el revestimiento psíquico para un buen número de fobias al tren. <<

[773] La fantasía de desfloración es el segundo elemento de esta situación. La dificultad de andar y la angustia sentida en el sueño aluden a la virginidad, lo mismo que en otro lugar la Madona sixtina. Estas ideas sexuales constituyen un fondo inconsciente para los deseos relativos al pretendiente que esperaba a haberse creado una posición en Alemania. El primer elemento de la situación onírica era, como ya vimos, una fantasía de venganza. Más adelante hallaremos aún una tercera serie de ideas de mayor importancia todavía. <<

[774] En su primer relato había dicho «sin sentir la menor tristeza» y no «tranquilamente». Este sueño puede presentarse como prueba de una afirmación mía anterior (confrontar la «Interpretación de los sueños»), según la cual aquellos detalles de un sueño, olvidados al principio por el sujeto y sólo ulteriormente recordados, son siempre los más importantes para la comprensión del mismo. Esta circunstancia me llevó a concluir que también el olvido de los sueños es un efecto de la resistencia psíquica interna. <<

[775] Debemos presumir la existencia de cierta conexión orgánica entre la sensación dolorosa abdominal conocida por `neuralgia ovárica’ y los trastornos locomotores en la pierna del mismo lado, y podemos suponer que en el caso de Dora, a esta conexión somática se le dio una interpretación sumamente especializada, es decir, que se sobrecargó y se colocó al servicio de un significado psicológico específico. Refiero al lector a comentarios parecidos en el análisis de la tos de Dora y de la relación entre `catarro’ y `pérdida del apetito’. <<

[776] Es éste un ejemplo típico de la génesis de síntomas dependiente de motivos ocasionales aparentemente ajenos a todo lo sexual. <<

[777] Ya he indicado que la mayor parte de los síntomas histéricos, una vez llegados a su total desarrollo, representan una situación fantaseada de la vida sexual, esto es, una escena de comercio sexual, un embarazo, un parto, el puerperio, etcétera. <<

[778] La fantasía de desfloración encuentra así una referencia a la persona de K…, circunstancia que nos explica por qué la misma región del contenido del sueño integra también material correspondiente a la escena junto al lago (repulsa del ofrecimiento de compañía; dos horas y media; el bosque; la invitación para ir a L…). <<

[779] Algunas adiciones a las interpretaciones desarrolladas hasta ahora. — La «Madonna» es, evidentemente, la propia sujeto. En primer lugar por el «devoto adorador» que le había remitido el álbum de vistas; luego, por haber sido el cariño maternal demostrado a los hijos de K… lo que le había conquistado, ante todo, el amor de aquel hombre y en último término, por aquella fantasía inconsciente en la que suponía haber tenido un hijo siendo aún virgen. La «Madona» es, además, una representación antitética muy frecuente en aquellas muchachas sobre las que pesa una acusación de carácter sexual, caso en el que también se hallaba Dora. Esta relación se me hizo visible por vez primera en un caso de demencia alucinatoria surgida como reacción a un reproche del novio de la sujeto.

Si el análisis no hubiese quedado interrumpido, su continuación nos habría descubierto en el deseo de tener un hijo, un nuevo motivo, oscuro, pero muy poderoso, de la conducta de Dora.

Las numerosas preguntas que la sujeto hubo de plantear en el último período del análisis se nos muestran como brotes tardíos de las interrogaciones provocadas por la curiosidad sexual que antes intentó satisfacer consultando la enciclopedia. Es de suponer que leyó en ella todo lo referente al embarazo, el parto, la virginidad, y otros temas análogos. En su relato del segundo sueño olvidó mencionar una de las preguntas que parece ineludible integrar en el mismo. Tal pregunta había de ser la siguiente: «¿Vive aquí el señor***?» o «¿Dónde vive el señor***?» El hecho de haber olvidado esta pregunta, aparentemente inocente, después de haberla incluido en el sueño, ha de tener su razón especial y yo la encuentro en el apellido mismo de tal individuo, apellido que tenía, además, una múltiple significación objetiva, constituyendo, por lo tanto, una palabra «equívoca». Desgraciadamente no me es posible consignar aquí tal apellido y demostrar así cuán hábilmente fue empleado para designar algo «equívoco» o «indecoroso». Esta interpretación queda robustecida por el hecho de que en otra región distinta del sueño, allí donde el material procede de los recuerdos de la muerte de la tía, esto es, en la frase «Los demás están ya en el cementerio», encontramos otro juego de

palabras basado en el nombre de aquella tía. Estas palabras equívocas o indecorosas nos indicarían la existencia de una fuente oral de los conocimientos sexuales de Dora, ya que en la enciclopedia no podía haberlas encontrado, No me hubiera extrañado que tales revelaciones procedieran de la propia señora de K…, la misma que luego hubo de acusar falsamente a Dora. La sujeto, que tan vengativa se había mostrado con otras personas, había otorgado siempre en cambio, a aquella mujer, una singular generosidad. Detrás de la amplia serie de desplazamientos que así se descubren, puede muy bien sospecharse un factor simple: el profundo amor homosexual de Dora hacia la señora de K… <<

[780] Estábamos a 31 de diciembre. <<

[781] No fue, quizá tampoco indiferente que la sujeto hubiera oído a su padre quejarse alguna vez de su mujer en forma análoga, cuyo sentido hubo de comprender perfectamente, tal y como yo le había oído en mi consulta. <<

[782] He aquí el punto de contacto con el joven ingeniero, oculto detrás de la propia imagen de Dora en la primera parte del sueño (ver segundo sueño). <<

[783] La espera hasta alcanzar un fin aparece integrada en el contenido de la primera situación onírica. En esta fantasía de espera de la novia vemos un trozo del tercer componente, ya anunciado, de este sueño. <<

[784] Especialmente una frase de una carta de K… remitiendo a Dora un regalo en los últimos tiempos de su estancia en B… <<

[785] Todavía algunas observaciones sobre la estructura de este sueño que no ha llegado a hacérsenos suficientemente comprensible para intentar su síntesis. La fantasía de venganza contra el padre puede aislarse del resto del sueño como un trozo resaltante a modo de fachada: Dora ha abandonado voluntariamente el hogar familiar; el padre ha enfermado y ha muerto Ahora vuelve a casa. Los demás han salido ya para el cementerio. Sin sentir la menor tristeza, va a su cuarto y se pone a leer la enciclopedia. Hallamos aquí dos alusiones al otro acto de venganza que la sujeto había llevado realmente a cabo dejando al alcance de sus padres una carta de despedida: la carta (de su madre en el sueño) y la mención del entierro de aquella tía suya en cuya vida veía Dora el modelo de su destino. Detrás de esta fantasía se esconden aquellas ideas de venganza contra K…, a las que Dora procuró un exutorio en su conducta para conmigo. La criada, la invitación, el bosque y las dos horas y media, proceden del material suministrado por los sucesos desarrollados en L… El recuerdo de la institutriz y de las cartas que entre ella y sus padres se cruzaron aparece conjuntamente con el elemento proporcionado por su carta de despedida a la carta integrada en el contenido del sueño, autorizando a Dora para volver a su casa. La negativa a dejarse acompañar y la decisión de seguir sola su camino, pueden traducirse en la forma siguiente: por haberme tratado como a una criada, te dejo plantado, me voy sola y no me caso. Encubierto por estas ideas de venganza, se trasluce en otros puntos un material correspondiente a fantasías amorosas precedentes del cariño hacia K…, inconscientemente subsistente: hubiera esperado hasta poder ser tu mujer —la desfloración— el parto. Por último el hecho de que la fantasía de desfloración aparezca representada desde el punto de vista masculino (identificación con el enamorado residente en el extranjero) pertenece al más profundo y secreto círculo de ideas, al del amor homosexual hacia la señora de K… y lo mismo la circunstancia de que en dos puntos aparezcan transparentes alusiones a frases equívocas (¿vive aquí el señor X?), y a la fuente escrita de sus conocimientos sexuales (la enciclopedia). En este sueño encuentran también su cumplimiento impulsos sádicos y crueles. <<

[786] Nota de 1923: Una continuación de estas observaciones sobre la transferencia está en mi trabajo de técnica `Observaciones sobre el amor de transferencia’. (1914, en estas Obras Completas) <<

[787] `Acting out’, denominación inglesa de este importante fenómeno en el análisis. (*Nota del E.*) <<

[788] Cuanto más tiempo me separa del término de este análisis, más me voy convenciendo de que mi error técnico consistió en la omisión siguiente: omití adivinar a tiempo, comunicándoselo a la sujeto, que su impulso amoroso homosexual (ginecófilo) hacia la mujer de K… era la más poderosa de las corrientes inconscientes de su vida anímica. Hubiera debido adivinar que sólo la mujer de K… podía ser la fuente principal de sus conocimientos en materia sexual, la misma persona que luego la había acusado de abrigar un excesivo interés por tales cuestiones. El segundo sueño me lo reveló así. El ansia de venganza que este sueño exteriorizaba era máximamente adecuada para encubrir la corriente antitética, la generosidad con que la sujeto perdonó la traición de la mujer amada, y ocultó a todos haber sido ésta misma la que le había hecho las revelaciones cuyo conocimiento había constituido luego la base de acusación. Antes de haber descubierto la importancia de la corriente homosexual en los psiconeuróticos he fracasado en muchos tratamientos por no saber cómo continuar el análisis. <<

[789] Interesantísima aportación a las tentativas indirectas de suicidio estudiadas en mi *Psicopatología de la vida cotidiana*. <<

[790] Ver el análisis del segundo sueño en relación con el significado de este período y el tema de la venganza. <<

[791] Strachey cree que sin lugar a dudas Freud se refería a su nombramiento de Profesor (marzo de 1902). (*Nota del E.*) <<

[792] Ensayo publicado sin nombre del autor con el título de *Die Freud'sche psychoanalytische Methode* («Die Zwangserscheinungen», 545-551, 1904, de Löwenfeld). (*Nota del E.*) <<

[793] En estas Obras Completas. <<

[794] *Über psychotherapie* (Wien. Med. Presse, Enero, 1, 9-16, 1905). (*Nota del E.*) <<

[795] Título en alemán: «Psychische Behandlung (Seelenbehanlung)» publicado en el *Die Gesundheit*, ed. R. Kossmann y J. Weiss, I, 368-384, 1905. <<

[796] El idioma alemán expresa fonética y semánticamente esta relación: Kränkung es «injuria», «ofensa»; *Krankheit* es «enfermedad»; el verbo *kränken* denota al mismo tiempo el sentido transitivo de «enfermar» como el de «ofender», «injuriar». Recuérdese *injury* («lesión»), en inglés. (*N. del T.*)
<<

[797] Freud vuelve a este tema en 1921. (Ver Psicología de las masas, vol. VII de esta colección.) (*Nota del E*.) <<

[798] *Der Witz und seine Beziehung zum Unbewußten*, en alemán el original (Leipzig-Viena: Deuticke, 1905). <<

[799] *Beiträge zur Ästhetik*. Theodor Lipps y Richard María Werner. VI. Este libro es el que me ha dado valor para acometer la presente investigación y, al mismo tiempo, el que ha hecho posible el intentarla. <<

[800] F. V. Falke: *Lebenserinnerungen*, 1897. <<

[801] En otro lugar volveremos a ocuparnos de este mismo chiste y hallaremos entonces ocasión de corregir la interpretación de Lipps, que ahora aceptamos íntegra. Pero dicha corrección, efectuada aquí, perturbaría la discusión que sigue. <<

[802] Estas consideraciones son igualmente aplicables a la interpretación de Lipps. <<

[803] Las dos palabras van impresas: una en caracteres romanos y en latinos la otra subrayando las letras comunes. La segunda «l», que apenas se pronuncia, puede

dejarse de lado. Parece probable que el hecho de compartir varias sílabas ofrezca la ocasión a la técnica del chiste de construir con las dos palabras una palabra compuesta. <<

[804] Ejemplos agregados en 1912. *(Nota de E.)* <<

[805] No creo se me juzgue sin derecho a la reproducción y aprovechamiento de tales chistes. He llegado a conocerlos, no por una indiscreción, sino por ser en Viena del dominio público y andar en boca de todo el mundo. Varios de ellos han sido publicados por Ed. Hanslick en el *Neue Freie Presse* y en su *Autobiografía*. Por la deformación que otros hayan sufrido, inevitable en la tradición oral, pido desde luego se me excuse. <<

[806] Strachey ha señalado el significado de la palabra *‘Fadian’* : la terminación ‘ian’ se aplica despectivamente a algunos sujetos, representando el adjetivo *‘fade’* o *‘fad’* el concepto de aburrido, torpe o insulso. *(Nota del E.)* <<

[807] «En la marina inglesa existe una disposición especial. Todo el cordaje de la flota real, desde el calabrote más grueso a la driza más fina, se halla tejido de tal modo, que queda atravesado en el sentido de su longitud por un hilo rojo, imposible de hacer desaparecer sin destejer toda la pieza. De este modo, hasta en el más pequeño trozo de cordaje se reconoce en el acto su pertenencia a la Corona. Igualmente se extiende por todo el `Diario de Otilia’ un hilo de ternura y fidelidad que todo lo une y caracteriza la totalidad». <<

[808] No necesitaré casi indicar cuán distante se halla esta observación, aplicable a todos los casos, de la afirmación de que el chiste es un juicio desinteresado. <<

[809] Nota de 1912: Este mismo chiste se atribuye a Heine, hablando de Alfredo de Musset. <<

[810] Una de las complicaciones en la técnica de este ejemplo reside en el hecho de que la modificación por la que se remplaza al insulto omitido, debiera describirse como una *alusión* a éste, ya que sólo se llega a él por un proceso de inferencia. Otro factor que complica esta técnica está descrito más adelante. <<

[811] En la técnica de este chiste actúa todavía otro factor, del que me ocuparé más adelante. Refiérese al carácter del contenido de la modificación (representación antinómica, contrasentido). Nada impide a la técnica del chiste servirse simultáneamente de varios medios, pero nosotros queremos ir exponiendo estos medios ordenadamente, uno por uno. <<

[812] *Die Traumdeutung, La interpretación de los sueños* de estas «Obras completas». (*N. del T.*) <<

[813] Más adelante veremos que este chiste es digno de mayor consideración, a causa de varios otros factores que en él actúan. <<

[814] Agregado en 1912 (*Nota del E.*) <<

[815] La calidad de estos chistes depende del hecho que se emplea otro método de técnica, de un nivel más elevado. A este respecto debo llamar la atención de la conexión entre el chiste y el acertijo. El filósofo Brentano inventó una especie de acertijo donde adivinando algunas pocas sílabas y colocándolas juntas formando palabras daban sentidos diferentes, según el orden en que se agrupaban. En el acertijo, la técnica es la precondición y la palabra es lo que debe adivinarse, en tanto que en el chiste la palabra es lo ofrecido y la técnica es lo disfrazado. *(Nota del E.*: se han omitido los ejemplos de Brentano por ser de difícil traducción equivalente al español.) <<

[816] Conservamos totalmente la intención de este chiste, variando algo su expresión verbal intraducible literalmente. En alemán, las frases aplicadas al marido y a la mujer poseen idénticos elementos, siendo su orden lo único que cambia. La versión castellana se ve obligada a admitir dos nuevos elementos, que son los que colocamos entre paréntesis. (*N. del T.*) <<

[817] Nota de 1912: También ocurre así en un excelente chiste de Oliver Wendell Holmes relatado por Brill: *Put not your trust in money, but put your money in trust*. Aquí no se materializa el anuncio de una antítesis. La segunda parte de la sentencia deja sin efecto la antítesis. De paso diré, que éste es un buen ejemplo de lo intraducible de chistes con esta técnica. <<

[818] Nota de 1912: Brill cita un análogo chiste por modificación: Amantes-amantes (amantes-locos). <<

[819] «*Los celos (Eifersucht)* son una *pasión (Leidenschaft)* que con *celo busca* (mit *Eifer sucht*) lo que *dolor produce* (was *Leiden schafft*)». <<

[820] Freud, en nota al pie de página, añade otra versión del mismo chiste, el juego de palabras consiste en el doble sentido de la expresión alemana *Sie kommen um…* ('has venido por’, o bien, ‘vas a perder…’). *(Nota del E.)* <<

[821] Cargo universitario. <<

[822] No incluidos en esta edición. *(Nota del E.)* <<

[823] La respuesta de Heine es una combinación de dos diferentes técnicas: desviación y alusión, pues no dice directamente: «Es un buey». <<

[824] La palabra «tomar» resulta, a consecuencia de sus múltiples posibilidades de empleo, muy apropiada para la elaboración de chistes, entre los cuales, comunicaremos aquí un ejemplo puro que contrasta con el chiste por desplazamiento arriba analizado: Un conocido banquero, del que se sabe que realiza arriesgadas operaciones de Bolsa, pasea con un amigo por una calle céntrica. Llegados ante un café, se detiene el banquero y propone: «Vamos a entrar y tomar algo». El amigo le sujeta y arguye: «¡Por Dios, señor consejero! ¿No ve usted que hay gente?» <<

[825] Quizá no sobre aquí un mayor esclarecimiento de esta cuestión: el desplazamiento tiene siempre lugar entre una oración y la respuesta que continúa el proceso mental en una dirección distinta de la iniciada en la primera. La justificación de separar el doble sentido del desplazamiento aparece claramente en aquellos ejemplos en que ambas técnicas se muestran combinadas, o sea, donde la expresión verbal de la oración permite un doble sentido que no se hallaba en la intención del orador, pero que indica a la respuesta el camino del desplazamiento. <<

[826] Véase el capítulo III. <<

[827] Semanario humorístico alemán. <<

[828] El estadista ateniense. *(Nota del E.)* <<

[829] *La femme* (1860). <<

[830] Nota de 1912: Una análoga técnica de contrasentido surge cuando el chiste quiere hacer subsistir una conexión que parece destruida por las condiciones especiales de su contenido. Así habla Lichtenberg de *un cuchillo sin hoja al que faltaba el mango*. Muy semejante es otro chiste que J. Falke relata en una de sus obras: «¿Es éste el lugar en que el duque de Wellington pronunció tales y cuales palabras?» «Sí, éste es el lugar, pero esas palabras no las pronunció jamás el duque». <<

[831] Kück, yidishismo de la palabra alemana *gucken* (mirar o atisbar). *(Nota del E.)* <<

[832] ‘En las grandes cosas basta con haberlas deseado’. *(Nota del E.)* <<

[833] Con el objeto de ofrecer una mejor descripción de la unificación, fuera de los ejemplos ya consignados, haré uso de algo ya mencionado, la característica relación negativa entre el chiste y el acertijo, en el sentido que uno esconde lo que el otro exhibe. Muchos de los acertijos elaborados por G. T. Fechner (cuando el filósofo estaba ciego) se caracterizan por un alto grado de unificación, lo que les da a ellos un encanto muy particular. (Los ejemplos citados de Fechner son omitidos en la traducción española. *[Nota del E.*) <<

[834] Semanario satírico alemán (*N. del T.*) <<

[835] ‘Y porque él tenía dinero en cantidades, siempre él reposaba en una hamaca’. *(Nota de J. N.)* <<

[836] Véase *Psicopatología de la vida cotidiana* en este volumen. <<

[837] Chistes ‘colorados’ o ‘subidos de color’. *(Nota del E.)* <<

[838] Véase «Tres ensayos para una teoría sexual» en estas Obras Completas.
<<

[839] Instinto de contrectación de Moll. (*Untersuchungen über die libido sexualis*, 1898.) <<

[840] Es éste, el mismo mecanismo que rige las «equivocaciones orales» y otros fenómenos en los que el sujeto descubre sus ocultos pensamientos. Véase la *Psicopatología de la vida cotidiana* (en estas «Obras completas»). <<

[841] ('No hay seguridad sobre el mañana'.) Lorenzo de Médicis. <<

[842] *Politisch-anthropologischen Revue*, II, 1903. <<

[843] Adelantándome a la exposición que en el texto voy realizando, aclararé aquí la condición que parece servirnos de norma para declarar que un chiste es «bueno» o «malo». Cuando, mediante una palabra de doble sentido o escasamente modificada, nos hemos trasladado, por un brevísimo camino, de un círculo de representaciones a otro, pero sin que entre ambos aparezca simultáneamente una significativa conexión, habremos hecho un «mal» chiste. En este mal chiste, la palabra que lo produce es la única conexión existente entre las dos representaciones dispares. Un tal caso es el ejemplo *home-roulard*, antes indicado. En cambio, surge un buen chiste, cuando queda realizada la esperanza infantil de que a la analogía del sentido. Así, en el ejemplo *traduttore-tradittore*. Las dos representaciones dispares, que son aquí enlazadas por una asociación exterior, se hallan, además, en una conexión plena de sentido que demuestra la existencia de un parentesco de esencia entre las mismas. La asociación exterior no hace más que sustituirse a la conexión interna y sirve para indicarla o precisarla. El *traductor*, no sólo tiene un nombre parecido al de *traidor*, sino que es también una especie de traidor; lleva, pues, con toda razón, un nombre análogo. <<

[844] *Die Spiele des Menschen*, 1899. <<

[845] El título del capítulo XVII es: ‘Acerca los símiles chistosos y significativos, juegos de palabras y otros, que tienen el carácter de diversión, comicidad o de hacer mofa’. <<

[846] En alemán, el sustantivo *guerra* es masculino, con lo cual queda facilitada la chanza. *(Nota del T.)* <<

[847] Los chistes disparatados merecen aquí un corto examen, ya que en nuestra exposición no les hemos concedido la atención a que son acreedores.

Dada la importancia que en nuestra teoría concedemos al factor «sentido en lo desatinado», podríamos sentirnos inclinados a exigir que todo chiste fuera un chiste disparatado. Mas esto no es necesario, pues únicamente el juego con ideas conduce inevitablemente al desatino; la otra fuente del placer del chiste, el juego con palabras, sólo en ocasiones produce esta impresión y no despierta siempre la crítica con ella ligada. La doble raíz del placer del chiste, que puede provenir del juego con palabras y del juego con ideas —dualidad en que se basa la principal división del chiste en verbal e intelectual— hace muy difícil toda generalización. El juego con palabras produce un franco placer a consecuencia de los ya citados factores del reconocimiento, etcétera, y no queda, por tanto, sometido a la represión, más que en muy escasa medida. El juego con ideas no puede ser motivado por tal placer; ha sido objeto de una muy enérgica represión, y el placer que producir puede es tan sólo placer por la remoción del obstáculo; podemos, pues, decir, que el placer del chiste muestra un nódulo de primitivo placer de juego y una envoltura de placer de remoción. En el chiste disparatado no aceptamos, desde luego, y sin explicación ninguna, que el placer que nos produce sea debido a la liberación de un desatino de las ligaduras de la represión; en cambio, sí observamos, desde luego, que un juego con palabras nos ha producido placer. El desatino, privativo del chiste intelectual, adquiere secundariamente la función de intensificar nuestra atención por medio del desconcierto. Sirve, pues, para robustecer el efecto del chiste, pero tan sólo cuando se presenta de manera que el desconcierto pueda preceder en un preciso lapso a la comprensión. En diversos ejemplos hemos puntualizado que el desatino en el chiste puede ser empleado para la exposición de un juicio contenido en el pensamiento. Pero tampoco es ésta la significación primaria del disparate en el chiste.

[Adición de 1912]: A los chistes desatinados podemos agregar una serie de productos análogos al chiste, para los que no poseemos un nombre apropiado, pero que quizá merezcan la calificación de «disparates de apariencia

chistosa». Esta clase de disparates es infinitamente numerosa, mas nos limitaremos a presentar dos muestras: Un individuo que está cenando, mete, al serle servido el pescado, ambas manos en la salsa mayonesa y se unta el pelo con ella. Al observar el asombro de sus vecinos de mesa, parece luego advertir su error, y exclama en son de disculpa: «¡Perdón! Creí que eran espinacas».

Otro: «La vida es un puente colgante», dice uno «¿Cómo es eso?» le preguntan. «¿Y yo qué sé?», responde.

Estos ejemplos extremos producen su efecto por suponer el oyente que se trata de un chiste y afanarse en descubrir tras del disparate un sentido oculto. Pero no le es posible hallar ninguno; se trata de un simple desatino. Tras la apariencia chistosa, se ha conseguido, por un momento, dar libertad al placer de disparatar. Estos chistes no están del todo desprovistos de tendencia: son «engañabobos» o «camelos», que proporcionan, al que los dice, un cierto placer viendo engañado y molesto al oyente, el cual aplaca su molestia, prometiéndose hacer caer a su vez a otros en la trampa. <<

[848] «El éxito de un chiste depende de quien lo oye, no de quien lo dice». <<

[849] H. Spencer, *The physiology of laughter (first published in Macmilllan's Magazin for March* 1800), *Essays*, t. II, 1907. <<

[850] Varios extremos de esta afirmación necesitarían ser cuidadosamente comprobados en una investigación del placer cómico, comprobación que ya ha sido emprendida por otros autores y que, de todos modos, cae fuera de los límites de nuestra labor. A mi juicio, no estuvo muy feliz Spencer en la explicación de por qué la descarga encuentra precisamente aquellos caminos cuya excitación produce el cuadro somático de la risa. Una sola aportación quisiera yo incluir aquí al tema tan minuciosamente tratado desde Darwin, pero aún no agotado, de la explicación fisiológica de la risa, o sea, de la derivación o interpretación de los actos musculares característicos de la misma. Mi opinión es que el gesto que caracteriza la sonrisa —la contracción de las comisuras de los labios— aparece, por vez primera, en el niño de pecho, cuando satisfecho y harto abandona el seno materno y se queda dormido. La sonrisa es, en este caso, un movimiento expresivo, pues corresponde a la decisión de no ingerir más alimento, y representa, por tanto, un «basta» o, más bien, un «sobra». Este primitivo sentido de la sonrisa —la placiente saciedad— proporciona quizá a la misma —que es el fenómeno fundamental de la risa— su posterior conexión con los placientes procesos de descarga. <<

[851] Cf. el capítulo VIII del citado libro de Lipps y del mismo número en el mío, *La interpretación de los sueños*. «Resulta, pues, válido, el siguiente principio general. Los factores de la vida psíquica no son los contenidos de la consciencia, sino los procesos psíquicos inconscientes en sí. La labor de la psicología, si no quiere limitarse a describir tan sólo contenidos de consciencia, consistirá en deducir de la constitución de éstos y de su conexión temporal, la naturaleza de tales procesos inconscientes. La psicología tiene que ser una teoría de estos procesos. Mas, tal psicología, hallará, en seguida, que existen varias cualidades de tales procesos que no aparecen representadas en los correspondientes contenidos de consciencia». (Lipps, *l. c.* pág. 123). <<

[852] La noción del *statu nascendi* ha sido empleada por Heymans (1896) en un contexto algo diferente. <<

[853] Antes de pasar adelante queremos examinar, en un ejemplo de chiste por desplazamiento, un nuevo e interesantísimo carácter de la técnica del chiste. Cuéntase que la genial actriz E. Gallmeyer, preguntada un día, indiscretamente, por su edad, hubo de responder con ingenuo acento y bajando los ojos: «En Brünn». Es esta respuesta un modelo de desplazamiento: interrogada por su edad, responde la actriz indicando el lugar de su nacimiento, como anticipándose a una pregunta subsiguiente, al mismo tiempo que da a entender su deseo de saltarse la verdadera interrogación. Y sin embargo, sentimos que el carácter del chiste no se manifiesta aquí con completa pureza. La omisión es demasiado clara y el desplazamiento en exceso evidente. Nuestra atención comprende, en seguida, que se trata de un desplazamiento intencionado. En otros chistes de este mismo género, el desplazamiento queda encubierto y nuestra atención es embargada por el esfuerzo encaminado a precisarlo. En uno de los ejemplos expuestos («¿Y qué hago yo en Presburgo a las seis y media?») el desplazamiento es también patente, pero en cambio actúa como un desatino sobre nuestra atención, confundiéndola, mientras que en la respuesta de la actriz sabemos, en el acto, a qué atenernos. En una dirección distinta se desvían también del chiste las «falsas preguntas», que, por lo demás, utilizan las más eficaces técnicas. He aquí un ejemplo de esta clase de preguntas, en el que se utiliza el desplazamiento: «¿Qué será un antropófago que se haya comido a su padre y a su madre?» Respuesta: «Huérfano». «¿Y si, además, se merienda a todos sus parientes?» «Heredero universal». Estas preguntas no son chistes completos porque las necesarias respuestas chistosas no pueden ser consideradas como alusiones, omisiones, etc., propias de la técnica del mismo. <<

[854] De rebote. <<

[855] Todavía en otro fenómeno anímico, distinto de la elaboración del sueño y de la técnica del chiste, he podido descubrir la condensación como proceso regular e importantísimo. Me refiero al mecanismo del *olvido* normal (no tendencioso). Cuando impresiones singulares presentan resistencia al olvido, son olvidadas otras que presentan con ellas una cualquier analogía, siendo condensadas a partir de sus puntos de contacto. La confusión de impresiones análogas es uno de los grados preliminares del olvido. <<

[856] Muchos de los pacientes neuróticos a los que someto al tratamiento psicoanalítico acostumbran a confirmar, echándose a reír, los resultados del análisis que descubren a su percepción consciente lo inconsciente oculto, y ríen incluso cuando el contenido de los descubierto no justifica en absoluto tal hilaridad. <<

[857] Teniendo, desde luego, en cuenta la deformación impuesta por la censura, vigilante aún en las psicosis. <<

[858] *Interpretación de los sueños.* <<

[859] En la disolución de la expresión verbal y los gestos acompañantes (en el más amplio sentido), reposa también aquel carácter de la comicidad, al que se da el nombre de «sequedad». <<

[860] *Interpretación de los sueños* (sexta edición alemana, pág. 217). <<

[861] Esta conducta singularísima y aun insuficientemente reconocida de la relación antinómica en lo inconsciente, no está quizá desprovista de valor para la inteligencia del «negativismo» en los neuróticos y enfermos mentales. Cf. los últimos trabajos sobre esta cuestión: Bleuler, «Über die negative Suggestibilität», *Psych. Neurol. Wochenschrift*, 1904, y Otto Gross, *Zur Differerentialdiagnostik negativistischer Phänomene*. Asimismo, mi artículo «Gegensinn der Urworte», *Jahrb. f. Psychoanalyse*, II, 1910. <<

[862] Tomo esta expresión de los trabajos de G. Th. Fechner. <<

[863] En estas consideraciones hemos identificado lo ingenuo con lo ingenuo-cómico, cosa no siempre posible. Mas, para nuestros propósitos, nos basta estudiar los caracteres de lo ingenuo en el chiste ingenuo y en la ingenuidad *verde*. Una mayor penetración en estas cuestiones supondría la intención, que no tenemos, de descubrir, partiendo de este punto, la esencia de lo cómico. <<

[864] También Bergson (*Le rire*, 1904) niega la posibilidad de tal derivación del placer cómico, indudablemente influida por la tendencia a establecer una analogía con la risa de la persona a la que hacen cosquillas. <<

[865] El recuerdo de este gasto de inervación quedará como la parte esencial de la representación del movimiento de referencia, y existirán siempre en nuestra vida anímica procesos intelectuales en los que la idea será únicamente representada por dicho gasto. En otros terrenos aparecerá una sustitución de ese elemento por otro, tal como la representación visual del fin del movimiento o la representación verbal, y en algunas especies del pensamiento abstracto, bastará con un signo en lugar del contenido total de la representación. <<

[866] *Einfühlung*. Dudando sobre la exacta versión castellana de esta palabra, consultamos a personas que por su alta autoridad en estas materias nos ofrecía máxima garantía de acierto. A continuación copiamos su respuesta, por la que hacemos constar aquí nuestro agradecimiento. «Einfühlung»: neologismo introducido no hace mucho en la filosofía alemana sobre todo para usos psicológicos y estéticos. No tiene adecuada versión al castellano. Suele traducirse por «proyección simpática» y su sentido es el siguiente: De los objetos —animados o inanimados— recibimos sus cualidades sensibles —colores, formas, etc.— Sin embargo, los percibimos siempre como dotados de ciertas cualidades dinámicas análogas a las que por percepción de nuestra intimidad psíquica conocemos. ¿Cómo es esto posible? Ejemplo: de la columna sólo vemos positivamente su forma y color; sin embargo, nos aparece la columna como «irguiéndose» y como «soportando» el frontispicio. Vemos de un retrato sólo las manchas de color; sin embargo, nos aparece como la figura «expresiva» de un hombre. Vemos del prójimo sólo su exterior; sin embargo, nos parece tener un «Yo» como nosotros. Luego es que nuestros estados internos psíquicos y todo junto lo proyectamos de nuevo al exterior. «Sentimos» nuestro «yo» en el objeto. Esta proyección de nuestro psiquismo en lo que no somos nosotros es la *Einfühlung*. Otros —así H. Gomperz— la llaman «empatía». (*N. del T.*) <<

[867] Como dice el proverbio: *Was man nicht im Kopfe hat, muss man in den Beinen haben* («Lo que uno no tiene en la cabeza lo debe de tener en las piernas»). <<

[868] No poco ha contribuido a la confusión del problema de lo contradictorio a que llegan las condiciones determinantes de lo cómico, el hecho que a veces el exceso y otras el déficit son fuente del placer cómico. Ver Lipps (1898, 47). <<

[869] *Degradation*. A. Bain (*The emotions and the will*, 2.ª edición, 1865), dice: *The occasion of the ludicrous is the degradation of some person or interest, possessing dignity, in circumstances that excite no other strong emotion*. <<

[870] A lo más, los coloca el narrador a manera de interpretación. <<

[871] Bergson: *Le rire, essai sur la signification du comique*. <<

[872] Los libros tienen su destino. <<

[873] «Te es fácil reír; eso no significa nada más para ti». <<

[874] ‘Wallensteins Tod’, de Schiller. <<

[875] Sin embargo, si la comicidad no presentase relación alguna con lo infantil, sería una muy extraña coincidencia la de que, como efectivamente sucede, halle el placer cómico su fuente en el «contraste cuantitativo» o sea en la comparación de lo pequeño con lo grande, que, en definitiva, expresa la relación del niño al adulto. <<

[876] El magno efecto cómico de una figura como la del obeso caballero Sir John Falstaff, reposa en el ahorro de desprecio e indignación. Le consideramos como a un indigno libertino, pero no podemos llegar a condenarle, porque toda una serie de factores consigue desarmar nuestra indignación, pues comprendemos que su propio concepto de sí mismo no es muy distinto del nuestro, admiramos su chispeante ingenio y, además, su extravagante aspecto físico ejerce un efecto de contacto en favor de una cómica concepción de su persona. De este modo, no tomamos en serio sus hazañas, como si nuestras exigencias morales y caballerescas rebotaran en su rotunda panza. Aparte de esto, sus engaños no producen grandes perjuicios a terceros y resultan casi excusables por la cómica bajeza de los engañados. Hemos, por último, de conceder, que el pobre hombre tiene que esforzarse en vivir y gozar como los demás y casi le compadecemos al verle, en las situaciones principales, juguete de alguien muy superior a él. Por todas estas razones no podemos llegar a sentirnos indignados, y todo lo que de indignación nos ahorramos, lo agregamos al placer cómico que, por otra parte, nos produce. El humorismo peculiar de Sir John surge realmente de la superioridad de un Yo al que ni sus defectos físicos ni sus lacras morales consiguen robar la alegría y la seguridad.

El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, es, en cambio, una figura que no posee humor por sí misma, pero que nos produce, con toda su gravedad, un placer que pudiéramos calificar de humorístico aunque su mecanismo se aparta considerablemente del del humor. Don Quijote es, en principio, una figura puramente cómica, un niño grande, al que se le han subido a la cabeza las fantasías de sus libros de caballerías. Sabido es que Cervantes no se proponía otra cosa al emprender su obra y que ésta superó en mucho las primeras intenciones de su creador. Mas después que el poeta ha adornado a esta ridícula persona con la más profunda sabiduría y las más nobles intenciones y ha hecho de él el representante simbólico de un idealismo que cree en la realización de sus fines, cumple exactamente lo que supone su deber y es fiel a la palabra dada, cesa el héroe cervantino de parecernos

cómico. Análogamente a como surgía antes el placer humorístico por la evitación de sentimientos emotivos, nace ahora por la perturbación del placer cómico. Mas estos ejemplos nos alejan en demasía de los casos simples de humorismo. <<

[877] No temiendo violentar un tanto el concepto de expectación puede atribuirse, a ejemplo de Lipps, un amplísimo campo, dentro de lo cómico, a la comicidad de la expectación; mas, precisamente, los casos más primitivos de la comicidad, que son los que surgen de la comparación de un gasto ajeno con el propio, serían los que menos se adaptasen a esta hipótesis. <<

[878] Podemos aceptar, desde luego, esta fórmula, pues no contiene nada que contradiga las conclusiones a que anteriormente nos ha llevado nuestra investigación. La diferencia entre los dos gastos tiene que reducirse, en lo esencial, al gasto de coerción ahorrado. La falta de este ahorro de coerción en la comicidad y la desaparición del contraste cuantitativo en el chiste, condicionarían, dada una total coincidencia de carácter de las dos distintas labores representativas para la misma interpretación, la diferencia entre el sentimiento cómico y la impresión chistosa. <<

[879] Pero la singularidad de la *double face* no ha escapado, naturalmente, a los investigadores. Melinaud, del que he tomado esta expresión (Pourquoi rit-on? *Revue des Deux Mondes*, febrero, 1895) encierra la condición de la risa en la siguiente fórmula: *Ce qui fait rire, c'est ce qui est à la fois, d'un côté, absurde et de l'autre, familier*. Esta fórmula se adapta más al chiste que a lo cómico, pero, sin embargo, tampoco cubre al primero por completo, Bergson (*l. c*. pág. 98) define la situación cómica por la *interférence des séries: Une situation est toujours comique quand elle appartient en même temps à deux séries d'événements absolument indépendants, et qu'elle peut s'interpréter à la fois dans deux sens tout différents*. Para Lipps la comicidad es la «grandeza y pequeñez de la misma cosa». <<

[880] *Drei Abhanulungen zur Sexualtheorie*, en alemán el original, editado por primera vez por la casa Franck Deuticke (Leipzig-Viena) en 1905. La misma editorial sacó seis nuevas ediciones los años 1910, 1915, 1920, 1922 y 1925, respectivamente. En la sexta el texto fue revisado conteniendo su redacción definitiva. En 1924 se incluyó en el tomo V de *Gesammelte Schriften*. La primera traducción española de Luis López Ballesteros de 1922 tuvo como base la cuarta edición alemana. La actual, de 1972, cuidadosamente revisada, contiene todas las modificaciones y nuevas notas introducidas por Freud en las ediciones alemanas posteriores, además de varias observaciones al pie de página recopiladas por el Editor. La presente edición ha querido mantener el titulo original y no el anterior abreviado de *Una teoría sexual*. Además, se ha incluido algunas de las notas que James Strachey compuso en la ed. inglesa. (Nota del E.) <<

[881] Véase el estudio de Nachmansohn: *La teoría de la libido de Freud comparada con la doctrina de Eros de Platón*, Internat. Zeitschr. f. Psychoanalyse, vol. III, 1915. <<

[882] Los datos contenidos en este primer capítulo han sido tomados de las conocidas publicaciones de Krafft-Ebing. Moll, Moebius, Havelock Ellis, Schrenck-Notzing, Löwenfeld, Eulenburg, J. Bloch y M. Hirschfeld, y de los trabajos aparecidos en el *Jahrbuch für sexuelle Zwischenstufen*, dirigido por el último de los autores citados. En estos trabajos encontrará el lector exhaustivas referencias bibliográficas que yo asigno.

Adición de 1910. Los conocimientos adquiridos por medio de la investigación psicoanalítica de sujetos invertidos provienen de estudios realizados por J. Sadger y por mí mismo. <<

[883] Nota de 1910: El único término alemán apropiado `Lust’ es ambiguo, lamentablemente, y se emplea para referirse tanto a experimentar una necesidad como una gratificación. <<

[884] Véase sobre estas enormes dificultades, así como sobre las tentativas de fijar el tanto por ciento de invertidos, el estudio de M. Hirschfeld en el *Jahrbuch für sexuelle Zwischenstufen*, 1904. <<

[885] Tal resistencia contra la compulsión homosexual pudiera constituir la condición necesaria para ejercer una influencia curativa sobre el sujeto por medio del tratamiento de sugestión (o del psicoanálisis, adición de 1910). <<

[886] Se ha indicado con acierto por varios autores que los datos autobiográficos suministrados por los invertidos no deben ser considerados fidedignos, dado que el sujeto puede haber expulsado de su memoria, por represión las pruebas de sus sentimientos heterosexuales.

Nota adicional de 1910: El psicoanálisis ha confirmado esta sospecha en los casos de inversión que le ha sido posible investigar y ha transformado decisivamente las anamnesis de esta aberración, cegando las lagunas producidas por la amnesia infantil. <<

[887] Cuánta prudencia es necesaria para establecer el diagnóstico de degeneración y qué escasa importancia práctica posee, puede verse en las explicaciones de Moebius (*Sobre le degeneración, en Grenzfragen des Nerven-und Seelenlebens*, Nr. III, 1920): «Examinando el vasto dominio de la degeneración, sobre la cual no hemos conseguido arrojar sino muy pocas luces, podrá verse qué escaso valor tiene actualmente su diagnóstico». <<

[888] Hay que conceder a los defensores del «uranismo» que algunos de los hombres más eminentes de que tenemos noticia fueron invertidos y hasta invertidos absolutos. <<

[889] En el concepto de inversión se han separado los puntos de vista patológicos de los antropológicos. Esta diferenciación se debe a J. Bloch (*Beiträge zur Ätiologie der psychopathia sexualis*, 1902-1903). El mismo autor ha sido el que ha hecho fijar la atención en el hecho de la inversión en los antiguos pueblos civilizados. <<

[890] Cf. las últimas minuciosas descripciones de hermafroditismo somático: Taruffi: *Hermafroditismo y esterilidad* (edición alemana de R. Teuscher, 1903), y los trabajos de Neugebauer en varios tomos del *Jahrbuch für sexuelle Zwischenstufen*. <<

[891] Halban: *Die Entstehung der Geschlechtscharaktere, en Archiv für Gynäkologie*, t. LXX, 1903. Su trabajo contiene una bibliografía sobre el tema. <<

[892] El primero que aplicó la idea de la bisexualidad a la explicación de la inversión hubo de ser (según una bibliografía aparecida en el tomo VI del *Jahrbuch für sexuelle Zwischenstufen*) E. Gley, en un artículo titulado «Les abérrations de l'instinct sexuel» (*Revue Philosophique*, enero 1884). Es también interesante comprobar que la mayoría de los autores que refieren la inversión a la bisexualidad tienen en cuenta este factor, no tan sólo en los invertidos, sino asimismo en aquellos individuos que han llevado a un desarrollo sexual normal, considerando, por tanto, la inversión como una perturbación de dicho desarrollo. Así lo hace ya Chevalier (*Inversion sexuelle*, 1893). Krafft-Ebing («Zur Erklärung der konträren Sexualempfindung», *Jahrbüche für Psychiatrie und Neurologie*, tomo XII, 1895) habla de un cúmulo de observaciones «de las cuales resulta, por lo menos, la perduración virtual de este segundo centro (el del sexo dominado)». El doctor Arduin («Die Frauenfrage und die sexuellen Zwischenstufen») sienta en *Jahrbuch für sexuelle Zwischenstufen*, tomo II, 1900, la afirmación de que en todo ser humano existen elementos masculinos y femeninos, desarrollados en razón inversa del sexo del sujeto, cuando se trata de individuos heterosexuales. (Compárese el trabajo del doctor M. Hirschfeld titulado «Die objetive Diagnosis del Homosexualität», *Jahrbuch* citado, tomo I, 1899).

G. Hermaun («Genesis das Gesetz der Zeugung», tomo IX, *Libido und Mania*, 1903) afirma que «toda mujer entraña elementos y caracteres masculinos, y todo hombre, femeninos». Adición de 1910.— En 1906 ha reivindicado W. Fleiss la paternidad de la idea de bisexualidad («Der Ablautf des Lebens»). Adición de 1924— En algunos círculos ajenos a la especialidad se considera como iniciador de la teoría de la bisexualidad al malogrado filósofo O. Weininger, que tomó esta idea como base de una obra poco meditada (*Geschlecht und Charakter*, 1903). Las citas antes consignadas bastan para probar lo infundado de tal atribución. <<

[893] Nota de 1910: El psicoanálisis no ha conseguido aún un total esclarecimiento del origen de la inversión, pero ha descubierto el mecanismo psíquico de su génesis, planteando nuevas e interesantísimas cuestiones. En todos los casos investigados hemos descubierto que los invertidos pasan en los primeros años de su infancia por una breve fase de intensa fijación a la mujer (a su madre, en la mayoría de los casos), y que después de esta fase heterosexual se identifican con la mujer y se toman a sí mismos como fin sexual; esto es, buscan, partiendo de una posición narcisista, hombres jóvenes y semejantes a su propia persona, a los que quieren amar como la madre los amó a ellos. Hemos comprobado, además, con mucha frecuencia, que supuestos invertidos no eran nada insensibles a los encantos femeninos, sino que transportaban directamente a un objeto masculino la excitación producida por la mujer. De este modo repetían durante toda su vida el mecanismo por el cual había nacido su inversión. Su obsesiva inclinación hacia el hombre se demostraba así condicionada por su incesante fuga de la mujer.

Sin embargo debe recordarse que hasta ahora (1910) solamente un tipo de invertidos han sido sometidos al psicoanálisis, sujetos cuya actividad sexual ha sido en general impedida y que lo restante se manifiesta como inversión. Este problema de la inversión es bastante complejo incluyendo diversas formas de desarrollo y actividad sexuales. Una diferenciación conceptual en sentido estricto debiera realizarse respecto a si lo que ha sido invertido es el carácter sexual del *objeto* o del *sujeto*.

Adición de 1915.— La investigación psicoanalítica rechaza terminantemente la tentativa de separar a los homosexuales del resto de los humanos como un grupo diferentemente constituido. Extendiendo su investigación a excitaciones sexuales distintas de las manifestaciones exteriorizadas, ha comprobado que todo individuo es capaz de una elección homosexual de objeto y la ha llevado, efectivamente, a cabo en su inconsciente. Puede incluso afirmarse que la ligazón libidinosa a personas del mismo sexo desempeña en la vida psíquica normal un papel tan importante como la que recae sobre personas de sexo contrario, presentando aún una mayor

significación en lo que se refiere a la génesis de estados patológicos. Para el psicoanálisis, la falta de toda relación de dependencia entre el sexo del individuo y su elección del objeto, y la posibilidad de orientar indiferentemente esta última hacia objetos masculinos o femeninos —hechos comprobables tanto en la infancia individual como en la de los pueblos—, parecen constituir la actitud primaria y original, a partir de la cual se desarrolla luego el tipo sexual normal o el invertido, por la acción de determinadas restricciones y según el sentido de las mismas.

Así, pues, en un sentido psicoanalítico, el interés sexual exclusivo del hombre por la mujer constituye también un problema, y no algo natural, basado últimamente en una atracción química.

La decisión de la actitud sexual definitiva tiene efecto después de la pubertad y como resultado de una serie de factores, tanto constitucionales como accidentales, imperfectamente determinados aún. Algunos de estos factores pueden poseer, desde luego, poder suficiente para decidir el resultado final. Pero, en general, la multiplicidad de los factores determinantes se refleja en la diversidad de las actitudes sexuales. En los casos de inversión se revela siempre el predominio de factores constitucionales arcaicos y mecanismos psíquicos primitivos, apareciendo en ellos, como caracteres esenciales, la *elección narcisista de objeto* y la *persistencia de la significación sexual en la zona anal*. Carece, sin embargo, de objeto separar de los demás, fundándose en semejantes peculiaridades constitucionales, los tipos extremos de inversión, pues aquellos mismos caracteres que en tales tipos nos parecen constituir fundamento suficiente son también apreciables, aunque con menor intensidad, en los tipos de transición y hasta en individuos manifiestamente normales. Los resultados pueden, pues, presentar diferencias cualitativas, pero el análisis nos demuestra que entre los factores que determinan tales resultados sólo existen diferencias cuantitativas. Entre las influencias accidentales de la elección de objeto resalta la *frustración* (el *renunciamiento* por una temprana intimidación sexual), asimismo hemos observado que la presencia de ambos progenitores desempeña también a este respecto un papel principal. La falta de un padre enérgico durante la infancia favorece muchas veces la inversión. Por último, ha de hacerse constar que no debe establecerse

relación alguna entre la inversión con respecto al objeto sexual y la presencia de caracteres andróginos en el sujeto, pues tales fenómenos no son constantemente dependientes.

Adición de 1920.— En un ensayo titulado *Zur Nosologie der männlichen Homosexualität (Homoerotik), en Int. Zeitschrift für Psychoanalyse*, II, 1914, expone Ferenczi toda una interesantísima serie de puntos de vista sobre el problema de la inversión y reprueba muy justamente el hecho de que bajo el nombre de «homosexualismo», que él propone sustituir por el de «homoerotismo», se acumule una gran cantidad de estados muy diversos y de diferente valor, tanto orgánica como psíquicamente, sólo por serles común el síntoma de la inversión. Ferenczi demanda, por lo menos, una absoluta diferenciación entre el tipo del *homoerótico subjetivo*, que se considera mujer y se conduce como tal, y el del *homoerótico objetivo*, que es por completo viril y sólo ha cambiado el objeto femenino por otro de su mismo sexo. El primero puede reconocerse como un verdadero *grado sexual intermedio* en el sentido que a este término da Magnus Hirschfeld; el segundo, es considerado por Ferenczi —con menos acierto— como un enfermo de neurosis obsesiva. La rebelión contra la tendencia a la inversión, así como la posibilidad de una influencia psíquica, no se dan más que en el *homoerótico objetivo*. Aun después de reconocer la existencia de estos dos tipos, debe añadirse que en muchas personas se encuentra cierta medida de homoerotismo subjetivo mezclada con otra de homoerotismo objetivo.

En los últimos años han arrojado una gran claridad sobre las condiciones orgánicas del homoerotismo y de los caracteres sexuales los trabajos de los biólogos y, en particular, los de Eugen Steinach.

Por el procedimiento experimental de la castración y el injerto subsiguiente de glándulas genitales del sexo contrario se consiguió, en diversas especies de mamíferos, transformar machos en hembras, y viceversa. La transformación se operaba, más o menos completamente, en los caracteres sexuales somáticos y en la conducta psicosexual (por tanto, en el erotismo subjetivo y en el objetivo). El centro de donde emana esta fuerza determinante del sexo no es la parte de la glándula genital que forma las células sexuales, sino el llamado tejido intersticial de dicho órgano (la

«glándula de la pubertad»). En un caso se consiguió también en un hombre la transformación sexual. Se trataba de un sujeto que había perdido los testículos a causa de una tuberculosis. En la vida sexual se había comportado como homosexual pasivo y mostraba visibles caracteres sexuales femeninos de naturaleza secundaria (larga cabellera, barba escasa, acumulación de grasas en las manos y caderas). Tras el injerto de un testículo humano comenzó el sujeto a comportarse masculinamente y a dirigir de un modo normal su libido hacia la mujer. Al mismo tiempo desaparecieron los caracteres somáticos femeninos (A. Lipschütz: *Die Pubertätsdrüse und ihre Wirkungen*, Berna, 1919).

Sería injustificado esperar de estas interesantísimas tentativas un nuevo fundamento de la teoría de la inversión y un método «terapéutico» general de la homosexualidad. W. Fliess ha hecho resaltar acertadamente el hecho de que estos conocimientos experimentales no destruyen el valor de la teoría de la general disposición bisexual de los animales superiores. Más bien me parece verosímil que de subsiguientes investigaciones de este género resulte confirmación directa de la bisexualidad supuesta. <<

[894] Nota de 1910: La máxima diferencia entre la vida erótica de mundo antiguo y la nuestra está, quizá, en que para los antiguos lo importante era el instinto mismo y no, como para nosotros, el objeto. Glorificaban el instinto y creían que ennoblecían al objeto, por deleznable que fuese. En cambio, nosotros despreciamos la actividad sexual en sí y la disculpamos por los méritos del objeto. <<

[895] No puedo menos de recordar aquí la crédula docilidad del hipnotizado para con el hipnotizador, fenómeno que me hace sospechar que la esencia de la hipnosis debe suponerse en la fijación inconsciente de la libido del sujeto a la persona del hipnotizador (mediante los componentes masoquistas del instinto sexual).

Adición de 1910.— S. Ferenczi ha ligado este carácter de la sugestibilidad con el «complejo parental» (*Jahrbuch für Psychoanalytische und Psychopathologische Forschungen*, I, 1909). <<

[896] Nota de 1920: Hay que observar, sin embargo, que la supervaloración sexual no se desarrolla en todos los mecanismos de la elección de objeto y que más adelante conoceremos una más directa explicación del papel sexual desempeñado por las otras partes del cuerpo. El factor del «hambre de excitaciones», aplicado por Hoche y J. Bloch a la explicación de la extensión del interés sexual a partes del cuerpo distintas de las genitales, no nos parece merecer esta significación. Los distintos caminos que la libido sigue se comportan entre sí como vasos comunicantes, y hay que tener en cuenta el fenómeno de la corriente colateral. <<

[897] Nota de 1920: La mujer que no lleva a cabo una sobreestimación sexual del hombre hace, en cambio, objeto de ella a sus hijos. <<

[898] Nota de 1915: Esta debilidad correspondería a una pre-condición constitucional. El psicoanálisis ha demostrado, como condición accidental, la temprana intimidación sexual, que aparta el fin sexual normal por miedo e incita a la sustitución. <<

[899] Nota de 1920: La investigación psicoanalítica, profundizando más en el estudio de la cuestión, permite, sin embargo, oponer algunas objeciones a los asertos de Binet. Todas las observaciones realizadas en este sector coinciden en que cuando el fetiche hace su primera aparición se muestra ya dueño del interés sexual, sin que las circunstancias concomitantes nos expliquen cómo ha llegado a ello. Además, las «tempranas» impresiones sexuales de que aquí se habla son todas posteriores a los cinco o seis años del sujeto, y para el psicoanálisis es muy dudoso que en tales épocas puedan constituirse ya nuevas fijaciones patológicas. Lo exacto es que detrás de los primeros recuerdos relativos a la aparición del fetiche yace una fase separada y olvidada de la evolución sexual que ha sido sustituida, como por un «recuerdo encubridor», por el fetiche, el cual no es sino un residuo o un precipitado suyo. La evolución de esta fase, coincidente con los primeros años del fetiche, son determinadas por la constitución del sujeto. <<

[900] Nota de 1910: El zapato o la zapatilla son símbolos correspondientes a los genitales femeninos. <<

[901] Nota de 1910: El psicoanálisis ha llenado una de las lagunas aún existentes en la inteligencia del fetichismo, señalando la importancia de un «deseo olfativo», coprófilo, perdido por represión, para la elección de fetiche. El pie y el cabello son objetos de penetrante olor que, tras la renuncia a la sensación olfativa devenida ya desagradable, son elevados a la categoría de fetiches. En la perversión correspondiente al fetichismo, en que el pie constituye el fetiche, el objeto sexual es, en efecto, sólo el pie sucio y maloliente. Otro dato para la explicación de la preferencia fetichista del pie resulta de las teorías sexuales infantiles, que más adelante expondremos. El pie sustituye al pene femenino que el niño echa extrañadamente de menos en la mujer.

Adición 1915.— En algunos casos de esta clase de fetichismo pudo demostrarse que el instinto escopofílico orientado primariamente hacia los genitales y que tendía a acercarse a ellos siguiendo una línea ascendente, fue detenido en su camino por prohibición o represión; quedó fijado, de este modo, en el pie o en el calzado, eligiéndolo como fetiche. En este caso, los genitales femeninos fueron representados, conforme a la hipótesis infantil, como masculinos. <<

[902] Según Strachey ésta sería la primera publicación en que Freud usa el término «Sublimación». (*Nota del E.*) <<

[903] Nota de 1915: Me parece indudable que el concepto de «lo bello» arraiga en la excitación sexual y significa originariamente lo que excita sexualmente («los encantos»). Con ello está relacionado el hecho de que no podemos encontrar nunca «bellos» los genitales, cuya contemplación hacer surgir la máxima excitación sexual.

[La palabra alemana *Reiz* tiene la doble significación de «encantos» y «estímulos», (*N. del T.*)] <<

[904] Adición de 1924: Hecho comprobado en varios análisis. <<

[905] Nota de 1920: El análisis revela en esta perversión, como en la mayoría de las demás, una inesperada diversidad de motivos y significaciones. La compulsión exhibicionista, por ejemplo, dependen íntimamente del complejo de castración, acentuando de continuo la integridad de los propios genitales (masculinos) y renovando la satisfacción infantil experimentada por la falta de miembro en los genitales femeninos. <<

[906] Párrafo eliminado por Freud desde 1915: `Una de las raíces, al menos, del masoquismo puede ser deducida con bastante seguridad: se origina de la sobrevaloración sexual, consecuencia psíquica necesaria en la elección del objeto sexual’. (*Nota del E.*) <<

[907] Nota de 1924: Ulteriores reflexiones, apoyadas en ciertas hipótesis sobre la estructura del aparato anímico y sobre las diversas clases de instintos que en él actúan, han modificado considerablemente mi concepto del masoquismo. Me he visto obligado a reconocer un masoquismo *primario*, *erógeno*, del cual se desarrollan después dos formas posteriores: el masoquismo *femenino* y el masoquismo *moral*. La reversión contra la propia persona del sadismo no utilizado en la vida engendra un masoquismo *secundario*, que se agrega al primario. (Cf. el ensayo titulado *El problema económico del masoquismo*. 1924.) <<

[908] Nota de 1915: Compárense nuestras posteriores observaciones sobre las fases pregenitales del desarrollo sexual, en las que queda confirmada esta opinión. <<

[909] Nota de 1924: De la investigación últimamente citada se deriva, para el par antitético sadismo-masoquismo, una situación especial, fundada en el origen de los instintos que lo hace ubicarse fuera del resto de las perversiones. <<

[910] Como prueba de esta afirmación citaré tan sólo un párrafo de Havelock Ellis (*Das Geschlechtsgefühl*, 1913): «Todos los casos conocidos de sadismo y masoquismo, incluso los citados por Krafft-Ebing, revelan —como ya han demostrado Colin, Scott y Féré— huellas de ambos grupos de fenómenos en el mismo individuo». <<

[911] Nota de 1915: Véase lo que más adelante decimos sobre la `ambivalencia'. <<

[912] Nota de 1915: Estos poderes (repugnancia, vergüenza, moralidad), como diques para el desarrollo de la sexualidad, pueden considerarse también como residuos históricos de inhibiciones exteriores experimentadas por el instinto sexual en la psicogénesis de la Humanidad. Se observa que aparecen en el desarrollo del individuo en una época determinada y como obedeciendo espontáneamente a la llamada de la educación y de otras influencias ejercidas, desde el exterior, sobre el sujeto. <<

[913] Nota de 1920: Anticipando un dato correspondiente al estudio de la génesis de las perversiones, haremos constar la existencia de múltiples razones para suponer que su fijación es precedida, como en el caso del fetichismo, de un período inicial de desarrollo sexual normal. La investigación psicoanalítica ha podido demostrar, hasta ahora, en casos individuales, que también la perversión es el residuo de una evolución hacia el complejo de Edipo, una vez reprimido el cual surge de nuevo aquel de los componentes del instinto sexual que posee mayor intensidad en la constitución del sujeto. <<

[914] Nota de 1920: Añadiré aquí una afirmación que, aunque modifica en algo lo expresado en el texto, no lo contradice, sino que lo completa. Es esta afirmación la de que los síntomas nerviosos se fundan, por un lado, en las exigencias de los instintos libidinosos, y, por otro, en la reacción de yo contra los mismos. <<

[915] En *Estudios sobre la histeria* (año 1895). J. Breuer dice de una de sus pacientes, a quien aplicó el método catártico, lo siguiente: «La sexualidad de la sujeto había permanecido en un estado extraordinariamente rudimentario». <<

[916] Las fantasías de los perversos, claramente conscientes, y, que, en circunstancias favorables, pueden transformarse en actos; los temores delirantes de los paranoicos, proyectados en sentido hostil sobre otras personas; y las fantasías inconscientes de los histéricos, descubiertas detrás de sus síntomas por el psicoanálisis, coinciden en su contenido hasta en los detalles aislados. <<

[917] La psiconeurosis aparece asociada, muy a menudo, a la inversión *manifiesta,* y en estos casos, la corriente heterosexual ha sufrido una total represión. El doctor W. Fliess, de Berlín, ha sido el primero en llamarme la atención sobre la generalidad de esta tendencia a la inversión en los psiconeuróticos, tendencia que yo había descubierto ya en casos individuales. Adición de 1920.— Este hecho, al que no se ha concedido hasta ahora toda la importancia que posee, debiera influir decisivamente en todas las teorías sobre la homosexualidad. <<

[918] Párrafo agregado en 1915. (*Nota del E.*) <<

[919] Nota de 1924: La teoría de los instintos es la parte más importante de la teoría psicoanalítica, pero también la más incompleta. Cf. los trabajos titulados *Más allá del principio del placer*, 1920, y *El «yo» y el «ello»*, 1923. [Véanse en estas *Obras Completas*.] <<

[920] Nota de 1915: No es fácil justificar aquí estas hipótesis, procedentes del estudio de una determinada clase de enfermedades neuróticas. Mas, por otro lado, es imposible decir nada definitivo sobre los instintos sin tenerlas en cuenta. <<

[921] Debe recordarse aquí la teoría de Moll, que descompone el instinto sexual en instinto de contrectación e instinto de detumescencia; contrectación significa una necesidad de contacto epidérmico. [Strachey explica la detumescencia de Moll como el alivio espasmódico de los órganos genitales. *Nota del E*.] Adición omitida después de 1910: `Strohmayer con mucha razón ha deducido de un caso observado por él, que los autorreproches obsesivos se originan de impulsos sádicos reprimidos’. <<

[922] Nota de 1915: No es posible, además, determinar acertadamente la parte correspondiente a la herencia, sin haber estudiado antes la correspondiente a la niñez. <<

[923] Esta afirmación me pareció luego tan atrevida, que me propuse comprobarla mediante una revisión de los trabajos publicados sobre el tema, la cual no hizo; sino confirmar plenamente mi primera opinión. El estudio de las manifestaciones somáticas y psíquicas en la sexualidad en el niño se encuentra aún en sus comienzos. En un ensayo titulado *A preliminary study of the emotion of love beetween the sexes, en American Journal of Psychology*, XII, 1902, dice S. Bell: *J'know of no scientist, who has given a careful analysis of the emotion as it is seen in the adolescent*. Las manifestaciones sexuales somáticas anteriores a la pubertad han sido estudiadas, hasta ahora, exclusivamente desde el punto de vista de la degeneración; esto es, como signos de la degeneración o en su relación con fenómenos de este orden. En todos los tratados sobre la psicología infantil falta un capítulo referente a la vida erótica del niño. Por lo menos en aquellos de los que yo tengo noticia, tales como los de Preyer, Baldwin (*Die Entwicklung des Geistes beim Kinde und bei der Rasse*, 1898), Pérez (*L'enfant de trois à sept ans*, 1886), Strümpell (*Die pädagogische Pathologie*, 1899), Karl Groos (*Das Seelenleben des Kindes*, 1904). Heller (1904), Sully (*Untersuchungen über die Kindheit*, 1895), etc., etc. La revista *Die Kinderfehler* (a partir de 1896) refleja mejor que ninguna otra publicación el estado actual de la cuestión. De todos modos, es evidente que la existencia del amor en la vida del niño no precisa ya ser demostrada. Pérez (*loc. cit*.) mantiene esta teoría, y K. Groos (*Die Spiele der Menschen*, 1899) recuerda como cosa generalmente conocida que algunos niños se muestran precozmente accesibles a las emociones sexuales y experimentan un impulso al contacto con individuos del sexo opuesto. El caso más precoz del amor sexual hallado por J. Bell se refiere a una niña de tres años. Véase también la obra de Havelock Ellis titulada *Das Geschlechtsgefühl*, 1913, apéndice 11.

Adición de 1910: Los juicios antes expuestos sobre la literatura de la sexualidad infantil no pueden ser ya enteramente mantenidos después de la publicación de la gran obra de Stanley Hall (*Adolescence, its psychology and its relations to physiology, antropology, sociology, sex, crime, religion and*

education, New York, 1904). Por el contrario, el reciente libro de A. Moll, *Das Sexualleben der Kindes*, Berlín, 1909, no contiene nada que invalide nuestras primeras opiniones. Véase, en cambio, Bleuler: *Sexuelle Abnormitäten der Kinder (en Jahrbuch der Schweizerischen Gasellschaft für Schulgesundheitspflege*, IX, 1908). Adición de 1915.— La doctora H. von Hug-Hellmuth ha dedicado también a la sexualidad infantil toda la atención que merece y que hasta ahora se le negara (*Aus dem Seelenleben dem Kindes*, 1913). <<

[924] En un artículo titulado «Los recuerdos encubridores» (en *Monastschrift für Psychiatrie und Neurologie*, VI, 1899) he tratado de resolver uno de los problemas relativos a nuestros primeros recuerdos infantiles. Adición de 1924.— Ver también el capítulo IV de *Psicopatología de la vida cotidiana*. [En estas Obras Completas.] <<

[925] Es imposible llegar a comprender exactamente el mecanismo de la represión teniendo en cuenta uno sólo de estos factores y no la acción conexa de ambos. Como comparación, puede recordarse la forma en que es izado el turista sobre la gran pirámide de Gizeh, tirando de él por un lado y empujándole por el otro. <<

[926] Este material de observación resulta utilizable por cuanto los años infantiles de los futuros neuróticos no difieren esencialmente, como era de esperar, de los años infantiles de los individuos que luego han permanecido sanos (Adición de 1915): presentado tan sólo algunas diferencias en cuanto a la intensidad y a la precisión de los fenómenos comprometidos. <<

[927] Las observaciones de Bayer (*Deutsches Archiv für Klinische Medizin*, 1902), según las cuales el órgano sexual interno (*uterus*) del recién nacido es, en general, más voluminoso que el de niños mayores, nos ofrecerían un paralelo anatómico de nuestras teorías sobre la sexualidad infantil. Sin embargo, esta involución después del nacimiento, observada también por Halban en otros distintos elementos del aparato genital, no ha sido aún objeto de una explicación definitiva. Según Halban (*Zeitschrft für Geburtshilfe und Gynäkologie*, LIII, 1904), dicha involución termina pocas semanas después del comienzo de la vida extra-uterina.

Adición de 1920: La investigación anatómica ha llevado a aquellos autores, que consideran la parte intersticial de las glándulas genitales como el órgano determinante del sexo, a hablar también de una sexualidad infantil y de un período de latencia sexual. Citaremos por ejemplo, el siguiente párrafo de la obra de Lipschütz, antes citada, sobre la glándula de la pubertad: «Reflejaremos más exactamente los hechos diciendo que la maduración de los atributos sexuales, tal y como tiene efecto en la pubertad, no responde sino a un considerable aceleramiento que experimenta en este período el curso de procesos iniciados en épocas muy anteriores, a nuestro juicio, ya durante la vida fetal». «*Lo que hasta ahora hemos llamado impropiamente pubertad no es, probablemente, sino una segunda gran fase de la pubertad que comienza a desarrollarse hacia la mitad del segundo decenio de la vida del individuo*… La infancia, contada desde el nacimiento hasta el comienzo de este segunda gran fase, podría ser denominada *fase intermedia* de la pubertad» (1919).

Esta coincidencia —señalada por Ferenczi en uno de sus trabajos (*Int. Zeitsch. für Psychoanalyse*, VI, 1920)— entre los descubrimientos anatómicos y la observación psicológica deja de cumplirse en un punto concreto; esto es, en cuanto el *primer punto culminante* del desarrollo de los órganos sexuales aparece situado al comienzo del período embrionario, mientras que el primer florecimiento de la vida sexual infantil no surge hasta los años tercero o cuarto. Pero tampoco es necesario que el desarrollo

anatómico y el psíquico sean totalmente sincrónicos. La investigación anatómica ha actuado tan sólo sobre las glándulas genitales del hombre, y como, por otra parte, no parece posible atribuir a los animales un período de latencia en el sentido psicológico, sería muy importante averiguar si los descubrimientos anatómicos en que los autores fundan su hipótesis de la existencia de dos puntos culminantes en el desarrollo sexual pueden comprobarse también en otros animales superiores. <<

[928] La expresión «período de latencia sexual» la he tomado una vez más de W. Fliess. <<

[929] Nota de 1915: La sublimación de los impulsos instintivos sexuales se produce en este caso por formaciones reactivas. Pero, en general, la sublimación y la formación reactiva deben ser consideradas como dos procesos distintos. La sublimación puede ser alcanzada por medio de otros procesos diferentes y más sencillos. <<

[930] En el *Jahrbuch für Kinderheilkunde*, N. F., XIV, 1879. <<

[931] Encontramos ya aquí un hecho que se producirá luego a través de toda la vida del adulto; a saber: que la satisfacción sexual es el mejor remedio contra el insomnio. La mayoría de los casos de insomnio nervioso puede atribuirse a insatisfacción sexual. Sabido es que ciertas niñeras sin consciencia acallan y duermen a los niños que les están confiados acariciándoles los genitales. <<

[932] Adición de 1915. <<

[933] Nota de 1920: El doctor Galant publicó en 1919, en *Neurot. Zentralblatt*, núm. 20, bajo el título *Das Lutscherli* («El chupete»), las confesiones de una muchacha que no había abandonado esta actividad sexual infantil y que describe la satisfacción por ella producida como totalmente análoga a una satisfacción sexual y, en particular, a la que emana de los besos de la persona amada. «No todos los besos dan el placer que da el chupete. Es imposible describir el placer que se siente en todo el cuerpo mientras se chupa. Parece que se sale de este mundo, se siente una totalmente feliz y satisfecho y no se desea nada más. Es una sensación maravillosa. Es algo inefable. No se siente ningún dolor, ninguna pena, y le parece a una transportarse a otro mundo». <<

[934] Nota de 1920: H. Ellis emplea este término en un sentido algo diferente, sirviéndose de él para designar una excitación que no tiene su origen en el mundo exterior, sino internamente. Mas para el psicoanálisis lo esencial no es el origen, sino la relación con un objeto. <<

[935] Nota de 1915: Nuestras investigaciones y deducciones ulteriores nos llevan a atribuir a todas las partes del cuerpo, así como a los órganos internos, el carácter de erogeneidad. Véase respecto a esta cuestión lo que más adelante expondremos sobre el narcisismo. Alfred Adler discutió en 1907 el problema biológico de la hipótesis de las zonas erógenas. [Strachey señala que sólo en la ed. 1910 aparecía esta referencia a Adler. *Nota del E*.] <<

[936] Nota de 1920: Es difícil evitar en las explicaciones biológicas toda orientación teleológica, aunque se sepa que en los casos particulares no exista garantía contra el error. <<

[937] Véase la literatura existente sobre la masturbación, muy copiosa, pero en general harto desorientada: Rohleder: *Die Masturbation*, 1899. Adición de 1915 —Ver *Die Onanie*, en *Wiener Diskussionen*, II Heft, Wiesbaden, 1912. <<

[938] Cf. los ensayos titulados *El carácter y el erotismo anal* (1908). Adición de 1920.— Y *Sobre las transmutaciones de los instintos, especialmente del erotismo anal* (1917). [en estas *Obras Completas*.] <<

[939] Párrafo agregado en 1915. <<

[940] Nota de 1920: En un trabajo que ha contribuido extraordinariamente a determinar la importancia del erotismo anal (*Anal und Sexual*, en *Imago*, IV, 1916) sostiene Lou Andreas-Salomé que la primera prohibición que se alza ante el niño, la de procurarse un placer por medio de la actividad anal y de sus productos, ejerce una influencia determinante sobre todo su desarrollo ulterior. La criatura comienza a darse cuenta en esta ocasión de la existencia de un mundo exterior hostil a sus impulsos instintivos, y aprende a diferenciar su propia persona de aquellas otras que le rodean y a desarrollar la primera «represión» de sus posibilidades de placer. lo «anal» pasa a constituir, desde este punto, el símbolo de todo lo prohibido, de todo aquello que nos es preciso rechazar y apartar de nuestro camino. La absoluta separación exigida más tarde entre los procesos anales y los genitales está en contradicción con las próximas analogías y relaciones anatómicas y funcionales existentes entre ambos sectores. El aparato genital permanece próximo a la cloaca e incluso no es, en la mujer, sino una «dependencia» de la misma. <<

[941] Nota de 1915: Otras técnicas particulares de la masturbación, practicadas en edades ulteriores, no responden sino a una tentativa de burlar la prohibición que en la infancia recayó sobre el onanismo. <<

[942] Nota de 1915: La investigación psicoanalítica no ha conseguido explicar aún totalmente por qué el «sentimiento de culpabilidad» de los neuróticos aparece siempre enlazado al recuerdo de una actividad onanista, correspondiente, por lo general, a la época de la pubertad (Bleuler, 1913). Adición de 1920.— El factor más visible e importante de esta condicionalidad sería quizá el hecho de que el onanismo representa por sí solo lo que pudiéramos llamar el «poder ejecutivo» de toda la sexualidad infantil, resultando así muy apropiado para asumir el sentimiento de culpabilidad a ella inherente. <<

[943] En un apéndice a su estudio sobre *Psicología sexual*, 1913, inserta Havelock Ellis toda una serie de testimonios autobiográficos de sujetos normales sobre sus primeros impulsos sexuales infantiles y las ocasiones en que se manifiestan. Estos testimonios adolecen, naturalmente, de la falta de todo dato sobre el período prehistórico de la vida sexual, encubierto por la amnesia infantil, y al que sólo nos es posible llegar por medio del psicoanálisis de sujetos luego neuróticos. Tales aportaciones son, sin embargo, valiosísimas en diversos aspectos. Informaciones análogas han sido las que hubieron de conducirme a la modificación arriba expuesta de mis hipótesis etiológicas. <<

[944] Adición de 1915: Párrafo omitido en 1915: `Puede presumirse que los impulsos de crueldad se originan de fuentes realmente independientes de las sexuales, pero que en una etapa temprana estuvieron unidas por una anastomosis cercana a sus puntos de origen. Las observaciones nos enseñan las influencias mutuas en el desarrollo sexual y los instintos de escopofilia y de crueldad, lo que limita la presunta independencia de los dos grupos de instintos'. [*Nota del E*.] <<

[945] Nota de 1910: Los resultados obtenidos en investigaciones psicoanalíticas de sujetos adultos me autorizaban en 1905 a sentar las afirmaciones que anteceden sobre la sexualidad infantil. En esta época no se había podido aún utilizar la observación directa del niño más que fragmentariamente, y sólo indicaciones aisladas o valiosas confirmaciones habían logrado obtenerse. Desde entonces se ha conseguido llegar a una visión directa de la psicosexualidad infantil por medio del análisis de casos individuales de enfermedades nerviosas en niños de corta edad. (*Jahrbuch für Psychoanalytische und Psychopathologische Forschungen*, tomo I 1909 y sigs) *El análisis de la fobia de un niño de cinco años*, en *Jahrfuch*, tomo II, ha revelado datos que ni el mismo psicoanálisis sospechaba, entre ellos, la existencia de un simbolismo sexual —representación de lo sexual por objetos y relaciones no sexuales— hasta en estos años infantiles en que apenas se comienza a dominar el idioma. Este *Análisis* me descubrió también un error de la exposición arriba desarrollada: Al fijar en ella la diferenciación entre *autoerotismo* y *amor objetal*, se establece entre ambas fases una separación temporal que, en realidad, no existe, pues el *Análisis* citado y las comunicaciones de Bell (l. c.) han demostrado que niños de tres a cinco años pueden muy bien verificar una definida *elección del objeto*, acompañada de intensos afectos. Adición de 1910 (omitida).— `Otra adición a nuestro conocimiento de la vida sexual infantil que no ha sido aún mencionada en el texto, se refiere a las investigaciones sexuales de los niños, a las teorías (sexuales) formuladas (ver mi ensayo de 1908 «Teorías sexuales infantiles», en estas Obras Completas.), de la contribución de éstas a las neurosis ulteriores, del resultado de tales investigaciones infantiles y de su relación con el desarrollo de la capacidad intelectual de los niños’. <<

[946] Nota de 1920: Está justificado hablar del complejo de castración también con respecto a la mujer. Las niñas, al igual que los niños, construyen la teoría de que también la mujer tenía originariamente un pene, que ha perdido por castración. La convicción a que luego llegan, de que la mujer no posee pene alguno, deja en el individuo masculino, con extraordinaria frecuencia, un duradero menosprecio por el sexo contrario. <<

[947] Nota de 1924: El número de teorías sexuales es, en estos años ya avanzados de la infancia, muy considerable. Los ejemplos citados en el texto constituyen tan sólo una pequeña parte. <<

[948] Sección aparecida en 1915. (*Nota del E.*) <<

[949] Sobre los restos de esta fase en los neuróticos adultos, véase el estudio de Abraham *Untersuchungen über die früheste prägenitale Entwicklungsstufe des Libido, en Intern. Zeitsch. für Psychoanalyse*, IV, 1916.

Adición de 1924.— En un reciente trabajo (1924), Abraham, dividió tanto la fase oral como la más posterior sádico-anal, en dos subdivisiones, caracterizadas por actitudes diferentes hacia el objeto. <<

[950] Nota de 1924: Abraham en el reciente trabajo de 1924, ya señalado, señala que el ano se desarrolla de la blastospora embrionaria, lo que viene a constituir un prototipo biológico del desarrollo psicosexual. <<

[951] Nota de 1924: Posteriormente (1923) he modificado esta descripción, interpolando en la evolución infantil, y después de los dos estadios de organización pregenital, una tercera fase, que puede ya denominarse genital y muestra ya un objeto sexual y una cierta convergencia de las tendencias sexuales hacia dicho objeto, pero que se diferencia aún de la organización definitiva de la madurez sexual en un punto esencial. No conoce, en efecto, sino un aparato genital, el masculino, razón por la cual hemos dado a esta fase el nombre de organización *fálica*. (Cf. el ensayo titulado *La organización genital infantil*.) [En estas *Obras Completas*.] Abraham señala su prototipo biológico en la disposición genital del embrión, indiferenciada para los dos sexos. <<

[952] Algunas personas recuerdan haber experimentado directamente como placer sexual el empuje del aire sobre los genitales, al columpiarse. <<

[953] `Was sich liebt, das neckt sich’: [Las querellas de amantes son proverbiales.] <<

[954] Nota de 1910: El análisis de casos de agorafobia y de perturbaciones neuróticas de la deambulación (abasia) desvanece toda posible duda sobre la naturaleza sexual del placer de movimiento. La moderna educación sexual se sirve de los deportes para desviar a la juventud de la actividad sexual, o, mejor dicho, para sustituir el placer sexual por el placer de movimiento, haciendo así retroceder la actividad sexual a uno de sus componentes autoeróticos. <<

[955] Nota de 1924: Me estoy refiriendo al llamado masoquismo «erógeno».
<<

[956] Nota de 1920: Resulta, pues, que ha de atribuirse a todo individuo un erotismo oral, anal, uretral, etcétera, y que el descubrimiento de complejos psíquicos correspondientes a estas formas de erotismo no autoriza a deducir una anormalidad o una neurosis. Las diferencias que separan lo normal de lo anormal no pueden responder mas que a la intensidad relativa de los distintos elementos del instinto sexual y al papel por ellos desempeñado en el curso del desarrollo. <<

[957] Nota de 1915: Con esta exposición esquemática nos proponemos tan sólo hacer resaltar las diferencias. La máxima aproximación posible de la sexualidad infantil a la organización sexual definitiva, en cuanto a la elección de objeto y al desarrollo de la fase fálica, quedó ya señalada al tratar de la ambivalencia. <<

[958] Nota de 1924: En las observaciones iniciales de mi ensayo sobre *El problema económico del masoquismo*, 1924, se intenta la solución de este problema. [Véase en estas *Obras Completas*. En alemán, la palabra *Reiz* tiene la doble significación de «estímulos» y «encantos». (*N. del T.*)] <<

[959] Véase mi estudio titulado *El chiste y su relación con lo inconsciente*, 1905. [En estas *Obras Completas*.] El placer preliminar producido por la técnica del chiste es utilizado para hacer surgir un placer mayor por la supresión de inhibiciones internas. <<

[960] Es un hecho bien significativo que la lengua alemana al usar la palabra `Lust’ tome en consideración el rol de la excitación sexual preliminar, que como ha sido explicado produce simultáneamente un elemento de satisfacción y una contribución a la tensión sexual. `Lust’ tiene dos sentidos; uno, describe la sensación de tensión sexual (`Ich habe Lust’ = `me gustaría’ o `siento un impulso’) y, el otro, el sentimiento de satisfacción. <<

[961] Todo el párrafo data de 1920, hasta esa fecha Freud había consignado ahí una amplia disquisición pensando en una sustancia sexual mediadora análoga a la producida por el tiroides. Es decir, Freud en 1905 estaba planteando claramente la existencia de hormonas sexuales y aun antes, en 1896, según Strachey, en cartas a Fliess. (*Nota del E.*) <<

[962] Sección que data de 1915. (*Nota del E.*) <<

[963] Nota de 1924: Esta limitación ha desaparecido desde el momento en que el psicoanálisis ha extendido su radio de acción a neurosis distintas de las de «transferencia». <<

[964] Nota de 1924: Véase la nota anterior. <<

[965] Nota de 1915: Véase *Zur Einführung des Narzißmus, en Jahrbuch der Psychoanalyse*, VI, 1913. El término *narcisismo* no fue creado, como erróneamente se indica en este trabajo, por Näcke, sino por H. Ellis. <<

[966] Nota de 1915: Ha de tenerse en cuenta que los conceptos «masculinos» y «femeninos», cuyo contenido parece tan inequívoco a la opinión vulgar, son, desde el punto de vista científico, extraordinariamente complejos, pudiendo emplearse, por lo menos, en tres sentidos diferentes. Se usan en efecto, unas veces como equivalentes a las idas de *actividad y pasividad*; otras, en un sentido *biológico*, y otras, en fin, en un sentido *sociológico*. La primera de estas significaciones es la esencial y la única utilizable en el psicoanálisis. A ella nos referimos cuando hablamos de una libido «masculina», pues el instinto es siempre activo, aun en aquellos casos en que se propone un fin pasivo. Desde el punto de vista biológico resulta más fácil establecer una clara y precisa definición de los conceptos «masculino» y «femenino», que indicarán entonces, respectivamente, la presencia de glándulas espermáticas u ovulares y de funciones a ellas correspondientes. La actividad y sus manifestaciones secundarias, tales como el mayor desarrollo muscular, la agresividad y la mayor intensidad de la libido, aparecen, por lo general, enlazadas a masculinidad biológica, pero no como atributos obligados de la misma, pues existen algunas especies animales en las que tales caracteres son privativos de la hembra. El tercer sentido, sociológico, que atribuimos a los términos de referencias, se basa en la observación de los individuos masculinos y femeninos existentes en la realidad. Tal observación nos demuestra que ni desde el punto de vista psicológico, ni desde el biológico, es posible hallar entre los hombres la pura masculinidad o la pura femineidad. Todo ser humano presenta, en efecto, una mezcla de sus caracteres sexuales biológicos con caracteres biológicos del sexo contrario, así como una combinación de actividad y pasividad, lo mismo en cuanto estos caracteres psíquicos dependan de los biológicos, o sean independientes de ellos. <<

[967] Strachey señala que Freud se refirió al desarrollo de la sexualidad femenina en cuatro ensayos ulteriores: 1) «Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina» (1920); 2) «Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica» (1925); 3) «Sobre la sexualidad femenina» (1931) y 4) «La femineidad» (1932, en Nuevas Lecciones…), todos en estas Obras Completas. (*Nota del E*.) <<

[968] Nota de 1915: El psicoanálisis nos enseña que la elección de objeto puede seguir dos normas diferentes. Puede inspirarse, como ya hemos visto, en el modelo primitivo infantil siendo `*anaclítico*’ o por `adherencia’, y puede ser de carácter *narcisista*, buscando y encontrando entonces en otras personas el propio yo. Esta última modalidad presenta gran importancia en cuanto a la producción de resultados patológicos, pero su estudio no entra en el cuadro del presente trabajo. <<

[969] Aquellos lectores que encuentren «sacrílegas» estas afirmaciones mías deberán leer el libro titulado *Das Geschlechtsgefühl*, en el que Havelock Ellis sostiene una tesis análoga sobre las relaciones entre la madre y el niño. <<

[970] La explicación del origen de la angustia infantil me fue dada por un niño de tres años, al cual oí demandar un día, hallándose en el cuarto oscuro: «Tía, háblame; tengo miedo de estar en un cuarto tan oscuro». La tía contestó: «¿Y qué te importa que te hable? De todas maneras, no me ves». «No es así —respondió el niño—; cuando alguien me habla parece que hay luz». Así, pues, no se asustaba por la oscuridad, sino porque echaba de menos a una persona amada, y podía prometer tranquilizarse en cuanto recibiera una prueba de la presencia de la misma. Adición de 1920.— Uno de los descubrimientos más importantes de la investigación psicoanalítica es el de que la angustia neurótica es originado por la libido y representa un producto de la transformación de la misma, como el vinagre lo es del vino. En mis *Lecciones introductorias al psicoanálisis* [(en estas *Obras completas*.] encontrará el lector más amplia discusión de este problema, discusión que de todos modos tampoco ha llegado a la total explicación del mismo. <<

[971] Nota de 1915: Compárese lo expuesto anteriormente sobre la elección infantil de objeto y sobre la «corriente de ternura». [Ver: «Los dos tiempos de la elección de objetos».] <<

[972] Nota de 1915: Los diques contra el incesto cuentan entre las adquisiciones éticas realizadas por la Humanidad en el curso de su evolución, y probablemente aparecen ya establecidos en muchos individuos por la fuerza de la herencia orgánica, como tantos otros tabús morales (cf. Freud, *Totem y tabú*) [en estas Obras Completas]. Sin embargo, el psicoanálisis nos revela cuán intensamente tiene que luchar aún el individuo, en los períodos de su desarrollo, contra la tentación incestuosa, y con cuánta frecuencia sucumbe a ella en sus fantasías o incluso en la realidad. <<

[973] Nota de 1920: Las fantasías de la época de la pubertad tienen su punto de partida en la investigación sexual infantil, a la que el niño hubo de renunciar ya en épocas anteriores, o incluso se remontan aún más atrás, hasta el período de lactancia. Pueden conservarse inconscientes en su totalidad o en su mayor parte, siendo, por tanto, imposible fijar la fecha de su aparición. Son de gran importancia para la génesis de síntomas diversos, pues vienen a ser sus estadios preparatorios, esto es, las formas en que los componentes reprimidos de la libido encuentran su satisfacción, y constituyen también la base de las fantasías nocturnas, que se hacen conscientes como sueños. Estos últimos no son, muchas veces, sino la resurrección de tales fantasías bajo la influencia de una excitación experimentada durante el día. Entre las fantasías sexuales de la pubertad resaltan algunas por su aparición general y su amplia independencia de las experiencias individuales. A este grupo de fantasías pertenecen aquéllas cuyo contenido es la asistencia al comercio sexual de los padres, la prematura iniciación sexual del sujeto por alguna persona amada, la amenaza de la castración y la vida prenatal en el seno materno. Por último, ha de contarse también entre estas fantasías de orden general aquélla a la que damos el nombre de «novela familiar», creación imaginativa con la que el adolescente reacciona a la diferencia entre su actitud actual ante sus padres y su pretérita actitud filial infantil. En un trabajo titulado *Der Mythos von der Geburt des Helden* (1909) ha señalado O. Rank las relaciones de las fantasías de este género con la Mitología.

Puede afirmarse que el complejo de Edipo es el complejo nodular de las neurosis y constituye el elemento esencial del contenido de estas enfermedades. Llega en él a su punto culminante la sexualidad infantil, que tan decisiva influencia habrá de ejercer sobre la sexualidad del adulto. Todo ser humano halla ante sí la labor de dominar el complejo de Edipo, y si no lo logra, sucumbirá a la neurosis. El psicoanálisis va fijando cada día más decisivamente esta importancia del complejo de Edipo, y su aceptación o repulsa es lo que más precisamente define a sus partidarios o adversarios.

Adición de 1924: En otro trabajo, titulado *Das Trauma der Geburt* (1924), ha

referido Rank la adherencia libidinosa a la madre, al período prehistórico intrauterino, señalando así el fundamento biológico del complejo de Edipo. Apartándose de las opiniones antes expuestas por nosotros, deriva la inhibición del incesto de la impresión traumática del nacimiento. <<

[974] Véanse mis observaciones sobre la inevitabilidad del Destino en la fábula de Edipo en «La Interpretación de los sueños». <<

[975] Nota de 1920: Véase mi trabajo *Sobre un tipo especial de la elección de objeto en el hombre* [en estas *Obras Completas*.] <<

[976] Nota de 1915: Muchas de las peculiaridades de la vida erótica, así como el carácter compulsivo del enamoramiento mismo, sólo resultan comprensibles refiriéndolas a la infancia y considerándolas como repercusiones de fenómenos desarrollados durante ella. <<

[977] Nota de 1924: Citaremos aquí la ingeniosa especulación en que Ferenczi intenta derivar la vida sexual de los animales superiores de la evolución biológica de los mismos (*Versuch einer Genitalheroie*, 1924). <<

[978] Nota de 1915: Esto es valedero no sólo para las tendencias perversas que actúan «negativamente» en la neurosis, sino también para las positivas o perversiones propiamente dichas. Estas últimas no deben, por tanto, referirse solamente a la fijación de las tendencias infantiles, sino también a la regresión a ellas como resulta del desplazamiento de otros caminos de lo corriente sexual. Por esta razón, también las perversiones positivas son accesibles a la terapia psicoanalítica. <<

[979] Nota de 1915: No es raro comprobar que también en los casos de perversión existió, al iniciarse la pubertad, una corriente sexual normal, pero tan débil, que sucumbió ante los primeros obstáculos externos, siendo sustituida, regresivamente, por una fijación perversa. <<

[980] Nota de 1920: El psicoanálisis ha conseguido fijar una relación entre ciertos rasgos del carácter y determinados elementos erógenos. Así, la obstinación, la economía y el orden se derivarían del erotismo anal. En cambio, la ambición sería determinada por una intensa disposición al erotismo uretral. <<

[981] E. Zola, profundo conocedor de la naturaleza humana, nos presenta en *La joie de vivre*, una muchacha que sacrifica gozosamente, y sin esperanza de recompensa, su fortuna y sus aspiraciones a las personas amadas. Durante su infancia la había dominado una insaciable necesidad de cariño, que incluso la condujo a mostrarse cruel en una ocasión en la que se vio postergada a otra niña. <<

[982] No parece aventurado suponer que una especial intensidad de esta capacidad de fijación sea también otra de las consecuencias de una actividad sexual somática particularmente intensa en años más tempranos. <<

[983] `Meine Ansichten über die Rolle der Sexualität in der Ätiologie der Neurosen’, en alemán el original, en «Sexualleben und Nervenleiden» de Löwenfeld (cuarta edición de 1906). <<

[984] Strachey destaca este párrafo de Freud como el primero o más explícito en iniciar una modificación del concepto etiológico traumático, ya que aquí Freud relativiza este hecho confrontándolo con las fantasías inconsciente infantiles. (*Nota del E.*) <<

[985] *Zur sexuellen Aufklärung der Kinder*, en alemán el original (*Soc. Med. Hyg*., 2(6), 360-7, 1097). <<

[986] *Cartas de Multatuli*, publicadas por W. Spohr, 1906, tomo I, pág.26. <<

[987] Cf. publicado en 1905. <<

[988] Nota en 1924: —Sobre la ulterior enfermedad neurótica de Juanito y su curación, véase mi trabajo *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*. [Este trabajo se publica en estas *Obras Completas*.] <<

[989] Nota de 1924: —Sin embargo su rumiación obsesiva fue sustituida años después por una demencia precoz. <<

[990] Emma Eckstein: *Die Sexualfrage in der Erziehung des Kindes*, 1904. <<

[991] *Die `kulturelle' Sexualmoral und die moderne Nervosität*, en alemán el original (*Sexual-Probleme*, 4(3), 107-129, 1908). <<

[992] *Über die wachsende Nervosität unserer Zeit*., 1893. <<

[993] *Die Pathologie und Therapie der Neurasthenie*, 1896. <<

[994] *Nervosität und Neurasthenische Zustände*, año 1895. <<

[995] *Über infantile sexualtheorien*, en alemán el original (*Sexual-Probleme*, 4(12), 763-779, 1908). <<

[996] Véase *Análisis de la fobia de un niño de cinco años (caso Juanito)*, en estas *Obras Completas*. (*Nota del E*.) <<

[997] Véase el *Análisis de la fobia de un niño de cinco años* (en estas *Obras Completas*). <<

[998] En una obra autobiográfica —*Monsieur Nicolas ou le cœur humanin dévolilé*— publicada en 1794 confirma Restif de la Bretone esta errónea interpretación sádica del coito al relatar una impresión de sus cuatro años. <<

[999] Los juegos infantiles más importantes en este aspecto son los de la «visita del médico» y «papá y mamá». <<

[1000] Trátase de un manuscrito inédito en alemán, redactado en 1904 (E. Jones en la biografía de Freud hace datar este trabajo a comienzos de 1906) con el título *Psychopathische Personen auf der Bühne*, que el crítico musical vienés Max Graf guardó en recuerdo de aquellos años en que formaba parte del «círculo de los miércoles» en casa de Freud. Su versión inglesa por Henry Alden Bunker, única publicada hasta ahora, apareció en el *Psychoanalytic Quarterly*, 11: 459-464, 1942, con el título *Psychopathic Characters on the Stage*, acompañada de un artículo de Graf. La redacción del *Quarterly* deja a salvo en una nota su responsabilidad por dicho artículo y señala los dos datos erróneos más evidentes que él mismo contiene. Por lo demás, Graf narra en forma circunstancial sus años de relación asidua con Freud, que se extendieron de 1900 hasta 1910 o 1912, ofreciendo un testimonio presencial del aislamiento en que Freud se encontraba a comienzos de siglo, de la gradual formación del círculo de discípulos, de las citadas reuniones semanales, entre cuyos concurrentes menciona a Adler, Stekel, Federn, el escritor Hermann Bahr, el musicólogo Leher, Graf mismo y, más tarde, Jung y Ferenczi. A pesar de su generosidad y amplitud de ánimo, Freud habría sido intransigente en cuestiones científicas, a las cuales subordinaba toda consideración de afecto personal y de amistad.

El presente trabajo tiene, según Graf, el carácter de un borrador escrito a vuelapluma, casi sin tachas ni correcciones que traduce claramente el estilo oral improvisado de Freud. Por su contenido lo relaciona con *La interpretación de los sueños* y con *El chiste y su relación con lo inconsciente*, obras entre las cuales también se sitúa cronológicamente. (*Nota del T.*) <<

[1001] Aquí y en lo que sigue puede leerse «héroe» cada vez que dice «protagonista», pues una misma voz tiene ambas acepciones tanto en alemán como en inglés, y sólo en dos ocasiones me he servido de un guión para acentuar la ambigüedad. (*Nota del T.*) <<

[1002] *Tatbestandsdiagnostik und Psychoanalyse*, en alemán el original (*Arch. Krim. Authrop*., 26 (1), 1-10, 1906). <<

[1003] Jung: *Die psychologische Diagnose des Tatbestandes*, 1906. <<

[1004] *Psicopatología de la vida cotidiana*. <<

[1005] Adler: *Drei Psychoanalysen von Zahleneinfällen und obsedierenden Zahlen Psychiatrisch-neurologische Wochenschrift von Bresler*, 1905, ms. 28. <<

[1006] Cf. Jung (*l. c.*), 1906. <<

[1007] Cf. Freud: *Estudios sobre la histeria*. [En estas *Obras Completas*.] <<

[1008] Cf. *La interpretación de los sueños*. [En estas *Obras Completas*.] <<

[1009] *Der Wahn und die Träume in W. Jensens «Gradiva»*, en alemán el original. La presente versión está hecha sobre la segunda edición alemana (Viena, 1912) (*N. del T*.). <<

[1010] C. G. Jung, según refiere E. Jones y confirma Strachey. *(Nota del E.)*
<<

[1011] Realmente el caso de Norbert Hanold debería ser calificado de delirio histérico y no paranoico, pues faltan en él los signos característicos de la paranoia. <<

[1012] ‘Filosofía de la Naturaleza’. <<

[1013] Véase la obra de Bleuler, titulada: *Affektivität, Suggestibilität, Paranoia* y los *Diagnostische Assoziationsstudien*, de C. G. Jung. Zurich, 1906 (En la fecha de esa segunda edición de nuestro estudio sobre la de Jensen —1912— debemos rectificar los conceptos supradichos. El «movimiento psicoanalítico» por nosotros estimulado, ha alcanzado ya una extraordinaria difusión y su importancia crece aún de día en día.) <<

[1014] ‘Análisis fragmentario de un histeria’ (1905). <<

[1015] ‘Estudios sobre la histeria’ (1895). <<

[1016] Sancte de Sanctis: : ‘Il sogni’, 1899. <<

[1017] Ver mi primer trabajo sobre la neurosis de angustia (1895) y ‘La interpretación de los sueños’. <<

[1018] *Gradiva*, pág. 70. «No, hablado no. Pero te llamé cuando te echaste a dormir y estuve a tu lado; tu rostro era tan serenamente bello como si fuese de mármol. Te lo ruego: reclínate de nuevo sobre la gradería». <<

[1019] *Apéndice a la segunda edición* (1912). En los cinco años que han transcurrido desde la publicación de esta obra, los progresos de la investigación psicoanalítica la han capacitado para someter las creaciones de los poetas a un estudio diferentemente orientado. No busca ya en ellas una confirmación de los descubrimientos realizados en sujetos reales, enfermos de neurosis, sino que intenta también averiguar qué material de impresiones y recuerdos del poeta ha contribuido a la formación de la obra y por medio de qué procesos ha sido trasladado a la misma dicho material. Estos problemas han hallado más fácil solución en las obras de aquellos poetas que como Jensen (m. 1911) acostumbran a entregarse por completo a los impulsos de su fantasía creadora. Poco después de la aparición de mi estudio sobre la *Gradiva* intenté interesar a su anciano autor por estos nuevos fines de la investigación psicoanalítica, pero rehusó en absoluto su colaboración.

Posteriormente me ha llamado la atención uno de mis amigos sobre otras novelas del mismo escritor que parecen hallarse en relación con la aquí analizada, viniendo a ser como estudios preliminares de la misma o tentativas anteriores de resolver poéticamente de una manera satisfactoria el mismo problema de la vida erótica. La primera de estas novelas titulada: *La sombrilla roja*, recuerda a la *Gradiva* por el retorno de numerosos motivos tales como, la blanca flor funeraria, el objeto olvidado (el libro de apuntes de Gradiva) y la significación concedida a pequeños seres del mundo animal (la mariposa y la lagartija en la *Gradiva*), pero sobre todo, por la repetición de la situación principal o sea la aparición de una muchacha muerta o a la que se supone muerta, en la ardiente hora meridiana. El lugar de esta aparición es en *La sombrilla roja* las ruinas de un viejo castillo, como en la *Gradiva* las de Pompeya. La otra novela *En la casa gótica*, no presenta tales coincidencias de contenido con la *Gradiva* ni tampoco con *La sombrilla roja*, pero el hecho de hallarse unida a esta última por un título común (*Los poderes superiores*, dos novelas de W. Jensen Berlín, Emil Felber, 1892) nos revela que ambas poseen un común sentido latente. No es difícil observar que las tres narraciones citadas tienen un tema común: el desarrollo de una amorosa

pasión por el efecto *a posteriori* de una primitiva intimidad infantil de naturaleza fraternal. En un trabajo de Eva Baudissin publicado en el diario vienés «Die Zeit» (11 de febrero de 1912) he leído después, que la última novela de Jensen (*Extranjeros entre los hombres*) contiene numerosos datos autobiográficos de la juventud del poeta y describe la vida de un hombre que «halla una hermana en la mujer a la que ama». En las dos novelas anteriores a la *Gradiva* no encontramos nada análogo al motivo principal de ésta: o sea el singular andar de la protagonista. El relieve a que Jensen atribuye un origen romano y en el que se halla la figura a la que da el nombre de «Gradiva», pertenece en realidad a la época del florecimiento del arte griego y se halla en el museo Chiaramontí, catalogado con el número 644. F. Hauser (*Disiecta membra neuattischer Reliefs, en Jahreshefte der österr. archäol*. Inst., Bd. VI Heft 1) lo ha interpretado y restaurado con gran acierto. Uniendo este relieve de la figura de Gradiva con otros fragmentos existentes en Florencia y en Munich resultan dos relieves completos con tres figuras cada uno, que representan a las diosas de la vegetación acompañadas de las divinidades del rocío fertilizador. [Strachey comenta que para Hauser son copias romanas de originales griegos del siglo IV a. de C. El mural `La Gradiva’ está ubicado ahora, 1959, en la sección VII/2 del Museo Chiaramonti, bajo el número 1284. *Nota del E*.] <<

[1020] *Zwangshandlungen und Religionsübungen*, en alemán el original (*Z. Religionspsychol*., 1 (1), 4-12, 1907). <<

[1021] Cf. Löwenfeld: *Die psychischen Zwangsercheinungen*, 1904. <<

[1022] Strachey comenta que ésta sería la primera aparición explícita del término `consciencia inconsciente de culpa'. (*Nota del E.*) <<

[1023] *Triebregung*: literalmente «moción pulsional»; según Strachey es la primera aparición publicada de este concepto tan ampliamente empleado por Freud. (*Nota del E*.) <<

[1024] Cf. *La interpretación de los sueños* (1900), capítulo VI. <<

[1025] *Der Dichter und das Phantasieren*, en alemán el original, conferencia en los salones del publicista Hugo Heller (miembro de la Sociedad Psicoanalítica de Viena) el 6 de diciembre de 1907. Publicado en *New Revue*, 1 (10), 716-24, 1908. (*Nota del E.*). <<

[1026] Cf. *La interpretación de los sueños*. <<

[1027] *Hysterische Phantasien und ihre Beziehung zur Bisexualität*, en alemán el original, *Z. Sexualwiss*., 1 (1), 27-34. 1908. <<

[1028] Cf. Breuer y Freud: *Estudios sobre la histeria*, 1895; P. Janet: «Néuroses et idées fixes, I» (*Les rêveries subconscientes*, 1898); Havelock Ellis: *El instinto sexual y el pudor*, 1899; Freud: *La interpretación de los sueños*, 1900, A. Pick: *Über pathologische Träumerie und ihre Beziehungen zur Hysterie*, 1896. <<

[1029] Análoga opinión sostiene H. Ellis (*l. c.*), páginas 185 y sigs. <<

[1030] *La interpretación de los sueños*, 1900. <<

[1031] Así sucede también con la relación entre las ideas «latentes» del sueño y los elementos del contenido «manifiesto» del mismo. Véase el capítulo dedicado a la «elaboración onírica» en *La interpretación de los sueños*. <<

[1032] I. Sadger, que ha llegado también independientemente, en sus psicoanálisis, al descubrimiento de este principio, sostiene su generalidad («Die Bedeutung der psychoanalytischen Methode nach Freud», en *Zentralblatt für Nerv. und Psych.*, Nr. 229, 1907). <<

[1033] Cf. mis *Tres ensayos para una teoría sexual*. <<

[1034] *Charakter und Analerotik*, en alemán el original, *Psychiat. neurol. Wschr*., 9 (52), 465-7, 1908. <<

[1035] Cf. Freud, *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905). <<

[1036] Strachey señala que en las ediciones anteriores a 1924 decía `desde los cuatro años'. (*Nota del E.*) <<

[1037] Puesto que han sido precisamente mis observaciones en mis `Tres ensayos para una teoría sexual' las que particularmente han escandalizado a lectores legos, me dispongo, a esta altura, interpolar una observación que agradezco a un paciente muy inteligente. «Un amigo mío —me decía— que había leído su libro `Tres ensayos para una teoría sexual' me habló sobre él: estaba en todo de acuerdo, excepto en un pasaje, que, aunque comprendía su significado como en el resto, le cayó como tan grotesco y cómico que se sentó a reír cerca de un cuarto de hora. El pasaje decía: `Uno de los signos más claros de una futura excentricidad o nerviosidad, se ve en aquel infante que se resiste obstinadamente a evacuar sus intestinos al ser colocado en la bacenica; es decir, cuando su niñera se lo pide, él se resiste a dicha función hasta el momento que él elige para efectuarla. Por supuesto que no le preocupaba ensuciar la cama, su única ansiedad es no perderse el placer subsidiario relacionado con la defecación'. La imagen de este infante sentado en la bacenica y deliberando acerca si toleraría una restricción de esta índole sobre su libertad de voluntad, y sintiéndose también ansioso de no perderse el placer enlazado a defecar, esto fue lo que le causó a mi amigo tal intensa hilaridad. Unos veinte minutos después, mientras nos servíamos cocoa, observó súbitamente y sin mayores preliminares: `Te digo que al ver la cocoa frente a mí me acordé de repente de una idea que siempre tenía de niño. Solía frecuentemente creerme el fabricante de cocoa, Van Houten (lo pronunció `Van Hauten'), y que yo era poseedor de un importante secreto para fabricar esta cocoa. Todos trataban de sacarme este secreto que era una dádiva para la Humanidad, pero me lo guardaba cuidadosamente para mí. No sé la razón porque me figuraba particularmente en Van Houten. Tal vez sus avisos de propaganda me impresionaban más que otros'. Riéndome y sin considerar en ese momento que mis palabras tuviesen un profundo sentido, le dije: Wann haut'n die Mutter? (es decir, ¿cuándo saboreas a mamá?, las dos primeras palabras de la frase se pronuncian exactamente igual que Van Houten). Después me vine a dar cuenta que mi juego de palabras contenía en realidad la clave de todo el recuerdo infantil de mi amigo, y entonces lo admití como

un ejemplo brillante de recuerdo encubridor. La fantasía de mi amigo ateniéndonos a la situación en realidad comprometida (el proceso nutricio) y haciendo uso de las asociaciones fonéticas (kakao-cocoa-kaka [heces] y Wann haut'n), tranquilizó su consciencia de culpa llevando a cabo una inversión completa del contenido del recuerdo: hubo un desplazamiento de la parte posterior del cuerpo a la anterior, evacuar alimentos por ingerir alimentos, y algo vergonzoso que debe ocultarse llegó a ser un secreto que es una dádiva para la Humanidad. Me interesó ver cómo al cuarto de hora después que mi amigo había defendido la fantasía (aunque, en verdad, de modo comparativamente moderado, planteando objeciones más bien formales), se tuvo que enfrentar, en forma totalmente involuntaria, con la evidencia más convincente proveniente de su propio inconsciente». <<

[1038] Recuérdese la posesión histérica y las epidemias de satanismo. <<

[1039] Jeremías: *Das Alte Testament im Lichte des alten Orients*, 2.ª edición, 1904, pág. 216, y *Babylonisches im Neuen Testament*, 1906, pág. 96: «Mamon (Mammon) es, en babilonio, man-man, uno de los nombres de Nergal, el dios de los infiernos. El oro es, según el mito oriental, acogido luego en las leyendas y las fábulas de los pueblos, el estiércol del infierno». Véase la obra *Monotheistische Strömungen innerhalb der babylonischen Religion*, pág. 16, nota 1. <<

[1040] Para Strachey ésta es la primera mención de Freud acerca de la relación entre erotismo uretral y ambición. (*Nota del E*.) <<

[1041] *Allgemeines über den hysterischen Anfall*, en alemán en el original, *Z. Psychother. med. Psychol.*, 1 (1), 10-14, 1909. <<

[1042] Primera mención al concepto ganancia primaria y secundaria de la enfermedad, según Strachey. (*Nota del E.*) <<

[1043] Cf. mis *Tres ensayos sobre la teoría sexual*. <<

[1044] Titulado en alemán «Der Familienroman der Neurotiker», en el libro de Otto Rank *Der Mythus von der Geburt des Helden*, Deuticke, Leipzig-Vienna, 1909. <<

[1045] Véase al respecto Freud: *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*, donde se remite también a la bibliografía sobre este tema. <<

[1046] Véase *La interpretación de los sueños* (en estas *Obras completas*). <<

[1047] *Analyse der Phobie eines fünfjährigen Knaben*, en alemán el original, *Jb. psychoanal. psychopath. Forsch*., 1 (1), 1-109, 1909. <<

[1048] Cf. el historial clínico de Dora. <<

[1049] Adición en 1923. — La teoría del complejo de castración ha sido luego cumplidamente desarrollada y ampliada por las aportaciones de Lou Andreas, A. Stärcke, F. Alexander y otros. Se ha hecho observar que el niño de pecho tenía que sentir ya el acto de serle retirado el seno materno al terminar cada una de sus mamadas como una castración, esto es, como la pérdida de una parte importante de su propio cuerpo. Igual sensación despertaría en él el acto regular de la defecación. Por último, el nacimiento mismo, como separación del cuerpo de la madre, con la cual ha formado hasta entonces el niño un solo ser, constituiría el modelo primordial de toda castración. Sin dejar de reconocer todas estas raíces del complejo, he creído necesario hacer constar que el nombre de complejo de castración debía limitarse a los estímulos y efectos relacionados con la pérdida del pene. Aquéllos a quienes los análisis de sujetos adultos han convencido de la existencia general e ineludible del complejo de la castración se resistirán, naturalmente, a referirlo a una amenaza casual y mucho menos constante, y habrán de admitir que niño construye por sí mismo, imaginativamente, dicho peligro, fundándolo en alusiones levísimas, siempre dadas. Tal es el motivo que ha impulsado a buscar las raíces más hondas y constantes del complejo. Tanto más valioso es, en este caso de Juanito, el hecho de que la amenaza de castración sea confirmada por los padres y situada en una época en que el infantil sujeto no mostraba aún síntoma alguno de su fobia ulterior. <<

[1050] Otra reacción típica. Otro niño, sólo dos años mayor que su hermanito recién nacido, exclamaba despreciativamente en análogas circunstancias: «¡Es muy pequeño! ¡Demasiado pequeño!» <<

[1051] Otro niño dio la bienvenida a un hermanito con las siguientes palabras: «Decidle a la cigüeña que se lo lleve otra vez». Cf. lo expuesto en la *Interpretación de los sueños* sobre aquellos sueños que nos fingen la muerte de familiares muy queridos. <<

[1052] Igual juicio expresado con palabras idénticas y seguido de la misma esperanza, me ha sido referido de otros dos niños que lo habían emitido la primera vez que les fue dado contemplar desnuda a una hermanita suya. Semejante perversión prematura del intelecto infantil podría espantarnos. ¿Por qué estos investigadores infantiles no hacen constar sencillamente lo que ven; esto es, la falta absoluta de la «cosita»? En el caso de Juanito podemos dar una explicación plenamente satisfactoria de su defectuosa percepción. Sabemos que un minucioso proceso inductivo le ha llevado a la conclusión de que todo ser animado posee, en contraposición a lo inanimado, una «cosita». Su madre hubo de robustecer en él esta convicción con sus datos afirmativos sobre aquellas personas que escapaban a su propia observación directa. Se le hace así imposible renunciar a sus conclusiones por la observación de la contextura de su hermanita. Juzga, pues, que también ella posee una «cosita», sólo que aún muy pequeña, pero que irá creciendo hasta hacerse tan grande como la de un caballo.

Todavía podemos hacer algo más para justificar a nuestro pequeño sujeto. En realidad, no se conduce peor que un filósofo de la escuela de Wundt. Para tal filósofo, la conciencia es un carácter constante de lo anímico, del mismo modo que la «cosita» es para Juanito atributo indispensable de todo lo animado. Pues bien: cuando el filósofo tropieza con procesos psíquicos cuya existencia se le impone, pero en los que no se advierte la menor huella de conciencia, no dice que sean, por ejemplo, procesos psíquicos inconscientes, sino que los denomina *semi-conscientes*. ¡La «cosita» es todavía muy pequeña! La comparación es incluso ventajosa para nuestro Juanito, pues, como constantemente sucede en las investigaciones sexuales de los niños, su error encubre un descubrimiento plenamente exacto. En efecto, la niña posee también una «cosita» análoga a la suya, aunque más pequeña, el clítoris, sólo que en lugar de crecer permanecerá siempre atrofiada. Ver mi corto ensayo ‘Teorías sexuales infantiles’ (1908) [en este volumen]. <<

[1053] «Cola» es una de las múltiples designaciones del pene. <<

[1054] *Und die Liebe per Distang Kurzgesagt missfällt mir gauz*. ['Amor a distancia debo admitirlo, bocado no apto a mi paladar'], de Wilhelm Busch. <<

[1055] Una enferma neurótica que se resistía a creer en la masturbación infantil me relató una análoga tentativa de seducción realizada por una hijita suya de tres años y medio. Probándole unas braguitas le había pasado varias veces la mano por la cara interna de los muslos, cuando la niña cerró de repente las piernas, aprisionando entre ellas la mano de su madre y diciéndole: «Deja la mano ahí, mamá. Me gusta mucho». <<

[1056] Estos piropos e incluso caricias efectivas a los genitales infantiles, por parte de parientes, cariñosos, o de los mismos padres, son hechos muy corrientes, de los que están llenos los psicoanálisis. <<

[1057] En realidad, y hablando francamente, ése es el criterio según el cual decidimos si son o no normales tales sentimientos mixtos de ansiedad y deseo. Empezamos a denominar ‘angustia patológica’ en el preciso instante que no logran éstos ser aliviados al alcanzar el objeto deseado. (Nota no incluida en la edición española anterior.) <<

[1058] Localidad cercana a Viena, en la que residen los abuelos de Juanito. <<

[1059] El padre no tiene fundamento alguno para dudar de que Juanito le ha relatado aquí un suceso real. Por lo demás, los niños suelen describir la sensación de prurito en el balano, que les induce a tocamientos del pene, con el giro siguiente: «Me muerde» («*Es beisst mich*»). <<

[1060] Otra de las niñas de Gmunden, que ahora ocupa su fantasía. Habla y juega con ella. <<

[1061] Esto no es cierto. Ver la exclamación frente a la jaula de los leones. Probablemente era el comienzo de la amnesia producto de la represión. [Nota no incluida en la versión española anterior.] <<

[1062] No me es posible interrumpir la continuidad del análisis todo lo ampliamente que haría falta para mostrar hasta qué punto son típicos los procesos mentales inconscientes que aquí atribuyo a Juanito. El complejo de la castración es la raíz inconsciente más profunda del antisemitismo, pues ya en la «nursery» oye el niño que a los judíos les cortan algo en el pene —un pedazo del pene, imagina el infantil sujeto— y esto le da el derecho de despreciar a los judíos. Tampoco la idea de superioridad sobre la mujer posee más honda raíz inconsciente. Weininger, el joven filósofo de gran inteligencia, pero sexualmente perturbado, que después de escribir su obra singular *Sexo y carácter*, 1903, puso fin voluntariamente a su vida, arremete en aquélla con idéntica hostilidad contra las mujeres y los judíos y acumula sobre ambos los mismos improperios. Weininger, enfermo neurótico, se hallaba por completo bajo el dominio de complejos infantiles, y lo que le lleva a unir a las mujeres y los judíos es su relación común con el complejo de la castración. <<

[1063] Juanito indica así, claramente, en su lenguaje, que se trataba de una fantasía. <<

[1064] El padre, en su perplejidad, intenta aplicar aquí la técnica clásica del psicoanálisis. No adelanta mucho con ello, pero lo que logra resulta luego pleno de sentido a la luz de ulteriores averiguaciones. <<

[1065] Juanito solamente confirmó la interpretación que las dos jirafas correspondían a su padre y a su madre, pero no el simbolismo sexual de que la jirafa representaba el pene. Simbolismo que era probablemente correcto, pero no podemos pedir más de Juanito. [Nota no incluida en la edición española anterior.] <<

[1066] Más tarde repitió Juanito de un modo más claro y completo esta reacción contra su padre, dándole primero un golpe en una mano y besándosela después cariñosamente. <<

[1067] Juanito tiene razón, por muy inverosímil que parezca la unión de ambos actos. El caballo (el padre) le mordería por su deseo de que se cayese (de que muriese). <<

[1068] «Mi mujer posee, hace algunas semanas, unos pantalones cerrados, negros, para montar en bicicleta». <<

[1069] Juanito tenía un equipo de arneses de juguete con campanillas. <<

[1070] Sobre este punto concreto insistiremos más adelante. El padre supone muy justificadamente que Federico se cayó en esta ocasión. <<

[1071] Conviene aclarar este detalle. Lo que Juanito quiere decir no es que cogiera entonces la tontería, sino que ésta se halla relacionada con aquello. La teoría exige que el mismo objeto actual de la fobia haya sido antes objeto de un intenso placer. Agregaremos también algo que el niño no sabe decir: que la palabra *wegen* abre el camino a la extensión de la fobia desde los caballos a los vehículos (*Wägen*). No debe olvidarse nunca que los niños tratan las palabras mucho más objetivamente que los adultos, y que las homofonías son, así, mucho más significativas para ellos. <<

[1072] Lo único positivo que por este camino podía hallarse era la relación verbal antes señalada, la cual escapa por completo al padre. Tenemos aquí un ejemplo excelente de las condiciones en las que fracasa la investigación analítica. <<

[1073] Quiere obtener la seguridad de que también crecerá su propia «cosita».
<<

[1074] Nuestro Juanito lucha aquí con un tema que no acierta a expresar, y se nos hace difícil comprenderle. Quiere decir, quizá, que los pantalones sólo evocan en él una reminiscencia repugnante cuando los ve sin poner. En cuanto su madre se los pone no los relaciona ya con la caca o con el pipí y le interesan en otro sentido. <<

[1075] «A Juanito lo baña siempre su madre». <<

[1076] «Lo sacaba para repararlo». <<

[1077] Vemos, por fin, la razón de que el tema de Hanna haya sustituido directa e inmediatamente al tema de la caca. La misma Hanna es una caca. Los niños son caca. <<

[1078] Juanito comienza ahora a fantasear. Averiguamos que la bañera y el cajón son, para él, la misma cosa: una representación sustitutiva del espacio que encierra a los niños. Debemos tener presente las reiteradas afirmaciones de Juanito sobre este aspecto. <<

[1079] El cajón es, naturalmente, el vientre materno. El padre quiere indicar a Juanito que le comprende.

Adición de 1923: De igual manera lo son las cajas (o cofres) en los que eran colocados muchos héroes mitológicos, desde el Rey Sargón de Agade, en adelante, según O. Rank (1909). <<

[1080] ¡Pura burla! Lo mismo que la petición ulterior de que no diga nada a mamá de aquel secreto. <<

[1081] ¡Excelente Juanito! En ningún adulto podríamos desear una mejor comprensión del psicoanálisis. <<

[1082] No se necesita poner reparos a las inconsistencias de Juanito. En la conversación previa su incredulidad de la cigüeña emergió del inconsciente adhiriéndose a la exasperación contra su padre por hacer tantos misterios. Ahora lo vemos calmadamente responder a las preguntas de su padre con conceptos 'oficiales' en los que logró poner glosas a las muchas dificultades que ofrece la teoría de la cigüeña. [Nota no incluida en la edición española anterior.] <<

[1083] El cajón en que embalamos las cosas que llevamos a Gmunden y que ahora está en la antesala. <<

[1084] «A veces se había asustado mucho al ver a los cocheros pegar y arrear a los caballos». <<

[1085] Así, pues, Federico se cayó efectivamente, circunstancia que antes negó Juanito. <<

[1086] Emerge aquí un nuevo fragmento de teoría sexual infantil de insospechado sentido. <<

[1087] Teniendo Juanito razones sobradas para dudar de la información proporcionada por los adultos, estaba considerando la posibilidad de que el propietario no era más confiable que su padre. <<

[1088] La corriente del pensamiento era la siguiente:hacía tiempo que su padre se rehusaba a creer lo que decía sobre algo negro en la boca de los caballos pero que, finalmente, lo había verificado. <<

[1089] *Ce que femme veut Dieu le veut*. La aguda penetración de Juanito descubre de nuevo aquí un importante problema. <<

[1090] No es indispensable suponer aquí en Juanito un rasgo femenino que le llevase a desear tener niños. Los más venturosos instantes de su vida infantil han correspondido a sus relaciones con su madre, y ahora los renueva adjudicándose el papel activo, o sea, el de la madre misma. <<

[1091] Esta singular contradicción es la que existe entre fantasía y realidad —desear y tener—. Juanito sabe que es, en realidad, un niño, y que otros niños no harían sino molestarle. Pero en su fantasía es la madre y necesita niños con los cuales repetir los mimos de que él mismo ha sido objeto. <<

[1092] Pudiera ser que Juanito hubiese elevado a la categoría de ideal algún encuentro casual en Gmunden. Por lo pronto, le atribuye el mismo color de pelo y de ojos que su madre. <<

[1093] Naturalmente, Juanito no puede responder más que desde el punto de vista del autoerotismo. <<

[1094] Eran los niños en su fantasía; es decir, de su masturbación. <<

[1095] Chocolate. <<

[1096] «Mi mujer suele contar que una tía suya dice siempre “Soffilodi”, y es muy posible que Juanito la haya oído». <<

[1097] ¿No usamos, acaso, la palabra *niederkommen* (descender) cuando la mujer está de parto? <<

[1098] También es posible que la palabra barreno(‘boher’) fue elegida no sin relación con las palabras (’geboren’) y nacimiento (’Geburt’). De ser así, el niño pudiera no hacer distingo entre taladrar (’gebohrt’) y nacer (’geboren’). Acepto esta sugestión que me hizo un experimentado discípulo, sin embargo, no puedo asegurar si es que estamos enfrentando aquí una relación profunda y universal entre las dos ideas, o simplemente haciendo uso de una peculiar coincidencia verbal en alemán. Prometeo (Pramantha), el creador del hombre, significa etimológicamente ‘el barreno’. (Abraham, Traum und Mythus, 1909.) <<

[1099] *El instinto de agresión en la vida y en la neurosis*. <<

[1100] Adición en 1923. — Ulteriormente (1923) he hecho resaltar que el período de evolución sexual en el que nuestro pequeño paciente se encuentra, se caracteriza generalmente por el conocimiento de un solo órgano genital: el masculino. A diferencia del período ulterior de madurez, no existe en él una primacía genital, sino la primacía del falo. <<

[1101] Dormir con alguien (o acostarse con una persona) significa tanto en alemán, inglés, francés como en español, copular con dicha persona. *(Nota del E.)* <<

[1102] Las dos ocurrencias de Juanito, «jugo de frambuesas» y «una escopeta para matar», no tuvieron seguramente una determinación unilateral. Probablemente tienen tanto que ver con el odio contra el padre como con el complejo del estreñimiento. <<

[1103] El deseo de pegar a los caballos. <<

[1104] Ver las preguntas críticas que formula a su padre. <<

[1105] Das heisst, ich bin kein ausgeklügelt Buch. Ich bin ein Mensch mit seinem Widerspruch. [En realidad, no soy una obra acabada de ficción, yo soy un hombre lleno de contradicción.) C. F. Meyer, HoltensletzteTage. <<

[1106] Cf. los propósitos de Juanito para cuando su hermanita sepa hablar. <<

[1107] W. Stekel: *Los estados nerviosos de angustia y su tratamiento*, 1908.
<<

[1108] Nota de 1923: «La interrogación aquí planteada no ha sido objeto de ulteriores investigaciones. Pero no hay motivo alguno para admitir, en cuanto a la histeria de angustia, una excepción de la regla según la cual la predisposición y la experiencia accidental actúan conjuntamente en la etiología de la neurosis. La teoría de Rank sobre los efectos del trauma del nacimiento parece arrojar viva luz sobre la disposición a la histeria de angustia, tan intensa en la infancia». <<

[1109] `Y tocándosela’ —habremos de añadir deduciéndolo de la totalidad de la situación—. En efecto, Juanito no podía mostrar la cosita sin tocársela para sacarla. <<

[1110] La admiración ulterior de Juanito por el cuello de su padre calza perfectamente con esto. <<

[1111] El miedo del padre desempeña también, en los análisis de personas con las cuales no nos une lazo familiar alguno, un papel importantísimo como resistencia contra la reproducción del material patógeno inconsciente. Las resistencias tienen la calidad de «motivo», y además, como sucede en este caso, una parte del material inconsciente está capacitada *intrínsecamente*, para desarrollar una acción inhibitoria sobre la reproducción de otra parte del mismo. <<

[1112] Recuerdo varios dibujos de T. T. Heine en un número de Simplicissimus, donde este extraordinario dibujante bosquejaba el destino de un hijo del fabricante de salchichas, cayó dentro de la máquina de salchichas, para aparecer después en la forma de una pequeña salchicha, es velado por sus padres, recibe la bendición cristiana y asciende, luego al cielo. La idea del artista parece confusa; sin embargo, el episodio de Lodi en este análisis nos conduce a su origen infantil. [Ver conversación del 26 de abril. *Nota del E.*] <<

[1113] El padre pudo observar también que paralelamente a esta represión se desarrolla en Juanito un proceso de sublimación. A partir de la aparición de la angustia, mostró, en efecto, un intenso interés por la música y comenzó a desarrollar sus dotes musicales hereditarias. <<

[1114] Nota de 1923: «Escribimos esto en un tiempo en el que Adler parecía hallarse aún dentro del terreno del psicoanálisis; antes de su creación de la protesta masculina y su negación de la represión. Posteriormente he debido yo también estatuir un “instinto de agresión” que no coincide con el de Adler, y que he preferido denominarlo “instinto de destrucción” o “instinto de muerte”: ‘*Más allá del principio del placer*’ (1920) y ‘El Yo y el Ello’ (1923). Su oposición a los instintos libidinosos queda expresada en la conocida polaridad de amor y odio. También queda en pie mi contradicción de la teoría adleriana que acumula en un solo instinto un carácter a todos ellos». <<

[1115] No puedo menos de preguntarme con asombro de dónde extraen estos adversarios de mis teorías su firme convicción de que los instintos sexuales reprimidos desempeñan un papel en la etiología de la neurosis, si cada vez que un paciente comienza a hablarles de sus complejos le cierran la boca. Habremos de suponer que mis trabajos y los de mis discípulos serán la única fuente científica de que disponen. <<

[1116] Nota de 1923: Aquí estoy empleando la palabra `consciencia’ en un sentido que evité posteriormente, es decir, para describir nuestros procesos normales de pensamiento; esto es, aquellos capaces de consciencia. Sabemos que los procesos de pensamiento de este tipo también pueden tener lugar preconscientemente; y es aconsejable distinguir la consciencia efectiva de aquélla vista solamente desde una base fenomenológica. Esto, por supuesto, no contradice las expectativas de que la consciencia, en este sentido más limitado, deba cumplir igualmente alguna función biológica. [Nota no incluida en la versión española anterior.] <<

[1117] *Bemerkungen über einen Fall von Zwangsneurose*, en alemán el original. *Jb. psychoanal. psychopath. Forsch*, 1 (2), 357-421, 1909. Freud inició el análisis de este caso el 1 de octubre de 1907. Si bien dio cuenta de aspectos parciales del historial en repetidas oportunidades a la Sociedad de Psicoanálisis de Viena, este trabajo fue escrito en 1909. (*Nota del E.*) <<

[1118] «Nuevas observaciones sobre las *Neuropsicosis de defensa»: Esencia y mecanismo de la neurosis obsesiva* [*N. del E*.]. <<

[1119] *Psicopatología de la vida cotidiana*. <<

[1120] Lo que sigue se basa en notas tomadas en la tarde del día de sesión, y se acerca lo más posible a mi recuerdo de las palabras del paciente. Me siento obligado hacer una advertencia contra la práctica de tomar notas de lo que dice el paciente durante la sesión. El alejamiento consecuente de la atención le hace más daño al paciente que beneficios a una mayor precisión, que se puede conseguir al reproducir su historial. <<

[1121] Cuando aún no había abandonado los senderos del psicoanálisis, el doctor Alfredo Adler hizo resaltar, en una conferencia privada, la particular importancia de las primeras manifestaciones de los pacientes. El presente caso prueba claramente su tesis. Las palabras iniciales del sujeto acentúan la influencia que sobre él ejercen los hombres, esto es, el papel que en su vida desempeña la elección homosexual de objeto y preludian simultáneamente un segundo motivo que luego surgirá poderoso; el del conflicto y oposición de intereses entre hombre y mujer. En este contexto debe englobarse también el hecho de que el sujeto recuerde a su primera institutriz, joven y bonita, por su apellido, idéntico casualmente a un nombre propio masculino. Entre la burguesía vienesa se acostumbra más bien designar a las institutrices por su nombre propio, y es éste el que, por lo general, se recuerda. <<

[1122] Ulteriormente acepta la probabilidad de que tal escena se desarrollara uno a dos años después. <<

[1123] Recordaremos que se han intentado explicar las representaciones obsesivas sin tener en cuenta la afectividad. <<

[1124] El sujeto dice: «idea»; la designación «deseo» o, correlativamente, «temor», más enérgicas e importantes, quedan encubiertas por la censura. Desgraciadamente, no me es posible reproducir aquí la peculiar vaguedad de sus manifestaciones. <<

[1125] Los nombres son, en este caso, indiferentes. <<

[1126] Una descripción ulterior más detallada de este suceso ocasional aclara ya tal efecto. El viudo habría exclamado entre sollozos: «Otros hombres hacen lo que quieren, pero yo he vivido tan sólo para esta mujer». Nuestro paciente supuso que el tío aludía a su padre, poniendo en duda la fidelidad conyugal, y aunque el tío rechazó enérgicamente tal interpretación, no pudo ya anular el efecto que en el sujeto había causado. <<

[1127] Esto, sólo en trazos muy generales, es exacto, pero resulta suficiente como introducción. <<

[1128] No son sólo los neuróticos obsesivos los que se satisfacen con semejantes consuelos puramente verbales (o eufemismos). <<

[1129] Diez años antes de la iniciación del tratamiento. <<

[1130] Se revela aquí claramente una oposición entre las dos personas queridas: el padre y la mujer amada. <<

[1131] Tales discusiones no tienen nunca por objeto convencer al enfermo. Tienden tan sólo a llevar a la consciencia los complejos inconscientes, trasladar al terreno de la actividad anímica consciente la pugna en torno de ellos empeñada y facilitar la aparición de nuevo material inconsciente. La convicción surge luego, una vez que el enfermo elabora el material logrado, y en tanto se muestre aún vacilante puede asegurarse que no se ha agotado el material. <<

[1132] Tal sentimiento de culpabilidad contradice abiertamente su afirmación primera de no haber abrigado jamás deseo alguno hostil contra el padre. El hecho de que a una negación inicial siga inmediatamente una confirmación, indirecta al principio, de lo negado, es un tipo muy frecuente de reacción contra los elementos reprimidos descubiertos por el análisis. <<

[1133] Detalle que hallará más adelante su explicación. <<

[1134] Aduzco estos argumentos sólo para confirmar nuevamente su impotencia. No puedo comprender cómo otros psicoterapeutas afirman combatir satisfactoriamente las neurosis con tales armas. <<

[1135] Los nombres y palabras no son empleados tan frecuente y ligeramente en la neurosis obsesiva como en la histeria con el propósito de establecer una conexión entre los pensamientos inconscientes (sean impulsos o fantasías) y los síntomas. Sucede, sin embargo, que recuerdo otro ejemplo donde el mismo nombre Ricardo fue empleado en forma similar por un paciente analizado hacía tiempo atrás. Después de un altercado con su hermano comenzó a rumiar de cuál sería la mejor fórmula para desprenderse de su riqueza, comentando que no deseaba tener nada más que ver con el dinero y así por el estilo. Su hermano se llamaba Ricardo y ‘richard’ significa en francés ‘un hombre rico’. <<

[1136] Recomiendo agregar una frase que completa el sentido: ‘de lo que él tuviera que culparse’. <<

[1137] Otro paciente obsesivo me relató una vez la siguiente anécdota: Caminando un día por los jardines de Schönbrunn le dio un puntapié a una rama caída en el suelo. La recogió y luego la tiró en el seto que orillaba el sendero. Camino a su casa fue súbitamente sacudido por la inquietud de que la rama en su nueva posición pudiera sobresalir un tanto del seto y así dañar a alguien que pasara por el mismo lugar después de él. Así las cosas, se vio obligado a abandonar el tranvía, volver rápidamente al parque, encontrar el lugar y colocar la rama de nuevo en su posición original; aunque, claro está, que cualquier otro, a excepción del paciente, vería que, muy al contrario, se hacía más peligrosa a los transeúntes en esta posición que puesta en el seto. El segundo acto hostil, que lo efectuó movido por una compulsión, le fue tapado para su consciencia con razones que pertenecían en realidad al acto primero filantrópico. <<

[1138] Comparar con un mecanismo similar en los casos donde pensamientos sacrílegos entran en la mente de personas devotas. <<

[1139] Este sueño ofrece la explicación del risueño compulsivo que se ve tan frecuentemente en situaciones de duelo y que se le considera como una reacción disculpable. <<

[1140] No me cabe duda que otro motivo que contribuía a esta idea compulsiva era el deseo de saber que ella carecía de poder contra sus intenciones. <<

[1141] Hemos de conceder, pues, que en la neurosis obsesiva hay dos clases de conocimientos, y podemos afirmar con igual derecho que el neurótico obsesivo «conoce» sus traumas y que no los «conoce». Los conoce, efectivamente, en cuanto no los ha olvidado, y no los conoce en cuanto ignora su significación. Lo mismo sucede en la vida normal. Los camareros que servían al filósofo Schopenhauer en el restaurante en el que solía comer le «conocían» en cierto sentido, en una época en la cual Schopenhauer era desconocido fuera de Francfort, pero no en el sentido al que hoy nos referimos al hablar del «conocimiento» de tal filósofo. <<

[1142] Debe hacerse resaltar que el refugio en la enfermedad le fue facilitado por su identificación con el padre, la cual permitió la regresión de los afectos a los residuos de la infancia. <<

[1143] Ver *Tres ensayos para una teoría sexual* [en este volumen]. <<

[1144] Comparar mis sospechas de un efecto parecido en una de las primeras sesiones. <<

[1145] Estas alternativas no agotan las posibilidades. El padre pasó por alto un resultado corriente de aquellos precoces arrebatos: una neurosis. <<

[1146] En el psicoanálisis tropezamos frecuentemente con tales acontecimientos de los primeros años infantiles en los cuales culmina aparentemente la sexualidad infantil y encuentra muchas veces, por un accidente o un castigo, un final catastrófico. Tales acontecimientos anuncian vagamente en los sueños su aparición, y a veces con tal precisión, que nos creemos próximos a aprehenderlos; sin embargo, eluden una y otra vez una aclaración definitiva, y si no procedemos con especial cautela y máxima habilidad, nos vemos obligados a dejar indeciso si han sucedido o no en la realidad. Su interpretación exacta se nos hace posible por el conocimiento de que la fantasía de los pacientes integra varias versiones, a veces muy distintas, de tales escenas. Pero ante todo, si no queremos errar en el enjuiciamiento de la realidad, habremos de recordar que los recuerdos infantiles de los hombres sólo en una edad posterior (casi siempre en la pubertad) quedan precisamente determinados, siendo entonces sometidos a un complicado proceso de elaboración totalmente análogo al que da nacimiento a las leyendas de los pueblos sobre su prehistoria. No es difícil comprobar que el sujeto *intenta borrar*, en estas fantasías sobre su primera niñez, *el recuerdo de su actividud autoerótica*, elevando sus huellas mnémicas al estudio del amor a un objeto, y procediendo así como un auténtieo historiador que contempla el pasado a la luz del presente. De aquí toda la serie de escenas de seducción e iniciación sexual que llenan estas fantasías en aquellos puntos en los que la realidad se limita a una actividad autoerótica y a la estimulación de la misma por las caricias o los castigos. Descubrimos también que al fantasear sobre su niñez sexualiza el sujeto sus recuerdos, esto es, que relaciona vivencias indiferentes con su actividad sexual, y extiende sobre ellas su interés sexual, siguiendo probablemente al hacerlo las huellas de una relación realmente existente. Todo el que haya leído el *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*, por mí comunicado, reconocerá que estas observaciones no tienden, ciertamente, a disminuir, rectificándome la importancia que siempre he atribuido a la sexualidad infantil, reduciéndola ahora al interés sexual de la pubertad. Me propongo tan

sólo proporcionar algunas indicaciones técnicas para la solución de aquellas fantasías destinadas precisamente a falsear la imagen de la actividad sexual infantil.

Sólo muy pocas veces se da, como en este nuestro paciente, la circunstancia afortunada de poder comprobar la base efectiva de tales fantasías sobre la prehistoria individual por medio del testimonio introvertido de un adulto. De todos modos, las manifestaciones de la madre del sujeto abren el camino a múltiples posibilidades. El hecho de no haber proclamado la naturaleza sexual del delito por el cual fue su hijo castigado, puede ser atribuido a su propia censura, que en todos los padres intenta excluir precisamente tal elemento del pasado de sus hijos. Pero también es posible que el niño fuese amonestado por la niñera o por la madre misma a causa de una falta indiferente, de naturaleza no sexual, y que su violenta reacción diese luego motivo a la reacción punitiva del padre. La niñera u otra cualquier persona de la servidumbre, queda regularmente sustituida en tales fantasías por la madre. Penetrando más profundamente en la interpretación de los sueños del sujeto, referentes a este episodio, hallamos precisas indicaciones de una fantasía que pudiéramos calificar de épica, en la cual el castigo aplicado al infantil protagonista por su padre era relacionado con los deseos sexuales orientados hacia la madre y la hermana y con la prematura muerte de esta última. No fue posible deshacer hilo por hilo este tejido de fantasías, pues nos lo impidió el resultado terapéutico obtenido. El paciente se encontraba ya restablecido y la vida le exigía que emprendiera en seguida diversas tareas, demoradas ya durante demasiado tiempo, y que no eran compatibles con la continuación del tratamiento. No debe, pues, serme reprochada esta laguna del análisis. La investigación científica por medio del psicoanálisis es hoy tan sólo un resultado accesorio de la labor terapéutica, razón por la cual sus descubrimientos son más importantes precisamente en los casos en los que aquélla fracasa.

El contenido de la vida sexual infantil se compone de la actividad autoerótica de los componentes sexuales dominantes, de huellas de amor orientado hacia un objeto y de la formación de aquel complejo al que podríamos dar el nombre de «complejo nodular de las neurosis», y que comprenden los

primeros impulsos cariñosos y hostiles hacia los padres y los hermanos, una vez que la curiosidad del infantil sujeto es despertada, generalmente, por el nacimiento de un hermano. De la uniformidad de este contenido y de la constancia de las influencias modificativas ulteriores depende que, en general, surjan las mismas fantasías sobre la niñez, cualesquiera que sean las aportaciones de la realidad. Al complejo nodular infantil corresponde el hecho de que el padre llegue a desempeñar el papel de adversario sexual y perturbador de la actividad sexual autoerótica, y la realidad contribuye a ello también en gran parte. <<

[1147] No olvidemos que el sujeto había averiguado esta circunstancia antes que el capitán le invitara equivocadamente a devolver al teniente A. el importe satisfecho por el envío postal. Es éste el detalle fundamental cuya represión sumió al sujeto en tan honda confusión y me impidió a mí durante mucho tiempo descubrir el sentido de sus ideas obsesivas. <<

[1148] Nota adicional de 1923: —Mi paciente hacía lo posible para confundir el pequeño episodio de devolver el dinero de los lentes, por lo que mi propia comprensión no debió haberlo aclarado del todo. Por tanto, reproduzco aquí un pequeño mapa en el que Mr. y Mrs. Strachey han procurado ubicar el suceso bajo el campo de maniobras. Mis traductores han destacado acertadamente que se hace ininteligible la conducta del paciente si no se toma en cuenta una situación no explicada: que el teniente A. vivía inicialmente en Z., donde está la oficina de Correos y que era el encargado de la oficina militar de Correos en ese lugar, pero que en los últimos días le había sido traspasado su alojamiento al teniente B. y había sido trasladado a otra aldea. El `cruel’ capitán estaba en desconocimiento de dicho traslado, lo que motivó el equívoco de suponer que el gasto en dinero había de ser devuelto al teniente A. <<

[1149] Ver mi trabajo *El carácter y el erotismo anal* (1908). <<

[1150] Si el lector se sintiera inclinado a dudar frente la posibilidad de tales saltos imaginativos de la psiquis neurótica, quisiera recordarle que a veces los artistas incurren en similares e increíbles fantasías. Así, por ejemplo, Le Poitevin en sus *Diableries érotiques*. <<

[1151] *La mujer de las ratas*, de Ibsen, procede seguramente de la leyenda del cazador de ratas de Hamelin, el cual se llevaba tras de sí a las ratas y las ahogaba metiéndose en el río, y luego raptó por el mismo procedimiento a todos los niños de la localidad. También el pequeño Eyolf se arroja al agua bajo el hechizo de la mujer de las ratas. En las leyendas, las ratas no son presentadas como animales repugnantes, sino más bien inquietantes, y se las convierte en representación de las almas de los muertos. <<

[1152] Seguramente alguna comadreja, de las que tantas hay en el cementerio de Viena. <<

[1153] Comparar con las palabras de *Mefistófeles* en el Fausto, de Goethe:

Doch dieser Schwelle Zauber zu zerspalten

Bedarf ich eines Rattenzahns.

… …………

noch einen Biss, so ist’s geschehn!

[Pero abrirse paso a través de la magia de este umbral

yo requeriría dientes de rata.

Otra dentellada y ya está hecho.] <<

[1154] Er sieht in der geschwollnen Ratte

Sein ganz natürlich Ebenbild.

[Puesto que ve en la hinchada rata

un ser vivo semejante a él.]

Fausto, de Goethe. <<

[1155] No aquella misma noche, como al principio dijo el sujeto. Es imposible que los lentes encargados a Viena llegaran tan pronto. El paciente abrevia en su recuerdo el intervalo, porque durante él se establecieron las asociaciones decisivas y porque reprime su encuentro de aquel día con el oficial que le comunicó la bondadosa conducta de la joven de Correos. <<

[1156] Así, pues, también en el lenguaje de la neurosis obsesiva, como en el del sueño, el absurdo significa burla. Ver mi ‘Interpretación de los sueños’.
<<

[1157] Es quizás interesante hacer resaltar que la obediencia al padre coincide aquí de nuevo con el abandono de la mujer amada. Si el sujeto se queda y devuelve al teniente A. el dinero, habrá cumplido la penitencia que hubo de imponerse por su delito contra el padre; pero al mismo tiempo habrá abandonado a su amada, siguiendo la atracción de otro imán. En tal conflicto vence la mujer querida, aunque ciertamente con el apoyo de la razón normal. <<

[1158] En *Teorías sexuales infantiles*. (1908). <<

[1159] Algunos de los puntos tratados en este apartado y en el siguiente han sido ya citados en la literatura de la neurosis obsesiva, como puede comprobarse en la obra fundamental sobre esta enfermedad, publicada en 1904 por L. Löwenfeld, bajo el titulo de *Die psychischen Zuangserscheinungen*. <<

[1160] Esta falla en mi definición se ve corregida en cierto modo en el texto. Se encontrará el siguiente pasaje: `Sin embargo, los recuerdos reactivos y los autorreproches derivados de ellos nunca surgen a la consciencia sin un cambio: lo que se hace consciente como ideas y afectos obsesivos tomando el lugar de los recuerdos patogénicos, que preocupan a la vida consciente, son estructuras cuya naturaleza resulta ser una transacción entre las ideas reprimidas y las represoras’. En la definición conviene hacer énfasis especial en la palabra `transformadas’. <<

[1161] En algunos enfermos el desvío de la atención llega hasta tal punto, que no les es posible indicar el contenido de sus representaciones obsesivas ni describir un acto obsesivo que han llevado a cabo innumerables veces. <<

[1162] Ver *La interpretación de los sueños*, capítulo VI, sección F. <<

[1163] Un ejemplo extraído de mi obra *El chiste y su relación con lo inconsciente* (1905) recordará al lector la forma como se usa en los chistes esta técnica por elipsis. `Hay un periodista en Viena tenaz e ingenioso, cuyas mordaces observaciones le han llevado repetidamente a ser maltratado físicamente por los sujetos víctimas de sus ataques. En una ocasión que se comentaba una nueva falta de uno de sus habituales contendores, alguien exclamó: «Si el señor X oye esto, se le van a apuñear de nuevo sus orejas…» El absurdo aparente de este comentario desaparece si se intercala entre ambas frases las siguientes palabras: «el que va a escribir un artículo tan lesivo sobre este hombre que…, etcétera». Este chiste con elipsis es similar en forma y contenido al ejemplo señalado en el texto. <<

[1164] *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901), capítulo XII, sección C (b). <<

[1165] Como dice Lichtenberg: «Un astrónomo sabe si la luna está o no habitada con la misma certeza que sabe quién fue su padre, pero no con la misma seguridad de saber quién fue su madre». La civilización dio un gran paso adelante cuando los hombres decidieron ponerle un Iímite a las interferencias testimonio de sus sentidos y pasar del matriarcado al patriarcado. Imágenes prehistóricas mostrando una persona diminuta sentada sobre la cabeza de otra más grande son representaciones de descendencia paterna. Atenea no tuvo madre, sino que salió de la cabeza de Zeus. A un testigo en los tribunales aún se le denomina `Zeuge’ (testigo-engendrador) en alemán, derivado del sol que le toca al hombre en el acto de procrear. Así, también en los jeroglíficos la denominación para `testigo’ se representa en la figura del genital masculino. <<

[1166] Nota adicional de 1923: — La omnipotencia del pensamiento, o mejor aún, de los deseos, ha pasado a ser considerada desde entonces como un elemento esencial [para comprender] la vida mental de los pueblos primitivos. Ver *Totem y tabú* (1912-13). <<

[1167] Véanse, sobre este punto, nuestros comentarios a las primeras sesiones del tratamiento. Adición en 1923: «Para esta constelación de sentimientos ha hallado luego Bleuler (1910) el nombre de “ambivalencia”». Ver un desarrollo ulterior de esta línea del pensamiento en mi trabajo *La predisposición a la neurosis obsesiva* (1913). <<

[1168] En el Simposium dice de Sócrates Alcibíades: «Hace mucho que he deseado que él estuviese muerto; sin embargo, sé que estaría mucho más apenado que feliz si él fuese a morir: es así como no sé qué decir». <<

[1169] Comparar con el empleo de la «representación por algo muy pequeño» como una técnica de hacer chistes. Cf. *El chiste y su relación con lo inconsciente*. <<

[1170] Así pasa en los versos de amor que dirige Hamlet a Ofelia:

Doubt thou the stars are fire;

Doubt that the sun doth move;

Doubt truth to be a liar;

But never doubt I love.

(«Duda de que los astros fuego sean;

Duda de que el sol en movimiento esté;

Duda de la verdad por si es una embustera;

Mas de que yo te amo, no lo dudes jamás»)

[*Hamlet*, acto II, escena 2 —trad.de J. L. Etcheverry—.] <<

[1171] Se relaciona probablemente con este hecho el muy alto promedio de capacidad intelectual de los pacientes obsesivos. <<

[1172] Debo añadir que en su niñez fue movido por fuertes impulsos coprofílicos. Respecto a lo cual ya nos hemos referido sobre su erotismo anal.
<<

[1173] Por ejemplo, en ciertas formas de fetichismo. <<

[1174] Adición de 1923: «El paciente al cual el análisis que antecede devolvió su salud psíquica murió luego en la guerra europea, como tantos otros hombres jóvenes de futuro prometedor». <<

[1175] *Psychoanalytische Bemerkungen über einen autobiographisch beschriebenen Fall von Paranoia (Dementia paranoides)*, en alemán en el original, *Jb. psychoanal. psychopath. Forsch*. 3 (1), 9-68, 1911.

Tabla cronológica de los acontecimientos sucedidos a lo largo de la vida de Daniel Paul Schreber (basada en los comentarios de J. Strachey).

1842. Nace en Leipzig el 25 de julio.

1861. Noviembre. Fallece el padre a los cincuenta y tres años.

1877. Muere el hermano, tres años mayor.

1878. Matrimonio.

Primera crisis

1884. Otoño. Propuesto como candidato para la Reichstag.

1884. Octubre. Interno algunas semanas en Sonnenstein.

1884. 8 de diciembre. Clínica psiquiátrica de Leipzig (profesor Flechsig).

1885. 1 de enero. Alta.

1886. 1 de enero. Se hace cargo de un juzgado en Leipzig.

Segunda crisis

1893. Junio. Se le informa de una próxima designación en la corte de apelaciones.

1893. 1 de octubre. Se hace cargo de la presidencia de la Corte.

1893. 21 de noviembre. Readmisión en la Clínica de Leipzig.

1894. 14 de junio. Se le traslada al asilo de Lindenhof.

1894. 29 de junio. Trasladado al asilo de Sonnenstein.

1900-1902. Escribe sus `Memorias’ e inicia acción judicial para su alta.

1902. 14 de julio. El juicio de la Corte de ser dado de alta.

1903. Publica sus `Memorias’.

Tercera crisis

1907. Mayo. Su madre muere a los noventa y dos años.

1907. 14 de noviembre. Enfermedad de la esposa. Cae enfermo inmediatamente después.

1907. 27 de noviembre. Ingreso al asilo en Leipzig-Dösen.

1911. 14 de abril. Muerte de Schreber.

1912. Mayo. Muere la esposa a los cincuenta y cuatro años. <<

[1176] Tal es la descripción, no del todo injustificada seguramente, que el propio Schreber hace de su personalidad intelectual en sus Memorias (pág. 35). <<

[1177] Antes, por tanto, del exceso de trabajo al que atribuye su enfermedad. <<

[1178] De este y otros pasajes de las Memorias resulta que tal individuo no era otro que el mismo doctor Flechsig. <<

[1179] Los `Rayos de Dios’ como ya veremos, coinciden con las voces que hablaban el `idioma fundamental’. <<

[1180] Las palabras con las que Schreber afirma esta teoría están puestas en itálicas por él; agrega en una nota al pie que puede ser usada como una explicación de la herencia. Dice lo siguiente: `El semen del hombre contiene un nervio que proviene del padre que se une a un nervio extraído del cuerpo de la madre con el fin de formar una nueva unidad'. Aquí tenemos cómo una cualidad que en propiedad pertenece al espermatozoo se ve transferida a los `nervios', lo que hace pensar que probablemente los `nervios' de Schreber se derivan de una esfera de ideas conectadas con la sexualidad. No es ocasional que en notas incidentales en las `Memorias' acerca de un detalle de su teoría del delirio nos dé la precisa indicación de la génesis del delirio y por consiguiente, de su significado. <<

[1181] Sobre esto ver más adelante mi comentario sobre el significado del sol. La comparación (o mejor aún, la condensación) de nervios y rayos puede perfectamente basarse en la propagación linear que les es común. De paso, observaremos que los `nervios-rayos’ no son menos fecundos que los `nervios-espermatozoos’. <<

[1182] En el `lenguaje básico' descrito como `realizando una conexión nerviosa con ellos'. <<

[1183] Veremos más adelante que en este hecho se basa cierta crítica dirigida a Dios. <<

[1184] Que consiste esencialmente en una sensación de voluptuosidad (ver más adelante). <<

[1185] Una nota al pie de la página 20 nos lleva a pensar que fue un pasaje del `Manfredo’, de Byron lo que determinó la elección de Schreber de nombres de divinidades persas. Veremos después mayor evidencia acerca de la influencia de este poema sobre él. <<

[1186] «La hipótesis de que pudiera tratarse de meras alucinaciones sensoriales me parece psicológicamente imposible. Pues la alucinación de hallarse en relaciones con Dios o con las almas de los difuntos puede sólo surgir en hombres que han llevado ya a su estado de nerviosidad patológica una firme creencia en Dios y en la inmortalidad del alma, y, según queda expuesto al principio de este capítulo, no ha sido tal mi caso». <<

[1187] El paciente trata de mitigar en una nota la dureza de la palabra «perfidia», remitiendo al lector a una justificación de la conducta de Dios, de la que más adelante trataremos. <<

[1188] Compárese esta confesión del placer que el paciente encuentra en los procesos excretorios, placer que conocemos como uno de los componentes autoeróticos de la sexualidad infantil, con las manifestaciones de Juanito en el *Análisis de una fobia de un niño de cinco años*. <<

[1189] Cuando la corrupción moral (`exceso voluptuoso') o los trastornos nerviosos hayan tomado suficiente poder sobre cualquier ser terrestre, entonces, piensa Schreber, teniendo presente las historias bíblicas de Sodoma y Gomorra, el Diluvio universal, etc., todo el mundo puede llegar a un fin catastrófico… `una siembra de miedo y terror entre los hombres, un naufragio de las bases de la religión y una difusión universal de los trastornos nerviosos y la inmoralidad, y descenderán devastadoras pestilencias sobre el género humano. Parece probable que por medio de un `Príncipe del Infierno' las almas, instrumentos del siniestro Poder, serán desarrolladas en un sentido hostil a Dios, resultado de la depravación moral entre los hombre o de un estado general de excesiva excitación nerviosa creada en las civilizaciones avanzadas'. <<

[1190] (Pág. 179): «La atracción perdió su efecto doloroso para los nervios correspondientes en cuanto al penetrar en mi cuerpo hallaron en él la sensación de voluptuosidad anímica y participaron de ella. Encontraban así una comprensión de la bienaventuranza celestial que había perdido, y que consistía también en un goce de orden voluptuoso». <<

[1191] Nota a la página 4 del prólogo: «En mi propio cuerpo sucedió algo como la concepción de Jesucristo en el de una virgen; esto es, en el de una mujer a la que jamás había tenido acceso hombre alguno. Durante la época que pasé en la clínica de Flechsig se formó por dos veces en mi cuerpo un órgano sexual femenino, y sentí dentro de mí movimientos como los primeros del feto humano. Un milagro divino había hecho penetrar en mi cuerpo los nervios de Dios correspondientes a la semilla masculina, teniendo así efecto una fecundación». <<

[1192] Escasamente podríamos esperar que una historia clínica que trata de ofrecer un cuadro de la insana humanidad y de sus luchas por rehabilitarse, exhibiera `discreción’ y encanto `estético’, como lo quisiera el Dr. Weber. <<

[1193] Prólogo pág. 8: «Todavía actualmente las voces que hablan conmigo pronuncian todos los días su nombres, acusándome especialmente de aquellos daños, aunque las relaciones personales que durante algún tiempo mantuvimos han pasado para mí, hace ya mucho tiempo, a último término y no veo por qué había de recordarle constantemente y sobre todo con desagrado». <<

[1194] Según otra versión muy significativa, pero que el sujeto rechazó pronto, el profesor Flechsig se habría suicidado de un tiro, en Weissenburg (Alsacia) o en la cárcel de Leipzig. El paciente habría visto su entierro, advirtiendo con extrañeza que no avanzaba en la dirección que hubiera sido natural, dada la situación de la clínica de la Universidad con respecto al cementerio. Otras veces se le apareció Flechsig, acompañado por un policía dialogando con su mujer, de la que se hacía llamar «el dios Flechsig» por lo cual su interlocutor lo creía loco. <<

[1195] De éste v. W. le decían las voces, que había declarado falsamente sobre él en una investigación, acusándole de onanismo. Como castigo le había sido impuesto ahora servir a su paciente. <<

[1196] «En consecuencia, he de *reconocer posible* que todo lo dicho en los primeros capítulos de mis *Memorias* con respecto a sucesos relacionados con el nombre de *Flechsig*, sólo se refieren al “*alma Flechsig*”, que ha de distinguirse por entero del hombre del mismo nombre y cuya existencia aislada no es posible explicar naturalmente» (pág. 342). <<

[1197] Cf. Abraham, 1908. En este trabajo el autor se refiere a una correspondencia mantenida entre nosotros, donde me atribuye a mí haberlo influenciado en sus puntos de vista. <<

[1198] En apoyo de la observación que antecede citaremos las palabras de Manfredo al demonio, que quiere arrebatarle de la vida (escena final):

> «… my past power
>
> was purchased by no compact with thy crew».

No hay, pues, pacto alguno con el demonio. Este error de Schreber es seguramente tendencioso. No es difícil relacionar este contenido del Manfredo con el supuesto amor incestuoso del poeta hacia su hermanastra, y resulta harto singular que el otro drama de Byron, el magnífico Caín, se desarrolle dentro de la familia primordial, en la cual el incesto entre hermanos, quedaba, naturalmente, exento de todo reproche. No queremos tampoco abandonar el tema del «asesinato del alma» sin recordar el siguiente pasaje (página 23): «Al principio era mencionado Flechsig como autor del asesinato del alma; pero ahora, y desde hace ya algún tiempo, se me quiere presentar a mí, invirtiendo los términos, como el ejecutar de tal delito». <<

[1199] Debo el conocimiento de la edad de Schreber al iniciarse su enfermedad a una amable comunicación de uno de sus parientes, que me fue transmitida por el doctor Stegmann, de Dresden. Pero en el presente estudio, me he limitado a utilizar los datos que era posible extraer del texto mismo de las Memorias. <<

[1200] Corresponde al intervalo entre el primer y el segundo episodio de la enfermedad de Schreber. <<

[1201] Sólo a título de posibilidad mencionaré una futura transformación en mujer, encaminada a hacer surgir de mi seno, fecundado por Dios, una numerosa descendencia (pág. 230). <<

[1202] Jung (1910). Jung probablemente tiene razón al deducir que tal disociación sigue los rasgos generales visto en la esquizofrenia donde se emplea un proceso de análisis a fin de producir un efecto de caída de agua utilizado para prevenir la irrupción de poderosas impresiones indebidas. Cuando uno de sus pacientes le dijo: `¿Oh, también usted es el doctor J.? porque hubo alguien esa mañana que le dijo que él era el doctor J'.; debemos interpretarlo como una aceptación de lo siguiente: `Usted me recuerda ahora a una clase diferente de mis tipos de transferencias de aquellas que recuerdo que tenía cuando usted me visitó la última vez'. <<

[1203] Las Memorias no nos proporcionan dato alguno a este respecto. <<

[1204] *Suetonius*, `Lives of the Caesars’. Esta costumbre de deificación se inicia con Julio César, Augusto grabó para él `Divi filius’. <<

[1205] «El sol es una prostituta» (pág. 384). <<

[1206] (Pág. 139, nota): «Por lo demás, también el sol presenta ahora para mí un aspecto distinto al que mostraba en los tiempos anteriores a mi enfermedad. Sus rayos palidecen ante mí cuando hable en voz alta vuelto hacia ellos. Puedo fijar tranquilamente mis ojos en él, y sólo en muy pequeña medida me deslumbra; mientras que antes, en mi época de salud, me hubiera sido tan imposible como a cualquier otra persona mirarlo directamente minutos enteros». <<

[1207] (Pág. 88): «Éste es identificado ahora (desde julio de 1894) con el sol por las voces que me hablan». <<

[1208] *Also sprach Zarathustra*. Era solamente un niño Nietzsche cuando perdió también a su padre. <<

[1209] Del mismo modo que la «fantasía optativa femenina» de Schreber es tan sólo una de las formas típicas del complejo nuclear infantil. <<

[1210] Ver algunas observaciones sobre el particular en mi análisis de *El hombre de las ratas*. <<

[1211] (Pág. 206): «El hecho de que no era otro el fin deseado me fue confirmado abiertamente por la siguiente frase pronunciada por el Dios superior y oída por mí infinitas veces: `Queremos destruir su razón’». <<

[1212] Haremos constar que sólo nos inspirará confianza una teoría de la paranoia que consiga interpolar en el cuadro clínico total los síntomas concomitantes hipocondríacos. A mi juicio, la hipocondría es, en cuanto a la paranoia, lo que la neurosis de angustia en cuanto a la histeria. <<

[1213] (Pág. 154): «En consecuencia, se intentó extraerme la médula, lo cual se consiguió por medio de unos homúnculos que fueron colocados sobre mis pies». Sobres estos «homúnculos», que muestran cierta afinidad con la aparición mencionada en el capítulo IV, comunicaré más tarde algunos datos. Por lo general, eran dos: un pequeño Flechsig y un pequeño v. W., cuyas voces oía yo a mis pies (v. W. es el mismo que le acusó de masturbarse). Schreber considera a los «homúnculos» como una de las apariciones más singulares y enigmáticas. Parecen ser el producto de una condensación de niños con espermatozoos. <<

[1214] Luego de esta manifestación, que conserva en el delirio el amable humorismo de los días de salud, el sujeto persigue las relaciones habidas entre las familias Flechsig y Schreber en siglos pasados, como un novio que no puede comprender cómo ha vivido tantos años sin conocer a su amada y trata de convencerse de que la ha conocido ya en épocas anteriores. <<

[1215] A este respecto hemos de citar una rectificación del paciente a los datos del certificado médico (pág. 436): «No he abrigado jamás la idea de una separación ni me he mostrado nunca indiferente con respecto a la subsistencia de mis lazos conyugales, como pudiera suponerse por ciertas manifestaciones del certificado, según las cuales solía yo indicar que mi mujer podía pedir la separación cuando quisiera». <<

[1216] Cf. nuestras observaciones sobre la representación de la descendencia patrilineal y sobre el nacimiento de Minerva en el historial clínico del «hombre de las ratas». <<

[1217] El análisis del paranoico, J. B., llevado a cabo por A. Maeder (*Jahrbuch für Psychoanalyt. und Psychopath. Forschungen*, II, 1910), integra una nueva confirmación de tal teoría. Lamento no haberlo conocido antes de la publicación del presente estudio. <<

[1218] Sadger (1910) y Freud (1910). <<

[1219] «Tres ensayos para una teoría sexual» (1905). <<

[1220] *Tres ensayos para una teoría sexual*. Igual punto de vista e iguales observaciones se encuentran en trabajos de Abraham y Maeder. <<

[1221] *Ghazals de Muhammad ibn Muhammad*. <<

[1222] Otra modalidad, diferentemente motivada, del «fin del mundo» surge en el cenit del éxtasis amoroso (el *Tristan und Isolde* wagneriano); pero en este caso no es el *yo*, sino el objeto único el que absorbe todas las cargas de libido de que había sido objeto el mundo exterior. <<

[1223] Cf. Abraham: *Die psychosexuellen Differenzen der Hysterie und der «Dementia praecox»*, en *Zentralblatt f. Nervenh. und Psych.*, 1908. Jung, *Zur Psychologie der «Dementia praecox»*, 1907. El breve estudio de Abraham integra casi todas las conclusiones esenciales deducidas en el presente trabajo sobre el caso de Schreber. <<

[1224] Es posible que él ha retirado [del mundo] no solamente sus catexis libidinosas, sino su interés en general, es decir, aquellas catexis procedentes de su Yo. Cuestión que será discutida más adelante. <<

[1225] Cf. Riklin: *Über Versetzungsbesserungen*, en *Psychiatrisch-Neurologische Wochenschrift*, 1905, números 16-18. <<

[1226] Cf. Jung: *Wandlungen und Symbole der Libido, en Jahrbuch f. Psychoanalyt. u. Psychopathol. Forschungen*, III (1911), *Über den psychischen Inhalt eines Falles von Schizophrenie*, ibid (1911). <<

[1227] Imágenes de águilas se ubicaban en la parte más alta de los templos, sirviendo a modo de mágicos conductores del rayo (Reinach, 1905). <<

[1228] *Los actos obsesivos y las prácticas religiosas* (1907). <<

[1229] *Sammlung kleiner Schriften zur Neurosenlehre aus den Jahren 1893-1906*. Edit. Franz Deuticke, Viena, 1906; 2.ª edición: 1911; 3.º edición: 1920; 4.ª edición: 1922. Este prólogo fue reimpreso únicamente en la edición londinense de las obras completas: *Gesammelte Werke*, tomo I. Imago Publishing Co., Londres, 1952. No es el prólogo de ninguna obra en particular, sino de la primera recopilación de estudios sobre las neurosis, publicada en 1906. De ahí que sólo al componer la segunda edición (londinense) de las obras completas en alemán se recordara su exitencia, y aun así, sólo tardíamente, pues habiéndolo omitido al editar el tomo al cual correspondía cronológicamente (VII), fue preciso incluirlo en el primero de dicha edición, último volumen en ser publicado. (*Nota del T*.) <<

[1230] Wilhelm Stekel: *Nervöse Angstzustände und ihre Behandlung* («Los estados nerviosos de angustia y su tratamiento»), Urban und Schwarzenberg, Berlín y Viena, 1908. Existe una versión castellana: *Estados nerviosos de angustia y su tratamiento*, traducción de Jorge Thomas, Ediciones Imán, Buenos Aires, 1947. La versión original de este prólogo se encuentra en la edición vienesa de las obras completas: *Gesammelte Schriften*, tomo XI, Internat. Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Viena-Zurich, 1928, y en la correspondiente edición londinense: *Gesammelte Werke*, tomo VII, Imago Publishing Co., Londres, 1941. (*Nota del T.*) <<

[1231] El autor de los presentes trabajos, vinculado a mí por estrecha amistad y familiarizado como pocos con todas las dificultades que ofrecen los problemas psicoanalíticos, es el primer húngaro que emprende la tarea de interesar por el psicoanálisis a los médicos y a las personas cultas de su país, mediante trabajos redactados en su lengua materna. Hago votos por que esta empresa tenga éxito, ganando entre sus compatriotas nuevos colaboradores para este campo de estudio.

Sándor Ferenczi: *Lélekelemzés, értekezések a pszichoanalizis köréből* («El análisis psíquico. Trabajos del grupo psicoanalítico»). Editorial Nyugat, Budapest, 1910; 2da. edición (editorial Mano Dick), 1914; 3ra. edición, 1918. El manuscrito de Freud lleva fecha 1909 y, además del libro prologado, ha sido reproducido en la edición vienesa de las obras completas: *Gesammelte Schriften*, tomo XI, Internat. Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Viena-Zurich, 1928, y en la correspondiente edición londinense: *Gesammelte Werke*, tomo VII, Imago Publishing Co., Londres, 1941. No existen traducciones, salvo al húngaro. *(Nota del T.)* <<

[1232] *Über Psychoanalyse*, en alemán en el original. Deutike, Leipzig-Viena, 1910. <<

[1233] Nota de 1923: Posteriormente he debido rectificar esta afirmación en el sentido de reivindicar la exclusiva paternidad del psicoanálisis. Véase el ensayo titulado *Historia del movimiento psicoanalítico*. <<

[1234] Doctor Josef Breuer, Miembro asociado de la Real Academia de Ciencias. Conocido por sus trabajos sobre la respiración y sobre la fisiología del equilibrio. Nació en 1842. <<

[1235] Varios de mis aportes han sido traducidos al inglés por el Dr. A. A. Brill, de New York (Selected Papers on Hysteria, New York, 1909). <<

[1236] Sé que esta afirmación no es ya cierta hoy en día; mas, en mi conferencia, me retrotraía yo y retrotraía a mis oyentes a los años anteriores al de 1880. Si las cosas han variado desde entonces, ello se debe en gran parte a los esfuerzos cuya historia trato de exponer aquí esquemáticamente. <<

[1237] *Studien über Hysterie*, 3.ª edición, pág. 26. <<

[1238] *Studien über Hysterie*, 3.ª edición, pág. 31. <<

[1239] *L. c.*, pág. 30. <<

[1240] *L. c.*, 2.ª edición, págs. 43 y 46 [caso de Emmy]. <<

[1241] Capítulos de este volumen juntos a ulteriores aportes míos sobre histeria se pueden tener ahora en una versión inglesa elaborada por el Dr. A. A. Brill, de New York. <<

[1242] El monumento actual no es el primitivo, aunque se halle colocado en el mismo lugar en que éste se alzaba. El nombre de *Charing*, según me comunicó el doctor Jones, es una derivación de las palabras *chère reine*. <<

[1243] Véase *El chiste y su relación con lo inconsciente*. <<

[1244] «Y el Redentor, ¿dónde está?» <<

[1245] C. G. Jung: *Diagnostische Assoziationsstudien*, 1906. <<

[1246] Véase *La interpretación de los sueños*. <<

[1247] Véase la *Psicopatología de la vida cotidiana*. <<

[1248] En inglés en el original. (Nota del T.) <<

[1249] En inglés en el original. (Nota del T.) <<

[1250] Cf. *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*. <<

[1251] Bleuler, *Sexuelle Abnormitäten der Kinder, en Jahrb. der schweiz. Gesellschaft für Schulgesundheitspflege*, IX, 1908. <<

[1252] Cf. *Tres ensayos para una teoría sexual*. <<

[1253] *Jahrbuch für Kinderheilkunde*, 1879. <<

[1254] Strachey comenta que poco después de estas conferencias adoptó Freud para este complejo el nombre de «Complejo de Edipo» (`Sobre un tipo especial de la elección de objeto en el hombre’). (*Nota del E.*) <<

[1255] Véase la obra de O. Rank titulada *Der Künstler*, A. Heller, Viena, 1907.
<<

[1256] S. Ferenczi, *Introjektion und Übertragung, en Jahrbuch für psychoanal. und psychopath. Forschungen*, I, 2, 1909. <<

[1257] *Die zukünftigen Chancen der psychoanalytischen Therapie,* en alemán el original. Zbl. Psychoanal, 1 (1-2), 1-9, 1910. <<

[1258] Trabajo sistemático sobre técnica psicoanalítica proyectado por Freud, que nunca se publicara como volumen único, sino como diversos ensayos separados que vieron la luz a partir de esta fecha. (*Nota del E*.) <<

[1259] *Über «wilde» Psychoanalyse*, en alemán el original. Zbl. Psychoanal., 1 (3), 91-5, 1910. <<

[1260] *Beispiele des Verrats pathogener Phantasien bei Neurotikern* se publicó, únicamente en alemán, en las siguientes fuentes: *Zentralblatt für Psychoanalyse*, volumen I, 1911; *Gesammelte Schriften*, tomo XI, 1928; *Schriften zur Neurosenlehre und zur psychoanalytischen Technik*, 1931; *Gesammelte Werke*, tomo VIII, Londres, 1943. (*Nota del T*.) <<

[1261] «Eine Kindheitserinnerung des Leonardo da Vinci», en alemán el original, Leipzig-Viena, Deuticke, 1910. <<

[1262] Schiller: *Das Mädchen von Orleans*. <<

[1263] Según frase de Jacob Burckhardt, citada por Alexandra Konstantinowa en la obra *Die Entwicklung des Madonnentypus bei Leonardo da Vinci*, Estrasburgo, 1907. <<

[1264] «Egli per reverenza, rizzatosi a sedere sul letto, contando il mal suo e gli accidenti di quello, mostrava tuttavia, quanto aveva offeso Dio e gli uomini del mondo, non avendo operato nell' arte come si conveniva». (Vasari: *Vite*, etc., LXXXIII, años 1550-1554.) <<

[1265] *Trattato della Pittura.* <<

[1266] Solmi: *La resurrezzione dell' opera di Leonardo. Leonardo da Vinci. Conferenze Fiorentine*. Milán, 1910. <<

[1267] (`Protogenes, que nunca separó el pincel de su trabajo, se asemeja al divino Vinci, que nunca terminó algo del todo’.) Citado por Scognamiglio en su obra *Richerche e documenti sulla giovinenza di Leonardo da Vinci*. Nápoles, 1900. <<

[1268] W. v. Seidlitz: *Leonardo da Vinci, der Wendepunkt der Renaissance*, 1909, I, pág. 202. <<

[1269] *Ibídem*, II, pág. 48. <<

[1270] W. Pater: *El Renacimiento*, 1873. «Lo cierto es que en determinada época de su vida abandonó por completo el arte». <<

[1271] Véase en la obra citada de Seidlitz la historia de las tentativas de salvamento y restauración. <<

[1272] E. Müntz: *Léonard de Vinci*. París, 1899, pág. 18. (Una carta de un contemporáneo, dirigida a un Médicis, desde las Indias, alude a esta costumbre de Leonardo. Según Richter: *The literary works of Leonardo da Vinci*.) <<

[1273] F. Bottazzi: *Leonardo, biologo e anatomico. Conferenze Fiorentine*, pág. 186, 1910. <<

[1274] E. Solmi, 1908: *Leonardo da Vinci*. <<

[1275] Marie Herzfeld: *Leonardo da Vinci, der Denker, Forscher und Poet*. Segunda edición. Jena, 1906. <<

[1276] Quizá hemos de exceptuar aquí los chistes —*belle facezie*— coleccionados por Leonardo, pero esta excepción carece de todo alcance. <<

[1277] Nota de 1919: —Un dibujo de Leonardo, que representa el acto sexual en un corte anatómico y que en ningún momento puede calificarse de obsceno, muestra algunos singulares errores que han sido descubiertos por el doctor R. Reitler (*lnternat. Zeitsch. f. Psychoanalyse*, IV, 1916-17) y le han servido de base para deducciones orientadas en igual sentido que las nuestras.

Este extraordinario instinto de investigación falló por completo en la representación del acto sexual, a causa, naturalmente, de la represión sexual de Leonardo, más intensa aún en él que dicho instinto.

Si al mostrar el adjunto dibujo a una persona que no lo conozca de antemano no le dejamos ver, al principio, sino la cabeza, podemos estar seguros de que la supondrá perteneciente a una figura femenina. Los rizosos cabellos que caen sobre la frente y por detrás hasta la cuarta vértebra dorsal caracterizan decisivamente esta cabeza como más femenina que masculina.

El pecho femenino muestra dos defectos. Desde el punto de vista artístico, es perfectamente antiestético, pues aparece caído y falto de firmeza. Anatómicamente considerado, constituye un testimonio de que la repugnancia sexual de Leonardo le impidió examinar alguna vez detenidamente el pezón de una mujer criando, pues si lo hubiera hecho así, habría observado que la leche fluye de él por diversos canales independientes. Por el contrario, dibuja Leonardo un solo canal que penetra largo trecho en la cavidad abdominal y extrae, probablemente, a juicio del maestro, la leche de la «cysterna chyli», hallándose enlazado, además, en alguna forma, con los órganos sexuales.

Hemos de tener, desde luego, en cuenta que el estudio de los órganos internos del cuerpo humano era muy difícil en aquella época, por hallarse prohibida y castigada como una profanación de cadáveres. Así, pues, Leonardo, que no dispuso sino de un escasísimo material de disección, debió de ignorar la existencia de un depósito de linfa en la región abdominal, aunque representó en su dibujo una cavidad que indudablemente ha de ser interpretada en tal sentido. Pero el hecho de prolongar el canal de la leche hasta los genitales

internos hace sospechar que intentaba representar también, por medio de conexiones anatómicas evidentes, la coincidencia temporal de la subida de la leche con el final del embarazo. Aun disculpando los defectuosos conocimientos anatómicos de Leonardo, por las circunstancias de su época, hemos de extrañar que dibujase aquí tan ligera y descuidadamente los genitales femeninos. Apenas podemos reconocer la vagina y una indicación de la «porto uteri», y la matriz misma aparece dibujada con líneas muy confusas.



En cambio, dibuja Leonardo mucho más correctamente los genitales masculinos, no limitándose, por ejemplo, a representar los testículos, sino también, y con toda exactitud, el epidídimo.

La posición en la que el artista nos muestra realizando el coito es altamente singular. Existen cuadros y dibujos de excelentes artistas que representan el *coitus a tergo, a latere*, etc.; pero ante la ocurrencia de dibujar un acto sexual realizado en pie, hemos de suponer la existencia de una represión sexual particularmente enérgica como determinante de la elección de esta postura solitaria y casi grotesca. Cuando se quiere gozar —y muy especialmente de los dos instintos originales, el hambre y el amor— suelen buscarse las mayores comodidades posibles. La mayoría de los pueblos de la antigüedad comían echados. Esta costumbre se ha perdido ya en nuestros días; pero, en cambio, para realizar el coito seguimos adoptando tal posición y buscando igual comodidad que nuestros lejanos antepasados. Con el acto de acostarnos expresamos en cierto modo nuestra voluntad de permanecer largo rato en la situación deseada.

Los rasgos fisonómicos de la femenina cabeza correspondiente en el dibujo a la figura masculina, muestran una expresión de repugnancia y desagrado. El entrecejo aparece fruncido; la mirada, dirigida lateralmente, con una expresión de horror, y los labios se contraen en una mueca de disgusto que tira de sus comisuras hacia abajo. Nada refleja en este rostro el placer del amante ni la bienaventuranza del amado. Sólo advertimos en él repugnancia y desagrado. Pero el mayor error cometido por Leonardo en este dibujo se nos evidencia al examinar las extremidades inferiores de las figuras. El pie del hombre tenía que ser el derecho, pues, habiendo representado Leonardo el coito en un corte anatómico vertical, había de ser imaginado el pie izquierdo de la figura masculina fuera de la superficie del dibujo. Inversamente, y por las mismas razones, el pie de la figura femenina tenía que ser el izquierdo. Pero Leonardo procede al revés y confunde entre sí la figura masculina y la femenina La primera presenta el pie izquierdo y la segunda, el derecho. Este error se nos evidencia en cuanto reflexionamos que los dedos gordos de los pies se hallan colocados en la parte interior de los mismos.

Sólo por este dibujo anatómico podría deducirse que el gran artista e investigador italiano presentaba una perturbadora represión de la libido.

Adición de 1923: —En verdad que hemos discutido estas observaciones de Reitler, teniendo en cuenta que conclusiones tan definitivas no deberían extraerse de un bosquejo hecho a la ligera, no pudiendo asegurarse si las diferentes partes del dibujo pertenecen a una totalidad. <<

[1278] A este incidente se refiere, según Scognamiglio, 1900 (I. c., pág. 49), una oscura frase del *Codex Atlanticus*, que ha sido objeto de diversas interpretaciones: «Quando io feci Domeneddio putto voi mi metteste in prigione, ora s'io lo fo grande, voi mi farete peggio». [aproximadamente: «cuando representé a Dios, el Señor, como recién nacido, me arrojaste a la prisión; si lo represento ahora crecido, me harás algo peor». (*Nota del E.*)] <<

[1279] Merezhkovsky, 1902: Leonardo da Vinci. Esta novela histórica constituye la parte central de una gran trilogía titulada *Cristo y Anticristo*. Las otras dos partes se titulan *Juliano el Apóstata* y *Pedro el Grande y Alejo*. <<

[1280] Solmi: *Leonardo da Vinci*. <<

[1281] Filippo Botazzi, 1910: *Leonardo, biologo e anatomico*, pág. 193. <<

[1282] Solmi: *La resurrezzione*, etc., pág. 11. <<

[1283] *La resurrezzione*, etc., pág. 8: «Leonardo aveva posto, como regola al pittore, lo studio della natura…, poi la passione dello studio era divenuta dominante, egli aveva voluto acquistare non più Ia scienza per I’arte, ma la scienza per la scienza». <<

[1284] Véase la enumeración de sus trabajos científicos en la bella introducción biográfica de la obra antes citada de María Herzfeld (Jena, 1906) y en alguno de los ensayos coleccionados en la *Conferenze Fiorentine* (1910). <<

[1285] Como confirmación de estos asertos, que al principio parecen poco verosímiles, véase mi *Análisis de la fobia de un niño de cinco años* (en *Jahrbuch f. psychoanal. und psychopat. Forschungen*, tomo I, 1909) y otras observaciones análogas publicadas en el tomo II de la misma revista (1910). En un ensayo sobre las «Teorías sexuales infantiles» escribía: «Estas reflexiones y dudas pasan a constituir el prototipo de toda la labor intelectual ulterior sobre cualquier orden de problemas, y el primer fracaso ejerce una perdurable acción paralizadora». <<

[1286] Scognamiglio, l. c., pág. 15. <<

[1287] Según Strachey. Freud incurrió en un error al tomar como texto la traducción que Herzfeld hizo del italiano al alemán, ya que en el original se hablaría del `nibio’ (milano) y no del buitre. Otro error en la traducción sería que la cola se mete `dentro’ de los labios. (*Nota del E*.) <<

[1288] Nota de 1919: —Havelock Ellis ha objetado a esta hipótesis, en su benévola crítica del presente ensayo (*Journal of Mental Science*, julio 1910), que el recuerdo de Leonardo podía muy bien haber tenido una base real, pues los recuerdos infantiles alcanzan, con frecuencia, épocas mucho más tempranas de lo que generalmente se cree. El ave que en realidad se acercó a Leonardo pudo no ser precisamente un buitre, sino otra cualquiera de análogo tamaño. No quiero oponerme a esta explicación, y para atenuar aún más las dificultades, llegaré incluso a suponer, por mi parte, que la madre pudo observar la visita del ave al niño, considerándola como un importante presagio y relatarla después repetidas veces a su hijo, el cual conservó el recuerdo de dichos relatos, confundiéndolo más tarde, caso muy frecuente, con el de haber vivido el suceso relatado. Pero esta variación no influye para nada en mis conclusiones. Las fantasías que el hombre crea posteriormente sobre su niñez se apoyan casi siempre en pequeñas realidades de esta prehistoria infantil, sumida, por lo demás, en el olvido. Por esta misma razón resulta necesaria la existencia de un motivo secreto, para compensar la insignificancia real de tales detalles y estructurarlos, como Leonardo lo hace con el ave, a la que supone un buitre, y con la singular conducta que le atribuye. <<

[1289] Nota de 1919: —Posteriormente, he llevado a efecto tal aplicación de un incomprendido recuerdo infantil a la investigación de la personalidad de otro grande hombre. En las primeras páginas de la autobiografía de Goethe (*Poesía y verdad*), escrita cuando el genial poeta frisaba ya en los sesenta años, hallamos el relato de que, siendo muy niño e instigado por un vecino, tiró un día por la ventana, a la calle, varios utensilios grandes de loza que, naturalmente, se hicieron añicos. Es éste el único recuerdo que Goethe nos comunica de sus tempranos años infantiles. La absoluta inconexión, coincidente con los recuerdos infantiles de otros hombres que no han llegado a la altura del gran escritor alemán, y la singular circunstancia de que Goethe no menciona para nada a un hermano suyo, que nació cuando él tenía tres años y nueve meses y murió seis años después, me indujeron a emprender el análisis del recuerdo infantil antes reseñado, esperando poder sustituirlo por algo más adaptado a la coherencia de la exposición goethiana y cuyo contenido le hiciera más merecedor de ser conservado y del lugar que el autor le concede en su autobiografía. Este pequeño análisis me permitió considerar el acto de tirar los cacharros por la ventana como un acto mágico dirigido contra un molesto intruso. Su significación es la de que ningún nuevo hermano habría de venir a perturbar la íntima relación del pequeño Goethe con su madre. No podemos extrañar que hasta en Goethe, como en Leonardo, se refiera a la madre el primer recuerdo infantil conservado bajo tales disfraces. <<

[1290] Cf. el «Análisis fragmentario de una histeria» (en estas *Obras Completas*). <<

[1291] Horapollo: *Hieroglyphica*, I, 11. <<

[1292] Roscher: *Ausf Lexikon der griechischen und römischen Mythologie*, Artikel Mut, tomo II, 1894-1897. Lanzone: *Dizionario di mitologia egizia*. Torino, 1882. <<

[1293] H. Hartleben, 1906: Champollion: *Sein Leben und sein Werk*. <<

[1294] Römer: *Über die androgynische Idee des Lebens*, en *Jahrbuch f. sexuelle Zwischenstufen*, V, 1902, pág. 731. <<

[1295] Plutarco: *Veluti scarabaeos mares tantum esse putarunt Aegyptii sic inter vultures mares non inveniri statuerunt*. <<

[1296] *Horapollinis Niloi Hieroglyphica editit*. Conradus Leemans. Amstelodami, 1835. <<

[1297] E. Müntz, 1889: *Léonard de Vinci*. París, 1899, pág. 282. <<

[1298] Müntz, *l. c.* <<

[1299] Véanse las ilustraciones de la obra citada de Lanzone (1882). <<

[1300] Römer, 1903, *l. c.* <<

[1301] Cf. Las observaciones incluidas en las revistas *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen*, *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse* e *Imago*. <<

[1302] Nota de 1919: —Entrevemos también aquí una raíz del antisemitismo de los pueblos occidentales, tan irracional como dotado de fuerza primordial. La circuncisión es equiparada, inconscientemente, por los hombres a la castración. Si nos arriesgamos a transferir nuestras hipótesis a los tiempos primitivos de la Humanidad, podemos sospechar que la circuncisión fue, en un principio, un sustitutivo atenuado de la castración. <<

[1303] Cf. Richard Knight: «A discurse on the Worship of Priapus», London, 1768. <<

[1304] Son éstas, en primer lugar, las de I. Sadger, cuyos resultados he podido comprobar en lo esencial. Sé, además, que W. Stekel, en Viena, y S. Ferenczi, en Budapest, han obtenido idénticas conclusiones. <<

[1305] Nota de 1919: —La investigación psicoanalítica ha aportado para la comprensión de la homosexualidad dos hechos indudables, aunque no crea haber agotado con ello el estudio de la causación de esta aberración sexual. El primero de tales hechos es la fijación, antes citada, de las necesidades eróticas a la madre; el segundo se halla expresado en la afirmación de que todo individuo, aun el más anormal, es capaz de la elección de objeto sexual, la ha llevado a cabo siempre alguna vez en su vida y la conserva aún en lo inconsciente o se defiende contra ella por enérgicas disposiciones opuestas. Estos dos hechos ponen un término a la aspiración de los homosexuales a ser reconocidos como un «tercer sexo», también a la diferenciación entre sexualidad innata y sexualidad adquirida. La existencia de rasgos somáticos del sexo contrario (el grado de hermafroditismo psíquico) favorece la exteriorización de la elección de objeto homosexual, pero no es decisiva. Hemos de afirmar con sentimiento que los representantes de los homosexuales en la ciencia no han sabido extraer enseñanza ninguna de los seguros datos proporcionados por el psicoanálisis. <<

[1306] La primera aparición del concepto narcisismo data en realidad de pocos meses antes, según anota Strachey en una nota a pie de página de la segunda edición de los «Tres ensayos para una teoría sexual». (*Nota del E.*) <<

[1307] Solmi, 1908. *Leonardo da Vinci*, pág. 152. <<

[1308] *Ibídem*, pág. 203. <<

[1309] Se conduce aquí Leonardo como si se hallara acostumbrado a confesarse diariamente con una persona a la que luego hubiera sustituido por el libro de notas. Merezhkovsky expresa en su obra antes citada la sospecha de quién habría podido ser dicha persona (1903). <<

[1310] M. Herzfeld, *Leonardo da Vinci*, 1906, página CXLI. <<

[1311] Según Merezhkovsky, *l. c.*, pág. 282. <<

[1312] O modelo. <<

[1313] La estatua ecuestre de Francesco Sforza. <<

[1314] Para el texto completo véase H. Herzfeld, *l. c.*, pág. XLV. <<

[1315] Merezhkovsky, *l. c.*, pág. 372. Como prueba de la inseguridad de las escasas noticias que poseemos sobre la vida íntima de Leonardo, indicaremos que esta misma cuenta aparece incluida con importantes variantes en la obra de Solmi. Así, los florines quedan sustituidos en ella por sueldos. Habremos, pues, de suponer que la moneda designada con el nombre de florín en la cuenta por nosotros reproducida no es el antiguo «florín de oro», sino otra unidad posterior, equivalente a 1,66 liras, o sea, a 33,33 sueldos. Solmi supone que Catalina era una criada que Leonardo tuvo durante algún tiempo al frente de su casa. No me ha sido accesible la fuente de las dos versiones indicadas de la cuenta antes reproducida. <<

[1316] Algunos de los valores difieren en las distintas ediciones. (*Nota del E.*)
<<

[1317] «Catalina ha llegado el 16 de julio de 1493». «Giovannina —un rostro encantador— pregunta por Catalina en el hospital». <<

[1318] Las manifestaciones en las que la libido reprimida se exterioriza en Leonardo —minuciosidad y economía— pertenecen a los rasgos de carácter derivados del erotismo anal. (Cf. *Charakter und Analerotik, en Sammlung kleiner Schriften zur Neurosenlehre*, Zweite Folge, 1909.) <<

[1319] Nota de 1919: —Las personas peritas en arte pensarán aquí en la singular sonrisa helada de las esculturas griegas arcaicas como aquéllas, por ejemplo, de Aegina, y quizás también en las figuras del Verrocchio, maestro de Leonardo, predisponiéndose así en contra de las consideraciones que a continuación desarrollamos. <<

[1320] Gruyer, según Seidlitz, *Leonardo da Vinci*, II, pág. 280. <<

[1321] Muther, 1909: *Geschichte der Malerei*, I, página 314. <<

[1322] *L. c.*, pág. 417. <<

[1323] A. Conti, *Leonardo, pittore en la Conferenze Fiorentine*, l. c., pág. 92, 1910. <<

[1324] *L. c.*, pág. 45, 1907. <<

[1325] W. Pater, *El Renacimiento*, segunda edición, 1873. <<

[1326] M. Herzfeld, *Leonardo da Vinci*, página 88. <<

[1327] Cita de Scognamiglio (1900). <<

[1328] Merezhkovsky sienta esta misma hipótesis, no obstante imaginar para Leonardo una historia infantil muy diferente de la deducida por nosotros en nuestro análisis de la fantasía del buitre. Pero si el mismo Leonardo hubiera poseído tal sonrisa, no hubiese dejado de señalar la tradición tan interesante coincidencia. <<

[1329] *L. c.*, pág. 309. <<

[1330] A. Konstantinowa, 1907, l. c.: «María contempla a su hijo con entrañable cariño y su sonrisa recuerda la enigmática expresión de la Gioconda». Y en otro lugar: «En el rostro de María se refleja la sonrisa de la Gioconda». <<

[1331] S. v. Seidlitz, 1909, *l. c.*, II, pág. 274, observaciones. <<

[1332] Nota de 1919: —Si intentamos delimitar en este cuadro las figuras de Santa Ana y la Virgen María, no lo conseguiremos fácilmente.

Podríamos decir que se hallan confundidas como imágenes oníricas mal condensadas, de manera que en algunos puntos resulta difícil determinar dónde acaba Santa Ana y comienza María. Esta circunstancia, que desde el punto de vista artístico se nos muestra como un defecto de la composición, queda justificada en el análisis por su oculto sentido. Las dos madres de su niñez tenían que fundirse, para el artista, en una sola figura.



Adición de 1919: —En este último cuadro ha realizado Oscar Pfister un singular descubrimiento, al que no puede negarse extraordinario interés, aunque no se quiera reconocer su exactitud. En las vestiduras extrañamente

plegadas y difícilmente delimitables de la Virgen María ha hallado el *contorno del buitre y lo interpreta como un rompecabezas inconsciente*.

«En el cuadro que representa a las madres del artista hallamos con absoluta claridad el *buitre, símbolo de la maternidad*.

En el manto azul, que parte de la cadera de la figura situada en primer término y se extiende sobre el regazo hasta envolver la rodilla derecha, vemos, efectivamente, la característica cabeza del buitre, el cuello y la cerrada curva del comienzo del lomo. Casi ninguna de las personas a las que he comunicado mi pequeño descubrimiento ha podido sustraerse a la evidencia de este rompecabezas». (*Kryptotalie, Kriptographie und unbewusstes Vexierbildbei Normales*, en *Jahrbuch fùr Psychoanalytische und Psychopathologische Forschungen*. V. 1913.)

El lector no desdeñará seguramente el trabajo de contemplar breves momentos la fotografía incluida al principio del presente opúsculo, con objeto de buscar en ella los contornos del buitre descubierto por Pfisted. El manto azul, cuyos bordes dibujan el rompecabezas, se destaca en gris en la fotografía, sobre el fondo más oscuro de las vestiduras restantes.

Pfister escribe luego (*l. c*., pág. 147): «Surge aquí una interrogación: ¿Cuál es la amplitud del rompecabezas? Si seguimos los contornos del manto, claramente destacado de las vestiduras restantes, a partir de la mitad del ala, observaremos que, por una parte, desciende hasta el pie de la figura, y, por otra, se eleva hasta el hombro de la misma y la cabeza del niño. La primera nos daría aproximadamente el ala y la cola natural del buitre; la segunda, un puntiagudo vientre, y teniendo en cuenta, sobre todo, las líneas radiadas, una cola de pájaro desplegada en abanico y cuyo extremo derecho llega a la boca del niño, esto es, de Leonardo, exactamente como en su profético sueño infantil». El autor emprende luego una más detallada interpretación y examina las dificultades que en ella surgen.

Adición de 1923: —Resulta particularmente tentador comparar el cuadro de Santa Ana del Louvre con el famoso dibujo de Londres, donde el mismo tema está empleado en una diferente composición. En éste, las formas de las dos madres se funden aún más estrechamente, haciéndose borrosos los límites

hasta el extremo que críticos, del todo ajenos a ofrecer una interpretación, se han visto forzados a decir que pareciera como si dos cabezas crecieran de un solo cuerpo. La mayoría de los autores están de acuerdo que el dibujo de Londres es anterior y lo ubican en el primer período de Leonardo, en Milán (antes de 1500). Por otro lado, Adolf Rosenberg (1898) cree que este dibujo es de composición posterior y lo considera una versión más acabada sobre el mismo tema, siguiendo a Anton Springer, lo fecha aún después que la Mona Lisa. Nos vendría muy bien para confirmar nuestra argumentación que el dibujo fuera con mucho el primero. No resulta difícil de imaginar que el cuadro del Louvre resultó del dibujo, mientras no tiene sentido pensar lo contrario. Si consideramos la composición revelada en el dibujo como punto de partida, podemos darnos cuenta de la necesidad de Leonardo de llevar a cabo la fusión como en un sueño de las dos mujeres, fusión de acuerdo a sus recuerdos infantiles, y a separar las dos cabezas en el espacio. Esto lleva a lo siguiente: del grupo que forman las madres se separa la cabeza de María y la parte superior de su cuerpo, inclinándose ambas adelante. Para justificar este desplazamiento, el Cristo niño tiene que deslizarse del regazo al suelo. No hay cabida para el pequeño San Juan reemplazado por el cordero. <<

[1333] Véase «Tres ensayos para una teoría sexual». <<

[1334] Prescindimos aquí de un más grave error cometido por Leonardo en esta anotación, al atribuir a su padre ochenta años, siendo setenta y siete su verdadera edad. <<

[1335] Parece ser que también se equivocó Leonardo en esta anotación al consignar el número de sus hermanas, circunstancia que contrasta singularmente con la minuciosidad y el prurito de exactitud en ella aparentes.
<<

[1336] Según M. Herzfeld (Leonardo da Vinci, página 32), «el gran cisne» sería una colina próxima a Florencia llamada Monte Cecero. <<

[1337] Nota de 1919: —Según las investigaciones de Paul Federn (1914) y las de Mourly-Vold (1912), hombre de ciencia noruego, independiente por completo del psicoanálisis. <<

[1338] Vasari, según una traducción de Schorn (1843). <<

[1339] Cf. Müntz, 1899, *l. c.*, págs. 82 y sigs., y M. Herzfeld, *l. c.*, págs. 223 y sigs. (1906). <<

[1340] «Oltrechè perse tempo fino a disegnare gruppi di corde fatti con ordine, e che da un caso seguissi tutto il resto fino all altris, tanto che s’empiessi un tondo, che se ne vede in stampa uno difficilisimo e molto bello e nel mezzo vi sono queste parola: Leonardo Vinci Accademia». <<

[1341] Esta crítica se refiere a los biógrafos en general y no únicamente a los de Leonardo. <<

[1342] Von Seidlitz (1909). <<

[1343] Über den Gegensinn der Urworte, en alemán el original, [reseña del opúsculo homónimo de Karl Abel, 1884], en *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen*, vol. II, ed. Franz Deuticke, Leipzig-Viena, y en *Sammlung kleiner Schriften zur Neurosenlehre*, tercera serie; en *Gesammelte Schriften*, tomo X. Internat. Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Viena-Zurich; en *Gesammelte Werke*, tomo VIII, Imago Publishing Co., Londres. <<

[1344] Veáse, por ejemplo, G. H. v. Schubert: *Die Symbolik des Traumes*, 4.ª ed., 1862, cap. II, *Die Sprache des Traumes*. <<

[1345] Bain (1870). <<

[1346] Sobre el fenómeno de la metátesis, que entraña quizá relaciones más íntimas que la antítesis con la elaboración de los sueños, véase también el artículo publicado por W. Meyer-Rinteln en la *Kölnische Zeitung* del 7 de marzo de 1909. <<

[1347] Se nos impone también la hipótesis de que la antítesis original de las palabras representan el mecanismo preexistente utilizado por las equivocaciones orales antitéticas en servicio de tendencias muy adversas. <<

[1348] «Über einen besonderen Typus der Objektwahl beim Manne», en alemán el original, forma el capítulo I de «Aportaciones a la Psicología de la vida erótica» (`Beiträge zur Psychologie des Liebeslebens’). *Jb. psychoan. psychopath. Forsch*., 2 (2), 389-97, 1910. <<

[1349] Primera aparición impresa del término. (*Nota del E.*) <<

[1350] O. Rank: *Der Mythus von der Geburt des Helden*, 1909, 2.ª edición, 1922. <<

[1351] Rank, *l. c.* <<

[1352] «Die psychogene Sehstörung in psychoanalytischer Auffassung», en alemán el original, en *Ärztliche Fortbildung*, 9 (9), 42-4, 1910. <<

[1353] Se trata, según Strachey, de la primera oportunidad en que Freud menciona el concepto de instintos del YO. (*Nota del E.*) <<

[1354] «Como si junto al agua de la bañera saciara al bebé» (frase omitida. *Nota del E.*). <<

[1355] Ver el caso Dora (1905 e). <<

[1356] En alemán, «Zur Selbstmord-Diskussion», en *Diskussionen des Wiener Psychoanalytischen Vereins*, 1 (1910). Wiesbaden: Bergmann. <<

[1357] «Duelo y Melancolía» (1915) (*Nota del E.*). <<

[1358] «Formulierungen über die zwei prinzipien des Psychischen Geschehens», en alemán el original, en *Jb. Psychoan. Psycopath. Forsch.*, 3(1), 1-8, 1911. <<

[1359] P. Janet, *Les néuroses*, 1909, en *Bibliothèque de Philosophie Scientifique*. <<

[1360] Otto Rank (1910) recientemente ha destacado un notable juicio adelantado por Schopenhauer en ‘El mundo como Voluntad e Idea’ acerca este tema. <<

[1361] Primera mención del término. Anteriormente, Freud lo designaba «Principio del Displacer». (*Nota del E.*). <<

[1362] El estado de reposo puede reproducir exactamente el aspecto de la vida anímica antes del reconocimiento de la realidad, por tomar intencionadamente como premisa la negación de la misma (deseo de dormir).
<<

[1363] Intentaremos completar con algunas observaciones esta exposición esquemática: Se objetará justificadamente que una organización que se abandona al principio del placer y desatiende el mundo exterior no podría conservarse el menor tiempo en vida y, por tanto, no habría podido constituirse. Pero el empleo de tal ficción queda justificado con la observación de que el niño de pecho realiza, si se le tienen en cuenta los cuidados maternales, muy aproximadamente tal sistema. Alucina, probablemente, el cumplimiento de sus necesidades internas, delata su displacer ante el incremento del estímulo, con la descarga motora de llanto y el pataleo, y experimenta en ello la satisfacción alucinatoria. Más tarde aprende ya a usar intencionadamente, como medio de expresión, estas manifestaciones de descarga. Como el cuidado de los niños constituye el modelo de su educación ulterior, el dominio del principio del placer no termina del todo hasta el momento en que el sujeto se desliga por completo, psíquicamente, de sus padres. El embrión de las aves, encerrado en el huevo con su provisión de alimento y para el cual los cuidados maternales se limitan al suministro de calor, nos ofrece un acabado ejemplo de un sistema psíquico totalmente aislado de los estímulos del mundo exterior y que pueda satisfacer de un modo autístico (según término de Bleuler) sus necesidades de alimento. No consideraremos como una rectificación, sino como una ampliación de nuestro esquema, el hecho de exigir, para el sistema subsistente conforme al principio del placer, dispositivos especiales por medio de los cuales pueda sustraerse a los estímulos de la realidad. Estos dispositivos no serían sino el factor correlativo a la «represión», que trata los estímulos displacientes internos como si fueran externos, agregándolos, por tanto, al mundo exterior. <<

[1364] Como una nación cuya riqueza se basa en la explotación del suelo, pero que reserva un terreno sin cultivar en estado natural. (Yellowstone Park.) <<

[1365] Bernard Shaw describe brillantemente las ventajas del principio de la realidad sobre el principio del placer en las siguientes palabras: «To be able to choose the line of greatest advantage instead of yielding in the direction of the least resistences». (*Man and Superman*). <<

[1366] Cf. Otto Rank sostiene idéntica posición (1907). <<

[1367] *Die Bedeutung der Vokalfolge* se publicó —únicamente en alemán— en: *Zentralblatt für Psychoanalyse*, vol. II, 1911; *Gesammelte Schriften*, tomo XI, 1928; *Schriften zur Neurosenlehre und zur psychoanalytischen Technik*, 1913; *Gesammelte Werke*, tomo VIII, Londres, 1943. (Nota del E.) <<

[1368] «Die Handhabung der Traumdeutung in der Psychoanalyse», en alemán, el original, en *Zbl. Psychoan.*, 2 (3), 109-113, 1911. <<

[1369] «Zur Dynamik der Übertragung», en alemán, el original, en *Zbl, Psychoan*., 2 (4), 167-173, 1912. <<

[1370] *Zentralblatt für Psychoanalyse*, II, 2, pág. 26, 1911. <<

[1371] Habremos de prevenirnos de nuevo en este punto contra un injusto reproche. Porque hacemos resaltar la importancia de las impresiones infantiles, se nos acusa de negar la que corresponde a los factores congénitos (constitucionales). Este reproche tiene su origen en la limitación de la necesidad causal de los hombres, que, en abierta contradicción con la estructura general de la realidad, quisiera darse por satisfecha con un único factor causal. El psicoanálisis ha dicho muchas cosas sobre los factores accidentales de la etiología y muy pocas sobre los constitucionales, pero solamente porque sobre los primeros podía aportar gran cantidad de nuevos datos y, en cambio, de los últimos no sabía nada especial, fuera de lo generalmente conocido. Rehusamos establecer una oposición fundamental entre ambas series de factores etiológicos, y suponemos, más bien, la existencia de una colaboración regular de ambas para la producción del efecto observado. El destino de un hombre es determinado por dos poderes —Δαηαων χαι Φνχη [constitución y azar (Nota del T.)]— muy rara vez, quizá nunca, por uno sólo de ellos. Sólo individualmente y en cada caso particular es posible aquilatar la participación de cada uno en el proceso etiológico. La serie formada por las combinaciones de ambos factores en distintas magnitudes ha de tener, desde luego, sus casos extremos. Según el estado de nuestro conocimiento, estimaremos diferentemente la participación de la constitución o de las experiencias en cada caso particular, conservando siempre el derecho de modificar nuestro juicio conforme a los progresos de nuestro saber. Además, siempre podríamos arriesgarnos a considerar la constitución misma como la cristalización de las influencias accidentales recaídas sobre la serie infinita de nuestros antepasados. <<

[1372] «Símbolos y transformaciones de la libido», 1911. <<

[1373] Cuando cesan realmente y no cuando una sensación de displacer mueve al sujeto a silenciarlas. <<

[1374] *Aus guter Familie*, 1895. <<

[1375] Aunque algunas manifestaciones de Jung nos hagan pensar que en esta introversión ve tan sólo algo característico de la demencia precoz, con exclusión de las demás neurosis. <<

[1376] Sería muy cómodo, pero completamente inexacto, decir que ha «cargado» (recatectizado) de nuevo los «complejos» infantiles. Lo más que podría decirse es que ha «cargado» de nuevo los elementos inconscientes de dichos complejos. La extraordinaria complicación del tema tratado en este trabajo nos inclinaría a examinar una serie de problemas concomitantes, cuya solución sería realmente necesaria para poder hablar de un modo inequívoco sobre los procesos psíquicos que aquí hemos de describir. Tales problemas son la delimitación recíproca de la introversión y la regresión, la inclusión de la teoría de los complejos en la teoría de la libido, las relaciones de la fantasía con lo consciente y lo inconsciente, así como con la realidad, etc. No creo necesario excusarme por haber resistido aquí a semejante tentación. <<

[1377] Sin que de esta circunstancia pueda deducirse generalmente una importancia patógena especial del elemento elegido para la resistencia de transferencia. Cuando en una batalla se combate con especial empeño por la posesión de una capilla o un edificio determinado, no puede deducirse de ello que se trate del santuario nacional o del depósito de municiones del ejército. Tales objetivos pueden tener un valor puramente táctico y quizá tan sólo para aquella batalla. <<

[1378] Ferenczi: *Introjektion und Überirangung,* en *Jahrbuch f. Psychoan*., 1, 1909. <<

[1379] Bleuler, 1911; cf. una conferencia sobre ambivalencia dada por él en Berna (1910), señalada en el *Zbl. für Psychoanalyse*, 1, 266. Stekel ha propuesto el término `bipolaridad’ para designar el mismo fenómeno. <<

[1380] «Ratschläge für den Arzt bei der Psychoanalytischen Behandlung», en alemán, el original, en *Zbl. Psychoanal.*, *2* (9), 483-9, 1912. <<

[1381] El analizado pretende muchas veces haber comunicado ya algo en sesiones anteriores, contra la afirmación del médico, que le asegura ser aquélla la primera vez que ha hablado de tal cosa. En estos casos resulta que el analizado tuvo antes la intención de comunicar aquello, pero no llegó a hacerlo, por habérselo impedido una resistencia aún poderosa, y confunden luego el recuerdo de tal propósito con el de su realización. <<

[1382] «Zur Einleitung der Behänd Lung», en alemán, el original, en *Int. Z. Psychoanal*, 1 (1), 1-10 y (2), 139-146, 1913. <<

[1383] Véase el ensayo titulado *Sobre psicoterapia*, tomo III de estas *Obras completas*. <<

[1384] Sobre el tema de esta inseguridad diagnóstica, sobre las probabilidades de éxito del análisis en las formas leves de parafrenia y sobre el fundamento de la analogía de las dos afecciones de referencia, podríamos decir mucho más de lo que nos consienten los límites del presente ensayo. Siguiendo el ejemplo de Jung, nos inclinaríamos quizá a oponer la histeria y la neurosis obsesiva como *neurosis de transferencia*, a las afecciones parafrénicas, como *neurosis de introversión*, si al hacerlo así, no despojásemos al concepto de «introversión» (de la libido) de su único sentido justificado. <<

[1385] Sobre la observación de esta regla fundamental habría mucho que decir. A veces encontramos personas que se conducen como si ellas mismas la hubieran dictado. Otras pecan contra ella desde un principio. Su comunicación al sujeto, antes de iniciar el análisis, es tan indispensable como útil. Más tarde, bajo el dominio de las resistencias, deja de ser observada, y para todo sujeto llega alguna vez el momento de infringirla. Por nuestro autoanálisis sabemos cuán irresistiblemente surge la tentación de ceder a los pretextos críticos que nos inducen a rechazar las ocurrencias. De la escasa eficacia del pacto que convinimos con el paciente al exponerle la regla fundamental del análisis tenemos ocasión de convencernos en cuanto se trata por primera vez de la comunicación de algo referente a una tercera persona. El paciente sabe que debe decirlo todo; pero aprovecha los preceptos de la discreción para crearse un obstáculo: «¿Debo realmente decirlo todo? Creía que la regla sólo se refería a mis cosas propias y no a las que tuvieran relación con otras personas».

Naturalmente no hay medio de llevar a cabo un tratamiento analítico excluyendo de la comunicación las relaciones del paciente con otras personas y sus pensamientos sobre ellas. *Pour faire une omelette, il faut casser des oeufs*. Un hombre correcto olvida fácilmente las intimidades de los demás cuando las mismas no entrañan algo de interés personal para él. Tampoco podemos renunciar a la comunicación de nombres propios, pues, de hacerlo así, el relato del enfermo adolecerá de una vaguedad como las escenas de la obra de Goethe `Die natürliche Tochter', que lo hará inaprehensible para la memoria del médico, y, además, los nombres retenidos obstruyen el acceso a toda una serie de relaciones interesantes. Lo más que puede hacerse es permitir al sujeto que reserve los nombres hasta encontrarse más familiarizado con el médico y con el procedimiento. Es harto singular cómo se hace insoluble la labor entera en cuanto consentimos la reserva en un único punto. Señálese un lugar con derecho de asilo en una ciudad, y veremos lo que tarda en reunirse en él toda la gente maleante por ella dispersa. En una ocasión tuve en tratamiento a un alto funcionario, obligado por su juramento

a no comunicar determinadas cosas, consideradas como secretos de Estado, y esta limitación bastó para hacer fracasar el análisis. El tratamiento psicoanalítico tiene que sobreponerse a toda clase de consideraciones, pues la neurosis y sus resistencias no respetan tampoco ninguna. <<

[1386] Sólo permitiremos una excepción cuando se trate de precisar datos relativos a antecedentes familiares, cambios de residencia, operaciones, etc. <<

[1387] *Erfahrungen und Beispiele aus der psychoanalytischen Praxis* apareció únicamente en alemán, en las siguientes fuentes: *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, vol. I (4), 377-382, 1913; *Gesammelte Schriften*, tomo XI, Viena, 1928; *Schriften zur Neurosenlehre*, Viena, 1913; *Gesammelte Werke*, tomo X, Londres, 1946. <<

[1388] La publicación incluyó 22 ejemplos, de los cuales 12 eran del propio Freud. (*Nota del E.*) <<

[1389] Desde luego, estas dramatizaciones sólo pueden darse en pacientes alemanes, pues se fundan en retruécanos de esa lengua, intraducibles a ninguna otra. Ejemplos semejantes se encuentran en *La interpretación de los sueños*. <<

[1390] «Über ‘fausse Reconnaisance (Déjà Raconté)’ während der Psychoanalytischen Arbeit», en alemán, el original, en *Int. Z. Psychoanal*., 2 (1), 1-5. <<

[1391] Cf. H. Ellis: *World of dreams*, 1911. <<

[1392] «La sensation du “déjà vu”», en *Journal de Psychologie, Norm. et Pathol.*, I, 1904. <<

[1393] Cf. «Historia de una neurosis infantil» (*Nota del E.*) <<

[1394] Cf. «Sueños con temas de cuentos infantiles», 1913. Al relatar de nuevo el suceso hizo la siguiente modificación: `No creo que estuviera cortando un árbol. Fue una confusión con otro recuerdo, que también pudiera haber sido una falsificación alucinatoria, de estar haciendo un corte en un árbol con mi cuchilla, manando sangre del árbol'. <<

[1395] «Erinnern, Wiederholen und Durcharbeiten», en alemán, el original, en *Int. Z. Psychoanal*., 2 (6), 485-491, 1914. <<

[1396] Según Strachey, esta mención está referida al historial del `Hombre de los lobos’ (*Historia de una neurosis infantil*). (*Nota del E.*) <<

[1397] Se trata de la primera aparición del concepto, según Strachey. (*Nota del E.*) <<

[1398] «Bererkungen über die Übertragungsliebe», en alemán el original, en *Int. Z. Psychoanal*., 3 (1), 1-11, 1915. <<

[1399] Cf. el trabajo titulado *Historia del movimiento psicoanalítico*. <<

[1400] Que la transferencia puede manifestarse también en otros sentimientos menos tiernos es cosa ya sabida, y no hemos de entrar a examinarla en el presente estudio. <<

[1401] Cf. el ensayo que precede: *Recuerdo, repetición y elaboración*, etc. <<

[1402] Hipócrates, *aforismos*, VII, 87. <<

[1403] «A note on the Unconscious in Psycho-Analysis», en inglés, el original, en *Proceedings of the Society for Psychical Research*, 26 (parte 66), 312-318, 1912. <<

[1404] En alemán, «Zur Einleitung der Onaniediskussion - Schlußwort», en `Die Onanie', Wiesbaden: Bergmann, 1912. <<

[1405] En mayo-junio del año 1910 [?] (*Nota del E.*) <<

[1406] El autor se refiere a *Tres ensayos para una teoría sexual* (en estas *Obras completas*). <<

[1407] «Sin animosidad y sin prejuicio». En latín en el original cita de Tácito. *(Nota del T.)* <<

[1408] «De sus consecuencias». En latín en el original. *(Nota del T.)* <<

[1409] Strachey recuerda que en caria a Fliess del 22-diciembre-1897, Freud se refería a la masturbación como a la ‘adicción primaria’, y que las otras adicciones(a alcohol, tabaco, morfina) eran sustitutos. En 1928 discute el tema del juego de azar en el Dostoyesky. *(Nota del E.)* <<

[1410] «Über die Allgemeinste Erniedrigung des Liebeslebens», en alemán el original, forma el Cap. II de «Aportaciones a la Psicología de la vida erótica». Publicado en el *Jb. Psychoan. Psychopath. Forsch.*, *4* (1), 40-50, 1912. <<

[1411] M. Steiner: *Die funktionelle Impotenz des Mannes und ihre Behandlung*, 1907; W. Stekel: *Nervüse Angstzustände und ihre Behandlung*, Viena, 1908 (2.ª edición, 1922); Ferenczi: «Analytische Deutung und Behandlung der psychosexuellen Impotenz beim Manne», en *Psychiat. Neurol. Wochenschrift*, 1908. <<

[1412] W. Stekel, 1908, *l. c.*, pág. 191. <<

[1413] Observa Strachey que la elección del objeto anaclítico es posteriormente discutida por Freud en su trabajo sobre el narcisismo de 1914. (*Nota del E.*) <<

[1414] Ha de reconocerse, de todos modos, que la frigidez femenina es un tema complejo que puede también ser accesible desde otros puntos. <<

[1415] Floerke: *Zwei Jahre mit Boecklin*, 1902. <<

[1416] «Über neurotische Erkrankungstypen», en alemán el original, en *Zbl. Psychoanal.*, 2 (6), 297-302, 1912. <<

[1417] Según un término introducido por C. G. Jung. <<

[1418] Publicado en 1913 bajo el titulo de *Ein Traum als Beweismittel*, en *Int. Z. Psychoanal*., 1 (1), 73-8. <<

[1419] Aquí he incurrido en una condensación del material, que pude corregir al revisar mis anotaciones junto con la paciente que me refiere el sueño. La enfermera aparecida en el puente no había cometido ninguna falta en su trabajo, siendo despedida porque la madre del niño, obligada a emprender viaje, declaró que durante su ausencia quería confiar su hijo al cuidado de una persona de mayor edad, es decir, en efecto, una de más confianza. A este elemento se agregaba una segunda narración de otra enfermera que realmente había sido despedida por un descuido, pero no se había suicidado por ello. El material necesario para la interpretación del elemento onírico se encuentra aquí, como en muchas otras ocasiones, repartido en dos fuentes. Mi memoria realizó en este caso la síntesis que conduce a la interpretación. Por otra parte, en la narración de la enfermera suicida se encuentra el elemento de la madre que parte de viaje, vinculado por mi paciente a la partida de su querido. Como vemos, se trata de una sobredeterminación que menoscaba la elegancia de la interpretación. <<

[1420] Por otra parte, pocos días después, la enfermera confesó a una tercera persona que realmente se había dormido aquella tarde, confirmando así la interpretación de mi paciente. <<

[1421] «La interpretación de los sueños»; La realización de deseos. <<

[1422] La sustitución tiene más realce en alemán; la enfermera trueca a su paciente (*Pflegekind*) por un hijo (*Kind*). (*Nota del T.*) <<

[1423] Publicado en 1913 bajo el título *Märchenstoffe in Träumen*, en *Int. Z. Psychoanal.*, 1 (2), 147-151, 1913. <<

[1424] Salvo el detalle de los pelos cortados, pues el suegro lleva el cabello largo. <<

[1425] Como se sabe, la madera es un frecuente símbolo femenino o materno (materia, Madeira, etc.). <<

[1426] Mesa y cama representan, en efecto, el matrimonio. <<

[1427] Cf. «Historia de una neurosis infantil», en estas Obras completas. (*N. del E.*) <<

[1428] *Historia de una neurosis infantil*. (En estas *Obras completas*.) <<

[1429] Cf. la analogía de estos dos cuentos con el mito de Cronos, señalada por O. Rank: *Völkerpsychologische Parallelen zu den infantilen Sexualtheorien* («Paralelos etnológicos de las teorías sexuales infantiles»), «Zentralblatt für Psychoanalyse», vol. II, 1912. <<

[1430] Título del original en alemán: *Darstellung der «großen Leistung» im Traum*. Publicación original: «Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse», volumen II, l914, págs.384-85. Parcialmente incluido en *La interpretación de los sueños* (en estas *Obras completas*). Los pasajes omitidos se destacan con bastardilla. <<

[1431] «Zwei Kinderlügen», en alemán el original, en *Int. Z. Psychoanal.*, 1 (4). 359-362, 1913. <<

[1432] «Die Disposition zur Zwangsneurose, ein Beitrag zum Problem der Neurosenwahl», en alemán el original, en *Int. Z. Psychoanal.*, 1 (6), 525-532, 1913. Leído en el 4.º Congreso Internacional de Psicoanálisis (Munich, sept. 7-8, 1913). <<

[1433] Desde que los trabajos de W. Fliess han descubierto la importancia de determinadas magnitudes de tiempo para la Biología, puede sospecharse que las perturbaciones de la evolución dependen de una modificación cronológica de sus avances. <<

[1434] Ferenczi: «Entwicklungsstufen des Wirklichkeitssinnes», en *Intern. Zeitschrift für Psychoanalyse*, I, 1913, Heft. 2. <<

[1435] Totem und Tabu, en alemán el original, publicado en *Imago* en forma separada cada uno de sus cuatro capítulos y como conjunto en un volumen por Heller, Leipzig, Viena, 1913. (*Nota del E*.) <<

[1436] Redactado en 1930, este prólogo hubo de aguardar la publicación hebrea de la obra prologada: traducción de J. Devosis, edit. Kirjeith Zefer, Jerusalén, 1939. La versión alemana del prólogo se publicó antes en la edición vienesa de las obras completas: *Gesammelte Schriften*, tomo XII, Internat. Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Viena-Zurich, 1934. Fue incluido también en la edición londinense en alemán: *Gesammelte Werke*, tomo XIV, Imago Publishing Co., Londres, 1948. (*N. del T*.) <<

[1437] Frazer: *Totemism and Exogamy*, 1910, tomo I, pág. 53: «La relación creada por el totem es más fuerte que la de sangre o de familia en el sentido moderno de la palabra». <<

[1438] El sucinto resumen que antecede, del sistema totémico, exige algunas aclaraciones y reservas: La palabra «totem» fue introducida, bajo la forma «totem», en 1791, por el inglés J. Long, que la tomó de los pieles rojas de América del Norte. El objeto mismo ha despertado poco a poco en la ciencia un vivo interés y provocado abundantes trabajos, entre los cuales citaremos, como los más importantes, el titulado *Totemism and Exogamy* (1910), obra en cuatro volúmenes, de J. G. Frazer, y las investigaciones y publicaciones de Andrew Lang (*The Secret of the Totem*, 1905). Al escocés J. Ferguson McLennan (1869-1870) se debe el mérito de haber reconocido la importancia del totemismo para la historia de la humanidad primitiva. Entre los pueblos australianos, los del archipiélago oceánico, los de la India oriental, muchos de los de África y los indios de América del Norte se han encontrado instituciones totémicas. Pero determinadas huellas y supervivencias difíciles de interpretar permiten suponer que el totemismo existió igualmente en los pueblos arios y semitas primitivos de Europa y de Asia, de manera que los sabios se inclinan a ver en él una fase necesaria y universal del desarrollo humano.

¿Cómo llegaron los hombres primitivos a darse un totem, esto es, a basar sus obligaciones sociales y sus restricciones sexuales en su descendencia de un alma? Sobre este problema existen numerosas teorías, cuya síntesis podrá hallar el lector en la *Psicología de los pueblos*, de Wundt (tomo II, *Mito y religión*), teorías que aún no han logrado ponerse de acuerdo ni parece cercano el momento en que lo logren. En la presente obra me propongo someter el problema del totemismo a un estudio especial, recurriendo al método psicoanalítico. [Cf. el capítulo 4) de este apartado.]

Si es cierto que existen divergencias por lo que respecta a la explicación teórica del totemismo, también lo es que no resulta posible enunciar sus hechos por medio de proposiciones generales, como lo hemos intentado en los párrafos que anteceden. No hay interpretación alguna que no comporte excepciones y objeciones. Pero no debe olvidarse que incluso los pueblos más primitivos y conservadores son, en un cierto sentido, pueblos antiguos y

tienen detrás de sí un largo pasado, en el curso del cual lo que en ellos era primitivo ha sufrido un desarrollo y una deformación considerables. De este modo, en pueblos que presentan todavía actualmente el totemismo, se nos muestra éste bajo los aspectos más variados de descomposición, fragmentación y transición a otras instituciones sociales y religiosas o también en formas estacionarias, pero que deben apartarse considerablemente de la primitiva. Todo esto hace muy difícil determinar lo que en la situación actual constituye la fiel imagen de un pasado vivo y lo que, por el contrario, no es sino una deformación secundaria. <<

[1439] Esta prohibición no impide, en cambio, al padre, que es canguro, tener relaciones incestuosas con sus hijas, que son emúo. En la transmisión paterna del totem, el padre y los hijos serían canguro, y el padre no podría, por tanto, tener relaciones incestuosas con sus hijas, pero sí el hijo con la madre. Estas consecuencias de las prohibiciones totémicas demuestran que la herencia materna es más antigua que la paterna; pues tenemos más de una razón para admitir que tales prohibiciones van dirigidas contra los impulsos incestuosos del hijo. <<

[1440] *Geschichte der menschlichen Ehe*, segunda edición, 1901. <<

[1441] *The native tribes of central Australia*, Londres, 1899. <<

[1442] Artículo «Totemismo», en la *Enciclopedia Británica*, 11a. edición, 1911. (A Lang.) <<

[1443] Storfer ha llamado particularmente la atención sobre este punto en un reciente estudio: *Zur Sonderstellung des Vatermordes (en Schriften zur angewandten Seelenkunde*, Viena, 1911). <<

[1444] R. H. Codrington: *The Melanesians*, y Frazer: *Totemism and Exogamy*, tomo I, página 77. <<

[1445] Frazer, *l. c.*, pág. 24; según Kleintitochen: *Die Küstenbewohner der Gazellen-Halbinsel*. <<

[1446] Frazer, *l. c.*, pág. 131, tomo II; según P. G. Pecket, en *Anthropos*, 1901.
<<

[1447] Frazer, *l. c.*, tomo II, pág. 147; según el reverendo L. Fison. <<

[1448] Frazer, *l. c.*, tomo II, pág. 189. <<

[1449] Frazer, *l. c.*, tomo II, pág. 388; según Junod. <<

[1450] Frazer, *l. c.*, tomo II, pág. 424. <<

[1451] Frazer, *l. c.*, tomo II, pág. 76. <<

[1452] Frazer, *l. c.*, tomo II, pág. 117, según C. Ribeb: *Zwei Jahre unter den Kanniuten der Salomon Inseln* (1905). <<

[1453] Frazer, *l. c.*, tomo II, pág. 385. <<

[1454] Frazer, *l. c.*, pág. 461. <<

[1455] Crawley: *The mystic rose*, pág. 405. Londres, 1902. <<

[1456] Crawley, *l. c.*, pág. 407. <<

[1457] Crawley, *l. c.*, pág. 401; según Leslie: *Among the zulus amatongas*, 1875. <<

[1458] *Völkerpsychologie*, tomo II, *Mythus und Religion*, II, pág. 308, 1906.
<<

[1459] 1910-11, incluye una bibliografía de la literatura más destacada sobre la materia. <<

[1460] Este fin especial del tabú no puede ser considerado como primitivo, y presenta, por tanto, para nosotros, un menor interés. <<

[1461] *Völkerpsychologie*, tomo II, *Religion und Mythus*, II, pág. 300 y sigs.
<<

[1462] *L. c.*, pág. 237. <<

[1463] *L. c.*, pág. 307. <<

[1464] *L. c.*, pág. 313. <<

[1465] Frazer: *The golden bough*, II, *Taboo and the perils of the soul*, 1911, pág. 136. <<

[1466] Tanto el placer como la prohibición se referían al tocamiento de los propios genitales. <<

[1467] En la relación con las personas amadas por el niño, de las que emanaba la prohibición. <<

[1468] Tercera edición, 2a. parte: *Taboo and the perils of soul*, 1911. <<

[1469] Frazer, *l. c.*, pág. 166. <<

[1470] Frazer: *Adonis, Attis, Osiris*, página 248, 1907. Según Hugh Low, *Sarawak*, Londres, año 1848. <<

[1471] J.O. Dosay, citado en Frazer: *Taboo*, etcétera, pág. 181. <<

[1472] Frazer: *Taboo*, etc., págs. 169 y siguientes; pág. 174: «Tales ceremonias consisten en entrechocar los escudos, gritar, aullar y producir toda clase de ruidos con todos los instrumentos posibles». <<

[1473] Frazer: *Taboo*, etc., pág. 166. Según Müller: *Reizen en Onderzoekingen in den Indischen Archipel*. Amsterdam, 1857. <<

[1474] A propósito de estos ejemplos, véase Frazer: *Taboo*, etc., págs. 165-190, *Manslayers taboos*, 1911. <<

[1475] Frazer: *Taboo*, pág. 132: «He must not only guarded, he must also be guarded against». <<

[1476] Frazer: *The magic art*, I, pág. 368. <<

[1477] *Old New Zealand, by a Pakeha Maori* (Londres, 1844), citado en Frazer, *Taboo*, pág. 135. <<

[1478] W. Brown: *New Zealand and its aborigines* (Londres, 1845); Frazer, *ibid*. <<

[1479] Frazer: *Taboo*. «The burden of royalty». <<

[1480] Kaempfer: *History of Japan*, 1727, citado por Frazer, *l. c.*, pág. 3. <<

[1481] A. Bastian: *Die deutsche Expedition an die Loangoküste*, 1874; en Frazer, *l. c.*, pág. 5. <<

[1482] Frazer, *l. c.*, pág. 13. <<

[1483] Frazer, *l. c.*, pág. 11. <<

[1484] A. Bastian: *Die deutsche Expedition an die Loangoküste*, Jena, 1874; en Frazer, *l. c.*, pág. 18. <<

[1485] *L. c.*, pág. 18, según Zweifel y Moustier, en *Voyage aux sources du Niger*, 1880. <<

[1486] Frazer: *The magic art and the evolution of kings*, 1911. <<

[1487] Frazer: *Taboo*, págs. 138 y sigs. <<

[1488] W. Mariner: *The natives of the Tonga Island*, 1810. <<

[1489] La enferma cuyas «imposibilidades» he comparado antes a las impuestas por los tabús, confesaba que se indignaba siempre que encontraba en la calle a una persona de luto: «Tales personas —decía— no deberían salir a la calle». <<

[1490] Frazer, *l. c.*, pág.353. <<

[1491] Frazer, *l. c.*, pág.352. <<

[1492] Frazer, *l. c.*, pág.357. (Tomado de un antiguo investigador español, 1733.) <<

[1493] Frazer, *l. c*., pág.360, citando a Dobrizhoffer. <<

[1494] W. Stekel (1911) y K. Abraham (1911). <<

[1495] Frazer cita, a este respecto, las declaraciones de los tuaregs del Sahara; *l. c.*, pág. 353. <<

[1496] Conviene formular aquí la reserva siguiente: mientras subsiste aún algo de sus restos corporales, Frazer, *l. c.*, pág. 372. <<

[1497] En las islas de Nicobar, Frazer, *l.c.*, pág. 382. <<

[1498] Wundt: *Religion und Mythus*, II, pág. 49. <<

[1499] Westermarck, 1906, *l. c.*, tomo II, pág. 424. El texto de esta obra y las notas anejas contienen numerosos testimonios, a veces muy característicos, en apoyo de este punto de vista. Así, creían los maoríes que los parientes más próximos y amados cambiaban de naturaleza después de la muerte y se convertían en enemigos malintencionados de sus familiares supervivientes. Los negros australianos creen que los muertos son temibles durante mucho tiempo, y su miedo a ellos es tanto más grande cuanto más próximo era su parentesco. Los esquimales poseen el convencimiento de que los muertos no se apaciguan sino al cabo de muy largo tiempo, siendo de temer, al principio, como espíritus maléficos que vagan a través de la aldea para sembrar en ella la enfermedad, la muerte y otras calamidades (Boas). <<

[1500] R. Kleinpaul: *Die Lebendigen und die Toten im Volksglauben, en Religion und Sage*, 1898. <<

[1501] *L. c.*, pág. 426. <<

[1502] Las creaciones proyectivas de los primitivos se enlazan con las personificaciones, por medio de las cuales exterioriza el poeta, bajo la forma de individualidades autónomas, las tendencias opuestas que luchan en su alma. <<

[1503] *Mythus und Religion*, t. II, pág. 129. <<

[1504] La investigación psicoanalítica de personas neuróticas que padecen o han padecido en su infancia el temor a los aparecidos, nos descubre con frecuencia y sin gran dificultad que tales aparecidos, tan temidos, no eran otros que los padres. Véase sobre este tema el trabajo de P. Haeberlin, titulado *Sexualgespenster* (en *Sexualprobleme*, febrero 1912), en donde la persona en cuestión no era el padre del sujeto (que estaba muerto), sino otra persona de significado erótico para él. <<

[1505] Véase mi crítica de la obra de M. Abel, *Gegensinn der Urworte, en el Jahrbuch für psychoanalyt. und psychopathol. Forschungen,* tomo I, 1910. <<

[1506] El sentimiento de culpa en el caso del tabú no será aminorado si la violación sucede involuntariamente. (Cf. los casos citados.) Un interesante paralelo se encuentra en la mitología griega: la culpa de Edipo no se vio paliada por el hecho que sucedió sin su conocimiento y aun contra su intención. <<

[1507] La necesidad de condensar los materiales nos obliga a renunciar a una bibliografía más o menos detallada. Me limitaré, pues, a recordar las conocidas obras de Herbert Spencer, J. G. Frazer, A. Lang, E. B. Tylor y W. Wundt, de las cuales he tomado todas las informaciones sobre el animismo y la magia. La personalidad del autor se afirma en la selección de los materiales y en las opiniones que los mismos le sugieren. <<

[1508] E. B. Tylor: *Primitive culture*, tomo I, pág. 425, 2a. ed., 1891. W. Wundt: *Mythus und Religion*, tomo II, pág. 173, año 1906. <<

[1509] Wundt, *l. c.*, cap. IV, *Die Seelenvorstellungen*, 1906. <<

[1510] Véase sobre este tema, además de los trabajos de Wundt y de H. Spencer, los artículos correspondientes de la *Enciclopedia Británica*, 1911 (Animismo, Mitología, etc.). <<

[1511] *L. c.*, pág. 154. <<

[1512] Citado por Tylor, *Primitive culture*, I, pág. 476. <<

[1513] *Cultes, mythes et religions*, tomo II, pág. XV, 1909. <<

[1514] *Année Sociologique*, VII, 1904. <<

[1515] Asustar a un espíritu por medio de ruidos y gritos es un procedimiento de hechicería pura; en cambio, ejercer presión sobre él, por el conocimiento de su nombre, es un acto mágico. <<

[1516] *The magic art*, II, pág. 67. <<

[1517] La prohibición bíblica de reproducir las imágenes de los seres vivientes no fue dictada por un prejuicio contra las artes plásticas, sino con el fin de desviar a los hombres de la magia, de la cual abominaba la religión hebrea, Frazer, *l. c.*, pág. 37, nota. <<

[1518] *The magic art*, II, pág. 93. <<

[1519] En el *Edipo rey*, de Sófocles, hallamos un eco de esta creencia. <<

[1520] *The magic art*, I, pág. 120. <<

[1521] *L. c.*, pág. 122. <<

[1522] *The magic art*, I, pág.420 y sigs., 1911. <<

[1523] Cf. el artículo «Magic» (N.W.T.) en la 11a. edición de la *Enciclopedia Británica*. <<

[1524] *L. c.*, pág. 54. <<

[1525] *Formulierungen über die zwei Prinzipien des psychischen Geschehens. en Jahrbuch f. psychoanal. Forch.*, III, 1912, pág. 2. <<

[1526] El rey Claudio, en *Hamlet* (II, 4): «My words fly up, my thoughts remain below. Words without thoughts never to heaven go». <<

[1527] En resumen, la técnica del pensamiento animista corresponde al principio de la «omnipotencia de las ideas». <<

[1528] Parece como si hallásemos siempre «siniestras» aquellas impresiones que tienden a confirmar la «omnipotencia de las ideas» y el pensamiento animista en general, del cual nos ha desviado ya nuestro juicio. <<

[1529] Más adelante tendremos ocasión de mostrar la existencia de un motivo de este desplazamiento sobre un acto insignificante. <<

[1530] En estas *Obras completas*. (N. del T.) <<

[1531] «It is almost an axiom with writers on this subject, that a sort of Solipsism or Berkeleianism (as Profesor Sully terms it as he finds it in the Child) operates in the savage to make him refuse to recognise death as a fact». Marett: *Preanimistic religion*, XI, 1900, pág. 178. <<

[1532] Nos limitaremos a indicar aquí que el narcisismo primitivo del niño es decisivo para el desarrollo de su carácter y excluye la hipótesis de un primitivo sentimiento infantil de inferioridad. <<

[1533] S. Reinach: *L’art et la magie*, en la obra *Cultes*, *mythes et religions*, I, págs. 125 a 136, 1905. Piensa Reinach que los pintores primitivos que grabaron o pintaron imágenes de animales en las paredes de las cavernas de Francia no se proponían procurar un placer, sino exorcizar. Por esta razón, dice, se encuentran tales dibujos en las partes más oscuras e inaccesibles de las cavernas y no reproducen jamás la imagen de animales peligrosos. «Les modernes parlent souvent, par hyperbole, de la magie du pinceau ou du ciseau d’un grand artiste et, en général, de la magie de l’art. Entendue au sens propre, qui est celui d’une contrainte mystique exercée par la volonté de I’homme sur d’autres volontés ou sur les choses, cette expression n’est plus admissible; mais nous avons vu qu’elle était autrefois rigoureusement vraie, du moins dans l’opinion des artistes» (pág. 132). <<

[1534] Reconocida por medio de la percepción endopsíquica. <<

[1535] R. R. Marett: *Preanimistic religion*, en *Folklore*, XII, 2. Londres, 1900. Cf. Wundt, *Mythus und Religion*, II, pág. 171 y sigs. <<

[1536] Admitimos que en esta fase narcisista primitiva no existe aún distinción entre las fijaciones libidinosas y las que provienen de otras fuentes de excitación. <<

[1537] Ver `Un caso de paranoia autobiográficamente descrito’ en estas *Obras completas*. (*Nota del E*.) <<

[1538] *Principios de Sociología*, tomo I. <<

[1539] H. Spencer, *l. c.*, pág. 179. <<

[1540] Cf. mi memoria *A note on the Unconscious in Psychoanalysis*, en *Proceedings of the Society for Psychical Research*, par. LXVI, volumen XXVI, Londres, 1912. (En estas *Obras completas*.) <<

[1541] Frazer, *Taboo and the perils of the soul*, pág. 152. <<

[1542] Frazer, *l. c.*, pág.200. <<

[1543] Frazer, *l. c.*, pág.297. <<

[1544] *Revue Scientifique*, octubre 1900. Reproducido en la obra, en cuatro volúmenes, del mismo autor: *Cultes, mythes et religions*, 1909, tomo I, págs. 17 y siguientes. <<

[1545] Creemos conveniente advertir de antemano a nuestros lectores las dificultades con las que se ha de luchar cuando se intenta obtener una certidumbre de estas materias. En primer lugar, las personas que recogen las observaciones no son las mismas que las elaboran y las discuten, pues las primeras son viajeros y misioneros, y las segundas, sabios que no han visto quizá jamás los objetos de sus investigaciones. No es fácil, además, entenderse con los salvajes. Muchos observadores no se hallan familiarizados con los idiomas de los mismos y se ven obligados a recurrir a intérpretes o a servirse del idioma auxiliar (*Piggin-Englisch*). Por otro lado, los salvajes no son muy comunicativos cuando se trata de las cuestiones más íntimas de su cultura y no se confían sino a los extranjeros que han vivido mucho tiempo entre ellos. Fundándose en diversas razones (véase Frazer: *The beginnings of religion and totemism among the australien aborigines*, en *Fortnightly Review*, 1905: *Totemism and Exogamy*, I, página 159), dan con frecuencia informaciones falsas y erróneas. No hay que olvidar tampoco que los pueblos primitivos, lejos de ser pueblos jóvenes, son tan viejos como los más civilizados, y no debe esperarse que sus ideas e instituciones primitivas se hayan conservado intactas y sin la menor deformación hasta nuestros días. Es, por tanto, de suponer que en los primitivos se han producido profundos cambios en todas direcciones, siendo así imposible determinar lo que en sus estados y opiniones actuales representa una petrificación de un pasado primitivo y lo que no es sino una deformación y una modificación del tal pasado. De aquí las interminables discusiones surgidas entre los autores sobre lo que en las particularidades de una cultura primitiva debe ser considerado como primario y lo que no es sino una formación secundaria. La determinación del estado primitivo permanece siendo de este modo una cuestión de construcción. Por último, no es fácil «infundirse» en la mentalidad del primitivo. Nuestro concepto del mismo es siempre tan erróneo como el que nos formamos de la vida infantil, pues nos inclinamos a interpretar sus actos y sentimientos conforme a nuestras propias constelaciones psíquicas. <<

[1546] Véase el capítulo 2) sobre el tabú, en este mismo apartado. <<

[1547] Como actualmente los lobos enjaulados en la escalera del Capitolio, en Roma, y los osos en el foso de Berna. <<

[1548] Como la «dama blanca» de ciertas familias nobles. <<

[1549] *L. c.*, pág. 45. Véanse más adelante las consideraciones sobre el sacrificio. <<

[1550] Véase el cap. 1) de este apartado. <<

[1551] Coinciden estas conclusiones con las expuestas por Frazer en su obra *The origin of totemism, en Fortnigtly Review*, 1889; «Thus totemism has commonly been treated as a primitive system both of religion and of society. As a system of religion it embraces the mystic union of the savage with his totem; as a system of society it comprises the relation in which men and women of the same totem stand to each other and to the members of other totemic groups. And corresponding to these two sides of the system are two rough and ready tests or canons of totemism: first the rule that a man may not kill or eat his totem animal or plant; and second, the rule that he may not marry or cohabit with a woman of the same totem» (pág. 101). A continuación de esto añade Frazer lo siguiente, que nos introduce ya de lleno en las discusiones surgidas sobre el totemismo: «Whether the two sides —the religious and the social— have always coexisted or are essentially independent, is a question which has been variously answered». <<

[1552] A propósito de estas rectificaciones escribe Frazer las bellas palabras que siguen: «That my conclusions on these difficult questions are final, I am not so foolish as to pretend. I have changed my views repeatedly, and I am resolved to change them again with every change of the evidence, for like a chameleon the candid enquirer should shift his colours with the shifting colours of the ground he treads». (Prólogo al primer volumen de *Totemism and Exogamy*.) <<

[1553] «By the nature of the case, as the origin of totemism lies far beyond our powers of historical examination or of experiment, we must have recourse as regards this matter to conjecture». (A. Lang, *Secret of the totem*, pág. 27.) «Nowhere do we see absolutely primitive man, and a totemic system in the making» (pág. 29). <<

[1554] Al principio, probablemente, sólo con nombres de animales. <<

[1555] *The Worship of animals and plants*, en *Fortnigtly Review*, años 1869-1870. *Primitive Marriage*, 1865. Estos dos trabajos se hallan reproducidos en los *Studies in Ancient History*, 1876; segunda edición, 1886. <<

[1556] *The secret of the totem*, pág. 54. <<

[1557] Según A. Lang, *Secret of the totem*, pág. 34. <<

[1558] *Ibídem.* <<

[1559] Según A. Lang. <<

[1560] Pikler y Somló, *Der Ursprung des Totemismus*, 1900. Estos autores describen su intento de explicar el origen del totemismo como una contribución a la concepción materialista de la historia. <<

[1561] *The origin of animal worship*, en *Fortnightly Review*, 1870. *Prinzipien der Soziologie*, I, 169 a 176. <<

[1562] *Kamilaron and Kurmai*, pág. 165 (según A. Lang, *Secret of the totem*), Fison y Howitt (1880). <<

[1563] Cf. en capítulo 1) de este apartado. <<

[1564] *L. c.*, tomo I, pág. 41. <<

[1565] *Address to the anthropological section of the British Association*. Belfast, 1902, Frazer, l. c., tomo IV, pág. 50 y sigs. <<

[1566] *The native tribe of Central Australia*, por Baldwin Spencer y H. J. Gillen. Londres, 1891. <<

[1567] «There is nothing vague or mystical about it, nothing of that metaphysical haze which some writers love to conjure up over the humble beginnings of human speculation, but which is utterly foreign to the simple, sensuous, and concrete modes of thought of the savage». (*Totemism and Exogamy*, I, pág. 117.) <<

[1568] *L. c.*, pág. 120. <<

[1569] *L'Année Sociologique*, tomos I, V y VIII. Véase más particularmente el ensayo titulado *Sobre el totemismo*, tomo V, año 1902. <<

[1570] *Social origins* y *Secret of the totem*. <<

[1571] *The golden bough*, II, pág. 332. <<

[1572] «It is unlikely that a community of savages should deliberately parcel out the realm of nature into provinces, assign each province to a particular band of magicians, and bid all the bands to work their magic and weave their spells for the common good». (*Totemism and Exogamy*, pág. 57.) <<

[1573] *Totemism and Exogamy*, II, pág. 89, y IV, pág. 59. <<

[1574] *L. c.*, IV, pág. 63. <<

[1575] «Esta creencia constituye una filosofía que se halla muy lejos de ser primitiva». (A. Lang, *Secret of the totem*, pág. 192.) <<

[1576] Frazer, *Totemism and Exogamy*, IV, página 45 y sigs. <<

[1577] Frazer, *l. c.*, pág. 48. <<

[1578] Wundt, *Elemente der Völkerpsychologie*, página 190. <<

[1579] *L'Année Sociologique*, 1898-1904. <<

[1580] Véase la crítica de las ideas de Durkheim en la obra de Frazer *Totemism and Exogamy*, IV, pág. 101. <<

[1581] *Secret of the totem*, pág. 125. <<

[1582] Por ejemplo, Frazer (*l. c.*, IV, pág. 75): «El clan totémico es un organismo social que difiere totalmente de la clase exógama, y tenemos grandes razones para creer que es mucho más antiguo». <<

[1583] *Primitive marriage*, 1865. <<

[1584] «Improper because it was unusual». <<

[1585] Frazer, *l. c.*, págs. 73-92. <<

[1586] Véase el capítulo I. <<

[1587] Morgan, *Ancient Society*, 1877. Frazer, *Totemism and Exogamy*, IV, pág. 105 y sigs. <<

[1588] Frazer, *l. c.*, pág. 116. <<

[1589] *Ursprung und Entwicklung der Moralbegriffe*, II, en *Die Ehe*, 1909. Véase en esta misma obra la refutación que el autor hace de las objeciones que han sido formuladas contra su punto de vista. <<

[1590] *L. c.*, pág. 97. <<

[1591] Cf. Durkheim: *La prohibition de l’inceste,* en *L’Année Sociologique,* I, 1896-1897. <<

[1592] C. Darwin dice de los salvajes: «Son incapaces de prever los males lejanos susceptibles de herir a su descendencia». <<

[1593] Véase el capítulo 1) de este apartado. <<

[1594] Resulta, pues, que el origen último de la exogamia y, por consiguiente, de la ley del incesto —puesto que la exogamia ha sido instituida con el fin de prevenir el incesto— continúa siendo un oscurísimo problema. (*Totemism and Exogamy*, I, pág. 173.) <<

[1595] *Abstammung der Menschen*. <<

[1596] *Primal law*, Londres, 1903. Citado por A. Lang en su obra *Social origins*. <<

[1597] *Secret of the totem*, págs. 114-43. <<

[1598] «If it be granted that exogamy existed in practice on the lines of Mr. Darwin's theory, before totem beliefs lent to the practice a sacred sanction, our task is relatively easy. The first practical rule would be that of the jealous Sire "No males to touch the females in my camp", with expulsion of adolescent sons. *In efflux of time that rule, become habitual*, would be, `No marriage within the local group'. Next let the local groups receive names, such as Emus, Crows, Opussums, Snipes, and the rule becomes `No marriage within the local group of animal name; no Snipe to marry a Snipe'. But if the primal groups were not exogamous, they would become so, as soon as totemic myths and tabus were developed out of the animal, vegetable, and other names of small local groups». (*Secret of the totem*, página 143.) En su último trabajo sobre esta materia declara Lang haber renunciado a derivar la exogamia del tabú totémico general (*Folklore*, diciembre 1912). <<

[1599] Dr. M. Woolf, al residir en Tel Aviv, como recuerda Strachey. (*Nota del E*.) <<

[1600] W. Wulff, *Beiträge zur infantilen Sexualität, en Zentralblatt für Psychoanalyse*, 1912, II, núm. 1, pág. 15 y sigs. <<

[1601] En estas *Obras completas*. <<

[1602] *La fantasía de las jirafas*. <<

[1603] S. Ferenczi, *Ein kleiner Hahnemann, en Internat. Zeitschrift f. ärztliche Psychoanalyse*, II, 1913, I, núm. 3. <<

[1604] Sobre la sustitución de la castración por la pérdida de los ojos, tema contenido también en el mito de Edipo, véanse las comunicaciones de Reitler, Ferenczi, Rank y Eder, en el *Internat. Zeitschr. f. ärztliche Psychoanal.*, 1913, I, núm. 2. <<

[1605] Identificación que, según Frazer, constituye la esencia del totemismo: «Totemism is an identification of a man with his totem». (*Totemism and Exogamy*, IV, pág. 5.) <<

[1606] O. Rank nos ha comunicado un caso de fobia de los perros explicada por el sujeto mismo —un joven muy inteligente— en una forma que nos recuerda singularmente la teoría totémica de los arunta, antes expuesta. El sujeto atribuía su dolencia al hecho de que hallándose su madre embarazada de él fue asustada por un perro, hecho que conocía por habérselo relatado su padre. <<

[1607] Robertson Smith, *The religion of the semites*, segunda edición, Londres, 1894. <<

[1608] «The infference is that the domestication to which totemism invariably leads (when there are any animals capable of domestication) is fatal to totemism». (Jevons, *An introduction to the history of religion*, 1902, quinta edición, pág. 120.) <<

[1609] *L. c.*, pág. 103. <<

[1610] *The golden bough*, parte 5a.; *Spirits of the corn and of the wild*, 1912, en los apartados titulados «Eating the god» y «Killing the divine animal». <<

[1611] Frazer, *Totemism and Exogamy*, I, pág. 590. <<

[1612] Las objeciones opuestas por algunos autores (Marillier, Hubert, Mauss y otros) contra esta teoría del sacrificio no me son desconocidas, pero no modifican en nada mi actitud con respecto a las ideas de Robertson Smith. <<

[1613] *Religion of the semites*, segunda edición, 1907, pág. 412. <<

[1614] Remitimos al lector a las observaciones consignadas al final de la nota siguiente, observaciones que consideramos indispensables para la acertada inteligencia de la exposición iniciada en el texto. <<

[1615] La hipótesis, que tan monstruosa parece, del vencimiento y el asesinato del tiránico padre por la asociación de los hijos sería, según Atkinson, una consecuencia directa de las circunstancias de la horda primitiva darwiniana: «The patriarch had only one enemy whom he should dread… a youthful band of brothers living together in forced celibacy, or at most in polyandrous relation with some single female captive. A horde as yet weak in their impubescence they are, but they would, when strength was gained with time, inevitably wrench by combined attacks, renewed again and again, both wife and life from the paternal tyrant». (*Primal Law*, págs. 220-21.) Atkinson, que pasó toda su vida en Nueva Caledonia y tuvo ocasiones poco corrientes de estudiar con todo detenimiento la vida de los indígenas, invoca el hecho de que las condiciones de la horda primitiva, tal y como Darwin las supone, se comprueban regularmente en los rebaños de caballos y toros salvajes y conducen siempre al asesinato del animal padre. Pero añade que tal asesinato es seguido de una disolución de la horda, a consecuencia de las encarnizadas luchas que surgen entre los hijos victoriosos. Resulta, pues, que por este camino no se llegaría nunca a una nueva organización de la sociedad: «An ever recurring violent succesion to the solitary paternal tyrant by sons, whose parricidal hand were so soon again clenched in fratricidal strife» (pág.228). Atkinson, que no disponía de los datos obtenidos por el psicoanálisis, ni conocía los estudios de Robertson Smith, halla una transición menos violenta entre la horda primitiva y el estadio social siguiente, en el que una gran cantidad de hombres viven en apacible comunidad. Según él, sería el amor materno el que habría obtenido que los hijos más jóvenes, primero, y luego, poco a poco, los demás, permanecieran en la horda, a condición de reconocer el privilegio sexual del padre, renunciando a todo contacto de este género con la madre o las hermanas.

Ésta es, brevemente resumida, la notable teoría de Atkinson, que, como puede verse, concuerda en sus puntos *esenciales* con las que nosotros mantenemos, separándose, en cambio, de ella en otros particulares, que la privan de múltiples e interesantísimas relaciones.

La indeterminación, la brevedad y la síntesis de los datos expuestos en las consideraciones que anteceden me han sido impuestas por la naturaleza misma del tema. Sería absurdo aspirar a la exactitud en estas materias como injusto exigir en ellas una certidumbre. <<

[1616] Esta nueva disposición afectiva tenía que resultar favorecida por la circunstancia de que el parricidio no había procurado a ninguno de los hermanos la plena satisfacción de sus deseos, pudiendo decirse que había sido totalmente infructuoso. Ninguno de los hijos podía, en efecto, ver cumplido su deseo primitivo de ocupar el lugar del padre. Ahora bien, como ya sabernos, el fracaso favorece mucho más que el éxito la reacción moral. <<

[1617] «Murder and incest, or of fences of a Iike kind against the sacred law of blood are in primitive society the only crimes, of which the community as such takes cogn isance…» *Religion of the semites*, pág. 419. <<

[1618] Véase el estudio de C. G. Jung *Wandlungen und Symbole der Libido*, en *Jahrbuch von Bleuer-Freud*, IV, 1912, cuyos puntos de vista difieren en ciertos aspectos de los míos. <<

[1619] Robertson Smith: *Religion of the semites*. <<

[1620] «To us modern for whom the breach which divides the human and the divine has deepened an impasible gulf, such mimicry may appear impious, but it was otherwise with the ancients. To their thinking gods and men were akin, for many families traced their descent from a divinity, and the deification of a man probably seemed as little extraordinary to them as the canonization of a saint seems to a modern catholic». (Frazer: *The golden bough*, I: *The magic art and the evolution of kings*, II, pág. 177.) <<

[1621] La destitución de una generación de dioses por otra, en las mitologías, significa, como es sabido, el proceso histórico de la sustitución de un sistema religioso por otro nuevo, sea a consecuencia de la invasión de un pueblo extranjero, sea como resultado de una evolución psicológica. En este último caso se acercaría el mito a lo que H. Silberer llama los «fenómenos fundacionales». La afirmación de C. G. Jung de que el dios que sacrifica al animal es un símbolo libidinoso, supone una concepción de la libido muy distinta de la preconizada hasta ahora que me parece en extremo discutible. <<

[1622] *Religion of the semites*, págs. 412-13: «The mourning is not a spontaneus expression of sympathy with the divine tragedy, but obligatory and enforced by fear of supernatural anger. And a chief object of the mourners is to disclaim responsibility for the god's death —a point which has already come before us in connection with the theanthropic sacrifices, such as the `oxmurder at Athens'». <<

[1623] Entre nuestros neuróticos jóvenes desempeña el miedo a la castración un importantísimo papel en la perturbación de su actitud con respecto al padre. La interesante observación de Ferenczi (1913), antes consignada, nos muestra cómo el niño convierte en su totem al animal que quiso picarle en el pene. Cuando nuestros niños oyen hablar de la circuncisión ritual, se la representan equivalente a la castración. Que yo sepa, no se ha establecido aún paralelo ninguno entre esta actitud de los niños y los hechos de la psicología de los pueblos. La circuncisión, tan frecuente en las épocas más antiguas de la Humanidad y entre los pueblos primitivos, forma parte de la iniciación de los adolescentes, que la justifica en cierto modo, y sólo secundariamente fue trasladada a una edad más temprana. Resulta muy interesante observar que la circuncisión aparece combinada entre los primitivos con el corte del pelo y el arrancamiento de un diente, o incluso sustituida por estos actos, y que nuestros niños, que no pueden saber nada de esto, se conducen, en su temerosa reacción a tales dos operaciones, como si las consideraran equivalentes a la castración. <<

[1624] Reinach: *Cultes, mythes et religions*, II, páginas 75 y sigs. <<

[1625] *Une sorte de péché proethnique; l. c.*, pág. 76, Reinach, 1905. <<

[1626] El impulso al suicidio experimentado por nuestros neuróticos se demuestra siempre como un autocastigo por los deseos de muerte orientados hacia otras personas. <<

[1627] *Eating the God*, pág. 61. Nadie que se halle algo familiarizado con estas materias podrá suponer que el enlace de la comunión cristiana con la comida totémica sea una idea personal del autor del presente estudio. <<

[1628] Shakespeare: *La tempestad* (acto 1.º, escena 2a.). Ariel (*cantando*): «Tu padre yace bajo cinco brazas de agua. Sus huesos se han convertido en coral, y sus ojos, en perlas. Nada de él ha desaparecido, pero todo ha sido transformado por el mar en algo rico y extraño». <<

[1629] *La mort d'Orphée*, en el libro *Cultes*, *mythes et religions*, II, pág. 100 y sigs. <<

[1630] O, en general, del complejo parental. <<

[1631] Acostumbrado como estoy a que se interpreten erróneamente mis afirmaciones, no creo superfluo advertir aquí, expresamente, que al establecer estas relaciones no olvido la naturaleza compleja de los fenómenos de referencia, y que mi única intención es agregar a las causas ya conocidas o aún no descubiertas de la religión, la moral y la sociedad, un nuevo factor, resultante de la investigación psicoanalítica, dejando a otros la labor de llevar a cabo la síntesis de tales factores. Pero la naturaleza especial del nuevo factor por nosotros aportado hace que nunca pueda desempeñar en tal síntesis papel distinto del central y principal, aunque para que le sea reconocida esta importancia habrá de demostrarse necesario, previamente, el vencimiento de grandes resistencias afectivas. <<

[1632] *Fausto* de Goethe. <<

[1633] Véase el capítulo sobre «El animismo, la magia y la omnipotencia de las ideas». <<

[1634] *Fausto* de Goethe. <<

[1635] «Das Interesse an der Psychoanalyse», en alemán el original. *El Múltiple interés del psicoanálisis* apareció en la revista Scientia (Bolonia), 14 (31-32), 1913. <<

[1636] `Psicoanálisis, *Cinco conferencias'* en estas Obras completas. <<

[1637] Cf. en estas *Obras completas*, titulado *Psicopatología de la vida Cotidiana*. Asimismo, trabajos de A. Maeder, A. A. Brill, E. Jones, O. Rank y otros. <<

[1638] *La interpretación de los sueños* (en estas *Obras completas*). Véase también, el trabajo titulado *Los sueños*. <<

[1639] El psicoanálisis rechaza, hasta ahora, la referencia de esta tópica psíquica a una situación anatómica o a una estratificación histológica. <<

[1640] Abel: *Sentido contradictorio de las palabras primitivas (Über den Gegensinn der Urworte)*, 1884. <<

[1641] *La influencia de los factores sexuales en la génesis y la evolución del lenguaje. (Imago*, I, 1912.) <<

[1642] Abraham, Spielrein, Jung. <<

[1643] Abraham, Rank, Jung. <<

[1644] Jung: *Wandlungen und Symbole der Libido*, 1912. Freud: *Totem y tabú*. (En estas *Obras completas*.) <<

[1645] Ferenczi: *Entwicklungsstufen des Wirklichkeitssinnes, en Intern. Zeitschrift, f. ärztl. Psychoanalyse*, 1, 1913. Freud: *Animismo, magia y omnipotencia de las ideas*, en *Totem y tabú*. <<

[1646] O. Rank: *Der Künstler*, Viena, 1907. <<

[1647] Cf. *El chiste y su relación con lo inconsciente* (en estas *Obras completas*). Asimismo O. Rank: *Das Inzestmotiv in Dichtung u. Sage*. Viena, 1912. <<

[1648] «Das motiv der Kästchenwahl», en alemán el original, en *Imago*, 2 (3), 257-266, 1913. <<

[1649] G. Brandes: *William Shakespeare*, año 1896. <<

[1650] E. Stucken: *Astralmythen*, pág. 655, Leipzig, 1907. <<

[1651] O. Rank: *Der Mythus von der Geburt des Helden*, 1909, pág. 8 y sigs.
<<

[1652] Debo agradecer al Dr. Otto Rank por haber despertado mi atención de esas similitudes. <<

[1653] Stekel incluye también la mudez entre los símbolos de la muerte en su obra *Die Sprache des Traumes*, 1911, pág. 351. <<

[1654] Stekel, *l. c.* <<

[1655] Cf. *Griechische Mythologie*, Roscher citando a Preller, ed. Robert (1894). <<

[1656] También la Psiquis de Apuleyo ha conservado numerosos rasgos que indican su relación con la muerte. Su boda es preparada como unos funerales, tiene que bajar al Averno, y cae después en un profundo sueño, semejante a la muerte (O. Rank).

Sobre la significación de Psiquis como diosa de la primavera y como «novia de la muerte», véase A. Zinzow, *Psyche und Eros*, Halle, 1881.

En otro de los cuentos de Grimm (*La vieja de los gansos*) hallamos, como en la *Cenicienta*, la alternativa de belleza y fealdad en la tercera hija, alternativa en la cual puede verse quizá un indicio de su doble naturaleza —antes y después de la sustitución—. Esta hija tercera es repudiada por el padre después de una prueba casi coincidente con la de *El rey Lear*. La hija debe decir, al igual que sus hermanas, cuánto es su cariño hacia el padre, y no encuentra más expresión que la de que le quiere como a la buena sal. (Comunicación del doctor H. Sachs.) <<

[1657] «Der Moses des Michelangelo», en alemán el original, en *Imago*, 3(1), 15-36, 1914. El nombre del autor quedó anónimo hasta la edición de 1924 por haber dudado mucho Freud acerca de su publicación. (*N. del T*.) <<

[1658] Acaso en 1602. <<

[1659] Según Henry Thode, la estatua fue ejecutada en los años de 1512 a 1516. <<

[1660] Henry Thode: *Michelangelo, Kritische Untersuchungen über seine Werke*, I, año 1908. <<

[1661] Thode, *l. c.*, cap. CXCVIL. <<

[1662] Es de advertir que la cuidadosa disposición del ropaje sobre las piernas de la figura sedente invalida esta primera parte de la explicación de Justi. Diríase más bien que Moisés, hallándose tranquilamente sentado, ha sido sorprendido repentinamente por la visión de algo que excita sus iras. <<

[1663] Aunque el pie izquierdo de Giuliano de la Capilla de los Médicis, que aparece serenamente sentado, se muestra en análoga posición. <<

[1664] Cf. la ilustración. <<

[1665] Para ilustrar mejor sus explicaciones, Freud solicitó a un artista unos dibujos esquemáticos que no han sido incluidos en la edición española. (*N. del T.*) <<

[1666] W. Watkiss Lloyd: *The Moses of Michelangelo*. Londres, Williams and Morgate, año 1863. <<

[1667] *Zur Psychologie des Gymnasiasten* apareció en octubre de 1914, formando parte del Libro de Oro publicado en ocasión de su cincuentenario por el K. K. Erzherzog-Rainer-Realgymnasium, de Viena (antes Leopoldstädter Kommunal-und Obergymnasium, hoy Bundesrealgymnasium im II. Bezirk), colegio en el cual el autor cursó sus estudios secundarios. Esta alocución forma parte del tomo XI de *Gesammelte Schriften* (*Obras completas*, edición vienesa), del X de *Gesammelte Werke* (*Obras completas*, nueva edición londinense) y del *Almanach der Psychoanalyse*, 1927 (Almanaque del psicoanálisis). (*N. del T.*) <<

[1668] «Zur Geschichte der psychoanalytischen Bewegung», en alemán el original. La *Historia del movimiento Psicoanalítico*, escrito en febrero de 1914, apareció el mismo año en el *Jarhbuch der Psychoanalyse (Anuario de Psicoanálisis)*, 6, 207-260, y luego en el volumen titulado *Colección de aportaciones a la teoría de las neurosis*, cuarta serie (Hugo Heller y C., Leipzig Viena y Zurich, 1922). Actualmente forma parte del tomo IV de la edición de las *Obras completas* del profesor S. Freud, publicada por el *Internationaler Psychoanalystischer Verlag*.

De este trabajo existe una traducción inglesa, publicada por A. A. Brill, bajo el título *The History of the Psychoanolytical Movement*, en el núm. 25 de las *Nervous and Mental Disease Monograph Series*, Nueva York, 1916, y otra por Joan Riviere que con algunas modificaciones de James Strachey forma parte del volumen XIV de la Standard Edition. <<

[1669] Cf. en estas *Obras completas*, el trabajo titulado *Psicoanálisis* (cinco conferencias). <<

[1670] Cf. en estas *Obras completas*. <<

[1671] `Análisis fragmentario de una histeria’, en estas *Obras completas*. (*Nota del E*.) <<

[1672] *Zentralblatt für Psychoanalyse*, 1911, tomo 1, pág. 69. <<

[1673] *Klinische Beitrage zur Psychoanalyse aus dem Jahren* 1907-1920, en *Intern. Psychoalalyse. Bibliothek*, tomo X, 1921. <<

[1674] Sin embargo, y como muy bien lo hace notar Strachey, Freud se refería en términos muy diferentes a lo largo de su correspondencia con Fliess revelando los aspectos negativos y limitaciones de tal autoanálisis. Su opinión en contra fue mantenida hasta el final de sus trabajos, destacando en cambio su amplio apoyo al análisis personal efectuado por otro analista. (*Nota del E*.) <<

[1675] Nota de 1924: —Otto Rank ha sido durante mucho tiempo director del Intern. Psychoan. Verlag y figura desde un principio en las redacciones de las revistas psicoanalíticas Internat. *Zeitschrift für Pychoan. e Imago*. <<

[1676] Nota de 1924: —Fundador luego de la Policlínica Psicoanalítica de Berlín. <<

[1677] Havelock Ellis: *The doctrines of the Freud School*. <<

[1678] G. Greve: *Sobre psicología y psicoterapia de ciertos estados angustiosos*. Cf. *Zeitschrift für Psychoanalyse*, 1, pág. 594. <<

[1679] *Psicoanálisis* (cinco conferencias), en estas *Obras completas*. <<

[1680] Nota de 1924: —J. J. Putnam: *Adresses on Psychoanalysis*, en *Internat. Psychoanalytical, Library*, número 1, 1921. Putnam murió en 1918. <<

[1681] Brill: *Psychonalysis its theories and practical applications*, 1912, y E. Jones: *Papers on Psychoanalysis*, 1913. Del primer libro se ha publicado una segunda edición en 1914, y del segundo, otra, considerablemente aumentada, en 1918, y en 1923, la tercera. <<

[1682] La Interpretación de los sueños y el psicoanálisis obtuvieron en Europa su primer reconocimiento oficial en el discurso rectoral del psiquiatra Jelgersma, de la Universidad de Leiden (9 de febrero de 1914). Cf. *Unbewußtes Geistesleben*, en *Beihefte der Intern. Zeitschrift für Psychoanalyse*, núm. 1. <<

[1683] Apéndice de 1923: No es, desde luego, mi propósito continuar *up to date* esta descripción desarrollada en 1914. Quiero tan sólo indicar, con algunas observaciones, lo mucho que ha variado la situación en el intervalo ocupado por la guerra europea. En Alemania va teniendo efecto una lenta infiltración, no siempre confesada, de las teorías analíticas en la psiquiatría clínica. Las traducciones francesas de algunas de mis obras, publicadas en los últimos años, han despertado, por fin, en Francia un intenso interés hacia el psicoanálisis, si bien más en los círculos literarios que en los científicos. En Italia han surgido dos traductores y defensores del psicoanálisis: Levi Bianchini (de Nocera Superiori) y Eduardo Weiss (de Trieste) (*Biblioteca Psicoanalítica Italiana*). De la viva participación de los países de habla española (Prof. H. Delgado, de Lima), testimonia la edición de mis *Obras completas*, actualmente en curso de publicación en Madrid (traduc. de López-Ballesteros). En Inglaterra parece ir cumpliéndose la predicción antes expresada. En la Indias Británicas (Calcuta) existe ya una clínica psicoanalítica. La profundidad alcanzada por la investigación analítica en Norteamérica no puede compararse aún a su popularidad. En Rusia se ha iniciado de nuevo, en varios centros, después de la revolución, la labor psicoanalítica. En Polonia se publica una *Polska Bibljoteka Psychoanalityczna*. En Hungría ha florecido, bajo la dirección de Ferenczi, una brillante escuela psicoanalítica. (Cf. *Festchrift*.). La menor receptividad es mostrada ahora por las naciones escandinavas. <<

[1684] Weimas, 1911. <<

[1685] Cf. [en estas *Obras completas*] el estudio titulado *El delirio y los sueños en la «Gradiva» de W. Jensen*. <<

[1686] Cf. en estas *Obras completas*. <<

[1687] Cf. en estas *Obras completas*. <<

[1688] Cf. en estas *Obras completas*. <<

[1689] Cf. *Múltiple interés del psicoanálisis* (en estas *Obras completas*.) <<

[1690] ¡Sé breve [kurz]! ¡El Día del Juicio no será más que un…[Furz: pedo]! (*Nota del T.*) <<

[1691] *On Freuds Psycho-analytical method and its evolutions*, en *Boston Medical and Surgical Journal*, 25 de enero de 1912. <<

[1692] Nota de 1924: Posteriormente, de Sadger (16 y 18) y de Kielhoz (17).
<<

[1693] Nota de 1924: —Esta publicación quedó suspendida al iniciarse la guerra. <<

[1694] Nota de 1924: —La publicación de estas dos revistas se transfirió en 1919 a la *Internationaler Psychoanalytischer Verlag*. En este momento (1923) ambas están en su noveno volumen (aunque en realidad la *Internationale Zeitschrift* está en su volumen XI e *Imago* en sus doce años de existencia, pero que a consecuencia de los sucesos acaecidos durante la guerra el vol. IV de *Zeitschrift* cubre más de un año, 1916-18, y el vol. V de Imago los años 1917-18). Con el comienzo del vol. VI se retiró la palabra `ärztliche’ del título de *La Internationale Z*. <<

[1695] Nota de 1924: —En 1920 ha emprendido E. Jones la fundación de un *Internacional Journal of Psychoanalyse*, destinado a Inglaterra y América. <<

[1696] *Zentralblatt für Psychoanalyse*, tomo I, página 122. <<

[1697] *Korrespondenzblatt*, núm. 5. Zurich, abril 1911. <<

[1698] Conozco los reparos que pueden oponerse al aprovechamiento de las manifestaciones de un paciente, y quiero, por tanto, hacer constar que mi informador es una persona tan digna de confianza como capaz de juicio. Me ha informado sin yo pedírselo y me sirvo de sus manifestaciones sin haberle pedido autorización para ello, porque no creo que una técnica psicoanalítica pueda pretender ampararse de la discreción. <<

[1699] Esta carta, fechada el 26 de junio de 1910, fue publicada en el volumen VII de *Anthropophyteia, Jahrbücher für folkloristische Erhebungen und Forschungen zur Entwicklungsgeschichte der geschlechtlichen Moral* («Anthropophyteia, Anales para estudios folklorísticos e investigaciones sobre la evolución de la moral sexual»), pág. 472 y siguientes, dirigidos por Friedrich S. Krauss. La versión original ha sido reproducida en la edición vienesa de las obras completas: *Gesammelte Schriften*, tomo XI, Internat. Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Viena-Zurich, 1928; en las *Schriften zur Neurosenlehre und zur psychoanalytischen Technik*, por la misma editorial, 1931, y en la edición londinense de las obras completas: *Gesammelte Werke*, tomo VIII, Imago Publishing Co., Londres, 1943. <<

[1700] Cf. *El chiste y su relación con lo inconsciente* (en estas *Obras Completas*). <<

[1701] Título en alemán: «Groß ist die Diana der Epheser», *Zbl. psychoan.*, 2, 158, 1911. <<

[1702] Cf. también la poesía alusiva de Goethe en el tomo II de la «Sophien-Ausgabe». <<

[1703] *Historia de los apóstoles*, cap. XIX. <<

[1704] *Die psychoanalytische Methode, eine erfahrungswissenschaftlich-systematische Darstellung* («El método psicoanalítico. Una exposición empírico-científica sistemática»), por el Dr. Oskar Pfister, Sacerdote y Profesor de Seminario en Zurich. (*Pädagogium*, editado por el Prof. Dr. Oskar Messmer, tomo I). Julius Klinkhardt Verlag, Leipzig, 1913. (Reimpresión, 1921; tercera edición, modificada, 1924). Además, este prefacio fue incluido en la edición vienesa de las obras completas, *Gesammelte Schriften*, tomo XI, Internat. Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Viena-Zurich, 1928; en las *Schriften zur Neurosenlehre und zur psychoanalytischen Technik*, por la misma editorial, 1931, y en la edición londinense de las obras completas: *Gesammelte Werke*, tomo X, Imago Publishing Co., Londres, 1946. En 1917 se dieron dos ediciones en lengua inglesa: la de Moffat, Yard & Co., Nueva York, y la de Kegan Paul, Londres. <<

[1705] Maxim Steiner: *Die psychischen Störungen der männlichen Potenz* («Los trastornos psíquicos de la potencia masculina»), editorial Franz Deuticke, Leipzig-Viena, 1913 (2da. edición: 1917; 3ra. edición: 1926). Este prólogo se encuentra también en las dos ediciones de las obras completas en alemán: *Gesammelte Schriften*, tomo XI, Internat. Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Viena-Zurich, 1928; *Gesammelte Werke*, tomo X, Imago Publishing Co., Londres, 1946. <<

[1706] *Der Unrat in Sitte, Brauch, Glauben und Gewohnheitsrecht der Völker* («Elementos escatológicos en las costumbres, los usos, las creencias y el derecho consuetudinario de los pueblos»), por John Gregory Bourke, traducido al alemán y elaborado por Friedrich S. Krauss y H. Ihm. (*Beiwerke zum Studium der Anthropophyteia* - «Apéndices al estudio de la *Anthropophyteia*», tomo VI). Ethnologischer Verlag, Leipzig, 1913. Reproducido en las dos ediciones de las obras completas: *Gesammelte Schriften*, tomo XI, Internat. Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Viena-Zurich, 1928; *Gesammelte Werke*, tomo X, Imago Publishing Co., Londres, 1946. De este prólogo, james Strachey incluyó una traducción inglesa (*The Excretory Functions in Psychoanalysis and Folklore*) en su edición de las obras de Freud: Collected Papers, tomo V. The Hogarth Press, Londres, 1950. <<

[1707] «Aus der Geschichte einer infantilen Neurose», en alemán el original, en *S. K. S. N.*, 4, 578-717, 1918. El tratamiento analítico del joven ruso se inicia con Freud en febrero de 1910 y se le da término en julio de 1914. Freud comienza a redactar el historial en octubre y lo termina en noviembre del mismo año. Esperó cuatro años más hasta su publicación, momento en que sólo añade dos largos comentarios. El epílogo lo escribe para la edición de 1924, donde además incluye un sumario biográfico del paciente. Strachey hace notar que Freud se refirió a diversos episodios y aspectos del 'hombre de los lobos' a lo largo de varios ensayos diferentes. Ver por ejemplo el Sueño de los lobos en el trabajo de 1913 titulado 'Sueños con temas de cuentos infantiles' (en estas *Obras completas*). Este historial es, sin lugar a dudas, uno de los más importantes de Freud, tanto desde el punto de vista de la técnica como de la teoría psicoanalítica. (*Nota del E.*) <<

[1708] Escribí el presente historial clínico recién terminado el tratamiento del caso, en el invierno de 1914 a 1915, y bajo la impresión de las alteraciones que en los resultados psicoanalíticos intentaban introducir C. G. Jung y Alfredo Adler. Se enlaza, pues, al ensayo publicado en el *Jahrbuch der Psychoanalyse* de 1914 y titulado *Historia del movimiento psicoanalítico*, y completa, con la revisión objetiva del material analítico, la polémica esencialmente personal en dicho ensayo integrada. Destinado originariamente al volumen siguiente del *Jahrbuch*, hube de decidirme a publicarlo aparte, ante la demora indefinida que a la publicación del mismo imponía la guerra europea. Mucho de lo que en este trabajo había de ser tratado por vez primera hube de exponerlo entre tanto en mis *ensayos* (en estas *Obras Completas*) *Lecciones Introductorias*.

Reproduzco aquí, sin modificación alguna de importancia, el texto primitivo, añadiendo tan sólo algunos complementos que van entre paréntesis []. <<

[1709] Dos años y medio. En este caso fue posible determinar fijamente casi todas las fechas. <<

[1710] Información de este tipo pudiera usarse de regla como un material absolutamente auténtico. De aquí que resultaría tentador emprender el fácil camino de llenar las lagunas mnémicas del paciente preguntando a los miembros de más edad de la familia. Sin embargo, mi consejo es abiertamente opuesto a tal técnica. Todo relato que pudiera ser contado por familiares respondiendo a averiguaciones y preguntas está a merced de cualquier temor crítico que alcance ponerse en actividad. Invariablemente uno llega a lamentar haber dependido de tal información; al mismo tiempo que se perturba la confianza en el análisis hace su aparición una verdadera corte de apelaciones sobre él. Lo que pueda llegar a ser recordado debería, en todo caso, aparecer en el curso ulterior del análisis. <<

[1711] Por tendencias pasivas entendemos aquellas que tienen un fin sexual pasivo, pero sin referirnos con ello a una transformación de los instintos, sino tan sólo de los fines. <<

[1712] Cf. la analogía señalada por O. Rank entre estos dos cuentos y el mito de Cronos. (*Zentralblatt f. Psychoanalyse*, II, 8.) <<

[1713] Se consideró que la edad de seis meses era la alternativa menos probable y por cierto la menos defendible. <<

[1714] Cf. las ulteriores transformaciones de este factor en la neurosis obsesiva. En los sueños aparecidos durante el tratamiento fue sustituida por un fuerte viento. Adición de 1924. —‘Aria’ = aire (‘mal-aria’ = mal aire). <<

[1715] Con esta circunstancia habrá de relacionarse el hecho de que en su dibujo sólo incluyera el paciente cinco lobos, aunque el texto del sueño consigna seis o siete. <<

[1716] En ropas interiores *blancas*: el color *blanco* de los lobos. <<

[1717] ¿Por qué precisamente tres veces? El sujeto sentó de pronto la afirmación de que tal detalle había sido deducido por mí en el curso del análisis. Pero no era así. Se trataba de una ocurrencia espontánea suya, extraída a toda reflexión crítica, y que me atribuía, según costumbre, para que una tal proyección se le hiciera más verosímil. <<

[1718] Tal comprensión no tuvo efecto en el momento mismo de la percepción, sino ulteriormente, en la época del sueño, cuando el sujeto tenía ya cuatro años. En el momento de la percepción (al año y medio) no hizo extraer las impresiones cuya comprensión *a posteriori*, en la época del sueño, le fue facilitada por su desarrollo, su excitación sexual y su investigación sexual. <<

[1719] No es posible salvar la primera de estas dificultades suponiendo que en la época de su observación tuviera el niño un año más, esto es, dos años y medio, edad en la que podía ya saber hablar, pues todas las circunstancias accesorias del caso excluyen terminantemente tal hipótesis. Por lo demás, ha de tenerse en cuenta que el descubrimiento de tales escenas de observar el coito entre los padres no es nada raro en el análisis. Y tienen por condición la de pertenecer a la más temprana infancia, pues cuanto mayor es un niño, más se cuidan los padres, sobre todo en un cierto nivel social, de no darle ocasión a tales observaciones. <<

[1720] Strachey señala que es el primer uso publicado de esta denominación a la observación del coito entre los padres. (*Nota del E.*) <<

[1721] Después de haber sido objeto de aquella dura reprensión por parte del profesor Lobo, supo el sujeto, por ser opinión corriente entre sus compañeros, que aquel profesor extremaba su severidad esperando ser apaciguado luego por los alumnos con regalos en dinero. Más adelante volveremos sobre este detalle. Me figuro qué alivio constituiría para quienes consideren este historial infantil desde un punto de vista racionalista la posibilidad de suponer que todo el miedo al lobo había tenido, en realidad, su punto de partida en el profesor de latín así llamado, habiendo sido luego proyectado regresivamente sobre la infancia y engendrado con el apoyo de la ilustración del libro de cuentos la escena primordial. Pero ello es absolutamente insostenible, pues la prioridad temporal de la fobia al lobo y su localización en los años infantiles que el sujeto pasó en la primera finca quedaron indudablemente demostradas por toda clase de testimonios. ¿Y el sueño soñado a los cuatro años? <<

[1722] Ferenczi (1912). <<

[1723] El texto del sueño habla de seis o siete. Seis es el número de las cabritas devoradas por el lobo, pues la séptima se salvó escondiéndose en la caja del reloj. Es ley estricta de la interpretación onírica que todo detalle encuentre su explicación. <<

[1724] Una vez conseguida la síntesis de este sueño vamos a intentar exponer visiblemente las relaciones del contenido onírico manifiesto con las ideas oníricas latentes.

Es de noche y estoy acostado en mi cama. Lo último es el comienzo de la reproducción de la escena primordial. «Es de noche» es una deformación de «estaba durmiendo». La observación «Sé que cuando tuve este sueño era una noche de invierno» se refiere al recuerdo del sueño y no pertenece a su contenido. Es exacta, pues fue una noche próxima a su cumpleaños, o sea el día de Nochebuena.

De pronto se abre la ventana. Traducción. Despierto espontáneamente de pronto: recuerdo de la escena primordial. La influencia de la historia del lobo se impone con una modificación y transforma la expresión directa en una metáfora. Al mismo tiempo, la introducción de la ventana sirve para incluir en el presente el contenido sucesivo del sueño. En la tarde de Nochebuena se abre de repente la puerta y deja ver el árbol de Navidad con los regalos. Se impone, pues, en este punto la influencia de la expectación despertada en el infantil sujeto por la proximidad de la Nochebuena, expectación que se refiere también a la satisfacción sexual.

El grueso nogal. Representación del árbol de Navidad y, como tal, correspondiente a la época del sueño, pero también del árbol en el que se refugia el sastre y al pie del cual acechan los lobos. Un árbol alto es también, como frecuentemente he podido comprobar, un símbolo de la observación de la actividad del *voyeur*. Subido en un árbol puede ver uno, sin ser advertido, todo lo que abajo sucede. Cf. el conocido cuento de Boccaccio y multitud de otros análogos.

Los lobos. Su número: *seis o siete*. En el cuento del lobo son una manada, sin número fijo. La determinación numérica muestra la influencia del cuento de las siete cabritas, de las cuales son devoradas seis. La sustitución del número dual de la escena primordial por una pluralidad, que en dicha escena hubiera sido absurda, es acogida por la resistencia como medio de deformación. En el

dibujo en que el sujeto representó su sueño expresó el número cinco como rectificación, probablemente, del dato de que era de noche.

Los lobos estaban encaramados en el árbol. Sustituyen primeramente a los regalos colgados del árbol de Navidad. Pero han sido encaramados al árbol porque ello puede significar que observan algo. En el cuento del abuelo permanecen al pie del árbol. Así, pues, su relación con el árbol ha sido invertida en el sueño, de lo cual ha de deducirse que el contenido onírico integra otras inversiones del material latente.

Le miran con intensa atención. Este detalle ha pasado entero de la escena primordial al sueño a costa de una inversión total.

Son completamente blancos. Este detalle, inesencial en sí, pero enérgicamente acentuado en el relato del sujeto, debe su intensidad a una amplia amalgama de elementos de todos los estratos del material y une luego detalles secundarios de las demás fuentes del sueño con un fragmento importante de la escena primordial. Esta última determinación procede, probable mente, de la blancura de las ropas de la cama de los padres y de las prendas interiores de los mismos, del color blanco de las ovejas y de los perros de ganado, como alusión a sus investigaciones sexuales en los animales, y, por último, del color blanco aparente en el cuento de las siete cabritas, las cuales reconocen por él a su madre. Más adelante veremos también cómo la ropa blanca constituye una alusión a la muerte.

Permanecían inmóviles. Con este detalle queda contradicho el contenido más acusado de la escena, la movilidad que, por la posición a la que conduce, establece el enlace entre la escena primordial y el cuento del lobo.

Tenían grandes colas, como los zorros. Este detalle está destinado a contradecir un resultado nacido en la influencia de la escena primordial sobre el cuento del lobo, y en el que debemos ver la conclusión más importante de la investigación sexual. Existe, pues, realmente, una castración. El sobresalto con el cual es acogido este resultado mental se abre por fin camino hasta el sueño y pone término al mismo.

El miedo a ser devorado por los lobos. Al sujeto no le parecía motivado por el contenido del sueño. Decía que no había tenido por qué asustarse, pues los

lobos parecían más bien zorros o perros y no se abalanzaron hacia él como para morderle sino que permanecieron inmóviles, sin mostrarse nada temibles. Vemos que la elaboración del sueño se ha esforzado en hacer inofensivos los contenidos penosos por medio de una transformación en sus antítesis. (No se movían y tenían unas hermosas colas.) Hasta que fallaron tales medios y estalló la angustia, que halló una expresión con ayuda del cuento en el que las cabritas-niños son comidas por el lobo-padre. Probablemente este mismo contenido recordó al sujeto las humorísticas amenazas que su padre le dirigía en sus juegos con él («¡Te voy a comer!»), de manera que el miedo de ser comido por el lobo pudo ser tanto una reminiscencia como una sustitución por desplazamiento.

Los motivos optativos de este sueño son fácilmente aprehensibles; a los deseos diurnos superficiales de que hubiera llegado la Nochebuena con sus regalos (sueño de impaciencia) se me une el deseo, más profundo y permanente en aquella época, de la satisfacción sexual procurada por el padre, el cual deseo es sustituido primeramente por el de volver a ver aquello que tanto le impresionó en tiempos. Luego, el proceso psíquico sigue su curso desde el cumplimiento de este deseo en la escena primordial conjurada hasta la repulsa del deseo y la represión, inevitables ya.

La amplitud y la minuciosidad de la exposición a que me obliga el deseo de dar al lector algún equivalente de la fuerza probatoria de un análisis personalmente llevado a cabo, deberá hacerle ver la imposibilidad de comunicar análisis prolongados a través de varios años. <<

[1725] Como mejor podemos tener en cuenta esta manifestación del sujeto es suponiendo que el objeto de su observación fue primero un coito en postura normal, el cual despierta siempre la impresión de un acto sádico. Sólo después de este coito habría sido cambiada la postura, dándole ocasión de otras observaciones y otros juicios. Pero esta última hipótesis no pudo ser comprobada en el análisis, ni tampoco nos parece indispensable. No queremos que nuestra sintética exposición del caso haga olvidar que el analizado daba expresión verbal, en edad superior a los veinticinco años, a impresiones e impulsos de cuando sólo tenía cuatro, y para los que entonces no hubiera podido hallar tal expresión. Descuidando estas advertencias es fácil encontrar extraño e increíble que un niño de cuatro años pudiera ser capaz de un juicio tan objetivo y de pensamientos tan cultivados. Trátase simplemente de un segundo caso de elaboración *a posteriori*. El niño recibe al año y medio una impresión a la que no puede reaccionar suficientemente; sólo después, teniendo ya cuatro años, cuando tal impresión experimenta una reviviscencia, llega a comprenderla y a ser agitado por ella, y sólo dos decenios después puede aprehender, con actividad mental consciente, lo que en aquella primera época sucedió en él. El analizado prescinde luego con toda razón de tales tres fases y coloca a su *yo* actual en la situación lejanamente pretérita. Por nuestra parte le seguimos en ello, pues dada una autoobservación y una interpretación igualmente correctas, el efecto ha de ser tal como si pudiera prescindirse de la distancia entre la segunda y la tercera fase cronológica. Además, tampoco disponemos de otro medio para describir los procesos de la segunda fase. <<

[1726] Más adelante, al ocuparnos de su erotismo anal, veremos cómo se las arregló el sujeto con este aspecto del problema. <<

[1727] Un pasaje en la primera edición de mi «Interpretación de los sueños» (1900) puede mostrar cómo me interesaba yo en ese problema tan inicialmente. Analizo una observación que sucede en un sueño: 'Ya no quedan'. Se explica que la frase provenía de mí. Algunos días antes le había explicado a la paciente que las experiencias infantiles más precoces 'ya no quedan' como tales, sino que son reemplazadas en el análisis por transferencias y por sueños. <<

[1728] Sobre el mecanismo del sueño no puede ejercerse influencia ninguna, pero sí sobre una parte del material onírico. <<

[1729] Por nuestra parte, y fundados en excelentes razones, preferimos decir: «El desvío de la libido de los conflictos actuales…». <<

[1730] ‘No claro’. <<

[1731] Repetidamente intenté colocar todos los sucesos del paciente adelantados en un año y así referir el episodio de seducción a los cuatro años y tres meses, el sueño a su quinto cumpleaños, etc. Considerando los intervalos entre los distintos sucesos no hay ninguna posibilidad de ganar tiempo. Pero el paciente permaneció obstinadamente en sus afirmaciones, no logrando, sin embargo, remover del todo mis dudas. Una postergación así, de un año, obviamente no sería de importancia ni para la impresión ocasionada por su relato ni para los comentarios e implicaciones relacionadas con el suceso. <<

[1732] Mal trato, consistente, sobre todo, en golpes administrados en el pene. <<

[1733] Como más adelante veremos, este síntoma surgió cuando el sujeto tenía seis años y sabía ya leer. <<

[1734] Presuponiendo, claro está, la realidad de la escena primaria. <<

[1735] El paciente me dijo que en su idioma nativo no existía una expresión similar a la alemana ‘Durchfall’ que significara tanto fallar en un examen como también ‘diarrea’. <<

[1736] Esta expresión tiene el mismo significado en su lengua nativa como en alemán. <<

[1737] El efecto era idéntico cuando se ponía el mismo la irrigación en lugar de hacérsela poner por otro. <<

[1738] Aunque no fue posible fijar la fecha de este suceso, hemos de suponerlo anterior al sueño de angustia cuando él tenía cuatro años y probablemente antes de que sus padres se ausentaran del hogar. <<

[1739] Deducción probablemente acertada. <<

[1740] O en tanto no llegó a comprender el coito de los perros. <<

[1741] Cf. *Sobre las transmutaciones de los instintos y el erotismo anal*, 1917.
<<

[1742] No es difícil comprobar que los niños de pecho sólo ensucian con sus excrementos a las personas que les son conocidas y queridas, no honrando jamás con tal distinción a un extraño. En mis *Tres ensayos para una teoría sexual* hube de mencionar el primer aprovechamiento del excremento para la excitación autoerótica de la mucosa intestinal. Los progresos de la investigación nos revelan luego que la defecación se halla regida por la relación a un objeto, al cual quiere el niño mostrar con ella su obediencia y su afecto. Esta relación se prolonga luego en el hecho de que el infantil sujeto sólo se deja sentar en el orinal o poner a orinar por ciertas personas que le son queridas, elección en la que intervienen ya otros propósitos de satisfacción. <<

[1743] En lo inconsciente no existe el «no». Las antítesis coexisten fundidas. La negación es únicamente introducida por el proceso de la represión. <<

[1744] De igual manera ‘gusano’ viene a representar recién nacidos en sueños y fobias. <<

[1745] Así es como invariablemente son consideradas las heces por los niños.
<<

[1746] ‘Fausse reconnaissance (déjà raconté), en el psicoanálisis’. <<

[1747] Cf. 'El material de cuentos infantiles en los sueños'. Rectificación en un relato posterior: «No; no tallaba con la navajita en el árbol. Este detalle pertenece a otro recuerdo, falseado también por una alucinación, y según la cual, una vez que hice un corte con el cortaplumas en un árbol, brotó sangre de la hendidura». <<

[1748] De la *chacha*, como ya sabemos, y de otra criada, según veremos más adelante. <<

[1749] Entre los síntomas más atormentadores y al mismo tiempo más grotescos, de entre aquellos de su enfermedad ulterior, era su relación con cada sastre al que le encargara la confección de vestimenta: su deferencia y timidez delante tan alto funcionario, sus desesperados esfuerzos por ganar su favor dando importantes propinas, y su desesperación por los resultados del trabajo, sea lo que fuese lo que resultara. (Strachey comenta que en alemán sastre es ‘Schneider’, cortador, y circuncidar se dice ‘beschneiden’, no olvidando que fue un sastre quien le cortó la cola al lobo. *Nota del E.*) <<

[1750] Posteriormente al sueño de angustia, pero hallándose aún en la primera finca tuvo el sujeto varios sueños relacionados con estos sucesos y en los que la escena del coito se le aparecía como un proceso entre cuerpos celestes. <<

[1751] Una gonorrea. <<

[1752] Es singular que la reacción de la vergüenza aparezca tan íntimamente enlazada a la micción involuntaria (nocturna o diurna) y no igualmente, como era de esperar, a la incontinencia fecal. Pero la experiencia no deja en este punto lugar ninguno a dudas. También la relación regular de la incontinencia de orina con el fuego da qué pensar. Es posible que estas reacciones y relaciones constituyan precipitados de la historia de la civilización humana y mas profundos que todos los residuos llegados hasta nosotros en el mito y en el folklore. <<

[1753] A los dos años y medio, o sea entre la supuesta observación del coito y la seducción. <<

[1754] Antes del sueño. <<

[1755] En Austria ‘Espe’ y S.P. se pronuncian igual. <<

[1756] «… daß es in einer Glückshaube zur Welt gekommen sei». Literalmente: «… que había venido al mundo con una cofia de buena suerte». El hecho de que un niño nazca así «cubierto», o sea con la placenta sobre la cabeza y parte del rostro, se considera como un feliz augurio en cuanto a sus destinos. La significación de esta circunstancia en el análisis de la lamentación del sujeto de que el mundo se le mostraba envuelto en un velo ha hecho imposible emplear la expresión castellana equivalente «nacer de pie». (Nota del T.) <<

[1757] La posible interpretación secundaria de que el velo represente el himen que se desgarra en la cópula con el hombre no coincide con la condición de la curación ni presenta relación alguna con la vida del sujeto, para el cual no significa nada la virginidad. <<

[1758] Reconozco que es ésta la más ardua cuestión de la teoría analítica. No he necesitado de las comunicaciones de Adler o de Jung para ocuparme críticamente de la posibilidad de que las vivencias infantiles olvidadas que el psicoanálisis descubre —inverosímilmente tempranas— reposen más bien en fantasías creadas en ocasiones posteriores, debiendo verse, por lo tanto, una manifestación de un factor constitucional o de una disposición filogénicamente conservada allí donde creemos hallar en los análisis el efecto *a posteriori* de una de tales impresiones infantiles. Por el contrario ninguna duda me ha preocupado tanto ni me ha hecho renunciar tan decididamente a muchas publicaciones. Por otro lado, he sido el primero en dar a conocer tanto el papel de las fantasías en la producción de síntomas como el fantasear retrospectivo sobre la infancia de fantasías nacidas de estímulos posteriores y sexualizados después del suceso, hecho que ninguno de mis adversarios se ha dignado mencionar. (Cf. mi *Interpretación de los sueños* y las *Observaciones a un caso de neurosis obsesiva*.) Si, a pesar de todo, he seguido propugnando mi teoría, más inverosímil y más ardua, ha sido siempre con argumentos como los que el caso aquí descrito, o cualquier otro de neurosis infantil, impone al investigador, y que de nuevo someto a la consideración de mis lectores. <<

[1759] La escena con Gruscha fue, como ya hemos hecho constar, un rendimiento mnémico, espontáneo del sujeto, sin intervención alguna por parte del médico. La laguna que presentaba fue cegada por el análisis en forma que podemos calificar de irreprochable si, en general, damos algún valor a la técnica psicoanalítica. Una explicación racionalista de esta fobia habría de limitarse a los siguiente: No tiene nada de extraño que un niño predispuesto a la angustia sufra una vez, ante una mariposa amarilla, un acceso de miedo, probablemente a causa de una inclinación heredada al miedo. (Cf. Stanley Hall: *A synthetic genetic of fear*, en *Amer J. of Psychology*, XXV, 1914). Ignorante de esta causa, el sujeto buscaría un enlace de su miedo con algún suceso de su infancia y aprovecharía la identidad casual de los nombres y el retorno de las rayas amarillas para constituir la fantasía de una aventura con aquella niñera cuyo recuerdo conservaba aún. Pero el hecho de que las circunstancias accesorias del suceso, inocente en sí, esto es, el acto de fregar y la presencia del cubo y la escobilla muestran luego, en la vida ulterior del sujeto, el poder de determinar prolongada y objetivamente su elección de objeto, otorga a la fobia a la mariposa una importancia incomprensible. La situación resulta así tan singular, por lo menos, como aquélla a la que nosotros llegamos, y en consecuencia, la interpretación racionalista de la escena no nos procura ventaja ninguna. Así, pues, la escena con Gruscha se nos hace más valiosa, porque podemos preparar en ella nuestro juicio sobre la escena primaria, menos segura. <<

[1760] *Tótem y tabú*. [En estas *Obras completas*.] <<

[1761] *Sobre los tipos de adquisición de las neurosis*, 1912. <<

[1762] Podemos prescindir de que tal conducta sólo veinte años después pudiera ser concretada en palabra, pues todos los efectos que derivamos de la escena hubieron de exteriorizarse ya en la infancia y mucho tiempo antes del análisis en forma de síntomas, obsesiones, etc. En cuanto a este punto es indiferente considerar la escena como una escena primaria o tan sólo como una fantasía primaria. <<

[1763] Debo acentuar de nuevo que estas reflexiones serían totalmente ociosas si el sueño y la neurosis no pertenecieran por sí mismos a la infancia. <<

[1764] Según lo consigna Strachey en la edición inglesa En paréntesis cuadrados lo que no corresponde a la edición de Freud (*Nota del E*.) <<

[1765] El informe de la Dra. Brunswick acerca este tercer tratamiento del ‘Hombre de los lobos’ se imprimió en ‘The Psychoanalytic Reader’, editado por R. Fliess (1950), donde se incluye un breve esquema de la historia del paciente hasta 1940. Una segunda publicación acerca las dificultades surgidas por la Segunda Guerra Mundial y de sus reacciones a ellas se encuentra en una comunicación de Muriel Gardiner (1952). Una relación completa del caso puede hallarse en el segundo volumen de la biografía de Freud escrita por E. Jones (1955). Estos datos los anota James Strachey. (*Nota del E.*) <<

[1766] *Mitteilung eines der psychoanalytischen Theorie widersprechenden Falles von Paranoia*, en alemán el original, en *Int. Z. Psychoanal*., 3 (6), 321-9, 1915. <<

[1767] *La introducción al narcisismo* apareció en el *Jahrbuch für Psychoanalyse*, con el título de *Zur Einführung des Narzißmus*, 6, 1-24, 1914. Incluida luego en la cuarta serie de *Aportaciones a la teoría de las neurosis*. (Primera edición, 1918; segunda, 1922), figura actualmente en tomo VI de las *Obras completas* editada por *Internationaler Psychoanalytischer Verlag*. La versión española original ha sido totalmente revisada. <<

[1768] En nota de 1920 al trabajo Tres ensayos para una teoría sexual, Freud comenta que en verdad el término narcisismo habría sido usado primero por Havelock Ellis en 1898. (N. del E.) <<

[1769] Otto Rank (1911). <<

[1770] Véase el análisis del caso Schreber, mi discusión acerca del ‘fin del mundo’ (en estas *Obras completas*). <<

[1771] Cf. *Tótem y tabú* (en estas *Obras completas*). <<

[1772] Esta fantasía tiene por base un doble mecanismo: o el flujo de toda la carga de libido al objeto amado o su retracción total al yo. <<

[1773] Strachey recuerda una cita de E. Jones, aludiendo a que Freud ya en 1909 (reunión del 10 de noviembre de la Sociedad Psicoanalítica de Viena) planteó que el narcisismo era una etapa necesaria intermedia entre el autoerotismo y el amor objetal. (*N. del E.*) <<

[1774] *Wandlungen und Symbole der Libido*, en *Jahrbuch für psych. Forschungen*, 1912. <<

[1775] *Intern. Zeitschr. f. Psychoan*., I, 1913. <<

[1776] *Versuch einer Darstellung der Psychoan. Theorie, en Jahrbuch*, V, 1913. <<

[1777] Cf. ‘Sobre los tipos de iniciación de una neurosis’, 1912. <<

[1778] ‘Anaclítico’ en la traducción inglesa. ‘Apoyo’ se refiere a los instintos sexuales que se apoyan en los instintos del yo. (*N. del E.*) <<

[1779] De esta instancia psíquica unificada al ideal del yo concibió Freud posteriormente el Super-yo (1921, 1923). (*N. del E.*) <<

[1780] Quisiera agregar a esto, solamente a manera de sugerencia, que el desarrollo y fortalecimiento de esta instancia observadora pudiera contener dentro de sí la génesis ulterior de la memoria (subjetiva) y del factor temporalidad, el último de los cuales no tiene empleo en los procesos inconscientes. <<

[1781] No puedo precisar aquí, si la diferenciación de la instancia censora del resto del yo es suficiente base para la distinción filosófica entre consciencia y auto-consciencia. <<

[1782] *Über Triebumsetzungen, insbesondere der Analerotik*, en alemán el original, en *Int. Z. Psychoanal.*, 4 (3), 125-130, 1917. (Escrito probablemente en 1915 y no publicado en ese entonces por las condiciones bélicas. La versión española original ha sido totalmente revisada. *Nota del E.*) <<

[1783] *El carácter y el erotismo anal*, 1908. <<

[1784] ‘La disposición a la neurosis obsesiva’, 1913. <<

[1785] *«Anal» und «Sexual»*, en Imago, IV, 5, año 1916. <<

[1786] *Triebe und Triebschicksale*, en alemán el original, en *Int. Z. Psychoanal.*, 3 (2), 84-100, 1915. Forma parte de un conjunto planeado originalmente por Freud para presentar los fundamentos firmes teóricos del psicoanálisis, a publicarse en un libro por título *Zur Vorbereitung einer Metapsychologie* que no llegó a concretarse. Según E. Jones cinco de estos ensayos fueron escritos en 1915 (marzo a mayo), terminando Freud otros siete trabajos a continuación (hasta agosto, 1915). El grupo de los cinco primeros comprendía: (1) *Los instintos y sus destinos*; (2) *La Represión*; (3) *El inconsciente*; (4) *Adición metapsicológica a la teoría de los sueños*; (5) *Duelo y Melancolía* (todos éstos incluidos en este volumen). De los siete escritos restantes, sólo ha llegado a conocerse el tema de los cinco primeros, ya que parece ser que Freud los destruyó (*Conscienciación, Angustia, Histeria de Conversión, Neurosis Obsesiva, Neurosis de transferencia en general*). Para J. Strachey los otros dos temas debieron ser *Sublimación* y *Proyección*. La versión española original ha sido totalmente revisada. (*Nota del E.*) <<

[1787] Suponiendo, siempre, que estos procesos internos son los fundamentos orgánicos de las necesidades sed y hambre. <<

[1788] Nota de 1924: En trabajos posteriores relacionados con la vida instintiva he manifestado un punto de vista opuesto. (Cf. *El problema económico del masoquismo*, 1924). <<

[1789] Nota de 1924: Cf. nota anterior. <<

[1790] Una parte de los instintos sexuales es capaz, como ya sabemos, de esta satisfacción autoerótica, resultando, pues, apropiada para constituirse en portadora del desarrollo que a continuación se describe bajo el dominio del principio del placer. Los instintos sexuales, que desde un principio exigen un objeto, y las necesidades de los instintos del *yo*, jamás susceptibles de satisfacción autoerótica, perturban, como es natural, este estado y preparan los progresos. El estado narcisista primitivo no podría seguir tal desarrollo si cada individuo no pasase por un período de *indefensión* y *cuidados*, durante el cual son satisfechas sus necesidades por un auxilio exterior, y contenido así su desarrollo. <<

[1791] *Die Verdrängung*, en alemán el original, en *Int. Z. Psychoanal.*, 3 (3), 129-138, 1915. <<

[1792] La traducción literal de esta oración sería: «Más tarde se encontrará en el juicio de repudio [Urteilsverwerfung] (condenación) [Verurteilung], un buen medio contra la moción pulsional [Triebregung]». (*Nota del E.*) <<

[1793] Strachey comenta que el psicólogo Herbart, de comienzos del siglo XIX, usó ese término, pero que fue Freud quien acuñó el concepto. (*Nota del E.*)
<<

[1794] *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905). <<

[1795] *El chiste y su relación con lo inconsciente* (1905). <<

[1796] Esta comparación, aplicable al proceso de la represión, puede hacerse extensiva a uno de sus caracteres, ya indicado anteriormente. Bastará añadir que hacemos vigilar de continuo, por un centinela, la puerta prohibida al visitante, el cual acabaría si no, por forzarla. <<

[1797] Concepto que, como bien señala Strachey, ya lo planteó Freud en 1896 en *Las psiconeurosis de defensa*. (*Nota del E.*) <<

[1798] Se refiere indudablemente al caso del ‘hombre de los lobos’ (*Historia de una neurosis infantil*, 1918). (*Nota del E.*) <<

[1799] *Das Unbewußte*, en alemán el original, en *Int. Z. Psychoanal*., 3 (4), 189-203 y (5), 257-269, 1915. <<

[1800] La afectividad se manifiesta, esencialmente, en la descarga motora (secretora y vasomotora) encaminada a la modificación (interna) del propio cuerpo; la motilidad, en actos destinados a la modificación del mundo exterior. <<

[1801] Strachey señala que Freud usó en 1896 ese término en una carta a Fliess (del 13 de febrero) y que posteriormente sólo volvió a emplearlo una vez en *Psicopatología de la vida cotidiana*. (*Nota de J. N.*) <<

[1802] Cf. el análisis sobre esto en el capítulo VII de *La interpretación de los sueños*, basado en ideas desarrolladas con Breuer en 'Estudios sobre la histeria'. <<

[1803] Más adelante indicaremos aún otra prerrogativa más del sistema *Inc*. [que no fue aclarada. (*Nota del E*.)] <<

[1804] Para Strachey aquí Freud se refería al trabajo sobre la consciencia que no llegó a conocerse. (*Nota del E.*) <<

[1805] Otra referencia al trabajo sobre la consciencia nunca conocido. (*Nota del E*.) <<

[1806] Strachey corrige un error de la edición alemana que consigna ‘Prec’. en vez de *Inc*. (*Nota del E*.) <<

[1807] En ocasiones, maneja la elaboración onírica las palabras como si fuesen objetos y crea, entonces, frases o neologismos muy análogos a los de la esquizofrenia. <<

[1808] Otra referencia al citado trabajo ignoto de Freud sobre la consciencia. (*Nota del E.*) <<

[1809] [Metapsychologische Ergänzung zur Traumlehre, en alemán el original, en Int. Z. Psychoanal., 4 (6), 277-287, 1917.]

Este ensayo y el siguiente forman parte de un conjunto que originalmente yo intenté publicar en un libro con el título *Zur Vorbereitung einer Metapsychologie*. Le siguen algunos trabajos que fueron impresos en el volumen III de la *Internationale Zeitschrift für ärztliche Psychoanalyse* (*Los instintos y sus destinos*, *La represión* y *El inconsciente*). El propósito de la serie es clarificar y llevar a mayor profundidad las hipótesis teóricas en las que pudiera basarse un sistema psicoanalítico. <<

[1810] Para Strachey es la mención al desconocido ensayo de Freud sobre la paranoia. (*Nota del E.*) <<

[1811] A la tendencia a la representabilidad atribuimos también el hecho acentuado por Silberer y quizá exagerado por él, de que algunos sueños permitan dos distintas interpretaciones igualmente exactas, o sea, según Silberer, la *analítica* y la *anagógica*. Trátase siempre, en estos casos, de ideas muy abstractas, cuya representación en el sueño habría de tropezar con grandes dificultades. Imaginémonos, por ejemplo, situados ante la labor de sustituir por imágenes plásticas en una especie de jeroglífico el artículo de fondo de un diario político. La elaboración onírica tiene entonces que sustituir, primeramente, el texto abstracto por uno más concreto, enlazado, sin embargo, con el primero, por medio de comparaciones, símbolos y alusiones alegóricas, nuevo texto que pasa a ser el material de la elaboración onírica, en lugar del abstracto. Las ideas abstractas constituyen la interpretación llamada *anagógica*, más fácilmente conseguible que la propiamente analítica. Según una exacta observación de O. Rank, ciertos sueños de los pacientes sometidos al tratamiento psicoanalítico, son los mejores modelos de tales sueños de interpretación múltiple. <<

[1812] Reconocimos en el ensayo sobre el inconsciente que la sobrecarga de las presentaciones verbales son una primera tentativa de este tipo. <<

[1813] Debo agregar a título de complemento que todo intento de explicar la alucinación debiera partir de la alucinación *negativa* más que de la positiva. <<

[1814] *Los instintos y sus destinos*. <<

[1815] Cf. un pasaje posterior acerca de la distinción entre examen de la realidad y examen del momento. [*Realitätsprüfung y Aktualitätsprüfung*] <<

[1816] Me atrevo a sugerir en conexión con esto que las alucinosis tóxicas, por ejemplo, el delirium alcohólico, deben ser interpretadas de manera semejante. Aquí la insoportable pérdida impuesta por la realidad sería precisamente la pérdida del alcohol. Cuando se administra éste último cesa la alucinación. <<

[1817] Aquí el principio de la insensibilidad a la excitación de los sistemas no catectizados parece invalidarse en el caso del sistema *Cc* (*P*.). Pero, solamente, parece ser un problema de una sustracción *parcial* de las cargas. En cuanto al sistema perceptivo se refiere, debiéramos aceptar varias condiciones de excitación del todo divergentes de aquéllas de los otros sistemas. No intentamos, por supuesto, disfrazar o eludir el carácter provisorio y discutible de estos alcances metapsicológicos. Solamente una investigación más profunda puede llegar a un resultado con cierto grado de probabilidad. <<

[1818] *Trauer und Melancholie*, en alemán el original, en *Int. Z. Psychoanal.*, 4 (6), 228-301, 1917. <<

[1819] También Abraham, a quien debemos el estudio analítico más importante sobre la materia, parte de esta comparación. (*Zentralblatt f. Psychoan*., II, 6, 1912). <<

[1820] «Use every men after his dessert, and who should scape wipping?». «Hamlet», II, 2. <<

[1821] Véase mi trabajo *Los instintos y sus destinos* para diferenciarlos. <<

[1822] El punto de vista económico ha recibido poca atención hasta ahora en los escritos psicoanalíticos. Mencionaría como una excepción el trabajo de Víctor Tausk (1913) acerca de las causas de una represión desvalorizada por recompensas. <<

[1823] Nota de 1925: Cf. una continuación de esta discusión sobre la manía en *Psicoanálisis de las masas y análisis del ‘yo’* (1921). <<

[1824] *Zeitgemäßes über Krieg und Tod*, en alemán el original, en Imago, 4 (1), I-21, 1915. <<

[1825] Ernest Jones. <<

[1826] «Enrique IV». <<

[1827] En estas *Obras completas*. <<

[1828] Cf. *Tótem y tabú*: 4) «El retorno infantil al totemismo». <<

[1829] *Tótem y tabú*: 2) «El tabú y la ambivalencia de los sentimientos». <<

[1830] Cf. *Tótem y tabú* (1912-3). <<

[1831] Cf. la brillante argumentación de Frazer (Freud, *Tótem y tabú*). <<

[1832] Cf. *Tótem y tabú*, IV. <<

[1833] Este ensayo —titulado *Vergänglichkeit* en lengua original— fue redactado en noviembre de 1915 a invitación del Goethebund, de Berlín, con el objeto de ser insertado en el volumen conmemorativo *Das Land Goethes* («El país de Goethe, 1914-1916»), que esa institución hizo editar por la Deutsche Verlagsanstalt, de Stuttgart, bajo la firma de Zabel y Landau, destinándose el producto de su venta a la habilitación de bibliotecas populares en Prusia Oriental. La versión original de *Lo perecedero* también se encuentra en el decimoprimer tomo de *Gesammelte Schriften* (*Obras Completas*, edición vienesa) y en el décimo de *Gesammelte Werke* (*Obras completas*, nueva edición londinense). Una traducción de James Strachey (*On transience*) apareció en el *International Journal of Psycho-Analysis*, vol. 23, pág. 84, 1942, y fue reimpresa en Collected Papers, tomo V, Hogarth Press, Londres, 1950. Su idea medular fue explayada al año siguiente en *Duelo y melancolía* (en este volumen de estas *Obras completas*). (*N. del T.*) <<

[1834] Según Strachey, Freud se refiere a una temporada en las Dolomitas (agosto de 1913). <<

[1835] Ciertos investigadores afirman que el «joven pero ya célebre poeta» era Rainer Maria Rilke, y el «amigo taciturno» Lou Andreas Salomé.

Cf. al respecto Franco Rella, «Freud, Rilke y el amigo silencioso», en «La remoción de lo moderno - Viena del 900», de Nicolás Casullo. (Nota del E.) <<

[1836] Esta carta, fechada el 27 de abril de 1915, fue dirigida a la Dra. Hermine von Hug-Hellmuth y reproducida por ésta en su introducción al *Tagebuch eines halbwüchsigen Mädchens* («Diario íntimo de una adolescente») (*Quellenschriften zur seelischen Entwicklung*, N.º 1). Internationaler Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Viena-Zurich, 1919 (2a. edición: 1921; 3a. edición: 1922). Se encuentra asimismo en ambas ediciones de las obras completas en alemán: *Gesammelte Schriften*, tomo XI, Internat. Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Viena-Zurich, 1928; *Gesammelte Werke*, tomo X, Imago Publishing Co., Londres, 1946. En inglés, la traducción de Eden y Cedar Paul fue editada por Allen & Unwin,Londres, 1921 (2a edición en 1936) y por Thomas Seltzer, Nueva York, 1921, con el título *A Young Girl’s Diary*. <<

[1837] La serie de lecciones que constituyen el presente trabajo apareció por vez primera en 1916 (1.ª y 2.ª partes) y 1917 (3.ª parte) en la Editorial H. Heller (Viena y Leipzig). Una de las obras de mayor difusión de Freud y la que ofrece el mayor número de traducción a las distintas lenguas. De uso corriente en los círculos psicoanalíticos. (*Nota del E.*) <<

[1838] Edición Stybel, Jerusalén, 1930. El prólogo en alemán se halla en la edición londinense de las obras completas: *Gesammelte Werke*, tomo XVI, Imago Publishing Co., Londres, 1950; siendo su primera publicación alemana en G. S., 12 (1934). <<

[1839] Caso del propio Freud, relatado por él en *Psicopatología de la vida cotidiana*. (*Nota del E.*) <<

[1840] Popular semanario humorístico alemán. (*Nota del T*.) <<

[1841] Meringer y Mayer. <<

[1842] Meringer y Mayer. <<

[1843] Jung (1907). <<

[1844] Brill (1912). <<

[1845] Dattner. <<

[1846] Cf. también colecciones similares de Maeder (1906-7),Brill (1912), Jones (1911) y J. Stärcke (1916), etcétera. <<

[1847] Relatado por R. Reitler. <<

[1848] Equivocación sufrida por el diputado alemán Lattmann en un discurso que pronunció ante el Reichstag en noviembre de 1908. <<

[1849] José Breuer, en los años 1880 a 1882. Cf. sobre este punto inicial del psicoanálisis los trabajos titulados *Psicoanálisis, Cinco conferencias*, que en 1909 di en América, e *Historia del movimiento psicoanalítico*, contenidos en el volumen V de estas *Obras completas*. <<

[1850] En alemán existen términos diferentes para designar el sueño —fenómeno onírico— y el acto de dormir (*Traum* y *Schlaf*). Igualmente en francés y en inglés (*rêve* y *sommeil; dream* y *sleep*). Pero en castellano poseemos un mismo término —sueño— para ambos conceptos. Como esto pudiera originar confusiones, diremos tan sólo *sueño* refiriéndonos al fenómeno onírico, y emplearemos para designar el acto de dormir la palabra *reposo*. (*N. del T.*) <<

[1851] Frau Dr. v. Hug-Hellmuth. <<

[1852] En los días que me hallaba corrigiendo las pruebas de este capítulo, leí por casualidad un suceso que transcribiré aquí por aportar una confirmación inesperada a las consideraciones que preceden: EL CASTIGO DE DIOS. — Fractura de un brazo (Armbruch) como expiación de un *adulterio* (Ehebruch), Ana M., mujer de un reservista, denunció por adulterio a Clementina K. En su denuncia declara que Clementina tuvo con M. relaciones culpables mientras su propio marido se hallaba en campaña. A pesar de que su marido le enviaba setenta coronas al mes, Clementina recibía también dinero del marido de la denunciante, el cual tenía, en cambio, a su legítima mujer y a su hijo en la mayor miseria. Varios compañeros de M. revelaron a la denunciante que su marido frecuentaba con Clementina las tabernas, en las cuales permanecía hasta hora muy avanzada de la noche. Una vez propuso Clementina ante varios soldados al marido de la denunciante que abandonase a “su vieja” para irse a vivir con ella. La patrona de la casa en que vivía Clementina ha visto también muchas veces a M. con las ropas en desorden en el cuarto de su querida. Ésta declaró ayer ante el juez de Leopolstadt no conocer siquiera a M. y, por tanto, no haber tenido jamás relaciones íntimas con él.

En cambio, la testigo Albertina M. declaró que había sorprendido más de una vez a Clementina besando al marido de la denunciante.

M., que ya había prestado declaración en una sesión anterior, negó también toda relación con Clementina: pero ayer escribió al juez una carta en la cual retira su testimonio anterior y confiesa haber sido amante de Clementina hasta el mes de junio último. Si antes lo negó fue porque su querida le había suplicado de rodillas que no la comprometiese en su declaración. «Pero hoy —escribe el testigo— me siento obligado a decir al tribunal toda la verdad, pues habiéndome *fracturado el brazo izquierdo*, considero este accidente como un *castigo que Dios me inflige* por mi pecado».

Habiendo comprobado el juez que la acción punible se remonta a una fecha anterior en más de un año, la denunciante ha retirado su querella, habiéndose

sobreseído la causa. <<

[1853] Sueño citado originalmente por B. Dattner e incluido en «La interpretación de los sueños». (*N. del E.*) <<

[1854] ‘Aunque estén fallando las fuerzas, merece alabarse la voluntad’. (*Nota del E.*) <<

[1855] No cito aquí otra posible interpretación del número 3 en los sueños de mujeres sin descendencia por no habernos proporcionado este análisis dato alguno que a tal significación de este elemento se refiera. <<

[1856] Cf. *El chiste y su relación con lo inconsciente*, en el volumen III de estas *Obras completas*. (*Nota del T.*) <<

[1857] Cf. *Tótem y tabú*. (En estas *Obras completas*.) <<

[1858] E. Toulouse, *Emile Zola, enquête médico-psychologique*, París, 1896.
<<

[1859] Anna O. no llegó a casarse, según Jones, cit. por Strachey (*Nota del E.*)
<<

[1860] Strachey recuerda que posteriormente Freud intercaló la fase *fálica* entre las organizaciones sádica-anal y la genital (*Nota del E.*) <<

[1861] Para Strachey es el primer uso del término, mas no del concepto empleado por Freud ya en su segundo trabajo sobre la neurosis de angustia (1895) con el nombre de *ecuación etiológica*. (*Nota del E.*) <<

[1862] Strachey menciona que Stanley Hall enumeró a 132 fobias diferentes. (*Nota del E.*) <<

[1863] Tomados de la versión española de Rafael Cansinos Assens. Escritos con ocasión de la partida de Mariana, el 26 de septiembre de 1815. El alejamiento del ser amado provoca en Goethe una serie de afectos comentados por Freud en este trabajo, particularmente aquellos procesos en el revestimiento libidinal de objeto cuando éste es perdido. (*N. del E.*) <<

[1864] Las versiones inglesas y francesas son más explícitas de aclarar el extremo poder conferido por Hatem al amor de Zuleika, si ésta prodiga afecto aquél es capaz de autoestima. (*Nota del E*.) <<

[1865] Si pierde a su objeto amoroso devenido omnipotente. (*Nota del E.*) <<

[1866] Reacción a la pérdida del objeto por una identificación con el rival afortunado. (*Nota del E.*) <<

[1867] Strachey comenta que ya Freud analizó esta explicación de la sintomatología esquizofrénica en el estudio sobre el caso Schreber (1911). (*Nota del E.*) <<

[1868] Cf. *Un caso de paranoia contrario a la teoría psicoanalítica*. En el volumen III de estas *Obras completas*. (*Nota del E.*) <<

[1869] *Einige Charaktertypen aus der psychoanalytischen Arbeit*, en alemán el original [Imago, 4 (6), 317 - 336, 1916]. <<

[1870] Cf. *Macbeth* (acto II, escena I.): `a barren stock’. <<

[1871] J. Darmestester; *Macbeth*, edition classique, página LXXV, París, 1881.
<<

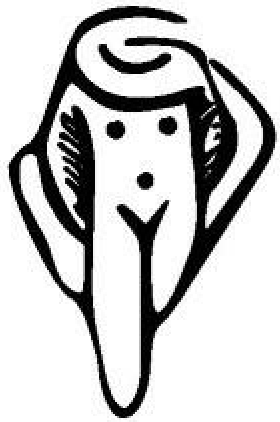
[1872] Como en la declaración de Ricardo III a la reina viuda ante el cadáver de su esposo. <<

[1873] Cfr. J. Darmestester, *l. c*. <<

[1874] La presencia del tema del incesto en `Rosmersholm’ ya ha sido demostrado por similares argumentos a los míos en el extenso trabajo de O. Rank, *Das Inzestmotiv in Dichtung und Sage*, 1912. <<

[1875] `Mythologische Parallele zu einer platischen Zwangsvorstellung’, en Int. Z. Psychoanal., 4 (2), 110, 1916. <<

[1876] Cf. *La indecorosa Albión*. Caricatura de Jean Véber (1901), reproducida en la obra de E. Fuchs *Das erotische Element in der Karikatur*, 1904. <<



[1877] «Eine Beziehung zwischen einem Symbol und einem Symptom», en el Int. Z. f. Psychoanal., 4 (2), 111, 1916. <<

[1878] «Eine Schwierigkeit der Psychoanalyse», en alemán en Imago, 5 (1), 1-7 y en húngaro en Nyugat (Budapest) 10 (1), 47-52, 1917. <<

[1879] «Eine Kindheitserinnerung aus `Dichtung und Wahrheit'», en *Imago*, 5 (2), 49-57, 1917. <<

[1880] (Adición de 1924): Aprovecho esta ocasión para rectificar una afirmación errónea en la que no debí incurrir. En páginas anteriores de *Poesía y verdad* aparece mencionado y descrito este hermano, en un pasaje referente a las molestas enfermedades infantiles que también «hicieron sufrir no poco» a Hermann Jakob. «Era de naturaleza cariñosa, taciturno y obstinado, y nunca tuvimos una verdadera relación íntima. Además, apenas sobrevivió a su primera infancia». <<

[1881] Error pasajero, de naturaleza singular. No puede negarse que el sujeto se encuentra ya inducido por la tendencia de supresión hostil al hermano. (Cf. Ferenczi, 1912, *Síntomas transitorios durante el análisis*.) <<

[1882] Esta duda, que ataca, en calidad de resistencia, el punto más esencial de la comunicación, fue espontáneamente retirada, poco después, por el paciente. <<

[1883] Elegía siempre objetos pesados. <<

[1884] *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*, en estas *Obras completas*. <<

[1885] Esta simbolización del embarazo me ha sido confirmada de nuevo no hace mucho por una paciente mía, mujer de más de cincuenta años. Sus familiares le habían contado repetidamente que, siendo muy niña, hasta el punto de que apenas hablaba aún, acostumbraba coger a su padre de la mano y tirar de él hasta llevarlo al balcón, mostrándose muy excitada cada vez que pasaba por la calle un pesado carro de mudanzas. Por el recuerdo de las casas en que de niña había vivido pudimos fijar que la sujeto tenía entonces unos dos años y medio. Por este tiempo nació su hermano, y familia tuvo que mudarse a una casa más espaciosa. Próximamente, en la misma época tuvo frecuentemente, en el momento de conciliar el sueño, la sensación de que algo inquietantemente grande se aproximaba a ella, al mismo tiempo que «se le hinchaban enormemente las manos». <<

[1886] «Das Tabu der Virginität», conferencia dada en la Sociedad Psicoanalítica de Viena y publicada junto con otros dos ensayos bajo el título «Beiträge zur Psychologie des Liebeslebens». [Cf. «Sobre un tipo especial de la elección de objeto» y «Sobre la degradación más generalizada de la vida erótica». (*Nota del E.*)] <<

[1887] Krafft-Ebing: *Bemerkungen über «geschlechtliche Hörigkeit» und Masochismus, en Jahrbücher für Psychiatrie*, X Bd., 1892. <<

[1888] Crawley: *The mystic rose, a study of primitive marriage*, Londres, 1902; Bartels-Ploss: *Das Weib in der Natur und Völkerkunde*, 1891; Frazer: *Taboo and the perils of the soul*, 1911; Havelock Ellis: *Studies in the psychology of sex*, 19l3. <<

[1889] *L. c.*, pág. 347. <<

[1890] En muchos otros ceremoniales de este orden está comprobado que la novia es entregada totalmente a personas distintas del novio, por ejemplo, a sus acompañantes (los *garçons d’honneur* de nuestras costumbres europeas). <<

[1891] Cf. *Totem y tabú*. <<

[1892] *Zur Sonderstellung des Vatermordes*, 1911 (*Schriften zur angewandten Seelenkunde*, XII). <<

[1893] «Die Bedeutung des Vaters für das Schicksal des Einzelnen», en *Jahrbuch für Psychoanalyse*, I, 1909. <<

[1894] Ploss y Bartels: Das Weib, I. XII (1891) y Dulaure: *Des divinités génératrices*, París (1905). <<

[1895] Cf. «Sobre las transmutaciones de los instintos y especialmente del erotismo anal» (en estas *Obras Completas*). <<

[1896] También merece citarse aquí, no obstante apartarse algo su argumento de la situación descrita, una narración, magistralmente concisa, de A. Schnitzler, titulada *El destino del barón de Leisenbogh*. El amante de una actriz de amplia experiencia amorosa maldice, al morir en un accidente, al primer hombre que después la posea. Durante algún tiempo, la actriz, a quien este tabú crea una especie de nueva virginidad, no se resuelve a conceder a nadie sus favores. Pero, enamorada de un cantante, encuentra al fin un medio de librarse de la maldición, entregándose antes, por una noche, al barón de Leisenbogh, que viene solicitándola en vano muchos años. En él se cumple la maldición, y muere súbitamente al descubrir el motivo de su inesperada fortuna amorosa. <<

[1897] «De la Patografía a la Psicografía», en *Imago*, I, 1912. <<

[1898] Título del original húngaro: «Kelle-e az egyetemen a psychoanalysist tanitani?» («¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la Universidad?»). Publicado únicamente en húngaro en la revista *Gyógyászat* (Budapest), 1919, página 192, número 13. Este artículo de Freud ha sido redescubierto en el curso de las pesquisas bibliográficas previas a la presente edición. Nunca se encontró el original alemán. Las circunstancias de su hallazgo han sido relatadas en la *Revista de Psicoanálisis* (Buenos Aires), volumen XII, núm. 1, págs. 102-110, 1955, con el título «Un artículo omitido de Sigmund Freud», donde el lector encontrará también referencias a otros escritos aquí reunidos. La traducción de este artículo ha sido realizada con la valiosa colaboración de la doctora Marta Békei, y la fuente original se obtuvo en fotocopia, gracias a la gentileza de la Oficina Sanitaria Panamericana de la Organización Mundial de la Salud. (*N. del T.*) <<

[1899] «Wege der psychoanalytischen Therapie», conferencia pronunciada en el V Congreso Psicoanalítico. Budapest, 1918. <<

[1900] Durante el análisis químico sucede, sin embargo, algo totalmente análogo. Simultáneamente a las disociaciones que el químico impone, van desarrollándose síntesis ajenas a su voluntad, provocadas por las afinidades de los cuerpos. <<

[1901] `Zur Vorgeschichte der analytischen Technik', publicado sin nombre de autor en la «Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse», 1920 <<

[1902] Señalado por Otto Rank y citado en mi `Interpretación de los sueños’.
<<

[1903] `Ein Kind wird geschlagen' (Beitrag zur Kenntnis der Entstehung sexueller Perversionen), en Int. Z. Psychoanal., 5 (3), 151-172. <<

[1904] Nota de 1924. Ver la continuación de esta línea de pensamiento en `El final del Complejo de Edipo’ (en estas *Obras Completas*). <<

[1905] Cf. `Los instintos y sus destinos’ (en estas *Obras Completas*). <<

[1906] Nota de 1924. Observaciones ulteriores sobre ese aspecto se encuentran en `El problema económico del masoquismo’ (en estas *Obras Completas*). <<

[1907] `Gedankenassoziation eines vierjährigen Kindes’, en el Int. Psychoanal., 6, 157, 1920. <<

[1908] *Das Unheimliche*, en alemán el original. Primera publicación en español en 1943, Ed. Americana, Buenos Aires. <<

[1909] *Zur Psychologie des Unheimlichen*. (Sobre la psicología de lo siniestro.) *Psychiatrisch-Neurologische Wochenschrift*, 1906, Números 22 y 23. <<

[1910] Estoy en deuda de gratitud con el Dr. Theodor Reik por las citas que siguen a continuación. <<

[1911] Un diccionario bilingüe más moderno, el de Slaby-Grossmann (1932), da las siguientes versiones: que causa miedo, poco tranquilizador, inquietantes, de aspecto sospechoso, fantástico, lúgubre, trágico, sentirse inquieto. Agrego que *unheimlich* se usa vulgarmente como aumentativo admirante, en el sentido de los argentinos «bárbaro», «brutal»: *unheimlich schön*: «bárbaramente hermoso». (*N. del T.*) <<

[1912] En los ejemplos ilustrativos que contiene esta cita, muchas veces he dejado la voz alemana intercalada en el texto castellano, a fin de librar al lector la elección del término que le parezca más adecuado para el caso, término que en ocasiones he agregado a continuación, sin paréntesis. (*N. del T.*) <<

[1913] Tercer tomo de las obras completas de Hoffmann, editadas por Grisebach. <<

[1914] «*Der Sandmann kommt*!…» («¡Que viene el hombre de la arena!»), es una de las amenazas que más comúnmente se emplean en los países de habla alemana para inducir a los niños a dormirse. (*N. del T*.) <<

[1915] Respecto a la etimología de este nombre propio: *Copella*=crisol (recuérdese los experimentos químicos en cuyo curso muere el padre; *coppo*=cavidad orbitaria (según una observación de la señora de Rank). <<

[1916] Correspondería en castellano a: «querer a alguien como la niña de los ojos», o a alguna otra de las locuciones con «ojos», quizá más numerosas en nuestra lengua que en la alemana. (*N. del T.*) <<

[1917] En efecto, la elaboración imaginativa del poeta no ha llegado a confundir y desordenar los elementos del tema en medida tal que no se pueda restablecer su primitiva disposición. En los recuerdos de infancia, el padre y Coppellius representan los dos elementos antagónicos de la imago paterna, *descompuesta por la ambivalencia*; uno de ellos amenaza con la ceguera (castración), y el otro, el padre bueno, implora la salvación de los ojos del niño. La parte del complejo más intensamente reprimida —el deseo de muerte contra el padre malo— se encuentra representada en la muerte del padre bueno, achacada a Coppelius. A esta pareja paterna corresponden, en el curso ulterior de la vida del estudiante, el profesor Spalanzani y el óptico Coppola: el profesor, en calidad de tal, es ya una figura paterna; Coppola adquiere esta significación al reconocerse su identidad con el abogado Coppelius. Así como ambos laboraron una vez juntos en el misteriosos brasero, así también construyen ahora, juntos, la muñeca Olimpia; el profesor también es designado como padre de Olimpia. Este doble parentesco demuestra que ambos son mitades de la *imago paterna*; es decir: tanto el mecánico como el óptico son el padre de Olimpia tanto como de Nataniel. En la angustiosa escena de la infancia, Coppelius, luego de renunciar al enceguecimiento del niño, le había destornillado a manera de experimento los brazos y las piernas, tratándolo, pues, como un mecánico a su muñeco. Este rasgo enigmático, que está en completo desacuerdo con la representación del «arenero», plantea un nuevo equivalente de la castración; además, señala la identidad íntima de Coppelius con su antagonista futuro, el mecánico Spalanzani, y nos conduce inevitablemente a la interpretación de Olimpia. *Esta muñeca automática no puede ser sino la materialización de la actitud femenina de Nataniel frente a su padre*, en la temprana infancia. Sus padres —Spalanzani y Coppola— no son más que nuevas versiones, reencarnaciones de la pareja paterna de Nataniel; la exclamación de Spalanzani (incomprensible de otro modo), según la cual el óptico habría robado los ojos a Nataniel (véase más arriba) para colocárselos a la muñeca, adquiere así importancia como prueba de la identidad entre Olimpia y

Nataniel. *Olimpia es, por decirlo así, un complejo de Nataniel separado de éste*, que se le enfrenta como persona; el dominio de este complejo sobre su sujeto queda *expresado en el amor por Olimpia, absurdamente obsesivo*. Tenemos el derecho de llamar *«narcisista» a este amor* y comprenderemos perfectamente que su víctima ha de alejarse del objeto amoroso real. Por otra parte, la exactitud psicológica de la *inhibición afectiva frente a la mujer* que aqueja a este *joven fijado al padre por el complejo de castración*, queda demostrada por numerosos análisis de neuróticos cuyas historias, aunque menos fantásticas, son tan tristes como la del estudiante Nataniel.

E. T. A. Hoffmann fue el hijo de un matrimonio desgraciado. Cuando contaba tres años, el padre se separó de su pequeña familia y jamás volvió a ella. De acuerdo con los datos que E. Grisebach recoge en su introducción biográfica a las obras de Hoffmann, la relación con el padre siempre fue uno de los puntos más sensibles en la vida afectiva del poeta. <<

[1918] O. Rank. *Der Doppelgänger* (El «doble»), Imago, tomo III, 1914. <<

[1919] Ningún pasaje mejor que éste para demostrar la necesidad de introducir el precario neologismo «consciencia». Corresponde al alemán *Bewußtsein* y, con sus derivados «consciente», «conscientizar», «conscientizado», se refiere a la antítesis dinámica consciente-inconsciente (sistema cs-ics). «Conciencia», equivalente al alemán *Gewissen*, ha de quedar reservado para designar una de las funciones de la instancia censuradora en el superyo (concepto topográfico). (L. Rosenthal) <<

[1920] A mi modo de ver, cuando los poetas se lamentan de que en la entraña humana moran dos almas, y cuando los psicólogos populares hablan de la escisión del *yo* en el hombre, piensan en esta división —materia de la psicología del *yo*— entre la instancia crítica y el *yo* residual, y no aluden al antagonismo —descubierto por el psicoanálisis— entre el *yo* y lo inconsciente reprimido. Sin embargo, la diferencia entre ambos fenómenos es borrada por el hecho de que entre los elementos reprobados por la crítica yoica se encuentran, ante todo, los derivados de lo reprimido. <<

[1921] En la obra de H. H. Ewers, *Der Student von Prag* (El estudiante de Praga), que sirve de punto de partida al estudio de Rank sobre el «doble», el héroe ha prometido a su novia que no matará a su adversario en el duelo. Dirigiéndose al lugar en el cual debe efectuarse el lance, se encuentra con el «doble», que le comunica que acaba de dar cuenta de su rival. <<

[1922] P. Kammerer, *Das Gesetz der Serie* (La ley de la serie), Wien, 1919. <<

[1923] Se trata de Polícrates, tirano de Samos, que habiendo gozado durante cuarenta años de una felicidad no interrumpida, quiso conjurar los peligros de tal fortuna arrojando al mar su bien más precioso: un anillo. Pero el sacrificio no fue aceptado, encontrándose el anillo en el estómago de un pescado; las presentidas calamidades no tardaron en ocurrir. El autor se refiere sin duda a la poesía de Schiller, en la cual el rey de Egipto aparece como comensal de Polícrates. (*N. del T.*) <<

[1924] *Análisis de un caso de neurosis obsesiva*. (en estas *Obras completas*.)
<<

[1925] *Der böse Blick und Verwandtes* (El «mal de ojo» y manifestaciones análogas), 2 tomos, Berlín, 1910 y 1911. <<

[1926] Se denomina con este término melanesio (su homónimo latino es *numen*), la concepción de lo divino como algo indefinible, ubicuo, no personificado, anterior a la adoración de los dioses concretos. (Según A. Haggerty Krappe. *Mythologie Universelle*.) (*N. del T*.) <<

[1927] Véase al respecto el capítulo III («Animismo, magia y omnipotencia de las ideas») en la obra del autor *Totem y tabú*, 1913. Se encuentra allí el siguiente pasaje: «Parecería que concedemos carácter `siniestro’ a aquellas impresiones que tienden a confirmar la omnipotencia de las ideas y el pensamiento animista en general, mientras que en nuestro juicio racional ya nos hemos alejado de éstos». <<

[1928] Véase: «El tabú y la ambivalencia», en *Totem y tabú*. (en estas *Obras completas*.) <<

[1929] Dado que el carácter siniestro del «doble» también pertenece a este grupo, será interesante considerar el efecto que nos produce la propia imagen cuando se nos presenta inesperada e inopinadamente. *E. Mach* describe dos observaciones de esta clase en *Analyse der Empfindungen* (Análisis de las sensaciones), 1900, página 3. En una ocasión no fue pequeño su sobresalto al reconocer el propio rostro en la cara que veía; otra vez juzgó de modo muy poco favorable a un presunto extraño que montaba en el ómnibus que él tomaba: «¡Pero qué maestrucho venido a menos es éste que sube aquí!» Yo puedo narrar una aventura análoga: Una vez estaba sentado, solo, en un compartimiento del coche dormitorio, cuando, al abrirse por una sacudida del tren la puerta del lavabo contiguo, vi entrar a un señor de cierta edad, envuelto en su bata y cubierto con su gorra de viaje. Supuse que se habría equivocado de puerta al abandonar el lavabo que daba a dos compartimientos, de modo que me levanté para informarlo de su error, pero me quedé atónito al reconocer que el invasor no era sino mi propia imagen reflejada en el espejo que llevaba la puerta de comunicación. Aún recuerdo que el personaje me había sido profundamente antipático. De modo que en lugar de asustarnos ante la aparición del doble, ambos —tanto Mach como yo — ni siquiera lo habíamos reconocido. Pero ¿no será el desagrado que causó su presentación un resto de aquella reacción arcaica, de acuerdo con la cual se percibe al «doble» como algo siniestro? <<

[1930] *Jenseits des Lustprinzips*, en alemán el original, fue publicada en 1920 por el *Internationaler Psychoanalytischer Verlag* (Leipzig. Viena, Zurich). Posteriormente aparece incluido en el volumen VI de las *Obras completas* de Freud, publicadas por la misma Editorial. <<

[1931] Strachey señala con mucha razón que el concepto del principio de la constancia preocupó a Freud desde sus primeros trabajos: como la tendencia a mantener constante la excitación intracerebral en `Estudios sobre la histeria' (1895), o como inercia neuronal en el `Proyecto de una psicología para neurólogos' (1895). (*Nota del E.*) <<

[1932] Nota de 1925. Lo esencial es que siendo el placer y el displacer sensaciones conscientes aparecen ligados al yo. <<

[1933] Véase la obra *Zur Psychoanalyse der Kriegsneurosen*, con aportaciones de Freud, Ferenczi, Abraham, Simmel y E. Jones. Tomo I de la *Internationale Psychoanalytische Bibliothek*, 1919 (Cf. estas *Obras Completas*.) <<

[1934] Esta interpretación fue plenamente confirmada por una nueva observación. Un día que la madre había estado ausente muchas horas, fue recibida, a su vuelta, con las palabras: «¡Nene o-o-o-o!», que en un principio parecieron incomprensibles. Mas en seguida se averiguó que durante el largo tiempo que el niño había permanecido sólo había hallado un medio de hacerse desaparecer a sí mismo. Había descubierto su imagen en un espejo que llegaba casi hasta el suelo y luego se había agachado de manera a hacer que la imagen desapareciese a sus ojos; esto es, quedarse «fuera». <<

[1935] Teniendo el niño cinco años y nueve meses, murió su madre. Entonces, cuando ya se hallaba ésta realmente «fuera», no mostró el niño dolor alguno. Cierto es que entre tanto le había nacido un hermanito que había despertado fuertemente sus celos. <<

[1936] Véase *Un recuerdo infantil de Goethe*, en *Poesía y Verdad*. (En estas *Obras Completas*.) <<

[1937] Ver mi ensayo `Recuerdo, repetición y elaboración', 1914. (En estas *Obras Completas*.) <<

[1938] Nota de 1923. Expliqué en otro lugar que lo que viene en ayuda a la compulsión de repetición es el factor `sugestión’ en el tratamiento, es decir, el sometimiento del paciente al médico, que tiene sus hondas raíces en el complejo parental inconsciente. <<

[1939] Marcinowski: *Die erotischen Quellen der Minderwertigkeitsgefühle, en Zeitschrift für Sexualwissenschaft*, IV, 1918. <<

[1940] Compárese el excelente estudio de C. G. Jung titulado *Die Bedeutung des Vaters für das Schicksal des Einzelnen, en Jahrbuch für Psychoanalyse,* I, 1909. <<

[1941] Conforme a lo expuesto por J. Breuer en la parte teórica de los *Estudios sobre la histeria*, 1895. Strachey hace notar que Freud discutió este tema en `La interpretación de los sueños', y anteriormente en el `Proyecto de una psicología para neurólogos'. Volvió al mismo en un ensayo titulado `El block maravilloso' (en estas *Obras Completas*). (*Nota del E*.) <<

[1942] Breuer y Freud, 1895. <<

[1943] Cf. `Los instintos y sus destinos’ (En estas *Obras Completas*) <<

[1944] Ver mi `Introducción al Simposio sobre las neurosis de guerra’. (En estas *Obras Completas*) <<

[1945] Ver mi trabajo `Introducción al narcisismo’. <<

[1946] *Zur Psychoanalyse der Kriegsneurosen - Einleitung, en Internationale Psychoanalytische Bibliothek*, número 1, 1919. <<

[1947] Véase el capítulo 9, «Psicología de los procesos oníricos», de *La interpretación de los sueños*. <<

[1948] No dudo de que han sido ya expuestas, repetidas veces, análogas hipótesis sobre la naturaleza de los instintos. <<

[1949] Nota de 1925. El lector no debe desestimar el hecho que lo que sigue es el desarrollo de una línea rigurosa del pensamiento y que posteriormente, al considerar los instintos sexuales, se encontraría conveniente ponerle los límites y correcciones necesarios. <<

[1950] Véase más adelante nuestra rectificación de este concepto extremo del instinto de conservación. (Nota suprimida en 1925.) <<

[1951] Nota de 1923. ¡Y aún más, es a ellos solos a los que podemos atribuir un impulso interno hacia el `progreso’ y hacia un desarrollo más elevado! (Ver más adelante.) <<

[1952] Nota de 1925. Del contexto debiera entenderse que el término `instintos del yo’ se ha usado aquí como una descripción provisoria y que se deriva de una terminología psicoanalítica primaria. (Ver más adelante.) <<

[1953] Por otro camino ha llegado Ferenczi a la misma concepción (*Entwicklungsstufen des Wirklichkeitssinnes, en Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, I, 1913): «Siguiendo consecuentemente esta ruta mental, se acostumbra uno a la idea de una tendencia a la perseveración o regresión en la vida orgánica, mientras que la tendencia a la evolución, adaptación, etc., no surgiría más que al estímulo de excitaciones exteriores» (página 137). <<

[1954] *Über die Dauer des Lebens*, 1892; *Über Leben und Tod*, 1892; *Das Keimplasma*, 1892, y otros. <<

[1955] *Über Leben und Tod*, 2 Aufl., 1892, S. 20. <<

[1956] *Dauer das Lebens*, S. 38. <<

[1957] *Leben und Tod*, 2 Aufl., S. 67. <<

[1958] *Dauer des Lebens*, S. 33. <<

[1959] *Über Leben und Tod*, Schluss. <<

[1960] Comp. Max Hartmann. *Tod und Fortpflanzung*, 1906; Alez Lipschütz, *Warum wir sterben*, en *Kosmosbücher*, 1914; Franz Dôflein, *Das Problem des Todes und der Unsterblichkeit bei den Pflanzen und Tieren*, 1919. <<

[1961] Véase Lipschütz, *l. c.*, págs. 26, 52 y siguientes. <<

[1962] Schopenhauer: *Über die anscheinende Absichtlichkeit im Schichksale des Einzelnen*, Grossherzog Wilhelm Ernt Ausgabe, IV Bd. (1851). <<

[1963] Párrafo agregado en 1921. <<

[1964] Ver mi trabajo `Introducción al narcisismo’. (En estas *Obras completas*.) <<

[1965] Véase los `*Tres ensayos para una teoría sexual*’ y el ensayo *Instintos y sus destinos*. <<

[1966] En un trabajo muy rico en ideas, aunque para mí no del todo transparente, emprende Sabina Spielrein una parte de esta investigación y califica de «destructores» a los componentes sádicos del instinto sexual. (*Die Destruktion als Ursache des Werdens*, *en Jahrbuch für Psychoanalyse*, IV, 1912) De un modo distinto intentó A. Staercke (*Inleidig by de vertálig, von S. Freud. De sexuelle beschavingsmoral*, etc., 1914) identificar el concepto de la libido con el que teóricamente hay que suponer de un impulso hacia la muerte. (Comp. Rank: 1907, *Der Künstler*). Todos estos esfuerzos muestran el impulso hacia un esclarecimiento aún no alcanzado de la teoría de los instintos. <<

[1967] Weismann (*Das Keimplasma*, 1892) niega también esta ventaja: «La fecundación —dice— no significa en modo alguno un rejuvenecimiento o renovación de la vida: no sería necesaria para la perduración de la vida y no es más que un dispositivo para hacer posible la *mezcla de dos diferentes tendencias de herencia*». Weismann opina, además, que el efecto de tal mezcla es una elevación de la variabilidad de los seres animados. <<

[1968] Nota de 1921: Al profesor Heinrich Gomperz (Viena) debo las indicaciones que siguen sobre la procedencia del mito platónico, y que transcribo en parte textualmente. Quisiera llamar la atención sobre el hecho de que la misma teoría se encuentra ya, en esencia, en los Upanishadas. En el *Brihad-Aranyaka-Upanishad*, *l. C.* A (*Deusen 60 Upanishaden des Veda*, página 303), en el que se describe el nacimiento del mundo surgiendo del Atman (el *mismo*, o el *yo*), se lee: «Pero él (el Atman) no tenía tampoco alegría; por esto no se tiene alegría cuando se está solo. Entonces deseó un compañero. Pues él era del tamaño de un hombre y una mujer juntos cuando se tienen abrazados. Éste su *mismo* lo dividió él en dos partes y de ellas surgieron el esposo y la esposa. Por esta razón es este cuerpo una mitad del *mismo*. Así lo ha declarado Tajnavalka. Y este espacio vacío es llenado aquí por la mujer».

El *Brihad-Aranyaka-Upanishad* es el más antiguo de todos los Upanishadas, y todo investigador digno de crédito le atribuye una fecha anterior al año 800 antes de J. C. La cuestión de si es o no posible que la teoría de Platón dependía —de todos modos, muy mediatamente— de estos pensamientos indios, no es cosa que, en contra de la opinión general, quisiera yo negar decididamente, dado que tal posibilidad no puede ser tampoco rechazada para la teoría de la transmigración de las almas. Tal dependencia, facilitada en primer lugar por los pitagóricos, no restaría importancia alguna a la coincidencia de pensamientos, dado que Platón no se hubiera apropiado, ni mucho menos reproducido en un lugar tan importante, tal historia, llegada a él por la tradición india, sin no hubiera considerado que encerraba una verdad.

En un trabajo de K. Ziegler (*Menschen und Weltenwerden, en Neue Jahrbücher für das Klassische Altertum*, Bd. 31, Sonderabdruck, 1913) se relaciona esta idea de Platón con anteriores concepciones babilónicas. <<

[1969] Agregamos aquí algunas palabras como aclaración a nuestra terminología, que en el curso de estas discusiones ha experimentado un determinado desarrollo. Lo que son los «instintos sexuales» lo sabíamos ya por su relación con los sexos y la función reproductora. Conservamos después este nombre cuando los resultados del psicoanálisis nos obligaron a hacer menos estrecha su relación con la procreación. Con el establecimiento de la libido narcisista y la extensión del concepto de la libido a la célula aislada se convirtió nuestro instinto sexual en el «Eros», que intenta aproximar y mantener reunidas las partes de la sustancia animada, y los llamados generalmente instintos sexuales aparecieron como la parte de este «Eros» dirigida hacia el objeto. La especulación hace actual al «Eros», desde el principio mismo de la vida, como «instinto de vida», opuesto al «instinto de muerte» surgido por la animación de lo anorgánico, e intenta resolver el misterio de la vida por la hipótesis de estos dos instintos que desde el principio luchan entre sí. Adición de 1921. No es tan fácil seguir la transformación sufrida por el concepto de «instinto del yo». Al principio, denominábamos así todas aquellas direcciones instintivas, poco conocidas por nosotros, que se dejaban separar de los instintos sexuales dirigidos hacia el objeto, y oponíamos los instintos del yo a los instintos sexuales, cuya manifestación es la libido. Más tarde, nos acercamos más al análisis del yo y vimos que también una parte de los instintos del yo es de naturaleza libidinosa y ha tomado como objeto al propio yo. Estos instintos narcisistas de conservación tenían, pues, que ser agregados a los instintos sexuales libidinosos. La antítesis entre instintos del yo e instintos sexuales se transformó en la de instintos del yo e instintos del objeto, ambos de naturaleza libidinosa. En su lugar apareció otra entre instintos libidinosos (instintos del *yo* y del objeto) y los demás que pueden estatuirse en el *yo* y constituir quizá los instintos de destrucción. La especulación transforma esta antítesis en los instintos de la vida (Eros) e instintos de muerte. <<

[1970] Rückert: *Die Mekamen des al-Hariri*. <<

[1971] *Zur Psychoanalyse der Kriegsneurosen* («Sobre el psicoanálisis de las neurosis de guerra»), editado por el Internationaler Psychoanalytischer Verlag como primer volumen de su Biblioteca Psicoanalítica Internacional (Viena, 1919), reúne las comunicaciones sobre el tema que Sándor Ferenczi, Karl Abraham y Ernst Simmel presentaron al Quinto Congreso Internacional de Psicoanálisis, realizado en Budapest el 28 y 29 de septiembre de 1918. Además, comprende una conferencia de Ernest Jones. La introducción de Freud también se encuentra en ambas ediciones de las obras completas en alemán: *Gesammelte Schriften*, tomo XI, por la misma editorial, 1928; *Gesammelte Werke*, tomo XII, Imago Publishing Co., Londres, 1947. La traducción inglesa apareció en 1921 bajo el título *Psychoanalysis and the War Neuroses*, editada por The International Psycho-Analytical Press, Londres. Una nueva traducción de este prólogo, por James Strachey, se encuentra en *Collected Papers*, tomo V, Hogarth Press, Londres, 1950, (*N. del T.*) <<

[1972] `Über die Psychogenese eines Falles von weiblicher Homosexualität', en *Int. Z. Psychoanal*., 6(1), 1-24, 1920. <<

[1973] No veo en la introducción del término «complejo de Electra» progreso ni ventaja alguna que aconsejen su adopción. <<

[1974] Cf. I. Sadger: «Jahresbericht über sexuelle Perversionen», en *Jahrbuch der Psychoanalyse*, VI, 1914. <<

[1975] No es tan rara la ruptura de una relación erótica, por identificación del sujeto con el objeto de la misma, lo que corresponde a una especie de regresión al narcisismo. Una vez efectuada ésta, se puede orientar la libido, en una nueva elección de objeto, hacia el sexo contrario al elegido anteriormente. <<

[1976] Los desplazamientos de la libido aquí descritos son, ciertamente, familiares a todo analista, por la investigación de las anamnesis de sujetos neuróticos. Únicamente que en estos últimos tienen efecto en temprana edad infantil, en la época del primer florecimiento de la vida erótica, mientras que en nuestro caso de una muchacha nada neurótica se desarrollan en los primeros años siguientes a la pubertad, aunque también por completo inconscientemente. ¿Habremos de esperar que esta época demuestre también algún día una decisiva importancia? <<

[1977] No habiendo mencionada aún tales procesos de `retirada en favor de un tercero' entre las causas de la homosexualidad ni en el mecanismo de la fijación de la libido, expondremos aquí una interesante observación analítica de este orden. Conocí en una ocasión a dos hermanos gemelos, dotados ambos de intensos impulsos libidinosos. Uno de ellos era muy afortunado con las mujeres y mantenía múltiples relaciones amorosas. El otro siguió, al principio, sus pasos; pero luego le resultó desagradable rivalizar con su hermano y ser confundido con él en circunstancias íntimas, a causa de su mutua semejanza física, y resolvió esta situación haciéndose homosexual. De este modo abandonó las mujeres a su hermano, apartándose en su camino. En otra ocasión traté a un joven artista, de indudable disposición bisexual, en el que la homosexualidad se había presentado coincidiendo con una imposibilidad de trabajar. Un solo impulso le apartaba de la mujer y de su obra. El análisis, que logró reintegrarle a ambas, halló en su temor al padre el motivo principal de las dos perturbaciones. En su imaginación todas las mujeres pertenecían al padre, y el sujeto se refugiaba en los hombres, por respecto al mismo y para eludir toda rivalidad con él. Esta motivación de la elección homosexual de objeto debe ser frecuente. En los tiempos prehistóricos de la Humanidad debió de suceder algo análogo: todas las mujeres pertenecían al padre y jefe de la horda primitiva. Entre hermanos no gemelos, esta `retirada' desempeña un importante papel también en sectores distintos de la elección erótica. El hermano mayor estudia, por ejemplo, música, y logra distinguirse. El menor, de mayores dotes musicales, renunciará, no obstante, a su afición y no volverá a tocar un instrumento. Es éste un ejemplo aislado de un suceso muy frecuente, y la investigación de los motivos que conducen a la `retirada', en vez de la aceptación de la competencia, descubre condiciones psíquicas muy complicadas. <<

[1978] Esta interpretación de los medios elegidos para el suicidio como un medio de realizar deseos sexuales es ya familiar, hace mucho tiempo, a los analistas. (Envenenarse = quedar embarazada; ahogarse = parir; arrojarse desde una altura = parir.) <<

[1979] Cf. *Zeitgemäßes über Krieg und Tod*, en *Imago*, IV, 1915. (`Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte’. (En estas Obras Completas). <<

[1980] Cf. La confesión de Kriemhilde en los nibelungos. (No permitiría que un hombre la amase, pues eso llevaría a perder su belleza.) <<

[1981] Cf. Lipschütz (1919). <<

[1982] ‘Massenpsychologie und lch-Analyse’, en alemán el original. <<

[1983] Vigésima octava edición. Félix Alcan, París, 1921. <<

[1984] Libro citado, páginas 13-14. <<

[1985] Libro citado, páginas 15-16. <<

[1986] Libro citado, página 17. <<

[1987] Entre la concepción de Le Bon y la nuestra, hay una cierta diferencia, resultante de que su noción de lo inconsciente no coincide por completo con la adoptada por el psicoanálisis. Para Le Bon, lo inconsciente contiene, ante todo, los más profundos caracteres del alma de la raza, la cual no es propiamente objeto del psicoanálisis. Reconocemos, desde luego, que el nódulo del Yo, al que pertenece «la herencia arcaica» del alma humana, es inconsciente, pero postulamos, además, la existencia de «lo reprimido inconsciente» surgido de una parte de tal herencia. Este concepto de «lo reprimido» falta en la teoría de Le Bon. <<

[1988] Libro citado, páginas 17-18. Más adelante utilizaremos esta proposición, constituyéndola en punto de partida de una importante hipótesis. <<

[1989] Libro citado, páginas 17-19. <<

[1990] Libro citado, página 9. <<

[1991] Libro citado, página 19. <<

[1992] Confrontar el dístico de Schiller:

> Jeder sieht man ihn einzeln, ist leidlich klug und verständig;
>
> Sind sie in corpore, gleich wird euch ein Dummkopf daraus.

(«Cada uno, tomado aparte, es pasablemente inteligente y razonable; reunidos, no forman ya entre todos, sino un solo imbécil».) <<

[1993] Libro citado, página 23. <<

[1994] El término «inconsciente» es empleado correctamente por Le Bon, en el sentido de su descripción, cuando no significa tan sólo lo «reprimido». <<

[1995] Libro citado, página 24. <<

[1996] Véase *Totem y tabú*, capítulo III: «Animismo, magia y omnipotencia de la ideas». (en estas *Obras completas*). <<

[1997] En la interpretación de los sueños, a los que debemos nuestro mejor conocimiento de la ida psíquica inconsciente, seguimos la regla técnica de hacer abstracción de todas las dudas e incertidumbres que se manifiestan en el curso del relato del sueño y considerar como igualmente ciertos todos los elementos del contenido manifiesto. Atribuímos tales dudas e incertidumbres a la acción de la censura que actúa sobre la elaboración onírica y admitimos que las ideas primarias del sueño no conocen la duda ni la incertidumbre como función crítica. Pero, como contenido, pueden ambas aparecer, naturalmente, del mismo modo que otro elemento cualquiera, en los restos diurnos provocadores del sueño. (*La interpretación de los sueños*, en estas *Obras completas*). <<

[1998] Libro citado, página 36. Esta misma intensificación de todos los afectos hasta lo extremo y desmesurado, es también característica de la afectividad del niño y reaparece en la vida onírica, merced a la separación que existe en lo inconsciente entre los diversos sentimientos, una ligera contrariedad experimentada durante el día se exterioriza en el deseo de que muera la persona culpable de ella o una ligera tentación se transforma en el impulso de cometer un acto criminal representado en el sueño. A este propósito ha hecho el doctor. H. Sachs la siguiente ingeniosa observación: «Aquello que el sueño nos ha revelado sobre nuestras relaciones con el presente (la realidad) habremos de buscarlo luego en la consciencia y no deberemos asombrarnos si los monstruos que hemos visto a través del cristal de aumento del análisis nos aparecen como minúsculos infusorios». («La interpretación de los sueños», en estas «Obras Completas»). <<

[1999] Libro citado, página 37. <<

[2000] Libro citado, página 43. <<

[2001] En el niño coexisten, por ejemplo, durante mucho tiempo, actitudes afectivas ambivalentes con respecto a las personas que le son más próximas, sin que ninguna de tales actitudes perturbe a la opuesta en su manifestación. Y si por fin, surge el conflicto, queda resuelto muchas veces, cambiando el niño de objeto y desplazando uno de los sentimientos de su ambivalencia sobre un objeto substitutivo. El estudio de la evolución de una neurosis de un individuo adulto suele mostrarnos también, que un sentimiento reprimido puede persistir durante mucho tiempo en fantasías inconscientes e incluso conscientes, cuyo contenido es, naturalmente, opuesto a una corriente dominante, sin que de esta contradicción resulte una rebelión del Yo contra lo reprimido. La fantasía es tolerada durante un largo lapso hasta que de pronto, y la mayor parte de las veces, a consecuencia de una intensificación de su carga afectiva, surge el conflicto entre ella y el *yo*, con todas sus consecuencias.

En el curso progresivo de la evolución del niño hacia la edad adulta, se va constituyendo una *integración* cada vez más amplia, de su personalidad, esto es, una reunión y una síntesis de las diversas tendencias y aspiraciones desarrolladas en dicha personalidad independientemente unas de otras. Conocemos ya un proceso análogo en los dominios de la vida sexual, en la que todas las tendencias sexuales acaban por converger, formando la organización genital definitiva. (Confrontar «Tres ensayos para una teoría sexual», en estas «Obras completas»). Numerosos ejemplos muy conocidos, como el de los investigadores científicos que permanecen creyentes, muestran que la unificación del Yo se halla sujeta a las mismas perturbaciones que la de la libido. Adición de 1923. Las diversas formas por las que el yo puede llegar a desintegrarse constituyen un capítulo especial de la psicopatología.
<<

[2002] Libro citado, página 85. <<

[2003] Véase «Totem y tabú», en estas «Obras completas». <<

[2004] Libro citado, página 109. <<

[2005] Confrontar el texto y la bibliografía de la obra de B. Kraskovic jun. «Die Psychologie der Kollektivitäten», traducida del croata al alemán por S. Posavec, Vukovar, 1915. <<

[2006] Véase Walter Moede, «Die Massen-und Sozialpsychologie im kritischen Überblick», «Zeitschrift für pädagogische Psychologie und experimentelle Pädagogik», publicada por Meumann y Scheibner, XVI, 1915. <<

[2007] Libro citado, página 22. <<

[2008] Libro citado, página 23. <<

[2009] Libro citado, página 25. <<

[2010] Libro citado, página 39. <<

[2011] Libro citado, página 39. <<

[2012] Libro citado, página 41. <<

[2013] «Instincts of the herd in peace and war», Londres, 1916. <<

[2014] Nota de 1923. Difiero de lo que en otros aspectos es una crítica comprensiva y hábil en el trabajo de Hans Kelsen, cuando dice que dotar al alma colectiva de una organización de este tipo es una hipóstasis, es decir, implica atribuirle independencia de los procesos mentales del individuo. <<

[2015] Brugeilles. «L’essence du phénomène social: la suggestion». «Revue philosophique», XXV, 1913. <<

[2016] Konrad Richter, *Der Deutsche S. Cristoph*. Berlín, 1896. *Acta germanica*. V. 1. <<

[2017] Literalmente: Cristóbal llevaba a Cristo. Cristo sustentaba el mundo entero. Decidme entonces: ¿Dónde apoyaba sus pies Cristóbal? (*N. del T.*).
<<

[2018] Así, Mc. Dougall en el «Journal of Neurology and Psychopathology» VOL. I, n.º 1, mayo 1920: A note on suggestion. <<

[2019] Nota de 1925. Desafortunadamente no se ha materializado este trabajo.
<<

[2020] Nachmansohn, «Freuds Libidotheorie verglichen mit der Eroslehre Platos», «Inter. Zeitschrift f. Psychoanalyse», III, 1915; Pfister, d. VII, 1921. <<

[2021] «Si yo hablare lenguas humanas y angélicas y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena o címbalo que retiñe». <<

[2022] ‘Por amor a ellos’. <<

[2023] Nota de 1923. En lo que a grupos se refiere los atributos de ‘estable’ y ‘artificial’ parecen coincidir o a lo menos estar íntimamente relacionados. <<

[2024] «Kriegsneurosen und psychisches Trauma», München, 1918. <<

[2025] Véase nuestras *‘Lecciones introductorias al psicoanálisis’*, cap. *j)* Lección XXV. (En estas *Obras completas*.) <<

[2026] Confrontar el artículo —muy interesante aunque algo fantástico— de Bela V. Felszeghy, titulado: *Panik und Panikkomplex*, «Imago», VI, 1920. <<

[2027] Quizá con la única excepción de las relaciones de la madre con su hijo, las cuales se muestran basadas en el narcisismo, no son perturbadas por una ulterior

rivalidad y quedan robustecidas por una derivación a la elección sexual de objeto. <<

[2028] En un trabajo recientemente publicado (1920) con el título *Más allá del principio del placer*, he intentado enlazar la polaridad del amor y del odio a una oposición hipotética de instintos de vida e instintos de muerte y mostrar en los instintos sexuales los más puros representantes de los primeros. (En estas *Obras completas*.) <<

[2029] Véase la *Introducción al narcisismo*. (En estas *Obras completas*.) <<

[2030] Strachey señala trabajos anteriores en los que Freud trató el tema de la Identificación: ‘La interpretación de los sueños’ y ‘Duelo y melancolía’. *(Nota del E.)* <<

[2031] Véase Freud: *Tres ensayos para una teoría sexual* (en estas *Obras completas*). Asimismo, Abraham, *Untersuchungen über die frueheste praegenitale. Entwicklungsstufe der Libido* (en *Internat. Zeitschri i Psychoanalyse*, IV, 1916), y *Klinische Beitrage zur Psychoanalyse* (en *Internat. Psychoanalytische Bibliothek*, Bd. 10, 1921). <<

[2032] Markuszewicz, *Beitrag zum autistischen Denken bei Kindern* en *Int. Zeitschrift f. Psychoanalyse*, VI, 1920. <<

[2033] Strachey hace notar que Freud usa el término ‘melancolía’ para estados clínicos descritos ahora como ‘depresiones’. <<

[2034] Ver ‘El duelo y la melancolía’ (en estas *Obras completas*). <<

[2035] Parte III de mi trabajo sobre el narcisismo. <<

[2036] Sabemos muy bien, que con estos ejemplos tomados de la patología, no hemos agotado la esencia de la identificación, dejando, así, intacta una parte del enigma que plantean las formaciones colectivas. Para agotar el tema, habríamos de emprender un análisis psicológico mucho más profundo y comprensivo. Partiendo de la identificación y a través de la imitación, llegamos a la proyección simpática, esto es, a la comprensión del mecanismo que nos permite adoptar, en general, una actitud determinada con respecto a otras vidas psíquicas. También en las manifestaciones de una identificación ya realizada hay todavía mucho que aclarar. Entre otras consecuencias, tiene esta identificación la de restringir la agresión contra la persona con la cual se ha identificado el sujeto, protegiéndola y auxiliándola. El estudio de tales identificaciones, por ejemplo, de las existentes en la base de la comunidad constituida por el clan, reveló a Robertson Smith el hecho sorprendente de que reposan en el reconocimiento de una substancia común (*Kinship and Marriage,* 1885) y pueden, así, ser creadas, por la participación en una comida común. Esta particularidad permite enlazar identificaciones de este género con historia primitiva de la familia humana tal y como la esbozamos en nuestro libro *Totem y tabú*. (*N. del T*.) —(en estas *Obras completas*). <<

[2037] Véase *Tres ensayos para una teoría sexual*. (En estas *Obras completas*.) <<

[2038] ‘Sobre una degradación general de la vida erótica’, 1912. (En estas *Obras completas*.) <<

[2039] Adición de 1923. Sin embargo, pareciera ser dudoso atribuir esta función al ideal del *yo*. (Strachey señala que una nota de Freud en el capitulo III del ‘*Yo y el ello*’, 1923, atribuye definitivamente tal función al *yo*.) (*Nota de E*.). <<

[2040] *Instincts of the herd in peace and war*. Londres, 1916. <<

[2041] Véase mi estudio *Más allá del principio del placer*. (en estas *Obras completas*). <<

[2042] ‘Animal político’ (*Política* de Aristóteles). <<

[2043] Véase mis *Lecturas introductorias al psicoanálisis*. (En estas *Obras completas*.) <<

[2044] Véase *Totem y tabú*, en estas *Obras completas*. <<

[2045] Aquello que antes hemos descrito en la característica general de los hombres, se aplica más particularmente a la horda primitiva. La voluntad del individuo era demasiado débil para decidirle a la acción, y de este modo, siendo los impulsos colectivos los únicos posibles, sólo existía una voluntad común, nunca una voluntad singular. La representación no osaba transformarse en voluntad cuando no se sentía reforzada por la percepción de su difusión general. Esta debilidad de la representación se explica ya por la fuerza del lazo afectivo común a todos los individuos, pero también la uniformidad de las condiciones de vida y la ausencia de propiedad privada hubieron de contribuir a producir un tal conformismo de los actos psíquicos. Incluso las necesidades de excreción admiten, como puede observarse en los niños y en los soldados, una comunidad. La única excepción es el acto sexual, durante el cual, la presencia de una tercera persona es, por lo menos superflua, y en un caso extremo, condena a tal persona a una penosa espera. De la reacción de la necesidad sexual (de la satisfacción genital) contra el «gregarismo», habremos de ocuparnos próximamente. <<

[2046] Puede admitirse igualmente, que los hijos, expulsados de la horda y separados del padre, pasaron de la identificación recíproca al amor objetivo homosexual, y conquistaron así la libertad que les permitió matar al padre. <<

[2047] Cf. ‘Lo siniestro’ (en estas *Obras completas*). <<

[2048] Véase *Totem y tabú*, en estas *Obras completas*. <<

[2049] Esta situación en la que el sujeto mantiene fija su atención consciente en el hipnotizador, mientras se ocupa, conscientemente con percepciones invariables y desprovistas de interés, halla su pareja en determinados fenómenos del tratamiento psicoanalítico. Por lo menos una vez, en todo análisis, llega el sujeto a afirmar tenazmente, que ninguna idea acude ya a su imaginación. Sus asociaciones libres quedan detenidas, y los estímulos que de costumbre las provocan, permanecen ineficaces. Pero a fuerza de insistir, se acaba por hacer confesar al paciente, que piensa en el paisaje que descubre a través de las ventanas del gabinete de consulta, en el tapiz que adorna el muro o en la lámpara que pende del techo. Deducimos, entonces, que comienza a experimentar la transferencia, que es absorbido por ideas aun inconscientes que se refieren al médico, y vemos desaparecer la detención de sus asociaciones cuanto le explicamos su estado. <<

[2050] Ferenczi, *Introjektion und Übertragung* en *Jahrbuch der Psychoanalyse*, I. 1909. <<

[2051] Creemos poder llamar la atención sobre el hecho de que las consideraciones desarrolladas en este capítulo nos autorizan a remontarnos desde la concepción de la hipnosis formulada por Bernheim a la concepción antigua, más ingenua. Bernheim creía poder deducir todos los fenómenos hipnóticos, de la sugestión, irreductible por sí misma. A nuestro juicio, la sugestión no sería sino una de las manifestaciones del estado hipnótico, el cual se basaría en una disposición inconsciente conservada, cuyos orígenes se remontarían a la historia primitiva de la familia humana. <<

[2052] *Trauer und Melancholie*, en *internationale Zeitschrift für Psychoanalyse* (ver ‘Duelo y melancolía’, en estas *Obras completas*). <<

[2053] Véase *Totem y tabú*. <<

[2054] Trotter deduce la represión, del instinto gregario, concepción que en último análisis es idéntica a la desarrollada por mí en la *Introducción del narcisismo*, al afirmar que la formación del ideal era, por parte del *yo*, la condición de la represión. <<

[2055] Cf. Abraham: *Ansätze zur psychoanalytischen Erforschung und Behandlung des manisch-depressiven Irreseins*, etcétera, 1912, en la publicación *Klinische Beiträge zur Psychoanalyse*, 1921. <<

[2056] O más exactamente: tales reproches se disimulan detrás de otros, dirigidos contra el propio Yo, imprimiéndoles la firmeza, la tenacidad y el carácter imperioso que distingue a aquéllos con los que se abruman a sí mismos los melancólicos. <<

[2057] «En el modo de toser y escupir, sí habéis logrado llegar a pareceros a él». <<

[2058] Las consideraciones que siguen son producto de un cambio de ideas con Otto Rank (1922). <<

[2059] Confrontar Hans Sachs: *Gemeinsame Tagträume*, en *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, VI, 1920. <<

[2060] En esta exposición abreviada, hemos tenido que renunciar al apoyo que hubieran podido prestarnos los materiales ofrecidos por la leyenda, el mito, la fábula, la historia de las costumbres, etc. <<

[2061] Véase *Tres ensayos para una teoría sexual*. <<

[2062] Los sentimientos hostiles son sin lugar a dudas más complejos en su construcción. <<

[2063] Cf. Freud (1912). <<

[2064] Véase *Totem y tabú*, capítulo II (final): «El tabú y la ambivalencia» <<

[2065] Ver mis *Tres ensayos para una teoría sexual*. <<

[2066] *Über einige neurotische Mechanismen bei Eifersucht, Paranoia und Homosexualität*; en el *Int. Z. Psychoanal*., 8 (3): 249-258, 1922. <<

[2067] Cf. los versos de la canción de Desdémona (*Otelo*, acto IV):

I called him thou false one, what answered he then?

If I court now women, you will couch with more men. <<

[2068] Ver el análisis de Schreber (1911). (`Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia autobiográficamente descrito’, en estas *Obras Completas*.) <<

[2069] Cf. `Psicología de las masas y análisis del yo' (en estas *Obras Completas*) <<

[2070] Publicado bajo el título *Bemerkungen zur Theorie und Praxis der Traumdeutung*, en *Int. Z. Psychoanal*., 9 (1): 1-11, 1923. <<

[2071] Strachey recuerda que Freud volvió a referirse a los sueños de `arriba’ en la `Carta a Maxim Leroy sobre un sueño de Descartes’, 1929. (En estas *Obras Completas*). <<

[2072] «Novela por entrega». En inglés en el original. <<

[2073] En estas *Obras completas*. <<

[2074] Capítulo III del mencionado estudio (En estas *Obras Completas*). <<

[2075] En estas *Obras completas*. <<

[2076] En alemán (publicado el año 1923 en Allgemeine Nährpflicht (Viena), 6), «Josef Popper-Lynkeus und die Theorie des Traumes». <<

[2077] Título del original en alemán: *Ergänzungen zur Traumlehre*. Publicación original: «Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse», vol. VI, 1920, pág. 397. No figura en la Standard Edition. *(Nota del E.)* <<

[2078] En estas *Obras Completas*. <<

[2079] Título en alemán: *Traum und Telepathie*. Fue publicado el año 1922 en la revista *Imago*, 8 (1): 1-22. <<

[2080] Este sueño es, sin duda, el mismo que ha sido expuesto más detalladamente en *La interpretación de los sueños*, en estas *Obras completas*. (Fue un sueño añadido a la obra en 1919 según señala Strachey. (*Nota del E.*)
<<

[2081] Dos obras del ya citado autor, W. Stekel: *Der telepathische Traum* («El sueño telepático»), Berlín, sin fecha, y *Die Sprache des Traumes* («El lenguaje del sueño»), 2.ª ed., 1922, presentan al menos un intento de aplicar la técnica analítica a sueños pretendidamente telepáticos. El autor profesa su creencia en la realidad de la telepatía. <<

[2082] En estas *Obras completas*. <<

[2083] Título en alemán: «Psychoanalyse und Telepathie». Publicado en 1941, en *Obras póstumas*. <<

[2084] Referencia indudable a los disidentes Adler y Jung. (*Nota del E.*) <<

[2085] Strachey recuerda que este caso vuelve a ser comentado por Freud en la lección XXX de sus `Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis’, 1933. En estas *Obras completas*. (*Nota del E.*) <<

[2086] El autor se refiere a su estudio de *Una premonición onírica cumplida* (1899), que se encuentra en estas *Obras completas*. Trabajo que no fue publicado hasta 1941. *(Nota del E.)* <<

[2087] «La vista del rabino», en idish en el original. <<

[2088] El caso que sigue lo relata nuevamente Freud en la lección XXX de sus ‘Nuevas Lecciones introductorias al psicoanálisis’, 1933. <<

[2089] Título del original en alemán: *Etwas vom Unbewussten*. En la revista *Internationale Zeitschrift fur Psychoanalyse*, volumen V (4): 486, 1922, se encuentra el informe sobre el VII Congreso Psicoanalítico Internacional, celebrado en Berlín del 25 al 27 de septiembre del mismo año. Entre las reseñas se encuentra una correspondiente a una comunicación de Freud, cuyo tema, como se desprende del contexto, fue incluido en una obra aún inédita a la sazón. Se trata de una autorreseña que nunca ha sido reimpresa ni traducida. Figura en la Standard Edition, en la introducción del editor al Yo y el Ello'. *(N. del E.)* <<

[2090] En estas *Obras Completas*. <<

[2091] `Psychoanalyse und Libidotheorie’, en el `Handwörterbuch der Sexualwissenschaft’, ed. M. Marcuse, Bonn, 1923. <<

[2092] Strachey recuerda que Freud empleó el término `libido' ya en 1895 en su ensayo sobre la neurosis de angustia (ver volumen I de la presente edición española) y que aún antes, en carta a Fliess del 18 de agosto de 1894, ya mencionó el concepto. (*Nota del E.*) <<

[2093] «Eine Teufelsneurose im siebzehnten Jahrhundert», publicado en *Imago*, 9 (1): 1-34, 1923. <<

[2094] La edad de pintor no aparece indicada en el manuscrito. Pero todo hace suponer que se trataba de un hombre de edad no superior a los treinta años. Como luego veremos, murió en 1700. <<

[2095] Nos limitaremos a señalar, sin entrar en su discusión, la posibilidad de que este interrogatorio «sugiriese» al enfermo la fantasía de su pacto con el diablo. <<

[2096] Ésta pareciera sugerir que también el `Trophaeum’ es de 1714. <<

[2097] Este pacto habría sido concertado en septiembre de 1668, y, en consecuencia, nueve años y medio después, en mayo de 1678, habría caducado ya con creces. <<

[2098] Más adelante, cuando veamos en qué ocasión y para quién fueron redactados tales documentos, comprenderemos que su texto tenía que ser, en efecto, fácilmente comprensible. Nos basta, sin embargo, el contenido ambiguo como punto de partida de nuestro estudio. <<

[2099] En el *Fausto* de Goethe un perro negro también se convierte en el diablo. <<

[2100] Cf. Freud, *Totem y tabú*, y Th. Reik, *Probleme der Religionspsychologie*, 1919. <<

[2101] Cf. Th. Reik, *Der erigine und der fremde Gott*, 1923. <<

[2102] También aparece así, en calidad de ladrón nocturno, el padre lobo, en el cuento de las siete cabritas. <<

[2103] El hecho de que sólo rarísimas veces logremos hallar en nuestros análisis al diablo como sustituto del padre puede indicar que esta figura de la mitología medieval ha cesado ya de desempeñar un papel en aquellas personas que se someten a la terapia analítica. Para los cristianos piadosos de siglos pasados, la creencia en el diablo no era menos obligatoria que la fe en Dios. De hecho necesitaban al diablo para poder mantener su fervor en Dios. La disminución de la fe religiosa ha dado primeramente al traste, por razones de muy diverso orden, con la imagen del demonio.

Si nos decidimos a aplicar a la historia de la civilización la idea del diablo como sustituto del padre, veremos también a una luz muy distinta los procesos incoados en la Edad Media por hechicería. <<

[2104] Del hecho, desconcertante a primera vista, de que los dos documentos reproducidos aparezcan fechados en 1669, nos ocuparemos en páginas ulteriores. <<

[2105] Cf. *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*. (En estas *Obras completas*.) <<

[2106] Cf. *Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia autobiográficamente descrito*. (En estas *Obras completas*.) <<

[2107] A mi juicio, el compilador se encontró aprisionado entre dos puntos fijos. Por un lado halló, tanto en la carta de presentación del párroco como en el testimonio del abad, el dato de que el pacto (por lo menos el primero) había sido firmado en el año 1668, y, por otro, los dos documentos custodiados en el archivo estaban fechados en 1669. Como tenía ante sí dos pactos, no podía dudar que tal era el número de los celebrados. Y si el testimonio del abad no mencionaba más que uno, como yo creo, tuvo que interpolar en él la mención del otro y resolver la contradicción suponiendo una posdata. La alteración que en el testimonio llevó a cabo sigue inmediatamente a la interpolación, que sólo él pudo introducir. Y se vio forzado a unir la interpolación y la alteración con las palabras *sequenti vero anno 1669*, porque el pintor, en la leyenda (muy mutilada) de la portada, había escrito expresamente: «Después de un año, terribles amenazas… figura 2.ª… fue obligado… pacto escrito con sangre».

El *lapsus calami* en que incurrió el pintor al redactar los pactos y que nos ha impuesto la precedente tentativa de explicación, nos parece tan interesante como los pactos mismos. <<

[2108] Publicado *Imago*, 25 (105), 1940, bajo el título bajo de Stekel ‘Zur Psychologie des Exhibitionismus’, *Das Medusenhaupt*, en Int. Z. Psychoanal.
<<

[2109] De «apotrópeos», epíteto que daban los griegos a las divinidades invocadas por ellos cuando tenían recelos de alguna desgracia o accidente funesto. Strachey consigna una nota de Freud al trabajo de Stekel Zur Psychologie des Exhibitionismus, donde al referirse al tema dice: «El Dr. Stekel propone aquí derivar el exhibicionismo de impulsos narcisistas inconscientes. Me parece probable que esta misma explicación se aplique a la exhibición de los "apotrópeos" en los pueblos antiguos, 1911». (*Nota del E.*)
<<

[2110] `Die infantile Genitalorganisation (Eine Einschaltung in die Sexualtheorie)’, publicada en el Int. Z. Psychoanal., 9 (2): 168-171, 1923. <<

[2111] Para la traducción de los *Tres ensayos para una teoría sexual*, sirvió de base la cuarta edición alemana (Viena, 1920). <<

[2112] Es, además, singular la escasa atención que despiertan en el niño los demás elementos del órgano genital masculino (los testículos). Por los análisis sería imposible adivinar que el órgano genital se compone de algo más que el pene. <<

[2113] Se ha indicado, acertadamente, que el niño adquiere ya la representación de un daño narcisista por pérdida corporal con la pérdida del seno materno después de mamar, por la expulsión diaria de las heces, e incluso ya por su separación del cuerpo de la madre en el momento de su nacimiento. Pero de un complejo de la castración no debe hablarse sino cuando tal representación de una pérdida va unida a la de los genitales masculinos. (Strachey señala que Freud se refirió más ampliamente a este tema en una nota de 1923, en `Análisis de la fobia de un niño de cinco años' y posteriormente en 1924 en `El final del complejo de Edipo'. (*Nota del E.*) <<

[2114] *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, IV, 1923, 1. Por mi parte, agregaré que el mito se refiere a los genitales maternos. Palas Atenea, que lleva en su armadura la cabeza de Medusa, es por ello la mujer imposible, cuya visión ahoga toda idea de aproximación sexual. <<

[2115] El análisis de una señora joven me descubrió que la sujeto, huérfana de padre, había creído, hasta muy entrado el período de la infancia, que tanto su madre como sus tías, poseían un pene. En cambio, creía castrada, como ella misma, a una de sus tías que era débil mental. <<

[2116] Cf. `Tres ensayos para una teoría sexual'. (En un pasaje añadido en 1915.) <<

[2117] ‘Das Ich und das Es’, Internationaler Psychoanalytischen Verlag, 1923.
<<

[2118] Véase el estudio «Observaciones sobre el inconsciente», incluido en las presentes Obras completas. Habremos de examinar aquí una nueva modalidad de la crítica de lo inconsciente. Algunos investigadores, que no rehúsan aceptar los descubrimientos psicoanalíticos, pero que se niegan a reconocer la existencia de lo inconsciente, alegan el hecho de que también la consciencia —considerada como fenómeno— presenta múltiples grados de intensidad o precisión. Existen procesos clara e intensamente conscientes y otros que no lo son sino de un modo casi imperceptible. A los más débiles entre estos últimos sería a los que el psicoanálisis denominaría inconsciente, calificativo inadecuado, pues tales procesos son también conscientes. Se hallan en la consciencia y pueden ser hechos intensa y completamente conscientes, dedicándoles un poco de atención. Aunque en la decisión de estas cuestiones, dependientes de una pura convención o de factores personalísimos, no puede influir ninguna clase de argumentos, alegaremos, que la referencia a una escala de la precisión de la consciencia carece de todo valor probatorio. Es, como si fundándonos en la escala de intensidad de la luz —desde la más deslumbradora a la más tenue— afirmásemos que la oscuridad no existía o concluyésemos, de la amplia escala de vitalidad de los seres animados, la inexistencia de la muerte. Estos principios, pueden encerrar, desde un cierto punto de vista, un alto sentido, pero son inaceptables en la práctica, como se demuestra cuando se quiere deducir de ello determinadas consecuencias, tales como las de que no es necesaria la luz artificial o de que todos los organismos son inmortales. Además, incluyendo lo imperceptible entre lo consciente, no conseguimos sino destruir la única seguridad inmediata dada en lo psíquico. Una consciencia de la que nada sabemos, es, a mi ver, algo más absurdo que la existencia de un psiquismo inconsciente. Por último, tal equiparación de lo imperceptible con lo inconsciente. Por último tal equiparación de lo imperceptible con lo inconsciente, ha debido de ser intentada sin atender a las circunstancias dinámicas, las cuales determinaron, en cambio, la teoría psicoanalítica, pues observamos que en tal tentativa no se han tenido en cuenta dos hechos

importantes. En primer lugar, que es dificilísimo y exige intensos esfuerzos, dedicar atención suficiente a tales elementos imperceptibles, y en segundo, que cuando así lo conseguimos, lo anteriormente imperceptible no es reconocido por la consciencia, sino rechazado por ella. Así, pues, la equiparación de lo inconsciente a lo poco perceptible o imperceptible en absoluto, no es sino una ramificación del prejuicio que mantiene la identidad de lo psíquico con lo consciente. <<

[2119] Cf. ‘Más allá del Principio del Placer’, 1920. <<

[2120] Cf. ‘Más allá del Principio del Placer’. <<

[2121] Cf. ‘Lo Inconsciente’, 1915. <<

[2122] G. Groddeck, *Das Buch vom Es*, *Int. Psychoan*. Verlag, 1923. <<

[2123] Groddeck sigue el ejemplo de Nietzsche, el cual usa frecuentemente este término como expresión de lo que en nuestro ser hay de impersonal. <<

[2124] Nota de 1927 (aparecida en la traducción inglesa). El *yo* se deriva en último término de las sensaciones corporales, principalmente de aquellas producidas en la superficie del cuerpo, por lo que puede considerarse al *yo* como una proyección mental de dicha superficie y que por lo demás, como ya lo hemos visto, corresponde a la superficie del aparato mental. <<

[2125] Me contaron recientemente un ejemplo así discutido como una objeción contra mi descripción de la ‘labor onírica’. <<

[2126] Cf, *Psicología de las masas*. <<

[2127] Únicamente habremos de rectificar la afirmación de que el examen de la realidad era una función del *super-yo*. Las relaciones del *yo* con el mundo de la percepción parecen más bien indicar que dicho examen es ejercido por el *yo*. También ciertas manifestaciones indeterminadas, que en otras lugares hemos consignado, sobre la existencia de un *nódulo* del *yo*, deben ser concretadas ahora en el sentido de que dicho nódulo es únicamente el sistema *P.-Cc*.

(Strachey recuerda que en ‘Más allá del principio del placer’, 1920, Freud pensaba que el núcleo del *yo* es su porción inconsciente. Posteriormente en ‘El humor’, 1927, ubica a dicho núcleo en el *super-yo*.) *(Nota del E.)* <<

[2128] La creencia de los primitivos de que las cualidades del animal ingerido como alimento se transmiten al individuo, y las prohibiciones basadas en esta creencia, constituyen un interesantísimo paralelo de la sustitución de la elección de objeto por la identificación. Esta creencia se halla también integrada seguramente entre los fundamentos del canibalismo y actúa en toda la serie de costumbres que va desde la comida totémica a la comunión. Las consecuencias que aquí se atribuyen al apoderamiento oral del objeto surgen, luego, realmente, en la elección sexual de objeto, ulterior. <<

[2129] Una vez establecida la diferenciación del *yo* y el *Ello*, hemos de reconocer a este último como el gran depósito de la libido. La libido que afluye al Yo por medio de las identificaciones descritas, representa su *narcisismo secundario*. <<

[2130] Quizá fuera más prudente decir, con los padres, pues el padre y la madre no son objeto de una valoración distinta antes del descubrimiento de la diferencia de los sexos, o sea de la falta del pene en el femenino. Una joven, a la que tuve hace poco en tratamiento, me comunicó que al descubrir tal diferencia, no extendió la carencia de dicho órgano a todas las mujeres, sino tan sólo a aquellas «que nada valían», y su madre la ratificó en esta opinión. Para simplificar nuestra exposición, trataremos exclusivamente, aquí, de la identificación con el padre. <<

[2131] Cf. ‘Psicología de las masas y análisis del yo’. <<

[2132] Strachey señala acertadamente que la idea de la bisexualidad aparece ya en los primeros escritos de Freud en la que Wilhelm Fliess fue probablemente el promotor. *(Nota del E.)* <<

[2133] Prescindimos aquí por el momento del arte y de la ciencia. <<

[2134] Cf. «Psicología de las masas y análisis del ‘*yo*’» y «Algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad». <<

[2135] Según nuestra teoría, los instintos de destrucción orientados hacia el exterior, han sido desviados de la propia persona del sujeto, por mediación del Eros. <<

[2136] Podemos decir que también el *yo* psicoanalítico o metapsicológico se halla colocado cabeza abajo, como el *yo* anatómico (el «homúnculo cerebral»). <<

[2137] La lucha contra el obstáculo que supone el sentimiento inconsciente de culpabilidad es harto espinosa para el analista. Directamente, no puede hacerse nada contra ella, e indirectamente, sólo descubrir paulatinamente, sus fundamentos reprimidos inconscientes, con lo cual va transformándose, poco a poco, en sentimiento consciente. La labor del analista queda considerablemente facilitada cuando el sentimiento inconsciente de culpabilidad es el resultado de una identificación del sujeto con otra persona, que fué, en su día, objeto de una carga erótica. Esta génesis del sentimiento de culpabilidad es con frecuencia, el único resto, difícilmente perceptible, de la relación erótica abandonada. Sucede aquí algo análogo a lo que descubrimos en el proceso de la melancolía. Si conseguimos revelar esta pasada carga de objeto detrás del sentimiento inconsciente de la culpabilidad, conseguiremos muchas veces un completo éxito terapéutico, que en el caso contrario, resulta harto improbable, y depende, ante todo, de la intensidad del sentimiento de culpabilidad, y quizá también de que la personalidad del analista permita que el enfermo haga de él su ideal del *yo*, circunstancia que trae consigo, para el primero, la tentación de arrogarse, con respecto al sujeto, el papel de profeta o redentor. Pero como las reglas del análisis prohíben un tal aprovechamiento de la personalidad médica, hemos de confesar honradamente, que tropezamos aquí con otra limitación de los efectos del análisis, el cual no ha de hacer imposibles las reacciones patológicas sino que ha de dar al Yo del enfermo la libertad para decidirse en esta forma o en otra cualquiera. <<

[2138] Este principio sólo aparentemente es paradójico. En realidad, se limita a afirmar, que tanto en el bien como en el mal, va la naturaleza humana mucho más allá de lo que el individuo supone, esto es, de lo que el Yo conoce por la percepción de la consciencia. <<

[2139] `Kurzer Abriß der Psychoanalyse’, publicado en 1924, según una traducción inglesa por A. A. Brill en `These Eventful Years’, volumen II (73): 511-523, Encyclopaedia Britannica Pub. Co. London and New York, 1924. (*Nota del E.*) <<

[2140] En estas *Obras completas*. <<

[2141] En estas *Obras completas*. <<

[2142] En estas *Obras completas*. <<

[2143] En estas *Obras completas*. <<

[2144] ‘Neurose und Psychose’, en el Int. Z. Psychoanal., 10 (1): 1-5, 1924. <<

[2145] Problema que Freud vuelve a estudiar posteriormente en 1927 (`Fetichismo’) y en 1938 en dos trabajos inconclusos (`La escisión del yo en el proceso de defensa’ y en `Compendio del psicoanálisis’), según Strachey. (*Nota del E.*) <<

[2146] «Der Realitätsverlust bei Neurose und Psychose», en el *Int. Z. Psychoanal.*, 10 (4): 374-9, 1924. <<

[2147] `Neurosis y psicosis’ (en estas *Obras Completas*). <<

[2148] Véase `Estudios sobre la Histeria', historial de Frau Elisabeth von R. (en estas *Obras Completas*). <<

[2149] *Ananké* (necesidad). <<

[2150] `Der Untergang des Ödipuskomplexes’, en el Int. Z. Psychoanal., 10 (3): 245-252, 1924. <<

[2151] `La organización genital infantil’, 1923. <<

[2152] *El yo y el Ello* (en estas *Obras Completas*). <<

[2153] Strachey recuerda que el tema lo desarrolló ampliamente Freud dieciocho meses más tarde en el ensayo `Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica’. (En estas Obras Completas.) (*Nota del E*.) <<

[2154] `Das ökonomische Problem des Masochismus', en el Int. Z. Psychoanal., 10 (2): 121-133, 1924. <<

[2155] `Más allá del principio del placer’. (en estas *Obras Completas*) <<

[2156] Cf. ‘La organización genital infantil’, 1923. <<

[2157] Cf. ‘El *yo* y el *Ello*’, 1923. <<

[2158] Cf. ‘El *yo* y el *Ello*’, 1923. <<

[2159] Cf. ‘Totem y Tabú’, 1912-13. <<

[2160] Strachey comenta que Freud amplió esta materia en el trabajo `El malestar en la cultura’ l, 1930. (en estas Obras Completas) (*Nota del E*.) <<

[2161] *Selbstdarstellung*, publicado en `Die Medizin der Gegenwart in Selbstdarstellungen' de Grote, Leipzig, 1925. Ensayo en el que Freud describe la participación que le cupo en el desarrollo del psicoanálisis. Se complementa con su `Historia del movimiento psicoanalítico' de 1914. (*Nota del E*.) <<

[2162] `Psicoanálisis (cinco conferencias)'. <<

[2163] *This eventful years. The twentieth Century in the making as told by many of its makers*. Dos volúmenes. Londres y Nueva York. *The Encyclopaedia Britannica Company*. Mi trabajo, traducido por el doctor A. A. Brill, forma el cap. LXXIII del tomo II. (Véase `Esquema del psicoanálisis' en estas *Obras Completas*.) <<

[2164] ‘Entrad porque aquí también hay dioses’. <<

[2165] Ambos trabajos en estas *Obras completas*. <<

[2166] Strachey comenta este aspecto tan crucial en la investigación de Freud: recuerda que ya se lo había comunicado a Fliess (carta 21 sept.) en 1897 y que fue solamente en 1906 cuando lo dio a la publicidad en su trabajo `La sexualidad en la etiología de las neurosis'. Muy posteriormente, en 1931 vino a cambiar su punto de vista en el trabajo `Sobre la sexualidad femenina', afirmando que tales fantasías de sus pacientes en realidad habían estado originalmente relacionadas no con sus padres, sino con sus madres. <<

[2167] Nota de 1935: La información respecto a la sexualidad infantil se obtuvo del estudio de hombres y la teoría de ella deducida concernía al niño varón. Era casi natural esperar encontrar un completo paralelismo entre los dos sexos; sin embargo, resultó insostenible tal idea. Investigaciones y pensamientos posteriores reflejaron profundas diferencias en el desarrollo sexual de hombres y mujeres. El primer objeto sexual para un lactante femenino (y lo mismo para el masculino) es su madre. La mujer antes de llegar al término de su desarrollo normal debe cambiar no sólo su objeto sexual sino también la primacía de su zona genital. Las dificultades surgen de esta circunstancia, tales como inhibiciones no halladas en hombres. <<

[2168] Nota de 1935: El período de latencia es un fenómeno fisiológico. Sin embargo, solamente en organizaciones de culturas donde la supresión de la sexualidad infantil forma parte de sus sistemas es donde tal período puede dar lugar a una interrupción completa de la vida sexual. No es éste el caso en la mayoría de los pueblos primitivos. <<

[2169] Nota de 1935: Al considerar los frecuentes fracasos de la función onírica debe caracterizarse a los sueños con propiedad como un `intento' de realización de deseos. La antigua definición de Aristóteles aún parece buena: `el sueño es la vida mental en el dormir'. Había una razón para elegir como título para mi libro 'La interpretación de los sueños' y no `El sueño'. <<

[2170] Hospital mental en Zurich, dirigido por Bleuler. *(Nota del E.)* <<

[2171] ‘Los dos principios del funcionamiento mental’. (En estas *Obras completas*.) <<

[2172] ‘Las neuropsicosis de defensa’. (En estas *Obras completas*.) <<

[2173] Nota de 1935: Ésta es una explicación que explícitamente desearía retirar. Ya no creo más que William Shakespeare, el actor de Stratford, sea el autor de las obras tanto tiempo a él atribuidas. Desde la publicación del libro *Shakespeare Identified* de J. T. Looney, estoy casi convencido que en verdad detrás de ese pseudónimo se ocultaba Eduardo de Vere, conde de Oxford. (Strachey comenta un intercambio de notas entre Freud y su traductor inglés en relación a este punto, ya que el traductor estimaba inconveniente su publicación. Freud responde con ironía que `Eduardo de Vere es ciertamente tan buen inglés como W. Shakespeare’. (*Nota del E*.) <<

[2174] *Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci*. (en estas *Obras completas*.)
<<

[2175] *El delirio y los sueños en la Gradiva de W. Jensen*, 1907. (en estas *Obras completas*.) <<

[2176] En estas *Obras completas*. <<

[2177] *Los actos obsesivos y las prácticas religiosas*, 1907. (en estas *Obras completas*.) <<

[2178] En estas *Obras completas*. <<

[2179] Nota de 1935: Desde que estas palabras fueron escritas el análisis de niños, en particular, ha obtenido un poderoso impulso debido al trabajo de la señora Melanie Klein y al de mi hija Anna Freud. <<

[2180] Escrito no incluido en las primeras versiones castellanas. (*Nota del E.*)
<<

[2181] E. Jones relata en su biografía de Freud que en las notas del médico que atendió a Freud, profesor Pichler, se encuentra el siguiente diagnóstico: «leucoplasia proliferativa papilar en el arco palatino derecho anterior». Operación por el Dr. Hajek. (*Nota del E.*) <<

[2182] Ambas en estas Obras completas. <<

[2183] En el original alemán *Die Widerstände gegen die Psychoanalyse*. Publicado en *Imago* el año 1925, pocos meses después de haber aparecido en francés en La *Revue juive*. (*Imago*, 11 (3): 222-233, 1925.) <<

[2184] En estas *Obras Completas*. <<

[2185] «Notiz über den `Wunderblock'», en el Int. Z. Psychoanal., 11 (1): 1-5, 1925. <<

[2186] Problema que aparece estudiado, según lo recuerda Strachey en ‘Más allá del principio del placer’ y más adelante en ‘La negación’ (1925), aunque antes fue tocado por Freud en ‘El inconsciente’. *(Nota del E.)* <<

[2187] Theodor Reik: *Probleme der Religionspsychologie. I. Teil: Das Ritual* («Problemas de la psicología de las religiones. Pate I: El ritual»). (Internationale Psychoanalytische Bibliothek, núm. 5.) Internationaler Psychoanalytischer Verlag, Leipsig-Viena, 1919; 2.ª edición revisada, 1928. El prólogo fue reproducido en ambas ediciones de las obras completas en alemán: *Gesammelte Schriften*, tomo XI, por la misma editorial, 1928; *Gesammelte Werke*, tomo XII, Imago Publishing Co., Londres, 1947. Existe una traducción inglesa del libro prologado por Douglas Ryan: *Ritual: Psycho-Analytical Studies*, The Hogarth Press, Londres, 1931, y Farrar, Straus & Co., Nueva York, 1946. Además, James Strachey ha vuelto a traducir este prólogo con el título *Psycho-Analysis and Religious Origins*, incluyéndolo en su edición de obras selectas de Freud: *Collected Papers*, tomo V, The Hogarth Press, Londres, 1950. (*N. del T.*) <<

[2188] O. Rank: *Das Inzestmotiv in Dichtung und Sage* («El tema del incesto en la poesía y en la leyenda»). <<

[2189] En estas *Obras completas*. <<

[2190] J. Varendonck (Gante): *Über das vorbewußte phantasierende Denken* («Sobre el pensamiento fantaseante preconsciente»). Traducción autorizada del inglés por Anna Freud. (lnternationale Psychoanalytische Bibliothek, tomo XII.) Internationaler Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Viena-Zurich, 1922. La versión original es inglesa: *Introduction to the Psychology od Day-Dreams* («Introducción a la psicología del sueño diurno»), Allen & Unwin, Londres, 1921. La versión alemana de este prólogo se encuentra también en ambas ediciones de las obras completas: *Gesammelte Schriften*, tomo XI, Internat. Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Viena-Zurich, 1928; *Gesammelte Werke*, tomo XIII, Imago Publishing Co., Londres, 1940. No existen otras traducciones. (*N. del T.*) <<

[2191] En el prólogo de la edición inglesa del libro de Varendonck, citada en la nota anterior, se encuentra aún el siguiente pasaje, que traduzco del inglés, por no existir ningún original alemán. (*N. del T.*) <<

[2192] *Addresses on Psycho-Analysis* («Escritos sobre psicoanálisis»), de J. J. Putnam, profesor emérito de Neurología en la Harvard University (International Psycho-Analytical Library, núm. 1). The International Psycho-Analytical Press, Londres-Viena-Nueva York, 1921. No existe un original en alemán. La primitiva versión inglesa ha sido reproducida en ambas ediciones de las obras completas: *Gesammelte Schriften*, tomo XI, Internat. Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Viena-Zurich, 1928; *Gesammelte Werke*, tomo XIII, Imago Publishing Co., Londres, 1940. No existen otras traducciones. *(N. del T.)* <<

[2193] *Bericht über die Berliner psychoanalytische Poliklinik* («Informe sobre la Policlínica Psicoanalítica de Berlin») (marzo de 1920 hasta junio de 1922), Internationaler Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Viena-Zurich, 1923. El prólogo ha sido reproducido en ambas ediciones de las obras completas: *Gesammelte Schriften*, tomo XI, por la misma editorial, 1928; *Gesammelte Werke*, tomo XIII, Imago Publishing Co., Londres, 1940. No existen traducciones. *(N. del T.)* <<

[2194] Carta de Freud publicada en 1923 por Biblioteca Nueva. <<

[2195] Esta necrología, firmada *El Director*, apareció en la *Internat. Zeitschrift fur ärtzliche Psychoanalyse*, volumen V, numero 2, 1919, siendo reimpresa en ambas ediciones de las obras completas en alemán: *Gesammelte Schriften*, tomo XI, Internat. Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Viena-Zurich, 1928; *Gesammelte Werke*, tomo XII, Imago Publishing Co., Londres, 1947. No existen traducciones. *(N. del T.)* <<

[2196] Esta necrología, firmada *La Redacción* apareció en la revista *Internat. Zeitschrift für ärztliche Psychoanalyse*, volumen V, número 3, 1919, y posteriormente fue reimpresa en las dos ediciones de las obras completas en alemán: *Gesammelte Schriften*, tomo XI, Internat. Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Viena-Zurich, 1928; *Gesammelte Werke*, tomo XII, *Imago*, Publishing Co., Londres, 1947. <<

[2197] `The Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse’. <<

[2198] Esta nota necrológica, firmada *La Redacción y el Director*, apareció en la *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, volumen VI, 1920, y en ambas ediciones de las obras completas en alemán: *Gesammelte Schriften*, tomo XI, Internat. Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Viena-Zurich, 1928; *Gesammelte Werke*, tomo XIII, Imago Publishing Co., Londres, 1940. <<

[2199] Schiller, `Die Braut von Messina’. <<

[2200] Esta nota onomástica, firmada *El Director y la Redacción*, apareció como introducción a la entrega de la *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, dedicada al 50 aniversario de Ferenczi (volumen IX, número 3, 1923). Ha sido reimpresa en ambas ediciones de las obras completas en alemán: *Gesammelte Schriften*, tomo XI, Internat. Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Viena-Zurich, 1928; *Gesammelte Werke*, tomo XIII, Imago Publishing Co., Londres, 1940. <<

[2201] Véase ‘Psicoanálisis (cinco conferencias)’. En estas *Obras completas*.
<<

[2202] Título del original en alemán: «Internationaler psychoanalytischer Verlag und Pressezuteilungen für psychoanalytische Arbeiten». Publicado únicamente en alemán, en la revista *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, volumen V, 1919, y en la edición londinense de las obras completas: *Gesammelte Werke*, tomo XII. Imago Publishing Co., Londres, 1947. (*N. del T.*) <<

[2203] Título del original en alemán: «Mitteilung des Herausgebers». Esta nota, si bien no se halla firmada, es evidentemente de Freud, quien era a la sazón el director de la publicación que la inserta: *Internationale Zeitschirft für Psychoanalyse*, volumen X, página 373, 1924. Así lo consigna también John Rickman en su *Index Psychoanalyticus*, 1893-1926 (título número 1746), The Hogarth Press, Londres, 1928. <<

[2204] Esta carta, redactada originalmente en francés, fue dirigida el 20 de febrero de 1924 a la revista *Le Disque Ven*, de París y Bruselas, para ser incluida en su número especial *Freud el la Psychanalyse*. La misma versión francesa se encuentra en ambas ediciones de las obras completas en alemán: *Gesammelte Schriften*, tomo XI. Internat. Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Viena-Zurich. 1928: *Gesammelte Werke*, tomo XIII, Imago Publishing Co., Londres, 1940. <<

[2205] *Hemmung, Symptom und Angst*, en alemán el original, Leipzig, Viena, *Internationaler Psychoanalytischer Verlag*, 1926. <<

[2206] El contraste entre su fuerza y su debilidad frente al `ello’. (*Nota del E.*)
<<

[2207] Véase el estudio titulado «Análisis de la fobia de un niño de cinco años». <<

[2208] Véase el estudio «Historia de una neurosis infantil». <<

[2209] `No es claro', antiquísimo veredicto judicial, según Strachey. (*Nota del E.*) <<

[2210] Véase el estudio titulado «La disposición a la neurosis obsesiva». <<

[2211] Cf. Reik: *Geständniszwang un Straf bedürfnis*, 1925, pág. 51. <<

[2212] Strachey señala las raras ocasiones en que Freud hizo uso del concepto de `regresión temporal’ (Cf. Standard, Ed. XX:127 n). (*Nota del E*.) <<

[2213] Ver *Duelo y melancolía*, 1917. <<

[2214] Otto Rank: *Das Trauma der Geburt und seine Bedeutung für die Psychoanalyse*, en *Internat. Psychoanalyt. Bibliothek*, XIV, 1924. <<

[2215] Cf. *El Yo y el Ello*, 1923. (*Nota del E.*) <<

[2216] La diferenciación del *yo* y el *ello* tenía que reavivar nuestro interés hacia los problemas de la represión. Hasta entonces nos había bastado considerar la parte de este proceso relacionado con el *yo*: el apartamiento de la consciencia y de la motilidad y la formación de sustitutivos (síntomas). Suponiendo que el impulso instintivo reprimido perduraba inmodificado en lo inconsciente durante un tiempo indeterminado. Nuestro interés se orienta ahora hacia los destinos de lo reprimido, y sospechamos que tal perduración inmodificada e inmodificable no es natural, ni siquiera, quizá corriente. Desde luego el impulso instintivo primitivo ha sido inhibido y desviado de su fin por la represión. Pero hemos de preguntarnos si su conexión con lo inconsciente ha sido mantenida y si ha resistido a las influencias transformadoras y desvalorizadoras de la vida; esto es, si subsisten aún los antiguos deseos cuya existencia nos revela el análisis. La respuesta parece fácil y segura: los antiguos deseos reprimidos tienen que aún subsistir en lo inconsciente, puesto que los síntomas, ramificaciones suyas, conservan su eficacia. Pero esta solución no es suficiente, pues no nos permite decidir entre las dos posibilidades existentes o sea: la de que el antiguo deseo no actúe ahora sino por medio de sus ramificaciones, a la que habría transferido toda su energía de carga; y de la que, además, subsista dicho deseo por si mismo. Si su destino ha sido agotarse en la carga de sus ramificaciones, queda aún la tercera posibilidad: de que en el curso de la neurosis haya sido reanimado por regresión, por muy extemporáneo que ahora sea. No son nada ociosas estas reflexiones pues mucha parte de los fenómenos, tanto de la vida anímica patológica, como de la normal, parece exigir el planteamiento de tales cuestiones. En nuestro estudio sobre la disolución del complejo de Edipo fue donde advertimos la diferencia entre la mera represión y la verdadera supresión de un antiguo impulso optativo. <<

[2217] ‘La simplicidad es el sello de la verdad’. <<

[2218] Strachey hace notar al lector referirse al trabajo de 1914 *Recuerdo, repetición y elaboración*. Este concepto ha adquirido una amplia aceptación en todos los estudios sobre técnica analítica. Working-through, en inglés. (*Nota del E*.) <<

[2219] Véanse *Las neuropsicosis de defensa* (1894). <<

[2220] Preludia aquí Freud los descubrimientos de Melanie Klein, que vendrán a confirmar dicha afirmación. (*Nota del E*.) <<

[2221] Puede suceder también, con cierta frecuencia, que en una situación peligrosa, justamente apreciada como tal, venga a agregarse a la angustia real una parte de angustia instintiva. La exigencia instintiva, cuya satisfacción rechaza el yo, sería entonces el instinto masoquista: de destrucción dirigido contra la propia persona. Este agregado de angustia instintiva explica quizá aquellos casos en los que la reacción angustiosa resulta excesiva, inadecuada y paralizadora. Las fobias de las alturas (ventanas, torres, abismos) podrían tener este origen. Su secreta significación femenina se halla cercana al masoquismo. <<

[2222] Véase el estudio titulado *Duelo y melancolía*. <<

[2223] *Die Verneinung*, en alemán el original, *Imago*, II (3), 217-21, 1925. <<

[2224] El mismo proceso yace en la base de la corriente superstición que jactarse es peligroso. ¡Qué estupendo es no haber tenido por tanto tiempo uno de mis dolores de cabeza! Pero, en verdad, es esta exclamación el primer anuncio de un ataque, cuya cercanía ya la presiente el sujeto, aunque se muestra reacio a creerlo. <<

[2225] Ver los comentarios en *Los instintos y sus destinos* (1915). <<

[2226] Publicado el año 1925 en la revista *Imago* bajo el título *Die okkulte Bedeutung des Traumes*, este ensayo junto a los dos siguientes fueron escritos por Freud para complementar *La interpretación de los sueños*, se encuentran en la edición alemana G. S., 3, 172-184, 1925. <<

[2227] Véanse las *Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia*. <<

[2228] En alemán, *Die Grenzen der Deutbarkeit*. Fecha de su primera publicación, año 1925. Ver nota del trabajo anterior. <<

[2229] Publicado el año 1925 bajo el título *Die sittliche Verantwortung für den Inhalt der Träume*. Ver nota del ensayo *La significación ocultista del sueño*.
<<

[2230] En alemán, *Einige psychische Folgen des anatomischen Geschlechtsunterschieds*, publicado en *Int. Z. Psychoanal.*, 11 (4), 401-410, 1925. Leído por Anna Freud en el Congreso Psicoanalítico Internacional en Hamburgo, el 3 de septiembre de 1925. (*Nota del E.*) <<

[2231] *La disolución del complejo de Edipo* (1924). <<

[2232] Véase *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905). <<

[2233] Es ésta la oportunidad de corregir una afirmación que formulé hace unos años. Creía entonces que el interés sexual de los niños no sería despertado por la diferencia entre los sexos —como lo es en los púberes—, sino por el problema del origen de los niños. Advertimos ahora que no es ciertamente así, por lo menos en lo que a la niña se refiere. En cuanto al varón, no cabe duda de que una u otra cosa puede ocurrir en los distintos individuos; también es posible que la alternativa sea decidida en ambos sexos por las circunstancias casuales de la existencia. <<

[2234] Ya en mi primera exposición crítica de la *Historia del movimiento psicoanalítico* (1913) reconocí que este hecho representa el núcleo de verdad contenida en la doctrina de Adler. Ésta, sin embargo, no vacila en explicar el mundo entero a partir de este único punto (inferioridad orgánica-protesta masculina-apartamiento de la línea femenina), alabándose además de haber restado de esta manera su importancia a la sexualidad, en favor de la voluntad de poderío. Así, el único órgano que sin ambigüedad cabría designar como «inferior» sería el clítoris. Por otra parte, sabemos de análisis que se jactan de no haber hallado nunca signo alguno de un complejo de castración, a pesar de haberse esforzado durante decenios por revelar su existencia. Debemos inclinarnos respetuosos ante la magnitud de esta hazaña, aunque sólo sea una hazaña negativa, una verdadera obra de virtuosismo en el supremo arte de no ver nada y de confundirlo todo. Las dos doctrinas forman un interesante par de antagonismos: en la una no hay trazas siquiera de un complejo de castración: en la otra no hay nada más que consecuencias del mismo. <<

[2235] *Pegan a un niño* (1919). <<

[2236] Karl Abraham: *Äußerungsformen des weiblichen Kastrationskomplexes*, «Internat. Zeitschrift für Psychoanalyse», volumen VII, 1921. Karen Horney: *Zur Genese des weiblichen Kastrationskomplexes*, ibídem, volumen IX, 1923. Helene Deutsch: *Psychoanalyse der weiblichen Sexualfunktionen*, «Neue Arbeiten zur ärztlichen Psychoanalyse», Viena, 1925. <<

[2237] Primera publicación, en inglés, bajo el título *Psychoanalysis: Freudian School*, en *Encyclopædia Britannica*, 13 th. ed., New Vol. 3, 253-5 (traducido por James Strachey). La presente versión española toma en cuenta el original alemán. <<

[2238] «Rápido, seguro, con alegría». En latín en el original. <<

[2239] Frase omitida en la Encyclopædia B. (*Nota del E.*) <<

[2240] En 1926 Theodor Reik, destacado psicoanalista no médico, fue acusado en Viena de práctica ilegal de la medicina. El presente trabajo resume la defensa planteada por Freud para tales casos. El título del original en alemán es *Die Frage der Laienanalyse. Unterredungen mit einem Unparteiischen*, publicado en *Internationaler Psychoanalytischer Verlag*, 1926. <<

[2241] Denominado ahora *análisis didáctico* en los países de habla hispana y *training analysis* en los de habla inglesa. (*Nota del E.*) <<

[2242] *Die Zukunft einer Illusion*, en alemán el original. <<

[2243] En verdad, corresponde a un sueño del propio Freud citado en *La interpretación de los sueños*. (*Nota del E.*) <<

[2244] Strachey recuerda que dicho episodio le sucedió a Freud en 1904 a los cuarenta y seis años de edad. Profundizó en la interpretación de una carta abierta de 1936 dirigida a Romain Rolland. (*Nota del E.*) <<

[2245] No creo ser injusto al atribuir a los filósofos del «como si» una opinión en la que han coincidido otros pensadores. Cf. H. Vaihinger: *La filosofía del «como si»*, ediciones 7.ª y 8.ª, 1922, pág. 68: «En el círculo de las ficciones no incluimos tan sólo operaciones teóricas indiferentes, sino también concepciones creadas por hombres nobilísimos y acogidas en su corazón por la parte más noble de la Humanidad, que no permite le sean arrancadas. Tampoco nosotros lo intentamos. Las dejamos subsistir como *ficciones prácticas*, carentes de todo valor de *verdad teórica*». <<

[2246] *Juicio del mono*, lo llamó Freud, sucedió en Dayton, Tennessee, donde un profesor fue procesado por enseñar que el hombre descendía de los animales inferiores. (*Nota del E.*) <<

[2247] Moebius (1903). <<

[2248] Heine, *Deutschland*. <<

[2249] Los dioses gemelos Ασγσζ - Αναγχη (Logos: razón; y Ananke: necesidad) del holandés Multatuli. <<

[2250] *Fetischismus*, en alemán el original, en *Almanach*, 1928, 17-24. <<

[2251] Ya en 1910, en mi estudio sobre *Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci*, mencioné esta interpretación sin fundamentarla. <<

[2252] Sin embargo, me rectifico a mí mismo, agregando que tengo los mejores motivos para suponer que Laforgue no diría nada de eso. De acuerdo con sus propias explicaciones, «escotomización» es un término derivado de la descripción de la demencia precoz, que no se originó por la aplicación de las concepciones psicoanalíticas a las psicosis y que tampoco puede ser aplicado a los procesos del desarrollo y la formación de las neurosis. En el presente contexto me he esforzado por aclarar esta incompatibilidad. <<

[2253] *Neurosis y psicosis* (1924) y *La pérdida de la realidad en la neurosis y en la psicosis* (1924). <<

[2254] *Der Humor*, en alemán el original, leído por Ana Freud en el 10.º Congreso Psicoanalítico Internacional, Innsbruck, 1927 y publicado en *Almanach* 1928, 9-16. (*Nota del E.*) <<

[2255] Strachey comenta que en 1923 Freud colocaba al sistema *Percepción-Consciencia* como el verdadero núcleo del *Yo*, en nota del capítulo III del *Yo y el Ello*. (*Nota del E.*) <<

[2256] *Ein Religiöses Erlebnis*, en alemán el original, *Imago*, 14(1), 7-10, 1928. <<

[2257] *Dostoyevski und die Vatertötung*, en alemán el original, en *Die Urgestait der Brüder Karamazoff*, ed. R. Fülöp-Miller y F. Eckstein, Munich, 1928. <<

[2258] Cf. La discusión sobre este punto en *Der unbekannte Dostoiewski*, 1926. —Stefan Zweig en 1920 escribe: No se detiene ante las barreras de la moral burguesa, y nadie puede decir exactamente hasta qué punto transgredió en su vida las fronteras legales, ni cuanta parte los instintos criminales de sus héroes llegó a convertirse en él en acción real (*Der Meister*, 1920). Sobre la íntima relación entre las figuras de Dostoyevski y sus propias vivencias, véanse las consideraciones de René Fülöp-Miller y Eckstein en el capítulo inicial de *Dostoiewski am Roulette*, 1925. <<

[2259] Cf. el ensayo de René Fülöp-Miller *Dostoiewskis Heilige Krankheit (Wissen und Leben)*, 19-20, 1924. Singularmente interesante es el dato de que en la infancia del poeta le sucedió «algo terrible, inolvidable y dolorosísimo», a lo cual deben referirse los primeros indicios de su enfermedad (Suworin en un artículo de Suvorin en *Nowoje Wremja*, 1881, citado en la introducción a *Dostoiewski am Roulette*, página XLV). Véase también Orest Miller, 1921, *Dostoiewskis autobiographische Shriften*: «Poseemos, sin embargo, sobre la enfermedad de Fiodor Mijailovisch otro dato particular que se refiere a su más temprana infancia y relaciona la enfermedad con un suceso trágico acaecido en la vida familiar de los padres de Dostoyevski. Pero aunque este dato me ha sido comunicado verbalmente por alguien muy próximo a Fiodor Mijailovich, no puedo decidirme a reproducirlo aquí precisa y detalladamente, por cuanto he logrado confirmarlo» (página 140). La literatura biográfica y la investigación de las neurosis no pueden ciertamente mostrarse agradecidas a esta discreción de O. Miller. <<

[2260] La mayoría de los datos, y entre ellos la propia manifestación de Dostoyevski, afirman más bien que sólo durante la prisión en Siberia adquirió ya su enfermedad su definitivo carácter epiléptico. Desgraciadamente, las manifestaciones autobiográficas de los neuróticos carecen de toda garantía de exactitud. La experiencia ha demostrado que su memoria incurre en falsedades encaminadas a desgarrar un encadenamiento casual. Mas parece seguro que la prisión en las cárceles siberianas modificó también profundamente la enfermedad de Dostoyevski. Cf. *Dostoiewski Heilige Krankheit*. <<

[2261] Cf. Freud, *Totem y tabú*. <<

[2262] Cf. *Totem y tabú*. <<

[2263] La mejor información sobre el sentido y contenido de los ataques de Dostoyevski nos la procura el propio interesado al comunicar a su amigo Strachoff que la irritabilidad y la depresión que le asaltaban después de sus ataques epilépticos tenían su origen en el hecho de que en tales períodos se aparecía a sí mismo como un criminal y no podía libertarse del sentimiento de haber echado sobre sí una terrible culpa incógnita, haber cometido un terrible crimen que le agobiaba. *Dostojewski Heilige Krankheit*, página 1188.) En tales autoacusaciones ve el psicoanálisis la revelación de una parte de la «realidad psíquica» y se esfuerza en dar a conocer a la conciencia la culpa desconocida. <<

[2264] Cf. Freud, su capítulo sobre *Los delincuentes por sentimiento de culpa*, 1916. (*Nota del E.*) <<

[2265] «Lo principal es el juego mismo», escribía en una de sus cartas. «Le juro que no juego por ansia de hacer dinero, aunque bien lo necesito». <<

[2266] «El siempre permanecía en la mesa de juego hasta haber perdido todo y quedar completamente arruinado. Sólo al ser completado el daño se alejaba el demonio de su alma dejando cabida al genio creador». (Fülöp-Miller y Eckstein, 1925.) <<

[2267] Según recuerda Strachey ya Freud había establecido la relación entre la masturbación con las adicciones posteriores. Véase la carta a Fliess del 22 de diciembre de 1887. (*Nota del E.*) <<

[2268] La mayoría de las opiniones desarrolladas en el presente ensayo fueron ya apuntadas por Jolan Neufeld en un excelente trabajo titulado *Dostoiewski, Skiffe zu seiner Psychoanalyse*, 1923.

Freud, en carta del 14 de abril de 1929, le responde a Theodor Reik las opiniones vertidas por éste respecto al ensayo sobre Dostoyevski. Expone, entre otras interesantes ideas, una acerca el desamparo del genio cuando de los fenómenos del amor se trataba, «todo lo realmente nos informa son crudos deseos instintivos de una naturaleza masoquista y despiadado amor». (*Nota del E.*) <<

[2269] Título del original en alemán: *Das Unbehagen in der Kultur*. Este ensayo, publicado en 1930, en el que Freud aborda problemas morales y religiosos, puede considerarse, en cierto modo, como continuación de *Totem y tabú* (1912) y *El porvenir de una ilusión* (1927). Sin embargo, y de acuerdo a lo señalado acertadamente por Strachey, Freud se había preocupado desde sus primeros estudios de relacionar factores culturales con la neurosis y los mecanismos psíquicos. Así, en carta a Fliess del 31 de mayo de 1897, afirma Freud que el incesto es antisocial y que la civilización consiste en un renunciamiento progresivo a él. (*Nota del E*.) <<

[2270] Nota de 1931. —*Liluli*. —Desde que aparecieron los libros *La vie de Ramakrishna* y *La vie de Vivekananda* (1930), ya no necesito ocultar que el amigo a quien aludo con estas palabras es Romain Rolland. <<

[2271] Christian Dietrich Grabbe, *Hannibal*: «Por cierto que no podemos caernos de este mundo: henos aquí de una vez por todas». <<

[2272] Véanse los numerosos trabajos sobre el desarrollo del yo y el sentido yoico, desde Ferenczi: *Entwicklungsstufen des Wirklichkeitssinnes*, 1913 («Fases evolutivas del sentido de la realidad»), hasta las contribuciones de Paul Federn, de 1926, 1927 y años posteriores. <<

[2273] Según *The Cambridge Ancient History*, tomo VII, 1928. *The Founding of Rome*, por Hugh Last. <<

[2274] Goethe, en *Die zahmen Xenien*, IX («De las poesías póstumas»). <<

[2275] En *Die fromme Helene* («La pía Elena»), Wilhelm Busch dice otro tanto, aunque en un nivel más llano: «A quien tiene pesares no le faltan licores». <<

[2276] Goethe aun llega a advertirnos: «Nada es más difícil de soportar que una serie de días hermosos»; pero bien podría ser que exagera. <<

[2277] Cuando falta una vocación especial que imponga una orientación imperativa a los intereses vitales, el simple trabajo de los oficios manuales, accesible a todo el mundo, puede desempeñar la función que tan sabiamente aconseja Voltaire. Es imposible considerar adecuadamente en una exposición concisa la importancia del trabajo en la economía libidinal. Ninguna otra técnica de orientación vital liga al individuo tan fuertemente a la realidad como la acentuación del trabajo, que por lo menos lo incorpora sólidamente a una parte de la realidad, a la comunidad humana. La posibilidad de desplazar al trabajo y a las relaciones humanas con él vinculadas una parte muy considerable de los componentes narcisistas, agresivos y aun eróticos de la libido, confiere a aquellas actividades un valor que nada cede en importancia al que tienen como condiciones imprescindibles para mantener y justificar la existencia social. La actividad profesional ofrece particular satisfacción cuando ha sido libremente elegida, es decir, cuando permite utilizar, mediante la sublimación, inclinaciones preexistentes y tendencias instintuales evolucionadas o constitucionalmente reforzadas. No obstante, el trabajo es menospreciado por el hombre como camino a la felicidad. No se precipita a él como a otras fuentes de goce. La inmensa mayoría de los seres sólo trabajan bajo el imperio de la necesidad, y de esta natural aversión humana al trabajo se derivan los más dificultosos problemas sociales. <<

[2278] Véanse *Los dos principios del suceder psíquico* (1911) y la *Introducción al psicoanálisis*, lección XXIII (1915-17). <<

[2279] Nota de 1931.—Me parece necesario señalar por lo menos una de las lagunas que han quedado en la precedente exposición. Al enumerar las posibilidades de alcanzar la felicidad que están a disposición del ser humano, no se debería pasar por alto la relación proporcional entre el narcisismo y la libido objetal. Quisiéramos saber qué representa para la economía libidinal el narcisismo, es decir, el hecho de depender en lo esencial de uno mismo. <<

[2280] Véase *El porvenir de una ilusión*. <<

[2281] El material psicoanalítico, aunque incompleto y de interpretación incierta, permite establecer una hipótesis —al parecer, fantástica— sobre el origen de esta hazaña humana. El hombre primitivo habría tomado la costumbre de satisfacer en el fuego un placer infantil, extinguiéndolo con el chorro de su orina cada vez que lo encontraba en su camino. De acuerdo con las leyendas que conocemos, no cabe poner en duda la primitiva concepción fálica de la llama serpentina y enhiesta. La extinción del fuego por la micción —procedimiento al que aún recurren esos tardíos hijos de gigantes que son Gulliver en Liliput y Gargantua, de Rabelais— era, pues, algo así como un acto sexual realizado con un hombre, un goce de la potencia masculina en contienda homosexual. El primer hombre que renunció a este placer, respetando el fuego, pudo llevárselo consigo y someterlo a su servicio. Al amortiguar así el fuego de su propia excitación sexual, logró dominar la fuerza elemental de la llama. Esta grandiosa conquista cultural representaría, pues, la recompensa por una renuncia instintiva. Además, se habría encomendado a la mujer el cuidado del fuego aprisionado en el hogar, pues su constitución anatómica le impide ceder a la placentera tentación de extinguirlo. También cabe señalar cuán regularmente las experiencias analíticas confirman el parentesco entre la ambición, el fuego y el erotismo uretral. <<

[2282] «¡Oh fuerte naturaleza!» En inglés en el original. *(N. del T.)* <<

[2283] Recuérdese que esto fue escrito precisamente en tal fecha. *(N. del T.)*
<<

[2284] Véase *El carácter y el erotismo anal* (1908), además de muchos otros trabajos de Ernest Jones, entre otros. <<

[2285] Aunque la periodicidad orgánica del proceso sexual ha persistido, su influencia sobre la excitación sexual psíquica se transformó más bien en lo contrario. Esta reversión depende ante todo del atenuamiento que sufrieron las excitaciones olfatorias, mediante las cuales la menstruación influía sobre el psiquismo masculino. La función de las sensaciones olfatorias fue asumida por las visuales, que podían ejercer efecto permanente, al contrario de las olfatorias, cuya influencia es intermitente. El tabú de la menstruación surge de esta «represión orgánica», constituyendo el rechazo de una fase evolutiva superada; todas sus restantes motivaciones son probablemente secundarias. (Véase C. D. Daly, *Hindumythologie und Kastrationskomplex* [«La mitología hindú y el complejo de castración»], Imago, tomo XIII, 1927.) Este proceso se repite, en distinto nivel, cuando los dioses de una época cultural superada se convierten en los demonios de la siguiente. En cuanto a la atenuación de las sensaciones olfatorias, parece ser, a su vez, una consecuencia de que al distanciarse el hombre de la tierra, incorporándose y adoptando la marcha bípeda, vertical, los órganos genitales quedaron al descubierto y necesitados de protección, con la consecuencia inmediata del pudor. La erección del hombre a la posición vertical se hallaría, pues, en el origen del proceso de la cultura, tan preñado de consecuencias. La concatenación evolutiva pasa por la desvalorización de las sensaciones olfatorias y el aislamiento de la mujer menstruante, al predominio de los estímulos visuales, a la visibilidad de los órganos genitales, luego a la continuidad de la excitación sexual, a la fundación de la familia, llegando con ello al umbral de la cultura humana. Sólo se trata aquí de una especulación teórica, pero de importancia suficiente para justificar su verificación exacta en las condiciones de vida de las especies animales próximas al hombre.

La influencia de un factor evidentemente social también se traduce en la tendencia cultural a la limpieza, justificada *a posteriori* con preceptos higiénicos, pero manifestada ya antes de que se conocieran éstos. La tendencia a la limpieza se origina en el impulso a deshacerse de los excrementos que se han tornado desagradables a la percepción sensorial. Bien

sabemos que en el niño pequeño no ocurre lo mismo, pues los excrementos no le causan repugnancia, pareciéndole, al contrario, preciosos, como partes desprendidas de su propio cuerpo. Al respecto, la educación insiste en acelerar con particular energía el inminente curso evolutivo que habrá de restar todo valor a los excrementos, haciéndolos inútiles, repugnantes, detestables y dignos de repudio. Semejante depreciación no sería posible si tales materias sustraídas al cuerpo no estuvieran condenadas por su intenso olor a compartir el destino de todos los estímulos olfatorios, una vez que el hombre se hubo erguido del suelo. De modo que el erotismo anal comienza por sufrir la «represión orgánica» que allanó el camino a la cultura. El factor social, encargado de imponer nuevas transformaciones al erotismo anal, se expresa en el hecho de que, a pesar de todos los progresos realizados por el hombre, el olor de los propios excrementos apenas le resulta repugnante, efecto que le ocasionan tan sólo las excreciones de los demás. Por consiguiente, el individuo sucio, es decir, el que no oculta sus excrementos, ofende al prójimo, le niega toda consideración, cosa que, por otra parte, también expresan las injurias más groseras y corrientes. Además, no se podría concebir cómo el hombre habría llegado a emplear como injurias el nombre de su amigo más fiel entre los animales, si el perro no se hiciera acreedor al desprecio humano por dos de sus cualidades: la de ser un animal osmático, al que no repugnan los excrementos, y la de no avergonzarse por sus funciones sexuales. <<

[2286] Entre las obras del fino poeta inglés John Galsworthy, que actualmente goza de general estima, pude apreciar hace tiempo un breve cuento titulado *The Apple-tree* («El manzano»). Este muestra de manera convincente cómo en la vida del actual hombre civilizado ya no cabe el amor simple y natural entre dos seres humanos. <<

[2287] Vayan las siguientes observaciones en apoyo de esta hipótesis. También el hombre es un animal de indudable disposición bisexual. El individuo equivale a la fusión de dos mitades simétricas, una de las cuales sería, según opinión de algunos investigadores, puramente masculina, y la otra, femenina. Pero también podría ser que cada mitad fuera primitivamente hermafrodita. La sexualidad es un hecho biológico que, pese a su extraordinaria importancia para la vida anímica, resulta difícil captar psicológicamente. Solemos decir que todo hombre presenta tendencias instintivas, necesidades y atributos, tanto masculinos como femeninos, pero sólo la Anatomía —mas no la Psicología— puede revelar la índole de lo masculino y de lo femenino. Para la Psicología, esta antítesis sexual se agota en la de actividad y pasividad con lo femenino, parangón que de ningún modo se confirma invariablemente en el reino animal. La doctrina de la bisexualidad está aún envuelta en las tinieblas, y en psicoanálisis nos ocasiona sensibles inconvenientes la circunstancia de que todavía no haya sido vinculada con la teoría de los instintos. En todo caso, si aceptamos el hecho de que el individuo en su vida sexual trata de satisfacer deseos tanto masculinos como femeninos, estaremos preparados para aceptar la posibilidad de que estas pretensiones no sean satisfechas por un mismo objeto y que se perturben mutuamente si no se logra mantenerlas separadas, dirigiendo cada uno de los impulsos a un vía particular apropiada para el mismo. Otra dificultad se debe a que la relación erótica presenta con tal frecuencia cierta medida de tendencias agresivas directas, además del componente sádico que le es propio. El objeto amoroso no siempre aceptará estas complicaciones con la comprensión y tolerancia de aquella aldeana que se quejaba del desamor de su marido, pues éste no la había azotado en una semana.

Con todo, la hipótesis de mayor alcance es la que se desprende de las consideraciones formuladas en la nota de las páginas 28 y sig.: la adopción de la postura bípeda y la desvalorización de las sensaciones olfatorias habrían amenazado con hacer víctima de la represión orgánica a la sexualidad entera —y no sólo al erotismo anal—, de manera que desde entonces la función

sexual es acompañada por un resistencia inexplicable que impide su satisfacción plena y la impulsa, lejos de su fin sexual, hacia sublimaciones y desplazamientos de la libido. Bien sé que Bleuler señaló cierta vez la existencia de semejante actitud antagonista primaria frente a la vida sexual (*Der Sexualwiderstand* [«La resistencia sexual»]. *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen*, tomo V, 1913). A todos los neuróticos —y a muchos que no lo son— les choca el hecho innegable de que *inter urinas et faeces nascimur*. Los órganos genitales también provocan fuertes sensaciones olfatorias que son insoportables para muchos seres humanos y les malogran las relaciones sexuales. Confirmaríase así que la raíz más profunda de la represión sexual, paralelamente progresiva con la cultura, residiría en los mecanismos de defensa orgánica que la nueva forma de vida, adquirida con la bipedestación, dirige contra la precedente existencia animal. He aquí un resultado de la investigación científica que coincide extrañamente con prejuicios vulgares, expresados a menudo. De todos modos, trátase tan sólo de suposiciones inciertas que aún carecen de confirmación científica. Tampoco hemos de olvidar que, pese a la indudable desvalorización que han sufrido los estímulos olfatorios, aún en Europa existen pueblos que aprecian mucho los intensos olores genitales, tan repugnantes para nosotros, no resignándose a abandonarlos como excitantes de la sexualidad. (Véase al respecto las comprobaciones folklóricas suministradas por el «Cuestionario» de Iwan Bloch: *Über den Geruchssinn in der vita sexualis* [«Sobre el sentido del olfato en la vida sexual»], publicado en varios volúmenes de la *Anthropophyteia* de Friedrich S. Krauss.) <<

[2288] Un gran poeta puede permitirse expresar, por lo menos en broma, las verdades psicológicas más rigurosamente condenadas. Así, Heinrich Heine nos confiesa: «Tengo la disposición más apacible que se pueda imaginar. Mis deseos son: una modesta choza, un techo de paja; pero buena cama, buena mesa, manteca y leche bien frescas, una flores ante la ventana, algunos árboles hermosos ante la puerta, y si el buen Dios quiere hacerme completamente feliz, me concederá la alegría de ver colgados de estos árboles a unos seis o siete de mis enemigos. Con el corazón enternecido les perdonaré antes de su muerte todas las iniquidades que me hicieron sufrir en vida. Es cierto: se debe perdonar a los enemigos, pero no antes de su ejecución». (Heine, *Gedanken und Einfälle* [«Pensamientos y ocurrencias»].) <<

[2289] «Creo, porque es absurdo». Profesión de fe atribuida a San Agustín, aunque se le reputa apócrifa. (*N. del T.*) <<

[2290] «El hombre es un lobo para el hombre». (*N. del T.*) <<

[2291] Quien en los años de su propia juventud ha sufrido la miseria, ha experimentado la indiferencia y arrogancia de los ricos, bien puede estar a cubierto de la sospecha de incomprensión y falta de simpatía por los esfuerzos dirigidos a combatir las diferencias de propiedad entre los hombres, con todas las consecuencias que de ellas emanan. Sin embargo, si esta lucha pretende aducir el principio abstracto de igualdad entre todos los hombres en nombre de la justicia, resulta harto fácil objetar que ya la Naturaleza, con la profunda desigualdad de las dotes físicas y psíquicas, ha establecido injusticias para las cuales no hay remedio alguno. <<

[2292] Véase *Psicología de las masas y Análisis del «yo»* (1921). <<

[2293] Freud alude a la poesía de Schiller *Los omniscios*, cuya última estrofa dice, en parálisis, los siguiente: «Hasta que la filosofía no consolide / el edificio de este mundo, / Natura regulará sus engranajes / con el hambre y el amor». (*N. del T.*) <<

[2294] Obsérvese cómo, al respecto, la inagotable tendencia expansiva del Eros se pone en contradicción con la índole general, tan conservadora, de los instintos. Esta oposición es muy notable y bien podría conducir al planteamiento de nuevos problemas. <<

[2295] La identificación del principio maligno con el instinto de destrucción es muy convincente en Mefistófeles, el personaje del *Fausto*, de Goethe:

> «Pues todo lo que nace
>
> merece perecer.
>
> ---
>
> Por eso, cuanto soléis llamar
>
> pecado, destrucción, en fin, el Mal,
>
> es mi propio elemento».

Al designar a su enemigo el Diablo mismo no menciona lo santo o lo bueno, sino la fuerza procreadora de la Naturaleza, la tendencia a la multiplicación de la vida; es decir, el Eros.

> «¡Del aire, del agua y de la tierra
>
> surgen millares de simientes,
>
> en lo seco, lo húmedo, el frío, el calor!
>
> Si no me hubiera reservado el fuego,
>
> nada tendría que me perteneciera».

(Del parlamento con que Mefistófeles se presenta ante Fausto.) *(N. del T.)* <<

[2296] Podemos formular aproximadamente nuestra concepción actual diciendo que la libido participa en toda la expresión instintiva, pero que no todo es en ésta libido. <<

[2297] Para mayor precisión, quizá convendría agregar que se trata de la forma que esta lucha hubo de adoptar a partir de cierto hecho cardinal, aún desconocido para nosotros. <<

[2298] ¡Recuérdese el famoso Mandarín de Rousseau! <<

[2299] Todo lector atento comprenderá y tendrá en cuenta que en esta exposición panorámica aislamos artificialmente fenómenos que en realidad ocurren por transición gradual; que no se trata, pues, tan sólo de la existencia del *super-yo*, sino de su potencia relativa y de su esfera de influencia. Por otra parte, cuanto hasta ahora hemos dicho sobre la conciencia moral y la culpabilidad es conocido por todos y casi indiscutido. <<

[2300] Mark Twain trata en un sabroso cuento breve —*The first melon I ever stole* («El primer melón que jamás robé»)— este reforzamiento de la moral por la adversidad. El azar quiso que ese primer melón estuviera verde. Tuve ocasión de oír exponer este cuento al propio Mark Twain, quien después de haber pronunciado el título se interrumpió, preguntándose cual si dudara: «¿Habrá sido el primero?» Con lo que todo quedaba dicho. El primer melón no había sido, pues, el único. <<

[2301] Como, por otra parte, tan correctamente lo han señalado Melanie Klein y otros autores ingleses. <<

[2302] En *Psychoanalyse der Gesamtpersönlichkeit* («Psicoanálisis de la personalidad total», 1927), Franz Alexander consideró con certeza los dos tipos principales de métodos pedagógicos patógenos, es decir, el rigor excesivo y la malcrianza por mimos, confirmando el estudio de Aichhorn sobre el desamparo infantil. El padre «excesivamente blando y condescendiente» facilitará en el niño la formación de un *super-yo* demasiado severo, porque a este niño, bajo la impresión del amor que sobre él se vuelca, no le queda más camino que el de dirigir sus tendencias agresivas hacia dentro. En el niño desamparado, educado sin amor, falta la tensión entre el *yo* y el *super-yo*, de modo que toda su agresión puede orientarse hacia el exterior. Por consiguiente, si se hace abstracción del factor constitucional, que es preciso aceptar, se puede decir que la severidad de la conciencia moral procede de la conjunción entre dos influencias ambientales: la defraudación instintual, que desencadena la agresión, y la experiencia amorosa, que orienta esta agresión hacia dentro y la transfiere al *super-yo*. <<

[2303] Goethe, «Canto del arpista», en *Wilhelm Meister*. <<

[2304] «Así la conciencia nos hace a todos cobardes…» [*Thus conscience does make cowards of us all*. Del monólogo en el acto tercero de *Hamlet*, de Shakespeare.]

El hecho de que oculte a los jóvenes el papel que la sexualidad habrá de desempeñar en su vida, no es el único reproche que se puede aducir contra la educación actual. Además, peca por no prepararlos para las agresiones cuyo objeto están destinados a ser. Al entrar la juventud a la vida con tan errónea orientación psicológica, la educación se conduce como si se enviara a una expedición polar a gente vestida con ropa de verano y equipada con mapas de los lagos italianos. En esto se manifiesta claramente cierto abuso de los preceptos éticos, cuya severidad no sufriría gran perjuicio si la educación dijera: «Así tendrían que ser los hombres para ser felices y hacer felices a los demás; pero debemos contar con que no son así». En cambio, se deja creer al joven que todos los demás cumplen los preceptos éticos, es decir, que todos son virtuosos, justificando así la exigencia de que también él habría de obedecerlos. <<

[2305] Me refiero a *El porvenir de una ilusión* (1927). <<

[2306] *Totem y tabú* (1912). <<

[2307] Particularmente en los trabajos de E. Jones. Susan Isaacs y Melanie Klein; pero, a mi juicio, también en los de Reik y Alexander. <<

[2308] Strachey señala que esta última sentencia fue escrita por Freud en 1931 en momentos que la amenaza de Hitler se hacía presente. <<

[2309] Además de las posibles publicaciones por el Curatorio del Premio Gœthe, que no conocemos, la carta y el discurso de Freud han tenido las siguientes publicaciones analíticas, únicamente en alemán: en la revista *Psychoanalytische Bewegung*, vol. II, 1930; en las dos ediciones de las obras completas: *Gesammelte Schriften*, tomo XII, Internat. Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Viena-Zurich, 1934; *Gesammelte Werke*, tomo XIV, Imago Publishing Co., Londres, 1948 (*N. del T.*) <<

[2310] *Fausto I*: «Invocación» 1-2. Versión de Rafael Cansinos Asséns, Aguilar, Madrid, 1951. <<

[2311] Título en alemán: *Das Fakultätsgutachten im Prozess Halsmann*, en *Psychoan. Bewegung*, 3 (1), 1931. <<

[2312] Título alemán: *Über libidinöse Typen*. en *Int. Z. Psychoanal*., 17 (3), 316-6, 1931. <<

[2313] En alemán: *Über die weibliche Sexualität*, en *Int. Z. Psychoanal.*, 17 (3), 317-322, 1931. <<

[2314] En el bien conocido caso de Ruth Mack Brunswick [un delirio de celos, 1928], la afección se derivaba directamente de la fijación preedípica (a la hermana). <<

[2315] Cabe anticipar que los analistas con simpatías feministas, así como nuestros analistas del sexo femenino, estarán en desacuerdo con estas consideraciones. Seguramente objetarán que tales nociones son inspiradas por el «complejo de masculinidad» del hombre, estando destinadas a justificar teóricamente su innata propensión a despreciar y oprimir a la mujer. Tal suerte de argumentación psicoanalítica, empero, nos recuerda en este caso, como en tantos otros, la famosa «arma de doble filo» de Dostoyevski. Los adversarios de quienes así razonan hallarán comprensible, por su parte, que el sexo femenino se niegue a admitir cuanto parezca contrariar la tan anhelada equiparación con el hombre. Es evidente que el empleo del análisis como arma de controversia no lleva a decisión alguna. <<

[2316] *Äußerungsformen des weiblichen Kastrationskomplexes*. «Internat. Zeitschrift für Psychoanalyse», vol VII, 1921. <<

[2317] *Zur Entwicklungsgeschichte des Ödipuskomplexes der Frau*. «Internat. Zeitschrift für Psychoanalyse», vol. XIII, 1927. Respondiendo a un deseo de la autora corregimos aquí su nombre de pila, que en la citada revista figuró como «A. L. de Gr».. <<

[2318] *Der feminine Masochismus und seine Beziehung zur Frigidität*. «Internat. Zeitschrift für Psychoanalyse», vol. XVI, 1930. <<

[2319] *Zur Psychologie der weiblichen Sexualfunktionen*. Internat. Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Viena-Zurich, 1925. <<

[2320] *Zur prägenitalen Vorgeschichte des Ödipuskomplexes*. «Internat. Zeitschrift für Psychoanalyse», vol. XVI, 1930. <<

[2321] *Frühstadien des Ödipuskonfliktes*. «Internat. Zeitschrift für Psychoanalyse», vol. XIV, 1928, Lampl-de Grott: *loc. cit*. <<

[2322] *Flucht aus der Weiblichkeit*. «Internat. Zeitschrift für Psychoanalyse», vol. XII, 1926. <<

[2323] *Die erste Entwicklung der weiblichen Sexualität*. «Internat. Zeitschrift für Psychoanalyse», vol. XIV, 1928. <<

[2324] El original alemán, titulado *Zur Gewinnung des Feuers*, se publicó por vez primera en la revista *Imago*, 18 (1), 8-13, 1932. <<

[2325] Esta prohibición sólo se refiere, sin duda, a las cenizas calientes, en las que aún podría surgir el fuego, y no a las extinguidas.

La discrepancia que expresó Lorenz en *Chaos und Ritus* («Caos y rito», *Imago*, XVII, 1931, pág. 433 y sigs.) se funda en la premisa de que la dominación del fuego sólo habría sido posible, en principio, una vez que el hombre hubo descubierto la capacidad de originarlo a voluntad mediante una maniobra cualquiera. En cambio, el doctor J. Hárnik me señala la tesis contraria del doctor Richard Lash (en la compilación de Georg Buschan, *lllustrierte Völkerkunde* [«Antropología ilustrada»], Stuttgart, 1922, tomo I, pág. 24): «Es de suponer que el arte de la *conservación* del fuego haya precedido en mucho tiempo al de su creación. Una prueba de ello se encuentra en el hecho de que los actuales hombres primitivos, los pigmeos de las islas Andamanes, poseen y conservan el fuego, pero no conocen un método autóctono para producirlo». <<

[2326] En este sentido, Heracles, más moderno, sería de naturaleza semidivina, y Teseo ya es completamente humano. <<

[2327] *Was dem Menschen dient zum seichen* / *Damit schafft er Seinesgleichen* (Heine). <<

[2328] Publicada en francés el año 1929 por su destinatario en su libro *Descartes, le Philosophie au Masque*, París: Ed. Rieder. <<

[2329] En su libro —*Descartes, la Philosophie au Masque*, Les Editions Rieder, París, 1929— Leroy describe así el sueño de Descartes (tomo I, cap. VI: «Los sueños de una noche de Suabia»):

«Entonces, en la noche, cuando todo es fiebre, tormenta, pánico, fantasmas se levantan ante el soñante. Éste trata de incorporarse para ahuyentarlos. Pero vuelve a caer, avergonzado de sí mismo, sintiendo una gran debilidad que lo incomoda en el costado derecho. Bruscamente ábrese una ventana de su habitación. Presa de espanto, se siente transportado por las ráfagas de un viento impetuoso que lo hace voltear varias veces sobre el pie izquierdo.

»Arrastrándose y vacilando, llega ante los edificios del colegio en el cual ha sido educado. Intenta realizar un esfuerzo desesperado para entrar en la capilla, a fin de cumplir allí sus devociones. En ese momento pasan algunas personas. Quiere detenerse, hablarIes; observa que una de ellas lleva un melón. Pero un viento violento lo arroja nuevamente a la capilla.

»Abre entonces los ojos, atormentado por un fuerte dolor en el costado izquierdo. No sabe si sueña o si está despierto. Despierto a medias, se dice que un genio malévolo ha querido seducirlo, y murmura alguna plegaria para exorcizarlo.

»Vuelve a dormirse. Un repentino trueno lo despierta, llenando su habitación de chispas. Se pregunta una vez más si duerme o si está despierto, si es un sueño o una fantasía, abriendo y cerrando los ojos para llegar a una certeza; luego, tranquilizado, vuelve a dormirse dominado por la fatiga.

»El cerebro en fuego, excitado por esos rumores y esos sordos dolores, Descartes abre un diccionario, luego una antología de poesías. Este caminador intrépido [sic] sueña sobre el siguiente verso: *Quod vitae sectabor iter*? (¿Otra vez un viaje al país de los sueños?) Entonces, de pronto, llega un hombre que él no conoce y que pretende hacerle leer una pieza de Ausonio que comienza con estas palabras: *Est et non*. Pero el hombre desaparece y llega otro. El libro se desvanece a su vez; luego vuelve, adornado con retratos

grabados en cobre. La noche, por fin, transcurre en calma». <<

[2330] En alemán en el original francés. <<

[2331] Los pasajes de Leroy relativos a la interpretación de Descartes son los siguientes (*loc. cit.*, pág. 85 y sigs.):

«Juzgó que el *diccionario* no quería decir otra cosa sino todas las ciencias reunidas en conjunto, y que la antología de poesías titulada *Corpus Poetarum* señalaba en particular, y de manera más destacada, la filosofía y la sabiduría reunidas… Monsieur Descartes, continuando la interpretación de su sueño mientras dormía, estimaba que la pieza en verso sobre la incertidumbre acerca del género de vida que se debe elegir, y que comienza con *Quod vitae sectabor iter?*, señalaba el buen consejo de una persona sabia, o hasta la teología moral…

»En los poetas reunidos en la antología veía la revelación y el entusiasmo, con los cuales nunca desesperaba de verse favorecido. La pieza en verso *Est et Non*; que es el *Sí* y el *No* de Pitágoras, parecíale la verdad y la falsedad en los conocimientos humanos y en las ciencias profanas. Viendo que la aplicación de todas estas cosas se adaptaba tan bien a su gusto, tuvo la osadía de persuadirse de que era el espíritu de la verdad el que había querido abrirle, por medio de ese sueño, los tesoros de todas las ciencias. Y como no le quedaba nada que explicar, salvo los pequeños retratos grabados en cobre que había encontrado en el segundo libro, no buscó más su explicación después de la visita que un pintor italiano le hizo al día siguiente.

»Este último sueño, en el que todo había sido muy dulce y agradable, le señalaba, según él, su porvenir, y sólo debía representarle lo que le ocurriría en el resto de su vida. Los dos precedentes, en cambio, los interpretaba como advertencias amenazantes en cuanto a su vida pasada, que no podía haber sido tan inocente ante Dios como lo había sido ante los hombres. Y creía que ésa era la razón del terror y del pánico que acompañaron a esos dos sueños. El melón que querían regalarle en el primer sueño significaba, a su juicio, los encantos de la soledad, pero representados por solicitaciones puramente humanas. El viento que lo empujaba hacia la iglesia del colegio; cuando sentía el dolor en el costado izquierdo, no era otra cosa sino el genio

malévolo que trataba de arrojarlo por la fuerza en un lugar al cual él tenía la intención de entrar voluntariamente. He aquí por qué Dios no permitió que avanzara más lejos, dejándose arrastrar a un lugar santo por un espíritu que Dios no le había enviado, aunque estaba totalmente persuadido de que había sido el espíritu de Dios el que le había hecho dar los primeros pasos hacia esa iglesia. El espanto que lo dominó en el segundo sueño señalaba, a su juicio, su sindéresis, o sea, los remordimientos de su conciencia en cuanto a los pecados que podía haber cometido durante el curso de su vida precedente. El trueno que oyó retumbar era la señal del espíritu de la verdad que descendía para apoderarse de él». <<

[2332] En alemán, «Meine Berührung mit Josef Popper-Lynkeus». Se publicó en Allgemeine nährpflicht (Viena), 15, 1932. <<

[2333] *Neue Folge der Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*. Fueron en realidad publicadas el 6 de diciembre de 1932, aunque el volumen se fechó en 1933 (Internationaler Psychoanalytischer Verlag, Viena). En esta serie de importantes aportaciones, Freud, casi impedido del uso de su voz por el cáncer que lo afectaba, decidió, sin embargo, darle una forma expositiva igual a la serie de lecciones de 1915-7. Continúa así la enumeración, tal como si de un conjunto uniforme se tratara. (*Nota del E.*) <<

[2334] Viena, verano de 1932. <<

[2335] Goethe, *Fausto*. <<

[2336] Ejemplo consignado en detalle por Freud en su ensayo *Sueño y telepatía*, 1922. (*Nota del E.*) <<

[2337] Ejemplo estudiado con mayor extensión en el ensayo de Freud *Psicoanálisis y telepatía*, de 1921. (*Nota del E.*) <<

[2338] Caso también citado en el trabajo *Psicoanálisis y telepatía*. (*Nota del E.*) <<

[2339] Caso también citado en el trabajo anteriormente señalado. (*Nota del E.*)

<<

[2340] Strachey recuerda que Anton von Freund era un connotado psicoanalista húngaro. (*Nota del E.*) <<

[2341] Emil Ludwig, *Guillermo II*. <<

[2342] Un año atrás, había Freud terminado el ensayo sobre el presidente Wilson, de U.S.A., escrito en colaboración con el embajador W. C. Bullitt. (*Nota del E.*) <<

[2343] Strachey hace notar que la única diferencia entre este diagrama del aparato mental y el que aparece en *El yo y el ello* es la inclusión del *super-yo*. (*Nota del E.*) <<

[2344] Holanda, ganarle terrenos al mar. [*Nota del E*.] <<

[2345] Strachey recuerda que S. Freud planteó esta tesis al final del trabajo *El yo y el ello* (1923). (*Nota del E.*) <<

[2346] Ver el ensayo de Freud *Sobre la conquista del fuego*, 1931. (*Nota del E.*) <<

[2347] Alusión a Jung, según Strachey. (*Nota del E.*) <<

[2348] Alusión a Rank, según Strachey. (*Nota del E.*) <<

[2349] Probable referencia a Stekel, según Strachey. (*Nota del E.*) <<

[2350] Alusión a las modificaciones técnicas introducidas por Sándor Ferenczi, según Strachey. (*Nota del E.*) <<

[2351] Desconozco una expresión en alemán así de buena. <<

[2352] Tenía setenta y seis años al escribir este ensayo. (*Nota del E.*) <<

[2353] Así me lo indicó persona fidedigna a poco de estallar la guerra. <<

[2354] Título del original en alemán: *Warum Krieg?*

En la traducción al castellano no se ha incluido la carta de Albert Einstein, fechada en Caputh, cerca de Potsdam, el 30 de julio de 1932, en la que éste presentaba el problema a S. Freud instándolo a expresar sus autorizadas opiniones sobre el particular. (*Nota del E.*)

En alemán:

1933En la serie «Correspondance, Open letters», vol. II: *Warum Krieg?, Pourquoi la guerre?, Why war?*, Institut International de Coopération Intelectuelle, Paris.

1934En la edición vienesa de las obras completas: *Gesammelte Schriften*, tomo XII. Internat. Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Viena-Zurich.

1950 En la edición londinense de las obras completas: *Gesammelte Werke*, tomo XVI. Imago Publishing Co., Londres.

En inglés:

1933 En la serie «Correspondance, Open letters», vol. II: *Warum Krieg?, Pourquoi la guerre?, Why war?* Institut International de Coopération Intelectuelle, Paris.

1939 Reimpresión por la Peace Pledge Union, Londres.

1939 En el volumen *Civilization, War and Death* (Civilización, guerra y muerte), editado por John Rickman en The Hogarth Press, Londres.

1950 Traducción de James Strachey, en *Collected Papers*, tomo V. The Hogarth Press, Londres.

En castellano:

1943 Traducción de Ludovico Rosenthal, en *Obras completas*, tomo XVIII. Editorial Americana, Buenos Aires.

En francés:

1933 En la serie «Correspondance, Open letters», vol. II: *Warum Krieg?*, *Pourquoi la guerre?*, *Why war?* Institut International de Coopération Intelectuelle, Paris. <<

[2355] Hoy decimos «motivaciones». <<

[2356] *Verwahrloste Jugend. Die Psychoanalyse in der Fürsorgeerziehung* («Juventud desamparada. El psicoanálisis en el reformatorio»). Diez conferencias de iniciación elemental, por August Aichhorn (Internationale Psychoanalytische Bibliothek, N.º XIX). Internationaler Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Viena-Zurich, 1925; 2a. edición, 1931. La versión original del prólogo ha sido reproducida en ambas ediciones de las obras completas: *Gesammelte Schriften*, tomo XI, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Viena-Zurich, 1928; *Gesammelte Werke*, tomo XIV, Imago Publishing Co., Londres, 1948. Existe una traducción inglesa: *Wayward Youth*, Viking Press, New York, 1935, y Putnam & Co., Londres, 1936. Además, James Strachey redactó una traducción especial del prólogo solo, con el título *Psycho-Analysis and Delinquency*, incluida en *Collected Papers*, tomo V, The Hogarth Press, Londres, 1950. <<

[2357] *Eine Kindheitserinnerung aus dem 6. Lebensmonat* («Un recuerdo infantil del sexto mes de vida»), fue publicado en la revista *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, vol. XII, 1926. La nota ha sido reimpresa en alemán únicamente en la edición inglesa de las obras completas: *Gesammelte Werke*, tomo XIV. Imago Publishing Co., Londres, 1948. El mismo autor la reprodujo en inglés en su libro *A Practical Method of Self-Analysis* («Un método práctico de autoanálisis»), Allen & Unwin, Londres, 1942. Respecto a la versión castellana de éste último (*Método práctico de autoanálisis*, edición Aymá, Barcelona, 1953), observa L. Rosenthal, que contiene el prólogo de Freud «intencionalmente tergiversado». (*Nota del E.*) <<

[2358] *Zehn Jahre Berliner Psychoanalytisches Institut*, folleto editado por el Internat. Psychoanalytischer Verlag, Viena-Leipzig-Zurich, 1930. El prólogo se encuentra en ambas ediciones de las obras completas en alemán: *Gesammelte Schriften*, tomo XII, Internat. Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Viena-Zurich, 1934; *Gesammelte Werke*, tomo XIV, Imago Publishing Co., Londres, 1948. (*Nota del E.*) <<

[2359] La versión original, en inglés, se publicó en la revista *Medical Review of Reviews*, vol. XXXVI, N.º 412, 1930, entrega dedicada a la psicopatología, las enfermedades del carácter y las neurosis, publicada en New York por el doctor Dorian Feigenbaum. La versión alemana se encuentra en ambas ediciones de las obras completas: *Gesammelte Schriften*, tomo XII, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Viena-Zurich, 1934; *Gesammelte Werke*, tomo XIV, Imago Publishing Co., Londres, 1948. (*N. del T.*) <<

[2360] «amplia mentalidad», en inglés en el original (N. del T.) <<

[2361] «falta de juicio», en inglés en el original (N. del T.) <<

[2362] *Elementi di Psicoanalisi*, Ulrico Hoepli, Milán, 1931; tercera edición en 1937; ambas, con este prólogo en italiano. La versión alemana se halla en ambas ediciones de las obras completas: *Gesammelte Schriften*, tomo XII, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Viena-Zurich, 1934; *Gesammelte Werke*, tomo XIV, Imago Publishing Co., Londres, 1948. Versión portuguesa del libro de Weiss (prólogo incluido): *Elementos de psicanálise*, ed. Do Globo, Porto Alegre, 1934. (*N. del T*.) <<

[2363] *Allgemeine Neurosenlehre auf psychoanalytischer Grundlage*, edición de Hans Huber, Berna. 1932. La versión alemana de este prólogo sólo fue reimpresa en la edición inglesa de las obras completas: *Gesammelte Werke*, tomo XVI. Imago Publishing Co., Londres, 1950. Existe una traducción castellana de la obra de Nunberg, con el prólogo de Freud: *Teoría general de las neurosis basada en el psicoanálisis*, versión de L. Damians, Pubul, Barcelona, 1950 (nueva tirada). (*N del T*.) <<

[2364] Marie Bonaparte: *Edgar Poe, étude psychoanalytique*, edit. Denoël et Steele. Paris, 1933. En alemán: *Edgar Poë, eine psychoanalytische Studie,* Internat. Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Viena-Zurich, 1934, En inglés: *The Life and Works of Edgar Allan Poe; A Psychoanalytic Interpretation*, Imago Publishing Co., Londres, 1949. Además, el prólogo ha sido reimpreso únicamente en la edición londinense de las obras completas en alemán: *Gesammelte Werke*, tomo XVI, Imago Publishing Co., Londres, 1950. *(N. del T.)* <<

[2365] Del *Liber amicorum Romain Rolland*, publicado el 26 de enero de 1926, en ocasión del 60 cumpleaños de Rolland, por la editorial Rotapfel, de Zurich. Reimpreso en ambas ediciones de las obras completas en

alemán: *Gesammelte Schriften*, tomo XI. Internat. Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Viena-Zurich, 1928: *Gesammelte Werke*, tomo XIV, Imago Publishing Co.. Londres, 1948. <<

[2366] Publicado simultáneamente en alemán: *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, vol. XV, 1929, y en inglés: *The International Journal of Psycho-Analysis*, vol. X, p. 123-124, 1929. La versión alemana se encuentra también en ambas ediciones de las obras completas: *Gesammelte Schriften*, tomo XII, Internat, Psycoanalytischer Verlag, Leipsif-Viena-Zurich, 1934: *Gesammelte Werke*, tomo XIV, Imago Publishing Co., Londres, 1948. (*N. del T.*) <<

[2367] «La racionalización en la vida cotidiana», trabajo leído en el primer Congreso Internacional de Psicoanálisis, en Salzburgo, el 27 de abril de 1908; publicado en el *Journal of Abnormal Psychology*, vol. III, N.º 2, p. 161-169, 1908; incorporado como Cap. 2 a *Papers on Psycho-Analysis* («Escritos psicoanalíticos»), W. Wood & Co., Nueva York, y Baillière, Tindall & Cox, Londres, 1913 (1.ª edición). (*N. del T.*) <<

[2368] «Profesión médica»; en inglés en el original. (*N. del T.*) <<

[2369] Respecto a *Papers on Psycho-Analysis*, véase la nota anterior; *Essays in Applied Psycho-Analysis* («Ensayos de psicoanálisis aplicado»), Internat. Psycho-Analytical Press, Londres, 1923 (1.ª edición). De «Escritos psicoanalíticos» existe traducción francesa: *Traité theorique et pratique de psychanalyse*, versión de S. Jankélévitch, Payot, París, 1925. (*N. del T.*) <<

[2370] Redactado originalmente en inglés y titulado *To the opening of the Hebrew University*, este mensaje de salutación fue publicado, junto con los de otras personalidades, en la revista quincenal New Judea el 27 de marzo de 1925. Incluido en el tomo XI de *Gesammelte Schriften* y en el XIV de *Gesammelte Werke*. <<

[2371] Esta carta, dirigida al editor de la *Jüdische Pressezentrale Zürich*, se publicó en este periódico el 26 de febrero de 1925. También se encuentra en el tomo XI de *Gesammelte Schriften* y en el XIV de *Gesammelte Werke* (ediciones vienesa e inglesa de las *Obras Completas* en alemán). <<

[2372] Título alemán «Ansprache an die Mitglieder des Vereins B'nai B'rith». Apareció el año 1941 en las *Obras póstumas*; corresponde al discurso de agradecimiento de Freud a la B. B. por el homenaje que se le tributó en ocasión de cumplir Freud setenta años (6 de mayo de 1926). (*Nota del E.*) <<

[2373] W = Wohlwollen (benevolencia).

B = Bruderliebe (cariño fraterno).

E = Eintracht (armonía).

Tal es el lema de la orden B. B. (*Nota del E.*) <<

[2374] Conjuntamente con una carta a Bárbara Low y con un prólogo no reproducido aquí, esta carta fue publicada en *David Eder*, *Memoirs of a Modern Pioneer*, volumen recordatorio del citado analista inglés, reunido por J. B. Hobman (Víctor Gollanez, Londres, 1945). (*N. del T.*) <<

[2375] El 25 de octubre de 1931 se descubrió en Freiberg (Pribor), en Moravia (actual Checoslovaquia), una placa conmemorativa colocada en la casa natal de Freud. La siguiente carta de éste al burgomaestre (alcalde) de dicha ciudad fue leída por Anna Freud durante la ceremonia inaugural.

Además de otras probables publicaciones locales (periódicos, etc.), que no conocemos, apareció en las siguientes fuentes psicoanalíticas: primero, en la revista *Psychoanalytische Bewegung*, vol. III, 1931; luego, en ambas ediciones de las obras completas en alemán: *Gesammelte Schriften*, tomo XII, Internat. Psychoanalytischer Verlag. Leipzig-Viena-Zurich, 1934; *Gesammelte Werke*, tomo XIV, Imago Publishing Co., Londres, 1948.

[Acotación de la versión original de L. Rosenthal: No existen traducciones conocidas, aunque es de suponer que haya sido vertida al checoslovaco. (Nota del E.)] <<

[2376] Traducción anónima al castellano, aparecida en la *Revista de Psicoanálisis*, vol. V, núm. 3, páginas 847-849, 1948, de esta carta que, conjuntamente con una reseña de Federn sobre las circunstancias que la motivaron, se publicara en *Psychoanalytic Quarterly*, vol. XVI, núm. 4, 1947, (versión inglesa). En su comentario, Federn menciona la fantasía que Freud habría tenido en su época de estudiante (1873-1881), de ver alguna vez su busto en el famoso Arkadenhof de la Universidad vienesa, entre los de las cumbres de la ciencia. Dicha fantasía fue realizada, al descubrirse el 4 de febrero de 1955 el busto de Freud en ese lugar. (*Nota del E.*) <<

[2377] Esta necrología apareció en la revista *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, vol. XI, N.º 2, 1925, y fue reimpresa en ambas ediciones de las obras completas: *Gesammelte Schriften*, tomo XI, Internat. Psychoanalytischer Verlag, Leipsig-Viena-Zurich, 1928; *Gesammelte Werke*, tomo XIV, Imago Publishing Co., Londres, 1948. <<

[2378] Esta nota necrológica apareció en la *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, vol. XII. núm. I. 1926, y fue reimpresa en ambas ediciones de las obras completas en alemán: *Gesammelte Schriften*, tomo XI, Internat, Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Viena-Zurich, 1928: *Gesammelte Werke*. tomo XIV. Imago Publishing Co., Londres. 1948. (En la traducción original de L. Rosenthal de éste —como de muchos otros artículos— figura la acotación: «no existen traducciones».) <<

[2379] «Íntegro de vida y puro de crimen». (Odas de Horacio). <<

[2380] Esta nota necrológica se publicó simultáneamente en alemán: *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, vol. XIX, 1933, y en inglés: *The International Journal of Psycho-Analysis*, vol. XIV, 1933. La version alemana se halla también en la edición londinense de las obras completas: *Gesammelte Werke*, tomo XVI. Imago Publishing Co., Londres, 1950. Existe una traducción al castellano de L. Pfeiffer: *Revista de Psicoanálisis* (Buenos Aires), vol. VIII, número 1, 1951. *(N. del T.)* Nació S. Ferenczi el 16 de julio de 1873 y falleció el 22 de mayo de 1933. (*N. del E.*) <<

[2381] *Versuch einer Genitaltheorie*. Internat. Psychoanalytische Bibliothek, núm. XV Internat. Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Viena-Zurich, 1924. *(Nota del traductor.)* <<

[2382] El primer ensayo publicado en *Imago*, 23 (1), 5-13, 1937, y el segundo, en Imago (4), 387-419, 1937. Los tres ensayos publicados en Amsterdam con el título: *Der Mann Moses und die monotheistische Religion*: drei Abhandlungen, 1939. <<

[2383] *Jüdisches Lexikon* («Diccionario judío»), fundado por Herlitz y Kirschner, tomo IV, 1930. Jüdischer Verlag, Berlín. <<

[2384] *The Dawn of Conscience* («El albor de la consciencia»), Londres, 1934, página 350. <<

[2385] Breasted, 1934, 350. <<

[2386] *Loc. cit.*, pág. 334. No obstante, la presunción de que Moisés era egipcio halló múltiples expresiones desde la antigüedad hasta nuestros días, sin referencia alguna a su nombre. <<

[2387] *Der Mythus von der Geburt des Helden*. Quinta entrega de las *Schriften zur angewandten Seelenkunde*, editadas por Fr. Deuticke. Viena. Lejos de mí el querer reducir el valor de las contribuciones independientes de Rank a este trabajo. <<

[2388] Mencionado también en la crónica de Flavio Josefo. <<

[2389] *Loc. cit.*, pág. 80, nota al pie. <<

[2390] Así, Eduard Meyer, en *Die Mosessagen und die Leviten* («Las leyendas mosaicas y los levitas»), Berliner Sitzsber., 1905, dice así: «El nombre *Moisés*… quizá sea egipcio, como con seguridad lo es el nombre *Pinchas* de la dinastía sacerdotal de Silo. Esto no prueba, naturalmente, que dichas dinastías hayan sido de origen egipcio, pero sí que tenían relaciones con Egipto» (pág. 651). Bien podríamos preguntarnos a qué clase de relaciones alude Meyer. <<

[2391] *Imago*, vol. XXIII, 1937, núm. 1: «Moisés egipcio», véase la nota bibliográfica de la pág. 12. <<

[2392] No tenemos la menor noción de la cantidad de gente que puede haber participado en el Éxodo de Egipto. <<

[2393] En las traducciones de obras sobre Amenhotep-Ikhnaton, como la de Merejkowsky y otros, se han castellanizado así los distintos nombres: Amenofis, Akenaten, Akenaton. Por nuestra parte, hemos respetado la grafía de Freud y de su traductora al inglés, que coincide con la de Breasted. Véase la nota 3 del autor al pie de la pág. 193. (L. Rosenthal) <<

[2394] «El primer individuo de la historia humana», lo llamó Breasted, 1906.
<<

[2395] Lo que sigue se ajusta fundamentalmente a las referencias de J. H. Breasted en su *History of Egypt*, 1906, y en *The Dawn of Conscience* («El albor de la consciencia»), 1934, así como de las secciones correspondientes de *The Cambridge Ancient History* («Historia antigua de Cambridge»), vol.II. <<

[2396] Quizá también Nefertiti, la amada esposa de Amenhotep. <<

[2397] Breasted, *History of Egypt* pág. 360: «Por más evidente que sea el origen heliopolitano de la nueva religión de Estado, no se trataba de un mero culto solar; la palabra “Aton” era empleada en lugar de la antigua voz para designar a “dios” (*nuter*) y el dios es claramente distinguido del sol material. Evidentemente, lo que el faraón quería deificar era la fuerza por la cual el sol se hace sentir en la tierra». (*Dawn of Conscience*, pág. 279). Análogo juicio expresa A. Erman en *Die ägyptische Religion* («La religión egipcia»), 1905, sobre una fórmula en loor del dios: «Trátase de… palabras que, en la más abstracta forma posible, deben expresar que no se adora al astro mismo, sino al ente que en él se manifiesta». [La cita de Breasted se encuentra en inglés en el original.] <<

[2398] Idem, *History of Egypt*, pág. 374. <<

[2399] En este nombre me ajusto a la ortografía norteamericana de Breasted (la versión inglesa aceptada es *Akhenaten*). El nuevo nombre del rey significa aproximadamente lo mismo que el anterior: «El dios está satisfecho». Compárese con el inglés Godfrey, con el alemán Gotthold y Gottfried. <<

[2400] En este lugar se halló en 1887 la correspondencia de los faraones egipcios con sus amigos y vasallos de Asia, tan importante para la investigación histórica. <<

[2401] Idem, *History of Egypt*, pág. 363. <<

[2402] Weigall, en *The Life and Times of Akhnaton* («Vida y época de Akhnaton»), 1922, pág. 121, dice que Ikhnaton nada quería saber de un infierno, contra cuyos terrores habría que protegerse mediante innumerables fórmulas mágicas. «Akhnaton arrojó todas estas fórmulas a las llamas. Duendes, espectros, espíritus, monstruos, demiurgos y Osiris mismo, con toda su cohorte, fueron consumidos por el fuego y reducidos a cenizas». <<

[2403] A. Weigall, *loc. cit.*: «Akhnaton no permitió que se hiciera ninguna imagen grabada de Aton. El verdadero Dios, decía el rey, no tiene forma, y adhirió durante toda su vida esta opinión» (pág. 103), 1922. <<

[2404] Erman, *loc. cit.*, pág. 70: «Nada debía oírse ya de Osiris y de su reino». Breasted, 1934: «Osiris es completamente ignorado. Nunca aparece mencionado en ninguna crónica de Ikhnaton ni en ninguna de las tumbas de Amarna». <<

[2405] Salvo algunos pasajes de Weigall (*loc. cit*.): «El dios *Atum*, que designó a Ra como sol poniente, quizá tuviese el mismo origen que Aton, el dios comúnmente venerado en Siria septentrional. De ahí que una reina extranjera, junto con su cortejo, se sintiera más atraída a Heliópolis que a Tebas» (págs. 12 y 19). <<

[2406] «Heilig». <<

[2407] Si aplicamos aquí la tradición bíblica en forma tan autocrática y arbitraria, aprovechándola para confirmar nuestras opiniones cuando resulta conveniente y descartándola sin escrúpulos cuando nos contradice, lo hacemos sabiendo perfectamente que nos exponemos a graves críticas metodológicas y que debilitamos la fuerza de nuestras pruebas. No obstante, es ésa la única manera de abordar un material del cual se sabe con certeza que su autoridad ha sido seriamente afectada por el influjo de tendencias distorsionantes. Más adelante, cuando hayamos revelado dichos motivos ocultos, esperamos obtener también cierta justificación para nuestro proceder. La certeza total no la alcanzaremos de ninguna manera y, por lo demás, podemos invocar la circunstancia de que otros autores han procedido de idéntica manera. <<

[2408] Alusión a *Exodo*, 16, 3. <<

[2409] Si Moisés fue un alto funcionario, comprenderemos más fácilmente el papel de conductor que asumió ante los judíos; si fue un sacerdote, lo más natural era que se erigiese en fundador de su nueva religión. En ambos casos sólo habría continuado su anterior profesión. Un príncipe de linaje real bien podía ser ambas cosas: gobernante y sacerdote. En la crónica de Flavio Josefo (*Antic. jud*.), que acepta el mito del abandono, pero también parece conocer otros mitos, fuera de los bíblicos, Moisés aparece como jefe militar egipcio que ha conducido una victoriosa campaña en Etiopía. <<

[2410] O sea, aproximadamente, un siglo antes de la fecha que acepta la mayoría de los historiadores, al situar el Éxodo en la XIX dinastía, reinando Merneptah; quizá algo más tarde, pues la historiografía oficial parece haber incluido el interregno en el reinado de Haremhab. <<

[2411] Heródoto, que visitó Egipto hacia el año 450 a. de J. C., da en la crónica de su viaje una caracterización del pueblo egipcio que muestra asombrosas semejanzas con bien conocidos rasgos del ulterior pueblo judío: «En todos los respectos, son mucho más piadosos que los demás Pueblos, de los cuales también se distinguen por muchas de sus costumbres, como la circuncisión, que por razones de limpieza fueron los primeros en adoptar; además, por su repugnancia al cerdo, indudablemente relacionada con el hecho de que Set hirió a Horus bajo la forma de un cerdo negro; finalmente —y principalmente— por su veneración de las vacas, que les está prohibido comer o sacrificar pues de hacerlo ofenderán a Isis, la diosa con astas de vaca. De ahí que ningún egipcio, hombre o mujer, besaría jamás a un griego, ni usaría su cuchillo, su asador o su caldero, ni comería la carne de un buey limpio (en lo restante) que hubiese sido cortado con un cuchillo griego… Con altanera estrechez mental despreciaban a los demás pueblos, que eran sucios y no estaban tan cerca de los dioses como ellos». (Según Erman, *Die ägyptische Religion* [«La religión egipcia»]. página 181 y sig.)

Naturalmente no olvidaremos mencionar aquí los paralelismos con las costumbres del pueblo hindú. Por otra parte, ¿qué puede haber inspirado al poeta judío Heine, en el siglo XIX de nuestra era, cuando se quejó de su religión como de «la plaga que arrastramos del valle del Nilo, la mórbida creencia de los antiguos egipcios»? <<

[2412] La misma anécdota, ligeramente modificada, se encuentra también en Josefo. <<

[2413] Eduard Meyer: *Die Israeliten und ihre Nachbarstämme* («Los israelitas y sus tribus vecinas»), 1906. <<

[2414] El texto bíblico conserva algunos pasajes según los cuales Jahve habría descendido del Sinaí a *Meribat-Qadesh*. <<

[2415] *Loc. cit.*, págs. 38, 58. <<

[2416] *Loc. cit.*, pág. 49. <<

[2417] *Loc. cit.*, pág. 449. <<

[2418] *Loc. cit.*, pág. 451. <<

[2419] *Loc. cit.*, pág. 49. <<

[2420] *Loc. cit.*, pág. 72. <<

[2421] *Loc. cit.*, pág. 47. <<

[2422] Ernest Sellin, *Mose und seine Bedeutung für die israelitisch-jüdische Religionsgeschichte* («Moisés y su significación para la historia de la religión israelita-judía»), p. 1922. <<

[2423] Esta presunción concuerda perfectamente con los datos de Yahuda acerca de la influencia egipcia sobre las primeras crónicas judías. Véase A. S. Yahuda: *Die Sprache des Pentateuch in ihren Beziehungen zum Ägyptischen* («El lenguaje del Pentateuco en sus relaciones con el egipcio»), 1929. <<

[2424] Gressmann: *Mose und seine Zeit* («Moisés y su época»), 1913, Pág.54.
<<

[2425] *Encyclopedia Britannica*, decimoprimera edición, 1910; artículo: Biblia. <<

[2426] Véase Auerbach: *Wüste und Gelobtes Land* («Desierto y Tierra Prometida»), 1932. <<

[2427] El *Jahvista* y el *Elohista* fueron discernidos por vez primera por Astruc, en 1753. <<

[2428] Se ha establecido históricamente que el tipo judío quedo definitivamente fijado, como consecuencia de las reformas de *Ezra* y *Nehemías*, en el siglo V a. de J. C., es decir, después del Exilio, durante el reinado de los persas, benévolos para con los judíos. De acuerdo con nuestros cálculos, habían pasado entonces unos novecientos años desde la aparición de Moisés. En esta reforma se aplicaron seriamente los preceptos destinados a la santificación del pueblo entero, se impuso la separación de los pueblos circundantes prohibiendo los matrimonios mixtos, se codificó en su forma definitiva el Pentateuco, la verdadera compilación de las leyes, se dio fin a la elaboración del texto bíblico conocida como *Códice sacerdotal*. Parece seguro, sin embargo, que la reforma no introdujo ninguna tendencia nueva, sino que simplemente retomó y consolidó corrientes anteriores. <<

[2429] Véase Yahuda, *loc. cit*. <<

[2430] Si estaban sujetos por la prohibición de trazar imágenes, hasta tenían un motivo valedero para abandonar la escritura jeroglífica, mientras adaptaban sus grafismos para la expresión de una nueva lengua. Véase Auerbach, *loc. cit.*, página 142. <<

[2431] La voz alemana *Entstellung* (deformación) denota este segundo sentido traslaticio, pues está compuesta del prefijo *Ent*- (des-) y de la raíz *Stellung* (posición, emplazamiento), o sea que significa al mismo tiempo des-formación y des-plazamiento, aunque en el lenguaje corriente (y en la terminología psicoanalítica) sólo trasunte el primero de estos sentidos. *(N. del T.)* <<

[2432] Las restricciones en el uso del nuevo nombre no se tornan por ello más comprensibles, aunque si más sospechosas. <<

[2433] *Jahve* era sin duda un dios volcánico. Ninguna razón podían tener los habitantes de Egipto para venerarlo. Seguramente no soy el primero en advertir la notable similitud fonética del nombre *Jahve* con la raíz del otro nombre divino *Ju-piter (Jove)*. El nombre compuesto *Johanán*, una de cuyas partes es la abreviación del hebreo *Jahve*, tiene un significado similar a Gotthold, Godfrey, o a su equivalente púnico, Aníbal, y ha llegado a ser el nombre más popular de la cristiandad europea en las formas *Johann*, *John*, *Jean*, *Juan*. Los italianos, al reproducirlo en la forma *Giovanni* y al llamar *Giovedi* a uno de los días de la semana, vuelven a traer a luz una similitud que quizá no signifique nada, pero que posiblemente exprese mucho. Ábrense aquí perspectivas muy vastas, aunque muy poco seguras. En aquellos oscuros siglos que la investigación histórica sólo comienza a explorar, los pueblos que rodeaban la cuenca oriental del Mediterráneo habrían sido el escenario de frecuentes y violentas erupciones volcánicas que debían causar la más profunda impresión a sus habitantes. Evans admite que la destrucción definitiva del palacio de Minos, en Gnosos, fue el resultado de un terremoto. En Creta se adoraba a la sazón, como probablemente en todo el restante mundo egeo, a la Gran Madre de los Dioses. La comprobación de que ella no era capaz de proteger su casa contra el ataque de una potencia superior bien puede haber contribuido a que fuera desplazada por una deidad masculina, siendo el dios volcánico, evidentemente, el candidato más directo para reemplazarla. En efecto, Zeus aún lleva el apelativo de «el que sacude la Tierra». Difícilmente podría dudarse de que en esos tiempos oscuros las deidades maternas fueron reemplazadas por dioses masculinos, que quizá hayan sido originalmente hijos de aquéllas. El destino de Pallas Athene es particularmente impresionante, pues habiendo sido la forma local de la divinidad materna, fue reducida por la revolución religiosa al papel de hija privada de su propia madre y excluida para siempre de la maternidad por el tabú de la virginidad que se le impuso. <<

[2434] En aquellos tiempos difícilmente habría sido posible otra forma de influencia. <<

[2435] Es realmente notable la rareza con que en los milenios de la historia egipcia se registra la deposición violenta o el asesinato de un faraón. Una comparación con la historia asiria, por ejemplo, incrementa aún nuestro asombro. Naturalmente, esto puede obedecer a que la historiografía egipcia servía exclusivamente a los propósitos oficiales. <<

[2436] E. Meyer: *loc. cit.*, pág. 222, 1906. <<

[2437] Sus himnos no sólo acentúan la universalidad y la singularidad de Dios, sino también su amoroso amparo de todas las criaturas; invitan al creyente a celebrar el júbilo de la Naturaleza y a gozar de sus encantos. Véase Breasted: *The Dawn of Conscience*. <<

[2438] *Loc. cit.*, pág. 52. <<

[2439] Paul Volz: *Mose* («Moisés»), Tübingen, 1907 (pág. 64). <<

[2440] No comparto la opinión de mi coetáneo Bernard Shaw en el sentido de que los hombres sólo llegarían a cumplir obras realmente valiosas cuando pudieran alcanzar los trescientos años. Nada se lograría con la mera prolongación de la vida, a menos que se modificaran radicalmente muchas condiciones de la existencia. <<

[2441] Comenzaré por resumir los resultados de mi segundo estudio acerca de Moisés, el estudio puramente histórico. No he de someterlos a un nuevo examen crítico, pues constituyen las premisas de las siguientes consideraciones psicológicas que, partiendo de ellos, a ellos vuelven sin cesar. <<

[2442] Así se llamaba, por ejemplo, el escultor cuyo taller fue descubierto en Tell-el-Amarna. <<

[2443] En el intervalo comprendido entre un *terminus a quo* y un *terminus ad quem* se encuentra la fecha aproximada de un hecho cuya cronología exacta se desconoce. (L. Rosenthal) <<

[2444] Esto concordaría con los cuarenta años de peregrinación por el desierto que menciona el texto bíblico. <<

[2445] Es decir, aproximadamente desde 1350-40 hasta 1329-10 para Moisés; 1260, o quizá más tarde, para Qadesh; la estela de Merneptah, antes de 1215.
<<

[2446] Auerbach: *Wüste und Gelobtes Land* («Desierto y Tierra Prometida»), tomo II, 1936. <<

[2447] Idéntica consideración rige también para el notable caso de William Shakespeare de Stratford. <<

[2448] Tal situación es la base de las *Lays of Ancient Rome* («Baladas de Roma Antigua»), de Macaulay. El poeta asume el papel de un trovador que, apesadumbrado por las violentas contiendas políticas del presente, enrostra a sus coetáneos el espíritu de sacrificio, la unidad y el patriotismo de sus antepasados. <<

[2449] De ahí que sea absurdo pretender que se aplica el psicoanálisis si se excluyen del estudio precisamente esos períodos tempranos de la existencia, como algunos lo han hecho. <<

[2450] En inglés en el original. <<

[2451] La versión alemana «oficial» (*Gesammelte Werke*, tomo XVI, Imago Publ. Co., Londres, 1950, pág. 190) adolece aquí de una omisión. En efecto, la edición original de 1939 (Allert de Lange, Amsterdam) dice así: «… han sido históricamente demostrados o *aún muestran sus rastros en el presente*, como *el derecho matriarcal*, el totemismo y las alianzas varoniles». Dado que el texto mutilado da sentido, no es posible decidir si la tacha es intencionada o si obedece a un error. Las bastardillas de la cita han sido introducidas por mí para destacar lo omitido. (L. Rosenthal) <<

[2452] «Creo, porque es absurdo». Profesión de fe atribuida a San Agustín, aunque se la reputa apócrifa. (L. Rosenthal) <<

[2453] Ernest Jones me ha señalado que el dios Mitra, el que mata al toro, bien podría representar a tal héroe, preciándose de su acción. Es bien sabido que el culto de Mitra disputó largamente al incipiente cristianismo la hegemonía final. <<

[2454] *Israel in der Wüste* («Israel en el desierto») tomo VII de la edición de Weimar, pág. 170. <<

[2455] Véase al respecto la conocida exposición de Frazer en *The Golden Bough* («La rama dorada»), vol. III: *The Dying God* («El Dios que muere»). Corresponde a los capítulos XXIV a XXVIII del compendio de *La rama dorada*, Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1951. <<

[2456] Schiller: *Dies Göter Griechenlands* («Los dioses de Grecia»). <<

[2457] El insulto que tan frecuentemente se les enrostró en épocas anteriores de que los judíos serían «leprosos» (v. Manetho) tiene seguramente el sentido de una proyección: «Se mantienen tan apartados de nosotros como si fuéramos leprosos». <<

[2458] Deseo salvar de antemano, sin embargo, un posible error de interpretación. No pretendo en modo alguno afirmar que el mundo es tan complicado, que cualquier afirmación debe coincidir en algún punto con una parte de la verdad. No; nuestro pensamiento ha conservado la libertad de inventar dependencias y relaciones que no tienen equivalente alguno en la realidad. Evidentemente, valora muy alto este don, ya que hace de él tan frecuente uso, tanto dentro de la ciencia como fuera de ella. <<

[2459] Frazer, *loc. cit.* <<

[2460] «Espirituales», usado como sinónimo de «intelectuales»; *geistige*, en alemán (L. Rosenthal) <<

[2461] En esta expresión de Virgilio (*Eneida*, III, 57), sacra tiene, precisamente, aquel último significado, pues la traducción del pasaje es: «¡Execrable hambre del oro!» (L. Rosenthal). <<

[2462] Alusión a un irónico pasaje de *Fausto*, de Goethe: «Desprecia no más la Razón y la Ciencia». (L. Rosenthal) <<

[2463] También aquí podemos ceder la palabra a un poeta. Para explicar su vinculación amorosa, imagina que «Tú fuiste, en tiempos ya pasados, mi hermana o mi mujer». [Goethe, tomo IV de la edición de Weimar, página 97.]
<<

[2464] Título alemán: *Die Feinheit einer Fehlhandlung*, Almanach, 1936, 15-17. <<

[2465] Según Strachey, se trataba de Mrs. Dorothy Burlingham (*Nota del E.*).
<<

[2466] Thomas Mann zum 60. Geburtstag; publicado en el *Almanach der Psychoanalyse*, 1936. Internat. Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Viena-Zurich. Reimpreso en la edición londinense de las obras completas: *Gesammelte Werke*, tomo XVI, Imago Publishing Co., Londres, 1950. No existen traducciones. <<

[2467] *Brief an Romain Rolland* (*Eine Erinnerungsstörung auf der Akropolis*). Contribución de Freud a un volumen de homenaje a Romain Rolland, en ocasión de cumplir setenta años. Publicado en alemán en el *Almanach der Psychoanalyse*, Internat. Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Viena-Zurich, 1937. Reimpresa en la edición londinense de las obras completas: *Gesammelte Werke*, tomo XVI, Imago Publishing Co., Londres, 1950. La versión inglesa de James Strachey se publicó en la revista *The International Journal of Psycho-Analysis*, vol. XXII, N.º 2, 1941, y en *Collected Papers*, tomo V, The Hogarth Press, Londres, 1950. (*Nota del T.*) <<

[2468] Anota J. Strachey que Freud aludió brevemente a este episodio diez años atrás en el capítulo V de «El futuro de una ilusión». (*Nota del E.*) <<

[2469] «Demasiado bueno para ser cierto». En inglés en el original. *(N. del T.)*
<<

[2470] En 1915: *Algunos tipos caracterológicos revelados por el psicoanálisis*: II: «Los que fracasan ante el éxito». <<

[2471] *Entfremdungsgefühl*, traducido literalmente por «sentimiento de extrañamiento», induciría a error, sugiriendo un tono emocional; Strachey propone la versión de Henderson y Gillespie (*Test-book of Psychiatry*, 5.ª edición, 1940, p. 102), *desrealization*, que traduzco en «desrealizamiento», adoptándola como sinónimo de «sensación de extrañamiento» y como antónimo de «despersonalización» (Nota del T.) <<

[2472] «Falso reconocimiento», «ya visto», «ya narrado»: en francés en el original. Las dos últimas expresiones francesas han sido incorporadas así a la terminología psiquiátrica castellana. (*Nota del T.*) <<

[2473] «Doble consciencia»: en francés en el original. En castellano son más usuales: «desdoblamiento de la consciencia» y «desdoblamiento de la personalidad». (*Nota del T.*) <<

[2474] Anna Freud, *El «yo» y los mecanismos de defensa* (1936), traducción castellana de Y. P. de Cárcamo y C. E. Cárcamo, Paidós, Buenos Aires, 1946. (*Nota del T*.) <<

[2475] «No llegada»: en francés en el original. La estrofa se encuentra en castellano en el original alemán, sin traducción. (*Nota del T.*) <<

[2476] Strachey recuerda que en estos versos se representa la actitud del último rey moro de Granada, al serle informado que su fortaleza de Alhama había sido tomada. (*Nota del E*.) <<

[2477] Bosque y parque de diversiones de Viena, situado cerca del barrio en el cual transcurrió la niñez de Freud. (*Nota del T*.) <<

[2478] Publicada en inglés en *David Eder. Memoirs of a Modern Pioneer*, de J. B. Hobman. Victor Gollancz, Londres, 1945. Cf. la nota al pie de la *Carta a David Eder. (N. del T.)* <<

[2479] Publicado en la revista *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse und Imago*, vol. XXVI, págs. 217-219, 1941, con el título «Entwurf eines Briefes an Thomas Mann». (*N. del T.*) <<

[2480] Referencia a la alocución pronunciada por Thomas Mann en ocasión de la celebración del LX aniversario de aquél, en mayo de 1936, en el «Großer Konzerthaussaal», de Viena. Fue publicada, con el título «Freud und die Zukunft» («Freud y el futuro»), en la revista *Imago*, 22: 257-275, 1936. (*Nota del E*.) <<

[2481] Con respecto a la importancia del nombre «José» en la vida de Freud, cf. la biografía de Ernest Jones: *Sigmund Freud. Life and Work*, Hogarth Press, Londres, 1953, tomo I, págs. 4-5. Existe edición castellana. (*Nota del E*.) <<

[2482] *En Int. Z. Psychoanal., 23* (1) 1937, 5; *G. W*., 16 (1950), 270. Lou Andreas-Salomé, hija de un general ruso, nació en San Petersburgo en 1861. Discípula y amiga de Nietzsche, gozó desde muy joven de fama literaria. Desde 1912, se dedicó al psicoanálisis. Su marido (Friedrich Carl Andreas, 1846-1930) fue profesor de Lenguas Orientales en Göttingen. Se casó con Lou Salomé en 1887. Un cierto número de cartas de Freud dirigidas a ella se hallan incluidas en el volumen de la correspondencia de aquél editado por Ernst Freud (1960, *a*). (*Nota del E*.) <<

[2483] *Die endliche und die unendliche Analyse*, en alemán el original, *Int. Z. Psychoanal.*, 23 (2), 209-40, 1937. <<

[2484] Según una nota de J. Strachey, esto fue escrito poco después de la gran crisis financiera de los Estados Unidos. Una crítica moderada de la teoría de Rank ha sido hecho por Freud en *Inhibiciones, síntomas y angustia* (1926). <<

[2485] Véase mi artículo, publicado con el consentimiento del paciente *Historia de una neurosis infantil* (1918, b). No contiene un informe detallado de la enfermedad sufrida por el joven en la edad adulta, que sólo es tocada cuando absolutamente lo requiere su conexión con su neurosis infantil. <<

[2486] En realidad, su informe había aparecido ya algunos años antes (Brunswick, 1928). Para información posterior de la historia subsiguiente del caso, véase una nota editorial al pie de página, *Standard Ed*., 17, 122. (según una nota de J. Strachey.) <<

[2487] La idea de una «alteración del yo» es discutida ampliamente más adelante, particularmente en la sección V. (según una nota de J. Strachey.) <<

[2488] Este concepto es discutido más adelante. <<

[2489] Según Ernest Jones, esto se refiere a Ferenczi, que fue analizado por Freud durante tres semanas en octubre de 1914 y durante otras tres más (con dos sesiones diarias) en junio de 1916. Véase Jones, 1957, 158, y 1955, 195 y 213. Véase también la necrología de Ferenczi por Freud (1933, c), Standard Ed., 22, 228. (según una nota de J. Strachey). <<

[2490] Bändigung. Observa Strachey que Freud había usado la palabra, además de en otros lugares, en «El problema económico del masoquismo» (1924, c) para describir la acción por la que la libido puede convertir en innocuo el instinto de muerte, Standard Ed., 19, 164. Mucho antes, en la sección 3 de la parte III del *Proyecto*, de 1895, la había utilizado para el proceso por el cual los recuerdos penosos quedan descargados de emoción por la intervención del *yo* (Freud, 1950, a). <<

[2491] «Al fin hemos de llamar a la bruja en nuestra ayuda». (Goethe: *Fausto*, parte I, escena 6.) Fausto, en busca del secreto de la juventud, demanda, sin quererlo, el auxilio de la bruja. (*N. del T.*) <<

[2492] O, para ser completamente exactos, donde aquella relación cae dentro de ciertos límites. <<

[2493] Aquí tenemos una justificación de la pretendida importancia etiológica de factores no específicos, como el exceso de trabajo, los *shocks*, etc. A esos factores se les ha concedido una aceptación general; pero fueron empujados a un segundo término precisamente por el psicoanálisis. Es imposible definir la salud, excepto en términos metapsicológicos, es decir, por la referencia a las relaciones dinámicas entre los factores del aparato psíquico que han sido reconocidos —o (si se prefiere) deducidos o conjeturados— por nosotros. [Una temprana depreciación por Freud de la importancia etiológica en las neurosis de factores tales como el «exceso de trabajo» se encontrará ya en el borrador A de los papeles de Fließ, que datan tal vez de 1892. (según una nota de J. Strachey.)]. <<

[2494] *Nachverdrängung*. Véase el trabajo metapsicológico sobre «Represión» (1915, d) donde, sin embargo (como en todas partes en aquel período), el término usado es *Nachdrängen*, traducido al inglés como *afterpressure*. (según una nota de J. Strachey.) <<

[2495] Freud había citado la misma observación en *La cuestión del análisis profano* (1926, e), *Standard Ed*., 20, 193. (según una nota de J. Strachey.) <<

[2496] Véase el artículo sobre «Amor transferencial» (1915, a), y el trabajo presentado al Congreso de Budapest (1919, a). <<

[2497] El proverbio francés: *Le mieux est lennemi du bien*. (según una nota de J. Strachey.) <<

[2498] Una referencia indirecta al *super-yo*. (Nota de J. Strachey.) <<

[2499] «La razón se convierte en sinrazón, la amabilidad en tormenta». (Goethe: *Fausto*, parte I, escena 4.) <<

[2500] Véase el artículo sobre esta cuestión (1937, *d*). <<

[2501] El término aparece en la Conferencia XXII de las *Lecciones Introductorias* (1916-17). Esta característica y la de «inercia psíquica» más generalizada, discutida más adelante, no son siempre tratadas separadamente en los primeros escritos de Freud. Una lista de un cierto número de pasajes en los que estas cuestiones son tratadas se da en la nota del editor al pie de página en «Un caso de paranoia» (1915, *f*). (según una nota de J. Strachey.) <<

[2502] Véase Apéndice A, *a) Inhibición, síntoma y angustia* (1926, *d*) (según una nota de J. Strachey.) <<

[2503] La misma analogía se presenta en un pasaje de la historia clínica del «hombre de los lobos» (1918, *b*) al tratar de esta misma característica psicológica. (según una nota de J. Strachey.) <<

[2504] Capelle (1935), 186. <<

[2505] Es decir, análogo al instinto de la muerte. (Nota de J. Strachey.) <<

[2506] Empédocles fue mencionado otra vez por Freud en una nota al pie de página en el capítulo II del libro póstumo *Esquema del psicoanálisis* [1940, *a*), (1938)], página 149. Freud hizo otras observaciones sobre el instinto destructivo en una carta escrita poco después que este artículo a la princesa María Bonaparte. Un extracto de ella aparece en la Introducción del Editor a *El malestar en la cultura* (1930, *a*), *Standard Ed.*, *21*, 63. (según una nota de J. Strachey.) <<

[2507] Este fue un artículo leído en el Congreso de Psicoanálisis de Innsbruck en 1927. Fue publicado al año siguiente. (según una nota de J. Strachey.) <<

[2508] Véase un pasaje similar en los comentarios de Freud al libro *Wayward Youth*, de Aichhorn (Freud, 1925, *f*), *Standard Ed*., 19, 273. (según una nota de J. Strachey.) <<

[2509] Anatole France: *La révolte des anges*. <<

[2510] «Habiendo ido todo bien». <<

[2511] «Pegan a un niño» (1919, e), *Standard Ed.*, *17*, 200 ff. [En realidad, el nombre de Fließ no es mencionado en este artículo. (según una nota de J. Strachey.)] <<

[2512] Todo paciente varón debe obtener el sentimiento de equidad en relación con el médico como un signo de que ha vencido su miedo a la castración; toda paciente mujer, si se ha de considerar a su neurosis como totalmente vencida, debe haberse librado de su complejo de masculinidad y emocionalmente ha de aceptar sin trazas de resentimiento las consecuencias de su papel femenino (Ferenczi, 1928, 8). <<

[2513] No hemos de ser extraviados por el término «protesta masculina», suponiendo que lo que el hombre repudia es su actitud pasiva (como tal), lo que podríamos llamar el aspecto social de la femineidad. Este punto de vista es contradicho por una observación fácilmente comprobable: que tales hombres con frecuencia presentan una actitud masoquista —un estado que equivale a servidumbre— hacia las mujeres. Lo que rechazan no es la pasividad en general, sino la pasividad frente a un varón. En otras palabras, la «protesta masculina» no es en realidad más que angustia ante la castración. [Al estado de «servidumbre» sexual en los hombres ha aludido Freud en su artículo sobre «El tabú de la virginidad» (1918, a). (según una nota de J. Strachey.)] <<

[2514] *Konstrucktionen in der Analyse*, en *Int. Z. Psychoanal.*, *23* (4), 459-69, 1937. <<

[2515] «Si es cara, gano yo; si es cruz, pierde usted». <<

[2516] Esta discusión continúa otras anteriores en el artículo de Freud sobre «La negación» (1925, *h*), *Standard Ed*., 19, 235 y 239. Véase también un pasaje en el primer capítulo del análisis de «Dora» (1905, *e), ibíd., 7*, 57, y una nota al pie de página añadida al mismo en 1923; también otra nota en el capítulo I, D, del análisis del «hombre-rata» (1909, d), *ibíd.*, *10*, 183 n. (según nota de J. Strachey.) <<

[2517] Un ejemplo de una construcción incorrecta se menciona al comienzo de la sección III de la historia clínica del «hombre de los lobos» (1918, b), *Standard Ed.*, *17*, 19. (según nota de J. Strachey.) <<

[2518] Véase un párrafo en la sección VII de «Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación de los sueños» (1923, *c), Standard Ed., 19,* 115. (según nota de J. Strachey.) <<

[2519] Casi exactamente las mismas frases aparecen al final del artículo sobre «La negación» (1925, *h), Standard Ed.*, *19*, 239. (según nota de J. Strachey.)
<<

[2520] Capítulo V de *La psicopatología de la vida cotidiana* (1910, *b)*, *Standard Ed.*, *6*, 94. En el lenguaje vulgar la «g» se pronuncia con frecuencia como la «j» alemana («y»). (según nota de J. Strachey.) <<

[2521] Véase el capítulo V de *El «yo» y el «ello»* (1923, *b*) (según nota de J. Strachey). <<

[2522] *Der Zerrissene* («El desgarrado»). <<

[2523] El fenómeno descrito aquí parece remontarse a observaciones hechas por Freud en relación con *La psicopatología de la vida cotidiana* (1901, *b*). Véase la larga nota al pie de página, *Standard Ed., 4*, 13. El pasaje presente puede ser incluso una alusión a un episodio particular narrado allí, *ibíd.*, 266-7. Véanse también los trabajos todavía anteriores sobre «El mecanismo psíquico del olvido» (1898, *b*), *ibíd., 3*, 290-1, y la nota al pie de página y 297, y «Screen Memories» (1899, a), *ibíd., 3*, 312-13. En todos estos pasajes Freud utiliza la misma palabra, *überdeutlich*, traducida aquí por «ultra-clear». (según nota en la versión inglesa de J. Strachey.) <<

[2524] Véase la «Comunicación preliminar» de Breuer y Freud (1893, a), *Standard Ed*., 2, 7. (según nota de J. Strachey.) <<

[2525] La frase de los últimos párrafos (verdad «histórica») se hallaba muy presente en la mente de Freud en esta época, y ésta fue su primera larga discusión sobre ella.

Véase el *Moisés y el monoteísmo* (1939, *a*), que trata de la misma cuestión. (Nota de J. Strachey.) <<

[2526] *Die Ichspaltung im Abwehrvorgang*, en el *Int. Z. Psychoanal. Imago*, 25 (3/4), 241-4, 1940. Importante ensayo que Freud dejó inconcluso. Según E. Jones habría sido escrito por Freud en la Navidad de 1937. (Nota del E.) <<

[2527] Cf. por ejemplo, un pasaje de la Conferencia XXXI de las Nuevas Lecciones Introductorias (1933, *a)*, *Standard Ed.*, *22*, 76, y una nota del editor al pie de página que da cierto número de referencias ulteriores. (según nota de J. Strachey). <<

[2528] Publicado por *Int. Z. Psychoanal, Imago, 25* (I) 7-67, 1940, con el título *Abriss dere Psychoanalyse*. Trabajo inconcluso que Freud dató, julio 1938, es decir, comenzado poco después del arribo a Inglaterra. J. Strachey señala justificadamente la penetrante claridad conceptual del maestro visto en este ensayo, y cuando Freud contaba con 82 años. Al parecer una nueva operación del cáncer impidió darle término a este compendio. <<

[2529] Esta parte arcaica del aparato psíquico seguirá siendo la más importante durante la vida entera. Con ella se inició también la labor investigadora del psicoanálisis. <<

[2530] Los poetas han imaginado algo semejante, pero nada de ello nos muestra la historia de la sustancia viva. <<

[2531] Ya al filósofo Empedocles de Acragas le era familiar esta concepción de las fuerzas básicas o instintos, que todavía despierta tanta oposición entre los analistas. <<

[2532] Véase al respecto la hipótesis de que el hombre desciende de un mamífero que habría alcanzado su madurez sexual a los cinco años. Alguna circunstancia exterior de gran magnitud influyó entonces sobre la especie, interrumpiendo la evolución directa de la sexualidad. Con ello podrían estar relacionadas asimismo otras modificaciones de la sexualidad humana, comparada con la animal, como la supresión de la periodicidad de la libido y el aprovechamiento del papel desempeñado por la menstruación en las relaciones entre los sexos. [Idea planteada en 1913 por Ferenczi con respecto a la eventual relación entre el período de latencia infantil con la época glacial de la Tierra. (*Nota del E.*)]. <<

[2533] Cabe preguntarse aquí si la satisfacción de impulsos puramente destructivos puede hacerse sentir como placer, si existe la destrucción pura, sin componentes libidinales. La satisfacción de lo que del instinto de muerte haya quedado en el *yo* no parece despertar sensaciones placenteras, aunque el masoquismo representa una fusión muy análoga a la del sadismo. <<

[2534] Muchos pretenden que las excitaciones vaginales pueden ser muy precoces, pero con toda probabilidad se trata de excitaciones en el clítoris, o sea, en un órgano análogo al pene, de modo que ese hecho no invalida la justificación de llamar fálica a esta fase. <<

[2535] Una corriente psicológica extrema, como el conductismo, surgido en Estados Unidos, cree poder construir una psicología haciendo abstracción de este hecho básico. <<

[2536] «Lo psíquico» quiere decir, evidentemente, «la serie de fenómenos psíquicos conscientes». Así lo ha aclarado Strachey en su versión inglesa. *(N. del T.)* <<

[2537] Como analogía, imaginemos que el suboficial que acaba de soportar en silencio una reprimenda de su superior descarga su furia en el primer recluta inocente que se cruce en su camino. <<

[2538] «On dit que Dieu est toujours pour les gros bataillons», de una carta de Voltaire a M. le Riche, 1770. La cita está parafraseada o deformada por Freud. *(N. del T.)* <<

[2539] La castración también tiene su plaza en la leyenda de Edipo, pues la ceguera con que Edipo se castiga después de descubrir su crimen es un sustituto simbólico de la castración, según nos enseñan los sueños. No es imposible que en el efecto extraordinariamente terrorífico de la amenaza intervenga un rastro mnemónico filogenético de la familia prehistórica, en el cual el padre realmente privaba al hijo de los genitales cuando se le tornaba molesto como rival ante la mujer. La antiquísima costumbre de la circuncisión, otro sustituto simbólico de la castración, sólo puede comprenderse como expresión del sometimiento bajo la voluntad del padre (recuérdense los ritos puberales de los primitivos). Aún no se ha estudiado cómo transcurre la precedente evolución en los pueblos y en las culturas que no reprimen la masturbación infantil. <<

[2540] El nombre de *William Shakespeare* es, con toda probabilidad, un seudónimo tras el cual se oculta un gran desconocido. Un hombre que sido considerado como el autor de las obras shakespearianas, Edward de Vere, Earl of Oxford, perdió a su amado y admirado padre en plena niñez y repudió completamente a su madre, que volvió a casarse poco después de enviudar.
<<

[2541] De *Le Neveu de Rameau*: «Si el pequeño salvaje quedase abandonado a sí mismo, de manera que conservase toda su imbecilidad y que a la escasa razón del niño de pecho uniera las violentas pasiones de un hombre de treinta años, le retorcería el cuello a su padre y se acostaría con su madre». (En francés en el original.) *(N. del T.)* <<

[2542] Para J. Strachey el término «Complejo de Electra» habría sido usado primeramente por Jung en 1913, Freud planteó su opinión contraria a su empleo en su trabajo «Sobre la sexualidad femenina» (1931, *b*). (*Nota del E.*) <<

[2543] Caso estudiado en el trabajo de 1922 «Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homoxesualidad». (Nota de J. N.) <<

[2544] «Splitting of the ego», en la versión inglesa. (Nota de J. N.) <<

[2545] «Disovowal», en la versión inglesa. (Nota de J. N.) <<

[2546] «Lo que de tus padres has heredado, adquiérelo para que sea tuyo». Goethe: *Fausto*, parte I. *(N. del T.)* <<

[2547] «Some Elementary Lessons in Psycho-Analysis», en inglés el original. Manuscrito fechado en Londres, 20 de octubre de 1938, originalmente formaba parte, en forma de nota al pie de página, del Compendio del Psicoanálisis. <<

[2548] En la única edición alemana en la que aparece este pasaje, esta palabra, *Voraussetzungen*, contiene un inexplicable error de imprenta, y dice *Moralbesetzungen* («catexis morales»). (según una nota de J. Strachey). <<

[2549] Véase la *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901, *b*, capítulo V, *Standard Ed.*, *6*, 59-60). <<

[2550] Estoy describiendo experimentos hechos por Bernheim en Nancy en 1889, a los que asistí. En esos días no era para mí discutible la autenticidad de los fenómenos hipnóticos de esta clase. [Véase el relato completo de la visita de Freud a Nancy en el capítulo I de su *Autobiografía* (1925, d), Standard Ed., 20, 17-18. (según una nota de J. Strachey)]. <<

[2551] 1851-1914, profesor de Filosofía en Munich. Algunas notas sobre la relación de Freud con sus escritos se encontrarán en el Prefacio del Editor a su libro sobre los chistes (1905, *c)*, *Standard Ed.*, *8*, 4-5. (según una nota de J. Strachey). <<

[2552] «Ein Wort zum Antisemitismus», en el periódico editado por Arthur Koestler, en París, órgano de los emigrantes alemanes, «Die Zukunft: ein neues Deutschland ein neues Europa», n.º 7, 1938. (*Nota del E.*) <<

[2553] Un trabajo posterior por el Coudenhove más joven, en favor del movimiento paneuropeo, apareció en una traducción inglesa en 1953 con un prefacio de sir Winston Churchill. (según una nota de J. Strachey.) <<

[2554] Esta carta fue escrita por Freud en inglés, y lo fue, como se deduce por el contenido, en respuesta a una petición del editor de *Time and Tide* (Lady Rhonnda) para que contribuyera a un número especial sobre antisemitismo. La carta fue publicada en esa revista el 26 de noviembre de 1938 (pág. 1649), bajo el título «Una carta de Freud». Fue incluida en el epistolario preparado por Ernst Freud (Freud, 1960, a). (según nota de J. Strachey.) <<

[2555] El ruido es para el fatuo;

la queja es para el tonto;

el hombre honrado engañado

se va sin decir palabra.

(De la obra de teatro del siglo XVIII *La Coquette corrigée*, de Jean Sauvé de la Noue [1701-1761], acto I, escena 3.) <<

[2556] La versión francesa de Maryse Choisy ha sido publicada en *Psyché*, volumen VIII, núms. 81-82, páginas 369-371, precedida de las siguientes consideraciones: «Ante el riesgo de la invasión nazi de Holanda, Reik emigró a Estados Unidos en junio de 1938». El propio Reik comentó el ambiente con que se encontró en dicho país: «La mayor parte de los miembros de la Asociación Psicoanalítica de Nueva York me recibieron con reticencia y trataron de impedirme el ejercicio del psicoanálisis. Yo me quejé de ello al escribirle a Freud y le pedí que me sugiriera algún medio que me permitiese continuar con mi trabajo. Su primera carta… es una respuesta a mi solicitud. La segunda es una carta de recomendación que Freud escribió directamente en inglés. La tercera… es una respuesta a una nueva carta mía en la que me quejaba de la hostilidad de mis colegas de Nueva York». (*N. del T.*) <<

[2557] Al preparar su biografía de Otto Weininger (*The Mind and Death of a Genius*, Columbia Univ. Press, Nueva York, 1946), David Abrahamsen se dirigió a Freud, entre otros, solicitando datos y aclaraciones. Recibió en respuesta las dos cartas siguientes. El lector hallará otras referencias a las relaciones con Weininger en las cartas de Freud a Fliess. (*N. del T.*) <<

[2558] Freud se refiere al manuscrito de la obra de Weininger *Geschlecht und Charakter*, Braumüller, Viena, 1903. Existe de esta obra una traducción castellana: *Sexo y carácter*, Losada, Buenos Aires, 1952. (N. del T.) <<

[2559] Se refiere a Hermann Swoboda. Respecto de la intervención de éste y del episodio sobre la bisexualidad en la ruptura entre Freud y Fliess, véase la carta núm. 138 y siguientes, así como las consideraciones de Ernst Kris. (*N. del T.*) <<

[2560] En 1939, el último año de su vida, Freud escribió dos prólogos para libros de autores ingleses: uno, el que aquí se reproduce, que es al mismo tiempo la penúltima carta inédita de Freud; el otro, para la biografía de David Eder por J. B. Hobman. Esta carta a Charles Berg fue publicada anticipadamente en la *Revista de Psicoanálisis*, vol. XII, número 1, pág. 126, 1955, junto con una reproducción facsimilar de la misma. Fue escrita originalmente en inglés. (*Nota del E*.) <<

[2561] Notas halladas entre los papeles póstumos de Freud. Publicadas el año 1941 en sus *Obras completas* (tomo XVII), bajo el título «Ergebnisse, Ideen, Probleme». <<

[2562] «Esperando siempre alguna cosa que jamás llegaba». (En francés en el original). <<